Shandon Press

50 OBRAS MAESTRAS QUE DEBES LEER ANTES DE MORIR: VOL.4

VARIOUS AUTORES

50 OBRAS MAESTRAS QUE DEBES LEER ANTES DE MORIR- VOL. 4

VARIOUS AUTORES

ÍNDICE

1. El Principito (Antoine De Saint-Exupéry)
2. Las Memorias de Sherlock Holmes (Arthur Conan Doyle)
3. Ben-Hur (Lewis Wallace)
4. Amok (Stefan Zweig)
5. Los Buscadores de Tesoros (Washington Irving)
6. Las Razones de Georgina (Henry James)
7. Más Allá del Bien y del Mal (Friedrich Nietzsche)
8. Terror en Fontenay (Alexandre Dumas)
9. Piratas y Mar Azul (Arthur Conan Doyle)
10. ¿Pueden Suceder Tales Cosas? (Ambrose Bierce)
11. Viaje Sentimental (Laurence Sterne)
12. El Corazón de las Tinieblas (Joseph Conrad)
13. Una Hija de Eva (Honore de Balzac)
14. Middlemarch (George Eliot)
15. El Paraíso Perdido (John Milton)
16. El Príncipe (Nicolás Maquiavelo)
17. El Segundo Libro de la Selva (Rudyard Kipling)
18. Espadas de Marte (Edgar Rice Burroughs)
19. Las Mil y Una Noches (Anónimo)
20. Aventuras de un Cadáver (Robert Louis Stevenson)
21. Estudios del Natural (Arthur Conan Doyle)
22. Grandes Esperanzas (Charles Dickens)
23. Filosofía en el Tocador
24. Idilio en calle Plumet y epopeya en calle Saint-Denis (Victor Hugo)
25. Historia de la vida del Buscón, llamado Don Pablos, ejemplo de vagabundos y espejo de tacaños (Francisco de Quevedo)
26. La Campanilla de la Doncella y Otros Relatos (Edith Wharton)
27. La Piedra de Toque (Edith Wharton)
28. La Vida Nueva (Dante Alighieri)
29. La Sexualidad en la Etiología de las Neurosis (Sigmund Freud)
30. Las Ilusiones Perdidas (Honoré de Balzac)
31. Jean Valjean (Victor Hugo)
32. Doce Historias y Un Sueño (H.G Wells)
33. Del Sentido y lo Sensible (Aristóteles)
34. El Alimento de los Dioses (H. G. Wells)
35. El Anticristo (Friedrich Wilhelm Nietzsche)

36. El Negro de Pedro El Grande (Alexander Pushkin)
37. Cuentos de Mí Mismo (Miguel de Unamuno)
38. El País de los Ciegos (H. G. Wells)
39. Lady Susan (Jane Austen)
40. Tom Sawyer, Detective (Mark Twain)
41. Bajo las Lilas (Louisa May Alcott)
42. Crónica Personal (Joseph Conrad)
43. Crónica de Indias (Fray Bartolomé de las Casas)
44. Orlando (Virginia Woolf)
45. Cyrano de Bergerac (Edmond Rostand)
46. Ana la de la Isla (Lucy Maud Montgomery)
47. Napoleón (Alexandre Dumas)
48. Las Minas del Rey Salomón (H. Rider Haggard)
49. La Ilíada (Homero)
50. Cómo Se Filosofa a Martillazos (Friedrich Nietzsche)

1. EL PRINCIPITO (ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY)

ÍNDICE

Sin título

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

SIN TÍTULO

A Leon Werth:

Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona mayor. Tengo una seria excusa: esta persona mayor es el mejor amigo que tengo en el mundo. Tengo otra excusa: esta persona mayor es capaz de entenderlo todo, hasta los libros para niños. Tengo una tercera excusa: esta persona mayor vive en Francia, donde pasa hambre y frío. Verdaderamente necesita consuelo. Si todas esas excusas no bastasen, bien puedo dedicar este libro al niño que una vez fue esta persona mayor. Todos los mayores han sido primero niños. (Pero pocos lo recuerdan). Corrijo, pues, mi dedicatoria:

A LEON WERTH CUANDO ERA NIÑO

CAPÍTULO UNO

Cuando yo tenía seis años vi en un libro sobre la selva virgen que se titulaba "Historias vividas", una magnífica lámina. Representaba una serpiente boa que se tragaba a una fiera.

En el libro se afirmaba: "La serpiente boa se traga su presa entera, sin masticarla. Luego ya no puede moverse y duerme durante los seis meses que dura su digestión".

Reflexioné mucho en ese momento sobre las aventuras de la jungla y a mi vez logré trazar con un lápiz de colores mi primer dibujo. Mi dibujo número 1 era de esta manera:

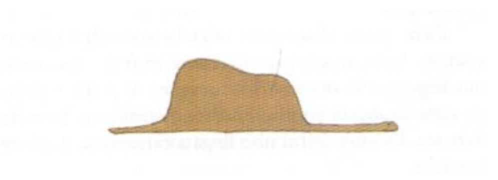

Enseñé mi obra de arte a las personas mayores y les pregunté si mi dibujo les daba miedo.

—¿por qué habría de asustar un sombrero?— me respondieron.

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una serpiente boa que digiere un elefante.

Dibujé entonces el interior de la serpiente boa a fin de que las personas mayores pudieran comprender.

Siempre estas personas tienen necesidad de explicaciones. Mi dibujo número 2 era así:

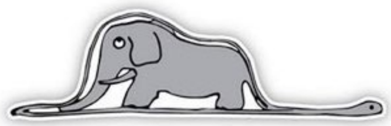

Las personas mayores me aconsejaron abandonar el dibujo de serpientes boas, ya fueran abiertas o cerradas, y poner más interés en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. De esta manera a la edad de seis años abandoné una magnífica carrera de pintor. Había quedado desilusionado por el fracaso de mis dibujos número 1 y número 2. Las personas mayores nunca pueden comprender algo por sí solas y es muy aburrido para los niños tener que darles una y otra vez explicaciones.

Tuve, pues, que elegir otro oficio y aprendía pilotear aviones. He volado un poco por todo el mundo y la geografía, en efecto, me ha servido de mucho; al primer vistazo podía distinguir perfectamente la China de Arizona. Esto es muy útil, sobre todo si se pierde uno durante la noche.

A lo largo de mi vida he tenido multitud de contactos con multitud de gente seria. Viví mucho con personas mayores y las he conocido muy de cerca; pero esto no ha mejorado demasiado mi opinión sobre ellas.

Cuando me he encontrado con alguien que me parecía un poco lúcido, lo he sometido a la experiencia de mi dibujo número 1 que he conservado siempre. Quería saber si verdaderamente era un ser comprensivo. E invariablemente me contestaban siempre: "Es un sombrero". Me abstenía de hablarles de la serpiente boa, de la selva virgen y de las estrellas. Poniéndome a su altura, les hablaba del bridge, del golf, de política y de corbatas. Y mi interlocutor se quedaba muy contento de conocer a un hombre tan razonable.

CAPÍTULO DOS

Viví así, solo, nadie con quien poder hablar verdaderamente, hasta cuando hace seis años tuve una avería en el desierto de Sahara. Algo se había estropeado en el motor. Como no llevaba conmigo ni mecánico ni pasajero alguno, me dispuse a realizar, yo solo, una reparación difícil. Era para mí una cuestión de vida o muerte, pues apenas tenía agua de beber para ocho días.

La primera noche me dormí sobre la arena, a unas mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. Estaba más aislado que un náufrago en una balsa en medio del océano. Imagínense, pues, mi sorpresa cuando al amanecer me despertó una extraña vocecita que decía:

— ¡Por favor... píntame un cordero!

—¿Eh?

—¡Píntame un cordero!

Me puse en pie de un salto como herido por el rayo. Me froté los ojos. Miré a mi alrededor. Vi a un extraordinario muchachito que me miraba gravemente. Ahí tienen el mejor retrato que más tarde logré hacer de él, aunque mi dibujo, ciertamente es menos encantador que el modelo. Pero no es mía la culpa.

Las personas mayores me desanimaron de mi carrera de pintor a la edad de seis años y no había aprendido a dibujar otra cosa que boas cerradas y boas abiertas.

Miré, pues, aquella aparición con los ojos redondos de admiración. No hay que olvidar que me encontraba a unas mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. Y ahora bien, el muchachito no me parecía ni perdido, ni muerto de cansancio, de hambre, de sed o de miedo. No tenía en absoluto la apariencia de un niño perdido en el desierto, a mil millas de distancia del lugar habitado más próximo.

Cuando logré, por fin, articular palabra, le dije:

— Pero… ¿qué haces tú por aquí?

Y él respondió entonces, suavemente, como algo muy importante:

—¡Por favor… píntame un cordero!

Cuando el misterio es demasiado impresionante, es imposible desobedecer. Por absurdo que aquello me pareciera, a mil millas de distancia de todo lugar habitado y en peligro de muerte, saqué de mi bolsillo una hoja de papel y una pluma fuente. Recordé que yo había estudiado especialmente geografía, historia, cálculo y gramática y le dije al muchachito (ya un poco malhumorado), que no sabía dibujar.

—¡No importa —me respondió—, píntame un cordero!

Como nunca había dibujado un cordero, rehice para él uno de los dos únicos dibujos que yo era capaz de realizar: el de la serpiente boa cerrada. Y quedé estupefacto cuando oí decir al hombrecito:

— ¡No, no! Yo no quiero un elefante en una serpiente. La serpiente es muy peligrosa y el elefante ocupa mucho sitio. En mi tierra es todo muy pequeño. Necesito un cordero. Píntame un cordero.

Dibujé un cordero. Lo miró atentamente y dijo:

—¡No! Este está ya muy enfermo. Haz otro.

Volví a dibujar.

Mi amigo sonrió dulcemente, con indulgencia.

—¿Ves? Esto no es un cordero, es un carnero. Tiene Cuernos…

Rehice nuevamente mi dibujo: fue rechazado igual que los anteriores.

—Este es demasiado viejo. Quiero un cordero que viva mucho tiempo.

Falto ya de paciencia y deseoso de comenzar a desmontar el motor, garrapateé rápidamente este dibujo, se lo enseñé, y le agregué:

—Esta es la caja. El cordero que quieres está adentro. Con gran sorpresa mía el rostro de mi joven juez se iluminó:

—¡Así es como yo lo quería! ¿Crees que sea necesario mucha hierba para este cordero?

—¿Por qué?

—Porque en mi tierra es todo tan pequeño…

Se inclinó hacia el dibujo y exclamó:

—¡Bueno, no tan pequeño…! Está dormido…

Y así fue como conocí al principito.

CAPÍTULO TRES

Me costó mucho tiempo comprender de dónde venía. El principito, que me hacía muchas preguntas, jamás parecía oír las mías. Fueron palabras pronunciadas al azar, las que poco a poco me revelaron todo. Así, cuando distinguió por vez primera mi avión (no dibujaré mi avión, por tratarse de un dibujo demasiado complicado para mí) me preguntó:

—¿Qué cosa es esa? —Eso no es una cosa. Eso vuela. Es un avión, mi avión.

Me sentía orgulloso al decirle que volaba. El entonces gritó:

—¡Cómo! ¿Has caído del cielo?

—Sí —le dije modestamente.

—¡Ah, que curioso!

Y el principito lanzó una graciosa carcajada que me irritó mucho. Me gusta que mis desgracias se tomen en serio. Y añadió:

—Entonces ¿tú también vienes del cielo? ¿De qué planeta eres tú?

Divisé una luz en el misterio de su presencia y le pregunté bruscamente:

—¿Tu vienes, pues, de otro planeta?

Pero no me respondió; movía lentamente la cabeza mirando detenidamente mi avión.

—Es cierto, que, encima de eso, no puedes venir de muy lejos…

Y se hundió en un ensueño durante largo tiempo. Luego sacando de su bolsillo mi cordero se abismó en la contemplación de su tesoro.

Imagínense cómo me intrigó esta semiconfidencia sobre los otros planetas. Me esforcé, pues, en saber algo más:

—¿De dónde vienes, muchachito? ¿Dónde está "tu casa"? ¿Dónde quieres llevarte mi cordero?

Después de meditar silenciosamente me respondió:

—Lo bueno de la caja que me has dado es que por la noche le servirá de casa.

—Sin duda. Y si eres bueno te daré también una cuerda y una estaca para atarlo durante el día.

Esta proposición pareció chocar al principito.

—¿Atarlo? ¡Qué idea más rara!

—Si no lo atas, se irá quién sabe dónde y se perderá…

Mi amigo soltó una nueva carcajada.

—¿Y dónde quieres que vaya?

—No sé, a cualquier parte. Derecho camino adelante…

Entonces el principito señaló con gravedad:

—¡No importa, es tan pequeña mi tierra!

Y agregó, quizás, con un poco de melancolía:

—Derecho, camino adelante… no se puede ir muy lejos.

CAPÍTULO CUATRO

De esta manera supe una segunda cosa muy importante: su planeta de origen era apenas más grande que una casa.

Esto no podía asombrarme mucho. Sabía muy bien que aparte de los grandes planetas como la Tierra, Júpiter, Marte, Venus, a los cuales se les ha dado nombre, existen otros centenares de ellos tan pequeños a veces, que es difícil distinguirlos aun con la ayuda del telescopio. Cuando un astrónomo descubre uno de estos planetas, le da por nombre un número. Le llama, por ejemplo, "el asteroide 3251".

Tengo poderosas razones para creer que el planeta del cual venía el principito era el asteroide B612. Este asteroide ha sido visto sólo una vez con el telescopio en 1909, por un astrónomo turco.

Este astrónomo hizo una gran demostración de su descubrimiento en un congreso Internacional de Astronomía. Pero nadie le creyó a causa de su manera de vestir. Las personas mayores son así.

Felizmente para la reputación del asteroide B 612, un dictador turco impuso a su pueblo, bajo pena de muerte, el vestido a la europea. Entonces el astrónomo volvió a dar cuenta de su descubrimiento en 1920 y como lucía un traje muy elegante, todo el mundo aceptó su demostración.

Si les he contado de todos estos detalles sobre el asteroide B 612 y hasta les he confiado su número, es por consideración a las personas mayores. A los mayores les gustan las cifras. Cuando se les habla de un nuevo amigo, jamás preguntan sobre lo esencial del mismo. Nunca se les ocurre preguntar:

"¿Qué tono tiene su voz? ¿Qué juegos prefiere? ¿Le gusta coleccionar mariposas?" Pero en cambio preguntan: "¿Qué edad tiene? ¿Cuántos hermanos? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto gana su padre?"

Solamente con estos detalles creen conocerle. Si les decimos a las personas mayores: "He visto una casa preciosa de ladrillo rosa, con geranios en las ventanas y palomas en el tejado", jamás llegarán a imaginarse cómo es esa casa. Es preciso decirles: "He visto una casa que vale cien mil pesos". Entonces exclaman entusiasmados: "¡Oh, qué preciosa es!"

De tal manera, si les decimos: "La prueba de que el principito ha existido está en que era un muchachito encantador, que reía y quería un cordero. Querer un cordero es prueba de que se existe", las personas mayores se encogerán de hombros y nos dirán que somos unos niños. Pero si les decimos: "el planeta de donde venía el principito era el asteroide B 612", quedarán convencidas y no se preocuparán de hacer más preguntas. Son así. No hay por qué guardarles rencor. Los niños deben ser muy indulgentes con las personas mayores.

Pero nosotros, que sabemos comprender la vida, nos burlamos tranquilamente de los números. A mí me habría gustado más comenzar esta historia a la manera de los cuentos de hadas. Me habría gustado decir:

"Era una vez un principito que habitaba un planeta apenas más grande que él y que tenía necesidad de un amigo…" Para aquellos que comprenden la vida, esto hubiera parecido más real.

Porque no me gusta que mi libro sea tomado a la ligera. Siento tanta pena al contar estos recuerdos. Hace ya seis años que mi amigo se fue con su cordero. Y si intento describirlo aquí es sólo con el fin de no olvidarlo. Es muy triste olvidar a un amigo. No todos han tenido un amigo. Y yo puedo llegar a ser como las personas mayores, que sólo se interesan por las cifras. Para evitar esto he comprado una caja de lápices de colores. ¡Es muy duro, a mi edad, ponerse a aprender a dibujar, cuando en toda la vida no se ha hecho otra tentativa que la de una boa abierta y una boa cerrada a la edad de seis años! Ciertamente que yo trataré de hacer retratos lo más parecido posibles, pero no estoy muy seguro de lograrlo. Uno saldrá bien y otro no tiene parecido alguno. En las proporciones me equivoco también un poco. Aquí el principito es demasiado grande y allá es demasiado pequeño. Dudo también sobre el color de su traje. Titubeo sobre esto y lo otro y unas veces sale bien y otras mal. Es posible, en fin, que me equivoque sobre ciertos detalles muy importantes. Pero habrá que perdonármelo ya que mi amigo no me daba nunca muchas explicaciones. Me creía semejante a sí mismo y yo, desgraciadamente, no sé ver un cordero a través de una caja. Es posible que yo sea un poco como las personas mayores.

He debido envejecer.

CAPÍTULO CINCO

Cada día yo aprendía algo nuevo sobre el planeta, sobre la partida y sobre el viaje. Esto venía suavemente al azar de las reflexiones. De esta manera tuve conocimiento al tercer día, del drama de los baobabs.

Fue también gracias al cordero y como preocupado por una profunda duda, cuando el principito me preguntó:

—¿Es verdad que los corderos se comen los arbustos?

—Sí, es cierto.

—¡Ah, qué contesto estoy!

No comprendí por qué era tan importante para él que los corderos se comieran los arbustos. Pero el principito añadió:

—Entonces se comen también los Baobabs.

Le hice comprender al principito que los baobabs no son arbustos, sino árboles tan grandes como iglesias y que incluso si llevase consigo todo un rebaño de elefantes, el rebaño no lograría acabar con un solo baobab.

Esta idea del rebaño de elefantes hizo reír al principito.

—Habría que poner los elefantes unos sobre otros…

Y luego añadió juiciosamente:

—Los baobabs, antes de crecer, son muy pequeñitos.

—Es cierto. Pero ¿por qué quieres que tus corderos coman los baobabs?

Me contestó: "¡Bueno! ¡Vamos!" como si hablara de una evidencia. Me fue necesario un gran esfuerzo de inteligencia para comprender por mí mismo este problema.

En efecto, en el planeta del principito había, como en todos los planetas, hierbas buenas y hierbas malas. Por consiguiente, de buenas semillas salían buenas hierbas y de las semillas malas, hierbas malas. Pero las semillas son invisibles; duermen en el secreto de la tierra, hasta que un buen día una de ellas tiene la fantasía de despertarse. Entonces se alarga extendiendo hacia el sol, primero tímidamente, una encantadora ramita inofensiva. Si se trata de una ramita de rábano o de rosal, se la puede dejar que crezca como quiera. Pero si se trata de una mala hierba, es preciso arrancarla inmediatamente en cuanto uno ha sabido reconocerla. En el planeta del principito había semillas terribles… como las semillas del baobab. El suelo del planeta está infestado de ellas. Si un baobab no se arranca a tiempo, no hay manera de desembarazarse de él más tarde; cubre todo el planeta y lo perfora con sus raíces. Y si el planeta es demasiado pequeño y los baobabs son numerosos, lo hacen estallar.

"Es una cuestión de disciplina, me decía más tarde el principito. Cuando por la mañana uno termina de arreglarse, hay que hacer cuidadosamente la limpieza del planeta. Hay que dedicarse regularmente a arrancar los baobabs, cuando se les distingue de los rosales, a los cuales se parecen mucho cuando son pequeñitos. Es un trabajo muy fastidioso pero muy fácil".

Y un día me aconsejó que me dedicara a realizar un hermoso dibujo, que hiciera comprender a los niños de la tierra estas ideas. "Si alguna vez viajan, me decía, esto podrá servirles mucho. A veces no hay inconveniente en dejar para más tarde el trabajo que se ha de hacer; pero tratándose de baobabs, el retraso es siempre una catástrofe. Yo he conocido un planeta, habitado por un perezoso que descuidó tres arbustos…"

Siguiendo las indicaciones del principito, dibujé dicho planeta. Aunque no me gusta el papel de moralista, el peligro de los baobabs es tan desconocido y los peligros que puede correr quien llegue a perderse en un asteroide son tan grandes, que no vacilo en hacer una excepción y exclamar: "¡Niños, atención a los baobabs!" Y sólo con el fin de advertir a mis amigos de estos peligros a que se exponen desde hace ya tiempo sin saberlo, es por lo que trabajé y puse tanto empeño en realizar este dibujo. La lección que con él podía dar, valía la pena. Es muy posible que alguien me pregunte por qué no hay en este libro otros dibujos tan grandiosos como el dibujo de los baobabs. La respuesta es muy sencilla: he tratado de hacerlos, pero no lo he logrado. Cuando dibujé los baobabs estaba animado por un sentimiento de urgencia.

CAPÍTULO SEIS

¡Ah, principito, cómo he ido comprendiendo lentamente tu vida melancólica! Durante mucho tiempo tu única distracción fue la suavidad de las puestas de sol. Este nuevo detalle lo supe al cuarto día, cuando me dijiste:

—Me gustan mucho las puestas de sol; vamos a ver una puesta de sol…

—Tendremos que esperar…

—¿Esperar qué?

—Que el sol se ponga.

Pareciste muy sorprendido primero, y después te reíste de ti mismo. Y me dijiste:

—Siempre me creo que estoy en mi tierra.

En efecto, como todo el mundo sabe, cuando es mediodía en Estados Unidos, en Francia se está poniendo el sol. Sería suficiente poder trasladarse a Francia en un minuto para asistir a la puesta del sol, pero desgraciadamente Francia está demasiado lejos. En cambio, sobre tu pequeño planeta te bastaba arrastrar la silla algunos pasos para presenciar el crepúsculo cada vez que lo deseabas…

—¡Un día vi ponerse el sol cuarenta y tres veces!

Y un poco más tarde añadiste:

—¿Sabes? Cuando uno está verdaderamente triste le gusta ver las puestas de sol.

—El día que la viste cuarenta y tres veces estabas muy triste ¿verdad?

Pero el principito no respondió.

CAPÍTULO SIETE

Al quinto día y también en relación con el cordero, me fue revelado este otro secreto de la vida del principito. Me preguntó bruscamente y sin preámbulo, como resultado de un problema largamente meditado en silencio:

—Si un cordero se come los arbustos, se comerá también las flores ¿no?

—Un cordero se come todo lo que encuentra.

—¿Y también las flores que tienen espinas?

—Sí; también las flores que tienen espinas.

—Entonces, ¿para qué le sirven las espinas?

Confieso que no lo sabía. Estaba yo muy ocupado tratando de destornillar un perno demasiado apretado del motor; la avería comenzaba a parecerme cosa grave y la circunstancia de que se estuviera agotando mi provisión de agua, me hacía temer lo peor.

—¿Para qué sirven las espinas?

El principito no permitía nunca que se dejara sin respuesta una pregunta formulada por él. Irritado por la resistencia que me oponía el perno, le respondí lo primero que se me ocurrió:

—Las espinas no sirven para nada; son pura maldad de las flores.

—¡Oh!

Y después de un silencio, me dijo con una especie de rencor:

—¡No te creo! Las flores son débiles. Son ingenuas. Se defienden como pueden. Se creen terribles con sus espinas…

No le respondí nada; en aquel momento me estaba diciendo a mí mismo: "Si este perno me resiste un poco más, lo haré saltar de un martillazo". El principito me interrumpió de nuevo mis pensamientos:

—¿Tú crees que las flores…?

—¡No, no creo nada! Te he respondido cualquier cosa para que te calles. Tengo que ocuparme de cosas serias.

Me miró estupefacto.

—¡De cosas serias!

Me miraba con mi martillo en la mano, los dedos llenos de grasa e inclinado sobre algo que le parecía muy feo.

—¡Hablas como las personas mayores!

Me avergonzó un poco. Pero él, implacable, añadió:

—¡Lo confundes todo…todo lo mezclas…!

Estaba verdaderamente irritado; sacudía la cabeza, agitando al viento sus cabellos dorados.

—Conozco un planeta donde vive un señor muy colorado, que nunca ha olido una flor, ni ha mirado una estrella y que jamás ha querido a nadie. En toda su vida no ha hecho más que sumas. Y todo el día se lo pasa repitiendo como tú: "¡Yo soy un hombre serio, yo soy un hombre serio!"… Al parecer esto le llena de orgullo. Pero eso no es un hombre, ¡es un hongo!

—¿Un qué?

—Un hongo.

El principito estaba pálido de cólera.

—Hace millones de años que las flores tiene espinas y hace también millones de años que los corderos, a pesar de las espinas, se comen las flores. ¿Es que no es cosa seria averiguar por qué las flores pierden el tiempo fabricando unas espinas que no les sirven para nada? ¿Es que no es importante la guerra de los corderos y las flores? ¿No es esto más serio e importante que las sumas de un señor gordo y colorado? Y si yo sé de una flor única en el mundo y que no existe en ninguna parte más que en mi planeta; si yo sé que un buen día un corderillo puede aniquilarla sin darse cuenta de ello, ¿es que esto no es importante?

El principito enrojeció y después continuó:

—Si alguien ama a una flor de la que sólo existe un ejemplar en millones y millones de estrellas, basta que las mire para ser dichoso. Puede decir satisfecho: "Mi flor está allí, en alguna parte…" ¡Pero si el cordero se la come, para él es como si de pronto todas las estrellas se apagaran! ¡Y esto no es importante!

No pudo decir más y estalló bruscamente en sollozos.

La noche había caído. Yo había soltado las herramientas y ya no importaban nada el martillo, el perno, la sed y la muerte. ¡Había en una estrella, en un planeta, el mío, la Tierra, un principito a quien consolar! Lo tomé en mis brazos y lo mecí diciéndole: "la flor que tú quieres no corre peligro… te dibujaré un bozal para tu cordero y una armadura para la flor… te…". No sabía qué decirle, cómo consolarle y hacer que tuviera nuevamente confianza en mí; me sentía torpe. ¡Es tan misterioso el país de las lágrimas!

CAPÍTULO OCHO

Aprendí bien pronto a conocer mejor esta flor. Siempre había habido en el planeta del principito flores muy simples adornadas con una sola fila de pétalos que apenas ocupaban sitio y a nadie molestaban. Aparecían entre la hierba una mañana y por la tarde se extinguían. Pero aquella había germinado un día de una semilla llegada de quién sabe dónde, y el principito había vigilado cuidadosamente desde el primer día aquella ramita tan diferente de las que él conocía. Podía ser una nueva especie de Baobab. Pero el arbusto cesó pronto de crecer y comenzó a echar su flor. El principito observó el crecimiento de un enorme capullo y tenía le convencimiento de que habría de salir de allí una aparición milagrosa; pero la flor no acababa de preparar su belleza al abrigo de su envoltura verde.

Elegía con cuidado sus colores, se vestía lentamente y se ajustaba uno a uno sus pétalos. No quería salir ya ajada como las amapolas; quería aparecer en todo el esplendor de su belleza. ¡Ah, era muy coqueta aquella flor! Su misteriosa preparación duraba días y días. Hasta que una mañana, precisamente al salir el sol se mostró espléndida.

La flor, que había trabajado con tanta precisión, dijo bostezando:

—¡Ah, perdóname… apenas acabo de despertarme… estoy toda despeinada…!

El principito no pudo contener su admiración:

—¡Qué hermosa eres!

—¿Verdad? —respondió dulcemente la flor—. He nacido al mismo tiempo que el sol. El principito adivinó exactamente que ella no era muy modesta ciertamente, pero ¡era tan conmovedora!

—Me parece que ya es hora de desayunar — añadió la flor —; si tuvieras la bondad de pensar un poco en mí...

Y el principito, muy confuso, habiendo ido a buscar una regadera la roció abundantemente con agua fresca.

Y así, ella lo había atormentado con su vanidad un poco sombría. Un día, por ejemplo, hablando de sus cuatro espinas, dijo al principito:

—¡Ya pueden venir los tigres, con sus garras!

—No hay tigres en mi planeta —observó el principito— y, además, los tigres no comen hierba.

—Yo nos soy una hierba —respondió dulcemente la flor.

—Perdóname...

—No temo a los tigres, pero tengo miedo a las corrientes de aire. ¿No tendrás un biombo?

"Miedo a las corrientes de aire no es una suerte para una planta —pensó el principito—. Esta flor es demasiado complicada…"

—Por la noche me cubrirás con un fanal… hace mucho frío en tu tierra. No se está muy a gusto; allá de donde yo vengo…

La flor se interrumpió; había llegado allí en forma de semilla y no era posible que conociera otros mundos. Humillada por haberse dejado sorprender inventando una mentira tan ingenua, tosió dos o tres veces para atraerse la simpatía del principito.

—¿Y el biombo?

—Iba a buscarlo, pero como no dejabas de hablarme…

Insistió en su tos para darle al menos remordimientos.

De esta manera el principito, a pesar de la buena voluntad de su amor, había llegado a dudar de ella. Había tomado en serio palabras sin importancia y se sentía desgraciado.

"Yo no debía hacerle caso —me confesó un día el principito— nunca hay que hacer caso a las flores, basta con mirarlas y olerlas. Mi flor embalsamaba el planeta, pero yo no sabía gozar con eso…

Aquella historia de garra y tigres que tanto me molestó, hubiera debido enternecerme".

Y me contó todavía:

“¡No supe comprender nada entonces! Debí juzgarla por sus actos y no por sus palabras. ¡La flor perfumaba e iluminaba mi vida y jamás debí huir de allí! ¡No supe adivinar la ternura que ocultaban sus pobres astucias! ¡Son tan contradictorias las flores! Pero yo era demasiado joven para saber amarla".

CAPÍTULO NUEVE

Creo que el principito aprovechó la migración de una bandada de pájaros silvestres para su evasión. La mañana de la partida, puso en orden el planeta. Deshollinó cuidadosamente sus volcanes en actividad, de los cuales poseía dos, que le eran muy útiles para calentar el desayuno todas las mañanas.

Tenía, además, un volcán extinguido. Deshollinó también el volcán extinguido, pues, como él decía, nunca se sabe lo que puede ocurrir. Si los volcanes están bien deshollinados, arden sus erupciones, lenta y regularmente. Las erupciones volcánicas son como el fuego de nuestras chimeneas. Es evidente que en nuestra Tierra no hay posibilidad de deshollinar los volcanes; los hombres somos demasiado pequeños. Por eso nos dan tantos disgustos.

El principito arrancó también con un poco de melancolía los últimos brotes de baobabs. Creía que no iba a volver nunca. Pero todos aquellos trabajos le parecieron aquella mañana extremadamente dulces. Y cuando regó por última vez la flor y se dispuso a ponerla al abrigo del fanal, sintió ganas de llorar.

—Adiós —le dijo a la flor. Esta no respondió.

—Adiós —repitió el principito.

La flor tosió, pero no porque estuviera resfriada.

—He sido una tonta —le dijo al fin la flor—. Perdóname. Procura ser feliz.

Se sorprendió por la ausencia de reproches y quedó desconcertado, con el fanal en el aire, no comprendiendo esta tranquila mansedumbre.

—Sí, yo te quiero —le dijo la flor—, ha sido culpa mía que tú no lo sepas; pero eso no tiene importancia. Y tú has sido tan tonto como yo. Trata de ser feliz. . . Y suelta de una vez ese fanal; ya no lo quiero.

—Pero el viento...

—No estoy tan resfriada como para... El aire fresco de la noche me hará bien. Soy una flor.

—Y los animales...

—Será necesario que soporte dos o tres orugas, si quiero conocer las mariposas; creo que son muy hermosas. Si no ¿quién vendrá a visitarme?

Tú estarás muy lejos. En cuanto a las fieras, no las temo: yo tengo mis garras.

Y le mostraba ingenuamente sus cuatro espinas. Luego añadió:

—Y no prolongues más tu despedida. Puesto que has decidido partir, vete de una vez.

La flor no quería que la viese llorar: era tan orgullosa...

CAPÍTULO DIEZ

Se encontraba en la región de los asteroides 325, 326, 327, 328, 329 y 330. Para ocuparse en algo e instruirse al mismo tiempo decidió visitarlos.

El primero estaba habitado por un rey. El rey, vestido de púrpura y armiño, estaba sentado sobre un trono muy sencillo y, sin embargo, majestuoso.

—¡Ah, —exclamó el rey al divisar al principito—, aquí tenemos un súbdito!

El principito se preguntó:

"¿Cómo es posible que me reconozca si nunca me ha visto?"

Ignoraba que para los reyes el mundo está muy simplificado. Todos los hombres son súbditos.

—Aproxímate para que te vea mejor —le dijo el rey, que estaba orgulloso de ser por fin el rey de alguien. El principito buscó donde sentarse, pero el planeta estaba ocupado totalmente por el magnífico manto de armiño. Se quedó, pues, de pie, pero como estaba cansado, bostezó.

—La etiqueta no permite bostezar en presencia del rey —le dijo el monarca—. Te lo prohibo.

—No he podido evitarlo —respondió el principito muy confuso—, he hecho un viaje muy largo y apenas he dormido...

—Entonces —le dijo el rey— te ordeno que bosteces. Hace años que no veo bostezar a nadie.

Los bostezos son para mí algo curioso. ¡Vamos, bosteza otra vez, te lo ordeno!

—Me da vergüenza... ya no tengo ganas... —dijo el principito enrojeciendo.

—¡Hum, hum! —respondió el rey—. ¡Bueno! Te ordeno tan pronto que bosteces y que no bosteces...

Tartamudeaba un poco y parecía vejado, pues el rey daba gran importancia a que su autoridad fuese respetada. Era un monarca absoluto, pero como era muy bueno, daba siempre órdenes razonables.

Si yo ordenara —decía frecuentemente—, si yo ordenara a un general que se transformara en ave marina y el general no me obedeciese, la culpa no sería del general, sino mía".

—¿Puedo sentarme? —preguntó tímidamente el principito.

—Te ordeno sentarte —le respondió el rey—, recogiendo majestuosamente un faldón de su manto de armiño.

El principito estaba sorprendido. Aquel planeta era tan pequeño que no se explicaba sobre quién podría reinar aquel rey.

—Señor —le dijo—, perdóneme si le pregunto...

—Te ordeno que me preguntes —se apresuró a decir el rey.

—Señor. . . ¿sobre qué ejerce su poder?

—Sobre todo —contestó el rey con gran ingenuidad.

—¿Sobre todo?

El rey, con un gesto sencillo, señaló su planeta, los otros planetas y las estrellas.

—¿Sobre todo eso? —volvió a preguntar el principito.

—Sobre todo eso. . . —respondió el rey.

No era sólo un monarca absoluto, era, además, un monarca universal.

—¿Y las estrellas le obedecen?

—¡Naturalmente! —le dijo el rey—. Y obedecen en seguida, pues yo no tolero la indisciplina.

Un poder semejante dejó maravillado al principito. Si él disfrutara de un poder de tal naturaleza, hubiese podido asistir en el mismo día, no a cuarenta y tres, sino a setenta y dos, a cien, o incluso a doscientas puestas de sol, sin tener necesidad de arrastrar su silla. Y como se sentía un poco triste al recordar su pequeño planeta abandonado, se atrevió a solicitar una gracia al rey:

—Me gustaría ver una puesta de sol... Deme ese gusto... Ordénele al sol que se ponga...

—Si yo le diera a un general la orden de volar de flor en flor como una mariposa, o de escribir una tragedia, o de transformarse en ave marina y el general no ejecutase la orden recibida ¿de quién sería la culpa, mía o de él?

—La culpa sería de usted —le dijo el principito con firmeza.

—Exactamente. Sólo hay que pedir a cada uno, lo que cada uno puede dar —continuó el rey. La autoridad se apoya antes que nada en la razón. Si ordenas a tu pueblo que se tire al mar, el pueblo hará la revolución. Yo tengo derecho a exigir obediencia, porque mis órdenes son razonables.

—¿Entonces mi puesta de sol? —recordó el principito, que jamás olvidaba su pregunta una vez que la había formulado.

—Tendrás tu puesta de sol. La exigiré. Pero, según me dicta mi ciencia gobernante, esperaré que las condiciones sean favorables.

—¿Y cuándo será eso?

—¡Ejem, ejem! —le respondió el rey, consultando previamente un enorme calendario—, ¡ejem, ejem! será hacia... hacia... será hacia las siete cuarenta. Ya verás cómo se me obedece.

El principito bostezó. Lamentaba su puesta de sol frustrada y además se estaba aburriendo ya un poco.

—Ya no tengo nada que hacer aquí —le dijo al rey—. Me voy.

—No partas —le respondió el rey que se sentía muy orgulloso de tener un súbdito—, no te vayas y te hago ministro.

—¿Ministro de qué?

—¡De... de justicia!

—¡Pero si aquí no hay nadie a quien juzgar!

—Eso no se sabe —le dijo el rey—. Nunca he recorrido todo mi reino. Estoy muy viejo y el caminar me cansa. Y como no hay sitio para una carroza...

—¡Oh! Pero yo ya he visto. . . —dijo el principito que se inclinó para echar una ojeada al otro lado del planeta—. Allá abajo no hay nadie tampoco. .

—Te juzgarás a ti mismo —le respondió el rey—. Es lo más difícil. Es mucho más difícil juzgarse a sí mismo, que juzgar a los otros. Si consigues juzgarte rectamente es que eres un verdadero sabio.

—Yo puedo juzgarme a mí mismo en cualquier parte y no tengo necesidad de vivir aquí.

—¡Ejem, ejem! Creo —dijo el rey— que en alguna parte del planeta vive una rata vieja; yo la oigo por la noche. Tu podrás juzgar a esta rata vieja. La condenarás a muerte de vez en cuando. Su vida dependería de tu justicia y la indultarás en cada juicio para conservarla, ya que no hay más que una.

—A mí no me gusta condenar a muerte a nadie —dijo el principito—. Creo que me voy a marchar.

—No —dijo el rey.

Pero el principito, que habiendo terminado ya sus preparativos no quiso disgustar al viejo monarca, dijo:

—Si Vuestra Majestad deseara ser obedecido puntualmente, podría dar una orden razonable.

Podría ordenarme, por ejemplo, partir antes de un minuto. Me parece que las condiciones son favorables...

Como el rey no respondiera nada, el principito vaciló primero y con un suspiro emprendió la marcha.

—¡Te nombro mi embajador! —se apresuró a gritar el rey. Tenía un aspecto de gran autoridad.

"Las personas mayores son muy extrañas", se decía el principito para sí mismo durante el viaje.

CAPÍTULO ONCE

El segundo planeta estaba habitado por un vanidoso:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Un admirador viene a visitarme! —Gritó el vanidoso al divisar a lo lejos al principito.

Para los vanidosos todos los demás hombres son admiradores.

—¡Buenos días! —dijo el principito—. ¡Qué sombrero tan raro tiene!

—Es para saludar a los que me aclaman —respondió el vanidoso. Desgraciadamente nunca pasa nadie por aquí.

—¿Ah, sí? —preguntó sin comprender el principito.

—Golpea tus manos una contra otra —le aconsejó el vanidoso.

El principito aplaudió y el vanidoso le saludó modestamente levantando el sombrero.

"Esto parece más divertido que la visita al rey", se dijo para sí el principito, que continuó aplaudiendo mientras el vanidoso volvía a saludarle quitándose el sombrero.

A los cinco minutos el principito se cansó con la monotonía de aquel juego.

—¿Qué hay que hacer para que el sombrero se caiga? —preguntó el principito.

Pero el vanidoso no le oyó. Los vanidosos sólo oyen las alabanzas.

—¿Tú me admiras mucho, verdad? —preguntó el vanidoso al principito.

—¿Qué significa admirar?

—Admirar significa reconocer que yo soy el hombre más bello, el mejor vestido, el más rico y el más inteligente del planeta.

—¡Si tú estás solo en tu planeta!

—¡Hazme ese favor, admírame de todas maneras!

—¡Bueno! Te admiro —dijo el principito encogiéndose de hombros—, pero ¿para qué te sirve?

Y el principito se marchó.

"Decididamente, las personas mayores son muy extrañas", se decía para sí el principito durante su viaje.

CAPÍTULO DOCE

El tercer planeta estaba habitado por un bebedor. Fue una visita muy corta, pues hundió al principito en una gran melancolía.

—¿Qué haces ahí? —preguntó al bebedor que estaba sentado en silencio ante un sinnúmero de botellas vacías y otras tantas botellas llenas.

—¡Bebo! —respondió el bebedor con tono lúgubre.

—¿Por qué bebes? —volvió a preguntar el principito.

—Para olvidar.

—¿Para olvidar qué? —inquirió el principito ya compadecido.

—Para olvidar que siento vergüenza —confesó el bebedor bajando la cabeza.

—¿Vergüenza de qué? —se informó el principito deseoso de ayudarle.

—¡Vergüenza de beber! —concluyó el bebedor, que se encerró nueva y definitivamente en el silencio.

Y el principito, perplejo, se marchó.

"No hay la menor duda de que las personas mayores son muy extrañas", seguía diciéndose para sí el principito durante su viaje.

CAPÍTULO TRECE

El cuarto planeta estaba ocupado por un hombre de negocios. Este hombre estaba tan abstraído que ni siquiera levantó la cabeza a la llegada del principito.

—¡Buenos días! —le dijo éste—. Su cigarro se ha apagado.

—Tres y dos cinco. Cinco y siete doce. Doce y tres quince. ¡Buenos días! Quince y siete veintidós. Veintidós y seis veintiocho. No tengo tiempo de encenderlo. Veintiocho y tres treinta y uno. ¡Uf!

Esto suma quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno.

—¿Quinientos millones de qué?

—¿Eh? ¿Estás ahí todavía? Quinientos millones de... ya no sé... ¡He trabajado tanto! ¡Yo soy un hombre serio y no me entretengo en tonterías! Dos y cinco siete...

—¿Quinientos millones de qué? —volvió a preguntar el principito, que nunca en su vida había renunciado a una pregunta una vez que la había formulado.

El hombre de negocios levantó la cabeza:

—Desde hace cincuenta y cuatro años que habito este planeta, sólo me han molestado tres veces. La primera, hace veintidós años, fue por un abejorro que había caído aquí de Dios sabe dónde.

Hacía un ruido insoportable y me hizo cometer cuatro errores en una suma. La segunda vez por una crisis de reumatismo, hace once años. Yo no hago ningún ejercicio, pues no tengo tiempo de callejear.

Soy un hombre serio. Y la tercera vez... ¡la tercera vez es ésta! Decía, pues, quinientos un millones...

—¿Millones de qué?

El hombre de negocios comprendió que no tenía ninguna esperanza de que lo dejaran en paz.

—Millones de esas pequeñas cosas que algunas veces se ven en el cielo.

—¿Moscas?

—¡No, cositas que brillan!

—¿Abejas?

—No. Unas cositas doradas que hacen desvariar a los holgazanes. ¡Yo soy un hombre serio y no tengo tiempo de desvariar!

—¡Ah! ¿Estrellas?

—Eso es. Estrellas.

—¿Y qué haces tú con quinientos millones de estrellas?

—Quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno. Yo soy un hombre serio y exacto.

—¿Y qué haces con esas estrellas?

—¿Que qué hago con ellas?

—Sí.

—Nada. Las poseo.

—¿Que las estrellas son tuyas?

—Sí.

—Yo he visto un rey que...

—Los reyes no poseen nada... Reinan. Es muy diferente.

—¿Y de qué te sirve poseer las estrellas?

—Me sirve para ser rico.

—¿Y de qué te sirve ser rico?

—Me sirve para comprar más estrellas si alguien las descubre.

"Este, se dijo a sí mismo el principito, razona poco más o menos como mi borracho".

No obstante le siguió preguntando:

—¿Y cómo es posible poseer estrellas?

—¿De quién son las estrellas? —contestó punzante el hombre de negocios.

—No sé. . . De nadie.

—Entonces son mías, puesto que he sido el primero a quien se le ha ocurrido la idea.

—¿Y eso basta?

—Naturalmente. Si te encuentras un diamante que nadie reclama, el diamante es tuyo. Si encontraras una isla que a nadie pertenece, la isla es tuya. Si eres el primero en tener una idea y la haces patentar, nadie puede aprovecharla: es tuya. Las estrellas son mías, puesto que nadie, antes que yo, ha pensado en poseerlas.

—Eso es verdad —dijo el principito— ¿y qué haces con ellas?

—Las administro. Las cuento y las recuento una y otra vez —contestó el hombre de negocios—. Es algo difícil. ¡Pero yo soy un hombre serio!

El principito no quedó del todo satisfecho.

—Si yo tengo una bufanda, puedo ponérmela al cuello y llevármela. Si soy dueño de una flor, puedo cortarla y llevármela también. ¡Pero tú no puedes llevarte las estrellas!

—Pero puedo colocarlas en un banco.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que escribo en un papel el número de estrellas que tengo y guardo bajo llave en un cajón ese papel.

—¿Y eso es todo?

—¡Es suficiente!

"Es divertido", pensó el principito. "Es incluso bastante poético. Pero no es muy serio".

El principito tenía sobre las cosas serias ideas muy diferentes de las ideas de las personas mayores.

—Yo —dijo aún— tengo una flor a la que riego todos los días; poseo tres volcanes a los que deshollino todas las semanas, pues también me ocupo del que está extinguido; nunca se sabe lo que puede ocurrir. Es útil, pues, para mis volcanes y para mi flor que yo las posea. Pero tú, tú no eres nada útil para las estrellas...

El hombre de negocios abrió la boca, pero no encontró respuesta.

El principito abandonó aquel planeta.

"Las personas mayores, decididamente, son extraordinarias", se decía a sí mismo con sencillez durante el viaje.

CAPÍTULO CATORCE

El quinto planeta era muy curioso. Era el más pequeño de todos, pues apenas cabían en él un farol y el farolero que lo habitaba. El principito no lograba explicarse para qué servirían allí, en el cielo, en un planeta sin casas y sin población un farol y un farolero. Sin embargo, se dijo a sí mismo:

"Este hombre, quizás, es absurdo. Sin embargo, es menos absurdo que el rey, el vanidoso, el hombre de negocios y el bebedor. Su trabajo, al menos, tiene sentido. Cuando enciende su farol, es igual que si hiciera nacer una estrella más o una flor y cuando lo apaga hace dormir a la flor o a la estrella. Es una ocupación muy bonita y por ser bonita es verdaderamente útil".

Cuando llegó al planeta saludó respetuosamente al farolero:

—¡Buenos días! ¿Por qué acabas de apagar tu farol?

—Es la consigna —respondió el farolero—. ¡Buenos días!

—¿Y qué es la consigna?

—Apagar mi farol. ¡Buenas noches!

Y encendió el farol.

—¿Y por qué acabas de volver a encenderlo?

—Es la consigna.

—No lo comprendo —dijo el principito.

—No hay nada que comprender —dijo el farolero—. La consigna es la consigna. ¡Buenos días!

Y apagó su farol.

Luego se enjugó la frente con un pañuelo de cuadros rojos.

—Mi trabajo es algo terrible. En otros tiempos era razonable; apagaba el farol por la mañana y lo encendía por la tarde. Tenía el resto del día para reposar y el resto de la noche para dormir.

—¿Y luego cambiaron la consigna?

—Ese es el drama, que la consigna no ha cambiado —dijo el farolero —. El planeta gira cada vez más de prisa de año en año y la consigna sigue siendo la misma.

—¿Y entonces? —dijo el principito.

—Como el planeta da ahora una vuelta completa cada minuto, yo no tengo un segundo de reposo. Enciendo y apago una vez por minuto.

—¡Eso es raro! ¡Los días sólo duran en tu tierra un minuto!

—Esto no tiene nada de divertido —dijo el farolero—. Hace ya un mes que tú y yo estamos hablando.

—¿Un mes?

—Sí, treinta minutos. ¡Treinta días! ¡Buenas noches!

Y volvió a encender su farol.

El principito lo miró y le gustó este farolero que tan fielmente cumplía la consigna. Recordó las puestas de sol que en otro tiempo iba a buscar arrastrando su silla. Quiso ayudarle a su amigo.

—¿Sabes? Yo conozco un medio para que descanses cuando quieras...

—Yo quiero descansar siempre —dijo el farolero.

Se puede ser a la vez fiel y perezoso.

El principito prosiguió:

—Tu planeta es tan pequeño que puedes darle la vuelta en tres zancadas. No tienes que hacer más que caminar muy lentamente para quedar siempre al sol. Cuando quieras descansar, caminarás... y el día durará tanto tiempo cuanto quieras.

—Con eso no adelanto gran cosa —dijo el farolero—, lo que a mí me gusta en la vida es dormir.

—No es una suerte —dijo el principito.

—No, no es una suerte —replicó el farolero—. ¡Buenos días!

Y apagó su farol.

Mientras el principito proseguía su viaje, se iba diciendo para sí: "Este sería despreciado por los otros, por el rey, por el vanidoso, por el bebedor, por el hombre de negocios. Y, sin embargo, es el único que no me parece ridículo, quizás porque se ocupa de otra cosa y no de sí mismo. Lanzó un suspiro de pena y continuó diciéndose:

"Es el único de quien pude haberme hecho amigo. Pero su planeta es demasiado pequeño y no hay lugar para dos..."

Lo que el principito no se atrevía a confesarse, era que la causa por la cual lamentaba no quedarse en este bendito planeta se debía a las mil cuatrocientas cuarenta puestas de sol que podría disfrutar cada veinticuatro horas.

CAPÍTULO QUINCE

El sexto planeta era diez veces más grande. Estaba habitado por un anciano que escribía grandes libros.

—¡Anda, un explorador! —exclamó cuando divisó al principito.

Este se sentó sobre la mesa y reposó un poco. ¡Había viajado ya tanto!

—¿De dónde vienes tú? —le preguntó el anciano.

—¿Qué libro es ese tan grande? —preguntó a su vez el principito—. ¿Qué hace usted aquí?

—Soy geógrafo —dijo el anciano.

—¿Y qué es un geógrafo?

—Es un sabio que sabe donde están los mares, los ríos, las ciudades, las montañas y los desiertos.

—Eso es muy interesante —dijo el principito—. ¡Y es un verdadero oficio!

Dirigió una mirada a su alrededor sobre el planeta del geógrafo; nunca había visto un planeta tan majestuoso.

—Es muy hermoso su planeta. ¿Hay océanos aquí?

—No puedo saberlo —dijo el geógrafo.

—¡Ah! (El principito se sintió decepcionado). ¿Y montañas?

—No puedo saberlo —repitió el geógrafo.

—¿Y ciudades, ríos y desiertos?

—Tampoco puedo saberlo.

—¡Pero usted es geógrafo!

—Exactamente —dijo el geógrafo—, pero no soy explorador, ni tengo exploradores que me informen. El geógrafo no puede estar de acá para allá contando las ciudades, los ríos, las montañas, los océanos y los desiertos; es demasiado importante para deambular por ahí. Se queda en su despacho y allí recibe a los exploradores. Les interroga y toma nota de sus informes. Si los informes de alguno de ellos le parecen interesantes, manda hacer una investigación sobre la moralidad del explorador.

—¿Para qué?

—Un explorador que mintiera sería una catástrofe para los libros de geografía. Y también lo sería un explorador que bebiera demasiado.

—¿Por qué? —preguntó el principito.

—Porque los borrachos ven doble y el geógrafo pondría dos montañas donde sólo habría una.

—Conozco a alguien —dijo el principito—, que sería un mal explorador.

—Es posible. Cuando se está convencido de que la moralidad del explorador es buena, se hace una investigación sobre su descubrimiento.

—¿ Se va a ver?

—No, eso sería demasiado complicado. Se exige al explorador que suministre pruebas. Por ejemplo, si se trata del descubrimiento de una gran montaña, se le pide que traiga grandes piedras.

Súbitamente el geógrafo se sintió emocionado:

—Pero... ¡tú vienes de muy lejos! ¡Tú eres un explorador! Vas a describirme tu planeta.

Y el geógrafo abriendo su registro afiló su lápiz. Los relatos de los exploradores se escriben primero con lápiz. Se espera que el explorador presente sus pruebas para pasarlos a tinta.

—¿Y bien? —interrogó el geógrafo.

—¡Oh! Mi tierra —dijo el principito— no es interesante, todo es muy pequeño. Tengo tres volcanes, dos en actividad y uno extinguido; pero nunca se sabe...

—No, nunca se sabe —dijo el geógrafo.

—Tengo también una flor.

—De las flores no tomamos nota.

—¿Por qué? ¡Son lo más bonito!

—Porque las flores son efímeras.

—¿Qué significa "efímera"?

—Las geografías —dijo el geógrafo— son los libros más preciados e interesantes; nunca pasan de moda. Es muy raro que una montaña cambie de sitio o que un océano quede sin agua. Los geógrafos escribimos sobre cosas eternas.

—Pero los volcanes extinguidos pueden despertarse —interrumpió el principito—. ¿Qué significa "efímera"?

—Que los volcanes estén o no en actividad es igual para nosotros. Lo interesante es la montaña que nunca cambia.

—Pero, ¿qué significa "efímera"? —repitió el principito que en su vida había renunciado a una pregunta una vez formulada.

—Significa que está amenazado de próxima desaparición.

—¿Mi flor está amenazada de desaparecer próximamente?

—Indudablemente.

"Mi flor es efímera —se dijo el principito— y no tiene más que cuatro espinas para defenderse contra el mundo. ¡Y la he dejado allá sola en mi casa!". Por primera vez se arrepintió de haber dejado su planeta, pero bien pronto recobró su valor.

—¿Qué me aconseja usted que visite ahora? —preguntó.

—La Tierra —le contestó el geógrafo—. Tiene muy buena reputación...

Y el principito partió pensando en su flor.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El séptimo planeta fue, por consiguiente, la Tierra.

¡La Tierra no es un planeta cualquiera! Se cuentan en él ciento once reyes (sin olvidar, naturalmente, los reyes negros), siete mil geógrafos, novecientos mil hombres de negocios, siete millones y medio de borrachos, trescientos once millones de vanidosos, es decir, alrededor de dos mil millones de personas mayores.

Para darles una idea de las dimensiones de la Tierra yo les diría que antes de la invención de la electricidad había que mantener sobre el conjunto de los seis continentes un verdadero ejército de cuatrocientos sesenta y dos mil quinientos once faroleros.

Vistos desde lejos, hacían un espléndido efecto. Los movimientos de este ejército estaban regulados como los de un ballet de ópera. Primero venía el turno de los faroleros de Nueva Zelandia y de Australia. Encendían sus faroles y se iban a dormir. Después tocaba el turno en la danza a los faroleros de China y Siberia, que a su vez se perdían entre bastidores. Luego seguían los faroleros de Rusia y la India, después los de África y Europa y finalmente, los de América del Sur y América del Norte. Nunca se equivocaban en su orden de entrada en escena. Era grandioso.

Solamente el farolero del único farol del polo norte y su colega del único farol del polo sur, llevaban una vida de ociosidad y descanso. No trabajaban más que dos veces al año.

CAPÍTULO DIECISIETE

Cuando se quiere ser ingenioso, sucede que se miente un poco. No he sido muy honesto al hablar de los faroleros y corro el riesgo de dar una falsa idea de nuestro planeta a los que no lo conocen.

Los hombres ocupan muy poco lugar sobre la Tierra. Si los dos mil millones de habitantes que la pueblan se pusieran de pie y un poco apretados, como en un mitin, cabrían fácilmente en una plaza de veinte millas de largo por veinte de ancho. La humanidad podría amontonarse sobre el más pequeño islote del Pacífico.

Las personas mayores no les creerán, seguramente, pues siempre se imaginan que ocupan mucho sitio. Se creen importantes como los baobabs. Les dirán, pues, que hagan el cálculo; eso les gustará ya que adoran las cifras. Pero no es necesario que pierdan el tiempo inútilmente, puesto que tienen confianza en mí.

El principito, una vez que llegó a la Tierra, quedó sorprendido de no ver a nadie. Tenía miedo de haberse equivocado de planeta, cuando un anillo de color de luna se revolvió en la arena.

—¡Buenas noches! —dijo el principito.

—¡Buenas noches! —dijo la serpiente.

—¿Sobre qué planeta he caído? —preguntó el principito.

—Sobre la Tierra, en África —respondió la serpiente.

—¡Ah! ¿Y no hay nadie sobre la Tierra?

—Esto es el desierto. En los desiertos no hay nadie. La Tierra es muy grande —dijo la serpiente.

El principito se sentó en una piedra y elevó los ojos al cielo.

—Yo me pregunto —dijo— si las estrellas están encendidas para que cada cual pueda un día encontrar la suya. Mira mi planeta; está precisamente encima de nosotros... Pero... ¡qué lejos está!

—Es muy bella —dijo la serpiente—. ¿Y qué vienes tú a hacer aquí?

—Tengo problemas con una flor —dijo el principito.

—¡Ah!

Y se callaron.

—¿Dónde están los hombres? —prosiguió por fin el principito. Se está un poco solo en el desierto...

—También se está solo donde los hombres —afirmó la serpiente.

El principito la miró largo rato y le dijo:

—Eres un bicho raro, delgado como un dedo...

—Pero soy más poderoso que el dedo de un rey —le interrumpió la serpiente.

El principito sonrió:

—No me pareces muy poderoso... ni siquiera tienes patas... ni tan siquiera puedes viajar...

—Puedo llevarte más lejos que un navío —dijo la serpiente.

Se enroscó alrededor del tobillo del principito como un brazalete de oro.

—Al que yo toco, le hago volver a la tierra de donde salió. Pero tú eres puro y vienes de una estrella...

El principito no respondió.

—Me das lástima, tan débil sobre esta tierra de granito. Si algún día echas mucho de menos tu planeta, puedo ayudarte. Puedo...

—¡Oh! —dijo el principito—. Te he comprendido. Pero ¿por qué hablas con enigmas?

—Yo los resuelvo todos —dijo la serpiente.

Y se callaron.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El principito atravesó el desierto en el que sólo encontró una flor de tres pétalos, una flor de nada.

—¡Buenos días! —dijo el principito.

—¡Buenos días! —dijo la flor.

—¿Dónde están los hombres? —preguntó cortésmente el principito.

La flor, un día, había visto pasar una caravana.

—¿Los hombres? No existen más que seis o siete, me parece. Los he visto hace ya años y nunca se sabe dónde encontrarlos. El viento los pasea. Les faltan las raíces. Esto les molesta.

—Adiós —dijo el principito.

—Adiós —dijo la flor.

CAPÍTULO DIECINUEVE

El principito escaló hasta la cima de una alta montaña. Las únicas montañas que él había conocido eran los tres volcanes que le llegaban a la rodilla. El volcán extinguido lo utilizaba como taburete. "Desde una montaña tan alta como ésta, se había dicho, podré ver todo el planeta y a todos los hombres..." Pero no alcanzó a ver más que algunas puntas de rocas.

—¡Buenos días! —exclamó el principito al acaso.

—¡Buenos días! ¡Buenos días! ¡Buenos días! —respondió el eco.

—¿Quién eres tú? —preguntó el principito.

—¿Quién eres tú?... ¿Quién eres tú?... ¿Quién eres tú?... —contestó el eco.

—Sed mis amigos, estoy solo —dijo el principito.

—Estoy solo... estoy solo... estoy solo... —repitió el eco.

"¡Qué planeta más raro! —pensó entonces el principito—, es seco, puntiagudo y salado. Y los hombres carecen de imaginación; no hacen más que repetir lo que se les dice... En mi tierra tenía una flor: hablaba siempre la primera... "

CAPÍTULO VEINTE

Pero sucedió que el principito, habiendo atravesado arenas, rocas y nieves, descubrió finalmente un camino. Y los caminos llevan siempre a la morada de los hombres.

—¡Buenos días! —dijo.

Era un jardín cuajado de rosas.

—¡Buenos días! —dijeran las rosas.

El principito las miró. ¡Todas se parecían tanto a su flor!

—¿Quiénes son ustedes? —les preguntó estupefacto.

—Somos las rosas —respondieron éstas.

—¡Ah! —exclamó el principito.

Y se sintió muy desgraciado. Su flor le había dicho que era la única de su especie en todo el universo. ¡Y ahora tenía ante sus ojos más de cinco mil todas semejantes, en un solo jardín!

Si ella viese todo esto, se decía el principito, se sentiría vejada, tosería muchísimo y simularía morir para escapar al ridículo. Y yo tendría que fingirle cuidados, pues sería capaz de dejarse morir verdaderamente para humillarme a mí también... "

Y luego continuó diciéndose: "Me creía rico con una flor única y resulta que no tengo más que una rosa ordinaria. Eso y mis tres volcanes que apenas me llegan a la rodilla y uno de los cuales acaso esté extinguido para siempre. Realmente no soy un gran príncipe... " Y echándose sobre la hierba, el principito lloró.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Entonces apareció el zorro:

—¡Buenos días! —dijo el zorro.

—¡Buenos días! —respondió cortésmente el principito que se volvió pero no vio nada.

—Estoy aquí, bajo el manzano —dijo la voz.

—¿Quién eres tú? —preguntó el principito—. ¡Qué bonito eres!

—Soy un zorro —dijo el zorro.

—Ven a jugar conmigo —le propuso el principito—, ¡estoy tan triste!

—No puedo jugar contigo —dijo el zorro—, no estoy domesticado.

—¡Ah, perdón! —dijo el principito.

Pero después de una breve reflexión, añadió:

—¿Qué significa "domesticar"?

—Tú no eres de aquí —dijo el zorro— ¿qué buscas?

—Busco a los hombres —le respondió el principito—. ¿Qué significa "domesticar"?

—Los hombres —dijo el zorro— tienen escopetas y cazan. ¡Es muy molesto! Pero también crían gallinas. Es lo único que les interesa. ¿Tú buscas gallinas?

—No —dijo el principito—. Busco amigos. ¿Qué significa "domesticar"? —volvió a preguntar el principito.

—Es una cosa ya olvidada —dijo el zorro—, significa "crear vínculos... "

—¿Crear vínculos?

—Efectivamente, verás —dijo el zorro—. Tú no eres para mí todavía más que un muchachito igual a otros cien mil muchachitos y no te necesito para nada. Tampoco tú tienes necesidad de mí y no soy para ti más que un zorro entre otros cien mil zorros semejantes. Pero si tú me domesticas, entonces tendremos necesidad el uno del otro. Tú serás para mí único en el mundo, yo seré para ti único en el mundo...

—Comienzo a comprender —dijo el principito—. Hay una flor... creo que ella me ha domesticado...

—Es posible —concedió el zorro—, en la Tierra se ven todo tipo de cosas.

—¡Oh, no es en la Tierra! —exclamó el principito.

El zorro pareció intrigado:

—¿En otro planeta?

—Sí.

—¿Hay cazadores en ese planeta?

—No.

—¡Qué interesante! ¿Y gallinas?

—No.

—Nada es perfecto —suspiró el zorro.

Y después volviendo a su idea:

—Mi vida es muy monótona. Cazo gallinas y los hombres me cazan a mí. Todas las gallinas se parecen y todos los hombres son iguales; por consiguiente me aburro un poco. Si tú me domesticas, mi vida estará llena de sol. Conoceré el rumor de unos pasos diferentes a todos los demás. Los otros pasos me hacen esconder bajo la tierra; los tuyos me llamarán fuera de la madriguera como una música. Y además, ¡mira! ¿Ves allá abajo los campos de trigo? Yo no como pan y por lo tanto el trigo es para mí algo inútil. Los campos de trigo no me recuerdan nada y eso me pone triste. ¡Pero tú tienes los cabellos dorados y será algo maravilloso cuando me domestiques! El trigo, que es dorado también, será un recuerdo de ti. Y amaré el ruido del viento en el trigo.

El zorro se calló y miró un buen rato al principito:

—Por favor... domestícame —le dijo.

—Bien quisiera —le respondió el principito pero no tengo mucho tiempo. He de buscar amigos y conocer muchas cosas.

—Sólo se conocen bien las cosas que se domestican —dijo el zorro—. Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada. Lo compran todo hecho en las tiendas. Y como no hay tiendas donde vendan amigos, los hombres no tienen ya amigos. ¡Si quieres un amigo, domestícame!

—¿Qué debo hacer? —preguntó el principito.

—Debes tener mucha paciencia —respondió el zorro—. Te sentarás al principio un poco lejos de mí, así, en el suelo; yo te miraré con el rabillo del ojo y tú no me dirás nada. El lenguaje es fuente de malos entendidos. Pero cada día podrás sentarte un poco más cerca...

El principito volvió al día siguiente.

—Hubiera sido mejor —dijo el zorro— que vinieras a la misma hora. Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde; desde las tres yo empezaría a ser dichoso. Cuanto más avance la hora, más feliz me sentiré. A las cuatro me sentiré agitado e inquieto, descubriré así lo que vale la felicidad. Pero si tú vienes a cualquier hora, nunca sabré cuándo preparar mi corazón... Los ritos son necesarios.

—¿Qué es un rito? —inquirió el principito.

—Es también algo demasiado olvidado —dijo el zorro—. Es lo que hace que un día no se parezca a otro día y que una hora sea diferente a otra. Entre los cazadores, por ejemplo, hay un rito. Los jueves bailan con las muchachas del pueblo. Los jueves entonces son días maravillosos en los que puedo ir de paseo hasta la viña. Si los cazadores no bailaran en día fijo, todos los días se parecerían y yo no tendría vacaciones.

De esta manera el principito domesticó al zorro. Y cuando se fue acercando el día de la partida:

—¡Ah! —dijo el zorro—, lloraré.

—Tuya es la culpa —le dijo el principito—, yo no quería hacerte daño, pero tú has querido que te domestique...

—Ciertamente —dijo el zorro.

—¡Y vas a llorar!, —dijo él principito.

—¡Seguro!

—No ganas nada.

—Gano —dijo el zorro— he ganado a causa del color del trigo.

Y luego añadió:

—Vete a ver las rosas; comprenderás que la tuya es única en el mundo. Volverás a decirme adiós y yo te regalaré un secreto.

El principito se fue a ver las rosas a las que dijo:

—No son nada, ni en nada se parecen a mi rosa. Nadie las ha domesticado ni ustedes han domesticado a nadie. Son como el zorro era antes, que en nada se diferenciaba de otros cien mil zorros.

Pero yo le hice mi amigo y ahora es único en el mundo.

Las rosas se sentían molestas oyendo al principito, que continuó diciéndoles:

—Son muy bellas, pero están vacías y nadie daría la vida por ustedes. Cualquiera que las vea podrá creer indudablemente que mí rosa es igual que cualquiera de ustedes. Pero ella se sabe más importante que todas, porque yo la he regado, porque ha sido a ella a la que abrigué con el fanal, porque yo le maté los gusanos (salvo dos o tres que se hicieron mariposas) y es a ella a la que yo he oído quejarse, alabarse y algunas veces hasta callarse. Porque es mi rosa, en fin.

Y volvió con el zorro.

—Adiós —le dijo.

—Adiós —dijo el zorro—. He aquí mi secreto, que no puede ser más simple : sólo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible para los ojos.

—Lo esencial es invisible para los ojos —repitió el principito para acordarse.

—Lo que hace más importante a tu rosa, es el tiempo que tú has perdido con ella.

—Es el tiempo que yo he perdido con ella... —repitió el principito para recordarlo.

—Los hombres han olvidado esta verdad —dijo el zorro—, pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Tú eres responsable de tu rosa...

—Yo soy responsable de mi rosa... —repitió el principito a fin de recordarlo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

—¡Buenos días! —dijo el principito.

—¡Buenos días! —respondió el guardavía.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el principito.

—Formo con los viajeros paquetes de mil y despacho los trenes que los llevan, ya a la derecha, ya a la izquierda.

Y un tren rápido iluminado, rugiendo como el trueno, hizo temblar la caseta del guardavía.

—Tienen mucha prisa —dijo el principito—. ¿Qué buscan?

—Ni siquiera el conductor de la locomotora lo sabe —dijo el guardavía.

Un segundo rápido iluminado rugió en sentido inverso.

—¿Ya vuelve? —preguntó el principito.

—No son los mismos —contestó el guardavía—. Es un cambio.

—¿No se sentían contentos donde estaban?

—Nunca se siente uno contento donde está —respondió el guardavía.

Y rugió el trueno de un tercer rápido iluminado.

—¿Van persiguiendo a los primeros vi ajeros? —preguntó el principito.

—No persiguen absolutamente nada —le dijo el guardavía—; duermen o bostezan allí dentro.

Únicamente los niños aplastan su nariz contra los vidrios.

—Únicamente los niños saben lo que buscan —dijo el principito. Pierden el tiempo con una muñeca de trapo que viene a ser lo más importante para ellos y si se la quitan, lloran...

—¡Qué suerte tienen! —dijo el guardavía.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

—¡Buenos días! —dijo el principito.

—¡Buenos días! —respondió el comerciante.

Era un comerciante de píldoras perfeccionadas que quitan la sed. Se toma una por semana y ya no se sienten ganas de beber.

—¿Por qué vendes eso? —preguntó el principito.

—Porque con esto se economiza mucho tiempo. Según el cálculo hecho por los expertos, se ahorran cincuenta y tres minutos por semana.

—¿Y qué se hace con esos cincuenta y tres minutos?

—Lo que cada uno quiere... "

"Si yo dispusiera de cincuenta y tres minutos —pensó el principito— caminaría suavemente hacia una fuente..."

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Era el octavo día de mi avería en el desierto y había escuchado la historia del comerciante bebiendo la última gota de mi provisión de agua.

—¡Ah —le dije al principito—, son muy bonitos tus cuentos, pero yo no he reparado mi avión, no tengo nada para beber y sería muy feliz si pudiera irme muy tranquilo en busca de una fuente!

—Mi amigo el zorro..., me dijo...

—No se trata ahora del zorro, muchachito...

—¿Por qué?

—Porque nos vamos a morir de sed...

No comprendió mi razonamiento y replicó:

—Es bueno haber tenido un amigo, aún si vamos a morir. Yo estoy muy contento de haber tenido un amigo zorro.

"Es incapaz de medir el peligro —me dije — Nunca tiene hambre ni sed y un poco de sol le basta..."

El principito me miró y respondió a mi pensamiento:

—Tengo sed también... vamos a buscar un pozo. ..

Tuve un gesto de cansancio; es absurdo buscar un pozo, al azar, en la inmensidad del desierto.

Sin embargo, nos pusimos en marcha.

Después de dos horas de caminar en silencio, cayó la noche y las estrellas comenzaron a brillar.

Yo las veía como en sueño, pues a causa de la sed tenía un poco de fiebre. Las palabras del principito danzaban en mi mente.

—¿Tienes sed, tú también? —le pregunté. Pero no respondió a mi pregunta, diciéndome simplemente:

—El agua puede ser buena también para el corazón...

No comprendí sus palabras, pero me callé; sabía muy bien que no había que interrogarlo.

El principito estaba cansado y se sentó; yo me senté a su lado y después de un silencio me dijo:

—Las estrellas son hermosas, por una flor que no se ve...

Respondí "seguramente" y miré sin hablar los pliegues que la arena formaba bajo la luna.

—El desierto es bello —añadió el principito.

Era verdad; siempre me ha gustado el desierto. Puede uno sentarse en una duna, nada se ve, nada se oye y sin embargo, algo resplandece en el silencio...

—Lo que más embellece al desierto —dijo el principito— es el pozo que oculta en algún sitio...

Me quedé sorprendido al comprender súbitamente ese misterioso resplandor de la arena. Cuando yo era niño vivía en una casa antigua en la que, según la leyenda, había un tesoro escondido. Sin duda que nadie supo jamás descubrirlo y quizás nadie lo buscó, pero parecía toda encantada por ese tesoro.

Mi casa ocultaba un secreto en el fondo de su corazón...

—Sí —le dije al principito— ya se trate de la casa, de las estrellas o del desierto, lo que les embellece es invisible.

—Me gusta —dijo el principito— que estés de acuerdo con mi zorro.

Como el principito se dormía, lo tomé en mis brazos y me puse nuevamente en camino. Me sentía emocionado llevando aquel frágil tesoro, y me parecía que nada más frágil había sobre la Tierra.

Miraba a la luz de la luna aquella frente pálida, aquellos ojos cerrados, los cabellos agitados por el viento y me decía: "lo que veo es sólo la corteza; lo más importante es invisible... "

Como sus labios entreabiertos esbozaron una sonrisa, me dije: "Lo que más me emociona de este principito dormido es su fidelidad a una flor, es la imagen de la rosa que resplandece en él como la llama de una lámpara, incluso cuando duerme... " Y lo sentí más frágil aún. Pensaba que a las lámparas hay que protegerlas: una racha de viento puede apagarlas...

Continué caminando y al rayar el alba descubrí el pozo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

—Los hombres —dijo el principito— se meten en los rápidos pero no saben dónde van ni lo que quieren. . . Entonces se agitan y dan vueltas...

Y añadió:

—¡No vale la pena!...

El pozo que habíamos encontrado no se parecía en nada a los pozos saharianos. Estos pozos son simples agujeros que se abren en la arena. El que teníamos ante nosotros parecía el pozo de un pueblo; pero por allí no había ningún pueblo y me parecía estar soñando.

—¡Es extraño! —le dije al principito—. Todo está a punto: la roldana, el balde y la cuerda...

Se rió y tocó la cuerda; hizo mover la roldana. Y la roldana gimió como una vieja veleta cuando el viento ha dormido mucho.

—¿Oyes? —dijo el principito—. Hemos despertado al pozo y canta.

No quería que el principito hiciera el menor esfuerzo y le dije:

—Déjame a mí, es demasiado pesado para ti.

Lentamente subí el cubo hasta el brocal donde lo dejé bien seguro. En mis oídos sonaba aún el canto de la roldana y veía temblar al sol en el agua agitada.

—Tengo sed de esta agua —dijo el principito—, dame de beber...

¡Comprendí entonces lo que él había buscado!

Levanté el balde hasta sus labios y el principito bebió con los ojos cerrados. Todo era bello como una fiesta. Aquella agua era algo más que un alimento. Había nacido del caminar bajo las estrellas, del canto de la roldana, del esfuerzo de mis brazos. Era como un regalo para el corazón. Cuando yo era niño, las luces del árbol de Navidad, la música de la misa de medianoche, la dulzura de las sonrisas, daban su resplandor a mi regalo de Navidad.

—Los hombres de tu tierra —dijo el principito— cultivan cinco mil rosas en un jardín y no encuentran lo que buscan.

—No lo encuentran nunca —le respondí. —Y sin embargo, lo que buscan podrían encontrarlo en una sola rosa o en un poco de agua...

—Sin duda, respondí. Y el principito añadió:

—Pero los ojos son ciegos. Hay que buscar con el corazón.

Yo había bebido y me encontraba bien. La arena, al alba, era color de miel, del que gozaba hasta sentirme dichoso. ¿Por qué había de sentirme triste?

—Es necesario que cumplas tu promesa —dijo dulcemente el principito que nuevamente se había sentado junto a mí.

—¿Qué promesa?

—Ya sabes... el bozal para mi cordero... soy responsable de mi flor.

Saqué del bolsillo mis esbozos de dibujo. El principito los miró y dijo riendo:

—Tus baobabs parecen repollos...

—¡Oh! ¡Y yo que estaba tan orgulloso de mis baobabs!

—Tu zorro tiene orejas que parecen cuernos; son demasiado largas.

Y volvió a reír.

—Eres injusto, muchachito; yo no sabía dibujar más que boas cerradas y boas abiertas.

—¡Oh, todo se arreglará! —dijo el principito—. Los niños entienden.

Bosquejé, pues, un bozal y se lo alargué con el corazón oprimido:

—Tú tienes proyectos que yo ignoro...

Pero no me respondió.

—¿Sabes? —me dijo—. Mañana hace un año de mi caída en la Tierra...

Y después de un silencio, añadió:

—Caí muy cerca de aquí...

El principito se sonrojó y nuevamente, sin comprender por qué, experimenté una extraña tristeza.

Sin embargo, se me ocurrió preguntar:

—Entonces no te encontré por azar hace ocho días, cuando paseabas por estos lugares, a mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. ¿Es que volvías al punto de tu caída?

El principito enrojeció nuevamente.

Y añadí vacilante.

—¿Quizás por el aniversario?

El principito se ruborizó una vez más. Aunque nunca respondía a las preguntas, su rubor significaba una respuesta afirmativa.

—¡Ah! —le dije— tengo miedo.

Pero él me respondió:

—Tú debes trabajar ahora; vuelve, pues, junto a tu máquina, que yo te espero aquí. Vuelve mañana por la tarde.

Pero yo no estaba tranquilo y me acordaba del zorro. Si se deja uno domesticar, se expone a llorar un poco...

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Al lado del pozo había una ruina de un viejo muro de piedras. Cuando volví de mi trabajo al día siguiente por la tarde, vi desde lejos al principito sentado en lo alto con las piernas colgando. Lo oí que hablaba.

—¿No te acuerdas? ¡No es aquí con exactitud!

Alguien le respondió sin duda, porque él replicó:

—¡Sí, sí; es el día, pero no es este el lugar!

Proseguí mi marcha hacia el muro, pero no veía ni oía a nadie. Y sin embargo, el principito replicó de nuevo.

—¡Claro! Ya verás dónde comienza mi huella en la arena. No tienes más que esperarme, que allí estaré yo esta noche.

Yo estaba a veinte metros y continuaba sin distinguir nada.

El principito, después de un silencio, dijo aún:

—¿Tienes un buen veneno? ¿Estás segura de no hacerme sufrir mucho?

Me detuve con el corazón oprimido, siempre sin comprender.

—¡Ahora vete —dijo el principito—, quiero volver a bajarme!

Dirigí la mirada hacia el pie del muro e instintivamente di un brinco. Una serpiente de esas amarillas que matan a una persona en menos de treinta segundos, se erguía en dirección al principito.

Echando mano al bolsillo para sacar mi revólver, apreté el paso, pero, al ruido que hice, la serpiente se dejó deslizar suavemente por la arena como un surtidor que muere, y, sin apresurarse demasiado, se escurrió entre las piedras con un ligero ruido metálico.

Llegué junto al muro a tiempo de recibir en mis brazos a mi principito, que estaba blanco como la nieve.

—¿Pero qué historia es ésta? ¿De charla también con las serpientes?

Le quité su eterna bufanda de oro, le humedecí las sienes y le di de beber, sin atreverme a hacerle pregunta alguna. Me miró gravemente rodeándome el cuello con sus brazos. Sentí latir su corazón, como el de un pajarillo que muere a tiros de carabina.

—Me alegra —dijo el principito— que hayas encontrado lo que faltaba a tu máquina. Así podrás volver a tu tierra...

—¿Cómo lo sabes?

Precisamente venía a comunicarle que, a pesar de que no lo esperaba, había logrado terminar mi trabajo.

No respondió a mi pregunta, sino que añadió:

—También yo vuelvo hoy a mi planeta...

Luego, con melancolía:

—Es mucho más lejos... y más difícil...

Me daba cuenta de que algo extraordinario pasaba en aquellos momentos. Estreché al principito entre mis brazos como si fuera un niño pequeño, y no obstante, me pareció que descendía en picada hacia un abismo sin que fuera posible hacer nada para retenerlo.

Su mirada, seria, estaba perdida en la lejanía.

—Tengo tu cordero y la caja para el cordero. Y tengo también el bozal.

Y sonreía melancólicamente.

Esperé un buen rato. Sentía que volvía a entrar en calor poco a poco:

—Has tenido miedo, muchachito...

Lo había tenido, sin duda, pero sonrió con dulzura:

—Esta noche voy a tener más miedo...

Me quedé de nuevo helado por un sentimiento de algo irreparable. Comprendí que no podía soportar la idea de no volver a oír nunca más su risa. Era para mí como una fuente en el desierto.

—Muchachito, quiero oír otra vez tu risa...

Pero él me dijo:

—Esta noche hará un año. Mi estrella se encontrará precisamente encima del lugar donde caí el año pasado...

—¿No es cierto —le interrumpí— que toda esta historia de serpientes, de citas y de estrellas es tan sólo una pesadilla?

Pero el principito no respondió a mi pregunta y dijo:

—Lo más importante nunca se ve...

—Indudablemente...

—Es lo mismo que la flor. Si te gusta una flor que habita en una estrella, es muy dulce mirar al cielo por la noche. Todas las estrellas han florecido.

—Es indudable...

—Es como el agua. La que me diste a beber, gracias a la roldana y la cuerda, era como una música ¿te acuerdas? ¡Qué buena era!

—Sí, cierto...

—Por la noche mirarás las estrellas; mi casa es demasiado pequeña para que yo pueda señalarte dónde se encuentra. Así es mejor; mi estrella será para ti una cualquiera de ellas. Te gustará entonces mirar todas las estrellas. Todas ellas serán tus amigas. Y además, te haré un regalo...

Y rió una vez más.

—¡Ah, muchachito, muchachito, cómo me gusta oír tu risa!

—Mi regalo será ése precisamente, será como el agua...

—¿Qué quieres decir?

La gente tiene estrellas que no son las mismas. Para los que viajan, las estrellas son guías; para otros sólo son pequeñas lucecitas. Para los sabios las estrellas son problemas. Para mi hombre de negocios, eran oro. Pero todas esas estrellas se callan. Tú tendrás estrellas como nadie ha tenido...

—¿Qué quieres decir? —Cuando por las noches mires al cielo, al pensar que en una de aquellas estrellas estoy yo riendo, será para ti como si todas las estrellas riesen. ¡Tú sólo tendrás estrellas que saben reír!

Y rió nuevamente.

—Cuando te hayas consolado (siempre se consuela uno) estarás contento de haberme conocido.

Serás mi amigo y tendrás ganas de reír conmigo. Algunas veces abrirás tu ventana sólo por placer y tus amigos quedarán asombrados de verte reír mirando al cielo. Tú les explicarás: "Las estrellas me hacen reír siempre". Ellos te creerán loco. Y yo te habré jugado una mala pasada...

Y se rió otra vez.

—Será como si en vez de estrellas, te hubiese dado multitud de cascabelitos que saben reír...

Una vez más dejó oír su risa y luego se puso serio.

—Esta noche ¿sabes? no vengas...

—No te dejaré.

—Pareceré enfermo... Parecerá un poco que me muero... es así. ¡No vale la pena que vengas a ver eso...!

—No te dejaré.

Pero estaba preocupado.

—Te digo esto por la serpiente; no debe morderte. Las serpientes son malas. A veces muerden por gusto...

—He dicho que no te dejaré.

Pero algo lo tranquilizó.

—Bien es verdad que no tienen veneno para la segunda mordedura...

Aquella noche no lo vi ponerse en camino. Cuando le alcancé marchaba con paso rápido y decidido y me dijo solamente:

—¡Ah, estás ahí!

Me cogió de la mano y todavía se atormentó:

—Has hecho mal. Tendrás pena. Parecerá que estoy muerto, pero no es verdad.

Yo me callaba.

—¿Comprendes? Es demasiado lejos y no puedo llevar este cuerpo que pesa demasiado.

Seguí callado.

—Será como una corteza vieja que se abandona. No son nada tristes las viejas cortezas...

Yo me callaba. El principito perdió un poco de ánimo. Pero hizo un esfuerzo y dijo:

—Será agradable ¿sabes? Yo miraré también las estrellas. Todas serán pozos con roldana herrumbrosa. Todas las estrellas me darán de beber.

Yo me callaba.

—¡Será tan divertido! Tú tendrás quinientos millones de cascabeles y yo quinientos millones de fuentes...

El principito se calló también; estaba llorando.

—Es allí; déjame ir solo.

Se sentó porque tenía miedo. Dijo aún:

—¿Sabes?... mi flor... soy responsable... ¡y ella es tan débil y tan inocente! Sólo tiene cuatro espinas para defenderse contra todo el mundo...

Me senté, ya no podía mantenerme en pie.

—Ahí está... eso es todo...

Vaciló todavía un instante, luego se levantó y dio un paso. Yo no pude moverme.

Un relámpago amarillo centelleó en su tobillo. Quedó un instante inmóvil, sin exhalar un grito.

Luego cayó lentamente como cae un árbol, sin hacer el menor ruido a causa de la arena.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Ahora hace ya seis años de esto. Jamás he contado esta historia y los compañeros que me vuelven a ver se alegran de encontrarme vivo. Estaba triste, pero yo les decía: "Es el cansancio".

Al correr del tiempo me he consolado un poco, pero no completamente. Sé que ha vuelto a su planeta, pues al amanecer no encontré su cuerpo, que no era en realidad tan pesado... Y me gusta por la noche escuchar a las estrellas, que suenan como quinientos millones de cascabeles...

Pero sucede algo extraordinario. Al bozal que dibujé para el principito se me olvidó añadirle la correa de cuero; no habrá podido atárselo al cordero. Entonces me pregunto:

"¿Qué habrá sucedido en su planeta? Quizás el cordero se ha comido la flor..."

A veces me digo: "¡Seguro que no! El principito cubre la flor con su fanal todas las noches y vigila a su cordero". Entonces me siento dichoso y todas las estrellas ríen dulcemente.

Pero otras veces pienso: "Alguna que otra vez se distrae uno y eso basta. Si una noche ha olvidado poner el fanal o el cordero ha salido sin hacer ruido, durante la noche...". Y entonces los cascabeles se convierten en lágrimas...

Y ahí está el gran misterio. Para ustedes que quieren al principito, lo mismo que para mí, nada en el universo habrá cambiado si en cualquier parte, quien sabe dónde, un cordero desconocido se ha comido o no se ha comido una rosa...

Pero miren al cielo y pregúntense: el cordero ¿se ha comido la flor? Y veréis cómo todo cambia...

¡Ninguna persona mayor comprenderá jamás que esto sea verdaderamente importante!

Este es para mí el paisaje más hermoso y el más triste del mundo. Es el mismo paisaje de la página anterior que he dibujado una vez más para que lo vean bien. Fue aquí donde el principito apareció sobre la Tierra, desapareciendo luego.

Examínenlo atentamente para que sepan reconocerlo, si algún día, viajando por África cruzan el desierto. Si por casualidad pasan por allí, no se apresuren, se los ruego, y deténganse un poco, precisamente bajo la estrella. Si un niño llega hasta ustedes, si este niño ríe y tiene cabellos de oro y nunca responde a sus preguntas, adivinarán en seguida quién es. ¡Sean amables con él! Y comuníquenme rápidamente que ha regresado. ¡No me dejen tan triste!

FIN

2. LAS MEMORIAS DE SHERLOCK HOLMES (ARTHUR CONAN DOYLE)

ÍNDICE

Estrella De Plata
La Caja De Cartón
El Rostro Amarillo
EL OFICINISTA DEL CORREDOR DE BOLSA
La Corbeta Gloria Scott
El Ritual De Los Musgrave
Los Hacendados De Reigate
El Jorobado
El Paciente Interno
El Intérprete Griego
El Tratado Naval
El Problema Final

ESTRELLA DE PLATA

Estoy viendo, Watson, que no tendré más remedio que ir —me dijo Holmes, cierta mañana, cuando estábamos desayunándonos juntos.

—¡Ir! ¿Adónde?

—A Dartmoor..., a King’s Pyland.

No me sorprendió. A decir verdad, lo único que me sorprendía era que no se encontrase mezclado ya en aquel suceso extraordinario, que constituía tema único de conversación de un extremo a otro de toda la superficie de Inglaterra Mi compañero se había pasado un día entero yendo y viniendo por la habitación, con la barbilla caída sobre el pecho y el ceño contraído, cargando una y otra vez su pipa del tabaco negro más fuerte, sordo por completo a todas mis preguntas y comentarios. Nuestro vendedor de periódicos nos iba enviando las ediciones de todos los periódicos a medida que salían, pero Holmes los tiraba a un rincón después de haberles echado una ojeada Sin embargo, a pesar de su silencio, yo sabía perfectamente cuál era el tema de sus cavilaciones. Sólo había un problema pendiente de la opinión pública que podía mantener en vilo su capacidad de análisis, y ese problema era el de la extraordinaria desaparición del caballo favorito de la Copa Wessex y del trágico asesinato de su entrenador.

Por eso su anuncio repentino de que iba a salir para el escenario del drama correspondió a lo que yo calculaba y deseaba.

—Me sería muy grato acompañarle hasta allí, si no le estorbo —le dije.

—Me haría usted un gran favor viniendo conmigo, querido Watson. Y opino que no malgastará su tiempo, porque este suceso presenta algunas características que prometen ser únicas. Creo que disponemos del tiempo justo para tomar nuestro tren en la estación de Paddington. Durante el viaje entraré en más detalles del asunto. Me haría usted un favor llevando sus magníficos gemelos de campo.

Así fue como me encontré yo, una hora más tarde, en el rincón de un coche de primera clase, en route hacia Exeter, a toda velocidad, mientras Sherlock Holmes, con su cara, angulosa y ávida, enmarcada por una gorra de viaje con orejeras, se chapuzaba rápidamente, uno tras otro, en el paquete de periódicos recién puestos a la venta, que había comprado en

Paddington. Habíamos dejado ya muy atrás a Reading cuando tiró el último de todos debajo del asiento, y me ofreció su petaca.

—Llevamos buena marcha —dijo, mirando por la ventanilla y fijándose en su reloj—. En este momento marchamos a cincuenta y tres millas y media por hora.

—No me he fijado en los postes que marcan los cuartos de milla —le contesté.

—Ni yo tampoco. Pero en esta línea los del telégrafo están espaciados a sesenta yardas el uno del otro, y el cálculo es sencillo. ¿Habrá leído ya usted algo, me imagino, sobre ese asunto del asesinato de John Straker y de la desaparición de Silver Blaze?

—He leído lo que dicen el Telegraph y el Chronicle.

—Es éste uno de los casos en que el razonador debe ejercitar su destreza en tamizar los hechos conocidos en busca de detalles, más bien que en descubrir hechos nuevos. Ha sido ésta una tragedia tan fuera de lo corriente, tan completa y de tanta importancia, personal para muchísima gente, que nos vemos sufriendo de plétora de inferencias, conjeturas e hipótesis. Lo difícil aquí es desprender el esqueleto de los hechos..., de los hechos absolutos e indiscutibles..., de todo lo que no son sino arrequives de teorizantes y de reporteros. Acto continuo, bien afirmados sobre esta sólida base, nuestra obligación consiste en ver qué consecuencias se pueden sacar y cuáles son los puntos especiales que constituyen el eje de todo el misterio. El martes por la tarde recibí sendos telegramas del coronel Ross, propietario del caballo, y del inspector Gregory, que está investigando el caso. En ambos se pedía mi colaboración.

—¡Martes por la tarde! —exclamé yo—. Y estamos a jueves por la mañana... ¿Por qué no fue usted ayer?

—Pues porque cometí una torpeza, mi querido Watson..., y me temo que esto me ocurre con mucha mayor frecuencia de lo que creerán quienes sólo me conocen por las memorias que usted ha escrito. La verdad es que me pareció imposible que el caballo más conocido de Inglaterra pudiera permanecer oculto mucho tiempo, especialmente en una región tan escasamente poblada como esta del norte de Dartmoor. Ayer estuve esperando de una hora a otra la noticia de que había sido encontrado, y de que su secuestrador era el asesino de John Straker. Sin embargo, al amanecer otro día y encontrarme con que nada se había hecho, fuera de la detención del joven Fitzroy Simpson, comprendí que era hora de que yo entrase en actividad. Pero tengo la sensación de que, en ciertos aspectos, no se ha perdido el día de ayer.

—¿Tiene usted, según eso, formada ya su teoría?

—Tengo por lo menos dentro del puño los hechos esenciales de este asunto. Voy a enumerárselos. No hay nada que aclare tanto un caso como el exponérselo a otra persona, y si he de contar con la cooperación de usted, debo por fuerza señalarle qué posición nos sirve de punto de partida.

Me arrellané sobre los cojines del asiento, dando chupadas a mi cigarro, mientras que Holmes, con el busto adelantado y marcando con su largo y delgado dedo índice sobre la planta de la mano los puntos que me detallaba, me esbozó los hechos que habían motivado nuestro viaje.

—Silver Blaze —me dijo— lleva sangre de Isonomy, y su historial en las pistas es tan lúcido como el de su famoso antepasado. Está en sus cinco años de edad y ha ido ganando sucesivamente todos los premios de carreras para su afortunado propietario, el coronel Ross. Hasta el momento de la catástrofe era el favorito de la Copa Wessex, estando las apuestas a tres contra uno a favor suyo. Es preciso tener en cuenta que este caballo fue siempre el archifavorito de los aficionados a las carreras, sin que nunca los haya defraudado; por eso se han apostado siempre sumas enormes a su favor, aun dando primas. De ello se deduce que muchísima gente estaba interesadísima en evitar que Silver Blaze se halle presente el martes próximo cuando se dé la señal de partida.

Como es de suponer, en King’s Pyland, lugar donde se hallan situadas las cuadras de entrenamiento del coronel, se tenía en cuenta ese hecho. Tomáronse toda clase de precauciones para guardar al favorito. John Straker, el entrenador, era un jokey retirado, que había corrido con los colores del coronel Ross antes que el excesivo peso le impidiese subir a la báscula. Cinco años sirvió al coronel como jokey, y siete de entrenador, mostrándose siempre un servidor leal y celoso. Tenía a sus órdenes tres hombres, porque se trata de unas cuadras pequeñas, en las que sólo se cuidaban en total cuatro caballos. Todas las noches montaba guardia en la cuadra uno de los hombres, mientras los otros dos dormían en el altillo. De los tres hay los mejores informes. John Straker, que era casado, vivía en un pequeño chalé situado a unas doscientas yardas de las cuadras. No tenía hijos, tenía un buen pasar y una criada. Las tierras circundantes no están habitadas; pero a cosa de media milla hacia el Norte se alza un pequeño grupo de chalés que han sido edificados por un contratista de Tavistock para cuantos, enfermos o no, deseen disfrutar de los aires puros de Dartmoor. El pueblo mismo de Tavistock se halla situado a unas dos millas al Oeste; también a cosa de dos millas, pero cruzando los marjales, está la finca de entrenamiento de caballos de Capleton, propiedad de lord Backwater, regentada por Silas Brown. En todas las demás direcciones la región de marjales está completamente deshabitada, y sólo la frecuentan algunos gitanos trashumantes. Ahí tiene cuál era la situación el pasado lunes al ocurrir la catástrofe. Esa tarde, después de someterse a los caballos a ejercicio y de abrevarlos, como de costumbre, se cerraron las cuadras con llave, a las nueve. Dos de los peones se dirigieron entonces a la casa del entrenador, y allí cenaron en la cocina, mientras que el tercero, llamado Ned Hunter, se quedaba de guardia. Pocos minutos después de las nueve, la criada, Edith Baxter, le llevó a la cuadra su cena, que consistía en un plato de cordero con salsa fuerte. No le llevó líquido alguno para beber, porque en los establos había agua corriente y le estaba prohibido al hombre de guardia tomar ninguna otra bebida. La muchacha se alumbró con una linterna, porque la noche era muy oscura y tenía que cruzar por campo abierto.

Ya estaba Edith Baxter a menos de treinta yardas de las cuadras, cuando surgió de entre la oscuridad un hombre, que le dijo que se detuviese. Cuando el tal quedó enfocado por el círculo de luz amarilla de la linterna, vio la muchacha que se trataba de una persona de aspecto distinguido, y que vestía terno de mezclilla gris con gorra de paño. Llevaba polainas y un pesado bastón con empuñadura de bola. Pero lo que impresionó muchísimo a Edith Baxter fue la extraordinaria palidez de su cara y lo nervioso de sus maneras. Su edad andaría por encima de los treinta, más bien que por debajo.

—¿Puede usted decirme dónde me encuentro? —preguntó él—. Estaba ya casi resuelto a dormir en el páramo, cuando distinguí la luz de su linterna.

—Se encuentra usted próximo a las cuadras de entrenamiento de King’s Pyland —le contestó ella.

—¿De veras? ¡Qué suerte la mía! —exclamó—. Me han informado de que en ellas duerme solo todas las noches uno de los mozos. ¿Es que acaso le lleva usted la cena? Dígame: ¿será usted tan orgullosa que desdeñe el ganarse lo que vale un vestido nuevo? —sacó del bolsillo del chakto un papel blanco, doblado, y agregó—: Haga usted que ese mozo reciba esto esta noche, y le regalaré el vestido más bonito que se puede comprar con dinero.

La mujer se asustó viendo la ansiedad que mostraba en sus maneras, y se alejó a toda prisa, dejándolo atrás, hasta la ventana por la que tenía la costumbre de entregar las comidas. Estaba ya abierta, y Hunter se hallaba sentado a la mesa pequeña que había dentro. Empezó a contarle lo que le había ocurrido, y en ese instante se presentó otra vez el desconocido.

—Buenas noches —dijo éste, asomándose a la ventana—. Deseo hablar con usted unas palabras.

La muchacha ha jurado que, mientras el hombre hablaba, vio que de su mano cerrada salía una esquina del paquetito de papel.

—¿A qué viene usted aquí? —le preguntó el mozo.

—A un negocio que le puede llenar con algo el bolsillo —le contestó el otro—. Usted tiene dos caballos que figuran en la Copa Wessex... Silver Blaze y Bayard. Deme datos exactos acerca de ellos, y nada perderá con hacerlo. ¿Es cierto que, a igualdad de peso, Bayard podría darle al otro cien yardas de ventaja en las mil doscientas, y que la gente de estas cuadras ha apostado su dinero a su favor?

—De modo que es usted uno de esos condenados individuos que venden informes para las carreras —exclamó el mozo de cuadra—. Le voy a enseñar de qué manera les servimos en King’s Pyland —se puso en pie y echo a correr hacia donde estaba el perro, para soltarlo.

La muchacha escapó a la casa; pero durante su carrera se volvió para mirar, y vio que el desconocido estaba apoyado en la ventana. Sin embargo, un instante después, cuando Hunter salió corriendo con el perro sabueso, el desconocido ya no estaba allí, y aunque el mozo de cuadra corrió alrededor de los edificios, no logró descubrir rastro alguno del mismo.

—¡Un momento! —dije yo—. ¿No dejaría el mozo de cuadra sin cerrar la puerta cuando salió corriendo con el perro?

—¡Muy bien preguntado, Watson, muy bien preguntado! —murmuró mi compañero—. Ese detalle me pareció de una importancia tal, que ayer envié un telegrama a Dartmoor con el exclusivo objeto de ponerlo en claro. El mozo cerró con llave la puerta antes de alejarse. Puedo agregar que la ventana no tiene anchura suficiente para que pase por ella un hombre.

Hunter esperó a que volviesen los otros mozos de cuadra, y entonces envió un mensaje al entrenador, enterándole de lo ocurrido. Straker se sobresaltó al escuchar el relato, aunque, por lo visto, no se dio cuenta exacta de su verdadero alcance. Sin embargo, quedó vagamente impresionado, y cuando la señora Straker se despertó, a la una de la madrugada, vio que su marido se estaba vistiendo. Contestando a las preguntas de la mujer, le dijo que no podía dormir, porque se sentía intranquilo acerca de los caballos, y que tenía el propósito de ir hasta las cuadras para ver si todo seguía bien. Ella le suplicó que no saliese de casa, porque estaba oyendo el tamborileo de la lluvia en las ventanas; pero no obstante las súplicas de la mujer, el marido se echó encima su amplio impermeable y abandonó la casa.

La señora Straker despertóse a las siete de la mañana, y se encontró con que aún no había vuelto su marido. Se vistió a toda prisa, llamó a la criada y marchó a los establos. La puerta de éstos se hallaba abierta: en el interior, todo hecho un ovillo, se hallaba Hunter en su sillón, sumido en un estado de absoluto atontamiento. El establo del caballo favorito se hallaba vacío, y no había rastro alguno del entrenador.

Los dos mozos de cuadra que dormían en el altillo de la paja, encima del cuarto de los atalajes, se levantaron rápidamente. Nada habían oído durante la noche, porque ambos tienen el sueño profundo. Era evidente que Hunter sufría los efectos de algún estupefaciente enérgico. Y como no se logró que razonase, le dejaron dormir hasta que la droga perdiese fuerza, mientras los dos mozos y las dos mujeres salían corriendo a la busca de los que faltaban. Aún les quedaban esperanzas de que, por una razón o por otra, el entrenador hubiese sacado al caballo para un entrenamiento de primera hora. Pero al subir a una pequeña colina próxima a la casa, desde la que se abarcaba con la vista los páramos próximos, no solamente no distinguieron por parte alguna al caballo favorito, sino que vieron algo que fue para ellos como una advertencia de que se hallaban en presencia de una tragedia.

A cosa de un cuarto de milla de las cuadras, el impermeable de Job Straker aleteaba encima de una mata de aliagas. Al otro lado de las aliagas, el páramo formaba una depresión a modo de cuenco, y en el fondo de ella fue encontrado el cadáver del desdichado entrenador. Tenía la cabeza destrozada por un golpe salvaje dado con algún instrumento pesado, presentando además una herida en el muslo, herida cuyo corte largo y limpio, había sido evidentemente infligida con algún instrumento muy cortante. Sin embargo, veíase con claridad que Straker se había defendido vigorosamente contra sus asaltantes, porque tenía en su mano derecha un cuchillo manchado de sangre hasta la empuñadura, mientras que su mano izquierda aferraba una corbata de seda roja y negra, que la doncella de la casa reconoció como la que llevaba la noche anterior el desconocido que había visitado los establos.

Al volver en sí de su atontamiento Hunter se expresó también de manera terminante en cuanto a quién era el propietario de la corbata. Con la misma certidumbre aseguró que había sido el mismo desconocido quien, mientras se apoyaba en la ventana, había echado alguna droga en su plato de cordero en salsa fuerte, privando de ese modo a las cuadras de su guardián.

Por lo que se refiere al caballo desaparecido, veíanse en el barro del fondo del cuenco fatal pruebas abundantes de que el animal estaba allí cuando tuvo lugar la pelea. Pero desde aquella mañana no se ha visto al caballo; y aunque se ha ofrecido una gran recompensa, y todos los gitanos de Dartmoor andan buscándolo, nada se ha sabido del mismo. Por último, el análisis de los restos de la cena del mozo de cuadras ha demostrado que contenían una cantidad notable de opio en polvo, dándose el caso de que los demás habitantes de la casa que comieron ese guiso aquella misma noche, no experimentaron ninguna mala consecuencia.

Esos son los hechos principales del caso, una vez despojados de toda clase de suposiciones y expuestos de la peor manera posible. Voy a recapitular ahora las actuaciones de la Policía en el asunto.

El inspector Gregory, a quien ha sido encomendado el caso, es un funcionario extremadamente competente. Si estuviera dotado de imaginación, llegaría a grandes alturas en su profesión. Llegado al lugar del suceso, identificó pronto y detuvo, al hombre sobre quien recaían, naturalmente, las sospechas. Poca dificultad hubo en dar con él, porque era muy conocido en aquellos alrededores. Se llama, según parece, Fitzroy Simpson. Era hombre de excelente familia y muy bien educado, había dilapidado una fortuna en las carreras, y vivía ahora realizando un negocio callado y elegante de apuestas en los clubs deportivos de Londres. El examen de su cuaderno de apuestas demuestra que él las había aceptado hasta la suma de cinco mil libras en contra del caballo favorito.

Al ser detenido, hizo espontáneamente la declaración de que había venido a Dartmoor con la esperanza de conseguir algunos informes acerca de los caballos de la cuadra de King’s Pyland, y también acerca de Desborough, segundo favorito, que está al cuidado de Silas Brown, en las cuadras de Capleton. No intentó negar que había actuado la noche anterior en la forma que se ha descrito, pero afirmó que no llevaba ningún propósito siniestro, y que su único deseo era obtener datos de primera mano. Al mostrársele la corbata se puso muy pálido, y no pudo, en manera alguna, explicar cómo era posible que estuviese en la mano del hombre asesinado. Sus ropas húmedas demostraban que la noche anterior había estado a la intemperie durante la tormenta, y su bastón, que es de los que llaman abogado de Penang, relleno de plomo, era arma que bien podía, descargando con el mismo repetidos golpes, haber causado las heridas terribles a que había sucumbido el entrenador.

Por otro lado, no mostraba el detenido en todo su cuerpo herida alguna, siendo así que el estado del cuchillo de Straker podía indicar que uno por lo menos de sus atacantes debía de llevar encima la señal del arma. Ahí tiene usted el caso, expuesto concisamente, Watson, y le quedaré sumamente agradecido si usted puede proporcionarme alguna luz.

Yo había escuchado la exposición que Holmes me había hecho con la claridad que es en él característica. Aunque muchos de los hechos me eran familiares, yo no había apreciado lo bastante su influencia relativa ni su mutua conexión.

—¿Y no será posible —le dije— que el tajo que tiene Straker se lo haya producido con su propio cuchillo en los forcejeos convulsivos que suelen seguirse a las heridas en el cerebro?

—Es más que posible; es probable —dijo Holmes—. En tal caso, desaparece uno de los puntos principales que favorecen al acusado.

—Pero, aun con todo eso, no llego a comprender cuál puede ser la teoría que sostiene la Policía.

—Mucho me temo que cualquier hipótesis que hagamos se encuentre expuesta a objeciones graves —me contestó mi compañero—. Lo que la Policía supone, según yo me imagino, es que Fitzroy Simpson, después de suministrar la droga al mozo de cuadras, y de haber conseguido de un modo u otro una llave duplicada, abrió la puerta del establo y sacó fuera al caballo con intención, en apariencia, de mantenerlo secuestrado. Falta la brida del animal, de modo que Simpson debió de ponérsela. Hecho esto, y dejando abierta la puerta, se alejaba con el caballo por la paramera, cuando se tropezó o fue alcanzado por el entrenador. Se trabaron, como es natural, en pelea, y Simpson le saltó la tapa de los sesos con su bastón, sin recibir la menor herida producida por el cuchillito que Straker empleó en propia defensa; y luego, o bien el ladrón condujo el animal a algún escondite que tenía preparado, o bien aquel se escapó durante la pelea, y anda ahora vagando por los páramos. Así es como ve el caso la Policía, y por improbable que ésta parezca, lo son aún más todas las demás explicaciones. Sin embargo, yo pondré a prueba su veracidad así que me encuentre en el lugar de la acción. Hasta entonces, no veo que podamos adelantar mucho más de la posición en que estamos.

Iba ya vencida la tarde cuando llegamos a la pequeña población de Tavistock, situada, como la protuberancia de un escudo, en el centro de la amplia circunferencia de Dartmoor. Dos caballeros nos esperaban en la estación: era el uno hombre alto y rubio, de pelo y barba leonados y de ojos de un azul claro, de una rara viveza; el otro, un hombre pequeño y despierto, muy pulcro y activo, de levita y botines, patillitas bien cuidadas y monóculo. Este último era el coronel Ross, sportman muy conocido, y el otro, el inspector Gregory, apellido que estaba haciéndose rápidamente famoso en la organización detectivesca inglesa.

—Me encanta que haya venido usted, señor Holmes —dijo el coronel—. El inspector aquí presente ha hecho todo lo imaginable; pero yo no quiero dejar piedra sin mover en el intento de vengar al pobre Straker y de recuperar mi caballo.

—¿No ha surgido ninguna circunstancia nueva? —preguntó Holmes.

—Siento tener que decirle que es muy poco lo que hemos adelantado —dijo el inspector—. Tenemos ahí fuera un coche descubierto, y como usted querrá, sin duda, examinar el terreno antes que oscurezca, podemos hablar mientras vamos hacia allí.

Un minuto después nos hallábamos todos sentados en un cómodo landó y rodábamos por la curiosa y vieja población del Devonshire. El inspector Gregory estaba pletórico de datos, y fue soltando un chorro de observaciones, que Holmes interrumpía de cuando en cuando con una pregunta o con una exclamación. El coronel Ross iba recostado en su asiento, con el sombrero echado hacia adelante, y yo escuchaba con interés el diálogo de los dos detectives. Gregory formulaba su teoría, que coincidía casi exactamente con la que Holmes había predicho en el tren.

—La red se va cerrando fuertemente en torno a Fitzroy Simpson —dijo a modo de comentario—, y yo creo que él es nuestro hombre. No dejo por eso de reconocer que se trata de pruebas puramente circunstanciales, y que puede surgir cualquier nuevo descubrimiento que eche todo por tierra.

—¿Y qué me dice del cuchillo, de Straker?

—Hemos llegado a la conclusión de que se hirió él mismo al caer.

—Eso me sugirió mi amigo, el doctor Watson, cuando veníamos. De ser así, influiría en contra de Simpson.

—Sin duda alguna. A él no se le ha encontrado ni cuchillo ni herida alguna. Las pruebas de su culpabilidad son, sin duda, muy fuertes: tenía gran interés en la desaparición del favorito; recae sobre él la sospecha de haber narcotizado al mozo de cuadra; no hay duda de que anduvo a la intemperie durante la tormenta; iba armado de un pesado bastón, y se encontró su corbata en las manos del muerto. La verdad es que creo que poseemos material suficiente para presentarnos ante el Jurado.

Holmes movió negativamente la cabeza, y dijo:

—Un defensor hábil lo haría todo pedazos. ¿Para qué iba a sacar al caballo del establo? Si pretendía algún daño, ¿por qué no lo iba a hacer allí mismo? ¿Se le ha encontrado una llave duplicada? ¿Qué farmacéutico le vendió el opio en polvo? Sobre todo, ¿en qué sitio pudo esconder un caballo como éste, él, forastero en esta región? ¿Qué explicación ha dado acerca del papel que deseaba que la doncella hiciese llegar al mozo de cuadra?

—Asegura que se trataba de un billete de diez libras. Se le encontró en el billetero uno de esa suma. Pero las demás objeciones que usted hace no son tan formidables como parecen. Ese hombre no es ajeno a la región. Se ha hospedado por dos veces en Tavistock durante el verano. El opio se lo trajo probablemente de Londres. La llave, una vez que le sirvió para sus propósitos, la tiraría lejos. Quizá se encuentre el caballo en el fondo de alguno de los antiguos pozos de mina que hay en el páramo.

—¿Y qué me dice a propósito de la corbata?

—Confiesa que es suya, y afirma que la perdió. Pero ha surgido en el caso un factor nuevo, que quizá explique el que sacara al caballo del establo.

Holmes aguzó los oídos.

—Hemos encontrado huellas que demuestran que la noche del lunes acampó una cuadrilla de gitanos a una milla del sitio en donde tuvo lugar el asesinato. Los gitanos habían desaparecido el martes. Ahora bien: partiendo del supuesto de que entre los gitanos y Simpson existía alguna clase de concierto, ¿no podría ser que cuando fue alcanzado llevase el caballo a los gitanos, y no podría ser que lo tuviesen éstos?

—Desde luego que cabe en lo posible.

—Se está explorando el páramo en busca de estos gitanos. He hecho revisar también todas las cuadras y edificios aislados en Tavistock, en un radio de diez millas.

—Tengo entendido que muy cerca de allí hay otras cuadras de entrenamiento.

—Sí, y es ése un factor que no debemos menospreciar en modo alguno. Como su caballo Desborough es el segundo en las apuestas, tenían interés en la desaparición del favorito. Se sabe que Silas Brown, el entrenador, lleva apostadas importantes cantidades en la prueba, y no era, ni mucho menos, amigo del pobre Straker. Sin embargo, hemos registrado las cuadras, sin encontrar nada que pueda relacionarlo con los sucesos.

—¿Tampoco se ha descubierto nada que relacione a este Simpson con los intereses de las cuadras de Capleton?

—Absolutamente nada.

Holmes se recostó en el respaldo, y la conversación cesó. Unos minutos después nuestro cochero hizo alto junto a un lindo chalé de ladrillo rojo, de aleros salientes, que se alzaba junto a la carretera. A cierta distancia, después de cruzar un prado, veíase un largo edificio anexo de tejas grises. En todas las demás direcciones el páramo, de suaves ondulaciones y bronceado por los helechos en trance de mustiarse, dilatábase hasta la línea del horizonte, sin más interrupción que los campanarios de Tavistock y un racimo de casas, allá hacia el Oeste, que señalaba la situación de las cuadras de Capleton. Saltamos todos fuera del coche, a excepción de Holmes, que siguió recostado, con la mirada fija en el cielo que tenía delante, completamente absorto en sus pensamientos. Sólo cuando yo le toqué en el brazo dio un violento respingo y se apeó.

—Perdone —dijo, volviéndose hacia el coronel Ross, que se había quedado mirándole, algo sorprendido—. Estaba soñando despierto —había en sus ojos cierto brillo y en sus maneras una contenida excitación que me convencieron, acostumbrado como estaba yo a sus actitudes, de que se había puesto sobre alguna pista, aunque no podía imaginar si la habría alcanzado.

—Quizá prefiera usted, señor Holmes, seguir directamente hasta la escena del crimen —dijo Gregory.

—Opto por quedarme unos momentos más aquí mismo y abordar una o dos cuestiones de detalle. Supongo que traerían aquí a Straker, ¿verdad?

—Sí, su cadáver está en el piso de arriba. Mañana tendrá lugar la investigación judicial.

—Llevaba algunos años a su servicio, ¿no es cierto, coronel Ross?

—Siempre vi en él a un excelente servidor.

—Dígame, inspector, harían ustedes, me imagino, un inventarío de todo cuanto tenía en los bolsillos al morir, ¿verdad?

—Si desea usted ver lo que se le encontró, tengo los objetos en el cuarto de estar.

—Me gustaría mucho.

Entramos en fila en la habitación delantera, y tomamos asiento en torno a una mesa central, redonda, mientras el inspector abría con llave un cofre cuadrado de metal y colocaba delante de nosotros un montoncito de objetos. Había una caja de cerillas vestas, un cabo de dos pulgadas de vela de sebo, una pipa A. D. P. de raíz de eglantina, una tabaquera de piel de foca que contenía media onza de Cavendish en hebra larga, un reloj de plata con cadena de oro, un lapicero de aluminio, algunos papeles y un cuchillo de mango de marfil y hoja finísima, recta, con la marca «Weiss and Co. Londres».

—Este es un cuchillo muy especial —dijo Holmes, cogiéndolo y examinándolo minuciosamente—. Como advierto en él manchas de sangre, supongo que se trata del que se encontró en la mano del difunto. Watson, con seguridad que este cuchillo es de los de su profesión.

—Es de la clase que llamamos para cataratas —le contesté.

—Eso me pareció. Una hoja muy fina destinada a un trabajo muy delicado. Artefacto raro para ser llevado por un hombre que había salido a una expedición peligrosa, especialmente porque no podía meterlo cerrado en el bolsillo.

—La punta estaba defendida por un disco de corcho, que fue hallado junto al cadáver —dijo el inspector—. La viuda nos dijo que el cuchillo llevaba ya varios días encima de la mesa de tocador y que lo cogió al salir de la habitación. Como arma, valía poca cosa; pero fue quizá lo mejor de que pudo echar mano en ese momento.

—Es muy posible. ¿Y qué papeles son ésos?

—Tres de ellos son cuentas de vendedores de heno, con su recibí. Otro es una carta con instrucciones del coronel Ross. Y éste otro es una factura de un modista por valor de treinta y siete libras y quince chelines, extendida por madame "Lesurier" de Bond Street, a nombre de William Darbyshire. La señora Straker nos ha informado de que el tal Darbyshire era un amigo de su marido, y que a veces le dirigían aquí las cartas.

—Esta madame Darbyshire era mujer de gustos algo caros —comentó Holmes, mirando de arriba abajo la cuenta—. Veintidós guineas es un precio bastante elevado para un solo vestido ¡Ea!, por lo visto, ya no hay nada más que ver aquí, y podemos marchar hasta el lugar del crimen.

Cuando salíamos del cuarto de estar, se adelantó una mujer que había estado esperando en el pasillo, y puso su mano sobre la manga del inspector. Tenía el rostro macilento, delgado, ojeroso, con el sello de un espanto reciente.

—¿Les han echado ustedes ya mano? ¿Los han descubierto ustedes? —exclamó jadeante.

—No, señora Straker; pero el señor Holmes, aquí presente, ha venido de Londres para ayudarnos, y haremos todo cuanto esté a nuestro alcance.

Holmes le dijo:

—Señora Straker, estoy seguro de haber sido presentado a usted hará algún tiempo en Plymouth, durante una garden party.

—No, señor. Está usted equivocado.

—¡Válgame Dios! Pues yo lo habría jurado. Llevaba usted un vestido de seda color tórtola, con guarniciones de pluma de avestruz.

—En mi vida he usado un vestido así —contestó la señora.

—Entonces ya no cabe duda —dijo Holmes.

Se disculpó y salió de la casa del inspector. Un corto paseo a través del páramo nos llevó a la hondonada en que fue hallado el cadáver. Las aliagas de las que había sido colgado el impermeable se hallaban al borde mismo del hoyo.

—Tengo entendido que esa noche no hacía viento —dijo Holmes.

—En absoluto; pero llovía fuerte.

—En ese caso, el impermeable no fue arrastrado por el viento, sino colocado ahí deliberadamente.

—Sí; estaba extendido sobre las aliagas.

—Eso me interesa vivamente. Veo que el suelo está lleno de huellas. Sin duda que habrán pasado por aquí muchos pies desde la noche del lunes.

—Colocamos aquí al lado un trozo de estera, y ninguno de nosotros pisó fuera de ella.

—Magnífico.

—Traigo en este maletín una de las botas que calzaba Straker, uno de los zapatos de Fitzroy Simpson y una herradura vieja de Silver Blaze.

—¡Mi querido inspector, usted se está superando a sí mismo! Holmes echó mano del maletín, bajó a la hondonada y colocó la estera más hacia el centro. Después, tumbado boca abajo, y apoyando la barbilla en las manos, escudriñó minuciosamente el barro pataleado que tenía delante.

—¡Hola! —dijo de pronto—. ¿Qué es esto?

Era una cerilla vesta, medio quemada y tan embarrada que a primera vista parecía una astillita de madera.

—No me explico cómo se me pasó por alto —dijo el inspector, con expresión de fastidio.

—Era invisible, porque estaba sepultada en el barro. Si yo la he descubierto, ha sido porque la andaba buscando.

—¡Cómo! ¿Que esperaba usted encontrarla?

—Creí que no era improbable.

Holmes sacó del maletín la bota y el zapato comparó las impresiones de ambos con las huellas que había en el barro. Trepó acto continuo al borde de la hondonada y anduvo a gatas por entre los helechos y los matorrales.

—Sospecho que no hay más huellas —dijo el inspector—. Yo he examinado muy minuciosamente el suelo en cien yardas a la redonda.

—¡De veras! —dijo Holmes, levantándose—. No habría cometido yo la impertinencia de volver a examinarlo, si usted me lo hubiese dicho. Pero, antes de que oscurezca, quiero darme un paseíto por los páramos, a fin de poder orientarme mañana, y me voy a meter esta herradura en el bolsillo, a ver si me da buena suerte.

El coronel Ross, que había dado algunas muestras de impaciencia ante el método tranquilo y sistemático de trabajar que tenía mi compañero, miró su reloj.

—Inspector, yo desearía que regresase usted conmigo —dijo—. Quisiera consultarle acerca de varios detalles, y especialmente sobre si no deberíamos borrar a nuestro caballo de la lista de inscripciones para la copa, mirando por las conveniencias del público.

—No haga semejante cosa —exclamó Holmes con resolución—. Yo, en su caso, dejaría el nombre en la lista.

El coronel se inclinó, y dijo:

—Me alegro muchísimo de que me haya dado su opinión. Cuando haya terminado su labor, nos encontrará en la casa del pobre Straker, y podremos ir juntos en coche a Tavistock.

Regresó con el inspector, mientras Holmes y yo avanzábamos despacio por el páramo. El sol empezaba a hundirse detrás de los edificios de las cuadras de Capleton, y la dilatada llanura que se extendía ante nosotros estaba como teñida de oro, que se ensombrecía, convirtiéndose en un vivo y rojizo color marrón, en los sitios donde los helechos y los zarzales captaban la luminosidad del atardecer.

—Por este lado, Watson —dijo, por fin, Holmes—. Dejemos de lado por el momento la cuestión de quién mató a Straker, y ciñámonos a descubrir el paradero del caballo. Pues bien; suponiendo que se escapó durante la tragedia o después de ésta, ¿hacia dónde pudo ir? Los caballos son animales de índole muy gregaria. Abandonado este nuestro a sus instintos, o bien regresaría a King's Pyland o se dirigiría a Capleton. ¿Qué razón puede haber para que lleve una vida selvática por los páramos? De haberlo hecho, con seguridad que alguien lo habría visto a estas horas. ¿Y qué razón hay también para que lo secuestren los gitanos? Esta gente se larga siempre de los lugares donde ha habido algún asunto feo, porque no quieren que la Policía les caiga encima con toda clase de molestias. Ni por asomos podían pensar en vender un caballo como éste. Correrían, pues, un grave peligro y no ganarían nada llevándoselo. Eso es evidente.

—¿Dónde está, pues, el caballo?

—He dicho ya que con seguridad marchó a King's Pyland o a Capleton. Al no estar en King's Pyland, tiene que estar en Capleton. Tomemos esto como hipótesis de trabajo, y veamos adónde nos lleva En esta parte del páramo, según hizo notar el inspector, el suelo es muy duro y seco; pero forma pendiente en dirección a Capleton, y desde aquí mismo se distingue que hay, allá lejos, una hondonada alargada, que quizá estaba muy húmeda la noche del lunes. Si nuestra hipótesis es correcta, el caballo tuvo que cruzar esa hondonada, y es en ésta donde debemos buscar sus huellas.

Mientras hablábamos, habíamos ido caminando a buen paso, y sólo invertimos algunos minutos en llegar a la hondonada en cuestión. Yo, a petición de Holmes, tiré hacia la derecha, siguiendo el talud, y él tiró hacia la izquierda; no habría andado yo cincuenta pasos cuando le oí lanzar un grito, y vi que me llamaba con la mano. Las huellas del caballo se dibujaban con claridad en la tierra blanduzca que él tenía delante, y la herradura que sacó del bolsillo ajustaba exactamente en ellas.

—Vea usted qué valor tiene la imaginación —me dijo Holmes—. Es la única cualidad que le falta a Gregory. Nosotros nos imaginamos lo que pudo haber ocurrido, hemos actuado siguiendo esa suposición, y resultó que estábamos en lo cierto. Sigamos adelante.

Cruzamos el fondo pantanoso y entramos en un espacio de un cuarto de milla de césped seco y duro. Otra vez el terreno descendió en declive, y otra vez tropezamos con las huellas. Perdimos éstas por espacio de media milla, pero fue para volver a encontrarlas muy cerca ya de Capleton. El primero en verlas fue Holmes, y se detuvo para señalarlas con expresión de triunfo en el rostro. Paralelas a las huellas del caballo, veíanse las de un hombre.

—Hasta aquí el caballo venía solo —exclamó.

—Así es. El caballo venía solo hasta aquí. ¡Hola! ¿Qué es esto?

Las dobles huellas cambiaron de pronto de dirección, tomando la de King’s Pyland. Holmes dejó escapar un silbido, y los dos fuimos siguiéndolas. Los ojos de Holmes no se apartaban de las pisadas, pero yo levanté la vista para mirar a un lado, y vi con sorpresa esas mismas dobles huellas que volvían en dirección contraria.

—Un tanto para usted, Watson —dijo Holmes, cuando yo le hice ver aquello—. Nos ha ahorrado una larga caminata que nos habría traído de vuelta sobre nuestros propios pasos. Sigamos esta huella de retorno.

No tuvimos que andar mucho. La doble huella terminaba en la calzada de asfalto que conducía a las puertas exteriores de las cuadras de Capleton. Al acercarnos, salió corriendo de las mismas un mozo de cuadra.

—Aquí no queremos ociosos —nos dijo.

—Sólo deseo hacer una pregunta —dijo Holmes, metiendo en el bolsillo del chaleco los dedos índice y pulgar—. ¿Será demasiado temprano para que hablemos con tu jefe, el señor Silas Brown, si acaso venimos mañana a las cinco de la mañana?

—¡Válgame Dios, caballero! Si alguno anda a esa hora por aquí, será él, porque es siempre el primero en levantarse. Pero, ahí lo tiene usted precisamente, y él podrá darle en persona la respuesta. De ninguna manera, señor, de ninguna manera; me jugaría el puesto si él me ve recibir dinero de usted. Si lo desea, démelo más tarde.

En el momento en que Sherlock Holmes metía de nuevo en el bolsillo la media corona que había sacado del mismo, avanzó desde la puerta un hombre entrado en años y de expresión violenta, que empuñaba en la mano un látigo de caza.

—¿Qué pasa, Dawson? —gritó— No quiero chismorreos. Vete a tu obligación. Ustedes..., ¿qué diablos quieren ustedes por acá?

—Hablar diez minutos con usted, mi buen señor —le contestó Holmes con la más meliflua de las voces.

—No tengo tiempo para hablar con todos los ociosos que aquí se presentan. Lárguense, si no quieren salir perseguidos por un perro.

Holmes se inclinó hacia adelante y cuchicheó algo al oído del entrenador. Este dio un respingo y se sonrojó hasta las sienes.

—¡Eso es un embuste! —gritó—. ¡Un embuste infernal!

—Perfectamente, pero ¿quiere que discutamos acerca de ello en público, o prefiere que lo hagamos en la sala de su casa?

—Bueno, venga conmigo, si así lo desea.

Holmes se sonrió, y me dijo:

—No le haré esperar más que unos minutos, Watson. ¡Ea! señor Brown, estoy a su disposición.

Antes de que Holmes y el entrenador reapareciesen pasaron sus buenos veinte minutos, y los tonos rojos se habían ido desvaneciendo hasta convertirse en grises. Jamás he visto cambio igual al que había tenido lugar en Silas Brown durante tan breve plazo. El color de su cara era cadavérico, brillaban sobre sus cejas gotitas de sudor, y le temblaban las manos de tal manera que el látigo de caza se agitaba lo mismo que una rama sacudida por el viento. Sus maneras valentonas y avasalladoras habían desaparecido por completo, y avanzaba al costado de mi compañero con las mismas muestras de zalamería de un perro a su amo.

—Serán cumplidas sus instrucciones. Serán cumplidas —le decía.

—No quiero equivocaciones —dijo Holmes, volviéndose a mirar; y el entrenador parpadeó al encontrarse con la mirada amenazadora de mi compañero.

—¡Oh, no, no las habrá! Estaré allí. ¿Quiere que lo cambie antes o después?

Holmes meditó un momento y de pronto rompió a reír.

—No, no lo cambie —dijo—. Le daré instrucciones por escrito a este respecto. Nada de trampas, o...

—¡Puede usted confiar en mí, puede usted confiar en mí!

—Usted actuará en ese día igual que si fuera suyo.

—Puede usted descansar en mí.

—Sí, creo que puedo hacerlo. Bueno, mañana sabrá usted de mí.

Holmes dio media vuelta, sin hacer caso de la mano temblorosa que el otro le tendió, y nos pusimos en camino para King’s Pyland.

—Rara vez he tropezado con una mezcla de fanfarrón, cobarde y reptil, como este maese Silas Brown —comentó Holmes, mientras caminábamos juntos a paso largo.

—Entonces es que el caballo lo tiene él, ¿verdad?

—Me vino con fanfarronadas queriendo hurtar el cuerpo, pero yo le hice una descripción tan exacta de todos los pasos que había dado aquella mañana, que ha acabado convenciéndose de que le estuve mirando. Usted, como es natural, se fijaría en que la puntera de las huellas tenía una forma cuadrada muy especial, y también se fijaría en que las de sus botas correspondían exactamente a la de las huellas. Además, como es natural, ningún subalterno se habría atrevido a semejante cosa. Le fui relatando cómo él, al levantarse el primero, según tenía por costumbre, vio que por el páramo vagaba un caballo solitario; que se dirigió hasta el lugar en que estaba el animal, y que reconoció con asombro, por la mancha blanca de la frente que dio al caballo favorito su nombre, que la casualidad ponía en sus manos el único caballo capaz de vencer al otro, por el que él había apostado su dinero. Acto continuo, le conté que su primer impulso había sido devolverlo a King’s Pyland, pero que el demonio le había hecho ver cómo podía ocultar el caballo hasta después de la carrera, y que entonces había vuelto sobre sus pasos y lo había escondido en Capleton. Al oír cómo yo le contaba todos los detalles, se dio por vencido, y solo pensó ya en salvar la piel.

—Pero se había realizado un registro en sus establos.

—Bueno, un viejo disfrazacaballos, como él, tiene muchas artimañas.

—Pero ¿no le da a usted miedo dejar el caballo en poder suyo, teniendo como tiene toda clase de intereses en hacerle daño?

—Mi querido compañero, ese hombre lo conservará con el mismo cuidado que a las niñas de sus ojos. Sabe que su única esperanza de que le perdonen es el presentarlo en las mejores condiciones.

—A mí no me dio el coronel Ross la impresión de hombre capaz de mostrarse generoso, haga él lo que haga.

—La decisión no está en manos del coronel Ross. Yo sigo mis propios métodos, y cuento mucho o cuento poco, según me parece. Es la ventaja de no actuar como detective oficial. No sé si usted habrá reparado en ello, Watson; pero la manera de tratarme el coronel fue un poquitín altanera.

Estoy tentado en divertirme un poco a costa suya. No le hable usted nada acerca del caballo.

—Desde luego que no lo haré sin permiso de usted.

—Además, esto resulta un hecho subalterno si se compara con el problema de quién mató a John Straker.

—¿A ese problema al que usted se va a dedicar?

—Todo lo contrario, ambos regresamos a Londres con el tren de la noche.

Las palabras de mi amigo me dejaron como fulminado. Llevábamos sólo algunas horas en Devonshire, y me resultaba totalmente incomprensible que suspendiese una investigación que tan brillante principio había tenido. Ni una sola palabra más conseguí sacarle hasta que estuvimos de regreso en casa del entrenador. El coronel y el inspector nos esperaban en la sala.

—Mi amigo y yo regresamos a la capital con el expreso de medianoche —dijo Holmes—. Hemos podido respirar durante un rato el encanto de sus magníficos aires de Dartmoor.

El inspector puso tamaño ojos, el coronel torció desdeñosamente el labio.

—Veo que usted desespera de poder detener al asesino del pobre Straker —dijo el coronel.

Holmes se encogió de hombros, y dijo:

—Desde luego, existen graves dificultades para conseguirlo. Sin embargo, tengo toda clase de esperanzas de que su caballo tomará el martes la partida en la carrera, y yo le suplico tenga para ello listo a su jokey. ¿Podría pedir una fotografía del señor John Straker?

El inspector sacó una de un sobre que tenía en el bolsillo, y se la entregó a Holmes.

—Querido Gregory, usted se adelanta a todo lo que yo necesito. Si ustedes tienen la amabilidad de esperar aquí unos momentos, yo quisiera hacer una pregunta a la mujer de servicio.

—No tengo más remedio que decir que me ha defraudado bastante su asesor londinense —dijo el coronel Ross, ásperamente, cuando mi amigo salió de la habitación—. No veo que hayamos adelantado nada desde que él vino.

—Tiene usted por lo menos la seguridad que le ha dado de que su caballo tomará parte en la carrera.

—Sí, tengo la seguridad que él me ha dado —dijo el coronel, encogiéndose de hombros—. Preferiría tener mi caballo.

Iba yo a contestar algo en defensa de mi amigo, cuando éste volvió a entrar en la habitación.

—Y ahora, caballeros, estoy listo para ir a Tavistock —les dijo.

Al subir al coche, uno de los mozos de cuadra mantuvo abierta la portezuela. De pronto pareció ocurrírsele a Holmes una idea, porque se echó hacia adelante y dio un golpecito al mozo en el brazo, diciéndole:

—Veo ahí, en el prado, algunas ovejas. ¿Quién las cuida?

—Yo las cuido, señor.

—¿No les ha pasado nada malo a estos animales durante los últimos tiempos?

—Verá usted, señor no ha sido cosa muy grave, pero el hecho es que tres de los animales han quedado mancos.

Me fijé en que la contestación complacía muchísimo a Holmes, porque se rio por lo bajo y se frotó las manos.

—¡Ahí tiene, Watson, un tiro de largo alcance, de alcance muy largo! —me dijo, pellizcándome el brazo—. Gregory, permítame llamarle la atención sobre esta extraña epidemia de las ovejas. ¡Adelante, cochero!

El coronel Ross seguía mostrando en la expresión de su cara la pobre opinión que se había formado de las habilidades de mi compañero; pero en la del inspector pude ver que su interés se había despertado vivamente.

—¿Da usted importancia a ese asunto? —preguntó.

—Extraordinaria.

—¿Existe algún otro detalle acerca del cual desearía usted llamar mi atención?

—Sí, acerca del incidente curioso del perro aquella noche.

—El perro no intervino para nada.

—Ese es precisamente el incidente curioso —dijo como comentario Sherlock Holmes.

Cuatro días después estábamos de nuevo, Holmes y yo, en el tren, camino de Winchester, para presenciar la carrera de la Copa de Wessex. El coronel Ross salió a nuestro encuentro, de acuerdo con la cita que le habíamos dado, fuera de la estación, y marchamos en su coche de sport de cuatro caballos hasta el campo de carreras, situado al otro lado de la ciudad. La expresión de su rostro era de seriedad, y, sus maneras, en extremo frías.

—No he visto por parte alguna a mi caballo —nos dijo.

—Será usted capaz de conocerlo si lo ve, ¿no es así? —le preguntó Holmes.

Esto irritó mucho al coronel, que le contestó:

—Llevo veinte años dedicado a las carreras de caballos, y nadie me había hecho hasta ahora pregunta semejante. Cualquier niño sería capaz de reconocer a Silver Blaze por la mancha blanca de la frente y su pata delantera jaspeada.

—¿Y cómo van las apuestas?

—Ahí tiene usted lo curioso del caso. Ayer podía usted tomar apuestas a quince por uno, pero esta diferencia se ha ido reduciendo cada vez más y actualmente apenas se ofrece el dinero tres a uno.

—¡Ejem! —exclamó Holmes—. Es evidente que hay alguien que sabe algo.

Cuando nuestro coche se detuvo en el espacio cerrado, cerca de la tribuna grande, miré el programa para ver las inscripciones. Decía así:

Copa Wessex.

52 soberanos c. u., con 1.000 soberanos más, para caballos de cuatro y de cinco años. Segundo, 300 libras. Tercero, 200 libras.

Pista nueva (una milla y mil cien yardas).

1. The Negro, del señor Heath Newton (gorra encamada, chaquetilla canela).

2. Pugilist, del coronel Wardlaw (gorra rosa, chaquetilla azul y negra).

3. Desborough de lord Backwater (gorra amarilla y mangas ídem).

4. Silver Blaze, del coronel Ross (gorra negra y chaquetilla roja).

5. Iris, del duque de Balmoral (franjas amarillas y negras).

6. Rasper, de lord Singleford (gorra púrpura y mangas negras).

—Borramos al otro caballo nuestro y hemos puesto todas nuestras esperanzas en la palabra de usted —dijo el coronel—. ¿Cómo? ¿Qué ocurre? ¿Silver Blaze favorito?

—Cinco a cuatro contra Silver Blaze —bramaba el ring—. ¡Cinco a cuatro contra Silver Blaze! ¡Quince a cinco contra Desborough! ¡Cinco a cuatro por cualquiera de los demás!

—Ya han levantado los números —exclamé—. Figuran allí los seis.

—¡Los seis! Entonces es que mi caballo corre —exclamó el coronel, presa de gran excitación—. Pero yo no lo veo. Mis colores no han pasado.

—Sólo han pasado hasta ahora cinco caballos. Será ese que viene ahí.

Mientras yo hablaba salió del pesaje un fuerte caballo bayo y cruzó por delante de nosotros al trotecito, llevando a sus espaldas los bien conocidos colores negro y rojo del coronel.

—Ese no es mi caballo —gritó el propietario—. Ese animal no tiene en el cuerpo un solo cabello blanco. ¿Qué es lo que usted ha hecho, señor Holmes?

—Bueno, bueno; vamos a ver cómo se porta —contestó mi amigo, imperturbable. Estuvo mirando al animal durante algunos minutos con mis gemelos de campo. De pronto gritó—: ¡Estupendo! ¡Magnífico arranque! Ahí los tenemos, doblando la curva.

Desde nuestro coche de sport los divisamos de manera magnífica cuando avanzaban por la recta. Los seis caballos marchaban tan juntos y apareados que habría bastado una alfombra para cubrirlos a todos; pero a mitad de la recta la saeta de Desborough perdió su fuerza, y el caballo del coronel, surgiendo al frente a galope, cruzó el poste de llegada, a unos seis cuerpos delante de su rival, mientras que Iris, del duque de Balmoral, llegaba tercero, muy rezagado.

—Sea como sea, la carrera es mía —jadeó el coronel, pasándose la mano por los ojos—. Confieso que no le veo al asunto ni pies ni cabeza. ¿No le parece, señor Holmes, que es hora ya de que usted desvele el misterio?

—Desde luego, coronel. Lo sabrá usted todo. Vamos juntos a echar un vistazo al caballo. Aquí lo tenemos —agregó cuando penetrábamos en el pesaje, recinto al que sólo tienen acceso los propietarios y sus amigos—. No tiene usted sino lavarle la cara y la pata con alcohol vínico, y verá cómo se trata del mismo querido Silver Blaze de siempre.

—¡Me deja usted sin aliento!

—Me lo encontré en poder de un simulador, y me tomé la libertad de hacerle correr tal y como me fue enviado.

—Mi querido señor, ha hecho usted prodigios. El aspecto del caballo es muy bueno. En su vida corrió mejor. Le debo a usted mil excusas por haber puesto en duda su habilidad. Me ha hecho un gran favor recuperando mi caballo. Me lo haría usted todavía mayor si pudiera echarle el guante al asesino de John Straker.

—Lo hice ya —contestó con tranquilidad Holmes.

El coronel y yo le miramos atónitos:

—¡Que le ha echado usted el guante! ¿Y dónde está?

—Está aquí.

—¡Aquí! ¿Dónde?

—En este instante está en mi compañía.

El coronel se puso colorado e irritado, y dijo:

—Señor Holmes, confieso cumplidamente que he contraído obligaciones con usted; pero eso que ha dicho tengo que mirarlo o como un mal chiste o como un insulto.

Sherlock Holmes se echó a reír, y contestó:

—Coronel, le aseguro que en modo alguno he asociado el nombre de usted con el crimen. ¡El verdadero asesino está detrás mismo de usted!

Holmes avanzó y puso su mano sobre el reluciente cuello del pura sangre.

—¡El caballo! —exclamamos a una el coronel y yo.

—Sí, el caballo. Quizá aminore su culpabilidad si les digo que lo hizo en defensa propia, y que John Straker era un hombre totalmente indigno de la confianza de usted. Pero ahí suena la campana, y como yo me propongo ganar algún dinerillo en la próxima carrera, diferiré una explicación más extensa para otro momento más adecuado.

Aquella noche, al regresar en tren a Londres, dispusimos del rincón de un pullman para nosotros solos; creo que el viaje fue tan breve para el coronel Ross como para mí, porque lo pasamos escuchando el relato que nuestro compañero nos hizo de lo ocurrido en las cuadras de entrenamiento de Dartmoor, el lunes por la noche, y de los medios de que se valió para aclararlo.

—Confieso —nos dijo— que todas las hipótesis que yo había formado a base de las noticias de los periódicos resultaron completamente equivocadas. Sin embargo, había en esos relatos determinadas indicaciones, de no haber estado sobrecargadas con otros detalles que ocultaron su verdadero significado. Marché a Devonshire convencido de que Fitzroy Simpson era el verdadero culpable, aunque, como es natural, me daba cuenta de que las pruebas contra él no eran, ni mucho menos, completas.

Mientras íbamos en coche, y cuando ya estábamos a punto de llegar a la casa del entrenador, se me ocurrió de pronto lo inmensamente significativo del cordero en salsa fuerte. Quizá ustedes recuerden que yo estaba distraído, y que me quedé sentado cuando ya ustedes se apeaban. En ese instante me asombraba, en mi mente, de que hubiera yo podido pasar por alto una pista tan clara.

—Pues yo —dijo el coronel— confieso que ni aun ahora comprendo en qué puede servirnos.

—Fue el primer eslabón de mi cadena de razonamientos. El opio en polvo no es, en modo alguno. sustancia insípida. Su sabor no es desagradable, pero sí perceptible. De haberlo mezclado con cualquier otro plato, la persona que lo hubiese comido lo habría descubierto sin la menor duda, y es probable que no hubiese seguido comiendo. La salsa fuerte era exactamente el medio de disimular ese sabor. Este hombre desconocido, Fitzroy Simpson, no podía en modo alguno haber influido con la familia del entrenador para que se sirviese aquella noche esa clase de salsa, y llegaría a coincidencia monstruosa el suponer que ese hombre había ido, provisto de opio en polvo, la noche misma en que comían un plato capaz de disimular su sabor. Semejante caso no cabe en el pensamiento. Por consiguiente, Simpson queda eliminado del caso, y nuestra atención se centra sobre Straker y su esposa, que son las dos personas de cuya voluntad ha podido depender el que esa noche se haya cenado en aquella casa cordero con salsa fuerte. El opio fue echado después que se apartó la porción destinada al mozo de cuadra que hacía la guarda, porque los demás de la casa comieron el mismo plato sin que sufrieran las malas consecuencias. ¿Quién, pues, de los dos tuvo acceso al plato sin que la criada le viera?

Antes de decidir esta cuestión, había yo comprendido todo el significado que tenía el silencio del perro, porque siempre ocurre que una deducción exacta sugiere otras. Por el incidente de Simpson me había enterado de que en la casa tenían un perro, y, sin embargo, ese perro no había ladrado con fuerza suficiente para despertar a los dos mozos que dormían en el altillo, a pesar de que alguien había entrado y se había llevado un caballo. Era evidente que el visitante nocturno era persona a la que el perro conocía mucho.

Yo estaba convencido ya, o casi convencido, de que John Straker había ido a las cuadras en lo más profundo de la noche y había sacado de ellas a Silver Blaze. ¿Con qué finalidad? Sin duda alguna que con una finalidad turbia, porque, de otro modo, ¿para qué iba a suministrar una droga estupefaciente a su propio mozo de cuadras? Pero yo no atinaba con qué finalidad podía haberlo hecho. Antes de ahora se han dado casos de entrenadores que han ganado importantes sumas de dinero apostando contra sus propios caballos, por medio de agentes y recurriendo a fraudes para impedirles luego que ganasen la carrera. Unas veces valiéndose del jockey, que sujetaba el caballo. Otras veces recurriendo a medios más seguros y más sutiles. ¿De qué medio pensaba servirse en esta ocasión? Yo esperaba encontrar en sus bolsillos algo que me ayudase a formar una conclusión.

Eso fue lo que ocurrió. Seguramente que ustedes no han olvidado el extraño cuchillo que se encontró en la mano del difunto, un cuchillo que ningún hombre en su sano juicio habría elegido para arma. Según el doctor Watson nos dijo, se trataba de una forma de cuchillo que se emplea en cirugía para la más delicada de las operaciones conocidas. También esa noche iba a ser empleado para realizar una operación delicada. Usted, coronel Ross, con la amplia experiencia que posee en asuntos de carreras de caballos, tiene que saber que es posible realizar una leve incisión en los tendones de la corva de un caballo, y que esa incisión se puede hacer subcutánea, sin que quede absolutamente ningún rastro. El caballo así operado sufre una pequeñísima cojera, que se atribuiría a un mal paso durante los entrenamientos o a un ataque de reumatismo, pero nunca a una acción delictiva.

—¡Canalla y miserable! —exclamó el coronel.

—Ahí tenemos la explicación de por qué John Straker quiso llevar el caballo al páramo. Un animal de tal vivacidad habría despertado seguramente al más profundo dormilón en el momento en que sintiese el filo del cuchillo. Era absolutamente necesario operar al aire libre.

—¡He estado ciego! —exclamó el coronel—. Naturalmente que para eso era para lo que necesitaba el trozo de vela, y por lo que encendió una cerilla.

—Sin duda alguna. Pero al hacer yo inventarío de las cosas que tenía en los bolsillos, tuve la suerte de descubrir, no sólo el método empleado para el crimen, sino también sus móviles.

Como hombre de mundo que es, coronel, sabe que nadie lleva en sus bolsillos las facturas pertenecientes a otras personas. Bastante tenemos la mayor parte de nosotros con pagar las nuestras propias. Deduje en el acto que Straker llevaba una doble vida, y que sostenía una segunda casa. La índole de la factura me demostró que andaba de por medio una mujer, una mujer que tenía gustos caros. Aunque es usted generoso con su servidumbre, difícilmente puede esperarse que un empleado suyo esté en condiciones de comprar a su mujer vestidos para calle de veinte guineas. Interrogué a la señora Straker, sin que ella se diese cuenta, acerca de ese vestido. Seguro ya de que ella no lo había tenido nunca, tomé nota de la dirección de la modista, convencido de que visitándola con la fotografía de Straker podría desembarazarme fácilmente de aquel mito del señor Darbyshire.

Desde ese momento quedó todo claro. Straker había sacado el caballo y lo había llevado a una hondonada en la que su luz resultaría invisible para todos. Simpson, al huir, había perdido la corbata, y Straker la recogió con alguna idea, quizá con la de atar la pata del animal. Una vez dentro de la hondonada, se situó detrás del caballo, y encendió la luz; pero aquél, asustado por el súbito resplandor, y con el extraordinario instinto, propio de los animales, de que algo malo se le quería hacer, largó una coz, y la herradura de acero golpeó a Straker en plena frente. A pesar de la lluvia, Straker se había despojado ya de su impermeable para llevar a cabo su delicada tarea, y, al caer, su mismo cuchillo le hizo un corte en el muslo. ¿Me explico con claridad?

—¡Asombroso! —exclamó el coronel—. ¡Asombroso! Parece que hubiera estado usted allí presente.

—Confieso que mi último tiro fue de larguísimo alcance. Se me ocurrió que un hombre tan astuto como Straker no se lanzaría a realizar esa delicada incisión de tendones sin un poco de práctica previa. ¿En qué animales podía ensayarse? Me fijé casualmente en las ovejas, e hice una pregunta que, con bastante sorpresa mía, me demostró que mi suposición era correcta.

—Señor Holmes, ha dejado usted las cosas completamente claras.

—Al regresar a Londres, visité a la modista, y ésta reconoció en el acto a Straker corno uno de sus buenos clientes, llamado Darbyshire, que tenía una esposa muy llamativa y muy aficionada a los vestidos caros. Estoy seguro de que esta mujer lo metió a él en deudas hasta la coronilla, y que por eso se lanzó a este miserable complot.

—Una sola cosa no nos ha aclarado usted todavía —exclamó el coronel—. ¿Dónde estaba el caballo?

—¡Ah! El caballo se escapó, y uno de sus convecinos cuidó de él. Creo que por ese lado debernos conceder una amnistía. Pero, si no estoy equivocado, estamos ya en el empalme de Clapham, y llegaremos a la estación Victoria antes de diez minutos. Coronel, si usted tiene ganas de fumar un cigarro en nuestras habitaciones, yo tendré mucho gusto en proporcionarle cualquier otro detalle que pueda despertar su interés.

LA CAJA DE CARTÓN

Al elegir unos cuantos casos típicos que ilustren las notables facultades mentales de mi amigo Sherlock Holmes, he procurado, en la medida de lo posible, que ofrecieran el mínimo de sensacionalismo, y a la vez una amplia muestra de su talento. Sin embargo, es imposible, lamentablemente, separar por completo lo sensacional de lo criminal, y el cronista se ve en el dilema de tener que sacrificar detalles que resultan esenciales en su exposición, dando de ese modo una impresión falsa del problema, o verse obligado a utilizar materiales que la casualidad, y no su elección, le ha proporcionado. Tras este breve prefacio pasaré a exponer mis notas acerca de lo que constituyó una cadena de acontecimientos extraños y particularmente terribles.

Era un día de agosto y hacía un calor abrasador. Baker Street parecía un horno y el relumbre de la luz del sol al incidir sobre los ladrillos amarillos de la casa del otro lado de la calle lastimaba la vista. Costaba trabajo creer que aquellos fuesen los mismos muros que se erguían tan lóbregos por entre las nieblas del invierno.

Habíamos bajado a medias las persianas y Holmes se había acurrucado encima del sofá, leyendo una y otra vez una carta que había recibido en el correo de la mañana.

En cuanto a mí, los años de servicio en la India me habían habituado a soportar el calor mejor que el frío, y que el termómetro pasara de treinta grados no me suponía dificultad alguna. El periódico de la mañana no ofrecía ninguna noticia interesante. El Parlamento había interrumpido sus sesiones. Se habían ido todos de la ciudad y yo añoraba los claros del New Forest o los guijarros de Southsea. Mi reducida cuenta bancaria me había obligado a posponer las vacaciones, y en cuanto a mi acompañante, ni el campo ni el mar le atraían lo más mínimo. Le encantaba permanecer en el mismo centro donde pululaban cinco millones de personas, extendiendo sus filamentos y pasando por entre ellas, receptivo al más pequeño rumor o sospecha de algún delito sin esclarecer. El aprecio de la naturaleza no se encontraba entre sus muchas dotes, y sólo cambiaba de parecer cuando, en lugar de centrarse en un malhechor de la capital, trataba de localizar a algún hermano suyo de provincias.

Viendo que Holmes estaba demasiado abstraído para conversar, yo había echado a un lado el insulso periódico y, reclinándome en el sillón, me sumí en profundas meditaciones. De pronto la voz de mi acompañante interrumpió el curso de mis pensamientos:

—Lleva usted razón, Watson. Parece una forma absurda de dirimir una disputa.

—¡De lo más absurda! -exclamé, y de pronto, comprendiendo que Holmes se había hecho eco del pensamiento más íntimo de mi alma, me incorporé del sillón y le miré perplejo.

—¿Cómo es eso, Holmes? —grité—. Supera todo cuanto pudiera haber imaginado.

Él se rio de buena gana al observar mi perplejidad.

—Recuerde usted —me dijo— que hace algún tiempo, cuando le leí el pasaje de uno de los relatos de Poe en el que un minucioso razonador sigue los pensamientos no expresados de su compañero, usted se sintió inclinado a tratar el asunto como un mero tour de force del autor. Al advertirle que yo solía hacer eso constantemente, usted se mostró incrédulo.

—¡Oh, no!

—Tal vez no llegara a expresarlo en palabras, mi querido Watson, pero lo hizo sin duda con las cejas. De modo que cuando le vi tirar el periódico al suelo y ponerse a pensar, me alegré mucho de tener la oportunidad de leerle el pensamiento, y finalmente de poder interrumpirlo, demostrando así mi compenetración con usted.

Aquello no me convenció del todo.

—En el ejemplo que usted me leyó —le dije— el razonador extrajo sus conclusiones basándose en la actuación del hombre al que observaba. Si mal no recuerdo, aquel hombre tropezó con un montón de piedras, miró hacia arriba a las estrellas, etcétera. Yo, en cambio, he estado sentado en mi sillón tranquilamente, por tanto ¿qué pistas he podido darle?

—Es usted injusto consigo mismo. Las facciones le han sido dadas al hombre para poder expresar sus emociones, y las suyas cumplen ese cometido fielmente.

—¿Quiere usted decir que leyó en mis facciones el curso de mis pensamientos?

—En sus facciones y sobre todo en sus ojos. ¿Es posible que no pueda usted recordar cómo comenzaron sus ensueños?

—No, no puedo.

—Entonces se lo diré yo. Después de tirar al suelo el periódico, acto que atrajo mi atención hacia usted, estuvo sentado durante medio minuto con expresión ausente. Luego sus ojos se clavaron en el retrato, recientemente enmarcado, del general Gordon y por la alteración de su rostro comprendí que había vuelto a sumirse en sus pensamientos. Más eso no le condujo muy lejos. Sus ojos contemplaron fugazmente el retrato sin marco de Henry Ward Beecher, que estaba encima de sus libros. Entonces miró usted hacia arriba a la pared, y era obvio desde luego lo que eso significaba. Usted pensaba que si el retrato estuviera enmarcado cubriría exactamente ese espacio desnudo de pared, y haría juego con el retrato de Gordon que allí estaba.

—¡Me ha comprendido usted a las mil maravillas! -exclamé yo.

—Hasta ahí era poco probable que me perdiera. Pero ahora sus pensamientos volvieron a Beecher, y usted le miró con severidad como si estudiara el semblante del personaje. Entonces dejó usted de entornar los ojos, aunque sin dejar de mirar, y su rostro se quedó pensativo. Estaba usted recordando los incidentes que jalonaron la carrera de Beecher. Me daba perfecta cuenta de que usted no podía hacer eso sin pensar en la misión que emprendió durante la Guerra Civil en favor del Norte, pues recuerdo que expresó su ferviente indignación por la manera en que fue recibido por los más turbulentos compatriotas nuestros. Lo sintió usted tanto que yo sabía que le sería imposible pensar en Beecher sin acordarse también de eso. Cuando, poco después, vi que sus ojos se apartaron del retrato, sospeché que ahora volvía usted a pensar en la Guerra Civil y, cuando observé que apretaba usted los labios, que sus ojos echaban chispas, y que apretaba los puños, tuve la seguridad de que, en efecto, estaba usted pensando en el heroísmo demostrado por ambos bandos en aquella batalla sin cuartel. Pero entonces, de nuevo su rostro se puso más triste y dio usted muestras de desaprobación. Hizo usted hincapié en la tristeza, el horror y la inútil pérdida de vidas humanas. Acercó usted la mano sigilosamente a su vieja herida y una sonrisa tembló en sus labios, lo cual me indicó que el aspecto ridículo de este método de dirimir las cuestiones internacionales había afectado a su mente. En ese mismo instante estuve de acuerdo con usted en que aquello era absurdo y me alegró comprobar que todas mis deducciones habían sido correctas.

—¡Sin lugar a dudas! —dije yo—. Y ahora que me lo ha explicado usted, confieso seguir tan asombrado como antes.

—Fue un trabajo muy superficial, mi querido Watson, se lo aseguro. No me habría inmiscuido si usted no hubiese mostrado cierta incredulidad el otro día. Pero tengo ahora entre manos un pequeño problema que puede resultar más difícil de resolver que este insignificante intento mío de leer el pensamiento. ¿No ha visto usted en el periódico un breve suelto que alude al extraordinario contenido de un paquete enviado por correo a la señorita Cushing, de Cross Street, en Croydon?

—No, no vi nada.

—¡Ah! Entonces se le debe haber pasado por alto. Tíremelo. Aquí está, debajo de la columna financiera. ¿Tendría la amabilidad de leerlo en voz alta?

Recogí el periódico que me había vuelto a lanzar y leí el suelto indicado.

Se titulaba «UN PAQUETE MACABRO».

«La señorita Susan Cushing, que vive en Cross Street, Croydon, ha sido víctima de lo que debe ser considerado como una broma particularmente repugnante, a no ser que se le atribuya al incidente un significado más siniestro.

Ayer, a las dos en punto de la tarde, el cartero le entregó un paquetito, envuelto en papel de estraza. Dentro había una caja de cartón, llena de sal gruesa. Al vaciarla, la señorita Cushing encontró horrorizada dos orejas humanas, recién cortadas aparentemente. La caja había sido enviada desde Belfast la mañana anterior a través del servicio de paquetes postales. No hay ninguna indicación acerca del remitente, y el asunto resulta más misterioso todavía ya que la señorita Cushing, que es soltera y tiene cincuenta años, ha llevado una vida de lo más retirada, y tiene tan pocas amistades o corresponsales, que es un raro acontecimiento para ella el recibir algo por correo. Hace unos años, sin embargo, cuando residía en Penge, alquiló algunas habitaciones de su casa a tres jóvenes estudiantes de Medicina, de los cuales se vio obligada a deshacerse a causa de sus hábitos ruidosos y conducta irregular. La policía es de la opinión de que este ultraje a la señorita Cushing puede haber sido perpetrado por estos jóvenes, que le guardan rencor y esperaban asustarla enviándole estos restos mortales procedentes de las salas de disección.

Prestaba cierta verosimilitud a esta teoría el hecho de que uno de estos estudiantes procedía de Irlanda del Norte y, según tenía entendido la señorita Cushing, del propio Belfast. Mientras tanto, se está investigando el *asunto diligentemente y se ha encargado el caso al señor Lestrade, uno de los más perspicaces detectives de la policía».*

—Dejemos ya este asunto del Daily Chronicle —dijo Holmes cuando yo acabé de leer—. Hablemos ahora de nuestro amigo Lestrade. Esta mañana recibí una nota suya que dice:

«Creo que este caso encaja muy bien en su especialidad. Tenemos muchas esperanzas de aclarar el asunto, pero topamos con la pequeña dificultad de no tener nada en que basarnos. Hemos telegrafiado, por supuesto, a la oficina de correos de Belfast, pero aquel día fueron entregados una gran cantidad de paquetes y no hubo manera de identificar a este en particular, o de acordarse del remitente. La caja, de las de media libra de tabaco negro, tampoco nos facilita nada la identificación. La hipótesis del estudiante de medicina sigue pareciéndome la más plausible, pero si usted dispusiera de unas cuantas horas libres me alegraría mucho verlo por aquí. Estaré en casa todo el día o en la comisaría de policía».

—¿Qué le parece, Watson? ¿Puede usted sobreponerse al calor y venirse conmigo a Croydon ante la remota posibilidad de un nuevo caso para sus anales?

—Estaba impaciente por hacer algo.

—Lo tendrá entonces. Llame a nuestro botones y dígale que pida un coche. Volveré en seguida, cuando me haya quitado el batín y llenado mi petaca.

Mientras íbamos en el tren cayó un aguacero y por tanto en Croydon el calor era mucho menos sofocante que en la ciudad. Holmes había enviado un telegrama, de modo que Lestrade, tan enjuto, tan atildado, y tan husmeador como siempre, nos esperaba en la estación. Un paseo de cinco minutos nos condujo hasta Cross Street, donde residía la señorita Cushing.

Era una calle muy larga con casas de ladrillo de dos pisos, limpias y bien cuidadas, con sus peldaños de piedra blanqueada y en las puertas pequeños grupos de mujeres con delantal cotilleando. A medio camino Lestrade se detuvo y llamó a una de las puertas, que abrió una joven criada. La señorita Cushing estaba sentada en el salón, al que nos hizo pasar. Era una mujer de rostro apacible, ojos grandes y dulces, y pelo entrecano que se curvaba sobre ambas sienes. Un recargado antimacasar yacía sobre su regazo y junto a ella, encima de un taburete, había una cesta de sedas de colores.

—Esas cosas horribles están en la dependencia anexa —dijo ella cuando entró Lestrade—. Me gustaría que se las llevara.

—Eso haré, señorita Cushing. Las guardé ahí hasta que mi amigo, el señor Holmes, las hubiera visto en su presencia.

—¿Por qué en mí presencia, señor?

—Por si deseaba hacerle a usted alguna pregunta.

—¿Para qué iba a hacerme preguntas si le digo que no sé nada en absoluto acerca del asunto?

—En efecto, señora —dijo Holmes con voz tranquilizadora—. No tengo la menor duda de que ya la han molestado bastante acerca de este asunto.

—Ya lo creo, señor. Soy una mujer discreta y llevo una vida retirada. Es algo nuevo para mí el ver mi nombre en los periódicos y a la policía en mi casa. No quiero tener aquí esas cosas, señor Lestrade. Si usted desea verlas tiene que ir a la dependencia anexa.

Era un pequeño cobertizo en el angosto jardín que se extendía por detrás de la casa. Lestrade entró en él y sacó una caja amarilla de cartón, un pedazo de papel de estraza y un cordel. Había un banco al final del sendero y nos sentamos allí mientras Holmes examinaba, uno a uno, los objetos que Lestrade le había entregado.

—El cordel es sumamente interesante —observó, poniéndolo a contraluz y oliéndolo—. ¿Qué le parece, Lestrade?

—Que ha sido embreado.

—Exactamente. Es un trozo de bramante embreado. Sin duda habrá observado que la señorita Cushing ha cortado la cuerda con unas tijeras, como puede conjeturarse por sus dos extremos deshilachados. Eso es importante.

—No veo su importancia —dijo Lestrade.

—La importancia radica en el hecho de que el nudo lo han dejado intacto y que se trata de un nudo de un tipo especial.

—Está hecho muy hábilmente. Ya me había dado cuenta de eso —dijo Lestrade con suficiencia.

—Dejemos ya el cordel, entonces —dijo Holmes, sonriendo—, y pasemos a la envoltura de la caja. Papel de estraza, con un inconfundible olor a café. ¿Cómo, no lo notó usted? Creo que no puede haber la menor duda al respecto. La dirección está escrita con letra bastante descuidada: «Señorita S. Cushing, Cross Street, Croydon». Está hecha con una pluma de punta gruesa, probablemente una J, y con tinta de muy escasa calidad. La palabra «Croydon» fue escrita al principio con «i», que luego se transformó en «y». El paquete fue enviado, pues, por un hombre —la tipografía es claramente masculina— de escasa educación y que no conoce la ciudad de Croydon. ¡Hasta aquí, todo bien! La caja es amarilla, de las de media libra de tabaco negro, sin nada característico salvo las huellas de dos pulgares en la esquina izquierda del fondo. Está llena de ese tipo de sal gruesa que se utiliza para preservar el cuero y para otros usos comerciales más ordinarios. Y en ella están incrustados esos objetos tan singulares.

Mientras hablaba sacó las dos orejas y, poniendo una tabla sobre sus rodillas, las examinó minuciosamente, mientras Lestrade y yo, inclinados hacia delante uno a cada lado de él, mirábamos alternativamente a esos espantosos restos y al rostro pensativo y anhelante de nuestro compañero. Por fin las devolvió otra vez a la caja y se sentó un rato, absorto en profunda meditación.

—Habrá observado usted, naturalmente —dijo por fin—, que las orejas no forman pareja.

—Sí, me he dado cuenta de eso. Pero si fuera una broma hecha por algunos estudiantes con acceso a las salas de disección, igual de fácil les habría sido enviar un par de orejas de una misma persona que dos orejas desparejadas.

—Exactamente. Pero no se trata de una broma.

—¿Está usted seguro de eso?

—La presunción en contra es muy sólida. En las salas de disección se inyecta a los cadáveres un fluido conservante. Estas orejas no muestran ni rastro de ese fluido. Son recientes además. Han sido cortadas con un instrumento embotado, lo que difícilmente habría ocurrido si lo hubiera hecho un estudiante. Además, a cualquier mentalidad médica se le habría ocurrido utilizar ácido fénico o alcohol rectificado como conservante y de ninguna manera sal gruesa. Repito que este caso no se trata de una broma, sino que estamos investigando un grave crimen.

Un impreciso escalofrío me corrió por el cuerpo al escuchar las palabras de mi compañero y comprobar la sombría circunspección que había endurecido su semblante. Este brutal preliminar parecía anunciar la proximidad de algún extraño e inexplicable horror. Lestrade, sin embargo, dio muestras de desaprobación como si no estuviera convencido del todo.

—Sin duda se pueden poner reparos a la hipótesis de la broma —dijo —, pero existen razones todavía más fuertes en contra de la otra teoría. Sabemos que esta mujer ha llevado una vida discreta y respetable en Penge y aquí durante los últimos veinte años. Apenas ha estado ausente de su casa un solo día en todo ese tiempo. ¿Por qué demonios, por tanto, iba a enviarle ningún criminal las pruebas de su delito, sobre todo si como parece, a menos que sea una consumada actriz, sabe tan poco como nosotros del asunto?

—Ese es el problema que tenemos que resolver —respondió Holmes —, y por lo que a mí se refiere, me pondré manos a la obra, con la presunción de que mi razonamiento es correcto y que se ha cometido un doble asesinato. Una de estas orejas es de mujer, pequeña, delicadamente modelada, y perforada para llevar un pendiente. La otra es de hombre, bronceada, amarillenta y perforada también para llevar un pendiente. Supongo que estas dos personas han muerto, pues en caso contrario ya hace tiempo que nos habríamos enterado de lo que les sucedió. Hoy es viernes. El paquete fue echado al correo el jueves por la mañana. La tragedia ocurrió, por lo tanto, el martes o el miércoles, o incluso antes. Si las dos personas fueron asesinadas, ¿quién sino su asesino pudo enviar esa muestra de su delito a la señorita Cushing? Podemos suponer que el remitente del paquete es el hombre que buscamos. Pero debió de tener algún motivo poderoso para enviar este paquete a la señorita Cushing. ¿Cuál fue, pues, ese motivo? Debe de haber sido para comunicarle ¡qué se había cometido dicho delito!, o tal vez para hacerla sufrir. Mas en ese caso ella debía saber de quién se trataba. ¿Lo sabía, realmente? Lo dudo. Si lo hubiera sabido, ¿por qué iba a llamar a la policía? Podría haber enterrado las orejas, y nadie se hubiera enterado. Eso es lo que habría hecho si hubiese querido proteger al criminal. Pero si no quería protegerlo, habría comunicado su nombre. He aquí un enredo que es preciso resolver.

Se había expresado en voz alta, con suma rapidez, mirando al vacío por encima de la valla del jardín, pero inmediatamente se puso en pie de un enérgico salto y echó a andar en dirección a la casa.

—Tengo que hacerle algunas preguntas a la señorita Cushing —dijo.

—En tal caso, si me lo permite, yo me marcho —dijo Lestrade—, pues tengo entre manos otro asuntillo. Creo que no hay nada más que la señorita Cushing pueda contarme. Me encontrarán en la comisaría de policía.

—Pasaremos a verle de camino a la estación —respondió Holmes.

Poco después él y yo regresamos al salón, donde la impasible dama seguía trabajando tranquilamente en su antimacasar. Al entrar nosotros lo puso encima de su regazo y nos miró con sus ojos azules, de mirada franca y penetrante.

—Estoy convencida, señor —dijo—, de que en todo este asunto hay algún error, que el paquete no iba dirigido a mí. Se lo he dicho varias veces a este caballero de Scotland Yard, pero él se ríe de mí. No tengo ningún enemigo en el mundo, que yo sepa, de modo que ¿por qué iba a gastarme nadie semejante broma?

—Empiezo a ser de la misma opinión, señorita Cushing —dijo Holmes, tomando asiento a su lado—. Creo que es más que probable...

Hizo una pausa y, al mirar a mi alrededor, me sorprendió ver que tenía los ojos clavados con singular atención en el perfil de la dama. Por un instante pudo leerse en su rostro anhelante sorpresa y satisfacción al mismo tiempo, aunque cuando ella miró en torno para averiguar el motivo de su silencio, Holmes estaba de nuevo tan serio como siempre. Yo miré fijamente sus lisos cabellos entrecanos, su elegante tocado, sus pequeños pendientes de oro, sus plácidas facciones; pero no pude ver nada que justificara la evidente agitación de mi compañero.

—Quedan una o dos preguntas...

—¡Estoy harta de preguntas! —gritó la señorita Cushing con impaciencia.

—Usted tiene dos hermanas, según creo.

—¿Cómo puede saber eso?

—Nada más entrar en la habitación observé que tiene encima de la repisa de la chimenea una fotografía de un grupo de tres damas, una de las cuales es usted misma indudablemente, mientras que las otras dos se le parecen tanto que no es posible dudar del parentesco.

—Sí, lleva usted razón. Esas son mis hermanas Sarah y Mary.

—Y aquí, al alcance de la mano, hay otro retrato, tomado en Liverpool, de su hermana pequeña, en compañía de un hombre que parece un camarero de barco, a juzgar por su uniforme. Observo que entonces todavía no se había casado.

—Es usted un observador muy rápido.

—Es mi oficio.

—Bueno, una vez más lleva usted razón. Pero se casó con el señor Browner unos días después. Cuando fue tomada la fotografía él trabajaba en la compañía South América, pero quería tanto a mi hermana que no pudo soportar el tener que abandonarla por tanto tiempo y se enroló en la línea que cubría Londres y Liverpool.

—¿Tal vez en el Conqueror?

—No, en el May Day, según mis últimas noticias. Jim vino a verme una vez. Eso fue antes de romper las relaciones; pero después, siempre que desembarcaba se daba a la bebida, y bastaba que bebiese un poco para volverse loco de atar. ¡Ay, aciago día aquel en que volvió a tomar una copa! En primer lugar se olvidó de mí, luego se peleó con Sarah, y ahora que Mary ha dejado de escribirnos no sabemos cómo les van las cosas.

Era evidente que la señorita Cushing había tocado un tema que la afectaba profundamente. Como la mayoría de la gente que lleva una vida solitaria, al principio se mostraba tímida, pero con el tiempo llegaba a ser extremadamente comunicativa.

Nos contó muchos detalles de su cuñado el camarero de barco, y luego, desviándose hacia el tema de sus antiguos huéspedes, los estudiantes de medicina, nos hizo un extenso relato de sus fechorías y nos dio sus nombres y apellidos así como los hospitales en donde trabajaban. Holmes escuchó con atención, terciando de vez en cuando con alguna pregunta.

—Con respecto a su segunda hermana, Sarah —dijo él—, me sorprende que, siendo las dos solteras, no vivan juntas.

—¡Ay!, si usted conociera el mal genio de Sarah dejaría de sorprenderse. Lo intenté cuando vine a Croydon, y vivimos juntas hasta hace dos meses, en que tuvimos que separarnos. No quiero decir nada en contra de mi propia hermana, pero lo cierto es que Sarah siempre ha sido una entrometida y muy difícil de complacer.

—Dice usted que ella se peleó con sus parientes de Liverpool.

—Sí, aunque hubo un tiempo en que fueron los mejores amigos. Con decirle que se fue a vivir allí para estar cerca de ellos. Y ahora, cuando habla de Jim Browner, no encuentra palabras lo bastante duras. Los últimos seis meses que pasó allí no hablaba de otra cosa que de lo mucho que él bebía y de sus modales. Tengo la impresión de que debió de sorprender alguna intromisión suya, y le dijo cuatro verdades. Así fue como empezó la cosa.

—Gracias, señorita Cushing —dijo Holmes, levantándose y haciendo una reverencia—. Creo que me dijo usted que su hermana Sarah vive en New Street, Wallington, ¿no es cierto? Adiós, y siento mucho que la hayan molestado por un caso con el que, como usted dice, no tiene absolutamente nada que ver.

Cuando salíamos pasó un coche y Holmes lo llamó.

—¿A qué distancia está Wallington?

—Más o menos a una milla, señor.

—Muy bien. Suba, Watson. A hierro caliente, batir de repente. Aunque el caso es sencillo, hay uno o dos detalles muy instructivos relacionados con él. Cochero, deténgase cuando pase por delante de una oficina de telégrafos.

Holmes envió un telegrama breve y durante el resto del trayecto se recostó en el asiento, con el sombrero inclinado sobre la nariz para impedir que el sol le diera en el rostro. Nuestro cochero se detuvo delante de una casa que no se diferenciaba apenas de la que acabábamos de abandonar. Mi compañero le ordenó que esperase, y ya tenía el llamador en la mano cuando se abrió la puerta y un caballero joven y serio, vestido de negro y con un sombrero muy lustroso, apareció en el umbral.

—¿Está en casa la señorita Cushing? —preguntó Holmes.

—La señorita Sarah Cushing está gravemente enferma —dijo el joven —. Desde ayer padece síntomas muy graves de meningitis. Como médico suyo, no puedo asumir de ninguna manera la responsabilidad de permitir que nadie la visite. Yo le recomendaría que volviera dentro de diez días.

Se puso los guantes, cerró la puerta y se fue calle abajo.

—Bueno, lo que no se puede, no se puede —dijo Holmes jovialmente.

—Es posible que no pudiera, ni quisiera, decirle mucho.

—Yo no quería que me dijera nada. Sólo deseaba verla. Sin embargo, creo tener todo lo que quiero. Cochero, llévenos a algún hotel decente, donde podamos almorzar algo. Después nos dejaremos caer por la comisaría de policía para ver a nuestro amigo Lestrade.

Tomamos una agradable comida juntos, durante la cual Holmes no habló más que de violines, refiriéndome con gran júbilo cómo había comprado su propio Stradivarius, que valía por lo menos quinientas guineas, a un chamarilero judío de Tottenham Court Road por cincuenta y cinco chelines. Eso le llevó a Paganini, y durante una hora estuvimos delante de una botella de clarete mientras él me contaba anécdotas y más anécdotas de aquel hombre extraordinario. Cuando llegamos a la comisaría la tarde estaba ya muy avanzada y la deslumbradora y cálida luz se había atenuado hasta convertirse en un suave resplandor. Lestrade nos esperaba en la puerta.

—Hay un telegrama para usted, señor Holmes —dijo.

—¡Ajá! ¡Ahí está la respuesta! —abrió el telegrama, le echó un vistazo y, estrujándolo, se lo metió en el bolsillo—. Todo va bien —dijo.

—¿Ha descubierto usted algo?

—¡Lo he descubierto todo!

—¡Cómo! —Lestrade le miró asombrado—. Está usted bromeando.

—Jamás hablé más en serio en toda mi vida. Se ha cometido un crimen espantoso y creo haber puesto ya al descubierto todos sus pormenores.

—¿Y el criminal?

Holmes garabateó unas cuantas palabras en el reverso de una de sus tarjetas de visita y se la arrojó a Lestrade.

—Ahí tiene su nombre —dijo—. No podrá arrestarlo hasta mañana por la noche como muy pronto. Preferiría que no mencionara usted mi nombre en relación con el caso, ya que deseo que no me asocien más que con aquellos crímenes cuya solución presente alguna dificultad. Vamos, Watson.

Se fueron a grandes zancadas hacia la estación, dejando a Lestrade mirando todavía con cara satisfecha la tarjeta que Holmes le había arrojado.

—Este es un caso —dijo Sherlock Holmes esa noche mientras charlábamos y nos fumábamos sendos cigarros en nuestras habitaciones de Baker Street— en el que, como en las investigaciones que usted ha descrito bajo los títulos «Un estudio en escarlata» y «El signo de los cuatro», nos hemos visto obligados a razonar al revés, de los efectos a las causas. Le he escrito a Lestrade pidiéndole que nos proporcione los detalles que aún nos faltan, los cuales sólo conseguirá cuando haya puesto a buen recaudo a su hombre. Sin temor a equivocarse se puede confiar en él, pues, aun careciendo por completo de raciocinio, en cuanto comprende qué es lo que tiene que hacer es tan tenaz como un bulldog, y esta tenacidad es realmente lo que le ha hecho ascender dentro de Scotland Yard.

—¿Entonces el caso no está concluido todavía? —pregunté.

—En sus puntos fundamentales lo está realmente. Sabemos quién es el autor del repugnante asunto, aunque una de las víctimas se nos escape todavía. Claro que usted también habrá sacado sus propias conclusiones.

—Supongo que el hombre del que usted sospecha es Jim Browner, camarero de uno de los barcos de Liverpool.

—¡Oh!, es más que una sospecha.

—Pues yo no aprecio nada salvo vagos indicios.

—Para mí, por el contrario, no puede estar más claro. Repasemos los principales pasos dados hasta ahora. Abordamos el caso, como usted recordará, con la mente completamente en blanco, lo cual es siempre una ventaja. No habíamos concebido teoría alguna. Nos habíamos limitado a observar y a sacar conclusiones a partir de nuestras observaciones. ¿Qué fue lo primero que vimos?

«Una respetable y apacible dama, que parecía ajena a cualquier secreto, y un retrato que me reveló que ella tenía dos hermanas más jóvenes. Al instante se me ocurrió la idea de que la caja podía estar destinada a una de ellas. Deseché la idea hasta poder refutarla o confirmarla sin prisas. Luego fuimos al jardín, como usted recordará, y vimos el extraño contenido de la cajita amarilla.

«La cuerda era de esas que utilizan los veleros a bordo de los barcos y en seguida todo el asunto me olió a cosa de mar. Cuando observé que el nudo era de un tipo muy frecuente entre los marineros, que el paquete había sido enviado desde un puerto, y que la oreja del varón estaba perforada para llevar un pendiente, lo cual es mucho más corriente entre gente de mar que de tierra firme, tuve la certeza de que íbamos a encontrar a todos los actores de esta tragedia entre la marinería.

«Cuando me puse a examinar la dirección del paquete observé que iba dirigido a la señorita S. Cushing. Ahora bien, la hermana mayor se llamaba también, por supuesto, señorita Cushing, y aunque su inicial era asimismo una S, lo mismo podía pertenecer a cualquiera de las otras. En tal caso deberíamos haber comenzado nuestra investigación partiendo de una base completamente nueva. Por consiguiente entré en la casa con la intención de aclarar este punto. Estaba a punto de asegurar a la señorita Cushing mi convencimiento de que se había cometido una equivocación cuando, como usted recordará, me paré en seco. La verdad es que acababa de ver algo que me llenó de sorpresa y que a la vez limitaba enormemente el campo de nuestra pesquisa.

«Watson, usted es consciente, como médico, de que no hay parte del cuerpo humano que varíe tanto de un individuo a otro como la oreja. Cada oreja es, por regla general, completamente inconfundible y difiere de todas las demás. En el Anthropological Journal del año pasado encontrará usted dos breves monografías sobre el tema, escritas por mí. Por consiguiente, yo había examinado las orejas de la caja con ojos de experto, y me había fijado con detenimiento en sus peculiaridades anatómicas. Imagine, pues, mi sorpresa cuando al mirar a la señorita Cushing me di cuenta de que su oreja se correspondía exactamente con el apéndice de mujer que yo acababa de inspeccionar. No podía tratarse de una coincidencia. Presentaba el mismo acortamiento del pabellón, la misma curva amplia del lóbulo superior, la misma circunvolución del cartílago interno. Era en esencia la misma oreja.

«Desde luego comprendí inmediatamente la enorme importancia de aquella observación. Era evidente que la víctima tenía algún parentesco con ella, probablemente muy cercano. Empecé a hablarle de su familia y, como usted recordará, en seguida nos proporcionó algunos detalles sumamente valiosos.

«En primer lugar, su hermana se llamaba Sarah y hasta hace muy poco tiempo su dirección era la misma, de modo que era bastante evidente que se había producido un error y podía figurarse uno a quién iba dirigido en realidad el paquete.

«Luego tuvimos noticias de ese camarero, casado con la tercera hermana, y nos enteramos de que en un tiempo tuvo tal intimidad con la señorita Sarah, que esta se trasladó a Liverpool para estar cerca de los Browner, aunque una posterior pelea los había separado. Esta pelea había interrumpido cualquier clase de comunicación entre ellos durante varios meses, de modo que si Browner hubiese querido enviar un paquete a la señorita Sarah, indudablemente lo habría hecho a su antigua dirección.

«El asunto comenzaba ahora a resolverse a las mil maravillas. Nos habíamos enterado de la existencia de ese camarero, un hombre impulsivo, y apasionado —recuerde que dejó un empleo, aparentemente mucho mejor para estar cerca de su esposa—, propenso también a ocasionales excesos con la bebida. Teníamos motivos para creer que su esposa había sido asesinada, y que un hombre —presumiblemente marinero— había sido asesinado al mismo tiempo. En seguida pensamos en los celos como móvil del crimen. Pero ¿por qué enviaron a la señorita Sarah Cushing esas pruebas del delito? Probablemente porque durante su estancia en Liverpool ella había tenido algo que ver con que se produjeran los sucesos que desembocaron en tragedia. No sé si habrá notado que esa línea marítima hace escala en Belfast, Dublín y Waterford; de modo que, suponiendo que Browner hubiera cometido el delito, y que se hubiese embarcado inmediatamente en su vapor, el May Day, Belfast sería el primer lugar desde el que podría enviar por correo el terrible paquete.

«A estas alturas era también posible una segunda solución, y aunque a mí me parecía sumamente improbable, decidí aclararla antes de seguir adelante. Un amante rechazado podía haber matado al señor y la señora Browner, y la oreja de varón podría haber pertenecido al marido. Podían ponerse serios reparos a esta teoría, pero era concebible. Por tanto envié un telegrama a mi amigo Algar, de la policía de Liverpool, y le pedí que averiguase si la señora Browner estaba en casa, y si el marido había partido en el May Day. Luego seguimos hasta Wallington para visitar a la señorita Sarah.

«Tenía curiosidad, en primer lugar, por comprobar hasta qué punto se había reproducido en ella el tipo de oreja de la familia. Además podía proporcionarnos, desde luego, información de vital importancia, si bien no me sentía demasiado optimista al respecto. Debe de haberse enterado del suceso del día anterior, ya que en Croydon no se habla de otra cosa, y sólo ella podía saber a quién iba destinado el paquete. Si hubiese estado dispuesta a ayudar a la justicia probablemente se habría puesto ya en contacto con la policía. Sin embargo, era deber nuestro verla, evidentemente, de modo que fuimos a visitarla. Comprobamos que la noticia de la llegada del paquete —pues su enfermedad databa de esas fechas— le había producido tal impresión que le provocó meningitis. Estaba más claro que nunca que ella había comprendido toda su importancia, pero también era igual de claro que tendríamos que esperar algún tiempo para obtener de ella cualquier tipo de ayuda.

«Sin embargo, la verdad es que no dependíamos de su ayuda. Las respuestas a nuestras pesquisas nos esperaban en la comisaría de policía, a cuya dirección ordené a Algar que las enviara. Nada podía ser más concluyente. La casa de la señora Browner llevaba más de tres días cerrada, y las vecinas opinaban que ella se había marchado al sur para visitar a sus parientes. Se había comprobado en las oficinas de la compañía naviera que Browner había zarpado en el May Day, y yo calculo que debe llegar al Támesis mañana por la noche. Cuando llegue saldrá a su encuentro el obtuso aunque resuelto Lestrade, y no tengo la menor duda de que nos pondremos al corriente de los detalles que nos faltan.

Las expectativas de Sherlock Holmes no quedaron defraudadas. Dos días más tarde recibió un sobre voluminoso, que contenía un mensaje breve del detective y un documento escrito a máquina, que ocupaba varias páginas de papel de oficio.

—Lestrade lo atrapó sin problemas. Tal vez le interese escuchar lo que dice.

«Mi querido señor Holmes:

De conformidad con el plan que nos habíamos trazado para comprobar nuestras teorías (el «nos» me parece admirable, ¿verdad Watson?), fui al Muelle Albert ayer a las seis de la mañana y subí a bordo del May Day, que pertenece a la Liverpool, Dublín & London Steam Packet Company. Al solicitar información averigüé que había a bordo un camarero llamado James Browner, el cual se había comportado durante el viaje de manera tan insólita que el capitán se había visto obligado a relevarlo de sus obligaciones. Al bajar a su camarote lo encontré sentado encima de un cofre con la cabeza hundida entre las manos, meciéndose de un lado para otro. Es un tipo grande y fuerte, bien afeitado y muy moreno; algo parecido a Aldridge, el que nos ayudó en el asunto de la falsa lavandería. Se levantó de un salto al enterarse del motivo de mi visita. Yo tenía ya el silbato en los labios para llamar a una pareja de la policía fluvial, que había a la vuelta de la esquina, pero él no parecía tener ánimos y alargó las manos lo suficiente para que le pusiera las esposas. Lo llevamos a una celda, y a su cofre también, pues creíamos que podía haber en su interior algo que le incriminara; pero no encontramos nada a excepción de un gran cuchillo afilado, como el que suelen llevar la mayoría de los marineros.

Sin embargo, no nos hacen falta más pruebas, pues cuando lo llevamos a la comisaría pidió al inspector hacer una declaración, la cual fue tomada, por supuesto, por nuestro taquígrafo según él iba dictándola. Sacamos tres copias mecanografiadas, una de las cuales le incluyo. El asunto, como yo pensaba, ha resultado ser sumamente sencillo, pero le estoy muy agradecido por ayudarme en mi investigación. Le saluda atentamente,

G. Lestrade»

—¡Ejem! La investigación fue, en efecto, muy sencilla —observó Holmes—, pero no creo que ese fuera su parecer cuando nos llamó en su ayuda. No obstante, veamos lo que Jim Browner tiene que decir en su favor. Esta es su declaración, tal como la hizo ante el inspector Montgomery en la comisaría de policía de Shadwell, y tiene la ventaja de ser literal.

«¿Qué si tengo algo que decir? Claro que sí, tengo mucho que decir. Quiero confesarlo todo. Pueden ustedes ahorcarme, o dejarme en paz. Me importa un bledo lo que me hagan, les aseguro que no he pegado ojo desde que hice aquello, y no creo que vuelva nunca más a hacerlo hasta superar esta vigilia. A veces veo el rostro de él, pero sobre todo el de ella. Siempre tengo ante mí uno u otro. Él me mira con severidad y odio y, por el contrario, ella tiene en el rostro una expresión como de sorpresa. ¡Ay, pobre criatura! No es raro que se sorprendiera al leer su sentencia de muerte en un rostro en el que antes casi nunca había visto otra cosa que amor hacia ella.

Pero la culpa fue de Sarah, ¡y ojalá la maldición de un hombre destrozado arruine su vida y haga que se le pudra la sangre en las venas! No es que quiera justificarme. Sé que volví a entregarme a la bebida, pues soy un bestia. Pero ella me habría perdonado; se habría mantenido unida a mí tan íntimamente como el cabo al motón, si esa mujer no hubiera puesto los pies en nuestra casa. Pues Sarah Cushing me amaba —ese es el origen de todo el asunto—, me amó hasta que todo ese amor se transformó en un odio pernicioso cuando se enteró de que yo daba más importancia a la huella de mi esposa en el barro que a su propio cuerpo y alma.

En total eran tres hermanas. La mayor era una buena mujer francamente, la segunda un demonio, y la tercera un ángel. Sarah tenía treinta y tres años, y Mary veintinueve cuando me casé con ella. Cuando nos fuimos a vivir juntos éramos felices a todas horas del día, y en todo Liverpool no había mejor mujer que mi Mary.

Por consiguiente invitamos a Sarah a pasar una semana con nosotros, y la semana se convirtió en un mes, y una cosa llevó a la otra, hasta que ella fue una más entre nosotros.

En aquella época yo llevaba la cinta azul de la liga de los abstemios; ahorrábamos algo de dinero y todo resplandecía como un dólar nuevo. ¡Por Dios Santo! ¿Quién demonios habría pensado que todo iba a terminar así? ¿Quién demonios lo hubiera imaginado?

Con frecuencia solía volver a casa los fines de semana, y a veces, si el barco se retrasaba a causa del cargamento, pasaba allí toda una semana; de esta manera tuve ocasión de tratar bastante a mi cuñada Sarah. Era una mujer admirable, alta, morena, aguda y violenta, altanera, y con un brillo en los ojos como chispa de pedernal. Pero en presencia de la pequeña Mary nunca pensaba en Sarah, y eso lo juro al igual que espero que Dios se apiade de mí.

A veces me parecía que ella deseaba quedarse a solas conmigo, o engatusarme para que diera un paseo con ella, aunque yo nunca pensara realmente en eso. Pero una noche se me abrieron los ojos. Había vuelto del barco y me encontré con que mi esposa había salido y en casa sólo estaba Sarah. «Dónde está Mary», le pregunté. «Ha ido a pagar unas cuentas.» Yo iba y venía por la habitación impaciente. «Jim, ¿es que no puedes ser feliz sin Mary ni siquiera cinco minutos?», me dijo ella. «No es ningún halago para mí que no te contentes con mi compañía por tan poco tiempo.» «Llevas razón, muchacha», le dije yo, tendiéndole la mano de manera afectuosa. Inmediatamente ella la cogió entre las suyas, que ardían como si tuviese fiebre. La miré a los ojos y lo leí todo en ellos. No le hacía falta hablar, ni a mí tampoco. Fruncí el ceño y retiré la mano. Durante un rato ella permaneció junto a mí en silencio, luego levantó la mano y me dio unas palmaditas en el hombro.

«¡Cálmate, Jim!», me dijo, y salió corriendo de la habitación con una especie de risa burlona.

Pues bien, desde entonces Sarah me odió con todo su corazón y toda su alma, y es mujer que sabe odiar. Fui un tonto —un redomado tonto— permitiendo que se quedara con nosotros, pero no le dije a Mary ni una palabra, pues sabía que eso la apenaría. Las cosas siguieron igual, pero al cabo de un tiempo empecé a notar un ligero cambio en la propia Mary. Siempre había sido muy confiada e inocente, pero ahora se volvió rara y suspicaz, queriendo saber dónde había estado yo y qué había hecho, a quién escribía, qué llevaba en los bolsillos, y otras mil insensateces por el estilo. Día a día se volvía más rara y más irritable, y tuvimos incesantes riñas por nada. Todo aquello me tenía bastante desconcertado. Sarah me evitaba, aunque ella y Mary eran inseparables. Ahora me doy cuenta de que estaba intrigando, tramando y envenenando la mente de mi esposa en contra de mí; pero yo estaba tan ciego entonces que no podía entenderlo. Entonces rompí mi cinta azul y empecé a beber de nuevo, pero creo que no habría actuado así si Mary hubiese sido la misma de siempre. Ahora tenía algún motivo para estar disgustada conmigo, y la brecha entre nosotros empezó a ensancharse cada vez más. Fue entonces cuando se inmiscuyó ese tal Alec Fairbairn y las cosas se volvieron mucho más aciagas.

La primera vez que vino a casa fue para ver a Sarah, pero en seguida extendió sus visitas también a mí, pues era un hombre encantador, que hacía amigos dondequiera que fuese. Era un tipo apuesto, fanfarrón, ingenioso y tortuoso, que había recorrido medio mundo y sabía hablar de lo que había visto. Era un buen acompañante, no lo negaré, y para ser marinero tenía unos modales increíblemente corteses, de modo que creo que hubo un tiempo en que debió de frecuentar más la toldilla que el castillo de proa. Durante un mes estuvo entrando y saliendo de mi casa, y jamás se me ocurrió que sus suaves y astutos modales pudieran hacerme algún daño. Así que, por fin, algo me hizo sospechar, y desde ese día ya no he vuelto a tener paz.

Fue, además, un detalle insignificante. Había entrado yo inesperadamente en el salón, y al traspasar el umbral vi que el rostro de mi esposa se iluminaba de alegría. Pero cuando ella vio quién era realmente el recién llegado, su alegría se desvaneció de nuevo, y se alejó decepcionada. Aquello me bastó. Sólo había otra persona con la que podía haber confundido mis pasos: Alec Fairbairn. Si lo hubiera visto entonces, lo habría matado, pues siempre me vuelvo como loco cuando montó en cólera. Mary vio en mis ojos un brillo demoníaco y vino corriendo hacia mí, sujetándome el brazo con sus manos. «¡No lo hagas, Jim, no!», me dijo. «¿Dónde está Sarah?», le pregunté yo. «En la cocina», me respondió ella. «Sarah», le dije al entrar, «no quiero que ese individuo, Fairbairn, vuelva a poner nunca más los pies en mi casa». «¿Por qué no?», me preguntó ella. «Porque yo lo ordeno.»

«¡Caramba!», dijo ella, «si mis amigos no son lo bastante buenos para esta casa, entonces yo tampoco lo soy».

«Puedes hacer lo que te plazca», le dije yo, «pero si Fairbairn vuelve a dejarse ver por aquí, te mandaré una de sus orejas como recuerdo». La expresión de mi rostro la asustó, creo, pues no contestó nada, y esa misma noche se marchó de mi casa.

Bueno, ahora no sé si aquello fue pura maldad por parte de esa mujer, o si ella creía poder enemistarme con mi esposa, incitándola a portarse mal. En cualquier caso, Sarah alquiló una casa a dos calles de distancia de la nuestra y se dedicó a arrendar habitaciones para marineros. Fairbairn solía alojarse allí, y Mary solía ir a tomar el té con su hermana y con él. Ignoro con qué frecuencia, pero un día la seguí y, al irrumpir en la casa, Fairbairn huyó, saltando por encima de la tapia del jardín trasero, como el cobarde canalla que era. Le juré a mi esposa que la mataría si la encontraba de nuevo en compañía de aquel hombre, y me la volví a llevar a casa, sollozando y temblando, y tan blanca como una hoja de papel. Nunca más hubo entre nosotros el menor vestigio de amor. Me di cuenta de que ella me odiaba y me temía, y cuando ese pensamiento me empujaba a beber, también me despreciaba.

Sarah comprobó que no podía ganarse la vida en Liverpool, así que volvió, según tengo entendido, a vivir con su hermana en Croydon, y en mi casa las cosas continuaron más o menos como siempre. Y así hasta la semana pasada, con todas sus amarguras y perdición.

Todo ocurrió de la manera siguiente. Habíamos embarcado en el May Day para un viaje de ida y vuelta de siete días de duración, pero un tonel se soltó y con ello aflojó una de las planchas del barco, de modo que tuvimos que volver a puerto por espacio de doce horas. Abandoné el barco y fui a casa, pensando en darle una sorpresa a mi esposa y con la esperanza de que tal vez le alegrase verme tan pronto. Pensaba en eso cuando me metí en mi propia calle, y en aquel momento pasó por delante de mí un coche, en el que iba ella sentada al lado de Fairbairn, ambos charlando y riendo, sin pensar en mí que los observaba desde la acera.

Les aseguro, puedo darles mi palabra, que desde ese mismo momento dejé de ser dueño de mi destino y al recordarlo todo me parece un vago sueño. Últimamente había estado bebiendo mucho y eso, unido a lo anterior, me volvió completamente loco. Ahora siento dentro de mi cabeza una especie de zumbido, como unos martillazos de estibador, pero aquella mañana me pareció tener en los oídos todo el estruendo y el borboteo de las cataratas del Niágara.

Pues bien, puse pies en polvorosa y corrí detrás del coche. Llevaba en la mano un pesado bastón de roble, y les aseguro que desde el primer momento estaba hecho una furia, aunque según corría también se despertó en mí la astucia, y me rezagué un poco para observarlos sin ser visto. En seguida se detuvieron en una estación de ferrocarril. Había una multitud de gente alrededor del despacho de billetes, de modo que me acerqué bastante a ellos sin que me vieran. Sacaron billetes para New Brighton. Yo hice otro tanto, pero subí tres vagones más atrás que ellos. Cuando llegamos dieron una vuelta por el paseo y los seguí sin acercarme nunca a ellos más de cien yardas. Por fin les vi alquilar un bote para dar un paseo, pues hacía mucho calor y pensaron, sin duda, que estarían más frescos en el agua.

Eso fue como ponerse en mis manos. Había un poco de niebla y no se podía ver más allá de unos centenares de yardas. Alquilé un bote y salí tras ellos. Podía ver el contorno borroso de su embarcación, pero iban casi tan rápido como yo, y cuando les di alcance estaban ya a más de una milla de la costa. La neblina era como un velo, y en su interior estábamos nosotros tres. ¡Dios mío! ¿Cómo podré olvidar sus rostros cuando vieron quién iba en el bote que se les aproximaba? Ella se puso a dar voces. Él juró como un loco y me hurgoneó con un remo, pues debió ver en mis ojos una amenaza de muerte. Lo esquivé y le devolví el golpe con mi bastón, que le aplastó la cabeza como si fuera un huevo. A ella posiblemente le habría perdonado la vida, a pesar de toda mi rabia, pero le echó los brazos al cuello y se puso a gritar llamándole «Alec». Golpeé de nuevo y ella quedó tendida junto a él. Me sentía como una fiera salvaje que ha saboreado la sangre. Si Sarah hubiera estado allí, juro por Dios que habría corrido la misma suerte. Saqué mi cuchillo y... bueno, ¡caramba!, ya he dicho bastante. Sentí una especie de júbilo salvaje, pensando en lo que sentiría Sarah ante tales muestras de lo que su intromisión había ocasionado. Luego até los cadáveres al bote, rompí una tabla del fondo, y me quedé a su lado hasta que se hundieron. Sabía muy bien que el propietario del bote pensaría que se habrían desorientado a causa de la niebla y habrían sido arrastrados mar adentro. Me aseé, regresé a tierra, y me incorporé a mi barco, sin que nadie sospechara lo que había pasado. Esa noche envolví el paquete para Sarah Cushing, y al día siguiente lo envié desde Belfast.

Ahí tienen ustedes toda la verdad del caso. Podrán ahorcarme, o hacer conmigo lo que quieran, mas no podrán castigarme más de lo que ya lo he sido. No puedo cerrar los ojos sin que vea aquellos dos rostros mirándome fijamente... igual que me miraron cuando mi bote se abrió paso entre la neblina. Yo los maté rápidamente, pero ellos me están matando poco a poco; y si el suplicio se prolonga una sola noche más amaneceré loco o muerto. ¿No me pondrá solo en una celda, verdad, señor? Por amor de Dios, no lo haga, y ojalá el día en que usted agonice reciba el mismo trato que ahora me dé a mí.»

—¿Qué sentido tiene todo esto, Watson? —dijo Holmes solemnemente mientras dejaba a un lado el documento—. ¿Qué propósito persigue este círculo de aflicción, violencia y miedo? Sin duda ha de tender hacia algún fin pues, si no, nuestro universo está regido por el azar, lo cual es inconcebible. Pero ¿qué fin? Ahí tiene usted el eterno problema sobre el cual la razón humana está tan lejos de poder responder como siempre.

EL ROSTRO AMARILLO

Es perfectamente natural que yo, al publicar estos breves bocetos, basados en los numerosos casos en que las extraordinarias cualidades de mi compañero me convirtieron a mí en un oyente y, en ocasiones, en actor de algún drama extraño, es perfectamente natural, digo, que yo ponga de relieve con preferencia sus éxitos y no sus fracasos. No lo hago tanto por cuidar de su reputación, porque era precisamente cuando él ya no sabía qué hacer cuando su energía y su agilidad mental resultaban más admirables; lo hago más bien porque solía ser lo más frecuente que nadie tuviese éxito allí donde él había fracasado, quedando en tales casos, para siempre, la novela sin un final. Sin embargo, dio varias veces la casualidad de que se descubriese la verdad, aun en aquellos casos en que él iba equivocado. Tengo tomadas notas de una media docena de casos de esta clase; de todos ellos, el de la segunda mancha, y este que voy a relatar ahora, son los que ofrecen rasgos de mayor interés.

Sherlock Holmes era un hombre que rara vez hacía ejercicio físico por el puro placer de hacerlo. Pocos hombres eran capaces de un esfuerzo muscular mayor, y resultaba, sin duda alguna, uno de los más hábiles boxeadores de su peso que yo he conocido; pero el ejercicio corporal sin una finalidad concreta considerábalo como un derroche de energía, y era raro que él se ajetrease si no existía alguna finalidad de su profesión a la que acudir. Cuando esto ocurría, era hombre incansable e infatigable. Resultaba digno de notar que Sherlock Holmes se conservase muscularmente a punto en tales condiciones, pero su régimen de comidas era de ordinario de lo más sobrio, y sus costumbres llegaban en su sencillez hasta el borde de la austeridad. Salvo que, de cuando en cuando, recurría a la cocaína, Holmes no tenía vicios, y si echaba mano de esa droga era como protesta contra la monotonía de la vida, cuando escaseaban los asuntos y cuando los periódicos no ofrecían interés.

Cierto día, en los comienzos de la primavera, llegó hasta el extremo de holgarse dando conmigo un paseo por el Park, en el que los primeros blandos brotes de verde asomaban en las ramas de los olmos y las pegajosas moharras de los castaños comenzaban a romperse y dejar paso a sus hojas quíntuples. Vagabundeamos juntos por espacio de dos horas, en silencio la mayor parte del tiempo, como cumple a dos hombres que se conocen íntimamente. Eran casi las cinco cuando nos hallábamos otra vez en Baker Street.

—Con permiso, señor —nos dijo el muchacho, al abrirnos la puerta—. Estuvo un caballero preguntando por usted.

Holmes me dirigió una mirada cargada de reproches, y me dijo:

—Se acabaron los paseos vespertinos. ¿De modo que ese caballero se marchó?

—Sí, señor.

—¿Le invitaste a entrar?

—Sí, señor. El entró.

—¿Cuánto tiempo estuvo esperando?

—Media hora, señor. Estaba muy inquieto, señor, y no hizo otra cosa que pasearse y patalear mientras permaneció aquí. Yo le oí porque estaba de guardia del lado de acá de la puerta Finalmente, salió al pasillo, y me gritó: «¿No va a venir nunca ese hombre?» Esas fueron sus mismas palabras, señor. «Bastará con que espere usted un poquito más», le dije. «Pues entonces, esperaré al aire libre, porque me siento medio ahogado —me contestó—. Volveré dentro de poco.» Y dicho esto, se levanta y se marcha, sin que nada de lo que yo le decía fuese capaz de retenerlo.

—Bueno, bueno; has obrado lo mejor que podías —dijo Holmes, cuando entrábamos en nuestra habitación—. Sin embargo, Watson, esto me molesta mucho, porque necesitaba perentoriamente un caso, y, a juzgar por la impaciencia de este hombre, se diría que el de ahora es importante. ¡Hola! Esa pipa que hay encima de la mesa no es la de usted. Con seguridad que él se la dejó aquí. Es una bonita pipa de eglantina, con una larga boquilla de eso que los tabaqueros llaman ámbar. Yo me pregunto cuántas boquillas de ámbar auténtico habrá en Londres. Hay quienes toman como demostración de que lo es el que haya una mosca dentro de la masa. Pero eso de meter falsas moscas en la masa del falso ámbar es casi una rama del comercio. Bueno, muy turbado estaba el espíritu de ese hombre para olvidarse de una pipa a la que es evidente que él tiene en gran aprecio.

—¿Cómo sabe usted que él la tiene en gran aprecio? —le pregunté.

—Veamos. Yo calculo que el precio primitivo de la pipa es de siete chelines y seis peniques. Fíjese ahora en que ha sido arreglada dos veces: la una, en la parte de madera de la boquilla, y la otra, en la parte de ámbar. Las dos composturas, hechas con aros de plata, como puede usted ver, le han tenido que costar más que la pipa cuando la compró. Un hombre que prefiere remendar la pipa a comprar una nueva con el mismo dinero, es que la aprecia en mucho.

—¿Nada más? —le pregunté, porque Holmes daba vueltas a la pipa en su mano y la examinaba con la expresión pensativa característica en él.

Holmes levantó en alto la pipa y la golpeó con su dedo índice, largo y delgado, como pudiera hacerlo un profesor que está dando una lección sobre un hueso.

—Las pipas ofrecen en ocasiones un interés extraordinario —dijo—. No hay nada, fuera de los relojes y de los cordones de las botas, que tenga mayor individualidad. Sin embargo, las indicaciones que hay en ésta no son muy importantes ni muy marcadas. El propietario de la misma es, evidentemente, un hombre musculoso, zurdo, de muy buena dentadura, despreocupado y que no necesita ser económico.

Mi amigo largó todos estos datos como al desgaire; pero me fijé en que me miraba con el rabillo del ojo para ver si yo seguía su razonamiento.

—¿De modo que usted considera como de buena posición a un hombre que emplea para fumar una pipa de siete chelines? —le pregunté.

—Este tabaco es la mezcla Grosvenor, y cuesta ocho peniques la onza —contestó Holmes, sacando a golpecitos una pequeña cantidad de la cazoleta sobre la palma de su mano—. Como es posible comprar tabaco excelente a la mitad de ese precio, está claro que no necesita economizar.

—¿Y los demás puntos de que habló?

—Este hombre tiene la costumbre de encender la pipa en las lámparas y en los picos de gas. Fíjese que está completamente chamuscada de arriba abajo por un lado. Claro está que esto no le habría ocurrido de haberla encendido con una cerilla. ¿Cómo va nadie a aplicar una cerilla al costado de su pipa? Pero no es posible encenderla en una lámpara sin que la cazoleta de la pipa resulte chamuscada. Esto le ocurre a esta pipa en el lado derecho, y de ello deduzco que este hombre es zurdo. Acerque usted su propia pipa a la lámpara y verá con qué naturalidad, usted, que es diestro, aplica el lado izquierdo a la llama Es posible que le ocurra una vez hacer lo contrario, pero no constantemente. Esta pipa ha sido aplicada siempre de esa forma. Además, los dientes del fumador han penetrado en el ámbar. Esto denota que se trata de un hombre musculoso, enérgico y con buena dentadura Pero, si no me equivoco, le oigo subir por las escaleras, de manera que vamos a tener algo más interesante que su pipa como tema de estudio.

Un instante después se abrió la puerta y entró un hombre alto y joven. Vestía traje correcto, pero poco llamativo, de color gris oscuro, y llevaba en la mano un sombrero pardo de fieltro, blando y de casco bajo. Yo le habría calculado unos treinta años, aunque, en realidad, tenía alguno más.

—Ustedes perdonen —dijo con cierto embarazo—. Me olvidé de llamar. Sí, porque debí haber llamado. La verdad es que estoy un poco trastornado, y pueden ustedes atribuirlo a eso.

Se pasó la mano por la frente como quien está medio aturdido, y, acto continuo, se dejó caer en la silla, más bien que se sentó.

—Veo que usted lleva una o dos noches sin dormir —le dijo Holmes con su simpática familiaridad—. El no dormir agota los nervios más que el trabajo, y aún más que el placer. ¿En qué puedo servir a usted?

—Quería que me diese consejo. No sé qué hacer, y parece como si mi vida se hubiese hecho pedazos.

—¿Desea usted emplearme como detective consultor?

—No es eso sólo. Necesito su opinión de hombre de buen criterio..., de hombre de mundo. Necesito saber qué pasos tengo que dar inmediatamente. ¡Quiera Dios que usted pueda decírmelo!

Se expresaba en estallidos cortos, secos y nerviosos, y me pareció que incluso el hablar le resultaba doloroso, haciéndolo únicamente porque su voluntad se sobreponía a su tendencia.

—Se trata de un asunto muy delicado —dijo—. A uno le molesta tener que hablar a gentes extrañas de sus propios problemas domésticos. Es angustioso el discutir la conducta de mi propia mujer con dos hombres a los que no conocía hasta ahora. Es horrible tener que hacer semejante cosa. Pero yo he llegado al límite extremo de mis fuerzas y necesito consejo.

—Mi querido señor Grant Munro... —empezó a decir Holmes.

Nuestro visitante se puso en pie de un salto, exclamando:

—¡Cómo! ¿Sabe usted cómo me llamo?

—Me permito apuntarle la idea de que cuando usted desee conservar el incógnito —le dijo Holmes, sonriente—, deje de escribir su nombre en el forro de su sombrero, o si lo escribe, vuelva la parte exterior del caso hacia la persona con quien está usted hablando. Yo iba a decirle que mi amigo y yo hemos escuchado en esta habitación muchas confidencias extraordinarias y que hemos tenido la buena suerte de llevar la paz a muchas almas conturbadas. Confío en que nos será posible hacer lo mismo en favor de usted. Como quizá el tiempo pueda ser un factor importante, yo le ruego que me exponga sin más dilación todos los hechos referentes a su asunto.

Nuestro visitante volvió a pasarse la mano por la frente como si aquello le resultase muy cuesta arriba Yo estaba viendo, por todos sus gestos y su expresión, que teníamos delante a un hombre reservado y circunspecto, de carácter algo orgulloso, más propenso a ocultar sus heridas que a mostrarlas. Pero de pronto, con fiero ademán de su mano cerrada con el que pareció arrojar a los vientos su reserva, empezó a decir.

—El hecho es, señor Holmes, que yo soy un hombre casado, y que llevo tres años de matrimonio. Durante ese tiempo mi esposa y yo nos hemos querido el uno al otro con tanta ternura y hemos vivido tan felices como la pareja más feliz que haya existido. No hemos tenido diferencia alguna, ni una sola, de pensamiento, palabra o hecho. Y de pronto, desde el lunes pasado, ha surgido entre nosotros una barrera y me encuentro con que, en su vida y en sus pensamientos, existe algo tan escondido para mí como si se tratase de una mujer que pasa a mi lado en la calle. Somos dos extraños y yo quiero saber la causa. Antes de seguir adelante, señor Holmes, quiero dejarle convencido de una cosa, Effie me ama. Que no haya ningún error acerca de este punto. Ella me ama con todo su corazón y con toda su alma, hoy más que nunca. Lo sé, lo palpo. Sobre esto no quiero discutir. El hombre puede fácilmente ver si su mujer le ama. Pero se interpone entre nosotros este secreto, y ya no podremos ser los mismos mientras no lo aclaremos.

—Señor Munro, tenga la amabilidad de exponerme los hechos —dijo Holmes, con cierta impaciencia.

—Voy a decirle lo que yo sé de la vida anterior de Effie. Era viuda cuando yo la conocí, aunque muy joven, pues sólo tenía veinticinco años. Su apellido de entonces era señora Hebron. Marchó a Norteamérica siendo joven y residió en la ciudad de Atlanta, donde contrajo matrimonio con este Hebron, que era abogado con buena clientela Tenían una hija única pero se declaró en la población una grave epidemia de fiebre amarilla y murieron ambos, el marido y la niña Yo he visto el certificado de defunción del marido. Esto hizo que ella sintiese disgusto de vivir en América. Regresó a Middlesex, donde vivió con una tía soltera en Pinner. No estará de más que diga que su madre la dejó en una posición bastante buena y que disponía de un capital de unas cuatro mil quinientas libras, tan bien invertidas por él, que le producía una renta media del siete por ciento. Cuando yo conocí a mi mujer ella llevaba sólo seis meses en Pinner, nos enamoramos el uno del otro y nos casamos pocas semanas más tarde.

Yo soy un comerciante de lúpulo, y como tengo un ingreso de setecientas a ochocientas libras al año, nuestra situación era próspera y alquilamos en Norbury un lindo chalet por ochenta libras anuales. Teniendo en cuenta lo cerca que vivíamos de la capital, nuestro pequeño pueblo resulta muy campero. Poco antes de nuestra casa hay un mesón y dos casas; al otro lado del campo que tenemos delante hay una casita aislada; fuera de éstas no se encuentran más casas hasta llegar a la mitad de camino de la estación. La índole de mi negocio me llevaba a la capital en determinadas estaciones, pero el trabajo aflojaba durante el verano y entonces mi esposa y yo vivíamos en nuestra casa todo lo felices que se puede desear. Le aseguro a usted que jamás hubo entre nosotros una sombra hasta que empezó este condenado asunto de ahora.

Antes de pasar adelante tengo que decirle una cosa. Cuando nos casamos, mi mujer me hizo entrega de sus bienes..., bastante a disgusto mío, porque yo comprendía que si mis negocios me iban mal, la situación resultaría bastante molesta. Sin embargo, ella se empeñó, y así se hizo. Pues bien, hará seis semanas ella vino a decirme:

—Jack, cuando te hiciste cargo de mi dinero me dijiste que siempre que yo necesitase una cantidad debía pedírtela.

—Claro que sí, porque todo él es tuyo —le contesté.

—Pues bien: necesito cien libras —me dijo ella.

Me causó gran sorpresa aquello, porque yo creí que se trataría simplemente de un vestido nuevo o de algo por el estilo, y le pregunté:

—¿Para qué diablos las quieres?

—Mira —me dijo ella, juguetona—, me dijiste que tú eras únicamente mi banquero, y ya sabes que los banqueros no hacen nunca preguntas.

—Naturalmente que tendrás ese dinero, si verdaderamente lo quieres.

—¡Oh!, sí, lo quiero.

—¿Y no quieres decirme para qué lo necesitas?

—Quizá te lo diga algún día Jack, pero no por el momento.

Tuve, pues, que conformarme con eso, aunque era la primera vez que surgía entre nosotros un secreto. Le di un cheque, y ya no volví a pensar más en el asunto. Quizá nada tenga que ver con lo que vino después, pero me pareció justo contárselo.

Pues bien, hace un momento les he dicho que no lejos de nuestro chalet hay una casita aislada. Nos separa nada más que un campo; pero si se quiere ir hasta allí es preciso tomar por la carretera y meterse luego por un sendero. Al final del sendero hay un lindo bosquecillo de pinos albares, y a mí me gustaba mucho ir paseando hasta ese lugar, porque los árboles son siempre cosa simpática. La casita aquélla llevaba sin habitar los últimos ocho meses, y era una lástima, porque se trata de un lindo edificio de dos pisos, con un pórtico al estilo antiguo rodeado de madreselvas. Yo lo contemplé muchas veces pensando que era una linda casita para hacer en ella un hogar.

Pues bien, el lunes pasado iba yo al atardecer paseándome por ese camino, cuando me crucé con un carro de transporte vacío, que volvía a la carretera por ese sendero, y vi junto al pórtico un montón de alfombras y de enseres amontonados en la cespedera. Era evidente que la casita se había alquilado por fin. Pasé por delante de ella y me detuve a examinarla, como pudiera hacerlo un desocupado, preguntándome qué clase de gente sería la que venía a vivir cerca de nosotros. Estando mirando, advertí que desde una de las ventanas del piso superior me estaba acechando una cara.

Yo no sé, señor Holmes, qué tenía aquella cara; pero el hecho es que sentí un escalofrío por toda la espalda. Yo estaba un poco apartado, y por eso no pude distinguir bien sus facciones, pero era una cara que tenía un algo de antinatural y de inhumano. Esa fue la impresión que me produjo y avancé rápidamente para poder examinar más de cerca a la persona que me estaba mirando. Pero, al hacer eso, la cara desapareció súbitamente, tan súbitamente como si alguien la hubiese apartado a viva fuerza para meterla en la oscuridad de la habitación. Permanecí durante cinco minutos meditando sobre lo ocurrido y esforzándome por analizar mis impresiones. No habría podido decir si la cara era de un hombre o de una mujer. Lo que se me había quedado impreso con más fuerza era su color. Un color amarillo lívido, apagado, con algo como rígido y yerto, dolorosamente antinatural. Me produjo tal turbación que resolví enterarme algo más acerca de los nuevos inquilinos de la casita. Me acerqué y llamé a la puerta, siendo ésta abierta en el acto por una mujer, alta y trasijada, de rostro duro y antipático.

—¿Qué desea usted? —preguntó con acento norteño.

—Soy el vecino de ustedes y vivo allí —le dije apuntando con un movimiento de mi cabeza hacia mi casa—. Veo que acaban de trasladarse aquí y pensé que si puedo ayudarlos en algo...

—Cuando lo necesitemos, le pediremos ayuda —dijo, y me cerró la puerta en la cara.

Molesto por una respuesta tan descortés volví la espalda y me encaminé a mi casa Durante toda la velada, y a pesar de que yo me esforzaba por pensar en otras cosas, mi imaginación volvía siempre a aquella visión que yo había visto en la ventana y a la grosería de la mujer. Decidí no hablar nada a mi esposa de aquella aparición, porque es de temperamento nervioso y muy excitado, y yo no quería que participase de la molesta impresión que a mí me había producido. Sin embargo le comuniqué antes de dormirse que la casita se había alquilado, a lo que ella no contestó.

Yo soy por lo general hombre de sueño muy pesado. En la familia siempre bromean diciéndome que no había nada capaz de despertarme durante la noche; pero lo cierto es que precisamente aquella noche, ya fuese por la ligera excitación que me había producido mi pequeña aventura o por otra causa, que yo no lo sé, lo cierto es, digo, que mi sueño fue más ligero que de costumbre. Y entre mis sueños tuve una confusa sensación de que algo ocurría en mi cuarto; me fui despertando gradualmente hasta caer en la cuenta de que mi esposa se había vestido y se estaba echando encima el abrigo y el sombrero. Abrí los labios para murmurar algunas palabras, adormilado, de sorpresa y de reconvención por una cosa tan a destiempo, cuando de pronto mis ojos entreabiertos cayeron sobre su cara, iluminada por la luz de una vela. El asombro me dejó mudo. Tenía ella una expresión como jamás yo la había visto hasta entonces..., una expresión de la que yo la habría creído incapaz. Estaba mortalmente pálida y respiraba agitadamente; mientras se abrochaba el abrigo dirigía miradas furtivas hacia la cama para ver si me había despertado. Luego, creyéndome todavía dormido, se deslizó con mucho tiento fuera de la habitación y a los pocos momentos llegó a mis oídos un agudo rechinar que sólo podía ser producido por los goznes de la puerta delantera. Me senté en la cama y di con mis nudillos en la barandilla de la misma para cerciorarme de que estaba verdaderamente despierto. Luego saqué mi reloj de debajo de la almohada. Eran las tres de la madrugada ¿Qué diablos podía estar haciendo mi esposa en la carretera a las tres de la madrugada?

Llevaba sentado unos veinte minutos, dándole vueltas en mi cerebro al asunto, y procurando encontrarle una posible explicación. Cuanto más lo pensaba, más extraordinario y más inexplicable me parecía Todavía estaba tratando de solucionar el enigma, cuando oí que la puerta volvía a cerrarse con mucho tiento y acto seguido los pasos de mi mujer que subía por las escaleras.

—Dónde diablos has estado, Effie? —le pregunté al entrar ella.

Al oírme hablar dio un violento respingo y lanzó un grito que parecía de persona que se ha quedado sin habla. Ese grito y aquel sobresalto me turbaron aún más, porque había en ambos una sensación indescriptible de culpabilidad. Mi esposa se había portado siempre con sinceridad y franqueza, y me dio un escalofrío al verla penetrar furtivamente en su propia habitación y dejar escapar un grito y dar un respingo cuando su marido habló.

—¿Tú despierto, Jack? —exclamó con risa nerviosa—. Yo creí que no había nada capaz de despertarte.

—¿Dónde has estado? —le pregunté con mayor serenidad.

—No me extraña que te sorprendas —me dijo, y yo pude ver que sus dedos temblaban al soltar los cierres de su capa—. No recuerdo haber hecho otra cosa igual en toda mi vida. Lo que me ocurrió fue que sentí como que me ahogaba y que tuve un ansia incontenible de respirar aire puro. Creo firmemente que de no haber salido fuera, me habría desmayado. Permanecí en la puerta algunos minutos y ya me he repuesto.

Mientras hacía este relato no miró ni una sola vez hacia donde yo estaba y el tono de su voz era completamente distinto del corriente. Vi claro que lo que decía era falso. Nada le contesté, pero me volví hacia la pared con el corazón asqueado y el cerebro lleno de mil venenosas dudas y recelos. ¿Qué era lo que mi mujer me ocultaba? ¿Dónde estuvo durante aquella extraña excursión? Tuve la sensación de que ya no volvería a gozar de paz mientras no lo supiese, y sin embargo, me abstuve de hacerle más preguntas después que ella me contó una falsedad. En todo el resto de aquella noche no hice sino revolverme y dar saltos en la cama haciendo hipótesis y más hipótesis, todas ellas a cuál más inverosímiles.

Tenía necesidad de ir aquel día a la City, pero mis pensamientos estaban demasiado revueltos para poder atender a los negocios. Mi mujer parecía tan trastornada como yo y las rápidas miradas escrutadoras que a cada momento me dirigía, me hicieron comprender que ella se daba cuenta de que yo no creía sus explicaciones y que ella no sabía qué hacer.

Apenas si durante el desayuno cambiamos algunas palabras, e inmediatamente después salí yo a dar un paseo a fin de poder meditar, oreado por el aire puro de la mañana, en lo ocurrido.

Llegué en mi paseo hasta el Crystal Palace, pasé una hora en sus terrenos y regresé a Norbury para la una de la tarde, Mi caminata me llevó casualmente por delante de la casita de campo, y me detuve un instante para ver si conseguía ver por alguna ventana a aquella extraña cara que el día anterior me había estado mirando. ¡Imagínese, señor Holmes, mi sorpresa cuando mientras yo miraba, se abrió la puerta y salió por ella mi esposa!

Al verla me quedé mudo de asombro, pero mis emociones no eran nada comparadas con las que exteriorizó su cara cuando nuestras miradas se encontraron. En el primer momento pareció querer echarse hacia atrás y meterse de nuevo en la casa, pero luego, al ver que todo ocultamiento era inútil, avanzó palidísima y con una mirada de susto que desmentía la sonrisa de sus labios.

—¡Oh Jack! —me dijo—. Acababa de entrar en esa casa para ver si podía ser útil en algo a nuestros nuevos convecinos. ¿Por qué me miras de ese modo, Jack? ¿Verdad que no estás enojado conmigo?

—¿De modo que es ahí donde fuiste la noche pasada? —le dije.

—Pero ¿adónde vas a parar? —gritó ella.

—Tú viniste aquí. Estoy seguro de ello. ¿Qué gentes son ésas para que tú tengas que visitarlas a una hora semejante?

—Yo no había venido aquí hasta ahora.

—¿Cómo puedes decirme una cosa que tú sabes que es falsa? —exclamé yo—. Si hasta la voz se te altera cuando hablas. ¿Tuve yo alguna vez un secreto para ti? Entraré en esa casa y veré lo que hay en el fondo de todo eso.

—¡No, Jack; no lo hagas, por amor de Dios! —dijo ella, jadeante y sin poder dominar su emoción.

Y al ver que yo me acercaba a la puerta, me agarró de la manga y tiró de mí hacia atrás con energía convulsiva:

—Jack, yo te suplico que no hagas eso. Te juro que algún día te lo contaré todo; pero tu entrada en esa casa sólo puede acarrear desdichas.

Y como intentase librarme de ella, se aferró a mí, y llegó en sus súplicas hasta desvariar.

—Ten fe en mí, Jack —exclamó—. Ten fe en mí, por esta vez. No tendrás nunca motivos para arrepentirte. Sabes que yo no soy capaz de tener un secreto como no sea en bien de ti mismo. Están en juego aquí para siempre nuestras vidas. Si vienes a nuestra casa conmigo, nada malo ocurrirá. Si entras a la fuerza en esta casita, todo habrá terminado entre nosotros.

Tenían sus palabras tal ansiedad y delataban sus maneras tal desesperación, que consiguieron detenerme y me quedé indeciso delante de la puerta.

—Tendré fe en ti con una condición, y sólo con una condición —dije, al fin—. Todos esos manejos misteriosos deben terminar ahora mismo. Eres libre de guardar tu secreto, pero has de prometerme que no habrá más visitas nocturnas, ni más andanzas a espaldas mías. Estoy dispuesto a olvidar los hechos pasados, a condición de que me prometas que no volverán a repetirse en adelante.

—Estaba segura de que tendrías fe en mí —exclamó, dando un gran suspiro de alivio—. Se hará como tú lo deseas. ¡Vámonos de aquí! ¡Oh, vámonos de aquí hasta nuestro hogar! —me alejó de la casita, sin dejar de tirar de mi manga.

Mientras íbamos caminando, volví yo la vista hacia atrás, y allí estaba aquella cara amarilla y cadavérica, mirándonos desde la venta del piso alto. ¿Qué eslabón podía unir a aquel ser y a mí esposa? ¿O cómo aquella mujer ruda y grosera estaba ligada a Effie? Era aquél un enigma extraño y yo estaba seguro de que no podría sosegar hasta haberlo aclarado.

Permanecí sin salir de casa dos días, y pareció que mi mujer cumplía lealmente nuestro compromiso; no salió a la calle ni una sola vez, por lo que yo supe. Sin embargo, al tercer día tuve pruebas sobradas de que ni siquiera una solemne promesa bastaba para impedir que aquella influencia secreta la arrastrase, alejándola de su marido y de su deber.

Yo vine ese día a la capital, pero regresé con el tren de las dos y cuarenta, en vez de hacerlo, como es mi costumbre, con el de las tres y treinta y seis. Al entrar yo en mi casa, acudió la doncella presurosa al vestíbulo con la cara sobresaltada.

—¿Dónde está la señora? —le pregunté.

—Creo que ha salido a dar un paseo —me contestó.

Se me llenó el alma instantáneamente de recelos. Corrí al piso superior para cerciorarme de que no estaba en la casa. Una vez arriba, miré casualmente por una de las ventanas y vi que la doncella con la que yo acababa de hablar corría a campo traviesa en dirección a la casita. Comprendí con exactitud lo que había ocurrido. Mi esposa había ido allí, dejando encargo a la criada de que se le avisase si yo regresaba. Eché a correr escaleras abajo, ardiendo en ira, y tiré a campo traviesa, resuelto a terminar de una vez para siempre con aquel asunto. Vi que mi mujer y la doncella venían a toda prisa por el sendero, pero no me detuve a hablar con ella. Era en la casa donde estaba el secreto que ensombrecía mi vida. Me juré que dejaría de serlo, ocurriese lo que ocurriese. Ni siquiera llamé al llegar a la casa. Hice girar el manillar de la puerta y me abalancé pasillo adelante.

Todo era quietud y silencio en la planta baja. Una olla cantaba puesta al fuego en la cocina y un gatazo negro dormía acurrucado dentro de un canasto, pero no había ni rastro de la mujer que yo había visto en una ocasión anterior. Corrí a la otra habitación y también la encontré vacía Me precipité entonces escaleras arriba, sólo para encontrarme con que las dos habitaciones estaban vacías y desiertas. No había nadie en toda la casa. Mobiliario y cuadros eran de lo más corriente y vulgares, salvo los de la habitación en cuya ventana yo había visto la cara extraña. Esta habitación era cómoda y elegante y todas mis sospechas se inflamaron hasta convertirse en una hoguera furiosa y violenta cuando descubrí, encima de la repisa de la chimenea, una fotografía a todo tamaño de mi mujer que había sido hecha, a petición mía, sólo tres meses antes.

Permanecí dentro de la casa todo el tiempo necesario para convencerme de que estaba vacía en absoluto. Luego la dejé, sintiendo sobre mi corazón un peso como jamás lo había sentido. Al entrar yo en casa, mi mujer salió al vestíbulo, pero yo me encontraba demasiado dolido y enojado para hablar con ella La aparté a un lado y me metí en mi despacho. Sin embargo, ella se metió detrás de mí antes que yo pudiera cerrar la puerta.

—Me pesa el haber roto mi promesa, Jack —me dijo entonces—. Pero estoy segura de que me lo perdonarías si lo supieses todo.

—Cuéntamelo, pues.

—¡No puedo, Jack, no puedo! —exclamó ella.

—No puede existir confianza alguna entre nosotros dos mientras no me expliques quién vive en esa casita y a quién has dado tu fotografía —le contesté, me aparté de ella y abandoné mi casa.

Eso ocurrió ayer, señor Holmes, y desde entonces no he vuelto a ver a mi esposa y nada más he sabido de este extraño suceso. Es la primera sombra que se ha interpuesto entre nosotros y me ha trastornado de tal manera, que no sé lo que más me conviene hacer. Esta mañana se me ocurrió de pronto que era usted el hombre indicado para aconsejarme, me he dado prisa en venir y me pongo sin reservas entre sus manos. Por encima de todo, le suplico que me diga rápidamente qué es lo que debo hacer, porque esta calamidad me resulta insoportable.

Holmes y yo habíamos escuchado con el máximo interés tan extraordinario relato, hecho de la manera nerviosa e inconexa propia de una persona que se encuentra bajo la influencia de una emoción extremada. Mi compañero permaneció algún tiempo sentado y en silencio, con la barbilla apoyada en la mano, perdido en sus pensamientos.

—Veamos —dijo al fin—. ¿Podría usted jurar que la cara que vio en la ventana era la de un hombre?

—Me sería imposible afirmar tal cosa, porque siempre que la vi fue desde bastante distancia.

—Sin embargo, la impresión que a usted le produjo fue de desagrado.

—No parecía ser el suyo un color natural y mostraba además una rara rigidez de facciones. Cuando me acerqué, la cara desapareció como de un tirón.

—¿Cuánto tiempo hace que su señora le pidió las cien libras?

—Cerca de dos meses.

—¿Ha visto usted en alguna ocasión una fotografía de su primer marido?

—No; muy poco después de la muerte de éste hubo en Atlanta un gran incendio y quedaron destruidos todos los documentos de mi esposa.

—Pero ella conservaba un certificado de defunción. Usted ha dicho que lo vio con sus propios ojos ¿no es así?

—Sí; ella consiguió un certificado después del incendio.

—¿Ha tratado usted con alguna persona que conociera a su esposa en Norteamérica?

—No.

—¿Le ha hablado en alguna ocasión de volver por aquel país?

—No.

—¿Tampoco ha recibido cartas de allí?

—No, que yo sepa.

—Gracias. Desearía poder meditar un poco más sobre el asunto. Si la casita en cuestión se halla deshabitada constantemente, quizá tengamos alguna dificultad. Por otro lado, si sus moradores fueron advertidos por alguien de que usted iba a presentarse allí, y eso es lo que yo me imagino, y se marcharon ayer antes de que usted llegase, entonces es posible que estén ya de regreso y podríamos aclararlo todo con facilidad. Permítame, pues, que le aconseje que regrese a Norbury y que vuelva a fijarse en las ventanas de la casita. Si usted llega a la convicción de que la casa está habitada, no entre en ella a la fuerza y envíenos un telegrama a mi amigo y a mí. A la hora de recibirlo estaremos con usted y nos costará muy poco tiempo llegar al fondo del asunto.

—¿Y si la casa sigue vacía?

—En ese caso iremos a visitarlo a usted mañana y charlaremos del asunto. Adiós, y por encima de todo, no se preocupe hasta que esté seguro de que tiene razón seria para ello.

—Me temo, Watson, que este negocio resulte desagradable —dijo mi compañero, después de acompañar al señor Grant Munro hasta la puerta—. ¿Usted qué ha sacado en limpio?

—A mí me sonó a cosa fea— contesté.

—En efecto. O mucho me equivoco o hay en el fondo un caso de chantaje.

—Pero ¿quién es el chantajista?

—Pues verá usted, debe de ser esa persona que vive en la única habitación cómoda de la casita de campo y que tiene la fotografía de la señora encima de la repisa de la chimenea. Le aseguro, Watson, que en eso de la cara cadavérica de la ventana hay algo muy atrayente, y que por nada del mundo querría haberme perdido este caso.

—¿Tiene usted formada ya una teoría?

—Sí, una teoría provisional. Pero me sorprendería que no resulte correcta. En esa casita está el primer marido de esta señora.

—¿Por qué piensa usted semejante cosa?

—¿Cómo podemos explicar de otra manera la ansiedad febril de que su segundo marido no entre allí? Los hechos, tal como yo los veo, son, más o menos, así: esta mujer se casó en Norteamérica. Su marido resultó tener ciertas cualidades odiosas, o quizá estemos en lo cierto diciendo que contrajo alguna enfermedad repugnante, y resultó ser leproso o idiota. Ella, entonces, huyó de su lado, regresó a Inglaterra, cambió de nombre e inició de nuevo, ella al menos así lo creía, su vida. Llevaba ya aquí casada tres años y se creía en una situación completamente segura... porque había mostrado a su marido el certificado de defunción de algún hombre cuyo apellido ella se había apropiado... De pronto el primer marido, o también cabe suponer, alguna mujer falta de escrúpulos que se había unido al inválido, descubrió el paradero suyo. Escribieron a la señora Munro y la amenazaron con presentarse y ponerla en la picota. Ella pide entonces cien libras e intenta comprar su silencio. A pesar de todo, ellos vienen a Inglaterra. Cuando el señor trae casualmente a colación la noticia de que en la casita hay gente nueva, la señora sabe ya, de una manera u otra, que se trata de sus perseguidores. Entonces espera a que su marido esté dormido y sale de casa precipitadamente para tratar de convencerlos de que la dejen en paz. No habiendo tenido éxito, vuelve otra vez, a la mañana siguiente, y es entonces cuando su marido tropieza con ella en el momento en que salía de la casita, tal como él nos lo ha explicado. La mujer le promete entonces que no volverá a ir, pero dos días más tarde el anhelo de desembarazarse de aquellos vecinos temibles se impone a ella con demasiada fuerza, y hace otra tentativa, llevando la fotografía, que es probable le hubiesen exigido antes. Cuando se hallan en esa entrevista, llega corriendo la doncella para anunciar que el amo está de regreso; la esposa, entonces, segura de que aquél irá derecho a la casita, hace salir apresuradamente a sus moradores por la puerta trasera y ellos se esconden probablemente en el bosquecillo de pinos albares que, según dijo antes, hay cerca de allí. De ese modo el marido se encuentra con la casa desierta. Sin embargo, me sorprendería muchísimo que siga estándolo cuando el señor Munro lleve a cabo esta noche su reconocimiento. ¿Qué opina usted de mi teoría?

—Que toda ella es una pura suposición.

—Por lo menos con ella se explican todos los hechos. Tendremos tiempo de rectificarla cuando lleguen a nuestro conocimiento otros hechos nuevos que no quepan en la misma Por ahora no podemos hacer otra cosa hasta que recibamos un nuevo mensaje de nuestro amigo de Norbury.

No tuvimos que esperar mucho. Nos llegó en el momento que acabábamos de tomar el té. El mensaje decía:

«La casita sigue habitada. He vuelto a ver la cara en la ventana Saldré a la llegada del tren de las siete y no daré ningún paso hasta entonces.»

Nos esperaba en el andén cuando nosotros nos apeamos, y pudimos ver, a la luz de las lámparas de la estación, que se hallaba muy pálido y que temblaba de excitación.

—Señor Holmes, siguen allí —dijo, apoyando una mano en el brazo de mi amigo—. Cuando venía para aquí vi las luces. Ahora lo pondremos todo en claro de una vez y para siempre.

—¿Qué plan tiene usted, según eso? —preguntó Holmes, mientras avanzábamos por la carretera, oscura y bordeada de árboles.

—Voy a entrar a la fuerza y veré con mis propios ojos quién hay dentro de la casa. Quisiera que ustedes dos estuvieran allí en calidad de testigos.

—¿Está usted completamente resuelto a ello, no obstante la advertencia de su esposa de que es preferible que usted no aclare ese misterio?

—Sí, estoy resuelto.

—Yo creo que hace usted bien. Es preferible la verdad, cualquiera que sea, a una duda indefinida. Lo mejor que podemos hacer es llegarnos allí ahora mismo. Mirando las cosas desde el punto de vista legal, no cabe duda de que cometemos un acto indudablemente incorrecto, pero yo creo que vale la pena correr ese riesgo.

La noche era muy oscura, y empezaba a caer una fina llovizna, cuando desembocamos desde la carretera en un estrecho sendero, de profundas huellas y con setos a uno y otro lado. Sin embargo, el señor Grant Munro avanzó impaciente y nosotros le seguimos a trompicones lo mejor que pudimos.

—Aquellas luces son las de mi casa —nos dijo por lo bajo, apuntando hacia un leve resplandor que se veía entre los árboles—, y aquí tenemos la casita en la que yo voy a entrar.

Al decir esto, doblamos un recodo del sendero y nos encontramos muy cerca del edificio en cuestión. Una franja amarilla que cruzaba en sentido vertical el fondo negro nos mostró que la puerta no se hallaba cerrada del todo y en el piso de arriba veíase una ventana brillantemente iluminada. Al dirigir hacia ella nuestra vista, vimos cruzar por detrás del visillo una sombra negra borrosa.

—Allí la tienen ustedes —exclamó Grant Munro—. Ya ven por sus propios ojos que en esa habitación hay alguien. Y ahora, síganme, y pronto lo sabremos todo.

Se acercó a la puerta, pero súbitamente salió de la oscuridad una mujer y quedó dibujada por el foco luminoso de la lámpara Yo no podía verle la cara en la oscuridad del contraluz, pero sí vi que ella alzaba los brazos en actitud de súplica.

—¡Por amor de Dios, Jack, no entres! —gritó—. Tenía el presentimiento de que vendrías esta noche. Piénsalo mejor, corazón. Vuelve a tener fe en mí y nunca tendrás que arrepentirte de ello.

—Effie, he tenido fe en ti demasiado tiempo —exclamó él con severidad—. ¡Suéltame! Tengo que seguir adelante. Mis amigos y yo vamos a poner en claro el asunto de una vez y para siempre.

Hizo a un lado a su esposa, y nosotros le seguimos, muy de cerca. Cuando abrió de par en par la puerta, corrió a cerrarle el paso una mujer anciana, pero él la hizo retroceder y un instante después subíamos todos escaleras arriba. Grant Munro se abalanzó hacia el cuarto iluminado y nosotros entramos pisándole los talones.

Era un cuartito acogedor y bien amueblado, con dos velas ardiendo encima de la mesa y otras dos encima de la repisa de la chimenea. En un ángulo, inclinada sobre un pupitre, se hallaba una persona, que parecía ser una muchachita. Cuando entramos, ella tenía vuelta la cara hacia otro lado, pero pudimos ver que vestía un vestido encarnado y tenía puestos unos guantes blancos y largos. Al darse media vuelta para mirarnos, yo dejé escapar un pequeño grito de sorpresa y horror. La cara que nos presentó era del más extraordinario color cadavérico y sus rasgos carecían en absoluto de expresión. Un instante después quedaba aclarado el misterio. Holmes, acompañando su acción con una risa, pasó sus manos por detrás de la oreja de la niña y arrancó de su cara la corteza de una máscara, presentándosenos delante una niña negrita como el carbón, que mostraba todo el brillo de su blanca dentadura con una expresión divertida al ver el asombro pintado en nuestros rostros. La alegría de la niña hizo que rompiera yo a reír por un efecto de simpatía; pero Grant Munro permaneció inmóvil, asombrado y agarrándose la garganta con la mano.

—¡Válgame Dios! ¿Qué puede significar esto? —exclamó.

—Yo te diré lo que significa —le gritó su mujer, entrando en la habitación con una expresión de orgullo y de firmeza en su rostro—. Me has obligado, contrariando mi propio criterio, a que te lo diga y ya veremos cómo tú y yo podemos arreglarlo. Mi marido falleció en Atlanta. Mi hija le sobrevivió.

—¡Tu hija!

La señora Munro se sacó del pecho un gran medallón de plata, y dijo:

—Nunca lo has visto abierto.

—Yo tenía entendido que no se abría.

Ella apretó un resorte y la parte delantera del medallón giró hacia atrás. En el interior había el retrato de un hombre, de gran belleza y expresión inteligente, pero cuyos rasgos llevaban el sello inconfundible de su raza africana.

—Este es John Hebron, de Atlanta —dijo la señora—, y no hubo jamás en el mundo un hombre más noble. Yo rompí con mi raza por casarme con él. Mientras él vivió yo no lamenté ni un instante ese matrimonio. Nuestra desgracia consistió en que la hija única que tuvimos sacó el parecido a la raza de mi marido más bien que a la mía. Es cosa que ocurre con frecuencia en semejantes matrimonios y la pequeña Lucy salió más morena aún que su padre. Pero, morena o rubia, ella es mi hijita querida y el cariño de su madre —la muchachita al oír esas palabras, cruzó corriendo el cuarto y se apretujó contra el vestido de la señora Munro. Esta agregó:

—Cuando vine de Norteamérica la dejé allí, pero fue únicamente porque andaba delicada de salud y el cambio de clima pudiera haberle perjudicado. La entregué al cuidado de una leal escocesa que había sido en tiempos sirvienta nuestra. Jamás pensé ni por un momento negar que ella fuese hija mía. Pero cuando la casualidad te puso a ti en mi camino, Jack, y aprendí a quererte, me entró miedo de hablarte acerca de mi hija. Que Dios me perdone. Temía perderte y me faltó valor entonces para confesártelo. Me veía en la necesidad de escoger entre vosotros dos y tuve la flaqueza de alejarme de mi hijita. He mantenido oculta su existencia durante tres años para que tú no lo supieses, pero recibía noticias de su niñera y sabía que vivía bien. Sin embargo, acabó por apoderarse de mí un abrumador deseo de volver a estar con mi hija. Luché contra ese deseo, pero fue en vano. Aunque sabía el peligro a que me exponía, decidí que viniese mi hija, aunque sólo fuese por algunas semanas. Envié un centenar de libras a la niñera y le di instrucciones acerca de la casita, a fin de que pudiera venir como vecina sin que yo apareciese en modo alguno como relacionada con ella. Llevé mis precauciones hasta el punto de darle orden de que no dejase salir de casa durante el día a la niña y de que le cubriese la carita y las manos de manera que ni aún quienes la veían en la ventana pudiesen chismorrear con la noticia de que había una niña negra en la vecindad. Si no hubiese tomado tantas precauciones, quizá hubiese demostrado una prudencia mayor pero me volvía medio loca el temor de que tú averiguases la verdad. Fuiste tú quien primero me anunció que la casita estaba ocupada. Yo habría esperado hasta la mañana, pero no pude dormir del nerviosismo y acabé escabulléndome fuera, sabedora de que era muy difícil que tú te despertases. Pero me viste marchar y allí empezaron todas mis dificultades. Al siguiente día estaba mi secreto a merced tuya, pero tú te abstuviste noblemente de llevar adelante tu ventaja. Sin embargo, tres días más tarde la niñera y la niña tuvieron el tiempo justo para escapar por la puerta trasera en el momento en que tú te metías en casa por la puerta delantera. Y esta noche lo has sabido por fin todo. Ahora yo te pregunto qué va a ser de nosotros, de mi niña y de mí.

La señora Munro entrelazó las manos en ademan de súplica y esperó la contestación.

Pasaron dos largos minutos antes de que Grant Munro rompiese el silencio, y cuando contestó, lo hizo con una respuesta de la que a mí me agrada hacer memoria. Alzó del suelo a la niña, la besó, y luego, siempre con ella en brazos, alargó la otra mano a su esposa y dio media vuelta en dirección a la puerta.

—Podemos hablar de todo esto con más comodidad en nuestra casa dijo—. Effie, yo no soy un hombre muy bueno; pero creo, con todo, que soy mejor de lo que tú me has juzgado.

Holmes y yo bajamos tras ellos hasta salir al sendero y mi amigo me tiró de la manga en el momento en que cruzamos la puerta, diciéndome:

—Estoy pensando que seremos más útiles en Londres que en Norbury.

Ya no volvió a hablar una palabra de aquel caso hasta muy entrada la noche, en el momento en que, con la palmatoria encendida en la mano, se dirigía a su dormitorio.

—Watson —me dijo—, si en alguna ocasión le parece que yo me muestro demasiado confiado en mis facultades o si dedico a un caso un esfuerzo menor del que se merece, tenga usted la amabilidad de cuchichearme al oído la palabra Norbury y le quedaré infinitamente agradecido.

EL OFICINISTA DEL CORREDOR DE BOLSA

Poco después de mi matrimonio compré su clientela a un médico en el distrito de Paddington. El anciano señor Farquhar, que fue a quien se la compré, había tenido en otro tiempo una excelente clientela de medicina general; pero sus años y la enfermedad que padecía..., una especie de baile de San Vito..., la había disminuido mucho. El público, y ello parece lógico, se guía por el principio de que quien ha de sanar a los demás debe ser persona sana, y mira con recelo la habilidad curativa del hombre que no alcanza con sus remedios a curar su propia enfermedad. Por esa razón fue menguando la clientela de mi predecesor a medida que él se debilitaba, y cuando yo se la compré, había descendido desde mil doscientas personas a poco más de trescientas visitadas en un año. Sin embargo, yo tenía confianza en mi propia juventud y energía y estaba convencido de que en un plazo de pocos años el negocio volvería a ser tan floreciente como antes.

En los tres primeros meses que siguieron a la adquisición de aquella clientela tuve que mantenerme muy atento al trabajo, y vi, en contadas ocasiones, a mi amigo Sherlock Holmes; mis ocupaciones eran demasiadas para permitirme ir de visita a Baker Street, y Holmes rara vez salía de casa como no fuese a asuntos profesionales. De ahí mi sorpresa cuando, cierta mañana de junio, estando yo leyendo el Bristish Medical Journal, después del desayuno, oí un campanillazo de llamada, seguido del timbre de voz, alto y algo estridente, de mi compañero.

—Mi querido Watson —dijo Holmes, entrando en la habitación—, estoy sumamente encantado de verlo. ¿Se ha recobrado ya por completo la señora Watson de sus pequeñas emociones relacionadas con nuestra aventura del Signo de los Cuatro?

—Gracias. Ella y yo nos encontramos muy bien— le dije, dándole un caluroso apretón de manos.

—Espero también —prosiguió él, sentándose en la mecedora— que las preocupaciones de la medicina activa no hayan borrado por completo el interés que usted solía tomarse por nuestros pequeños problemas deductivos.

—Todo lo contrario —le contesté—. Anoche mismo estuve revisando mis viejas notas y clasificando algunos de los resultados conseguidos por nosotros.

—Confío en que no dará usted por conclusa su colección.

—De ninguna manera. Nada me sería más grato que ser testigo de algunos hechos más de esa clase.

—¿Hoy, por ejemplo?

—Sí; hoy mismo, si así le parece.

—¿Aunque tuviera que ser en un lugar tan alejado de Londres como Birmingham?

—Desde luego, si usted lo desea.

—¿Y la clientela?

—Yo atiendo a la del médico vecino mío cuando él se ausenta, y él está siempre dispuesto a pagarme esa deuda.

—¡Pues entonces la cosa se presenta que ni de perlas!— dijo Holmes, recostándose en su silla y mirándome fijamente por entre sus párpados medio cerrados—. Por lo que veo, ha estado usted enfermo últimamente. Los catarros de verano resultan siempre algo molestos.

—La semana pasada tuve que recluirme en casa durante tres días, debido a un fuerte resfriado. Pero estaba en la creencia de que ya no me quedaba rastro alguno del mismo.

—Así es, en efecto. Su aspecto es extraordinariamente fuerte.

—¿Cómo, pues, supo usted lo del catarro?

—Ya conoce usted mis métodos, querido compañero.

—¿De modo que usted lo adivinó por deducción?

—Desde luego.

—¿Y de qué lo dedujo?

—De sus zapatillas.

Yo bajé la vista para contemplar las nuevas zapatillas de charol que tenía puestas.

—Pero ¿cómo diablos?... —empecé a decir.

Holmes contestó a mi pregunta antes que yo la formulase, diciéndome:

—Calza usted zapatillas nuevas, y seguramente que no las lleva sino desde hace unas pocas semanas. Las suelas, que en este momento expone usted ante mi vista, se hallan levemente chamuscadas. Pensé por un instante que quizá se habían mojado y que al ponerlas a secar se quemaron. Pero veo cerca del empeine una pequeña etiqueta redonda con los jeroglíficos del vendedor. La humedad habría arrancado, como es natural, ese papel. Por consiguiente, usted había estado con los pies estirados hasta cerca del fuego, cosa que es difícil que una persona haga, ni siquiera en un mes de junio tan húmedo como este, estando en plena salud.

Al igual que todos los razonamientos de Holmes, este de ahora parecía sencillo una vez explicado. Leyó este pensamiento en mi cara, y se sonrió con un asomo de amargura.

—Me temo que, siempre que me explico, no hago sino venderme a mí mismo —dijo Holmes—. Los resultados impresionan mucho más cuando no se ven las causas. ¿De modo, pues, que está usted listo para venir a Birmingham?

—Desde luego. ¿De qué índole es el caso?

—Lo sabrá usted todo en el tren. Mi cliente está ahí fuera, esperando dentro de un coche de cuatro ruedas. ¿Puede usted venir ahora mismo?

—Dentro de un instante.

Garrapateé una carta para mi convecino, eché a correr luego escalera arriba para explicarle a mi mujer lo que ocurría, y me reuní con Holmes en el umbral de la puerta de la calle.

—¿De modo que su convecino es médico? —me preguntó, señalándome con un ademán de la cabeza la chapa de metal.

—Sí. Compró una clientela, lo mismo que hice yo.

—¿De algún médico que llevaba mucho tiempo ejerciendo?

—Igual que en el caso mío. Ambos se hallaban establecidos aquí desde que se construyeron las casas.

—Pero usted compró la mejor clientela, ¿verdad?

—Creo que sí. Pero ¿cómo lo sabe usted?

—Por los escalones de la puerta, muchacho. Los de usted están gastados en una profundidad de tres pulgadas más que los del otro. Pero este caballero que está dentro del coche es mi cliente, el señor Hall Pycroft. Permítame que lo presente a él. Cochero, arree a su caballo, porque tenemos el tiempo justo para llegar al tren.

El hombre con quien me enfrenté era joven, de sólida contextura y terso cutis, con cara de expresión franca y honrada y bigote pequeño, rizoso y amarillo. Llevaba sombrero de copa muy lustroso y un limpio y severo traje negro, todo lo cual le daba el aspecto de lo que era: Un elegante joven de la City, de la clase a la que se ha puesto el apodo de cockneys, pero de la que se forman nuestros más valerosos regimientos de voluntarios, y de la que sale una cantidad de magníficos atletas y deportistas, superior a la que produce ningún otro cuerpo social de estas islas. Su cara redonda y rubicunda, rebosaba alegría natural; pero las comisuras de su boca estaban, según me pareció, encorvadas hacia abajo, como en un acceso de angustia que resultaba medio cómica. Pero hasta que estuvimos instalados en un vagón de primera clase y bien lanzados en nuestro viaje hacia Birmingham, no logré enterarme de las dificultades que le habían arrastrado hacia Sherlock Holmes.

—Tenemos por delante setenta minutos de recorrido sin ninguna estación —hizo notar Holmes —. Señor May Pycroft, sírvase relatar a mi amigo su interesante caso tal y como me lo ha contado a mí, o aún con más detalles, si es posible. Me será útil el volver a escuchar otra vez cómo ocurrieron los hechos. Este caso, Watson, pudiera llevar algo dentro, y pudiera no llevar nada; pero presenta, por lo menos, esos rasgos extraordinarios y outré que tanto nos agradan a usted y a mí. Y ahora, señor Pycroft, cuente con que no volveré a interrumpirle.

Nuestro joven acompañante me miró con mirada brillante, y dijo:

—Lo peor de toda la historia es que yo aparezco en ella como un condenado majadero. Claro está que aún puede acabar bien y no creo que pudiera haber obrado de otro modo que como obré; pero, si resulta que con ello he perdido mi apaño sin conseguir nada en cambio, tendré que reconocer que he sido un pobre tontaina. Señor Watson, valgo poco para contar historias, y hay que tomarme como soy.

Yo tuve hasta hace algún tiempo mi acomodo en la casa Coxon and Woodhouse, de Drapers Gardens; pero a principios de la primavera se vieron en dificultades, debido al empréstito de Venezuela, como ustedes recordarán, y acabaron quebrando malamente. Yo llevaba cinco años con ellos, y cuando vino la catástrofe, el viejo Coxon me extendió un estupendo certificado; pero, como es natural, nosotros, los empleados, los veintisiete que éramos, quedamos en mitad de la calle. Probé aquí y allá, pero había infinidad de individuos en idéntica situación que yo, y durante mucho tiempo todo fueron dificultades para mí. Yo ganaba en Coxon tres libras semanales, y tenía ahorradas setenta; pero no tardé en meterme por ellas, y hasta en salir por el extremo opuesto. Finalmente, llegué al límite de mis recursos, hasta el punto de costarme trabajo encontrar sellos de correo para contestar a los anuncios y sobres en que pegar los sellos. A fuerza de subir y bajar escaleras, presentándome en oficinas, se me habían desgastado las botas, y me parecía estar tan lejos como el primer día de encontrar acomodo.

Vi, por último, que había una vacante en casa de los señores Mawson y Williams, la gran firma de corredores de Bolsa de Lombard Street. Pudiera ser que no anden ustedes muy enterados en cuestiones de Bolsa; pero puedo informarles de que se trata quizá de la casa más rica de Londres. Al anuncio había que contestar únicamente por carta. Envié mi certificado y mi solicitud, aunque sin la menor esperanza de conseguir el puesto. Me contestaron a vuelta de correo, diciéndome que, si me presentaba el lunes siguiente, podía hacerme cargo en el acto de mis nuevas obligaciones, con tal que mi aspecto exterior fuese el conveniente. Nadie sabe cómo funcionan estas cosas. Hay quien asegura que el gerente mete la mano en el montón de cartas y saca la primera con que tropieza. En todo caso, esta vez la suerte me favoreció a mí, y no deseo otra satisfacción mayor que la que aquello me produjo. El sueldo era de una libra más por semana, y las obligaciones las mismas, más o menos, que en la casa Coxon.

Y ahora vengo a la parte más extraña del negocio. Yo estaba de pensión más allá de Hampstead..., en el diecisiete de Potter’s Terrace. Pues bien: estaba yo fumando y sentado la tarde misma en que se me había prometido aquella colocación, cuando se me presenta mi patrona con una tarjeta que decía: “Arthur Pinner, agente financiero”, en letra de imprenta. Era la primera vez que yo oía aquel nombre, y no podía imaginarme qué quería conmigo; pero, como es natural, le dije que lo hiciera subir. Y se me metió en mi cuarto... un hombre de estatura mediana, pelinegro, ojinegro, barbinegro, con un si es no de judío en la nariz. Había en todo él un algo de impetuoso, y hablaba con vivacidad, como quien sabe el valor que tiene el tiempo.

—Hablo con el señor Hall Pycroft, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, señor —le contesté, acercándole una silla.

—El mismo que últimamente estuvo empleado con Coxon and Woodhouse?

—Sí, señor.

—¿Y que en la actualidad figura como empleado en la casa Mawson?

—Exactamente.

—Pues verá usted. He oído contar ciertos hechos realmente extraordinarios a propósito de sus habilidades financieras. ¿Se acuerda usted de Parker, el que fue gerente de Coxon? Habla y no acaba de esas habilidades de usted.

Me agradó, como es natural, oírle decir aquello. Siempre fui despierto en las oficinas, pero nunca soñé que se hablase sobre mí de esa manera en la City.

—¿Es usted hombre de buena memoria? —me preguntó.

—La tengo bastante buena —le contesté con modestia.

—¿Se ha mantenido usted al tanto del mercado todo este tiempo que lleva sin trabajar?

—Sí; leo todas las mañanas la lista de cotizaciones de Bolsa.

—¡Ahí tiene usted una prueba de auténtica aplicación! —exclamó—. ¡Esa es la manera de prosperar! ¿No se molestará que lo ponga a prueba? Veamos. ¿Cómo está la cotización de los Ayrshires?

—Entre ciento cinco y ciento cinco y cuartillo.

—¿Y la de New Zealand Consolidated?

—A ciento cuatro.

—¿Y la de las British Broken Hills?

—De siete a siete y seis.

—¡Maravilloso! —exclamó él, levantando los brazos—. Esto cuadra perfectamente con todo lo que me habían contado. Muchacho, muchacho, usted vale demasiado para ser simple escribiente de Mawson.

—Como ustedes podrán suponerse, aquel arrebato me asombró, y le dije:

—Pues la verdad, señor Pinner, que no parece que los demás tengan una opinión de mí tan buena como la que tiene usted. Me ha costado luchar de firme el conseguir esta colocación, y soy muy dichoso de haberla logrado.

—Pero, hombre, ¡usted debiera picar un poco más alto! No se halla usted situado en su verdadera esfera de actividades. Pero escuche lo que yo quiero proponerle. Lo que yo quiero proponerle es poca cosa si se la compara con lo que usted vale; pero si se compara con lo que le ofrece Mawson, es como el día frente a la noche. Veamos. ¿Cuándo entra usted a trabajar en Mawson?

—El lunes.

—¡Ajajá! Pues vea: estoy dispuesto a correrme un pequeño albur deportivo apostando a que usted no entra en esa casa.

—¿Que yo no voy a entrar en la casa Mawson?

—No, señor. Para ese día estará usted desempeñando el cargo de gerente comercial de la Franco-Midland Hardware Company Limited, con ciento treinta y cuatro sucursales en las ciudades y aldeas de Francia, sin contar con las que tiene en Bruselas y en San Remo, respectivamente.

Aquello me dejó sin aliento, y luego le dije:

—Nunca oí hablar de ella.

—Es muy probable que no. No se ha querido jalearla, porque todo el capital social fue suscrito por aportaciones particulares, y porque es un negocio demasiado bueno para dar acceso en el mismo al público. Mi hermano, Harry Pinner, ha sido el organizador, y entra en el Consejo de la sociedad después de serle asignado el cargo de director gerente. Como sabe que yo estoy metido aquí de lleno en la corriente de negocios, me ha pedido que le busque en Londres un hombre que valga, y a un precio menor del que vale; un hombre emprendedor, que tenga mucho nervio. Para empezar, sólo podemos ofrecerle una miseria de quinientas libras pero...

—¡Quinientas libras al año! —exclamé, dando un grito.

Solo para empezar, más una comisión del uno por ciento de todas las ventas que hagan sus agentes, puede creerme si le aseguro que el total de esas comisiones superará a su salario.

—Pero yo no sé absolutamente nada de ferretería.

¡Vaya, vaya! Pero usted entiende de números, muchacho.

Sentía zumbidos en la cabeza, y solo a duras penas podía permanecer sentado en mi silla. Pero, de pronto, me acometió un leve escalofrío de duda.

—Quiero serle sincero —le dije—. Mawson no me paga sino doscientas; pero Mawson es cosa segura. La verdad, es tan poco lo que sé de esa compañía de ustedes, que...

—¡Muy bien dicho, muy bien dicho! —exclamó, con una especie de éxtasis de placer—. ¡Es usted el hombre que nos conviene! A usted no se le engatusa con palabras, y tiene usted mucha razón. Pues bien: aquí tiene usted un billete de cien libras; si cree que podemos llegar a un arreglo, métaselo en el bolsillo como adelanto a cuenta de su salario.

—Es un rasgo muy hermoso —le dije—. ¿Cuándo me haré cargo de mis nuevas obligaciones?

—Haga usted acto de presencia mañana, a la una, en Birmingham —me dijo—. Traigo en el bolsillo una carta, que usted llevará a mi hermano. Lo encontrará en el número ciento veintiséis B de Corporation Street, donde se encuentran las oficinas provisionales de la Compañía. Desde luego, él tiene que dar la conformidad a este arreglo nuestro, pero no habrá ningún inconveniente; pierda cuidado.

—No sé cómo expresarle a usted mi agradecimiento, señor Pinner —le dije.

—No tiene nada que agradecerme, muchacho. Usted alcanza con esto lo que se merece, y nada más. Sólo quedan por arreglar dos cosillas, simples formulismos. Veo que tiene usted ahí una hoja de papel. Tenga la amabilidad de escribir en ella lo siguiente: «Acepto por propia voluntad el cargo de gerente comercial de la Franco-Midland Hardware Company Limited, con un sueldo mínimo de quinientas libras.»

—Así lo hice, y él se metió el papel en el bolsillo.

—Aún falta otro detalle —me dijo—. ¿Qué piensa hacer usted con lo de su colocación en la casa Mawson?

Mi alegría me lo había hecho olvidar todo.

—Les escribiré dimitiendo —le contesté.

—Eso es precisamente lo que yo no quiero que haga.

He tenido una discusión con el gerente de esa casa a propósito de usted. Me acerqué a él para pedirle informes suyos, y se mostró muy agresivo, acusándome de que intentaba engatusarlo a usted para que no entrase al servicio de la casa, etcétera. Acabé por perder casi los estribos, y le dije: «Si usted quiere tener buenos empleados, págueles bien —y agregué—: Estoy seguro de que preferirá nuestra pequeñez a las grandezas de la casa de usted. Le apuesto un billete de cinco libras a que así que se entere del ofrecimiento nuestro ya no volverán ustedes ni siquiera a oír hablar de él.» Y él me contestó: «¡Hecho! Nosotros lo hemos recogido del arroyo, y no nos abandonará tan fácilmente.» Estas fueron sus propias palabras.

—¡Canalla desvergonzado! —exclamé—. Ni siquiera lo conozco de vista. ¿Qué obligación tengo yo de ser considerado con él? De modo, pues, que no le escribiré, si usted cree que no debo hacerlo.

—¡Perfectamente! ¡Esa es una promesa! —dijo él, poniéndose en pie—. Me encanta haber podido asegurar los servicios de un hombre como usted para mi hermano. Aquí tiene el adelanto de cien libras, y aquí está la carta para mi hermano. Anote la dirección: «ciento veintiséis B. Corporation Street», y recuerde que está usted citado mañana, a la una. Buenas noches, y que tenga usted toda la buena suerte a que es acreedor.

Eso fue, hasta donde yo recuerdo, lo que pasó entre los dos. Imagínese, señor Watson, mi satisfacción ante tamaña buena suerte. Estuve la mitad de la noche sentado, recreándome con ella, y a la mañana siguiente salí para Birmingham, en un tren que me permitiría llegar con tiempo suficiente a la cita. Llevé mi equipaje a un hotel de New Street, y después me encaminé a la dirección que me había sido dada.

Faltaba todavía un cuarto de hora, pero pensé que daría lo mismo. El número ciento veintiséis B era un pasillo entre dos grandes comercios, por el que se llegaba a una escalera en curva, de piedra, de la que arrancaban muchos departamentos, que se alquilaban para oficinas a compañías y a hombres que ejercían sus profesiones. Los nombres de sus ocupantes se hallaban pintados en la pared de la planta baja, pero no se veía entre ellos nada que se pareciese a Franco-Midland Hardware Company Limited. Se me cayó por unos momentos el alma a los pies, preguntándome si todo aquello no sería un truco bien estudiado para engatusarme. En esto vi acercarse a un hombre, y le dirigí la palabra. Se parecía muchísimo al hombre a quien yo había visto la noche anterior: igual tipo y voz, pero completamente afeitado y con el pelo de una tonalidad más clara.

—¿Es usted acaso el señor Hall Pycroft? —me preguntó.

—Sí —le contesté.

—¡Ah! Esperaba su visita, pero ha llegado un poco antes de la hora. Esta mañana recibí carta de mi hermano, en la que se hace lenguas de sus condiciones.

—Estaba buscando las oficinas en el instante que ha llegado usted.

—Todavía no hemos hecho inscribir nuestro nombre, porque hasta la pasada semana no hemos conseguido unas oficinas provisionales. Acompáñeme arriba y hablaremos del asunto.

Le seguí hasta lo alto de una empinada escalera, Allí, bajo el mismo tejado de pizarra, había dos habitaciones pequeñas, vacías y polvorientas, sin alfombras ni cortinas, y en ellas entramos. Yo me imaginaba encontrarme con unas grandes oficinas, mesas brillantes e hileras de escribientes, que era a lo que estaba acostumbrado, y no falto a la verdad si les digo que contemplé con bastante disgusto la mesita y dos sillas de madera que, juntamente con un libro de cuentas y un cesto para papeles inservibles, formaban todo el mobiliario.

—No se desanime, señor Pycroft —me dijo el hombre al que acababa de conocer, viendo cómo se me había alargado la cara —. Roma no se hizo en un día, y nos respaldan fuertes capitales, aunque todavía no presumamos de brillantes oficinas. Haga el favor de sentarse y darme su carta.

Se la di, y él la leyó con gran atención.

—Ha causado usted una gran impresión a mi hermano Arthur, por lo que veo. Y sé que él es hombre muy agudo juzgando a las personas. Considérese desde ahora como admitido definitivamente. El jura por Londres y yo por Birmingham, pero esta vez seguiré su consejo.

—¿Cuáles son mis obligaciones? —le pregunté.

—En su debido momento se encargará usted de la gerencia del gran depósito de París, que servirá para inundar con artículos de loza inglesa las tiendas de los ciento treinta y cuatro agentes que tenemos en Francia. Falta aún una semana para que queden completadas las compras. Entre tanto, usted permanecerá en Birmingham, procurando hacerse útil.

—¿De qué manera?

Por toda respuesta, echó mano de un libraco de pastas encarnadas que sacó de un cajón, y me dijo:

—Aquí tiene una guía de París, en la que figura la profesión de cada persona, a continuación de su nombre y apellidos. Llévesela usted a su domicilio y entresáqueme los nombres y direcciones de todos los comerciantes de ferretería y quincalla. Nos serán utilísimos.

—¿Y no habrá listas ya clasificadas? —le apunté.

—No son de fiar. Su sistema es distinto del nuestro.

Póngase de firme al trabajo, y tráigame las listas para el lunes, a las doce. Buenos días, señor Pycroft. Si usted sigue mostrando entusiasmo y diligencia, ya verá cómo la Compañía sabe ser buena con usted.

Regresé al hotel con el libraco bajo el brazo y con encontradísimos sentimientos en mi corazón. Por una parte, yo estaba definitivamente colocado y tenía cien libras en mi bolsillo. Por otra parte, el aspecto de las oficinas, el no figurar su nombre en la pared y otros detalles eran susceptibles de producir en el hombre de negocios una mala impresión acerca de la posición de sus patronos. Pero como, ocurriese lo que ocurriese, yo disponía de dinero, me apliqué a mi tarea. Trabajé firme durante todo el domingo; pero, con todo eso, no había llegado el lunes sino hasta la H. Volví a presentarme a mi jefe, lo hallé en el mismo departamento desamueblado, y me ordenó que siguiese con ello hasta el miércoles, y que volviese entonces. Tampoco el miércoles había terminado aún por completo, y tuve que seguir dándole hasta el viernes...; es decir, hasta anteayer. Vine entonces con todo lo hecho al señor Harry Pinner.

—Muchas gracias —me dijo—. Me temo haber calculado en menos la dificultad de la tarea. Esta lista me servirá de verdadera ayuda en mi trabajo.

—Me ha llevado bastante tiempo —le contesté.

—Pues bien —me dijo—: ahora quiero que prepare usted una lista de las tiendas de muebles, porque todas ellas venden artículos de quincallería.

—Perfectamente.

—Puede usted venir mañana, a las siete de la tarde, para que me entere de cómo marcha su trabajo. Pero no se exceda en el mismo. Un par de horas de café cantante por la noche no le haría ningún daño después de su labor del día.

Me decía esto riéndose, y entonces me fijé con un estremecimiento en que el segundo de sus dientes del lado izquierdo estaba empastado de oro de un modo muy chapucero.

Sherlock Holmes se frotó las manos satisfecho, y yo miré con asombro a nuestro cliente. Este prosiguió:

—Hay motivos para que se sorprenda, doctor Watson; pero es por la razón siguiente: cuando yo hablé con el otro individuo en Londres, y se echó a reír, burlándose de la idea de que yo pudiera ir a trabajar en Mawson, me fijé casualmente en que tenía su diente empastado de idéntica forma. Fíjese en que lo que en ambos casos atrajo mi atención fue el brillo del oro. Al poner ese detalle junto a la identidad del tipo y de la voz y ver que no presentaba sino diferencias que podían ser producidas por una navaja de afeitar y por una peluca, no me quedó duda alguna de que se trataba del mismo hombre. Nada tiene de extraño el encontrar un parecido entre dos hermanos, pero no hasta el punto de que tengan ambos el mismo diente empastado de idéntica manera. Me despidió con una inclinación, y yo me encontré en la calle sin darme cuenta de si caminaba de pies o de coronilla. Regresé a mi hotel, metí la cabeza en una palangana de agua e intenté imaginarme lo que ocurría. ¿Por qué me había traído de Londres a Birmingham? ¿Por qué razón había llegado antes que yo? ¿Y para qué había escrito una carta de sí mismo para sí mismo? Era demasiado problema para mí, y no logré verle ni pies ni cabeza. Pero tuve de pronto la idea de que quizá fuese claro para el señor Sherlock Holmes lo que para mí resultaba oscurísimo. Tuve el tiempo justo de coger el tren de la noche para Londres, de visitarle esta mañana y de regresar con ustedes a Birmingham.

Cuando el escribiente del corredor de Bolsa terminó de contar su sorprendente experiencia, hubo una pausa. Sherlock Holmes, recostado en el tapizado respaldo de su asiento, con expresión satisfecha, pero de crítico en la materia, lo mismo que un experto en vinos que acaba de dar el primer paladeo al de una añada extraordinaria, me miró de soslayo, y me dijo:

—¿Verdad, Watson, que no está mal? Hay detalles en el caso que me satisfacen. Creo que estará usted de acuerdo conmigo en que una entrevista con el señor Arthur Harry Pinner, en las oficinas provisionales de la Franco-Midland Hardware Company Limited, ha de ser una cosa que nos interesará a los dos.

—Pero, ¿cómo podemos realizarla? —le pregunté.

—¡Oh!, eso es bastante fácil —exclamó, con alegría, Hall Pycroft—. Ustedes dos son amigos míos que andan buscando acomodo, ¿y qué cosa más natural puede haber que el que yo me los lleve para presentarlos al director gerente?

—Ni más ni menos. Claro que sí —dijo Holmes—. Me agradaría echar un vistazo a ese caballero y ver si le encuentro sentido al jueguecito que se trae. ¿Qué cualidades tiene usted, amigo mío, que puedan hacer tan valiosos sus servicios? ¿O será posible que...?

Holmes se puso a morderse las uñas y a mirar a la lejanía por la ventana, y ya apenas si le oímos hablar hasta que nos encontramos en New Street.

A las siete del atardecer caminábamos los tres hacia las oficinas de la Compañía, en Corporation Street.

—De nada sirve que lleguemos antes de la hora señalada —nos dijo nuestro cliente—. Parece que él no viniera aquí sino para entrevistarse conmigo, porque las oficinas están desiertas hasta la hora exacta de la cita.

—Eso es muy elocuente —hizo notar Holmes.

—¡Por Júpiter! ¿Qué les dije? —exclamó el escribiente—. Ese que va allí, delante de nosotros, es él.

Nos señaló a un hombre más bien pequeño, rubio y bien vestido, que marchaba presuroso por el otro lado de la calle. Mientras nosotros le vigilábamos, él miró a través de la calle a un muchacho que voceaba la última edición del periódico de la tarde, cruzó la calzada, por entre los coches y los ómnibus, y le compró un ejemplar. Después, aferrando el periódico en la mano, desapareció por el portal de una casa.

—¡Allí entró! —exclamó Hall Pycroft—. Allí están las oficinas de la Compañía y a ellas va. Acompáñenme, y combinaré la entrevista lo más rápidamente posible.

Subimos tras él cinco pisos, hasta encontrarnos delante de una puerta entreabierta, a la que llamó con unos golpecitos nuestro cliente. Una voz nos invitó desde dentro: "¡Adelante!", y entramos a un cuarto desnudo, sin muebles, tal como Hall Pycroft nos lo había descrito. El hombre que habíamos visto en la calle estaba sentado delante de la única mesa y tenía extendido en ésta su periódico. Levantó la vista para mirarnos, y yo no creo haber visto nunca otra cara con tal expresión de dolor, de un algo que era aún más que dolor: una expresión tan horrorizada que son pocos los hombres que la muestran alguna vez en su vida. El sudor daba brillo a su frente, sus mejillas eran de un color blancuzco de vientre de pescado, y la mirada de sus ojos era de desatino y de asombro. Miró a su escribiente como si no lo conociese, y por lo atónito que mostraba hallarse nuestro guía, comprendí que éste encontraba a su jefe completamente diferente a como era de ordinario.

—Parece usted enfermo, señor Pinner —exclamó el escribiente.

—Sí, no me siento muy bien —contestó el interrogado, haciendo esfuerzos evidentes por recobrarse, y humedeciéndose los labios resecos con la lengua, antes de contestar —. ¿Quiénes son estos caballeros que ha traído en su compañía?

—El uno es el señor Harris, de Bermondsey, y el otro el señor Price, de esta ciudad —contestó con volubilidad el empleado—. Son amigos míos, y caballeros experimentados, pero llevan algún tiempo sin colocación, y confían en que quizá encuentre usted para ellos algo en que trabajar dentro de la Compañía.

—Es muy posible que sí, es muy posible que sí —dijo el señor Pinner con sonrisa cadavérica—. Sí, estoy seguro de que estaremos en condiciones de hacer algo por ustedes ¿Cuál es su especialidad, señor Harris?

—Soy contable —contestó Holmes.

—Desde luego que necesitamos alguien por ese estilo. ¿Y usted, señor Price?

—Escribiente de oficina.

—Tengo la más viva esperanza de que la Compañía podrá darles acomodo. Se lo comunicaré a ustedes en cuanto hayamos tomado una decisión. Y ahora les suplico que se retiren. ¡Por amor de Dios, déjenme solo! Estas últimas palabras le salieron disparadas, como si el esfuerzo que venía haciendo para reprimirse hubiese estallado súbitamente y por completo. Holmes y yo nos miramos el uno al otro, y Hall Pycroft dio un paso hacia la mesa, diciéndole:

—Se olvida usted, señor Pinner, de que me encuentro aquí citado por usted para recibir algunas instrucciones suyas.

—Así es, señor Pycroft, así es —contestó el otro, ya con más calma—. Puede esperarme aquí un instante, y no hay razón tampoco para que no lo hagan sus amigos. Dentro de tres minutos volveré a estar a disposición de ustedes, si puedo abusar de su paciencia de aquí a entonces.

Se puso en pie con expresión de gran cortesía, nos saludó con una inclinación y desapareció por una puerta que había al fondo, cerrándola por dentro.

—¿Qué es esto? ¿Nos va a dar esquinazo? —cuchicheó Holmes.

—Eso es imposible —contestó Pycroft.

—¿Por qué razón?

—Porque esa es la puerta de la habitación interior.

—¿Y no tiene salida?

—Ninguna.

—¿Está amueblada?

—Ayer se hallaba desnuda.

—Pero entonces, ¿qué diablos está haciendo? Hay en este asunto algo que no entiendo. Si ha habido alguna vez un hombre enloquecido de espanto, ese hombre se llama Pinner. ¿Qué es lo que ha podido producirle la tiritona?

—Sospecha que somos detectives —apunté yo.

—Eso es —confirmó Pycroft.

Holmes movió negativamente la cabeza.

—No empalideció. Estaba ya pálido cuando entramos en la habitación.

—Es muy posible que...

Le cortó la palabra un fuerte martilleo que se oía hacia la puerta interior.

—¿Para qué diablos está golpeando su propia puerta? —exclamó el escribiente.

Volvió a oírse, más fuerte aún que antes, aquel martilleo. Todos nos quedamos mirando con expectación hacia la puerta cerrada. Yo me fijé en el semblante de Holmes y pude observar su rigidez y con qué intensa excitación echaba el busto hacia adelante. De pronto nos llegó un ruido glogloteante, como de alguien que gargarizaba, y un rápido repiqueteo sobre la madera. Holmes se abalanzó hacia la puerta y la empujó. Estaba cerrada por dentro. Siguiendo su ejemplo, nosotros también nos lanzamos con todo el peso de nuestro cuerpo contra la puerta. Saltó uno de los goznes, luego el otro, y la puerta se vino abajo con estrépito. Abalanzándonos por encima de ella nos metimos en el cuarto interior.

Estaba vacío. Pero nuestra desorientación sólo duró un instante. En un ángulo, el más inmediato a la habitación que acabábamos de dejar, había una segunda puerta. Holmes se abalanzó hacia ella y la abrió de un tirón. Tirados por el suelo había una chaqueta y un chaleco, y detrás de la puerta, ahorcado de un gancho con sus propios tirantes, estaba el director gerente de la Franco-Midland Hardware Company. Tenía las rodillas dobladas, le colgaba la cabeza formando un ángulo espantoso con su cuerpo, y el taconeo de sus pies contra la puerta era lo que había interrumpido nuestra conversación. Un instante después lo tenía yo agarrado por la cintura y levantaba en vilo su cuerpo, en tanto que Holmes y Pycroft desataban las tiras elásticas que se le habían hundido entre los pliegues de la piel. Lo trasladamos a continuación al otro cuarto, donde quedó tumbado, con la cara del color de la pizarra, embolsando y desembolsando sus cárdenos labios cada vez que respiraba..., convertido en una espantosa ruina de todo lo que había sido cinco minutos antes.

—¿Qué impresión le produce, Watson? —preguntó Holmes.

Me incliné sobre él y lo examiné. Tenía el pulso débil e intermitente, pero su respiración se iba haciendo más profunda, y sus párpados tenían un leve temblequeo que dejaba ver una estrecha tirita del globo del ojo.

—Se ha escapado por un pelo, pero ya se puede decir que vivirá —les dije—. Hagan el favor de abrir esa ventana y denme la botella de agua.

Le aflojé el cuello de la camisa, vertí agua en su cara y le baje los brazos hasta que lo vi respirar profundamente y con naturalidad.

—Es ya sólo cuestión de tiempo —dije al alejarme de él.

Holmes permanecía en pie junto a la mesa, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y la barbilla caída sobre el pecho.

—Me imagino que tendremos que avisar a la Policía —dijo—. Pero confieso que quisiera poder exponerles el caso completo cuando vengan.

—Para mí sigue siendo un condenado misterio —exclamó Pycroft rascándose la cabeza—. ¿Para qué quisieron traerme hasta aquí, si luego...?

—¡Bah! Todo eso está bastante claro —dijo Holmes con impaciencia —. Yo me refiero a ese último giro inesperado.

—¿De modo que usted comprende lo demás?

—Creo que es bastante evidente. ¿Qué dice usted, Watson?

Yo me encogí de hombros.

—No tengo más remedio que confesar que no toco fondo —le contesté.

—Si usted estudia los hechos desde el principio, sólo pueden apuntar hacia una conclusión.

—Y cuál es esa?

—Pues bien: todo el asunto gira sobre dos hechos.

El primero es el hacerle firmar a Pycroft una declaración escrita de que entraba al servicio de esta absurda Compañía. ¿No ve usted cuán elocuente es esto?

—Pues, la verdad, no lo alcanzo a comprender.

—¿Para qué iban a querer que lo hiciese? No sería como trámite comercial, porque lo corriente es hacer estos arreglos verbalmente, y en este caso no se ve una condenada razón para salirse de las normas. ¿No ve usted, mi joven amigo, que lo que ellos anhelaban poseer era una muestra de su escritura, y que era ese el único medio de conseguirlo?

—¿Y para qué?

—Ahí está precisamente la cuestión. ¿Para qué? Cuando contestemos a esa pregunta habremos avanzado un poco en nuestro pequeño problema. ¿Para qué? Sólo puede haber una razón adecuada. Alguien tenía necesidad de aprender a imitar su escritura, y para ello necesitaba procurarse antes una muestra. Si pasamos ahora al segundo punto, veremos que ambos se iluminan mutuamente. Este segundo punto es la petición que le hizo el señor Pinner de que no admitiese usted el cargo, sino que dejase al gerente de aquella importante casa convencido de que un señor Hall Pycroft, al que nunca había visto personalmente, acudiría a sus oficinas el lunes por la mañana.

—¡Santo Dios! —exclamó nuestro cliente—. ¡Qué borrico he sido!

—Ahora se explica usted el detalle de la escritura.

Suponga, por ejemplo, que se presentase a ocupar el puesto de usted alguien con una letra totalmente distinta a la del documento enviado solicitando el puesto: allí acababa el juego. Pero el muy canalla aprendió en ese intermedio a imitar la de usted, y en tal caso podía estar tranquilo porque me imagino que nadie de entre el personal de las oficinas le había echado a usted la vista encima.

—Absolutamente nadie —gimió Hall Pycroft.

—Prosigamos. Era, como es natural, de la mayor importancia impedir que usted recapacitase mejor sobre el asunto, y también que pudiera ponerse en contacto con nadie que pudiera hacerle saber que un doble suyo estaba trabajando en las oficinas de Mawson. Fue esa la razón que los movió a hacerle un espléndido adelanto sobre su salario, y a obligarle a que se trasladase a la región Midlands, donde le proporcionaron trabajo como para que no regresase a Londres, cosa que hubiera podido estropearles el juego que se traían. Todo eso está bastante claro.

—¿Y para qué iba este individuo a querer pasar por su propio hermano?

—También esto está bastante claro. Es evidente que en este negocio sólo intervienen dos individuos. El otro está haciéndose pasar por usted en las oficinas. Este de aquí hizo el papel de contratador de sus servicios, pero luego se encontró con que, si había de buscarle un patrono, tenía que dar entrada a una tercera persona en el complot. No estaba dispuesto a ello. Transformó todo lo que pudo su aspecto exterior, y confió en que usted atribuiría la semejanza, que no podía menos de advertir, a un parecido familiar. De no haber sido por la feliz casualidad del empastado de oro, es probable que nunca se hubiesen despertado sus sospechas.

Hall Pycroft agitó en el aire sus puños apretados y exclamó:

—¡Por Dios Santo! ¿Qué habrá estado haciendo este Hall Pycroft en la casa Mawson, mientras me engañaba a mí de esta manera? ¿Qué debemos hacer, señor Holmes? ¡Dígame usted lo que debo hacer!

—Es preciso que telegrafiemos a Mawson.

—Los sábados cierran a las doce.

—No importa; quizá ande por allí algún portero o ayudante...

—Eso sí; tienen un guardián permanente porque los valores que guardan ascienden a una fuerte suma. Recuerdo haberlo oído comentar en la City.

—Perfectamente: telegrafiaremos y averiguaremos si nada malo ocurre, y si trabaja allí un escribiente de su nombre y apellido. Todo eso está bastante claro, pero lo que ya no lo está tanto es el porqué uno de esos bandidos salió de esta habitación al vernos a nosotros y se ahorcó.

—¡El periódico! —gruñó una voz a nuestras espaldas. Lívido y exangüe, el hombre se había sentado: reaparecía en sus ojos la razón, y sus manos restregaban nerviosamente la ancha franja roja que aún tenía marcada alrededor del cuello.

—¡Naturalmente! ¡El periódico! —bramó Holmes en el paroxismo de la excitación—. ¡Qué idiota he sido! Tanto pensé en nuestra visita, que ni por un instante se me ocurrió que pudiera ser el periódico. Ahí está, sin duda alguna, el secreto.

Lo alisó encima de la mesa, y un grito de triunfo escapó de sus labios.

—¡Fíjese en esto, Watson! —gritó—. Es un diario londinense, una primera edición del Evening Standard. Aquí está lo que buscábamos. Mire los titulares: "Crimen en la City. Asesinato en Mawson and Williams." Ea, Watson, todos nosotros estamos igualmente afanosos por escucharlo, así, pues, lea usted en voz alta.

Por el lugar del diario en que aparecía la noticia, veíase que se trataba del acontecimiento de mayor importancia ocurrido en Londres, y el relato decía así:

"Esta tarde ha ocurrido en la City una temeraria tentativa de robo, que ha culminado con la muerte de un hombre y en la captura del criminal. Mawson and Williams, la célebre firma financiera, viene siendo el custodio de valores que ascienden en conjunto a una suma muy superior al millón de libras esterlinas. Tan consciente estaba la Dirección de la casa de la responsabilidad que sobre ella recaía como consecuencia de los grandes intereses en juego, que instaló cajas de seguridad del último modelo, y un hombre armado montaba, noche y día, guardia en el edificio. Según parece, la firma tomó la pasada semana a su servicio a un nuevo escribiente, llamado Hall Pycroft. Pero el tal Pycroft no era otro que Beddington, el célebre falsificador y ladrón que salió recientemente con su hermano de cumplir una condena de cinco años de trabajos forzados. Valiéndose de medios que no están claros, obtuvo, usando un nombre falso, ese cargo oficial en las oficinas, y valiéndose del mismo, sacó los moldes de diferentes cerraduras y un conocimiento completo de la posición de la cámara acorazada de las cajas fuertes.

Es costumbre en la casa Mawson que los escribientes abandonen los sábados el trabajo al mediodía. Por eso el sargento Tuson, de la Policía de la City, se quedó sorprendido al ver, veinte minutos después de la una, a un caballero portador de una maleta, que bajaba la escalinata. Despertadas sus sospechas, el sargento siguió al hombre y consiguió detenerlo con la ayuda del guardia Pollock, después de una resistencia desesperada. Se vio en el acto que se había cometido un robo atrevido y gigantesco. Se encontraron dentro de la maleta títulos de ferrocarriles norteamericanos por valor de cerca de cien mil libras, aparte de otra importante cantidad de títulos mineros y de otras compañías. Al hacer un registro en los locales, fue descubierto el cadáver del desdichado vigilante, acurrucado dentro de la caja fuerte más espaciosa. De no haber sido por la rápida intervención del sargento Tuson, el cadáver no hubiera sido descubierto hasta el lunes por la mañana. La víctima tenía el cráneo destrozado por un golpe que le aplicó el asesino por detrás con un hurgón de hierro. No cabe la menor duda de que Beddington consiguió que le dejasen entrar alegando que se había dejado algo olvidado; una vez asesinado el vigilante, saqueó rápidamente la caja fuerte mayor y se largó de allí con el botín. El hermano de Beddington, que acostumbra a operar con él, no ha aparecido todavía en este caso, o por lo menos nada se sabe del mismo, aunque la Policía realiza enérgicas investigaciones para dar con su paradero.”

—Bien, podemos ahorrarle a la Policía algún trabajo a ese respecto —dijo Holmes echando un vistazo a la figura macilenta acurrucada junto a la ventana —. La naturaleza humana es una curiosa mezcla, Watson. Ya ve usted cómo un canalla y asesino puede inspirar a su hermano un cariño capaz de impulsarlo al suicidio cuando se entera de que el cuello de aquel no puede escapar a la horca. Pero, en este caso, nosotros no tenemos ahora opción. Señor Pycroft, si usted tiene la bondad de llegarse a la Comisaría, el doctor y yo quedaremos aquí de guardia.

LA CORBETA GLORIA SCOTT

Tengo aquí unos papeles —me dijo mi amigo Sherlock Holmes, sentados una noche invernal al lado del fuego— que creo de veras, Watson, que merecerían un vistazo suyo. Se trata de los documentos acerca del extraordinario caso de la Gloria Scott, y éste es el mensaje que tanto horrorizó al juez de paz Trevor cuando lo leyó.

Había sacado de un cajón un pequeño rollo de aspecto ajado y, desatando su cinta, me entregó una breve nota garabateada en medio folio de papel gris pizarra. Decía:

«El suministro de caza para Londres aumenta sin cesar. Al guardabosque en jefe Hudson, según creemos, se le ha pedido ahora que reciba todos los encargos de papel atrapamoscas y que preserve la vida de vuestros faisanes hembra.»

Al levantar la vista, después de leer tan enigmático mensaje, vi que Holmes se reía de la expresión que había en mi rostro.

—Parece un tanto desconcertado —me dijo.

—No comprendo que un mensaje como éste pueda inspirar horror. A mí me parece más grotesco que cualquier otra cosa.

—Y no me extraña en absoluto. Sin embargo, persiste el hecho de que el lector, que era un anciano robusto y bien conservado, se desplomó al leerlo, como si le hubieran asestado un culatazo con una pistola.

—Excita mi curiosidad —dije—. ¿Por qué ha dicho hace un momento que había razones muy particulares por las que yo debería estudiar estos documentos?

—Porque fue el primer caso en el que yo intervine.

A menudo había tratado yo de saber de labios de mi compañero qué había orientado por primera vez su mente en la dirección de la investigación criminal, pero hasta el momento nunca le había sorprendido en una vena comunicativa. Ahora se inclinó adelante en su sillón y extendió los documentos sobre sus rodillas. Después encendió su pipa y durante algún tiempo permaneció sentado, fumando y hojeándolos.

—¿Nunca me ha oído hablar de Víctor Trevor? —preguntó—. Fue el único amigo que tuve durante los dos años que pasé en el colegio universitario. Yo nunca fui un individuo muy sociable, Watson, y siempre preferí permanecer en mi habitación y desarrollar mis pequeños métodos de pensamiento, de modo que nunca alterné mucho con los jóvenes de mi curso. Excepto la esgrima y el boxeo, yo no tenía grandes aficiones atléticas y, además, mi línea de estudios era muy distinta de la de los demás condiscípulos, de modo que no teníamos ningún punto de contacto. Trevor era el único alumno al que yo conocía, y precisamente debido al accidente ocasionado por su bull-terrier, que plantó sus dientes en mi tobillo una mañana, cuando me dirigía a la capilla.

Fue una manera prosaica de forjar una amistad, pero resultó efectiva. Tuve que permanecer echado diez días, y Trevor solía venir a preguntar cómo estaba. Al principio sólo charlábamos un par de minutos, pero sus visitas no tardaron en prolongarse y antes de que terminara el curso éramos íntimos amigos. Él era un muchacho cordial y saludable, lleno de ánimo y energía, el extremo opuesto a mí en muchos aspectos, pero descubrimos que teníamos algunos intereses en común, y se estableció un vínculo más cuando constaté que carecía de amigos igual que yo. Finalmente me invitó a pasar una temporada en la casa de su padre en Donnithorpe, Norfolk, y acepté su hospitalidad durante un mes de las vacaciones de verano.

El viejo Trevor era, evidentemente, un hombre de buena posición y de cierta categoría, juez de paz y terrateniente. Donnithorpe es un pequeño caserío al norte de Langmere, en la región de los Broads. La casa era un amplio y antiguo edificio, con vigas de roble y obra de mampostería, con una bonita avenida flanqueada por tilos que conducía hasta ella. Las oportunidades de cazar patos silvestres en los pantanos eran excelentes, así como la pesca. Tenía además una pequeña pero selecta biblioteca, procedente, según entendí, de un anterior ocupante, y una cocina tolerable, de modo que muy remilgado había de ser el hombre que no pudiera pasar allí un mes placentero.

Trevor padre era viudo, y mi amigo era su único hijo. Oí decir que hubo una hija, pero que murió de difteria en el curso de una visita a Birmingham. El padre me interesó extraordinariamente. Era un hombre de poca cultura, pero con un vigor considerable tanto en el aspecto físico como mental. Apenas había leído libro alguno, pero había viajado extensamente, había visto gran parte del mundo y había recordado todo lo que aprendió. Como persona, era un hombre grueso y fornido, con una buena mata de cabellos grises, cara morena, curtida por la intemperie, y unos ojos azules cuya agudeza lindaba en la ferocidad. Sin embargo, gozaba de la reputación de ser un hombre bondadoso y caritativo en toda la comarca y era bien conocida la benignidad de sus sentencias como juez.

Una tarde, poco después de mi llegada, saboreábamos un vasito de oporto como remate de la cena, cuando el joven Trevor empezó a hablar acerca de aquellos hábitos de observación y deducción que yo ya había convertido en un sistema, aunque todavía no había reconocido el papel que habrían de desempeñar en mi vida. Evidentemente, el anciano creyó que su hijo exageraba en su descripción de un par de hechos triviales que yo había protagonizado.

—Vamos, señor Holmes —me dijo, riéndose con ganas—, yo soy un excelente sujeto, si es que puede deducir algo de mí.

—Temo que no haya gran cosa —contesté yo—. Pero podría sugerir que en los doce últimos meses ha temido usted algún ataque personal.

La risa desapareció de sus labios y me miró con viva sorpresa.

—Pues es la pura verdad —dijo—. Tú ya sabes, Víctor —añadió, volviéndose hacia su hijo—, que cuando dispersamos aquella pandilla de cazadores furtivos, juraron apuñalarnos, y de hecho sir Edward Hoby ha sido agredido. Desde entonces, yo siempre me he mantenido en guardia, pero no tengo la menor idea de cómo puede usted saberlo.

—Tiene un bastón muy elegante, señor Trevor —respondí—. Por la inscripción, he observado que no hace más de un año que obra en su poder. Pero se ha tomado usted el trabajo de agujerear su puño y verter plomo derretido en el orificio, a fin de convertirlo en un arma formidable. He deducido que no tomaría tales precauciones si no temiera algún peligro.

—¿Algo más? —preguntó, sonriendo.

—En su juventud, usted practicó muchísimo el boxeo.

—¡Ha acertado otra vez! ¿Y cómo lo ha sabido? ¿Acaso tengo la nariz algo desviada?

—No —contesté—. Se trata de sus orejas. Presentan el aplastamiento y la hinchazón peculiares que delatan al boxeador.

—¿Algo más?

—A juzgar por sus callosidades, se ha dedicado de firme a cavar.

—Gané todo mi dinero en los campos auríferos.

—También ha estado en Nueva Zelanda.

—De nuevo ha acertado.

—Ha visitado Japón.

—Cierto.

—Y ha estado usted íntimamente asociado con alguien cuyas iniciales eran J.A., una persona a la que después quiso olvidar por completo.

El señor Trevor se levantó lentamente, clavó en mi sus grandes ojos azules con una mirada extraña, desenfocada, y acto seguido se desplomó, víctima de un profundo desmayo, sepultando la cara entre las cáscaras de nuez que cubrían el mantel.

Puede imaginar, Watson, cuál fue la impresión que esto nos causó a su hijo y a mí. Sin embargo, el ataque no duró mucho, y cuando le desabrochamos el cuello de la camisa y rociamos su cara con el agua de un vaso, dio un par de boqueadas y se incorporó.

—¡Ay, muchachos! —dijo, esforzándose en sonreír—. Espero no haberos dado un susto. Pese a parecer tan fuerte, hay un punto débil en mi corazón y no se necesita gran cosa para ponerme fuera de combate. No sé cómo se las arregla usted, señor Holmes, pero tengo la impresión de que todos los detectives de la realidad y la ficción serían como chiquillos en sus manos. Este es su camino en la vida, señor, y puede creer en las palabras de un hombre que ha visto un poco el mundo.

Y esta recomendación, junto con la exagerada estimación de mis facultades que la precedió, fue, puede usted creerme, Watson, lo primero que me hizo pensar que cabía convertir en profesión lo que hasta entonces había sido mera afición. En aquel momento, sin embargo, a mí me preocupaba demasiado el súbito desvanecimiento de mi anfitrión para pensar en nada más.

—Espero no haber dicho nada que le haya disgustado —murmuré.

—Desde luego, me ha tocado en un punto de lo más sensible. ¿Puedo preguntarle cómo lo sabe y qué es lo que sabe?

Hablaba en un tono como medio en broma, pero en el fondo de sus ojos todavía había una expresión de terror.

—No puede ser más sencillo —contesté—. Cuando se arremangó un brazo para meter aquel pez en la barca, vi que le habían tatuado «J.A.» en el brazo. Las letras todavía eran legibles, pero se veía bien a las claras, a juzgar por su apariencia borrosa y por el teñido de la piel a su alrededor, que se habían hecho esfuerzos conducentes a su desaparición. Era obvio, pues, que en otro tiempo aquellas iniciales habían sido muy familiares y que, posteriormente, había querido olvidarlas.

—¡Qué vista tiene usted, señor Holmes! —exclamó con un suspiro de alivio—. Es tal como usted dice, pero no hablaremos de ello. Entre todos los fantasmas, los de nuestros viejos amores son los peores. Venga a la sala de billar y fume tranquilamente un cigarro.

A partir de aquel día, y a pesar de toda su cordialidad, siempre hubo una nota de suspicacia en la actitud del señor Trevor conmigo. Hasta su hijo se dio cuenta. «Le diste tal susto al jefe —me dijo— que nunca más volverá a estar seguro de lo que sabes y de lo que no sabes.» Tengo la certeza de que él se esforzaba en no manifestarlo, pero la sospecha estaba tan firmemente arraigada en su mente que afloraba en cualquier ocasión. Finalmente, llegué a estar tan convencido de que le causaba tal inquietud que di por concluida mi visita. Pero el mismo día de mi partida, antes de marcharme, ocurrió un incidente que después demostraría tener su importancia.

Estábamos sentados los tres en sillas del jardín y sobre el césped, tomando el sol y admirando la vista a través de los Broads, cuando salió la sirvienta para decir que ante la puerta había un hombre que deseaba ver al señor Trevor.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó mi anfitrión.

—No ha querido dar ninguno.

—¿Qué quiere, pues?

—Dice que usted lo conoce y que sólo desea unos momentos de conversación.

—Hazle pasar aquí.

Un momento después apareció un hombrecillo apergaminado, con una actitud servil y unos andares bamboleantes. Llevaba una chaqueta abierta, con una gran salpicadura de alquitrán en la manga, una camisa a cuadros rojos y negros, pantalones de tela basta y unas recias botas desgastadas. Tenía un rostro moreno, enjuto y sagaz, con una perpetua sonrisa que mostraba una línea irregular de dientes amarillos, y sus manos arrugadas estaban cerradas a medias, de un modo que es distintivo de los marineros. Al acercarse, encorvado, a través del césped, oí que la garganta del señor Trevor producía un ruido semejante a un hipo y, abandonando de un salto su silla, corrió precipitadamente hacia la casa. Volvió al cabo de unos momentos y, al pasar junto a mí, mi olfato captó una intensa vaharada de brandy.

—Y bien, buen hombre —dijo—, ¿qué puedo hacer por usted?

El marinero le miraba con ojos entrecerrados y con la misma e incesante sonrisa en su faz. ¿me conoce? —le preguntó.

—¡Vaya, hombre! ¡Pero si es Hudson! —exclamó el señor Trevor en un tono de sorpresa.

—Y Hudson soy, señor —dijo el marinero—. Es que han pasado más de treinta años desde la última vez que le vi. Y aquí está usted en su casa, y yo comiendo todavía mi tasajo sacado del barril de a bordo.

—Tranquilo, hombre, pues verás que no he olvidado tiempos ya lejanos —dijo el señor Trevor y, avanzando hacia el marinero, le murmuró algo en voz baja. A continuación, y en voz alta añadió—: Ve a la cocina, allí te darán comida y bebida. Y no me cabe duda de que te encontraré un empleo.

—Gracias, señor —repuso el marinero, llevándose la mano a la visera de la gorra—. Llevaba ya dos años en un vapor de cabotaje que no pasaba de los ocho nudos, y además con poca tripulación, y deseo tomarme un descanso. Pensé que lo conseguiría, ya fuera con el señor Beddoes o con usted.

—¡Ah! —gritó el señor Trevor—. ¿Sabes dónde está el señor Beddoes?

—Por favor, señor, yo sé dónde están todos mis viejos amigos —dijo el hombre con una sonrisa siniestra, y se deslizó tras la sirvienta en dirección a la cocina.

El señor Trevor murmuró algo acerca de haber navegado junto con aquel hombre cuando volvió de las minas. Después entró en la casa, dejándonos a los tres fuera. Al entrar nosotros una hora más tarde, lo encontramos borracho perdido, echado en el sofá de la sala de estar. Todo el incidente dejó en mi mente una impresión desagradable. Al día siguiente no me dolió abandonar Donnithorpe, pues pensaba que mi presencia podía ser motivo de embarazo para mi amigo.

Esto ocurrió durante el primer mes de las vacaciones de verano. Yo volví a mis habitaciones de Londres, donde pasé siete semanas dedicado a unos experimentos de química orgánica. Un día, sin embargo, cuando el otoño ya estaba bastante avanzado y las vacaciones tocaban a su fin, recibí un telegrama de mi amigo en el que me rogaba que volviera a Donnithorpe a fin de recabar mi consejo y ayuda.

Me recibió con el dog cart en la estación, y comprendí al primer vistazo que en los dos últimos meses le habían sometido a dura prueba. Había adelgazado y se notaba que le agobiaba alguna inquietud, pues había perdido aquella actitud amable y jovial que tanto le caracterizaba.

—El jefe se está muriendo —fueron sus primeras palabras.

—¡Imposible! —grité—. ¿Qué le ocurre?

—Apoplejía. Un choque nervioso. Todo el día ha estado al borde del final. Dudo de que lo encontremos con vida.

—Como puede imaginar, Watson, me sentí horrorizado por esta noticia inesperada.

—¿Cuál ha sido la causa? —pregunté.

—Ah, ésta es la cuestión. Sube y podremos comentarlo durante el trayecto. ¿Recuerdas aquel individuo que llegó la tarde anterior a tu partida?

—Perfectamente.

—¿Sabes a quién dejamos entrar en casa aquel día?

—No tengo ni la menor idea.

—¡Era el Diablo, Holmes! —exclamo.

Lo miré estupefacto.

—Sí, era el Diablo personificado. Desde entonces no hemos tenido ni una hora de paz, ni una sola. Desde aquella tarde, el jefe ya no volvió a levantar cabeza, y ahora le ha sido arrebatada la vida y se le ha partido el corazón, todo debido a ese maldito Hudson.

—¿Qué poder tiene, pues?

—¡Ah, esto es lo que yo desearía saber a cualquier precio! ¡El bueno del jefe, tan amable y caritativo! ¿Cómo pudo caer en las manos de semejante rufián? Pero me alegra tanto que hayas venido, Holmes... Confío muchísimo en tu buen juicio y en tu discreción, y sé que me darás el mejor consejo.

Avanzábamos a lo largo de la lisa y blanca carretera rural, y ante nosotros brillaba el largo tramo de los Broads bajo la luz roja del sol poniente. En una arboleda a nuestra izquierda, ya podía ver las altas chimeneas y el mástil de la bandera que señalaban la mansión del squire.

—Mi padre nombró jardinero a aquel tipo —explicó mi compañero— y después, ya que esto no le satisfizo, lo ascendió a mayordomo. Parecía como si la casa estuviera a su merced; la recorría y hacía en ella cuanto se le antojaba. Las criadas se quejaron de su afición a la bebida y de su lenguaje soez, y mi padre les aumentó el sueldo a todas para compensarles de estas molestias. Aquel individuo utilizaba la barca y la mejor escopeta de mi padre, y se regalaba con pequeñas cacerías. Y todo esto lo hacía con una cara tan insolente y burlona que, si hubiera sido un hombre de mi edad, veinte veces le hubiera tumbado de un puñetazo. Te aseguro, Holmes, que en todo momento me he sometido a un férreo control, pero ahora me pregunto si no hubiera obrado mucho mejor abandonándome un poco más a mis impulsos.

Pues bien, entre nosotros las cosas fueron de mal en peor, y ese animal de Hudson se mostró cada vez más entrometido, hasta que un día, al contestar con insolencia a mi padre en mi presencia, lo agarré por un hombro y lo expulsé de la habitación. Se retiró con un rostro lívido y unos ojos ponzoñosos, que proferían más amenazas de las que hubiese podido pronunciar su lengua. No sé qué ocurrió entre mi pobre padre y él después de esto, pero papá me llamó el día siguiente y me preguntó si no podía yo ofrecer mis excusas a Hudson. Como puedes imaginar, me negué y a la vez intuí cómo podía permitir mi padre que semejante granuja se tomara tantas libertades con él y con el personal de la casa.

—Ah, muchacho —me dijo—, hablar cuesta muy poco, pero tú no sabes cuál es mi situación. Sin embargo, lo sabrás, Víctor. Yo me ocuparé de que lo sepas, ocurra lo que ocurra. ¿Verdad que no crees que tu pobre y viejo padre haya cometido nada malo?

Estaba muy emocionado y se encerró todo el día en el estudio donde, como pude ver a través de la ventana, escribía afanosamente.

Aquella tarde se produjo lo que a mí me representó un gran alivio, pues Hudson nos anunció que iba a dejarnos. Entró en el comedor, donde nosotros estábamos sentados después de cenar, y manifestó su intención con la voz pastosa del hombre medio bebido.

—Ya estoy harto de Norfolk —dijo—. Me iré a casa del señor Beddoes, en el Hampshire. Sé que se alegrará tanto como usted cuando me vea.

—Espero que no irás a marcharte enfadado, Hudson —dijo mi padre con una docilidad que hizo hervir mi sangre en las venas.

—No me han sido presentadas excusas —replicó él, ceñudo y mirando en mi dirección.

—Víctor, ¿no reconoces que has tratado con dureza a este buen hombre? —preguntó mi padre, volviéndose hacia mí.

—Muy al contrario, creo que los dos hemos mostrado con él una paciencia extraordinaria —repuse.

¿Ah, sí, conque éstas tenemos? —gruñó Hudson—. Pues muy bien, hombre. ¡Ya nos ocuparemos de esto!

Salió del comedor con la cabeza gacha y media hora más tarde abandonó la casa, dejando a mi padre en un estado de penoso nerviosismo. Noche tras noche, le oía pasear por su habitación, y precisamente, cuando ya empezaba a recuperar la confianza en sí mismo, cayó por fin el golpe sobre él.

—¿Y cómo fue? —inquirí con afán.

—Del modo más extraordinario. Ayer por la tarde llegó una carta destinada a mi padre con el matasellos de Fordingbridge. Mi padre la leyó, se llevó ambas manos a la cabeza y empezó a caminar por la habitación, describiendo pequeños círculos, como el hombre que ha perdido los sentidos. Cuando por fin le hice echarse en un sofá, su boca y sus párpados se habían desviado a un lado y comprendí que había sufrido un ataque de apoplejía. El doctor Fordham vino en seguida y acostamos a mi padre, pero hoy la parálisis ha aumentado y no da señales de recuperar el conocimiento. Creo muy difícil que aún lo encontremos vivo.

—¡Me horrorizas, Trevor! —exclamé—. ¿Qué podía haber leído en aquella carta, para que causara un resultado tan espantoso?

—Nada. Y esto es lo inexplicable del asunto. El mensaje era tan absurdo como trivial. ¡Ah, Dios mío, como yo temía!

Mientras hablaba enfilamos la curva de la avenida de entrada y, a la luz mortecina, vimos que todas las persianas de la casa estaban echadas. Corrimos hacia la puerta, y el semblante de mi amigo se convulsionó por el dolor al ver aparecer en el umbral un caballero vestido de negro.

—¿Cuándo ha ocurrido, doctor? —preguntó Trevor.

—Casi inmediatamente después de marcharse usted.

—¿Recobró el conocimiento?

—Por unos momentos antes del final.

—¿Algún mensaje para mí?

—Sólo que los papeles están en el cajón posterior del armario japonés.

Mi amigo subió con el doctor a la cámara mortuoria, mientras yo permanecía en el estudio, dando al asunto vueltas y más vueltas en mi cabeza y sintiéndome más apenado que en ningún otro instante de mi vida. ¿Cuál debía ser el pasado de Trevor, pugilista, viajero y buscador de oro, que se había puesto en manos de aquel marinero de rostro patibulario? ¿Por qué, asimismo, había de desmayarse ante una alusión a las iniciales medio borradas en su brazo, y morirse de miedo al recibir una carta de Fordingbridge? Recordé entonces que Fordingbridge estaba en el

Hampshire, y que aquel señor Beddoes, al que había ido a visitar el marinero, y presumiblemente a extorsionarle, también había sido mencionado como residente en el Hampshire. Por consiguiente, la carta o bien podía proceder de Hudson, el marinero, para anunciar que había traicionado el culpable secreto que parecía existir, o bien haber sido escrita por Beddoes, a fin de advertir a un antiguo confederado sobre la inminencia de esta delación. Hasta aquí la cosa parecía bastante clara. Pero en este caso, ¿cómo podía el mensaje ser trivial y grotesco, tal como lo describía el hijo? Debía de haberlo interpretado mal. Y si era así, bien podía tratarse de uno de aquellos códigos secretos que quieren decir una cosa mientras aparentan decir otra. Yo tenía que leer esa carta. Si había en ella un significado oculto, yo confiaba en poder desentrañarlo.

Durante una hora permanecí sentado, meditando al respecto en la semioscuridad, hasta que finalmente una sirvienta llorosa trajo una lámpara. La seguía mi amigo Trevor, que entró pálido pero sereno, con estos mismos papeles que ahora tengo sobre mis rodillas. Se sentó ante mí, acercó la lámpara al borde de la mesa y me entregó una breve nota escrita, como ve usted, en una sola cuartilla de color gris. Decía: «El suministro de caza para Londres aumenta sin cesar. Al guardabosque en jefe Hudson, según creemos, se le ha pedido ahora que reciba todos los encargos de papel atrapamoscas y que preserve la vida de vuestros faisanes hembra.

Le aseguro que en mi cara se reflejó el mismo asombro que en la suya cuando leí por primera vez este mensaje. Acto seguido lo releí cuidadosamente. Era, evidentemente, lo que había pensado yo, y una segunda versión había de ocultarse en esa extraña combinación de palabras. ¿Y no podía ser que tuviera un significado ya previamente convenido en palabras tales como «papel atrapamoscas» y «faisanes hembra»? Este significado sería arbitrario y de ningún modo se le podría deducir. Sin embargo, me sentía poco inclinado a creer que fuera éste el caso, y la presencia del nombre «Hudson» parecía indicar que el tema del mensaje era el que yo había sospechado, y que procedía de Beddoes más bien que del marinero. Probé la lectura hacia atrás, pero los resultados nada tenían de alentadores. A continuación probé con palabras alternativas, pero tampoco pareció que el sistema prometiera aportar alguna luz. Y a continuación, en un instante, tuve en mis manos la clave del enigma, pues vi que cada tercera palabra, comenzando por la primera, construía un mensaje que bien podía llevar al viejo Trevor a la desesperación: «El juego ha terminado. Hudson lo ha contado todo. Huye para salvar tu vida.»

Víctor Trevor hundió el rostro entre sus manos temblorosas.

—Ha de ser esto, supongo —dijo—. Y esto es peor que la muerte, porque significa también el deshonor. Pero, ¿cuál es el significado de ese «guardabosque» y esos «faisanes hembra»?

—Nada significan para el mensaje, pero podrían representar mucho para nosotros si no tuviéramos otros medios para descubrir al remitente. Él ha empezado por escribir: «El... juego... ha...», y así sucesivamente. Y después, para ajustarse al código acordado, ha tenido que meter dos palabras en cada espacio vacío. Como es natural, utilizó las primeras palabras que acudieron a su mente, y por haber entre ellas tantas que hacen referencia al deporte de la caza, cabe tener la tolerable seguridad de que o bien es un apasionado de la caza o tiene interés por la cría de animales. ¿Tú sabes algo de ese Beddoes?

—Ahora que lo mencionas —me contestó—, recuerdo que mi pobre padre recibía cada otoño una invitación suya para ir a cazar en su vedado.

—Entonces es indudable que la nota procede de él —dije—. Sólo nos queda descubrir qué es este secreto que el marinero blandía sobre las cabezas de estos dos hombres ricos y respetados.

—Por desgracia, Holmes, mucho me temo que sea un pecado vergonzoso —manifestó mi amigo—. Mas para ti yo no tengo secretos. He aquí la declaración que escribió mi padre cuando supo que el peligro por parte de Hudson se había hecho inminente. La encontré en el armario japonés, tal como se lo dijo él al doctor. Léemela tu mismo, pues yo no tengo fuerzas ni valor para hacerlo.

—Estos son los mismos documentos, Watson, que él me entregó, y ahora se los leeré a usted tal como aquella noche se los leí a él en el viejo estudio. Como ve, hay un título bastante explícito: «Detalles del viaje de la corbeta Gloria Scott desde que zarpó de Falmouth el 8 de octubre de 1855, hasta su destrucción en latitud Norte 150º 20’, longitud Oeste 250º 14’, el 6 de noviembre.» Está presentado en forma de carta y dice lo siguiente:

«Mi querido, queridísimo hijo... Ahora, cuando una inminente desgracia empieza a oscurecer los últimos años de mi vida, puedo escribir con toda veracidad y sinceridad que no es el temor a la ley, ni la pérdida de mi posición en el condado, ni tampoco mi caída a los ojos de todos aquellos que me han conocido lo que más destroza mi corazón, sino la idea de que tengas que sonrojarte por mi culpa... tú, que me quieres y que rara vez, quiero esperarlo, has tenido motivo para no respetarme. Pero si cae el golpe que desde siempre me está amenazando, entonces desearía que leyeras esto para que sepas a través de mi hasta qué punto se me puede culpar. Por otra parte, si todo va bien (¡Así quiera concederlo Dios Todopoderoso!) y si por azar este papel todavía pudiera ser destruido y cayera en tus manos, por la memoria de tu querida madre y por el amor que existe entre nosotros, arrójalo al fuego y nunca más vuelvas a dedicarle un solo pensamiento.

En cambio, si tus ojos recorren estas líneas, ello querrá decir que habré sido denunciado y arrebatado de mi casa, o bien, lo que será más probable, pues ya sabes que tengo un corazón débil, que yaceré con mi lengua sellada para siempre por la muerte.

Mi nombre, querido hijo, no es Trevor. Yo era James Armitage en mis años mozos, y ahora comprenderás la impresión que me causó hace unas semanas, que tu amigo del colegio me dirigiera unas palabras que daban a entender que había penetrado en mi secreto. Como Armitage entré a trabajar en un banco de Londres. También como Armitage fui acusado de quebrantar las leyes de mi país y sentenciado a la deportación. No me juzgues con dureza, hijo mío: me vi obligado a pagar lo que se llama una deuda de honor y, para hacerlo, empleé dinero que no era mío, seguro de que podría devolverlo antes de que hubiera la posibilidad de que lo echaran en falta. Pero me persiguió el más atroz de los infortunios, el dinero con el que yo había contado nunca llegó a mis manos, y una prematura revisión de las cuentas bancarias reveló mi desfalco. Mi caso hubiera podido ser juzgado con benevolencia, pero hace treinta años las leyes eran aplicadas con mayor dureza que ahora, y el día en que cumplía veintitrés años me vi encadenado, como cualquier delincuente y junto con otros treinta y siete presidiarios, en el entrepuente de la Gloria Scott, con destino a Australia.

Corría el año 1855. La guerra de Crimea estaba en su apogeo y los viejos barcos destinados a los presidiarios eran utilizados en su mayor parte como transporte en el mar Negro. Por consiguiente, el gobierno se veía obligado a emplear embarcaciones más pequeñas y menos adecuadas para enviar a ultramar sus presidiarios. La Gloria Scott había transportado té de China, pero era un buque anticuado, de proa roma y gran manga, y los nuevos clippers lo habían arrinconado. Desplazaba 500 toneladas y, además de sus treinta y ocho presidiarios, llevaba a bordo una tripulación de veintiséis hombres, dieciocho soldados, un capitán, tres pilotos, un médico, un capellán y cuatro guardianes. En total, casi un centenar de almas íbamos a bordo cuando zarpamos de Falmouth.

Los tabiques entre las celdas de los presidiarios, en vez de ser de grueso roble, como es usual en los barcos que transportan presidiarios, eran bastante delgados y frágiles. El preso contiguo, en dirección a popa, ya me había llamado la atención cuando recorrimos el muelle. Era un hombre joven, de cara blanca e imberbe, nariz larga y delgada, y mandíbula bastante poderosa. Mantenía la cabeza airosamente alta, caminaba con un cierto contoneo y destacaba, sobre todo, por su extraordinaria altura. No creo que ninguno de nosotros le llegara al hombro; estoy seguro de que no medía menos de seis pies y medio. Resultaba extraño ver entre tantos rostros tristes y ajados una faz tan llena de energía y determinación. Su visión fue para mí como la de una reconfortante hoguera en plena tormenta de nieve. Me alegré al descubrir que era mi vecino, y todavía más cuando, en plena noche, oí un susurro junto a mi oído y observé que se las había arreglado para abrir un orificio en la delgada tabla que nos separaba.

—Hola, compañero —me dijo—. ¿Cómo te llamas? ¿Por qué estás aquí?

Se lo dije y pregunté, a mi vez, con quién hablaba.

—Soy Jack Prendergast —me contestó—, y por todos los cielos te aseguro que aprenderás a bendecir mi nombre antes de lo que tarda en cantar el gallo.

Yo recordaba haber oído hablar de su caso, pues había causado una sensación enorme en todo el país, poco antes de mi propio arresto. Era hombre de buena familia y de una gran capacidad, pero con hábitos torcidos e incurables, y que, mediante un ingenioso sistema de fraude, había obtenido sumas enormes de los principales comerciantes de Londres.

—¡Ajá! ¿Con qué recuerdas mi caso? —exclamó con orgullo.

—Y muy bien, por cierto.

—Entonces tal vez recuerdes algo extraño en él.

—¿El qué?

—Yo me había hecho casi con un cuarto de millón, ¿no es así?

—Así se dijo.

—Pero no se recuperó ni un céntimo, ¿verdad?

—No.

—Bien, ¿y dónde crees que está el botín? —inquirió.

—No tengo ni la menor idea.

—Pues aquí, entre mi pulgar y el índice —me aseguró—. Por Dios que tengo más libras a mi nombre que tú pelos en la cabeza. Y si tienes dinero, hijo mío, y sabes cómo manejarlo y hacerlo circular, ¡puedes lograr cualquier cosa! Y no irás a creer que un hombre que puede hacer cualquier cosa se dispone a gastar el asiento de sus pantalones sentado en la apestosa bodega de un mohoso carguero de las costas de China, infestado por las ratas y las cucarachas, y semejante a un ataúd viejo y putrefacto. No, señor, un hombre como yo cuidará de sí mismo y cuidará de sus amigos. ¡Puedes estar seguro de ello! Tú confía en él, y tan cierto como la Biblia que él te sacará adelante.

Tal era su manera de hablar y, al principio, creí que nada significaba, pero al cabo de un tiempo, cuando me hubo puesto a prueba y juramentado con toda la solemnidad posible, me dio a entender que había realmente una conspiración para apoderarse del barco. Una docena de presidiarios lo habían tramado antes de subir a bordo; Prendergast era el jefe, y su dinero era el factor motivador.

—Yo tenía un asociado —me dijo—, un hombre de rara valía y tan leal como la culata de un fusil al cañón del mismo. Se ordenó como sacerdote, ¿y dónde crees que se encuentra en este momento? Pues bien, es el capellán de este barco... ¡Nada menos que el capellán! Subió a bordo con un abrigo negro y sus papeles en orden, y en su caja lleva dinero suficiente para comprar este trasto desde la quilla hasta lo alto del palo mayor. La tripulación es suya en cuerpo y alma. Pudo comprarla a tanto la gruesa con descuento por pago al contado, y lo hizo incluso antes de que firmaran el conocimiento de embarque. Cuenta con dos de los guardianes y con Mercer, el segundo oficial, y conseguiría al propio capitán si creyese que valía la pena.

—¿Qué hemos de hacer, pues? —pregunté.

—¿Qué te figuras? —repuso—. Vamos a hacer que las casacas de estos soldados se vuelvan más rojas que cuando las cortó el sastre.

—Pero ellos están armados —alegué.

—Y también lo estaremos nosotros, muchacho. Hay un par de pistolas para cada hijo de madre de los nuestros, y si no podemos apoderarnos de este barco con una tripulación que nos respalde, valdrá más que nos manden a todos a un pensionado de señoritas. Habla esta noche con tu vecino de la izquierda y entérate de si se puede confiar en él.

Así lo hice, y averigüé que era un joven en una situación muy semejante a la mía, cuyo delito había sido el de falsificación. Se llamaba Evans, pero después cambió de nombre, igual que yo, y hoy es un hombre rico y próspero en el sur de Inglaterra. Estaba más que dispuesto a unirse a la conspiración, como único medio para salvarnos, y antes de haber cruzado el golfo de Vizcaya sólo dos de los presidiarios no estaban enterados del secreto. Uno de ellos era un débil mental en el que no nos atrevimos a confiar; el otro padecía una ictericia y no podía sernos de ninguna utilidad.

En realidad, desde el primer momento no hubo nada que pudiera impedirnos tomar posesión del navío. La tripulación la formaban un grupo de rufianes, especialmente elegidos para el trabajo. El supuesto capellán entraba en nuestras celdas para exhortarnos, equipado con un maletín negro en apariencia lleno de folletos religiosos, y tan a menudo nos visitaba que el tercer día cada uno de nosotros ya había ocultado al pie del camastro una lima, un par de pistolas, una libra de pólvora y veinte postas. Dos de los guardianes eran agentes de Prendergast y el segundo oficial era su mano derecha. El capitán, los otros dos oficiales, el doctor y el teniente Martin y sus dieciocho soldados, era a todo lo que deberíamos enfrentarnos. No obstante, pese a esta providencia, decidimos no descuidar ninguna precaución y efectuar nuestro ataque de repente y por la noche. Sin embargo, se produjo antes de lo que esperábamos y del modo siguiente:

Una tarde, alrededor de la tercera semana después de nuestra partida, el doctor había bajado para visitar a uno de los presidiarios que estaba enfermo y, al poner la mano en la parte inferior del catre, palpó el perfil de las pistolas. Si hubiera guardado silencio, habría podido enviarlo todo al traste, pero era un hombrecillo nervioso y lanzó una exclamación de sorpresa, y se puso tan pálido que el otro supo al instante lo que ocurría y lo inmovilizó. Fue amordazado antes de que pudiera dar la alarma y atado a la cama. Había dejado abierta la puerta que conducía a cubierta y por ella salimos todos precipitadamente. Los dos centinelas fueron abatidos a tiros y también un cabo que acudió corriendo para saber qué ocurría. Había otros dos soldados ante la puerta del salón, mas al parecer sus mosquetes no estaban cargados, ya que no llegaron a disparar contra nosotros, y ambos fueron acribillados a balazos mientras trataban de calar sus bayonetas. Corrimos entonces hacia el camarote del capitán, pero al abrir la puerta se oyó una detonación en el interior y lo encontramos con la cabeza apoyada en el mapa de Atlántico, sujeto con chinchetas a la mesa, y con el capellán junto a él, con una pistola humeante en su mano. Los dos oficiales habían sido hechos prisioneros por la tripulación y la situación parecía totalmente dominada.

El salón era contiguo al camarote; entramos en él y nos acomodamos en sus bancos, hablando todos a la vez, pues nos enloquecía la sensación de gozar nuevamente de libertad. Había armarios a nuestro alrededor, y Wilson, el falso capellán, descerrajó uno de ellos y sacó una docena de botellas de jerez. Rompimos sus golletes, vertimos el vino en vasos y los estábamos apurando, cuando de pronto, sin la menor advertencia, llegó el rugido de los mosquetes a nuestros oídos y el salón se llenó de humo, hasta el punto que no podíamos ver a través de la mesa. Wilson y otros ocho hombres se retorcían en el suelo, unos sobre otros; y la sangre y el jerez añejo sobre aquella mesa todavía me enferman cuando pienso en ello. Tanto nos intimidó aquella visión, que creo que nos hubiéramos dado por vencidos de no haber sido por Prendergast, que bramó como un toro y se precipitó hacia la puerta con todos los supervivientes pisándole los talones. Nos habían disparado a través de las lumbreras entreabiertas del salón. Salimos a cubierta y allí, a popa, se encontraban el teniente y diez de sus hombres. Nos lanzamos sobre ellos antes de que consiguieran cargar de nuevo sus mosquetes; se defendieron con coraje, pero pudimos con ellos y, cinco minutos después, todo había terminado. A fe mía que dudo que hubiera un matadero como aquel barco. Prendergast parecía un demonio enfurecido y agarró a los soldados como si fueran chiquillos y los arrojó por la borda, vivos o muertos. Había un sargento con terribles heridas y, sin embargo, se mantuvo a nado durante un tiempo sorprendente, hasta que alguien tuvo la misericordia de volarle la tapa de los sesos. Cuando terminó la refriega, no quedaba con vida ninguno de nuestros enemigos, excepto los guardianes, los oficiales y el doctor.

Precisamente por causa de ellos se produjo la gran disputa. Muchos de nosotros nos dábamos por satisfechos con la recuperación de nuestra libertad y no deseábamos cargar con asesinatos nuestras conciencias. Una cosa era tumbar a los soldados armados y otra presenciar cómo se mataban hombres a sangre fría. Ocho de nosotros, cinco presidiarios y tres marineros, dijimos que no queríamos presenciar semejante atrocidad, pero no hubo manera de convencer a Prendergast y sus seguidores. Dijo que nuestra única probabilidad de salvación radicaba en efectuar un trabajo a fondo, y que no dejaría una sola lengua capaz de hablar más tarde en el estrado de los testigos. A punto estuvimos de correr la misma suerte de los rehenes pero finalmente Prendergast dijo que, si queríamos, podíamos quedarnos con un bote de salvamento y largarnos. Aceptamos en el acto, pues ya estábamos hartos de tantos sucesos sangrientos y sabíamos que las cosas no harían sino empeorar. Nos entregaron un traje de marinero a cada uno, dos barriles de agua y otros dos, uno de tasajo y otro de galleta, y una brújula. Prendergast nos arrojó una carta de navegación, nos dijo que éramos marineros cuyo buque había naufragado en los 50º lat. N y 250º long. O, y después cortó la amarra y nos dejó marchar.

Y ahora, mi querido hijo, viene la parte más sorprendente de mi historia. Durante la rebelión, los marineros, para inmovilizar el barco, habían puesto en facha la vela del trinquete, pero ahora, mientras nos alejábamos de ellos, la izaron de nuevo y, puesto que soplaba un suave viento del nordeste —los alisios—, la corbeta empezó a distanciarse lentamente de nosotros. Nuestro bote subía y bajaba a merced del monótono oleaje, y Evans y yo, que éramos los más cultos del grupo, estábamos sentados a popa calculando nuestra posición y planeando hacia qué costa de África podíamos dirigirnos. Era una cuestión peliaguda, ya que Cabo Verde quedaba sólo a unas quinientas millas al noreste y Sierra Leona a unas setecientas al este. En resumidas cuentas, visto que soplaban a favor los vientos alisios, pensamos que la mejor opción sería Sierra Leona, y pusimos rumbo en esta dirección, cuando la corbeta casi ocultaba ya su casco a estribor. De pronto, mientras la estábamos mirando, vimos que brotaba de ella una densa columna de humo, que se cernió sobre el horizonte como un árbol monstruoso. Unos segundos más tarde, una explosión retumbó como un trueno en nuestros oídos y, cuando la humareda se disipó un poco, no vimos ni rastro de la Gloria Scott. Instantes después, viramos en redondo y remamos con todas nuestras fuerzas hacia el lugar donde el humo que aún flotaba sobre el agua marcaba la escena de la catástrofe.

Pasó una larga hora antes de que llegáramos a ella y al principio temimos que fuera ya demasiado tarde para salvar a alguien. Un bote hecho astillas y varias jaulas de embalaje y restos de la arboladura, que se balanceaban sobre las olas, nos señalaron dónde se había ido a pique la corbeta. Al no advertir indicios de vida perdimos toda esperanza, y ya nos alejábamos cuando oímos un grito de auxilio y vimos a cierta distancia unos restos del naufragio, con un hombre tendido sobre ellos. Cuando lo subimos a bordo de nuestro bote, resultó ser un marinero llamado Hudson, tan exhausto y lleno de quemaduras que hasta la mañana siguiente no pudo contarnos lo ocurrido.

Al parecer, después de marcharnos nosotros, Prendergast y su pandilla se habían dedicado a dar muerte a los restantes rehenes: el tercer oficial y los dos guardianes fueron muertos a tiros y arrojados por la borda. Seguidamente, Prendergast bajó al entre-puente y con sus propias manos degolló al infortunado cirujano. Sólo quedaba el primer oficial, un hombre audaz y decidido que, cuando vio al presidiario acercarse a él con el cuchillo ensangrentado en la mano, se desprendió de sus ligaduras que de algún modo había conseguido aflojar y, echando a correr por la cubierta, se precipitó hacia la bodega de popa.

Una docena de presidiarios que bajaron pistola en mano en pos de él, lo encontraron con una caja de cerillas en la mano, sentado junto a un barril de pólvora abierto, uno del centenar que había a bordo, y jurando que los haría volar a todos por los aires si se le molestaba. Un instante después se produjo la explosión, aunque Hudson creía que fue causada por la bala mal dirigida de uno de los presidiarios y no por la cerilla del oficial. Pero cualquiera que fuese la causa, significó el fin de la Gloria Scott y de la chusma que se había apoderado de la corbeta.

Tal es, mi querido hijo, la historia de ese terrible asunto en el que me vi envuelto. El día siguiente nos recogió el bergantín Hodspur, con destino a Australia, cuyo capitán no tuvo dificultad en creer que éramos los supervivientes de un barco de pasaje que se había ido a pique. La Gloria Scott fue considerada por el Almirantazgo como perdida en alta mar, y ni una sola palabra se ha sabido jamás acerca de su verdadero sino. Tras un viaje excelente, el Hodspur nos desembarcó en Sidney, donde Evans y yo cambiamos nuestros nombres y nos dirigimos a las excavaciones en busca de oro, donde, entre la multitud allí concentrada, procedente de todas las naciones, no tuvimos la menor dificultad en perder nuestras anteriores identidades.

No es necesario que relate el resto. Prosperamos, viajamos, volvimos a Inglaterra como ricos colonos, y adquirimos propiedades rurales. Durante más de veinte años hemos llevado una existencia pacífica y útil, y esperábamos que nuestro pasado estuviera enterrado para siempre. Imagina, pues, mis sentimientos cuando en el marinero que nos vino a ver reconocí al instante al hombre que habíamos salvado del naufragio. De alguna manera había averiguado nuestro paradero y estaba dispuesto a vivir a expensas de nuestro miedo.

Comprenderás ahora por qué me esforcé en vivir en paz con él, y hasta cierto punto compartirás conmigo los temores que me invaden, después de que se haya alejado de mí ha ido en busca de otra víctima con amenazas en su boca.

Debajo había escrito con una mano tan temblorosa que el texto apenas resultaba legible: «Beddoes escribe en clave que H. lo ha contado todo. ¡Que el Señor se apiade de nuestras almas!»

—Tal fue la narración que aquella noche le leí al joven Trevor, y yo creo, Watson, que, dadas las circunstancias, era de lo más dramático. El buen muchacho se quedó con el corazón destrozado a causa de ella y se marchó a las plantaciones de té de Terai, donde, según he oído decir, se defiende bien. En cuanto al marinero y a Beddoes, nunca más se volvió a saber de ellos desde el día en que fue escrita la carta de advertencia. Ambos desaparecieron absolutamente. La policía no recibió ninguna denuncia, de modo que Beddoes juzgó como un hecho lo que era tan sólo una amenaza. A Hudson se le había visto acechar furtivamente en las cercanías, y la policía llegó a creer que había liquidado a Beddoes y a continuación había huido. Por mi parte, creo que la verdad fue exactamente lo opuesto. Considero como lo más probable que Beddoes, movido por la desesperación y creyéndose ya traicionado, se vengó de Hudson y huyó del país con todo el dinero al que pudo echar mano. Tales son los hechos del caso, doctor, y si resultan de alguna utilidad para su colección, le aseguro que los pongo gustosamente a su disposición.

EL RITUAL DE LOS MUSGRAVE

«¿Qué rescoldos de venganza se convirtieron de pronto en llamaradas en el alma de aquella apasionada mujer?»

Una anomalía que a menudo me llamaba la atención en el carácter de mi amigo Sherlock Holmes era la de que, a pesar de que en sus métodos de pensamiento era el más ordenado y metódico de todos los hombres, y aunque también mostraba un cierto esmero discreto en su manera de vestir, en sus hábitos personales era, en cambio, uno de los hombres más desordenados que jamás hayan llevado a la desesperación a un compañero de pensión. No es que yo sea ni mucho menos convencional en este aspecto, pues la vida desordenada en Afganistán, unida a una disposición de por sí bastante bohemia, me han convertido en hombre más descuidado de lo que corresponde a un médico. Pero en mi caso existe un límite y, cuando encuentro a un hombre que guarda sus cigarros en el cubo para el carbón, su tabaco en la punta de una zapatilla persa y su correspondencia sin contestar atravesada por una navaja de bolsillo en el centro de la repisa de madera de su chimenea, entonces empiezo a darme aires virtuosos.

Siempre he sostenido también que la práctica del tiro de pistola debería ser, indiscutiblemente, un pasatiempo propio del aire libre, y cuando Holmes, en uno de sus arrebatos de extravagante humor se sentaba en una butaca, con su revólver y un centenar de cartuchos Boxer, y procedía a adornar la pared opuesta con unas patrióticas iniciales V.R. trazadas a balazos, yo creía firmemente que ni la atmósfera ni la apariencia de nuestra habitación mejoraban con ello.

Nuestros aposentos siempre estaban llenos de productos químicos y de reliquias del mundo criminal, que tenían la particularidad de desplazarse hasta lugares improbables y aparecer en la mantequera o en sitios todavía más indeseables. Pero mi peor cruz eran sus papeles. Le causaba horror destruir documentos, en especial aquellos que guardaban relación con anteriores casos suyos, y sin embargo sólo una o dos veces al año reunía energías para rotularlos y ordenarlos, pues, tal como he mencionado en algún lugar de estas incoherentes memorias, sus arranques de apasionada energía, cuando llevaba a cabo las notables hazañas con las que va asociado su nombre, eran seguidos por reacciones letárgicas durante las cuales permanecía tumbado con su violín y sus libros, casi sin moverse, salvo para pasar del sofá a la mesa. Así, mes tras mes se acumulaban sus papeles, hasta que en todos los rincones de la habitación se apilaban fajos de textos manuscritos que por nada del mundo habían de quemarse y que no podían ser cambiados de lugar por nadie que no fuera su propietario.

Una noche de invierno, sentados los dos frente al fuego, me aventuré a sugerirle que, en vista de que ya había acabado de pegar recortes en su libro de noticias, bien podía emplear las dos horas siguientes en hacer un poco más habitable nuestra habitación. No pudo negar la justicia de mi petición y, con cara un tanto severa, se fue a su dormitorio y volvió de él arrastrando tras de sí una gran caja metálica. La colocó en medio del suelo y, poniéndose en cuclillas ante ella, abrió la tapa. Pude observar que una tercera parte de ella ya estaba llena de fajos de papel sujetos con cinta roja para formar diferentes paquetes.

—Aquí hay casos de sobra, Watson —anunció, mirándome con ojos maliciosos —. Creo que si supiera usted todo lo que tengo en esta caja, me pediría que sacara parte de su contenido en vez de meter más papeles en ella.

—¿Están en ella, pues, los documentos referentes a sus primeros trabajos? —pregunté—. A menudo he deseado disponer de sus notas sobre estos casos.

—Sí, amigo mío, todos ellos fueron prematuros, anteriores a la llegada de mi biógrafo para glorificarme.

—Levantaba un fajo tras otro, con manos cuidadosas, casi acariciantes.

—No todo son éxitos, Watson —añadió—, pero entre ellos hay algunos problemitas de lo más atractivo. He aquí los datos del asesinato de Tarleton, y el caso de Vamberry, el comerciante de vinos, y la aventura de la anciana rusa y el singular asunto de la muleta de aluminio, así como un relato completo acerca de Ricoletti, el del pie de piña, y su abominable esposa. Y aquí... ah, esto sí que es en realidad algo un poco recherché.

Hundió el brazo hasta el fondo de la caja y extrajo una cajita de madera con tapa deslizante, como las que contienen ciertos juguetes infantiles. Sacó de su interior un trozo de papel arrugado, una llave de bronce de modelo antiguo y tres discos metálicos viejos y oxidados.

—Y bien, muchacho, ¿qué deduce usted de este lote? —preguntó, sonriendo al ver mi expresión.

—Es una colección curiosa.

—Muy curiosa, y la historia que la acompaña le parecerá todavía más curiosa.

—¿O sea, que estas reliquias tienen una historia?

—Tanto, que ellas mismas son historia.

—¿Qué quiere decir con esto?

Sherlock Holmes las cogió una por una y las depositó a lo largo del borde de la mesa. Después, volvió a sentarse en su sillón y las contempló con un destello de satisfacción en sus ojos.

—Esto —me dijo— es todo lo que me queda para recordarme «La aventura del Ritual de los Musgrave».

Yo le había oído mencionar el caso más de una vez, aunque nunca había podido ver reunidos sus detalles.

—Me agradaría mucho que me ofreciera un relato del mismo —le aseguré.

—¡Dejando toda la basura tal como está! —exclamó con malicia—. Veo que, después de todo, su amor al orden no soporta tensiones excesivas, Watson. Pero yo me alegraría de que agregara este caso a sus anales, pues en él hay detalles que le confieren un carácter único en los archivos criminales de este país o, según creo, de cualquier otro. Ciertamente, una recolección de mis ínfimos logros estaría incompleta si no contuviera un relato de este asunto tan singular.

Tal vez recuerde cómo el caso de la corbeta Gloria Scott, y mi conversación con aquel hombre desdichado de cuyo destino ya le hablé, llamaron por primera vez mi atención hacia la profesión que se ha convertido en el trabajo de mi vida. Usted me ve ahora, cuando mi nombre es bien conocido por doquier y reconocido en general, tanto por el público como por las fuerzas oficiales, como un último tribunal de apelación en casos dudosos. Incluso cuando usted me conoció, en tiempos de aquel asunto que ha conmemorado en Estudio en escarlata, yo ya había establecido una relación considerable, aunque no muy lucrativa. No puede imaginar cuán difícil me resultó todo al principio y cuanto tiempo tuve que esperar antes de comenzar a abrirme camino.

Cuando llegué a Londres, tenía unas habitaciones en Montague Street, junto a la esquina del British Museum, y allí esperé, rellenando mi abundante tiempo de ocio con el estudio de todas aquellas ramas de la ciencia que pudieran conferirme mayor eficiencia. De vez en cuando se me presentaban casos, sobre todo por la mediación de colegas estudiantes, pues mis últimos años en la universidad hubo allí abundantes comentarios sobre mi persona y sobre mis métodos. El tercero de estos casos fue el del Ritual de los Musgrave, y en el interés que suscitó tan singular cadena de acontecimientos, así como en las importantes cuestiones que, según resultó, estaban en juego, sitúo yo mi primer paso adelante hacia la posición que ahora ocupo.

Reginald Musgrave había pasado por mi colegio y nos conocíamos superficialmente. No era popular en general entre los alumnos, aunque a mí siempre me pareció que aquello que se consideraba como orgullo era en realidad un intento de ocultar una extrema timidez natural. En apariencia, era hombre de un tipo que no podía ser más aristocrático: alto, con nariz recta y ojos grandes, de ademanes lánguidos y sin embargo corteses. Era, efectivamente, el vástago de una de las familias más antiguas del reino, aunque la suya era una rama menor que se había separado de los Musgrave del norte en algún momento del siglo XVI y se había establecido en la parte oeste de Sussex, donde la mansión solariega de Hurlstone sea tal vez el edificio habitado más antiguo del condado. Algo de su lugar natal parecía haberse adherido a él, y nunca miré su semblante pálido y anguloso ni la postura de su cabeza sin asociarle arcadas grises y ventanas con parteluz, y todos los vestigios venerables de una sede feudal. Algunas veces conversamos y puedo recordar que, en más de una ocasión, expresó un manifiesto interés por mis métodos de observación y deducción.

Durante cuatro años dejé de verlo, hasta que una mañana se presentó en mi habitación de Montague Street. Poco había cambiado; vestía como un joven a la moda —siempre había tenido un toque de dandy— y conservaba aquella misma actitud tranquila y suave que siempre le había distinguido.

—¿Cómo te van las cosas, Musgrave? —le pregunté, después de habernos estrechado cordialmente la mano.

—Te habrás enterado probablemente de la muerte de mi pobre padre —repuso—. Nos dejó hace cosa de un par de años. Desde entonces he tenido que administrar las fincas de Hurlstone, como es natural y, puesto que también soy miembro del Parlamento por mi distrito, he llevado una vida muy atareada. Pero tengo entendido, Holmes, que estás canalizando con fines prácticos aquellas facultades con las que solías sorprendernos.

—Sí —contesté—, he optado por vivir de mi ingenio.

—Me agrada oírlo, porque en este momento tu consejo me resultará extraordinariamente valioso. Han ocurrido algunas cosas muy extrañas en

Hurlstone, y la policía no ha sido capaz de arrojar ninguna luz sobre el asunto. Se trata, en realidad, de un asunto de lo más extraordinario e inexplicable.

—Puede imaginar con qué interés lo escuchaba, Watson, pues parecía como si aquella oportunidad que yo había estado anhelando durante aquellos meses se presentara por fin. En mi fuero interno, creía que saldría airoso allí donde otros habían fracasado, y ahora tenía la posibilidad de ponerme a prueba.

—Por favor, dame todos los detalles —exclamé.

Reginald Musgrave se sentó frente a mí y encendió el cigarrillo que yo le había ofrecido.

—Debes saber —comenzó— que, aunque yo esté soltero, tengo que mantener una considerable plantilla de sirvientes en Hurlstone, pues es una mansión antigua, muy grande e intrincada, y requiere mucha atención. También tengo un vedado y en la temporada del faisán suelo dar fiestas en casa, por lo que no podría ir escaso de personal. En conjunto, hay ocho criadas, una cocinera, el mayordomo, dos lacayos y un muchacho. Jardín y establos, desde luego, cuentan con una plantilla aparte.

De todos estos sirvientes, el que llevaba más tiempo a nuestro servicio era Brunton, el mayordomo. Cuando lo contrató mi padre, era un joven maestro de escuela sin destino, pero demostró ser un hombre de gran energía y mucho carácter, y pronto se hizo indispensable en la casa. Era un individuo alto y bien plantado, con una frente despejada y, aunque lleva veinte años con nosotros, no puede tener ahora más de cuarenta. Con sus ventajas personales y sus dotes extraordinarias, ya que habla varios idiomas y toca prácticamente todos los instrumentos musicales, es extraordinario que se haya resignado tanto tiempo a ocupar este puesto, pero supongo que se sentía a sus anchas con él y le faltaban energías para efectuar un cambio. El mayordomo de Hurlstone es siempre algo que recuerdan todos aquellos que nos visitan.

Pero este dechado de perfección tiene un defecto: es un poquitín don Juan, y ya puedes imaginar que, para un hombre como él, no es un papel muy difícil de representar en un tranquilo distrito rural.

Mientras estuvo casado, todo fue muy bien, pero, desde que enviudó, nos ha dado muchos quebraderos de cabeza. Hace unos meses, tuvimos la esperanza de que se dispusiera a sentar de nuevo la cabeza, pues se prometió con Rachel Howells, nuestra segunda camarera, pero ya la ha dejado y se dedica a Janet Tregellis, la hija del guardabosque mayor. Rachel, que es muy buena chica, pero tiene un excitable temperamento galés, sufrió un arrebato de fiebre cerebral, y ahora circula por la casa, o al menos así lo hacía hasta ayer, como un alma en pena y una sombra de lo que había sido. Tal fue nuestro primer drama en Hurlstone, pero un segundo drama nos lo borró de la cabeza, precedido por la caída en desgracia y el despido del mayordomo Brunton. Así ocurrieron las cosas.

Ya he dicho que era un hombre inteligente, y precisamente esta inteligencia ha causado su ruina, ya que al parecer le produjo una curiosidad insaciable respecto a cosas que ni mucho menos le concernían. Yo no barrunté lo muy lejos a lo que esto le llevaría, hasta que un ínfimo incidente me abrió los ojos.

También he dicho que el caserón es grande e intrincado. Una noche de la semana pasada, el jueves por la noche, para ser más exacto, constaté que no me era posible dormir, ya que después de la cena había cometido la imprudencia de tomar una taza de fuerte café noir. Después de luchar con el insomnio hasta las dos de la madrugada, comprendí que todo era inútil, por lo que me levanté y encendí la vela con la intención de continuar una novela que estaba leyendo. Sin embargo, había dejado el libro en la sala de billar, en vista de lo cual me eché la bata encima y me dispuse a ir a buscarlo.

Para llegar hasta allí, tenía que bajar un tramo de escalera y después cruzar el comienzo de un pasadizo que conduce a la biblioteca y a la armería. Puedes imaginar mi sorpresa cuando, al mirar a lo largo de este pasillo, vi un destello de luz procedente de la puerta abierta de la biblioteca. Yo mismo había apagado la lámpara y cerrado la puerta antes de ir a acostarme. Naturalmente, lo primero que pensé fue en ladrones. En Hurlstone, los pasillos tienen sus paredes decoradas en gran parte con trofeos a base de armas antiguas. De uno de ellos descolgué un hacha de combate y, dejando la vela detrás mío, avancé de puntillas por el pasadizo y atisbé a través de la puerta abierta.

Quien se encontraba en la biblioteca era Brunton, el mayordomo. Estaba sentado en un sillón, con una hoja de papel que parecía un mapa sobre su rodilla, y la frente apoyada en su mano, como sumido en profundos pensamientos. Estupefacto, me quedé mirándolo desde la oscuridad. Una velita larga y delgada, colocada junto al borde de la mesa, proyectaba una débil luz que bastó para indicarme que estaba totalmente vestido. De pronto, mientras yo miraba, abandonó el sillón, se encaminó hacia un escritorio situado a un lado y abrió uno de los cajones. De éste sacó un papel y, volviendo a su asiento, lo alisó junto a la velita y contra el borde de la mesa. Seguidamente empezó a estudiarlo con profunda atención. Me invadió tal indignación por su desparpajo y la forma tan hogareña de examinar nuestros documentos familiares, que di un paso adelante y Brunton, alzando la vista, me descubrió enmarcado en el umbral. Se levantó de un salto, el miedo dio un tono lívido a su semblante y ocultó en su pecho el papel parecido a un mapa que antes había estado estudiando.

—¡Muy bien! —exclamé—. ¿Así nos paga la confianza que hemos puesto en usted? Mañana mismo abandonará mi servicio.

Se inclinó con el aspecto del hombre que se siente completamente aplastado y pasó junto a mí sin pronunciar palabra. La vela seguía sobre la mesa y a su luz eché un vistazo para saber qué era el papel que Brunton había sacado del escritorio. Con sorpresa, constaté que no era nada que tuviera importancia, sino tan sólo una copia de las preguntas y respuestas en el singular y antiguo ceremonial conocido como Ritual de los Musgrave. Es una especie de ceremonia peculiar de nuestra familia, por la que cada Musgrave, a lo largo de los siglos, ha pasado al llegar a su mayoría de edad, una cosa de interés privado y acaso de una cierta pequeña importancia para el arqueólogo, como nuestros escudos y blasones, pero sin el menor uso práctico.

—Mejor será que después volvamos a hablar de este papel —dije yo.

—Si lo consideras realmente necesario... —contestó Musgrave, no sin cierto titubeo—. Siguiendo con mi relato, te diré que volví a cerrar el escritorio, utilizando la llave que Brunton había dejado, y ya me había vuelto para marcharme, cuando quedé sorprendido al descubrir que el mayordomo había regresado y se encontraba de pie ante mí.

—Señor Musgrave, mi señor —exclamó con una voz ronca por la emoción—, no puedo soportar este deshonor. Siempre me he enorgullecido de mi situación en la vida y caer en desgracia me mataría. Mi sangre caerá sobre su cabeza, señor, se lo juro, si me induce al desespero. Si no puede usted conservarme a su lado después de lo que ha pasado, por el amor de Dios déjeme que me despida yo y me marche dentro de un mes, como si fuera por mi propia voluntad. Esto podría soportarlo, señor Musgrave, pero no que se me eche delante de toda la gente que tan bien me conoce.

—No merece tantas consideraciones, Brunton —repliqué yo—. Su conducta no ha podido ser más infame. No obstante, puesto que lleva largo tiempo con la familia, no deseo que caiga sobre usted la vergüenza pública. Sin embargo, un mes es demasiado largo. Márchese dentro de una semana y dé la razón que quiera para justificar su partida.

—¿Solo una semana, señor? —exclamó con la desesperación en la voz—. Quince días... digamos al menos quince días.

—Una semana —repetí—, y debe admitir que se le ha tratado con gran benevolencia.

Se retiró arrastrando los pies y con el rostro hundido en su pecho, como un hombre hecho añicos, y yo apagué la luz y volví a mi habitación.

Durante un par de días después de lo ocurrido, Brunton se mostró más asiduo que nunca en el cumplimiento de sus obligaciones. Yo no hice la menor alusión a lo que había pasado y, no sin cierta curiosidad, quise ver cómo ocultaba su desgracia. Sin embargo, la tercera mañana no se dejó ver, como era su costumbre, después del desayuno a fin de recibir mis instrucciones para la jornada. Al salir del comedor, me encontré casualmente con Rachel Howells, la camarera. Ya te he contado que hacía muy poco que se había restablecido de una enfermedad y su rostro estaba tan pálido y macilento que la reprendí por haberse reintegrado al trabajo.

—Deberías estar en cama —le dije—. Vuelve a tus obligaciones cuando te sientas más fuerte.

Me miró con una expresión tan extraña que empecé a sospechar que su cerebro pudiera estar afectado.

—Estoy fuerte, señor Musgrave —me contestó.

—Veremos lo que dice el médico —dije—. De momento, deja de trabajar y, cuando bajes, dile a Brunton que quiero verle.

—El mayordomo se ha marchado —anunció.

—¿Que se ha marchado? ¿Adónde?

—Se ha marchado y nadie lo ha visto. No está en su habitación. ¡Sí, se ha marchado, ya lo creo que se ha marchado!

Se dejó caer de espaldas contra la pared, lanzando agudas carcajadas, mientras yo, horrorizado ante ese repentino ataque de histeria, me precipitaba hacia la campanilla para pedir auxilio. La joven fue conducida a su habitación, entre gritos y sollozos, mientras yo indagaba qué se había hecho de Brunton. No cabía duda de que había desaparecido. No había dormido en su cama, nadie lo había visto desde que la noche anterior se retiró a su habitación y, sin embargo, resultaba difícil averiguar cómo había podido salir de la casa, ya que por la mañana tanto ventanas como puertas se encontraron debidamente cerradas. Sus ropas, su reloj e incluso su dinero se encontraban en su habitación, pero faltaba el traje negro que usualmente llevaba. También habían desaparecido sus zapatillas, pero había dejado sus botas. ¿Adónde pudo haber ido, pues, el mayordomo en plena noche, y dónde podía estar ahora?

Desde luego, registramos la casa desde el sótano hasta las buhardillas, pero no se halló traza de él. Es, como ya he dicho, un viejo caserón laberíntico, en especial el ala original, hoy prácticamente deshabitada, pero recorrimos todas las habitaciones y el sótano sin descubrir el menor vestigio del desaparecido. A mí me resultaba increíble que hubiese podido marcharse, abandonando todas sus pertenencias y, sin embargo, ¿dónde podía estar? Llamé a la policía local sin el menor resultado. Había llovido la noche anterior y examinamos el césped y los caminos alrededor de la casa, pero en vano. Y así estaban las cosas, cuando un nuevo suceso desvió nuestra atención respecto al misterio anterior.

Durante dos días, Rachel Howells había estado tan enferma, delirando en ciertos momentos e histérica en otros, que se había buscado una enfermera para que la velara por la noche. La tercera noche después de la desaparición de Brunton, la enfermera, al ver que su paciente dormía pacíficamente, se adormeció a su vez en una butaca, y cuando despertó a primera hora de la mañana encontró la cama vacía, la ventana abierta y ninguna traza de la enferma.

Me despertaron en el acto y, acompañado por dos lacayos, inicié al momento la búsqueda de la muchacha desaparecida. No fue difícil determinar la dirección que habla tomado, puesto que, comenzando por debajo de su ventana, pudimos seguir fácilmente las huellas de sus pisadas a través del césped hasta el borde del estanque, donde desaparecían, junto al camino de tierra que sale de la finca. El lago tiene allí ocho pies de profundidad; puedes imaginar lo que pensamos al ver que la pista de aquella pobre desequilibrada terminaba al borde del mismo.

Desde luego, en seguida buscamos medios de rastreo y se iniciaron los trabajos para recuperar sus restos, pero no pudimos encontrar trazas del cadáver. En cambio, sacamos a la superficie un objeto de lo más inesperado. Era una bolsa de lona que contenía un bloque de viejo metal oxidado y descolorido, así como unos cuantos guijarros y trozos de vidrio deslustrado.

Este extraño hallazgo fue todo lo que pudimos sacar del estanque y, aunque ayer efectuamos todas las búsquedas e indagaciones posibles, nada sabemos de lo que haya podido ocurrirles a Rachel Howells o a Richard Brunton. La policía del condado se muestra impotente y yo acudo a ti como último recurso.

Puede usted imaginar, Watson, con qué afán escuché esta extraordinaria secuencia de hechos, y me esforcé en ensamblarlos y en buscar un hilo común del que pudieran colgar todos.

El mayordomo había desaparecido. La camarera había desaparecido. La camarera había amado al mayordomo, pero después había tenido motivos para odiarlo. Era una joven de sangre galesa, violenta y apasionada. Se había mostrado terriblemente excitada inmediatamente después de la desaparición de él. Había arrojado al lago una bolsa de curioso contenido. Todos éstos eran factores que habían de ser tenidos en cuenta y, sin embargo, ninguno de ellos se situaba de lleno en el meollo del asunto. ¿Cuál era el punto de partida en esa cadena de eventos? En él radicaría el extremo final de tan embrollado ovillo.

—Debo ver aquel papel, Musgrave —dije—. Aquél que tu mayordomo juzgó que tanto merecía ser examinado, aun a riesgo de perder su colocación.

—Ese Ritual nuestro es más bien una cosa absurda —me contestó—, pero al menos lo excusa en parte el valor de la antigüedad. Tengo aquí una copia de las preguntas y respuestas, si es que te interesa echarles un vistazo.

Me entregó este mismo papel que tengo aquí, Watson, y tal es el extraño catecismo al que cada Musgrave había de someterse al hacerse cargo de la propiedad. Voy a leerle las preguntas y respuestas tal como aparecen aquí:

—¿De quién era?

—Del que se ha marchado.

—¿Quién la tendrá?

—El que vendrá.

—¿Dónde estaba el sol?

—Sobre el roble.

—¿Dónde estaba la sombra?

—Bajo el olmo.

—¿Con qué pasos se media?

—Al norte por diez y por diez, al este por cinco y por cinco, al sur por dos y por dos, al oeste por uno y por uno, y por debajo.

—¿Qué daremos por ella?

—Todo lo que poseemos.

—¿Por qué deberíamos darlo?

—Para responder a la confianza.

—El original no lleva fecha, pero corresponde a mediados del siglo diecisiete —observó Musgrave—. Temo, sin embargo, que en poco puede ayudarte esto a resolver el misterio.

—Al menos nos ofrece otro misterio —repuse—, y un misterio que es incluso más interesante que el primero. Puede ser que la solución de uno resulte ser la solución del otro. Me excusarás, Musgrave, si digo que tu mayordomo me hace todo el efecto de haber sido un hombre muy inteligente y de haber tenido una percepción más aguda que diez generaciones de sus amos.

—No sigo tu razonamiento, Holmes —dijo Musgrave—. A mí, el papel me parece carente de toda importancia práctica.

—Pues a mí me parece inmensamente práctico, y creo que Brunton era de la misma opinión. Es probable que lo hubiera visto antes de aquella noche en que tú le sorprendiste.

—Es muy posible. Nunca hicimos nada para ocultarlo.

—Yo imagino que él deseaba simplemente refrescar su memoria por si fuera aquella su última ocasión. Según tengo entendido, utilizaba una especie de mapa o carta que estaba comparando con el manuscrito y que se metió en el bolsillo al aparecer tú, ¿no es así?

—Así es. Pero ¿qué podía tener esto que ver con esa antigua costumbre familiar nuestra, y qué significa toda esa jerigonza?

—No creo que vayamos a tener gran dificultad para determinar esto —respondí—. Con tu permiso, tomaremos el primer tren para Sussex y profundizaremos un poco más en el asunto en el lugar que le corresponde.

Aquella misma tarde nos plantamos los dos en Hurlstone. Posiblemente, usted habrá visto fotografías y leído descripciones de este famoso y antiguo edificio, de manera que limitaré mi descripción del mismo a decir que fue construido en forma de L, cuyo brazo largo es la parte más moderna y el más corto corresponde al viejo núcleo a partir del cual se amplió la otra. Sobre la puerta, baja y de recios paneles, en el centro de esta zona antigua, se cinceló la fecha 1607, pero los expertos coinciden en afirmar que las vigas y la obra de piedra son en realidad mucho más antiguas.

El enorme grosor de los muros y las ventanas diminutas de esta parte movieron a la familia, en el siglo pasado, a edificar la nueva ala, y la vieja se utilizaba ahora como almacén y bodega, ello cuando se la utilizaba. Un parque espléndido, con árboles antiguos y magníficos, y el lago al que mi cliente se había referido, se encontraban muy cerca de las avenidas, a unas doscientas yardas del edificio.

Yo ya estaba firmemente convencido, Watson, de que no había allí tres misterios separados, sino uno solo, y que si conseguía descifrar el Ritual de los Musgrave, tendría en mi mano la clave que me permitiría averiguar la verdad, tanto a lo que se refería al mayordomo Brunton como a la camarera Howells. A ello, por tanto, dediqué todas mis energías. ¿Por qué este criado había de sentir tanto afán por desentrañar aquella vieja fórmula? Evidentemente, porque vio algo en ella que había escapado a todas aquellas generaciones de hidalgos rurales, y de ese algo esperaba obtener alguna ventaja personal. ¿Qué era, pues, y como había afectado a su sino?

Fue perfectamente obvio para mí, al leer el Ritual de los Musgrave, que las medidas habían de referirse sin duda a algún punto al que aludía el resto del documento, y que si podíamos encontrar ese punto estaríamos en buen camino para saber cuál era aquel secreto que los antiguos Musgrave habían juzgado necesario enmascarar de un modo tan curioso y peculiar. Para comenzar se nos daban dos guías: un roble y un olmo. En cuanto al roble, no podía haber la menor duda. Directamente ante la casa, a la izquierda del camino que llevaba a la misma, se alzaba un patriarca entre los robles, uno de los árboles más magníficos que yo haya visto jamás.

—¿Ya estaba aquí cuando se redactó vuestro Ritual? —pregunté al pasar delante de él.

—Según todas las probabilidades, ya lo estaba cuando se produjo la conquista normanda —me respondió—. Tiene una circunferencia de veintitrés pies.

Así quedaba asegurado uno de mis puntos de partida.

—¿Tenéis algún olmo viejo? —inquirí.

—Antes había uno muy viejo, pero hace diez años cayó sobre él un rayo y sólo quedó el tocón.

—¿Puedes enseñarme dónde estaba?

—Ya lo creo.

—¿Y no hay más olmos?

—Viejos no, pero abundan las hayas.

—Me gustaría ver dónde crecía.

Habíamos llegado en un dog-cart, y mi cliente me condujo en seguida, sin entrar en la casa, a una cicatriz en la hierba que marcaba donde se había alzado el olmo. Estaba casi a mitad de camino entre el roble y la casa. Mi investigación parecía progresar.

—¿Supongo que es imposible averiguar qué altura tenía el olmo? —quise saber.

—Puedo decírtelo en seguida. Medía sesenta y cuatro pies.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sorprendido.

—Cuando mi viejo profesor me planteaba un problema de trigonometría, siempre consistía en una medición de alturas. Cuando era un mozalbete calculé las de todos los árboles y edificios de la propiedad.

Había sido un inesperado golpe de suerte y mis datos acudían a mí con mayor rapidez de la que yo hubiera podido esperar razonablemente.

—Dime —inquirí—, ¿acaso tu mayordomo te hizo alguna vez esta misma pregunta?

Reginald Musgrave me miró estupefacto.

—Ahora que me lo recuerdas —contestó—, Brunton me preguntó la altura del árbol hace unos meses, debido a una cierta discusión que había tenido con el caballerizo.

Ésta era una excelente noticia, Watson, pues indicaba que me encontraba en el buen camino. Miré el sol. Estaba bajo en el cielo, y calculé que en menos de una hora se situaría exactamente sobre las ramas más altas del viejo roble, y se cumpliría entonces una condición mencionada en el Ritual. Y la sombra del olmo había de referirse al extremo distante de la sombra, pues de lo contrario se habría elegido como guía el tronco. Por consiguiente, había de averiguar dónde se encontraba el extremo distante de la sombra cuando el sol estuviera exactamente fuera del árbol.

—Esto debió de ser difícil, Holmes, dado que el olmo ya no estaba allí.

—Pero al menos sabía que, si Brunton pudo hacerlo, yo también podría. Además, de hecho no había dificultad. Fui con Musgrave a su estudio y me confeccioné esta clavija, a la que até este largo cordel, con un nudo en cada yarda. Cogí después dos tramos de caña de pescar, que representaban exactamente seis pies, y volví con mi cliente allí donde había estado el olmo. El sol rozaba ya la copa del roble. Aseguré la caña de pescar en el suelo, marqué la dirección de la sombra y la medí. Su longitud era de nueve pies.

Desde luego, el cálculo era ahora de lo más sencillo. Si una caña de seis pies proyectaba una sombra de nueve, un árbol de sesenta y cuatro pies proyectaría una de noventa y seis, y ambas tendrían la misma dirección. Medí la distancia, lo que me llevó casi hasta la pared de la casa, y fijé una clavija en aquel punto.

Puede imaginar mi satisfacción, Watson, cuando a un par de pulgadas de mi clavija observé una depresión cónica en el suelo. Supe que ésta era la marca hecha por Brunton en sus mediciones, y que yo me encontraba todavía sobre su pista.

Desde este punto de partida procedí a dar mis pasos, después de haber verificado primero los puntos cardinales con mi brújula de bolsillo. Diez pasos con cada pie me situaron paralelamente a la pared de la casa, y de nuevo marqué la posición con una clavija. Di después, cuidadosamente, cinco pasos al este y dos al sur, lo que me llevó hasta el mismísimo umbral de la vieja puerta. Dos pasos en dirección oeste significaban ahora dos pasos por el pasadizo enlosado, y éste era el lugar indicado por el Ritual.

Jamás he sentido una sensación tan helada de desilusión, Watson. Por unos momentos me pareció que debía de haber algún error radical en mis cálculos. El sol poniente daba de lleno en el suelo del pasillo y pude observar que las viejas losas que lo pavimentaban, desgastadas por las pisadas, estaban firmemente unidas entre sí y que, desde luego, no se habían movido durante años. Brunton no había trabajado allí. Golpeé el suelo, pero el sonido era igual en todas partes y no había señal de grietas o rendijas. Pero por suerte Musgrave, que había empezado a valorar el significado de mis procedimientos, y que ahora se mostraba tan excitado como yo mismo, sacó su manuscrito para verificar mis cálculos.

—¡Y por debajo! —gritó—. ¡Has omitido el «y por debajo»!

Yo había pensado que esto significaba que tendríamos que excavar, pero ahora vi en seguida que, evidentemente, estaba equivocado.

—¿O sea que debajo de aquí hay un sótano? —grité.

—Sí, y tan viejo como la casa. Aquí debajo, atravesando la puerta.

Bajamos por una escalera de caracol tallada en la piedra, y mi compañero encendió una cerilla y con ella una gran linterna que había sobre un barril, en el rincón. Al instante fue obvio que por fin habíamos dado con el verdadero lugar, y que no éramos los únicos en visitar aquel sitio.

Había sido utilizado como almacén de leña, pero los zoquetes de madera, que evidentemente habían estado esparcidos en el suelo, estaban ahora apilados a los lados, a fin de dejar expedito el espacio central. Había en este espacio una losa grande y pesada, con una oxidada anilla de hierro en medio, a la que había sido atada una gruesa bufanda a cuadros, como las usadas por los pastores.

—¡Por Júpiter! —gritó mi cliente—. ¡Ésta es la bufanda de Brunton! Se la he visto puesta y podría jurarlo. ¿Qué ha estado haciendo aquí este villano?

Sugerí que se llamara a un par de policías del condado para que estuvieran presentes, y a continuación intenté alzar la piedra tirando de la bufanda. Lo único que logré fue moverla ligeramente y sólo con la ayuda de uno de los agentes conseguí por fin correrla a un lado. Un negro agujero bostezaba bajo ella, y atisbamos su interior mientras Musgrave, arrodillado al lado, hacía bajar la linterna.

Ante nosotros se abría una pequeña cámara de siete pies de profundidad y cuatro de anchura. A un lado había un arca de madera, más bien baja y con refuerzos de metal, cuya tapa estaba alzada y de cuya cerradura sobresalía esta llave tan curiosa y antigua.

Dentro estaba cubierto por una espesa capa de polvo, y la humedad y la carcoma habían raído la madera hasta el punto de que en su interior crecían colonias de hongos de color lívido. Varios discos de metal, aparentemente monedas antiguas, como la que tengo aquí, estaban esparcidas en el fondo del arca, pero ésta no contenía nada más.

En aquellos momentos, sin embargo, no prestamos atención al viejo arcón, pues nuestros ojos estaban clavados en algo que se agazapaba junto a él. Era la figura de un hombre, vestido de negro, en cuclillas, con la frente apoyada en el borde del arca y con los brazos abiertos para abarcar todo el ancho de ella. Esta postura había agolpado toda la sangre estancándola en su cara, y nadie hubiera reconocido aquella fisonomía deformada y color de hígado, pero su altura, su traje y sus cabellos bastaron para demostrar a mi cliente, una vez hubimos subido el cadáver, que se trataba indudablemente de su mayordomo desaparecido. Llevaba muerto varios días, pero en su persona no se apreciaban heridas ni magulladuras que explicaran cómo había encontrado tan espantoso final. Una vez retirado su cuerpo del sótano, nos encontrábamos todavía con un problema que era casi tan formidable como aquél con el que habíamos comenzado.

Confieso que hasta el momento, Watson, me sentía decepcionado en mi investigación. Yo había contado con solucionar el asunto apenas encontrara el lugar al que hacía referencia el Ritual, pero ahora me encontraba allí y, al parecer, tan lejos como siempre de saber qué era aquello que la familia había ocultado con tan elaboradas precauciones. Cierto que había hecho luz respecto al sino de Brunton, pero ahora tenía que averiguar cómo se había abatido aquel sino sobre él, y qué papel desempeñó en la cuestión la mujer que había desaparecido. Me senté en un barrilete que había en un rincón y medité cuidadosamente todo lo sucedido.

Usted ya conoce mis métodos en tales casos, Watson; me pongo en el lugar del sujeto y, después de calibrar ante todo su inteligencia, trato de imaginar cómo habría procedido yo en las mismas circunstancias. En este caso, la cuestión se simplifica por el hecho de poseer Brunton una inteligencia de primera fila, de modo que era innecesario proceder a una bonificación para conseguir la ecuación personal, como dicen los astrónomos. Él sabía que se había ocultado algo valioso. Localizó el sitio. Descubrió que la piedra que lo cubría era demasiado pesada para que un hombre pudiera moverla sin ayuda. ¿Qué iba a hacer a continuación? No podía obtener ayuda del exterior, aun en el caso de contar con alguien en quien pudiera confiar, sin desatrancar puertas y correr un riesgo muy alto de ser descubierto. Era mejor, si existía la posibilidad, disponer de un ayudante dentro de la casa. Pero ¿a quién podía pedírselo? Aquella chica le había amado sinceramente. A un hombre siempre le resulta difícil admitir que finalmente haya perdido el amor de una mujer por muy mal que él la haya tratado. Mediante unas pocas atenciones intentaría hacer las paces con la joven Howells, y acto seguido la enrolaría como cómplice. Irían juntos una noche al sótano y sus fuerzas unidas bastarían para levantar la piedra. Hasta el momento, yo podía seguir sus acciones como si en realidad hubiera asistido a ellas.

Sin embargo, para dos personas, y una de ellas mujer, levantar la piedra representaba un duro esfuerzo. Un robusto policía de Sussex y yo no lo habíamos considerado ni mucho menos una tarea ligera.

¿Qué podían hacer que les sirviera de ayuda? Probablemente, lo que yo mismo hubiera hecho. Me levanté y examiné atentamente los diferentes trozos de madera esparcidos por el suelo. Casi en seguida, encontré lo que esperaba. Un trozo de unos tres pies de longitud tenía bien marcada una muesca en un extremo, en tanto que otros varios estaban esparcidos en los lados como si los hubiese comprimido algún peso considerable. Era evidente que, al levantar la piedra, habían introducido cuñas de madera en la grieta formada hasta que al final, cuando la abertura ya era lo bastante grande como para pasar por ella, la mantuviera expedita mediante un tronco colocado en sentido longitudinal y que muy bien pudo quedar marcado por una muesca en el extremo inferior, dado que todo el peso de la piedra había de presionarlo contra el borde de esa otra losa. Hasta el momento, yo seguía pisando terreno firme.

Y seguidamente, ¿cómo iba yo a proceder para reconstruir aquel drama de medianoche? Estaba bien claro que sólo una persona podía introducirse en aquel agujero, y que esta persona fue Brunton. La chica debió de esperar arriba. Brunton abrió entonces el arca, le entregó a ella el contenido, presumiblemente, puesto que nada se ha encontrado, y entonces... ¿qué ocurrió entonces?

¿Qué rescoldos de venganza se convirtieron de pronto en llamaradas en el alma de aquella apasionada mujer celta, cuando vio que el hombre que la había agraviado, acaso mucho más de lo que él pudiera sospechar, se encontraba en su poder? ¿Fue una casualidad que el madero resbalara y que la piedra encerrara a Brunton en lo que se había convertido en su sepulcro? ¿Era ella tan sólo culpable de haber guardado silencio respecto a la suerte corrida por él? ¿O bien un golpe repentino asestado por su mano había desviado el soporte y permitido que la losa se asentara de nuevo en su lugar? Fuera lo que fuese, a mí me parecía ver aquella figura femenina, agarrando todavía el tesoro recién hallado y subiendo precipitadamente por la escalera de caracol, mientras tal vez resonaban detrás de ella gritos sofocados y el golpeteo de unas manos frenéticas contra la losa de piedra que estaba privando de aire a su amante infiel.

Tal era el secreto de la palidez de ella, de sus nervios maltrechos y de sus arrebatos de risa histérica la mañana siguiente. Pero ¿qué había contenido el arca? ¿Y qué había hecho ella con ese contenido? Desde luego, debía tratarse del metal viejo y no de los guijarros que mi cliente había sacado del estanque. Ella lo había arrojado todo allí apenas tuvo una oportunidad, a fin de eliminar la última traza de su crimen.

Durante veinte minutos yo había permanecido sentado e inmóvil, meditando sobre estas cuestiones. Musgrave seguía de pie, muy pálido su semblante, balanceando su linterna y mirando el fondo de aquel agujero.

—Son monedas de Carlos I —dijo, mostrando las pocas que habían quedado en el arca—. Como puedes ver, acertamos al calcular la fecha del Ritual.

—Es posible que encontremos algo más de Carlos I —exclamé, ya que de pronto se me ocurrió el probable significado de las dos primeras preguntas del Ritual—. Déjame ver el contenido de la bolsa que pescaste en el estanque.

Subimos a su estudio y puso aquellos restos ante mí. Pude comprender que les adjudicara tan poca importancia cuando los miré a mi vez, ya que el metal estaba ennegrecido y las piedras carecían de todo lustre. Sin embargo, froté una de ellas con la manga y poco después brilló como una chispa en la oscura cavidad de mi mano. La pieza metálica tenía la forma de un aro doble, pero había sido doblada y retorcida hasta perder su forma original.

—Debes tener en cuenta —dije— que el partido realista tuvo cierto poder en Inglaterra incluso después de la muerte del rey, y que, cuando finalmente sus componentes huyeron, es probable que dejaran muchas de sus más preciadas pertenencias enterradas, con la intención de volver en busca de ellas en tiempos más pacíficos.

—Mi antepasado, sir Ralph Musgrave, fue un caballero muy destacado y mano derecha de Carlos II en las correrías del rey —explicó mi amigo.

—¿De veras? —respondí—. Pues entonces creo que de hecho esto debería facilitarnos el último eslabón que deseamos. Debo felicitarte por entrar en posesión, aunque de manera más bien trágica, de una reliquia que es de gran valor intrínseco, pero de una importancia todavía mayor como curiosidad histórica.

—¿Qué es, pues? —preguntó lleno de asombro.

—Nada menos que la antigua corona de los reyes de Inglaterra.

—¿La corona!

—Exactamente. Piensa en lo que dice el Ritual. ¿Cómo lo expresa? “De quién era?” “Del que se ha marchado.” Esto fue después de la ejecución de Carlos. Y a continuación: “¿Quién la tendrá?” “El que vendrá.” Esto se refería a Carlos II, cuyo advenimiento ya estaba previsto. No creo que pueda haber duda de que esta diadema maltrecha e informe rodeó en otros tiempos las reales frentes de los Estuardo.

—¿Y cómo fue a parar al estanque?

—Ah, ésta es una pregunta cuya respuesta exigirá algún tiempo —declaré. Y acto seguido, le esbocé toda la larga secuencia de supuestos y pruebas que yo había construido.

Anochecía ya y la luna brilló nítidamente en el firmamento antes de que yo concluyera mi narración.

—¿Y cómo se explica, pues, que Carlos no recuperase su corona cuando regresó? —preguntó Musgrave, metiendo de nuevo la reliquia en su bolsa de tela.

—Bien, aquí pones el dedo precisamente en el punto que según toda probabilidad nunca podremos aclarar. Lo más seguro es que el Musgrave que detentaba el secreto muriera en el intervalo y que, por un exceso de celo, dejara esta gula a su descendiente sin explicarle el significado. A partir de aquel día y hasta hoy, ha pasado de padre a hijo, hasta caer en manos de un hombre que supo desentrañar su secreto y perdió la vida en el intento.

Y ésta es la historia del Ritual de los Musgrave, Watson. Guardan la corona en Hurlstone, aunque tuvieron algunas dificultades legales y se vieron obligados a pagar una suma considerable antes de obtener permiso para conservarla. Estoy seguro de que si mencionara usted mi nombre, les daría una gran satisfacción enseñársela. En lo que respecta a la mujer, nada más se ha sabido de ella y lo más probable es que se marchase de Inglaterra y se trasladase, junto con el recuerdo de su crimen, a algún país de allende los mares.

LOS HACENDADOS DE REIGATE

«Jamás he visto una confesión de culpabilidad tan manifiesta en un rostro humano.»

Watson

Pasó algún tiempo antes de que la salud de mi amigo, el señor Sherlock Holmes, se repusiera de la tensión nerviosa ocasionada por su inmensa actividad durante la primavera de 1887. Tanto el asunto de la Netherland-Sumatra Company como las colosales jugadas del barón Maupertins son hechos todavía demasiado frescos en la mente del público y demasiado íntimamente ligados con la política y las finanzas, para ser temas adecuados en esta serie de esbozos. No obstante, por un camino indirecto conducen a un problema tan singular como complejo, que dio a mi amigo una oportunidad para demostrar el valor de un arma nueva entre las muchas con las que libraba su prolongada batalla contra el crimen.

Al consultar mis notas, veo que fue el 14 de abril cuando recibí un telegrama desde Lyon, en el que se me informaba de que Holmes estaba enfermo en el hotel Dulong. Veinticuatro horas más tarde, entraba en el cuarto del paciente y me sentía aliviado al constatar que nada especialmente alarmante había en sus síntomas. Sin embargo, su férrea constitución se había resentido bajo las tensiones de una investigación que había durado más de dos meses, un periodo durante el cual nunca había trabajado menos de quince horas diarias, y más de una vez, como él mismo me aseguro, había realizado su tarea a lo largo de cinco días sin interrupción. El resultado victorioso de sus desvelos no pudo salvarle de una reacción después de tan tremenda prueba, y, en unos momentos en que su nombre resonaba en toda Europa y en el suelo de su habitación se apilaban literalmente los telegramas de felicitación, lo encontré sumido en la más negra depresión. Ni siquiera el hecho de saber que había triunfado allí donde había fracasado la policía de tres países, y que había derrotado en todos los aspectos al estafador más consumado de Europa, bastaban para sacarle de su postración nerviosa.

Tres días más tarde nos encontrábamos de nuevo los dos en Baker Street, pero era evidente que a mi amigo había de sentarle muy bien un cambio de aires, y también a mí me resultaba más que atractivo pensar en una semana de primavera en el campo. Mi viejo amigo, el coronel Hayter, que en Afganistán se había sometido a mis cuidados profesionales, había adquirido una casa cerca de Reigate, en Surrey, y con frecuencia me había pedido que fuese a hacerle una visita. La última vez hizo la observación de que, si mi amigo deseaba venir conmigo, le daría una satisfacción ofrecerle también su hospitalidad. Se necesitó un poco de diplomacia, pero cuando Holmes se enteró de que se trataba del hogar de un soltero y supo que a él se le permitiría plena libertad, aceptó mis planes y, una semana después de regresar de Lyon, nos hallábamos bajo el techo del coronel. Hayter era un espléndido viejo soldado que había visto gran parte del mundo y, tal como yo ya me había figurado, pronto descubrió que él y Holmes tenían mucho en común.

La noche de nuestra llegada, nos instalamos en la armería del coronel después de cenar, Holmes echado en el sofá, mientras Hayter y yo examinábamos su pequeño arsenal de armas de fuego.

—A propósito —dijo el coronel—, creo que voy a llevarme arriba una de estas pistolas, por si acaso se produce una alarma.

—¿Una alarma? —repetí.

—Sí, últimamente tuvimos un susto en estas cercanías. El viejo Acton, que es uno de nuestros magnates rurales, sufrió en su casa un robo con allanamiento y fractura el lunes pasado. No hubo grandes daños, pero los autores continúan en libertad.

—¿Ninguna pista? —inquirió Holmes, fija la mirada en el coronel.

—Todavía ninguna. Pero el asunto es ínfimo, uno de los pequeños delitos de nuestro mundo rural, y forzosamente ha de parecer demasiado pequeño para que usted le preste atención, señor Holmes, después de ese gran escándalo internacional.

Holmes desechó con un gesto el cumplido, pero su sonrisa denotó que no le había desagradado.

—¿Hubo algún detalle interesante?

—Yo diría que no. Los ladrones saquearon la biblioteca y poca cosa les aportaron sus esfuerzos. Todo el lugar fue puesto patas arriba, con los cajones abiertos y los armarios revueltos y, como resultado, había desaparecido un volumen valioso del Homer de Pope, dos candelabros plateados, un pisapapeles de marfil, un pequeño barómetro de madera de roble y un ovillo de bramante.

—¡Qué surtido tan interesante! —exclamé.

—Es evidente que aquellos individuos echaron mano a lo que pudieron.

Holmes lanzó un gruñido desde el sofá.

—La policía del condado debería sacar algo en claro de todo esto —dijo—. Pero sí resulta evidente que...

—Está usted aquí para descansar, mi querido amigo. Por lo que más quiera, no se meta en un nuevo problema cuando tiene todo el sistema nervioso hecho trizas.

Holmes se encogió de hombros con una mueca de cómica resignación dirigida al coronel, y la conversación derivó hacia canales menos peligrosos.

Deseaba el destino, sin embargo, que toda mi cautela profesional resultara inútil, pues, a la mañana siguiente, el problema se nos impuso de tal modo que fue imposible ignorarlo, y nuestra estancia en la campiña adquirió un cariz que ninguno de nosotros hubiese podido prever. Estábamos desayunando cuando el mayordomo del coronel entró precipitadamente, perdida toda su habitual compostura.

—¿Se ha enterado de la noticia, señor? —jadeó—. ¡En la finca Cunningham, señor!

—¡Un robo! —gritó el coronel, con su taza de café a medio camino de la boca.

—¡No, señor! ¡Un asesinato!

El coronel lanzó un silbido.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. ¿A quién han matado, pues? ¿Al juez de paz o a su hijo?

—A ninguno de los dos, señor. A William, el cochero. Un balazo en el corazón, señor, y ya no pronunció palabra.

—¿Y quién disparó contra él, pues?

—El ladrón, señor. Huyó rápido como el rayo y desapareció. Acababa de entrar por la ventana de la despensa, cuando William se abalanzó sobre él y perdió la vida, defendiendo la propiedad de su señor.

—¿A qué hora ocurrió?

—Alrededor de la medianoche, señor.

—Bien, entonces iremos allí en seguida —dijo el coronel, dedicando de nuevo su atención fríamente al desayuno—. Es un asunto bastante feo —añadió cuando el mayordomo se hubo retirado—. El viejo Cunningham es aquí el número uno entre la hidalguía rural y un sujeto de lo más decente.

Esto le causará un serio disgusto, pues este hombre llevaba años a su servicio y era un buen sirviente. Es evidente que se trata de los mismos villanos que entraron en casa de Acton.

—¿Los que robaron aquella colección tan singular? —observó Holmes pensativo.

—Precisamente.

—¡Hum! Puede revelarse como el asunto más sencillo del mundo, pero de todos modos, a primera vista, resulta un tanto curioso, ¿no creen? De una pandilla de amigos de lo ajeno que actúan en la campiña cabría esperar que variasen el escenario de sus operaciones, en vez de allanar dos viviendas en el mismo distrito y en el plazo de pocos días. Cuando esta noche ha hablado usted de tomar precauciones, recuerdo que ha pasado por mi cabeza el pensamiento de que ésta era, probablemente, la última parroquia de Inglaterra a la que el ladrón o ladrones dedicarían su atención, lo cual demuestra que todavía tengo mucho que aprender.

—Supongo que se trata de algún delincuente local —dijo el coronel—. Y en este caso, desde luego, las mansiones de Acton y Cunningham son precisamente los lugares a los que se dedicaría, puesto que son con mucho las más grandes de aquí.

—¿Y las más ricas?

—Deberían serlo, pero durante años han mantenido un pleito judicial que, según creo, ha de haberles chupado la sangre a ambas. El anciano Acton reivindica la mitad de la finca de Cunningham, y los abogados han intervenido de lo lindo.

—Si se trata de un delincuente local, no sería muy difícil echarle el guante —dijo Holmes con un bostezo—. Está bien, Watson, no tengo la intención de entrometerme.

—El inspector Forrester, señor —anunció el mayordomo, abriendo la puerta.

El oficial de policía, un joven apuesto y de rostro inteligente, entró en la habitación.

—Buenos días, coronel —dijo—. Espero no cometer una intrusión, pero hemos oído que el señor Holmes, de Baker Street, se encuentra aquí.

El coronel movió la mano hacia mi amigo, y el inspector se inclinó.

—Pensamos que tal vez le interesara intervenir, señor Holmes.

—El hado está contra usted, Watson —dijo éste, riéndose—. Hablábamos de esta cuestión cuando usted ha entrado, inspector. Acaso pueda darnos a conocer algunos detalles.

Cuando Holmes se repantigó en su sillón con aquella actitud ya familiar, supe que la situación no admitía esperanza.

—En el caso Acton no teníamos ninguna pista, pero aquí las tenemos en abundancia; no cabe duda de que se trata del mismo responsable en cada ocasión. El hombre ha sido visto.

—Sí, señor. Pero huyó rápido como un ciervo después de disparar el tiro que mató al pobre William Kirwan. El señor Cunningham lo vio desde la ventana del dormitorio, y el señor Alec Cunningham desde el pasillo posterior. Eran las doce menos cuarto cuando se dio la alarma. El señor Cunningham acababa de acostarse y el joven Alec, ya en bata, fumaba en pipa. Ambos oyeron a William, el cochero, gritar pidiendo auxilio, y el joven Alec fue corriendo a ver qué ocurría. La puerta de detrás estaba abierta y, al llegar al pie de la escalera, vio que dos hombres forcejeaban afuera. Uno de ellos hizo un disparo, el otro cayó, y el asesino huyó corriendo a través del jardín y saltando el seto. El señor Cunningham, que miraba desde la ventana de su habitación, vio al hombre cuando llegaba a la carretera, pero en seguida lo perdió de vista. El joven Alec se detuvo para ver si podía ayudar al moribundo, lo que aprovechó el villano para escapar. Aparte del hecho de que era hombre de mediana estatura y vestía ropas oscuras, no tenemos señas personales, pero estamos investigando a fondo y si es un forastero pronto daremos con él.

—¿Y qué hacía allí ese William? ¿Dijo algo antes de morir?

—Ni una palabra. Vivía en la casa del guarda con su madre, y puesto que era un muchacho muy fiel, suponemos que fue a la casa con la intención de comprobar que no hubiera novedad en ella. Desde luego, el asunto de Acton había puesto a todos en guardia. El ladrón debía de haber acabado de abrir la puerta, cuya cerradura forzó, cuando William lo sorprendió.

—¿Dijo William algo a su madre antes de salir?

—Es muy vieja y está muy sorda. De ella no podremos conseguir ninguna información. La impresión la ha dejado como atontada, pero tengo entendido que nunca tuvo una mente muy despejada. Sin embargo, hay una circunstancia muy importante. ¡Fíjense en esto!

Extrajo un pequeño fragmento de papel de una libreta de notas y lo alisó sobre su rodilla.

—Esto lo hallamos entre el pulgar y el índice del muerto. Parece ser un fragmento arrancado de una hoja más grande. Observarán que la hora mencionada en él es precisamente la misma en la que el pobre hombre encontró la muerte. Observen que su asesino pudo haberle quitado el resto de la hoja o que él pudo haberle arrebatado este fragmento al asesino. Tiene todo el aspecto de haber sido una cita.

Holmes tomó el trozo de papel, un facsímil del cual se incluye aquí.

—Y suponiendo que se trate de una cita —continuo el inspector—, es, desde luego, una teoría concebible la de que ese William Kirwan, aunque tuviera la reputación de ser un hombre honrado, pudiera haber estado asociado con el ladrón. Pudo haberse encontrado con él aquí, incluso haberlo ayudado a forzar la puerta, y cabe que entonces se iniciara una pelea entre los dos.

—Este escrito presenta un interés extraordinario —dijo Holmes, que lo había estado examinando con una intensa concentración—. Se trata de aguas más profundas de lo que yo me había figurado.

Y ocultó la cabeza entre las manos, mientras el inspector sonreía al ver el efecto que su caso había tenido en el famoso especialista londinense.

—Su última observación —dijo Holmes al cabo de un rato— acerca de la posibilidad de que existiera un entendimiento entre el ladrón y el criado, y de que esto fuera una cita escrita por uno al otro, es una suposición ingeniosa y no del todo imposible. Pero este escrito abre...

De nuevo hundió la cara entre las manos y por unos minutos permaneció sumido en los más profundos pensamientos. Cuando alzó el rostro, quedé sorprendido al ver que el color teñía sus mejillas y que sus ojos brillaban tanto como antes de caer enfermo. Se levantó de un brinco con toda su anterior energía.

—¡Voy a decirle una cosa! —anunció—. Me gustaría echar un breve y discreto vistazo a los detalles de este caso. Hay algo en él que me fascina poderosamente. Si me lo permite, coronel, dejaré a mi amigo Watson con usted y yo daré una vuelta con el inspector para comprobar la veracidad de un par de pequeñas fantasías mías. Volveré a estar con ustedes dentro de media hora.

Pasó una hora y media antes de que el inspector regresara y solo.

—El señor Holmes recorre de un lado a otro el campo —explicó—. Quiere que los cuatro vayamos juntos a la casa.

—¿A la del señor Cunningham?

—Sí, señor.

—¿Con qué objeto?

El inspector se encogió de hombros.

—No lo sé exactamente, señor. Entre nosotros, creo que el señor Holmes todavía no se ha repuesto totalmente de su dolencia. Se ha comportado de un modo muy extraño y está muy excitado.

—No creo que esto sea motivo de alarma —dije—. Generalmente, he podido constatar que hay método en su excentricidad.

—Otros dirían que hay excentricidad en su método —murmuró el inspector—. Pero arde en deseos de comenzar, coronel, por lo que considero conveniente salir, si están ustedes dispuestos.

Encontramos a Holmes recorriendo el campo de un extremo a otro, hundida la barbilla en el pecho y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Aumenta el interés del asunto —dijo—. Watson, su excursión al campo ha sido un éxito evidente. He pasado una mañana encantadora.

—¿Debo entender que ha visitado el escenario del crimen? —preguntó el coronel.

—Sí, el inspector y yo hemos efectuado un pequeño reconocimiento.

—¿Con éxito?

—Hemos visto algunas cosas muy interesantes. Le contaré lo que hemos hecho mientras caminamos. En primer lugar, hemos visto el cadáver de aquel desdichado. Desde luego, murió herido por una bala de revólver, tal como se ha informado.

—¿Acaso dudaba de ello?

—Es que siempre conviene someterlo todo a prueba. Nuestra inspección no ha sido tiempo perdido. Hemos celebrado después una entrevista con el señor Cunningham y su hijo, que nos han podido enseñar el lugar exacto en el que el asesino franqueó el seto de jardín en su huida. Esto ha revestido el mayor interés.

—Naturalmente.

—Después hemos visto a la madre del pobre hombre. Sin embargo, no hemos obtenido ninguna información de ella, ya que es una mujer muy vieja y débil.

—¿Y cuál es el resultado de sus investigaciones?

—La convicción de que el crimen ha sido muy peculiar. Es posible que nuestra visita de ahora contribuya a disipar parte de su oscuridad. Pienso que ahora estamos de acuerdo, inspector, en que el fragmento de papel en la mano del difunto, por el hecho de llevar escrita la hora exacta de su muerte, tiene una extrema importancia.

—Debería constituir una pista, señor Holmes.

—Es que constituye una pista. Quienquiera que escribiese esa nota fue el hombre que sacó a William Kirwan de su cama a esa hora. Pero ¿dónde está el resto del papel?

—Examiné el suelo minuciosamente, con la esperanza de encontrarlo —dijo el inspector.

—Fue arrancado de la mano del difunto. ¿Por qué alguien ansiaba tanto apoderarse de él? Porque le incriminaba. ¿Y qué hizo con él? Con toda probabilidad, metérselo en el bolsillo, sin advertir que una esquina del mismo había quedado entre los dedos del muerto. Si pudiéramos conseguir el resto de esta cuartilla, no cabe duda de que avanzaríamos muchísimo en la solución del misterio.

—Sí, pero ¿cómo llegar al bolsillo del criminal antes de capturarlo?

—Bien, éste es un punto que merece reflexión, pero hay otro que resulta evidente. La nota le fue enviada a William. El hombre que la escribió no pudo haberla llevado, pues en este caso, como es natural, hubiera dado oralmente su mensaje. ¿Quién llevó la nota, pues? ¿O acaso llegó por correo?

—He hecho indagaciones —dijo el inspector—. Ayer, William recibió una carta en el correo de la tarde. El sobre fue destruido por él.

—¡Excelente! —exclamó Holmes que dio una palmada en la espalda del inspector—. Usted ha hablado con el cartero. Es un placer trabajar con usted. Bien, aquí está la casa del guarda y, si quiere subir conmigo, coronel, le enseñaré el escenario del crimen.

Pasamos ante el lindo cottage en el que había vivido el hombre asesinado y caminamos a lo largo de una avenida flanqueada por olmos hasta llegar a la antigua y bonita mansión estilo reina Ana, que ostenta el nombre de Malplaquet sobre el dintel de la puerta. Holmes y el inspector nos guiaron a su alrededor hasta que llegamos a la verja lateral, separada por una zona ajardinada del seto que flanquea la carretera. Había un policía junto a la puerta de la cocina.

—Abra la puerta, agente —dijo Holmes—. Pues bien, en esta escalera se encontraba el joven señor Cunningham y vio forcejear a los dos hombres precisamente donde ahora nos encontramos nosotros. El señor Cunningham padre estaba junto a aquella ventana, la segunda a la izquierda, y vio al hombre escapar por la parte izquierda de aquellos matorrales. También le vio el hijo. Ambos están seguros de ello a causa del matorral. Entonces, el joven señor Cunningham bajó corriendo y se arrodilló al lado del herido. Sepa que el suelo es muy duro y no hay marcas que puedan guiarnos.

Mientras hablaba, se acercaban dos hombres por el sendero del jardín, después de doblar la esquina de la casa. Uno era un hombre de edad provecta, con un rostro enérgico y marcado por acusadas arrugas, y ojos somnolientos, y el otro era un joven bien plantado, cuya expresión radiante y sonriente, y su chillona indumentaria ofrecían un extraño contraste con el asunto que nos había llevado allí.

—¿Todavía buscando? —le dijo a Holmes el más joven. Yo creía que ustedes, los londinenses, no fallaban nunca. No me parece que sean de lo más rápido después de todo.

—Hombre, es que necesitamos algún tiempo —repuso Holmes con buen humor.

—Van a necesitarlo —aseguró el joven Alec Cunningham—. Por ahora, no veo que tengan una sola pista.

—Sólo hay una —respondió el inspector. Pensamos que sólo con poder encontrar... ¡Cielo santo! ¿Qué le ocurre, señor Holmes?

De repente, la cara de mi pobre amigo había asumido una expresión de lo más alarmante. Con los ojos vueltos hacia arriba, contraídas dolorosamente las facciones y reprimiendo un sordo gruñido, se desplomó de bruces. Horrorizados por lo inesperado y grave del ataque, lo trasladamos a la cocina y lo acomodamos en un sillón, donde pudo respirar trabajosamente durante unos minutos. Finalmente, excusándose avergonzado por su momento de debilidad, volvió a levantarse.

—Watson les dirá que todavía me estoy restableciendo de una seria enfermedad —explicó—. Tiendo a padecer estos súbitos ataques de nervios.

—¿Quiere que le envíe a casa en mi coche? —preguntó el mayor de los Cunningham.

—Es que, puesto que estoy aquí, hay un punto del que me agradaría asegurarme. Podemos verificarlo con gran facilidad.

—~De qué se trata?

—Pues bien, a mí me parece posible que la llegada de aquel pobre William no se produjera antes, sino después de la entrada del ladrón en la casa. Ustedes parecen dar por sentado que, a pesar de que la puerta fue forzada, el amigo de lo ajeno nunca llegó a entrar.

—A mí me parece de lo más obvio —manifestó el señor Cunningham muy serio—. Tenga en cuenta que mi hijo Alec todavía no se había acostado, y que sin duda hubiera oído a alguien que se moviera por allí.

—¿Dónde estaba sentado?

—En mi cuarto vestidor, fumando.

—~Cuál es su ventana?

—La última de la izquierda, junto a la de mi padre.

—¿Tanto su lámpara como la de él estarían encendidas, verdad?

—Indudablemente.

—Hay aquí algunos detalles muy singulares —comentó Holmes, sonriendo—. ¿No resulta extraordinario que un ladrón, y un ladrón que ha tenido cierta experiencia previa, irrumpa deliberadamente en una casa, a una hora en que, a juzgar por las luces, pudo ver que dos miembros de la familia todavía estaban levantados?

—Debía ser un sujeto de mucha sangre fría.

—Como es natural, si el caso no fuera peliagudo no nos habríamos sentido obligados a pedirle a usted una explicación —dijo el joven Alec—. Pero en cuanto a su idea de que el hombre ya había robado en la casa antes de que William le acometiera, creo que no puede ser más absurda. ¿Acaso no habríamos encontrado la casa desordenada y echado de menos las cosas que hubiera robado?

—Depende de lo que fueran estas cosas —repuso Holmes—. Deben recordar que nos las estamos viendo con un ladrón que es un individuo muy peculiar, y que parece trabajar siguiendo unas directrices propias. Véase, por ejemplo, el extraño lote de cosas que sustrajo en casa de los Acton... ¿Qué eran? Un ovillo de cordel, un pisapapeles y no sé cuántos trastos más...

—Bien, estamos en sus manos, señor Holmes —dijo Cunningham padre—. Tenga la seguridad de que se hará cualquier cosa que usted o el inspector puedan sugerir.

—En primer lugar —repuso Holmes—, me agradaría que usted ofreciera una recompensa, pero suya personal, puesto que las autoridades oficiales tal vez requieran algún tiempo antes de ponerse de acuerdo respecto a la suma, y estas cosas conviene hacerlas con mucha rapidez. Yo ya he redactado un documento aquí y espero que no le importe firmarlo. Pensé que cincuenta libras serían más que suficientes.

—De buena gana daría quinientas —aseguró el juez de paz, tomando la cuartilla y el lápiz que Holmes le ofrecía—. Sin embargo, esto no es exacto —añadió al examinar el documento.

—Lo he escrito precipitadamente.

—Como ve, comienza así: «Considerando que alrededor de la una menos cuarto de la madrugada del martes se hizo un intento...», etcétera. En realidad, ocurrió a las doce menos cuarto.

Me apenó este error, pues yo sabía lo mucho que se resentía Holmes de cualquier resbalón de esta clase. Era su especialidad ser exacto en todos los detalles, pero su reciente dolencia le había afectado profundamente y este pequeño incidente bastó para indicarme que aún distaba mucho de ser él otra vez. Por unos momentos, se mostró visiblemente avergonzado, mientras el inspector enarcaba las cejas y Alec Cunningham dejaba escapar una carcajada. Sin embargo, el anciano caballero corrigió la equivocación y devolvió el papel a Holmes.

—Delo a la imprenta lo antes posible —pidió—. Creo que su idea es excelente.

Holmes guardó cuidadosamente la cuartilla en su libreta de notas.

—Y ahora —dijo—, seria de veras conveniente que fuéramos todos juntos a la casa y nos aseguráramos de que ese ladrón un tanto excéntrico no se llevó, después de todo, nada consigo.

Antes de entrar, Holmes procedió a efectuar un examen de la puerta que había sido forzada. Era evidente la introducción de un escoplo o de un cuchillo de hoja gruesa que forzó la cerradura, pues pudimos ver en la madera las señales del lugar en que actuó.

—¿No utilizan barras para atrancar la puerta? —preguntó.

—Nunca lo hemos considerado necesario.

—¿No tienen un perro?

—Sí, pero está encadenado al otro lado de la casa.

—¿A qué hora se acuestan los sirvientes?

—Alrededor de las diez.

—Tengo entendido que, a esa hora, William solía encontrarse también en la cama.

—Sí.

—Es curioso que precisamente esta noche hubiera estado levantado. Y ahora, señor Cunningham, le ruego tenga la amabilidad de enseñarnos la casa.

Un pasillo enlosado, a partir del cual se ramificaban las cocinas, y una escalera de madera conducían directamente al primer piso de la casa, con un rellano opuesto a una segunda escalera, más ornamental, que desde el vestíbulo principal ascendía a las plantas superiores. Daban a ese rellano el salón y varios dormitorios inclusive los del señor Cunningham y su hijo. Holmes caminaba despacio, tomando buena nota de la arquitectura de la casa. Yo sabía, por su expresión, que seguía una pista fresca y, sin embargo, no podía ni imaginar en qué dirección le conducían sus inferencias.

—Mi buen señor —dijo el mayor de los Cunningham con cierta impaciencia— seguro que todo esto es perfectamente innecesario. Esta es mi habitación, al pie de la escalera, y la de mi hijo es la contigua. Dejo a su buen juicio dictaminar si es posible que el ladrón llegara hasta aquí sin que nosotros lo advirtiéramos.

—Tengo la impresión de que debería buscar en otra parte una nueva pista —observó el hijo con una sonrisa maliciosa.

—A pesar de todo, debo pedirles que tengan un poco más de paciencia conmigo. Me gustaría ver, por ejemplo, hasta qué punto las ventanas de los dormitorios dominan la parte frontal de la casa. Según creo, éste es el cuarto de su hijo —abrió la puerta correspondiente— y éste, supongo, es el cuarto vestidor en el que él estaba sentado, fumando, cuando se dio la alarma. ¿A dónde mira su ventana?

Cruzó el dormitorio, abrió la otra puerta y dio un vistazo al otro cuarto.

—Espero que con esto se sienta satisfecho —dijo el señor Cunningham sin ocultar su enojo.

—Gracias. Creo haber visto todo lo que deseaba.

—Entonces, si realmente es necesario, podemos ir a mi habitación.

—Si no es demasiada molestia...

El juez se encogió de hombros y nos condujo a su dormitorio, que era una habitación corriente y amueblada con sencillez. Al avanzar hacia la ventana, Holmes se rezagó hasta que él y yo quedamos los últimos del grupo. Cerca del pie de la cama había una mesita cuadrada y sobre ella una fuente con naranjas y un botellón de agua. Al pasar junto a ella, Holmes, con profundo asombro por mi parte, se me adelantó y volcó deliberadamente la mesa y todo lo que contenía. El cristal se rompió en un millar de trozos y las naranjas rodaron hasta todos los rincones del cuarto.

—Ahora sí que la he hecho buena, Watson —me dijo sin inmutarse. Vea como ha quedado la alfombra.

Confundido, me agaché y comencé a recoger las frutas, comprendiendo que, por alguna razón, mi compañero deseaba cargarme a mí la culpa. Los demás así lo creyeron y volvieron a poner de pie la mesa.

—¡Hola! —exclamó el inspector—. ¿Dónde se ha metido ahora?

Holmes había desaparecido.

—Esperen aquí un momento —dijo el joven Alec Cunningham. En mi opinión, este hombre está mal de la cabeza. Venga conmigo, padre, y veremos a dónde ha ido.

Salieron precipitadamente de la habitación, dejándonos al inspector, al coronel y a mí mirándonos el uno al otro.

—Palabra que me siento inclinado a estar de acuerdo con el joven Cunningham —dijo el policía—. Pueden ser los efectos de esa enfermedad, pero a mí me parece que...

Sus palabras fueron interrumpidas por un súbito grito de «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Asesinos!» Con viva emoción reconocí la voz como la de mi amigo. Salí corriendo al rellano. Los gritos, reducidos ahora a una especie de rugido ronco e inarticulado, procedían de la habitación que habíamos visitado en primer lugar. Irrumpí en ella y entré en el contiguo cuarto vestidor.

Los dos Cunningham se inclinaban sobre la figura postrada de Sherlock Holmes, el más joven apretándole el cuello con ambas manos, mientras el anciano parecía retorcerle una muñeca. En un instante, entre los tres los separamos de él y Holmes se levantó tambaleándose, muy pálido y con evidentes señales de agotamiento.

—Arreste a estos hombres, inspector —jadeó.

—¿Bajo qué acusación?

—¡La de haber asesinado a su cochero, William Kirwan!

El inspector se le quedó mirando boquiabierto.

—Vamos, vamos, señor Holmes —dijo por fin—, estoy seguro de que en realidad no quiere decir que...

—¡Pero mire sus caras, hombre! —exclamó secamente Holmes.

Ciertamente, jamás he visto una confesión de culpabilidad tan manifiesta en un rostro humano. El más viejo de los dos hombres parecía como aturdido, con una marcada expresión de abatimiento en su faz profundamente arrugada. El hijo, por su parte, había abandonado aquella actitud alegre y despreocupada que le había caracterizado, y la ferocidad de una peligrosa bestia salvaje brillaba en sus ojos oscuros y deformaba sus correctas facciones. El inspector no dijo nada, pero, acercándose a la puerta, hizo sonar su silbato. Dos de sus hombres acudieron a la llamada.

—No tengo otra alternativa, señor Cunningham —dijo—. Confío en que todo esto resulte ser un error absurdo, pero puede ver que... ¿Cómo? ¿Qué es esto? ¡Suéltelo!

Su mano descargó un golpe y un revolver, que el hombre más joven intentaba amartillar cayó ruidosamente al suelo.

—Guárdelo —dijo Holmes, poniendo en seguida su pie sobre él—. Le resultará útil en el juicio. Pero esto es lo que realmente queríamos.

Holmes sostenía ante nosotros un papel arrugado.

—¡El resto de la hoja! —gritó el inspector.

—Precisamente.

—¿Y dónde estaba?

—Donde yo estaba seguro de que había de estar. Más tarde les aclararé todo el asunto. Creo, coronel, que usted y Watson deberían regresar ya, y yo me reuniré con ustedes dentro de una hora como máximo. El inspector y yo hemos de hablar un poco con los prisioneros, pero con toda certeza volverán ustedes a verme a la hora de almorzar.

Sherlock Holmes cumplió su palabra, pues alrededor de la una se reunió con nosotros en el salón de fumar del coronel. Le acompañaba un caballero más bien bajo y de cierta edad, que me fue presentado como el señor Acton, cuya casa había sido escenario del primer robo.

—Deseaba que el señor Acton estuviera presente al explicarles yo este asuntillo —dijo Holmes—, pues es natural que tenga un vivo interés por sus detalles. Mucho me temo, mi querido coronel, que lamente el momento en que usted admitió en su casa a un pajarraco de mal agüero como soy yo.

—Al contrario —aseguró vivamente el coronel—. Considero como el mayor de los privilegios que me haya sido permitido estudiar sus métodos de trabajo. Confieso que sobrepasan en mucho cuanto pudiera yo esperar, y que soy totalmente incapaz de entender su resultado. De hecho, aún no he visto ni traza de una sola pista.

—Temo que mi explicación le desilusione, pero siempre ha sido mi hábito el no ocultar ninguno de mis métodos, tanto a mi amigo Watson como a cualquiera capaz de mostrar un interés inteligente por ellos. Pero ante todo, puesto que aún me siento bastante quebrantado por el vapuleo recibido en aquel cuarto vestidor, creo que voy a administrarme un trago de su brandy, coronel. Últimamente, mis fuerzas han sido sometidas a dura prueba.

—Confío en que ya no vuelva a padecer aquellos ataques de nervios.

Sherlock Holmes se echó a reír con ganas.

—Ya hablaremos de esto en su momento —dijo—, y les haré un relato del caso en su debido orden, indicándoles los diversos detalles que me guiaron en mi decisión. Les ruego que me interrumpan si alguna deducción no resulta lo bastante clara.

En el arte de la deducción, tiene la mayor importancia saber reconocer, entre un cierto número de hechos, aquellos que son incidentales y aquellos que son vitales. De lo contrario, energía y atención se disipan en vez de concentrarse. Ahora bien, en este caso no abrigué la menor duda desde el primer momento, de que la clave de todo el asunto debía ser buscada en el trozo de papel encontrado en la mano del difunto.

Antes de entrar en este pormenor, quiero llamarles la atención sobre el hecho de que si el relato de Alec Cunningham era cierto, y si el asaltante, después de disparar contra William Kirwan, había huido al instante, era evidente que no pudo ser él quien arrancase el papel de la mano del muerto. Pero si no fue él, había de ser el propio Alec Cunningham, pues cuando el anciano hubo bajado ya había varios sirvientes en la escena del crimen. Este punto es bien simple, pero al inspector le había pasado por alto porque él había partido de la suposición de que estos magnates del mundo rural nada tenían que ver con el asunto. Ahora bien, yo me impongo no tener nunca prejuicios y seguir dócilmente los hechos allí donde me lleven éstos, y por consiguiente, en la primera fase de mi investigación no pude por menos que examinar con cierta suspicacia el papel representado por el señor Alec Cunningham.

Acto seguido efectué un examen muy atento de la esquina del papel que el inspector nos había enseñado. En seguida me resultó evidente que formaba parte de un documento muy notable. Aquí está. ¿No observa ahora en él algo muy sugerente?

—Tiene un aspecto muy irregular —contestó el coronel.

—¡Mi apreciado señor! —exclamó Holmes—. ¡No puede haber la menor duda de que fue escrito por dos personas, a base de palabras alternadas! Si le llamo la atención acerca de las enérgicas «t» en las palabras at y to, y le pido que las compare con las débiles de quarter y twelve, reconocerá inmediatamente el hecho. Un análisis muy breve de esas cuatro palabras le permitiría asegurar con toda certeza que learn y maybe fueron escritas por la mano más fuerte, y el what por la más débil.

—¡Por Júpiter, esto está tan claro como la luz del día —gritó el coronel—! ¿Y por qué diablos dos hombres habían de escribir de este modo una carta?

—Evidentemente, el asunto era turbio, y uno de los hombres, que desconfiaba del otro, estaba decidido a que, se hiciera lo que se hiciese, cada uno debía tener la misma intervención en él. Ahora bien, queda claro que de los dos hombres el que escribió el at y el to era el jefe.

—¿Cómo llega a esta conclusión?

—Podríamos deducirla meramente de la escritura de una mano en comparación con la otra, pero tenemos razones de más peso para suponerlo. Si examina este trozo de papel con atención, concluirá que el hombre con la mano más fuerte escribió primero todas sus palabras, dejando espacios en blanco para que los llenara el otro. Estos espacios en blanco no fueron suficientes en algún caso, y pueden ver que el segundo hombre tuvo que comprimir su letra para meter su quarter entre el at y el to, lo que demuestra que éstas ya habían sido escritas. El hombre que escribió todas sus palabras en primer lugar es, indudablemente, el mismo que planeó el asunto.

—¡Excelente! —exclamó el señor Acton.

—Pero muy superficial —repuso Holmes—. Sin embargo, llegamos ahora a un punto que sí tiene importancia. Acaso no sepan ustedes que la deducción de la edad de un hombre a partir de su escritura es algo en que los expertos han conseguido una precisión considerable. En casos normales, cabe situar a un hombre en la década que le corresponde con razonable certeza. Y hablo de casos normales, porque la mala salud y la debilidad física reproducen los signos de la edad avanzada, aunque el baldado sea un joven. En el presente caso, examinando la escritura enérgica y vigorosa de uno, y la apariencia de inseguridad de la otra escritura, que todavía se conserva legible, aunque las «t» ya han empezado a perder sus barras transversales, podemos afirmar que la primera es de un joven y la otra es de un hombre de edad avanzada pero sin ser del todo decrépito.

—¡Excelente! —volvió a aplaudir Acton.

—No obstante, hay otro punto que es más sutil y ofrece mayor interés. Hay algo en común entre estas manos. Pertenecen a hombres con un parentesco sanguíneo. A ustedes, esto puede resultarles más obvio en las «e» de trazo griego, mas para mí hay varios detalles pequeños que indican lo mismo. No me cabe la menor duda de que se detecta un hábito familiar en estos dos especímenes de escritura. Desde luego, sólo les estoy ofreciendo en este momento los resultados más destacados de mi examen del papel. Había otras veintitrés deducciones que ofrecerían mayor interés para los expertos que para ustedes, y todas ellas tendían a reforzar la impresión en mi fuero interno de que la carta fue escrita por los Cunningham, padre e hijo.

Llegado a este punto, mi siguiente paso fue, como es lógico, examinar los detalles del crimen y averiguar hasta qué punto podían ayudarnos. Fui a la casa con el inspector y vi allí todo lo que había por ver. La herida que presentaba el cadáver había sido producida, como pude determinar con absoluta certeza, por un disparo de revólver efectuado a una distancia de poco más de cuatro yardas. No había en las ropas ennegrecimiento causado por la pólvora. Por consiguiente, era evidente que Alec Cunningham había mentido al decir que los dos hombres estaban forcejeando cuando se hizo el disparo. Asimismo, padre e hijo coincidieron respecto al lugar por donde el hombre escapó hacia la carretera. En realidad, sin embargo, en este punto hay una zanja algo ancha, con humedad en el fondo. Puesto que en esta zanja no había ni traza de huellas de botas, tuve la absoluta seguridad, no sólo de que los Cunningham habían mentido otra vez, sino también de que en el lugar del crimen nunca hubo ningún desconocido.

Y ahora tenía que considerar el motivo de este crimen singular. Para llegar a él, ante todo procuré aclarar el motivo del primer robo en casa del señor Acton.

Por algo que nos había dicho el coronel, yo tenía entendido que existía un litigio judicial entre usted, señor Acton, y los Cunningham. Desde luego, se me ocurrió al instante que éstos habían entrado en su biblioteca con la intención de apoderarse de algún documento que pudiera tener importancia en el pleito.

—Precisamente —dijo el señor Acton—. No puede haber la menor duda en cuanto a sus intenciones. Yo tengo la reclamación más indiscutible sobre la mitad de sus actuales propiedades, y si ellos hubieran podido encontrar cierto papel, que afortunadamente se encontraba en la caja fuerte de mis abogados, sin la menor duda hubieran invalidado nuestro caso.

—Pues ya lo ve —sonrió Holmes—, fue una intentona audaz y peligrosa, en la que me parece vislumbrar la influencia del joven Alec. Al no encontrar nada, trataron de desviar las sospechas haciendo que pareciera un robo corriente, y con este fin se llevaron todo aquello a lo que pudieron echar mano. Todo esto queda bien claro, pero todavía era mucho lo que se mantenía oscuro. Lo que yo deseaba por encima de todo era conseguir la parte que faltaba de la nota. Sabía que Alec la había arrancado de la mano del difunto, y estaba casi seguro que la habría metido en el bolsillo de su bata. ¿En qué otro lugar sino? La única cuestión era la de si todavía seguía allí. Valía la pena hacer algo para averiguarlo, y con este objeto fuimos todos a la casa.

Los Cunningham se unieron a nosotros, como sin duda recordarán, ante la puerta de la cocina. Era, desde luego, de la mayor importancia que no se les recordase la existencia de aquel papel, pues de lo contrario era lógico pensar que lo destruirían sin tardanza. El inspector estaba a punto de hablarles de la importancia que le atribuíamos, cuando, por la más afortunada de las casualidades, fui víctima de una especie de ataque y de este modo cambió la conversación.

¡Válgame el cielo! —exclamó el coronel, riéndose—. ¿Quiere decir que nuestra compasión estaba injustificada y que su ataque fue una impostura?

—Hablando como profesional, debo decir que lo hizo admirablemente —afirmé, mirando con asombro a aquel hombre que siempre sabía confundirme con alguna nueva faceta de su astucia.

—Es un arte que a menudo demuestra su utilidad —comentó él—. Cuando me recuperé, me las arreglé mediante un truco, cuyo ingenio tal vez revistiera escaso mérito, para que el viejo Cunningham escribiese la palabra twelve a fin de que yo pudiera compararla con el twelve escrito en el papel.

—¡Qué borrico fui! —exclamé.

—Pude ver que me estaba compadeciendo a causa de mi debilidad —dijo Holmes, riéndose—, y sentí causarle la pena que me consta que sintió por mí. Después subimos juntos y, al entrar en la habitación y ver la bata colgada detrás de la puerta, volqué una mesa para distraer momentáneamente la atención de ellos y volví sobre mis pasos con la intención de registrar los bolsillos. Sin embargo, apenas tuve en mi poder el papel, que, tal como yo esperaba, se encontraba en uno de ellos, los dos Cunningham se abalanzaron sobre mí y creo que me hubieran asesinado allí mismo de no intervenir la rápida y amistosa ayuda de ustedes. De hecho, todavía siento en mi garganta la presa de aquel joven, y el padre me magulló la muñeca en sus esfuerzos para arrancar el papel de mi mano. Comprendieron que yo debía saber toda la verdad, y el súbito cambio de una seguridad absoluta a la ruina más completa hizo de ellos dos hombres desesperados.

Tuve después una breve charla con el mayor de los Cunningham referente al motivo del crimen. Se mostró bastante tratable, en tanto que su hijo era peor que un demonio dispuesto a volarse los sesos, o los de cualquier otra persona, en caso de haber recuperado su revólver. Cuando Cunningham vio que la acusación contra él era tan sólida, se desfondó y lo explicó todo. Al parecer, William había seguido disimuladamente a sus amos la noche en que efectuaron su incursión en casa del señor Acton y, al tenerles así en sus manos, procedió a extorsionarlos con amenazas de denuncia contra ellos. Sin embargo, el joven Alec era hombre peligroso para quien quisiera practicar con él esta clase de juego. Fue por su parte una ocurrencia genial la de ver en el miedo a los robos, que estaba atenazando a la población rural, una oportunidad para desembarazarse plausiblemente del hombre al que temía. William cayó en la trampa y un balazo lo mató, y sólo con que no hubieran conservado entera aquella nota y prestado un poco más de atención a los detalles accesorios, es muy posible que nunca se hubiesen suscitado sospechas.

—¿Y la nota? —pregunté.

Sherlock Holmes colocó ante nosotros este papel

—Es en gran parte precisamente lo que yo me esperaba —explicó—. Desde luego, desconozco todavía qué relaciones pudo haber entre Alec Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison, pero el resultado demuestra que la celada fue tendida con suma habilidad. Estoy seguro de que habrán de encantarles las trazas hereditarias que se revelan en las «p» y en las colas de las «g». La ausencia de puntos sobre las íes en la escritura del anciano es también muy característica. Watson, creo que nuestro apacible reposo en el campo ha sido todo un éxito, y con toda certeza mañana regresará a Baker Street considerablemente revigorizado.

EL JOROBADO

«Poned a Urías frente a lo más reñido de la batalla y retiraos de detrás de él para que sea herido y muera.»
II Samuel 11, 15

Una noche de verano, pocos meses después de casarme, estaba sentado ante mi chimenea, fumando una última pipa y dando cabezadas sobre una novela, pues mi jornada de trabajo había sido agotadora. Mi esposa había subido ya, y el ruido al cerrarse con llave la puerta de entrada, un rato antes, me indicó que también los sirvientes se habían retirado. Había abandonado mi asiento y estaba vaciando la ceniza de mi pipa, cuando oí de pronto un campanillazo.

Miré el reloj. Eran las doce menos cuarto. A una hora tan tardía no podía tratarse de un visitante. Un paciente, desde luego, y posiblemente toda la noche en vela. Torciendo el gesto, me dirigí al recibidor y abrí la puerta. Con gran asombro por mi parte, era Sherlock Holmes quien se encontraba en la entrada.

—Vaya, Watson —dijo—, ya esperaba yo llegar a tiempo para encontrarle todavía levantado.

—Adelante, por favor, mi querido amigo.

—¡Parece sorprendido y no me extraña! ¡Y aliviado también, diría yo! ¡Hum! ¿O sea que todavía fuma aquella mezcla Arcadia de sus tiempos de soltero? Esta ceniza esponjosa en su chaqueta es inconfundible. Es fácil observar que estaba usted acostumbrado a vestir uniforme, Watson; nunca se le podrá tomar por un paisano de pura raza mientras conserve el hábito de guardar el pañuelo en su manga. ¿Puede darme alojamiento por esta noche?

—Con mucho gusto.

—Me dijo que tenía una habitación individual para soltero, y veo que en este momento no hay ningún visitante varón. Así lo proclaman los ganchos para sombreros en su perchero.

—Me complacerá mucho que se quede.

—Gracias. Llenaré, pues, un colgador vacante. Lamento ver que ha tenido un operario británico en casa. Los envía el demonio. ¿No sería un problema de desagües, espero?

—No, el gas.

—¡Ah! Ha dejado dos marcas de clavos de su bota en su linóleo, precisamente allí donde da la luz. No, gracias, he cenado algo en Waterloo, pero gustosamente fumaré una pipa con usted.

Le ofrecí mi bolsa de tabaco y él se sentó frente a mí; durante un rato fumé en silencio. Yo sabía perfectamente que sólo un asunto de importancia podía haberle traído a mi casa a semejante hora, de modo que esperé con paciencia que decidiera abordarlo.

—Veo que en estos momentos está muy ocupado profesionalmente —comentó, dirigiéndome una mirada penetrante.

—Sí, he tenido un día atareado —contesté—. Tal vez a usted le parezca una necedad —añadí—, pero de hecho no sé cómo lo ha podido deducir.

Holmes se rio para sus adentros.

—Tengo la ventaja de conocer sus costumbres, mi querido Watson —dijo—. Cuando su ronda es breve va usted a pie, y cuando es larga toma un coche de alquiler. Ya que percibo que sus botas, aunque usadas, nada tienen de sucias, no me cabe duda de que últimamente su trabajo ha justificado tomar el coche.

—¡Excelente! —exclame.

—Elemental, querido Watson —dijo él—. Es uno de aquellos casos en los que quien razona puede producir un efecto que le parece notable a su interlocutor, porque a éste se le ha escapado el pequeño detalle que es la base de la deducción. Lo mismo cabe decir, mi buen amigo, sobre el efecto de algunos de esos pequeños relatos suyos, que es totalmente el de un espejismo, puesto que depende del hecho de que usted retiene entre sus manos ciertos factores del problema que nunca le son impartidos al lector. Ahora bien, en este momento me encuentro en la misma situación de estos lectores, pues tengo en esta mano varios cabos de uno de los casos más extraños que nunca hayan llenado de perplejidad el cerebro de un hombre, y sin embargo me faltan uno o dos que son necesarios para completar mi teoría. ¡Pero los tendré, Watson, los tendré!

Sus ojos centellearon y un leve rubor se extendió por sus flacas mejillas. Por un instante, se alzó el velo ante su naturaleza viva y entusiasta, pero sólo por un instante. Cuando le miré de nuevo, su cara había adoptado otra vez aquella impasibilidad de indio piel roja que había movido a tantos a mirarle como una máquina y no como un hombre.

—El problema presenta rasgos interesantes —dijo—; puedo decir que incluso características excepcionales muy interesantes. Ya he examinado el asunto y he llegado, según creo, cerca de la solución. Si pudiera usted acompañarme en esta última etapa, me prestaría un servicio más que considerable.

—Me encantaría.

—¿Podría ir mañana a Aldershot?

—No dudo de que Jackson me sustituirá en mi consulta.

—Muy bien. Deseo salir de Waterloo en el tren de las once diez.

—Lo cual me da tiempo de sobra.

—Pues entonces, si no tiene demasiado sueño, le haré un esbozo de lo que ha ocurrido y de lo que queda por hacer.

—Tenía sueño antes de llegar usted. Ahora estoy perfectamente despejado.

—Resumiré la historia tanto como sea posible sin omitir nada que pueda ser vital para el caso. Es concebible que usted haya leído incluso alguna referencia al mismo. Es el supuesto asesinato del coronel Barclay, de los Royal Mallows, en Aldershot, lo que estoy investigando.

—No he oído nada al respecto.

—Es que todavía no ha despertado una gran atención, excepto localmente. Son hechos que sólo cuentan con un par de días. Brevemente, son los siguientes:

Como usted sabe, el Royal Mallows es uno de los regimientos irlandeses más famosos en el ejército británico. Hizo proezas tanto en Crimea como durante el motín de los cipayos y, desde entonces, se ha distinguido en todas las ocasiones posibles. Hasta el lunes por la noche lo mandaba James Barclay, un valiente veterano que comenzó como soldado raso y fue ascendido a suboficial por su bravura en tiempos del motín. Llegaría a mandar el mismo regimiento en el que en otro tiempo él había llevado un mosquete.

El coronel Barclay se casó en la época en que era sargento, y su esposa, cuyo nombre de soltera era Nancy Devoy, era hija de un antiguo sargento del mismo regimiento. Hubo por tanto, como puede imaginar, alguna leve fricción social cuando la joven pareja, pues jóvenes eran aún, se encontró en su nuevo ambiente. No obstante, parece ser que se adaptaron con rapidez y, según tengo entendido, la señora Barclay siempre fue tan popular entre las damas del regimiento como lo era su marido entre sus colegas oficiales. Añadiré que era una mujer de gran belleza y que incluso ahora, cuando lleva más de treinta años casada, todavía presenta una espléndida apariencia.

Todo indica que la vida familiar del coronel Barclay fue tan feliz como regular. El mayor Murphy, al que debo la mayor parte de mis datos, me asegura que nunca oyó que existiera la menor diferencia entre la pareja. En conjunto, él piensa que la devoción de Barclay a su esposa era mayor que la que su esposa sintiera por él. Barclay se sentía muy intranquilo si se apartaba del lado de ella por un día. Ella, en cambio, aunque afectuosa y fiel, no revelaba un cariño tan avasallador. Pero los dos eran considerados en el regimiento como el mejor modelo de una pareja de mediana edad. No había absolutamente nada en sus relaciones mutuas que anunciara a la gente la tragedia que iba a producirse más tarde.

Al parecer, el coronel Barclay presentaba algunos rasgos singulares en su carácter. En su talante usual, era un viejo soldado animoso y jovial, pero había ocasiones en que daba la impresión de ser capaz de mostrarse considerablemente violento y vindicativo. Sin embargo, por lo que parece, este aspecto de su naturaleza jamás se había vuelto contra su esposa. Otro hecho que había llamado la atención del mayor Murphy, así como de tres de los otros cinco oficiales con los que hablé, era el singular tipo de depresión que a veces le acometía. Tal como lo expresó el mayor, a menudo la sonrisa se borraba de sus labios, como si lo hiciera una mano invisible, cuando se estaba sumando a las bromas y el regocijo en la mesa de los oficiales. Durante varios días, cuando este humor se apoderaba de él, permanecía sumido en el más profundo abatimiento. Esto y un cierto toque de superstición eran los únicos rasgos inusuales que, en su manera de ser, habían observado sus hermanos de armas. Esta última peculiaridad asumía la forma de una repugnancia respecto a quedarse solo, especialmente después de oscurecido, y este detalle pueril en una personalidad tan conspicuamente varonil había suscitado comentarios y conjeturas.

El primer batallón de los Royal Mallows, el antiguo 117, lleva varios años estacionado en Aldershot. Los oficiales casados viven fuera de los cuarteles y, durante todo este tiempo, el coronel había ocupado una villa llamada Lachine, a cosa de media milla del Campamento Norte. La casa se alza en terreno propio, pero su ala oeste no se halla a más de treinta yardas de la carretera principal. Un lacayo y dos camareras constituyen la servidumbre. Ellos, junto con sus señores, eran los únicos ocupantes de

Lachine, ya que los Barclay no tenían hijos, y no era usual en ellos tener visitantes instalados. Pasemos ahora a lo sucedido en Lachine entre las nueve y las diez del pasado lunes.

Al parecer, la señora Barclay pertenecía a la iglesia católica romana y se había interesado vivamente por la creación del Gremio de San Jorge, formado en conexión con la capilla de Watt Street, con la finalidad de suministrar ropas usadas a los pobres. Aquella noche, a las ocho, había tenido lugar una reunión del Gremio, y la señora Barclay había cenado apresuradamente a fin de llegar puntual a la misma. Al salir de su casa, el cochero la oyó dirigir una observación de tipo corriente a su marido, y asegurarle que no tardaría en volver. Llamó después a la señorita Mornison, una joven que vive en la villa contigua, y fueron las dos juntas a la reunión. Ésta duró cuarenta minutos y, a las nueve y cuarto, la señora Barclay regresó a su casa, después de dejar a la señorita Mornison ante la puerta de la suya, al pasar.

Hay en Lachine una habitación que se utiliza como sala de estar por la mañana. Da a la carretera, y una gran puerta cristalera de hojas plegables se abre desde ella sobre el césped. Este se extiende a lo largo de unas treinta yardas, y sólo lo separa de la carretera un muro bajo rematado por una barandilla de hierro. En esta habitación entró la señora Barclay al regresar. Las cortinas no estaban corridas, ya que rara vez se utilizaba aquella sala por la noche, pero la propia señora Barclay encendió la lámpara y después tocó la campanilla, para pedir a Jane Stewart, la primera camarera, que le sirviera una taza de té, cosa que era más bien contraria a sus hábitos usuales. El coronel había estado sentado en el comedor, pero al oír que su esposa ya había regresado, se reunió con ella en la sala mencionada. El cochero le vio atravesar el vestíbulo y entrar en ella. Nunca más se le volvería a ver con vida.

El té que ella había pedido le fue subido al cabo de diez minutos, pero la sirvienta, al acercarse a la puerta, oyó, sorprendida, las voces de su señor y su señora entregados a un furioso altercado. Llamó, sin recibir respuesta alguna, e incluso hizo girar el pomo de la puerta, pero resultó que ésta estaba cerrada pon el interior. Como es natural, bajó corriendo para advertir a la cocinera, y las dos mujeres, acompañadas por el lacayo, subieron al vestíbulo y escucharon la disputa que proseguía con la misma violencia. Todos coinciden en que sólo se oían dos voces, la de Barclay y la de su mujer. Las frases emitidas por Barclay eran breves y expresadas con voz queda, de modo que ninguna de ellas les resultaba audible a los que escuchaban tras la puerta. Las de la señora, en cambio, eran más cortantes y, cuando alzaba la voz, se oían perfectamente. «¡Eres un cobarde!», le repetía una y otra vez. «¿Qué podemos hacer ahora? ¿Qué podemos hacer ahora? ¡Devuélveme la vida! ¡No quiero volver a respirar nunca más el mismo aire que tú! ¡Cobarde! ¡Cobarde!» Esto eran fragmentos de la conversación de ella, que terminaron con un grito repentino y espantoso proferido por la voz del hombre, junto con el ruido de una caída y un penetrante chillido de la mujer. Convencido de que había ocurrido alguna tragedia, el cochero se abalanzó hacia la puerta y trató de forzarla, mientras del interior brotaba un grito tras otro. No le fue posible, sin embargo, abrirla, y las sirvientas estaban demasiado acongojadas por el miedo para poder prestarle alguna ayuda. Pero entonces se le ocurrió súbitamente una idea y cruzó corriendo la puerta del vestíbulo y salió a la extensión de césped, sobre la que se abría la gran puerta cristalera de hojas plegables. Un lado de éstas estaba abierto, cosa según creo usual en verano, y sin dificultad pudo entrar en la habitación. Su señora había dejado de gritar y estaba echada, sin conocimiento, en un sofá, en tanto que, con los pies sobre el costado de una butaca y la cabeza en el suelo, cerca del ángulo del guardafuegos, yacía el infortunado militar, muerto y en medio de un charco de su propia sangre.

Naturalmente, el primer pensamiento del cochero, al descubrir que nada podía hacer por su amo, fue el de abrir la puerta, pero entonces se presentó una dificultad tan singular como inesperada. La llave no se encontraba en la parte interior de la puerta, y no fue posible encontrarla en parte alguna de la habitación. Por consiguiente, volvió a salir por la ventana y regresó tras haber conseguido la ayuda de un policía y de un médico. La señora, contra la cual se alzaron lógicamente las más intensas sospechas, fue trasladada a su dormitorio todavía en un estado de insensibilidad. El cadáver del coronel fue colocado entonces sobre el sofá y se procedió a un examen cuidadoso del escenario de la tragedia.

Se comprobó que la herida infligida al infortunado veterano era un corte desigual, de unos cuatro dedos de longitud, en la parte posterior de la cabeza, que indudablemente había sido causado por un golpe violento asestado con un instrumento contundente. Tampoco fue difícil deducir cuál pudo haber sido esta arma. En el suelo y cerca del cadáver había una curiosa maza de madera dura tallada, con un mango de hueso. El coronel poseía una variada colección de armas traídas de los diferentes países en los que habla luchado, y la policía conjetura que esta maza figuraba entre sus trofeos. Los sirvientes niegan haberla visto antes, pero entre las numerosas curiosidades que hay en la casa es posible que les hubiera pasado por alto. Nada más de importancia descubrió la policía en la habitación, salvo el hecho inexplicable de que ni en la persona de la señora Barclay ni sobre la víctima ni en parte alguna de la habitación se encontró la llave perdida. Finalmente, la puerta tuvo que abrirla un cerrajero de Aldershot.

Así estaban las cosas, Watson, cuando el lunes por la mañana me trasladé a Aldershot, a petición del mayor Murphy, para respaldar los esfuerzos de la policía. Pienso que reconocerá que el problema ofrecía ya su interés, pero mis observaciones pronto me hicieron comprender que era en realidad mucho más extraordinario que todo cuanto pudiera aparentar a primera vista.

Antes de examinar la habitación, interrogué a los sirvientes, pero sólo conseguí obtener los hechos que ya he explicado. Otro detalle interesante fue el que recordó la camarera Jane Stewart. Como ya le he dicho, al oír los ecos de la disputa bajó y regresó con los otros criados. Dice que en la primera ocasión, cuando ella estaba sola, las voces de su señor y de su señora eran tan bajas que apenas pudo oír nada, y juzgó por sus tonos, más bien que por sus palabras, que había una seria desavenencia entre ellos. Sin embargo, al insistir yo en mis preguntas, recordó haber oído el nombre «David», pronunciado dos veces por la dama. Este punto tiene la mayor importancia para orientarnos respecto al motivo de la súbita pelea. Recordará que el nombre del coronel era James.

Había algo en el caso que causó profunda impresión tanto a los sirvientes como a la policía. Hablo de la deformación en la cara del coronel. Según su relato, había quedado grabada en ella la expresión de miedo y horror más tremenda que pueda asumir una faz humana. Esto, claro está, encajaba perfectamente con la teoría de la policía, en el caso de que el coronel hubiera podido ver a su esposa en el momento de efectuar ésta un ataque mortífero contra él. Y contra esto no representaba una objeción fatal el hecho de tener la herida en la parte posterior de la cabeza, ya que pudo haberse vuelto para evitar el golpe. No era posible obtener información alguna de la señora, ya que ésta se mostraba temporalmente desequilibrada a consecuencia de un agudo ataque de fiebre cerebral.

Supe por la policía que la señorita Mornison, que, como recordará, salió aquella noche con la señora Barclay, negaba tener la menor idea acerca de lo que había causado el malhumor de su compañera al volver.

Una vez reunidos estos hechos, Watson, fumé varias pipas mientras meditaba sobre ellos, tratando de separar los que eran cruciales de otros que eran meramente incidentales. No cabía la menor duda de que el punto más distintivo y sugestivo en el caso era la desaparición de la llave de la puerta. Un registro a fondo no había permitido encontrarla en la habitación y, por consiguiente, habían de habérsela llevado. Pero ni el coronel ni la esposa del coronel pudieron apoderarse de ella. Esto quedaba bien claro. Por consiguiente, tenía que haber entrado en la habitación una tercera persona. Y esta tercera persona sólo pudo haber entrado por la ventana. Me pareció que un examen cuidadoso de la habitación y del césped podían revelar alguna traza del misterioso individuo. Usted ya conoce mis métodos, Watson, y no hubo ni uno solo de ellos que yo dejara de aplicar en mi búsqueda. Y ésta concluyó al encontrar yo trazas, pero muy diferentes de las que había esperado. Había habido un hombre en la sala, y este hombre había cruzado el césped, procedente de la carretera. Me fue posible obtener cinco impresiones muy claras de las huellas de sus pies: una en la misma carretera, en el punto donde había escalado el muro bajo, dos en el césped y otras dos, muy débiles, en las tablas enceradas cercanas a la ventana por la que entró. Al parecer, había corrido por el césped, pues las huellas del dedo gordo eran mucho más profundas que las de los talones. Pero no fue el hombre el que me sorprendió, sino su acompañante.

—¿Su acompañante?

Holmes extrajo de su bolsillo una hoja grande de papel plegada y la desdobló cuidadosamente sobre su rodilla.

—¿Qué me dice de esto? —preguntó.

El papel estaba cubierto por dibujos de huellas de patas de un animal pequeño. Tenía cinco almohadillas bien marcadas y una indicación de uñas largas, y toda la huella mostraba más o menos el tamaño de una cucharilla de postre.

—Es un perro —dije.

—¿Ha oído hablar alguna vez de un perro que trepe por una cortina? Encontré señales bien claras de que esta criatura lo había hecho.

—¿Un mono, pues?

—Pero ésta no es la huella de un mono.

—¿De qué puede ser, pues?

—Ni perro, ni gato, ni mono, ni criatura alguna con la que nosotros estemos familiarizados. He tratado de reconstruirla a partir de las mediciones. He aquí cuatro huellas en las que el animal ha estado inmóvil y de pie. Como puede ver, no hay menos de quince pulgadas entre la pata delantera y la trasera. Añada a esto la longitud del cuello y de la cabeza, y tendrá una bestezuela de no mucho menos de dos pies de longitud... probablemente más, si existe una cola. Pero observe ahora esta otra medición. El animal se ha estado moviendo y tenemos la longitud de su paso. En cada caso es tan sólo de unas tres pulgadas. Como ve, existe una indicación de un cuerpo largo con unas patas muy cortas unidas a él. No ha tenido la consideración de dejar una muestra de su pelo tras de sí, pero su forma general ha de ser la que he indicado, puede trepar por una cortina y es carnívoro.

—¿Cómo lo deduce?

—Porque trepó por la cortina. En la ventana colgaba una jaula con un canario; parece ser que su objetivo era apoderarse del pájaro.

—¿Qué era, entonces, este animal?

—Ah, si pudiera darle un nombre habría avanzado un buen trecho hacia la solución del caso. Bien mirado, se trata probablemente de alguna criatura de la tribu de las comadrejas o los armiños y, sin embargo, es más grande que todos los ejemplares de estas especies que yo haya visto jamás.

—Pero ¿qué tuvo que ver con el crimen?

—Esto también queda oscuro. Pero, como observará, sabemos que hubo un hombre en el camino, presenciando la disputa entre los Barclay, puesto que había luz en la habitación y las cortinas no estaban corridas. Sabemos también que corrió a través del césped, entró en la habitación acompañado por un animal extraño, y que, o bien golpeó al coronel, o éste se desplomó a causa del tremendo susto que le causó su visión y se partió la cabeza en la esquina del guardafuegos. Finalmente, tenemos el curioso hecho de que el intruso se llevó la llave al marcharse.

—Parece como si sus descubrimientos hubieran dejado el asunto más oscuro de lo que ya estaba —observe.

—Así es. Indudablemente, han demostrado que el caso es mucho más profundo de lo que se conjeturó al principio. Medité detenidamente la cuestión y llegué a la conclusión de que debo enfocar el caso desde otro aspecto. Pero de hecho, Watson, le estoy manteniendo levantado y puedo contarle perfectamente todo esto en nuestro viaje de mañana a Aldershot.

—Gracias, pero ha llegado demasiado lejos para detenerse ahora.

—Yo tenía la certeza de que, cuando la señora Barclay salió de su casa a las siete y media, estaba en buena relación con su marido. Como creo haber dicho ya, nunca mostraba de forma ostentosa su afecto, pero el cochero la oyó departir amistosamente con el coronel. Ahora bien, la misma certeza tuve de que, al regresar, se retiró inmediatamente a la habitación en que menos probabilidades tenía de ver a su esposo, y allí pidió té, como era propio de una mujer presa de agitación. Y finalmente, al presentarse él, prorrumpió en violentas recriminaciones.

Por consiguiente, algo había ocurrido entre las siete y media y las nueve, algo que alteró por completo los sentimientos de ella respecto a él. Pero la señorita Mornison no se había separado de ella durante esta hora y media, y era absolutamente seguro por tanto, a pesar de su negativa, que algo tenía que saber ella respecto al asunto.

Mi primera conjetura fue la posibilidad de que entre esta joven y el veterano militar existiera alguna relación que éste hubiera confesado ahora a su esposa. Esto explicaría la indignación de ésta a su regreso y también la negativa de la joven en lo tocante a que hubiera ocurrido algo. Tampoco era del todo incompatible con la mayoría de palabras que pudieron oírse.

Pero existía la referencia a un tal David y también el contrapeso del bien sabido afecto del coronel por su mujer, ello sin hablar de la trágica intrusión de este otro hombre que, desde luego, bien podía estar totalmente desvinculada de todo lo ocurrido antes. No resultaba nada fácil seguirlo todo paso a paso, pero en conjunto yo me sentía inclinado a descartar la idea de que hubiera habido algo entre el coronel y la señorita Mornison, pero cada vez estaba más convencido de que esta joven tenía la clave de lo que provocó el odio de la señora Barclay contra su marido. Por consiguiente, tomé la lógica medida de visitar a la señorita Mornison, explicarle que tenía la absoluta certeza de que ella retenía datos que obraban en su poder y asegurarle que su amiga la señora Barclay podía verse en el banquillo, con peligro de una sentencia capital, a no ser que se aclarase la cuestión.

La señorita Mornison es una jovencita pequeña, con ojos tímidos y rubios cabellos, pero a la que no le faltan, ni mucho menos, astucia y sentido común. Después de hablar yo, reflexionó durante algún tiempo y acto seguido, volviéndose resueltamente hacia mí, comenzó una notable declaración, que procedo a condensarle.

—Prometí a mi amiga no decir nada al respecto, y una promesa es una promesa —dijo—. Pero si de veras puedo ayudarla cuando se encuentra bajo una acusación tan grave, y cuando su boca, pobrecita, se ve cerrada por la enfermedad, creo que estoy liberada de mi promesa. Yo le diré exactamente lo que ocurrió el lunes por la tarde.

Regresábamos de la misión de Watt Street a eso de las ocho y cuarto. En nuestro camino teníamos que pasar por Hudson Street, que es una calle muy tranquila. Sólo hay un farol en ella, en la acera izquierda, y al acercarnos a él, vi venir hacia nosotros un hombre con la espalda muy encorvada y con algo semejante a una caja colgada de un hombro. Parecía deforme, pues caminaba con la cabeza gacha y las rodillas dobladas. Al cruzarnos con él, levantó la cara para mirarnos bajo el círculo de luz que proyectaba el farol; al hacerlo se detuvo y gritó con una voz terrible: «¡Dios mío, pero si es Nancy!» La señora Barclay se volvió con una palidez total y se hubiera caído de no haberla sostenido aquel ser de tan horrendo aspecto. Me disponía a llamar a un guardia, cuando ella, con gran sorpresa por mi parte, dirigió educadamente la palabra al hombre.

—Durante estos treinta años te he creído muerto, Henry —le dijo con voz temblorosa.

—Y yo —contestó él.

Fue terrible oír el tono con el que pronunció estas palabras. Tenía un rostro muy moreno y tremebundo, y un brillo en los ojos que todavía vuelvo a ver en sueños. Cabellos y patillas estaban entreverados de gris, y tenía toda la cara arrugada y llena de surcos, como una manzana marchita.

—Sigue un rato tu camino, querida —me dijo la señora Barclay—. Quiero hablar un momento con este hombre. No hay nada que temer.

Trataba de hablar con naturalidad, pero estaba todavía mortalmente pálida y el temblor de sus labios apenas le permitía articular las palabras.

Hice lo que ella me pedía y los dos hablaron durante varios minutos. Después ella bajó por la calle con los ojos llameantes. Vi que el pobre inválido, de pie junto al farol, alzaba los puños cerrados en el aire, como si la rabia le hubiera enloquecido. Ella no dijo ni palabra hasta que llegamos a mi puerta, pero entonces me estrechó la mano y me rogó que no contara a nadie lo ocurrido.

—Es un antiguo amigo mío que ha reaparecido —me dijo.

Cuando le prometí que por mí no se sabría ni una palabra, me besó y ya no he vuelto a verla desde entonces. Le acabo de contar toda la verdad, y si me la callé ante la policía fue porque no comprendí entonces el peligro en que se encontraba mi querida amiga. Ahora sé que sólo puede redundar en su favor el que se sepa todo.

Tal fue su declaración, Watson, y para mí, como podrá imaginar, fue como una luz en una noche oscura. Todo lo que antes había estado desconectado empezó en seguida a asumir su verdadero lugar, y tuve una primera y vaga idea de toda la secuencia de acontecimientos. Mi próximo paso consistía, evidentemente, en hallar al hombre que había causado una impresión tan notable en la señora Barclay. Si todavía se encontraba en Aldershot, la cuestión no sería tan difícil. No hay un número muy elevado de civiles y un hombre deformado forzosamente había de llamar la atención. Pasé un día buscando y, al atardecer, aquel mismo atardecer, Watson, ya había dado con él.

El hombre se llama Henry Wood y vive en una habitación de la misma calle en la que le encontraron las dos mujeres. Lleva sólo cinco días en la población. Simulando ser un agente del registro, tuve una interesante conversación con su patrona. El hombre ejerce el oficio de actor y prestidigitador. Una vez caída la noche, va de una cantina a otra y ofrece en ellas su pequeño espectáculo. Lleva consigo, en aquella caja, un animalillo que a la patrona parece causarle una considerable inquietud, ya que nunca ha visto un animal semejante. Él lo utiliza en algunos de sus trucos, según cuenta ella. Esto fue lo que pudo explicarme la mujer, así como también que era muy extraño que el hombre viviera teniendo en cuenta lo muy retorcido que estaba, que hablaba a veces en una lengua extraña y que en las dos últimas noches le había oído gemir y llorar en su habitación. Era buen pagador, pero en lo que le entregó le dio lo que parecía ser un florín falso. Me lo enseñó, Watson, y era una rupia india.

Y ahora, mi querido amigo, ya ve usted exactamente dónde nos encontramos y por qué quiero tenerle a mi lado. Está perfectamente claro que, cuando las damas se alejaron de ese hombre, él las siguió a distancia, que presenció a través de la ventana la disputa entre marido y mujer, que irrumpió en la habitación y que el animalillo que llevaba en la caja quedó en libertad. Todo esto ofrece la mayor certeza. Pero él es la única persona de este mundo que puede decirnos exactamente lo que sucedió en aquella habitación.

—¿Y tiene la intención de preguntárselo a él?

—Desde luego... pero en presencia de un testigo.

—¿Y yo soy el testigo?

—Si tiene esa bondad. Si él puede explicar lo sucedido, pues muy bien. Y si se niega, no tendremos más alternativa que la de pedir un mandamiento.

—¿Y cómo sabe que él estará allí cuando nosotros lleguemos?

—Tenga la seguridad de que he tomado algunas precauciones. He puesto a vigilarle a uno de mis chicos de Baker Street, que se agarraría a él como una lapa fuera adonde fuera. Mañana lo encontraremos en Hudson Street, Watson, y entretanto yo sí que sería un criminal si le mantuviera alejado de la cama por más tiempo.

Era mediodía cuando nos encontramos en la escena de la tragedia y, bajo la orientación de mi compañero, nos dirigimos sin pérdida de tiempo a Hudson Street. A pesar de su capacidad para contener sus emociones, pude ver fácilmente que Holmes se encontraba en un estado de excitación contenida, mientras a mí me cosquilleaba aquella sensación placentera, mitad deportiva mitad intelectual, que experimentaba invariablemente cuando me unía a él en sus investigaciones.

—Esta es la calle —dijo al enfilar un corto pasaje flanqueado por sencillas casas de dos plantas y obra vista—. Ah, ahí está Simpson, que viene a dar el parte.

—Está en casa, señor Holmes —exclamó un rapaz con aspecto de pillete, corriendo hacia nosotros.

—¡Muy bien, Simpson! —aprobó Holmes, dándole una palmadita en la cabeza—. Adelante, Watson, ésta es la casa.

Hizo pasar su tarjeta, junto con el mensaje de que habíamos acudido por un asunto importante. Unos momentos después nos encontramos cara a cara con el hombre que deseábamos ver. A pesar del tiempo caluroso, estaba agazapado frente a un fuego; la pequeña habitación parecía un horno. El hombre estaba sentado, todo él retorcido y acurrucado en una silla, de un modo que proporcionaba una indescriptible impresión de deformidad, pero el rostro que volvió hacia nosotros, aunque arrugado y atezado, debió de haber sido en otro tiempo notable por su belleza. Nos miró suspicazmente con ojos de un amarillo bilioso y, sin hablar, ni levantarse, nos indicó un par de sillas.

—¿El señor Henry Wood, últimamente residente en la India, verdad? — preguntó Holmes afablemente—. He venido por ese asuntillo de la muerte del coronel Barclay.

—¿Y qué puedo saber yo al respecto?

—Esto es lo que he venido a averiguar. ¿Supongo que sabe usted que, si no se aclara el caso, la señora Barclay, que es una antigua amiga suya, será juzgada, según todas las probabilidades, por asesinato?

El hombre experimentó un violento sobresalto.

—Yo no sé quién es usted —exclamó—, ni cómo ha llegado a saber lo que sabe, pero juraría que es verdad lo que me está diciendo.

—Sólo esperan que ella recupere el sentido para proceder a su arresto.

—¡Dios mío! ¿Y ustedes también son de la policía?

—No.

—¿Cuál es, pues, su misión?

—Es misión de todo hombre procurar que se haga justicia.

—Puede aceptar mi palabra de que ella es inocente.

—¿Entonces usted es culpable?

—No, no lo soy.

—¿Quién mató, pues, al coronel James Barclay?

—Fue la Providencia justiciera quien le mató. Pero le aseguro que, si yo le hubiera hecho saltar la tapa de los sesos, como ansiaba hacer, no habría recibido de mis manos más que lo debido. Si su conciencia culpable no lo hubiera fulminado, es más que probable que yo me hubiera manchado con su sangre. Usted desea que yo cuente lo ocurrido. Pues bien, no veo por qué no debiera hacerlo, pues nada hay en ello que deba avergonzarme.

Las cosas ocurrieron así, señor. Usted me ve ahora con mi espalda como la de un camello y mis costillas deformadas, pero hubo un tiempo en que el cabo Henry Wood era el hombre más apuesto del 117 de Infantería. Nos encontrábamos entonces en la India, acantonados en un lugar al que llamaremos Bhurtee. Barclay, el que murió el otro día, era sargento en la misma compañía, y la beldad del regimiento, y además la mejor chica que haya existido jamás, era Nancy Devoy, hija del sargento abanderado. Había dos hombres que la amaban y uno al que amaba ella. Ustedes sonreirán al mirar a este pobre ser acurrucado ante el fuego y oírme decir que me amaba por lo bien plantado que era yo.

Pero aunque yo fuese dueño de su corazón, su padre estaba empeñado en que se casara con Barclay. Yo era un muchacho algo atolondrado y tarambana, y él había recibido una educación y ya estaba destinado a llevar un día espada. Pero la chica se mantuvo fiel a mí y parecía como si yo fuera a conseguirla, cuando se produjo la rebelión de los cipayos y se desencadenó el infierno en todo el país.

Nuestro regimiento quedó bloqueado en Bhurtee con media batería de artillería, una compañía de sikhs y numerosos civiles, entre ellos mujeres. Nos rodeaban diez mil rebeldes, mostrándose tan ávidos como una jauría de terriers alrededor de una jaula de ratas. Hacia la segunda semana del asedio, se nos terminó el agua y surgió la cuestión de si podíamos establecer comunicación con la columna del general Neill, que estaba avanzando por la región. Era nuestra única posibilidad, ya que no podíamos esperar abrirnos paso peleando, con todas aquellas mujeres y niños, por lo que me ofrecí voluntario para ir al encuentro del general Neill y explicarle el peligro que corríamos. Mi ofrecimiento fue aceptado y hablé de él con el sargento Barclay, del que se decía que conocía el terreno mejor que nadie, y trazó una ruta que me permitiría atravesar las líneas rebeldes. A las diez de aquella misma noche, comencé mi expedición. Había un millar de vidas que salvar, pero sólo en una pensaba yo cuando por la noche salté desde el parapeto.

Mi camino discurría a lo largo de un terreno seco que, según esperábamos, había de ocultarme ante los centinelas enemigos, pero al doblar un ángulo del mismo me encontré frente a seis de ellos que me estaban esperando agazapados en la oscuridad. En un instante, un golpe me atontó y fui atado de pies y manos. Pero el verdadero golpe lo recibí en el corazón y no en la cabeza, pues cuando volví en mí y escuché lo que pude entender de su conversación, oí lo suficiente para enterarme de que mi camarada, el mismo hombre que había trazado el camino que yo había de seguir, me había traicionado y, por medio de un sirviente nativo, me había entregado al enemigo.

Bien, no es necesario que divague sobre esta parte de la historia. Ya sabe ahora de que era capaz James Barclay. Bhurtee fue liberada por Neill el día siguiente, pero los rebeldes se me llevaron con ellos en su retirada. Pasaron largos años antes de que yo volviera a ver un rostro blanco. Fui torturado y traté de huir, pero fui capturado y torturado de nuevo. Pueden ustedes ver en qué estado quedé. Algunos de los rebeldes, que huyeron a Nepal, se me llevaron consigo, y después me encontré más allá de Darjeeling. Los montañeses de esta región mataron a los rebeldes que me mantenían prisionero y, por un tiempo, me convertí en su esclavo hasta que me escapé, pero en vez de ir hacia el sur tuve que ir al norte, hasta encontrarme con los afganos. Allí vagabundeé varios años, y al final regresé al Punjab, donde viví casi siempre entre nativos y me gané la vida con los trucos de prestidigitación que había aprendido. ¿De qué iba a servirme a mí, un pobre inválido, volver a Inglaterra, o darme a conocer entre mis antiguos camaradas de armas? Ni siquiera mi deseo de venganza podía impulsarme a hacerlo. Prefería que Nancy y mis compañeros pensaran que Henry Wood había muerto con la espalda enhiesta, en vez de que me vieran vivo y moviéndome con ayuda de un bastón, como un chimpancé. Ellos no dudaban de que yo había muerto, y me cuidé de que nunca supieran otra cosa. Oí que Barclay se había casado con Nancy y que ascendía rápidamente en el regimiento, pero ni siquiera esto me movió a hablar.

Pero cuando uno envejece, le asalta la nostalgia de su patria. Durante años yo había soñado con los verdes y espléndidos prados y setos de Inglaterra. Finalmente, decidí verlos antes de morir; ahorré lo suficiente para el viaje y me vine entonces aquí, un lugar de soldados, pues yo conozco sus aficiones y sé cómo divertirlos con ello gano lo bastante para sustentarme.

—Su narración no puede ser más interesante —dijo Holmes—. Ya he oído hablar de su encuentro con la señora Barclay y su mutua identificación. Según tengo entendido, entonces usted la siguió hasta su casa y vio a través de la ventana un altercado entre ella y su esposo, durante el cual ella le echó en cara su conducta con usted. Sus sentimientos le dominaron, atravesó corriendo el césped e irrumpió allí donde estaban los dos.

—Así fue, señor. Y al verme a mí, él asumió una expresión como nunca se la he visto a ningún hombre y se cayó, dándose un golpe en la cabeza contra el guardafuegos. Pero ya estaba muerto antes de caerse. Leí la muerte en su cara tan claramente como ahora puedo leer ese texto a la luz del fuego. La mera visión de mi persona fue como una bala que atravesara su corazón culpable.

—¿Y entonces?

—Nancy se desmayó y yo le arranqué de la mano la llave de la puerta, con la intención de abrirla y pedir auxilio. Pero mientras lo hacía, me pareció mejor dejarlo y huir, ya que las cosas podían ponerse negras para mí. Por otra parte, si me detenían mi secreto quedaría al descubierto. En mis prisas, metí la llave en mi bolsillo y dejé caer mi bastón mientras daba caza a Teddy, que se había subido a la cortina. Una vez lo tuve en su caja, de la que había escapado, me alejé de allí con toda la rapidez posible.

—¿Quién es Teddy?

El hombre se inclinó y alzó la parte frontal de una especie de conejera que había en un rincón. Al instante salió de ella un bellísimo animal de color castaño rojizo, esbelto y sinuoso, con patas de armiño, un hocico largo y delgado, y el par de ojos más hermosos que nunca hubiera visto yo en la cabeza de un animal.

—¡Es una mangosta! —grité.

—Algunos lo llaman así y otros lo llaman icneumón —dijo el hombre—. Cazador de serpientes es el nombre que le doy yo, y es sorprendentemente rápido con las cobras. Aquí tengo una sin colmillos, y Teddy la captura cada noche para divertir a los clientes de la cantina. ¿Alguna cosa más, caballero?

—Tal vez tengamos que verle de nuevo si la señora Barclay llegara a encontrarse en un grave aprieto.

—En este caso, desde luego, yo me presentaría.

—Pero si no es así, no hay necesidad de suscitar este escándalo contra un hombre que ya está muerto, por vergonzoso que haya sido su comportamiento. Tiene usted, al menos, la satisfacción de saber que, durante treinta años de su vida, su conciencia siempre le reprochó su malvada conducta severamente. Ah, allí va el mayor Murphy, por el otro lado de la calle. Adiós, Wood. Quiero saber si ha ocurrido algo nuevo desde ayer.

Tuvimos tiempo para alcanzar al mayor antes de que llegase a la esquina.

—Ah, Holmes —dijo—, supongo que se habrá enterado de que todo este jaleo ha terminado en nada.

—¿Qué ha sido, pues?

—Acaba de terminar la diligencia judicial. Las pruebas médicas han demostrado concluyentemente que la muerte fue debida a una apoplejía. Ya ve que, después de todo, fue un caso bien sencillo.

—Ya lo creo, notablemente superficial —repuso Holmes, sonriendo—. Vamos, Watson, no creo que en Aldershot se nos necesite ya.

—Hay una cosa —dije mientras nos encaminábamos a la estación—. Si el marido se llamaba James y el otro Henry, ¿a qué venía hablar de un tal David?

—Esta sola palabra, mi estimado Watson, hubiera tenido que contarme toda la historia de haber sido yo el razonador ideal que a usted tanto le agrada describir. Era, evidentemente, un término usado como reproche.

—¿Como reproche?

—Sí. Ya sabe usted que, de vez en cuando, David se extralimitaba un poco; en una ocasión lo hizo en el mismo sentido que el sargento Barclay. Usted recordará el asuntillo de Urías y Betsabé. Mucho me temo que mis conocimientos bíblicos estén un poco oxidados, pero encontrará esta historia en el primer o segundo libro de Samuel.

EL PACIENTE INTERNO

«Aunque la ley británica no haya podido protegerlo, la espada de la justicia sigue presente para vengarle.»
Doctor Trevelyan

Al dar una ojeada a la serie un tanto incoherente de memorias con las que he tratado de ilustrar algunas de las peculiaridades mentales de mi amigo el señor Sherlock Holmes, me ha chocado la dificultad que siempre he experimentado al elegir ejemplos que respondan en todos los aspectos a mi propósito. Y es que en aquellos casos en los que Holmes ha efectuado algún tour-de-force de razonamiento analítico y ha demostrado el valor de sus peculiares métodos de investigación, los hechos en sí han sido a menudo tan endebles o tan vulgares que no he encontrado justificación para exponerlos ante el público. Por otra parte, ha ocurrido con frecuencia que ha intervenido en alguna investigación cuyos hechos han sido de un carácter de lo más notable y dramático, pero en la que su participación en determinar sus causas ha sido menos pronunciada de lo que yo, como biógrafo suyo, pudiera desear. El asuntillo que he relatado bajo el título Estudio en escarlata y aquel otro caso relacionado con la desaparición de la Gloria Scott, pueden servir como ejemplos de esas Escila y Caribdis que siempre están amenazando a su historiador. Bien puede ser que, en el caso sobre el que ahora me dispongo a escribir, el papel interpretado por mi amigo no quede suficientemente acentuado y, sin embargo, toda la secuencia de circunstancias es tan notable que no me es posible omitirla sin más en esta serie.

No puedo estar seguro de la fecha exacta, pues algunos de mis memorandos al respecto se han extraviado, pero debió de ser hacia el final del primer año durante el cual Holmes y yo compartimos habitaciones en Baker Street. Hacía un tiempo tempestuoso propio de octubre y los dos nos habíamos quedado todo el día en casa, yo porque temía enfrentarme al cortante viento otoñal con mi quebrantada salud, mientras que él estaba sumido en una de aquellas complicadas investigaciones químicas que tan profundamente le absorbían mientras se entregaba a ellas. Al atardecer, sin embargo, la rotura de un tubo de ensayo puso un final prematuro a su búsqueda y le hizo abandonar su silla con una exclamación de impaciencia y el ceño fruncido.

—Una jornada de trabajo perdida, Watson —dijo, acercándose a la ventana—. ¡Ajá! Han salido las estrellas y ha menguado el viento. ¿Qué me diría de un paseo a través de Londres?

Yo estaba cansado de nuestra pequeña sala de estar y asentí con placer, mientras me protegía del aire nocturno con una bufanda subida hasta la nariz. Durante tres horas caminamos los dos, observando el caleidoscopio siempre cambiante de la vida, con sus mareas menguante y creciente a lo largo de Fleet Street y del Strand. Holmes se había despojado de su malhumor temporal, y su conversación característica, con su aguda observación de los detalles y sutil capacidad deductiva, me mantenía divertido y subyugado. Dieron las diez antes de que llegáramos a Baker Street. Un brougham esperaba ante nuestra puerta.

—¡Hum! Un médico... y de medicina general, según veo —comentó Holmes—. No lleva largo tiempo en el oficio, pero tiene mucho trabajo. ¡Supongo que ha venido a consultarnos! ¡Es una suerte que hayamos vuelto!

Yo estaba suficientemente familiarizado con los métodos de Holmes para poder seguir su razonamiento, y ver que la índole y el estado de los diversos instrumentos médicos en el cesto de mimbre colgado junto al farolillo dentro del coche le había proporcionado los datos para su rápida deducción. La luz de nuestra ventana, arriba, denotaba que esta tardía visita nos estaba efectivamente dedicada. Con cierta curiosidad respecto a qué podía habernos enviado un colega médico a semejantes horas, seguí a Holmes hasta nuestro sanctum.

Un hombre de cara pálida y flaca, con rubias patillas, se levantó de su asiento junto al fuego apenas entramos nosotros. Su edad tal vez no rebasara los treinta y tres o treinta y cuatro años, pero su semblante ojeroso y el color poco saludable de su tez indicaban una existencia que le había minado el vigor y le había despojado de su juventud. Sus ademanes eran tímidos y nerviosos, como los de un hombre muy sensible, y la mano blanca y delgada que apoyaba en la repisa de la chimenea era la de un artista más bien que la de un cirujano. Su indumentaria era discreta y oscura: levita negra, pantalones gris marengo y un toque de color en su corbata.

—Buenas noches, doctor —le saludó Holmes afablemente—. Me tranquiliza ver que sólo lleva unos minutos esperando.

—¿Ha hablado con mi cochero, pues?

—No, me lo ha dicho la vela en la mesa lateral. Le ruego que vuelva a sentarse y me haga saber en qué puedo servirle.

—Soy el doctor Percy Trevelyan —dijo nuestro visitante—, y vivo en el número 403 de Brook Street.

—¿No es usted el autor de una monografía sobre oscuras lesiones nerviosas? —inquirí.

La satisfacción arreboló sus pálidas mejillas al oír que su obra me era conocida.

—Tan rara vez oigo hablar de ella que ya la consideraba como definitivamente desaparecida —dijo—. Mis editores me dan las noticias más desalentadoras sobre su cifra de ventas. Supongo que usted también es médico...

—Cirujano militar retirado.

—Mi afición han sido siempre las enfermedades de origen nervioso. Hubiera deseado hacer de ellas mi única especialidad, pero, como es natural, hay que aceptar lo primero que se ponga a mano. Sin embargo, esto se sale de nuestro asunto, señor Sherlock Holmes, y me consta lo muy valioso que es su tiempo. Lo cierto es que ha ocurrido recientemente una singular cadena de acontecimientos en mi domicilio de Brook Street y esta noche las cosas han llegado a un extremo que me ha impedido esperar ni una hora más para venir a pedirle consejo y ayuda.

Sherlock Holmes se sentó y encendió su pipa.

—Gustosamente procuraré darle ambas cosas —repuso—. Le ruego que me haga un relato detallado sobre las circunstancias que le han inquietado.

—Alguna de ellas es tan trivial —dijo el doctor Trevelyan—, que en realidad casi me avergüenzo de mencionarla. Pero el asunto es tan inexplicable y el cariz que recientemente ha tomado es tan enrevesado, que se lo explicaré todo y usted juzgará lo que es esencial y lo que no lo es.

Para empezar, me veo obligado a decir algo acerca de mis estudios universitarios. Los cursé en la Universidad de Londres, y estoy seguro de que no creerán que me dedico indebidas alabanzas si digo que mis profesores consideraban como muy prometedora mi carrera estudiantil. Después de graduarme, seguí dedicándome a la investigación, ocupando una plaza menor en el King’s College Hospital, y tuve la suerte de suscitar un interés considerable con mis trabajos sobre la patología de la catalepsia y ganar finalmente el premio y la medalla Bruce Pinkerton por la monografía sobre lesiones nerviosas a la que acaba de aludir su amigo. No exageraría si dijera que en aquella época existía la impresión general de que me esperaba una carrera distinguida.

Pero mi gran obstáculo consistía en mi perentoria necesidad de un capital. Como usted comprenderá perfectamente, un especialista con miras altas tiene que comenzar en alguna de una docena de calles de los alrededores de Cavendish Square, todas las cuales exigen alquileres enormes y grandes gastos de amueblamiento. Además de este desembolso preliminar, ha de estar en condiciones para mantenerse varios años y para alquilar un carruaje y un caballo presentables. Esto se hallaba mucho más allá de mis posibilidades, y sólo podía esperar que, a fuerza de economías, en diez años pudiera ahorrar lo bastante para permitirme colgar la placa. Pero de pronto un incidente inesperado abrió ante mí una perspectiva totalmente nueva.

Se trató de la visita de un caballero llamado Blessington, que era para mí un perfecto desconocido. Vino una mañana a mis habitaciones y al instante fue al grano.

—¿Es usted el mismo Percy Trevelyan que ha cursado una carrera tan distinguida y últimamente ha ganado un gran premio? —preguntó.

Yo me incliné.

—Contésteme con franqueza —prosiguió—, pues como verá, ello redunda en su interés. Tiene usted toda la inteligencia que proporciona el éxito a un hombre. ¿Tiene también el tacto?

No pude evitar una sonrisa ante la brusquedad de esta pregunta.

—Confío tener el que me corresponde —repliqué.

—¿Alguna mala costumbre? Supongo que no le dará por la bebida, ¿verdad?

—Verdaderamente, caballero... —exclamé.

—¡Muy bien! ¡Todo muy bien! Pero no tenía más remedio que preguntárselo. Y con todas estas cualidades, ¿cómo es que no ejerce?

Me encogí de hombros.

—Vamos, hombre, vamos —exclamó con voz estentórea—, la vieja historia de siempre: «Hay más en un cerebro que en su bolsillo», ¿no es así? ¿Y qué diría si yo le instalara en Brook Street?

Me quedé mirándole estupefacto.

—¡Sí, pero obro en mi interés, no en el de usted! —gritó—. Le hablaré con perfecta franqueza, y si usted está de acuerdo, yo lo estaré también. Sepa que tengo unos cuantos miles de libras para invertir, y creo que voy a jugármelos con usted.

—¿Pero por qué? —balbuceé.

—Es como cualquier otra especulación, se lo aseguro, y más conveniente que la mayoría de ellas.

—¿Y qué debo hacer yo, pues?

—Se lo explicaré. Yo buscaré la casa, la amueblaré, pagaré las criadas y lo administraré todo. Lo único que debe usted hacer es desgastar el asiento de su silla en el gabinete de consulta. Le dejaré que disponga de dinero de bolsillo y de todo lo necesario. Después, usted me entregará las tres cuartas partes de lo que gane y se reservará para sí el otro cuarto.

Y tal fue la extraña proposición, señor Holmes, con la que se me presentó ese Blessington. No le cansaré con el relato de nuestros regateos y negociaciones, pero terminaron con mi traslado a la casa el día de la Anunciación y el comienzo de mi labor prácticamente en las mismas condiciones que él había sugerido. El vino a vivir conmigo, en la categoría de un paciente interno. Tenía, según parece, el corazón débil y necesitaba una constante supervisión médica. Convirtió las dos mejores habitaciones de la primera planta en sala de estar y dormitorio para él. Era hombre de hábitos singulares, que evitaba las compañías y muy rara vez salía de casa. Su vida era irregular, pero en un aspecto era la regularidad personificada. Cada noche, a la misma hora, entraba en mi consultorio, examinaba los libros, depositaba cinco chelines y tres peniques por cada guinea que yo hubiera ganado y se llevaba el resto para guardarlo en la caja fuerte de su habitación.

Puedo afirmar confiadamente que jamás tuvo motivo para lamentar su especulación. Desde el primer día, ésta fue un éxito. Unos cuantos casos acertados y la reputación que yo me había forjado en el hospital me situaron en seguida en primera fila. En el transcurso de los últimos años he hecho de él un hombre rico.

Y esto es todo, señor Holmes, en lo tocante a mi historia pasada y mis relaciones con el señor Blessington. Sólo me queda por explicar lo que ha ocurrido y me ha traído aquí esta noche.

Hace unas semanas, el señor Blessington acudió a mí, presa, según me pareció, de una considerable agitación. Me habló de un robo que, según dijo, se había perpetrado en el West End. Recuerdo que se mostró exageradamente alarmado al respecto, hasta el punto de declarar que no pasaría ni un día más sin que añadiéramos unos cerrojos más sólidos a nuestras puertas y ventanas. Durante una semana se mantuvo en un peculiar estado de inquietud, acechando continuamente desde la ventana y dejando de practicar el breve paseo que usualmente constituía el preludio de su cena. Por su actitud, tuve la impresión de que era presa de un miedo mortal causado por alguien o por algo, pero, cuando le interrogué al respecto, se mostró tan efusivo que me vi obligado a abandonar ese tema. Gradualmente, con el paso del tiempo sus temores parecieron extinguirse, y ya había reanudado sus hábitos anteriores, cuando un nuevo acontecimiento lo redujo al penoso estado de postración en el que ahora se encuentra.

Lo que ocurrió fue lo siguiente. Hace dos días recibí la carta que ahora le leeré. No lleva dirección ni fecha:

«Un noble ruso que ahora reside en Inglaterra, se alegraría de procurarse la asistencia profesional del doctor Percy Trevelyan. Hace años que es víctima de ataques de catalepsia, en los que, como es bien sabido, el doctor Trevelyan es una autoridad. Tiene la intención de visitarle mañana, a las seis y cuarto de la tarde, si el doctor Trevelyan cree conveniente encontrarse en su casa.»

Esta carta me interesó muchísimo, pues la principal dificultad en el estudio de la catalepsia es la rareza de esta enfermedad. Comprenderá, pues, que me encontrase en mi consultorio cuando, a la hora convenida, el botones hizo pasar al paciente.

Era un hombre de avanzada edad, delgado, de expresión grave y aspecto corriente, sin corresponder ni mucho menos al concepto que uno se forma sobre un noble ruso. Mucho más me impresionó la apariencia de su acompañante. Era un joven alto, sorprendentemente apuesto, con una cara morena y de expresión fiera, y las extremidades y pecho de un Hércules. Con la mano bajo el brazo del otro al entrar, le ayudó a sentarse en una silla con una ternura que difícilmente se hubiera esperado de él, dado su aspecto.

—Excuse mi intromisión, doctor —me dijo en inglés con un ligero ceceo—. Es mi padre, y su salud es para mí una cuestión de la más extrema importancia.

Me emocionó esta ansiedad filial y dije:

—Supongo que querrá quedarse aquí durante la visita.

—¡Por nada del mundo! —gritó con una expresión de horror—. Esto es para mí más penoso de lo que yo pueda expresar. Si llegara a ver a mi padre en uno de estos terribles ataques, estoy convencido de que no podría sobrevivir a ello. Mi sistema nervioso es excepcionalmente sensible. Con su permiso, yo me quedaré en la sala de espera mientras usted reconoce a mi padre.

Como es natural, asentí y el joven se retiró. El paciente y yo nos entregamos entonces a una conversación sobre su caso, y yo tomé notas exhaustivas. No era hombre notable por su inteligencia y sus respuestas eran con frecuencia oscuras, cosa que atribuí a sus limitados conocimientos de nuestro idioma. De pronto, sin embargo, mientras yo escribía, dejó de contestar a mis preguntas y, al volverme hacia él, me causó una fuerte impresión verle sentado muy enhiesto en su silla, mirándome con una cara rígida y totalmente inexpresiva. Una vez más, era presa de su misteriosa enfermedad.

Mi primer sentimiento, como ya he dicho, fue de compasión y horror, pero mucho me temo que el segundo fuese de satisfacción profesional. Tomé nota del pulso y la temperatura de mi paciente, palpé la rigidez de sus músculos y examiné sus reflejos. No había nada acusadamente anormal en ninguno de estos factores, lo cual coincidía con mis anteriores experiencias. En estos casos yo había obtenido buenos resultados con la inhalación de nitrito de amilo, y el actual parecía una admirable oportunidad para poner a prueba sus virtudes. La botella estaba abajo, en mi laboratorio, por lo que, dejando a mi paciente sentado en su silla, corrí a buscarla. Me retrasé un poco, buscándola, digamos cinco minutos, y regresé. ¡Imagine mi estupefacción al encontrar vacía la habitación! ¡El paciente se había marchado!

Desde luego, lo primero que hice fue correr en seguida a la sala de espera. El hijo había desaparecido también. La puerta del vestíbulo de entrada había quedado entornada, pero no cerrada. Mi botones, que hace pasar a los pacientes, es un chico nuevo en el oficio y nada tiene de avispado. Espera abajo, y sube para acompañarlos hasta la salida cuando yo toco el timbre del consultorio. No había oído nada, y el asunto quedó envuelto en el misterio. Poco después, llegó el señor Blessington de su paseo, pero no le conté nada de lo sucedido, puesto que, para ser sincero, he adoptado la costumbre de mantener con él, dentro de lo posible un mínimo de comunicación.

Pues bien, no pensaba yo que volviera a saber algo más del ruso y su hijo, y puede imaginar mi asombro cuando esta tarde, a la misma hora, ambos entraron en mi consultorio, tal como habían hecho antes.

—Creo doctor que le debo mis sinceras excusas por mi brusca partida de ayer —dijo mi paciente.

—Confieso que me sorprendió mucho —repuse.

—Lo cierto es —explicó— que, cuando me recupero de estos ataques, mi mente siempre queda como nublada respecto a todo lo que haya ocurrido antes. Me desperté en una habitación desconocida, tal como me pareció entonces a mí, y me dirigí hacia la calle, como aturdido, mientras usted se encontraba ausente.

—Y yo —añadió el hijo—, al ver a mi padre atravesar la puerta de la sala de espera, pensé, como es natural, que había terminado la visita. Hasta que llegamos a casa, no empecé a comprender lo que en realidad había sucedido.

—Bien —dije yo, riéndome—, nada malo ha ocurrido, excepto que el hecho me intrigó muchísimo. Por consiguiente, caballero, si me hace el favor de pasar a la sala de espera, yo continuaré gustosamente la visita que ayer tuvo un final tan repentino.

Durante una media hora, comenté con el anciano sus síntomas y después, tras haberle extendido una receta, le vi marcharse apoyado en el brazo de su hijo.

Ya le he dicho que el señor Blessington elegía generalmente esta hora del día para salir a hacer su ejercicio. Llegó poco después y subió al piso. Momentos más tarde le oí bajar precipitadamente y entró atropelladamente en mi consultorio, como el hombre al que ha enloquecido el pánico.

—¿Quién ha entrado en mi habitación? —gritó.

—Nadie —contesté.

—¡Mentira! —chilló—. ¡Suba y lo verá!

Pasé por alto la grosería de su lenguaje, ya que parecía casi desquiciado a causa del miedo. Cuando subí con él, me señaló unas huellas de pisadas en la alfombra de color claro.

—¿Se atreverá a decir que son mías? —gritó.

Desde luego, eran mucho más grandes que las que él hubiese podido dejar y eran evidentemente muy recientes. Como saben, esta tarde ha llovido de firme y los únicos visitantes han sido ellos dos. Debió de ocurrir, pues, que el hombre de la sala de espera, por alguna razón desconocida y mientras yo estaba ocupado con el otro, hubiera subido a la habitación de mi paciente interno. Allí nada se tocó ni nada había desaparecido, pero la evidencia de aquellas huellas demostraba que la intrusión era un hecho del que no se podía dudar.

El señor Blessington parecía más excitado por el suceso de cuanto yo hubiese creído posible, aunque, desde luego, la situación era apta para turbar la tranquilidad de cualquiera. Llegó incluso a sentarse en una butaca, llorando, y apenas pude conseguir que hablara con coherencia. Fue sugerencia suya que yo viniese a verle a usted y, claro, en seguida vi que era una idea acertada, ya que no cabe duda de que el incidente es de lo más singular, aunque se tenga la impresión de que él exagera enormemente su importancia. Si quieren ustedes volver conmigo en mi brougham, al menos podrán calmarlo, aunque me cuesta imaginar que pueda dar una explicación a este notable suceso.

Sherlock Holmes escuchó esta larga narración con una atención que a mí me indicaba que le había despertado un vivo interés. Su cara era tan impasible como siempre, pero sus párpados habían descendido con mayor pesadez sobre sus ojos, y el humo se había ensortijado con más espesor al salir de su pipa, como para dar énfasis a cada episodio curioso en el relato del doctor. Al llegar nuestro visitante a la conclusión del mismo, Holmes se levantó de un salto sin pronunciar palabra, me entregó mi sombrero, cogió el suyo de la mesa y seguimos al doctor Trevelyan hasta la puerta. Al cabo de un cuarto de hora, nos apeábamos ante la puerta de la residencia del médico en Brook Street, una de aquellas casas sombrías y de fachada lisa que uno asocia con la práctica médica en el West End. Nos abrió un botones muy jovencito y en seguida empezamos a subir por la amplia y bien alfombrada escalera.

Sin embargo, una singular interrupción nos obligó a inmovilizamos. La luz en la parte alta se apagó de repente y de la oscuridad brotó una voz aguda y temblorosa.

—¡Tengo una pistola —chilló—, y les juro que dispararé si se acercan más!

—¡Esto ya es insultante, señor Blessington! —gritó a su vez el doctor Trevelyan.

—Ah, es usted, doctor —dijo la voz con un gran suspiro de alivio—. Pero estos otros señores... ¿son lo que pretenden ser?

Fuimos conscientes de un largo examen a través de la oscuridad.

—Sí, sí, está bien —aprobó por último la voz—. Pueden subir. Siento que mis precauciones les hayan molestado.

Mientras hablaba, volvió a encender la luz de gas en la escalera y nos encontramos ante un hombre de singular catadura, cuya apariencia, al igual que su voz, atestiguaba unos nervios maltrechos. Estaba muy gordo, pero al parecer en otro tiempo lo había estado mucho más, ya que la piel colgaba flácidamente en su rostro, formando bolsas, como las mejillas de un perro sabueso. Tenía un color enfermizo y sus cabellos, escasos y pajizos, parecían erizados por la intensidad de su emoción. Sostenía en su mano una pistola, pero al avanzar nosotros se la guardó en el bolsillo.

—Buenas noches, señor Holmes —dijo—. Le agradezco muchísimo que haya venido. Nadie ha necesitado nunca más que yo sus consejos. Supongo que el doctor Trevelyan le ha contado esa intolerable intrusión en mis habitaciones.

—Así es —contestó Holmes—. ¿Quiénes son estos dos hombres, señor Blessington, y por qué desean molestarlo?

—Bueno —contestó el paciente residente no sin cierto nerviosismo—, es difícil, claro, decirlo. No esperará que conteste a esto, señor Holmes.

—¿Quiere decir que no lo sabe?

—Venga, hágame el favor. Tenga la bondad de entrar aquí.

Indicó el camino hasta su dormitorio, que era amplio y estaba confortablemente amueblado.

—¿Ve esto? —dijo, señalando una gran caja negra junto al extremo de su cama—. Nunca he sido un hombre muy rico, señor Holmes, y sólo he hecho una inversión en toda mi vida, como les puede decir el doctor Trevelyan. Pero yo no creo en los bancos; nunca confiaría en un banquero, señor Holmes. Entre nosotros, lo poco que tengo se encuentra en esta caja, de modo que comprenderá lo que significa para mí que gente desconocida se abra paso hasta mis habitaciones.

Holmes miró inquisitivamente a Blessington y meneó la cabeza.

—No me es posible aconsejarle si, como observo, trata usted de engañarme —dijo.

—¡Pero si se lo he contado todo!

Holmes giró sobre sus talones con una expresión de disgusto.

—Buenas noches, doctor Trevelyan —dijo.

—¿Y no me da ningún consejo? —gritó Blessington con voz quebrada.

—El consejo que le doy, señor, es que diga la verdad.

Un minuto después nos encontrábamos en la calle y echábamos a andar hacia casa. Habíamos cruzado Oxford Street y recorrido la mitad de Harley Street, y aún no había oído ni una sola palabra de mi compañero.

—Lamento haberle hecho salir a causa de una gestión tan inútil, Watson —dijo por fin—. No obstante, en el fondo no deja de ser un caso interesante.

—Poco es lo que entiendo en él —confesé.

—Resulta evidente que hay dos hombres, acaso más, pero dos por lo menos, que por alguna razón están decididos a echarle mano a ese Blessington. No me cabe la menor duda de que, tanto en la primera como en la segunda ocasión, aquel joven penetró en el dormitorio de Blessington, mientras su compinche, valiéndose de un truco ingenioso, impedía toda interferencia por parte del doctor.

—¿Y la catalepsia?

—Una imitación fraudulenta, Watson, aunque no me atrevería a insinuarle tal cosa a nuestro especialista. Es una dolencia muy fácil de imitar. Yo mismo lo he hecho.

—¿Y qué más?

—Por pura casualidad, Blessington estuvo ausente en cada ocasión. La razón de ellos para elegir una hora tan inusual para una consulta médica era, obviamente, la de asegurarse de que no hubiera otros pacientes en la sala de espera. Ocurrió, sin embargo, que esta hora coincidía con el paseo acostumbrado de Blessington, lo cual parece indicar que no estaban muy familiarizados con la rutina cotidiana de éste. Desde luego, si meramente hubieran ido en pos de algún tipo de botín, habrían hecho al menos alguna tentativa para buscarlo. Además, sé leer en los ojos de un hombre cuando es su piel lo que corre peligro. Es inconcebible que ese individuo se haya hecho dos enemigos tan vengativos como éstos parecen ser, sin él saberlo. Tengo la certeza, por tanto, de que sabe quiénes son estos hombres, y de que por motivos que él conoce suprime este dato. Cabe la posibilidad de que mañana se muestre de un talante más comunicativo.

—¿No existe otra alternativa grotescamente improbable, sin duda, pero con todo concebible? —sugerí—. ¿No podría toda la historia del ruso cataléptico y su hijo ser una invención del doctor Trevelyan, que con finalidades propias haya visitado las habitaciones de Blessington?

A la luz del gas, pude ver que Holmes exhibía una sonrisa divertida ante este brillante planteamiento mío.

—Mi querido amigo —dijo—, fue una de las primeras soluciones que se me ocurrieron, pero pronto pude corroborar el relato del doctor. Aquel joven dejó en la alfombra de la escalera huellas que hicieron superfluo pedir que me enseñaran las que había marcado en la habitación. Si le digo que sus zapatos eran de punta cuadrada en vez de puntiagudos como los de Blessington, y que su longitud era superior en más de una pulgada a los del doctor, reconocerá que no puede haber ninguna duda en cuanto a su identidad. Pero ahora podemos dormir sobre este asunto, pues me sorprendería que por la mañana no oyéramos algo más referente a Brook Street.

La profecía de Sherlock Holmes no tardó en cumplirse. Lo cierto es que se cumplió de un modo harto dramático. A las siete y media de la mañana siguiente, con las primeras luces del día, le vi de pie y en bata junto a mi cama.

—Un brougham nos está esperando, Watson —me dijo.

—¿Qué ocurre, pues?

—El caso de Brook Street.

—¿Alguna noticia fresca?

—Trágica pero ambigua —me contestó, subiendo la persiana—. Fíjese en esto: una hoja de una libreta de notas, con «Por el amor de Dios, venga en seguida. P.T.», garrapateado en ella con un lápiz. Nuestro amigo el doctor estaba en apuros cuando lo escribió. Dese prisa, amigo mío, pues se trata de una llamada urgente.

En poco más de un cuarto de hora nos encontramos de nuevo en casa del médico. Este salió corriendo a recibirnos con el horror pintado en su cara.

—¡Vaya calamidad! —gritó, llevándose las manos a las sienes.

—¿Qué ha sucedido?

—Blessington se ha suicidado.

Holmes dejó escapar un silbido.

—Sí, se ha ahorcado durante la noche.

Habíamos entrado y el médico nos había precedido hasta lo que era, evidentemente, la sala de espera.

—¡Apenas sé lo que hago! —exclamó—. La policía ya está arriba. Es algo que me ha causado una impresión tremenda.

—¿Cuándo lo descubrió?

—Cada mañana se hace subir una taza de té a primera hora. Cuando entró la camarera, a eso de las siete, el desdichado estaba colgado en el centro de la habitación. Había atado la cuerda al gancho en el que estuvo suspendida una lámpara de gran peso, y había saltado precisamente desde lo alto de la caja fuerte que nos enseñó ayer.

Holmes permaneció unos momentos en profunda cavilación.

—Con su permiso —dijo por fin—, me gustaría subir y echar un vistazo a lo sucedido.

Subimos los dos seguidos por el doctor.

Fue una visión espantosa la que presenciamos al cruzar la puerta del dormitorio. Ya he hablado de la impresión de flaccidez que causaba aquel hombre llamado Blessington, pero, colgado del gancho, esta impresión se intensificaba y exageraba hasta que su apariencia apenas era humana. El cuello estaba retorcido como el de un pollo desplumado, y esto hacía que el resto del difunto pareciera más obeso y antinatural por contraste. Sólo llevaba su camisón largo y por debajo de éste aparecían sus hinchados tobillos y deformes pies. Junto a él, un inspector de policía de porte marcial tomaba notas en una libreta.

—¡Ah, señor Holmes! —exclamó cordialmente al entrar mi amigo—. Me alegra mucho verle.

—Buenos días, señor Lanner —contestó Holmes—. Estoy seguro de que no me considerará como un intruso. ¿Ha oído hablar de los hechos que han desembocado en este final?

—Sí, algo he oído de ellos.

—¿Se ha formado alguna opinión?

—Por lo que puedo saber, el miedo privó a este hombre de su sano juicio. Como ve, ha dormido en esta cama; hay en ella su impresión, y bien profunda. Como usted sabe, hacia las cinco de la mañana es cuando se producen más suicidios. Y ésta debió de ser, más o menos, la hora en que se ahorcó. Al parecer, fue cosa muy bien estudiada.

—Yo diría que lleva muerto como unas tres horas, a juzgar por la rigidez de los músculos —dije yo.

—¿Ha observado algo peculiar en la habitación, señor Lanner? —preguntó Holmes.

—He encontrado un destornillador y unos cuantos tornillos en el lavabo. Asimismo, parece ser que durante la noche fumó lo suyo. Aquí hay cuatro colillas de cigarro que encontré en la chimenea.

—¡Hum! —dijo Holmes—. ¿Ha visto su boquilla para cigarros?

—No, no he visto ninguna.

—¿Su cigarrera, pues?

—Sí, estaba en el bolsillo de su chaqueta.

Holmes la abrió y olisqueó el único cigarro que contenía.

—Esto es un habano, y estas colillas corresponden a unos cigarros del tipo peculiar que importan los holandeses de sus colonias en las Indias Orientales. Suelen ir envueltos en paja y, dada su longitud, son más delgados que los de cualquier otra marca.

Cogió las cuatro colillas y las examinó con su lupa de bolsillo.

—Dos de ellos fueron fumados con boquilla y los otros dos sin ella —prosiguió—. Dos fueron cortados por una navaja no muy afilada y las puntas de los otros dos fueron mordidas por una dentadura en excelente condición. Esto no es un suicidio, señor Lanner, es un asesinato muy bien planeado y realizado a sangre fría.

—¡Imposible! —exclamó el inspector.

—¿Por qué?

—¿Por qué alguien había de asesinar a un hombre por un procedimiento tan torpe como el de colgarlo?

—Esto es lo que tenemos que averiguar.

—¿Cómo pudieron entrar?

—Por la puerta principal.

—Estaba atrancada.

—Pues fue atrancada después de salir ellos.

—¿Cómo lo sabe?

—Vi sus trazas. Excúseme un momento y podré ofrecerle más información al respecto.

Holmes se acercó a la puerta, hizo funcionar la cerradura y la examinó a su manera metódica. Después sacó la llave, que estaba puesta por el interior y la inspeccionó también. La cama, la alfombra, las sillas, la repisa de la chimenea, la cuerda y el difunto fueron examinados por turno, hasta que se declaró satisfecho y, con mi ayuda y la del inspector, bajó aquellos pobres restos y los depositó reverentemente bajo una sábana.

—¿Qué se sabe de esta cuerda? —preguntó.

—Ha sido cortada de aquí —contestó el doctor Trevelyan, sacando un gran rollo que había debajo de la cama—. Tenía un temor morboso al fuego y siempre guardaba esto junto a sí para poder escapar por la ventana en caso de que ardiese la escalera.

—Esto les debe haber allanado el camino —comentó Holmes pensativo—. Sí, los hechos en sí son muy simples, y me sorprendería que por la tarde no pudiera ofrecerle también los motivos de los mismos. Me llevaré esta fotografía de Blessington que veo sobre la repisa de la chimenea, ya que puede ayudarme en mis investigaciones.

—¡Pero no nos ha dicho usted nada! —exclamó el doctor.

—Bien, no puede haber duda en cuanto a la secuencia de los acontecimientos —repuso Holmes—. Intervinieron tres sujetos: el hombre joven, el viejo y un tercero sobre cuya identidad carezco de pistas. Es innecesario observar que los dos primeros son los mismos que se presentaron disfrazados como el conde ruso y su hijo, por lo que tenemos una descripción muy completa de ellos. Les franqueó la entrada un cómplice situado dentro de la casa. Si me permite ofrecerle un breve consejo, inspector, yo arrestaría al botones, que, según tengo entendido, bien poco tiempo lleva a su servicio, doctor.

—Es que ese joven tunante no aparece —contestó el doctor Trevelyan—. La camarera y la cocinera lo han estado buscando hace unos momentos.

Holmes se encogió de hombros.

—Ha representado en este drama un papel que ha tenido su importancia — dijo—. Después de subir los tres hombres por la escalera, cosa que hicieron de puntillas, con el de más edad en primer lugar, el más joven en segundo y el hombre desconocido detrás...

—¡Mi querido Holmes! —no pude por menos que exclamar.

—Es que no puede haber discusión en cuanto a la superposición de huellas. Tuve la ventaja de saber la noche pasada a quién pertenecía cada una de ellas. Subieron así los tres a la habitación del señor Blessington, cuya puerta encontraron cerrada. Sin embargo, con la ayuda de un alambre forzaron la llave y le dieron vuelta. Incluso sin lupa, percibirán ustedes los arañazos en la guarda donde fue aplicada la presión.

Al entrar en la habitación, su primera acción debió de consistir en amordazar al señor Blessington. Puede que éste durmiera, o puede que quedara tan paralizado por el terror que fuese incapaz de gritar. Estas paredes son gruesas y es concebible que su chillido, si es que tuvo tiempo para proferir uno, no lo oyera nadie.

Una vez inmovilizado, me resulta evidente que tuvo lugar alguna clase de consulta. Probablemente, se trató de algo similar a un procedimiento judicial. Debió de haber durado bastante tiempo, ya que fue entonces cuando se fumaron estos cigarros. El hombre de más edad estaba sentado en este sillón de mimbre, y era él quien utilizaba la boquilla. El hombre más joven se sentaba algo más allá, pues dejaba caer su ceniza en esta cómoda. El tercer individuo paseaba de un lado a otro. Creo que Blessington estaba sentado en la cama, aunque erguido, pero de esto no puedo estar absolutamente seguro.

Pues bien, la sesión terminó ahorcando a Blessington. La operación estaba tan prevista que tengo la impresión de que habían traído consigo una especie de garrucha o polea que pudiera servir como horca. Es concebible que aquel destornillador y aquellos tornillos estuvieran destinados a montarla. Sin embargo, al ver el gancho, como es natural se ahorraron este trabajo. Una vez concluida su tarea, se marcharon, y la puerta fue atrancada detrás de ellos por su compinche.

Habíamos escuchado todos, con el más profundo interés, este bosquejo de los hechos nocturnos que Holmes había deducido de unos signos tan sutiles e imperceptibles que, incluso cuando ya nos los había indicado, apenas nos era posible seguirle en sus razonamientos. El inspector se ausentó presuroso para indagar sobre el botones, mientras Holmes y yo regresábamos a Baker Street para desayunar.

—Volveré a las tres —me dijo una vez terminada nuestra colación—. Tanto el inspector como el doctor se reunirán aquí conmigo a esta hora, y espero que, para entonces, habré disipado cualquier punto oscuro que el caso pueda todavía presentar.

Nuestros visitantes llegaron a la hora concertada, pero dieron las cuatro menos cuarto antes de que mi amigo hiciera su aparición. Sin embargo, por su expresión al entrar, pude ver que todo le había salido redondo.

—¿Alguna noticia, inspector?

—Hemos dado con el muchacho, señor.

—Excelente. Y yo he dado con los hombres.

—¡Ha dado usted con ellos! —gritamos los tres a la vez.

—Al menos he conseguido su identidad. El llamado Blessington es, tal como yo esperaba, bien conocido en la jefatura de policía, y lo mismo cabe decir de sus asaltantes. Sus nombres son Biddle, Hayward y Moffat.

—¡La banda del banco Worthingdon! —exclamó el inspector.

—Exactamente —confirmó Holmes.

—¡Entonces Blessington tenía que ser Sutton!

—Esto es.

—Pues bien, con esto, todo queda tan claro como un cristal —dijo el inspector.

Pero Trevelyan y yo nos miramos desconcertados.

—Recordarán, sin duda, el asunto del gran robo en el banco Worthingdon — dijo Holmes—, en el que tomaron parte cinco hombres, estos cuatro y un quinto llamado Cartwright. Tobin, el vigilante, fue asesinado, y los ladrones huyeron con siete mil libras. Esto ocurrió en 1875. Los cinco fueron detenidos, pero las pruebas contra ellos no tenían nada de concluyentes. Ese Blessington, o Sutton, que era el peor de la pandilla, se convirtió en delator y, debido a su declaración, Cartwright fue ahorcado y los otros tres fueron sentenciados a quince años cada uno. Cuando salieron en libertad el otro día, unos años antes de cumplir toda la condena, se confabularon, como han podido ver, para buscar al traidor y vengar la muerte de su compañero. Por dos veces trataron de llegar hasta él y fallaron, pero a la tercera, como saben, se salieron con la suya. ¿Hay algo más que pueda explicar, doctor Trevelyan?

—Creo que lo ha expuesto todo con notable claridad —dijo el doctor —. Sin duda, el día que se mostró tan excitado fue aquél en que leyó en los periódicos que habían soltado a aquellos hombres.

—Precisamente. Sus temores acerca de un robo no eran más que una pantalla.

—Pero ¿por qué no podía contarle a usted todo esto?

—Pues bien, mi estimado señor, puesto que conocía el carácter vengativo de sus antiguos asociados, trataba de ocultar su identidad ante todos, tanto tiempo como le fuera posible. Su secreto era vergonzoso y no podía decidirse a divulgarlo. No obstante, por miserable que fuese, seguía viviendo bajo el amparo de la ley británica, y no me cabe duda, inspector, de que aunque este escudo no haya podido protegerlo, la espada de la justicia sigue presente para vengarle.

Tales fueron las singulares circunstancias relacionadas con el paciente interno y el médico de Brook Street. A partir de aquella noche, nada ha sabido la policía de los tres asesinos, y en Scotland Yard hay la sospecha de que figuraban entre los pasajeros del malhadado vapor Norah Crema, que desapareció hace unos años con toda su tripulación en la costa portuguesa, a varias millas al norte de Oporto. La acción judicial contra el botones tuvo que interrumpirse por falta de pruebas, y el «Misterio de Brook Street», como fue llamado, nunca ha sido tratado a fondo en ningún texto accesible al público.

EL INTÉRPRETE GRIEGO

> «Recuerde, Melas, que si habla con alguien de esto, aunque sea con una sola persona, ¡que Dios tenga piedad de su alma!»
> Wilson Kemp

A lo largo de mi prolongada e íntima amistad con el señor Sherlock Holmes, nunca le había oído hablar de su parentela, y apenas de su pasado. Esta reticencia por su parte había incrementado el efecto un tanto inhumano que producía en mí, hasta el punto de que a veces me sorprendía mirándolo como un fenómeno aislado, un cerebro sin corazón, tan deficiente en afecto humano como más que eminente en inteligencia. Su aversión a las mujeres y su nula inclinación a contraer nuevas amistades, eran las dos notas típicas de un carácter nada emocional, pero no más que su total supresión de toda referencia a su propia familia. Yo había llegado a creer que era un huérfano sin parientes vivos, pero un día, con gran sorpresa por mi parte, empezó a hablarme de su hermano.

Fue después de tomar el té una tarde de verano, y la conversación, que había errado de forma inconexa y espasmódica desde los palos de golf hasta las causas del cambio en la oblicuidad de la elíptica, desembocó finalmente en la cuestión del atavismo y las aptitudes hereditarias. El tema sometido a discusión era el de hasta qué punto cualquier don singular en un individuo se debía a su linaje y hasta cuál a su propio y temprano aprendizaje.

—En su caso —dije—, por todo lo que me ha dicho parece obvio que su facultad de observación y su peculiar facilidad para la deducción se deben a su adiestramiento sistemático.

—Hasta cierto punto —me contestó pensativo—. Mis antepasados eran terratenientes rurales que al parecer llevaron más o menos la misma vida, como es natural en su clase. Sin embargo, mi tendencia en este sentido está en mis venas y tal vez proceda de mi abuela, que era la hermana de Vernet, el famoso artista francés. El arte en la sangre adopta las formas más extrañas.

—Pero ¿cómo sabe que es hereditario?

—Porque mi hermano Mycroft lo posee en un grado más alto que yo.

Desde luego, esto era totalmente nuevo para mí. Si había en Inglaterra otro hombre con tan singulares poderes, ¿cómo se explicaba que ni la policía ni el público hubieran oído hablar de él? Hice esta pregunta, con un comentario acerca de que sería la modestia de mi amigo lo que le hacía reconocer como superior a su hermano.

Holmes se echó a reír al oír esta sugerencia.

—Mi querido Watson —dijo—, no puedo estar de acuerdo con aquellos que sitúan la modestia entre las virtudes. Para el lógico, todas las cosas deberían ser vistas exactamente como son, y subestimarse es algo tan alejado de la verdad como exagerar las propias facultades. Por consiguiente, cuando digo que Mycroft posee unos poderes de observación mejores que los míos, puede tener la seguridad de que estoy diciendo la verdad exacta y literal.

—¿Es más joven que usted?

—Es siete años mayor que yo.

—¿Y cómo se explica que no se le conozca?

—Oh, en su círculo es muy bien conocido.

—¿Dónde, pues?

—En el Diógenes Club, por ejemplo.

Nunca había oído hablar de esta institución, y mi cara así debió proclamarlo, pues Sherlock Holmes sacó su reloj.

—El Diógenes Club es el club más peculiar de Londres, y Mycroft uno de sus socios más peculiares. Siempre se le encuentra allí desde las cinco menos cuarto a las ocho menos veinte. Ahora son las seis, de modo que, si le apetece dar un paseo en esta hermosa tarde, será para mí una verdadera satisfacción presentarle dos curiosidades.

Cinco minutos después nos encontrábamos en la calle, camino de Regent Circus.

—Se preguntará usted —dijo mi compañero— cómo es que Mycroft no utiliza sus facultades para una labor detectivesca. Es incapaz de ello.

—Pero yo creía que había dicho...

—He dicho que es superior a mí en observación y deducción. Si el arte del detective comenzara y terminara en el razonamiento desde una butaca, mi hermano sería el mayor criminólogo que jamás haya existido. Pero no tiene ambición ni energía. Ni siquiera se desvía de su camino para verificar sus soluciones, y preferiría que se le considerase equivocado antes que tomarse la molestia de probar que estaba en lo cierto. Repetidas veces le he presentado un problema y he recibido una explicación que después ha demostrado ser la correcta. Y sin embargo, es totalmente incapaz de elaborar los puntos prácticos que deben dilucidarse antes de poder presentar un caso ante un juez o un jurado.

—¿No es su profesión, pues?

—En modo alguno. Lo que para mí es un medio que me permite ganarme la vida, es para él la simple afición de un diletante. Tiene una facilidad extraordinaria para los números y revisa los libros en algunos departamentos gubernamentales. Mycroft se aloja en Pall Mall, y dobla la esquina, en dirección a Whitehall, cada mañana y regresa cada tarde. A lo largo de todo el año no hace más ejercicio que éste, y no se le ve en ninguna otra parte, excepto tan sólo en el Diógenes Club, situado exactamente enfrente de su alojamiento.

—No puedo recordar este nombre.

—Y es muy lógico. Ya sabe que hay en Londres muchos hombres que, unos por timidez y otros por misantropía, no desean la compañía del prójimo, y no obstante se sienten atraídos por unas butacas confortables y por los periódicos del día. Precisamente para conveniencia de éstos se creó el Diógenes Club, que ahora da albergue a los hombres más insociables y menos amantes de clubs de toda la ciudad. A ningún miembro se le permite dar la menor señal de percepción de la presencia de cualquier otro. Excepto en el Salón de Forasteros, no se permite hablar en ninguna circunstancia, y tres faltas en este sentido, si llegan a oídos del comité, exponen al hablador a la pena de expulsión. Mi hermano fue uno de los fundadores, y yo mismo he encontrado allí una atmósfera muy relajante.

Habíamos llegado a Pall Mall mientras hablábamos, y descendíamos por él desde el extremo de St. James. Sherlock Holmes se detuvo ante una puerta, a poca distancia del Carlton, y, advirtiéndome que no hablase, me precedió a través del vestíbulo. Reflejada en los espejos, capté una visión de una sala amplia y lujosa, en la que un número considerable de hombres sentados leían periódicos, cada uno en su rincón. Holmes me hizo pasar a una pequeña habitación que daba a Pall Mall y, tras dejarme solo un minuto, volvió con un acompañante que sólo podía tratarse de su hermano.

Mycroft Holmes era un hombre mucho más grueso y macizo que Sherlock. Su figura era la de una persona realmente corpulenta, pero su cara, aunque ancha, había conservado algo de la agudeza de expresión que tan notable era en la de su hermano. Sus ojos, que eran de un gris acuoso peculiarmente claro, parecían mantener en todo momento aquella mirada remota e introspectiva que sólo había observado en Sherlock cuando ejercía plenamente sus facultades.

—Encantado de conocerle, caballero —dijo, alargándome una mano ancha y carnosa, como la aleta de una foca. He oído hablar de Sherlock por doquier, desde que usted es su cronista. A propósito, Sherlock, esperaba verte la semana pasada para consultarme respecto a aquel caso de Manor House. Pensé que tal vez te sintieras un poco desorientado con él.

—No, lo resolví —contestó mi amigo, sonriendo.

—Fue Adams, claro.

—Sí, fue Adams.

—Tuve esta seguridad desde el primer momento.

—Los dos hombres se sentaron junto a la ventana mirador del club—. Este es el lugar adecuado para todo aquél que quiera estudiar la humanidad —dijo Mycroft—. ¡Mira qué tipos tan magníficos! Fíjate, por ejemplo, en esos dos hombres que vienen hacia nosotros.

—¿El jugador de billar y el otro?

—Precisamente. ¿Qué sacas en limpio del otro?

Los dos hombres se habían detenido frente a la ventana. Unas marcas de yeso sobre el bolsillo del chaleco eran las únicas señales de billar que pude ver en uno de ellos. El otro era un individuo bajo y muy moreno, con el sombrero echado hacia atrás y varios paquetes bajo el brazo.

—Un militar veterano, por lo que veo —dijo Sherlock.

—Y licenciado hace muy poco tiempo —observó su hermano—. Con graduación de suboficial.

—Artillería Real, diría yo —señaló Sherlock.

—Y viudo.

—Pero con un crío de poca edad.

—Críos, muchacho, críos.

—Vamos —exclamé yo, riéndome—, creo que esto ya es demasiado.

—Seguramente —repuso Holmes— no sea tan difícil decir que un hombre con este porte, una expresión de autoridad y una piel tostada por el sol es un militar, algo más que soldado raso y que ha llegado de la India no hace mucho tiempo.

—Que ha dejado el servicio hace poco lo demuestra el hecho de que todavía lleve sus «botas de munición», como suelen llamarlas —observó Mycroft.

—No tiene el paso inseguro del soldado de caballería y, sin embargo, llevaba su gorra inclinada a un lado, como lo demuestra la piel más clara en ese lado de la frente. Su peso no es el propio del soldado de ingenieros. Ha servido en artillería.

—Y, desde luego, su luto riguroso muestra que ha perdido a un ser muy querido. El hecho de que haga él mismo sus compras da a entender que se trató de su esposa. Observa que ha estado comprando cosas para los chiquillos. Lleva un sonajero, lo que indica que uno de ellos es muy pequeño. Probablemente su mujer muriera al dar a luz. Y el hecho de que lleve bajo el brazo un cuaderno para pintar denota que hay otro pequeño en el que ha de pensar.

Empecé a comprender lo que quería decir mi amigo al asegurar que su hermano poseía unas facultades todavía más notables que las suyas. Me miró de soslayo y sonrió. Mycroft tomó un poco de rapé de una cajita de concha y sacudió el polvillo caído en su chaqueta, con ayuda de un gran pañuelo de seda roja.

—A propósito, Sherlock —dijo—, han sometido a mi juicio algo que a ti ha de encantarte. Un problema de lo más singular. En realidad, no reuní suficientes energías para seguirlo, salvo de manera muy incompleta, pero me facilitó una base para varias especulaciones sumamente agradables. Si te apetece oír los hechos...

—Mi querido Mycroft, me encantará.

Su hermano escribió unas líneas en una página de su libreta de notas, pulsó el timbre y entregó el papel al camarero.

—He pedido al señor Melas que venga a vernos —explicó—. Vive en el piso sobre el mío y, como nos tratamos superficialmente, ello le movió a acudir a mí a causa de su perplejidad. El señor Melas es de origen griego, según tengo entendido, y es un notable lingüista. Se gana la vida en parte como intérprete en los tribunales de justicia y en parte haciendo de guía para los orientales ricos que frecuentan los hoteles de Northumberland Avenue. Voy a dejar que él mismo nos narre a su manera su curiosísima experiencia.

Unos minutos más tarde se reunió con nosotros un hombre bajo y robusto, cuyo semblante de tez olivácea y sus negrísimos cabellos proclamaban su origen meridional, aunque su dicción era la de un inglés educado. Estrechó calurosamente la mano de Sherlock Holmes, y sus ojos oscuros brillaron de satisfacción cuando comprendió que el especialista ansiaba oír su historia.

—No confío en que la policía me crea... palabra que no —dijo con una voz plañidera—.

Consideran que una cosa así no es posible, sólo porque nunca han oído hablar de ello. Pero yo sé que jamás volveré a estar tranquilo hasta saber qué fue de aquel pobre hombre con el esparadrapo en la cara.

—Tiene usted toda mi atención —le aseguró Holmes.

—Ahora es el miércoles por la tarde —empezó Melas—. Pues bien, fue el lunes por la noche, hace tan sólo dos días, cuando ocurrió todo esto. Yo soy intérprete, como tal vez le haya explicado mi vecino, aquí presente. Traduzco todos los idiomas, o casi todos. Pero, puesto que soy griego de nacimiento y llevo un nombre griego, mi principal relación es con esta lengua. Durante varios años he sido el primer intérprete griego en Londres, y mi nombre es de sobra conocido en los hoteles.

Ocurre, y con cierta frecuencia, que acuden a mí, a horas intempestivas, extranjeros que se encuentran en alguna dificultad, o viajeros que llegan tarde y necesitan mis servicios. No me sorprendió por tanto, el lunes por la noche, que un tal señor Latimer, un joven vestido a la última moda, subiera a mis habitaciones y me pidiera que le acompañase en un cab que estaba esperando ante la puerta. Un amigo griego había ido a visitarle por cuestiones de negocio, explicó, y, puesto que ambos sólo sabían hablar su propio idioma, se hacían indispensables los servicios de un intérprete. Me dio a entender que su casa no quedaba muy lejos, en Kensington, y dio la impresión de tener mucha prisa, ya que me hizo subir rápidamente al cab apenas hubimos bajado a la calle.

Digo en el cab, pero pronto empecé a pensar que me encontraba en un carruaje de mucha más categoría. Sin duda, era mucho más espacioso que los ordinarios coches de cuatro ruedas que tanto afean Londres, y sus adornos, aunque ajados, eran de muy buena calidad. El señor Latimer se sentó frente a mí y, cruzando Charing Cross, remontamos Shaftesbury Avenue. Habíamos desembocado en Oxford Street y yo aventuraba una observación en el sentido de que describíamos un rodeo para ir a Kensington, cuando interrumpí mis palabras al observar la extraordinaria conducta de mi acompañante.

Sacó de su bolsillo una porra de aspecto formidable, rellena de plomo, y empezó a moverla adelante y atrás varias veces, como para probar su peso y resistencia. Después, sin pronunciar palabra, la puso en el asiento a su lado. Hecho esto, subió los cristales de las ventanillas en cada lado y, con gran sorpresa mía, descubrí que estaban cubiertos con papel para impedir que yo viese a través de ellos.

—Siento privarle de la vista, señor Melas —me dijo—. Lo cierto es que no tengo la menor intención de que vea el lugar que será nuestro destino. Pudiera ser inconveniente para mí que usted pudiera encontrar de nuevo el camino hacia el mismo.

Como puede imaginar, semejante explicación me dejó estupefacto. Mi acompañante era un hombre joven y fornido, de anchos hombros, y, aparte de su arma, en un forcejeo con él yo no hubiera tenido ni la menor posibilidad.

—Su conducta es de lo más extraordinario, señor Latimer —tartamudeé—. Debe saber que lo que está haciendo es totalmente ilegal.

—Me tomo una cierta libertad, desde luego —repuso—, pero se lo compensaremos. Sin embargo, debo advertirle, señor Melas, que si en cualquier momento de esta noche intenta dar la alarma o hacer algo que vaya en contra de nuestros intereses, descubrirá que incurre en un error muy grave. Debe recordar que nadie sabe dónde se encuentra usted, y que, tanto si está en este coche como en mi casa, se halla igualmente en mi poder.

Hablaba con calma, pero había en sus palabras un tono irritante que resultaba muy amenazador. Guardé silencio, preguntándome cuál podía ser la razón para secuestrarme de un modo tan extraordinario. Y cualquiera que fuese, quedaba bien claro que de nada podía servir mi resistencia y que sólo me cabía esperar para ver qué sucedía.

Durante dos horas viajamos sin que yo tuviera el menor indicio del lugar al que nos dirigíamos. A veces, el traqueteo sobre piedras hablaba de un camino pavimentado, y, en otras, nuestra marcha silenciosa y suave sugería asfalto; pero salvo esta variación en el sonido no había absolutamente nada que ni de la manera más remota pudiera ayudarme a barruntar dónde nos encontrábamos. El papel en cada ventana era impenetrable para la luz, y se había corrido una cortina azul ante los cristales de la parte delantera.

Eran las siete y cuarto cuando salimos de Pall Mall; mi reloj me indicó que faltaban diez minutos para las nueve cuando por fin nos detuvimos. Mi acompañante bajó la ventana y capté una breve visión de un portal bajo y arqueado, con una lámpara encendida encima. Mientras se me ordenaba bajar del carruaje, se abrió la puerta de golpe y me encontré en el interior de la casa, con una vaga impresión, obtenida al entrar, de césped y árboles a cada lado. Sin embargo, si se trataba de un terreno privado o bien rural ya es más de lo que pueda aventurarme a decir.

Dentro alumbraba una lámpara de gas de pantalla coloreada, con una llama tan baja que poca cosa pude ver, excepto que el vestíbulo era más bien amplio y en sus paredes colgaban varios cuadros. Bajo aquella luz mortecina pude ver que la persona que había abierto la puerta era un hombrecillo de aspecto corriente, de mediana edad y hombros caídos. Al volverse hacia nosotros, el destello de la luz me hizo ver que llevaba gafas.

—¿Es el señor Melas, Harold? —preguntó.

—Sí.

—¡Buen trabajo! ¡Buen trabajo! Espero que no nos guarde rencor, señor Melas, pero no podíamos pasarnos sin usted. Si juega limpio con nosotros, no lo lamentará, pero si intenta alguna jugarreta... ¡que Dios le proteja!

Hablaba de una manera nerviosa, como a sacudidas, e intercalando pequeñas risitas entre sus frases, pero, no sé por qué, me inspiró más temor que el otro.

—¿Qué quieren de mí? —pregunté.

—Tan sólo hacerle unas cuantas preguntas a un señor griego que nos está visitando, y comunicarnos sus respuestas. Pero no diga más de lo que se le indique que ha de decir (de nuevo la risita nerviosa), o mejor sería que no hubiera usted nacido.

Mientras hablaba, abrió una puerta y nos precedió en una habitación que parecía estar muy ricamente amueblada; pero una vez más la única luz la proporcionaba una sola lámpara con su llama muy reducida. La sala era sin duda grande y la manera de hundirse mis pies en la alfombra al atravesarla me indicó su lujo. Capté la presencia de sillas tapizadas en terciopelo, de una alta repisa de chimenea en mármol blanco y de lo que parecía ser una armadura japonesa a un lado de la misma. Había un sillón precisamente bajo la lámpara; el hombre de más edad me indicó por gestos que debía sentarme en él.

El más joven nos había dejado, pero de repente regresó por otra puerta, acompañando a un hombre vestido con una especie de amplia bata que avanzó lentamente hacia nosotros. Al entrar en el círculo de débil luz que me permitió verle con mayor claridad, me horrorizó su apariencia.

Mostraba una palidez mortal y estaba terriblemente enflaquecido, con los ojos salientes y brillantes del hombre cuyo ánimo es mayor que su fuerza. Pero lo que todavía me impresionó más que cualquier signo de debilidad física fue el hecho de que su cara estuviera grotescamente cruzada por tiras de esparadrapo, y que una de ellas, mucho más grande que las demás, le tapara la boca.

—¿Tienes la pizarra, Harold? —exclamó el más viejo, al desplomarse aquel extraño ser en una silla, más bien que sentarse en ella—. ¿Tiene las manos sueltas? Pues dale la tiza. Usted ha de hacer las preguntas, señor Melas, y él escribirá las respuestas. Pregúntele en primer lugar si está dispuesto a firmar los papeles.

Los ojos del hombre de la cara cruzada por tiras de esparadrapo echaron chispas.

—Nunca, escribió en griego sobre la pizarra aquella piltrafa humana.

—¿Bajo ninguna condición? —pregunté a petición de nuestro tirano.

—Sólo si la veo casada en mi presencia por un sacerdote griego al que yo conozca.

El hombre soltó su maligna risita.

—¿Sabe lo que le espera, pues?

—No me importa lo que pueda ocurrirme a mí.

Estos son ejemplos de las preguntas y contestaciones que constituyeron nuestra extraña conversación, medio hablada y medio escrita. Una y otra vez tuve que preguntarle si cedería y firmaría el documento. Y una y otra vez obtuve la misma réplica indignada. Pero pronto se me ocurrió una feliz idea. Empecé a añadir breves frases de mi cosecha a cada pregunta, inocentes al principio, para comprobar si alguna de los dos hombres entendía algo, y después, al constatar que no daban señales de ello, puse en práctica un juego más peligroso. Nuestra conversación transcurrió más o menos como sigue:

—De nada puede servirle esta obstinación. (¿Quién es usted?)

—Tanto me da. (Soy forastero en Londres.)

—Será responsable de lo que ocurra. (¿Cuánto tiempo lleva aquí?)

—Pues que así sea. (Tres semanas.)

—La propiedad nunca puede ser suya. (¿Qué le han hecho?)

—No caerá en manos de unos miserables. (Me están matando de hambre.)

—Si firma quedará en libertad. (¿Qué es este lugar?)

—Jamás firmaré. (No lo sé.)

—A ella no le está haciendo ningún favor. (¿Cómo se llama usted?)

—Quiero oírlo de labios de ella. (Kratides.)

—La verá si firma. (¿De dónde es usted?)

—Entonces no la veré nunca. (De Atenas.)

—Cinco minutos más, señor Holmes, y hubiera averiguado toda la historia ante las narices de aquellos hombres. Mi siguiente pregunta quizás habría aclarado la cuestión, pero en aquel instante se abrió la puerta y entró una mujer en la habitación. No pude verla con suficiente claridad para saber algo más, aparte de que era alta y esbelta, con cabellos negros, y que llevaba una especie de túnica blanca y holgada.

—¡Harold! —exclamó, hablando en un inglés con acento—. No he podido quedarme allí por más tiempo. Está aquello tan solitario, con sólo... ¡Oh, Dios mío, pero si es Paul!

Estas últimas palabras las dijo en griego y en el mismo instante el hombre, con un esfuerzo convulsivo, se arrancó el esparadrapo de los labios y, gritando «¡Sophy! ¡Sophy!», se precipitó hacia los brazos de la mujer. Sin embargo, su abrazo sólo duró un momento, porque el hombre más joven hizo presa en la mujer y la obligó a salir de la habitación, mientras el de más edad dominaba fácilmente a su debilitada víctima y lo arrastraba fuera, a través de la otra puerta. Por unos segundos me quedé solo en el cuarto; me levanté súbitamente con la vaga idea de que tal vez pudiera obtener de algún modo una pista que indicara en qué casa me encontraba. Afortunadamente, sin embargo, no hice nada, pues cuando alcé la vista, descubrí que el hombre de más edad se encontraba de pie en el umbral de la puerta, con los ojos clavados en mí.

—Esto es todo, señor Melas —me dijo—. Ya ve que le hemos otorgado nuestra confianza en un asunto de un carácter muy privado. No le hubiéramos molestado, pero un amigo nuestro que habla griego y que inició estas negociaciones se ha visto obligado a regresar a Oriente. Nos era del todo necesario encontrar a alguien que ocupara su lugar, y tuvimos la suerte de oír hablar de sus facultades.

Me incliné.

—Aquí hay cinco soberanos —me dijo, acercándose a mí—, que espero constituyan unos honorarios suficientes. Pero recuerde —añadió, dándome unos golpecitos en el pecho y dejando escapar su risita— que si habla con alguien de esto, aunque sea con una sola persona, ¡que Dios tenga piedad de su alma!

No puedo expresar la repugnancia y horror que me inspiraba aquel hombre de aspecto insignificante. Ahora podía verle mejor, pues la luz de la lámpara brillaba sobre él. Sus facciones eran blandas y amarillentas, y su barba, corta y puntiaguda, era más bien rala y mal cuidada. Al hablar, adelantaba el rostro, y sus labios y párpados se estremecían continuamente, como en el hombre que padece el mal de san Vito. No pude menos que pensar que su extraña y pegajosa risita era también un síntoma de alguna enfermedad nerviosa. Lo terrorífico de su cara radicaba sin embargo en sus ojos, de un gris acerado y que brillaban fríamente, con una maligna e inexplicable crueldad en lo más hondo de ellos.

—Si habla de esto, nosotros lo sabremos —dijo—. Poseemos medios propios de información. Ahora le espera el coche; mi amigo el señor Latimer cuidará de acompañarle.

Atravesé con rapidez el vestíbulo y subí de nuevo al vehículo, obteniendo otra vez aquella visión momentánea de unos árboles y un jardín. El señor Latimer, que me seguía pisándome los talones, ocupó el asiento opuesto al mío sin decir palabra. En silencio, cubrimos nuevamente una distancia interminable, con las ventanas cerradas, hasta que por fin, poco después de la medianoche, se detuvo el carruaje.

—Bajará aquí, señor Melas —dijo mi acompañante—. Siento dejarle tan lejos de su casa, pero no hay otra alternativa. Cualquier intento por su parte de seguir al coche, terminaría mal para usted.

Abrió la puerta mientras hablaba y, apenas tuve tiempo para apearme, cuando el cochero propinó un latigazo al caballo y el carruaje se alejó. Miré a mi alrededor lleno de asombro. Me encontraba en una especie de campo cubierto de brezos, moteado aquí y allá por oscuros matorrales de aulaga. A los lejos, se extendía una hilera de casas con alguna que otra luz en las ventanas superiores. Al otro lado vi las lámparas rojas de señalización de un ferrocarril.

El carruaje que me había conducido hasta allí ya se había perdido de vista. Seguí mirando a mi alrededor y preguntándome dónde podía estar, cuando vi que alguien se acercaba a mí en la oscuridad. Al cruzarse conmigo, observé que era un mozo de estación.

—¿Puede decirme qué lugar es éste? —pregunté.

—Wandsworth Common —me contestó.

—¿Puedo tomar un tren que me lleve a la ciudad?

—Si camina cosa de una milla, hasta Clapham Junction —me sugirió —, llegará justo a tiempo para tomar el último tren con destino a la estación Victoria.

Y éste fue el final de mi aventura, señor Holmes. No sé dónde estuve ni con quién hablé, ni nada más aparte de todo lo que le he contado. Pero sí sé que ocurre allí un feo asunto, y quiero auxiliar a aquel desdichado, si me es posible. A la mañana siguiente relaté toda la historia al señor Mycroft Holmes y posteriormente a la policía.

Seguimos todos sentados y en silencio durante un buen rato, después de escuchar tan extraordinaria narración. Finalmente, Sherlock miró a su hermano.

—¿Alguna medida? —le preguntó.

Mycroft tomó el Daily News que había sobre una mesa lateral.

—«Todo el que facilite alguna información sobre el paradero de un caballero griego llamado Paul Kratides, de Atenas —leyó—, que no habla inglés, será recompensado. Una recompensa similar se entregará a quien dé información sobre una señora griega cuyo nombre de pila es Sophy. X 2473.»

Esto apareció en todos los diarios. Ninguna respuesta.

—¿Y la legación griega?

—He preguntado. No saben nada.

—Un telegrama al jefe de la policía de Atenas, pues.

—Sherlock posee toda la energía de la familia —dijo Mycroft, volviéndose hacia mí—. Bien, ocúpate tú del caso, en todos sus aspectos, y hazme saber si consigues algún resultado.

—Desde luego —contestó mi amigo, abandonando su silla—. Te lo haré saber, y también al señor Melas. Entretanto, señor Melas, yo estaría muy alerta en su lugar, pues, como es lógico, a través de estos anuncios deben saber que usted los ha traicionado.

Al volver juntos a casa, Holmes se detuvo en una oficina de telégrafos y mandó varios telegramas.

—Ya ve, Watson, que no hemos perdido ni mucho menos la tarde — observó—. Algunos de mis casos más interesantes me han llegado, como éste, a través de Mycroft. El problema que acabamos de escuchar, aunque no pueda admitir más que una explicación, no deja de poseer algunas características distintivas.

—¿Tiene esperanzas de resolverlo?

—Pues bien, sabiendo todo lo que sabemos, sería muy raro que no acertáramos a descubrir el resto. Usted mismo debe de haberse formado alguna teoría que explique los hechos que hemos oído relatar.

—Con cierta vaguedad, sí.

—¿Cuál es su idea, pues?

—A mí me ha parecido evidente que esa joven griega había sido traída aquí por el joven inglés llamado Harold Latimer.

—¿Traída desde dónde?

—Desde Atenas, quizás.

Sherlock Holmes negó con la cabeza.

—Latimer no sabía ni una palabra de griego y Sophy hablaba bastante bien el inglés. De lo cual se deduce que ella había pasado algún tiempo en Inglaterra, pero que él no había estado en Grecia.

—Bien, pues entonces supondremos que ella vino a Inglaterra de visita y Latimer la persuadió para huir con él.

—Esto es más probable.

—Y entonces, el hermano, pues supongo que ésta debe ser la relación familiar, viene de Grecia para entrometerse. Imprudentemente, se pone en manos del joven y su asociado de más edad. Estos lo secuestran y emplean con él la violencia a fin de hacerle firmar unos documentos que les entregan la fortuna de la joven, de la que tal vez dispone en fideicomiso. Su hermano se niega a hacerlo. Para negociar con él, han de conseguir un intérprete, y eligen a ese señor Melas, tras haber utilizado antes algún otro. A la chica no se le dice nada de la llegada de su hermano y se entera gracias a un mero accidente.

—¡Excelente, Watson! —exclamó Holmes—. Pienso de veras que no anda usted lejos de la verdad. Ya ve que nosotros poseemos todas las cartas, y sólo hemos de temer algún repentino acto de violencia por parte de ellos. Si nos dan tiempo, podremos echarles el guante.

—¿Pero cómo podemos averiguar dónde se encuentra aquella casa?

—Si nuestra conjetura es correcta y el nombre de la joven es, o era, Sophy Kratides, no deberíamos tener dificultades para encontrarla. Esta ha de ser nuestra principal esperanza, ya que el hermano, desde luego, es totalmente forastero. Está claro que ha transcurrido algún tiempo desde que Harold inició sus relaciones con la muchacha, unas semanas como mínimo, ya que el hermano tuvo tiempo para enterarse desde Grecia y viajar hasta aquí. Si durante este tiempo han estado viviendo en el mismo lugar, es probable que el anuncio de Mycroft reciba alguna respuesta.

Mientras hablábamos, habíamos llegado a nuestra casa de Baker Street. Holmes subió el primero por la escalera y, al abrir la puerta de nuestra sala, lanzó una exclamación de sorpresa. Su hermano Mycroft fumaba sentado en la butaca.

—¡Adelante, Sherlock! ¡Entre caballero! —dijo amablemente, sonriendo al ver nuestras caras sorprendidas—. ¿Verdad que no esperabas tanta energía por mi parte, Sherlock? Pero, es que no sé por qué, este caso me atrae.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Os adelanté en un coche de punto.

—¿Se ha producido alguna novedad?

—He recibido una contestación a mi anuncio.

—¡Ah!

—Sí, llegó unos minutos después de que os marcharais.

—¿Y con qué contenido?

Mycroft Holmes sacó una hoja de papel.

—Aquí está —dijo—, escrita con una plumilla sobre papel folio color crema, por un hombre de mediana edad y débil constitución.

Dice: «Señor, como respuesta a su anuncio con fecha de hoy, paso a informarle que conozco muy bien a la joven señora en cuestión. Si no le es molestia venir a verme, podré darle algunos detalles sobre su penosa historia. Vive actualmente en Los Mirtos, Beckenham. Atentamente, J. Davenport.»

Mycroft Holmes prosiguió:

—Escribe desde Lower Brixton. ¿No crees que podríamos ir a verlo ahora, Sherlock, y enterarnos de estos detalles?

—Mi querido Mycroft, la vida del hermano es más valiosa que la historia de la hermana. Creo que deberíamos ir a buscar al inspector Gregson, de Scotland Yard, y trasladarnos directamente a Beckenham. Sabemos que a un hombre se le está llevando a la muerte, y cada hora puede resultar vital.

—Mejor será recoger al señor Melas por el camino —sugerí—. Tal vez necesitemos un intérprete.

—¡Excelente! —aprobó Sherlock Holmes—. Mande al botones que vaya a buscar un carruaje y en seguida nos pondremos en marcha. —

Mientras hablaba abrió el cajón de la mesa y observé que se metía el revólver en el bolsillo—. Sí —dijo, como respuesta a mi mirada—, por lo que hemos oído, yo diría que nos las habemos con una banda particularmente peligrosa.

Casi oscurecía antes de que nos encontrásemos en Pall Mall, en las habitaciones de Melas. Un caballero acababa de visitarle y se había marchado.

—¿Puede decirme adónde? —inquirió Mycroft.

—No lo sé, señor —contestó la mujer que había abierto la puerta—. Sólo sé que se marchó en un coche con aquel caballero.

—¿Dio algún nombre el caballero?

—No, señor.

—¿Era un hombre joven, moreno, alto y apuesto?

—¡Oh no, señor! Era un señor bajito, con gafas, de cara flaca, pero muy agradable, pues mientras hablaba no paraba de reírse.

—¡Vamos! —gritó bruscamente Sherlock Holmes—. ¡Esto se pone serio! —observó mientras nos dirigíamos a Scotland Yard—. Esos hombres se han apoderado nuevamente de Melas. Es un hombre que carece de valor físico, como ellos saben bien después de la experiencia de la noche pasada. Aquel villano consiguió atemorizarlo apenas lo tuvo en su presencia. Sin duda, desean sus servicios profesionales, pero, al haberlo utilizado ya, pueden tener la idea de castigarlo por lo que ellos considerarán como una decidida traición por su parte.

Nuestra esperanza consistía en que tomando el tren pudiéramos llegar a Beckenham al mismo tiempo que el carruaje, o antes que él. Sin embargo, al llegar a Scotland Yard, pasó más de una hora antes de que pudiéramos disponer del inspector Gregson y cumplimentar las formalidades legales que habían de permitirnos entrar en la casa. Eran ya las diez menos cuarto antes de llegar al London Bridge, y las diez y media cuando los cuatro nos apeábamos en el andén de Beckenham. Un trayecto de media milla en coche nos llevó hasta Los Mirtos, un caserón grande y oscuro que se alzaba en terreno propio algo lejos de la carretera. Allí despedimos el coche y avanzamos juntos a la largo del camino de entrada.

—Todas las ventanas están a oscuras —observó el inspector—. La casa parece vacía.

—Nuestros pájaros han volado y el nido está desierto —confirmó Holmes.

—¿Por qué dice esto?

—Durante la última hora ha salido de aquí un carruaje con abundante carga de equipaje.

El inspector se echó a reír.

—He visto las señales de ruedas a la luz de la lámpara de la verja, pero ¿de dónde me saca lo del equipaje?

—Usted debe haber observado las mismas huellas de ruedas en la otra dirección. Pero las del carruaje que salía eran mucho más profundas, tanto, que cabe afirmar con certeza que el vehículo llevaba una carga muy considerable.

—Aquí me ha sacado usted una cierta ventaja —dijo el inspector, encogiéndose de hombros—. No será fácil forzar la puerta, pero lo intentaremos si no logramos que alguien nos oiga.

Accionó ruidosamente el llamador y tiró del cordón de la campanilla, aunque sin el menor éxito. Holmes se había alejado, pero volvió al poco rato.

—He abierto una ventana —anunció.

—Es una suerte que esté usted al lado de la policía y no contra ella, señor Holmes —señaló el inspector al observar la habilidad con la que mi amigo había forzado el pestillo—. Bien, yo creo que, dadas las circunstancias, podemos entrar sin esperar una invitación.

Uno tras otro nos metimos en una gran sala, que era, evidentemente, la misma en la que se había encontrado el señor Melas. El inspector había encendido su linterna; gracias a ella pudimos ver las dos puertas, la cortina, la lámpara y la armadura japonesa que aquél nos había descrito. En la mesa había dos vasos, una botella de brandy vacía y restos de comida.

—¿Qué es esto? —preguntó Holmes súbitamente.

Todos nos inmovilizamos, escuchando. Un ruido bajo y plañidero nos llegaba desde algún punto por encima de nuestras cabezas. Holmes se precipitó hacia la puerta y salió al recibidor. El inquietante ruido procedía del piso superior. Subió rápidamente, con el inspector y yo pisándole los talones, mientras su hermano Mycroft seguía con tanta celeridad como se lo permitía su corpachón.

En la segunda planta nos hallamos ante tres puertas, y de la del centro brotaban los siniestros ruidos, que unas veces se convertían en sordo murmullo y otras se elevaban de nuevo en un agudo gemido. La puerta estaba cerrada, pero la llave se encontraba en el exterior. Holmes la abrió y se precipitó hacia el interior, pero en seguida volvió a salir, llevándose una mano a la garganta.

—¡Es carbón de leña! —gritó—. ¡Démosle tiempo! ¡Se despejará!

Mirando hacia dentro, pudimos ver que la única luz de la habitación procedía de una llama azul y poco brillante que bailoteaba en un pequeño trípode de bronce colocado en el centro. Proyectaba un círculo lívido fantasmagórico en el suelo, mientras que en las sombras, más allá, percibimos el vago bulto de dos figuras agazapadas contra la pared. De aquella puerta recién abierta salía una horrible y ponzoñosa emanación que nos hizo jadear y toser a todos. Holmes subió corriendo a lo alto de la escalera y abrió un portillo para dar entrada a aire puro, y después, volviendo a la habitación, abrió de par en par la ventana y arrojó al jardín el trípode con el carbón encendido.

—Dentro de un minuto podremos entrar —jadeó al salir otra vez—. ¿Dónde habrá una vela? Dudo de que podamos encender una cerilla en esta atmósfera. Mantén la luz junto a la puerta y nosotros los sacaremos, Mycroft. ¡Ahora!

Sin perder un instante, agarramos los dos hombres envenenados y los arrastramos hasta el rellano. Ambos estaban inconscientes, con los rostros abotargados y congestionados, los labios azulados y los ojos protuberantes. En realidad, tan deformadas estaban sus facciones que, de no ser por su barba negra y su figura robusta, no habríamos podido reconocer en uno de ellos al intérprete de griego que sólo unas pocas horas antes se había despedido de nosotros en el Diógenes Club. Sus manos y sus pies estaban sólidamente atados, y mostraba la señal de un golpe violento sobre un ojo. El otro, inmovilizado de modo similar, era un hombre alto, en el último grado del enflaquecimiento, con varias tiras de esparadrapo dispuestas de forma grotesca sobre su rostro. Había cesado de gemir cuando lo depositamos en el suelo, y una mirada me indicó que, para él, al menos, nuestra ayuda había llegado demasiado tarde. El señor Melas, en cambio, todavía estaba vivo y, en menos de una hora, con la ayuda del amoníaco y del brandy, tuve la satisfacción de verle abrir los ojos y de saber que mi mano le había arrancado del oscuro valle en el que todos los caminos se encuentran.

Fue una sencilla historia la que nos contó, y sus palabras no hicieron sino confirmar nuestras propias deducciones. Al entrar en sus habitaciones, aquel visitante se había sacado de la manga una cachiporra flexible, y tanto le impresionó el temor a una muerte instantánea e inevitable, que Melas se dejó secuestrar por segunda vez. De hecho, era casi hipnótico el efecto que el rufián de las risitas produjo en el infortunado lingüista, pues éste no podía hablar de él sin mostrar unas manos temblorosas y una gran palidez en el semblante. Había sido conducido rápidamente a Beckenham, actuando como intérprete en una segunda entrevista, todavía más dramática que la primera, en la que los dos ingleses amenazaron a su prisionero con la muerte instantánea si no accedía a sus exigencias. Finalmente, al comprobar que no se dejaba doblegar por sus amenazas, lo devolvieron a su prisión y, tras reprocharle su traición, delatada por el anuncio en los periódicos, lo atontaron, asestándole un bastonazo. Luego, ya no recordaba nada más hasta vernos a nosotros inclinados sobre él.

Y tal fue el caso singular del intérprete griego, cuya explicación todavía sigue envuelta en algún misterio. Al ponernos en contacto con el caballero que contestó al anuncio, pudimos averiguar que aquella infortunada joven procedía de una opulenta familia griega, y que había estado visitando a unos amigos en Inglaterra. Durante su estancia, conoció a un joven llamado Harold Latimer, que adquirió gran influencia sobre ella y que finalmente la persuadió para que se escapara con él. Sus amigos, escandalizados por este hecho, se limitaron a informar a su hermano en Atenas y, a continuación, se lavaron las manos en este asunto.

El hermano, al llegar a Inglaterra, cometió la imprudencia de caer bajo la influencia de Latimer y del asociado de éste, un hombre llamado Wilson Kemp, que tenía los peores antecedentes. Estos dos, al descubrir que, a causa de su desconocimiento del idioma, el hermano se hallaba impotente en su poder, lo mantuvieron cautivo y se esforzaron, a través de la crueldad y el hambre, en obligarle a firmar la cesión de sus propiedades y las de su hermana. Lo tenían prisionero en la casa sin que la joven lo supiera, y el esparadrapo en su cara tenía como finalidad dificultar su identificación en el caso de que ella pudiera verlo en algún momento. No obstante, su percepción femenina vio inmediatamente a través del disfraz cuando, en ocasión de la primera visita del intérprete, se encontró ante su hermano por primera vez. Sin embargo, la pobre muchacha era también una prisionera, pues nadie más había en la casa, excepto el hombre que hacía de cochero y su mujer, que eran dos instrumentos de los conspiradores y asesinos. Al constatar que su secreto había sido descubierto y que no lograrían imponerse a su prisionero, los dos villanos, junto con la joven, huyeron pocas horas antes de la casa amueblada que habían alquilado. Pero primero pensaron en vengarse, tanto del hombre que les había desafiado como del que los había delatado.

Meses más tarde, nos llegó desde Budapest un curioso recorte de periódico. Explicaba que dos ingleses que viajaban en compañía de una mujer habían tenido un trágico final. Al parecer, ambos fueron apuñalados, y la policía húngara era de la opinión de que se habían peleado los dos e infligido heridas mortales el uno al otro. Sin embargo, yo sé que Holmes tiene diferente manera de pensar, y todavía hoy sostiene que, si fuera posible encontrar a la joven griega, ello tal vez permitiría saber cómo fueron vengadas las afrentas sufridas por ella y su hermano.

EL TRATADO NAVAL

El mes de julio que siguió a mi boda se hizo digno de mención por tres casos en los que tuve el privilegio de verme asociado con Sherlock Holmes y estudiar de cerca sus métodos. Tengo estos casos recogidos en mis notas bajo los encabezamientos de «La aventura de la segunda mancha», «La aventura del tratado naval» y «La aventura del capitán cansado». El primero de éstos, sin embargo, trata de asuntos de tal importancia e implica a tantas de las primeras familias del reino, que hasta pasados muchos años no podrá hacerse público. No obstante, ningún otro caso de los que Sherlock Holmes haya llevado ha ilustrado de un modo tan claro el valor de sus métodos analíticos o ha impresionado tan profundamente a quienes trabajaban con él en ese momento. Todavía conservo un informe casi literal de la entrevista en la que demostró la verdad de los hechos en relación con dicho caso a Monsieur Dubuque, de la policía de París, y a Fritz von Waldbaum, el conocido especialista de Dantzig, quienes habían malgastado sus energías en lo que se demostraría que no eran sino cuestiones secundarias. Habrá que esperar, pues, al inicio de un nuevo siglo para poder contar la historia con seguridad. Entre tanto, paso al segundo, el cual también prometía en su momento tener una importancia nacional y que fue notable por ciertos incidentes que le otorgaron un carácter bastante singular.

Durante mis días escolares tuve como íntimo amigo a un muchacho llamado Percy Phelps, que era exactamente de mi misma edad, aunque iba dos clases por delante de mí. Era un chico brillante, que arrambló con todos los premios que daba la escuela, y terminó sus proezas escolares ganando una beca que le llevaría a terminar su triunfante carrera en Cambridge. Recuerdo que estaba muy bien relacionado e incluso, cuando no éramos más que unos niños, sabíamos muy bien que el hermano de su madre era Lord Holdhurst, el gran político conservador. Poco bien le hacía en la escuela este llamativo parentesco; por el contrario, se nos antojaba que andar persiguiéndolo por todo el patio, dándole con el aro de croquet en las espinillas, era un juego bastante divertido. Pero todo cambió cuando salió al mundo. Supe vagamente que sus aptitudes y la influencia que tenía en su mano le habían ganado una buena posición en el Foreign Office; después se borró de mi mente, hasta que la siguiente carta me recordó su existencia:

BRIARBRAE, WOKING

Mi querido Watson: Sin duda recordará al «Renacuajo» Phelps que hacía quinto curso en el mismo año en que usted hacía tercero. Es incluso posible que haya sabido que, por medio de las influencias de mi tío, pude conseguir un buen puesto en el Foreign Office y que me encontraba en una situación de confianza y honor, hasta que un horrible infortunio vino a destrozar de repente mi carrera.

De nada sirve que le escriba ahora los detalles de ese horrible suceso. En el caso de que usted acceda a la petición que voy a hacerle, es probable que tenga que narrárselos entonces. Acabo de recobrarme de una encefalitis que me ha durado nueve semanas y todavía me encuentro extremadamente débil. ¿Cree usted que podría traer a su amigo, el señor Holmes, a verme aquí? Me gustaría tener su opinión sobre el caso, aunque las autoridades me aseguran que ya no hay nada que hacer. Por favor, intente hacerlo venir lo antes posible. Cada minuto que pasa parece una hora mientras siga viviendo en este horrible suspense. Dígale que, si no le he pedido consejo antes, no ha sido debido a que no tuviera en consideración su talento, sino a que desde que me sobrevino este duro golpe no he estado totalmente en mis cabales. Ahora vuelvo a estar en disposición de pensar, aunque no me atrevo demasiado a hacerlo por temor a una recaída. Estoy todavía tan débil que, como ve, he tenido que escribirle al dictado. Inténtelo y trágamelo aquí.

Su antiguo compañero de escuela.

PERCY PHELPS

Al leer esta carta hubo algo que me emocionó; esas reiteradas súplicas para que le llevara a Holmes tenían algo de lastimoso. Así que, con lo emocionado que estaba, incluso aunque hubiera sido un asunto difícil, lo hubiera intentado; pero, por supuesto, sabía perfectamente que Holmes amaba tanto su trabajo, que estaba siempre tan dispuesto a prestar ayuda, como dispuesto estaba su cliente a recibirla. Mi mujer estaba de acuerdo conmigo en que no se debía perder un momento en exponerle el asunto, así que una hora después de desayunar me encontraba de nuevo, una vez más, en las viejas habitaciones de Baker Street.

Holmes, ataviado con un batín, estaba sentado en su mesa de trabajo, trabajando afanosamente en una investigación química. Una larga y curvada retorta estaba hirviendo furiosamente sobre la llama azulada del mechero de Bunsen y las gotas destiladas se iban condensando en una medida de dos litros. Mi amigo apenas levantó la vista cuando entré y, viendo que su investigación debía de tener mucha importancia, me senté en un sillón y esperé. Introducía su pipeta de cristal en una botella y en otra, extrayendo de ellas unas cuantas gotas, finalmente puso sobre la mesa un tubo de ensayo que contenía cierta solución. En la mano derecha tenía un trocito de papel de tornasol.

—Llega en un momento crítico, Watson —dijo—. Si el papel permanece azul, es que todo va bien. Si se pone rojo, significa la vida de un hombre —lo introdujo en el tubo de ensayo y el papel adquirió un color carmesí apagado y sucio—. ¡Hum!, ya me lo había imaginado yo —exclamó—. En seguida estoy con usted, Watson. Encontrará tabaco en la babucha persa.

Se volvió hacia su escritorio y escribió varios telegramas, que entregó al botones. Tras esto se dejó caer en la silla que estaba enfrente de mí, levantando las rodillas hasta que sus manos estrecharon sus largos y finos tobillos.

—Un pequeño asesinato de lo más común —dijo—. Imagino que usted tiene algo mejor. Parece anunciar un crimen. ¿Qué pasa, Watson?

Le alargué la carta, que leyó con la máxima atención.

—No dice mucho, ¿verdad? —observó, mientras me la devolvía.

—Casi nada.

—Y, sin embargo, la caligrafía es interesante.

—Pero si no es la suya.

—Precisamente por eso, es la de una mujer.

—¡No, seguro que es la de un hombre!

—No, la de una mujer; una mujer de carácter singular. Mire, al inicio de una investigación tiene su importancia saber si el cliente tiene una relación íntima con alguien que, para bien o para mal, posee una naturaleza excepcional. Esto me ha despertado un interés en el caso. Si está usted preparado, partiremos en seguida para Woking y veremos a ese diplomático cuya situación es tan funesta y a la dama a quien dictó su carta.

Tuvimos la suerte de pillar uno de los primeros trenes en Waterloo, y en menos de una hora nos encontrábamos entre los bosques de abetos y los brezos de Woking. Briarbrae resultó ser una amplia casa construida en medio de una gran extensión de terreno, a pocos minutos de la estación. Tras entregar nuestras tarjetas de visita, nos hicieron pasar a un salón elegantemente decorado, donde a los pocos minutos se nos unió un hombre bastante corpulento, que nos recibió con gran hospitalidad. Estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, pero sus mejillas eran tan sonrosadas y sus ojos tan alegres, que seguía dando la impresión de un muchacho regordete y travieso.

—Qué contento estoy de que hayan venido —dijo, dándonos efusivamente la mano—. Percy lleva toda la mañana preguntando por ustedes; pobre hombre, se agarra a un clavo ardiendo. Su padre y su madre me pidieron que los recibiera yo, ya que para ellos es en extremo dolorosa la sola mención del asunto.

—Todavía no tenemos detalles —observó Holmes—. Veo que usted no es un miembro de la familia.

Nuestro conocido pareció sorprendido y, mirando el suelo, empezó a reír.

—Por supuesto, se ha fijado usted en las iniciales «J. H.» de mi medallón —dijo—. Por un momento pensé que se le había ocurrido algo inteligente. Mi nombre es Joseph Harrison y, como Percy va a casarse con mi hermana Annie, seremos al menos parientes políticos. Encontrará a mi hermana en la habitación de Percy; ha estado entregada a sus cuidados durante estos dos últimos meses. Quizá sería mejor que entráramos cuanto antes, porque sé cuán impaciente está.

La estancia a la que fuimos introducidos se hallaba en el mismo piso que el salón. Estaba amueblada en parte como un cuarto de estar y en parte como un dormitorio; había jarrones de flores dispuestos con un gusto exquisito en todos los rincones de la habitación. Un hombre joven, muy pálido y como agotado, yacía en un sofá junto a la ventana abierta, por donde entraban el agradable aroma del jardín y la suave brisa del verano. Una mujer estaba sentada a su lado y se levantó al entrar nosotros.

—¿Me retiro, Percy? —preguntó.

El agarró con fuerza su mano para detenerla.

—¿Cómo está usted, Watson? —dijo cordialmente—. Nunca lo hubiera reconocido con ese bigote y me atrevería a decir que usted no juraría que la persona que está viendo soy yo. Supongo que él es su célebre amigo, el señor Sherlock Holmes, ¿no es así?

Les presenté con pocas palabras y nos sentamos. El hombre corpulento nos había dejado, pero su hermana permanecía allí con su mano entre las del inválido, era una mujer de una apariencia impresionante, un poco baja y gruesa, pero con un hermoso cutis aceitunado, unos ojos grandes y oscuros, como de italiana, y un cabello abundante de un negro oscurísimo. Su magnífica tez contrastaba con la palidez de su compañero, quien a su lado parecía todavía más fatigado y ojeroso.

—No les haré perder tiempo —dijo él, levantándose del sofá—. Entraré sin más preámbulos en el tema. Yo era un hombre feliz y de éxito, señor Holmes, y a punto de casarme, cuando un inesperado y horroroso infortunio vino a echar por tierra todas mis esperanzas.

Trabajaba, como ya le habrá dicho Watson, en el Foreign Office, donde rápidamente ascendí hasta una posición de responsabilidad. Cuando esta Administración hizo a mi tío ministro de Asuntos Exteriores, él empezó a darme misiones de importancia y, como yo las resolviera con éxito, llegó por último a tener la máxima confianza en mi habilidad y tacto.

Hace aproximadamente diez semanas (para ser más exacto el 23 de mayo pasado) me llamó a su despacho privado y, tras felicitarme por el buen trabajo que había hecho, me informó de que tenía para mí una nueva misión de confianza.

Esto —dijo, tomando de su escritorio un rollo de papel gris— es el original de ese tratado secreto entre Inglaterra e Italia, sobre el cual siento decir que ya corren rumores en la Prensa. Es extremadamente importante que no haya ninguna filtración más. Las embajadas francesas o rusas pagarían enormes cantidades de dinero por conocer el contenido de estos documentos. No deberían salir de mi despacho, pero es absolutamente necesario hacer una copia de ellos. ¿Tienes escritorio en tu oficina?

—Sí, señor.

—Entonces, coge el tratado y guárdalo allí. Daré instrucciones para que tengas que quedarte cuando se vayan los otros, de modo que puedas hacerlo a tus anchas sin temor a que alguien te esté vigilando. Cuando termines, vuelve a guardar bajo llave en tu escritorio tanto el original como la copia y entrégamelos personalmente mañana por la mañana.

Tomé los documentos y...

—Perdóneme un inciso —dijo Holmes—. ¿Estaban solos durante aquella conversación?

—Absolutamente.

—¿Es una estancia amplia?

—Treinta pies en cada dirección.

—¿En el centro?

—Sí, más o menos.

—¿Hablando bajo?

—La voz de mi tío es siempre muy baja. Yo casi no hablé.

—Gracias —dijo Holmes, entornando los ojos—. Por favor, tenga la bondad de seguir.

—Hice exactamente lo que me había indicado y esperé hasta que los otros empleados se marcharon. Uno de ellos, que trabaja en el mismo despacho que yo, Charles Gorot, tenía que terminar un trabajo atrasado, así que le dejé allí y me fui a cenar. Cuando volví se había ido. Quería terminar cuanto antes mi trabajo, porque sabía que el señor Harrison, a quien acaban ustedes de ver, estaba en la ciudad y tomaría el tren de las once para volver a Woking y yo quería cogerlo también.

Cuando me puse a examinar el tratado, en seguida me di cuenta de que tenía una importancia tal, que mi tío no había exagerado nada con lo que había dicho. Sin entrar en detalles, puedo decir que definía la posición de Gran Bretaña en relación con la Triple Alianza y predecía la política que iba a llevar ese país en el caso de que la flota francesa aventajara en importancia a la italiana en el marco del Mediterráneo. Las cuestiones tratadas eran puramente navales. Al final estaban las rúbricas de los altos dignatarios que lo habían firmado. Les eché una mirada y me apliqué a la tarea de copiarlo.

Era un largo documento, escrito en francés, y contenía veintiséis artículos separados. Copiaba lo más de prisa que podía, pero a las nueve sólo había terminado nueve artículos y perdí las esperanzas de poder coger el tren. Me sentía soñoliento y estúpido, en parte debido a la cena y en parte también debido a un largo día de trabajo. Una taza de café me despejaría. Hay un portero que se queda toda la noche en un pequeño garito situado al pie de las escaleras; éste tiene la costumbre de preparar café en su infernillo de alcohol para los oficiales que se quedan haciendo horas extraordinarias. Toqué el timbre, pues, para que viniera.

Para mi sorpresa fue una mujer la que respondió a la llamada; una mujer de edad, grande, de cara tosca, que llevaba un delantal. Me explicó que era la mujer del portero, que hacía los recados; le pedí que me subiera un café.

Escribí dos artículos más y, entonces, sintiéndome todavía más soñoliento, me levanté y paseé arriba y debajo de la habitación para estirar las piernas. El café seguía sin venir y me preguntaba cuál sería la causa de este retraso. Abrí la puerta y me encaminé por el pasillo con el fin de descubrirlo. Era un corredor poco iluminado que partía de la habitación en la que había estado trabajando, constituyendo su única salida. Terminaba en una escalera curva con el garito del portero en el corredor que está al final de la escalera. A mitad de camino de la escalera hay un descansillo al que da otro corredor formando un ángulo recto con éste. Este segundo corredor lleva, a través de una escalera, a una puerta lateral que es usada por los sirvientes y también como atajo por los empleados cuando entran desde Charles Street.

Aquí tiene un plano esquemático del lugar.

—Gracias. Creo que le sigo bastante bien.

—Es muy importante que tenga en consideración este punto. Bajé las escaleras y llegué al hall, donde encontré al portero profundamente dormido en su garito y el agua hirviendo furiosamente en el hervidor sobre el infernillo, salpicando todo el suelo. Alargué la mano y estaba a punto de darle un meneo al hombre, que seguía plácidamente dormido, cuando sonó con fuerza una de las campanillas situadas sobre su cabeza y se despertó sobresaltado.

—Señor Phelps, ¡señor! —dijo, mirándome atónito.

—He bajado a ver si mi café estaba preparado.

—Estaba hirviendo el agua cuando me quedé dormido, señor.

Me miró a mí y luego miró hacia arriba, a la campanilla que todavía seguía estremeciéndose, y su asombro iba en aumento.

—Si usted está aquí, señor, ¿quién ha tocado entonces la campanilla? —preguntó.

—La campanilla —dije yo—. ¿De qué campanilla se trata?

—Es la campanilla de la habitación en la que usted estaba trabajando.

Me quedé helado. Alguien, pues, estaba en mi habitación donde el precioso tratado estaba extendido encima de mi mesa. Subí frenéticamente las escaleras y avancé corriendo por el corredor. No había nadie en éste, señor Holmes. No había nadie en la habitación. Todo estaba tal como lo había dejado, salvo que alguien había cogido de mi escritorio el documento que me había sido encomendado. La copia estaba allí, pero el original había desaparecido.

Holmes se arrellanó en su asiento y se frotó las manos. Me di cuenta de que el problema le llegaba al corazón.

—Dígame, por favor, ¿qué hizo usted entonces? —murmuró.

—Al momento me di cuenta de que el ladrón debía de haber subido las escaleras desde la puerta lateral. Tenía que haberme encontrado con él si hubiera venido por el otro lado.

—¿Estaba convencido de que no podía haber estado durante todo el rato oculto en la habitación, o en el corredor que usted acaba de describir como mal iluminado?

—Es absolutamente imposible. Ni siquiera una rata podría ocultarse ni en la habitación ni en el pasillo. No hay escondite posible.

—Gracias. Le ruego que siga.

—El portero, viendo en la palidez de mi rostro que había algo que temer, me había seguido escaleras arriba. Echamos los dos a correr por el pasillo y por las escaleras que llevaban a Charles Street. La puerta al pie de la escalera estaba cerrada, pero no tenía la llave echada. La abrimos de un golpe y nos precipitamos fuera. Recuerdo claramente que al hacerlo oímos tres campanadas en el carillón de una iglesia vecina. Eran las diez menos cuarto.

—Esto tiene mucha importancia —dijo Holmes, tomando nota en el puño de la camisa.

—La noche era muy oscuro y caía una lluvia fina y cálida. No había nadie en Charles Street, pero al fondo, en Whitehall, el tráfico, como es normal allí, era muy denso. Corrimos por la acera, sin que nos importara el ir descubiertos, y en la última esquina de la calle encontramos un policía que estaba allí parado.

—Acaba de cometerse un robo —dije jadeando—. Un documento de mucho valor ha sido robado del Foreign Office. ¿Ha pasado alguien por aquí?

—Llevo un cuarto de hora aquí parado —dijo—; solamente ha pasado una persona en este tiempo, una señora mayor, alta, que llevaba un chal de cachemira.

—¡Ah!, esa es mi mujer —exclamó el portero—. ¿No ha pasado nadie más?

—Nadie.

—Entonces el ladrón debe de haber seguido el otro camino —exclamó mi compañero, tirándome de la manga.

Pero yo no estaba satisfecho con esto, y los intentos que hacía para alejarme de allí aumentaban mis sospechas.

—¿Qué camino siguió la señora? —exclamé.

—No lo sé, señor. La vi pasar, pero no tenía ninguna razón especial para fijarme en ella. Parecía llevar prisa.

—¿Cuánto tiempo hace de esto?

—Oh, no hace mucho rato.

—¿Durante estos últimos cinco minutos?

—Pues sí, no pueden haber pasado más de cinco.

—Está perdiendo el tiempo, señor —gritó el portero—, y ahora un minuto puede ser muy importante. Le doy mi palabra de que mi mujer no tiene nada que ver en esto; vayamos ahora al otro extremo de la calle. Bueno, si no quiere usted, lo haré yo —y con esto salió corriendo en la otra dirección.

Pero al cabo de un momento le había alcanzado y le cogí por la manga.

—¿Dónde vive? —dije yo.

—En el número 16 de Ivy Lane, Brixton —contestó él—; pero no se deje llevar por un rastro falso, señor Phelps. Vamos hacia el otro extremo de la calle y veamos si se oye algo.

No perdía nada siguiendo su consejo. Con el policía nos apresuramos calle abajo, pero sólo para descubrir otra calle rebosante de tráfico, mucha gente yendo y viniendo, pero todos ellos iban apresurados, deseosos de encontrar un lugar donde guarecerse en una noche tan húmeda. No había un gandul que nos pudiera decir quién había pasado.

Entonces volvimos a la oficina y buscamos sin resultado por las escaleras y por el pasillo. El pasillo que lleva hasta la habitación está cubierto por un linóleo color cremoso que muestra fácilmente cualquier tipo de huella, pero no encontramos ni un rasguño ni una pisada.

—¿Había estado lloviendo toda la noche?

—Desde las siete, más o menos.

—¿Cómo puede ser, entonces, que la mujer que entró a eso de las nueve no dejara ninguna huella de sus embarradas botas?

—Me alegra que toque ese punto. Se me ocurrió entonces. Las asistentas que se encargan de hacer los recados tiene la costumbre de quitarse las botas en la garita del portero, poniéndose zapatillas de suela lisa.

—Eso lo deja claro. Así que no había huellas, aunque la noche estaba siendo húmeda, ¿no? La sucesión de los acontecimientos tiene un interés extraordinario. ¿Qué hizo después?

—También examinamos la habitación. No había posibilidad de que hubiera una puerta secreta, y las ventanas están a casi treinta pies del suelo. Las dos estaban cerradas por dentro. La alfombra impedía la posibilidad de una trampilla y el techo está sencillamente encalado. Apostaría por mi vida que quien quiera que fuese el que robó mis documentos sólo pudo entrar por la puerta.

—¿Qué me dice de la chimenea?

—No la hay. Hay, en cambio, una estufa. El cordón de la campanilla cuelga de un alambre colocado justo a la derecha de mi escritorio. El que llamara tuvo que venir directamente a mi escritorio para hacerlo. ¿Pero para qué quiere hacer sonar la campanilla un criminal? Es un misterio insoluble.

—Ciertamente el incidente no es habitual. ¿Qué pasos dio después? ¿Examinó la habitación, como supongo que hizo, para ver si el intruso había dejado algún tipo de rastro tras de sí, una colilla o un guante tirado en el suelo, una horquilla de pelo o cualquier otra baratija?

—No había nada de eso.

—¿Ningún olor especial?

—No pensamos en ello.

—Ah, un aroma de tabaco nos serviría de mucho en una investigación de este tipo.

—Yo no fumo nunca, de modo que me hubiera dado cuenta si hubiera olido a tabaco. No había ninguna pista de este tipo. El único hecho tangible era que la mujer del portero, la señora Tangey, se había apresurado a abandonar el lugar. El no dio ninguna explicación de este hecho, salvo que ésta era más o menos la hora en la que la mujer solía volver a casa. El policía y yo estábamos de acuerdo en que el mejor plan era dar caza a la mujer antes de que pudiese deshacerse de los documentos, en la presunción de que era ella quien los tenía.

A esas alturas la alarma había llegado ya a Scotland Yard y el señor Forbes, el detective, llegó rápidamente y tomó en sus manos el caso, dando muestras de una gran energía. Alquilamos un simón y a la media hora llegamos a la dirección que nos habían dado. Abrió la puerta una joven, que resultó ser la hija mayor de la señora Tangey. Su madre todavía no había vuelto y nos hizo pasar al cuarto delantero de la casa a esperar.

Al cabo de diez minutos aproximadamente llamaron a la puerta de la casa con los nudillos, y aquí cometimos un error del que me siento culpable. En vez de abrir nosotros la puerta, dejamos a la chica que lo hiciera. La oímos decir: «Madre, hay dos hombres esperándola», y un instante después oímos los pasos de alguien que avanzaba precipitadamente por el pasillo hacia el interior de la casa. Forbes abrió la puerta de golpe y ambos corrimos a la habitación trasera o cocina, pero la mujer había llegado antes que nosotros.

—Pero, ¡cómo!, si es el señor Phelps, el de la oficina —exclamó.

—Vamos, vamos, ¿quién creyó que éramos cuando huyó de nosotros? —preguntó mi compañero.

—Pensé que eran los agentes de seguros —dijo ella—; hemos tenido problemas con un vendedor.

—Esa no es razón suficiente —contestó Forbes—. Tenemos razones para creer que usted ha cogido unos importantes documentos en el Foreign Office y corrió hasta aquí para dejarlos. Tiene que venir con nosotros a Scotland Yard para ser cacheada.

Protestó y se resistió en vano. Trajeron un carruaje y los tres volvimos en él. Previamente habíamos inspeccionado la cocina, y especialmente el fuego, con el fin de saber si ella no habría intentado eliminar los papeles mientras estuvo sola. No había indicios, sin embargo, de cenizas o trozos de papel.

Cuando llegamos a Scotland Yard fue conducida de inmediato a la mujer que efectúa los cacheos a las mujeres. Esperé en una agonía de suspense hasta que ésta volvió con el informe. No había indicios de los documentos.

Entonces, por primera vez, me hice plenamente consciente del horror de mi situación. Hasta aquí había estado tan seguro de que recuperaría los documentos rápidamente, que no me había atrevido a pensar en cuáles serían las consecuencias si no lo conseguía. Pero ahora ya no quedaba nada por hacer y tenía tiempo para darme cuenta de mi situación. ¡Era horrible! Watson le habrá dicho que en la escuela yo era un chico nervioso y sensible. Es mi naturaleza. Pensé en mi tío y en sus colegas del Gabinete; en la vergüenza que tendría que pasar por mi culpa, en la que tendría que pasar yo y todos los que tenían relación conmigo. ¿Qué importaba que yo fuera la víctima de un extraordinario accidente? No hay lugar para los accidentes cuando los intereses diplomáticos están en juego. Estaba arruinado; vergonzosamente, desesperadamente arruinado. No sé lo que hice. Imagino que debí de hacer una escena. Tengo un vago recuerdo de un grupo de oficiales apiñados en torno a mí intentando aplacarme. Uno de ellos me condujo hasta Waterloo y me metió en un tren. Creo que hubiera hecho todo el camino a mi lado de no ser porque el doctor Ferrier, que vive aquí al lado, volvía de la ciudad en ese mismo tren. El doctor se hizo amablemente cargo de mí, y menos mal que lo hizo, porque tuve un ataque en la estación y antes de que llegara a mi casa me había vuelto ya un maníaco delirante.

Puede usted imaginarse el estado de cosas aquí cuando el doctor, al llamar a la puerta, los sacó de la cama y me encontraron a mí en semejante estado. La pobre Annie, a quien ven ustedes aquí, y mi madre tenían el corazón destrozado. El detective había dado al doctor Ferrier la información suficiente en la estación para que éste pudiera darles una idea de lo que había sucedido, y su narración no echaba ningún parche al problema. Era evidente que yo había caído enfermo con una enfermedad que sería larga; así que Joseph fue desalojado de su alegre habitación, que convirtieron en un cuarto de enfermo para mí. Aquí he yacido durante más de nueve semanas, señor Holmes, inconsciente y delirante debido a la fiebre. De no haber sido por la señorita Harrison y por los cuidados del doctor no estaría ahora hablando con ustedes. Ella me ha cuidado durante el día, y por la noche contrataron los servicios de una enfermera, porque en mis ataques era capaz de cualquier cosa. Poco a poco fui recobrando la razón, pero no ha sido sino en estos tres últimos días cuando he recuperado la memoria. Algunas veces deseo no haberla recobrado nunca. La primera cosa que hice fue telegrafiar al señor Forbes, en cuyas manos estaba el caso. Este vino y me aseguró que, aunque se había hecho todo lo posible, no se habían encontrado pruebas ni pistas. Habían interrogado al portero y a su mujer de todos los modos posibles, sin conseguir hacer un poco de luz sobre el asunto. Las sospechas de la policía fueron a recaer entonces sobre el joven Gorot que, como usted recordará, se quedó fuera de hora en la oficina aquella noche. El haberse quedado y su apellido francés eran los dos únicos puntos que podían sugerir una sospecha; pero de hecho yo no empecé a trabajar hasta que él ya se había ido; y su gente, aunque de ascendencia hugonota, tiene una simpatía y unas costumbres tan inglesas como las de usted y como las mías. No se encontró nada por lo que pudiera estar implicado en el asunto y aquí renunciaron a seguir investigando. He recurrido a usted, señor Holmes, como mi última esperanza; si me falla, perderé para siempre mi honor y mi posición.

El inválido se hundió de nuevo en los cojines, agotado por el largo monólogo, mientras su enfermera le servía un vaso de cierto medicamento estimulante. Holmes estaba sentado en silencio con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, en una actitud que podría parecer apática a un extraño, pero que yo sabía que denotaba la más intensa abstracción.

—Su informe ha sido tan explícito —dijo por último—, que me ha dejado poco lugar a que le haga más preguntas. Queda, sin embargo, una de suma importancia. ¿Le había dicho usted a alguna persona algo sobre la especial tarea que tenía que llevar a cabo?

—No, a nadie.

—¿Ni siquiera a la señorita Harrison, aquí presente, por ejemplo?

—No. No volví a Woking en el espacio de tiempo que hubo entre recibir la orden y ejecutarla.

—¿Y nadie de sus familiares o amigos había ido, por casualidad, a verle?

—Nadie.

—¿Alguno de ellos sabe el camino que hay que seguir para llegar a su oficina?

—Oh, ¡claro! Todos ellos han sido introducidos por mí alguna vez.

—De todos modos, por supuesto, si no dijo nada a nadie sobre ese trabajo, estas preguntas son irrelevantes.

—No dije nada.

—¿Sabe usted algo sobre el portero?

—Nada, excepto que es un soldado retirado.

—¿De qué regimiento?

—Oh, me parece haber oído que de los «Coldstream Guards».

—Gracias. No me cabe duda de que podré conseguir más detalles por medio de Forbes. Las autoridades son excelentes a la hora de amontonar hechos, aunque no siempre los usan en su propio beneficio. ¡Qué cosa más bonita es una rosa!

Fue detrás del diván, abrió la ventana y, tomando en su mano el tallo inclinado de una rosa cubierta de musgo, contempló la exquisita mezcla del carmesí con el verde. Esta faceta de su carácter era nueva para mí porque nunca le había visto demostrar un interés profundo por los objetos naturales.

—No hay nada donde la deducción sea tan necesaria como en la religión —dijo, recostándose en las contraventanas—. El razonador puede construir con ella una ciencia exacta. Siempre me ha parecido que la seguridad suprema en la bondad de la Providencia descansa en las flores. Todas las demás cosas, nuestros poderes, nuestros deseos, nuestro alimento, todos son realmente necesarios en primera instancia para nuestra existencia. Pero esta rosa se nos da por añadidura. Su aroma y su color son un adorno de la vida, no una condición de ésta. Sólo la bondad se da por añadidura y por eso, repito, tenemos mucho que esperar de las flores.

Percy Phelps y su enfermera miraron a Holmes durante esta demostración con sorpresa y un tanto de desilusión escrita en sus rostros. Él había caído en una ensoñación, con la rosa entre sus dedos. Pasó un rato antes de que la joven rompiera el silencio.

—¿Ve usted alguna posibilidad de solucionar este misterio, señor Holmes? —preguntó con cierta aspereza.

—Oh, ¡el misterio! —contestó él, volviendo con un sobresalto a las realidades de la vida—. Sería absurdo negar que el caso es oscuro y complicado; pero puedo prometerles que estudiaré el asunto y que les haré saber los puntos que me impresionen.

—¿Ve alguna pista?

—Me ha proporcionado usted siete, pero, por supuesto, debo comprobarlas antes de pronunciarme sobre su valor.

—¿Sospecha de alguien?

—Sospecho de mí.

—¿Qué?

—De llegar a conclusiones demasiado rápidas.

—Entonces vaya a Londres y compruebe sus conclusiones.

—Su consejo es excelente, señorita Harrison —dijo Holmes, levantándose—. Creo, Watson, que no podemos hacer nada mejor. No se deje llevar por falsas esperanzas, señor Phelps. El asunto está muy enmarañado.

—Estaré en un estado febril hasta que le vuelva a ver —exclamó el diplomático.

—Bueno, vendré en el mismo tren mañana, aunque es más que probable que mi informe sea negativo.

—Dios le bendiga por su promesa de venir —exclamó nuestro cliente —. Me hace cobrar nuevos ánimos el saber que se está haciendo algo. A propósito, tuve una carta de Lord Holdhurst.

—¡Ah!, ¿qué decía?

—Se mostraba frío, pero no severo. Me atrevería a decir que mi grave enfermedad ha evitado que lo fuera. Volvía a repetir que el asunto era de suma importancia y añadía que no se daría paso alguno en relación con mi futuro (con lo cual, por supuesto, se refería a mi destitución) hasta que me hubiera recuperado y tuviera la oportunidad de reparar mi infortunio.

—Bueno, fue razonable y considerado —dijo Holmes—. Vamos, Watson, que tenemos un buen día de trabajo ante nosotros.

El señor Joseph Harrison nos condujo a la estación, y en seguida nos encontramos inmersos en el rápido traqueteo de un tren que venía de Portsmouth. Holmes se hundió en sus pensamientos y apenas abrió la boca hasta que pasamos Clapham Junction.

—Qué agradable es llegar a Londres a través de una de estas líneas que le permiten a uno ver las casas desde arriba, como en este caso.

Pensé que bromeaba porque la visión era bastante sórdida, pero en seguida se explicó.

—Mire esos grandes grupos de edificios que se levantan aislados por encima de los tejados de pizarra; parecen islas de ladrillo en un mar plomizo.

—Son los internados.

—¡Los faros, muchacho, los faros! ¡Almenaras del futuro! Cápsulas con cientos de pequeñas, brillantes semillas en cada uno; de ellas surgirá el inglés del mañana, más inteligente, mejor. Supongo que ese hombre, Phelps, no beberá, ¿no?

—No creo.

—Ni yo tampoco. Pero estamos obligados a tener en cuenta todas las posibilidades. El pobre diablo se ha metido en aguas demasiado profundas y la cuestión que ahora se plantea es si podremos o no sacarlo a flote sano y salvo. ¿Qué piensa usted de la señorita Harrison?

—Es una muchacha con un carácter muy fuerte.

—Sí, pero, o yo estoy equivocado, o se trata de una muchacha bastante sensata. Ella y su hermano son los únicos hijos de un fabricante de hierro asentado en algún lugar camino de Northumberland. Phelps se comprometió con ella con ocasión de un viaje que realizó el año pasado; ella vino después, con su hermano como escolta, para que él le presentara a su familia. Entonces sucedió este accidente y ella se quedó a cuidar a su amado, mientras que su hermano Joseph, encontrándose cómodo, decidió quedarse también. He estado haciendo alguna investigación por mi cuenta. Pero hoy ha de ser un día lleno de ellas.

—Mi clientela... —empecé a decir yo.

—Oh, si usted encuentra sus casos más interesantes que los míos... —dijo Holmes con aspereza.

—Iba a decir que mi clientela bien puede ir tirando sin mí por un día o dos; al fin y al cabo es el período más tranquilo del año.

—Excelente —dijo él, recobrando su buen humor—. Entonces estudiaremos juntos este asunto. Creo que debemos empezar por ir a ver a Forbes. Probablemente él podrá darnos todos los detalles que precisamos, hasta que sepamos por dónde ha de abordarse el asunto.

—Usted dijo que tenía una pista.

—Bueno, tenemos varias, pero sólo podremos saber si valen para algo mediante una investigación posterior. El crimen más difícil de rastrear es aquel que carece de un objetivo claro. Ahora bien, éste sí que tiene un objetivo. ¿Quién va a beneficiarse? Están el embajador francés y el ruso; está asimismo quienquiera que sea el que vaya a vendérselo al uno o al otro, y está Lord Holdhurst.

—¡Lord Holdhurst!

—Bueno, se puede concebir que un hombre de Estado se encuentre en una situación en la que no le importaría que cierto documento desapareciera de un modo accidental.

—No un hombre de Estado con un historial tan honorable como el de Lord Holdhurst.

—Es una posibilidad y no podemos permitirnos el lujo de desecharla. Veremos a este honorable Lord hoy y descubriremos si puede decirnos algo. Entretanto ya he puesto en marcha algunas investigaciones.

—¿Ya?

—Sí, envié telegramas desde la estación de Woking a todos los periódicos de la tarde de Londres. Este anuncio aparecerá en todos ellos.

Me tendió una hoja de papel arrancada de su cuaderno de notas. En ésta aparecía escrito a lápiz:

«Diez libras de recompensa a quien pueda dar información sobre el número del vehículo que depositó a un pasajero en la puerta, o alrededores del Foreign Office en Charles Street, a las diez menos cuarto de la noche del pasado 23 de mayo. Dirigirse al 221B de Baker Street.»

—¿Cree usted que el ladrón fue en simón?

—Si no fue así, tampoco nos perjudica el intentar saberlo. Pero, si el señor Phelps tiene razón al afirmar que no hay escondite posible ni en la habitación ni en los pasillos, la persona debe de haber venido desde el exterior. Si entró desde la calle en una noche tan pasada por agua, sin dejar, no obstante, huella alguna sobre el linóleo, que fue examinado pocos minutos después de que esa persona hubiera pasado, en ese caso es altamente probable que viniera en un simón. Sí, creo que podemos deducir con seguridad que vino en un simón.

—Suena probable.

—Esta es una de las pistas de que hablaba. Puede llevarnos hasta algo. Y, por supuesto, está además la campanilla, que es la característica más distintiva del caso. ¿Por qué tenía que sonar la campanilla? ¿Intentaba llevar a cabo una fanfarronada el ladrón que lo hizo? ¿O lo hizo alguien que estaba con el ladrón con la intención de evitar el crimen? ¿O fue un accidente? ¿O fue...?

Se hundió de nuevo en la intensa y profunda reflexión de la que había salido; pero a mí me pareció, acostumbrado como estaba a todos sus estados de ánimo, que había caído en la cuenta de una nueva posibilidad.

Eran las tres y veinte cuando llegamos al final de nuestro recorrido y, tras un breve almuerzo en la cantina de la estación, rápidamente nos pusimos en camino en dirección a Scotland Yard. Holmes ya había telegrafiado a Forbes, y lo encontramos esperándonos; un hombre pequeño, de aspecto zorruno, con una expresión aguda, pero no por ello más amable, en el rostro. Fue decididamente seco en su comportamiento con nosotros, especialmente cuando supo el motivo que nos llevaba a él.

—Conozco sus métodos, señor Holmes —dijo agriamente—. Está dispuesto a usar toda la información que la policía puede poner a su disposición para intentar terminar el caso por sí mismo y desacreditarla.

—Todo lo contrario —dijo Holmes—. De los cincuenta y tres últimos casos que he tenido, mi nombre sólo ha aparecido en cuatro, llevándose toda la fama la policía en los otros cuarenta y nueve. No le culpo por no saber esto, porque es joven y sin experiencia; pero, si desea progresar en su nuevo cargo, trabaje conmigo, no contra mí.

—Estaría encantado de que me diera alguna otra indicación —dijo el detective cambiando sus modales—. Hasta ahora no he tenido ningún éxito con este caso.

—¿Qué pasos ha dado?

—Hemos seguido la pista a Tangey, el portero. Dejó el ejército con un buen informe sobre su conducta y no podemos encontrar nada contra él. Su mujer es una mala persona, sin embargo. Imagino que sabe más del asunto de lo que intenta aparentar.

—¿La han seguido?

—Tenemos a una de nuestras mujeres detectives tras ella. La señora Tangey bebe, y nuestro detective ha estado con ella en dos ocasiones en las que estaba bastante chispa, pero no pudo sacarle nada.

—Creo que tuvieron a los agentes de seguros en casa.

—Sí, pero les pagaron.

—¿De dónde procedía el dinero?

—No vimos nada irregular en lo que al dinero se refiere. Les debían la pensión de él; no han dado muestras de que les sobre el dinero.

—¿Qué explicación dio al hecho de que acudiera ella cuando el señor Phelps llamó para pedir un café?

—Dijo que su marido estaba muy cansado y quería ayudarlo.

—Bueno, esto estaría ciertamente de acuerdo con el hecho de que él fue encontrado, un poco más tarde, dormido en la silla. No hay nada contra ellos, pues, salvo el carácter de la mujer. ¿Le preguntó por qué llevaba tanta prisa aquella noche? Su apremio llamó la atención del número de policía.

—Era más tarde de lo habitual y quería llegar a casa.

—¿Le hizo ver que usted y el señor Phelps, que salieron por lo menos veinte minutos después de ella, llegaron allí antes?

—Ella lo explica por la diferencia entre un coche de punto y el tranvía.

—¿Hizo alguna aclaración de por qué cuando llegó a casa se precipitó hacia la cocina?

—Porque tenía allí el dinero con el que pagar a los corredores.

—Por lo menos tiene una respuesta para todo. ¿Le preguntó si al salir se había encontrado con alguien o había visto a alguien merodeando sospechosamente por Charles Street?

—No vio a nadie, salvo al número de policía.

—Bueno, parece que le ha hecho un concienzudo interrogatorio cruzado. ¿Qué más ha hecho?

—El empleado, Gorot; le hemos estado siguiendo la pista durante estas últimas nueve semanas, pero sin resultado. No tenemos ninguna prueba contra él.

—¿Algo más?

—Bueno, no contamos con ningún otro hecho sobre el que podamos seguir una investigación.

—¿Se ha formado usted ya alguna teoría sobre cómo pudo llegar a sonar esa campanilla?

—Bueno, tengo que confesar que ese asunto me puede. Quienquiera que lo haya hecho tiene que tener una sangre fría impresionante para así, sin más, ir y hacer sonar la alarma.

—Sí, es algo bastante extraño. Muchas gracias por todo lo que me ha dicho. Sabrá de mí en el caso de que pueda entregarle al hombre. ¡Vamos Watson!

—¿Dónde vamos a ir ahora? —pregunté al dejar la oficina.

—Vamos a ir a entrevistarnos con Lord Holdhurst, el ministro del Gabinete y futuro primer ministro de Inglaterra.

Tuvimos la suerte de que Lord Holdhurst estaba todavía en su despacho de Downing Street y, tras hacerle llegar Holmes su tarjeta de visita, nos hizo pasar al instante. El político nos recibió con esa extremada cortesía, un poco pasada de moda, que le caracteriza; nos ofreció asiento en dos lujosos y cómodos sillones situados a ambos lados de la chimenea. El, de pie sobre la alfombra que se extendía entre ambos, con su esbelta y ligera figura, su rostro agudo y pensativo y su rizado cabello prematuramente cano, parecía representar el tipo, ya no demasiado común, del noble que es noble de verdad.

—Su nombre me es muy familiar, señor Holmes —dijo sonriendo—. Y, por supuesto, no puedo fingir que desconozco el objeto de su visita. Sólo ha habido un suceso en estas oficinas que puede haber requerido su presencia aquí. Pero, permítame que le pregunte por cuenta de quién actúa.

—Del señor Percy Phelps —contestó Holmes.

—¡Ah, mi infortunado sobrino! Como usted puede comprender, nuestro parentesco me hace todavía más difícil el intentar protegerle de un modo u otro. Temo que este incidente tendrá un efecto muy perjudicial en su carrera.

—Pero, ¿y si encontramos el documento?

—¡Ah!, en ese caso sería diferente.

—Me gustaría hacerle unas preguntas, Lord Holdhurst.

—Estaré encantado de poder ofrecerle toda la información que se encuentra en mi poder.

—¿Fue en esta habitación en donde le dio a su sobrino las instrucciones de cómo debía llevarse a cabo la copia del documento?

—Esta era.

—Entonces difícilmente pudo haber alguien que sorprendiera su conversación.

—Por supuesto.

—¿Le había mencionado a alguien que tenía la intención de entregar el tratado a alguien con el fin de hacer una copia?

—Nunca.

—¿Está seguro de ello?

—Absolutamente.

—Bueno, puesto que ni usted se lo dijo a nadie, ni el señor Phelps se lo dijo a nadie, ni nadie más sabía algo sobre el asunto, la presencia del ladrón en la habitación fue, pues, algo puramente accidental. Vio una posibilidad y no la dejó escapar.

El político sonrió:

—Eso ya no es de mi competencia —dijo.

Holmes se quedó un momento pensativo.

—Hay otro aspecto del asunto, también muy importante, que me gustaría comentar con usted —dijo—. Tengo entendido que usted temía las graves consecuencias que acarrearía el hecho de que se llegaran a conocer ciertos detalles del tratado, ¿no es así?

Una sombra cubrió el expresivo rostro del político.

—Verdaderamente, graves consecuencias.

—¿Y las ha habido ya?

—No, todavía no.

—¿Si el tratado hubiera llegado, pongamos por caso, al Ministerio de Asuntos Exteriores francés o ruso, lo sabría?

—Sí, tendría que saberlo —dijo Lord Holdhurst, poniendo una expresión de disgusto en el rostro.

—Entonces, puesto que han pasado casi diez semanas y todavía no se sabe nada, ¿sería cierto suponer que el tratado no ha llegado a ellos?

Lord Holdhurst se encogió de hombros.

—No podemos suponer que el ladrón cogió el tratado para enmarcarlo y colgarlo de la pared.

—Posiblemente esté esperando a poder venderlo a mejor precio.

—Si espera un poco más, ya no podrá venderlo en absoluto. Dentro de unos cuantos meses el tratado dejará de ser secreto.

—Eso es muy importante —dijo Holmes—. Por supuesto, no está fuera de lo posible que el ladrón se encuentre aquejado de una súbita enfermedad.

—¿Un ataque de encefalitis, por ejemplo? —preguntó el político, lanzándole una rápida mirada.

—Yo no diría eso —dio Holmes imperturbable—. Y ahora nos vamos, Lord Holdhurst; ya le hemos quitado mucho de su valioso tiempo, y sólo nos queda desearle que tenga usted un buen día.

—Le deseo suerte en su investigación, sea quien sea el criminal —contestó el noble caballero, al tiempo que nos despedía con una reverencia.

—Es un buen tipo —dijo Holmes cuando salimos a Whitehall—. Pero tiene enormes dificultades para mantener su posición. Anda lejos de ser rico y tiene muchos gastos. ¿Se dio cuenta de que sus botines tenían echadas medias suelas? Ahora, Watson, no quiero tenerle alejado más tiempo de sus obligaciones. No haré nada más hoy, a no ser que alguien conteste al anuncio que puse en el periódico. Pero le estaría agradecido en extremo si quisiera acercarse conmigo mañana a Woking; cogeremos el mismo tren que hemos cogido hoy.

Me reuní, pues, con él a la mañana siguiente e hicimos el viaje juntos hasta Woking. Nadie había contestado al anuncio, dijo, y nada había sucedido que echara una nueva luz sobre el asunto. Tenía, cuando así lo deseaba, la profunda inexpresividad de un piel roja. Y yo no pude deducir por su aspecto si estaba o no satisfecho con la situación del caso. Recuerdo que su conversación giró en torno al sistema Bertillon de medidas y expresó una entusiasta admiración por el sabio francés.

Encontramos a nuestro cliente todavía bajo los cuidados de su fiel enfermera, pero tenía mucho mejor aspecto que antes. Cuando entramos, se levantó sin dificultad del sofá y nos saludó.

—¿Alguna novedad? —preguntó con vehemencia.

—Mi informe, como esperaba, es negativo —dijo Holmes—. He visto a Forbes y a su tío y he puesto en marcha una o dos investigaciones que nos pueden llevar hasta algo.

—¿No está, pues, descorazonado?

—En absoluto.

—¡Dios le bendiga por decir tal cosa! —exclamó la señorita Harrison.

—La verdad terminará por salir a la luz si seguimos siendo valerosos y no perdemos la paciencia.

—Nosotros podemos darle más noticias de las que usted ha podido darnos —dijo Phelps volviéndose a sentar en el sofá.

—Esperaba que tuvieran algo que decirme.

—Sí, ayer por la noche nos sucedió algo que podría ser serio —su expresión se fue haciendo más grave según hablaba y su mirada expresaba un tipo de sentimiento parecido al miedo—. ¿Sabe usted —dijo— que empiezo a creer que estoy siendo, sin darme cuenta, el centro de una monstruosa conspiración que no sólo atenta contra mi honor sino también contra mi propia vida?

—¡Ah! —exclamó Holmes.

—Parece increíble, porque no tengo, que yo sepa, un solo enemigo en este mundo. Y, sin embargo, a partir de la experiencia de ayer por la noche, no puedo llegar a otra conclusión.

—Por favor, tenga la bondad de contarme cómo fue.

—Tiene que saber que ayer por la noche fue la primera vez que dormí sin una enfermera en la habitación. Me encontraba muchísimo mejor que los días pasados, tanto, que decidí que podía pasar sin ella. Tenía, no obstante, una lamparilla encendida. Bueno, a eso de las dos de la madrugada me había hundido en un sueño ligero, cuando un ruidito me despertó de repente. Era similar al ruido que hacen los ratones al roer las tablas del entarimado y me quedé un rato escuchando, pensando que esa debía de ser la causa. Entonces se hizo más fuerte, hasta que al final oí en la ventana un golpe agudo y metálico. Me senté asombrado. Ahora ya no había duda sobre la procedencia del ruido. Los más débiles los había producido alguien al intentar forzar los bastidores de la ventana y el segundo lo produjo el pestillo al saltar.

Tras esto, todo quedó en silencio durante unos minutos, como si la persona estuviera esperando a ver si el ruido me había despertado o no. Entonces oí un tenue chirrido, al tiempo que la ventana se iba abriendo lentamente. No pude aguantar más, porque mis nervios ya no son lo que eran y, saltando de la cama, abrí de golpe las contraventanas. Había un hombre agazapado en la ventana. Apenas pude verlo, porque echó a correr con la velocidad del relámpago. Iba envuelto en algo parecido a una capa, que le ocultaba la parte inferior del rostro. Sólo estoy seguro de una cosa, y es que llevaba un arma en la mano. Me pareció un cuchillo. Vi claramente el brillo de éste cuando él se volvió antes de echar a correr.

—Esto es de lo más interesante; y dígame, ¿qué hizo usted entonces?

—Habría saltado por la ventana y le hubiera seguido, si me hubiera sentido más fuerte. Lo que hice fue tocar la campanilla y levantar a toda la casa. Me llevó un rato porque las campanillas suenan en la cocina y todos los sirvientes duermen arriba. Grité, por tanto, lo cual hizo bajar a Joseph, que se encargó de despertar al resto. Joseph y el mozo de cuadra encontraron pisadas en el macizo de flores que está debajo de la ventana, pero el tiempo ha sido tan seco últimamente, que pensaron que sería imposible seguirlas por todo el césped. No obstante, me han dicho que hay un lugar en la cerca de madera que bordea la carretera que muestra signos como si alguien hubiera pasado por encima rompiendo un listón al hacerlo. Todavía no he dicho nada a la policía local, porque pensé que haría mejor en saber primero su opinión sobre el asunto.

Este relato de nuestro cliente pareció tener un efecto extraordinario sobre Sherlock Holmes. Se levantó de su asiento y se puso a ir y venir por la habitación en un estado incontrolable de excitación.

—Las desgracias nunca vienen solas —dijo Phelps sonriendo, aunque era evidente que este suceso le había dejado un tanto estremecido.

—Ya ha sufrido usted lo suyo, verdaderamente —dijo Holmes—. ¿Cree que sería capaz de dar una vuelta conmigo alrededor de la casa?

—¡Oh, sí! Me agradaría mucho que me diera un poco el sol. Joseph vendrá también.

—¡Y yo también! —dijo la señorita Harrison.

—Siento mucho tener que decirle que no —dijo Holmes moviendo la cabeza—. Creo que tengo que pedirle que se quede sentada exactamente en el mismo lugar en el que está ahora.

La joven dama volvió a ocupar su asiento con cierto aire de disgusto. Sin embargo, su hermano se había unido a nosotros y salimos los cuatro juntos. Dimos la vuelta por el césped que bordea la casa hasta llegar a la ventana de la habitación que ocupaba el joven diplomático. Había, como él había dicho, algunas huellas en el macizo de flores, pero eran totalmente borrosas e imprecisas. Holmes se inclinó un momento sobre ellas, tras lo cual se irguió de nuevo encogiéndose de hombros.

—No creo que nadie pueda sacar mucho en claro de esto —dijo—. Demos una vuelta entera a la casa y veamos por qué el ladrón escogió esta habitación en particular. Yo pensaría que las amplias ventanas del salón y del comedor le habrían atraído más.

—Se ven más desde la carretera —sugirió el señor Joseph Harrison.

—¡Ah, sí, claro! Hay aquí una puerta por la que quizá haya intentado pasar. ¿Para qué la usan?

—Es la puerta lateral, que utilizan los comerciantes. Por supuesto, por la noche está cerrada con llave.

—¿Les había sucedido algo parecido en alguna otra ocasión?

—Nunca —dijo nuestro cliente.

—¿Tiene en casa plata o algo que pueda atraer a los ladrones?

—Nada de valor.

Holmes se dio un paseo alrededor de la casa. Llevaba las manos en los bolsillos y mostraba un aspecto bastante negligente, algo inusual en él.

—A propósito —le dijo a Joseph Harrison—, creo que ha encontrado usted un lugar por donde el tipo pudo haber saltado la cerca; echémosle un vistazo.

El joven nos condujo hasta un lugar en donde podía verse que la parte superior de uno de los listones que formaban el cercado estaba resquebrajada. Había un trocito de madera colgando. Holmes lo arrancó y lo examinó con aire crítico.

—¿Cree usted que esto lo hicieron anoche? Parece que tiene bastante tiempo, ¿no?

—Bueno, posiblemente.

—No hay huellas que indiquen que alguien haya saltado desde el otro lado. No, no creo que este lugar vaya a sernos útil en nuestra búsqueda. Volvamos al dormitorio y recapacitemos sobre el asunto.

Percy Phelps caminaba despacio, apoyándose en el brazo de su futuro cuñado. Holmes atravesó la pradera a paso ligero y llegamos junto a la ventana abierta muchos antes que los otros dos.

—Señorita Harrison —dijo Holmes, poniendo mucho cuidado en su modo de dirigirse a ella—, tiene usted que quedarse todo el día en el lugar en el que está ahora. No consienta que nada le impida hacerlo. Esto tiene una importancia vital.

—Claro que lo haré, si así lo desea usted —dijo la muchacha asombrada.

—Cuando se vaya a dormir, cierre por fuera la puerta de esta habitación y guarde la llave. Prométame que lo hará.

—Pero ¿y Percy?

—Vendrá a Londres con nosotros.

—¿Y yo voy a quedarme aquí?

—Es por su bien, ¡puede serle usted muy útil! ¡Rápido! ¡Prométamelo!

Asintió con la cabeza en el mismo momento en que llegaban los otros.

—¿Por qué te quedas ahí haciendo muecas, Annie? —le gritó su hermano—. Sal a que te dé el sol.

—No, gracias, Joseph; tengo un ligero dolor de cabeza y esta habitación es deliciosamente fresca y sedante.

—¿Qué propone que hagamos ahora, señor Holmes? —dijo nuestro cliente.

—Bueno, no debemos perder de vista la investigación principal por andarnos preocupando de un asuntillo sin importancia. Me prestaría una gran ayuda si pudiera usted venir a Londres con nosotros.

—¿Ahora mismo?

—Bueno, lo antes posible, siempre que no le suponga un trastorno. Digamos dentro de una hora.

—Me siento lo bastante fuerte, si es que de verdad puedo serle útil en algo.

—Utilísimo.

—Posiblemente quiera que me quede a pasar la noche allí.

—Eso es lo que iba a proponerle.

—En ese caso, si mi amigo nocturno vuelve a visitarme, verá que el pájaro ha volado. Estamos todos en sus manos, señor Holmes: tiene usted que decirnos lo que quiere que hagamos. ¿A lo mejor prefiere que Joseph venga con nosotros para hacerse cargo de mí?

—Oh, no; mi amigo Watson es médico, sabe, y se ocupará de usted. Comeremos aquí, si nos lo permite, y después partiremos juntos hacia la ciudad.

Se decidió hacerlo tal como él lo había sugerido, si bien la señorita Harrison, de acuerdo con la sugerencia de Holmes, se excusó por no abandonar la habitación. Yo no podía concebir cuál era el objeto de la maniobra de mi amigo, a no ser que se propusiera mantener a la dama alejada de Phelps, quien, lleno de alegría por haber recobrado la salud y por las perspectivas de acción, comió con nosotros en el comedor. Holmes nos tenía reservada, sin embargo, otra sorpresa todavía más grande, porque, tras acompañarnos hasta la estación e introducirnos en el vagón, nos anunció con toda calma que no tenía la intención de abandonar Woking.

—Hay todavía dos o tres pequeñas cuestiones que me gustaría aclarar antes de ir —dijo—. Su ausencia, señor Phelps, me será de alguna manera útil. Watson, cuando lleguen a Londres, hágame el favor de dirigirse rápidamente con nuestro amigo a Baker Street y de quedarse allí con él hasta que volvamos a vernos. Es una suerte que sean antiguos compañeros de escuela, porque así tendrán mucho de que hablar. El señor Phelps puede ocupar el cuarto de huéspedes y yo volveré a estar con ustedes mañana a la hora del desayuno, ya que hay un tren que me dejará a las ocho en la estación de Waterloo.

—¿Pero qué pasará con nuestra investigación en Londres? —preguntó Phelps pesaroso.

—Podremos hacerla mañana. Creo que en este momento puedo ser más útil aquí.

—Dígales en Briarbrae que espero estar de vuelta mañana por la noche —gritó Phelps cuando el tren empezaba a dejar el andén.

—No espero volver a Briarbrae —contestó Holmes, despidiéndonos con la mano mientras el tren iba saliendo cada vez más de prisa de la estación.

Phelps y yo hablamos de ello durante el viaje, pero ninguno de los dos pudo imaginarse una razón satisfactoria que explicara este nuevo acontecimiento.

—Supongo que querrá encontrar alguna pista relativa al robo de anoche, si es que se trataba de un robo. Por mi parte, no creo que se tratara de un robo ordinario.

—¿Qué idea tiene usted, pues, del asunto?

—Puede usted achacárselo o no a la debilidad de mis nervios, pero palabra que creo que soy el centro de una profunda intriga política y que, por alguna razón que se me escapa, los conspiradores apuntan contra mi vida. Suena exaltado y absurdo, pero ¡considere los hechos! ¿Por qué iba un ladrón a intentar forzar la ventana de un dormitorio en el que no podía haber posibilidad de robo y por qué iba a llevar un cuchillo en la mano?

—¿Está usted seguro de que no era una ganzúa?

—Oh, no; era un cuchillo. Vi claramente el brillo de la hoja.

—Pero ¿por qué demonios le van a perseguir con tal animosidad?

—¡Ah!, esa es la cuestión.

—Bueno, si Holmes tiene el mismo punto de vista, eso estaría conforme con el hecho de que él se haya quedado allí, ¿no? Suponiendo que su teoría sea correcta, si puede echarle el guante a quien le amenazó a usted anoche, habrá avanzado mucho en la búsqueda de la persona que se llevó el tratado naval. Es absurdo suponer que tiene usted dos enemigos; uno que le roba mientras el otro atenta contra su vida.

—Pero el señor Holmes dijo que no iba a ir a Briarbrae.

—Le conozco desde hace algún tiempo —dije yo—, y sé que nunca hace nada si no cuenta con una buena razón para hacerlo.

Y con esto nuestra conversación saltó a otros tópicos.

Pero fue un día agotador para mí. Phelps estaba todavía muy débil tras su larga enfermedad y sus infortunios le habían vuelto quejica y nervioso. En vano me propuse atraer su interés hacia otros temas tales como Afganistán, India, los problemas sociales; cualquier cosa que le quitara de la cabeza el problema que le tenía obsesionado. Siempre terminaba volviendo al desaparecido tratado; preguntándose, haciendo conjeturas, especulando sobre lo que estaría haciendo Holmes, lo que decidiría Lord Holdhurst, las noticias que tendríamos por la mañana. Al ir avanzando la tarde, su excitación se hizo casi dolorosa.

—¿Tiene una fe implícita en Holmes? —preguntó.

—Le he visto llevar a cabo hechos asombrosos.

—¿Pero logró esclarecer alguna vez algún otro asunto tan oscuro como éste?

—Oh, sí; le he visto resolver casos que presentaban menos pistas que el suyo.

—¿Pero alguno en el que tantos intereses estuvieron en juego?

—Eso no lo sé. Lo que sí sé seguro es que ha actuado en representación de tres de las casas reinantes de Europa en asuntos vitales.

—Pero usted lo conoce bien, Watson. Es un tipo tan inescrutable, que nunca sé que pensar de él. ¿Cree que tiene esperanzas? ¿Cree que cuenta con acabar el asunto con éxito?

—No ha dicho nada.

—Eso es un mal signo.

—Por el contrario, me he dado cuenta de que cuando no sabe por dónde va, lo dice. Es cuando huele algo, pero todavía no está lo bastante seguro de que está en lo cierto, cuando se muestra más taciturno. Ahora, querido amigo, no podemos evitar los problemas poniéndonos nerviosos con ellos, así que le suplico que se acueste con el fin de que pueda estar usted fresco para lo que nos aguarde mañana, sea lo que sea.

Finalmente pude persuadir a mi compañero de que siguiera mi consejo, aunque sabía, por el estado de excitación en que se encontraba, que no dormiría nada. En realidad, su estado de ánimo era contagioso, porque yo me pasé la mitad de la noche dando vueltas en la cama, rumiando aquel extraño asunto e inventándome cientos de teorías, cada una de ellas, si cabe, más imposible que la anterior. ¿Por qué se había quedado Holmes en Woking? ¿Por qué le había pedido a la señorita Harrison que se quedara en la habitación del enfermo todo el día? Me devané los sesos hasta que me quedé dormido en el empeño de encontrar una explicación que abarcara todos los hechos.

Eran las siete cuando me desperté, y rápidamente me encaminé al cuarto de Phelps, encontrándolo ojeroso y agotado tras haber pasado la noche en blanco. Su primera pregunta fue si Holmes había llegado ya.

—Estará aquí a la hora prometida —dije yo—, y ni un instante antes o después.

Y mis palabras fueron ciertas, porque poco después de las ocho un taxi se paró ante la casa y nuestro amigo salió de él. De pie, junto a la ventana, vimos que traía vendada la mano izquierda y que su rostro estaba pálido y con un aire lúgubre. Entró en la casa, pero pasó un rato antes de que subiera.

—Parece un hombre vencido —exclamó Phelps.

Me vi forzado a contestar que era verdad.

—Después de todo —dije yo—, la clave del asunto es probable que se encuentre aquí en la ciudad.

Phelps exhaló un gemido.

—No sé cómo será —dijo él—, pero había esperado tanto su vuelta... Pero ayer no llevaba la mano vendada, ¿verdad? ¿A qué puede deberse?

—¿No estará usted herido, Holmes? —pregunté yo, cuando nuestro amigo entró en la habitación.

—¡Qué va! Sólo es un rasguño debido a mi propia torpeza —contestó, dándonos los buenos días—. Este caso suyo, señor Phelps, es ciertamente uno de los más oscuros que yo haya investigado.

—Temía que lo encontrara más allá de sus posibilidades.

—Ha sido una importante experiencia.

—Esta venda habla por sí sola de las aventuras que ha corrido —dije —. ¿No nos contará lo que sucedió?

—Después del desayuno mi querido Watson. Recuerde que vengo de respirar el aire matutino de Surrey. Supongo que ningún taxista habrá contestado a mi anuncio, ¿no? Bueno, bueno, no podemos esperar estar marcando tantos todo el rato.

La mesa estaba puesta y, en el mismo momento en que yo iba a hacer sonar la campanilla, entró la señora Hudson con el té y el café. Unos minutos después trajo las bandejas cubiertas y todos nos sentamos a la mesa; Holmes hambriento, yo curioso y Phelps en un estado de profunda depresión.

—La señora Hudson se ha superado para la ocasión —dijo Holmes destapando una fuente de pollo al curry—. Su cocina es un poco limitada, pero, como escocesa que es, tiene una buena idea de lo que debe ser un auténtico desayuno. ¿Qué tiene usted ahí, Watson?

—Jamón y huevos —contesté yo.

—¡Bien! ¿Qué va usted a tomar, señor Phelps? ¿Pollo al curry, huevos o se servirá de la bandeja que tiene a su lado?

—Gracias, no puedo comer nada —dijo Phelps.

—Bueno, entonces —dijo Holmes haciéndome un travieso guiño—, supongo que no tendrá ningún inconveniente en servirme de esa bandeja que tiene a su lado, ¿no es así?

Phelps destapó la bandeja y, al hacerlo, lanzó un grito y se quedó mirándola con el rostro tan pálido como el plato que tenía ante sí. En el centro de la bandeja había un pequeño cilindro de papel color azul grisáceo. Lo cogió, lo devoró con la mirada y después se puso a bailar locamente por toda la habitación, cayendo después en un sillón tan debilitado y exhausto por la emoción, que tuvimos que echarle brandy por la garganta para evitar que se desmayara.

—¡Venga! ¡Venga! —decía Holmes, intentando calmarlo mientras le daba unos ligeros golpecitos en el hombro—. Ha sido demasiado esto de lanzárselo así de sorpresa; pero Watson, aquí presente, sabe que no puedo resistirme a dar un toque de dramatismo a las cosas.

Phelps cogió su mano y se la besó.

—Dios le bendiga —exclamó—. Ha salvado usted mi honor.

—Bueno, el mío también estaba en juego, ¿sabe? —dijo Holmes—. Le aseguro que es para mí tan odioso el fracasar en un caso, como puede serlo para usted el cometer un error en algo que se le ha encargado.

Phelps metió el precioso documento en el bolsillo más escondido de su levita.

—No me atrevo a seguir interrumpiéndoles el desayuno por más tiempo y, sin embargo, me muero por saber cómo lo consiguió y dónde estaba.

Sherlock Holmes se bebió una taza de café, aplicándose después a los huevos con jamón. Tras esto se levantó, encendió su pipa y se acomodó en su sillón.

—Les diré lo que hice en primer lugar y cómo me las apañé después —dijo—. Tras dejarlos en la estación me fui, dando un encantador paseo por el maravilloso escenario de Surrey, hasta un bonito pueblecito llamado Ripley, donde tomé el té y tuve la precaución de llenar mi cantimplora y echarme al bolsillo una bolsa de bocadillos. Me quedé allí hasta la tarde, tras emprender el camino de regreso a Woking, me encontré en la carretera a la puerta de Briarbrae, justo después de la puesta del sol. Bueno, esperé hasta que no hubo nadie en la carretera (no es una carretera muy frecuentada a ninguna hora) y después trepé por la cerca.

—Seguramente la cancela de la cerca estaría abierta, ¿no? —exclamó de repente Phelps.

—Sí; pero tengo un gusto peculiar en estos asuntos. Escogí el sitio en el que se levantan los tres abetos y, amparado por su protección, salté dentro, seguro de que no existía la menor posibilidad de que alguien pudiera verme desde la casa. Me agaché en los matorrales que hay a ese lado de la cerca, y fui reptando de uno a otro (el lamentable estado de las rodilleras de mis pantalones es testigo de ello), hasta que alcancé el macizo de rododendros que está justo enfrente de la ventana de su habitación. Allí me quedé agazapado y esperé el desarrollo de los acontecimientos.

Todavía no habían bajado la persiana de su habitación y veía a la señorita Harrison sentada allí leyendo junto a la mesa. Eran las diez y cuarto cuando cerró el libro, atrancó las contraventanas y se retiró. La oí cerrar la puerta y tuve la casi absoluta seguridad de que había dado la vuelta a la llave.

—¿La llave? —exclamó Phelps.

—Sí, le había dado instrucciones a la señorita Harrison para que cerrara la puerta por fuera y se llevara la llave cuando se fuera a la cama. Llevó a cabo mis instrucciones al pie de la letra y sin su cooperación no tendría usted ahora ese documento en el bolsillo de su levita. Ella se fue, las luces se apagaron y yo me quedé solo, en cuclillas, tras el macizo de rododendros.

Hacía una buena noche, pero de todos modos fue una espera aburrida. Por supuesto, había en ella algo de esa suerte de excitación que siente el cazador cuando está tumbado en su puesto junto al agua esperando el comienzo de la gran caza. Fue muy larga, sin embargo, casi tan larga, Watson, como aquella vez en la que usted y yo tuvimos que esperar en una horripilante habitación, cuando andábamos investigando aquel problemilla de «La banda de lunares». El reloj de una iglesia de Woking daba los cuartos y más de una vez pensé que se había parado. Por fin, no obstante, a eso de las dos de la madrugada, oí de repente el suave sonido de un cerrojo que se abría y el chirrido de una llave. Un momento después se abrió la puerta de servicio y el señor Joseph Harrison salió a la luz de la luna.

—¡Joseph! —exclamó Phelps.

—Iba descubierto, pero se había echado una capa sobre los hombros con el fin de poder ocultar su rostro rápidamente en caso de emergencia. Caminaba de puntillas, amparándose en la sombra que hacían las paredes de la casa y, cuando llegó a la ventana, metió un cuchillo de hoja muy larga por la ranura y levantó el pestillo, abriendo entonces la ventana de golpe, tras lo cual metió el cuchillo por la ranura de las contraventanas, hizo saltar la tranca y las abrió de par en par.

Desde el lugar en el que estaba veía perfectamente el interior de la habitación y pude seguir todos y cada uno de sus movimientos. Encendió las dos velas que estaban en la repisa de la chimenea y entonces procedió a levantar una esquina de la alfombra cerca de la puerta. De repente se paró y sacó una pieza cuadrada del entarimado, de esas que se dejan para que los fontaneros puedan acceder a los empalmes de las tuberías del gas. Esta cubría, de hecho, el empalme en forma de T donde se une la tubería que abastece de gas a la cocina, que está justo debajo de esa habitación. Sacó el cilindro de papel fuera del escondite, volvió a poner la pieza del entarimado, arregló la alfombra dejándola como estaba, apagó las velas, y cayó en mis brazos al estar yo esperándole bajo la ventana.

Bueno, el señorito Joseph tiene más maldad de la que yo le hubiera adjudicado, sí, señor, mucha más. Se lanzó contra mí blandiendo el cuchillo y tuve que golpearle hasta tumbarle por dos veces, cortándome en los nudillos antes de dominarle. Cuando terminó la pelea parecía querer «asesinarme» con la mirada del único ojo que le había quedado sano, pero se atuvo a razones y soltó los papeles. Tras haberlos conseguido le dejé ir, pero esta mañana he telegrafiado a Forbes dándole una información completa. Si es lo suficientemente rápido y consigue cazar al pájaro, ¡tanto mejor! Pero si, como sospecho, el pájaro abandonó el nido antes de que él llegue, ¡pues bien, mucho mejor para el Gobierno! Imagino que Lord

Holdhurst, por un lado, y el señor Percy Phelps, por otro, preferirían con mucho que el asunto no llegara nunca hasta un tribunal policial.

—¡Dios mío! —dijo nuestro cliente con voz entrecortada—. ¿Está usted diciéndome que durante estas diez largas semanas de agonía los documentos robados estuvieron todo el rato conmigo en la misma habitación?

—Así fue.

—¡Y Joseph! ¡Joseph un traidor y un ladrón!

—¡Hum! Lamento tener que decirle que el carácter de Joseph es más profundo y peligroso de lo que uno juzgaría por su aspecto. Por lo que esta mañana he podido enterarme, he sacado la conclusión de que ha perdido mucho dinero por meterse sin saber nada en el mundo de la Bolsa, y está dispuesto a hacer cualquier cosa para sanear su fortuna. Como es un hombre totalmente egoísta, cuando se le presentó la ocasión, ni la felicidad de su hermana, ni la reputación de usted le hicieron detenerse.

Percy Phelps se hundió en la silla.

—La cabeza me da vueltas —dijo—, sus palabras me han mareado.

—La principal dificultad en su caso —observó Holmes, con el didactismo que le caracteriza— estaba en el hecho de que había demasiados datos. Lo que era vital estaba cubierto y oculto por lo irrelevante. De todos los hechos que se nos presentaron, tuvimos que escoger los que juzgamos esenciales y entonces juntarlos dándoles un orden con el fin de reconstruir esta especialísima cadena de acontecimientos. Yo ya había empezado a sospechar de Joseph a partir del hecho de que usted tenía la intención de viajar con él aquella noche y, por tanto, era bastante probable que, conociendo bien el Foreign Office como lo conocía, él hubiera ido a buscarle de camino. Cuando supe que había habido alguien que había intentado entrar en su dormitorio de un modo tan desesperado, en el cual nadie sino Joseph podía haber ocultado algo (usted nos había dicho en su relato cómo había echado a Joseph de la habitación la noche en que llegó con el doctor), mis sospechas se convirtieron en una certeza total, especialmente cuando el intento se hizo en la primera noche que la enfermera estaba ausente, lo cual mostraba que el intruso estaba bien informado de lo que sucedía en la casa.

—¡Qué ciego he sido!

—Los hechos, hasta donde yo he podido descubrir, son éstos: Joseph Harrison entró en la oficina por la puerta de Charles Street y, como conocía el camino, se dirigió directamente a su habitación un momento después de que usted la hubiera abandonado. Al no encontrar a nadie allí, hizo sonar la campanilla y, al hacerlo, se fijó en el documento que estaba sobre la mesa. Con una sola mirada se dio cuenta de que la suerte había puesto en su camino un documento de inmenso valor y, sin perder un segundo, se lo metió en el bolsillo y se fue. Pasaron como usted recordará, unos cuantos minutos antes de que el portero le llamara a usted la atención sobre la campanilla, y éstos bastaron para darle al ladrón tiempo de escapar.

Hizo el camino hasta Woking en el primer tren y, tras examinar su botín y asegurarse de que realmente tenía un inmenso valor, lo escondió en lo que pensó sería un lugar seguro, con la intención de volverlo a sacar en un día o dos y llevarlo a la Embajada francesa o a cualquier sitio que pensara que le harían un buen precio. Entonces vino su precipitado regreso. El, sin previo aviso, se vio obligado a abandonar su habitación y, desde ese momento, siempre hubo al menos dos personas para impedirle rescatar su tesoro. Debe de haber sido algo enloquecedor entrar en la habitación, pero su insomnio frustró este intento. Recordará usted que no tomó aquella noche su droga de costumbre.

—Lo recuerdo.

—Imagino que él había tomado sus medidas para acrecentar la eficacia de la droga y que confiaba en que usted estuviera inconsciente. Por supuesto, me di cuenta de que repetiría el intento cuando pudiera llevarlo a cabo con seguridad. La posibilidad que andaba buscando se la proporcionó el hecho de que usted abandonara la habitación. Mantuve a la señorita Harrison allí durante todo el día, con el fin de que él no se nos anticipara. Tras esto y tras haberle hecho creer que no había moros en la costa, hice guardia del modo que les he descrito. Yo ya sabía que los documentos probablemente estaban en la habitación, pero no deseaba destrozar todo el entarimado y todo el zócalo en su búsqueda. Por tanto, dejé que él mismo los sacara del escondite, evitándome así muchos problemas. ¿Desean que les aclare algo más?

—¿Por qué intentó entrar por la ventana en la primera ocasión —dije yo—, cuando podía haberlo hecho por la puerta?

—Hubiera tenido que pasar por delante de siete dormitorios para alcanzarla. Por otro lado, podía salir con facilidad al césped. ¿Algo más?

—¿No piensa usted —preguntó Phelps— que tenía intenciones asesinas? Sólo se ha referido usted al cuchillo como herramienta.

—Puede ser —contestó Holmes encogiéndose de hombros—. Lo único que puedo decir con certeza es que el señor Joseph Harrison es un caballero a cuya clemencia por nada del mundo me encomendaría.

EL PROBLEMA FINAL

Con extremada tristeza tomo hoy mi pluma para escribir estas últimas palabras, con las que dejaré para siempre constancia de los singulares dones que distinguían a mi amigo, el señor Sherlock Holmes. De un modo incoherente y, viéndolo ahora en profundidad, totalmente inadecuado, me propuse dar cuenta de las extrañas experiencias que tuve en su compañía: desde el primer encuentro casual que nos uniría en la época de Estudio en escarlata hasta los tiempos de su intervención en el asunto del «Tratado naval», una intervención que tuvo el incuestionable efecto de evitar un serio embrollo internacional. Tenía la intención de haberme detenido aquí y de callarme todo lo relativo a aquel suceso que dejó un vacío tal en mi vida, que un lapso de dos años no ha podido llenar. Me veo forzado, no obstante, a continuar, debido a las recientes cartas en las que el coronel Moriarty defiende la memoria de su hermano; no me queda más remedio que exponer los hechos ante el público exactamente como ocurrieron. Sólo yo sé toda la verdad sobre el asunto y me alegra que haya llegado el momento en el que deja de ser bueno y provechoso el callarse. Por lo que sé, solamente se han dado tres informes en la prensa pública: el del Journal de Genève del 6 de mayo de 1891; el del despacho de noticias Reuter, aparecido en los periódicos ingleses del 7 de mayo, y finalmente las cartas a las que acabo de aludir. Los dos primeros eran extremadamente concisos, mientras que el último es, como en seguida pasaré a demostrar, una absoluta desnaturalización de los hechos. De mí depende que por primera vez se cuente lo que de verdad tuvo lugar entre el profesor Moriarty y el señor Sherlock Holmes.

Debe recordarse que, tras mi matrimonio y mi posterior inicio en la práctica privada de la medicina, la relación verdaderamente íntima que había existido entre Holmes y yo quedó hasta cierto punto modificada. Seguía viniendo a verme de cuando en cuento, siempre que necesitaba que alguien le acompañara en las investigaciones; pero estas visitas se fueron haciendo cada vez más raras, hasta que en el año 1890 fueron tan escasas que sólo hubo tres casos de los que yo pudiera guardar alguna anotación. Durante el invierno de ese año y en el inicio de la primavera de 1891 leí en los periódicos que el Gobierno francés le había contratado en relación con un asunto de suprema importancia y recibí dos pequeñas notas suyas, la una fechada en Narbonne y la otra en Nimes, de lo que deduje que su estancia en Francia iba a ser probablemente larga. Me sorprendió, por tanto, verle entrar en mi consultorio la noche del 24 de abril. Me chocó su aspecto, porque parecía más delgado y más pálido de lo normal en él.

—Sí, me he estado cuidando muy poco últimamente —observó en respuesta a mi mirada más que a mis palabras—. Estos últimos días han sido muy agitados. ¿Le importaría que cerrara las contraventanas?

La lámpara sobre la mesa en la que yo había estado leyendo era la única luz que había en la habitación. Holmes, caminando pegado a la pared, llegó junto a ellas y las cerró de golpe, echando después el pestillo.

—¿Tiene miedo de algo? —pregunté yo.

—Pues sí, lo tengo.

—¿De qué?

—De las pistolas de aire comprimido.

—Mi querido Holmes, ¿qué quiere decir con esto?

—Creo que me conoce lo suficiente, Watson, para saber que no soy en absoluto un hombre nervioso. Al mismo tiempo es una estupidez más que una valentía el negarse a reconocer que uno corre peligro. ¿Podría darme una cerilla?

Sacó su pitillera como si agradeciera el efecto relajante del tabaco.

—Debo excusarme por aparecer a semejante hora —dijo—, y además tengo que pedirle que por una vez sea tan poco convencional como para permitirme que salga de su casa saltando por el muro posterior de su jardín.

—¿Pero qué significa todo esto? —pregunté.

Alargó la mano y a la luz de la lámpara vi que tenía dos nudillos quemados y que le sangraban.

—Ya ve que no se trata de una nadería —dijo sonriendo—. Por el contrario, es algo lo suficientemente importante como para que un hombre se deje en ellos sus manos. ¿Está la señora Watson en casa?

—Está de visita fuera de la ciudad.

—¡Estupendo! ¿Está usted solo, pues?

—Más o menos.

—Esto me facilita el proponerle que se venga conmigo una semana al continente.

—¿Adónde?

—¡Oh!, a cualquier lado. Me es igual.

Había algo extraño en todo esto. No era normal en Holmes tomarse unas vacaciones sin más, y había algo en la palidez y en el cansancio de su rostro que me decía que debía de estar sufriendo una fuerte tensión nerviosa. Vio la pregunta en mi mirada y, juntando las manos y apoyando los codos en las rodillas, me explicó la situación.

—Es posible que nunca haya oído hablar del profesor Moriarty —dijo.

—Nunca.

—Sí, ahí está lo maravilloso del asunto —exclamó—. La maldad de ese hombre impregna todo Londres y nadie ha oído hablar de él. Esto es lo que le coloca en la cumbre del crimen. Le digo, Watson, hablando con toda seriedad, que si pudiera derrotar a ese hombre, si pudiera librar a la sociedad de él, me parecería haber alcanzado la cima de mi carrera y podría disponerme a llevar una vida más plácida. Entre nosotros, los recientes casos en los que he prestado mis servicios a la Familia Real de Escandinavia y a la República Francesa me han dejado en situación de poder llevar una vida apacible, lo que me sería muy grato, y de poder concentrarme en mis investigaciones químicas. Pero no podría descansar, Watson, no podría sentarme tranquilamente en un sillón sabiendo que un hombre como el profesor Moriarty se está paseando libremente por las calles de Londres.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Hizo una carrera extraordinaria. Es un hombre de buena familia y recibió una esmerada educación; tiene, además, por naturaleza, unas excepcionales dotes para las matemáticas. A la edad de veintiún años escribió un tratado sobre el Teorema del Binomio, que estuvo muy en boga en Europa. Fundándose en esto, ganó una cátedra de matemáticas en una de esas pequeñas Universidades nuestras y todo parecía indicar que tenía ante sí una brillantísima carrera. Pero ese hombre tenía una tendencia hereditaria de lo más diabólica. Llevaba en la sangre un instinto criminal que, en lugar de atenuarse, se acentuó, haciéndose infinitamente más peligroso, debido a sus extraordinarias facultades mentales. En la Universidad empezaron a correr rumores sobre él, obligándole por último a renunciar a la cátedra y volver a Londres, en donde se estableció como tutor en el Ejército. Esto es lo que sabe la gente, pero lo que voy a contarle es lo que yo he descubierto.

Como bien sabe usted, Watson, no hay nadie en Londres que conozca tan bien como yo el mundo del crimen. Durante años no he dejado de ser consciente de que tras el malhechor existe un poder oculto, un cierto poder organizado, que actúa en la sombra sin salirse de la ley y que siempre ampara al delincuente. Una y otra vez, en casos diferentes —casos de falsificación, robos, asesinatos—, he sentido la presencia de esta fuerza y he colegido que había actuado en muchos de esos crímenes sin descubrir, en los que no fui directamente consultado. Durante todos estos años he puesto todo mi empeño en atravesar el velo que lo envuelve, y por último, me llegó el momento, y dando con el hilo lo seguí; éste me llevó, tras un sinfín de astutas vueltas y revueltas, hasta el ex profesor Moriarty, la celebridad matemática.

Es el Napoleón del crimen. Es la mente organizativa de la mitad de los hechos depravados de los que se tiene conocimiento y de casi todos los que pasan inadvertidos en esta gran ciudad. Es un genio, un filósofo, un pensador abstracto. Tiene un cerebro de primer orden. Permanece sentado, inmóvil, como una araña en el centro de su red; pero esta red tiene miles de hilos y el conoce muy bien el modo de vibrar de cada uno. El mismo hace poco. Sólo planea. Pero sus agentes son numerosos y están espléndidamente organizados. Que hay un crimen que cometer, pongamos por caso un documento que hacer desaparecer, una casa que desvalijar, un hombre que quitar de en medio; se le hace llegar al profesor y el asunto se organiza y se lleva a cabo. Pueden coger al agente. En ese caso se encuentra el dinero necesario para su fianza o defensa. Pero nunca se coge al poder central que se sirve de él; nunca pasa más allá de la sospecha. Esta era la organización que yo había deducido, Watson, y a la que dediqué toda mi energía con el fin de sacarla a la luz y acabar con ella.

Pero el profesor estaba rodeado de medidas de seguridad tan bien concebidas que, hiciera lo que hiciera, parecía imposible conseguir una evidencia que pudiera declararle culpable en presencia de un tribunal. Usted conoce mis facultades, mi querido Watson, y, sin embargo, al cabo de tres meses tuve que confesarme a mí mismo que por fin había dado con un antagonista que era intelectualmente igual a mí. Mi horror por sus crímenes se perdió en medio de mi admiración por su habilidad. Pero finalmente cometió un error, sólo un pequeño, un mínimo error, que era más de lo que podía permitirse, estando yo tan cerca de él. No desecheé la oportunidad y, partiendo de ese punto, he tejido mi red en torno a él, teniendo ahora todo dispuesto para cerrarla. Dentro de tres días, es decir, el próximo martes, el asunto estará maduro, y el profesor, con todos los miembros principales de su banda, estará en manos de la policía. Después vendrá el mayor juicio del siglo, la aclaración de más de cuarenta misterios y la horca para todos ellos. Pero si actuamos prematuramente, ¿comprende usted?, podrían escaparse de nuestras manos incluso en el último momento.

Ahora bien, si pudiera haber hecho esto sin el conocimiento del profesor Moriarty, todo hubiera ido bien. Pero él era demasiado astuto para eso. Siguió todos los pasos que yo di para extender mis redes en torno suyo. Una y otra vez luchó para escaparse de ellas, pero una y otra vez le gané la partida. Le diré, amigo mío, que si se escribiera un informe detallado de esta silenciosa competición, ocuparía su lugar como el trozo escrito sobre la caza y captura más brillante de la historia detectivesca. Nunca llegué tal alto, nunca un oponente me había seguido tan de cerca. El hilaba fino, pero yo aún más. Esta mañana di el último paso y sólo necesitaba tres días para dar por concluido el asunto. Estaba sentado en mi habitación reflexionando sobre ello, cuando se abrió la puerta y vi al profesor Moriarty ante mí.

Tengo unos nervios a toda prueba, Watson, pero tengo que confesar que tuve un sobresalto cuando vi al mismo hombre que tanto lugar había ocupado en mis pensamientos parado en el umbral de mi puerta. Su aspecto me era casi familiar. Es extremadamente delgado y alto, con la frente muy blanca y protuberante y los ojos profundamente hundidos. Va cuidadosamente afeitado, lo que resalta su palidez, dándole una apariencia casi ascética; conserva en sus rasgos algo del catedrático que fue. Tiene la espalda curvada por el mucho estudio, y lleva el rostro echado para delante, no parando éste nunca de oscilar lentamente de un lado a otro de un modo curiosamente reptilesco. Me observó con gran curiosidad desde sus fruncidos ojos.

—Tiene usted menos desarrollo frontal del que yo hubiera esperado —dijo finalmente—. Es una costumbre muy peligrosa esa de tener el dedo en el gatillo de un arma cargada metida en el bolsillo del batín.

El hecho es que, al entrar él en la habitación, me di cuenta al instante del gran peligro personal en que me encontraba. El único escape que él podía concebir en ese momento era el de cerrarme la boca. En un instante saqué el revólver del cajón y me lo metí en el bolsillo y en ese momento le estaba apuntado a través de la tela. Tras su observación, saqué el arma y la deposité amenazante sobre la mesa. El seguía sonriendo y pestañeando, pero había algo en su mirada que me hizo sentirme encantado de tener el arma a mano.

—Evidentemente usted no me conoce —dijo.

—Todo lo contrario —contesté yo—, creo que es evidente que le conozco bastante bien. Le ruego que tome asiento. Dispone de cinco minutos si tiene algo que decir.

—Todo lo que tengo que decir ya ha pasado por su pensamiento —dijo.

—Entonces posiblemente mi respuesta ha pasado por el suyo —contesté.

—¿Se mantiene firme en su propósito?

—Absolutamente.

Se echó la mano al bolsillo y yo cogí la pistola de encima de la mesa. Pero no sacó de éste sino una agenda en la que tenía descuidadamente anotadas algunas fechas.

—Se cruzó usted en mi camino el 4 de enero —dijo—. El 23 me molestó; a mediados de febrero volvió usted a causarme un serio trastorno; a finales de marzo obstaculizó absolutamente mis planes y ahora, cuando ya va a finalizar abril, su continua persecución me ha puesto en una situación en la que corro serio peligro de perder mi libertad. La situación se está haciendo imposible.

—¿Qué sugiere usted? —dije.

—Debe renunciar a lo que se propone, señor Holmes —dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Realmente debe hacerlo, ¿sabe?

—Después del lunes —dije yo.

—¡Venga ya! —dijo—. Estoy seguro de que un hombre de su inteligencia en seguida se dará cuenta de que este asunto no tiene más que una solución. Es necesario que se aparte de mi camino. Ha hecho usted que las cosas tomaran un cariz tal que ahora sólo nos queda una salida. Ha supuesto para mí un placer el verle luchar a brazo partido en este asunto y puedo decir, sin exagerar, que me causaría una gran pena el verme forzado a tomar medidas extremas. Sonríe usted, caballero, pero le aseguro que es así.

—El peligro forma parte de mi trabajo —observé.

—No se trata de peligro —dijo—. Es la destrucción inevitable. Está usted obstaculizando el paso no de una sola persona, sino de toda una poderosa organización, cuyo alcance, con toda su inteligencia, sería usted incapaz de conseguir. Quítese de en medio, señor Holmes, si no quiere ser aplastado.

—Lo siento —dije yo, levantándome—, pero el placer de la conversación me ha hecho olvidar que un asunto de importancia me está esperando en otro lugar.

Se levantó y me miró en silencio moviendo tristemente la cabeza.

—Bueno, bueno —dijo finalmente—. Es una pena, pero yo he hecho lo que he podido. Conozco los movimientos de su juego. No puede hacer nada antes del lunes. Ha sido un duelo entre usted y yo, señor Holmes. Usted esperaba verme sentado en el banquillo de los acusados y yo le digo que nunca me verá. Esperaba vencerme y yo le digo que nunca lo hará. Si cuenta con la suficiente inteligencia como para acarrearme la destrucción, esté seguro de que yo no me quedaré atrás.

—Me ha hecho usted varios cumplidos, señor Moriarty —dije yo—. Déjeme devolvérselos a mi vez diciéndole que, si me asegurara lo primero, estaría encantado de aceptar, en interés público, lo segundo.

—Puedo prometerle lo uno pero no lo otro —dijo gruñendo, y luego, volviendo hacia mí su curvada espalda, salió de la habitación, husmeándolo todo sin dejar de parpadear.

Esta fue mi singular entrevista con el profesor Moriarty. Confieso que me dejó bastante perturbado. Su grave y precisa manera de hablar da una idea de sinceridad, que un simple fanfarrón no podría producir. Por supuesto, usted se dirá: ¿Por qué no tomar precauciones policiales contra él? La razón es que yo estoy totalmente convencido de que el golpe lo darán sus agentes. Tengo todas las pruebas de que será así.

—¿Le han atacado ya alguna vez?

—Mi querido Watson, el profesor Moriarty no es un hombre que deje crecer la hierba bajo sus pies. Salí a eso del mediodía por unos asuntos que tenía que arreglar en Oxford Street. Al pasar la esquina que va desde Bentinck Street hasta el cruce de Welbeck Street, apenas tuve tiempo de ver un furgón de dos caballos que venía zumbando hacia mí, cuando se me echó encima a la velocidad del rayo. Salté a la acera y me salvé por una fracción de segundo. El furgón giró rápidamente en Marylebone Lane y desapareció en un instante. Tras esto no volví a salirme de la acera, Watson, pero, cuando bajaba por Vere Street un ladrillo vino a caer desde el tejado de una de las casas y se hizo añicos a mis pies. Llamé a la policía e hice que examinaran el lugar. Había tejas y ladrillos acumulados en el tejado preparados para hacer una reparación y me habrían convencido de que el viento había hecho caer uno de éstos. Por supuesto yo sabía algo más, pero no tenía ninguna prueba. Tras esto tomé un simón y me fui a las habitaciones de mi hermano en Pall Mall, donde he pasado el día. Ahora he venido a verle a usted, y en el camino me atacó un matón armado con una porra. Le derribé y ahora está custodiado por la policía; pero puedo decirle con toda seguridad que nunca se establecerá conexión alguna entre el tipo contra cuyos dientes me acabo de despellejar los nudillos y el catedrático de matemáticas retirado, quien, me atrevería a decir, se encuentra a diez millas de distancia solucionando problemas en una pizarra. No sé que preguntará ahora, Watson, por qué lo primero que hice al entrar en su casa fue cerrar las contraventanas y por qué me he visto obligado a pedirle permiso para salir de su casa utilizando una salida menos llamativa que la puerta principal.

A menudo había sentido admiración por el valor de mi amigo, pero nunca más que ahora, al verle examinar la serie de incidentes cuya combinación debía de haber constituido un día de horror para él.

—¿Pasará aquí la noche? —dije.

—No, amigo mío; sería un huésped peligroso para usted. Ya he hecho mis planes y todo irá bien. Las cosas han llegado tan lejos, que pueden seguir avanzando sin mi ayuda siempre y cuando se lleve a cabo el arresto; mi presencia será, empero, necesaria a la hora de dictar sentencia. Es obvio, por tanto, que lo mejor que puedo hacer ahora es alejarme durante los pocos días que quedan, antes de que la policía esté en libertad de actuar. Sería para mí un gran placer, pues, si pudiera usted acompañarme al continente.

—Mi clientela me está dando poco trabajo estos días —dije—. Y además tengo un colega en el vecindario que me sustituiría de buen grado. Me encantaría ir.

—¿Y salir mañana por la mañana?

—Si fuera necesario.

—¡Oh, sí, es de lo más necesario! Entonces éstas son sus instrucciones y le ruego, mi querido Watson, que las cumpla al pie de la letra, porque desde este momento es usted mi pareja en una partida de dobles en la que usted y yo nos enfrentamos contra el más inteligente de los granujas y el sindicato del crimen más poderoso de Europa. Ahora escuche. Enviará usted por un recadero de confianza el equipaje que tengo intención de llevar, sin dirección, a la estación Victoria esta noche. Mañana por la mañana enviará a buscar un simón pidiéndole a la persona que vaya que no coja ni el primero ni el segundo que le salgan al encuentro. Se montará en ese simón y se dirigirá a la Lowther Arcade, en donde ésta da al Strand, dándole la dirección escrita al cochero y pidiéndole que no la tire. Tenga preparado el importe, y en el momento en que se detenga el carruaje precipítese en la Arcade y atraviésela, calculando el tiempo que va a llevarle, para estar en el otro lado a las nueve y cuarto. Encontrará una pequeña berlina esperándole pegada al bordillo y conducida por un tipo vestido con un pesado abrigo negro con el cuello ribeteado de rojo. Se subirá en ésta y llegará a la estación Victoria a tiempo de coger el Continental Express.

—¿Dónde me encontraré con usted?

—En la estación. El segundo compartimiento de primera clase empezando por la cabeza del tren está reservado para nosotros.

—¿El compartimiento es nuestro lugar de cita?

—Sí.

En vano le pedí a Holmes que se quedara a pasar la noche. Era evidente que pensaba que podría causar problemas en el techo bajo el que se hallaba, y éste era el motivo que le obligaba a partir. Con algunas precipitadas palabras respecto a nuestros planes para el día siguiente se levantó y salió conmigo al jardín, escalando el muro que da a Mortimer Street; inmediatamente después le oí llamar a un taxi y alejarse en él.

A la mañana siguiente obedecí sus órdenes al pie de la letra. Me procuré un simón, tomando todas las precauciones para evitar que fuera uno que hubieran podido situar allí a propósito para engañarme, e inmediatamente después del desayuno me dirigí a Lowther Arcade y la atravesé a toda la velocidad que me permitieron las piernas. Me esperaba una berlina con un corpulento cochero envuelto en un abrigo oscuro; éste, no bien hube yo subido, hizo sonar el látigo y al instante empezamos a traquetear hacia la estación Victoria. Al llegar allí giró el carruaje y se alejó a toda prisa sin mirarme siquiera.

Hasta aquí todo había ido admirablemente. Tenía el equipaje esperándome y no tuve dificultad en encontrar el compartimiento que Holmes me había indicado; tanto menos cuanto que era el único en todo el tren con el cartel de «Reservado». Mi única fuente de ansiedad era ahora el que Holmes no acababa de aparecer. En el reloj de la estación faltaban siete minutos para la hora de salida del tren. En vano busqué entre los grupos de viajeros y acompañantes la ágil figura de mi amigo. No había signos de su presencia. Pasé cinco minutos ayudando a un venerable sacerdote italiano, quien se empeñaba en hacerle comprender a un maletero en un inglés chapurreado que su equipaje tenía que ser registrado vía París. Luego, tras echar otro vistazo alrededor, volví a mi compartimiento, en donde encontré que el maletero, a pesar del cartel de reservado, me había puesto a mi decrépito amigo italiano como compañero de viaje. De nada me valió explicarle que su presencia era una intrusión, porque mi italiano era todavía más limitado que su inglés; con que me encogí de hombros resignadamente y seguí buscando ansiosamente con la mirada a mi amigo. Me dio un escalofrío al pensar que su ausencia podría significar que algo le había sucedido durante la noche. Ya habían cerrado las puertas y el tren empezaba a silbar cuando...

—Mi querido Watson —dijo una voz—, ni siquiera ha tenido el detalle de decirme buenos días.

Me volví asombrado. El anciano sacerdote había vuelto su cara hacia mí. En un instante se le suavizaron las arrugas, la nariz se le separó de la barbilla; el labio inferior dejó de sobresalir y la boca de temblar; los apagados ojos se le iluminaron y la encogida figura se estiró. Tras esto, todo el montaje se derrumbó y Holmes reapareció con la misma rapidez con que había desaparecido.

—¡Santo cielo! —exclamé—. ¡Qué susto me ha dado!

—Todas las precauciones siguen siendo necesarias —susurró—. Tengo razones para pensar que nos siguen de cerca. ¡Ah! ¡Mire, ahí está en persona! Moriarty.

El tren ya había empezado a moverse cuando Holmes empezó a hablar. Mirando hacia atrás vi a un hombre alto que se abría paso a empujones entre la muchedumbre, agitando la mano como si con esto indicara su deseo de que el tren se detuviera. Era demasiado tarde, sin embargo, porque íbamos ganando velocidad rápidamente y un momento después salíamos de la estación.

—Con todas las precauciones que hemos tomado, nos hemos salvado por poco —dijo Holmes riéndose. Se levantó y, quitándose la negra sotana y el sombrero que habían constituido su disfraz, los metió en una bolsa de mano.

—¿Ha leído el periódico, Watson?

—No.

—¿No ha leído nada, entonces, de lo que ha pasado en Baker Street?

—¿Baker Street?

—Prendieron fuego a nuestra casa ayer por la noche. No causó grandes daños.

—¡Santo cielo! Esto es intolerable.

—Debieron de perderme por completo la pista después de que arrestaran al matón. De no ser así, no hubieran pensado que yo había de volver a mi casa. Habían tomado la precaución de vigilarle a usted, y eso es lo que lo ha traído a Moriarty hasta la estación Victoria. ¿Cometió usted algún error al venir hacia aquí?

—Hice exactamente lo que me aconsejó.

—¿Encontró la berlina esperándole?

—Sí, me estaba esperando.

—¿Reconoció al cochero?

—No.

—Era mi hermano Mycroft. Es una ventaja el poder apañárselas en casos semejantes sin tener que tomar un mercenario. Pero ahora tenemos que planear lo que vamos a hacer con Moriarty.

—Puesto que esto es un expreso y los horarios del barco están en correspondencia con éste, creo que nos lo hemos quitado de encima de un modo bastante efectivo.

—Mi querido Watson, evidentemente usted no se da cuenta de lo que significan mis palabras cuando digo que puede considerar a este hombre en el mismo plano intelectual que yo. No se imaginará usted que, si yo fuera el perseguidor, iba a dejar que me detuviera un obstáculo tan mínimo. ¿Por qué, pues, va usted a considerarlo como un hombre mediocre?

—¿Qué hará?

—Lo que yo haría.

—¿Qué haría usted, pues?

—Tomar un tren particular.

—Pero ya será tarde.

—En absoluto. El tren se para en Canterbury y siempre hay por lo menos un cuarto de hora de retraso en la salida del barco. Nos cogerá allí.

—Uno pensaría que somos nosotros los criminales. Hagamos que lo arresten al llegar nosotros.

—Eso echaría a perder el trabajo de tres meses. Cogeríamos al pez gordo, pero los pequeños saldrían disparados, escapándose de la red. El lunes los tendremos a todos. No, no podemos permitirnos un arresto ahora.

—¿Entonces, qué?

—Nos apearemos en Canterbury.

—¿Y entonces?

—Bueno, entonces tendremos que hacer el recorrido hasta Newhaven en esos trenes de vía estrecha que se paran en todas las estaciones y desde allí cruzaremos a Dieppe. Moriarty volverá a hacer lo que yo haría. Continuará hasta París, señalará nuestro equipaje y esperará dos días en el depósito. Mientras tanto, nosotros nos compraremos un par de bolsos de viaje, iremos favoreciendo con todas nuestras compras a los fabricantes de todos los países por lo que pasemos y seguiremos nuestro apacible camino hacia Suiza, vía Luxemburgo y Basilea.

Soy un viajero lo bastante experimentado para que me preocupara la pérdida de mi equipaje, pero debo confesar que me incomodaba un poco la idea de verme forzado a andarme zafando y escondiendo de un hombre cuyo negro historial estaba plagado de crímenes. Era evidente, sin embargo, que Holmes entendía la situación más claramente que yo. Así pues, nos apeamos en Canterbury sólo para descubrir que teníamos que esperar una hora para coger un tren con dirección a Newhaven.

Estaba todavía mirando con pesar hacia el furgón de equipaje que desaparecía rápidamente de mi vista con todo mi guardarropa en su interior, cuando Holmes me tiró de la manga y me señaló la vía.

—Mire, ya viene —dijo.

A lo lejos, por entre los bosques de Kentish, surgía una fina columna de humo. Un minuto después vimos un vagón con su máquina tomando a toda velocidad la abierta curva de entrada en la estación. Apenas habíamos tenido tiempo de ocultarnos tras una pila de equipajes cuando éste pasó por delante con su estrepitoso traqueteo y nos lanzó una bocanada de aire caliente a la cara.

—Ahí va —dijo Holmes, mientras mirábamos cómo el tren se alejaba balanceándose al pasar por las agujas—. La inteligencia de nuestro amigo, como ve, tiene sus límites. Hubiera dado un coup-de-maître de haber deducido y obrado en consecuencia con lo que yo hubiera deducido.

—¿Y qué es lo que hubiera hecho en el caso de que nos hubiera adelantado?

—No cabe duda de que hubiera atacado con fines asesinos. Sin embargo, es éste un juego que admite dos jugadores. Lo que nos debemos plantear ahora es si almorzamos aquí a una hora que sería la propia del desayuno o corremos el riesgo de morirnos de hambre antes de llegar a la cantina de la estación de Newhaven.

Esa noche hicimos el camino hasta Bruselas, donde pasamos dos días, llegamos el tercer día hasta Estrasburgo. En la mañana del lunes, Holmes telegrafió a la policía de Londres, y por la noche teníamos la respuesta aguardándonos en el hotel. Holmes rasgó el sobre y luego, maldiciendo, lo echó a la chimenea.

—¡Debería haberlo supuesto! —gruño—. ¡Se ha escapado!

—¡Moriarty!

—Han atrapado a todos los de su banda menos a él. Se les ha escapado de las manos. Evidentemente, al irme yo unos días fuera del país, no hubo nadie capaz de enfrentarse con él. Pero de verdad pensaba que les había dejado todo hecho. Creo que lo mejor que puede hacer es volver a Inglaterra, Watson.

—¿Por qué?

—Porque yo sería para usted una compañía peligrosa si se quedara. Este hombre se ha quedado sin ocupación; está perdido si vuelve a Londres. Si le conozco bien, creo que dedicará todas sus energías a vengarse de mí. Así lo dijo en nuestra breve entrevista y creo que lo decía en serio. De verdad, le recomiendo que vuelva junto a su clientela.

No era muy acertado darle un consejo semejante a alguien que, además de ser un veterano del Ejército, era un viejo amigo suyo. Nos sentamos en la salle-à-manger de la estación de Estrasburgo y discutimos la cuestión durante media hora, pero esa misma noche ya habíamos reanudado viaje y nos dirigíamos hacia Ginebra.

Estuvimos durante una encantadora semana vagabundeando por el valle del Ródano y luego, dejando éste a un lado en Leuk, nos encaminamos hacia el puerto de Gemmi, todavía cubierto de nieve y, una vez atravesado éste, hacia Meiringen, pasando por Interlaken. Fue un viaje precioso, con el delicado verde primaveral en la llanura y la virginal blancura invernal en lo alto de las montañas; pero yo me daba perfecta cuenta de que Holmes no olvidaba ni siquiera un solo instante la sombra que le perseguía. Puedo incluso decir, por su manera de escrutar con una rápida mirada las caras con que nos cruzábamos, que él parecía estar convencido de que, estuviéramos donde estuviéramos, ya fuera en los hogareños pueblecitos alpinos como en el solitario puerto de montaña, no podíamos pasear libres del peligro que nos iba siguiendo los pasos.

En una ocasión recuerdo que nos encontrábamos paseando, tras atravesar el puerto de Gemmi, a orillas del melancólico Daubensee, cuando una gran roca que se había desprendido de las crestas que se levantaban a nuestra derecha cayó, rodando estrepitosamente, al lago justo detrás de donde estábamos nosotros. En un momento Holmes se subió a la cresta y, de pie en un elevado pináculo, estiraba el cuello en todas las direcciones. De nada le sirvió a nuestro guía el asegurarle que el desprendimiento de rocas era algo bastante común en aquel lugar en primavera. No dijo nada, pero me sonrió con la cara del hombre que acaba de ver el cumplimiento de lo que estaba esperando.

Y, sin embargo, a pesar de toda esta vigilancia no se deprimió nunca. Por el contrario, no recuerdo haberle visto nunca de tan buen humor. Una y otra vez volvía al hecho de que, si pudiera estar seguro de que la sociedad estaba libre del profesor Moriarty, con sumo gusto daría por concluida su carrera.

—Creo que puedo decir sin estar muy desencaminado, Watson, que no he vivido completamente en vano —observó en una ocasión—. Si mi historial se cerrara esta noche no dejaría de ser ecuánime al examinarlo. El aire de Londres es más dulce con mi presencia. En más de mil casos nunca he utilizado mis facultades en beneficio del mal. Últimamente me está tentando el investigar los problemas que nos proporciona la Naturaleza más que aquellos más superficiales de lo que es responsable nuestro artificial estado de sociedad. Sus Memorias llegarán a su punto final, Watson, el día en el que yo corone mi carrera con la captura o extinción del criminal más peligroso y competente de Europa.

Seré breve, pero exacto, en lo poco que me queda por contar. No es un tema en el que me guste demorarme y, sin embargo, soy consciente de que es mi deber no omitir ningún detalle.

Fue el 3 de mayo cuando llegamos al pueblecito de Meringen, donde nos alojamos en la Englischer Hof, llevada entonces por el viejo Mete de Londres. Siguiendo su consejo, en la tarde del 4 salimos juntos con la intención de cruzar las colinas y de pasar la noche en el Hamlet de Rosenlaui. No obstante, nos dio instrucciones para que, bajo ningún concepto, pasáramos las cataratas de Reichenbach, que están a medio camino de la colina, sin dar una pequeña vuelta para verlas.

Es, de verdad, un lugar que impone terror. El torrente acrecentado por las nieves fundidas se sume en un tremendo abismo del que sube una fina lluvia que lo envuelve todo como si se tratara del humo de una casa ardiendo. El lecho por el que se precipita el propio río es una inmensa sima limitada por unas rocas negras y resbaladizas que se estrecha en un pozo de incalculable profundidad, de aspecto cremoso e hirviente, en el que se arremolina la corriente al pasar por entre sus mellados bordes. El continuo movimiento de la corriente verdosa cayendo desde lo alto y la espesa cortina de siseante agua pulverizada que no deja de subir desde el abismo, marean a un hombre con su torbellino y clamor constantes. Nos quedamos en el borde, observando el brillo del agua que se estrellaba contra las rocas muy por debajo de donde estábamos y escuchando el grito casi humano, parecido a un intenso gemido, que producía la nube de agua que subía desde el abismo.

Han abierto un camino que rodea media catarata con el fin de permitir una vista completa, pero éste acaba bruscamente y el viajero ha de volver por donde ha venido. Ya nos habíamos dado la vuelta para disponernos a regresar, cuando vimos a un muchacho suizo que venía corriendo por éste con una carta en la mano. Llevaba el membrete del hotel que acabábamos de abandonar y el patrón la enviaba a mi nombre. Decía que a los pocos minutos de salir nosotros había llegado una dama inglesa que se encontraba al borde de la muerte. Había pasado el invierno en Davos Platz y se encontraba de viaje ahora para reunirse con unos amigos en Lucerna, cuando le había sobrevenido una súbita hemorragia. Pensaban que sólo viviría unas horas, pero supondría un gran consuelo para ella que la viera un médico inglés y, si yo fuera tan amable de volver, etc., etc. El bueno de Steiler me aseguraba en una posdata que él mismo consideraría mi asentimiento como un gran favor, ya que la dama se había negado en redondo a que la viera un médico suizo, y él se encontraba en una situación de gran responsabilidad.

No se podía ignorar tal llamada. Era imposible negarse al requerimiento de una compatriota que se encontraba al borde de la muerte en tierra extraña. Y, sin embargo, sentía escrúpulos de dejar a Holmes. Finalmente acordamos que el muchacho suizo se quedaría con él haciéndole de guía y compañero y yo volvería a Meiringen. Mi amigo dijo que se quedaría un rato en la catarata y luego iría paseando tranquilamente por las colinas hasta Rosenlaui, donde yo me reuniría con él por la noche. Al alejarme vi a Holmes apoyado en una roca con los brazos cruzados y la mirada fija en el correr tumultuoso de las aguas. Esta sería la última visión que tendría de él en este mundo.

Cuando estaba casi al pie del camino de bajada miré hacia atrás. Era imposible ver las cataratas desde allí, pero se veía el serpenteante sendero que sube por la ladera de la colina hasta ésta. Recuerdo que vi a un hombre que iba caminando a toda prisa por el sendero. Me fijé en él por la energía con que caminaba, pero desapareció de mi mente, apresurado como iba a cumplir mi encargo.

Debió de llevarme un poco más de una hora llegar a Meiringen. El viejo Steiler estaba en el porche del hotel.

—Bien —dije corriendo hacia él—, espero que no esté peor.

Hizo un gesto de sorpresa y empezó a parpadear sin saber de qué le estaba hablando, y en ese momento me dio un vuelco el corazón.

—¿No ha escrito usted esto? —dije, sacando la carta de mi bolsillo—. ¿No hay una mujer enferma en el hotel?

—Pues claro que no —exclamó—. Pero la carta lleva el membrete del hotel. ¡Ajá! Debe de haberla escrito el caballero inglés que llegó después de que ustedes se fueran. Dijo...

Pero yo no esperé a las explicaciones del patrón. Con un estremecimiento de miedo eché a correr calle abajo y me encaminé al sendero del que acaba de descender. Me había llevado una hora bajar. A pesar de todos mis esfuerzos pasaron otras dos antes de que me volviera a encontrar en la catarata de Reichenbach. El bastón de paseo de Holmes seguía apoyado en la roca donde yo le había dejado. Pero no había indicios de su presencia y de nada me sirvió gritar. La única respuesta que obtuve era mi propia voz, que multiplicaba el eco de los riscos que me rodeaban.

Fue la visión del bastón de paseo lo que me dejó frío. No había ido, pues, a Rosenlaui. Se había quedado en aquel estrecho sendero de no más de tres pies de anchura con una pared que se levantaba a pico a un lado y una caída semejante por el otro, hasta que su enemigo lo había alcanzado. El joven suizo había desaparecido también. Lo más probable es que también él trabajara para Moriarty y los hubiera dejado solos. ¿Y qué había sucedido después? ¿Quién nos lo iba a decir?

Me quedé quieto un rato, intentado recobrar el dominio de mí mismo, porque estaba totalmente aturdido por el horror. Luego empecé a pensar en los propios métodos de Holmes y a ponerlos en práctica interpretando esta tragedia. Sólo que, ¡ay!, era demasiado sencillo. Durante nuestra conversación no habíamos ido hasta el final del sendero y el bastón señalada el lugar en el que nos habíamos quedado. La tierra negruzca está siempre blanda, debido a la incesante lluvia, y un pájaro hubiera dejado sus huellas en ella. Dos líneas de pisadas estaban claramente impresas a lo largo del camino y ambas seguían el camino hasta más allá de donde yo estaba. No había ninguna que volviera hacia mí. A unas yardas del final el suelo era un amasijo de barro totalmente surcado de pisadas, y las zarzas y los helechos del borde del abismo estaban todos arrancados y aplastados. Me tumbé boca abajo y ahora no podía ver sino el brillo de la humedad aquí y allí en las negras paredes y allá abajo en las profundidades del abismo el brillo de aguas tumultuosas. Grité, pero sólo me respondió el grito casi humano de la catarata.

Pero el destino había previsto que, después de todo, tuviera una última palabra de agradecimiento de mi amigo y compañero. Ya he dicho que su bastón de paseo estaba apoyado en la roca que sobresalía del sendero. Vi algo que brillaba encima de ésta y, levantando la mano, descubrí que el brillo procedía de la pitillera de plata que solía llevar consigo. Al cogerla cayó al suelo un cuadrado de papel sobre el que ésta había sido depositada. Lo desplegué y vi que consistía en tres páginas arrancadas de su libro de notas y que estaban dirigidas a mí. Como correspondían a su carácter, la dirección era tan precisa y la escritura tan firme y clara como si las hubiera escrito cómodamente sentado en su estudio.

«Mi querido Watson —decía—, le escribo estas líneas gracias a la cortesía del señor Moriarty, que me ha dejado elegir el momento para discutir por última vez cuestiones que se interponen entre nosotros. Me ha hecho un breve resumen de los métodos que ha seguido para esquivar a la policía inglesa y mantenerse al tanto de nuestros movimientos. Estos confirman la ya muy alta opinión que me había formado de sus habilidades. Estoy contento de saber que podré librar a la sociedad de los efectos de su presencia, aunque me temo que sea a un precio que supondrá un gran dolor para mis amigos y en especial, mi querido Watson, para usted. No obstante, ya le he explicado que mi carrera había llegado, en cualquier caso, a su momento crítico, y ninguna otra solución posible sería tan de mi agrado como ésta. De hecho, si puedo serle totalmente sincero, estaba casi seguro de que la carta procedente de Meiringen era una treta y permití que se fuera con la convicción de que sería algo así lo que sucedería a continuación. Dígale al inspector Patterson que los documentos que necesita para declarar culpable a la banda están en el casillero “M”, guardados en un sobre azul en el que está escrito “Moriarty”. Dispuse el

reparto de mis propiedades antes de abandonar Inglaterra, cediéndole todo a mi hermano Mycroft. Salude en mi nombre a la señora Watson y créame, querido amigo, que nunca he dejado de serlo suyo sinceramente.

SHERLOCK HOLMES.»

Pocas palabras bastan para contar el resto. Tras el examen del lugar llevado a cabo por expertos no quedó duda de que una pelea personal entre los dos hombres terminó, como no habría podido ser de otro modo en semejante lugar y situación, en un despeñarse en el abismo abrazados el uno al otro. Todo intento de recuperación de los cuerpos era una imposibilidad, y allí, en la profundidad de aquella horrorosa caldera de aguas turbulentas, yacerán para siempre el más peligroso de los criminales y el más grande defensor de la ley de su generación. Nunca se volvió a encontrar al joven suizo y no cabe la menor duda de que era uno de los numerosos agentes que trabajaban para Moriarty. En cuanto a la banda, todavía hoy ha de estar en la memoria de las gentes cómo los hechos que Holmes había ido acumulando ponían totalmente al descubierto su organización y cómo pesaba sobre ellos la mano del hombre ahora muerto. Pocos detalles relativos a éste salieron a la luz durante el proceso, y el que ahora me haya visto obligado a hacer una exposición exacta de su carrera se debe a esos imprudentes paladines que intentan limpiar su memoria, atacando a aquél a quien siempre consideraré como el mejor y el más inteligente de los hombres que yo haya conocido.

FIN

3. BEN-HUR (LEWIS WALLACE)

ÍNDICE

Parte I
Parte II
Parte III
Parte IV
Parte V
Parte VI
Parte VII
Parte VIII

PARTE UNO

ÍNDICE

1. Hacia el desierto
2. La reunión de los sabios
3. Habla el ateniense: fe
4. Discurso del hindú: amor
5. El relato del egipcio: buenas obras
6. La puerta de Jaffa
7. Personajes típicos de la puerta de Jaffa
8. José y María van a Belén
9. La cueva de Belén
10. El fulgor en el cielo
11. Nace Cristo
12. Los magos llegan a Jerusalén
13. Los testigos en presencia de Herodes
14. Los sabios encuentran al niño

Capítulo Uno

HACIA EL DESIERTO

El Jebel-es-Zubleh es una montaña de más de cincuenta millas de longitud y tan estrecha que su dibujo en el mapa se parece a una oruga reptando de sur a norte. De pie sobre sus peñascos pintados de rojo y blanco, sólo se ve el desierto de Arabia, que los vientos del este, tan odiados por los cultivadores de vides, se han reservado como terreno de juego desde el principio de los tiempos. El pie de dichos montes está bien cubierto de arenas arrastradas por el Éufrates y depositadas allí, porque la montaña constituye un muro protector de los campos de Boab y de Ammón, al oeste, que de otro modo formarían parte del desierto. El árabe ha dejado el sello de su lengua en todo lo que se encuentra al sur y al este de Judea; de modo que, en su idioma, el viejo Jebel es el padre de innumerables wadis que, cortando la vía romana (vaga sombra de lo que fue en otro tiempo, polvoriento sendero recorrido hoy por los peregrinos que van y vienen de La Meca), imprimen sus surcos, profundizando a medida que avanzan, para llevar las avenidas de la estación lluviosa al Jordán, o a su último receptáculo, el mar Muerto. De uno de aquellos barrancos (o, más concretamente, del que corre por el extremo del Jebel y, extendiéndose del este hacia el norte, acaba por constituir el lecho del río Jabbok) salía un viajero que se dirigía hacia las altiplanicies del desierto.

Para este personaje reclamamos en primer lugar la atención del lector. A juzgar por su aspecto, tenía los cuarenta y cinco años bien cumplidos. Su barba, en otro tiempo del negro más intenso, que caía en ancho raudal sobre el pecho, estaba surcada por hebras blancas. Su cara era negra como un grano de café tostado, y la llevaba tan cubierta por un rojo kufiyeh (como llaman hoy en día los hijos del desierto al pañuelo que les protege la cabeza) que sólo era visible en parte. De vez en cuando levantaba los ojos, unos ojos grandes y negros. Vestía las holgadas prendas que imperan en Oriente; aunque no es posible describir con más detalle su estilo, porque el viajero iba sentado debajo de una minúscula tienda, cabalgando un gran dromedario blanco.

Es dudoso que los hombres de Occidente logren sobreponerse alguna vez a la impresión que produce en ellos la aparición de un camello cargado y equipado para la travesía del desierto. La costumbre, tan fatal para otras novedades, no influye sino muy levemente en ese sentimiento. Al final de largos viajes con las caravanas, después de años de vivir con los beduinos, el hijo de Occidente, esté donde esté, se parará y contemplará el paso del majestuoso bruto. Su encanto no está en la figura, que ni el amor puede embellecer, ni en el movimiento, o en el silencioso caminar, ni en la ancha carnadura. Como el afecto del mar por un barco, así es el del desierto para su criatura, a la que viste con todos sus misterios, de tal modo que, mientras miramos aquélla, pensamos en éstos: y en eso reside la maravilla. El animal que salía ahora del vado tenía méritos sobrados para exigir el homenaje de rigor. Su color y su altura; la anchura de su pie; el volumen de su cuerpo, no cargado de grasa sino de músculos; su cuello largo y esbelto, curvado como el de un cisne; su cabeza, ancha a la altura de los ojos y adelgazándose luego hasta un hocico que el brazalete de una dama podía casi aprisionar; su andadura, el paso largo y elástico, el andar seguro y silencioso, todo certificaba su sangre siria, antigua como los tiempos de Ciro, y de un valor incalculable. Llevaba la brida habitual, que cubría su frente con una orla escarlata y adornaba su cuello con pendientes, cadenitas de bronce de cuyos extremos colgaban unas campanillas de plata; pero aquella brida no tenía riendas para el jinete ni ronzal para un conductor. El aparejo colocado sobre el lomo del animal era un artefacto que en cualquier otro pueblo distinto del oriental habría hecho famoso a su inventor. Consistía en dos cajas de madera de apenas cuatro pies de longitud, equilibradas de tal modo que colgaban una a cada lado, y su interior, forrado y alfombrado muellemente, estaba arreglado de forma que el dueño pudiera sentarse o descansar tendido. Y todo ello quedaba cubierto por un toldillo verde. Anchas correas y cinchas en el lomo y el pecho, sujetas y aseguradas mediante innumerables nudos y ataduras, mantenían el ingenio en su sitio. Aquello era lo que habían discurrido los ingeniosos hijos de Cush para hacer más cómodos los agostados caminos del desierto, hacia los que les empujaba el deber tanto como la diversión.

Cuando el dromedario remontaba la última cuchillada del barranco, el viajero había cruzado el límite de el Belka, la antigua Ammón. Era de mañana. Ante sí tenía el sol, medio cubierto por un velo de lanosa neblina; ante sí también se extendía el desierto, no el reino de las movedizas arenas, que estaba mas allá, sino la región en la que las hierbas empiezan a menguar, y cuya superficie aparece salpicada de rocas graníticas y de piedras grises y pardas entremezcladas con raquíticas acacias y trechos de hierba de camello. El roble, las zarzas y el madroño quedaban atrás; como si hubieran llegado a una frontera, miraban hacia las inmensidades desprovistas de manantiales y se acurrucaban de miedo.

Ahora terminaban todos los caminos y senderos. Más que nunca el camello parecía arrastrado de un modo insensible; alargaba y apresuraba el paso, su cabeza se levantaba dirigida hacia el horizonte y por los anchos ollares engullía el aire a grandes sorbos. La litera se mecía, caía y se levantaba como un bote entre las olas. Las hojas secas, formando montones aquí y allá, crujían bajo las pisadas. A ratos un perfume como de ajenjo endulzaba toda la atmósfera. Alondras, mirlos y golondrinas de las rocas echaban a volar, y las perdices blancas se apartaban corriendo entre silbidos y cloqueos. Muy de vez en cuando, una zorra o una hiena apresuraba el trote para estudiar a los intrusos desde prudencial distancia. Lejos, hacia la derecha, se levantaban los montes del Jebel, y el velo color gris perla que descansaba sobre ellos pasaba en un momento a tomar un color púrpura al cual daría el sol, unos instantes después, un matiz sin par. Sobre los más altos picos navegaba un buitre con sus anchas alas, describiendo círculos que se iban ensanchando. Pero, de todas esas cosas, el ocupante de la verde tienda nada veía o, por lo menos, no manifestaba que se hubiese fijado en ellas. Tenía los ojos fijos, como soñando. En su comportamiento, tanto el hombre como el animal parecían guiados por otro.

Dos horas siguió avanzando el dromedario, siempre con el mismo trote sostenido y dirigiéndose al este. En todo ese tiempo el viajero no cambió de posición, ni miró a la derecha ni a la izquierda. En el desierto la distancia no se mide por millas o leguas, sino por el saat, u hora, y el manzil, o parada; tres leguas y media forman el primero; quince o veinticinco forman la segunda, y son la media normal del camello común. Un animal de pura estirpe siria puede hacer tres leguas fácilmente. A toda velocidad alcanza a los vientos ordinarios.

Como resultado del rápido avance, el aspecto del panorama sufrió un cambio. El Jebel se extendía por el horizonte occidental como una cinta azul pálido. Aquí y allá se levantaba un tell, o montículo de arcilla y arena cementada. De trecho en trecho las peñas basálticas erguían sus redondas coronas, vigías de la montaña contra las fuerzas de la llanura; pero todo lo demás era arena, a veces llana como la playa barrida, otras plegada en continuadas serranías, aquí formando olas cortadas, allá largas ondulaciones. Del mismo modo cambió también la condición de la atmósfera. El sol, muy alto en el horizonte, se había saciado de rocío y niebla, y caldeaba la brisa que besaba al peregrino bajo el toldo; tanto en la lejanía como más cerca, iba tiñendo la tierra de una blancura lechosa, y encendía el cielo.

Dos horas más continuó avanzando la bestia, sin descansar ni desviarse de su ruta. La vegetación cesó por entero. La arena, formando en la superficie una costra tan consistente que se rompía a cada paso en crujientes fragmentos, gozaba de un imperio que nadie le disputaba. El Jebel había desaparecido de la vista; ningún accidente del terreno llamaba la atención de la mirada. La sombra, que hasta entonces había caído hacia atrás, ahora se inclinaba hacia el norte y sostenía una nivelada carrera con los objetos que la proyectaban.

Y no dando señal alguna de querer detenerse, la conducta del viajero se hizo por momentos más y más extraña.

Nadie, recuérdese bien, busca el desierto como campo de placeres. La vida y la necesidad lo atraviesan por senderos en los que, como otros tantos trofeos, se hallan dispersos los huesos de seres que murieron. Tales son los caminos que van de un pozo a otro, de unos pastos a otros. El corazón del jeque más avezado acelera sus latidos cuando se encuentra solo por aquellas extensiones sin camino. Así, pues, el hombre de quien nos ocupamos no podía ir a la busca de placeres; tampoco se comportaba como un fugitivo: ni una sola vez miró atrás. En tal situación el miedo y la curiosidad son las sensaciones más comunes; sobre él, no tenían ningún imperio. Cuando los hombres se sienten rodeados por la soledad, acogen gustosos cualquier compañía; el perro se convierte en un camarada, el caballo en un amigo, y no es una vergüenza dedicarles un diluvio de caricias y de palabras de afecto. El camello no recibió un regalo tal; ni una palmada, ni una palabra.

A las doce exactamente, y por propia iniciativa, el dromedario se detuvo y profirió ese grito o lamento, singularmente lastimero, con el cual protestan siempre los animales de su especie contra una carga exagerada, o reclaman a veces cuidados y descanso.

Con ello el dueño se movió, despertando como si hubiera estado dormido.

Levantó las cortinas del castillo e inspeccionó larga y detenidamente la región hacia todas las direcciones, como si quisiera identificar el lugar de una cita. Satisfecho de la inspección, respiró profundamente y movió la cabeza en sentido afirmativo, como queriendo decir: "¡Por fin, por fin!".

Un momento después, cruzó las manos sobre el pecho, inclinó la cabeza y oró en silencio. Cumplido el piadoso deber, se dispuso a desmontar. De su garganta salía el sonido que oyeron, sin duda, los camellos favoritos de Job: "¡Ikh! ¡ikh!", la señal para arrodillarse. El animal obedeció pausadamente, gruñendo todo el rato. Entonces el jinete apoyó el pie sobre el esbelto cuello y saltó a la arena.

Capítulo Dos

LA REUNIÓN DE LOS SABIOS

Como podía verse por fin, aquel hombre estaba admirablemente proporcionado, vigoroso y de mediana estatura. Aflojando el cordón de seda que le sujetaba el kufyeh a la cabeza, empujó hacia atrás los arrugados pliegues hasta dejar al descubierto su cara, una faz enérgica, de color casi negro, pero en la que la frente, ancha y baja, la nariz aquilina, los ángulos externos de los ojos ascendiendo ligeramente, el cabello abundante, áspero y estirado, de reflejos metálicos y cayendo sobre los hombros en varias trenzas, eran signos de un origen que no cabía disimular. El mismo aspecto tenían los faraones y los últimos Ptolomeos; el mismo tenía Mizraim, el padre de la raza egipcia. Vestía kamis, camisa blanca de algodón, de mangas ceñidas, abierta por delante, que llegaba hasta los tobillos y bordada en el cuello y el pecho, sobre la que llevaba una capa de lana parda, llamada ahora (igual que la llamarían entonces, según todas las probabilidades) el aba, prenda exterior con falda larga y mangas cortas, forrada interiormente de una tela de algodón y seda y ribeteada en todo su contorno por una franja amarillo oscuro. Calzaba unas sandalias sujetas con unas correas de cuero suave. Un cíngulo le ceñía el kamis a la cintura.

Considerando que iba solo y que merodeaban por el desierto leones y leopardos, además de hombres tan salvajes como las fieras, lo que resultaba más notable era que no llevase armas, ni siquiera el palo curvo utilizado para guiar camellos; de donde podemos inferir, cuando menos, que le traía un asunto pacífico y que era un hombre singularmente audaz o colocado bajo una protección extraordinaria.

El viajero tenía los miembros entumecidos, pues la travesía había sido larga y pesada; de ahí que se frotase las manos y golpease el suelo con los pies, y luego diese vueltas alrededor del fiel sirviente cuyos brillantes ojos se cerraban de tranquilo contento con la rumia iniciada ya.

Mientras iba describiendo círculos, se detenía con frecuencia y, protegiéndose los ojos con las manos, examinaba el desierto hasta el límite alcanzado por la vista; aunque siempre, al terminar la inspección, nublaba su cara un desencanto leve, pero bastante para indicar a un observador perspicaz que el viajero esperaba compañía, si es que no estaba allí obedeciendo a una cita. Y al mismo tiempo el observador quizás habría notado en sí mismo un aguijonazo de curiosidad por saber qué clase de negocio podía ser aquel que había de solventar en un lugar tan distante del mundo civilizado.

Por más que manifestara desencanto, no cabía dudar de la confianza del viajero en la llegada de la compañía esperada. En prenda de ello, fue hasta la parihuela y, de la camilla o caja opuesta a la que él había ocupado al venir, sacó una esponja y una pequeña alcarraza de agua con las cuales lavó los ojos, cara y narices del camello; hecho lo cual sacó del mismo recipiente un palo recio. Después de algunas manipulaciones, este último resultó un ingenioso artificio formado de piezas menores, una dentro de la otra, las cuales, una vez convenientemente dispuestas, formaban un poste central más alto que su cabeza.

Plantado el poste, y colocadas las estacas a su alrededor, el viajero extendió sobre ellos la tela, y se encontró literalmente en casa, en una casa mucho menor que las habitaciones de un emir o un jeque, pero que en todos los otros aspectos podía compararse a ellas. De las parihuelas sacó todavía una alfombra o estera cuadrada, con la cual cubrió el suelo de la tienda de la parte en que le daba el sol. Hecho esto, salió fuera y, una vez mas, con gran cuidado y mayor anhelo, sus ojos recorrieron todo el círculo del horizonte. Excepto por un chacal distante, que galopaba a través de la llanura, y un águila que volaba hacia la parte del golfo de Akaba, ni la inmensidad de abajo, ni tampoco el azul que la cubría ofrecían signo alguno de vida. El viajero se volvió hacia el camello, diciendo en voz baja y en una lengua extraña al desierto:

—Estamos lejos de casa, oh corcel que desafías a los vientos más rápidos; estamos lejos de casa, pero Dios está con nosotros. Tengamos paciencia.

Luego sacó unas cuantas habas de un saquito de la silla y las puso en un morral dispuesto de modo que colgara debajo del hocico del dromedario, y cuando hubo visto el deleite con que su fiel servidor devoraba el alimento, se dio la vuelta y escudriñó de nuevo el mundo de arena, borroso a causa del fulgor del sol, que caía verticalmente.

—Llegarán —dijo con calma—. El que me ha guiado a mí los guía a ellos. Cuidaré los preparativos.

De las bolsas que tapizaban el interior de la litera y de un cesto de mimbre que formaba parte del mobiliario de ésta sacó elementos para un ágape: fuentes hechas de un apretado tejido de fibra de palma; vino en pequeños odres de piel; carnero seco y ahumado; shami, es decir, granadas sirias, sin hueso; dátiles de el Shelebi, de maravilloso sabor y criados en nakhil o vergeles de palmeras; un queso similar a las "rebanadas de leche de David", y pan de levadura de la panadería de la ciudad; todo lo cual transportó y distribuyó sobre la estera colocada en el interior de la tienda. Como preparativo final puso junto a las provisiones tres trozos de tela de seda, utilizadas en Oriente por las personas refinadas para cubrir las rodillas de los huéspedes mientras estaban a la mesa, circunstancia que nos indica el número de personas que participarían del refrigerio, el número de personas que esperaba. Ahora todo estaba preparado. El viajero salió al exterior. ¡Mira, allá al este se veía en la superficie del desierto una manchita negra! Pareció que sus pies habían echado raíces en el suelo; sus ojos se dilataron; por su epidermis corría un escalofrío, como si sintiera un contacto sobrenatural. La manchita crecía; al final tomó unas proporciones bien definidas. Un poco después apareció perfectamente a la vista una copia de su propio dromedario, un animal alto y blanco, que transportaba una howdah, la litera de viaje del Indostán. El egipcio cruzó las manos sobre el pecho y levantó los ojos al cielo.

—¡Sólo Dios es grande! —exclamó con los ojos llenos de lágrimas y el alma henchida de santo temor.

El extranjero se acercaba; por fin se detuvo. Y también, a su vez, pareció que despertaba de un sueño. Contempló el camello arrodillado, la tienda, y al hombre que estaba de pie en la puerta orando. Entonces cruzó las manos, inclinó la cabeza y rezó calladamente; después de lo cual, transcurrido un corto rato, saltó del cuello de su montura a la arena y se acercó al egipcio al mismo tiempo que éste avanzaba hacia él. Un momento estuvieron mirándose el uno al otro. Luego se abrazaron; es decir, cada uno puso el brazo derecho sobre el hombro del otro mientras el izquierdo le rodeaba parcialmente el talle, apoyando un instante la barbilla primero sobre el lado izquierdo y luego sobre el derecho del pecho.

—¡La paz sea contigo, oh sirviente del verdadero Dios! —le dijo el extranjero.

—¡Y contigo, oh hermano de la verdadera fe! Paz y bendiciones para ti —replicó el egipcio con fervor.

El recién llegado era un hombre alto y flaco, con la cara delgada, los ojos hundidos, el cabello y la barba blancos y un cutis de un color intermedio entre el matiz del cinamomo y el del bronce. También iba sin armas. Vestía a la manera del Indostán: sobre un birrete llevaba un chal atado en grandes pliegues, formando turbante; las ropas que le cubrían eran del mismo estilo que las del egipcio, excepto por el alba, que era más corta, dejando al descubierto unos calzones anchos y caídos atados a los tobillos. En lugar de sandalias calzaban sus pies unas babuchas de cuero rojo y afilada punta. Excepto las babuchas, todo su atuendo, de pies a cabeza, era de tela blanca. Tenía un aire altivo, majestuoso, severo. Visvamitra, el mayor de los ascéticos, héroe de la Ilíada del Este, tenía en él un representante perfecto. Podrían haberle definido diciendo que era una vida empapada del saber de Brahma; devoción encarnada. Sólo en sus ojos había una prueba de humanidad; cuando levantó la cara, apartándola del pecho del egipcio, brillaban en ellos las lágrimas.

—¡Sólo Dios es grande! —exclamó, concluido el abrazo.

—¡Y benditos son los que le sirven! —respondió el egipcio, meditando la paráfrasis que había empleado como exclamación—. Pero esperemos —añadió—, esperemos; porque, mira, ¡el otro viene allá!

Ambos dirigieron la mirada hacia el norte, donde, ya bien visible, un tercer camello, de la misma blancura que los anteriores, venía, inclinándose de costado como un barco. Y aguardaron hasta que llegó el tercero, desmontó y avanzó hacia ellos.

—¡Paz a ti, oh hermano mío! —dijo, abrazando al hindú. Y el hindú respondió:

—¡Hágase la voluntad de Dios!

El recién llegado se diferenciaba por completo de sus compañeros; era de constitución más delicada; tenía la piel blanca; una mata de cabello rubio formaba una corona perfecta para su cabeza, pequeña pero hermosa; el fuego de sus ojos azul oscuro certificaba una mente delicada y un temperamento valeroso y afectivo. Llevaba la cabeza descubierta e iba desarmado. Bajo los pliegues del manto tirio que llevaba congracia inconsciente aparecía una túnica de mangas cortas y cuello bajo, recogida a la cintura por una faja y que le llegaba casi hasta las rodillas, dejando desnudos el cuello, los brazos y las piernas. Unas sandalias protegían sus pies. Cincuenta años, y probablemente más, habían pasado sobre él, sin más efecto, en apariencia, que impregnar su comportamiento de gravedad y atemperar sus palabras con la reflexión. El vigor del cuerpo y la brillantez del alma seguían intactos. No era preciso decir a un estudioso de qué estirpe había salido; si no procedía de los bosquecillos de Atenas, sus antecesores habían nacido allí.

Cuando sus brazos se apartaron del egipcio, éste dijo con voz trémula:

—El Espíritu me trajo a mí primero; por eso veo que me ha elegido para que sirva a mis hermanos. La tienda está preparada, y el pan sólo espera que lo partan. Dejad que cumpla mi oficio.

Y tomando a cada uno por la mano los guió al interior de la tienda, les quitó las sandalias, les lavó los pies, derramó agua sobre sus manos y se las secó con unas servilletas.

Luego de haberse lavado las suyas propias, dijo:

—Cuidémonos, hermanos, para que podamos llevar a cabo nuestra misión, y comamos a fin de tener fuerzas para los deberes que nos quedan por cumplir durante el día. Mientras comemos, cada uno se enterará de quiénes son los otros dos, de dónde vienen, y de cómo han sido llamados.

E hizo que se acercasen a la estera del banquete, sentados de tal modo que estuvieran cara a cara. Las cabezas de los tres se inclinaron a un tiempo, sus manos se cruzaron sobre los respectivos pechos, y hablando al unísono recitaron en voz alta esta sencilla acción de gracias:

—Padre de todo, ¡Dios!, lo que aquí tenemos de ti viene; acepta nuestro agradecimiento y bendícenos, para que podamos continuar cumpliendo tu voluntad.

Pronunciada la última palabra, los tres levantaron los ojos, y se miraron el uno al otro maravillados. Cada uno había hablado en una lengua jamás oída por sus compañeros; y, sin embargo, cada uno había entendido perfectamente lo que habían dicho los otros. Una divina emoción estremecía sus almas, porque en aquel milagro veían la intervención de la presencia divina.

Capítulo Tres

HABLA EL ATENIENSE: FE

Para expresarlo en el estilo de la época, la reunión recién descrita tuvo lugar el año 747 de la fundación de Roma. Era el mes de diciembre; reinaba el invierno en toda la región del este del Mediterráneo. Los que cabalgan por el desierto en dicha estación no recorren mucho terreno sin sentirse atormentados por un vivo apetito. Los reunidos en la tienda no eran una excepción a la regla. Estaban hambrientos y comían con excelente disposición. Después del vino empezaron a hablar.

—Para el caminante que va por tierras extrañas, nada más dulce que oír su nombre en labios de un amigo —dijo el egipcio, que ocupaba la presidencia—. Nos esperan muchos días de camaradería. Es hora de que nos conozcamos. Por lo tanto, si es de vuestro agrado, el que ha llegado el último que hable primero.

Entonces, muy despacio al principio, como si se reprimiera a sí mismo, el griego empezó:

—Lo que tengo que decir, hermanos, es tan extraño que apenas sé por dónde empezar ni de qué puedo hablar con toda propiedad. Ni yo mismo lo entiendo todavía. De lo que estoy más seguro es de que acato la voluntad de un Amo, sirviendo al cual se vive en un éxtasis constante. Cuando pienso en el objetivo que me han enviado á cumplir, siento en mí un gozo tan inexpresable que conozco, que aquella voluntad es la voluntad de Dios.

El santo varón hizo una pausa, incapaz de proseguir, mientras los otros, por simpatía a sus sentimientos, bajaban la vista.

—Muy al oeste de aquí —empezó de nuevo—, hay un país que jamás será olvidado; aunque no fuese sino por la gran deuda que el mundo tiene con él, y porque esta deuda nace de cosas que procuran al hombre sus placeres más puros. No diré nada de las artes, nada de la filosofía ni de la elocuencia, ni de la poesía, ni de la guerra. ¡Oh, hermanos míos, al pueblo que digo le corresponde la gloria de brillar perdurablemente en letras perfectas, por las cuales aquel al cual vamos a buscar y anunciar será conocido en toda la tierra. El país de que hablo es Grecia. Yo soy Gaspar, el hijo de Cleantes, el ateniense.

"Mis antepasados —prosiguió—, se entregaban por entero al estudio, y de ellos he heredado yo la misma pasión. Se da el caso de que dos de nuestros filósofos, los más excelsos entre una pléyade de ellos, enseñan, el uno la doctrina de un alma en cada hombre, y de que tal alma es inmortal; el otro, la doctrina de un Dios único, infinitamente justo. De la multitud de temas sobre los cuales disputaban las escuelas, separé estos dos, como únicos dignos del trabajo de buscarles una solución; porque pensé que existía una relación, todavía desconocida, entre Dios y el alma. Sobre este tema la mente puede razonar hasta un punto, hasta un muro macizo, infranqueable; llegando allí, todo lo que puede hacerse ya es detenerse y llamar a voz en grito pidiendo ayuda. Esto hice yo; pero ninguna voz vino del otro lado del muro. Desesperado, me aparté de las ciudades y de las escuelas.

A estas palabras, una grave sonrisa de aprobación iluminó el flaco rostro del hindú.

—En la parte septentrional de mi país, en la Tesalia —siguió diciendo el griego—, hay una montaña conocida como la morada de los dioses, donde Zeus, al cual mis paisanos consideran el mayor de todos, tiene su vivienda; Olimpo es su nombre. Allá me trasladé. Hallé una cueva en una altura donde la montaña, que viene del oeste, toma la dirección sureste, y allí viví entregado a la meditación… No; me dediqué a esperar aquello que solicitaba con una plegaria en cada aliento, a esperar la revelación. Creyendo en Dios, invisible aunque supremo, creía también posible suplicarle que se apiadase de mí y me enviara una respuesta.

—¡Ah, y la envió! ¡La envió! —exclamó el hindú, levantando la mano, que tenía sobre la tela de seda, en su regazo.

—Escuchadme, hermanos —dijo el griego, calmándose con esfuerzo —. La puerta de mi ermita da sobre un brazo del mar, sobre el golfo de Thermas. Un día vi a un hombre arrojado por encima de la borda de un barco que pasaba. Aquel hombre nadó hacia la playa. Yo lo recibí y lo cuidé. Era un judío muy versado en, la historia y las leyes de su país, y por él vine a saber que el Dios de mis oraciones existía ciertamente y había sido en el curso de las edades su legislador, su gobernante, su rey. ¿Qué era aquello sino una revelación?, me decía yo. Mi fe no había sido estéril, ¡Dios me contestaba!

—Como responde a todos los que le imploran con una fe semejante —dijo el hindú.

—Pero, ¡ay! —continuó el griego—. El hombre que me habían enviado de aquella manera me dijo más. Me habló de los profetas que, en las edades que siguieron a la primera revelación, caminaron y conversaron con Dios, y declaraban que vendría otra vez. Me dio sus nombres, y citaba sus mismas palabras, sacadas de los libros sagrados. Todavía me dijo más; me dijo que la segunda llegada era inminente, que en Jerusalén la consideraban como un hecho que había de producirse de un momento a otro.

El griego hizo una pausa, y la luminosidad de su cara se desvaneció.

—Es cierto —dijo después de unos instantes—, es cierto que aquel hombre me dijo que Dios y la revelación de que me hablaba habían sido únicamente para los judíos y que otra vez volvería a ocurrir así. El que había de venir sería el rey de los judíos. "¿No traerá nada para el resto del mundo?", pregunté. "No", fue la orgullosa respuesta. "No, nosotros somos el pueblo elegido." Esta contestación no destruyó mi confianza. ¿Cómo había de limitar semejante dios su amor y sus generosidades a un país y, como sucedía en este caso, a una sola familia? Y empeñé mi corazón en saberlo. Al final penetré a través del orgullo de aquel hombre, descubriendo que sus antepasados habían sido unos meros servidores elegidos para mantener viva la verdad, a fin de que el mundo acabara por conocerla y así se salvase. Cuando el judío se fue y me quedé solo otra vez, sosegué mi alma con una nueva oración: la de que se me permitiese ver y adorar al Rey cuando viniese. Una noche estaba sentado en la puerta de mi cueva, tratando de dilucidar los misterios de mi existencia, sabiendo cuán grande es el de conocer a Dios; y he aquí que, de pronto, allá abajo en el mar, o, mejor aún, en la oscuridad que cubría su superficie, vi que empezaba a inflamarse una estrella. Levantóse lentamente, se acercó y se puso encima de la altura y sobre mi puerta, de modo que su luz caía de lleno sobre mí. Yo me vine al suelo, y en sueños oí una voz que decía: "¡Oh, Gaspar! ¡Tu fe ha triunfado! ¡Bendito eres! Con otros dos, venidos de las partes mas distantes de la tierra, tú veras al Prometido y serás testigo de su presencia y servirás de ocasión para dar testimonio de Él. Por la mañana levántate y ve a reunirte con ellos. Ten confianza en el Espíritu que te guiará". "Y por la mañana me desperté con el Espíritu, como una luz interior que aventajaba a la del sol. Arrojé el atuendo de ermitaño y me vestí como antiguamente. Cogí de un escondite el tesoro que me había traído de la ciudad. Pasó un barco de vela. Lo llamé, me admitieron a bordo y desembarqué en Antioquía. Allí compré el camello y sus arreos. Por los jardines y vergeles que esmaltan las márgenes del Orontes, viajé hasta Emesa, Damasco, Bostra y Filadelfia; y de allí he venido aquí. Ya habéis oído mi historia. Permitid que ahora escuche yo la vuestra.

Capítulo Cuatro

DISCURSO DEL HINDÚ: AMOR

El egipcio y el hindú se miraron; el primero hizo un ademán; el segundo se inclinó, y comenzó:

—Nuestro hermano ha hablado bien. Ojalá mis palabras sean tan sabias.

Se detuvo, reflexionó un momento, y luego prosiguió:

—Podéis conocerme, hermanos, por el nombre de Melchor. Os hablo en un idioma que, si no es el más antiguo del mundo, fue al menos el primero reducido a letras. Me refiero al sánscrito de la India. Por mi nacimiento, soy hindú. Mis antepasados fueron los primeros en caminar por los campos del conocimiento, los primeros en clasificarlo, los primeros en embellecerlo. Suceda lo que suceda de ahora en adelante, los cuatro Vedas vivirán, porque ellos son las fuentes primeras de la religión y de la inteligencia provechosa. De ellos se derivaron los Upa-Vedas, entregados por Brahma, los cuales tratan de medicina, ballestería, arquitectura, música y las sesenta y cuatro artes mecánicas; los Ved-Angas, revelados por santos inspirados y dedicados a la astronomía, la gramática, la prosodia, la pronunciación, los embrujos y sortilegios, ritos religiosos y ceremonias; los Up-Angas, escritos por el sabio Vyasa, dedicados a la cosmogonía, cronología y geografía; de ellos forman parte también el Ramayana y el Mahabharata, destinados a la perpetuación de nuestros dioses y semidioses. Al igual, oh, hermano, que los Grandes Shastras, o libros de las ordenanzas sagradas.

"Para mí son ahora cosa muerta; sin embargo, a través de las edades servirán para dar testimonio del genio en ciernes de mi raza. Eran promesas de un rápido perfeccionamiento. ¿Preguntáis por qué las promesas fallaron? ¡Ay! Esos mismos libros cerraron todas las puertas del progreso. Bajo el pretexto de cuidar de la criatura, sus autores impusieron el principio de que un hombre no debe dedicarse a los descubrimientos ni a la invención, pues el cielo ha procurado ya todo lo necesario. Cuando este mandato se convirtió en una ley sagrada, la lámpara del genio hindú se hundió a lo más profundo de un pozo, donde, desde entonces, ha iluminado muros estrechos y aguas amargas.

"Estas alusiones, hermanos, no nacen del orgullo, como comprenderéis cuando os diga que los Shastras hablan de un Dios supremo llamado

Brahm, y, además, que los Puranas, o poemas sagrados de los Up-Angas, nos hablan de la virtud de las buenas obras y del alma. De modo que, si mi hermano me permite la frase —el hindú se inclinó con deferencia hacia el griego—, siglos antes de que su pueblo fuese conocido, las dos grandes ideas, Dios y el alma, habían absorbido ya todas las energías de la mente hindú. Ampliando mi explicación, permitid que os diga que los libros citados presentan a Brahm como una Tríada: Brahma, Visnú y Shiva. De entre los tres, se dice que Brahma ha sido el autor de nuestra raza, la cual, en el curso de la creación, se dividió en cuatro castas. Primero pobló los mundos, abajo, y los cielos, arriba; después hizo la tierra para los espíritus terrenos; luego sacó de su boca la casta de los brahmanes, la más próxima a él en semejanza, la más alta y más noble, los únicos que enseñan los Vedas, los cuales fluyeron en sus labios completos, perfectos, conteniendo todos los conocimientos útiles. Luego hizo brotar de sus brazos los Kshatriya, o guerreros; de su pecho, asiento de la vida, surgieron los Visya, o productores (pastores, labriegos, mercaderes); de sus pies, en señal de degradación, saltaron los Sudras, o siervos, condenados a realizar trabajos corporales para las otras clases (criados, domésticos, peones, artesanos). Tomad nota, además, de que la ley, nacida junto con estas castas, prohibía que el perteneciente a una casta pasase a formar parte de otra; el brahman no podría entrar en un rango inferior; si violaba las leyes de su propia esfera se convertía en un proscrito, repudiado por todos, menos por los proscritos como él.

En este punto la imaginación del griego, percibiendo en un instante todas las consecuencias de tal degradación, se sobrepuso a la profunda atención que prestaba, y le hizo exclamar:

—Oh hermanos; en semejante estado, ¡qué tremenda necesidad de un Dios amoroso!

—Sí —corroboró el egipcio—, de un Dios amoroso como el nuestro.

Las cejas del hindú se juntaron con pesar; una vez consumida aquella emoción, prosiguió con dulcificado acento:

—Yo nací brahmán. En consecuencia, mi vida estaba ordenada hasta el menor de mis actos, hasta la última de mis horas. El primer trago de alimento, el acto de darme mi primer nombre, el de sacarme por vez primera a ver el sol, el de investirme con la triple hebra por la cual me convertía en uno de los nacidos dos veces, mi consagración a la primera orden, todo se celebró según unos textos sagrados y unas ceremonias meticulosas. Yo no podía andar, comer, beber o dormir sin correr el peligro de violar una regla. Y el castigo, oh hermanos, ¡el castigo lo recibiría mi alma! Según el grado de las omisiones, mi alma iría a uno de los diversos cielos, de los cuales el de Indra es el más bajo, y el de Brahma es el más alto; o sería degradada convirtiéndose en la vida de un gusano, un insecto, un pez o un bruto. La recompensa por observar perfectamente todas las normas sería la beatitud, o absorción en el ser de Brahm, que más que una verdadera existencia es un reposo absoluto.

El hindú se concedió un momento para pensar. Luego, siguió diciendo:

—La parte de la vida de un brahmán llamada Orden Primera es la dedicada al estudio. Cuando estuve preparado para entrar en la Segunda Orden, es decir, cuando estuve en disposición de casarme y tener un hogar, lo puse todo en tela de juicio, incluso a Brahm; me volví hereje. Desde las profundidades del pozo había descubierto, arriba, una luz, y anhelaba subir para ver sobre qué derramaba su claridad. Al fin (¡después de unos cuantos años de tarea, ay de mí!), llegué al día perfecto y contemplé el principio de la vida, el elemento fundamental de la religión, el eslabón entre el alma y Dios; ¡el amor!

La arrugada faz del santo varón se enterneció visiblemente sus manos se estrecharon una a la otra con fuerza. Se hizo un silencio, durante el que los demás le estuvieron mirando; el griego, a través de las lágrimas.

Al final, prosiguió:

—El amor halla su felicidad en la acción; la prueba del amor la da lo que uno esté dispuesto a hacer por otros. Brahm había llenado el mundo con demasiadas miserias. Los sudras me daban lástima. También me la daban los innumerables devotos y víctimas. La isla de Ganga Lagor se hallaba allí donde las aguas del Ganges desaparecen en el océano Pacífico. Allá me trasladé. A la sombra del templo erigido al sabio Kapila, uniendo mis rezos a los de los discípulos que la memoria santa de aquel hombre sagrado mantiene reunidos alrededor de su casa, pensé hallar reposo. Sólo dos veces al año van allá peregrinaciones de hindúes buscando la purificación del agua. Su miseria enardecía mi amor. Pero tenía que cerrar la boca con fuerza, resistiendo el impulso de este amor por manifestarse, porque una sencilla palabra contra Brahm o la Tríada o los Shastras habría significado mi condenación. Un gesto de afecto para los brahmanes proscritos que de vez en cuando se arrastraban para ir a morir sobre la ardiente arena (una bendición recitada, el acto de darle un vaso de agua) me habría convertido en uno de ellos, arrebatándome a mi familia, mi país, mis privilegios, mi casta.

"¡Pero el amor venció! Hablé a los discípulos en el templo, y me expulsaron. Hablé a los peregrinos, y desde la isla me apedrearon. Por las carreteras intenté predicar: los oyentes huyeron de mí, o atentaron contra mi vida. Al final, en toda la India no había lugar en donde pudiese encontrar paz ni seguridad, ni aun entre los proscritos, porque, caídos incluso, seguían creyendo en Brahm. En tan extrema situación, busqué una soledad en la que esconderme de todos, menos de Dios. Recorrí el Ganges hasta sus fuentes, arriba, en las entrañas del Himalaya. Cuando entré por el paso de Hurdwar, donde el río, de inmaculada pureza, salta hacia el curso que le espera por las tierras bajas y fangosas, rogué por mi raza y me consideré separado de ella para siempre. Por cañadas y peñas, cruzando glaciares, trepando hasta la cima de picos que parecían tan altos como las estrellas, seguí mi camino hasta el Lang Tso, un lago de maravillosa belleza, dormido a los pies del Tise Gangri, el Gurla y el Kailas Parbot, gigantes que ostentan sus coronas de nieves perpetuas a las miradas del sol. Allí, en el centro de la tierra, donde el Indo, el Ganges y el Brahmaputra surgen para precipitarse hacia sus diferentes cursos, donde la humanidad tuvo su primera morada y de donde se dispersó para llenar el mundo, dejando a Balk, la madre de las ciudades, como testigo del gran acontecimiento, donde la naturaleza, retornada a su condición primaveral y segura en sus inmensidades, invita al sabio y al exilado, prometiéndole a éste seguridad y soledad al primero, allí fui a morar a solas con Dios, rezando, ayunando y esperando la muerte.

Una vez más, se apagó su voz, y las descarnadas manos se unieron en una ferviente plegaria.

—Una noche caminaba por las orillas del lago, hablando al silencio, que me escuchaba: "¿Cuándo vendrá Dios a reclamar lo que le pertenece? ¿Acaso no habrá redención?". De súbito, empezó a formarse una luz trémula en el agua; pronto se levantó una estrella, vino hacia mí y se quedó arriba, sobre mi cabeza… Su esplendor me dejó atónito. Y mientras estaba tendido sobre el suelo, oí una voz de infinita dulzura, diciendo: "Tu amor ha vencido. Bendito eres tú, ¡oh hijo de la India! La redención está al alcance de la mano. Con otros dos, venidos de rincones distantes de la tierra, tú verás al Redentor, y serás testigo de su llegada. Levántate por la mañana, ve al encuentro de tus compañeros, y pon toda tu confianza en el Espíritu que te guiará". Y desde aquel momento, la luz ha continuado conmigo, de forma que yo conocía que era la presencia visible del Espíritu. Por la mañana emprendí el regreso hacia el mundo por el mismo camino que había seguido al dejarlo. En una quiebra del monte encontré una piedra de gran valor, que vendí en Hurswar. Por Lahore, Kabul y Yedz fui a Ispahán. Allí compré el camello, y de allí fui guiado hasta Bagdad, sin esperar las caravanas. Viajaba solo, sin miedo, porque el Espíritu estaba conmigo, y está todavía. ¡Qué gloria la nuestra, oh hermanos! ¡Nosotros hemos de ver al Redentor, le hablaremos, le adoraremos! He terminado.

Capítulo Cinco

EL RELATO DEL EGIPCIO: BUENAS OBRAS

El animado griego estalló en un torrente de expresiones de gozo y de felicitaciones, después de lo cual, el egipcio dijo, con característica gravedad:

—Yo te saludo, hermano mío. Has sufrido mucho, y yo gozo con tu triunfo. Si los dos me habéis de escuchar con gusto, voy a deciros quién soy yo y cómo fue que me llamasen. Esperadme un momento.

El egipcio salió, atendió a los camellos, volvió a entrar y ocupó nuevamente su asiento.

—Vuestras palabras, hermanos, venían del Espíritu —dijo como comienzo—, y el Espíritu me ha dado el don de entenderlas. Cada uno de vosotros ha hablado particularmente de su país, en lo cual se encerraba un gran designio, que yo explicaré. Pero para que la interpretación resulte completa, permitid que hable primero de mí mismo y de mi pueblo. Yo soy Baltasar, el egipcio.

Las últimas palabras fueron pronunciadas en tono sosegado, pero con tanta dignidad, que los dos oyentes se inclinaron reverentemente ante el que hablaba.

—Muchas distinciones puedo reclamar para mi raza —prosiguió éste —, pero me contentaré con una. Nosotros fuimos los primeros en perpetuar los hechos dejando noticia de ellos. De ahí que no tengamos tradiciones, y en lugar de poesía os ofrezcamos certidumbre. En las fachadas de palacios y templos, en los obeliscos, en las paredes interiores de las tumbas, escribimos los nombres de nuestros reyes y los relatos de sus hazañas. Y al delicado papiro le confiamos la sabiduría de nuestros filósofos y los secretos de nuestra religión. Todos los secretos menos uno, del cual hablaré dentro de un momento. Más antiguos que los Vedas de Para-Braham o los Up-Angas de Vyasa, ¡oh Melchor!; más viejos que los cantos de Hornero o la metafísica de Platón, ¡oh mi Gaspar!; anteriores a los libros sagrados y a los reyes de la China, o los de Siddhartha, hijo de la hermosa Maya; anteriores al Génesis del Moisés de los hebreos, los escritos humanos más antiguos son los de Menes, nuestro primer rey —haciendo una pequeña pausa, fijó una mirada cariñosa en el griego y dijo—: En la juventud de la Hélade, ¿quiénes fueron, oh Gaspar, los maestros de sus maestros?

El griego se inclinó con una sonrisa.

—Según aquellos escritos —continuó Baltasar—, sabemos que cuando los padres vinieron del lejano Oriente, de la región donde nacen los tres ríos, del centro del mundo (el viejo Irán, del cual hablabas tú, oh Melchor), vinieron trayendo con ellos la historia del mundo antes del Diluvio, y la del Diluvio mismo, tal como la enseñaron a los arios los hijos de Noé, y enseñaban la existencia de Dios, Creador y Principio de todo, y del alma, inmortal como Dios. Cuando hayamos terminado felizmente la misión que nos está encomendada ahora, si queréis acompañarme, os enseñaré la biblioteca sagrada de los sacerdotes egipcios; os mostraré, entre otros, el Libro de los Muertos, que contiene el ritual que debe observar el alma después de que la muerte la ha enviado de viaje para acudir a su juicio. Las ideas (Dios y alma inmortal) nacieron en la mente de Mizraim allá en el desierto, y por obra de Mizraim se propagaron por ambas orillas del Nilo. Entonces reinaban en toda su pureza, fáciles de comprender, como es siempre todo lo que Dios nos brinda para nuestra felicidad; parecido era también el primer culto: una canción y un rezo naturales en un alma gozosa, esperanzada y enamorada de su Creador.

Aquí el griego levantó las manos al cielo, exclamando:

—¡Oh, la luz penetra más profundamente en mi interior!

—¡Y en el mío! —dijo el hindú, con la misma devoción.

El egipcio los miró benignamente. Luego, continuó diciendo:

—La religión es, meramente, la ley que une al hombre con su Creador: en puridad no consta de otros elementos que éstos: Dios, el alma y su mutuo reconocimiento, del cual, una vez puesto en práctica, nacen la adoración, el amor y la recompensa. Esta ley, como todas las demás de origen divino (como, por ejemplo, la que ata la Tierra al Sol), fue impuesta en el comienzo por su Autor. Tal era, hermanos míos, la religión de la primera familia; tal era la religión de nuestro padre Mizraim, quien no pudo quedar ciego ante la fórmula de la creación, en ninguna parte tan discernible como en la primera fe y en el culto más antiguo. La perfección es Dios; la simplicidad es perfección. La maldición de las maldiciones está en que los hombres no sepan respetar verdades como éstas.

Baltasar se detuvo, como si considerase de qué manera había de continuar.

—Muchas naciones han amado las dulces aguas del Nilo —dijo luego —: Los etíopes, los pali-putra, los hebreos, los asirios, los persas, los macedonios, los romanos… Y todos, excepto los hebreos, han sido dueños de ellas en uno u otro momento. Tanto ir y venir de pueblos corrompió la antigua fe mizraímica. El Valle de las Palmeras se convirtió en un Valle de los Dioses. El Ser Supremo fue dividido en ocho, cada uno de éstos personificando un principio creador de la naturaleza, con Amón Ra en cabeza, de todos. Luego fueron inventados Isis y Osiris, y su círculo, representando el agua, el fuego, el aire y otras fuerzas. Y las multiplicaciones siguieron todavía hasta que tuvimos otro orden, sugerido por las cualidades humanas, tales como la fuerza, el conocimiento, el amor y otras parecidas.

—¡En todo lo cual se manifestaba la vieja locura! —gritó impulsivamente el griego—. Sólo las cosas que están fuera de nuestro alcance continúan tal como llegaron a nosotros.

El egipcio se inclinó y prosiguió:

—Todavía un poco más, ¡oh hermanos míos!, un poco más, antes de llegar a mí mismo. Aquello a cuyo encuentro vamos parecerá todavía más sagrado en comparación con lo que existe ahora y lo que ha existido en el pasado. Las historias demuestran que Mizraim encontró el Nilo en posesión de los etíopes que se extendieron de allí por el desierto africano, un pueblo de genio fecundo y fantástico entregado por completo a adorar la naturaleza. El poético persa ofrecía sacrificios al sol, como la imagen más completa de Ormuz, su dios. Los hijos devotos del lejano Este esculpían sus deidades en madera y en marfil, pero los etíopes, sin escritura, sin libros, sin facultades mecánicas de ninguna clase, sosegaban sus almas adorando animales, pájaros, insectos, dedicando el gato sagrado a Ra, el toro a Isis, el escarabajo a Ptah. Una larga lucha contra su ruda fe terminó adoptándola como religión del nuevo imperio. Entonces se levantaron los poderosos monumentos que llenan la orilla del río y el desierto: obeliscos, laberintos, pirámides, y la tumba del rey combinada con la del cocodrilo. ¡Hasta tal bajeza llegaron, oh hermanos, los hijos del ario!

Aquí, por primera vez, abandonó al egipcio su notable calma. Aunque su fisonomía continuase impasible, se le quebró la voz.

—No despreciéis demasiado a mis compatriotas —empezó de nuevo —. No todos olvidaron a Dios. Recordaréis que he dicho hace unos momentos que confiaron al papiro todos los secretos de nuestra religión, menos uno. De éste quiero hablaros ahora. Teníamos en cierto tiempo por rey a un determinado faraón que se entregó a toda suerte de cambios e innovaciones. A fin de asentar el nuevo sistema, puso todo su empeño en desterrar el antiguo de la memoria de las gentes. Entonces los hebreos vivían entre nosotros como esclavos. Ellos seguían fieles a su Dios, y cuando la persecución se hizo intolerable, fueron libertados de una manera que nunca se olvidará. Ahora hablo según cuentan las crónicas: Moisés, que también era hebreo, fue a palacio a pedir autorización para que los esclavos, en número de diez millones, pudieran salir del país. Hizo la petición en nombre del Señor Dios de Israel. El faraón se negó. Oíd lo que pasó luego. Primero toda el agua, lo mismo la de los lagos y los ríos que la de los pozos y depósitos, se convirtió en sangre. Pero el monarca siguió negándose. Luego vino una plaga de ranas que cubrió todo el terreno. Y el rey continuó firme. Entonces, Moisés arrojó unas cenizas al aire, y una epidemia atacó a los egipcios. A continuación murió todo el ganado, excepto el de los hebreos. Los saltamontes devoraron todo lo verde que había en el valle. Al mediodía, la oscuridad se hizo tan negra que las lámparas no querían arder. Finalmente, por la noche, todos los primogénitos de los egipcios murieron. No se libró ni el del faraón. Entonces éste cedió. Pero enseguida que los hebreos hubieron partido, los siguió con su ejército. En el último momento se separaron las aguas del mar, a fin de que los fugitivos pudieran pasarlo a pie enjuto. Cuando los perseguidores se lanzaron dentro, tras los perseguidos, las aguas volvieron a juntarse y ahogaron jinetes, infantes, conductores de carrozas y al mismo rey. Tú hablabas de revelación, mi Gaspar…

Los azules ojos del griego centelleaban.

—Yo escuché esa historia de labios del judío —exclamó—. Tú la confirmas, ¡oh Baltasar!

—Sí, pero por mis labios habla Egipto, no Moisés. Yo interpreto los mármoles. Los sacerdotes de aquel tiempo escribieron a su manera lo que habían presenciado, y la revelación ha pervivido. Y ahora llego al no anotado secreto. Desde los días del desdichado faraón, en mi país hemos tenido siempre dos religiones: una privada, otra pública. Una de muchos dioses, practicada por el pueblo. La otra, de un solo Dios, cultivada únicamente por la clase sacerdotal. ¡Alegraos conmigo, hermanos! El paso asolador de las diversas naciones, todo el gradeo realizado por los reyes, todas las invenciones de los enemigos, todos los cambios del tiempo han sido en vano. Como una semilla debajo de las montañas esperando su hora, la verdad gloriosa ha vivido. Y éste, ¡éste es su día!

La descarnada armazón del hindú temblaba de dicha. El griego gritó con fuerza:

—¡A mí me parece que el mismo desierto está cantando!

De un odre de agua que tenía a su alcance, el egipcio bebió un trago y continuó:

—Yo nací en Alejandría, nací príncipe y sacerdote, y recibí la educación propia de los de mi clase. Pero muy pronto hizo presa en mí el descontento. Una de las creencias que imponía aquella fe era que, después de la muerte, una vez destruido el cuerpo, el alma comenzaba al momento su primera progresión, desde lo más bajo hasta llegar al hombre, última y más elevada forma de existencia. Y esto sin relación alguna con la conducta seguida durante la vida mortal. Cuando oí hablar del Reino de la Luz, de los persas, de su paraíso al otro lado del puente Chinevat, al cual sólo van los buenos, su recuerdo me obsesionó de tal modo que durante el día, lo mismo que durante la noche, reflexionaba sobre las dos ideas comparativas. Transmigración eterna y vida eterna en el cielo. Si, de acuerdo con lo que enseñaba mi maestro, Dios era justo, ¿por qué no había distinción entre los buenos y los malos? Al final vi con toda claridad (fue para mí una certidumbre, un corolario de la ley al cual reduje la religión pura) que la muerte no era sino el punto de separación en el cual los perversos quedan abandonados o perdidos, y los fieles ascienden a una vida superior. No el nirvana de Buda, ni el descanso negativo de Brahma, oh Melchor, no la mejor situación en el infierno, que es todo el cielo que concede la fe olímpica, oh Gaspar, sino la vida, la vida activa, gozosa, perdurable, ¡la vida con Dios!

"Ese descubrimiento me llevó a otra indagación. ¿Por qué había que seguir conservando la verdad como un secreto reservado para el egoísta solaz del sacerdote? La razón para callarlo había desaparecido. La filosofía nos había enseñado, por lo menos, a ser tolerantes. En Egipto teníamos a Roma en lugar de a Ramsés. Un día en el Brucheium, el barrio más espléndido y populoso de Alejandría, me puse en pie y prediqué. El este y el oeste aportaron el auditorio. Estudiantes que iban a la biblioteca, sacerdotes del Serapeium, ociosos del museo, patronos de las carreras, labriegos del Rhacotis, toda una multitud se detuvo para escucharme. Yo les hablé de Dios, del alma, del bien y del mal, del cielo, de la recompensa a una vida virtuosa. A ti, oh Melchor, te apedrearon. Mis oyentes, primero se quedaron pasmados, después se rieron. Probé otra vez y me llenaron de epigramas, cubrieron a mi Dios de irrisión, y oscurecieron mi cielo con sus burlas. Para no extenderme en exceso: fracasé ante aquella gente. El hindú exhaló aquí un profundo suspiro, al mismo tiempo que decía:

—El enemigo del hombre es el hombre, hermano mío.

Baltasar se hundió en el silencio.

—Yo medité mucho con objeto de descubrir la causa de mi fracaso, y por fin lo conseguí —dijo, comenzando de nuevo—. Río arriba, a un día de camino de la ciudad, hay una población de pastores y hortelanos. Cogí un bote y me fui allá. Por la noche convoqué al pueblo, hombres y mujeres, los más pobres entre los pobres. Y prediqué ante ellos lo mismo exactamente que había predicado en el Brucheium. Ellos no se rieron. La noche siguiente hablé otra vez, y ellos me creyeron y se alborozaron, y extendieron la noticia por todas partes. En la tercera reunión se constituyó una sociedad dedicada a la plegaria. Entonces regresé a la ciudad. Bajando río abajo, a la luz de las estrellas, que nunca me habían parecido tan brillantes y cercanas, saqué la siguiente lección: para empezar una reforma, no vayas allá donde están los grandes y los ricos; ve más bien en busca de aquellos cuya copa de dicha continúa vacía, busca a los pobres y a los humildes. Y entonces me tracé un plan y fijé un objetivo en mi vida. Como primer paso, dispuse de mis extensos bienes de forma que percibiera una renta segura y siempre al alcance de la mano para el alivio de los que sufriesen. Desde aquel día, ¡oh hermanos!, viajé arriba y abajo del Nilo, predicando en las poblaciones y ante las tribus, hablando del Dios único, de una vida virtuosa y de la recompensa del cielo. He hecho el bien, no he de ser yo quien diga en qué medida. Sé, asimismo, que aquella porción del mundo está madura para recibir a quien nosotros vamos a buscar.

Un rubor sonrojó la mejilla morena del que hablaba, pero sobreponiéndose a la emoción, continuó:

—Durante los años vividos así, oh hermanos míos, me atormentó continuamente un pensamiento: cuando yo hubiese desaparecido, ¿qué sería de la causa que había iniciado? ¿Terminaría conmigo? Muchas veces había soñado que la organización sería la mejor corona para mi trabajo. Para no esconderos nada, intenté montarla, pero fracasé. Hermanos, el mundo se encuentra actualmente en una situación tal que, para reinstaurar la antigua fe de Mizraim, el reformador habría de contar con algo más que la sanción humana. No le bastaría venir en nombre de Dios; debería dar pruebas que acreditasen sus palabras, debería demostrar todo lo que dijese, debería incluso dar testimonio seguro de Dios. Tan preocupada está la mente de mitos y sistemas, de tal modo lo llenan todo las falsas deidades: el aire, la tierra, el cielo, de tal modo han venido a formar parte de todo, que el retorno a la primera religión no se conseguirá sino por caminos de sangre, cruzando campos de persecución. Es decir, los que se conviertan habrán de estar dispuestos a morir antes que abjurar. Y en estos tiempos, ¿quién puede inflamar la fe de los hombres hasta este punto si no es el mismo Dios? Para redimir a la raza (no digo para destruirla), para redimir al género humano, Dios debe manifestarse una vez más: ha de venir Él mismo en persona.

Una intensa emoción se apoderó de los tres.

—¿Acaso no vamos nosotros a su encuentro? —exclamó el griego.

—Vosotros comprendéis ya por qué fracasé en mi intento de formar una organización —continuó el egipcio, pasado aquel momento de arrobo —. Yo no tenía la sanción divina. El saber que mi labor podía perderse me hacía terriblemente desdichado. Yo creía en la oración y, para que mis súplicas fuesen más puras y fuertes, lo mismo que vosotros, hermanos, me salí de los caminos trillados, me fui a donde no habían estado nunca los hombres, a donde sólo estaba Dios. Más arriba de la quinta catarata, más arriba de la confluencia de los ríos en Sennar, allá en Bahr el Abiad, el corazón lejano y desconocido del África, allá me fui. Allí, por la mañana, una montaña azul como el cielo proyecta una sombra refrescante sobre el desierto occidental, y con sus cascadas de nieve fundida alimenta un ancho lago adosado a su base oriental. El lago es la madre del gran río. Durante un año o más, la montaña fue mi hogar. El fruto de la palmera alimentó mi cuerpo; la oración, mi espíritu. Una noche salí al vergel que había junto a aquel pequeño mar. "El mundo está muriendo. ¿Cuándo vendrás? ¿Por qué no puedo presenciar la redención, oh Dios?" Así rezaba yo. El cristal del agua centelleaba de estrellas. Una de ellas pareció abandonar su sitio y subir a la superficie, donde adquirió un fulgor que quemaba la vista. Luego se movió hacia mí posándose sobre mi cabeza, en apariencia al alcance de la mano. Y me postré y escondí el rostro. Una voz no terrena me dijo: "Tus buenas obras han triunfado. ¡Bendito eres tú, oh hijo de Mizraim! La redención llega. Con otros dos, venidos de lo más remoto del mundo, verás al Salvador y darás testimonio de él. Por la mañana levántate y ve a reunirte con tus compañeros. Y cuando hayáis llegado los tres a la santa ciudad de

Jerusalén, pregunta a la gente: "¿Dónde está aquel que ha nacido Rey de los judíos? Porque nosotros pernos visto su estrella en el este, y venimos enviados para adorarle." Pon toda tu confianza en el Espíritu que te guiará". Y la luz se convirtió en una claridad interior de la cual no era posible dudar. Ella me guió río abajo hasta Menfis, donde me preparé para internarme en el desierto. Compré mi camello y vine acá sin descansar, pasando por Suez y Kufileh, y subiendo por las tierras de Moab y Ammón. Dios está con nosotros, ¡oh hermanos míos!

El egipcio hizo una pausa, y con ella, obedeciendo a un impulso que no partía de ellos mismos, los tres se levantaron y se miraron recíprocamente.

—He dicho ya que en la forma particular en que describíamos a nuestros respectivos pueblos y su historia se encerraba un secreto propósito —prosiguió entonces el egipcio—. Aquel en cuya busca vamos ha sido llamado "Rey de los judíos". Por este nombre nos han ordenado que preguntemos por Él. Pero ahora que nos hemos reunido y cada uno de nosotros ha escuchado el relato hecho por los otros dos, podemos saber que es el Redentor, no de los judíos solamente, sino de todas las naciones de la tierra. El patriarca que sobrevivió al Diluvio tenía en su compañía tres hijos con sus familias, y ellos fueron los que repoblaron el mundo. En la antigua Aryana-Vaejo, la bien recordada Región de las Delicias, en el corazón del Asia, se dispersaron. India y el lejano Oriente recibieron a los hijos del mayor. Los descendientes del más joven se desparramaron por Europa, entrando por el norte. Los del mediano inundaron los desiertos que bordean el mar Rojo, pasando a África, y aunque muchos de ellos todavía viven en tiendas transportables, algunos construyeron sus moradas a lo largo del Nilo.

Movidos por simultáneo impulso, los tres juntaron sus manos.

—¿Podría encontrarse otra cosa más divinamente ordenada? —continuó Baltasar —. Cuando hayamos hallado al Señor, los hermanos y todas las generaciones que les han sucedido se arrodillarán con nosotros ante Él en homenaje. Y cuando nos separemos para seguir nuestros distintos caminos, el mundo habrá aprendido una nueva lección: que el cielo puede ganarse, no por la espada, ni por la sabiduría humana, sino por la fe, el amor y las buenas obras.

Se produjo un silencio, roto por los suspiros y santificado por las lágrimas, pues no era posible reprimir el gozo que los llenaba. Era la alegría inenarrable de unas almas en las orillas del Río de la Vida, descansando con la presencia de los redimidos en Dios. Unos momentos después, sus manos se separaron, y los tres salieron de la tienda. El desierto estaba tan callado como el cielo. El sol se hundía rápidamente. Los camellos dormían.

Transcurrido un rato, fue levantada la tienda y, junto con los restos del ágape, volvió a la parihuela. Luego, los amigos montaron en los camellos y partieron en fila india, dirigidos por el egipcio. A través de la helada noche caminaban rumbo al oeste. Los camellos avanzaban balanceándose en un trote sostenido, guardando la línea y los intervalos de separación con tanta exactitud que parecía que los dos que seguían ponían el pie en las huellas dejadas por el que iba en cabeza. Los jinetes no despegaron los labios ni una sola vez.

La luna ascendía lentamente. Las tres altas y blancas figuras, corriendo con silenciosa pisada, por entre la luz opalescente parecían espectros que huyesen de unas tinieblas aborrecibles. De súbito, ante ellos, en el aire, se encendió una ondulante llama. Mientras la miraban, aquella aparición se condensó en un rojo de cegadora claridad. Sus corazones aceleraron sus latidos; sus almas se estremecían. Los tres gritaron como con una sola voz:

—¡La estrella! ¡La estrella! ¡Dios está con nosotros!

Capítulo Seis

LA PUERTA DE JAFFA

En una abertura de la muralla occidental de Jerusalén se encuentran las hojas de roble llamadas de Belén o puerta de Jaffa. El terreno que se extiende ante ellas es uno de los lugares más notables de la ciudad. Mucho antes de que David codiciara a Sión, había allí una ciudadela. Cuando al fin el hijo de Jessé desalojó a los jebusitas y empezó a edificar, el emplazamiento de la ciudadela pasó a ser el ángulo noroeste de la muralla nueva, defendida por una torre mucho más imponente que la anterior. El emplazamiento de la puerta, empero, no sufrió cambios probablemente por la razón de que los caminos que se juntaban y salían de ella no era posible trasladarlos a otro punto, al tiempo que el terreno contiguo se había convertido en una conocida plaza de mercado.

En los días de Salomón el tráfico que allí había era grande, y en él rivalizaban los mercaderes de Egipto y los ricos negociantes de Tiro y Sidón. Han pasado cerca de tres mil años, y todavía el comercio no quiere apartarse de aquel lugar. El peregrino que necesita un alfiler o una pistola, un pepino o un camello, una casa o un caballo, un préstamo o una lenteja, un dátil o un dragomán, un melón o un hombre, una tórtola o un asno, no tiene que hacer otra cosa sino solicitar el artículo en la puerta de Jaffa. Algunas veces la escena posee una gran animación y entonces le sugiere a uno este pensamiento: "¡Qué importante lugar había de ser el viejo mercado en los días de Herodes el Edificador!". A aquella época y al mercado aquel debe trasladarse ahora el lector.

Siguiendo el sistema hebreo, la reunión de los tres sabios descrita en los capítulos precedentes tuvo lugar la tarde del vigésimo quinto día del tercer mes del año, es decir, el día veinticinco de diciembre. El año era el segundo de la olimpíada ciento noventa y tres, o el setecientos cuarenta y siete de la fundación de Roma; el sesenta y siete de la vida de Herodes el Grande, y el treinta y cinco de su reinado; el cuarto antes del comienzo de la era cristiana. Según la costumbre judía, las horas del día empiezan con la salida del sol. De modo que es la una cuando hace una hora que está el sol encima del horizonte. Así, pues, para ser exactos, el mercado de la puerta de Jaffa durante la primera del día estaba en pleno desarrollo, y muy animado. Las macizas puertas estaban abiertas desde el alba. Los negocios, siempre al ataque, se habían extendido desde la abovedada entrada hasta una estrecha callejuela y un patio que, pasando junto a los muros de la gran torre, conducía al interior de la ciudad. Como Jerusalén está en la región montañosa, el aire matinal era en esta ocasión no poco penetrante. Los rayos del sol, con su tibia promesa, se demoraban provocadoramente por los almenados y torreones de las grandes columnas de alrededor, de las cuales descendía el arrullo de las palomas y el revoloteo de las bandadas de aves que iban y venían.

Como para entender algunas de las páginas que seguirán será necesario haber trabado una relación, cuando menos superficial, con las personas que llenaban la Ciudad Santa, lo mismo con los forasteros que con sus vecinos, no estará de más que nos paremos en la puerta y pasemos revista a la escena. Mejor oportunidad no se nos ofrecería para echar un vistazo al populacho que un tiempo después correrá por las calles en un estado de ánimo bien distinto al que ahora le domina.

La escena nos impresiona primero por su confusión total. Confusión de acciones, sonidos, colores y objetos. Y ello especialmente en la callejuela y el patio. Allí el suelo está enlosado con anchas losas sin modelar, de las cuales se levantan gritos, chirridos y pataleos aumentando la algarabía que ruge y retumba entre las sólidas murallas que parecen descender de lo alto. Sin embargo, mezclándonos un poco con la turba, familiarizándonos un poco con los negocios que tienen lugar allí, nos será posible proceder a un análisis.

Ahí hay un asno, dormitando bajo unos cestos llenos de lentejas, habas, cebollas y pepinos recién traídos de los jardines y terrazas de Galilea. Cuando no está ocupado sirviendo a los parroquianos, el dueño pregona su mercancía con una voz que sólo los iniciados pueden comprender. Nada más simple que su atuendo: un par de sandalias y un jaique o manta sin blanquear ni teñir, cruzada sobre un hombro y sujeta a la cintura por un ceñidor.

Allí cerca, y mucho más importante y grotesco, aunque de ningún modo tan paciente como el asno, está arrodillado un camello, áspero, descarnado y gris, con grandes greñas de espeso pelo color de zorra en la garganta, cuello y cuerpo, y una carga de cajas y cestos curiosamente colocados sobre una enorme silla. Su propietario es un egipcio, pequeño, delgado y con un cutis que les debe muchísimo al polvo de los caminos y a las arenas de los desiertos. Lleva un fez descolorido, una bata holgada, sin mangas ni cinturón y que desciende desde el cuello hasta las rodillas. Los pies los lleva descalzos. El camello, inquieto bajo su carga, gruñe y de vez en cuando enseña los dientes; pero el hombre pasea indiferente de acá para allá, con el ronzal en la mano y sin dejar de anunciar sus frutas frescas de los huertos del Cedrón; uvas, dátiles, higos, manzanas y granadas.

En el rincón, donde la callejuela desemboca en el patio, hay unas mujeres sentadas apoyando la espalda contra las grises piedras del muro. Su vestido es el corriente entre las clases más humildes del país: una túnica de hilo, tan larga como la persona que cubre, recogida sueltamente en la cintura, y un velo o toca suficientemente ancho para, después de cubrir la cabeza, envolver los hombros. Su mercancía está contenida en cierto número de jarras de arcilla, tales como las que todavía se usan en Oriente para traer agua de los pozos, y en unos odres de cuero. Entre las jarras y los odres, rodando por el enlosado suelo, a menudo en peligro pero sin recibir nunca ningún daño, juegan media docena de chiquillos medio desnudos cuyos cuerpos morenos, ojos de azabache y cabello negro y espeso atestiguan la sangre de Israel. A veces las madres levantan la vista por debajo de la toca, y pregonan modestamente su mercancía en lengua vernácula: en los odres, "miel de uvas"; en las jarras, "bebida fuerte". Sus invitaciones se pierden, por lo común, entre el rugido general, luchando con poca fortuna contra la multitud de competidores, sujetos morenos de piernas desnudas, sucias túnicas y largas barbas, que andan con unas botellas atadas a la espalda, gritando: "¡Miel de vino! ¡Uvas de Engedi!". Cuando el parroquiano para a uno de ellos, la botella se desliza hacia el pecho y, después de levantar el pulgar de su pico, salta a la copa que lo espera la sangre rojo oscuro de los almibarados racimos.

Poco menos vocingleros son los mercaderes de aves: tórtolas, patos y con frecuencia el canoro bulbul, o ruiseñor. Con mayor frecuencia todavía, palomas. Y los compradores, al recibirlos, saca dos de las redes, raras veces dejan de pensar en la azarosa existencia de los cazadores, que trepan audaces por las peñas, unas veces recorriendo su superficie valiéndose de las manos y los pies, otras balanceándose dentro de una cesta con la que descienden por la fisura de la montaña.

Mezclados con los vendedores de joyas (hombres agudos con capas de escarlata y azul, cubiertos por unos enormes turbantes de prodigiosa blancura, y muy percatados del poder que se encierra en el brillo de una cinta, en el destello incisivo del oro, lo mismo en un brazalete que en un collar, o en anillos para el dedo o la nariz) y con los vendedores de utensilios para el hogar, y con mercaderes de prendas de vestir y con detallistas de ungüentos para perfumar el cuerpo, y con buhoneros de toda clase de artículos, lo mismo de fantasía que necesarios, aquí y allá, tirando de cabezadas y sogas, ora chillando, ora adulando, se afanan los vendedores de animales: asnos, caballos, terneras, ovejas, taladores cabritos y torpes camellos. Animales de toda clase, menos el cerdo, proscrito por la ley. Todos éstos están allí, no de uno en uno, tal como los hemos descrito, sino repetidos muchas veces. No en un solo lugar, sino por todas partes del mercado.

Al apartarse de esta escena en la callejuela y el patio, de esta ojeada a los vendedores y a sus artículos, el lector debe prestar atención, en primer lugar, a compradores y visitantes, en relación a los cuales los mejores estudios podrán hacerse fuera de las puertas, donde el espectáculo es tan variado como animado. Pues ciertamente debe serlo más, porque aquí se les sobreañade el efecto de las tiendas, barracas y puestos, el espacio mayor, el mayor número de gente, la más incalificable libertad y el esplendor del sol oriental.

Capítulo Siete

PERSONAJES TÍPICOS DE LA PUERTA DE JAFFA

Ocupemos nuestro puesto junto a la puerta, a pocos pasos del borde de las corrientes (una que entra y otra que sale), y utilicemos, mientras estemos allí, nuestros ojos y nuestras orejas.

¡A buena hora! Ahí vienen dos hombres de una clase que merece se les preste atención.

—¡Dioses! ¡qué frío hace! —dice uno de ellos, una figura poderosa protegida por una armadura, con un yelmo de bronce en la cabeza, un brillante pectoral en el cuerpo y faldones de malla—. ¡Qué frío hace! ¿Recuerdas, Cayo, la bóveda del Comitium allá en nuestra patria, que los flaminios dicen que es la entrada del mundo inferior? ¡Por Plutón! ¡Esta mañana lo resistiría por lo menos todo el rato necesario para volver a entrar en calor!

La persona a quien se dirigen estas palabras deja caer el capuchón de su capa militar, poniendo al descubierto la cabeza y la cara, y contesta con una sonrisa irónica:

—Los yelmos de las legiones que vencieron a Marco Antonio estaban llenos de nieve de las Galias, pero tú, ¡oh pobre amigo!, tú acabas de llegar de Egipto, trayendo su verano en la sangre.

Y con esta última palabra desaparecen por la entrada. Aunque no hubiesen abierto los labios, la armadura y el recio pisar los habrían anunciado como soldados romanos. Del tropel de gente viene luego un judío, de cuerpo flaco, hombros caídos y vestido con una túnica áspera de color pardo. Sobre sus ojos y cara, y por su espalda, cuelga una mata de pelo largo, despeinado. Va solo. Los que le encuentran ríen, si no hacen algo peor. Porque es un nazarita, un miembro de una secta despreciada que rechaza los libros de Moisés y hace votos repelentes, y mientras duran tales votos no se corta el cabello.

Mientras estamos contemplando esa figura que se aleja, se produce de repente una conmoción en la turba, que se parte rápidamente corriendo hacia la derecha o la izquierda y lanzando exclamaciones agudas e incisivas. Luego, llega la causa del alboroto: un hombre. Por la fisonomía y el traje, un hebreo. La capa de tela blanca como la nieve, sujeta a su cabeza por unos cordones de seda amarilla, flota libremente sobre sus hombros. Lleva una túnica ricamente bordada. Una roja faja con orillos de oro da varias vueltas a su cintura. Tiene un aire tranquilo. Hasta sonríe a los que, con tan ruda precipitación, le abren paso. ¿Un leproso? No, no es sino un samaritano. La turba que se aparta, si se lo preguntasen, contestaría que es un mestizo (un asirio), el solo contacto de cuya ropa significa ya una mancha, y del cual un israelita, aun estando en la agonía, no podría aceptar la vida. En realidad, no se trata de una rencilla de sangre. Cuando David asentó su trono aquí en Monte Sión, sin nadie que lo auxiliara sino Judá, las diez tribus se retiraron a Siquem, una ciudad mucho más antigua y, por aquellas fechas, infinitamente más rica en recuerdos santos. La unión de las tribus, al final, no zanjó la disputa empezada con este motivo. Los samaritanos se mantenían fieles a su tabernáculo de Gerizim, y al paso que sostenían su superior santidad, se reían de los airados doctores de Jerusalén. El tiempo no apaciguaba el odio. Bajo Herodes todo el mundo podía convertirse a la fe, menos los samaritanos. Éstos eran los únicos privados en absoluto y para siempre de la comunión con los judíos.

Mientras el samaritano cruza el arco de la puerta, salen tres hombres tan distintos a todos los que hemos visto hasta aquí que, aun sin quererlo, atraen nuestras miradas. Son de estatura sin gular y musculatura formidable. Sus ojos son azules, y su piel, tan blanca que la sangre se pinta a través de ella como unas rayas azules. Tienen el cabello rubio y corto, y la cabeza, pequeña y redonda, descansa perfectamente sobre un cuello recio y alto como los troncos de los árboles. Túnicas de lana, abiertas en el pecho, sin mangas y muy poco ceñidas adornan sus cuerpos, dejando desnudos unos brazos y unas piernas tan desarrollados que hacen pensar, al momento, en la arena del circo. Y cuando a todo esto, añadimos sus modales despreocupados, confiados, insolentes, nos admira que la gente les deje paso, y cuando han pasado, se vuelva para mirarlos de nuevo. Son gladiadores (luchadores, corredores, boxeadores, esgrimidores, gente de una profesión desconocida en Judea antes de la llegada de los romanos), sujetos a los cuales, cuando no se están entrenando, se les ve deambulando por los jardines del rey, o sentados con los soldados a las puertas del palacio. 0 quizá sean visitantes que vienen de Cesarea, Sebaste o Jericó, en las que Herodes (más griego que judío y partícipe del gusto de los romanos por toda suerte de juegos y espectáculos sangrientos), ha construido vastos teatros y ahora sostiene escuelas de luchadores, traídos, según es costumbre, de las provincias galas o de las tribus eslavas del Danubio.

—¡Por Baco! —dice uno de ellos, llevándose al hombro la mano cerrada—. Sus cráneos no tienen más grosor que la cáscara de un huevo.

La mirada brutal que acompaña al gesto nos disgusta, y nos fijamos contentos en algo más agradable.

Allí enfrente hay un puesto de fruta. El propietario tiene la cabeza calva, la cara larga y una nariz como el pico de un milano. Está sentado en una estera extendida sobre el polvo. Tiene el muro a su espalda; sobre él cuelga una menguada cortina. A su alrededor, al alcance de su mano y colocados sobre pequeños taburetes, hay unos cajones de mimbre llenos de almendras, uvas, higos y granadas. Hasta él se llega ahora un personaje al cual no podemos dejar de mirar, aunque por una razón diferente de la que fijó nuestros ojos sobre los gladiadores: es verdaderamente bello, es un hermoso griego. Rodeándole las sienes, sosteniendo el ondulado cabello, lleva una corona de mirto, que conserva todavía las pálidas flores y las bayas semimaduras. Su túnica, de color escarlata, es del tejido de lana más suave debajo del cíngulo de cuero trabajado, que lleva sujeto delante por un fantástico ingenio de reluciente oro, la falda desciende hasta la rodilla en pliegues cargados de bordados del mismo metal. Un chal también de lana de color blanco y amarillo cruza su garganta y cae, arrastrándose, por su espalda. Sus brazos y piernas, donde quedan al descubierto, son blancos como el marfil y de una finura imposible de conseguir si no es mediante un tratamiento perfecto con baños, aceite, cepillos y pinzas.

El mercader, sin moverse de su asiento, se inclina adelante y levanta las manos hasta que se encuentran delante de él, con las palmas abajo y los dedos extendidos.

—¿Qué tienes esta mañana, oh hijo de Pafos? —pregunta el joven griego, con la vista en las cajas más que en el chipriota—., Estoy hambriento. ¿Qué tienes para desayuno?

—Frutos del Pedius, auténticos, como los que toman los cantores de Antioquía por las mañanas para restaurar el desgaste de sus voces —responde el vendedor, con un acento nasal quejumbroso.

—¡Un higo, y no de los mejores, para los cantores de Antioquía! —exclama el griego—. Tú eres un adorador de Afrodita, lo mismo que yo, como lo prueba el mirto que llevo. Por esto te digo que sus voces tienen el frío del viento del Caspio. ¿Ves este cinto? Es un don de la poderosa Salomé…

—¡La hermana del rey! —exclamo el chipriota, con otra zalema.

—Y de gusto real y juicio divino. ¿Por qué no? Ella es más griega que el rey; pero… ¡mi desayuno! Aquí tienes el dinero: rojas monedas de cobre de Chipre. Dame uvas y…

—¿No quieres tomar también dátiles?

—No, no soy árabe.

—¿Ni higos?

—Eso sería volverme judío. No, nada sino las uvas. Ningún agua se ha mezclado tan dulcemente como la sangre de un griego y la sangre de las uvas.

El cantor del mercado, ensuciado y bullente, con todos sus aires de cortesano, es una visión que no se borra demasiado pronto de las mentes de los que fijan la mirada en él, aunque como si se tratara de lograr este propósito le sigue una persona excitando toda nuestra admiración. Sube por el camino muy despacio con la cara vuelta hacia el suelo, a intervalos se para, cruza las manos sobre el pecho, pone un rostro más grave y dirige los ojos hacia el cielo, como si estuviera a punto de iniciar una oración. Un personaje así no se encuentra en ninguna parte sino en Jerusalén. En la frente, sujeta a la banda que mantiene la capa en su sitio, sobresale una filacteria de cuero de forma cuadrada. Otro cuadrado similar está atado con una correa al brazo izquierdo. Los bordes de su túnica los adorna una ancha orla, y por todos estos signos (las filacterias, las anchas orillas del vestido y la atmósfera de gran santidad que envuelve toda su persona), sabemos que es un fariseo, un miembro de una organización (en religión, una secta; en política, un partido) cuya mojigatería y cuyo poder no tardarán en acarrear grandes males al mundo.

Lo más denso de la turba de la parte de fuera de las puertas cubre la carretera que lleva a Jaffa. Desviando nuestra atención del fariseo, nos sentimos atraídos por algunos grupos que, como tema de estudio, se diferencian oportunamente de la policroma multitud. Destaca, entre ellos, un hombre de muy noble aspecto, de cutis claro y saludable, ojos negros y brillantes, barba larga y abundante, perfumada con ungüentos, y traje de buen corte, gran precio y adecuado a la estación. Lleva un bastón de mando y, suspendido del cuello por medio de un cordón, un sello de oro. Varios criados le atienden, algunos armados con unas espadas cortas, metidas dentro de sus fajas, y cuando se dirigen a él lo hacen con la mayor deferencia. El resto del grupo lo forman dos árabes de la más pura estirpe del desierto, hombres delgados y musculosos, intensamente bronceados, con las mejillas hundidas y unos ojos de brillo casi diabólico. Cubren su cabeza rojos feces, y sobre los abas, cubriendo el hombro derecho y el cuerpo de forma que quede el brazo derecho libre, llevan unos haiks, o mantas, de lana parda. Hay un animado regateo, porque los árabes han traído unos caballos y están tratando de venderlos, y empujados por su vehemencia hablan con voz aguda y chillona. El sujeto con aire cortesano deja que lleven la discusión mayormente sus criados. Alguna que otra vez contesta él con mucha dignidad. Luego, viendo al chipriota, se para y le compra unos cuantos higos. Y cuando todo el grupo ha cruzado el portal, casi pisándole los talones al fariseo, si nos acercamos al vendedor de fruta nos dirá, con una preciosa zalema, que el desconocido es judío, uno de los príncipes de la ciudad, que ha viajado mucho y ha aprendido a distinguir la diferencia que hay entre las uvas comunes de Siria y las de Chipre, que tan exquisitas maduran con los rocíos del mar.

Y así hasta las doce del día, y a veces hasta más tarde, el flujo constante de los negocios entra y sale de la puerta de Jaffa, ofreciendo toda la variada gama de tipos humanos, incluidos representantes de todas las tribus de Israel, todas las sectas en que se ha parcelado y alambicado la vieja fe, todas las divisiones sociales y religiosas, toda la escoria de aventureros, los cuales, como hijos de la astucia y ministros del placer, acuden en tropel a gozar de las prodigalidades de Herodes, y todos los pueblos notables conquistados en algún tiempo por los césares y sus antecesores, en especial los que habitan en el circuito del Mediterráneo. En otras palabras, Jerusalén, rica en historia sacra, más rica todavía en lo tocante a profecías sagradas (la Jerusalén de Salomón, en la que la plata formaba verdaderas piedras y los cedros eran como sicómoros del valle), había pasado a ser una copia servil de Roma, un centro de prácticas impías, una base del poder pagano. Un rey judío se puso un día vestiduras sacerdotales y entró en el sanctasanctórum del primer templo a ofrecer incienso, y salió leproso. Pero en el tiempo que estamos historiando, Pompeyo entraba en el templo de Herodes y en el mismo sanctasanctórum y volvía a salir sin daño alguno.

Capítulo Ocho

JOSÉ Y MARÍA VAN A BELÉN

Ahora rogamos al lector que regrese al patio descrito como formando parte del mercado de la puerta de Jaffa. Era la hora tercia, y mucha gente se había marchado. Con todo, la aglomeración no parecía disminuir. De los recién llegados había un grupo junto a la muralla meridional, formado por un hombre, una mujer y un asno, que requiere una noticia extensa.

El hombre se encontraba junto a la cabeza del animal, con el ronzal en la mano, y apoyándose en un palo elegido para cumplir la doble función de vara y de aguijada. Su traje era semejante a los de los judíos ordinarios que había a su alrededor, sólo que tenía la apariencia de nuevo. La capa que descendía de su cabeza y el camisón o túnica que cubría su persona desde el cuello hasta los pies eran probablemente las prendas que solía ponerse para asistir a la sinagoga los sábados. Su fisonomía quedaba al descubierto y manifestaba unos cincuenta años de existencia, apreciación confirmada por las hebras grises que surcaban una barba que en otro caso habría sido completamente negra. El hombre miraba hacia todas partes con la mirada mitad curiosa y mitad distraída de un forastero provinciano.

El asno consumía a su sabor una brazada de hierba verde, de la que había abundantes existencias en el mercado. En su soñolienta satisfacción, el animal no se dejaba distraer por el bullicio y la algarabía que reinaba por todas partes, ni prestaba mayor atención a la mujer sentada sobre su lomo en una albarda almohadillada. Una túnica exterior de tela de lana mate cubría por completo su persona, mientras una toca blanca le escondía la cabeza y el cuello. De vez en cuando, impelida por la curiosidad de ver u oír algo que pasaba, se apartaba un poco la toca, pero tan levemente que la cara continuaba invisible.

Por fin, una persona se acercó al hombre.

—¿Eres José de Nazaret?

El que esto decía se había parado muy cerca.

—Así me llaman —respondió José, volviéndose gravemente—. ¿Y tú? ¡Ah! ¡Que la paz sea contigo, rabí Samuel, amigo mío!

—Lo mismo deseo para ti. —El rabí se interrumpió, mirando a la mujer, y luego añadió—: Para ti y para tu casa y para todos los que te ayuden, sea la paz.

Con la última palabra se llevó una mano al pecho e inclinó la cabeza en dirección a la mujer, la cual había apartado esta vez la toca lo suficiente para dejar al descubierto la cara de una mujer que no hacía mucho tiempo era todavía una niña. Acto seguido, los viejos conocidos se cogieron mutuamente las manos, levantando cada uno la del otro como si fuera a llevársela a los labios, si bien en el último momento la soltaba y se besaba la suya propia, llevándose luego la palma de la misma a la frente.

—Veo tan poco polvo en tus vestidos —dijo familiarmente el rabí—, que infiero que habéis pasado la noche en esta ciudad de nuestros padres.

—No —respondió José—. Como sólo pudimos llegar hasta Betania antes de que cayera la noche, nos quedamos allá en el khan, y al despuntar el día hemos vuelto a emprender el camino.

—De modo que el viaje que tenéis que hacer es largo. No se para en Jaffa, confío.

—Sólo hasta Belén.

La faz del rabí, hasta aquel momento franca y acogedora, se inclinó con expresión siniestra. El hombre se aclaró la garganta con un carraspeo, o más bien con una tos.

—Sí, sí, comprendo —dijo—. Tú naciste en Belén, y allá vas ahora con tu hija a fin de que te empadronen para poder ponerte impuestos, según ha ordenado el César. Los hijos de Jabos están como estaban las tribus en Egipto, sólo que no tienen a un Moisés ni a un Josué. ¡Hasta qué punto han caído los poderosos!

José replicó sin cambiar de postura ni de cara:

—Esta mujer no es mi hija.

Pero el rabí se aferraba a su preocupación política, y continuó, sin fijarse en la explicación de su amigo:

—¿Qué hacen los zelotes en Galilea?

—Yo soy carpintero, y Nazaret es un pueblo —respondió José, prudentemente—. La calle en que tengo el taller no es un camino que lleve a ninguna ciudad. El cortar madera y aserrar tablones no me deja tiempo para tomar parte en las discusiones de los partidos.

—Pero eres judío —replicó el rabí, con severidad—. Eres judío y descendiente de David. No es posible que te cause placer pagar ninguna tasa, excepto el siglo dado a Jehová, según antigua tradición.

José no se dejó escandalizar.

—Yo no me quejo del importe de la tasa —prosiguió su amigo—. Un denario es una bagatela. ¡Ah, no! El hecho de que la impongan es lo que me ofende. Por lo demás, ¿qué pagamos con ella sino la sumisión a la tiranía? Dime, ¿es verdad que judas afirma ser el Mesías? Tú vives en medio de sus seguidores.

—He oído decir a éstos que es el Mesías.

En este punto, la toca se apartó y por un instante quedó al descubierto toda la cara de la mujer. Los ojos del rabí se desviaron hacia aquella dirección y tuvo tiempo de contemplar una fisonomía de singular belleza, iluminada por una expresión de vivo interés. Luego, el rubor invadió las mejillas y la frente de la joven, y el velo volvió a su sitio.

El político olvidó el tema.

—Tu hija es agraciada —dijo, bajando la voz.

—No es mi hija —repitió José. Al rabí se le despertó la curiosidad. En vista de lo cual, el nazareno se apresuró a añadir—: Es hija de Joaquín y Ana, de Belén, a los cuales habrás oído mentar por lo menos, porque gozaban de gran reputación.

—Sí los conocía —afirmó el rabí, con deferencia—. Descendían en línea directa de David. Los conocía bien.

—Pues murieron —continuó el nazareno—. Murieron en Nazaret. Joaquín no era rico. Con todo, dejó una casa y un huerto que habían de repartirse sus hijas Mariana y María. Ésta es una de las dos, pero para que pudieran heredar la parte correspondiente de la propiedad, la ley exigía que se casase con su más próximo pariente. Ahora es mi esposa.

—Y tú eras…

—Su tío.

—¡Sí, sí! Y como los dos nacisteis en Belén, los romanos te obligan a traerla aquí para que la empadrones también a ella. —El rabí juntó las manos con fuerza y levantó la vista, indignado, al cielo, exclamando—: ¡El Dios de Israel vive todavía! ¡La venganza está en sus manos!

Dicho lo cual, giró sobre sus talones y partió bruscamente. Un desconocido que estaba allí cerca dijo de forma sosegada:

—El rabí Samuel es un zelote. El mismo Judas no está más obcecado.

José, que no deseaba entablar conversación con el hombre, aparentó no haberle oído y se atareó reuniendo en un pequeño montón la hierba que el asno había dispersado. Luego volvió a apoyarse en su bastón y aguardó. Una hora después, el grupo cruzaba la puerta y, doblando hacia la izquierda, cogía la ruta de Belén. La pendiente que descendía al valle de Hinnom era muy accidentada, y la adornaban de trecho en trecho unos olivos silvestres dispersos. Con el ronzal siempre en la mano, el nazareno andaba al lado de la mujer, atendiéndola con cuidado, tiernamente. A su izquierda, por la parte sur y este de Monte Sión, se levantaba la muralla de la ciudad. A su derecha, las alterosas prominencias que forman el límite occidental del valle.

Con pausada marcha, dejaron atrás el Estanque Inferior de Gihon, del cual el sol expulsaba rápidamente la sombra cada vez menor de la montaña real. Con pausada marcha siguieron adelante, paralelamente al acueducto de los Estanques de Salomón, hasta llegar cerca del emplazamiento de la casa de campo en lo que hoy se llama el monte del Mal Consejo. Y de allí empezaron a ascender hacia la llanura de Refaim. El sol caía deslumbrador sobre el rostro pétreo de la famosa localidad, y bajo su influencia María, la hija de Joaquín, dejó caer por completo la toca, quedando su cabeza al descubierto. José le refirió la historia de los filisteos, sorprendidos allí por David en su propio campamento. Su narración resultaba aburrida. Hablaba con la faz solemne y la voz monótona de un hombre rústico. María no le prestaba una atención continuada.

Por todas partes de la tierra adonde vayan los hombres y por el mar adonde vayan los barcos, la cara y el tipo del judío son familiares. El prototipo físico de la raza ha sido siempre el mismo. Sin embargo, ha habido también algunas variaciones individuales."Y ahora era sonrosado, y, además, de hermosa fisonomía, y daba gusto mirarlos." Así era el hijo de Jessé cuando lo llevaron a presencia de Samuel. Desde entonces, la descripción ha excitado la fantasía de los hombres. La licencia poética ha extendido las peculiaridades del ancestral a sus descendientes notables. De este modo, todos nuestros Salomones ideales tienen el rostro hermoso, y el cabello y la barba castaños en la sombra y con un reflejo de oro a la luz del sol. Y nos han hecho creer que también eran así los rizos de Absalón, el muy amado. Y en ausencia de la historia auténtica, la tradición ha tratado no menos amorosamente a la que ahora vamos siguiendo hacia la ciudad natal del rubicundo rey.

No tenía más de quince años. Su cuerpo, su voz, su actitud eran los del período de transición de la adolescencia a la juventud. Tenía la cara perfectamente ovalada y el cutis más pálido que rubio. Su nariz era perfecta. Sus labios, ligeramente entreabiertos, carnosos y maduros, dando a la línea de la boca calor, ternura y confianza. Sus ojos eran grandes y azules, sombreados por curvados párpados y largas pestañas, y, armonizando con todo esto, una cascada de cabello de oro caía, según el estilo permitido a las novias judías, sin sujeción alguna, por su espalda y hasta la albarda en la que se sentaba. La garganta y el cuello tenían esa suavidad especial que se ve a veces y que deja al artista en la duda de si se trata de un efecto del contorno o del color. A estos encantos de su figura y de su persona se sumaban otros más indefinibles: un aire de pureza que sólo el alma puede proporcionar, y una abstracción que no se da sino en aquellos que creen en la existencia de muchas cosas que escapan a la percepción de nuestros sentidos.

Con los labios temblorosos, levantaba a menudo los ojos al cielo, que no tenía un azul más profundo que ellos; a menudo cruzaba las manos sobre el pecho, como en adoración y plegaria, y a menudo levantaba la cabeza como persona que escucha con anhelo, esperando una voz que ha de llamarle. De vez en cuando, sin dejar de hablar pausadamente, José se volvía para mirarla y, observando aquella expresión que embellecía la faz de la joven como con un resplandor de luz, olvidaba el tema, y con la cabeza inclinada, meditando, seguía su camino. Así fueron contorneando la extensa llanura, y al final llegaron a la elevación de Mar Elías, desde la cual, por encima de un valle, contemplaron Belén, la antigua, muy antigua Casa de Pan, cuyas blancas murallas coronaban un montículo y brillaban encima de los vergeles difuminados y sin hojas.

Allí se pararon y descansaron, mientras José señalaba los lugares de tanto renombre. Luego descendieron al valle, hacia la fuente que fue teatro de una de las maravillosas hazañas de los valerosos guerreros de David. El estrecho espacio estaba lleno de personas y animales. Un temor asaltó a José: el temor de que si la población estaba tan atestada de gente quizá no encontrase alojamiento en ninguna casa para la dulce María. Y sin demora continuó adelante a toda prisa. Dejando atrás la columna de piedra que señalaba la tumba de Raquel, subió por la cuesta cubierta de huertos, sin saludar a ninguna de las muchas personas que encontró por el camino, hasta que se detuvo delante del portal del khan que había entonces fuera de la puerta de la población, cerca de un cruce de caminos.

Capítulo Nueve

LA CUEVA DE BELÉN

Para comprender bien lo que le pasó al nazareno en el khan, es preciso recordar al lector que las posadas orientales son distintas de las del mundo occidental. Los persas las habían llamado knanes, y en su forma simple, consistían en unos cercados sin casa ni cobertizo, a menudo sin puerta ni entrada. Su emplazamiento había sido elegido pensando en la sombra, la defensa o el agua. Tales eran las posadas que cobijaban a Jacob cuando fue a Padan-Aram a buscar esposa. Una reproducción de aquéllas puede verse en nuestros días en los puntos de parada del desierto. Por otra parte, algunas de ellas, especialmente las que se encontraban por las rutas que unían grandes ciudades, como Jerusalén y Alejandría, eran establecimientos principescos, monumentos a la piedad de los reyes que las habían construido. Por lo común, sin embargo, no eran más que la casa o propiedad de un jeque, en la que metía su tribu, como en un cruel general. Alojar a los viajeros era la menos importante de sus funciones. Servían de mercados, factorías, fuertes. Eran plazas donde se reunían y vivían mercaderes y artistas tanto como sitios donde cobijarse los caminantes retrasados o extraviados. Durante todo el año tenían lugar, dentro de sus paredes, la multitud de transacciones diarias de una población. El detalle que quizá fuera capaz de impresionar más profundamente a una mente occidental era la singular manera de regir aquellas hospederías. Allí no había dueño ni patrona, ni escribiente, ni cocinero, ni cocina tan sólo. Un dependiente en la entrada constituía la única manifestación visible de que aquello tuviera un dueño o alguien que lo rigiese. Los forasteros que llegaban permanecían allí el tiempo que quisieran sin dar cuenta nadie. Una consecuencia de aquel sistema era que todo el que llegaba había de llevarse la comida y los útiles de cocina, o comprarlos a los mercaderes que había en el khan. La misma norma valía en lo tocante a la cama y a los objetos suplementarios de ésta, así como el forraje para los animales. Agua, descanso y protección era todo lo que cuidaba de proporcionar el propietario, y eran gratuitos. La paz de las sinagogas se alteraba a veces por culpa de disputadores vocingleros. La de los khanes, nunca. Las habitaciones y todas sus pertenencias eran sagradas. Un pozo de agua potable no lo habría sido más.

El khan de Belén, ante el que se pararon José y su esposa, era un buen ejemplar de su clase, no siendo ni muy primitivo ni muy principesco. El edificio era puramente oriental, es decir, un bloque cuadrangular de piedra tosca, un piso alto, de tejado plano, abierto al exterior por una ventana y sin otra entrada que la principal, una puerta que era al mismo tiempo pasaje, entrada de vehículos, en la parte oriental o fachada. El camino pasaba tan arrimado a la puerta que el polvo de yeso semicubría el umbral. Una valla de piedras planas, que empezaba en el ángulo noroeste del edificio, se extendía por espacio de varias yardas pendiente abajo hasta un punto desde el cual se dirigía hacia el oeste hasta el saliente de peña caliza, formando la parte más esencial de un khan que se respetase: un cercado seguro para los animales. En una población como Belén, donde no había sino un jeque, no podía haber más de un khan, y aunque hubiera nacido en la localidad, como había residido tanto tiempo en otra parte, el nazareno no tenía derecho a reclamar hospitalidad a las autoridades. Además, el empadronamiento que motivaba su viaje podía requerir una estancia de semanas o de meses. Los delegados de Roma eran gente que trabajaba despacio, y no había ni que pensar en abusar, él y su esposa, de la hospitalidad de parientes o conocidos por un período de tiempo tan incierto. En consecuencia, ya antes de llegar a la espaciosa casa, mientras iba subiendo la pendiente y José cuidaba de estimular al asno en los puntos más empinados, el miedo de no encontrar alojamiento se convirtió en una penosa ansiedad, porque encontraba el camino obstruido de hombres y muchachos que, con gran ajetreo, conducían su ganado, caballos y camellos subiendo y bajando del valle, yendo algunos en busca de agua, y otros a las cuevas vecinas. Al llegar a las cercanías, no contribuyó a mitigar su alarma el descubrimiento de multitud que cegaba la puerta del establecimiento, mientras el cercado contiguo parecía ya lleno.

—No podemos llegar a la puerta —dijo José con su parsimonioso hablar—. Parémonos aquí y veamos si conseguimos saber qué ocurrido.

Sin contestar, su esposa apartó la toca con gesto delicado. La expresión de fatiga que había tenido primero su cara se trocó por otra de interés. Se encontraba junto a una reunión de gente que no podía ser para ellos sino un motivo de curiosidad, aunque fuese muy corriente en las khanes de cualquiera de las vías frecuentadas por las grandes caravanas. Había hombres a pie corriendo de un lado para otro y hablando con voces chillonas en todos los dialectos de Siria; hombres a caballo gritando órdenes a otros o a sus camellos; hombres que pugnaban inseguros con vacas reacias u ovejas asustadas; hombres que vendían pan y vino; y entre todo aquel gentío, un rebaño de muchachos que al parecer daba caza a una jauría de perros. Todos y todo parecían en movimiento a un mismo tiempo. Muy posiblemente la hermosa espectadora estuviese demasiado cansada para sentirse atraída mucho rato por aquella escena. Al cabo de unos momentos, exhaló un suspiro y se acomodó de nuevo en la albarda, y, como si buscase paz y reposo o como si esperase la llegada de alguien, volvió los ojos hacia el sur, levantándolos hacia la cima de las elevadas peñas de Monte Paraíso, que tomaban un leve tinte rojizo bajo los rayos del sol poniente. Mientras ella se entregaba a esta contemplación, un hombre se abrió paso saliendo del tumulto y, parándose cerca del asno, miró a su alrededor con aire ceñudo.

El nazareno se dirigió a él.

—Siendo lo que pienso que tú eres también (un hijo de Judá), buen amigo, ¿puedo preguntarte la causa de que se haya congregado aquí esta multitud?

El desconocido se volvió airado. Pero viendo el rostro solemne de José, tan en consonancia con su voz pausada y su hablar calmoso, levantó la mano a guisa de saludo y contestó:

—¡La paz sea contigo, rabí! Soy un hijo de Judá y te contestaré. Vivo en Beth-Dagon, que, como tú sabes, está en la tierra que perteneció a la tribu de Dan.

—En el camino de Modin a Jaffa —dijo José.

—¡Ah! ¿Has estado en Beth-Dagon? —repuso el hombre, mientras su cara se dulcifica todavía más—. ¡Qué vagabundos somos la gente de Judá! Yo he vivido muchos años lejos de la sierra, del viejo Ephrat, como la llamaba nuestro padre Jacob. Y he aquí que llegó la orden de que todos los hebreos fuesen empadronados en el lugar de su nacimiento. Éste es el asunto que me ha traído aquí, rabí.

La cara de José continuó impasible como una máscara, mientras comentaba:

—Por lo mismo he venido yo, y también mi esposa.

El desconocido dirigió una mirada a María y guardó silencio. Ella tenía los ojos vueltos hacia la pelada cima del Gedor. El sol acariciaba su faz levantada hacia lo alto y llenaba las profundidades violeta de sus ojos. Y sobre sus labios entreabiertos temblaba un afán impropio de una persona mortal. Por el momento, su belleza parecía purificada de todo poso humano. Era como nos imaginamos que son los que están sentados junto a la puerta del cielo y reciben su luz transfiguradora. El hombre de Beth-Dagon vio el original de lo que siglos después le vino como una visión del genio a Sanzio el divino, haciéndole inmortal.

—¿De qué estaba hablando? ¡Ah! Ya recuerdo. Iba a decir que cuando me enteré de la orden de venir acá me enfurecí. Me acordé, luego, de la vieja montaña, de la ciudad y del valle que desciende hasta las profundidades del Cedrón, de las viñas y los vergeles, de los campos de trigo, que no reposan desde los días de Boaz y de Ruth, de los montes familiares (el Gedor aquí, el Gibean allí, Mar Elías más allá), que cuando yo era niño representaban para mí las murallas del mundo. Y perdoné a los tiranos y vine. Vinimos yo y Raquel, mi esposa, y Deborah y Michal, nuestras dos rosas de Sarón.

El hombre se interrumpió de nuevo, mirando bruscamente a María, quien ahora le miraba a él y escuchaba. Enseguida dijo:

—Rabí, ¿no le gustaría a tu esposa ir a reunirse con la mía? Puedes verla allá con los niños, debajo del inclinado olivo del recodo del camino. Te aseguro —y ahora volvía la vista hacia José, expresándose con convicción—, te aseguro que el khan está lleno. Es inútil preguntar en la puerta.

Las decisiones de José eran lentas como su mente. Vaciló un momento, pero luego respondió:

—Tu ofrecimiento es cariñoso. Lo mismo si hay sitio para nosotros en la casa como si no lo hay, iremos a ver a tu familia. Permite que hable yo con el portero.

Regreso al instante.

Y, poniendo el ronzal en la mano del desconocido, se abrió paso por entre la agitada muchedumbre.

El guardián estaba sentado en un gran tronco de cedro, delante de la puerta. A su espalda, apoyada contra la pared, tenía una jabalina. A su lado, sentado sobre el tronco, tenía un perro.

—La paz de Jehová sea contigo —dijo José, poniéndose por fin delante del portero.

—Ojalá lo que tú das puedas volver a encontrarlo luego. Y al encontrarlo se te multiplique muchas veces para ti y para los tuyos —respondió gravemente el vigilante, aunque sin moverse.

—Soy de Belén —dijo José, del modo más intencionado—. ¿No habría sitio para…?

—No lo hay.

—Acaso hayas oído hablar de mí: José de Nazaret. Ésta es la casa de mis padres. Desciendo de la línea de David.

En estas palabras se encerraba toda la esperanza del nazareno. Si no surtían efecto, todos los demás ruegos serían inútiles; lo sería incluso el recurso de ofrecerle muchos siclos. Ser hijo de Judá era una cosa —según la opinión tribal, una gran cosa —; ser de la casa de David era otra cosa todavía. En la lengua de un hebreo no cabía alarde mayor. Más de mil años habían transcurrido desde que el pastor mozo se había convertido en el sucesor de Saúl y había fundado una dinastía real. Guerras, calamidades, otros reyes, y los innumerables procesos niveladores del tiempo habían hecho bajar a sus descendientes, en lo que a bienes de fortuna se refieren, hasta el nivel común de los judíos. El pan que comían lo ganaban con un trabajo que ya no podía ser más humilde. Sin embargo, la historia, guardada con sagrado celo, y cuyo primer y último capítulo era la genealogía, los favorecía distinguiéndolos y elevándolos por encima de sus compatriotas. No podían llegar a ser unos desconocidos, antes al contrario, a cualquier parte que fuesen de Israel, su origen suscitaba un respeto rayano en la adoración.

Si esto sucedía en Jerusalén y en otras partes, ciertamente un descendiente de la línea sagrada tenía motivos para suponer que surtiría efecto en la puerta del khan de Belén. Decir, como había dicho José: "Ésta es la casa de mis padres" era decir la verdad del modo más simple y literal, pues aquélla era la misma casa que regía Ruth como esposa de Boaz, la misma casa en que nacieron Jessé y sus diez hijos, siendo David el más joven, la misma casa a la que fue Samuel en busca de un rey y lo encontró. La misma casa que David dio al hijo de Barzillai, el Gileadita acogedor. La misma casa en que Jeremías rescató, gracias a la oración, al resto de su raza, que huía delante de los babilonios.

La llamada no quedó sin efecto. El guardián de la puerta bajó el tronco de cedro y, apoyando la mano sobre la barba, dijo respetuosamente:

—Rabí, no puedo decirte cuándo se abrió esta puerta por primera vez dando la bienvenida al viajero, pero fue hace más de mil años. Y en todo este tiempo no se tiene noticia de que jamás se negara la entrada a un hombre de bien, excepto cuando no había sitio donde dejarle reposar. Si así se ha procedido con los extraños, una justa causa ha de tener el sirviente cuando da una negativa a un descendiente de David. Por lo cual, yo te saludo de nuevo, y si no te sabe mal acompañarme, te demostraré que no hay un solo alojamiento en toda la casa. Ni en los cuartos, ni en las cuadras, ni en el patio, ni aun en el tejado. ¿Puedo preguntarte cuándo llegaste?

—Ahora mismo.

El portero sonrió.

—"El extraño que viva contigo ha de ser considerado como si hubiera nacido entre los tuyos, y tú deberás amarle como a ti mismo." ¿No es ésta la ley, rabí?

José se quedó callado.

—Si esta es la ley, ¿puedo decirle a uno que llegó hace tiempo: "Sigue tu camino; hay otro aquí que ocupará tu puesto"?

Todavía José continuó en la misma actitud.

—Y si yo pronunciara estas palabras, ¿a quién le pertenecería el puesto libre? Ve el número de los que están aguardando. Algunos desde el mediodía.

—¿Quién es toda esta gente? —preguntó José, volviéndose hacia la multitud—. ¿Y por qué están aquí a esta hora?

—Lo que te ha traído a ti, rabí; el decreto del César. —El guardián dirigió una mirada interrogativa al nazareno. Luego continuó—: Trajo a la mayoría de los que están acomodados en la casa. Además, ayer llegó la caravana que va de Damasco a Arabia y al Egipto inferior. Estos que ves aquí, hombres y camellos, forman parte de ella.

José insistió todavía:

—El patio es grande.

—Sí, pero está abarrotado de mercancías, de balas de seda, de sacos de especias y de géneros de toda clase.

Entonces, por un momento, la faz del solicitante perdió su estolidez. Los ojos, fijos, sin brillo, se inclinaron hacia el suelo. Luego, dijo con cierto calor:

—Por mí no me importa, pero mi esposa está conmigo, y la noche es fría. En estas alturas es más fría que en Nazaret. Ella no puede quedarse al aire libre. ¿No hay alojamiento en la ciudad?

El guardián indicó con la mano la multitud apiñada delante de la puerta.

—Toda esta gente ha buscado por la población y asegura que todos los alojamientos están ocupados.

José tanteó el terreno, una vez más, diciendo, como si hablara consigo mismo:

—¡Ella es tan joven! Si la hago dormir en el monte, la escarcha la matará. — Luego se dirigió de nuevo al guardián—: Es posible que conozcas a sus padres, Joaquín y Ana, que también fueron vecinos de Belén, y, como yo mismo, descendían de David.

—Sí, los conocí. Eran buena gente. Eso fue en mi juventud.

Esta vez los ojos del portero recorrieron el suelo meditativamente. Luego, levantó la cabeza con gesto repentino.

—Si no puedo hacerte sitio, tampoco puedo hacerte marchar. Rabí, haré por ti todo lo que pueda. ¿Cuántos sois en tu grupo?

José reflexionó, y unos segundos después respondió:

—Mi esposa y un amigo de Beth-Dadon, pequeña población más allá de Jaffa, con su familia. Seis personas en total.

—Muy bien. No dormiréis en el monte. Trae a tu gente y date prisa, porque ya sabes que cuando el sol se hunde tras la montaña viene la noche rápidamente y ahora ya está a punto de esconderse.

—Te doy todas las bendiciones del caminante sin hogar. Luego te daré las del morador.

Así diciendo, el nazareno escapó gozoso, en busca de María y el de Beth-Dagon. Al cabo de unos momentos, este último trajo a su familia, las mujeres montadas en asnos. Su esposa tenía aires de matrona. Las hijas eran retratos de lo que hubo de ser ella en la juventud. Mientras se acercaban a la puerta, el guardián vio que pertenecían a la clase más humilde.

—Ésta es la mujer de que te he hablado —dijo el de Nazaret—. Y éstos son nuestros amigos.

El velo de María se levantó.

—Ojos azules y cabello rubio —murmuró el empleado, no viendo sino a ella—. Así era el joven rey cuando iba a cantarle a Saúl.

Luego cogió el ronzal de manos de José, y dijo a María:

—¡Paz a ti, hija de David! —y a los otros—: ¡Paz a todos vosotros! —enseguida se dirigió a José—: Rabí, sígueme.

El portero guió al grupo por un ancho corredor, desde el cual pasaron al patio del khan. A un extranjero, la escena le habría parecido muy curiosa. Ellos, en cambio, sólo se fijaban en las cuevas que abrían sus bocas oscuras por todas partes para comentar cuán atestadas estaban. Por un corredor reservado para el almacenamiento de mercancías, y de allí por un pasaje similar al de la entrada, salieron al cercado contiguo a la casa, dando con un confusión de camellos, caballos y asnos, trabados y dormitando en apiñados grupos. Entre ellos, se veía a sus guardianes, hombres procedentes de diversas naciones, los cuales dormían también, a su vez, o vigilaban en silencio. Luego descendieron la cuesta del abarrotado patio muy lentamente, porque los obtusos transportadores de las mujeres manifestaban antojos suyos particulares. Al final desembocaron en un sendero que conducía a la peña gris de piedra caliza que dominaba el khan por la parte del oeste.

—Vamos a la cueva —dijo José, lacónicamente.

El guía aguardó hasta que María estuvo a su lado.

—La cueva hacia la cual nos dirigimos —le dijo—, hubo de ser un refugio de tu antepasado David. Desde el campo que hay más abajo y desde el pozo del valle, solía conducir allí sus rebaños buscando seguridad. Luego, cuando fue rey, volvía a esta su antigua en busca de reposo y salud, trayendo grandes reatas de animales. Los pesebres continúan todavía lo mismo que estaban en su tiempo. Es mejor tener un lecho en el suelo sobre el que él durmió que tenerlo en el patio, o fuera, junto al camino. ¡Ah, aquí la casa delante de la cueva!

No hay que interpretar el anterior discurso como si obedeciera al propósito de pedir excusas por el alojamiento ofrecido. No había necesidad de pedirlas. El acomodo era el mejor con que se podía contar en aquel momento. Los huéspedes eran gente sencilla, con hábitos de vida que se satisfacían fácilmente. Además, para un judío de aquella época la idea de morar en una cueva no tenía nada de particular, pues los acontecimientos cotidianos la imponían, y lo que oía los sábados en las sinagogas se lo presentaba como una cosa muy natural. ¡Una gran parte de la historia del pueblo judío, muchos episodios interesantísimos de dicha historia se habían gestado en cuevas! Más aún, las personas que entraban ahora eran judíos de Belén, para los cuales la idea era más que vulgar, pues la localidad abundaba en cuevas grandes y pequeñas, algunas de las cuales servían de viviendas desde los tiempos de Emim y Horites. Ni tampoco significaba una ofensa para ellos que la cueva a que los acompañaban hubiera sido, o fuera, un establo. Descendían de una raza de pastores, cuyos rebaños compartían con ellos lo mismo la vivienda que la trashumancia. Guardando una tradición que arranca de Abraham, la tienda del beduino alberga todavía los caballos igual que a los chiquillos. Por lo tanto, nuestros caminantes obedecían alegremente al guardián, y miraban la estancia sin experimentar otra cosa que una curiosidad muy natural. Todo lo que se relacionase con la historia de David les interesaba mucho.

El edificio era bajo y estrecho, sobresaliendo poco de la peña con la que se confundía su parte posterior, y sin una ventana en toda su extensión. En su desnuda fachada había una puerta, que giraba sobre unas bisagras enormes y bien recubiertas de arcilla color ocre. Mientras hacían correr el cerrojo de madera, las mujeres bajaban de las albardas, asistidas por sus respectivos maridos.

En cuanto se abrió la puerta, el guardián les gritó:

—¡Entrad!

Los huéspedes entraron y miraron a su alrededor. Se veía claramente al momento que la construcción no servía sino para encubrir la boca de una cueva o gruta natural que tendría probablemente cuarenta pies de largo por nueve o diez de alto y doce quince de ancho. La luz que entraba por la puerta se derramaba sobre un suelo desigual, cayendo sobre pilas de grano y forraje, y cacharrería y objetos para el hogar, que ocupaban el centro de la cámara. En los costados había pesebres lo suficientemente bajos para que pudieran llegar las ovejas y construidos de piedras trabadas con cemento. No había compartimientos ni tabiques de ninguna clase. El polvo y la paja cubrían el suelo, llenaban todas las grietas y hoyos, y hacían más gruesos los hilos de las telarañas que colgaban del techo como jirones de ropa sucia. Por lo demás, aquello estaba limpio, y, en apariencia, era tan cómodo como cualquiera de los refugios abovedados del khan propiamente dicho. Al fine al cabo, la cueva fue el primer modelo, lo primero que hizo pensar en una bodega.

—¡Entrad! —dijo el guía—. Estos montones del suelo son para los viajeros como vosotros. Coged de ellos todo lo que necesitéis.

Entonces dirigió la palabra a María:

—¿Podrás descansar aquí?

—Este lugar es santo —respondió ella.

—Os dejo, pues. ¡La paz sea con todos vosotros!

Cuando el portero hubo salido, todos se ocuparon de hacer habitable la cueva.

Capítulo Diez

EL FULGOR EN EL CIELO

A una determinada hora de la noche, los gritos y el bullicio de la gente en el interior y en los alrededores del khan cesaron. Al mismo tiempo, cada israelita, si no estaba ya en pie, se levantó, puso una cara solemne, miró hacia Jerusalén, cruzó las manos sobre el pecho, y rezó. Porque era la hora nona, la hora sagrada en la que se ofrecían sacrificios a Dios en el templo de la cima del Moriá, y se creía que Dios estaba presente allí para recibirlos. Cuando las manos de los devotos descendían, el alboroto empezaba de nuevo. Todo el mundo corría a devorar la cena o a prepararse el lecho. Un poco después, apagaban las luces y venía el silencio acompañado del sueño. A eso de la medianoche, uno de los que estaban en la azotea gritó:

—¿Qué luz es aquella que se ve en el cielo? ¡Despertad, hermanos, despertad y miradla!

La gente, medio dormida, se sentaba y miraba. Y enseguida se despertaba del todo, quedando paralizada de admiración. La agitación se transmitió abajo al patio y a las bodegas. Pronto todos los ocupantes de la casa, del patio y del cercado estuvieron al aire libre mirando al cielo.

He aquí lo que veían. Un rayo de luz que empezaba a una altura imposible de medir, más allá de las estrellas cercanas, y que caía oblicuamente hacia la tierra, y si en su vértice era un punto minúsculo, en su base tenía varios estadios de anchura. Sus costados se confundían suavemente con la oscuridad de la noche; su centro brillaba con un resplandor eléctrico rosado. El fenómeno parecía descansar en la montaña más próxima al sudeste de población, formando como una pálida corona sobre la línea de la cima. El khan quedaba inundado de luz de tal forma, que los de la azotea se veían bien los rostros, cubiertos todos, sin quedar uno, por una expresión maravillada. Aquel rayo de luz permanecía fijo, invariable, largos minutos, con lo cual la admiración se convirtió en espanto y miedo. Los tímidos temblaban. Los más audaces hablaban en susurros.

—¿Habéis visto jamás una cosa parecida? —preguntaba uno.

—Parece estar exactamente encima de esa montaña. No sabría decir qué es, ni jamás vi otra cosa semejante —le respondieron.

—¿No podría ser que hubiera reventado y caído una estrella? —preguntó otro, trabándosele la lengua.

—Cuando cae una estrella, su luz se apaga.

—¡Ya lo tengo! —gritó otro, confidencialmente—. Los pastores han visto un león y encienden fuegos para mantenerlo alejado de los rebaños.

Los que estaban cerca del que así decía, exhalaron un suspiro de satisfacción, y dijeron:

—¡Sí, eso es! Hoy los rebaños han estado paciendo por el valle que hay hacia aquella parte.

Uno de los presentes desautorizó el alivio fácil.

—¡No, no! Aunque pusieran junta y encendieran toda la leña de los valles de Judá, la llama no proyectaría una luz tan intensa y elevada.

Después se produjo un silencio en la azotea, interrumpido sólo una vez mientras duró el misterio.

—¡Hermanos! —exclamó un judío de semblante venerable—. Lo que estamos viendo es la escalera que nuestro padre Jacob vio en sueños. ¡Bendito sea el Dios de nuestros padres!

Capítulo Once

NACE CRISTO

A una milla y media, o acaso dos, al sudeste de Belén hay una llanura separada de la ciudad por una estribación interpuesta de la montaña. Además de estar bien resguardada de los vientos del norte, el valle estaba cubierto de una espesura de sicómoros, robles enanos y pinos, mientras en las cabañas y barrancos contiguos había bosquecillos de olivos y morales; todos ellos, en estación del año, de valor inestimable para el alimento del ganado lanar, cabrío y vacuno que formaba los trashumantes rebaños.

En el extremo más alejado de la ciudad, junto a un saliente de peña, había un espacioso marah, o cobertizo para ganado lanar, de muchos siglos de antigüedad. En ocasión de algún saqueo olvidado hacía mucho tiempo, el edificio quedó sin tejado, y fue casi demolido. Sin embargo, el cercado adjunto quedó intacto; y para los pastores que conducían las bestias a su cuidado por aquellos parajes, el cercado tenía más importancia que la casa misma. La pared de piedra que rodeaba al recinto se levantaba hasta la altura de la cabeza de un hombre, aunque no lo bastante para garantizar que una pantera o un león, sacado del desierto por el hambre, no la pudiese saltar penetrando audazmente en el recinto. En la cara interior de la pared, y como precaución adicional contra el peligro constante, habían plantado un seto de espinos, invento tan útil que incluso a un gorrión se le hacía difícil pasar por entre las ramas que sobresalían del muro, armadas como estaban de grandes apiñamientos de espinas, duras como espigones.

El día que tuvieron lugar los acontecimientos que llenan los capítulos precedentes, cierto número de pastores, buscando pastos frescos para sus rebaños, los condujeron a aquella llanura; y desde primeras horas de la mañana, los bosquecillos vibraban con los cantos, los golpes de hacha, el balido de ovejas y cabras, el tintineo de las esquilas, el mugido del vacuno y los ladridos de los perros. Cuando se hundió el sol, abrieron la marcha hacia el marah y al caer la noche lo tuvieron todo acomodado en sitio seguro; con lo cual encendieron un fuego cerca de la puerta, se restauraron con una humilde cena y se sentaron a descansar y conversar, dejando a uno de ellos de vigilancia.

Sin contar al que estaba de centinela, eran seis los pastores que se reunieron en grupo al cabo de un rato alrededor del fuego, unos sentados y otros tendidos boca abajo. Como habitualmente llevaban la cabeza descubierta, su pelo formaba unas greñas espesas, ásperas, quemadas por el sol; las barbas les cubrían la garganta y caían como esteras sobre el pecho; unas zamarras de pieles de cordero y de cabrito, con el vellón intacto, les cubrían desde el cuello hasta las rodillas, dejando los brazos al desnudo; anchos cinturones sujetaban las toscas prendas a sus cinturas; llevaban las sandalias de la clase más tosca; de sus hombros colgaban zurrones llenos de provisiones y piedras seleccionadas para las hondas de que iban armados, y en el suelo cerca de cada uno de ellos yacía el respectivo cayado, símbolo de su profesión y arma ofensiva a un mismo tiempo.

¡Así eran los pastores de Judea! En apariencia, toscos y salvajes como los enflaquecidos perros sentados con ellos alrededor de la lumbre; pero en realidad gente sencilla, de corazón tierno, afectos debidos en parte a la vida primitiva que llevaban, pero en grado superlativo al hecho de pasarse los días cuidando seres indefensos e inspiradores de amor. Reposaban y conversaban; hablaban de sus rebaños, tema aburrido para el mundo, pero que era para ellos todo el mundo. Si en sus narraciones se entretenían demasiado en cuestiones de muy poca importancia, si uno de ellos no omitía detalle al explicar cómo había perdido un cordero, había que recordar la relación existente entre él y el infortunado animalito. Al parecer quedaba a su cuidado, ya estaba bajo su vigilancia por todos los días de su existencia, y el pastor tendría que ayudarle a pasar los ríos en avenida, tendría que transportarlo en las depresiones, tendría que llamarlo y domesticarlo; habría de ser su compañero. Tendría que hacerlo objeto de sus pensamientos y de su interés, centro de su voluntad; tendría que animar y compartir sus escapadas; en defensa del animal quizá tuviera que enfrentarse al león, o con los ladrones de ganado, y hasta era posible que perdiese la vida.

Los grandes acontecimientos, los que borraban naciones de la faz de la tierra y cambiaban de unas manos a otras el dominio del mundo, eran para ellos nimiedades si es que, por azar, llegaban a su conocimiento. De tarde en tarde se enteraban de lo que hacía Herodes en ésta o en aquella ciudad, construyendo palacios y gimnasios, y entregándose a prácticas prohibidas. Según era su costumbre, en aquellos días, Roma no aguardaba a que la gente rezagada preguntase por ella; era ella la que iba a su encuentro. Sobre las colinas por las cuales iba conduciendo su desparramado rebaño, o en los rincones agrestes donde lo escondía, no era raro que estremeciese al pastor el estrépito de las trompetas, y, mirando con cautela, pudiera ver una cohorte y, a veces, una legión en marcha. Y cuando los centelleantes airones de los cascos habían desaparecido, y la excitación provocada por su presencia se había calmado, se ponía a meditar para deducir el significado de las águilas y los globos dorados de la tropa, y los atractivos de una vida tan opuesta a la suya propia.

Sin embargo, aquellos hombres, pese a ser toscos y sencillos, poseían unos conocimientos y una sabiduría peculiares y exclusivos. Los sábados solían purificarse y entrar en las sinagogas, sentándose en los bancos más alejados del arca. Cuando el chazan paseaba la Torá por el templo, nadie la besaba con mayor celo; cuando el seliach leía el texto, nadie escuchaba al intérprete con más absoluta fe; y nadie se llevaba en el recuerdo más sustancia del sermón del hermano mayor, ni dedicaba luego más ratos a meditarlo. En un verso del Shema encontraban toda la ciencia y toda la ley de sus vidas sencillas; veían que su Señor era un Dios único, y que debían amarle con toda el alma. Y le amaban en efecto; y en ello consistía su sabiduría, mayor que la de los reyes.

Mientras hablaban, y antes de que hubiera terminado la primera guardia, los pastores se fueron durmiendo uno tras otro, cada uno tendido donde había estado sentado.

La noche, como la mayoría de las noches de invierno en la región de los montes, era clara, despejada, y poblada por el centelleo de las estrellas. No soplaba ni un aliento de aire. La atmósfera no había parecido nunca tan pura, y la quietud era más que un simple silencio; era un recogimiento sagrado, el anuncio que el cielo se inclinaba, descendía para susurrar alguna buena nueva a la tierra, que estaba escuchando.

Junto a la puerta, apretándose la capa contra el cuerpo, andaba el guardián. En ciertos momentos se paraba, atraído por una agitación que notaba en los rebaños dormidos, o por el grito de un chacal en la ladera del monte. La medianoche llegaba lentamente; pero llegó por fin. Había terminado su tarea; ¡ahora podía entregarse al sueño sin sueños con que el trabajo bendice a sus fatigados hijos! El buen hombre dio unos pasos en dirección a la lumbre, pero se detuvo; a su alrededor surgía una luz, blanca y suave, como la de la luna. Aguardó sin aliento. La luz se hizo más viva; los objetos hasta entonces invisibles se divisaban perfectamente; se veía todo el campo, y todo inundado de claridad. Un escalofrío más penetrante que el causado por el aire de invierno (un escalofrío de miedo) sacudió su cuerpo. Levantó la vista; las estrellas habían desaparecido; la luz descendía de una ventana del cielo. Mientras él miraba, aquella claridad se convirtió en un gran esplendor, y entonces, aterrorizado, el buen hombre gritó:

—¡Despertad, despertad!

Los perros dieron un salto y marcharon ululando. Los rebaños se apelotonaron desorientados.

Los hombres se pusieron en pie y empuñaron las armas.

—¿Qué hay? —preguntaban al unísono.

—¡Mirad! —les gritó el guardián—. ¡El cielo está en llamas!

De súbito la luz adquirió un fulgor irresistible, obligándolos a cubrirse los ojos y a ponerse de rodillas; luego, mientras el miedo empequeñecía sus almas, cayeron sobre sus rostros, cegados y desmayándose, y hubieran muerto si una voz no les hubiese gritado:

—¡No temáis!

Y entonces ellos se pusieron a escuchar.

—No temáis, porque, mirad, yo os traigo buenas noticias, noticias dichosas que alegrarán a todas las gentes.

Aquella voz, baja y clara y de una dulzura apaciguadora sobrehumana, penetró todo su ser, llenándolos de confianza. Los hombres se incorporaron sobre las rodillas y, mirando con aire de adoración, contemplaron en el centro de una gran aureola la aparición de un hombre vestido con una túnica intensamente blanca. Por encima de los hombros sobresalían las puntas de unas alas brillantes y plegadas; sobre su frente lucía una estrella de vivo resplandor, brillante como la Hespéride; tenía las manos extendidas hacia ellos en ademán de bendecirlos, y su cara era serena y de una hermosura divina. A menudo habían oído hablar, y ellos mismos habían hablado, a su sencillo modo, de ángeles; ahora no dudaban, sino que, en su corazón, decían: "La gloria de Dios nos envuelve, y éste es que se presentó al profeta junto al río Ulai".

El ángel continuó enseguida:

—¡Porque entre vosotros ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es Cristo, el Señor!

Hubo otro momento de calma, mientras aquellas palabras se clavaban en sus mentes.

—Y ésta será la señal que os guíe —dijo luego el ángel anunciador—: encontraréis al niño, envuelto en pañales, tendido en un pesebre.

El heraldo ya no dijo más; la buena nueva había sido pronunciada; no obstante, permaneció todavía un rato visible. De pronto la luz, cuyo centro parecía constituirlo él, se volvió rosácea y empezó a temblar; luego, por las alturas, hasta donde alcanzaba la vista de los hombres, se vio una rauda agitación de alas blancas, un ir y venir de formas radiantes, y se oyó lo que parecían las voces de una multitud cantando al unísono.

—¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz y buena voluntad para los hombres!

No se oyó una vez sino muchas la anterior alabanza.

Luego el heraldo levantó los ojos, como buscando la aprobación de un ser muy distante; sus alas se agitaron y se extendieron lenta y majestuosamente, blancas como la nieve por su parte superior, variopintas como madreperlas en la parte inferior, y cuando estuvieron extendidas a varios codos más arriba de su cabeza se levantó ligeramente, y sin ningún esfuerzo, flotó y desapareció de la vista, llevándose la luz consigo. Mucho rato después de haberse se marchado, descendía aún del cielo el canto de alabanza, amortiguado cada vez más por la distancia:

—¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz y buena voluntad para los hombres!

Cuando los pastores recobraron el sentido por completo, se miraron unos a otros con aire estúpido, hasta que uno de ellos dijo:

—Era Gabriel, el mensajero del Señor para los hombres.

Ninguno le respondió.

—Cristo el Señor ha nacido, ¿no ha dicho esto?

Entonces otro pastor recobró la voz, contestando:

—Eso es lo que ha dicho.

—¿Y no ha dicho también en la ciudad de David, que es la Belén nuestra que tenemos allá? ¿Y que le encontraríamos bajo la figura de un niño en pañales?

—Y tendido en un pesebre.

El primero que había hablado se quedó contemplando el fuego pensativamente, pero al fin dijo, como persona poseída una repentina resolución:

—No existe sino un lugar en Belén donde haya pesebre; uno sólo, y es la cueva cercana al antiguo khan. Hermanos, vayamos ver lo que ha pasado. Hace tiempo que los sacerdotes y doctores esperan y buscan al Cristo. Ahora ha nacido, y el Señor nos ha dado una señal por la que podremos reconocerle. Vamos allá y le adoraremos.

—Pero, ¿y los rebaños?

—El Señor velará por ellos. Démonos prisa.

Entonces todos se levantaron y salieron de la marah.

Los pastores rodearon el monte, cruzaron la ciudad, llegaron a la puerta del khan, donde había un hombre de guardia.

—¿Qué queréis? —les preguntó.

—Esta noche hemos visto y oído grandes cosas —le contestaron.

—Ah, también nosotros hemos visto grandes cosas, pero oír no hemos oído nada. ¿Qué habéis oído vosotros?

—Bajaremos a la cueva del cercado, a fin de cerciorarnos; luego te lo explicaremos todo. Ven con nosotros y velo por ti mismo.

—Es una tontería dar ese paseo.

—No; ha nacido el Cristo.

—¡El Cristo! ¿Cómo lo sabéis?

—Vamos a ver primero.

El guardián se rió con desdén.

—¡El Cristo! ¿De verdad? ¿Cómo vais a conocerle?

—Ha nacido esta noche, y ahora reposa en un pesebre. Eso nos han dicho. Y en Belén no hay sino un lugar que tenga pesebres.

—¿La cueva?

—Sí. Ven con nosotros.

Y atravesaron el patio sin que nadie se fijara en ellos, a pesar de que todavía había algunos que estaban despiertos hablando de la maravillosa luz que habían visto. La puerta de la cueva estaba abierta; en el interior ardía una linterna. Los pastores y el guardián entraron sin ceremonia.

—Yo os doy la paz —dijo el portero a José y al vecino de Beth-Dagon —. Aquí hay una gente que busca a un niño nacido esta noche, al cual conocerán porque han de hallarle en pañales y acostado en un pesebre.

La cara del estólido nazareno manifestó por unos momentos una viva emoción; luego, desviándola, dijo:

—El niño está aquí.

Y acompañaron a los visitantes hasta uno de los pesebres. Y allí estaba el niño. Trajeron la linterna, y los pastores se quedaron inmóviles, mudos. El infantito no daba muestras de nada; era como los demás recién nacidos.

—¿Dónde está la madre? —preguntó el portero.

Una de las mujeres cogió al niño, se acercó a María, acostada allí cerca, y se lo puso en los brazos. Entonces los circunstantes se reunieron junto a los dos.

—¡Es el Cristo! —dijo por fin uno de los pastores.

—¡El Cristo! —repitieron todos, cayendo de rodillas para adorarle.

Uno de ellos dijo y repitió varias veces:

—Es el Señor, y su gloria está por encima de la tierra y los cielos.

Y aquellos hombres sencillos, sin dejarse asaltar ni un momento por la duda, besaron el borde del vestido de la madre, y partieron con cara gozosa. En el khan contaron la historia a toda la gente, que se había levantado y se agolpaba a su alrededor; y por toda la ciudad, y por el camino, regresando al aprisco, entonaban el himno de alabanza de los ángeles.

—¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, y buena voluntad para los hombres!

La historia se propagó, confirmada por la luz vista por tanta gente; y el siguiente día, y durante otros muchos más, multitudes curiosas visitaron la cueva, y algunos creyeron; aunque la mayor parte se rio y se burló.

Capítulo Doce

LOS MAGOS LLEGAN A JERUSALÉN

El undécimo día después del nacimiento del niño en la cueva, a eso de la media tarde, los tres sabios se acercaban a Jerusalén por carretera de Siquem. Después de cruzar el arroyo Cedrón, encontraron a muchas personas, ninguna de las cuales dejó de pararse y mirarlos con curiosidad. Judea era una avenida internacional obligatoria; un estrecho puente, levantado, al parecer, por la presión del desierto en el este y del mar en el oeste. Eso era y no podría pretender que fuese otra cosa. Por encima de ese puente, empero, la naturaleza había fijado el cauce de una corriente comercial entre el este y el sur, y de aquí nacía la riqueza del país. En otras palabras, la riqueza de Jerusalén provenía de los impuestos que cobraba al comercio que pasaba por allí. Con la excepción de Roma, en ninguna otra parte se encontraba constantemente reunido, tan gran número de personas de tantas y tan distintas naciones; y en ninguna otra ciudad era el extranjero menos extraño a los avecindados en ella como dentro de sus muros y aledaños. A pesar de lo cual aquellos tres hombres excitaban la admiración de todos los que encontraban en su marcha hacia las puertas de la ciudad.

El hijo de una de las mujeres sentadas a la orilla del camino enfrente de las Tumbas de los Reyes vio al grupo que se acercaba, e inmediatamente se puso a batir palmas y a gritar:

—¡Mira, mira! ¡Qué hermosas campanillas! ¡Qué camellos tan grandes!

Las campanillas eran de plata; los camellos, como hemos visto, eran de una talla y una blancura extraordinaria, y se movían con singular majestad; los arreos hablaban del desierto, de largas travesías a través de él, y también de que sus poseedores estaban en posesión de abundantes medios. Y los tres jinetes iban sentados debajo de los pequeños toldos del mismo modo en que aparecieron en el lugar de reunión al otro lado del Jebel. Sin embargo, no eran las campanillas, ni las guarniciones, ni el aire de los jinetes lo que resultaba tan maravilloso; sino la pregunta que formulaba el que iba en cabeza.

La entrada a Jerusalén por el norte discurre por una llanura que se inclina hacia el sur, dejando la puerta de Damasco en un valle u hondonada. El camino es estrecho, y el prolongado uso lo ha hundido profundamente: en ciertos puntos lo hacen difícil los guijarros que el agua de las lluvias ha puesto al descubierto y ha dejado sueltos. Sin embargo, a uno y otro lado se extendían, antaño, fértiles campos y bosques de olivos que cuando crecían con toda su lozanía habían de ser muy hermosos y en especial habían de parecerlo a los viajeros recién llegados de las arideces del desierto. Yendo por dicho camino, los tres sabios se detuvieron delante del grupo que había enfrente de las Tumbas.

—Buena gente —dijo Baltasar, acariciándose la trenzada barba e inclinándose fuera de su litera—, ¿no está cerca Jerusalén?

—Sí —respondió la mujer, en cuyos brazos se había acurrucado el niño—. Si los árboles de aquella eminencia de allá fuesen un poco más bajos, veríais las torres de la plaza del mercado.

Baltasar dirigió una mirada al griego y al hindú, y luego preguntó:

—¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?

Las mujeres se miraron unas a otras sin responder.

—¿No habéis tenido noticias de él?

—No.

—Pues decid a todo el mundo que nosotros hemos visto su estrella en el este, y hemos venido a adorarle.

Dicho lo cual, los jinetes siguieron en marcha. A otras personas formularon la misma pregunta, con idéntico resultado. Un gran grupo de gentes que encontraron camino de la gruta de Jeremías quedaron tan pasmados por la pregunta y el aspecto de los viajeros que dieron media vuelta y los siguieron hacia la ciudad. Tan obsesionados iban los tres con la idea de la misión que los traía que no prestaban atención a la perspectiva que se ofrecía ante ellos con la mayor magnificencia, ni al poblado que primero los recibió en Bezeth, ni a Mizpah, y Olivete, a su izquierda ni a la muralla del otro lado de la población, con sus cuarenta torres, altas y sólidas, sobreañadidas en parte para proporcionarle mayor fortaleza, y en parte para satisfacer el gusto exigente de su real constructor, ni al muro que las contenía y doblaba hacia la derecha formando varios ángulos, y ofreciendo aquí y allá una puerta almenada, ascendiendo hasta las tres grandes columnas blancas de Phaselos, Marianmo e Hippico; ni a Sión, el más alto de los montes, coronado de palacios de mármol, jamás tan hermosos; ni a las deslumbrantes terrazas del templo de María, reconocido como una de las maravillas del mundo; ni a las montañas regias que bordeaban en círculo la ciudad Santa de modo que parecía situada en el fondo de una inmensa taza.

Llegaron al fin a una torre de gran altura y poder que dominaba la entrada que en aquel tiempo correspondía a la actual puerta de Damasco y señalaba el punto de reunión de las tres carreteras de Siquem, Jericó y Gebeón. Un soldado romano guardaba el pasaje. En ese momento la gente que seguía detrás de los camellos formaba una comitiva suficiente para arrastrar a los ociosos apostados en las cercanías del portal; de modo que, cuando Baltasar se detuvo para hablar con el centinela, los tres jinetes quedaron convertidos instantáneamente en el centro de un apretado círculo ansioso de oír lo que ocurría.

—Yo te doy la paz —dijo el egipcio con voz clara. El centinela no respondió.

—Hemos recorrido grandes distancias en busca de uno que ha nacido Rey de los judíos. ¿Puedes decirnos dónde está?

El soldado levantó la visera de su celada y llamó con voz fuerte. De un departamento de la derecha del pasaje salió un oficial.

—Dejad paso —gritó a la multitud, cada vez más apiñada. Y como parecían un tanto remisos a obedecer, avanzó haciendo girar vigorosamente su jabalina, ora a la derecha, ora a la izquierda; y de este modo fue ganando terreno.

—¿Qué queréis? —le preguntó a Baltasar en el idioma de la ciudad.

En la misma lengua respondió Baltasar:

—¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?

—¿Herodes? —preguntó confundido el oficial.

—La realeza de Herodes viene del César; no me refiero a Herodes.

—No hay otro Rey de los judíos.

—Sin embargo, nosotros hemos visto la estrella de aquel cual buscamos, y venimos para adorarle.

El romano estaba perplejo.

—Seguid más adelante —dijo por fin—. Seguid más adelante. Yo no soy judío. Id a preguntar a los doctores del templo, o al sacerdote Anás, o, mejor todavía, al mismo Herodes. Si hubiese otro Rey de los judíos, él lo encontrará.

Con lo cual abrió paso para los extranjeros, los cuales cruzaron el corredor. Pero antes de entrar en la angosta calle, Baltasar se detuvo para decir a sus amigos:

—Ya nos hemos anunciado bastante. Hacia la medianoche toda la ciudad estará enterada de nuestra presencia y de nuestra misión. Ahoya vayámonos al khan.

Capítulo Trece

LOS TESTIGOS EN PRESENCIA DE HERODES

Aquella tarde, antes de la puesta del sol, unas mujeres estaban lavando ropa en el peldaño superior del tramo que conducía a la piscina del estanque de Siloam. Todas ellas estaban arrodilladas ante sendos recipientes de tierra cocida. Al final de las escaleras, una muchacha las iba abasteciendo de agua, y mientras llenaba el cántaro cantaba. Era una canción alegre; sin duda aligeraba su tarea. De vez en cuando las lavanderas se sentaban sobre los talones y levantaban la vista hacia la pendiente de Ophel, recorriendo con los ojos la cima de lo que ahora es el Monte de la Ofensa, en aquel momento teñido de leve esplendor por el sol muriente.

Mientras doblaban las manos, frotando y escurriendo la ropa en los grandes barreños, otras dos mujeres se acercaron a ellas, cada una con un cántaro vacío sobre el hombro.

—La paz sea con vosotras —saludó una de las que llegaban.

Las lavanderas interrumpieron el trabajo, se sentaron, se secaron las manos y devolvieron el saludo.

—Es casi de noche; hay que dejar la tarea.

—El trabajo nunca termina —les respondieron.

—Pero llega la hora del descanso, y…

—De escuchar lo que haya ocurrido —interpuso otra.

—¿Qué noticia traéis?

—¿Es que no lo habéis oído?

—No.

—Dicen que ha nacido el Cristo —dijo la portadora de noticias, lanzándose a recitar su historia.

Era curioso ver los rostros de las trabajadoras iluminados por el interés; por parte de las otras, los cántaros descendieron al suelo, y puestos boca abajo quedaron convertidos al momento en asientos para sus propietarias.

—¡El Cristo! —exclamaron las oyentes.

—Así dicen.

—¿Quién lo dice?

—Todo el mundo; es de dominio público.

—¿Y alguien lo cree acaso?

—Esta tarde han venido tres hombres cruzando el arroyo de Cedrón por el camino de Sichem —respondió la noticiera, puntualizando a fin de mitigar las dudas—. Cada uno montaba un camello de una blancura inmaculada, y mayor que todos los se hayan visto nunca en Jerusalén.

Las oyentes abrieron de par en par ojos y boca.

—Para demostrar la opulencia de sus dueños —prosiguió la narradora —, iban éstos sentados bajo toldillos de seda; las hebillas de los arreos eran de oro, así como la orla de las bridas; y las campanillas eran de plata, y hacían una verdadera música. Nadie los conocía; tenían el aire de haber llegado del fin del mundo. Sólo uno de ellos tomaba la palabra, y a todas las personas que encontraba en el camino, incluso a las mujeres y a los niños, les hacía esta pregunta: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?". Nadie le ha contestado; nadie ha entendido qué quería decir; con lo cual han seguido en marcha, sembrando a su paso la siguiente afirmación: "Porque nosotros hemos visto su estrella en el este, y hemos venido a adorarle". Han preguntado luego al romano que había en la entrada, y éste, no más enterado que las gentes sencillas halladas por el camino, los ha enviado a Herodes.

—¿Dónde están ahora?

—En el khan. Centenares de personas han ido ya a verlos, otros centenares más van ahora.

—¿Quiénes son esos viajeros?

—Nadie lo sabe. Se dice que son persas (hombres sabios que hablan con las estrellas); puede que sean profetas, como Elías y Jeremías.

—¿A quién se refieren al decir el Rey de los judíos?

—Al Cristo, y afirman que ha nacido hace poco.

Una de las mujeres se puso a reír y reanudó la tarea, diciendo:

—Bien, cuando le vea lo creeré.

Otra siguió su ejemplo.

—Y yo… Yo sí, también, cuando vea que resucita a los muertos, creeré.

Una tercera comentó sosegadamente:

—Hace mucho tiempo que lo tenemos prometido. A mí me bastará con ver que cure a un leproso.

Y el grupo continuó sentado y hablando hasta que llegó la noche, que, auxiliada por la frialdad del aire, las hizo marcharse a casa.

Algo más tarde, hacia el principio de la primera guardia, se reunió en el palacio de Monte Sión una asamblea de unas cincuenta personas que nunca se juntaban excepto por orden de Herodes, u aún así, únicamente cuando éste había pedido que le informaran sobre uno o varios de los misterios más profundos de la ley historia judía. Era, en resumen, una reunión de profesores de los colegios, sacerdotes principales, doctores de la ciudad, los más notables por su saber; jefes de los grupos de opinión, doctrinarios de los diferentes credos; príncipes de los saduceos, argumentadores fariseos; filósofos estoicos, sosegados, de suave elocuencia, y socialistas esenios. La cámara en que tenía lugar la reunión pertenecía a uno de los patios interiores del palacio; era muy espaciosa y de estilo romano. El suelo estaba enlosado con bloques de mármol; las paredes, no interrumpidas por ninguna ventana, estaban pintadas al fresco en entrepaños de un amarillo azafranado. Un diván ocupaba el centro del aposento; estaba cubierto de cojines de un paño color amarillo vivo, y tenía forma de u, con la abertura dirigida hacia la puerta. En el arco del mismo, o sea, en la curva de la letra, había un gran trípode de bronce, curiosamente incrustado de oro y plata, sobre el cual descendía del techo un candelabro de siete brazos, cada uno sosteniendo una lámpara encendida. El diván y la lámpara eran genuinamente judíos. Los reunidos estaban sentados en el diván al estilo de los orientales, y vestían con singular uniformidad, excepto por el color de las telas. Eran en su mayoría hombres entrados en años; inmensas barbas cubrían sus rostros; a sus largas narices se añadía el efecto de unos ojos grandes y negros, profundamente sombreados por las atrevidas cejas. Tenían todos un aire grave, hasta patriarcal. En resumen, la reunión de que hablamos era una sesión del Sanedrín.

El que estaba sentado delante del trípode, en el lugar que podríamos llamar la presidencia del diván, teniendo a los demás a su derecha y a su izquierda y al mismo tiempo de cara a él, habría acaparado instantáneamente la atención de un espectador. Su cuerpo había sido formado en un aventajado molde, aunque ya se había encogido y estaba tan encorvado que mostraba un aspecto decrépito; la blanca túnica descendía de sus hombros en pliegues bajo los cuales no se adivinaba la menor indicación de un músculo ni de otra cosa que no fuera un anguloso esqueleto. Sus manos, medio escondidas por las mangas de seda, blanca y con rayas carmesí, se enlazaban sobre las rodillas. Al hablar extendía a veces el trémulo índice de la mano derecha; parecía incapaz de otro gesto.

Pero su cabeza formaba una cúpula espléndida. Unos cabellos escasos, más blancos que la plata extendida en hebras finas, orlaban la base; la piel se pegaba a un cráneo ancho, completamente esférico, y resplandecía a la luz con un brillo intenso; las sienes formaban profundas cavidades de las cuales sobresalía la frente como un risco arrugado; los ojos eran desvaídos y apagados; la nariz era estrecha, y toda la parte inferior de la cara la abrigaban los raudales de una barba venerable como la de Aarón. ¡Así era Hillel el Babilonio!

La línea de los profetas, extinguida mucho tiempo en Israel tenía entonces como sucesora a una dinastía de eruditos de los cuales Hillel era el primero en saber, ¡un profeta en todo menos en inspiración divina! A la edad de ciento seis años era todavía el rector del Gran Colegio.

Ante él, sobre la mesa, había desplegado un rollo o volumen de pergamino, escrito en caracteres hebraicos; detrás de él, a sus órdenes, estaba un paje ricamente vestido.

Se había discutido, pero en el momento en que los presentamos los reunidos habían llegado a una conclusión; todos estaban en actitud de reposo, y el venerable Hillel, sin moverse, llamaba al paje.

—¡Chss!

El joven se adelantó respetuosamente.

—Ve a decir al rey que estamos dispuestos a darle una respuesta.

El muchacho se alejó a toda prisa.

Al cabo de un rato entraron dos oficiales y se pararon, uno a cada lado de la puerta. Tras ellos seguía muy despacio un personaje que causaba una tremenda impresión; un anciano con un eje color púrpura orlado de escarlata y sujeto a la cintura por una faja de oro de malla tan fina que se doblaba como el cuero. Las hebillas de sus zapatos lanzaban destellos de piedras preciosas; una estrecha corona trabajada en filigrana brillaba sobre un fez de la felpa carmesí más suave, el cual encuadraba la cabeza y caía hasta los hombros, dejando al descubierto la garganta y el cuello. En lugar de sello, colgaba de su cintura una daga. El recién llegado andaba con paso vacilante, apoyándose pesadamente en un bastón. Hasta llegar a la abertura del diván no se detuvo, ni levantó los ojos del suelo; entonces, como si por primera vez tomara noticia de los reunidos y se animara con su presencia, se irguió y paseó una mirada altanera en su derredor, como el que se sobresalta y busca a un enemigo; tan hosca, celosa y amenazadora era aquella mirada. Así era Herodes el Grande; un cuerpo quebrantado por la enfermedad, una conciencia manchada por los crímenes, una mente de potencia magnífica, un alma dotada para hermanarse con los césares; un hombre de sesenta y siete años, pero velando por su trono con un celo nunca tan aguzado, un poder jamás tan despótico y una crueldad en ningún tiempo tan inexorable.

Hubo un movimiento general por parte de la asamblea; los más ancianos se inclinaron en la zalema de una reverencia; los más aduladores se pusieron en pie, bajándose en profundas genuflexiones, con las manos sobre las barbas, o sobre el pecho.

Recogidas sus salutaciones, Herodes se adelantó hasta el trípode, delante del venerable Hillel, quien respondió a su mirada glacial con una inclinación y una ligera elevación de manos.

—¡La respuesta! —ordenó el rey con imperiosa simplicidad, dirigiéndose a Hillel y plantando ante él el palo con ambas manos—. ¡La respuesta!

Los ojos del patriarca se inflamaron levemente. Levantando la cabeza y mirando al inquisidor cara a cara, respondió, mientras sus asociados le prestaban la más viva atención:

—¡Sea contigo, oh rey, la paz de Dios, de Abraham, de Isaac y de Jacob!

Había hablado en tono de invocación; ahora, cambiándolo, añadió:

—Tú nos has preguntado dónde deberá nacer el Cristo.

El rey asintió inclinándose, pero sus ojos malignos permanecieron clavados en la cara del sabio.

—Ésta es la pregunta.

—Pues bien, oh rey, hablando en mi nombre, así como en el de mis hermanos aquí presentes, sin que uno solo disienta, yo respondo: en Belén de Judea.

Hillel miró al pergamino del trípode y, señalando con el tembloroso índice,

continuó:

—En Belén de Judea, porque así escribió el profeta: "Y tú, Belén, en la tierra de Judea, no eres el menor entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un gobernante que regirá mi pueblo de Israel".

El rostro de Herodes se nubló; sus ojos descendieron hacia el pergamino, y él se sumió en una profunda meditación. Los que le miraban no se atrevían a respirar, no despegaban los labios, ni tampoco habló él. Por último, giró sobre sus talones y salió de la cámara.

—Hermanos —dijo Hillel—, ya no nos necesitan.

Entonces los reunidos se levantaron y salieron por grupos.

—Simeón —dijo de nuevo Hillel.

Un hombre de unos cincuenta años bien cumplidos, pero en lo mejor de su vida, respondió y se acercó al sacerdote.

—Coge el pergamino sagrado, hijo mío; enróllalo con tierna precaución.

La orden fue obedecida.

—Ahora préstame tu brazo; quiero ir a mi litera.

El vigoroso Simeón se inclinó; con sus arrugadas manos tomó el anciano el apoyo que se le ofrecía y, levantándose, avanzó con paso débil hacia la puerta. De este modo salieron el famoso rector y Simeón, su hijo, el que había de sucederle en sabidurías, erudición y cargo.

Todavía más tarde aquella misma noche los sabios estaban acostados en un departamento del khan, pero despiertos. Las piedras que les servían de almohadas mantenían sus cabezas elevadas de modo que podían contemplar por el pórtico abierto las profundidades del cielo. Y mientras miraban las centelleantes estrellas pensaban en la próxima manifestación. ¿Cómo vendría? ¿Qué sería? Estaban por fin en Jerusalén; en su entrada habían preguntado por aquel al cual buscaban; habían dado testimonio de su nacimiento; sólo faltaba encontrarle; y en cuanto a esto, ponían toda su confianza en el Espíritu. Los que esperan la voz de Dios, o aguardan una señal de los cielos no pueden dormir.

Mientras estaban en tal situación, apareció un hombre bajo la arcada, oscureciendo el albergue.

—¡Despertad! —les dijo—. Os traigo un mensaje que no es posible desoír.

Todos se sentaron.

—¿De quién? —preguntó el egipcio.

—De Herodes, el rey.

Cada uno de ellos sintió un estremecimiento en su espíritu.

—¿No eres el criado del khan? —preguntó luego Baltasar.

—Lo soy.

—¿Qué quiere el rey de nosotros?

—Su mensajero está ahí fuera; él os responderá.

—Dile pues que aguarde, que vamos.

—¡Tú tenías razón, oh hermano mío! —exclamó el griego, cuando hubo salido el criado—. La pregunta hecha a la gente del camino y al guardia de la puerta nos ha proporcionado una pronta notoriedad. Estoy impaciente: levantémonos deprisa.

Los tres se levantaron, se pusieron las sandalias, se envolvieron en las capas y salieron.

—Yo os saludo y os deseo paz, y ruego que me perdonéis; pero mi amo, el rey, me ha enviado para que os invite a ir a palacio, donde quiere hablar en privado con vosotros.

De este modo cumplió el encargo el mensajero.

Una lámpara ardía en la entrada. A su luz se miraron el uno al otro, y conocieron que el Espíritu estaba sobre ellos. Entonces el egipcio se acercó al criado, y dijo de modo que no fuese oído por los otros:

—Ya sabes dónde tenemos las cosas en el patio y dónde reposan nuestros camellos. Mientras estemos fuera prepáralo todo para partir, por si fuese necesario.

—Ve a tu quehacer tranquilo; confía en mí —respondió el dependiente.

—La voluntad del rey es nuestra voluntad —le dijo Baltasar al mensajero—. Te seguiremos.

Las calles de la Ciudad Santa eran estrechas entonces lo mismo que ahora, pero no tan desiguales y sucias, porque el gran constructor, no contento con la belleza, obligaba también a la limpieza y a la buena conservación. Siguiendo a su guía, los tres sabios hermanos caminaban sin decir palabra. Bajo la incierta luz estelar, más incierta todavía a causa de las paredes de uno y otro lado y que a veces en absoluto flota bajo los puentes que unían las cimas de las casas, salieron del terreno bajo y subieron a una colina. Al final llegaron a un portal elevado que cerraba el paso. A la luz de la lumbre que ardía en dos grandes braseros divisaron confusamente la estructura del edificio, así como a unos guardianes inmóviles, apoyados en sus armas. Entraron sin que nadie les pidiese el santo y seña. Luego, cruzando pasillos y corredores abovedados, atravesando patios y bajo columnatas no siempre iluminadas, ascendieron tramos de escaleras, dejando atrás claustros y cámaras, fueron conducidos a una torre de gran altura. El guía se detuvo de pronto, y, señalando hacia una puerta abierta, les dijo:

—Entrad. El rey está ahí.

El aire de la cámara estaba cargado de perfume de madera de sándalo, y todos los muebles y adornos eran de un lujo afeminado. En el suelo, cubriendo el espacio central, se extendía una mullida alfombra, sobre la cual se levantaba un trono. Sin embargo, los visitantes no tuvieron tiempo sino para hacerse una idea confusa del aposento, de las otomanas y los lechos esculpidos y dorados, de los abanicos y los instrumentos musicales, de los candelabros de oro que centelleaban reflejando su propia luz, de las paredes pintadas al estilo de la voluptuosa escuela griega, una sola mirada a las cuales habría obligado a un fariseo a esconder la cara, presa de un santo horror. Herodes, sentado en el trono para recibirlos y vestido como en la conferencia con los doctores y hombres de leyes, reclamaba toda la atención de sus entendimientos.

En el borde de la alfombra, hasta donde avanzaron sin esperar a que los invitasen, se prosternaron. El rey tocó una campanilla. Un sirviente entró y colocó tres sillas delante del trono.

—Sentaos —dijo el monarca con aire benévolo. Cuando se hubieron acomodado prosiguió—: De la puerta del Norte me han comunicado esta tarde la llegada de tres extranjeros, en curiosas cabalgaduras, y con aspecto de venir de lejanos países. ¿Sois vosotros?

El egipcio recogió el signo que le hacían el griego y el hindú, y respondió con la más profunda zalema:

—Si fuésemos otros que los que somos, el poderoso Herodes, cuya fama es un incienso para el mundo entero, no nos habría enviado a buscar. No podemos dudar de que nosotros somos los extranjeros.

Herodes acogió el discurso con un ademán de la mano.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? —preguntó, añadiendo en tono significativo

—: Que cada uno hable por sí.

Cada uno a su vez, los tres sabios satisficieron su demanda, refiriéndose con sencillez a las ciudades y los países en que habían nacido y a las rutas seguidas para ir a Jerusalén. Un tanto desencantado, Herodes los acosó más directamente.

—¿Cuál era la pregunta que habéis hecho al oficial de servicio en la puerta?

—Le hemos preguntado: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?".

—Ahora comprendo por qué la gente sentía tanta curiosidad. No excitáis menos la mía. ¿Hay otro Rey de los judíos?

El egipcio no cambió de color.

—Ha nacido uno recientemente.

Una expresión de sufrimiento contrajo la oscura faz del monarca, como si un recuerdo atormentador cruzara por su mente.

—¡No de mí, no de mí! —exclamó.

Posiblemente revoloteaban delante de él las imágenes acusadoras de sus hijos asesinados. Pero, recobrándose de la emoción, fuese la que fuese, inquirió con firmeza:

—¿Dónde está el nuevo rey?

—Esto, oh rey, es lo que nosotros quisiéramos preguntar.

—Me planteáis una adivinanza, un acertijo que sobrepasa a los de Salomón — replicó entonces el inquisidor—. Como veis, estoy en la época de la vida en que la curiosidad es tan ingobernable como lo era en la niñez, cuando el jugar con ella es una treta cruel. Decidme más, y yo os corresponderé como los reyes se corresponden unos a otros. Comunicadme todo lo que sepáis acerca del recién nacido, y yo uniré mis esfuerzos a los vuestros para buscarle. Y cuando le hayamos encontrado, haré lo que vosotros queríais, le traeré a Jerusalén y le enseñaré el arte de gobernar. Pondré en juego mi influencia sobre el César para que sea proclamado y glorificado. Los celos no se interpondrán entre nosotros: lo juro. Pero explicadme primero cómo, estando tan notablemente separados mares y desiertos, los tres habéis llegado a tener noticias de él.

—Te diré la verdad, oh rey.

—Sigue —insistió Herodes.

Baltasar se puso en pie, y dijo en tono solemne:

—Hay un Dios todopoderoso.

Herodes estaba visiblemente trastornado.

—Él nos ordenó venir, prometiéndonos que encontraríamos al Redentor del mundo; que le veríamos y le adoraríamos, y daríamos testimonio de su llegada; y como signo, cada uno de nosotros vería una estrella. Su Espíritu nos ha acompañado. ¡Oh rey, su Espíritu está ahora con nosotros!

Un sentimiento avasallador se adueñó de los tres. Al griego le costó trabajo reprimir una exclamación. La mirada de Herodes pasó rápidamente del uno al otro. Estaba más receloso e insatisfecho que antes.

—Os burláis de mí —dijo—. Si no, decidme más. ¿Qué ha de venir después del advenimiento del nuevo rey?

—La salvación de los hombres.

—¿De qué?

—Del mal.

—¿Cómo?

—Mediante los tres agentes divinos: fe, amor y buenas obras.

—Entonces… —Herodes hizo una pausa, y por su expresión nadie habría podido afirmar qué sentimientos le animaban cuando continuó—. Entonces vosotros sois los heraldos del Cristo. ¿Es eso todo?

Baltasar se inclinó con una profunda reverencia.

—Nosotros somos tus servidores, oh rey.

El monarca agitó una campanilla, y apareció el sirviente.

—Trae los regalos —dijo su dueño.

El criado salió, pero unos momentos después regresaba, y, arrodillándose delante de los huéspedes, dio a cada uno una túnica exterior o manto escarlata y azul, y un cinto de oro. Los visitantes recibieron el honor que les hacían prosternándose a la manera oriental.

—Una palabra más —dijo Herodes, terminada la ceremonia—. Al oficial de la puerta, y hace unos momentos a mí mismo, le hablasteis de haber visto una estrella en el este.

—Sí —dijo Baltasar—. Su estrella, la estrella del recién nacido.

—¿En qué tiempo apareció?

—Cuando nos ordenaron venir.

Herodes se levantó, dando a entender que la audiencia había terminado. Bajando del trono y dirigiéndose hacia los visitantes, les dijo con toda benevolencia:

—Si, como yo creo, oh ilustres varones, sois en verdad los heraldos del Cristo recién nacido, sabed que esta noche he consultado a los más sabios en cosas judías y todos al unísono dicen que había de nacer en Belén de Judea. Yo os digo: id allá; id y buscad con diligencia al tierno infante, y cuando lo hayáis encontrado traedme noticias de nuevo, para que pueda ir yo y adorarle. Ningún obstáculo ni oposición encontraréis en vuestro viaje. ¡La paz sea vosotros!

Y, envolviéndose en el manto, salió de la cámara.

El guía vino inmediatamente y los condujo de nuevo a la calle y de ésta al khan, en cuyo portal el griego dijo impulsivamente:

—Vayamos a Belén, oh hermanos míos, tal como nos ha aconsejado el rey.

—Sí —gritó el hindú —. El Espíritu arde en mi interior.

—Así sea —asintió Baltasar tan calurosamente como los otros—. Los camellos están preparados.

Hicieron regalos al criado del khan, montaron en sus sillas, se informaron del camino que les llevaría a la puerta de Jaffa y partieron. Al acercarse ellos, los guardianes desatrancaron las grandes hojas de la puerta, y los viajeros salieron a campo libre, tomando el camino tan recientemente recorrido por José y María. Al salir fuera de Hinnon, en la llanura de Rephaim, apareció una luz, al principio desparramada y leve. Los pulsos de los tres sabios latieron aceleradamente. La luz cobró intensidad con gran rapidez, obligándolos a cerrar los ojos ante su ardiente resplandor. Cuando los abrieron de nuevo, ¡he ahí la estrella!, perfecta como la primera del cielo, pero muy baja y moviéndose lentamente delante de ellos. Y ellos juntaron las manos y gritaron, y se alegraron con un regocijo inenarrable.

—¡Dios está con nosotros! ¡Dios está con nosotros! —repetían frecuentemente, en una aclamación, hasta que la estrella, levantándose del valle del otro lado de Mar Elías, se quedó inmóvil sobre una casa arriba de la ladera del monte cercano a la ciudad.

Capítulo Catorce

LOS SABIOS ENCUENTRAN AL NIÑO

Era el comienzo de la tercera guardia, y en Belén la mañana despuntaba sobre los montes del este, pero tan débilmente que en el valle todavía era de noche. El vigilante de la azotea del khan, tiritando por la frialdad del aire, escuchaba con oído atento los primeros sones discernibles con los cuales la vida, al despertar, saluda a la aurora, cuando, de pronto, apareció sobre la montaña una luz que se movía en dirección al edificio. El guardián pensó en una antorcha en manos de alguna persona; un momento después lo creyó un meteoro; pero aquel fulgor aumentó hasta convertirse en una estrella. Terriblemente asustado gritó con voz fuerte, atrayendo a todo el recinto limitado por las paredes de la azotea. El fenómeno, continuando su movimiento insólito, seguía acercándose. Bajo él, los árboles, las rocas y el camino brillaban como a la luz de un relámpago; mirada cara a cara, su claridad se hacía cegadora. Los espectadores más tímidos cayeron de rodillas y rezaron, escondidos los rostros; los más audaces se acurrucaron, cubriéndose los ojos, aventurando alguna que otra vez una mirada temerosa.

Al cabo de un rato, el khan y todos sus alrededores estaban bañados por aquel resplandor irresistible. Los que se atrevieron a mirar vieron la estrella parada encima mismo de la casa, delante de la cueva donde había nacido el Niño. En el momento culminante de aquella escena aparecieron los tres sabios, y, al llegar a la puerta, bajaron de los camellos y gritaron solicitando entrada. Cuando el criado dominó su terror lo suficiente para prestarles atención, quitó las barras y abrió. En medio de aquella luz extraña, los camellos tenían un aire espectral, y, además de su aspecto exótico, los rostros y la actitud de los tres visitantes tenían una vehemencia y una exaltación que contribuían a excitar todavía más los temores y la fantasía del guardián, que retrocedió y por algún tiempo fue incapaz de contestar la pregunta que le hacían:

—¿No es esto Belén de Judea?

Pero otros se acercaron, y con su presencia le dieron ánimos.

—No, esto es el khan. La ciudad está más allá.

—¿No hay aquí un niño recién nacido?

Los que allí se encontraban se miraban unos a otros maravillados, y algunos respondieron:

—Sí, sí.

—¡Llevadnos a su presencia! —pidió el griego, impaciente.

—¡Llevadnos a su presencia! —gritó Baltasar, despojándose de su aire grave—. Porque hemos visto su estrella, esta misma que contempláis encima de la casa, y hemos venido a adorarle.

El hindú juntó las manos exclamando:

—¡Ciertamente, Dios vive! ¡Daos prisa, daos prisa! Hemos hallado al Salvador. ¡Benditos somos, somos benditos entre todos los hombres!

La gente de la azotea bajó y siguió a los extranjeros, a los cuales guiaban a través del patio hasta penetrar en el recinto. A la vista de la estrella, todavía parada encima de la cueva, pero menos incandescente que antes, algunos se volvieron atemorizados, aunque la mayor parte siguió adelante. Cuando los extranjeros se acercaban a la casa, el disco se levantó. Al llegar a la puerta se desvaneció, perdiéndose de vista. En los testigos de lo que entonces tuvo lugar nació el convencimiento de que había una relación divina entre la estrella y los extranjeros, y de que esa relación se extendía también hasta algunos, cuando menos, de los ocupantes de la cueva. Cuando la puerta de ésta se abrió, se metieron dentro en tropel. La estancia estaba iluminada por una linterna suficiente nada más para permitir que los extranjeros contemplaran a la madre y al hijo, despierto en su regazo.

—¿Es tuyo el niño? —preguntó Baltasar a María.

Y ella, que había guardado en el recuerdo todo lo que se relacionase, aun levemente, con el niño, y lo había meditado en su corazón, lo levantó hacia la luz, diciendo:

—¡Es mi hijo!

Y los tres sabios cayeron de rodillas y le adoraron.

Vieron que aquel niño era como los demás, No rodeaba su cabeza ningún nimbo, ninguna corona material. Sus labios no se abrían para hablar. Si oía sus expresiones de gozo, sus invocaciones, sus plegarias, no lo manifestaba en modo alguno, sino que, como era propio en un niño de pañales, miraba más tiempo la llama de la linterna que a ellos. Al cabo de un corto rato se levantaron, y volviendo a donde estaban los camellos, trajeron dones consistentes en oro, incienso y mirra, y los depositaron delante del niño, sin cesar en sus frases de adoración, de las cuales nada ha quedado escrito, porque el hombre reflexivo sabe que la pura adoración de un corazón puro era entonces lo que es ahora, y ha sido siempre: una inspirada canción.

¡Y aquél era el Salvador que de tan lejos habían venido a buscar! Mas ellos le adoraban sin dejarse asaltar por la duda.

PARTE DOS

ÍNDICE

1. Jerusalén bajo los romanos
2. Ben-Hur y Messala
3. Un hogar judío
4. Las extrañas cosas que Ben-Hur quiere saber
5. Roma e Israel: una comparación
6. El accidente de Grato
7. Un esclavo a galeras
8. Quinto Arrio embarca
9. Al remo
10. Arrio y Ben-Hur en cubierta

Capítulo Uno

JERUSALÉN BAJO LOS ROMANOS

Es preciso ahora acompañar al lector hasta veintiún años después, al comienzo de la administración de Valerio Grato, el cuarto gobernador imperial de Judea, un período que, se recordará, estuvo desgarrado por las agitaciones políticas habidas en Jerusalén, si bien, ciertamente, no fue el momento exacto en que estalló la querella entre los judíos y los romanos.

En el intervalo, Judea había estado sujeta a cambios que la afectaron de muy diversas maneras, pero en ninguna tan profundamente como en su estatuto político. Herodes el Grande murió antes del año de haber nacido el Niño. Murió tan miserablemente que el mundo cristiano tuvo razón al creer que lo había fulminado la ira divina. Como todos los grandes gobernantes que han dedicado su vida a consolidar el poder por ellos creado, soñaba con transmitir su trono y su corona, en ser el fundador de una dinastía.

Con tal propósito, dejó un testamento dividiendo sus territorios entre sus tres hijos, Antipas, Felipe y Arquelao, el último de los cuales quedaba designado para sucederle en el título. Naturalmente, fue preciso someter el testamento a la sanción de Augusto, el emperador, quien ratificó todas sus provisiones con una sola excepción; la de retirarle a Arquelao el título de rey hasta que hubiera dado pruebas de su aptitud y de su lealtad. En vez de concederle dicho título, el emperador le hizo etnarca, y en calidad de tal le permitió que gobernara nueve años, al cabo de los cuales, por su mala conducta y por no haber sabido apaciguar a los elementos turbulentos que crecían y se fortalecían a su alrededor, fue desterrado a la Galia. César no se contentó con deponer a Arquelao. Castigó al pueblo de Jerusalén de un modo que hirió el orgullo judío y lastimó vivamente la sensibilidad de los altivos frecuentadores del templo. Augusto redujo Judea a una provincia romana, anexionándola a la prefectura de Siria. De modo que, en lugar de ser gobernada por un rey desde el palacio que erigió Herodes en Monte Sión, la ciudad cayó en manos de un oficial de segunda categoría, de un delegado llamado procurador, el cual se comunicaba con Roma a través del legado de Siria, residente en Antioquía. Para hacer la herida aún más dolorosa, al procurador no se le permitía establecerse en Jerusalén. La sede de su gobierno era Cesarea. Y humillante todavía, más exasperante, más estudiada la medida: entre todas, Samaria era despreciada con desprecio más profundo. ¡Samaria quedaba unida a Judea como una parte de la misma provincia! ¡Qué insufrible tormento sentían los mojigatos separatistas o fariseos al encontrarse en Cesarea y en presencia del curador, codo a codo con los adoradores de Garizim y sufriendo sus burlas!

En semejante diluvio de pesares, un consuelo, uno nada más, le quedaba al pueblo caído: el sumo sacerdote ocupaba el palacio herodiano de la plaza del mercado, manteniendo allí una apariencia de corte. Cuál fuera su verdadera autoridad, es cosa que se calcula fácilmente. El juicio de vida o muerte quedaba en manos del procurador. La justicia se administraba en nombre y según los decretos de Roma. Detalle más significativo todavía, compartían la casa real el administrador de rentas y toda su cohorte de asistentes, registradores, recaudadores, publicanos, informadores y espías.

Sin embargo, a los que soñaban en una futura libertad, les causaba cierta satisfacción el hecho de que la persona de más autoridad del palacio fuese un judío. Su mera presencia en ella día tras día refrescaba en su memoria las alianzas y promesas de los profetas, y las épocas en que Jehová gobernaba las tribus por conducto de los hijos de Aarón, siendo para ellos un signo cierto de que no los había abandonado. Con esto alimentaban sus esperanzas, las cuales les ayudaban a tener paciencia y aguardar torvamente al hijo de Judá que había de gobernar Israel. Judea era provincia romana desde hacía ochenta años, tiempo sobrado para que los césares estudiasen la idiosincrasia del pueblo, tiempo suficiente, cuando menos, para advertir que a los judíos, con todo su orgullo, se les podía gobernar pacíficamente si se les respetaba la religión. Siguiendo esta política, los antecesores de Grato se habían abstenido cuidadosamente de interferir con ninguna de las prácticas sagradas de sus vasallos. Pero Grato eligió un proceder distinto: casi puede decirse que su primer acto oficial consistió en quitar a Anás la dignidad de sumo sacerdote, y dársela a Ismael, hijo de Fabo.

Tanto si la medida fue ordenada por Augusto como si venía del mismo Grato, su improcedencia se puso de relieve con gran celeridad. Ahorraremos al lector un capítulo sobre política judía; sin embargo, para los que quieran seguir la narración con sentido crítico, son esenciales unas cuantas palabras sobre el tema. En esta época, prescindiendo de su origen, había en Judea el partido de los nobles o saduceos, y el separatista o partido popular. A la muerte de Herodes, los dos partidos se unieron contra Arquelao. Desde el templo al palacio, desde Jerusalén a Roma, le combatieron por todas partes. A veces con las armas de la intriga, a veces las armas materiales de la guerra. Más de una vez resonaron los claustros sagrados de Moria con los gritos de los combatientes. Acabaron por enviarlo al exilio. Pero mientras duraba esta lucha, cada uno de los aliados perseguía sus propios objetivos. Los nobles cuidaban a Joazar, el sumo sacerdote. Por su parte, los separatistas eran sus más celosos adictos. Cuando la caída de Arquelao deshizo los planes trazados por Herodes, Joazar siguió la misma suerte. Anás, el hijo de Seth, fue elegido por los nobles para desempeñar tan elevada función, con lo cual los aliados se dividieron. El nombramiento del hijo de Seth los enfrentó en feroz hostilidad.

En el curso de la lucha con el infortunado etnarca, los nobles habían se habían acogido al recurso expeditivo de aliarse con Roma. Comprendiendo que cuando se suprimiera el protectorado había de sucederle necesariamente alguna forma de gobierno, sugirieron que Judea fuese convertida en una provincia. Tal hecho proporcionó a los separatistas un motivo más para atacarlos, y cuando Samaria entró a formar parte de la provincia, los nobles quedaron en minoría, sin otro sostén que la corte imperial y el prestigio que les daba su rango y su riqueza. Sin embargo, por espacio de quince años (hasta el advenimiento, por lo tanto, de Valerio Grato), consiguieron mantenerse tanto en el palacio como templo. Anás, el ídolo de su partido, había utilizado fielmente su poder en provecho de su amo imperial. Una guarnición romana ocupaba la Torre Antonia. Una guardia romana vigilaba las puertas del palacio. Un juez romano administraba justicia en lo civil y lo criminal. Un sistema romano de impuestos aplicado despiadadamente aplastaba a un tiempo al campo y a la ciudad. Día tras día, hora tras hora, la gente sufría atropellos físicos y morales, y aprendía la gran diferencia que hay entre una vida independiente y una vida de sujeción. Sin embargo, Anás los mantenía en relativa calma. Roma no tenía amigo más sincero. De tal modo que, cuando él salió del cargo, su pérdida se notó al instante. Al entregar la investidura a Ismael, el nuevo designado se convirtió en el jefe de una nueva combinación entre los de Beth y los de Seth.

Grato, el procurador, que con ellos se había quedado sin ningún partido, vio cómo los fuegos ahogados durante quince años en un rescoldo que sólo producía humo, empezaban a encenderse de nuevo, retornando a la vida; un mes después de ocupar el puesto Ismael, los romanos creyeron necesario ir a visitarle a Jerusalén. Cuando los judíos, que estaban en las murallas gritándole y abucheándole, vieron entrar a su guardia por la puerta norte de la ciudad y dirigirse a la Torre Antonia, comprendieron el objetivo de la visita: una cohorte entera de legionarios venía a engrosar la primitiva guarnición. Ahora sería posible apretar impunemente los pernos de su yugo. Si el procurador creía conveniente hacer un escarmiento, ¡ay del primero que desobedeciese!

Capítulo Dos

BEN-HUR Y MESSALA

Invitamos al lector a que, con la anterior explicación en la mente, se fije en uno de los jardines del palacio de Monte Sión. Era un mediodía de mediados de julio, cuando el calor del verano estaba en su punto máximo.

El jardín estaba limitado a uno y otro lado por edificios, en algunos sitios de dos pisos de altura, con pórticos que daban sombra a las puertas y ventanas en el piso inferior, mientras unas galerías reculadas, protegidas por fuertes balaustradas, adornaban y defendían el superior. Aquí y allá, además, las estructuras se apoyaban en lo que parecían unas columnatas bajas, permitiendo el paso de los vientos que soplasen y dejando a la vista otras partes del edificio para que ostentasen mejor su belleza y grandiosidad. El arreglo del suelo resultaba igualmente placentero para los ojos. Había paseos, parterres de césped y arbustos, y unos cuantos árboles grandes, especies raras de palmera, agrupadas con el algarrobo, el albaricoque y el nogal. En el centro, desde donde el terreno descendía suavemente en todas direcciones, había un depósito o profundo recipiente de mármol, cortado a intervalos por pequeñitas compuertas, que, una vez levantadas, vaciaban el agua en las acequias que bordeaban los paseos, ingenioso medio de librar el paraje de la sequía que imperaba en exceso en todas las demás partes de la región.

No lejos de la fuente había un pequeño estanque de agua límpida alimentando una espesura de cañas y adelfas de las que crecen en el Jordán y por las orillas del mar Muerto. Entre la espesura y el estanque, sin parar mientes en el sol que caía de lleno sobre ellos, dos muchachos, uno de unos diecinueve años, el otro de diecisiete, estaban sentados sosteniendo una interesante conversación. Ambos eran hermosos y a la primera mirada se les habría tomado por hermanos. Ambos tenían el cabello y los ojos negros. Sus rostros eran muy morenos, y, sentados, el desarrollo de su cuerpo parecía apropiado a su edad.

El mayor iba con la cabeza descubierta. Una túnica suelta, que le caía hasta las rodillas, constituía todo su atuendo, salvo por las sandalias y una capa azul claro que tenía extendida debajo de su cuerpo, sobre el asiento. El vestido dejaba al descubierto los brazos y las piernas, morenos como la cara. Y, no obstante, cierta gracia de sus maneras, cierto refinamiento de la fisonomía y la cultivada voz, revelaban su alcurnia. La túnica, de la lana más suave, teñida de gris y orlada de rojo en el cuello, las mangas y el borde de la falda, atada a la cintura por un cordón de seda terminado en borla, certificaban su naturaleza romana. Y si al hablar miraba altaneramente alguna que otra vez a su compañero y se dirigía a él como a un inferior, casi podía excusársele; porque pertenecía a una familia notable y distinguida, incluso en Roma, circunstancia que en aquella época justificaba la arrogancia.

En la terrible guerra entre el primer César y sus enemigos, un Messala había sido el amigo de Brutus. Según Filipo, luego se reconcilió con Octavio, sin que tuviera que sacrificar su honor. Todavía más tarde, cuando Octavio pretendía el imperio, Messala le apoyó. Octavio, al llegar a la dignidad de emperador Augusto, se acordó del servicio recibido y derramó sobre la familia Messala un diluvio de honores. Entre otras cosas, habiendo sido reducida Judea a la condición de provincia, envió a su hijo a Jerusalén, encargado de recibir y administrar los impuestos recaudados en aquella región. Y en dicho empleo había continuado el hijo desde entonces, compartiendo el palacio con el sumo sacerdote. El joven descrito era su hijo, y seguía la costumbre de remedar con excesiva fidelidad las relaciones que tenía su abuelo con los grandes romanos de su tiempo.

El compañero de Messala tenía el cuerpo más delgado. Las prendas que llevaba eran de blanco y fino hilo, del estilo que prevalecía en Jerusalén. Un paño sujeto por un cordón amarillo y dispuesto de modo que dejase libre la frente, cayendo por detrás casi hasta la espalda, cubría su cabeza. Un observador avezado a distinguir unas razas de otras y a estudiar las fisonomías mejor que los trajes, pronto habría descubierto que aquel adolescente descendía de judíos. La frente del romano era alta y estrecha; la nariz, afilada y aquilina, al tiempo que tenía los labios delgados y rectos y los ojos fríos y muy juntos debajo de las cejas. En cambio, el israelita tenía la frente baja y ancha, la nariz larga, con las aletas muy separadas, el labio superior, sombreando ligeramente al otro, corto y arqueado hacia los hoyuelos de las comisuras, cual un arco de Cupido, detalles que, relacionados con el redondo mentón embellecido por un hoyuelo, los ojos grandes y las mejillas ovaladas y enrojecidas por un brillo vinoso, daban a su cara la suavidad, la energía y la belleza peculiares de su raza. El romano poseía un encanto severo y casto. El judío, rico y voluptuoso.

—¿No decías que el nuevo procurador ha de llegar mañana?

La pregunta procedía del más joven de los dos amigos y había sido formulada en griego, lengua que en aquella época, por una singular paradoja, prevalecía en todos los círculos más refinados de Judea, habiéndose propagado del palacio al campo y al colegio. De ahí, sin que nadie supiera exactamente cuándo ni cómo, había entrado en el mismo templo, y no sólo eso, sino que, ya dentro, no se había limitado a las puertas y a los claustros. Había invadido, incluso, recintos de una santidad tal que no admitía la presencia de gentiles.

—Sí, mañana —respondió Messala.

—¿Quién te lo ha dicho?

—He oído que Ismael, el nuevo gobernador del palacio (vosotros le llamáis sumo sacerdote), se lo decía anoche a mi padre. La noticia habría merecido más crédito, te lo aseguro, viniendo de un egipcio (que es una raza que ha olvidado la esencia de la verdad) o incluso de un idumeo (un pueblo que jamás supo lo que era la verdad); pero para cerciorarme bien, he visto esta mañana a un centurión de la Torre y me ha dicho que seguían haciendo preparativos para la recepción, que los armeros estaban bruñendo los cascos y escudos, y volviendo a dorar los globos y las águilas, y que limpiaban y aireaban apartamentos que llevaban mucho tiempo sin ser utilizados, como si la guarnición hubiera de aumentar. Se tratará probablemente de la guardia personal del gran hombre.

Es imposible dar una idea perfecta del estilo y la manera en que fue pronunciada la anterior respuesta, pues sus detalles más finos escapan continuamente al poder que maneja la pluma. El lector deberá ayudarse de su fantasía, y para ello será conveniente recordar que la piedad iba perdiendo terreno rápidamente en el cerebro y en el corazón de los hombres, o quizá lo expresaríamos mejor diciendo que estaba pasada de moda. Podría decirse incluso que la religión antigua había dejado casi de ser una fe. A lo más, había quedado reducida a un mero hábito de pensamiento y de expresión, cultivado con esmero, principalmente por los sacerdotes, que veían que el servicio del templo les resultaba provechoso, y por los poetas, los cuales en las rimas de sus versos no podían prescindir de las deidades familiares. En nuestros tiempos, hay cantores que se encuentran en un caso parecido.

A medida que la filosofía iba ocupando el lugar de la religión, la sátira sustituía rápidamente al respeto, hasta tal punto que, en opinión de los latinos, la sátira era para todo discurso, incluso para las pequeñas diatribas de la conversación, como la sal para las viandas y el aroma para el vino. El joven Messala, educado en Roma y recién llegado, había adquirido aquel hábito y aquellos modales. El movimiento apenas perceptible del ángulo del párpado inferior, el claro gesto de elevar la aleta del lado correspondiente de la nariz, y de una manera lánguida de decir las cosas, parecían el mejor vehículo para transmitir la idea de una indiferencia general, sobre todo por las oportunidades que ofrecían para ciertas pausas retóricas, consideradas de importancia primordial para permitir que el oyente captase bien la ocurrencia feliz o recibiese el virus del epigrama mordaz. Una de tales pausas se produjo en la respuesta recién anotada después de la alusión al egipcio y al idumeo. El color de las mejillas del muchacho judío se intensificó. El chico permaneció callado, contemplando abstraído las profundidades del estanque.

—Nos dijimos adiós en este jardín. "¡La paz del Señor sea contigo!", fueron tus últimas palabras. "¡Los dioses te guarden!", dije yo. ¿Te acuerdas? ¿Cuántos años han pasado desde entonces?

—Cinco —respondió el judío, siempre mirando al agua.

—Pues bien, tienes motivos para estarle agradecido a… ¿a quien diré? ¿A los dioses? No importa. Te has hecho muy hermoso. Los griegos dirían que eres bello. ¡Obra feliz de los años! Si Júpiter se regocija con su Ganímedes, ¡vaya copero harías tú para el emperador! Dime, mi Judá, ¿cómo es que la llegada del procurador te interesa de tal modo?

Judá fijó sus grandes ojos en el que le preguntaba. Su mirada grave y pensativa atrajo a la del romano y la retuvo mientras contestaba:

—Sí, cinco años. Recuerdo la separación. Tú te ibas a Roma. Yo te vi partir, y lloré, porque te quería. Los años han pasado, y tú has vuelto perfeccionado, refinado como un príncipe… No, no me burlo. Y sin embargo… y sin embargo, me gustaría que fueses el mismo Messala que se marchó.

Las finas aletas del satirizador se agitaron, y al contestar lo hizo con un tonillo más acentuado.

—No, no un Ganímedes, sino un oráculo, mi Judá. Unas lecciones de mi maestro de retórica, endurecido por el Foro (te daré una carta para él cuando tengas el buen criterio suficiente para seguir una indicación que quería hacerte), un poco de práctica en las artes del misterio, y Delfos te recibiría como al mismo Apolo en persona. Al oír el sonido de tu voz solemne, la pitia iría a recibirte y te daría su corona. En serio, oh, amigo mío, ¿en qué me diferencio del Messala que se marchó? En cierta ocasión escuchaba al mejor lógico del mundo. Hablaba sobre el tema: "Discusión". Y recuerdo una de sus frases: "Antes de contestarle, comprende a tu antagonista". Veamos si te comprendo a ti.

El muchacho se sonrojó bajo la mirada cínica que tenía que soportar. Pero replicó con firmeza:

—Veo que te has aprovechado de las oportunidades que tuviste. De tus maestros has sabido cosechar y traer aquí muchos conocimientos y habilidades. Hablas con la facilidad de un maestro, mas tus palabras esconden un aguijón. Mi Messala, cuando se marchó, no tenía veneno en el cuerpo, y por nada del mundo habría herido los sentimientos de un amigo.

El romano sonrió como si le hubiesen dirigido un cumplido y levantó con una sacudida su patricia cabeza.

—Oh, mi solemne Judá. Ahora no estamos en Dodona ni en Pytho. Deja ese estilo de oráculo y habla claro. ¿En qué te he ofendido?

El otro inspiró profundamente y dijo, tirando del cordón que le rodeaba la cintura:

—En estos cinco años también yo he aprendido algo. Hillel quizá no esté a la altura del maestro de lógica al cual escuchabas, y Simeón y Shammai son, sin duda, inferiores a tu profesor bregado por el Foro. Pero su ciencia no se extravía por senderos prohibidos. Los que se sientan a sus pies se levantan enriquecidos simplemente con el conocimiento de Dios, de la ley y de Israel. Y el efecto de tal enseñanza se manifiesta acrecentando el amor y el respeto para todo lo perteneciente a ellos. La asistencia al Gran Colegio y el estudio de lo que allí nos decían me han enseñado que Judea no es lo que había sido. Sé la diferencia que hay entre un reino independiente y la pequeña provincia que es Judea. Sería yo más bajo y vil que un samaritano si no lamentara la degradación de mi país. Ismael no es legalmente el sumo sacerdote, ni puede serlo mientras viva el noble Anás. No obstante, es un levita, uno de los consagrados que durante miles de años han servido aceptablemente al Señor Dios, en quien creemos y al cual adoramos. Su…

Messala le interrumpió con una carcajada mordaz.

—Ah, ahora te comprendo. Ismael, dices tú, es un usurpador. No obstante, creer a un idumeo antes que a Ismael es morder como una víbora. ¡Por el borracho hijo de Semele, vaya cosa ser judío! Los hombres y las cosas, incluso el cielo y la tierra, cambian. Pero un judío, nunca. Para él no hay atrás ni adelante. Es lo que fue su primer antepasado en el comienzo. Sobre esta arena te dibujo un círculo… ¡Ya está! Ahora, dime, ¿qué otra cosa más es la vida de un judío? Siempre el mismo rodar: Abraham aquí, Isaac y Jacob allá, y Dios en el centro. Pero el círculo (¡por el dueño de todos los truenos!) es demasiado grande. Volveré a dibujarlo. —Y se inclinó, apoyó el pulgar en el suelo e hizo rodar los otros dedos a su alrededor—. ¿Ves? El punto del pulgar es el templo, el índice circunda Judea. Fuera de este pequeño espacio, ¿no hay nada de valor? ¡Las artes! Herodes levantó grandes edificios, y por ello le maldicen. ¡La pintura, la escultura! Mirarlas es pecado. Ante la poesía corréis hacia vuestros altares. Excepto en la sinagoga, ¿quién de vosotros se atreve a practicar la elocuencia? En la guerra, todo lo que conquistáis en seis días lo perdéis en el séptimo. Siendo tales vuestra vida y vuestros límites, ¿quién me lo reprochará si me río de vosotros? Satisfecho con el culto de un pueblo tal, ¿qué es vuestro Dios al lado de nuestro Júpiter romano, que nos presta sus águilas para que podamos aprisionar el universo con nuestros brazos? Hillel, Simeón, Shamai, Abtalión…, ¿qué son al lado de los maestros que nos enseñan que todo lo que se puede saber vale la pena saberlo? El judío se levantó con la cara vivamente sonrojada.

—No, no. Sigue en tu puesto, mi Judá, sigue en tu puesto —gritó Messala, extendiendo la mano.

—Te burlas de mí.

—Escucha un poco más. Inmediatamente… —El romano sonrió con sonrisa irónica—, inmediatamente vendrán a ayudarme Júpiter y toda su familia, griega y latina, y pondrán un final grandilocuente a mi discurso. Yo aprecio tu bondad al venir de casa de tus padres para darme la bienvenida y renovar el cariño que nos teníamos en la infancia… , si es posible. "Id —dijo mi maestro en su última lección—. Id y, para vivir plenamente vuestras vidas, recordad que Marte reina y Eros ha encontrado los ojos." Con ello quería decir que el amor no es nada y la guerra lo es todo. En Roma ocurre así. El matrimonio es el primer paso para el divorcio. La virtud es una joya que se compra y se vende. Cleopatra, al morir, nos legó sus artes. Ahora tiene una sucesora en todos los hogares romanos. El mundo sigue el mismo camino. Por lo tanto, en lo tocante a nuestro futuro, ¡abajo Eros; arriba Marte! Yo seré soldado. ¿Y tú (oh, mi Judá, te compadezco), tú qué podrás ser?

Judá se acercó más al estanque. Messala le habló con voz pausada y enfática.

—Sí, te compadezco, mi buen Judá. Del colegio a la sinagoga. Luego, al templo. Después (¡ah, la culminación de la gloria!), el asiento en el Sanedrín. Una vida sin oportunidades. ¡Oh que los dioses te ayuden! En cambio, yo…

Judá le miró y vio la oleada de orgullo que se encendía en su faz altanera, mientras seguía diciendo:

—En cambio, yo… Ah, todavía no está conquistado todo el mundo entero. El mar guarda islas que nadie ha visto. En el norte hay naciones que nadie ha visitado. La gloria de completar la expedición de Alejandro al lejano Oriente aguarda al hombre que quiera conquistarla. Mira cuántas posibilidades se le ofrecen a un romano.

Un instante después, se expresaba de nuevo en tono lánguido.

—Una campaña en África, otra en busca del Scyta, luego ¡una legión! Muchas carreras terminan ahí. La mía, no. Yo (por Júpiter, qué ocurrencia!), yo cambiaré mi legión por una prefectura. Piensa en la vida de Roma con dinero. Dinero, vino, mujeres, juegos, poetas en el banquete, intrigas en la Corte, dados todo el año. Es perfectamente posible procurarse una vida tan regalada. Logro una buena prefectura, y ya la tengo.¡Oh, Judá mío, aquí está Siria! Judea es rica. Antioquía es una capital para los dioses. Yo sucederé a Cirineo, y tú compartirás mi fortuna.

Los sofistas y retóricos que llenaban los establecimientos públicos de Roma, monopolizando casi la labor de enseñar a la juventud patricia, quizás habrían aprobado aquellas palabras de Messala, porque eran el exponente del sentir popular. Sin embargo, para el joven judío eran nuevas, y completamente distintas del estilo solemne de los discursos y conversaciones a estaba habituado. Pertenecía, además, a una raza cuyas leyes, usos y hábitos mentales excluían la sátira y la ironía. Era muy natural, pues, que escuchase agitado por distintos sentimientos. Este momento indignado, y un momento después sin saber si debía tomar en serio a su compañero. Los aires de superioridad que éste asumía le habían ofendido al comienzo.

Pronto le resultaron irritantes, y al final se convirtieron en un vivo escozor. Al llegar a este punto, nos encontramos muy cerca de la cólera, pero el satírico la desató de otro modo. Para el judío del período herodiano, el patriotismo era una pasión salvaje apenas escondida bajo su humor habitual, y tan ligada a su historia, su religión y su Dios, que reaccionaba de inmediato cuando alguien hacía burla de ellos. Por todo lo cual, no es una exageración afirmar que el rato que tardó Messala en llegar a la última pausa representó un refinado tormento para su oyente. El cual, en este punto, dijo con forzada sonrisa:

—He oído decir que son pocos los que pueden permitirse el tomar a guasa su futuro. Tú me convences, oh mi Messala, de que yo no soy uno de ellos.

El romano le observó atentamente. Luego, replicó:

—¿Por qué no encerrar la verdad dentro de una broma, lo mismo que dentro de una parábola? El otro día la gran Fulvia fue a pescar y sacó más que entre todos los otros que la acompañaban. Y dijeron que fue porque su anzuelo tenía la punta cubierta de oro.

—¿Entonces no estabas, simplemente, bromeando?

—Mi Judá, veo que no te había ofrecido bastante —se apresuró a responder el romano, con los ojos centelleando—. Cuando yo sea prefecto y Judea me haga rico, te… te nombraré sumo sacerdote.

El judío giró sobre sus talones encolerizado.

—No te vayas —dijo Messala.

El otro se detuvo, indeciso.

—¡Dioses, Judá, cómo abrasa el sol! —gritó el patricio, observando la perplejidad de su compañero—. Busquemos una sombra.

Judá respondió, fríamente:

—Será mejor que nos separemos. Ojalá no hubiese venido. Buscaba a un amigo y he encontrado a un…

—Romano —respondió Messala, rápido.

Las manos del judío se crisparon, pero, dominándose de nuevo, fijó la mirada a lo lejos. Messala se levantó, cogió el manto de encima del banco, se lo echó sobre el hombro y siguió al judío. Cuando le hubo alcanzado, le puso la mano en el hombro y caminó a su lado.

—Así, con mi mano puesta de este modo, es como solíamos pasear de pequeños. Sigamos igual hasta la puerta.

Se veía claramente que Messala procuraba ser serio y afectuoso, aunque no conseguía desterrar de su rostro la expresión satírica. Judá le consintió la familiaridad.

—Tú eres un muchacho. Yo soy un hombre. Permite que te hable como tal.

El romano hacía gala de una benignidad soberbia. No se habría encontrado más a sus anchas Mentor enseñando al joven Telémaco.

—¿Crees en las Parcas? Ah, olvidaba que eres saduceo. Los esenios son la gente sensata que hay entre vosotros. Ellos creen en las hermanas. Yo también. ¡Cuán invariablemente se cruzan las tres en nuestro camino, impidiéndonos obrar como nos plazca! Yo me siento a trazar planes. Empiezo a señalar caminos aquí y allá. ¡Por Pólux! En el preciso momento en que estiraba los brazos para coger el mundo, siento detrás de mí el chirriar de unas tijeras. Miro y ¡allí está la maldita Átropos! Pero, mi Judá, ¿por qué te has puesto tan furioso cuando yo he hablado de suceder al viejo Cirineo? Has pensado que yo proyectaba enriquecerme esquilmando a tu Judea. Supongamos que fuera así. Es lo que algún romano hará. ¿Por qué no puedo ser yo?

Judá acortó el paso.

—Otros extranjeros han sido dueños de Judea antes que los romanos —dijo, levantando la mano—. ¿Dónde están, Messala? Judea ha sobrevivido a todos. Y lo que ya ha sucedido volverá a suceder.

Messala recurrió otra vez a la ironía.

—Las Parcas tienen creyentes en otros sectores, además de los esenios. ¡Bienvenido, Judá, bienvenido a la nueva fe!

—No, Messala, no me cuentes en su número. Mi fe descansa en la peña que sirvió de fundamento a la de mis antepasados en tiempos muy anteriores a los de Abraham. Descansa en los pactos del Señor Dios de Israel.

—Demasiada pasión, mi Judá. ¡Qué sorpresa habría manifestado mi maestro si yo me hubiese hecho culpable de tanto calor en su presencia! Tenía que comunicarte otras cosas todavía, pero temo decirlas.

Después de haber seguido adelante unas cuantas yardas, el romano tomó la palabra, de nuevo.

—Creo que ahora puedes escucharme, mayormente dado que lo que tengo que decirte se refiere a ti mismo. Yo te ayudaría, oh amigo tan hermoso como Ganímedes. Yo te ayudaría con verdadera buena voluntad. Te amo… todo lo que yo puedo amar. Te he dicho que quería ser soldado. ¿Por qué no salir fuera del estrecho círculo en el que, según te he mostrado, se encierra toda la ambición que vuestras leyes y costumbres permiten?

Judá no respondió.

—¿Quiénes son los sabios de nuestros días? —prosiguió Messala—. No los que agotan los años de su existencia peleándose por cosas muertas, por Baales, Júpiters y Jehovás, y por filosofía y religiones. Dime un nombre importante, oh Judá, y no me importa dónde vayas a buscarlo (a Roma, a Egipto, a Oriente, o aquí, en Jerusalén), y que Plutón me lleve si no pertenece a un hombre que sacó la fama de los materiales que le proporcionó el presente, y no tuvo por sagrado nada que no le ayudara a lograr su fin, ¡ni hizo escarnio de nada que le favoreciera! ¿Cómo actuó Herodes? ¿Cómo actuaron los Macabeos? ¿Cómo actuaron los césares I y II? Imítalos. Empieza enseguida. Mira lo que tienes en la mano: Roma, tan dispuesta a ayudarte como lo estuvo con el idumeo Antípater.

El muchacho judío temblaba de rabia, y, como la puerta del jardín estaba ya muy cerca, aceleró el paso, anhelando escapar.

—¡Ah, Roma, Roma! —murmuró.

—Sé cuerdo —prosiguió Messala—. Abandona las locuras de Moisés y las tradiciones. Mira la situación tal como está. Atrévete a mirar a las Parcas a la cara, y ellas te lo dirán: "Roma es el mundo". Pregúntales por Judea, y te contestarán: "Judea es lo que quiere que sea".

Habían llegado a la puerta. Judá se detuvo, apartó dulcemente la mano que se apoyaba en su hombro y miró a Messala, cara a cara, mientras las lágrimas temblaban en sus ojos.

—Te comprendo porque eres romano. Tú no puedes comprenderme. Yo soy israelita. Hoy me has hecho sufrir convenciéndome de que ya nunca podremos ser amigos como fuimos. ¡Nunca más! Aquí nos separaremos. ¡La paz del Dios de mis padres sea contigo!

Messala le ofreció la mano. El judío cruzó la puerta. Cuando hubo desaparecido, el romano estuvo callado un rato. Luego cruzó la puerta, a su vez, diciendo para sí mismo mientras sacudía la cabeza:

—Sea así, pues. ¡Eros ha muerto! ¡Marte reina!

Capítulo Tres

UN HOGAR JUDÍO

Desde la entrada a la Ciudad Santa correspondiente a la que ahora se llama puerta de San Esteban, se extendía una calle hacia el oeste, paralela a la cara norte de la Torre Antonia, cruzando un patio de aquel famoso castillo. Siguiendo el curso hasta el valle de Tyropoeon, que continuaba un trecho hacia el sur, doblaba y volvía a correr hacia el oeste hasta una corta distancia del punto donde la tradición nos dice que estaba la puerta del Juicio y desde allí se dirigía bruscamente hacia el sur. El viajero o el estudioso familiarizado con aquella localidad reconocerá la avenida descrita como una parte de la Vía Dolorosa, que tiene para los cristianos más interés, si bien un interés muy penoso, que cualquier otra calle del mundo. Como el objetivo que ahora perseguimos no requiere que nos ocupemos de la calle entera, será suficiente señalar una casa que se levanta en el ángulo antes mencionado como marcando el cambio de dirección hacia el sur, la cual, ya que constituye un punto importante y reclama mucho interés, necesita ser descrita con cierta particularidad.

El edificio daba frente al norte y al oeste, unos cuatrocientos pies probablemente en cada dirección, y, como las construcciones más pretenciosas de Oriente, tenía dos pisos de altura y era perfectamente cuadrangular. La calle de la parte oeste tenía unos doce pies de anchura; la del norte, no más de diez. De modo que el que caminase junto a los muros y mirase hacia arriba debía de sentirse profundamente impresionado por el aspecto tosco, inacabado, mas bien repelente, pero fuerte e imponente, que presentaban, porque eran de grandes sillares de piedra sin desbastar. Por la cara exterior, estaban, en realidad, tal como habían salido de la cantera. Un crítico de aquel tiempo habría decidido que la casa tenía carácter de fortaleza, excepto por las ventanas, de las cuales estaba inusitadamente provista y por el afiligranado acabado de arcos y puertas. Las ventanas que daban al oeste eran cuatro en número; las que daban al norte, solamente dos, todas abiertas a la altura del segundo piso, de tal manera que formaban un mirador saliente sobre la avenida de abajo. Las puertas eran las únicas aberturas visibles que cortaban la pared en el primer piso, y, además de estar copiosamente reforzadas con cerrojos de hierro, como sugiriendo el afán de que resistieran bien el empuje y los golpes de las perchas de ataque, aparecían protegidas por cornisas de mármol, bellamente trabajado, y de tan atrevida proyección como para asegurar a los visitantes bien informados de las peculiaridades de aquel pueblo que el rico señor que residía allí era saduceo, lo mismo en política que en credo religioso.

No mucho después de haberse separado del romano en el palacio de la parte alta de la plaza del mercado, el muchacho judío se detuvo delante de la puerta oriental de la casa descrita y llamó. El portillo (una puerta practicada en una de las dos grandes hojas de la entrada) se abrió para dejarle pasar. El chico entró precipitadamente, sin pararse a corresponder a la profunda zalema del portero. Para hacernos una idea de la distribución interior de la fábrica, así como para ver qué más le ocurrió al muchacho, le seguiremos.

El pasaje al que había entrado no se diferenciaba mucho de un estrecho túnel de paredes artesonadas y abovedado techo. A uno y otro lado, el largo uso había manchado y bruñido unos bancos de piedra. Doce o quince pasos le llevaron a un patio oblongo, orientado en dirección norte-sur y limitado en sus cuatro arcos, excepto en el oriental, por una construcción que parecía la fachada de una casa de dos pisos, de los cuales el inferior estaba dividido en cuadras, mientras el superior estaba almenado y defendido por una robusta balaustrada. Los criados que iban y venían por las terrazas; el ruido de los molinos, trabajando; las prendas colgadas de unas cuerdas tendidas desde un poste a otro; los pollos y palomas que se divertían corriendo por allí; las cabras, vacas, pollinos y caballos encerrados en las cuadras; una maciza pila de agua, destinada, al parecer, al servicio de todos ellos: todo denotaba que el propietario reservaba aquel patio para los servicios interiores de la casa. Hacia el este se levantaba un muro de separación perforado por otro pasaje semejante en todos sus aspectos al primero.

Emergiendo de este segundo pasillo, el muchacho penetró en otro patio espacioso, cuadrado, poblado de arbustos y parras y embellecido y refrescado por el agua de una pila levantada cerca de un porche de la parte septentrional. Aquí los compartimientos eran altos, ventilados y sombreados por unas cortinas a rayas blancas y rojas. Los arcos de aquéllos descansaban sobre apiñados grupos de columnas. En el sur, un tramo de escaleras ascendía a las terrazas del piso superior, defendidas del sol por medio de grandes toldos. Otra escalera subía de las terrazas al tejado, el borde del cual quedaba señalado en todo su cuadrado perímetro por una cornisa esculpida y un pasamanos de ladrillos de barro cocido, hexagonales de forma y de un rojo vivo en color. En esta parte, por lo demás, se notaba una limpieza esmerada que, no consintiendo el polvo en los rincones y ni siquiera una hoja amarilla en los arbustos, contribuía tanto como todo lo demás a darle un aspecto de conjunto delicioso y acogedor, de tal modo que, al respirar aquel aire agradable, el visitante adivinaba, aun antes de haber sido presentado, que iba a entrar en relación con una familia singularmente distinguida y refinada.

Habiendo caminado unos pasos por este segundo patio, el zagal dobló hacia la derecha y, escogiendo un sendero entre los arbustos, parte de los cuales estaba en flor, llegó a la escalera y subió a la terraza, ancho pavimento de losas blancas y pardas, perfectamente unidas, pero muy desgastadas. Pasando por debajo del toldo hasta una puerta de la parte norte, entró en un aposento que, al caer detrás de él el cortinaje, quedó de nuevo en la oscuridad. Sin embargo, el muchacho siguió avanzando por el embaldosado suelo hasta un diván, sobre el cual se arrojó cara a tierra, tendiéndose en posición de reposo, con la frente apoyada sobre los brazos cruzados.

Al caer la noche, una mujer se acercó a la puerta y llamó. El joven respondió y la mujer entró en el aposento.

—La cena está lista, y es de noche. ¿No tienes hambre, hijo mío? —le preguntó.

—No —respondió él.

—¿Estás enfermo?

—Tengo sueño.

—Tu madre ha preguntado por ti.

—¿Dónde está?

—En el pabellón de verano, en la azotea.

El muchacho se revolvió un poco y se sentó.

—Muy bien. Tráeme algo que comer.

—¿Qué quieres?

—Lo que te plazca, Amrah. No estoy enfermo, sino apático. La vida no parece tan agradable como esta mañana. Es una dolencia nueva, oh Amrah mía, y tú, que me conoces tan bien y nunca me has defraudado, puedes imaginar ahora algo que me sirva de alimento y de medicina. Tráeme lo que se te antoje.

Las preguntas de Amrah y el tono de voz con que las formuló —bajo, compasivo, solícito—, revelaban el afectuoso lazo que los unía. La mujer puso la mano sobre la frente del chico. Luego, como tranquilizada, salió diciendo: Voy a ver. Al cabo de un rato regresó trayendo en una bandeja de madera un tazón de leche, unas rebanadas de pan, un exquisito pastel de trigo triturado, un pájaro asado, miel y sal. En una punta de la bandeja había una copa de plata llena de vino. En la otra, un candelabro de latón, encendido.

Entonces, el aposento apareció claramente a la vista. Sus paredes finamente estucadas, el techo cruzado de grandes vigas de roble, oscurecidas por las manchas de la lluvia y del tiempo; el suelo, de baldosas pequeñas, blancas y azules y de forma hexagonal, muy firme y sufrido; unos cuantos taburetes con las patas esculpidas imitando las de los leones; un diván levantado un poco del suelo, tapizado de paño azul y cubierto parcialmente por una inmensa manta o bufanda de lana listada… En resumen, un dormitorio hebreo.

La misma luz puso también al descubierto la figura de la mujer, la cual, acercando un taburete al diván, colocó la bandeja sobre él y luego se arrodilló disponiéndose a servir al mancebo. Tenía la cara de una mujer de cincuenta años, de cutis moreno y ojos negros, dulcificados en aquel instante por la ternura de una mirada casi maternal. Un blanco turbante cubría su cabeza, dejando al descubierto los lóbulos de las orejas, y en ellos, el signo que revelaba su condición: un orificio practicado con una lezna gruesa. Era una esclava, egipcia de origen, a la que ni la redención del año quincuagésimo, el año sagrado, había podido traer una libertad que ella, por su parte, no habría aceptado, porque el muchacho al que estaba sirviendo era su vida. Le había cuidado desde que iba en pañales, le había atendido durante su infancia, y no habría sabido resignarse a dejar su servicio. Para sus amorosos ojos, aquel muchacho jamás sería un hombre.

El sólo habló una vez durante la comida.

—Recuerdas, oh Amrah mía, al Messala que solía venir a verme muchos días.

—Sí, le recuerdo.

—Se fue a Roma hace unos años, y ahora ha regresado. Hoy he ido a visitarle.

Un estremecimiento de disgusto recorrió el cuerpo del muchacho.

—Sabía que te había pasado algo —respondió la mujer, profundamente interesada

—. Los Messala jamás me gustaron. Cuéntamelo todo.

Pero el chico se sumió en la meditación y, ante la insistencia de las preguntas, dijo únicamente:

—Ha venido muy cambiado y no quiero más tratos con él.

Cuando Amrah se llevó la bandeja, salió también el muchacho, subiendo de la terraza a la azotea.

Se supone al lector más o menos enterado del aprovechamiento de las cimas de las casas, común en Oriente. En materia de costumbre, el clima es, en todas partes, quien dicta las leyes. El verano de Siria encierra al que busca comodidad en el oscuro compartimiento. Pero por la noche le invita temprano a salir. Las sombras que descienden sobre las cimas de los montes parecen velos que cubren vagamente a unas Circes cantoras, pero están muy lejos, mientras que la azotea está ahí mismo y suficientemente elevada por encima de las copas de los árboles para atraer a las estrellas, invitándolas a descender, por lo menos a bajar lo bastante para que brillen esplendorosas. Así, la azotea se convertía en un punto de reunión: era campo de juego, dormitorio, tocador, lugar de cita de la familia, sala de música, de danza, de conversación, de fantasiosas meditaciones y de oración.

Los mismos motivos que impulsan, en climas más fríos, a decorar a cualquier precio los interiores, inducen al oriental a embellecer la cima de su casa. El parapeto ordenado por Moisés se convirtió en el triunfo del ceramista. Encima de él se levantaron, más tarde, torres, sencillas o caprichosas. Y, todavía más tarde, reyes y príncipes coronaron sus azoteas con pabellones de verano de mármol y oro. Cuando los babilonios colgaron jardines en el aire, el capricho no pudo ya llevar aquella tendencia a extremos mayores.

El muchacho al que vamos siguiendo andaba despacio por la azotea en dirección a una torre construida en el ángulo noroeste del palacio. Si hubiese sido un extraño, acaso hubiera dedicado una mirada a la estructura a la cual se estaba acercando, viendo de ella todo lo que la confusa luz le permitiese: una masa oscura, baja, con celosías, pilares y cúpulas. Pasando por debajo de una cortina levantada a medias, entró en el pabellón. En el interior reinaba una oscuridad total, excepto en los cuatro costados, donde había unas aberturas arqueadas, semejantes a portales, por las cuales era visible el cielo, encendido de estrellas. En una de tales aberturas y recostadas sobre el cojín de un diván, vio la figura de una mujer, poco discernible, a pesar de estar ataviada con una blanca y holgada prenda. Al sonido de los pies del muchacho hiriendo el suelo, el abanico que aquella figura tenía en la mano detuvo su movimiento, lanzando destellos allí donde la luz de las estrellas hería las joyas que lo esmaltaban. La mujer se sentó y pronunció el nombre del joven.

—¡Judá, hijo mío!

—Soy yo, madre —respondió él, acercándosele más deprisa. Al llegar junto a ella, se arrodilló. La madre le rodeó con los brazos y lo llenó de besos, al mismo tiempo que lo estrechaba contra su seno.

Capítulo Cuatro

LAS EXTRAÑAS COSAS QUE BEN-HUR QUIERE SABER

La madre tomó de nuevo la cómoda actitud anterior en el cojín, mientras el hijo se sentaba en el diván, apoyando la cabeza en su regazo. Mirando por la abertura, ambos podían ver una buena extensión de azotea en la vecindad, un banco de azul oscuridad allá en el oeste, que sabían que eran montañas, y el cielo, con sus sombreadas profundidades, en el que brillaban las estrellas. La ciudad estaba silenciosa. Sólo se agitaba el viento.

—Amrah me dice que te ha pasado algo —empezó la madre, acariciándole la mejilla—. Cuando mi Judá era un niño, yo consentía que se atormentase por nimiedades, pero ahora es un hombre. No debe olvidar —y aquí su voz se hizo muy suave—, que un día ha de ser mi héroe.

Hablaba en un lenguaje casi olvidado en el país, pero que unos cuantos (eran invariablemente gente notable, tanto por su sangre como por sus posesiones) cultivaban con cariño en toda su pureza, a fin de que se les distinguiera más claramente de los pueblos gentiles. El idioma en que las adoradas Rebeca y Raquel cantaban a Benjamín. Aquellas palabras parecieron suscitar en el cerebro del muchacho una nueva sucesión de pensamientos. Sin embargo, al cabo de un rato cogió la mano con que su madre lo abanicaba, y dijo:

—Oh madre mía, hoy me han hecho pensar en muchas cosas que nunca habían tenido cabida en mi mente. Dime, primero: ¿qué he de ser yo?

—¿No te lo he dicho? Tú has de ser mi héroe.

Aunque no podía ver la cara de su madre, el muchacho comprendió que hablaba jocosamente. Él se puso más serio.

—Tú eres muy buena y muy cariñosa, oh madre mía. Nadie me amará como tú.

Y le llenó la mano de besos. Después, prosiguió:

—Creo comprender por qué eludes mi pregunta. Hasta ahora mi vida te ha pertenecido. ¡Con qué amor, con qué dulzura me has gobernado! ¡Ojalá pudiera seguir siempre igual! Pero eso es imposible. Es voluntad del Señor que un día sea yo dueño de mí mismo. Un día de separación, y por lo mismo, penoso para ti. Seamos valientes y hablemos en serio. Yo quiero ser tu héroe, pero tú me has de poner en camino de serlo. Sabes lo que manda la ley: todo hijo de Israel ha de ocuparse en algo. Yo, que no soy una excepción, te pregunto: ¿cuidaré los rebaños? ¿O labraré la tierra? ¿O moveré la sierra? ¿O seré escribiente o abogado? ¿Qué seré yo? Madre amada y buena, ayúdame a encontrar la respuesta.

—Gamaliel ha dado hoy una conferencia —contestó ella, pensativamente.

—Si la ha dado, yo no le he oído.

—Entonces has paseado con Simeón, quien, según me han dicho, hereda el genio de su familia.

—No, no le he visto. He estado en la plaza del mercado, aunque no en el templo. He visitado al joven Messala.

Un ligero cambio en la voz del muchacho atrajo la atención de la madre. Un presentimiento aceleró los latidos de su corazón. El abanico volvió a quedar inmóvil.

—¡Messala! —exclamó—. ¿Qué ha podido decirte para impresionarte de este modo?

—Ha venido muy cambiado.

—Quieres decir que ha vuelto convertido en un romano.

—Sí.

—¡Romano! —continuó la mujer, casi hablando consigo misma—. Para todo el mundo, esta palabra significa dueño. ¿Cuánto tiempo ha estado fuera?

—Cinco años.

La madre irguió la cabeza, mirando hacia lo lejos, a través de la noche.

—Los aires de la vía Sacra han invadido sin dificultad las calles de los egipcios y de Babilonia. Pero en Jerusalén, en nuestra Jerusalén, mora la alianza.

Y, embargada por este pensamiento, descansó la cabeza en su cómodo apoyo. El joven fue el primero en tomar la palabra.

—Lo que Messala me ha dicho, madre mía, era bastante duro en sí mismo. Pero, unido a la manera de decirlo, ha hecho que alguna de sus frases fuera intolerable.

—Creo comprenderte. Toda Roma (sus poetas, oradores, senadores, cortesanos) anda loca por eso que ellos llaman sátira.

—Supongo que todas las naciones grandes son orgullosas —prosiguió el adolescente, casi sin tomar nota de la interrupción—. Pero el orgullo de esa gente no se parece al de los demás. En estos últimos tiempos ha crecido tanto que ni los mismos dioses se libran de su mordacidad.

—¡Los dioses sí se libran! —replicó prestamente la madre—. ¿Más de un romano ha aceptado que le rindiesen culto, como si tuviera derecho a recibirlo!

—Pues, bien. Messala siempre ha poseído una buena dosis de esa desagradable cualidad. Cuando él era niño, le vi burlarse de extranjeros a los cuales hasta el mismo Herodes se dignaba recibir con todos los honores. Sin embargo, sus mofas siempre habían respetado a Judea. Por primera vez, hablando hoy conmigo, se ha referido con sarcasmo a nuestras costumbres y a nuestro Dios. Como tú habrías querido que hiciese, yo he roto definitivamente con él. Y ahora, oh mi madre adorada, yo quisiera saber si hay base para que los romanos nos desprecien. ¿En qué le soy inferior? ¿Pertenece nuestro pueblo a una categoría inferior? ¿Por qué he de sentir yo, ni aún en presencia del César, el encogimiento de un esclavo? Dime, en especial, si este es mi ánimo y el camino que escojo. ¿No puedo perseguir los honores del mundo en todos los campos? ¿Por qué no puedo tomar la espada y gustar la pasión de la guerra? Como poeta, ¿por qué no puedo cantar todos los temas? Puedo trabajar los metales, puedo guardar los rebaños, puedo ser mercader… ¿Por qué no puedo ser un artista como los griegos? Dime, oh madre mía (y en esto se condensa toda mi inquietud), ¿por qué un hijo de Israel no puede hacer todo lo que hace un romano?

El lector relacionará las preguntas anteriores con la conversación que había tenido el muchacho en la plaza del mercado. La madre, escuchando con todas las facultades despiertas por algo que una persona menos interesada en el adolescente no habría captado, no tardó más en establecer la misma relación, sugerida por las conexiones del tema, la dirección que tomaban las preguntas, y posiblemente por el tono y el acento en que habían sido formuladas. Tomó asiento y, con voz tan pronta e incisiva como la de su hijo, respondió:

—¡Comprendo, comprendo! Debido al ambiente, durante su infancia, Messala era casi judío. Si se hubiese quedado aquí, habría podido convertirse en un prosélito, pues hasta tal punto acogemos las influencias que maduran nuestras vidas. Pero los años pasados en Roma han pesado excesivamente en él. Nome maravilla el cambio, pero —y aquí su voz se quebró—, podía haber sido más tierno, por lo menos contigo. Duro y cruel es el temperamento del hombre que ya en la juventud sabe olvidar sus primeros afectos.

La mano de la mujer descendió suavemente sobre la frente del chico. Se introdujo entre sus cabellos y se entretuvo acariciándolos amorosamente, mientras sus ojos buscaban las estrellas más altas que descubría la mirada. Su orgullo respondía al del muchacho, no meramente como un eco, sino al unísono de una compenetración perfecta. Quería contestarle. Pero, al mismo tiempo, por nada del mundo habría querido darle una contestación poco satisfactoria: admitiendo que existiese una inferioridad podía debilitar el ánimo del hijo para toda la vida. La desconfianza en su propia capacidad le hacía tartamudear.

—El tema que me propones, oh mi Judá, no es para ser tratado por una mujer. Déjame que lo aplace hasta mañana, y yo haré que el sabio Simeón…

—No me remitas al rector —pidió él, bruscamente.

—Haré que venga a vernos.

—No. Yo busco algo más que una información. Y si bien él podría dármela mejor que tú, oh, madre mía, tú puedes darme lo que por su parte sería imposible dar: la decisión, que es el alma del alma de un hombre.

La madre recorrió el firmamento con una rápida mirada, tratando de abarcar todo el significado de las preguntas del hijo.

—Cuando anhelamos justicia para nosotros mismos, jamás es prudente ser injustos con los demás. Al negar valor en el enemigo al cual hemos derrotado, rebajamos nuestra victoria. Si el enemigo ha sido lo bastante fuerte para mantenernos a distancia y mucho más si lo ha sido para vencernos… —la madre vacilaba—, nuestra propia estimación nos obliga a buscar otras explicaciones a nuestras desgracias que la de acusarle de poseer cualidades inferiores a las nuestras propias.

Hablando luego más consigo misma que para su hijo, la madre empezó a decir:

—Fortalece tu corazón, hijo mío. Messala desciende de noble linaje. Su familia ha sido ilustre durante muchas generaciones. En los días de la Roma republicana (hasta qué tiempo remoto, es cosa que no puedo decirte), sus antepasados fueron famosos, algunos como soldados, otros en funciones civiles. No recuerdo sino a un cónsul de este nombre. Tenían el rango de senadores, y la gente buscó siempre su patronazgo porque siempre fueron ricos. No obstante, si tu amigo se vanagloriaba hoy de su ascendencia, podías tú dejarle corrido enumerándole la tuya. Si él se refería a las edades a través de las cuales puede seguirse el árbol familiar o las hazañas, jerarquías o riquezas (y tales alusiones, excepto cuando las grandes ocasiones las exigen, son prenda de mentes mezquinas), si las mencionaba en prueba de superioridad, tú sin miedo y tomándolas una por una, podías haberle desafiado a comparar nuestros respectivos historiales.

Parándose a meditar un momento, la madre prosiguió:

—Una de las ideas que se impone prontamente en esta época es la de que el tiempo tiene mucho que ver con la nobleza de las razas y las familias. El romano que se jacte sobre este particular comparándose con un hijo de Israel, quedará confundido en cuanto se someta a una prueba. La fundación de Roma marca su punto de arranque, y pocos de ellos pueden seguir su ascendencia hasta dicho período. Pocos de ellos lo pretenden, y de los pocos que lo intentan te digo yo que ninguno podría sostener su alegato sin recurrir al testimonio de la tradición. Ciertamente, Messala no podría. Volvamos la vista ahora a nosotros. ¿Le aventajamos?

Un poco más de luz habría permitido al hijo observar la expresión de orgullo que se difundía por la faz de su madre.

—Imaginemos que el romano nos plantea semejante trato. Yo le respondería sin vacilación y sin jactancia.

Su voz titubeó. Un pensamiento más tierno le hizo cambiar la índole del argumento.

—Tu padre, oh mi Judá, descansa con los suyos. Sin embargo yo recuerdo, como si fuese esta misma noche, el día que él y yo en compañía de muchos amigos alborozados, subimos al templo a presentarte al Señor. Sacrificamos las palomas, y yo le di al sacerdote tu nombre, que él escribió en mi presencia: "Judá, hijo de Ithamar, de la Casa de Hur". Entonces se llevaron el nombre al registro y lo escribieron en un libro de la sección de historiales de la santa familia. No puedo decirte cuándo empezó la costumbre de inscribir a las personas de este modo. Sabemos que estaba en boga antes de la huida de Egipto. He oído decir a Hillel que Abraham hizo abrir el registro con su propio nombre y los de sus hijos, movidos por las promesas del Señor que lo separaban a él y a los suyos de todas las demás razas concediéndoles la alcurnia más alta y selecta, haciéndolos los escogidos de la tierra. El pacto con Jacob tuvo un efecto semejante. "En tu simiente serán bendecidas las naciones de la tierra." Así dijo el ángel a Abraham en el lugar de Jehovajireh. "Y el terreno en donde descansas, a ti te lo daré, y a tu simiente", dijo el Señor a Jacob, dormido en Bethel, camino de Harán. Más tarde, los sabios pensaron en la conveniencia de una justa distribución de la tierra prometida. Y para que el día de la partición se supiera quiénes tenían derecho a recibir parcelas, se abrió el Libro de las Generaciones. Pero no fue solamente por eso. La promesa de bendecir a toda la tierra a través del patriarca apuntaba a un futuro lejano. Un solo nombre se mencionaba relacionado con aquella bendición. El benefactor podía ser el más humilde de la familia elegida, porque el Señor nuestro Dios no sabe de distinciones de rango ni de fortuna. Así, para que la generación que debía presenciarlo viera el hecho más claro, y a fin de que sus componentes pudieran dar la gloria a quien perteneciese, era preciso que se llevara el registro con una meticulosidad absoluta. ¿Ha sido llevado así?

El abanico se movió en vaivén, hasta que, agitado por la impaciencia, el adolescente repitió la pregunta.

—¿Es absolutamente fiel a ese registro?

—Hillel dijo que lo era, y de todos los hombres que han existido, ninguno mejor informado de esta cuestión. En determinadas épocas, nuestro pueblo ha prestado poca atención a ciertos aspectos de la ley, pero jamás olvidó éste. El excelente rector ha seguido los Libros de las Generaciones a lo largo de tres períodos: desde las promesas hasta la apertura del templo, de ahí hasta la cautividad, y de ahí hasta el presente. Sólo en una ocasión sufrieron contratiempos los registros, y fue al final del segundo período. Pero en cuanto la nación regresó de su largo exilio, como atención debida a Dios, Zorobabel restauró los Libros, permitiéndonos, una vez más, seguir ininterrumpidamente los linajes de la descendencia judía por espacio de dos mil años. Y ahora…

La madre hizo una pausa como para dar ocasión al oyente de medir el tiempo que había mencionado.

—Y ahora —prosiguió—, ¿cómo queda el gesto romano de vanagloriarse de una sangre enriquecida por las edades? Según esa prueba, los hijos de Israel que guardan los rebaños allá en el viejo Rephaim, son más nobles que el más noble de los Marcios.

—Pero, madre… Según los libros, ¿quién soy yo?

—Lo que he dicho hasta aquí, hijo mío, estaba relacionado con tu pregunta. Te contestaré. Si Messala estuviera presente, tal vez objetara como otros han hecho, que el rastro exacto de tu linaje se interrumpió cuando los asirios tomaron Jerusalén y desviaron el templo, con todas sus preciosas reliquias. Pero tú podrías alegar la piadosa acción de Zorobabel, y replicar que toda certeza con respecto a las genealogías romanas terminó cuando los bárbaros de Occidente tomaron Roma y acamparon durante seis meses en su asolado emplazamiento. ¿El gobierno recogía la historia de las familias? No, no. Nuestros Libros de las Generaciones dicen la verdad, y siguiéndolos en sentido retrospectivo hasta llegar a la cautividad, hasta la fundación del primer templo y hasta la salida de Egipto, tenemos la certeza absoluta de que desciendes en línea directa de Hur, el asociado de Josué. Si el tiempo santifica el linaje, ¿cabe un honor más grande y perfecto? ¿Deseas llevar la investigación más atrás? De ser así, coge la Torá, busca el Libro de los Números y, entre las setenta y dos generaciones que sucedieron a Adán, puedes encontrar al mismo progenitor de tu estirpe.

Hubo un rato de silencio en la cámara de la azotea.

—Te doy las gracias, madre mía —exclamó después Judá, estrechando en la suya las dos manos de su madre—. Te doy las gracias de todo corazón. Hice bien al no querer que llamases al buen rector. No habría podido dejarme más satisfecho de lo que me has dejado tú. Sin embargo, para que una familia sea verdaderamente noble, ¿es suficiente el tiempo nada más?

—Ah, lo olvidas, lo olvidas. Nuestro alegato no se funda meramente en el tiempo. La preferencia de Dios constituye nuestro timbre especial de gloria.

—Tú hablas de la raza, madre. Yo hablo de la familia, de nuestra familia. En los años que se han sucedido desde nuestro padre Abraham, ¿qué hazañas ha realizado? ¿Qué ha hecho? ¿Qué grandes cosas ha llevado a cabo que la eleven por encima del nivel de las otras?

La madre titubeó, temiendo que hubiera estado todo el rato interpretando mal el propósito de su hijo. Las noticias que éste buscaba podían significar mucho más una simple satisfacción de la voluntad herida. La juventud no es sino la pintada concha dentro de la cual, en continuo crecimiento, vive ese ente maravilloso que es el espíritu del hombre, solicitando el momento de hacer aparición, que en unos se da antes que en otros. La madre se estremecía al percibir que en aquel instante quizá sonase para su hijo el momento supremo; que, cual los niños al nacer extienden las inexpertas manos tentando las sombras mientras el llanto abre sus labios, así quizá su espíritu luchase, en medio de una ceguera temporal, por asirse a su impalpable futuro. Aquellos a los cuales acude un muchacho preguntando: "¿Quién soy yo y qué he de ser?", deben andar con muchísimo cuidado. Cada palabra de la respuesta puede resultar para su vida futura lo que el toque de cada dedo del artista en la arcilla que está modelando.

—Tengo la sensación, oh Judá mío —dijo la mujer, dándole unas palmaditas en la mejilla con la misma mano que él había estado acariciando—, tengo la sensación de que todo lo que he dicho ha sido una escaramuza con un antagonista más real que imaginario. Si Messala es el enemigo, no me dejes combatiendo con él a oscuras. Cuéntame todo lo que te ha dicho.

Capítulo Cinco

ROMA E ISRAEL: UNA COMPARACIÓN

El joven israelita tomó entonces la palabra y reprodujo la conversación con Messala, deteniéndose de un modo particular en las frases despectivas que éste había tenido para los judíos, sus costumbres y el muy limitado círculo de su existencia. Temerosa de interrumpir, la madre escuchaba, discerniendo claramente la cuestión. Judá había ido al palacio de la plaza del mercado atraído por el afecto de un compañero de juego a quien esperaba encontrar exactamente igual que cuando se separaron, años atrás. Y se enfrentó con un hombre, y en vez de reír y recordar los juegos pretéritos, el hombre no había tenido palabras sino para el futuro, refiriéndose a la gloria que tenía que conquistar, a las riquezas y al poder. Inconsciente del origen de aquello, el visitante se había marchado herido en su orgullo, aunque estimulado por una ambición natural. Pero la madre lo veía, y no sabiendo qué inclinación podían tomar aquellas aspiraciones, se sintió de pronto invadida por un temor genuinamente judío. ¿Qué sería si aquellas ambiciones se convertían en un señuelo que le apartaba de la fe patriarcal? A sus ojos, tal consecuencia era más temible que todas las demás. Se le ocurría una sola manera de evitarlo, y se puso a la tarea inmediatamente, y el amor vino a reforzar el ascendiente que siempre tuvo sobre su hijo, de tal manera que su discurso adquirió a ratos una energía viril, y a ratos el fervor de un poeta.

—Jamás hubo un pueblo —empezó diciendo—, que no se creyese igual, por lo menos, a cualquier otro, ni ninguna gran nación que no se creyese la superior. Cuando los romanos miran por encima del hombro a Israel y se ríen, repiten meramente la locura de los egipcios, los asirios y los macedonios. Y como su carcajada va contra Dios, el resultado será el mismo.

Ahora su voz se hizo más firme.

—No existe una norma según la cual determinar la superioridad de las naciones. De ahí la vanidad de tal pretensión y la ociosidad de disputar sobre ella. Un pueblo se levanta, corre su carrera y muere, bien por su propia mano, bien por mano de otro, que sucediéndole en el poder ocupa su puesto e inscribe nombres nuevos sobre los monumentos antiguos. Así es la historia. Si me pidieran que simbolizara a Dios y al hombre de la forma más sencilla, dibujaría una línea recta y un círculo, y de la línea diría: "Éste es Dios, porque sólo Él se mueve eternamente hacia delante". Y del círculo: "Éste es el hombre. Tales son sus movimientos". No quiero decir que no haya diferencia entre las carreras de las naciones. No hallarás dos iguales. Pero la diferencia no está en la extensión del círculo que describen, ni en el espacio de tierra que cubren, sino en la esfera en que se mueven, siendo la más alta la más próxima a Dios. Pararme aquí, hijo mío, sería dejar el tema en el punto en que lo hemos empezado. Prosigamos. Existen señales para medir el radio del círculo que cada nación describe durante su curso. Comparemos, según ellas, a hebreos y romanos. La señal más simple la proporciona la vida cotidiana del pueblo. Sobre esto sólo diré que Israel ha olvidado en ocasiones a Dios, mientras que los romanos jamás lo conocieron. En consecuencia, no es posible la comparación. Tu amigo o mejor dicho, tu antiguo amigo, nos acusaba, si te he comprendido bien, de que no tenemos poetas, ni artistas, ni guerreros. Con lo cual se proponía, supongo, negar que hayamos tenido grandes hombres: el otro signo más infalible de todos, después del primero. Un gran hombre, oh hijo mío, es aquel cuya vida demuestra que ha sido reconocido, si no llamado, por Dios. Un persa sirvió de instrumento para castigar a nuestros padres apóstatas. Otro persa fue elegido para devolver a los hijos de aquéllos a Tierra Santa. Mayor que ambos fue, sin embargo, el macedonio cuya mano vengó la destrucción de Judea y del templo. Lo que distinguió esencialmente a aquellos hombres fue que fueron elegidos por Dios, cada cual para llevar a cabo un designio divino. Su calidad de gentiles no disminuye su gloria. No pierdas de vista esta definición mientras prosigo.

"Se supone que la guerra es la más noble ocupación de los hombres y que la mayor grandeza consiste en ensanchar los campos de batalla. Aunque el mundo haya aceptado esta idea, no te dejes engañar. Que debemos adorar algo es una ley que continuará en vigor mientras haya algo que no podamos comprender. La oración del bárbaro es un gemido de miedo dirigido a la Fuerza, la única cualidad divina que puede concebir claramente. De ahí su fe en los héroes. ¿Qué es Júpiter sino un héroe romano? La excelsa gloria de los griegos radica en haber sido los primeros que elevaron a la Razón por encima de la Fuerza. En Atenas, al orador y al filósofo los reverenciaban más que al guerrero. El conductor de carrozas y el que gana carreras pedestres siguen siendo los ídolos de la arena. Pero la inmortalidad queda reservada para el cantor más dulce. Varias ciudades se disputan el honor de haber sido la cuna de un mismo poeta. Pero, ¿fue el heleno el primero en negar la antigua fe de los bárbaros? No. Hijo mío, esa gloria nos pertenece a nosotros. Contra la brutalidad, nuestros padres erigieron a Dios. En nuestro culto, el gemido del miedo dejó lugar al hosanna y al salmo. Los hebreos y los griegos habrían hecho progresar en sentido ascendente a toda la humanidad. Más, ¡ay!, los que gobiernan el mundo presuponen que la guerra es una constante eterna, por lo cual por encima de la razón y por encima de Dios, los romanos han entronizado al César, el que absorbe todo poder asequible, el que prohíbe toda otra grandeza.

"La época griega fue un período de florecimiento del genio. En premio de la libertad que entonces se disfrutó, ¡qué pléyade de pensadores ofreció la razón! Todas las ramas del saber alcanzaron un esplendor tal y una perfección tan absoluta, que en todo menos en la guerra, los romanos han recurrido a la imitación. Un griego es actualmente el modelo de los oradores del Foro. Escucha bien, y en todas las canciones romanas oirás el ritmo de los griegos. Si un romano abre la boca para hablar sabiamente de moral o de lucubraciones abstractas, es un plagiario o es el discípulo de alguna escuela que tuvo por fundador a un heleno. En nada sino en la guerra, lo repito, tiene derecho Roma a reclamar para sí la originalidad. Sus juegos y espectáculos son inventos griegos salpicados de sangre para halagar la ferocidad de su populacho. Su religión, si merece tal nombre, está hecha con las aportaciones de la fe de todos los demás. Sus dioses más venerados vienen del Olimpo, incluso su Marte, y hasta el Júpiter que Roma ensalza de tal modo. De modo, hijo mío, que entre el mundo entero sólo Israel puede disputar la superioridad a los griegos, y pretender arrebatarles la palma del genio más genuino.

"Para las excelencias de los otros pueblos, el egocentrismo no es una coraza, impenetrable como el peto de su armadura. ¡Ah, esos saqueadores implacables! Bajo sus pisadas, la tierra tiembla como un suelo azotado a latigazos. Junto con los demás, hemos caído nosotros. ¡Ay qué pena, hijo mío, que tenga que decírtelo! Ellos son dueños de nuestros puestos más elevados y más santos, y nadie puede aventurar cómo terminará esta ciudad. Pero una cosa sé, y es que ellos pueden triturar a Judea como una almendra machacada a martillazos y devorar a Jerusalén, que es el aceite y la miel del mundo. Y, no obstante, la gloria de los hombres de Israel perdurará como una luz en el firmamento elevada a cimas que ellos no alcanzarán. Porque su historia es la historia de Dios, que la escribió con las manos de aquellos hombres, lo proclamó con sus lenguas, y estuvo Él mismo en todo lo bueno que hicieron, hasta en lo más nimio. Dios, que habitó con ellos, en el Sinaí como Legislador, en el desierto como Guía, en la guerra como Capitán, en el gobierno como Rey… Dios, que muchas veces apartó las cortinas del pabellón en que tiene su lugar de reposo, de esplendor irresistible, y, como un hombre que habla a otros hombres, les enseñó el camino del bien y de la felicidad, y cómo debían vivir, y les hizo promesas por las cuales han de continuar eternamente en vigor. Oh, hijo mío, ¿será posible que aquellos con los cuales habitó Jehová así, con una familiaridad tan pasmosa, no recogieran algo de Él? ¿Que en sus vidas y gestas las cualidades humanas comunes no se mezclaran y tiñeran hasta cierto punto con lo divino? ¿Que sus genios no encerrasen en sí, aun después del transcurso de las edades, algo de celestial?

Por un buen rato, el susurro del abanico fue el único sonido que se percibía en la cámara.

—Si consideramos el arte limitado a la escultura y a la pintura, es cierto —dijo luego la madre—. Israel no ha tenido artistas.

Tal confesión salió con pesar de sus labios, porque debe recordarse que aquella mujer era saducea, y su fe, al contrario de la de los fariseos, permitía amar lo bello en todas sus formas y sin atender a su origen.

—Sin embargo, quien quiera hacernos justicia —prosiguió luego—, no olvidará que la habilidad de nuestras manos quedó atada por la prohibición: "No levantarás ante ti ninguna imagen esculpida, ni nada que se parezca a un ser cualquiera", que el Sopherim extendió perversamente más allá de su propósito y de su tiempo. Como tampoco debe olvidarse que mucho antes de que apareciera Dédalo en el Ática y con sus estatuas de madera transformase la escultura hasta hacer posibles las escuelas de Corinto y Egina, con sus últimos triunfos de Poecilo y el Capitolio, mucho antes de Dédalo, repito, dos israelitas, Bezaleel y Aholiab, los maestros constructores del primer tabernáculo, se dice que fueron expertos "en todas las artes manuales" y esculpieron los querubines del trono de la misericordia encima del arca. Eran de oro batido, no cincelado. Unas estatuas a la vez humanas y divinas. "Y deberán extender sus alas hacia lo alto… y sus caras se mirarán mutuamente." ¿Quién afirmará que no eran hermosos, o que no fueron las primeras estatuas?

—¡Oh, ahora veo que los griegos nos han dejado atrás! —exclamó Judá, vivamente interesado—. Y el arca… ¡malditos sean los babilonios que la destruyeron!

—No, Judá, no te apartes de la fe. No quedó destruida, sino únicamente perdida, escondida con demasiada precaución en alguna cueva de las montañas. Un día (tanto Hillel como Shammai lo aseguran), un día, cuando el Señor señale la hora, la encontrarán y la traerán, e Israel danzará ante ella, cantando como en los antiguos tiempos. Y los que entonces vean las caras de los querubines, por más que hayan visto el rostro de la Minerva de marfil, se mostrarán dispuestos a besar la mano del judío, por amor a su genio, dormido por espacio de millares de años.

La madre, en su vehemencia, había levantado la voz y pronunciado estas frases casi con la viveza y la pasión de un orador. Para recobrarse, o para recoger de nuevo el hilo de su pensamiento, descansó un rato.

—Qué buena eres, madre! —dijo el adolescente, agradecido—. Jamás me cansaré de repetirlo. Shammai no habría podido hablar mejor, ni tampoco Hillel. Yo vuelvo a ser un verdadero hijo de Israel.

—¡Adulador! —dijo ella—. Tú no sabes que no hago otra cosa que repetir lo que oí a Hillel en una discusión que tuvo un día en mi presencia con un sofista de Roma.

—No importa. El calor y el sentimiento son tuyos.

La madre recobró al momento la seriedad.

—¿Dónde estaba? Ah, sí, reclamaba para nuestros padres el honor de haber fabricado las primeras estatuas. La habilidad del escultor no acapara todo el campo del arte, como tampoco el arte condensa en sí toda la grandeza. Siempre me imagino a los grandes hombres desfilando a lo largo de los siglos en grupos, en vistosas compañías, separables según sus nacionalidades. Aquí los hindúes, allí los egipcios, más allá los asirios. Sobre ellos, la música de las trompetas y el esplendor de las banderas. Y a derecha e izquierda, como espectadores reverentes, las generaciones, innumerables, que han vivido desde el comienzo. Mientras desfilan, me imagino a los griegos gritando: "¡Mirad! La Hélade abre la marcha". Entonces los romanos replican: "¡Silencio! El lugar que vosotros ocupabais, ahora nos corresponde a nosotros. Os hemos dejado atrás como polvo hollado" Y todo el rato, desde la cabeza hasta la zaga de la columna que desfila, así como hasta el más lejano futuro, se extiende un chorro de luz del cual los caminantes no saben nada, excepto que los guía eternamente adelante… ¡la luz de la revelación! ¿Quiénes son los que la llevan? ¡Ah, son los de la antigua sangre judía! ¡Cómo brinca en nuestras venas al pensarlo! Por la luz los conoceremos. ¡Tres veces benditos, oh padres nuestros, servidores de Dios, guardadores de las alianzas! Vosotros sois los hombres, tanto de los vivos como de los muertos. La primera línea es vuestra y, aunque cada romano fuese un césar, ¡no podríais perderla!.

Judá estaba profundamente conmovido.

—No te interrumpas, te lo ruego —exclamó—. Tú me haces oír el son de los tamboriles. Espero ver a Miriam y a las mujeres que la seguían bailando y cantando.

La madre captó los sentimientos del hijo y, con despierto criterio, los entretejió en su discurso.

—Muy bien, hijo mío. Si sabes oír los tamboriles de la profetisa, serás capaz de hacer lo que iba a pedirte. Puedes echar mano de tu fantasía y quedarte a mi lado, como a un lado de la comitiva, mientras los escogidos de Israel pasan ante nosotros, a la cabeza de la procesión. Ahí vienen. Los patriarcas, primero. Luego, los padres de las tribus. Casi oigo las campanillas de sus camellos y el balar de sus rebaños. ¿Quién es ese que anda solo entre las compañías? Un anciano. Aunque su ojo no ha perdido el brillo, ni su fuerza natural, aparece decaído. ¡Él vio a Dios cara a cara! Guerrero, orador, poeta, legislador, profeta; su grandeza es como la del sol de la mañana, el raudal de su esplendor apaga las otras luces, incluso las de los primeros y más nobles de los césares. Detrás de él vienen los jueces. Y luego, los reyes. El hijo de Jessé, un héroe en la guerra y un cantor de himnos, eternos como el del mar. Y su hijo, el cual, aventajando a todos los otros reyes en riquezas y sabiduría, hizo habitable el desierto y fundó ciudades en extensos territorios, sin olvidar nunca a Jerusalén, escogido por Dios para sede suya en la tierra. ¡Inclínate, hijo mío! Los que vienen ahora son los primeros de su estirpe, y los últimos. Levantan el rostro, como si oyesen una voz en el cielo y aguzaran el oído. Sus vidas estuvieron saturadas de pesares. Su vestidos huelen a tumbas y a cavernas. Escucha a una mujer entre ellos. "Cantad al Señor, porque ha triunfado gloriosamente!". ¡No, baja la frente hasta el polvo ante ellos! Fueron lenguas de Dios, sirvientes suyos que escudriñaron los cielos y, viendo todo el futuro, escribieron lo que habían visto, dejando lo escrito para que fuese confirmado por el tiempo. Los reyes palidecían cuando los veían acercarse. Las naciones temblaban al son de sus voces. Los elementos se convertían en sus criados. En las manos llevaban todos los bienes y todas las plagas. ¡Ve al Tishbita y a su criada Elihsa! ¡Ve al entristecido hijo de Hilkiah, y al primero, el que contempló visiones junto al río Chebar! Y de los tres hijos de Judá que rechazaron la imagen de los babilonios, ¡mira!, mira aquel que en el festín de los mil señores confundió de tal modo a los astrólogos. Y más allá (¡oh, hijo mío, besa el polvo de nuevo!), al dulce hijo de Amos, ¡de quien el mundo recibió la promesa del Mesías que ha de venir!

Durante este párrafo el abanico se había movido rápidamente. Entonces se detuvo, y la voz de la mujer se amortiguó.

—Estás cansado —dijo.

—No —respondió el muchacho—. Estaba escuchando un nuevo himno de Israel.

La madre seguía atenta a su propósito y pasó por alto el halagador comentario.

—Bajo la luz que me ha sido posible, Judá mío, he presentado ante ti a nuestros grandes hombres: patriarcas, legisladores, guerreros, cantores, profetas. Volvamos la mirada hacia lo mejor de Roma. Delante de Moisés, coloquemos a César; y a Tarquino, delante de David. Sila, ante cualquiera de los Macabeos. El mejor de los cónsules, junto a los jueces; Augusto, junto a Salomón, y habremos terminado: la comparación acaba aquí. Pero piensa entonces en los profetas: los mayores de los mayores.

La mujer se rió con desdén.

—Perdóname. Estaba pensando en el adivino que prevenía a Cayo Julio contra los idus de marzo, y me lo imaginaba buscando en las entrañas de un pollo los malos agüeros que su amo despreciaba. Desde este cuadro vuelve la vista hacia Elijah sentado en la cima del monte, camino de Samaria, entre los cuerpos humeantes de Ahab de la cólera de nuestro Dios. Finalmente, oh Judá mío, si podemos permitirnos sin irreverencia la comparación, ¿cómo juzgaremos a Jehová y a Júpiter, si no es por lo que sus servidores han hecho en sus respectivos nombres? Y en cuanto a lo que vas a hacer… —La madre pronunció estas últimas palabras muy lentamente, y con voz temblorosa—. En cuanto a lo que vas a hacer, hijo mío, será servir al Señor, al Señor Dios de Israel, no a Roma. Para un hijo de Abraham no existe la gloria sino en los caminos del Señor. En ellos, por el contrario, se encuentra en abundancia.

—¿Podré ser, pues, soldado?

—¿Por qué no? ¿No llamó Moisés a Dios capitán de guerra?

En el pabellón de verano hubo un largo silencio.

—Tienes mi consentimiento —dijo por último la madre—, con tal de que sirvas al Señor y no al César.

El muchacho se conformó con la condición y, poco a poco, quedó dormido.

Entonces la madre se levantó, le puso el cojín debajo de la cabeza, le arropó con una manta y, besándole tiernamente, se alejó.

Capítulo Seis

EL ACCIDENTE DE GRATO

El hombre bueno, lo mismo que el malo, ha de morir. Pero, recordando las enseñanzas de nuestra fe, de él y de tal acontecimiento decimos: "No importa; abrirá los ojos en el cielo". Lo más aproximado a ello en la vida es el despertar pasando de un sueño saludable y reparador a una percepción pronta y clara de cuadros y sones deliciosos.

Cuando Judá despertó, el sol estaba muy alto sobre los montes, las palomas habían salido a bandadas, llenando el aire con los destellos de sus blancas alas, y hacia el sudoeste contemplaba el templo, una aparición áurea en el azul del cielo. Sin embargo, aquellos eran objetos familiares y no merecieron sino una mirada fugitiva. En el borde del diván, muy próxima a él, estaba sentada una muchachita de apenas quince años, que cantaba acompañándose de un nebel, apoyado en sus rodillas, y que tocaba con delicada gracia. El joven se volvió hacia ella, escuchando. He aquí lo que cantaba:

EL SUEÑO
¡Sin despertar, escúchame, amor!
Errando, errando del sueño por el mar,
tu espíritu al mío ha venido a llamar.
¡Sin despertar, escúchame, amor!
Un don del sueño, el rey del descanso,
los sueños felices, dichosos te traigo.
¡Sin despertar, escúchame, amor!
De todo el mundo de sueños, sea el que a ti vino
el que ahora tú escojas, el más dulce y divino.
¡Escoge, pues, y duerme, mi amor!
Pero nunca más puedas elegir,
a menos, a menos… que sueñes en mí.

La niña dejó el instrumento y, abandonando las manos sobre el regazo, aguardó a que él hablase. Y como se hace necesario que digamos algo de ella, aprovecharemos la oportunidad, añadiendo todos los datos particulares de la familia en la cual nos hemos introducido que el lector desee conocer. Los favores de Herodes habían dejado a su muerte a muchas personas enriquecidas con vastas posesiones. Cuando a la fortuna material se unía la de descender en línea directa e indiscutible de algún hijo famoso de una de las tribus, especialmente si era la Judá, el dichoso mortal quedaba erigido en príncipe de Jerusalén. Una distinción que bastaba para depararle los homenajes de sus compatriotas menos favorecidos, y el respeto, si no algo más, de los gentiles con los cuales le ponían en contacto los negocios o el trato social. De los componentes de este estamento, ninguno se había conquistado, así en la vida privada como en la pública, una consideración mayor que el padre del muchacho al que venimos siguiendo. Sin dejar de acordarse ni por un momento de su país, supo ser, no obstante, leal al rey, sirviéndole fielmente en el interior y en el extranjero. Determinadas misiones lo llevaron a Roma, donde su conducta llamó la atención de Augusto, el cual se esforzó sin disimulo en ganarse su amistad. De ahí que guardase en su casa muchos regalos que hubieran halagado la vanidad de los reyes (togas de púrpura, sillones de marfil, páteras de oro), mucho más valiosos todavía por haber sido la mano imperial la que los había entregado como prenda de distinción. Un hombre tal no podía por menos de ser rico. No obstante, su opulencia no derivaba únicamente de la largueza de sus regios protectores. El había obedecido gustoso la ley que le obligaba a tener una ocupación, y en vez de una había abarcado varias. De los pastores que cuidaban rebaños por las llanuras y las faldas de los montes hasta el antiguo Líbano, un buen número le rendía cuentas en calidad de dueño del ganado. En las ciudades del litoral, así como en las del interior, había fundado casas de tráfico. Sus barcos le traían plata de Hispania, cuyas minas eran entonces las más ricas que se conocían, mientras sus caravanas llegaban de Oriente dos veces al año, cargadas de sedas y especias. En cuestiones de fe, era hebreo, observador de la ley y de todos los ritos esenciales. Sus puestos en la sinagoga y en el templo no tenían que llorar su ausencia. Conocía a fondo las Escrituras. Se recreaba con el trato de los profesores de los colegios, y llevaba su respeto por Hillel casi hasta el extremo de la adoración. Sin embargo, no era en ningún aspecto un separatista. Su hospitalidad incluía a los extranjeros y había sentado a su mesa hasta a los samaritanos. Si hubiese sido un gentil y hubiese vivido, el mundo quizá le habría oído nombrar como rival de Herodes Atico. El caso es que pereció en el mar unos diez años antes de este segundo período de nuestra historia. Hemos entrado ya en relación con dos miembros de su familia: su viuda y su hijo.

El único que nos faltaba conocer era una hija, la niña a quien hemos visto cantándole a su hermano.

Tirzah se llamaba la muchacha, y mientras ella y su hermano se miraban mutuamente, su parecido resaltaba con toda claridad. La fisonomía de la niña tenía la misma regularidad que la del muchacho, y era del mismo tipo judío. Poseían también en común el encanto de la inocencia infantil en la expresión. La vida hogareña y el confiado amor que suele engendrar permitía el negligente atavío en que se presentaba la niña. Una camisa abotonada sobre el hombro derecho, que pasaba holgadamente por encima del pecho y la espalda y por debajo del brazo izquierdo, no escondía sino a medias su persona más arriba de la cintura, al paso que dejaba los brazos completamente desnudos. Un ceñidor recogía los pliegues de la prenda, señalando el principio de la falda. La cabeza la llevaba cubierta de un modo muy sencillo y elegante con un pañuelo listado, de la misma tela, con hermosos bordados y atado en estrechas bandas, de modo que descubriese la forma de su cabeza sin hacerla aparecer más grande, y el conjunto lo coronaba una borla que descendía de la coronilla del gorro. Llevaba pendientes en las orejas y anillos en los dedos, brazaletes, y ajorcas en los tobillos, todo de oro. En el cuello llevaba un collar de oro curiosamente adornado con una red de finas, delicadas cadenitas, de las cuales partían colgantes de perlas. Llevaba las puntas de las pestañas y las yemas de los dedos pintadas. El cabello le colgaba en dos largas trenzas por la espalda. Un rizado bucle reposaba sobre cada mejilla, delante de la oreja respectiva. Habría sido imposible negar su gracia, su refinamiento y su belleza.

—¡Muy hermosa, Tirzah mía, muy hermosa! —exclamó el adolescente, con gran animación.

—¿La canción? —preguntó ella.

—Sí, y la cantante también. Tiene una fantasía griega. ¿Dónde la aprendiste?

—¿Te acuerdas del griego que actuaba en el teatro el mes pasado? Decían que solía cantar en la corte para Herodes y su hermana Salomé. Salió precisamente un instante después de una exhibición de luchadores y en la sala todo era ruido. Pero a la primera nota se hizo un silencio tan grande, que oí hasta la menor palabra. De él aprendí la canción.

—Pero la cantaba en griego.

—Y yo en hebreo.

—Ah, sí. Estoy orgulloso de mi hermanita. ¿Sabes otra igualmente bella?

—Muchas. Pero ahora dejémoslas. Amrah me ha enviado a decirte que te subirá el desayuno, y no es preciso que baje. En estos momentos ya debería estar aquí. Te cree enfermo; se figura que ayer te ocurrió un accidente terrible. ¿Qué fue? Cuéntamelo y ayudaré a Amrah a medicarte. Ella conoce los remedios de los egipcios, que siempre fueron una colección de estúpidos, pero yo tengo muchas recetas de los árabes, los cuales…

—Son todavía más estúpidos que los egipcios —concluyó el muchacho, meneando la cabeza.

—¿Lo crees así? Muy bien, pues —replicó ella casi sin pausa, y llevándose las manos a la oreja izquierda—. No querremos saber nada de las recetas de los unos ni de las de los otros. Aquí tengo una cosa mucho mejor y más segura: el amuleto que un mago persa dio a un miembro de nuestra familia, no sé cuándo, hace muchísimo tiempo. Mira. La inscripción está casi completamente borrada.

La niña ofreció el pendiente a su hermano, el cual lo cogió, lo miró y se lo devolvió riendo.

—Aunque me estuviese muriendo, Tirzah, no podría servirme de su poder. Es una reliquia de la idolatría, prohibida a todos los hijos e hijas creyentes de Abraham. Tómalo, pero no lo lleves más.

—¿Prohibido? No hay tal —objetó la hermana—. La madre de nuestro padre lo llevó no sé cuántos sábados de su vida. Ha curado no sé a cuánta gente. Por lo menos, pasan de tres. Y está aprobado. Mira, ahí verás la señal de los rabíes.

—No tengo fe en amuletos.

Tirzah levantó los ojos atónita hasta encontrar los del muchacho.

—¿Qué diría Amrah?

—Los padres de Ámrah se dedicaban a un trabajo muy humilde, a las orillas del Nilo.

—¿Y Gramaliel?

—Gramaliel dice que son invenciones impías de descreídos y siquemitas.

Tirzah contempló el aro, asaltada por la duda.

—¿Qué haré con él?

—Llévalo, hermanita. Te favorece. Contribuye a embellecerte, aunque yo te juzgo muy hermosa hasta sin su ayuda.

La muchacha, muy satisfecha, se puso otra vez el amuleto en la oreja, a tiempo que entraba Amrah al pabellón de verano, trayendo una bandeja con una jofaina, agua y toallas.

Como Judá no era fariseo, la ablución fue breve y sencilla. La sirvienta volvió a salir, dejando a Tirzah en la tarea de peinar al hermano. Cuando tenía un bucle colocado a su gusto, se desataba el espejito metálico que, siguiendo la moda de sus compatriotas, llevaba colgado del cinturón, y se lo daba a Judá a fin de que pudiera fijarse en sus triunfos y en qué apuesto le dejaba. Entretanto, no dejaban de conversar.

—¿Qué te parece, Tirzah? Yo me marcho.

Ella dejó caer las manos, asombrada.

—¿Marcharte? ¿Cuándo? ¿A dónde? ¿Para qué?

El soltó la carcajada.

—¡Tres preguntas de un solo tirón! ¡Vaya mujer! —Un segundo después se puso serio—. Ya sabes que la ley me ordena elegir alguna ocupación. Y nuestro buen padre me dio el ejemplo. Hasta tú me despreciarías si gastase en la ociosidad los frutos de su industria y sus conocimientos. Me iré a Roma.

—Ay, yo quiero acompañarte.

—Tú debes quedarte con nuestra madre. Si la abandonásemos los dos, moriría.

La cara de la niña perdió la expresión luminosa.

—¡Ah, sí, sí! Pero ¿y tú? ¿Es preciso que marches? Aquí en Jerusalén puedes aprender todo lo que se necesita para ser un buen comerciante. Si ésa es la actividad que quieres escoger.

—No, no es la profesión en que estoy pensando. La ley no existe que el hijo sea lo que fue el padre.

—¿Qué otra cosa puedes ser?

—Soldado —replicó él, con cierto deje de orgullo en la voz.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas.

—Te matarán.

—Si tal es la voluntad de Dios, sea. Pero, Tirzah, no todos los soldados mueren en la guerra.

Tirzah le rodeó el cuello con los brazos, como para retenerle a su lado.

—¡Somos tan felices! Quédate en casa, hermano mío.

—Nuestra casa no puede continuar siempre como ahora. Tú misma te marcharás antes de mucho tiempo.

—Jamás!

La vehemencia de la exclamación hizo sonreír al adolescente.

—Un príncipe de Judá u otro de alguna de las tribus vendrá pronto a pedir a mi Tirzah y se la llevará a la grupa para que sea la luz de otro hogar. ¿Qué será de mí entonces?

La muchacha respondió con sollozos.

—La guerra es una profesión —continuó él, con mayor seriedad—. Para aprenderla bien, hay que ir a la escuela, y ninguna escuela como un campamento romano.

—¿Verdad que no lucharías por Roma? —preguntó Tirzah, conteniendo la respiración.

—Ni tú. Hasta tú la odias. El mundo entero la odia. En esto puedes buscar, oh Tirzah, la razón de la respuesta que voy a darte: sí, lucharé por ella, si, en pago, ella me enseña la manera de luchar un día contra ella.

—¿Cuándo te irás?

En aquel momento se oyeron las pisadas de Amrah, que regresaba.

—¡Silencio! —recomendó el muchacho—. Que no se entere de mi propósito.

La fiel esclava entró trayendo el desayuno y colocó la bandeja que lo contenía sobre un taburete situado ante los dos hermanos; luego, con las blancas servilletas sobre el brazo, se quedó para servirles. Los dos hermanos se habían mojado los dedos en la jofaina de agua y se disponían a secárselos cuando un ruido llamó su atención. Se pararon a escuchar y percibieron una música marcial que venía de la fachada norte de la casa.

—¡Soldados del Pretorio! ¡Debo verlos! —gritó Judá, saltando del diván y precipitándose fuera del aposento.

Un momento después, estaba inclinado sobre el parapeto de ladrillos que limitaba la azotea en el ángulo noroeste, y tan abstraído que no se daba cuenta de que tenía a Tirzah a su lado, apoyando una mano sobre el hombro. Siendo la azotea la más alta de la localidad, desde donde estaban se dominaban todas las cimas de los edificios, que se extendían hacia el este hasta la enorme e irregular Torre Antonia, mencionada ya como ciudadela de la guarnición y cuartel general del gobernador. La calle, de no más de diez pies de anchura, aparecía cruzada aquí y allá por puentes, que, lo mismo que las otras azoteas a lo largo del trayecto, empezaban a ocupar hombres, mujeres y niños atraídos por la música. Aunque la palabra era muy poco apropiada. Lo que llegaba a los oídos de la gente que salía era más bien un estrépito de trompetas y los estridentes litui, los clarines que tanto gustaban a los soldados.

Al cabo de un rato, el destacamento llegó a la vista de los dos adolescentes apostados sobre la casa de los Hur. Venía primero una vanguardia armada con armas ligeras (honderos y arqueros, en su mayor parte), marchando en filas e hileras notablemente distanciadas. Luego, un cuerpo de infantería pesada, dotada de grandes escudos y de hastae longae, es decir, de lanzas idénticas a las utilizadas en los duelos delante de Ilion. Luego, los músicos, y luego todavía un oficial a caballo, solo, pero seguido inmediatamente de una guardia de caballería, tras de la cual venía aún una columna de infantería también con armas pesadas, que, avanzando en apiñada formación, llenaba la calle desde una a otra pared, y parecía no tener fin. Las tostadas piernas de los hombres, el cadencioso ritmo con que se movían los escudos de derecha a izquierda, el destello de las escamas metálicas, hebillas, petos y yelmos, todos perfectamente bruñidos; las plumas meciéndose en los altos airones; el balanceo de las insignias y las lanzas calzadas de hierro; el paso audaz y confiado, acompasado y medido con rigurosa exactitud; el aire tan grave y tan vigilante, al mismo tiempo, de la tropa; la unidad casi mecánica de toda la masa en movimiento, causaron una tremenda impresión en Judá, como viniendo de algo más bien sentido que visto. Dos objetos fijaron principalmente su atención: el águila de la legión primero, una efigie dorada sostenida encima de una larga asta con las alas extendidas reuniéndose encima de la cabeza. El muchacho sabía que cuando la sacaban de su cámara en la Torre, la recibían con honores divinos.

El segundo objeto era el oficial que cabalgaba solo en medio de la columna. Excepto por la cabeza, que mostraba desnuda, llevaba la armadura completa. De su cadera izquierda colgaba una espada corta, y en la mano ostentaba un bastón de mando, que tenía el aspecto de un rollo de papel blanco. En vez de silla, se sentaba sobre una gualdrapa color púrpura, la cual, junto con una brida adornada de oro y unas riendas de seda formando una ancha orla en la parte que cogían las manos, completaba los arreos del caballo.

Cuando aquel hombre se encontraba todavía bastante lejos, Judá observó que bastaba su presencia para suscitar una colérica excitación en los que le miraban. La gente se apoyaba en los barandales, o se ponía osadamente en pie fuera de ellos, amenazándole con los puños. Le seguía dando fuertes gritos y le escupía al pasar por debajo de los puentes que unían los terrados. Las mujeres hasta le arrojaban las sandalias, a veces con tan buena puntería que le tocaban. Cuando estuvo más cerca, los gritos se hicieron claros, distintos:

—¡Ladrón, tirano, perro de los romanos! ¡Fuera Ismael! ¡Devolvednos a nuestro Amas!

Cuando lo tuvo muy cerca, Judá vio que, como era más que natural, el hombre no compartía la indiferencia de la cual tan soberbio alarde hacían los soldados. Tenía la cara nublada y huraña, y las miradas que dirigía de vez en cuando a sus perseguidores estaban cargadas de amenazas, de tal modo que los más tímidos retrocedían ante ellas.

El adolescente había oído hablar de la costumbre, copiada de la que tenía el primer César, según la cual los comandantes en jefe, para indicar su rango, aparecían en público sin otro distintivo que una corona de laurel en la cabeza. Por este signo conoció al oficial: ¡Valerio Grato, el nuevo procurador de Judea! A decir verdad, aquel romano que soportaba la no provocada tormenta despertaba las simpatías del joven judío, el cual, cuando el jinete llegó a la esquina de la casa, se asomó todavía más para verle pasar, y al realizar este movimiento apoyó una mano sobre un ladrillo que, sin que nadie se hubiese fijado, hacía mucho tiempo que estaba partido. La presión bastó para arrancar el trozo exterior, iniciando su caída. Un estremecimiento de horror agitó el cuerpo del muchacho. Pero al estirar el brazo para coger el improvisado proyectil, su gesto se pareció exactamente al de la persona que arroja algo lejos de sí. Su intento no solamente fracasó, sino que sirvió para dar impulso al fragmento que caía. El chico gritó con todas sus fuerzas. Los soldados de la guardia levantaron la vista. El gran hombre los imitó, y en aquel momento le hirió el proyectil, derribándole del asiento, como muerto.

La cohorte se detuvo. Los guardias saltaron de sus caballos y se apresuraron a cubrir al jefe con sus escudos. Por otra parte, la gente que presenciaba el suceso, no dudando ni por un instante que lo había hecho de intento, vitoreaba al muchacho todavía bien visible arriba en el parapeto, petrificado por el cuadro que contemplaban sus ojos, y por las consecuencias que su imaginación representaba sin equívoco ninguno. Un espíritu maligno se propagó con velocidad increíble de una azotea a la otra por todo el curso del desfile, apoderándose de todo el mundo, empujando a todos en el mismo sentido. Las manos arrancaban febriles los ladrillos y el barro tostado al sol con los que estaban construidas en su mayor parte las casas, y empezaban a arrojarlos con furia contra los legionarios parados abajo. Con ello estalló una batalla. Pero, por supuesto, la disciplina se impuso. No es necesario para nuestro relato describir la lucha, la degollina, la pericia de uno de los dos bandos, la desesperación del otro… Será mejor que volvamos la vista hacia el apabullado promotor de todo aquello. El adolescente se levantó del parapeto con la faz en extremo pálida.

—¡Oh Tirzah, Tirzah! ¿Qué será de nosotros?

La niña no había visto lo que pasaba abajo, pero estaba escuchando los gritos y contemplando la loca actividad de la gente que se agitaba ante su mirada en la cima de las casas. Sabía que estaba ocurriendo algo terrible. Pero, por lo demás, ignoraba la causa que lo había originado, y no se imaginaba que ella o alguno de sus seres queridos estuviese en peligro.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué significa todo esto? —preguntó, en súbita alarma.

—He matado al gobernador romano. El ladrillo le ha caído en la cabeza.

Parecía como si una mano invisible hubiese rociado su cara de fina ceniza, ¡tan pálida se puso al instante! Rodeó a su hermano con el brazo, y le miró pensativa a los ojos, aunque sin pronunciar palabra. Los temores del muchacho se transmitieron a Tirzah, pero al notarlo, él recobró parte de su valor.

—No lo hice a propósito, Tirzah. Ha sido un accidente —dijo más calmado.

—¿Qué harán los soldados? —preguntó ella.

El adolescente dirigió la mirada al tumulto que aumentaba por momentos así en la calle como en las azoteas y se acordó del hosco semblante de Grato. Si no había muerto, ¿hasta dónde llegaría su venganza? Y si había fallecido, ¿hasta qué punto la violencia del pueblo excitaría el furor de los legionarios? Para evitar la respuesta, se asomó para mirar otra vez por encima el parapeto en el preciso momento en que los guardias ayudaban al romano a montar de nuevo sobre su caballo.

—¡Vive, vive, Tirzah! ¡Bendito sea el Señor Dios de nuestros padres!

Con tal exclamación, y con un rostro más luminoso, retrocedió para contestar la pregunta de su hermana.

—No temas, Tirzah. Explicaré cómo ha sido. Ellos se acordarán de nuestro padre y de los servicios por él prestados, y no nos harán ningún daño.

Estaba acompañando a la muchacha al pabellón de verano, cuando el techo crujió bajo sus pies y de abajo del patio, al parecer, subió el estrépito de robustos maderos cediendo a los golpes, seguido por un grito de sorpresa y dolor. El muchacho se detuvo a escuchar. El grito se repitió. Luego vino un ruido de muchas pisadas precipitadas y de voces enardecidas de rabia mezcladas con otras levantadas en oración. Después se oyeron gritos de mujeres presas de un terror mortal. Los soldados habían derribado la puerta septentrional y eran dueños de la casa. La terrible sensación de que iban a darle caza estremeció al adolescente. Su primer impulso fue el de huir, pero ¿adonde? Nada, sino unas alas, hubiera podido facilitarle un recurso. Con los ojos alocados de miedo, Tirzah le cogió del brazo.

—¡Oh Judá! ¿Qué significa esto?

Los criados caían asesinados. ¿Y su madre? ¿No era la suya una de las voces que había oído?

Con toda la energía que le quedaba, el muchacho dijo:

—Quédate aquí, Tirzah. Yo bajaré a ver lo que pasa y volveré luego a buscarte.

Su voz no tenía la firmeza que habría querido darle. Tirzah le cogió con más fuerza, arrimándose a él.

Más claro, más agudo, ya no una ficción de la fantasía, se levantó el grito de la madre. El hijo no vaciló más.

—Ven, pues. Vamos allá.

Al final de las escaleras, la terraza o galería estaba llena de soldados. Otros entraban y salían corriendo de las habitaciones, con las espadas desenvainadas. Allá, cierto número de mujeres se apiñaban unas contra otras o rezaban pidiendo misericordia. Apartada de ellas, una cuyo vestido aparecía desgarrado y cuyo largo pelo se derramaba sobre el rostro, luchaba por liberarse de un hombre que tenía que poner a contribución todo su poder para conservar la presa. Los gritos de aquella mujer eran los más agudos de todos. Abriéndose paso a través del tremendo estrépito, habían llegado, perfectamente distinguibles, hasta la azotea. Hacia ella se lanzó Judá con pasos largos y rápidos, cual si le llevasen unas alas.

—¡Madre, madre! —gritó.

La madre extendió los brazos hacia él. Pero cuando sus manos ya casi le tocaban, alguien cogió al muchacho y lo apartó a un lado. Entonces, éste oyó que uno decía a grandes gritos:

—¡Es él!

Judá miró y vio… a Messala.

—¿Qué? ¿Ése es el asesino? —preguntó un hombre alto, con armadura de legionario bellamente trabajada—. ¡Caramba, si no es más que un niño!

—¡Dioses! —exclamó Messala, sin olvidar su tonillo—. ¡Una nueva filosofía! ¿Qué diría Séneca de la proposición que sostiene que un hombre ha de llegar a la madurez antes de odiar lo suficiente para ser capaz de matar? Ya le tenéis. Aquélla es su madre, y la de allá, su hermana. Tenéis a toda la familia.

Por amor a ellas, Judá olvidó el resentimiento.

—¡Ayúdalas, oh mi Messala! Acuérdate de nuestra infancia, y ayúdalas. Yo, Judá, te lo ruego.

Messala fingió no oírle.

—Ya no puedo continuar siéndote útil aquí —le dijo al oficial—. En la calle, uno se divierte más. ¡Abajo Eros! ¡Arriba Marte!

Con estas últimas palabras, desapareció. Judá le comprendió bien, y con la amargura en el alma, elevó una oración al cielo.

—¡En la hora de tu venganza, oh Señor, que sea mi mano la que la descargue sobre él! —suplicó.

Haciendo un supremo esfuerzo, consiguió entonces acercarse al oficial.

—Oh señor, la mujer que estás oyendo es mi madre. ¡Perdónala! Perdona a mi hermana, aquella niña de allá. Dios es justo y corresponderá a tu misericordia con su misericordia.

El oficial pareció impresionado.

—¡Las mujeres, a la Torre! —gritó—. Pero no les hagáis ningún daño. Os pediré cuentas de lo que les pase —luego, dirigiéndose a los que sujetaban a Judá, dijo—: Buscad cuerdas, atadle las manos y sacadlo a la calle. Su castigo será decidido más tarde.

Los soldados se llevaron a la madre. La pequeña Tirzah, vestida con el traje hogareño y atontada por el miedo, siguió pasivamente a sus guardianes. Judá les dirigió una última mirada y se cubrió la cara con las manos, como si quisiera grabarse indeleblemente el recuerdo de aquella escena. Es posible que derramara lágrimas, aunque nadie las vio. Y en aquel momento y lugar, se operó en él lo que puede recibir justamente el nombre de maravilla de la vida. El lector reflexivo de estas páginas ha discernido lo suficiente para adivinar que el joven judío era un muchacho de natural tierno casi hasta el afeminamiento, resultado que pocas veces deja de seguir al hábito de amar y ser amado. El ambiente en que había crecido no había estimulado los elementos más rudos de su naturaleza, si es que poseía alguno. En ocasiones había sentido la inquietud y los impulsos de la ambición, pero no habían sido como los sueños informes de un niño caminando por la orilla del mar y contemplando el ir y venir de majestuosos barcos. Mas si sabemos imaginarnos un ídolo, sensible al culto a que estaba habituado, arrojado de pronto fuera de su altar y echado en medio de las ruinas de su pequeño universo de amor, podremos hacernos una idea de lo que le había ocurrido ahora al joven Ben-Hur, y del efecto que ello causaba en todo su ser. Sin embargo, ningún signo apareció, nada vino a indicar que hubiese sufrido una transformación, excepto que, cuando levantó la cabeza, y presentó las manos para que se las atasen, el arco de Cupido que antes formaban había desaparecido de sus labios. En aquel instante, se despojó de la infancia y pasó a ser un hombre. Una trompeta sonó en el patio. Al cesar la llamada, la galería quedó limpia de soldados, muchos de los cuales, no atreviéndose a presentarse a las filas con muestras visibles del saqueo en las manos, arrojaban al suelo lo que habían cogido, hasta sembrarlo de géneros de gran valor. Cuando bajó Judá, la formación estaba completa y el oficial aguardaba a que se cumpliera su última orden. La madre, la hija y toda la servidumbre salieron por la puerta del norte, cuyas ruinas obstruían el pasillo. Los criados, algunos de ellos nacidos en la casa, daban unos gritos lastimeros. Cuando por fin vio desfilar ante él los caballos y a todos los ocupantes mudos de la morada, Judá empezó a comprender el alcance de la venganza del procurador. El edificio entero había sido sentenciado. Hasta donde fuera posible ejecutar la orden, ningún ser viviente quedaría dentro de sus paredes. Si en Judea había otras gentes bastante temerarias para concebir la idea de asesinar a un gobernador romano, la historia del escarmiento hecho en la principesca familia de Hur les serviría de advertencia, al paso que la ruina de la morada conservaría viva la historia.

El oficial esperó fuera mientras un destacamento de hombres recomponía provisionalmente la puerta.

En la calle, la lucha había cesado casi por completo. Encima de las viviendas, unas nubes de polvo revelaban aquí y allá los puntos en los que se seguía combatiendo. En su mayor parte, la cohorte formaba en posición de descanso, sin que ni su esplendor ni sus filas hubiesen disminuido en modo alguno. Habiendo llegado al punto de no pensar ya en sí mismo, Judá no prestaba atención a otra cosa que a los prisioneros, entre los cuales buscaba en vano a su madre y a Tirzah. De pronto, del suelo donde había estado tendida, se levantó una mujer y retrocedió prestamente hacia la puerta. Algunos guardias estiraron los brazos para cogerla y lanzaron un sonoro grito al fracasar en el intento. La fugitiva se precipitó hacia Judá y, echándose al suelo, le abrazó las rodillas. El áspero cabello negro, sucio de polvo, le cubría los ojos.

—Oh Amrah, mi buena Amrah —le dijo el muchacho—. Dios te ayude, que yo no puedo ayudarte.

La mujer no podía articular palabra.

Judá se inclinó y le dijo en voz baja:

—Vive, Amrah, por Tirzah y por mi madre. Ellas volverán y…

Un soldado apartó a la esclava. Ésta se puso en pie de un salto y, echando a correr, cruzó la puerta y el pasillo, internándose en el vacío patio.

—Dejadla —gritó el oficial—. Sellaremos la casa y morirá de hambre.

Los hombres reanudaron su tarea, y cuando hubieron terminado dieron la vuelta hasta la parte oeste. Cuando la puerta correspondiente hubo quedado cerrada también, el palacio de los Hur dejó de ser una morada habitable. Finalmente, la cohorte regresó a la Torre, donde permanecía el gobernador con objeto de recobrarse de los daños sufridos y disponer de sus prisioneros. Al décimo día después de estos hechos, visitó la plaza del mercado.

Capítulo Siete

UN ESCLAVO A GALERAS

Al día siguiente, un destacamento de legionarios fue al devastado edificio, cerró las puertas definitivamente, selló los ángulos con cera, y a ambos lados clavó un rótulo en latín:

Esta casa es propiedad del Emperador.

Aconsejados por su altivo orgullo, los romanos consideraron que el anuncio sería suficiente para el caso. Y lo fue.

Al día siguiente, a eso de las doce, un decurión con su tropa de diez hombres a caballo se acercaba a Nazaret desde el sur, o sea, viniendo de la parte de Jerusalén. Nazaret era entonces un poblado disperso, colgado en la ladera del monte, y tan insignificante que su única calle era poco más que un sendero profusamente hollado por el ir y venir de hatos y rebaños. La gran llanura de Esdraelón llegaba hasta sus cercanías por el sur, y desde la elevación del oeste se divisaban las costas del Mediterráneo, la región del otro lado del Jordán y el monte Hermón. Abajo, el valle y los terrenos de uno y otro lado estaban dedicados a huertos, viñas, vergeles y pastos. Bosquecillos de palmeras daban un aire oriental al panorama. Las casas, apiñadas irregularmente, pertenecían a la categoría más humilde. Eran cuadradas, de un solo piso, tejado plano y cubiertas de parras de un verde brillante. La sequía que había requemado las montañas de Judea, dejándolas agostadas, pardas y sin vida, se había detenido en los límites de Galilea.

Cuando la cabalgata estuvo cerca del poblado, sonó la trompeta, produciendo un efecto mágico en los vecinos. Los pasillos de entrada y las puertas de las fachadas dieron paso a grupos de personas ansiosas por ser las primeras en descubrir el significado de una visita tan poco corriente.

Debe recordarse que Nazaret no sólo estaba apartada de toda ruta importante, sino enclavada en los dominios de Judas de Gamala, por lo cual no es difícil imaginar los sentimientos que despertó la llegada de los legionarios. Pero cuando éstos estuvieron en el pueblo y cruzaron la calle, el menester que desempeñaban se hizo evidente, y entonces el miedo y el odio cedieron el lugar a la curiosidad, bajo cuyo impulso la gente, sabiendo que se pararían inevitablemente junto al pozo de la parte noroeste de la población, abandonaron entradas y puertas y se apiñaron detrás de la comitiva. Un prisionero escoltado por los jinetes constituía el centro de la curiosidad. Iba a pie, con la cabeza descubierta, medio desnudo y con las manos atadas a la espalda. Una correa sujeta a sus muñecas lo ataba al cuello de un caballo. El polvo se levantaba siguiendo el progreso del grupo y envolvía al prisionero en una niebla amarilla, que a ratos se convertía en una verdadera nube. Débil, con los pies doloridos, parecía caerse hacia delante. Los aldeanos pudieron ver que era muy joven. En el pozo, el decurión hizo alto y, junto con la mayoría de sus hombres, bajó de la silla. El prisionero se derrumbó sobre el polvo, atontado, sin preguntar nada. Se veía que se encontraba en la última fase del agotamiento. Comprobando, al acercarse más, que era todavía un adolescente, los vecinos le hubieran ayudado… si se hubiesen atrevido.

En medio de su perplejidad, y mientras los picheles pasaban de mano en mano entre los soldados, se avistó a un hombre que bajaba por el camino de Sephoris.

Al divisarle, una mujer gritó:

—¡Mirad! Allá viene el carpintero. Ahora sabremos algo.

La persona a la cual se refería tenía un aspecto muy venerable. Finos y blancos bucles caían de debajo de los bordes de su abultado turbante, y la mata de pelo todavía más blanco de su barba se desparramaba sobre la pechera de su túnica gris y basta. Se acercaba despacio, porque, en adición a su edad, llevaba algunas herramientas (un hacha, una sierra, un cepillo, todos muy pesados) y se comprendía que había recorrido una larga distancia sin reposar.

Cuando estuvo cerca, el hombre se detuvo para observar a los reunidos.

—¡Oh rabí, buen rabí José! —gritó una mujer, corriendo hacia él—. Aquí hay un prisionero. Ven a preguntar a los soldados para que sepamos quién es, qué ha hecho y qué harán con él.

El rostro del rabí permaneció inexpresivo. Dirigió, sin embargo, una mirada al prisionero, y un momento después fue a donde estaba el oficial.

—¡La paz del Señor sea contigo! —le saludó, con inalterable gravedad.

—Y la de los dioses contigo —respondió el decurión.

—¿Eres de Jerusalén?

—Sí.

—Tu prisionero es joven.

—En años, sí.

—¿Puedo preguntarte qué ha hecho?

—Es un asesino.

La gente repitió la palabra con asombro, pero el rabí José prosiguió el interrogatorio.

—¿Es un hijo de Israel?

—Es judío —contestó, secamente, el romano.

La fluctuante compasión de los espectadores volvió a ganar terreno.

—No sé nada de vuestras tribus, pero puedo hablar de su familia —continuó el decurión—. Quizás hayas oído nombrar a un príncipe de Jerusalén llamado Hur, Ben- Hur es el nombre que le dan. Vivió en los tiempos de Herodes.

—Le había visto —dijo José.

—Pues ése es su hijo.

Las exclamaciones se generalizaban, y el decurión se apresuró a ponerles fin.

—Anteayer, en las calles de Jerusalén le faltó poco para matar al noble Grato arrojándole un ladrillo a la cabeza, desde la azotea, de un palacio. El de su padre, creo.

Hubo una pausa en la conversación, durante la cual los nazarenos miraban al joven Ben-Hur como a una fiera salvaje.

—¿Le mató? —preguntó el rabí.

—No.

—¿Cumple condena?

—Sí, a galeras para toda la vida.

—¡El Señor le ayude! —exclamó José, saliendo por una vez de su impasibilidad.

En esto, un jovencito que había llegado con José, pero había permanecido detrás de él inobservado, dejó en el suelo un hacha que llevaba y, yendo hasta la enorme piedra plantada junto al pozo, cogió un jarro de agua. Su movimiento había sido tan silencioso, que antes de que los guardianes hubieran podido oponerse, si tal hubiese sido su designio, el zagal se inclinó delante del prisionero y le ofreció de beber. La mano posada amorosamente sobre su hombro despertó al infortunado Judá, quien, levantando los ojos, vio una faz que no había de olvidar nunca: la faz de un muchacho de su misma edad sombreada por unos rizos de un color castaño rubio; una faz iluminada por unos ojos azul oscuro, a la vez tan dulces, tan atractivos, tan llenos de amor y de santa intención, que ejercían sobre quien se posaban todo el poder del mando y de la voluntad.

El espíritu del judío, a pesar de lo endurecido que estaba por los días y las noches de sufrimientos, y de que la amargura de la injusticia sufrida le hiciese incluir en sus sueños de venganza a todo el mundo, se derritió bajo la mirada del desconocido, volviendo a ser el de un niño. Acercando los labios al jarro, bebió larga y copiosamente. No le habían dirigido ni una palabra; ninguna pronunció él. Cuando hubo acabado de beber, la mano que había descansado sobre el hombro del sufriente se colocó sobre su cabeza y permaneció allí entre los polvorientos rizos el tiempo suficiente para rezar una bendición; luego el desconocido llevó el jarro a su puesto, sobre la piedra, y, cogiendo de nuevo el hacha, volvió al lado del rabí José. Todos los ojos le siguieron, los del decurión lo mismo que los de los aldeanos. Así terminó la escena en el pozo. Cuando hombres y caballos hubieron bebido, reemprendieron la marcha. Pero el humor del decurión no era el mismo de antes; por su propia mano ayudó al prisionero a levantarse del polvo y lo montó sobre un caballo, detrás de un soldado. Los nazarenos regresaron a sus casas; entre ellos, el rabí José y su aprendiz.

Y de este modo, por vez primera, Judá y el hijo de María se encontraron y se separaron.

Capítulo Ocho

QUINTO ARRIO EMBARCA

La ciudad de Misenum daba nombre al promontorio que coronaba, unas millas al sudoeste de Nápoles. Un montón de ruinas es todo lo que de ellas queda en la actualidad; pero en el año 24 de Nuestro Señor (al cual es conveniente trasladar al lector) era una de las poblaciones más importantes de la costa occidental de Italia.

En el año mencionado, el viajero que hubiese ido al promontorio a regalarse con la vista que desde allí se ofrecía, habría trepado a una muralla y, con la ciudad a su espalda, habría contemplado abajo la bahía de Nápoles, tan deliciosa entonces como ahora; y luego, lo mismo que hoy, habría visto aquella costa sin par, el cono humeante, el cielo y las olas de un azul delicado e intenso, aquí Ischia, allá Capri; y su mirada habría viajado de la una a la otra, regresando nuevamente, a través del aire violado. Y al final (porque los ojos se fatigan de lo bello como el paladar de los dulces), al final se habría parado en un espectáculo que el turista moderno no puede contemplar; la mitad de la escuadra de reserva de Roma navegando o meciéndose anclada a sus pies. Así mirado, Misenum era un lugar altamente indicado para que se reunieran tres grandes señores y con toda calma se repartiesen el mundo entre ellos. Además, en los antiguos tiempos había en la muralla, en determinado punto que daba frente al mar, una puerta abierta formando el extremo de una calle que, después de aquella salida, se extendía en forma de ancho dique, penetrando varios estadios olas adentro.

Una fresca mañana de septiembre, el sosiego del guardián de la muralla se vio alterado por un grupo que bajaba por la calle en ruidosa conversación. El centinela les dirigió una mirada; luego se puso otra vez a dormitar.

El grupo lo constituían veinte o treinta personas, en su mayoría esclavos, llevando antorchas que daban mucho humo y poca llama, dejando en el aire el perfume del nardo hindú. Los amos iban delante, dándose el brazo. Uno de ellos, que representaba unos cincuenta años de edad, ligeramente calvo y con una corona de laurel sobre sus escasos cabellos, parecía por las atenciones que le prodigaban los otros el objeto central de una afectuosa ceremonia. Todos lucían amplias togas de lana blanca adornada por una ancha faja de púrpura. Al centinela le había bastado una sola mirada. Conoció, sin dudarlo un momento, que se trataba de gente de elevado rango que acompañaba a un amigo al barco después de una noche de jolgorio. Más detalladas explicaciones las proporcionará la conversación que sostenían.

—No, Quinto mío —decía uno, dirigiéndose al que llevaba la corona—. La fortuna hace mal arrebatándote tan pronto de nuestro lado. Ayer nada más regresaste de los mares de más allá de las Columnas. ¡Canastos, si todavía no has habituado las piernas a caminar por tierra firme!

—¡Por Castor! Si un hombre puede emplear un juramento femenino —interpuso otro al cual el vino había afectado algo más—. No nos lamentemos. Nuestro Quinto no va sino a buscar lo que perdió anoche. Los dados en un barco que se balancea no son lo mismo que los dados en la costa, ¿eh, Quinto?

—¡No ofendas a la Fortuna! —exclamó un tercero—. No es ciega, ni voluble. En Antium, donde nuestro Arrio la interroga, le contesta con movimientos afirmativos, y en el mar le acompaña empuñando el timón. Se lo lleva de nuestro lado, pero ¿no nos lo devuelve siempre con una nueva victoria?

—Los griegos son quienes nos lo quitan —interrumpió otro—. Reprochémosles a ellos, no a los dioses. Aprenden a comerciar olvidando el pelear.

Con estas palabras el grupo cruzó la puerta y salió al dique, teniendo ante sí la bahía embellecida por la luz de la mañana. Para el marino veterano el chapoteo de las olas era como un saludo. Aspiró largamente, como si el perfume del agua fuese más dulce que el de los nardos, y levantó la mano al aire.

—Los favores los coseché en Praeneste, no en Antium… y, ¡mirad! Viento del oeste ¡Gracias, oh Fortuna, madre mía! —exclamó formalmente.

Todos los amigos repitieron la exclamación, y los esclavos blandieron las antorchas.

—¡Allá viene! —continuó él, señalando a una galera fuera del dique—. ¿Qué necesidad tiene un marino de otra querida? ¿Es más graciosa tu Lucrecia, Cayo mío?

Y, mirando el navío que se acercaba, justificó su orgullo. Una vela blanca estaba atada al mástil bajo; los remos se hundían, se levantaban, permanecían un momento inmóviles, luego se hundían otra vez, cual el movimiento de un ala, y con un ritmo perfecto.

—Sí, dejad tranquilos a los dioses —dijo en tono serio, con los ojos fijos en el bajel—. Ellos nos envían oportunidades. Nuestra es la culpa si las perdemos. En cuanto a los griegos, tú olvidas, oh mi Léntulo, que los piratas que voy a castigar son griegos. Una victoria sobre ellos tiene más importancia que cien sobre los africanos.

—¿De modo que te diriges hacia el mar Egeo?

El marino no tenía ojos sino para su barco.

—¡Qué gracia, qué agilidad! Un pájaro no desdeñaría más la irritación de las olas. ¡Mirad! —exclamó, pero añadió casi inmediatamente—: Perdona, mi Léntulo; voy al Egeo; y como la partida está tan próxima os diré el motivo; pero mantenedlo en secreto. No quisiera que ofendieseis al duunviro cuando le encontréis. Es un amigo mío. El tráfico entre Grecia y Alejandría, como quizás hayáis oído decir, es poco inferior al existente entre Alejandría y Roma. El pueblo de aquella parte del mundo olvidó celebrar la Cerealia, y Triptolemo les ha recompensado con una cosecha que no vale la pena recoger. Sea como fuere, el tráfico ha aumentado de tal modo que no consiente una interrupción de un solo día. También es posible que tengáis noticias de los piratas del Quersoneso agazapados en sus madrigueras del Euxino. ¡Por Baco, que no los hay más atrevidos! Ayer llegó aviso a Roma de que habían penetrado en tropel en el Bósforo, hundido las galeras en Bizancio y Calcedonia, invadido el Propóntide, y que, no saciados todavía, habían hecho irrupción en el Egeo. Los mercaderes de trigo que tienen barcos en el Mediterráneo oriental están amedrentados. Han celebrado una audiencia con el mismo emperador, y de Ravena sale hoy un centenar de galeras, y de Misenum… —aquí hizo una pausa, como para excitar la curiosidad de sus amigos, y terminó con un enfático—: ¡Una!

—¡Afortunado Quinto! ¡Te felicitamos!

—La preferencia es heraldo de un ascenso. Te saludamos, duunviro, nada menos.

—Quinto Arrio, el duunviro, suena mejor que Quinto Arrio, el tribuno.

De este modo derramaban sobre él un diluvio de felicitaciones.

—Yo me alegro junto con los demás —dijo el amigo empapado de vino—, me alegro mucho; pero debo ser práctico, oh mi duunviro, y mientras no sepa si el ascenso te ayuda a mejorar los conocimientos sobre los dados, no sabré si los dioses te han querido bien o mal en este… en este negocio.

—¡Gracias, muchas gracias! —respondió Arrio, dirigiéndose a todos colectivamente—. Si llevarais linternas me pareceríais augures. ¡Perpo! ¡Diré más y os mostraré qué grandes adivinos sois! Ved, y leed.

De los pliegues de la toga sacó un rollo de papel, y se lo entregó diciendo:

—Recibido mientras estaba anoche a la mesa. De Sejano.

El nombre era ya grande en el mundo romano. Grande y no tan infamante como se hizo después.

—¡Sejano! —exclamaron a coro, apiñándose para leer lo que había escrito el ministro.

Sejano a C. Caecilio Rufo, Duunviro Roma, XIX. Kal. Sept. César ha recogido buenos informes de Quinto Arrio, el tribuno. El particular ha tenido noticias de su valor, manifestado en los mares occidentales; de tal modo que es voluntad suya que el mencionado Quinto sea transferido instantáneamente a Oriente. Es voluntad del César, además, que tú cuides de que se despachen sin demora cien trirremes de primera clase, con la dotación completa, contra los piratas que han aparecido en el Egeo, y que Quinto sea designado para el mando de la flota enviada.

Los detalles corren de tu cuenta, mi Caecilio. Es cosa urgente, como te demostrarán las informaciones adjuntadas para que las examines, y los informes sobre el mencionado Quinto. Sejano.

Arrio concedió poca atención a la lectura. A medida que el barco se acercaba y se hacía perfectamente visible, se convertía cada vez más en una poderosa atracción para él, que lo miraba con los ojos de un entusiasta. Al final levantó al aire los sueltos pliegues de su toga; en respuesta a la señal del otro lado del aplustro, u obra muerta en forma de abanico de la popa del barco, desplegaron una bandera escarlata; mientras, varios marineros aparecían en las amuradas y se lanzaban a trepar por las cuerdas de la antena, o verga, y recoger la vela. La proa viró en redondo, y el compás de los remos se aceleró en un cincuenta por ciento; con lo cual el barco emprendió la carrera lanzándose derechamente hacia Quinto y sus amigos. El marino observó la maniobra con un brillo bien perceptible en los ojos. La docilidad con que el navío respondía al timón y la seguridad con que mantenía su carrera eran detalles que se hacían notar especialmente como excelentes virtudes en las que se podría confiar en el momento de la acción.

—¡Por las ninfas! —exclamó uno de los amigos, devolviendo el rollo de papel—. Ya no podemos seguir diciendo que nuestro Quinto será grande;

lo es en la actualidad. Nuestro afecto tendrá ahora grandes hazañas de que alimentarse. ¿Qué otras cosas debes presentarnos?

—Ninguna más —respiró Arrio—. Lo que vosotros conocéis del asunto es en estos momentos noticia sabida entre el palacio y el Foro. El duunviro es discreto; la misión que me encomiendan y en qué lugar encontraré mi flota me lo dirá en el barco, donde me aguarda un paquete sellado. De todos modos, si tenéis algo que ofrecer hoy en alguno de los altares, rogad a los dioses en favor de un amigo que marcha a remo y a vela en dirección a Sicilia. Pero ahí está el barco, y viene hacia acá —añadió, fijando de nuevo la atención en el bajel—. Me interesa observar a sus jefes; navegarán y lucharán junto a mí. No es cosa fácil arrimar un barco de costado a una orilla como ésta; veamos, pues, su entrenamiento y pericia.

—¿Qué? ¿No conocías la embarcación?

—Jamás la había visto; y hasta el momento ignoro si me trae a algún conocido.

—¿Da esto igual?

—No importa mucho. Nosotros, la gente de mar, nos conocemos muy pronto; nuestros amores, como nuestros odios, nacen de los peligros súbitos.

El bajel pertenecía a la clase llamada naves liburnicae; era largo, estrecho, sobresalía poco del agua y estaba modelado para alcanzar gran velocidad y rápida maniobra. Tenía una hermosa proa. De sus pies se levantaba un surtidor de agua al acercarse, salpicando toda la proa, que elevaba su curva graciosa como dos veces la altura de un hombre sobre el plano de cubierta. Sobre los costillajes de los costados había unas figuras de tritones soplando en unas conchas. Debajo de la amura, fija a la quilla y sobresaliendo bajo la línea de flotación, se veía el rostrum o pico, una pieza de sólida madera, reforzada con hierro, que en las acciones se usaba como espolón. Una recia moldura se extendía desde la proa por todo lo largo de los costados del barco, señalando la altura de las bordas perforadas a uno y otro lado por las saeteras; debajo de las amuradas, en tres hileras, cada una de ellas cubierta con una capa o escudo de piel de toro, estaban los agujeros en los que se movían los remos: sesenta a derecha y sesenta a izquierda. Como mayor ornamentación, unos caduceos se apoyaban contra la altanera proa. Dos inmensas sogas que cruzaban la proa señalaban el número de anclas almacenadas en aquella parte. La simplicidad de la obra superior declaraba que los remos constituían el recurso principal de la tripulación.

Unos refuerzos situados delante y detrás y unos obenques fijos en anillas sujetas en la cara interior de las bordas sostenían un mástil colocado algo más adelante de la mitad del barco. El aparejo era el necesario para maniobrar una gran vela cuadrada y la verga de la que colgaba. Por encima de las amuradas era visible la cubierta.

Excepto por los marinos que habían recogido la vela y se demoraban todavía en la verga, el grupo del dique no veía sino a un hombre, que estaba en la proa, cubierto con un yelmo y protegido por un escudo.

Las ciento veinte palas de roble de los remos, blancas y brillantes por obra de la piedra pómez y del constante lavado de las aguas, se levantaban y caían como movidas por una sola mano, y empujaban a la galera a una velocidad que rivalizaba con la de un moderno barco de vapor.

Tan rápida y, en apariencia, alocadamente venía el navío que los hombres de tierra que acompañaban al tribuno estaban alarmados. De pronto, el hombre de proa levantó la mano en un gesto peculiar, ante el cual todos los remos se levantaron, permanecieron un momento quietos en el aire, y cayeron luego aplomados. El agua hervía y burbujeaba alrededor de éstos; la galera se estremeció en todo su maderamen y se detuvo como espantada. Otro gesto de la mano, y de nuevo se levantaron los remos, sus palas quedaron horizontales, y cayeron; pero esta vez los de la derecha, bajando en dirección a la popa, empujaban adelante, mientras los de la izquierda, descendiendo hacia la proa, empujaban atrás. Tres veces bajaron y empujaron los remos de este modo, unos en sentido contrario a los otros. El barco giró hacia la derecha, como rodando sobre un eje; entonces, bajo la acción del viento, se arrimó suavemente, de costado, al dique.

El movimiento puso la popa a la vista, con todos sus adornos: tritones como en la proa, el nombre en grandes letras en relieve, el timón a un costado; la elevada plataforma en la que se sentaba el hombre del yelmo (majestuosa figura con la armadura completa y las manos sobre la cuerda del timón) y el aplustro, alto, dorado, esculpido e inclinado sobre el timonel, como una hoja grandiosa y rizada. En medio de la maniobra, sonó, breve y estentórea, la trompeta, y de las escotillas se derramaron los marineros, todos soberbiamente equipados, con yelmos de bronce, bruñidos escudos y jabalinas. Mientras los hombres de combate ocupaban sus puestos como para una acción, los marineros se encaramaban prestamente a los obenques y se colgaban de la verga. Oficiales y músicos pasaron a sus respectivos puestos. No hubo griterío, ni ruido alguno innecesario. Cuando los remos tocaron el dique, desde la cubierta del timonel lanzaron una pasarela. Entonces el tribuno se volvió hacia sus acompañantes y con una gravedad hasta entonces no manifestada les dijo:

—Al deber ahora, amigos míos.

Y quitándose la guirnalda de la cabeza, la dio al jugador de dados.

—¡Toma tú el mirto, oh favorito del cubilete! —le dijo—. Si regreso, buscaré de nuevo mis sestercios; pero si no triunfo no regresaré. Cuelga mi corona en tu atrio.

Luego abrió los brazos, y los que le acompañaban se acercaron uno por uno a recibir el abrazo de despedida.

—¡Los dioses vayan contigo, oh Quinto! —decían.

—Adiós —contestaba él.

A los esclavos que blandían las antorchas los saludó con la mano. Luego se volvió hacia el barco que aguardaba, luciendo hermoso las bien ordenadas hileras de hombres con los gallardos airones en los yelmos, los escudos y las jabalinas. Mientras subía por la pasarela sonaron las trompetas, y sobre el aplustro se levantó el vexillum purpureum, o insignia del comandante de una flota.

Capítulo Nueve

AL REMO

El tribuno, de pie en la cubierta del timonel y con la orden del duunviro abierta en la mano, se dirigió al jefe de los remeros, u hortator.

—¿Qué fuerza tienes?

—En remeros, ciento veintidós, con diez suplentes.

—Formando relevos de…

—Ochenta y cuatro.

—¿Y tu costumbre?

—Ha sido de relevar y volver al banco cada dos horas.

El tribuno meditó un momento.

—La distribución es dura, y yo la reformaré, pero no enseguida. Los remos no deben descansar, ni de día ni de noche.

Luego le dijo al encargado de la vela:

—El viento es favorable. Haz que la vela ayude a los remos.

Cuando los que habían escuchado sus órdenes se alejaron, se dirigió al piloto jefe, o rector.

—¿Qué tiempo de servicio llevas?

—Treinta y dos años.

—¿En qué mares, principalmente?

—Entre nuestra Roma y Oriente.

—Tú eres el hombre que yo habría elegido.

El tribuno volvió a leer las órdenes recibidas.

—Pasado el cabo de Camponella, pondremos rumbo a Mesina. Desde allí sigue la curva de la costa calabresa, hasta que Melito quede a tu izquierda; entonces… ¿Conoces las estrellas que gobiernan en el mar Jónico?

—Las conozco bien.

—Entonces, desde Melito pondremos rumbo al este hacia Citerea. Si los dioses nos ayudan, no anclaré hasta la bahía de Antemona. La misión es urgente. Confío en ti.

Era un hombre prudente Arrio; prudente y de los que, aun enriqueciendo los altares de Praeneste en Antium, opinan, no obstante, que el favor de la diosa ciega depende más del cuidado y buen criterio del que solicita sus favores que de las dádivas y promesas que haga. Como anfitrión en el banquete, se había pasado la noche bebiendo y jugando; pero el olor del mar le había devuelto el espíritu del navegante, y no descansaría hasta conocer bien su barco. El conocimiento no deja sitio al azar. Habiendo empezado por el jefe de los remeros y el piloto, pasó revista a los otros oficiales (el comandante de los soldados, el jefe de almacén, el jefe de las máquinas, el superintendente de las cocinas o fuegos) recorriendo las diversas dependencias. Nada escapaba a su inspección. Cuando hubo terminado, de toda la comunidad encerrada entre aquellas estrechas paredes, él solo conocía perfectamente todos los elementos materiales dispuestos para el viaje y para los incidentes que pudieran ocurrir; viendo que los preparativos no dejaban nada que desear, no le restaba ya sino una cosa: llegar a conocer a fondo al personal que tenía bajo su mando. Y como ésta era la parte más delicada y difícil de su tarea, y requería mucho tiempo, se puso a ella según su estilo particular.

A las doce de aquel día, la galera estaba surcando el mar a la altura de Paestum. El viento seguía soplando del oeste, hinchando la vela a satisfacción del jefe. Habían quedado establecidas las guardias. En la antecubierta se había levantado el altar, rodándolo con sal y cebada, y ante él había dirigido el tribuno solemnes plegarias a Júpiter, a Neptuno y a todas las Oceánidas, haciendo votos, derramando el vino y quemando el incienso. Y ahora, para mejor estudiar a sus hombres, estaba sentado (figura verdaderamente marcial) en el espacioso camarote. Tal camarote, conviene decirlo, era el compartimiento central de la galera; tenía sus buenos sesenta y cinco pies por treinta, y estaba iluminado por tres anchas escotillas. Una hilera de puntales corría de un extremo a otro sosteniendo el techo, y cerca del centro se veía el mástil, todo erizado de hachas, lanzas y jabalinas. Por cada escotilla descendían dobles tramos de escaleras a derecha e izquierda, provistos de un eje de giro en la cima, que permitía sujetar al techo los extremos inferiores; y como ahora estaban levantados, el compartimiento tenía el aspecto de un salón que recibiese la luz del firmamento.

El lector comprenderá fácilmente que aquello era el corazón del barco, el hogar de todos los que iban a bordo: comedor, dormitorio, campo de ejercicios y lugar de solaz para los libres de servicio; diversos usos que hacía posible el hecho de que la vida estuviera sujeta allí a una ordenación minuciosa en todos los detalles y a una rutina implacable como la muerte.

En el extremo posterior del camarote había una plataforma, a la que se subía por varios peldaños. Sobre ella se sentaba el jefe de los remeros, teniendo delante una mesa hueca, sobre la cual llevaba el compás con un mazo. A su derecha había una clepsidra, o reloj de agua, para medir los relevos y guardias. Sobre él, en una plataforma más bien alta, bien protegida por un dorado barandal, el tribuno tenía sus cuarteles (dominándolo todo), amueblados con un lecho, una mesa y una cátedra o sillón almohadillado y provisto de brazos y alto respaldo; enseres todos ellos que, por permiso imperial, podían ser de la más refinada elegancia.

Así acomodado, arrellanado en el gran sillón, meciéndose con el balanceo del bajel, la capa militar envolviendo a medias su túnica, espada al cinto, Arrio observaba con ojo vigilante a sus subordinados, y era no menos cuidadosamente observado por ellos. Con ojo crítico examinaba todo lo que tenía a la vista, parándose, empero, más largo rato en los remeros. Sin duda el lector habría hecho lo mismo; sólo que los habría mirado con más simpatía, mientras que la mente del tribuno, como suele acontecer entre los jefes, se adelantaba a lo que estaba viendo, inquiriendo los resultados de todo ello.

En sí mismo, el espectáculo era bien simple. A lo largo de los costados del camarote, sujetos al maderamen del barco, había lo que a primera vista parecían tres hileras de bancos; una inspección más detallada mostraba, empero, que se trataba de una sucesión de asientos escalonados; en cada una de las escaleras, el segundo asiento estaba encima y detrás del primero, y el tercero, encima y detrás del segundo. Para acomodar a los sesenta remeros en un costado, el espacio que se les había destinado admitía diecinueve bancos triples separados por intervalos de una yarda, así como un vigésimo banco distribuido de tal modo que su asiento superior estaba situado encima exactamente del más bajo, del primer banco. Tal ordenación concedía a cada remero espacio sobrado para sus movimientos, cuando estaba entregado a su tarea, siempre que los acompasase con los de sus compañeros, del mismo modo que los acompasan los soldados que marchan con cadencioso paso en formación cerrada. Además, tal distribución permitía multiplicar los bancos, sin otro límite que el de la longitud de la galera.

En cuanto a los remeros, los de los bancos primero y segundo iban sentados, mientras que a los del tercero, que tenían que manejar unos remos más largos, se les consentía que estuvieran de pie. Los remos tenían las empuñaduras lastradas con plomo, y cerca del punto de equilibrio estaban atados a unas correas flexibles, lo cual hacía posible elevarlos en posición casi horizontal; aunque, al mismo tiempo, exigía una habilidad mayor, dado que una ola caprichosa podía sorprender en cualquier momento a un individuo y despedirle fuera de su asiento. Los agujeros para los remos servían de ventanillas por las que el galeote recibía aire puro en abundancia. La luz descendía sobre ellos por la reja que formaba el suelo entre la cubierta y la amurada que tenían sobre sus cabezas. De ahí que en algunos aspectos aquellos hombres habían podido encontrarse en condiciones mucho peores. Sin embargo, no hay que pensar que su vida tuviera nada de agradable. No se les permitía comunicarse entre ellos. Día tras día ocupaban sus puestos sin hablar; durante las horas de trabajo ninguno podía ver las caras de los demás; los cortos ratos de descanso había que destinarlos al sueño, o a ingerir apresuradamente algún alimento. Jamás reían; nadie oyó nunca que alguno cantase. ¿De qué sirve la lengua cuando un suspiro o un gemido expresan todo lo que los hombres sienten, mientras, obligados por las circunstancias, piensan en silencio? La existencia de aquellos infelices penados era como una corriente subterránea que discurriese lenta, laboriosamente hacia la desembocadura, fuese ésta la que pudiere ser.

¡Oh Hijo de María! ¡La espada tiene ahora un corazón; y tuya es la gloria! Esto es actualmente; pero en los días en que transcurre esta historia, para los cautivos no había sino fatigas en las murallas, y en las calles, y en las minas; y las galeras, tanto de guerra como de comercio, eran vientres insaciables. Cuando Druilio conquistó para su país la primera victoria naval, los romanos se aplicaron a los remos, y la gloria fue para el remero no menos que para el soldado de marina. Aquellos bancos que ahora tratamos de imaginarnos daban testimonio del cambio operado con las conquistas, y sirven de ilustración lo mismo a la política que a las hazañas de Roma. Casi todas las naciones tenían hijos en ellos, en su mayor parte prisioneros de guerra, escogidos por sus músculos y resistencia. Aquí, un bretón; delante de él, un libio; detrás, un hijo de Crimea. En otra parte, un escita, un galo, uno de Tebas. Penados romanos, arrojados en confusión con godos y longobardos, judíos, etíopes y bárbaros de las costas de Maeotis. Aquí, un ateniense; allí, un salvaje pelirrojo de Hibernia; más allá, unos gigantes de ojos azules de Cimbria.

El trabajo de los remeros no requería arte suficiente para tener sus mentes ocupadas, a pesar de lo toscas y simples que eran. Extender los brazos delante, tirar, poner la pala horizontal, volver a hundirla… En eso se resumía todo; unos movimientos tanto más perfectos cuanto más automáticos. Incluso la atención que tenían que prestar al exterior, al mar, llegaba a ser con el tiempo una cosa instintiva más bien que de pensamiento. Así, como fruto de un largo servicio, los pobres desdichados se embrutecían (se volvían pacientes, obedientes, sin espíritu), eran criaturas de poderoso músculo e intelecto exhausto que vivían de recuerdos y al final descendían a un estado alquímico semiinconsciente en el cual la miseria se convierte en un hábito y el alma lo resiste todo sin rebelarse.

Hora tras hora, el tribuno se mecía en su sillón volviéndose de derecha a izquierda, pensando en todo menos en la desdicha de los esclavos sentados en los bancos. Sus movimientos, precisos y exactamente iguales en uno y otro costado del bajel, se hacían monótonos al cabo de un tiempo; y entonces él se distraía fijándose en los individuos uno a uno, por turno. Con su estilete tomaba nota de los reparos que le sugerían, pensando que, si todo iba bien, hallaría entre los piratas a cuyo encuentro iban hombres mejores para llenar los puestos.

No era necesario conservar los nombres propios de los esclavos traídos a la tumba de las galeras; por ello se echaba mano del recurso, más cómodo, de identificarlos por los números pintados en los bancos respectivos. Pasando de un asiento a otro, de uno y otro costado, los perspicaces ojos del gran hombre llegaron por fin al número sesenta, que, como se ha dicho, correspondía propiamente al último banco de mano izquierda, pero que, por falta de espacio a popa, había sido pintado sobre el primer asiento del primer banco. Allí se detuvieron.

El banco del número sesenta estaba algo más arriba del nivel de la plataforma, y sólo a unos pies de distancia. La luz que se filtraba por la rejilla de arriba permitía que la mirada del tribuno distinguiera perfectamente al remero; erecto y, al igual que sus compañeros, desnudo, excepto por un paño atado más abajo de la cintura. Se descubrían, empero, algunos puntos a su favor. Era muy joven, no pasaría de los veinte años. Arrio no estaba aficionado únicamente a los dados; era entendido, en lo que respecta al físico, en hombres, y cuando se encontraba en tierra tenía la costumbre de visitar gimnasios para ver y admirar a los atletas más famosos. Indudablemente, de algún profesor había recogido el concepto de que la fuerza dependía tanto de la calidad como del volumen de los músculos, al paso que para sobresalir en su empleo se necesitaba cierta dosis de inteligencia, además de la fuerza propiamente dicha. A semejanza de muchos hombres obsesionados por una pasión favorita, aceptaba la tesis, estaba siempre buscando ejemplos que la ilustrasen y la confirmasen.

Puede creer el lector que si bien el tribuno, en su búsqueda de la perfección, encontraba a menudo objetos en los que pararse a estudiarlos, raras veces se sentía completamente satisfecho; en realidad pocas veces reclamaron su atención tan largo rato como en esta circunstancia.

Al comienzo de cada movimiento del remo, el cuerpo y el rostro del remero se veían desde la plataforma de perfil; al terminar el movimiento el cuerpo quedaba de espaldas y en la actitud de tirar el remo. La gracia y la facilidad de la acción sugería al principio una duda sobre la sinceridad del esfuerzo realizado; duda que pronto se desechaba; la firmeza con que el esclavo sostenía el remo al echar los brazos adelante y el modo en que se doblaba bajo su empuje eran pruebas de la fuerza que aplicaba al mismo; y no sólo eso, sino que manifestaban también la pericia del remero, absorbiendo al observador sentado en el ancho sillón en la búsqueda de la combinación de fuerza e inteligencia que constituía la idea central de su teoría. En el curso de su estudio, Arrio observó la juventud de aquel sujeto y, completamente desprovisto de toda ternura a este respecto, notó también que parecía, de buena estatura, y que sus extremidades, superiores e inferiores, eran singularmente perfectas. Quizá los brazos fuesen demasiado largos, pero el reparo quedaba eliminado bajo una masa de músculos que, en algunos movimientos, se hinchaban como retorcidas sogas. En el redondo busto todas las costillas se hacían visibles; sin embargo, aquella delgadez no era sino la reducción tan afanosamente buscada por los que frecuentan las palestras. En conjunto, los movimientos del remero poseían cierta armonía, lo cual, además de confirmar la teoría del tribuno, estimulaba a la vez su curiosidad y su interés general.

Arrio no tardó en sorprenderse esperando el momento de ver por completo la cara de aquel hombre. Y observó que tenía la cabeza bien formada, sostenida sobre un cuello ancho en su base, pero de una flexibilidad y una gracia extremas. De perfil, su fisonomía tenía un corte oriental y esa delicadeza de expresión que se ha tomado siempre como prenda de pureza de sangre y prueba de espíritu de fina sensibilidad. Hechas estas observaciones, el interés del tribuno por aquel hombre subió de punto.

"¡Por los dioses —se dijo a sí mismo—, ese sujeto me causa una gran impresión! Promete mucho. He de saber algo más acerca de él".

Inmediatamente pudo ver lo que deseaba; el remero se volvió y le miró.

—¡Un judío! ¡Un muchacho!

Bajo la mirada perfectamente fija en él, en aquellos momentos, los grandes ojos del esclavo se abrieron todavía más; la sangre le sonrojó hasta las mismas cejas; la pala se demoró en sus manos. Pero, al instante, el mazo del hortator cayó con enojado golpe. El remero se estremeció, desvió la mirada del observador y, cual si le hubieran reprendido personalmente, bajó el remo que tenía a medio levantar. Cuando volvió a mirar al tribuno, su sorpresa fue muchísimo mayor; sus ojos se encontraron con una sonrisa cariñosa.

Entretanto la galera penetró en el estrecho de Mesina y, dejando atrás la ciudad de este nombre, viró al cabo de un tiempo hacia el este, quedando la nube que coronaba el Etna en el cielo de la parte de popa. Cuantas veces volvía Arrio a su plataforma del camarote reanudaba otra vez el estudio del remero, y no cesaba de decirse a sí mismo: "Este muchacho tiene espíritu. Un judío no es un bárbaro. He de saber algo más acerca de él".

Capítulo Diez

ARRIO Y BEN-HUR EN CUBIERTA

Había transcurrido el cuarto día y la Astrea (así se llamaba la galera) volaba por el mar Jónico. El cielo estaba sereno y el viento soplaba como desatado por la benevolencia de todos los dioses.

Siendo posible alcanzar a la flota antes de llegar a la bahía del este de la isla de Citerea, designada como punto de concentración, Arrio, un tanto impaciente, pasaba mucho tiempo en cubierta. Con gran diligencia, tomaba nota de todo lo concerniente al barco, y, por lo general, quedaba satisfecho. En el camarote, meciéndose en el gran sillón, su pensamiento volvía continuamente al número sesenta.

—¿Conoces al hombre que acaba de salir de aquel banco? —le preguntó al hortator.

En aquel momento tenía lugar un relevo.

—¿Del número sesenta? —dijo el jefe.

—Sí.

El jefe miró vivamente al remero que se alejaba.

—Como sabes —contestó—, no hace sino un mes que el barco ha salido de manos de su constructor, y sus hombres son tan nuevos para mí como el barco.

—Es judío —comentó Arrio, pensativamente.

—El noble Quinto es muy sagaz.

—Es muy joven —prosiguió Arrio.

—Pero es el mejor remero que tenemos —repuso el otro—. He visto doblarse su remo casi hasta romperse.

—¿Qué disposición tiene?

—Es obediente; otra cosa no la sé. Una vez me presentó una petición.

—¿Cuál?

—Deseaba que le dejase alternar el trabajo, un tiempo en el costado derecho, otro en el izquierdo.

—¿No dio ninguna razón para ello?

—Él había observado que los hombres confinados siempre al mismo costado acaban deformes. Dijo además que un día de tempestad o de combate podía presentarse de súbito la necesidad de cambiar de costado, y entonces no estaría en condiciones de prestar el servicio.

—¡Perpo! La idea es nueva. ¿Qué más has observado de él?

—Es mucho más limpio que sus compañeros.

—En eso es romano —comentó Arrio en tono de aprobación—. ¿No sabes nada de su historia?

—Ni una palabra.

El tribuno meditó un rato, y se volvió para ocupar de nuevo su asiento.

—Si me encuentro en cubierta cuando él haya terminado el servicio —se paró para decir—, envíamelo. Que venga solo.

Unas dos horas después, Arrio estaba bajo el aplustro de la galera, en el estado de ánimo del que, viéndose arrastrado rápidamente hacia un acontecimiento de grandísima trascendencia, no tiene otra cosa que hacer sino esperar, el estado de ánimo en el que la filosofía concede al hombre de recto criterio la mayor calma, y que siempre da los mejores frutos. El piloto estaba sentado con la mano sobre la soga mediante la cual se manejan las palas del timón, una a cada costado del bajel. Unos cuantos marineros dormían a la sombra de la vela, y arriba en la verga había un vigía. Levantando la vista del solárium colocado bajo el aplustro, a fin de que sirviera de referencia para mantener el rumbo, Arrio vio que se le acercaba el remero.

—El jefe te ha nombrado, noble Arrio, y ha dicho que tú habías dispuesto que viniera a buscarte. Aquí estoy.

Arrio inspeccionó la figura, alta, musculosa, la tez que brillaba bajo los rayos del sol teñida por una sangre rica; la examinó admirativamente, y pensó en la arena del circo. Pero también los modales del joven le produjeron una excelente impresión: la voz tenía un acento que parecía aludir a una vida vivida, al menos en parte, bajo refinadoras influencias; los ojos eran claros y abiertos, y más curiosos que retadores. Bajo la mirada experta, inquisitiva y dominadora fija en ella, la cara del muchacho no revelaba nada que empañase su gracia juvenil, ninguna acusación, hosquedad o amenaza; sólo dejaba ver las huellas que imprime un gran pesar largo tiempo prolongado, un poco como la pátina del tiempo modifica la superficie de los cuadros. Como reconociendo tácitamente el efecto que todo ello le producía, el romano habló como un hombre maduro a otro más joven, no como el dueño al esclavo.

—El hortator me dice que eres su mejor remero.

—El hortator es muy amable —respondió el joven.

—¿Has servido mucho tiempo?

—Unos tres años.

—¿En los remos?

—No recuerdo haber descansado de ellos un solo día.

—El trabajo es duro; pocos hombres lo resisten un año sin derrumbarse, y tú… tú no eres sino un muchacho.

—El noble Arrio olvida que el espíritu tiene mucho que ver con la resistencia de un hombre. Con su ayuda a veces el débil medra, mientras el fuerte perece.

—Por tu modo de hablar, eres judío.

—Mis antepasados, muy anteriores a los primeros romanos, fueron hebreos.

—El obstinado orgullo de tu raza no te ha abandonado —dijo Arrio, observando el sonrojo de la faz del remero.

—El orgullo jamás es tan vivo como cuando está encadenado.

—¿Qué motivos tienes para sentirlo?

—El ser judío.

Arrio sonrió.

—Jamás estuve en Jerusalén —dijo—; pero me han hablado de sus príncipes. Y conocí a uno de ellos. Era mercader y surcaba los mares. Poseía cualidades que le habrían hecho apto para rey. ¿A qué categoría perteneces tú?

—Debo responderte desde el banco de una galera. Pertenezco a la categoría de los esclavos. Mi padre era un príncipe de Jerusalén y, como mercader, surcaba los mares. En la cámara de los huéspedes de Augusto le conocían y honraban.

—¿Su nombre?

—Ithamar, de la casa de Hur.

El tribuno levantó la mano atónito.

—¿Un hijo de Hur, tú?

Después de un silencio preguntó:

—¿Qué es lo que te ha traído aquí?

Judá bajó la cabeza; su pecho inspiraba el aire con dificultad. Cuando hubo dominado bastante sus sentimientos, miró al tribuno a la cara y respondió:

—Me acusaron de intento de asesinato contra Valerio Grato, el procurador.

—¿Tú? —gritó Arrio, todavía más pasmado y retrocediendo un paso —. ¿Tú aquel asesino? El relato de aquel hecho retumbaba por toda Roma, y llegó hasta mi barco en el río, junto a Lodinum.

Los dos hombres se miraron en silencio.

—Creía a la familia de Hur barrida de la faz de la tierra —dijo Arrio, tomando la palabra el primero.

Una oleada de tiernos recuerdos barrió el orgullo del joven, y las lágrimas brillaron sobre sus mejillas.

—¡Madre, madre! ¡Y mi pequeña Tirzah! ¿Dónde estarán? Oh tribuno, noble tribuno, si algo supieras de ellas —y el muchacho unía las manos en actitud suplicante—, dime todo lo que sepas. Dime si viven; y si viven, dónde están, y en qué situación. ¡Oh, te lo ruego, dímelo!

Y se acercaba, a Arrio, tanto que sus manos rozaban los pliegues de la capa que descendían de los cruzados brazos del tribuno.

—Aquel día horrible hace tres años que pasó —siguió diciendo—. Tres años, oh tribuno, cada hora de los cuales vale por toda una vida de desdicha (una vida en un abismo sin fondo, sin otra compañía que la muerte, sin otro alivio que el trabajo) y en todo este tiempo ni una palabra de nadie, ni un murmullo. ¡Oh, si al ser olvidados pudiésemos, por lo menos, olvidar! ¡Si pudiera esconderme de aquella escena, de cuando me arrebataron a mi hermana, de la última mirada de mi madre! Yo he sentido el aliento de la peste, y el choque de los navíos en la batalla; he oído la tempestad azotando el mar, y he reído, aunque los otros rezaban: la muerte habría sido una liberación. Doblaba el remo; sí, en un esfuerzo supremo por librarme de la obsesión de lo que ocurrió aquel día. Piensa en cuan poca cosa me consolará. Dime que han muerto, si no algo peor, pues felices no pueden ser mientras yo les falte. Las he oído llamarme por la noche; las he visto caminar sobre el agua. ¡Ah, jamás encontraré nada más verdadero que el amor de mi madre! Y Tirzah… Su aliento era como el perfume de los lirios blancos. Era la rama más joven de la palmera, ¡tan fresca, tan tierna, tan graciosa, tan hermosa! Con ella, todo el día era luminosa mañana. Entraba y salía haciendo música. ¡Y mi mano fue la que las hundió!

—¿Admites tu delito? —preguntó severamente Arrio.

Causaba admiración ver el cambio operado en Ben-Hur; tan instantáneo y total fue. Su voz se hizo incisiva; las manos se levantaron crispadas; todas las fibras de su cuerpo se estremecieron; sus ojos se inflamaron.

—Tú has oído hablar del Dios de mis padres —dijo—, de Jehová infinito. ¡Por su verdad y su omnipotencia, y por el amor con que ha seguido a Israel desde el comienzo, juro que soy inocente!

El tribuno se conmovió profundamente.

—¡Oh noble romano —continuó Ben-Hur—, dame un poco de esperanza y envía una luz a mi oscuridad, más intensa cada día!

Arrio le volvió la espalda y se puso a caminar por la cubierta.

—¿No te juzgaron? —preguntó, parándose de repente.

—¡No!

El romano levantó la cabeza, sorprendido.

—¡Sin juicio, sin testigos! ¿Quién te sentenció?

En aquel tiempo los romanos, es preciso recordarlo, no eran tan amantes de la justicia y de sus formalismos como en la época de su decadencia.

—Me ataron con cuerdas y me llevaron a un calabozo de la Torre. No vi a nadie. Nadie me habló. Al día siguiente unos soldados me llevaron a la orilla del mar. Desde entonces he sido un esclavo de galeras.

—¿Qué habrías podido demostrar?

—Que yo era un muchacho, demasiado joven para ser un conspirador. Grato era para mí un desconocido. Si hubiera tenido intención de matarle, no era aquél el momento ni el lugar. Él cabalgaba en medio de una legión, y estábamos en pleno día. Yo no podía escapar. Por lo demás, yo pertenecía a una clase que estaba en muy buenas relaciones con Roma. Mi padre había recibido distinciones por los buenos servicios prestados al emperador. Teníamos muchos bienes que perder. Aquello significaba una ruina cierta para mí, para mi madre y para mi hermana. Yo no tenía motivo alguno para quererle mal a Grato, al paso que todas las demás consideraciones (propiedad, vida, familia, conciencia, la ley, que para un hijo de Israel es como el aire para nuestro pecho) habrían detenido mi mano, por fuerte que hubiese sido el propósito. Yo no estaba loco. La muerte era preferible al deshonor. Y, créeme, te lo ruego, lo es todavía.

—¿Quién estaba contigo cuando se dio el golpe?

—Yo estaba en la azotea, en la casa de mi padre. Tirzah, el alma de la ternura, estaba conmigo, a mi lado. Ambos nos apoyábamos en el parapeto por ver pasar a la legión. Un ladrillo cedió a la presión de mi mano y cayó sobre Grato. Yo creí que le había matado. ¡Ah, qué horror sentí!

—¿Dónde estaba tu madre?

—Abajo, en su cuarto.

—¿Qué fue de ella?

Ben-Hur cerró los puños y exhaló el aliento casi como un gemido.

—No lo sé. Vi cómo la arrastraban fuera de allí. Es todo lo que sé. Sacaron de la casa todo ser viviente, hasta el ganado irracional, y sellaron las puertas. Habían decidido que mi madre no debía volver. Yo también pregunto por ella. ¡Ah, una palabra nada más! Ella, por lo menos, era inocente. Yo sé perdonar… Pero ¡perdóname tú, noble tribuno! Un esclavo como yo no debe hablar de perdón ni venganza. Estoy atado a un remo para toda la vida.

Arrio escuchaba con viva atención, tratando de sacar partido de su experiencia con esclavos. Si el sentimiento manifestado en esta ocasión era fingido, el muchacho interpretaba perfectamente su papel. Por otra parte, si era real, no cabía dudar de la inocencia del judío. Y si éste era inocente, ¡de qué modo tan ciego habían hecho uso del poder! ¡Toda una familia suprimida como castigo por un accidente! La idea le trastornó.

No hay providencia mejor que la que impide que nuestras ocupaciones, por rudas o sanguinarias que sean, destruyan por completo nuestro sentido moral, y hace que cualidades tales como la justicia y la misericordia, si realmente nos iluminaron, sigan viviendo bajo aquellas ocupaciones, cual flores bajo la nieve. El tribuno sabía ser inexorable; de otro modo, no habría sido apto para los menesteres de su cargo. Pero también sabía ser justo; hacerle comprender que una cosa era injusta equivalía a ponerle en el camino de enmendarla. Las dotaciones de los barcos en que servía daban con el tiempo en llamarle el buen tribuno. Los lectores inteligentes no necesitarán mejor definición de su carácter.

En esta ocasión, eran muchas las circunstancias que favorecían evidentemente al joven, y hasta cabía suponer que otras menos palmarias le beneficiaban también. Posiblemente, Arrio conociese a Valerio Grato y no le amase. Posiblemente había conocido al difunto Hur. Al dirigirle la súplica, Judá se lo había preguntado, y como se habrá notado, él no respondió.

Por una vez, el tribuno se quedó perplejo sin saber qué hacer, titubeando. Gozaba de amplias facultades. En el barco era el dueño absoluto. Todas sus predisposiciones le inclinaban a la clemencia. No obstante, se decía que no había prisa, o mejor, la había por llegar a Citerea. En aquel momento no podían privarse de su mejor remero. Aguardaría, recogería más datos, se aseguraría al menos de que aquel muchacho era el príncipe de Hur y de que poseía un carácter bueno. De ordinario, los esclavos solían ser embusteros.

—Hay bastante —dijo en voz alta—. Vuelve a tu puesto.

Ben-Hur hizo una reverencia. Luego levantó los ojos de nuevo hasta la cara de su dueño, pero no vio nada que alentase la esperanza. Se volvió lentamente, miró atrás y dijo:

—Si te acuerdas de mí nuevamente, oh tribuno, no dejes de tener en cuenta que te he suplicado sólo en favor de mi familia: de mi madre y de mi hermana.

Y se marchó.

Arrio le siguió con ojo admirado. "¡Perpo! —pensó—. Con algún adiestramiento, ¡qué hombre para la arena! ¡Qué corredor! ¡Oh dioses! ¡Qué brazo para la espada o el cesto!".

Y en voz alta, gritó:

—¡Detente!

Ben-Hur se detuvo. Arrio fue hasta él.

—Si fueses libre, ¿qué harías?

—¡El noble Arrio se burla de mí!

—¡No! ¡Por los dioses, no!

—En tal caso, te contestaré gozoso. Me entregaría a un deber que considero el primero de la vida. No reconocería otro. No descansaría hasta que mi madre y Tirzah estuvieran acomodadas de nuevo en casa. Dedicaría todos los días, todas las horas a labrar su felicidad. Cuidaría de ellas. Nunca un esclavo habría sido más fiel. Han perdido mucho, pero, ¡por el Dios de mis padres!, yo les proporcionaría más.

PARTE TRES

ÍNDICE

1. Número sesenta
2. El combate naval
3. Arrio adopta a Ben-Hur
4. En Antioquía
5. En el Orontes
6. La petición de Simónides
7. Simónides y Esther
8. El bosque de Dafne
9. Los morales de Dafne
10. El estadio del bosque
11. La fuente de Castalia
12. Discusión de la carrera de cuadrigas

Capítulo Uno

NÚMERO SESENTA

En el golfo de Antemona, al este de la isla de Citerea, anclaron las cien galeras. Allí, el tribuno dedicó un día a una labor de inspección. Luego puso rumbo a Naxos, la mayor de las Cicladas, a mitad del camino entre Grecia y Asia, semejante a una gran piedra plantada en mitad de una ruta, desde la cual podría retar a todo el que pasase, al mismo tiempo que estaría en situación de marchar instantáneamente contra los piratas, tanto si estaban en el Egeo como fuera, en el Mediterráneo.

Mientras la flota, en buen orden, remaba en dirección a las montañosas costas de la isla, se avistó una galera que venía del norte. Arrio fue a su encuentro. Resultó ser un transporte recién salido de Bizancio, y de boca de su capitán supo los datos que más necesitaba.

Los piratas procedían de las más alejadas costas del mar Negro. Hasta Tañáis, la de la boca del río Don, que, se suponía, alimentaba al mar Azof, estaba representada entre ellos. Habían realizado los preparativos en el mayor secreto. La primera noticia que se supo fue cuando aparecieron a la entrada del Bósforo tracio y a continuación destruyeron la flota estacionada allí. Desde aquel punto hasta la salida del Helesponto, todo lo que flotaba por el mar había caído bajo sus garras. Sesenta galeras, o más, formaban el escuadrón, todas bien organizadas y abastecidas. Unas cuantas eran birremes. El resto, poderosas trirremes. Un griego las mandaba, y los pilotos, a los que se tenía por familiarizados con todos los mares orientales, eran griegos también. Habían recogido un botín incalculable. En consecuencia, el pánico no cundía por el mar solamente. Cerradas sus puertas, muchas ciudades enviaban todas las noches a sus moradores a las murallas. El tráfico había cesado casi en absoluto. ¿Dónde estaban ahora los piratas?

A esta pregunta, del mayor interés, recibió Arrio respuesta.

Después de saquear Hefestia, en la isla de Lemnos, el enemigo había cruzado por entre el grupo tesálico y, según las últimas noticias, había desaparecido en los golfos entre Eubea y la Hélade.

Tales eran las noticias.

Entonces los habitantes de la isla, a los que el raro espectáculo de un centenar de barcos lanzados a la carrera en compacto escuadrón había atraído a las cimas de los montes, vio que la vanguardia de la división viraba súbitamente hacia el norte, y cómo los demás navíos la seguían, girando todos en el mismo punto, como una columna de caballería. Hasta ellos habían llegado las noticias de la piratería, y al contemplar las blancas velas hasta que desaparecieron entre Rhene y Syro, los más sensatos sintieron profundo alivio e inmenso agradecimiento. Roma siempre defendía lo que había conquistado con recia mano. En recompensa a los tributos que exigía, daba seguridad.

El tribuno estaba más que contento de los movimientos del enemigo. Estaba doblemente agradecido a la fortuna, la cual le había proporcionado informes dignos de confianza y había atraído a los enemigos a unas aguas en las que, más que en ningunas otras, su destrucción quedaba garantizada. Conocía el tremendo estrago que hasta una galera sola podía causar en un mar abierto como el Mediterráneo, y la dificultad que ofrecía el descubrirla y darle alcance. Sabía también de qué modo las circunstancias que concurrían en aquella ocasión contribuirían a dar mayor realce a sus servicios y a su gloria si de un solo golpe lograba destrozar toda la hueste de los piratas.

Si el lector coge un mapa de Grecia y el Egeo, se fijará en que la isla de Eubea está situada a lo largo de las costas clásicas como un baluarte que las defiende de Asia, dejando entre ella y el continente un canal de sus buenas ciento veinte millas de largo con un promedio de apenas ocho millas de ancho. La entrada del norte había admitido la flota de Jerjes. Ahora recibía a los audaces incursores del Euxino. Las ricas ciudades de los golfos de Pelasgo y Melia ofrecían un botín seductor. Por lo cual, y consideradas todas las circunstancias, Arrio juzgó que encontraría a los piratas en algún punto más allá de las Termópilas, y, alegrándose de que así fuera, resolvió cerrarles el paso por el norte y por el sur, para lo cual era preciso no perder ni una hora, renunciando incluso a gozar de los vinos y las mujeres de Naxos. En consecuencia, siguió adelante sin tregua ni descanso hasta que, poco antes de oscurecer, se vio el monte Ochoa irguiéndose hacia el cielo, y el piloto anunció que había aparecido la costa eubea.

A una señal, la flota descansó sobre los remos. Reanudada la marcha, Arrio se puso al mando de cincuenta galeras, con el designio de hacerlas subir canal arriba, mientras otra división, igualmente nutrida, volvía la proa hacia la parte exterior, o sea, la que miraba al mar libre de la isla, con la orden de correr a toda prisa hacia el acceso superior y descender luego desplegado, cual una red que no dejara pasar nada entre sus mallas. En verdad, ninguna de ambas divisiones igualaba en número a los piratas, pero, en cambio, cada cual gozaba de ventajas, entre las que la menor no era, en modo alguno, una disciplina con la que la horda de los sin ley no podía contar, por grande que fuera la bravura de sus componentes. Por lo demás, el tribuno había calculado astutamente que si por azar una de las dos divisiones era derrotada, la otra sorprendería al enemigo desorganizado por la victoria y en situación de ser aniquilado fácilmente.

Entretanto, Ben-Hur continuaba en su banco, relevado de seis en seis horas. El descanso en el golfo de Antemona había reparado sus fuerzas. El remo no se le hacía fatigoso, y el jefe que vigilaba en la plataforma no tenía nada que objetar. Por lo general, la gente no advierte la tranquilidad de espíritu que proporciona el saber dónde se encuentra uno y hacia dónde se dirige. La sensación de haberse perdido origina un profundo malestar, y todavía peor es la que se experimenta al marchar a ciegas hacia lugares desconocidos. En Ben-Hur, el hábito había embotado sólo en cierta medida tales sensaciones. Empujando hora tras hora, a veces días y noches enteros, consciente en todo momento de que la galera se deslizaba rauda por alguna de las múltiples rutas del ancho mar, el anhelo de saber dónde se encontraba y adonde iba, no se apartaba de su mente. En ese momento cobraba mayor intensidad alentado por la esperanza reavivada en su pecho desde la conversación sostenida con el tribuno. Cuanto más estrecho es el lugar en que uno se mueve, tanto más intenso es el afán. Y Ben-Hur no dejó de observarlo. Le parecía oír todos los ruidos del barco en movimiento, y los escuchaba uno por uno como si fueran voces que vinieran a revelarle algo. Levantaba los ojos hacia la rejilla de encima de su cabeza y a través de ésta contemplaba aquella luz de la cual le correspondía una porción tan pequeña, esperando, sin saber qué. Y muchas veces se sorprendió a sí mismo a punto de ceder a la tentación de dirigir la palabra al jefe de la plataforma, dignatario al que ningún incidente de la batalla habría dejado atónito.

Durante el largo tiempo de servicio que llevaba, observando los escasos rayos de sol que caían sobre el suelo del camarote había llegado a conocer, generalmente, el cuadrante hacia el que ponía rumbo el navío cuando estaba en marcha. Por supuesto, esto sólo ocurría en días claros, como los que su buena fortuna enviaba al tribuno. Semejante cálculo no le había fallado en todo el tiempo desde que partieron de Citerea, y pensando que se dirigían hacia Judea, su vieja patria, notaba con fina percepción todas las variaciones del rumbo. Con un zarpazo de dolor había observado el súbito cambio hacia el norte que, como se recordará, tuvo lugar cerca de Naxos. Sin embargo, no podía conjeturar siquiera su motivo, pues debe tenerse presente que, al igual que los otros esclavos compañeros suyos, nada sabía de la situación ni le interesaba lo más mínimo el viaje. Su puesto estaba junto al remo, y allí lo tenían inexorablemente, estuviese el barco anclado o navegando. En el espacio de tres años, una vez nada más se le permitió mirar desde cubierta. Y ya sabemos cuándo fue. No tenía idea de que un poderoso escuadrón en orden cerrado siguiese al bajel que él contribuía a empujar. Ignoraba, asimismo, el objetivo que aquel escuadrón perseguía. Cuando al ponerse el sol retiró sus últimos rayos del camarote, la galera seguía enfilando hacia el norte. Vino la noche, y Ben-Hur no pudo notar que se produjera cambio alguno. En aquellos momentos, el perfume del incienso se esparcía por los corredores.

"El tribuno está delante del altar —pensó—. ¿Será que vamos a entrar en combate?".

Ben-Hur se puso a observar atentamente.

Había participado en muchas batallas sin haber visto ninguna. Desde el banco había oído su estrépito arriba y a su alrededor, y estaba familiarizado con todas sus notas, casi como lo está un cantante con las de una canción. Se había familiarizado también con muchos preliminares de un encuentro, de los cuales, entre los romanos igual que entre los griegos, el más invariable era el sacrificio a los dioses. Eran los mismos ritos celebrados al emprender una travesía, y en él, al percibirlos, hacían el efecto de una advertencia.

Hay que tener en cuenta que para él y para los otros esclavos compañeros suyos, una batalla ofrecía un interés muy distinto al que tenía para un soldado o para un marino. No les interesaba el peligro que pudiera presentarse, sino el hecho de que una derrota podía significar un cambio de condición para los que sobreviviesen. Podía representar la libertad o, por lo menos, un cambio de dueño que quizá mejorase su existencia. A su debido tiempo fueron encendidas las linternas y colgadas junto a las escaleras, y el tribuno bajó de cubierta. A una orden suya, los soldados se pusieron las armaduras. A otra, fueron revisadas las máquinas y el suelo quedó sembrado de lanzas, jabalinas y flechas en grandes carcajes, junto con recipientes de aceite inflamable y cestos de pelotas de algodón arrollado sueltamente como las torcidas de las velas de cera. Y cuando por fin Ben-Hur vio al tribuno, subido a su plataforma, ponerse la armadura y sacar el yelmo y el escudo, ya no pudo dudar más el significado de aquellos preparativos, y se dispuso a soportar la última ignominia de su servicio.

Fija en cada banco había una cadena provista de pesadas argollas. El hortator procedió entonces a colocarlas a los remeros, pasando de uno a otro, sin dejarles otra elección que la de obedecer, ni posibilidad alguna de escapar, en caso de desastre. En el camarote se hizo un silencio absoluto, roto solamente al principio por el roce de los remos en sus prisiones de cuero. Todos los ocupantes de los bancos compartían los mismos sentimientos, y Ben-Hur más intensamente que los otros. Unos sentimientos que hubiera querido rechazar a toda costa. El choque de los grillos le informó pronto de los progresos que hacía el jefe en su recorrido. A su momento le tocaría el turno a él. Pero ¿no intercedería el tribuno en su favor?

El lector puede cargar, según le plazca, tal ocurrencia a la cuenta de la vanidad o a la del egoísmo. Lo cierto es que en aquel momento se adueñó del cerebro de Ben- Hur. Este creía en una intervención del romano. Sea como fuere, la contingencia pondría al descubierto los sentimientos de aquel hombre. Si en medio de las preocupaciones de la batalla inminente se acordaba de él, daría prueba de haberse formado una opinión. Daría prueba de que, tácitamente, lo había elevado por encima de sus asociados en el infortunio. Sería un gesto que justificaría la esperanza. Ben-Hur esperaba con ansiedad. Le parecía que transcurrían siglos enteros. A cada golpe de remo miraba al tribuno, quien, terminados sus sencillos preparativos, se tendió sobre el lecho y se dispuso a descansar, ante lo cual el número sesenta se burló de sí mismo, sonrió tristemente y decidió no mirar más en aquella dirección. El hortator se acercaba. Ahora estaba en el número uno. Los grillos chirriaban de un modo horrible. ¡El número sesenta, por fin! Saliendo de su desesperación, Ben- Hur mantuvo el remo inmóvil y presentó el pie al oficial. En aquel momento, el tribuno se revolvió, se sentó e hizo una seña al jefe.

Una fuerte conmoción sacudió el cuerpo del judío. El gran hombre apartó los ojos del hortator para mirarle a él. Cuando volvió a hundir el remo, toda aquella sección del barco parecía haber cobrado vida. Ben-Hur no había oído nada de lo que le dijeron. Le bastaba con que la cadena, ociosa, colgase de su anilla en el banco y el jefe, volviendo a su asiento, se pusiese a marcar el compás con el mazo. Jamás aquellas notas se habían parecido tanto a una música. Arrimando el pecho al emplomado mango, el judío empujaba con todo su poder. Empujaba hasta que el remo estaba a punto de quebrarse.

El jefe fue a donde estaba el tribuno y señaló sonriendo al número sesenta.

—¡Qué fuerza! —exclamó.

—¡Y qué espíritu! —respondió el tribuno—. ¡Por Pólux! Trabaja mejor sin grillos. No se los pongas nunca más.

Diciendo lo cual, se tendió de nuevo en el lecho.

Bajo el empuje de los remos, la nave se deslizaba hora tras hora sobre un agua apenas rizada por el viento. Los que tenían servicio dormían; Arrio, en su lecho; los soldados, en el suelo.

Una, dos veces relevaron a Ben-Hur. Pero él no podía dormir. ¡Tres años de noche y, por fin, un rayo de sol rasgando la oscuridad! ¡Perdido sin rumbo por el mar, y ahora, tierra! Muerto tanto tiempo y, ¡verdad!, el estremecimiento y el revolverse de la resurrección. En una hora semejante no cabía el sueño. La esperanza se lanza hacia el futuro. El presente y el pasado no son sino criados que le sirven dándole aliento y embelleciendo las circunstancias. Partiendo del favor del tribuno, la esperanza empujaba a Ben-Hur adelante indefinidamente. Lo que maravilla no es que unos objetos tan imaginarios como los frutos que nos presenta nos puedan hacer tan dichosos, sino que podamos admitirlos como tan reales. Es preciso que sean como brillantes adormideras bajo cuya influencia, bajo su escarlata, su oro y su púrpura, la razón retrocede y no actúa en todo el rato. Los sufrimientos quedarían calmados. Serían recobrados el hogar y los bienes de su familia. Su madre y su hermana estarían de nuevo en sus brazos… Tales eran los pensamientos centrales que daban en aquel momento a Ben-Hur una felicidad desconocida hasta entonces. El hecho de que estuviera corriendo como sobre alas hacia una batalla horrible no entraba para nada en sus pensamientos. La duda no se mezclaba con los objetos que acariciaba su esperanza, y que brillaban únicos y esplendorosos. De ahí que su gozo fuese tan completo y tan perfecto que en su corazón no quedaba lugar para la venganza. Messala, Grato, Roma y todos los recuerdos amargos y apasionados ligados a ellos eran como calamidades desvanecidas, miasmas de la tierra sobre los cuales flotaba él, lejos, sin riesgo, escuchando el cantar de las estrellas.

La oscuridad más intensa que precede al alba dormía sobre las aguas, y todo marchaba bien en la Astrea, cuando un hombre, bajando de cubierta, fue a toda prisa hasta la plataforma en la que dormía el tribuno, y le despertó. Arrio se levantó, se puso el yelmo, se colocó la espada, cogió el escudo y se acercó al comandante de los soldados de marina.

—Los piratas están muy cerca. ¡Levántate y prepárate! —le dijo.

Y pasó hacia las escaleras, tranquilo, confiado, de tal modo que uno podía pensar:

"¡Dichoso él! Apicio le tiene preparado un festín".

Capítulo Dos

EL COMBATE NAVAL

A bordo, todo el mundo, hasta el mismo barco, despertó. Los oficiales corrían a sus puestos. Los soldados empuñaban las armas y eran conducidos a cubierta. En todos los aspectos parecían legionarios. Unos subían a cubierta carcajes de flechas y brazadas de jabalinas. Junto a la escalera central, otros preparaban para su empleo las vasijas de aceite y las pelotas incendiarias. Otros encendían linternas adicionales. Otros llenaban cubos de agua. Los remeros de relevo estaban formados delante del jefe. La providencia había querido que Ben-Hur fuese uno de éstos. Oía arriba el ruido apagado de los preparativos finales: los marineros arriando la vela, extendiendo las jaretas, desatando las máquinas y colgando sobre el costado la armadura de piel de toro. Al cabo de un rato, el silencio volvió a reinar en la galera. Un silencio preñado de vago temor y ansiedad, que, bien interpretado, significa: todo a punto.

A una señal transmitida desde cubierta y comunicada al hortator por un elegante oficial situado en las escaleras, los remos pararon súbitamente.

¿Qué significaba aquello?

De los ciento veinte esclavos encadenados a los bancos, ni uno solo se hizo la pregunta. Ningún incentivo los movía. Patriotismo, sentido del honor y del deber eran cosas que nada les decían. Sentían únicamente la emoción común en los hombres lanzados a ciegas y sin remedio hacia el peligro. Puede suponerse que el más embrutecido de todos, sujetando el remo inmóvil, pensaba en lo que podía ocurrir, pero no podía prometerse nada. La victoria no serviría más que para remachar más sólidamente sus cadenas, mientras que en la derrota seguirían el mismo destino que el barco. Hundiéndose o en llamas, la suerte del navío sería la suya propia.

De lo que ocurriese en el exterior, nada les era permitido preguntar. ¿Quiénes eran los enemigos? ¿Y qué importaba si eran amigos, hermanos o paisanos suyos? Si el lector extrema las preguntas, comprenderá la necesidad que obligaba a los romanos cuando en tales casos amarraban a los desventurados a sus asientos. Poco tiempo tuvieron, sin embargo, para tales pensamientos. Un sonido parecido a un remar de galeras por la parte de proa llamó la atención de Ben-Hur, y la Astrea se balanceó como en medio de innumerables olas. Por su mente cruzó la idea de una flota congregada y maniobrando, formando probablemente para un ataque. Aquella imagen aceleró la sangre en sus venas.

De cubierta descendió otra señal. Los remos se hundieron, y la galera se puso en marcha imperceptiblemente. Ni un sonido exterior, ni uno tampoco del interior, y, sin embargo, todos los hombres del camarote se habían aprestado instintivamente para un choque. El mismo barco parecía compartir aquella predisposición y contener el aliento, avanzando agazapado como un tigre.

En situaciones tales, se pierde la noción del tiempo. Por ello, Ben-Hur no podía formarse idea del camino andado. Al final se levantó en el puente un clamor de trompetas, fuerte, claro, prolongado. Los golpes del jefe hacían retumbar la mesa hueca. Los remeros estiraron los brazos adelante en toda su longitud y, hundiendo más profundamente que antes las palas de los remos, empujaron de súbito todos a una. La galera se estremeció en todo su maderamen y respondió dando un salto. Otras trompetas unieron sus voces al estruendo. Todas sonaban en la parte trasera, ninguna delante. De esa parte sólo llegó brevemente un tumulto creciente de voces. Hubo un choque tremendo. Los remeros de enfrente de la plataforma del jefe se tambalearon, y algunos cayeron. El barco dio un salto hacia atrás, se recobró luego y se lanzó hacia delante con mayor impulso que antes. Vibrantes y agudos gritos de terror daban los nombres, haciéndose oír sobre el estrépito de las trompetas y sobre el ruido del golpe y de los chirridos de la colisión. Luego, Ben-Hur sintió que bajo sus pies la quilla se había subido sobre algo que se hacía pedazos. Los hombres que le rodeaban se miraban unos a otros amedrentados. Un grito de triunfo retumbó en la cubierta. ¡El espolón de los romanos había vencido! Pero ¿quiénes eran los que se había tragado el mar? ¿Qué lengua hablaban? ¿De qué país procedían?

¡Ni pausa, ni reposo! La Astrea se lanzó adelante. Entretanto, unos cuantos marineros bajaron corriendo al camarote y, sumergiendo las bolas de algodón en las vasijas de aceite, las arrojaron a los camaradas de la cima de las escaleras. El fuego se sumaría a los demás horrores del combate.

Inmediatamente, la galera escoró de tal modo que a los hombres del costado que se levantaba se les hacía difícil mantenerse en sus bancos. Y otra vez los calurosos vivas de los romanos, acompañados de gritos de desesperación. Un barco enemigo, cogido por los apresadores garfios del gran arbotante que se balanceaba en la proa, se levantaba en el aire presto a caer y hundirse. El griterío aumentaba a derecha y a izquierda. Delante y detrás se levantaba un clamoreo indescriptible. De vez en cuando se producía un choque seguido de súbitos alaridos de espanto, dando testimonio de otros barcos embestidos y de sus dotaciones sumergiéndose en los remolinos.

La lucha no se desarrollaba a costa de un solo bando. Una y otra vez bajaban a un romano por la escotilla y le dejaban sangrando, a veces agonizando, en el suelo. También a veces penetraban en el camarote bocanadas de humo mezclado con vapor hediondo que traían un olor a carne humana quemada, y la mezquina luz se convertía entonces en una opaca niebla amarilla. Esforzándose en todo momento por encontrar aire, Ben-Hur comprendió que estaban atravesando la nube de un barco en llamas. Un barco incendiado con sus remeros encadenados a los bancos. Entretanto, la Astrea no cesaba de avanzar. De repente, se paró. Los remos salieron disparados de las manos de los remeros, y éstos de sus asientos. En la cubierta hubo entonces un furioso martillear de pisadas, y en los costados, el rechinar de los barcos enredados el uno en el otro. Por primera vez, el estrépito ahogó el redoble de la maza. Los hombres se desplomaban al suelo presa del pánico, o miraban a su alrededor buscando un lugar donde esconderse. En medio de aquella escena espantosa, un cuerpo cayó o fue arrojado por la escotilla, yendo a parar cerca de Ben-Hur. Este contempló la semidesnuda ruina, cuyo rostro oscurecía un apelotonamiento de cabello, y, debajo de éste, el escudo de piel de toro descubriendo el tejido de mimbre: un bárbaro procedente de las naciones de blanco cutis del norte al cual la muerte había privado del botín y de la venganza.

¿Cómo había llegado allí? Una mano de hierro lo habría arrebatado de la cubierta adversaria… ¡No! ¡La Astrea había sido abordada! ¡Los romanos luchaban sobre su propia cubierta! Un escalofrío paralizó al joven hebreo. Arrio se hallaba en una situación apurada. Quizás estuviera defendiendo su propia vida. ¿Y si le matasen? ¡Dios de Abraham, presérvalo! Las esperanzas y los sueños tan tardíamente amanecidos ¿serían solamente sueños y esperanzas? Madre, hermana, casa, hogar, Tierra Santa… Después de todo, ¿no llegaría a verlos? Sobre su cabeza, tronaba el tumulto. Ben-Hur miró a su alrededor. En el camarote todo era confusión: remeros paralizados en sus bancos, soldados y marineros corriendo a ciegas de un lado para otro. Sólo el jefe continuaba imperturbable en su asiento, batiendo inútilmente el tablero sonoro y esperando la orden del tribuno.

Ejemplo viviente en medio de aquella niebla amarilla de la disciplina sin igual que había sojuzgado el mundo. Su ejemplo ejerció un efecto benéfico en Ben-Hur, que se dominó lo suficiente para pensar. El honor y el deber atacaban al romano a su plataforma. Pero él ¿qué tenía que ver, entonces, con aquellos imperativos? El banco no era sino un lugar del cual huir, mientras que si moría como un esclavo, ¿quién se beneficiaría de su sacrificio? En cambio, conservando la vida, quedaba por delante el deber, si no el honor. Su vida pertenecía a los suyos. Ahora se levantaban ante él, más reales que nunca. Los veía abriendo los brazos, los oía implorándole. ¡Correría a ellos! Dio un paso, pero se detuvo. ¡Ay! Una sentencia romana le tenía encadenado. Mientras siguiera en vigor, sería inútil escapar. En todo el ancho mundo no había lugar alguno donde estuviera a salvo del requerimiento imperial. Ni lo había en tierra ni tampoco en el mar.

Ben-Hur se pronunció por obtener la libertad bajo las normas de la ley a fin de poder morar en Judea y llevar a cabo la empresa a la cual dedicaría sus días y todos sus desvelos de buen hijo. En otro país no quería vivir. ¡Dios santo! ¡Cuánto había esperado, mirado y rogado para que se presentase semejante liberación! ¡Y cuánto tardaba en conseguirla! Pero al final la había entrevisto en la promesa del tribuno. ¿Qué otra cosa había podido significar la simpatía del gran hombre? ¡Y si ahora matasen a un bienhechor tan tardíamente aparecido! Los muertos no vuelven para redimir a los vivos de sus cuitas. No debía suceder. Arrio no debía morir. Mejor sería, al menos, morir con él que sobrevivir siendo un galeote.

Ben-Hur volvió a mirar a su alrededor. Sobre el techo del camarote seguía librándose la batalla. Los barcos enemigos seguían rechinando y oprimiendo los flancos de la nave. En los bancos, los esclavos pugnaban por librarse de las cadenas y, viendo fracasados sus esfuerzos, aullaban como dementes. Las guardias habían subido a cubierta. La disciplina había cedido el puesto al pánico. No, el jefe seguía en su asiento, inalterable, tranquilo como siempre, y, excepto por el mazo, desarmado. En vano llenaba con su tamborileo los huecos del estrépito. Ben-Hur le dirigió la última mirada. Luego se alejó de allí, no en fuga, sino para buscar al tribuno. Un corto trecho le separaba de la escotilla de popa. Lo salvó de un salto, y estaba a mitad de las escaleras, a suficiente altura para divisar por un momento el cielo encendido por el rojo de sangre del incendio, el mar lleno de barcos y de despojos, la lucha que se libraba alrededor de la dependencia del piloto, la multitud de asaltantes, la escasez de defensores, cuando, de súbito, sus pies perdieron el apoyo y cayó hacia atrás. Al llegar al suelo, le pareció que éste se levantaba y se hacía pedazos. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, la parte delantera del casco se partió en dos, y el mar, cual si hubiera permanecido todo el rato al acecho, se lanzó dentro silbando y echando espumarajos, y para Ben-Hur todo se convirtió en oscuridad y encabritadas olas.

No se puede afirmar que el joven judío se valiera por sí mismo en aquel trance. Aunque además de su energía habitual poseía la fuerza suplementaria indefinida que la naturaleza guarda en reserva para cuando peligra la vida, la oscuridad y el rugir y arremolinarse del agua le dejaron atontado. Incluso el contener la respiración fue un acto involuntario.

El aflujo de agua le arrojó como un leño hacia el interior del camarote, donde habría perecido ahogado de no ser por el reflujo que originó el barco al hundirse. Estando así a varias brazas por debajo de la superficie, la hueca masa le vomitó fuera y se elevó junto con los despojos sueltos. En este movimiento de ascenso topó con algo, y se agarró a ello. El tiempo pasado bajo las olas le parecía un siglo más largo de lo que realmente fue. Al final emergió fuera del agua. Abriendo desmesuradamente la boca, llenó de nuevo los pulmones de aire, libró el cabello y los ojos de agua, se acomodó mejor en el tablón al que se había cogido y paseó una mirada por su alrededor.

Bajo las olas, la muerte le había perseguido de cerca. Salido a la superficie la encontró esperándole, aguardando bajo múltiples formas.

Aquí y allá, por entre el humo que se había extendido sobre el mar como una niebla semitransparente, brillaban núcleos de intenso fulgor. Una rápida percepción le dijo que eran barcos en llamas. La batalla continuaba. No podía adivinar quién era el vencedor. De vez en cuando cruzaban barcos por el radio de su visión, proyectando sombras contra las luces. Entre las opacas nubes de más allá, percibía el estampido de otros barcos chocando unos con otros. Sin embargo, el peligro acechaba mucho más cerca. Cuando la Astrea se hundió, en su cubierta estaban, como se recordará, su propia dotación y las de las dos galeras que la habían atacado a un mismo tiempo, y las tres fueron engullidas por el abismo. Muchos de aquellos hombres salieron a la superficie juntos, y sobre los tablones o los soportes de diversa índole continuaba un combate empezado quizás en el fondo del torbellino, varias brazadas debajo.

Encogiéndose y retorciéndose en un abrazo mortal, atacando a veces con la espada o la jabalina, mantenían en agitación las aguas que los rodeaban, aquí negras como la tinta, allá inflamadas en espantosos reflejos. Nada tenía que ver él en sus luchas. Todos eran enemigos. Ni uno habría hecho otra cosa que matarle para arrebatarle el tablón en que flotaba. Ben-Hur procuró alejarse a toda prisa.

En tales circunstancias, percibió el ruido de unos remos en rapidísimo movimiento y vio que se le echaba encima una galera. La alta proa parecía doblemente alta y la roja luz que jugueteaba sobre sus dorados y esculpidos le daba el aspecto de una serpiente viva. Bajo su casco, el agua hervía levantando nubes de voladora espuma.

Ben-Hur se apartó empujando la tabla, excesivamente ancha e ingobernable. Los segundos eran preciosos. La mitad de uno podía salvarle o perderle. En el momento crítico, cuando estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano, un yelmo emergió del mar como un destello de oro, al alcance de su mano. Luego salieron dos manos con los dedos extendidos. Grandes y fuertes eran. Una vez cogidas a algo no habría sido posible hacerles soltar la presa. El yelmo se elevó más, y con él, el rostro que encuadraba. Luego aparecieron dos brazos que se pusieron a azotar el agua furiosamente. La cabeza se volvió atrás, y la luz le dio en la cara. Una boca desencajada. Unos ojos abiertos, pero sin vista. La palidez sin sangre de un hombre que se ahoga… ¡No puede imaginarse nada más lúgubre! Sin embargo, Ben-Hur soltó un grito de gozo ante aquel cuadro. Cuando el rostro se hundía de nuevo, cogió al desventurado por la cadena del yelmo que pasaba por debajo de la barbilla y le arrastró hacia el tablón.

Aquel hombre era Arrio, el tribuno.

Durante un rato, el agua escupió espuma y se arremolinó violentamente alrededor de Ben-Hur, que puso a contribución todas sus fuerzas para continuar agarrado al madero y al mismo tiempo sostener fuera de la superficie la cabeza del romano. La galera había pasado, librándose por poco espacio del golpe de sus remos y cruzando por medio de los hombres que flotaban, aplastando cabezas cubiertas de yelmos lo mismo que otras desnudas, y no dejando otra cosa en su estela que el mar encendido en chispas de fuego. Un choque apagado, seguido de un alarido tremendo, hizo que el salvador apartase la vista de su protegido. Y cierto alborozo salvaje invadió su corazón. La Astrea había sido vengada.

Después de aquello, la batalla cambió de signo. La resistencia se transformó en huida. Pero ¿quiénes eran los vencedores? Ben-Hur comprendía bien hasta qué punto su libertad y la vida del tribuno dependían de aquella contingencia. Poco a poco empujó el tablón debajo del cuerpo del segundo hasta que la madera lo sostuvo a flote, después de lo cual pudo limitarse a mantenerlo en aquella posición. La aurora venía lentamente. Ben-Hur contemplaba su despliegue, a ratos esperanzado, a ratos con temor. ¿Traería ante sus ojos a los romanos o a los piratas? Si eran los piratas, el tribuno estaba perdido.

Al fin, la mañana se abrió por completo. No soplaba ni un aliento de aire. Lejos, a la izquierda, se veía la tierra. Demasiado distante para intentar ganarla. Aquí y allá flotaban hombres a la deriva, como él mismo. En algunos puntos, fragmentos chamuscados y a veces todavía humeantes ennegrecían el mar. Allá delante, muy lejos, una galera, reposaba con la destrozada vela colgando de una inclinada verga y los remos parados. Todavía más lejos distinguía unos puntos en movimiento, y pensó que acaso fueran barcos en fuga o persiguiendo a otros. O también podían ser blancas aves volando.

Así transcurrió una hora. Su ansiedad crecía. Si no recibían auxilio rápidamente, Arrio moriría. A veces estaba tan quieto que parecía un cadáver. Ben-Hur le quitó el yelmo. Después, con gran dificultad, la coraza. El corazón le latía débilmente. Aquello le dio esperanza, y siguió resistiendo. No podía hacer otra cosa que esperar y, según el estilo de su pueblo, rezar.

Capítulo Tres

ARRIO ADOPTA A BEN-HUR

Las angustias que sufre el que ha estado a punto de ahogarse y vuelve a la vida son más ¿olorosas que las sufridas cuando se ahogaba. Arrio tuvo que soportarlas, y al final, con gran regocijo de Ben-Hur, estuvo en condiciones de hablar.

De una serie de preguntas incoherentes acerca de dónde estaba y de quién le había salvado y cómo, su mente revirtió a la batalla. La duda sobre quién habría vencido estimuló sus facultades hasta despertarlas por completo, resultado al que contribuía no poco el prolongado descanso. Por lo menos el que pudo disfrutar sobre aquel sostén. Al cabo de un rato, se sintió comunicativo.

—Comprendo que nuestra salvación depende del resultado de la lucha. Veo también lo que has hecho por mí. Para ser justo debo reconocer que me has salvado la vida arriesgando la tuya propia. Lo reconozco abiertamente, y, pase lo que pase, puedes contar con mi agradecimiento. Más aún, si la fortuna me trata generosamente y salimos con bien de este peligro, te favoreceré como corresponde a un romano que cuenta con medios y oportunidades para demostrar su gratitud. Sin embargo…, sin embargo, queda por ver si, animado por tus buenas intenciones, me has hecho realmente un favor. O más bien, apelando a tu buena voluntad —el romano titubeaba —, quisiera exigirte una promesa de que, si ocurre determinado acontecimiento, me prestarás el mayor servicio que un hombre puede prestar a otro. Y a ello quiero que te obligues ahora.

—Si no se trata de una cosa prohibida, la haré —contestó Ben-Hur.

—¿Eres, en verdad, un hijo de Hur, el judío? —inquirió luego.

—Es como te dije.

—Yo conocí a tu padre…

Judá se acercó más, porque el tribuno tenía la voz muy débil. Se acercó y escuchó con ansiedad. Creía que al final iban a hablarle de su hogar.

—Le conocía y le apreciaba —prosiguió Arrio.

Hubo otra pausa, durante la cual algo desvió los pensamientos del romano.

—No puede ser —continuó después—, que tú, un hijo suyo, no hayas oído hablar de Catón y de Bruto. Fueron grandes, y nunca tan grandes como su muerte. Al morir dejaron esta ley: un romano no puede sobrevivir a su buena fortuna. ¿Me escuchas?

—Te oigo.

—Los patricios de Roma tienen la costumbre de llevar un anillo. Verás uno en mi mano. Cógelo ahora.

Y le presentó la mano a Judá, quien hizo lo que le ordenaban.

—Póntelo en la tuya propia.

Ben-Hur lo hizo.

—La joya sirve para algo —continuó Arrio enseguida—. Yo poseo bienes y dinero. Hasta en la misma Roma me consideran rico. No tengo familia. Enseña el anillo a mi liberto, que gobierna en mi ausencia. Le encontrarás en una villa cerca de Misenum. Dile cómo ha llegado a tu poder y pídele lo que quieras, o todo lo que tenga. No se negará a tu demanda. Si vivo, todavía haré algo mejor por ti. Te haré libre y te restituiré a tu hogar y a tu pueblo, y tú podrás entregarte a la ocupación que más te plazca. ¿Me oyes?

—No tengo más remedio que oírte.

—Entonces, jura. Por los dioses…

—No, buen tribuno. Yo soy judío.

—En este caso, por Dios, o según la fórmula más sagrada para los que pertenecen a tu credo, júrame que harás lo que voy a decirte ahora y del mismo modo que te lo diga. Estoy esperando. Dame tu promesa.

—Noble Arrio, tus maneras me advierten que debo esperar algo de mayor trascendencia. Dime primero lo que deseas.

—¿Lo prometerás, entonces?

—Eso sería obligarme de antemano al juramento y… ¡Bendito sea el Dios de mis padres! ¡Allá viene un barco!

—¿En qué dirección?

—Del norte.

—¿Puedes determinar su nacionalidad por algunas señales externas?

—No. Yo siempre serví en los remos.

—¿Luce una bandera?

—No veo ninguna.

Arrio permaneció callado cierto tiempo, al parecer sumido en profunda reflexión.

—¿Continúa hacia acá todavía el barco? —preguntó al final.

—Todavía.

—Mira ahora si ves la bandera.

—No trae ninguna.

—¿Ni algún otro signo?

—Tiene la vela desplegada y es de tres bancos. Eso es todo lo que puedo decirte.

—Un romano victorioso enarbolaría muchas banderas. Ha de ser un enemigo. Escucha ahora —dijo Arrio, poniéndose otra vez muy serio—. Oye mientras todavía puedo hablar. Si es una galera pirata, tu vida está a salvo. Quizá no te den la libertad. Acaso te pongan de nuevo en el remo, pero no te matarán. En cambio, a mí…

El tribuno tartamudeó.

—¡Por Pólux! —continuó resueltamente—. Soy demasiado viejo para someterme al deshonor. En Roma dirás que Quinto Arrio, como es propio de un tribuno romano, se hundió con su barco en medio del enemigo. Eso es lo que quería que hicieses. Si la galera pertenece a los piratas, empújame fuera del tablón y ahógame. ¿Me oyes? Jura que lo harás así.

—No quiero jurar —replicó Ben-Hur, con fuerza—. Ni haré lo que me pides. La ley, que es lo que para mí tiene mayor fuerza, oh tribuno, me pediría cuentas de tu vida. Toma tu anillo —añadió, quitándoselo del dedo —, tómalo y retira con él todas las promesas de favorecerme si nos libramos de este peligro. La condena que me envió a galeras por toda la vida me hizo esclavo. Sin embargo, no lo soy, como tampoco soy tu liberto. Soy un hijo de Israel, y en estos momentos, por lo menos, mi propio dueño. Toma el anillo.

Arrio no se movió.

—¿No quieres? —continuó Judá—. Entonces, no por enojo ni empujado por ningún despecho, sino para librarme de una obligación odiosa, daré tu regalo al mar. ¡Mira, oh tribuno!

Y arrojó el anillo lejos de sí. Aunque sin mirar, Arrio oyó el choque de la joya con el agua, en cuyo seno se hundió.

—Has hecho una tontería —dijo—. Una tontería mayúscula en una persona que se encuentre en tu situación. No dependo de ti para morir. La vida es un hilo que puedo romper sin tu ayuda. Y si lo rompo, ¿qué será de ti? Los hombres resueltos a morir prefieren perecer a manos de otros, por la razón de que el alma que Platón nos dio se rebela ante la idea de destruirse a sí misma. Eso es todo. Si la galera es de los piratas, escaparé de este mundo. Estoy decidido. Soy romano. La victoria y el honor lo son todo. Sin embargo, yo te habría servido y tú no has querido. El sello era lo único que podía atestiguar mi voluntad en estos momentos. Ambos estamos perdidos. Yo moriré echando de menos el triunfo y la gloria que me habrían arrebatado. Tú vivirás para morir uní poco más tarde, lamentando haber cometido la locura de no cumplir los piadosos deberes que te exigía. Te compadezco.

Ben-Hur vio con más claridad que antes las consecuencias de su gesto, pero no vaciló.

—En mis tres años de esclavitud, oh tribuno, tú has sido el primero que me miró con afecto. ¡No, no! Hubo otro —su voz descendió de tono, los ojos se le humedecieron y vio claramente, como si la tuviera delante en aquel mismo momento, la cara del muchacho que le dio de beber junto al antiguo pozo de Nazaret—. Por lo menos, tú fuiste el primero que me preguntó quién era. Y si al extender el brazo para cogerte cuando estabas ciego e ibas a hundirte por última vez también yo pensé en los muchos beneficios que podrías reportarme en mi calamidad, no lo hice, a pesar de todo, por puro egoísmo. Te ruego que lo creas. Por otra parte, según la manera de entender que Dios me concede en esta ocasión, los fines que mis sueños acarician han de ser conseguidos únicamente por medios lícitos. El imperativo de mi conciencia me ordena que muera contigo antes que ser tu asesino. Mi resolución es tan firme como la tuya, oh tribuno. Aunque me ofrecieras toda Roma y la oferta fuese válida porque tú fueras el dueño de ella, no te mataría. Tu Catón y tu Bruto no eran sino niños pequeños comparados con los hebreos cuya ley debe obedecer todo judío.

—Pero yo te lo he ordenado. ¿Has…?

—Aunque tu mundo fuese mucho más elevado, no me impresionaría. No tengo más que decir.

Ambos se quedaron callados, esperando.

Ben-Hur miraba a menudo hacia el barco que se acercaba. Arrio reposaba con los ojos cerrados, indiferente.

—¿Estás seguro de que es un enemigo? —preguntó Ben-Hur.

—Así lo creo —respondió el otro.

—Ahora se para y baja un bote por el costado.

—¿Ves su bandera?

—¿No hay ningún otro signo por el cual podamos conocer si es romano?

—Si lo fuese, traería un yelmo sobre la punta del mástil.

—Entonces, alégrate. Veo el yelmo.

Arrio todavía no se tranquilizaba.

—Los ocupantes del bote están recogiendo a los náufragos —dijo Ben-Hur—. Los piratas no son humanitarios.

—Acaso necesiten remeros —replicó Arrio, acordándose posiblemente de las ocasiones en que había rescatado gente para ese propósito.

Ben-Hur estaba atento a las acciones de los desconocidos.

—El barco se aleja —dijo.

—¿Hacia dónde?

—Allá a nuestra derecha hay una galera que parece abandonada. La que venía pone rumbo hacia ella. Ahora está a su lado. Ahora envía hombres a bordo.

Entonces, Arrio abrió los ojos y salió de su impasibilidad.

—Da gracias a tu Dios —le dijo a Ben-Hur, después de haber dirigido una mirada a las galeras—. Da gracias a tu Dios, como yo las doy a mis numerosos dioses. Un pirata no salvaría un barco. Lo hundiría. Por esta acción y por el yelmo del mástil, conozco que es romano. La victoria es mía. No me ha abandonado la Fortuna. Estamos salvados. Agita la mano, llámalos. Tráelos acá prestamente. Yo seré duunviro y tú… Yo conocía a tu padre y le amaba. Era realmente un príncipe. Él me enseñó que un judío no es un bárbaro. Te llevaré conmigo. Serás mi hijo. Da gracias a tu Dios y llama a los marineros. ¡Deprisa! Hay que continuar la persecución. No ha de escapar ni un solo pirata. ¡Dales prisa!

Judá se incorporó sobre el tablón, agitó la mano y gritó con todas sus fuerzas. Al final llamó la atención de los marineros del bote, que fueron enseguida a recogerlos. Arrio fue recibido en la galera con todos los honores de un héroe singularmente favorecido por la Fortuna. Tendido sobre un lecho de cubierta, escuchaba los detalles de la conclusión de la lucha. Cuando todos los supervivientes que flotaban en el mar estuvieron a salvo, y el premio de la victoria asegurado, enarboló de nuevo su bandera de comandante y se lanzó hacia el norte para reunirse con la flota y completar la victoria. A su debido tiempo, los cincuenta navíos que bajaban por el canal cerraron sobre los piratas fugitivos y los aplastaron por completo. Ni uno escapó. Acrecentando la gloria del tribuno, veinte galeras enemigas fueron capturadas.

En el dique de Misenum, al regresar de su crucero, Arrio fue objeto de una cálida recepción. El joven que le acompañaba atrajo pronto la curiosidad de los amigos congregados allí, y, cuando preguntaron quién era, el tribuno se puso a explicarles con profundo afecto de qué modo había sido salvado, y les presentó al extranjero, omitiendo cuidadosamente todo lo relativo a la historia anterior de éste. Al terminar su narración, llamó a Ben-Hur a su lado y dijo, apoyando una mano cariñosa sobre su hombro:

—Buenos amigos, éste es mi hijo y heredero, al cual, ya que ha de heredar mis bienes (si es voluntad de los dioses que deje alguno), conoceréis por mi nombre. Os ruego que le améis como me amáis a mí.

Con toda la rapidez que permitía la ocasión, llevaron los requisitos legales necesarios para que Ben-Hur pasase a ser hijo adoptivo de Arrio. De esta manera, cumplió el valiente romano la promesa hecha a Ben-Hur, introduciéndole felizmente en el mundo imperial. Al mes siguiente del regreso de Arrio, en el teatro de Scauros se celebró con toda magnificencia el Armilustrium. Un costado del edificio quedó engalanado con trofeos militares entre los cuales los más visibles eran veinte proas complementadas por sus correspondientes aplustros, audazmente arrancadas de otras tantas galeras. Y sobre ellas, de modo que los ochenta mil espectadores allí sentados pudieran leerla, había esta inscripción:

CAPTURADAS A LOS PIRATAS
EN EL ESTRECHO DE EURIPO
POR
QUINTO ARRIO
DUUNVIRO

Capítulo Cuatro

EN ANTIOQUÍA

Llegamos ahora al mes de julio del año 29 del Señor, a Antioquía, la Reina de Oriente y, después de Roma, la ciudad más fuerte, si no la más populosa del mundo.

Hay quien opina que los vicios y extravagancias de aquella época tuvieron su origen en Roma y de allí se propagaron a todo el Imperio, y que las grandes ciudades no hacían otra cosa sino reflejar los estilos de su dueña, la del Tíber. Debemos poner en duda el acierto de semejante opinión. Los conquistadores reaccionaron influyendo en la moral del conquistador. Roma encontró en Grecia una fuente de corrupción, y lo mismo en Egipto. De modo que, cuando haya agotado el tema, el erudito cerrará los libros, seguro y convencido de que el río desmoralizador corría desde Oriente hacia Occidente, y de que esa ciudad, Antioquía, una de las más antiguas sedes del poder y el esplendor asirios, era una de las fuentes principales del mortífero caudal.

Una galera de transporte entraba por la desembocadura del río Orontes, procedente de las azules aguas del mar. Era por la mañana. Hacía mucho calor y, sin embargo, todos los que podían concederse tal privilegio se encontraban en cubierta. Ben-Hur, entre otros.

Los cinco años transcurridos habían dejado al joven judío en plena virilidad. A pesar de que la túnica de blanco lino con que se vestía disimulaba algo su figura, su presencia poseía un atractivo inusitado. Hacía una hora o más que había ocupado un asiento a la sombra de la vela, y durante aquel rato, varios pasajeros de su propia nacionalidad habían intentado trabar conversación con él, pero había sido en vano. Ben-Hur había contestado a sus preguntas brevemente, si bien con grave cortesía, y en lengua latina. La pureza de su dicción, sus cultivados modales, su reserva, todo servía para estimular todavía más la curiosidad. A los que le observaban de cerca les llamaba la atención cierta incongruencia entre su porte, que tenía la soltura y la gracia del de un patricio, y ciertos detalles de su persona. Así, sus brazos eran desproporcionadamente largos, y cuando se cogía a algún sitio para protegerse de los movimientos del barco, se hacía notar el tamaño de sus manos y la fuerza innegable que se adivinaba en ellas, de modo que a la curiosidad por saber qué y quién era, se mezclaba continuamente el deseo de conocer los pormenores de su vida. En resumen, no se puede describir mejor su aspecto que con la siguiente frase: este hombre tiene una historia que contar.

Durante el viaje, la galera se había parado en uno de los puertos de Chipre, donde habían recogido a un hebreo de aspecto muy venerable, callado, reservado, paternal. Ben-Hur se aventuró a dirigirle algunas preguntas. Las respuestas ganaron su confianza, y el intento terminó en una animada conversación.

Quiso la casualidad que cuando la galera, procedente de Chipre, penetraba en la bahía del Orontes, otros dos barcos a los cuales habían avistado en el mar entraran en el río al mismo tiempo; al pasar, los dos enarbolaron unas banderolas del amarillo más brillante. Se hicieron muchas conjeturas acerca del significado de aquellas señales. Por fin, un pasajero se dirigió al respetable hebreo solicitando información sobre aquel particular.

—Sí, conozco el significado de las banderas —contestó éste—. No indican ninguna nacionalidad. Declaran meramente a quién pertenece el navío.

—¿Posee otros muchos su propietario?

—En efecto.

—¿Le conoces?

—He tratado con él.

Los pasajeros miraban al hebreo como pidiéndole que continuara. Ben-Hur escuchaba con interés.

—Vive en Antioquía —prosiguió el hebreo, con su sosiego característico—. Las inmensas riquezas que posee le han hecho popular, y no siempre se habla de él con afecto. Había antes en Jerusalén un príncipe perteneciente a una familia muy antigua llamado Hur.

Judá hizo un esfuerzo para conservar la compostura, pero su corazón latía aceleradamente.

—El tal príncipe era mercader, y poseía un genio especial para los negocios. Montó muchas empresas. Unas con ramificaciones hacia el lejano Oriente, otras ramificándose hacia el oeste. Tenía sucursales en las grandes ciudades. Cuidaba de la de Antioquía un hombre llamado Simónides, que al decir de algunos, había sido un siervo de la familia, y, aunque llevara nombre griego, era israelita. El amo murió ahogado en el mar. No obstante, sus empresas continuaron en marcha y casi con la misma prosperidad. Pero al cabo de un tiempo, el infortunio se cebó en su familia. El único hijo del príncipe, ya mayorcito, intentó matar al procurador Graco en una de las calles de Jerusalén. Poco faltó para lograr su empeño, y desde entonces no se ha sabido nada más de él. Lo cierto es que el furor romano se descargó contra toda la familia. No quedó con vida nadie que llevase aquel nombre. Su palacio fue sellado, y ahora sirve de refugio a las palomas. Sus bienes fueron confiscados. Todo lo que se pudo averiguar que pertenecía a los Hur fue confiscado. El procurador se curó la herida con bálsamo de oro.

—Quieres decir que se apropió los bienes —puntualizó uno de los oyentes.

—Eso dicen —contestó el hebreo—. Yo me limito a contar la historia tal como me la contaron a mí. Siguiendo con nuestro relato, Simónides, que había sido el representante del príncipe aquí en Antioquía, al cabo de poco tiempo se puso a comerciar por su propia cuenta, y en un tiempo increíblemente corto se convirtió en el más poderoso de los mercaderes de la ciudad. Imitando a su antiguo dueño, envió caravanas a la India. Y actualmente tiene en el mar galeras suficientes para formar una flota regia. Dicen que nada le sale mal. Sus camellos nunca mueren, si no es de viejos. Sus barcos jamás se hunden. Si echa una piedra al río la sacará luego convertida en oro.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Menos de diez años.

—Hubo de arrancar con una buena base.

—Sí, dicen que de los bienes de príncipe el procurador sólo cogió los que encontró al alcance de su mano: caballos, ganados, casas, tierras, barcos, mercancías. El dinero no pudieron hallarlo, aunque tenía que haber sumas inmensas. Qué se hiciera del mismo, ha sido un misterio que ha quedado sin solución.

—Para mí, no —dijo un pasajero, en tono de mofa.

—Te comprendo —respondió el hebreo—. Otros han tenido la misma idea. Es creencia común que le sirvió de base de partida a Simónides. El mismo procurador comparte esta opinión (o la compartía, por lo menos), pues en el espacio de cinco años, dos veces ha cogido al mercader y lo ha sometido a tormento.

La mano de Judá estrujaba la cuerda que tenía asida.

—Se dice —prosiguió el narrador—, que en el cuerpo de aquel hombre no queda hueso sano. La última vez que le vi estaba sentado en un sillón, inválido e informe, sostenido por almohadones.

—¡Qué modo de torturarle! —exclamaron varios oyentes en un aliento de voz.

—Ninguna dolencia habría podido producir una deformidad tal. Sin embargo, los sufrimientos no hicieron mella en él. Todo lo que tenía le pertenecía legalmente, y lo utilizaba de acuerdo con la ley. No pudieron arrancarle otra confesión. Ahora, empero, está fuera del alcance de toda persecución. Tiene una licencia para comerciar firmada por el mismo Tiberio.

—La ha pagado con creces, lo garantizo.

—Esos barcos son suyos —continuó el hebreo, pasando por alto el comentario—. Es costumbre entre sus marineros saludarse cuando se encuentran por el mar desplegando banderas amarillas, consigna que significa: "Hemos tenido un viaje afortunado".

La historia terminó aquí. Cuando el transporte estuvo bien adentro del canal del río, Judá se dirigió al hebreo.

—¿Cómo se llamaba el amo del mercader?

—Ben-Hur, príncipe de Jerusalén.

—¿Qué fue de la familia del príncipe?

—Al muchacho lo enviaron a galeras. Yo diría que ha muerto. El plazo de vida que permite semejante sentencia suele ser de un año. De la viuda y de la hija, nada se ha sabido. Los que saben la suerte que corrieron no quieren hablar. Sin duda murieron en uno de los castillos que bordean los caminos de Judea.

Judá se acercó a la dependencia del piloto. Tan absorto estaba en sus pensamientos, que no se fijaba en las orillas del río, de una soberana belleza desde el mar hasta la ciudad, con vergeles de parras y todas las frutas de Siria, y pobladas de villas tan lujosas como las de Nápoles. Tampoco observaba los navíos pasando como una flota interminable, ni oía los cantos y los gritos de los marineros, unos trabajando y otros divirtiéndose. La luz del sol inundaba el firmamento, desparramando una cálida bruma sobre la tierra y el agua. En ninguna parte sino en su vida había la menor sombra. Una sola vez despertó, momentáneamente interesado, y fue cuando uno señaló el bosque de Dafne, divisable desde un recodo del río.

Capítulo Cinco

EN EL ORONTES

Cuando la ciudad se desplegó ante su vista, los pasajeros estaban a cubierta, afanosos de no perderse nada de aquella escena. El respetable judío ya presentado al lector era el que más se distinguía dando detalles.

—Aquí el río corre en dirección oeste —decía, como respondiendo a todos en general—. Recuerdo cuando lamía la base de las murallas. Pero desde que somos súbditos romanos hemos vivido en paz. Y como ocurre siempre en épocas así, el comercio ha conseguido lo que quería: toda la orilla del río está llena de muelles y desembarcaderos. Allá —y el hebreo señalaba hacia el sur—, está el monte Casio, o, como la gente de aquí le gusta llamarle, la montaña del Orontes, mirando hacia su hermana Amnio, en el norte. Y entre los dos se extiende la llanura de Antioquía. Más lejos están las Montañas Negras, de donde los Acueductos de los Reyes traen el agua más pura a las sedientas calles y a sus pobladores, a pesar de que dichas montañas son una espesura de bosques agrestes, salvajes, densos y llenos de pájaros y de animales salvajes.

—¿Dónde está el lago? —preguntó uno.

—Allí, hacia el norte. Provéete de un caballo, si quieres visitarlo, o, mejor aún, de un bote, porque un tributario lo une con el río.

—¡El bosque de Dafne! —exclamó, dirigiéndose a un tercer interrogador—. Nadie sería capaz de describirlo, pero mira, Apolo lo empezó y lo terminó. Lo prefiere al Olimpo. La gente va para verlo un momento (un momento nada más) y nunca se marcha de allí. Tienen un refrán que lo explica todo: "Mejor ser un gusano y alimentarse en los morales de Dafne que huésped del rey".

—¿De modo que me aconsejas que me mantenga apartado de aquel paraje?

—¡De ningún modo! Tú irás. Todo el mundo va: el filósofo cínico, el muchacho viril, las mujeres, los sacerdotes… Todos van. Tan seguro estoy de que lo harás que me tomo la molestia de darte un consejo. No busques alojamiento en la ciudad. Sería perder el tiempo. Vete enseguida a la población que se levanta a la orilla del bosque. Se pasa por un jardín rociado por muchas fuentes. Los adoradores del dios y de su doncella Penaea edificaron la villa, y en sus pórticos y senderos hallarás tipos, trajes, dulzuras y linajes en otro sitio imposibles. Pero, ¡ah, la muralla de la población!, allí está, la obra maestra de Xeraeus, el maestro de la arquitectura mural.

Todos los ojos siguieron la dirección que señalaba su índice.

—Aquella parte fue construida por orden del primer seléucida. Trescientos años de vida lo han hecho un trozo más de la peña sobre la cual descansa.

El defensivo muro justificaba el encomio. Alto, sólido, con muchos y atrevidos ángulos, doblaba hacia el sur hasta perderse de vista.

—En su cima hay cuatrocientas torres, y cada una es un depósito de reserva de agua —continuó el hebreo—. ¡Mirad ahora! Por encima del muro, a pesar de su altura, se ven en la distancia dos montes, que quizá conozcáis como las crestas rivales del Sulpio. La edificación que se levanta sobre el que está más lejos es la ciudadela; la guarnece todo el año una legión romana. Enfrente de ella y por esta parte se levanta el templo de Júpiter, y más abajo, la fachada de la residencia del legado, a un tiempo palacio lleno de dependencias y fortaleza contra la cual se estrellaría la turba inofensivamente como un viento del sur.

En ese punto, los marineros empezaron a reducir vela, con lo cual el hebreo exclamó apasionadamente:

—Los que odiáis el mar y los que estáis acostumbrados a pronunciar votos por llegar, ¡mirad! Preparad ya vuestras maldiciones y vuestras plegarias. Aquel puente de allá, sobre el cual pasa el camino hacia Seleucia, señala el límite de la navegación. Allí los camellos cargan lo que han descargado los buques, si va destinado a otros lugares. Más allá del puente empieza la isla en la que Calínico edificó su ciudad nueva, enlazándola con cinco grandes viaductos, tan sólidos que ni el tiempo ni las avenidas del río ni los terremotos han dejado huella en ellos. De la ciudad principal os diré, amigos míos, que el haberla visto iluminaría todos los días de vuestras respectivas vidas.

Cuando el informador terminaba, el barco viró y se acercó lentamente al desembarcadero contiguo a la muralla, poniendo más claramente a la vista la vida que bullía a lo largo del río en aquel paraje. Por fin echaron las pasarelas y guardaron los remos. El viaje había terminado. Entonces Ben-Hur buscó al respetable hebreo.

—Permíteme molestarte un poco antes de decirte adiós.

El hombre asintió con una inclinación.

—La historia del mercader ha despertado mi curiosidad y me ha hecho concebir la idea de verle. ¿Has dicho que se llama Simónides?

—Sí. Es judío con nombre griego.

—¿Dónde lo podría encontrar?

El conocido del mercader le dirigió una mirada penetrante antes de contestar:

—Quizá vale la pena que te ahorre una mortificación. Simónides no es un prestamista.

—Tampoco soy yo uno que pide dinero prestado —dijo Ben-Hur, sonriéndose de la malicia del otro.

El hombre levantó la cabeza y reflexionó unos instantes.

—Podría imaginarse —respondió luego—, que el comerciante más rico de Antioquía tuviera para su negocio una casa en consonancia con su riqueza. Pero si quieres encontrarle de día, sigue el río hasta aquel puente de allá, bajo el cual tiene sus cuarteles en un edificio que parece un contrafuerte de la muralla. Delante de las puertas hay un inmenso desembarcadero, siempre cubierto de mercancías que han llegado o que hay que desembarcar. La flota allí encallada es suya. No puedes equivocarte. Le encontrarás.

—Muchas gracias.

—La paz de nuestros padres sea contigo.

—Y contigo.

Dos mozos de cuerda cargados con el equipaje de Ben-Hur recibieron las órdenes que éste les dio en el muelle.

—A la ciudadela —les dijo.

El mandato indicaba que el recién llegado traía algún encargo militar oficial. Dos grandes calles que se cortaban en ángulo recto dividían la ciudad en cuatro sectores. Al principio de una de ellas se levantaba un edificio curioso e inmenso, llamado el Nymphaeum, que corría en dirección norte. A pesar de haber salido recientemente de Roma, cuando los mozos, tras haber llegado a la avenida, doblaron hacia el sur, la magnificencia de aquella arteria urbana dejó maravillado al joven judío. A derecha e izquierda se sucedían los palacios, y entre ellos se extendían indefinidamente dobles columnatas de mármol, dejando espacios separados para peatones, animales de carga y vehículos rodados, todos bajo la sombra y refrescados por fuentes que fluían incesantemente. Ben-Hur no estaba de humor para gozar del espectáculo. La historia de Simónides absorbía todos sus pensamientos. Llegado al Omphalo, un monumento de cuatro arcos anchos como las calles que Epiphanes, el octavo de los seléucidas, se había erigido a sí mismo, cambió repentinamente de idea.

—Esta noche no quiero ir a la ciudadela —les dijo a los mozos—. Llevadme al khan más cercano al puente de la calzada, de Seleucia.

El grupo dio media vuelta, y antes de mucho rato, Ben-Hur se encontró acomodado en una taberna de construcción primitiva, si bien anchurosa, a la distancia de una pedrada del puente debajo del cual tenía sus cuarteles Simónides. Toda la noche la pasó en la azotea. En su mente se mantenía vivo un pensamiento: "Ahora, ahora tendré noticias de mi casa, de mi madre, de mí querida hermanita Tirzah. Si siguen en este mundo, las encontraré".

Capítulo Seis

LA PETICIÓN DE SIMÓNIDES

Al día siguiente, temprano, a fin de pasar desapercibido, Ben-Hur buscó la casa de Simónides. Penetrando por una entrada almenada, pasó a una sucesión de muelles, desde los cuales subió río arriba en medio de un tráfico febril hasta llegar al puente seleucio, bajo el cual se detuvo a contemplar la escena. Allí, inmediatamente debajo del puente, estaba la casa del mercader, mole de piedra gris sin trabajar, a la que no era posible atribuir ningún estilo y que ofrecía el aspecto descrito por el viajero, es decir, el de un contrafuerte de la muralla contra la que se recostaba. En la fachada, dos inmensas puertas comunicaban con el muelle. Unos agujeros de la parte superior, provistos de gruesas rejas, hacían el oficio de ventanas. En las grietas de las paredes se mecía la hierba y, en algunos sitios, un musgo negro salpicaba las piedras, por todo lo demás desnudas.

Las puertas estaban abiertas. Por una entraban los géneros; por la otra salían. Y todo el mundo se movía con gran prisa, precipitadamente.

En el muelle había montones de géneros enfardados de todas las maneras posibles y grupos de esclavos, desnudos hasta la cintura, yendo y viniendo con la despreocupación del que no piensa sino en el trabajo. Debajo del puente había una flota de galeras, unas cargando y otras descargando. Todos los mástiles ostentaban una banderola amarilla. Del muelle a la flota y de barco en barco, los servidores del tráfico iban y venían formando bulliciosas contracorrientes.

Encima del puente y al otro lado del río, de la orilla del agua se levantaba un muro sobre el cual se erguían las caprichosas cornisas y los torreones de un palacio imperial, cubriendo todo el espacio de la isla mencionada por el hebreo en su descripción. Pero, a pesar de todos sus atractivos, Ben-Hur apenas se fijó en ella. No se ocupaba sino de pensar que al fin sabría noticias de su familia, siempre que fuese verdad que Simónides había sido un esclavo de su padre. Sin embargo, ¿querría reconocer aquel hombre la relación que hubo entre él y el príncipe? Eso equivaldría a renunciar a sus riquezas y al emporio comercial del que tan regia muestra aparecía desplegada en el muelle y en el río. Y otra cosa de trascendencia todavía mayor para el mercader: significaría abandonar la carrera en medio de un éxito pasmoso, y declararse a sí mismo esclavo otra vez. Nada más pensarlo un momento, una petición tal parecía una monstruosidad.

Desnudándola de ropajes diplomáticos, era lo mismo que decir: "Tú eres un esclavo mío. Dame todo lo que posees, y hasta tu misma persona".

Sin embargo, la fe en sus derechos y la esperanza, que ocupaba mayor espacio en su corazón, daban ánimo a Ben-Hur para la entrevista. Si la historia a la que había prestado oídos era cierta, Simónides le pertenecía, con todo lo que poseyese. Haciendo honor a la justicia, sea dicho que a Ben-Hur le importaban poco las riquezas. Cuando se encaminó hacia la puerta, bien tomada su determinación, se hizo una promesa a sí mismo: "Que me dé noticias de mi madre y de Tirzah, y yo le daré la libertad sin pedirle cuentas".

El interior de la casa era el de un vasto almacén dividido en ordenados departamentos en los que, cuidadosamente colocados, se amontonaban en pilas separadas géneros de todas clases. Aunque la luz era escasa y triste y el aire sofocante, los hombres iban de un lado para otro con paso vivo. En algunos sitios vio Ben-Hur a hombres armados de sierras y martillos embalando mercancías. Caminando despacio por la callejuela que formaban las pilas, se preguntaba si el hombre de cuyo genio se le ofrecían tan abundantes pruebas había podido ser un esclavo de su padre. Y en caso afirmativo, ¿a qué clase perteneció? Si era judío, ¿había nacido de algún sirviente? ¿O era un deudor, o el hijo de alguno? ¿O le habían condenado por ladrón? Esta sucesión de pensamientos no alteraba lo más mínimo el respeto creciente que le inspiraba el mercader. Un respeto del que él mismo se daba cuenta cada vez con mayor claridad. Una de las características de la admiración que sentimos por otra persona es la de que busca continuamente circunstancias que la justifiquen.

Al fin se le acercó un hombre y le dirigió la palabra.

—¿Qué deseas?

—Quiero ver a Simónides, el mercader.

—¿Quieres venir por aquí?

Siguiendo un buen número de callejuelas del almacén llegaron por último a un tramo de escaleras, ascendiendo las cuales se encontró Ben-Hur en el techo del depósito de mercancías y delante de una construcción que podría describirse diciendo que se trataba de una casa menor, de piedra, edificada sobre otra, invisible desde el desembarcadero y sobresaliendo al oeste del puente bajo el cielo libre. La azotea, encerrada por un muro bajo, parecía una tenaza, cuya abundancia de brillantes flores asombraba al visitante. En medio de aquel precioso cinturón se hallaba la casa, simple bloque cuadrado, sin otra abertura que una entrada en la fachada. Un sendero limpio de polvo conducía hasta la puerta, por entre una doble hilera de rosales persas en plena floración. Respirando el dulce perfume de las rosas, Ben-Hur siguió al guía. Al extremo de un oscuro pasillo interior, se detuvieron delante de una cortina entreabierta.

El sirviente dijo, con voz sonora:

—Hay un extranjero que quiere ver al dueño.

Una voz clara respondió:

—Que entre, en nombre de Dios.

Al departamento en el que fue introducido el visitante romano le habría dado el nombre de atrio. Las paredes estaban artesonadas. Cada panel formaba un compartimiento semejante a un despacho moderno y todos los compartimientos estaban llenos de folios debidamente rotulados, teñidos por el tiempo y el uso. Entre los paneles y encima y debajo de éstos corrían bordillos de madera, en otro tiempo blanca y entonces teñida de un color crema, trabajada en una filigrana de maravilloso dibujo. Encima de una cornisa de bolas doradas, se levantaba el techo a modo de pabellón, interrumpido luego en una cúpula de poca altura formada de centenares de panes de mica violeta, que daban paso a un chorro de luz deliciosamente sedante. El suelo estaba cubierto con alfombras grises, de un grosor tal que el pie que las invadía quedaba medio enterrado y no producía el menor ruido.

Bajo la luz central del aposento había dos personas: un hombre descansaba en un sillón de elevado respaldo y anchos brazos, tapizado de doblados almohadones, y, a su izquierda, apoyándose en el respaldo del asiento, una joven que era como un capullo de rosa presto a abrirse en esplendorosa mujer. Al verla, Ben-Hur sintió que la sangre sonrojaba su frente, y habiéndose inclinado, tanto para recobrar la presencia de ánimo como en señal de respeto, no pudo ver el gesto de levantar las manos, ni el estremecimiento y el movimiento de sorpresa exteriorizados por el ocupante del sillón en el momento de fijar la mirada en el recién llegado. Una emoción que se fue con la misma rapidez con que se había presentado. Cuando Ben-Hur levantó los ojos, hombre y muchacha estaban en la misma posición, excepto que la mano de la muchacha había descendido y ahora descansaba sobre el hombro del inválido. Ambos le miraban fijamente.

—Si eres Simónides, el mercader, y eres judío… —Ben-Hur se interrumpió un instante—, que la paz del Dios de Abraham sea contigo y con los tuyos.

Las últimas palabras se dirigían a la joven.

—Yo soy el Simónides que dices, judío por derecho de nacimiento —respondió el hombre, con una voz singularmente clara—. Soy Simónides y soy judío, y correspondo a tu saludo, rogándote enseguida que me permitas saber quién ha venido a verme.

Mientras Ben-Hur escuchaba la respuesta, sus ojos advertían que la figura del hombre, en vez de tener la forma que corresponde a una persona sana, no era sino un montón informe hundido en las profundidades de los cojines, cubierta por una acolchada bata de seda oscura. Sobre aquella deformidad destacaba una cabeza de proporciones regias (el tipo ideal de cabeza de estadista y de conquistador), una testa de ancha base y abovedada por delante, tal como Miguel Ángel la habría modelado para su César. El blanco cabello descendía en despoblados mechones sobre las blancas cejas, acentuando la negrura de los ojos que brillaban entre ellos como luces melancólicas. La cara parecía huérfana de sangre, y la arrugaban múltiples pliegues, especialmente debajo de la barbilla. En otras palabras, aquella cabeza y aquella cara eran las de un hombre más capaz de mover al mundo que el mundo de moverle a él. Un hombre con temple suficiente para sufrir dos veces doce sesiones de tortura hasta terminar en el deforme inválido que era, sin un gemido, y mucho menos una confesión. Un hombre dispuesto a renunciar a la vida, pero jamás a un propósito, ni tampoco a una resolución. Un hombre nacido con armadura, vulnerable sólo a través de lo que amaba. Hacia él extendió Ben-Hur las manos, abiertas y con la palma hacia arriba, como ofreciéndole la paz al mismo tiempo que se la pedía.

—Yo soy Judá, hijo de Ithamar, el difunto jefe de la casa de Hur, y príncipe de Jerusalén.

La mano derecha del mercader (una mano larga y delgada, que se había adaptado a fuerza de sufrimientos a su deformidad), extendida fuera de la túnica, se cerró con fuerza. Por lo demás, su dueño no dio la menor prueba de emoción. No hizo nada que permitiese suponer en él sorpresa ni interés alguno. No exteriorizó nada sino esta sosegada respuesta:

—Los príncipes de Jerusalén, de sangre pura, son siempre bienvenidos a mi casa. Bienvenido seas tú. Dale un asiento al joven, Esther.

La muchacha cogió una otomana que había allí cerca y la llevó a donde estaba Ben-Hur. Al levantarse, después de haber colocado el asiento, los ojos de ambos se encontraron.

—La paz del Señor sea contigo —le dijo pudorosamente—. Siéntate y descansa.

La muchacha volvió a su puesto junto al sillón sin haber adivinado el objetivo del visitante. Las facultades de la mujer no llegan hasta ese punto. Si se trata de sentimientos más delicados, tales como la compasión, la misericordia, la simpatía, ésos sí los perciben. Y en ello radica la diferencia entre ella y el hombre. Una diferencia que perdurará mientras la mujer continúe siendo, por naturaleza, más sensible a los sentimientos mencionados. Con espontánea simplicidad, la joven daba por seguro que aquel joven venía a curarse una herida que su vida había sufrido. Sin ocupar el asiento que le ofrecían, Ben-Hur dijo con profunda deferencia:

—Ruego al buen amo Simónides que no me tome por un intruso. Subiendo ayer por el río, me enteré de que conocías a mi padre.

—Conocí al príncipe Hur. Estuvimos asociados para ciertas empresas permitidas a los mercaderes que buscan ganancias en países situados al otro lado del mar y del desierto. Pero, siéntate, te lo ruego… Esther, tráele vino al joven. Nohemías habla de un hijo de Hur que en otro tiempo gobernó la mitad de Jerusalén. ¡Vieja casa la de Hur! ¡Vieja de verdad, por nuestra fe! En los días de Moisés y de Josué, incluso hubo algunos de sus vástagos que hallaron gracia a los ojos de Dios y participaron de los honores tributados a los príncipes de los hombres. Apenas cabe suponer que su descendiente, venido de línea directa hasta nosotros, rechace un vaso de vino generoso, del auténtico vino de Sorek, criado en las faldas meridionales del Hebrón.

Cuando el discurso del mercader hubo terminado, Esther se encontraba ya delante de Ben-Hur con una taza de plata llenada de un jarrón que había encima de una mesa algo apartada del sillón. Ofrecía la bebida con la faz inclinada hacia el suelo. Ben-Hur le tocó la mano ligeramente para apartar la taza. Sus ojos se encontraron de nuevo, y en ese instante el joven advirtió que era bajita, no le llegaba ni a la altura del hombro, pero muy graciosa y de cara hermosa y dulce, con unos ojos negros e indeciblemente suaves. "Es cariñosa y bonita —pensó—, y tiene el mismo aire que tendría Tirzah si viviera. ¡Pobre Tirzah!".

Luego, dijo en voz alta:

—No, tu padre, si lo es…

—Yo soy Esther, la hija de Simónides —respondió ella, con dignidad.

—Entonces, hermosa Esther, cuando tu padre haya escuchado lo que voy a decirle no formará mala opinión de mí, aunque no me apresure a probar su vino, de famosa cosecha, como tampoco espero perder gracia ante ti. ¡Quédate aquí conmigo un momento!

Ambos jóvenes se volvieron hacia el mercader, como haciendo causa común.

—¡Simónides! —dijo entonces Ben-Hur, con tristeza—. ¡Mi padre, al morir, tenía un sirviente de tu nombre y me han dicho que aquel sirviente eres tú!

Las piernas del mercader se movieron bruscamente debajo de la túnica, y la delgada mano se crispó.

—¡Esther, Esther! —llamó, con voz severa—. ¡Aquí, no ahí, pues tú eres hija de tu madre y mía! ¡Aquí, no ahí, te digo!

La joven miró al padre y luego al visitante. Después, dejó la taza sobre la mesa y se fue, obediente, al lado de aquél. En su cara se pintaban visiblemente la admiración y el temor.

Simónides levantó la mano izquierda, abandonándola en la de la muchacha, que se había apoyado amorosa en su hombro y dijo, desapasionadamente:

—He envejecido tratando con los hombres. Si el que te dijo lo que has referido era un amigo enterado de mi historia y no pasó demasiado someramente sobre ella, hubo de persuadirte de que soy un hombre que no puede por menos de desconfiar de los de su estirpe. El Dios de Israel ayude al que, al final de su vida, se ve precisado a hacer tal confesión. Son pocos los amores que tengo, pero los tengo. Uno de ellos es un alma —y aquí se llevó la mano que sostenía la suya a los labios, en un gesto inconfundible—, un alma que hasta este momento se ha entregado a mí despojada de todo egoísmo, sirviéndome de un consuelo tan grande que si me lo arrebataran me moriría.

Esther dejó caer la cabeza, hasta que su mejilla estuvo en contacto con la de su padre.

—El otro amor no es sino un recuerdo. Acerca del cual añadiré que, como una bendición del Señor, abarcaba a toda una familia. ¡Y ojalá —la voz de Simónides bajó de tono y se puso temblorosa—, ojalá supiera dónde están los que la formaban! La cara de Ben-Hur se coloreó, y dando un paso adelante, gritó impulsivamente:

—¡Mi madre y mi hermana! ¡Ah, es a ella a quien te refieres! Esther levantó la cabeza como si el joven le hubiese dirigido aquellas palabras a ella.

Pero Simónides, recobrando la calma, respondió fríamente:

—Escúchame hasta que termine. Por ser yo lo que soy, y por los amores de que te he hablado, antes de contestar a tu pregunta acerca de mis relaciones con el príncipe Hur, y como eres tú: ¿tienes algún testimonio escrito? ¿O ha venido en persona?

La pregunta era clarísima, y el derecho a hacerla, indiscutible. Ben-Hur se sonrojó, juntó las manos, balbuceó y se volvió sin saber qué hacer. Simónides le insistió:

—¡Las pruebas, las pruebas, digo yo! ¡Preséntamelas! ¡Deposítalas en mis manos!

Ben-Hur no contestó nada. No había previsto la demanda, y ahora que se producía, se dio cuenta, como nunca se había dado, de que los tres años de galeote habían borrado y destruido todas las pruebas de su identidad. Su madre y su hermana habían desaparecido, y ningún ser humano tenía noticia de que él siguiera existiendo. Eran muchas las personas con las que estaba en relación, pero todo terminaba ahí. Si Quinto Arrio hubiese estado presente, ¿qué podría haber dicho más sino dónde lo encontró y que le creía firmemente cuando afirmaba que era hijo de Hur? Pero, como se verá luego con todo detalle, el bravo marino romano había muerto. Judá había sentido la soledad anteriormente. Ahora esa sensación penetró hasta lo más profundo e íntimo de su vida. Se quedó de pie, con las manos enlazadas, anonadado. Simónides respetó su sufrimiento y aguardó en silencio.

—Maestro Simónides —dijo al final—, lo único que puedo hacer es contarte mi historia.

Y no lo haré si tú no aplazas, entretanto, el juicio y te dignas escucharme con la mejor voluntad.

—Habla —respondió Simónides, ahora verdadero dueño de la situación—, habla y te escucharé, tanto mejor dispuesto cuanto que no he negado que seas la persona que afirmas ser.

Ben-Hur tomó la palabra y narró su vida apresuradamente, aunque con ese sentimiento que es la fuente de la elocuencia. Pero, como nosotros ya la conocemos hasta el momento en que desembarcó en Misenum, en compañía de Arrio, regresando victorioso del Egeo, en este punto recogeremos sus palabras.

—Mi benefactor se ganó el aprecio y la confianza del emperador, que le colmó de honrosas recompensas. Los comerciantes de Oriente contribuyeron también con magníficos regalos. De modo que vino a ser doblemente rico entre los más opulentos de Roma. ¿Es posible que un judío olvide su religión, o el país donde nació, siendo éste la Tierra Santa de nuestros padres? El buen hombre me adoptó por hijo, según todas las formalidades legales, y yo me esforcé en corresponderle justamente. Ningún hijo cumplió más fielmente sus deberes con un padre verdadero que yo con él. Quiso hacerme estudiar arte, filosofía, retórica, oratoria. Me habría proporcionado al maestro más famoso. Decliné sus insistentes ofrecimientos porque yo era judío y no podía olvidar al Señor mi Dios, ni la gloria de los profetas, ni la ciudad edificada en los montes por David y Salomón. Ah, pregúntame por qué acepté los favores del romano. En primer lugar, le amaba. Pensé, además, que con su ayuda podría reunir influencias que me permitiesen un día desvelar el misterio que rodeaba por completo a la suerte corrida por mi madre y mi hermana. Y a todos estos motivos todavía se añadía otro del cual no quiero hablar. Diré solamente que me dominaba de tal modo, que me entregué al manejo de las armas y la adquisición de los conocimientos que se consideran esenciales para dominar a fondo el arte de la guerra. En la palestra y en los circos de la ciudad, me esforcé sin descanso, y no menos en los campamentos, y en todos ellos soy conocido, pero no con el nombre de mis padres. Las coronas que gané (y las paredes de una villa de las afueras de Misenum sostiene muchas), todas fueron concedidas al hijo de Arrio, el duunviro. Únicamente en calidad de tal soy conocido entre los romanos. Siempre persiguiendo tenazmente mi secreto objetivo, dejé Roma y me vine a Antioquía, con la intención de acompañar al cónsul Majencio en la campaña que está organizando contra los partos. Ya maestro en el manejo individual de todas las armas, busco ahora los más elevados conocimientos relativos a la dirección de los cuerpos militares en el campo de batalla. El cónsul me ha admitido como un miembro más de su familia militar. Pero ayer, cuando nuestro barco entraba en el Orontes, otros dos pasaron junto al nuestro desplegando banderas amarillas. Un compañero de viaje y paisano nuestro de Chipre explicó que aquellos navíos pertenecían a Simónides, el primero de los mercaderes de Antioquía; nos dio también noticias de tal comerciante, de sus maravillosos éxitos en los negocios, de sus flotas y caravanas, y del continuo ir y venir de todas ellas, e ignorando que todo ello me interesaba mucho más que a los otros oyentes, dijo que Simónides era judío y que en otro tiempo fue un sirviente del príncipe Hur; y tampoco se calló las crueldades de Craso, ni qué fin habían pretendido conseguir.

Ante esta alusión, Simónides inclinó la cabeza; y la hija, como para ayudarle a esconder sus sentimientos, disimulando al mismo tiempo la profunda compasión que la conmovía, escondió la cara en el cuello de su padre. Éste levantó enseguida los ojos, y dijo con voz clara:

—Te escucho.

—¡Oh buen Simónides! —exclamó entonces Ben-Hur, dando un paso adelante mientras toda su alma buscaba la manera de expresarse—. Veo que no quedas convencido, y que sigo envuelto todavía en las sombras de tu desconfianza.

El mercader mantuvo los rasgos de su cara inmóviles como el mármol, y su lengua permaneció quieta.

—Y veo no menos claramente la difícil situación en que me encuentro — prosiguió Ben-Hur—. Todo lo referente a mí que esté relacionado con los romanos, puedo probarlo; me bastaría visitar al cónsul, huésped actualmente del gobernador de la ciudad; pero no puedo probar que sea hijo de mi padre. Los que podrían ayudarme a ello, ¡ay de mí!, han muerto, o no se sabe dónde se encuentran.

Ben-Hur se cubrió la cara con las manos; en este momento Esther se levantó y, acercándole la rechazada copa, le dijo:

—¡Este vino es del país que todos amamos tanto! ¡Bébelo, te lo ruego!

Su voz sonaba tan dulce como la de Rebeca, ofreciendo de beber en el pozo cercano a la ciudad de Nahor; el joven vio que sus ojos estaban bañados de lágrimas, y bebió diciendo:

—Hija de Simónides, tu corazón está lleno de bondad; eres muy generosa al dejarme compartir este vino con tu padre. ¡Que nuestro Dios te bendiga! Yo te doy las gracias.

Luego se dirigió otra vez al mercader:

—No poseyendo pruebas de que sea el hijo de mi padre, retiraré la demanda que te había hecho, oh Simónides, y saldré de aquí para no molestarte más. Permíteme decir solamente que no pensaba hacerte volver a la servidumbre, ni pedirte cuentas de tu fortuna. En cualquier circunstancia habría dicho, como ahora digo, que todos los frutos de tu trabajo y de tu genio te pertenecen. Guárdalos en buena hora. No necesito parte alguna de ellos. Cuando el buen Quinto, mi segundo padre, se hizo a la mar para el que fue su último viaje, me declaró heredero suyo, dejándome una fortuna principesca. Por lo cual, si vuelves a pensar en mí, que sea recordando esta pregunta, que por los profetas y por Jehová, Dios tuyo y mío, juro era mi objetivo principal al venir aquí. ¿Qué sabes? ¿Qué puedes decirme de mi madre, y de Tirzah, mi hermana, la que estaría en la plenitud de su belleza y de su gracia, lo mismo que esta joven, dulzura de tu vida, si no tu vida misma? Oh, ¿qué puedes contarme de ellas?

Las lágrimas corrían por las mejillas de Esther. Pero el hombre era obstinado. Con voz clara, respondió:

—He dicho ya que conocía al príncipe Ben-Hur. Recuerdo que me enteré de la desgracia que sobrevino a su familia. Recuerdo la amargura que esa noticia me causó. La misma que abrumó con tan grandes calamidades a la viuda de mi amigo, se ha cebado desde entonces en mí, y con idéntico espíritu. Iré más allá y te diré que he realizado diligentes indagaciones en relación a tu familia. Pero… no puedo decirte nada de ellas. Han desaparecido.

Ben-Hur exhaló un gran gemido.

—¡Entonces… , entonces, otra esperanza arruinada! —exclamó, luchando con sus sentimientos—. Estoy habituado a las desilusiones. Te ruego que perdones que me haya presentado a ti, y si te he causado alguna molestia dispénsame en atención a mi pena. Ahora no le queda a mi vida ningún otro objetivo que la venganza. Adiós.

Al llegar a la cortina, se volvió un momento, y dijo sencillamente:

—Os doy las gracias a los dos.

—La paz te acompañe —respondió el comerciante.

Esther no pudo hablar. Sollozaba.

Y así se marchó Ben-Hur.

Capítulo Siete

SIMÓNIDES Y ESTHER

Apenas hubo salido Ben-Hur, Simónides pareció despertar de un sueño. Su rostro se coloreó, la luz mortecina de sus ojos adquirió brillo, y dijo animadamente:

—¡Pronto, Esther! ¡Llama!

La joven se acercó a la mesa y agitó la campanilla para la servidumbre. Uno de los paneles del muro giró, dejando a la vista una entrada por la que penetró un hombre que dio un rodeo hasta encontrarse delante del mercader, al cual saludó con una ligera reverencia.

—Malluch, aquí, más cerca, junto al sillón —dijo el dueño, en tono imperioso—. Debo encargarte una misión que no puede fracasar, aunque el sol dejara de seguir su curso. ¡Escucha! En estos momentos baja al almacén un joven alto, gallardo, vistiendo el traje de Israel. Síguele, que su propia sombra no sea más tenaz y fiel. Y todas las noches envíame una relación de dónde está, qué hace, con quién se acompaña. Y si, sin ser descubierto, escuchas su conversación, repítemela palabra por palabra, junto con todo lo que sirva para poner al descubierto su personalidad, sus hábitos, sus móviles, su vida. ¿Comprendes? ¡Ve pronto! Un momento, Malluch: si sale de la ciudad, ve tras él. Y, fíjate bien, Malluch: pórtate como un amigo. Si te dirige la palabra, dile lo que quieras y mejor cuadre con la ocasión, excepto que estás a mi servicio; de eso, ni una palabra. ¡Pronto, date prisa!

El hombre saludó como antes y se fue.

Simónides se frotó las fláccidas manos y se puso a reír.

—¿Qué día es, hija? —preguntó en medio de sus carcajadas—. ¿Qué día es? Deseo recordarlo, porque ha llegado la felicidad. Míralo, búscalo riendo y, riendo, dímelo, Esther.

El regocijo le pareció antinatural a la hija, la cual, como para alejar a su padre de semejante estado de ánimo, contestó pesarosa:

—¡Ay de mi padre, ojalá olvidase yo este día!

Las manos de Simónides cayeron al instante, y su barbilla, descendiendo hasta el pecho, desapareció, disimulada entre los pliegues que formaban la parte inferior de su rostro.

—¡Cierto, muy cierto, hija mía! —respondió sin levantar los ojos—. Hoy es el vigésimo día del mes cuarto. Hoy hace cinco años que Raquel, tu madre, se desplomó y murió. A mí me trajeron a casa destrozado como me ves, y a ella la encontraron muerta de dolor. ¡ Ah, ella era para mí como un bosquecillo de alcanfores en las viñas de En-Gedi! Yo he amasado mi mirra con mis especias. Con mi panal he comido miel. La enterramos en un lugar solitario. En una tumba abierta en la montaña, sin nadie en sus cercanías. No obstante, en medio de la oscuridad me dejó una lucecita, a la que los años han dado la luminosidad de la mañana —el mercader levantó la mano y la posó sobre la cabeza de su hija—. ¡Dios de amor, te doy las gracias porque la Raquel que perdí vive ahora de nuevo en mi Esther!

Un instante después, levantó la cabeza y dijo, como animado por un pensamiento repentino:

—¿No es pleno día fuera?

—Lo era cuando entró el joven.

—Pues haz que venga Abimelech y me lleve al jardín, donde pueda ver el río y los barcos, y te contaré, querida Esther, por qué hace un momento nada más la brisa abría mis labios y llenaba mi lengua de canciones, y mi espíritu se parecía a un corzo o a un ciervo joven brincando por las montañas de las especias.

Obedeciendo a la llamada de la campanilla, entró un criado, y a una orden de la muchacha, empujó la silla, provista de unas ruedecitas para tal fin, sacándola del aposento y llevándola a la azotea de la casa inferior, llamada por Simónides su jardín. Por entre los rosales y los parterres de otras flores menores, fruto y triunfo de un amoroso cuidado, pero que en ese momento no atraían la atención de su dueño, fue situado en un lugar desde el que podía ver las cimas de los palacios de la isla levantándose frente a él, el puente empequeñeciéndose en la perspectiva hasta la lejana orilla y, debajo del puente, el río poblado de naves, todas nadando en medio de los esplendores del sol matinal sobre las rizadas aguas. Allí le dejó el criado en compañía de Esther.

Los continuos gritos de los trabajadores, sus golpes y martillazos no le molestaban más ni menos que las pisadas de los transeúntes sobre el piso del puente, casi encima mismo de su cabeza, siendo tan familiares para sus oídos como la perspectiva que tenía delante para sus ojos. Por lo cual le pasaban desapercibidos, excepto en lo que tenían de heraldos y promesas de futuras ganancias. Esther estaba sentada en el brazo del sillón, acariciando su mano y aguardando sus palabras, que vinieron al fin cuando la poderosa voluntad de su padre le hubo hecho volver a ser el mismo de siempre, con su hablar sosegado característico.

—Mientras el joven estaba hablando, yo te observaba a ti, Esther, y pensaba que te dejabas vencer por él.

La joven bajó los ojos, al contestar:

—Para decirte la verdad, padre, le creí.

—¿A tus ojos es, pues, el perdido hijo del príncipe de Hur?

—Si no lo es… —la joven vaciló.

—¿Qué, si no lo es, Esther?

—He sido tu doncella, padre, desde que mi madre acudió a la llamada de Dios. Siempre a tu vera, te he visto y oído negociar sabiamente con toda clase de hombres, píos e impíos, buscando provechos. Y ahora te digo ciertamente que si el joven no es el príncipe que pretende ser, entonces jamás la falsedad ha representado tan bien delante de mí el papel de la verdad más estricta.

—Por la gloria de Salomón, hija, has hablado con gran convicción. ¿Crees tú que tu padre fue el siervo del suyo?

—He entendido que te lo preguntaba como una cosa que sólo sabía de oídas.

La mirada de Simónides se entretuvo un rato entre sus nadadores barcos, si bien la imagen de los mismos no se grababa en su mente.

—Ea, Esther, eres una buena hija, con una perspicacia genuinamente judía y con años y energías suficientes para escuchar un penoso relato. Préstame, pues, atención, y te hablaré de mí, de tu madre y de muchas cosas del pasado que tú no sabes, ni has imaginado siquiera en sueños. Cosas que escondí a los romanos perseguidores por no malbaratar una esperanza, y a ti también para que tu espíritu creciera en dirección a Dios tan erguido como crece la caña hacia el sol. Yo nací en una tumba en el valle de Hinnom, en la parte sur de Sión. Mis padres eran servidores hebreos, al cuidado de los olivos y las higueras que, junto con muchas cepas, crecían en el Jardín del Rey, muy cerca de Siloam, y en mi niñez yo les ayudaba. Pertenecían a la clase de los que están sujetos a la servidumbre a perpetuidad. A mí me vendieron al príncipe Hur, que, después de Herodes, era entonces el hombre más rico de Jerusalén. El príncipe me sacó del jardín y me transfirió a su almacén de Alejandría, en Egipto, donde me hice mayor. Le serví seis años, y en el séptimo, según la ley de Moisés, quedé libre.

Esther palmoteo alegremente.

—¡Ah, entonces no eres ya siervo de su padre!

—No, hija, escucha. En aquellos tiempos había en los claustros del templo abogados que disputaban con vehemencia, sosteniendo que los hijos de los que estaban sujetos a servidumbre por toda la vida heredaban la condición de sus padres. Pero el príncipe Hur era un hombre justo en todas las cosas, e interpretaba la ley según las normas de la secta más estricta, por lo cual no hacía caso alguno de las pretensiones de los abogados. Decía que yo era un siervo comprado, en el verdadero sentido de la palabra del gran legislador, y, mediante escritos sellados, que todavía conservo, me concedió la libertad.

—¿Y mi madre? —preguntó Esther.

—Todo lo sabrás, hija mía, ten paciencia. Antes de que haya terminado, verás que primero me habría olvidado de mí mismo que de tu madre. Al cumplirse el término de mi servidumbre, subí por la Pascua a Jerusalén. Mi dueño me obsequió. Yo, que le tenía mucho afecto, le pedí que me dejase continuar a su servicio. Él lo admitió, y le serví todavía otros siete años, pero ahora como un hijo de Israel contratado. En representación suya hube de afrontar los riesgos de los barcos en el mar, y los peligros de la tierra mandando caravanas a Susa, a Persépolis y a los países de la seda, que se encuentran todavía más allá. En verdad que eran empresas arriesgadas, hija mía, pero el Señor bendijo todo lo que emprendí. Traje a casa grandes ganancias para el príncipe, enriqueciendo al mismo tiempo mis conocimientos con datos y noticias sin los cuales no habría podido desempeñar con éxito los cargos que luego han caído sobre mí. Un día era huésped suyo en su casa de Jerusalén. Una sirvienta entró trayendo unas rebanadas de pan en una bandeja, y vino primero hacia mí. Entonces fue cuando vi a tu madre, me enamoré de ella, y me la llevé en el secreto de mi corazón. Al cabo de un tiempo fui a ver al príncipe para hacerla mi esposa. El me dijo que estaba sujeta a servidumbre a perpetuidad, pero que si ella lo deseaba la declararía libre, a fin de que yo quedara satisfecho. Ella correspondió a mi amor con el suyo, pero vivía feliz donde estaba y rechazó la libertad. Yo rogué y supliqué, yendo repetidas veces a verla después de largos períodos de ausencia. Ella decía siempre que estaba dispuesta a ser mi esposa con tal que yo me convirtiera en su compañero de servidumbre. Nuestro padre Jacob sirvió otros siete años por su Raquel. ¿No podía hacer yo otro por la mía? Pero tu madre dijo que tenía que sujetarme como ella a ser siervo para siempre. Yo me marché, pero volví. Mira, Esther, mira aquí.

Simónides le presentó el lóbulo de la oreja.

—¿No ves la huella de la lezna?

—Sí, la veo —exclamó la joven—. ¡Ah, cómo amaste a mi madre!

—¡Amarla, Esther! Ella era para mí más que la Sulamita para el rey cantor: más bella, más inmaculada, una fuente de los jardines, un manantial de agua viva, mil arroyos del Líbano. El dueño, cediendo a mis súplicas, me llevó ante los jueces y me clavó la oreja con la lezna a la puerta de su casa. Así pasé a ser su siervo para toda la vida. De este modo conquisté a mi Raquel. ¿Y hubo alguna vez un amor como el mío?

Esther se inclinó para besarle. Ambos permanecieron un rato callados, pensando en la muerta.

—Mi amo murió ahogado en el mar. Fue la primera pena que me hirió — prosiguió el mercader—. Hubo muchos días de luto en su casa, y también en la mía, aquí en Antioquía, que era donde vivía entonces. ¡Y ahora, fíjate bien, Esther! Cuando desapareció el príncipe, yo era su mayordomo principal. Todo lo que poseía estaba bajo mi dirección y gobierno. ¡Juzga tú hasta qué punto me apreciaba y cuánta confianza me tenía! Yo corrí a Jerusalén a rendir cuentas a la viuda, la cual me confirmó en mi cargo. Entonces me apliqué a cumplir la misión que tenía encomendada con mayor diligencia. El negocio crecía y prosperaba un año tras otro. Diez años transcurrieron, y luego se descargó el terrible golpe que has oído contar al joven visitante: el accidente, según lo ha llamado él, que le ocurrió al procurador Graco. El romano lo tomó como un intento de asesinarle y bajo este pretexto, con la venia de Roma, confiscó y se apropió la inmensa fortuna de la viuda y los hijos. Y no se contentó con eso. A fin de que no pudiera revocarse la sentencia, trasladó a todas las partes interesadas. Desde aquel aciago día hasta el de hoy, nada se ha sabido de la familia de Hur. El hijo, al cual había visto yo de niño, fue condenado a galeras. Se supone que a la viuda y a su hija las encerraron en uno de los muchos presidios de Judea, los cuales, en cuanto se han cerrado sobre los sentenciados, son lo mismo que sepulcros sellados. Su recuerdo se borró de la mente de los hombres por completo, tanto como si el mar los hubiera tragado lejos de las miradas de la gente. No pudimos saber cómo murieron. No, ni siquiera supimos si habían muerto.

Esther tenía los ojos húmedos de lágrimas.

—Tienes buen corazón, Esther. Bueno como el de tu madre. Y yo ruego a Dios que no corra la suerte de la mayoría de los corazones buenos: la de ser pisoteado por los ciegos y los despiadados. Pero, escucha todavía.

Yo fui a Jerusalén con objeto de ayudar a mi dueña, y en la puerta de la ciudad me cogieron y me llevaron a las celdas subterráneas de la Torre Antonia. El motivo no lo supe hasta que Graco en persona vino a verme y me reclamó el dinero de la casa de Hur, sabiendo que, según las normas de cambio que regían entre nosotros los judíos, yo podía retirar fondos en diferentes mercados del mundo. Al requerirme para que firmara la orden, me negué. Él tenía las casas, los terrenos, los géneros, los barcos y todos los bienes muebles de las personas a las cuales yo servía, pero no tenía el dinero. Y comprendí que, si conservaba la gracia de los ojos del Señor, podría reconstruir su destrozada fortuna. Me negué repetidamente a las demandas del tirano. El me sometió a tormento. Mi voluntad no flaqueó, y Graco tuvo que dejarme libre sin haber conseguido nada. Y me vine a casa y empecé de nuevo, comerciando en nombre de Simónides de Antioquía, en lugar de hacerlo en el del príncipe Hur de Jerusalén. Tú sabes, Esther, de qué modo he prosperado, cómo han aumentado maravillosamente en mis manos los millones del príncipe. Sabes también que al cabo de tres años, cuando me dirigía a Cesárea, Graco me cogió y por segunda vez me dio tormento para obligarme a confesar que mis géneros y dinero estaban sujetos a la orden de confiscación, y sabes que fracasó lo mismo que antes. Con el cuerpo destrozado regresé a casa y encontré a mi Raquel muerta de tanto temer y sufrir por mí. El Señor, nuestro Dios, reinaba y yo vivía. Del mismo emperador conseguí permiso e inmunidad para comerciar por todo el mundo. Hoy en día (¡bendito sea Aquel que tiene las nubes por carroza y camina sobre los vientos!), hoy en día, Esther, lo que quedó bajo mi administración y custodia se ha multiplicado en un número de talentos suficientes para enriquecer a un César.

Simónides levantó la cabeza, orgulloso. Los ojos de padre e hija se encontraron, y cada uno leyó el pensamiento del otro.

—¿Qué debo hacer con el tesoro, Esther? —preguntó el primero, sin bajar la vista.

—Padre mío —respondió la joven, en voz queda—, ¿no te lo ha pedido hace sólo un momento su legítimo dueño?

Simónides siguió sin bajar la mirada.

—¿Y a ti, hija mía? ¿Te dejaré en la indigencia?

—No, padre. Siendo tu hija, ¿no soy también su sierva de por vida? ¿Y de quién escribieron: "La energía y el honor son sus vestiduras, y su alma se alborozará en tiempos venideros"?

Un destello de amor inefable iluminó la faz del mercader, al contestar:

—El Señor ha sido bueno conmigo de muchas maneras. Pero tú, Esther, eres el más excelente y soberano de todos los favores que me ha concedido.

Y la estrechó contra su pecho y la llenó de besos.

—Escucha ahora —dijo entonces con voz más clara—; escucha por qué reía esta mañana. En aquel joven he creído ver la aparición de su padre en lo mejor de su juventud. Mi espíritu se levantaba para saludarle. Sentía que mis días de pruebas y trabajos habían terminado. Me ha costado un esfuerzo enorme no ponerme a gritar en voz alta. Me moría de ganas de cogerle de la mano, enseñarle el saldo de lo que he ganado y decirle: "¡Mira, todo esto es tuyo! Y yo soy tu siervo, presto ahora a ser relevado". Y así lo habría hecho. Esther, así lo habría hecho, si no hubiesen venido en ese momento tres pensamientos a detenerme. Quiero estar seguro de que es el hijo de mi amo. Tal ha sido el primer pensamiento. Si lo es, quiero saber algo de su natural. Piensa, Esther, cuántos hay entre los que han nacido en la opulencia para los cuales las riquezas no son sino maldiciones que los desencaminan.

El anciano hizo una pausa. Sus manos se cerraron, y luego en su voz vibró la nota de la pasión al continuar su relato:

—Considera, Esther, los dolores que he sufrido en manos de los romanos, no únicamente en las de Graco, no. Los desalmados miserables que cumplían sus órdenes la primera vez y la última eran romanos, y todos por igual se reían al oír mis alaridos. Considera mi destrozado cuerpo y los años que hace que no tengo la estatura que tenía. Piensa en tu madre enterrada en aquella solitaria tumba, su alma destrozada como lo está mi cuerpo. Considera los sufrimientos de los miembros de la familia de mi amo, si todavía viven, y la crueldad que significa haberlos borrado del mundo de los vivos, si han muerto. Considéralo todo, e iluminada por el amor del cielo, dime, hija, ¿no ha de caer ni un caballo, no ha de correr una roja gota en expiación? No me digas, como a veces suelen los predicadores, no me digas que la venganza le pertenece al Señor. ¿Acaso en el castigo como en el amor no cumple su voluntad por medio de instrumentos suyos? ¿No tiene hombres de guerra en mayor número que profetas? ¿No ha dictado Él la ley: ojo por ojo, mano por mano, diente por diente? ¡Ah! ¿No he soñado todos estos años con la venganza, rogando y preparándome para el día de descargarla? ¿No me ha dado paciencia ver cómo crecía mi caudal, pensando y prometiéndome, tan cierto como que el Señor vive, que un día había de servirme para castigar a los malhechores? Y cuando, hablando de su entrenamiento en el manejo de las armas, el joven ha dicho que se adiestraba para un fin que no quería declarar, yo he dicho cuál era mientras él seguía todavía en el uso de la palabra: ¡la venganza! Éste ha sido, Esther, éste ha sido el tercer pensamiento que me ha hecho permanecer impasible y duro todo el rato que él ha estado suplicando, y ha llenado mis labios de risas cuando se ha marchado.

Esther acarició las marchitas manos y, como si su espíritu se uniese al de su padre adelantándose en el futuro para inquirir lo que traería, dijo:

—El joven se ha marchado. ¿Volverá otra vez?

—Sí. Malluch, el fiel Malluch, va con él y le traerá de nuevo cuando yo esté preparado.

—¿Y cuándo será eso, padre?

—No tardará mucho, no tardará mucho. El cree que todos los testigos han muerto. Pero hay uno que sigue con vida y que no dejará de reconocerle, si es realmente el hijo de mi amo.

—¿Su madre?

—No, hija. Yo cuidaré de ponerle ese testigo delante. Hasta entonces, dejemos que el asunto repose en las manos del Señor. Estoy cansado. Llama a Abimelech.

Esther llamó al criado, y entraron de nuevo en la casa.

Capítulo Ocho

EL BOSQUE DE DAFNE

Al salir del inmenso almacén, atormentaba a Ben-Hur la idea de que tenía que añadir un nuevo fracaso a los numerosos que había cosechado ya en la búsqueda de sus familiares. Y tal pensamiento le hacía sentir una depresión exactamente en proporción al inmenso cariño que tenía a las que constituían el objetivo de sus pesquisas. Como si un espeso velo le rodease, experimentaba la sensación de hallarse completamente solo en la tierra, y esta sensación, más que ninguna otra cosa, arrebata al alma abatida todo el interés que la vida pudiera inspirarle aún.

Pasando entre los hombres y las pilas de mercancías, salió a la orilla del desembarcadero, sintiendo la tentadora atracción de las frescas sombras que oscurecían las profundidades del río. La perezosa corriente parecía detenerse, aguardándole. Contrarrestando tal estado de ánimo, por su mente cruzó el refrán del viajero: "Mejor ser gusano y alimentarse en los morales de Dafne, que huésped de un rey". Girando sobre sus talones, Ben-Hur salvó a buen paso el embarcadero y regresó al khan.

—¡El camino de Dafne! —exclamó el marinero, sorprendido de la pregunta que le hacía Ben-Hur—. ¿No habías estado aquí nunca?, pues considera este día como el más dichoso de tu vida. No puedes equivocarte. La primera calle que encontrarás a la izquierda, la cual marcha en dirección sur, conduce directamente al Monte Sulpio, coronado por el altar de Júpiter y el Anfiteatro. Síguela hasta la tercera calle transversal, conocida por Columnata de Herodes. Dobla allí hacia la derecha y sigue sin variar atravesando la ciudad antigua de Seleuco hasta las puertas de bronce de Epífanes. Allí empieza el camino de Dafne. ¡Que los dioses te guarden!

Después de dar unas órdenes en relación a su equipaje, Ben-Hur se puso en movimiento.

La Columnata de Herodes la encontró fácilmente. De allí hasta las puertas de bronce, anduvo siempre por debajo de una arcada contigua de mármol, confundido entre una multitud compuesta por gente de todas las naciones activas de la tierra. Era casi la hora cuarta del día cuando cruzó la puerta, y se encontró formando parte, como uno más, de una procesión al parecer interminable que se dirigía hacia el famoso bosque. El camino estaba dividido en secciones separadas para peatones, para jinetes y para los que iban en carrozas. Y cada una de ellas estaba partida en dos: una para los que iban y otra para los que venían. Bajas balaustradas, interrumpidas por macizos pedestales, muchos de ellos adornados con estatuas, señalaban las líneas divisorias. A derecha e izquierda del camino se veían taludes de césped esmeradamente cultivado, realzado a trechos por grupos de encinas y sicómoros y pabellones de verano vestidos de parras para alojar a los fatigados, de los cuales, en la mitad de la senda reservada a los que regresaban, había siempre grandes multitudes. El piso destinado a los peatones estaba pavimentado con losas rojas. El destinado a los que iban montados estaba cubierto de arena bien apisonada, pero no tan compacta y sólida que devolviese el eco de los cascos o de las ruedas. Era pasmoso el número y variedad de fuentes que manaban, todas ellas regalos de reyes visitantes, y todas atrayendo poderosamente al viajero. La magnífica avenida se prolongaba en dirección suroeste hasta las puertas del Bosque, a una distancia de algo más de cuatro millas de la ciudad.

Absorto en sus tristes pensamientos, Ben-Hur apenas se fijaba en la regia liberalidad que había presidido la construcción de aquella avenida. No prestaba más atención, al principio, a la multitud que iba con él. De la misma indiferencia hacía objeto a las comitivas procesionales. A decir verdad, aparte del ensimismamiento que le poseía, no sentía Ben-Hur ni vestigio de la complacencia de un romano visitando las provincias, recién salido de las ceremonias que se arremolinaban diariamente una y otra vez alrededor de la columna de oro levantada por Augusto como centro del mundo. Las provincias no podían ofrecer nada nuevo, o superior. Más bien aprovechaba toda oportunidad de cruzar por entre los grupos que marchaban en la misma dirección, aunque demasiado despacio para su impaciencia. A tiempo que llegaba a Heracleia, una población suburbana entre la ciudad y el bosque, un tanto agotado por el ejercicio, empezó a sentirse asequible a las distracciones. En determinado momento llamó su atención una hermosa mujer que conducía un par de cabras, mujer y cabras adornadas con igual esplendor de cintas y flores. Luego se paró a mirar un buey de poderoso cuerpo y blancura de nieve, cubierto de sarmientos recién cortados, que llevaba dentro de un cesto, sobre su ancho lomo, a un niño desnudo, imagen del joven Baco, exprimiendo dentro de una copa el zumo de las uvas maduras y bebiéndolo en medio de los ritos de la libación.

Al reanudar la marcha se preguntaba qué altares irían a enriquecer aquellos dones. Un caballo pasó por su lado con las crines cortadas según la moda de la época. Su jinete vestía con lujo soberbio. Ben-Hur sonrió al observar el orgullo que animaba conjuntamente al hombre y al animal. Después de esto, se volvía con frecuencia al oír el rodar de los vehículos y las pisadas ahogadas de los cascos. Sin darse cuenta, se interesaba paulatinamente por los estilos de las carrozas y de sus ocupantes, mientras pasaban por su vera, yendo y viniendo. Y no pasó mucho rato sin que empezara a tomar nota de las personas que había a su alrededor. Observó que las había de todas las edades, sexos y condiciones, y que todas iban con traje de fiesta. Una comitiva vestía uniformada de blanco; otra, de negro. Unos llevaban banderas, otras incensarios humeantes. Unos andaban despacio, cantando himnos; otros caminaban al ritmo de la música de flautas y panderetas. Si el camino estaba igual todos los días del año, ¡qué maravillosos cuadros había de ofrecer Dafne! Al final, las manos se pusieron a aplaudir y un estallido de gritos gozosos siguió al movimiento de multitud de dedos que se levantaban señalando. Ben-Hur miró y vio sobre la cresta de un monte la puerta en forma de templete del consagrado bosque. Los himnos arreciaron hasta convertirse en torrentes de voces. La música aceleró su compás. Y, llevado por la impetuosa corriente y compartiendo el afán general, el joven judío entró, y estando, como estaban, sus gustos romanizados, se quedó prendado inmediatamente de aquel lugar.

Al otro lado de la construcción que adornaba el camino de entrada (una columna puramente griega), se detuvo en una ancha explanada pavimentada con pulidas losas. A su alrededor, una multitud inquieta y alborotadora destacaba sobre el iridiscente rocío que se levantaba de las fuentes con blancura de cristal. Delante de él, unos senderos limpios de polvo se abrían en abanico hacia el sur, internándose en un jardín y luego en una selva, sobre la cual descansaba un velo de vapor azul pálido. Ben-Hur miraba pensativo, indeciso, sin saber adonde ir.

En aquel momento, una mujer exclamaba:

—¡Muy hermoso! Pero ¿adonde iremos ahora?

Su compañero, que llevaba una corona de laurel, le contestó riendo:

—¿Adonde ir, bárbara hermosa? La pregunta revela un temor pueril. ¿No acordamos que al salir de Antioquía dejaríamos atrás sobre la tierra ingrata todas las zozobras y ansiedades de este mundo? Los vientos que soplan aquí son el aliento de los dioses. Aspiremos su perfume a pleno pulmón.

—Pero ¿y si nos extraviamos?

—¡Oh la tímida! Nadie se perdió jamás en Dafne, excepto aquellos sobre los cuales se cierran para siempre sus puertas.

—¿Quiénes son? —preguntó ella, todavía miedosa.

—Los que se han dejado ganar por los encantos de estos lugares y han decidido vivir y morir aquí. ¡Oye! No nos movamos de aquí y te los enseñaré.

Se oyeron en el enlosado de mármol los pasos precipitados de unos pies calzados con sandalias. La multitud se abrió dejando paso, y un grupo de muchachas fue corriendo a rodear al hombre que había hablado y a su bella amiga, empezando a cantar y a bailar al son de las panderetas que ellas mismas tocaban. La mujer, asustada, se arrimó al hombre, que la rodeó con un brazo, mientras, con cara de regocijo, levantaba su otra mano en alto y la movía al compás de la música. El cabello de las bailarinas flotaba suelto, y a través de la túnica de gasa que apenas las cubría se entreveían las sonrosadas formas de sus piernas. Es imposible expresar con palabras la voluptuosidad de aquella danza. Después de un breve giro, huyeron raudas por entre la creciente multitud, con la misma ligereza que habían venido.

—¿Y ahora qué opinas? —le gritó el hombre a la mujer.

—¿Quiénes son? —preguntó ésta.

—Devadasi, sacerdotisas consagradas al templo de Apolo. Hay un verdadero ejército de ellas. En las solemnidades forman el coro. Éste es su hogar. A veces se alejan hasta otras ciudades, pero todo lo que recogen lo traen acá para enriquecer la casa del músico divino. ¿Nos iremos ahora?

Un minuto después, habían desaparecido.

La seguridad de que en Dafne no se perdía nadie tranquilizó a Ben-Hur, y él también se puso a caminar, sin saber hacia dónde.

Lo primero que atrajo su atención fue una escultura erguida sobre un pedestal del jardín. Resultó ser la estatua de un centauro. Una inscripción informaba al visitante inculto de que representaba, precisamente, a Quirón, el amado por Apolo y Diana, al que habían instruido ambos en los misterios de la caza, la medicina, la música y la profecía. La inscripción pedía asimismo al extranjero que a determinada hora de una noche clara levantase los ojos a cierto punto del cielo, y vería al muerto viviendo entre las estrellas, adonde había trasladado Júpiter a los genios benéficos. No obstante, el más sabio de los centauros continuaba al servicio del género humano. En la mano sostenía un rollo de pergamino sobre el que se leían, escritos en griego, los párrafos de una advertencia:

¡Oh, viajero! ¿Eres extranjero?

I. Escucha el canto de los arroyos y no temas la lluvia de las fuentes, y de este modo las náyades aprenderán a amarte.

II. Las brisas invitadas a frecuentar Dafne son Céfiro y Austro; amables ministros de vida, ellas reunirán para ti delicadas dulzuras. Cuando sopla Euro, Diana está en alguna otra parte cazando. Cuando arrecia Bóreas, ve a esconderte, porque Apolo está enojado.

III. Las sombras del bosque son tuyas durante el día. De noche pertenecen a Pan y a sus Dríadas. No los molestes.

IV. Come con parquedad los lotos de las orillas de los arroyos, a menos que quieras perder la memoria, con lo cual te convertirías en un hijo de Dafne.

V. Da un rodeo cuando encuentres a la araña tejiendo: es Aracne trabajando por Minerva.

VI. Si quisieras contemplar las lágrimas de Dafne, corta un solo brote de una mata de laurel y muere.

¡Pon atención! Quédate y sé feliz.

Ben-Hur dejó que los que se apiñaban a su alrededor cuidasen de interpretar la mística advertencia y se alejó de allí en el momento en que pasaba el toro blanco. El muchacho continuaba sentado en el cesto, seguido de una procesión, detrás de la cual venía otra vez la mujer de las cabras y, detrás de ésta, las tocadoras de flautas y panderetas, y otra comitiva de gentes que traían ofrendas.

—¿Adonde van? —preguntó un espectador.

Otro le respondió:

—El toro va destinado al padre Júpiter. La cabra…

—¿No apacentó Apolo, por algún tiempo, los rebaños de Admeto?

—¡Sí, la cabra es para Apolo!

Otra vez hemos de apelar a la benevolencia del lector para introducir una explicación. Después de haber tenido mucho trato con personas de credo distinto al nuestro, adquirimos cierta facilidad de adaptación en asuntos religiosos. Poco a poco descubrimos la hermosa verdad de que todos los credos cuentan con la adhesión de hombres buenos que merecen todos nuestros respetos, pero a los cuales no podemos respetar si no sabemos mostrarnos corteses con sus creencias. Ben-Hur había llegado a esta fase. Ni los años pasados en Roma ni los vividos en la galera habían hecho mella en su fe religiosa. Seguía siendo judío. No obstante, según su manera de ver, no era ninguna impiedad buscar las bellezas que encerraba el bosque de Dafne.

Pese al comentario anterior podemos decir, luego, que aun en el caso de que sus escrúpulos hubiesen llegado a tal extremo, no es improbable que en aquella ocasión los hubiese acallado. Se sentía colérico, no como el que se irrita por el fracaso de una nimiedad, ni su cólera nacía como la del tonto sacada de los pozos de la nada para disiparse mediante un reproche o una maldición. Era la suya la ira peculiar de los temperamentos ardientes despertados por el súbito aniquilamiento de una esperanza (de un sueño, si se prefiere) que les hacía pensar que la felicidad elegida estaba en verdad al alcance de la mano. En tales casos, ningún intermediario logrará despejar la pasión. La querella es contra el hado.

Y, siguiendo algo más con esta filosofía, digámonos que si en semejantes querellas el hado fuese un ser tangible, al que fuera posible vencer con una mirada o un golpe, o fuese un personaje dotado de voz, con el que se pudieran cambiar palabras subidas de tono, el desdichado mortal no acabaría viendo, invariablemente, que lo único que ha hecho con sus enojos es castigarse a sí mismo.

De hallarse en su estado de ánimo habitual, Ben-Hur no habría ido al bosque solo, o, en caso de ir sin compañía, habría aprovechado la situación de que gozaba en la familia del cónsul tomando provisiones para no andar ociosamente de un lado para otro, desconocedor y desconocido. Habría tenido grabados en su mente todos los puntos interesantes, y los habría visitado uno tras otro utilizando los servicios de algún guía, como si despachara asuntos de negocios. Y en caso de querer pasar unos días de ocio en el delicioso paraje, habría tenido a mano una carta para el dueño o jefe de todo aquello, fuese quien fuere. De este modo habría sido un espectador más de las perspectivas que el bosque ofrecía, al igual que el alborotador rebaño al que iba acompañando, mientras que en ese momento las deidades del bosque no le inspiraban la menor reverencia, ni curiosidad siquiera. Cegado por la más amarga desilusión, iba a la deriva, no esperando el hado, sino buscándolo como un duelista desesperado. Todo el mundo se ha encontrado en una situación de espíritu semejante, aunque quizá no todos en el mismo grado. Todo el mundo reconocerá que es la situación en la que ha realizado las más atrevidas hazañas con aparente serenidad. Y todos los que leyeren dirán: "Afortunado será Ben-Hur si la locura que ahora se apodera de él no es más que un arlequín simpático trayendo unos silbatos y un gorro pintado, y no una violencia apuntando implacable su espada".

Capítulo Nueve

LOS MORALES DE DAFNE

Ben-Hur entró en los bosques acompañando a las procesiones. Al principio no sentía interés bastante para preguntar adonde se dirigían. Sin embargo, viniendo a sacarle de una indiferencia absoluta, tenía la vaga impresión de que se encaminaban hacia los templos, centros principales del bosque, monopolizadores de los atractivos supremos.

Al cabo de un rato, lo mismo que los cantores se unen a un coro fugitivo, empezó repitiéndose a sí mismo: "Mejor ser gusano y alimentarse en los morales de Dafne, que huésped de la mesa de un rey".

La continuada repetición de la frase suscitó en su mente una serie de preguntas que le importunaban pidiendo respuesta. ¿Tan en extremo dulce era la existencia en el bosque? ¿De qué nacía su encanto? ¿Se encerraba en alguna laberíntica profundidad filosófica? ¿O era algo evidente, algo manifiesto en la superficie discernible por nuestros sentidos cotidianos bien despiertos? Cada año, miles de personas renunciaban al mundo y se entregaban al servicio del bosque. ¿Descubrirán éstos el secreto de su encanto? Y, una vez descubierto, ¿bastaba para promover un olvido tan absoluto que desterrasen de la mente todas las cosas infinitamente diversas de la vida, las que dulcifican y las que amargan, las esperanzas que se ciernen sobre el futuro próximo, así como los pesares nacidos del pasado? Si el bosque obraba en ellos tan benéficos efectos, ¿por qué no los había de obrar asimismo en él? Pero era judío… ¿Sería posible que las excelencias de aquel lugar beneficiasen a todo el mundo menos a los hijos de Abraham? Ben-Hur puso en juego todas sus facultades para descubrir el misterioso secreto, sin parar mientes a los cantos de los portadores de ofrendas ni a las réplicas de sus asociados.

El cielo no le proporcionó nada que le hiciera darse por satisfecho en sus pesquisas. Era azul, muy azul, y poblado de trinadoras golondrinas. Exactamente igual era el cielo de la ciudad.

Más adelante, saliendo de las espesuras que quedaban a mano derecha, una brisa cruzaba la avenida, azotándole dulcemente con una oleada, de agradables perfumes, formada por una mezcla de rosas y de especias en combustión. Ben-Hur se detuvo, como hacían otros, mirando hacia la parte de la que venía la brisa.

—¿Hay algún jardín allá? —preguntó a un hombre que había a su lado.

—Será más bien que los sacerdotes celebran alguna ceremonia, el culto a Diana, a Pan o a alguna divinidad de las selvas.

El desconocido le había contestado en la lengua de su madre. Ben-Hur le dirigió una mirada sorprendida.

—¿Eres hebreo? —le preguntó.

El hombre respondió con una sonrisa cortés:

—Yo nací a una pedrada de distancia de la plaza del mercado de Jerusalén.

Ben-Hur se disponía a continuar la conversación, cuando un reflujo de la multitud le apartó de la cara de la muralla que miraba hacia los bosques, al mismo tiempo que alejaba de allí al desconocido. En la mente del joven seguían presentes, cual un resumen de aquel hombre, la túnica y el bastón habituales, el paño pardo de la cabeza, atado con un cordón amarillo, y la enérgica cara judía que daba fe de que su propietario vestía aquellas prendas con todo derecho. Eso había tenido lugar en un punto donde comenzaba un sendero que se internaba entre el arbolado, ofreciendo una bonita manera de huir de las ruidosas procesiones. Ben-Hur aprovechó la oportunidad.

Penetró primero en una espesura que desde el camino parecía conservarse en estado silvestre, cerrada, impenetrable, lugar indicado para que anidasen los pájaros libres. Sin embargo, unos pocos pasos le bastaron para ver incluso allí la mano de quien gobernase el lugar. Los arbustos estaban en flor o cargados de frutos. Bajo sus inclinadas ramas, el suelo aparecía cubierto de flores de vivos colores. Sobre ellas extendían los jazmines sus delicados lazos. Noche y día, calmoso o apresurado, el aire se cargaba de exhalaciones de lilas y rosas, de lirios y tulipanes, de adelfas y madroños, todos viejos amigos conocidos en los valles o en los jardines que rodean la ciudad de David. Y para que nada faltara a las sombras iluminadas por los colores de las flores de la espesura, un arroyo desataba dulcemente su caudal, partiéndose en varios cursos ondulantes.

Mientras seguía adelante, de la arboleda se levantaban a derecha e izquierda el grito del palomo y el arrullo de las tórtolas. Los mirlos le aguardaban y parecían ordenarle que se acercase más. Un ruiseñor continuó en su puesto sin miedo, aunque habría bastado estirar el brazo para cogerlo. Una codorniz pasó corriendo por delante de sus pies, llamando a los polluelos que acompañaba, y mientras él estaba parado, esperando a que los pajaritos se apartasen de su camino, en un lecho de meloso almizcle se desperezó una figura adornada con ramos de capullos dorados. Ben- Hur se estremeció. ¿Se le había permitido ver, realmente, a un sátiro en sus dominios? La criatura le miró, mostrando en los dientes una curvada podadera, sonrió ante el susto que ella misma había tenido y, ¡helo aquí! ¡El encanto se puso de manifiesto! ¡Una paz libre de temores, una paz compartida por todo y por todos! ¡He ahí su esencia!

Ben-Hur se sentó en el suelo debajo de un limonero que extendía sus grises raíces yendo al encuentro de una ramificación del arroyo. Muy cerca de la cantarina superficie del agua colgaba el nido de un paro, y el diminuto pajarillo, asomado a la entrada del nido, le miraba a los ojos. "Verdaderamente, el pajarito se dirige a mí — pensó Ben-Hur—. Me dice: "No me das miedo, porque la ley que impera en este paraje de dichas es el amor".

El encanto del bosque le parecía clarísimo a Ben-Hur, y con ánimo alegre resolvió constituirse en uno de los que se retiraban para siempre en Dafne. Cuidando de las flores y los arbustos y contemplando el crecimiento de las calladas excelencias que se veían por todas partes, ¿no podría, como el hombrecito de la podadera en la boca, libertarse de los días de tormento de su vida, olvidándolos al mismo tiempo que el mundo le olvidaba también?

Pero, poco a poco, el temperamento judío empezó a removerse en su interior.

Aquel encanto podía bastar para satisfacer a ciertas personas. ¿De qué clase serían éstas?

El amor es delicioso. ¡Ah, sí! ¡Cuan agradable sucesor para un desamparo como el que le agobiaba! Pero ¿es el amor todo lo que hay en la vida? ¿Todo?

Una cosa le diferenciaba de los que se enterraban contentos en aquel paraje. Ellos no tenían deberes que cumplir, no era posible que los hubiesen tenido. En cambio, él…

—¡Dios de Israel! —gritó en voz alta, poniéndose en pie vivamente y con las mejillas encendidas—. ¡Madre! ¡Tirzah! ¡Maldito sea el instante y maldito el lugar en los que quise buscar la felicidad alejado de vosotras!

Y atravesó precipitadamente la espesura, llegando a una corriente de agua de la categoría de un río que discurría entre márgenes de mampostería, interrumpidas a veces por acequias dotadas de compuertas. Un puente prolongaba la senda que estaba siguiendo hasta el otro lado de la corriente. Parándose en mitad de éste, el joven vio otros varios, sin que hubiese dos parecidos. Debajo de él, el agua se arremansaba en una profunda hoya, un poco más abajo, se despeñaba rugiendo por entre las rocas, y luego formaba otra hoya y otra cascada. Y así continuaba hasta perderse de vista. Puentes, hoyas y sonoras cascadas decían, tan claramente como pueden relatar una historia las cosas inanimadas, que el río corría con el permiso de un dueño y del modo exacto que el dueño quería, es decir, dócil y gobernable como corresponde a un sirviente de los dioses.

Más allá del puente divisó una perspectiva formada por anchos valles y alturas irregulares, con bosques y lagos y caprichosas casas enlazadas todas por blancos senderos y luminosas corrientes. El nivel de los valles era más bajo, a fin de poder derramar sobre ellos el agua del río para refrescar el ambiente en los días de sequía, y parecían verdes alfombras con dibujos de parterres y campos de flores, entre los cuales pastaban rebaños de ovejas blancas como bolas de nieve. Desde muy lejos se oían las voces de los pastores que seguían a los rebaños. Como para recordarle a quién estaba dedicado todo lo que contemplaba, los altares levantados debajo del inmenso cielo parecían innumerables. En cada uno, sirviéndolo, aparecía una figura vestida de blanca túnica, mientras aquí y allá, pasando del uno al otro, desfilaban largas procesiones vestidas de blanco, y el humo de los altares se levantaba hasta media altura y se detenía luego formando pálidas nubes suspendidas sobre aquellos devotos lugares.

Aquí, allá, volando dichosa, parándose embriagada de un objeto a otro, de un punto a otro, ora en el prado, ora en las alturas, ahora entreteniéndose a penetrar en las espesuras y a observar las procesiones, luego perdiéndose en vanos esfuerzos por recorrer los senderos y las corrientes que se prolongaban entrelazados hasta confusas perspectivas para terminar en… ¡Ah! ¿Cuál podía ser el final apropiado de una escena tan hermosa? ¿Qué adecuados misterios se escondían detrás de una introducción tan maravillosa? Aquí, allá, decíamos al comienzo, volaba errante su mirada, de tal modo que, obligado por la perspectiva que tenía ante sus ojos y como compendio de todo lo que estaba contemplando, no pudo dejar de decirse, íntimamente convencido, que la paz saturaba el aire y el suelo, y que allí todo invitaba a quedarse, tenderse y descansar tranquilamente.

De pronto, una revelación alboreó en su mente. El bosque era, en realidad, un templo. ¡Un templo inmenso, sin muros! ¡Jamás hubo nada parecido!

El arquitecto no había perdido el tiempo atormentándose respecto a columnas y pórticos, proporciones o interiores, ni a ninguna otra limitación del sentimiento épico que quería materializar. Simplemente había hecho de la naturaleza una sierva suya. El arte no puede llegar a mayores cimas. Del mismo modo construyó la Arcadia el habilidoso hijo de Júpiter y Calisto. Y en ésta, lo mismo que en aquélla, el genio inspirador fue griego.

Desde el puente, Ben-Hur siguió adelante hasta el valle más cercano.

Llegó donde pacía un hato de ovejas. La pastora era una muchacha y le llamó con un ademán.

—¡Ven!

Más adelante, el camino se bifurcaba rodeando un altar, un pedestal de negro neis cubierto por una losa de mármol blanco hábilmente exfoliado. Sobre la losa había un brasero soportando una llama. Junto al altar, una mujer, al verle, agitó una varita de sauce, y mientras él seguía adelante le gritó:

—¡Quédate!

Y su sonrisa tenía la tentación de la juventud apasionada. Más adelante todavía, encontró una de las procesiones. A su cabeza, una tropa de niñas, desnudas excepto por las guirnaldas que las cubrían, entonaba una canción esforzando sus vocecitas agudas. Luego, una tropa de muchachos, también desnudos y con el cuerpo muy tostado por el sol, seguía detrás, danzando al ritmo de la canción de las niñas. Detrás de ellos venía la procesión, formada exclusivamente por mujeres vestidas del modo más simple, sin preocuparse de si alguna parte de su cuerpo quedaba al descubierto, y trayendo a los altares cestos de especias y dulces. Mientras Ben-Hur pasaba, ellas le tendían las manos y le decían:

—Quédate y ven con nosotros.

Una de las mujeres, una griega, cantó una estrofa de Anacreonte:

Es por hoy que tomo o doy,
vida y copa apuro hoy,
por hoy ruego, por hoy pido,
¿sabe alguien si el mañana vendrá alegre o afligido?

Pero él siguió su camino, indiferente, llegando a un bosque lujuriante, en el corazón de un valle y en el punto preciso en que más atractivo podía parecer al ojo que lo mirase. Cuando quedaba ya cerca del sendero que seguía el joven, su sombra poseía una intensa seducción, y a través del follaje se distinguía el brillo de lo que parecía ser una pretenciosa estatua. Ben-Hur dejó, pues, la senda y penetró en el fresco retiro.

La hierba estaba fresca y limpia. Los árboles no se echaban unos encima de otros, y pertenecían a todas las especies propias de Oriente, bien mezcladas con otros exóticos, aclimatados de lejanos países. Aquí, agrupadas en compañía exclusiva de ellas mismas, unas palmeras adornadas de plumas como reinas. Allá, sicómoros, remontándose por encima de laureles de follaje más oscuro, y encinas perennes ostentando su oscuro verdor junto con cedros suficientemente grandes para ser reyes del Líbano. Y morales y terebintos tan hermosos que no es hipérbole referirse a ellos calificándolos de sacados del paraíso…

La estatua resultó ser una Dafne de portentosa belleza. No obstante, Ben-Hur apenas tuvo tiempo sino para dirigirle una fugitiva mirada; en la base del pedestal, una muchacha y un joven dormían abrazados debajo de una piel de tigre. Junto a ellos tenían los instrumentos símbolo de sus respectivos oficios (él, un hacha y una hoz; ella, el cesto), abandonados descuidadamente sobre un montón de rosas que se marchitaban.

Aquel cuadro le hizo estremecer. Allá, en el silencio de la perfumada espesura, había descubierto, o así lo pensó, que el encanto del gran bosque nacía de una paz libre de temores, y casi se dejó ganar por tan hermoso hechizo; ahora, en esa pareja durmiendo en pleno día (durmiendo a los pies de Dafne) leía un capítulo más, un capítulo al que sólo es tolerable que se aluda vagamente. La ley de aquel paraje era el amor, pero un amor sin ley.

¡Y ésa era la dulce paz de Dafne!

¡Era el objetivo de la vida de sus sacerdotes!

¡Para eso entregaban sus rentas reyes y príncipes!

¡Para eso una clase sacerdotal hábil y experta domeñaba a la naturaleza: sus pájaros, arroyos y lirios, el río, el trabajo de muchas manos, la santidad de los altares, el fértil poder del sol!

Sería curioso anotar ahora que, mientras Ben-Hur continuaba caminando asaltado por semejantes reflexiones, experimentaba una especie de pena por los que enriquecían con sus votos el gran templo al aire libre, especialmente por aquellos que con su trabajo personal le daban una belleza tan extremada. De qué modo habían pasado a la situación en que estaban ya no era un misterio: ante sí tenía Ben-Hur el motivo, la influencia, la inducción que los había vencido. Por supuesto, algunos se dejaron ganar por la promesa ofrecida a su atormentado espíritu de que en aquella morada consagrada a los dioses y a cuya belleza podían contribuir, si no tenían dinero, con su trabajo gozarían de una paz inalterable. Los de esta clase, evidentemente, eran personas impresionables, en cuyo espíritu hacían profunda mella así el miedo como la esperanza. Pero la gran masa de los fieles no estaba en su caso. Apolo tenía unas redes muy grandes con unas mallas muy pequeñas, y uno casi no sabría decir qué pescado cobraban sus pescadores. Y no es principalmente que uno no supiera describir lo que traían sus redadas, sino que no debe describirlo. Baste señalar que la gran masa la componían los sibaritas del mundo, y los rebaños (en número, mayores; en categoría, más bajos) de los devotos de un sensualismo descarado que imperaba casi por completo en todo el Oriente. No era a ninguna exaltación mística; no era al dios cantor, ni a su desventurada amante, ni a ninguna filosofía cuyo disfrute requiriese la calma del retiro, ni a ningún servicio que hiciera sentir el consuelo que se halla en la religión, ni al amor en su sentido más elevado a los que ofrecían sus votos. Buen lector, ¿por qué no habrá que decir aquí la verdad? ¿Por qué no enterarnos de que, en aquella época, no habían sino dos pueblos capaces de exaltaciones sublimes: los que vivían según la ley de Moisés y los que vivían según la ley de Brahma? Eran los únicos que hubieran podido gritar: "Mejor una ley sin amor que un amor sin ley".

Por lo demás, la simpatía nace en gran parte como fruto del humor que nos domina en determinado momento. Brota en nuestro pecho con mucha mayor facilidad cuando nos sentimos completamente satisfechos.

Ben-Hur andaba con paso más rápido y la cabeza más erguida, y, si bien no percibía menos intensamente que antes todas las delicias que le rodeaban, las examinaba con espíritu más sosegado, a veces, incluso, con el labio curvado en desdeñosa mueca; es decir, que no podía olvidar tan pronto cuan cerca había estado él mismo de dejarse engañar por el falso señuelo.

Capítulo Diez

EL ESTADIO DEL BOSQUE

Delante de Ben-Hur había un bosque de cipreses, cada uno de los cuales era una columna alta y recta como un mástil. Aventurándose en el sombreado abrigo oyó una trompeta que sonaba alegremente, y un instante después vio al paisano suyo que había encontrado en la avenida que se dirigía a los templos, tendido allí cerca sobre la hierba. El hombre se levantó para ir a reunirse con él.

—La paz te doy de nuevo —le dijo en tono placentero.

—Gracias —respondió Ben-Hur. Y enseguida preguntó—: ¿Sigues el mismo camino que yo?

—Voy al estadio, si es adonde tú te diriges.

—¡El estadio!

—Sí. La trompeta que has oído ahora mismo llamaba a los competidores.

—Buen amigo —dijo Ben-Hur con franqueza—, confieso que desconozco el bosque. Si permites que te siga, te lo agradeceré.

—Será para mí un placer. ¡Escucha! Oigo las ruedas de los carros. Están colocándose en la pista.

Ben-Hur escuchó un momento; luego completó su presentación posando una mano sobre el brazo de su compatriota y diciendo:

—Yo soy el hijo de Arrio, el duunviro. ¿Y tú?

—Yo soy Malluch, un mercader de Antioquía.

—Mira, buen Malluch; la trompeta, el rechinar de las ruedas y la perspectiva de una diversión me entusiasman. Poseo alguna habilidad en esos ejercicios. En las palestras de Roma no soy un desconocido. Vámonos a las carreras.

Malluch se demoró un momento para decir prestamente:

—El duunviro era romano; sin embargo, veo a su hijo vistiendo el traje de los judíos.

—El noble Arrio era mi padre adoptivo —respondió Ben-Hur.

—¡Ah! Comprendo; y te pido perdón.

Saliendo del cinturón del bosque, llegaron a un campo en medio del cual había una pista exactamente igual por su trazado y extensión que las de los estadios. El piso del camino, o pista propiamente dicha, era de tierra blanda apisonada y regada; la limitaban por ambos lados sendas sogas poco tirantes sostenidas por jabalinas plantadas en el suelo. Para acomodar a los espectadores y a los que se interesaban por algo más que la mera práctica del deporte, había varias tribunas sombreadas por espesos toldos y dotadas de filas de asientos que se elevaban escalonadamente. Los recién llegados encontraron sitio en una de aquellas tribunas.

Al pasar, Ben-Hur contó los carros: nueve en total.

—Mis encomios para los aurigas —dijo de buena gana—. Yo pensaba que aquí en Oriente no aspiraban a nada mejor que a los tiros de dos caballos, pero veo que son ambiciosos y les gusta gobernar las regias cuadrigas. Observemos qué tal se portan.

Ocho cuadrigas pasaron por delante de la tribuna; unas al paso, otras al trote, y todas guiadas con pericia excepcional. La novena vino al galope. Ben-Hur estalló en una exclamación:

—He estado en los establos del emperador, amigo Malluch, pero, ¡por nuestro padre Abraham, de bendita memoria!, jamás había visto otros iguales a éstos.

En aquel momento pasaba rauda la última cuadriga. De pronto los anímales cayeron en confuso montón. Uno de los espectadores, en la tribuna, lanzó un grito agudo. Ben-Hur volvió la cabeza y vio a un anciano, de uno de los asientos superiores, casi puesto en pie, con las manos crispadas y levantadas al cielo, los ojos centelleantes y la larga barba blanca agitada por el temblor. Algunos de los espectadores vecinos suyos se habían puesto a reír.

—Cuando menos deberían respetar su barba. ¿Quién es? —preguntó Ben-Hur.

—Un potentado del desierto, de un lugar situado más allá de Moab, propietario de rebaños de camellos y de caballos que, según dicen, descienden de los corceles de carreras del primer faraón. Lleva el nombre y el título de jeque Ilderim.

Tal fue la respuesta de Malluch.

Entretanto el auriga hacía grandes esfuerzos por calmar a los animales, aunque inútilmente. Cada una de sus infructuosas tentativas aumentaba la excitación del jeque.

—¡Ojalá Abaddon le tome por su cuenta! —gritaba el patriarca con voz chillona—. ¡Corred! ¡Volad!, ¿me oís, hijos míos? —la pregunta se dirigía a los que estaban junto a él, y que por lo visto pertenecían a su tribu

—. ¿Me oís? Han nacido en el desierto, como vosotros mismos. ¡Contenedlos; deprisa!

Los brincos de los animales iban en aumento.

—¡Maldito romano! —seguía gritando el jeque, amenazando con el puño al auriga—. ¿Y no me juraba que sabría gobernarlos? ¿No lo juraba por toda la carnada de bastardos dioses latinos? ¡No, dejadme; dejadme, digo! Correrían raudos como las águilas y con la docilidad de corderos mansos, juraba. Maldito sea. ¡Maldita la madre de una raza de embusteros que le llama hijo! ¡Mirad mis inapreciables corceles! ¡Que toque a uno nada más con el látigo, y…! —el resto de la frase lo ahogó el furioso rechinar de sus dientes—. Id unos cuantos a cogerles la cabeza y habladles. Una palabra, una sola, de la canción de la tienda que os cantaban vuestras madres bastará. ¡Ah, qué tonto, qué tonto fui al poner mi confianza en un romano!

Algunos de los amigos más listos del anciano se interpusieron entre él y los caballos. Favoreció la estratagema el hecho de que el jeque se hubiese quedado sin aliento.

Ben-Hur, pensando que comprendía los sentimientos del viejo, experimentaba por él una profunda simpatía. A su modo de entender, era posible que, dada su manera de pensar y su concepto de lo inapreciable, más que el mero orgullo de propietario, más que la ansiedad por el resultado de la carrera, moviera al patriarca el amor que tenía a sus caballos; un amor, una ternura próxima a la pasión más profundamente sentida. Eran los cuatro unos bayos lustrosos, sin una mancha, perfectamente emparejados y tan bien proporcionados que parecían menos poderosos de lo que realmente eran. Delicadas orejas remataban en punta las cabezas pequeñas; los rostros eran anchos y llenos entre los ojos; las dilatadas ventanas de la nariz ponían al descubierto membranas de un rojo tan vivo que sugería el brillo de la llama; los cuellos formaban arcos orlados por unas crines finas y tan abundantes como para abrigar los hombros y el pecho, unas crines que, en feliz consonancia con los copetes, descendían semejando pliegues de sedosos velos; entre las rodillas y las cernejas, las piernas eran lisas como una mano abierta, pero encima de las rodillas las redondeaban poderosos músculos, necesarios para sostener los perfectos y macizos cuerpos; los cascos eran cual tazas de ágata pulida; y al encabritarse los corceles azotaban el aire y a veces el suelo con las colas, largas y abundantes, de un negro lustroso. El jeque había dicho que no tenían precio, y había dicho bien.

En esta segunda y más detenida mirada a los caballos, Ben-Hur leía la historia de las relaciones que habían tenido con su dueño. Habían crecido entre los ojos del patriarca, constituyendo el objeto de sus cuidados más especiales durante el día, y las imágenes en que se recreaba su orgullo, de noche, cuando la familia se hallaba reunida dentro de la negra tienda allá en el seno sin sombras del desierto; habían sido como sus hijos predilectos. Para que pudieran arrebatar un triunfo al altanero y odiado romano, el viejo había traído sus amores a la ciudad, sin dudar un momento que serían capaces de vencer, con tal de encontrar a un experto de confianza que los tomara en sus manos; no sólo a un hombre hábil, sino dotado de un espíritu que el espíritu de los caballos reconociese como similar al suyo. A diferencia de la gente de Occidente, más fría, el jeque no podía protestar cortésmente de la falta de pericia del auriga, y despedirle del mismo modo; como árabe y como jeque tenía que estallar y hacer retumbar el aire que le rodeaba con sus clamores.

Antes de que el patriarca hubiera agotado los epítetos, una docena de manos cogía los bocados de los caballos, obligándolos a permanecer quietos. En aquellos momentos apareció otro carro sobre la pista y, a diferencia de los demás, auriga, vehículo y corceles iban exactamente igual que se presentarían en el circo el día de la prueba final. Por una razón que luego se verá claramente, conviene describir aquí al detalle el lujoso carruaje.

No debería presentar dificultad el hacerse una idea exacta de cómo era el carro a que nos referimos, tan nombrado en los tiempos clásicos. Basta que uno se represente una narria provista de ruedas bajas y ancho eje coronada por una caja abierta por la parte posterior. Tal era el modelo primitivo. Con el tiempo se despertó el genio artístico y, parándose en la tosca máquina, la elevó a la categoría de objeto bello; así, por ejemplo, aquella en que nuestra fantasía se imagina a la Aurora cabalgando delante del nacimiento del día.

Los aurigas de la antigüedad, tan astutos y ambiciosos como sus sucesores de nuestros tiempos, llamaban pareja a su carruaje más humilde y cuadriga al de mayor categoría. Con éste disputaban los juegos olímpicos y otras competiciones que se celebraban en las festividades a imitación de aquéllos.

Los mismos aurigas mencionados preferían poner a los animales en una sola fila, y para distinguirlos llamaban a los dos situados a uno y otro lado de la lanza caballos de yugo, y a los de la derecha y la izquierda, corceles externos de pista. Daban por seguro también que la mayor velocidad se conseguía permitiendo a los brutos la mayor libertad de acción, y en consecuencia el arnés utilizado era particularmente sencillo; se reducía en realidad a un collar que rodeaba el cuello del animal y a un tirante atado al collar, a menos que incluyamos en el significado de arneses las riendas y la cabezada. Cuando querían enganchar, los dueños colocaban un estrecho yugo de madera cerca de la punta de la lanza y mediante correas que pasaban por unas anillas del extremo del yugo, sujetaban éste al collar. Los tirantes de los caballos del yugo los ataban al eje; los de los corceles exteriores, al travesaño de delante del piso de la cuadriga. Entonces sólo faltaba la colocación de las riendas que, juzgada atendiendo a los jaeces modernos, no era la parte menos curiosa del método. Para ello había en la punta de la lanza una anilla grande. Asegurando primero los extremos en dicha anilla, separaban las riendas de forma que correspondiese una a cada caballo y las pasaban hacia el cochero, deslizándolas separadamente por dentro de las anillas próximas a la boca del animal de la parte interna de las cabezadas.

Con esta sencilla generalización en la mente, será fácil adquirir nuevos detalles sobre el particular siguiendo los incidentes de la escena que se desarrollaba. Los otros contendientes habían sido recibidos en silencio; el último fue más afortunado. Mientras se acercaba a la tribuna desde la cual contemplamos la escena, grandes demostraciones de alborozo, aplausos y vítores señalaban su avance, dando por resultado que la atención de todo el mundo se concentrase en él exclusivamente. Podía notarse que en su carro los caballos de yugo eran negros, mientras que los de ambos lados lucían una blancura de nieve. De conformidad con lo que imponían los cánones del gusto romano, los cuatro animales habían sido mutilados, les habían cortado la cola, y, para completar semejante barbaridad, sus esquiladas crines estaban divididas en moños atados con llamativas cintas rojas y amarillas.

En su progreso el extranjero llegó al fin a un punto en el cual la carroza era ya visible desde la tribuna. Su aspecto hubiera justificado por sí solo el griterío. Las ruedas eran una maravilla de construcción. Recios aros de bronce bruñido reforzaban los cubos, por otra parte muy ligeros; los radios eran secciones de colmillos de marfil, colocados con su curvatura natural hacia fuera, a fin de darles la concavidad conveniente, entonces como ahora considerada muy importante; llantas de bronce sujetaban las pinas, que eran de brillante ébano: en consonancia con las ruedas, el eje aparecía rematado por cabezas de tigres rugientes, esculpidas en bronce, y el fondo era de sauce tejido y recubierto de oro.

La llegada de los arrogantes caballos y de la resplandeciente cuadriga obligó a Ben-Hur a fijarse en el auriga con todavía mayor interés.

¿Quién era?

Ben-Hur se hizo enseguida la misma pregunta; no podía ver la cara del hombre, ni siquiera toda su figura; sin embargo, su aire y su actitud le eran familiares, y le intrigaban vivamente haciéndole pensar en una época lejana del pasado.

¿Quién podría ser?

En ese momento estaba más cerca, y los caballos iban al trote. Por los gritos de la muchedumbre y el lujo del carruaje había que pensar que se trataría de algún oficial favorito o de un príncipe famoso. El aparecer en una carrera de carrozas no estaba reñido con un elevado rango. Los mismos reyes competían a menudo por ganar la corona de hojas que constituía el premio al vencedor. Se recordará que Nerón y Cómodo gustaban de guiar carrozas. Ben-Hur se levantó y se abrió paso hasta encontrarse cerca de la soga que limitaba la pista, delante del asiento más bajo de la tribuna. Tenía la cara seria, el gesto impaciente.

Un instante después la persona del conductor apareció por entero a la vista. Un compañero iba con él, un Myrtilo, según diría una descripción clásica. Eran éstos hombres de elevada alcurnia a los que se permitía satisfacer su pasión por las carreras. Ben-Hur no podía ver sino al auriga, de pie y erguido sobre la carroza, con las riendas arrolladas repetidamente alrededor del cuerpo, parcamente cubierto por una túnica de tal color rojo claro. En la mano derecha tenía un látigo; en la otra, con el brazo levantado y ligeramente extendido, las cuatro riendas. Mantenía el cuerpo en una posición en extremo graciosa y animada. Con estatuaria indiferencia recibía los aplausos y los vítores. Ben-Hur lo miraba con fija obsesión; su instinto y su memoria le habían servido fielmente: el auriga era Messala.

Por el gusto en la elección de los caballos, por la magnificencia de la carroza, por la actitud y el alarde que hacía de su persona y, sobre todo, por la expresión de sus rasgos, fríos, agudos, aquilinos, impuesta en su país como fruto de un dominio del mundo que perduraba desde muchas generaciones atrás, Ben-Hur reconoció a Messala, nada cambiado, tan altanero, confiado y audaz como siempre, el mismo en ambición, cinismo y burlona despreocupación.

Capítulo Once

LA FUENTE DE CASTALIA

Mientras Ben-Hur bajaba los peldaños de la tribuna, un árabe se puso en pie sobre el inferior y gritó:

—¡Hombres de Oriente y Occidente, oíd! El buen jeque Ilderim os saluda. Con cuatro caballos, descendientes de los favoritos de Salomón el Sabio, ha venido aquí a contender con los mejores. Necesita imperiosamente un hombre fuerte que los guíe. Al que los tome bajo su mando y le deje satisfecho le promete enriquecerlo para siempre. Aquí, allá, en la ciudad y en los circos, y en todas partes donde se congreguen los hombres vigorosos, anunciadles esta oferta. Así ha dicho mi amo, el jeque IIderim el Magnánimo.

La proclama levantó un gran rumor entre la gente reunida debajo del toldo. Por la noche sería repetida y discutida en todos los círculos deportivos de Antioquía. Al oírla, Ben-Hur se detuvo y miró titubeando al heraldo y luego al jeque. Malluch pensó que estaba a punto de aceptar, pero sintió un gran alivio cuando al poco rato el joven se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Adonde iremos ahora, buen Malluch?

El fiel compañero respondió con una carcajada:

—Si quieres semejarte a otros que visitan el bosque por primera vez, irás inmediatamente a que te revelen tu fortuna.

—¿Mi fortuna, has dicho? Aunque la proposición trae un aire de incredulidad, acudamos enseguida a la diosa.

—No, hijo de Arrio, estos píricos conocen una treta mejor. En lugar de hacerte hablar con una pitonisa o una sibila, te venderán una simple hoja de papiro, apenas sacada del tallo, y te ordenarán que la sumerjas en el agua de cierta fuente; y en tal momento verás en ella unos versos por los cuales acaso te enteres de tu futuro.

El rostro de Ben-Hur perdió el brillo de interés.

—Hay personas que no tienen necesidad de molestarse por su futuro —dijo con tristeza.

—¿Prefieres entonces visitar los templos?

—Son griegos, ¿verdad?

—Aquí dicen que son griegos, en efecto.

—Los helenos fueron los creadores de la belleza en todas las artes; pero en la arquitectura sacrificaron la variedad a una belleza inmutable. Sus templos son todos iguales. ¿Cómo le llaman a la fuente?

—Castalia.

—¡Ah! Es famosa en todo el mundo. Vámonos allá.

Por el camino, Malluch observaba atentamente a su compañero, notando que, de momento al menos, su buena disposición de ánimo se había evaporado. No prestaba atención a las gentes que pasaban; las maravillas que encontraban en su marcha no le arrancaban admiradas exclamaciones; andaba despacio, silencioso, y hasta huraño. La verdad era que la presencia de Messala le había sumido en profundas meditaciones. Le parecía, que hacía una hora apenas que aquellas poderosas manos le arrancaban de la compañía de su madre, una hora apenas que los romanos habían clavado el sello sobre las puertas de la casa de su padre. Rememoraba cómo en la desventura sin esperanza de su vida (si merecía el nombre de vida) de galeote, aparte del trabajo, había tenido poca cosa más que hacer sino forjar sueños de venganza, el objeto principal de todos los cuales era Messala. Solía decirse entonces que podía haber una escapatoria para Graco, pero para Messala… ¡jamás! Y para endurecer y reafirmar su resolución solía repetirse una y mil veces: "¿Quién nos señaló a los perseguidores? Y cuando le pedí ayuda (aunque no para mí), ¿quién se mofó y se alejó riendo?". Y el sueño terminaba invariablemente del mismo modo. "El día que le encuentre, ¡asísteme, tú, Dios bueno de mi pueblo! ¡Ayúdame a encontrar una venganza especial y adecuada!".

Y en ese momento el encuentro era inminente.

Quizá si hubiese hallado a Messala pobre y sufriendo, los sentimientos de Ben-Hur hubiesen cambiado; pero no había ocurrido así. Le halló más que próspero, con una prosperidad deslumbrante, centelleante, como el reflejo del sol sobre un pan de oro.

Resultaba, pues, que lo que Malluch tomaba por un pasajero decaimiento del ánimo era una cavilación acerca de cuándo se vería cara a cara con su enemigo, y de cómo podría hacer más memorable aquel momento.

Al cabo de un rato penetraron en una avenida de encinas, por la que la gente iba y venía en grupos; aquí peatones y jinetes, allá mujeres en literas llevadas por esclavos, y de vez en cuando pasaban con gran estrépito veloces coches.

Al final de la avenida el camino formaba una pendiente suave descendiendo a una hondonada a cuya mano derecha levantaba un escarpado muro de roca gris, mientras a la izquierda se extendía un prado de primaveral frescor. Luego llegaron a la vista de la famosa fuente de Castalia.

Cruzando por entre un tropel de gente reunido allí, Ben-Hur vio un manantial de agua dulce manando de la cima de una piedra y derramándose en una pila de mármol blanco, donde, después de mucho hervir y espumear, desaparecía como por un embudo.

Junto a la pila, bajo un pequeño pórtico cortado en el sólido muro, estaba sentado un sacerdote, anciano, con barba, arrugado, y cubierto con una capucha. No podía darse una figura mejor de ermita. De la actitud de los allí presentes habría sido difícil deducir cuál era la atracción más celebrada, si la fuente siempre desatándose en voladoras gotas, o el sacerdote a todas horas presente. Un sacerdote que oía, veía, era visto, pero jamás hablaba. De vez en cuando un visitante extendía hacia él una mano provista de una moneda y recibía a cambio una hoja de papiro.

El receptor se apresuraba a sumergir el papiro en la pila; luego, levantando al sol la hoja goteante recibía la recompensa de una inscripción versificada que aparecía en el haz de la misma; y la fama de la fuente rara vez sufría demérito por falta de gracia de la poesía. Antes de que Ben-Hur pudiera poner el oráculo a prueba, se vio a otros visitantes viniendo por el prado. Su aspecto excitó la curiosidad de la reunión; la del joven judío igual que la de los demás.

Vio primero un camello muy alto y muy blanco, guiado por un hombre sentado sobre su lomo. El castillo del animal, además de ser inusitadamente grande, era carmesí y oro. Otros dos jinetes con largas lanzas en la mano seguían al camello.

—¡Qué precioso animal! —exclamó uno de los presentes.

—Será un príncipe de lejanas tierras —contestó otro.

—Un rey, más probablemente.

—Si montara en un elefante, yo diría que es un rey.

Un tercero fue de distinto parecer.

—¡Un camello, y un camello blanco! —dijo en tono autoritario—. ¡Por Apolo, amigos, los que allá vienen (porque podéis ver que son dos) no son reyes ni príncipes; son mujeres!

En medio de la discusión llegaron los extranjeros.

Visto de cerca, el camello no desmentía la impresión producida de lejos. Ninguno de los viajeros reunidos en la fuente imaginó que hubiese visto nunca un animal de aquella especie más alto, ni más majestuoso. ¡Qué ojos tan grandes; qué pelo tan extremadamente fino y blanco; qué pies tan contráctiles levantados, tan silenciosos al posarse sobre el suelo y tan anchos una vez que soportaban el peso del cuerpo! Nadie había visto jamás otro igual. ¡Y qué bonito juego hacía con sus arreos de seda y todos los adornos de orlas de oro y las borlas doradas! El tintineo de las campanillas de plata precedía su marcha, y el animal se movía airoso como si no se diera cuenta de la carga que transportaba.

Pero ¿quiénes eran el hombre y la mujer que ocupaban el castillo?

Todos los ojos los saludaron con esta misma pregunta. Si el primero hubiese sido un príncipe o un rey, los filósofos que hubiera entre la multitud no habrían podido negar la imparcialidad del tiempo. Cuando vieron la delgada y demacrada faz escondida debajo de un turbante inmenso y el cutis color de momia, que hacía imposible formarse una idea de su nacionalidad, hubieron de pensar complacidos que el límite de la vida está señalado lo mismo para los grandes que para los insignificantes. En su persona no descubrieron nada tan envidiable como la manta que lo abrigaba.

La mujer iba sentada al estilo oriental, en medio de velos y blondas de una figura inigualable. Más arriba de los codos llevaba unos brazaletes en forma de arrollados áspides, unidos a otros, en la muñeca, mediante cordones de oro; por lo demás, sus brazos, desnudos, tenían una gracia natural singular, y los completaban unas manos tan bellas y delicadas como las de un niño. Una de las manos, apoyada sobre el costado del vehículo, mostraba unos dedos largos y afilados, deslumbrantes de sortijas, y con las puntas pintadas de tal modo que tenían un rubor como el rosado de las madreperlas. En la cabeza, llevaba una redecilla de ancha malla rociada de cuentas de coral y sujeta con unas monedas de oro llamadas "solecitos", algunas de las cuales cruzaban sobre su frente, mientras otras caían por su espalda, medio escondidas por su cabello azul negro y liso, que ya por sí mismo constituía un adorno incomparable, no necesitando del velo que lo cubría sino como una protección contra el sol y el polvo. Desde su elevado asiento, la mujer miraba sosegada y placenteramente a la concurrencia, y tan abstraída estaba al parecer estudiando a los demás que no se daba cuenta del interés que ella misma excitaba; además, cosa insólita (no, más que insólita, en violenta contradicción con lo que solían hacer las mujeres de alto rango en público), los miraba con la cara descubierta.

Una cara que daba gusto mirar: hermosa, muy juvenil, de forma oval; de cutis, no blanco como las griegas, ni moreno, matiz del sol en el Alto Nilo sobre una piel de una transparencia tal que la sangre enviaba a través de ella un asomo de la claridad sonrosada de una lámpara. Los ojos, muy grandes de natural, parecían mayores por el toque de negro del borde de los párpados, inmemorial en todo el Oriente. Los labios, ligeramente entreabiertos, eran como un lago escarlata en medio del cual se veían unos dientes de una blancura deslumbradora. A todos estos primores de su fisonomía hay que pedir al lector que sobreañada el aire que le daba el porte de la cabeza, pequeña, de líneas clásicas, asentada sobre un cuello largo, torneado y gracioso; y su aire podemos imaginar que quedaría descrito felizmente diciendo que era el de una reina.

Como satisfecha de la inspección de la asamblea y del lugar, la hermosa criatura dijo unas palabras al conductor (un etíope de poderoso músculo, desnudo hasta la cintura), el cual guió al camello hasta las proximidades de la fuente y lo hizo arrodillarse. Enseguida recibió una copa de mano de la mujer y la llenó en la pila. En aquel instante la trepidación de unas ruedas y de los cascos de los caballos avanzando en rápida carrera rompió el silencio que la belleza de la recién llegada había impuesto, y los allí reunidos abrieron paso, prorrumpiendo en grandes gritos y corriendo hacia todas las direcciones deseosos de ponerse a salvo.

—El romano tiene intención de atropellarnos. ¡Mira! —le gritó Malluch a Ben-Hur, ofreciéndole al mismo tiempo el ejemplo de una precipitada fuga.

El joven volvió la cara hacia la parte de donde venía aquel estruendo y vio a Messala lanzando a la cuadriga en línea recta hacia la multitud. Esta vez la visión fue clara y distinta.

Al dividirse, el gentío dejó al descubierto al camello. Quizás estuviera dotado éste de una agilidad superior a la común en los animales de su especie; pero los cascos de los caballos estaban casi encima ya de su cuerpo, y él descansaba con los ojos cerrados, entregado a un interminable rumiar con esa sensación de seguridad que, puede suponerse, le había infundido el haber sido por mucho tiempo el favorito de su dueño. El etíope se estrujaba las manos espantado. En el castillo, el anciano hizo un movimiento para escapar, pero la edad se lo impedía, además de que, ni aun en presencia del peligro, podía olvidar el aire de dignidad que se veía claramente que era en él como una segunda naturaleza. Era demasiado tarde para que la mujer se pusiera a salvo. Ben-Hur, que era el que estaba más cerca de ellos, le gritó a Messala:

—¡Para! ¡Mira adonde vas! ¡Atrás, atrás!

El patricio reía con excelente buen humor, y viendo Ben-Hur que no había sino una posibilidad de evitar el desastre, avanzó unos pasos y cogió los bocados del corcel de la izquierda del yugo y de su pareja.

—¡Perro romano! ¿Tan poco te importan las vidas humanas? —gritó, poniendo en juego toda su energía.

Los dos caballos se encabritaron, con lo cual los otros describieron un arco y quedaron delante de ellos; la lanza, al levantarse en el aire, inclinó el suelo de la cuadriga. Messala se libró a duras penas de sufrir una caída, mientras su complaciente Myrtilo se desplomaba hacia atrás, cayendo al suelo como un guiñapo. Viendo despejado el peligro, los presentes estallaron en carcajadas de mofa. La audacia sin par del romano se puso entonces de relieve. Librándose de las riendas arrolladas a su cuerpo, las arrojó a un lado y desmontó. Dio un rodeo junto al camello, miró a Ben-Hur y tomó la palabra, dirigiéndose en parte al anciano y en parte a la mujer.

—Perdonad, os lo ruego, perdonadme los dos. Soy Messala —dijo—, y por la vieja Madre del mundo os juro que no os había visto, y tampoco a vuestro camello. En cuanto a esa buena gente… , quizá me fiaba demasiado de mi pericia. Quería reírme a su costa, y ahora son ellos los que se ríen. ¡Que les sirva para bien!

La mirada y el ademán, campechanos y despreocupados, que dirigió a los allí congregados concordaban bien con sus palabras. Con objeto de oír lo que siguiera diciendo, todos se quedaron callados. Seguro ya de la victoria sobre la masa de los ofendidos, Messala indicó con un gesto a su compañero que condujese la carroza a una distancia prudencial y se dirigió atrevidamente a la mujer.

—Tú te interesas por ese buen hombre, cuyo perdón, si no lo obtengo ahora, he de buscar desde este momento con la mayor diligencia. Diría que eres su hija.

Ella no respondió:

—¡Por Palas, eres hermosa! Procura que Apolo no te confunda con su perdido Amor. Me gustaría saber qué país puede enorgullecerse de haberte dado el ser. No te vayas. ¡Una tregua, una tregua! El sol de la India brilla en tus ojos; en los ángulos de tu boca ha puesto Egipto sus signos amorosos. ¡Por Pólux! No te vuelvas hacia ese esclavo, hermosa dueña, antes de haberte mostrado misericordiosa con éste. Dime al menos que me has perdonado.

En este punto, la mujer le interrumpió.

—¿Quieres venir acá? —preguntó sonriendo e indicando a Ben-Hur con una graciosa inclinación de la cabeza—. Toma la copa y llénala, te lo ruego —le dijo al judío—. Mi padre tiene sed.

—¡Soy tu más rendido servidor!

Ben-Hur giró sobre sus talones para complacerla, y se vio cara a cara con Messala. Sus miradas se encontraron; la del judío retadora; la del romano, centelleante de buen humor.

—¡Oh, extranjera, tan hermosa como cruel! —dijo saludándola con la mano—. Si Apolo no te reclama para sí, volverás a verme otra vez. No sabiendo de qué país eres, no puedo nombrar a un dios al cual encomendarte; de modo que, por todos los dioses, ¡te encomiendo a mí mismo!

Y viendo que el Myrtilo tenía los cuatro caballos compuestos y a punto, retornó a la carroza. La mujer le siguió con una mirada en la que podía haber quizás otra cosa, pero, ciertamente, no había ninguna expresión de desagrado. Un momento después recibía el agua. Su padre bebió, enseguida se llevó ella también la copa a los labios, y, después, inclinándose, le dijo a Ben-Hur (¡jamás hubo otra acción más graciosa y espléndida!):

—¡Guárdala, te lo rogamos! Está llena de bendiciones; ¡todas para ti!

Inmediatamente después hicieron levantar el camello, y cuando estaba en pie y a punto de partir, el anciano llamó:

—Ven acá.

Ben-Hur se le acercó respetuosamente.

—Hoy has prestado un buen servicio al extranjero. No hay sino un Dios. En su santo nombre te doy las gracias. Yo soy Baltasar, el egipcio. En el gran vergel de las Palmeras, más allá del poblado de Dafne, a la sombra de las palmas, vive en sus tiendas el jeque Ilderim el Magnánimo, y nosotros somos huéspedes suyos. Ve allá a vernos. Serás recibido con el dulce sabor del agradecimiento.

Ben-Hur se quedó maravillado de la clara voz del anciano y de sus reverentes modales. Mientras seguía con la mirada a la pareja que se iba, divisó a Messala marchándose como había venido, alegre, indiferente, soltando una carcajada burlona.

Capítulo Doce

DISCUSIÓN DE LA CARRERA DE CUADRIGAS

Como regla general no hay manera más segura de ganarse el desafecto de los hombres que obrar bien allí donde ellos han obrado mal. Por fortuna, en el caso presente Malluch fue una excepción a la regla. El episodio que había presenciado elevó a Ben-Hur en su estimación, puesto que no podía dejar de reconocerle coraje y pericia. Si ahora podía averiguar algo de la historia del joven, el buen amo Simónides no podría quejarse demasiado de la tarea del día.

Respecto a este último punto, de lo que había sabido hasta el momento se destacaban dos hechos concordantes con todo ello: el joven del cual se ocupaba era judío, al mismo tiempo que hijo adoptivo de un romano famoso. Otra conclusión que podía tener gran importancia estaba tomando cuerpo en la mente perspicaz del emisario: entre Messala y el hijo del duunviro existía una determinada relación. Pero ¿de qué clase sería? ¿Cómo convertiría su suposición en seguridad? A pesar de todos los sondeos, no tenía en su mano los medios ni la forma de llegar a una solución. En medio de su perplejidad, el mismo Ben-Hur vino a socorrerle. Apoyando la mano en el brazo de Malluch, le apartó de la aglomeración de gentes que volvían a fijar su interés, como antes, en el canoso y anciano sacerdote y en la fuente mística.

—Buen Malluch —le dijo entonces, parándose—, ¿puede un hombre olvidar a su madre?

La pregunta era brusca y no se le veía el objeto; era pues de esas que dejan perpleja a la persona a quien han sido dirigidas. Malluch miró a Ben-Hur a la cara, buscando en ella una indicación de lo que había querido significar; pero en vez de ello vio dos manchas de un encarnado vivo, una en cada mejilla, y en los ojos el rastro de lo que podían haber sido contenidas lágrimas. Luego contestó como un autómata:

—¡No! —añadiendo con fervor—: ¡Nunca! —y todavía después, cuando empezaba a recobrarse—: ¡Si el hombre es israelita; nunca! —continuando, cuando ya fue dueño de sí por completo—: La primera lección que estudié en la sinagoga fue el Shema; la segunda, la sentencia del hijo de

Sirach: "Honra a tu padre con toda tu alma, y no olvides los pesares de tu madre".

Los puntos rojos de las mejillas de Ben-Hur tomaron un matiz más vivo.

—Esas palabras me traen la infancia de nuevo, y demuestran que tú, Malluch, eres un judío auténtico. Creo que puedo fiarme de ti.

Ben-Hur soltó el brazo que tenía cogido, y, llevándose la mano a los pliegues de la túnica que cubría su propio pecho, los oprimió contra sí como para ahogar una pena, o una emoción igualmente aguda y dolorosa.

—Mi padre —dijo—, ostentaba un ilustre nombre, y no se hallaba privado de honores en Jerusalén, donde vivía. Cuando él murió, mi madre se encontraba en lo mejor de su edad. No bastaría decir que era buena y hermosa: movía su lengua la ley del afecto; sus obras merecían los elogios de los que se reúnen en las puertas de la población, y miraba sonriendo los días que habían de venir. Yo tenía una hermanita; ella y yo constituíamos la familia de mi madre, y éramos tan felices que yo, al menos, jamás he visto irreverencia en la frase del viejo rabí: "Dios no podía estar en todas partes, y por eso hizo a las madres". Un día le ocurrió un accidente a un romano investido de mando cuando pasaba a caballo delante de nuestra casa a la cabeza de una cohorte. Los legionarios reventaron la puerta, se precipitaron dentro del edificio y nos apresaron. Desde entonces no he visto más a mi madre ni a mi hermana. No puedo decir si han muerto o siguen viviendo. No sé qué ha sido de ellas. Pero, Malluch, el hombre que guiaba aquella carroza estaba presente en el momento de nuestra separación; él nos entregó a nuestros secuestradores; él oyó a mi madre rogar por sus hijos, y cuando se la llevaron por la fuerza se puso a reír. Sería difícil asegurar qué es lo que se graba más profundamente en la memoria, el amor o el odio. Hoy le he reconocido de lejos… y, Malluch…

Ben-Hur cogió otra vez el brazo de su oyente.

—Y, Malluch, él conoce el secreto, y consigo se lo lleva ahora; un secreto que yo daría la vida por saber: él podría decir si vive y dónde está, y cuál es su situación. Si ha muerto (mejor dicho, si han muerto; a fuerza de sufrimientos las dos han pasado a ser para mí como una sola), él podría decir dónde murieron, y de qué, y dónde me esperan sus huesos para que vaya a recogerlos.

—¿Y no lo dirá?

—No.

—¿Por qué?

PARTE CUATRO

ÍNDICE

1. Ben-Hur oye hablar de Cristo
2. El siervo prudente y su hija
3. Una orgía romana
4. Un auriga para los corceles árabes de Ilderim
5. El aduar en el vergel de las Palmeras
6. Baltasar impresiona a Ben-Hur
7. Cristo viene a Baltasar
8. El reino, ¿espiritual o político?

Capítulo Uno

BEN-HUR OYE HABLAR DE CRISTO

Al otro lado de la villa la campiña aparecía ondulada y cultivada; era en realidad la tierra de huertas de Antioquía, en la que no quedaba sin trabajar ni un palmo de terreno. Las empinadas vertientes de las montañas formaban bancales escalonados; hasta los ribazos se veían alegrados por las trepadoras parras que, además del encanto de la sombra, ofrecían a los transeúntes la dulce promesa del vino que producirían, y la morada madurez de los abundantes racimos de uvas. Sobre los melonares y por entre las espesuras de albaricoques, higueras, naranjos y limoneros se veían las blanqueadas casas de los campesinos; por todas partes la abundancia, hija sonriente de la paz, daba noticia con las mil señales que posee de que se hallaba en sus dominios, alegrando el corazón del generoso viajero, hasta hacerle sentirse dispuesto incluso a reconocer los aspectos positivos de la dominación romana. De vez en cuando se divisaban también las perspectivas del Tauro y del Líbano, entre los cuales el Orontes (cinta divisoria de plata), seguía plácidamente su camino.

En el curso de su viaje los dos amigos llegaron al río, cuyos meandros se ceñían fielmente al camino que seguían, ora trepando por escarpadas peñas, ora descendiendo hasta el fondo de los valles, todos igualmente aprovechados para aposentos campestres. Y si el campo lucía todas sus galas ostentando el follaje de encinas, sicómoros y mirtos, de bayos y madroños y el de los olorosos jazmines, el río brillaba bajo los rayos oblicuos de sol, que se habrían dormido sobre su superficie de no ser por la interminable procesión de barcos, deslizándose a favor de la corriente, o saltando al empuje de los remos, unos yendo, otros viniendo, trayendo todos el recuerdo del mar, de pueblos lejanos, de lugares famosos y de artículos codiciados a causa de su rareza. Nada hay tan subyugador para la fantasía como una vela hinchada en dirección al mar, si no es otra que nos lleve a la patria, terminada una travesía feliz.

Los dos amigos seguían continuamente la orilla del río hasta llegar a un lago alimentado por las aguas remansadas de aquél, claras, profundas y sin formar la menor corriente. Una vieja palmera dominaba el ángulo de la vía de acceso.

Doblando hacia la izquierda, al pie del árbol, Malluch se puso a palmotear gritando:

—¡Mira, mira! ¡El vergel de las Palmeras!

Era una escena que no se ve en ninguna otra parte, salvo en los favorecidos oasis de Arabia, o en las haciendas de los Ptolomeos a lo largo del Nilo. Para dar mayor intensidad a una sensación tan nueva como deliciosa, Ben-Hur se internó por una extensión de terreno al parecer ilimitada, y llana como el suelo de una habitación. Por todas partes el pie se posaba sobre la hierba verde y fresca, que en Siria es el producto más raro y hermoso que da la tierra; si el joven levantaba la vista era para ver el pálido azul del cielo por entre las ramas entrecruzadas de los árboles productores de dátiles, verdaderos patriarcas de su especie, tan numerosos y viejos, de tan poderosos troncos, tan altos y apiñados, con tan largas ramas y cada una de éstas de frondes tan perfectos, rojizos, cerúleos y brillantes, que parecían encantadores encantados. Aquí la hierba daba color a la misma atmósfera; allá, el lago, fresco y cristalino, cuyas aguas se rizaban sólo hasta pocos pies debajo de la superficie y ayudaban a los árboles a vivir hasta muy avanzada edad. ¿Acaso el bosque de Dafne aventajaba a éste? Y, como si adivinaran los pensamientos de Ben- Hur y quisieran conquistar su ánimo según un estilo propio, parecía que cuando pasaba debajo de sus arcos moviesen las ramas y le rociasen de húmeda frescura. El camino seguía todas las ondulaciones del lago en riguroso paralelismo, y si alguna vez conducía a los caminantes hasta el borde del agua era siempre con algún paraje donde la superficie brillante estaba limitada a no excesiva distancia por la orilla opuesta, en la cual, lo mismo que en la de esta parte, no se consentía otro árbol que la palmera.

—Mira —dijo Malluch, señalando un gigante del lugar—. Cada anillo del tronco indica un año de vida. Cuéntalos desde las raíces hasta las ramas, y si el jeque te dice que el bosque fue plantado antes de que en Antioquía se hubiera oído mentar a los seléucidas, no dudes de sus palabras.

No es posible contemplar una palmera perfecta sin que ella, con una sutileza especial y exclusiva, adquiera una personalidad propia y convierta en poeta a su admirador. Esto explica a los primeros reyes, que no supieron hallar en toda la tierra ninguna forma que les sirviera tan bien para modelo de las columnas de sus palacios y templos. Y por la misma razón, Ben-Hur se sintió impulsado a exclamar:

—Buen Malluch, tal como lo he visto hoy en la tribuna, el jeque Ilderim me ha parecido un hombre vulgar y corriente. Me temo que los rabíes de Jerusalén le mirarían como a un hijo de un perro de Edom. ¿Cómo fue que entró en posesión del vergel de las Palmeras? ¿Y cómo ha contado con medios para defenderlo de la voracidad de los gobernantes romanos?

—Si el tiempo confiere excelencia a la sangre, oh hijo de Arrio, entonces el viejo Ilderim es todo un hombre, por más que sea un edomita incircunciso.

Malluch siguió expresándose con vehemencia.

—Todos sus antepasados fueron jeques. Uno de ellos (no diré en qué época ni cuándo llevó a cabo la honrosa hazaña) ayudó en cierta ocasión a un rey al cual unos enemigos perseguían con las espadas desenvainadas. Dice la historia que le facilitó un millar de jinetes que conocían los caminos y los escondites del desierto como los pastores conocen las escasas montañas que frecuentan con sus rebaños, y aquellos hombres le condujeron de un lugar a otro hasta que se presentó el momento propicio, llegado el cual dieron muerte al enemigo con sus lanzas y devolvieron el trono al perseguido. Y se cuenta que el rey se acordó de tan señalado favor y trajo al hijo del desierto a este paraje, suplicando que plantara aquí sus tiendas y condujera a su familia y a sus rebaños, porque el lago y los árboles y todo el terreno limitado entre el río y los montes más próximos serían suyos y de sus hijos para siempre. Nadie ha turbado nunca el tranquilo disfrute de esta propiedad. Los gobernantes que vinieron después consideraron que era una medida de buena política mantener excelentes relaciones con la tribu a la cual el señor ha favorecido multiplicando sus hombres y sus caballos, sus camellos y sus bienes, haciéndolos dueños de muchas vías principales entre las ciudades; de modo que en su mano está decirle al comercio en cualquier momento que les plazca: "Ve en paz", o "Párate", y se hará lo que ellos digan. Hasta el prefecto apostado en la ciudadela que domina Antioquía considera dichoso para él el día que Ilderim, apodado el Magnánimo en atención a su generosidad con toda clase de hombres, se pone en marcha, lo mismo que hicieron nuestros padres Abraham y Jacob, con sus esposas y sus hijos, con el séquito de sus rebaños de camellos y caballos y con todas sus posesiones de jeque, y sube a trocar brevemente sus amargos manantiales por los encantos que ves aquí por todo nuestro alrededor.

—¿Cómo se explica entonces? —preguntó Ben-Hur, que había escuchado sin parar mientes en la lentitud del paso de los dromedarios—. Yo he visto al jeque mesándose la barba y maldiciéndose a sí mismo por haber confiado en un romano. Si César le hubiese oído habría dicho: "Amigos como éste no me gustan; echadle de aquí".

—Habría juzgado bien —replicó Malluch sonriendo—. Ilderim no le tiene ningún afecto a Roma; guarda un resentimiento contra ella. Hace tres años, los partos invadieron el camino de Bozra a Damasco y cayeron sobre una caravana cargada, entre otras cosas, con el importe de los impuestos recaudados en un distrito de aquella parte, dando muerte a todo ser viviente que encontraron. Los censores de Roma habrían podido perdonar el atropello si los partos hubiesen respetado y entregado el tesoro imperial. Los campesinos que habían pagado los impuestos, obligados a reparar la pérdida, presentaron sus quejas al César, el cual reclamó el pago a Herodes, y éste, por su parte, se apoderó de algunos bienes de Ilderim, acusándole de haber descuidado traidoramente sus deberes. El jeque apeló al César, y el César le dio la respuesta que uno esperaría de la esfinge impasible. Desde entonces el anciano está con el corazón dolorido, alimentando su ira y complaciéndose en ver cómo crece cada día.

—No podrá hacer nada, Malluch.

—Bien —contestó el aludido—, eso exige otra explicación, que te daré si podemos acercarnos más. Pero, ¡mira!, la hospitalidad del jeque empieza pronto: sus hijos te están hablando.

Los dromedarios se pararon, y Ben-Hur bajó la vista para contemplar a unas niñas del estamento campesino sirio que le ofrecían unos cestos llenos de dátiles. La fruta estaba recién cogida, y no era posible rechazarla… Ben-Hur se inclinó aceptando, y en ese momento un hombre que estaba sobre el árbol junto al que se habían parado gritó:

—¡La paz te acompañe, y bienvenido seas! Después de dar las gracias a las niñas, los dos amigos siguieron adelante, dejando que los animales llevaran el paso que se les antojara.

—Debes saber —prosiguió Malluch, interrumpiéndose de vez en cuando para saborear un dátil—, que el mercader Simónides me honra con su confianza, y hasta a veces me halaga pidiéndome consejos. Frecuentando su casa he conocido a muchos amigos suyos, los cuales, enterados de las relaciones que nos unen, le hablan con toda libertad en mi presencia. De esta forma trabé cierta intimidad con el jeque Ilderim.

La atención de Ben-Hur se desvió un momento. Ante los ojos de su mente se levantaba la imagen pura, dulce y atractiva de Esther, la hija del comerciante. Los ojos de la joven, iluminados por el brillo peculiar de los judíos, se encontraban con los suyos en una púdica mirada: oía sus pisadas lo mismo que el día que se le acercó ofreciéndole vino, y también su voz como cuando le presentaba la copa; y rememoraba de nuevo toda la simpatía que le había manifestado, expresándola con tal claridad que las palabras eran innecesarias y con tal dulzura que ninguna frase la hubiera igualado. Era una visión en extremo agradable; pero, cuando él volvió la cabeza, hacia. Malluch, se desvaneció.

—Hace unas semanas —dijo su compañero continuando el relato—, el anciano árabe visitó a Simónides en un momento en que yo estaba presente. Creí verle muy emocionado por algo, y, en deferencia, ofrecí retirarme, pero él mismo me lo prohibió. "Como eres israelita —dijo—, quédate, porque tengo que contar una extraña historia". El énfasis con que pronunció la palabra "israelita" excitó mi curiosidad. Me quedé, y he aquí en sustancia el relato que nos hizo. Lo resumo porque nos estamos acercando a la tienda y dejo que los detalles los oigas de los propios labios del santo varón. Hace muchos años, tres hombres se presentaron en la tienda de Ilderim, allá en el desierto. Los tres eran extranjeros, un hindú, un griego y un egipcio, y los tres iban montados sobre camellos, los mayores que él había visto en su vida, y completamente blancos. Él los recibió hospitalariamente y les proporcionó descanso. A la mañana siguiente los tres viajeros se levantaron y pronunciaron una oración nueva para el jeque; era una plegaria dirigida a Dios y a su Hijo, y la rezaron con mucho misterio. Después de desayunar en compañía del dueño de la tienda, el egipcio le dijo quiénes eran y de dónde venían. Cada uno de los tres había visto una estrella, y una voz que salía de ella le había ordenado que fuese a Jerusalén y preguntase: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?". Y ellos obedecieron. Desde Jerusalén fueron guiados por una estrella a Belén, donde encontraron en una cueva a un niño recién nacido ante el cual se prosternaron para adorarle; y después de haberle adorado y haberle hecho valiosos regalos, pudiendo dar testimonio de quién era, montaron otra vez sobre sus camellos y huyeron, sin pararse hasta encontrar de nuevo al jeque, porque si Herodes (el que conocemos con el sobrenombre de el Grande) hubiese podido echarles mano les habría hecho morir, sin duda alguna. Fiel a sus tradiciones, el jeque los atendió y los tuvo escondidos por espacio de un año, al cabo del cual se marcharon dejándoles regalos de gran valor y partiendo cada uno en una dirección distinta.

—Es ciertamente una historia maravillosa —exclamó Ben-Hur cuando hubo escuchado la conclusión—. ¿Qué has dicho que tenían que preguntar en Jerusalén?

—Habían de preguntar: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?".

—¿Y nada más?

—Algo más decía la pregunta, pero no sé recordarlo.

—¿Y encontraron al niño?

—Sí, y le adoraron.

—Es un milagro, Malluch.

—Aunque muy excitable, como todos los árabes, Ilderim es un hombre serio. En sus labios no hay lugar para las mentiras.

Malluch hablaba con acento convencido. Con todo ello, no se acordaban de los dromedarios, que, tan distraídos como sus jinetes, salieron del camino para solazarse con la lozana hierba.

—¿No ha sabido nada más Ilderim de aquellos tres hombres? —preguntó Ben-Hur—. ¿Qué ha sido de ellos?

—Ah, sí; he ahí el motivo de que fuera a ver a Simónides el día que te decía. La noche anterior se le había presentado de nuevo el egipcio.

—¿Dónde?

—Ahí, en la puerta de la tienda a la que estamos llegando.

—¿Cómo le conoció?

—Del mismo modo que tú has conocido hoy a los caballos: por su cara y su aire.

—¿Por nada más?

—Montaba el mismo camello, grande y blanco, y le dio el mismo nombre: Baltasar, el egipcio.

—¡Esto es una maravilla del Señor!

Ben-Hur se expresaba con vehemencia. Y Malluch, intrigado, preguntó:

—¿A qué viene ese tono?

—¿Baltasar, has dicho?

—Sí, Baltasar, el egipcio.

—Es el nombre que nos ha dado hoy aquel anciano en la fuente.

Ante este recuerdo, Malluch fue presa a su vez de una viva agitación.

—Es cierto —dijo—, y el camello era el mismo… Y tú has salvado la vida del viejo.

—Y la mujer —dijo Ben-Hur como hablando consigo mismo—, la mujer era su hija.

Y se quedó absorto, pensando. Hasta el lector podrá concebir que veía en su imaginación la figura de aquella joven, y que la veía con más agrado que la de Esther, aunque sólo fuera porque la visión duró más rato, pero, no…

—Dime otra vez —pidió al cabo de un rato—. Habían de preguntar: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?".

—No es así exactamente. Las palabras eran "nacido para ser Rey de los judíos". Sí, éstas eran las palabras tal como el sheik las recogió la primera vez en el desierto. Desde entonces está esperando la llegada de ese rey, y nadie puede hacerle perder la fe en que llegará.

—¿De qué modo? ¿Como rey?

—Sí, y trayendo la ruina de Roma. Así lo dice el jeque.

Ben-Hur guardó silencio un rato; meditando, y tratando de dominar su emoción.

—El anciano es uno más entre muchos millones —dijo pausadamente—, uno entre muchos millones, todos con algún atropello que vengar; y esta extraña fe es el pan y el vino de su esperanza; pues ¿quién si no Herodes puede ser rey de los judíos mientras Roma subsista? Pero, continuando la historia, ¿oíste lo que dijo Simónides?

—Si Ilderim es un hombre grave, Simónides es un hombre sabio —contestó Malluch—. Yo escuché su respuesta. Le dijo… Pero, ¡oye! Alguien viene y nos está alcanzando.

El ruido crecía. Un instante después percibían el ruido de unas ruedas mezclado con el batir de unos cascos. Enseguida apareció el jeque Ilderim en persona, montado a caballo y seguido de una comitiva de la cual formaban parte los cuatro corceles árabes color rojo de vino arrastrando la cuadriga. La barbilla del jeque, escondida entre las hebras de su blanca barba, se apoyaba sobre el pecho. Nuestros amigos le habían precedido por la misma ruta; pero al verlos el anciano levantó la cabeza, y les habló afablemente.

—¡La paz sea con vosotros! ¡Ah, mi amigo Malluch! ¡Bienvenidos! Y dime que no os marcháis, sino que acabáis de llegar y que me traéis algún encargo del buen Simónides. ¡Ojalá el Dios de sus padres le conserve la vida durante muchos años! Sí, empuñad las riendas de los camellos y seguidme. Tengo pan y vino, o, si lo preferís, raque, y carne de cabrito joven. ¡Venid!

Siguieron tras él hasta la puerta de la tienda, en la que, cuando hubieron desmontado, aguardó para recibirlos, sosteniendo en la mano una bandeja con tres copas llenas de un licor cremoso recién sacado de una gran bota manchada por el humo, colgada del poste central.

—Bebed —les dijo cordialmente—. Bebed, porque esto es el "nada temas" de los que vivimos en las tiendas.

Cada uno cogió una copa y bebió hasta que no quedó sino la espuma en el fondo.

—Ahora entrad, en nombre de Dios.

Cuando hubieron entrado, Malluch se llevó al sheik aparte y le habló en privado; después de lo cual se acercó a Ben-Hur y se excusó.

—Le he hablado de ti, y mañana por la mañana te dejará probar los caballos. Considéralo un amigo tuyo. Yo he hecho por ti todo lo que estaba en mi mano; el resto corre de tu cuenta. Permíteme que regrese a Antioquía. Hay allí un hombre a quien he prometido que nos veríamos esta noche. No puedo escoger; tengo que acudir a la cita. Mañana volveré, si todo marcha bien entretanto, dispuesto a continuar a tu lado hasta que hayan terminado los juegos.

Después de dar y recibir múltiples bendiciones, Malluch emprendió el camino de regreso.

Capítulo Dos

EL SIERVO PRUDENTE Y SU HIJA

A la hora en que el cuerno inferior de la luna creciente tocaba las encastilladas columnas de Monte Sulpio, y dos tercios de los moradores de Antioquía habían salido a las azoteas a reconfortarse con la brisa nocturna, cuando soplaba, y con los abanicos, cuando no venía, Simónides estaba sentado en el sillón que había pasado a formar parte de su persona y desde la terraza contemplaba el río y los barcos de su propiedad meciéndose sujetos a las amarras. La ancha sombra proyectada por el muro que tenía a su espalda se extendía sobre el agua llegando hasta la orilla opuesta. Arriba continuaban sonando las pisadas interminables de los que cruzaban el puente. Esther sostenía una bandeja que contenía la cena, muy frugal, del anciano: unas tortitas de trigo, delgadas como barquillos, miel y un tazón de leche, en la cual mojaba de vez en cuando las tortas después de haberlas hundido en la miel.

—Malluch anda rezagado esta noche —dijo, manifestando el curso que seguían sus pensamientos.

—¿Crees que vendrá? —preguntó Esther.

—A menos que se haya internado por el mar, o en el desierto, y continúe el viaje, vendrá sin duda.

Simónides hablaba con tranquila confianza.

—Tal vez escriba —dijo la joven.

—No lo hará, Esther. Al ver que no podía regresar hubiera enviado una carta comunicándomelo. Como no he recibido tal misiva, sé que puede venir, y vendrá.

—Así lo espero —dijo Esther muy dulcemente.

Algo hubo en aquellas palabras que llamó la atención del padre; acaso fuera el tono, o quizás el deseo que manifestaban. El pájaro más diminuto no puede posarse en el más corpulento árbol sin transmitir una vibración a la fibra más distante; todas las mentes poseen en determinados momentos una sensibilidad parecida y no menor para las palabras más insignificantes.

—¿Deseas que venga, Esther? —preguntó.

—Sí —contestó ella, levantando los ojos para fijarlos en los de su padre.

—¿Por qué? ¿Puedes decírmelo? —insistió él. —Porque… —la joven titubeó, y enseguida empezó de nuevo—. Porque aquel joven es… —y se interrumpió definitivamente.

—Nuestro dueño. ¿No es ésta la palabra?

—Sí.

—Y tú sigues creyendo que no debía consentir que se marchase sin decirle que volviera, si le parecía bien, y se hiciese cargo de nosotros… y de todo lo que tenemos… Todo, Esther… las mercancías, los siclos, los barcos, los esclavos y el inmenso crédito, que es un manto de oro y de la plata más fina tejido para mí por el más grande de los ángeles que protegen a los hombres: el éxito.

La joven no respondió.

—¿No te impresiona esto nada en absoluto? ¿No? —insistió el padre con un levísimo deje de amargura—. Bueno, bueno. He descubierto, Esther, que la peor realidad no es insoportable cuando sale de detrás de las nubes de las cuales veíamos primero sus negras formas. No, ni siquiera el potro lo es. Supongo que lo mismo ocurrirá con la muerte. Y según esta filosofía la esclavitud en que vamos a caer ha de parecemos luego dulce. Ya en este mismo momento me complace pensar en lo venturoso que es nuestro dueño. La fortuna no le cuesta nada; ni una ansiedad, ni una gota de sudor, ni tanto así como un pensamiento; se le echa encima sin que la hubiera soñado, y en la juventud. Más aún, Esther (y deja que manifieste un poco de vanidad al hacerme esta reflexión), adquiere algo que no podría ir a comprar al mercado ni con todo el dinero que irá a parar a su bolsa: te adquiere a ti, mi hija, mi adorada, ¡a ti, flor de la tumba de mi difunta Raquel!

Y, atrayéndola hacia sí, la besó dos veces: una por ella misma y otra por su madre.

—No digas eso —replicó la joven cuando las manos de su padre se apartaron de su cuello—. Formemos mejor opinión de él; sabe lo que es sufrir y nos dará la libertad.

—Ah, posees un fino instinto, Esther, y ya sabes que me fío de tu penetración en los casos cuando hay que calificar en bien o en mal a la persona que ha estado delante de ti como estuvo él esta mañana. Pero… pero… —la voz del anciano subió de tono y se endureció—. Estas piernas sobre las cuales no puedo sostenerme…, este cuerpo vencido y maltratado hasta hacerle perder el aspecto humano, no son todo lo mío que le doy. ¡Oh, no, no! Le entrego un alma que ha triunfado a los tormentos y la malicia romana, más aguda que la tortura; le entrego una inteligencia dotada de unos ojos capaces de ver el oro a una distancia mayor que la que recorrieron las naves de Salomón, y de la facultad de traerlo a la mano. Sí, Esther, aquí dentro de mi palma para que los dedos se cierren sobre el metal y lo guarden, no sea que la palabra de otro hombre le hiciese nacer alas; sí, una inteligencia poderosa y fecunda… —el anciano se interrumpió y se puso a reír—. Ea, Esther, antes de que la luna nueva que en estos momentos está festejando en los patios del templo del Monte Sagrado entre en su fase siguiente, yo podría estremecer al mundo de tal modo que hasta el mismo César se alarmase. Porque, entérate, hija mía, yo poseo esa facultad que vale más que ningún otro sentido, más que un cuerpo perfecto, más que el coraje y la decisión, más que la experiencia (que por lo común es el mejor fruto de las vidas más prolongadas), la facultad más divina del hombre pero que —aquí se interrumpió y se puso a reír nuevamente, pero no con amargura sino con verdadero regocijo—, ni aun los grandes tienen en bastante estima, mientras que para el rebaño es una cosa inexistente; la facultad de arrastrar a los hombres haciendo que se identifiquen con mis propósitos y no cejen hasta verlos realizados. Gracias a esta facultad, ante los objetivos que haya que lograr, me multiplico en centenares y en miles. Así los capitanes de mis barcos surcan los mares y me traen honradas ganancias; así Malluch sigue al joven, nuestro dueño, y llegará… —en aquel momento se oyó una pisada en la terraza—. ¡Ah, Esther! ¿No te lo he dicho? Aquí está, y sabremos noticias. Por ti, dulce hija mía, libro recién abierto, ruego al Señor Dios, que no ha olvidado a Israel, su descarriada oveja, que sean buenas y reconfortantes. Ahora sabremos si está dispuesto a dejarnos libres a ti, con toda tu belleza, y a mí, a pesar de todas mis facultades.

Malluch vino hasta el sillón.

—La paz sea contigo, buen amo —dijo con una profunda reverencia—. Y contigo, Esther, la más excelente de las hijas.

Malluch se quedó de pie respetuosamente. La actitud y el saludo hacían difícil definir la relación que le unía con ellos. La primera era propia de un siervo; el segundo indicaba al familiar y al amigo. Por su parte, Simónides, según acostumbraba en materia de negocios, después de corresponder a la salutación, pasó sin rodeos a ocuparse del tema.

—¿Qué hay del joven, Malluch?

Malluch refirió los acontecimientos del día con las palabras más sencillas, y hasta que hubo terminado nadie le interrumpió. El oyente del sillón no movió ni una mano tan siquiera mientras duró el relato. A no ser por sus ojos, muy abiertos y brillantes, y por alguna que otra inspiración profunda, se le habría podido tomar por una efigie.

—Gracias, gracias, Malluch —dijo calurosamente cuando el otro hubo concluido

—. Has actuado muy bien. Nadie habría podido hacerlo mejor. ¿Qué me dices ahora de la nacionalidad del joven?

—Es israelita, buen amo, y de la tribu de Judá.

—¿Estás seguro? —Muy seguro.

—Parece que te ha contado muy poco de su vida.

—En alguna parte le enseñaron a ser prudente. Yo le llamaría incluso desconfiado. Ha desbaratado todas mis tentativas por ganarme su confianza hasta que, estando en la fuente de Castalia, hemos emprendido la marcha hacia la villa de Dafne.

—Un lugar de abominación. ¿Por qué ha ido?

—Yo diría que por curiosidad, el móvil principal de todos los que van. Pero, cosa rara, nada de lo que veía le interesaba. Del templo se ha limitado a preguntar si era griego. Buen amo, el joven tiene algún pesar que atormenta su espíritu, y ha ido al bosque, creo yo, como nosotros vamos a las tumbas llevando a nuestros difuntos: ha ido a enterrarlo.

—Si fuera así no habría nada que objetar —dijo Simónides, en voz baja. Luego, con voz más fuerte, añadió—: La maldición de esta época es la prodigalidad, Malluch. Los pobres se empobrecen todavía más imitando como simios a los ricos y los meramente ricos llevan vida de príncipes. ¿Has visto en el joven pruebas de este defecto? ¿Hacía alarde de dinero en monedas de Roma o de Israel?

—En ningún momento, buen amo.

—Sin duda, Malluch, hay tantas cosas que invitan a la locura, tantas cosas que comer y beber, quiero decir. Sin duda te ha hecho generosos ofrecimientos de alguna especie. Su edad, si no otros factores, lo da por descontado.

—En mi compañía no ha bebido ni comido.

—En lo que ha dicho y hecho, ¿no has hallado nada que te permitiera descubrir el propósito de quién le mande? Ya sabes que atisban por rendijas tan estrechas que ni el aire se filtra por ellas.

—Dímelo de modo que pueda comprenderte —solicitó Malluch, dubitativo.

—Bien, ya sabes que no hablamos ni actuamos, ni mucho menos decidimos los asuntos graves que nos afectan, sino cuando nos impulsa algún motivo. A este respecto, ¿qué conclusión has sacado tú?

—En cuanto a eso, mi amo Simónides, puedo responder con toda seguridad. El objetivo que persigue el joven es el de encontrar a su madre y a su hermana. Esto, en primer lugar.

Por otra parte, guarda vivo rencor a Roma por alguna ofensa recibida, con la cual tiene algo que ver el Messala de quien te hablaba. De modo que el gran objetivo del momento consiste en humillarle. Cuando se encontraron en la fuente se le ofrecía una oportunidad para ello, pero la ha desechado por no ser suficientemente pública.

—Messala es un hombre influyente —dijo Simónides, pensativo.

—Sí, pero la próxima vez se encontrarán en el circo.

—¿Y… entonces?

—El hijo de Arrio vencerá.

—¿Cómo lo sabes? Malluch sonrió.

—Juzgo por lo que ha dicho.

—¿Y nada más?

—Sí, hay un signo mucho mejor: su espíritu.

—¡Ah! Pero, Malluch, ¿qué alcance tiene su proyecto de venganza? ¿La limita a los pocos que le ofendieron, o la extiende a muchos? Y, además, ¿son sus sentimientos fantasías de un muchacho sensible o tienen la madurez propia del hombre que ha sufrido, esa madurez que les da consistencia? Ya sabes, Malluch; la venganza meditada y calculada no pasa de ser un sueño ocioso que un día claro disipará, mientras que la pasión de la venganza es una enfermedad del corazón que sube hasta el cerebro y se alimenta igualmente de ambos.

En las anteriores palabras manifestó Simónides por primera vez señales de emoción. Las pronunció con voz rápida, cerrados los puños y con la vehemencia de un hombre que sufre la enfermedad que describe.

—En efecto, mi amo —respondió Malluch—. Una de las razones que me hace creer que el joven es judío es la intensidad de su odio. He visto claramente que no se fía de sí mismo, cosa natural dado el largo tiempo que ha vivido en la atmósfera de celos y rivalidades de Roma. Pero he observado en dos ocasiones que se enardecía. Una ha sido cuando quiso conocer los sentimientos del jeque Ilderim por Roma. La otra, cuando le he contado la historia del jeque y el sabio, y le he repetido la pregunta: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?".

—¡Ah, Malluch, sus palabras! ¡Repíteme sus mismas palabras! Déjame formar juicio de la impresión que el misterio le ha producido.

—Ha querido saber las palabras exactas. ¿Dijeron "ha nacido rey" o "ha nacido para ser rey"? Le he visto muy obsesionado por la diferencia de significado que al parecer encontraba entre las dos frases.

Simónides volvió a tomar la posesión del juez que está escuchando.

—Entonces —prosiguió Malluch—, le he explicado la interpretación que Ilderim da al misterio: o sea, que el rey traerá la condenación de Roma. Al joven, la sangre le ha teñido las mejillas y hasta la frente, y ha dicho con aire grave: "¿Quién si no Herodes puede ser rey mientras subsista Roma?".

—¿Qué quería significar?

—Que para instaurar otro gobierno, primero hay que destruir al imperio.

Simónides estuvo un rato mirando los barcos y las sombras de éstos meciéndose muy juntos sobre el río. Cuando levantó la vista fue para poner fin a la conversación.

—Basta, Malluch —dijo—. Vete a comer y prepárate para regresar al vergel de las Palmeras. Debes ayudar al joven en la prueba que se avecina. Ven a verme por la mañana. Quiero enviar una carta a Ilderim —luego, en voz queda, como por sí mismo, añadió—: Hasta yo acudiré al circo.

Cuando Malluch se hubo retirado, después de dar y recibir la bendición acostumbrada, Simónides bebió un buen sorbo de leche, pareciendo reanimado y con la mente más despejada.

—Retira la comida, Esther. He terminado —dijo.

La joven obedeció.

—Ahora, ven acá.

Esther volvió a ocupar su puesto en el brazo del sillón, junto a su padre.

—Dios es bueno conmigo, muy bueno —dijo el mercader, con gran fervor—. Aunque suele envolverse en el misterio, algunas veces permite que podamos creer que le vemos y le comprendemos. Yo soy viejo, amor mío, y debo morir. Sin embargo, en esta hora undécima, cuando empezaba a perder las esperanzas, me envía una más junto con una promesa y me siento reanimado. Veo abrirse un gran camino hacia una nueva vida por un medio tan grande, que será como un segundo nacimiento para la tierra toda. Y veo por qué me ha concedido tan extraordinarias riquezas y el fin que les asignó. Verdaderamente, hija mía, me afinco en la vida de nuevo.

Esther se arrimó más a él, como para traer a un terreno más próximo los pensamientos del anciano, que volaban hacia lejanos confines.

—El rey ha nacido —prosiguió éste, imaginando que continuaba dirigiéndose a la joven—. Y debe de acercarse a la mitad el curso de la vida del común de los hombres. Baltasar dice que cuando él le vio, le adoró y le ofreció regalos, era un niño en el regazo de su madre. Ilderim asegura que el diciembre pasado hizo veintiséis años que Baltasar y sus compañeros se presentaron en su tienda pidiendo que les facilitara un escondite para librarse de la persecución de Herodes. Por lo tanto, el advenimiento del esperado no puede demorarse mucho. Puede producirse esta misma noche, acaso mañana. ¡Santos padres de Israel, qué dicha proporciona el pensarlo! Me parece oír el estrépito universal. Sí, y para que sea mayor todavía el regocijo de los hombres, la tierra se abre enterrando a Roma en su seno. Y los hombres levantan la vista y ríen y cantan, proclamando que Roma ya no existe, mientras que nosotros seguimos existiendo —aquí el mercader se rió de sí mismo—. ¡Caramba, Esther! ¿Habías oído otra cosa igual? No cabe duda, tengo en el alma la inspiración de un poeta, y en la sangre el calor y la emoción de Miriam y David. Mis pensamientos, que deberían ser los de un hombre sencillo que trabaja con números y hechos concretos, retumban con una confusión de címbalos golpeados y de cuerdas de arpa pulsadas con fuerza, y los gritos de una multitud puesta en pie alrededor de un trono recién levantado. Dejaré de pensar en ello, por el momento. Sólo que, hija mía, cuando venga el rey necesitará dinero y hombres, porque, habiendo nacido de una mujer, será al fin y al cabo un hombre, sujeto, lo mismo que tú y que yo, a todas las necesidades humanas. Y así, con respecto al dinero, necesitará quien lo reúna y lo guarde, y con referencia a los hombres, necesitará dirigentes. ¡Oye, oye! ¿No ves abrirse ante nosotros un ancho camino para que yo camine por él, y para que nuestro joven dueño se lance a la carrera? ¿No ves al final de él la venganza y la gloria como una recompensa para ambos? Y… y… —el anciano se interrumpió, dándose cuenta, de pronto, del egoísmo que representaba haber trazado un esquema en el que su hija no jugaba ningún papel ni tenía reservado provecho alguno —, y ¿no ves la felicidad que le espera a la hija de tu madre?

La joven permanecía inmóvil, sin decir nada. Simónides se acordó entonces de la diferencia de manera de ser que distingue a las personas, y de esa ley que no consiente que todos nos alborocemos siempre por la misma causa, ni que sintamos un miedo igual ante idéntico motivo. Y recordó que Esther no era más que una niña.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó, ya con su estilo llano habitual—. Y si lo que piensas toma la forma de un deseo, manifiéstamelo, pequeña, mientras disfruto todavía de poder para satisfacerlo. Porque ya sabes que es una cosa terrible, y tiene siempre las alas extendidas y prontas para volar.

La joven respondió con una simplicidad casi infantil:

—Envía a buscarlo, padre. Envía a buscarlo esta misma noche. No dejes que vaya al circo.

—¡Ah! —exclamó el mercader, alargando la sílaba.

Y volvió a fijar la mirada en el río, donde las sombras eran más oscuras que nunca, porque la luna se había hundido detrás del Sulpio, abandonando la ciudad a las ineficaces estrellas. ¿Hemos de decirlo, lector? Había sentido en la carne el zarpazo de los celos. ¿Y si Esther se hubiese enamorado de verdad de su amo? ¡Ah, no! Imposible. Era demasiado joven. Pero la idea había arraigado con fuerza en la mente de Simónides, dejándole instantáneamente frío, petrificado. Esther tenía dieciséis primaveras. El lo sabía bien. En ocasión de su último cumpleaños habían ido juntos al astillero donde iban a botar al agua un navío, y la bandera amarilla que llevaría la galera para su desposorio con las olas ostentaba el nombre de Esther. Así celebraron el día padre e hija. Y, sin embargo, esta realidad le trastornaba ahora con el impacto de la sorpresa. Hay cosas de las cuales nos damos cuenta con penas, sobre todo si nos afectan directamente. Una de ellas, por ejemplo, es el hecho de que vamos envejeciendo. Y otra más terrible todavía es la tremenda realidad de que tenemos que morir. Una realidad parecida se abrió paso en aquel instante hasta el corazón de Simónides, furtiva como las sombras, pero bastante consciente para arrancarle un suspiro que era casi un lamento. No era suficiente que cruzase el umbral de la juventud reducida a la condición de sierva, tenía que ofrecer a su amor el tesoro de sus afectos: la sinceridad, la ternura, la delicadeza que su padre conocía tan bien por haber sido hasta aquel momento el usufructuario único de tales prendas. El demonio encargado de atormentarnos con temores y pensamientos amargos raras veces realiza su trabajo a medias. Abrumado por la aflicción del momento, el valeroso anciano se olvidó del proyecto recientemente concebido y del rey que constituía su centro. Sin embargo, haciendo un poderoso esfuerzo, logró dominarse, y preguntó sosegadamente:

—¿Que no vaya al circo, Esther? ¿Por qué, niña?

—No es lugar para un hijo de Israel, padre.

—¡Muy de rabí, muy de rabí la respuesta, Esther! ¿Y no hay nada más?

La pregunta tenía un tono inquisitivo que llegó hasta el corazón de la muchacha, haciéndolo latir furiosamente. Tan furiosamente que no pudo contestar. Una turbación nueva y extraña, singularmente agradable, la invadió.

—El joven entrará en posesión de la fortuna —dijo el padre, cogiendo la mano de su hija y hablando con más ternura—. Entrará en posesión de los barcos y la moneda… de todo, Esther, de todo. Y, sin embargo, yo no me consideraba pobre, porque me quedabais tú y tu amor, tan parecidos al de mi difunta Raquel. Dime, ¿de esto también pasará a ser dueño él?

Esther se inclinó y apoyó la mejilla sobre su cabeza.

—Habla, Esther. Sabiendo la verdad me sentiré más fuerte. El estar prevenido infunde fortaleza.

La joven se incorporó, y habló como si fuese la personificación de la sagrada verdad.

—Tranquilízate, padre. Yo nunca te abandonaré. Aunque él se llevase mi amor, yo sería tu doncella como hasta ahora. E, inclinándose de nuevo, le besó.

—Más aún —prosiguió—. Mis ojos le ven agraciado, y el tono de súplica de su voz me atrajo hacia él, y me estremezco al pensar que le amenaza un peligro. Sí, padre, me alegraría mucho volver a verle. Sin embargo, el amor no correspondido no puede ser un amor perfecto. Por ello esperaré durante un tiempo, recordando siempre que soy hija tuya y de mi madre.

—¡Una verdadera bendición de Dios eres tú, Esther! Una bendición que me haría rico aunque perdiese todo lo demás. Y por su santo nombre y por la vida perdurable, juro que no sufrirás.

Un rato después, y a petición del anciano, vino el criado y empujó la silla hasta el cuarto, donde Simónides continuó sentado por un tiempo, pensando en la llegada del rey, mientras su hija se retiraba a su habitación a dormir con el sueño de la inocencia.

Capítulo Tres

UNA ORGÍA ROMANA

Se asegura que el palacio del otro lado del río, casi enfrente de la vivienda de Simónides, lo levantó el famoso Epífanes, y tenía todo lo que puede imaginarse en semejante morada; aunque el gusto de su constructor se inclinase más hacia lo grandioso que hacia lo que ahora se ha dado en llamar clásico. En otras palabras, en arquitectura, Epífanes imitaba a los persas antes que a los griegos. La muralla que circundaba toda la isla corriendo por la orilla del agua, y que fue levantada con la doble finalidad de que sirviera de baluarte contra el río y de defensa contra las turbas, se decía que había hecho al palacio inadecuado para servir de morada permanente, de tal modo que los legados lo abandonaron y se trasladaron a otra residencia erigida por ellos en la cresta occidental de Monte Sulpio, bajo el templo de Júpiter. Pero no faltaba quien rechazase llanamente la acusación dirigida contra la antigua residencia. Inspirados por la malicia, si no por otra cosa, aseguraban que el verdadero motivo del traslado no había sido el deseo de buscar un emplazamiento más salubre, sino la mayor seguridad que les proporcionaban los grandes barracones, a los que, según el estilo dominante, daban el nombre de ciudadela, situados encima mismo del camino de la estribación oriental de la montaña. Muy aceptables argumentos podían aducirse en pro de este parecer. Entre otros detalles pertinentes, se hacía notar que siempre conservaban el palacio en condiciones de ser ocupado, y que cuando llegaba a la ciudad un cónsul, un general del ejército, un rey o un visitante distinguido por la causa que fuere, lo alojaban invariablemente en la isla.

Como nosotros no hemos de ocuparnos sino de un solo apartamento de la vieja mole, el resto de ésta lo confiamos a la fantasía del lector, quien puede cruzar a su antojo jardines, baños, salones y el laberinto de cuartos, hasta llegar a los pabellones a la azotea, todos ellos amueblados como correspondía a una mansión famosa de la ciudad que se aproximaba más que ningún otra en el mundo al "fastuoso Oriente" de Milton.

En aquellos tiempos, al apartamento aludido le habrían dado el nombre de salón. Era muy espacioso, estaba enlosado con baldosas de mármol y durante el día lo iluminaban unos tragaluces en los que la mica coloreada servía de cristales. Las paredes aparecían interrumpidas por atlantes, sin que hubiera dos con la misma figura, si bien todos ellos sostenían una cornisa que formaba arabescos de complicado dibujo y cuya elegancia realzaba los sobreañadidos de color: azul, verde, púrpura de Tyro y oro. Rodeaba la habitación un diván continuo de sedas indias y lana de Cachemira. El mobiliario consistía en mesas y taburetes de estilo egipcio grotescamente trabajados.

Hemos dejado a Simónides completando el plan que había concebido para correr en ayuda del milagroso rey, cuya llegada había calificado de muy inminente. Esther duerme.

Y ahora, habiendo cruzado el puente tendido sobre el río, así como la puerta guardada por los leones, cierto número de salas de gusto babilonio y otro número de patios, penetramos en el dorado salón.

Hay en él cinco lámparas sostenidas por cadenas de bronce que penden del techo, una en cada ángulo y otra en el centro, enormes pirámides de luces encendidas, iluminando desde los rostros demoníacos de los atlantes hasta las complicadas filigranas de la cornisa. Alrededor de las mesas, sentados o de pie, o yendo de ésta a la otra, hay probablemente un centenar de personas, a las que debemos estudiar al menos unos momentos.

Son todas jóvenes; algunas han salido hace poco de la adolescencia. Queda fuera de duda que todos son italianos, y la mayoría, romanos. Todos hablan el latín con gran pureza, al paso que todos van ataviados con el traje usado en la gran capital del Tíber en la intimidad del hogar. Es decir, visten túnicas de mangas y falda cortas, estilo de atavío muy indicado para el clima de Antioquía y especialmente cómodo en la atmósfera demasiado cargada del salón. Dispersas sobre el diván, se ven togas y lacernae, abandonadas donde sus respectivos dueños las han arrojado despreocupadamente. Y algunas están significativamente ribeteadas de púrpura. Se ven, asimismo, tumbados sobre el diván, jóvenes que duermen. Pero no trataremos de averiguar si los han abrumado la fatiga y el calor del bochornoso día o los ha vencido Baco.

El murmullo de voces es fuerte e incesante. A veces estalla una avalancha de carcajadas, otras se produce una explosión de ira o de entusiasmo, pero sobre todo ello se impone un repiqueteo agudo y prolongado que al principio deja confundido al que no lo conoce. Sin embargo, si nos acercamos a las mesas, el misterio se aclara automáticamente. Los reunidos se entregan a sus juegos favoritos: las damas y dados, solos o combinados, y el repiqueteo proviene meramente de las tessera, o cubitos de marfil, agitados ruidosamente y de los movimientos de los hostes en los tableros escaqueados. ¿Quiénes son los reunidos?

—Buen Flavio —dice un jugador, dejando de mover la pieza, pero conservándola en la mano—, tú ves aquella lacerna, la que está enfrente de nosotros, en el diván. Acaba de salir de la tienda y tiene una hebilla en el hombro que es de oro y ancha como la palma de la mano.

—Bueno —contestó Flavio, puesta su atención en el juego—. He visto otras anteriormente, y por eso te digo que la tuya quizá no sea vieja, pero ¡por el cinturón de Venus, te aseguro que no es nueva! ¿Qué me dices a ello?

—Nada. Sólo que la daría por encontrar a un hombre que lo supiera todo.

—¡Ah, ah! A más bajo precio te encontraré aquí varios vistiendo de púrpura que aceptarán tu oferta. Pero juega.

—Ahí va. Jaque.

—¡Caramba, por todos los dioses! Y ahora, ¿qué me dices? ¿Otra partida?

—Sea.

—¿Qué apostamos?

—Un sestercio.

Ambos sacaron las respectivas tablas y los estilos e hicieron una anotación para recordarlo. Mientras colocaban las fichas, Flavio volvió a ocuparse de la observación de su amigo.

—¡Un hombre que lo supiera todo! ¡Por Hércules! Hasta los oráculos se morirían del susto. ¿Para qué querrías semejante monstruo?

—Para que me respondiese a una pregunta, Flavio mío. Después le cortaría la garganta.

—¿Cuál es la pregunta?

—Le pediría que me informase de la hora. ¿La hora he dicho? No, no, del minuto en que llegará mañana Majencio.

—¡Buen juego, buen juego! ¡Ya te tengo! ¿Y por qué del minuto?

—¿Has estado alguna vez con la cabeza descubierta bajo el sol de Siria en el muelle donde desembarcará? Los fuegos de Vesta no son más vivos. Y por el estator de nuestro padre Rómulo, si debo morir, quisiera morir en Roma. Esto de aquí es el Averno. Allá en la plaza del Foro, yo podría estar de pie y con la mano levantada; así tocaría el suelo donde caminan los dioses. ¡Ah, por Venus, Flavio mío, me has engañado! Perdí. ¡Oh, Fortuna!

—¿Otra vez?

—Debo recuperar mi sestercio.

—Como quieras.

Y siguieron jugando ininterrumpidamente, y cuando el día, filtrándose sigilosamente por los tragaluces, empezó a barrer el brillo de las lámparas, los encontró a los dos en los mismos asientos de la misma mesa, todavía jugando. Como la mayor parte de los allí reunidos, eran agregados militares del cónsul que, mientras esperaban su llegada, se entregaban a las diversiones. Durante esta conversación había entrado un grupo en la estancia, y pasando inadvertido al principio, fue a ocupar la mesa central. Sus componentes daban muestras de haber venido de una fiesta recién terminada. Algunos se sostenían en pie con bastante dificultad. Una corona rodeaba la frente del jefe del grupo señalándole como centro principal del banquete, si es que no era el que lo había dado. El vino no había dejado en él otra huella que la de realzar su belleza, que pertenecía al tipo romano más varonil: llevaba la cabeza muy erguida, sus ojos centelleaban y su modo de andar, envuelto en una toga de una blancura inmaculada y de holgados pliegues, resultaba casi demasiado imperial para uno que estuviera completamente sereno, y no fuera un César. Al acercarse a la mesa hizo sitio para sí y para sus acompañantes con pocas consideraciones y sin pedir excusas. Y cuando al fin se detuvo y miró por encima de la mesa a los jugadores, todos se volvieron hacia él, prorrumpiendo en un grito que más parecía una aclamación.

—¡Messala! ¡Messala! —decían a coro.

Los que se hallaban en puntos apartados, al oír el grito, lo repitieron desde donde estaban. Los diversos grupos se disolvieron al instante, los que jugaban abandonaron las partidas y todo el mundo se precipitó hacia el centro de la estancia. Messala acogía aquellas manifestaciones con suprema indiferencia. Un momento después, procedió a poner de relieve la base sobre la que se asentaba su popularidad.

—Salud a ti, Druso, amigo mío —le dijo al jugador que tenía más cerca a su derecha—. Salud… y déjame las tablas un momento.

Y levantó las tablas, echó una mirada a las anotaciones de apuestas y las arrojó otra vez.

—¡Denarios, sólo denarios, la moneda de los cocheros y los matarifes! —exclamó con una carcajada de desprecio—. ¡Por la borracha Semele! ¿Adonde irá a parar Roma cuando un César se pase las noches sentado esperando un capricho de la Fortuna que no le traiga sino un denario de mendigo?

El retoño de los Drusos enrojeció hasta las cejas, pero los otros espectadores acogieron la reprimenda agolpándose más alrededor de la mesa y gritando:

—¡Messala! ¡Messala!

—Hombres del Tíber —prosiguió éste, arrebatando un cubilete con los dados de una mano vecina—, ¿quién es el más favorecido de los dioses? Un romano. ¿Quién dicta las leyes a las naciones? Un romano. ¿Quién es el dueño universal, por el derecho de la espada?

La asamblea era de las que se dejan arrastrar fácilmente, y la idea que se le inculcaba le era familiar desde la cuna. En un abrir y cerrar de ojos, todos le arrebataron la respuesta.

—¡Un romano! ¡Un romano! —gritaron.

—Sin embargo…, sin embargo —dijo prolongando la palabra para adueñarse de la atención de todos—, sin embargo, hay uno mejor que los mejores de Roma.

Y sacudiendo la patricia cabeza, hizo una pausa como para aguijonearlos con su sarcasmo.

—¿Me oís? —preguntó—. Existe alguien mejor que los mejores de Roma.

—¡Sí! ¡Hércules! —gritó uno.

—¡Baco! —aulló un satírico.

—¡Júpiter, Júpiter! —tronó la masa general.

—No —replicó Messala—. Quiero decir entre los hombres.

—¡Nómbrale, nómbrale!

—Le nombraré —dijo en cuanto se produjo una pausa—. El que a la perfección de Roma ha sumado la del Oriente, el que junto con las armas conquistadoras, que son occidentales, posee además el arte necesario para disfrutar del dominio, que es oriental.

—¡Por Pólux! A pesar de todo, un romano le aventaja —gritó alguno.

Enseguida se levantó un estallido de carcajadas y una prolongada salva de aplausos, reconociendo que Messala llevaba ventaja.

—En el Oriente —continuó él—, no tenemos dioses, sino únicamente vino, mujeres y Fortuna, y el mayor de los tres es la Fortuna. De ahí nuestro lema: "¿Quién es tan osado como yo?", adecuado para el Senado, adecuado para la batalla, y más adecuado para aquel que, buscando lo mejor, se expone a lo peor.

Su voz descendió a un tono llano y familiar, pero sin que renunciara al ascendiente conseguido.

—Allá en la ciudadela tengo en un gran cofre cinco talentos en moneda aceptada por los mercados, y aquí están los recibos que los respaldan.

De debajo de la túnica sacó un rollo de papel y, arrojándolo sobre la mesa, continuó en medio de un silencio en el que no se oía ni la respiración de nadie, mientras todos los ojos estaban fijos en él y todos los oídos le escuchaban:

—Dicha suma pone aquí encima de la mesa la medida de lo que arriesgo. ¿Quién de vosotros arriesga otro tanto? Quedáis callados. ¿Es demasiado? Retiraré un talento. ¡Qué! ¿Todavía silenciosos? Vamos, disputadme, pues, tres talentos, dos, uno… Uno al menos, por el honor del río a cuya orilla nacisteis, por Roma. ¡Oriente contra Roma, Occidente! ¡Orontes, el bárbaro, contra Tíber, el sagrado!

Y mientras aguardaba hacía sonar los dados dentro del cubilete.

—¡El Orontes contra el Tíber! —repitió, acentuando la nota de enfático sarcasmo.

Nadie se movió. Él entonces arrojó el cubilete sobre la mesa, y, riendo, cogió los resguardos.

—¡Ja, ja, ja! Por el Júpiter olímpico. Ahora sé que cada uno de vosotros ha de reunir o remendar su fortuna, y por ello habéis venido a Antioquía. ¡Eh, Cecilio!

—¡Aquí, Messala! —gritó un hombre detrás de él—. Aquí estoy, pereciendo entre la turba y pidiendo un dracma de limosna para aplacar al furioso barquero. Pero, ¡que Plutón me lleve!, estos nuevos no traen ni siquiera un óbolo.

La ocurrencia provocó un estallido de risas que retumbó repetidamente por el salón. Sólo Messala conservaba su aire serio.

—Ve a la cámara donde estábamos y manda a los criados que traigan acá el ánfora, las tazas y las copas —le dijo a Cecilio—. Si estos compatriotas nuestros que van en pos de la fortuna no traen bolsas, ¡por el Baco sirio que he de ver si no están mejor dotados de estómagos! ¡Date prisa!

Luego se volvió hacia Druso con una carcajada que se oyó por toda la habitación.

—¡Ja, ja, amigo mío! No te ofendas si he rebajado al César que hay en ti al nivel del denario. Ya ves que sólo me he limitado a utilizar el nombre para poner a prueba a esos jóvenes noveles de Roma. ¡Ven, Druso mío, ven! —y, volviendo a coger el cubilete, agitó los dados alegremente—. Vamos, por la suma que tú quieras, midamos nuestra suerte.

Se expresaba con un aire franco, cordial, subyugador. Druso se dejó convencer al momento.

—¡Sí, por las Ninfas! —contestó riendo—. Echaré los dados contigo, Messala, apostando un denario.

Un muchacho muy joven estaba contemplando la escena desde el otro lado de la mesa. De súbito, Messala se volvió hacia él.

—¿Quién eres? —le preguntó.

El muchacho retrocedió unos pasos.

—¡No, por César, y también por su hermano! No quise ofenderte. Es norma entre los hombres, y en asuntos muy distintos que los dados, llevar la cuenta con tanta mayor exactitud cuanto menor sea el negocio. Necesito un ayudante. ¿Quieres servirme?

Sus maneras eran irresistibles. El muchacho sacó las tablillas, dispuesto a tomar nota de las jugadas.

—¡Alto, Messala, alto! —gritó Druso—. No sé si es de mal agüero detener los dados, preparados ya, para hacer una pregunta. Pero se me ocurre una, y debo hacerla aunque Venus me dé un azote con su cinturón.

—Nada de eso, Druso mío. Venus con el cinturón fuera es la Venus enamorada. En cuanto a tu pregunta, primero pondré el cubilete boca abajo y lo retendré para evitar la mala suerte. Así.

Y puso el botecito boca abajo sobre la mesa, apretándolo firmemente contra los dados.

Druso preguntó:

—¿Viste alguna vez a un tal Quinto Arrio?

—¿El duunviro?

—No, a su hijo.

—No sabía que tuviera ninguno.

—Ea, no tiene importancia —añadió Druso, con aire indiferente—. Lo único que hay, Messala mío, es que Pólux no se parecía más a Castor que Arrio a ti.

La observación produjo el efecto de una señal. Veinte voces le hicieron coro.

—¡Es cierto, es cierto! Sus ojos…, su cara… —exclamaron.

—¡Qué! —respondió uno, con desagrado—. Messala es romano. Arrio es judío.

—Dices bien —exclamó un tercero—. O es judío o Momo se equivocó al prestar la máscara a su madre.

Viendo que iba a desatarse una discusión, Messala intervino.

—El vino no ha llegado, Druso mío, y como tú ves tengo al pecoso Pythias como los perros cuando están encadenados. En lo referente a Arrio, acepto la opinión que has formado de él. Dame, pues, más detalles.

—Pues, bien. Sea judío o sea romano (y por el gran dios Pan te aseguro que no lo digo para herir tus sentimientos, oh mi Messala), ese Arrio es guapo, valiente y listo. El emperador le ofreció su favor y su patronazgo, y él los rehusó. Ha salido del misterio, y guarda las distancias como si se tuviera por superior, o si se creyera inferior al resto de nosotros. En la palestra no tenía rival. Jugaba con los gigantes de ojos azules del Rhin y con los toros sin cuernos de Sarmacia como si fueran varitas de sauce. El duunviro le dejó inmensamente rico. Siente una tremenda pasión por las armas y no piensa en otra cosa que en la guerra. Majencio le admitió en su familia militar, y tenía que embarcar con nosotros. Pero en Rávena le perdimos de vista. No obstante, ha llegado sin novedad. Esta mañana hemos sabido noticias. ¡Por Pólux! En lugar de venir al palacio o de irse a la ciudadela, ha dejado el equipaje en el khan y ha desaparecido de nuevo.

Al principio del relato, Messala escuchaba con indiferencia cortés, pero a medida que el narrador iba dando nuevos datos, le prestó mayor atención. Al terminar, su mano soltó el cubilete de los dados.

—¡Eh, Cayo mío! ¿Lo has oído? —exclamó con voz sonora.

Un joven que estaba a su lado, el Myrtilo o camarada que le acompañaba aquel mismo día en la cuadriga, respondió muy complacido por la atención.

—Si no lo hubiera oído, mi Messala, no sería un amigo tuyo.

—¿Recuerdas al hombre que hoy te ha hecho caer?

—Por los rizos de amor de Baco, ¿acaso no tengo una magulladura en el hombro que me ayuda a conservar su figura en la mente?

Y acentuó el significado de sus palabras con un encogimiento de hombros, elevando éstos hasta que le escondieron las orejas.

—Pues dales las gracias a los Hados, porque he descubierto a tu enemigo. Escucha bien.

Dicho lo cual, Messala se dirigió a Druso.

—Sigue hablándonos de él. ¡Por todos los dioses! Cuéntanos algo más acerca, del que es a la vez judío y romano. ¡Una combinación capaz de hacer adorable a un Centauro! ¿Qué ropaje suele llevar, Druso mío?

—El de los judíos.

—¿Has oído, Cayo? —dijo Messala—. Uno, el sujeto en cuestión es joven; dos, tiene el aire de un romano; tres, prefiere el atuendo de los judíos; cuatro, en la palestra ha adquirido unos brazos capaces de tumbar un caballo o volcar una carroza, según ordene la necesidad. Druso, ilustra de nuevo a mi amigo. Sin duda, ese Arrio es un maestro del lenguaje; de otro modo no sabría engañarse a sí mismo siendo hoy judío y mañana romano. Pero ¿también se expresa en el idioma de Atenas?

—Con tal pureza, Messala, que habría podido tomar parte en las competiciones ístmicas.

—¿Vas oyendo, Cayo? —dijo Messala—. El tal individuo está en condiciones de saludar a una mujer en griego, y de saludarla como si fuera el mismo Aristómaco en persona, y si seguimos llevando la cuenta, esto hace cinco. ¿Qué dices tú?

—Le has encontrado, Messala, o yo no soy hijo de mi madre —respondió Cayo.

—Perdona, Druso, y perdonad todos que haya hablado así, en acertijos —dijo Messala, con aquel aire suyo tan atractivo—. Por todos los dioses honrados, no quisiera forzar tu cortesía hasta el punto de quebrarla, pero ayúdame. ¡Mira! — añadió, volviendo a poner la mano sobre el bote de los dados—. ¡Mira cuan encerrados mantengo a Pythias y su secreto! Creo que has dicho que el hijo de Arrio ha aparecido de una manera misteriosa. Cuéntamela.

—No tiene importancia, Messala, ninguna importancia —respondió Druso—. Es un cuento de niños. Cuando Arrio padre se hizo a la mar para ir a perseguir a los piratas, no tenía esposa ni familia, pero regresó con un muchacho, del cual ya hablamos, y al día siguiente lo adoptó.

—¿Lo adoptó? —repitió Messala—. Por los dioses, Druso, te aseguro que empiezas a interesarme. ¿Dónde encontró el duunviro al muchacho? ¿Y quién era?

—¿Quién ha de contestar a tu pregunta, Messala, sino el joven Arrio mismo? ¡Por Pólux! En el curso de la batalla, el duunviro, que entonces era solamente tribuno, perdió su galera. Un barco que regresó al lugar del combate los halló flotando sobre la misma tabla a él y a otro, únicos supervivientes de toda la dotación. Te estoy repitiendo la historia que contaron los que los rescataron. Una historia que tiene, cuando menos, este mérito: nadie la ha desmentido. Ellos dicen que el compañero que tenía el duunviro en aquella tabla era judío.

—¡Judío! —exclamó Messala, como un eco. —Y esclavo.

—¿Cómo, Druso? ¿Un esclavo?

—Cuando los hubieron subido a los dos a cubierta, el duunviro llevaba su armadura, y el otro, las ropas de un remero.

Messala, que estaba inclinado, apoyándose en la mesa, se irguió.

—Una galera —dijo comprobando el sonido de la degradante palabra, y miró a su alrededor no sabiendo, por una vez en su vida, qué pensar.

En aquel preciso instante, una hilera de esclavos entraba en el salón. Unos traían grandes jarrones de vino; otros, bandejas de frutas y dulces; otros, copas y botellas, la mayoría de plata. Era un cuadro que alegraba el ánimo. Messala subió al instante sobre un taburete.

—Hombres del Tíber —gritó con voz clara—, dejemos que estas horas de vela en espera de nuestros jefes se conviertan en una fiesta de Baco. ¿A quién elegís para anfitrión?

Druso se puso en pie.

—¿Quién ha de ser el maestre sino el que da la fiesta? —dijo—. Responded, romanos.

Los demás contestaron gritando todos a una.

Messala se quitó la corona de la cabeza, y la dio a Druso, el cual subió encima de la mesa, y a la vista de todos, se la puso nuevamente a Messala, constituyéndose en señor de la noche.

—Han venido conmigo a esta sala unos amigos que se habían levantado de la mesa hacía un momento —dijo—. Para que nuestra fiesta cuente con la aprobación de las sagradas tradiciones, traed acá al que manifieste más claramente los efectos del vino.

Una algarabía de voces respondió:

—¡Aquí está, aquí está!

Y, levantándolo del suelo, sobre el que estaba tumbado, condujeron hasta allí a un joven de una belleza afeminada tan singular que habría podido hacerse pasar por el mismo dios de los bebedores…; sólo que la corona le habría caído de la cabeza, y su mano habría soltado el tirso.

—Subidlo encima de la mesa —ordenó el anfitrión.

Pero vieron que no podía sostenerse sentado.

—Ayúdale, Druso, como es posible que la bella Nyone tenga que ayudarte a ti.

Druso tomó en sus brazos al embriagado.

Luego, dirigiéndose a la fláccida figura, Messala dijo, en medio de un profundo silencio:

—¡Oh Baco, el más grande de los dioses, muéstrate propicio esta noche! En mi nombre y en el de estos fieles tuyos prometo esta corona —y al mismo tiempo se la quitó de la cabeza y la levantó con gran respeto—, prometo esta corona a tu altar del Bosque de Dafne.

Enseguida hizo una reverencia, dejó descansar nuevamente la corona sobre su cabello y después se inclinó y puso los dados al descubierto, diciendo con una carcajada:

—Mira, Druso, por el asno de Sueno, ¿es mío el denario?

Estalló una gritería que hizo vibrar el suelo y danzar a los huraños atlantes. Y comenzó la orgía.

Capítulo Cuatro

UN AURIGA PARA LOS CORCELES ÁRABES DE ILDERIM

El jeque Ilderim era un hombre demasiado importante para andar por el mundo con un establecimiento pequeño. Tenía que conservar la reputación ante su tribu como le correspondía a un príncipe y a uno de los patriarcas que contaba con más seguidores de todo el desierto oriental de Siria. Entre los pobladores de las ciudades gozaba de otra reputación: la de ser uno de los personajes que no tuvieron la jerarquía de reyes más ricos de todo Oriente. Y como lo era en realidad, así en dinero como en sirvientes, camellos, caballos y rebaños de toda especie, le gustaba hacer alarde de cierta opulencia, la cual, además de enaltecer su dignidad a los ojos de los extranjeros, contribuía a satisfacer su orgullo personal y le proporcionaba comodidades. Así, pues, el lector no debe dejarse desorientar por las frecuentes referencias a su tienda del vergel de las Palmeras. La realidad es que tenía allí un aduar respetable, es decir, tenía tres tiendas grandes (una para él personalmente, otra para los visitantes y otra para su esposa favorita y las criadas de ésta) y seis u ocho más pequeñas, ocupadas por los servidores y por los elementos más adictos de la tribu, que había decidido traerse consigo como guardia personal, hombres robustos, de probado valor, excelentes jinetes y expertos en el manejo del arco y la lanza.

Puede darse por descontado que en el vergel ninguno de sus bienes corría el menor peligro. Sin embargo, como los hábitos de un hombre le siguen tanto a la ciudad como al campo y, puesto que nunca es prudente aflojar las correas de la disciplina, el interior del aduar estaba reservado para sus vacas, camellos, cabras y todas aquellas posesiones que podían tentar a un león o a los ladrones. Para hacerle cumplida justicia, hay que reconocer que Ilderim conservaba celosamente todas las costumbres de sus mayores, sin abandonar ninguna, ni siquiera la más insignificante. En consecuencia, la vida que llevaba en el vergel era una continuación de la del desierto. Y no era esto sólo sino que reproducía con toda fidelidad los usos patriarcales, la auténtica vida pastoril del antiguo Israel. Formada de nuevo aquella mañana, la caravana llegó al vergel.

—Aquí, plántalo aquí —dijo, parando el caballo y clavando una lanza en el suelo —. La puerta hacia el sur, de modo que el lago quede así, delante, y que estos hijos del desierto puedan descansar debajo cuando se ponga el sol.

Al pronunciar estas palabras, se acercó a un grupo de grandes palmeras y dio unas palmaditas al tronco de una de ellas, del mismo modo que habría acariciado el cuello de su caballo o la mejilla del hijo más amado.

¿Quién sino el jeque podía con todo derecho ordenar a la caravana: "¡Alto!", o decir: "¡Plantad aquí la tienda!"?

Los hombres arrancaron la lanza y sobre la herida que había abierto en el suelo plantaron el primer poste de la tienda, señalando el centro de la puerta. Luego plantaron los otros ocho, formando en total tres filas de postes, tres en cada fila. Después, a una orden, vinieron las mujeres y los niños, descargaron las lonas de los camellos y las extendieron. ¿Quién sino las mujeres había de encargarse de esta tarea? ¿No habían esquilado ellas el pelo de las pardas cabras y lo habían retorcido formando hilos, y habían tejido los hilos formando tela, y habían cosido las telas unas con otras, confeccionando las perfectas cubiertas de las tiendas, pardo oscuro en realidad, aunque a distancia se vieran negras como las de Kedar? Y finalmente, entre carcajadas y tirones, toda la comitiva del jeque trabajó en equipo para tender las lonas de un poste a otro, colocando al mismo tiempo las estacas y atando las sogas. Y cuando estuvieron en su sitio, las rojas esteras que servían de paredes —lo cual, según el estilo del desierto, era el último toque dado al edificio—, ¡con qué ansioso silencio esperaban la aprobación del buen anciano!

Luego él entraba y salía, inspeccionando el emplazamiento de la vivienda en relación al sol, a los árboles y al lago, y decía con calurosa cordialidad, frotándose las manos de contento:

—¡Muy bien! Ahora formad el aduar como sabéis hacerlo, y esta noche endulzaremos el pan con raque y la leche con miel, y en cada fuego se asará un cabrito. ¡Que Dios esté con vosotros! Agua cristalina y pura no nos faltará, porque el lago es nuestro manantial. Y tampoco sufrirán hambre los animales que han traído la impedimenta, ni la sufrirá el más insignificante de nuestros rebaños, porque aquí tenemos hierba verde en abundancia. ¡Que Dios esté con todos vosotros, hijos míos! Iros.

Y, dando gritos de contento, los demás se iban dichosos a plantar sus propias viviendas. De entre los pocos que se quedaban a ordenar la morada del jeque, las sirvientas colgaban de la fila central de postes una cortina que dividía la tienda en dos compartimientos: el de la derecha estaba destinado al mismo Ilderim; el otro, a sus caballos —las joyas de Salomón—, a los cuales conducían dentro y, después de mimarlos con besos y cariñosas palmaditas, los dejaban sueltos. Apoyado en el poste central, levantaban un armero y lo llenaban de jabalinas, lanzas, arcos, flechas y escudos, colgando delante de todo ello el sable del amo, que tenía la forma de la luna creciente, y el brillo de su hoja competía con el de las joyas incrustadas en su empuñadura. Sobre un extremo del armero colgaban los jaeces de los caballos, algunos de los cuales eran tan ricos como los de los corceles de un rey, mientras en el otro extendían las prendas del jeque: sus trajes de lana y los de lino, las túnicas, los calzones y los polícromos pañuelos para la cabeza. Y nunca daban la tarea por terminada hasta que el gran hombre había manifestado su aprobación.

Mientras, las mujeres sacaban y montaban el diván, para él más necesario que la barba, blanca como la de Aarón, que descendía sobre su pecho en largas guedejas. Para ello montaban un armazón cuadrado de tres caras, colocando su abertura en dirección a la puerta, y lo cubrían con cojines y cortinajes bajos, estando los cojines provistos de fundas cambiables a rayas pardas y amarillas. En los ángulos ponían almohadones y cabezales metidos dentro de fundas de tela azul y carmesí. Después extendían delante de los tres costados del diván alargadas alfombras, formando una franja, y el espacio central lo alfombraban también. Y cuando quedaba extendida la estela que iba desde la abertura del diván hasta la puerta de la tienda, su tarea había terminado, con lo cual aguardaban otra vez hasta que su dueño les decía que lo habían hecho bien. Ya nada faltaba entonces si no traer los jarrones y llenarlos de agua, y colgar las botas de raque al alcance de la mano. Al día siguiente le tocaría el turno al vino que llamaban leban. ¡Ah! Ningún árabe habría visto razón alguna para que Ilderim no fuese, a la vez, feliz y magnánimo, acomodado en su tienda a la orilla del lago de frescas aguas, bajo el follaje del vergel de las Palmeras.

Así era la tienda a cuya puerta habíamos dejado a Ben-Hur.

Los criados estaban ya esperando las indicaciones del dueño. Uno de ellos le quitó las sandalias al jeque, otro desató los zapatos romanos de Ben-Hur, luego ambos cambiaron las prendas de campo que llevaban, llenas de polvo, por otras nuevas de blanco lino.

—Entra, en nombre de Dios, entra y reposa —dijo el dueño de la casa en el dialecto de la plaza del mercado de Jerusalén, al mismo tiempo que abría la marcha hacia el diván—. Aquí me sentaré yo —anunció, señalando un sitio determinado—. Y ahí el extranjero.

Una mujer (una sierva la habrían llamado antiguamente) se acercó al momento y con mano experta apiló los cojines y almohadones de modo que ofrecieran apoyo a la espalda. Luego los dos hombres se sentaron en un costado del diván, mientras las sirvientas traían agua fresca del lago, les bañaban los pies y se los secaban con unas toallas.

—En el desierto solemos decir —empezó Ilderim, cogiéndose la barba y peinándosela con los largos dedos—, que un buen apetito es garantía de una larga vida. ¿Tú lo tienes?

—Si eso es cierto, buen jeque, viviré un centenar de años. Soy un lobo hambriento que llama a tu puerta —respondió Ben-Hur.

—Pues no te expulsaremos como a un lobo. Yo te daré lo mejor de mis rebaños.

Diciendo esto, el anciano dio unas palmadas.

—Ve a buscar al extranjero a la tienda de los huéspedes y dile que yo, Ilderim, le envío mis votos suplicando que su paz transcurra incesante como el curso de las aguas de un río.

El hombre que aguardaba se inclinó.

—Dile también —continuó Ilderim—, que he regresado con otro con quien compartir nuestro pan, y que si el sabio Baltasar quiere tomar de la misma hogaza, seremos tres a comerla, sin que la porción destinada a los pájaros disminuya por ello.

El segundo sirviente partió.

—Ahora descansemos.

Ilderim se sentó en el diván al estilo con que los mercaderes de hoy en día se sientan en las alfombrillas de sus bazares de Damasco, y cuando se sintió bien reposado dejó de peinarse la barba y dijo gravemente:

—El hecho de que seas mi huésped y hayas bebido mi vino y estés a punto de probar mi sal no debe impedir que te haga una pregunta. ¿Quién eres?

—Jeque Ilderim —dijo Ben-Hur, sosteniendo tranquilamente su mirada—, te ruego que no creas que quiero burlarme de tu justa demanda. Pero ¿no te has encontrado en algún momento durante la vida en el que contestar esta pregunta habría sido un crimen contra ti mismo?

—¡Por el esplendor de Salomón, sí, en verdad! —respondió Ilderim—. Traicionarse a uno mismo es a veces tan ruin como traicionar a la tribu.

—¡Gracias, gracias, jeque bueno! —exclamó Ben-Hur—. Jamás diste una respuesta más digna de ti. Ahora sé que sólo pides una base sobre la de fundar la confianza que yo solicito, y que te interesa más ver que merezco tu confianza que conocer los detalles de mi pobre vida.

El jeque se inclinó a su vez, y Ben-Hur se apresuró a sacar partido de la ventaja conseguida.

—Deseando que te agrade, te diré, pues, en primer lugar, que no soy romano como el nombre que te he dado parece implicar.

Ilderim se cogió la abundante barba que cubría casi todo su pecho y miró a su interlocutor con unos ojos que centelleaban por entre la sombra de las espesas y unidas cejas.

—En segundo lugar —continuó Ben-Hur—, soy un israelita de la tribu de Judá.

El jeque arqueó ligeramente las cejas.

—Y no es eso solamente. Buen jeque, yo soy un judío que guarda tal rencor contra Roma que, comparado con el mío, el tuyo no es más que un disgusto de chiquillo.

El viejo se peinaba la barba con movimiento rápido y nervioso, y dejó bajar las cejas hasta que incluso el centelleo de los ojos quedó escondido.

—Todavía más: yo te juro, jeque Ilderim, yo te juro por los pactos que el Señor concluyó con mis padres que si me proporcionas la venganza que busco, el dinero y la gloria de la carrera serán para ti.

Las cejas de Ilderim dejaron de contraerse, su cabeza, se levantó, la sonrisa empezó a propagarse por su cara, y se veía perfectamente que le invadía una viva satisfacción.

—¡Es bastante! —exclamó—. Si en la raíz de tu lengua se esconde enroscada una mentira, ni el mismo Salomón se habría librado de tus falacias. Creo sinceramente que no eres romano, que eres un judío que alimenta un resentimiento contra Roma, y que quieres tomarte una venganza. Pero hablemos de tu pericia. ¿Qué experiencia tienes en carreras de carrozas? ¿Y en lo tocante a los caballos? ¿Sabes convertirlos en criaturas dóciles a tu voluntad? ¿Logras que te conozcan, que vengan cuando los llamas, que corran, si tú lo ordenas, hasta el límite máximo que les permite su vigor y su aliento, y luego, en el momento crítico, sabes sacar de las profundidades de tu ser la vibración que les contagie haciéndoles realizar todavía otro esfuerzo, el más poderoso de todos? Ese don, hijo mío, no lo posee todo el mundo. ¡Ah, por el esplendor de Dios! Yo conocí a un rey que gobernaba millones de hombres que le miraban como a un soberano perfecto y no sabía hacerse respetar por un caballo. ¡Fíjate bien! Yo no hablo de esos brutos sin temple cuya misión consiste en trabajar como esclavos para otros esclavos. No hablo de los degradados, tanto en sangre como en figura, de los de espíritu muerto, sino de caballos como los que tengo aquí, reyes de su especie, descendientes de una casta que se remonta hasta el primer faraón. Hablo de mis camaradas y amigos, acostumbrados a vivir en tiendas y elevados hasta mi mismo nivel por el largo tiempo pasado en mi compañía. Hablo de unos animales que a sus instintos han sobreañadido nuestras facultades y a sus sentidos han sumado nuestras almas, hasta el punto de sentir todo lo que nosotros sabemos de ambición, amor, odio y desprecio. Unos animales que en la guerra son héroes y en materia de adhesión a su dueño, fieles como mujeres. ¡Eh, aquí!

A su voz se presentó un criado.

—¡Deja entrar a mis árabes!

El sirviente descorrió en parte la cortina divisoria, dejando a la vista un grupo de caballos que permanecieron un momento indecisos, como si quisieran cerciorarse bien de la invitación.

—¡Venid! —les dijo Ilderim—. ¿Por qué os quedáis ahí? ¿Qué tengo yo que no sea vuestro? ¡Venid, digo!

Los animales se acercaron pausadamente.

—Hijo de Israel —dijo su dueño—. Tu Moisés era realmente un hombre extraordinario, pero, ¡ja, ja, ja!, tengo que reírme cuando pienso que autorizó a tus padres a servirse del cansino buey y del asno, lento y torpe, y les prohibió que poseyeran caballos. ¡Ja, ja, ja! ¿Crees que habría obrado del mismo modo si hubiese visto aquél, y ése, y el de allá? —al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, apoyó la mano sobre la cara del primero que llegó hasta él y le acarició con un orgullo y una ternura infinitos.

—Se trata de una mala interpretación, jeque, de una mala interpretación —dijo Ben-Hur, con vehemencia—. Además de un legislador predilecto de Dios, Moisés era un guerrero. Y hacer la guerra… , ¡ah!, ¿qué es sino amar a todas las criaturas que intervienen en ella, éstas entre las demás?

Una cabeza, exquisitamente formada, con unos ojos grandes, dulces como los de un venado, medio escondidos por el abundante copete, y unas orejas puntiagudas e inclinadas adelante, se acercaba en aquel momento hasta rozar su pecho, con las ventanas de la nariz muy abiertas y moviendo el labio superior.

"¿Quién eres?", preguntaba el caballo con su actitud, tan claramente como puede preguntarlo el hombre con su lengua.

Ben-Hur reconoció en él a uno de los cuatro corceles que había visto en las carreras y presentó la mano abierta al hermoso bruto.

—Sé que algunos te dirán (¡ah, los blasfemos!; ¡ojalá se acorten sus días en la misma medida que disminuye su número!) —el jeque hablaba con la pasión del hombre que rechaza, una calumnia dirigida contra él personalmente—, te dirán, decía, que nuestros caballos de más pura sangre provienen de los pastos de Nesaea, en Persia. No es cierto. Dios dio al primer árabe una extensión de arena inconmensurable, con algunas montañas desnudas de árboles y un poco de agua amarga aquí y allá, y le dijo: "¡Mira tu patria!". Y cuando el pobre hombre se lamentó, el Todopoderoso se apiadó de él, le habló otra vez y le dijo: "¡Alégrate, porque voy a darte dos bendiciones que no poseen los demás hombres!". El árabe le oyó, le dio las gracias y se puso a buscar las dos bendiciones prometidas. Primero recorrió todas las fronteras y fracasó. Luego, abrió un camino hacia el interior del desierto, siguió adelante, siempre adelante y halló en el centro de la inmensidad una isla de un verdor hermosísimo para los ojos. Y en el corazón de aquella isla… ¡helo ahí! ¡Un rebaño de camellos y otro de caballos! Se los llevó gozoso y los cuidó esmeradamente por ser como eran los mejores dones de Dios. Y de aquella isla verde proceden todos los caballos de la tierra. Sí, hasta los de los pastos de Nesaea proceden de allí, y también los que se hallan hacia el norte en los tristísimos valles azotados perpetuamente por las ráfagas del mar de los Vientos Glaciales. No pongas en duda esta historia. Si no la crees, ojalá ningún amuleto vuelva a tener poder sobre un árabe. No, te presentaré una prueba.

El anciano dio unas palmadas.

—Tráeme los registros de la tribu —ordenó al criado que respondió.

Mientras aguardaban, el jeque jugaba con los caballos, dándoles palmaditas en las mejillas, peinándoles los copetes con los dedos, demostrando de algún modo a cada uno de los animales que le tenía presente en el pensamiento. Poco después, aparecieron seis hombres trayendo unos cofres reforzados con flejes de bronce y dotados de bisagras y cerraduras del mismo metal.

—No —dijo Ilderim cuando los hubieron depositado en el suelo al lado del diván —, no los pedía todos. Sólo el de allá, el de los registros de los caballos. Abridlo, y llevaos los otros.

Los sirvientes obedecieron, poniendo a la vista un gran montón de tablillas de marfil enfiladas en aros de alambre de plata. Y como las tablillas tenían poco más grosor que un barquillo, cada aro contenía varios centenares.

—Yo sé —dijo Ilderim, tomando algunos de aquellos aros en la mano —, yo sé con qué cuidado, con qué celo, hijo mío, los escribas del templo de la Ciudad Santa anotan los nombres de todos los recién nacidos, a fin de que todo hijo de Israel pueda seguir la línea de sus ascendientes hasta donde comenzó, aunque empezase en una época anterior a los patriarcas. Mis padres (¡ojalá su recuerdo permanezca siempre vivo!) no creyeron que fuera pecaminoso copiar la idea y aplicarla a sus sirvientes irracionales. ¡Mira estas tablillas!

Ben-Hur cogió los aros y separando las tablillas vio que éstas contenían unos toscos jeroglíficos en árabe, grabados al fuego en su superficie con la punta de un objeto de metal, afilado y calentado.

—¿Sabes leerlas, oh hijo de Israel? —No. Deberás decirme lo que significa. — Entérate, pues, de que cada tablilla guarda el nombre de un potro de pura sangre, uno de los muchos que les nacieron a mis antepasados en el curso de centenares de años, y también los nombres del garañón y la yegua. Cógelas y observa cuan viejas son, y así me creerás más fácilmente.

Algunas de las tablillas estaban desgastadas por el roce. El tiempo había pintado todas de amarillo.

—En aquel cofre de allí, puedo decirte ahora, tengo la historia perfecta. Perfecta precisamente por poseer una certeza que la historia raras veces posee. En ellas verías de qué progenitores han salido estos corceles… El que ahora te pide que le prestes atención y solicita tus caricias… Y, al igual que éstos se acercan a nosotros, sus progenitores, aun los más alejados en el tiempo, se acercaron a los míos, en una tienda como la mía, para comer su medida de cebada en la mano de sus dueños, que les hablaban como a hijos suyos, y como hijos demuestran ellos su agradecimiento con besos que no pueden expresar de palabra. Y ahora, oh hijo de Israel, puedes creer lo que voy a decir: si yo soy el señor del desierto, ¡ahí tienes a mis ministros! Arrebátame mis caballos y seré como el enfermo abandonado por la caravana para que muera. Gracias a ellos, la edad no ha disminuido el respeto que impongo en los caminos que unen las grandes ciudades, ni disminuirá mientras me queden fuerzas para montar en ellos. Ja, ja, ja! Podría contarte los portentos que hicieron sus antecesores. En una ocasión apropiada quizá te los cuente. Por el momento, bastará decir que en la retirada nadie les alcanzó jamás, ni, ¡por la espada de Salomón!, fracasaron jamás al perseguir a otros. Esto, fíjate bien, ha sido corriendo sobre la arena y ensillados. En cambio, ahora…, no sé…, tengo miedo, porque es la primera vez que les ponen el yugo, y son muchas las condiciones necesarias para triunfar. Brío, agilidad y resistencia, los poseen. Si encuentro quien sepa someterlos a su voluntad, vencerán. ¡Hijo de Israel! Si tú eres ese hombre, juro que podrás considerar feliz el día que te trajo aquí. Y ahora di tú lo que tengas que decir.

—Ahora veo —respondió Ben-Hur—, la causa de que para el corazón de un árabe su caballo venga inmediatamente después de sus hijos, y comprendo también por qué los caballos árabes son los mejores del mundo. Pero, buen jeque, no quiero que me juzgues sólo por mis palabras. Porque, como tú ya sabes, las promesas de los hombres a veces fracasan. Pruébame primero en alguna llanura de estos alrededores, y para ello confía mañana cuatro caballos a mis manos.

Ilderim sonrió de nuevo con cara alegre y se dispuso a tomar la palabra.

—¡Un momento, buen jeque, un momento! —atajó Ben-Hur—. Permite que diga algo más. Muchas lecciones aprendí de mis maestros en Roma, pero en una ocasión como ésta, pocas ideas podrían darme. Yo te aseguro que estos hijos tuyos del desierto, aunque cada uno separadamente sea rápido como el águila y resistente como un león, si no se entrenan para correr juntos bajo el yugo, fracasarán. Porque ten presente, jeque, que en toda cuadriga hay uno que es el más lento y otro que es el más rápido, y mientras el más lento es siempre el que marca la velocidad de los cuatro, el más rápido es el que crea todos los conflictos. Así ha ocurrido hoy. El auriga no ha podido conseguir que el mejor corriese en armonía con el menos dotado. Acaso la prueba que yo haga no dé resultados mejores. Pero si fuese así, juro que te lo diría. Por lo cual, con el mismo ánimo te digo que si puedo enseñarles a correr juntos, dóciles a mi voluntad, los cuatro como uno solo, tú tendrás los sestercios y la corona, y yo la satisfacción de haberme vengado. ¿Qué dices tú?

Ilderim sonrió de nuevo con cara alegre. Al final estalló en una carcajada y respondió:

—He formado un gran concepto de ti, hijo de Israel. En el desierto tenemos un refrán que dice: "Si tú guisas la comida con palabras, yo te prometeré un océano de manteca". Mañana por la mañana tendrás los caballos a tu disposición.

En aquel momento, alguien se movió en la entrada posterior de la tienda.

—La cena… ¡ya está aquí! Y allá viene mi amigo Baltasar, a quien vas a conocer. Te contará una historia que un israelita jamás se cansa de escuchar.

Y dirigiéndose a los criados, añadió:

—¡Llevaos los registros y conducid mis joyas a su departamento!

Capítulo Cinco

EL ADUAR EN EL VERGEL DE LAS PALMERAS

Si el lector quiere retroceder ahora al refrigerio de los tres sabios en el desierto, comprenderá mejor los preparativos para la cena que tuvieron lugar en la tienda de Ilderim. Las diferencias que puedan observarse eran principalmente las que origina una mayor abundancia de medios y un servicio mejor. Las esteras las extendieron en el espacio que el diván cerraba casi por completo. En el centro del mencionado espacio colocaron una mesa de no más de un pie de altura y cubierta con un mantel. A un lado instalaron un horno portátil, al cuidado de una mujer cuya misión consistía en abastecer a los comensales de pan, o, para ser más exactos, de unas tortas calientes hechas con la harina que salía de unos molinos movidos a mano que giraban con un rechinar constante en la tienda vecina. Entretanto, Baltasar fue acompañado hasta el diván, donde Ilderim y Ben-Hur le recibieron de pie. Una bata negra y holgada cubría su persona. Su caminar era débil y todos sus movimientos pausados y cautos, teniendo que servirse mucho, por lo visto, del largo bastón que empuñaba y del brazo de un sirviente.

—La paz sea contigo, amigo mío —saludó respetuosamente Ilderim—. Yo te doy la paz y la bienvenida.

El egipcio levantó la cabeza y respondió:

—Y contigo, buen jeque. Contigo y con los tuyos. La paz y la bendición del Dios único, del Dios verdadero y amoroso.

Las maneras de aquel hombre eran dulces y piadosas, y suscitaron en el pecho de Ben-Hur un extraño sentimiento de temor. Por lo demás, la bendición con que el anciano había correspondido al saludo de su amigo le incluía también a él, y precisamente mientras la pronunciaba los ojos del anciano, hundidos pero luminosos, fijaron en la cara del joven una mirada suficientemente prolongada para despertar en él una emoción nueva y misteriosa, y tan poderosa al mismo tiempo que, durante la cena, Ben-Hur no se cansaba de escudriñar con la vista la cara exangüe y en extremo arrugada del anciano, buscando en ella el significado de aquella mirada. Pero el rostro de Baltasar tenía en todo momento una expresión sosegada, plácida y confiada como la de un niño. Un rato después, notó que aquélla era la expresión habitual del egipcio.

—Éste es Baltasar, que compartirá el pan con nosotros esta noche —dijo el jeque, apoyando la mano en el brazo de Ben-Hur. El egipcio dirigió una mirada al joven, y luego volvió a mirarle sorprendido y dudando, en vista de lo cual el jeque prosiguió, dirigiéndose ahora a su amigo:— Le he prometido que mañana le dejaré probar mis caballos, y si todo va bien los guiará en el circo.

Baltasar seguía mirando.

—Ha venido bien recomendado —continuó diciendo Ilderim, confundido en extremo—. Puedes conocerle por el hijo de Arrio, que era un noble marino romano, aunque —el jeque titubeó un momento; luego, reanudó la frase soltando una carcajada—, aunque declara que es un israelita de la tribu de Judá, y, ¡por la gloria de Dios!, yo creo que me dice la verdad.

Baltasar no pudo seguir demorando una explicación.

—Hoy, oh el más generoso jeque, mi vida estaba en peligro, y la habría perdido irremisiblemente si un joven que parecía, un hermano gemelo de éste (si no era precisamente este mismo) no hubiese intervenido para salvarme cuando todos los demás huían —entonces le preguntó—: ¿No eres tú aquel joven?

—Yo no puedo decir que sea cierto todo lo que me atribuyes —respondió Ben-Hur, con respetuosa deferencia—. Yo soy el que detuvo los caballos del insolente romano cuando se precipitaban sobre tu camello en la fuente de Castalia. Tu hija me ha entregado una copa.

Del seno de la túnica sacó la copa y la dio a Baltasar. Un destello iluminó el apagado semblante del egipcio.

—Hoy en la fuente has sido para mí un enviado de Dios, y ahora te envía otra vez —dijo con voz trémula, extendiendo una mano hacia Ben-Hur—. Yo le doy las gracias, y debes llenarlo de alabanzas, pues por sus bondades tengo con qué darte una elevada recompensa y te la daré. La copa es tuya; guárdala.

Ben-Hur volvió a quedarse el regalo, y, Baltasar, viendo la interrogación pintada en el rostro de Ilderim le explicó lo ocurrido en la fuente.

—¿Qué? —exclamó el jeque, dirigiéndose a Ben-Hur—. No me habías dicho nada de eso, a pesar de que no podías presentarme ninguna recomendación mejor. ¿Acaso no soy un árabe y jefe de una tribu de decenas de miles de miembros? ¿Y no es él mi huésped? ¿Y no dice la ley de la hospitalidad que todo lo bueno y todo lo malo que le hagas a mi huésped a mí me lo haces? ¿Adonde debes ir a buscar la recompensa sino aquí? ¿Y qué mano ha de dártela sino la mía?

Al final del discurso la voz del jeque se había elevado con aguda estridencia.

—Buen jeque, no me sonrojes, te lo ruego. Yo no he venido a buscar ninguna recompensa, grande o pequeña; y para que veas que no se me había ocurrido esa idea te diré que del mismo modo que he ayudado a este hombre excelente habría socorrido al más humilde de tus servidores.

—Pero él es un amigo y un huésped, no un criado. ¿No ves en ello la distinta preferencia que ha mostrado la fortuna? —enseguida el jeque añadió, dirigiéndose a Baltasar—: ¡Ah, por la gloria de Dios! Te digo otra vez que este joven no es romano.

Con estas palabras se alejó para prestar atención a las sirvientas, que estaban terminando los preparativos para la cena.

El lector que recuerde la historia de Baltasar según la narró él mismo en la reunión del desierto comprenderá el efecto que la desinteresada afirmación de Ben- Hur le causó al santo varón. Se recordará que su amor a los hombres no admitía distinciones, y que la redención que le habían prometido como recompensa —la redención que él estaba esperando—, alcanzaría a todo el universo. Así pues, para él esta afirmación sonaba algo así como un eco de su propio pensamiento. Acercándose un paso a Ben-Hur, le habló con aquel aire infantil característico.

—¿Cómo ha dicho el jeque que debía llamarte? Era un nombre romano, creo.

—Arrio, el hijo de Arrio.

—¿Y sin embargo, no eres romano?

—Toda mi familia era judía.

—¿Has dicho "era"? ¿No siguen viviendo?

La pregunta era tan sutil como sencilla; pero Ilderim le ahorró a Ben-Hur el tener que contestar.

—Venid —les dijo—. Los manjares están listos.

Ben-Hur ofreció el brazo a Baltasar y le acompañó hasta la mesa, donde poco después estaban todos sentados sobre sus respectivas alfombras, a la manera oriental. Enseguida les trajeron los aguamaniles; se lavaron las manos, se las secaron y entonces el jeque hizo un signo, los criados se quedaron inmóviles y la voz del egipcio se elevó transida de una emoción sagrada.

—¡Oh Dios, Padre de todo! Todo lo que tenemos, de ti procede; acepta nuestro agradecimiento y bendícenos para que podamos seguir cumpliendo tu voluntad.

Era la acción de gracias que el buen hombre había rezado simultáneamente con sus hermanos Gaspar el griego y Melchor el hindú, la oración pronunciada en diversas lenguas, milagro que había puesto de manifiesto la presencia de la divina providencia en el refrigerio del desierto años atrás.

Como puede suponerse, la mesa a la que se habían sentado estaba bien provista de los platos principales y las golosinas preferidas en Oriente, de tortitas calientes salidas del horno, de hortalizas de los huertos, de platos de una sola clase de carne y de platos que combinaban las de animales distintos, de leche de vaca, y de miel y manteca, siendo de notar que todo ello se comía sin ayuda de ninguno de los accesorios modernos: cuchillos, tenedores, cucharas y platos. Y durante esta parte de la comida poco se habló, porque los tres tenían hambre. Pero al llegar la hora de los postres sucedió de muy distinto modo. Volvieron a lavarse las manos, ordenaron que les sacudieran las servilletas con que se cubrían las piernas y con el cambio de aspecto de la mesa y satisfecho lo más vivo de su respectivo apetito se sintieron dispuestos a hablar y a escuchar.

En una reunión tal, formada por un árabe, un judío y un egipcio, todos creyendo en un solo Dios, no podía haber en aquella época sino un único tema de conversación; y de los tres, ¿quién había de hablar sino aquel a quien casi podría decirse que se le había aparecido personalmente la Divinidad, que la había visto en una estrella, había escuchado su voz que le dirigía y había sido guiado tan lejos y tan milagrosamente por su Espíritu? ¿Y de qué había de hablar sino de aquello para atestiguar lo cual había sido llamado?

Capítulo Seis

BALTASAR IMPRESIONA A BEN-HUR

Las sombras que proyectaban las montañas sobre el vergel de las Palmeras al ponerse el sol no dejaban lugar para ese dulce y sosegado espacio de tiempo interpuesto entre el día y la noche durante el cual el cielo se tiñe de violeta y empieza a dormitar. Esta venía pronto y rápidamente. Para ahuyentar la oscuridad del interior de la tienda, las sirvientes trajeron cuatro candelabros de bronce y los colocaron en las cuatro puntas de la mesa. Cada candelabro tenía cuatro brazos; cada brazo, una lámpara de plata encendida, y una taza de reserva de aceite de oliva. En medio de aquella luz sobrada, hasta casi brillante, el grupo que estaba consumiendo los postres seguía conversando, expresándose en el dialecto sirio, conocido de todos los pueblos de aquella parte del mundo.

El egipcio les explicó cómo se habían reunido los tres en el desierto y estuvo de acuerdo con el jeque en que había sido el mes de diciembre de veintisiete años atrás cuando él y sus compañeros llegaron a la tienda a pedir albergue, huyendo de Herodes. Todos escuchaban el relato con vivo interés; hasta las criadas se entretenían todo lo posible para enterarse de sus detalles. Ben-Hur lo acogía como corresponde a un hombre que está oyendo una revelación de gran trascendencia para toda la humanidad, aunque para nadie tanto como para el pueblo de Israel. Como veremos luego, en su mente iba cristalizando una idea que había de cambiar el curso de su vida, suponiendo que no la absorbiera toda por completo. A medida que adelantaba la narración se acentuaba la impresión causada por Baltasar en el joven judío. Cuando terminó, la emoción que sentía era demasiado profunda para permitirle dudar de la veracidad de aquella historia. Ciertamente, con respecto a lo que acababa de oír no deseaba pedir otras aclaraciones que las que se refiriesen (si era posible saberlas) exclusivamente a las consecuencias del pasmoso acontecimiento.

Y ahora se hace precisa una explicación que las personas muy sagaces quizás estuvieran reclamando hace rato y, ciertamente, no es posible demorar más. Nuestro relato empieza en cuestión de fechas no menos que de hechos, casi coincidiendo con el comienzo de la vida pública del Hijo de María, al cual no hemos visto sino una sola vez desde que este mismo

Baltasar le dejó reverentemente en el regazo de su Madre, en la cueva de Belén. Desde aquí hasta el final nos referiremos numerosas veces al misterioso Niño, y lenta, pero segura e inalterablemente el curso de los acontecimientos que nos ocupan nos llevará cada vez más cerca de Él, hasta que al final le veremos hecho un hombre. Y si las opiniones contrarias y beligerantes hubieran de permitirlo, nos gustaría añadir: un hombre del cual no puede prescindir el mundo. La mente sagaz e iluminada por la fe sacará muchas consecuencias, y todas esperanzadoras, de esta afirmación aparentemente tan simple. Antes y después de la venida de Jesús han existido hombres indispensables a todo el género humano y para todos los tiempos, por lo cual es único, solitario, divino.

La historia no era nueva para el jeque Ilderim. La había escuchado en labios de los tres sabios en circunstancias que no dejaban lugar para la duda, y por creerla se había puesto en grave compromiso, porque ayudar a un fugitivo a librarse de las iras de Herodes era un juego peligroso. En estos momentos uno de aquellos tres sabios estaba sentado a su mesa en calidad de huésped bienamado y de reverenciado amigo. El jeque Ilderim creía sin sombra de duda en la veracidad de aquella historia; no obstante, por la naturaleza misma de las cosas y de las circunstancias, el hecho central de la misma no le producía una impresión tan viva, profunda y absorbente como a Ben-Hur. El era árabe y, como a tal, sólo le interesaban las consecuencias generales de aquel hecho; en cambio, Ben-Hur era israelita y judío; la verdad del hecho (si es que se nos permite esta expresión) le interesaba de una manera más que particular. Por tal causa examinaba la circunstancia antedicha con un criterio estrictamente judío.

Recordemos que desde la cuna oía hablar del Mesías; en los colegios se había familiarizado enseguida con todo lo que se sabía de aquel Ser, con la esperanza, el miedo y la gloria particular del pueblo elegido; los profetas, desde el primero al último de la heroica serie que formaban, se lo habían anunciado; y su llegada había sido y seguía siendo el tema de interminables disquisiciones de los rabíes; en las sinagogas, en las escuelas, en el templo, en los días de hacienda y en los festivos, en público y en privado, los maestros públicos habían explicado y seguían explicando, hasta que todos los descendientes de Abraham, fuese donde fuere que los hubiera llevado la suerte, vivieron esperando al Mesías, regulando y modelando sus vidas con una severidad férrea según los dictados literales de tal esperanza.

De lo dicho se deducirá sin duda que entre los mismos judíos estallaban grandes discusiones acerca del Mesías; y así sucedían en efecto, pero todas las discusiones giraban alrededor de un punto solo y siempre el mismo: ¿cuándo llegaría el Mesías? Las disquisiciones filosóficas quedan para los predicadores; en cambio, el escritor se limita a narrar una historia, y, para no perder su carácter, la aclaración a que se ha entregado sólo requiere llamar la atención sobre un punto relacionado con el Mesías, sobre el que la unanimidad manifestada por el pueblo elegido era motivo de asombrada admiración: cuando llegase, había de ser el rey de los judíos, el rey político, su cesar. Utilizándolos a ellos como instrumento, conquistaría con las armas toda la tierra, y luego la conservaría bajo su dominio, perdurablemente para provecho de su pueblo, y en nombre de Dios. Sobre esta creencia, caro lector, los fariseos o separatistas (denominación esta última de carácter más bien político) habían levantado, en los claustros y alrededores de los altares del templo, un edificio de esperanzas muchísimo más ambicioso que todos los sueños del macedonio. La meta de éste cubría toda la tierra; la de los primeros cubría toda la tierra y llenaba los cielos; es decir, en sus atrevidas e ilimitadas fantasías, inspiradas por un egoísmo blasfemo, el mismo Dios todopoderoso consentiría que a fin de poder utilizarle a su antojo le clavasen a Él por la oreja a una puerta en señal de eterna servidumbre. Volviendo a ocuparnos de Ben-Hur, hay que observar ahora que en su vida se combinaron dos circunstancias que dieron por resultado el mantenerle relativamente libre de las influencias y perniciosos efectos de la temeraria fe de sus compatriotas los separatistas.

En primer lugar, su padre seguía el credo de los saduceos, a los que podríamos llamar, en términos generales, los liberales de su tiempo. Tenían opiniones un poco heterodoxas; sobre todo con respecto a la existencia del alma. Interpretaban la ley estrictamente y la observaban con todo rigor; pero tal como se encuentra en los libros de Moisés; toda la masa inmensa de adiciones de los rabíes a los libros del gran legislador la miraban con irónico desprecio. A pesar de que formaban, indiscutiblemente, una secta, sus creencias constituían más una filosofía que una religión; no se privaban de los placeres de la vida, y sabían sacar ventajas y provechos de las divisiones de raza, establecidas por los gentiles. En política formaban la oposición activa de los separatistas. Si las cosas hubiesen seguido su orden natural, esas circunstancias y condiciones, opiniones y peculiaridades habrían ido a parar al hijo con la misma seguridad y la misma consistencia real que si hubiesen formado parte de los bienes del padre, y, como hemos visto, estaba a punto efectivamente de caer bajo su influencia cuando se produjo el segundo acontecimiento salvador.

El efecto que cinco años enteros de vivir en Roma podían producir en un joven de la mente y el carácter de Ben-Hur puede apreciarse mejor recordando que la gran ciudad era entonces, en realidad, el punto de cita de las naciones, el punto de reunión político y comercial, y también el punto adonde ir a gozar de placeres sin tasa. Rodeando incesantemente la dorada piedra miliaria que se levantaba delante del Foro (unas veces oscurecido por las tinieblas de un eclipse, otras inflamado en un irresistible fulgor), fluían todas las corrientes activas de la humanidad. Si la pulcritud de los modales, el refinamiento de la sociedad, las conquistas del intelecto y la gloria de las grandes realizaciones no le hacían ninguna impresión, ¿cómo le habría sido posible pasar un día tras otro durante un periodo de tiempo tan largo, de la hermosa villa cercana a Misenum a las recepciones del César, y conservarse perfectamente inmune a todo lo que veía allí de príncipes, reyes, embajadores, rehenes y delegados, peticionarios de todos los países conocidos aguardando humildemente el sí, o el no, que había de levantarlos o arruinarlos?

Por descontado, como meras asambleas no tenían comparación con el gentío reunido en Jerusalén para celebrar la Pascua; no obstante, cuando Ben-Hur se sentaba bajo la velaría de color púrpura del circo Máximo, como uno de los ciento cincuenta mil espectadores allí congregados, hubo de asaltarle la idea de que posiblemente haya ramas de la familia humana merecedoras de la consideración, si no también de la misericordia divina, aunque perteneciesen a los incircuncisos. Por sus sufrimientos y, peor todavía, por el desamparo en que se hallaban en medio de sus pesares, algunos parecían indicados para participar como hermanos de las promesas hechas a sus compatriotas.

Era más que natural que bajo aquellas circunstancias se le ocurriese semejante idea, y creemos que el lector admitirá este aserto. Pero cuando se le ocurrió una reflexión y se entregó a examinarla detenidamente, no pudo cerrar los ojos a ciertas distinciones. La miseria de las masas y el desesperado estado en que se encontraban no tenían relación alguna con la religión; sus murmullos y sus lamentos no se dirigían contra los dioses, ni nacían de la falta de ellos. En los bosques de encinas de la Bretaña los druidas conservaban sus seguidores; Odín y Freya recibían culto en las

Galias, en Germania y en las regiones hiperbóreas; Egipto se mostraba satisfecho con sus cocodrilos y con sus Anubis; los persas continuaban fieles a Ormuz y Arimán, rindiendo honores iguales a ambos; con la esperanza del nirvana, los hindúes caminaban pacientes como siempre por las sendas indefinidas de Brahm; los hermosos griegos, en los intervalos en que descansaban de la filosofía, seguían celebrando a los heroicos dioses de Hornero; mientras que en Roma, dioses era lo más abundante y barato que se encontraba. Los dueños del mundo, por el solo hecho de serlo, trasladaban el culto y las ofrendas a su capricho, indiferentemente, de un altar a otro, embelesados con la indescriptible confusión que habían puesto en marcha. Si estaban descontentos, su disgusto venía del número de dioses; dado que, después de haberse apropiado de todas las divinidades de la tierra, procedían a divinizar a sus cesares, erigiéndoles altares y tributándoles un culto. No, la desdicha de las gentes no nacía de la religión, sino del mal gobierno, de las usurpaciones y del sinfín de tiranos que iban surgiendo. Sí, los hombres habían caído en un Averno y suplicaban que los sacasen de sus grutas; era un Averno terrible, pero esencialmente político. En Lodinum, en Alejandría, en Atenas, en Jerusalén, en todas partes se levantaban idénticas súplicas pidiendo un rey que los llevara a la victoria, no un dios al cual adorar.

Estudiando la situación a una distancia de dos mil años, podemos ver y afirmar que en el terreno religioso la confusión universal no tendrá remedio a menos que un Dios pudiese demostrar su autenticidad y su poder y viniera a redimir a los hombres; pero los pobladores del mundo de aquella época, ni siquiera los más sagaces y pensadores, no sabían ver ninguna esperanza sino mediante el previo aplastamiento de Roma, logrado lo cual el alivio tomaría la forma de restauraciones y reorganizaciones; y para esto rezaban, conspiraban, se rebelaban, luchaban y morían, pero siempre con el mismo resultado.

Hay que decir todavía que Ben-Hur compartía el parecer de la masa de hombres de su tiempo que no eran romanos. Los cinco años de residir en la capital le habían dado ocasión de ver y estudiar las miserias del mundo sojuzgado; y, completamente convencido de que los males que afligían a la humanidad eran de naturaleza política, y sólo se curarían con la espada, se ocupaba en prepararse adecuadamente para desempeñar un papel el día que recurriese al heroico remedio. Atendiendo al manejo de las armas, se le podía considerar un soldado perfecto; pero la guerra tenía campos más elevados, y el que quisiera moverse con éxito por ellos debía saber algo más que defenderse con el escudo y atacar con la lanza. Era en tales campos donde tenían los generales sus tareas, la mayor de las cuales consiste en reducir la multiplicidad a unidad y que esa unidad sea su misma persona; el capitán consumado es aquel que se arma con todo un ejército. Esta concepción de los hechos formaba parte del plan de vida a que le empujó luego el pensar que la venganza que había soñado para satisfacer sus agravios particulares la encontraría más fácilmente por alguno de los caminos de la guerra que en ninguna de las empresas de la paz.

Con esto se comprenden bien los sentimientos que le animaban mientras escuchaba a Baltasar. El relato del egipcio tocó y puso en vibración dos de los puntos más sensibles de su ser. Su corazón latía acelerado, y más todavía cuando, interrogándose a sí mismo, vio que no dudaba de la veracidad de ninguno de los detalles de la narración, ni de que el Niño tan milagrosamente hallado fuese el Mesías. Maravillándose en extremo de que Israel permaneciera tan impenetrable a semejante revelación, y de no haber tenido noticia él mismo de ella hasta aquel día, dos preguntas surgieron en su mente; dos preguntas que resumían en sí mismas todo lo que en aquel momento faltaba y era conveniente saber: ¿dónde estaba el Niño entonces? ¿Cuál era su misión?

Pidiendo excusas por las interrupciones, Ben-Hur se dedicó a descubrir el parecer de Baltasar, que no se mostraba en modo alguno avaro de sus palabras.

Capítulo Siete

CRISTO VIENE A BALTASAR

—Si yo pudiera contestarte… —dijo Baltasar con la unción, la gravedad y la sencillez que le eran peculiares—, ¡ah, si supiera dónde está, cuan prestamente correría a Él! Ni los mares ni las montañas bastarían para detenerme.

—Entonces, ¿has intentado hallarle? —preguntó Ben-Hur.

Una sonrisa pasajera revoloteó por la faz del egipcio.

—La primera misión que me encomendé a mí mismo después de abandonar el abrigo que me proporcionaron en el desierto —y aquí Baltasar dirigió una mirada de agradecimiento a Ilderim—, fue la de saber qué había sido del Niño. Pero había pasado un año y yo no me atrevía a ir personalmente a Jerusalén, porque Herodes seguía conservando el trono con el ánimo sanguinario de siempre. De regreso a Egipto, hubo unos pocos amigos que creyeron las maravillosas cosas que les conté de lo que había visto y oído; unos pocos que se alegraron conmigo de que hubiese nacido el Redentor; unos pocos que jamás se cansaban de escuchar la historia. Algunos salieron conmigo en busca del Niño. Fueron primero a Belén, donde visitaron la posada y la cueva, pero el portero (el que estaba sentado a la entrada la noche del alumbramiento y la noche que llegamos nosotros siguiendo la estrella) había desaparecido. El rey se lo había llevado, y no le volvieron a ver.

—Pero sin duda encontrarían alguna prueba —dijo ansiosamente Ben-Hur.

—Sí, hallaron testimonios escritos con sangre: una población sumida en el dolor, unas madres que todavía lloraban a sus pequeñuelos. Debes saber que cuando Herodes se enteró de nuestra huida hizo degollar a los niños de corta edad de Belén. No se libró ni uno. Mis mensajeros se afianzaron en su fe; pero regresaron diciéndome que el Niño había muerto, degollado juntamente con los otros inocentes.

—¡Muerto! —exclamó, horrorizado, Ben-Hur—. ¿Muerto, has dicho?

—No, hijo mío, no he dicho eso. He dicho que mis mensajeros me contaron que el Niño había muerto. Pero yo no lo creí, ni lo creo ahora.

—Comprendo, tú estás enterado por algún conducto especial.

—No es eso, no es eso —respondió Baltasar, bajando los ojos—. El Espíritu no había de acompañarnos sino hasta donde estaba el Niño.

Cuando salimos de la cueva lo primero que hicimos fue mirar en busca de la estrella; pero había desaparecido, y con ello comprendimos que estábamos abandonados a nuestros propios medios. La última inspiración del Ser Sagrado (la última que recuerdo) fue la que nos hizo recurrir a Ilderim para ponernos a salvo.

—Sí —dijo el jeque, jugueteando nerviosamente con la barba—. Tú me dijiste que un Espíritu te había enviado a mí; lo recuerdo.

—No estoy en comunicación con ningún poder especial —prosiguió Baltasar, observando el desaliento que se había apoderado de Ben-Hur—; pero, hijo mío, he meditado mucho sobre lo que pasó; he meditado continuamente durante muchos años, inspirado por una fe, que, te lo aseguro poniendo a Dios por testigo, tengo ahora tan viva como en la hora aquella en que oí al Espíritu llamándome a la orilla del lago. Si quieres escucharme, te explicaré por qué creo que el Niño vive.

Tanto la actitud de Ilderim como la de Ben-Hur expresaban su conformidad, y parecía que concentraban todas sus facultades para que, además de oír, pudiesen también comprender. Su interés se contagió a las sirvientas, que se acercaron al diván y se quedaron escuchando. En toda la tienda se había hecho el silencio más profundo.

—Los tres creemos en Dios.

Baltasar tomó la palabra inclinando la cabeza.

—Y Él es la verdad —dijo reanudando el discurso—. Su palabra es Dios. Las montañas pueden convertirse en polvo, y los vientos del sur pueden beberse el agua de los mares hasta dejarlos secos; pero su palabra permanecerá, porque es la verdad.

Había sentado esta afirmación con una voz indescriptiblemente solemne.

—Aquella voz, la voz de Dios, al hablarme a la orilla del lago, me dijo: "Bendito eres tú, ¡oh hijo de Mizraim! La redención llega. Junto con otros dos venidos de lo más remoto del mundo, tú verás al Salvador". He visto al Salvador, ¡bendito sea su nombre!, pero la redención, que constituía la segunda parte de la promesa, todavía no ha llegado. ¿Lo entiendes ahora? Si el Niño hubiese muerto faltaría el instrumento que trajese la redención y aquella palabra nada valdría, y Dios… ¡No, no me atrevo a decirlo!

Y levantó los brazos al cielo horrorizado.

—La redención era la obra para la cual nacía el Niño; así pues, mientras la promesa no se cumpla ni siquiera la muerte puede apartarlo de su obra hasta que la deje terminada, o, por lo menos, en camino de completarse. Acepta lo que te digo como una razón que sostiene mi fe, y sigue prestándome atención.

El buen hombre hizo una pausa.

—¿No quieres probar el vino? Lo tienes al alcance de la mano; mira —dijo respetuosamente Ilderim.

Baltasar bebió un sorbo y, pareciendo más repuesto, siguió diciendo:

—El Salvador que contemplaron mis ojos había nacido de mujer, con nuestra misma naturaleza y sujeto a todas las enfermedades, incluso a la muerte. Dejemos esto sentado, como primera proposición. Consideremos luego el trabajo que le estaba reservado. ¿No se trataba de una obra que sólo un hombre está en condiciones de llevar a cabo? Un hombre sabio, firme, discreto; un hombre, en fin, no un niño. Para llegar a serlo ha de crecer como crecemos los demás. Considerad ahora los peligros a que estaba sujeta su vida durante este intervalo; el largo intervalo entre la infancia y la madurez. Los poderes constituidos eran enemigos suyos; Herodes era un enemigo, ¿y no lo habría sido Roma? En cuanto a Israel… si quisieron eliminarle fue por miedo a que Israel le aceptase. Considerad, pues. ¿Qué otro modo mejor de proteger su vida en el desamparado periodo del crecimiento que haciéndole pasar a la oscuridad? De ahí que me dijera a mí mismo y a esta mi fe, siempre atenta y que responde sólo, siempre, por un afán de amor: "No ha muerto, únicamente se ha eclipsado y, como su obra está por hacer, reaparecerá de nuevo". Ahí tenéis los motivos de que siga creyendo. ¿No son suficientes?

En los diminutos ojos de árabe de Ilderim, brillaba la comprensión. Ben-Hur, curado del desaliento, exclamó apasionadamente:

—Yo por lo menos no sabría contradecirlos. ¿Qué más? Te lo ruego.

—¿No tienes bastante, hijo mío? Bien —empezó de nuevo en tono más sosegado —. Viendo que esas razones eran buenas, o más claramente, viendo que Dios no había de permitir que encontrasen al Niño, asenté mi fe en la roca de una paciencia inalterable, y me puse a esperar —Baltasar levantó los ojos llenos de santa confianza, y se interrumpió abstraído—. Y sigo esperando. El Niño vive, bien resguardado en su imponente secreto. ¿Qué importa que yo no pueda ir a donde está, ni nombrar la montaña o el valle en que mora? El vive; quizá sea como el fruto en flor; quizá sea como el fruto que empieza a madurar, pero, por la certidumbre que encierran las promesas y los motivos de Dios, sé que vive.

Un estremecimiento de pavor sacudió el cuerpo de Ben-Hur; un estremecimiento que no era sino la agonía de la duda imprecisa que había sentido.

—¿Dónde crees que está? —preguntó bajando la voz y vacilando, como el que siente sobre los labios la presión de un silencio sagrado.

Baltasar, cuya mente no había salido del todo de su ensimismamiento, le contestó cariñosamente:

—En mi casa sobre el Nilo, tan próxima al río que los que pasan en barca ven a un tiempo el edificio y su imagen en el agua, en mi casa, decía, estaba yo hace unas semanas sentado meditando. Un hombre de treinta años de edad, me decía, ha de tener los campos de su vida arados y la simiente echada; porque luego viene el verano, dejando un intervalo bastante corto para que crezca y madure lo que sembró. El Niño, pensé luego, tiene ahora veintisiete años; para él la época de la siembra es inminente. Y entonces, hijo mío, me hice la misma pregunta que ahora me has hecho tú, y me contesté viniendo hasta aquí como un buen lugar de descanso contiguo a las tierras que tus padres recibieron de manos de Dios. ¿En qué otra parte podría aparecer sino en Judea? ¿En qué otra ciudad podría dar comienzo a su obra sino en Jerusalén? ¿Quiénes habrían de ser los primeros en recibir las bendiciones que ha de traernos sino los hijos predilectos de Dios? Si me mandaran buscarle, yo revolvería bien las aldeas y los pueblos de las laderas de los montes de Judea y Galilea que miran al este, descendiendo hacia el valle del Jordán. Allí está en estos momentos. De pie en una puerta o sobre una cima esta misma tarde ha visto ponerse el sol acercando en un día el momento en que él mismo se ha de convertir en la luz del mundo.

Baltasar calló. Había levantado la mano y extendido el índice como señalando en dirección a Judea. Contagiados de su fervor, todos los oyentes, incluso las obtusas criadas, se habían estremecido cual si estuvieran contemplando una majestuosa figura aparecida de súbito en el interior de la tienda. Y esa sensación no los abandonó enseguida: todos los que estaban a la mesa permanecieron un rato pensativos. Al final Ben-Hur rompió el importante silencio, diciendo:

—Veo, Baltasar, que has sido muy favorecido y de singular manera. Veo también que eres indudablemente un sabio. No tengo palabras para expresarte cuánto agradezco lo que me has explicado. Quedo advertido de que se acercan grandes acontecimientos y me contagio algo de tu fe. Completa el favor, te lo ruego, contándome más detalles de la misión de

Aquel al que tú esperas, y al cual esperaré yo también desde esta noche en adelante, como corresponde a un hijo creyente de Judá. Él ha de ser el Salvador, has dicho, ¿no ha de ser el Rey de los judíos además?

—Hijo mío —dijo Baltasar con su aire benévolo—, esa misión es todavía un propósito reservado en el seno de Dios. Todas las consecuencias que se me han ocurrido respecto a ella las extraigo de las palabras de la Voz que contestó a mis oraciones. ¿Hemos de comentarlas nuevamente?

—Tú eres el maestro.

—La causa de mi inquietud —empezó a decir Baltasar sosegadamente —, lo que hizo de mí un predicador en Alejandría y en las poblaciones del Nilo, lo que me condujo al final a las soledades donde fue a buscarme el Espíritu, fue la mísera condición de los hombres, ocasionada, según creía yo, por haber caído en el desconocimiento de Dios. Yo sufría por los sufrimientos del género humano; no por una clase solamente, sino por todos. Tan completa era la caída, que me parecía imposible la redención, a menos que el mismo Dios se la asignara como misión suya propia; y por ello le supliqué que viniera y que yo pudiese verle. "Tus buenas obras han triunfado. La redención llega, y tú verás al Salvador". Así dijo la Voz. Y regocijado con esta respuesta me fui a Jerusalén. Ahora bien, ¿para quiénes será la redención? Para el mundo entero. ¿Y qué forma tomará? ¡Fortalece tu fe, hijo mío! Sé que los hombres dicen que no existirá la dicha hasta que Roma sea arrasada y barrida de las colinas que la sostienen. Es decir, los males de la época no procedían, como yo pensaba, del desconocimiento de Dios, sino de la mala dirección de los gobernantes. ¿Necesitamos que nos digan que los gobiernos nunca piensan en el provecho de la religión? ¿De cuántos reyes habéis sabido que fueran mejores que sus súbditos? ¡Ah, no, no! La redención no puede tener un objetivo político; no puede entregarse a derribar gobernantes e imperios, dejando vacantes sus puestos sólo para que otros disfruten de ellos. Si todo se redujera a eso, la sabiduría de Dios dejaría de ser infinita. Aunque yo no sea más que un ciego orientando a otro ciego, os aseguro que el que viene, viene a ser Salvador de almas, y la redención significa que Dios vuelve una vez más a la tierra, y con Él, la justicia, para que le sea tolerable la estancia entre nosotros.

La desilusión se reflejó claramente en la faz de Ben-Hur. El joven bajó la cabeza. Pero si no estaba convencido, por lo menos se sentía incapaz en aquel momento de rebatir la opinión del egipcio. No así Ilderim, quien exclamó impulsivamente:

—¡Por el esplendor de Dios! Ese criterio está en contradicción con todas las tradiciones. Los caminos del mundo ya están trazados y no es posible cambiarlos. En cada comunidad ha de haber un jefe investido del poder; de lo contrario no hay reforma.

Baltasar acogió gravemente el arranque de su amigo.

—Buen jeque, la sabiduría que te inspira es una sabiduría mundana; y olvidas que es precisamente de los caminos del mundo de lo que hemos de ser redimidos. Reducir al hombre a vasallo constituye la ambición de un rey; ocuparse del alma del hombre para salvarla es el deseo de un Dios.

Aunque reducido al silencio, Ilderim movió la cabeza negativamente, resistiéndose a dar crédito a lo que oía. Ben-Hur le relevó en la tarea de continuar la discusión.

—Padre (con tu permiso te doy este nombre) —replicó—, ¿por quién te mandaron que preguntases en las puertas de Jerusalén?

El jeque le dirigió una mirada de agradecimiento.

Baltasar respondió calmosamente:

—Había de preguntar a las gentes: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?".

—¿Y lo viste en la cueva cerca de Belén?

—Lo vimos, lo adoramos y le ofrecimos presentes: Melchor oro; Gaspar, incienso, y yo, mirra.

—Cuando explicas hechos, oh, padre, oírte significa creerte —dijo Ben-Hur—; pero, en materia de opiniones, no puedo comprender qué clase de rey querrías hacer del Niño. Yo no sé separar al gobernante de su poder y sus deberes.

—Hijo —dijo Baltasar—, tenemos la costumbre de estudiar detenidamente las cosas que están a nuestros pies, y no concedemos sino una fugitiva mirada a los objetos mayores situados a gran distancia. Ahora no ves sino el título de "Rey de los judíos"; levanta los ojos al misterio que encubren y el obstáculo en que tropiezas desaparecerá. Digamos una palabra sobre este título. Tu Israel ha visto días mejores; días en los que Dios, con cariño entrañable, llamaba su pueblo a tu pueblo y se comunicaba con él por medio de los profetas. Pues bien, si en aquellos días les prometió al Salvador que yo vi, si se lo prometió como Rey de los judíos, la llegada del Redentor ha de concordar con la promesa aquella, aunque sólo sea por no desmentir la expresión. ¡Con ello ves el porqué de mi pregunta en la puerta! Lo ves, y yo no quiero detenerme más en este punto, sino que seguiré adelante. Por otra parte, quizá tú pienses en la jerarquía y dignidad del Niño. Si es así, considera, atendiendo a la jerarquía de dignidades del mundo, ¿qué significa ser el sucesor de Herodes? ¿Qué vale? Para sus predilectos, ¿no es mejor ser Dios? Si eres capaz de imaginarte al Padre todopoderoso necesitado de un título y descendiendo a servirse de lo que han inventado los hombres, ¿por qué no me ordenó que preguntara enseguida por un cesar? ¡Ah, por la esencia de lo que constituye el tema de nuestra conversación, mira más alto, yo te lo ruego. Mejor será que preguntes sobre quiénes ha de reinar; porque yo te aseguro, hijo mío, que ahí está la clave de un misterio que sin ella nadie entenderá.

Baltasar levantó los ojos devotamente.

—Existe en el mundo un reino que no es de este mundo; un reino de fronteras más amplias que el orbe, más amplias que la tierra y los mares, aunque aquélla y éstos se amasaran juntos, como el oro más fino, y se extendiera todo a martillazos formando una lámina. Su existencia es tan real como la de nuestros corazones, y por él caminamos desde la cuna a la sepultura, aunque sin verlo. Y nadie lo verá si primero no conoce su propia alma; porque dicho reino no es para el hombre, sino para su alma. Y en sus dominios impera una gloria que no cabe en los límites de la imaginación, una gloria singular, incomparable, suprema.

—Tus palabras, padre, son para mí un enigma —dijo Ben-Hur—. Jamás oí hablar de ese reino.

—Yo tampoco —corroboró Ilderim.

—Y quizá yo no pueda deciros más —añadió Baltasar, bajando humildemente los ojos—. En qué consiste el fin que persigo, de qué modo podemos ganarlo, nadie podrá saberlo hasta que el Niño venga a tomar posesión de él como de una cosa que le pertenece. El trae la llave de la puerta invisible, que abrirá para sus predilectos, entre los cuales se contarán todos los que le amen, pues únicamente ellos serán redimidos.

Después de estas últimas palabras se produjo un largo silencio, que Baltasar tomó como término de la conversación.

—Buen jeque —dijo luego con su acostumbrada placidez—, mañana o pasado me iré a la ciudad, donde pasaré unos días. Mi hija desea ver los preparativos que hacen para los juegos. Más tarde te diré cuándo nos marchamos. A ti, hijo mío, volveré a verte. Os doy la paz y las buenas noches a los dos.

Todos se levantaron de la mesa. El jeque y Ben-Hur siguieron con la mirada al egipcio, hasta que los criados le hubieron acompañado fuera de la tienda.

—Jeque Ilderim —dijo entonces Ben-Hur—, esta noche he oído cosas extrañas. Te ruego que me autorices a pasear por la orilla del lago para que pueda reflexionar sobre ellas.

—Ve, que yo iré a buscarte.

Se lavaron las manos otra vez; después de lo cual, a una seña del dueño, un criado trajo los zapatos de Ben-Hur. Y el joven salió inmediatamente.

Capítulo Ocho

EL REINO, ¿ESPIRITUAL O POLÍTICO?

Un poco más allá del aduar había un bosquecillo de palmeras que proyectaba su sombra mitad sobre el agua, mitad sobre la tierra. Desde sus ramas un ruiseñor dejaba oír un canto que era como una invitación. Ben-Hur se paró debajo a escuchar. En cualquier otra ocasión las notas del pájaro le habrían distraído de sus pensamientos; pero el joven llevaba sobre sí, como un fardo singular, el peso de las incógnitas de la historia narrada por el egipcio, y, al igual que sucede a otros obreros, ni la más dulce música sería música para él hasta que el descanso no hubiese armonizado felizmente su cuerpo y su alma.

Era una noche tranquila. Ni la más leve ondulación del agua llegaba a la orilla. Habían salido todas las viejas estrellas del viejo Oriente, cada una en su sitio acostumbrado, y el verano imperaba en todas partes: en la tierra, en el lago, en el firmamento. Ben-Hur tenía la imaginación caldeada, excitadas las emociones y la voluntad irresoluta.

Las palmeras, el cielo, el aire, se le antojaba que no eran de allí, sino de la lejana región meridional a la que se había visto empujado Baltasar desesperando de los hombres. El lago, con su inmóvil superficie, le hacía pensar en la madre del Nilo, a cuya orilla estaba rezando el santo varón cuando se le apareció, resplandeciente, el Espíritu. ¿Habían llegado hasta Ben-Hur todas aquellas circunstancias del milagro? ¿O había, sido llevado hacia ellas? ¿Y si el milagro se repitiese? ¿Y si se repitiese para él? Temía y deseaba a la vez, y esperaba incluso, que se reprodujese aquella visión. Cuando finalmente su ánimo febril se apaciguó y pudo volver a ser dueño de sí mismo, estuvo en condiciones de pensar.

Hemos explicado ya cuál era su plan de vida. Pero, hasta este momento, siempre que lo había meditado había quedado un vacío que nunca fue capaz de salvar o rellenar; un vacío tan grande que no podía divisar sino vagamente la orilla opuesta. Cuando al final fuese tan apto para capitán como para soldado, ¿hacia qué objetivo debería dirigir sus esfuerzos? Pensaba, por supuesto, en la posibilidad de una revolución; pero el proceso de u revolución ha sido siempre el mismo, y para excitar a los hombres a lanzarse a ella siempre se ha precisado, en primer lugar, de una bandera o un pretexto para captar adeptos, y, en segundo lugar, de un fin que conseguir, de alguna conquista práctica y tangible que obtener. Por lo general, lucha con denuedo todo aquel que tiene agravios que reparar; pero combate todavía mucho mejor el que, espoleado por los agravios, tiene ante sí la perspectiva clara y firme de una gloriosa recompensa, de una recompensa en la que distingue bálsamo para las heridas, premios para el valor, y el recuerdo y el agradecimiento si en la lucha halla la muerte.

Para determinar el poder de atracción lo mismo de la bandera que del objetivo, era preciso que Ben-Hur estudiase los adeptos que quería buscar cuando todo estuviera dispuesto para la acción. Muy naturalmente, esos adeptos serían sus compatriotas. Los agravios de Israel los sentían como propios todos los descendientes de Abraham, y cada uno de por sí constituía una causa infinitamente sagrada, inmensamente capaz de inflamar a los hombres.

Sí, la causa estaba ahí, pero el objetivo ¿cuál sería?

Imposible calcular las horas y días que había dedicado a este aspecto de su plan, habiendo llegado siempre al mismo resultado: a una idea vaga, incierta, genérica, de liberación nacional. ¿Sería suficiente? Ben-Hur no podía contestar que no, porque ello habría significado la muerte de sus esperanzas, y se resistía a responder que sí, porque su buen criterio le decía otra cosa. Ni siquiera podía afirmarse a sí mismo que Israel estuviera en condiciones de luchar sola, sin aliados, contra Roma. Conocía los recursos de la gran enemiga, y sabía que su destreza superaba todavía a sus recursos. Una coalición universal sí valdría, pero, ¡ay!, eso era soñar en un imposible, salvo que (¡y qué ampliamente y con cuánto afán se había parado a pensar en esta salvedad!), salvo que de una de las naciones sufrientes surgiera un héroe y a fuerza de triunfos marciales conquistase una fama que se extendiera por toda la tierra. ¡Qué gloria para Judea si lograba ser la Macedonia del nuevo Alejandro! Pero, otra vez, ¡ay!, bajo la dirección de los rabíes era posible el valor, pero no la disciplina. Y luego quedaba la mofa de Messala en el jardín de Herodes: "Todo lo que conquistáis en seis días, lo perdéis el séptimo".

Sucedía así que nunca se acercaba a la hendidura creyendo remontarla sin verse obligado a retroceder derrotado; y tan constantemente había fracasado en este punto que acabó por renunciar a resolverlo si el azar no traía una solución. Era posible que, en su día, se descubriera al héroe, o quizá no lo descubrieran nunca. Sólo Dios lo sabía. Teniendo en cuenta esta situación anímica, no es preciso que nos detengamos en el efecto que le causó la esquemática exposición que Malluch le hizo de la historia de Baltasar. Ben-Hur la escuchó deslumbrado por el entusiasmo, convencido de que había aparecido la solución del problema. Ahí estaba por fin el héroe que hacía falta, ¡un héroe nacido de la tribu del León, y Rey de los judíos! Y detrás del héroe, ¡mirad!, el mundo en armas.

La existencia del rey implicaba la de un reino. Él sería un guerrero magnífico como David, un gobernante sabio como Salomón, y el reino poseería una fortaleza contra la cual se precipitaría Roma para caer destrozada. Habría una guerra colosal, vendrían las agonías de la muerte y del alumbramiento…, y luego la paz. Una paz que, naturalmente, instauraría la hegemonía perdurable de Judea. El corazón de Ben-Hur latía con fuerza, como si por un instante hubiese visto a Jerusalén convertida en la capital del mundo, y a Sión sirviendo de asiento al trono del Amo universal.

Al entusiasmado Ben-Hur se le antojaba una rara fortuna que el hombre que había visto al rey estuviera en la tienda hacia la cual se dirigía él. Allí podría verle, oírle y escuchar de sus labios todo lo que él sabía del cambio que había de producirse, y en especial del momento en que se produciría. Si era inminente, abandonaría la campaña de Majencio y se dedicaría a organizar y armar las tribus, a fin de que Israel estuviera preparado cuando el gran día de la restauración empezase a despuntar. En aquel momento, como hemos visto, Ben-Hur había escuchado la maravillosa historia de boca del mismo Baltasar. ¿Estaba satisfecho?

Sobre su espíritu había descendido una sombra más densa que la del bosquecillo de palmeras; la sombra de una gran incertidumbre, que (¡toma nota, oh, lector!) se refería más al reino que al rey.

—¿Qué hay de ese reino? ¿Y qué ha de ser? —se preguntaba ensimismado Ben-Hur.

Tan temprano surgieron, pues, los interrogantes que habían de acompañar al Niño hasta su muerte y le habían de sobrevivir en la tierra; interrogantes insolubles en su tiempo, manantiales de discusiones en éste, y que son un enigma para todo el que no comprende o no sabe comprender que en todo hombre hay dos en uno: un alma inmortal y un cuerpo perecedero.

—¿Qué será su reino? —se preguntaba. A nosotros, oh lector, nos ha contestado el mismo Niño; pero para Ben-Hur no había sino las palabras de

Baltasar: "En el mundo, aunque no de este mundo; no para los hombres sino para sus almas; un imperio, no obstante, de inimaginable esplendor".

¿Es raro que el desamparado joven no hallara en esas frases sino la oscuridad de un acertijo?

—¡La mano del hombre no entra aquí! —exclamó con desesperación —. Y el rey de semejante reino no necesita para nada a los hombres; no necesita ni operarios, ni consejeros, ni soldados. La tierra debe perecer o ser formada de nuevo; hay que descubrir nuevos principios de gobierno, algo que no sea precisamente manos armadas, algo que sustituya a la fuerza. Pero ¿qué? ¡Oh lector!, volvemos a exclamar. Lo que nosotros no queremos ver, él no podía verlo. A ningún hombre se le había ocurrido todavía el poder que tiene el amor, ni mucho menos había venido nadie diciendo claramente que para gobernar y conseguir los dos objetivos del gobierno (la paz y el orden) es mejor y más poderoso el amor que la fuerza.

En medio de sus divagaciones una mano vino a posarse sobre su hombro.

—Tengo que decirte una palabra, oh hijo de Arrio —le dijo Ilderim, poniéndose a su lado—. Una palabra nada más, y luego debo volverme, porque la noche se va.

—Te doy mi venia, jeque.

—De cuanto has oído hace unos momentos —le dijo Ilderim casi sin pausa—, créelo todo menos lo referente a la clase de reino que el Niño ha de instaurar cuando llegue. Sobre este particular conserva la mente virgen hasta que oigas a Simónides, el mercader, un buen hombre de Antioquía al cual te presentaré. El egipcio te paga con la moneda de sus sueños, que son demasiado puros para la tierra; Simónides es más sensato; él te repetirá los dichos de los profetas, citando el libro y la página, para que no puedas rebatir que el Niño será de verdad Rey de los judíos. ¡Sí, por el esplendor de Dios! Será rey como lo es Heredes, aunque mucho mejor y muchísimo más magníficamente. Y entonces, ¿comprendes?, nosotros probaremos las dulzuras de la venganza. Y no te digo más. ¡La paz sea contigo!

—¡Quédate, jeque!

Si Ilderim oyó su llamada, no la obedeció.

"Otra vez Simónides —se dijo Ben-Hur, amargamente—. ¡Simónides aquí, Simónides allá; Simónides de boca de éste; Simónides de labios de aquél! ¿No habrá manera de que me libre de una vez del siervo de mi padre, de un hombre que, cuando menos, sabe retener bien asido lo que es mío, y de este modo es más rico, suponiendo que no sea en realidad más sabio, que el egipcio? ¡Por la santa alianza! Un hombre no debe recurrir a quienes no han sido fieles a sus obligaciones en busca de una fe que le guíe; y no seré yo quien lo haga. Pero, ¡escucha!, alguien canta… y es la voz de una mujer… ¿o la de un ángel? Viene para acá".

Por el lago, una mujer venía cantando hacia el aduar. Su voz flotaba por encima de las calladas aguas del lago, y cobraba potencia a cada instante. Enseguida se oyó el ruido de unos remos moviéndose lenta y acompasadamente; un poco después fue posible distinguir las palabras, pronunciadas en el griego más puro, que era la lengua más rica de todas las de la época para expresar apasionadas querellas.

LAMENTACIÓN EGIPCIA
Suspiro y canto a la tierra querida
que el mar de la Siria esconde de mí.
Besaba el viento la arena amarilla,
trayendo la vida que ahora perdí.
¡Cómo susurra la dulce palmera!
Mas, ¡ay!, para mí ya no gime el Nilo
a la plácida luz de la luna bella,
de la antigua Menfis rozando el limo.
Oh Nilo, dios de mi alma que muere;
oh río que en sueños vienes hasta aquí,
deja que en sueños con el loto juegue
cantando antiguas canciones por ti.
¡Ay, cómo te añoro, amado Simbel!
¡Distantes quedáis, trinos de Menón!
Mis labios invade el sabor de la piel
en cuanto intento deciros: ¡adiós!

Al final de la canción la cantora estaba más allá del bosquecillo de palmeras. La última palabra, "adiós", cruzó flotando por el aire impregnada con toda la dulce melancolía de la separación. El paso de la barca era el paso de una sombra más oscura en la más profunda noche.

Ben-Hur inspiró profundamente, y el aire, al salir por entre sus labios, se asemejaba mucho a un suspiro.

—La conozco por su canto; es la hija de Baltasar. ¡Qué hermosa la canción! ¡Qué bella la que canta!

Y recordaba sus ojos grandes levemente velados por las caídas pestañas, las mejillas ovales y deliciosamente rosadas, los labios carnosos y gruesos con unos risueños hoyuelos a cada lado, y toda la gracia de su figura alta y esbelta.

—¡Qué hermosa es! —exclamó de nuevo.

Y su corazón respondió acelerando los latidos. Entonces, casi en el mismo instante, otra faz, más joven e igualmente bella (si no tan apasionada, más tierna e infantil) se apareció ante él como emergiendo del lago.

—¡Esther! —dijo sonriendo—. Me han enviado una estrella, como yo deseaba.

Entonces se volvió, regresando despacio hacia la tienda.

Los agravios y los preparativos de venganza habían llenado su vida; la habían llenado demasiado para dejar lugar al amor. ¿Era éste el comienzo de un cambio dichoso?

Y si esa inspiración le acompañaba hasta la tienda, ¿de quién procedía?

Esther le había dado una copa. Lo mismo había hecho la egipcia.

Y las dos se le habían aparecido a un mismo tiempo bajo las palmeras.

¿Cuál de las dos?

¿Te gustó este libro?
Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es

PARTE CINCO

ÍNDICE

1. Messala se quita el penacho
2. Los caballos árabes de Ilderim
3. Las artes de Cleopatra
4. ¡Oh Kapila, Kapila, tan joven y sincero,
5. ¡Oh Kapila, Kapila, tan canoso y tan viejo,
6. Messala en guardia
7. Ilderim y Ben-Hur deliberan
8. Entrenando a los caballos
9. Simónides rinde cuentas
10. ¿Espiritual o político? La intervención de Simónides
11. Esther y Ben-Hur

Capítulo Uno

MESSALA SE QUITA EL PENACHO

En el salón del palacio, la mañana siguiente a la bacanal, el diván estaba lleno de jóvenes patricios que dormían aún. Debía llegar Majencio, y la ciudad entera se agolpaba en las calles para recibirle; la legión había de bajar de Monte Sulpius completamente armada y vestida de gala; desde Ninfeón hasta el Onfalos habrían de celebrarse fiestas y ceremonias que harían palidecer todo lo que hasta entonces se pudo ver u oír en el fastuoso Oriente relegándolo al olvido; pero los jóvenes romanos seguían desplomados sobre los divanes en que habían sido arrojados por los esclavos como masa inerte.

Cuando por las claraboyas del salón comenzó a mostrarse el día, se incorporó Messala y se quitó la guirnalda de la cabeza, lo que indicaba que se trataba ya de cosas serias; puso en orden su traje, miró a su alrededor y, en silencio, desapareció. No pudo retirarse Cicerón con más gravedad después de haber pasado la noche en un debate en el Senado. Dos correos recibían de su mano tres horas más tarde un despacho sellado que contenía una carta dirigida a Valerio Grato, el procurador residente en Cesárea. Atribuía grandísima importancia a que llegara a manos de su destinatario esa carta con la máxima prontitud, adoptando para ello las mayores precauciones. Uno de los correos iría por tierra y el otro por mar. Con la mayor celeridad posible ambos debían cumplir su encargo.

El mensaje decía así:

Antioquía, XII Kal.Jul.

Messala a Grato.

¡Oh Midas mío! Te ruego ante todo que no te ofendas del apelativo, pues te lo aplico por gratitud y cariño, convencido de que eres tú el más afortunado de los mortales. Por lo demás, tus orejas no han de crecer por eso; guardarán la moderada proporción con la que tu madre te trajo al mundo.

¡Oh Midas de mi vida!

He de relatarte un asombroso acontecimiento que, aunque envuelto entre los velos de la conjetura, atraerá con justo motivo tu atención.

Comenzaré en primer lugar por refrescar tu memoria. Recordarás, aunque han transcurrido ya muchos años, a la familia de un príncipe de Jerusalén que se llamaba Ben-Hur, inmensamente rica y *extraordinariamente antigua. Quedará en tu cabeza., aun en el supuesto de que tu memoria sea débil, una cicatriz que te ayudará a recordarla y a despertar tu interés por ella.*

En castigo por haber atentado contra tu vida (¡los dioses no permitan que aparezca, como simple accidente, para tranquilidad de tu conciencia!), fue apresada la familia, juzgada sumariamente y todas sus propiedades confiscadas. Este hecho, ¡oh Midas amado!, puesto que obtuvo la aprobación del César, que era tan sabio como justo, ¡ojalá sobre su altar haya siempre flores!, es conveniente y no debe ser una vergüenza recordar las cantidades que nos correspondieron respectivamente.

Según recuerdo, dispusiste de la familia Hur tal como convinimos entonces, de modo que quedase oculta la muerte y que ésta apareciera como natural, cortando de raíz toda complicación futura. Tendrás presente en tu recuerdo lo que hiciste con la madre y la hermana del malhechor; pues, bien, y éste es sólo uno de los motivos de mi carta, deseo saber si han muerto o viven aún y, como conozco tu benevolencia, ¡oh Grato querido!, espero que perdonarás esta curiosidad de quien se precia de no ser menos amable que tú.

En este asunto, como algo especial, debo recordarte que el criminal fue enviado a galeras para toda su vida; por lo menos así lo disponía el mandato que yo mismo vi y leí, como leí el recibo firmado por el tribuno que mandaba una galera y que se había hecho cargo del criminal. Por todo esto no vuelvo de mi sorpresa ante el hecho que voy a referirte. Ahora, ¡oh el más excelente de los frigios!, es cuando debes prestarme toda tu atención.

Según el tiempo necesario para que deje de existir, calculando bien el límite de la vida de un galeote para que alguna de las tres mil oceánidas cargue con él, debían haber pasado ya cinco años por lo menos. Te ruego tengas a bien excusar mi debilidad, ¡oh tú, el más tierno y virtuoso de los hombres!, pues contando con lo mucho que yo lo quería en mi infancia, y también a causa de su belleza, por la cual lo llamaba mi Ganímedes, suplicaba a los dioses que hubiera caído entre los brazos de la más hermosa de la familia de las oceánidas. En la certeza de que estaba muerto, he vivido gozando de la fortuna cinco años tranquilo y feliz, lo que, en parte, tengo que agradecerte.

Y ahora llego al punto más importante.

Precisamente anoche, cuando iba a ser nombrado anfitrión de un banquete que di a unos amigos llegados recientemente de Roma (su extrema juventud y su falta de experiencia exigían mis luces), me relataron una singular historia. Vendrá hoy Majencio a encargarse de la campaña contra los partos, y entre los ambiciosos que han de acompañarlo en su aventura hay uno que dice llamarse hijo del difunto duunviro Quinto Arrio. He tenido ocasión de informarme particularmente sobre este joven, y he aquí lo que he sabido:

Cuando emprendió Arrio su campaña contra los piratas cuya derrota le hizo merecedor de muchos honores y el duunvirato, no tenía familia; pues, bien, de regreso de su expedición trajo consigo a un heredero. Y prepárate ahora a recibir, con la dignidad y compostura que corresponden a quien posee tantos talentos en buenos sestercios, el golpe: el hijo y heredero de quien te hablo es nada menos que el mismo a quien tú mandaste a las galeras, Ben-Hur en persona. Reaparece con un elevado rango y una gran fortuna, como ciudadano romano sin lugar a dudas, lo cual le pone fuera de nuestros ataques… Tú estás demasiado alto para sentir zozobra, pero yo, ¡oh Midas mío!, estoy en peligro; no he de decirte por qué lado, y quién sabe si también lo estés tú. Es posible que me digas: "¿Qué me importa a mí?".

Pero presta atención.

Cuando Arrio, el padre adoptivo de este Ganímedes a quien creía esposo de la más bella de las oceánidas, acometió con su galera a los piratas, ésta se fue a pique y sólo se salvaron del naufragio dos personas: Arrio y este otro, su heredero. Los que los recogieron en la tabla que flotaba en el mar dijeron que el salvador del afortunado tribuno era un joven vestido de galeote. Esto es ya bastante convincente, sin embargo, para que no digas nuevamente: "Y ¿qué me importa a mí?". Te diré, ¡oh Midas mío!, que me cupo en suerte (aún debo una ofrenda a la Fortuna por la promesa que hice) encontrarme con el famoso hijo de Arrio y, aunque no le reconocí en el primer momento, te aseguro que es el mismo Ben-Hur, amigo mío querido de la infancia; ese mismo Ben-Hur que, aunque de baja estofa, si es hombre, debe de estar madurando su venganza, como así lo haría yo si estuviera en su lugar. Y esa venganza, no por su vida solamente, sino por su patria, por su madre y su hermana, por su futura seguridad y en último lugar, aunque tú seguramente juzgarías que debiera ser el primero, por su perdida fortuna.

¡Oh mi bienhechor y amigo! Teniendo en cuenta el peligro que corren tus sestercios, cuya pérdida sería lo peor que podría ocurrir a una persona de alcurnia tan alta como la tuya, espero que una vez leída esta carta estarás dispuesto a pensar lo que conviene hacer en estas circunstancias.

El sol está ya bastante alto y mis mensajeros partirán dentro de una hora, cada uno con un original de esta carta. Uno irá por mar y otro por tierra. ¡Ya ves el interés que tengo por informarte pronto y bien de la aparición por estos lugares de nuestro amigo!

La permanencia de Ben-Hur aquí será tan larga como la de su amo el cónsul, quien por mucho que active los preparativos, y aunque no descanse ni de día ni de noche, no podrá despacharse antes de un mes. Ya sabes el ímprobo trabajo que representa reunir un ejército y abastecerlo, sobre todo cuando hay que ir a operar a un desolado país sin población.

Ayer vi al judío en el bosque de Dafne, y si ahora no se encuentra allí, de seguro no se hallará muy lejos, lo que permite una fácil vigilancia. Si me preguntas dónde se encuentra, podría con seguridad decirte que en el vergel de las Palmeras, bajo la tienda del traidor jeque Ilderim, a quien nuestra mano poderosa llegará a dar alcance. No te sorprendas, pues, si cualquier día llega a tus oídos que Majencio, como medida provisional, embarca al árabe rumbo a Roma.

Mis detalles son tan minuciosos porque, ¡oh hombre ilustre!, este asunto es muy importante para ti y cuanto antes debes tomar una resolución sobre lo que debe hacerse respecto al judío, y sabiendo como sé que en todo proyecto que implique una acción humana hay que considerar tres elementos, a saber: el tiempo, el lugar y el agente, confío en que, si juzgas que es éste el lugar de la acción, no dudarás en confiar este importante asunto en manos de tu más afectuoso amigo, que al mismo tiempo es tu más aprovechado discípulo.

Messala.

Capítulo Dos

LOS CABALLOS ÁRABES DE ILDERIM

A la misma hora aproximadamente (primera de la mañana) en que los dos correos partieron con los despachos de Messala, entraba Ben-Hur en la tienda de Ilderim. Después de bañarse en el lago y tomar un frugal almuerzo, aparecía con una túnica ligera, sin mangas, que le llegaba apenas a las rodillas.

El jeque le saludó desde su diván.

—La paz sea contigo, ¡oh hijo de Arrio! —dijo con admiración, pues jamás había visto un tipo de belleza tan perfecta y tan varonil, de fuerza y de viril confianza—. Están ya los caballos dispuestos y también yo. ¿Y tú?

—Mi buen jeque, la paz que me deseas te la deseo yo igualmente. También yo estoy dispuesto.

Ilderim llamó con una palmada.

—Siéntate. Ahora traerán los caballos.

—¿Están bajo el yugo?

—No.

—Déjame, pues, que yo mismo los enjaece —dijo Ben-Hur—. Es indispensable que ellos me conozcan y los llame por sus nombres, a fin de imponerme a su temperamento, pues a los caballos, como a los nombres, es necesario reñirles si se propasan y animarlos y acariciarlos si son tímidos. Ordena a tus criados que me traigan los arneses.

—¿Y el carro?

—Dejaremos el carro hoy. Dispón otro caballo, si lo tienes, y lo montaré sin silla; que sea tan veloz como los demás.

Subió de punto el asombro de Ilderim y llamó nuevamente a los criados.

—Traed la brida sólo para Sirio —dijo al criado que se presentó—, y arneses para los cuatro.

Ilderim se levantó.

—Sirio es mi amor y yo el suyo. Veinte años hemos sido camaradas inseparables en la batalla, en el campo y en la tienda, ¡oh hijo de Arrio! Te lo voy a mostrar.

Levantó la cortina que dividía la tienda e hizo que Ben-Hur pasase al otro departamento. Se acercaron los caballos en grupo a su amo. Uno tenía una cabeza, pequeña, ojos brillantes, robusto el pecho y el cuello muy gracioso en segmentos de arco, largas crines, firmes y suaves como el cabello de una doncella, y acercándose se puso a relinchar alegremente.

—Hermoso caballo —dijo el jeque, acariciando la mejilla oscura del favorito—. ¡Buenos días! —y, volviéndose a Ben-Hur, dijo—: Éste es Sirio, padre de los cuatro que ves. Su madre, Mira, está esperando en el desierto nuestra vuelta; su posesión es demasiado preciosa para traerla aquí, donde hay manos más poderosas que la mía. Y tengo mis dudas —y reía al decirlo —, dudo, ¡oh hijo de Arrio!, que mi tribu consintiera en que yo la trajese. Mira es su culto y su gloria y si los pisoteara galopando sobre sus cuerpos, no por ello se quejarían. Diez mil jinetes, hijos del desierto, preguntan cada día: "¿Cómo está Mira?"; y cuando les responden que está bien, dicen todos: "¡Bendito sea Dios! ¡Dios es bueno!".

—Sirio, Mira; nombre de estrellas, ¿no es así, jeque? —preguntó Ben-Hur, acariciando al padre de todos y contemplando a los otros cuatro.

—¿Y por qué no? —dijo Ilderim—. ¿Has pasado alguna vez la noche en el desierto?

—No.

—No puedes comprender entonces cuánta confianza tenemos nosotros, los árabes, en las estrellas. Damos sus nombres a nuestros bienhechores en prueba de gratitud y en prueba de amor a nuestros protegidos. Mis antepasados tuvieron todos sus favoritos, como yo tengo a Mira. Sus hijos, cada uno un nombre de estrella. Ese es Rigel; este otro, Altaré, aquél, Altair, y ese a quien te diriges ahora, Aldebarán, el más joven de la yeguada, aunque no el peor. Te aseguro, ¡por mi fe!, que te llevaría a su lomo más ligero que el aire hasta que el viento rugiera en tus oídos como un huracán. Te llevará a donde quieras, ¡oh hijo de Arrio! Y, ¡por la gloría de Salomón!, que te arrancaría de las propias garras de los leones.

Trajeron a Ben-Hur los arneses y equipó los caballos, los sacó de las tiendas y les puso las bridas.

—Traedme a Sirio —dijo.

Ben-Hur saltó sobre su corcel de forma que no hubiera sido aventajado por el mejor jinete árabe.

—Dadme las riendas —dijo, tomándolas y separando cuidadosamente las de cada uno—. Buen jeque, estoy dispuesto. Deja que un guía vaya delante de mí hasta el campo y mándame después con agua a alguno de tus hombres.

Al principio de las pruebas no hubo dificultad alguna. Los caballos estaban tranquilos. Entre ellos y su conductor se estableció pronto un tácito acuerdo. Ben-Hur realizaba sus ejercicios con esa tranquila seguridad que acaba por inspirar fe y confianza en los animales. Los dispuso en el mismo orden que habría de conservar en la carrera, con excepción de Ben-Hur que, en vez de ir en carro, montaba a Sirio. Se inflamó de esperanza el espíritu de Ilderim. Sonreía con satisfacción y se acariciaba la barba, murmurando:

—¡Por el esplendor de Dios!; no es un romano, no. A pie le siguió hasta el campo de carreras, como todos los del aduar, hombres, mujeres y niños, aunque ninguno de ellos tuviera su fe ciega y su confianza.

Al llegar al campo, que era ancho y apropiado para estas pruebas, Ben-Hur comenzó por hacer correr en línea recta y despacio a los cuatro animales; describiendo grandes círculos los obligó a pasar después al trote, que avivó cada vez más hasta convertirlo en galope; a continuación fue estrechando los círculos que describían y, por fin, los impulsó de un modo arbitrario, aquí o allí, a izquierda o a derecha, sin interrupción. Empleó en este trabajo una hora entera y luego retardó la andadura, hasta convertirla en un paso natural. Dirigiéndose a Ilderim, dijo:

—Está hecho lo que debía hacerse. Ahora no falta más que práctica. Enhorabuena por tener servidores tan magníficos. Mira —continuó, desmontando y aproximándose a los caballos—, ¡qué piel más tersa! Ni la más ligera gota de sudor los ha empañado. Su respiración es tan sosegada como al empezar. Mal tendrían que ir las cosas para que la victoria no sea nuestra…

Se detuvo enrojeciendo y se inclinó. Baltasar, al lado del jeque, se apoyaba sobre su báculo, acompañado de dos mujeres cubiertas con sendos velos. Su corazón apresuró su ritmo al reconocer a una de ellas.

"Ésta es, sí, ésta es la egipcia".

Entretanto, Ilderim terminó la frase que él dejara en el aire:

—¡La victoria y nuestra venganza! Eres el hombre que me hacía falta y ya no tengo miedo. Que el fin sea igual que el principio y verás de qué paño está forrada la mano de un árabe.

Modestamente, Ben-Hur dio las gracias al jeque.

—Haz que tus gentes traigan agua para los caballos.

Y les dio de beber con sus propias manos. A continuación, cabalgando nuevamente sobre Sirio, reanudó sus pruebas. Del paso de andadura al trote y de éste al galope, finalmente impulsó a los corceles a una vivaz carrera, que llegó hasta la velocidad máxima. Su forma de conducirlos encendió el entusiasmo en todos, manifestado con aplausos dedicados tanto a su habilidad en manejar las riendas como a la docilidad con que condujera sus propios caballos. Como impulsados por un resorte, corrían unas veces en línea recta, otras en círculo, separados o juntos, potencia y gracia, todo sin el menor esfuerzo. Malluch llegó a la mitad de los ejercicios, sin ser notado, pues la atención de todos estaba concentrada en Ben-Hur.

—Traigo —dijo, aprovechando un momento favorable—, un mensaje para ti, ¡oh jeque! Es de Simónides, el comerciante.

—Simónides —murmuró el árabe—. ¡Ah, está muy bien! ¡Que Abadón se lleve a todos sus enemigos!

—Descienda según sus deseos la paz del cielo sobre ti —continuó Malluch—. Me ha rogado que pusiera en tus manos este mensaje con la súplica de que lo leas tan pronto como esté en tus manos.

Rompió Ilderim inmediatamente el sello del pliego que le entregaban y sacó de un envoltorio de fino lino dos cartas, que se puso a leer.

Número I.

De Simónides al jeque Ilderim:

¡Oh amigo mío! Ten la seguridad de que ocupas un puesto en lo más íntimo de mi corazón.

Hay en tu aduar un joven que se llama hijo de Arrio, aunque sólo lo es por adopción, y que me es muy querido.

Su vida es una maravillosa aventura. Cuando vengas por aquí te la contaré y, además, te pediré un consejo.

Entretanto, yo salgo fiador: atiende sus peticiones, que, no lo dudo, serán razonables.

Mantén secreto mi interés por él y saluda en mi nombre a tu otro huésped y a su hija. Tanto ellos como tú y el séquito que tú elijas, deberán estar en disposición de acompañarme al circo el día de los juegos. Tengo ya los asientos comprometidos.

La paz, para ti y los tuyos.

¿Qué sería de mí, ¡amigo mío!, si no fuera por tu amistad?

Simónides.

Número 2.

De Simónides al jeque Ilderim:

¡Oh amigo mío! Las palabras que te mando son hijas de la experiencia. Un signo que aceptan como aviso todas las personas no romanas, con fortuna o bienes que perder, es la llegada de algún alto dignatario romano. El cónsul Majencio llega hoy.

¡Alerta!

Otra advertencia.

Se conspira contra ti, ¡oh amigo mío!, y en la conspiración entran los Herodes; pues tienen grandes propiedades en tus dominios, procura estar en guardia.

Envía urgentemente fieles servidores tuyos hacia el sur de Antioquía y haz que detengan a todo correo que vaya o venga por este lado; si encuentras algún mensaje que te concierna a ti o a tus negocios, es preciso que lo veas.

Esta carta debieras haberla recibido ayer, aunque si no pierdes tiempo no será demasiado tarde.

Si los mejores salieron esta mañana, tus servidores pueden adelantarse a ellos, porque conocen los caminos mejor que nadie.

No vaciles, ¡oh, amigo mío! Destruye esta carta.

Tu amigo,

Simónides.

Ilderim leyó por segunda vez las cartas; después las dobló y, envolviéndolas de nuevo en su lienzo, se metió el paquete bajo el cinturón.

Continuaron los ejercicios durante algún rato aún; en total dos horas. Cuando concluyeron, Ben-Hur puso los caballos al paso y se dirigió hacia Ilderim.

—Si me lo permites, ¡oh jeque! —dijo—, quiero devolver tus caballos a la tienda y esta tarde sacarlos de nuevo.

Ilderim se acercó a Ben-Hur, montado sobre Sirio, y le dijo:

—Haz con ellos lo que te plazca hasta después de los juegos, hijo de Arrio. Has alcanzado en dos horas más de lo que el romano (¡así los chacales roan sus entrañas!) hubiera alcanzado en muchas semanas. Ganaremos. ¡Por el esplendor de Dios!, será nuestra la victoria.

Ben-Hur permaneció al lado de los corceles mientras los criados los cuidaban en la tienda; luego se dirigió al lago y se bañó de nuevo, bebió una copa de raque y se puso sus vestiduras judías. El jeque estaba exuberante de alegría. Malluch y el joven judío fueron a pasear por el vergel. Tenían muchas cosas que decirse, y no todas de esencial importancia. Sin embargo, hay algo que debemos transcribir:

—Tengo un encargo que hacerte —dijo Ben-Hur—. Deseo que traigas mi equipaje. Se encuentra en el khan que hay junto al puente de Seleucia, a este lado del río; si te es posible, me lo traerás mañana, buen Malluch, y si no tuviera temor de darte demasiado trabajo…

Cordialmente protestó Malluch, ofreciéndole sus servicios de manera incondicional.

—Gracias, Malluch, amigo mío. Tomo tu palabra; somos hermanos de la antigua tribu y es el romano nuestro enemigo común. Ante todo, tú eres hombre de negocios, mas dudo mucho que lo sea Ilderim…

—Los árabes lo son raramente —dijo Malluch, con gravedad.

—Pues bien, Malluch, no puedo acusarlos yo de torpeza, pero será bueno no perderlos de vista un solo momento. Para evitar toda dificultad o estorbo que pudiera surgir en mi contra en las carreras, me harías un gran servicio y mi inquietud se calmaría si fueras a la oficina del circo y te enteraras de si mi adversario ha cumplido con todas las formalidades preliminares. Me harás un señalado favor si consigues una copia del reglamento. Desearía saber los colores que debo lucir y, en particular, el número de cripta que debo ocupar en el momento de la salida; sería lo mejor que estuviera cerca de Messala, a la derecha o a la izquierda. Procura arreglarlo de manera que me halle junto al romano. Malluch, ¿tienes buena memoria?

—No he fallado nunca cuando el corazón participa en el asunto como ahora, hijo de Arrio.

—Me tomo la libertad de encargarte otro servicio. Ayer vi que Messala estaba muy orgulloso de su carro, como si sólo un emperador fuera digno de montarlo. ¿Puedes decirme cuáles son sus dimensiones con exactitud y su peso aproximado? Finalmente, si esto no lo puedes conseguir, tráeme un dato que me es indispensable: la altura exacta de su eje sobre la superficie del suelo. Malluch, ¿me has comprendido? No quiero que tenga ventaja alguna sobre mí, ni servir a su gloria. Si logro la victoria, he de procurar que su derrota sea dura y que mi triunfo no ofrezca lugar a dudas. Si realmente hay ventajas, quiero tenerlas también yo.

—Comprendo, comprendo —dijo Malluch—; lo que te es imprescindible es saber, sobre todo, cuánto mide la línea vertical desde el cubo hasta el suelo. Tornemos al aduar.

Encontraron en la puerta de la tienda a un criado ocupado en llenar los viejos odres de un vino de palma recién hecho, y se detuvieron para refrescarse. Malluch regresó a la ciudad poco después. Mientras estuvieron ausentes, un mensajero, bien equipado y montado en un ligero corcel, salió hacia el sur de Antioquía con órdenes de Simónides. Era un árabe y no portaba ningún mensaje escrito.

Capítulo Tres

LAS ARTES DE CLEOPATRA

—Iras, hija de Baltasar, me envía a ti con un mensaje y un saludo —dijo a Ben-Hur un siervo, cuando se hallaba descansando en su tienda.

—Dame el mensaje.

—Desea que la acompañes a dar un paseo por el lago.

—Dile que yo mismo le llevaré la contestación.

Le llevaron al punto las sandalias y, en pocos minutos, estuvo dispuesto para ir en busca de la bella egipcia. La sombra de las montañas que precede a las tinieblas de la noche se extendía sobre el Vergel de las Palmeras. Se oían a lo lejos, por entre el follaje de los árboles, el tintineo de las esquilas, las voces de los pastores y el mugido de las vacas y de los rebaños que eran llevados a los apriscos. En el vergel la vida era en todos conceptos idéntica a la pastoril de las praderas, no tan ricas ni tan verdes, del desierto.

Ilderim presenció los ejercicios de la tarde, que fueron una réplica exacta de los de la mañana. Luego partió hacia la ciudad a entrevistarse con Simónides y no debería volver hasta la noche; pero, teniendo en cuenta lo mucho que tenían que hablar, no era probable que regresara.

Forzado a la soledad, Ben-Hur había dedicado su tiempo al escrupuloso cuidado de sus caballos; refrescado y purificado en el lago, había trocado la sencilla túnica de los ejercicios por un albo traje, cual conviene a un saduceo de pura estirpe, cenó temprano y, gracias a su naturaleza robusta, pronto se encontró descansando del violento ejercicio realizado por la tarde.

No sería sensato negar a la belleza su poder sobre el hombre, porque no existe un espíritu sensible capaz de sustraerse a su influencia. La historia de Pigmalión y de su estatua es tan poética como natural, y en sí misma, la belleza es una potencia. En aquel momento, ella era la que arrastraba a Ben-Hur. La egipcia era una mujer verdaderamente hermosa, bella de cara y perfecta de cuerpo. En su mente estaba grabada tal como la vio en la fuente y sentía el influjo de su voz, tan dulce y tan llena de gratitud hacia él. Sus grandes ojos negros, dulces y rasgados en forma de almendra, eran el signo más característico de su raza; ojos que revelaban multitud de cosas imposibles de expresar por medio de la palabra. Alta, graciosamente esbelta, envuelta en su rico y flotante manto, sólo le restaba saber si su espíritu estaba tan dotado de inteligencia como el de la sulamita, que pudiera hacerla tan terrible para él como un ejército en batalla, según el Cantar de los Cantares. En fin, cuando ella se imponía en su imaginación, el canto de Salomón vibraba en lo más íntimo de su ser inspirado por aquella idílica imagen.

Arrastrado por este sentimiento y esta esperanza, iba a convencerse de si merecía su entusiasmo. No le impulsaba el amor, sino la curiosidad y admiración, dos cosas que encaminaban al amor. El embarcadero consistía en unas sencillas gradas y una plataforma. Al llegar a él, Ben-Hur se detuvo ante el cuadro que se ofrecía a su vista. Sobre el agua, transparente como el cristal, una barquichuela se mecía, tan ligera como una cáscara de huevo. Manejaba los remos el mismo etíope que conducía el camello junto a la fuente Castalia. El bote estaba alfombrado, cubierto de almohadones y ricas telas de brillantes colores de la púrpura de Tiro. La egipcia, sentada al timón, se envolvía en chales de la India y en una nube de vaporosos encajes. Sus desnudos brazos no eran perfectos sólo en su forma, sino también llenos de gracia en sus movimientos, de la que estaban asimismo dotadas sus manos y dedos. El cuello y los hombros se protegían de la brisa de la noche por un finísimo chal que apenas los velaba.

En la ojeada que Ben-Hur echó sobre ella no pudo observar todos los detalles, pero sintió una impresión tan sólo comparable a una luz intensa, cegadora al mismo tiempo: "Tus labios son como un hilo de grana; tus sienes, como cachos de granada bajo tus cabellos. ¡Oh amiga mía, hermosa mía, levántate y ven! Porque el invierno ha pasado, la lluvia se fue, se han mostrado las flores en la tierra, ha vuelto el tiempo de la canción y se ha oído ya la voz de la tórtola". Tal fue traducida en palabras la impresión que la egipcia ejerció sobre él.

—Ven —dijo ella, al observar que él titubeaba—, o voy a pensar que eres un marino miedoso.

Las mejillas de Ben-Hur enrojecieron. ¿Sabía ella algo de su vida de galeote? Bajó al fin hasta la plataforma.

—Temía echar a pique el bote —dijo, al sentarse frente a ella.

—Por lo menos espera a que estemos en aguas más profundas —replicó Iras, al tiempo que hacía una señal al etíope, que, dejando caer los remos, comenzó a apartarse de la orilla.

Si hasta entonces el amor y Ben-Hur se hallaban desunidos, había llegado al fin la hora de que éste implorase gracia. La bella egipcia estaba sentada de manera que él no podía dejar de contemplarla y su fantasía la igualaba con Sulamita. Podían lucir las estrellas sin que él las viera y envolverle la oscuridad de la noche sin asustarle, pues sus ojos estaban deslumbrados ante la luz que irradiaban los ojos de ella. Encontrarse en una noche serena de estío, en un lago tranquilo y en compañía de semejante mujer era para complacer la fantasía del joven más exigente. ¡Es tan fácil en esa edad pasar insensiblemente de la vida vulgar a lo ideal… !

—Dame el timón —dijo Ben-Hur.

—Eso sería invertir los papeles —dijo ella—; fui yo quien te invitó a pasear conmigo. Estoy en deuda contigo y quiero pagarte. Puedes hablar y yo te escucharé o hablaré yo y me escucharás tú, según desees, pero yo escogeré adonde debemos ir y el camino que hemos de tomar.

—¿Y adonde vas a llevarme?

—¿Te has alarmado de nuevo?

—¡Oh hermosa egipcia! ¡Te pregunto solamente lo que en primer lugar pregunta un esclavo!

—Llámame Egipto.

—Más bien te llamaré Iras.

—Con ese nombre puedes pensar en mí, pero llámame Egipto.

—Egipto es un país y representa a mucha gente.

—Efectivamente. ¡Y qué país!

Acompañó estas palabras con un ardiente suspiro.

—Entonces te olvidarías de mí.

—¡Ay! Veo que no has estado allí nunca.

—¿Nos dirigimos hacia él?

—¡Qué feliz sería si pudiera ir!

—Jamás.

—¡Oh! Es el país deseado por todo el resto de la tierra en el cual no puede haber ser alguno desgraciado. Es la patria de todos los dioses y el más bendecido. El que es allí feliz lo es doblemente, y el desafortunado, cuando prueba las aguas del río sagrado, canta, juega y ríe como un niño.

—¿Debo creer que no hay allí pobres como en otras partes?

—Los pobres en Egipto son los muy sobrios en sus necesidades —replicó la joven—. Fuera de lo indispensable no tienen deseo alguno. ¡Y con qué poco se contentan! Nunca podría sospecharlo un griego o un latino.

—Pero yo no soy ni lo uno ni lo otro.

Ella se rio.

—Mi jardín está lleno de rosales magníficos. Tengo uno sobre todo maravilloso.

¿De dónde crees que procede?

—¿No es Persia la patria del rosal?

—No es de allí.

—¿Quizá de la India?

—Tampoco.

—Será entonces de alguna de las islas griegas.

—No. Un viajero en la llanura de Refain lo halló al borde de un camino; lo vio marchito y lo recogió.

—¡Oh! ¡De Judea!

—Lo planté en la tierra que el Nilo había dejado al descubierto y la blanda brisa del sur lo acarició y tuvo lástima de él. Así creció y floreció. Con su sombra, ahora, me demuestra su gratitud, y su aroma me envuelve. Es lo mismo que ocurre con los hijos de Israel. ¿En dónde llegarían a más alta perfección que en Egipto?

—Moisés es, entre muchos miles, un claro ejemplo.

—Y al interpretador de sueños, ¿lo has olvidado quizá?

—Han muerto los faraones buenos y humanos.

—¡Ah, sí! Sin embargo, el mismo sol templa hoy la misma atmósfera que respira el mismo pueblo, y el río a cuyas orillas duermen los arrulla en sus tumbas.

—Tienes razón, pero Alejandría no es más que una ciudad romana.

—No ha hecho más que cambiar de cetro. César le arrancó el de la espada, pero en su lugar le dejó el de la sabiduría. Ven al Bruqueio conmigo y te enseñaré la escuela de las naciones; ven al Serapeo, y contemplarás su perfecta arquitectura; leerás en su biblioteca los libros de todos los inmortales; en el teatro oirás las heroicas hazañas de los griegos y de los indios; encontrarás en sus muelles los triunfos del comercio. Recorre conmigo las calles, ¡oh hijo de Arrio!, y cuando se hayan marchado los filósofos llevando tras de sí los maestros de todo arte y los dioses hayan atraído a todos los devotos a sus templos y no quede otra cosa que sus placeres, escucharás historias que desde los orígenes del mundo han causado el placer de los hombres y cánticos que no morirán jamás.

Al escucharla recordó Ben-Hur la noche en que, en su casa de verano de Jerusalén, cantaba su madre con el mismo acento poético y patriótico entusiasmo las glorias de Israel.

—Ahora comprendo por qué deseas que te llame Egipto. Si te llamo por ese nombre, ¿cantarás para mí una canción? Te oí cantar anoche.

—Era el canto del Nilo —dijo la egipcia—; era mi canto un lamento, pues cuando me encuentro en el desierto, me parece oír el murmullo de las olas de mi amado río. Te cantaré mejor un canto hindú. Cuando podamos ir a Alejandría, te llevaré a la esquina de una calle en donde oirás a la hija del Ganges que me lo enseñó; Kapila, héroe de la canción, es, como debes saber, uno de sus sabios más venerados.

Y entonces comenzó a cantar sencillamente, como si fuera ésa su manera normal de expresarse.

Kapila.

Capítulo Cuatro

¡OH KAPILA, KAPILA, TAN JOVEN Y SINCERO,

yo anhelo una gloria semejante a la tuya!

Al regresar del combate te pregunto de nuevo:
"¿Cómo podré comparar mi valor con el tuyo?".
Cabalgaba Kapila en su pardo corcel;
era su porte tan grave como majestuoso.
Nada le infunde miedo a quien lo ama todo,
es el amor quien arma mi bravura/.
Una mujer me dio un día su alma entera,
y su alma fue desde entonces el alma de mi alma.
A ella le debo el valor que me anima.
Haz la prueba, haz la prueba y ya verás.

Capítulo Cinco

¡OH KAPILA, KAPILA, TAN CANOSO Y TAN VIEJO,

la reina pregunta por mí. / Pero antes de partir deseo que me digas

cómo lograste llegar a la sabiduría.
Kapila permanece a la puerta del templo,
cubierto con tosco sayal de eremita.
"No me vino el saber como a los demás mortales:
de la fe me proviene).
Una mujer me dio su corazón
y su corazón fue el corazón del mío.
De este modo aprendí la ciencia de la vida.
Haz la prueba, haz la prueba y verás"…

Apenas tuvo tiempo Ben-Hur de dar las gracias a la cantora, cuando rozó la quilla del bote el fondo y seguidamente la proa se hundió en la arena de la orilla.

—¡Qué viaje tan corto, oh Egipto! —exclamó.

—¡Más corta es la parada! —dijo ella al tiempo que un vigoroso empuje del etíope los tornó nuevamente al lago.

—Dame ahora el timón.

—¡Oh, no! —exclamó la egipcia sonriendo—. Para ti la cuadriga y para mí el bote. Estamos aún en el extremo opuesto del lago, lo cual quiere decir que si debemos avanzar no debo cantar mucho. Habiendo estado en Egipto, dirijámonos ahora al bosque de Dafne.

—¿Sin una canción por el camino? —suplicó él.

—Dime algo sobre el romano de quien nos salvaste hoy —suplicó Iras.

Esta petición no fue del agrado de Ben-Hur.

—Ojalá que fuese éste el Nilo —dijo, evadiendo la pregunta—. Saldrían de sus tumbas reyes y reinas y bogarían junto a nosotros.

—Harían zozobrar nuestro bote. Todos eran celosos. Son preferibles los pigmeos. Dime algo del romano. Es muy malo, ¿verdad?

—No debo hablarte de él.

—¿Es de familia rica y noble?

—No puedo hablarte de sus riquezas.

—¡Qué caballos tan hermosos! ¡Era de oro la caja de su carro, y las ruedas, de marfil! ¡Qué audaz! ¡Hasta los que habían estado a punto de ser aplastados bajo sus ruedas reían cuando marchó!

Al evocar este recuerdo, rió también la egipcia.

—¡Eran la hez! —dijo Ben-Hur, con acritud.

—Debe de ser uno de esos monstruos que ahora produce Roma, según dicen —y esperó con ansia su contestación—. Voraces Apolos, codiciosos como Cerberos. ¿Reside en Antioquía?

—Tiene mucho de oriental.

—Egipto sería para él más conveniente que Siria.

—No creo —exclamó Ben-Hur—. Ha muerto Cleopatra.

Divisaron unas lámparas ardiendo situadas ante las puertas de la tienda.

—¡El aduar! —señaló Iras.

—No hemos estado, pues, en Egipto. Ni he visto Karnak, ni Abidos, ni File. No es éste el Nilo. Sólo he oído un canto de la India y sólo he bogado en alas de mi fantasía.

—¡File, Karnak…! Laméntate más bien de no haber contemplado el templo de Ramsés en Abu Simbel. Al verlo se hace fácil pensar en Dios, que hizo tierra y cielo. Pero ¿de qué sirve lamentarte? Deja que nos acerquemos a la orilla, y si no voy a cantar (ya te he dicho que no quiero) podré contarte algunas historias de Egipto.

—¡Comienza ya y sigue hasta que llegue la mañana y luego la noche y el día siguiente! —exclamó con vehemencia Ben-Hur.

—¿Cuál ha de ser el tema de mis historias? ¿De matemáticas?

—¡No, no!

—¿Sobre filósofos?

—¡Oh, no!

—¿Sobre genios y magos?

—Si quieres…

—¿De guerra?

—Si es tu deseo.

—¿De amor?

—Sí.

—Te contaré una que habla de un remedio para curar el amor. Es la historia de una reina. Escúchala con respeto y veneración. El papiro que la relataba fue arrancado por los sacerdotes de manos de la propia reina. Es correcto su contenido y debe de ser verdadera.

Ne-Ne-Hofra.

I.

No hay paralelismo en las vidas humanas.

Ninguna vida recorre una línea derecha.

La existencia más perfecta desarrolla como un círculo y termina donde empezó, siendo imposible decir luego: "Este es el principio; aquél es el fin."

Las vidas perfectas son los tesoros de Dios; en los grandes días se adorna Dios con esas sortijas el dedo anular de la mano del corazón.

II.

Ne-Ne-Hofra vivía en una casa cercana a Asuán, muy próxima a la primera catarata, de tal manera que el estruendo de la eterna batalla entre las rocas y el río se oía constantemente desde su casa.

Decían de ella, porque crecía en belleza como las amapolas del jardín de su padre: "¿Qué no sería si estuviese en plena floración?".

Su vida era cada año como el comenzar de un cántico nuevo, más delicioso que los precedentes.

Hija de la coyunda entre el norte, limitado por el mar, y el sur, cuyo límite era el desierto que se ensancha más allá de los Montes de la Luna, el uno le concedió su genio y el otro su pasión. Así, cuando ambos la contemplaban, reían dulcemente diciendo: "Es mía"; pero añadían con generosidad: "¡Es nuestra!".

Contribuían a su perfección todos los dones de la naturaleza que se regocijaban en su presencia. Cuando paseaba por el jardín, los pajarillos la saludaban agitando sus alas; los vientos enviaban sus brisas refrescantes y acariciadoras; salían del agua los blancos lotos para contemplarla; el río retardaba su curso para que ella se mirara en su cristal; las palmeras se inclinaban y sacudían alegres sus palmas. Flores, aves y agua parecían decir: "Yo te di mi fragancia, yo mi gracia y yo mi transparencia". Y así cada cosa le dio la virtud de que la adornaba. Ne-Ne-Hofra era a los doce años la delicia de Asuán; a los dieciséis, era universal la fama de su belleza, y a los veinte aparecían los príncipes del desierto montados sobre rápidos camellos, o los señores de Egipto en sus doradas barcas. Y todos partían entristecidos y por doquier iban diciendo: "La he visto y no es una mujer, sino la misma diosa Athor".

III.

De los trescientos sucesores del buen rey Menes, dieciocho fueron etíopes. Oretes, uno de ellos, contaba entonces ciento diez años de edad. Su reinado duró setenta y seis años, y bajo su gobierno, el pueblo prosperó y el campo gimió de hartura en la plenitud de su fertilidad. Había visto y oído muchas cosas, conociéndolas profundamente y practicando su sabiduría… Vivía en Menfis, donde tenía su palacio principal, sus arsenales y sus tesoros, pero venía a Butos para conversar con Latona.

Murió la esposa del buen rey. Era demasiado anciana para un perfecto embalsamamiento. Como la quería entrañablemente, se vistió de luto y no había consuelo para él, en vista de lo cual, un habitante de Cólquida osó hablarle un día…

—Me asombra, ¡oh Oretes!, que un rey tan sabio y grande no se cure de una pena como ésta.

—Tú me dirás cómo —dijo el rey.

El hombre besó tres veces el suelo antes de darle su respuesta, y sin temor a que la muerta lo oyese, dijo:

—En Asuán, bella como la hermosa Athor, vive Ne-Ne-Hofra. Ve a buscarla. Muchos príncipes, reyes y grandes señores han ido a verla; pero ¿quién dice que rehusará a Oretes?

IV.

En una barca magnífica, bajaba Ne-Ne-Hofra por el Nilo; no menos bella que la suya, una flota de barcas le servía de escolta. La Nubia y Egipto, una hueste de trogloditas y no pocos libios de más allá de los Montes de la Luna se agolpaban en las márgenes, llenas de tiendas, para contemplar el cortejo que avanzaba impulsado por los dorados remos en alas del perfumado viento. A través de una avenida de esfinges y alados leones, fue llevada ante Oretes, que estaba sentado en el pórtico del palacio en un alto trono esculpido. La joven se prosternó. Él la hizo levantarse y la sentó a su lado. Abrochó el ureus en su brazo, la besó y Ne-Ne- Hofra pasó a ser la reina de las reinas.

Pero no bastaba esto al viejo Oretes; necesitaba amor. La trató con ternura y le mostró sus palacios, todas sus posesiones, ciudades y pueblos; luego sus ejércitos desfilaron ante ella; le mostró sus flotas, y tomando su mano la llevó a las cuevas donde guardaba sus tesoros.

—¡Bésame, oh Ne-Ne-Hofra, con un beso de amor, y todo será tuyo! —le dijo. Creyendo que podría ser feliz, si no lo era aún, ella le besó hasta tres veces… ¡Tres veces, a pesar de sus ciento diez años!

El primer año fue muy feliz, pero corto; el tercer año fue desgraciada, y fue muy largo. Se dio cuenta entonces de que no era amor lo que sentía por Oretes, sino que estaba deslumbrada por su poderío. ¡Ojalá su error hubiera durado siempre! Su espíritu la abandonó y sus lágrimas fueron amargas. Sus mujeres llegaron a olvidar su risa. Las rosas de sus mejillas perdieron el color.

La reina iba marchitándose y pereciendo poco a poco.

Algunos dijeron que la perseguían las Erinias por su crueldad hacia un amante; otros, que había sido herida de muerte por algún dios envidioso de Oretes. Sea cual fuere la causa de su languidez, los encantamientos de los magos fueron nulos para curarla e ineficaces las prescripciones de los médicos.

Ne-Ne-Hofra estaba condenada a morir.

En la tumba de las reinas escogió Oretes una cripta para ella y llamando a los artistas del pincel y la escultura de Menfis, guiados por diseños maravillosos, los hizo ponerse a la obra.

—¡Oh reina mía, bella como la misma Athor! —clamaba el rey, cuyos ciento trece años no habían aminorado sus ardores amorosos—. Dime, te suplico, ¿qué enfermedad es la que te hace languidecer lenta e irresistiblemente?

—¡Dejarías de amarme si te lo dijese! —respondió ella presa de pánico e incertidumbre.

—¡Te amaré más aún! ¡Te lo juro! Lo juro por los genios de Amentor y por el ojo de Osiris. ¡Habla! —le gritó con la autoridad de un rey y con el ardor de un amante.

—Escúchame, pues —respondió ella—. Hay un anacoreta, el más viejo y el más santo de todos, que habita en una cueva cerca de Asuán. Su nombre es Menofa. Fue mi guardián y maestro. Hazle venir, ¡oh Oretes!, y él te dirá lo que deseas saber; él te ayudará a buscar remedio a mi pena.

Oretes saltó feliz y se marchó; su espíritu se sentía cien años más joven.

V.

—¡Habla! —dijo Oretes a Menofa, en el palacio de Menfis.

Y Menofa replicó:

—¡Oh poderoso señor! Si fuerais joven no me atrevería a hablaros, porque estoy todavía satisfecho de la vida; así pues, te diré que la reina, como cualquier simple mortal, está pagando la pena de su crimen.

—¿Un crimen? —dijo airado Oretes.

Menofa se inclinó profundamente.

—Sí; un crimen contra ella misma.

—No estoy para descifrar enigmas —dijo el rey.

—No te parecerá un enigma cuando te lo explique. Ne-Ne-Hofra creció bajo mi dirección y me contaba hasta sus más pequeños secretos. De esta forma llegué a saber que amaba al hijo de un jardinero de su padre, de nombre Barbee.

Oretes dejó de fruncir el ceño, algo que parecía extraño.

—Ella fue a ti, ¡oh rey!, con este amor en su corazón.

—¿Dónde está el hijo del jardinero? —inquirió Oretes.

—En Asuán.

Salió el rey y dio dos órdenes. A un siervo le dijo:

—Ve a Asuán y tráeme a un hombre llamado Barbee. Le hallarás en el jardín del padre de la reina.

Al otro siervo le ordenó:

—Reúne trabajadores, máquinas y animales y haz construir en el lago Chemmis una isla que, aunque lleve encima un palacio, un templo y un jardín con toda clase de árboles frutales, flote al capricho de los vientos. Esa isla debe estar terminada y completamente provista hacia la época en que la luna comienza a menguar.

Dijo después a la reina:

—Alégrate. He sido informado y he mandado a buscar a Berbec.

Ne-Ne-Hofra besó sus manos.

—Le tendrás para ti sola y él te tendrá a ti, y nadie turbará vuestros amores por espacio de un año.

Ne-Ne-Hofra besó sus pies. Oretes la levantó y a su vez la besó y volvieron las rosas a sus mejillas, el escarlata a sus labios y la risa a su corazón.

VI.

Ne-Ne-Hofra y el jardinero Barbee vivieron por espacio de un año en su isla, que a impulsos del viento flotaba sobre la superficie del lago. Era la isla de Chemmis una de las maravillas del mundo; jamás fue más delicioso ningún retiro de amor; y así transcurrió un año durante el cual vivieron el uno para el otro sin ver a nadie. Al finalizar el año, Ne-Ne-Hofra tornó como reina al palacio de Menfis.

—¿A quién amas más ahora? —preguntó Oretes.

Ella, besándole, le dijo:

—Tómame de nuevo contigo porque ya estoy curada, ¡ oh rey!

Rió Oretes.

—Entonces, ¿es verdad lo que dijo Menofa? ¡Ja, ja, ja! ¿Es verdad que el amor es el remedio contra el amor?

—Así es —contestó ella.

Mas, al pronto, cambiaron las facciones del rey y su expresión fue terrible.

—Pues yo no encuentro que sea así —replicó.

Ella, asustada, retrocedió.

—Oretes puede perdonarte como hombre tu criminal ofensa —continuó—, pero debe ser castigada la que inferiste a Oretes como rey.

Ella se arrojó a sus pies.

—¡Calla! —gritó—. ¡Has muerto ya!

Y dando una palmada empezó a llenarse la estancia de una terrible procesión de embalsamadores, equipados con los instrumentos e ingredientes de su repugnante arte. El rey señaló a Ne-Ne-Hofra.

—Cumplid con vuestro deber. ¡Ésta es la muerta!

VII.

Transcurridos setenta y dos días, Ne-Ne-Hofra fue conducida a la cripta que para ella había sido escogida con anterioridad y depositada al lado de sus antecesoras.

Ningún funeral se celebró en su honor en el lago sagrado.

A los pies de la egipcia se sentaba Ben-Hur cuando Iras terminó su relato. Sobre la frágil mano que gobernaba el timón, descansaba la de Ben-Hur.

—Menofa no tenía razón —le dijo.

—¿Por qué?

—El amor vive amando.

—¿No existe, pues, remedio contra él?

—Sí.

—¿Cuál?

—Oretes encontró el remedio. ¡La muerte!

—Sabes escuchar bien, ¡oh hijo de Arrio! Las horas pasaron sin sentir, entre historias e interesantes coloquios. Cuando atracaron en la orilla, ella le dijo:

—Mañana iremos a la ciudad.

—¿Asistirás a los juegos? —preguntó Ben-Hur.

—¡ Decididamente!

—Te enviaré mis colores.

Y se separaron.

Capítulo Seis

MESSALA EN GUARDIA

Cerca de la hora tercia del día siguiente, volvió Ilderim a su aduar.

Al verle llegar se le acercó un hombre, al que reconoció como a uno de su tribu, y le dijo:

—Me ordenan que te entregue este papiro, ¡oh jeque!, con el ruego de que lo leas enseguida. Si hay contestación esperaré el tiempo que necesites.

Se apeó Ilderim y se puso a leer inmediatamente su contenido; el sello estaba ya roto. "A Valerio Graco, en Cesárea", decía la dirección.

—¡Que Abadón cargue con él! —gruñó Ilderim al ver que la carta estaba escrita en latín.

Podría haberla leído de haber sido redactada en griego o en árabe. No siendo así, sólo pudo saber que la firmaba Messala y, viéndolo, sus ojos echaron fuego.

—¿Dónde está Ben-Hur? —preguntó.

—En el campo con los caballos —replicó un siervo.

Colocando la carta en su envoltura, la metió en su cinturón y montó de nuevo su caballo.

En aquel momento apareció un extranjero que parecía llegar de la ciudad.

—Busco al jeque Ilderim, llamado el Magnánimo —dijo.

Sus atavíos y su lenguaje denotaban que era un romano.

Aunque no podía leer el latín, sin embargo, lo hablaba; así, pues, el viejo árabe respondió con dignidad:

—Yo soy el jeque Ilderim.

La mirada del extranjero bajó a tierra, pero, alzándola enseguida, dijo con gravedad fingida:

—Me han dicho que necesitabas un conductor para tus caballos en los juegos próximos.

El labio del jeque se levantó con desdén bajo su blanco bigote.

—Ya tengo un conductor; sigue tu camino.

Se disponía ya a irse el extranjero, cuando habló de nuevo:

—Jeque, me gustan tus caballos; dicen que son los mejores del mundo.

Se ablandó el anciano. Tiró de la rienda, como si accediera a la lisonja, y exclamó:

—¡En otra ocasión te los enseñaré, pero hoy no! Ahora estoy muy ocupado.

Mientras el extranjero regresaba a la ciudad, él se dirigió al campo. Aquél iba risueño. Había cumplido su misión.

A partir de este día, hasta el señalado para los juegos, cada mañana llegaba un hombre, a veces dos o más, al vergel de las Palmeras, preguntando por Ilderim y tratando de ser admitidos como conductores de su cuadriga.

De esta forma, Messala procuraba vigilar a Ben-Hur.

Capítulo Siete

ILDERIM Y BEN-HUR DELIBERAN

Ilderim esperó a que Ben-Hur retirara los caballos del campo y volviese a la tienda. Estaba satisfecho, porque el joven había ejercitado sus caballos en todos los pasos; los vio galopar con tal velocidad que no podría decirse cuál era el más rápido. Corrían los cuatro como un solo animal.

—Esta tarde te devolveré a Sirio.

Y Ben-Hur, al decirlo, acariciaba el cuello del viejo caballo.

—Te lo devolveré y engancharé el carro.

—¿Tan aprisa? —dijo Ilderim.

—Con unos caballos como los tuyos, bastaría un día, buen jeque. Nada les asusta, tienen la inteligencia de un hombre y les gusta el ejercicio. Este —y sacudió la rienda sobre el lomo del más joven de los cuatro—, este al que tú llamas Aldebardn, es el más ligero; en una sola vuelta al estadio sacará al menos tres cuerpos de ventaja sobre los otros.

Ilderim, con ojos chispeantes, se estiraba la barba.

—Sí. Aldebardn, es el más rápido. Pero ¿qué me dices del más lento?

—Éste —y Ben-Hur señaló con las riendas a Antarés—. Mas él será el que gane, porque, ¡oh jeque!, éste estaría corriendo todo el día sin descanso y, cuando el sol se pusiera, alcanzaría, al caballo más veloz.

—Tienes de nuevo razón —dijo Ilderim.

—¡Oh jeque! Sólo tengo un temor.

Ilderim se puso serio.

—En su codicia por triunfar, un romano usa de infinitos ardides. Obsérvalo bien; en las carreras de cuadrigas no se atienen a las leyes del honor y sus bribonadas no perdonan ni al caballo, ni al conductor, ni al dueño. Por tanto vigila bien tus caballos a partir de hoy hasta la prueba final; no dejes que los vea ningún extranjero. Si deseas estar bien seguro, pon vigilancia armada día y noche. Que estén siempre alerta. Entonces sí que podré asegurarte el triunfo.

Se dirigieron a la puerta de la tienda y desmontaron.

—Será ejecutado tu consejo. ¡Por el esplendor de Dios! Ninguna mano que no sea la de mis más fíeles servidores los ha de tocar. Por la noche serán vigilados. Pero mira, ¡oh hijo de Arrio! —Ilderim sacó el mensaje, lo abrió lentamente y, después de sentarse en el diván, dijo—: Mira, ayúdame a descifrar este latín —y puso el pergamino en manos de Ben-Hur—.

Léemelo en voz alta, tradúceme en la lengua de tus padres lo que ahí encuentres. El latín es abominable.

Ben-Hur tomó muy animado el papiro y comenzó a leer: "Messala a Graco".

Cambió el color. El presentimiento hizo afluir la sangre a su corazón. Se detuvo e Ilderim observó su agitación.

—Estoy esperando.

Ben-Hur rogó que le dispensara y volvió a empezar la lectura del mensaje que, como adivinará el lector, era una de las cartas remitidas con tantas precauciones por Messala a Graco al día siguiente de la orgía en el palacio. Los primeros párrafos denotaban que el escritor no había olvidado sus antiguos hábitos satíricos. Mas al llegar a los destinados a refrescar la memoria de Graco, su voz temblaba por la emoción que no lograba dominar. Haciendo un esfuerzo de voluntad continuó: "Según recuerdo dispusiste de la familia Hur tal como convinimos entonces, de modo que quedase oculta la muerte, y ésta apareciese como natural — hizo una pausa el lector respirando con angustia—, cortando de raíz toda complicación futura".

El joven interrumpió la lectura. El pergamino resbaló de sus manos y con ellas se cubrió la cara…

—Han muerto, ¡muerto!… ¡Sólo yo he quedado con vida!

Ilderim había sido mudo testigo del sufrimiento del joven, a quien compadecía en el fondo de su corazón.

—Debo pedirte perdón —dijo, levantándose—. Lee ese papiro para ti solo, y cuando seas dueño de tu corazón, hijo de Arrio, me dirás lo que resta; llámame y volveré.

Apenas salió de la tienda, Ben-Hur se arrojó sobre el diván y dio rienda suelta a sus lágrimas.

Cuando pudo sobreponerse a su dolor, recordó que aún no había terminado su lectura, recogió el papiro y se dispuso a leerlo.

"Tendrás presente en tu recuerdo lo que hiciste con la madre y la hermana del malhechor; pues bien, y éste es sólo uno de los motivos de mi carta, deseo saber si han muerto o viven aún".

Ben-Hur no daba crédito a sus ojos y, leyendo nuevamente el párrafo, exclamó:

—No sabe si están muertas. ¡Dios sea bendito! Todavía hay esperanza.

Al fin, sintiéndose más confortado pudo leer con más ánimo hasta el fin.

—¡Viven! —dijo después de reflexionar—. No han muerto, pues de lo contrario habría llegado la noticia a sus oídos.

Volvió a leer el mensaje con más seguridad y confirmó esa opinión. Entonces envió a buscar al jeque.

—Al venir bajo tu hospitalario techo —dijo, ya sereno, cuando Ilderim se hubo sentado y ambos quedaron solos—, no tenía intención de hablarte de mí, sino de mostrarte mi habilidad para conducir tus caballos y que pudieras confiármelos. No te conté entonces mi historia, pero el azar ha puesto en mis manos esta carta y me impulsa a confiarme a ti. Y lo hago con tanto mayor motivo cuanto, según se deduce, estamos ambos amenazados por el mismo peligro, contra el que debemos luchar juntos. Te leeré la carta y te daré las oportunas explicaciones; no te extrañarás entonces de que su lectura me haya trastornado de tal modo. Si me crees débil o pueril, te ruego que me disculpes.

El jeque escuchó en silencio la lectura hasta que Ben-Hur llegó al párrafo en que se le nombraba especialmente:

"Ayer vi al judío en el bosque de Dafne, y si ahora no se encuentra allí, de seguro que no andará muy lejos, lo que permite una fácil vigilancia. Si me preguntas dónde se encuentra, podría decirte con seguridad que en el Vergel de las Palmeras…".

—¡Ah! —exclamó Ilderim, y su tono de voz no podría decirse si era de cólera o sorpresa, al tiempo que se tiraba de las barbas.

—"… en el Vergel de las Palmeras" —volvió a leer Ben-Hur—, "bajo la tienda del traidor Ilderim…".

—¿Traidor yo… ? —gritó el anciano, mientras la cólera estremecía su barba e hinchaba las venas en su cuello y frente como si estuvieran a punto de estallar.

—Espera un momento, jeque —dijo Ben-Hur suplicante—. Ésa es la opinión que tiene de ti Messala. Atiende ahora a su amenaza.

—"… bajo la tienda del traidor Ilderim, a quien nuestra mano poderosa llegará a dar alcance. No te sorprendas, pues, si cualquier día llega a tus oídos que Majencio, como medida provisional, embarca al árabe con dirección a Roma".

—¡Mandarme a mí a Roma! ¡A mí, jeque de diez mil jinetes con lanza! ¡A mí! ¡A Roma!

Saltó sobre sus pies, e incorporándose extendió sus brazos, curvando sus dedos como garras. Sus ojos tenían el brillo de los de las serpientes.

—¡Oh, Dios! Sí… ¡por todos los dioses excepto los de Roma! ¿Cuándo tendrán fin estas insolencias? ¡Un hombre libre como yo! ¡Libre como es mi pueblo! ¿Debemos morir como esclavos? ¿O acaso he de vivir como un perro que se arrastra a los pies de su amo? ¿Debo lamer sus manos para eludir el castigo? ¡Lo que es mío es mío! ¿No soy el amo de mí mismo? ¡Debo dar gracias porque aún me dejan vivir! ¡Oh, si aún fuera joven! ¡Oh, si pudiera quitarme el peso de veinte…, diez o cinco años!

Sus dientes crujían y sus brazos se agitaban por encima de la cabeza; mas de pronto se dirigió a Ben-Hur bajo el impulso de una idea, y asiéndolo de un brazo le dio un apretón.

—Hijo de Arrío, si yo fuera como tú, joven, fuerte y tan experimentado en las armas; si tuviera como tú un motivo poderoso que me impulsara a la venganza, a una santa venganza… ¡Ea! Fuera disimulos. ¡Hijo de Hur, hijo de Hur! Yo te digo…

Al oírse llamar por ese nombre la sangre pareció paralizarse en sus venas. Miraba sorprendido al árabe, preso en el hechizo de su fiera mirada, y sus ojos brillaban como los suyos.

—¡Hijo de Hur! Si yo estuviese en tu lugar con sólo la mitad de los agravios recibidos, soportando recuerdos angustiosos, no podría permanecer quieto.

Como un torrente, atropellándose unas palabras a las otras, sin interrupción continuó el viejo:

—Me consagraría a la venganza, añadiendo a mis ofensas las que han inferido al mundo entero. Avivaría la llama del odio de país en país. En ninguna guerra de libertad dejaría de estar comprometido; en cada una de las batallas contra Roma tomaría parte. Me declararía parto si no pudiera hacerme cosa mejor. Aunque me faltaran los hombres, intentaría todo cuanto estuviese en mis manos… Ja, ja, ja! ¡Por el dios esplendoroso! ¡Haría causa común con las mismas fieras en la esperanza de levantarlas contra Roma, el enemigo común! Usaría toda clase de armas con tal de que mis víctimas fueran romanos y me gozaría en su matanza. Sería para mí una guerra sin cuartel… ¡Les haría perecer en las llamas!… ¡Al hierro todo el que hubiera nacido en Roma!… Rogaría a los dioses buenos, y a los malos igualmente, que me prestasen sus terribles armas: tempestad, diluvios, frío y calor y cuantas plagas y epidemias imaginables nos llegan por aire, tierra y mar. ¡Oh, no podría tener un instante de reposo! Yo… Yo…

Falto de aliento, se detuvo Ilderim, vibrante y retorciéndose las manos. Sus ojos lanzaban rayos de ira y su voz era penetrante como un grito en la noche. Ben-Hur no retuvo de esta apasionada explosión más que la vaga impresión de un torrente que todo lo arrollara.

Por primera vez en muchos años, el desafortunado joven se oía llamar por su nombre. Un hombre por lo menos le aceptaba y reconocía sin hacerle demostrar su identidad.

¿Cómo sabía Ilderim su secreto? ¿Por la carta? No. La carta hablaba de las crueldades infligidas a su familia, refería la historia de sus propios infortunios, pero no decía que fuera la víctima él, escapado milagrosamente a la suerte que le había sido reservada. Se sentía satisfecho y la esperanza anidaba nuevamente en su espíritu, pero conservaba un aire de dignidad.

—Buen jeque, respóndeme. ¿Cómo te llegó este mensaje?

—Mis gentes vigilan los caminos que unen las ciudades importantes —respondió sin disimulo—. Le ha sido arrebatado a un correo.

—¿Saben que son gente de tu tribu?

—No. Para todo el mundo son ladrones a los que tengo obligación de dar caza y exterminar; pero…

—Me has llamado hijo de Hur, y en efecto ése es el nombre de mi padre. Yo creía que era un desconocido en la tierra. ¿Cómo me has reconocido tú?

Ilderim vaciló, pero al cabo de unos instantes contestó:

—Te conozco, pero no puedo decirte otra cosa.

—¿Hay alguien que te obligue a callar?

El jeque guardó silencio y se marchó, pero al observar el entristecido gesto de Ben-Hur, se volvió y le dijo:

—Hablaremos de esto en otro momento. Voy a la ciudad; cuando vuelva, es posible que pueda hablarte abiertamente. Dame la carta.

El jeque enrrolló el pergamino, lo cubrió con su envoltura y, con redoblada energía, dijo:

—¿Qué me respondes a lo que te he dicho que haría yo en tu lugar? Nada me has dicho.

—Tenía intención de contestarte, jeque, y lo haré.

La voz de Ben-Hur era firme y en sus ojos brillaba la misma pasión que había demostrado el árabe.

—Haré todo cuanto un hombre puede hacer. Mucho tiempo hace que consagré mi vida a la venganza. Los cinco años que viví en Roma, hora tras hora esa idea ocupaba mi mente. Deseaba su educación sólo para mi futura venganza. Busqué los mejores maestros y profesores, pero no los de retórica y filosofía. No tenía tiempo que perder con ellos. Las artes esenciales de la guerra eran mi pasión. Traté con gladiadores y luchadores del circo y ellos fueron mis instructores. En los campamentos aprendí disciplina y táctica, y aquellos instructores estaban orgullosos de mí y me aceptaron como su discípulo. ¡Oh jeque! Soy soldado, pero lo que anhelo exige que sea capitán. Esta idea me indujo a tomar parte en la campaña contra los partos. Al fin de ella, si Dios me conserva la vida y la fortaleza… entonces… —levantando sus puños al aire, dijo con ardor—: ¡Seré un eterno enemigo de Roma y pagará con la sangre de sus hijos todas sus iniquidades! Esta es mi respuesta, jeque.

Puso su mano Ilderim sobre el hombro del joven y, dándole un beso, exclamó:

—Si tu Dios no te apoya, hijo de Hur, es porque está muerto. Toma cuanto tengo; si es tu deseo, me comprometeré por medio de un juramento. Mis hombres, mis brazos, mis caballos y mis camellos están en tus manos. El desierto es el mejor campo de instrucción. ¡Te lo juro! Basta por ahora. Antes de la noche oirás hablar de mí.

Capítulo Ocho

ENTRENANDO A LOS CABALLOS

El mensaje interceptado era una revelación completa. Ponía al descubierto los propósitos homicidas para aniquilar la familia Hur. Para el joven era una confesión del crimen cometido y un aviso de los peligros que le amenazaban. Así, cuando el jeque abandonó la tienda, Ben-Hur comprendió que debía madurar mucho su plan de acción y proceder de una forma enérgica e inmediata. Eran sus enemigos los más poderosos y sutiles que podía tener en todo Oriente. Si ellos sentían miedo, él tenía también razón de sentirse temeroso. Concentrándose, se puso a reflexionar fríamente sobre la situación, cosa difícil, porque le dominaban los sentimientos al recordar a su familia. Experimentaba una satisfacción enorme al saber que su madre y su hermana vivían, sin detenerse a pensar que su seguridad era muy incierta y poco firme.

Sólo una persona podría decirle dónde estaban; eso significaba para él un gran descubrimiento y, en su esperanza tanto tiempo diferida, creyó haber llegado al término de sus investigaciones. Todo se reducía a una cuestión de sentimiento. Ahondando más, debió confesarse que se fundaba en la esperanza de que Dios había de ayudarle de una manera particular y esta fe le aconsejaba que permaneciera tranquilo.

Le asombraba, por otra parte, que Ilderim supiera su origen. ¿Quién le había informado? ¿Malluch? Con seguridad que no. ¿Simónides? Menos aún, pues tenía gran interés en que su secreto se mantuviera oculto. ¿Quizá Messala? Hubiera sido muy peligroso para él correr semejante albur.

Cuantas conjeturas hacía eran vanas, de forma que Ben-Hur se sentía desalentado al no encontrar solución al enigma. Quienquiera que fuese el que había revelado su secreto, tenía la seguridad de que se trataba de una persona amiga y que en el momento oportuno se mostraría a él. De momento era necesario esperar y tener paciencia. Era posible que el jeque hubiera ido a ver a dicha persona y la carta precipitase la revelación.

Para huir de las acusaciones de su conciencia por algunas negligencias con referencia a Tirzah y a su madre, decidió dar un paseo por el Vergel de las Palmeras. Se detuvo junto al lago. Sus centelleantes ondulaciones traían a su pensamiento a la hermosa egipcia, en su perfecta belleza, el paseo que habían dado, el hechizo de sus historias y cantos, que habían hecho inolvidable aquella noche. No podría olvidar la armonía de sus movimientos, la dulzura de su sonrisa, la atención de que le hacía objeto y el suave calor de su mano cuando él la tomó entre las suyas sobre la caña del timón. De ella a Baltasar había un corto camino accesible en su espíritu que Ben-Hur sin darse cuenta había franqueado, pensando en las extrañas cosas de que aquél había sido testigo; de ahí pasó al Rey de los judíos, que el buen hombre esperaba con devoción paciente. ¡Un reinado de almas! Era ésta una idea no compatible con su fe de saduceo; le parecía una abstracción sacada de las profundas oscuridades de una devoción tierna y soñadora en demasía. Un reino de Judea era algo claro y comprensible; así había sido, y era natural que así debía ser. Su orgullo se avenía perfectamente a la idea de un nuevo reino más extenso, más poderoso y rico y de mayor esplendor que el antiguo. Si el nuevo rey era más poderoso y sabio que Salomón, él podría encontrar la forma de desarrollar su actividad y satisfacer su venganza. En este estado de ánimo regresó al aduar.

Tras la comida del mediodía, encontró Ben-Hur una importante ocupación revisando minuciosamente su cuadriga, lo que llevó a cabo a plena luz y con escrupuloso cuidado. Nada escapó a su examen. Con gran placer, que comprenderemos mejor después, vio que el modelo era griego; a su juicio y para su propósito, mejor que el romano en todos conceptos: más espacio entre ambas ruedas, más fuerte y más bajo; también más pesado, pero esta desventaja la suplía la mayor resistencia de sus cuatro caballos árabes. En general, los constructores de estos vehículos sólo tenían en cuenta que se destinaban a las carreras, sacrificando la belleza y la gracia a la resistencia y duración, mientras que los carros griegos, destinados a la guerra, y sus similares seguían siendo los modelos preferidos por los que ansiaban conquistar una corona en los juegos ístmicos u olímpicos. Al terminar aquel examen, sacó los caballos y, enganchándolos en el carro, se encaminó hacia el campo de los ejercicios, donde hora tras hora los enseñó a correr bajo el yugo.

Cuando volvió por la noche, su espíritu estaba robustecido y abrigaba el propósito firme de retardar el asunto de Messala hasta después de las carreras. Tanto si vencía como si fracasaba, sería consumada su venganza. No podía menos de saborear la idea de enfrentarse con su mayor adversario a la vista de todo Oriente. Que hubiese otros competidores no le preocupaba lo más mínimo. Confiaba absolutamente en la victoria; no dudaba que era hábil; en cuanto a los corceles, eran fieles compañeros que compartirían su triunfo.

—¡Ya lo verá, ya lo verá! ¡Mi Antaresl… ¡Ah, Aldebardnl ¿Abandonaremos la victoria, Rigel? Y tú, Altair, rey de los corredores, ¿dejarás que nos derroten? ¡Ah, mis buenos amigos!

En los ratos de descanso iba de uno a otro caballo, hablándole en particular a cada uno, no como un amo, sino como hablaría el primogénito a sus hermanos más pequeños. Hacia el atardecer, estaba Ben-Hur sentado a la puerta de la tienda esperando a Ilderim, que aún no había regresado de la ciudad. No se sentía impaciente, ni triste ni indeciso. Sabía que acabaría escuchando al jeque. Quizá fuera la satisfacción por los resultados de los ejercicios, o tal vez sintiera ese bienestar que produce, después del continuado y rudo trabajo corporal, sumergirse en un baño de agua fresca, o el que se siente al satisfacer con un alimento sano y abundante un fuerte apetito, o, en fin, esa reacción moral con que la naturaleza nos hace superar una depresión de ánimo demasiado prolongada; no analizaba el motivo; quizá todo en conjunto le hacía sentirse seguro y exultante de alegría. Se confiaba en manos de la providencia, que al fin se le mostraba amiga.

Al cabo de unos momentos oyó el galope de un caballo y segundos más tarde apareció Malluch.

—¡Hijo de Arrio! —le llamó alegremente—, te saludo en nombre del jeque Ilderim. Te ruega que montes a caballo y me sigas a la ciudad. Te está esperando.

Ben-Hur no hizo preguntas; entró en la tienda donde los caballos comían su cebada. Aldebardn se adelantó hacia él como ofreciéndole sus servicios. Ben-Hur lo acarició con cariño, pero no eligió ninguno de los cuatro destinados a las carreras. Más tarde los dos amigos cabalgaban rápida y silenciosamente hacia la ciudad. A poca distancia del puente de Seleucia, algo más abajo, cruzaron el río en barca y, después de haber seguido la orilla derecha bastante trecho, cruzaron de nuevo el río en otro transporte y entraron en la ciudad por el oeste. Daban un gran rodeo, pero Ben-Hur comprendió estas precauciones y sabía los motivos que obligaban a adoptarlas. Cuando llegaron a la casa de Simónides, bajo el puente, Malluch soltó las riendas.

—Apéate. Ya hemos llegado. Ben-Hur reconoció el lugar enseguida.

—Y el jeque ¿dónde está? —preguntó.

—Yo te guiaré. Ven conmigo.

Un sirviente se hizo cargo de los caballos, pero antes de que se los llevara se encontraba Ben-Hur en el piso superior ante la puerta y oía que le decían:

—Entra, en el nombre de Dios.

Capítulo Nueve

SIMÓNIDES RINDE CUENTAS

Malluch no cruzó la puerta y Ben-Hur entró solo.

Era la misma estancia donde, tiempo atrás, había hablado con Simónides; apenas había cambiado, pero ahora, al lado de la gran poltrona, se veía un vástago de bronce bruñido sobre pedestal de madera, que se elevaba algo más alto que la talla de un hombre de buena estatura. Sobre sus brazos móviles sostenía seis lámparas de plata encendidas. La claridad que desprendían permitía distinguir los paneles y complicados dibujos de la cornisa y de la claraboya, cubierta de cristales de mica color violeta.

Ben-Hur se adelantó unos pasos y se detuvo.

Tres personas le miraban atentamente: Simónides, Ilderim y Esther. La muda mirada del joven pasó de uno a otro, como buscando respuesta a la pregunta que formulaba a medias: "¿Qué querrán de mí?". Sin embargo, pronto se tranquilizó, pues por un segundo se había preguntado si eran amigos o enemigos. Sus ojos se detuvieron en Esther.

Los dos hombres le miraban con simpatía; sus rostros reflejaban algo más que afabilidad, algo demasiado espiritual para poder definirlo y que percibió Ben-Hur en su conciencia sin análisis ni reflexiones.

¿Habrá que decirlo? La contemplación de Esther hizo levantar en el fondo de sus recuerdos la imagen de la egipcia, que no pudo por menos de comparar con la hebrea; pero fue una visión fugaz y, como suele suceder, la imagen se desvaneció antes de que el joven llegara a una conclusión.

—¡Hijo deHur!

Se volvió el joven hacia quien le dirigía la palabra.

—Hijo de Hur —exclamó Simónides, repitiendo lentamente su nombre con distinto énfasis, remarcando toda su importancia ante aquel que debía mostrarse interesado en comprenderla—. ¡La paz del señor sea contigo! La paz te dé el Dios de nuestros padres y recíbela también de mi parte…

Hizo una pausa y añadió:

—De mi parte y de parte de los míos.

Simónides, recostado en su silla, pálido, con la cabeza digna de un monarca, su aire dominante, a cuyo aspecto los visitantes olvidaban la fatiga de sus miembros y el destrozado cuerpo del anciano israelita. Sus ojos vivos y negros miraban bajo sus blancas cejas con gravedad, pero no severos. Momentos después cruzaba sus manos sobre el pecho. Esta acción, juntamente con el saludo, tenía un significado bien sencillo y Ben-Hur no tardó en interpretarlo.

—Simónides —dijo el joven conmovido—, acepto la santa paz que me ofreces. Como un hijo a su padre, te la deseo igualmente. Sólo te ruego que haya entre nosotros perfecto acuerdo e igualdad.

De esta forma apartó con delicadeza la sumisión del comerciante y, en vez de la relación de amo a criado, estableció otra más alta y más santa.

Simónides dejó caer sus manos y, dirigiéndose a Esther, dijo:

—Hija mía. Trae un asiento para el amo.

Ella se apresuró a traer un taburete y se mantuvo en pie con el rostro lleno de rubor, mirando de Simónides a Ben-Hur y de éste a su padre. Cuando una pausa tan prolongada comenzó a resultar embarazosa, Ben-Hur se adelantó y, tomando el escabel de manos de Esther, se dirigió al comerciante, colocó a sus pies y, dijo:

—Quiero sentarme aquí.

Se encontraron sus ojos con los de Esther, aunque sólo un instante, y ambos tuvieron una gratísima impresión. Ella leyó en ellos la gratitud y la magnanimidad del joven.

Se inclinó Simónides como dando las gracias.

—Tráeme los documentos, hija mía —exclamó, exhalando un suspiro de alivio.

Esther se dirigió a uno de los paneles, lo abrió y sacó un rollo de pergaminos que entregó a su padre.

—Dices bien, hijo de Hur —comenzó Simónides, en tanto observaba el rollo—: Empecemos por aclarar la situación. Anticipándome a la cuestión del dinero, que yo habría provocado aunque tú la hubieras querido pasar por alto, tengo aquí el estado de cuentas que te dará una idea de la actual situación de tu fortuna. Hay dos puntos importantes. Primero: el capital principal del que me hice cargo; y segundo: las ganancias realizadas durante el tiempo de mi administración. Encontrarás aquí todos los datos que debes conocer. ¿Quieres leerlos ahora?

Ben-Hur recibió el rollo y miró a Ilderim.

—El jeque —dijo Simónides— no te impedirá que leas delante de él. La cuenta requiere un testigo; verás el nombre de Ilderim en la firma. Él está al corriente de todo. Además es tu amigo. Todo lo que ha sido para mí ha de serlo para ti.

Simónides miró al árabe y le hizo un saludo amistoso con la cabeza; aquél se lo devolvió con gravedad, diciendo:

—Tú lo has dicho.

Ben-Hur replicó:

—Ya conozco el valor de su amistad; por mi parte le daré pruebas de que soy merecedor de ella. En cuanto a los documentos, ¡oh Simónides!, los leeré más tarde con detenimiento. Guárdalos tú ahora, y, si no estás cansado, dime sólo el resumen.

Simónides cogió el rollo.

—Ponte a mi lado, hija mía, y cuida de que no se desordenen los pliegos a medida que te los vaya dando.

Se puso junto al sillón de su padre y posó cariñosamente el brazo derecho sobre su hombro.

—Esther —dijo Simónides, tomando el primer documento—, muestra el dinero del príncipe Hur que obraba en mi poder y que logré salvar de la rapacidad de los romanos. Del resto de las propiedades nada pudo escapar sino este dinero, que los ladrones hubieran arrancado también a no ser por nuestra costumbre judía de extender letras de cambio. La cantidad salvada consiste en sumas que retiré después y que tenía en Roma, Alejandría, Damasco, Cartago, Valencia, etcétera., y era de ciento veinte talentos, en nuestra moneda.

Pasó el documento a Esther y cogió otro.

—Estos ciento veinte talentos son lo que quedó a mi cargo. Atiende ahora al inventario de los créditos y ten presente que sólo me refiero a las ganancias, dejando el capital de lado.

Fue leyendo los totales de diferentes hojas que, omitiendo las fracciones, formaron el siguiente total:

Activo.

En barcos	60 talentos.
Mercaderías en almacén	110 talentos.
Mercaderías en circulación	75 talentos.
Camellos, caballos, etcétera	20 talentos.
Valor en almacén	10 talentos.
Efectos a cobrar en cartera	54 talentos.
Efectivo en caja y en poder de corresponsales	224 talentos.
Total …	553 talentos.

—Si añades a estos quinientos cincuenta y tres talentos el capital primitivo de tu padre, obtendrás un total de seiscientos setenta y tres talentos. Todo es tuyo, y con ellos, ¡oh hijo de Hur!, eres el hombre más rico del mundo.

Cogió a continuación todos los pliegos de manos de Esther y, reservándose uno solo, los arrolló con cuidado y se los dio a Ben-Hur. Todo él irradiaba orgullo que nada tenía de ofensivo; nacía del sentimiento del deber cumplido. ¿Podía, quizá, sentir orgullo por Ben-Hur, sin acordarse de sí mismo?

—Ahora —añadió, disminuyendo la voz y clavando su penetrante mirada en Ben-Hur— no hay nada que no puedas ordenar si lo deseas.

Éste era uno de los momentos solemnes y de interés supremo para todos. Simónides cruzó nuevamente sus manos sobre el pecho. Esther se mostraba anhelante; Ilderim, inquieto. Jamás hombre alguno se sintió sometido a una prueba semejante, bajo el peso de una fortuna colosal.

Al recoger el rollo, Ben-Hur se levantó, presa de una emoción intensa.

—Todo esto es para mí como una luz del cielo y disipa la oscuridad de una noche que parecía no tener fin —dijo con voz opaca—. Ante todo, agradezco al Señor que no me ha abandonado, y después a ti, ¡oh Simónides! Tu fidelidad supera la crueldad de los otros; eres tú la única persona que me reconcilia con el mundo entero. En el momento que adquiero esta fortuna, y con ella un poderoso privilegio, ¿quién podrá sentirse más generoso que yo? Sírveme de testigo, ¡oh jeque Ilderim! Oye mis palabras tal como yo las pronuncie; oye y recuerda. Y tú, Esther, ¡ángel bueno de este hombre honrado!, escucha también.

Extendió su mano con el rollo hacia Simónides y exclamó:

—Las cosas de que estos documentos dan fe, todas ellas, sin excepción: buques, casas, mercaderías, camellos, caballos y dinero, desde lo más insignificante hasta lo más grande, te las devuelvo, ¡oh Simónides!, y las declaro propiedad tuya.

Sonrió Esther en medio de sus lágrimas; estiraba su barba Ilderim con rápidos movimientos nerviosos, y sus ojos brillaban como el azabache. Sólo Simónides permanecía inalterable.

—Lo dejo para ti y tus sucesores —añadió Ben-Hur, más seguro de sí mismo—, con una sola excepción y una sola condición.

Todos retuvieron la respiración para escuchar mejor.

—Me devolverás únicamente los cientos veinte talentos de mi padre.

Resplandeció de alegría el rostro de Ilderim.

—Y deberás ayudarme a encontrar a mi madre y hermana, empleando a todos tus servidores, a expensas tuyas, como emplearé yo a los míos.

Simónides se conmovió y, extendiendo sus manos, dijo:

—Adivino tu intención, ¡oh hijo de Hur!, y bendigo al Señor porque te ha devuelto a mí tal como eres. Serví bien a tu padre durante su vida, y después de muerto, a su memoria; no te faltaré jamás a ti. Debo decirte ahora que no puede haber esa excepción.

Entregándole entonces el pliego que tenía reservado, añadió muy serio:

—No has recibido aún toda la liquidación. Toma esto y lee en voz alta.

Cogió Ben-Hur el suplemento y leyó lo siguiente:

Estado de los siervos de Ben-Hur que le presenta Simónides, su administrador:

Primero: Amrah, que guarda el palacio de Jerusalén.

Segundo: Simónides, su administrador en Antioquía.

Tercero: Esther, hija de Simónides.

En todos los pensamientos que había tenido el joven respecto a Simónides, ni una sola vez pasó por su imaginación que, según la ley, la hija debía seguir la condición del padre. En su mente, la bella Esther, la doncella del dulce rostro, se había representado como la rival de la bella egipcia y el posible objeto de su amor. Se estremeció ante esta revelación, que de improviso se levantaba ante él, y miró a la doncella, ruborizado, cuando ella, ruborizada también, bajó la frente. Dijo entonces:

—Un hombre que posee seiscientos talentos es en verdad rico, y puede hacer cuanto le plazca; pero el espíritu que acumuló esas riquezas y el corazón que el oro no pudo empañar es más rico todavía. ¡Oh Simónides! ¡Oh bella Esther! No tengáis temor. Ilderim, aquí presente, es testigo de que en el instante mismo en que os declaráis mis siervos, yo os declaro libres. Y lo que declaro de palabra lo haré por escrito. ¿Puedo hacer algo más?

—Hijo de Hur —dijo Simónides—, en verdad que tu servidumbre es ligera. De todas maneras hay cosas que no puedes hacer, aun poseyendo todas las riquezas, y es declararnos libres. Soy tu siervo hasta el fin, porque fui un día a la puerta de tu padre y el agujero de la lezna aún existe en mi oreja.

—¿Eso hizo mi padre?

—¡No le juzgues! —gritó Simónides, vivamente—. Él me admitió como siervo de esta clase a ruegos míos. Jamás me arrepentí de ello. Ése fue el precio que pagué por Raquel, la madrede Esther; por ella, que no quería ser mi esposa a menos que yo fuera de su condición.

—¿Para siempre esclava?

—Para siempre.

Presa de desaliento se paseaba Ben-Hur por la habitación.

—Yo era rico antes de esto —dijo, interrumpiendo su paseo—. Era rico por la fortuna de Arrio; ahora viene a mí una fortuna mayor y, sobre todo, el espíritu que la reunió. Ayúdame a ser digno de mi nombre, a hacer el bien y a ser de hecho para ti lo que para mí eres por la ley. Deseo ser para siempre tu servidor.

El rostro de Simónides brillaba de felicidad.

—¡Oh hijo de mi difunto amo! Voy a hacer algo más que ayudarte; te serviré en todo; lo que valgo, lo pongo a tu disposición con toda mi inteligencia y todo mi corazón. Mi cuerpo nada vale; lo perdí en tu servicio; pero mi voluntad e inteligencia son tuyas. Con ellas te he servido y te serviré. ¡Hago juramento ante el altar de nuestro Dios y por las ofrendas que hay ante él! Deseo solamente que me confirmes en el cargo que me he atribuido arbitrariamente.

—¿Qué quieres decir? —dijo el joven, con vehemencia.

—Concédeme el cuidado de tus propiedades como administrador tuyo.

—Considérate como tal desde ahora y, si es tu deseo, lo confirmaré por escrito.

—Me basta tu palabra; así era con tu padre y no quiero más de su hijo. Y si ahora nuestro acuerdo es perfecto…

—Por mi parte lo es.

—Habla tú ahora, hija de Raquel —siguió Simónides, levantando el brazo de su hija, que caía sobre su hombro.

Abandonada, en cierto modo, por su padre, la muchacha se mantuvo como avergonzada; variaba su color, ora pálido, ora encendido. Avanzó por fin hacia Ben- Hur y en tono femenino, sumamente dulce, le dijo:

—Yo no soy más que mi madre; pero como ella no existe, te suplico, ¡oh dueño mío!, que me permitas cuidar a mi padre.

Ben-Hur le estrechó la mano y, llevándola hasta el sillón de su padre, replicó:

—Eres una buena hija. Hágase como deseas.

Capítulo Diez

¿ESPIRITUAL O POLÍTICO? LA INTERVENCIÓN DE SIMÓNIDES

Simónides alzó la cabeza con un gesto que no había perdido nada de su imperio.

—¡Hija mía! —dijo con calma—. La noche está ya muy avanzada; como nos sentimos algo fatigados y nos queda aún mucho trabajo que hacer, dispón que nos traigan un refrigerio.

Esther hizo sonar una campanilla. Un sirviente les llevó pan y vino, que fue ofreciendo a los presentes.

—El acuerdo, buen amo mío —continuó Simónides, cuando todos se hubieron servido—, no es perfecto aún a mi modo de ver. A partir de ahora nuestras vidas irán unidas como dos ríos que habiéndose encontrado mezclan sus aguas. Yo creo que correrían mejor si intentamos alejar toda nube capaz de oscurecer su corriente. El otro día saliste de mi casa con una negativa mía, en opinión tuya, a reconocer los derechos que acabo de atribuirte sin restricciones. Pero no era así, ciertamente. Mi hija es testigo de que te reconocí y de que ya no te abandoné; Malluch te lo dirá.

—¡Malluch! —exclamó Ben-Hur.

—Una persona que, como yo, se ve sujeta a un sillón, tiene que contar con manos que lleguen a todas partes si pretende remover el mundo del que se ve separado con tanta crueldad. Malluch es uno de los que mejor me sirven. Y algunas veces —dijo, dirigiendo una mirada de agradecimiento al jeque—, acudo a otros hombres que tienen buen corazón, como el jeque Ilderim el Magnánimo, que es valiente y leal. Que él diga si te he negado u olvidado alguna vez.

Ben-Hur miró al árabe.

—¿Ésta es, mi buen jeque, la persona de quien me hablabas?

Los ojos de Ilderim brillaban al hacer un gesto afirmativo.

—¡Oh amo mío! —dijo Simónides—. ¿Cómo se puede decir lo que es un hombre sin someterle a prueba? Yo te reconocí; creí ver a tu padre, pero ignoraba cómo eras. Hay gentes para quienes la fortuna es una maldición disfrazada. ¿Eras tú uno de ésos? Con este fin mandé a Malluch, y él era en este asunto mis ojos y mis oídos. Sus informes sobre ti aseguraban que eras bueno. No le censures.

—De ningún modo —dijo Ben-Hur, cordialmente—. Hay mucha sabiduría en tu bondad.

—Esas palabras son muy agradables a mis oídos —dijo conmovido el comerciante—, muy agradables. Pasó ya el temor de que no pudiéramos comprendernos. Deja que ahora corran nuestras vidas como los ríos de que te hablé, y que Dios les dé su dirección y objetivo.

Tras una pausa, continuó:

—La verdad me impulsa ahora a hablarte en nombre del Señor. El tejedor sentado a su telar va tejiendo, y a medida que su lanzadera vuela de uno al otro lado, sueña él sus proyectos. De la misma manera floreció en mis manos la fortuna; yo mismo me asombraba de su aumento y me preguntaba frecuentemente la causa. Era evidente que alguien mejor que yo velaba sobre mí y llevaba a término feliz cuanto emprendía. El simún que destruía las otras caravanas pasaba por encima de las mías sin perjudicarlas. Las tempestades sólo servían para impulsar mis buques a puerto seguro con mayor rapidez. Y lo más raro de todo es que yo, que tanto dependo de los demás, fijo a un sillón como cosa inerte, nunca he tenido que lamentarme de un agente mío, jamás. Los elementos se prestaban a mis planes y mis servidores me han sido siempre fieles.

—¡Es muy extraño! —dijo Ben-Hur.

—Eso he pensado y pensaré siempre. Por fin, ¡amo mío!, por fin viniste a mí como yo te deseaba. La mano de Dios ha intervenido en todo esto; como tú, me pregunto: ¿cuál es su propósito? La inteligencia de Dios no se mueve jamás sin ningún motivo. Esta pregunta me la he hecho en mi corazón hace muchos años, y esperaba una respuesta. Ahora creo que ya la tenemos.

Ben-Hur le oía con extraordinaria atención.

—Hace largo tiempo, cuando toda la familia se hallaba aún reunida, y tu madre, ¡oh Esther!, se hallaba conmigo, bella como la aurora sobre el viejo Monte de los Olivos, me encontraba yo, cierto día, en camino hacia Jerusalén, sentado junto a la Tumba de los Reyes, cuando pasaron tres hombres montados en camellos, tan grandes y blancos como jamás se vieron en la Ciudad Santa. Eran extranjeros y venían de tierras lejanas. El que iba en cabeza se detuvo ante mí y me preguntó: "¿En dónde se halla el que ha nacido Rey de los judíos?". Y añadió sin interrupción: "Hemos visto su estrella y venimos a adorarle". Yo no podía comprenderlos, pero los seguí hasta la puerta de Damasco, y a toda persona que encontraban en su camino interrogaban igualmente. Cuantos escuchaban se asombraban lo mismo que yo. Olvidé este hecho al cabo de poco tiempo, aunque ocasionó mucho ruido y se habló de él como de un presagio del Mesías. ¡Ay! ¡Qué niños somos aun los más sabios! ¿Has visto a Baltasar?

—Le he oído contar su historia —replicó Ben-Hur.

—¡Un prodigio, un verdadero prodigio! —gritó Simónides—. Cuando me la narraba, buen amo mío, parecía oír la respuesta que hacía tanto tiempo esperaba del cielo; el propósito de Dios era patente a mis ojos. Pobre quiere aparecer el Rey del mundo, pobre y sin amigos, sin servidores ni ejército, sin ciudades y sin fortalezas. Quiere fundar su propio reino y su propósito es derribar y destruir el poder de Roma. Escucha, ¡oh amo mío! Tú, tan lleno de vigor y fuerza, tan diestro en las armas, tan cargado de riquezas, considera qué gran oportunidad te envía el Señor. ¿No han de ser sus propósitos los tuyos también? ¡Una gloria a la que nunca pudo aspirar hombre alguno!

Simónides puso toda su energía en esta ferviente pregunta.

—Pero ¡el reino, el reino! —preguntó Ben-Hur con ansiedad—. Dice Baltasar que será un reino de almas.

—Baltasar fue testigo de cosas prodigiosas, de verdaderos milagros, ¡oh amo mío!, y cuando habla de ello me inclino a creerle, porque los ha visto y oído. Pero es hijo de Mizraim, y ni siquiera prosélito. Ni remotamente podemos suponer que tenga un especial conocimiento en virtud del cual debamos inclinarnos ante un asunto exclusivo entre Dios e Israel. Los profetas percibieron su luz directamente del cielo, como él la suya. De todas maneras, son muchos contra uno, pero Jehová siempre el mismo. Yo debo creer a los profetas. Tráeme la Torá, hija mía.

Y, sin aguardar el regreso de su hija, continuó:

—¿Puede despreciarse el testimonio de todo un pueblo, oh amo mío? Aunque vayas desde Tiro, que está a orillas del mar por el norte, hasta la capital de Edon, que se halla al sur, en el desierto, no encontrarás ni un lector del Shema, ni un limosnero del templo, ni uno que haya comido el cordero pascual, que diga que el reino que ha de fundar para los hijos de la Santa Alianza el Rey que ha de venir no es de este mundo, como lo fue el de nuestro padre David. "¿De dónde has sacado esta creencia?", me preguntarás. Vamos a verlo ahora.

Había regresado ya Esther, cargada con muchos rollos de pergamino delicadamente envueltos en lienzos de color oscuro, con preciosos rótulos dorados.

—Sostenlos, hija mía, y ve dándomelos a medida que te los vaya pidiendo —le dijo el padre con aquel tierno acento con que siempre se dirigía a ella—. Sería muy largo para mí, ¡oh amo mío!, decirte los nombres de todos los santos que han sucedido a los profetas, los de los videntes, los de los predicadores que enseñaron desde la cautividad, o los de los mismos sabios que recibieron luces de la antorcha de Malaquías, el último de su linaje. ¿Quién es el Señor del rebaño en el libro de Enoch? ¿Quién sino el Rey del que hablamos? Un trono se alza para él; conmueve a la tierra y caen los demás reyes de su trono; y las calamidades que afligían a Israel huían a una caverna de fuego cuyas columnas son de llamas que arden eternamente. Lo mismo dicen los cánticos de Salomón: "Mira, ¡oh Dios!, y haz que surja un Rey, en el momento que Tú creas oportuno, ¡oh Señor!, un hijo de David que gobierne a Israel, a tus hijos. Y atraerá a los pueblos de los paganos para que le sirvan y los uncirá a su yugo. Y será un Rey justo y criado en el santo temor…, y que gobierne para siempre la tierra entera con las palabras de su boca". Escucha a Ezrá, el segundo Moisés, en sus visiones de la noche; pregúntale quién es el León con voz de hombre que dice al Águila (que es Roma): "Amaste a los mentirosos y has destruido las ciudades de los trabajadores y derribado sus murallas, aunque no te hicieron daño. Por tanto, huye lejos, que la tierra puede alegrarse y reponerse, y esperar en la justicia y en la piedad de Aquel que la creó. Y a partir de entonces no se volvió a ver al Águila". Seguramente, ¡oh amo mío!, estos testimonios serán suficientes. Un poco de vino, Esther; luego me darás la Torá.

"¿Crees en los profetas, hijo de Hur? —preguntó, después de haber tomado el vino—. Crees en ellos porque ésa es la fe de tus progenitores. Dame ahora, hija mía, el libro que contiene las visiones de Isaías.

Cogió uno de los rollos que ella sostenía y leyó:

—"El pueblo que estaba sumergido en las tinieblas vio gran luz; los que vivían en la sombría tierra de la muerte, sobre ellos resplandeció la luz. Porque un niño nos es nacido, nos es dado un hijo, y el gobierno pesará sobre sus hombros. La amplitud de su imperio y de su paz no tendrá fin sobre el trono de David, y sobre su reino disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre". ¿Crees tú en los profetas, oh amo mío? Dame ahora, Esther, las palabras del Señor a Miqueas.

Esther le dio lo que pedía.

—"Pero de ti —comenzó leyendo Simónides—, Belén Efrata, la más pequeña entre los miles de Judá, de ti saldrá el que será Señor en Israel". Este es, sin duda, el infante que vio Baltasar y que adoró en la cueva. ¿Crees tú en los profetas, amo mío? Dame, hija mía, las palabras de Jeremías.

Al tomar el rollo, leyó:

—"Considera los días que han de venir, dijo el Señor. Saldrá de David una rama justa, y de ella surgirá un Rey cuyo reinado y prosperidad hará justicia en la tierra. Judá se salvará en sus días, e Israel morará seguro; como un rey reinará". ¡Como un rey, amo mío! ¿Crees tú en los profetas? Pues dame, Esther, el rollo de los dichos de aquel hijo de Judá en quien nunca hubo mancha alguna.

Le dio Esther el libro de Daniel.

—Oíd —leyó—: "Yo vi visiones en la noche, y vi a uno semejante al Hijo del Hombre que venía sobre las nubes del cielo… Y le fue dado el poder y la gloria y el reino para que todo pueblo y nación y lenguaje le sirvieran. Su poder será eterno, no acabará jamás, y su reino no tendrá fin". ¿Crees en los profetas, oh amo mío?

—Es bastante. Creo —exclamó Ben-Hur.

—Y bien —siguió Simónides—, si el rey viene pobre, ¿no le dará mi amo de lo que le sobra, no le prestará su apoyo?

—¿Apoyo? Hasta el último siclo, hasta mi último aliento. Mas ¿qué te hace suponer que vendrá pobre?

—Dame, Esther, la palabra que el Señor dijo a Zacarías.

Ella le dio uno de los rollos.

—Escuchad cómo entrará el Rey en Jerusalén —prosiguió—: "¡Regocíjate mucho, hija de Sión! ¡Da voces de júbilo, hija de Jerusalén! ¡Mira que tu Rey vendrá a ti, justo, salvador y humilde, montado sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna!"

El joven se quedó con la mirada pedida en el vacío.

—¿Qué ves, oh amo mío?

—¡Roma! —contestó el joven con tristeza—. Roma y sus legiones. He vivido con ellas en sus campamentos. Las conozco bien.

—¡Ah! —dijo Simónides—. Serás el amo de las legiones del Rey y tendrás muchos millones para poder elegirlas.

—¡Millones! —exclamó Ben-Hur.

Simónides reflexionó unos instantes.

—La cuestión del poder no debe turbarte —dijo al fin.

Ben-Hur le miró, como preguntando.

—Contemplabas mentalmente al Rey en su sencillez y en el acto de venir a buscar lo suyo —añadió Simónides—. Y al verle tan solo, y al recordar luego las legiones armadas del César, te preguntabas: "¿Qué podrá hacer?".

—En eso pensaba.

—¡Oh amo mío! —continuó Simónides—. Ignoras qué fuerte es nuestro Israel. Lo crees un viejo afligido, llorando junto a los ríos de Babilonia; pero en la Pascua próxima ve a Jerusalén y ponte en el Xistos o en la calle del Comercio y verás lo que es. La promesa del Señor a Jacob, cuando éste salía de Pandaram, es una ley bajo la cual nuestro pueblo no ha cesado jamás de incrementarse ni aun en el cautiverio. Crecieron bajo el yugo egipcio. La opresión romana fue para ellos un régimen saludable. Son todavía, ahora, una nación y un conjunto de pueblos. Pero no es sólo esto, ¡oh mi amo! Para medir la fortaleza de Israel, que es como medir lo que el Rey podrá hacer, no debes tener sólo en cuenta el desarrollo natural, sino añadir el otro, el crecimiento de la fe, que te llevará a los confines de la tierra conocida. Ya sé que es costumbre hablar de Jerusalén como si se tratara de todo Israel, ya que es lo mismo que si nos encontráramos un trozo de púrpura bordada y lo consideráramos como un manto imperial. Jerusalén es sólo una piedra del templo, o como el alma en un cuerpo. No valores en más de lo que son aquellas huestes por poderosas que sean. Cuenta las huestes de los fieles que anhelan oír la antigua voz de alarma: "A tus tiendas, ¡oh Israel!". Cuenta a los muchachos que hay en Persia, descendientes de aquellos que no quisieron volver; a los hermanos que hormiguean en Egipto y en el África lejana; a los obreros colonos de Occidente, Lodinum y las ciudades comerciales de Hispania. Cuenta los que en Grecia guardan aún pura su sangre y los prosélitos hechos allí, en las islas del Egeo, y en el Ponto, y los de aquí, que en Antioquía gimen a la sombra de las impuras murallas romanas; los adoradores del Señor que viven en tiendas en los desiertos que nos rodean, en los que se extienden más allá del Nilo, en los del Cáucaso, en las antiguas regiones de Gog y de Magog. Aparta y pon en lugar preferente a los que cada año envían sus dones al templo santo, en reconocimiento a su Dios. Y cuando hayas sumado todo, ¡oh amo mío!, cuando hayas hecho el recuento de los brazos útiles para la espada, que te esperan para empuñarla y levantar el reino de quien ha de hacer "juicio y justicia en todo el mundo", en Roma no menos que en Sión, tendrás la respuesta de lo que es, de lo que Israel puede hacer, y de lo que puede llegar a ser el Rey.

El discurso era ferviente y entusiasta. En Ilderim produjo el mismo efecto que un toque de clarín.

—¡Oh, si yo fuese joven! —gritó poniéndose en pie de un salto.

Ben-Hur siguió sentado. Comprendió que el discurso iba encaminado a que consagrase su vida y su fortuna al ser misterioso que había llegado a ser el centro de todas las esperanzas para Simónides y para el devoto egipcio. La idea no era nueva, pues muchas veces se había abierto camino hasta él: la primera vez a través de Malluch, en el bosque de Dafne; más tarde, con mayor claridad, cuando Baltasar explicó su concepto de lo que sería el Reino; más aún, en su paseo por el antiguo Vergel de las Palmeras. En estas tres ocasiones vino a él como una idea caldeada por sentimientos más o menos fervientes. Ahora no era lo mismo. Un sabio maestro la había tomado a su cargo, realzándola como una brillante, infinitamente santa, pródiga en resultados gloriosos. Esta alocución fue para Ben-Hur como si una puerta hasta entonces invisible se hubiera abierto de repente, anegándose en su luz deslumbrante y ofreciéndole lo que hasta entonces fue el sueño ideal de su vida, la tarea que abrazaba su porvenir, con la promesa del deber cumplido y las recompensas que endulzarían y sacarían todas sus ambiciones. Faltaba sólo un leve toque para persuadirle.

—Admitamos lo que afirmas, ¡oh Simónides! —dijo el joven—. Demos por cierto que el Rey vendrá y que su reino será como el de Salomón. Por mi parte, dispuesto estoy a inmolar a esta causa cuanto tengo y cuanto soy; más aún, aceptemos que yo debo acatar la voluntad del Señor, puesta de manifiesto en el curso de mi vida y en tu rápida y admirable acumulación de riquezas. Pasemos por todo esto. ¿Empezaremos ahora como ciegos a edificar? ¿Debemos esperar a que venga el Rey o que mande en mi busca? Tu experiencia y edad ¿qué me responden?

Simónides contestó al punto:

—No podemos elegir. Este mensaje —y sacó la carta de Messala a Grato— es el punto de partida de las hostilidades. La alianza propuesta entre Messala y Grato, no somos lo suficientemente fuertes para contrarrestarla. No tenemos influencia en Roma y aquí no contamos con poder suficiente contra ellos. Te matarán si esperamos con los brazos cruzados. Respecto a los sentimientos humanos de nuestros enemigos, el estado de mi pobre cuerpo da fe.

Se estremeció Simónides al terrible recuerdo de su tortura.

—¡Oh mi buen amo! —continuó, recobrándose—. Anhelo saber si estás firme en tus propósitos.

Ben-Hur no le comprendió.

—Recuerdo —dijo Simónides— cuan agradable era para mí el mundo cuando tenía tu edad.

—A pesar de ello —dijo Ben-Hur—, fuiste capaz de un gran sacrificio.

—Por amor.

—Y la vida ¿tiene algún otro motivo tan poderoso para la acción?

—¡La ambición!

—La ambición está vedada a un hijo de Israel.

—Entonces, ¿qué? ¿La venganza?

Esta palabra fue como la chispa caída sobre un montón de materia inflamable; brillaron los ojos del viejo, sus puños se cerraron y replicó vivamente:

—¡La venganza es el derecho del judío! Esa es su ley.

—Un camello y hasta un perro no olvidan una injusticia —gritó Ilderim.

—Queda una tarea que emprender por el Rey, y que podría hacerse antes de su venida. No ponemos en duda que Israel será su brazo derecho, pero, ¡ay!, es un brazo torpe y sin habilidad guerrera. La condición de los israelitas es la que Roma desea; su política ha dado los frutos que esperaba recoger la tiranía. Pero es llegado el tiempo de una transformación y, cuando el pastor se ponga la armadura y empuñe lanza, y espada, y en vez de criar corderos salga contra las alimañas, ¿a quién se le reservará el asiento a la derecha del Rey sino a aquel que haya realizado esta tarea?

El rostro de Ben-Hur enrojeció vivamente; no obstante, en tono de duda, dijo:

—Comprendo, pero habla más claro. La tarea que hay que realizar es una cosa; pero deseo saber cómo ha de realizarse.

Simónides bebió un poco de vino que le ofrecía Esther y replicó:

—El jeque y tú, amo mío, seréis dos brazos principales en este movimiento, cada uno por su parte. Yo seguiré cuidando como hasta ahora de que el manantial de la riqueza no se agote. Tú te dirigirás a Jerusalén y desde allí al desierto; empezarás a numerar los hombres de armas de Israel, llamándolos por decurias o por centurias, eligiendo capitanes, ejercitándolos en las armas que te vaya remitiendo. Comenzarás por arriba, por la Perea, después irás a Galilea, y desde allí queda ya sólo un paso hasta Jerusalén. En la Perea el desierto estará a tu espalda e Ilderim al alcance de tu mano. Él es el dueño de los caminos, de modo que no pasará nada por ellos sin que tú lo sepas. Te podrá servir de muchos modos. Mi parte es sólo la de un subalterno. ¿Qué respondes?

—Todos tienen —dijo Ben-Hur, tristemente—, todos tienen su copa de placer que saborean más pronto o más tarde, hasta las heces; todos… menos yo. Veo a lo que tienden vuestras proposiciones. Si las acepto y entro en la corriente, adiós la paz y sus risueñas esperanzas. Las puertas por donde entré al abandonar la vida tranquila del hogar se cerrarán tras de mí para siempre, porque Roma está alerta, y me perseguirá con sus proscripciones. Sólo las tumbas y las cuevas en las cercanas ciudades o en los montes lejanos me darán cobijo.

Un sollozo vino a interrumpir estas palabras. Todos se volvieron hacia Esther, que ocultó su cara en el hombro de su padre.

—Me olvidaba ya de ti —dijo Simónides, hondamente conmovido.

—Déjala, Simónides —dijo Ben-Hur—. Un hombre quizá soporte más fácilmente su suerte si sabe que hay quien tiene piedad de él. Dejadme concluir.

Todos le prestaron atención.

—Decía —continuó— que no hay opción para mí, que me es necesario aceptar el papel que me habéis asignado, y que como el permanecer aquí es correr a una muerte cierta, prefiero ponerme a la obra inmediatamente.

—¿Hay necesidad de comprometernos por escrito? —preguntó Simónides, llevado de sus hábitos comerciales.

—Confío en vuestra palabra —dijo el joven.

—Y yo —repuso Ilderim.

Y así, sencillamente, se cerró el pacto que iba a dar nuevo rumbo a la vida de Ben-Hur.

—Lo dicho, dicho está —dijo éste como conclusión.

—¡Que el Dios de Abraham nos ayude! —exclamó Simónides.

—Una última palabra, amigos míos —dijo Ben-Hur, algo más alegre —. Si me permitís, desearía permanecer libre hasta pasados los juegos. No creo que Messala ose atentar contra mí hasta que Grato haya tenido tiempo de darle su respuesta y ésta no llegará por lo menos antes de siete días. Por otra parte, encontrarlo en el circo supone un placer para mí del que no quisiera privarme aun a riesgo de mi vida.

Ilderim asintió satisfecho a esta petición, y Simónides, que no perdía de vista nunca los negocios, añadió:

—Sea así; este plazo me servirá para hacerte un buen servicio. Según me has dicho, tienes una herencia que te legó Arrio. ¿Está en bienes inmuebles?

—Una casa de campo cerca de Misénum y varias en Roma.

—Mi proposición es que las vendas, y yo colocaré el producto en sitio seguro. Necesito una relación detallada de todo; me proveeré de los documentos legales y despacharé un agente con esta misión. En esta ocasión al menos, nos anticiparemos a los ladrones imperiales.

—Mañana tendrás la relación.

—Entonces, si no hay nada más, hemos concluido por esta noche —dijo Simónides.

Ilderim se acarició satisfecho la barba y dijo:

—¡Está bien!

—Tráenos de nuevo el pan y el vino, hija mía. Ilderim permanecerá con nosotros hasta mañana o hasta que quiera. Y en cuanto a ti, amo mío…

—Es necesario que saque los caballos —dijo Ben-Hur—. Regresaré al Vergel de las Palmeras. El enemigo no me descubrirá si me voy ahora y —miró a Ilderim— los cuatro se alegrarán de verme.

Apenas amanecía cuando Ben-Hur y Malluch se apeaban a la puerta de la tienda.

Capítulo Once

ESTHER Y BEN-HUR

A la noche siguiente, Ben-Hur, en pie y cruzados los brazos, hacia la hora cuarta, contemplaba desde la azotea del gran almacén cómo levaba anclas un navío, en el cual iba un pasajero con autorización para disponer libremente de las propiedades del duunviro Arrio, legadas a Ben-Hur. Al lado de él se hallaba Esther. Ambos permanecían silenciosos, como hechizados por el espectáculo que veían, a la chisporroteante luz de las humosas antorchas que alumbraban a los cargadores de la galera y recordaban, en sus escenas fantásticas, a los genios de los cuentos orientales.

Es posible que el pensamiento del judío no estuviera allí donde dirigía su mirada, sino que deliberase consigo mismo. Joven, bello, rico, pudiendo frecuentar los círculos patricios de la sociedad romana, no es difícil imaginar la seducción que ésta significaba para él y los argumentos con que se persuadía a sí mismo: la lucha contra el César; la incertidumbre de cuanto concernía al Rey y a su venida; la posición, los honores y dignidades a que podría aspirar en aquella época en que todo tenía un precio y, especialmente, la atracción poderosa que empezaba a ejercer sobre él una vida de hogar de la que tan poco había gozado en su juventud. Aquella noche la voz del mundo parecía susurrar en su oído: "Desentiéndete, busca tu comodidad, tu interés"; y el mundo estaba representado por la dulce Esther.

—¿Has estado alguna vez en Roma? —le preguntó Ben-Hur.

—No —contestó ella—. Y no creo que me gustara ir.

—¿Por qué?

—Roma me asusta —respondió con un temblor apenas perceptible en la voz.

La miró él, o mejor dicho, bajó los ojos para mirarla, pues a su lado era poco más alta que una niña. A la escasa luz del crepúsculo no podía distinguir bien sus facciones; la forma de su cuerpo desaparecía en la oscuridad. Y recordando a Tirzah, una súbita ternura se apoderó de él. Precisamente, así se encontraba su perdida hermana aquella fatal mañana del accidente de Grato. ¡Pobre Tirzah! ¿Qué sería de ella ahora? Esther era la causa del sentimiento evocado. Si bien no podía considerarla como hermana, jamás se atrevería a tratarla como sierva, y por eso precisamente, porque era, en efecto, su sierva, se esforzaba en ser más cariñoso y afectuoso con ella.

—No puedo pensar en Roma —siguió Esther—, sino como en un monstruo que devora los más bellos países y atrae y seduce a los hombres para llevarlos a la destrucción y la muerte. ¿Por qué… ?

Se apagó su voz, bajó la vista y se detuvo.

—Sigue —dijo Ben-Hur, tranquilizándola.

—¿Por qué quieres hacerte enemigo de ella? ¿Por qué no estar en paz y vivir tranquilamente? ¿No has soportado ya bastantes penas y trabajos? Puesto que has sobrevivido a todos los lazos que te han tendido y a las pesadumbres que han afligido tu juventud, ¿está bien que cargues ahora con más pesares?

Su aniñado rostro y sus ojos suplicantes parecían unirla más a él a medida que defendía su causa; Ben-Hur se inclinó, preguntándole con dulzura:

—¿Qué quieres que haga, Esther?

Esther dudó un momento; luego, a su vez, preguntó:

—¿La propiedad que tienes en Roma es alguna residencia?

—Sí. Muy hermosa. Es un palacio entre frondosos jardines y cuidadas alamedas; fuentes por doquier; colinas a su alrededor, cubiertas de viñas, desde las cuales se contempla el mar, de un azul profundo, poblado de velas que pasan sin cesar. César tiene cerca una villa, pero según dicen, la villa de Arrio es más hermosa.

—¿Y es tranquila la luna allí?

—Nunca hubo día de verano más apacible, ni noche de luna más dulce y serena, a no ser que lleguen huéspedes. Ahora que su antiguo dueño ha fallecido y yo me encuentro aquí, no habrá nada que quiebre el silencio de aquellas soledades, excepto el murmullo de las conversaciones de los sirvientes, el canto de los pájaros y el susurro de las fuentes. Si no es que muere alguna flor, mientras se abre otra, o que alguna nubecilla vela la radiante luz del sol, todo permanece sin cambio alguno. Allí habría sido muy tranquila la vida para mí, pero me inquietaba un sentimiento hondo, y era que yo, que tantas cosas deseo hacer, iba cayendo en hábitos de ocio, ligándome con cadenas de seda.

Ella dejó correr su mirada por el río.

—¿Por qué me has hecho esa pregunta? —dijo él.

—¡Oh amo mío!

—No, Esther, no me llames así. Llámame amigo, hermano, si quieres, pero yo no puedo ser tu amo; no lo quiero ser. Llámame hermano.

Ben-Hur no pudo ver el encendido color que el placer extendía sobre las mejillas de la joven, ni el brillo de sus ojos, que vagaron en dulce contemplación de la ribera del río.

—No acierto a comprender —siguió Esther— cómo se puede preferir a esa vida que podrías llevar otra de…

—De luchas, de sangre y exterminio —dijo él, acabando la frase.

—Sí —añadió Esther—; no comprendo esa vida, pudiendo vivir tranquilamente en una villa tan hermosa.

—Te engañas, Esther. Para mí no hay elección. Los romanos no son benignos conmigo. La necesidad me obliga a obrar así. Si fuese a Roma moriría por medio de una copa envenenada, el puñal de un asesino o una sentencia obtenida por perjurio. Messala y Grato se enriquecieron con el expolio de las riquezas de mi padre, y es indispensable para ellos conservar su riqueza, ahora que la consiguieron sin pensar cómo. Entre nosotros no podría haber pacto alguno, pues implicaría una confesión que no pueden hacer. Además, ¡oh Esther!, aunque pudiera comprarlos, no lo quiero. La paz no es posible para mí, no, ni aun la apacible vida del campo, en un ambiente saturado de aromas y armonías, refrescado por las brisas del Mediterráneo, bajo los pórticos de mármol de mi mansión. No hay nada allí que me estimule a soportar la carga de la vida, ni amor alguno que me la endulce. No existirá la paz para mí mientras mi familia esté aún perdida, pues debo seguir buscando sin descanso hasta encontrarla. Si al fin la encuentro, y ha sufrido injusticias, ¿cómo hallar reposo hasta que la maldad no sea castigada? Y si mi hermana y mi madre han muerto violentamente, ¿deberán escapar impunemente sus asesinos? ¡Ay! No puedo dormir porque mi sueño está perturbado por tristes pesadillas. No podría dejarme arrullar por el amor más santo sin que mi conciencia me emponzoñase toda dicha.

—¿Tan terrible es tu situación? —dijo ella, trémula de pena—. ¿No se puede hacer nada por ti?

Ben-Hur estrechó su mano.

—¿Tanto te preocupas?

PARTE SEIS

ÍNDICE

1. Preparado para la carrera
2. Apuestas
3. El circo
4. La salida
5. La carrera
6. La invitación de Iras
7. En el palacio de Iderneo
8. La Torre Antonia. Celda VI
9. Las leprosas
10. De nuevo Jerusalén
11. Ben-Hur a la puerta de su hogar

Capítulo Uno

PREPARADO PARA LA CARRERA

Los caballos de Ilderim salieron del vergel de las Palmeras y fueron llevados y encerrados en un khan cercano al circo. Tras los caballos se llevaba, además, cuanto poseía en el vergel de las Palmeras: sirvientes, hombres de armas montados y armados, rebaños, camellos cargados con tiendas y equipajes… Su salida del vergel era una verdadera emigración. Al día siguiente de los juegos la comitiva estaría ya muy lejos, camino del desierto. Iba a su verdadera patria, el desierto; el aduar habría desaparecido; antes de doce horas estaría fuera del alcance de sus enemigos, por poderosos que fueran.

Ni él ni Ben-Hur apreciaban en más de lo que valía la influencia de Messala. Estaban seguros de que éste no empezaría a perseguirlos sino después de la carrera del circo. Si era derrotado por Ben-Hur, debían esperar lo peor, pues el rencor del romano no aguardaría la ayuda de Grato. Ante esta perspectiva se aprestaron a ponerse fuera del alcance de su enemigo.

Por el camino encontraron a Malluch, que los esperaba. El fiel criado no dio señal alguna por la cual pudiesen creer que conocía todo lo sucedido las noches anteriores en casa de Simónides. Cambió con ellos su habitual saludo, y sacó un pergamino, que dio a Ilderim, diciendo:

—Ésta es la proclama del organizador de los juegos; por ella verás que tus caballos han sido admitidos en las carreras. Verás también el orden en que ha de efectuarse la misma.

Le entregó el programa y, mientras el jeque lo descifraba, se volvió hacia Ben-Hur.

—Ahora, hijo de Arrio, no hay nada que se oponga a tu lucha con Messala. Este ha cumplido las condiciones exigidas como tú, y todo está en regla. Tengo esta seguridad por el empresario mismo.

—Te doy mil gracias, Malluch —respondió Ben-Hur.

Prosiguió Malluch:

—Tu color es blanco y el de Messala oro y escarlata. En este momento cientos de muchachos pregonan por las calles la venta de cintas blancas y mañana todo árabe o judío de Antioquía las llevará como distintivo. Ya verás cómo el blanco compite y disputa las galerías gallardamente con el escarlata y oro.

—Las galerías sí, pero no la tribuna de la porta pompae.

—No, allí seguramente dominará el escarlata y oro. Pero si ganamos, ¡cómo temblarán los altos dignatarios! Es seguro que apostarán conforme al gran concepto que se han formado de sí mismos y al desdén que les inspira todo lo que no es romano; apostarán dos, tres y hasta cinco contra uno a favor de Messala, porque éste es romano.

Y, bajando más aún la voz, dijo:

—No sería conveniente a un judío que asiste puntualmente al templo poner su dinero a un azar semejante, pero en confianza os digo que tendré un amigo muy cerca del cónsul; detrás de su silla aceptará todas las ofertas a tres por uno, a cinco, a diez… El fanatismo romano no se detendrá ante nada. He puesto a su disposición seis mil siclos con este fin.

—Muy bien, Malluch —dijo Ben-Hur—; pero un romano sólo apostará una moneda romana. Procura verle esta noche y pon a su disposición sestercios por la cantidad que te parezca. Y procura, Malluch, darle instrucciones para que busque apuestas con Messala y sus secuaces, de manera que los cuatro de Ilderim aparezcan contra los de Messala.

Malluch reflexionó un momento.

—El objetivo será atraer sobre vosotros dos el interés principal de la lucha.

—Es precisamente eso lo que busco, Malluch.

—Ya lo advierto.

—Sí, Malluch; si quieres complacerme, procura que el público se dé cuenta de la oposición entre Messala y yo.

Malluch dijo vivamente:

—Puede hacerse con facilidad.

—Pues no dejes de ponerlo en práctica.

—Se harán apuestas enormes y, si son aceptadas, mucho mejor.

—¿No debo ya buscar —dijo Ben-Hur, apasionadamente— el equivalente de lo que me ha sido arrebatado? ¡Si pudiera quebrantarle en su fortuna como trato de herirle en su orgullo!… Nuestro padre Jacob no se ofenderá, sin duda.

Sus facciones expresaban una resuelta voluntad.

—Óyeme, Malluch. No limites tus ofertas a sestercios. Hazlas también en talentos…, cincuenta si la apuesta es con Messala.

—Es una suma enorme —respondió Malluch—. Debo tener garantías…

—Las tendrás. Ve a ver a Simónides y dile que así lo quiero, que mi corazón se complace en arruinar a mi enemigo y que la oportunidad tiene tantas promesas para mí que quiero aprovecharla. A nuestro lado está el Dios de nuestros padres. Ve, pues, Malluch. No pierdas tiempo.

Y Malluch, muy satisfecho, le saludó para marchar, pero un recuerdo repentino le hizo volverse hacia Ben-Hur.

—Discúlpame —le dijo—. Se me olvida una cosa. No pude acercarme en persona al carro de Messala, pero alguien ha tomado las medidas y, según ellas, el eje es un palmo más alto sobre el suelo que el de tu propio carro.

—¿Tanto? ¡Un palmo! —exclamó Ben-Hur, en una explosión de alegría; e inclinándose hacia Malluch, le dijo con misterio—: Como sé que eres un hijo de Judá, y fiel a tu raza, te lo diré: procúrate un asiento en la galería., sobre la puerta del triunfo, lo más cerca del balcón que haya frente a los pilares, y mira bien cuando vayamos a dar la vuelta alrededor de éstos; el Señor me protege en todo y quiero… No, Malluch, déjame que calle. Te digo sólo que te coloques allí y tengas tu mirada atenta.

En aquel momento, Ilderim lanzó una exclamación:

—¡Ah, por la gloria de Dios! ¿Qué es esto? —y se acercó a Ben-Hur, señalando las últimas líneas del programa.

—Lee —dijo Ben-Hur.

—No, hazlo tú mismo.

Ben-Hur tomó el pergamino que, firmado por el prefecto de la provincia como director de los juegos, contenía el programa de la función. Informaba al público de que, ante todo, se celebraría un desfile de inigualado esplendor; después se rendirían los honores habituales al dios Conso, como principio indispensable de esta clase de juegos; habría competición de corredores, concursos de saltos, de atletas, de pugilato; se daban los nombres de los contendientes, indicando la nacionalidad de los que tomaban parte en cada una, la escuela atlética a que pertenecían, los juegos en que habían participado y los galardones obtenidos. Por último, el programa indicaba las recompensas otorgadas a los vencedores; los premios en dinero se destacaban en grandes letras. ¡Qué lejos estaban ya los romanos de aquellos días en que una simple corona de olivo o laurel era suficiente para la gloria del que luchaba! La mirada de Ben-Hur se detuvo de pronto en la parte referente a las cuadrigas. El organizador de los juegos ofrecía el espectáculo en honor del cónsul. Los premios se elevaban a cien mil sestercios y una corona de laurel. Seis eran los competidores. Sólo se permitían cuadrigas, esto es, carros de cuatro caballos, y para dar más encono a la lucha, los competidores deberían correr todos a la vez. Después venía la descripción de las cuadrigas con todos los detalles.

I. Cuadriga de Lisipo, el corintio: dos tordos, un bayo y un negro. Corrió el año pasado en Alejandría y más tarde en Corinto, donde fueron vencedores. Conductor: Lisipo. Color: amarillo.

II. Cuadriga de Messala, de Roma: dos blancos y dos negros. Vencedores en los juegos circenses en el circo Máximo el año pasado. Conductor: Messala. Colores: escarlata y oro.

III. Cuadriga de Cleanto, el ateniense: tres tordillos y un bayo. Ganaron este año en Bizancio. Conductor: Diceo. Color negro.

IV. Cuadriga de Admeto, de Sidonia: los cuatro tordos. Han corrido durante tres años en Cesárea; ganaron siempre el premio. Conductor: Admeto. Color: azul.

V. Cuadriga de Ilderim, jeque del desierto: todos bayos. Corren por vez primera. Conductor: Ben-Hur, judío. Color: blanco.

"Conductor: Ben-Hur, judío". ¿Por qué este nombre en vez de Arrio? Ben-Hur dirigió la mirada hacia Ilderim. Ésta era la causa de la exclamación del jeque. Ambos llegaron a la misma conclusión: todo había sido obra de Messala.

Capítulo Dos

APUESTAS

Apenas cerró la noche sobre Antioquía, cuando el Onfalo, situado casi en el corazón de la ciudad, se convirtió en turbado manantial del que salía, en todas direcciones, pero en especial hacia el Ninfeo y en dirección este y oeste a lo largo de la columnata de Herodes, mucha gente que se entregaba al culto de Baco y Apolo.

Aquella noche se notaba una particularidad entre todas las razas que discurrían por las grandes vías techadas. Casi todo el mundo llevaba los colores de las cuadrigas que tomarían parte en las carreras del día siguiente. Unos los llevaban en forma de banda; otros, como simple distintivo que consistía en una cinta y en una pluma. Cualquiera que fuese su forma, mostraban simplemente la parcialidad del que los usaba. Esta tradición se remontaba, quizás, a los días de Orestes; costumbre, dicho sea de paso, digna de tenerla en cuenta como curiosidad histórica que muestra los absurdos, y a veces las locuras, que arrastran frecuentemente a los hombres.

Entre los colores había tres que sobresalían: el verde, el blanco y la mezcla de escarlata y oro. Pero dejemos las calles y penetremos en el palacio de la isla. La gente que lo llena es la misma, casi, que ya vimos en otra ocasión, es decir, la juventud patricia y oficial romana. El diván está nuevamente lleno de indolentes y borrachos y montones de togas, y resuena en las mesas el mismo clamoreo de los jugadores, promovido por el resultado del azar. En aquel momento, muchos de los asistentes se pasean de arriba abajo, bostezando, o se paran al pasar uno junto al otro para cambiar observaciones insulsas: "¿Hará buen tiempo mañana?". "¿Están concluidos los preparativos para los juegos?". "¿Son las mismas reglas en Antioquía que las del circo de Roma?".

Dicho sea, en honor a la verdad, que la juventud romana sentía un tedio mortal. El trabajo serio que habían de hacer estaba cumplido; tendríamos la seguridad de esto si miráramos las tablillas cubiertas de notas de las apuestas cruzadas especialmente sobre las carreras pedestres, sobre las atléticas, sobre los pugilatos, sobre cada cosa, en fin, menos sobre las carreras de cuadrigas. ¿Y por qué no sobre éstas? La razón por la cual no se han cruzado apuestas es que nadie quiere arriesgar un denario en contra de Messala.

No hay en el salón otros colores que los suyos. Ni por asomo cuentan con la posibilidad de una derrota.

—¿No es por ventura perfecto en su educación deportiva y gimnástica? —dicen sus admiradores—. ¿No han sido sus caballos vencedores en los juegos circenses del Máximo? ¡Pues entonces! ¡Ah! ¿Y no es un romano, sobre todo?

Sentado cómodamente en un diván, es decir, tendido en él, se halla Messala. En torno a él, en pie o sentados, están sus admiradores y secuaces, que le agobian a preguntas.

Desde luego, las conversaciones no tienen otro tema que los juegos.

En este momento entran Cecilio y Druso.

—¡Ah! —dice el joven príncipe, echándose sobre el diván a los pies de Messala

—. ¡Ah! ¡Por Baco, que me encuentro fatigado!

—¿De dónde vienes? —pregunta Messala.

—De las calles; del Onfalo y de más allá. ¿Quién podría decir de dónde? Hay una multitud de gente en todas partes; nunca se ha visto tanta en la ciudad. Dicen que mañana el mundo entero estará reunido en el circo.

Messala rió irónico.

—¡Imbéciles! Nunca han visto unos circenses del Máximo con un César por director. ¿Y qué has encontrado por ahí fuera, Druso?

—Nada.

—¿Ya has olvidado la procesión de los blancos? —dijo Cecilio.

—¡Admirable! —exclamó Druso, incorporándose en el diván—. Imaginad que nos encontramos con un grupo de blancos con su bandera y todo, pero… ¡Ja, ja, ja! —y se dejó caer de espaldas, riendo.

—Cruel Druso, ¿por qué no prosigues tu relato? —dijo Messala.

—Eran la hez del desierto, Messala mío, y los comedores de calabaza que proceden del templo de Jacob en Jerusalén. ¿Qué tengo yo que ver con ellos?

—Está visto; Druso no tiene ganas de divertirse, pero yo sí —exclamó Cecilio.

—Habla, pues.

—Bueno, detuvimos el grupo y…

—Les hicimos una apuesta —interrumpió Druso, con sorna—. ¡Ja, ja, ja! Un compadre que no tenía suficiente carne en su cara para cebar a una carpa se adelantó y… , ¡ja, ja, ja!, dijo que sí. Yo saqué mis tabletas y le pregunté: "¿Por quién quieres apostar?". "Por Ben-Hur, el judío", respondió. "Bien; ¿cuánto?". Y él me dice… ¡ja, ja, ja! Dispénsame, Messala. ¡Por los truenos de Júpiter, no puedo acabar a causa de la risa!

Los que escuchaban se mostraban impacientes, y Messala miró a Cecilio.

—Un siclo —dijo éste.

—¡Un siclo, un siclo!

Las risas estallaron burlonas y sarcásticas, corriendo en todos los tonos por la asamblea.

—¿Y qué hizo Druso? —preguntó Messala. En aquel momento se oyó una gran agitación en la puerta de entrada y vieron a cuantos se hallaban cerca agolparse en ella. Como el clamoreo subía en intensidad, Cecilio se dirigió también hacia aquella puerta, pero, antes de volver la espalda, dijo a Messala:

—El noble Druso, Messala mío, guardó sus tablillas sin contestar y perdió el siclo.

—¡Un blanco! ¡Un blanco! —oyeron que gritaban en el grupo.

—¡Que entre! ¡Que venga! ¡Dejad pasar! ¡Por aquí!

Estas exclamaciones y otras parecidas llenaban el salón. Cesaron todas las conversaciones. Los jugadores de dados abandonaron la mesa. Los dormilones se desperezaron y frotaron los ojos, sacaron sus tabletas y se apresuraron a lanzarse en medio del salón.

—Yo te ofrezco…

—Y yo…

—Y yo…

—Y yo…

La persona tan calurosamente acogida era el respetable judío, compañero de viaje de Ben-Hur desde Chipre. Entró en el salón con calma y gravedad. Su túnica y turbante eran de una blancura inmaculada. Inclinándose y sonriendo de uno a otro, se dirigió lentamente hacia la mesa central. Se recogió el manto en un ademán magnífico, tomó asiento y agitó la mano para pedir silencio. El resplandor de una costosa joya que brillaba en su dedo contribuyó no poco a imponer aquél.

—¡Romanos, mis muy nobles romanos, yo os saludo! —dijo.

—¡Qué desparpajo! ¡Por Júpiter! ¿Quién es ése? —preguntó Druso.

—Un perro de Israel llamado Sanbalat; vive en Roma y su fortuna es fabulosa. Fue contratista de provisiones para el ejército, que no aparecen por ninguna parte. Se ocupa en tejer malicias y son sus redes más sutiles que las de la araña. ¡Ven, por el cinturón de Venus! ¡A ver si le podemos atrapar!

Messala se levantó y, con Druso, se mezcló entre los jóvenes que se agolpaban en torno al judío.

—Me he enterado en la calle —dijo, sacando las tabletas y dejándolas abiertas sobre la mesa, con aire de gran negociante— de que estaban en palacio disgustados porque las ofertas que hacéis sobre Messala no encuentran apostadores. Pues bien, los dioses exigen sus sacrificios y aquí estoy yo dispuesto a sacrificarme. Ya veis mi color. Vamos al grano. Primero quiero saber las condiciones que me ofrecéis; después iremos al importe de la apuesta. ¿Con qué ventaja cuento?

Su audacia hizo enmudecer a los presentes.

—¡Daos prisa! —les dijo—. Tengo un compromiso con el cónsul.

Este aguijonazo surtió efecto.

—Dos por uno —gritaron varios a la vez.

—¿Cómo? —replicó el antiguo contratista, simulando asombro—. ¡Sólo dos por uno y el vuestro es un romano!

—Anota, pues, a tres.

—¡Tres, decís, tan sólo tres y él es sólo un perro judío! Dadme cuatro.

—Sean cuatro —dijo un adolescente, mortificado por el tono burlón.

—Cinco, dadme cinco —gritó Sanbalat, haciendo caso omiso.

Reinó un profundo silencio.

—El cónsul, vuestro amo y mío, me está esperando. Decidíos.

La situación se hacía violenta para todos.

—¡Vaya por los cinco! ¡En honor de Roma! ¡Cinco nada más!

—Vaya por los cinco —dijo uno.

Sanbalat sonrió y se dispuso a escribir.

Se produjo una alegre exclamación y Messala, abriéndose paso entre los grupos, se aproximó a Sanbalat.

—Si el César muere mañana —exclamó éste—, Roma no lo perderá todo. Hay uno por lo menos con espíritu suficiente para ocupar su puesto. ¡Sean seis para ti!

—Son seis —asintió Messala—. Seis por uno, que representa la diferencia que existe entre un judío y un romano; y en vista de que ya la hemos encontrado entre los dos, ¡oh redentor de la carne de cerdo!, vayamos a lo esencial. El importe de la apuesta, ¡enseguida!

El cónsul puede llamarme de un momento a otro y primero quiero que este asunto esté concluido.

Sanbalat aceptó el insulto con gran frialdad y se puso a escribir, ofreciéndole el escrito a Messala, después de unos instantes.

—Lee, lee —gritaron por todas partes a éste. Y leyó Messala:

Memorándum. Carrera de cuadrigas. Messala, de Roma, en apuesta con

Sanbalat, también de Roma, afirma que vencerá a Ben-Hur, el judío. Importe de la

apuesta: veinte talentos. Ventajas para Sanbalat: seis por uno.

Testigos: Sanbalat.

Se produjo un silencio de muerte; todos contuvieron la respiración; no se hizo un solo movimiento. Permanecían inmóviles como estatuas, tal como estaban al terminar la lectura. Messala, muy abiertos los ojos, miró el memorándum, dudando de lo que veía, y los que le rodeaban le miraban, pendientes de sus labios.

Messala sintió todos los ojos fijos sobre sí y resolvió rápidamente. Si se negaba a firmar, toda su superioridad se venía a tierra; sin embargo, no podía firmar, porque toda su fortuna no llegaba, no ya a los ciento veinte talentos, sino a la quinta parte de esta suma. Por un momento el asombro paralizó su pensamiento y el color huyó de su rostro; pero su audacia le había sugerido ya una idea.

—¡Tú, judío! —gritó—. ¿En dónde tienes veinte talentos? Pruébamelo.

A los labios de Sanbalat asomó una sonrisa de sorna.

—¡Ahí tienes la prueba! —contestó, enseñando a Messala un pergamino.

—Lee, lee —gritaron todos a la vez.

Messala leyó de nuevo:

En Antioquía, Tammuz, 16.

El portador, Sanbalat, de Roma, tiene a su orden en mi poder la cantidad de

cincuenta talentos, moneda del César.

Simónides.

"¡Cincuenta talentos!". "¡Cincuenta talentos!", repitió como un eco la concurrencia, en el colmo del asombro.

Druso, entonces, quiso dar un golpe para contrarrestar el efecto que había producido la riqueza del judío.

—¡Por Hércules! —dijo, con el mayor descaro—. Ese pergamino miente; ese judío es un embustero. ¿Quién, aparte del César, puede tener un fondo de cincuenta talentos a su orden? ¡Fuera ese cerdo insolente!

Este grito de rabia incontenida fue respaldado por otros gritos tan furiosos como el de Druso. No obstante, Sanbalat estaba tranquilo y su sonrisa los enfurecía tanto más cuanto más tiempo pasaba.

Al fin habló Messala:

—¡Silencio! Uno contra uno, compatriotas, uno contra uno para el honor de nuestro pueblo romano.

Estas palabras le reconquistaron su ascendiente.

—Y tú, perro circuncidado —prosiguió, dirigiéndose a Sanbalat—. Te ofrecía seis por uno, ¿no es así?

—Sí —respondió el judío, tranquilo.

—Bueno. Seré yo quien fije el importe de la apuesta.

—A condición de que si el importe es insuficiente yo quede en libertad de aceptar o no.

—Escribe cinco talentos en vez de veinte.

—¿Tendrás bastante con que responder?

—¡Por la madre de los dioses! Te enseñaré los justificantes.

—Bien, bastará la palabra de un romano. Cinco talentos ajustando bien la cuenta, jugados a la proporción de seis por uno. Voy a escribirlo.

Y acto seguido cambiaron las apuestas.

Se levantó entonces Sanbalat, mirando a su alrededor con una sonrisa mezcla de desdén e ironía. Nadie mejor que él conocía a aquellos con quienes trataba.

—¡Romanos —dijo—, otra apuesta si os atrevéis! Cinco talentos contra otros cinco a que el blanco sale vencedor. Os desafío colectivamente.

La sorpresa se adueñó de ellos de nuevo.

—¡Qué! —gritó aún más alto—. ¿Tendrán que decir mañana en el circo que un perro de Israel vino al salón del palacio, lleno de nobles romanos, entre ellos un retoño del César, y les ofreció una apuesta de cinco talentos que ellos no tuvieron valor de aceptar?

Lo punzante del sarcasmo los hirió de nuevo.

—¡Termina ya, insolente! —chilló Druso—. Escribe esa apuesta y déjala sobre la mesa; mañana me informaré de si tienes en verdad tanto dinero como para arriesgarlo en esta aventura; yo, Druso, prometo que tu apuesta será aceptada.

Sanbalat escribió de nuevo y, levantándose, dijo tan calmoso como siempre:

—Mira, Druso, ahí tienes mi oferta. Cuando esté firmada envíamela, con tal de que sea antes de empezar la carrera. Estaté al lado del cónsul, en un asiento sobre la porta pompae. La paz sea con vosotros.

Hizo una inclinación y se marchó, sin hacer caso de la rechifla con que fue despedido hasta la puerta por los despechados romanos.

Durante la noche circuló la historia de las prodigiosas apuestas, y Ben-Hur, con sus cuatro caballos, se atrajo todo el interés de su lucha encarnizada contra Messala, pues se sabía que jugaban a este azar toda su fortuna.

A pesar de todo, Ben-Hur no durmió nunca un sueño más profundo.

Capítulo Tres

EL CIRCO

El circo de Antioquía estaba en la margen meridional del río, enfrente, precisamente, de la isla, y ofrecía la disposición que generalmente presenta el plano de estos edificios. Según la costumbre imperial, los ejercicios eran una concesión al pueblo y, por lo tanto, todo el mundo podía asistir. Por ello, aunque la capacidad era muy vasta en semejantes edificios, el pueblo siempre temía no encontrar sitio y desde mucho antes del anochecer del día anterior a los juegos llenaba los alrededores, y daba la sensación de un ejército acampado.

Se abrían las puertas a medianoche y el pueblo entraba como un torrente y ocupaba el sitio que se le había asignado; para desalojarlo habrían sido precisos un terremoto o un ejército armado de lanzas. Dormían un poco, si les era posible, sobre los bancos, hasta que llegaba el día, y almorzaban allí. Cuando empezaba el espectáculo, se encontraban tan ávidos de ver y oír como si hubieran reposado en su lecho.

Las familias pudientes tenían sus asientos fijos e iban al circo a primeras horas de la mañana; los nobles o muy ricos procuraban sobresalir entre los demás por sus literas y por el séquito de servidores de los cuales se hacían acompañar. A la segunda hora se establecía una corriente continua que desembocaba en el circo, y que era absorbida por él en inacabable y apretujada procesión.

En el mismo momento en que el gnomon del reloj de sol de la ciudadela señalaba las dos y media, la legión, con completa armadura y desplegando sus águilas y estandartes, descendía de Monte Sulpius y, cuando la cola de la última cohorte se perdía en el puente, se podía decir que Antioquía quedaba completamente abandonada, no porque la amplitud del circo cobijase a toda la población, sino porque ésta la había abandonado para presenciar, en lo posible, el espectáculo que ofrecían los alrededores.

En la orilla del río, una gran multitud presenciaba el momento en que el cónsul abandonaba la isla, en una barca del Estado, y era recibido por la legión, cuyo espectáculo atraía por algún tiempo las miradas de todos.

A la hora tercia, el circo estaba abarrotado y los clarines imponían silencio anunciando que el espectáculo iba a comenzar. Doscientos mil espectadores dirigían sus miradas hacia un cuerpo del edificio que formaba el costado oriental. Había allí un basamento que se abría en amplia puerta hacia la mitad; era la porta pompae, sobre la que, bastante alta, se hallaba la tribuna de honor, decorada con magnificencia con las insignias y estandartes de la legión, en cuyo lugar preferente tomaba asiento el cónsul. A ambos lados de la porta, aquel basamento contenía macizas verjas de hierro soldadas a los pilares. Sobre ellas había una cornisa rematada por una fuerte balaustrada, tras la cual comenzaba una gradería que iba elevándose en anfiteatro, en la que los dignatarios se aposentaban con magníficos atavíos. Esta parte del edificio ocupaba toda la anchura del circo y estaba franqueada de torres que, dándole gracia, se utilizaban para mantener los pelaría, esto es, los doseles de púrpura que protegían del sol y daban fresca sombra a toda esa parte, resultando agradable en lo más caluroso del día.

A ambos lados de la tribuna del cónsul se hallaban las entradas principales, amplias, protegidas por enrejadas puertas que se abrían en las torres de los lados de la tribuna.

La palestra era una superficie llana, de gran extensión, cubierta de blanca y fina arena, donde se realizaban todos los juegos, con excepción de las carreras pedestres. No lejos de la tribuna se levantaba en la arena un pedestal de mármol que sostenía tres pilares bajos y cónicos, de piedra gris, finamente esculpidos. Hacia ese pedestal se dirigían todas las miradas, porque era la primera meta que señalaba el principio y final de la carrera. Detrás, aunque con bastante espacio para un altar y un pasaje pequeño, empieza una especie de muralla o malecón de diez o doce pies de ancho por cinco o seis de altura, que se extiende hacia el oeste y, en el sentido del eje mayor del circo, un estadio olímpico, es decir, unos ciento ochenta metros: es la pista. Hay otro pedestal a su extremo formado exactamente por pilares que señalan la segunda meta. Limitan la arena unas paredes lisas que forman un muro de quince a veinte pies de alto con balaustrada encima, análoga a la que corona las cárceles. Este balcón que da la vuelta al circo sólo está cortado en tres sitios, que permiten la entrada o la salida: dos al norte y una al oeste, llamada la puerta del triunfo, porque, una vez terminado el espectáculo, da paso a los vencedores, coronados y con una escolta triunfal.

Al otro extremo de la tribuna de honor, tanto el balcón como la muralla forman un semicírculo, y sobre ella se levantan dos grandes galerías.

Detrás de la balaustrada, a un lado del circo, se halla la primera fila de asientos; desde ella van levantándose los siguientes formando el anfiteatro. Las galerías del oeste son ocupadas por el pueblo.

Al sonar las trompetas, guarda un profundo silencio la multitud, anhelante de interés y emoción.

Juntándose las voces y la música, por la porta pompae aparece el coro de la procesión con que se inician los juegos; el director y las autoridades cívicas de la ciudad abren la marcha, luciendo sus cabezas guirnaldas de flores y revestidos de largas túnicas; los siguen los dioses, en andas algunos, otros en carros de cuatro ruedas ricamente adornados; detrás van los campeones luciendo los colores con que han de tomar parte en el espectáculo.

Resulta imponente y hermosa la procesión. Los vítores y aplausos de la multitud agitada ensordecen el ámbito del circo y el director y sus ayudantes saludan al público entusiasta.

Los atletas son recibidos aún de manera más significativa y calurosa, porque apenas hay entre los concurrentes quien no haya apostado, aunque sólo sea un óbolo. La magnificencia de los carros, la belleza de sus caballos ricamente enjaezados se unen al porte y elegancia de los conductores con sus túnicas cortas, sin mangas, de la lana más fina, luciendo los colores señalados en el programa. Todos van acompañados de un jinete, con excepción de Ben-Hur, que, al no fiarse, prefirió ir solo; además, todos llevan yelmo, menos él.

Al pasar por delante de los graderíos, los espectadores se levantan de sus bancos y se eleva un inmenso clamoreo, sobresaliendo la entonación aguda de las mujeres y los niños; una verdadera lluvia de rosas desciende sobre los campeones, amenazando llenar las cuadrigas. Hasta los caballos participan en la ovación, y puede decirse que no tienen menor conciencia que sus amos de los honores de que son objeto. Pronto pudo verse el favor que gozaban del público algunos de los conductores. Se veía en los graderíos que casi todos los espectadores lucían un color, generalmente una cinta, que llevaban sobre el pecho o se ponían en la cabeza. Había muchas verdes, amarillas y azules, pero los colores predominantes eran el blanco y el escarlata con oro.

Si el bizantino y el sidonio tenían pocos seguidores, era porque sus ciudades respectivas tenían escasos representantes en los bancos. Los griegos, por su parte, aunque numerosos, se dividían entre corintios y atenienses, y ésta era la causa por la que abundaban poco el verde y el amarillo.

No habría predominado tanto el escarlata y oro de Messala si los habitantes de Antioquía, serviles y cortesanos, no hubiesen adoptado el color de sus amos. Los sirios, judíos, árabes y campesinos, sostenidos por la fe que les inspiraban los caballos del jeque Ilderim y ante todo su odio a los romanos, deseaban con todo ardor que los romanos fueran vencidos y humillados, lo que determinaba que el partido blanco fuera mucho más numeroso y, de seguro, el que más ruido hacía. El entusiasmo e interés llegaron a su cénit en la segunda meta, en donde, especialmente en los graderíos, dominaba el color blanco; atronando el aire con sus gritos y arrojando todas sus flores.

—¡Messala! ¡Messala!

Tales eran las exclamaciones.

—¡Ben-Hur! ¡Ben-Hur!

Cuando el desfile hubo terminado, los partidarios volvieron a sentarse y siguieron en sus conversaciones.

—¡Ah, por Baco! ¡Qué hombre más bello! —exclamó una mujer que por los colores que flotaban en sus cabellos denotaba que era romana.

—¡Y qué magnífico carro! —replicó un vecino del mismo color.

—Todo de oro y marfil. ¡Júpiter le conceda la victoria!

La nota dominante en el banco de detrás era muy diferente.

—¡Cien siclos por el judío! —exclamó alguien con aguda voz.

—No te dejes impresionar —le dijo un amigo, calmándole—. Los hijos de Jacob son poco partidarios de los espectáculos paganos, que a menudo son reprobados por el Señor.

—Es cierto. Pero ¿acaso has visto jamás a un hombre más frío y sereno?

—¡Y qué brazo!

—¡Y qué caballos! —añadió otro.

—Y afirman también —dijo un cuarto— que conoce perfectamente las astucias y estratagemas de los romanos.

Completó el elogio una mujer:

—Sí, y es aún más hermoso que el romano.

Incitado por los comentarios, el entusiasta gritó de nuevo:

—¡Cien siclos por el judío!

—¡Cállate, idiota! —le censuró uno de Antioquía, desde un banco más separado y delantero—. ¿Ignoras que han apostado cincuenta talentos contra él, a seis por uno, en favor de Messala? Guárdate tus siclos, no sea que venga Abraham y cargue con ellos.

—Cesa ya de rebuznar, ¡oh asno de Antioquía! ¿No sabes que es el mismo Messala quien ha hecho la apuesta?

Las disputas se enzarzaban por todas partes y las controversias no siempre acababan bien.

Cuando por fin terminó la procesión y ésta desapareció por la porta pompae, comprendió Ben-Hur que había logrado su más ferviente deseo.

A causa de su rivalidad con Messala, todo Oriente tenía fijos los ojos en él.

Capítulo Cuatro

LA SALIDA

A eso de las tres de la tarde, hablando en nuestra hora actual, sólo quedaba por realizar la carrera de cuadrigas.

Entre la primera y segunda parte del espectáculo hubo un descanso. A una señal del director de los juegos, se abrieron los vomitorios y cuantos pudieron salieron presurosos a los pórticos, en donde se habían establecido toda clase de vendedores de comestibles. Los que permanecían sentados charlaban, bostezaban, consultaban sus tablillas y, dejadas de lado las discusiones, no quedaban más que dos clases: la de los que ganaban y se mostraban alegres y satisfechos, y la de los que perdían y estaban malhumorados.

No obstante, había una tercera clase de espectadores que sólo deseaban presenciar la carrera de cuadrigas y se aprovechaban del intervalo para ocupar sus asientos sin molestar a nadie. Entre éstos podía contarse a Simónides y su séquito, cuyos asientos se encontraban cerca de la entrada principal del lado norte, enfrente del cónsul. Cuando el comerciante, en su sillón llevado por cuatro robustos criados, hizo su entrada, hubo un general movimiento de curiosidad. Quienes le conocían pronunciaban su nombre. Los que se hallaban cerca lo oyeron y fueron transmitiéndolo a lo largo de los asientos, hacia el oeste, y la gente iba levantándose para ver a un hombre sobre el cual corrían versiones de una historia como no se había conocido otra en Antioquía.

El jeque Ilderim fue también reconocido y aclamado, pero nadie sabía quién era Baltasar, ni tampoco las dos mujeres cubiertas con velos.

Respetuosamente, el pueblo iba abriéndoles paso y los acomodadores los colocaron en primera fila, tras la balaustrada, donde tomaron asiento y apoyaron los pies en taburetes.

Las dos mujeres eran Iras y Esther.

Una vez acomodadas, la segunda miró con miedo la pista y las galerías y cerró más aún el velo que le cubría la cara, mientras que la egipcia, haciendo resbalar su velo sobre los hombros, se dejó contemplar y miraba la escena con esa indiferencia aparente con que las mujeres habituadas al trato social acogen la admiración que atraen, como si no lo advirtieran.

Mientras tanto, unos criados del circo empezaron a tender una cuerda blanqueada con cal a través de la arena, de balcón a balcón, frente a los pilares que señalaban la meta de partida; y otros seis, saliendo de la porta pompae, colocándose delante de cada una de las carceres ocupadas por las cuadrigas. En todas las galerías se levantaba un gran vocerío.

—¡Mirad, mirad! ¡Allá están los atenienses! Ocupa el número cuatro el verde.

—El número dos lo ocupa Messala.

—El corintio…

—¡Mirad el blanco! Cruza ahora por delante de todos, se detiene; el número uno; el último a la izquierda.

—No, es el negro quien se detiene allí; el blanco es el número dos.

—Es verdad.

Como fácilmente puede suponerse, estos seis porteros lucían el color que correspondía al conductor a quien debían abrir la puerta y, de esta manera, cuando cada cual estuvo colocado en su puesto, todo el mundo pudo ver en qué célula estaba encerrado cada competidor.

—¿Has visto alguna vez a Messala? —preguntó a Esther la egipcia.

La judía dijo que no, estremeciéndose. Si el romano no era enemigo de su padre, no le cabía duda de que lo era de Ben-Hur.

—¡Es tan hermoso como Apolo! —exclamó Iras, y sus ojos lanzaron destellos al sacudir su abanico incrustado de piedras preciosas.

Esther pensaba: "¿Será acaso tan bello como Ben-Hur?".

En aquel instante oyó a Ilderim, que decía a su padre:

—Sí, su célula debe de ser la número dos de la porta pompae —e imaginándose que hablaban de Ben-Hur, volvió su mirada hacia allí.

Murmuró una corta oración mientras lanzaba una temerosa mirada sobre la puerta enrejada, y se cerró más el velo.

En aquel momento se acercaba al grupo Sanbalat.

—Vengo precisamente de las carceres, ¡oh jeque! —dijo, saludando con gravedad a Ilderim, que comenzaba a estirarse la barba mientras sus ojos brillaban con avidez curiosa—. Los caballos están en perfecta forma.

Ilderim replicó pensativamente:

—Ruego a Dios, si son derrotados, no lo sean al menos por Messala.

Entonces, volviéndose hacia Simónides, Sanbalat sacó una tablilla y dijo:

—Aquí tienes algo interesante. Tendrás presente, supongo, la apuesta cruzada por Messala anoche, que si era aceptada, me sería entregada firmada ya antes de empezar la carrera. Aquí la tienes.

Simónides tomó la tablilla y leyó cuidadosamente el memorándum.

—Sí —asintió—. Su emisario vino a informarse de si tenía tanto dinero tuyo en mi casa. Conserva bien esta tablilla. Si pierdes, ya sabes lo que tienes que hacer. Si ganas —su cara tomó una expresión grave—, si ganas, ¡oh amigo!, ten más cuidado aún. ¡El firmante querrá huir! No le abandones hasta que suelte el último siclo. Es lo mismo que harían ellos contigo.

—Confía en mí —contestó el viejo contratista.

—¿Quieres tomar asiento con nosotros? —le preguntó Simónides.

—¡Gracias! —replicó—. Mas si abandono al cónsul, la joven Roma que le acompaña no lo tomará a bien. La paz sea con vosotros.

Finalizó el descanso. Tocaron los clarines y, al oírlos, volvieron los que habían abandonado sus asientos a fin de ocuparlos de nuevo. Algunos criados del circo treparon al muro divisional y, dirigiéndose al extremo occidental, cerca de la segunda meta, pusieron siete bolas de madera sobre un tablado, mientras otros criados colocaban en otro tablado análogo siete piezas de madera representando delfines.

—¿Qué van a hacer con esas bolas y esos peces, jeque? —preguntó Baltasar.

—¿No has visto ninguna otra carrera?

—Hasta ahora no; y me pregunto por qué estoy aquí.

—Son para llevar la cuenta. Al fin de cada vuelta, verás cómo echan abajo una bola y un delfín.

Los preparativos estaban listos; un trompeta, en traje de gran gala, a una señal del director, dio la partida. La muchedumbre cesó en sus conversaciones al instante. Todas las miradas convergieron hacia el este y se clavaron en las seis puertas que cerraban las seis células de los campeones. Las mejillas de Simónides se colorearon, dando prueba con ello de que también participaba de la excitación general. El jeque, rápida y nerviosamente, se acariciaba la barba.

—Mira ahora cuando salga el romano —dijo Iras a Esther, que ni tan siquiera la oyó, porque, con el velo cerrado sobre la cara y las manos oprimidas sobre el corazón que latía agitado, sólo esperaba la aparición de Ben-Hur.

El toque del clarín fue corto y penetrante y al escucharlo los encargados de la salida, uno por cada cuadriga, saltaron detrás del pilar de partida, prestos a dar auxilio si alguno de los carros parecía mal dirigido.

Nuevamente sonó el clarín y, al mismo tiempo, los porteros abrieron las seis verjas. Aparecieron en primer término los cinco ayudantes de los conductores, montados. Ben-Hur había rechazado este servicio. La blanca cuerda fue echada a tierra para que pasaran, pero la subieron de nuevo a la altura de un hombre; los porteros esperaban la señal del palco consular para transmitirla a los conductores respectivos; de pronto, los acomodadores de la galería hicieron una señal con la mano y los porteros, con todas sus fuerzas gritaron: "¡Fuera! ¡fuera!".

Como proyectiles lanzados de otros tantos cañones; como un huracán, salieron las cuadrigas, y al instante el circo entero se puso en pie, electrizado, y los espectadores llenaron el espacio con un inmenso clamor.

Era éste el momento tan pacientemente esperado y que había originado tantas controversias.

—¡Allí está! ¡Mira! —exclamó Iras, señalando a Messala.

—Ya lo veo —contestó Esther, que no tenía ojos más que para Ben-Hur.

El velo había resbalado sobre sus hombros. Por un momento la pequeña Esther fue valiente. La idea del gozo que debe experimentarse al ejecutar un acto heroico en presencia de tantos espectadores vino a su cerebro y, entonces, advirtió cómo en tales ocasiones es posible que el alma del hombre, en el ansia de conseguir la victoria, se burle de la muerte.

Los seis contrincantes se hallaban a la vista de todos, pero la carrera propiamente dicha no había comenzado, pues tenían que tocar la cuerda tendida en primer lugar, con el propósito de igualar el tiempo de partida. Si hubiera sido arrojada sobre los caballos, habría podido producirse una confusión entre los hombres y los animales; por otra parte, si las cuadrigas se acercaban a ella con timidez, corrían el peligro de quedarse rezagadas desde el principio de la carrera y, además, perdían la ventaja, siempre disputada, de correr junto al muro, es decir, en la línea interior de la pista. Esta prueba, con todas sus consecuencias y peligros, era bien conocida del público. La opinión del viejo Néstor, manifestada en el instante en que entregaba a su hijo las riendas de la cuadriga, era verdadera:

"No es la fuerza sino el arte quien gana el galardón;
y ser veloz vale menos que ser cuerdo".

Todos esperaban con ansia el resultado de la prueba, que era como un indicio sobre quién resultaría vencedor.

La arena cegaba con un deslumbramiento de luz; al salir, cada conductor miró primero la cuerda y, después, la codiciada posición junto al muro; así, dirigiéndose los seis con furiosa velocidad, parecía inevitable una colisión. Pero eso no era todo. ¿Qué sucedería si, en el último instante, el director de los juegos no daba la señal de bajar la cuerda?

La pista medía unos doscientos cincuenta pies de largo. Se requería ojo rápido, mano firme y juicio pronto. ¡Ah, si se distraía uno echando una mirada! ¡Si su mente vagaba por otra parte! ¡Si se soltaba una rienda!

Intente el lector imaginarse aquellos juegos con toda su viveza, en la arena cegadora, entre paredones de oscuro granito; imagine los carros de ruedas ligeras, graciosos de forma y decorados con todos los recursos que la pintura y la escultura pueden prestarle; represéntese a los aurigas inmóviles a pesar del movimiento violento, erguidos como estatuas, desnudos los miembros, la piel tersa y sana gracias al régimen de baños. En su diestra llevan largos aguijones, que sugieren las torturas con que hostigarán a sus caballos; en la siniestra, separadas cuidadosamente y manteniéndolas en alto, las cuatro riendas que, desde el extremo de la lanza, van a cada uno de los bocados para reunirse nuevamente en la mano del conductor; la cabeza erguida, midiendo con mirada despreciativa al adversario, vibrantes las ventanas de la nariz, contraídos los músculos del cuerpo lleno de vida gloriosa, justificando la confianza que el mundo ha puesto en ellos al tomarlos como modelos de gracia y de vigor.

Habiendo partido los competidores hacia la línea más corta para ocupar la posición junto a la muralla, ceder hubiera sido como renunciar a la carrera. ¿Y quién estaba dispuesto a ceder? Variar de propósito una vez iniciado el impulso era imposible casi y, además, los gritos de los espectadores que desde las gradas incitaban a su campeón respectivo no se pueden describir y, como un rugido, debían de ejercer el mismo efecto sobre todos los conductores.

Las cuadrigas se acercaban juntas hacia la cuerda. En un momento dado, el trompeta que se encontraba al lado del director dio un vigoroso toque y, aunque los jueces no pudieron oírlo, por el inmenso griterío de la multitud, vieron la acción y aflojaron la cuerda en el preciso momento en que el casco de uno de los caballos de Messala pisó el primero.

El romano, alentado, blandió su largo látigo, aflojó las riendas y con un grito de triunfo tomó el puesto contiguo a la muralla.

—¡Júpiter está con nosotros! —gritaron a una voz los del partido romano, en el frenesí del primer triunfo.

Al mismo tiempo, la cabeza, de león de bronce con que terminaba el eje del carro del romano alcanzó un remo delantero de uno de los caballos del ateniense y lo arrojó sobre los caballos de lanza. Éstos vacilaron, tropezaron y perdieron la ventaja que habían adquirido.

Millares de espectadores, horrorizados, quedaron mudos; sólo aplaudieron los que se sentaban alrededor del cónsul.

—¡Júpiter está a nuestro lado! —decían sus amigos al ver a Messala dueño de la posición preferente.

—¡Ganará! ¡Júpiter está con nosotros! —gritó frenéticamente Druso.

Con sus tablillas en la mano, Sanbalat se volvió hacia ellos, cuando un crujido que venía de la pista le cortó la palabra. Se dio la vuelta enseguida para mirar. Después de haber pasado Messala, el único que disputaba al ateniense el derecho de pasar primero era el corintio, y éste procuraba mantener al galope su quebrantada cuadriga. Era inevitable que el desgraciado incidente habría de eliminarlo de la carrera; la rueda del bizantino, que se hallaba muy cerca a la izquierda, chocó con la pieza, posterior de su carro, la destrozó y magulló los pies del ateniense. Se produjo un crujido, un grito de rabia y dolor resonó y el desafortunado Cleanto cayó bajo los pies de sus propios caballos; fue un espectáculo terrible ante el cual Esther se cubrió los ojos. El corintio, el bizantino y el sidonio pasaron sobre él; Sanbalat miró a Ben- Hur y se volvió nuevamente a Druso y a su facción.

—¡Cien sestercios por el judío! —les dijo.

—¡Aceptados! —replicó Druso.

—¡Otros cien sestercios por el judío! —gritó nuevamente Sanbalat.

Nadie pareció oírle. Gritó de nuevo, pero en la pista la situación era tan absorbente que no pensaban más que en gritar:

—¡Messala! ¡Messala! ¡Júpiter está con nosotros!

Cuando Esther se aventuró a mirar de nuevo, ya los criados se ocupaban en arrastrar apresuradamente los caballos y el carro destrozado; Cleanto, privado de sentido, era llevado por otros; en cada lugar donde había un griego resonaban gritos de execración y venganza. De pronto vio a Ben-Hur que corría al lado del romano; tras ellos, formando un grupo, seguían el sidonio, el corintio y el bizantino. Ardientemente disputada había empezado la carrera; los corredores ponían en ella su alma; millares y millares de personas estaban pendientes del más leve de sus movimientos.

Capítulo Cinco

LA CARRERA

Como hemos visto, Ben-Hur se hallaba en el extremo izquierdo de los seis al ocurrir el accidente por el puesto privilegiado. Como los otros, quedó un momento cegado por la reverberación de la arena; no obstante, procuró no perder de vista a sus adversarios y adivinar sus propósitos. Echó una escrutadora mirada sobre Messala, que significaba para él algo más que un competidor, y le vio impasible; la altanería característica del noble patricio se reflejaba, como siempre, en su cara, más bella quizás entonces a causa del yelmo que ponía de relieve su hermosura varonil; pero a Ben-Hur, guiado quizá por una imaginación celosa, o quizá por efecto de la sombra que sobre el rostro de Messala extendía su casco, le pareció ver reflejada en las facciones de su rival, como en un espejo, negra, despiadada, falaz, un alma decidida a todo en su tensión desesperada.

El joven judío sintió afirmarse su resolución de aniquilar a toda costa a su enemigo; aunque tuviera que arriesgar su vida, le humillaría. Premio, apuestas, honores, amigos, todo aquello que excitaba a los otros no tenía para él interés alguno; todo dejaba de existir ante su implacable propósito de venganza. Y, sin embargo, no había pasión por su parte, por lo menos esa pasión que ciega., perturba la cabeza, acelera el corazón y enturbia los ojos; no, en él no había impulso alguno de lucha contra la fortuna, no creía en la suerte. Había madurado su plan fríamente y confiado en sí mismo, se había puesto a la obra con la mayor minuciosidad. Jamás se había sentido más dueño de sí ni nunca se encontró menos alterado por pasión alguna. Imaginando que, en la salida, Messala había de ocupar el puesto privilegiado, por una especie de infalible y rápida intuición, comprendió que aquél sabía que la cuerda caería con el fin de darle preferencia. ¿Qué otra cosa más natural, conociendo el carácter romano, que el elemento oficial procurara favorecer a su compatriota, en primer lugar por el honor nacional, y segundo porque toda su fortuna estaba en juego?

A ninguna otra cosa podía atribuirse la seguridad con que el romano impulsaba a sus caballos contra el obstáculo, ante el que sus compañeros moderaban con prudencia los suyos. Sólo una locura podía disculparlo, pero Messala sabía bien lo que se hacía en esta ocasión.

Ben-Hur, prudentemente, no quiso luchar en tales condiciones y cedió al punto el puesto a su rival. Cayó la cuerda, como hemos dicho, y al instante todas las cuadrigas, excepto la suya, saltaron a la carrera, restallando el látigo sobre los caballos. Se inclinó a la derecha y, con toda la velocidad que le ofrecían sus árabes, se lanzó a través de las huellas de sus contrincantes, formando un ángulo minuciosamente calculado para perder el menor tiempo posible y ganar un mayor espacio. Así, en tanto que los espectadores lamentaban la desgracia del ateniense, y el sidonio, el bizantino y el corintio se esforzaban diestramente en evitar un choque, Ben-Hur les dio alcance, torció después en otro ángulo, tan hábil como el primero, y se colocó, por fin, al lado de Messala. La destreza maravillosa que demostraba esta evolución para pasar de la extrema izquierda a colocarse al segundo lugar de la extrema derecha, denotaba, ante los ojos de los espectadores, la pericia del conductor. La misma hebrea, imitando a los demás, palmoteo con alegre sorpresa. Sanbalat, sonriente, ofrecía nuevamente sus sestercios, sin encontrar quien aceptase el envite. Los romanos comenzaron a sospechar que Messala había encontrado un rival de su talla tan experto como él, si no maestro. ¡Y era éste un judío!

Corriendo juntos, separados por un pequeño espacio entre los carros, se acercaron a la segunda meta.

El pedestal de los tres pilares, visto desde poniente, aparecía como una muralla formando un semicírculo, en paralelismo exacto con las paredes del circo y la pista. Dar esa vuelta era considerado, bajo todos los aspectos, como la prueba más evidente de la habilidad de un conductor de cuadriga; en una vuelta semejante fue donde cayó Orestes. Acrecentó el interés y se produjo un silencio. Por vez primera pudo oírse el rodar de las cuadrigas vigorosamente arrastradas por los caballos, que apenas rozaban la arena.

Messala, en aquel momento, pareció percatarse de la presencia de Ben-Hur y su audacia se puso de relieve de un modo imprevisto.

—¡Muera Eros y viva Marte! —gritó y, restallando el látigo con mano diestra, la dejó caer sobre los cuatro caballos de Ben-Hur, envolviéndolos en un latigazo como nunca lo habían sufrido los generosos animales—. ¡Muera Eros y viva Marte! — repitió, triunfante.

El latigazo fue contemplado por la mayoría de los espectadores y el asombro se hizo general. El silencio aumentó. Detrás del cónsul, los más osados, temiendo algo inusitado, contuvieron el aliento.

No se hizo esperar el resultado mucho tiempo. Como una repentina explosión, estalló la indignación popular en un inmenso clamoreo prolongado. Lo que había hecho Messala era una infamia y una deslealtad jamás vista en los fastos del circo. Los cuatro caballos árabes saltaron espantados. Nunca hasta ese momento nadie los había sometido a semejante castigo, ni había puesto sus manos sobre ellos sino para acariciarlos; fueron criados por el cariño de su amo y, al crecer, su confianza en la bondad del hombre era absoluta, dando a éste su más admirable lección. ¿Qué habían de hacer seres tan mimados ante un trato tan indigno sino saltar como si la muerte los acosara?

De un solo impulso se precipitaron, arrastrando consigo el carro como si fuera una pluma. Llegada la ocasión, toda experiencia es útil. ¿En qué lugar pudo adquirir Ben-Hur aquella mano, aquella fuerza poderosa, aquel puño de hierro que le sirvieron en esa ocasión de manera tan cumplida? ¿En dónde sino manejando el remo en constante lucha contra el mar? ¿Y qué significó para él ese brusco salto del piso de su cuadriga, salto que hubiera derribado a cualquier otro que no hubiera sufrido en otro tiempo los inaguantables tambaleos de la galera, juguete de las olas?

Se mantuvo, pues, en su puesto; dio libre rienda a la cuadriga y, con voz llena de caricias, intentó calmar a los caballos, tratando sólo de guiarlos en la peligrosa vuelta; y antes de que empezase a decrecer la fiebre popular, había conseguido de nuevo adueñarse de ellos. Y no eso solamente, sino que al acercarse a la meta de partida, había recobrado Ben-Hur su posición al lado de Messala y atraído hacia sí toda la admiración y simpatía de todo aquel que no era romano.

Messala, a pesar de su atrevimiento, no creyó oportuno ni seguro burlarse por segunda vez del público, que había mostrado de manera tan clara su simpatía por Ben-Hur.

Esther pudo contemplar nuevamente a éste cuando las cuadrigas daban la vuelta a la meta y vio de lleno su rostro, un poco pálido, erguido con nobleza, pero sereno y hasta plácido.

Acabada esta primera vuelta, un criado echó abajo una de las bolas de madera, mientras que en el otro extremo quitaban uno de los delfines.

De la misma manera, en la segunda vuelta dejaron caer la segunda bola y el segundo delfín, y de la misma manera procedieron en la tercera vuelta.

A la cuarta, Messala seguía teniendo aún el lado interior y Ben-Hur se mantenía paralelamente a su flanco, mientras los otros tres competidores los seguían igual que antes. La lucha tenía el aspecto de una de aquellas dobles carreras tan populares en Roma con el último César.

El sidonio consiguió ponerse al lado de Ben-Hur en la quinta vuelta, pero pronto quedó rezagado. La sexta comenzó sin ningún cambio en la posición de los contendientes.

No obstante, la velocidad de los corceles había ido aumentando gradualmente, encendiendo y exaltando la sangre de sus conductores, que sentían acercarse el momento decisivo. Hombres y bestias se daban cuenta de que era necesario desplegar en la etapa final un supremo esfuerzo.

El interés, que casi desde un principio habían acaparado el romano y el judío, con profunda y general simpatía por este último, parecía cambiarse ahora en inquietud y desaliento. Los espectadores se inclinaban hacia delante, inmóviles, siguiendo ansiosa y penosamente a los conductores. Ilderim se olvidaba de acariciarse la barba y Esther dejó de lado sus temores.

—¡Cien sestercios por el judío! —gritó Sanbalat a los romanos que se cobijaban bajo el dosel consular.

No respondió nadie.

—Un talento… Cinco… Diez… Los que queráis…

Y sacudía hacia ellos sus tablillas en son de reto.

—Acepto tus sestercios —contestó un joven romano, disponiéndose a escribir.

—No lo hagas —le aconsejó un amigo.

—Messala ha llegado ya al máximo de velocidad. ¿No le ves apoyarse en el borde de su carro y aflojar las riendas? Contempla ahora al judío.

Observó el primero a Ben-Hur y dijo:

—¡Por Hércules! Ese perro parece que tira con todas sus fuerzas de las bridas. ¡Lo veo! Si los dioses no protegen a nuestro amigo, el judío se le adelantará en el momento que lo desee… Pero ¡no! Mira, Júpiter está con nosotros. ¡Júpiter nos protege!

Este grito, que brotó espontáneamente de todos los pechos romanos, agitó como una ráfaga los velaría sobre la cabeza del cónsul.

Era verdad, Messala había alcanzado su velocidad máxima. Su esfuerzo no le había reportado ninguna ventaja; lenta, pero seguramente, había empezado a aflojar. Sus caballos empezaban a agachar la cabeza. Vistos desde arriba, parecía que sus cuerpos, tendidos en la carrera, rozaban la pista; las ventanas de la nariz dilatadas mostraban la sangre de sus membranas inyectadas; los ojos parecían saltárseles de las órbitas. Seguramente los pobres animales hacían todo lo que podían. Pero ¿cuánto tiempo lograrían sostener ese paso? ¡Estaban sólo al principio de la sexta vuelta! Y he aquí que, al aproximarse a la segunda meta, Ben-Hur quedó rezagado tras el carro del romano. Esto levantó los ánimos de sus compatriotas.

La alegría de Messala y su facción llegó al paroxismo; gritaban, aullaban y agitaban en el aire sus colores y Sanbalat llenó sus tabletas con las apuestas que hacía y que en el optimismo de aquéllos eran aceptadas. A Malluch, que se encontraba en la galería inferior, sobre la puerta del triunfo, se le hacía duro manifestar su alegría. Sin duda, tenía la vaga indicación que le hiciera Ben-Hur de algo que sucedería al bordear la meta occidental; pero habían dado cinco vueltas sin que nada ocurriese. Pensaba ya, consolado, que la sexta sería la señal del éxito, pero he aquí que Ben-Hur perdía su puesto y apenas conseguía mantenerse a la zaga de su adversario.

Simónides y sus amigos estaban a la expectativa, serenos y silenciosos. El comerciante, inclinado sobre la balaustrada, seguía con la mirada toda la contienda. El jeque Ilderim estiraba nerviosamente su barba y fruncía las cejas de tal manera que apenas dejaba perceptible el punto brillante de sus ojos, como chispas de fuego. Esther no se atrevía a respirar. Sólo Iras estaba alegre.

Y así terminó la sexta vuelta; Messala delante e inmediatamente detrás de él, Ben-Hur, pero tan cerca que recordaba la antigua epopeya de Homero:

"Volaba delante Eumelo sobre sus caballos feréceos; con los de Troya viene detrás el atrevido Diomedes; junto a la espada de Eumelo, dejan oír su resoplido, como si fueran montados tras él en su propio carro. En la nuca sintió el ardiente hálito y vio sobre él las sombras flotantes de los caballos".

Así llegaron a la meta de partida y dieron la vuelta. Temeroso Messala de perder su puesto, pasaba casi rozando el muro con gran riesgo; un pie a la izquierda y su carro saltaría hecho astillas. Al finalizar la sexta vuelta, nadie, al mirar las huellas de los carros, hubiera podido decir: "Ésta es la de Messala y aquélla, la de Ben-Hur". Se confundían en una sola.

Esther vio el rostro de Ben-Hur de nuevo, al doblar la primera meta, más pálido que al principio, y Simónides, más perspicaz que su hija, dijo al jeque, en el instante en que pasaban delante de ellos:

—Yo no soy buen juez, pero juraría que Ben-Hur intenta dar un golpe decisivo. Basta con ver su expresión.

A lo cual contestó Ilderim:

—¡Qué frescos y vigorosos están sus caballos! ¡Por el esplendor de Dios parece que no han empezado a correr aún! ¡Mira, mira ahora!

Sobre los dos tablados quedaban solamente una bola y un delfín; en todas las graderías hubo como un rugido y el pueblo aspiró ampliamente el aire, porque ya se acercaba el principio del fin. El sidonio castigó furiosamente sus caballos, que, precipitados por el dolor y el miedo, desesperados, se lanzaron, prometiendo por breves instantes colocarse al frente; pero este esfuerzo sólo quedó en promesas. Después el bizantino y el corintio hicieron el esfuerzo supremo, con el mismo resultado negativo. Prácticamente habían perdido la carrera. Lo entendieron así los espectadores y, con un acuerdo maravilloso y perfectamente explicable, todas las facciones, con excepción de los romanos, pusieron sus esperanzas en Ben-Hur, a quien mostraban abiertamente sus simpatías.

—¡Ben-Hur! ¡Ben-Hur! —gritaban; y el poderoso clamor dominaba a los que se alzaban a favor de Messala en la tribuna del cónsul. De las graderías, bajo las cuales pasaba en su carrera, descendía sobre él la simpatía en forma de imperativos y ardientes votos.

—¡Rápido, judío! ¡Vuela!

—¡Suéltalos caballos! ¡Aflójalas riendas! ¡Pégales!

—No dejes que se te adelante en la vuelta. ¡Ahora o nunca!

Sobre la balaustrada, con peligro de caer en la arena, se inclinaban, extendiendo los brazos hacia él, pidiendo, amenazando, implorándole el triunfo. El judío no oía nada; nada pudo hacer mejor en todo el trayecto hasta la segunda meta. Continuaba detrás sin variación.

El romano comenzó a tirar de sus caballos de la izquierda al dar la vuelta, lo que necesariamente hizo aminorar su velocidad. Estaba muy animado; en su mente, más de un altar iba a enriquecerse con sus votos y ofrendas; el genio romano debía quedar satisfecho. Desde los tres pilares sólo quedaban seiscientos pasos para alcanzar la fama y aumentar su fortuna, sus honores y un triunfo inefable sobre la persona a quien odiaba.

Desde la galería, Malluch vio a Ben-Hur inclinarse hacia sus cuatro caballos y soltarles toda la rienda. Su vigorosa mano agitó el látigo, que silbó como una serpiente sobre las cabezas de sus corceles, y silbó de nuevo y se agitó amenazadoramente sobre ellos, aunque sin tocarlos; pero, aunque no cayó sobre sus lomos, sintieron la amenaza y el aguijón, y se lanzaron como una tromba. El rostro arrebolado y los ojos llameantes de Ben-Hur parecían querer infundir en sus corceles una irresistible voluntad; y los cuatro, como uno solo, respondieron saltando por detrás del carro del romano.

Entonces, cerca de la meta y a tiempo de dar la peligrosa curva, Messala oyó pero no se atrevió a mirar. Dominando los ruidos de la pista sobresalía una voz, la de Ben- Hur. Utilizando el antiguo dialecto arameo, excitaba a los caballos como lo hubiera hecho el propio Ilderim.

—¡Oh Altairl ¡Oh Rigell ¿Qué te sucede, Antarés? ¿Vas a flaquear? ¡Buenos caballos!… ¡Ánimo, Aldebardnl… Ya oigo cantar en las tiendas. Las mujeres y los niños cantan a las estrellas. Altair, Antarés, Rigel, Aldebarán. ¡Victoria!… ¡Bien hecho!… Mañana a vuestra tienda… a casa… ¡Oh Antarés! ¡La tribu os está esperando y el amo os desea!… ¡Ya está! ¡Ya está! ¡Eso es! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hip!… ¡Valor!… ¡Hemos derribado al orgulloso! ¡Yace en el polvo la mano que nos hirió!… ¡La gloria es nuestra!… ¡Valor!… La obra está cumplida… Sooo… ¡Basta! ¡Quietos!

Lo ocurrido no pudo ser más sencillo, pero tampoco más instantáneo. Era el momento escogido por Messala para girar y dar la vuelta hacia la meta. Para avanzarle, Ben-Hur había de inclinarse a la izquierda y la buena estrategia exigía que este movimiento fuese lo más estrictamente preciso para no quedar rezagado. Todos entre el público lo entendieron así, y vieron la señal dada a los caballos y la soberbia salida de éstos. Vieron girar el carro de Ben-Hur, casi rozando la rueda exterior del de Messala, en tanto que la rueda interna de Ben-Hur tocaba casi la parte posterior del carro del romano. Esto lo vieron todos, pero se oyó de pronto un gran estallido y, más rápido que el pensamiento, volaron sobre la pista cien astillas brillantes, blancas y doradas, y vieron el carro romano inclinarse sobre el costado derecho. Arrastrado en la carrera, saltó una vez, y otra y luego otra y, por fin, se le vio caer destrozado; Messala, trabado por los riñones, cayó de cabeza hacia delante. Para aumentar el horror de la escena y hacer cierta su muerte, el sidonio, que rasaba el muro detrás de él, no pudo frenar ni desviarse. A toda velocidad, su carro pasó sobre los restos del de Messala, y sobre los restos de éste. Como movido por un resorte, el pueblo entero saltó sobre las gradas y aplaudió y gritó con frenesí.

Algunos dirigieron sus ojos hacia Messala, bien cuando cayó debajo de sus caballos, bien cuando quedó tendido en la arena.

Estaba inmóvil y le creyeron muerto. La mayor parte siguió la triunfal carrera de Ben-Hur. No pudieron ver el diestro tirón de las bridas por el cual, haciendo inclinar su cuadriga hacia la izquierda, había rozado la rueda de Messala con la extremidad ferrada del eje de su carro, convirtiéndola en astillas. Vieron sólo la súbita transformación del judío y sintieron el fuego que lo enardecía, como una llamarada de su espíritu, en la heroica resolución y la frenética energía que, con los ojos, las palabras y los ademanes, infundía a sus caballos árabes su furia invencible. ¡Y qué carrera! ¡Parecían leones saltando sobre su presa! De no haber sido por el carro, se hubiera dicho que volaban. Cuando el bizantino y el corintio estaban en la mitad de ese lado de la pista, Ben-Hur daba la vuelta a la meta de partida.

¡Y la carrera estaba ganada!

Se levantó el cónsul, enronqueció el público de tanto gritar; bajó de su asiento el director de los juegos y coronó a los vencedores. Entre los pugilistas y boxeadores, el afortunado vencedor era un sajón de rubios cabellos, cejas muy bajas y una cara tan brutal que atrajo una segunda mirada de Ben- Hur, que reconoció en él a un maestro del que llegó a ser favorito en Roma. Se volvió después y vio a Simónides y a sus compañeros que le miraban. Le saludaron con la mano. Esther no dejó su asiento, pero Iras, en pie, le dirigió una sonrisa y un saludo con su abanico, favores embriagadores para él, aunque, desde luego, habrían recaído sobre Messala de haber resultado éste vencedor. Se organizó el cortejo y, en medio de los vítores de la multitud, que había logrado sus deseos, cruzaron la puerta del triunfo.

Y la fiesta terminó.

Capítulo Seis

LA INVITACIÓN DE IRAS

Ben-Hur e Ilderim paseaban a la orilla del río, esperando que llegase la medianoche; con anticipación habían determinado que a esa hora se pondrían en camino en seguimiento de la caravana, que les llevaba ahora treinta horas de ventaja.

El jeque se sentía feliz; en su generosidad habría querido colmar a Ben-Hur de regios presentes, pero éste lo había rehusado todo, insistiendo en que estaba satisfecho con haber humillado a su enemigo. La generosa disputa continuaba todavía.

—Piensa —le decía aquél— en todo lo que has hecho por mí. En adelante, en toda negra tienda, desde el Akaba hasta el océano, a través del Eufrates y más lejos del mar de los escitas, la fama de Mira y de sus hijos aumentará; y los que ahora la cantan me ensalzarán y echarán en el olvido, quizá, que ya me encuentro en el declive de mi vida. Las lanzas del desierto que hoy no tienen amo vendrán a mí y sus hombres de espada se multiplicarán. No tienes idea de lo que significa tener el imperio del desierto, como ahora lo tendré yo. Me traerá consigo considerables tributos del comercio y amplia inmunidad de los reyes. ¡Por la espada de Salomón! Si mis emisarios buscan para mí el favor del César, esto será lo que lo traiga… Pero ¿no quieres aceptar nada?

—En absoluto, buen jeque. ¿No tengo ya tu corazón y tu mano? Deja que el aumento de tu poder e influencia pueda servir al rey que viene. ¿Quién podrá saber que no te lo ha concedido Dios para que lo emplees en su favor? En la obra que voy a emprender puedo en un futuro necesitar de ti; no aceptando ahora, quedo en libertad para pedirte algo mañana.

Estando en esta conversación, llegaron dos mensajeros: Malluch y un desconocido. Malluch fue recibido al instante.

No podía ocultar el buen hombre su alegría por la victoria del día anterior.

—Vayamos al grano —dijo—. El amo Simónides me envía para que te diga que, en la reunión de los jugadores en palacio, algunos de la facción romana protestan del pago de la prima.

Ilderim dio un salto y gritó con voz penetrante:

—¡Por el esplendor de Dios! Oriente decidirá si la carrera fue ganada en toda la ley.

—Con seguridad, buen jeque —dijo Malluch—; el director ha pagado ya.

—Está bien.

—Cuando le informaron de que Ben-Hur chocó con la rueda de Messala, el director se rió y les recordó el latigazo dado por aquél a sus caballos al dar la vuelta a la meta.

—¿Y cómo está el ateniense?

—¡Ha fallecido!

—¡Muerto! —gritó Ben-Hur.

—¡Muerto! —repitió el jeque—. ¡Qué suerte tienen esos monstruos romanos! ¿Escapó Messala con vida?

—Sí, vive, buen jeque; pero la vida será siempre una carga para él. Los médicos dicen que vivirá, pero no volverá a caminar nunca.

Ben-Hur elevó sus ojos al cielo silenciosamente. Tuvo una visión de lo que sería la vida de Messala, ligado como Simónides a un sillón y como él llevado en hombros de sus criados cuando deseara salir. El mercader había resistido bien la prueba, mas, ¿cómo la soportaría el romano, con todo su orgullo y ambición?

—Simónides me encargó también que os informara de que Sanbalat ha tropezado con algunas dificultades. Druso y los que con él se comprometieron al pago de cinco talentos han expuesto el caso al cónsul Majencio, quien ha llevado el asunto al César. Messala también se niega a pagar, y Sanbalat, siguiendo el ejemplo de Druso, fue a ver al cónsul, y el asunto está pendiente de resolución. Los romanos honrados dicen que no debe dispensarse a quienes quieren evadir el pago y los partidarios de todas las facciones son de la misma opinión. La ciudad está escandalizada y anda revuelta.

—¿Qué opina Simónides? —preguntó Ben-Hur.

—El amo ríe y se muestra satisfecho. Dice: "Si Messala paga, se arruina, pero si se niega a pagar queda deshonrado. La política imperial decidirá. No será muy buena táctica comenzar la guerra con los partos infiriendo una ofensa a Oriente. Si disgustan al jeque Ilderim, atraerán con ello la enemistad del desierto, en el cual tiene el cónsul Majencio que establecer su línea de operaciones". Por tanto, Simónides me encarga que no os inquietéis. El romano pagará.

El jeque recobró su buen humor.

—En marcha ya —dijo, frotándose las manos—. El negocio terminará bien quedando a cargo de Simónides. La gloria es nuestra. Voy a dar la orden de que nos preparen los caballos.

—Espera —dijo Malluch—. Hay un mensajero. ¿No quieres verle?

—¡Por el esplendor de Dios! Se me había olvidado.

Se retiró Malluch y acto seguido entró un apuesto mancebo de delicadas maneras y gentil apariencia.

—Iras, hija de Baltasar, que también conoce al buen jeque, me encomienda que felicite a Ilderim por el triunfo de sus caballos.

—La hija de mi amigo es muy amable —dijo éste, brillantes los ojos de alegría—. Entrégale este anillo en prueba del placer que su mensaje me proporciona.

Y, sacándose de un dedo un valiosísimo anillo, lo entregó al mensajero.

—Lo haré tal como dices, ¡oh jeque! —replicó el joven, y continuó—: La hija del egipcio me encarga, además, que hagas saber al joven Ben-Hur que su padre ha ido a habitar por algún tiempo en el palacio de Iderneo, en donde será recibido después de la hora cuarta de la mañana. Y si el jeque Ilderim le transmite este mensaje, ella le quedará muy agradecida.

El jeque miró a Ben-Hur, cuyo semblante estaba rojo de placer.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó.

—Con tu permiso, ¡oh jeque!, iré a ver a Iras.

Ilderim se echó a reír. Luego dijo:

—¿No es lícito a un hombre gozar de su juventud?

Ben-Hur respondió al mensajero:

—Dile a quien te envía que yo, Ben-Hur, me complaceré en verla mañana al mediodía en el palacio de Iderneo.

Se levantó el adolescente, hizo una reverencia y partió.

El jeque emprendió la marcha a medianoche, después de haber convenido con Ben-Hur en dejarle un caballo y un guía que le indicara el camino para reunirse de nuevo con él después de la cita del día siguiente.

Capítulo Siete

EN EL PALACIO DE IDERNEO

Ben-Hur se dirigió desde el Onfalo, que era como el corazón de la ciudad, al punto en que la bella egipcia le dio cita, y por la columnata de Herodes pronto llegó al palacio de Iderneo.

Entró en el vestíbulo de escalinatas laterales, cubierto y flanqueado de leones alados, que le condujo a un pórtico. La arquitectura, los leones, los muros, el pavimento y el ibis que en el centro de la escalinata esparcía una fina lluvia denotaban el arte egipcio.

En el pórtico de graciosas y finas columnas de mármol blanco, se adivinaba, en cambio, la concepción griega.

Ben-Hur se detuvo a la sombra del pórtico y admiró su delicada belleza y, después, pasó al interior del palacio. Ante él se abrió una gran puerta de doble hoja y se halló en un pasaje de alto techo, pero angosto; el pavimento y las paredes, de un color rojizo, eran, sin embargo, en su propia sencillez, como un aviso de las bellezas que le esperaban.

Avanzaba poco a poco, paladeando anticipadamente el encuentro con Iras. Como siempre, le encantaría con sus historias, con su maravilloso canto, su tono alegre, con su brillante talento, caprichoso y poblado de fantasía, con su sonrisa y sus miradas, que sugerían todas las voluptuosidades de Oriente. Era dichoso y su alma se cernía en la región de los sueños.

El pasaje le llevó ante una puerta cerrada, que se abrió por sí sola apenas llegó a ella, sin rechinamiento ni ruido de cerrojos, en un maravilloso silencio. La extrañeza que le produjo este hecho quedó relegada enseguida ante el espectáculo que se ofreció a sus ojos.

Desde la sombra del silencioso pasaje, y bajo el dintel de la puerta, sus ojos vieron el atrio de una casa romana, amplio y suntuoso en grado sumo. No podría describirse con certeza la magnitud de la estancia, que se prolongaba hasta dar la ilusión de una perspectiva infinita, como un maravilloso escenario; jamás había visto un interior que pudiera comparársele.

Al detenerse y mirar en derredor, vio el pavimento de mosaico; precisamente en aquel instante ponía los pies sobre el pecho de una Leda que acariciaba a un cisne; más lejos vio que todo el pavimento era igualmente un mosaico de pinturas de temas mitológicos. Sillas, sillones, esculpidas mesas y lechos de reposo, todo de gran riqueza y variedad de dibujo, como se reflejaba en la tersa superficie del pavimento como en un lago de cristalina agua. Incluso los paneles de las paredes, con sus pinturas al fresco y sus bajorrelieves, eran reflejados por el suelo, como un límpido espejo. El impluvio, bajo el techo abierto en un espacio cuadrado por donde entraba la luz del sol, estaba rodeado de una verja de bronce. Los pilares eran dorados y sostenían los cuatro ángulos del lucernario brillando a la luz del sol, y su reflexión por el suelo parecía hundirlos a infinita profundidad. Profusión de bellísimos candelabros, maravillosas estatuas y jarrones magníficos, el conjunto era digno de la célebre mansión que Cicerón compró a Creso sobre el Palatino, o de aquella otra, aún más famosa por su lujo escandaloso, denominada la villa Tusculana de Escauro. Ben-Hur vagó por la estancia silenciosamente, perdido en sus fantasías y esperando, como encantado por lo que se ofrecía a sus ojos, algo delicioso en grado sumo. No le causó extrañeza la soledad de la estancia. En toda casa romana de importancia, el atrio era la sala de recepción de los visitantes. Pensó que cuando Iras estuviese arreglada, vendría en persona o le mandaría una esclava. Varias veces dio la vuelta a la estancia. Pasaba el tiempo y nadie acudía. Iras tardaba demasiado. Para entretener el tiempo comenzó a interpretar las historias mitológicas representadas en los mosaicos y los efectos de luz y sombras que ofrecían los objetos. En su espíritu comenzaba a nacer una ligera inquietud que iba acrecentándose en su impaciencia hasta borrar todo el encanto de sus ensueños. Miró con más cuidado a su alrededor, y le extrañó sobremanera el impresionante silencio que reinaba en la casa; sin saber por qué, se sintió inquieto y desconfiado. No obstante, desechó este sentimiento con una sonrisa, esperando todavía las delicias prometidas.

"¡Oh! Iras debe de estar ante su tocador, dando las últimas pinceladas a sus bellos ojos, o tejiendo quizás una hermosa guirnalda para mí. No se hará esperar ya; y se me aparecerá tanto más bella, cuanto más esperada".

Se sentó y se puso a admirar la delicada filigrana de un candelabro de bronce. En su base, sobre un plinto, una sacerdotisa celebraba ante un altar. Nada. Continuaba el silencio absoluto, llenándole de inquietud, estaba atento al menor ruido, sin dejar de contemplar el candelabro. El palacio seguía como una tumba.

¿Habría habido algún error? No era posible. El mensajero enviado por Iras concretaba en el palacio de Iderneo, y allí se hallaba él. Recordó entonces la forma misteriosa en que le fue abierta la puerta y con qué silencio se volvió a cerrar por sí misma.

"¡Voy a ver!", se dijo.

Aunque caminaba ligeramente, sus pisadas resonaban muy alto en el atrio, y se alarmó. Estaba nervioso. Todos sus intentos por abrir la puerta fueron nulos. Empleó todo su vigor en ello, pero el resultado fue el mismo; la puerta ni se movió. Entonces le sobrecogió el presentimiento de un peligro, y se preguntó qué debía hacer. ¿Quién tenía motivo en Antioquía para causarle daño? ¡Messala! ¿Y este palacio de Iderneo? Había contemplado Egipto en el vestíbulo; Atenas en el blanco pórtico; pero allí en el atrio estaba Roma; todo hacía suponer un propietario romano. En verdad que el palacio, situado en la gran arteria de la población, resultaba un sitio demasiado público para cometer un acto violento, pero esa misma razón concordaba con la audacia de su enemigo. Vio el atrio con nuevos ojos; toda su belleza y elegancia no eran sino una trampa en la que se hallaba aprisionado. Nuestros temores pintan siempre las cosas de sombríos colores.

Estos pensamientos irritaron a Ben-Hur. Vio puertas a derecha e izquierda del atrio que debían de conducir a los dormitorios e intentó abrir alguna. Todas estaban cerradas herméticamente. Pensó hacer ruido, llamar, atraer a alguien, pero sintió vergüenza de sus temores. Se dirigió a un lecho, se acostó e intentó reflexionar. Según todas las apariencias, se hallaba prisionero. Pero ¿qué se proponían? ¿Y quién? ¿Sería obra de Messala? Miró a su alrededor y una sonrisa de desafío se dibujó en sus labios. Había un arma en cada mesa, mortífera en su mano. Pero muchos pájaros han muerto de hambre en su dorada jaula… ¿Harían así con él? La mesa y la cama le servían de arietes y se sentía bastante fuerte, sin contar con las fuerzas que la desesperación presta en los casos extremos.

Messala en persona no podría ir. Jamás podría sostenerse sobre sus piernas; era tan inválido como Simónides. Podía, sin embargo, impulsar a otros. ¿No encontraría acaso quien admitiese el precio de su sangre?

Se levantó e intentó de nuevo abrir las puertas. Después llamó, gritó, y el eco que devolvió el salón le hizo estremecer. Sobreponiéndose, intentó calmarse y se propuso esperar algo más antes de forzar una de las puertas.

La inquietud y la expectación fluctuaban en su espíritu. Después de un largo rato, cuya duración no pudo precisar, llegó a la conclusión de que se trataba sólo de un accidente o de un descuido. El palacio pertenecía sin lugar a duda a alguien; alguien cuidaría de él y no tardaría en venir. ¡Calma! Consolándose de este modo, decidió esperar…

Habría pasado media hora, cuando la puerta por la que él había entrado se abrió, y tan silenciosamente como antes y sin atraer su atención, volvió a cerrarse. En aquel momento se hallaba sentado en la parte extrema de la habitación.

El ruido de unos pasos le sorprendió.

—¡Por fin viene ella! —se dijo, estremeciéndose de placer, y se puso en pie.

El andar era pesado, como de unos pies calzados con groseras sandalias. Las columnas doradas que se hallaban entre él y la puerta no le dejaban ver; en silencio se adelantó y se apoyó en una de ellas.

Oía ahora voces masculinas, una de ellas bronca y gutural. No podía entender lo que hablaban, porque su lenguaje no era ninguno de los de Oriente ni del sur de Europa.

Al desviarse los extranjeros hacia la izquierda se mostraron a sus ojos. Eran dos, uno singularmente robusto, ambos altos y vestidos con cortas túnicas. No tenían aspecto de amos ni de sirvientes. Se extasiaban ante lo que veían; se detenían ante cada objeto para examinarlo y tocarlo. Eran dos seres vulgares y groseros. Su presencia parecía profanar el atrio. Al mismo tiempo, la tranquilidad y seguridad con que avanzaban denotaba que estaban allí con algún fin determinado. ¿Cuál era éste? A cada momento se aproximaban más a la columna en que Ben-Hur se apoyaba. Una estatua que resplandecía bañada por un rayo de sol llamó su atención; se acercaron a ella y les dio plenamente la luz.

Entonces, Ben-Hur sintió correr por su espalda un escalofrío al darse cuenta del peligro que lo amenazaba, pues reconoció en el hombre más alto y robusto de los dos que habían entrado, de cara abultada, desnudos miembros cubiertos de cicatrices y hombros hercúleos, al normando a quien el día anterior se coronó como vencedor del pugilato.

El instinto le advirtió de que era demasiado buena, para ser meramente casual, la oportunidad de cometer un asesinato. Allí estaban los verdugos y la víctima no podía ser otra que él mismo. Dirigió una ansiosa mirada al compañero del normando, un joven de ojos y cabellos negrísimos, judío en apariencia, y observó que, como el coloso, llevaba las cortas túnicas que solían llevar los púgiles para sus combates en la arena. Reuniendo, pues, todas las conjeturas, Ben-Hur no podía tener ya duda alguna: había sido atraído al palacio con un plan bien definido; sin que nadie pudiera prestarle auxilio, en aquel lugar espléndido, estaba condenado a morir. Sus ojos iban del uno al otro, y en su interior se verificaba ese fenómeno moral en que la vida entera pasa ante los ojos de nuestra conciencia y la contemplamos como si se tratara de la vida de otra persona. Desde el fondo de esa profundidad, y como si una mano invisible fuera sacando las cosas a la luz, se le ofrecía una visión de la nueva vida en la que apenas acababa de entrar, que se diferenciaba de la antigua en que, si hasta entonces él había sido la víctima, sería en adelante el victimario. ¿El día anterior no había inmolado a su primera víctima? A un alma sinceramente cristiana, este recuerdo le habría producido remordimiento. Mas el espíritu de Ben-Hur había sido alimentado en las enseñanzas del primer legislador judío, y éste no era ni el último ni el más grande. Había castigado duramente a Messala, pero no cometido con él injusticia. Con permiso del Señor, había triunfado, y tenía una gran fe, de la que brotaba su fuerza, especialmente cuando se hallaba ante un peligro inminente. La nueva vida en la que ahora estaba aparecía ante sus ojos como una misión tan santa como la del santo Rey que todos esperaban; una misión en la que el uso de la fuerza aparecía como perfectamente legal, aunque no fuera sino por ser absolutamente inevitable. ¿Por qué tener miedo en el umbral de su carrera? Adelante, pues.

En un momento desabrochó la faja de su cintura, destocó su cabeza y se quitó todos sus distintivos judíos, quedando únicamente vestido con una túnica semejante a la de sus enemigos. Estaba ya dispuesto en cuerpo y alma. Cruzándose de brazos, apoyó la espalda contra la columna y esperó. El examen de la estatua duró breves instantes. El normando se volvió y dijo unas frases en aquel desconocido idioma; ambos vieron a Ben-Hur, cruzaron unas palabras y se adelantaron hacia él.

—¿Quiénes sois? —preguntó en latín Ben-Hur.

El normando esbozó una sonrisa que no suavizó en su rostro nada de su brutal grosería.

—Dos bárbaros —contestó.

—Éste es el palacio de Iderneo. Deteneos y contestad. ¿A quién buscáis?

Los extranjeros se detuvieron y a su vez preguntó el normando:

—Y tú ¿quién eres?

—Un romano.

Echó la cabeza, atrás el normando.

—¡Ja, ja, ja! He oído decir cómo vino Dios al mundo en cierta ocasión, por haber lamido una vaca una piedra de sal; pero ni Dios puede hacer romano a un judío.

Cuando cesó en su risa, dirigió nuevamente la palabra a su compañero y ambos avanzaron.

—¡Quietos! —dijo Ben-Hur, abandonando su pilar—. Oídme una palabra.

Los dos se pararon de nuevo.

—¡Una palabra! —replicó el coloso, cruzándose de brazos, mientras una expresión amenazadora oscurecía su rostro—. ¡Una palabra! Di.

—Tú eres Thord, el normando.

El gigante abrió sus ojos azules.

—En Roma eras lanista.

Thord hizo una señal de afirmación.

—Yo fui uno de tus discípulos.

—No —replicó Thord, moviendo la cabeza—. Por las barbas de Herminio , jamás he tenido judío alguno para convertirlo en gladiador.

—Yo probaré lo que te digo.

—¿Cómo?

—Vosotros venís a matarme.

—Es cierto.

—Entonces, deja que tu compañero luche conmigo y te demostraré con hechos lo que te he dicho.

Una chispa de buen humor brilló en la ancha cara del normando.

Habló con su compañero; éste le contestó en la misma extraña lengua y, con la misma alegría de un niño que quiere divertirse, Thord exclamó:

—Estad atentos a que yo os dé la señal de empezar.

Arrastró un lecho de reposo hasta el lugar que le pareció más conveniente, se acostó en él extendiendo su corpachón y, cuando estuvo cómodo, dijo sencillamente:

—¡Empezad!

Avanzó Ben-Hur hasta su antagonista y le dijo:

—¡Defiéndete!

El hombre puso en guardia sus brazos sin hacérselo repetir.

Así, plantado el uno frente al otro en la posición académica del pugilista ante un adversario, no parecía existir gran diferencia entre los dos; por el contrario, parecían hermanos gemelos. A la confiada sonrisa del extranjero oponía el judío una seriedad que impedía al otro prever de qué destreza era anuncio. Los dos sabían que el combate era mortal.

Ben-Hur amagó un golpe con su derecha; el extranjero paró; se protegió naturalmente con la izquierda, avanzando ligeramente el brazo. Pero ocurrió algo sorprendente. Antes de que pudiera retirarlo a su posición, Ben-Hur, con la velocidad del rayo, lo asió por la muñeca con aquel terrible puño que tres años de remo habían hecho de acero, irresistible y experto. La sorpresa fue tan completa como fulminante la acción. Lanzarse hacia delante, impulsar ese brazo hacia la garganta y hombro derecho del contrincante, haciéndole así ejecutar una media vuelta que dejó al descubierto su costado izquierdo; golpear con su puño derecho, hiriéndole en la nuca, detrás de la oreja, fueron movimientos rápidos y diversos de una sola acción terrible y definitiva. No hubo necesidad de un nuevo golpe. El púgil cayó pesadamente sin lanzar un grito y quedó con la inmovilidad de un cadáver.

Ben-Hur se volvió entonces a Thord.

—¡Ah! ¿Qué? ¡Por las barbas de Herminio! —gritó éste, asombrado, incorporándose en el lecho y rompiendo a reír a carcajadas—. ¡No lo hubiera hecho yo mejor!

Contempló a Ben-Hur fríamente, de pies a cabeza y, levantándose, se acercó sin disimular su admiración.

—Es mi truco, el que he practicado durante años en las escuelas de Roma. Tú no eres judío. ¿Quién eres?

—¿Recuerdas a Arrio, el duunviro?

—¡Quinto Arrio! Sí; era mi patrono.

—Tenía un hijo.

—Sí —replicó Thord, y sus abotargadas facciones se animaron con una expresión de inteligencia—. Conocí al hijo; hubiera llegado a ser un magnífico gladiador. El mismo César se ofreció a patrocinarle. Yo le enseñé el golpe que tú has empleado; una treta imposible de ejecutar si no se tiene un brazo como el mío, y que me ha hecho ganar más de una corona.

—Yo soy el hijo de Arrio.

Thord se aproximó a él y le examinó atentamente, brillaron sus ojos con un placer ingenuo y, riendo, le tendió la mano.

—Ja, ja, ja! ¡Y me habían dicho que encontraría un perro judío, cuya muerte sería el mejor presente hecho a los dioses!

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Ben-Hur, estrechando su mano.

—¡Messala! —rió.

—¿Cuándo, Thord?

—Ayer noche.

—Yo creí que estaba malherido.

—Jamás volverá a caminar. Estaba en su lecho cuando entre lamentos me lo dijo.

Una vivida imagen del odio se había expresado en esas palabras. Ben-Hur se dio cuenta de que, mientras viviera el romano, sería siempre peligroso y que le perseguiría sin descanso. No quedaba otra cosa que le endulzara la vida sino la venganza; él le había arrebatado la gloria y convertido en un inválido, y Sanbalat, la fortuna. Ben-Hur revisó en su imaginación con toda claridad los distintos modos en que su enemigo llegaría a ser un estorbo peligroso en la tarea que iba a emprender por el rey que debía llegar. ¿Por qué no recurrir a los medios que el romano empleaba? El hombre que había empleado para matarle podía, a su vez, ser alquilado para deshacerse de aquella bestia feroz. Sólo era cuestión de ofrecer un salario mayor. Casi cedió a la tentación, tan fuerte era ésta. Pero, al mirar a su enemigo tendido boca arriba, forjó enseguida un plan y preguntó a Thord:

—Dime, ¿cuánto te ha dado Messala por matarme?

—Mil sestercios.

—Podrás cobrarlos aún, si haces lo que te digo, y añadiré por mi parte tres mil más.

El coloso reflexionó en voz alta:

—Ayer gané cinco mil; más mil del romano hacen seis mil. Dame cuatro mil, buen Arrio, sólo cuatro mil y me tendrás a tu disposición, aunque el viejo Thord, mi tocayo, me aniquile con su martillo. Dame los cuatro mil y mato al patricio sí lo deseas. Sólo tendría que cubrirle la boca con mi mano… así…

Ilustrando la acción con un ademán, puso su mano sobre su propia boca.

—Entendido —dijo Ben-Hur—; diez mil sestercios son una fortuna: podrás volver a Roma, abrir una tienda de vinos cerca del circo Máximo y vivir cual conviene al primero de los lanistas.

Hasta las cicatrices de la cara del gigante enrojecieron de placer al oír la pintura del porvenir soñado.

—Tendrás los cuatro mil —le dijo Ben-Hur—, y por ese dinero no tendrás que manchar tus manos en sangre. Óyeme bien, Thord. ¿No es cierto que tu compañero se parece a mí?

—Hubiera dicho que es una manzana del mismo árbol.

—Bien; si le visto con mi traje y me pongo su túnica, y tú y yo nos marchamos juntos, dejándole aquí, ¿no cobrarás tus sestercios de Messala igualmente? No te costará trabajo convencerle de que ya estoy muerto.

Thord se reía hasta que le saltaron las lágrimas.

—¡Diez mil sestercios! Ja, ja, ja! Jamás gané tal suma con tanta facilidad. ¡Y una tienda de vinos junto al Máximo! ¡Todo por un embuste y sin una pizca de sangre! — rió nuevamente—. Dame tu mano, hijo de Arrio. Vete descuidado ahora… Si vuelves a Roma, no olvides preguntar por la tienda de vinos de Thord, el normando. ¡Por las barbas de Herminio! ¡Tendrás el mejor vino aunque deba quitárselo al César!

De nuevo se estrecharon las manos y procedieron al cambio de vestidos.

Acordaron que, por la noche, un mensajero iría a la casa de Thord con los cuatro mil sestercios. Cuando terminaron, el coloso llamó a la puerta de entrada, la cual se abrió enseguida. Salieron ambos al atrio y se dirigieron a una habitación contigua donde Ben-Hur completó su atavío con los bastos trajes del pugilista muerto. Se separaron en el Onfalo.

—No faltes, ¡oh hijo de Arrio! ¡No faltes a mi tienda de Herminio, jamás pensé ganar una fortuna con tanta facilidad! ¡Que los dioses te protejan!

Ben-Hur, antes de abandonar el atrio, echó una ojeada sobre el púgil tendido en el suelo, y quedó satisfecho al verlo en su traje judío, pues el parecido con él era notable. Si Thord cumplía su palabra, el engaño quedaría secreto para siempre. Por la noche, en casa de Simónides, Ben-Hur relató lo que le había ocurrido en el palacio de Iderneo y convinieron en que pasados unos días se haría una deposición ante la autoridad para que procediese a la búsqueda del hijo de Arrio. Si fuera necesario acudirían al propio Majencio y, si no se descubría el misterio, dejarían tranquilo a Messala y a Graco, que se considerarían libres de su enemigo y felices. Ben-Hur podría con libertad ir a Jerusalén y hacer toda suerte de investigaciones sobre la muerte y el paradero de su familia.

Al despedirse los dos, Simónides estaba sentado en su sillón, en la azotea, contemplando el río; le deseó un buen viaje y la paz del Señor con la ternura de un padre. Esther fue a despedirle hasta la escalera.

—Si encuentro a mi madre, Esther, vendrás con ella a Jerusalén para que seas la hermana de Tirzah.

Y al pronunciar estas palabras, la besó.

¿Fue sólo un beso de paz?

Cruzó el río cerca del último campamento de Ilderim, donde encontró al árabe que debía servirle de guía.

Tomaron los caballos.

—Este es el tuyo.

Ben-Hur lo reconoció. ¡Era Aldebarán! El más veloz y magnífico hijo de Mira, al que más quería Ilderim después de Sirio, y se dio cuenta de que tras este don habría quedado sangrando el corazón del buen jeque. El cadáver hallado en el patio del palacio Iderneo fue recogido y enterrado de noche, y, como parte del plan de Messala, le envió éste a Graco un correo anunciándole la muerte de Ben-Hur, para que quedara satisfecho. Poco tiempo después, cerca del Máximo de Roma, se veía una tienda de vinos con esta muestra sobre su puerta:

THORD EL NORMANDO

Capítulo Ocho

LA TORRE ANTONIA. CELDA VI

Nuestra historia da un salto de treinta días a partir de la noche en que Ben-Hur salió de Antioquía para reunirse en el desierto con el jeque Ilderim. En este espacio de tiempo ha ocurrido un gran cambio en lo que afecta a la suerte de nuestro héroe. ¡Valerio Graco ha sido sustituido por Poncio Pilatos! Este cambio le costó a Simónides la cifra exacta de cinco talentos, en moneda romana, puesta en la mano de Sayano, por aquel entonces en el apogeo de su poder como favorito imperial. Su objeto era ayudar a Ben-Hur, mermando sus riesgos mientras se dedicaba en Jerusalén a la búsqueda de su familia.

Dedicó a este piadoso empleo el fiel servidor de Ben-Hur las ganancias que obtuvo de Druso y sus compañeros, los cuales, habiendo pagado sus apuestas, se hicieron, como suele suceder, enemigos acérrimos de Messala, cuyo descrédito en Roma llegó a ser completo. En tan corto tiempo ya habían tenido ocasión los judíos de persuadirse de que no habían ganado en el cambio.

La cohorte enviada para el relevo de la guarnición de la Torre Antonia entró en la ciudad por la noche y fijó las insignias militares en las murallas. Al día siguiente, un sinnúmero de personas, a quienes la vista de aquellos bustos del emperador mezclados con las águilas y los globos había exasperado, se dirigió a Cesárea en donde tenía su residencia Pilatos, y le rogó que retirara aquellos detestados símbolos del poder romano. Cinco días con sus noches asedió las puertas de su palacio sin conseguir que aquél los recibiera; al fin les indicó el circo como lugar de reunión. Cuando supo que estaban allí los rodeó de soldados, y ellos, en vez de defenderse, se humillaron y le ofrecieron sus vidas.

Pilatos, por fin, mandó llevar a Cesarea aquellas imágenes o insignias que Graco, con más miramiento, había tenido cuidado de no exhibir en los once años de su gobierno. El más depravado de los hombres puede ocultar su maldad bajo buenas acciones; eso fue lo que sucedió con Pilatos.

Comenzó por disponer una inspección de todas las prisiones de Judea, y que se hiciese una relación de todas las personas recluidas, indicando sus delitos. Sin lugar a duda, el móvil era el que suele guiar a las personas recién nombradas para un cargo; el temor de asumir las responsabilidades que corresponden a su antecesor. El pueblo, no obstante, viendo que esta disposición podría redundar en bien de la justicia, le da crédito y de momento le atribuye buena fe.

Las revelaciones fueron asombrosas. Cientos de personas, contra las que no había inculpación alguna, fueron puestas en libertad y muchos a quienes hacía largo tiempo se les daba por muertos volvieron a la luz del día. Pero lo más sorprendente fue que cuando se abrieron algunos torreones, aparecieron prisioneros desconocidos entonces por el pueblo y hasta olvidados por las mismas autoridades. Una de estas circunstancias fue la que se dio en Jerusalén, en la Torre Antonia.

La Torre Antonia ocupaba las dos terceras partes del monte Moría y fue en su origen una ciudadela construida por los macedonios. Después Juan Hircano convirtió el castillo en fortaleza para la defensa del templo, y en aquel tiempo era considerada como inexpugnable; pero Herodes, con su genio atrevido, quiso reforzarla más prolongando sus murallas. En su recinto había instaladas oficinas, cuarteles, arsenales, enormes almacenes de provisiones, cisternas y finalmente prisiones para todas las clases sociales.

Los romanos encontraron la Torre en estas condiciones y se dieron cuenta de su importancia y de las ventajas que les reportaría.

Durante el tiempo que duró la administración de Graco fue una ciudadela romana y una formidable prisión para quienes eran acusados de revolucionarios. ¡Ay de aquellos que en un día de insurrección eran apresados por la cohorte, convictos de rebelión! El judío que entraba allí no volvía a ver la luz del sol. Con esta aclaración previa, reanudemos nuestra historia. El mandato del nuevo gobernador, que reclamaba una relación completa de todas las personas encarceladas, fue recibido en la Torre Antonia y ejecutado inmediatamente. El expediente, dispuesto para ser enviado, estaba sobre la mesa del tribuno comandante de la Torre. Dentro de unos minutos debía ser enviado a Pilatos, que habitaba en el palacio de Monte Sión, y el gobernador esperaba, hastiado, pues era casi la hora séptima. Los subordinados y escribas estaban también impacientes.

En el tedio de la espera, apareció por fin un guardián cargado con un manojo de llaves enorme, cuyo ruido atrajo la atención del jefe.

—¡Ah, Gesio! Pasa —dijo el tribuno.

Al acercarse el recién llegado todos le miraron y, al notar cierta expresión de alarma y de contrariedad en su cara, quedaron en silencio.

—¡Oh tribuno! —dijo, haciendo una profunda inclinación—. Me da temor decirte lo que me trae a tu presencia.

—Otro error. ¿Es eso, Gesio?

—Si estuviera seguro de que es sólo eso no temería tanto.

—Un crimen, entonces; o algo peor aún, una traición. Cualquiera puede burlarse del César o renegar de los dioses y escapar al castigo, pero si la ofensa es contra las águilas… ¡Ah! Ya sabes, Gesio… Dime…

—Hace alrededor de ocho años que Valerio Graco me nombró carcelero de las prisiones de la Torre —dijo el hombre, cautamente—. Aún recuerdo el día en que me hice cargo de mi nombramiento. La víspera había habido un disturbio y la sangre corrió por las calles. Matamos a varios judíos y nosotros tuvimos algún herido. Se corrió la voz de que habían querido asesinar a Graco, a quien de una pedrada en la cabeza, lanzada desde una azotea, derribaron del caballo. Yo le encontré sentado en donde ahora te sientas tú, ¡oh tribuno!, con la cabeza vendada. Me notificó que había sido nombrado para este cargo y me hizo entrega de las llaves, cada una de las cuales lleva el número del calabozo a que pertenece: son las insignias de mi oficio y Graco me recomendó que no me separase nunca de ellas. Sobre la mesa había un rollo de pergamino y, dándomelo, dijo: "Éste es el plano de los calabozos del piso bajo, del primero y del segundo. Te los doy para que los guardes". Los recibí de su mano, y entonces añadió: "Ahora tienes las llaves y los planos; ve enseguida y entérate por ti mismo de la disposición en que se encuentran; visita celda por celda y observa sus condiciones. Si se te ocurre alguna idea que creas necesaria para la seguridad de un prisionero, puedes disponer según tu criterio; a nadie más que a mí me tienes que dar cuenta de lo que hagas". Saludé y me dispuse a marcharme. Cuando ya estaba en la puerta, me llamó de nuevo: "¡Ah! Se me olvidaba", añadió, "dame el plano del piso bajo". Se lo entregué y, extendiéndolo sobre la mesa, me advirtió: "Mira este calabozo, Gesio", y señaló el que estaba marcado con el número V. "En esta celda están encerrados tres hombres muy peligrosos, que no sé de qué medios se han valido para hacerse dueños de un secreto de Estado. Ahora sufren el castigo a su curiosidad, que, en ciertos casos, es el peor de los delitos", añadió, mirándome con severidad. "Así pues, han quedado ciegos y mudos y están confinados allí para toda la vida. No deben recibir otra cosa que la comida y agua, que se les entregará por un agujero que hallarás en la pared, donde se abre un ventanuco. ¿Comprendido, Gesio?". Yo asentí, y él continuó, con tono amenazador: "Tengo que encargarte algo más; espero que no lo olvidarás jamás si no quieres tener que lamentarlo. La puerta de su calabozo, la del número V del mismo piso, que es ésta", y señaló la marcada con dicho número en el plano no debe abrirse en ningún caso y por motivo alguno". "Pero ¿y si muere alguno de ellos?", dije. "Si muere, el calabozo será su tumba", respondió. "Se les ha metido allí para que mueran y queden olvidados del mundo. Es el calabozo de los leprosos. ¿Me has entendido?". Y sin añadir más palabras me despidió en el acto.

Se detuvo Gesio, y de su túnica sacó tres pergaminos que guardaba en el pecho, amarillos y sucios por el uso y el tiempo.

Escogió uno. Lo extendió sobre la mesa ante Pilatos, y dijo con naturalidad:

—Éste es el piso bajo.

Todos miraron el siguiente plano:

—Yo desearía ahora, ¡oh tribuno!, preguntarte algo —observó con humildad el carcelero.

Asintió el tribuno.

—¿No era mi deber, en dichas circunstancias, mirar si era exacto el plano que veis?

—No podías hacer otra cosa.

El jefe le miró sorprendido.

—No lo es —repitió Gesio—, porque en él no figuran más que cinco calabozos y son seis.

—¿Seis dices?

—Ahora voy a demostrarte el piso tal como es en realidad, o tal como yo me lo figuro.

Sobre una página de sus tablillas, el carcelero dibujó el siguiente diagrama y se lo entregó al tribuno.

—Está bien trazado —dijo el tribuno, examinando el plano y creyendo que aquí terminaba la historia—. Haremos uno nuevo, corregido, y te lo entregaré. Vuelve mañana y me lo recuerdas.

Y, dicho esto, se levantó.

—Escúchame aún.

—Mañana, Gesio, mañana.

—Lo que tengo que comunicarte es de tal naturaleza que no puede diferirse.

El tribuno lo tomó a broma y se sentó pacientemente.

—No te entretendré mucho —siguió el carcelero, humildemente—; permíteme sólo una pregunta. ¿No era mi deber creer a Graco en lo que me dijo sobre los tres prisioneros de la celda V?

—Sí, y tu deber era creer que había tres presos, prisioneros del Estado, ciegos y mudos.

—Bien —siguió el carcelero—, pues tampoco es cierto.

—¿No? —exclamó el tribuno con indudable interés.

—Escúchame y juzga tú mismo, ¡oh tribuno! Como me habían encargado, revisé todos los calabozos, comenzando por los del piso superior y terminando por el piso bajo. Respeté, como era mi deber, la orden de no abrir el calabozo número V, y durante ocho años se ha pasado diariamente, a través del ventanillo, comida y bebida para tres individuos. Ayer, por vez primera, me acerqué a la puerta con la curiosidad de ver a los miserables que, contra lo que era de suponer, continuaban viviendo. La cerradura no permitía el paso de la llave. Echamos la puerta abajo, que cayó al primer empuje, porque los goznes estaban carcomidos por la oxidación y, al entrar, encontré solamente a un hombre ciego, sin lengua y desnudo. Sus cabellos, largos y sucios, le caían por la espalda. Su piel parecía pergamino. Las uñas de los dedos le habían crecido retorcidas como garras de un ave de rapiña. Le pregunté sobre sus compañeros, y negó con la cabeza. Al examinar el calabozo, el piso estaba seco y liso, e igualmente las paredes. Si había habido allí tres hombres y dos habían fallecido, ¿en dónde estaban al menos sus huesos?

—Por lo tanto, crees tú…

—Creo que en el calabozo número V nunca hubo más que un solo prisionero durante estos ocho años.

El jefe, mirando con severidad al carcelero, dijo:

—Ten cuidado con lo que dices; según crees, Valerio Graco te mintió a sabiendas.

Gesio hizo una inclinación.

—Pudo haber sido engañado —replicó.

—No, tenía razón —contestó con calor el tribuno—. Por tu mismo relato se comprende que tenía razón. ¿No me has dicho que durante estos tres años se ha provisto de comida y bebida a tres personas?

Los que se hallaban presentes aprobaron la penetración de su jefe, pero Gesio de ninguna manera parecía desconcertado.

—Aún no te he contado, ¡oh tribuno!, más que la mitad del relato. Cuando te hayas enterado de todo, me darás la razón. Ya sabes qué es lo que hice con aquel desdichado: mandé que lo bañasen, le cortasen el cabello y lo vistiesen, y, poniéndolo en la puerta de la Torre, le dejé en libertad. Pero ha vuelto hoy y ha intentado verme a toda costa. Con signos y lágrimas me hizo entender que deseaba volver al calabozo. Cuando accedí, se echó a mis pies y me los besó de tal modo que me inspiró profunda lástima; parecía quererme arrastrar a la celda, y yo me dejé conducir. El misterio de los tres hombres despertaba mi curiosidad, y me alegro de haber cedido a ella.

Todos estaban en silencio, pendientes de sus palabras.

—Cuando entramos en el calabozo, el antiguo prisionero me cogió de la mano conduciéndome a un agujero semejante a aquel por el cual le pasábamos el alimento. Aun cuando era bastante ancho para permitir el paso de un yelmo con el tuyo, yo no me había fijado en él hasta aquel momento. El pobre prisionero me llevó, pues, hasta ese agujero y acercando su boca a él, lanzó un grito inarticulado, como el de una fiera. En respuesta oí un débil gemido del otro lado. Estaba sorprendido. Le aparté y llamé yo mismo, pero al principio no obtuve respuesta. Volví a llamar y, aguzando el oído percibí estas palabras: "¡Alabado seas, Señor!". En el colmo de mi asombro, ¡oh tribuno!, reconocí la voz de una mujer. Le pregunté: "¿Quién eres?". Y ella contestó: "Una mujer de Israel, enterrada aquí con su hija. Ayúdanos pronto o moriremos". Las animé asegurándoles que se las socorrería, y ahora vengo a preguntarte qué debo hacer.

El tribuno se puso en pie apresuradamente.

—En verdad, Gesio, tenías razón —le dijo—. Ahora me doy cuenta de ello. El plano era falso, así como la historia de los tres prisioneros. De seguro que hay romanos mejores que Valerio Graco.

—En efecto —dijo el carcelero—. El prisionero me dio a entender que siempre había entregado a las dos mujeres el alimento y el agua que se le daba diariamente.

—Hay que hacer constar todo esto —replicó, mirando a los que le rodeaban, y pensando que lo mejor era tener testigos sobre ese feo asunto, añadió—: Vamos a ver a esas dos mujeres. Venid todos.

Gesio se mostró satisfecho.

—Habrá que abrir una brecha en el muro —dijo—. Hallé el sitio en el cual había una puerta, pero está sólidamente tapiado con piedra y cemento.

El tribuno se detuvo y encargó a un escriba que hiciese venir hombres con instrumentos.

Capítulo Nueve

LAS LEPROSAS

Una mujer de Israel enterrada aquí con su hija. Ayúdanos pronto o moriremos". Ésa fue la contestación que obtuvo Gesio, el carcelero, del interior de la celda señalada con el número VI en el plano. Al oír la respuesta, habrá adivinado el lector quiénes eran estas dos desgraciadas: la madre de Ben-Hur y Tirzah, su hermana.

Y así era.

La misma mañana en que fueron detenidas, ocho años antes, Graco ordenó que fueran conducidas a la Torre, que estaba bajo su cuidado y que, por lo tanto, podía vigilar mejor. Escogió la celda VI porque era inaccesible y, además, porque estaba infestada de lepra. Su propósito no consistía únicamente en guardar a las prisioneras en secreto, sino detenerlas en un calabozo en donde murieran pronto. Con este objeto fueron llevadas al calabozo de noche, cuando no hubiera testigos, por unos esclavos. Éstos tapiaron la puerta y, después de esta horrible operación, fueron despedidos y alejados de Jerusalén. Para no tener acusaciones, en el incierto caso de que llegase a descubrirse el hecho, y para poder justificar que él sólo había pretendido infligir un castigo y no cometer un doble asesinato, Graco prefería que las pobres mujeres fueran víctimas de una muerte natural, aunque lenta. Con este objeto escogió a un condenado y lo hizo encerrar en la única celda inmediata a la ocupada por las dos prisioneras, a fin de que les pasase el alimento, habiéndose antes asegurado su silencio, a cuyo efecto lo eligió ciego y le cortó la lengua.

En ninguna ocasión podría el desgraciado contar la historia, ni volverse contra su juez. Con este ardid, en parte sugerido por Messala, y con el pretexto de castigar a una familia de asesinos, confiscó toda la fortuna de los Hur, de la cual ni la parte más mínima llegó a las arcas del Imperio. Como última pincelada a su obra, Graco separó de las prisioneras al antiguo carcelero, aunque éste nada sabía, pues todo se había llevado a cabo sin su conocimiento, con el fin de evitar que lo descubriese algún día, porque era el único que conocía de qué forma estaban dispuestos los calabozos del piso bajo. Después de separarle de sus funciones, mandó Graco hacer otros planos, y éstos fueron los que entregó a Gesio, en los que se omitía la celda número VI. No podríamos formarnos ni una idea aproximada de los sufrimientos que durante esos ocho años soportaron madre e hija, teniendo en cuenta su posición anterior, la delicadeza de sentimientos y la superioridad moral e intelectual que poseían. Los sufrimientos que se nos infligen son más o menos intensos según la sensibilidad de cada uno. Si hubiera una súbita ascensión de todos los hombres al cielo, tal como se lo imaginaba una mente cristiana, probablemente no sería tal paraíso para la mayoría, cuando menos en el mismo grado; y a la inversa, todos no sufrirían de igual manera en el infierno. La cultura tiene su fiel. Cuando el espíritu se depura, la capacidad para gozar aumenta en la misma proporción. ¡Dichoso entonces si se salva! Si se condena, ¡ay de su capacidad para el sufrimiento! La contrición, por tanto, debe ser algo más que el remordimiento de conciencia; implica un cambio de naturaleza que nos prepara para la vida celestial. Dense cuenta, pues, los corazones sensibles y compasivos de la terrible, la desesperada situación de aquellos dos inocentes seres.

El calabozo número VI era tal como lo había trazado Gesio. En lo tocante a sus dimensiones, era muy espacioso según se vio después, aunque sus paredes, de roca viva, estaban sin labrar lo mismo que el suelo.

La fortaleza macedónica estuvo en un principio separada del templo por la angosta pero profunda roca, cuya forma podía ser comparada a una cuña. Los obreros, pretendiendo excavar una serie de estancias, penetraron en la roca por la parte norte y trabajaron en ella, dejando un techo natural de piedra; ahondando más, construyeron las celdas V, IV, III, II y I, sin que tuvieran conexión con la número VI, únicamente por la número V. De la misma manera excavaron el paso y escalera para subir al piso superior. Emplearon el mismo procedimiento que aparece en las excavaciones de las tumbas de los reyes, que aún hoy pueden verse a poca distancia del norte de Jerusalén. Cuando estuvo terminada la excavación, el calabozo número VI quedó limitado, en su lado exterior, por una muralla de grandiosos sillares, en los cuales dejaron estrechas aberturas para la ventilación. Herodes intervino en el templo y en la torre, y quiso reforzar más aún esta muralla exterior; tapió todas las aberturas, con excepción de una que dejaba penetrar un poco de aire puro y un débil rayo de luz, apenas suficiente para disipar las profundas tinieblas.

Así era la cueva número VI.

Este relato que nos ofrece la Historia debemos aceptarlo si queremos reconciliarnos con la humana naturaleza, que nos infundiría un invencible horror si nuestros ojos no se fijaran más en la escena que nos disponemos a describir. Las dos mujeres están juntas en la boca del agujero; sentada la una, y la otra apoyada en la primera; nada hay entre ellas y la desnudez de la roca; ni sillas, ni lecho, ni colchón, ni tan siquiera un montón de paja. Entra transversal un tenue rayo de luz, que les da la apariencia de fantasmas. Nada tienen con qué cubrirse, nada en absoluto; sólo les queda el amor recíproco que las arroja la una en brazos de la otra. Se disipan las riquezas, las comodidades se pierden, han perdido también las esperanzas, pero el amor no nos abandona jamás. El amor es Dios mismo. Cuando a través de aquel agujero aparecía la luz, sabían que era de día; cuando empezaba a disiparse, comprendían que en el mundo iba a reinar la noche, para nadie tan profundamente oscura y larga como para ellas.

¡Al mundo! A través de aquella angosta abertura, volaba su fantasía, en tanto que sus cuerpos pasaban el interminable espacio del día, durante ocho años, en vagar por aquella cueva como espectros, preguntando la una por el hijo y la otra por el hermano querido. Un día se lo imaginaban en el mar, o sobre alguna isla; hoy en esta ciudad, mañana en la otra, y estuviera en un sitio u otro, siempre como un viajero fugitivo, porque, así como ellas vivían esperándole, él viviría buscándolas. ¡Cuántas veces sus pensamientos se habrían cruzado en el espacio infinito, el suyo que venía y el de ellas que iba a buscarlo! ¡Sentían tal dulzura y encanto al decirse la una a la otra: "En tanto que él viva no nos olvidará, y mientras se acuerde de nosotras todavía hay esperanza"!

La madre había sido una mujer de singular hermosura y la hija, linda como una niña; ni el más ciego amor podría hoy decir lo mismo. Su largo cabello, enmarañado y extrañamente blanco, produce un estremecimiento de repulsión inevitable. Quizás en ese momento las tortura el hambre y la sed, pues nada han podido comer desde que el prisionero dejó su calabozo, esto es, hace un día.

Tirzah gime tristemente reclinada en su madre y medio abrazada a ella.

—Calla, Tirzah. Ya vendrán. Dios es bueno. Nunca le hemos olvidado ni dejado de orar a cada toque de trompeta en el templo. La luz dura aún. El sol todavía no se ha puesto, apenas es más de la hora séptima. Alguien vendrá. Dios es bueno. Tengamos fe.

Así habla la madre. Sencillamente, las palabras y el tono cariñoso; Tirzah no era ya una niña, como podía deducirse de la forma en que le hablaba su madre, pues había que añadir ocho terribles años a los que tenía cuando la conocimos.

—Intentaré ser fuerte, madre. Tus sufrimientos deben ser más grandes que los míos; es mi deber y tengo necesidad de vivir para ti y para mi hermano. ¿En dónde estará? Jamás, jamás nos encontrará.

Hay en aquella voz algo que nos hiere de una manera extraña, cierto timbre agudo, seco, metálico, inhumano.

La madre la estrecha contra su pecho y le dice:

—Anoche soñé con él; le veía como ahora te estoy viendo. Ya sabes que los sueños son realidades y nuestros antepasados creyeron siempre en sus revelaciones. ¡Tantas veces les ha hablado el Señor a través de ellos! Yo le veía en el patio de las mujeres, precisamente ante la hermosa puerta; había muchas mujeres con nosotras, y él vino y estaba bajo el dintel de la puerta, y miraba a uno y otro lado, a este lado y a aquél. Latía mi corazón con fuerza. Sabía que nos buscaba; extendí mis brazos hacia él y corrí, llamándole. Él me oyó y me vio, pero sin reconocerme. Después desapareció.

—¿Y no sería eso lo que sucedería, si, en realidad, fuéramos a buscarle? ¡Hemos cambiado tanto!…

—¿Por qué no?… —la cabeza de la madre se abatió y sus facciones se contrajeron como por un agudo dolor; no obstante, recobrándose, continuó —: Nosotras podemos hacernos reconocer por él.

Tirzah gimió de nuevo y se retorció las manos.

—¡Agua, madre mía, agua, aunque no sea más que una gota!

La madre echó una ojeada a su alrededor, en muda súplica. Pasó ante ella una sombra, apagando la escasa luz que aún iluminaba su espíritu, y se puso a pensar en la muerte como en algo cercano que esperaba apoderarse de ella cuando su fe se extinguiera.

Sin saber qué decir para consolar a su hija, murmuró:

—Ten paciencia, Tirzah; ya vienen, ya están aquí.

En efecto, creyó oír un sonido tras la pequeña abertura, a través de la cual habían tenido la única comunicación con el mundo. Y no fue una ilusión. Un momento después oyó el grito inarticulado del preso que las llamaba. Lo oyó también Tirzah y se levantaron ambas, abrazadas todavía.

—¡Alabado sea siempre el Señor! —exclamó la madre, con ferviente fe y renaciendo en su alma la esperanza.

—¿Quién está ahí? —oyeron después—. ¿Quiénes sois?

La voz sonó extrañamente a sus oídos. ¿Qué importancia tenía? ¡Eran las primeras y únicas palabras que oían en ocho años! El efecto fue tan grande como si volvieran de la muerte a la vida.

—Una mujer de Israel, enterrada con su hija. Ayúdanos pronto o moriremos.

—¡Valor! ¡Mucho ánimo! ¡Ahora vuelvo!

Las mujeres sollozaban gritando. Habían sido encontradas; acudían a ayudarlas. Habían sido halladas y serían puestas en libertad. Y seguiría inmediatamente la restauración de su casa; recobrarían sus bienes: casa, amigos, propiedades, ¡y a su hijo, a su hermano! La escasa luz se convirtió en el resplandor del paraíso y, olvidándose del tormento del hambre y de la sed, y de la amenaza de muerte, cayeron al suelo gritando, sin soltarse de los brazos.

Y el tiempo de la espera ya no se les hizo largo.

Gesio, el carcelero, hizo su narración metódicamente, pero al fin concluyó con ella, como hemos visto. El tribuno era diligente.

—¿Quién hay ahí dentro? —gritó a través de la abertura.

—¡Somos nosotras! —gritó la madre, levantándose.

Tras breves momentos se oyó del otro lado del muro el ruido de golpes repetidos; rápidos, producidos por unos picos. No hablaron, pero escuchaban anhelantes, comprendiendo el significado de aquellos golpes: les abrían el camino de la libertad. Los brazos que golpeaban eran fuertes, diestras las manos; la voluntad, generosa. A cada instante eran más perceptibles, más claros; se oían caer fragmentos de roca; la libertad estaba próxima. Ahora ya podían oír a los trabajadores. De pronto, ¡oh dicha!, vieron brillar a través de la hendidura el rayo rojo de una antorcha. En las tinieblas que llenaban la celda parecía el brillo de un diamante, hermoso como el lucero de la mañana.

—¡Es él, madre, es él! ¡Por fin nos ha encontrado! —gritó Tirzah, con la viva imaginación del adolescente.

Pero la madre, con dulzura, respondió:

—¡Dios es bueno!

Cayó un bloque dentro de la celda; luego otro… Al fin se desmoronó ruidosamente una gran parte. La puerta quedaba abierta.

Un hombre, blanco de yeso y polvo, saltó dentro, agitando una antorcha sobre su cabeza… Le siguieron los otros, provistos también de antorchas, y se hicieron a un lado con respeto para dar paso al tribuno.

El tribuno se detuvo cuando vio que huían de él, no por temor, sino de vergüenza solamente, ¡oh lector! Desde el oscuro rincón en donde se habían refugiado oyó esas terribles y desesperadas palabras:

—¡No os acerquéis! ¡Somos impuras! ¡Impuras!

Temblaron las antorchas en las manos de los hombres, que se miraron unos a otros.

—¡Impuras! ¡Impuras! —sonaba la voz desde el rincón, lenta, temblorosa, como un gemido de agonía.

Cumplía así su deber en el momento de la libertad, que ellas habían soñado tantas veces y por la que día a día habían rogado.

Tirzah y ella eran… ¡leprosas!

Quizás el lector desconozca el horrible significado de esta palabra en toda su gravedad. La ley de aquel tiempo, que solamente se ha modificado un poco en el nuestro, dice:

"Estos cuatro deben contarse entre los muertos: el ciego, el leproso, el pobre y el que no tiene hijos". Así lo establece el Talmud.

Ser leproso equivalía a estar muerto, a ser excluido de la sociedad como un cuerpo pútrido. Aquellos que más los aman no se atreven a hablarles sino a distancia; los derechos de que gozan los demás no existen para ellos; el templo y las sinagogas les niegan sus ritos y les cierran sus puertas; van cubiertos de andrajos, con la boca tapada, a menos que tengan que gritar: "¡Impuro! ¡Impuro!". Solamente pueden vivir en el desierto o en las tumbas abandonadas, convertidos en espectros que vagan por el Hinnón y la Gehena.

Hacía tiempo (no podía determinar el día ni el año, porque en aquel infierno el tiempo se sucedía terriblemente monótono y desesperante), la madre sintió en la palma de la mano derecha como una costra seca, una cosa al parecer insignificante, que procuró lavar para hacerla desaparecer; pero volvió a presentarse y persistió con tenacidad. Poco se hubiera preocupado de ella, hasta que Tirzah se quejó de sufrir las mismas costras y los mismos síntomas. Era escasa el agua que les suministraban y se privaban de una parte de ella para usarla como remedio. Por toda la mano se extendió la repugnante llaga; la piel se arrugó reseca, y saltó en horribles costras; se desprendieron las uñas de los dedos. No padecían grandes dolores, pero sentían un malestar general que aumentaba día a día. Luego comenzaron a resecarse y agrietarse los labios. La madre, que profesaba el culto a la limpieza, combatió de mil maneras contra la suciedad de la celda. Temiendo que la terrible enfermedad hubiera hecho presa en el rostro de

Tirzah, la llevó a la luz y vio con indecible horror que las cejas de la joven eran blancas como la nieve.

¡Qué terrible angustia la de aquella certeza insoportable!

Sentada en un rincón, silenciosa, inmóvil, era incapaz de sentir ni pensar más que una sola cosa: "¡La lepra! ¡La lepra!".

Cuando recobró un poco de sosiego, se olvidó de sí misma para pensar solamente en la desgracia de su hija y, como madre, su ternura natural se convirtió en valor, sintiéndose dispuesta para el último y más extremo sacrificio del heroísmo. Guardó en el fondo de su corazón este secreto y, sin esperanza para ella misma, extremó sus cuidados por Tirzah con admirable ingenio. Siguió manteniendo oculta a su hija la verdadera naturaleza de aquel mal que las corroía, haciéndole concebir la esperanza de que no era cosa grave. La distraía contándole historias mil veces repetidas, o las inventaba o bien la hacía cantar complaciéndose en oírla. Y los salmos, entonados por sus secos y carcomidos labios, le servían de gran alivio en sus amarguras. Una escama blanca que les cubría la cabeza devoraba sus labios y cejas y se apoderaba de sus cuerpos, extendiendo sus costras. Al penetrar en la garganta, dio aquel sonido estridente y extraño a su voz, invadiendo las articulaciones y endureciendo los tejidos y cartílagos.

Todos estos síntomas eran conocidos por la madre y sabía que no tenían salvación; la lepra seguiría su curso, atacando los pulmones y arterias, carcomiendo los huesos; y cada vez el mal progresaba más, haciendo mayores estragos y más repugnantes los sufrimientos. Así continuarían lenta, muy lentamente, hasta la muerte, que aún podía tardar muchos años. Terrible fue el día en que no pudo ocultar por más tiempo el nombre de la enfermedad. En su desesperada agonía rezaron para que el fin de sus miserias se produjese cuanto antes.

A pesar de todo llegó un día en que, resignadas, lograron hablar de su enfermedad; a pesar de la horrible transformación que iba operándose en ellas, se aferraban más y más a la vida. A cada momento recordaban el único lazo que las ligaba a la tierra: su hijo y su hermano, al que creían olvidadizo en sus momentos de desesperanza, pero que las alentaba en sus recuerdos y les servía de consuelo en sus sueños.

La madre prometía a la hija que no tardarían en reunirse con él, y la hija persuadía a la madre de que no tardaría mucho en aparecer. Así trataban de sostener su fe y sus esperanzas, sin poner en duda su fidelidad para ellas como la suya para él, y que sería feliz cuando las encontrara. Así tejían sus sueños y sus desesperanzas y entretenían sus sufrimientos, procurando aliviar su vida presente y hallando una excusa para el apego que sentían por ella. Así, pues, estaban sus ánimos cuando las encontró Gesio, después de más de veinticuatro horas de ayuno.

Las antorchas iluminaban con su luz rojiza el calabozo. La libertad iba a su encuentro.

—¡Dios es bueno! —repetía la viuda, no por lo que había sido, sino por lo que ahora era. Era tal su gratitud por el momento presente, que olvidaba todos los sufrimientos pasados.

Se dirigió el tribuno hacia el rincón en que se encontraban y su conciencia impulsó a la madre a pronunciar su temeroso grito:

—¡Impuras! ¡Impuras!

¡Qué angustia le produjo ese esfuerzo para acusarse de impureza! Todo egoísmo, alegre e irreflexivo, al sentir cercana la libertad, no bastaba para mantenerlas ciegas ante las consecuencias de su lamentable estado. Reanudar su antigua vida, tan feliz, era ya imposible. Cuando se aproximaran a la casa que antaño había sido suya, tendrían que detenerse ante la puerta gritando: "¡Impuras! ¡Impuras!". Deberían alejarse de ella cerrando su corazón a todas sus afecciones, y con más dolor que nunca, pues la veían más cercana y accesible. El hijo, objeto de sus sueños y de quien esperaba tan puras alegrías como toda buena madre espera de sus hijos, debería, al encontrarla, mantenerse alejado. Si él extendía sus manos y la llamaba: "¡Madre! ¡Madre!", ella debía, por amor hacia él, alejarle más, gritándole: "¡Impura! ¡Impura!". Y esta otra criatura suya, que cubría su desnudez con sus largos y enmarañados cabellos, de una blancura horrible, tendría que ser siempre así. Y sin embargo, se resignaba a su suerte y repetía el grito que, en adelante, habría de ser eternamente su saludo para con el resto de la humanidad.

—¡Impura! ¡Impura!

El tribuno oyó con horror este grito, pero no dio un paso atrás.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Dos mujeres que se mueren de hambre y sed. No os acerquéis, no toquéis ni el suelo ni las paredes. ¡Somos impuras!

—Cuéntame tu historia, mujer, y dime tu nombre. ¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí? ¿Quién os hizo encerrar y cuál fue el motivo?

—Hubo en un tiempo en esta ciudad de Jerusalén cierto príncipe Ben-Hur, amigo de todos los romanos generosos y a quien el César llamaba amigo. Yo soy su viuda y ésta es mi hija. ¿Cómo podré decirte por qué estamos aquí enterradas si no lo sé, a no ser porque éramos muy ricos? Valerio Graco puede decirte quién era nuestro enemigo y cuándo empezó nuestra prisión. Yo no puedo. ¡Mira a qué estado hemos quedado reducidas! ¡Oh, míranos y ten piedad!

La atmósfera era densa, por el hedor y el humo de las antorchas. El romano llamó a uno de los que las llevaban y a esta luz escribió la respuesta, palabra por palabra. Era terminante, precisa y, al mismo tiempo, contenía una historia, una acusación y un ruego. Ninguna persona vulgar habría sido capaz de formularla; y el tribuno no pudo menos de sentir compasión y de darse cuenta de su veracidad.

—Se te hará justicia, mujer —dijo al guardar sus tablillas—. Ahora recibirás alimento y bebida…

—Y ropa y agua para lavarnos, te lo ruego, ¡oh generoso romano!

—Cuanto necesites.

—¡Dios es bueno! —exclamó llorando la viuda—. ¡Que la paz sea siempre contigo!

—Yo no volveré —añadió—, pero prepárate, porque esta noche se te dejará libre a la puerta de la Torre. Ya conoces la ley. Adiós.

A una señal suya salieron los hombres, y se alejaron del calabozo. Poco más tarde, algunos esclavos llevaron a la celda un gran cántaro de agua, una palangana y paños para limpiarse. También les llevaron un plato con carne y pan, y, por último, dos trajes de mujer, todo lo cual pusieron al alcance de las dos prisioneras.

Hacia la mitad de la primera vigilia, fueron conducidas a la puerta y llevadas a la calle. El romano creyó cumplir así su obligación para con ellas. Las dos quedaron libres en la ciudad de sus padres y alzaron sus miradas al cielo, donde, como en otros tiempos más felices, brillaban alegres las rutilantes estrellas.

Capítulo Diez

DE NUEVO JERUSALÉN

A la misma hora en que Gesio, el carcelero, exponía sus acusaciones ante el tribuno de la Torre Antonia, por la vertiente oriental del monte Olivete subía un hombre. El camino era escarpado y polvoriento y la vegetación que aparecía a ambos lados, seca, abrasada, porque era el tiempo de la sequía en Judea. Menos mal que el viajero era joven y vigoroso e iba cubierto solamente con un flotante traje de lienzo.

Iba despacio, dirigiendo de vez en cuando sus miradas a derecha e izquierda, no con el aspecto de contrariedad y la ansiosa expectación del que desconoce el camino, sino más bien con el aire del que se va aproximando a un antiguo amigo, después de una larga separación, entre alegre y curioso, como si se dijera: "Estoy contento de volver a verte, pero déjame que te pregunte en qué has cambiado".

A medida que iba subiendo, se detenía de vez en cuando para contemplar el paisaje, que iba ensanchándose hasta abarcar los montes de Moab. Casi ya en lo alto aceleró el paso, insensible al cansancio, sin pararse ni volver atrás la cabeza. Una vez en la cumbre, a la que tuvo que dirigirse dejando de lado la senda trillada y desviándose hacia la derecha, se detuvo, como contenido por una fuerza invencible. Entonces, si alguien hubiera podido verle, se hubiera sorprendido de ver cómo se dilataban las pupilas del viajero, cómo enrojecían sus mejillas y se aceleraba su respiración a la vista del espectáculo que tenía ante sus ojos.

El viajero no era otro que Ben-Hur, y el panorama que tenía ante su vista, Jerusalén. No la Ciudad Santa de nuestros días, sino la Ciudad Santa de Cristo, en la forma en que la dejó Herodes. Si ahora es hermosa contemplada desde el monte Olivete, ¿cómo no lo sería entonces?

Se sentó Ben-Hur sobre una roca y, despojándose del blanco turbante que cubría su cabeza, contempló cómodamente la ciudad de sus mayores.

¡Cuántos, antes y después que él, admirarían el mismo espectáculo en circunstancias particularmente extraordinarias! Un panorama de montañas suele variar poco con el tiempo. Los cambios más rápidos se presentan allí donde aparece la mano del hombre. El sol es más clemente en la vertiente occidental del monte Olívete y los hombres sin duda tenían por ella sus preferencias. La viña y los frutales, en especial las higueras y los viejos olivos, estaban relativamente frescos y verdes. Abajo, hasta el torrente seco del Cedrón, la tierra se teñía de verde, alegrando la vista. Terminaba allí el Olivete y comenzaba el Moría; allí acababa la muralla, blanca como la nieve, levantada por Salomón y terminada por Herodes. Desde la muralla, la mirada se alzaba, hasta el Pórtico de Salomón, que parecía como un pedestal del monumento y cuyo plinto era el cerro mismo. La vista proseguía su viaje ascendente al patio de los Gentiles, vagando después al de los Israelitas, al de las Mujeres y al de los Sacerdotes, cada uno con sus columnas sobrepuestas de mármol blanco y las gradas en forma de anfiteatro. Sobre los patios se destacaba una corona inmensamente hermosa, de proporciones majestuosas y resplandeciente de oro. Allí estaban la tienda, el tabernáculo y el sanctasanctórum. El arca ya no existe, pero Jehová estaba allí, pues en la fe de cada israelita la presencia personal de Dios era un firme dogma. No existía en ningún país del mundo edificio que pudiera comparársele en magnificencia, ni como templo, ni como monumento. De todo aquel esplendor no queda ahora ni una sola piedra. ¿Quién predijo esta ruina? ¿Dios? ¿El Hombre Dios?

Ya contestaremos a esta pregunta.

Los ojos de Ben-Hur miraban cada vez más arriba, hasta la cima de Sión, consagrado por santos recuerdos, íntimamente ligados a la memoria de los reyes ungidos. Conocía el valle de Quesero, sumido allá abajo, entre el Moría y el Sión, recorrido por el Xistos, en cuyas frescas sombras se ocultaban jardines y palacios. Pero, por encima de todo esto, sus pensamientos se remontaban a la perspectiva del gran conjunto de edificios de la regia colina; allí estaban la casa de Caifas, la sinagoga central, el pretorio romano, el Hípico y los cenotafios, el Faselo y el Mariamno, enrojecidos por el crepúsculo. Y en cuanto distinguió el palacio de Herodes, ¿en qué otra cosa podía pensar sino en el Rey que esperaban, a quien él mismo se había consagrado y cuyo camino se había propuesto allanar colmándole las vacías manos? Su mente voló hacia el futuro, hacia aquel día en que el nuevo Rey exigiría lo suyo y tomaría posesión del Moría y de su templo, de Sión y de sus palacios y torres, de la Torre Antonia, que, hostil y negra, miraba hacia el templo de la nueva ciudad de Baceta, de los dos millones de israelitas que se reunirían con palmas y banderas y cantarían con alegría, porque el Señor había llegado y les entregaría la tierra.

El sol entraba en su ocaso. El refulgente disco parecía apoyarse sobre la cima lejana de los montes del oeste, quemándolo todo, inundando la ciudad y bordando de oro las murallas y las torres. Luego desapareció en el horizonte. La naturaleza, serena y plácida, llevó el pensamiento de Ben-Hur hacia su antiguo hogar. La melancolía del crepúsculo suavizó sus sentimientos y, olvidando por un instante sus ambiciones, no pensó más que en el motivo que le traía a Jerusalén. Un día, mientras que con Ilderim buscaban los lugares estratégicos en el desierto con el fin de tener una idea general del país, de la misma forma que un soldado estudia su futuro campo de operaciones, llegó un mensajero con la noticia de que Graco había cesado en su cargo y que éste había sido ocupado por Poncio Pilatos. Messala continuaba inválido y le creía muerto; Graco se había marchado. ¿Por qué retardar por más tiempo sus investigaciones sobre el paradero de su madre y de su hermana? No tenía nada que temer ahora. Si él no podía recorrer las prisiones de Judea, haría que fueran registradas por otros. En caso de dar con el paradero de ellas, Pilatos no tendría motivos para retenerlas en prisión; en una palabra, no encontraba obstáculo que con dinero no pudiera vencerse. Una vez halladas, las llevaría a un lugar seguro y, entonces, con paz en el espíritu, con la conciencia tranquila por haber cumplido con su deber, podría entregarse sin reservas al Rey que iba a venir. En breves instantes se decidió; aquella noche lo consultó con Ilderim y éste le dio su asentimiento. Tres árabes fueron con él hasta Jericó, donde los dejó solos y se adelantó él a pie. Malluch tenía que ir a buscarle a Jerusalén.

El plan de Ben-Hur aún no estaba bien definido en todos sus detalles; se mantenía únicamente en sus líneas generales.

Previniendo futuros riesgos, le pareció más prudente permanecer en la sombra, evitando todo contacto con las autoridades, en especial con las romanas. Malluch con su astucia era el hombre más indicado para encargarse de las investigaciones. El primer punto que debía poner en claro era el lugar por donde debería empezar y, naturalmente, sus presentimientos le llevaban a la Torre Antonia. La tradición popular describía el sombrío edificio surcado en su parte baja por una maraña de lúgubres calabozos que, aún más que la guarnición, contribuían a mantener el terror en la población judía. Un emparedamiento, tal como la fantasía del pueblo lo imaginaba, cabía dentro de lo posible en aquella fortaleza. Por otra parte, nada más lógico que iniciar las investigaciones allí donde comenzaba el cabo del hilo que le había de conducir, con mayor o menor presteza, al lugar en donde estuvieran. Nunca olvidaría aquel fatídico día en que los romanos las empujaron a lo largo de la calle que conducía a la Torre. Si no continuaban allí, por lo menos habrían estado, y de su estancia se conservaría algún recuerdo que le serviría de base para ulteriores investigaciones.

Tenía además una esperanza, a la que se asía como punto de partida y que debía servirle de mucho. Sabía por Simónides que Amrah, la nodriza egipcia, aún vivía. La mañana en que la fatalidad hirió a la familia Ben-Hur, la fiel esclava huyó de los soldados y se refugió en el palacio, donde quedó encerrada con los enseres que Graco no juzgó dignos de su rapacidad. Simónides había cuidado secretamente de ella y ahora se encontraba allí como único habitante de la gran mansión, que Graco no logró vender a ningún precio, a pesar de sus ofertas. La triste historia de sus dueños era suficiente para contener a un extraño y retraerle de comprar o de habitar el palacio de Ben-Hur. El pueblo sólo se atrevía a hablar de él en voz baja y con temor cuando pasaba junto a sus puertas. Lo creían habitado por los espíritus, y, sin duda, habían visto a través de alguna ventana, o sobre la terraza, la vacilante figura de Amrah, que procuraba ocultarse de todas las miradas.

Creía Ben-Hur que, si conseguía llegar hasta ella, podría serle de utilidad para la investigación que se proponía. De todas maneras, tenía un enorme deseo de verla en aquel sitio que tan dulces recuerdos guardaba para él, por el solo placer de abrazar a un ser querido y leal.

Iría primero a la vieja casa y buscaría a Amrah. Una vez tomada esta resolución, poco después de la puesta de sol, descendió a Jerusalén, bajando del monte por la senda que conduce al lecho del Cedrón. En el punto de intersección entre los pozos de Siloán y la villa de este nombre, encontró a un pastor que llevaba sus corderos al mercado; en su compañía pasó por Getsemaní y entró en la ciudad por la puerta del Pescado.

Capítulo Once

BEN-HUR A LA PUERTA DE SU HOGAR

Cuando se separó del pastor, ya dentro de la ciudad, y se dirigió por una callejuela estrecha hacia la parte sur, era bien entrada la noche. Algunas personas con las que se cruzó le saludaron.

Las casas a ambos lados de la calle eran bajas, lóbregas, tristes; estaban cerradas todas las puertas; únicamente en las azoteas alguna que otra madre reñía a los niños.

El empedrado de la calle era áspero e irregular.

Se encontraba solo en la noche, temía no hallar el objeto de sus pesquisas y se sentía afectado de una forma penosa. Así llegó hasta la profunda piscina conocida hoy con el nombre de Pozo de Betseda, cuyas aguas reflejaban el cielo que se extendía sobre ella. Alzando los ojos, contempló el lado norte de la Torre Antonia, que, negra y amenazadora, se destacaba sobre la escasa luz gris del cielo como atalaya sombría.

Se detuvo Ben-Hur, como si aquel gigantesco centinela, le hubiera dado el alto.

La Torre aparecía, tan grandiosa y asentada sobre tan inconmovibles cimientos, que no podía sino reconocer que era inexpugnable. Si allí se hallaba su madre enterrada viva, ¿qué podría hacer por ella? Por la violencia, nada. Un ejército entero que la sitiara, con sus arietes y balistas, se sentiría impotente ante aquella masa de piedra. El gigantesco torreón del sudeste se alzaba solitario y parecía que le miraba sarcásticamente, como un coloso mira a un pigmeo y se burla de su impotencia. Y él discurría: "¿De qué me servirían la astucia y el ingenio? Y Dios, último recurso de los desvalidos, ¡es casi siempre tan tardío en acudir en nuestro socorro!".

Sumido en sus tristes dudas, desesperado y descorazonado, se internó en la calle que se extendía al oeste, frente a la Torre, y la siguió lentamente.

Después de Beceta encontraría un khan, donde había decidido alojarse; pero, por lo pronto, no pudo resistir la tentación de ir a su casa. El corazón le llevaba ciegamente hacia aquel lado.

Algunas personas que pasaban por su lado sin conocerle le habían saludado, y nunca le fueron estos saludos más agradables. Vio el cielo que hacia el este brillaba con tonos plateados por la luna, en tanto que por el oeste los objetos antes visibles, en especial las torres de Monte Sión, destacaban sobre la negrura que llenaba el valle a sus pies, verdaderos castillos en el aire, semejando espectros.

Llegó por fin a la casa de sus padres.

¡Cuántos hombres que, siendo niños, tuvieron moradas felices, paraísos de los que salieron llenos de amargura, desearían volver, si fuera posible, tan niños como al partir! ¡Lugares de tiernos y alegres placeres, de risa y de cantos, cuyo recuerdo nos es más dulce que todos nuestros éxitos y victorias en el transcurso de la vida! Ante la puerta del lado septentrional del antiguo edificio se detuvo Ben-Hur. Aún se leía en la unión de las dos hojas el pergamino con la inscripción: "Esta casa es propiedad del emperador". En las cuatro puntas conservaba aún la cera que utilizaron para sellarla.

Nadie había entrado ni salido por allí desde el fatal día de la separación de la familia. ¿Cómo debía llamar? Era inútil, lo sabía; pero la tentación era irresistible. Amrah podría oírle y miraría quizá por las ventanas de este lado. Cogió una piedrecita y, subiendo la ancha escalinata de piedra, golpeó tres veces. Los golpes repercutieron en el interior, pero no le trajeron ninguna respuesta. Llamó nuevamente, más fuerte, con la esperanza de oír algún rumor; pero la casa continuaba sumida en el silencio. Cruzó la calle y miró atentamente las ventanas, no viendo en ellas el menor signo de vida. El parapeto que protegía la terraza superior destacaba nítidamente en el cielo su línea recta, sin que nadie asomara la cabeza para indagar quién turbaba un silencio de ocho años. La más mínima señal la hubiera percibido Ben-Hur, pero no vio nada.

De la fachada septentrional pasó a la occidental, y miró atentamente sus cuatro ventanas con el mismo resultado. El ansia que le atormentaba hacía latir su desolado corazón con deseos impotentes, conmoviéndole ante las decepciones de su misma fantasía. Amrah no daba señales de vida.

PARTE SIETE

ÍNDICE

1. La tumba del Jardín del Rey
2. La estratagema de Pilatos: el combate
3. Jerusalén sale a recibir al profeta
4. La siesta junto al lago. Iras
5. La vida de un alma
6. Ben-Hur monta guardia con Iras
7. En Betabara
8. Huéspedes en casa de los Hur
9. Ben-Hur habla del Salvador

Capítulo Uno

LA TUMBA DEL JARDÍN DEL REY

Al llegar a Tierra Santa, los peregrinos que buscan aún en nuestros días la famosa localidad que lleva el bello nombre de Jardín del Rey, tienen que descender por el lecho del Cedrón hasta el pozo En-Rogel y, después de haber bebido de sus dulces y cristalinas aguas, se detienen allí, pues aquél es el punto interesante que deseaban conocer. Al ver las grandes piedras que forman el brocal y sondear la profundidad del pozo, no pueden menos de sonreír ante la manera primitiva con que sacaban el agua en otros tiempos. Dirigiendo su mirada a lo lejos, queda uno hechizado a la vista de los montes Mori y Sión, cuyas vertientes se adelantaban hacia el espectador desde el norte, acabando el uno en Ofel y el otro en el sitio en que se suele situar la antigua ciudad de David.

Hacia el fondo, destacándose sobre el cielo, pueden aún verse las ruinas de aquellos sagrados edificios; aquí el Harán con su graciosa cúpula, más allá los restos del Hípico, magníficos aún. Después de disfrutar de este espectáculo y de grabarlo en la mente, dirige el viajero sus ojos hacia el Monte de la Ofensa, que se levanta, agreste y majestuoso, a la derecha; y hacia el Cerro del Mal Consejo, en el cual, teniendo presente la Historia Sagrada y las tradiciones rabínicas y monacales, hallará cierto interés, no exento de vago y supersticioso horror.

Sería un largo relato describir todo lo que de interés se agrupa en torno a este cerro. Nos limitaremos a recordar que a su pie se encuentra el verdadero infierno de la ortodoxia moderna, el infierno de azufre y fuego, antiguamente llamado Gehena, y que hoy, como en los días de Cristo, está excavado en la agreste vertiente que mira hacia la ciudad por las numerosas tumbas o grutas que desde tiempos remotísimos son habitados por los leprosos, no aisladamente, sino agrupados todos. Allí han establecido su gobierno y tienen su sociedad; fundaron la ciudad sólo habitada por ellos y de la que huye la gente, como si tuviera la maldición de Dios. Dos días después de los sucesos relatados en el anterior capítulo, se dirigía Amrah por la mañana temprano al pozo de En-Rogel, muy cerca del cual tomó asiento sobre una piedra. Quien tuviera conocimiento de las costumbres del país, habría dicho al verla que era la criada de alguna rica familia Llevaba una jarra con agua y un cesto, cubierto con una servilleta blanca como la nieve.

Colocando en el suelo su carga, se quitó el chai que llevaba en la cabeza, y cruzó sus manos sobre las rodillas, y en silencio se puso a mirar hacia el punto en que el cerro, cortado casi a pico, se levanta sobre el campo del Alfarero y el Aceldama. Era la primera que llegaba al pozo, por ser aún muy temprano. No tardó, sin embargo, en aparecer un hombre con un rollo de cuerda y un cubo de cuero. Después de dirigir un saludo a la mujer de negra cara, preparó la cuerda, la ató al cubo y aguardó a los parroquianos. Cualquiera podía sacar agua de allí, si lo quería, pero el oficio de aquel hombre era sacar agua para los demás; por la módica suma de un gerah llenaba el gran cántaro que la mujer más robusta pudiera llevar. Amrah seguía en silencio, y el hombre, al ver vacío su cántaro, le preguntó si quería que se lo llenase. Cortésmente, ella le contestó:

—Aún no —dicho lo cual, ya no le prestó atención.

Cuando brillaba ya la luz del día sobre el Olivete comenzaron a llegar los clientes, a los que el hombre se esforzaba en servir con gran solicitud. Mientras tanto, Amrah continuó conservando su asiento, mirando sin cesar a lo alto del cerro. Cuando el sol apareció, ella continuaba todavía sentada y esperando.

Ahora sabremos lo que esperaba y cuál era su propósito al ir allí.

Tenía costumbre, desde que quedó dueña absoluta del palacio, de ir al mercado por la noche. Con el mayor sigilo y el rostro cubierto, iba a las tiendas de Tiropeión, o a las que estaban pasada la puerta del Pescado, al este, y al volver ya tarde, una vez compradas la carne y las legumbres, se encerraba en la casa.

¿Quién podría imaginarse el contento que experimentó al tener a Ben-Hur en la antigua mansión de sus padres? Nada podía decirle de su señora ni de Tirzah, nada en absoluto. Él le manifestó su deseo de que fuera a vivir a un lugar menos solitario, pero ella se negó. Amrah, sin embargo, hubiera deseado que él se estableciese en la casa de sus padres, que se hallaba tal cual la había dejado, pero temía el peligro de ser descubierto y quería evitar toda clase de publicidad o una persecución de la autoridad romana. Iría a verla con frecuencia por la noche, y ella tuvo que darse por contenta, poniendo cuanto estaba a su alcance para hacerle gratas las horas de estancia en su casa. No se daba cuenta de que ya era un hombre y que habrían cambiado sus preferencias y costumbres de niño; para complacerle empleó con él las mismas atenciones, cuidándole como cuando era chiquillo. Sabía que le gustaban los dulces; tenía presente cuáles eran los manjares por los que sentía inclinación y procuraba tenerlos siempre a mano. Así pues, la noche anterior, mucho antes de lo que tenía por costumbre, salió con su cesto y se fue a la puerta del Pescado en busca de la mejor miel. Allí oyó por casualidad a un hombre que contaba una extraordinaria historia. La historia, como puede imaginarse el lector, la contaba uno de los que, antorcha en mano, habían presenciado la entrada del tribuno comandante de la Torre Antonia en el calabozo número VI, cuando se descubrió en ella a las dos mujeres de la familia de Hur. A sus oídos llegaron todos los pormenores del hecho, el nombre de las prisioneras y las palabras de la misma viuda.

El dolor que experimentó Amrah al oír la triste historia puede suponerse en un alma tan amante y leal para con sus amos. Terminó sus compras y volvió a la casa como una sonámbula. ¡Qué felicidad iba a proporcionarle a su niño al decirle que había encontrado a su madre!

Dejó de lado el cesto y, llorando de ternura y riendo, se entregó a sus quehaceres domésticos. De pronto, como herida por un rayo, quedó paralizada. Decirle a Ben- Hur que su madre y su hermana estaban leprosas sería matarle. Nada en el mundo podría evitar que fuera a la terrible ciudad que se extendía al pie del Cerro del Mal Consejo. Revisaría tumba por tumba, sin tener en cuenta que la atmósfera que se respiraba allí estaba infectada y que la horrible enfermedad le atacaría a él también. "¿Qué hacer?", se preguntaba Amrah, retorciéndose las manos. Igual que otras antes que ella, y como después de ella multitud de mujeres, se inspiró, no ya en un consejo razonado, sino en su afecto, y llegó a esta conclusión singular: sabía que los leprosos tenían por costumbre muy de mañana, al salir de sus habitáculos, ir a por agua para todo el día al pozo de En-Rogel. Llevaban sus cántaros y los depositaban a cierta distancia… y esperaban apartados de ellos a que estuvieran llenos. Era posible que su ama y Tirzah fuesen también a buscarla, ya que la ley era inexorable y no hacía excepción alguna. Un leproso rico no disfrutaba de un trato mejor que un indigente.

Amrah tomó la decisión de ocultar a Ben-Hur la historia oída, e ir sola al pozo y esperar allí a aquellas desventuradas, y creía con firmeza que había de reconocerlas a simple vista; o al menos, ellas la reconocerían.

Aquel día fue a verla Ben-Hur, y estuvieron hablando largo rato. Al otro día llegaron Malluch y las pesquisas empezarían enseguida. Se mostraba impaciente, y fue a dar un paseo por los alrededores, para matar el tiempo. El secreto pesaba terriblemente a la pobre mujer, pero supo resistir y callar.

Cuando al fin se marchó Ben-Hur, ella se ocupó de hacer una buena comida. Al amanecer, cuando aún brillaban las estrellas en el cielo, llenó su cesto, cogió un cántaro y se dirigió hacia el pozo de En-Rogel por la puerta del Pescado, que era la primera que se abría.

Un poco antes de la salida del sol, cuando el movimiento era mayor y el que sacaba el agua estaba más atareado, comenzaron a aparecer en las puertas de las tumbas los míseros pobladores que habitaban al pie del cerro. Poco a poco se formaron grupos, entre los cuales había una gran cantidad de niños que inspiraban la más profunda compasión. Se fueron acercando hasta una respetable distancia del pozo; eran mujeres con cántaros sobre los hombros, o débiles ancianos, que se movían cojeando, apoyados con una mano en el bastón y el cántaro en la otra; avanzaban como podían, algunos apoyándose en el hombro de los otros, y no pocos, completamente inválidos, yacían sobre montones de paja a la entrada de sus cuevas. Pero, aun en aquella inmensa desgracia, acudía el amor a suavizar y hacer llevadera tan amarga vida. La distancia atenuaba la crudeza de su miseria, velando en parte el horror que inspiraban estos parias.

Sentada junto al pozo, examinaba Amrah aquellos grupos de espectros ambulantes, sin tan siquiera moverse. En alguna ocasión creía ver a las que buscaba.

No tenía la menor duda de que se hallaban allí y de que de un momento a otro tendrían que aproximarse, como los demás. Seguramente, esperarían a que se marchase toda aquella gente.

En la parte más baja del cerro se hallaba una tumba que, por su ancha boca, había atraído más de una vez las miradas de Amrah. Había cerca una piedra de grandes dimensiones. Penetraba en ella el sol en las horas más ardientes del día; la cueva parecía estar deshabitada, a menos que buscara refugio algún perro sarnoso al volver de hozar buscando entre los montones de basura algún hueso. De ella precisamente vio salir, con gran sorpresa, a dos mujeres, una de las cuales se apoyaba penosamente en la otra; ambas parecían viejas y tenían en cabello blanco, pero sus vestidos no estaban sucios ni rotos. Miraban a su alrededor como si el lugar fuera nuevo y desconocido para ellas. Amrah creyó verlas temblar de horror ante aquel espantoso conjunto de seres desgraciados de que formaban parte. Desde el momento en que atrajeron su atención, el corazón de Amrah latía más apresuradamente y sus ojos ya no se separaron de ellas. Permanecieron las dos junto a la piedra, un rato; después, lenta y penosamente, se fueron acercando al pozo, llenas de temor. Al verlas adelantarse, se levantaron muchas voces conminándolas a detenerse, pero no oyeron o no entendieron lo que les decían. El hombre que sacaba el agua recogió algunas piedras para tirárselas, mientras las mujeres prorrumpían en maldiciones. Todos sus compañeros de desgracia les gritaron desde el pie del cerro:

—¡Impuras! ¡Impuras!

"Con seguridad —pensó Amrah— estas dos deben de ser nuevas y desconocen las costumbres de los leprosos". Se levantó y fue a su encuentro, con el cesto y el cántaro. La alarma había cesado alrededor del pozo.

—¡Qué loca! —dijo una, riendo—. ¡Qué insensata, traer una buena comida para esos muertos que andan!

—Y es posible que venga de lejos —dijo otra.

Amrah seguía adelante. ¿Y si su corazón se engañaba? Latía con tal fuerza que parecía subírsele a la garganta. Cuanto más se aproximaba a ellas, tenía más dudas y estaba más confusa. A unos cuatro o cinco metros de distancia, se paró. ¡Era aquélla la señora a quien tanto amaba! ¡Aquella a la que había besado las manos tantas veces con gratitud! ¿Dónde estaba la imagen, tan graciosa como digna, que conservaba en su memoria con tanta fidelidad? ¿Podía ser aquélla, acaso, la Tirzah que ella había amamantado? ¿La misma a la que había calmado su llanto y que había participado en sus juegos; la niña de dulce y risueño rostro, que a todas horas cantaba alegrando la casa; la bendición que Dios le prometía para consuelo de su vejez? ¿Era aquélla su niña tan querida? El corazón de la buena mujer estaba encogido de pena.

"Estas dos son muy viejas —se dijo para sí—. Me retiraré".

Y se volvió.

—¡Amrah! —dijo una de las leprosas.

El cántaro resbaló de sus manos y volvió la cabeza temblando.

—¿Quién me llama? —preguntó.

—¡Amrah!

Los ojos de la mujer se clavaron en el rostro de la que la llamaba.

—¿Es mi ama? —preguntó.

—¡Nosotras somos las que buscas!

—¡Oh ama mía! ¡Ama mía! ¡Os encuentro al fin! ¡Bendito sea el Señor que me trajo hasta aquí!

Y, cayendo de rodillas, la pobre Amrah se arrastró más cerca de sus amas.

—¡Detente! ¡No te acerques! ¡Impuras! ¡Impuras!

Estas palabras la detuvieron. Amrah, con la frente en el polvo, sollozaba con tal fuerza que la gente del pozo la oyó. De repente, se irguió y preguntó entre lágrimas:

—¡Oh ama mía! ¿Dónde está Tirzah?

—¡Estoy aquí, Amrah! ¿Me quieres dar un poco de agua? El hábito de servidumbre se mostró enseguida. Se arregló el cabello que le cubría la cara, se levantó y, tomando el cesto, lo descubrió.

—Mira —le dijo—, aquí hay pan y carne.

Hubiera deseado extender el mantel sobre el suelo, pero su ama la detuvo.

—No, Amrah, no lo hagas. Aquella gente te apedrearía, y nos negaría el agua. Dame la cesta. Toma el cántaro, llénalo y tráemelo aquí. Nos lo llevaremos a nuestra cueva. Ya has hecho todo lo que podías hacer por nosotras hoy. ¡Date prisa, Amrah!

La gente que había presenciado la escena cedió el paso a la criada y hasta la ayudó a llenar el cántaro, conmovida.

—¿Quiénes son? —le preguntaron.

Amrah contestó con tristeza:

—¡Eran tan buenas para mí!

Cargando el cántaro, se adelantó hacia sus amas. En su confusión hubiera llegado hasta ellas, pero el grito de "¡Impuras!" la contuvo. Poniendo el cántaro al lado del cesto, retrocedió y esperó a poco trecho.

—¡Gracias, Amrah! —dijo su ama, recogiéndolo todo—. ¡Eres muy buena!

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —preguntó.

La mano de la leprosa, ardiente de fiebre, se apoyaba en el cántaro. Al oír las palabras de Amrah, le dijo con firmeza:

—Sí; sé que Judá ha vuelto a casa. Hace dos noches que le vi en la puerta, dormido sobre la escalinata. Te vi también a ti cuando le despertaste.

Amrah juntó las manos.

—¡Oh ama mía! ¡Le viste y no te acercaste!

—¡Quizá nuestro aspecto le hubiera matado! ¡Jamás podré estrecharle entre mis brazos! ¡Jamás lo podré besar! ¡Oh Amrah, Amrah, tú le quieres, sé que le quieres!

—Sí —dijo la fiel criada, arrodillándose de nuevo y llorando—. Daría por él la vida.

—Dame pruebas de lo que dices, Amrah.

—Habla, estoy dispuesta.

—No le digas nunca que nos has visto ni dónde estamos. Sólo te ruego eso.

—Él os está buscando. Ha venido de muy lejos sólo para buscaros.

—No debe hallarnos, ni saber lo que ha sido de nosotras, Amrah. De hoy en adelante nos servirás como lo has hecho hoy, trayendo lo poco que necesitamos para vivir. Vendrás cada mañana y cada noche y… y… —se quebraba su voz y su poderosa voluntad se sentía aniquilada—. Y nos hablarás de él. ¡Recuérdalo! ¡Él no debe saber una sola palabra de nosotras! ¿Lo oyes, Amrah?

—¡Será tan penoso para mí oírle hablar de vosotras y ver que se afana inútilmente en vuestra búsqueda! ¡Sufriré tanto viendo su amor por vosotras sin poder decirle que estáis con vida!

—¿No podrías decirle que estamos bien, Amrah? Pero no, es mejor que calles por completo. Márchate ya y vuelve por la noche. Nosotras te buscaremos. ¡Hasta luego!

—No podré soportar el secreto, ¡oh ama! ¡Es muy duro de llevar! —dijo la sierva cayendo de nuevo con la frente en el polvo.

—Mucho más insoportable sería para nosotras verle tal como estamos — respondió la madre, mientras entregaba el cesto a Tirzah—. Vuelve por la noche —le repitió; y, cogiendo el cántaro, regresaron a la cueva.

Esperó Amrah a verlas desaparecer; entonces se levantó y trise y silenciosa emprendió el regreso.

Volvió por la noche, y de allí en adelante adquirió la costumbre de servirlas así. Les llevaba cuanto podían necesitar, que era bien poco. Aunque inhóspita y dura, la tumba no era tan triste como la celda de la Torre. La alegre luz del sol doraba su puerta, que se abría al aire libre y les ofrecía el bello espectáculo de la naturaleza. Bajo la inmensa bóveda azul del cielo, se puede esperar la muerte más apaciblemente…

Capítulo Dos

LA ESTRATAGEMA DE PILATOS: EL COMBATE

En la mañana del quinto día del mes séptimo, llamado tisú en hebreo y octubre según nosotros, se levantó del lecho Ben-Hur, triste y disgustado con el mundo entero.

Malluch, apenas llegó, se había dirigido a tomar informes a la Torre Antonia. Osadamente, se presentó al tribuno jefe de la fortaleza y le relató la historia de los Hur, dándole detalles del accidente ocurrido a Grato e insistiendo, sobre todo, en la afirmación de que no había en aquel hecho ni la más ligera sombra de culpabilidad. Venía a informarse de si aún vivían algunos de los miembros de la desgraciada familia para, una vez hallados, elevar una petición al César para que les fuera restituida su fortuna y el pleno goce de sus derechos civiles. La petición sería atendida sin duda alguna, pues la familia Hur no temía que se hiciera una investigación judicial, que, al contrario, demostraría su inocencia. El jefe de la fortaleza le contó a su vez cuanto sabía de ambas mujeres; le mostró los informes en que se daba cuenta del hecho, de la declaración de las desdichadas e incluso le autorizó a sacar una copia del documento.

En posesión de estas noticias, Malluch fue en busca de Ben-Hur. No sería posible describir el efecto que la terrible historia produjo en el joven. Su gran dolor y amargura no son de los que se pueden mitigar con lágrimas y lamentos. Horas y horas permaneció anonadado. La palidez de su rostro era el único signo del tormento que destrozaba su alma. De vez en cuando exhalaba un gemido con el que expresaba la tortura de su corazón.

—¡Leprosas! ¡Leprosas!… Mi madre…, Tirzah… ¡Ellas, leprosas! ¡Cuánto tiempo, Dios mío, Dios mío! ¡Cuánto tiempo, oh Señor!

A intervalos se sentía desgarrado por una santa cólera y forjaba en su imaginación mil proyectos de una venganza no menos santa.

—¡Quizá se estarán muriendo a estas horas! ¡Voy en su busca! —exclamó, poniéndose en pie.

—¿Adonde vas? —le preguntó Malluch.

—¡Sólo hay un lugar que les esté permitido!

Malluch intentó calmarle, y tras muchos razonamientos; le persuadió de que le dejara el trabajo de buscarlas, pero no hubo manera de disuadirle para que no le acompañara aquel día hasta el Tugar donde solían reunirse los leprosos para implorar la caridad de los viajeros. Juntos, pues, llegaron a la vertiente opuesta del Cerro del Mal Consejo, el sitio en que los leprosos se agrupaban a un lado y a otro del camino, y estuvieron allí muchas horas repartiendo limosnas a cuantos veían, preguntándoles sobre el paradero de las dos mujeres y prometiendo una fuerte recompensa a quien descubriera dónde se hallaban. Así continuaron haciendo indagaciones el resto del quinto mes y todo el sexto.

En la ciudad del dolor se noto durante algunos días cierta efervescencia, debida a las grandes recompensas ofrecidas, que eran un poderoso aguijón para aquellos miserables que soportaban tal cantidad de privaciones. La tumba de las dos mujeres fue visitada muchas veces por sus compañeros de desgracia, que iban a informarse, pues las señas de ellas coincidían en muchas cosas con las que buscaban; pero ambas conservaban su secreto y supieron desviar todas las sospechas. En total, el resultado de la investigación fue nulo. Lo único que llegó a saber a principios del mes séptimo fue que dos mujeres leprosas habían sido apedreadas por orden de la autoridad, unos dos meses antes, en la puerta del Pescado. Cotejando fechas y con las señas que se les daba, adquirieron la triste seguridad de que aquellas dos infelices debían de ser la madre y la hermana del joven. Por ultimo se preguntaban: ¿adonde habían ido, que había sido de ellas?

—¡No era suficiente que los seres queridos de mi familia fueran leprosos! — repetía Ben-Hur, en el colmo de su dolor y con inmensa amargura —. ¡No era bastante eso! ¡Tenían que ser apedreadas en su misma ciudad! ¡Mi madre ha muerto! ¡Con seguridad se han perdido en el desierto! Sí, mi madre ha muerto. ¡Tirzah ha muerto! ¡Me encuentro solo en el mundo! ¿Para qué? ¿Y cuánto tiempo, ¡oh Señor!, cuánto tiempo subsistirá esta Roma perversa?

Lleno de cólera, vengativo, desesperado, volvió al khan. Estaba el patio lleno de gente que había llegado la noche última y mientras comía oyó las conversaciones y examino el aspecto de todos. Un grupo de jóvenes acaparó especialmente su atención. Eran en su mayoría robustos, diligentes, y revelaban la provincia de donde procedían con su acento y modales. En su porte en el modo de erguir la cabeza, en su mirar recto y franco había un no sé qué de fiero e independiente que no se parecía en nada al aire servil y apocado de los individuos de su clase que habitaban en la capital. Pronto supo que eran galileos que iban a la ciudad con diversos fines, pero, sobre todo, para tomar parte en la fiesta de las trompetas, que precisamente se celebraba aquel día. Al instante fueron objeto de su atención, pues sabía que procedían de un país en el que esperaba hallar el mayor apoyo para la obra que debía emprender. Mientras los observaba, su imaginación se los representaba cubiertos con la armadura, empuñando las armas de los dominadores y sometidos a rígida disciplina romana, formando una legión como las que dieron a su odiada enemiga el imperio del mundo. ¡Sí, él convertiría a aquellos hombres robustos en legiones formidables! Como una tromba entró en el patio un hombre con el rostro inflamado. Sus ojos echaban chispas y era presa de gran agitación.

—¿Qué hacéis aquí? —gritó dirigiéndose a los galileos—. Los rabinos y los ancianos han ido al templo a hablar con Pilatos. ¡Daos prisa, venid, vamos allá!

Al instante todos le rodearon.

—¿Para hablar con Pilatos? ¿Para qué?

—Según dicen, el nuevo acueducto de Pilatos ha de pagarse con los fondos del templo.

—¡Cómo! ¿Con un tesoro sagrado? —repetían mirándose unos a otros con indignación.

—¡Con el dinero del Señor! ¡Que se atrevan a tocarlo!

—¡Vamos a protestar! —gritó el mensajero—. En este instante la comitiva de los ancianos está pasando el puente. Debemos seguirlos. ¡Vamos todos! ¡Deprisa!

Como movidos por el mismo pensamiento, se despojaron de sus vestidos inútiles y quedaron con las túnicas cortas y sin mangas que llevaban habitualmente, y con la cabeza, descubierta, siendo como eran segadores en los campos o pescadores en el lago; la indumentaria que usaban para trepar por las montañas detrás de sus corderos.

—¡Ya estamos listos! —dijeron, apretándose las fajas.

Entonces, Ben-Hur se acercó a ellos y les dijo:

—Hombres de Galilea, yo soy Judá. ¿Me admitís con vosotros?

—¡Vamos a combatir! —exclamaron.

—¡Oh, entonces, no seré yo el primero en huir!

Admitiendo de buen humor la respuesta espontánea de Ben-Hur, el mensajero le dijo:

—Pareces robusto. Puedes venir si quieres.

Ben-Hur se despojó, como ellos, de su manto.

—¿Creéis que habrá lucha? —les preguntó tranquilamente, mientras se ceñía la faja a la cintura.

—Sí.

—¿Con quién?

—Con la guardia.

—¿Legionarios?

—Si no es en ellos, ¿en quién pueden confiar los romanos?

—¿Y qué armas tenéis?

Ellos le miraron en silencio.

—Bien —dijo—, tenemos que salir del paso como podamos. Pero ¿no sería mejor que escogiéramos un jefe? Los legionarios tienen siempre una cabeza, que los dirige y así luchan como un solo hombre y un solo brazo.

Los galileos no le prestaron mayor atención, como si la idea les resultara por completo extraña.

—Bueno, por lo menos estaremos juntos —dijo—; ya estoy listo.

—En marcha, pues.

El khan estaba en Bezeta, la nueva ciudad, y para ir al pretorio, nombre que los romanos daban pomposamente al palacio de Herodes en Monte Sión, el grupo había de cruzar las tierras bajas del norte y al oeste del templo. De norte a sur, por calles que apenas merecían este nombre, pasaron junto al Akra, distrito de la Torre Mariana, a partir de cuyo punto era corto el trecho hasta la gran puerta abierta en la muralla que rodeaba las alturas sagradas. Por el camino, habían encontrado a gente tan excitada como ellos y a quienes la noticia de aquella pretensión excitaba sobremanera. Cuando llegaron a la puerta del pretorio, la comitiva de ancianos y rabinos estaba dentro, y fuera se hallaba una multitud enfurecida y clamorosa. Guardaba la puerta un centurión con un destacamento armado, alineado bajo la hermosa galería, de mármol. El sol reverberaba sobre los yelmos y escudos, pero los legionarios se mantenían firmes en sus filas, insensibles al calor y a los gritos e insultos de la muchedumbre.

La ancha puerta, con sus hojas abiertas de par en par, daba paso a una multitud de ciudadanos, en tanto que otros, en menor número, pugnaba por salir.

—¿Qué sucede ahí dentro? —preguntó uno de los galileos a los que salían.

—Nada —contestó—, están los rabinos a la puerta del palacio pidiendo audiencia a Pilatos. Éste se ha negado a recibirlos y ellos le han enviado un emisario a decirle que no se irán hasta que los haya recibido. Ahora esperan la respuesta.

—Vamos adentro —dijo Ben-Hur decidido, pensando que aquel alboroto no debía ser solamente un desacuerdo entre el gobernador y los rabinos, sino que se trataba de una delicada cuestión de amor propio, de ver quién impondría su voluntad. Al otro lado de la puerta había un jardín de frondosos árboles con bancos a ambos lados. Lo más raro era que la gente evitaba con todo cuidado pasar por debajo de los árboles, y no sólo pasar, sino aprovechar su fresca y agradable sombra. Por muy extraño que parezca, una disposición rabínica, fundada en la ley, no permitía que dentro de los muros de Jerusalén creciesen plantas. El mismo rey sabio, cuando necesitó un jardín para su esposa egipcia, se vio en la precisión de hacerlo fuera del recinto de las murallas, por encima de En-Rogel.

Entre la alameda brillaba la fachada del palacio. Volviendo hacia la derecha, llegó el grupo a un gran espacio cuadrado en cuyo lado occidental se elevaba la residencia del gobernador. Una multitud alborotada llenaba este vasto espacio. Las miradas de todos se dirigían hacia un pórtico con una gran puerta cerrada en el centro. Bajo el pórtico había otra compañía de legionarios.

La muchedumbre estaba tan apretujada que, aunque hubieran pretendido nuestros amigos avanzar, no hubieran podido. Se tuvieron que quedar atrás, observando lo que sucedía.

Podían divisar los altos turbantes de los rabinos, muy cerca del pórtico. Su impaciencia se comunicaba a la masa agolpada tras ellos.

De vez en cuando, se oían gritos como éste:

—Pilatos, si eres gobernador, ¿por qué no sales? ¡Sal afuera!

De entre la turba surgió un hombre con el rostro enrojecido, más por la indignación que por el calor, exclamando:

—¡Aquí no cuenta para nada el pueblo de Israel! ¡Hemos quedado convertidos en unos perros de los romanos!

—¿Crees que saldrá?

—¡Cómo! Ha rehusado salir tres veces.

—¿Qué harán los rabinos?

—Igual que en Cesárea; acampar hasta que les dé audiencia.

—El tesoro no se atreverá a tocarlo, ¿no es cierto? —preguntó uno de los galileos.

—¿Quién puede saberlo? ¿No fue romano el que profanó el tabernáculo? ¿Qué hay sagrado para los romanos?

Había pasado más de una hora y Pilatos no se había dignado dar una respuesta.

Los rabinos y la multitud permanecieron allí. Llegó el mediodía, trayendo consigo un aguacero que venía del oeste, pero la multitud no desertó; antes por el contrario, aumentó, más indignada y tumultuosa. Ni un instante cesaban de gritar:

—¡Que salga! ¡Que salga!

A veces proferían frases insultantes.

Ben-Hur, entretanto, trataba de mantener a los galileos en grupo compacto, pensando que el orgullo del romano no tardaría en echar a rodar toda prudencia y que el desenlace se produciría de un momento a otro. En efecto, Pilatos sólo esperaba que el pueblo le proporcionase un pretexto para emplear la fuerza.

Por fin, llegó el desenlace. De repente entre la multitud se oyeron unos golpes sordos, seguidos de grandes alaridos de dolor y de rabia, y toda aquella masa se agitó en un furioso remolino. Los ancianos que estaban junto al pórtico volvieron la cara, asustados. La turba que estaba detrás luchaba por llegar hasta el centro, en tanto que los que se hallaban allí hacían esfuerzos inauditos para salir. El choque fue terrible; miles de voces gritaban y nadie se entendía; la sorpresa se convirtió pronto en un espantoso pánico.

Ben-Hur no perdió la cabeza.

—¿Puedes ver lo que pasa? —preguntó a uno de los galileos.

—No.

—Voy a levantarte.

Cogiéndole de las piernas, lo levantó.

—¿Ahora ves?

—Sí —dijo el hombre—. Unos cuantos sujetos armados de palos están pegando a la gente del pueblo; pero van vestidos como los judíos.

—¿Quiénes son?

—Los romanos. ¡Por el Dios vivo que son romanos disfrazados! Sobre el montón llueven sus palos sin misericordia. Un rabino ha caído al suelo de un golpe en la cabeza. ¡Un anciano!

Ben-Hur dejó al hombre en el suelo.

—Hombres de Galilea —dijo—, esto es una traición de Pilatos. ¿Queréis oírme? Ahora vamos a enfrentarnos con los vapuleadores.

Los galileos estaban muy animosos.

—¡Sí, sí! —respondieron.

—Vamos afuera, a los árboles de la puerta, y veréis cómo el plantío de Herodes, aunque contrario a la ley, sirve para algo útil. ¡Venid!

Corrieron hacia los árboles y desgajaron las más gruesas ramas. En unos momentos estuvieron todos armados de voluminosas estacas.

Aquello se había convertido en un campo de batalla. La multitud corría alocada hacia la puerta. Dejaban tras ellos los golpes y los gemidos, las maldiciones y los gritos.

—¡Contra la pared! ¡Contra la pared y dejad pasar a esa chusma! —gritó Ben-Hur.

Se echaron hacia la derecha e hicieron lo que les decía, huyendo de la avalancha de la multitud y, poco a poco, avanzaron hasta volver a entrar de nuevo en la gran plaza.

—¡Manteneos juntos y seguidme!

Ben-Hur les había impuesto su voluntad y, tácitamente, lo reconocían todos y le obedecían como a un jefe. El en cabeza y detrás, todo el grupo compacto de galileos. Cuando los romanos, que vapuleaban al pueblo riéndose a carcajadas, se encontraron cara a cara con los galileos de miembros recios, prontos a la lucha e igualmente armados, titubearon. La algazara fue atronadora; los golpes llovían rápidos y mortales y la acometida fue impetuosa e irresistible, como el odio que los animaba. Nadie como Ben-Hur manejaba su arma con tanta destreza; su habilidad tenía la ventaja de sus largos brazos, y su incombatible vigor le había abierto camino; allí donde caían, se deshacían los grupos como un montón de hojas secas aventadas por el huracán. Manejaba el garrote más largo y pesado; y no era necesario más de un golpe para dejar al enemigo fuera de combate. Combatía como el primero sin dejar por eso de ser el jefe. Antes bien, parecía tener ojos en todas partes, atento a sus amigos y acudiendo a ellos en el momento preciso. Su grito de guerra excitaba a sus seguidores y llenaba de espanto a sus enemigos.

Sorprendidos por aquel grupo que los igualaba en fuerza, los romanos se fueron retirando poco a poco, hasta que se declararon en huida y corrieron a refugiarse en el pórtico. El ímpetu de los galileos los hubiera perseguido hasta la escalinata, pero Ben-Hur prudentemente los contuvo.

—¡Alto! ¡Quietos, compañeros! —les gritó—. El centurión viene ahora con la guardia. Tienen espadas y broqueles; no podemos combatir con ellos. Ya hemos hecho por hoy todo lo que podíamos, y no mal por cierto. Ahora, cada cual que se vaya por donde pueda.

Le obedecieron todos, aunque con lentitud, porque tenían que saltar por encima de los heridos que llenaban el suelo, retorciéndose y gimiendo unos y otros implorando ayuda, y algunos inmóviles como muertos. Pero no todos los caídos eran judíos, lo cual les servía de consuelo.

El centurión les gritó al ver que se escapaban:

—¡Esperad! ¡Esperad, perros de Israel!

Ben-Hur en su propia lengua se burló de él, diciéndole:

—Si nosotros somos perros de Israel, vosotros sois chacales de Roma. Quedaos ahí, que ya volveremos.

Los galileos aplaudieron y se fueron riendo.

En las afueras encontró Ben-Hur una muchedumbre como no había visto otra, ni tan siquiera en el circo de Antioquía. Las calles, las azoteas, las vertientes del cerro estaban llenas de un gentío denso y apretado que esperaba y oraba. El ambiente estaba lleno de voces e imprecaciones.

El grupo pasó ante la otra guardia sin impedimento alguno, pero, apenas se habían alejado, apareció el primer centurión que cargaba contra ellos y, desde la puerta, llamó a Ben-Hur.

—Tú, atrevido, ¿eres judío o romano?

Ben-Hur contestó:

—Soy un hijo de Judá que ha nacido aquí. ¿Qué me quieres?

—Espera y nos veremos las caras.

—¿Tú solo?

—Como quieras.

Ben-Hur se rió de él.

—¡Oh bravo romano! ¡Digno hijo del bastardo Júpiter romano! ¿No ves que no tengo armas?

—Coge las mías —replicó el centurión—. Yo me armaré en el cuerpo de guardia.

La gente enmudeció al oír este diálogo, y un silencio cada vez más pesado terminó por extenderse a toda aquella multitud.

Poco tiempo hacía que Ben-Hur había vencido a un romano ante los ojos de toda Antioquía; bien podía ahora vencer a otro a la vista de

Jerusalén entera. Esa victoria podía ser de provecho para la causa del nuevo Rey, del Rey que había de venir.

Sin vacilar se adelantó confiadamente y dijo al centurión:

—Por mi parte estoy dispuesto. Déjame tu espada y tu escudo.

—¿Y el yelmo y la coraza también? —preguntó el romano.

—Quédatelos; no los necesito.

Al momento le entregaron las armas y el centurión pronto estuvo dispuesto. Mientras, los soldados, ante la puerta, en apretadas filas, continuaban inmóviles, escuchando con el mayor silencio. Cuando ambos contendientes avanzaron el uno contra el otro para empezar el combate la multitud se preguntaba: "¿Quién es?". Y nadie, entre tantos miles de almas, supo responder a esa pregunta.

La superioridad de los romanos en las armas provenía de tres causas: sumisión ciega a la disciplina, táctica de la legión y manejo hábil de la espada corta y ancha que habían adoptado de los españoles. Jamás golpeaban o tajaban con ella, sino que la usaban para dar estocadas, lo mismo en el combate que en la retirada, y generalmente la cara de su enemigo era su blanco. Ben-Hur sabía esto perfectamente. Dispuesto a iniciar el combate, dijo al romano:

—Antes te comuniqué que era un hijo de Judá, pero añado que soy también un lanista educado en Roma. Defiéndete, pues.

Y acometió a su enemigo.

El uno ante el otro, se midieron con la vista, lanzándose encendidas miradas por encima de sus escudos. Avanzó el romano, amagando una estocada baja; rió el judío con ironía. El romano le dirigió rápidamente una estocada a la cara; pero el judío fue mucho más rápido y saltó ligeramente a la izquierda. Luego deslizó el escudo por debajo del brazo levantado de su enemigo, hasta que la espada y el brazo que la sostenía quedaron retenidos; otro paso más y el costado derecho del romano quedaba expuesto a la punta de la espada de su enemigo. Con un ruido sordo, el centurión cayó pesadamente de bruces.

Ben-Hur era el vencedor. Plantando su pie sobre la espalda del vencido, levantó el escudo sobre su cabeza, como era costumbre de los gladiadores en casos semejantes, y saludó a los impertérritos soldados, inmóviles ante la puerta. Cuando el pueblo se dio cuenta de la victoria del judío, rompió en vítores de loca alegría. Sobre las azoteas, hasta las más lejanas, junto al Xistos, gritaba la multitud y agitaba sus pañuelos y aplaudía. Si se lo hubieran permitido, los galileos le hubieran llevado a hombros.

A un subalterno que se adelantó desde la puerta, le dijo:

—Tu compañero ha muerto como un soldado. No quiero quedarme con sus despojos. Sólo me convienen su escudo y su espada. Son míos.

Después se marchó con sus galileos, y les dijo:

—Hermanos, os habéis portado valientemente. Debemos separarnos ahora, pues es posible que nos persigan. Nos veremos esta noche en el khan de Betania. He de proponeros algo de mucho interés para Israel.

—¿Quién eres? —le preguntaron.

—Un hijo de Judá —repuso con sencillez.

Mucha gente, ávida de contemplarle, se agolpó en torno a él.

—¿Iréis a Betania? —preguntó.

—Sí; iremos.

—Entonces llevad con vosotros esta espada y este escudo, para que yo pueda reconoceros.

Y, cruzando a través de la muchedumbre, que se acrecentaba a cada instante, desapareció rápidamente.

A instancias de Pilatos, la gente se llevó a sus muertos y heridos con gran tristeza y dolor; pero éstos quedaban mitigados, en parte, por el triunfo del desconocido campeón, a quien buscaban por doquier y a quien todo el mundo alababa. El desalentado espíritu de la nación se sintió renacer ante aquel hecho heroico; tanto en las calles como en el recinto del templo, en medio mismo de la solemnidad de la fiesta religiosa, se evocaban las antiguas hazañas de los Macabeos y millares de personas se hacían halagüeñas reflexiones.

—Tened un poco de paciencia, hermanos, e Israel recuperará lo suyo. Tengamos fe en el Señor y esperemos.

De esta manera se dio a conocer Ben-Hur y adquirió fama en Galilea, preparando el camino para la causa del Rey que iba a venir.

Capítulo Tres

JERUSALÉN SALE A RECIBIR AL PROFETA

Se verificó la reunión en el khan de Betania. De allí, Ben-Hur partió con los galileos a su país, donde sus proezas en la vieja plaza del mercado le dieron fama y muchísima influencia. Antes de que acabara el invierno había conseguido organizar tres legiones, réplica exacta de las romanas. Hubiera podido tener otras tantas, porque el espíritu guerrero de aquel pueblo necesitaba poco para despertarse. Mas era preciso conducirse con cautela si no se quería suscitar los recelos de los romanos y de Herodes Antipas.

Contentándose de momento con estas tres legiones, luchó para disciplinarlas y educarlas para la acción. Con este fin, se llevó a los oficiales a las soledades de Traconítide y los adiestró en el manejo de las armas; les enseñó después la táctica especial de la legión y los mandó a su casa como instructores. Estos ejercicios llegaron a ser como un entretenimiento para el pueblo y su pasatiempo favorito, aunque la tarea exigía paciencia, habilidad, celo, fe y abnegación, cualidades que era necesario poseer para tener influencias en las masas y modelarlas a su voluntad; y ya sabemos que Ben-Hur las poseía. ¡Cuánta abnegación y trabajo exigía su obra!

No obstante, es posible que hubiera fracasado sin el apoyo de Simónides, que le suministraba armas y dinero, y sin Ilderim, que vigilaba las fronteras y le llevaba todo cuanto necesitaba. Los galileos no dejaban tampoco de ayudarle en su proyecto. Bajo el nombre de Galilea, estaban comprendidas las cuatro tribus de Aser, Zabulón, Isacar y Neftalí, con los distritos que desde que se establecieron en la tierra de Promisión les habían correspondido. El judío nacido cerca del templo desdeñaba a estos hermanos suyos del norte, pero el Talmud ha dicho: "El galileo ama el amor, y el dinero el judío".

Aborrecían a Roma con el mismo ardor con que amaban a su país; en cada alzamiento ellos eran los primeros en salir a la lucha y los últimos en retirarse. En la última guerra contra Roma murieron más de ciento cincuenta mil jóvenes galileos. En las grandes festividades religiosas, acudían a Jerusalén en grandes masas, que llegaban a acampar como verdaderos ejércitos. Eran generosos en sentimientos y opiniones y tolerantes con los gentiles paganos. Estimaban como compatriotas suyos a todos los habitantes de la tierra y vivían en paz con ellos. Contribuyeron a la gloria del nombre hebreo poetas galileos como el autor del Cantar de los Cantares y profetas como Oseas.

En un pueblo de estas características, tan vivo y orgulloso, tan bravo, abnegado y con tanta imaginación, una leyenda como la venida del Rey futuro había de causar impresión. El hecho de que este Rey habría de destruir el poder de Roma hubiera sido motivo más que suficiente para agruparlos en torno a Ben-Hur, dóciles a sus propósitos; pero cuando además de esto los convenció de que el Rey venía a conquistar al mundo entero, con más poder que el César y más autoridad que Salomón, y que este imperio no tendría fin, su adhesión fue incondicional y se afiliaron a su causa en cuerpo y alma.

Si le preguntaban el fundamento de su fe, él les citaba a los profetas y les hablaba de Baltasar, que estaba esperando en Antioquía, y se quedaban satisfechos, porque la creencia de la venida del Mesías tenía en ellos hondas raíces. Aquel sueño tan amado y acariciado por tanto tiempo estaba por fin muy cerca de realizarse. El Rey no había de venir: ya había llegado.

De esta manera pasaron para Ben-Hur los meses de invierno, y con la primavera llegaron las lluvias que, desde el mar occidental, llevan en sus alas los vientos favorables. Había trabajado con tanto ardor y con tal éxito durante este tiempo que podía decirse a sí mismo y a sus partidarios con orgullo:

—Que venga el Rey. Sólo tiene que decirnos en qué lugar quiere asentar su trono. Seremos el brazo que se lo conquiste.

Y todos los que le trataban no le conocían por otro nombre que el de un hijo de Judá.

Estaba una tarde Ben-Hur en lo más escarpado y recóndito de la Traconítide, sentado entre los galileos a la puerta de la caverna que les servía de cuartel general, cuando llegó un mensajero árabe con una carta para él. Rompiendo el sello, leyó lo siguiente:

Jerusalén, Nisán IV.

Entre nosotros ha aparecido un profeta que dicen es Elías. Ha permanecido muchos años en el desierto y, en mi opinión, es un profeta verdadero que, según sus propias palabras, precede a otro en verdad mucho más grande que él, que está al llegar, y le está esperando en la ribera oriental del Jordán. En persona he ido a verle y a oírle, y me he convencido *de que espera al Rey que nosotros aguardamos. Ven, si quieres, y juzga por ti mismo. Toda Jerusalén ha ido a ver al profeta, y tanta gente se reúne en la orilla donde predica que parece el monte Olivete en los últimos días de la Pascua.*

Malluch

Se iluminó de júbilo el rostro de Ben-Hur.

—Este mensaje, amigos míos, me comunica que nuestro deseo va a realizarse. El heraldo del Rey ha aparecido anunciando su llegada.

Después de oír la lectura de la carta, todos se alegraron con la promesa que encerraba.

—Preparaos enseguida —les dijo—; por la mañana volveréis a casa y cuando lleguéis avisaréis de que estén prontos para reunirse en cuanto yo ordene. Entretanto, me informaré de si en realidad ha aparecido el Rey y os enviaré noticias. Vivamos alegres con esta esperanza.

Acto seguido, envió una carta a Ilderim y otra a Simónides, comunicándoles las noticias recibidas y su intención de ir enseguida a Jerusalén; llevadas éstas por rápidos correos, esperó a que llegara la noche. Cuando aparecieron las estrellas montó y, acompañado de un guía, marchó hacia el Jordán, siguiendo el camino que emplean las caravanas que van desde Rabat-Amón a Damasco. El guía era seguro y Aldebardn, muy veloz. A medianoche, ya habían salido de las asperezas volcánicas y adelantaban rápidos hacia el sur, en un país más llano.

Capítulo Cuatro

LA SIESTA JUNTO AL LAGO. IRAS

Tenía Ben-Hur el propósito de buscar refugio al amanecer y descansar hasta la noche. Pero, a pesar de la rapidez de su viaje, los sorprendió el día en pleno desierto y fue necesario continuar, con la promesa del guía de llevarle en poco tiempo a un valle rodeado de altas rocas, donde había una fuente de agua viva, moreras y abundante pasto para sus caballos.

Cabalgaba distraído, meditando en los acontecimientos que se avecinaban y que tan profundos cambios introducirían en la marcha de la humanidad y en el gobierno de los pueblos, cuando, de pronto, su guía le llamó la atención sobre un grupo de jinetes que venían detrás.

Por todos lados se extendía el desierto con la soledad de sus arenas, que poco a poco se iban tiñendo de amarillo a medida que la luz aumentaba. No se veía el más ligero indicio de vegetación. Allá a lo lejos, hacia la izquierda, se divisaba una baja cordillera, interminable en apariencia.

Ben-Hur esperó con inquietud el instante de poder saber quiénes eran los que le seguían.

—Es un camello con viajeros —dijo el guía.

—¿Hay otros detrás? —preguntó.

—Viene solo. Es decir, no; un hombre a caballo lo acompaña. Debe de ser el conductor.

No tardó Ben-Hur en divisar el camello, que era blanco y de extraordinaria alzada. Sin querer, recordó el hermoso animal que vio junto a la fuente del bosque de Dafne, llevando sobre su lomo a Baltasar y a Iras. No podía haber otro igual. Su paso se hizo imperceptiblemente más lento, pensando en la bella egipcia, hasta que vio bajo el dosel o tienda del budah a dos personas. ¡Eran Baltasar e Iras! ¿Debía o no darse a conocer? Se sorprendía de encontrarlos solos en el desierto. Entretanto, el camello se acercaba cada vez más con su paso silencioso. Ya se oía el tintineo de las campanillas; ya se divisaba claramente al etíope que siempre los acompañaba…

El admirable animal se detuvo al llegar junto al caballo de Ben-Hur, y al mirar éste hacia arriba, Iras alzó las cortinas y le contempló con sus grandes y húmedos ojos, llenos de curiosidad y admiración.

—¡La bendición del verdadero Dios sea contigo y los tuyos! —dijo Baltasar con trémula voz.

—¡Y contigo y los tuyos la paz del Señor! —contestó Ben-Hur.

—Los años han debilitado mis ojos —dijo Baltasar—, pero creo que eres el hijo de Hur a quien conocí no hace mucho tiempo como huésped digno en la tienda de Ilderim el Generoso.

—Y tú eres Baltasar, el sabio egipcio cuyas pláticas sobre los sagrados acontecimientos que esperamos han contribuido a que yo me encuentre en estas soledades. ¿Hacia dónde te diriges solo?

—El que está con Dios nunca está solo, y Dios se encuentra en todas partes — contestó Baltasar—. Pero, contestando a tu pregunta, he de decirte que viene detrás una caravana que va a Alejandría, y como ha de pasar por Jerusalén, pensé que sería bueno aprovechar su compañía hasta la Ciudad Santa que es adonde me dirijo. Descontentos de un viaje tan lento, porque escolta la caravana una cohorte romana, nos hemos levantado temprano y nos hemos adelantado a ella. No tengo miedo alguno a los ladrones que puedan acometernos, porque llevo un salvoconducto del jeque Ilderim. Respecto a las fieras, Dios es suficiente para protegernos.

Se inclinó Ben-Hur y dijo:

—El salvoconducto del buen jeque es una poderosa recomendación en el desierto; muy rápido debiera ser el león para alcanzar a este rey del desierto.

Su mano acarició el cuello del camello.

Iras, con una sonrisa que no pasó inadvertida a Ben-Hur, dijo:

—Sin embargo, sería mejor para él haber comido. También los reyes sufren hambre y dolor de cabeza. Si eres el Ben-Hur a quien hace referencia mi Padre, y a quien me hubiera satisfecho reconocer antes que él, tendrás la bondad de indicarnos el camino más corto para llegar a alguna fuente en la que podamos reposar en paz y tomar tranquilos nuestro almuerzo.

Ben-Hur contestó presuroso:

—Bella egipcia, si puedes tener un poco de paciencia no tardarás en llegar a la fuente por la que preguntas; sus aguas te parecerán dulces y frescas como las famosas de Castalia. Si me lo permites, nos pondremos enseguida en marcha.

—¡Te doy la bendición del sediento! Y a cambio te ofrezco el pan de los hornos de la ciudad, con fresca manteca de Damasco.

—Por adelantado te doy las gracias. En marcha, pues.

Y, acto seguido, Ben-Hur se puso en camino.

No tardaron en llegar a un hondo torrente, por el que descendieron siguiendo al guía. El descenso era peligroso a causa de las lluvias recientes, que habían reblandecido el terreno. Las vertientes a veces cortadas a pico los amenazaban con desprender sobre ellos enormes rocas socavadas por las corrientes que se precipitaban al fondo. Cuando salieron de este angosto paso penetraron en un valle extenso y en extremo delicioso.

Corrían por todas partes riachuelos que se entrelazaban y cruzaban formando islitas encantadoras, sombreadas por espesos cañaverales. Olivos silvestres se agrupaban en los lugares más altos y una palmera se elevaba como una soberana en aquel pequeño mundo. Al pie de las laderas crecían viñedos, trepando por las rocas y los olivos, y a la entrada de un bosquecillo de moreras discurrían las aguas de un arroyo, señalando la fuente de la que procedían. El guía los condujo hasta allí, levantando a su paso pájaros de brillante plumaje y bandadas de perdices. La fuente brotaba de una hendidura al pie de una roca y había sido ensanchada hasta formar una especie de recipiente bajo un arco que le daba sombra. Encima de la roca, en caracteres griegos, se destacaba el nombre de Dios. Es posible que el sediento que llegó allí, después de dar gracias a Dios en esa forma duradera, se quedase más de un día gozando de su alegre espesura. Desde el arco, se deslizaba el agua por una pradera cubierta de verde musgo y saltaba después a un pequeño lago desde donde corrían nuevamente por entre las altas hierbas que crecían al pie de los árboles, perdiéndose al fin en las ardientes arenas, que la absorbían sin dejar rastro. El espacio que rodeaba la fuente y el pequeño lago no denotaba la menor huella humana, lo cual les aseguraba la tranquila posesión de aquel paraíso. El joven y el guía se apearon, dejando sus caballos libres, y el etíope ayudó a sus amos a bajar del camello, que dócilmente se había arrodillado. Apenas el anciano bajó, volvió su rostro hacia oriente, cruzó las manos sobre el pecho y oró devotamente.

—Tráeme una copa —pidió Iras, impaciente, al etíope.

Sacó el esclavo una copa de cristal del fondo del hudab, que entregó a Iras, quien al tomarla dijo a Ben-Hur:

—Quiero ser tu sierva junto a la fuente.

Se dirigieron hacia ella y, aunque él quiso sacar el agua, Iras se negó y, poniéndose de rodillas en el musgo, hundió la copa en la corriente para que se refrescara antes de llenarla. Después de breves momentos, la llenó y se la tendió a Ben-Hur para que bebiera primero.

El joven se negó a beber, rechazando con suavidad la bella mano y mirando los hermosos ojos rasgados, velados por largas pestañas.

—No; bebe tú primero, te lo suplico.

Ella insistió.

—En mi país, tenemos un proverbio que dice: "Mejor es ser copero de un afortunado que ministro del rey".

—¡Afortunado! —repitió él, mirándola sorprendido.

—Los dioses nos dan la victoria para mostrarnos que están a nuestro lado. ¿No triunfaste en el circo?

Ben-Hur enrojeció.

—Ésa fue una señal, pero aún hay otra. ¿No has matado a un centurión romano en un combate a espada?

Enrojeció más aún, mostrando con ello el placer que sentía, no sólo por el recuerdo de sus triunfos, sino porque le halagaba el saber que ella había seguido con interés su carrera. El combate de que Iras hacía mención era conocido por todo Oriente, pero nadie sabía el nombre del vencedor, salvo algunos pocos: Malluch, Ilderim y Simónides. ¿Alguno de ellos habría confiado su secreto a Iras? Así, en medio de su satisfacción, se sentía algo perplejo. Notándolo ella, se levantó, manteniendo la copa en la corriente, y dijo:

—¡Oh dioses de Egipto! Os doy las gracias porque he descubierto a un héroe; y porque la víctima inmolada en el palacio de Iderneo no fue él. Por todo ello, ¡oh dioses!, bebo en vuestro honor.

Parte del contenido de su copa lo vertió en la corriente y bebió el resto. Retiró la copa de sus labios y se rió al ver la cara del joven judío.

—¡Oh hijo de Hur! ¿Es natural entre los valientes ser derrotado con tanta facilidad por una mujer? Toma la copa y mira si encuentras en su fondo alguna palabra dulce para mí.

Cogió la copa el joven y se inclinó para llenarla.

—Un hijo de Israel no tiene dioses ante los que pueda libar —exclamó mientras jugaba con el agua, para disimular su turbación, que era aún mayor que antes. ¿Qué más sabía la egipcia acerca, de él? ¿Qué sabría de sus relaciones con Simónides? ¿Estaría enterada de su tratado con Ilderim? Alguien le había revelado sus secretos y eso era tan grave que se sentía profundamente disgustado. Se encaminaba a Jerusalén, lugar en que estas noticias podían resultar peligrosas no sólo para él, sino para los que se le habían unido y para la causa común. ¿Era la egipcia amiga o enemiga?

Meditaba todo esto en el corto espacio de tiempo de llenar la copa. Se levantó al fin, y con fingida indiferencia, dijo:

—Hermosa joven, si yo fuera egipcio, griego o romano, diría en este momento — y levantó la copa llena—: ¡Oh dioses! ¡Os doy gracias porque, en este mundo de desdichas y sufrimientos, permanezca en él el encanto de la belleza y la dulzura del amor; y bebo en honor de quien plenamente las representa: la bella Iras, la más graciosa de las hijas del Nilo!

Puso ella con suavidad su mano sobre el hombro del joven.

—Has pecado contra la ley. Son falsos los dioses por quienes has libado. Debiera denunciarte a los rabinos.

Rio Ben-Hur.

—Eso sería lo menos peligroso de que podía acusarme una mujer que conoce tantas cosas sobre mí.

—Voy más lejos aún; acusaré a la pequeña judía que hace florecer las rosas en casa del gran Simónides. A ti, de impiedad, y a ella…

—Bien… ¿qué?

—Le repetiré lo que has dicho con la copa en la mano y tomando a los dioses por testigos.

Ben-Hur quedó en silencio esperando que ella continuara. Imaginó a Esther recibiendo, escuchando o mandando, y leyéndolos muchas veces, los despachos recibidos o expedidos. En presencia de ella contó a Simónides lo que había sucedido en el palacio del Iderneo. Eran amigas Esther e Iras; la una, astuta, insinuante y conocedora del corazón humano; la otra, ingenua, crédula, fácil de engañar. Simónides guardaba su secreto e Ilderim tampoco lo habría revelado; teniendo en cuenta que el silencio era para ellos cuestión de honor, su mismo interés aconsejaba guardarlo celosamente, ya que después de él, ellos resultaban los más comprometidos. ¿Habría informado Esther a Iras? No se atrevía a acusarla, pero el germen de la duda empezó a desarrollarse con rapidez en su mente. Baltasar se acercó a la fuente, impidiendo a Ben-Hur contestar a Iras.

—Este valle es delicioso —exclamó el anciano—; la hierba, los árboles con su sombra nos invitan a permanecer aquí, a descansar al lado de esta fuente. Pero no es suficiente que te dé las gracias por el placer que nos has proporcionado. Ven, siéntate a nuestro lado y comparte nuestro pan.

—Permíteme antes que te sirva.

Llenó la copa y se la dio a Baltasar, que levantó los ojos en acción de gracias.

Llevó toallas el esclavo y, después de lavarse las manos y secárselas se sentaron según la costumbre oriental, bajo la misma tienda que muchos años antes había servido a los tres magos de refugio común en el desierto. Juntos comieron complacidos.

Capítulo Cinco

LA VIDA DE UN ALMA

—Cuando te hemos alcanzado —dijo el anciano— me pareció que te dirigías a Jerusalén. ¿Puedo preguntarte si es así?

—Sí, voy allá.

—Me siento en la necesidad de evitarme fatigas inútiles. ¿Sabes si hay algún camino más corto para ir que el de Rabat-Amón?

—Sí, pero es mucho más difícil; por Rabat-Gilead. Es por donde me propongo ir yo.

—Estoy impaciente por llegar. Hace algún tiempo que mis sueños están llenos de pesadillas, o mejor, me obsesiona el mismo sueño muchas veces repetido. Oigo una voz que me grita: "¡Date prisa, levántate! Aquel a quien tanto esperas va a aparecer".

—¿Te refieres al que ha de ser Rey de los judíos? —preguntó Ben-Hur, mirándole con asombro.

—El mismo, efectivamente.

—Entonces, ¿aún no sabes nada de Él?

—Nada. Únicamente las palabras que la voz me repite en mis sueños.

—Pues yo tengo noticias que te complacerán tanto como me han alegrado a mí.

Sacó la carta de Malluch y la entregó al egipcio, que temblaba de emoción. La leyó en voz alta, y su contenido exaltó sus sentimientos; las débiles venas de su cuello se hincharon y latieron aceleradamente. Cuando terminó, elevó sus empañados ojos dando gracias al cielo y se puso a orar. No añadió pregunta alguna porque no albergaba dudas.

—¡Qué bueno has sido conmigo, oh Dios! —exclamó—. Te ruego que me concedas la gracia de ver de nuevo al Salvador, y de volverle a adorar, y tu siervo ya no te pedirá sino morir en paz.

Esta sencilla plegaria, hecha con una unción extraordinaria, consiguió que Ben- Hur sintiera una sensación nueva e imborrable. Parecía como si el Señor se inclinara sobre ellos o estuviera sentado a su lado, como un amigo dispuesto a dispensarnos sus favores sin ceremoniosas súplicas, o como un padre amante para quien todos sus hijos son iguales en su cariño; no sólo los judíos, sino todo el género humano; el padre universal que no precisa mediadores, rabinos, sacerdotes ni maestros. El pensamiento de que Dios enviara un Salvador en vez de un Rey nació en Ben- Hur de un modo tan diáfano y conforme a la idea que él tenía de Dios que, sin contenerse, preguntó:

—¿De manera que tú persistes en que ha de ser un Salvador y no un Rey?

Baltasar le miró de una manera a la vez reflexiva y tierna.

—¿Cómo debo entenderte? —inquirió a su vez—. El espíritu, la estrella que se me apareció en otro tiempo, no se me ha vuelto a aparecer desde que te hablé en la tienda de Ilderim; no la he visto ni oído, como en otro tiempo, pero estoy seguro de que la voz que habla en mis sueños es la misma. No he tenido, pues, ninguna otra revelación.

—Quiero recordarte que nuestros pareceres eran diferentes —dijo el joven con afabilidad—. Tu opinión era que sería un rey, pero no a la manera del César; creías que su soberanía sería espiritual, no de este mundo.

—¡Oh, sí! Y soy del mismo parecer. Ésa es la discrepancia en nuestras creencias. Esperas tú un rey de hombres; yo, un salvador de almas.

Calló un momento, luchando en su interior por desenredar un pensamiento demasiado trascendental, a fin de someterlo a un razonamiento sutil y expresarlo de la mejor manera.

—Permíteme, ¡oh hijo de Hur!, que intente darte a comprender cuál es mi opinión. No podría precisar cuándo surgió en la mente del hombre la noción de la existencia del alma. Es posible que nuestros primeros padres la trajeran cuando perdieron el paraíso, que fue su primera morada. ¿Qué nos hace creer que hay un alma en cada hombre? Piensa qué necesaria es su existencia. ¿Qué pueblo, qué hombre ha deseado jamás morir y dejar de existir para siempre? Nadie, y todos en el fondo de su corazón han esperado y creído en una vida más perfecta y mejor. Este sentimiento justifica las estatuas y las inscripciones; la historia misma. El más poderoso de nuestros egipcios se hizo tallar una efigie en un cerro de roca maciza; los rasgos eran los suyos y el rey observó que la figura era su fiel expresión. Nos lo podemos imaginar exclamando satisfecho: "Que venga la muerte; y la sobreviviré; mi estatua está ahí ya". Pero ¿es esta vida póstuma suficiente para calmar las aspiraciones del ser humano? ¿Consiste acaso en hacer perdurar su recuerdo entre los hombres o en una gloria abstracta tan impalpable como el reflejo de la luz de la luna sobre aquel busto colosal? ¿Es suficiente un monumento de piedra? Entretanto, ¿qué se ha hecho de él? Su cuerpo embalsamado yace en una tumba que en vida fue suya; allí está, con certeza menos bello que en la estatua del desierto. Pero ¿dónde se halla el Rey mismo? ¿Quizá cayó en la nada? Era un hombre vivo, como tú y yo, hace más de dos mil años. ¿Fue su último aliento la señal de una desaparición absoluta? Decir que sí sería acusar al mismo Dios. Consideremos más bien que después de esta vida hay algo más imperecedero que el recuerdo de los hombres; que debe de haber para el alma otra vida, una vida eterna como toda nuestra voluntad y nuestra conciencia; una vida con cierta similitud a ésta aunque varíen las condiciones exteriores. Te preguntarás cuál es el plan de Dios. Nada más portentoso ni más sencillo. El don a cada nacido de un alma está sujeto a esa ley; la inmortalidad es patrimonio del alma. Dejando de lado esta necesidad, esta creencia despoja a la muerte de todos sus terrores. El que muere sabe que le esperaba algo mejor que lo que deja, y un entierro es como plantar una semilla de la que ha de nacer una nueva vida. Mírame bien a mí, anciano como soy, débil, fatigado, quebrantado de cuerpo y deformado por mis enfermedades, con mi cara arrugada, mis sentidos torpes, mi voz cascada. Ahora bien, ¡oh hijo de Hur!, sabiendo esto, que es lo esencial, ¿disputaré acerca de lo que sólo es transitorio y accidental? ¿Sobre la forma del alma, dónde ha de habitar; si come y bebe, si es alada y está dotada de este o aquel órgano? No. Lo más cuerdo es confiar en la bondad de Dios. La belleza de este mundo es un don suyo y procede de su mano y proclama su perfección infinita. Él es el autor de toda forma; Él viste al lirio y da color a la flor. Él deja caer el rocío y da armonía a la naturaleza. Es decir, nos ha organizado para esta vida sometiéndonos a unas condiciones que para mí son como una garantía del futuro; por eso, abandonándome en sus manos como un niño, pongo en ellas mi alma y mi destino después de la muerte, porque sé que me ama como un padre.

Hizo una pausa y bebió un sorbo, y al acercar la copa a sus labios sus manos temblaban de emoción, sentimientos que comunicó a Iras y a Ben-Hur, que le escuchaban en silencio. El joven comenzó a vislumbrar los destellos de una nueva y deslumbradora luz. Ahora empezaba a ver con toda claridad que tenía que existir un reino espiritual de mucha más importancia para el hombre que cualquier otro imperio y que, por lo tanto, un Salvador era un don mucho más divino y preciado de Dios al hombre que si le diera el rey más poderoso de la tierra.

—¿Puedo preguntarte —dijo Baltasar— si esta vida tan breve y turbulenta es preferible a la eterna y perfecta, destinada al alma? ¿Qué significan cincuenta, cien o más años de vida terrena, comparados con la eternidad en compañía de Dios? Pero, ¡pobres de nosotros! ¡En qué costumbres han caído los pueblos! Viven solamente para el presente, como si lo fuera todo, y hasta llegan a decirse a sí mismos: "No hay mañana para el que ya no existe; o si lo hay, no pudiéndolo saber con certeza, sería una preocupación más pensar en ello". Así, cuando son llamados por la muerte, no pueden entrar en el goce pleno de esa otra vida gloriosa, porque no están dispuestos para ella. Por mi parte, no cambiaría una sola hora de la vida de mi alma por mil años de mi vida como hombre.

Calló Baltasar nuevamente, y después prosiguió como si hablara consigo mismo:

—Te ruego que me disculpes, ¡oh hijo de Hur!, si dejo a tu propio criterio y reflexión la vida del alma y sus condiciones, goces y ventajas. Considera que esta vida futura ha llegado a oscurecerse tanto en la muerte del hombre actual, que podemos llamarla una luz que se extingue. Si consigues que brille de nuevo en tu corazón, ¡alégrate, hijo de Hur! Comprenderás entonces que la necesidad que tiene el género humano de un Salvador es inmensamente mayor que la necesidad que pueda experimentar de tener un rey, y te convencerás de que Aquel a cuyo encuentro vamos no vendrá como un guerrero con espada, o como un emperador con su corona. ¿Con qué señal podremos reconocerle cuando le veamos? Si persistes en tu creencia sobre su carácter, es decir, que ha de ser un rey como Herodes, debes esperar hasta que te encuentres con un hombre vestido de púrpura y con un cetro en las manos, mientras que Aquel a quien yo busco será pobre, humilde y no se distinguirá de los demás, a lo menos en apariencia, y el signo por el cual he de reconocerle no puede ser más claro. Me ofrecerá a mí, como a toda la humanidad, el camino de la vida eterna, la más hermosa y pura vida del alma.

Los oyentes permanecieron silenciosos un momento, esperando a que Baltasar concluyera.

—Levantémonos, pues; pongámonos ya en camino. Cuanto os he dicho ha aumentado el ansia de ver pronto a quien hasta ahora siempre ha vivido en mi mente. Si parece que os apresuro demasiado, que esta impaciencia sea mi excusa.

Hizo una señal y el etíope les llevó vino en un pequeño odre que escanciaron y bebieron y, sacudiendo sus ropas, se levantaron. Mientras el esclavo recogía la tienda y demás cosas, y las guardaba en las cajas del hudah, y el guía árabe ensillaba los caballos, los tres se lavaron en la fuente.

Al poco rato estaban ya en camino, tratando de alcanzar la caravana, en el caso de que ésta se les hubiera adelantado.

Capítulo Seis

BEN-HUR MONTA GUARDIA CON IRAS

La caravana que atravesaba el desierto era muy pintoresca. Parecía en su lento movimiento una serpiente perezosa de escamas pintadas; pero se hizo tan insoportable a Baltasar, a pesar de su paciencia, que tomaron la resolución de viajar solos.

Ben-Hur encontraba cierto hechizo en la presencia de Iras. Cuando, desde lo alto del asiento que ocupaba en el hudah, dirigía una mirada hacia él, se acercaba presuroso y, cuando ella le hablaba, los latidos de su corazón se aceleraban. El deseo de serle agradable era su constante objetivo. Cualquier cosa, por vulgar que fuera, adquiría nuevo interés para él en el momento en que atraía la atención de ella; una negra golondrina que atravesaba el espacio y que ella le mostró le extasió como una aparición celeste; si un cristal de cuarzo o una simple lámina de mica brillaba al recibir la caricia del sol entre la confusa arena, a su menor indicación se apartaba del camino para ir a recogerlo y ponerlo en sus manos; y si ella lo tiraba decepcionada, lejos de pensar que aquello le entristecía, él se apenaba y hubiera deseado que hubiera sido una preciosa gema. La púrpura de las montañas lejanas le parecía más hermosa si ella dedicaba una exclamación de elogio; y si de vez en cuando, dejando caer las cortinas de su hudah, se confinaba en su interior, le parecía que una oscura niebla extinguía el esplendor del cielo y de la tierra.

En esta disposición y cediendo fácilmente a su influencia, ¿quién le salvaría del riesgo que había de nacer de tan prolongada compañía al lado de la hermosa egipcia, en medio de tanta soledad como la que los rodeaba?

Ciertas señales permitían observar que ella conocía bien la influencia que ejercía sobre él. Desde primera hora se había adornado con una redecilla de oro sembrada de moneditas pendientes de finas cadenas que caían sobre su frente y sus mejillas, entremezclándose armoniosamente con los abundantes rizos de su cabello de un negro azulado. Con gran coquetería, había cubierto sus dedos de anillos y colgado diamantes en sus orejas, y en el cuello un collar de perlas; ricos brazaletes ceñían sus muñecas, y su pecho estaba cubierto con un chal bordado de hilillos de fino oro. En su deseo de agradar rodeó su cuello con una gorguera de encaje, que graciosamente le cubría apenas la garganta y los hombros. Y de esta forma, como revestida con una armadura de combate, lanzaba al joven las flechas de sus miradas y los dardos de sus palabras, dulcemente halagadoras, aguzadas por las más perturbadoras sonrisas. Con las mismas artes fue apartado Antonio de la gloria, teniendo en cuenta que la que cubrió su ruina no era, ni con mucho, tan bella como esta compatriota suya. Llegó la tarde y después la noche. Al ponerse el sol detrás de uno de los picos del antiguo Basan, se hallaban a orillas de un estanque de transparentes aguas que la lluvia había depositado en el desierto de Abilena. Se plantó la tienda, cenaron y, tomadas todas las disposiciones, pernoctaron.

Correspondía a Ben-Hur la segunda guardia. Se mantuvo en pie con la lanza, muy cerca del camello, que dormitaba, admirando a veces las estrellas o contemplando el paisaje velado por la noche.

Su mente sólo estaba ocupada por la egipcia, presentándole todas sus seducciones y preguntándose cómo había podido adueñarse de sus secretos. ¿Haría buen uso de ellos? O bien, ¿qué actitud debía tomar ante ella? En medio de este combate interior, el amor le debilitaba con todas sus tentaciones.

Cuando más abismado estaba, una mano se posó suavemente en su hombro, en un contacto que le hizo estremecer. Se volvió y vio que ella estaba allí, sonriéndole.

—Creí que dormías.

—El sueño está bien para los niños y los viejos; he salido para admirar a mis antiguas amigas, las estrellas del sur, las que sostienen los velos de medianoche sobre el Nilo. Pareces sorprendido.

Él cogió su mano, que había apartado de su hombro, y le preguntó:

—¿He sido, quizá, sorprendido por un enemigo?

—¡Oh, no! Ser enemigo es detestar, y el odio es una enfermedad que Isis no permitiría que me atacara. Debes saber que, siendo niña, besó mi corazón.

—Por tu forma de hablar deduzco que no piensas como tu padre. ¿No participas de su fe?

—Pudiera haber participado de ella —y sonrió— si hubiese visto lo que ha presenciado él. Acaso llegue a participar si llego a su edad. No debería haber religión para la juventud, sino únicamente amor y filosofía; y ninguna poesía tiene su inspiración sino en el vino, en el amor o en la alegría, no en filosofías que no entienden las locuras de su tiempo. El Dios de mi padre es demasiado grave para mí. No pude hallarlo en los bosques de Dafne ni se habló nunca de Él, como actualmente, en los atrios de Roma… Pero… ¡oh hijo de Hur!, tengo un deseo.

—¡Un deseo! ¿Dónde está el que ose negar satisfacértelo?

—Quiero someterte a una prueba.

—Dime, pues.

—Es muy sencillo. Quiero protegerte.

La joven se aproximó más a él. Ben-Hur, riendo, contestó:

—¡Oh Egipto! Iba a decir "amado Egipto". ¿No es tu país la patria de la Esfinge?

—Bueno. ¿Y qué?

—Tú eres para mí un enigma. Apiádate de mí y dame siquiera el extremo del hilo, como Ariadna, para que pueda entrar en el laberinto de tu alma. ¿En qué puedo necesitar protección? ¿Cómo puedes protegerme tú?

Iras apartó la mano del hombro de Ben-Hur y, volviéndose hacia el camello, le habló con cariño, acariciando su monstruosa cabeza como si fuera un dechado de belleza.

—¡Oh tú, el último, el más veloz y magnífico ejemplar de los rebaños de Jacob! También tú tropiezas cuando el camino es abrupto y pedregoso y la carga, pesada. ¿Cómo conoces con una sola palabra de cariño el afecto que te tienen, y te muestras siempre agradecido, aunque sea hacia una simple mujer? Mereces un beso de mis labios, tú, inteligente animal.

Se inclinó y rozó la ancha frente del camello con sus labios, diciéndole al propio tiempo:

—Toma, porque no hay recelos ni sospechas en tu alma.

Ben-Hur, reprimiéndose, dijo con calma:

—El reproche va directo al blanco, ¡oh, Egipto! Mi cautela puede parecer una negativa, mas, ¿no comprendes que me encuentro ligado por un compromiso de honor y que con mi silencio protejo la vida y la suerte de otros?

—Puede ser. O mejor dicho, así es.

Él retrocedió un paso y, turbado, preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—¿Por qué no reconocen los hombres que la intuición y el entendimiento en la mujer son más despiertos y sutiles que los suyos? Durante todo el día he estado observándote constantemente. No tenía más que mirarte para saber que tenías un gran pesar; y para averiguar lo que te agobiaba, ¿no me bastaba recordar tu conversación con mi padre? Hijo de Hur… —bajó la voz con extraño arte y, aproximándose más, de manera que su aliento ardoroso se esparcía en las mejillas del joven, continuó—: ¡Hijo de Hur! Aquel a quien vas a buscar, ¿no es el que ha de ser Rey de los judíos? ¿No es cierto que sí?

Latió con intensidad y apresurado el corazón de Ben-Hur.

—Un Rey de los judíos como Herodes, pero más grande —siguió la egipcia.

Clavó él su mirada en las tinieblas de la noche, hacia las estrellas; después sus ojos se encontraron con los de ella y permanecieron hundidos allí, como si quisieran penetrar en el fondo de su alma, mientras que el aliento de sus labios abrasaba los del judío, tan cerca se hallaba.

—Desde la mañana hemos estado soñando. Si yo te refiero mi sueño, ¿harás tú lo mismo? ¿Permaneces todavía callado?

Iras rechazó la mano de Ben-Hur y dio la vuelta para irse, pero él la detuvo y le dijo anhelante:

—¡Quédate, te lo ruego, y habla!

Ella se acercó y, con la mano apoyada en su hombro, se reclinó en él. El joven le rodeó la cintura con su brazo y la acercó más, aún más estrechamente, y en esta caricia iba envuelta la promesa que ella le pedía.

—Habla y cuéntame tus sueños, ¡oh Egipto, querido Egipto! Un profeta, sí; pero ni el zisbita ni el legislador podrían haberte negado lo que has pedido. Estoy a tu merced. Sé compasiva, te lo ruego. ¡Apiádate de mí!

La súplica pasó inadvertida, en apariencia, pues, mirando al cielo y abandonándose al abrazo, dijo ella despacio:

—La visión que tuve en sueños era la de una guerra formidable por mar y por tierra con gran ruido de armas y choque de ejércitos, como si César y Pompeyo hubieran vuelto. Una nube de polvo veló el mundo entero y Roma dejó de existir. El poder pasó a Oriente y cuando la nube se disipó, salió a la luz otra raza de héroes; para recompensar su valor había mayores satrapías y coronas más brillantes que las conocidas hasta entonces. Y cuando la visión me cegaba, y también después de haberse borrado, continué preguntándome: ¿qué no tendrá aquel que sirva al rey más diligente y mejor?

Ben-Hur se sobresaltó de nuevo. Ese sueño era su sueño y esa pregunta era la misma que se había dirigido a sí mismo aquella mañana. Ahora se imaginaba haber encontrado el hilo que le faltaba para descifrar el misterio que parecía rodear a Iras.

—Ahora ya te tengo —dijo—. Las satrapías y las coronas eran las cosas que querías ayudarme a alcanzar, ¡ya lo veo! ¡Ay, querida Egipto, todos esos galardones eran de guerra! Y tú no eres más que una mujer, aunque tu corazón haya sido besado por Isis, y las coronas son cosas muy altas, más altas de lo que puede alcanzar tu mano, a menos que hayas encontrado un camino más corto que la espada para alcanzarlas. Si es así, muéstramelo y emprenderé esa senda, aunque no sea más que por tu amor.

Ella separó dulcemente su brazo y le dijo:

—Extiende tu capa en la arena, aquí cerca del camello, para que pueda descansar en ella. Me acostaré y te contaré una leyenda que, siguiendo el curso del Nilo, llegó a Alejandría, en donde la oí yo.

Así lo hizo él, clavando antes su lanza en el suelo, al alcance de su mano.

—¿Y qué haré yo? —dijo él lamentándose cuando la vio sentada—. ¿Es costumbre en Alejandría que los que escuchan estén en pie o sentados?

Desde el cómodo asiento que se había procurado contra el cuerpo del camello, contestó ella riendo:

—A escuchar las historias de los narradores entra quien quiere y cada uno se acomoda como gusta.

Sin pensarlo más, él se tendió en la arena haciendo que el brazo de ella rodeara su cuello.

—Te escucho —dijo.

Cómo vino lo bello al mundo.

Isis era, o mejor dicho, es, la más bella de todas las diosas, y Osiris, su esposo, aunque sabio y poderoso, estaba a veces atormentado por los celos, porque sólo en sus amores se asemejan los dioses a nosotros. El palacio de la divina esposa era de plata, situado en la más elevada montaña de la luna, y desde él pasaba muchas veces el sol, en cuyo centro, fuente de perenne luz, tenía Osiris su palacio de oro brillante en demasía para que los hombres pudieran contemplarlo fijamente. Cierta vez (para los dioses no hay días), mientras ella se encontraba, muy divertida, en la azotea del áureo palacio, jugueteando con su esposo, acertó a mirar a lo lejos y vio a Indra que pasaba en aquel instante por el límite del universo con un ejército de monos montados sobre águilas. El dios indio, Amigo de los Seres Vivos, nombre que se daba amorosamente a Indra, volvía triunfante de la última guerra contra el monstruoso Raksakas, llevando en su escolta a Rama, el héroe humano, y a su esposa Sita, que, después de Isis, era la más hermosa entre las diosas.

Isis se levantó y, desciñéndose el cinturón, bordado de soles, lo agitó saludando alborozada a Sita; fíjate bien, sólo a Sita. Al momento, entre la hueste en marcha y la pareja que se entretenía sobre el áureo terrado, algo sombrío se interpuso como un velo en las tinieblas: Osiris había fruncido el ceño.

El tema de su conversación era tan sublime que nadie, sino ellos, podía tenerlo, y él, disgustado, se levantó y dijo majestuosamente a su esposa: "Vete a casa. Ya haré yo solo el trabajo. Para crear un ser completamente feliz no necesito tu ayuda. ¡Vete!".

Se levantó Isis y, sonriendo, dijo: "Hasta la vista, mi dulce dueño". Su aspecto era el de la luna llena brillando entre argentada niebla en las noches serenas de estío. "Ya sé que no tardarás en llamarme —continuó—, porque sin mí no podrías hacer un ser perfectamente feliz, como imaginas ahora, sobre todo, mi adorado amigo —y se detuvo para reír con malicia—, porque tú mismo no podrías serlo sin mí".

—Ya veremos —dijo Osiris.

Y ella, cogiendo su silla y sus agujas, se fue a su casa y, subiendo a la azotea de su argentado palacio, tomó aliento y se puso a hacer calceta al tiempo que vigilaba a su esposo.

Y la fuerza creadora de Osiris, agitándose en su poderoso pecho, tronaba como el estruendo de los molinos de los dioses girando todos juntos; y tan violento fue, que algunas estrellas se desprendieron de la bóveda del firmamento como los guisantes de su vaina seca y se perdieron en el espacio. Y en tanto que duraba el fragor de la creación, seguía ella esperando y manejando sus agujas, sin tan siquiera perder un solo punto.

Como una mancha en el espacio, no muy alejada del sol, apareció un vellón de niebla que, creciendo, creciendo, alcanzó un tamaño como el de la luna; y ella comprendió que Osiris intentaba crear un mundo, y cuando éste se fue desarrollando más y más, llegó a privarla de la luz del sol; comprendió entonces que su esposo estaba verdaderamente enfadado, pero continuó su calceta, segura de que al fin la llamaría.

Y de esta manera nació la tierra, que en sus principios no era más que una fría masa abandonada en el vacío infinito.

Al poco tiempo vio alterarse su superficie y formarse aquí una llanura, allí una montaña, más allá un mar, aunque por ninguna parte vio la más mínima centella de vida. Por fin, algo se movió a orillas del río; ella interrumpió su calceta y miró con asombro. Ese algo, levantándose, extendió sus manos hacia el sol en señal de gratitud. Y así nació el hombre, cosa buena de ver. En torno a él brotaron los demás seres, cuyo conjunto constituye lo que llamamos naturaleza: plantas, pájaros, animales, hasta los insectos y los reptiles. Durante algún tiempo el hombre fue dichoso en su morada, pues no era difícil adivinar su felicidad. Y en el estrépito ardoroso de su creadora voluntad, Isis oyó que su divino esposo, con una carcajada burlona, le dirigía, a través del espacio, estas palabras: "¿De qué me servías tú? ¡Ahí tienes a un ser perfectamente feliz!". Pero Isis no respondió, y continuó esperando y calcetando tranquilamente, pues era tan paciente como Osiris poderoso; y si él podía crear, ella sabía esperar. Y esperó, sabiendo que la vida en sí no es suficiente para hacer feliz a una criatura.

Pronto pudo observar un cambio en el hombre. Parecía absorto, permanecía muchas horas tendido boca abajo, y casi no levantaba los ojos al cielo. Y cuando lo hacía, mostraba un rostro enojado.

Con toda seguridad de que el hombre no era feliz, se decía a sí misma: "Esta criatura necesita algo". Entonces sintió como un nuevo ardor de voluntad creadora, que la disponía al trabajo, y en un momento la tierra, de color gris uniforme, uniforme y frío, empezó a llamear en colores; las montañas, en los crepúsculos, se pusieron una diadema de púrpura; los valles se tapizaron de verdes alfombras matizadas de flores igual que estrellas; el mar tomó el azul del cielo que se reflejaba en sus olas, y las nubes se riñeron de mil colores. Y el hombre aplaudió entusiasmado, porque estaba curado y era de nuevo feliz.

Isis sonrió y continuó moviendo sus agujas, diciendo para sus adentros: "Esto le calmará cierto tiempo. Pero el color no es suficiente para una criatura como el hombre. Osiris tendrá que volver a la fragua".

Con esta última palabra, sintió una conmoción en la luna: el trueno de la fuerza creadora. Y al mirar dejó caer Isis su calceta y unió sus manos asombrada. Hasta aquel momento todas las cosas habían estado fijas en su superficie, con excepción del hombre. Ahora todo lo que tenía vida, y muchas cosas más que no la tenían, recibían el don del movimiento. Se lanzaron a volar alegremente los pájaros; los cuadrúpedos, grandes y pequeños, saltaron por la verde hierba; sacudieron sus frondosas ramas los árboles y se inclinaron al recibir la caricia del viento; los ríos se lanzaron hacia el mar y éste, incesantemente, batía la orilla, unas veces con acariciadoras ondas, otras cubriéndola de burbujeante espuma al estrellar contra las rocas sus olas encrespadas; flotaban las nubes en el cielo como las naves que navegan en alas del viento.

Se alegró el hombre y fue feliz como un niño, y Osiris, complacido, exclamó:

"¡Pues qué creías! ¡Mira, todo es perfecto, y sin tu ayuda!".

Cogió nuevamente las agujas la buena esposa y, con la mayor placidez, contestó:

"Has discurrido bien, dulce señor; tan bien que podrá servir algún tiempo más".

Y volvió a suceder lo mismo. El movimiento de las cosas se hizo familiar al hombre. Los pájaros cruzando veloces el cielo, los ríos en su rápida carrera hacia el mar y las olas en su continuo movimiento no le distraían ya, y su melancolía fue peor que antes.

"¡Pobre criatura! —pensó Isis—. ¡Es más desdichado que nunca!". Y como si Osiris hubiese leído el pensamiento de su esposa, se conmovió, y el estruendo de su poderosa voluntad agitó el universo; sólo el astro del día se mantuvo firme en su inconmovible centro.

Isis miró, pero no vio variación alguna, y en tanto sonreía, creyendo que la última creación de su esposo no había aún concluido, vio que el hombre se levantaba rápido, que parecía escuchar a su alrededor; y su rostro se alegró, y palmoteo feliz, porque por vez primera en la tierra oía los sonidos, ora disonantes, ora armoniosos. Susurraban los vientos, los pájaros trinaban en los árboles, y hasta algunos hablaban. Los arroyos en su marcha hacia los ríos se convirtieron en otros tantos músicos con arpas de cuerdas de plata resonando al unísono; y al correr hacia el mar, los ríos levantaron su majestuosa voz, y el océano batió la ribera con rumor de truenos.

Quedó sorprendida Isis ante tantas maravillas realizadas por su esposo; pero movía la cabeza, exclamando: "Color, movimientos, sonido; ya no falta ningún elemento de belleza, pues luz y forma existían ya antes que la tierra". La obra de Osiris había terminado y, si su criatura volvía a sucumbir en la tristeza, sería necesario que acudiera a ella. Y sus dedos se movían incesantemente; un punto…, dos…, tres…, cinco…, nueve…

El hombre continuaba siendo feliz… Y su felicidad duró más que antes; parecía que no se iba a cansar nunca de ser feliz.

Pero Isis esperó segura de no engañarse y no hizo caso de las risas burlonas que le llegaban desde el sol; y por fin percibió los primeros síntomas de hastío. Se habituó el hombre a la percepción de los sonidos; desde el canto del grillo en los jardines hasta el bramido del mar y el estruendo de las tormentas. Estaba desolado y languidecía, y, tendido junto al lecho del río, permanecía largas horas inmóvil.

Isis, apenada, exclamó: "Señor, tu criatura se muere de nostalgia". Osiris, aunque se daba cuenta, permaneció callado; no podía hacer nada más. "¿Quieres que te ayude?", le preguntó su esposa.

Osiris tenía demasiado orgullo para responder.

Entonces, Isis cogió el último punto de su calceta y, haciendo de él un rollo brillante, lo arrojó al espacio con tal fuerza que fue a caer junto al hombre. Al oír éste que algo había caído a su lado, levantó la cabeza, y he aquí que la mujer, la primera mujer, surgía para ayudarle. Ella le tendió la mano que él la estrechó. Se levantó y no fue desgraciado nunca más, viviendo eternamente feliz.

—Éste es, ¡oh hijo de Hur!, el origen de lo bello, según lo relatan a orillas del Nilo.

Iras guardó silencio.

—Una hermosa leyenda, y muy ingeniosa —dijo Ben-Hur—; pero carece de algo. ¿Qué hizo Osiris después?

—¡Oh, sí! Llamó a su divina esposa a su mansión del sol, y en adelante fueron dichosos, prestándose siempre ayuda el uno al otro.

—¿Y no debo hacer yo lo mismo que hizo el primer hombre?

Y tomando la mano de la egipcia la besó, diciendo:

—¡Oh, amor! ¡Amor! —y reposó su cabeza en el seno de Iras.

—Tú encontrarás al Rey —dijo ella, acariciando su cabeza—. Hallarás al Rey y le servirás. Conquistarás con tu espada sus más ricos dones y su mejor soldado será mi héroe.

Ben-Hur volvió el rostro hacia ella y vio la cara de Iras muy cerca; y en todo el firmamento no hubo para él estrellas más brillantes que sus ojos, aunque estaban velados por la emoción. Se incorporó hasta quedar sentado y, estrechándola entre sus brazos, la besó apasionadamente.

—¡Oh Egipto, Egipto! Si el Rey tiene coronas que regalar, si alcanzo una, la pondré en el lugar que mis labios han besado en tu cabeza… Tú serás mi reina…, mi reina, la más hermosa de todas. ¡Y yo seré siempre, siempre feliz!

—¿Y no me ocultarás nada, y permitirás que te ayude? —dijo la egipcia, devolviéndole sus besos.

Esta pregunta hizo decaer todo su entusiasmo.

—¿No es suficiente para ti que yo te ame?

—El amor perfecto se basa en una absoluta confianza. Pero no importa, llegarás a conocerme mejor.

Retiró ella sus manos y se levantó.

—Eres muy cruel —exclamó Ben-Hur.

La joven se detuvo junto al camello y volvió a rozar la frente del animal con sus labios.

—¡Oh tú, el más noble de tu especie! Toma este beso, porque no existe desconfianza en tu amor.

Un instante después había desaparecido.

Capítulo Siete

EN BETABARA

La partida llegó a orillas del Jabbok, donde había por lo menos cien hombres, de la Perea en su mayoría, que también reposaban con sus ganados. Era el tercer día de jornada.

Al apearse se les acercó un hombre con un cántaro y una taza, ofreciéndoles de beber, y como ellos aceptaron el obsequio con mucha afabilidad, el hombre les dijo, señalando el camello:

—Vengo del Jordán, donde se han reunido gentes de los más distintos países. Han llegado en camellos, ¡oh ilustres viajeros!, pero nadie tenía un animal tan hermoso como el vuestro. ¡Bello y noble ejemplar! ¿Puedo preguntaros de qué estirpe procede?

Baltasar respondió, pero Ben-Hur, excitado, preguntó al hombre:

—¿En qué lugar del río se ha congregado tanta gente?

—En Betabara.

—Antes ese lugar era un vado solitario —dijo Ben-Hur—. No puedo comprender qué es lo que ahora lo ha hecho tan atractivo.

—Veo que no sois de aquí —replicó el extranjero—, y que hasta vos no han llegado las buenas nuevas.

—¿Qué nuevas?

—Ha aparecido en el desierto un hombre muy santo que predice extrañas cosas que impresionan enormemente a cuantos le oyen. Se llama a sí mismo Juan el Nazarita, hijo de Zacarías, y dice que es el precursor del Mesías.

Todos le prestaron atención, y la egipcia tenía más interés que nadie. El hombre continuó:

—Dicen de ese hombre que ha pasado toda su vida, desde la niñez, en una cueva, más abajo de En-Gudi, orando y viviendo más santamente que los esenios. Gran cantidad de gente va a escucharle. Ahora venimos nosotros de allí.

—¿Y qué predica?

—Una doctrina nunca oída en Israel. Según dicen, él la llama "arrepentimiento y bautismo". Los rabinos no saben qué hacer con él y nosotros tampoco. Unos le han preguntado si era el Cristo, otros si era Elias; pero para todos él no tiene otra respuesta: "Yo soy la voz que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor".

Sus compañeros lo llamaron, pero, antes de que marchase, Baltasar le preguntó embargado por la emoción:

—Dinos, buen extranjero, ¿crees que encontraremos a ese predicador en el sitio en que le dejasteis?

—Sí, en Betabara.

—¿Quién debe de ser ese nazarita —preguntó Ben-Hur a Iras—, sino el heraldo de nuestro Rey?

En poco tiempo había llegado a la creencia de que la hija estaba más interesada en el misterioso personaje que el mismo padre. No obstante, el viejo, cuyos hundidos ojos tenían una nueva luz, se levantó y dijo:

—Démonos prisa. No estoy fatigado.

Ayudaron al esclavo y al poco emprendían de nuevo la marcha.

Al llegar la noche acamparon muy cerca de Ramot-Gilead y, tras breve charla, se retiraron a descansar.

—Levantémonos pronto, hijo de Hur —dijo el anciano—. El Salvador puede aparecer y nosotros no nos hallaríamos allí.

—El Rey no puede encontrarse lejos de su heraldo —murmuró Iras, y se apresuró a ocupar su lugar en el camello.

—¡Mañana veremos! —contestó Ben-Hur, besando su mano.

Al otro día, cerca de la hora tercia, y después de pasar la garganta a través de la cual, siguiendo la base del Monte de Gilead, habían estado viajando desde su salida de Ramot, la comitiva llegó a la estéril llanura que se extiende al este del río sagrado. Vieron frente a ellos el límite superior de los antiguos terrenos plantados con palmeras de Jericó que alcanzaban hasta la parte montañosa de Judea. La sangre de Ben-Hur corría con más celeridad por sus venas, porque sabía que el vado se hallaba cerca.

—Alégrate, buen Baltasar —le dijo—; casi hemos llegado ya.

El etíope apresuró el paso del camello. Pronto se ofreció a sus ojos un gran número de barracas, tiendas y cabalgaduras con los pies trabados; y un poco más allá, a la orilla misma del río, una gran multitud; y más lejos aún, en su orilla occidental, otra multitud no menos numerosa. Se apresuraron aún más, comprendiendo que el profeta estaba predicando. Cuando ya estaban muy cerca, notaron un gran movimiento entre la gente, y que ésta comenzaba a dispersarse. ¡Habían llegado demasiado tarde!

—Quedémonos aquí —dijo Ben-Hur a Baltasar, que se retorcía las manos de dolor—. El profeta puede venir por esta parte.

La gente, excitada por lo que había oído, enzarzada en acaloradas polémicas, no prestó atención a los recién llegados. Habían pasado por su lado cientos de personas, y cuando creían haber perdido la ocasión de ver al profeta descubrieron en la orilla, no muy lejos de ellos, un personaje de tan rara apariencia que olvidaron todo lo que los rodeaba para no fijarse más que en aquel extraño ser que se les iba acercando. Su aspecto era rudo y grosero hasta parecer salvaje y su rostro delgado tenía el color de un viejo pergamino. Caía sobre sus hombros hasta media espalda una inculta y revuelta cabellera de deslucidos rizos quemados por el sol. El costado derecho lo mostraba al descubierto. Llevaba una camisa de pelo de camello, más basta y sucia que la tienda de un beduino; cubría su busto hasta las rodillas, ajustada su cintura por una ancha franja de piel sin curtir. Iba descalzo. Un zurrón de piel, también sin curtir, colgaba de su cinturón. Se apoyaba en un palo grueso y nudoso.

Sin embargo, sus movimientos eran rápidos, decididos y denotaban una extraña inquietud. Tenía a cada momento que apartar de sus ojos los indómitos rizos que se obstinaban en caer y que le estorbaban la vista, y su mirada escrutadora se dirigía alrededor, como si estuviera buscando a alguien.

La bella egipcia clavaba sus ojos con sorpresa, por no decir disgusto, en el hijo del desierto. Se inclinó sobre el hudad y preguntó a Ben-Hur, que cabalgaba muy cerca:

—¿Es ése el heraldo del Rey?

—Ese es el nazarita —replicó él, sin mirarla.

En verdad que se sentía algo más que molesto. A pesar de que no eran para él extraños los solitarios ascetas de En-Gedi, con sus ropas harapientas, su desdén por la opinión de las gentes y su firmeza en unos votos por los que eran capaces de sufrir torturas inimaginables y que los diferenciaban de las demás personas como si no hubieran sido concebidas como ellos; a pesar de que sabía que iba a ver a un hombre que se designaba a sí mismo solamente como "una voz del desierto"; a pesar de todo eso, el ideal de Ben-Hur sobre el Rey que realizaría tantas cosas y que sería tan extraordinario, que con tan vivos colores se presentaba en sus sueños, hizo que se sintiera un poco decepcionado al contemplar la agreste figura que tenía ante sus ojos. Vinieron a su imaginación los criados de los baños que tantas veces había visto en Roma en las termas públicas. Así, sonrojado, ofendido, se limitó a dar esta respuesta:

—Es un nazarita.

Pero Baltasar le miraba con muy diferentes ojos. Sabía que los caminos de Dios son muy distintos de los que suelen seguir los hombres. Había contemplado al Salvador recién nacido recostado en un pesebre y estaba prevenido por su fe a que lo más duro y lo más basto fuese precisamente señal cierta de la presencia divina. Así, conservó su asiento, cruzó las manos sobre el pecho y sus labios comenzaron a moverse desgranando una oración. Él no esperaba un rey. Durante este tiempo, en que cada uno de los presentes se sentía movido por sentimientos tan dispares, otro nombre, que había permanecido sentado sobre una piedra a la orilla del río, meditando quizás en el sermón que había estado escuchando, se levantó y se dirigió hacia el camino por el que venía el nazarita, a pocos pasos del camello de Baltasar.

Ambos continuaron su camino hasta hallarse el uno frente al otro; pero, de repente, el profeta se detuvo como herido por una visión sobrenatural, se echó hacia atrás el cabello que cubría sus ojos y levantó las manos en un gesto de detener a la multitud, que iba dispersándose. Y todos, en efecto, se detuvieron en la actitud del que se dispone a escuchar; y cuando el silencio fue absoluto, el nazarita, con el rugoso bastón que empuñaba en su diestra, señaló al extranjero. Todos dirigieron hacia él sus miradas, y Baltasar y Ben-Hur, al mismo tiempo, miraron al que Juan señalaba y que produjo en ambos la misma impresión, aunque no en el mismo grado. Hacia ellos, por un espacio claro que tenían enfrente, se adelantaba muy despacio. Su talla era algo más que mediana, pero esbelta, delicada; sus ademanes, sosegados y graves, como los de un hombre entregado a la meditación de las cosas elevadas. Vestía con soltura su túnica, larga hasta los tobillos y de mangas completas, y el manto exterior, llamado en hebreo talith. Llevaba, sobre el brazo izquierdo el acostumbrado paño que en general se anudaban a la cabeza.; la roja banda ondeaba al viento a su costado. Calzaba sencillas sandalias. Iba sin alforja, sin ceñidor ni báculo.

Estos detalles llamaron apenas la atención de los tres espectadores, los cuales, desde el primer momento, se sintieron atraídos por la cabeza y el rostro del hombre, que ejerció en ellos una verdadera fascinación, como en todos cuantos lo contemplaban. El reflejo del sol en su cabeza, acentuaba el color castaño tirando a rubio oro de su cabellera larga y espesa, ligeramente ondulada y dividida en medio de la frente. Ésta era ancha y elevada, y bajo las negras cejas bien arqueadas, sus rasgados ojos de un color azul oscuro brillaban suavizados hasta la ternura inefable, velados por largas pestañas, como son frecuentes en los niños, pero raras en los hombres. Respecto a los demás rasgos de su rostro, habría sido difícil decidir si eran griegos o hebreos. La forma de su nariz y de la boca no eran frecuentes en este último tipo; y por la dulzura de sus ojos, la palidez de su tez y la finura del cabello y de la barba, que caía en ondas sobre su pecho, nadie hubiera podido decir que no era hermoso. Pero un bravo soldado no lo habría catalogado como un serio contrincante, ni mujer alguna hubiera sentido temor ante su vista, ni el niño más tímido habría dejado de darle su mano y entregarle su confianza al primer encuentro. Cierta expresión inefable brillaba en sus facciones, iluminadas no sólo por su inteligencia, sino por el amor, la piedad y la melancolía, aunque hablando con propiedad era mezcla de todos estos sentimientos; aspecto fácil de concebir en un alma noble e inocente, sentenciada a vivir entre pecadores groseros y empedernidos. Sin embargo, nadie hubiera podido observar en él el menor signo de debilidad; ésta por lo menos habría sido la opinión de los que saben que las cualidades mencionadas, amor, piedad, melancolía, son debidas a la conciencia de la propia fuerza para sobrellevar los sufrimientos más insoportables y de la voluntad enérgica para no causarlos a los demás. Lentamente se fue acercando a ellos.

Ben-Hur, a caballo y con la lanza en la mano, era merecedor de atraer la atención de un rey; y, en efecto, la mirada del hombre que se aproximaba permanecía clavada en él, y después se volvió hacia Baltasar, pero no concedió ni una ojeada a Iras, cuya belleza era un imán que atraía la atención de todos.

El silencio era profundo. Juan, señalando con su bastón, gritó de repente:

—¡He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo!

La mayoría de los presentes, a quienes la acción del nazarita había detenido y esperaban sus palabras, quedaron embargados de temor al oírle expresarse de tan extraña manera y tan fuera de su entendimiento. El efecto que produjeron en Baltasar no podría describirse. Había venido de muy lejos sólo para contemplar una vez más al Salvador de los hombres. La fe que le otorgó en otro tiempo tan extraordinario privilegio alentaba en su corazón con mayor fuerza, y si ahora le concedía una facultad superior de visión sobre sus acompañantes, el poder ver y reconocer a Aquel que iba buscando, antes de calificar de prodigio este poder pensó que más bien era la facultad de un alma no despojada aún de las relaciones divinas que antaño se le habían otorgado como premio a una vida que en sí misma era milagrosa en una época sin ejemplos de santidad. El ideal de su fe lo tenía ante sus ojos, perfecto en su rostro, formas, indumentaria, actitud y edad; en una palabra, lo reconocía sin duda alguna. Por si quedase alguna duda para identificarle, en aquel momento, como para dar más seguridad al emocionado egipcio, el nazarita repitió su exclamación:

—¡He aquí al Cordero de Dios que elimina los pecados del mundo!

Cayó de rodillas Baltasar. Él no necesitaba ninguna otra explicación; y como el profeta lo comprendió así, se volvió a los que estaban más cerca y les dijo:

—Éste es Aquel de quien os he dicho: "Detrás de mí viene un hombre que ha sido puesto delante de mí, porque era primero que yo". Yo no le conocía; mas para que Él sea mostrado a Israel, para eso vine yo a bautizarle con agua. He visto al espíritu que descendía del cielo como paloma y se posaba en Él. Yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar con agua, me dijo: "Aquel sobre quien vieres descender el Espíritu y posarse en Él, éste es el que bautiza en el Espíritu Santo". Y yo le he visto y he dado testimonio de que es… —hizo una pausa, y señalando con su bastón al extranjero de blanca túnica, como para dar más convicción a sus palabras, concluyó—: Éste es el Hijo de Dios.

—¡Es Él, es Él! —exclamó Baltasar, con los ojos arrasados en lágrimas y dirigidos al cielo; y, como si la emoción fuese superior a sus fuerzas, cayó desvanecido al suelo.

Ben-Hur había estado examinando, durante ese tiempo, el semblante del desconocido, aunque con un sentimiento totalmente diferente. No era insensible a la pureza que emanaba de su rostro, ni a su aire reflexivo, a su ternura, humildad y santidad, pero aún quedaba un resquicio en su alma para la duda, y se preguntaba: "¿Quién es este hombre? ¿Qué es? ¿Mesías o Rey?". Jamás hubo aparición menos regia. Al mirar esa placidez, ese porte afable, el solo hecho de atribuirle proyectos de guerra o de conquista, o ansias de dominio, parecía casi una profanación. Hablando con su corazón se decía: "Baltasar debe de tener razón y no Simónides. Este hombre no ha venido a restablecer el trono de Salomón; no tiene el genio ni el carácter de Herodes. Podrá ser Rey, pero deberá ser de otra forma y más grande que el de Roma". Todas estas eran meras conjeturas para Ben-Hur, de las que no se atrevía a sacar conclusión ninguna; pero en aquel instante un lejano y vago recuerdo vino a él y su memoria hizo un poderoso esfuerzo para localizarle. "Estoy seguro de que he visto a este hombre en otra ocasión; pero ¿dónde y cuándo?". Que su aspecto tranquilo, compasivo y dulce había ejercido en otro tiempo una emoción intensa tan honda como ahora la ejercía sobre Baltasar era algo que convencía a Ben-Hur. Tenue y confusa al principio, y después clara como la luz, revivió la escena junto al pozo de Nazaret, cuando los romanos le llevaban a la galera arrastrándole. Se reprodujo en su imaginación con todos sus mínimos detalles. Aquellas benditas manos le habían acariciado y dado de beber cuando él estaba pereciendo de sed; guardaba en su alma el recuerdo de aquel dulce rostro. Sus emocionados sentimientos le hicieron olvidar todas las explicaciones del predicador, pero no sus últimas palabras, tan maravillosas que el mundo aún se estremece al oírlas:

—¡Éste es el Hijo de Dios!

Saltó Ben-Hur del caballo dispuesto a venerar a su bienhechor, pero Iras le gritó en aquel momento:

—¡Socorre a mi padre, que se muere! ¡Oh hijo de Hur!

Se detuvo el judío, volvió la cabeza, y corrió hacia Baltasar, que se hallaba desvanecido. La hija le tendió una copa y, haciendo que el criado arrodillase el camello, corrió en busca de agua del río. Cuando volvió, ya había desaparecido el extranjero.

Al recobrar el conocimiento, Baltasar extendió sus manos y preguntó débilmente:

—¿Dónde está?

—¿Quién? —preguntó Iras.

Una violenta emoción aparecía en el rostro del buen hombre, como si su más íntimo deseo le hubiera sido plenamente concedido.

—¡Él, el Redentor, el Hijo de Dios, a quien he vuelto a ver!

—¿Tú lo crees así? —preguntó en voz baja Iras a Ben-Hur.

—Los tiempos están llenos de prodigios. Esperemos —le respondió él.

Al día siguiente, mientras los tres escuchaban al profeta, éste se interrumpió de pronto en medio de su sermón y exclamó con reverencia:

—¡He aquí el Cordero de Dios!

Sus ojos se volvieron al punto que señalaban, y contemplaron de nuevo al desconocido. Al observar su noble figura y el santo y bello rostro, entristecido y lleno de compasión, brotó en la mente de Ben-Hur una nueva idea.

—Baltasar tiene razón… y Simónides también… ¿Acaso no puede el Salvador ser también un Rey?

Y a uno que estaba a su lado le preguntó:

—¿Quién es ese hombre que está allí?

El otro, sonriendo irónico, le contestó:

—El hijo del carpintero de Nazaret.

Capítulo Ocho

HUÉSPEDES EN CASA DE LOS HUR

¡Esther! ¡Esther! ¡Llama al criado y dile que traiga una copa de agua.

—¿No querrías un vaso de vino?

—Que traiga agua y vino.

Este diálogo tenía lugar en el aposento de verano levantado en la azotea superior de la mansión de los Hur en Jerusalén. Desde el antepecho, que daba al patio, Esther llamó a un hombre que estaba en él, y en aquel momento otro criado subió y, saludándola con respeto, dijo:

—Un mensaje para el amo —y le entregó un rollo envuelto en un lienzo de lino, atado y sellado.

Estamos a 21 de marzo. Han transcurrido casi tres años desde la aparición de Cristo en Betabara.

En nombre de Ben-Hur, que no podía soportar más tiempo la desolación y soledad de la casa de sus padres, Malluch la compró a Poncio Pilatos y la hizo restaurar por entero. Sus habitaciones, escaleras, corredores, azoteas y patios fueron reformados. Nada quedó que hiciera recordar las trágicas circunstancias tan ruinosas para su familia; además, la amuebló con mayor riqueza que antes. Cualquier visitante hubiera reconocido enseguida los gustos refinados adquiridos por el joven propietario durante la época que residió en la villa de Misénum y en la capital del mundo. Ben-Hur no dio a conocer que volvía a estar en su propiedad el palacio de los suyos. En su criterio, aún no era el momento. Su tiempo lo empleaba en organizar las facciones de Galilea, esperando pacientemente las manifestaciones del Nazareno, que resultaba cada vez más misterioso para él y que, por los milagros realizados a menudo ante sus ojos, le mantenía en estado de ansiedad respecto a su carácter o misión. Con frecuencia iba a la Ciudad Santa, alojándose entonces en casa de su padre como forastero o huésped. Sus visitas distaban mucho de ser momentos de descanso para él. Baltasar y su hija habitaban en el palacio de Hur y la seducción que la joven ejercía sobre él conservaba todo el ardor original; el padre, más débil cada vez, tenía en él un asiduo oyente de sus disertaciones, en las cuales, con elocuencia extraordinaria, demostraba la divinidad del errante taumaturgo, en quien todos tenían fija la mirada.

En cuanto a Simónides y Esther, pocos días antes habían llegado de Antioquía. Un viaje sumamente molesto para el comerciante, que fue traído en un palanquín suspendido entre dos camellos. El pobre hombre era todo ojos para contemplar su país natal; se embriagaba del aire vivificante de las montañas y seguía el curso del sol, rememorando los tiempos de su juventud, con Esther a su lado, encarnación del recuerdo de aquella Raquel que había sido el único amor de su vida. Al salir Esther a la azotea, caía sobre ella la luz del sol, haciendo resaltar sus delicadas curvas de mujer ya formada, frágil, graciosa, de armoniosas facciones, rosadas por la juventud, sana, inteligente y bella por la expresión de bondad y abnegación que en ella se leía. Una mujer, en suma, merecedora de ser amada, porque el amor era un hábito de su vida.

Al volver miró el rollo, se detuvo, lo volvió a mirar con más atención y sus mejillas enrojecieron de satisfacción: el sello era de Ben-Hur. Con pasos ligeros se adelantó hacia su padre.

También Simónides contempló el sello antes de abrir el rollo, pasando nuevamente a su hija el pergamino que contenía.

—Lee —le dijo.

Sus ojos no se separaban de ella mientras hablaba. La tristeza oscureció de pronto la serenidad de su rostro.

—Veo que ya sabes de quién proviene, Esther.

—Sí, de nuestro amo.

Si bien parecía algo confusa, sus miradas se clavaron en su padre con sincera sumisión.

—Tú le amas, Esther —dijo él, después de un momento en que, hundida la barba sobre el pecho, estuvo reflexionando.

—Sí —respondió ella con sencillez.

—¿Has meditado bien lo que haces?

—He intentado no pensar en él, sino como amo a quien por deber estoy sometida, pero de nada me ha servido.

—Eres una buena muchacha, tan buena como tu madre —dijo el anciano, entregándose de nuevo a sus reflexiones, de las cuales le sacó su hija al desenrollar el pliego—. El Señor me perdone…, pero es posible que tu amor no fuera vano si yo hubiese conservado todo cuanto tenía, como podía haber hecho… ¡Es tan grande el poder del dinero!

—Si tal hubieras hecho, hubiese sido mucho peor para mí; me hubiera juzgado indigna de tus moradas y tú, ¡oh padre mío!, no podrías sentirte orgulloso como te sientes… ¿Quieres que lea ahora?

—Espera, hija mía; deja que en testimonio de mi cariño te haga ver las cosas por su lado más desfavorable. Advirtiéndote yo, es posible que sea menos terrible para ti. Su amor, Esther, ya pertenece a otra.

—Lo sé, padre —dijo Esther, serena.

—Ha quedado prendido en las redes de la egipcia —siguió—. Esa mujer une a la astucia de su raza su extraordinaria belleza, que es un arma; pero, como todas las de su casta, carece de corazón. La hija que desdeña a su padre hará sufrir al esposo.

—¿Es eso posible? Simónides continuó:

—Baltasar es un sabio prodigiosamente favorecido por Dios, a pesar de ser tan gentil, pero ella se ríe de su fe. Ayer la oí expresarse así respecto a su padre: "Las locuras de la juventud tienen disculpa; nada hay digno de admiración en la vejez, salvo la sabiduría; cuando ésta deja de existir, ya se está de más en el mundo". Palabras inhumanas, propias de un romano. Yo pensé que puede venirme una debilidad similar a la de su padre, y que es probable que esté cercana. Pero no podría imaginarme nunca que tú dijeras de mí: "Sería mejor que hubiera muerto". No, tu madre era una auténtica hija de Judá.

Arrasados los ojos en lágrimas, Esther le besó y le dijo:

—Yo soy la hija de mi madre.

—Y también mi hija; mi hija, que es para mí todo lo que el templo fue para Salomón.

Tras un breve silencio, su mano se posó sobre el hombro de ella y continuó:

—Una vez que haya tomado por mujer a la egipcia, Esther, pensará en ti pesaroso, porque llegará a comprender que ha sido instrumento de la vil ambición de su esposa, que ha fijado en Roma el ideal de sus sueños. Para ella es el hijo de Arrio, el duunviro, no el hijo de Hur, príncipe de Jerusalén.

Nada hizo Esther para encubrir el efecto producido por estas palabras.

—¡Sálvale, padre mío! No es aún demasiado tarde —suplicó.

Simónides replicó con una sonrisa de duda:

—Un hombre que se ahoga puede salvarse, pero es muy difícil para un hombre enamorado.

—Pero tú tienes gran ascendiente sobre él. Se encuentra solo en el mundo. Hazle ver el peligro que corre. Muéstrale qué clase de mujer es.

—Quizás eso lo logre, pero ¿llegaría a amarte? Es posible que no —y sus ojos parecieron desaparecer por un momento bajo sus cejas—. Yo soy un siervo, e igualmente lo fueron mis padres, de generación en generación, y me es imposible decirle: "Ahí tienes a mi hija Es más bella que la egipcia y te ama mucho más". Los muchos años de libertad y de emancipación han influido en mi carácter. Estas palabras serían como brasas en mis labios. Las rocas que se alzan sobre aquellas viejas montañas se desplomarían sobre mí cuando pasara junto a ellas. ¡No, por los patriarcas, Esther! Mejor quisiera reposar al lado de tu madre y dormir el sueño eterno.

Enrojeció intensamente el rostro de Esther.

—No abrigo la pretensión de que le hables de mi amor. Sólo me interesaba por su felicidad, no por la mía. Puesto que me he atrevido a hacerle objeto de mi amor, debo conservarme digna de su respeto. De esta manera, al menos, excusaré mi locura. Ahora, déjame leer su carta.

—Sí, léela.

Apresuradamente leyó Esther, poniendo fin a aquel asunto que la torturaba:

Nisán, 8.

Camino de Galilea a Jerusalén,

El Nazareno se ha puesto, y yo tras Él, aunque lo ignora, camino de Jerusalén, y llevo conmigo una legión a mis órdenes y otra que viene detrás.

La Pascua justificará la aglomeración de tanta gente. Él dijo al partir:

"Iremos a Jerusalén y todas las cosas que los profetas han descrito sobre mí serán cumplidas".

Nuestra expectativa toca a su fin. Apresúrate.

La paz sea contigo, Simónides.

Ben-Hur.

Esther entregó la carta a su padre, llena de una angustia que la devoraba. Ni una sola palabra hacía referencia a ella. Ni tan siquiera la había incluido en el saludo final, cuando nada hubiera sido tan natural como escribir: "¡Y paz para los tuyos!". Sintió por primera vez en su vida el tormento de los celos.

—El día ocho —dijo Simónides—, el día ocho. ¿Y a cuántos estamos hoy, Esther?

—A día nueve —contestó.

—Ahora deben de hallarse, pues, en Betania.

—Y es probable que podamos verle esta noche —añadió ella, sin disimular su alegría.

—¡Es posible! ¡Es posible! Mañana es la fiesta del Pan Ácimo y desearía poder celebrarla aquí lo mismo que el Nazareno; y quizá podamos verlos a ambos, Esther.

Apareció en aquel momento el criado con el agua y el vino. Sirvió Esther a su padre. Poco más tarde, Iras acudía a la azotea.

Nunca como en aquel momento había parecido tan hermosa la egipcia a los ojos de la hebrea. Sus trajes de gasa la cubrían como una vaporosa nube; su frente, garganta y brazos adornados con macizas joyas, en que tanto placer hallan las egipcias, resultaban deslumbrantes. Su rostro respiraba satisfacción. Con ondulante marcha se dirigió hacia ellos, consciente de su atractivo, pero sin afectación. Esther se estremeció al verla y se aproximó más a su padre.

—La paz sea contigo, Simónides, y con tu bella hija —dijo Iras, saludando con la cabeza, a Esther—. Me recuerdas, mi buen maestro, si no te ofende la comparación, a los sacerdotes de Persia, que suben a lo más alto de sus templos cuando declina el día para elevar sus plegarias al sol poniente. Si algo hay que desconozcas de ese culto, llamaremos a mi padre, que es algo mago.

—Hermosa egipcia —contestó el comerciante, inclinándose con cortesía—, estoy seguro de que tu padre no se ofenderá, sin duda, si me oye decir que su ciencia de la Persia es lo menos valioso de su sabiduría.

Los labios de Iras se contrajeron en una sonrisa irónica.

—Hablando como un filósofo, pues me incitas a ello, te diré que eso significa que aprecias más otras cualidades en él. Deja, pues, que te pregunte: ¿cuál es, a tu juicio, la singular cualidad que te has dignado atribuir a mi padre?

Simónides alzó con severidad su mirada hacia ella y contestó:

—La verdadera ciencia se dirige constantemente hacia Dios; la más pura es el conocimiento del mismo Dios. De todos los hombres que yo conozco no hay ninguno que la posea en mayor grado, o que mejor la manifieste en sus palabras y en su forma de obrar, que el buen Baltasar.

Y, para poner fin a esta discusión, alzó la copa y bebió. Con cierta petulancia, la egipcia se volvió hacia Esther.

—A un hombre que posee tantas riquezas, y tantos buques tiene en el mar, le es difícil comprender en qué clase de ocupación hallamos nuestra diversión las pobres mujeres. Dejémosle con sus reflexiones. Junto a aquel muro podremos hablar nosotras dos.

Se encaminaron hacia el parapeto y se detuvieron precisamente en el mismo sitio en que muchos años antes Ben-Hur dejó resbalar, sin proponérselo, la loseta sobre la cabeza, de Grato.

—¿Has estado alguna vez en Roma? —preguntó Iras, jugueteando con sus brazaletes.

—No —dijo Esther con cierta reserva.

—¿No has deseado ir nunca allí?

—No.

—¡Pobre inocente! Los pajarillos aún sin plumas que tienen su nido en las orejas de la gran esfinge, medio enterrada en las arenas de Menfis, saben tanto como tú.

Pero, al darse cuenta de la turbación de Esther, cambió de expresión y, confidencialmente, añadió:

—No he querido ofenderte. ¡Oh, no! Ha sido una broma. Déjame besarte para borrar mi ofensa. Voy a decirte lo que a nadie diría, ni aun al mismo Simbel si me lo preguntara ofreciéndome un cáliz de loto de la corriente del Nilo.

Rio nuevamente, sabiendo que su risa suavizaba la mirada de la hebrea, y dijo:

—Va a venir el Rey.

Con inocente sorpresa la miró Esther.

—El Nazareno —prosiguió—, de quien tanto han hablado nuestros padres y por quien Ben-Hur ha estado trabajando y suspirando tanto tiempo —su voz se hizo más baja—. Estará aquí mañana, y esta noche llegará Ben-Hur.

Se esforzaba Esther por conservar su serenidad, pero sin lograrlo; se humedecieron sus ojos y sus mejillas enrojecieron y el rubor hizo patente su amoroso secreto. En su turbación no notó la sonrisa de triunfo que cruzó como un relámpago el rostro de la egipcia.

—Mira, aquí tengo su promesa. Y sacó un pergamino de su cinturón.

—Alégrate conmigo, ¡oh amiga mía! ¡Esta noche estará aquí! Hay una mansión regia en las orillas del Tíber, que me ha ofrecido si acepto ser su prometida.

Se oyeron los pasos de alguien que caminaba apresuradamente en la calle; la egipcia suspendió la conversación y se asomó al parapeto. Al ver quién venía, exclamó, levantando las manos juntas al cielo:

—¡Alabada sea Isis! ¡Es él, es el propio Ben-Hur! ¡Que haya llegado en el mismo momento en que estaba pensando en él! No creería, en los dioses si no nos enviaran sus buenos presagios. Abrázame, Esther, y dame un beso.

La hebrea levantó los ojos. Sus mejillas habían enrojecido y sus ojos desprendían destellos de una cólera como nunca había sentido. Su alma sencilla sufría una tortura superior a su resistencia. No era suficiente que hubiera desecado el manantial de sus sueños de amor, sino que su vanidosa rival venía a contarle su triunfo y las brillantes promesas que le había hecho el hombre amado. Para ella, la hija de un siervo, no tuvo el amo ni el más pequeño recuerdo, mientras que Iras podía enseñarle su carta, trasluciendo todo el amor que vertía en ella. Sin poder reprimir más le dijo:

—¿Acaso le amas tanto? ¿O es que quizá lo que amas es solamente Roma?

Retrocedió un paso la egipcia, pero después se adelantó y, envolviéndola en una altiva mirada, exclamó:

—¿Qué es para ti, hija de Simónides?

Esther, vivamente emocionada, respondió:

—Es mi…

Un pensamiento, que iluminó como un relámpago su mente, contuvo las palabras que iba a pronunciar; empalideció temblorosa, pero, rehaciéndose al instante, contestó:

—Es el amigo de mi padre.

Su lengua se negó a declarar su condición de sierva.

Iras, en su tornadizo carácter, rompió en una carcajada.

—¿Eso nada más? Por los dioses egipcios del amor, guárdate tus besos. Me acabas de recordar que hay otros más sugestivos que me están esperando y… — añadió, mirándola con desdén—: Voy por ellos. La paz sea contigo.

Esther la vio desaparecer por la escalera. Cubriéndose la cara con las manos, rompió a llorar amargamente y sus lágrimas corrían por sus dedos abrasando sus mejillas. Eran lágrimas de vergüenza y pasión reprimida. Se alzaron en su corazón las palabras de su padre, aumentando su dolor. Veía ahora todo su significado: "Quizá tu amor no fuera vano si yo hubiera conservado todo lo que tenía, como sin fraude podía haber hecho".

Capítulo Nueve

BEN-HUR HABLA DEL SALVADOR

Una hora después de la escena de la azotea, se hallaban conversando Baltasar y Simónides, asistido éste por Esther, que había vuelto a ocupar su acostumbrado lugar al lado de su padre, cuando se presentaron en el gran salón del palacio Ben-Hur e Iras, que entraron juntos.

Adelantándose a su compañera, el joven hebreo saludó a Baltasar y después a Simónides, pero ante Esther se detuvo.

No es frecuente tener un corazón tan amplio como para que dé cabida a más de una pasión. Sin embargo, otros poderosos sentimientos quedan sofocados y empalidecidos por la pasión dominante, y así debió de suceder en el caso de Ben-Hur.

Sus esperanzas del Mesías, sus anhelos sobre el porvenir de su patria, sus grandes proyectos fundados en la situación de su país, y hasta las influencias más próximas y directas, por ejemplo, la de Iras, habían despertado su ambición en el sentido más completo de la palabra. Pero, si esto es una crítica (es sabido que en la felicidad se olvidan los días de desventura), no le juzguemos con demasiada severidad. Se detuvo Ben-Hur, admirado, al ver que Esther era ya una mujer y muy bella, y, al contemplarla, una voz desde lo más hondo de su alma le recordó sus antiguas promesas y deberes, que se acusaba casi de haber echado en olvido. Entonces sintió que volvía a él su antiguo ser y, por un instante, se conmovió. Pero recobrándose, dijo:

—La paz sea contigo, dulce Esther, y contigo, buen Simónides. ¡Que la bendición del Señor descienda sobre ti, aunque no fuera por otra cosa que por haber sido un padre para el huérfano!

Esther lo escuchó con los ojos bajos; Simónides contestó:

—Repito la bienvenida que te ha dado Baltasar, ¡oh hijo de Hur! Seas bienvenido a la casa de tus padres. Siéntate y explícanos tus trabajos y tu obra, y hablanos del Nazareno y sus maravillas. ¿Quién es y qué desea? Si no te encuentras a gusto en tu propia casa, ¿dónde estarás mejor? Toma asiento, te lo ruego, entre nosotros, y que yo pueda oírlo todo.

Esther salió y volvió presurosa con un escabel tapizado, que ofreció a Ben-Hur.

—Gracias —dijo él, con dulzura.

Ben-Hur se dirigía con preferencia a los hombres.

—El objeto de mi venida es hablaros del Nazareno.

Baltasar y Simónides se inclinaron y prestaron atención.

—Le he seguido durante mucho tiempo con todo el interés que un hombre puede prestar a otro a quien esperaba con anhelo. Le he visto sometido a toda clase de pruebas, en las que se pone de relieve la auténtica valía de un hombre, y, aunque tengo la seguridad de que es un mortal, como tú o yo, estoy también seguro de que es algo más.

—¿En qué es más que tú? —preguntó Simónides.

—Te diré…

Oyó que alguien entraba en la habitación y se detuvo; se volvió y se levantó con los brazos abiertos.

PARTE OCHO

ÍNDICE

1. El sacrificio de la sierva
2. El milagro
3. La misión del Mesías
4. Iras abre su corazón
5. Mientras Esther duerme
6. La traición
7. La ascensión al Calvario
8. La crucifixión
9. La catacumba

Capítulo Uno

EL SACRIFICIO DE LA SIERVA

Amrah fue la primera persona que salió de la ciudad al día siguiente, con su cesta al brazo. Bajando hacia el valle oriental, iba contemplando la vertiente del Monte Olivete. Su color verde oscuro estaba salpicado por las blancas manchas de las tiendas instaladas allí por las gentes que acudían a la fiesta. Era tan temprano, que los forasteros estaban aún sumidos en el sueño. Pasó más allá de Getsemaní y de las tumbas, donde se cruzan los caminos de Betania, y llegó por fin hasta la villa sepulcral de Siloán. Había momentos en que su menudo cuerpo, ya envejecido, parecía no poder sostenerse; en más de una ocasión tuvo que sentarse para recobrar fuerzas, pero con nuevos ánimos reanudó su marcha. Cuando llegó al Jardín del Rey, disminuyó la marcha; a su vista se extendía la terrible ciudad de los leprosos, al pie del perforado cerro de Hinón. La desdichada mujer ya se había levantado y se hallaba sentada a la entrada de la tumba; dentro, Tirzah aún dormía. La enfermedad, durante esos tres últimos años, había hecho terribles progresos. Con plena conciencia del horror que debía inspirar, vivos aún los delicados instintos de su temperamento, iba siempre tapada y aún ante su hija sólo cuando era absolutamente preciso se descubría. En aquel momento se hallaba tomando el fresco con la cabeza, descubierta, sabiendo que a aquellas horas no había nadie a quien pudiera causar repulsión. Había aún poca luz, pero suficiente para comprobar los terribles estragos que había sufrido su cuerpo. Su cabello era completamente blanco y había adquirido tal aspereza que era casi imposible peinarlo. Los párpados, los labios, las aletas de la nariz y la carne de las mejillas habían desaparecido o se habían convertido en fétidas llagas. La garganta y el cuello estaban cubiertas de una masa de escamas de un color ceniciento. Una mano asomaba fuera de los pliegues de su túnica, rígida y escuálida como la de un esqueleto; habían desaparecido las uñas, y los nudillos de sus dedos, aunque no estaban completamente desprovistos de piel, formaban una especie de costras rojizas. Cabeza, cara, garganta y manos daban una idea de lo que debía de ser el resto del cuerpo. La pobre mujer sabía que en cuanto el sol bañase la cresta del Monte Olivete o del Monte de la Ofensa con su luz intensa y brillante, llegaría Amrah. Cogería agua del pozo y después se adelantaría hasta una piedra, a mitad del camino, entre el aljibe y el pie del cerro donde tenía su morada, dejando el alimento y el cántaro de agua fresca. De todo su antiguo esplendor, esa visita era el único lazo que la unía al pasado. Le preguntaba por su hijo y Amrah respondía a todo cuanto deseaba saber. Los informes, a veces, no eran muchos, pero eran consoladores; en ocasiones sabía que Judá estaba en casa y, entonces, saliendo de su horrible tumba, permanecía sentada sobre una piedra desde por la mañana hasta el mediodía, y desde el mediodía hasta la puesta del sol, con la mirada fija hacia el punto en que se hallaba el antiguo palacio, su hogar querido por los recuerdos y, más aún, porque él se encontraba allí en aquellos momentos.

Todo cuanto la naturaleza ofrecía a su vista era escaso y mezquino y no podía despertar su interés. A dondequiera que volviera su mirada, el espectáculo era desgarrador. Tumbas por todos lados, arriba y abajo, a derecha y a izquierda. Podría pensarse que en el cielo claro y puro hubiera debido hallar algún paliativo para sus sufrimientos morales; pero el sol, al iluminar las bellezas de la naturaleza, ponía de relieve su propia deformidad. A no ser por la luz del sol, no se hubiera horrorizado de sí misma, ni el aspecto de Tirzah hubiera destrozado los sueños que las dos forjaban en la oscuridad. El don de la vista en esta ocasión resultaba como una terrible maldición.

¿Por qué no poner fin a sus sufrimientos? La ley lo impedía. Un gentil hubiera sonreído ante este pensamiento, pero jamás un hijo de Israel, para quien la ley es sagrada.

Mientras permanecía sentada, llenando su negra soledad de imágenes aún más tristes y descorazonadoras, apareció en lo alto del cerro, tropezando y rendida de fatiga, una mujer con una cesta. La viuda se levantó rápida y, cubriéndose la cabeza., gritó con voz ronca: "¡Impura! ¡Impura!". Pero este grito no detuvo a Amrah, pues era ella, para encontrarse momentos después a los pies de su ama. Todo el amor de la pobre mujer, contenido durante tan largo tiempo, estalló en súbita explosión; en medio de sus sollozos y con mil exclamaciones apasionadas, besaba los vestidos de su ama y, por unos momentos, ésta luchó por desasirse. Viendo que era imposible, esperó a que la violencia de sus sentimientos se hubiera calmado.

—¿Qué has hecho, Amrah? —le dijo—. ¿Es con esta desobediencia como quieres demostrarme tu amor? ¡Mujer perversa! Te has perdido y… ¡él, tu amo! No te atrevas a acercarte a él.

Amrah se arrastró por el suelo, llorando.

—Ahora estás proscrita por la ley, como nosotras. No debes volver a Jerusalén. ¿Qué va a ser de nosotras? ¿Quién nos traerá el alimento? ¡Oh, qué mal te has portado, Amrah! Ahora todos nos hemos perdido irremediablemente.

—¡Piedad! ¡Piedad! —respondió la pobre entre sollozos.

—Debiste tener compasión de nosotras y de ti misma. Ahora, nadie nos ayudará. ¡Oh mujer falsa! ¿No era suficiente la cólera de Dios?

El ruido despertó a Tirzah, que apareció en la parte de la cueva. No podríamos describir el aspecto que tenía. Cubierta de escamas y de lívidas cicatrices, casi ciega, sus brazos y piernas estaban hinchados hasta la deformidad; no hubieran podido los ojos más perspicaces relacionarla con su aspecto de otro tiempo ni, aunque estuvieran robustecidos por el amor, reconocer en ella la gracia infantil y angelical pureza con que la describimos en un principio.

—¿Es Amrah, madre?

La criada iba a echarse a sus pies.

—¡Quieta, Amrah! —gritó la viuda imperiosamente—. Te prohibo que te acerques. Levántate y vete antes de que puedan verte los que vengan al pozo. Pero me olvidaba… ¡No puedes volver! Ahora tienes que quedarte con nosotras y compartir nuestra suerte. ¡Levántate, te digo!

Amrah se enderezó, pero sólo hasta quedar de rodillas, y, con las manos cruzadas, exclamó, con voz entrecortada:

—¡Oh mi buena ama! ¡Yo no soy falsa! ¡No soy mala! Traigo buenas noticias.

—¿De Judá?

—Hay un hombre prodigioso —dijo la sierva— que tiene poder para curaros. Con su sola palabra se curan los enfermos y los muertos resucitan. He venido para llevaros hasta él.

—¡Pobre Amrah! —exclamó Tirzah, llena de compasión.

—No —exclamó Amrah, con tesón, al percibir la duda en las palabras de Tirzah —. ¡Como Dios existe, el Dios de Israel, os digo la verdad! Acompañadme, os lo ruego, no perdáis tiempo. Hoy mismo pasará por el camino que conduce a la ciudad. Mirad, ya se acerca el día. Tomad algún alimento y pongámonos en marcha. Escuchó la madre, ansiosa. Es posible que hasta ella hubiera llegado algún rumor sobre el hombre maravilloso, pues su fama había penetrado hasta los más recónditos lugares de Judea.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

—Un nazareno.

—¿Y quién te ha hablado de él?

—Judá.

—¿Está Judá en casa?

—Llegó anoche.

La viuda, intentando sosegar su corazón, permaneció silenciosa un buen rato.

—¿Te ha enviado Judá para que nos lo notifiques?

—No. El cree que las dos habéis muerto.

—Hubo un profeta que en otro tiempo curó a un leproso —dijo la madre a Tirzah, rememorando sus recuerdos—. Su poder venía de Dios.

Y, dirigiéndose a Amrah, le preguntó:

—¿Cómo conoce Judá a ese hombre prodigioso?

—Ha viajado con El; y ha oído a los leprosos cómo le suplicaban, y los ha visto marchar limpios. Primero curó a uno solo; en otra ocasión, a diez de una vez.

La madre continuaba reflexionando. Temblaban sus descarnadas manos. La lucha en su alma, que se resistía a dar la sanción de su fe, la agitaba en sus fibras más íntimas. No podía dudar de las afirmaciones de su hijo, corroboradas por su criada, pero se debatía por comprender el poder de aquel hombre que obraba tantos prodigios. No obstante, su vacilación duró poco, pues dijo a Tirzah:

—¡Ese hombre debe de ser el Mesías!

Hablaba con gran convicción, como quien quiere a toda costa deshacerse de su última duda y, sobre todo, como una israelita familiarizada con las promesas que Dios había hecho a su raza.

—Hace algún tiempo, en Jerusalén y toda Judea corrió una historia que afirmaba su nacimiento. Lo tengo bien presente. Debe de ser un hombre ya. Será Él…, es Él, no me cabe la menor duda. Sí —dijo a Amrah—, iremos contigo. Tráeme agua, que encontrarás en la tumba en un jarro, y prepara nuestro desayuno. Tomaremos algo y nos iremos.

El desayuno fue breve y las tres mujeres emprendieron su singular expedición; Tirzah se había henchido de la misma fe que inspiraba a su madre y a Amrah. Sólo les quedaba un motivo de temor: el Nazareno, según había oído Amrah, venía a Betania, y desde este pueblo a Jerusalén había tres caminos: uno, sobre la primera cumbre del Monte Olivete; el segundo, por su base, y el tercero, entre la segunda cima y el Monte de la Ofensa. No distaban el uno del otro, pero sí lo bastante para impedir encontrarse con el Nazareno si no atinaban con la senda por la que había de pasar. Amrah desconocía el país más allá del Cedro e ignoraba los propósitos del hombre que iba a ver.

—Iremos primero a Befatge —dijo la viuda—. Si el Señor no ayuda, sabremos allí lo que debemos hacer.

Descendieron primero la pendiente de la colina hasta Tofet y el Jardín del Rey, y se detuvieron en el camino hondo abierto por el paso de muchos siglos.

—Me asusta seguir este camino —dijo la madre—; creo que sería mejor que lo hiciéramos por entre los campos o entre las rocas y los árboles. Hoy es día de fiesta y en la falda de esos cerros hay una multitud de gente esperando. Nos será más fácil evitarla por el Monte de la Ofensa.

Con gran dificultad caminaba la pobre Tirzah y al oír esto su ánimo empezó a decaer.

—Es muy empinado ese cerro, madre, y me será imposible trepar por él.

—Ten presente que vamos en busca de la salud y la vida. Mira cómo alumbra el día a nuestro alrededor. Las mujeres que acuden al pozo, si nos ven, nos apedrearán. Vamos, sé fuerte, por lo menos por esta vez.

Amrah se acercó a Tirzah y, sin temer las consecuencias, hizo que se apoyara en ella, murmurando a su oído:

—Echa tu brazo a mi cuello. Aunque soy vieja me conservo fuerte y el camino no es muy largo. ¡Ánimo! Bien podemos ir así.

La vertiente del cerro que intentaban atravesar estaba interceptada por canteras y ruinas de viejos edificios, pero cuando al fin llegaron a la cumbre y se dispusieron a descansar, contemplando el espectáculo que tenían ante ellas, la madre sintió despertarse en el fondo de su ser un ardiente deseo de vivir y gozar de la vida.

—Mira, Tirzah —le dijo—; mira las planchas doradas de la puerta Bella. ¡Cómo reverbera en ellas el sol! ¿Recuerdas que acostumbrábamos a ir allá? Nuestra casa está bastante cerca. Apenas puedo divisarla por encima de la tienda del tabernáculo. Allí está Judá para recibirnos.

En la vertiente de la cima central, cubierta de verde tapiz por los mirtos y los olivos, vieron delgadas columnas de humo que ascendían derechas en la tranquila paz de la mañana, denotando la presencia de los peregrinos, y eso les recordó que el tiempo pasaba y era necesario apresurarse. Aunque la fiel sierva se esforzaba para sostener a Tirzah, intentando aligerar sus esfuerzos, la joven gemía continuamente. Al llegar al camino que corre entre el Monte de la Ofensa y la eminencia central o segunda del Olivete, se desplomó totalmente exhausta.

—Sigue tú con Amrah, madre; dejadme aquí —dijo, en un susurro.

—No, no, Tirzah. ¿Qué resolvería si yo sanase y tú no?

Cuando Judá preguntara por ti, ¿cómo podría decirle que te he abandonado?

—Dile que no he dejado de quererle.

La madre, que se había inclinado sobre el aniquilado cuerpo de la hija, se enderezó y miró a su alrededor con desesperada resignación, deshecha el alma de tanto sufrimiento. En su suprema alegría de tornar a la vida pesaba la curación de su hija, que era aún lo suficientemente joven para que una existencia plena de salud borrara las miserias sufridas. Entonces vio, cuando va casi estaba a punto de abandonarse a la voluntad divina, a un hombre que avanzaba con paso ligero por el mismo camino que venía del este.

—¡Ten valor, Tirzah! ¡No te aflijas! Allí viene uno que seguramente podrá darnos noticias del Nazareno.

Amrah ayudó a la joven a tomar asiento y la sostuvo en tanto que el hombre se acercaba.

—En tu anhelo, madre, olvidas lo que somos. El extranjero huirá de nosotras y nos llenará de maldiciones, aun teniendo en cuenta que no nos apedree.

—Veremos.

Era la única contestación que se le ocurrió, pues sabía bien el trato que solían recibir los parias como ellas.

El camino sólo era una vereda que daba vueltas y más vueltas formando recodos por la base de las colinas. Si el extranjero seguía esa senda, era forzoso que tropezara con ellas. Así sucedió. Pero antes de que se acercara, la madre dio el aviso, cubriendo al mismo tiempo su cabeza, que era otra de las cosas a que obligaba la ley.

—¡Impuras! —gritó; pero para su sorpresa, el hombre continuó aproximándose.

—¿Qué quieres? —preguntó, deteniéndose a unos cuantos metros de distancia.

—Ya ves lo que somos. Ten cuidado —dijo la madre, con dignidad.

—Mujer, yo soy el mensajero de Aquel que sólo necesita hablar a un enfermo como tú para sanarlo. Yo no tengo miedo.

—¿El Nazareno?

—El Mesías —rectificó el hombre.

—¿Es cierto que viene hoy a la ciudad?

—Ahora está en Betfage.

—¿Qué camino tomará?

—Éste.

Juntó ella sus manos y elevó al cielo su mirada en acción de gracias.

—¿Quién crees tú que es El? —preguntó el hombre, lleno de piedad.

—El Hijo de Dios —contestó la viuda.

—Quédate donde estás, o, mejor, como le acompaña una gran multitud, súbete a esa roca blanca y, a su paso, no te olvides de llamarle fuerte y sin temor. Si es grande tu fe, Él te oirá aun cuando atruenen los cielos. Yo voy delante para avisar a Israel de que se acerca para que se prepare a recibirle. ¡Mujer! La paz sea contigo y los tuyos.

Y siguió su camino.

—Hija mía, ¿has oído? Está en camino el Nazareno. ¡Viene por esta senda y nos oirá! Un esfuerzo más, sólo uno para llegar a la roca… ¡Sólo hay un paso!

Tirzah, sostenida por Amrah, se levantó; pero sólo habían avanzado unos pasos, cuando dijo la sierva:

—Detengámonos; el hombre se ha vuelto y viene hacia aquí.

—Discúlpame, mujer —dijo, cuando estuvo a su lado—. Olvidaba que el sol abrasará mucho hasta que pase el Nazareno. Esta calabaza de agua os aliviará. Tomadla y tened valor. Llamadle, llamadle cuando pase.

—¿Eres judío? —preguntó ella, sorprendida.

—Lo soy; pero también algo mejor. Soy discípulo de Cristo, que enseña con la palabra y el ejemplo lo que ahora hago. El mundo conoce la palabra caridad, aunque no la comprende. Te deseo de nuevo la paz, a ti y a los tuyos, y te repito que no desfallezcas.

Después de alejarse el hombre, ellas continuaron su ascensión a la roca, que estaba escasamente a treinta metros del camino, y la madre se convenció de que allí podrían divisarla los que pasaran. Se echaron, pues, bajo la sombra de un árbol; bebieron y descansaron.

Tirzah, rendida, se quedó dormida. Temiendo despertarla, las dos mujeres se sumieron en el silencio.

Capítulo Dos

EL MILAGRO

Hacia la hora tercia, el camino poco a poco fue haciéndose más frecuentado por las gentes que iban en dirección a Betfage y a Betania. A la hora cuarta, allá lejos, sobre la cresta del Olívete, apareció una gran multitud, y cuando al cabo de poco tiempo empezó a desfilar ante ellas, vieron con sorpresa que todos los que la formaban llevaban palmas recién cortadas.

Atónitas ante este espectáculo, no habían notado otro gran grupo de gente que venía del este, hasta que la algazara de sus gritos les hizo volver la cabeza hacia aquella dirección. La madre, entonces, despertó a Tirzah.

—¿Qué explicación tiene esto? —preguntó la joven, medio aletargada.

—Viene el Nazareno —le contestó—. Esos que pasan han venido de la ciudad para recibirle. Los que vienen del otro lado son sus amigos que le acompañan, y es posible que todos se encuentren aquí, delante de nosotras.

—Temo que, si es así, ahogarán nuestros gritos.

Inquietaba a la madre el mismo pensamiento.

—¡Amrah! —le preguntó—. Cuando Judá te habló de la curación de los diez, ¿de qué forma se lo suplicaban al Nazareno?

—Sólo decían: "Señor, ten misericordia de nosotras". O bien: "Maestro, ten misericordia".

—¿Sólo eso?

—Eso es lo que dijo.

—¿Y era bastante? —añadió como hablando consigo misma.

—Sí —replicó—. Judá los vio irse curados y limpios.

Mientras tanto, la gente ascendía lentamente por el repecho. Los primeros del grupo pasaron ante ellas. La mirada de las leprosas se fijó en un hombre que iba en medio de lo que podía decirse lo más escogido del grupo. Sus vestiduras eran blancas y llevaba la cabeza, descubierta. Al llegar a una distancia en que ya podían distinguirle, contemplaron su rostro de un color casi aceitunado, sus largos cabellos castaños, quemados ligeramente por el sol y partidos sobre la frente. No parecía tomar parte en la alegría que mostraban sus acompañantes, ni tan siquiera miraba a su alrededor. Una profunda tristeza se reflejaba en su rostro y en todo su aspecto. El sol, que daba a su espalda, arrancaba dorados destellos a sus cabellos y formaba alrededor de su cabeza, como una corona de oro.

La interminable procesión desfilaba alegre. No había necesidad de que le dijeran quién era… El Nazareno era inconfundible.

—¡Ya llega, Tirzah! ¡Ya está aquí! ¡Ven, hija mía!

Y se adelantó hasta el borde de la roca, donde se postró de rodillas. La hija y la sierva se postraron en tierra también. En ese instante, miles de personas que habían salido de la ciudad, al divisar el cortejo que venía hacia ellos, se pararon y empezaron a agitar las palmas y los verdes ramos, gritando o más bien cantando a coro:

—¡Hosanna! ¡Bendito sea el Rey de Israel, que viene en el nombre del Señor!

Y la muchedumbre que venía con él replicó a una sola voz que pasó como viento de tempestad sobre la colina.

En medio de semejante algarabía, las debilitadas voces de las pobres mujeres no eran más perceptibles que el gorjeo de un pajarillo asustado.

Había llegado el momento del encuentro entre los dos grupos y con él, la oportunidad que buscaban; si la dejaban escapar, se perderían para siempre, pues ya no tendrían curación.

—Más cerca. Aproximémonos más.

Levantando sus descarnadas manos, gritaban con todas sus fuerzas.

Las vio el pueblo; advirtió su aspecto horrible y se detuvo con espanto. La miseria humana, cuando llega a tales extremos, impone tanto como la majestad rodeada de púrpura.

—¡Las leprosas! ¡Las leprosas!

—¡Apedreadlas!

—¡Las maldiciones de Dios! ¡Matadlas!

Estos y otros gritos parecidos se mezclaban con los hosannas, pero los que rodeaban al Nazareno, conociendo más el carácter del hombre a quien suplicaban aquellas desventuradas, le miraron en silencio apelando a su inagotable piedad. Al llegar frente a las tres mujeres se detuvo. Ellas le miraron; contemplaron la serenidad de su rostro, compasivo y de extraordinaria belleza, sus ojos rasgados llenos de ternura y de bondad, y exclamaron:

—¡Oh maestro! ¡Oh Señor! Ya ves nuestra miseria; apiádate de nosotras. ¡Límpianos! ¡Ten compasión de nosotras!

—¿Creéis que puedo hacerlo? —les preguntó.

—Tú eres Aquel de quien hablaron los profetas; eres el Mesías.

Los ojos del Nazareno se iluminaron y sus maneras se hicieron más sencillas. Aún se detuvo un momento más, como absorto y meditabundo, ajeno por completo a la multitud que le rodeaba, y siguió luego su camino.

—Mujer —le dijo—. Tu fe es grande; cúmplase tu deseo.

Aquel corazón divino, pero tan humano, tan dotado con los mejores dones terrenos, se dirigía con segura previsión hacia la muerte, la más afrentosa y cruel que la maldad de los hombres había podido concebir. Cómo debió resonar en su corazón aquel grito de despedida de las agradecidas mujeres, llenas de fe y amor.

—¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Bendito, tres veces bendito el Hijo que se nos ha dado!

Inmediatamente después, ambos grupos, el que venía de la ciudad a recibirle y el que le acompañaba, se mezclaron a su alrededor, demostrando su alegría, sus hosannas y sus palmas, y el imponente cortejo pasó por delante de las mujeres. Se cubrió la madre la cabeza, y rodeando a Tirzah con sus brazos le dijo:

—¡Tirzah, hija mía! Tenemos su promesa. Él es en verdad el Mesías. ¡Estamos salvadas! ¡Salvadas!

Y ambas continuaron de rodillas, en tanto que la procesión se alejaba lentamente y se perdía al otro lado del monte. Cuando el sonido de sus cantos fue apenas perceptible, el milagro empezó a realizarse. En principio, sintieron como si en su corazón se renovase la sangre, que comenzó a circular más rápida y ardiente, haciendo vibrar sus atrofiados miembros con una armónica sensación de dulce restablecimiento, sin dolor alguno. Veían cómo sus padecimientos iban desapareciendo ante aquellas oleadas de vida que les iba devolviendo todas sus energías. Se diría que volvían a ser lo que fueron y como habían sido. El vigor que se apoderaba de ellas las exaltaba en un éxtasis de fervor, produciéndoles el efecto de un licor embriagador, dulce y reconfortante. Pero esa transformación, pues eso era lo que iba realizándose, tenía otro testigo además de Amrah.

Ben-Hur, que había seguido al Nazareno en todas sus expediciones, presenció la aparición de las tres leprosas en el camino. Hasta él llegaron las súplicas y pudo ver las facciones devastadas por la lepra, oyó también la respuesta del Nazareno y tenía un vivísimo interés en presenciar y confirmar estas maravillosas curaciones, sobre todo después de la discusión con Simónides. Se mantuvo a un lado del camino, expectante. En cada ocasión buscaba un nuevo estímulo para su fe creciente, en la misión espiritual de aquel hombre prodigioso. Se había ocultado no lejos de la escena y, tomando asiento en una piedra, esperaba el resultado. Lo saludaban sus amigos al pasar junto a él; eran en su mayoría galileos de sus legiones, que llevaban ocultas bajo sus ropas cortas y anchas espadas. Entre los últimos se veía a un árabe de atezado rostro, que conducía dos caballos del cabestro. A un signo de Ben-Hur se acercó.

—Espérame aquí —dijo el hebreo, cuando hubieron acabado de pasar los últimos rezagados—. Quiero llegar pronto a la ciudad y necesito a Aldebarán.

Acarició la ancha frente del animal, que estaba en todo el apogeo de su vigor y belleza, y, cruzando el camino, se dirigió hacia las dos mujeres. Resultaban para él unas extrañas por las que sentía un interés como objeto de experimento sobrenatural, que le ayudaría a encontrar solución al misterio que, desde hacía tanto tiempo, le tenía obsesionado. Ensimismado se dirigió a la roca en donde Amrah se había quedado medio escondida, oculto su rostro entre las manos, y entonces la reconoció.

—¡Por el Dios vivo, que es Amrah! —se dijo.

Corriendo se acercó a ella, pasando cerca de su madre y hermana sin reconocerlas, y plantándose ante la sierva le preguntó:

—Amrah, ¿qué haces aquí?

Por toda respuesta ella cayó de rodillas, arrasada en lágrimas, sin poder pronunciar una sola palabra, turbada por los encontrados sentimientos de alegría y temor.

—¡Oh mi amo! ¡Qué bueno es tu Dios, que es el mío! La sensación repentina que tenemos cuando el amor nos liga a sufrimientos ajenos sólo ha podido estudiarse de una forma muy vaga. Lo cierto es que esa percepción nos permite entre otras cosas compenetrarnos con el ser amado, de tal forma que sus dolores y sus alegrías llegan a hacerse nuestras.

La pobre mujer, retirada y con la cara oculta, tenía plena conciencia de la transformación que iba operándose en las leprosas a pesar de no mediar entre ellas palabra alguna.

Ben-Hur, al verla, tuvo como un presentimiento de que su presencia allí estaba ligada a la de las dos mujeres, junto a las cuales había pasado sin reparar en ellas, y se volvió rápidamente a tiempo que se levantaban. Judá quedó petrificado, sobrecogido por un sentimiento indescriptible. ¿Era acaso víctima de una alucinación? Ante sus ojos tenía una mujer que era la viva imagen de su madre, tal cual la había dejado cuando los romanos la arrancaron de su lado. Sólo había un pequeño cambio: su cabello estaba mezclado con algunas hebras plateadas; pero esta diferencia era natural dados los años transcurridos. ¿Y quién, sino Tirzah, era la que se hallaba a su lado? Hermosa, perfecta, en plenitud de su desarrollo, pero conservando los rasgos característicos de su rostro, tal como estaba grabado en su memoria en aquel día fatal, en que le había acompañado a la azotea de su casa cuando ocurrió el accidente de Grato.

Las había creído muertas, y fue acostumbrándose a la idea de vivir sin ellas, aunque no cesaba de llorarlas; por eso, no pudiendo creer lo que veía, puso su mano sobre la cabeza de la sierva, exclamando con voz entrecortada:

—¡Amrah! ¡Amrah! ¡Mi madre! ¡Tirzah! Dime que no me engañan mis ojos.

—¡Hablales, dueño mío, hablales!

Con los brazos abiertos, Ben-Hur corrió hacia ellas, gritando:

—¡Madre! ¡Madre mía! ¡Tirzah! ¡Aquí estoy!

Oyeron las dos su llamamiento y, con un grito apasionado, se abalanzaron hacia él. Se detuvo de pronto la madre, retrocedió y lanzó su antiguo aviso:

—¡Detente, Judá, hijo mío! No te acerques más. ¡Impuras! ¡Impuras!

Ese grito no fue arrancado por la costumbre de verse leprosa, sino por el temor, ese temor que es una de las formas del amor materno, siempre previsor. Aunque se sentían curadas, el virus de la enfermedad podría transmitirse por el contacto de sus ropas contaminadas. Él no pensaba en nada de esto. Sólo sabía que estaban allí, que las había llamado y le habían respondido. ¿Quién o qué podría retenerle? Pronto los tres, unidos en estrecho abrazo, mezclaban sus lágrimas y sus caricias. Pasado el primer éxtasis, dijo la madre:

—¡Oh queridos hijos, en nuestra felicidad, no olvidemos a nuestro benefactor! Demos gracias a Aquel a quien tan obligados estamos.

Se hincaron de rodillas, Amrah la primera, y la oración de la madre fue como un cántico. Tirzah y Ben-Hur la repetían palabra a palabra, aunque éste no con la misma e irresistible fe, pues cuando se levantaron preguntó:

—En Nazaret, en donde ha nacido, madre mía, lo conocen por el hijo del carpintero. ¿Quién es en realidad?

Reposaron sobre él los ojos de la madre rebosantes de ternura y respondió sin vacilación:

—Es el Mesías.

—¿Y de quién le viene el poder?

—Lo sabremos por sus obras. ¿Podrías decirme si ha causado algún mal en su vida?

—No.

—Pues este signo es la respuesta. Su poder proviene del mismo Dios.

No es fácil arrancar en un momento todas las aspiraciones y esperanzas que forman parte de nuestra misma vida. Por más que Ben-Hur se interrogaba a sí mismo sobre lo que significaban para ese hombre todas las vanidades del mundo, sus ideales y ambiciones le impedían ceder. Persistía en su idea como en nuestros días persisten los que quieren medir a Cristo con su propia medida. ¡Cuánto mejor sería que nos acomodáramos a lo que Él es!

—¿Y qué vamos a hacer ahora? ¿Adonde iremos, hijo mío?

Una vez Ben-Hur se cercioró de que toda huella del terrible mal había desaparecido de ellas y que ambas habían recobrado toda la perfección de que gozaron antes, se quitó la capa y la echó sobre los hombros de Tirzah.

—Póntela —dijo sonriente—; antes un extraño te habría evitado; pero ahora te ofendería con la mirada.

Al quitarse la capa, Ben-Hur dejó al descubierto la espada, pendiente de su cintura.

—¿Hay guerra? —preguntó la madre intranquila.

—No.

—¿Por qué vas, pues, armado?

—Por si fuera necesario defender al Nazareno.

Eludió así el joven la confesión de toda la verdad.

—¿Tiene enemigos? ¿Quiénes pueden serlo?

—¡Ay de mí, no todos son romanos!

—¿No es israelita? ¿No es un hombre de paz?

—Nunca hombre alguno amó con más intensidad que El, pero según el criterio de los rabinos y maestros, es culpable de un gran crimen.

—¿Cuál?

—Predica una nueva doctrina. El gentil no circuncidado es tan merecedor del favor de Dios como el judío más estricto cumplidor de sus deberes.

La madre recapacitó en silencio y luego los cuatro se dirigieron a la sombra del árbol, al pie de la roca. Frenando Ben-Hur su impaciencia de llevárselas lo antes posible a su casa y de oír la historia de su detención, señaló la conveniencia de someterse a la ley que regía en tales casos. Llamó al árabe y le mandó que llevase los caballos a la puerta de Betseda. Después, la madre y los dos hijos, seguidos de Amrah, se encaminaron a pie hacia el Monte de la Ofensa. El regreso fue muy distinto de la ida. Marchaban ligeras y con facilidad, y en pocos minutos llegaron a la tumba recién abierta junto a la de Absalón, que domina los abismos del Cedrón. La encontraron vacía, y tomaron posesión de ella, en tanto que Ben-Hur adoptaba las oportunas medidas para que fueran restablecidas en su nueva condición.

Capítulo Tres

LA MISIÓN DEL MESÍAS

Levantó dos tiendas Ben-Hur en lo alto del Cedrón, a poca distancia de las tumbas de los reyes; amorosamente las dotó de cuantas comodidades estaban en su mano y condujo a ellas a su madre y a su hermana, que habían de permanecer allí hasta que un sacerdote, después de reconocerlas, atestiguara su curación absoluta. En el transcurso de estas gestiones, el joven tropezó con la grave dificultad de la proximidad de las fiestas. Estaba prohibido entrar en el último de los patios consagrados del templo, y tanto por necesidad como por gusto, se estableció en las tiendas con su amada familia. Muchas cosas le quedaban por saber y muchas otras que contarles de su propia vida.

Relatos que comprendían periodos largos y difíciles, sufrimientos corporales y penas del alma, que precisaban mucho más tiempo para ser referidos, pues el narrador no se ajustaba exactamente al orden cronológico, en su inquietud por comunicar todos sus sentimientos.

Todo lo que ellas le contaban lo escuchaba atentamente, y su odio hacia Roma alcanzó su cumbre y su anhelo de venganza se convirtió en rabiosa sed de sangre. En su exasperación, se apoderaban de él locos arrebatos de sublevación y proyectó seriamente el levantamiento de Galilea. Pero, por fortuna, sus ideas y proyectos largamente madurados eran demasiado firmes para ser revocados en un momento de pasión. Todos sus propósitos tenían que terminar en el Nazareno y sus decisiones, y pensaba que nada podría llevarse a cabo si no conseguía la más completa unión de todo Israel.

El excitado revolucionario encontraba a veces gran placer imaginando a Cristo pronunciando estas palabras: "¡Escucha, Israel! Yo soy Aquel que os ha sido prometido por Dios para ser el Rey de los judíos; vengo a vosotros con toda la potestad que me dan las predicciones de los profetas. Levántate y sígueme, que el mundo será para ti fácil presa".

Si el Nazareno les hablara de este modo, ¡qué movimiento seguiría a sus palabras! ¡Cuántas bocas las propagarían por todas partes como trompetas de guerra proclamando el alzamiento! ¿Llegaría a hablarles así?

Deseoso de dar principio a su obra, y pensando sólo en el aspecto político y terrenal, Ben-Hur perdía de vista la doble naturaleza del Evangelio. En el prodigio obrado en Tirzah y en su madre pudo ver, sin el menor asomo de duda, que había en aquel hombre tanto poder, que era más que suficiente para levantar al pueblo judío, ceñir una corona y establecer un trono imperecedero sobre las ruinas del romano. Creía su poder tan inconmensurable como para refundir el mundo entero y convertirlo en una sola familia feliz. Y cuando la obra quedase consumada, ¿quién podría negar que esa paz y esa felicidad que se establecerían sin grandes obstáculos no eran una misión digna del Hijo de Dios? ¿Podría nadie dudar de que el hombre que la realizara no era el Cristo Redentor de la humanidad?

Dejando de lado toda consideración política, ¿qué indecible gloria personal no habría para él, aun suponiéndole solamente un hombre? Ningún mortal negaría esta misión divina.

Mientras, Cedrón abajo, hacia el lado de Bezeta, y con más profusión por los caminos que llevaban a la puerta de Damasco, circundando por completo Jerusalén, todo se cubría de tiendas y de provisionales albergues para los que venían a celebrar la Pascua. Ben-Hur buscaba a los extranjeros y hablaba con ellos, complaciéndose en calcular su inmenso número. Cuando pensaba que en ellos estaban representadas las naciones más extremas, desde la Columna de Hércules, en Occidente, hasta las ciudades comerciales del extremo Oriente, se henchía de mística fe sobre sus futuros destinos. ¡No, no; no podía haber error al juzgar al Nazareno! Lo que Ben-Hur esperaba con calma era estar preparado para probar su poder. Y ninguna ocasión mejor que aquélla para realizar un movimiento iniciado por sus leales galileos y ceñir la corona en las sienes del Mesías. En cualquier otro momento, podrían apoyar este levantamiento unos cuantos miles de partidarios; en esta circunstancia responderían muchos millones a la vez. ¿Quién podría contarlos?

A la tienda de Ben-Hur acudían hombres curtidos, de aspecto enérgico y valiente, que sostenían con él largas conferencias, y por los que sabía cada movimiento del Nazareno y cada proyecto de sus enemigos, fueran romanos o rabinos, y el riesgo más o menos incierto en que estaba la vida del santo hombre; pero no temía que por el momento nadie tan osado se atreviera a atentar contra su vida. Su fama, que empezaba a extenderse y a hacerle popular, le protegía. La gran aglomeración de gente en Jerusalén y sus alrededores le parecía suficiente garantía de seguridad. La confianza de Ben-Hur se basaba sobre todo en el poder milagroso de Cristo. Tan manifiesto era este poder que pensaba que quien lo poseía y utilizaba en favor de los demás no dejaría de utilizarlo para protegerse a sí mismo.

Estos hechos ocurrían entre el 21 y el 25 de marzo, contando según nuestro calendario. En la noche del último día, cediendo a su inquietud, cabalgó hasta la ciudad, con el propósito de volver a las tiendas por la noche.

En la primera vigilia de Pascua, al atardecer, cuando la multitud se agolpaba en la ciudad para inmolar los corderos cuyos cadáveres humeaban en los patios del templo. Alineados, los sacerdotes recogían la sangre que brotaba y la llevaban para rociar el altar. El movimiento era continuo, y grandes las prisas por acabar antes de que las estrellas aparecieran, momento en el cual se daba la señal de que cesara la ceremonia para proceder a asar y comer el cordero entre cánticos de júbilo.

Entró el jinete por la gran puerta norte y cabalgó a través de la ciudad, que aparecía en todo su esplendor y gloria.

Capítulo Cuatro

IRAS ABRE SU CORAZÓN

Se apeó Ben-Hur a la puerta del khan, desde el cual hacía más de treinta años habían partido en dirección a Belén los tres reyes magos. Dejó su cabalgadura en manos de los servidores árabes, y al poco rato se encontraba en la gran sala de la casa de sus padres. Malluch no estaba, como tampoco el comerciante y el egipcio, a quienes habían conducido en literas para que pudieran presenciar la fiesta pascual. Le dijeron que el egipcio se hallaba sumamente débil y sumido en un profundo abatimiento. Los jóvenes, tanto de ahora como en todos los tiempos, al dejarse llevar por los impulsos del corazón suelen dar un hábil rodeo; así, cuando Ben-Hur se interesó por el buen Baltasar y solicitó poder visitarle, su verdadero propósito era ver a la egipcia.

Apenas terminó de hablar el esclavo, que volvía con la respuesta de que su amo se hallaba fuera, cuando se levantó la cortina del departamento de Iras y apareció ésta como flotando en una nube de blancos velos. La vaporosa aparición avanzó hasta colocarse bajo la fuerte luz que despedían las lámparas del candelabro de siete brazos que había en medio de la habitación. La hermosa joven no tenía miedo a la luz.

El esclavo se alejó dejándolos solos.

En medio de la turbulencia ocasionada por los acontecimientos de aquellos días, Ben-Hur casi no había podido dedicar un pensamiento a la joven. Si en algún momento de sosiego espiritual surgía su imagen en la inquieta mente del judío, ella se le aparecía como un placer lejano que esperaba.

Sin embargo, en ese momento, bajo la inmediata influencia de la mujer, sus sentimientos revivían aspirando a una satisfacción. Salió a su encuentro con ansiedad, pero se detuvo, súbitamente helado. Observó un cambio en las facciones de la joven que le produjo el efecto de una ducha fría. Hasta aquel momento se había mostrado para él como una amante ansiosa, atenta siempre a tenerle sometido al influjo de sus encantos; cada mirada suya era una invitación a declararle su amor; cada ademán, una revelación del que ella sentía por él. Le había halagado continuamente, perturbándole con el incienso de lisonjeras frases que expresaban su admiración.

Con el único objeto de seducirle, según intuía, le contaba la egipcia las mil historias de amor recogidas en la voluptuosa Alejandría, y la opinión, tan antigua como el más viejo de los pueblos, de que la belleza es el galardón del héroe había quedado grabada en el corazón de Ben-Hur.

Bajo este prisma vio a la egipcia, a partir de la noche del paseo por el lago del Vergel de las Palmeras. Pero ahora…

Hay pocas personas que tengan una doble naturaleza: la natural y la adquirida, que es como un complemento, resultado de la educación que la mayor parte de las veces perfecciona a la primera y se convierte en una parte del ser total. Dejando estos conceptos para los metafísicos, nos limitaremos a decir que en aquel momento la egipcia se mostraba tal cual era su naturaleza real.

Jamás mujer alguna acogió a un extraño con una mayor expresión de repulsión y odio más manifiesto. Fría, duras las facciones, llenos de desprecio los ojos, orgullosa la cabeza echada hacia atrás, midiéndole de arriba abajo con aire de desdén, el labio inferior algo más saliente, Iras recibió a Ben-Hur diciéndole con incisiva voz:

—Llegas a tiempo, ¡oh hijo de Hur! Quería darte las gracias por tu hospitalidad, pues a partir de pasado mañana no tendré posibilidad de hacerlo.

Ben-Hur inclinó la cabeza, sin apartar de ella los ojos.

—He oído hablar —continuó la egipcia— de una costumbre que los jugadores de dados observan entre ellos con excelente resultado. Cuando acaban la partida, ajustan sus cuentas en las tabletas, hacen un brindis a los dioses y ciñen con una corona las sienes del vencedor. La partida que habíamos empezado tú y yo está terminada; veamos quién debe ceñir la corona.

Ben-Hur contestó con indiferencia.

—El hombre no debe malograr nunca el deseo de una mujer cuando ésta pone su empeño en alcanzar algo.

—Dime, príncipe de Jerusalén —continuó la egipcia, inclinando la cabeza y acentuando su tono burlón—, ¿dónde está ese hijo del carpintero de Nazaret, que es a la vez Hijo de Dios y del que tantas y tan grandes cosas se esperaban?

Él agitó una mano impaciente y respondió:

—No soy su guardián.

La hermosa subrayó aún más el gesto y la actitud.

—¿Ha aniquilado ya el poder de Roma?

Hizo Ben-Hur un ademán de súplica.

—¿En qué lugar ha establecido la capital de su reino? ¿No podré yo contemplar su trono y los leones de bronce que lo adornan? ¡Le sería tan sencillo erigir un palacio al que resucitó a un muerto! Sería suficiente que hollara el suelo con su pie y pronunciaran sus labios una palabra, para hacer surgir un palacio mayor y más bello que el de Karnak.

No era imposible equivocarse y creer que sus palabras sólo encerraban una broma inofensiva; las preguntas ya eran injuriosas, pero el tono con que eran pronunciadas las hacía insoportables. Ben-Hur, sin poder contener ya su enojo, repuso con la sequedad del que quiere cortar un coloquio desagradable:

—¡Oh Egipto! Esperemos otro día, otra semana o el tiempo que desee, para construir su palacio con sus leones.

Pero ella continuó, haciendo caso omiso de su interrupción:

—¿Y cómo vas aún con esas vestiduras? Esperaba verte con los atavíos de un gobernador de la India o de un virrey de cualquier otro lugar. Una vez vi al sátrapa de Rages. Llevaba un gran turbante de seda y bordado de oro su manto, y el puño y la vaina de su alfanje me deslumbraban con los destellos de sus piedras preciosas. Parecía que Osiris le había prestado una aureola de rayos de sol… Sentiría mucho que no te hallaras aún en posesión de tu reino, ese reino que debíamos compartir juntos.

—La hija de mi sabio huésped es mucho más amable de lo que ella supone; me está mostrando que Isis puede besar el corazón de su favorita sin hacerla mejor.

El tono de Ben-Hur era de una cortesía glacial. Iras le escuchaba entreteniéndose con el diamante que pendía de su collar de moneditas de oro.

—Para ser un judío, el hijo de Hur es demasiado inteligente. Recuerdo aún tu exaltación al imaginar a tu César haciendo su entrada triunfal en Jerusalén. Nos hiciste creer que el mismo día se proclamaría Rey de los judíos desde las gradas del templo. Y yo, en mi fantasía, imaginaba la deslumbrante procesión que le acompañaba al bajar de la montaña sagrada, mis oídos percibían sus cánticos y veía a la gente agitar sus palmas en señal de victoria. Se destacaba entre ellos la majestuosa figura, con rico manto de púrpura sobre magnífico corcel, o bien guiando su cuadriga cubierta de armadura de bronce reverberando los destellos del sol. ¡Hubiera sido tan hermoso ver a un príncipe de Jerusalén a la cabeza, de una cohorte de seis legiones de Galilea! —y, al pronunciar estas palabras, lanzó sobre él una mirada ofensiva, que terminó con una carcajada de desprecio, como si lo ridículo del cuadro no fuese ni tan siquiera digno de su desdén—. En lugar de un Sesostris victorioso o de un César con espada y yelmo… Ja, ja, ja! Mis ojos sólo han visto a un hombre con rostro de mujer montado sobre un pollino y con los ojos arrasados de lágrimas. ¡El Rey! ¡El Hijo de Dios! ¡El Salvador de los hombres derramando lágrimas como un niño! ¡Ja, ja, ja!

Aunque habituado a dominarse, Ben-Hur no pudo contener un gesto de cólera.

—A pesar de ello, no quise abandonar mi puesto, oh príncipe de Jerusalén, aguardando el desenlace… No me reía… Dije para mí: "Esperemos. Quizá cuando llegue al templo se exaltará, como conviene a un héroe que va a tomar posesión del universo". Le vi entrar por la puerta de Susa y el patio de las Mujeres. Se detuvo ante la puerta Bella. La gente se agolpaba en el pórtico, llenaba los patios y claustros de los tres lados del templo, estaba tan impaciente como yo, esperando la ceremonia de su proclamación. Ja, ja, ja! Me parecía sentir ya el crujir de los cimientos y tambalearse del edificio del viejo pueblo romano… ¡Ja, ja, ja! ¡Oh príncipe! Por el espíritu de Salomón, te afirmo que tu magnífico Rey del mundo no desplegó sus labios; recogió su túnica como una mujer y siguió adelante… ¡Y el viejo artefacto del Imperio romano se mantiene en pie!

Humildemente, rindiendo homenaje a su perdida esperanza, la esperanza de un rey guerrero y conquistador, y junto con ella la de su personal venganza, igualmente desvanecida, Ben-Hur inclinó la cabeza.

—Hija de Baltasar —dijo con dignidad—, si es éste el juego de que me hablabas, te cedo la corona; tuya es, igual que la victoria. Te pido únicamente que no hablemos más de ello. Entiendo que tú alimentas algún designio, que desearía conocer para darle respuesta. Habla, pues, pero cíñete a eso únicamente; te escucharé y, si la suerte lo exige, te olvidaré y continuaré solo mi camino.

Iras le miró por un momento, como pensando acerca de lo que debía o no hacer.

Por fin dijo fríamente:

—No tengo nada que añadir. Tienes permiso para dejarme.

—La paz sea contigo —contestó él, encaminándose hacia la puerta.

Mas, cuando Ben-Hur ya se encontraba en el dintel, ella le llamó:

—Una palabra más.

Él se detuvo y la miró.

—Piensa bien en todo lo que sé de ti.

—¡Oh bella egipcia! —dijo Ben-Hur, volviendo a su lado—. ¿Qué es lo que sabes de mí?

—Tú eres más romano que ninguno de tus compatriotas.

—¿Tanto difiero de ellos?

—Los semidioses son ahora romanos.

—¿Quieres decirme qué más sabes de mí?

—La semejanza no me es indiferente y podría inducirme a salvarte.

—¡Salvarme!

Los dedos de pintadas uñas de la egipcia jugueteaban con el collar y su voz se había hecho más suave y queda; sólo un ligero movimiento de sus pies, calzados con sandalias de seda, denotaba impaciencia, golpeando nerviosamente el suelo.

—Hubo un judío —empezó—, un escapado de las galeras, que asesinó a un hombre en el palacio de Iderneo.

Involuntariamente se estremeció Ben-Hur.

—Ese mismo judío —continuó, recalcando las palabras— mató a un centurión en la plaza del Mercado, aquí, en Jerusalén; ha organizado tres legiones en Galilea para apoderarse en un momento determinado del gobernador romano y ha concertado alianzas para luchar contra Roma. El jeque Ilderim es uno de sus aliados.

Acercándose más a él, prosiguió en un tono que parecía un susurro:

—Tú has vivido en Roma; imagina que alguien repite estas cosas en los oídos de quien sabes. ¡Ah, cambias de color!

Ben-Hur retrocedió con el aspecto de una persona que, creyendo jugar con un gatito, advierte de pronto que es un tigre.

—Tú conoces las antecámaras de Roma y sabes quién es Sejano. Piensa lo que sucedería si alguien le contase todo esto y le ofreciera pruebas, añadiendo que ese mismo judío es el hombre más rico de Oriente… ¡El más rico del mundo! Es un arte difícil divertir al pueblo romano, y encontrar el dinero para tenerlo regocijado, más difícil todavía; pero Sejano es un maestro en tales artes. Los peces del Tíber le quedarían agradecidos porque comerían algo más sustancioso que lo que hallan entre el lodo y, además, ¡cuánta emoción habría en las representaciones del circo!

No pareció Ben-Hur impresionarse por la evidente mezquindad de aquella mujer; vino a su mente la escena de la fuente, cuando iban al Jordán, y pensó nuevamente que era imposible que Esther le hubiera traicionado. Creyéndolo así, dijo con serenidad:

—Por halagarte, reconozco tu astucia y admito que estoy a tu merced. Y como también ha de agradarte que declare que no te creo capaz de concederme gracia, te lo confieso sin temor alguno. Yo podría matarte, pero tengo en cuenta que eres una mujer. El desierto está abierto para recibirme y aunque Roma es buena cazadora, de hombres, les costaría mucho apoderarse de mí, porque de la estéril arena brotaría un bosque de lanzas para defenderme. Ahora me aventuro a pedirte una cosa. ¿Quién te ha informado de todo cuanto sabes de mí?

Fuera sincera o fingida, la dura expresión del rostro de la egipcia se suavizó.

—Hay en mi país unos artistas que hacen cuadros utilizando conchas recogidas a la orilla del mar, cortándolas e incrustándolas en una pieza de mármol. ¿No hallas ninguna semejanza entre esos artistas y el que busca descubrir un secreto? Pues oye: juntando detalles que recogía aquí y allá, de éste y de aquél, y uniéndolos todos más tarde, he logrado construir un arma con la cual podría aniquilar… —hizo una pausa, hirió con el pie impacientemente el suelo, demostró una emoción incontenible y por fin terminó—: A cierto hombre con el cual no sé qué hacer.

—No, no es suficiente —dijo Ben-Hur, que seguía observándola con la mayor frialdad—. No es bastante. Resuelve lo que debes hacer conmigo; y si debo morir, ¿por qué no confesarme enseguida tu secreto?

—¿Por qué no? —respondió ella con énfasis—. Del jeque Ilderim supe algo cuando conferenciaba con mi padre en el vergel de las Palmeras. La noche era silenciosa y tranquila, y la lona de la tienda un impedimento muy débil para un oído que pretendiera penetrarla.

Hizo una pausa y añadió sonriendo:

—Algunos otros detalles, pequeñas piezas de mi mosaico, las he obtenido de…

—¿De quién?

—Del mismo hijo de Hur.

—¿Y nadie más ha contribuido a ello?

—Nadie más.

Hur respiró satisfecho y dijo vivamente:

—Gracias, no estaría bien hacer esperar a Sejano. Adiós. La paz sea contigo.

—Espera —dijo ella, extendiendo la mano hacia él para detenerle.

El la miró y por su aspecto comprendió que iba a revelarle el motivo de su conducta.

—No desconfíes de mí, ni me guardes resentimientos, ¡oh hijo de Hur!, si te digo que sé por qué el noble Arrio te adoptó por heredero. Te lo juro por Isis y por todos los dioses de Egipto. Juro que tiemblo por ti, que tan valiente y generoso te crees, al verte en manos del cruel Sejano. Una gran parte de tu juventud la has pasado en los atrios de Roma y ha de ser muy dura para ti la soledad del desierto. Me apenas. Si haces lo que te pido, te juro por nuestra santa Isis que no te perseguiré.

Estas últimas palabras las pronunció con ardor, apoyándose en la poderosa sugestión de su belleza.

—Casi me inclino a creerte —replicó Ben-Hur, con cierto titubeo en la voz y en tono bajo e inseguro, porque aún anidaba la duda en su interior.

—Para una mujer, la vida es imperfecta si el amor no la llena; en cambio, la felicidad de un hombre estriba en la posesión de sí mismo. Ahora escucha, ¡oh príncipe!, lo que voy a revelarte.

La egipcia hablaba con gran locuacidad y entusiasmo; jamás había estado tan seductora.

—Tuviste un amigo en tu adolescencia. Entre los dos, tiempo más tarde, hubo una cuestión que os separó convirtiéndoos en enemigos. Se condujo injustamente contigo y al cabo de muchos años os encontrasteis de nuevo en el circo de Antioquía.

—¡Messala!

—Sí, Messala. Tú eres su acreedor, pero si quieres puedes ser generoso: olvida lo pasado, devuélvele tu amistad y la fortuna que perdió en las enormes apuestas que le obligaste a aceptar. ¿Qué son seis talentos para ti? Escasamente una rama del árbol frondoso de tu fortuna, y para él… Toda la vida tendrá que arrastrar su cuerpo inválido… ¡Oh Ben-Hur, noble príncipe! Para un romano como él, haber bajado a tal condición y hallarse en la miseria debe de ser más odioso que la muerte. Tú puedes salvarle…

Le pareció a Ben-Hur que veía la cabeza del romano por encima del hombro de la egipcia, dirigiéndole una mirada de burla, y su expresión no era, con seguridad, la de un mendicante ni la de un amigo.

—¿Y ha sido Messala el que te ha encargado esta petición, oh Egipto?

—Messala es un espíritu noble; no contestaré a tus preguntas… Cree lo que te plazca.

—Si tienes una opinión tan favorable de él, y tan amiga suya eres, dime, ¿haría él en caso contrario lo que tú me dices a mí? Responde por Isis. Contéstame en nombre de la verdad.

Tomó su mano y la estrechó con insistencia, como apelando a su sinceridad.

—¡Oh! —contestó Iras—. ¡Él es…!

—Un romano, ibas a decir. Quieres decir con ello que él no está obligado hacia mí de la misma forma que yo hacia él. Porque yo soy judío y él romano, es mi deber entregarle mi fortuna y perdonarle, ¿es eso? Acaba ya, ¡por nuestro Señor de Israel!, porque, si no logras calmar la indignación que invade mi alma, temo que voy a olvidar que eres una mujer, y bella por cierto, para ver sólo en ti a la espía del déspota, tanto más aborrecible para mí, cuanto que es romano. ¡Ea, habla, pues!

La egipcia retiró su mano y dio dos pasos hacia atrás con la expresión venenosa de su depravado espíritu que se traslucía en la voz y en los ojos.

—¡Tú, miserable galeote, vil judío! ¿Llegaste a creer que podía amarte, después de conocer a mi Messala? Los hombres como tú han nacido para ser sus esclavos. Él se hubiera contentado con los seis talentos, pero ahora yo te digo que tienes que añadir veinte… Veinte, ¿me oyes? De esta manera pagarás los besos que has estampado en mi mano y de los que aún siento la repulsión, aunque me sirve de consuelo pensar que lo hacía por él. Si te he fingido simpatía y tanto tiempo he soportado tu odiosa presencia, ha sido sólo para servirle… Si antes del mediodía de mañana no ordenas a ese comerciante que administra tu fortuna que me entregue a la orden de mi Messala esos veintiséis talentos… ¡fíjate bien la cantidad!, te entenderás con Sejano… Sé prudente, y adiós.

Iba a retirarse, pero Ben-Hur le cortó el paso.

—El viejo Egipto renace en ti —le dijo—. Cuando veas a Messala, aquí o en Roma, le transmitirás este mensaje mío: dile que he recobrado la fortuna que me arrebató robando a mi madre; que he sobrevivido a las galeras a las que me condenó y que ahora, en la plenitud de mi fuerza, me regodeo en su miseria y deshonor; dile también que la impotencia física que le ocasionó mi mano es la maldición del Dios de Israel, que ese tormento, peor que la misma muerte, le ha sido impuesto por sus crímenes. Comunícale que mi madre y mi hermana, a quienes denunció y llevaron a la

Torre Antonia para que la lepra hiciera presa en ellas, están libres gracias al poder del Nazareno, a quien tú tanto desprecias; le manifiestas (y que esto sirva también para tu gobierno) que cuando Sejano quiera despojarme no hallará nada, porque la herencia de Arrio, incluyendo la villa de Misénum, ha sido vendida, y el producto bien asegurado, colocado en valores que están fuera del alcance de su mano, por larga que la tenga; y que esa casa y los demás bienes, al igual que los buques y capital con que Simónides lleva su comercio, están salvaguardados por el imperio y garantizados: Sejano prefiere una ganancia moderada, pero segura, recibida como regalo voluntario, que mayores despojos alcanzados por la violencia y manchados de sangre; y si ello no fuera suficiente, dile que me quedaría el recurso de comprar la protección del César. Todo esto lo he aprendido en los atrios de la capital. Puedes comunicarle, asimismo, que unida a mi desprecio no quiero mandarle mi maldición en palabras; pero como apropiada expresión de odio implacable, le envío algo que va a parecer la esencia de todas las maldiciones; y si al llegar a esta parte del mensaje fija su mirada en ti y te hace repetirla, puedes añadir que su sutileza romana le indicará lo que quiero decirle. ¡Vete ya!

La acompañó hasta la puerta con ceremoniosa atención y mantuvo la cortina levantada hasta que la egipcia salió.

Capítulo Cinco

MIENTRAS ESTHER DUERME

Cuando Ben-Hur dejó a Iras, se apoderó de su espíritu un profundo desaliento; marchaba lentamente y cabizbajo, preguntándose cómo un hombre paralítico puede conservar el cerebro bastante claro para hacer mal. Como siempre sucede después de una desgracia, Ben-Hur evocaba el pasado en busca de su origen y de los hechos que podían haberla producido. El pensamiento de que nunca hubiera sospechado que la egipcia estuviera íntimamente ligada a Messala y que durante varios años él y sus amigos hubieran estado sin saberlo a merced de aquella mujer le hería en su orgullo de una manera insoportable.

—Ahora viene a mi memoria —se decía— que no pronunció una sola palabra de indignación para el despiadado romano de la fuente Castalia. Al contrario, le alabó aquella noche de la excursión por el lago del vergel de las Palmeras… Y el misterio de la cita del Iderneo ha dejado de serlo.

Afortunadamente, sólo su vanidad había sido herida, y esta clase de heridas pronto cicatrizan.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó en voz alta—. Gracias a Él, esta mujer no ha logrado conseguir más poder sobre mí. En realidad, creo que nunca la amé seriamente.

Habiéndose aligerado con estas palabras del peso que agobiaba su espíritu, avanzó más ágil hacia una escalera que ascendía hasta la azotea. Cuando llegó arriba pensaba: "¿Sería el padre cómplice de la doblez de la hija? No…, no… La hipocresía pocas veces tiene cabida en un hombre de edad avanzada… Baltasar es honrado". Una vez llegado a esta conclusión, se puso a pasear por la azotea. La imagen del hombre de Nazaret vino a su mente. El rostro delicado y melancólico de Cristo se le apareció vivísimo mientras se dirigía al antepecho del lado septentrional de la terraza. No había en aquella faz la menor expresión bélica, al contrario, se mostraba como el cielo de aquellas noches serenas, y Ben-Hur se interrogaba nuevamente: ¿qué clase de hombre es éste?

Lanzó una mirada al parapeto y paseó de nuevo como un autómata, llegando hasta el pabellón de verano, escasamente alumbrado. Al mirar desde fuera vio el sillón de Simónides, colocado de forma que pudiera contemplar una gran parte de la ciudad hacia la plaza del Mercado. "Ha vuelto el hombre bueno. Voy a hablarle si no duerme".

Entró y, con silenciosos pasos, se dirigió al sillón. Se asomó por encima del alto respaldo, y vio a Esther, que dormía acurrucada allí: una delicada figura cubierta con una pesada manta. Caía suelto su cabello sobre los hombros y la frente; su respiración entrecortada y afanosa se interrumpía de vez en cuando terminando casi en un sollozo. Intuía que aquel sueño no era el natural descanso al terminar el día, sino un refugio contra el sufrimiento. La naturaleza, piadosa con la juventud, envía a veces tal consuelo a los niños, y él siempre vio en Esther a una niña. Se apoyó en el respaldo del sillón y comenzó a reflexionar:

"No debo despertarla; nada tengo que decirle a no ser que es todo mi amor… Ella es hija de Israel como yo, y muy bella. ¡Nada tiene en común con la egipcia! Todo lo que en aquélla es vanidad es en Esther sencillez; todo lo que en la otra es egoísmo y ambición, es aquí abnegación. La cuestión no estriba en si yo la amo, sino en si ella me ama a mí. Siempre fue mi amiga. La noche de nuestra conversación en la azotea de su casa en Antioquía, ¡con qué candor infantil me suplicó que no me enemistara con Roma la poderosa y me hizo contarle la vida que llevaba en mi mansión de Misénum y en la gran ciudad! A fin de que no adivinara su inocente malicia, no dudé en besarla. ¿Recordará ella aquel beso? Yo… no. ¡La amo! En la ciudad no saben que yo he encontrado a mi familia. Siento habérselo dicho a la egipcia, pero esta niña se alegrará de su curación y las acogerá con amor y con dulces caricias. Para mi madre será una nueva hija y Tirzah encontrará en ella una hermana. Voy a despertarla y decírselo todo… Pero ¿y la egipcia? No, no puedo cometer una locura… Esperaré otra ocasión; sí, esperaré tiempos mejores. Adiós, hermosa Esther, abnegada hija de Judá".

Y, tan silenciosamente como había entrado, se retiró.

Capítulo Seis

LA TRAICIÓN

La gente llenaba las calles o se agolpaba en derredor de las hogueras, donde se asaban los corderos, con gran alborozo y alegres cánticos. El olor de la carne asada se unía al de la madera de cedro y el humo llenaba el aire. Todo hijo de Israel se consideraba aquellos días hermano de cualquier otro israelita; la hospitalidad era amplia y cordial. Ben-Hur al pasar era saludado por todo el mundo y a cada instante le rodeaban, y le invitaban a que participara con ellos de la Pascua:

—Quédate con nosotros. ¿No somos todos hermanos en el amor del Señor?

Pero él, agradeciéndolo, se alejaba, presuroso, pues pensaba tomar los caballos en el khan para volver al lado de los suyos.

Forzosamente tenía que pasar por aquella vía que bien pronto iba a hacerse inmortal por los dolorosos recuerdos que dejaría. En ella se celebraba con gran pompa la festividad religiosa. Mirando desde uno de sus extremos, vio unas antorchas cuyas llamas ondeaban al viento como gallardetes y que, al parecer, se iban acercando; observó, además, que a su paso enmudecía la gente, y su asombro se acrecentó cuando entre el humo vio brillar el centelleo de las picas romanas. ¿Qué tenían que hacer aquellos burlones legionarios en medio de una ceremonia religiosa puramente judía? Como el hecho era insólito, Ben-Hur se detuvo para saber de qué se trataba.

Brillaba la luna con todo su esplendor en el firmamento; pero como ni su clara luz ni la de las hogueras y antorchas era suficiente para iluminar bien la calle, muchos llevaban linternas. Se le ocurrió de pronto que aquellas luces podían tener algún designio y para cerciorarse se apostó en un lugar por donde tenía que pasar necesariamente el cortejo. Las antorchas y las linternas las llevaban unos esclavos, armados de gruesas mazas o cachiporras y otros con jabalinas. Servían de escolta y alumbraban el camino a dignatarios, ancianos, sacerdotes y rabinos de largas barbas, cejas espesas y corva nariz. Eran, en fin, personajes de la clase sacerdotal y del partido preponderante entonces en los concilios de Caifas y Anas. ¿Adonde se dirigían a aquellas horas? Con seguridad no iban al templo, pues más bien parecían venir de él. Y si el asunto que los guiaba era pacífico, ¿por qué protegerse con soldados?

Cuando empezó a llegar el cortejo al lugar donde se encontraba Ben-Hur, su atención se fijó en los tres personajes del centro. Los esclavos parecían concentrar sus cuidados en ellos, demostrándoles el mayor respeto. Reconoció en el grupo de la izquierda a uno de los jefes del servicio del templo y en el de la derecha a un sacerdote; pero no podía identificar al del centro, pues iba con la cabeza, abatida sobre el pecho y se apoyaba pesadamente en los hombros de los otros dos. Parecía más bien un prisionero que se encontrase aún bajo el influjo de la sorpresa de la detención y a quien condujeran a algún horrible suplicio o a la muerte. Los dignatarios que le asistían a derecha e izquierda, por cierta consideración que guardaban hacia él, dejaban ver que si no era él mismo la causa de aquello, estaba muy relacionado con ella. Ben-Hur se puso al lado de la comitiva y, llevado de la curiosidad, la siguió. ¡Si el hombre del centro levantara la cabeza!

Al fin lo hizo. La cruda luz de las linternas cayó de plano sobre una cara pálida, desencajada por el remordimiento o el miedo, hundidos los ojos e hirsuta la barba. En su constante velar por el Nazareno, Ben-Hur conocía a todos los discípulos tan bien como al Maestro. Así, al verlo delante, exclamó involuntariamente:

—¡Iscariote!

El hombre volvió despacio la cabeza hasta que sus ojos se fijaron en Ben-Hur; y sus labios se movieron como si quisiera hablar; pero el sacerdote, interponiéndose, le increpó:

—¿Qué buscas? ¡Fuera de aquí! —y empujó a Ben-Hur para hacerle a un lado.

El joven no se inmutó por esa rudeza, preocupado como estaba por la curiosidad que le inspiraba semejante procesión. Continuó de nuevo en su seguimiento a lo largo de la calle, entre la multitud que la ocupaba, desde el cerro de Bezeta hasta la Torre Antonia; luego prosiguió por el lado de la piscina de Betesda hasta la puerta del Carnero. Todas las calles estaban atestadas de gentes entregadas jubilosamente a la celebración de la Pascua.

A esta hora se hallaban abiertas y sin guardia las puertas. Cuando el cortejo salió de la ciudad, se encaminó hacia la profunda garganta del Cedrón, una de cuyas vertientes era el Olivete. Antes de que Ben-Hur decidiera si iría más lejos, la comitiva se encaminó hacia la garganta, lo cual espoleó aún más su curiosidad. ¿Qué propósito llevaría a aquellos hombres al fondo del torrente?

Golpeando ruidosamente con sus trancas y palos a un lado y a otro del sendero, llegaron al pie de un huerto de olivos, circundado por un muro de piedra que daba al camino. Ben-Hur distinguió algunos añosos y nudosos árboles, el suelo cubierto de hierba, y una pila o depósito excavado en la roca para extraer el aceite según la costumbre del país. Oyó de pronto unas voces que hablaban acaloradamente a la cabeza, de la comitiva, que retrocedió en confuso tropel.

Ben-Hur tardó pocos minutos en salir del cortejo y adelantarse hasta la cabeza, de la comitiva. Encontró un portillo y, mirando por él, vio a un hombre de blanca vestidura y con la cabeza descubierta, de pie ante aquella entrada; tenía cruzadas las manos y su delicado rostro encuadrado por una larga cabellera expresaba resignación y mansedumbre.

¡Era el Nazareno!

Detrás de él, junto al portillo, se encontraban los discípulos, muy excitados, formando grupo; su irritación contrastaba con la calma que demostraba el Maestro. La roja luz de las antorchas iluminaba su faz, dando a su cabello más resplandor que de costumbre, y la expresión de su rostro era la misma de siempre, dulce y compasiva. Frente a esta figura, que nada tenía de belicosa, estaba la turba ansiosa, pero llena de supersticioso temor y dispuesta, a la menor señal de enojo de aquel hombre, a huir y dispersarse. Ben-Hur lo comprendió en una rápida mirada. Allí estaba el delator y, frente a él, la víctima. Aquellos esclavos y los legionarios, armados con garrotes los unos y lanzas los otros, iban capitaneados por Judas Iscariote contra su Maestro. Y Ben-Hur, influido por su idea de un mesías puramente humano, se preguntaba: "¿Cómo va a defenderse?". Sin duda, sus sermones habían sido de paz y de buena voluntad, de amor y de obediencia, pero ¿seguiría ahora sus propias enseñanzas? Él era el Señor de la vida; una vez perdida podía devolverla con una palabra, un gesto, una mirada. ¿Cómo usaría ahora su poder?

Obstinado en medir al Nazareno con un criterio humano, Ben-Hur esperaba en esta circunstancia suprema una demostración de su fuerza prodigiosa y sobrenatural. Pero el Nazareno se limitó a preguntar con voz dulce y clara:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús de Nazaret —le repuso el sacerdote.

—Yo soy.

Estas sencillas palabras, dichas sin pasión ni miedo, hicieron retroceder a la turba y algunos, entre los más tímidos, se dejaron caer al suelo temblando. Posiblemente le hubieran dejado tranquilo, marchándose, a no ser por Judas, que se le acercó diciendo:

—Salve, Maestro. Y después de saludarlo, lo besó.

—Judas —dijo Jesús con dulzura—. ¿Por qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?

Como no respondía, el Maestro se dirigió de nuevo a la turba.

—¿A quién buscáis?

—A Jesús de Nazaret.

—Ya os he dicho que soy yo. Si sólo me buscáis a mí, dejad que éstos se marchen en paz.

Al decir estas palabras, los rabinos se adelantaron y, adivinando su intención, algunos de los discípulos por los cuales acababa de interceder le rodearon para defenderle; uno de ellos cortó de un tajo la oreja de uno de los que iban a prender a su Maestro, pero no lograron salvarle. ¡Y Ben-Hur no se movió! No. Ni tan siquiera cuando aquellos sicarios se acercaron con las cuerdas para atarle; ni siquiera al contemplar este acto de mansedumbre, quizás el último, de amor y de misericordia sobrehumana.

—No sufras más —dijo al hombre herido y, al solo contacto de su mano, lo sanó.

Amigos y enemigos se miraron atónitos; unos sorprendidos de que pudiese ejecutar tal acción; otros, de que la realizase en semejantes circunstancias. "Seguramente no se dejará prender", pensó Ben-Hur.

—Vuelve tu espada a la vaina; el cáliz que mi Padre me envía he de apurarlo hasta las heces.

Y después de pronunciar estas palabras a sus discípulos, se volvió hacia los que le perseguían y dijo:

—¿Por qué habéis venido a prenderme con palos y espadas como a un ladrón? Estuve entre vosotros todo el día en el templo y no levantasteis la mano contra mí; pero ésta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas.

Se envalentonó la ronda al fin y le rodeó; cuando Ben-Hur echó una mirada en busca de sus leales, vio que le habían abandonado y desaparecido todos. En torno al hombre abandonado se arremolinaba ahora la turba rencorosa, que lo hostigaba con sus gritos y amenazas. En algunos momentos, por encima de las cabezas y a través del humo que despedían las antorchas, divisaba por un instante al imperturbable prisionero, y su corazón se sentía oprimido al verle tan desamparado de sus amigos. Aún no había dejado de creer que aquel hombre, que podía aniquilar a sus enemigos con un soplo, con una sola mirada, se defendería en el último momento. Pero el Hijo de Dios ni tan siquiera lo intentó. ¿Qué cáliz era ese que el Padre le había dado a beber? ¿Y qué Padre era ese al que tenía que obedecer hasta tal punto? Misterio sobre misterio, un laberinto de extraños enigmas.

La plebe se puso en marcha, de vuelta a la ciudad, guiada por los soldados. Ben- Hur estaba inquieto, insatisfecho de sí mismo. No veía al Nazareno, pero sabía que debía de ir en medio del grupo que llevaba las antorchas, y sintió un deseo irresistible de acercarse a él y verlo. Quería hablarle. Despojándose del manto y el paño que cubría su cabeza, los arrojó por encima del muro del huerto y se mezcló atrevido entre la turba. Fue abriéndose paso con grandes esfuerzos hasta el hombre que llevaba los extremos de la cuerda con que iba atado el prisionero.

Caminaba éste lentamente, con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos atadas a la espalda; le caían los cabellos sobre la frente y caminaba encorvado, extraño a cuanto le rodeaba. A pocos pasos delante de él iban los sacerdotes y los ancianos, hablando con ardor y volviendo de vez en cuando sus miradas al prisionero. Cuando ya estaban cerca del puente, sobre el pozo, Ben-Hur quitó la cuerda de manos del esclavo y, acercándose a Jesús, le dijo apresuradamente al oído:

—Maestro, Maestro… ¿Me oyes, Maestro? Una palabra, una sola. Dime…

El esclavo a quien había quitado la cuerda protestó, queriendo recobrarla.

—Dime —continuó Ben-Hur—, ¿vas de buen grado con estos hombres?

Amenazadora, la turba le rodeó.

—¿Quién eres tú? —le gritaba—. ¿Qué quiere ese hombre?

—¡Oh Maestro! —se apresuró a decir Ben-Hur, con voz llena de ansiedad—. Soy tu amigo y tu discípulo. Dime, te lo suplico: si te presto auxilio, ¿lo aceptarás?

No levantó la cabeza, el Nazareno ni dio señales de haberle oído. La voz egoísta que cuando nos hallamos ante el que sufre nos grita a veces: "Déjalo; le han abandonado todos, el mundo reniega de él; abandonándose a su destino, se ha despedido de los hombres; déjale solo", esa voz, en esta ocasión, no logró convencer a Ben-Hur. Cayeron sobre él una docena de manos y los sicarios aullaron a su alrededor.

—¡Es uno de ellos! ¡Prendedle también; matadle a palos!

La cólera acrecentó sus fuerzas. Ben-Hur, rechazando con violencia a los que le cercaban, se abrió paso con un terrible molinete de sus potentes puños y, hecha jirones la túnica, casi desnudo e inundado de sudor, consiguió por fin refugiarse en el barranco, cuya sombra protectora, allí más oscura que en ninguna otra parte, le libró de la ira de la turba.

Cuando pasó el peligro, Ben-Hur fue en busca de su manto, que había dejado tras el muro del huerto, y volvió a la ciudad. En el khan donde se hospedaba, mandó ensillar su caballo y se dirigió a las tiendas junto a las tumbas de los reyes y, ya de camino, pensaba en ir a ver al día siguiente al Nazareno, sin sospechar que el desamparado era conducido aquella misma noche a casa de Anas, para ser juzgado enseguida.

Tan afligido estaba el corazón del joven cuando se dejó caer en el lecho que no pudo dormir en toda la noche; entonces se le presentaba con toda claridad como un sueño vano la renovación del reino de Israel. Nada más horrible que ver desplomarse una a una las columnas de nuestras esperanzas; pero cuando todo se derrumba dando signos de catástrofe y el espíritu sabe soportar el desastre con calma, es porque está dotado de un temple superior. Y Ben-Hur no había conseguido ese grado de fortaleza espiritual. Imaginándose el futuro, comenzó a entrever las escenas de una vida plácidamente bella en su tranquilo hogar, con Esther por esposa, y una nueva crisis le acometió, crisis que iba a resolverse definitivamente a la mañana siguiente en su encuentro con el Nazareno.

Capítulo Siete

LA ASCENSIÓN AL CALVARIO

A la mañana siguiente, cerca de la hora segunda, llegaron a gran velocidad dos hombres en sus caballos, se apearon a la puerta de la tienda de Ben-Hur y dijeron que deseaban hablar con él.

—La paz sea con vosotros, hermanos —dijo, pues así llamaba a sus oficiales galileos y ambos lo eran—. ¿Queréis sentaros?

—No —dijo el de más edad, bruscamente—; no encuentro sosiego desde que sé que el Nazareno está condenado a muerte. Levántate, hijo de Judá, y ven con nosotros. Ha sido pronunciada la sentencia y el árbol de la cruz va a ser plantado en el Gólgota.

Ben-Hur se quedó atónito.

—¡La cruz! —fue todo lo que pudo decir en su abatimiento.

—Anoche le prendieron y fue sentenciado enseguida —continuó el oficial—. Apenas amaneció le llevaron ante Pilatos. Dos veces consecutivas se negó a reconocerle culpable; por dos veces quiso dejarle ir libre. Pero, por fin, después de lavarse las manos, les dijo: "Sobre vuestra conciencia recaiga este crimen"; y ellos respondieron:

—¿Quiénes respondieron?

—Todos, los sacerdotes y el pueblo: "Caiga sobre nosotros su sangre; sobre nosotros y nuestros hijos".

—¡Santo padre Abraham! —exclamó Ben-Hur—. ¿Cuándo se ha visto a un romano más humano con un israelita que sus hermanos de raza? ¿Quién podrá lavar la sangre que ha caído sobre ellos? ¡No puede ser! Ha llegado la hora suprema del combate.

Brilló la decisión en su rostro y, apretando con fuerza los puños, llamó:

—¡Los caballos, enseguida!

Al árabe, que había acudido a su llamada, le dijo:

—Dile a Amrah que prepare mis vestidos y tráeme la espada. Ha llegado la hora de morir por Israel. Esperad fuera hasta que salga.

Comió una rebanada de pan, tomó una copa de vino y enseguida estuvo dispuesto para montar a caballo.

—¿Adonde quieres ir? —preguntó el galileo.

—A juntar las legiones.

—¡Ay! —replicó el hombre, levantando las manos.

—¿Qué significa eso?

—Amo mío —replicó el oficial, sonrojándose—, este amigo y yo somos los únicos que hemos permanecido fieles. Los demás se han unido a los sacerdotes.

—¿Y qué es lo que pretenden? —preguntó Ben-Hur, tirando de las riendas.

—La muerte.

—¿La del Nazareno?

—Tú lo has dicho.

Ben-Hur miró a uno y después al otro, sin poder creerlo.

El eco de las palabras oídas la noche anterior resonaba en sus oídos: "El cáliz que mi Padre me tiende he de apurarlo hasta las heces". Recordó la pregunta que había murmurado al Nazareno: "Si te presto auxilio, ¿lo aceptarás?". Y ahora se decía: "Su muerte es inevitable; desde que empezó su misión, camina con pleno conocimiento hacia ella; le ha sido impuesta por un poder más alto que el suyo. ¿Y de quién puede proceder sino de Dios? Si Él lo consiente, si va a la muerte por su propia voluntad, ¿quién podrá impedirla? ¿No es indudable que todas mis fatigas, todos los tesoros derrochados no habrían sido más que una impía lucha contra la voluntad del Señor?". Cuando de nuevo empuñó las riendas y dijo: "Adelante, hermanos", no veía ante sí más que incertidumbre y duda. Sus facultades se replegaban vacilantes, en esa indecisión que ahoga todo heroísmo: no era capaz de tomar una resolución enérgica.

—En marcha, hermanos; vamos al Gólgota.

Por el camino tropezaron con grupos que hablaban con gran excitación y que, como ellos, se dirigían hacia el sur. En la parte occidental se notaba una efervescencia inaudita. En el valle, un poco más abajo de la piscina de Ezequías, tan densa era la multitud que, no pudiendo abrirse paso, tuvieron que desmontar y refugiarse tras la esquina de una casa. Les parecía hallarse ante la impetuosa corriente de un río, tal era el continuo flujo y reflujo de la gente. Por espacio de una hora, la corriente pasó por delante de Ben-Hur y de sus compañeros en incesante oleada, agitada y ruidosa. Con razón pudo Ben-Hur decir al final:

—Mis ojos han visto todas las castas de Jerusalén, todas las sectas de Judea, todas las nacionalidades del mundo.

Hebreos de Libia, de Egipto, de Antioquía y del Rin, de todos los países de Oriente y de Occidente desfilaban sin interrupción a caballo y a pie, sobre camellos, en carros o en literas, en infinita variedad de trajes y con aquel maravilloso parecido que aún es hoy el rasgo característico de los hijos de Israel, a pesar de su expansión por todas las regiones del mundo. Desfilaban hablando todas las lenguas conocidas, agitados, ansiosos, atrepellándose, empujándose para contemplar cómo Jesús era crucificado entre los ladrones.

Pero no todos eran judíos; millares de griegos, romanos, árabes, sirios, africanos, persas y egipcios contribuían a engrosar esas filas. Viendo aquellas multitudes parecía que toda la tierra estuviera representada en el acto de la crucifixión. Llevaban impresa en el rostro la expresión del que espera asistir a un espectáculo terrible, a una repentina catástrofe, a una irreparable calamidad. Por esos signos, juzgó Ben-Hur que se trataba de extranjeros que habían venido a pasar la festividad de la Pascua en la ciudad, ajenos al castigo del Nazareno y que es posible que fueran amigos suyos.

Procedente de las grandes torres, llegó hasta Ben-Hur, débilmente al principio, después más claro, el griterío de muchos hombres.

—¡Atención! ¡Ya están aquí! —le dijo uno de sus amigos.

El pueblo se detuvo un instante para escuchar; cuando el clamor se sintió más cerca, se miraron los unos a los otros, asustados, y continuaron su camino. Todo el ámbito resonaba lleno de gritos cuando Ben-Hur vio a los criados de Simónides, que transportaban a su amo en un sillón, y a Esther, que caminaba a su lado. Una litera cubierta los seguía.

—La paz sea contigo, ¡oh Simónides!, y contigo, Esther —dijo Ben-Hur, acercándose a ellos—. Si vais al Gólgota, deteneos aquí hasta que termine el desfile y yo os escoltaré después. Descansad a la sombra de esta casa.

El comerciante estaba cabizbajo.

—Díselo a Baltasar —contestó—; su voluntad será la mía. Está en esa litera.

Presuroso, Ben-Hur levantó las cortinas. Dentro iba tendido el egipcio; su rostro estaba pálido y demacrado como el de un cadáver. Preguntó con voz apenas perceptible si podrían verlo.

—¿Al Nazareno? Sí; pasará a pocos pasos de nosotros.

—¡Oh Señor! ¡Dios quiera que pueda verle una vez más, una sola vez! ¡Qué día más terrible para el mundo!

Poco más tarde, toda la comitiva esperaba tras la casa.

Aunque con gran fatiga, descendió Baltasar de la litera y permaneció en pie, sostenido por un esclavo. Esther y Ben-Hur se colocaron al lado de Simónides. Cruzaron pocas palabras, temiendo, sin duda, comunicarse sus pensamientos. Continuaba más denso que antes el desfile y los gritos resonaban muy cercanos, altos, despiadados, escarnecedores.

—¡Mirad! —gritó Ben-Hur, con amargura—. Es toda Jerusalén la que rodea ahora al Nazareno.

Un ejército de mozalbetes venía aullando y vociferando:

—¡El Rey de los judíos! ¡El Rey de los judíos!

Después de mirarlos, dijo Simónides, con voz grave:

—Cuando lleguen a ser nombres, hijo de Hur, ¡qué desgracia para la ciudad de Salomón!

Una escolta de legionarios con relucientes armaduras seguía en apretadas filas, tranquilos e indiferentes.

Después venía el Nazareno.

Iba casi agonizante. Tropezaba a cada paso, como si fuera a caer. El manto sucio y completamente desgarrado pendía hecho trizas sobre la sencilla túnica gris. Los pies desnudos iban dejando huellas sangrientas sobre el empedrado. En una tablilla colgada del cuello había una inscripción y una corona de espinas ornaba su frente, produciéndole terribles heridas de las que fluían hilillos de sangre que se coagulaban en el rostro y en el cuello; el rostro estaba cubierto de una palidez cadavérica. Llevaba atadas las manos. Durante el camino recorrido por la ciudad, exhausto, agotado por la fatiga, bajo el pesado leño de la cruz, del que debía ser portador hasta el lugar del suplicio, según mandaba la ley, varias veces había caído al suelo. Un campesino de Cirene le ayudaba ahora a llevar el peso. Cuatro soldados iban apartando la plebe a su paso y a pesar de ello ésta lograba acercarse y escupirle y herirle con los palos. Ni una sola queja salía de sus labios, ni un gemido, ni una protesta. Al pasar por delante de Ben-Hur y de su gente, levantó hacia ellos sus ojos. Esther se abrazó a su padre, escondiendo la cabeza en su pecho, y Simónides, a pesar de su voluntad férrea, se estremeció. Baltasar cayó al suelo, sin fuerzas para lanzar un solo grito.

Del pecho de Ben-Hur se elevó un grito:

—¡Oh Dios mío! ¡Oh Dios mío!

Como si supiese los sentimientos que les embargaban o hubiese oído la exclamación, el Nazareno volvió su dolorida faz y los miró uno tras otro, con una expresión que no olvidarían nunca. Comprendió entonces que pensaba en ellos, no en sí mismo, y que los ojos expresaban la bendición que sus labios no proferían. Simónides no pudo por menos de exclamar:

—Hijo de Hur, ¿dónde están tus legiones?

—Pregúntalo a Anas; podrá responderte mejor que yo.

—¡Cómo! ¿Traidores?

—Todos, excepto estos dos.

—Entonces todo se ha perdido y el Justo morirá.

Se contrajo de dolor el rostro del comerciante y su cabeza, cayó sobre el pecho. Había participado en la obra de Ben-Hur y, como él, experimentaba una angustia infinita al ver sus risueñas esperanzas desvanecidas para siempre.

Tras el Nazareno iban dos hombres cargados con sus cruces al hombro.

—¿Quiénes son ésos? —preguntó Ben-Hur a los galileos.

—Ladrones que han sido condenados a morir al mismo tiempo que Jesús.

Un mitrado, recubierto de oro y pedrería, revestido con los ornamentos de sumo sacerdote y caminando a grandes y arrogantes pasos, seguía detrás de los sentenciados. Le escoltaba la guardia del templo y, tras el grupo, el Sanedrín y una larga fila de sacerdotes vestidos con túnicas blancas sobre las que destacaban amplias sobrepellices de fastuosos colores.

—El yerno de Anas —dijo Ben-Hur en voz baja.

—¡Caifas! Le he visto —replicó Simónides, después de una corta pausa; y contempló pensativamente al altivo pontífice—. Y me convenzo ahora, con la absoluta certeza que proviene de la más clara percepción del espíritu, de que Aquel que camina con la inscripción al cuello es, realmente, lo que el título proclama como burla: el Rey de los judíos. Un hombre común, un falsario o un traidor nunca ha sido tratado así. Mirad, ahí están las naciones, ahí Jerusalén; Israel lo contempla. ¿No veis el efod, el manto azul con franjas, las borlas de oro y púrpura que no se han visto en la calle desde el día en que Jaddo salió al encuentro de Macedonio? Éstas son las pruebas fehacientes de que el Nazareno es el Rey. ¡Ojalá pudiera levantarme y postrarme a sus pies!

Se sorprendió Ben-Hur y su corazón se conmovió en lo más hondo ante el insospechado arranque de Simónides.

—Dile a Baltasar que debemos partir. Esto es una deshonra para Jerusalén.

Esther añadió:

—¿Quiénes son aquellas mujeres que lloran?

Siguiendo la dirección del dedo, vieron a cuatro mujeres deshechas en amargo llanto, una de las cuales se apoyaba en el brazo de un hombre cuyo rostro ofrecía alguna semejanza con el de Jesús.

Ben-Hur respondió:

—Ése es el discípulo más amado del Nazareno; la que se apoya en su brazo es María, la madre de Jesús; las otras son amigas del Galileo.

Esther siguió con los ojos empañados a las afligidas mujeres hasta que se perdieron entre el gentío.

El ruido ensordecedor de la multitud parecía el de las olas que golpean la costa en un día de tormenta, y era necesario dar grandes voces para ser oído.

Treinta años más tarde, el paisaje presentaría el mismo aspecto bajo el azote de las facciones que desolaron la Ciudad Santa. Eran los mismos elementos fanáticos y sanguinarios. Esclavos y camelleros, vendedores del mercado, guardianes de las puertas, hortelanos, vendedores de frutas y de vinos, prosélitos y forasteros no prosélitos, criados del templo y celadores, ladrones, malhechores y otros mil sujetos imposibles de catalogar, pero que, en ocasiones como éstas, no se sabe de dónde surgen, hambrientos, oliendo a cavernas y tumbas. Desnuda la cabeza y piernas y brazos al aire, aquellos desgraciados de enmarañada barba y sucios cabellos, cubiertos de túnicas pardas, tenían fauces de feroces bestias y como lobos se llamaban gritando.

Algunos llevaban espadas, otros blandían lanzas y jabalinas, pero la mayoría llevaban bastones y hondas, usando como proyectiles piedras cuidadosamente elegidas, metidas en unos saquitos que colgaban en el halda de sus andrajosas túnicas. Entremezclados aparecían personajes de alto rango; ancianos, escribas y rabinos, fariseos con túnicas de anchas franjas y saduceos ataviados de fino lienzo blanco. Eran los instigadores de la turba y quienes sugerían los gritos que repetía la multitud. Cuando las gargantas, cansadas de un solo grito, decaían, inventaban otro; si daban señales de fatiga, los resistentes pulmones les infundían nuevos bríos, y entre todo ese griterío sólo se distinguía el clamor de unos cuantos que se repetía continuamente:

—¡El Rey de los judíos! ¡Paso al Rey de los judíos! ¡El destructor del templo! ¡Blasfemo de Dios! ¡Crucificadlo!

Y de todos estos improperios, el último era el que siempre contaba con más adictos, porque sin duda expresaba de una manera más concluyente los deseos del populacho y su saña al Nazareno.

—Venid —dijo Simónides, cuando Baltasar estuvo repuesto—: Vámonos de aquí.

Ben-Hur no oyó la llamada. La gente cruzaba por delante de él, y su brutalidad le evocaba por contraste la dulzura del Nazareno, la inefable caridad que había demostrado siempre ante las miserias humanas. Y como unos pensamientos conducen a otros, evocó de súbito la época en que él mismo se encontraba en manos de un romano y caminaba hacia una muerte casi tan terrible como la de la cruz, cuando, desfallecido de sed y de fatiga, cayó ante el pozo de Nazaret y Él mitigó su sed; y por último, acudió a su mente el milagro del Domingo de Ramos.

Con estos recuerdos vino a mezclarse la conciencia de su propia ingratitud. Se reprochaba el no haber hecho todo lo que podía; hubiera sido necesario vigilar más a los galileos y sujetarlos a la obediencia; y ahora… era el momento de la acción. Un buen golpe, no solamente dispersaría aquella chusma y dejaría, libre al Nazareno, sino que sería un toque de corneta llamando a Israel a reconquistar la libertad tanto tiempo anhelada. Había llegado la oportunidad y no debía desaprovecharla. ¡Dios de Israel! ¿Estaba acaso todo perdido?

En aquel momento vio a un grupo de galileos y, abriéndose paso entre la muchedumbre, se acercó a ellos.

—Seguidme —les dijo—, tengo que hablaros.

Los hombres le siguieron. Cuando se hubieron alejado de la corriente humana, al abrigo de una esquina, les habló de nuevo:

—A vosotros os armé con espadas y me prometisteis luchar por la libertad y por el Rey que había de venir. Ahora es el momento preciso. Id, buscad por todas partes a los nuestros y decidles que acudan al pie de la cruz dispuestos a poner en libertad al Nazareno. ¡Daos prisa! ¿Qué os detiene? El Nazareno es el Rey, y si muere, la libertad morirá con Él.

Le miraron con respeto, pero ni uno solo se movió.

—¿Es que no oís? —les gritó.

Entonces, uno de ellos tomó la palabra y le dijo:

—Hijo de Judá —sólo le conocían por este nombre—, estás equivocado. El Nazareno no es el Rey ni tiene espíritu de tal. Cuando entró en Jerusalén estábamos a su lado; fuimos con él hasta el templo, pero él nos abandonó a los hijos de Israel y en la Puerta Bella volvió la espalda al Señor y rechazó el trono de David. No, no es Rey y Galilea no estará a su lado. Que muera, puesto que así lo ha querido. Y tú, hijo de Judá, oye bien lo que te decimos: estamos dispuestos a sacar la espada por la independencia e iremos a unirnos contigo al pie de la cruz.

¡Momento decisivo para Ben-Hur! Si él hubiese aceptado y pronunciado una palabra, ¿acaso la Historia no hubiera sido otra cosa de lo que ha sido? Pero entonces la Historia hubiera sido hecha por los hombres, no por Dios; algo que no fue nunca ni nunca será. La indecisión y la oscuridad envolvieron su espíritu sin saber cómo; más tarde lo atribuyó al Nazareno. Cuando Éste resucitó, entendió, en efecto, que la muerte fue precisa para la fe en la resurrección, sin la cual el cristianismo sería como un templo vacío. El desconcierto que nubló su espíritu le arrebató la capacidad de decidir; quedó perplejo y sin habla. Ocultándose la cara con las manos se estremeció a impulsos de la lucha interior que sostenían su voluntad y sus anhelos de toda la vida con aquel poder desconocido que pesaba sobre él.

—Ven; te estamos esperando —llamó Simónides por cuarta vez.

Marchó como un autómata detrás de la litera y del sillón de Simónides. A su lado caminaba Esther. De la misma manera que Baltasar y los Magos sus amigos habían sido impulsados el día que por primera vez se reunieron en el desierto, así caminaba ahora Ben-Hur, triste y cabizbajo.

Capítulo Ocho

LA CRUCIFIXIÓN

Cuando Simónides, Baltasar, Esther y él, acompañados de los dos galileos, llegaron al lugar del suplicio, Ben-Hur iba delante, guiándolos. Nunca pudo explicarse cómo consiguió abrirse paso entre la multitud, ni siquiera qué camino tomó. Marchaba inconscientemente, sin apercibirse de nada, sin un pensamiento de lo que sucedía a su alrededor, completamente vacía el alma. Un niño no habría sido menos impotente para impedir el terrible crimen de que iba a ser testigo. Los designios de Dios son siempre oscuros y la mayor parte de las veces impenetrables, tanto como los medios de que suele valerse.

En la cúspide de la colina, redondeada como un cráneo, había una pequeña extensión, árida, sin huella de vegetación y polvorienta. Rodeaba a este espacio una barrera de seres humanos que, a su vez, se sentía empujada por una multitud agitada y deseosa de presenciar el espectáculo. Un cordón de soldados romanos contenía a esta muralla viviente. Los soldados iban mandados por un centurión. Ben-Hur había sido empujado contra esa rígida muralla y podía contemplarlo todo.

La colina era llamada Gólgota por los antiguos caldeos, en latín Calvaría, Calvario en castellano, y ofrecía un raro espectáculo. A cualquier parte que dirigiera su mirada, Ben-Hur no veía ni un palmo de tierra, ni una roca, ni una sola brizna de hierba, sino un mar de rostros humanos. Tres millones de cabezas se removían allí; latían tres millones de corazones en sus respectivos pechos. Los ojos se dirigían con apasionado interés hacia la escena que se desarrollaba en la cumbre. Insensibles en cuanto a los ladrones, toda su atención se concentraba en la figura del Nazareno, objeto de su odio, de su temor y su curiosidad. Él, que a todos amaba ardientemente, estaba a punto de morir por todos. En lo más alto de la cima, destacándose sobre la muralla viviente que la circundaba, se hallaba el sumo sacerdote, rodeado de un grupo de dignatarios, de los que se distinguía por su mitra, sus ricos atavíos y su aire soberbio. La soldadesca había añadido el escarnio a la tortura agregando una caña a modo de cetro a la corona de espinas.

El griterío llegaba hasta Él como oleadas que se estrellan contra las rocas. Aullidos, risas y maldiciones se le dirigían por todas partes y todas las miradas estaban fijas en Él. Fuese compasión, o cualquier otro sentimiento que lo agitase, advirtió Ben-Hur que en su interior se verificaba un cambio. Comenzaba en su alma a alborear algo más grande y mejor que esta vida, algo más elevado que podía comunicar a un cuerpo debilitado fuerzas para resistir los mayores tormentos morales y físicos y aun para soportar en silencio la muerte. Quizá la noción de otra vida más pura que ésta, la de aquella vida del espíritu de la cual Baltasar hablaba con tanta seguridad, se abría paso en su mente. Entonces le pareció oír a través de los aires, o quizá recordó las palabras de Cristo: "Yo soy la resurrección y la vida". Y en sus oídos resonaron estas palabras; eran como una luz delante de sus ojos y adquirían un sentido nuevo y profundo en su alma. Y, clavando Ben-Hur sus ojos en la figura del ajusticiado, se preguntaba: "¿Qué es la resurrección? ¿Qué es la vida?". "Yo soy", parecía, responderle la figura. Se sintió entonces como aligerado de un gran peso y lleno de una paz jamás sentida, la paz que pone fin a la duda y a la incógnita, principio de la fe y del amor.

El ruido del martillo le despertó de este sueño. Vio entonces en lo alto de la colina lo que hasta aquel momento le había pasado inadvertido: obreros y soldados preparaban las cruces. Estaban ya dispuestos los hoyos para plantarlas y ahora se entretenían en ajustar el madero transversal al vertical.

Oyó que el sumo sacerdote le decía al centurión:

—Éste —señalando al Nazareno— debe morir y ser enterrado antes de la puesta del sol, para que la tierra no sea profanada. Así lo ordena la ley.

Un soldado se acercó al Nazareno, y le ofreció de beber, pero éste lo rehusó. Se adelantó otro y le arrancó la tablilla del cuello en la que había la inscripción y la colocó en lo alto de la cruz.

—Las cruces ya están dispuestas —dijo el centurión al pontífice. Éste contestó:

—El blasfemo debe ser el primero. Ahora lo veremos. Si es Hijo de Dios puede salvarse a sí mismo…

La multitud, que había presenciado todos los preparativos, y que con incesantes gritos de impaciencia asaltaba la colina, al llegar al momento supremo enmudeció.

Los condenados iban a ser clavados en sus cruces.

Corrió a través de la multitud un estremecimiento cuando los soldados pusieron la mano sobre el Nazareno; los más brutales dieron un paso atrás llenos de espanto. Muchos dijeron después que el aire, que se enfrió de pronto, era la causa que les había hecho temblar.

—¡Qué tranquilo está! —dijo Esther, rodeando con sus brazos el cuello de su padre; y éste, rememorando las torturas que él había sufrido, ocultó la cabeza contra el pecho de su hija.

—¡No mires, Esther, no mires! —exclamó agitado—. Todos cuantos contemplen su suplicio, sean culpables o inocentes, quedarán para siempre malditos.

Baltasar cayó de rodillas.

—Hijo de Hur —dijo Simónides, con creciente excitación—. Si Jehová no tiende a Israel su mano, estamos perdidos… ¡Perdidos sin remisión!

Sosegadamente replicó Ben-Hur:

—Acabo de salir de un sueño, ¡oh Simónides!, y ahora comprendo el porqué y cómo ha de consumarse todo esto. Es la voluntad del Nazareno, que es la voluntad de Dios. Sigamos el ejemplo del egipcio: resignémonos y oremos.

Cuando volvió de nuevo sus ojos hacia la cumbre, las mismas palabras alumbraron su espíritu en medio del silencio solemne de la noche: "Yo soy la resurrección y la vida".

En lo alto de la colina continuaba la obra de la crucifixión. Los soldados despojaron al Nazareno de sus vestiduras, y quedó desnudo ante los ojos de millones de espectadores. Las cárdenas huellas de los golpes recibidos aquella misma mañana se marcaban fuertemente sobre su cuerpo ensangrentado. Sin la menor piedad fue extendido sobre la cruz, boca arriba, y sobre el madero transversal le estiraron los brazos. Los clavos eran agudos; pocos martillazos necesitaron para atravesar las delicadas palmas de sus manos y penetrar profundamente en el madero. A continuación, colocaron sus pies de forma que la planta de uno descansara sobre el otro y los clavaron con un solo clavo. Los golpes sordos del martillo se percibían distintamente, y el que no podía oírlos los veía golpear y se estremecía de horror.

Pero no se oyó ni un solo gemido de la víctima, ni un grito, ni una sola palabra, ni una súplica, nada, en fin, de lo que un enemigo o amigo pudiera burlarse o afligirse.

—¿Hacia dónde lo orientamos? —preguntó con aspereza un soldado.

—Cara al templo —contestó el pontífice—. Al morir, podrá contemplar de este modo la casa santa que él quería destruir.

Cogieron la cruz, y la llevaron con el Mártir al sitio donde habían de colocarla. A una señal del pontífice la izaron, plantándola en el hoyo, y el cuerpo del Nazareno se estremeció al colocarle en él. Cayó pesadamente, pendiente de las manos ensangrentadas, pero ni aun el dolor de la sacudida, terrible, hizo brotar una exclamación de sus labios; únicamente, como un suspiro, las palabras más sublimes que ha pronunciado jamás lengua humana en semejante trance: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

La cruz, descollando sobre cuanto la rodeaba, destacaba negra sobre el fondo azul del cielo, y con un aullido de salvaje alegría fue acogida su aparición. Como un solo grito, arrancado a miles de espectadores, vibró en el aire el lema burlón y fatídico:

—¡Rey de los judíos! ¡Rey de los judíos!

Comprendiendo el pontífice el alcance que podía tener este grito, ordenó que quitasen la tablilla que pendía de la cabeza del crucificado, pero fue en vano. Y el Rey, con el título que le correspondía, pudo mirar con sus mórbidos ojos aquella ciudad de sus padres que se extendía a sus pies y que, de forma tan ignominiosa, lo había expulsado y renegado de él.

El sol estaba ya muy alto y sus rayos teñían de oro las colinas y revestían de púrpura la silueta de las lejanas montañas. Un velo pareció tenderse de pronto, envolviendo la tierra en prematuro crepúsculo que fue acrecentándose más y más, dejando atónitos a los espectadores. El silencio sucedió a los gritos. Las gentes, sorprendidas, volvían sus ojos al sol y al cielo, que súbitamente tendía sobre ellas un lóbrego velo. Las montañas desaparecían entre las sombras, como para ocultar a los ojos del universo el espectáculo del terrible drama.

—Es sólo un poco de niebla, una nube pasajera —dijo Simónides a Esther, intentando calmarla, pues la veía muy asustada—. Pronto pasará.

Pero Ben-Hur creía otra cosa muy diferente.

—No es niebla ni nube —exclamó—; los espíritus del aire, los profetas, los santos, tratan de ocultar la ignominia de este espectáculo. Estoy seguro, ¡oh Simónides!, de que, así como Dios existe, Aquel que cuelga de la cruz es el Hijo de Dios.

Y mientras Simónides reflexionaba, atónito por aquellas palabras, Ben-Hur se acercó a Baltasar, arrodillado allí cerca, y, colocándole una mano sobre los hombros, dijo:

—¡Oh sabio egipcio, escúchame! ¡Sólo tú tenías razón! El Nazareno es en verdad el Hijo de Dios.

Con voz débil respondió Baltasar:

—Yo le vi en el pesebre cuando no era más que un niño: no es raro que le haya reconocido antes que tú. Pero ¿por qué me ha sido dado ver este día? ¿Por qué no ha llegado antes la muerte? ¡Feliz Melchor! ¡Feliz Gaspar!

—¡Ten valor! —exclamó Ben-Hur—. Seguramente, ellos están aquí también.

La oscuridad se hacía más densa a cada instante, sin que por eso el trabajo del monte se interrumpiera. Uno tras otro, ambos ladrones fueron levantados sobre sus cruces y éstas plantadas en sus respectivos hoyos. Risas de burla ascendían hasta el Nazareno.

—¡Ja, ja, ja! ¡ ¡Sálvate si eres Rey de los judíos! —gritó un soldado.

—Sí —dijo un sacerdote—, desciende de la cruz y creeremos en ti.

Otros decían meneando la cabeza:

—Podía destruir y reedificar el templo en tres días y no puede salvarse a sí mismo.

Nadie ha sabido valorar jamás la potencia de los prejuicios. El Nazareno nunca hizo mal alguno a nadie; al contrario, había amado al pueblo; la mayor parte lo veía ahora por primera vez y, sin embargo, ¡qué contradicción!, lo llenaba de insultos y de improperios, y sentía piedad en cambio por los ladrones. Las tinieblas, que se cernían cada vez más espesas, asustaron a Esther, así como a muchos millares de espectadores más valientes y fuertes que ella.

—Vámonos a casa —rogó dos o tres veces—. Padre, ésta es la amenaza de Dios. ¿Quién sabe qué cosas tan horribles pueden suceder? Tengo mucho miedo.

Simónides era muy testarudo. Hablaba poco, pero parecía muy excitado. Viendo que hacia la hora primera había disminuido la gente agrupada en torno a la cruz, rogó que se acercaran más a la cima. Ben-Hur tomó del brazo a Baltasar, pero éste subió la cuesta sin dificultad. El Nazareno no era visible. Sólo se distinguía una figura confusa clavada en la cruz, pero podían oírle y, en efecto, hasta ellos llegaban los suspiros que revelaban un mayor agotamiento que el de sus compañeros, quienes de vez en cuando gritaban o gemían. La segunda hora pasó como la primera, horas de injurias y de retos para el Nazareno, y Él moría lentamente. Durante ese tiempo, habló sólo una vez. Algunas mujeres se arrodillaron al pie de la cruz. Entre ellas reconoció a María, en compañía del discípulo preferido.

—Mujer —dijo levantando la cabeza—, he aquí a tu hijo.

Y al discípulo.

—He ahí a tu madre.

A la hora tercia aún se agolpaba gran cantidad de gente alrededor de la cruz, como atraída por un poderoso imán. Pero ahora estaba tranquila; sólo de vez en cuando se oía un grito. Los que se acercaban al Nazareno pasaban silenciosos, y en silencio lo miraban. Este cambio se observó hasta en los guardianes, que poco antes habían sorteado las vestiduras del ajusticiado. Oficiales y soldados formaban ahora un pequeño grupo, cuidándose más del crucificado que de la gente. Si un suspiro arrancaba de sus labios exangües, si hacía un movimiento con su cabeza en el paroxismo de su dolor, estaban enseguida alerta.

Asombroso fue el cambio que se operó en el sumo sacerdote y su séquito, jueces y demás perseguidores del Nazareno. Cuando fue completa la oscuridad, comenzaron a desanimarse. Entre ellos había algunos versados en astronomía y en los fenómenos celestes, a los que las gentes temían tanto en aquellos tiempos. Una gran parte de su ciencia la habían heredado de sus antepasados, que habían vivido en cautiverio, y tenían oportunidad de aplicarla al servicio del templo. Todos ellos, cuando el sol comenzó a velarse y las montañas y collados desaparecieron de su vista, se reunieron en torno al pontífice, discutiendo sobre el fenómeno.

—La luna está en su plenilunio —decían—, y esto no puede ser un eclipse.

Y no pudiendo explicar aquello que a todos atemorizaba, ni consiguiendo comprender la oscuridad creciente, comenzaron a relacionarla con la muerte del Nazareno, sintiéndose invadidos de un terror secreto. Escudados tras los soldados, acechaban cada palabra y cada gesto del crucificado, diciéndose en voz baja:

—Ese hombre bien podía ser el Mesías; y entonces…

Ben-Hur, a quien aquel extraño sentimiento de paz no había abandonado, rogaba al Señor que apresurara el fin. Comprendía lo que pasaba en el espíritu de Simónides, en quien la fe libraba batalla con la duda; veía su ancha frente surcada de arrugas por el trabajo interior del pensamiento, y tampoco se le escapaba la atención de Esther, que procuraba alejar sus terrores para cuidar a su padre.

—No temas —le decía éste— y fíjate bien en cuanto sucede. Aun cuando vivieras dos veces más que yo, no verías nunca otra maravilla igual. Esperemos hasta el final; tal vez seamos testigos de otra revelación.

Cuando la hora tercera estaba casi a mitad, algunos hombres de los más envilecidos, habitantes de las cavernas de las afueras de la ciudad, fueron a colocarse ante la cruz.

—Ahí está —dijo uno—; ahí tenéis al nuevo Rey de los judíos.

Gritaron los demás, riendo:

—¡Salve, salve, Rey de los judíos!

—Si verdaderamente eres el Rey de los judíos, el Hijo de Dios, baja de la cruz y sálvate.

Y también uno de los ladrones, dejando de quejarse, le dijo:

—Si en verdad eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros.

El pueblo se rió y aplaudió; pero, mientras aguardaban la respuesta, se oyó al otro malhechor que increpaba al primero:

—¿Aún ahora no temes a Dios? Nosotros hemos recibido el justo castigo por nuestros delitos, pero este hombre no ha hecho mal alguno.

Los espectadores quedaron asombrados. Siguió el silencio, que interrumpió el segundo malhechor, que, dirigiéndose al Nazareno, suplicó:

—¡Oh, Señor, acuérdate de mí cuando entre en tu reino!

Simónides se estremeció.

—¡Cuando entre en tu reino! —exclamó. Era ésa, exactamente, la respuesta a la duda que angustiaba su mente en aquel instante; la duda sobre la cual tanto había discutido con Baltasar.

—¿Has oído? —dijo, volviéndose, Ben-Hur—. El reino no puede ser de este mundo. Ese testimonio, a las puertas de la muerte, afirma que este Rey tomará posesión de su reino. Es esto precisamente lo que he oído en mis sueños.

—¡Silencio! —exclamó Simónides en tono imperioso. En aquel instante, el Nazareno respondió con voz límpida y clara:

—En verdad, en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.

Juntó las manos Simónides y exclamó:

—No más, no más. ¡Dios mío! Han desaparecido las tinieblas que cubrían mi espíritu. Como Baltasar, veo con los ojos de la verdadera fe.

Por fin había conseguido una merecida recompensa. Su cuerpo, deformado por el tormento, jamás curaría y el recuerdo de los pasados suplicios sería imborrable; pero de pronto ante sus ojos se aparecía una nueva vida más bella que la de aquí abajo y cuyo nombre era el de paraíso. El reino que soñaba lo encontraría en él y asimismo el Rey por quien tanto había trabajado. Una infinita paz invadió todo su ser. Entonces, los doctores y sacerdotes, agrupados alrededor de la cruz, se sentían presa de consternación y espanto. Habían condenado al Nazareno por haber predicado que era el Mesías, y he aquí que en la misma cruz, y con más certeza que nunca, no sólo no se vengaba, sino que aseguraba el goce de su Reino a un malhechor. Por eso se estremecían ante las consecuencias de su acto. Hasta el soberbio pontífice tembló de miedo.

¿De dónde, sino de la verdad, sacaba aquel hombre tan segura convicción? ¿Y de quién proviene la verdad, sino del mismo Dios?

Cada vez respiraba con más fatiga el Nazareno. Sus suspiros eran ya más bien estertores de agonía. ¡Tres horas clavado en la cruz e iba a morir!

Cundió la noticia de boca en boca, y todos callaron; el viento cesó de soplar, un sofocante calor se unía a la oscuridad. Nadie habría dicho que en aquellas colinas se estremecían tres millones de personas presas del terror. ¡Tan silenciosas estaban! Entonces, los que se encontraban más cercanos al lugar del suplicio oyeron un grito de desesperación del moribundo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

La voz produjo un estremecimiento en cuantos lo oyeron. Ben-Hur se sintió sobrecogido en lo más hondo.

Habían llevado los legionarios en una vasija una mezcla de agua y vinagre y la colocaron a poca distancia de la cruz. Con una esponja empapada en este líquido y atada al extremo de una caña podían humedecer la lengua de los condenados. Ben- Hur recordó el sorbo de agua que había recibido de manos del Crucificado en el pozo de Nazaret y un impulso lo llevó hasta el pie de la cruz; tomó la esponja, la sumergió en la vasija y corrió a Jesús.

—¡Déjale tranquilo! —gritó el pueblo, iracundo—. ¡Déjale!

Haciendo caso omiso de los gritos, continuó y humedeció los labios del moribundo. ¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!

En aquel instante, el rostro, que Ben-Hur había visto magullado y negruzco de sangre y polvo, resplandeció con un brillo sobrenatural, se abrieron sus ojos y se fijaron en algo que sólo ellos veían, dirigidos como estaban hacia el cielo; y hubo contento, alivio y victoria en sus palabras.

—¡Todo ha concluido! ¡Todo ha concluido!

Así celebra su propia victoria un héroe que sucumbe después de un hecho heroico. Se apagó al fin la luz de sus ojos; fue cayendo lentamente sobre el agotado pecho la cabeza, coronada. Ben-Hur pensó que había terminado el drama, pero el alma desfallecida del crucificado haciendo un supremo esfuerzo pronunció con débil voz estas palabras:

—Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Su cuerpo y su divina misión, juntamente con su vida terrena, terminaron definitivamente. Aquel corazón, tan lleno de amor, estaba agotado. Sólo de ello, ¡oh lector!, murió aquel hombre.

Volviéndose Ben-Hur hacia sus amigos, dijo simplemente:

—Todo ha terminado. Ha muerto.

Con una rapidez increíble se propagó la noticia. Nadie la repetía en voz alta; sólo como un murmullo descendió del Gólgota y se extendió en todas las direcciones, un murmullo que apenas era un leve rumor: "¡Ha muerto! ¡Ha muerto!". Y eso fue todo. Había conseguido el pueblo su deseo; el Nazareno había muerto. Y ahora se miraban unos a otros asustados; su sangre caía sobre ellos. Y mientras se contemplaban espantados, el suelo comenzó a temblar de tal manera que cada uno tuvo que apoyarse en su vecino para no caer; desapareció la oscuridad en un momento, y todos pudieron contemplar en lo alto de la colina las tres cruces, que, a impulsos del terremoto, se agitaban; pero la del centro atraía la atención más poderosamente: parecía dilatar sus brazos y alcanzar el mundo entero, elevándose hacia la altura del cielo. Y cada uno de los que se habían burlado del Nazareno, poniendo sobre Él su mano, pidiendo su muerte y siguiendo al séquito; cada uno de los que anhelaban su muerte, que estaban en relación de diez por uno, se sintieron marcados entre los demás y como perseguidos por las amenazas del cielo. Se dispusieron a huir y corrieron a caballo o en camello, en carro o a pie, como enloquecidos, llevando en su alma el tormento del delito cometido. El terremoto los perseguía, los derribaba, y, llenos de espanto con el estruendo de las grandes rocas que se partían y abrían bajo sus pies o chocaban entre sí, con pavoroso fragor, se golpeaban el pecho y gritaban. La sangre del justo, según su deseo, había caído sobre ellos. El indígena y el extranjero, el sacerdote y el seglar, el indigente y el saduceo y el fariseo fueron de la misma manera alcanzados y atropellados en su alocada carrera y cayeron en confuso revoltijo. No reconocieron autoridad alguna en el sumo pontífice, que fue derribado en la huida, desgarrándose sus vestiduras y manchando de barro sus bordados y franjas de oro y llenando su boca de polvo. Él era como todo su pueblo, igual ante la cólera de Dios; la sangre del Justo había caído sobre todos ellos.

Cuando brilló la luz de sol, la Madre del Nazareno, su discípulo y las piadosas mujeres que la acompañaban, el centurión y los soldados, Ben-Hur y sus amigos, eran las únicas personas que quedaron sobre la colina. No observaron la huida de la multitud; estaban demasiado absortos en sí mismos para fijarse en lo que les sucedía a los otros.

—Siéntate —dijo Ben-Hur a Esther, haciéndole un sitio a los pies de su padre—. Cúbrete los ojos, pero ten confianza en Dios, y en el espíritu de ese justo tan insensatamente asesinado.

—Sí —exclamó Simónides con solemnidad—, hablaremos de Él de hoy en adelante y siempre como el Cristo anunciado.

—Así sea —dijo Ben-Hur.

Una onda del terremoto sacudió la colina entera. Los gritos de los ladrones colgados en las vacilantes cruces eran horribles. Aunque aturdido a causa de las conmociones del suelo, Ben-Hur vio al buen Baltasar tendido en tierra e inmóvil. Corrió hacia él y lo llamó, pero no obtuvo respuesta alguna. El buen hombre estaba muerto. Recordó Ben-Hur haber oído un grito cerca, como respondiendo al que había dado el Nazareno en el supremo instante, pero entonces no reparó en ello. De allí en adelante, siempre creyó que el espíritu del egipcio acompañó al de su Maestro más allá de la muerte, hasta el reino del paraíso. Si en Gaspar dominó la virtud, y el amor en Melchor, seguramente Baltasar había sido, en el transcurso de su vida, ejemplo vivo de la fe, del amor y de las buenas obras.

Los restos de Baltasar fueron llevados a la ciudad, y trasladados al salón de los huéspedes. No quiso Ben-Hur confiar a un esclavo el cuidado de informar a Iras de lo ocurrido a su padre. Ahora que había quedado sola en el mundo, le inspiraba piedad y la perdonaba.

Sacudió las cortinas de la entrada y, aunque oyó el ruido de las campanillas que sonaron dentro, no obtuvo contestación; la llamó por su nombre, gritando, pero no obtuvo respuesta. Descorrió la cortina y penetró en la estancia; la egipcia no estaba allí. Subió con rapidez a la azotea en su busca, pero tampoco la encontró. Ninguno de los siervos la había visto en todo el día. Después de preguntar a los siervos y de rebuscar por toda la casa, volvió Ben-Hur al salón y ocupó el lugar que debía ocupar la hija al lado del cadáver.

Cuando pasó el dolor que produjo a los amigos la muerte del egipcio, y cuando, nueve días después de la curación de Tirzah y de su madre, Ben-Hur, cumplida la ley con exactitud, las llevó a casa, siempre juntos en la misma adoración, no volvieron a oírse desde aquel día sino los nombres sagrados que labios humanos pueden pronunciar:

Dios padre y Cristo hijo.

Capítulo Nueve

LA CATACUMBA

Habían transcurrido cinco años desde la crucifixión, y Esther, esposa de Ben-Hur, se encontraba en la fastuosa villa de Misénum. Era un caluroso mediodía de primavera y resplandecía el ardiente sol sobre los mirtos del jardín. Todo era allí de estilo romano, excepto las vestiduras de Esther, que eran de corte hebreo.

Sobre una piel de tigre, Tirzah y dos niños jugaban en la misma habitación; sólo por los cuidados con que los atendía hacía comprender que eran los hijos de Esther. El tiempo se había mostrado liberal con ésta y los años no habían hecho más que acrecentar su belleza. Al convertirse en señora de la villa se había realizado uno de sus sueños más anhelados.

Interrumpiendo esta dulce escena hogareña, entró un siervo, que le dijo:

—Hay una mujer en el atrio que desea hablar con el ama.

—Hazla pasar. La recibiré aquí.

Al cabo de breves instantes entró la extranjera. Se levantó, al verla, la hebrea, y ya iba a preguntarle, cuando palideció, vaciló y por último retrocedió un paso.

—Me parece que te conozco… Tú eres…

—Iras, la hija de Baltasar.

Esther ocultó su sorpresa y ordenó a un criado que trajese una silla.

—No, me voy enseguida —dijo Iras, con frialdad.

Las dos mujeres se miraron frente a frente. Esther era una hermosa mujer, una madre feliz, una esposa dichosa. La otra, su rival, se veía que había sido maltratada por la suerte, que le había sido adversa. El talle alto y flexible conservaba aún su huella impresa en toda su persona. El rostro estaba ajado, tenía los ojos enrojecidos y los párpados hinchados; pálidas y hundidas las mejillas; marchitos los labios, que tenían una expresión cínica y dura, y el desaliño que se notaba en toda su persona la envejecía prematuramente. Su traje estaba deslucido y sucio por el polvo del camino.

Rompiendo el silencio preguntó Iras:

—¿Son tuyos estos niños?

Esther repuso sonriendo:

—Sí. ¿Quieres hablar con ellos?

—Les daría miedo —respondió.

Después se acercó a Esther y, al ver que retrocedía, le dijo:

—No temas. Traigo un mensaje para tu marido. Dile que ha muerto su enemigo y que yo le he matado por las afrentas que me ha hecho sufrir.

—¿Su enemigo?

—Messala. Dile además, que, por todo el daño que le he deseado, he sido castigada tan cruelmente que él mismo tendría piedad.

Se asomaron las lágrimas a los ojos de Esther, que quiso decirle algo.

—No —dijo la egipcia—. No quiero compasión ni lágrimas. Dile que al fin he descubierto que ser romano equivale a ser un bruto.

Quiso irse, pero Esther la detuvo.

—Espera y habla con mi esposo; no te guarda resentimiento. Será tu amigo. Somos cristianos.

—No he sido lo que habría querido ser. Dentro de muy poco todo habrá acabado para mí.

—Pero —dijo Esther, vacilante— ¿no podemos… no deseas tú nada… nada que…?

El rostro de Iras se llenó de una emoción intensa, y un esbozo de sonrisa apareció en sus labios. Luego miró a los niños que jugueteaban sobre la piel.

—Sí; una cosa.

Esther siguió la dirección de su mirada y su intuición le hizo comprender.

—Puedes hacerlo —dijo.

Iras se dirigió hacia los niños y se arrodilló sobre la piel de tigre, besando a los dos. Se levantó con lentitud, volvió a mirarlos y, encaminándose hacia la puerta, salió precipitadamente, sin decir una sola palabra. Antes de que Esther se repusiera de la sorpresa, había desaparecido.

Cuando Ben-Hur fue informado de la visita, tuvo la confirmación de lo que había sospechado desde hacía mucho tiempo, desde el día de la crucifixión, es decir, que Iras había abandonado a su padre para reunirse con Messala. A pesar de ello, recorrió la ciudad y alrededores buscándola inútilmente. La bahía azul, que tan plácida sonríe a los rayos del sol, habría podido, quizá, revelarnos el secreto…

Vivió Simónides hasta una edad muy avanzada. Durante el décimo año del reinado de Nerón, abandonó la dirección de su fabuloso negocio, el mayor de Antioquía, que hasta el último instante no había dejado de prosperar.

Una tarde de aquel mismo año, estaba en su sillón de siempre en la azotea, de su almacén, con Ben-Hur, su hija y sus tres nietecitos, viendo cómo se balanceaba en las aguas del río la última de sus naves, pues todas las otras habían sido vendidas.

Sólo un gran dolor había oscurecido la tranquila serenidad de su vida; el día en que expiró la madre de Ben-Hur. Y aun este dolor fue mitigado por los consuelos de su fe cristiana.

La nave había llegado de Roma la víspera y era portadora de la noticia de las persecuciones de los cristianos, iniciada por Nerón. Discutía la familia sobre estas noticias, cuando Malluch, que aún estaba a su servicio, se acercó con un rollo para Ben-Hur.

—¿Quién lo ha traído? —preguntó éste, después de enterarse de su contenido.

—Un árabe.

—¿Dónde está?

—Se fue inmediatamente.

—¡Escucha! —dijo Ben-Hur a Simónides.

Y leyó:

Yo, Ilderim, hijo de Ilderim el Magnánimo y jeque de la tribu de Ilderim, ajudá, hijo de Hur:

Quiero que sepas, amigo de mi padre, cuánto te amaba él. Lee el papiro que te incluyo y conocerás su voluntad y la mía; lo que él te dio tuyo es Todo cuanto los partos le arrebataron en la gran batalla en la que murió ha vuelto a mi poder; y este escrito que te mando entre lo demás. La descendencia de Mira, aquella que fue la madre de tantos corceles famosos, está de nuevo en mis manos.

La paz sea contigo y con los tuyos.

Ilderim, jeque.

Ben-Hur desenrolló, con el mayor esmero, un papiro ya liento por los años, y leyó:

Ilderim, llamado el Magnánimo, jeque de la tribu de Ilderim, a mi hijo y sucesor:

Cuanto poseo, ¡oh hijo mío!, será tuyo el día de mi muerte, excepto la propiedad que tengo junto a Antioquía, cuyo nombre es el vergel de las Palmeras, que quiero legar al hijo de Hur, que tanto renombre nos proporcionó en el circo; a él y a los suyos para siempre.

No deshonres a tu padre.

Ilderim el Magnánimo, jeque.

—¿Qué opinas? —preguntó Ben-Hur a Simónides.

Esther cogió los mensajes con gran alegría y los leyó quedamente.

Permanecía silencioso Simónides mirando la nave. Después le dijo:

—Hijo de Hur, ha sido muy bueno el Señor contigo en estos últimos años, y debes estarle profundamente agradecido. ¿No ha llegado el momento de tomar una resolución respecto a la forma en que debes destinar la gran fortuna que su bondad ha querido acumular en tu poder?

—Por mi parte, hace tiempo que lo tengo decidido. El problema es éste: ¿cuál es el medio de aplicarla para favorecer nuestra causa? No me niegues tu consejo, te lo suplico.

—Puedo testificar las grandes cantidades que has empleado en la iglesia de Antioquía. Y ya ves, al propio tiempo que recibes el regalo del generoso jeque, nos llegan noticias de las persecuciones que sufren nuestros hermanos en Roma. Se abre ante nosotros un nuevo horizonte. No debe apagarse la luz en la capital.

—Dime, ¿qué debo hacer para mantenerla siempre viva?

—Te lo diré. Los romanos, y Nerón en primer lugar, respetan como sagradas dos cosas, las únicas que conozco: las cenizas de los muertos y sus sepulcros. Si te es imposible construir templos al Señor sobre su suelo, fabrícalos subterráneos y, para liberarlos de la profanación, entierra en ellos los cadáveres de los que mueren en la fe verdadera.

Ben-Hur se levantó conmovido.

—¡Es una grandiosa idea! Enseguida la llevaré a la práctica. La necesidad es apremiante. La misma nave que nos trajo la noticia de los padecimientos de nuestros hermanos me llevará a Roma. Mañana mismo zarparé.

Y, dirigiéndose a Malluch, añadió:

—Procura tener aparejada la galera para mañana. Tú vendrás conmigo.

—Está bien —respondió.

—Y tú, Esther, ¿no dices nada? —preguntó Ben-Hur.

Esther se le acercó y, colocando una mano sobre su hombro, le dijo:

—Éste es el modo más maravilloso de servir a Cristo, ¡oh esposo mío! No quiero ser un estorbo para ti, pero déjame ir contigo para poder cooperar a tu obra.

FIN

Si, en Roma, alguno de mis lectores visita las catacumbas de San Calixto, que son anteriores a las de San Sebastián, verá para qué utilizó Ben-Hur sus bienes, y le quedará agradecido. De aquella vastísima tumba surgió el cristianismo, que acabó imponiéndose a los mismos césares.

4. AMOK (STEFAN ZWEIG)

ÍNDICE

Historia De Un Ocaso
La Cruz
Un Vago
Amok
La Calle Del Claro De Luna
Leporella
Episodio En El Lago Leman

HISTORIA DE UN OCASO

Cuando Madame de Prie regresó de su paseo matinal el día en que el rey retiró a su amante, el duque de Bourbon, la dirección de los asuntos de Estado, advirtió en los dos porteros, junto a la reverencia obsequiosa, una sonrisa reprimida que la molestó. De momento no dejó traslucir nada, pasó tranquilamente por delante de ellos y subió las escaleras, pero al llegar al primer descansillo, volvió de repente la cabeza y vio que los lenguaraces labios de ambos criados prorrumpían en una sonora carcajada, la cual en seguida cedió el paso a una nueva y atemorizada reverencia.

Ahora ya sabía lo suficiente. Y arriba, en su salón, donde un oficial con galones de la guardia real la esperaba con una carta en la mano, ella mostró un aire desenvuelto y casi arrogante, como si se encontrara de visita de cortesía en casa de unos amigos. Aunque advirtió el sello real en la carta y el porte un poco desconcertado del oficial, consciente de su penosa misión, no reveló ni curiosidad ni inquietud. Sin abrir la carta, sin examinarla de cerca siquiera, charló con el joven y aristócrata soldado y, al reconocer que era bretón por su acento, le habló de una dama que no podía ver a los bretones ni en pintura, porque en una ocasión uno de ellos se había convertido en su amante en contra de su voluntad. Era frívola y arrogante, en parte por cálculo, para hacer patente su despreocupación, en parte por costumbre, pues su olvidadiza e irreflexiva ligereza solía tornar natural cualquiera de sus artificios, e incluso les confería una apariencia de sinceridad. Habló tanto rato que llegó realmente a olvidarse de la carta del rey que estrujaba en la mano. Pero finalmente rompió el sello.

La carta contenía —en pocas palabras y con un tono de cortesía sospechosamente exiguo— la orden real de abandonar la corte sin demora y de retirarse a su finca de Courbépine, en Normandía. Había caído en desgracia, a la postre sus enemigos habían vencido: lo supo ya al ver la sonrisa de los porteros, antes de que llegara el mensaje real. Pero no lo dejó entrever. El oficial observó con atención sus ojos mientras seguían las líneas de la carta de arriba abajo. No pestañearon y, cuando se volvió de nuevo hacia él, centellearon sonrientes:

—Su majestad está muy preocupado por mi salud y desea que abandone el calor de la ciudad para retirarme a mi castillo. Comunique a su majestad que satisfaré su deseo sin tardanza.

Sonrió al pronunciar estas palabras, como si contuvieran un sentido oculto. El oficial ejecutó un largo saludo con el sombrero y se retiró con una reverencia.

Pero apenas la puerta se cerró tras él, la sonrisa cayó de sus labios como una hoja marchita. Arrugó la carta con cólera. ¡Cuántas cartas parecidas, cada una sellando un destino, había escrito de su propio puño y letra y habían sido enviadas al mundo con la firma del rey! Y ahora con uno de esos papeles tenían la osadía de expulsarla de la corte, a ella, que durante dos años había gobernado Francia entera: no había esperado tanto atrevimiento de sus enemigos. Cierto que el joven rey no la había amado nunca, ni mostraba buena disposición hacia ella, pero ¿había ella convertido a María Leszczyríska en reina de Francia para que la exiliaran, sólo porque un tropel de gente la había abucheado ante su ventana y el país padecía hambre? Reflexionó un momento si debía resistirse: el regente de Francia, el duque de Orleans, había sido su amante, todo aquel que hoy poseía poder y posición en la corte se lo debía sólo a ella. No le faltaban amistades. Pero era demasiado orgullosa para presentarse como una mendiga allí donde la conocían como soberana; nadie en Francia debía verla sino sonriente. Además, el exilio podía durar sólo unos días, hasta que los ánimos se calmaran, después sus amigos conseguirían que se revocase la orden. Se complacía de antemano ante la idea de la venganza, engañando así su enojo.

Madame de Prie preparó su partida en el mayor de los secretos. No dio ocasión a nadie de compadecerla y no recibió a nadie para no tener que anunciarle su marcha. Quería desaparecer de golpe, de manera misteriosa y novelesca, unir su ausencia a un enigma duradero que desconcertara a toda la corte, pues ella poseía la notable cualidad de querer engañar siempre, de extender siempre una mentira sobre sus actos reales. La única persona a la que visitó fue el conde de Belle-Isle, su enemigo mortal, el mismo que había conseguido su exilio. Lo visitó para exhibir ante él su sonrisa, su despreocupación, su seguridad. Le contó lo agradable que le resultaba poder descansar por fin de las fatigas de la vida cortesana, mintió y con una mentira tan obvia le mostró todo su odio y su desprecio. El conde se limitó a dedicarle una sonrisa fría y comentó que le costaría soportar tan larga soledad, acentuando la palabra «larga» de un modo tan singular que ella se asustó. Pero se controló y lo invitó cortésmente a cazar en su propiedad. Por la tarde se reunió con uno de sus amantes en su casita de la calle Apolline y le encargó que en todo momento la tuviera al corriente de cuanto ocurriese en la corte. Partió por la noche. No quería cruzar la ciudad de día en su calesa descubierta, porque el pueblo le era hostil desde la revuelta que tantas vidas humanas había costado y también porque se obstinaba en mantener en secreto el misterio de su desaparición. Quería viajar de noche para regresar de día. Dejó su casa tal como estaba, como si se ausentara sólo por un par de días, y en el momento en que el vehículo se puso en marcha dijo clara y perceptiblemente —a sabiendas de que sus palabras llegarían a la corte— que se proponía realizar un pequeño viaje para reponerse y que no tardaría en volver. Y tan bien había aprendido el arte del disimulo, que, realmente tranquilizada por su propia mentira, pronto se sumergió en un plácido sueño a pesar del traqueteo del coche, y no se despertó sino ya muy lejos de París, en la primera posta, sorprendida de encontrarse en un coche y yendo al encuentro de un nuevo destino del cual no sabía aún si le sería favorable o aciago. Notaba tan sólo que las ruedas corrían bajo sus pies sin que pudiese gobernarlas, se daba cuenta de que se deslizaban hacia algo desconocido, pero se sentía demasiado liviana para preocuparse de cosas serias y no tardó en dormirse de nuevo.

El viaje a Normandía había sido largo y pesado, pero ya el primer día en Courbépine le devolvió la apacibilidad de su ser. Su espíritu inquieto, juguetón y siempre ávido de cosas nuevas descubrió un aliciente inusual en abandonarse a la pureza cristalina de un día de verano en el campo. Se perdía en mil locuras, se divertía corriendo por las alamedas, saltando setos y persiguiendo mariposas juguetonas, ataviada con un vestido de un blanco radiante y una cinta descolorida en el pelo, como la niñita que un día fue y que ella creía ya muerta en su interior. Iba y venía, y por primera vez en muchos años experimentaba el placer que se escondía en distender los miembros caminando rítmicamente, en volver a descubrir extasiada todas las cosas de la vida primitiva que había olvidado en sus días en la corte. Echada sobre la hierba esmeralda, contemplaba las nubes. Por raro que parezca, desde hacía años no había vuelto a ver una nube y se preguntaba si las que se deslizaban por encima de las casas de París también estaban tan bellamente ribeteadas y si eran tan esponjosas, blancas, limpias y flotantes. Por primera vez contempló el cielo como algo real y su bóveda salpicada de manchas blancas le recordaba los maravillosos jarrones chinos que un príncipe alemán le había regalado recientemente, sólo que aquel cielo era todavía más hermoso, más redondo y azul, y estaba lleno de un aire más liviano y perfumado, suave al tacto como la seda. La ociosidad la deleitaba, a ella que en París corría tras toda clase de divertissements, y el silencio a su alrededor le era tan precioso como una bebida fresca. Ahora, por primera vez, tuvo conciencia de que todas las personas que la rodeaban en Versalles le eran indiferentes, de que no amaba ni odiaba a ninguna, le importaban tan poco como los campesinos que encontraba en la linde del bosque con sus grandes y resplandecientes guadañas, y que de vez en cuando dirigían hacia ella sus miradas curiosas y sombrías. Desbordaba siempre alegría: jugaba alocadamente con los árboles jóvenes, pegaba grandes saltos hasta agarrar sus ramas más bajas, las soltaba de golpe y se reía a grandes carcajadas cuando algunas flores blancas le caían, como tocadas por un dardo, en su pronta mano, en su cabello por primera vez suelto desde hacía años. Con aquella maravillosa facilidad de olvido que poseen las mujeres livianas en cada momento de su vida, perdió el recuerdo de que estaba proscrita y de que en otro tiempo había sido soberana de Francia y que había podido jugar con los destinos con tanta indolencia como ahora con las mariposas y los trémulos árboles; perdió cinco, diez, quince años y no era más que mademoiselle Pleuneuf, hija de un banquero de Ginebra, una muchachita delgada y traviesa de quince años que jugaba en el jardín del convento y nada sabía de París ni del mundo entero.

Por la tarde ayudaba a las criadas a transportar el trigo: le divertía enormemente que le dejaran atar las gavillas y luego cargarlas en el carro con un violento impulso. Y se sentaba, arriba de todo, sobre el carro cargado hasta los topes, en medio de las demás, que al principio se sentían apocadas y temerosas, balanceando las piernas, riendo con los mozalbetes y luego, cuando empezaba el baile, se ponía a dar vueltas entre ellos. Lo tomaba todo como un gran juego de máscaras palaciego y ya anticipaba el placer de poder contar en París lo divinamente que pasaba los días, cómo había bailado en corro con flores silvestres en el cabello y había bebido de la misma jarra con los campesinos. De que todo aquello fuera realidad se apercibía tan poco como cuando en Versalles tomaba a engaño la poesía bucólica. Su corazón se perdía siempre en el momento, mentía diciendo la verdad y era sincero cuando quería engañar: ella sólo sabía lo que sentía. Y ahora sentía en todas sus venas dicha y alegría desbordante; la idea de que estaba en desgracia le hubiera provocado risa.

Ya a la mañana siguiente una oscura gota de mal humor se deslizó en la serenidad cristalina de sus horas. El mero despertar ya le dolió: salió de la oscura noche sin sueños y se zambulló en el día como quien se precipita en el agua helada desde un ambiente bochornoso. No sabía qué la había despertado. No había sido la luz, pues el lluvioso día despuntaba pálido ante las ventanas llorosas. Y tampoco había sido el ruido, pues allí no había voces, sólo los muertos de la pared miraban desde los cuadros con ojos fijos y penetrantes. Estaba despierta y no sabía por qué ni para qué: nada la llamaba ni la atraía.

Y pensó en lo diferente que era despertarse en París. Por la noche había bailado, charlado, pasado media velada con amigos y luego llegaba el prodigioso sueño del agotamiento, en el que los sentidos excitados seguían creando temblorosas imágenes de color. Y por la mañana, con los ojos cerrados, aún oía, como en sueños, voces ahogadas en las antesalas que se precipitaban dentro tan pronto como empezaba su lever: aseo y audiencia matutina. Los duques de Francia, los peticionarios, los amantes y los amigos, todos trataban de granjearse su favor y le traían la ofrenda del cortejador: alegría obsequiosa. Todos contaban cosas, reían, parloteaban, le llevaban hasta la cama las habladurías y las últimas noticias, y ella, salida de los sueños de colores, llevaba el despertar en medio del flujo de la vida; la sonrisa que en sueños tenía en la boca no desaparecía, sino que quedaba suspendida en la comisura de los labios y se balanceaba traviesa como un pájaro en la jaula.

De las imágenes de la gente, el día pasaba a la gente misma, y la gente se quedaba a su lado, mientras se vestía, paseaba en coche o comía, hasta la noche. Se sentía constantemente llevada en un murmullo por ese flujo embravecido sin descanso, como olas que mecían la florida barca de su vida bailando a un ritmo incesante.

Pero hoy el despertar chocó con una roca, quedó encallado, inmóvil e inútil en la orilla de las horas. Nada la incitaba a levantarse. Los inocentes placeres de ayer ya no tenían encanto alguno, su exigente curiosidad era de las que se agotan rápidamente. La habitación estaba vacía, como sin aire, y vacía se sentía ella misma en esta soledad en que nadie la reclamaba: vacía, inútil, mayor, gastada; primero tenía que acordarse de por qué estaba allí y cómo había llegado. ¿Qué esperaba del día, ella que tenía los ojos tan fijos en el reloj, que con sus pasos temblorosos, apagados, recorría sin cesar el silencio?

Finalmente se acordó. Había pedido al príncipe de Alincourt, el único de sus antiguos amantes con el que la unía un afecto más íntimo, que le transmitiera a diario las noticias de la corte por medio de un mensajero a caballo. Durante toda la víspera había olvidado que con su desaparición había dejado París en estado de agitación y ahora deseaba saborear este triunfo. El mensajero cumplió ciertamente su cometido, pero no el mensaje. Alincourt le escribía algunos floreos, algunas noticias sobre el estado de salud del rey; relataba la visita de príncipes extranjeros y dejaba que la carta se desvaneciera en amables deseos de buena salud. Ni una sola palabra sobre ella y su desaparición. Se enfureció. ¿Acaso la noticia no era de dominio público? ¿O habían dado crédito realmente a la mentira de que se había retirado a aquel aburrido rincón para descansar?

El mensajero, un mozo de caballerías simple y cogotudo, se encogió de hombros. No sabía nada. Ella disimuló su cólera y contestó la carta de Alincourt sin mostrarle su enfado: le daba las gracias por las noticias y le pedía encarecidamente que la mantuviera cabalmente informada. Confiaba en no tener que permanecer mucho tiempo allí, aunque de todos modos le encantaba el lugar. No dejaba traslucir que le engañaba.

Pero ¡qué largo se hacía el día allí! Las horas, como las personas, parecían transcurrir con paso más lento, y ella no conocía medio alguno para apresurarlo. No sabía qué hacer consigo misma; todo estaba mudo en su interior, toda la chispeante música de su corazón estaba muerta como un reloj musical cuya llave se ha perdido. Probó toda suerte de cosas, se hizo traer libros, pero aun los más inspirados sólo le parecían hojas impresas. La asaltó el desasosiego, le faltaban las muchas personas con las que había vivido durante años. Hacía andar sin cesar a los criados de aquí para allá con órdenes caprichosas: quería oír crujir pasos en las escaleras, ver gente, crear artificialmente ese zumbido de los mensajes; quería engañarse, pero no lo conseguía, fracasaba como en todos sus planes. La comida le repugnaba tanto como la habitación, el cielo y los criados; sólo quería una cosa: noche, un sueño negro y profundo, sin soñar, hasta la mañana, cuando llegaría un mensaje mejor.

Al fin llegó la noche. Pero ¡qué triste era aquí! Sólo un oscurecer, un desaparecer de todas las cosas, un entenebrecimiento de la luz. Aquí era un final lo que en París no era sino el principio de todas las diversiones. Aquí el atardecer derramaba noche; allí encendía las velas bordeadas de oro en los salones reales, hacía centellear el aire en los ojos, inflamaba, calentaba, embriagaba, estimulaba los corazones. Aquí los hacía todavía más miedosos. Anduvo errante de habitación en habitación: en todas acechaba el silencio acurrucado como un animal maligno, cebado durante muchos años puesto que nadie había venido a turbarlo, y ella temía que le saltara encima. La madera de los suelos crujía, los libros suspiraban en sus encuadernaciones en cuanto alguien los tocaba; en la espineta, algo gimió horriblemente como un niño apaleado cuando ella tocó las teclas, arrancándoles un sonido lastimero. Todo se defendía de la intrusa, se hacía fuerte en la oscuridad.

Entonces, sobrecogida de miedo, mandó encender todas las luces de la casa. Trataba de quedarse en una habitación, pero siempre pasaba a la siguiente, huía de una para refugiarse en otra, como si en ella hubiera sosiego. Pero en todas chocaba con la invisible pared del silencio, que desde hacía años poseía aquí el señorío y no quería dejárselo arrebatar. Incluso las luces parecían notarlo, siseaban apenas perceptibles y lloraban gotas calientes.

Desde fuera, sin embargo, el castillo fulguraba con sus treinta ventanas iluminadas, como si dentro se celebrara una fiesta. Las gentes del pueblo se apiñaban delante, llenas de asombro y comentando de dónde habían llegado de repente tantas personas. Pero la figura que veían andar errante como una sombra, ora detrás de un cristal ora detrás de otro, era siempre la misma: Madame de Prie, que vagaba arriba y abajo como una fiera salvaje en la prisión de su soledad interior y que a través de las ventanas acechaba algo que no venía.

Al tercer día, su impaciencia perdió toda compostura y se tornó violenta. La soledad la abrumaba, necesitaba gente o cuando menos noticias de gente, de la corte —donde todo su ser se ramificaba en mil fibras—, de sus amigos, de cualquier cosa que la estimulara o al menos le interesara. No podía esperar al mensajero y salió a su encuentro a caballo a las tres de la madrugada. Llovía y el viento soplaba con ímpetu: el pelo empapado le echaba hacia atrás la cabeza, sus ojos no veían nada, de lo fuerte que la tempestad azotaba la lluvia contra su rostro; tenía las manos entumecidas y apenas podía sujetar las riendas. Finalmente regresó a galope tendido, se hizo quitar las ropas mojadas y de nuevo se refugió en la cama. Esperó como presa de la fiebre, la colcha estrujada entre los dientes. Ahora comprendió la amenazadora sonrisa del conde de Belle-Isle cuando dijo que le sería difícil soportar tan larga soledad. ¡Y sólo habían pasado tres días!

Finalmente llegó el correo. No disimuló por más tiempo, sino que arrancó ansiosa el sello con las uñas, como un hambriento la piel de una fruta. La carta contenía muchas noticias de la corte: sus ojos la recorrieron en un santiamén, buscaba su nombre. Nada, nada. Pero otro nombre la quemó por dentro: su lugar en la corte había sido adjudicado a Madame de Calaincourt.

Tuvo un breve estremecimiento y se sintió flaquear. Ya no se trataba pues de una desavenencia momentánea, sino de un destierro permanente: era su sentencia de muerte y ella amaba la vida. Se levantó de la cama de un salto, sin avergonzarse ante el mensajero, y medio desnuda y temblando de frío, presa de un arrebatado frenesí, se puso a escribir. Abandonó la comedia de su orgullo. Escribió al rey, aun a sabiendas de que él la aborrecía; con las palabras más sumisas y lamentablemente serviles prometía no volver a inmiscuirse en los asuntos de Estado. Escribió a Leszczyríska, le recordó que sólo gracias a su mediación se había convertido en reina de Francia; escribió a los ministros, pidiéndoles dinero; acudió a sus amigos. Suplicó a Voltaire, a quien había salvado de la Bastilla, que escribiera y leyera una elegía a su partida. Ordenó a su secretario que contratara libelistas contra sus enemigos y difundiera copias de los panfletos. Veinte cartas salieron de su mano febril, todas ellas implorando una sola cosa: París, el mundo, la salvación de su soledad. Ya no eran cartas, sino gritos. Luego metió la mano en un cofrecillo y entregó al mensajero un puñado de monedas de oro para que hiciera correr el caballo hasta matarlo si era necesario, pero que estuviera en París por la noche. Aquí había aprendido lo que era realmente una hora. El hombre, asustado, quiso darle las gracias, pero ella lo echó fuera.

Luego volvió a refugiarse en la cama. Tenía frío. Una tos áspera sacudía su cuerpo enflaquecido. Yacía inmóvil, con la mirada perdida, simplemente esperando, hasta que por fin el reloj de la repisa se puso a dar la hora. Pero las horas eran obstinadas, no se las podía azuzar con imprecaciones, con ruegos ni con oro; lentas y adormecidas hacían su circuito. Entraron los criados, pero los echó fuera; no quería mostrar a nadie su desesperación, no quería comer, no quería palabras, no quería nada de nadie. La lluvia seguía susurrando fuera y ella tiritaba de frío como si se hallara en el exterior, estremeciéndose como los matorrales, con los brazos extendidos en suplicante actitud de desamparo. Una pregunta le daba vueltas en la cabeza, dos palabras iban y venían como un péndulo: ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? ¿Por qué Dios le había hecho esto? ¿Tanto había pecado?

Tiró de la campanilla: que fueran a buscar al cura del pueblo. Le tranquilizaba la idea de que vivía allí una persona con la que poder hablar y a quien confiar sus ansias.

El sacerdote no se hizo esperar, tanto más cuanto que le habían informado de que madame estaba enferma. Ella no pudo reprimir una sonrisa cuando lo vio entrar. Le recordó a su abbé de París, con sus manos finas y delicadas y una mirada resplandeciente que casi la rozaba a una, con su conversación mundana, que hacía olvidar que la estaba oyendo en confesión. El abbé de Courbépine era corpulento y ancho de espaldas; se acercó a la puerta con paso torpe, haciendo crujir los puños almidonados. Todo en él era rojo: sus toscas manos, el rostro, que el viento había curtido, y las grandes orejas; aun así, su aspecto desprendió afabilidad cuando le ofreció la manaza para saludarla, luego se sentó en una butaca. El horror de la habitación parecía tener miedo de su imponente presencia y se acurrucó en un rincón: el aposento, que la voz potente del cura llenaba por completo, pareció haberse vuelto más cálido, más vivo, y Madame de Prie era como si respirase más libremente ante aquel hombre, que no sabía muy bien para qué lo había llamado. Empezó una conversación desmañada, hablando de su parroquia y de París, que sólo conocía de oídas, exhibió su vasta erudición, habló de Descartes y de las peligrosas obras del señor de Montaigne. Ella soltó alguna palabra aquí y allá, sin pensar demasiado: sus pensamientos zumbaban como un enjambre de mosquitos, sólo quería oír, escuchar una voz humana, alzarla como un dique contra el mar de soledad en que estaba a punto de ahogarse. Cada vez que él, temiendo molestarla, iba a interrumpirse, ella lo lisonjeaba con una apasionada gentileza que no era sino temor; prometía al reverendo ir a visitarlo, lo invitaba a venir a menudo; la seducción de su ser, que en París había hechizado, manaba profusamente de su meditabundo silencio.

Y el abbé se quedó hasta el anochecer.

Pero en cuanto se fue, a ella le pareció como si el peso del silencio le cayera encima con saña redoblada, como si debiera sostener ella sola el alto techo, apartar ella sola la agobiante oscuridad. Nunca había sabido cuánto puede importar una persona para otra, porque nunca había estado sola. Había estimado a las personas sólo como el aire, que no se siente, pero ahora que la soledad le apretaba la garganta, advertía por primera vez hasta qué punto las necesitaba, reconocía cuánto valían; aun cuando mentían y engañaban, admitía que ella misma lo recibía todo de su presencia: ligereza, seguridad y alegría. Durante años había nadado en compañía, sin saber que esta marea la alimentaba y sostenía, pero ahora, arrojada como un pez a la playa de la soledad, se estremecía en la desesperación y en un furibundo dolor. Temblaba de frío y de fiebre a la vez. Se palpó el cuerpo y se asustó de lo frío que estaba, parecía haberse extinguido en él todo calor corpóreo, como si la sangre corriese viscosa como gelatina por sus venas; tenía la sensación de yacer en su propio cadáver amortajado en aquel silencio. Y de pronto sintió un estallido de calor dentro de sí y prorrumpió en desesperados sollozos. Primero se asustó y quiso combatirlos. Pero allí no había nadie, no tenía que disimular, por primera vez estaba sola consigo misma. Y con gusto se entregó a la dolorosa dulzura, para sentir correr las cálidas lágrimas por sus heladas mejillas y oír sus propios sollozos en medio del aterrador silencio.

Se apresuró a devolver la visita al abbé. El palacio estaba desierto, las cartas no llegaban (desde luego sabía muy bien que en París no se tenía tiempo para peticionarios y suplicantes) y quería hacer algo, cualquier cosa, aunque fuera jugar a trictrac o charlotear o simplemente ver a otro hablando, burlar con algo el tedio cada vez más amenazador y mortal que abrumaba su corazón. Atravesó el pueblo a toda prisa, pues le repugnaba todo lo que de alguna manera formaba parte del nombre de Courbépine, todo lo que le recordaba su destierro. La casita del abbé estaba situada al final de la calle del pueblo, ya en pleno campo. Apenas era más alta que un granero, las flores enmarcaban las diminutas ventanas y colgaban por encima de la puerta formando embrollados arabescos, de modo que ella tuvo que agacharse para no quedar presa en su encantadora red.

El abbé no estaba solo. A su lado, en su pupitre, estaba sentado un joven que él, turbadísimo por una visita tan ilustre, presentó como su sobrino. El abbé lo preparaba para la ciencia; desde luego no sería sacerdote: uno se perdía demasiadas cosas en esta vocación. Pretendía ser una broma galante. Madame de Prie, sin embargo, no sonrió tanto por este cumplido un tanto torpe como por el gracioso apocamiento del joven, que se sonrojó profundamente y no sabía dónde mirar. Era un zagal alto y delgado, de rostro huesudo y rubicundo, mechones rubios y ojos algo ingenuos: causaba un efecto tosco y bruto con sus desmañados miembros, pero ahora su grandísimo respeto domeñó su rusticidad y le confirió un aire de infantil desamparo. Apenas se atrevía a responder a las preguntas de la señora, balbuceaba, tartamudeaba, escondía las manos en los bolsillos, las volvía a sacar, y Madame de Prie, deleitada con la turbación del joven, seguía dirigiéndole una pregunta tras otra; la aliviaba volver a encontrar a alguien a quien perturbara su presencia, que se sintiera ante ella pequeño, suplicante, sumiso. El abbé habló por él, ponderó su pasión por el noble estudio, sus preferencias, y contó que su anhelo mayor era poder terminar la carrera en la Universidad de París. Claro que él era pobre y apenas podía ayudar al sobrino, asimismo le faltaba valimiento, único camino en París para llegar a puestos oficiales, y encarecidamente encomendó al chico a la bondad de la señora. Pues ella era todopoderosa en la corte, una sola palabra suya bastaría para hacer realidad los sueños más osados del joven estudiante.

Madame de Prie sonrió amargamente a la oscuridad: era omnipotente en la corte y ni siquiera podía arrancar una respuesta a una sola carta, a un solo ruego. Pero ahora era un alivio para ella que aquí no supieran de su impotencia, de su caída; ahora la sola apariencia de fuerza ya la hacía feliz. Se contuvo: claro que recomendaría al joven, el cual, a juzgar por las palabras de un estimable intercesor, a buen seguro era digno de todo favor. Que fuera a verla al día siguiente para que ella pudiera examinar sus cualidades. Lo recomendaría en la corte, le daría una carta de presentación para su amiga, la reina, y los señores de la Academia (y recordó, mientras lo decía, que ninguno de ellos había respondido con una sola línea a sus cartas).

El anciano abbé se estremeció de alegría, las lágrimas rodaron por sus mofletes. Besó las manos de la señora, anduvo arriba y abajo como ebrio, mientras el muchacho permanecía inmóvil y sin saber qué decir, con una expresión de estupor. Cuando Madame de Prie decidió partir, el chico no se movió, se quedó en su sitio como si allí hubiera echado raíces, hasta que el abbé le indicó a hurtadillas con un gesto enérgico que acompañara a su protectora de vuelta al castillo. Caminaba a su lado, balbuceando palabras de agradecimiento y atropellándose al hablar cada vez que ella lo miraba. Madame estaba encantada. Por primera vez volvía a sentir ese placer voluptuoso, mezclado con un deje de desdén, de ver a alguien que perdía el dominio en su presencia; se despertó de nuevo en su interior el capricho de jugar con los otros, que en los años de poder se había convertido para ella en una necesidad vital. El muchacho se detuvo ante la puerta del castillo, hizo una desmañada reverencia y se alejó rápidamente con sus lerdos pasos de campesino, de modo que ella apenas tuvo tiempo de recordarle lo de su visita.

Lo siguió con la mirada, sonriendo para sus adentros. Era tosco e ingenuo: sin embargo, era un ser vivo y apasionado, no muerto como todo lo que tenía a su alrededor. Él era fuego y ella tenía frío. También su cuerpo, acostumbrado a caricias y abrazos, estaba hambriento aquí, su mirada necesitaba para mantener vivo su brillo el reflejo de chispeantes anhelos de juventud, ese reflejo radiante que en París le salía diariamente al encuentro. Lo siguió largo rato con la mirada: podía ser un juguete, hecho ciertamente de madera dura, tosco y simple, pero un juguete al fin y al cabo para engañar el tiempo.

A la mañana siguiente se presentó el joven. Madame de Prie, que, fatigada por la inactividad y por la desgana de empezar el día, no solía levantarse hasta mediodía, decidió recibirlo en la cama. Primero se hizo vestir con todo esmero por la doncella y poner un poco de arrebol en las mejillas, cada vez más pálidas. Después le ordenó que hiciera pasar al visitante.

La puerta se abrió despacio y con leves crujidos. El joven se introdujo en la habitación lenta y torpemente. Llevaba sus mejores ropas, que eran las propias del domingo aldeano, y olía exageradamente a toda suerte de ungüentos grasientos. Su mirada vagó rastreando desde el suelo hasta las vigas de la oscurecida alcoba y ya se daba por tranquilizado al no haber encontrado a nadie cuando de la cama, de debajo de la nube rosa del baldaquín, le llegó un saludo alentador. Se sobresaltó, porque no sabía, o había olvidado, que las damas distinguidas de París recibían de mañana durante el lever. Hizo un movimiento hacia atrás, como si hubiera entrado en aguas profundas, y un rojo intenso inundó sus mejillas, una turbación en la que ella se deleitó y extasió. Con voz lisonjera lo invitó a acercársele: le divertía mostrarse más cortés de lo debido con él.

Él se le acercó con tiento, como si caminara por una tabla estrecha y a ambos lados se abrieran abismos espumantes. Ella le tendió la pequeña, delgada y pálida mano, que él rodeó cuidadosamente con sus rudos dedos, como si temiera romperla, y se la llevó respetuoso a los labios. Con un afable gesto de la mano le indicó que se sentase en un cómodo sillón junto a la cama y él se dejó caer allí como si de repente se le hubieran roto las rodillas.

Una vez sentado, se sintió un poco más seguro. Ahora la habitación entera ya no daría más vueltas delirantes a su alrededor y el suelo dejaría de balancearse onduloso. Sin embargo, seguía turbándole la inusual escena, el laxo tejido de seda de la colcha parecía reproducir las formas desnudas del cuerpo femenino y la nube rosa del baldaquín descender planeando como la niebla: no se atrevía a mirar y, sin embargo, sentía que no podía fijar la vista indefinidamente en el suelo. Sus manos, sus inútiles y rojas manazas, palpaban los brazos del sillón arriba y abajo, como si tuviera que agarrarse a ellos, luego se sobresaltaron de nuevo de su propio desasosiego y fueron a detenerse en su regazo yertas como pesados grumos. Tenía en los ojos una sensación ardiente, casi lacrimosa, un temor se apoderaba de todos sus músculos y en la garganta no encontraba fuerza alguna ni para emitir una palabra.

A ella le fascinaba el azoramiento del muchacho. Le causaba placer prolongar despiadadamente el silencio, observar sonriendo cómo él se afanaba por encontrar la primera palabra y cómo, a pesar de todo, sólo conseguía balbucear de nuevo; ver cómo aquel hombre fuerte como un roble temblaba y buscaba con desamparo dónde agarrarse. Finalmente se apiadó de él y empezó a preguntarle acerca de sus proyectos, por los cuales fingió sentir un gran interés, de modo que poco a poco el zagal fue recuperando el ánimo. Habló de sus estudios, de los padres de la Iglesia y de los filósofos, ella intervino, sin saber gran cosa del tema. Y como la prolija y árida objetividad con que él presentaba y discutía sus ideas empezaba a aburrirla, se divirtió haciéndole perder la compostura con toda suerte de movimientos. Tiró varias veces de la colcha, como si quisiera deslizarse fuera de la cama, sacó de repente un blanco brazo de la escabrosa seda en un brusco gesto, agitó los pies debajo de la colcha. Y él cada vez se detenía, se atropellaba, tragaba palabras o las soltaba a borbotones, su rostro iba adquiriendo una expresión cada vez más afligida y tensa, y ella veía de vez en cuando cómo una vena le cruzaba la frente, veloz como una serpiente. El juego la divertía. El muchacho le gustaba más en esta turbación pueril que en su elegante retórica.

Y ahora intentaba perturbarlo también con palabras.

—¡No piense tanto en sus estudios y méritos! En París deciden las destrezas. Tiene que aprender a abrirse paso. Usted es un hombre guapo, sea listo y saque provecho de su juventud, sobre todo no olvide a las mujeres, que lo significan todo en París, nuestra debilidad ha de ser su fuerza. Aprenda a escoger bien y a utilizar a sus amantes. ¿Ha tenido ya a alguna amante aquí?

El joven se sobresaltó. De golpe su rostro se había vuelto de color de sangre oscura. Sintió dentro de sí que la situación se hacía demasiado insoportable, le impulsaba a precipitarse hacia la puerta, pero también sentía un peso en su interior, estaba como aturdido por el perfume y el aliento de aquella mujer. Todos sus músculos se convulsionaban, notaba una opresión en el pecho, se sentía desbocado e insensato.

Entonces algo crujió. Sus dedos convulsos habían roto el respaldo de la butaca. Despavorido, se levantó de un salto, aquel percance lo había avergonzado lo indecible, pero ella, que estaba encantada con la elemental vehemencia del muchacho, se limitó a sonreír y decir:

—No debe asustarse tanto cuando se le hacen preguntas poco habituales. Eso le sucederá a menudo en París. Todavía tiene que aprender a comportarse un poco y yo le ayudaré. Me resulta difícil vivir privada de mi secretario; si usted quiere ocupar su puesto, me haría un favor.

Con los ojos radiantes balbuceó él un gracias entusiástico y le apretó la mano con tanta fuerza que le hizo daño. Ella sonreía, pero su sonrisa estaba empañada: otra vez el viejo engaño de creerse amada, cuando uno pensaba en la posición, otro en la vanidad y el tercero en la carrera. Sin embargo, era estupendo olvidarse una y otra vez de ello. Además, aquí no tenía que engañar a nadie salvo a sí misma.

Tres días más tarde el muchacho se convirtió en su amante.

Pero el peligroso tedio sólo había sido ahuyentado, no herido de muerte, seguía arrastrándose por las salas desiertas y acechaba tras las puertas. De París llegaban sólo noticias desagradables. El rey no contestaba en absoluto, Leszczyríska envió cuatro líneas gélidas interesándose por su salud, pero evitando escrupulosamente cualquier alusión a sentimientos amistosos. Los libelos le parecían sucios y de mal gusto, traicionaban además claramente a quien los había escrito, y esto era lo más idóneo para empeorar su posición en la corte, si es que todavía había alguien allí que conservara algún recuerdo de ella. Tampoco en la carta de su amigo Alincourt se encontraba una sola palabra que hablara de su retorno, ni siquiera un viso de esperanza. Se sentía como una muerta aparente que se despierta en un ataúd bajo tierra, grita y vocifera, y martillea las paredes: pero arriba nadie la oye, los hombres andan con paso ligero sobre la tierra y su voz se ahoga en la soledad. Madame de Prie escribió aún algunas cartas, pero con el mismo sentimiento con que gritan los sepultados, plenamente consciente de que nadie la oiría, de que golpeaba impotente contra las barreras de su soledad. Pero con ello engañaba el tiempo y el tiempo era aquí, en Courbépine, su peor enemigo.

También el juego con el muchachito empezaba a aburrirle. Nunca había demostrado constancia en sus inclinaciones (cosa, por lo demás, que precipitó su caída) y no podían llenarla las cuatro palabras de amor ni la torpeza pronto olvidada de este chico, al que primero había tenido que regalar buenos vestidos, medias de seda y hebillas. Su ser había estado tan saciado de gente, que una persona sola en seguida le resultaba aburrida, y ella misma, en cuanto estaba sola, se veía repugnante y hambrienta. Había sido un bonito juego seducir a aquel tímido campesino, educar sus torpes caricias, hacer bailar al oso; poseerlo era cargante y poco a poco se le hizo penoso.

Y luego dejó de gustarle. Lo que la había cautivado tanto era la veneración que él le había profesado, su devoción y su desconcierto. Pero el muchacho pronto abandonó tales sentimientos y se permitió una familiaridad que a ella le repugnaba; su mirada, al principio tan humilde, ahora rebosaba satisfacción y amor propio; andaba estirado en sus nuevas ropas y ella tenía la impresión de que alardeaba de ellas en el pueblo. Poco a poco, nació en ella un sentimiento de odio, porque él había conseguido todo eso gracias a su infortunio, a su soledad, porque él era un muchacho sano que devoraba la comida con verdadero placer, mientras que ella, que comía cada vez menos por la cólera y la humillación, adelgazó y se demacró. Huelga decir que él, ese muchacho patán, la aceptó como amante, se repanchingó harto satisfecho en la poltrona de su posesión y, en vez de sentir en todo momento el escalofrío del regalo, se volvió indolente y perezoso.

Y ella, quemada por la desdicha y la deshonra, odiaba con amarga envidia el repulsivo contento de él, su codicia de campesino y su vulgar orgullo. Y se odiaba a sí misma por haber caído tan bajo y haber tenido que tender la mano a una gente tan burda para no caer en el fango de la soledad.

Comenzó a provocarlo, a torturarlo. En realidad nunca había sido mala, pero en su interior sentía la necesidad de vengarse en alguien de todo, del triunfo de sus enemigos, del destierro lejos de París, de las cartas no contestadas, de Courbépine. Y no tenía a nadie más. Quería aguijonearlo para sacarlo de su satisfecha comodidad, hacerlo pequeño de nuevo, sumiso y menos feliz. Despiadada, le reprochó sus manazas rojizas, su incultura, sus malos modos, pero él, que con el sano instinto del hombre ya no respetaba a la mujer que un día lo había llamado, se reía y rechazaba con enojo las palabras burlonas. De todos modos, ella no cejaba: provocar a alguien era un juego agradable dentro del aburrimiento. Trataba de ponerlo celoso, le hablaba a la mínima ocasión de sus amantes de París y los contaba con los dedos. Le mostraba regalos que había recibido, exagerando y mintiendo. Pero todo eso no hacía sino halagarlo, pues el hecho era que lo había escogido después de príncipes y duques. Chasqueaba con la lengua complacido y no perdía la calma, lo cual todavía la irritaba más. Le contaba otras cosas peores, le mentía acerca de los escuderos y ayudas de cámara. Finalmente la frente del muchacho se ensombreció. Ella lo advirtió, se rio y siguió contando. De repente él pegó un puñetazo.

—¡Basta! ¿Por qué me cuentas todo esto?

Ella puso cara de inocente.

—Porque me gusta.

—¡Pero yo no quiero!

—Pero yo sí, querido, de lo contrario no lo haría.

Él calló y se mordió los labios. Ella hablaba en un tono tan imperioso, tan naturalmente imperioso, que él se sentía como un criado. Cerró los puños. Se encoleriza como una fiera, pensó ella, y siente una mezcla de asco y miedo. Percibía el peligro en la atmósfera. Pero había almacenado demasiada cólera en su interior, tenía que seguir torturándolo. Empezó de nuevo.

—Qué idea tienes de la vida, hijo mío. ¿Crees que en París se vive como en esta perrera de aquí, donde una se aburre mortalmente?

El muchacho resoplaba de tal forma que las aletas de su nariz se agitaban violentamente. Luego dijo:

—Si tan aburrido es, nadie debería venir aquí.

Ella sintió la punzada en lo más profundo. Así que también él estaba enterado de su destierro. Seguramente lo había propalado el ayuda de cámara. Se sintió más débil desde ese momento y su miedo arrancó una sonrisa al muchacho.

—Querido, existen motivos que no se entienden ni siquiera con un poco de latín que se haya aprendido. Quizás hubieran sido más útiles mejores modales.

Él permanecía en silencio. Pero ella le oía resoplar de cólera. Esto la excitaba aún más, le causaba tanto placer hacerle daño.

—Qué facha, te pavoneas como un gallo en el estiércol. ¿Y por qué resoplas de ese modo? ¡Te comportas como un grosero!

—No todo el mundo puede ser un príncipe, un duque o un escudero.

Su rostro estaba encendido y sus puños cerrados. Pero ella, emponzoñada por todos sus infortunios, saltó:

—¡Silencio! Olvidas quién soy. ¡No tolero semejantes palabras de un paleto!

Él hizo un gesto.

—¡Calla! Si no…

—Si no, ¿qué?

El porte del muchacho era insolente. Y entonces ella se dio cuenta de que no tenía otro «si no». Ya no podía mandar a nadie a la Bastilla, degradarlo, expulsarlo, no podía dar órdenes ni prohibir nada a nadie. No era nada, una mujer indefensa, como otras cientos de miles en Francia, entregada a cualquier insulto, a cualquier iniquidad.

—Si no —respiraba con dificultad—, ordenaré a los criados que te echen.

Él se encogió de hombros y se volvió. Se disponía a marcharse.

Pero ella no se lo permitió. No, no podía abandonarla, nadie podía deshacerse de ella y menos ese. De pronto se desataron toda su cólera y su amargura de días, lo acometió casi como una borracha.

—¡Fuera de aquí! ¿Crees que te necesito, patán estúpido, porque me compadecí de ti? ¡Fuera! No me ensucies por más tiempo los suelos, vete adonde quieras, pero no a París, no a mi casa. ¡Fuera! Me asustas, me da miedo tu codicia, tu simpleza, tu estúpida satisfacción, me repugnas. ¡Vete!

Entonces ocurrió lo inesperado. El muchacho, cuando ella lo atacó tan de súbito con su odio, había colocado los puños ante sí como sosteniendo un escudo invisible, pero ahora cayeron de golpe sobre ella como piedras arrojadas. Ella gritó y lo miró de hito en hito, pero él siguió golpeándola ciego de venganza, embriagado, consciente de su fuerza; soltó contra ella toda la envidia que como campesino tenía de la rica, distinguida e inteligente aristócrata, el odio del hombre desdeñado hacia la mujer, lo soltó todo en el débil cuerpo de ella, que se rebelaba entre espasmos. Primero gritó, luego gimió y finalmente quedó callada. La deshonra le dolía más que los golpes. Algo murió en ella en aquel momento. Callaba, sentía la cólera del muchacho, callaba y callaba.

Él se detuvo, agotado y asustado de su propio acto. Un estremecimiento recorrió el cuerpo de la mujer. Él creyó que iba a levantarse, tenía miedo de sus ojos y huyó. Pero fue sólo el llanto de la humillación lo que rasgó finalmente su cuerpo como un espasmo.

Así había roto ella misma su último juguete.

La puerta hacía rato que se había cerrado de golpe tras el muchacho y la mujer seguía sin moverse. Permanecía tendida como un animal perseguido a muerte, resollando apenas y ya sin miedo, sin sentir nada ni tener conciencia de dolor ni de vergüenza. Una lasitud indescriptible la poseía, ya no sentía deseos de venganza ni indignación, sólo lasitud, una lasitud indescriptible, como si con las lágrimas se hubiera derramado toda su sangre y ahí yaciera sólo su cuerpo sin vida, inmovilizado por su propio peso. Ni siquiera intentó levantarse; después de aquella experiencia ya no sabía qué hacer consigo misma.

El anochecer penetró lentamente en la habitación y ella no se percató. Porque el anochecer no es ruidoso. No mira atrevido por la ventana como el mediodía, brota de las paredes como agua oscura, levanta el techo hacia la nada, lo arrastra todo despacio en su silencioso torrente. Cuando levantó la vista, todo era oscuridad y silencio a su alrededor, sólo en algún lugar el pequeño reloj caminaba a pasitos hacia el infinito. Las cortinas colgaban en lúgubres pliegues como si tras ellas se escondiera algo terrible, las puertas parecían hundidas en la pared, de modo que todo tenía aire de habitación negra y cerrada, como un ataúd tapado con clavos. No había entrada ni salida en lugar alguno, todo era ilimitado y, sin embargo, estaba encerrado, todo parecía cernerse y el aire era tan opresivo que sólo se podía resollar, pero no respirar.

Sólo a sus espaldas se distinguía un camino hacia lo incierto: el alto espejo que resplandecía levemente en la oscuridad como la superficie nocturna de un cenagoso estanque y del cual, cuando ella se incorporó, se desprendió algo blanco y burbujeante. Se puso de pie, se acercó; algo parecido al humo salió de aquello y fue acrecentándose, un ser fantasmal: era ella misma, que se acercaba y volvía a retroceder rápidamente.

Tenía miedo. Algo en su interior gritó pidiendo luz. Pero no quería llamar a nadie, ella misma prendió fuego a la yesca y luego fue encendiendo una tras otra las velas del candelabro que se encontraba sobre el mármol de la repisa. Las llamas se estremecían, tanteaban temblorosas la oscuridad, como personas acaloradas que quieren tomar un baño frío, retroceden y vuelven a poner la mano en el agua. Finalmente una trémula nube de luz se formó redonda sobre el candelabro y subió flotando hasta el techo en círculos cada vez más grandes. Allá arriba, donde tiernos amorcillos con alas nubosas se columpiaban en el azul, se extendía una sombra de niebla gris, agitada por los tenues rayos de las centelleantes llamas que la penetraban. Las cosas de alrededor parecían despertar de un sueño, permanecían inmóviles, por encima de ellas se arrastraban las sombras como viles sabandijas y las volvían asustadizas.

Pero el espejo atraía y atraía. Algo se agitaba en él cada vez que ella lo miraba. Aparte de eso, a su alrededor todo permanecía mudo y hostil, los objetos estaban adormecidos y la gente los apartaba a un lado. No podía preguntar a nadie, quejarse a nadie: sin embargo, aún había ahí algo que daba respuestas, que no permanecía indolente; se movía y la miraba significativamente. Pero ¿qué podía preguntarle? Raras veces había preguntado en París si era hermosa. Su espejo era los centelleantes ojos de los hombres que la deseaban. Sabía que era hermosa por sus victorias, por las ardientes noches, lo sabía ya por la admiración de los hombres cuando se dirigía en coche a Versalles. Ella los había creído, aun cuando mintiesen, pues su fuerza consistía precisamente en que creyeran en su poder. Pero ahora, ¿qué era ella ahora que había sido humillada?

Miró angustiada al cristal, que emitía trémulos rayos, como si su destino radicara en él y le devolviera la mirada. Se sobresaltó: ¿aquello era realmente ella? Sus mejillas parecían enjutas y sin frescor, una perversa mueca alrededor de la boca la escarnecía, los ojos aparecían hundidos en las órbitas y miraban asustados, como buscando ayuda. Se estremeció. Era un espectro. Sonrió al espejo. Pero el cristal le devolvió una sonrisa helada y sarcástica. Se palpó el cuerpo: sí, el espejo no mentía, había adelgazado, como una niña, y los anillos le iban holgados. Notaba que la sangre circulaba más fría en sus venas. Sintió miedo. Así pues, ¿todo había terminado, también su juventud? Un furor secreto la empujó a burlarse de sí misma, la agasajada, la soberana de Francia, y como en sueños recitó los versos de Voltaire con los que él le había dedicado su drama, esos versos que sus aduladores tanto gustaban de repetir:

Vous qui possedez la beauté
Sans être vaine et coquette

Et l'extrème vivacité
Sans être jamais indiscrète,
Vous a qui donnerent les Dieux
Tant de lumières naturelles.
Un esprit juste, gracieux,
Solide dans le sérieux
Et charmant dans les bagatelles.

Cada palabra parecía expresar su escarnio y ella miraba, miraba fijamente el espejo para descubrir si la mujer de ahí la escarnecía.

Levantó el candelabro para verse mejor. Y cuanto más cerca lo tenía, más parecía haber envejecido. Cada minuto que se miraba en el espejo parecía consumir años de su vida, se veía cada vez más pálida, más macilenta, enfermiza, cada vez más decrépita; se sentía envejecer, toda su vida parecía desvanecerse. Temblaba. Vio con espanto en el espejo todo su destino, todo su decaimiento, y no se cansaba de mirarse y tenía los ojos fijos en la blanca máscara desfigurada de aquella anciana que era ella misma.

Entonces, de pronto, las velas se estremecieron todas a la vez como sobresaltadas, las llamas azules trataron de huir de las mechas. Había en el espejo una figura oscura que tendía la mano hacia ella.

Dio un grito agudo y arrojó el candelabro de bronce contra el espejo para defenderse, con tanta vehemencia que saltaron mil chispas. Las velas cayeron y se apagaron. La oscuridad la envolvió por fuera y por dentro, y la mujer se desplomó sin sentido. Había visto su destino.

El mensajero, que había entrado para traerle las noticias de París y cuya repentina aparición en escena tanto había asustado a Madame de Prie, sólo vio los fulgurantes relámpagos de los fragmentos del espejo esparcidos y oyó en la oscuridad el ruido sordo de un cuerpo al caer. Salió como un rayo a buscar a los criados. Encontraron a Madame de Prie tendida inmóvil en el suelo entre los relucientes pedazos de cristal y las velas apagadas, con los ojos cerrados. Sólo sus azulados labios temblaban levemente y denotaban un vestigio de vida. La llevaron a la cama. Uno de los criados se puso en camino a caballo hacia Amfreville, en busca del médico.

Pero la enferma se despertó pronto y a duras penas logró comprender dónde estaba, en medio de aquellos rostros asustados. No sabía muy bien cómo había llegado hasta allí, pero dominó su miedo y su cansancio en presencia de los demás, esbozó con labios exangües su sonrisa siempre pronta, aunque ahora convertida ya en una máscara helada, y con voz que se esforzaba en parecer despreocupada y casi alegre preguntó qué le había ocurrido. Temerosos, los criados la informaron con evasivas. Ella no respondió, sonrió y extendió la mano para coger la carta.

Pero le costaba conservar la sonrisa. Su amigo le contaba que finalmente había logrado hablar con el rey. El rey seguía enojado con ella, porque había arruinado la hacienda pública e irritado al pueblo, pero existía la esperanza de obtener el permiso para regresar a París dentro de dos o tres años. La hoja de papel temblaba en sus manos. Debería vivir dos años alejada de París, sin gente, sin poder: no era lo bastante fuerte para soportar tanta soledad. Era su sentencia de muerte. Sabía que era incapaz de respirar sin felicidad, sin riqueza, sin poder, sin juventud, sin amor, que no podía convertirse en campesina después de haber sido soberana de Francia.

Y de golpe comprendió la figura del espejo que le tendía la mano y la extinción de las llamas: debía poner fin antes de envejecer del todo, de volverse completamente fea y desdichada. No recibió al médico, que entretanto había llegado: sólo el rey habría podido ayudarla. Como él no quería, tenía que ayudarse a sí misma. Esta idea ya no le causaba daño, porque de hecho había muerto hacía tiempo, cuando aquel oficial se presentó en su habitación para arrebatarle todo cuanto le daba vida: el aire de París, el único que podía respirar; el poder, que era su juguete; la admiración y el triunfo, a los que debía su fuerza. La mujer que se arrastraba sola, aburrida y envilecida por aquella habitación vacía ya no era Madame de Prie, sino un ser feo e infeliz que envejecía y al que ella debía matar para que no deshonrara por más tiempo el nombre que antaño había fulgurado por toda Francia.

Desde que la proscrita había tomado la decisión de poner fin a todo, había desaparecido de ella la tensión, la pesadez, la apremiante angustia. De nuevo tenía una meta, una ocupación, algo que no le dejaba un momento de respiro, que la mantenía en tensión y la estimulaba con mil posibilidades. Porque no quería morir allí como un animal que agoniza en un rincón, concebía algo secreto, místico, que se cerniera en torno a su muerte. Quería morir de modo heroico, legendario, como las reinas de la antigüedad. Su vida había sido fulgurante: también su muerte debía serlo, debía despertar una vez más la admiración soñolienta de miles. Nadie en París debía sospechar que ella perecía allí entre tormentos, sofocada por la soledad y la impiedad, abrasada por un ansia de poder no satisfecha; quería engañar a todos con una comedia de la muerte. El placer de su vida, el engaño, enardecía de nuevo su corazón. Quería terminar en un delirante arrebato de júbilo, como casual, no apagarse convulsivamente como una vela tirada al suelo que se tuerce y es aplastada con el pie por piedad. Quería bajar al abismo bailando.

Al día siguiente salió volando de su escritorio una gran cantidad de esquelas: líneas cariñosas, suplicantes, seductoras, autoritarias, prometedoras, impregnadas con un suave perfume. Propagó sus invitaciones por París y la provincia, atraía a todos con sus particulares aficiones, prometía caza a uno, juego a otro, un baile de máscaras al tercero. Por medio de sus agentes de París contrató a comediantes, cantantes y bailarines, encargó vestidos suntuosos, anunció una segunda corte en Francia con los mismos refinamientos y diversiones que Versalles. Atrajo e invitó a amigos y conocidos, a nobles y vasallos, sólo le interesaba tener allí a personas, muchas personas, muchos espectadores para la comedia de la dicha y la satisfacción que quería representar antes de que llegara el fin.

Y pronto una nueva vida comenzó en Courbépine. La sociedad de París, siempre ávida de placeres, buscaba la novedad. Y, además, sentía la secreta y un poco maliciosa curiosidad de ver cómo se las ingeniaba la caída soberana de Francia en su exilio. Una fiesta seguía a otra. Llegaban las carrozas con sus nobles blasones, espaciosas calesas llenas hasta los topes de gente alegre, oficiales a caballo; todos los días acudía gente en masa, entre ella un ejército de gorrones y criados. Algunos se llevaban ropajes de pastor, como si fueran a una fiesta campestre, otros acudían con gran pompa: el pueblecito parecía un campamento.

Y el palacio se despertó, brillaba ahora orgulloso con sus ventanas encendidas, pues estaba animado por risas y conversaciones, juegos y música. La gente subía y bajaba, las parejas susurraban en los rincones donde antes sólo se acurrucaba el gris silencio. En las sombras del bosquecillo brillaban los tonos claros de los abigarrados vestidos femeninos, las mandolinas arrojaban a la noche atrevidas canciones con trémulos y alegres rasgueos. Los criados corrían por los pasillos, había flores ribeteando las ventanas, lámparas de colores brillaban como rayos desde los arbustos. Se llevaba la vida ligera de Versalles, la ligera elegancia de la despreocupación. Ciertamente la ausencia de la corte disminuía un poco el brillo, sin embargo, aumentaba la loca alegría, la cual, libre de toda etiqueta, incitaba a todo el mundo a bailar.

Madame de Prie sentía cómo en medio de este torbellino su sangre entumecida empezaba de nuevo a circular ardiente. Era una de aquellas no raras mujeres que se mueven de acuerdo con el estado de ánimo de los demás.

Era hermosa cuando la deseaban, ingeniosa con las personas inteligentes, arrogante cuando la adulaban, enamorada cuando la amaban. Cuanto más se le pedía, más daba. Pero como en la soledad nadie la veía, le hablaba, la oía o la reclamaba, se había vuelto fea, boba, desvalida e infeliz. Estaba viva sólo en medio de la vida, en la soledad, en cambio, se derrumbaba y se convertía en sombra.

Y ahora que un destello de su vida anterior revoloteaba a su alrededor, resplandecía de nuevo todo su contento, todo su encanto, volvía a ser ingeniosa, complaciente, embelesaba, entretenía, se avivaba con el fuego de las miradas que quedaban apresadas en ella. Olvidaba que quería engañar a aquellas gentes con su alegría y desbordaba realmente alegría, tomaba cualquier sonrisa como una dicha, cualquier palabra como una verdad; se arrojaba febril al placer de la compañía de la que había carecido largo tiempo como a los brazos de un amante.

Permitía que estas fiestas se volvieran cada vez más desenfrenadas, llamaba cada vez a más gente, la atraía. Y cada vez acudía más. Aunque entonces, después de la bancarrota de Law, el país se había empobrecido, ella tiraba a manos llenas los millones que había obtenido por extorsión durante su regencia. El dinero rodaba por las mesas de juego, se derrochaba en costosos fuegos artificiales, se fundía en caprichos exóticos, y ella seguía tirándolo como loca. Los invitados se admiraban, sorprendidos por el derroche y la magnificencia de esas fiestas: nadie sabía en honor de quién se daban realmente. Y, en medio del delirante torbellino, ella misma casi lo olvidó.

Durante todo el mes de agosto atronaron las fiestas. Llegó septiembre con las frutas multicolor en la cabellera de los árboles y las nubes del atardecer bordadas en oro. Los invitados empezaban ya a disminuir, el tiempo apremiaba.

Pero, en medio de las diversiones, Madame de Prie casi había olvidado su propósito. Quería engañar a los demás con lujo y pompa, y se engañó a sí misma, su frivolidad se perdió tanto en ese reflejo de su vida anterior, que lo tomó por real e incluso llegó a creer que poseía belleza, poder y alegría de vivir.

Algo había cambiado, por supuesto, y eso le dolía. La gente era más amable con ella desde que ya no era nada, más cordial y, sin embargo, más fría a la vez. Las mujeres ya no la envidiaban, no la zaherían con pequeñas maldades, los hombres ya no se apretujaban a su alrededor. Reían con ella, la aceptaban como buenos camaradas, pero ya no se fingía amor, no se mendigaba, no se andaba tras él con lisonjas ni hostilidades. Y en esto notaba ella que había perdido todo su poder. Una vida sin envidia, sin odio y sin mentira no era digna de ser vivida. Reconoció con horror que en realidad ya se habían olvidado de ella: el torbellino seguía dando vueltas tan impetuoso como antes, pero ella había dejado de ser el centro de atención. Los hombres reían con las otras mujeres, cuya juventud y frescor ella observó por primera vez: había llegado la hora de volver a recordar al mundo que ella existía, antes de que se volviera vieja y extraña a sus ojos.

Vacilaba de día en día en su decisión. En su interior se agitaba un sentimiento, mitad miedo mitad esperanza: la sensación de que aún podía retener algo, rescatarlo del salto desesperado hacia lo irrevocable. Entre todas las manos que se tendían hacia su mesa, que rodeaban a las mujeres en el baile y hacían rodar el oro sobre la mesa de juego, ¿no había siquiera una que pudiera o quisiera sostenerla, nadie que la amara tanto que ella pudiera prescindir sin temor del juego polícromo de las gentes, canjearlo por la resbaladiza posesión del poder real? Sin saberlo, buscaba pasión, la solicitaba a todos los hombres y a cambio ofrecía su vida. Pero todos pasaban de largo.

Pero he aquí que un día, ya al anochecer, encontró en el parque a un joven capitán de la guardia real, un mozo guapo y alegre que ya antes le había gustado, vagando por entre los árboles con el semblante descompuesto y los dientes apretados en actitud obstinada, y de vez en cuando golpeando los troncos con el puño. Ella le dirigió la palabra. Desconcertado —observó ella—, contestó diciendo que un secreto lo atormentaba y estaba analizando su desesperación. Finalmente confesó que había perdido en el juego cien luises de oro que el regimiento le había confiado. Era un ladrón y debía hacerse justicia él mismo. Qué extrañamente admonitorio le pareció a ella que allí, en medio del alborozo, alguien más diera vueltas a la misma oscura determinación. Claro que este era joven, tenía las mejillas sonrosadas y era capaz de volver a reír: todavía se le podía ayudar. Lo invitó a su habitación y le dio cien luises de oro. El joven temblaba de felicidad y le besó las manos. Lo retuvo largo rato, pero él no deseaba nada de ella, ni con la mirada ni con ningún gesto. Se estremeció: ni siquiera podía comprarse ya el amor. Esto alentó de nuevo su determinación.

Lo despachó y volvió rápidamente al salón. Cuando abrió la puerta, la saludaron grandes risotadas, una nube de voces alegres y gentes abigarradas llenaba la estancia.

Y de pronto sintió odio hacia todos los que tanto se divertían allí, que bailaban y se reían sobre su tumba. Se apoderó de ella un sentimiento de envidia, porque todos aquellos vivirían y estarían contentos.

La consumía el pérfido placer de turbar a aquellas gentes, asustarlas, confundirlas, borrarles la risa de los rostros. Y de pronto, cuando por un instante disminuyó la desbordante alegría, dando cabida al silencio, dijo inesperadamente:

—¿No os dais cuenta de que hay un muerto en la casa? Hubo un instante de confusión, pues incluso a los ebrios la palabra muerte les cae como un martillo en el corazón. Todos se hacían preguntas entrecruzadas en un absoluto caos. Pero Madame de Prie dijo fríamente, sin inmutarse:

—Soy yo. No veré el próximo invierno.

Lo dijo tan seria y sombría, que todos se miraron los unos a los otros en silencio. Aunque sólo por un segundo. En seguida alguien lanzó una palabra chistosa desde un rincón como una pelota de colores, otro se la devolvió y, como reanimada por esta extraña ocurrencia, la ola de júbilo se encrespó de nuevo espumante y sepultó el primer desconcierto.

Madame de Prie permanecía muy tranquila. Se daba cuenta de que ahora ya no había vuelta atrás. Pero la seducía la idea de dar una forma todavía más clamorosa a su profecía. Se acercó a una de las mesas redondas en las que se jugaba al faraón y esperó a que se descubriera la próxima carta. Era un siete negro.

—Será el siete de octubre, pues.

Sin querer lo había dicho a media voz.

—¿Qué será el siete de octubre? —preguntó a su lado uno de los mirones.

Ella lo miró tranquila:

—El día de mi muerte.

Todos se rieron. El chiste pasaba de boca en boca. Y Madame de Prie sentía un placer irrefrenable al ver que nadie la creía. Pues si ya nadie la creía capaz de nada en vida, en la muerte verían con qué ruindad había hecho comedia con ellos. Un maravilloso sentimiento de superioridad, de placer, de alivio, recorrió todo su cuerpo como un estremecimiento, era como si estuviera a punto de lanzar gritos de alegría y de escarnio.

Cerca resonaba la música. Había empezado un baile. Se incorporó a las filas y bailó mejor que nunca.

A partir de ese momento su vida volvió a tener sentido. Sabía que estaba preparando una acción que la haría inmortal. Se imaginó el asombro del rey y el espanto de los invitados cuando el día señalado llevara a cabo el anuncio de su muerte. Y preparaba la comedia de su muerte con el mayor esmero, invitaba constantemente a nuevos huéspedes, multiplicaba la ostentación, trabajaba como en una obra de arte en el variado esplendor de los últimos días para hacer más notable la súbita caída. Aprovechaba cualquier ocasión para manifestar de nuevo la promesa de su muerte, pero a la vez no dejaba de poner delante la resplandeciente cortina del júbilo y la diversión; quería que todo el mundo estuviera enterado de la noticia y que, sin embargo, nadie lo creyera. La muerte debía elevar de nuevo su nombre al rango de lo inolvidable, del que el rey la había depuesto.

Dos días antes de llevar a cabo su irrevocable propósito, dio la última fiesta, la más fastuosa de todas. En Francia, desde que la legación persa y otras islámicas se habían presentado por primera vez en París, lo oriental se había puesto de moda, se escribían libros revestidos de Oriente, se traducían sus cuentos y leyendas, la gente se vestía a lo árabe e imitaba el estilo florido del modo de hablar de allá. A un coste enorme, Madame de Prie mandó convertir todo el edificio en un palacio oriental. Preciosas alfombras cubrían los suelos, papagayos graznadores y cacatúas de plumaje blanco, atados con cadenas de plata, se columpiaban en las barras de las ventanas, los criados se apresuraban en silencio por los pasillos con anchos turbantes de seda, llevando a los invitados deslumbrados por un lujo tan extravagante dulces y refrigerios todavía desconocidos. En el jardín se habían instalado tiendas de colores, muchachos con grandes abanicos procuraban frescor, llegaba música desde la negrura de los bosquecillos, se habían movilizado todos los recursos para convertir aquella velada en una fiesta fantástica e inolvidable y la media luna, que aquella noche colgaba plateada en un cielo sembrado de estrellas, contribuía a aumentar la magia del premeditado juego de la fantasía y de la atmósfera enigmática y cargada de la noche.

La auténtica sorpresa, sin embargo, la proporcionaba una tienda especialmente espaciosa que tapaba un escenario con cortinas de terciopelo rojo. Madame de Prie, a fin de aparecer ante sus invitados en todo el esplendor de su fama y de su belleza, había decidido representar ella misma una comedia: su último y más hermoso engaño consistiría en irradiar de nuevo sobre la gente toda la algazara y ligereza de su vida antes de morir. En los pocos días que aún le quedaban había encargado a un joven escritor que escribiera una obra dramática de acuerdo con sus instrucciones. El plazo era corto y los alejandrinos malos, pero eso no era lo más importante. La tragedia se desarrollaba en Oriente y ella se había reservado el papel de Zengane, una joven reina a la que sus enemigos arrebatan el reino y que va orgullosa a la muerte, a pesar de que el magnánimo vencedor le ofrece compartir con él, como esposa, todos sus dominios. Así lo había estipulado: quería representar su muerte voluntaria ante los desprevenidos invitados antes de hacerla real. Y también quería, aunque sólo fuera teatro, revivir una vez más su pasado, ser reina de nuevo, demostrar que había nacido para ello y que debía morir tan pronto como la despojaran del poder.

Su ambición era aparecer hermosa y como una reina la última noche en que la vieran los hombres; quería adornar su imagen del pasado con una corona invisible, asegurar para su nombre aquel escalofrío de profundo respeto que rodea como un hálito todo lo sublime. Los afeites sepultaban la palidez de sus hundidas mejillas, su delgadez se perdía en las ondeantes ropas orientales, sus fatigados ojos resplandecían con el brillo deslumbrante de las piedras preciosas que refulgían en su cabello como el rocío de una húmeda mañana en una flor oscura. Y cuando se abrió crujiendo la cortina y apareció ella en el escenario, envuelta en el brillo infinitamente acentuado por su pasión interior, rodeada por los criados de rodillas —el pueblo respetuosamente admirado—, un murmullo recorrió las filas de los invitados. El corazón le palpitaba: por primera vez desde aquellas amargas semanas sintió que se levantaba hacia ella la hermosa y rugiente ola de admiración que durante tantos años había sostenido su vida y una extraña sensación la embargó, una dulce melancolía, mezclada con un apesadumbrado deseo, una aflicción que refluía constantemente en una sensación de gran dicha. Se dejaba engañar por la ilusión del oleaje que rompía ante ella, ya no veía a individuos, sino sólo a una masa, quizás eran sus invitados, quizá toda Francia, quizá la eternidad. Y, en su felicidad, una sola cosa apercibía: que ella estaba ahí arriba, otra vez en lo alto, envidiada, admirada, contemplada por la centelleante curiosidad de todas aquellas miradas anónimas; y ahora por fin, al fin, volvía a tener conciencia de vivir, de estar viva. Y este segundo de vida lo había comprado con la muerte a un precio no demasiado caro.

Actuaba admirablemente, ella, que nunca lo había intentado. Porque de todo lo que impide a los demás representar sentimientos delante de los otros, miedo, angustia, pudor, timidez, de todo esto ella se había desprendido, en verdad sólo jugaba con las cosas. Quería ser reina y durante una hora lo era de nuevo. Sólo una vez le faltó el aliento, cuando recitó este fragmento de su papel:

—Je vais mourir, oh ne me plaignez pas!

Pues sentía que en estas palabras expresaba su más profundo deseo de vivir y temía que el público no se dejara engañar, que la comprendiera, la advirtiera y la disuadiera. Pero precisamente la pausa después de este grito pareció tan irresistiblemente creíble a los demás, que un estremecimiento recorrió las filas de los especiadores. Y cuando con un brusco gesto blandió la daga contra su corazón, cayó al suelo y pareció morir con una sonrisa en los labios, cuando la función había terminado, pese a que en realidad sólo ahora empezaba, se precipitaron hacia el escenario, la rodearon gritando de júbilo y la aclamaron con un entusiasmo que ni ella misma había conocido en los días de mayor gloria.

Pero ella sólo respondía con una sonrisa a todo aquel alboroto. Y cuando la felicitaron por lo soberbio de su interpretación de la muerte de Zengane, dijo con toda tranquilidad:

—¿Acaso no sabría yo hoy cómo se muere una? Pues la muerte reside ya en mí, pasado mañana todo habrá terminado.

Volvieron a reírse. Pero ahora ya no le dolía. La invadía ahora una serenidad tan exultante y desprovista de dolor, una alegría tan infantil y desbordante por haber engañado a todos aquellos invitados llenos de entusiasmo, que sin querer se unió a las trepidantes risas. Antes se había limitado a jugar con las personas y el poder: ahora se daba cuenta de que no existía ningún juguete más divertido que la muerte.

Al día siguiente, el último completo de su vida, desaparecieron los invitados: quería recibir a la muerte sola. Las carrozas levantaban nubes de polvo blanco en la lejanía, los jinetes se alejaban al trote, las salas se vaciaban de risas y luz, en la chimenea silbaba el viento como un fantasma inquieto. A ella le parecía como si con aquella gente se le escapara lentamente la sangre de las venas, se sentía cada vez más fría, más débil, indefensa y angustiada. La muerte, que la víspera le parecía tan fácil de tomar a broma, mostraba de repente su horror y su fuerza a la mujer de nuevo solitaria.

Y volvió a despertarse todo lo que ella creía reprimido y aplastado. Llegó la última noche y otra vez las sombras que, ahuyentadas por la luz se habían escondido tras los objetos, se deslizaron silbando como serpientes de sus escondrijos. El horror, ahogado por las risas, disimulado por las imágenes multicolores de tanta gente, penetró de nuevo omnipotente en todas las desiertas estancias. El silencio tan sólo se había agachado bajo el torrente de voces: ahora se extendía otra vez como la niebla, llenaba las habitaciones, las salas, las escaleras, los pasillos y también su acongojado corazón.

Hubiera preferido poner fin de inmediato. Pero había elegido el siete de octubre y no debía estropear el engaño, destruir por un antojo este edificio artificial de su triunfo, reluciente de mil mentiras. Debía esperar. Pero más duro que estar muerta era ese esperar la hora de la muerte; mientras, afuera, el viento se reía, y allí dentro las oscuras sombras se alargaban hacia su corazón. ¿Cómo podía soportar aquello, esta larga noche antes de la muerte, este tiempo infinito hasta la aurora? Los oscuros objetos se iban acercando y agolpando como fantasmas, todas las sombras de su vida anterior iban saliendo de las criptas: huía de ellas de habitación en habitación, pero la miraban desde los cuadros, reían sarcásticamente desde el otro lado de las ventanas, se agachaban detrás de los armarios. Los muertos ya tendían las manos hacia la que aún estaba viva y deseaba gente, gente para una sola noche. Anhelaba a alguien, como quien anhela un abrigo para protegerse del frío helado, hasta que amaneciera.

De pronto tiró de la campanilla, que resonó como el grito estridente de un animal herido. Apareció un criado soñoliento. Le ordenó que fuera a casa del sobrino del párroco, que lo despertara y que lo trajera. Tenía una importante noticia que darle.

El criado se la quedó mirando como a una loca. Pero ella no se daba cuenta, en realidad no se daba cuenta de nada, se había extinguido en ella toda sensación. No se avergonzaba de llamar a alguien que la había apaleado, no se avergonzaba ante el criado de mandar llamar a un hombre a su alcoba. En su interior no anidaba sino vacío y frío, sentía que su pobre cuerpo, que se estremecía, necesitaba calor para no helarse. Su alma ya estaba muerta: tan sólo debía matar el cuerpo.

Al cabo de un rato se abrió la puerta. Su antiguo amante entró en el aposento. Su mirada era fría y burlona, era una persona indeciblemente extraña para ella. Y, sin embargo, el horror se acurrucó un poco debajo de los objetos desde el momento en que él abrió la puerta y ella ya no estaba sola con ellos.

Él se esforzó en aparecer firme y no traicionar su asombro interior, pues aquella llamada había sido completamente inesperada. Durante días, mientras el palacio palpitaba con las fiestas, había vagado a hurtadillas alrededor de la reja del parque con el rostro amargado de rabia, se había cansado de reprocharse a sí mismo el no haber podido estar en medio de aquel esplendor. Se había consumido de ira por haberla humillado tanto antes, pues en aquellos suntuosos festines había comprendido de pronto cuánto poder tenía la riqueza que no había sabido aprovechar. Y luego, las horas pasadas con Madame de Prie le habían despertado el deseo de aquella mujer elegante, perfumada y perdida, de miembros delicados y frágiles, de una voluptuosidad extrañamente excitadora, con vestidos de crujiente seda. Y él se había recluido de nuevo en la miserable rectoría, donde todo le pareció de pronto burdo, sucio y vetusto. Su impetuoso deseo, una vez estimulado, buscaba con la mirada a todas las mujeres que venían de París, pero ninguna se fijaba en él, sus carrozas pasaban por su lado salpicándolo con el barro de las ruedas y los augustos señores ni siquiera reparaban en él cuando se quitaba respetuosamente el sombrero. Cien veces había sentido el impulso de entrar en el palacio y caer de rodillas ante Madame de Prie, pero siempre lo retenía el miedo.

Pero ahora era ella quien lo llamaba y eso lo hacía arrogante. En su interior se creció: era el momento más glorioso de su vida por el hecho de que ella lo necesitara de nuevo.

Se miraron durante un rato. Apenas podían ocultar el odio mutuo en sus miradas. En ese momento se despreciaban, porque cada uno quería utilizar al otro. Madame de Prie se contuvo. Su voz era fría como nunca.

—El duque de Berlington me preguntó ayer si podía recomendarle un secretario. Si quieres el puesto, mañana te mandaré a su casa en París con una carta.

El muchacho se estremeció. Había adoptado ya un porte altanero, quería ser condescendiente, benévolo, si ella solicitaba sus favores. Pero ahora se desmoronaba. Lo vencía la codicia. Ante sus ojos rutilaba París.

—Si madame quisiera ser tan bondadosa, para mí…, para mí no habría felicidad mayor —balbuceó. Sus ojos tenían la expresión suplicante de un perro azotado.

Ella asintió. Después lo miró: altiva, pero de nuevo benigna. Él comprendió. Todo volvería a ser como antes…

Y ella no olvidó ni por un solo segundo aquella ardorosa noche en que lo odió, lo despreció y engañó —pues no existía ningún duque de Berlington—. Sabía cuán despreciable era ella misma, que tenía que comprar con una mentira las caricias de un hombre; con todo, era vida, vida viva, lo que sentía en los miembros del joven y bebía de sus labios, y no la oscuridad y el silencio que estaban a punto de envolverla. Sentía cómo el calor del muchacho repelía a la muerte y sabía, a la vez, que sólo quería engañar a la muerte, que cada vez se acercaba más y más, y cuyo poder ahora presentía por primera vez con un escalofrío.

La mañana del siete de octubre era diáfana, el sol titilaba sobre los campos e incluso las sombras eran transparentes y límpidas. Madame de Prie se vistió esmeradamente como para una fiesta, puso en orden sus cosas, quemó cartas. Sus joyas, que eran sumamente valiosas, las guardó en un cofrecillo de ébano, rompió todos los pagarés y contratos. En su interior todo volvió a ser claro y sólido desde que había amanecido, y ella quería que todas las cosas fueran diáfanas.

Entró su amante. Ella le habló afectuosamente y sin rencor: le dolía engañar tan mezquinamente a esta última persona que había significado algo para ella, aunque sólo un poco. No quería que nadie pudiera hablar de ella con resentimiento, quería que todo el mundo lo hiciera con admiración y gratitud. Y deseaba colmarlo con todas sus joyas por aquella noche: era una fortuna.

Pero él estaba soñoliento y perezoso. En su campesina avidez por las posesiones, no pensaba en otra cosa que en el puesto que ocuparía, en su futuro. Y el recuerdo del ardor apasionado de las caricias de ella lo hacían todavía más desvergonzado. Dijo de mal humor que debía ir a París de inmediato, que si no, quizá llegaría demasiado tarde y exigió más que pidió la carta de recomendación. Algo se heló en el alma de ella. Lo había alquilado: ahora él reclamaba el pago.

Escribió la carta, la carta a alguien que no existía, al que él nunca encontraría. Pero todavía vaciló en entregársela. Una vez más demoró la decisión. Le preguntó si quería quedarse un día más, lo deseaba tanto… Y al propio tiempo mecía el cofrecillo en la mano. Pensaba que quizás aún podría salvarse, si él consentía. Pero cualquier decisión le daba lo mismo. Él tenía prisa. No quería. Si no lo hubiera dicho con tanta acritud, si no hubiera dado a entender con tanta aspereza que se había dejado comprar por una sola noche, ella le hubiera regalado las joyas, que valían cien mil libras. Pero él era brusco, su mirada era desvergonzada y sin amor. Entonces ella tomó una sola piedra preciosa, muy pequeña, que brillaba con un tono mate —mate como los ojos del muchacho— y se la dio como propina para que llevara el cofrecillo, cuyo contenido él no sospechaba, al convento de ursulinas de París. Lo acompañó de una carta que pedía decir misas por su alma. Luego mandó al impaciente al duque de Berlington.

Él se fue sin entretenerse demasiado en dar las gracias y sin sospechar el gran valor de la carga que llevaba consigo. Así, después de haber representado ante todos una comedia acerca de sus sentimientos, Madame de Prie engañó a la última persona que se había cruzado en su camino.

Luego cerró la puerta y se apresuró a coger un frasquito del baúl. Era de hermosa porcelana china, con unos fantásticos y enormes dragones pintados de azul que se retorcían y se enroscaban. Lo contempló con curiosidad y se puso a jugar con él con la misma despreocupación con que había jugado con la gente, con los príncipes, con Francia, con el amor y la muerte. Desenroscó el tapón y vertió el transparente líquido en una pequeña copa. Vaciló un momento, en realidad sólo por el temor infantil de que pudiera ser amargo. Con cautela, como un gatito que olisquea leche caliente, metió la lengua dentro: no, no sabía mal. Y se bebió de un trago todo su contenido.

En aquel momento, le pareció más bien cómico y sumamente ridículo el hecho de que bastara un solo sorbo para que al día siguiente uno ya no volviera a ver nubes ni campos ni bosques, los mensajeros corrieran, el rey se asustara y Francia entera se asombrara. He aquí, pues, la gran hazaña que tanto había temido. Pensó en el pasmo de sus invitados, en las leyendas que se referirían a ella, por ejemplo, que ella había predicho el día de su muerte, y no comprendía sólo una cosa: que en el fondo se hubiera dado muerte sólo porque le faltaba gente, la misma gente simple y estúpida a la que se podía engañar con una comedieta. El mismo hecho de morir le parecía sencillo, incluso se podía sonreír, de veras —ella lo intentó—, se podía sonreír sin ninguna dificultad, y no era nada difícil poner cara apacible y hermosa en la muerte, radiante de felicidad sobrenatural. Realmente, incluso más allá de la muerte, se podía continuar representando la comedia de la felicidad, cosa que ella no sabía. De pronto, todo, las gentes, el mundo, la muerte y la vida, le pareció tan enormemente divertido que, sin querer, la sonrisa ensayada se hizo auténtica en sus irreflexivos labios. Se irguió, como si en algún lugar delante de ella hubiera un espejo, esperó a la muerte y sonrió, sonrió, sonrió.

Pero la muerte no se dejó engañar y quebró la sonrisa. Cuando hallaron a Madame de Prie, su rostro se había contorsionado en una horrible mueca: unos rasgos furibundos mostraban todo lo que había sufrido realmente durante las últimas semanas: odio, congoja, miedo absurdo, dolor delirante y desesperado. La engañosa sonrisa por la que con tanto afán había luchado se había desvanecido, inerme. Los pies se habían dislocado, retorcidos por el dolor; las manos se habían aferrado con tanta fuerza a una cortina, que entre los dedos habían quedado jirones, y la boca estaba abierta como a punto de prorrumpir en un grito estridente.

Y la gran función de alegría aparente, el anuncio místico del día de su muerte, fue también en vano. La noticia de su suicidio llegó a París por la noche, precisamente cuando un prestidigitador italiano hacía gala de su arte en la corte. Hacía desaparecer conejos en un sombrero, por arte de magia hacía salir gansos de cáscaras de huevo. Cuando llegó la noticia, la gente se emocionó un poco, se asombró y susurró; el nombre de Madame de Prie circuló unos minutos, pero el mago estaba realizando otro sorprendente juego de manos y los presentes se olvidaron de Madame de Prie del mismo modo que ella se hubiera olvidado del destino de otro en aquel momento. El interés de Francia por aquel extravagante final no duró mucho y el esfuerzo desesperado de aquella mujer por representar una comedia inolvidable fue baldío. La fama que anhelaba, la inmortalidad que quería conseguir con su muerte, pasó sin hacer caso de su nombre: el polvo y las cenizas de hechos intrascendentes sepultaron su destino. Pues la historia universal no tolera intrusos, ella escoge a sus héroes y rechaza sin compasión a los que no han sido llamados, por más empeño que pongan en ello; quien cae una vez del carro del destino, ya no vuelve a alcanzarlo. Y del singular final de Madame de Prie, de su vida real y del engaño tan artificialmente tramado, no quedaron sino algunas áridas líneas en algún libro de memorias que permiten entrever tan poco la apasionada fiebre de su pasado talento como una flor aprisionada entre las páginas de un libro permite adivinar el prodigio de aroma de su largo tiempo perdida primavera.

LA CRUZ

Era el año de guerra 1810. Una enorme y quemada nube de polvo se cernía sobre el camino real de Hostalric, en Cataluña, el pueblo que los españoles defendían con tanto ardor y los franceses asediaban sin descanso. De vez en cuando, una perezosa ráfaga de viento abría el blanco velo, del que emergían pesados carros de formas vagas, soldados en grupos sueltos, caballos arrastrándose fatigosamente hacia delante, un transporte de vituallas protegido por un coronel experimentado con sus tropas. El blanco camino, serpenteante y torcido, dejaba atrás la tierra fangosa de onduladas colinas y se dirigía hacia un bosquecillo que resplandecía de color violeta y cuyas lindes aparecían bañadas de rojo por el sol, que se sumergía ya por poniente. La nube de polvo entraba lentamente en la oscuridad de los árboles, que esperaba en silencio a la chirriante comitiva.

De pronto, como un cohete, salió un disparo de las sombras. Una señal, evidentemente. Un segundo después, un mortífero fuego rápido crepitó sobre la atrapada columna. Los soldados caían a diestra y siniestra antes de que tuvieran tiempo de coger sus fusiles; los caballos, asustados, se encabritaban relinchando, de modo que los carros se volcaban o chocaban entre sí con golpes sordos. El coronel se dio cuenta rápidamente de la situación: resistir era una locura y huir, muy peligroso. Como una trompeta, su grito dominó el ruido. Ordenó el ataque sobre un flanco y dejar al enemigo el transporte y los heridos. El tambor redoblaba exaltado bajo las febriles manos del pequeño tamborilero y, sin orden ni concierto, impetuosos e irresistibles, saltaron los franceses hacia el costado izquierdo del camino y penetraron en el bosque, cuyos árboles empezaron extrañamente a cobrar vida. Cayeron rayos desde las copas, que oscilaban a causa de un peso inusual; sombrías formas se deslizaban por los troncos rozándolos como serpientes negras, y a veces una masa humana caía con un ruido sordo, como un fruto maduro, de unas ramas que seguían oscilando furibundas. Los españoles, que se agazapaban en los matorrales, retrocedieron ante las bayonetas de los franceses, que las clavaban a ciegas en la oscuridad y avanzaban desesperados barriéndolo todo a su paso para llegar al claro del monte. Mientras tanto crecía el sordo fragor de gritos y disparos, que se perdían en un asustadizo eco. Solo a la cabeza, pistola y sable en mano, el coronel se lanzó al ataque. De pronto su brazo extendido hendió el aire con la mano convulsamente contraída. Su pie había quedado atrapado en una raíz y, al tropezar, se golpeó tan fuerte la cabeza contra un árbol que se cayó, con la mirada vacía, en la oscuridad de un matorral, cuyas varas silbaron violentamente encima de él. La batalla pasó de largo rauda y veloz sin hacer caso del hombre tendido sin sentido…

Cuando el coronel volvió a abrir los ojos, estaba solo en medio de la oscuridad y el silencio. Encima de él se mecían las ramas en el cielo ensombrecido por el atardecer, llenando el aire de sordos silbidos. Cuando quiso levantar la cabeza, notó sangre en los labios. Con los pensamientos confusos, se palpó las marcas que las varas le habían hecho en la cara al caer. Y rápidamente se le avivó entonces la memoria. Y desde el lugar del ataque el viento le traía el apenas perceptible y confuso ruido de caballos enjaezados y de ruedas retumbantes, cada vez más y más lejos. Por lo visto la victoriosa banda de guerrilleros se llevaba el botín. Con los primeros recuerdos se mezclaba ya un dolor sordo: el coronel se daba cuenta de que su decisión se le había escapado completamente de las manos y que ahora pendía sólo del azar. Se encontraba solo en un bosque desconocido, solo en tierra enemiga. Un reflejo de su sable o un chasquido de la maleza podía delatarlo, una presa fácil e indefensa ante las torturas de los insurrectos. Pues desde que Augereau había marcado los caminos con patíbulos levantados sobre la marcha, desde que los españoles eran fusilados sin juicio previo, los franceses encontraban horripilantes rastros de venganza en los pueblos abandonados: cuerpos carbonizados de soldados quemados a fuego lento, cadáveres descompuestos de prisioneros empalados, imágenes terribles de suplicios y de crueldades brutales. Todo esto pasó como un relámpago por su cerebro, tan rápido, tan claro, que se estremeció como agitado por la fiebre. Más y más oscuro susurraba a su alrededor el funesto bosque que lo tenía prisionero.

El coronel reflexionó, ahogando cualquier decisión precipitada. Sólo la huida era posible, huir del bosque por la noche, huir hacia Hostalric o de vuelta al camino, hasta encontrar de nuevo tropas francesas. Pero huir, a cualquier precio —discurría—, a pesar de que la idea de su penosa indefensión le abrasaba el alma. La pálida luz que pendía por encima de las copas de los árboles lo condenaba todavía a la inacción. Con los labios apretados y los ojos ardientes, tendido inmóvil bajo la maleza, aún tuvo que esperar, esperar a que el redondo disco lunar que brillaba con trémula luz verdosa flotara entre la niebla vespertina hacia el firmamento; tuvo que escuchar cualquier temblor del suelo, cualquier vibración del aire, cualquier grito de pájaros procedente de las profundidades del bosque, cualquier gemido de las ramas que se balanceaban con el viento de la noche. El recuerdo de las interminables noches en Egipto lo colmó de espanto, el recuerdo de aquel cielo de un amarillo sulfuroso, henchido de silencio infinito y amenaza indescriptible. La sensación de abandono acongojaba su corazón como un enorme peso.

Finalmente, al cabo de horas y horas, cuando la luna cubrió el bosque con su fría luz como de hielo, regresó, arrastrándose de rodillas con toda precaución, al lugar del ataque, temblando no tanto de miedo como del ardor febril de una vaga esperanza. Con infinita cautela, que era el más terrible tormento en su estado de agitación, avanzaba a cuatro patas palpando la maleza de los enmarañados arbustos y la dura red de las raíces de los árboles. El camino de un árbol a otro le parecía una eternidad. Por fin el camino real brilló, claro como un estanque, a través de la soñolienta oscuridad de los márgenes.

Tomando aliento se incorporó para rehacer corriendo el camino desierto, con la pistola en la mano y el sable en permanente apresto. Entonces —se sobresaltó—, una sombra se deslizó delante mismo de él. Y retrocedió de nuevo. Y otra vez de un lado para otro, indistinta y sin embargo perceptible como un soplo frío.

El coronel agarró la pistola con fuerza y escrutó la oscuridad de los árboles. Pero ningún sonido cruzó el espacio. Y, sin embargo, lentamente y sin pausa se arrastró de nuevo la sombra por la gravilla del camino e inquieta, inmaterial, se volvió a desvanecer. Iba y venía como la oscilación de un péndulo, misteriosa y silenciosa, fantasma de la noche. Jadeante, el coronel siguió su camino. Y se estremeció de repente cuando levantó los ojos hacia el claro de luna.

Casi rozando su cabeza, de la rama inclinada de un joven alcornoque, colgaba un cuerpo desnudo, resplandeciendo pálido y siniestro a la luz gredosa de la luna. Se balanceaba con un reposado movimiento, como la sombra del camino. Y a medida que la mirada horrorizada iba posándose de un árbol en otro, la horripilante imagen se multiplicaba. Los muertos, ahorcados en las sombras de las copas de los árboles y sólo pálidamente bañados por el fantasmal crepúsculo, parecían hacer señales con gestos fantásticos, agitando los lívidos cuerpos de un lado para otro en el viento. El aliento brotó como un estertor de la garganta del coronel cuando sobre los desencajados rostros vio las gorras de pelo de oso de sus soldados, burlonamente caladas. Sus soldados, muchachos valientes y bizarros, con los que el día anterior todavía había bromeado junto a la hoguera del campamento, ¡ahorcados como gallinas desplumadas y estranguladas, por rufianes, bandidos, españoles, primero acuchillados, después torturados, afrentados, escupidos! Tambaleándose de cólera, movido por la furiosa necesidad de hacer algo, se puso en pie de un salto y golpeó con el puño los duros árboles. Y se echó al suelo de nuevo, arrancando raíces con las manos y los dientes, delirando en el tormento de su indefensión, enardeciéndose con el deseo de hacer algo, rugir, golpear, estrangular, matar. Hervía en su interior un exceso de angustioso apremio, una llama virulentamente avivada de cólera y desesperación. ¡Y una y otra vez la sombra sobre el camino y el sordo murmullo del bosque! Por primera vez desde hacía muchos años el coronel sintió un escozor en los ojos como de lágrimas, por primera vez el nombre de Napoleón salió de sus labios con una maldición por haberlo mandado a esta tierra de asesinos y profanadores de cadáveres. Y esto incitaba esa cólera desconcertada y febril. Brotaba como fuego en sus manos.

¡Entonces, de pronto, un ruido! Un paso… Sangre y aliento, fiebre y rabia, ideas y reflexiones quedaron en suspenso en un segundo de expectación. En efecto: un paso, un paso que se acercaba presuroso. Y ya surgió una sombra entre los árboles allí donde el camino doblaba hacia el bosque. Instintivamente el coronel, al acecho, se acuclilló en la oscuridad, agarrando ávida y convulsivamente las armas, su pecho jadeó sordamente y lleno de júbilo cuando en un fugaz vislumbre de luna reconoció a un español. Un mensajero quizás, un pastor, un merodeador, un campesino, tan sólo un mendigo acaso, pero…; sus manos ardían y se contraían: un español, un asesino, un bellaco. Cólera y deseo tendían juntos y febriles hacia un mismo objetivo. El coronel, al acecho, dio un paso de ventaja al presuroso español y luego, con un sordo grito de rabia, se abalanzó sobre él, que se sobresaltó; con la mano izquierda crispada le agarró la garganta para ahogar con los dedos el grito de espanto. Y después de un segundo de voluptuosa contemplación de los ojos hinchados por la agonía, clavó el cuchillo en la espalda de la víctima, primero poco a poco, saboreando el momento con crueldad y premeditación, y después, con furia convulsiva, lo clavó una y otra vez, más y más deprisa, en la espalda y la garganta, con más y más fuerza, hasta que al final la hoja resbaló en medio de la vorágine y se le clavó en la mano. El dolor y el calor de la sangre que brotaba devolvieron la cordura al enfurecido coronel. Se sacudió el cadáver casi con asco, viendo cómo este se tambaleaba como una peonza y caía con un golpe sordo en la cuneta.

Entonces, de un solo y profundo resuello, aspiró el aire fresco de la noche. De repente se sintió maravillosamente libre. Ya no sentía cólera, miedo, angustia, remordimiento ni ardor, sólo el aire fresco, frío de luna, lleno, hinchado por un viento suave que le recorría los labios. Fuerza, valor y reflexión apresurada circularon de nuevo por sus miembros: erguido, se sintió de nuevo coronel de Napoleón. Tranquilo y seguro, su pensamiento ascendió del pasado al futuro. El cadáver del soldado muerto precipitadamente en un arrebato de cólera ciega lo traicionaría: en un instante se percató de ello. Cuando se inclinó sobre el rostro desencajado que, a la luz insegura de la luna, parecía animado por una vida espectral, los vidriosos ojos le miraron fijamente con una siniestra expresión. Pero el coronel no sintió miedo ni contrición, ni siquiera el súbito estremecimiento del horror momentáneo. Sin miedo alguno cogió el cadáver, lo arrastró por los matorrales, que se doblaban a regañadientes, hasta el escondrijo que antes le había protegido a él y arrojó sin miramientos el pesado cuerpo en el suelo del bosque.

Tomó aliento. Ninguna agitación palpitaba ya en su cuerpo, pero después de muchas horas terribles el cansancio y el abatimiento empezaban a hacer mella en él. La mañana ya no podía estar lejos, pues la luz de la luna ya pendía más pálida de los arbustos. De modo que abandonó el plan de huida por tardío. Y sin meditar sobre nuevas posibilidades, obedeciendo sólo a su fatiga, se echó al suelo, apenas a dos pasos del muerto. Y cayó profundamente dormido, como en los campos de batalla de Italia y Austria, en la soledad de la muerte.

Al despertar de esta noche de horror bajo la amarillenta luz de una mañana encapotada, tiritando de frío por la helada matinal y atragantándose por la amarga presión de su garganta, el coronel examinó su desesperada situación. Fácil de reconocer como soldado y sin hablar la lengua del país, no podía arriesgar un solo paso fuera del bosque que lo rodeaba con sus tenebrosos susurros. Debía esperar de nuevo, esperar sin hacer nada hasta la noche, debía confiar en el paso de tropas francesas, en algo inaudito, improbable. Poco a poco, como un animal roedor, otra voz se abrió camino en su interior, inquieta y torturadora: el hambre le desgarraba las entrañas.

Y la sed le quemaba los labios. Amanecía un día de tormentos; le surcaban el cerebro pensamientos corrosivos como la terrosa humedad que absorbía de las raíces arrancadas. Inquieto, jugaba con la pistola cargada que podía poner fin a todo. Tan sólo el dolor, el orgullo de no querer reventar como un animal en el bosque, inútilmente, sin lucha, lejos de sus tropas, impedía a sus dedos apretar el gatillo. Permanecía echado presa de un sordo tormento, horas y horas, toda la eternidad del día hasta la noche. A su alrededor, la vida seguía su ritmo burlón: desde el camino llegaba de vez en cuando el ruido fugaz de transeúntes que por un momento apagaban su horrible soledad, pero luego de nuevo seguían horas ocupadas sólo por el silbido del viento y los susurros de las ramas. Nadie se acercaba a abrir los barrotes de la invisible prisión; yacía como un herido en el campo de batalla que lanza quejidos al cielo vacío, tumbado con manos lánguidas y frente febril en un bosque que destilaba humedad bajo el sol naciente.

Finalmente, después de horas de atroz tormento, los rayos de sol empezaron a sesgarse. Llegó la noche y, con ella, una decisión desesperada. De un brusco tirón, el coronel se arrancó la ropa del cuerpo y la tiró en medio de la oscuridad. Luego hurgó a tientas en la maraña de hojas donde yacía boca arriba el cuerpo del español muerto, lo levantó y le quitó la ropa, pieza tras pieza, le arrancó la ensangrentada capa de la mano contraída por la muerte y, acuciado por su última e inexorable decisión, se envolvió en la indumentaria española, echándose el capote sobre los hombros, donde la ancha y todavía húmeda marca de sangre empapaba la ropa. Así quería huir, mendigar pan; quería calmar el sofocante fuego que le desgarraba el cuerpo, salvarse de aquella telaraña de horror, de aquel bosque de muerte. Deseaba volver con los hombres, no quería vivir más como un animal entre cadáveres, acosado por el miedo y el hambre, quería volver con su ejército, con su emperador, aun cuando fuera al precio de su honor. Un sollozo se le atravesó en la garganta cuando vio su uniforme abandonado como un cadáver, el uniforme que había llevado en veinte batallas, que había crecido unido a su ser como el hijo con su madre. Pero el hambre lo empujaba hacia el camino, hacia el crepúsculo. Cuando se volvió hacia atrás, por última vez, como despedida, vio a través del brillo de las lágrimas el destello como de un ojo. Era la cruz que Napoleón le había colgado personalmente en el campo de batalla. No podía dejarla. La cortó con la daga y se la metió en el bolsillo. Y se alejó, se lanzó hacia delante por el camino, raudo, presuroso.

Apenas a una milla del bosque había —él lo sabía— un pueblecito abandonado. La compañía había hecho alto en él y vagamente recordó —atormentado por el impetuoso deseo del hambre y el martilleo de la sangre— una fuente redonda en la plaza, donde habían bebido los caballos. Incluso los sombríos rostros de los españoles emergieron en su recuerdo, ese escarnio de los traidores a duras penas refrenado, pero todo, todo se borraba en una única sensación: ¡hambre! Y así corría casi tambaleándose por el camino ya oscuro, la cabeza embozada en el sombrero calado hasta las cejas; corrió y corrió para así vencer con rabia la hinchazón del hambre, corrió jadeando hasta que por fin vio que la oscuridad adquiría formas, hasta que de la cerrazón de la noche que caía brotaron casas, estrechas y entrelazadas. Llegó a tientas a la plaza y primero dejó correr el agua de la fuente por su garganta, hundió las manos y la frente febril en su frescor. Un primer instante de bienestar recorrió su cuerpo después de horas interminables. Pero al cabo de poco sintió de nuevo alzarse contra él el puño del hambre, que lo empujó hacia delante, hacia la primera puerta. Intranquilo, golpeó el podrido portón. Una anciana de rostro amarillento cortado por arrugas lo contempló con ojos malévolos y desconfiados, abriendo sólo a medias la hendidura. Con gestos de mudo se señaló los labios e hizo un ademán de súplica. Su corazón de soldado estaba muerto en ese momento, enterrado allí en el bosque junto con el sable y el uniforme. La anciana se apartó negando con la cabeza y se dispuso a cerrar la puerta. Pero el hambriento, aturdido por el aroma oleoso de la comida, por el humo de chamusquina que salía de la casa, olvidando todo orgullo, convertido en tan sólo un animal enfurecido por el ansia de comer, agarró por el brazo a la mujer, que retrocedió asustada, para suplicarle. La llama de la locura palpitaba muy viva en los ojos del coronel. Entonces, la mujer, por toda respuesta, lanzó la pesada puerta contra la frente del intruso, el cual retrocedió tambaleándose aturdido. Una colérica maldición en francés le salió de la garganta; el coronel miró a su alrededor, asustado. Gracias a Dios nadie lo había oído, podía seguir mendigando como sordomudo. Y así lo hizo, con el corazón ardiente, de casa en casa, hasta que por fin tuvo en la mano unas migajas de pan de centeno y cinco o seis aceitunas. Se lo zampó todo con gestos ávidos, tragándose a la vez el hambre, el asco y la vergüenza; devoró como una fiera con la mirada perdida y el rostro descompuesto. Antes de haber dejado atrás el último y negro cobertizo del pueblo, ya tenía las manos vacías.

Una pregunta terrible surgió de nuevo con las sombras de la noche que invadían los alrededores: ¿adónde ahora? Hubiera querido huir, volver atrás por el camino que había tomado la columna. Pero ahora tenía plomo en los pies. Y toda energía le había sido arrebatada. Desde que llevaba ropas ajenas y había empezado a pedir limosna de casa en casa, el valor y el arrojo lo habían abandonado, había decaído en él todo deseo de vivir e iba a la deriva. Una sorda somnolencia se apoderaba de todo su ser. Y, sin saberlo, se arrastró de nuevo mecánicamente hacia el bosque que lo había apresado y que ahora parecía atraerlo y retenerlo con una fuerza misteriosa. El camino que una vez había recorrido con sus soldados, alegre y despreocupado, lo volvía a conducir al bosque donde los había acechado la muerte, que todavía se cernía entre las negras ramas, susurrando espectralmente. Pero se sentía impelido hacia allí como en sueños. La necesidad de descansar, descansar y diluirse en la lasitud del reposo, lo empujaba irresistiblemente hacia la lobreguez de los árboles. Trepó la cuesta con cansado esfuerzo y, sin pensar ni sentir, se dejó caer en las tinieblas, muy cerca del borde del camino. No se atrevía a avanzar más allá para evitar la mirada de sus camaradas muertos, para no volver a ver su uniforme de soldado que, harapo sangriento, yacía como un escarnio en la oscuridad, para no reconocer en esa señal el presentimiento de la muerte. Creyente como un sacerdote, aferró la cruz de honor que llevaba en el bolsillo. Era su júbilo, su queja, su esperanza.

Y una nueva noche empezó, una segunda y terrible noche, una noche de luna con muchas estrellas frías, con el desconsuelo de un firmamento de bóveda despejada y silencio infinito, del cual se desplomaba una pesada soledad. El coronel tenía los ojos desprovistos de lágrimas, ardientes y desvariados, fijos en el camino de tierra blanca que se adentraba en la absurda oscuridad. ¿Qué vendría por ese camino? ¿Esperanza, liberación, amigos? ¿Quizás una diligencia que lo recogería, tropas francesas? Pero todos estos pensamientos se mezclaban y confundían en el gran cansancio, entrelazados con el oscuro murmullo de las hojas, el lejano y tembloroso brillo de las estrellas y los escurridizos rayos lunares. Descansaba en aquel solitario bosque como dentro de una tumba.

A la mañana siguiente, muy temprano, un grito agudo despertó al coronel. El grito de un pájaro, pensó soñoliento, levantando los ojos hacia la malla de niebla matutina. Pero otro grito —¿no era un sueño aciago?, no—, muy claro, muy nítido, un toque de corneta, un toque de corneta de tropas cercanas…

De repente se le heló la sangre. ¿Serían realmente franceses, amigos, salvadores? ¿Tendría todavía ocasión de regresar a la vida? Una alegría indeciblemente desvariada le subió hasta la garganta. Se puso en pie de un salto y entonces los vio venir por el camino, soldados franceses avanzando sin formación; vio las gorras, los sables, las banderas, las piezas de artillería. Refuerzos para Hostalric, a ojos vistas.

Y entonces estalló, la alegría reventó sus sentidos. Olvidando su destino, el peligro y el ropaje, avanzando a trompicones en delirante estado de sobreexcitación, corrió al encuentro de los libertadores, agitando con una mano la capa como saludo y la pistola con la otra. Un grito, un grito animal en el que se mezclaban chillidos de miedo, tormento y desesperación, un grito en el que una alegría sobrehumana golpeó los aires, irrumpió en la mañana.

Cuando se precipitó así en el claro, sucedió lo inevitable. Dos, cuatro, diez disparos —toda una descarga— crepitaron en dirección al supuesto español, el cual, tambaleándose todavía hacia delante en su impetuosa carrera, vaciló, se balanceó y se desplomó bañado en sangre. El batallón formó rápidamente. Esperaba un ataque por sorpresa, sonaron las cornetas, redoblaron los tambores.

Y luego, silencio sepulcral. Todos estaban con las armas a punto, aguardaban, esperaban conteniendo la respiración. Pero no apareció ningún enemigo, tampoco los tiradores enviados a explorar informaron de movimiento alguno. La formación se disolvió de nuevo. Sin tan siquiera considerar la posibilidad de un error —se trataba simplemente de un español—, los soldados echaron armas al hombro y continuaron la marcha hacia el bosque, en dirección a Hostalric.

Sólo unos pocos soldados salieron de la fila para despojar el cadáver. Sin hacer caso del débil estertor del moribundo, tiraron de las ropas y hurgaron en los bolsillos.

Y una rabia enorme se apoderó de ellos cuando uno encontró entre los sangrientos harapos la cruz del desaparecido coronel. ¡Una cruz de Napoleón en el bolsillo de un bandido español! Con saña y a golpes de culata aplastaron el cerebro del presunto asesino, cegados por la rabia machacaron el cuerpo despojado y lo patearon entre imprecaciones; después arrojaron el cadáver del desgraciado sobre el suelo con tanto ímpetu que —

agitando el aire con los brazos de forma horripilante— cayó esparrancado como una cruz enorme y clara, resplandeciendo entre los negros y quemados terruños.

UN VAGO

Al pasar por delante del reloj del campanario vio que era ya muy tarde. Agarró con más fuerza los libros de texto bajo el brazo y aceleró su paso cansino y perezoso. Pero pronto desistió. El calor del mediodía veraniego lo había vuelto lento y en realidad no le parecía tan importante llegar a tiempo a una clase de griego. Y a un trote indolente siguió en dirección a la escuela por el empedrado, que desprendía un sofocante ardor. Llegado allí, vio que ya llevaba diez minutos de retraso y por un momento consideró todavía si no era mejor dar media vuelta. Pero la idea de asistir a la continuación del aburrido sermón familiar del día durante la comida le pareció tan fastidiosa, que se dirigió decidido al aula y abrió la puerta de un enérgico tirón.

Su brusca entrada causó cierta sensación. Por detrás se oyeron risitas de superioridad, y también desde los primeros bancos de delante se volvieron hacia él rostros que sonreían burlonamente. Y desde la tarima el profesor lo contempló con una sonrisa arrogante y dijo a media voz, como con desdén:

—Hubiera sido un verdadero milagro que por una vez llegara a tiempo, Liebmann. En el llegar tarde pone usted un empeño y una perseverancia de los que carece con mucho en todo lo demás.

Las risitas zumbaron ahora por toda la clase, entremezcladas con voces estentóreas de tono más grave e irónico. Todos miraban a Liebmann.

No respondió ni con media palabra y ni tan siquiera pestañeó. Pero le costó mantener la calma cuando se dirigió a su asiento, pasando a lo largo de todas aquellas caras que reían de buen humor. Ardía en su interior una profunda congoja, una gran rabia contenida, como todas las veces que sufría esta terrible escena. Abrió su libro con gestos maquinales, sin ni siquiera fijarse en el número de las páginas y con la vista clavada en las hojas, sin pensar en las letras hasta que bailaron ante sus ojos en un torbellino negro y tembloroso. Y todas las palabras y ruidos del aula se fundieron para él en un estrépito incoherente que retumbaba desagradable en sus oídos. La indiferencia hacia todo le pesaba como el plomo.

Unos rayos de sol formaban arabescos delante de él, en su pupitre; como niños saltarines y chillones bailaban en corros polícromos, y como manos dúctiles y blancas deslizaban sus luminosos colores por el banco. Liebmann los miraba absorto y lleno de curiosidad, pero sin verlos. Soñaba despierto. Soñaba que era ayer por la tarde, cuando una casualidad le había vuelto a poner delante de la cara el espejo de su vida. Ayer, cuando volvía a casa con sus libros de texto y se encontró con chicos de su edad, universitarios y alféreces que en otro tiempo tanto afecto le tenían y que ahora le saludaban con un extraño desdén y un mudo orgullo, porque todavía iba a clase con escolares bisoños y tenía que escuchar fruslerías llenas de polvo recitadas con voz insípida.

Notaba en la garganta como una ardiente risa de rabia y desesperación. Casi se asombró él mismo de no echarse a sollozar como un niño. O de no levantarse y escupirles.

Poco a poco se fue tranquilizando, porque empezó a analizar el dolor. Lo diseccionó con la cruel frialdad que sólo el dolor más profundo es capaz de proporcionar. ¿Estaba, pues, solo con su destino? Sabía que otros miles sufrían el mismo sino, que era una tragedia cotidiana que se desarrollaba en su vida, pero le parecía que nadie la había vivido aún de un modo tan acerbo. Un vago… ¡Cuántos más había en el mundo! Pero seguía atormentándole el recuerdo del comienzo, de aquel examen que había suspendido la primera vez. Con qué ligereza el profesor, el mismo que ahora estaba sentado a diez pasos delante de él y al que no le prestaba ninguna atención, le había suspendido, ese profesor que quizá nunca en su vida había reflexionado un minuto, un segundo, sobre las consecuencias de una decisión tomada a la ligera, sobre cómo de repente había frenado una carrera prometedora y empujado violentamente una vida hacia otro camino. Recordaba aún claramente el cambio repentino que se operó cuando por primera vez perdió un año. Poco a poco, la hasta entonces desmesurada y sin embargo infructuosa aplicación se debilitó hasta convertirse en una aletargada apatía, de repente su interés por la literatura y el arte se había truncado brusca y violentamente, y sintió la brutalidad de este golpe hasta en las ramificaciones más profundas de su vida física. Paulatinamente se fue apagando su energía de trabajo y su vida intelectual se fue perdiendo en la fantasía de sueños estériles que sólo lo tenían a él mismo como centro y le engañaban con mil visiones y conquistas que nunca pudo conseguir en la vida por falta de fuerza. Y así empezó poco a poco a hundirse, a haraganear.

Cuando perdió un año por segunda vez, ya no lo sintió, pero se dio cuenta de que resbalaba por una pendiente, sin poderse detener. Sentado todavía en un banco de escuela a los veintiún años: he aquí el único dolor al que no podía sobreponerse y por el cual olvidaba todo lo demás. Y cada vez que hurgaba en las causas, siempre volvía al mismo punto, al día que por casualidad, por pura casualidad, suspendió ese examen. Y poco a poco, de tanto cavilar, nació en su cabeza un oscuro pensamiento, una simple e infundada sospecha, que sin embargo marcó sus enfermizas y violentas cavilaciones con el sello de la certidumbre: pudo no haber sido una casualidad. Un odio secreto, un motivo oculto, debían de haber movido al profesor. Y desde que esta creencia había echado profundas raíces en él, el odio se convirtió en el tono fundamental y más íntimo de su ser.

Temblaba ya por la rebosante fuerza de estos sentimientos, cuando él lo miró a la cara. ¡Sentado allí arriba con su amarillenta cara de cura! ¡Qué falaz y estúpidamente recitaba con su voz pastosa temas indiferentes, con una seriedad arrogante y confiada de no cometer ningún error! Y ese hombre podía darle órdenes, decidir su vida, y, de hecho, la había decidido: esta idea le tensaba dolorosamente todos los nervios; notó cómo se le cerraba automáticamente un puño y sus ojos se clavaban llenos de odio en el profesor.

En aquel momento el profesor se volvió hacia él y captó su mirada. Parecía no darse cuenta de nada, sólo en la comisura de sus labios se acentuó un rasgo duro y huraño. Y con voz indiferente dijo:

—Liebmann, haría mejor en mirar el libro y prestar atención, en vez de mirar a las musarañas.

Liebmann tuvo un sobresalto. La idea de que le reprendieran le quemaba como un estigma. Una súbita obstinación se apoderó de él. ¡Ahora menos que nunca debes callar!

—¡Prestaba atención, señor profesor!

—Mejor para usted, Liebmann. Entonces repita lo que he dicho.

Lo dijo con toda la calma, probablemente incluso sin proponérselo. Pero Liebmann notó en sus palabras una vil malicia. No sabía nada y apretó los labios convulsivamente. Pero un oscuro presentimiento le decía que esta bagatela podía derivar en una catástrofe, que el destino quería repetir su cruel juego cotidiano y sacar consecuencias imprevisibles de una futilidad de lo más trivial. Sabía que algo pasaría, pues notaba que el valor y la desesperación tomaban forma vigorosa dentro de él, que el odio acumulado durante miles y miles de horas confluía en un ancho torrente que pugnaba por abrirse paso. Pero todavía consiguió dominarse y guardó silencio con labios macilentos y temblorosos.

El profesor esperó unos segundos. Después dijo sin sombra de excitación:

—Así pues, no sabe nada y antes ha mentido.

Esto colmó el vaso. No había vuelta atrás. Liebmann sabía que luchaba por una causa perdida, pero sabía también que todos los sentimientos reprimidos que lo quemaban tenían que manifestarse. Sí hoy no, mañana. Y encima los crecientes susurros y risitas de los escolares, que lo irritaban. Sobre todo no seguir el juego, pasara lo que pasara. Y su voz sonó clara y decidida.

—No he mentido, puedo repetirlo.

—Pero ¿no quiere?

—No, no quiero, porque era una cháchara inaguantable.

Las palabras cayeron como un rayo. La sonrisa de satisfacción se heló en todos los rostros, que habían seguido expectantes la controversia. Todo el mundo presentía que aquella atmósfera cargada ocasionaría una tragedia de trascendental importancia. En cuanto a Liebmann, era el que estaba más tranquilo. Había provocado un final violento, porque era lo que quería. Y ahora se había producido.

El profesor había recuperado el aplomo, que había perdido completamente al oír aquellas inesperadas palabras. Se acercó a grandes zancadas a Liebmann y dijo con voz jadeante y temblando de excitación:

—Es usted un insolente y…

—¡Para servirle!

Esto cortó bruscamente la frase del profesor. Y luego, de repente, se produjo un monumental embrollo, como en una riña cuerpo a cuerpo. Nadie sabía quién alzó primero la mano, pero la cólera era tan furibunda e impetuosa en ambos, que sin quererlo desembocó en brutalidad. La escena entera duró apenas un segundo, luego Liebmann propinó un golpe al profesor y tanta era la fuerza de su odio, que el hombre retrocedió tambaleándose. Todos los escolares se pusieron en pie de golpe, cegados por la excitación, y un ruido atronador retumbó por el aula, pero antes de que pudieran intervenir, Liebmann, después de agarrar de un tirón el sombrero de la percha, había salido como una exhalación, cerrando la puerta tras él con una violencia estrepitosa. Salió sin ninguna meta ni plan alguno, lo importante era salir…

Anduvo errando durante una hora, madurando una decisión en su cabeza. Lo había recordado todo, miles de imágenes multicolor se habían presentado ante él, su juventud, su futuro, sus padres, pero su proceder lo había cambiado todo, hasta tal punto que ya sólo le quedaba un poste indicador en la vida que con el brazo extendido le señalaba el último y oscuro camino. E instintivamente había apresurado el paso y empezado a correr. Todavía surgían ante él pequeñas esperanzas y vagas conjeturas a una velocidad de relámpago, pero no se detuvo, sino que siguió corriendo y corriendo. En los oídos le retumbaban el estruendo de los coches, el bullicio de la calle, los murmullos de la gente que pasaba a su lado despreocupada e ignorante y sus propios pasos presurosos. Cada vez corría más deprisa, como para ensordecer cualquier pensamiento y todo su cerebro le repetía una sola palabra: corre, corre… Todo resonaba al ritmo de esta palabra y confluía en un ruido confuso y atronador que lo hacía obtuso e insensible. Así llegó al puente. Se detuvo por un momento, pero no por miedo de lo que iba a hacer, sino porque a sus temblorosos brazos les faltaba fuerza para subirse a la barandilla. Una vez más emergió el recuerdo de su vida arruinada y su cuerpo lo recibió como una brusca sacudida. De un solo impulso se encaramó a la rampa y cayó con la velocidad del rayo, hendiendo el aire, hacia la gris corriente…

AMOK

En marzo de 1912, durante las operaciones de descarga de un gran transatlántico en el puerto de Nápoles, ocurrió un extraño accidente al que los periódicos dedicaron artículos extensos, aunque adornados con mucha fantasía. Al igual que los demás, como pasajero del Oceanía, yo hubiera podido ser testigo de aquel suceso singular, porque tuvo lugar de noche, cuando se cargaba el carbón y se descargaba la mercancía, pero habíamos descendido a tierra para huir del ruido y pasar el rato en cafés o teatros. Sin embargo, en mi opinión, muchas conjeturas que entonces no manifesté públicamente contienen la verdadera explicación de aquella conmovedora escena y ahora la distancia en el tiempo seguramente me permitirá utilizar las confidencias de una conversación que precedió, con pocas horas de diferencia, a aquel curioso episodio.

Cuando quise reservar en la agencia naviera de Calcuta un pasaje en el Oceanía para regresar a Europa, el empleado se encogió de hombros expresando su gran pesar. Aún no sabía si sería posible asegurarme un camarote, pues justo entonces, antes del inicio de la estación de las lluvias, el barco solía venir de Australia con todos los pasajes vendidos; primero tenía que esperar un telegrama de Singapur. Al día siguiente me comunicó que, afortunadamente, todavía me podía reservar una plaza, aunque se trataba de un camarote poco confortable bajo cubierta y en mitad del barco. Yo estaba impaciente por regresar, de modo que no me lo pensé demasiado e hice la reserva.

El empleado me había informado correctamente. El barco iba abarrotado y el camarote era malo: un rincón pequeño y estrecho, de forma rectangular, situado cerca de la máquina de vapor e iluminado tan sólo por la turbia mirada de un ojo de buey. El aire cargado y denso olía a aceite y moho: ni por un momento se podía escapar uno del ventilador eléctrico, que daba vueltas zumbando sobre la frente de uno como un murciélago de acero que se hubiera vuelto loco. Abajo, traqueteaba y resoplaba la máquina como un carbonero que, jadeando, subiera sin cesar la misma escalera; arriba se oía el incesante ir y venir de gente que paseaba por cubierta arrastrando los pies. De modo que, apenas hube guardado la maleta en aquella tumba enmohecida hecha de travesaños grises, corrí a refugiarme de nuevo en cubierta y, al salir de las profundidades, aspiré como si fuese ámbar el aire dulzón y suave que llegaba de tierra traído por las olas.

Pero también la cubierta era toda ella estrechez y tumulto: gentes mariposeando y revoloteando que, con el trémulo nerviosismo de la reclusión inactiva, subían y bajaban hablando sin cesar. El gorjeante coqueteo de las mujeres y la circulación continua por el estrecho paso de cubierta, donde el enjambre se detenía ante las sillas y daba media vuelta en desasosegado parloteo para encontrarse una y otra vez, me causaban un cierto malestar. Había visto un mundo nuevo, imágenes de las que me había impregnado y que se precipitaban unas sobre otras en furiosa persecución. Ahora quería reflexionar sobre ellas, separarlas, ordenarlas, reproducirlas, es decir, dar forma a lo que se me había agolpado tumultuosamente en los ojos, pero en aquel atestado bulevar no había ni un minuto de descanso y de silencio. Las líneas de un libro se desvanecían ante las sombras fugaces de los que pasaban charlando. Era imposible concentrarse en uno mismo en aquella cubierta que parecía una transitada calle sin sombra.

Lo intenté durante tres días, contemplando resignado a los hombres y al mar, pero el mar permanecía siempre igual, azul y vacío, sólo el crepúsculo derramaba súbitamente sobre él todos los colores del arco iris. Y en cuanto a los hombres, los conocía de memoria después de tres veces veinticuatro horas. Cada rostro me era familiar hasta la saciedad, la risa aguda de las mujeres ya no me atraía, las alborotadoras disputas de dos oficiales holandeses, vecinos míos, ya ni siquiera me molestaban. No me quedaba, pues, sino buscar otro refugio, pero el camarote era un horno y estaba lleno de humo, y en la sala unas muchachas inglesas aporreaban sin cesar el piano con valses apocopados. Finalmente decidí invertir el horario y bajar al camarote por la tarde, después de haberme aturdido con unos vasos de cerveza, y dormir mientras los demás cenaban y bailaban.

Cuando me desperté, el pequeño ataúd del camarote estaba completamente oscuro y sofocante. Había apagado el ventilador, de modo que el aire grasiento y húmedo me quemaba las sienes. Tenía los sentidos algo aturdidos y necesité unos minutos para percatarme de la hora y del lugar. De todos modos ya debía de ser más de medianoche, pues ya no oía música ni el incansable ruido de pies arrastrándose por cubierta: sólo la máquina, el resollador corazón del leviatán, seguía empujando entre jadeos el cuerpo chirriante del vapor hacia lo invisible.

Subí a tientas a cubierta. Estaba vacía. Y cuando levanté la vista por encima de la humeante torre de la chimenea y del espectral brillo de los mástiles, de pronto me deslumbró una claridad mágica. El cielo resplandecía. Alrededor de las estrellas, que lo horadaban formando blancos remolinos, todo era oscuridad y, sin embargo, resplandecía; era como si una cortina de terciopelo ocultara una potentísima luz, como si las centelleantes estrellas no fueran sino claraboyas y rendijas a través de las cuales penetrara aquella claridad indescriptible. Nunca había visto el cielo como en aquella noche, tan radiante, de un azul acero tan intenso y, sin embargo, tan fúlgido, chorreante y rumoroso, inundado de la luz que se desprendía a raudales de la luna y las estrellas, y que parecía arder en un misterioso y recóndito hogar. Como si fueran de laca blanca, todos los contornos del barco brillaban a la luz de la luna con un resplandor deslumbrante sobre el fondo de terciopelo oscuro del mar; los cabos, las vergas, todo lo pequeño, todos los perfiles se disolvían en aquel fulgurante torrente de claridad: las luces de los mástiles y, más arriba, el ojo redondo de la torre vigía parecían suspendidos en el vacío como estrellas amarillas de la tierra entre las otras, radiantes, del cielo.

Pero justo encima de mi cabeza se hallaba la constelación mágica, la Cruz del Sur, clavada en lo invisible con trémulas agujas de diamantes; diríase que flotaba, cuando era sólo el barco el que se movía, rompiendo las oscuras olas que se balanceaban suavemente con el pecho anhelante, ya arriba ya abajo, como un gigantesco nadador. De pie en cubierta, me dediqué a contemplar el cielo: me parecía encontrarme en un baño donde el agua caliente cae desde arriba, sólo que aquí la luz blanca y tibia que me bañaba las manos me inundaba suavemente los hombros y la cabeza, y hasta parecía que impregnaba todo mi ser, pues de pronto se había despejado todo mi letargo. Respiraba con libertad y nitidez y, con un súbito bienestar, sentí en los labios, como una bebida cristalina, el aire puro, suave, fermentado y ligeramente embriagador, que me transportaba el soplo de frutas y el aroma de islas lejanas. Ahora, ahora por primera vez desde que me encontraba a bordo, se apoderó de mí el santo deseo de soñar y también aquel otro, más sensual, de entregar mi cuerpo, como una mujer, a la molicie que me rodeaba y acuciaba. Deseaba tumbarme y contemplar los blancos jeroglíficos del cielo. Pero habían retirado las hamacas, las tumbonas, no había en el desierto paseo de cubierta un solo lugar para descansar y soñar.

Y así, a tientas, seguí avanzando poco a poco hacia la proa del barco, completamente cegado por la luz que, emanada de los objetos, parecía acuciarme cada vez con más fuerza. Casi me hacía daño esa luz de las estrellas, blanca como la cal y de brillo abrasador, y yo ansiaba refugiarme en algún lugar con sombra, echarme en una estera, no sentir en mí aquel resplandor, sino tan sólo sobre mí, reflejado en las cosas, del mismo modo que se contempla un paisaje desde una habitación oscura. Finalmente, tropezando con los cabos y pasando cerca de los cables de hierro, llegué hasta la proa y, mirando hacia abajo, vi cómo la quilla golpeaba en la oscuridad y rociaba de espuma con la luz líquida de la luna ambos lados del casco. El arado se levantaba y se hundía de nuevo en las onduladas glebas y yo sentía toda la tortura del vencido elemento y todo el placer de la fuerza del hombre en aquel resplandeciente juego. Y perdí la noción del tiempo en esta contemplación. ¿Había pasado una hora o sólo unos minutos? Con su balanceo, la enorme cuna del barco me había mecido hasta transportarme fuera del tiempo. Yo sólo sentía que se apoderaba de mí un cansancio lleno de voluptuosidad. Quería dormir, soñar y, sin embargo, no deseaba salir de aquella magia, volver a mi ataúd. Sin querer pisé un hato de cuerdas. Me senté encima y cerré los ojos, pero no llenos de sombra, pues sobre ellos, sobre mí, caía un torrente de argentado brillo. Debajo de mí percibía el murmullo del agua, sobre mí, el imperceptible rumor de la blanca corriente de este mundo. Y poco a poco este susurro fue penetrando en mi sangre: ya no me sentía a mí mismo, no sabía si aquella respiración era mía o eran los lejanos latidos del corazón del buque; me sumergía y me perdía en aquel incansable murmullo del mundo de medianoche.

Una tos seca y ligera muy cerca de mí me despertó bruscamente. Salí sobresaltado de mi casi embriagado ensueño. Mis ojos, deslumbrados por el blanco resplandor sobre los párpados hasta entonces cerrados, se esforzaban por ver: justo delante de mí, en la sombra de la borda, brillaba algo así como el reflejo de unas gafas, y en aquel momento ardió una chispa gruesa y redonda, el rescoldo de una pipa. Al tumbarme, simplemente había echado una ojeada a la espumosa proa, debajo de mí, y a la Cruz del Sur, encima de mi cabeza, pero era obvio que no me había dado cuenta de la presencia de aquel vecino, que debió de haber permanecido allí sentado e inmóvil durante todo el rato. Espontáneamente, con los sentidos aún amodorrados, dije en alemán:

—Perdone.

—No hay de qué —respondió la voz desde la oscuridad, también en alemán.

Es imposible explicar lo extraño y horripilante que resultaba estar sentado en silencio y a oscuras junto a alguien al que no veía. Me daba la irreflexiva impresión de que aquel hombre tenía los ojos fijos en mí, tal como yo tenía los míos en él. Pero tan fuerte era la luz que nos inundaba desde arriba con su blanco centelleo, que ninguno de los dos podía ver del otro más que la silueta en la sombra. Tan sólo creí percibir su respiración y sus silbantes caladas a la pipa.

El silencio era insoportable. De buena gana me hubiera ido de allí, pero tal cosa habría parecido demasiado brusca, demasiado repentina. Perplejo, saqué un cigarrillo. La cerilla chasqueó, durante un segundo palpitó luz sobre el estrecho espacio. Detrás de los cristales de unas gafas vi un rostro desconocido que no había visto antes a bordo, ni en las comidas ni en los pasillos, y fuera que la repentina llama le hiriera los ojos, fuera que se tratara de una alucinación, lo cierto es que me pareció un rostro terriblemente desfigurado y siniestro que recordaba a un duende. Pero antes de que pudiera distinguir sus rasgos, la oscuridad engulló de nuevo las líneas de aquella cara fugazmente iluminada. Sólo vi la silueta de una figura oscura, acurrucada en la sombra, y de vez en cuando el rojo anillo de fuego de la pipa en el vacío.

Ninguno de los dos hablaba y aquel silencio era sofocante y agobiante como el aire de los trópicos.

Finalmente no pude contenerme más. Me levanté y dije cortésmente:

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondió desde las tinieblas una voz ronca y enmohecida.

Avanzaba a duras penas tropezando con el cordaje y evitando los postes, cuando oí unos pasos detrás de mí, rápidos e inseguros. Era el vecino de antes. Involuntariamente me detuve. Él se acercó y a través de la oscuridad percibí en su modo de caminar cierto temor y abatimiento.

—Perdone que le pida un favor —se apresuró a decir entonces—. Ten… tengo —balbuceó, y en su estado de azoramiento no pudo continuar —… motivos privados…, completamente privados para retirarme aquí… Una defunción… Evito la compañía de a bordo… No lo digo por usted…, no…, no… Sólo quería pedirle…, le estaría muy agradecido si no dijera a nadie de a bordo que me ha visto… Se trata de…, por decirlo así, de motivos privados que me impiden hablar con la gente… Sí…, ahora me resultaría muy embarazoso que mencionara que alguien aquí…, de noche…, que yo…

De nuevo se le atascaron las palabras. Rápidamente puse fin a sus temores asegurándole que cumpliría su deseo. Nos dimos la mano. Después regresé a mi camarote y dormí con un sueño pesado, extrañamente agitado y turbado por toda suerte de visiones.

Mantuve mi promesa y no conté a nadie de a bordo el extraño encuentro, aunque la tentación era grande, pues en el curso de un viaje por mar el hecho más insignificante, una vela en el horizonte, un delfín que salta, un flirteo recién descubierto, una broma pasajera, se convierten en todo un acontecimiento. Con todo, me consumía la curiosidad de saber algo más de aquel insólito viajero: examiné con atención la lista de pasajeros buscando un nombre que pudiera ser el suyo, observé a las personas para descubrir si podían tener alguna relación con él; una impaciencia nerviosa se adueñó de mí durante todo el día, en realidad estaba esperando la noche para ver si volvía a encontrarlo. Los misterios psicológicos ejercen sobre mí un poder francamente inquietante, la sangre me hierve tratando de descubrir las relaciones entre las cosas, y las personas singulares pueden, con su mera presencia, encender en mí una pasión por conocerlas que no es menor que la de las mujeres por querer poseer. El día se me hizo largo y se desmigajó vacío entre mis dedos. Me acosté temprano: sabía que me despertaría a medianoche, que el desasosiego me desvelaría.

Y en efecto: me desperté a la misma hora que el día anterior. En la esfera fosforescente de mi reloj las manecillas se sobreponían en una raya luminosa. Salí a toda prisa de mi bochornoso camarote para entrar en una noche todavía más bochornosa.

Las estrellas brillaban como la noche anterior y derramaban una difusa luz sobre el tembloroso barco; en lo alto centelleaba la Cruz del Sur. Todo era como el día anterior —en los trópicos los días y las noches se asemejan más entre sí que en nuestras latitudes—, sólo que yo ya no sentía en mí aquel balanceo suave, flotante y soñador de la víspera. Algo me empujaba y confundía, y yo sabía hacia dónde me atraía: hacia la negra curvatura de proa, para ver si el hombre misterioso estaba otra vez allí sentado e inmóvil. En lo alto sonó la campana del barco. Las campanadas me empujaron a seguir. Paso a paso, contra mi voluntad y, sin embargo, arrastrado, cedí al impulso. No había llegado aún a la roda cuando, de pronto, chispeó algo parecido a un ojo rojo: la pipa. Así pues, él estaba allí.

Me estremecí sin querer y me detuve. Un poco más y me habría ido. Entonces algo se movió en la oscuridad, se levantó, dio dos pasos y, de repente, oí delante de mí su voz cortés y abatida.

—Perdone —dijo—. Por lo visto usted desea volver a su sitio y me ha parecido que estaba a punto de huir cuando me ha visto. Por favor, siéntese sin más, yo ya me voy.

Yo por mi parte me apresuré a decirle que se quedara, que había retrocedido sólo para no molestarle.

—No me molesta —dijo él con cierta amargura—. Al contrario, me alegro de no estar solo por una vez. No he pronunciado una sola palabra desde hace diez días…, en realidad desde hace años…, y la verdad es que se hace difícil tener que guardárselo todo dentro de uno, quizá precisamente porque uno acaba ahogándose con ello… No puedo seguir metido en el camarote, en aquel… aquel ataúd… No puedo… Y a la gente tampoco la soporto, porque se pasa el día riendo… No puedo soportarlo ahora… Los oigo hasta en el camarote y me tapo los oídos… Claro que ellos no saben que…, en fin, no saben nada y, aunque lo supieran, qué importa a unos extraños…

Se interrumpió de nuevo. Y después añadió repentina y apresuradamente:

—Pero no quiero importunarle… Perdone mi locuacidad.

Se inclinó e hizo ademán de marcharse. Pero yo me opuse enérgicamente.

—Usted no me importuna en absoluto. Yo también me alegro de charlar un ratito tranquilamente… ¿Quiere un cigarrillo?

Tomó uno. Se lo encendí. De nuevo su rostro se destacó vacilante sobre la oscura borda, pero ahora completamente vuelto hacia mí: tras las gafas, sus ojos escudriñaban mi rostro, ávidos y con enajenada vehemencia. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Presentía que aquel hombre quería hablar, tenía que hablar. Y sabía que yo debía callar para ayudarle.

Nos volvimos a sentar. Él tenía una segunda tumbona de cubierta y me la ofreció. Los cigarrillos centelleaban y, por el modo como el anillo luminoso del suyo se movía inquieto en la oscuridad, vi que su mano temblaba. Pero yo guardaba silencio y él también. Después, de repente, preguntó en voz baja:

—¿Está muy cansado?

—No, en absoluto.

La voz que salía de la oscuridad dudó de nuevo:

—Quisiera pedirle algo… Es decir…, quisiera contarle algo. Ya sé, sé muy bien lo absurdo que es dirigirme al primero que encuentro, pero… estoy… estoy en un terrible estado psíquico… He llegado a un punto en que tengo que hablar con alguien sin falta… Si no, estoy perdido… Lo entenderá en seguida cuando… cuando se lo cuente… Sé que usted no podrá ayudarme…, pero este silencio me pone enfermo… y un enfermo es siempre ridículo para los demás…

Lo interrumpí para rogarle que no se atormentara. Podía contármelo si quería…, aunque yo nada le prometía, claro está, pero uno tiene el deber de ofrecer su buena disposición. Cuando uno ve a alguien en apuros, tiene el deber de ayudarle, por supuesto…

—Deber…, ofrecer su buena disposición…, deber, intentar hacer… ¿Entonces usted también se cree en el deber… el deber de ofrecer su buena disposición?

Repitió la frase tres veces. Me asustaba aquella forma sorda y obstinada de repetir. ¿Estaba loco aquel hombre? ¿Estaba borracho?

Como si yo hubiera expresado mi sospecha en voz alta, él dijo de repente con otra voz:

—Usted me debe de tomar por loco o por borracho. No, no lo estoy… todavía. Sólo que las palabras que acaba de pronunciar me han conmovido de una manera extraña… extraña, porque es precisamente esto lo que me atormenta, es decir, si uno tiene el deber… el deber…

Volvió a trabársele la lengua. Después se interrumpió un instante y prosiguió de un tirón:

—Porque debo decirle que soy médico. Y a menudo se dan casos… casos fatales…, digamos casos límite, en los que no se sabe si uno tiene el deber…, es decir, no hay sólo un deber, el deber hacia los demás, sino también un deber para con uno mismo, otro para con el Estado y otro para con la ciencia… Uno tiene que ayudar, claro está, para eso estamos…, pero estas máximas suelen ser sólo teóricas… ¿Hasta qué punto hay que ayudar?… Por ejemplo, usted es un extraño para mí y yo lo soy para usted, y yo le pido que no diga que me ha visto… Pues bien, usted no dice nada, cumple este deber… Le pido que hable conmigo, porque reviento a causa del silencio… Usted está dispuesto a escucharme…, bien… Pero eso es fácil. Pero y si le pidiera que me agarrara y me echara por la borda…, ahí termina la cortesía, la buena disposición para ayudar. Sin embargo, en algún punto debe haber un límite…, un punto donde entre en juego nuestra vida, nuestra responsabilidad… En algún punto debe terminar…, a pesar de todo, el deber tiene que terminar en algún momento… ¿O acaso precisamente el del médico no puede tener fin? ¿Tiene que ser un salvador, el benefactor universal, sólo porque tiene un diploma en latín? ¿Tiene realmente que sacrificar su vida y aguar su sangre cuando una mujer…, cuando viene alguien y le exige que sea noble, compasivo y bueno? Sí, el deber termina en algún punto…, allí donde uno ya no puede, justamente allí…

Se interrumpió y se levantó de un salto.

—Perdone…, hablo con tanta excitación… Pero no estoy borracho…, todavía no…, me ocurre a menudo ahora, en esta infernal soledad, se lo confieso con toda calma y serenidad… Piense usted que he vivido siete años casi exclusivamente entre indígenas y fieras…, allí uno se olvida de hablar tranquilamente… Y luego, cuando uno abre la boca, es como un torrente… Pero espere…, sí, ya sé…, quería preguntarle, quería exponerle un caso para ver si uno tiene el deber de ayudar…, hacer de ángel, si uno… Por otro lado, temo que será demasiado largo. ¿De veras no está cansado?

—No, en absoluto.

—Se… se lo agradezco. ¿Quiere un poco?

Buscaba algo a tientas en la oscuridad detrás de sí. Algo tintineó, dos, tres o más botellas chocaron entre sí cuando las colocó en el suelo a su lado. Me ofreció un vaso de whisky que yo apenas probé, mientras él vació el suyo de un trago. Durante un momento reinó el silencio entre nosotros. Sonó la campana: las doce y media.

—Pues bien…, quería contarle un caso. Imagínese a un médico que vive en… en una pequeña ciudad… o, mejor dicho, en el campo…, un médico que… un médico que… —volvió a perder el hilo. Luego, de repente acercó la tumbona hacia mí—. No, no va así. Tengo que contárselo sin rodeos, desde el principio, de lo contrario no lo entendería… No, no se puede exponer como un ejemplo, como una teoría… Debo explicarle mi caso. No hay nada vergonzoso en él, nada que ocultar… También ante mí se desnuda la gente y me muestra su tiña, su orina y sus excrementos… Cuando alguien pide ayuda, no puede andarse por las ramas ni callarse las cosas… De modo que no le contaré el caso de un médico legendario… Me desnudo y le digo: yo. He perdido la vergüenza en esta terrible soledad, en este maldito país, que le desgarra a uno el alma y le chupa la médula de los huesos.

Yo debí de hacer algún movimiento, pues él se interrumpió.

—Ah, protesta… Lo comprendo. Usted está lleno de entusiasmo por la India, los templos y las palmeras, por todo el romanticismo de un viaje de dos meses. Sí, son fascinantes los trópicos, cuando uno los atraviesa en tren, automóvil o rikisha. A mí me pasó lo mismo cuando llegué por primera vez, hace siete años. ¡Cuántos sueños! Quería aprender la lengua para leer los libros sagrados en su texto original, estudiar las enfermedades, trabajar científicamente, penetrar en la psique de los nativos, tal como se dice en la jerga europea, convertirme en un misionero de la humanidad, de la civilización. Todos los que llegan allí tienen los mismos sueños. Pero en este invisible invernadero te abandonan las fuerzas; la fiebre, que contraes irremisiblemente por más quinina que tragues, te ataca los tuétanos, te vuelves lacio y perezoso, te debilitas, como una medusa. Un europeo, cuando se aleja de las grandes ciudades y llega a una de esas malditas zonas pantanosas, se ve separado en cierto modo de su verdadero ser. Más pronto o más tarde se hunde. Unos se dan a la bebida, otros fuman opio y otros se dedican a repartir palos y se convierten en bestias. Todos contraen algún brote de locura. Se siente nostalgia de Europa, se sueña con volver un día a una calle, sentarse entre blancos en una clara habitación de piedra. Año tras año se sueña con ello y, cuando llega el momento de tomar vacaciones, uno está demasiado perezoso para marcharse. Sabe que allá lo han olvidado, que es un extraño, una concha en el mar que todo el mundo pisa. De modo que se queda y se embrutece, y degenera en esas selvas cálidas y húmedas. ¡Maldito el día en que me vendí para ir a parar a aquel lugar de mala muerte…!

»Por lo demás, no fue tanto por propia voluntad. Había estudiado en Alemania, cursé medicina, incluso llegué a ser un buen médico, con plaza en el Clínico de Leipzig. Por aquel entonces, en no sé qué número olvidado del Medizinische Blätter, se hizo mucho ruido por una nueva inyección que yo fui el primero en probar. En aquellos días me vi envuelto en un lío de faldas. Se trataba de una mujer que conocí en el hospital: había vuelto tan loco a su amante, que él le disparó con un revólver y yo no tardé en volverme tan loco como él. Era por naturaleza tan orgullosa y fría que me enfurecía. Las mujeres autoritarias y arrogantes siempre me han tenido en un puño, pero esta me doblegó de tal modo que mis huesos crujieron. Hacía lo que ella quería. Una vez… ¿Por qué no confesarlo, si ya han pasado ocho años? Una vez metí la mano en la caja del hospital por ella y, cuando la cosa se descubrió, se armó una de todos los diablos. Un tío mío pudo todavía reponer el dinero, pero mi carrera estaba truncada. Precisamente entonces me enteré de que el gobierno holandés reclutaba médicos para las colonias y ofrecía un anticipo. Bueno, en seguida me dije: valiente trabajo, si te ofrecen dinero por adelantado. Sabía que en aquellas plantaciones donde reinan las fiebres, las cruces funerarias crecen tres veces más deprisa que en nuestro país. Pero, cuando uno es joven, piensa que la fiebre y la muerte sólo atacan a los demás. En fin, no tenía demasiado para elegir, me fui a Rotterdam y firmé un contrato de diez años, a cambio del cual recibí un buen fajo de billetes de banco. Mandé la mitad a casa, a mi tío, la otra me la hizo soltar una mujer de allí, del barrio del puerto, que me arrancó todo lo que tenía sólo porque se parecía a aquella maldita gata. Sin dinero, sin reloj y sin ilusiones zarpé entonces de Europa y no estaba especialmente triste cuando abandonamos el puerto. Y luego me senté en cubierta como usted, como los demás, y vi la Cruz del Sur y las palmeras, y el corazón me dio un vuelco de alegría. ¡Ah, selvas, soledad, silencio…, cómo soñaba! Pues bien, me harté de la soledad. Me destinaron no a Batavia o Surabaya, a una ciudad con gente, clubes, golf, libros y periódicos, sino…, el nombre es lo de menos…, a una de esas estaciones de distrito a dos días de viaje de la ciudad más cercana. Algunos funcionarios aburridos y ajados, algunos mestizos, he aquí toda la sociedad que me rodeaba. Por lo demás, sólo selvas, plantaciones, espesura y pantanos en kilómetros a la redonda.

»Al principio aún era soportable. Me dediqué a todo tipo de estudios. En una ocasión en que el vicegobernador se había roto la pierna al volcar su automóvil en un viaje de inspección, le practiqué sin ayuda una operación de la que se habló mucho. Coleccioné venenos y armas de los indígenas, me ocupé en mil cosas para mantenerme alerta. Pero eso sólo funcionó mientras conservé las fuerzas traídas de Europa. Después me consumí. Los pocos europeos me aburrían, rompí toda relación con ellos, me di a la bebida y me encerré en mis sueños. Me quedaban sólo dos años, después sería libre y tendría mi pensión, podría volver a Europa, empezar una nueva vida. En realidad, no hacía sino esperar, estarme quieto y esperar.

Y así estaría todavía hoy, si ella…, si no hubiera ocurrido aquello.

La voz en la oscuridad se interrumpió. Tampoco la pipa ardía ya. Reinaba tal silencio, que de pronto volví a oír el agua que rompía espumante contra la quilla y los lejanos y sordos latidos de la máquina. Con gusto habría encendido un cigarrillo, pero tenía miedo de la deslumbrante llamarada de la cerilla y el reflejo en el rostro de aquel hombre. Él callaba y callaba. Yo no sabía si había terminado, si dormitaba o dormía, tan mortal era su silencio.

Entonces se oyó el toque seco y enérgico de la campana del barco: la una. El hombre se levantó; oí de nuevo el tintineo del cristal. Era evidente que buscaba el whisky a tientas. Un ligero sorbo y después, de repente, la voz empezó otra vez, pero ahora más tensa si cabe, más apasionada.

—Pues bien…, espere…, ah, sí. Estaba sentado en mi maldito tugurio desde hacía meses, inmóvil como la araña en su red. Era justo después de la estación de las lluvias, que semana tras semana habían repiqueteado contra el techo. Nadie había venido a verme, ningún europeo, había pasado días y más días sentado en casa con mis mujeres amarillas y mi buen whisky. Me encontraba entonces completamente hundido, enfermo de Europa. Si leía alguna novela que hablaba de calles luminosas y mujeres blancas, los dedos me empezaban a temblar. No tengo palabras para describirle exactamente mi estado. Es una especie de enfermedad tropical, una nostalgia rabiosa, febril y, sin embargo, mustia que de vez en cuando se apodera de uno. Así, sentado, estaba yo, creo que consultando un atlas y soñando con viajes. Entonces se oyó llamar a la puerta con agitados golpes. El boy y una de las mujeres, que estaban fuera, abrieron sus grandes ojos, llenos de sorpresa. Gesticularon con grandes aspavientos: había venido una dama, una lady, una mujer blanca.

»Me levanto. No he oído llegar ningún coche, ningún automóvil. ¿Una mujer blanca por aquellos páramos salvajes?

»Quiero bajar los escalones, pero retrocedo. Me miro en el espejo para arreglarme un poco a toda prisa. Estoy nervioso, inquieto, atormentado por un vago y desagradable presentimiento, pues no conozco a nadie en la tierra que venga a verme por amistad. Finalmente bajo.

»La dama espera en el vestíbulo y corre presurosa a mi encuentro. Un espeso velo de automovilista cubre su rostro. Quiero saludarla, pero ella me arrebata rápidamente la palabra.

»—Buenos días, doctor —dice en un inglés fluido (un poco demasiado fluido y como aprendido previamente)—. Perdone esta visita sorpresa. Pero nos encontrábamos precisamente en la estación, el auto se detuvo allí.

»¿Por qué, pues, no ha venido en auto hasta aquí?, me cruza este pensamiento por la cabeza como un relámpago.

»—Entonces recordé que usted vive aquí. He oído hablar mucho de usted. Fue auténtica magia lo que hizo con el vicegobernador, su pierna vuelve a estar perfectamente all right, juega al golf como antes. Oh sí, todo el mundo habla todavía de ello allá abajo y de buena gana renunciaríamos a nuestro refunfuñador cirujano y a los otros dos, si usted viniera con nosotros. Dicho sea de paso, ¿por qué no se le ve nunca por allá? Vive aquí como un yogui…

»Y sigue así, hablando por los codos, deprisa, cada vez más deprisa, sin dejarme pronunciar palabra. Hay algo de nerviosismo y volubilidad en su locuaz verbosidad que acaba por ponerme nervioso también a mí. ¿Por qué habla tanto?, me pregunto. ¿Por qué no se presenta? ¿Por qué no se quita el velo? ¿Tiene las fiebres? ¿Está enferma? ¿Está loca? Cada vez estoy más nervioso, porque me doy cuenta de lo ridículo de la situación, me siento estúpido ante ella, abrumado por su interminable charlatanería. Por fin se interrumpe un momento y puedo invitarla a subir. Indica con un gesto al boy que se quede atrás y sube las escaleras delante de mí.

»—Bonita casa —dice, pasando revista a mi cuarto—. Ah, magníficos libros. Me gustaría leerlos todos.

»Va hacia la estantería y examina los títulos. Por primera vez desde que ha irrumpido en casa, se calla un minuto.

»—¿Puedo ofrecerle una taza de té? —le pregunto.

»Sin volverse ni dejar de mirar los títulos de los libros, responde:

»—No, gracias, doctor…, tenemos que continuar el viaje en seguida…, tengo poco tiempo…, sólo ha sido una pequeña excursión… Ah, veo que tiene también a Flaubert, que me gusta horrores… Magnífica, realmente magnífica, La educación sentimental… Veo que también lee en francés. ¡Cuánto sabe usted!… Sí, los alemanes aprenden de todo en la escuela… ¡Es fantástico hablar tantas lenguas!… El vicegobernador lo admira, no se cansa de repetir que usted es el único con un bisturí en la mano a quien se confiaría…, que nuestro buen cirujano sólo sirve para jugar al bridge… Por cierto que, sabe usted —sigue sin volverse—, hoy se me ha ocurrido que debería consultarle… y puesto que pasábamos cerca de su casa, he pensado que… Bueno, ahora está muy ocupado…, mejor volveré otro día.

»¡Al fin descubres tus cartas!, pensé de inmediato, pero no dejé traslucir mis pensamientos, sino que le aseguré que sería un honor servirla en aquel momento y siempre que quisiera.

»—No es nada serio —dijo, volviéndose a medias y hojeando un libro que había sacado del estante—. Nada serio…, pequeñeces…, cosas de mujeres…, vahídos, desmayos. Esta mañana, al tomar una curva, me he desvanecido, raide morte… El boy ha tenido que incorporarme en el asiento del coche e ir a por agua… Bueno, quizás el chófer iba demasiado rápido. ¿No le parece, doctor?

»—No puedo formarme un juicio con tan poco. ¿Sufre a menudo estos desmayos?

»—No…, es decir, sí…, estos últimos días…, exactamente desde hace unos días…, desmayos y náuseas.

»Se encuentra de nuevo delante de la estantería, deja el libro en su sitio, saca otro y lo hojea. Es curioso, ¿por qué siempre los hojea tan… tan nerviosa, por qué no alza la vista de debajo del velo? No digo nada a propósito. Me encanta hacerla esperar. Al fin empieza de nuevo a hablar con su manera descuidada y verborreica.

»—¿Verdad, doctor, que no es nada grave? ¿Nada tropical…, peligroso?

»—Primero tengo que comprobar si tiene fiebre. ¿Me permite tomarle el pulso?

»Me acerco a ella. Se aparta ligeramente.

»—No, no, no tengo fiebre… Se lo aseguro, no tengo fiebre… Me tomo la temperatura todos los días…, desde que empezaron los desmayos. Nada de fiebre, el termómetro marca siempre invariablemente 36'4. También mi estómago está perfectamente.

»Vacilo un momento. Todo el rato me asalta una sospecha: tengo la sensación de que esta mujer quiere algo de mí, nadie viene a un lugar desolado para hablar de Flaubert. La hago esperar uno o dos minutos.

»—Perdone —digo luego sin rodeos—, ¿puedo hacerle algunas preguntas con toda libertad?

»—Desde luego, doctor. Al fin y al cabo usted es médico —contesta, pero me vuelve la espalda de nuevo y se pone a revolver los libros.

»—¿Ha tenido hijos?

»—Sí, uno.

»—¿Y tuvo… tuvo antes…, quiero decir si entonces se encontró también en un estado parecido?

»—Sí.

»Su voz ha cambiado. Ahora es clara, decidida, sin nerviosismo, desprovista de la cháchara de antes.

»—¿Y es posible que…, perdone la pregunta…, se encuentre ahora en un estado parecido?

»—Sí.

»Suelta esta palabra como un cuchillo afilado y cortante. Ni un solo rasgo se mueve en su cabeza vuelta hacia los libros.

»—Pues entonces, señora, quizá lo mejor sería que le hiciera un reconocimiento general… Si no es molestia, ¿quiere pasar a la habitación contigua?

»Se vuelve de repente hacia mí. A través del velo noto fija en mí una mirada fría y decidida.

»—No, no hace falta… Conozco perfectamente bien mi estado.

La voz vaciló un instante. El vaso lleno centelleó de nuevo en la oscuridad.

—Bueno, pues, escuche… Pero considere esto por un momento. Una mujer irrumpe en casa de alguien que se consume en su soledad, es la primera mujer blanca que pisa su umbral desde hace años… y de pronto percibo que algo maligno está ahí, un peligro. Lo presentí, tuve miedo de la tenaz resolución de aquella mujer que había entrado hablando por los codos y luego, de pronto, me espetó su exigencia como un cuchillo. Pues yo ya sabía lo que quería, lo supe en seguida. No era la primera vez que una mujer me pedía aquello, pero acudían de otra manera, avergonzadas o suplicantes, con lágrimas e imprecaciones. Aquella, en cambio, daba muestras de un empeño acerado, viril… Me di cuenta desde el primer momento de que aquella mujer era más fuerte que yo, de que podía doblegarme a su voluntad, cuando quisiera… Pero… pero también en mí había algo maligno…, el hombre que se apresta a la defensa, una cierta irritación, pues…, como le he dicho…, desde el primer momento, incluso antes de verla, presentí que aquella mujer era un enemigo.

»Por el momento guardé silencio. Callé obstinada y enconadamente. Notaba que me miraba por debajo del velo, me miraba desafiante a los ojos como si quisiera obligarme a hablar, pero…, yo, sin querer…, con evasivas…, imité su modo de hablar indiferente y locuaz. Fingí no entenderla, pues —no sé si usted me comprenderá— yo quería obligarla a ser más explícita, no quería proponer, sino que… ella me rogara…, precisamente ella, que era tan altiva… y porque sabía que lo único que me hace claudicar ante las mujeres es esta actitud fría y orgullosa.

»De modo que, hablando por hablar, le dije que sus dolencias no tenían importancia, que sus desmayos obedecían al curso normal de las cosas, que, al contrario, garantizaban más bien una evolución favorable. Le cité casos de las revistas médicas… Hablé y hablé, con ligereza e indiferencia, tratando siempre su caso como algo puramente banal…, esperando en cada momento que me interrumpiera. Porque sabía que ella no lo resistiría.

»Al fin intervino con un gesto tajante de la mano, como queriendo suprimir aquella charla tranquilizadora.

»—No es esto lo que me angustia, doctor. Cuando tuve a mi hijo, me encontraba mucho mejor…, pero ahora no estoy all right… Sufro del corazón.

»—Ah, el corazón —repetí yo, aparentemente preocupado—. Pues vamos a examinarlo ahora mismo.

»E hice un movimiento como para levantarme e ir a buscar el estetoscopio. Pero ella intervino sin dilación. Su voz era ahora tajante e imperativa, como una orden de mando.

»—Le digo que sí sufro del corazón, doctor, y debo pedirle que crea lo que le digo. No quisiera perder demasiado tiempo en reconocimientos. Creo que podría mostrarme un poco más de confianza. ¡Al menos yo he demostrado sobrada confianza en usted!

»Presentaba ya batalla, desafío abierto. Yo lo acepté.

»—La confianza pide franqueza, sin reserva. Hable claro, soy médico. Y, ante todo, quítese el velo, siéntese y olvídese de los libros y los rodeos. No se acude al médico con velo.

»Me miró erguida y orgullosa. Vaciló un instante. Luego se sentó y se levantó el velo. Su rostro era tal como me temía: un rostro impenetrable, duro, impávido, de una belleza desprovista de edad, un rostro de ojos grises ingleses, en los que todo parecía calma y tras los cuales, sin embargo, podían imaginarse todas las pasiones. Aquella boca estrecha y recia no revelaba ningún secreto, si ella no quería. Nos miramos durante un minuto: ella, imperativa e interrogante a la vez, con una crueldad tan fría y acerada que no pude soportarla, y, sin querer, aparté la mirada.

»Golpeó suavemente la mesa con los nudillos. Así pues, también estaba nerviosa. Después espetó de pronto:

»—¿Sabe, doctor, lo que quiero de usted o no lo sabe?

»—Creo que sí. Pero es mejor que hablemos claro. Usted quiere poner fin a su estado…, quiere que la libere de sus desmayos y sus náuseas, eliminando… la causa. ¿Es así?

»—Sí.

»La palabra cayó como una guillotina.

»—¿Sabe usted también que estos experimentos son peligrosos… para ambas partes?

»—Sí.

»—¿Que la ley los prohíbe?

»—Hay casos en los que no sólo no están prohibidos, sino que incluso son indicados.

»—Pero hacen falta razones médicas.

»—Usted las encontrará. Es médico.

»Claros y fijos, sin parpadear, me miraban sus ojos al pronunciar estas palabras. Era una orden y yo, débil de mí, temblaba de admiración ante el poder demoníaco de su voluntad. Pero no capitulé todavía, no quería que viera que ya estaba derrotado. “¡No tan deprisa! Hay que gastar cumplidos, obligarla a suplicar”, me decía con un ápice de veleidad.

»—No siempre depende de la voluntad del médico. Pero estoy dispuesto a consultar con un colega del hospital que…

»—No quiero a su colega… He venido a verlo a usted.

»—¿Puedo preguntarle por qué precisamente a mí?

»Me miró con frialdad.

»—No tengo inconveniente en decírselo. Simplemente porque vive apartado, porque no me conoce…, porque es un buen médico y porque —aquí vaciló por primera vez— …seguramente no estará mucho tiempo más en este lugar, sobre todo si… si puede volver a casa con una suma importante de dinero.

»Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Aquel modo de hablar liso y llano, propio de un mercader, de un comerciante calculador, me dejó estupefacto. Hasta entonces sus labios todavía no se habían abierto para formular un ruego, pero todo estaba calculado de antemano: primero me había estado acechando y luego me había seguido el rastro. Yo sentí cómo me invadía el poder demoníaco de su voluntad, pero me defendía con todo mi encono. Una vez más me obligué a ser objetivo e incluso irónico.

»—Y esta gran suma…, ¿la pondría usted a mi disposición?

»—Por asistirme y para su partida inmediata.

»—¿Sabe que con ello perdería mi pensión?

»—Le indemnizaré.

»—Es usted muy explícita…, pero me gustaría que lo fuera aún más. ¿Qué suma tiene prevista pagarme como honorarios?

»—Doce mil florines, pagaderos en Ámsterdam por cheque.

»Yo temblaba… temblaba de rabia y… sí, también de asombro. Lo había calculado todo, la suma y la forma de pago, que me obligaba a partir sin remedio; me había tasado y comprado sin conocerme, había dispuesto de mí basándose en un presentimiento de su voluntad. De buena gana la habría abofeteado… Pero cuando me levanté temblando —ella también se había puesto de pie— y la miré fijamente, de repente, al ver aquella boca cerrada que no quería suplicar y aquella frente orgullosa que no quería doblegarse…, sentí una… una especie de deseo vehemente. Ella debió de darse cuenta, pues enarcó las cejas como quien quiere quitarse de en medio a un pelmazo: de pronto el odio mutuo apareció con toda su crudeza. Yo sabía que ella me odiaba porque me necesitaba y yo la odiaba porque… porque no estaba dispuesta a suplicar. Durante aquel segundo de silencio, un solo segundo, nos hablamos por primera vez con toda franqueza. Después, de pronto, un pensamiento me mordió como un reptil y le dije… le dije…

»Pero, espere un momento, no sea que interprete mal lo que hice…, lo que dije… Primero debo contarle cómo… cómo se me ocurrió aquella loca idea.

De nuevo se oyó el leve tintineo de cristal en la oscuridad. Y la voz prosiguió más acalorada.

—No es que quiera disculparme, justificarme, limpiar mi nombre… Pero, si no, no me comprendería… No sé si alguna vez he sido lo que se llama un buen hombre, pero… creo que siempre he estado dispuesto a ayudar… En la miserable vida de allá la única alegría era la de poder mantener el aliento de una criatura viva con la ayuda del puñado de ciencia que me habían embutido en el cerebro…, una especie de alegría divina… De veras, mis momentos más felices eran cuando acudía a mí un muchacho de raza amarilla, con la cara azul pálida de espanto, el pie hinchado por la mordedura de una serpiente, suplicándome a gritos que no le cortara la pierna y yo conseguía salvarla. Andaba horas y horas para visitar a una mujer presa de las fiebres y, en Europa, cuando trabajaba en la clínica, había hecho por otras mujeres lo que aquella me pedía ahora. Pero al menos tenía la sensación de que aquellas personas me necesitaban, de que las salvaba de la muerte o la desesperación… Esto es lo que uno necesita para ayudar a los demás, la sensación de que los demás te necesitan.

»Pero aquella mujer, no sé si seré capaz de explicárselo, me exasperaba. Me encrespó desde el primer momento en que la vi llegar fingiendo ir de paseo, su orgullo me puso en guardia, provocó…, ¿cómo le diría?…, puso a la defensiva todo lo que había en mí de reprimido, oculto y maligno. Me sacaba de quicio que se hiciera la lady, que tratara con tanta frialdad y hermetismo un asunto de vida y muerte… Y además… además…, después de todo una mujer no queda embarazada jugando al golf… Yo sabía…, es decir…, no pude por menos que evocar con una claridad aterradora (he aquí el pensamiento del que le he hablado) que aquella mujer fría, orgullosa, displicente, que enarcaba las cejas sobre sus ojos de acero cuando yo la miraba sólo para defenderme…, sí, casi para repelerla, cómo dos o tres meses antes se había revolcado apasionadamente en la cama con un hombre, desnuda como un animal, quizá gimiendo de placer, los dos cuerpos pegados el uno al otro como dos labios… Este, este era el pensamiento lacerante que me abrumaba mientras ella me miraba tan orgullosa, fría e inaccesible, igual como mira un oficial inglés… Y entonces, entonces todos mis músculos se tensaron…, me obsesionó la idea de humillarla…, a partir de aquel momento vi su cuerpo desnudo a través del vestido…, a partir de aquel momento viví sólo con la idea de poseerla, de arrancar un gemido de sus duros labios, de sentir arder la voluptuosidad de aquella mujer fría y orgullosa, como lo había sentido aquel otro, al que yo no conocía… Eso… eso quería yo explicarle. A pesar de mi estado de degeneración, nunca como médico había intentado aprovecharme de la situación… Pero esta vez no era por lascivia, por lujuria, por deseo sexual, de veras que no…, lo admitiría… Era simplemente el ansia de someter aquel orgullo…, de dominar como hombre… Creo que ya se lo dije: desde siempre las mujeres altivas, de apariencia fría, han ejercido sobre mí un gran poder… Pero ahora, ahora se añadía a ello el hecho de haber vivido allí durante siete años sin haber tenido a una mujer blanca y era incapaz de resistirme… Pues las muchachas del lugar, aquellos tiernos y ronroneantes animalillos que tiemblan de respeto cuando un blanco, un “señor”, las toma…, se funden en humildad, siempre están dispuestas, prontas a servirte con sus risas ligeras, parecidas al cloqueo de las gallinas… Pero precisamente esta sumisión servil le echa a perder a uno el placer… ¿Comprende ahora? ¿Comprende hasta qué punto me perturbó ver llegar de repente a una mujer llena de orgullo y de odio, reservada hasta la punta de los pelos, pero a la vez rebosante de misterio y de una pasión anterior?… Cuando una mujer como esta entra arrogante en la jaula de un hombre como yo, de una bestia humana tan aislada, hambrienta, incomunicada… Es… es lo que le quería decir para que comprendiera lo otro…, lo que vino después. Pues bien…, dominado por no sé qué deseo maligno, envenenado por la idea de verla desnuda, sensual, entregada, hice un esfuerzo por contenerme y fingí indiferencia. Dije con frialdad:

»—¿Doce mil florines?… No, por ese dinero no lo hago.

»Me miró un poco pálida. Seguramente se daba cuenta de que mi resistencia no se debía a la codicia. Sin embargo, dijo:

»—¿Cuánto pide, pues?

»Abandoné mi tono displicente:

»—Juguemos con las cartas sobre la mesa. No soy un negociante…, no soy el pobre boticario de Romeo y Julieta que vende su veneno por un poco de corrupted gold…, soy quizá lo contrario de un negociante… Por este camino no conseguirá su propósito.

»—¿Entonces no quiere hacerlo?

»—No por dinero.

»Durante un segundo reinó un silencio total entre nosotros, tan profundo que por primera vez la oí respirar.

»—¿Qué otra cosa puede usted desear?

»En aquel momento no me contuve más.

»—En primer lugar deseo que usted…, que no me hable como a un mercachifle, sino como a una persona. Que, si necesita ayuda, no salga en seguida con su indecente dinero…, sino que me pida, a mí, como persona, que la ayude a usted, como persona… No sólo soy médico, no sólo tengo horas de consulta…, también dispongo de otras… y quizás ha venido usted a verme en una de estas…

»Guarda silencio un momento. Luego tuerce levemente la boca, tiembla y dice deprisa:

»—¿De modo que…, si se lo pido, lo hará?

»—Veo que todavía intenta hacer un negocio. Ya veo que no pedirá nada sin que yo antes se lo prometa. Pues primero tiene que pedírmelo y luego yo se lo prometeré.

»Yergue la cabeza como un caballo testarudo. Me mira encolerizada.

»—¡No, no se lo pediré! ¡Prefiero morir!

»Entonces la ira se apoderó de mí, una ira encendida, absurda.

»—Entonces, puesto que no quiere pedir, yo exigiré. Creo que no hace falta ser más explícito. Ya sabe lo que quiero de usted. Luego… luego la ayudaré.

»Durante un instante me miró fijamente a los ojos. Después, ¡oh, no puedo, no puedo describir lo horrible que fue aquello!, después sus rasgos se pusieron tensos y a continuación…, de repente, se rio… se rio de mí en la cara, con un desprecio que me pulverizó y a la vez me embriagó… Fue como una explosión, tan súbita, tan repentina, tan poderosamente liberada por una fuerza increíble, esa risa de desprecio, que yo… yo me hubiera dejado caer en el suelo para besarle los pies. Sólo duró un segundo…, fue como un relámpago y el fuego consumía todo mi cuerpo… Entonces se volvió y se dirigió a la puerta con pasos rápidos.

»Instintivamente quise ir tras ella…, para disculparme…, implorarle…, rotas todas mis fuerzas…, pero ella se volvió otra vez y me dijo…, no, mejor…, me ordenó:

»—No se atreva a seguirme o a indagar sobre mí… Se arrepentiría…

»Y acto seguido la puerta se cerró con un violento golpe.

Una nueva vacilación. Un nuevo silencio… Y de nuevo sólo aquel murmullo, como si la luz de la luna cayera a chorros. Y luego, finalmente, de nuevo la voz.

—La puerta se cerró…, y yo me quedé petrificado…, como hipnotizado por la orden… Oí cómo bajaba la escalera, cerraba la puerta de la casa…, lo oí todo y mi voluntad me apremiaba a correr tras ella… ella…, no sé para qué…, llamarla o golpearla o estrangularla…, pero tras ella… tras ella… Sin embargo, no podía… Tenía los miembros paralizados, como tocados por una descarga eléctrica. El imperioso relámpago de su mirada me había herido, me había llegado hasta la médula de los huesos… Ya sé que no son cosas para explicar, para contar…, pueden sonar ridículas, pero yo seguía de pie…, inmóvil… y necesité minutos, tal vez cinco, tal vez diez, antes de poder arrancar un pie del suelo…

»Pero, apenas moví el pie, en seguida me sentí de nuevo lleno de ardor y ligereza. En un santiamén bajé la escalera… Ella no podía haberse ido por otro camino que no fuera el de la civilización… Me precipité al cobertizo para coger la bicicleta…, pero he aquí que había olvidado la llave… De un tirón arranco el tabique y los bambúes se rompen y astillan…, monto en la bicicleta y corro a toda velocidad tras ella…, tengo que… tengo que alcanzarla antes de que llegue al automóvil…, tengo que hablar con ella… El camino levanta polvo a mi paso… Ahora me doy cuenta de cuánto tiempo había permanecido clavado y atónito en la casa… Entonces…, la veo allí, en la curva de la selva delante de la parada, veo cómo se apresura con paso firme y decidido, acompañada por el boy. Pero ella también debe de haberme visto, pues ahora habla con el muchacho, que se queda atrás, y ella sigue adelante sola… ¿Qué pretende? ¿Por qué quiere estar sola?… ¿Quiere hablar conmigo sin que el otro la oiga?… Ciego de furia, pedaleo con más brío… Entonces, de repente, algo se atraviesa en mi camino… Es el boy… Tengo el tiempo justo para desviar la bicicleta con un movimiento brusco… y me doy de bruces contra el suelo…

»Me pongo en pie soltando juramentos…, sin pensar levanto el puño para propinarle un golpe, pero él se aparta de un salto… Recojo la bicicleta del suelo y la sacudo…, quiero volver a montarla, pero en aquel momento el bribón se planta delante de mí, agarra la bicicleta y me dice en un inglés deplorable:

»—You remain here.

»Usted no ha vivido en los trópicos… No sabe qué impertinencia representa que un tunante amarillo agarre la bicicleta de un “señor” blanco y ordene al “señor” que no se mueva de donde está. Por toda respuesta le largo un puñetazo en la cara…, se tambalea, pero no suelta la bicicleta…, sus ojos, unos ojos rasgados y medrosos, me miran dilatados con una expresión de temor de esclavo…, pero no suelta el manillar…, se aferra a él con diabólica firmeza…

»—You remain here—balbucea otra vez. Por suerte no llevaba el revólver conmigo, si no, lo hubiera dejado seco de un tiro.

»—¡Suéltala, canalla! —me limito a exclamar. Me mira con sumisión, pero no suelta el manillar. Le atizo otro golpe en el cráneo, pero sigue aferrado a la bicicleta. Me enciendo de rabia…, veo que ella se ha ido, tal vez ya se ha puesto a salvo… y propino al muchacho un golpe de boxeador en toda regla, bajo la barbilla, que lo hace tambalearse y caer al suelo.

Recupero la bicicleta…, pero al montarla me doy cuenta de que no funciona…, con tanto zarandeo se han torcido los rayos de las ruedas… Con manos febriles trato de enderezarlos… Imposible…, de modo que arrojo la bicicleta al lado del camino, junto al bribón, que se levanta sangrando y se aparta… Y entonces…, no, usted no comprende lo ridículo que resulta que un europeo allí, delante de todo el mundo… Bueno, yo no sabía lo que hacía…, mi único pensamiento era seguirla, alcanzarla…, de modo que eché a correr, corrí como un loco por el camino, pasando por delante de las chozas donde la chusma amarilla se amontonaba, estupefacta, para ver correr a un blanco, al médico.

»Llegué a la parada bañado en sudor… Mi primera pregunta: ¿dónde está el coche?… Acababa de irse. La gente me miraba asombrada: debía de parecerles un loco llegando allí empapado y sucio, preguntando a gritos incluso antes de detenerme… Calle abajo veo los remolinos de humo blanco del auto… Ella lo había conseguido…, lo había conseguido como conseguía todo lo que se proponía con su duro carácter calculador, inhumanamente duro.

»Pero de nada le sirvió huir… En los trópicos no hay secretos entre los europeos…, todo el mundo se conoce, todo se convierte en un acontecimiento… No en vano su chófer la estuvo esperando una hora en el bungalow del gobernador… Al cabo de unos minutos ya lo sabía todo…, sabía quién era…, que vivía allá abajo en…, en fin, en la capital, a ocho horas en tren de mi localidad…, que era, digamos, la esposa de un comerciante al por mayor, enormemente rica, distinguida…, una inglesa… Sabía que su marido se encontraba en América desde hacía cinco meses y que llegaría al cabo de unos días para llevársela a Europa…

»Pero ella, y la idea me quemaba las entrañas como un veneno, ella debía de estar encinta de dos o tres meses a lo sumo…

—Hasta aquí aún he podido explicárselo todo…, quizá sólo porque hasta aquel momento me comprendía todavía a mí mismo…, como médico podía diagnosticar mi estado en todo momento. Pero a partir de entonces se apoderó de mí una especie de fiebre…, perdí el control de mi persona… Quiero decir que sabía de sobra lo absurdo que era todo lo que hacía, pero ya no tenía poder sobre mí… Yo mismo no me comprendía… Me limitaba a correr tras el objeto de mi obsesión… Aunque, espere…, quizá sí que pueda explicárselo… ¿Sabe qué es el amok?

—¿Amok?… Creo recordar que se trata de… una especie de embriaguez entre los malayos.

—Es más que una embriaguez…, es una locura, una especie de rabia humana…, un ataque de monomanía homicida, insensata, que no se puede comparar con ninguna intoxicación alcohólica… Durante mi estancia allí yo mismo estudié algunos casos (cuando se trata de los demás uno siempre es muy sensato y objetivo), aunque sin desentrañar en ninguno de ellos el terrible secreto de su origen… De alguna forma guarda relación con el clima, con aquella atmósfera sofocante y pesada que ataca los nervios como una tormenta, hasta que estallan… Pues bien, el amok…, sí, el amok es esto: un malayo, un hombre cualquiera, sencillo y de buena pasta, bebe su brebaje…, está ahí sentado, abúlico, indiferente, abatido…, igual que yo estaba en mi habitación… y, de repente, se pone en pie de un salto, coge su puñal y sale corriendo a la calle…, corre en línea recta, siempre derecho…, sin saber adónde… Todo cuanto se interpone en su camino, hombre o animal, él lo abate con su kris y el delirio de la sangre lo vuelve aún más furioso… Mientras corre le sale espuma de la boca, aúlla como un loco…, pero sigue corriendo y corriendo, no mira a la derecha ni a la izquierda, corre lanzando gritos agudos, con su ensangrentado puñal, siguiendo siempre esa misma y espantosa línea recta… Las gentes de los poblados saben que ninguna fuerza puede detener al loco homicida…, de modo que, cuando lo ven, previenen a los demás con gritos de: «¡Amok, amok!», y todo el mundo huye…, pero él corre sin oír, corre sin ver, derriba todo lo que encuentra a su paso…, hasta que lo matan de un tiro como a un perro rabioso o cae él mismo, exhausto, echando espuma por la boca…

»Una vez lo vi desde la ventana de mi bungalow… Fue espantoso… Pero sólo por el hecho de haberlo visto, puedo comprenderme a mí mismo en aquellos días…, porque fue también así, exactamente así, con aquella horrible mirada siempre al frente, sin ver nada a la derecha o a la izquierda, con esa obsesión, me lancé detrás de aquella mujer… No sé lo que hice en aquella disparatada carrera, a una velocidad frenética, todo ocurrió tan deprisa… Al cabo de diez minutos, no, cinco, no, dos…, en cuanto lo supe todo de aquella mujer, su nombre, su dirección, su sino, regresé rápidamente a mi casa montado en una bicicleta prestada, metí un traje en la maleta, tomé algún dinero y me dirigí en mi coche a la estación del ferrocarril… Me fui sin avisar al funcionario del distrito…, sin nombrar a un sustituto, abandoné la casa dejándola como estaba. Los criados me rodearon, las mujeres, atónitas, me hicieron preguntas, yo no las respondí, ni siquiera me volví…, me dirigí a la estación y subí al primer tren que salía en dirección a la ciudad… Sólo una hora después de que aquella mujer hubiera entrado en mi casa yo echaba a perder mi vida y me precipitaba al vacío como un amok…

»Corría como un loco… Dándome de cabeza contra la pared. Llegué a las seis de la tarde…, a las seis y diez minutos estaba en su casa y me hacía anunciar… Era…, usted lo comprenderá…, era la cosa más absurda y más estúpida que podía hacer…, pero el loco homicida corre con los ojos vacíos, no ve hacia dónde corre… Al cabo de unos minutos regresó el criado…, cortés y frío…, la señora no se encontraba bien y no podía recibirme.

»Salí tambaleándome… Durante una hora estuve aún dando vueltas alrededor de la casa, obsesionado por la insensata esperanza de que ella saliera a buscarme… Sólo más tarde tomé una habitación en un hotel de la playa y me llevé dos botellas de whisky… Gracias a ellas y a una doble dosis de veronal al fin conseguí dormirme… y aquel sueño pesado y cenagoso fue la única pausa en aquella carrera entre la vida y la muerte.

La campana del barco volvió a sonar. Dos campanadas duras y graves que resonaron vibrantes en el blando estanque de aire casi inmóvil y que luego se perdieron en el murmullo suave e incesante que nos acompañaba, tenaz, bajo la quilla, durante el apasionado relato. El hombre sentado ante mí en la oscuridad debió de asustarse, pues su voz se interrumpió. Oí de nuevo su mano palpando la botella del suelo y luego el glogló suave del whisky. Al poco rato, al parecer ya más sosegado, prosiguió con voz más firme:

—Apenas puedo describirle las horas que siguieron a partir de aquel momento. Hoy creo que tenía fiebre. En cualquier caso, me encontraba en una especie de estado de sobreexcitación que rayaba en la locura: una fiebre de amok, como le he dicho. Pero no olvide que era un martes por la noche cuando llegué y que el sábado (me enteré entretanto) debía llegar el marido en el vapor P&O procedente de Yokohama. Quedaban, pues, sólo tres días, apenas tres días para tomar una decisión y ayudarla. Comprenda usted, yo sabía que tenía que ayudarla sin demora, pero no podía hablar con ella. Y precisamente esta necesidad de disculpar mi comportamiento ridículo y rabioso seguía atormentándome. Sabía lo precioso que era cada minuto, sabía que para ella se trataba de vida o muerte y, sin embargo, no tenía manera de acercarme a ella ni siquiera con un susurro, con un gesto, pues precisamente mi persecución impetuosa y atolondrada la había asustado. Era…, sí, espere…, era como si alguien corriera detrás de otro para prevenirle de un asesino y este otro lo tomara precisamente por el asesino, de modo que siguiera corriendo hacia su perdición… Ella sólo veía en mí al loco homicida que la perseguía para humillarla, pero yo…, he aquí la terrible paradoja…, yo ya no pensaba en esto…, estaba completamente anonadado, sólo quería ayudarla, servirla tan sólo…, habría cometido un asesinato, un crimen, para ayudarla… Pero ella no lo entendía. Cuando me desperté por la mañana e inmediatamente corrí hacia su casa, el boy estaba delante de la puerta, el mismo al que había golpeado en la cara, y cuando me vio de lejos (debía de estar esperándome) se metió rápidamente en la casa. Quizá lo hiciera para anunciar en secreto mi visita…, quizás…, ah, esta incertidumbre, ¡cómo me tortura ahora!… Quizás estaba todo preparado para recibirme…, pero, cuando vi al muchacho, recordé mi ignominia y, ahora que volvía allí, no me atreví a repetir mi visita… Las rodillas me flaqueaban. A pocos pasos del umbral, di media vuelta y me fui… me fui mientras ella quizá me esperaba sufriendo un tormento como el mío.

»No supe qué hacer entonces en aquella ciudad desconocida que me quemaba los talones como fuego… De pronto se me ocurrió una idea, llamé a un taxi y me dirigí a casa del vicegobernador, el mismo al que había ayudado en mi consultorio, y me hice anunciar… Algo de mi aspecto debió de sorprenderle, pues me miró con cierta alarma en los ojos, y su cortesía acusaba cierta inquietud…, quizá reconocía ya en mí a un amok… En una rápida decisión le dije que venía a pedirle mi traslado a la ciudad, que no podía seguir viviendo en aquel puesto…, debía mudarme lo antes posible… Me miró…, no sabría decirle cómo me miró…, algo así como un médico mira a un enfermo.

»—¿Una depresión nerviosa, estimado doctor? —dijo luego—. Lo comprendo perfectamente. Pondremos remedio a ello, pero espere…, digamos cuatro semanas…, primero tengo que encontrar a un sustituto.

»—No puedo esperar ni un solo día —respondí. De nuevo aquella mirada asombrada.

»—Tiene que ser así, doctor —dijo con ademán serio—. No podemos dejar el centro sin médico. Pero le prometo que hoy mismo iniciaré las gestiones.

»Me quedé inmóvil, apretando los dientes: por primera vez comprendí con toda claridad que era un hombre comprado, un esclavo. Ya todo mi ser se aprestaba a replicar, cuando él, deferente, se me anticipó:

»—Se ha desacostumbrado a la gente, doctor, y eso acaba convirtiéndose en una enfermedad. A todos nos extrañaba que no viniera a la ciudad, que nunca tomara vacaciones. Necesita más vida social, más distracción. Venga al menos esta noche, tenemos una recepción en casa del gobernador, encontrará allí a toda la colonia y hay muchos que hace tiempo que desean conocerlo, han preguntado a menudo por usted y les complacería verlo por allí.

»Estas últimas palabras me afectaron. ¿Habían preguntado por mí? ¿Se refería quizás a ella? De repente me sentí otra persona: me apresuré a darle cortésmente las gracias por la invitación y le aseguré que sería puntual. Y desde luego que lo fui, demasiado puntual incluso. No creo necesario decirle que, azuzado por mi impaciencia, fui el primero en llegar al gran salón del edificio del gobernador, rodeado de silenciosos criados amarillos que se afanaban de un lado para otro balanceándose sobre sus pies desnudos y que, como me figuraba en mi turbación, se reían a mis espaldas. Durante un cuarto de hora fui el único europeo en medio de aquellos sigilosos preparativos; estaba tan solo que podía oír el tictac del reloj que llevaba en el bolsillo del chaleco. Luego llegaron al fin algunos funcionarios con sus familias y al cabo de un rato el gobernador en persona, que entabló conmigo una larga conversación durante la cual yo contesté con propiedad y creo que con destreza, hasta que… hasta que de repente, presa de un extraño ataque de nervios, perdí el control y empecé a balbucear. Aunque estaba de espaldas a la puerta, noté de pronto que ella debía de haber entrado, que estaba presente; no sabría decirle cómo esta súbita certeza me desconcertó, pero mientras estaba hablando todavía con el gobernador y sus palabras resonaban en mi oído, sentí su presencia en algún lugar detrás de mí. Por fortuna el gobernador terminó pronto la conversación; si no, creo que me hubiera vuelto bruscamente, tan fuerte era esa misteriosa atracción en mis nervios, tan ardiente era el deseo que me incitaba. Y, en efecto, apenas me volví, la vi exactamente en el lugar donde inconscientemente la había presentido. Llevaba puesto un vestido amarillo de baile que realzaba sus esbeltos y finos hombros con un tono de marfil mate. Estaba conversando en medio de un grupo y sonreía, pero me pareció observar cierta tensión en su rostro. Me acerqué (ella no podía o no quería verme) y observé aquella sonrisa, amable y cortés, que temblaba alrededor de sus finos labios. Y aquella sonrisa me embriagó de nuevo, porque… bueno, pues porque sabía que era mentira, arte o técnica, hipocresía magistral. Hoy es miércoles, pensé, el sábado llega el barco con su marido…, ¿cómo puede sonreír así, tan… tan tranquila, tan despreocupada y jugar negligentemente con el abanico en la mano, en vez de romperlo de nervios y de miedo? Yo…, un extraño, temblaba desde hacía dos días pensando en ese regreso… Yo, un extraño, vivía su miedo, su pánico, con todos los excesos de la sensibilidad… y ella se iba al baile y sonreía, sonreía, sonreía…

»En la parte de atrás comenzó a sonar música. Empezaba el baile. Un viejo oficial la había sacado a bailar; ella dejó el grupo con una disculpa y, pasando por delante de mí, se fue al otro salón cogida de su brazo. Al verme, todo su rostro se contrajo brusca y violentamente…, pero sólo durante un segundo, después me saludó con una cortés inclinación de cabeza (antes de que yo decidiera si saludarla o no), como suele hacerse con un conocido casual y me dijo:

»—Buenas noches, doctor —y se alejó.

»Nadie hubiera podido sospechar qué se escondía tras aquella mirada gris verdosa, ni yo lo sabía. ¿Por qué me saludó? ¿Por qué entonces me reconoció en seguida? ¿Era una defensa, una aproximación, o sólo la turbación de la sorpresa? No puedo describirle el estado de excitación en el que quedé sumido, todo en mí estaba revuelto, comprimido y a punto de estallar, y mientras la veía bailar el vals, tan indiferente, en brazos del oficial, llevando en la frente el frío resplandor de la despreocupación, y sabiendo yo que, a pesar de todo, ella… ella, como yo, sólo pensaba en aquello… aquello: que nosotros dos éramos los únicos de allí que compartíamos un terrible secreto…, mientras la veía bailar…, en aquellos segundos mi angustia, mi deseo y mi admiración excitaron mi pasión más que nunca. Ignoro si alguien me observaba, pero seguro que mi comportamiento me traicionaba mucho más que lo que el suyo ocultaba. Ni siquiera era capaz de mirar hacia otro lado, tenía… tenía que verla, de lejos me embebía de su reservado rostro, tiraba de él con fuerza, esperando verle caer la máscara aunque fuera por un segundo. Y sin duda le debieron de causar una sensación desagradable aquellos ojos fijos en ella. Cuando regresó, del brazo de su pareja, me lanzó una mirada como un rayo, dura y autoritaria, como ordenándome salir: una vez más se dibujó en su frente aquella pequeña arruga de engreída cólera que yo ya conocía de antes.

»Pero… pero…, ya se lo he contado…, yo era presa del amok, no veía nada a la derecha ni a la izquierda. La comprendí en seguida; aquella mirada quería decir: ¡No llames la atención! ¡Domínate! Yo sabía que ella…, ¿cómo explicárselo?…, quería que mi comportamiento en aquel salón abierto al público fuera discreto… Comprendí que si me retiraba en aquel momento, quizás ella me recibiría a la mañana siguiente…, que era sólo entonces, sólo entonces, que quería evitar verse expuesta a una llamativa familiaridad conmigo, comprendí que ella temía, y con razón, que mi torpeza provocara una escena… ¿Lo ve?… Yo lo sabía todo, comprendía aquella mirada gris y autoritaria, pero… era demasiado fuerte para mí el impulso de hablar con ella. Y así me acerqué vacilante al grupo con el que hablaba y me uní al corro más o menos disperso (a pesar de que sólo conocía a algunos de los presentes), movido por el único deseo de oírla hablar y, sin embargo, inclinando la cabeza tímidamente ante su mirada, como un perro apaleado, cuando pasaba rozándome como si yo fuera una de las cortinas de la puerta contra la que me apoyaba o el aire que la movía suavemente. Pero yo permanecía tenaz, sediento de una palabra que ella quisiera dirigirme, de una señal de connivencia; permanecía con mirada impávida, como un bloque de piedra, en medio del grupo. Por supuesto que debía llamar la atención, no cabe la menor duda, pues nadie me dirigía la palabra y ella debía de sufrir a causa de mi ridícula presencia.

»No sé cuánto tiempo permanecí en esa actitud…, una eternidad quizá…, pero no podía arrancarme de aquel embeleso de la voluntad. Precisamente la obstinación de mi cólera me paralizaba… Pero ella no lo soportó por más tiempo…, de repente, con la elegante ligereza de su persona, se volvió hacia los caballeros y les dijo:

»—Estoy un poco cansada…, esta noche me acostaré más temprano. Buenas noches.

»Y acto seguido pasó por delante de mí saludándome con una educada pero distante inclinación de cabeza… Todavía pude ver la fruncida arruga de su frente y luego tan sólo la espalda, la blanca, fría y desnuda espalda. Tardé un segundo en comprender que se marchaba…, que aquella noche ya no podría verla ni hablarle, la última noche en que aún podía salvarla… Permanecí, pues, inmóvil por un momento, hasta que lo comprendí… y después… después…

»Pero espere… espere…, de lo contrario no entenderá lo absurdo y estúpido de mi acto… Primero debo describirle el escenario entero… Era el gran salón del palacio del gobernador, iluminado con multitud de lámparas y casi vacío, un salón inmenso… Las parejas habían salido a bailar, los caballeros a jugar…, sólo en los rincones había grupos conversando…, el salón, por tanto, estaba vacío, cualquier movimiento atraía la atención y era perfectamente visible con tal profusión de luz… y ella atravesó este espacioso salón con paso lento y grácil y los hombros levantados, de vez en cuando respondiendo a un saludo con su porte indescriptible…, con aquella calma majestuosa, espléndidamente glacial, que tanto me embelesaba… Yo… yo no me había movido de mi sitio; como le he dicho, estaba como paralizado antes de comprender que se marchaba… y cuando lo comprendí, ella ya estaba en la otra punta del salón, cerca de la puerta… Entonces…, oh, todavía ahora me avergüenzo con sólo pensarlo…, entonces algo se apoderó de mí y eché a correr… ¿Me oye usted? Eché a correr…, no a andar, sino a correr tras ella, haciendo resonar el suelo del salón con mis ruidosos zapatos… Yo oía mis pasos, veía todas las miradas atónitas dirigidas hacia mí…, me hubiera muerto de vergüenza…, mientras corría, era consciente de mi desvarío…, pero no podía… no podía retroceder… La alcancé en la puerta… Ella se volvió…, sus ojos se clavaron en mí como acero gris, las aletas de su nariz temblaban de ira… Yo estaba a punto de empezar a balbucear algo…, cuando ella…, de pronto, prorrumpió en una carcajada… una carcajada sonora, despreocupada y efusiva, y en voz alta, de modo que todos pudieron oírla, dijo:

»—Ah, doctor, ahora se acuerda usted de la receta para mi hijo… ¡Vaya con los hombres de ciencia!

»Algunos que se encontraban cerca rieron también jovialmente… Comprendí… Me desarmó la maestría con que había salvado la situación… Saqué la cartera y arranqué una hoja en blanco del bloc, que ella tomó indolentemente antes de… de irse, esbozando una nueva y fría sonrisa de agradecimiento… Me sentí aliviado en un primer momento…, porque vi que su magistral dominio había enmendado mi locura y superado la situación…, pero también supe al instante que yo lo tenía todo perdido, que aquella mujer me odiaba por mi impetuosa locura, me odiaba como a la muerte…, supe que, aunque acudiera cien o mil veces a su puerta, ella me echaría de su casa como a un perro.

»Atravesé el salón tambaleándome…, observé que la gente me miraba…, mi aspecto debía de parecer extraño… Me dirigí al bufé y bebí dos, tres, hasta cuatro copas de coñac una tras otra…, esto me evitó caer al suelo… Mis nervios ya no aguantaban más, estaban deshechos… Después salí a hurtadillas por una puerta lateral, como un malhechor… Por ningún reino del mundo hubiera vuelto a cruzar aquel salón en cuyas paredes todavía resonaba el eco de su risa… Me fui…, no sabría decir exactamente adonde…, entré en varias tabernas y me emborraché… me emborraché como alguien que quiere aletargar su conciencia…, pero… no conseguí embotar mis sentidos… Tenía su risa metida dentro de mí, estridente y malvada…, no podía ahogarla… Después todavía deambulé por el puerto… Me había dejado el revólver olvidado en la habitación, de lo contrario me habría pegado un tiro. No pensaba en otra cosa y con esta idea volví al hotel…, con la mente puesta en el cajón izquierdo del armario, donde tenía guardada el arma…, sólo con esta idea en la cabeza…

»La razón por la que no me maté…, se lo juro, no fue la cobardía…, hubiera sido un alivio apretar el frío gatillo…, pero ¿cómo se lo explicaría?… Creía tener todavía un deber que cumplir…, sí, el deber de ayudar, aquel maldito deber… Me volvía loco la idea de que ella aún podía necesitarme, de que me necesitase… Era ya la mañana del jueves cuando regresé al hotel y el sábado… Ya le dije que el sábado llegaba el barco y que aquella mujer, aquella altiva y orgullosa mujer, no sobreviviría a la vergüenza ante su marido y ante el mundo. Yo lo sabía… Ah, cómo me atormentaba la idea de haber desperdiciado absurdamente un tiempo precioso y la insensata precipitación que había frustrado toda ayuda a tiempo… Durante horas, sí, se lo juro, durante horas anduve arriba y abajo por la habitación, torturándome el cerebro para encontrar la forma de acercarme a aquella mujer, de reparar el daño, de ayudarla…, pues estaba convencido de que no volvería a dejarme entrar en su casa… Tenía su risa todavía metida en todos mis nervios y también el temblor de ira alrededor de las aletas de su nariz… Durante horas, literalmente durante horas, medí los tres metros de la pequeña habitación, arriba y abajo… Ya era de día, ya era por la mañana…

»Y de repente me precipité hacia la mesa…, saqué un fajo de papel de carta y me puse a escribirle…, escribirlo todo…, una carta servil y lastimera en la que le pedía perdón, en la que me tachaba a mí mismo de loco y criminal…, en la que le suplicaba que confiara en mí… Le juraba que al cabo de unas horas desaparecería de la ciudad, de la colonia y, si ella quería, del mundo…, pero con la condición de que me perdonara y confiara en mí, de que me dejara ayudarla en el último momento, el último de todos… Así llené febrilmente veinte folios… Debió de ser una carta frenética, increíble, como escrita en medio de un delirio, pues cuando me levanté de la mesa estaba bañado en sudor…, la habitación daba vueltas a mí alrededor…, tuve que beber un vaso de agua… Después intenté releer la carta, pero me dieron miedo las primeras palabras…, temblando la doblé e iba ya a meterla en un sobre… cuando de repente me estremecí. Había encontrado de pronto la palabra justa, decisiva. Tomé de nuevo la pluma entre los dedos y escribí en la última hoja: “Espero aquí en el hotel una palabra de perdón. Si a las siete no he recibido respuesta, me pegaré un tiro.”

»Luego cogí la carta, llamé a un boy y se la confié con el encargo de entregarla de inmediato. ¡Por fin estaba todo dicho…, todo!

Se oyó un ruido de vidrio a nuestro lado, seguido de un gorgoteo. Con un movimiento brusco el hombre había volcado la botella de whisky. Oí cómo su mano la buscaba palpando el suelo y luego la agarraba con gesto impetuoso: dibujando una amplia curva en el aire, tiró la botella vacía por la borda. La voz calló por unos segundos, después prosiguió su delirio, todavía más excitado y presuroso que antes.

—Yo no soy un cristiano creyente…, para mí no hay cielo ni infierno… Y si hubiera infierno, no lo temería, pues no puede ser peor que las horas que viví desde la mañana hasta la noche de aquel día… Imagínese usted una habitación pequeña, abrasada por el sol, asfixiante al mediodía…, una habitación diminuta, sólo una mesa, una silla y una cama… Y sobre la mesa nada más que un reloj y un revólver, y ante la mesa un hombre… un hombre que no hace otra cosa sino mirar fijamente la mesa, el segundero del reloj…, un hombre que no come ni bebe ni fuma ni se mueve…, que constantemente…, ¿me oye?…, constantemente, durante tres horas…, mira fijamente la esfera blanca del reloj y la aguja que da la vuelta con su tictac… Así… así… pasé aquel día, tan sólo esperando, esperando, esperando…, pero esperando como… como espera precisamente un amok: absurdamente, como un animal, con esa tenacidad rabiosa, rectilínea.

»Bueno…, no voy a describirle aquellas horas…, no se pueden describir…, ni yo mismo puedo comprender ahora cómo un hombre puede vivirlas sin… sin volverse loco… Pues bien…, a las tres y veintidós minutos…, lo sé con exactitud porque tenía los ojos fijos en el reloj…, de pronto llamaron a la puerta… Me puse en pie de un salto…, salté como salta un tigre sobre su presa, de un salto crucé la habitación hasta la puerta, la abrí de un tirón… Ante mí veo a un jovencito chino, miedoso él, con una hoja de papel doblada en la mano y, al tiempo de arrebatársela con avidez, el chico se escabulle y desaparece de mi vista.

»Desdoblo impaciente el papel, quiero leerlo…, pero no puedo… Todo se vuelve rojo a mis ojos y la cabeza me da vueltas… Imagínese qué tormento: por fin, por fin tenía su respuesta… y todo tiembla y baila ante mis pupilas… Meto la cabeza en el agua…, lo veo todo más claro… Tomo otra vez el pedazo de papel y leo: “¡Demasiado tarde! Pero espere en casa. Quizá lo llame todavía.”

»Ninguna firma en el arrugado papel, arrancado de algún viejo prospecto…, rasgos escritos a lápiz apresuradamente, embrollados, de una letra de ordinario más firme y segura… No sé por qué aquella hoja me trastornó tanto…, tenía un no sé qué de horrible, de enigmático, parecía escrita a escape, de pie, en el nicho de una ventana o en un coche en marcha… Algo indescriptible, mezcla de miedo, prisa y pánico, emanaba de aquel misterioso papel y me helaba el alma… y, sin embargo… sin embargo…, era feliz: ella me había escrito, yo no podía morir todavía, me permitía ayudarla…, quizá… me lo permitía… Oh, me perdí en las conjeturas y esperanzas más desvariadas… Leí el papelito cien, mil veces, lo besé…, lo examiné buscando alguna palabra olvidada, pasada por alto…, mis sueños se volvían cada vez más profundos, más embrollados, me encontraba en un estado fantástico en el que soñaba con los ojos abiertos…, en una especie de parálisis, de letargo sordo, y sin embargo agitado, entre el sueño y la vigilia, que tal vez duró un cuarto de hora, o tal vez horas…

»De repente me sobresalté… ¿Habían llamado a la puerta?… Contuve la respiración… Durante un minuto o dos, silencio y quietud… Y después, más golpes suaves, pero enérgicos, como un ratón que roe… Me puse en pie de un salto y, todavía vacilante, abrí la puerta de golpe…, fuera estaba el boy, su boy, el mismo al que había partido la boca de un puñetazo… Su rostro moreno tenía ahora un color ceniza, su mirada perpleja pronosticaba desgracia… Inmediatamente presentí algo horrible.

»—¿Qué… qué ha pasado? —tuve fuerzas para balbucear.

»—Come quickly —dijo él, y nada más.

»Bajé las escaleras a toda prisa, él detrás de mí… Un coche pequeño, un Sado, nos esperaba. Subimos en él.

»—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

»Me miró tembloroso, apretando los labios y sin decir palabra… Se lo pregunté de nuevo…, él seguía guardando silencio… De buena gana le hubiera propinado otro puñetazo en la cara, pero… aquella servil fidelidad hacia su ama me conmovió…, de modo que no le hice más preguntas… El cochecito trotaba tan deprisa a través del barullo de las calles, que la gente se dispersaba entre maldiciones; salió del barrio europeo, cerca de la playa, y entró en la parte baja de la ciudad, internándose cada vez más en el griterío del barrio chino… Finalmente nos metimos por una callejuela estrecha, muy apartada… y nos detuvimos ante una casa de planta baja… Estaba sucia y parecía toda ella como encogida; enfrente, un tenducho iluminado por una bujía de sebo…, uno de esos cuchitriles en los que se esconden fumaderos de opio o burdeles, una cueva de ladrones o un nido de peristas… El muchacho se apresuró a llamar…, a través de la rendija de la puerta una voz cuchicheante le dirigió una y más preguntas… No pude soportarlo más, salté del asiento y abrí de un golpe la puerta entornada… Una vieja china huyó chillando… El boy entró detrás de mí y me condujo por el pasillo…, alzó el picaporte de otra puerta… otra puerta que daba a una habitación oscura que apestaba a aguardiente y sangre coagulada… Alguien gemía allí dentro… Avancé a tientas…

La voz se interrumpió de nuevo. Lo que profirió a continuación eran más bien sollozos que palabras.

—Avancé a tientas… y allí…, echada sobre una sucia estera…, retorciéndose de dolor…, había una persona que gemía… Era ella…

»En la oscuridad no pude ver su rostro…, mis ojos todavía no se habían acostumbrado… Seguí, pues, a tientas…, palpé su mano… caliente…, quemaba… Fiebre, fiebre alta… y me estremecí… En seguida lo supe todo…, había ido hasta allí huyendo de mí…, se había dejado mutilar por alguna sucia china, sólo porque de este lugar esperaba más discreción… Había preferido dejarse matar por una diabólica bruja antes que confiar en mí…, sólo porque yo me había comportado como un loco…, porque no había hecho caso de su orgullo y no le había ayudado en seguida…, porque ella temía menos a la muerte que a mí…

»Grité pidiendo luz. El boy pegó un salto, la abominable mujer china trajo con manos temblorosas una humeante lámpara de petróleo… Tuve que contenerme para no saltar al cuello de aquella bruja amarilla… Colocaron la lámpara encima de la mesa… El débil y amarillento resplandor iluminó el cuerpo martirizado… Y de pronto… de pronto todo el letargo, toda la rabia, toda la podredumbre de la pasión acumulada…, todo desapareció de mí…, era sólo un médico…, un hombre dispuesto a ayudar, sensible, docto…, me olvidé de mí mismo…, luché contra el horror con todos mis sentidos despiertos y lúcidos… Aquel cuerpo desnudo que había deseado en mis sueños ya no era para mí sino…, ¿cómo decirlo?…, materia y organismo… Ya no la veía a ella, sino sólo a una vida que se debatía contra la muerte, a un ser humano que se retorcía entre mortales tormentos… Su sangre, su sangre caliente y sagrada, se derramaba en mis manos, pero yo no sentía ni placer ni horror…, era sólo un médico…, veía tan sólo el dolor… y veía…

»En seguida vi que todo estaba perdido, si no se producía un milagro… Estaba herida y medio desangrada por culpa de una mano torpe y criminal… y yo no tenía nada para detener la hemorragia en aquella hedionda guarida, ni siquiera agua limpia…, todo lo que tocaba estaba lleno de mugre…

»—Debemos llevarla en seguida al hospital —dije.

»Pero apenas lo hube dicho, el martirizado cuerpo se irguió en un esfuerzo convulsivo.

»—No… no…, prefiero morir…, nadie debe saberlo…, nadie…, a casa… a casa…

»La comprendí…, luchaba sólo por el secreto, por su honor…, no por su vida… Y yo… la obedecí… El boy trajo unas andas…, la colocamos encima… y así…, como un cadáver ya, debilitada y delirante de fiebre…, la trasladamos de noche… a casa… Evitando las preguntas de los aterrados criados…, como ladrones la llevamos a su habitación y cerramos las puertas… Y entonces… entonces empezó la lucha, la larga lucha contra la muerte…

De repente una mano me agarró convulsivamente el brazo con tanta fuerza, que casi grité del susto y del dolor.

En la oscuridad el rostro de aquel hombre se me había acercado de improviso con una expresión grotesca: vi cómo rechinaban sus blancos dientes en un súbito arrebato, vi cómo brillaban los cristales de sus gafas como dos enormes ojos de gato en el pálido reflejo de la luna. Y entonces ya no habló, sino más bien gritó, agitado por un estertor de cólera:

—¿Sabe usted, extranjero sentado indolentemente en una tumbona de cubierta que viaja por el mundo por puro placer, sabe usted lo que es la muerte de una persona? ¿Ha estado alguna vez presente, ha visto cómo el cuerpo se retuerce, cómo las uñas azuladas arañan el vacío, cómo la garganta resuella con el estertor de la agonía y cada miembro se defiende, cada dedo se resiste contra el horror fatal, y cómo los ojos salen de sus órbitas llenos de un terror para el cual no hay palabras? ¿Lo ha vivido alguna vez, usted, el ocioso, el trotamundos, usted que habla de ayudar como de un deber? Yo lo he visto muchas veces como médico, lo he visto como… un caso clínico, un hecho real…, se puede decir que lo he estudiado…, pero vivido, sólo una vez, una sola vez lo presencié y sólo aquella noche sufrí la agonía…, aquella horrible noche en la que, inmóvil, me estrujaba el cerebro para pensar algo, encontrar algo, inventar algo con que contener la sangre que fluía y fluía y fluía, algo contra la fiebre que la quemaba ante mis ojos…, contra la muerte, que se acercaba cada vez más y que yo era incapaz de ahuyentar de la cama. ¿Comprende qué significa ser médico, saberlo todo contra todas las enfermedades, tener el deber de ayudar, como usted tan sabiamente dice, y, sin embargo, asistir impotente a la agonía de una persona, sabiendo y no pudiendo hacer nada…, sabiendo sí una sola cosa, horrible: que uno no puede hacer nada aun cuando quisiera cortarse todas las venas del cuerpo…, ver un cuerpo amado que se desangra miserablemente, atormentado por el dolor, sentir su pulso que se acelera y a la vez se apaga…, que se te escurre entre los dedos…, ser médico y no saber nada, nada de nada…, sólo permanecer sentado y balbucear cualquier oración como una beata en la iglesia y después apretar otra vez los puños contra un Dios del que se sabe que no existe? ¿Lo comprende usted? ¿Lo comprende?… Yo…, por mi parte, no comprendo sólo una cosa… y es cómo es posible que no muramos nosotros también en esos momentos…, que a la mañana siguiente nos levantemos, nos lavemos los dientes y nos anudemos la corbata…, que podamos seguir viviendo después de haber presenciado lo que yo presencié, cómo aquel hálito, el del primer ser humano por el que había luchado y me había afanado, al que quería conservar con todas las fuerzas de mi alma…, aquel hálito se me escapaba de entre los dedos… hacia no sé dónde, cada vez más deprisa, minuto a minuto, y mi cerebro febril no sabía nada para retener a aquel ser, aquel único ser…

»Y además, para hacer aún más diabólico mi tormento, otra cosa… Mientras estaba sentado junto a su cama (le había administrado morfina para mitigar sus dolores y la contemplaba allí echada, con las mejillas ardientes, ardientes y lívidas), sí…, mientras la contemplaba, sentía constantemente a mis espaldas unos ojos fijos en mí con una terrible expresión de impaciente tirantez… El boy estaba sentado en cuclillas en el suelo, murmurando oraciones apenas perceptibles… Cuando nuestras miradas se encontraron…, en sus ojos serviles había tanta súplica, tanta gratitud que…, no… no puedo describirlo…, y al mismo tiempo levantó las manos hacia mí, como queriendo implorarme que la salvara… ¿Comprende usted? Hacia mí, levantó las manos hacia mí como hacia un dios…, hacia mí, el hombre débil que sabía que todo estaba perdido…, que era tan inútil allí como una hormiga que se arrastra por el suelo… ¡Ah, aquella mirada! ¡Cómo me torturaba aquella confianza fanática, animal, en mi ciencia!… Hubiera querido insultarlo, pisotearlo, tanto era el daño que me hacía… y, sin embargo, me daba cuenta de que a ambos nos unía un mismo amor por ella…, el mismo secreto… Como un animal al acecho, acurrucado y mudo, estaba sentado justo detrás de mí, hecho un ovillo… Apenas pedía yo algo, se levantaba de un salto y con sus pies desnudos y silenciosos me lo traía, temblando…, con la esperanza de que aquello fuera el remedio…, la salvación… Sé que se hubiera cortado las venas para ayudarla… Así era aquella mujer, tal era el poder que ejercía sobre la gente…, y yo… ni siquiera tenía poder para salvar una pizca de su sangre… ¡Oh, aquella noche, noche horrenda y sin fin, entre la vida y la muerte!

»Hacia el amanecer se despertó todavía una vez…, abrió los ojos…, ahora ya no eran arrogantes y fríos…, brillaban húmedos de fiebre cuando, con mirada ausente, examinaron la habitación… Después me miró: parecía que reflexionaba, que quería recordar mi cara… y de pronto…, me di cuenta…, la recordó…, pues algo así como un sobresalto, un movimiento reflejo de defensa…, una expresión de hostilidad y espanto contrajo su rostro…, agitaba los brazos como si quisiera huir… lejos, lejos, lejos de mí… Vi que pensaba en aquello…, en lo de antes… Pero después vino la reflexión, me miró más tranquila, respirando con dificultad…, vi que quería hablar, decir algo… Las manos empezaron de nuevo a crisparse…, quiso levantarse, pero estaba demasiado débil… La tranquilicé, me incliné sobre ella…, entonces me dirigió una larga y atormentada mirada…, sus labios se movieron ligeramente…, tan sólo emitieron un último sonido que se extinguía cuando dijo:

»—¿Nadie lo sabrá?… ¿Nadie?

»—Nadie —le dije con toda mi fuerza de convicción—. Se lo prometo.

»Pero sus ojos estaban aún inquietos… Con labios febriles consiguió articular estas palabras casi imperceptibles:

»—Júreme que… nadie lo sabrá…, júrelo.

»Levanté la mano como para prestar juramento. Me miró… con… con una mirada indescriptible…, tierna, cálida, agradecida…, sí, sí, de veras, agradecida… Quiso añadir algo más, pero le resultó demasiado fatigoso. Durante un buen rato permaneció inmóvil, extenuada por el esfuerzo, con los ojos cerrados. Luego comenzó lo horrible… lo horrible…, luchó todavía durante toda una penosa hora: al amanecer expiró.

Guardó un largo silencio. No lo advertí hasta que la campana de la segunda cubierta hendió el silencio; una, dos, tres sonoras campanadas: las tres. La luz de la luna había perdido el brillo, pero otra claridad amarilla titilaba ya insegura en el aire y de vez en cuando el viento llegaba suave como una brisa. Media hora más, una hora a lo sumo, y se hizo de día, el gris del alba se había extinguido en la clara luz de la mañana. Ahora vi más claramente sus rasgos, porque las sombras no caían tan densas y negras; se había quitado la gorra y bajo el cráneo desnudo su atormentada expresión parecía aún más espantosa. Pero ya el brillo de sus gafas se volvía hacia mí, el hombre se irguió y su voz adoptó un tono áspero, sarcástico:

—Para ella todo había terminado, pero no para mí. Me encontraba solo con el cadáver…, solo, además, en una casa extraña, en una ciudad que no toleraba secretos, y yo… yo debía guardar aquel secreto… Sí, imagínese usted la situación: una mujer de la mejor sociedad de la colonia, que goza de una salud perfecta, que la noche anterior ha bailado en la fiesta del gobernador, de repente yace muerta en su cama… Un médico forastero, al parecer llamado por los criados, se halla junto a ella…, nadie de la casa ha visto cuándo y de dónde ha venido…, la han traído de noche en una camilla y luego han cerrado las puertas…, y por la mañana está muerta… Sólo entonces llaman a los criados y de pronto toda la casa se llena de gritos…, en un santiamén lo saben los vecinos…, toda la ciudad… Y sólo una persona para explicarlo todo…, yo, el forastero, el médico de un puesto lejano… Una situación muy halagüeña, ¿verdad?

»Sabía lo que me esperaba. Por fortuna el boy estaba conmigo, el honrado muchacho que leía cualquier señal en mis ojos. También aquel torpe animalillo amarillo comprendía que todavía había que librar otra batalla. Yo sólo le había dicho:

»—La señora no quiere que nadie se entere de lo que ha pasado.

»Él me miró a los ojos con su húmeda mirada de perro, pero resuelta:

»—Yes, sir —dijo sin más. Y lavó las manchas de sangre del suelo, lo puso todo en el mejor orden posible… y gracias precisamente a su empeño yo recuperé el mío.

»Jamás en mi vida había reunido tanta energía ni volveré a reuniría, lo sé. Cuando uno lo ha perdido todo, lucha como un desesperado para salvar lo último… y lo último era su testamento: el secreto. Recibí a la gente con toda tranquilidad, les conté a todos la misma historia inventada: de cómo el boy, a quien ella había enviado a buscar a un médico, me encontró a mí casualmente por el camino. Pero mientras hablaba, aparentemente tranquilo…, esperaba… esperaba el momento crítico…, la autopsia, al médico que debía certificar la muerte antes de que pudiéramos tapar el ataúd de la difunta y, con ella, el secreto… Era jueves, no lo olvide, y el marido llegaba el sábado.

»Por fin, a las nueve, oí cómo anunciaban al médico forense. Yo había mandado llamarlo; era mi superior en rango y a la vez mi rival, el mismo médico del que ella me había hablado con tanto desdén y que por lo visto ya estaba enterado de mi petición de traslado. Sólo con verlo llegar ya supe que tenía en él a un enemigo. Pero esto dio aún un nuevo vigor a mis fuerzas.

»Ya en la antesala preguntó:

»—¿A qué hora murió la señora…? —y mencionó su apellido.

»—A las seis de la mañana.

»—¿Y a usted cuándo lo avisaron?

»—A las once de la noche.

»—¿Sabía usted que yo era su médico?

»—Sí, pero era urgente… y además… la moribunda me requirió a mí de manera explícita. Había prohibido llamar a otro médico.

»Me miró fijamente: su semblante pálido, algo obeso, se tiñó de rojo; noté que estaba furioso. Pero eso era precisamente lo que yo quería: todas mis energías me empujaban a tomar una decisión rápida, pues presentía que mis nervios no resistirían mucho tiempo más. Él iba a contestar con cierta hostilidad, pero se limitó a decir en tono indiferente:

»—Si lo que pretende es prescindir de mí, le recuerdo que mi deber oficial es hacer constar la defunción y… cómo se ha producido.

»No contesté y dejé que me precediera. Luego retrocedí, cerré la puerta y dejé la llave sobre la mesa. Sorprendido, enarcó las cejas:

»—¿Qué significa esto?

»Me situé tranquilamente frente a él:

»—Aquí no se trata de consignar la causa de la muerte, sino… de encontrar otra. Esta mujer me ha llamado para… asistirla como consecuencia de una malograda intervención… No pude salvarla, pero le prometí salvar su honor y eso es lo que haré. ¡Y le ruego que me ayude en ello!

»Me miró con asombro.

»—¿No pretenderá usted —balbuceó— que yo, un médico forense, encubra un crimen?

»—Sí, eso pretendo, me veo obligado.

»—¿Quiere que yo encubra un crimen que…?

»—Ya le he dicho que yo no he tocado a esta mujer, de lo contrario… de lo contrario no estaría aquí ante usted, hace tiempo que me hubiera quitado la vida. Ella ha expiado su falta, si se puede llamar así, el mundo no tiene por qué saberlo. Y yo no toleraré que ahora se manche innecesariamente el honor de esta mujer.

»Mi tono decidido sólo sirvió para irritarlo aún más.

»—Que no tolerará… Ajá, vaya, con que ahora usted es mi superior… o al menos eso cree… Pretende darme órdenes… En seguida me imaginé que algo sucio se tramaba aquí, cuando lo han sacado de su madriguera… Bonita práctica para empezar su consultorio…, bonita muestra… Pero ahora seré yo quien hará el reconocimiento, yo, y puede dar por seguro que un acta firmada por mi dirá la verdad. No daré mi conformidad a ninguna mentira.

»Yo estaba completamente tranquilo.

»—Pues esta vez tendrá que hacerlo, porque, de lo contrario, no saldrá de esta habitación.

»Diciendo esto, metí la mano en el bolsillo… No llevaba el revólver conmigo. Pero él se alarmó. Di un paso hacia él y lo miré fijamente a la cara.

»—Escuche, voy a decirle algo…, no quisiera tener que llevar las cosas al extremo. Mi vida no me importa lo más mínimo…, tampoco la de otro… Lo único que me importa es cumplir mi promesa de que la causa de esta muerte quedará en secreto… Escuche, le doy mi palabra de honor de que, si usted firma el documento certificando que esta mujer ha muerto… por accidente, en el curso de esta semana yo abandonaré la ciudad y la India…, de que, si me lo pide, sacaré el revólver y me mataré tan pronto como el ataúd esté bajo tierra y yo tenga la seguridad de que nadie…, ¿me entiende?…, nadie podrá ya investigarlo. Supongo que esto le bastará…, debe bastarle.

»En mi voz debía de haber algo amenazador, algo peligroso, pues, cuando me acerqué a él involuntariamente, él retrocedió con el súbito terror de los hombres que… que huyen ante el amok cuando lo ven correr hacia ellos blandiendo furiosamente el kris… Y de pronto cambió de actitud…, como…, algo más sumisa y estupefacta…, su inflexibilidad se desmoronó. Con un último y débil atisbo de resistencia murmuró:

»—Sería la primera vez en mi vida que firmo un certificado falso… De todos modos alguna fórmula se podrá encontrar…, ya se sabe que estas cosas pueden ocurrir… Pero no podía hacerlo así, sin más…

»—Desde luego que no podía —le dije para acabarlo de convencer (“¡Pero rápido! ¡Pero rápido!”, me repetía el tictac del pulso en las sienes) —. Pero ahora, sabiendo que sólo conseguiría ofender a una persona viva y cometer un terrible agravio a una muerta, seguro que ya no vacilará.

»Asintió con la cabeza. Nos acercamos a la mesa. Al cabo de unos minutos el atestado estaba hecho (el que luego fue también publicado en el periódico y daba fe de un paro cardíaco). Después se levantó y, mirándome, dijo:

»—Se irá esta misma semana, ¿verdad?

»—Palabra de honor.

»Me volvió a mirar. Me di cuenta de que quería parecer severo y objetivo.

»—Voy a encargar un ataúd ahora mismo —dijo para disimular su turbación.

»Pero ¿qué había en mí que me hacía tan… tan temible… y que tanto me atormentaba? Porque de pronto me tendió la mano y estrechó la mía con una cordialidad sorprendente.

»—Espero que lo supere —dijo.

»No comprendí a qué se refería. ¿Estaba enfermo? ¿Me había vuelto… loco? Lo acompañé hasta la puerta y la cerré, pero lo hice con las últimas fuerzas que me quedaban. Luego se repitió el tictac en las sienes, todo empezó a moverse y a dar vueltas a mi alrededor: me desplomé justo ante su cama…, igual que… igual que un amok, al final de su insensata carrera, cae al suelo con los nervios destrozados.

Se interrumpió de nuevo. No sé por qué sentí escalofríos: ¿era el primer estremecimiento del viento matutino, que había empezado a recorrer el barco con un leve susurro? Pero su atormentado rostro —ahora ya medio iluminado por el reflejo del alba— se crispó otra vez:

—No sé cuánto tiempo permanecí caído sobre la estera. Alguien me tocó. Me levanté sobresaltado. Era el boy, que tímidamente se me había acercado con su ademán sumiso y me miraba preocupado.

»—Alguien quiere entrar…, quiere verla…

»—Nadie puede entrar.

»—Sí…, pero…

»Sus ojos expresaban espanto. Quería decir algo, pero no se atrevía. Algo torturaba al fiel animalillo.

»—¿Quién es?

»Me miró temblando como si temiera recibir un golpe. Y luego dijo (pronunció un nombre…, ¿de dónde le venía a un ser tan inferior tanto saber?, ¿cómo es posible que en pocos segundos un sentimiento tan indescriptiblemente tierno anide en alguien tan obtuso?)…, entonces dijo…, miedoso:

»—Es… él.

»Tuve un sobresalto, pues comprendí al instante y al instante sentí deseos e impaciencia por conocer a aquel desconocido. Porque, fíjese usted qué curioso…, en medio de tanto tormento, de prisas y congojas, lo había olvidado…, había olvidado que otro hombre estaba en juego…, el hombre al que aquella mujer amaba, al que había dado con pasión lo que a mí me había negado… Doce, veinticuatro horas antes, habría odiado a aquel hombre, lo habría hecho trizas… Pero entonces…, no sé…, no sabría describirle hasta qué punto deseaba verlo… y… amarlo, porque ella lo había amado.

»De un salto alcancé la puerta. Al abrirla, vi a un oficial joven, muy joven, y rubio, muy torpe, muy flaco, muy pálido. Parecía un niño…, tan… tan conmovedoramente joven era…, y me emocionó lo indecible el ver cómo se esforzaba por parecer un hombre, por mantener su porte…, ocultar su agitación… En seguida advertí que le temblaban las manos cuando se las llevó a la gorra… De buena gana lo habría abrazado…, porque era exactamente como yo hubiera deseado que fuese el hombre que había poseído a aquella mujer…, no un seductor, no un engreído…, no, más bien un hombre aún niño, un ser puro y tierno, al que ella se habría entregado.

»El joven permanecía todo él encogido ante mí. Mi mirada inquisitiva, mi arrebato apasionado lo confundían todavía más. Lo traicionaba el pequeño bigote con su temblor… Aquel joven oficial, aquel niño, se reprimía para no romper a llorar.

»—Perdone —dijo al cabo de un rato—, quisiera…, me gustaría ver a la señora… por última vez.

»Inconscientemente, sin querer, rodeé con mi brazo a aquel desconocido y lo acompañé como a un enfermo. Me miró sorprendido, con una expresión infinitamente cálida y agradecida en los ojos… En aquellos segundos nos unió una comunión de sentimientos… Nos acercamos a la fallecida… Descansaba allá, blanca, sobre los blancos lienzos. Me di cuenta de que mi proximidad todavía lo agobiaba…, de modo que retrocedí para dejarlo solo con ella. Se acercó a ella lentamente un poco más, con… pasos bruscos e impulsivos…, en sus hombros veía yo la agitación y el desgarramiento de su interior…, iba como quien avanza contra una horrible tempestad… Y de repente se postró de rodillas ante la cama…, igual como yo me había postrado.

»Corrí a levantarlo y lo conduje a una silla. Ya no sentía vergüenza, sino que prorrumpió en sollozos para desahogar su aflicción. No sabía qué decirle, me limité a acariciar instintivamente sus cabellos rubios y tersos como los de un niño. Me cogió la mano… con suavidad, aunque con temor…, y de pronto sentí su mirada fija en mí.

»—Dígame la verdad, doctor —balbuceó—. ¿Se ha suicidado?

»—No—le dije.

»—¿Y hay…, quiero decir…, alguien es responsable de su muerte?

»—No —repetí, aunque un grito pugnaba por salir de mi garganta: “¡Yo, yo, yo!… ¡Y tú!… ¡Los dos! ¡Y su obstinación! ¡Su fatal obstinación!” Pero me contuve y repetí una vez más: —No…, nadie es culpable. Fue la fatalidad.

»—No puedo creerlo —sollozó—, no puedo creerlo. Anteayer mismo estaba en el baile, sonreía, me saludó de lejos. ¿Cómo es posible? ¿Cómo pudo suceder?

»Le conté una larga mentira. Tampoco a él le revelé el secreto. En los siguientes días hablamos como dos hermanos, iluminados, como quien dice, por el sentimiento que nos unía… y que no nos confiábamos el uno al otro, aunque ambos intuíamos que nuestra vida estaba atada para siempre a aquella mujer… A veces el secreto me asfixiaba y las palabras se agolpaban en mis labios, pero entonces apretaba los dientes con fuerza; nunca supo él que ella llevaba en sus entrañas a un hijo suyo…, que ese hijo, hijo también de él, al que yo debiera haber matado, ella se lo había llevado consigo al abismo. Y, sin embargo, sólo hablamos de ella durante aquellos días en los que permanecí escondido en casa del muchacho…, pues (había olvidado decírselo) me estaban buscando… El marido llegó cuando el ataúd ya estaba cerrado…, no creyó el diagnóstico de la muerte…, corrían rumores… y él me buscaba… Pero yo no hubiera soportado verlo, al hombre del que sabía que la había hecho sufrir… Me escondí. Durante cuatro días no salí de la casa, el muchacho tampoco… El amante de aquella mujer me procuró un pasaje con nombre falso para que pudiera huir… Como un ladrón me deslicé de noche hasta la cubierta del barco, para que nadie me reconociera… Abandoné todo cuanto poseía…, mi casa y todo el trabajo de siete años, todos mis bienes, todo está a disposición de quien lo quiera… Y los señores del gobierno es de suponer que me han tachado de la lista por haber abandonado mi puesto sin permiso… Pero no podía seguir viviendo en aquella casa, en aquella ciudad…, en aquel mundo, donde todo me recordaría a ella… Como un ladrón hui de noche…, sólo para huir de ella, para olvidarla… Pero… cuando llegué a bordo…, de noche…, a medianoche…, mi amigo estaba conmigo…, entonces… entonces la grúa izó algo… algo rectangular, negro… Era su ataúd…, ¿oye usted?…, su ataúd… Ella me ha perseguido hasta aquí, como yo la perseguí…, y tuve que presenciarlo, fingir indiferencia, pues él, el marido, también estaba allí…, la acompaña a Inglaterra…, quizá pedirá que le hagan la autopsia… Nos la ha arrebatado…, otra vez es suya…, ya no es nuestra…, de nosotros dos… Pero yo todavía sigo aquí…, la acompañaré hasta el último momento…, él no lo sabrá nunca, sabré defender su secreto contra todo intento…, contra ese canalla, del cual huyó refugiándose en la muerte… Nada, no sabrá nada…, su secreto me pertenece sólo a mí…

»¿Comprende ahora?… ¿Comprende por qué no puedo estar con la gente, oír sus risas… cuando coquetean, cuando se emparejan?… Porque ahí abajo, en la bodega, entre fardos de té y nueces de Brasil está el ataúd… No puedo bajar allí, la bodega está cerrada con llave…, pero yo lo sé con todos mis sentidos, lo sé a cada segundo…, aunque aquí toquen valses y tangos… Sí, puede que sea una estupidez, pues el mar se mece sobre millones de muertos y en cada palmo de terreno que uno pisa se descompone un cadáver… Sin embargo, no puedo soportarlo, no puedo soportar que den bailes de disfraces y se rían a mandíbula batiente… Percibo su presencia y sé lo que quiere de mí…, sé que todavía tengo un deber…, todavía no he terminado…, su secreto no está todavía a salvo…, ella no me ha liberado todavía…

Del centro del barco llegó un ruido de pasos arrastrados, de voces charlando: los marineros empezaban a baldear la cubierta. El hombre se sobresaltó, como si lo hubieran sorprendido: su cara crispada adquirió una expresión atemorizada. Se levantó bruscamente y murmuró:

—Me voy… me voy.

Daba pena verlo: la mirada angustiada, los ojos hinchados y enrojecidos por la bebida o las lágrimas. Rehuía mi simpatía: de su compostura humillada deduje que sentía vergüenza, una vergüenza infinita, por haberme revelado su secreto aquella noche. Sin querer le dije:

—¿Puedo visitarlo esta tarde en su camarote?

Me miró con un rictus de su boca irónico, duro, cínico. Algo malévolo empujó y deformó sus palabras:

—Ajá…, su famoso deber de ayudar…, ajá… Con esta máxima ha conseguido hacerme hablar. Pero no, señor mío, gracias. No crea que lo tengo más fácil ahora, después de que he desgarrado mis entrañas ante usted hasta mostrarle los excrementos de mis intestinos. Nadie puede remendar ya mi mal empleada vida…, en vano he servido al honorable gobierno holandés…, mi pensión se ha ido al traste y regreso a Europa como un perro miserable…, un perro que aúlla detrás de un féretro… El loco homicida, enfermo de amok, no corre por mucho tiempo impunemente, al final alguien lo abate, y espero que para mí llegue pronto ese final… No, gracias, señor mío, por su amable visita…, ya tengo compañía en el camarote…, unas cuantas botellas de whisky que a veces me consuelan y también mi amiga de otros tiempos de la que por desgracia no eché mano en el momento oportuno, mi buena amiga Browning…, que al fin y al cabo es mejor ayuda que toda la charlatanería… Por favor, no se moleste…, el único derecho humano que le queda a uno es el de reventar como le plazca… y, además, sin ser incordiado por los demás.

Me miró de nuevo con sarcasmo…, incluso provocativo, pero me daba cuenta de que era sólo por vergüenza, una vergüenza sin límites. Después se encogió de hombros, se dio la vuelta sin despedirse y, con paso curiosamente patizambo y arrastrando los pies, se dirigió hacia los camarotes por la cubierta de proa, ya bañada de claridad. No he vuelto a verlo. En vano lo busqué aquella noche y la siguiente en el lugar de costumbre. Había desaparecido y habría creído que todo había sido un sueño o una aparición fantástica, si no me hubiera llamado la atención entre los pasajeros un hombre con un brazal de luto en el brazo, un comerciante holandés que, según me confirmaron, acababa de perder a su esposa, víctima de una enfermedad tropical. Lo vi andar de un lado para otro, apartado de los demás, con aspecto serio y atormentado, y la idea de que yo conocía su aflicción más íntima me llenaba de temor. Me apartaba cada vez que pasaba por mi lado para no revelar con la mirada que sabía más de su destino que él mismo.

Fue en el puerto de Nápoles donde se produjo el extraño accidente cuyo significado creí encontrar en el relato de aquel desconocido. La mayoría de los pasajeros habían bajado a tierra por la noche; yo mismo fui a la ópera y después a uno de los resplandecientes cafés de la vía Roma. Cuando regresábamos al vapor en un bote de remos, me llamaron la atención algunas barcas con antorchas y lámparas de acetileno que daban vueltas alrededor del barco buscando algo, mientras arriba, a bordo del vapor a oscuras, todo eran misteriosas idas y venidas de carabineros y gendarmes. Pregunté a un marinero qué ocurría. Él eludió mi pregunta de un modo lo bastante elocuente como para comprender que tenía órdenes de guardar silencio. Y tampoco al día siguiente, cuando en el barco volvía a reinar la paz y proseguimos el viaje hacia Génova sin rastro de ningún incidente, pude enterarme de nada. Fue en los periódicos italianos donde leí acerca del supuesto accidente, adornado con tintes románticos, ocurrido en el puerto de Nápoles. Según decían, durante las horas quietas de aquella noche, para no perturbar a los pasajeros con la vista de la escena, se tenía que transbordar del vapor a una barca el féretro de una distinguida dama de las colonias holandesas y precisamente lo estaban bajando por la escala de cuerda en presencia del marido, cuando algo pesado cayó desde lo alto arrastrando consigo a las profundidades del mar el féretro junto con los porteadores y el marido. Un periódico afirmaba que había sido un loco el que se había precipitado desde arriba sobre la escala de cuerda; otro intentaba explicar el incidente diciendo que la escalera se había roto a causa del peso excesivo. En cualquier caso parece que la compañía naviera hizo cuanto estaba en su mano para encubrir la verdad de los hechos. A duras penas consiguieron sacar del agua con botes a los porteadores y al marido de la difunta, pero el féretro de plomo se hundió rápidamente y no se pudo salvar. El hecho de que en otra breve noticia se mencionara al mismo tiempo la aparición del cadáver de un hombre de unos cuarenta años que el mar había arrojado al puerto, no parece que para la opinión pública tuviera relación alguna con el accidente tan románticamente relatado. A mí, en cambio, tan pronto como leí aquellas efímeras líneas, me pareció como si, de repente, detrás de la hoja de papel me contemplara por última vez aquel rostro, fantasmagóricamente iluminado por la pálida luz de la luna, con sus centelleantes gafas.

LA CALLE DEL CLARO DE LUNA

El barco, retrasado por la tormenta, no pudo fondear en el pequeño puerto francés hasta muy entrada la noche y perdimos el tren nocturno para Alemania. De improviso, pues, nos quedaba un día en una localidad desconocida, una noche sin más atractivo que el de la música ramplona y melancólica que tocaba un conjunto de mujeres en una sala de baile arrabalera o el de una monótona conversación con mis compañeros de viaje ocasionales. La atmósfera del pequeño comedor del hotel, que olía a aceite y estaba cargado de humo, me resultaba insoportable, y yo notaba doblemente su empañada suciedad porque todavía sentía en los labios el hálito puro del mar con su frescor y su sabor salado. De modo que salí del hotel; seguí a la ventura la ancha e iluminada calle hasta llegar a una plaza donde tocaba la banda de la guardia urbana y luego proseguí más allá, llevado por la ola indolente de los viandantes. Al principio me sentó bien ese dejarme mecer a la buena de Dios en la corriente de una muchedumbre indiferente, ataviada al gusto provinciano, pero pronto dejé de poder resistir los empujones de gente extraña y sus risas vacuas, aquellos ojos que me agredían, atónitos, indiferentes o irónicos, aquellos roces que me empujaban hacia delante imperceptiblemente, aquella luz que manaba de mil pequeñas fuentes y el ruido de pasos frotando el suelo. La travesía había sido movida y aún hervía en mi sangre una sensación de mareo y de leve embriaguez: aún tenía la impresión de que la tierra resbalaba y se balanceaba bajo mis pies, que se movía como si resoplara y que la calle se elevaba hasta el cielo. De repente me sentí mareado con tanto barullo y, para salvarme, torcí hacia una calle sin siquiera mirar su nombre y, desde allí, hacia otra más pequeña, en la que poco a poco se iba extinguiendo el eco de aquel desatinado ruido, y seguí adentrándome sin rumbo fijo por el laberinto de callejuelas que se ramificaban como arterias y se iban volviendo más y más oscuras a medida que me alejaba de la plaza principal. Allí, las grandes farolas de arco voltaico, esas lunas de los amplios bulevares, ya no resplandecían, y por encima de la escasa iluminación se empezaban a ver de nuevo, por fin, las estrellas y un cielo velado por la oscuridad.

Debía de hallarme cerca del puerto, en el barrio de los marineros, a juzgar por el tufo de pescado podrido, esa exhalación dulzona de algas y descomposición, como el de las plantas marinas arrojadas a tierra por el oleaje; el efluvio característico de hedores de corrupción y de cuartos mal ventilados que se deposita aletargado en estos rincones hasta que de repente llega la gran tormenta y se puede volver a respirar. La incierta oscuridad y la inesperada soledad me reconfortaban, moderé el paso y entonces sí observé las calles, una tras otra, cada una diferente de su vecina: aquí, una tranquila; allí, una insinuante, pero todas oscuras y con un ruido amortiguado de música y voces que brotaba de lo invisible, del seno de sus bóvedas, de un modo tan misterioso que apenas se podía adivinar cuál era su origen subterráneo, pues todas las casas estaban cerradas y sólo parpadeaban con una luz roja o amarilla.

Me encantaban esas callejuelas de ciudades desconocidas, ese sórdido mercado de todas las pasiones, ese disimulado acopio de todas las tentaciones para los marineros que, venidos de noches solitarias en mares extraños y peligrosos, paran aquí una noche para satisfacer en una hora sus muchos y sensuales sueños. Esas callejuelas tienen que ocultarse en algún lugar de los barrios bajos de la ciudad, porque dicen con descaro e impertinencia lo que las luminosas casas de cristales brillantes y sus habitantes distinguidos ocultan bajo cien máscaras. Aquí de los tugurios sale una música seductora, los cinematógrafos prometen con llamativos carteles magnificencias nunca soñadas, lamparillas rectangulares se acurrucan bajo las puertas y guiñan el ojo en un íntimo saludo y con una inequívoca invitación, y por el resquicio de una puerta se entrevé el destello de carne desnuda adornada de oropeles. En los cafés retumban las voces de los beodos y alborotan las disputas de los jugadores. Los marineros se sonríen satisfechos cuando se cruzan por la calle y sus obtusas miradas se avivan con mil promesas, pues aquí está todo: juego y mujeres, bebida y espectáculo, y aventuras de las más sórdidas a las más grandiosas. Pero todo eso se amortigua tímida y a la vez alevosamente detrás de postigos hipócritamente bajados, nada se trasluce al exterior, y esta aparente reserva atrae con la doble seducción de lo oculto y lo accesible. Estas calles son iguales en Hamburgo, en Colombo y en La Habana, como son iguales las grandes avenidas del lujo, porque lo alto y lo bajo de la vida tienen la misma forma, últimos restos fantásticos de un mundo sensualmente desordenado donde los instintos todavía se descargan con brutalidad y desenfreno; estas calles nada burguesas, insinuantes por lo que revelan y tentadoras por lo que esconden, son una tenebrosa selva de pasiones llena de sabandijas instintivas. Con ellas se puede soñar.

Y así era también la calle en la que de pronto me sentí prisionero. Errando a la ventura me encontré siguiendo los pasos de unos coraceros cuyos largos sables se arrastraban con estrepitoso tintineo por el desigual adoquinado. Unas mujeres los llamaron desde un bar y ellos respondieron con sonoras carcajadas y bromas groseras; uno golpeó en la ventana y de algún lugar salió una voz echando pestes; siguieron su camino, las risas se alejaron y pronto no oí nada más. La calle había vuelto a enmudecer, algunas ventanas emitían vagos reflejos en un resplandor nebuloso de luna mortecina. Me detuve para aspirar aquel silencio, que me parecía extraño, porque detrás de él algo susurraba secreto, sensualidad y peligro. Me daba perfecta cuenta de que aquel silencio era una mentira y de que bajo el turbio vaho de aquella calle un trémulo brillo delataba la podredumbre del mundo. Pero yo permanecía quieto, escuchando el silencio. No percibía la ciudad ni la callejuela, no me percataba de su nombre ni del mío, sólo tenía la sensación de ser un extraño allí, prodigiosamente desprendido de mí mismo y disuelto en un ambiente desconocido, sin propósito ni misión, sin relación con nada, y sin embargo sentía aquella oscura vida a mi alrededor tan intensamente como la sangre bajo mi piel. La única sensación era que nada de lo que ocurría estaba en relación conmigo, y, no obstante, todo me pertenecía; esa venturosa sensación de una vivencia que se hace más profunda y auténtica por el hecho de no participar en ella es una de las fuentes vivas de mi ser más íntimo y me invade siempre como un deleite en medio de lo desconocido. Entonces, de pronto, cuando me había detenido a escuchar en la solitaria calle, como esperando algo que tenía que suceder, algo que me zarandeara y me alejara de aquella sensación sonámbula de estar escuchando el vacío, oí cantar, atenuada por la distancia o una pared, muy deslucida, una canción alemana, aquella sencilla melodía de El cazador furtivo: «Bella, verde corona virginal.» La cantaba una voz femenina, muy mal, pero era una melodía alemana al fin y al cabo: oírla en aquel rincón desconocido del mundo me hacía sentirla más próxima, de una manera especial. No sabía de dónde salía la voz y, sin embargo, la recibí como un saludo: eran las primeras palabras patrias desde hacía semanas. ¿Quién, me pregunté, habla aquí mi lengua? ¿A quién, en esta calle angulosa y embrutecida, un recuerdo muy sentido arranca este pobre canto de lo más profundo del corazón? Intenté seguir la voz, buscando casa por casa entre todas las que dormitaban con los postigos cerrados, detrás de los cuales, sin embargo, un destello de luz o una mano saludando de vez en cuando daban señales de vida. El exterior de las casas estaba lleno de inscripciones llamativas, de carteles chillones, un bar escondido prometía whisky y cerveza, pero todo estaba cerrado, todo era disuasorio y a la vez tentador. Y entretanto —unos pasos resonaron a lo lejos—, se oía de nuevo la misma voz, que trinaba el estribillo ahora con más claridad y cada vez más cerca: entonces descubrí la casa. Vacilé un instante, pero luego me dirigí al cancel, cubierto con una espesa cortina blanca. Pero entonces, cuando decidí asomarme, algo se movió bruscamente en las sombras del zaguán; una forma, que al parecer acechaba pegada a la vidriera, se estremeció asustada: una cara bañada del rojo de la linterna que colgaba encima y, sin embargo, pálida de espanto; un hombre me miraba con los ojos muy abiertos, murmuró algo parecido a una disculpa y desapareció en la penumbra de la callejuela. Fue un saludo extraño. Lo seguí con la mirada. Algo de él, indefinido, me pareció agitarse aún en las sombras evanescentes de la calle. En el interior, la voz seguía cantando, más clara aún, me pareció. Me atraía. Alcé el picaporte y entré rápidamente.

La última palabra de la canción cayó como cortada por un cuchillo y, asustado, noté un vacío ante mí, la hostilidad del silencio, como si yo hubiera roto algo. Muy poco a poco mis ojos se orientaron en el interior del local, que casi estaba vacío: una barra y una mesa; todo ello, evidentemente, antesala de otras habitaciones traseras que, con las puertas entreabiertas, la luz mortecina y las camas dispuestas, revelaban a primera vista su peculiar destino. Sentada a la mesa y apoyando la cabeza sobre el codo había una muchacha, maquillada y cansada; detrás de la barra, la patrona, corpulenta, el cabello de un color gris desaliñado, con otra muchacha nada fea. Mi saludo resonó con dureza en el local y el hastiado eco de la respuesta tardó en llegar. Me resultaba desagradable entrar así en el vacío, en un silencio yermo y tenso. De buena gana hubiera retrocedido, pero, como en mi confusión no encontraba ningún pretexto, me senté resignado a la mesa. La muchacha, recordando ahora sus obligaciones, me preguntó qué quería tomar. En su penoso francés reconocí en seguida el alemán. Pedí cerveza; ella se fue y volvió caminando con paso indolente, que delataba aún más su indiferencia que la insipidez de sus ojos, un débil y fatigado resplandor bajo los párpados, como de luces que se apagan. Siguiendo la práctica de estos locales, colocó mecánicamente junto a mi jarra otra para ella. Mientras brindaba a mi salud, su mirada vacía me miró de soslayo. Así pude examinarla. Su cara, realmente bella todavía y de rasgos bien proporcionados, se había convertido, sin embargo, en una máscara vulgar a causa de una fatiga interior; todo estaba marchito, los párpados le pesaban y el cabello le caía lacio; las mejillas, hundidas y manchadas de maquillaje barato, empezaban a decaer y a formar amplios pliegues que llegaban hasta la boca. También el vestido le colgaba desaliñado, y su voz sonaba cascada, bronca de tabaco y cerveza. En toda ella no pude ver sino a un ser humano cansado que seguía viviendo sólo por rutina, pero insensible. Tímido y apocado, le hice una pregunta. Me respondió sin mirarme, con indolencia y sin interés, apenas moviendo los labios. Me sentí fuera de lugar. En la parte de atrás, la patrona bostezaba y la otra muchacha, sentada en un rincón, me miraba como esperando a que la llamase. De buena gana me habría ido, pero mi cuerpo era como plomo, sentado en aquella atmósfera saturada y densa, mareado y aletargado como los marineros, presa de la curiosidad y del miedo, pues aquella indiferencia tenía algo de provocador.

Entonces de pronto me levanté, sobresaltado por una estridente carcajada a mi lado. Y al mismo tiempo la llama vaciló: por la corriente de aire deduje que alguien había abierto la puerta detrás de mí.

—¿Otra vez por aquí? —dijo a mi lado con mofa la voz chillona en alemán—. ¿Otra vez arrastrándote por la casa, tacaño? ¡Vamos, ven, que no te haré nada!

Me volví hacia la muchacha que había prorrumpido en aquel saludo tan sonoro, como si le saliera fuego del cuerpo, y luego hacia la puerta. Y ya antes de que se abriera del todo, reconocí la humilde mirada del hombre que antes había visto como pegado a la puerta. Intimidado, tenía el sombrero en la mano como un pordiosero y temblaba con el estentóreo saludo y la carcajada que pareció sacudir su pesada figura y que como un calambre fue acompañada desde el fondo, desde la barra, por el vivaz cuchicheo de la patrona.

—Siéntate allí, con Frangoise —ordenó al pobre desgraciado, mientras él se acercaba con paso medroso y arrastrando los pies—. ¿Ves? Tengo un señor.

Se lo gritó en alemán. La patrona y la otra muchacha se reían a mandíbula batiente, a pesar de que no entendían nada. Al parecer ya conocían al cliente.

—¡Sírvele champán, Frangoise, del caro, una botella! —gritó por encima del mostrador, y luego se dirigió otra vez al hombre con escarnio: —Si te resulta demasiado caro, quédate fuera, roñoso miserable. Ya sé que te gustaría quedarte aquí y contemplarme embobado, pero sería en balde.

La alta figura parecía derretirse por efecto de aquella risa malvada, encorvó la espalda hacia un lado como si quisiera ocultar servilmente el rostro y la mano le temblaba cuando quiso coger la botella y derramó el champán al verterlo en la copa. Su mirada, que en todo momento buscaba el rostro de la mujer, no podía arrancarse del suelo y seguía en círculos los azulejos. Y entonces vi por primera vez con claridad, bajo la lámpara, aquel rostro esmirriado, cansado y lívido, los cabellos húmedos y ralos en el cráneo huesudo, las articulaciones flojas y como rotas, una figura lastimera, sin fuerza y, sin embargo, no carente de maldad. Todo en él era torcido, oblicuo y encogido, y su mirada, que ahora levantó por primera vez para desviarla en seguida asustado, destilaba un brillo perverso.

—No se preocupe por él —me dijo en tono imperativo la muchacha en francés y me cogió burdamente por el brazo, como si quisiera apartarme de allí—. Es un viejo asunto entre él y yo, no es de hoy —y mostrando los dientes, como a punto de morder, se dirigió de nuevo a él gritando: —¡Escucha, viejo lince! Más te vale escuchar lo que digo. Que antes de ir contigo me arrojo al mar. Eso decía.

De nuevo se rieron la patrona y la otra muchacha, soltando una tosca y estúpida carcajada. Parecía una broma habitual, una chanza de todos los días. Pero a mí me resultaba inquietante ver cómo esa otra chica lo sobaba de pronto con una falsa ternura y lo apremiaba con lisonjas ante las cuales el hombre se estremecía, aunque no tenía valor para rechazarlas, y yo me asusté cuando su mirada vacilante, confusa y llena de un miedo servil, se cruzó con la mía. Me horrorizaba la mujer sentada a mi lado, que de repente se había despertado de su somnolencia y ardía con tanta malicia, que le temblaban las manos. Dispuesto a salir, eché unas monedas sobre la mesa, pero ella no las aceptó.

—Si te molesta, echaré a este perro. Tiene que obedecer. Ven, toma otra copa conmigo.

Se me iba acercando con una ternura repentina y fanática, pero en seguida supe que era fingida, para mortificar al otro. A cada movimiento echaba una mirada rápida de soslayo hacia el otro lado del local y a mí me repugnaba ver cómo, a cada gesto de la muchacha dirigido a mí, el hombre se estremecía como si tuviera acero candente en el cuerpo. Sin prestar atención a la chica, me concentré en él y sentí escalofríos al comprobar que se formaba en su interior un torbellino de rabia, ira, envidia y deseo, aun cuando se mantenía encogido, tan sólo con la cabeza vuelta hacia nosotros. La muchacha se me acercó entonces mucho más, yo sentía su cuerpo, que temblaba con el pérfido placer de aquel juego, y me asustó su cara chabacana, que olía a polvos baratos, y el tufo que exhalaba su blanda carne. Para defenderme de aquel rostro, saqué un cigarrillo y, mientras mi mirada recorría la mesa en busca de una cerilla, ella le ordenó:

—¡Trae fuego!

Me sobresalté más que él ante esta forma grosera de exigir que me sirvieran y me afané por encontrar rápidamente una cerilla. Pero el hombre, sacudido por la orden como por un latigazo, se acercó tambaleándose con sus piernas torcidas y dejó un mechero ante mí con un gesto rápido, como temiendo quemarse con el contacto de la mesa. Por un segundo nuestras miradas se cruzaron: había en la suya una vergüenza infinita y un encono rabioso. Y aquella mirada de esclavo encontró en mí al hombre, al hermano. Sentí la humillación que la mujer le infligía y la misma vergüenza que él.

—Muchas gracias —dije en alemán. Ella se estremeció—. No tenía por qué molestarse.

Le ofrecí la mano. Vaciló unos largos segundos. Después noté entre los míos unos dedos húmedos y huesudos y, de pronto, un espasmódico y brusco apretón de agradecimiento. Sus ojos brillaron por un instante en los míos, luego se agacharon de nuevo bajo los fatigados párpados. Por despecho quise invitarle a sentarse con nosotros, pero el gesto de invitación debió de hacerse demasiado patente en mi mano, pues ella se apresuró a ordenarle:

—¡Vuelve a tu sitio y no molestes!

Me sentí de repente sobrecogido de asco por aquella voz mordaz y la vejación a la que sometía al desgraciado. ¿Qué me importaban aquel cuchitril lleno de humo, aquella ramera repugnante, aquel imbécil y aquel vaho de cerveza, humo y perfume barato? Estaba sediento de aire. Le eché unas monedas a la chica, me levanté y me aparté enérgicamente cuando se me acercó con zalamerías. Me repugnaba participar en aquel juego denigrante contra un hombre y dejé claro con mi enérgico rechazo lo poco que me atraía sensualmente. La sangre se le removió en las venas, una arruga le cruzó la boca en una mueca vulgar, pero se guardó muy bien de proferir palabra y se volvió contra él en un arrebato de odio no disimulado; pero él, que esperaba lo peor, metió, raudo y veloz, la mano en el bolsillo, como forzado por la amenaza de la mujer, y con dedos temblorosos sacó una bolsa. Tenía miedo de quedarse a solas con ella, eso era evidente, y con las prisas no acertaba a deshacer la bolsa. Era una de esas bolsas de punto, provistas de abalorios, como las que llevan los campesinos y la gente humilde. Era fácil darse cuenta de que no estaba acostumbrado a desembolsar dinero con soltura, todo lo contrario que los marineros, que lo sacan de los tintineantes bolsillos con un movimiento rápido de la mano y lo arrojan sobre la mesa; era evidente que él estaba acostumbrado a contarlo cuidadosamente y a sopesar cada moneda entre los dedos.

—¡Cómo tiembla por sus queridos y preciosos pfennigs! ¿Lleva demasiado tiempo contarlos? ¡Espera! —se burló ella y se le acercó un paso. Él retrocedió asustado y ella, al ver su miedo, dijo encogiendo los hombros y con una indescriptible expresión de asco en la mirada: —No voy a cogerte el dinero. Me importa un bledo. Ya sé que tienes bien contados tus queridos y preciosos pfennigs, que ninguno va a ir de más por el mundo. Pero primero —y le dio unos golpecitos en el pecho con la punta de los dedos—, primero esos papelitos que llevas aquí cosidos, ojo que no te los roben.

Y en efecto, como un enfermo del corazón que se lleva la mano al pecho en un gesto convulsivo, también su mano tocó lívida y temblorosa un determinado punto de la chaqueta, sus dedos palparon instintivamente un rincón secreto y luego se apartaron más tranquilos.

—¡Tacaño! —escupió la muchacha.

Pero entonces la cara del pobre hombre, así martirizado, se encendió de pronto y lanzó de golpe la bolsa del dinero a la otra chica, que primero gritó asustada y luego se rio, y, pasando por delante de ella, se precipitó hacia la calle como quien huye de un incendio.

Ella todavía se quedó de pie un momento, con los ojos inyectados de rabia. Luego sus fatigados párpados cayeron de nuevo y el cansancio doblegó y relajó su cuerpo. Pareció que en un minuto se había vuelto vieja y agotada. Una expresión de inseguridad y abandono enturbiaba su mirada cuando se posó en mí. Ahí estaba, como una borracha que se despierta con una sorda sensación de vergüenza.

—Fuera llorará por la pérdida de su dinero, quizás acudirá a la policía para denunciar que se lo hemos robado. Pero mañana volverá a estar aquí.

Pero a mí no me tendrá. ¡Todos menos él!

Se acercó a la barra, echó unas monedas sobre el mostrador y se bebió de un trago una copa de aguardiente. En sus ojos brillaba de nuevo aquella malévola luz, pero enturbiada por lágrimas de rabia y de vergüenza. Yo sentía tanto asco que era incapaz de compadecerla.

—Buenas noches —dije, y me marché.

—Bonsoir —respondió la patrona.

La muchacha no se volvió, sino que se limitó a prorrumpir en una carcajada sonora y burlona.

La calle era tan sólo noche y cielo cuando salí, una única y sofocante oscuridad con el brillo infinitamente lejano y velado de la luna. Bebí con avidez el aire tibio y a la vez cargado, y la sensación de miedo se diluyó en la sorpresa ante la gran diversidad de destinos, y de nuevo sentí —un sentimiento capaz de proporcionarme felicidad hasta el punto de hacerme derramar lágrimas— que detrás de cada ventana esperaba un destino, que cada puerta se abría a una vivencia, que la diversidad de este mundo estaba presente en todas partes y que incluso el rincón más inmundo hervía tanto de experiencias ya vividas como la corrupción del diligente esplendor de las cucarachas. Lejos quedaba el repugnante encuentro, y la tensa emoción se había disipado en una dulce y benefactora fatiga que ansiaba convertir todo lo vivido en el más bello de los sueños. Maquinalmente miré a mi alrededor intentando encontrar el camino a casa. Entonces —debió de acercarse sigilosamente porque no la oí— se arrimó a mí una sombra.

—Usted perdone —en seguida reconocí la voz sumisa—, pero me parece que está desorientado. ¿Me permite… me permite mostrarle el camino? ¿El señor vive en…?

Le dije el nombre del hotel.

—Lo acompaño…, si me lo permite —se apresuró a añadir con la misma sumisión.

Me inundó de nuevo el miedo. Aquel paso furtivo y fantasmagórico a mi lado, casi imperceptible y, sin embargo, pegado a mí; lo sombrío de la calle de los Marineros, y el recuerdo de la experiencia vivida, poco a poco cedieron paso a una confusa e irreal sensación, imposible de clasificar y de resistir. Yo notaba la humildad de sus ojos sin verlos y percibía el temblor de sus labios; sabía que quería hablar conmigo, pero, con mis sentimientos encontrados, en los que la curiosidad del corazón se mezclaba fluctuante con el entumecimiento corporal, no hice nada para animarlo a ello, ni tampoco para disuadirlo. Carraspeó unas cuantas veces, noté el conato abortado de decirme algo, pero la extraña crueldad que aquella mujer me había transmitido misteriosamente disfrutaba con esta lucha entre la vergüenza y la necesidad psíquica de hablar: no le ayudé, sino que dejé flotar entre nosotros aquel negro y pesado silencio. Nuestros pasos resonaban en confusa armonía: los suyos arrastrándose apenas perceptibles y cargados de años, los míos, fuertes y ásperos a propósito, como para huir de aquel sucio mundo.

Cada vez sentía más acentuada la tensión entre nosotros; el silencio era estridente, lleno de gritos interiores, y como una cuerda demasiado tensada, hasta que al final —y como vacilante al principio por temor— se rompió con una palabra.

—Ahí… ahí dentro…, usted, señor, ha… ha presenciado una escena extraña… Perdone, perdone que le hable otra vez de ella…, pero a usted debe de haberle parecido rara… y yo muy ridículo…, pero aquella mujer es…

Se interrumpió de nuevo. Algo lo atragantaba. Luego, con un hilo de voz, susurró a toda prisa:

—Aquella mujer… es mi mujer, ¿comprende?

Yo debí de esbozar algún gesto de asombro, pues él siguió hablando con premura, como si quisiera disculparse:

—Quiero decir que… fue mi mujer…, hace cinco… cuatro años…, en Geratzheim, allá en Hessen, de donde soy natural… No quiero que piense mal de ella, señor…, tal vez sea culpa mía que ella sea lo que es… No siempre fue así… Yo la… la martiricé… Me casé con ella a pesar de que era una mujer muy pobre, ni siquiera tenía ropa blanca, nada, absolutamente nada… y yo soy rico…, quiero decir acomodado…, no rico…, o por lo menos lo era entonces… y, sabe, señor…, quizás… ella tiene razón…, era tacaño…, pero eso era antes, señor, antes de la desgracia y maldigo la hora… Pero mi padre lo era y mi madre, todos lo eran… y trabajé duro para ganar cada céntimo… y ella era una mujer despreocupada, le gustaba tener cosas bonitas…, a pesar de ser pobre, y yo siempre se lo reprochaba… No hubiera debido hacerlo, ahora lo sé, señor, pues es una mujer orgullosa, muy orgullosa… No crea que es lo que aparenta…, es mentira… y eso le duele…, lo hace sólo… sólo para mortificarme y porque… porque se avergüenza… Quizá puede ser también que se haya vuelto mala, pero yo… yo no lo creo…, porque era muy buena, muy buena…

Se enjugó los ojos y se detuvo dominado por la excitación. Sin pensar, lo miré y de pronto ya no me pareció ridículo e incluso dejó de llamarme la atención aquel curioso y deferente tratamiento de señor, que en Alemania sólo es propio de clases bajas. Su rostro dibujaba el esfuerzo interior por expresarse y, cuando emprendió de nuevo la marcha, caminando pesadamente y dando traspiés, sus ojos miraban fijamente el empedrado, como si tratara de leer en él, bajo la luz vacilante, lo que con tanto suplicio arrancaba a los espasmos de la garganta.

—Sí, señor —profirió respirando profundamente y con una voz diferente, oscura, que parecía salir de un mundo más sensible de su interior—, era muy buena…, también conmigo…, me estaba agradecida por haberla sacado de la miseria… y yo también sabía que me estaba agradecida…, pero… quería oírselo decir…, una y otra vez…, me reconfortaba aquella gratitud… Señor, era tan… tan infinitamente bueno darse cuenta…, notar que uno es mejor…, a pesar… a pesar de saber que es peor… Hubiera dado todo mi dinero por poder escucharlo una y otra vez… Pero ella era muy orgullosa y cada vez se fue mostrando menos agradecida al ver que yo le exigía cada vez más gratitud… Por eso…, sólo por eso, señor, me hacía de rogar…, no le daba nada por las buenas… Me complacía que viniera a mendigar cada vestido, cada lazo… Tres años la martiricé de ese modo, cada vez más…, pero, señor, era sólo porque la amaba… Me gustaba su orgullo y, sin embargo, quería someterlo, loco de mí, y cuando me pedía algo, me enfadaba…, pero, señor, no me enfadaba de verdad… Era feliz de poderla humillar en cualquier ocasión porque… porque no sabía cómo la amaba.

Se interrumpió de nuevo. Caminaba tambaleándose. Al parecer se había olvidado de mí. Hablaba mecánicamente, como saliendo del sueño, con una voz cada vez más fuerte.

—No… no lo supe hasta que un día…, un maldito día…, le negué dinero para su madre, era poco, muy poco… Bueno, se lo tenía preparado y sólo quería que viniera… que viniera a pedírmelo como otras veces… Sí, ¿por dónde iba? Ah sí, lo supe cuando volví a casa aquella noche y ella se había ido y sólo encontré una nota sobre la mesa: «Quédate con tu maldito dinero, no quiero nada más de ti…» Eso decía la nota, nada más… Señor, pasé tres días y tres noches delirando como un loco. Mandé buscar en el río y por el bosque, di cientos de marcos a la policía…, recurrí a todos los vecinos, pero ellos sólo se reían y se burlaban… Nada, no encontré nada…

Finalmente alguien me dijo que la había visto en otro pueblo…, en el tren con un soldado…, se había ido a Berlín. Partí el mismo día tras ella… Dejé mis ganancias…, perdí miles…, me robaron, los criados, mi administrador, todos, todos…, pero le juro, señor, que me daba igual… Me quedé en Berlín, tardé una semana en encontrarla en aquel laberinto humano… Y fui a verla…

Respiraba con dificultad.

—Se lo juro, señor…, no le dije ni una sola palabra dura…, lloré…, me puse de rodillas…, le ofrecí dinero…, que administrara todos mis bienes si quería, pues entonces yo ya sabía… que no puedo vivir sin ella. Amo cada cabello de su cabeza…, su boca…, su cuerpo, todo, todo… y soy yo quien la ha arrojado al abismo… Se volvió pálida como un muerto cuando entré… de improviso… Había sobornado a la patrona, una alcahueta, una mujer mala y vulgar…, pálida como la cal de la pared… Me escuchó. Señor, creo que estaba…, sí, casi estaba contenta de verme…, pero cuando hablé de dinero… y sólo lo hice, se lo juro, para demostrarle que ya no pensaba en él…, entonces me escupió… y luego, como yo no quería irme…, llamó a su amante y se rieron de mí… Pero, señor, yo volví allí, día tras día. Los vecinos me lo contaron todo, supe que el bribón la había abandonado y que la pobre se hallaba en apuros y volví una vez y otra, señor…, pero ella me increpó e hizo pedazos un billete que yo disimuladamente había dejado sobre la mesa, y cuando volví la vez siguiente, se había ido… ¡Lo que llegué a hacer, señor, para averiguar de nuevo dónde estaba! Durante todo un año no viví, se lo juro, no hice sino seguirle la pista, contratar agencias, hasta que finalmente me enteré de que estaba en Argentina, en… en una casa de mala fama…

Vaciló un momento. La última palabra fue como un estertor. Y su voz se oscureció.

—Primero me horroricé…, pero luego volví en mí y me dije que había sido yo quien la había empujado a la perdición… y pensé cuánto debía de sufrir la pobre…, pues ante todo es orgullosa… Fui a ver a mi abogado, que escribió al cónsul y le envió dinero, sin que ella supiera quién se lo mandaba…, sólo para que volviera. Me telegrafiaron diciendo que todo había ido bien…, me enteré del nombre del barco… y la esperé en Ámsterdam…, adonde llegué tres días antes, ardiendo de impaciencia…

Al fin llegó el barco, me sentí feliz con sólo ver el humo en el horizonte y creí que no podía esperar a que atracara, tan lentamente se acercaba, y luego los pasajeros fueron bajando por la pasarela y por fin… por fin ella… No la reconocí en seguida…, iba maquillada de otro modo…, tal como… como usted la ha visto…, y cuando me vio esperándola… palideció… Dos marineros tuvieron que sostenerla; si no, se hubiera caído de la pasarela… Tan pronto como puso pie en tierra, me coloqué a su lado…, no dije nada…, tenía la garganta demasiado… Tampoco ella decía nada… y no me miraba… El mozo iba delante con el equipaje, caminábamos y caminábamos… Entonces de pronto ella se detuvo y dijo… ¡Oh, señor, cómo lo dijo, cómo me dolió, qué tristes sonaron sus palabras! «¿Todavía me quieres por mujer, a pesar de todo?»… La cogí de la mano… Temblaba, pero no dijo nada. Sin embargo, yo sentía que ahora todo se había arreglado… ¡Señor, qué feliz era! Bailé como un niño a su alrededor. Cuando la tuve en la habitación, caí a sus pies…, debí de decirle muchas tonterías, pues ella sonreía entre lágrimas y me acariciaba…, con gran temor, eso sí… Pero, señor, ¡cómo me aliviaba! Mi corazón se deshacía de contento. Subí y bajé escaleras corriendo, encargué una comida en el hotel…, nuestro banquete de bodas…, la ayudé a vestirse… y bajamos al comedor, comimos, bebimos y fuimos felices… ¡Oh, estaba contenta como una niña! Cariñosa, amable, y hablaba de casa… y de cómo volveríamos a ocuparnos de todo… Y entonces…

De repente su voz se volvió áspera de nuevo e hizo un gesto con la mano como si quisiera hacer trizas a alguien.

—Había… había un camarero…, un hombre malvado y perverso… que creyó que yo estaba borracho, porque hacía locuras, bailaba y me desternillaba de risa…, cuando en realidad simplemente era feliz… ¡Oh, qué feliz! Y al pagar me devolvió veinte francos de menos… Le reprendí exigiéndole el resto… Desconcertado, dejó la moneda de oro sobre la mesa… Entonces ella… prorrumpió en una estridente carcajada… La miré y vi que su cara era otra…, burlona, dura y malvada a la vez… «¡Nunca cambiarás, ni siquiera el día de nuestra boda!», dijo con frialdad, con tanta acritud, tanta… lástima. Me asusté y maldije lo penoso de mi situación… Me esforcé por reír a mi vez…, pero su hilaridad había desaparecido…, muerto… Pidió una habitación individual… ¡Qué no le hubiera concedido! Y yo pasé la noche solo, pensando qué comprarle a la mañana siguiente…, qué regalarle… para demostrarle que no era tacaño…, que nunca más lo sería con ella. Y por la mañana salí muy temprano y le compré una pulsera y cuando entré en su habitación… estaba… estaba vacía…, como la otra vez. Y supe que sobre la mesa habría una nota…, salí corriendo y rogué a Dios que no fuera verdad…, pero… pero ahí estaba… y decía…

Vaciló. Sin querer me había detenido y me lo quedé mirando. Agachó la cabeza y susurró con voz ronca:

—Decía: «Déjame en paz, me das asco.»

Habíamos llegado al puerto y de pronto el retumbante aliento del cercano oleaje inundó el silencio. Los barcos, próximos y lejanos, nos miraban con ojos parpadeantes como grandes animales negros y de algún lugar llegaban canciones. Nada se veía con claridad, pero mucho se percibía: el profundo dormir y el pesado soñar de una gran ciudad.

A mi lado notaba la sombra de aquel hombre que se agitaba convulsa y espectralmente antes mis pies, ya disolviéndose, ya comprimiéndose, a la luz errante de las lúgubres farolas. Yo era incapaz de decir nada, de consolarlo, no tenía ninguna pregunta, pero sentía su silencio pegado a mí, como un lóbrego fardo. Entonces, de repente, me cogió temblando del brazo.

—Pero no me marcharé de aquí sin ella… La he vuelto a encontrar después de meses… Me martiriza, pero no me cansaré… Se lo suplico, señor, hable con ella… Tengo que recuperarla, dígaselo…, a mí no me escucha… No puedo seguir viviendo así…, no puedo seguir viendo cómo los hombres la visitan… y esperar fuera, ante la casa, a que vuelvan a salir… borrachos y riendo… Ya toda la calle me conoce…, se ríen cuando me ven esperando…, esto me está volviendo loco…, pero todas las noches estoy allí plantado… Señor, se lo suplico…, no lo conozco, pero hágalo por compasión…, hable con ella…

Instintivamente quise liberar mi brazo. Me daba miedo. Pero él, al ver que me defendía de su desdicha, cayó de rodillas en medio de la calle y se aferró a mis pies:

—Se lo suplico, señor…, tiene que hablar con ella… Hágalo…, si no, ocurrirá algo terrible… He empleado todo mi dinero en buscarla y no pienso dejarla aquí con vida… Me compré un cuchillo… Tengo un cuchillo, señor… No la dejaré aquí… viva… No lo soporto… Hable con ella, señor…

Se revolcaba ante mí como un loco. En aquel momento se acercaban dos policías por la calle. Lo levanté a la fuerza del suelo. Me miró estupefacto por un instante. Después me dijo con una voz extraña y seca:

—Doble por aquella calle y estará en su hotel.

Me miró de nuevo con unos ojos cuyas pupilas parecían fundidas en un horrible y blanco vacío. Después desapareció.

Me envolví en mi abrigo. Temblaba de frío. Sólo sentía cansancio, una turbia embriaguez, apática y oscura, un sueño purpúreo, de sonámbulo. Quería pensar, reflexionar sobre todo aquello, pero siempre se levantaba esa negra ola de cansancio que me arrastraba. Entré a tientas en el hotel, me dejé caer sobre la cama y dormí profundamente como una fiera.

A la mañana siguiente ya no sabía qué había sido sueño y qué realidad y algo en mi interior pugnaba por no saberlo. Me desperté tarde, extraño en una ciudad extraña, y fui a visitar una iglesia donde decían que había unos famosos mosaicos. Pero me quedé contemplándolos fijamente con ojos vacíos, el encuentro de la noche anterior volvía a mi memoria cada vez con más claridad y me arrastraba sin resistencia por mi parte; busqué la callejuela y la casa. Pero esas calles singulares sólo viven por la noche, de día llevan máscaras grises y frías bajo las cuales las reconoce sólo aquel que está familiarizado con ellas. No la encontré, por más que busqué. Cansado y decepcionado regresé al hotel, acosado por las imágenes de la alucinación o del recuerdo.

El tren salía a las nueve de la noche. Abandonaba la ciudad con pena. Un mozo cargaba con el equipaje y lo llevaba delante de mí hacia la estación. De pronto, en un cruce, algo me hizo volver la cabeza; reconocí la calle transversal que conducía a aquella casa; mandé al mozo que esperara y —mientras, primero se mostraba sorprendido y luego se reía con franca desfachatez— fui a echar una última ojeada a la calle de la aventura.

Oscura como el día anterior, vi resplandecer a la mortecina luz de la luna los cristales de la puerta de aquella casa. Iba a acercarme un poco más cuando, de repente, una forma se deslizó de la oscuridad. Con un escalofrío reconocí al hombre acurrucado en el umbral, que me hacía señas para que me aproximara. Pero yo, presa del pánico, hui a toda prisa por un miedo cobarde de verme metido en algún enredo y perder el tren.

Pero después, ya en la esquina, antes de doblar la calle, miré otra vez hacia atrás. Cuando nuestras miradas se encontraron, hizo un esfuerzo para levantarse y dio un salto hacia la puerta. Algo metálico brilló en su mano cuando la abrió bruscamente: desde lejos no pude distinguir si era oro o un cuchillo lo que resplandecía entre sus dedos con destellos delatores a la luz de la luna…

LEPORELLA

Su nombre civil era Crescentia Anna Aloisia Finkenhuber, tenía treinta y nueve años, era hija ilegítima y procedía de un pueblo montañés del Zillertal. En la columna «Rasgos distintivos» de su documentación constaba un trazo oblicuo para indicar que ninguno; pero si los funcionarios estuvieran obligados a incluir la descripción caracterológica, una simple y rápida mirada les hubiera bastado para anotar en aquel punto: «parecida a un jamelgo montés reventado, huesudo y flaco». Pues algo manifiestamente equino había en la expresión del labio inferior muy caído, en el óvalo a la vez alargado y duro del atezado rostro, en la mirada apagada y sin pestañas y, sobre todo, en los cabellos mugrientos, espesos y enmadejados con unto que le caían sobre la frente. También en sus andares se revelaba la tozudez y la pertinacia de mulo propias del penco de andadura que, invierno y verano, arrastra, gruñón, el mismo peso de leña, montañas arriba y valles abajo, por pedregosos caminos de herradura y con el mismo trote a trompicones. Liberada de las riendas del trabajo, Crescenz solía quedarse sentada, absorta, la mirada fija, con las huesudas manos juntas y los antebrazos en diagonal, como los animales en el establo, ensimismada. Todo en ella era hosco, áspero y pesado. Pensaba a duras penas y comprendía con lentitud: cada pensamiento nuevo se filtraba aletargado en su mente como una gota a través de un tamiz tupido; pero cuando al fin había asimilado algo nuevo, lo retenía con porfía y avidez. Nunca leía, ni periódicos ni el devocionario; escribir le costaba horrores y las torpes letras de su libreta de cocina recordaban curiosamente su propia figura patosa, angulosa en todas las direcciones y que carecía a ojos vistas de todas las formas evidentes de la feminidad. Tan dura como sus huesos, frente, caderas y manos era su voz, que, a pesar de los recios sonidos guturales tiroleses, siempre chirriaba como oxidada: en realidad no era de extrañar, pues Crescenz no decía una palabra vana a nadie. Y nadie la había visto nunca reír; también en eso se parecía a los animales, pues —cosa quizá más cruel que la pérdida del habla— a las criaturas irracionales de Dios no les ha sido dado el don de la risa, esa bendita expresión de los sentimientos que brota espontáneamente.

Criada a cargo del municipio como hija ilegítima, acomodada como sirvienta ya a los doce años y más adelante como mujer de la limpieza en un hostal, finalmente pudo salir de aquella tasca de carreteros, donde se había distinguido por su celo obsesivo en el trabajo y por su tenacidad y pertinacia de toro, para colocarse de cocinera en un distinguido restaurante turístico. Allí, Crescenz se levantaba todos los días a las cinco para trabajar: barría, limpiaba, encendía el fuego, pasaba el cepillo, ordenaba las cosas, preparaba la comida, amasaba, bataneaba, estrujaba, lavaba y trajinaba hasta bien entrada la noche. Nunca pidió vacaciones, nunca pisó la calle excepto para ir a la iglesia: su sol era el hueco redondo y ardiente del fuego del hogar y su bosque eran los miles y miles de leños que astilló en el curso de los años.

Los hombres la dejaban en paz, ya fuera porque un cuarto de siglo de trabajar como una mula la había despojado de toda feminidad, ya fuera porque ella, huraña y callada, repelía cualquier aproximación. Su única alegría la encontraba en el dinero contante y sonante que acumulaba, tenazmente, con el instinto acaparador de campesina y solterona con el fin de no tener que tragar una vez más, de anciana, el amargo pan del municipio.

También únicamente por dinero esa oscura criatura abandonó por primera vez su hogar tirolés a los treinta y siete años. Una intermediaria profesional que durante su veraneo la había visto ajetrearse de la mañana a la noche en la cocina y en la habitación la atrajo a Viena con la promesa de doblarle la paga. Durante el viaje en tren, Crescenz no dirigió la palabra a nadie y permaneció sentada, aguantando en sus doloridas rodillas el pesado cesto de paja con todo su haber, a pesar de que sus compañeros de viaje se ofrecieron amablemente a ayudarle a colocarlo en la red de equipajes, pues las únicas ideas que su lerdo cerebro de campesina asociaba con la gran ciudad eran las de robo y engaño. Luego, una vez en Viena, tuvieron que acompañarla los primeros días al mercado, porque tenía miedo de los coches, como las vacas de los automóviles. Pero, tan pronto como se familiarizó con las cuatro calles que la separaban del mercado, ya no necesitó a nadie, trotaba con su cesta, sin levantar los ojos, del portal de la casa hasta el puesto de venta y, de regreso, barría, encendía el fuego y limpiaba en el nuevo hogar como había hecho en el viejo, sin notar diferencia alguna. Se acostaba a las nueve, como en el pueblo, y dormía como un zopenco, con la boca abierta, hasta que el despertador la sacaba de la cama con su estrépito. Nadie sabía si estaba satisfecha con el cambio, quizá tampoco ella misma, pues no hablaba con nadie, respondía a las órdenes con un simple y bronco «ta bien» o, si no estaba de acuerdo, con un recalcitrante encogimiento de hombros. No reparaba en los vecinos ni en las otras sirvientas de la casa: las miradas burlonas de sus compañeras resbalaban como agua en la dura piel de su indiferencia. Sólo una vez, cuando una criada escarneció su dialecto tirolés y no cesó de burlarse de su ignorancia, la tosca campesina sacó de repente un leño encendido del hogar y persiguió con él a la atemorizada muchacha, que huyó chillando. A partir de aquel día todo el mundo evitó a la colérica mujer y nadie se atrevió a volver a mofarse de ella.

Todos los domingos por la mañana, Crescenz iba a la iglesia con su falda plisada y abombada, y su cofia de plato de campesina. Y una sola vez, en su primer día de salida en Viena, aventuró un paseo. Pero como no quiso utilizar el tranvía y no veía más que paredes de piedra a lo largo de la prevista caminata por las calles que se agitaban como un torbellino a su alrededor, sólo llegó al canal del Danubio; allí se detuvo a contemplar la corriente de agua como algo familiar, dio media vuelta y regresó por el mismo camino con su paso cargado, pegada siempre a las casas y evitando temerosa la calzada. Este primer y último paseo de exploración debió de decepcionarla, pues desde entonces no salió nunca más de la casa, sino que prefirió quedarse los domingos sentada y ocupada en su costura o ante la ventana sin hacer nada. De tal modo que la gran ciudad no aportó ningún cambio en la inveterada rutina de sus días, excepto que cada fin de mes sus manos apergaminadas, chamuscadas y magulladas recibían cuatro en vez de dos billetes azules. Y cada vez ella los examinaba largo rato y con desconfianza. Los separaba y los alisaba casi con ternura antes de guardarlos con los anteriores en el cofrecito de madera entallada que había traído del pueblo. Ese cofrecito tosco y pesado era todo su secreto, lo que daba sentido a su vida. De noche escondía la llave bajo la almohada. Dónde la guardaba de día, nadie de la casa lo sabía.

Así era aquella extraña criatura humana (tal como se la podría llamar, aunque lo humano sólo se manifestaba en su conducta de modo muy mortecino y desperdigado), pero quizás era necesario ser precisamente un ser que sólo ve el mundo a través de un agujero y con los sentidos embotados para poder servir en la casa no menos extraña del joven barón de F. Pues en general, los criados no aguantaban aquella atmósfera pendenciera más allá del tiempo fijado por la ley entre el comienzo del servicio y el despido. Los gritos irritados, llevados incluso a la histeria, procedían de la dueña de la casa. Hija mayor de un ricachón fabricante de Essen, había conocido en un balneario al barón, mucho más joven que ella (de humilde abolengo y peor situación económica), y se había apresurado a casarse con el casquivano muchacho, de buen parecer y con un acusado charme aristocrático. Pero, una vez pasados los efectos de la luna de miel, la recién casada tuvo que admitir la justificada resistencia que sus padres, más preocupados por las relaciones sociales y las buenas prendas, habían opuesto a una boda tan precipitada. Pues, aparte de cuantiosas deudas no confesadas, pronto salió a la luz que el joven, rápidamente convertido en indolente marido, se interesaba mucho más por sus devaneos de soltero que por sus deberes conyugales; sin ser de mala pasta, incluso jovial en el fondo como todos los hombres ligeros de cascos, pero completamente relajado y desenfrenado en su forma de vida, este hermoso medio caballero despreciaba toda capitalización del dinero con vistas a producir intereses; lo consideraba una torpeza roñosa de origen plebeyo. Él quería una vida fácil; ella, una vida de familia sólida y ordenada al modo del burgués renano, cosa que a él le crispaba los nervios. Y como a pesar de la riqueza de la mujer, él tenía que regatear cada suma importante, y además, su calculadora esposa le había negado incluso su deseo favorito, una cuadra para caballos de carreras, el hombre vio pocos motivos para seguir cumpliendo las obligaciones conyugales con la maciza y cogotuda alemana del norte, cuyo tono vehemente y autoritario le hería los oídos. De modo que, como suele decirse, dejó plantada a la desilusionada mujer y la apartó de su lado sin un solo gesto de rudeza, aunque no por ello de modo menos radical. Si ella le hacía reproches, él la escuchaba cortésmente y en apariencia interesado, pero, una vez terminado el sermón, alejaba con el humo del cigarrillo las apasionadas exhortaciones y hacía lo que le venía en gana, ya sin traba alguna. Esta amabilidad blanda, casi oficial, irritaba a la despechada mujer más que cualquier resistencia. Y como ella se sentía completamente desarmada ante su buena educación, nunca insultante, ante su cortesía casi mordaz, la cólera contenida se abría camino violentamente en otra dirección: se desataba en improperios hacia los criados, descargando con desenfreno en los inocentes su indignación en el fondo justificada, pero fuera de lugar en este caso. Las consecuencias no tardaron en aparecer: en dos años tuvo que cambiar de doncella no menos de dieciséis veces, una de ellas incluso después de haber llegado a las manos, una disputa que sólo se zanjó con una considerable indemnización.

Tan sólo Crescenz resistió impávida, como un rocín de coche de punto bajo la lluvia, en medio de aquel borrascoso tumulto. No tomaba partido por nadie, no se preocupaba por los cambios y no se daba cuenta de que las chicas desconocidas a ella confiadas, con las que compartía la habitación de las sirvientas, cambiaban constantemente de nombre de pila, de color de pelo, de olor corporal y de modales. Pues, por su parte, no hablaba con nadie, no se preocupaba lo más mínimo de los estruendosos portazos, de los almuerzos interrumpidos, de los desmayos ni de los ataques de histeria. Impasible, iba siempre atareada de la cocina al mercado y del mercado a la cocina, sin importarle en absoluto lo que ocurría al otro lado de ese círculo cercado por un muro. Dura e insensible como un mayal, iba aventando los días, y de esta manera transcurrieron dos años en la gran ciudad sin ella darse cuenta, sin hechos notables, sin ensanchar su mundo interior, a no ser por los billetes azules que guardaba en su cofrecito y que habían aumentado una pulgada: cuando al cabo del año los contaba uno a uno con los dedos humedecidos no distaban mucho de la cifra mágica de mil.

Pero el azar tiene brocas diamantadas y el destino, que sabe de mil peligrosos ardides, a menudo conoce la entrada a los lugares más insospechados y es capaz de provocar el derrumbe total de la roca de naturaleza más sólida. En el caso de Crescenz el motivo se disfrazó de un ropaje casi tan banal como ella: tras un paréntesis de diez años, el Estado tuvo a bien disponer un nuevo censo de población y, para un registro más riguroso de las señas personales, mandó a todas las casas unas hojas de lo más complicado. Desconfiando de los garabatos de los criados, inteligibles sólo fonéticamente, el barón prefirió rellenar personalmente las columnas y para tal fin mandó llamar también a Crescenz a su habitación. Cuando le preguntó nombre, edad y lugar de nacimiento, resultó que él, cazador apasionado y amigo del propietario del coto del lugar, había disparado a gamuzas en aquel rincón alpino de Crescenz y durante dos semanas lo había acompañado un guía de su mismo pueblo. Y como resultó además que casualmente aquel guía era tío de Crescenz y el barón dio muestras de una buena disposición de ánimo, aquella coincidencia dio lugar a una larga conversación durante la cual salió a la luz otra sorpresa, a saber, que el barón había comido un excelente asado de ciervo en la misma fonda donde ella trabajaba de cocinera. Bagatelas en definitiva, pero singulares por lo casual del caso y extraordinarias para Crescenz, que veía allí por primera vez a alguien que sabía algo de su tierra natal. Permanecía de pie ante el barón, con la cara encendida de vivo interés; se inclinó torpe y halagada cuando él pasó a las bromas e, imitando el dialecto tirolés, le preguntó si sabía cantar a la tirolesa y otras bobadas infantiles parecidas. Finalmente, divertido con sus propias chanzas, le dio en el duro trasero una palmada al estilo campechano de los labriegos y la despachó riendo:

—Puedes irte, buena Cenzi, y toma, dos coronas más porque eres de Zillertal.

Cierto: en sí no era un motivo trágico ni importante; pero esos cinco minutos de conversación obraron en la sensibilidad profunda de aquel ser apagado lo que una piedra en un pantano: primero lenta y perezosamente se forman círculos que se ensanchan en ondas cada vez más abultadas y llegan despacio al borde de la conciencia. Por primera vez desde hacía años, la taciturna y obstinada mujer tuvo de nuevo una conversación personal con algún ser humano, y le pareció sobrenatural que precisamente este primer ser humano que le había hablado en medio de aquel caos conociera sus montañas e incluso hubiera comido uno de sus asados de ciervo. A esto se añadía el jovial cachete en las nalgas, que en el lenguaje de los campesinos representa una especie de interpelación lacónica y una petición de relaciones. Y aunque Crescenz no se atrevía a pensar que aquel elegante y distinguido caballero le hubiera hecho realmente tal proposición, aquella familiaridad y su contacto físico de algún modo produjeron un efecto estimulante en sus sentidos amodorrados.

Y así, por obra y gracia de este impulso casual, empezó en su mundo interior, capa tras capa, un movimiento ondulatorio hasta que, primero torpemente y luego cada vez con más claridad, nació en ella un nuevo sentimiento, parecido a la repentina intuición con la que un perro reconoce como dueño, entre todas las figuras de dos piernas que lo rodean, a una sola: a partir de ese momento corre detrás de ella, saluda meneando la cola o con ladridos a quien el destino le ha colocado como superior y sigue obediente paso a paso sus huellas. De modo análogo en la embotada esfera de intereses de Crescenz, delimitada hasta entonces íntegramente por los cinco conceptos habituales: dinero, mercado, fogón, iglesia y cama, penetró un elemento nuevo que exigía espacio y apartaba con brusca violencia todo lo anterior. Y con la codicia propia de los campesinos, que no sueltan jamás lo que sus manos endurecidas han agarrado, este nuevo elemento penetró profundamente en su piel hasta el confuso e instintivo mundo de sus aletargados sentidos. Pasó algún tiempo, es verdad, antes de que se hiciera evidente esta transformación, y aún los primeros síntomas eran poco o nada aparentes, como, por ejemplo, este: limpiaba los vestidos y el calzado del barón con un esmero especial, fanático, mientras que dejaba la ropa y los zapatos de la baronesa al cuidado de la doncella, o se la veía más a menudo en el pasillo y las habitaciones y, apenas oía chirriar la llave en la puerta de la calle, corría a tomarle el abrigo y el bastón; redobló su atención en la cocina y haciendo un gran esfuerzo preguntó incluso por el camino del mercado central, que aún no conocía, para comprar carne para un asado de ciervo. Y también en su aspecto exterior se podían observar indicios de un mayor esmero.

Transcurrieron dos o tres semanas hasta que salieron de su mundo interior los primeros brotes de este nuevo sentimiento. E hicieron falta otras muchas para que naciera una segunda idea de ese impulso inicial y adquiriera forma y color definidos tras un crecimiento inseguro. Este segundo sentimiento no fue sino un complemento del primero: un odio, sordo al principio —aunque fue revelándose poco a poco sin disfraz ni disimulo—, hacia la baronesa, la mujer a la que le estaba permitido vivir, dormir y hablar con él y que, sin embargo, no le demostraba el mismo abnegado respeto que ella. Ya fuese que —más atenta ahora aun sin querer — hubiera presenciado una de aquellas vergonzosas escenas en las que el idolatrado señor era humillado de forma odiosa por su irritada mujer, ya fuese que el contraste con la jovial familiaridad del barón le hiciera sentir doblemente la altiva reserva de la alemana del norte, una mujer inhibida, lo cierto es que de repente opuso a la baronesa, que nada sospechaba, una hostilidad espinosa, armada con mil puntillas y maldades. Así, por ejemplo, la baronesa tenía que llamar siempre dos veces antes de que Crescenz atendiera a la llamada con una lentitud deliberada y una desgana manifiesta, y aun entonces el encogimiento de hombros de la criada expresaba ya de antemano su más resuelta resistencia. Recibía las órdenes y los encargos en silencio y de mal humor, de modo que la baronesa nunca sabía si la había entendido bien; si por precaución se lo preguntaba, recibía por toda respuesta una huraña inclinación de cabeza o un despectivo «Ya lo he oído». O, cuando la baronesa cruzaba nerviosa el salón justo antes de salir para el teatro, resultaba que una llave importante había desaparecido y era encontrada media hora más tarde en un rincón insospechado. Le complacía por regla general olvidar los mensajes y las llamadas telefónicas para la baronesa; interrogada sobre el particular, Crescenz le espetaba sin la más mínima muestra de pesar, un simple y áspero «Se me olvidó». Nunca la miraba a los ojos, quizá por miedo de no poder disimular su odio.

Entretanto, las discordias domésticas entre los cónyuges desembocaban en escenas cada vez más desagradables: tal vez la hosquedad de Crescenz, irritante sin darse cuenta, contribuyó también a la irritación de la mujer, más exaltada de semana en semana. Con los nervios alterados por una soltería demasiado prolongada, exasperada además por la indiferencia de su marido y la descarada hostilidad de los criados, la torturada baronesa perdía cada vez más su equilibrio. En vano guarnecía su irritación con bromo y veronal; después, la cuerda de sus nervios, tensa en exceso, se rompía con más violencia aún en las discusiones; caía en llantos convulsivos y en estados de histeria, sin contar con el más mínimo interés por parte de nadie, ni tan sólo con un asomo de compasiva ayuda. Finalmente, el médico consultado le recomendó una estancia de dos meses en un sanatorio, una propuesta que fue aprobada por el siempre indiferente marido con una solicitud tan repentina que la mujer, desconfiando de nuevo, en un primer momento la rechazó. Sin embargo, finalmente se decidió a emprender el viaje, acompañada de su doncella, mientras que Crescenz quedaba sola al servicio del señor en la espaciosa mansión.

La noticia de que a ella sola se le confiaba el cuidado del señor fue para los entumecidos nervios de Crescenz como una inyección de moral. Como si le hubieran agitado todos sus humores y energías, al igual que una botella mágica, desde el fondo de su ser emergió un escondido sedimento de pasión que coloreó toda su conducta. La pesadez y la torpeza se desvanecieron de pronto de sus miembros endurecidos, congelados; parecía como si, después de esta electrizante noticia, hubiera adquirido unas articulaciones ligeras, un paso ágil y rápido. Apenas llegó el momento de empezar los preparativos del viaje, corrió de un lado para otro de las habitaciones, escaleras arriba y abajo, agarró el equipaje sin que se lo pidieran y lo arrastró hasta el coche con sus propios brazos. Y luego, por la noche, cuando el barón regresó de la estación y puso bastón y abrigo en la mano de la solícita criada que fue a recibirlo y con un suspiro de alivio dijo: «¡Con viento fresco!», ocurrió algo singular: de pronto, los labios amargados de Crescenz, que, como todos los animales, nunca sonreía, se distendieron violentamente. La boca se torció, se ensanchó y de repente brotó de su rostro iluminado con una expresión idiota una sonrisa tan franca y salvaje que el barón, penosamente sorprendido por su aspecto, se avergonzó de la confianza mal depositada y entró en su habitación sin decir palabra.

Pero este fugaz momento de malestar pasó rápidamente y ya en los días siguientes a ambos, señor y criada, los unió el unánime respiro que da una tranquilidad exquisita y una libertad benéfica. La ausencia de la mujer había ventilado la atmósfera de los nubarrones que se cernían sobre la casa: el esposo libre, felizmente liberado de la penosa carga de tener que dar cuenta de sus actos, regresó tarde a casa ya la primera noche y la callada solicitud de Crescenz le ofreció un balsámico contraste con los recibimientos demasiado facundos de su esposa. Crescenz se entregó de nuevo con pasión y entusiasmo a su tarea diaria, se levantaba aún más temprano, lo limpiaba todo hasta dejarlo reluciente, fregaba picaportes y hebillas como una poseída, inventaba como por encanto platos especialmente sabrosos y el barón, sorprendido, advirtió en el primer almuerzo que Crescenz había elegido para él solo el precioso servicio que de ordinario no salía del armario de la plata sino en ocasiones especiales. Distraído por regla general, no pudo menos de reparar en el cuidado atento, casi afectuoso, de aquella singular criatura y, bonachón como en el fondo era, no le escatimó muestras de contento. Alababa sus comidas, le dedicaba de vez en cuando unas palabras amables y una mañana, el día de su onomástica, al encontrar sobre la mesa, artísticamente preparada, una tarta con sus iniciales y su escudo espolvoreados con azúcar, le dijo con traviesa alegría:

—Me vas a malcriar, Cenzi. ¿Y qué voy a hacer después, Dios no lo quiera, cuando vuelva mi mujer?

De todos modos, todavía se dominó unos días antes de sacudirse los últimos escrúpulos. Después, seguro por varios indicios de la discreción de la criada y sintiéndose soltero de nuevo, empezó a vivir a sus anchas en su propia casa. Al cuarto día de viudo de pega llamó a Crescenz a su habitación y, sin más explicaciones, le ordenó en el tono más indiferente que aquella noche preparara una cena fría para dos personas y después se acostara, que él se ocuparía de lo demás. Crescenz recibió el encargo en silencio. Ni una mirada, ni un parpadeo dejaron traslucir si el sentido real de aquellas palabras había penetrado en su estrecha frente. Hasta qué punto, sin embargo, ella había interpretado sus intenciones, el barón no tardó en comprobarlo con divertida sorpresa, pues al llegar del teatro ya muy entrada la noche con una estudiante de canto, no sólo encontró la mesa exquisitamente puesta y adornada con flores, sino también el dormitorio, en el que, junto a su cama, aparecía destapada la otra cama, descaradamente invitadora, y a su lado, esperando, la bata de seda y las zapatillas de la baronesa. El emancipado marido no pudo menos que reír ante la capacidad de previsión de la criada. Y así, ante su solícita complicidad, cayó por sí mismo el último obstáculo. A la mañana siguiente la llamó para que ayudara a la galante intrusa a vestirse; de este modo se selló un pacto de silencio entre los dos.

También por aquellos días, Crescenz recibió su nuevo nombre. Aquella alegre estudiante de canto, que estaba estudiando el papel de Doña Elvira y a la que daba por bromear convirtiendo a su cariñoso amigo en Don Juan, le había dicho en una ocasión, riendo: «¡Llama a tu Leporella!» El barón encontraba divertido este nombre, precisamente porque parodiaba grotescamente a la flaca tirolesa, y a partir de aquel momento ya no la llamó de otro modo. Crescenz, que al oírlo por primera vez se quedó con la boca abierta de asombro, aunque luego se sintió seducida y halagada por el sonido melodioso de las vocales de un nombre que no comprendía, recibió el cambio de nombre como un título nobiliario: cada vez que el petulante señor la llamaba así, sus estrechos labios se separaban poniendo al descubierto los amarillentos dientes de caballo y, sumisa, como meneando la cola, se arrimaba para recibir las órdenes del señorito.

El nombre había sido puesto como parodia, pero con acierto involuntario la diva en ciernes había revestido a la singular criatura de un apropiado y mágico manto verbal, pues, al igual que al compañero de francachelas de Da Ponte, aquella solterona descarnada, que no conocía el amor, experimentaba un peculiar y orgulloso placer en las aventuras de su señor. Fuese simplemente por la satisfacción de encontrar cada mañana la cama de la tan odiada señora revuelta y deshonrada ora por un cuerpo joven ora por otro, o porque sus sentidos ardían con un placer secreto de complicidad, lo cierto es que la vieja solterona, adusta y mojigata, mostraba una diligencia apasionada en ser útil al señor en todas sus aventuras. No acosada ya desde hacía tiempo por las tribulaciones del sexo, derrengado su cuerpo por el trabajo de decenas de años, se enardecía ahora con placer propio de alcahueta guiñando el ojo en dirección al dormitorio a una segunda mujer que llegó al cabo de unos días y a una tercera poco después: esta complicidad y el penetrante perfume de la atmósfera erótica actuaban como un corrosivo sobre sus sentidos aletargados. Crescenz se convirtió realmente en Leporella, tan ágil, saltarina y fresca como el alegre muchacho de la ópera; se manifestaron en su persona raras cualidades, como impelidas por el ardiente flujo de su participación apasionada: toda clase de pequeños ardides, picardías y argucias, una necesidad de escuchar, curiosear, espiar y mariposear. Escuchaba tras la puerta, espiaba por el ojo de las cerraduras, revolvía habitaciones y camas, corría escaleras arriba y abajo llevada por una rara agitación tan pronto como husmeaba una nueva presa, y poco a poco este estado de alerta, este interés curioso y fisgón, transformó en una especie de criatura viviente la dura cáscara de su somnolencia anterior. Para asombro general de los vecinos, Crescenz se volvió sociable de la noche a la mañana, charlaba con las criadas, bromeaba burdamente con el cartero y empezó a participar en los cotilleos y chismorreos de las vendedoras; y una noche, cuando se habían apagado las luces del patio, las muchachas oyeron en la habitación de enfrente de las suyas un curioso susurro procedente de la ventana hasta entonces siempre silenciosa: a media voz, ronca y tosca, Crescenz cantaba una de aquellas canciones alpinas que las vaqueras suelen cantar en los prados al atardecer. Completamente desentonada, deformada por los labios inexpertos, salía a trompicones la monótona melodía y, sin embargo, sonaba de un modo curiosamente conmovedor y exótico. Por primera vez desde su infancia, Crescenz intentaba volver a cantar, y era emocionante oír aquellas notas que salían tropezando de las tinieblas de años ya sepultados, buscando afanosamente la luz.

Quien menor cuenta se dio de esta notable transformación de la mujer que se había abandonado a él fue su involuntario causante, el barón, pues ¿quién vuelve la cara hacia su propia sombra? La sabemos fiel y muda siguiendo nuestros pasos, a veces adelantándose como un deseo todavía no formulado, pero ¡qué rara vez nos molestamos en observar sus formas paródicas y reconocer su yo en la deformación de estas! El barón no reparaba otra cosa en Crescenz más que siempre estaba dispuesta a servir, que era una mujer callada, fiel y leal hasta el sacrificio. Y precisamente este silencio, esta distancia dada por supuesto en todas las situaciones que requerían discreción, era para él un gran alivio; a veces, como quien acaricia al perro, le lanzaba indolentemente unas palabras amables, de vez en cuando incluso bromeaba con ella, le pellizcaba magnánimamente el lóbulo de la oreja, le regalaba un billete o una entrada para el teatro: bagatelas para él, que se sacaba sin pensar del bolsillo del chaleco, pero reliquias para ella, que guardaba respetuosamente en su cofrecillo de madera. Poco a poco el barón se acostumbró a pensar en voz alta delante de ella e incluso a confiarle encargos complicados, y cuantas más muestras de confianza le daba, más crecía la gratitud y la aplicación de la mujer. Un curioso instinto de husmeador, buscador y fisgón fue manifestándose poco a poco en ella: andaba espiando como un perro de caza todos los deseos del barón e incluso se anticipaba a ellos; toda la vida de Crescenz, sus aspiraciones y deseos, parecía como si se hubiera traslado de su cuerpo al de él; vivía a través de sus sentidos, participaba con placer de todas sus alegrías y conquistas con un entusiasmo casi vicioso. Toda ella radiaba cuando un nuevo personaje femenino cruzaba el umbral, y se la veía desilusionada y como herida en sus esperanzas si él regresaba a casa por la noche sin una compañía afectuosa. Su pensamiento, antes tan amodorrado, trabajaba ahora tan ágil e impetuoso como antes sus manos, y en sus ojos brillaba y centelleaba una luz nueva y vigilante. Una persona había despertado en aquella bestia de carga reventada y fatigada, un ser sombrío, cerrado, astuto y peligroso, ensimismado y atareado, inquieto e intrigante.

Un día que el barón regresó a casa antes de lo previsto, se detuvo asombrado en el pasillo: ¿no había oído detrás de la puerta de la cocina, donde solía reinar un silencio absoluto, un singular estallido de risitas y carcajadas?

Y en aquel momento asomó Leporella, descarada y turbada a la vez, por la puerta entreabierta, frotándose sospechosamente las manos en el delantal.

—Perdone, señor —dijo, rastreando el suelo con la mirada—. Está ahí la hija del repostero… Bonita muchacha… Tendría mucho gusto en conocerle.

El barón la miró de arriba abajo, no sabiendo si debía enfadarse por aquella desvergonzada familiaridad o divertirse ante el esmero de alcahueta de su criada. Finalmente prevaleció su curiosidad masculina:

—Deja que la vea.

La muchacha, una pilluela de dieciséis años, apetecible, rubia, a la que Leporella había atraído poco a poco con persuasión y halagos, salió de la cocina ruborizada y con ahogadas risas de turbación, empujada insistentemente por la criada, y se volvió torpemente hacia el elegante caballero al que había observado a menudo con admiración casi infantil desde la tienda de enfrente. El barón la encontró bonita y le propuso tomar el té con él en su habitación. Dudando de si debía aceptar, la muchacha se volvió hacia Crescenz. Pero esta ya había desaparecido en la cocina con ostentosa prisa, de modo que la chiquilla, atraída con halagos a la aventura, no tuvo más remedio que, sonrojándose y excitada por la curiosidad, aceptar la peligrosa invitación.

Pero la naturaleza no da saltos: por más que el empuje de una pasión desordenada y abyecta hiciera brotar algún destello espiritual en aquel ser endurecido y aletargado, este pensamiento recién asimilado y estrecho de miras no iba en Crescenz más allá de la próxima ocasión, obedeciendo siempre al instinto animal a corto plazo. Parapetada en su obsesión por servir en todo a su amado señor como un perro, Crescenz se olvidó completamente de la esposa ausente. Por eso tanto más terrible fue su despertar: cayó sobre ella como un relámpago en un cielo sereno cuando una mañana, el barón, desabrido y enojado, entró con una carta en la mano y le comunicó que pusiera la casa en orden, que su mujer llegaba al día siguiente del sanatorio. Crescenz se quedó lívida, con la boca abierta de espanto: la noticia se había clavado en ella como un cuchillo. Miraba y volvía a mirar inmóvil, con los ojos fijos, como si no hubiera comprendido. Tan descomunal y terrible fue el rayo que rasgó su semblante, que el barón se creyó en la obligación de tranquilizarla un poco con unas palabras amables:

—Me parece que tú tampoco te alegras, Cenzi. Pero nada se puede hacer.

Pero algo volvía ya a cobrar vida en aquel rostro petrificado. Desde muy adentro, como subiendo desde las entrañas, se esforzaba por emerger un violento espasmo que poco a poco iba tiñendo de rojo oscuro sus mejillas, hacía un momento todavía blancas como la nieve. Poco a poco, bombeado con fuertes latidos del corazón, algo fue subiendo: la garganta temblaba por el violento esfuerzo. Y finalmente llegó arriba y salió como un estallido entre los dientes rechinantes:

—Algo… algo… se podrá hacer.

Estas palabras salieron duras y secas, como un disparo mortal. Y el descompuesto rostro se contrajo con una expresión tan maligna, tan sombríamente decidida tras la violenta descarga, que el barón se estremeció involuntariamente y retrocedió asombrado. Pero Crescenz ya había desviado la vista y empezado a fregar un mortero de cobre con tal ahínco espasmódico que parecía como si quisiera romperse los dedos.

Con la mujer de nuevo en casa, volvió a desatarse la tormenta: cerraba las puertas con estruendo, pasaba veloz y huraña por las habitaciones y, como una corriente de aire, barría la atmósfera cargada de bienestar de la casa. Fuese que la esposa engañada se hubiera enterado por chismes del vecindario y cartas anónimas del modo tan indigno como el marido había abusado del derecho de casa, fuese que le disgustara el notorio mal humor con que la recibió, nervioso y sin tapujos, lo cierto es que los dos meses de sanatorio no parecían haber servido de mucho a sus nervios tensos y desgarrados, pues los llantos convulsivos alternaban aquí y allá con amenazas y escenas de histerismo. Las relaciones se hacían más insoportables de día en día. Durante unas semanas porfió todavía el barón heroicamente con el embate de reproches, utilizando sus acreditadas dotes de cortesía, y se opuso con subterfugios y vagas esperanzas a las amenazas de divorcio o de cartas a los padres. Pero esa misma indiferencia fría y despiadada empujó a una excitación cada vez más nerviosa y más profunda a la mujer privada de amigos, rodeada de una secreta hostilidad.

Crescenz se había acorazado en su vieja taciturnidad. Pero su silencio se había vuelto agresivo y peligroso. El día de la llegada de su señora permaneció obstinada en la cocina y, cuando se la llamó, evitó saludarla. Encogiendo los hombros con terquedad, rígida como un tronco, respondió a todas las preguntas con tal aspereza que la impaciente señora no tardó en volverle la cara; a espaldas de la baronesa, que no tenía la más remota idea de lo que sucedía, Crescenz le arrojó con una sola mirada todo el odio acumulado. Se sentía injustamente robada en sus afanes con este regreso a casa: se le había arrebatado el fervoroso placer de servir y se la había recluido de nuevo en la cocina y los fogones, se la había despojado del afectuoso nombre de Leporella, pues el barón se guardaba mucho, en presencia de su esposa, de mostrar cualquier simpatía hacia Crescenz. Pero a veces, cuando, cansado de escenas desagradables y necesitado de consuelo, quería desahogarse, entraba a hurtadillas en la cocina y se sentaba en uno de los duros taburetes de madera sólo para poder soltar con un suspiro:

—¡No aguanto más!

Los momentos en que el idolatrado señor no podía soportar la tensión excesiva y buscaba refugio cerca de ella eran los más felices de Leporella. Nunca aventuraba una respuesta o un consuelo; silenciosa y encerrada en sí misma, permanecía sentada, sólo de vez en cuando levantaba una mirada atenta, compasiva y atormentada hacia el dios esclavizado, y a él este interés callado lo confortaba. Pero luego, no bien el señor salía de la cocina, se deslizaba de nuevo por la frente de Crescenz aquella arruga de rabia y sus pesadas manos desahogaban la ira golpeando carne indefensa o la aplastaban fregando platos y cubiertos.

Finalmente la sofocante atmósfera creada por el regreso de la esposa desencadenó una tormenta: durante una de aquellas odiosas escenas el barón terminó por perder la paciencia y, abandonando la humilde e indiferente actitud de muchacho obediente, saltó de la silla hecho un basilisco y cerró la puerta de golpe tras de sí.

—¡Ya estoy harto! —gritó con tanta furia que temblaron las ventanas hasta en la última habitación. Y encendido todavía de rabia, con la cara roja de sangre, entró en la cocina y se dirigió a Crescenz, que temblaba como un arco tendido—. ¡Tráeme en seguida mi maleta y mi fusil! Me voy una semana de caza. Ni el mismo diablo aguantaría este infierno por más tiempo. Esto se tiene que acabar.

Crescenz lo miró fascinada: ¡volvía a ser el señor! Y una risa ronca salió atronadora de su garganta:

—El señor tiene razón, esto se tiene que acabar.

Y temblando de agitación, corriendo de habitación en habitación, fue recogiéndolo todo con una prisa febril; todos los nervios de aquella recia humanidad se estremecían de afanosa emoción. Después bajó ella misma la maleta y el fusil hasta el coche. Entonces, sin embargo, cuando él buscó palabras para agradecerle su celo, su mirada se desvió horrorizada, pues sobre los labios torcidos de Crescenz se dibujó de nuevo aquella pérfida sonrisa que siempre lo atemorizaba. Instintivamente, cada vez que la veía así al acecho, pensaba en el gesto del animal que descubre las garras al saltar. Pero ella se agazapó de nuevo y susurró con voz ronca y una familiaridad casi ofensiva:

—Tenga el señor buen viaje, que yo me ocuparé de todo.

Tres días más tarde, un telegrama urgente obligó al barón a dejar la caza y regresar a la mansión. Su primo lo esperaba en la estación. A primera vista adivinó, alarmado, que algo doloroso debía de haber ocurrido, pues el primo mostraba un semblante nervioso e inquieto. Después de unas cuidadas palabras de preparación, supo que por la mañana habían encontrado a su mujer muerta en la cama, con toda la habitación llena de gas. Por desgracia se descartaba que se debiera a un accidente o un descuido, informó el primo, pues la estufa de gas estaba fuera de servicio ahora en mayo y, por otro lado, se hacía evidente el propósito suicida por el hecho de que la desgraciada había tomado veronal por la noche. A eso se añadía la declaración de Crescenz, que se había quedado sola en la casa aquella noche y había oído cómo la desgraciada había ido a la antecámara, probablemente con la intención de abrir el gasómetro, que estaba concienzudamente cerrado. Basándose en este testimonio, también el médico forense excluyó el accidente y levantó acta de suicidio.

El barón se puso a temblar. Cuando el primo le mencionó el testimonio de Crescenz, sintió de repente que se le enfriaba la sangre de las manos: un pensamiento desagradable, repugnante, empezó a formarse en su interior, algo como náuseas. Pero rechazó enérgicamente esta sensación efervescente y atormentadora y, sin voluntad propia, se dejó llevar a casa por su primo. Ya se habían llevado el cadáver y en la antesala esperaban los parientes con caras sombrías y hostiles: su pésame fue frío como un cuchillo. Con cierto énfasis acusatorio se creían obligados a mencionar que lamentablemente no había sido posible encubrir el «escándalo», porque la doncella de la mañana había corrido a la escalera gritando: «¡La señora se ha matado!» Y habían dispuesto un entierro discreto porque —y otra vez se volvió contra él el filo tajante— la curiosidad del vecindario ya estaba bastante excitada de antemano con toda clase de habladurías desagradables.

El enlutado marido escuchaba perplejo, levantó la vista una vez sin querer hacia la puerta cerrada del dormitorio y la bajó de nuevo cobardemente. Quería dejar de pensar en algo que se agitaba en su interior y lo martirizaba sin cesar, pero aquella cháchara vacía y odiosa lo confundía. Durante media hora más se vio rodeado por los parientes vestidos de negro y parloteando; luego se fueron despidiendo uno tras otro. Se quedó solo en la habitación vacía y penumbrosa, temblando como presa de algún ataque, con la frente dolorida y las articulaciones cansadas.

Entonces llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo sobresaltado.

Y ya de detrás llegaron unos pasos vacilantes, secos, furtivos y arrastrados, que él conocía. De pronto le sobrecogió el horror: sintió las vértebras cervicales como aterrajadas y al mismo tiempo la piel, desde las sienes hasta las rodillas, como rociada por escalofríos helados. Quería darse la vuelta, pero los músculos no respondían. De modo que se quedó de pie en medio de la habitación, temblando y sin voz, con las manos caídas e inertes, dándose perfecta cuenta de lo cobarde que debía de parecer esa inmovilidad fruto de su conciencia de culpa. Pero fueron vanos sus intentos de hacer acopio de fuerzas: los músculos no le obedecían. Entonces la voz a su espalda dijo con total indiferencia y un realismo de lo más inmutable y seco:

—Sólo venía a preguntar si el señor va a comer en casa o fuera.

El barón temblaba cada vez con más violencia; el frío glacial había bajado hasta su pecho. Por tres veces intentó en vano articular palabra, hasta que finalmente consiguió decir:

—No, ahora no comeré nada.

Después los pasos arrastrados se alejaron y él no tuvo valor para volverse. Y de pronto la rigidez se rompió: algo como un tedio o un espasmo lo sacudió de arriba abajo. Saltó de golpe hacia la puerta y la cerró con llave con gestos convulsos para que no volvieran a acercársele aquellos odiosos pasos que lo perseguían como un fantasma. A continuación se dejó caer sobre una butaca para ahogar un pensamiento que no quería acoger y que, sin embargo, se arrastraba una y otra vez en su interior, frío y pegajoso como un caracol. Y ese pensamiento apremiante, que le repugnaba, llenó todos sus sentidos, irresistible, viscoso y repulsivo, y lo acompañó toda la noche en vela y las horas siguientes cuando, vestido de luto y en silencio, permaneció de pie en la cabecera del ataúd durante el entierro.

Al día siguiente al entierro, el barón abandonó apresuradamente la ciudad: todas las caras le resultaban ahora insoportables; en medio de sus expresiones de condolencia tenían —¿o sólo le pareció?— una mirada singularmente escrutadora e inquisitorial que lo torturaba. E incluso los objetos inanimados le hablaban maliciosos y acusadores: cada mueble de la casa, pero sobre todo los del dormitorio, donde el dulce olor a gas parecía pegado a todos los objetos, lo rechazaba cuando maquinalmente alzaba el picaporte de una puerta. Pero la pesadilla insoportable de su sueño y de su vigilia era la indiferencia fría e indolente de la que había sido su confidente, la cual andaba de un lado a otro de la casa vacía como si nada en absoluto hubiera ocurrido. Desde aquel momento en la estación, cuando el primo le había mencionado el nombre de Crescenz, temblaba ante cada encuentro con ella. Apenas oía sus pasos, se apoderaba de él un desasosiego nervioso que lo impulsaba a huir: no podía ver ni soportar aquel andar indiferente y de pies arrastrados, aquella impasibilidad fría y muda. Le repugnaba el mero hecho de pensar en ella: su voz ronca, su pelo grasiento, su insensibilidad torpe, animal y despiadada, y en su cólera había cólera contra él mismo, porque le faltaba la fuerza necesaria para romper el lazo que le rodeaba el cuello y lo estrangulaba como una soga. De modo que sólo veía un camino: la huida. Hizo el equipaje a escondidas, sin decirle nada, dejando una apresurada nota en la que decía que se iba a casa de unos amigos de Kärnten.

El barón estuvo fuera todo el verano. Cuando fue requerido urgentemente a Viena en una ocasión para poner en orden unos asuntos de la herencia, prefirió viajar en secreto, hospedarse en un hotel y no notificarlo al ave de mal agüero que aguardaba asentada en la casa. Crescenz no se enteró de su presencia en la ciudad, porque no hablaba con nadie. Sin ocupaciones, aciaga como una lechuza, se pasaba el día sentada inmóvil en la cocina, iba dos veces a la iglesia en vez de una como antes y a través del abogado del barón recibía encargos y dinero en la cuenta: directamente de él no tenía noticia alguna. El barón no escribía ni permitía que le contaran nada de él. De modo que permanecía muda y esperando: su rostro se iba volviendo más duro y macilento, sus movimientos se hicieron torpes de nuevo y así, esperando y esperando, pasó muchas semanas en un hermético estado de entumecimiento.

En otoño, sin embargo, la tramitación urgente de algunos asuntos no permitió al barón prolongar por más tiempo sus vacaciones y tuvo que regresar a casa. Se detuvo vacilante en el umbral. Dos meses en compañía de amigos de confianza le habían hecho olvidar muchas cosas, pero ahora que tenía que enfrentarse físicamente con su pesadilla, con su presunta cómplice, sintió las mismas convulsiones que lo oprimieron y le causaron náuseas. A cada peldaño de la escalera que subía, cada vez más despacio, la mano invisible le asía con más fuerza la garganta. Finalmente tuvo que hacer un valiente acopio de toda su fuerza de voluntad para obligar a sus dedos a dar la vuelta a la llave en la cerradura.

Crescenz, cogida por sorpresa, salió corriendo de la cocina en cuanto oyó el chirrido de la llave. Cuando lo vio, se quedó un momento pálida y luego, como para acurrucarse, se agachó para coger el maletín que él había dejado en el suelo. Pero olvidó saludarlo. Tampoco él habló. En silencio llevó el maletín a la habitación del barón; en silencio él la siguió. En silencio y mirando por la ventana, el barón esperó a que ella saliera. Después se apresuró a cerrar la puerta con llave.

Este fue el primer saludo de Crescenz después de meses.

Crescenz esperaba. Y también el barón esperaba que el terrible espasmo de horror que le había producido su presencia se desvaneciera con el tiempo. Pero nada mejoró. Ya antes de verla, sólo con oír sus pasos fuera en el pasillo, todo él temblaba de sobresalto e inquietud. No tocaba el desayuno, todas las mañanas se deslizaba rápida y furtivamente de la casa sin dirigirle la palabra y permanecía fuera hasta muy entrada la noche, sólo para evitar su presencia. Los dos o tres encargos que necesitaba confiarle, se los daba con la cara vuelta. Le oprimía la garganta respirar el mismo aire que aquel fantasma.

Entretanto Crescenz pasaba los días sentada en silencio sobre su taburete de madera. Ya no guisaba, ni siquiera para ella misma. Le repugnaba cualquier comida, rehuía a todo el mundo. Se limitaba a permanecer sentada, esperando con ojos medrosos el primer silbido de su dueño como un perro apaleado que sabe que ha hecho una trastada. Su embotada mente no acababa de comprender lo que había ocurrido; lo único que alcanzaba a entender era que su dios y señor la evitaba y no quería nada de ella.

Al tercer día del regreso del barón sonó el timbre. Delante de la puerta había un hombre encanecido, apacible, con la cara pulcramente afeitada y una maleta en la mano. Crescenz quería despedirlo, pero el intruso insistió en que era el nuevo criado, que el señor lo había citado a las diez y que ella debía anunciarlo. Crescenz se quedó lívida e inmóvil por unos segundos, con los dedos rígidos y extendidos en el aire. Luego la mano cayó como un pájaro herido.

—Vaya usted mismo —dijo enojada al sorprendido visitante, se volvió hacia la cocina y la cerró dando un portazo.

El criado se quedó en la casa. A partir de aquel día el señor no tuvo necesidad de dirigir la palabra a Crescenz, todos los mensajes que la atañían pasaban por el viejo y reposado criado del barón. Al no tener noticia de lo que ocurría en la casa, todo pasaba fríamente por encima de la mujer como las olas sobre las piedras.

Esta situación abrumadora se prolongó durante dos semanas, consumiendo a Crescenz como una enfermedad. Su rostro se volvió afilado y anguloso, y los cabellos de sus sienes se cubrieron de canas. Sus movimientos se entumecieron por completo. Casi siempre permanecía sentada como un tronco sobre su taburete, en silencio y con los ojos vacíos mirando fijamente la ventana, también vacía; pero, cuando trabajaba, lo hacía de forma violenta, como en un acceso de cólera.

Un día, al cabo de estas dos semanas, el criado entró por iniciativa propia en la habitación del barón y este supo, por su modo discreto de esperar, que deseaba comunicarle algo especial. Ya en otra ocasión se había quejado del mal humor de la «desgarbada tirolesa», como la llamaba despectivamente, y había sugerido despedirla. Pero el barón, apiadado por algún motivo, pareció pasar por alto su propuesta en un primer momento. Si la primera vez el criado se retiró con una reverencia, en esta segunda ocasión insistió obstinado en su opinión: puso una cara extraña, casi desconcertada, y finalmente se desahogó diciendo entre balbuceos que el señor no lo tachara de ridículo, pero que… no podía…, no, no podía decirlo de otro modo…, tenía miedo de ella. Aquella cosa callada y maligna era insoportable y el señor barón no sabía qué persona tan peligrosa tenía bajo su techo.

Advertido de este modo, el barón se estremeció instintivamente. ¿Qué pretendía y qué quería decir con esto? Entonces el criado atenuó un poco su afirmación, diciendo que no podía precisar más, pero que tenía la sensación de que aquella persona era un animal rabioso, capaz de hacer algo a alguien cualquier día. Ayer, al volverse para darle una instrucción, captó por casualidad una mirada…, bueno, por una mirada no se podía juzgar, pero fue como si la mujer estuviera a punto de saltarle al cuello. Y desde entonces la rehuía y tenía miedo de tocar la comida que ella preparaba.

—El señor barón no sabe lo peligrosa que es esta persona —dijo para finalizar su informe—. No habla, no da a entender nada, pero creo que es capaz de cometer un crimen.

El barón, asustado, lanzó una mirada fulgurante al acusador. ¿Había oído algo concreto? ¿Le habían confiado alguna sospecha? Notó que sus dedos empezaban a temblar y dejó en seguida el cigarro para que la agitación de su mano no se dibujara en el aire. Pero el rostro del anciano no reflejaba argucia alguna… No, él no lo podía saber. El barón vaciló. Luego hizo un esfuerzo de voluntad y tomó una decisión:

—Espera un poco. Pero si vuelve a tratarte groseramente, la despides en mi nombre.

El criado se retiró con una inclinación y el barón se quedó aliviado. Cualquier recuerdo de aquella criatura misteriosamente peligrosa le ensombrecía el día. Mejor que ocurra mientras estoy fuera, pensaba, en

Navidad tal vez. Y el mero pensamiento de verse por fin libre le tranquilizaba el espíritu. Sí, lo mejor es por Navidad, se afirmaba en la idea, cuando me marche.

Pero ya al día siguiente, cuando apenas se había retirado a su habitación después de la comida, llamaron a la puerta. Levantando la vista del periódico, dijo sin pensar:

—¡Adelante!

Y en seguida oyó acercarse aquellos pasos arrastrados, duros y odiosos que siempre aparecían en sus sueños. Se estremeció: como una calavera, lívida y macilenta, se bamboleaba aquella cara escuálida encima de la flaca figura vestida de negro. Una pizca de compasión se mezcló en el espanto del barón cuando vio que el atemorizado paso de aquel ser consumido se detenía sumiso al borde de la alfombra. Y para disimular tal turbación se esforzó en aparecer benévolo.

—Y pues, ¿qué hay, Crescenz? —preguntó. Pero no le salió jovial y afectuosa como pretendía; en contra de su voluntad, la pregunta sonó a bufido y enfado.

Crescenz no se movió. Mantenía los ojos clavados en la alfombra. Finalmente profirió como quien aparta algo de un puntapié:

—El criado me ha despedido. Ha dicho que el señor me echa.

El barón se levantó desagradablemente afectado. No había esperado que ocurriera tan deprisa. Empezó a balbucear diciendo que no había que tomárselo tan a pecho, que debía tratar de entenderse con los demás y otras cosas parecidas tal como le salían espontáneamente de la boca.

Pero Crescenz no se movía, permanecía de pie con la mirada perforando la alfombra, encogida de espaldas. Con una tenacidad enconada, más bien propia de un toro, mantenía la cabeza agachada, sin escuchar nada de la complaciente cháchara del barón, esperando una sola palabra que no llegaba. Y cuando él finalmente se cansó de hablar, un poco hastiado del menospreciable papel de charlatán, ella persistió en su actitud terca y muda. Luego espetó con torpeza:

—Sólo quería saber si fue el mismo señor barón quien dio a Antón el encargo de despedirme.

Lo soltó con aspereza, con enfado y rabia. Y el barón, con los nervios ya crispados, lo recibió como un golpe. ¿Era una amenaza? ¿Lo desafiaba? Y de repente se esfumaron toda la cobardía y la compasión de su interior. Todo el odio y el hastío acumulados durante semanas estallaron ardientes, junto con el deseo de terminar de una vez. Y de improviso, en un tono completamente distinto, con la fría objetividad aprendida en el ministerio, confirmó impasible que sí, sí, correcto, que en efecto había dado carta blanca al criado para disponer en todo lo referente al gobierno de la casa. Él personalmente sólo quería lo mejor para ella y procuraría revocar el despido, pero si ella se empeñaba en no adoptar una actitud amigable con el criado, entonces se vería obligado a prescindir de sus servicios.

Y haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, firmemente decidido a no amedrentarse ante ninguna alusión secreta o confidencia, con las últimas palabras sostuvo firmemente la mirada en la supuesta amenazadora mujer y la observó con decisión.

Pero la mirada que Crescenz levantó entonces tímidamente del suelo no era sino la de un animal herido que ve la jauría precipitarse sobre ella desde los matorrales.

—Gracias… —dijo con esfuerzo y voz débil—. Me voy…, no quiero ser por más tiempo una carga para el señor…

Y lentamente, sin volver la cabeza, se dirigió hacia la puerta, arrastrando los pies, encogida de hombros y con pasos rígidos y pesados.

Por la noche, cuando el barón regresó de la ópera y cogió las cartas depositadas sobre el escritorio, observó un extraño objeto rectangular. Avivó las llamas y pudo ver que se trataba de un cofrecito de madera labrada al estilo campesino. No estaba cerrado y contenía, cuidadosamente dispuestas, todas las bagatelas que Crescenz había ido recibiendo de él: algunas postales de caza, dos entradas de teatro, un anillo de plata, todo el fajo de billetes y en medio una fotografía de veinte años atrás sacada en el Tirol, en la que sus ojos, asustados claramente por el flash, miraban con la misma expresión de sorpresa y de animal apaleado que unas horas antes al despedirse.

Algo perplejo, el barón apartó el cofrecito y fue a preguntar al criado qué significaban aquellas cosas de Crescenz en su escritorio. El criado se ofreció de inmediato a ir a buscar a su enemiga para pedirle cuentas. Pero Crescenz no estaba en la cocina ni en ningún otro lugar de la casa. Y cuando al día siguiente un informe de la policía daba parte del suicidio de una mujer de unos cuarenta años que se había arrojado al Danubio desde el puente del canal, ninguno de los dos tuvo que seguir preguntándose adonde había huido Leporella.

EPISODIO EN EL LAGO LEMAN

Cerca del pueblecito suizo de Villeneuve, a orillas del lago Leman, en una noche de verano del año 1918, un pescador que había salido con su bote de remos divisó un extraño objeto en medio del lago y descubrió al acercarse a él un artilugio fabricado con maderos ensamblados que un hombre desnudo intentaba hacer avanzar con movimientos torpes, utilizando un tablón gastado como remo. El pescador se acercó a la balsa, ayudó al agotado navegante a subir a su bote, cubrió provisionalmente su desnudez con redes y a continuación intentó hablar con el hombre, tímidamente acurrucado en un rincón y temblando de frío. Pero él contestó en una lengua extranjera de la que ni una sola palabra se parecía a la suya. El compasivo pescador desistió pronto de seguir preguntando, recogió sus redes y se dirigió con rápidos golpes de remo hacia la orilla.

A medida que los contornos de la orilla se iban aclarando con la primera luz del día, empezó también a iluminarse el rostro del hombre desnudo; una risa infantil se desprendió de su ancha boca cubierta por una embrollada barba, una de sus manos se levantó indicando el otro lado y, sin cesar de preguntar y ya medio seguro de la respuesta, balbuceó una palabra que sonaba como «Rosía» y cuyo sonido se hacía más y más feliz a medida que la quilla se aproximaba a la costa. Al fin la embarcación chirrió al dar contra la orilla; las parientes femeninas del pescador, que aguardaban impacientes el húmedo botín, se dispersaron chillando —como en otro tiempo las sirvientas de Nausica— cuando descubrieron al hombre desnudo entre las redes. Poco a poco, atraídos por la singular noticia, fueron congregándose varios hombres del lugar, a los que pronto se les unió el valiente alguacil del pueblo, consciente de su dignidad y celoso en el desempeño de su cargo. Gracias a su dilatada instrucción y a su rica experiencia en tiempos de guerra, en seguida dedujo con toda seguridad que se trataba de un desertor al que la corriente había arrastrado desde la orilla francesa y se preparó de inmediato a someterlo a un interrogatorio oficial, pero esta prolija tentativa perdió muy pronto dignidad y valor por el hecho de que el hombre desnudo (al que entretanto algunos vecinos habían prestado una chaqueta y unos pantalones de tela cruda) en respuesta a toda pregunta no repetía otra cosa que su grito en forma de interrogante «¿Rosía? ¿Rosía?», cada vez más angustiado e inseguro. Un poco enojado por su fracaso, el alguacil ordenó al forastero con gestos inequívocos que lo siguiera y, acompañado por el griterío de los jóvenes del pueblo, que mientras tanto se habían despertado, el hombre empapado y con los pies desnudos, metido en una chaqueta y unos pantalones holgados, fue conducido al ayuntamiento y puesto bajo custodia. El hombre no se resistió ni dijo palabra alguna, sólo sus ojos claros se habían ensombrecido de decepción y sus altos hombros se habían encogido como por temor a un golpe.

Mientras tanto la noticia de la pesca de un hombre se había divulgado hasta llegar a los hoteles cercanos, y hombres y mujeres, felices de vivir un episodio divertido dentro de la monotonía del día, acudieron a contemplar al salvaje. Una dama le regaló bombones, que él dejó a un lado, desconfiado como un simio; un caballero le hizo una fotografía; todo el mundo hablaba y parloteaba divertido a su alrededor, hasta que el director de un gran hotel, que había vivido mucho tiempo en el extranjero y dominaba varias lenguas, dirigió la palabra al ya amedrentado forastero sucesivamente en alemán, italiano, inglés y, finalmente, en ruso. Apenas hubo oído el primer sonido de su lengua natal, el asustado forastero se iluminó, una ancha sonrisa cruzó su mansa cara de oreja a oreja y, de repente seguro y locuaz, se puso a contar todas sus peripecias. Era larga y confusa, no siempre comprensible para el improvisado intérprete en sus detalles, pero en lo esencial he aquí la historia de aquel hombre: Había combatido en Rusia y, después, un día fue cargado en vagones con otros miles de hombres y llevado muy lejos; a continuación fue embarcado con los demás y mucho más tarde atravesó regiones tan cálidas que, como él lo expresó, los huesos se reblandecían hasta convertirse en carne. Finalmente habían desembarcado en algún otro lugar, habían sido cargados de nuevo en vagones y de improviso habían recibido la orden de tomar por asalto una colina, de lo cual no podía dar más detalles porque, justo al comienzo, una bala lo había herido en la pierna. Los oyentes, para los cuales el intérprete traducía relato y respuestas, vieron claro en seguida que aquel fugitivo pertenecía a una de las divisiones rusas en Francia que habían sido enviadas al frente francés a través de medio mundo, por Siberia y Vladivostok, y todos sintieron, a la vez que una cierta compasión, la curiosidad de saber cómo se las había arreglado para realizar tan singular fuga. Con una sonrisa entre bonachona y ladina, el ruso contó gustoso que, apenas restablecido, había preguntado a los enfermeros dónde quedaba Rusia y ellos le habían indicado la dirección, que él más o menos la había seguido teniendo en cuenta la posición del sol y de las estrellas, y así se había escapado a hurtadillas, caminando de noche y de día, escondiéndose de las patrullas en pajares. Había comido fruta y mendigado pan durante diez días hasta llegar finalmente a aquel lago. Su relato se hizo entonces más confuso, pareció que el hombre, que procedía de las proximidades del lago Baikal, se había imaginado que Rusia se encontraba en la orilla opuesta, cuya línea ondulada había divisado en el crepúsculo. Lo cierto es que había robado dos maderos de una cabaña y, echado boca abajo encima de ellos, había salido al lago ayudándose con una tabla como remo, y allí lo había encontrado el pescador. La angustiosa pregunta con que terminó su confuso relato, de si al día siguiente podría estar en casa, despertó primero, apenas traducida, sonoras carcajadas a causa de la desinformación de que hacía gala, pero luego cedió el paso a una sincera compasión y todos dieron unas monedas o algunos billetes al pobre náufrago, que miraba a su alrededor desorientado y lastimero.

Entretanto, tras una consulta por teléfono, se había presentado un oficial superior de la policía de Montreux que, no sin dificultades, levantó acta del caso. Pues no sólo resultó que el improvisado intérprete no daba para más, sino que también se vio claro que para los occidentales era inconcebible la incultura de aquel hombre, cuyo saber sobre sí mismo apenas iba más allá de su nombre de pila, Borís, y que de su pueblo natal sólo era capaz de ofrecer datos de lo más embrollado, por ejemplo que sus habitantes eran siervos del príncipe Mecherski (dijo siervos, aunque esta servidumbre había sido derogada hacía una generación) y que él vivía con su mujer y sus hijos a cincuenta verstas del gran lago. Entonces empezaron las deliberaciones sobre su destino: él en medio de los litigantes, con la cabeza baja y la mirada perdida; unos decían que había que transferirlo a la embajada rusa de Berna, otros temían que tal medida significara devolverlo a Francia; el oficial de policía explicó que toda la dificultad del asunto residía en saber si había que tratarlo como desertor o como extranjero indocumentado; el secretario del ayuntamiento rechazó desde el principio la posibilidad de alimentar y albergar allí al forastero. Un francés exasperado dijo a gritos que no debían andarse con tantas monsergas con el miserable fugitivo, que trabajara o que lo reexpidieran; dos mujeres objetaron que no tenía la culpa de su desgracia, que era un crimen enviar a la gente fuera de su patria, a un país extranjero. Aquel incidente fortuito ya amenazaba con originar una contienda política cuando, de repente, intervino un anciano danés para declarar enérgicamente que él pagaría la manutención de aquel hombre durante ocho días y que, en el ínterin, las autoridades deberían llegar a un acuerdo con la legación; una solución inesperada que satisfizo tanto a la parte oficial como a la privada.

Durante la discusión, cada vez más encendida, la tímida mirada del fugitivo se había ido levantando poco a poco del suelo y había quedado suspendida de los labios del director del hotel, el único de aquel tumulto que podía explicarle qué destino le esperaba. Aunque de modo confuso, parecía darse cuenta del revuelo que su presencia había levantado, y cuando decreció el alboroto de voces, sin pensarlo demasiado y en medio del silencio, levantó las manos hacia aquel hombre en actitud suplicante, como hacen las mujeres ante una imagen santa. Lo conmovedor de este gesto impresionó a todos los presentes. El director se le acercó cordial y lo tranquilizó diciéndole que no debía temer nada, que podía quedarse allí sin ser molestado, que en el hotel se ocuparían de él en adelante. El ruso quiso besarle la mano, pero el otro la retiró retrocediendo con prontitud. Luego le indicó la casa contigua, una pequeña fonda de pueblo, donde encontraría mesa y cama, lo tranquilizó de nuevo con palabras amables y, despidiéndolo amigablemente con la mano, se dirigió a su hotel calle arriba.

El fugitivo lo siguió inmóvil con la vista y, a medida que se alejaba el único que comprendía su lengua, su rostro, que ya se había animado un poco, se ensombrecía de nuevo. Con ojos desmayados lo siguió hasta verlo desaparecer en el elevado hotel sin prestar atención a los demás, que lo contemplaban con asombro y se reían de su extraño comportamiento. Después, cuando un alma compasiva lo tocó y le indicó el hostal, sus pesados hombros se desmoronaron como quien dice y cruzó el umbral con la cabeza gacha. Le abrieron el bar. Se arrimó a la mesa, donde la camarera, como saludo, depositó un vaso de aguardiente, y permaneció allí sentado toda la mañana, sin moverse y con la mirada velada. Los niños del pueblo no se cansaban de espiarlo a través de la ventana, riendo y gritándole cosas. Él no levantó la cabeza. Los clientes que entraban lo observaban con curiosidad; él permanecía sentado con la espalda encorvada y los ojos, como embelesados, fijos en la mesa, tímido y vergonzoso. Y al mediodía, cuando a la hora de comer un enjambre de clientes llenó el local con risas, cientos de voces que no comprendía zumbaron a su alrededor y él, percatándose con espanto de su condición de extranjero, se vio sordo y mudo en medio de aquella agitación general, sus manos empezaron a temblar de tal manera que apenas podía sostener la cuchara de la sopa. De pronto una gruesa lágrima se deslizó por su mejilla y cayó pesada sobre la mesa. Miró tímidamente a su alrededor. Los demás se habían dado cuenta y callaron de repente. Y él sintió vergüenza e inclinó aún más su pesada y desgreñada cabeza hacia la madera negra de la mesa.

Permaneció así sentado hasta el atardecer. La gente entraba y salía, pero él no se percataba de nadie ni nadie reparaba en él: era una sombra a la sombra de la estufa, con la manos apuntaladas con fuerza sobre la mesa. Todos lo olvidaron y nadie se dio cuenta cuando, en medio del crepúsculo, se levantó y, sigiloso como un animal, subió por el camino del hotel. Permaneció allí una o dos horas ante la puerta, sosteniendo respetuosamente la gorra en la mano, sin dirigir la mirada a nadie. Finalmente aquella singular figura que, rígida y negra, había echado raíces como un tronco de árbol ante la entrada iluminada del hotel llamó la atención de un botones, que fue a buscar al director. De nuevo una ligera claridad iluminó el sombrío rostro cuando lo saludó su lengua materna.

—¿Qué quieres, Borís? —preguntó el director.

—Os ruego que me disculpéis —balbuceó el fugitivo—, sólo querría saber si… se me permite irme a casa.

—Desde luego, Borís, claro que puedes irte a casa —sonrió el interpelado.

—¿Mañana mismo?

El otro se puso serio. La sonrisa se borró de su cara al oír aquellas palabras dichas en tono tan suplicante.

—No, Borís…, todavía no. No antes de que termine la guerra.

—¿Y cuándo? ¿Cuándo terminará la guerra?

—Sólo Dios lo sabe. Los humanos no lo sabemos.

—¿Y antes? ¿No puedo irme antes?

—No, Borís.

—¿Está muy lejos?

—Sí.

—¿Cuántos días?

—Muchos.

—Me iré igualmente, señor. Soy fuerte. No me canso.

—Pero no puedes, Borís. Hay una frontera de por medio.

—¿Una frontera? —miraba con expresión pasmada. Desconocía aquella palabra. Luego dijo con su singular obstinación: —La cruzaré a nado.

El director esbozó una sonrisa. Sin embargo, le dio pena y le aclaró afablemente:

—No, Borís, es imposible. Una frontera es un país extranjero. No te la dejarán cruzar.

—¡Pero si no les haré nada! He tirado el fusil. ¿Por qué no me van a dejar ir con mi mujer, si se lo pido por el amor de Cristo?

El director se iba poniendo cada vez más serio. Empezaba a sentir amargura.

—No —dijo—, no te dejarán pasar, Borís. Los hombres ya no escuchan la palabra de Cristo.

—Pero ¿qué voy a hacer, señor? ¡No puedo quedarme aquí! La gente no me entiende y yo no la entiendo a ella.

—Aprenderás la lengua, Borís.

—No, señor —dijo el ruso agachando aún más la cabeza—, soy incapaz de aprender nada. Sólo sé trabajar en el campo, nada más. ¿Qué voy a hacer aquí? ¡Quiero irme a casa! ¡Muéstreme el camino!

—Ahora no hay camino, Borís.

—Pero, señor, no pueden prohibirme volver a casa con mi mujer y mis hijos. ¡Ya no soy soldado!

—Sí pueden, Borís.

—¿Y el zar? —preguntó de pronto, temblando de esperanza y de respeto.

—Ya no hay zar, Borís. Lo han depuesto.

—¿Que no hay zar? —miró al otro con ojos atónitos. Una última luz se extinguió en su mirada y dijo con voz cansada: —¿Entonces no puedo volver a casa?

—Todavía no. Tienes que esperar, Borís.

—¿Mucho?

—No lo sé.

El rostro de Borís se iba ensombreciendo cada vez más en la oscuridad:

—¡Ya he esperado mucho! No puedo esperar más. ¡Muéstreme el camino! ¡Lo intentaré!

—No hay camino, Borís. En la frontera te arrestarán. Quédate aquí, te encontraremos un trabajo.

—La gente de aquí no me entiende y yo no la entiendo a ella —repitió obstinado—. ¡No puedo vivir aquí! ¡Ayúdeme, señor!

—No puedo, Borís.

—¡Por Cristo, ayúdeme, señor! ¡Ayúdeme, no lo soporto más!

—No puedo, Borís. Nadie puede ayudar a los demás ahora.

Permanecieron en silencio uno frente al otro. Borís daba vueltas a la gorra en las manos.

—Entonces, ¿por qué me han sacado de casa? Decían que debía defender a Rusia y al zar. Pero Rusia está lejos de aquí y usted dice que al zar lo han… ¿Qué ha dicho?

—Depuesto.

—Depuesto —repitió la palabra sin comprenderla—. ¿Qué voy a hacer ahora, señor? ¡Debo irme a casa! ¡No puedo vivir aquí! ¡Ayúdeme, señor! ¡Ayúdeme!

—No puedo, Borís.

—¿Y nadie puede ayudarme?

—Ahora no.

El ruso agachaba cada vez más la cabeza. De pronto dijo con voz apagada:

—Gracias, señor —y dio media vuelta.

Bajó por el camino lentamente. El director lo siguió un buen trecho con la mirada y le extrañó que no se dirigiera al hostal, sino que bajara los peldaños hacia el lago.

Quiso la casualidad que al día siguiente el mismo pescador descubriera el cuerpo desnudo del ahogado. Había dejado cuidadosamente doblados en la orilla la chaqueta y los pantalones que le habían prestado y había entrado en el agua tal como había salido de ella. Se levantó acta del suceso y, como nadie conocía el nombre del extranjero, colocaron una cruz barata en su tumba, una de aquellas crucecitas sobre un destino anónimo con las que está ahora cubierta Europa de un extremo al otro.

5. LOS BUSCADORES DE TESOROS (WASHINGTON IRVING)

ÍNDICE

La puerta del infierno
Kidd el pirata
El diablo y Tomás Walker
Wolfert Webber o los sueños dorados
La aventura del negro pescador

LA PUERTA DEL INFIERNO

A unos diez kilómetros de la célebre ciudad de Manhattoes, en aquel brazo de mar que queda entre el continente y Nassau o Long Island, se encuentra una angostura donde la corriente queda violentamente comprimida entre los promontorios que se proyectan hacia el mar y las rocas que forman numerosos peñascales. En el mejor de los casos, por ser una corriente violenta e impetuosa, ataca estos obstáculos con poderosa rabia: hirviendo en torbellinos con ruido ensordecedor y deshaciéndose en olas; rabiando y rugiendo en fuerte oleaje; en una palabra, cayendo en un paroxismo equivocado. En esas ocasiones, ¡ay de la desgraciada embarcación que se aventurase entre sus garras!

Sin embargo, este humor malvado prevalece en ciertos momentos de la marea. Cuando el agua está baja, por ejemplo, es tan pacífico que da gusto verlo; pero tan pronto sube aquélla, empieza a enojarse; a media marca ruje potentemente, como un marinero que pide más alcohol, y cuando la marea ha llegado a su altura máxima, duerme tan tranquilamente como un alcalde después de la comida. Puede comparársele con una persona dada a la bebida que se comporta pacíficamente mientras no bebe o no ha tomado todavía lo suficiente, pero que se parece al mismo diablo cuando ha terminado el viaje.

Este pequeño estrecho, tan poderoso, tan gritón, tan bebedor, capaz de sacar a uno de sus casillas, era un lugar de gran peligro para los antiguos navegantes holandeses, puesto que sacudía sus barcas en forma de bañera, deteniéndolas en remolinos capaces de marear a cualquiera que no fuera un holandés, o, lo que ocurría con frecuencia, colocándolas sobre rocas y restingas. Es lo que hizo con la célebre escuadra de Oloffre «El Soñador», cuando buscaba un lugar para fundar la ciudad de Manhattoes, con lo que, de puro avergonzados, decidieron llamar al lugar Hell-Gate (Puerta del Infierno), encomendándolo solemnemente al diablo. Desde entonces esa denominación ha pasado al inglés con el nombre correcto de Hell-Gate, que significa lo mismo, aunque algunos, que no saben inglés ni holandés, lo traducen por Hurl-Gate (Puerta o estrecho de los rizos). ¡Que San Nicolás los confunda!

En mi niñez el estrecho de Hell-Gate era un lugar que nos infundía mucho miedo, y en el cual emprendíamos peligrosas aventuras, pues tengo algo de marinero. En esos pequeños mares corrí más de una vez el riesgo de naufragar y ahogarme, en el curso de ciertos viajes a los cuales era muy aficionado, junto con otros chiquillos holandeses.

En parte por el nombre y en parte por diferentes circunstancias que se relacionaban con el lugar, éste tenía para los ojos de mis compañeros y los míos, quizá porque íbamos por allí cuando faltábamos a la escuela, un aspecto más terrorífico que el que presentaba Escila y Caribdis de los tiempos de Maricastaña.

En medio del estrecho, cerca de un grupo de rocas llamadas Las Gallinas y Los Pollos, se encontraba el casco de una embarcación que, atrapada por los remolinos, había encallado allí. Se contaba una terrible historia, según la cual era el resto de una embarcación pirata que se había dedicado a sangrientas empresas. No puedo recordar ahora en sus detalles ese relato que nos inducía a considerarla con gran terror, y mantenernos alejados de ella durante nuestras excursiones.

El desolado aspecto del casco abandonado y el terrible lugar donde acababa de pudrirse, eran suficientes para provocar las más extrañas ideas. Una parte del maderamen ennegrecido por el tiempo destacábase por encima de la superficie del agua en la alta marea; en la baja, quedaba al aire libre una parte considerable del casco mostrando el maderamen que carecía de las planchas de unión, pero que estaba cubierto de algas, por lo que parecía el esqueleto de algún monstruo marino. Todavía se mantenía erguido un pedazo de alguno de los mástiles, del cual colgaban algunas vergas y motones, que bailaban zamarreados por el viento, haciendo un ruido al que acompañaban los albatros, que giraban y gritaban alrededor del melancólico esqueleto. Tengo un vago recuerdo de un cuento, relatado por marineros, acerca de fantasmas que aparecían de noche en el casco, con el cráneo desnudo y fosforescencias azules en sus órbitas, pero he olvidado todos los detalles.

De hecho, toda esta región, como el estrecho ya citado de los tiempos de Maricastaña, era un lugar de fábula y encantamiento para mí. Desde el Estrecho hasta Manhattoes, las costas de aquel brazo de mar eran sumamente irregulares, llenas de rocas, entre las cuales crecían los árboles, que le daban un aspecto desolado y romántico. Durante mi niñez se relataban numerosas tradiciones acerca de piratas, fantasmas, contrabandistas y dinero enterrado, todo lo cual tenía un efecto maravilloso sobre las jóvenes mentes de mis compañeros y la mía propia.

Cuando llegué a la edad madura, efectué diligentes investigaciones acerca de la veracidad de estos extraños relatos, pues siempre he tenido mucha curiosidad por averiguar el fundamento de las valiosas aunque obscuras tradiciones de la provincia donde nací. Encontré infinitas dificultades para llegar a cualquier dato preciso. Es increíble el número de fábulas que hallé al tratar de establecer la verdad de un solo hecho. Nada diré de las Piedras del Diablo —sobre las cuales el archienemigo del género humano se retiró desde Connecticut hasta Long Island, a través del estrecho — en vista de que esta materia será tratada como merece por un contemporáneo con cuya amistad me honro, historiador al cual he suministrado todos los detalles. Tampoco diré nada del hombre negro con el sombrero de tres picos, sentado al timón de un bote y que aparecía en Hell-Gate durante el tiempo tormentoso; se llamaba el spooke; se dice que el gobernador Stuyvesaent disparó una vez con una bala de plata. Nada puedo opinar sobre esto por no haber encontrado ninguna persona de confianza que afirmase haberlo visto, a no ser la viuda de Manus Conklen, el herrero de Frogasnesk, pero la pobre mujer era un poco cegatona, por lo que es probable que se equivocara, aunque decían que en la obscuridad veía más lejos que la mayoría de la gente.

Sin embargo, todo esto era muy poco satisfactorio en lo que respecta a la leyenda de piratas y sus tesoros enterrados, acerca de lo cual yo tenía la mayor curiosidad. Lo que sigue, es lo único que he podido oír y que tiene ciertos visos de autenticidad.

KIDD EL PIRATA

Hace muchos años, poco tiempo después de haber tenido que entregar su Muy Poderosa Majestad el Señor Protector de los Estados Generales de Flandes el territorio de la Nueva Holanda al rey Carlos II de Inglaterra, mientras el territorio se encontraba todavía en un estado de general inquietud, esta provincia era el refugio de numerosos aventureros, gente de vida dudosa y de toda clase de caballeros de industria y de sujetos que miran con disgusto las limitaciones antiguas, impuestas por la ley y los diez mandamientos. Los más notables entre aquéllos eran los bucaneros, hienas del mar que tal vez en tiempo de guerra se habían educado en la escuela del corso, pero que habiendo sentido una vez la dulzura del saqueo, habían conservado para siempre la inclinación por ello. Hay muy poca distancia entre el marino que hace el corso y el pirata.

Ambos luchan por amor del saqueo, sólo que el último es el más bravo, pues afronta al enemigo y a la horca.

Sea como quiera, en cualquier escuela que se hubieran educado, los bucaneros que rondaban por las colonias inglesas eran gentes audaces que aun en tiempos de paz causaban enormes perjuicios a las colonias y a los barcos mercantes españoles. Todo contribuía a convertir aquella región en el punto de cita de los piratas, donde podían vender el botín y concertar nuevas maldades: el fácil acceso de la bahía de Manhattoes, el gran número de abras de sus costas y la poca vigilancia que ejercía un gobierno apenas organizado. Mientras trajeron con ellos ricos y variados cargamentos, todo el lujo de los trópicos, y el suntuoso botín de las provincias españolas, vendiéndolo con la despreocupación característica de todos los filibusteros, fueron siempre bienvenidos para los avisados comerciantes de Manhattoes. En pleno día se podía ver por las calles de la pequeña ciudad a estos desesperados, renegados de todos los climas y de todos los países de la tierra, tropezando con los tranquilos mijnheers, vendiendo su extraño botín por la mitad o un cuarto del precio a los inteligentes comerciantes, para gastarlo después en las tabernas, bebiendo, jugando, cantando, jurando, gritando y escandalizando a la vecindad con peleas de media noche y diversiones de rufianes.

Finalmente estos excesos llegaron a tales extremos que se convirtieron en un escándalo y pedían a gritos que interviniera el gobierno. De acuerdo con esto se tomaron medidas para atajar el mal que ya había tomado considerable incremento y exterminar esta gusanería de la colonia.

Entre los agentes empleados para llevar a cabo este propósito se encontraba el tristemente famoso Capitán Kidd. Era un carácter equívoco, uno de esos indescriptibles animales del océano que no vuelan y que no son ni carne ni pescado. Tenía algo de comerciante, un poco más de contrabandista y ribetes de redomado pícaro. Durante muchos años había comerciado con los piratas en una embarcación muy veloz y de poco tonelaje, que podía entrar en toda clase de aguas. Conocía todos los puntos donde se ocultaban los piratas; se encontraba siempre efectuando un viaje misterioso, tan ocupado como polluelos en una tormenta. Este obscuro personaje fue elegido por el gobierno para dar caza a los piratas, de acuerdo con el viejo proverbio según el cual lo mejor para deshacerse de un perro es echarle otro.

Kidd salió de Nueva York en 1695, en un barco llamado «La Galera de la Aventura», bien armado y debidamente provisto de su patente de corso. Al llegar a uno de sus numerosos refugios, estableció nuevas condiciones para su tripulación, incorporó algunos de sus viejos camaradas, gente de armas tomar, y se dirigió al Oriente. En lugar de perseguir a los piratas se dirigió a la isla de Madera, Bonavista y Madagascar, llegando hasta la entrada del Mar Rojo. Aquí, entre otras muchas fechorías, capturó una embarcación ricamente cargada, cuya tripulación era árabe, pero su capitán era inglés. Kidd era muy capaz de hacer pasar esto por una hazaña, puesto que se trataba de una especie de cruzada contra los infieles, pero el gobierno había perdido ya hacía mucho tiempo todo entusiasmo por esos triunfos cristianos. Después de haber recorrido todos los mares, vendiendo el producto de sus robos y cambiando varias veces de barco, Kidd tuvo la audacia de volver a Boston, cargado de botín, con una tripulación atrevida que le pisaba los talones.

Sin embargo, los tiempos habían cambiado. Los bucaneros ya no podían impunemente mostrar sus barbas en las colonias. El nuevo gobernador, lord Bellamont, se había distinguido por su celo en extirparlos; tenía mayor razón en estar enojado con Kidd por haber contribuido al nombramiento de éste para que persiguiera a los piratas; en cuanto apareció en Boston se dio la alarma y se tomaron medidas para arrestarlo. Sin embargo, el carácter audaz de Kidd y los esfuerzos desesperados de los compañeros, que le seguían como perros de presa, condujeron a que el arresto no fuera inmediato. Se dice que se aprovechó de este tiempo para enterrar gran parte de sus tesoros, y se paseaba después con la cabeza alta por las calles de Boston. Cuando se le arrestó intentó defenderse, pero fue desarmado y llevado a la prisión junto con sus compañeros. Era tan formidable la fama de estos piratas y su tripulación, que se creyó aconsejable despachar una fragata para llevar a él y sus compañeros a Inglaterra. En vano se hicieron esfuerzos para arrancarle de las manos de la justicia; él y sus compañeros fueron juzgados, condenados y ahorcados en Londres. Kidd tardó en morir, pues la cuerda que rodeaba su cuello se rompió bajo su peso. Se le ató por segunda vez de una manera más efectiva. Sin duda de ahí proviene la leyenda según la cual Kidd tenía la vida encantada, y se le había ahorcado dos veces.

Tales son los hechos principales de la vida del Capitán Kidd, que han dado origen a una gran maraña de tradiciones. La noticia de que había enterrado grandes tesoros de oro y joyas antes de ser arrestado, puso en conmoción a todos los buenos habitantes de la costa. Se oían rumores y más rumores, según los cuales se habían encontrado grandes sumas de dinero en monedas con inscripciones moriscas, sin duda botín de sus fechorías en Oriente, pero que el común de la gente consideraba con un terror supersticioso, tomando las letras árabes por caracteres diabólicos o mágicos.

Algunos decían que el tesoro había sido enterrado en varios lugares solitarios y deshabitados cerca de Plymouth y el Cabo Cod, pero gradualmente se empezó a citar otros lugares del país, no sólo en la costa oriental, sino también a lo largo del brazo de mar, llegando a tejer una leyenda áurea referente a Manhattoes y Long Island. De hecho, las rigurosas medidas de lord Bellamont produjeron una repentina zozobra entre los bucaneros que se encontraban en aquel momento repartidos por toda la provincia. Ocultaron su dinero y sus joyas en lugares apartados, a lo largo de las costas deshabitadas de los ríos y del mar, dispersándose ellos mismos por todo el territorio. La acción de la justicia impidió que muchos de ellos volvieran alguna vez a desenterrar lo que habían ocultado, meta desde entonces de los buscadores de tesoros.

Éste es el origen de los frecuentes relatos acerca de rocas o árboles que llevan extraños signos, que se supone indican el lugar donde hay enterrado dinero; muchos han buscado y pocos encontrado el botín de los piratas. En todas las historias, referentes a estas empresas, el diablo desempeñaba un gran papel. O se ganaba su amistad mediante diversas ceremonias e invocaciones, o se celebraba con él algún pacto solemne. De todas maneras, siempre se inclinaba a jugar alguna mala partida a los buscadores de tesoros. Algunos cavaban hasta llegar a un cofre de hierro, cuando, casi invariablemente, ocurría algo extraño e imprevisto. De repente la tierra se desplomaría llenando la excavación, o los buscadores de tesoros huirían aterrorizados ante algún extraño ruido o alguna aparición; algunas veces aparecía el mismo diablo, para llevarse el botín que parecía estar finalmente al alcance de los buscadores, que, sin embargo, al día siguiente no encontrarían el menor rastro de sus trabajos de la noche anterior.

No obstante, todos estos rumores eran extremadamente vagos y excitaban mi curiosidad sin satisfacerla. Nada hay en este mundo tan difícil de alcanzar como la verdad, y no hay nada en el mundo que me interese fuera de ella. Entre los viejos habitantes de la provincia, eran particularmente las viejas holandesas de la misma mi fuente favorita de información auténtica. Pero aunque me enorgullezco de saber más que ninguna otra persona acerca del folklore de mi provincia natal, durante mucho tiempo mis investigaciones no condujeron a ningún resultado substancial.

Finalmente, ocurrió que un día el azar me deparó un interesante hallazgo. Era al fin del verano, cuando me encontraba descansando de la fatiga mental producida por algunos intensos estudios, dedicado a la pesca en uno de aquellos ríos que habían sido el lugar predilecto de mi juventud, en compañía de varios notables burgers de mi ciudad natal, entre los cuales había más de un ilustre miembro de esa corporación, cuyo nombre, si yo me atreviera a citarlo, honraría estas pobres páginas. Nuestro deporte nos era indiferente. Los peces estaban empeñados por lo visto en no morder el anzuelo, y aunque cambiamos varias veces de lugar, no tuvimos mejor suerte. Al fin anclamos cerca de una fila de rocas, sobre la costa oriental de la isla de Manhattan. Era un día cálido y sin viento. El río corría sin oleaje y sin formar torbellinos; todo estaba tan tranquilo y quieto, que casi nos asombraba cuando algún pájaro abandonaba el árbol donde se encontraba, hendía después el aire y se precipitaba al agua para buscar su presa. Mientras cabeceábamos en nuestro bote, semiadormecidos por la cálida tranquilidad del día y la forzada ociosidad de nuestro deporte, uno de los notables, concejal de la ciudad, mientras le dominaba el sueño, dejó que se hundiera su caña de pescar. Al despertarse, le pareció que había pescado algo gordo, a juzgar por el peso. Al subirlo a la superficie encontramos, con gran sorpresa nuestra, que era una pistola, de modelo muy extraño y curioso, que por la herrumbre que la cubría y por estar carcomida la culata y cubierta de conchas, debía encontrarse en el agua desde hacía mucho tiempo. La inesperada aparición de aquel instrumento de lucha fue motivo de amplias especulaciones entre mis pacíficos compañeros. Uno supuso que había caído al agua durante la guerra de la Independencia; otro, de la forma peculiar del arma, dedujo que provenía de los primeros viajeros que visitaron la colonia, tal vez el famoso Adrián Block, que exploró el brazo de mar y descubrió la isla que lleva su nombre, tan famosa ahora por sus quesos. Pero un tercero, después de observarla durante algún tiempo, afirmó que era de origen español. «Aseguraría —dijo— que si esa pistola pudiera hablar, nos contaría extrañas historias de encarnizadas luchas con los caballeros españoles. No tengo la menor duda que es una reliquia de los viejos tiempos de los bucaneros. ¿Quién sabe si no perteneció al mismo Kidd?».

«Ah, ese Kidd era un hombre audaz —exclamó un ballenero del Cabo Cod, de enérgicas facciones—. Conozco una vieja canción acerca de él:

Mi nombre es capitán Kidd
Cuando yo recorría los mares
Cuando yo recorría los mares

»Y sigue refiriendo cómo ganó el favor del diablo enterrando la Biblia:

Tenía la Biblia en la mano,
Cuando yo recorría los mares,
Y la enterré en la arena,
Cuando yo recorría los mares.

»A propósito, recuerdo una historia de un hombre que una vez desenterró un tesoro del Capitán Kidd; la escribió un vecino mío y yo la aprendí de memoria. Como los peces no pican, se la contaré a ustedes ahora, para pasar el tiempo». —Y diciendo esto nos relató la siguiente historia.

EL DIABLO Y TOMÁS WALKER

En Massachusetts, a unos pocos kilómetros de Boston, el mar penetra a gran distancia tierra adentro, partiendo de la Bahía de Charles, hasta terminar en un pantano, muy poblado de árboles. A un lado de esta ría se encuentra un hermoso bosquecillo, mientras que del otro la costa se levanta abruptamente, formando una alta colina, sobre la cual crecían algunos árboles de gran edad y no menor tamaño. De acuerdo con viejas leyendas, debajo de uno de estos gigantescos árboles se encontraba enterrada una parte de los tesoros del Capitán Kidd, el pirata. La ría permitía llevar secretamente el tesoro en un bote, durante la noche, hasta el mismo pie de la colina; la altura del lugar dejaba, además, realizar la labor, observando al mismo tiempo que no andaba nadie por las cercanías, y los corpulentos árboles reconocer fácilmente el lugar. Además, según viejas leyendas, el mismísimo diablo presidió el enterramiento del tesoro y lo tomó bajo su custodia; se sabe que siempre hace esto con el dinero enterrado, particularmente cuando ha sido mal habido. Sea como quiera, Kidd nunca volvió a buscarlo, pues fue detenido poco después en Boston, enviado a Inglaterra y ahorcado allí por piratería.

Por el año 1727, cuando los terremotos se producían con cierta frecuencia en la Nueva Inglaterra, y hacían caer de rodillas a muchos orgullosos pecadores, vivía cerca de este lugar un hombre flaco y miserable, que se llamaba Tomás Walker. Estaba casado con una mujer tan miserable como él: ambos lo eran tanto, que trataban de estafarse mutuamente. La mujer trataba de ocultar cualquier cosa sobre la que ponía las manos; en cuanto cacareaba una gallina, ya estaba ella al quién vive, para asegurarse el huevo recién puesto. El marido rondaba continuamente, buscando los escondrijos secretos de su mujer; abundaban los conflictos ruidosos acerca de cosas que debían ser propiedad común. Vivían en una casa, dejada de la mano de Dios, que tenía un aspecto como si se estuviera muriendo de hambre. De su chimenea no salía humo; ningún viajero se detenía a su puerta; llamaban suyo un miserable caballejo, cuyas costillas eran tan visibles como los hierros de una reja. El pobre animal se deslizaba por el campo, cubierto de un pasto corto, del cual sobresalían rugosas piedras, que si bien excitaba el hambre del animal no llegaba a calmarla; muchas veces sacaba la cabeza fuera de la empalizada, echando una mirada triste sobre cualquiera que pasase por allí, como si pidiera que le sacase de aquella tierra de hambre. Tanto la casa como sus moradores tenían mala fama. La mujer de Tomás era alta, de malísima intención, de un temperamento fiero, de larga lengua y fuertes brazos. Se oía a menudo su voz en una continua guerra de palabras con su marido: su cara demostraba que esas disputas no se limitaban a simples dimes y diretes. Sin embargo, nadie se atrevía a interponerse entre ellos. El solitario viajero se encerraba en sí mismo al oír aquel escándalo y rechinar de dientes, observaba a una cierta distancia aquel refugio de malas bestias y se apresuraba a seguir su camino, alegrándose, si era soltero, de no estar casado.

Un día, Tomás Walker, que había tenido que dirigirse a un lugar distante, cortó camino, creyendo ahorrarlo, a través del pantano. Como todos los atajos, estaba mal elegido. Los árboles crecían muy cerca los unos de los otros, alcanzando algunos los treinta metros de altura, debido a lo cual, en pleno día, debajo de ellos parecía de noche, y todas las lechuzas de la vecindad se refugiaban allí. Todo el terreno estaba lleno de baches, en parte cubiertos de bejucos y musgo, por lo que a menudo el viajero caía en un pozo de barro negro y pegadizo; se encontraban también charcos de aguas obscuras y estancadas, donde se refugiaban las ranas, los sapos y las serpientes acuáticas, y donde se pudrían los troncos de los árboles semisumergidos, que parecían caimanes tomando el sol.

Tomás seguía eligiendo cuidadosamente su camino a través de aquel bosque traicionero; saltando de un montón de troncos y raíces a otro, apoyando los pies en cualquier precario pero firme montón de tierra; otras veces se movía sigilosamente como un gato, a lo largo de troncos de árboles que yacían por tierra; de cuando en cuando le asustaban los gritos de los patos silvestres, que volaban sobre algún charco solitario. Finalmente llegó a tierra firme, a un pedazo de tierra que tenía la forma de una península, que se internaba profundamente en el pantano. Allí se habían hecho fuertes los indios durante las guerras con los primeros colonos. Allí habían construido una especie de fuerte, que ellos consideraron inexpugnable y que utilizaron como refugio para sus mujeres e hijos. Nada quedaba de él, sino una parte de la empalizada, que gradualmente se hundía en el suelo, hasta quedar a su mismo nivel, en parte cubierto ya por los árboles del bosque, cuyo follaje claro se distinguía nítidamente del otro más oscuro de los del pantano.

Ya estaba bastante avanzada la tarde, cuando Tomás Walker llegó al viejo fuerte, donde se detuvo para descansar un rato. Cualquier otra persona hubiera sentido una cierta aversión a descansar allí, pues el común de las gentes tenía muy mala opinión del lugar, la que provenía de historias de los tiempos de las guerras con los indios; se aseguraba que los salvajes aparecían por allí y hacían sacrificios al Espíritu Malo.

Sin embargo, Tomás Walker no era hombre que se preocupara de relatos de esa clase. Durante algún tiempo se acostó en el tronco de un árbol caído, escuchó los cantos de los pájaros y con su bastón se dedicó a formar montones de barro. Mientras inconscientemente revolvía la tierra, su bastón tropezó con algo duro. Lo sacó de entre la tierra vegetal y observó con sorpresa que era un cráneo, en el cual estaba firmemente clavada un hacha india. El estado de arma demostraba que había pasado mucho tiempo desde que había recibido aquel golpe mortal. Era un triste recuerdo de las luchas feroces de que había sido testigo aquel último refugio de los aborígenes.

—Vaya —dijo Tomás Walker, mientras de un puntapié trataba de desprender del cráneo los últimos restos de tierra.

—Deje ese cráneo —oyó que le decía una voz gruesa. Tomás levantó la mirada y vio a un hombre negro, de gran estatura, sentado en frente de él, en el tronco de otro árbol. Se sorprendió muchísimo, pues no había oído ni escuchado acercarse a nadie; pero más se asombró al observar atentamente a su interlocutor, tanto como lo permitía la poca luz, y comprender que no era negro ni indio. Es cierto que su vestido recordaba el de los aborígenes y que tenía alrededor del cuerpo un cinturón rojo, pero el color de su rostro no era ni negro ni cobrizo, sino sucio obscuro, y manchado de hollín, como si estuviera acostumbrado a andar entro el fuego y las fraguas. Un mechón de pelo hirsuto se agitaba sobre su cabeza en todas direcciones; llevaba un hacha sobre los hombros.

Durante un momento observó a Tomás con sus grandes ojos rojos.

—¿Qué hace usted en mis terrenos? —preguntó el hombre tiznado, con una voz ronca y cavernosa.

—¡Sus terrenos! —exclamó burlonamente Tomás.

—Son tan suyos como míos; pertenecen al diácono Peabody.

—Maldito sea el diácono Peabody —dijo el extraño individuo—; ya me he prometido que así será, si no se fija un poco más en sus propios pecados y menos en los del vecino. Mire hacia allí y verá cómo le va al diácono Peabody.

Tomás miró en la dirección que indicaba aquel extraño individuo y observó uno de los grandes árboles, bien cubierto de hojas, por su parte exterior, pero cuyo tronco estaba enteramente carcomido, tanto que debía estar enteramente hueco, por lo que lo derribaría el primer viento fuerte. Sobre la corteza del árbol estaba grabado el nombre del diácono Peabody, un personaje eminente, que se había enriquecido mediante ventajosos negocios con los indios. Tomás echó una mirada alrededor y notó que la mayoría de los altos árboles estaban marcados con el nombre de algún encumbrado personaje de la colonia y que todos ellos estaban próximos a caer. El tronco sobre el cual estaba sentado parecía haber sido derribado hacía muy poco tiempo; llevaba el nombre de Growninshield; Tomás recordó que era un poderoso colono, que hacía gran ostentación de sus riquezas, de las cuales se decía que habían sido adquiridas mediante actos de piratería.

—Está pronto para el fuego —dijo el hombre negro, con aire de triunfo —. Como usted ve, estoy bien provisto de leña para el invierno.

—¿Pero qué derecho tiene usted a cortar árboles en las tierras del diácono Peabody? —preguntó Tomás asombrado.

—El derecho que proviene de haber ocupado anteriormente estas tierras —respondió el otro—. Me pertenecían antes de que ningún hombre blanco pusiera el pie en esta región.

—¿Quién es usted, si se puede saber? —preguntó Tomás.

—Me conocen por diferentes nombres. En algunos países soy el cazador furtivo; en otros, el minero negro. En esta región me llaman el leñador negro. Soy aquél a quien los hombres de bronce consagraron este lugar, y en honor del cual alguna que otra vez asaron un hombre blanco, puesto que gusto del olor de los sacrificios. Desde que los indios han sido exterminados por vosotros, los salvajes blancos, me divierto presidiendo las persecuciones de cuáqueros y anabaptistas. Soy el protector de los negreros y Gran Maestre de las brujas de Salem.

—En pocas palabras, si no estoy equivocado —dijo Tomás audazmente—, usted es el mismísimo demonio, como se le llama corrientemente.

—Él mismo, a sus órdenes —respondió el hombre negro, con una inclinación de cabeza que quería ser cortés.

Así empezó esta conversación de acuerdo con la antigua leyenda, aunque parece demasiado pacífica para que podamos creerla. Uno se siente tentado a pensar que un encuentro con tal personaje, en un lugar tan desolado y lejos de toda habitación humana, era para hacer saltar los nervios de cualquier hombre, pero Tomás era de temple férreo, no se asustaba fácilmente, y había vivido tanto tiempo con una harpía, que ya no temía ni al mismo diablo.

Se cuenta que después de estas palabras iniciales, mientras Tomás seguía su camino hacia su casa, ambos personajes mantuvieron una larga y seria conferencia. El hombre negro le habló de grandes sumas de dinero, enterradas por Kidd el pirata bajo los árboles de la colina, no lejos del pantano. Todos estos tesoros estaban a disposición del hombre negro, quien los había puesto bajo su custodia. Ofreció dárselos a Tomás, por sentir una cierta inclinación hacia él, pero sólo en determinadas condiciones.

Es fácil imaginarse qué condiciones eran éstas, aunque Tomás nunca se las confesó a nadie. Deben haber sido muy duras, pues pidió tiempo para pensarlas, aunque no era hombre que se detuviera en niñerías tratándose de dinero. Cuando llegaron al límite del pantano, el extraño individuo se detuvo.

—¿Qué prueba tengo yo de que usted me ha dicho la verdad? —dijo Tomás.

—Aquí está mi firma —repuso el hombre negro, poniendo uno de sus dedos sobre la frente de Tomás. Dicho esto dio vuelta, se dirigió a la parte más espesa del bosque y pareció, por lo menos así lo contaba Tomás, como si se hundiera en la tierra, hasta que no se vio más que los hombros y la cabeza, desapareciendo finalmente. Cuando llegó a su casa, encontró que el dedo del extraño hombre parecía haberle quemado la frente, de manera que nada podía borrar su señal.

La primera noticia que le dio su mujer fue acerca de la repentina muerte de Absalón Crowninshield, el rico bucanero. Los periódicos lo anunciaban con los acostumbrados elogios. Tomás se acordó del árbol que su negro amigo acababa de derribar y que estaba pronto para arder. «Que ese filibustero se tueste bien —dijo Tomás—. ¿A quién puede preocuparle eso?». Estaba ahora convencido de que no era ninguna ilusión todo lo que había oído y visto.

No era hombre inclinado a confiar en su mujer, pero, como éste era un secreto malvado, estaba pronto a compartirlo con ella. Toda la avaricia de su mujer se despertó al oír hablar del oro enterrado; urgió a su marido a cumplir las condiciones del hombre negro y asegurarse un tesoro que los haría ricos para toda la vida. Por muy dispuesto que hubiera estado Tomás a vender su alma al diablo, estaba determinado a no hacerlo para complacer a su mujer, por lo que se negó rotundamente por simple espíritu de contradicción. Fueron numerosas y graves las discusiones violentas entre ambos esposos acerca de esta materia, pero cuanto más hablaba ella, tanto más se decidía Tomás a no condenarse por hacerle el gusto a su mujer.

Finalmente ella se decidió a hacer el negocio por su cuenta, y si lograba éxito, a guardarse todo el dinero. Como tenía tan pocos escrúpulos como su marido, una tarde de verano se dirigió al viejo fortín indio. Estuvo ausente muchas horas. Cuando volvió no gastó muchas palabras. Contó algunas cosas acerca de un hombre negro, a quien había encontrado, a media luz, dedicado a derribar árboles a hachazos. Sin embargo se mantuvo bastante reservada, sin acceder a contar más; debía volver otra vez con una oferta propiciatoria, pero se negó a decir lo que era.

Al otro día, a la misma hora, se dirigió al pantano, llevando fuertemente cargado el delantal. Tomás la esperó muchas horas en vano; llegó la medianoche, pero no apareció; llegó la mañana, el mediodía, y nuevamente la noche, pero ella no volvía. Tomás empezó a tranquilizarse, especialmente cuando observó que se había llevado consigo un juego de té de plata y todo artículo portátil de valor. Pasó otra noche y otro día, y su mujer seguía sin aparecer. En una palabra, nunca más volvió a oírse hablar de ella.

Son tantos los que aseguran saber lo que le ocurrió que, en resumidas cuentas, nadie sabe nada. Es uno de los tantos hechos que aparecen confusos por la enorme variedad de opiniones de los historiadores que se han ocupado de ello. Algunos aseguran que se perdió en el pantano, y que dando vueltas vino a caer en un pozo; otros, menos caritativos, suponen que huyó con el botín y se dirigió a alguna provincia; según otros, el enemigo malo la atrajo a una trampa, en la cual se la encontró después. Esta última hipótesis se confirma por la observación de algunos pobladores del lugar, según los cuales aquella misma tarde se vio a un hombre negro, con un hacha, que salía del pantano, llevando un atadillo formado por un delantal, y con el aspecto de un altivo triunfador.

La versión más corriente afirma, sin embargo, que Tomás se puso tan nervioso por el destino de su mujer, que finalmente se decidió a buscarla en las cercanías del fortín indio. Permaneció toda una larga tarde de verano en aquel tétrico lugar, sin poder encontrarla. Muchas veces la llamó por su nombre, sin obtener ninguna respuesta. Sólo los pájaros y las ranas respondían a sus gritos. Finalmente, en la hora del crepúsculo, cuando empezaban a salir las lechuzas y los murciélagos, el vuelo de los caranchos le llamó la atención. Miró hacia arriba y observó un objeto, en parte envuelto en un delantal y que colgaba de las ramas de un árbol. Un carancho revoloteaba cerca, como si vigilara su presa. Tomás se alegró, por reconocer el delantal de su mujer y suponer que contuviera todos los objetos valiosos que se había llevado.

«Recupere yo lo mío —dijo, tratando de consolarse—, y ya veré cómo me las arreglo sin mi mujer».

Al subir por el árbol, el carancho extendió las alas y huyó a refugiarse en lo más sombrío del bosque.

Tomás se apoderó del delantal, pero, con gran desesperación suya, sólo encontró dentro de él un hígado y un corazón.

Según las más auténticas historias, eso es todo lo que se encontró de la mujer de Tomás. Probablemente intentó proceder con el diablo como estaba acostumbrada a hacerlo con su marido; pero, aunque una harpía se considera generalmente como un buen enemigo del diablo, en este caso parece que la mujer de Tomás llevó la peor parte. Debió haber muerto con las botas puestas, pues Tomás notó numerosas huellas de pies desnudos, alrededor del árbol, como si alguien hubiera tenido que afirmarse bien; encontró además un montón de negros e hirsutos cabellos, que indudablemente procedían del leñador. Tomás conocía por experiencia la habilidad de su mujer para el combate. Se encogió de hombros al observar señales de garras. «Por Dios —se dijo—, hasta él ha debido pasar trabajos por ella».

Como era un hombre estoico, Tomás se consoló de la pérdida de sus objetos de plata, con la de su mujer. Hasta sintió un poco de gratitud por el leñador negro, considerando que le había favorecido. En consecuencia, trató de seguir cultivando su amistad, aunque durante algún tiempo sin éxito; el hombre negro parecía sufrir ahora de timidez, pues, aunque la gente piense lo contrario, no aparece en cuanto se le llama: sabe cómo jugar sus cartas cuando está seguro de tener los triunfos. Finalmente, se cuenta que cuando la inútil búsqueda había cansado a Tomás, hasta el punto de estar dispuesto a acceder a cualquier cosa antes que renunciar al tesoro, una tarde encontró al hombre negro, vestido como siempre de leñador, con el hacha al hombro, recorriendo el pantano y silbando una melodía. Pareció recibir los saludos de Tomás con gran indiferencia, dando cortas respuestas y prosiguiendo con su música.

Poco a poco, sin embargo, Tomás llevó la conversación adonde le interesaba, empezando en seguida a discutir las condiciones dentro de las cuales Tomás obtendría el tesoro del pirata. Había una condición, que no es necesario mencionar, pues se sobreentiende generalmente en todos los casos en los que el diablo hace un favor; a ella se agregaban otras, en las que el hombre negro insistía tercamente, aunque fueran de menor importancia. Pretendía que el dinero encontrado con su auxilio se emplease en su servicio. En consecuencia, propuso a Tomás que lo dedicara al tráfico de esclavos, es decir, que fletara un barco dedicado a ese negocio. Sin embargo, Tomás se negó resueltamente a ello: su conciencia era bastante elástica, pero ni el mismo diablo podía inducirle a dedicarse al tráfico del ébano humano. El hombre negro, al ver que Tomás estaba tan decidido en este punto, no insistió, proponiendo en su lugar que se dedicara a prestar dinero, pues el diablo tiene gran interés en que aumente el número de usureros, considerándolos muy particularmente como hijos suyos.

Tomás no hizo a esto ninguna objeción, ya que, por el contrario, era una proposición muy de su gusto.

—El mes próximo usted abrirá sus oficinas en Boston —dijo el hombre negro.

—Lo haré mañana mismo, si usted lo desea —repuso Tomás.

—Usted prestará dinero al dos por ciento mensual.

—Como que hay Dios, que cobraré cuatro —replicó Tomás.

—Usted se hará extender pagarés, liquidará hipotecas y llevará los comerciantes a la quiebra.

—Los mandaré… al d… o —gritó Tomás, entusiasmado.

—Usted será usurero con mi dinero —añadió el hombre negro, agradablemente sorprendido—. ¿Cuándo quiere usted el dinero?

—Esta misma noche.

—Trato hecho —dijo el diablo.

—Trato hecho —asintió Tomás.

Se estrecharon las manos y quedó finiquitado el negocio.

Pocos días después, Tomás se encontraba sentado detrás de su escritorio, en una casa de banca, en Boston. Pronto se esparció su reputación de prestamista, que entregaba dinero por pura consideración. Todos se acuerdan de los tiempos del gobernador Belcher, cuando el dinero era particularmente escaso. Eran los tiempos de los asignados. Todo el país estaba sumergido bajo un diluvio de papel moneda: se había fundado el

Banco Hipotecario y producido una loca fiebre de especulación; la gente desvariaba con planes de colonización y con la construcción de ciudades en la selva. Los especuladores recorrían las casas con mapas de concesiones, de ciudades que iban a ser fundadas y de algún El Dorado, situado nadie sabía dónde, pero que todos querían comprar. En una palabra, la fiebre de la especulación, que aparece de vez en cuando en nuestra patria, había creado una situación alarmante; todos soñaban con hacer su fortuna de la nada. Como ocurre siempre, la epidemia había cedido; el sueño se había disipado, y con él las fortunas imaginarias; los pacientes se encontraban en un peligroso estado de convalecencia y por todo el país se oía a la gente quejarse de los «malos tiempos».

En estos propicios momentos de calamidad pública se estableció Tomás como usurero en Boston. Pronto a su puerta se agolparon los solicitantes. El necesitado y el aventurero, el especulador, que consideraba los negocios como un juego de baraja; el comerciante sin fondos, o aquél cuyo crédito había desaparecido, en una palabra, todo el que debía buscar por medios desesperados y por sacrificios terribles, acudía a Tomás.

Éste era el amigo universal de los necesitados, sin perjuicio de exigir siempre buen pago y buenas seguridades. Su dureza estaba en relación directa con el grado de dificultad de su cliente. Acumulaba pagarés e hipotecas, esquilmaba gradualmente a sus clientes, hasta dejarlos a su puerta corno una fruta seca.

De esta manera hizo dinero como la espuma y se convirtió en un hombre rico y poderoso. Como es costumbre en esta clase de gentes, comenzó a edificar una vasta casa, pero de puro miserable no acabó ni de construirla ni de amueblarla. En el colmo de su vanidad rompió coche, aunque dejaba morir de hambre a los caballos que tiraban de él; los ejes de aquel vehículo no llegaron nunca a saber lo que era el sebo y chirriaban de tal modo que cualquiera estaría tentado a tomar ese ruido por los lamentos de la pobre clientela de Tomás.

A medida que pasaban los años empezó a reflexionar. Después de haberse asegurado todas las buenas cosas de este mundo comenzó a preocuparse del otro. Lamentaba el trato que había hecho con su amigo negro y se dedicó a buscar el modo y la manera de engañarle. En consecuencia, de repente se convirtió en asiduo visitante de la iglesia. Rezaba en voz muy alta y poniendo toda su fuerza en ello, como si se pudiera ganar el cielo a fuerza de pulmones. Del elevado tono de sus oraciones dominicales, podía deducirse la gravedad de sus pecados durante la semana. Los otros fieles, que modesta y continuamente habían dirigido sus pasos por los senderos de la rectitud, se llenaban a sí mismos de reproches al ver la rapidez con que este recién convertido los sobrepasaba a todos. Tomás mostrábase tan rígido en cuestiones de religión como de dinero; era un estricto vigilante y censor de sus vecinos y parecía creer que todo pecado que ellos cometieran era una partida a su favor. Llegó a hablar de la necesidad de reiniciar la persecución de los cuáqueros y los anabaptistas. En una palabra, el celo religioso de Tomás era tan notorio como sus riquezas.

A pesar de todos sus ahincados esfuerzos en pro de lo contrario, Tomás temía que al fin el diablo se saliera con la suya. Se dice que para que no lo agarrara desprevenido, llevaba siempre una pequeña biblia en uno de los bolsillos de su levitón. Además, tenía otra de gran formato encima de su escritorio; los que le visitaban le encontraban a menudo leyéndola. En esas ocasiones, ponía sus lentes entre las páginas del libro, para marcar el lugar y se dirigía después a su visitante para llevar a cabo alguna operación usuraria.

Cuentan algunos que a medida que envejecía, Tomás empezó a ponerse chocho y que suponiendo que su fin estaba cercano, hizo enterrar uno de sus caballos, con herraduras nuevas y completamente ensillado, pero con las patas para arriba, puesto que suponía que el día del Juicio Final todo iba a estar al revés, con lo cual tendría una cabalgadura lista para montar, pues estaba decidido, si ocurría lo peor, a que su amigo corriera un poco si quería llevarse su alma. Sin embargo, esto es probablemente sólo un cuento de viejas.

Si realmente tomó esa precaución, fue completamente inútil, por lo menos así lo afirma la leyenda auténtica, que termina esta historia de la siguiente manera:

Una tarde calurosa, en la canícula, cuando se anunciaba una terrible tormenta, Tomás se encontraba en su escritorio, vestido con una bata mañanera. Estaba a punto de desahuciar una hipoteca, con lo que acabaría de arruinar a un desgraciado especulador en tierras, por el que había sentido gran amistad.

El pobre hombre pedía un par de meses de respiro. Tomás se impacientó y se negó a concederle ni un día más.

—Eso significa la ruina de mi familia, que quedará en la miseria —decía el especulador.

—La caridad bien entendida empieza por casa —objetó Tomás—. Debo preocuparme por mí mismo, en estos tiempos duros.

—Usted ha ganado mucho dinero conmigo —dijo el especulador.

Tomás perdió su paciencia y su piedad.

—Que el d…o me lleve si he ganado un ochavo. En aquel momento se oyeron tres golpes dados en la puerta. Tomás salió a ver quién era. En la puerta, un hombre negro mantenía por la brida a un caballo del mismo color, que bufaba y golpeaba el suelo con impaciencia.

—Tomás, ven conmigo —dijo el hombre negro secamente. Tomás retrocedió, pero era demasiado tarde. Su Biblia pequeña estaba en el levitón y la grande debajo de la hipoteca, que estaba a punto de liquidar; ningún pecador fue tomado más desprevenido. El hombre le puso en la silla, como si fuera un niño, fustigó al caballo y se alejó a galope tendido con Tomás detrás de él en medio de la tormenta que acababa de desencadenarse. Sus empleados se pusieron la pluma detrás de la oreja y a través de las ventanas le vieron alejarse. Así desapareció Tomás Walker a través de las calles, flotando al aire su traje mañanero, mientras su caballo a cada salto hacía brotar chispas del suelo. Cuando los empleados volvieron la cabeza para observar al hombre negro, éste había desaparecido.

Tomás nunca volvió a liquidar la hipoteca. Una persona que vivía en el límite del pantano contó que en el momento de desencadenarse la tormenta oyó ruido de herraduras y aullidos, y cuando se asomó a la ventana vio una figura como la descripta, montada en un caballo que galopaba como desbocado, a través de campos y colinas, hacia el oscuro pantano, en dirección al derruido fuerte indio; poco después de pasar por delante de su casa cayó en aquel sitio un rayo que pareció incendiar todo el bosque.

Las buenas gentes sacudieron la cabeza y se encogieron de hombros, pero estaban tan acostumbradas a las brujas, los encantamientos y toda clase de triquiñuelas del diablo, que no se horrorizaron tanto como hubiera debido esperarse. Se encargó a un grupo de personas que administraran las propiedades de Tomás. Nada había que administrar, sin embargo. Al revisar sus cofres, se encontró que todos sus pagarés e hipotecas estaban reducidos a cenizas. En lugar de oro y plata, su caja de hierro sólo contenía piedras; en vez de dos caballos, medio muertos de hambre en sus caballerizas, se encontraron sólo dos esqueletos. Al día siguiente su casa ardió hasta los cimientos.

Éste fue el fin de Tomás Walker y de sus mal habidas riquezas. Que todas las personas excesivamente amantes del dinero se miren en este espejo. Es imposible dudar de la veracidad de esta historia. Todavía puede verse el pozo, bajo los árboles de donde Tomás desenterró el oro del capitán Kidd; en las noches tormentosas alrededor del pantano y del viejo fortín indio, aparece una figura a caballo vestida con un traje mañanero, que sin duda es el alma del usurero. De hecho, la historia ha dado origen a un proverbio, a ese dicho tan popular en la Nueva Inglaterra, acerca de «El Diablo y Tomás Walker».

En cuanto puedo acordarme, esta es la esencia del relato del ballenero del Cabo Cod. Estaba adornado de diversos detalles triviales que he omitido, pero los cuales nos sirvieron de alegre esparcimiento toda la mañana, hasta dejar pasar la hora más favorable para la pesca, por lo que se propuso que volviéramos a tierra y permaneciéramos bajo los árboles, hasta que cediera el calor del mediodía.

Conformes con esto, tomamos tierra en una agradable parte de la costa de la isla de Manhattoes, llena de árboles y que antiguamente perteneció a los dominios de la familia Hardenbroocks. Era un lugar que conocía bien por las excursiones de mi mocedad. Cerca del sitio de nuestro desembarco se encontraba un antiguo sepulcro holandés, que inspiró gran terror y dio pábulo a numerosas fábulas entre mis compañeros de colegio.

Durante uno de nuestros viajes costeros habíamos entrado a verlo, encontrando féretros recargados de adornos y muchos huesos; pero lo que lo hacía más interesante a nuestros ojos es que existía una cierta relación con el casco del barco pirata, que se pudría entre las rocas de Hell-Gate. También se decía que tenía mucho que ver con los contrabandistas, lo que debía ser cierto cuando este apartado lugar pertenecía a uno de los notables burgers, un tal Provost, al que se le conocía por el sobrenombre de «el aventurero del dinero pronto» y del que se murmuraba que tenía numerosos y misteriosos negocios de ultramar. Sin embargo, todas estas cosas habían formado un buen revoltillo en nuestras juveniles cabezas, de esa misma vaga manera como tales temas se entrelazan en los cuentos de la mocedad.

Mientras yo reflexionaba sobre estas cosas, mis compañeros habían extendido un almuerzo sobre el suelo, sacándolo de una canasta muy bien provista, y colocando todo bajo los árboles, cerca del agua. Allí pasamos las horas calurosas del mediodía. Mientras me encontraba tirado sobre la hierba, entregado a esa ensoñación que tanto me gusta, pasé revista a los débiles recuerdos de mi mocedad, y se los relaté a mis compañeros como me venían a la memoria: incompletos recuerdos de un sueño, que divirtió a mis acompañantes. Cuando terminé, uno de los burgers, hombre de edad avanzada, llamado Juan José Vandermoere, rompió el silencio y nos observó que él también recordaba una historia acerca de un tesoro, suceso que había ocurrido en su vecindario y que podía explicar algunas de las cosas que había oído en mi mocedad. Como sabíamos que era uno de los más veraces hombres de la provincia, le rogamos que nos contara esa historia, lo que hizo de muy buena gana, mientras fumábamos nuestras pipas.

WOLFERT WEBBER O LOS SUEÑOS DORADOS

En el año de gracia de mil setecientos y…, no me acuerdo la fecha exacta, aunque estoy seguro de que era a principios del siglo XVIII, vivía en la notable ciudad de Manhattoes un burger, Wolfert Webber de nombre. Descendía del viejo Cobus Webber, nativo de Brille, en Holanda, uno de los primeros colonizadores, cuya fama proviene de haber introducido la col en las colonias y que llegó a esta provincia durante el protectorado de Oloffe Van Kortlandt, conocido también por el nombre de «el soñador».

El campo en el cual Cobus Webber se instaló junto con sus coles permaneció siempre en manos de la familia, que continuó la misma clase de actividad, con esa perseverancia, digna de elogio, por la cual se distinguen los burgers holandeses. Durante varias generaciones, todo el genio de la familia se aplicó al estudio y desarrollo de ese noble vegetal; a esa concentración intelectual se debe, sin duda, el prodigioso tamaño y la fama que alcanzaban las coles de los Webber.

Esta dinastía continuó sin interrupción; ningún linaje dio pruebas más indiscutibles de legitimidad. El hijo mayor heredaba tanto la apariencia como los terrenos de su progenitor; si se hubieran tomado los retratos de esta familia de tranquilos potentados, hubieran presentado una línea de cabezas de un parecido maravilloso, tanto en la forma como en el tamaño con los vegetales que cultivaban.

El asiento de su gobierno continuaba invariablemente en el solar de la familia, una casa construida en estilo holandés, cuyo techo terminaba en punta, sobre la cual se erguía el acostumbrado gallo de hierro, que indicaba la dirección del viento. Todo el edificio tenía un aire de seguridad y tranquilidad largamente gozada. Muchos pájaros habían hecho su nido allí; todos saben que los volátiles traen suerte al edificio en el cual se refugian. En una mañana de sol de cualquier día a principios de verano, se oían sus alegres cantos, mientras hendían el aire, como si proclamaran la grandeza y prosperidad de los Webber.

De esta manera tranquila y en medio de comodidades vegetaba esta excelente familia, bajo la sombra de los árboles que rodeaban la casa. Poco a poco empezaron a extenderse en torno de ella los suburbios de la ciudad.

Las nuevas construcciones interceptaban la visión; las praderas que rodeaban la propiedad empezaban a mostrar el tráfago y las multitudes propias de una ciudad; en una palabra, viviendo de acuerdo con todas las costumbres de la vida rústica, comenzaron a darse cuenta de que eran habitantes de una ciudad. Sin embargo, siguieron manteniendo su carácter y sus tierras, ambos recibidos por herencia, con la tenacidad con que un principillo alemán defendería sus pretendidos derechos ante el Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Wolfert era el último de su estirpe; heredó el banco patriarcal, cerca de la puerta, debajo del árbol familiar, desde donde manejaba el cetro de sus padres, como un potentado rural en el centro de una metrópoli.

Para compartir las cargas y las dulzuras de su soberanía, eligió una compañera, de esa excelente clase de mujeres, llamadas de su casa, que están tanto más ocupadas cuanto menos hay que hacer. Sin embargo, su actividad tomó una dirección particular: toda su vida parecía estar dedicada a hacer calceta, en casa o fuera de ella, de pie o sentada; continuamente estaban sus agujas en movimiento; se afirma que su constante diligencia proporcionaba casi toda la ropa de esta clase que se necesitara en su casa, durante todo el año.

Dios había bendecido la unión de estas buenas gentes con una hija, que criaron con gran ternura y cariño, habiéndose tomado todo el trabajo posible para completar su educación, por lo que sabía un poco de todas las actividades propias de su sexo, incluso preparar la más variada clase de conservas y bordar su propio nombre en un cañamazo. En el jardín familiar se observaba también la influencia de sus gustos, pues aparecía mezclado lo útil con lo agradable: hileras enteras de flores rodeaban a las coles y los girasoles asomaban sus flores por la empalizada, como si saludaran afectuosamente a los que pasaban.

Así, en paz y contento consigo mismo y con el mundo, reinaba Wolfert Webber sobre las tierras heredadas de sus padres. Como todos los otros soberanos, no carecía su vida de preocupaciones y disgustos. Le molestaba algunas veces el crecimiento de su ciudad natal. Poco a poco, su pequeño territorio quedó encerrado entre calles y casas, que interceptaban el aire y la luz del sol. Tenía que sufrir las invasiones de las poblaciones fronterizas, que infestaban los suburbios de la metrópoli, las cuales, favorecidas por la oscuridad de la noche, entraban en sus dominios y se llevaban como prisioneros líneas enteras de coles, sus más nobles súbditos. Los cerdos vagabundos aprovechaban para sus incursiones cualquier descuido, una puerta abierta, por ejemplo, dejando un campo de desolación detrás de ellos; los chicos mal educados arrancaban las flores de los girasoles, la gloria del jardín. Sin embargo, todas estas eran pequeñas molestias, que de vez en cuando le hacían arrugar el entrecejo, exactamente como una brisa de verano forma olas en la superficie de un pantano dedicado a la cría de truchas, pero no podían afectar aquella tranquilidad tan profundamente asentada en su alma.

Le bastaba echar mano de un robusto bastón, que guardaba detrás de la puerta, salir corriendo, santiguar con él las espaldas del intruso, así fuera un muchacho o un cerdo, y volver a colocarlo en su sitio, para sentirse otra vez maravillosamente fresco y tranquilo.

Sin embargo, la causa principal de la preocupación del honrado Wolfert era la prosperidad creciente de la ciudad. Los gastos aumentan al doble y al triple, aunque a él le era imposible aumentar en la misma proporción el tamaño de sus coles, como tampoco impedir el creciente número de competidores, ni que se elevasen los precios, por lo que, mientras a su alrededor todos se enriquecían, él se empobrecía, siendo imposible, por más que se devanara los sesos, hallar modo de remediarlo.

Esta preocupación, que aumentaba día a día, ejercía un efecto gradual sobre nuestro notable burger, tanto que llegó a producirle arrugas en la cara, cosa completamente desconocida anteriormente en la familia Webber y que parecía dar una expresión de ansiedad, incluso a las mismas alas de su sombrero, completamente opuesta a la beatífica de sus antepasados. Tal vez ni aun esto hubiera alterado la serenidad de su alma, si hubiera de preocuparse sólo por él mismo y por su mujer, pero allí estaba su hija, que llegaba a la pubertad por sus pasos contados. Todos saben que cuando las muchachas llegan a esta edad necesitan más cuidados que cualquier otro fruto o flor. No tengo talento para descubrir los encantos femeninos, de lo contrario detallaría los progresos de esta pequeña belleza holandesa; cómo se tornaba cada vez más profundo el azul de sus ojos, y se coloreaban más y más sus mejillas y cómo se redondeaban sus formas al alcanzar las dieciséis primaveras, hasta que al cumplir diecisiete parecía pronta a estallar, saliéndose de sus vestidos, como un capullo que está por abrirse.

¡Qué lástima que yo no pueda mostrarla como era ella entonces, en su vestido dominguero, heredado de sus antepasados, pues con él se casó su abuela, y que ahora estaba convenientemente modernizado, con muchos adornos, que también provenían de aquella venerable fuente! Su pelo era castaño claro, recogido en trenzas que formaban moños a cada lado de la cabeza, gracias al uso de manteca de vaca; llevaba al cuello una cadena de oro puro de la cual colgaba una cruz que descansaba precisamente a la entrada del valle de las delicias, como si quisiera santificar el lugar, y…, pero ¿quién me mete a mí, a mi avanzada edad, a describir los encantos femeninos? Baste decir que Ema había llegado a los diecisiete años. Hacía mucho tiempo que se entretenía en bordar pares de corazones, atravesados por puntiagudas flechas, con verdaderos lazos amorosos, todo ello muy lindamente trabajado en seda azul; era evidente que empezaba a languidecer, por faltarle alguna ocupación más interesante que criar girasoles o preparar salsifíes en conserva.

En este período crítico de la vida femenina, cuando el corazón de una damisela, como el que dije que cuelga de su cuello y que es su emblema, se inclina a aceptar una imagen única, empezó a frecuentar un nuevo visitante la casa de Wolfert Webber. Era éste Dirk Waldron, hijo único de una pobre viuda, pero que podía enorgullecerse de tener más padres que ningún otro muchacho de la provincia, pues su madre había enviudado cuatro veces, y había tenido este único retoño en su último matrimonio, por lo que con todo derecho podía asegurar que era el tardío fruto de un largo período de cultivo. Este hijo de cuatro padres unía los méritos y el vigor de sus cuatro progenitores.

Si no tenía una gran familia que le precediera, era probable que le siguiera una bastante numerosa, pues bastaba verle para comprender que estaba destinado a ser el fundador de una raza de gigantes.

Poco a poco este visitante llegó a ser un íntimo de la familia. Hablaba muy poco, pero se pasaba sentado mucho tiempo. Llenaba la pipa del viejo Webber, cuando estaba vacía, recogía las agujas o la lana de la madre, cuando se habían caído, y llenaba la tetera para la hija con el contenido de la caldera de cobre que silbaba encima del fuego. Todas estas pequeñas muestras de habilidad parecen carecer de importancia, pero cuando se traduce el amor al flamenco o al holandés, se expresa entonces la elocuencia misma. La familia Webber no dejó de notarlo. El joven encontró maravilloso favor a los ojos de la madre; la caldera de cobre parecía silbar una agradable nota de bienvenida en cuanto él se acercaba; y si pudiésemos leer las modestas miradas de la hija, mientras estaba sentada cosiendo al lado de su madre, no observaríamos un ápice menos de buena voluntad que en la autora de sus días o en la caldera.

Sólo Wolfert no comprendía lo que pasaba; profundamente absorto en sus meditaciones acerca del crecimiento de la ciudad y de sus coles, miraba el fuego y fumaba, en silencio, su pipa. Una noche, cuando la dulce Ema, de acuerdo con la costumbre, acompañó a su pretendiente hasta la puerta, éste se despidió de ella haciendo tal ruido, que aun el distraído Wolfert hubo de darse cuenta. Una nueva ansiedad se agregaba a las que ya tenía. Nunca se le había ocurrido que aquella niña, que hacía tan poco tiempo se le subía por las rodillas y jugaba con muñecas, pudiera de repente pensar en amoríos y en matrimonio. Se restregó los ojos, examinó los hechos y halló realmente que, mientras él soñaba, la niña se había convertido en mujer, y, lo que era peor, se había enamorado. Así el pobre Wolfert tuvo una preocupación más. Era un padre bondadoso y además un hombre prudente. El muchacho era sano y trabajador, pero no tenía tierras ni dinero. Todas las ideas de Wolfert seguían el mismo camino: en caso de matrimonio, no veía otra alternativa que entregar a la joven pareja una parte de su huerta de coles, aunque toda ella no mantenía sino escasamente a su familia.

Como padre prudente que era, se decidió a ahogar esta pasión en sus comienzos, por lo que prohibió al joven que siguiera frecuentando la casa, aunque le costó bastante tomar esa decisión, que provocó en su hija más de una silenciosa lágrima. Demostró ésta ser, sin embargo, un dechado de obediencia y piedad filial. No gritó, no se rebeló contra la autoridad paterna, ni le dio por el histerismo, como lo haría más de una damisela romántica, de esas que leen novelas. Aseguro al lector interesado que no tenía un heroico temperamento, inclinado por la rebeldía. Por el contrario, se portó como hija obediente, y dio a su pretendiente con la puerta en las narices; si alguna vez volvió a verse con él, fue en la ventana de la cocina o en la empalizada.

La tarde de un domingo, mientras se dirigía a una taberna rural, situada a unos tres kilómetros de sus tierras, Wolfert reflexionaba profundamente en todas estas cosas, arrugando severamente el entrecejo. Era el punto de reunión preferido de la colonia holandesa, por haber pasado de padres a hijos, quedando siempre en poder de una familia de esa nacionalidad, que le daba el aire y la apariencia de los viejos y buenos tiempos. Era una casa de estilo holandés, que probablemente había sido la residencia campestre de algún notable burger de los primeros días de la colonia. Se encontraba próximo a un lugar llamado Corlears Hook, cerca del brazo de mar, en una entrada de la costa donde la marea subía y bajaba con extraordinaria rapidez. Aquella casa venerable se distinguía desde lejos por los árboles que la rodeaban, que parecían invitar al que pasaba, mientras que algunos sauces llorones evocaban la frescura de un bosquecillo, lo que hacía muy agradable el lugar durante el calor del verano. Acudían allí muchos de los antiguos habitantes del lugar, a jugar, a fumar sus pipas o discutir los negocios públicos.

Una tarde de otoño, Wolfert se dirigió a la antigua taberna. Las hojas empezaban a caerse de los árboles y, arrastradas por el viento, formaban remolinos en los campos. El frío prematuro de aquellos días había obligado a los parroquianos a refugiarse dentro de la taberna. Como era la tarde de un domingo, los habituales clientes celebraban sesión. La mayoría de los presentes eran buenos burgers holandeses, aunque no faltaban personas de diferente carácter y origen, como es natural en un país de población tan mezclada.

Sentado ante el fuego, en un sillón de cuero, estaba el dictador de aquel mundillo, el venerable Ramm, o para llamarlo con su nombre completo, Ramm Rapelye. Era de origen flamenco, ilustre por lo antiguo de su familia, pues su bisabuela fue la primera criatura nacida de padres blancos en la colonia. Pero era aún más ilustre por su riqueza y dignidad; había sido mucho tiempo concejal y el mismo gobernador se quitaba respetuosamente el sombrero delante de él. Desde tiempo inmemorial le pertenecía aquel sillón de cuero; mientras formó parte del gobierno de la ciudad, fue aumentando en volumen, hasta que, al cabo de los años, llenaba todo el sillón. Su palabra era ley entre los que dependían de él, pues siendo un hombre tan rico nadie esperaba que diera algún argumento para defender sus opiniones. El tabernero le atendía con un esmero particular, no porque pagara mejor que los otros parroquianos, sino porque la moneda del rico parece siempre más aceptable. El tabernero tenía siempre una palabra amable y una broma para dejarla caer en los oídos del augusto Ramm. Es cierto que éste nunca se reía y que mantenía el aire grave y altivo de un perro de presa, aunque alguna vez premiaba al dueño de casa con algún signo de aprobación, que aunque no era más que un gruñido, divertía al tabernero más que la carcajada de un pobre.

—Esta noche será mala para los buscadores de tesoros —dijo el tabernero, cuando un golpe de viento hizo temblar las ventanas de la casa.

—¡Cómo! —exclamó un capitán inglés, a media paga, al que le quedaba sólo un ojo, y que era un asiduo visitante de la taberna—. ¿Trabajan otra vez?

—Así es —respondió el tabernero—. En estos últimos tiempos han tenido suerte. Se dice que han encontrado una olla grande de dinero, detrás de la granja de Stuyvesant. La gente afirma que lo enterró el mismo gobernador Stuyvesant.

—¡Qué disparate! —exclamó el capitán tuerto, agregando un poco de agua a su vaso de brandy.

—Usted puede creerlo o no, como le plazca —dijo el tabernero, algo amoscado—. Pero todo el mundo sabe que el viejo gobernador enterró una gran parte de su dinero cuando los casacas rojas ingleses se apoderaron de la provincia. También se dice que el viejo caballero aparece por las noches, en el mismo atavío que lleva en el cuadro que conserva la familia.

—¡Qué disparate! —repitió el oficial a media paga.

—Si usted lo dice, será un disparate. Pero Cornelio Van Zandt le vio a medianoche, paseando por su huerto, con su pata de palo y la espada desnuda en la mano, que parecía echar rayos y centellas. ¿Por qué había de aparecer por allí, sino porque las gentes han estado hurgando por el lugar donde él enterró su dinero?

El tabernero fue interrumpido por varios sonidos guturales que procedían del lugar donde estaba sentado Ramm Rapelye y que demostraban que éste se encontraba en la situación completamente extraña para él de elaborar una idea. Como era un hombre demasiado importante para que le molestase un tabernero, éste respetuosamente prefirió dejar que aquel importante personaje la produjera él mismo. El obeso corpachón de aquel notable burger mostraba ahora todos los síntomas de un volcán, a punto de iniciar una erupción. Primero le tembló el abdomen, lo que pareció un terremoto; después salió del cráter, digo de la boca, una bocanada de humo; luego se produjo en su garganta una especie de silbido, como si la idea tratase de abrirse camino a través de la lava; aparecieron a poco varios dislocados miembros de una frase, que terminaron en un ataque de tos, y finalmente se impuso su voz, con el tono lento pero absoluto de un hombre que, si no siente el valor de sus ideas, comprende la magnitud de su bolsa. A cada dos o tres palabras expelía una bocanada de humo.

—¿Quién dice que Pedro Stuyvesant aparece por las noches? —Una bocanada de humo—. ¿No tiene la gente ya respeto por las personas? —

Otra bocanada de humo—. Pedro Stuyvesant sabía muy bien lo que tenía que hacer con su dinero, para enterrarlo —otra bocanada de humo—. Conozco a los Stuyvesant —otra bocanada de humo—. A todos ellos —otra bocanada de humo—. No hay familia más respetable en toda la provincia —otra bocanada de humo—. De los primeros colonizadores, gente de su casa —otra bocanada de humo—. No son de esos recién venidos que quieren hacerse importantes —otra bocanada de humo—. No me vengan a decir que Pedro Stuyvesant se aparece por la noche —más bocanadas de humo.

Después de decir esto el notable Ramm arrugó el entrecejo, cerró la boca hasta que se le formaron arrugas en las comisuras de los labios y siguió fumando con tal intensidad que muy pronto la niebla ocultó su cabeza, así como el humo envuelve la cúspide terrible del monte Etna.

Un silencio general siguió a esta severa advertencia de aquel hombre tan rico. Sin embargo, el asunto era demasiado interesante para abandonarlo tan fácilmente. Muy pronto, Peechy Prauw Van Hook, el cronista de la taberna, uno de esos viejos charlatanes cuya verborragia parece aumentar con la edad, reinició la conversación sobre el mismo tema.

Peechy podía contar en una tarde tantas historias como sus oyentes pudieran digerir en un mes. Afirmó que por lo que él sabía, se había encontrado varias veces dinero en diversas partes de la isla. Las felices personas que lo habían descubierto habían soñado previamente tres veces con el tesoro, y, lo que era más notable, sólo los descendientes de las viejas familias holandesas lo habían encontrado, lo que demostraba claramente que el dinero había sido enterrado por gentes de esa misma nacionalidad.

—Todo eso no es más que un conjunto de disparates —exclamó el oficial a media paga—. Nada tienen que ver los holandeses con ello. Todos esos tesoros fueron enterrados por el capitán Kidd y su tripulación.

Al oír esto todos los circunstantes se asombraron. En aquellos tiempos, el nombre del capitán Kidd era como un talismán, al cual se asociaban mil historias maravillosas. El oficial a media paga abrió el fuego y sus relatos acumularon sobre el capitán Kidd todos los saqueos y hazañas de Morgan, de Barbanegra y de todos los sangrientos bucaneros.

El oficial era hombre cuya palabra pesaba mucho entre los pacíficos asistentes de la taberna, debido a su carácter de soldado y a sus relatos, llenos del humo de la pólvora. Sin embargo, todas sus doradas historias acerca del capitán Kidd y de los tesoros que había enterrado se estrellaban ante la oposición de Peechy Prauw, quien antes que aguantar que sus progenitores holandeses fueran eclipsados por un filibustero extranjero, llenó todos los campos de la vecindad con las ocultas riquezas de Pedro Stuyvesant y sus contemporáneos.

Wolfert Webber no perdió una palabra de esa discusión. Volvió pensativo a casa, lleno de magníficas ideas. Le parecía que el suelo de su isla natal se había convertido en polvo de oro y que todo el campo estaba lleno de tesoros. Ardía su cabeza al pensar cuántas veces debería haber pasado sin darse cuenta por lugares en los cuales sólo la tierra vegetal encubría innumerables tesoros. Su mente se agitaba ante este torbellino de nuevas ideas. Cuando llegó a ver la venerable mansión de sus antepasados, y la pequeña propiedad donde su raza había florecido durante tanto tiempo, sintió la amargura de su estrecho destino.

—¡Infeliz de mí! —exclamó—. Otros pueden irse a la cama y soñar con montones de dinero; les basta agarrar, a la mañana, una pala y sacar doblones, como si fueran patatas, pero tú soñarás con tus dificultades y te levantarás pobre. Todo el año has de cavar en tus campos y nunca sacas sino coles.

Wolfert Webber se fue a acostar bastante apesadumbrado; pasó mucho tiempo antes que aquellas visiones doradas que le habían calentado los cascos le permitieran dormirse. Sin embargo, esas mismas visiones aparecieron en sus sueños, tomando un aspecto más definido. Soñó que había descubierto un inmenso tesoro en el centro de su huerta. A cada movimiento de la pala sacaba un lingote del codiciado metal; cruces de diamantes caían entre el barro y las talegas de oro se rompían por su propio peso, hinchadas con piezas de a ocho y venerables doblones. Cajones llenos de monedas de oro danzaban delante de sus asombrados ojos, arrojando su áureo contenido.

Cuando Wolfert se levantó era un hombre tan pobre como siempre. No tenía entusiasmo para dedicarse a sus obligaciones diarias, que parecían tan desagradables e inútiles. Todo el día permaneció sentado en un rincón cerca del fuego, imaginando que las llamas eran lingotes de oro.

Su sueño se repitió la noche siguiente. Se veía nuevamente en su huerta, desenterrando enormes riquezas. Había algo muy extraño en esta repetición. Pasó otro día entregado a sus ensueños; aunque era día de limpieza general y la casa, como ocurre en tales ocasiones en las familias holandesas, era un verdadero pandemónium, no se movió de su sitio, mientras alrededor de él todo estaba patas arriba.

A la tercera noche se fue a la cama con el corazón palpitante. Se puso, al revés su rojo gorro de dormir, para que le trajera suerte. Hacía ya tiempo que había pasado la medianoche, cuando venciendo las preocupaciones y la ansiedad pudo conciliar el sueño. Volvió a soñar con oro: una vez más vio su huerta llena de lingotes del precioso metal y de talegas repletas.

Wolfert se levantó completamente trastornado. Un sueño que se repite tres veces, nunca engaña; si era así, su fortuna era cosa hecha. Estaba tan agitado que se puso el chaleco al revés, lo que era una nueva prueba de su buena suerte. Ya no dudaba que en sus tierras se encontraba un gran tesoro escondido, que esperaba tan sólo que alguien lo descubriera. Se arrepintió de haber cavado tanto tiempo la superficie de su huerta, en lugar de haber hurgado las entrañas de la tierra. Se sentó a la mesa para desayunarse, con la cabeza llena de esas reflexiones; pidió a su hija que le pusiera más oro en el té y al pasar una de las fuentes a su mujer, le dijo que tomara uno o varios doblones.

Su principal preocupación consistía ahora en obtener su enorme tesoro sin que nadie se enterara. En lugar de trabajar regularmente, durante el día, en su huerta, se levantaba de la cama, a altas horas de la noche, y provisto de un pico y una pala se dedicaba a cavar profundos pozos en toda su huerta. Al poco tiempo, sus tierras, que tenían un aspecto tan ordenado y regular, con sus falanges de coles que parecían un ejército vegetal en orden de batalla, quedaron reducidas a una escena de devastación. Wolfert proseguía su obra destructora, provisto de un gorro de dormir, una linterna, un pico y una pala. Recorría sus aniquiladas hileras de coles, como un ángel del Apocalipsis de su propio mundo vegetal.

Cada mañana aparecía un nuevo testimonio de los destrozos de la noche anterior: coles de toda edad y condición, desde los tiernos retoños hasta las que habían llegado a la madurez, aparecían arrancadas de la tierra, abandonadas para que se pudrieran. En vano se quejaba la mujer de Wolfert; en vano lloraba su hija por sus destrozados canteros de flores. «Tendrás mucho oro —gritaba Wolfert, acariciándola—. Tendrás un collar de ducados para casarte, hija mía».

Su familia empezó a pensar que el pobre hombre estaba loco. Mientras dormía, hablaba acerca de tesoros escondidos, perlas y diamantes y barras de oro. Durante el día estaba distraído y daba vueltas por sus tierras, como si estuviera en trance espiritista. La señora Webber mantuvo varios conciliábulos con todas las comadres de la vecindad. A cualquier hora del día se reunían en la casa, mientras la pobre mujer de Wolfert recitaba alguna fórmula contra las brujerías. Su hija intentaba consolarse mediante entrevistas cada vez más frecuentes con su pretendiente Dirk Waldron. Ya no se oían en la casa aquellas agradables canciones holandesas que ella acostumbraba cantar. Se olvidaba de sus bordados y observaba ansiosamente a su padre, cuando éste se pasaba las horas sentado delante del fuego. Una vez Wolfert se dio cuenta de que su hija le miraba con atención y por un momento abandonó sus dorados sueños:

—Alégrate, hija mía —exclamó lleno de entusiasmo—. ¿Por qué estás triste? Algún día te codearás con los Brinkerhoff, los Schermerhorn, los Van Horne y los Van Dam. ¡Por San Nicolás, que hasta el mismo santo se alegrará entonces de tenerte por hija!

Su mujer sacudió la cabeza ante tan tonta vanagloria y más que nunca quedó convencida de que su marido había perdido la chaveta.

Entretanto, Wolfert seguía cavando, pero como sus tierras eran extensas y en sus sueños no se indicaba ningún lugar preciso, tenía que cavar al acaso, esta noche en un lugar, la próxima en otro. Se inició el invierno antes de que hubiera podido explorar un décimo de sus tierras. El suelo helado era enormemente duro, y las noches demasiado frías para trabajar con pico y pala. Tan pronto como llegó la primavera y subió la temperatura ablandándose el suelo, Wolfert reinició sus labores, con renovado celo. Como siempre, invertía el horario de trabajo. En lugar de dedicarse a sus labores durante el día, plantando y trasplantando sus coles, permanecía ocioso durante las horas de sol, hasta que la llegada de la noche le impulsaba a reiniciar sus secretos trabajos. De esta manera continuó cavando todas las noches, durante varias semanas y aun durante varios meses, sin encontrar un ochavo. Cuanto más cavaba, mayor era su pobreza. Desaparecía el rico suelo de sus tierras, reemplazado por la arena, la grava y las piedras, que desenterraba buscando el tesoro, hasta que su propiedad parecía un desierto.

Mientras tanto, seguía el curso de las estaciones. Los árboles florecieron y dieron fruto; volvieron las aves de paso y se fueron otra vez.

Gradualmente, Wolfert despertó de un sueño de riquezas. No había sembrado nada para el invierno. Éste fue largo y severo, tanto que por primera vez la familia empezó a sentir estrechez. Poco a poco, las ideas de

Wolfert tomaron otro camino obligadas por la dura realidad. Comprendió que podía llegar el momento en que él y los suyos pasarían realmente necesidad. Se consideraba a sí mismo como uno de los más desdichados hombres de la provincia, por no haber podido descubrir un tesoro tan cuantioso; después que aquellos miles de libras habían escapado a sus investigaciones, era sumamente duro ponerse a buscar chelines.

Su rostro expresaba una profunda preocupación; recorría la ciudad con el aire de un hombre que anda buscando dinero; iba con los ojos bajos, como si buscase dinero perdido en el suelo; metía las manos en los bolsillos, como hacen los hombres que no tienen otra cosa que poner en ellos. No podía pasar por el asilo de pobres de su ciudad natal sin una mirada de arrepentimiento, como si se imaginase que había de ser su futuro refugio. Lo extraño de su conducta y de sus maneras no dejó de provocar muchos comentarios. Durante largo tiempo se sospechó que estuviera loco, y todos tenían compasión de él; finalmente, se creyó que había perdido su fortuna, y entonces todos se alejaban de él.

Los ricos burgers, amigos suyos de otros tiempos, le recibían en la puerta de la calle, cuando iba a visitarlos, le apretaban calurosamente la mano al partir y sacudían la cabeza cuando se alejaba diciendo con expresión compasiva: «¡Pobre Wolfert!». Cuando le veían venir por la calle se alejaban en dirección contraria. Hasta el barbero, el zapatero remendón y el sastre de una calle cercana, tres de sus compañeros de taberna, los más pobres pero los más alegres, le observaban con aquella abundancia de simpatía que generalmente acompaña a la carencia de dinero; sin duda, en caso de necesidad, el contenido de sus bolsillos hubiera estado a disposición de Wolfert, sólo que se encontraban completamente vacíos.

Todos se apartaban de la casa de Wolfert, como si la pobreza, lo mismo que la peste, fuera contagiosa; todos, excepto Dirk Waldron, que seguía visitando, a hurtadillas, a la hija de Webber y cuyo amor parecía crecer a medida que desaparecían los medios de la elegida de su corazón.

Pasaron muchos meses después de la visita de Wolfert a la taberna. Un domingo de tarde, cuando se encontraba paseando solo, reflexionando sobre sus necesidades y desilusiones, sus pasos se dirigieron instintivamente en la dirección acostumbrada, y, cuando se despertó de sus sueños, se encontró a la puerta de la taberna. Durante algún tiempo dudó en entrar, pero ansiaba compañía, y ¿dónde puede un hombre arruinado encontrarla mejor que en una taberna, donde no existe ningún ejemplo ni ningún consejo sensato para sacarle de sus casillas?

Wolfert encontró a varios de los viejos parroquianos sentados en su lugar habitual. Sólo faltaba el augusto Ramm Rapelye, que durante tantos años había ocupado el sitio de honor: el sillón de cuero; se sentaba allí ahora un hombre completamente desconocido, que, sin embargo, parecía sentirse a sus anchas en aquel lugar. Era más bien bajo, pero ancho de espaldas y muy musculoso. Todo su cuerpo demostraba que tenía una fuerza atlética. El color de su tez era obscuro y tostado por el sol; su nariz estaba cruzada por una profunda cicatriz que parecía hecha por un cuchillo de abordaje, herida que terminaba en el labio superior, mostrando parte de la dentadura, lo que le hacía asemejarse a un perro de presa. Un mechón de pelo blanco le daba un cierto parecido con un oso gris, hermoseando su rostro, al que favorecía su misma expresión de dureza. Su traje tenía mucho del de un marinero, aunque no faltaban detalles que demostraban que hacía tiempo residía en tierra. Daba órdenes a todo el mundo con aire autoritario, y hablaba con una voz enérgica; mandó varias veces al d…o al tabernero y sus criados, con perfecta impunidad; prueba de ello es que se le servía con mayor obsequiosidad que la que se hubiera demostrado nunca al mismo poderoso Ramm Rapelye.

Se despertó la curiosidad de Wolfert por saber quién era aquel intruso que así usurpaba el cetro de este antiguo dominio. Peechy Prauw le llevó a un rincón, donde, en voz baja, y tomando muchas precauciones, le contó todo lo que sabía acerca de aquel hombre. Varios meses antes, en una noche de tormenta, el tabernero y sus ayudantes se habían despertado al oír unos gritos que parecían aullidos de lobo. Provenían de la costa y finalmente aquellas buenas gentes entendieron que alguien gritaba. «¡Ah de la casa!», como hubiera dicho: «¡Ah del barco!», en alta mar. El tabernero salió corriendo con toda su gente. Al acercarse al lugar de donde provenían los gritos, encontraron a aquel personaje de aspecto anfibio, sentado en un gran cajón de madera, como los que usan los marineros. Nadie podía decir cómo había llegado hasta allí: si había viajado en un bote o había venido flotando en su baúl; de todas maneras, no parecía muy dispuesto a responder a lo que se le preguntase; por otra parte, algo en su expresión y en sus maneras parecía inducir a no hacerle ninguna pregunta. Baste decir que tomó posesión de un cuarto de la taberna, hasta el cual arrastraron trabajosamente su pesado cajón. Allí permanecía desde entonces, sin alejarse de ella o de sus cercanías, aunque es cierto que algunas veces desaparecía por uno, dos y hasta tres días, sin avisar previamente o dar ninguna explicación acerca de sus andanzas. Parecía tener siempre dinero en abundancia, aunque en general eran monedas extranjeras de muy raro dibujo; pagaba regularmente sus gastos diarios, antes de ir a acostarse. Arregló su cuarto de acuerdo con sus propios gustos, substituyendo la cama por una hamaca, como se usa en los barcos, decorando los muros con herrumbradas pistolas y cuchillos de abordaje de procedencia extranjera. Pasaba la mayor parte de su tiempo sentado frente a la ventana de su habitación, que le permitía observar una gran parte del brazo de mar; fumaba entonces una pipa corta de muy antiguo modelo, teniendo a su lado un vaso de ron, y en la mano un anteojo de larga vista, con el cual estudiaba toda embarcación que aparecía en aquellas aguas.

Todo esto hubiera pasado inadvertido, puesto que en aquellos tiempos la provincia era el refugio de aventureros de toda clase y origen, por lo que cualquier peculiaridad del vestido o de la conducta no llamaba mayormente la atención. En muy poco tiempo, sin embargo, este extraño lobo de mar, que de manera tan rara había encallado en tierra, empezó a chocar contra las antiguas costumbres y los parroquianos de la taberna y a entrometerse, de una manera dictatorial, en todos los asuntos de ella hasta que finalmente llegó a dominarla por completo. Era inútil tratar de resistirse a su autoridad. No era precisamente un buscapleitos, sino mandón y perentorio, como alguien que está acostumbrado a ser el tirano del entrepuente; todo lo que decía y hacía tenía un aire de audacia diabólica, que inspiraba respeto a los que le rodeaban. Pronto redujo a silencio al oficial a media paga, que había sido durante tanto tiempo el héroe indiscutido de la taberna; los tranquilos burgers se quedaron con la boca abierta al ver cómo aquel capitán, tan inflamable, se callaba rápidamente. Además, los relatos de aquel hombre extraño eran para poner los pelos de punta a aquellas pacíficas gentes. No había ninguna aventura de piratería o filibusterismo de los últimos veinte años en la que él no pareciera estar perfectamente versado. Le divertía contar las hazañas de los bucaneros en las Indias Occidentales y en la persecución del correo español. ¡Cómo brillaban sus ojos al describir el ataque a un barco cargado de oro, la desesperada lucha, costado a costado, el abordaje y el apresamiento de los ricos galeones españoles! ¡Con qué satisfacción refería el ataque a alguna rica colonia española, el saqueo de una iglesia o de un convento! Uno se imaginaba estar oyendo a un goloso deleitarse con la preparación de un sabroso pato para la fiesta de San Miguel cuando describía cómo quemaron a un caballero español, para que indicase dónde ocultaba sus riquezas; lo hacía con tal lujo de detalles que todos los ricos burgers presentes se movían incómodos en sus asientos. Todo esto lo contaba con infinita satisfacción, como si fuera una broma excelente, echando luego una mirada tan maligna sobre el vecino más próximo, que el pobre hombre se echaba a reír de puro asustado. Sin embargo, si alguien pretendía contradecirle en alguna de sus historias, echaba en seguida rayos y centellas. Hasta su mismo sombrero parecía adquirir una fiereza momentánea y enojarse ante aquella oposición. «¡Por todos los diablos!, ¿cómo ha de saberlo usted tan bien como yo? Le digo a usted que fue como acabo de contarlo».

Agregaba en seguida una andanada de rayos y centellas, mezclada con juramentos de marinero, tales que nunca se habían oído entre aquellos pacíficos muros.

Los buenos burgers empezaron a entrever que él conocía aquellas historias por algo más que por habérselas oído relatar a otros. Día a día, sus sospechas acerca de aquel hombre se hacían más terribles. El modo extraño cómo había llegado, lo raro de su conducta, el misterio que le rodeaba, todo contribuía a que fuera incomprensible a sus ojos. Para ellos, era un monstruo surgido de las profundidades marinas, medio hombre, medio pez: era Behemoth, era Leviatán; en una palabra, no sabían quién era.

El espíritu dominador de este hijo de las aguas pronto se hizo intolerable. No respetaba a nadie; contradecía, sin vacilar un instante, a los más ricos burgers; se apoderó del sagrado sillón, que desde tiempo inmemorial había sido el trono del ilustre Ramm Rapelye; llegó a tanto su audacia que palmeó la espalda de este notable burger, se bebió un ron y le hizo una guiñada, algo enteramente increíble. Desde aquel día, Ramm Rapelye no apareció más por la taberna, y siguieron su ejemplo varios de los más eminentes parroquianos, demasiado ricos para permitir que se les contradijera o para que tuvieran que reírse de las bromas de otro hombre. El tabernero estaba desesperado, pero no sabía cómo deshacerse de aquel monstruo marino y de su cajón, pues parecía que ambos habían echado raíces en la taberna. Esto fue todo lo que Peechy Prauw murmuró al oído de Wolfert, mientras le tiraba de los botones de la chaqueta, después de haberse refugiado ambos en un rincón. Durante todo el tiempo que duró su relato, miraba de cuando en cuando hacia la puerta, cuidando de que no le oyera el terrible héroe de su historia.

Sin decir una palabra, Wolfert se sentó en un rincón, profundamente impresionado por aquel desconocido, tan versado en la historia de la piratería. Para él era un ejemplo de las revoluciones que sacuden poderosos imperios observar cómo el venerable Ramm Rapelye había sido arrojado de su trono para ser sustituido por aquel rudo marinero, que todavía olía a alquitrán y que desde su mismo asiento pretendía gobernar aquellos pacíficos patriarcas, llenando los tranquilos muros con escándalos y bravuconadas.

Aquella tarde el extranjero estaba más comunicativo que de costumbre, y narró un cierto número de asombrosas historias de piratería en alta mar. Se detenía en ellas con particular delectación, acentuando lo que había de espeluznante en los detalles, en proporción al efecto que causaban en su pacífico auditorio. Dio una relación detallada del apresamiento de un barco mercante español. La embarcación se encontraba detenida por una calma tropical, frente a las costas de una isla, que era uno de los refugios de los piratas. Con sus anteojos de larga vista, los piratas reconocieron desde la costa su carácter y sus fuerzas.

Esa misma noche, una tripulación escogida de audaces aventureros se acercó al barco en una ballenera. Mientras la embarcación permanecía inmóvil, con las velas semiplegadas, por la carencia de viento, los piratas se acercaron en su bote, cuyos remos habían sido cubiertos de paja, para que no se oyera ni ese ruido. Estaban muy cerca de la popa cuando la guardia advirtió el peligro. Se dio la alarma; los piratas iniciaron el ataque y subieron al barco, con la espada en la mano. La tripulación inició la defensa, pero en gran confusión; algunos de sus miembros fueron muertos inmediatamente, otros fueron arrojados por la borda y se ahogaron, mientras que el resto disputaba valientemente el terreno a los piratas. Se encontraban a bordo, con sus esposas, tres caballeros españoles que ofrecieron la más desesperada resistencia. Mataron a muchos de los asaltantes, luchando como demonios, pues los azuzaban los gritos de terror de sus esposas, que se habían refugiado en la cámara. Uno de los caballeros era viejo: los piratas dieron pronto cuenta de él. Los otros se defendían valientemente, aun cuando el mismo capitán de los bucaneros se encontraba entre sus asaltantes. En aquel momento se oyó un grito de triunfo en el puente: «¡El barco es nuestro!». Uno de los caballeros españoles, al oír esto, dejó caer al instante su espada y se entregó; el otro, un joven de ardiente temperamento, recién casado, tiró una cuchillada a la cara del jefe de los piratas, abriéndosela al medio.

El capitán de los filibusteros pudo todavía gritar: «¡No hay cuartel!».

—¿Qué hicieron con los prisioneros? —preguntó Peechy Prauw con curiosidad.

—Los arrojaron a todos por la borda —contestó el extranjero.

Un silencio de muerte siguió a esta respuesta. Peechy Prauw se apartó silenciosamente, como un hombre que distraídamente ha pisado la cola de un león dormido. Los honrados burgers observaron horrorizados la profunda cicatriz que cruzaba la cara del extranjero y movieron un poco sus sillas para alejarse de él. Sin embargo, el marino siguió fumando sin que se contrajera un músculo de su rostro, como si no percibiera o no notara el desfavorable efecto que había producido en sus oyentes.

El oficial a media paga fue el primero en romper el silencio, pues se sentía continuamente tentado a contradecir, sin ningún resultado positivo, a aquel tirano de los mares y reconquistar con ello el perdido favor de sus antiguos compañeros. Intentó contrarrestar el efecto de aquellos cuentos, que olían a pólvora, mediante otros igualmente tremebundos. Como era costumbre en él, Kidd era su héroe, acerca del cual había recogido muchas de las tradiciones que circulaban en la provincia. El marino había mostrado siempre una cierta antipatía contra aquel guerrero tuerto. En esta ocasión escuchó con impaciencia particular.

Estaba sentado, con las piernas cruzadas, tamborileando con un pie en el suelo, y echaba, de cuando en cuando, una mirada de basilisco a aquel guerrero hablador. Éste, finalmente, dijo que Kidd había subido por el río Hudson, con parte de su tripulación, para enterrar sus tesoros.

—¡Que Kidd remontó el Hudson río arriba! —estalló el marino, con un juramento terrible—. Kidd nunca hizo eso.

—Pues yo le digo a usted que sí —afirmó el otro—. Se dice que enterró una parte de sus tesoros en una planicie que da al río y que todavía se llama El tesoro del Diablo.

—Eso lo dice usted —gruñó el marinero—. Yo le digo a usted que Kidd nunca subió por el Hudson. ¿Qué diablo sabe usted de Kidd o de los lugares donde se ocultaba?

—¿Qué sé yo acerca de eso? —respondió débilmente el oficial a media paga—. ¡Vamos! Yo me encontraba en Londres cuando fue juzgado y tuve el placer de ver cómo lo ajusticiaban.

—Entonces, señor, permítame que le diga que usted vio colgar al mejor hombre que ha pisado la tierra. —Y acercando su cara a la del oficial, prosiguió—: Más de una de esas ratas de tierra adentro que vieron cómo le ahorcaban, hubiera hecho mejor papel que él bailando en el extremo de una cuerda.

Así quedó reducido a silencio el oficial a media paga, pero la indignación que se ocultaba en su pecho salía a relucir en su único ojo, que ardía como una brasa. Peechy Prauw, que perdía toda oportunidad de quedarse callado, hizo notar que ciertamente el caballero extranjero tenía razón. Kidd nunca enterró dinero en el Hudson, ni en ninguna parte de la provincia, aunque muchos así lo aseguraban. Allí habían enterrado tesoros Bradisch y otros bucaneros, algunos decían que en la bahía de la Tortuga, otros en Long Island, y finalmente otros afirmaban que en Hell-Gate. «Me acuerdo —prosiguió Peechy Prauw— de una aventura de Samuel, el negro pescador, que le ocurrió hace bastantes años y que muchos creen que tiene algo que ver con los bucaneros. Como somos todos amigos aquí, se la contaré. Hace muchos años, Samuel volvía una noche de pescar en Hell-Gate…».

Antes de que pudiera proseguir, el desconocido le interrumpió mediante un movimiento repentino, golpeando con su puño de hierro sobre la mesa, con una fuerza tranquila, que hizo cimbrar a las mismas tablas del mueble, y gritó, con la rabia de un oso enfurecido, moviendo la cabeza:

—Señor vecino: ¡váyase usted al diablo! Será mejor que deje usted tranquilos a los bucaneros y sus tesoros. No son para que los busquen los vejestorios. Los filibusteros lucharon duramente para conseguir su dinero, dieron el cuerpo y el alma por él; en cualquier parte que esté enterrado, créamelo usted, sólo quien tenga pacto con el demonio podrá conseguirlo.

A esta explosión repentina sucedió un silencio sepulcral en todo el cuarto; Peechy Prauw se reconcentró en sí mismo y hasta el oficial tuerto palideció. Wolfert, que había escuchado con mucho interés desde su rincón toda esta conversación acerca de tesoros enterrados, observaba con una mezcla de terror y reverencia al viejo bucanero, pues sospechaba que lo era. En todas las historias acerca del correo español había un cierto retintín de monedas, de oro, que daba valor a cada una de las palabras pronunciadas. Wolfert hubiera dado cualquier cosa por examinar el cajón del marinero, que él imaginaba lleno de cálices de oro, de crucifijos y de talegas hinchadas de doblones.

El silencio sepulcral que había seguido a las palabras del marinero fue interrumpido por éste mismo, quien sacó de su bolsillo un reloj prodigioso, de diseño curioso y antiguo, que para Wolfert era decididamente de origen español. Al tocar un resorte dio las diez; el marinero pidió su cuenta, la pagó con monedas extranjeras, bebió el resto que quedaba en su vaso y, sin despedirse de nadie, salió del cuarto, hablando solo, mientras subía pesadamente las escaleras.

Pasó algún tiempo antes de que las personas allí reunidas pudieran reponerse de la sorpresa en que habían caído. Hasta los mismos pasos del desconocido, que recorría a grandes zancadas su cuarto, y se oían en el salón de la taberna, inspiraban terror. Sin embargo, el tema era demasiado interesante para abandonarlo en seguida. Mientras charlaban no se habían dado cuenta de la proximidad de una tormenta que ahora se descargaba y que impedía que ninguno se fuera a casa hasta que cesara. Se acercaron mutuamente y pidieron a Peechy Prauw que continuara su relato interrumpido tan descortésmente. Éste accedió fácilmente, contándolo sin embargo en un tono muy bajo, inaudible a veces por el fragor del trueno; a menudo se detenía para escuchar con visible terror los pesados pasos del desconocido. He aquí, poco más o menos, lo que contó:

LA AVENTURA DEL NEGRO PESCADOR

Todos conocen al negro Samuel, el viejo pescador, o como se le llama comúnmente, Samuel Barro, que durante medio siglo se ha dedicado a pescar en el brazo de mar. Hace ya muchos años, Samuel, que era un negro trabajador como el que más en la provincia, que cumplía sus labores en la hacienda de Killian Suydam, en Long Island, habiendo terminado la faena de aquel día a hora temprana, se dedicó a pescar cerca de Hell-Gate.

Ocupaba una embarcación muy ligera y, como conocía todas las corrientes y remolinos, cambiaba de lugar con frecuencia; tan distraído estaba con su ocupación que no se dio cuenta de que la marea bajaba rápidamente, hasta que el ruido de las corrientes de agua se lo advirtió; le fue muy difícil arrancar su bote de los remolinos y las rompientes y llevarlo hasta cerca de la costa de la isla de Blackwell. Aquí echó el ancla, esperando que al subir la marea pudiera llegar a casa. La noche era nublada y soplaban ráfagas de viento. Por occidente se cernían negros nubarrones; de cuando en cuando un relámpago anunciaba la proximidad de una tormenta de verano. En consecuencia, Samuel se dirigió a la isla de Manhattan, donde aseguró su bote a un tronco de árbol que se encontraba cerca de unas rocas a flor de agua. Extendió unas mantas sobre el bote, mientras empezaba a desencadenarse la tormenta. El viento arrancaba blanca espuma de las aguas; la lluvia azotaba las hojas de los árboles; retumbaba el trueno y los rayos iluminaban la escena, pero Samuel, refugiado bajo sus mantas, se durmió profundamente.

Cuando se despertó había renacido la calma. Ya no soplaba el viento y sólo algún débil destello de un rayo indicaba hacia oriente la dirección que había seguido la tormenta. La noche era obscura y sin luna; por la altura de la marea, Samuel calculó que debían ser cerca de las 12 de la noche. Estaba a punto de soltar su bote y tomar el camino de su casa, cuando observó una luz que brillaba a una cierta distancia sobre el agua y que se acercaba rápidamente. Pronto comprendió que procedía de la linterna de un bote que, protegido por las sombras de la noche, se acercaba a la costa. Se dirigía a una pequeña ensenada muy cerca de donde él se encontraba. Un hombre saltó a tierra y buscando a la luz de la linterna exclamó: «Éste es el lugar;

aquí está el anillo de hierro». Aseguraron entonces el bote; el hombre volvió a él, donde ayudó a sus compañeros a bajar a tierra un cajón pesado. A la luz de su propia linterna, Samuel vio que eran cinco hombres que llevaban gorros rojos, y que su jefe usaba un sombrero de tres picos; todos ellos estaban armados con largos cuchillos y pistolas. Hablaban entre sí en voz baja, a veces en un idioma extraño que Samuel no podía comprender.

Al desembarcar avanzaron por entre los árboles, turnándose para llevar el pesado cajón. Samuel sentía ahora una enorme curiosidad; abandonando su bote se ocultó entre unos arbustos, que permitían vigilar la dirección que seguían aquellas extrañas gentes. Se detuvieron un momento para descansar, mientras su jefe observaba los alrededores con su linterna. «¿Habéis traído las palas?», dijo uno de ellos. «Aquí están», respondió el que las llevaba. «Debemos cavar muy hondo, para no correr el riesgo de que alguien lo descubra», dijo un tercero.

Samuel sintió un terror pánico. Se imaginó que se trataba de una cáfila de criminales que iban a enterrar a su víctima. Temblaba tanto que le chocaban las rodillas. Su agitación era tal que sacudió una de las ramas del árbol bajo el cual se refugiaba. «¿Qué es eso?», gritó uno de los desconocidos. «Alguien se oculta detrás de esos árboles». La luz de la linterna se proyectó en aquella dirección. Uno de aquellos hombres, tocados con gorros rojos, amartilló la pistola y la apuntó hacia el mismo lugar donde se ocultaba Samuel. Éste se quedó quieto, sin mover un músculo, sin respirar, creyendo que el próximo momento sería el último de su vida. Afortunadamente lo oscuro de su color le favoreció, puesto que no se distinguía de la negrura de la noche. «No hay nadie», dijo el hombre que llevaba la linterna. «Serías capaz de disparar tu pistola y alarmar a toda la región».

Nuevamente levantaron el cajón, que habían dejado en el suelo, y prosiguieron su camino. Samuel seguía observándolos; sólo cuando estuvieron fuera de su vista se atrevió a respirar libremente. Decidió volver a su bote y escapar de la presencia de tan peligrosos vecinos, pero la curiosidad era más fuerte que él. Finalmente optó por quedarse. Pronto oyó el ruido de las palas. «Están cavando la fosa», pensó, y un sudor frío le corrió por todo el cuerpo. Cada golpe de pala le llegaba al corazón; era evidente que hacían el menor ruido posible; todo tenía un aire escalofriante, de misterio y secreto. Samuel se inclinaba por lo terrible: un asesinato ejercía una gran fascinación sobre él, que era un asiduo concurrente de todas las ejecuciones. A pesar del peligro, no pudo resistir a la tentación de acercarse más a la escena y de vigilar de cerca a aquellos caballeros nocturnos. Cuidadosamente se arrastró hacia adelante, evitando las hojas secas, para que el ruido no le traicionara. Llegó hasta un punto donde sólo una roca se interponía entre él y aquellos hombres; podía observar la luz de la linterna que se reflejaba en los árboles detrás de él. Samuel levantó un poco la cabeza por encima de la roca, observó a aquellos villanos debajo de él, tan cerca que, aunque temía ser descubierto, no se atrevía a retirarse por temor de que el ruido le delatase. En esta postura permaneció mucho tiempo, sobresaliendo su negra y redonda cara por encima de las rocas, como el sol sobre el horizonte.

Los gorros rojos habían terminado ya su trabajo; rellenaban otra vez la zanja; reemplazaban cuidadosamente el pasto y las hojas secas de la superficie, para que no se notara nada. «Ahora —dijo el jefe— desafío al mismo diablo a que encuentre el lugar».

—¡Asesinos! —exclamó Samuel involuntariamente. Los cinco hombres se dieron vuelta, y mirando hacia arriba observaron la negra y redonda cabeza de Samuel encima de ellos: los ojos casi salidos de las órbitas, castañeteando los dientes, y toda su cara brillosa de un sudor frío.

—¡Nos han descubierto! —gritó uno.

—¡Matadle! —exclamó otro.

Samuel oyó martillar una pistola, pero no esperó a ver lo que ocurría después. Echó a correr a través de las rocas y los arbustos, rodó como una pelota, y saltó por encima de otros obstáculos como un gato montés. En todas direcciones oía a alguno de los de los gorros rojos detrás de él. Finalmente llegó hasta una roca que, elevándose como un muro, parecía cortarle la retirada hacia el río. Afortunadamente, observó una rama que alcanzaba hasta la mitad de la altura. Saltó hacia ella con la fuerza de un hombre desesperado, la agarró con ambas manos y logró subir hasta la parte superior de la roca. Allí se puso de pie, destacándose su figura ampliamente contra el cielo. Uno de aquellos hombres disparó su pistola: la bala silbó al pasar muy cerca de la cabeza de Samuel. Por una de esas ocurrencias felices que le vienen a uno cuando está en dificultades, gritó y se arrojó al suelo, lo que desprendió un pedazo de roca que fue a parar al río con gran estrépito. «Eso ya está arreglado —dijo uno a otro de sus compañeros que llegaba corriendo—. No se lo contará a nadie, excepto a los peces».

Samuel se deslizó silenciosamente hacia el agua, desató su bote y se dejó llevar por la rápida corriente, que pronto lo alejó de aquel lugar. Sólo cuando se encontraba a gran distancia se aventuró a usar los remos; hizo correr entonces su bote como una flecha por el estrecho, sin preocuparse del peligro de las rocas; sólo se sintió completamente seguro cuando se hubo refugiado en su cama, en la antigua hacienda de los Suydams.

Aquí Peechy Prauw hizo una pausa para tomar un bocado y beber del vaso que estaba destinado al charlatán de la reunión. Los oyentes se quedaron con la boca abierta y el cuello extendido como gallinas que esperan más maíz.

—¿Es eso todo? —exclamó el oficial a media paga.

—Ésa es toda la historia —afirmó Peechy Prauw.

—¿Nunca se preocupó Samuel de averiguar lo que habían enterrado los gorros rojos? —preguntó Wolfert, siempre preocupado por lingotes de oro y doblones.

—Que yo sepa, no —dijo Peechy Prauw—. Su trabajo no le dejaba tiempo, y, a decir verdad, no le gustaba la perspectiva de otra carrera entre las rocas. Además, ¿cómo podría acordarse del lugar? Todo tendría un aspecto diferente a la luz del día. ¿Qué utilidad tendría buscar un cadáver cuando no había ninguna posibilidad de colgar a los asesinos?

—¿Está usted seguro de que enterraron un cadáver? —exclamó Wolfert.

—Claro —dijo Peechy Prauw, muy seguro de sí mismo—. ¿No aparece su espíritu todas las noches cerca de allí?

—¿Así que aparece en ese lugar? —exclamaron varios de los oyentes, abriendo más los ojos y acercando sus sillas.

—Claro que sí —repitió Peechy—. ¿No ha oído ninguno de ustedes hablar del viejo Gorro Rojo, que aparece en la casa, cerca de Hell-Gate, que ardió hace tantos años?

—Sí, he oído contar algo de eso, pero creí que eran simplemente cuentos de viejas.

—Sea así o no —dijo Peechy Prauw—, lo cierto es que esa casa está muy cerca del lugar. Se encuentra en un sitio muy solitario de la costa, y desde tiempo inmemorial está desocupada. Los que pescan en su vecindad han oído a menudo extraños ruidos, y de noche han visto luces que aparecen en diferentes puntos del bosque. Más de una vez se ha visto por allí a un hombre viejo con gorro rojo, que se asoma a las ventanas de la casa, y que se supone sea el espíritu del sujeto que fue enterrado allí. Una noche, tres soldados se alojaron en el edificio y lo recorrieron desde la bohardilla hasta el sótano. Encontraron al viejo Gorro Rojo en el sótano, junto a un barril de sidra, con una garrafa en una mano y un vaso en la otra. Les ofreció de beber de su vaso, pero cuando uno de los soldados se lo llevó a los labios, un río de fuego pasó por todo el sótano, cegando a los tres durante algunos minutos, y cuando recuperaron la vista, había desaparecido la garrafa, el vaso y Gorro Rojo, quedando sólo el barril de sidra completamente vacío.

El oficial a media paga, que empezaba a dormirse y a cabecear sobre su vaso de licor, estalló como una centella:

—Todo eso es un disparate —dijo cuándo Peechy hubo terminado su historia.

—Bueno, yo no soy fiador de su veracidad —repuso Peechy—, aunque todos saben que ocurre algo extraño con esa propiedad. En lo que respecta a la historia de Samuel Barro, la creo como si me hubiera ocurrido a mí mismo.

El profundo interés con que todos los presentes escuchaban esa historia les había impedido darse cuenta de la intensidad de la tormenta que rugía afuera. Repentinamente los despertó un terrible trueno, al cual siguió instantáneamente un temblor que pareció sacudir el edificio hasta los cimientos. Todos se levantaron de sus asientos, imaginándose que era un terremoto o que el mismísimo Gorro Rojo venía a visitarlos. Escucharon un momento, pero sólo oyeron la lluvia que golpeaba las ventanas y el viento que aullaba entre los árboles. Pronto apareció un negro viejo, que en un dialecto casi ininteligible explicó que el rayo había caído en la chimenea de la cocina.

Se produjo un silencio momentáneo, a causa de una pausa transitoria de la tormenta. En ese momento se oyó un disparo de arma de fuego y un grito, provenientes ambos de la costa. Todos se acercaron a las ventanas. Se oyó otro disparo y otro grito, esta vez mezclados con el ruido del viento, cuya fuerza aumentaba nuevamente. Parecía como si el grito proviniera de las profundidades de las aguas; pero aunque los continuos rayos iluminaban la costa, no se veía a nadie. Repentinamente se abrió la ventana del cuarto que quedaba encima del salón de la taberna, y se oyó al misterioso extranjero gritar algo. Se cambiaron diferentes gritos entre ambas partes, pero en un lenguaje que ninguno de los presentes podía entender; sintieron que el extranjero cerraba la ventana y diversos ruidos en su cuarto, como si cambiaran de sitio todos los muebles. Oyéronle llamar al viejo sirviente negro, que poco después ayudaba al veterano a bajar su misterioso cajón.

El tabernero estaba profundamente asombrado:

—¡Cómo! ¿Va usted a embarcarse con esta tormenta?

—¿Tormenta? —dijo el otro rabiosamente—. ¿Llama usted a esto una tormenta?

—Usted se mojará hasta los huesos y pescará una pulmonía mortal —dijo cariñosamente Peechy Prauw.

—¡Rayos y centellas! —exclamó el marino—. No haga usted pronósticos sobre el tiempo a un hombre que ha cruzado los mares durante un tornado.

El obsequioso Peechy volvió a callarse. Se oyó una vez más en un tono de impaciencia la voz que provenía del mar. Los circunstantes observaron con terror a este hijo de las tormentas que parecía haber venido de las profundidades, que le llamaban nuevamente. Con la ayuda del negro llevaba lentamente su pesado cajón hacia la costa, mientras los parroquianos de la taberna le observaban con sentimiento supersticioso, creyendo que iba a embarcarse en su mismo cajón y desaparecer con él. Le siguieron a corta distancia con una linterna.

—¡Apaguen esa luz! —gritó una voz ronca desde la costa—. Nadie la necesita aquí.

—¡Rayos y truenos! —exclamó el veterano, volviéndose hacia ellos—. ¡Vayan inmediatamente a la casa!

Wolfert y sus compañeros retrocedieron desanimados. Sin embargo, su curiosidad no les permitió volverse enteramente. Un rayo les mostró ahora un bote, lleno de hombres, que se elevaba y descendía con el fuerte oleaje. Se mantenía con dificultad mediante un bichero, pues la poderosa corriente tendía a arrastrarlo mar afuera. El veterano trató de alzar el cajón por uno de los extremos dentro del bote, cuando la corriente le arrastró lejos de la costa; el cajón se hundió en el agua, arrastrando consigo al veterano. Todos los que se encontraban en la costa gritaron desesperados y los del bote echaron una sarta de maldiciones, mientras la embarcación y el veterano eran arrastrados mar afuera por la corriente. La oscuridad se hizo profunda. Wolfert Webber creyó oír un grito de auxilio y distinguir a un hombre que se ahogaba, pero cuando otro rayo iluminó la escena, la superficie del mar estaba vacía: no se veía ni al hombre ni al bote, sino sólo las olas que desaparecían velozmente, reemplazándose las unas a las otras.

Todos volvieron a la taberna a esperar que cesara la tormenta. Se sentaron de nuevo y se observaron mutuamente desilusionados. Todo ello no había necesitado ni cinco minutos y no se había cambiado más de una docena de palabras. Cuando vieron el sillón de brazos, les costó comprender que aquel extraño ser que lo había ocupado, lleno de vigor, o más bien de hercúleas fuerzas, era ahora un cadáver. Allí estaba todavía el vaso en el cual había bebido, y las cenizas de su pipa, como si fueran su último suspiro.

Mientras aquellos notables burgers reflexionaban sobre estas cosas, sentían la terrible convicción de que la existencia es algo sumamente incierto, y cada uno de ellos creyó que aquel ejemplo quitaba estabilidad al mismo suelo que pisaban. Sin embargo, como cada uno de ellos poseía esa valiosa filosofía que permite a muchos hombres soportar con paciencia las desgracias de sus vecinos, pronto se consolaron del trágico fin del veterano. Particularmente el tabernero se felicitaba de que el pobre muerto hubiera pagado su cuenta antes de irse; hasta hizo un discurso de circunstancias:

—Llegó durante una tormenta, se fue en una tormenta; llegó una noche y se fue una noche; vino nadie sabe de dónde y se fue nadie sabe adónde. Por lo que sé, se ha ido al mar en su cajón. ¡Que vaya a molestar a otras gentes al otro lado del mundo! Aunque es gran lástima que no haya dejado su cajón aquí…

—¡Su cajón! ¡San Nicolás bendito nos proteja de todo mal! —exclamó Peechy Prauw—. No tendría en mi casa ese cajón ni por todo el oro del mundo.

Estoy seguro de que su espíritu se aparecería todas las noches en busca de él. En lo que respecta a su viaje por mar montado en un cajón, me acuerdo de lo que le pasó al barco del capitán Onderdonk, en su travesía desde Ámsterdam. Murió el contramaestre durante una tormenta, por lo que lo envolvieron con su coy, lo metieron en su propio cajón y lo arrojaron por la borda; pero tenían tanta prisa que se olvidaron de rezar las oraciones del servicio de difuntos; la tormenta se hizo más violenta y durante ella vieron al muerto sentado en su cajón utilizando su coy como vela, persiguiendo de muy cerca al barco, mientras el mar se rompía a su alrededor en olas que parecían de fuego. Así siguieron durante días corriendo la tormenta, con el contramaestre muerto detrás de ellos, esperando hundirse de un momento a otro. Todas las noches veían al contramaestre que parecía mandar hacia ellos olas enormes de la altura de una montaña, que se hubieran tragado al barco, si no fuera por las velas de los difuntos; así siguieron hasta que le perdieron de vista en las nieblas de Terranova, donde ellos creen que cambió de rumbo, y se dirigió a la isla de Los Hombres Muertos. Todo eso ocurre por no rezar las oraciones de los difuntos cuando se tira un muerto al mar.

Había cesado la tormenta que impidió que los parroquianos abandonaran la taberna. El reloj dio las doce; todos se apresuraron a partir, pues rara vez aquellos tranquilos burgers se quedaban hasta tan tarde fuera de sus casas. Al salir vieron que el cielo estaba otra vez sereno. La tormenta que lo había oscurecido ya no existía, mejor dicho, se encontraba amontonada en el horizonte, en masas lanosas, iluminadas por la luna, que parecía una lámpara de plata colgada en un palacio de nubes.

Los tétricos hechos de la noche, así como las fúnebres narraciones con que se habían entretenido, dejaron en cada uno de ellos un sentimiento supersticioso. Echaron una mirada medrosa al lugar donde había desaparecido el bucanero, como si esperaran verle navegar en su cajón a la fría luz de la luna. Los rayos de luz acariciaban la superficie de las plácidas aguas, y la corriente seguía fluyendo sobre el lugar donde se había hundido. Todos los parroquianos se agruparon para dirigirse a sus casas, particularmente cuando pasaron por un campo solitario donde había sido asesinado un hombre. Hasta el enterrador, que debería estar acostumbrado a aparecidos y espíritus y que debía seguir solo durante un trecho del camino, dio una vuelta antes que pasar por su propio cementerio.

Wolfert Webber llevaba a su casa varias historias nuevas para rumiarlas. Estos informes acerca de dinero escondido y de tesoros españoles enterrados aquí y allá y en todas partes por las rocas y bahías de aquella costa solitaria, le volvían loco. «¡San Nicolás bendito!», exclamó a media voz. «¿No es posible encontrar uno de estos tesoros y hacerse rico en menos que canta un gallo? Debo cavar durante un día y otro para ganar un pedazo de pan, cuando con un feliz golpe de pala podría tener coche para el resto de mi vida».

Mientras daba vueltas en su caletre a todo lo que se le había contado de la singular aventura del negro pescador, su imaginación empezó a atribuir a la historia un sentido totalmente distinto. No veía en aquellos gorros rojos sino una tripulación de piratas que enterraba el producto de sus saqueos; la posibilidad de hallar las huellas de esta atractiva riqueza, despertó una vez más sus ansias de oro. Su calenturienta fantasía daba a todo el color amarillento de ese metal. Se sentía como el avaro habitante de Bagdad, cuyos ojos habían sido frotados con el ungüento mágico del derviche, que le permitía ver toda la riqueza de la tierra. Los cajones de joyas, los montones de oro y las talegas de extrañas monedas parecían cortejarle desde los lugares en que estaban ocultos y suplicarle que los librara de su encierro.

Sus investigaciones acerca de las tierras donde aparecía el viejo Gorro Rojo, le confirmaron en sus suposiciones. Se enteró de que las habían visitado diferentes veces varios experimentados buscadores de tesoros, que habían oído la historia del negro Samuel, pero ninguno de ellos había tenido éxito; por el contrario, siempre habían fracasado por una u otra dificultad que Wolfert atribuía a que no habían trabajado en tiempo propicio y con el ceremonial adecuado. La última tentativa era la de Cobus Kuackenbos, que cavó durante toda una noche, con increíbles dificultades, pues en cuanto arrojaba una palada de aquella tierra fuera del pozo, manos invisibles arrojaban dos. Sin embargo, llegó a descubrir un cofre de hierro; en aquel momento innumerables figuras se agruparon alrededor de la excavación, que con aullidos y golpes dados por palos invisibles, le arrojaron de aquel lugar prohibido. Así lo declaró Cobus Kuackenbos en su lecho de muerte, por lo que no puede dudarse de ello. Era un hombre que había dedicado muchos años de su vida a la búsqueda de tesoros, por lo que todos creen que finalmente hubiera tenido éxito, si no hubiese muerto de una fiebre cerebral en el asilo de pobres.

Wolfert Webber se encontraba ahora en un estado de suma impaciencia, pues temía que algún aventurero rival se enterase del tesoro enterrado. Determinó buscar privadamente al negro pescador y pedir que le guiase hasta el lugar donde había sido testigo de tan extraños acontecimientos. Era fácil encontrar a Samuel, puesto que se trataba de uno de esos seres que viven en una región hasta que se aseguran un lugar entre los monumentos públicos, y se convierten en tipos raros conocidos de todos. Ningún chiquillo de la ciudad, por muy infeliz que fuera, ignoraba la existencia de Samuel, y creía carecer de derecho para jugar una mala pasada al viejo negro. Durante más de medio siglo, Samuel había llevado una vida anfibia en las costas de la bahía y los bancos de pesca del brazo de mar. Pasaba la mayor parte de su tiempo en el agua cerca de Hell-Gate; en mal tiempo se le podía tomar por uno de los espectros que aparecían por aquellos lugares. Se le veía a todas horas y en toda clase de tiempo; algunas veces anclaba su bote entre remolinos o dando vueltas alrededor de los restos de algún naufragio donde se cree que los peces son más abundantes. A veces permanecía durante horas enteras sentado en una roca, como un ave carnívora que vigilara su presa. Sabía al dedillo todos los rincones del brazo de mar, de un extremo a otro; hasta se afirmaba que conocía todos los peces del río por su nombre particular.

Wolfert le encontró en su choza, la cual no era mayor que una perrera mediana. Estaba construida sobre rocas al pie del viejo fuerte, con los restos de naufragio y maderas que habían dejado en la playa las corrientes marinas. Todo el lugar olía a viejo y a pescado. Contra los muros del fuerte se apoyaban remos y cañas de pescar; sobre la arena, para que secara, estaba tendida una red; el bote yacía en seco sobre la playa; en la puerta de su choza se hallaba el mismo Samuel Barro, entregado al verdadero lujo negro de dormir al sol.

Habían pasado muchos años desde la aventura de Samuel. Las nieves de muchos inviernos habían puesto un color gris en la motuda lana de su cabello. Recordaba perfectamente las circunstancias, puesto que a menudo se le había pedido que la relatara, aunque su versión difería en muchos puntos de la de Peechy Prauw, lo que ocurre con frecuencia en el caso de los historiadores veraces. En cuanto a las investigaciones de los buscadores de tesoros, Samuel ignoraba por completo ese aspecto de la cuestión; el precavido Wolfert se cuidó mucho de despertar sospechas; su único deseo era asegurarse los servicios del viejo Samuel para que le guiara, lo que consiguió fácilmente. El tiempo transcurrido desde la aventura nocturna de Samuel, había borrado de la mente de éste todo el terror que le causaba el lugar; bastó la promesa de una pequeña recompensa para que despertase en seguida y dejara de tomar el sol.

No podían hacer el viaje por agua, pues tenían la marea en contra. Wolfert estaba demasiado impaciente por llegar a la tierra prometida, por lo que siguieron a pie. Una caminata de unos siete u ocho kilómetros los llevó al extremo de un bosque que en aquel tiempo cubría la mayor parte del lado oriental de la isla. Era un poco más allá de la bella región de Bloomendael. Allí tomaron por una amplia pradera, en la cual crecía toda clase de malas hierbas. Si Wolfert Webber hubiera creído en leyendas románticas, hubiera supuesto que entraba en una tierra prohibida sometida al encanto de los gnomos o que las plantas eran algunos de los guardianes que vigilaban el tesoro enterrado. La soledad del lugar y las extrañas historias relacionadas con él tenían un efecto definido sobre la mente.

Al alcanzar el extremo de la pradera, se encontraron cerca de la costa de brazo de mar, en una especie de anfiteatro rodeado de árboles. El lugar había estado dedicado anteriormente a la cría de ganado, pero ahora crecían en él las malas hierbas. En el otro extremo, sobre la costa del río, se encontraba un edificio en estado completamente ruinoso, del cual se elevaban tan sólo las chimeneas como solitarias torres; la corriente del brazo de mar corría rumorosa a lo largo del edificio; los árboles sumergían sus hojas en sus aguas.

Wolfert no dudaba que esta era la casa encantada de Gorro Rojo, y recordó la historia de Peechy Prauw. Empezaba a hacerse de noche y la luz que se filtraba en aquellos lugares boscosos daba un tinte melancólico al lugar, muy indicado para fomentar cualquier sentimiento de terror o superstición. El halcón que describía amplios círculos en las altas regiones del aire, emitía su grito peculiar. El pájaro carpintero atacaba de cuando en cuando a un árbol hueco. Wolfert y Samuel llegaron a una empalizada de lo que en un tiempo había sido un jardín. Ya no era más que un conjunto de maleza, en medio de la cual aparecía algún rosal o un ciruelo. En el extremo más bajo del jardín pasaron por un edificio poco alto, cuyo frente daba al mar. La puerta, aunque mostraba la inclemencia del tiempo, era todavía fuerte y parecía haber sido recientemente arreglada. Wolfert la abrió. Rechinaron con estridencia los goznes y pareció chocar con algo así como una caja de la que cayó un cráneo al suelo. Wolfert retrocedió aterrorizado, pero se calmó cuando el negro le dijo que era un sepulcro familiar perteneciente a la familia holandesa propietaria de los terrenos, afirmación que quedaba corroborada por varios féretros de distinto tamaño. En su niñez, Samuel se había acostumbrado a estas escenas, por lo que comprendió que no se encontraban muy lejos del lugar que buscaban.

Se dirigieron ahora hacia la costa, teniendo que seguir a lo largo de ella; era muy difícil mantener la dirección, pues tenían que evitar los árboles y arbustos que crecían en la misma orilla, para no caer en la rápida corriente. Finalmente, llegaron a una pequeña bahía, protegida por rocas verticales y rodeadas por árboles que crecían juntos, tanto que casi ocultaban el lugar. La corriente evitaba entrar en aquella bahía y corría oscura y profunda por los puntos extremos de ella.

El negro se detuvo; se quitó los restos del sombrero que llevaba en la cabeza y se rascó sus motas grises; golpeó las manos y se dirigió con ímpetu hacia adelante indicando un largo anillo de hierro empotrado en la roca, justamente donde una ancha piedra proporcionaba un cómodo lugar para asegurar un bote. Allá habían desembarcado los gorros rojos. Los años habían alternado los aspectos de la escena que estaban sometidos a los cambios de la estación; pero la roca y el hierro ceden sólo lentamente a la influencia del tiempo. Observando más atentamente, Wolfert descubrió tres cruces marcadas en la roca, más arriba del anillo, lo que sin duda tenía algún significado misterioso.

El viejo Samuel reconoció en seguida la roca, a la cual había afirmado su bote durante aquella tormenta. Era mucho más difícil encontrar el camino que habían seguido los gorros rojos aquella noche. Samuel se había preocupado más de observar las personas que los lugares; además, un mismo paisaje tiene un aspecto enteramente distinto de día y de noche. Después de dar muchas vueltas, llegaron a un claro del bosque, que Samuel tuvo por el lugar donde los gorros rojos habían procedido al enterramiento. En uno de los lados se alzaba una roca vertical como una muralla que Samuel creyó era la enorme peña desde la cual los había observado. Wolfert la examinó atentamente, descubriendo finalmente tres cruces idénticas a las que aparecían sobre el anillo de hierro. Estas señales estaban profundamente marcadas en la superficie de la roca, pero era muy difícil notarlas por haber igualado el musgo toda la piedra. El corazón de Wolfert latía de júbilo, pues no dudaba ya que eran inscripciones peculiares de los bucaneros. Todo lo que quedaba por hacer era determinar el lugar exacto donde se hallaba el tesoro enterrado, pues de lo contrario tendría que cavar al azar cerca de las tres cruces, sin mucha probabilidad de descubrirlo, y ya estaba harto de cavar sin encontrar nada. El viejo negro no podía ayudarle en esta tarea, pues por ser sus recuerdos sumamente confusos, le era imposible indicar el sitio con certeza y sí varios con aproximación dudosa. Una vez afirmó que debía ser al pie de un árbol, en seguida declaró que estaba equivocado y que era al lado de una gran piedra blanca; después aseguró que era al lado de un arbusto, a poca distancia de la piedra vertical; finalmente Wolfert quedó tan confundido como él mismo.

Las sombras de la noche empezaban a extenderse sobre la región: se confundían las rocas y los árboles. Era demasiado tarde para proseguir sus búsquedas; además, Wolfert no había traído ni pico ni pala. Satisfecho por haber determinado aproximadamente el lugar, se limitó a anotar cuidadosamente todas las marcas que podían servirle para identificar el sitio y decidió volver a casa, resuelto a proseguir sin demora su dorada empresa.

Mientras cruzaba aquella región encantada, la ansiedad que le había dominado hasta entonces se calmó un tanto, por lo que la fantasía pudo empezar a pintarle mil formas y quimeras distintas. Cada árbol parecía tener colgado un pirata; casi esperaba ver aparecer algún caballero español, degollado de oreja a oreja, sacudiendo el contenido de una talega llena de monedas de oro.

Prosiguieron su camino a través del desolado jardín; los nervios de Wolfert habían llegado a un estado tal de tensión que el vuelo de pájaro, una hoja que temblaba movida por el viento, la caída de una baya eran causas suficientes para hacerlos saltar. Al salir del jardín, observaron a cierta distancia una figura que avanzaba lentamente por uno de los caminos, llevando a cuestas un gran peso. Samuel y Wolfert se detuvieron y examinaron atentamente al desconocido. Por lo que parecía, llevaba un gorro de lana y lo que era más alarmante: el gorro era de un rojo sanguinolento. La figura se movía lentamente y se detuvo delante de la misma puerta de la cripta sepulcral. Antes de entrar, echó una mirada alrededor. Wolfert se aterrorizó hasta el máximo, pues reconoció al bucanero que se había ahogado la noche anterior. Se le escapó una exclamación de horror. La aparición levantó lentamente su puño de hierro y lo sacudió en señal de amenaza.

Wolfert no se preocupó de ver más: echó a correr tan rápidamente como lo permitieron sus piernas; en cuanto a Samuel, le seguía tan de cerca como se lo admitía su edad y su miedo, pues todo el terror de aquella noche se había despertado nuevamente en él. Corrieron a través de campos y bosques y sólo se sintieron relativamente seguros cuando llegaron al camino real que conducía a la ciudad.

Pasaron varios días antes de que Wolfert pudiera reunir el valor suficiente para proseguir su empresa, tanto le había acobardado la aparición del terrible bucanero, vivo o muerto. Entretanto, ¡qué fuerzas contradictorias luchaban en su alma! Se despreocupó de todos sus asuntos, estuvo intranquilo todo el día, perdió el apetito, no sabía lo que pensaba y lo que decía y cometía numerosísimas distracciones. Había desaparecido su tranquilidad; hasta cuando dormía la pesadilla del oro le oprimía el pecho. Hablaba de incontables sumas de dinero; se imaginaba estar entregado a la búsqueda de tesoros; tiraba las mantas a derecha e izquierda, creyendo que estaba cavando tierra; se metía debajo de la cama, buscando escondidos tesoros, y de allí salía con lo que él creía ser un puchero de barro lleno de monedas de oro.

Su esposa y su hija se desesperaban ante lo que tenían por los primeros síntomas de locura. Las mujeres holandesas consultan los oráculos cuando se encuentran en dificultades: el dómine y el médico. En este caso se dirigieron al último. En aquella época se encontraba en la ciudad un físico, pequeño de cuerpo, oscuro de color, de edad avanzada e ideas anticuadas, famoso entre todas las mujeres de la ciudad, no sólo por su habilidad en el arte de curar, sino en materias más extrañas y misteriosas. Se llamaba doctor Knipperhausen, aunque se le conocía más comúnmente por el doctor alemán. Aquellas dos pobres mujeres se dirigieron a él en demanda de consejo y asistencia por las desviaciones mentales de Wolfert.

Encontraron al galeno sentado en su pequeño consultorio, con su bata de estudioso y su gorra de terciopelo negro, a la manera de Boerhaave, Van Helmont y otros sabios médicos de fama; tenía puestos un par de anteojos verdes, montados en cuerno negro; leía un libro alemán que reflejaba el color oscuro de su tez. El médico escuchó con profunda atención la descripción de los síntomas de la enfermedad de Wolfert, pero cuando se mencionó su manía de buscar dinero enterrado, aquel hombrecillo demostró aún mayor interés y aguzó el oído. Las pobres mujeres no sabían qué clase de ayuda habían ido a buscar.

Durante más de la mitad de su vida el doctor Knipperhausen se había dedicado a buscar el camino más corto para hacer fortuna, en cuya investigación se gasta más de una vida. Había vivido varios años en las montañas de Harz, en Alemania; había obtenido muy valiosos informes de los mineros acerca de la mejor manera de buscar tesoros enterrados. Prosiguió sus estudios con un sabio ambulante que unía los misterios de la medicina con los de la magia y los juegos de manos. En consecuencia, la mente del doctor estaba llena de toda clase de conocimientos teúrgicos y abstrusos; era muy aficionado a la astrología, la alquimia y la adivinación; sabía encontrar el dinero robado y descubrir las fuentes de agua; en una palabra, su oculta sabiduría justificaba el nombre de doctor alemán, que aproximadamente equivale a nigromante.

El médico había oído con frecuencia los rumores acerca de tesoros enterrados en diferentes partes del país; hacía mucho tiempo que él mismo los andaba buscando. Tan pronto como se enteró del estado anómalo de Wolfert, comprendió que se daban todos los síntomas de una obsesión de hallar dinero oculto; no perdió tiempo en comprobar su hipótesis hasta las últimas consecuencias. Wolfert había sentido desde hacía mucho tiempo la opresión de su secreto; como un médico de familia es una especie de padre confesor, se alegró de tener una oportunidad de descargar su alma. Lejos de curarle, el médico se contagió de la enfermedad de su paciente. Las circunstancias que Wolfert le reveló despertaron su ansia de riquezas; ni por un momento dudó que el dinero estaba enterrado en algún punto cerca de las cruces y se ofreció a ayudar a Wolfert en sus investigaciones. Le informó que era necesario guardar el mayor secreto y tomar numerosas precauciones en empresas de esta clase, que el dinero sólo puede desenterrarse de noche, observando ciertas formas y ceremonias: quemar plantas aromáticas, repetir ciertas palabras místicas, y, ante todo, los buscadores de tales riquezas ocultas deben estar provistos de una varilla adivinatoria que tiene la maravillosa propiedad de indicar el lugar exacto donde está enterrado el tesoro. Como el médico había estudiado a fondo estas cuestiones, quedó encargado de todos los preparativos pertinentes, y como la luna se acercaba a una posición favorable, prometió tener pronta la varilla para una noche determinada.

El corazón de Wolfert saltaba de júbilo por haber encontrado una persona cuya cooperación era tan valiosa. Todo se hizo secretamente, pero con gran rapidez. El médico mantuvo numerosas consultas con su paciente; las buenas mujeres alababan el efecto tranquilizador de sus visitas. Entretanto, quedó pronta la maravillosa varilla adivinatoria, la clave de todos los secretos de la naturaleza. El doctor había consultado apresuradamente todos los libros que pudieran serle de utilidad para la ocasión; el negro pescador se comprometió a llevarlos por mar hasta el lugar de sus investigaciones, a trabajar con pico y pala para desenterrar el tesoro y a cargar en su barco los pesados frutos de su empresa que estaban seguros de encontrar.

Finalmente, llegó la noche fijada para su peligrosa tentativa. Antes de salir de su casa, Wolfert aconsejó a su mujer y a su hija que se acostasen y que no se alarmaran si él no volvía durante la noche. Como todas las mujeres sensatas, en cuanto oyeron que no debían alarmarse, se sintieron poseídas de un pánico mortal. Por los gestos de Wolfert comprendieron que ocurría algo extraordinario; sintieron con una intensidad diez veces mayor todos sus temores acerca de la salud mental de su esposo y padre; se abrazaron a él, rogándole que no se expusiera al frío de la noche, pero todo fue en vano. Cuando Wolfert había montado en su burro, era difícil hacerle bajar de él. Era una noche clara y estrellada. Wolfert abandonó su casa; llevaba un sombrero de anchas alas; tanto su hija como su mujer habían contribuido a protegerle del frío, la una con una bufanda, la otra con una capa.

La diligente ama de llaves del doctor, Frau Ilsy, había armado y protegido al doctor de manera igualmente efectiva. Salió de su casa, con su gorro de terciopelo debajo del sombrero, un libro debajo del brazo y un canasto de hierbas secas en una mano y en la otra la maravillosa varilla adivinatoria.

El reloj de la iglesia daba las diez cuando el doctor y Wolfert pasaron por el cementerio, mientras el sereno, con voz aguardentosa, exclamaba estirando mucho las vocales: «¡Las diez han dado y sereno!». Un profundo sueño se había apoderado de la pequeña villa. Nada interrumpía el terrible silencio, excepto de cuando en cuando los ladridos de algún perro vagabundo y de vida desarreglada o la serenata de amor de algún gato romántico.

Cierto es que Wolfert creyó oír más de una vez pasos furtivos que se mantenían a una cierta distancia de ellos, pero se consoló pensando que era el eco de los propios. Una vez le parecía observar una figura alta, que los seguía con muchas precauciones para que no la vieran y que se detenía en cuanto lo hacían ellos, y que proseguía en cuanto se ponían otra vez en movimiento; pero la luz del alumbrado público era tan débil e insegura que todo ello no era probablemente más que una mera ilusión.

Encontraron al viejo pescador esperándolos, fumando su pipa. En el fondo del bote se encontraba ya un pico y una pala, una linterna sorda y una botija, que contenía una buena dosis de coraje holandés, en la cual el honrado Samuel ponía más confianza que el doctor Knipperhausen en sus drogas.

Así se embarcaron aquellos tres valientes en una cáscara de nuez, emprendiendo su expedición nocturna con una visión y valor difícilmente igualados en empresas de este género. Subía la marea y corría rápidamente hacia el brazo de mar. La corriente los llevaba sin que casi hiciera falta usar los remos. La ciudad estaba completamente envuelta en la obscuridad. Aquí y allá aparecía una débil lucecilla que provenía del cuarto de un enfermo o del castillo de algún barco, anclado en el río. Ninguna nube obscurecía el claro cielo estrellado; las luces de los astros se reflejaban en las tranquilas aguas del río; una estrella fugaz recorrió los cielos en la misma dirección hacia la cual ellos avanzaban, lo que el doctor interpretó como de buen augurio.

Poco tiempo después pasaron frente a Corlear’s Hook, donde estaba la taberna que había sido escenario de aquellas aventuras nocturnas. No aparecía ninguna luz en la casa. Wolfert se estremeció al pasar por el sitio donde se había ahogado el bucanero. Se lo indicó al doctor Knipperhausen.

Mientras lo observaban, creyeron ver un bote que recorría el mismo lugar; pero como la costa producía una sombra tan intensa sobre las aguas, nada pudieron distinguir. Un poco más adelante les pareció oír ruido de remos, como si alguien los manejara cuidadosamente, para que no quebrasen el silencio. Samuel empezó a mover los suyos con redoblada intensidad y como conocía todos los remolinos y corrientes del lugar, pronto pudo sacar gran ventaja a sus perseguidores, si realmente alguien trataba de seguirlos. Finalmente, el negro llegó a la pequeña ensenada y aseguró el bote el anillo de hierro.

Desembarcaron, encendieron la linterna, reunieron sus herramientas y se dirigieron lentamente a través del bosquecillo. Cualquier ruido los hacía salir de sus casillas; hasta el rumor de sus propios pasos sobre las hojas secas o el de una lechuza que se dirigía a su nido en la chimenea de las ruinas cercanas, les helaba la sangre en las venas.

A pesar de todas las precauciones de Wolfert para encontrar rápidamente las cruces, pasó algún tiempo antes de que pudieran hallar el claro del bosque donde suponían que estaba enterrado el tesoro. Finalmente, llegaron a la roca en forma de muralla; al examinar su superficie con la linterna, Wolfert reconoció las místicas cruces. Sus corazones latieron apresuradamente, pues había llegado el momento de prueba que convertiría en realidad todas sus esperanzas.

Wolfert mantenía la linterna, mientras el doctor utilizaba la varita adivinatoria. Era una rama que se bifurcaba en dos brazos; el doctor la mantenía firmemente por su doble extremo, uno en cada mano.

Recorrió el lugar con ella, pero durante algún tiempo no se registró ningún efecto. Wolfert mantenía la luz de la linterna sobre ella, mientras la vigilaba con el más intenso interés. Finalmente, empezó a moverse. El doctor la apretó con mayor intensidad; le temblaban las manos, de puro agitado. La varilla continuó moviéndose gradualmente hasta invertir enteramente su posición, indicando perpendicularmente hacia abajo, y permaneció en esa posición hacia un punto del claro, como la aguja indica el polo.

—Éste es el lugar —dijo el doctor con voz casi inaudible.

A Wolfert se le subió el corazón a la boca.

—¿Quieren ustedes que empiece a cavar? —preguntó el negro, agarrando el pico.

—¡Potztausend! ¡No! —respondió el doctorcillo apresuradamente. Ordenó a sus compañeros que se mantuvieran cerca de él y que no pronunciaran una palabra. Debían tomarse algunas precauciones y llevar a cabo ciertas ceremonias, para impedir que los espíritus malignos, que guardan los tesoros escondidos, les hicieran algún daño.

Trazó un círculo alrededor del lugar, lo suficientemente grande para incluir a los tres. Recogió ramas y hojas secas y encendió un fuego, al cual arrojó ciertas drogas y hierbas que había traído en el canasto. Se produjo una humareda espesa, que tenía un olor penetrante, con un gusto maravilloso a azufre y asafétida, que por muy grato que pudiese ser a los nervios olfatorios de los espíritus, casi ahogó al pobre Wolfert y le produjo un ataque de tos y de estornudos que resonó por todo el claro. El doctor abrió entonces el libro que había tenido siempre debajo del brazo, impreso en dos colores: rojo y negro y en idioma alemán. Mientras Wolfert mantenía la linterna, el médico, provisto de sus lentes, leía varios conjuros en latín y alemán. Después ordenó a Samuel que asiera pico y pala y empezara a cavar. El suelo era muy duro, lo que demostraba que no había conocido herramienta humana, nunca, o desde hacía muchos años. Después de atravesar una primera capa de tierra vegetal, Samuel llegó a un estrato de arena y grava, que arrojó, a derecha e izquierda, con la pala.

—¡Ojo! —exclamó Wolfert, a quien le pareció haber oído ruido de pisadas sobre las hojas secas y como si alguien se deslizara entre los arbustos. Samuel se detuvo un momento y todos escucharon con atención: no se oía nada. Un murciélago pasó silenciosamente al lado de ellos; un pájaro salió de un árbol, asustado por la luz de la linterna, que se reflejaba en las hojas de los árboles. En el profundo silencio del bosque podían oír la corriente que pasaba a lo largo de la costa rocosa, así como el murmullo distante de Hell Gate.

El negro seguía trabajando y había cavado ya un pozo bastante profundo; el doctor leía sus fórmulas o arrojaba más drogas y hierbas al fuego; Wolfert se inclinaba ansiosamente sobre la excavación vigilando cada movimiento de la pala. Cualquiera que hubiera presenciado esta escena iluminada por la luz de la linterna sorda, hubiera creído que el doctorcillo era algún nigromante, ocupado en algún encantamiento, y el negro de cabellos grises algún espíritu que obedecía sus órdenes.

Finalmente, la pala del pescador chocó con algo que sonaba a hueco; la vibración del sonido llegó hasta el corazón de Wolfert. «¡Es un cajón!», dijo Samuel. «¡Lleno de oro!, ¡estoy seguro!», gritó Wolfert, aplaudiendo entusiasmado.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando un ruido que provenía de más arriba llegó hasta sus oídos. Levantó la mirada y a la luz del fuego que se extinguía encima de la roca, donde muchos años antes había observado Samuel a los gorros rojos, le pareció ver algo que se parecía enormemente a la cara del ahogado bucanero, cuya expresión era más que amenazadora.

Wolfert gritó asustado y dejó caer la linterna. Su pánico se comunicó a sus compañeros. El negro salió velozmente del agujero, el doctor dejó caer el libro y el canasto y empezó a rezar en alemán. Todo era horror y confusión. El fuego se apagó; la linterna ya no alumbraba más. En su prisa, chocaron los unos con los otros y se confundieron. Imagináronse que tenían que vérselas con una legión de espíritus y que veían extrañas figuras con gorros rojos que trataban de cazarlos. El doctor huyó por un lado, el negro por otro, y Wolfert se dirigió hacia la costa. Mientras corría a través del bosquecillo oyó que alguien le perseguía. Las pisadas de su enemigo se acercaban cada vez más. Sintió que alguien lo agarraba por el cuello, cuando su atacante fue atacado a su vez. Se produjo una lucha desesperada. Se oyó un disparo que durante un segundo iluminó las rocas y los arbustos y mostró dos figuras que luchaban ferozmente; después todo quedó aún más obscuro. Continuaba la lucha, los combatientes seguían peleando, entre gritos; una vez rodaron abrazados por el suelo. El jadeo de ambos fue interrumpido varias veces por maldiciones, en las cuales Wolfert creyó reconocer la voz del bucanero. Hubiera huido, pero se encontraba al borde de un precipicio y no podía proseguir. Ambos luchadores se levantaron y siguieron el combate de pie. Finalmente uno de ellos fue arrojado por el precipicio hacia el agua, hacia el profundo río que murmuraba más abajo.

Wolfert oyó cómo caía al agua y una especie de murmullo, pero la obscuridad de la noche no le permitía distinguir nada y la velocidad de la corriente alejaba todo al instante.

Así desapareció uno de los combatientes, pero Wolfert no podía decir si era amigo o enemigo o si ambos eran enemigos. Oyó cómo se acercaba el sobreviviente, lo que hizo revivir su terror. Vio una forma humana que avanzaba hacia él. No había posibilidad de error: era el bucanero. ¿Hacia dónde huir? Por un lado tenía un precipicio, por el otro un asesino.

El enemigo se acercaba: estaba ya frente a él. Wolfert iba a dejarse caer por el precipicio. Se agarró a unas ramas que sobresalían sobre su cabeza. Se mantuvo en el aire colgado de ellas. Se imaginó que había llegado su último momento; ya había encomendado su alma a San Nicolás, cuando se rompió la rama y empezó a rodar hacia abajo, chocando en su camino con rocas y arbustos. Pasó mucho tiempo antes de que recobrara el sentido. Cuando abrió los ojos, ya se anunciaba la aurora. Se encontraba tirado en el fondo de un bote. Intentó sentarse, pero estaba demasiado maltrecho para ello. Una voz le ordenó amistosamente que siguiera echado. Wolfert volvió la vista hacia el que hablaba: era Dirk Waldron. A pedido de la señora Webber y de su hija, que con la laudable curiosidad propia de su sexo querían enterarse del motivo de las secretas entrevistas entre el doctor y Wolfert, había seguido a los tres desde su partida. Dirk se había quedado muy atrás por la velocidad del bote del negro, llegando sin embargo a tiempo para rescatar al pobre buscador de tesoros de su perseguidor.

Así terminó esta peligrosa empresa. El doctor y el negro Samuel encontraron el camino de regreso hacia Manhattoes, teniendo cada uno su propia historia que contar acerca de los terribles peligros pasados. En lo que respecta al pobre Wolfert, en lugar de volver triunfalmente cargado de talegas de oro, le llevaron a su casa en una camilla seguida por una fila de curiosos chiquillos.

Su hija y su mujer vieron a una cierta distancia aquella desagradable procesión y alarmaron a todo el vecindario con sus gritos. Se imaginaron que le traían muerto; cuando comprendieron que vivía, le metieron rápidamente en la cama; un jurado de matronas de la vecindad se reunió para determinar cómo había de curársele.

Toda la ciudad se enteró de la historia de los buscadores de tesoros. Muchos se dirigieron al lugar de las aventuras de la noche anterior, pero aunque dieron con el pozo que había cavado Samuel, no encontraron nada que los compensase de las molestias de su viaje. Algunos dicen que quedaban fragmentos de un cajón de cedro que olía fuertemente a dinero oculto y que la cripta de la familia parecía haber sido utilizada para guardar artículos de contrabando, pero todo eso es muy dudoso.

Hasta el día de hoy no se ha revelado el secreto de esta historia. Todavía es objeto de discusión si existía realmente algún tesoro enterrado, si se lo llevaron aquella misma noche los que lo habían ocultado allí, o si todavía queda oculto allí mismo, guardado por gnomos y espíritus, hasta que se le encuentre de acuerdo con los métodos indicados para ello. Por mi parte, me inclino a compartir la última opinión y no dudo que allí y en otras partes de la isla hay dinero enterrado desde los tiempos de los bucaneros y de los colonos holandeses; aconsejaría seriamente a mis conciudadanos que no se ocupan de ninguna otra cosa que se dediquen a buscarlo. Se han formado muchas opiniones diversas acerca de quién era el extraño marino que dominó la pequeña fraternidad de la taberna de Corlear’s Hook, que desapareció tan misteriosamente y reapareció en circunstancias tan terribles.

Algunos suponen que era un contrabandista, establecido en aquel lugar para asistir a sus camaradas en el desembarco de sus artículos. Otros creen que era uno de los antiguos camaradas de Kidd o de Bradish que volvió para recoger los tesoros que se habían ocultado anteriormente en la vecindad. La única circunstancia que arroja una luz vaga sobre este misterioso asunto es un informe acerca de una chalupa de construcción extranjera que se observó en aquellos tiempos recorriendo el brazo de mar durante varios días, sin tomar puerto, aunque se vio que de noche iban y venían botes de ella a la costa; se encontraba en la bahía cuando amaneció después de la catastrófica noche de los buscadores de tesoros.

No puedo dejar de mencionar otro informe que yo considero más bien apócrifo, según el cual el bucanero a quien todos creían muerto fue visto aquella madrugada con una linterna en la mano sentado en su gran cajón atravesando las aguas de Hell-Gate.

Mientras la ciudad se llenaba de estas charlas y rumores, Wolfert guardaba cama enfermo y triste, herido en el cuerpo y en el alma. Su esposa y su hija hicieron todo lo posible para curar sus heridas tanto corporales como espirituales. La buena mujer no se separó de la cama de su marido, junto a la cual estaba sentada tejiendo de la mañana a la noche, mientras su hija pretendía tener algo que hacer cerca de él, no perdiendo oportunidad de demostrarle el más profundo amor filial. Tampoco sus vecinos dejaron de prestarle asistencia. Por mucho que se diga acerca de los amigos que abandonan a uno en la hora de prueba, los Webber no tuvieron razón para quejarse; ninguna mujer de la vecindad dejó de abandonar su trabajo para acudir a la casa de Wolfert para preguntar por su salud y los detalles de su historia. Ninguna venía, sin embargo, sin algún pote de bálsamo o de hierbas, gozando la oportunidad de señalar su bondad y su experiencia médica.

¡Cuántas cosas tuvo que aguantar el pobre Wolfert! Pero todo en vano: era conmovedor ver cómo se debilitaba día a día, cómo enflaquecía y cómo la expresión de culpabilidad de su rostro salía de entre las mantas de la cama y caía sobre un jurado de matronas, cuya bondad las había reunido alrededor de él para suspirar y lamentarse.

Dirk Waldron era el único ser que parecía traer un rayo de sol a aquel desgraciado hogar. Llegaba con mirada alegre y espíritu viril, intentando reanimar el corazón expirante del pobre buscador de tesoros. Pero todo era en vano. Wolfert estaba completamente acabado. Sólo faltaba una cosa para completar su desesperación: un anuncio del municipio, según el cual iba a abrirse una nueva calle a través de su jardín de coles. Nada veía en el futuro sino pobreza y ruina; su último refugio, la huerta de sus antepasados, iba a ser destrozado. ¿Qué sería de su mujer y de su hija? Sus ojos se llenaron de lágrimas al seguir con la mirada a su hija cuando ésta salía del cuarto. Dirk Waldron estaba sentado a su lado; Wolfert tomó su mano, indicó a su hija, y por primera vez desde su enfermedad, rompió el silencio que había mantenido hasta entonces.

—Me muero —murmuró sacudiendo débilmente la cabeza—. Cuando yo haya desaparecido…, mi pobre hija…

—Será mi esposa, si usted lo permite —dijo Dirk con entereza—. Yo me encargaré de ella.

Wolfert observó la cara de aquel joven tan optimista y fuerte y en ese instante comprendió que no había nadie mejor que él para proteger a su hija.

—Basta —dijo Webber—. Es tuya… y ahora tráeme un escribano; voy a hacer mi testamento y morirme.

Llegó el escribano, que era un hombrecillo enérgico, cuidadosamente vestido, y de cabeza redonda, que se llamaba Rollebuck. Al verle ambas mujeres rompieron a llorar, pues consideraban la redacción de un testamento como equivalente a la firma de una sentencia de muerte. Wolfert hizo un breve movimiento pidiéndoles que callaran. Su hija ocultó su cara y su pesar en las cortinas; la señora de Webber siguió tejiendo para ocultar su dolor, traicionándola, sin embargo, una translúcida lágrima que se deslizó silenciosamente hasta su nariz aguileña; el gato, el único miembro de la familia que no parecía muy preocupado, jugó con el ovillo de lana que se había caído al suelo.

El gorro de dormir le caía sobre la frente; tenía los ojos cerrados; parecía la misma efigie de la muerte. Pidió al escribano que acortara los procedimientos, pues creía que se aproximaba su fin y no tenía tiempo que perder. El escribano mojó la pluma, extendió el papel y se preparó a escribir.

—Doy y entrego —dijo Wolfert débilmente— mi pequeña granja…

—¿Cómo, toda? —preguntó asombrado el escribano.

Wolfert entreabrió sus ojos y le miró.

—Sí, toda.

—¿Todo ese terreno tan grande plantado de coles y girasoles a través del cual el municipio va a construir una avenida?

—Él mismo —asintió Wolfert con un profundo suspiro, hundiéndose otra vez entre las almohadas.

—Le deseo mucha suerte a quien lo herede —dijo el escribano frotándose las manos involuntariamente.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Wolfert abriendo nuevamente los ojos.

—Que será uno de los hombres más ricos de la ciudad —exclamó el pequeño Rollebuck.

El moribundo pareció atravesar nuevamente el umbral de la vida; sus ojos se iluminaron, se sentó en la cama, echó hacia atrás su gorro de dormir y miró fijamente al escribano.

—¡Qué me dice usted! —exclamó.

—Eso es lo que digo —respondió el otro—. Cuando estos campos se dividan en pequeños lotes para construir viviendas, quien quiera que sea el propietario será riquísimo.

—¿Lo cree usted? —gritó Wolfert sacando una pierna de la cama—. Si eso es así, no voy a hacer todavía mi testamento.

Para asombro de todos, el agonizante sanó. La chispa vital que estaba a punto de extinguirse, recibió nuevo alimento con la noticia que el escribanillo le había dado. Otra vez ardió como una llama. Vosotros, los que queréis hacer revivir el cuerpo cuyo espíritu está deshecho, debéis darle una medicina para el corazón. A los pocos días Wolfert podía levantarse; una semana más tarde su mesa estaba cubierta de planos de construcción. Rollebuck estaba constantemente con él, pues se había convertido en su consejero y su mano derecha; en lugar de hacer su testamento, le ayudaba en la tarea más agradable de hacer fortuna.

Wolfert Webber era uno de esos habitantes holandeses de Manhattan, que hicieron fortuna a pesar de ellos mismos, que mantuvieron tenazmente los predios que habían obtenido por herencia, plantando remolachas y coles a las mismas puertas de la ciudad, labor que les obligaba a vivir con una mano atrás y otra adelante, hasta que el cruel municipio empezó a construir calles a través de sus tierras, despertándolos de su letargo, y entonces se vieron súbitamente ricos.

Antes de que pasaran muchos meses, una bulliciosa calle atravesaba el centro de la huerta de Wolfert, exactamente por el mismo lugar donde había esperado hallar un tesoro. Sus sueños dorados se habían realizado por fin. Encontró una fuente de riqueza que no esperaba, pues cuando sus tierras quedaron repartidas en lotes para edificar y se alquilaron a personas solventes, en lugar de producir algunas carradas de coles, le entregaban una abundante cosecha de rentas, tanto que era una gloria observar en los días de pago cómo sus inquilinos llamaban a su puerta de la noche a la mañana, llevando cada uno una talega de monedas, dorado producto del suelo.

Se conservaba todavía la antigua mansión de sus antepasados. En lugar de ser una modesta casilla holandesa con un jardín, se erguía ahora audazmente, en mitad de la avenida, la casa más grande de la vecindad, pues Wolfert la había ensanchado con dos alas, una a cada lado, y una cúpula, que servía de cuarto para tomar el té, donde él se refugiaba para fumar su pipa en los días de verano. Con el correr del tiempo, toda la casa se convirtió en un verdadero campo de Agramante de la progenie de la hija de Webber y Dirk Waldron.

Al aumentar en años y en riquezas, Wolfert se compró coche, tirado por dos yeguas flamencas negras, cuyas colas barrían el suelo. Para conmemorar el origen de su grandeza, se hizo pintar un escudo de armas, con una col, completamente madura, alrededor de la cual se leía la divisa ALLES KOPF, es decir, todo cabeza, lo que quería significar que se había distinguido por el trabajo cerebral.

Para colmar la medida de su poderío, cuando el famoso Ramm Rapelye se fue a dormir con sus antepasados, Wolfert Webber le sucedió en el sillón de honor de la taberna de Corlear’s Hook, donde reinó por muchos años, honrado y respetado, tanto que nunca contó una historia sin que se la creyeran o hizo una broma sin que todos rieran sobre ella.

6. LAS RAZONES DE GEORGINA
(HENRY JAMES)

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

CAPÍTULO UNO

Ella era ciertamente una muchacha peculiar, y si al final él sintió que no la conocía ni la entendía, no es sorprendente que al comienzo pensara de igual forma. Al inicio, sin embargo, él experimentó lo que no percibió al final: que, una vez afianzada su relación gracias a las circunstancias, la peculiaridad de la joven se materializaba en un encanto al que era imposible oponerse o resistirse. Él tenía la extraña impresión (en ocasiones venía a ser una auténtica aflicción que, moralmente hablando, le sacudía los sentidos con la agudeza de una repentina punzada de neuralgia) de que sería mejor para ambos que interrumpieran su relación de inmediato y nunca se volvieran a ver. En años posteriores, él consideró este sentimiento como una premonición, y recordó dos o tres ocasiones en las que estuvo a punto de expresarlo a Georgina. Claro que nunca llegó a hacerlo; había múltiples buenas razones para ello. El amor feliz no está dispuesto a asumir deberes desagradables; y ni los serios presentimientos, ni la peculiaridad de su amada o la insufrible descortesía de sus padres impedían que el amor de Raymond Benyon fuera feliz. Georgina era una muchacha alta y rubia, de ojos bellos y fríos y una sonrisa cuya perfecta dulzura, proveniente de sus labios, rebosaba armonía. Tenía el cabello de color castaño rojizo, de un tono que podría calificarse como verdaderamente espléndido, y parecía moverse por la vida con una elegancia majestuosa, como habría caminado al son de un anticuado minueto. Los caballeros relacionados con la Marina tienen la ventaja de ver muchos tipos de mujeres; pueden comparar a las damas de Nueva York con las de Valparaíso, y a las de Halifax con las del Cabo de Buena Esperanza. Raymond Benyon había disfrutado de estas oportunidades y, siendo admirador de las mujeres, había aprendido su lección; se encontraba en una posición que le permitía apreciar las bellas cualidades de Georgina Gressie. La joven parecía una duquesa —no quiero decir que en puertos extranjeros Benyon se hubiera relacionado con duquesas— y se tomaba todo con profunda seriedad. Aquello halagaba al joven caballero, que era un simple teniente de servicio en el astillero naval de Brooklyn. Sin un penique en el mundo, excepto su salario, y con una numerosa y sencilla familia en New Hampshire —gente de mar y temerosa de Dios—, tenía un talento considerablemente notable, una febril y disimulada ambición, y un ligero defecto en el habla. Era un joven austero y fuerte; su cabello oscuro era liso y hermoso, y su rostro, ligeramente pálido, suave y de rasgos delicados. Tartamudeaba levemente, ruborizándose largo tiempo cuando lo hacía. Ignoro qué aspecto tenía a bordo, pero en tierra firme, con su atuendo de civil que era de lo más elegante, apenas se adivinaba su oficio de marinero. No era un lobo de mar, no tenía la piel curtida, ni era particularmente «valiente». Nunca se remangaba los pantalones, ni actuaba —hasta donde uno podía ver—, con su actitud modesta y atenta, como una persona acostumbrada a mandar. Como subalterno, claro está, su trabajo consistía mayormente en acatar órdenes. Su apariencia era la de alguien que sigue una llamada sedentaria, y de hecho, se le suponía una persona decididamente intelectual. Se comportaba como un cordero con las mujeres a cuyos encantos, como he apuntado, era susceptible; pero con los hombres era diferente y tan lobuno, creo, como fuera necesario. Sentía debilidad por la bella e insolente reina de sus afectos (explicaré en un momento por qué la llamo insolente), a quien tenía en verdad en muy alta estima literal y sentimentalmente, dado que ella era, por poco, la más alta de los dos.

Benyon había conocido a Georgina Gressie el verano anterior en la veranda de un hotel en Fort Hamilton, a donde, acompañado de un amigo oficial en una calesa polvorienta, se había dirigido desde Brooklyn para pasar un domingo extraordinariamente caluroso —el tipo de día en que el astillero resultaba insoportable. El contacto se reanudó mediante su visita a la calle Doce el día de Año Nuevo— un tiempo de espera considerable para un pretexto, que confirmó no obstante que la impresión no había sido pasajera. La relación maduró gracias a un celoso cultivo (por parte de él) de las ocasiones que la Providencia, debe confesarse, ponía a su disposición de forma no en exceso liberal; así pues, Georgina ocupaba entonces todos sus pensamientos y una considerable parte de su tiempo. El joven estaba enamorado de ella más allá de toda duda; pero no podía presumir de que la muchacha lo estuviera de él, aunque sí pareciera estar dispuesta (lo que era muy extraño) a discutir con su familia por su causa. Benyon no comprendía cómo Georgina podía estar realmente interesada en él, cuando por naturaleza estaba marcada para un futuro mucho más prometedor, y solía decirle, «¡Ah, a ti no… es inútil hablar, a ti no… realmente no te importo nada…!». A lo que ella respondía, «¿De verdad? Eres muy extraño. ¡Me parece que me importas lo suficiente si te permito que toques una de las puntas de mis dedos!». Ésa era una de las formas en que la muchacha manifestaba su insolencia. Otra era simplemente la manera en que, con sus duros y divinos ojos azules, miraba a Benyon o a otras personas cuando hablaban con ella y las observaba tranquilamente, de forma divertida, con aspecto de considerar desde su propio punto de vista lo que podían haber dicho, volviendo finalmente la cabeza o la espalda mientras estallaba en una risa breve, líquida e irrelevante, sin tomarse la molestia de contestarles. Esto puede parecer contradictorio con lo que acabo de señalar acerca de que se tomaba en serio al joven teniente de la Marina. Lo que quiero decir es que parecía que se lo tomaba más en serio que cualquier otra cosa. Una vez le dijo, «En todo caso, tienes el mérito de no ser un comerciante;» pues éste era el epíteto que le complacía utilizar para designar a la mayoría de los jóvenes muchachos que en aquel momento prosperaban en la mejor sociedad de Nueva York.

Incluso aunque tuviera una manera notablemente libre de expresar una indiferencia general, se supone que una joven dama es lo bastante seria cuando consiente en casarse con alguien. Por lo demás, es probable que mi historia arroje luz suficiente respecto a una cierta altanería que podía observarse en Georgina Gressie. En una ocasión, la joven hizo saber a Benyon que las razones por las que él le agradaba no eran de su incumbencia, pero que, para complacerse a sí misma, no le importaba decirle que pensaba que el gran Napoleón, antes de ser admirado y de haber estado al mando del ejército italiano, debía haberse parecido en algo a él; y con unas cuantas palabras dibujó el tipo de persona que imaginaba que el incipiente Bonaparte había sido —corto de estatura, delgado, pálido, pobre, intelectual y con un futuro prometedor bajo su sombrero. Benyon se preguntaba a sí mismo si él tenía un futuro prometedor, y qué sería lo que Georgina esperaba de él en los años venideros. Le halagaba esta comparación y era lo suficientemente ambicioso como para no sentirse asustado por ella; suponía que Georgina percibía una cierta analogía entre sí misma y la emperatriz Josefina. No cabía duda de que la muchacha resultaría una muy buena emperatriz; Georgina era extraordinariamente imperial. Esto, al comienzo, podía no hacer comprensible por qué la joven favorecía a un aspirante que a primera vista no era original y cuya Córcega era un simple puerto de mar en Nueva Inglaterra; pero después resultó evidente que su breve felicidad —fue muy breve— se debía a la oposición paterna, la de su padre y la de su madre, e incluso la de sus tíos y tías. En el Nueva York de aquel entonces los diferentes miembros de una familia se interesaban por sus alianzas, y la casa de los Gressie miraba con recelo un compromiso entre la más hermosa de sus hijas y un joven que no trabajaba en un negocio rentable. Georgina declaró que sus parientes eran entrometidos y vulgares —de esta forma, sin escrúpulos, era capaz de sacrificar a su propia gente—; y la posición de Benyon mejoró desde el momento en que Mr. Gressie —el mal aconsejado Mr. Gressie— ordenó a la muchacha que dejara de verle. Georgina fue imperial en su actitud: no consentiría una orden. Cuando en la casa de la calle Doce comenzó a hablarse de que sería mejor que la enviaran a Europa con alguna amiga adecuada —Mrs. Portico, por ejemplo, quien siempre estaba haciendo planes para ir y deseaba como compañera a alguna mente joven que, recién informada mediante manuales y periódicos, sirviera como fuente de historia y geografía—, y semejante plan para apartarla del camino empezó a airearse, Georgina dijo a Raymond Benyon inmediatamente, «¡Oh sí, me casaré contigo!». Lo dijo de una forma tan repentina que, a pesar de que él la amaba profundamente, estuvo casi tentado de responder, «Pero, querida, ¿lo has pensado realmente?».

CAPÍTULO DOS

Este pequeño drama continuó en Nueva York, en los lejanos días en los que la calle Doce apenas había dejado de considerarse como las afueras; cuando las plazas tenían estacas de madera, a menudo sin pintar, y era posible encontrar amapolas en las calles importantes y cerdos en las laterales; cuando los teatros se hallaban a millas de distancia de Madison Square, y la desgastada rotonda de Castle Garden resonaba con cara música vocal; cuando «el parque» eran las explanadas de césped del Ayuntamiento, y la calle Bloomingdale se consideraba una cotizada avenida; cuando Hoboken, en una tarde de verano, resultaba un elegante lugar de descanso, y la casa más hermosa de la ciudad se situaba en la esquina de la Quinta Avenida y la calle Quince. Temo que esta época resulte notablemente primitiva al lector moderno; pero no estoy seguro de que la fuerza de las pasiones humanas esté en proporción con el crecimiento de una ciudad. Algunas de estas pasiones, en cualquier caso, las más robustas y comunes —el amor, la ambición, los celos, el rencor, la avaricia— subsistían con considerable fuerza en el pequeño círculo que hemos observado, donde se había adoptado una opinión nada favorable respecto a las atenciones de Raymond Benyon para con Miss Gressie. La unanimidad era un rasgo común entre esta familia (Georgina era una excepción), especialmente en lo concerniente a los acontecimientos importantes de la vida, tales como matrimonios y decesos. Los Gressie permanecían unidos; estaban acostumbrados a desenvolverse por sí mismos y a ayudarse entre ellos. Hacían todo correctamente: nacían bien (pensaban que era excelente nacer con el apellido Gressie), vivían bien, se casaban bien, morían bien, y conseguían que se hablara bien de ellos tras su muerte. En deferencia a este último hábito mencionado, debo tener cuidado de lo que digo sobre ellos. Se interesaban por los asuntos respectivos, un interés que nunca podía ser considerado como una naturaleza entrometida en la medida en que todos pensaban de la misma manera sobre el conjunto de sus asuntos, y las intromisiones tomaban la feliz forma de felicitación y apoyo. Estos asuntos eran invariablemente afortunados y, en general, ningún Gressie tenía nada que hacer salvo sentir que otro miembro de la familia se había comportado de forma casi tan sagaz y decidida como él mismo lo habría hecho. La gran excepción a eso, como he dicho, fue este caso de Georgina, que había dado la nota de forma escandalosa, una nota que les sobresaltó a todos cuando la muchacha comunicó a su padre que le gustaría unirse a un joven relacionado con el negocio menos lucrativo del que ningún Gressie hubiera oído hablar jamás. Sus dos hermanas habían emparentado con las empresas más florecientes, y no podía pensarse que —con veinte primos creciendo a su alrededor— ella pudiera rebajar el nivel de éxito. Su madre le había dicho quince días antes que debía pedir a Mr. Benyon que dejara de visitarles, pues hasta entonces su cortejo había sido de lo más público y decidido. Algunas tardes, el joven tomaba el ferry de Brooklyn y se dirigía al «escenario» en la parte alta de la ciudad; preguntaba por Miss Georgina en la puerta de la casa de la calle Doce, y se sentaba con ella en el salón que daba a la calle si sus padres ocupaban el posterior, o en el posterior si la familia se había acomodado en el principal. Georgina, a su manera, era una muchacha obediente, y repitió de inmediato ante Benyon la admonición de su madre. Éste no se sorprendió, pues, aunque era consciente de que hasta el momento no tenía un gran conocimiento de la sociedad, le gustaba pensar que podía saber cuándo y dónde un joven educado no era bienvenido. Había casas en Brooklyn donde semejante criatura era muy apreciada, y allí los signos eran notablemente diferentes.

Excepto por parte de Georgina, dichos signos habían sido desalentadores en la calle Doce desde la primera visita del joven. Mr. y Mrs. Gressie solían mirarse el uno al otro en silencio cuando Benyon entraba, y se permitían unos extraños y distantes saludos, que no implicaban estrechamiento de manos alguno. La gente se comportaba así en Portsmouth, N.H., cuando se alegraban de ver a alguien; pero en Nueva York todo era más exuberante, y los gestos tenían un valor distinto. A Benyon nunca se le preguntó si quería «tomar algo», a pesar de que en la casa se adivinara una esencia deliciosa —un auténtico aroma a aparadores—, como si existieran «pequeñas bodegas» de caoba debajo de cada mesa. Los padres, además, habían expresado sorpresa repetidamente por la cantidad de tiempo libre del que los oficiales de la Marina parecían disfrutar. La única manera en que no se habían hecho ofensivos era permaneciendo siempre en la otra habitación; pero incluso este distanciamiento, al que Benyon debía algunos momentos deliciosos, se le antojaba en ocasiones como una forma de desaprobación. Por supuesto, tras el mensaje de Mrs. Gressie, dio sus visitas prácticamente por terminadas: Benyon no renunciaría a la muchacha, pero no estaría en deuda con su padre por la oportunidad de conversar con ella. No le quedó otro remedio a la tierna pareja —había una curiosa desconfianza mutua en su ternura— que encontrarse en plazas, en calles más al norte, o en avenidas secundarias durante las tardes de primavera. Fue especialmente durante esta fase de su relación cuando Benyon pensó que Georgina era alguien imperial. Su entera persona parecía exhalar una tranquila y feliz consciencia de haber infringido una ley. Ella nunca le dijo qué excusas proporcionaba en casa ni cómo lograba siempre mantener las citas (para reunirse con él fuera del hogar), que tan valientemente fijaba. Tampoco le informaba de hasta qué punto disimulaba ante sus padres, y cuánto sospechaban y aceptaban sus progenitores de aquella prolongada amistad. Si Mr. y Mrs. Gressie le habían prohibido visitar su casa, no era evidentemente porque desearan que su hija se pasease con él por la Décima Avenida o para que se sentara a su lado bajo los lilos en flor en Stuyvesant Square. Benyon no creía que Georgina contase mentiras en la calle Doce —consideraba que era demasiado imperial para mentir; y se preguntó lo que la muchacha habría respondido a su progenitora cuando, al final de casi toda una tarde de vaga peregrinación con su amado, esta agitada e irritada comadre le preguntó dónde había estado. Georgina era capaz de decir simplemente la verdad; pero si así lo hacía, resultaba asombroso que aún no la hubieran enviado, con más razón, a Europa. El que Benyon ignorase los pretextos de la muchacha es una prueba de que esta pareja, unida de forma notablemente extraña, nunca llegó a una intimidad perfecta, a pesar de un hecho que queda por señalar. Más adelante, Benyon pensó en esto y en lo extraño que le parecía no haber sentido más libertad para preguntarle a Georgina lo que hacía por él, cómo lo hacía y cuánto sufría por él. Ella probablemente no habría admitido sufrir lo más mínimo, ni albergar deseo alguno de hacerse pasar por una mártir.

Benyon recordó esto, como digo, en años posteriores, cuando trató de explicarse a sí mismo ciertas cosas que simplemente le extrañaban. Los recuerdos volvían a él con la visión ya desvanecida de polvorientos cruces de calles que se extendían hacia los ríos sin orden ni concierto, vistos a través de una nube de polvo sobre un fondo de rojos atardeceres; un panorama en el que las figuras de un hombre joven y de una muchacha se alejaban lentamente y desaparecían, caminando uno junto al otro con el paso relajado de una conversación irregular, pero más estrechamente unidos conforme se alejaban en la distancia por algo que al fin les parecía seguro: ir cogidos del brazo por la Décima Avenida. Siempre se aproximaban a aquella calle en la parte sur de la ciudad; pero en aquellos días Benyon apenas podía haber dicho a qué más se estaban acercando. Su salario era lo único que tenía, y como sentía que éste era un ingreso demasiado «humilde» como para presentarlo ante Miss Gressie, no se lo ofreció. Lo que le brindó, en su lugar, fue la expresión —a menudo rudimentaria, y casi juvenilmente extravagante— de una deliciosa admiración por su belleza, así como por los más tiernos tonos de su voz, las más suaves convicciones de sus ojos, y la más insinuante presión sobre su mano en aquellos momentos en los que ella consentía en colocarla sobre su brazo. Todo esto eran manifestaciones que, si hubiera sido preciso, podrían haberse resumido en una sola frase; pero aquellas pocas palabras apenas eran necesarias cuando estaba tan claro que la esperanza de Benyon de que Georgina le desposara era comparable a la inseguridad que sentía en que ella viviera con unos cuantos cientos de dólares al año. Si hubiera sido una muchacha diferente podría haberle pedido que esperase; podría haberle dicho que vendrían días mejores, que le ascenderían, que sería más inteligente, tal vez, abandonar la Marina y buscar una carrera más lucrativa. Con Georgina era difícil profundizar en estas cuestiones; no tenía gusto alguno por el detalle. Era deliciosa como mujer a la que amar —algo que un hombre joven y enamorado podía descubrir—; pero no podía decirse que fuese alguien útil, pues nunca sugería nada. Es decir, nunca lo había hecho hasta el día en que propuso realmente —pues así es como ocurrió— convertirse en su esposa sin más dilación. «Oh, sí, me casaré contigo». Estas palabras, que cité anteriormente, no fueron tanto la respuesta a algo que él hubiera dicho en aquel momento como la ligera conclusión de un comentario que ella acababa de hacer (por primera vez) de su actual situación en la casa de su padre.

CAPÍTULO TRES

—Me temo que voy a tener que verte menos —comenzó por decir ella—. Me vigilan mucho.

—Nos vemos ya muy poco —respondió él—. ¿Qué son una o dos veces a la semana?

—Es muy fácil de decir para ti. Tú eres tu propio dueño, pero no sabes por lo que estoy pasando.

—¿Te lo ponen muy difícil, querida? ¿Han hecho alguna escena? —preguntó Benyon.

—No, por supuesto que no. ¿No nos conoces lo suficiente como para saber que nos comportamos? No ha habido ninguna escena; eso sería un alivio. Aun así, yo nunca las he hecho, ni las haré —lo que puede ser un consuelo para ti en el futuro, por si deseas saberlo. Ni mi padre ni mi madre dicen nada; me observan como si fuera una descarriada y entornan los ojos clavándome una mirada dura y penetrante. A mí apenas me dirigen la palabra, pero ellos hablan de todo esto entre sí e intentan decidir lo que debe hacerse. Creo que mi padre ha escrito a alguien en Washington… ¿cómo se llama?… el Ministerio… para que te trasladen fuera de Brooklyn… y te envíen al mar.

—No creo que eso sirva de nada. Me quieren en Brooklyn, no en el mar.

—Bueno, mis padres son capaces de ir a Europa durante un año con el propósito de llevarme con ellos —dijo Georgina.

—¿Cómo pueden llevarte con ellos si tú no vas a ir? Y, ¿de qué serviría que fueras si a tu regreso me ibas a encontrar, exactamente igual que cuando me dejaras?

—¡Oh, bueno! —dijo Georgina, con su encantadora sonrisa—. Naturalmente, piensan que la ausencia me curaría de… me curaría de… —e hizo una pausa, con una especie de cínica modestia, sin terminar la frase.

—¿Curarte de qué, querida? Dilo, por favor, dilo —murmuró el joven, acercando a escondidas la mano de ella hacia su brazo.

—¡De mi absurdo capricho!

—¿Y sería así, querida?

—Sí, muy probablemente. Pero no tengo intención de intentarlo. No voy a ir a Europa… no cuando no quiero. Aun con todo, es mejor que no nos veamos tanto… incluso que parezca… ligeramente… como si hubiera renunciado a ti.

—¿Ligeramente? ¿A qué llamas ligeramente?

Georgina permaneció en silencio por un momento.

—Bueno, que, por ejemplo, ¡no me aprietes tanto cuando me cojas de la mano!

Y la muchacha liberó el miembro en cuestión de la presión del brazo de Benyon.

—¿En qué nos beneficiará todo esto? —preguntó él.

—Les hará pensar que todo se ha acabado… que hemos acordado separarnos.

—Pero ¿de qué servirá si no hemos hecho nada parecido?

Se habían detenido en el cruce de una calle; un pesado carro avanzaba lentamente ante ellos. Mientras permanecía allí, Georgina giró el rostro hacia su amado y posó sus ojos por un instante sobre los de él. Al fin, dijo:

—No nos servirá de nada; creo que no somos muy afortunados —respondió, mientras una extraña sonrisa, irónica e incoherente, jugueteaba en sus bellos labios.

—No entiendo tu manera de ver las cosas. Pensaba que ibas a decir que te casarías conmigo —replicó Benyon, permaneciendo allí quieto, aunque el carro hubiera pasado.

—¡Oh sí, me casaré contigo!

Y avanzando por la calle, la muchacha se alejó. Así lo dijo, de la forma que era tan característica en ella. Cuando Benyon comprendió que ésas eran sus intenciones realmente, deseó que se encontraran en otro lugar —apenas sabía cuál sería el adecuado— para poderla tomar entre sus brazos. Aun así, antes de decirse adiós aquel día, él le había dicho que esperaba que se acordase de que serían muy pobres, y le recordó que esto representaría un cambio importante para ella. La joven respondió que no le importaría, y entonces añadió que si ése era el único impedimento, cuanto antes se casaran, mejor. La siguiente ocasión en que se vieron, Georgina no había cambiado de opinión; pero Benyon averiguó, para su sorpresa, que entonces ella consideraba que era mejor que no abandonara la casa de su padre. La ceremonia, por supuesto, debía tener lugar en secreto; pero esperarían un tiempo antes de dar a conocer su unión.

—¿Qué sentido tendrá, entonces? —preguntó Raymond Benyon.

Georgina se sonrojó.

—Bueno, si tú no lo sabes, ¡no te lo puedo decir!

Llegado este punto, Benyon creyó entender de qué se trataba. Al mismo tiempo, sin embargo, no podía comprender la necesidad del secreto una vez el nudo estuviera hecho. Cuando preguntó qué acontecimiento especial debían esperar y qué les daría la señal para aparecer como marido y mujer, ella respondió que sus padres probablemente le perdonarían si descubrieran de forma no muy abrupta, después de seis meses, que ella había dado el gran paso. Benyon suponía que Georgina había dejado de preocuparse por si la perdonaban o no; pero ya había percibido que la naturaleza de las mujeres es un extraño mosaico. La creía capaz de casarse con él en un alarde de valentía, pero el placer del desafío era nulo si el matrimonio quedaba tan sólo entre ellos. En aquel momento no parecía que Georgina tuviera especial empeño en oponerse; más bien se mostraba dispuesta a llevar el control y a tratar de ganar tiempo.

—Déjamelo a mí; déjamelo a mí. Tú eres sólo un hombre torpe —dijo Georgina—. Conozco mucho mejor que tú el momento adecuado para decir «¡Más vale que os alegréis porque ya lo hemos hecho!».

Eso podía ocurrir perfectamente, pero Benyon no acababa de entender el asunto, y permaneció extrañamente ansioso (para ser un enamorado) hasta que comprendió de repente que había una cosa que, en cualquier caso, estaba a su favor: que la muchacha más delicada que hubiera visto nunca se mostraba dispuesta a arrojarse en sus brazos. Cuando, con un ligero sonrojo de sinceridad en su rostro, Benyon le dijo a Georgina con sencillez que si había algo que odiaba en su plan era que durante estas pocas semanas, o días, su esposa sería mantenida por su padre, ésta le respondió con una muestra de su risa irrebatible, además de declarar que le estaría bien a Mr. Gressie por ser tan brutal y horrible. En opinión de Benyon, Georgina debía dejar de aprovecharse de la protección de su progenitor desde el momento en que le desobedeciera; pero estoy obligado a añadir que para el joven no resultaba especialmente sorprendente el considerar esto como una especie de honor en el que la naturaleza femenina estaba poco versada. La opción más digna que se presentaba finalmente ante el joven oficial como amante y caballero era hacer de Georgina su esposa en primer lugar —en cuanto se pudiera— siempre que ésta aceptase, y confiar en que tan pronto como fuera posible a partir de entonces, la fortuna y sus nuevas influencias le facilitaran llegar a poseerla por completo. Sería sólo un pedante si no se llevara nada porque no podía conseguirlo todo a la vez.

Aquella tarde se alejaron más de lo habitual y era casi de noche cuando Benyon acompañó a Georgina hasta la puerta de la casa de su padre. No era su costumbre acercarse tanto, pero aquel día tenían mucho de qué hablar, y permanecieron de pie durante diez minutos al borde de las escaleras. El joven mantenía la mano de Georgina en la suya, y la muchacha la dejó descansar ahí al tiempo que dijo —a modo de comentario que resumía todas sus razones y reconciliaba sus diferencias:

—Hay algo muy importante que servirá, ya sabes: que me mantendrá a salvo.

—¿A salvo de qué?

—De casarme con otro.

—Ah, querida, ¡si hicieras eso…! —exclamó Benyon, pero no continuó la frase. En su lugar, levantó la vista a la ciega fachada de la casa (tan sólo se veían unas débiles luces en dos o tres ventanas, y no parecía que hubiera nadie observando) y hacia ambos lados de la calle vacía, borrosa en la agradable penumbra. Acto seguido, atrajo a Georgina Gressie hacia su pecho y le dio un largo y apasionado beso. Sí, decididamente sintió que sería mejor que se casaran. La muchacha había subido rápidamente las escaleras y mientras permanecía allí, con su mano sobre la campanilla, estuvo a punto de decirle a Benyon entre dientes, en un susurro, «Vete, vete; ¡Amanda llega!». Amanda era la doncella. Y así fue como la Julieta de la calle Doce se despidió de su Romeo de Brooklyn. Benyon se adentró de nuevo por la Quinta Avenida, donde el aire vespertino se impregnaba de una fragancia primaveral proveniente de los arbustos del pequeño recinto de la hermosa iglesia gótica que decora aquella agradable parte de la calle. El recuerdo del delicioso contacto del que la muchacha se había liberado bruscamente ocupaba los pensamientos del joven hasta tal punto que este no se dio cuenta de que la importante razón que ella había mencionado un momento antes era desde luego un motivo para casarse, aunque en absoluto justificaba que no lo hicieran público. Sin embargo, como dije en las primeras líneas de este relato, si Benyon no entendió los motivos de su amada al final, no podía esperarse que los hubiera comprendido al principio.

CAPÍTULO CUATRO

Mrs. Portico, como sabemos, siempre hablaba de viajar a Europa; pero todavía no había escogido a una joven cicerone —quiero decir, un año después del incidente que acabo de relatar—. Debía tratarse, por supuesto, de una muchacha; era necesario que su acompañante fuera del sexo que se hunde de forma natural en bancos, galerías y catedrales, y que se detiene con frecuencia en las escaleras que llevan hacia famosas vistas. Mrs. Portico era una viuda con una buena fortuna y varios hijos varones. Todos trabajaban en Wall Street, y ninguno de ellos era capaz del paso tranquilo en el que ella esperaba llevar a cabo su periplo extranjero; estaban continuamente en tensión y no se relajaban un solo momento. Ella era una mujer de baja estatura, ancha y sonrosada, con una voz enérgica y abundante pelo negro, recogido de una forma que le era característica, con tantas peinetas y cintas que parecía un peinado nacional. En el Nueva York de 1845 se pensaba que el estilo era danés; alguien dijo haberlo visto en Schleswig-Holstein. Mrs. Portico tenía una apariencia atrevida, divertida y ligeramente extravagante. La gente que la veía por primera vez recibía la impresión de que su marido ya fallecido se había casado con la hija de un tabernero o con la propietaria de una colección de animales salvajes. Su elevada voz, ronca y bondadosa, parecía conectarla de algún modo con la vida pública, pero no era lo suficientemente hermosa como para sugerir que podía haber sido actriz. Estas ideas, sin embargo, se desvanecían con rapidez incluso si uno no estaba lo suficientemente informado como para saber —como todos los Gressie, por ejemplo, sabían tan bien— que su origen, tan lejos de estar envuelto en misterio, era algo de lo que casi podría haber presumido. Ella, sin embargo, y a pesar del alto nivel de su apariencia, no presumía de nada; era una persona brillante, dócil, cómica e irreverente, de gran generosidad y con una disposición democrática y fraternal. Despreciaba muchos principios mundanos, que no expresaba en absoluto en axiomas generales (pues tenía un terror mortal a la filosofía), sino en violentas exclamaciones en ocasiones determinadas. No tenía ni un ápice de timidez moral, y se enfrentaba a un delicado problema social con la misma energía con la que habría prohibido el paso a un caballero con quien se hubiera encontrado en el vestíbulo portando algo insólito. Lo único que le impedía ser una pesada en círculos ortodoxos era su incapacidad para el debate. Nunca perdía los nervios, pero sí su vocabulario, y terminaba rápidamente pidiendo al cielo que le diera una oportunidad para poner en práctica lo que creía. Era una vieja amiga de Mr. y Mrs. Gressie, a la que apreciaban por la antigüedad de su linaje y la frecuencia de sus contribuciones, y a quienes, como gente demasiado segura de su propia posición como para alarmarse, hacía sentir liberales. Mrs. Portico era su extravagancia, su distracción, su punto de contacto con los herejes peligrosos; mientras continuaran viéndola nadie podría acusarles de ser estrechos de miras —un asunto respecto al cual eran quizás vagamente conscientes de que debían tomar sus precauciones. Mrs. Portico nunca se preguntó a sí misma si le gustaban los Gressie; no tenía inclinación para el análisis morboso. Aceptaba las relaciones que le venían dadas y, de algún modo, pensaba que su relación con esta gente la ayudaba a desahogarse. Siempre daba el espectáculo en el salón de sus amigos con escenas medio exasperantes, medio jocosas, como todas sus manifestaciones, a las que debe confesarse, sus anfitriones se adaptaban magníficamente. Los Gressie nunca se «enfrentaban» con ella en el lenguaje de la controversia; siempre se reunían para verla ofreciéndole sonrisas y conocidos tópicos, como si envidiaran su superior riqueza de temperamento. Mrs. Portico consideraba a Georgina diferente del resto y mostraba por ella un interés especial, que manifestaba mediante comentarios sobre su alto y audaz sentido del deber y sobre la improbabilidad de que la joven se casara de forma tan aburrida como sus hermanas. Éstas se habían casado por conveniencia, aunque Mrs. Portico habría preferido cortarse una de sus grandes y regordetas manos antes que comportarse de esa manera. En su condición de madre que no había tenido hijas, se había formado un cierto ideal de muchacha, hermosa y romántica, de ojos nostálgicos y ligeramente perseguida, a quien ella, Mrs. Portico, pudiera rescatar de sus problemas. Hasta un cierto punto consideraba a Georgina como alguien que encarnaba esta visión, si bien en realidad nunca había entendido a la muchacha en absoluto. Mrs. Portico debería haber sido astuta, pero como carecía de esta distinción nunca comprendió nada hasta después de muchas desilusiones y contrariedades. Era difícil asustarla, pero se alarmó sobremanera por una noticia que esta joven dama le anunció una hermosa mañana de primavera. Con su rubicunda apariencia y su mente especuladora, era probablemente la mujer más inocente de Nueva York.

Georgina llegó muy temprano, más pronto incluso de lo que era habitual cuando se hacían visitas en Nueva York hace treinta años, e inmediatamente, sin ningún preámbulo, mirándola directamente a la cara, le dijo a Mrs. Portico que tenía un gran problema y que debía recurrir a ella en busca de ayuda. El aspecto de Georgina no dejaba entrever aflicción alguna; se presentaba tan fresca y hermosa como el mismo día de abril. Sostenía la cabeza en alto y sonreía con una especie de desafío familiar, dando la impresión de ser una mujer joven que, de forma natural, se encontraba en buenas relaciones con la fortuna. En un tono que no era en absoluto el que emplearía una persona que hace una confesión o que relata una desgracia, dijo:

—Sé que le sorprenderá… pero deber saber, para empezar, que estoy casada.

—¡Casada, Georgina Gressie! —repitió Mrs. Portico, con la más sonora de sus voces.

Georgina se levantó, cruzó de forma majestuosa la habitación, y cerró la puerta. Entonces permaneció de pie allí, con la espalda apoyada en los paneles de caoba, indicando sólo por la distancia que había interpuesto entre ella misma y su anfitriona la conciencia de una situación irregular.

—No soy Georgina Gressie… soy Georgina Benyon; y se ha hecho evidente que en poco tiempo tendrá lugar la consecuencia natural.

Mrs. Portico estaba completamente desconcertada.

—¿La consecuencia natural? —exclamó, con la vista fija en Georgina.

—De que una se case, quiero decir; supongo que sabe a lo que me refiero. Nadie debe saber nada al respecto. Quiero que usted me lleve a Europa.

Mrs. Portico se levantó entonces lentamente del asiento y, acercándose a su invitada, la miró de la cabeza a los pies como para medir la verdad de su sorprendente noticia. Puso sus manos brevemente sobre los hombros de Georgina y, contemplando su rostro radiante, la atrajo hacia sí y la besó. De esta forma, la muchacha fue conducida de nuevo hacia el sofá, donde, en una conversación de extrema intimidad, abrió los ojos de Mrs. Portico más de lo que estos habían estado nunca. Georgina era la esposa de Raymond Benyon; llevaban casados un año, pero nadie sabía nada acerca del asunto. Lo había ocultado a todo el mundo, y pretendía seguir haciéndolo. La ceremonia había tenido lugar en una pequeña iglesia episcopaliana en Haarlem un domingo por la tarde, después del servicio. No había nadie que los conociera en aquel polvoriento barrio. El clérigo, irritado por tener que quedarse y deseoso de llegar a casa para tomar el té, no había puesto inconveniente y aseguró el lazo antes de que pudieran darse la vuelta. Resultaba ridículo lo fácil que había sido. Raymond, en confianza, había informado al pastor de que todo debía quedar en secreto, pues la familia de la joven no aprobaba lo que estaba haciendo. Ella tenía no obstante la edad legal para casarse y era perfectamente libre; podía verlo por sí mismo. El clérigo lanzó un gruñido poco elogioso cuando la miró por encima de sus anteojos; parecía decir que en verdad Georgina ya no era ninguna jovencita. Naturalmente, su apariencia no era la de una niña y, desde luego, ya no lo era ahora. Raymond había certificado su propia identidad como oficial de la Marina de los Estados Unidos (tenía papeles, además de su uniforme, que llevaba puesto), y presentó al clérigo un amigo que había traído consigo y que también era marino, un respetado responsable de las nóminas. Fue él quien entregó a Georgina en matrimonio, como si dijéramos; era un anciano encantador, un auténtico patriarca y absolutamente de confianza. Él mismo se había casado tres veces, la primera de ellas de esta misma forma. Tras la ceremonia, Georgina regresó a casa de su padre, pero se citó con Mr. Benyon al día siguiente. Después le vio —durante un tiempo— bastante a menudo. Él siempre le pedía que se fuera con él de una vez por todas; era algo que le debía. Pero ella no lo haría —no entonces—, quizás no lo hiciese nunca. Tenía sus motivos, que a ella le parecían excelentes, pero que eran difíciles de explicar, y se los expondría a Mrs. Portico a su debido tiempo. Pero la cuestión en aquel momento no era si sus motivos eran buenos o malos; lo que importaba era que se quería marchar del país durante varios meses, lejos de cualquiera que la hubiera conocido. Le gustaría ir a algún pueblecito de España o de Italia, donde permanecería fuera del mundo hasta que todo hubiera pasado.

El corazón de Mrs. Portico dio un vuelco cuando esta serena, hermosa y sencilla muchacha, que se sentaba allí con una mano entre las suyas y le hacía partícipe de su extraordinaria historia, dijo que todo había acabado. Había una brillante frialdad en ello, una ligereza artificial, que sugería… la pobre Mrs. Portico apenas sabía el qué. Si Georgina iba a convertirse en madre, se suponía que lo sería para siempre. La joven le dijo que había un bello lugar en Italia —Génova— del que Raymond le había hablado a menudo, y donde él había estado en más de una ocasión de tanto que lo admiraba; ¿no podían ir allí y estar tranquilas durante un corto periodo de tiempo? Era consciente de que estaba pidiendo un gran favor; pero si Mrs. Portico no la acompañaba encontraría a alguien que lo hiciera. Habían hablado de este viaje con mucha frecuencia; y, ciertamente, si Mrs. Portico había estado dispuesta antes, debía estarlo mucho más ahora. La muchacha declaró que haría algo, que iría a algún sitio, y que de una forma u otra mantendría oculta su situación; era inútil hablarle de que la revelase, prefería morir a que se supiese. Parecía extraño, sin duda, pero sabía lo que hacía. Nadie había averiguado nada todavía —había logrado hacer lo que deseaba a la perfección— y su padre y su madre creían —como Mrs. Portico había creído, ¿no era así? — que, en algún momento del pasado año, Raymond Benyon había dejado de ser para ella lo que había sido antes. Así se suponía, y así era. Se había ido y estaba lejos —Dios sabía dónde— en algún lugar del Pacífico; ella estaba sola, y de esa forma permanecería entonces. La familia pensaba que, junto con otras cosas, todo había acabado con el regreso del joven a su barco y tenían razón, pues la relación entre ellos se había terminado, o se terminaría pronto.

CAPÍTULO CINCO

Para entonces, Mrs. Portico sentía casi temor hacia su joven amiga, que demostraba tener tan poco miedo como vergüenza. Si esta honesta dama hubiera estado acostumbrada a analizar las cosas un poco más, habría dicho que la muchacha tenía muy poca conciencia. Observaba a Georgina con ojos dilatados —su invitada estaba sin duda mucho más tranquila que ella— mientras, entre exclamaciones y murmullos, se removía adelante y atrás, secándose la frente con su pañuelo de bolsillo. Había cosas que no entendía, como que todos hubieran sido engañados de esa forma, pensando que Georgina estaba renunciando a su amante (se congratulaban de que hubiera perdido la esperanza o de que se hubiera cansado de él) cuando en realidad se había unido a él irremediablemente. Y además de esto, pensaba en la inconsecuencia de la muchacha, en su volubilidad, en su falta de motivos, en la forma en la que se contradecía a sí misma, ¡y en su aparente creencia de que podría ocultar una situación así para siempre! No había nada vergonzoso en haberse casado con el pobre Mr. Benyon, aunque hubiera sido en una pequeña iglesia de Haarlem, ni en haber sido entregada por un responsable de las nóminas; era mucho más deshonroso encontrarse en este estado sin estar preparada para dar las explicaciones adecuadas. Además, ella debía de haber visto muy poco a su marido; en lo que concernía a sus encuentros, habría renunciado a él casi inmediatamente después de su enlace. ¿Acaso la propia Mrs. Gressie no había informado a Mrs. Portico el mes de octubre anterior de que no había necesidad entonces de enviar lejos a Georgina en la medida en que el romance con el joven marino —un proyecto completamente inadecuado— había prácticamente tocado a su fin?

—Tras nuestra boda le vi menos… le vi muchísimo menos —explicó Georgina; pero su explicación sólo parecía hacer el misterio más denso.

—¡No entiendo, en ese caso, por qué razón te casaste con él!

—Teníamos que tener más cuidado; deseaba que pareciera que había renunciado a él. Claro que, en realidad, teníamos una relación mucho más estrecha; le veía de otra manera —dijo Georgina, sonriendo.

—¡Es de esperar! No puedo imaginar ni por un minuto cómo no llegasteis a ser descubiertos.

—Todo lo que puedo decir es que no lo fuimos. Es sin duda algo destacable. Nos las arreglábamos muy bien… es decir, me las arreglaba; él no deseaba colaborar en absoluto. ¡Y además mis padres son increíblemente estúpidos!

Mrs. Portico dejó escapar un comprensivo gemido, regocijándose en general de no tener una hija, mientras Georgina continuaba proporcionándole unos cuantos detalles más. En el verano, Raymond Benyon había sido destinado de Brooklyn a Charlestown, cerca de Boston, donde, como Mrs. Portico tal vez sabía, existía otro astillero en el que había temporalmente una gran cantidad de trabajo y requería más supervisión. Benyon permaneció allí varios meses, durante los cuales le había escrito para que se uniera a él urgentemente. Fue también entonces cuando recibió órdenes de incorporarse al barco un poco más tarde. Antes de irse, volvió a Brooklyn durante unas semanas para cerrar su trabajo allí, y entonces ella le había visto bastante a menudo. Aquel fue el mejor periodo de todo el año transcurrido desde que se casaron. Era extraordinario que no hubieran descubierto nada en casa porque ella había sido realmente imprudente, y Benyon había incluso intentado forzar la revelación. Pero su familia era dura de entendederas, eso era muy cierto. Él le había suplicado una y otra vez que pusiera fin a su falsa situación, pero ahora ella ya no se mostraba tan dispuesta como lo había estado al principio. Se habían despedido de forma un tanto desagradable; de hecho, para ser dos enamorados, fue una despedida muy extraña. Él ignoraba entonces lo que ella había ido a contar a Mrs. Portico; llevaba navegando mucho tiempo y Georgina no le había escrito. Podían pasar dos años antes de que regresara a los Estados Unidos.

—No me importa cuánto tiempo esté de viaje —dijo Georgina, llanamente.

—No has mencionado por qué te casaste con él. ¡Tal vez no te acuerdas! —exclamó Mrs. Portico, con su risa masculina.

—Oh, sí; le amaba.

—¿Y tus sentimientos por él han cambiado?

Georgina dudó por un momento.

—No, Mrs. Portico, por supuesto que no. Raymond es un hombre espléndido.

—Entonces, ¿por qué no vives con él? Es algo que no explicas.

—¿Qué sentido tendría si siempre está de viaje? ¿Cómo puede una mujer vivir con un hombre que se pasa la mitad de su vida en los mares del Sur? Si no estuviera en la Marina sería distinto; pero pasar por todo… quiero decir, todo lo que significaría hacer público nuestro matrimonio: la reprimenda, la vergüenza y el ridículo, las escenas en casa… pasar por todo esto sólo por ese hecho, y además estar sola aquí como lo estaba antes, sin en definitiva disfrutar de mi marido… —y aquí Georgina miró a su anfitriona como si tuviera la seguridad de que tal enumeración de inconvenientes la conmovería eficazmente—. Realmente, Mrs. Portico, estoy obligada a decir que no creo que eso merezca la pena; no tengo el valor para hacerlo.

—Nunca pensé que fueras una cobarde —dijo Mrs. Portico.

—Bueno, no lo soy si me da tiempo. Soy muy paciente.

—Nunca pensé eso tampoco.

—El casarse cambia a una persona —dijo Georgina, todavía sonriendo.

—Ciertamente, el matrimonio parece haber tenido un extraño efecto sobre ti. ¿Por qué no haces que él abandone la Marina y organizáis vuestra vida cómodamente, como todo el mundo?

—Por ninguna razón interferiría en sus posibilidades… de promoción. Estoy segura de que le ascenderán y de que eso ocurrirá inmediatamente, pues tiene mucho talento. Está dedicado a su profesión; le destrozaría abandonarla.

—Mi querida muchacha, ¡eres una maravilla viviente! —exclamó Mrs. Portico, observando a su compañera como si estuviese en una urna de cristal.

—Eso es lo que dice el pobre Raymond —contestó Georgina, sonriendo abiertamente.

—En verdad, habría lamentado mucho casarme con un marino; pero si lo hubiera hecho, ¡permanecería a su lado, plantando cara a todas las reprimendas del mundo!

—Ignoro cómo deben de haber sido sus padres, pero sé cómo son los míos —replicó Georgina, con algo de dignidad—. Cuando Benyon sea capitán dejaremos de escondemos.

—¿Y qué vas a hacer mientras tanto? ¿Qué haréis con vuestros hijos? ¿Qué haréis con este? ¿Dónde los esconderéis?

Georgina posó los ojos en su regazo por un momento; entonces, levantándolos, se encontró con los de Mrs. Portico.

—En algún lugar de Europa —dijo, con su dulce voz.

—Georgina Gressie, ¡eres un monstruo! —exclamó la dama.

—Sé lo que voy a hacer, y usted me ayudará —continuó la muchacha.

—Contaré a tus padres toda la historia… ¡eso es lo que haré!

—No tengo miedo de eso en absoluto… en absoluto. Usted me ayudará; le aseguro que lo hará.

—¿Quieres decir que mantendré al niño?

Georgina soltó una carcajada.

—¡Creo que lo haría si yo se lo pidiera! Pero no llegaré tan lejos; tengo mis recursos. Todo lo que deseo que haga es que esté conmigo.

—En Génova, sí, ¡lo tienes todo arreglado! Dices que a Mr. Benyon le gusta mucho el lugar. Eso es estupendo; pero ¿le parecerá bien que se deje a su hijo allí?

—No le gustará en absoluto. Como ve, le cuento la pura verdad —dijo Georgina con dulzura.

—Muchas gracias; ¡es una lástima que lo guardes todo para mí! Está en su mano, entonces, hacer que te comportes como hay que hacerlo. Él puede hacer público vuestro matrimonio si tú no lo haces; y en ese caso, tendrás que reconocer a tu hijo.

—¿Hacerlo público, Mrs. Portico? ¡Qué poco conoce usted a mi Raymond! Nunca rompería una promesa; antes se quemaría vivo.

—¿Y qué le has hecho prometer?

—Que no insista jamás en revelar el asunto en contra de mi voluntad; que nunca me reclame abiertamente como su mujer hasta que yo considere que sea conveniente; y que nadie sepa lo que ha pasado entre nosotros si me parece que debe mantenerse todavía en secreto… durante años… o mantenerse para siempre. Que él no haga nunca nada al respecto, excepto dejarme el asunto a mí. Me ha dado su solemne palabra de honor para todo esto, ¡y sé lo que eso significa!

Mrs. Portico, sentada en el sofá, dio un gran respingo.

—¡Sabes bien lo que haces! Y Mr. Benyon me sorprende por estar más trastornado de lo que tú estás. Nunca he oído de un hombre que pusiera su cabeza en semejante soga. ¿Qué bien puede hacerle?

—¿Qué bien? El bien que le hizo fue complacerme. En el momento en que se comprometió reconoció que habría hecho cualquier promesa bajo el sol. Fue una condición que le exigí a última hora, antes de que tuviera lugar el matrimonio. No había nada que él me hubiera negado en aquel instante; nada de lo que no hubiera podido convencerle. Hasta ese punto estaba enamorado… pero no quiero alardear —dijo Georgina, con tranquila grandiosidad—. Él quería… quería… —añadió; pero entonces se detuvo.

—¡No parece que quisiera mucho! —gritó Mrs. Portico, en un tono que hizo que Georgina se girase hacia la ventana, como si el grito hubiera alcanzado la calle. Su anfitriona percibió el movimiento y continuó—. ¡Oh, querida, si alguna vez cuento tu historia lo haré para que la gente la escuche!

—Usted no la contará nunca. Lo que quiero decir es que Raymond deseaba la formalización del asunto por la iglesia porque entendió que yo nunca haría nada sin ella. Él consideró, por tanto, que era mejor que la tuviéramos cuanto antes y para acelerar el proceso estaba dispuesto a cumplir cualquier promesa.

—Y vaya si la tienes —dijo Mrs. Portico, expresándose de forma familiar—. No sé lo que quieres decir con formalizaciones o lo que deseabas de ellas.

Georgina se levantó manteniendo más alta que nunca aquella hermosa cabeza que, a pesar del bochorno de esta entrevista, no había disminuido, sin embargo, un ápice de su elevación.

—¿Habría usted preferido que yo… no me casara?

Mrs. Portico se puso en pie a su vez y, sonrojada por la agitación de un conocimiento inusitado —era como si hubiese descubierto un esqueleto en su armario favorito— se encaró a su joven amiga por un momento. Entonces, sus sentimientos encontrados se resolvieron en una abrupta pregunta, que en el caso de Mrs. Portico implicaba una gran sutileza:

—Georgina Gressie, ¿estabas enamorada de él realmente?

La pregunta disipó de repente la extraña, estudiada y deliberada frialdad de la muchacha, que estalló en un rápido arrebato de pasión —una pasión que, por el momento, era predominantemente ira.

—¿Por qué si no, por el amor de Dios, habría hecho lo que he hecho? ¿Por qué si no me habría casado con él? ¿Qué es en lo que salgo ganando?

Un cierto temblor en la voz de Georgina y una luz en sus ojos, que Mrs. Portico consideró más espontánea y humana mientras pronunciaba estas palabras, afectaron a su anfitriona de forma menos dolorosa que cualquier otra cosa que la joven hubiera dicho hasta entonces. La dama tomó la mano de la muchacha y emitió indefinidos sonidos reprobatorios.

—Ayúdeme, mi querida y vieja amiga, ayúdeme —continuó Georgina, en un tono bajo y suplicante; y en un momento, Mrs. Portico vio que las lágrimas acudían a sus ojos.

—¡Qué extraña mezcla eres, hija mía! —exclamó—. Ve directa a casa y cuéntale todo a tu madre; es lo mejor que puedes hacer.

—Usted es más amable que mi madre. No debe compararse con ella.

—¿Qué puede hacerte? ¿Cómo puede herirte? No vivimos en tiempos paganos —dijo Mrs. Portico, que raras veces era tan histórica—. Además, no tienes razón alguna para hablar de tu madre de ese modo… ¡ni siquiera para pensar así de ella! Le habría gustado que te casaras con un hombre de cierta riqueza; pero siempre ha sido una buena madre contigo.

Al escuchar esta reprimenda, Georgina se despertó de nuevo repentinamente; como Mrs. Portico había dicho, ella era en efecto una mezcla rara. Consciente evidentemente de que no podía justificar de forma satisfactoria su presente rigidez, cambió a un resentimiento que la absolvía de la autodefensa.

—¿Por qué hizo él esa promesa entonces si me quería? ¡Ningún hombre que me amara realmente la habría hecho, ni ningún hombre que lo fuera como yo entiendo que debe serlo! Podía haber entendido que yo sólo lo hacía para ponerle a prueba… para ver si él deseaba aprovecharse del hecho de permanecer libre. Es una muestra de que no me ama… no como debería haberlo hecho; ¡y en un caso así, una mujer no está obligada a hacer sacrificios!

Mrs. Portico no era una persona de pensamiento ágil; su mente se movía vigorosamente, pero de forma pesada, aunque en ocasiones realizaba felices descubrimientos. Comprendió que las emociones de Georgina eran en parte reales y en parte ficticias, y que, en lo que concernía a este último asunto especialmente, la muchacha estaba tratando de «levantar» un resentimiento para excusarse a sí misma. El pretexto era absurdo, y la buena mujer estaba sorprendida por el hecho de que su joven invitada fuera tan cruel como para reprochar al pobre Benyon una concesión en la que ella había insistido y que sólo podía ser una prueba de la devoción del joven hacia ella, en tanto que la dejaba libre mientras él permanecía atado. En general, Mrs. Portico estaba sorprendida y consternada por tal carencia de simplicidad en el comportamiento de una joven a quien basta entonces ella había considerado tan cándida como elegante, y su apreciación de este descubrimiento se expresó en un tajante comentario: «Me sorprende que seas una muchacha tan mala, querida; ¡me sorprende que seas una muchacha tan mala!».

CAPÍTULO SEIS

El lector se asombrará sin duda de que, a pesar de esta reflexión, que parecía resumir el juicio de Mrs. Portico sobre el asunto, esta última consintiera en todo lo que Georgina le había pedido al cabo de unos pocos días. He pensado bien en narrar extensamente la primera conversación que tuvo lugar entre ellas, pero no debo rastrear más las sucesivas fases de la petición de la muchacha o los pasos mediante los que —a pesar de un centenar de robustas y saludables convicciones— la ruidosa, amable, aguda, sencilla, escéptica y crédula mujer tomó bajo su protección a una damisela de cuya obstinación no podía hablar sin sonrojarse de cólera. El estado en el que se encontraba Georgina fue el sencillo hecho que la conmovió; la mayor fuerza de esta joven dama era la gravedad de su aprieto. Tal vez fuese malvada y tuviera una forma espléndida, despreocupada, insolente y descarada de admitirlo que en determinados momentos —de manera incoherente, contradictoria e irresistible— transmutaba su cínica confesión en lágrimas de debilidad, pero Mrs. Portico conocía a Georgina desde su más tierna infancia, y cuando esta declaró su deseo de no regresar a casa y de permanecer allí y no con su madre, además de afirmar que no podía exponerse —en absoluto— y que se quedaría sólo con ella hasta el día en que embarcaran, la pobre dama se vio forzada a admitir los hechos. Estaba dominada, engatusada, y hasta cierto punto, fascinada. Tenía que aceptar la rigidez de Georgina (ella misma carecía de una cualidad que la contrarrestara —era sólo violenta, no obstinada), y, una vez hizo esto, quedó claro, después de todo, que llevar a su joven amiga a Europa era ayudarla, y que dejarla sola era no hacerlo. Georgina atemorizó literalmente a Mrs. Portico para conseguir su conformidad; era evidentemente capaz de extrañas acciones si se la dejaba libre. De este modo, de un día para otro, Mrs. Portico anunció que finalmente estaba a punto de embarcar hacia tierras extranjeras (su médico le había dicho que si se descuidaba envejecería demasiado para disfrutarlas), y que había invitado a la saludable Miss Gressie, que ya era toda una mujer, a que la acompañara. Esta noticia fue causa de júbilo en la casa de los Gressie, pues aunque el peligro hubiera pasado, el que Georgina se fuera con ella representaba un gran privilegio y los Gressie siempre se mostraban eufóricos ante la perspectiva de un beneficio. Existía el riesgo de que Georgina se encontrase con Mr. Benyon al otro lado del mundo, pero no parecía probable que Mrs. Portico se prestase a una confabulación de este tipo. Si se le hubiese ocurrido favorecer su historia de amor lo habría hecho abiertamente, y Georgina estaría casada a estas alturas. Sus preparativos se hicieron tan rápidamente como lenta había sido su decisión, o más bien como había parecido que lo fuera; pues esto concernía a aquellos volubles jóvenes del centro de la ciudad. Georgina visitaba continuamente la casa de Mrs. Portico, y en la calle Doce daban por hecho que hablaba de sus futuros viajes con su gentil amiga. Conversaban, desde luego, hasta un cierto punto; pero, tras acordar que partirían, el motivo del viaje no volvió a mencionarse. Es decir, no volvió a surgir hasta la noche anterior a su partida; entonces, intercambiaron unas cuantas palabras entre ellas. Georgina se había despedido ya de su familia en la calle Doce e iba a dormir en casa de Mrs. Portico para poder llegar temprano al barco. Las dos damas se sentaban juntas en silencio frente a la chimenea, con la tranquilidad de tener el equipaje empaquetado, cuando la mayor de ellas hizo notar de repente a su compañera que esta parecía estar cargando con una gran responsabilidad al asumir que Raymond Benyon no forzaría su mano. Por muchas promesas que hubiera, él podía elegir reconocer a su hijo si ella no lo hacía, y la gente pensaría que, estando las circunstancias tan alteradas, les habían perdonado. Tendría que vérselas con Mr. Benyon más de lo que ella pensaba.

—Sé lo que voy a hacer —respondió Georgina—. Sólo hay una promesa para él. No sé lo que quiere decir con que las circunstancias estén alteradas.

—Todo me parece estar alterado —murmuró la pobre Mrs. Portico, de forma trágica.

—¡Benyon no lo está, ni lo estará nunca! Estoy segura de él, tan segura como que estoy sentada aquí. ¿Piensa que le habría mirado si no hubiera sabido que era un hombre de palabra?

—Le elegiste bien, querida —dijo Mrs. Portico, quien a estas alturas se limitaba a una especie de perpleja aquiescencia.

—Claro que le elegí bien. En un asunto como este, él se comportará espléndidamente. —Y añadió repentinamente—: Espléndidamente, esa es la razón por la que me fijé en él —repitió, con un destello de incongruente pasión.

Mrs. Portico consideró que esto era tan atrevido que parecía casi sublime; no obstante, había renunciado a entender cualquier cosa que la muchacha dijera o hiciera. Comprendió cada vez menos después de que hubieran desembarcado en Inglaterra y comenzaron el viaje hacia el sur; y no entendió nada en absoluto cuando a mitad del invierno tuvo lugar el suceso con el que había tratado de familiarizarse en su imaginación, pero que cuando ocurrió le pareció extraño y atroz más allá de cualquier medida. Tuvo lugar en Génova, pues Georgina había decidido que había más privacidad en una gran ciudad que en una pequeña, y la joven escribió a América que tanto ella como Mrs. Portico se habían enamorado del lugar y que pasarían dos o tres meses allí. En aquellos tiempos la gente en Estados Unidos sabía mucho menos que hoy sobre las relativas atracciones de las ciudades extranjeras, y no se consideraba sorprendente que los ausentes neoyorquinos deseasen permanecer en un puerto donde pudieran encontrar apartamentos, de acuerdo con el informe de la joven, en un palacio pintado con frescos de Van Dyke y de Tiziano. Georgina no omitía en sus cartas, como se verá, ningún detalle que pudiera dar color a la larga estancia de Mrs. Portico en Génova. En un palacio como ese —donde los viajeros alquilaban veinte habitaciones doradas por la suma más insignificante— vino al mundo un niño extraordinariamente hermoso. Nada podía haber sido más exitoso y natural que este acontecimiento —Mrs. Portico estaba casi horrorizada ante la facilidad y la felicidad de todo ello. Por entonces, se encontraba bastante mal, y, lo que nunca le había ocurrido antes en la vida, sufría de depresión crónica del espíritu. Odiaba tener que mentir, y entonces mentía continuamente. Todo lo que escribía a casa, todo lo que se había dicho o hecho en conexión con su estancia en Génova, era una mentira, como también lo era la forma en la que permanecían en sus apartamentos para evitar el encontrarse con compatriotas por casualidad. Por aquel entonces apenas había americanos en Génova; pero nada podía exceder la competencia profesional de las precauciones de Georgina. Su nervio, su serenidad, y su aparente carencia de sentimiento provocaban en Mrs. Portico una especie de sombrío suspense. Una ansiedad morbosa de ver hasta dónde llegaría su compañera embargó a la excelente mujer que, unos cuantos meses antes, odiaba fijar su pensamiento en asuntos desagradables. Georgina, en efecto, llegó muy lejos e hizo todo lo que estuvo en su poder para encubrir el origen de su hijo. El registro de su nacimiento se hizo bajo un nombre falso, y fue bautizado en la iglesia más cercana por un sacerdote católico. Gracias al médico dieron con una magnífica campesina de un pueblo en las colinas —una criatura grande, morena y salvaje, quien, para ser justos, rebosaba de hermosas y familiares sonrisas y ruda ternura—, que se constituyó en niñera del hijo de Raymond Benyon. Aquella mujer cuidó del recién nacido durante una quincena de días bajo la supervisión de la madre, y entonces fue enviada de nuevo a su pueblo con el bebé en sus brazos y varias monedas de oro anudadas en una esquina de su pañuelo. Mr. Gressie había entregado a su hija una carta de libre crédito para un banquero londinense, y Georgina fue capaz, por el momento, de destinar una abundante provisión para el pequeño. A Mrs. Portico le llamó la atención el hecho de que la joven no gastara nada de su dinero en fruslerías —lo guardaba todo para el chiquillo que dependía de ella en las colinas de Génova— y contemplaba todas estas extrañas acciones con una estupefacción que ocasionalmente estallaba en una protesta apasionada; entonces, recaía en la perturbadora sensación de que si había sido cómplice hasta el momento, tenía que serlo hasta el final.

CAPÍTULO SIETE

Las dos damas viajaron hasta Roma —Georgina maravillosamente esbelta — para terminar la temporada, y aquí Mrs. Portico se convenció de que intentaba abandonar a su vástago. La joven no había ido al campo para ver al recién nacido antes de marcharse de Génova; había dicho que no podía soportar verle en un lugar como aquel y entre esa gente. Mrs. Portico, debe añadirse, comprendía la razón de esta excusa; ella misma había renunciado a un plan propio tras haber dedicado un día por su cuenta a visitar a la enorme campesina y ser calurosamente recibida durante unas horas. Le parecía que si tenía que ver al niño en las sórdidas manos a las que Georgina lo había consignado le seguiría todavía más el juego de lo que ya lo hacía. La dureza radiante de esta joven mujer, después de que llegaran a Roma, actuaba sobre ella como una especie de máscara de Medusa. Había presenciado algo horrible, y al verse mezclada en ello, su corazón maternal había recibido un escalofrío mortal. Tenía más claro cada día que, aunque Georgina continuara enviando dinero al niño en cantidades considerables, se había desprendido de él para siempre. Junto con este pensamiento, una idea fija se asentó en su mente: el proyecto de coger al niño ella misma, adoptarlo y arreglar ese asunto con el padre. El apoyo que había ofrecido a Georgina hasta ese momento era la garantía real de que no la delataría; pero podía adoptar a la pequeña criatura sin traicionarla y decir que era un bebé adorable —afortunadamente, lo era— a quien había recogido en una mísera aldea italiana devastada por los bandoleros. Podía fingir —era capaz de hacerlo; oh, sí, por supuesto, ¡podía fingir! Todo era una impostura ahora y sería capaz de seguir mintiendo como había hecho desde el principio. La falsedad del asunto la ponía enferma y la hacía empalidecer hasta tal punto que apenas se reconocía en el espejo. A pesar de esto, rescatar al niño, incluso si para ello tenía que ser todavía más falsa, sería de algún modo una expiación por la traición a la que ya se había rendido. Empezó a odiar a Georgina por haberla arrastrado a tal abismo y si no hubiera sido por dos consideraciones, habría insistido en que se separaran. Una era la deferencia que debía a Mr. y Mrs. Gressie, que habían depositado tanta confianza en ella; la otra era que tenía que vigilar a la madre hasta que ella se hiciera con el niño. Mientras tanto, en esta forzada comunión, el odio por su compañera aumentó; Georgina se le antojaba como una criatura de barro y hierro. Le tenía un miedo atroz, y se sorprendía entonces de que alguna vez hubiera confiado en ella lo suficiente como para llegar tan lejos. La joven no mostraba consciencia alguna del cambio en Mrs. Portico aunque de hecho, en aquel momento, no existía ni una fingida confianza entre las dos. Miss Gressie —esa era otra mentira ante la que Mrs. Portico tenía que ceder— se concentraba en disfrutar de Europa y estaba especialmente encantada en Roma. Ciertamente, tenía el coraje para llevar a cabo su empresa. Confesó a Mrs. Portico que no había informado a Raymond Benyon de lo que había ocurrido en Génova y que tenía la intención de seguir ocultándoselo. Debe decirse que en esto sí que hubo una cierta confianza. Él se encontraba entonces por los mares de China, y probablemente no le viera durante años. Mrs. Portico consultó consigo misma y el resultado de su cavilación fue que escribió a Mr. Benyon contándole que había tenido un pequeño niño encantador al que Georgina había puesto al cuidado de unos campesinos italianos; pero que, si él era tan amable y se lo permitía, ella, Mrs. Portico, podía educarlo muchísimo mejor. Desconocía a dónde dirigir la carta, y aunque Georgina lo supiera, lo cual era dudoso, nunca se lo diría, así que envió la misiva a la atención del Secretario de la Marina, en Washington, con la ferviente petición de que fuera inmediatamente reenviada. Éste fue el último esfuerzo de Mrs. Portico en este extraño asunto relativo a Georgina. Relato un complicado hecho en unas pocas palabras cuando digo que las preocupaciones, indignaciones y arrepentimientos de esta pobre mujer hicieron presa de ella hasta que la destrozaron por completo. Varias personas a quienes conocía en Roma la avisaron de que el aire de las Siete Colinas no la beneficiaba en absoluto, y había decidido regresar a su tierra natal cuando descubrió que, en su deprimente condición, la fiebre de la malaria había hecho presa en ella. No era capaz moverse, y el asunto se resolvió en el transcurso de una enfermedad que, felizmente, no fue prolongada. He dicho que no era obstinada, y la resistencia que opuso en la presente ocasión no fue digna ni siquiera de su espasmódica energía. La fiebre cerebral hizo su aparición y la dama murió al cabo de tres semanas, durante las cuales las atenciones de Georgina hacia su paciente y protectora fueron absolutas. Había otros americanos en Roma que, tras este triste suceso, ofrecieron a la afligida joven todo tipo de consuelo y hospitalidad; no le faltaron oportunidades de regresar a Nueva York con una compañía adecuada. Se puede estar seguro de que eligió la mejor, y la muchacha regresó a la casa de su padre, donde decidió vestir con sencillez, pues enviaba todo su dinero, con el mayor de los secretos, al niñito de las colinas de Génova.

CAPÍTULO OCHO

—¿Por qué motivo vendría si no le gustas? No está obligado a hacerlo y tiene que cuidar de su barco. ¿Por qué si no se muestra tan amable y se queda siempre durante una hora?

—¿Piensas que es muy agradable? —preguntó Kate Theory, apartando su mirada de la de su hermana. Era importante que Mildred no viera qué poca expresión de aquel semblante encantador se correspondía con la pregunta.

Esta precaución, sin embargo, fue inútil pues Mildred, desde el sillón delicadamente cubierto sobre el que descansaba frente a la ventana abierta, respondió rápidamente:

—Kate Theory, no seas afectada.

—Quizás es por ti por quien viene. No veo por qué no debería; eres mucho más atractiva que yo, y tienes mucho más que decir. ¿Cómo no va a ver que tú eres la más inteligente? Puedes hablar con él de todo: de las fechas de las diferentes erupciones y de las estatuas y bronces en el museo, que nunca has visto, poverina, pero de las que sabes más que él, y más que nadie. ¿Sobre qué comenzasteis a hablar la última vez? Ah sí, te despachaste a gusto sobre la Magna Grecia. Y entonces… y entonces…

Pero aquí Kate Theory se detuvo; sintió que no serviría de nada decir las palabras que habían acudido a sus labios. Había estado a punto de decir que su hermana era tan hermosa como una santa y tan delicada y refinada como un ángel, o algo por el estilo. Pero la belleza y delicadeza de Mildred reflejaban el contrapunto de una enfermedad mortal, y alabarla por su refinamiento era justamente recordarle que tenía la delicadeza de una tísica. De este modo, tras haberse contenido, la muchacha más joven —lo era sólo en un año o dos— besó sencillamente a la otra con ternura y ajustó el nudo del pañuelo de encaje que esta llevaba sobre la cabeza. Mildred sabía qué era lo que su hermana había estado a punto de decir, y conocía el motivo por el que se había detenido. Mildred lo sabía todo sin tan siquiera abandonar nunca su habitación, o sin abandonar al menos su pequeño salón en la pensión, que tanto había embellecido yaciendo simplemente allí, cerca de la ventana que miraba hacia la bahía y el Vesubio, e indicando a Kate cómo disponer los muebles y reordenarlo todo. Dado que comenzaba a ser evidente que Mildred debía pasar los pocos años de vida que le quedaban en climas cálidos, las dos hermanas frecuentaban las desangeladas pensiones del sur de Europa. Su pequeño salón era sin duda alguna muy poco agraciado, y Mildred no fue feliz hasta que lo remodelaron. Su hermana se puso manos a la obra automáticamente el primer día cambiando de lugar todas las mesas, solas y sillas hasta que hubo probado cada combinación y la inválida consideró por fin que se producía un pequeño efecto.

Kate Theory tenía un gusto propio y sus ideas no coincidían siempre con las de su hermana. Aun así, hacía todo lo que agradara a Mildred, y si la pobre muchacha le hubiera dicho que pusiera la alfombrilla de la puerta sobre la mesa o el reloj bajo el sofá, habría obedecido sin rechistar. Había doblado y guardado sus propias ideas y gustos personales en cajones y baúles, con alcanfor y lavanda, como si fueran prendas de otras temporadas, pues no resultaban adecuados, por lo general, para un clima meridional por indispensables que fueran en el clima de Nueva Inglaterra, donde la pobre Mildred había perdido su salud. Desde este suceso, Kate Theory había vivido para su compañera, y pensar que le era atractiva al capitán Benyon resultaba casi un inconveniente para ella. Era como si hubiese cerrado su hogar y no se encontrara en situación de recibir a las visitas. Mientras Mildred viviera, su propia vida estaría en suspenso; si había más tiempo después tal vez la retomara, pero por el momento, en respuesta a cualquier llamada a su puerta sólo podía decir que no estaba en casa desde una de sus polvorientas ventanas. ¿Era realmente en estos términos en los que tendría que desestimar al capitán Benyon? Si Mildred decía que era por ella por quien venía quizás debiera asumir tal deber; pues, como hemos visto, Mildred lo sabía todo y por tanto, debía de tener razón. Ella entendía sobre las estatuas del museo, sobre las excavaciones de Pompeya y el viejo esplendor de la Magna Grecia. Encima de la mesa, al lado del sofá, guardaba siempre algún instructivo volumen y contaba con energía suficiente como para sujetar el libro durante media hora cada vez. Ésa era aproximadamente la fuerza de la que disponía ahora. El invierno napolitano había sido especialmente suave, pero tras el primer o segundo mes la joven se había visto obligada a abandonar sus pequeños paseos por el jardín, que permanecía bajo su ventana como un único y enorme ramo, de tan exuberantes que resultaban las flores aquel año en pleno mes de mayo. Ninguna de ellas, sin embargo, tenía un color tan intenso como el espléndido azul de la bahía, que completaba el resto de la vista, y que habría parecido pintado si no se hubiera podido percibir el pequeño movimiento de las olas, que Mildred Theory contemplaba con frecuencia. La muchacha observaba asimismo la cima jadeante del volcán al otro lado de Nápoles y la gran visión marina de Capri en el horizonte, que cambiaba de color mientras sus ojos reposaban en ella, al tiempo que se preguntaba qué sería de su hermana una vez ella hubiera muerto. La situación de la pobre Kate sería mucho más grave ahora que Percival estaba casado y que había alguien que cuidaría de él —era su único hermano, y uno de aquellos días viajaría a Nápoles para presentarles a su esposa, todavía una completa extraña a la que conocían únicamente por las pocas cartas que les había escrito durante su luna de miel. Mildred creía que sólo después de conocer a su cuñada sería capaz de juzgar mejor hasta qué punto podía esperar Kate el encontrar un hogar con la pareja; pero incluso si Agnes resultase más satisfactoria que sus cartas, el vivir a modo de mero apéndice de gente más feliz resultaba una desgraciada perspectiva para su hermana. Las tías solteras son maravillosas, pero ser una tía soltera era sólo un último recurso, y los primeros recursos de Kate no se habían intentado siquiera.

Mientras tanto, esta última joven dama se preguntaba también en qué libro había leído Mildred que el capitán Benyon estaba enamorado de ella. Kate creía admirarle, pero él no parecía ser un hombre que se enamorase fácilmente. La muchacha podía percibir que Benyon estaba en guardia y que no iba a abrirse a ella. El joven pensaba demasiado en sí mismo, o en cualquier caso, andaba con mucho cuidado, al estilo de un hombre a quien le ha ocurrido algo que le ha enseñado una lección. Probablemente, lo que sucedía era que su corazón estaba enterrado en alguna otra parte, en la tumba de una mujer: Benyon habría amado a alguna bella muchacha —Kate, que se consideraba a sí misma flaca y sombría estaba segura de que había sido una mujer mucho más hermosa que ella— y al morir esta, su capacidad de amar se había ido con ella. Él amaba su recuerdo, y eso era lo único que le importaba entonces.

El capitán era un hombre tranquilo, amable e inteligente. Tenía sentido del humor y era muy generoso en su forma de ser; pero si cualquiera excepto Mildred le hubiera dicho a Kate que la razón por la que este acudía tres veces a la semana a Posillipo no era otra que la de pasar el tiempo (les había informado de que no conocía a ninguna otra dama en Nápoles), habría imaginado que ese era el tipo de comentario —normalmente tan estúpido— que la gente siempre consideraba necesario pronunciar. Visitarlas le era muy fácil; disponía del bote de su barco y carecía de obligaciones. Y, ¿qué podía resultar más delicioso que ser llevado a remo por la bahía bajo un brillante toldo por cuatro bronceados marineros con la palabra Louisiana bordada en letras azules sobre sus inmaculadas camisas blancas y en letras doradas en las ondeantes cintas de sus sombreros? La barca llegaba hasta los escalones del jardín de la pensión, donde colgaban las ramas de los naranjos, reflejando en el agua difusas pelotas amarillas. Kate Theory sabía de todo esto, pues el capitán Benyon la había persuadido para hacer un pequeño paseo en su bote, y de haber habido otra dama que les acompañara, podía haberla llevado hasta el barco y enseñárselo. Aquel parecía hermoso en la corta distancia, con la bandera americana ondeando ligera en el aire italiano. Cuando llegara Agnes tendrían otra dama; entonces Percival haría compañía a Mildred mientras ellas hacían la excursión. Esta última se había quedado sola el día en que Kate se aproximó a la barca; la muchacha había insistido en el asunto, y fue ella en verdad quien convenció a su hermana, aunque esta última también era consciente de que el capitán Benyon había expresado ampliamente, a su manera tranquila y reposada —solía permanecer expectante mucho después de que uno pensara que se había olvidado de ello— el placer que esta visita sería para él. Era evidente que cualquier cosa complacería a un hombre que estaba tan aburrido. El capitán Benyon mantenía el Louisiana en Nápoles semana tras semana sólo porque eran las órdenes del comodoro. No tenía ninguna misión allí y disponía de todo su tiempo, pero debía obedecer a su superior —que había ido a Constantinopla con los otros dos barcos—, por muy misteriosos que fueran sus motivos; era indiferente que se tratara de un viejo y gruñón comodoro, excelente, pero arbitrario. Sólo un tiempo después se le ocurrió a Kate Theory que, para ser un hombre reservado y correcto, el capitán Benyon le había dado una prueba considerable de confianza al hablarle en esos términos de su oficial superior. Si parecía de algún modo acalorado cuando llegaba a la pensión, ella le ofrecía un vaso de naranjada fría. Mildred pensaba que esta era una bebida poco apetecible —decía que era turbia; pero a Kate le agradaba sobremanera y el capitán Benyon siempre la aceptaba.

CAPÍTULO NUEVE

El día del que hablo, para cambiar de asunto, Kate llamó la atención de su hermana acerca de la extraordinaria nitidez de la zigzagueante sombra de una nube sobre la coloreada ladera del Vesubio. A esto, Mildred respondió tan sólo que deseaba que su hermana se casara con el capitán. La constante meditación era lo que llevaba a Miss Theory a hablar de Benyon de esta manera desenfadada; y mostraba cómo pensaba en él continuamente, pues, en general, nadie era más ceremonioso que ella y su falta de salud no le había hecho abandonar ninguna formalidad que fuera posible conservar. Incluso en la manera en que yacía sobre el sofá había una especie de fina rectitud; y siempre recibía al médico como si este la visitara por primera vez.

—Será mejor que espere hasta que me pregunte —dijo Kate Theory—. Querida Milly, si hiciera algunas de las cosas que deseas que haga, te daría una gran sorpresa.

—Ojalá se casara contigo, entonces. Sabes que si debo verlo queda poco tiempo.

—Jamás lo verás, Mildred. No veo por qué deberías dar por hecho que le aceptaría.

—Nunca conocerás a un hombre que tenga tan pocas cualidades negativas. Probablemente no tiene mucho dinero. No sé cuál es el sueldo de un capitán de la Marina…

—Es un alivio averiguar que hay algo que no sabes —interrumpió Kate Theory.

—Pero cuando me haya ido —continuó su hermana tranquilamente—, cuando me haya ido habrá más que de sobra para los dos.

Al oír esto, la muchacha más joven permaneció en silencio por un momento; entonces exclamó:

—Mildred, puede que no tengas salud, ¡pero no sé por qué tienes que ser tan horrible!

—Sabes que desde que llevamos esta vida no hemos visto a nadie que nos guste más —dijo Milly. Cuando hablaba de la vida que llevaban —en la alusión había siempre una ligera resignación al lamento y al desprecio—, se refería a los inviernos meridionales, los climas extranjeros, los experimentos inútiles, las esperas solitarias, las horas y el tiempo perdido, las lluvias interminables, la mala comida, los médicos inútiles y farsantes, las pensiones húmedas, los encuentros casuales y las intermitentes amistades con compatriotas.

—¿Por qué no hablas por ti sola? Me complace que te guste, Mildred.

—Si a ti no te gusta, ¿por qué le ofreces naranjada?

Al oír esta pregunta, Kate comenzó a reír, y su hermana continuó:

—Naturalmente te complace que me guste, querida. Si no me gustara y a ti sí, no sería satisfactorio en absoluto. No puedo imaginarme nada más triste; no moriría con ningún consuelo.

Kate Theory normalmente cerraba este tipo de alusiones con un beso —siempre llegaba demasiado tarde—; pero en esta ocasión añadió que hacía mucho desde que Mildred la hubiera atormentado tanto como aquel día.

—Harás que le odie —añadió.

—Bueno, eso prueba que no le odias todavía —replicó Milly; y apenas en ese momento del dorado atardecer vieron cómo la barca del capitán Benyon se aproximaba a las escaleras, al pie del jardín. El joven las visitó aquella tarde, regresó dos días después y volvió de nuevo tras un intervalo igualmente breve antes de que Percival Theory llegara con su esposa desde Roma. En esos pocos días parecía ansioso por estrechar lazos, como él habría dicho, con las dos agradabilísimas muchachas —o agradables mujeres, apenas sabía cómo llamarlas— a quienes había descubierto en el encantador barrio de Posillipo en el transcurso de una larga, ociosa y bastante tediosa estancia en Nápoles. Fue el cónsul americano quien le había puesto en contacto con ellas. Las hermanas tenían que firmar en su presencia algunos documentos legales que les había enviado el encargado que cuidaba de su pequeña propiedad en América, y el atento funcionario, aprovechándose del pretexto (el capitán Benyon coincidió en el consulado en el momento en que este empezaba, amablemente, a atender a las damas) de acercar a «dos partes» que, como él dijo, deberían apreciarse mutuamente, propuso a su colega, al servicio como él de los Estados Unidos, que le acompañase como testigo de la pequeña ceremonia. Naturalmente, el cónsul podía haber elegido a su secretario, pero optó por el capitán, que se encargaría del asunto mucho mejor, y a quien hizo ver que las hermanas Theory (nombre curioso, ¿no es cierto?) sufrían, estaba seguro, de una falta de vida social. También le hizo saber que una de ellas estaba muy enferma, que eran realmente encantadoras y extraordinariamente refinadas, y que la vista de un compatriota literalmente envuelto, como si dijéramos, en la bandera nacional, las alegraría más que cualquier cosa, además de darles una sensación de protección. Ellas habían hablado al cónsul sobre el barco de Benyon, al que podían ver, de lejos desde sus ventanas, en su fondeadero. Las jóvenes eran en aquel momento las únicas damas americanas en Nápoles —las únicas residentes, al menos — y por parte del capitán hubiera sido descortés no acudir a rendirles sus respetos. Benyon sintió de nuevo qué poco le agradaba visitar a mujeres desconocidas; no estaba acostumbrado a ir a la caza de amistades femeninas o a buscar el tipo de emociones que sólo el sexo puede inspirar. Tenía sus motivos para esta abstención, que raras veces incumplía; pero el cónsul se dirigió a él con sólidos argumentos y se dejó convencer. Benyon estuvo lejos de arrepentirse, al menos durante las primeras semanas, de un acto que era claramente contradictorio con su gran regla —la de no exponerse nunca al peligro de llegar a estrechar lazos con una mujer soltera. Se había visto forzado a establecer esta norma, y la había cumplido con un cierto éxito. Apreciaba a las mujeres, pero estaba obligado a limitarse a sentimientos superficiales. No tenía sentido caer en situaciones de las que la única salida posible era una retirada. El paso que había dado respecto a la pobre Miss Theory y su encantadora hermana pequeña era una excepción de la que al principio sólo podía felicitarse a sí mismo. Había sido una feliz idea del amable y viejo cónsul, que hizo que el capitán Benyon le perdonase su sombrero, sus botas y su pechera —un atuendo que podía considerarse representativo, y cuyo efecto era conseguir que el observador contemplara extasiado a un lazzarone medio desnudo. La amistad mutua ayudó a ambas partes a sobrellevar el paso del tiempo, y las horas que Benyon pasaba en la pequeña pensión en Posillipo dejaron tras de sí un sabor dulce y en modo alguno insulso.

Conforme se sucedían las semanas, su excepción parecía más bien una regla. Benyon, no obstante, era capaz de recordarse a sí mismo que el sendero de la retirada estaba siempre abierto ante él. Además, si se enamorara de la muchacha más joven no se produciría un gran daño, pues Kate Theory amaba profundamente a su hermana e importaría muy poco si él avanzaba o retrocedía. La joven era muy atractiva, o más bien, poseía una gran atracción. Menuda, pálida, atenta sin rigidez, rebosante de hermosas curvas y rápidos movimientos, parecía como si el hábito de observar y servir hubiera tomado completa posesión de ella, convirtiéndola literalmente en una pequeña hermana de la caridad. Su espeso pelo negro se recogía tras sus orejas como para ayudarla a escuchar, y sus ojos de color castaño claro mostraban la alegría de una persona demasiado llena de tacto como para acercar un rostro triste a la cama de un enfermo. Hablaba con una voz alentadora, y tenía costumbres tranquilizadoras y altruistas. Era muy hermosa y producía un alegre efecto de contraste entre el blanco y el negro, vistiendo con delicadeza para que Mildred pudiera tener algo agradable a lo que mirar. Benyon percibió muy pronto que en ella había un caudal de buena disposición del que su hermana disponía en su totalidad en aquel momento; pero la pobre Miss Theory se estaba marchitando rápidamente, y entonces, ¿qué sería de esta preciosa y pequeña fuerza? La respuesta a semejante pregunta, que parecía de lo más oportuno, era que no se trataba de algo de su incumbencia. Él no se encontraba enfermo —al menos no físicamente— y no estaba buscando una enfermera. Tal compañía podía ser un lujo, pero no era, por el momento, una necesidad. Al principio, la acogida de las dos damas había sido sencilla, y él no podía calificarla de otra manera sino de dulce; una simpatía brillante, amable y jocosa marcaba el tono de su relación. A ellas les agradaba de forma evidente que él las visitara y disfrutaban viendo cómo su gran barco transatlántico se cernía en aquellas resplandecientes costas del exilio. El hecho de que Miss Mildred yaciera siempre sobre el sofá —en sus sucesivas visitas a aguas extranjeras Benyon no se había olvidado (¿y por qué debería hacerlo?) de la agradable costumbre americana de llamar a una dama por su nombre de pila— hacía que su intimidad pareciera mayor y sus diferencias menores; era como si sus anfitrionas le hubieran tomado confianza y él formara parte, como habría dicho el cónsul, del mismo grupo. Viajando por los mares del mundo, con unos pocos metros cuadrados en una fragata bamboleante como único hogar, el bello salón adornado de llores de las apacibles hermanas americanas se convirtió, más que cualquier otra cosa que hubiera conocido hasta entonces, en su refugio. Benyon había soñado alguna vez con tener un lugar así, pero su sueño se había desvanecido en pálido humo y no había vuelto a albergar ninguna visión de ese tipo. Tenía la sensación de que el final de esta situación se estaba acercando; estaba convencido de que la llegada del extraño hermano, cuya esposa era con seguridad desagradable, marcaría una diferencia. Ésa era la razón, como he dicho, de que las visitara tanto como pudo durante la última semana, después de conocer el día en que llegaría Percival Theory. Se habían alcanzado los límites de la excepción.

Benyon era alguien nuevo para las jóvenes damas de Posillipo, y no había razón para que ellas se dijeran entre sí que este era un hombre muy diferente del joven ingenuo que, diez años antes, paseaba sin rumbo con Georgina Gressie frente a vistas de vallas hechas con tablones y forradas con anuncios de falsas medicinas. Era natural que este hubiera cambiado, y nosotros, que le conocemos, habríamos averiguado que el joven había experimentado una profunda alteración. No había nada ingenuo en él en aquel momento; tenía el aspecto de la experiencia, de haberse curtido y endurecido con los años. Su rostro y su complexión eran los mismos; siempre bien afeitado y esbelto, pasaba invariablemente, al comienzo, por un marino decididamente joven. Pero su expresión era vieja, y su conversación lo era todavía más —la conversación de un hombre que había visto mucho mundo (como de hecho era así) y juzgado muchas cosas por sí mismo. Tenía además un escepticismo humorístico que, pese a cualquier concesión que hiciera superficialmente para no ofender, por ejemplo, a dos mujeres americanas extremadamente agradables que habían conservado la mayor parte de sus ilusiones, le dejaba a uno con la convicción de que en el próximo minuto regresaría rápidamente a su propio punto de vista. Había una curiosa contradicción en él; sorprendía como alguien solemne, y sin embargo no podía decirse que se tomara las cosas en serio. Esto era lo que hacía que Kate Theory estuviera tan segura de que él había perdido el objeto de sus afectos y se dijo a sí misma que esto debía de haber ocurrido bajo circunstancias de extraña tristeza, puesto que aquello era, después de todo, un accidente frecuente y por lo general no se pensaba que constituyese un golpe suficiente para hacer de un hombre un cínico. Puede añadirse que esta reflexión no era en absoluto amarga por parte de la joven dama. El capitán Benyon no era cínico en ningún sentido en que hubiera podido sorprender a una mente inocente; guardaba su cinismo para sí mismo y era un caballero muy inteligente, cortés y atento. Si se encontraba melancólico, se sabía fundamentalmente por sus bromas, que hacía siempre a costa de sí mismo; y si se sentía indiferente, tenía aún más mérito que hiciera un gran esfuerzo para entretener a sus compatriotas.

CAPÍTULO DIEZ

La última vez que Benyon visitó a las hermanas Theory antes de la llegada del esperado hermano, encontró a Mildred sola e incorporada, sorprendentemente, cerca de la ventana. Kate había ido a Nápoles a fin de dar órdenes a la recepción del hotel para que buscasen un alojamiento más espacioso para los viajeros que el que la villa de Posillipo (donde las dos hermanas tenían las mejores habitaciones) podía ofrecerles; y la muchacha enferma había aprovechado la ausencia de su hermana y la excusa que el día era de una deliciosa calidez para acomodarse en un sillón por primera vez en seis meses. Estaba practicando, como decía ella, para el gran viaje en coche hacia el norte, donde iba a pasar el verano en un rincón tranquilo que conocían, cerca del Lago Maggiore. Raymond Benyon le señaló que sin lugar a dudas había comenzado a mejorar e iba a reponerse, y esto le dio a la muchacha la oportunidad de decir varias cosas que tenía en la cabeza. La pobre Mildred Theory, tan enjaulada e inquieta, y aun así tan resignada y paciente como era, albergaba varios pensamientos. Desde su inválido y sufriente cuerpo, su espíritu transparente, ágil y en perfecta salud, siempre ambicionaba más, basta el final de su tensa y pequeña cadena. Así, en el transcurso de la perfecta tarde estival, mientras se sentaba allí, llena de júbilo por el éxito de su esfuerzo en levantarse y por su cómoda oportunidad, hizo partícipe a su simpático invitado de la mayor parte de sus preocupaciones. Le contó, sin demora y fehacientemente, que no iba a reponerse en absoluto, que probablemente no le quedaban más de doce meses de vida, y que le estaría muy agradecida si no la forzaba a malgastar el aliento en contradecirle a ese respecto. No podía hablar mucho, y por tanto deseaba contarle sólo cosas que no oiría de nadie más; por ejemplo, el que era su secreto —de Kate y suyo— en aquel momento: su profundo temor a que la esposa de Percival, que no era de Boston sino de Nueva York, no fuera de su agrado. Naturalmente, esto en sí mismo no significaría nada, pero por lo que habían oído de su entorno —este asunto había sido analizado por sus corresponsales— estaban nerviosas hasta tal punto que el hecho de que Agnes fuera a proporcionar a Percival una fortuna no las tranquilizaba en absoluto. La fortuna era algo natural, o al menos eso era lo que habían oído sobre la familia de Agnes, que el sello del dinero estaba en todos sus pensamientos y acciones. Eran unos nuevos ricos muy derrochadores y saltaba a la vista que tenían muy poco en común con las dos hermanas Theory, a quienes, además, la verdad sea dicha (y esto era un gran secreto), las cartas que su cuñada les había enviado hasta entonces les traían más bien sin cuidado. La joven había estado en un internado francés de Nueva York y, sin embargo (y este era el secreto más grande de todos), ¡les escribió que había hecho una parte del viaje por Francia en una «diligencia»! Naturalmente, verían todo por sus propios ojos al día siguiente; Miss Mildred estaba segura de que sabría de inmediato si Agnes iba a ser de su agrado. La joven nunca podría haberle dicho todo esto a Benyon si su hermana hubiera estado presente, y él debía prometer no decirle nunca lo que ella le había contado. Kate siempre pensaba que debían ocultarlo todo, y que incluso si Agnes resultaba ser una tremenda decepción, jamás debían permitir que nadie lo supiera. Y, sin embargo, iba a ser Kate la que sufriría en los años venideros después de que ella se hubiera ido. Su hermano lo había sido todo para ellas, pero en aquel momento la situación sería diferente. Desde luego no era de esperar que este hubiera permanecido soltero por su causa: Mildred únicamente deseaba que él hubiera esperado hasta que ella muriese y Kate estuviera casada. Uno de estos acontecimientos, en verdad, era mucho menos probable que el otro. Kate podía no casarse nunca por mucho que desease hacerlo; era de una falta de egoísmo casi morbosa, y no pensaba que tuviera derecho a poseer algo propio —ni siquiera un marido.

Miss Mildred habló un buen rato sobre Kate sin pensar ni una vez que podía aburrir al capitán Benyon. Pero de hecho, no lo hizo; el joven no se extrañó en absoluto al plantearse por qué esta pobre dama enferma y preocupada trataba de imponerle el problema de su hermana. La extraña situación en la que se encontraban lo hacía todo natural, y el tono que ella adoptó entonces con él parecía ser simplemente el resultado de hasta dónde habían llegado sus placenteras relaciones durante los tres últimos meses. Benyon tenía además una excelente razón para no aburrirse: el hecho, concretamente, de que después de todo y en lo concerniente a su hermana, le pareciera que Miss Mildred se reservaba más de lo que manifestaba. La joven no le mencionó lo principal —no tenía nada que decir respecto a lo que la encantadora muchacha pensaba de Raymond Benyon. En realidad, el efecto de su entrevista era hacerle renunciar a que lo supiera, y el joven sintió que lo correcto sería volver a su barca, que esperaba al pie de los escalones del jardín, antes de que Kate Theory regresara de Nápoles.

Mientras permanecía allí sentado, Benyon se dio cuenta de que estaba demasiado interesado en saber lo que esta joven dama pensaba de él. Ella podía opinar lo que quisiera, pero la situación de él no cambiaría. La mejor opinión del mundo —aun dirigida hacia él desde los tiernos ojos de la muchacha— no le haría ni una pizca más libre o más feliz. Las mujeres de ese tipo —aquellas a quienes uno no podía ver con confianza sin enamorarse, y de las que era inútil hacerlo a menos que se estuviese dispuesto a casarse con ellas—, no eran para él. La luz de la tarde estival y del alma pura de Miss Mildred pareció inundar repentinamente todo el asunto. Benyon advirtió que estaba en peligro, y desde hacía un tiempo había decidido que escapar de este riesgo particular no era sólo necesario, sino también honroso. Abandonó a su anfitriona antes de que su hermana regresara, y tuvo incluso el coraje de decirle que no volvería a menudo a partir de entonces; ¡estarían tan ocupadas con su hermano y su esposa! Mientras recorría la vítrea bahía al ritmo de los remos deseó que, o bien las hermanas abandonaran Nápoles, o que su condenado comodoro le requiriera.

Cuando Kate regresó de su gestión diez minutos más tarde, Milly le informó de la visita del capitán, y añadió que nunca había visto nada tan repentino como la manera en que se había marchado.

—No quería esperarte, querida, y dijo que pensaba que era más que probable que nunca nos volviera a ver. ¡Es como si pensara que tú fueras a morir también!

—¿Han destinado su barco a otro lugar? —preguntó Kate.

—No me dijo eso; dijo que estaríamos muy ocupadas con Percival y Agnes.

—Se ha cansado de nosotras; eso es todo. No hay nada raro en ello; sabía que pasaría.

Mildred no dijo nada por un momento; observaba a su hermana, que arreglaba unas flores cuidadosamente.

—Sí, por supuesto, somos muy aburridas, y él es como todos los demás.

—Pensaba que creías que era maravilloso —dijo Kate—, y que nos tenía mucho cariño.

—Y así es; estoy más segura de eso que nunca. Ésa es la razón de que se fuera tan abruptamente.

Kate miró a su hermana entonces.

—No entiendo.

—Yo tampoco, cara. Pero lo harás, uno de estos días.

—¿Cómo, si nunca va a volver?

—Oh, vendrá… después de un tiempo… cuando me haya ido. Entonces se explicará; eso, al menos, lo tengo claro.

—¡Mi pobre y querida hermana, como si a mí me importase! —exclamó Kate Theory, sonriendo mientras distribuía las flores. Las llevó a la ventana para colocarlas cerca de su hermana y se detuvo allí un momento. Sus ojos habían percibido en la bahía un objeto lejano que no le era desconocido. Mildred notó su mirada pasajera y siguió su dirección.

—Es el bote del capitán que regresa al barco —dijo Milly—. Hay tanto silencio que uno casi puede oír los remos.

Kate Theory se giró con una violencia repentina y extraña, acompañada de un movimiento y de una exclamación que, en el siguiente minuto, cuando fue consciente de lo que había dicho —y, todavía más, de lo que había sentido— golpearon inesperadamente su propio corazón (mientras este encendía su rostro) con la fuerza de una revelación.

—¡Ojalá se hundiera en lo más profundo del mar!

Su hermana se quedó mirándola. Entonces, la tomó por el vestido cuando pasó por su lado, acercándola hacia sí con su débil mano.

—¡Oh, querida mía!

Y atrajo a Kate hacia ella de modo que la muchacha no pudiera sino inclinarse sobre sus rodillas y enterrar el rostro en su regazo. Si aquella ingeniosa inválida no lo sabía todo entonces, al menos sabía mucho.

CAPÍTULO ONCE

Mrs. Percival resultó ser muy bella. Es más elegante comenzar primero por esta declaración en lugar de decir que resultó ser muy insulsa. Las dos damas de Posillipo sólo necesitaron un día para concluir que era estúpida, si bien sospechaban que únicamente habían bordeado sus límites incluso después de que hubiera transcurrido una semana. Kate Theory, después de haber pasado media hora en su compañía, dio un ligero y privado suspiro de alivio. Sentía que una situación que había prometido ser comprometedora resultaba entonces bastante clara; era incluso de una simplicidad primitiva. En el futuro, pasaría con su cuñada una semana al año; eso era todo lo que sería moralmente posible. Resultaba una bendición que se pudiera ver exactamente lo que ella era, pues de esa manera la cuestión quedaba zanjada. Habría sido mucho más cansado si Agnes hubiera resultado un poco menos obvia; entonces habría tenido que dudar, considerar y sopesar una cosa contra otra. Mrs. Theory era hermosa y estúpida tan claramente como amarillo y redondo es un limón; y a Kate le era tan difícil imaginar que su cuñada fuera capaz de hacer del futuro algo interesante como que una naranja pudiera constituir una suculenta cena. Mrs. Percival viajaba con la esperanza de encontrarse con sus amistades americanas o de establecer nuevos lazos con los compatriotas que iba conociendo, así como con el propósito de comprar recuerdos para sus parientes. Ampliaba continuamente su repertorio de objetos hechos de caparazones de tortuga, de nácar, de madera de olivo, de marfil, de filigrana, de tartán lacado y de mosaico; y tenía una colección de pañuelos romanos y de cuentas venecianas que examinaba exhaustivamente cada noche antes de irse a la cama. Su conversación versaba principalmente sobre la manera en que pretendía disponer de estas colecciones y cambiaba constantemente entre unos y otros respecto a las personas a quienes iba a ofrecerlos. En Roma, una de las primeras cosas que le dijo a su esposo tras entrar en el Coliseo había sido: «¡Supongo que le daré el costurero de marfil a Bessie y las perlas romanas a la tía Harriet!». Estaba siempre pendiente del libro de visitas del hotel, y hacía que se lo entregaran junto con una taza de chocolate tan pronto como llegaba. Buscaba en sus páginas el nombre mágico de Nueva York, y elaboraba infinitas conjeturas respecto a quién era la gente —el nombre era en ocasiones sólo una pista parcial— que se había inscrito allí. Lo que más echaba de menos en Europa y de lo que disfrutaba en mayor grado eran los neoyorquinos. Cuando se encontraba con ellos hablaba sobre la gente que se había «mudado» en su ciudad natal y las calles a las que lo habían hecho. «Oh, sí, los Draper se van a la parte alta de la ciudad, a la calle Veinticuatro, y los Vanderdecken van a trasladarse a la calle Veintitrés, justo detrás de ellos. Mi tío, Mr. Henry Platt, está pensando en construir por esa zona». Mrs. Percival Theory era capaz de repetir afirmaciones de este tipo más de treinta veces y de detenerse en ese tema durante horas. Hablaba mucho sobre sí misma, sobre sus tíos y tías, así como sobre su ropa —pasada, presente y por venir. Estos artículos, en especial, llenaban su horizonte; los consideraba con una complacencia que podía haber llevado a uno a suponer que era ella quien había inventado la costumbre de cubrir el cuerpo humano. Su principal interés en Nápoles era la compra de coral, y durante todo el tiempo que estuvo allí la palabra «conjunto» —la utilizaba como si todo el mundo la entendiera— caía con su voz bajita, monótona y común sobre los oídos de sus cuñadas, quienes no tenían conjuntos de nada. Poco le importaban los cuadros y las montañas; en los Alpes y los Apeninos no abundaban los neoyorquinos, y era difícil interesarse en Madonnas que florecían en periodos en los que aparentemente no existía moda alguna, o en todo caso, ningún adorno.

Hablo aquí no sólo de la impresión que Mrs. Theory causó sobre las ansiosas hermanas de su marido, sino del juicio que Raymond Benyon se formó sobre ella (llegó hasta ese punto, aunque no era obvio cuánto le importaba el asunto). Y esto me hace dar un salto (confieso que uno muy pequeño) al hecho de que el joven, después de todo, sí que regresó a Posillipo. Estuvo ausente durante nueve días, y al final de este tiempo Percival Theory le visitó para agradecerle la cortesía que había mostrado hacia sus hermanas. Benyon acudió al hotel de este caballero para devolverle la visita, y allí, en el salón de su hermano, encontró a Miss Kate. La muchacha había establecido una cita desde la villa y en compañía de su hermano y de su cuñada se disponía a visitar el palacio real, que todavía no había tenido oportunidad de inspeccionar. Se propuso (no fue Kate quien lo hizo) y se estableció en aquel momento que el capitán Benyon les acompañara; de este modo, se paseó por suelos de mármol durante media hora intercambiando deliberados tópicos con la mujer que amaba. En efecto, esta verdad se había confirmado durante aquellos nueve días de ausencia; el joven descubrió que no había nada particularmente dulce en su vida una vez que Kate Theory había sido excluida de esta. Se había mantenido alejado para evitar enamorarse de ella; pero este recurso había sido esclarecedor, pues advirtió que, de acuerdo con el dicho popular, estaba cerrando la puerta del establo después de que hubiesen robado el caballo. Mientras caminaba por la cubierta de su barco y observaba Posillipo, su ternura cristalizó; la gruesa y humeante llama de un sentimiento que sabía que le estaba prohibido y ante el que se sentía enojado, danzaba ahora sobre el combustible de sus buenos propósitos. Estos últimos, debe decirse, se resistían y declinaban ser consumidos. Benyon decidió que vería a Kate Theory de nuevo el tiempo suficiente para decirle adiós y añadir una pequeña explicación. Pensó en esta exposición muy cuidadosamente, pero no es de extrañar que el lector no la considere como una feliz inspiración. Un hombre práctico y en control de sus sentimientos se despediría de la muchacha seca y abruptamente, sin aludir a lo que podía haber dicho en caso en que todo hubiera sido diferente; esto sería una demostración de sabiduría y virtud. Pero esta cualidad resultaba terriblemente desagradecida e incluso demasiado austera para una persona que presumía de haberse enseñado estoicismo a sí misma. El menor lujo le tentaba de forma irresistible ya que el más grande —aquel del amor feliz— se le negaba; el lujo de hacer saber a la muchacha que el que no se volvieran a ver no sería en absoluto un accidente. Era muy probable que ella pensara que lo era, lo que sin duda no le haría daño. Pero esto no le daría a Benyon el gusto y la satisfacción platónica de expresarle a la joven tanto su creencia de que podían haberse hecho felices mutuamente, como la necesidad de su renuncia. Seguramente eso tampoco le dolería, pues la muchacha no le había dado ninguna prueba en absoluto de que él significara algo para ella. Lo más cerca que había estado de ello era la manera en la que caminaba a su lado entonces, dulce y silenciosa, sin hacer la más mínima referencia a que él no hubiese regresado a la villa.

El lugar era frío y oscuro, las cortinas estaban corridas para evitar la luz y el ruido, y el pequeño grupo se paseó sin rumbo por los amplios salones donde preciosos mármoles, junto con el brillo del oro y del raso, emitían destellos en la profunda penumbra. El cicerone, en pantuflas y con familiaridad napolitana, iba abriendo contraventanas aquí y allá para mostrar un cuadro o un tapiz y se paseaba con Percival Theory y su esposa, mientras esta última, desfalleciendo en silencio del brazo de su marido conforme paseaban, comprobaba el tejido de las cortinas y los sofás.

Cuando el cicerone la descubrió haciendo estos experimentos, unió sus manos y enarcó las cejas con expresivo desprecio; a lo que Mrs. Theory dijo a su esposo, «¡Oh, maldito sea su viejo rey!». Al capitán Benyon no le sorprendía que Percival Theory se hubiera casado con la sobrina de Mr. Henry Platt. Era menos interesante que sus hermanas —un joven tranquilo, frío y correcto, que a menudo cogía un lápiz para hacer pequeños cálculos en el reverso de una carta. En ocasiones, a pesar de su corrección, mascaba un mondadientes y extrañaba los periódicos americanos, que solía pedir en los lugares más inverosímiles. Era un bostoniano convertido en neoyorquino; un tipo muy especial.

—¿Ya han decidido cuándo se marcharán de Nápoles? —preguntó Benyon a Kate Theory.

—Eso creo; el veinticuatro. Mi hermano ha sido muy amable; nos ha prestado su coche, que es uno de los grandes, para que Mildred pueda tumbarse. Él y Agnes cogerán otro; pero naturalmente viajaremos juntos.

—¡Ojalá pudiera ir con ustedes! —dijo el capitán Benyon. Le había dado a la muchacha la oportunidad de responder, pero ella no la aprovechó y se limitó a observar con una ligera risa que evidentemente no podía llevar su barco por los Apeninos.

—Sí, siempre está mi barco —continuó él—. Me temo que en el futuro me llevará lejos de ustedes.

Se encontraban solos en uno de los apartamentos reales; sus acompañantes habían pasado, por delante de ellos, a la habitación contigua. Benyon y su compatriota se habían detenido bajo uno de los inmensos candelabros de cristal, cuyas titilantes lágrimas caían de una ornamentada bóveda en la clara y coloreada penumbra a través de la que se sentía palpitar la potente luz italiana del exterior. Miraron a su alrededor confundidos y avergonzados momentáneamente por el comentario de Benyon, que había tenido un cariz más serio que cualquier otra cosa que se hubieran dicho hasta entonces, y contemplaron los escasos muebles, cubiertos por sábanas blancas, y el suelo de escayola sobre el que el gran conjunto de colgantes de cristal parecía brillar de nuevo.

—Usted es dueño de su barco… ¿no puede navegar cuando guste? —preguntó Kate Theory con una sonrisa.

—No soy dueño de nada. No hay un hombre en el mundo menos libre que yo. Soy un esclavo. Una víctima.

Ella le miró con ojos amables; algo en su voz le hizo abandonar repentinamente toda consideración de los aires defensivos que una muchacha se espera que asuma en ciertas situaciones. Percibía que él deseaba hacerle entender algo, y entonces su único deseo era ayudarle a decirlo.

—Usted no es feliz —murmuró ella sencillamente, mientras su voz se atenuaba en una especie de asombro ante esta realidad.

El suave contacto de sus palabras —era como si la mano de la joven hubiera acariciado su mejilla— le pareció a Benyon lo más dulce que había conocido nunca.

—No, no soy feliz, porque no soy libre. Si lo fuera… si lo fuera, renunciaría a mi barco y a todo para seguirla. No puedo explicarlo; eso es parte de la dificultad de todo ello. Sólo quiero que sepa que si ciertas cosas fueran diferentes, si todo fuera diferente, le diría que creo que tengo derecho a hablar con usted. Quizás esto cambie algún día; pero probablemente entonces sea demasiado tarde. Mientras tanto, no tengo ningún derecho de ningún tipo. No quiero crearle problemas y no le pido… ¡nada! Sólo deseaba haber hablado una vez. Sé que no me hago entender, y me temo que debo parecerle un bruto, quizás incluso un farsante. No piense en ello ahora; no intente comprender. Pero algún día, en el futuro, recuerde lo que le he dicho y cómo estuvimos aquí, de pie y a solas, en este extraño y viejo lugar. Tal vez le dará algo de consuelo.

Kate Theory comenzó escuchándole con un visible interés; pero en un momento dado apartó sus ojos.

—Lo siento mucho por usted —dijo seriamente.

—Entonces, ¿comprende lo suficiente?

—Pensaré en lo que ha dicho… en el futuro.

Los labios de Benyon articularon el principio de una palabra de cariño, que reprimió instantáneamente; y en un tono distinto, con una amarga sonrisa y un triste movimiento de cabeza, levantó sus brazos un momento y dejándolos caer, replicó:

—¡No hará daño a nadie el que usted recuerde esto!

—No sé a quién se refiere.

Y la muchacha emprendió el paso repentinamente hacia el fondo de la habitación. Benyon no intentó decirle a quién se refería, y continuaron juntos en silencio hasta que alcanzaron a sus acompañantes.

CAPÍTULO DOCE

Había varios cuadros en la habitación vecina, y Percival Theory y su mujer se habían detenido para mirar uno de ellos, cuyo título y autor anunció el cicerone mientras Benyon se aproximaba. Era un retrato moderno de una princesa de los Borbones, una mujer joven, rubia, hermosa y cubierta de joyas. Mrs. Percival parecía estar más interesada por ella que por cualquier otra cosa que el palacio le hubiera ofrecido a la vista hasta entonces. Mientras, su cuñada se aproximaba a la ventana, que el guarda había abierto, con la intención de mirar al jardín. Benyon se percató de esta acción; era consciente de que había dado a la muchacha algo sobre lo que reflexionar. Las orejas le quemaban ligeramente mientras permanecía cerca de Mrs. Percival y levantaba la mirada, de forma mecánica, hacia el retrato real. Se arrepentía ya ligeramente de lo que había dicho —después de todo, ¿qué sentido tenía? — y esperaba que los otros no se hubieran dado cuenta de que había estado cortejándola.

—¡Caramba, Percival! ¿Ves a quién se parece? —dijo Mrs. Theory a su marido.

—Diría que a una dama con una gran cuenta en Tiffany’s —respondió este caballero.

—Se parece a mi cuñada; los ojos, la boca, la manera en la que está peinada… todo.

—¿A cuál te refieres? Tienes casi una docena.

—Pues a Georgina, naturalmente… Georgina Roy. Tiene un parecido extraordinario.

—¿La llamas tu cuñada? —preguntó Percival Theory—. Debes de estar deseando que lo sea.

—Bueno, es lo suficientemente hermosa. Tendrás que inventarte un nuevo nombre para ella. Capitán Benyon, ¿cómo llamaría usted a la segunda esposa de su cuñado? —continuó Mrs. Percival volviéndose hacia su vecino, que permanecía todavía inmóvil contemplando el retrato.

Al principio, Benyon había mirado sin ver. Entonces, la vista y también el oído reaccionaron rápido y se poblaron repentinamente de emocionantes reconocimientos. La princesa de los Borbones —sus ojos, su boca, su peinado—; todos estos rasgos representaban una identidad, y la mirada del rostro pintado parecía clavarse en la suya. Pero ¿quién demonios era Georgina Roy, y qué era esta conversación sobre cuñadas? Benyon ofreció a la pequeña dama que estaba a su lado un semblante inesperadamente desconcertado por el problema que ella le había planteado de forma tan superficial.

—¿La segunda mujer de su cuñado? Eso es bastante complicado.

—Bueno, naturalmente, él no tenía por qué haberse casado de nuevo —dijo Mrs. Percival, con un ligero suspiro.

—¿Con quién se casó? —preguntó Benyon, mirándola fijamente.

Percival Theory se había alejado.

—Oh, si van a hablar de su familia —murmuró, y se unió a su hermana en la luminosa ventana a través de la cual, desde la distancia, se introducía el alboroto de Nápoles.

—Él se casó primero con mi hermana Cora, que murió hace cinco años. Entonces, se casó con ella —y Mrs. Percival asintió con la cabeza hacia la princesa.

Los ojos de Benyon regresaron al retrato; podía ver lo que quería decir —le miraba fijamente a él.

—¿Ella? ¿Georgina?

—¡Georgina Gressie! Caramba, ¿la conoce?

Aquella respuesta de Mrs. Percival fue muy clara, y también lo fue la pregunta que le siguió. Pero Benyon tenía el recurso del cuadro; podía mirarlo y hacer como que se lo tomaba muy en serio, aunque bailase arriba y abajo ante él. Sintió que se sonrojaba; y después, que empalidecía. «¡Descarada insolencia!». Ésa era la forma en la que entonces podía hablarse a sí mismo de la mujer a la que una vez había amado y a quien más tarde odió, hasta que ese sentimiento se hubo asimismo extinguido. Entonces, el asombro se perdió en la percepción, que crecía rápidamente, de que aquello suponía un cambio en su situación… un gran cambio. En qué consistía exactamente, todavía no lo sabía; era sólo algo que crecía y crecía conforme pensaba en ello, y que alcanzaba en su expansión a la muchacha que permanecía de pie tras él, en silencio, mirando hacia el jardín italiano.

Antes de que Benyon respondiera a su última pregunta, el vigilante llevó a Mrs. Percival aparte para enseñarle otra princesa. Esto le dio tiempo para recuperarse de su primer impulso, que había sido responder con una negación; pero comprendió enseguida que una admisión de su amistad con Mrs. Roy (¡Mrs. Roy!… ¡era extraordinario!) le ayudaría inevitablemente a saber más. Por otro lado, esto no tenía por qué ser comprometedor. Muy probablemente, Mrs. Percival conocería algún día que él había querido casarse con ella. Así que, cuando se unió a sus compañeros un minuto más tarde, comentó que había conocido a Miss Gressie hacía años y que incluso la había admirado considerablemente, pero que más tarde la había perdido de vista por completo. Georgina había sido muy bella y era asombroso que no se hubiera casado antes. Hacía cinco años, ¿no era así? No, hacía sólo dos. Benyon estuvo a punto de decir que en tan largo tiempo era extraño que no hubiese oído hablar de ello. Se había ausentado de Nueva York durante años; pero uno siempre sabía de las bodas y los decesos. Esto último servía de prueba, aunque dos años era un retraso considerable. Condujo a Mrs. Percival insidiosamente a una habitación más alejada, adelantándose a los otros, con quienes regresó el cicerone. Mrs. Theory estaba encantada de hablar de sus «relaciones», y proporcionó al capitán todos los detalles. Benyon podía confiar en sí mismo entonces; su autocontrol era total. Si acaso tuvo algún desliz, fue el de una alegría repentina por la que no habría podido responder en aquel momento. Era natural que a los familiares de Mrs. Percival no les resultara muy halagador que el pobre marido de Cora se hubiera consolado; pero los hombres siempre lo hacían (¡para que dijeran de las viudas!) y él había escogido a una muchacha que era muy hermosa, y el tipo de sucesora de Cora de la que no tenían por qué sentirse avergonzados. Georgina había sido una mujer tremendamente admirada, y nadie entendía por qué había esperado tanto para casarse. Había tenido alguna relación cuando era más joven —un compromiso con un oficial del ejército— pero el tipo la había dejado plantada, o habían discutido, o algo por el estilo. Era casi una solterona —tenía cerca de treinta años—, pero finalmente había hecho algo bien. Estaba más hermosa que nunca y llamaba poderosamente la atención. William Roy tenía uno de los ingresos más altos de la ciudad, y era notablemente afectuoso. Había sentido un gran cariño por Cora —todavía hablaba de ella a menudo, al menos con su familia; y su retrato, la última vez que Mrs. Percival estuvo en su casa (fue en una fiesta, tras su boda con Miss Gressie), se encontraba todavía presente en el salón principal. Tal vez ahora ya lo hubiera trasladado al salón posterior, pero estaba segura de que lo guardaría en algún sitio de todos modos. La pobre Cora no había tenido hijos, pero Georgina ya lo había compensado; era madre de un hermoso niño. Mrs. Percival tuvo lo que ella habría llamado una charla de lo más agradable con el capitán Benyon sobre Mrs. Roy. Tal vez él era el oficial —

¡jamás había pensado en eso! ¿Estaba seguro de no haberla dejado plantada y de no haber discutido nunca con una dama? Debía de ser distinto de la mayor parte de los hombres.

Benyon tenía ciertamente el aspecto de serlo antes de despedirse de Kate Theory aquella tarde. Esta joven dama, al menos, era libre de pensar que él carecía de aquella coherencia que se supone es una virtud claramente masculina. Una hora antes, el capitán se había despedido para siempre de ella; pero en aquel momento el joven aludía a futuros encuentros y visitas, proponiendo que, con su cuñada, fijasen un día cercano para ir a ver el Louisiana. Kate había creído entenderle, pero entonces parecía que no lo había hecho en absoluto. Su actitud también había cambiado. Raymond Benyon tenía la irresistible sensación de que, de una manera u otra, el extraordinario comportamiento de su esposa le haría libre y, cada vez menos en guardia, no era consciente de que esto le proporcionaba una expresión mucho más alentadora. Kate Theory se sentía notablemente cansada y desconcertada, sobre todo al saber que en lo sucesivo, los cambios del capitán Benyon serían lo más importante en su vida.

CAPÍTULO TRECE

Aquella noche, el capitán permaneció hasta muy tarde en la cubierta de su barco en la bahía —se quedó allí, de hecho, bajo el cálido cielo meridional en el que las estrellas brillaban con una luz roja y cálida, hasta que comenzó a percibirse el temprano amanecer. Fumaba un habano tras otro y caminaba continuamente arriba y abajo. Le inquietaban un centenar de pensamientos mientras se repetía a sí mismo que aquello hacía las cosas diferentes —inmensamente diferentes. Pero la luz rosada ya se había intensificado en el este antes de que hubiera descubierto en qué consistía el cambio. En ese momento lo vio claramente: Georgina se encontraba entonces en su poder, en lugar de estar él en el suyo. Sentado solo en la oscuridad, se rio al pensar en lo que ella había hecho. En más de una ocasión había pensado que ella pudiera hacer algo así —la creía capaz de cualquier cosa—; pero la acción consumada tenía la frescura de la comicidad. Pensó en el «notablemente afectuoso». William Roy, en sus grandes ingresos, en su radiante hijo y heredero, y en su hallazgo de una digna sucesora a la pobre Mrs. Cora. Se preguntaba si Georgina le habría mencionado que ya tenía marido, pero pensó firmemente que no lo habría hecho. ¿Por qué debería decirlo, después de todo? Había olvidado mencionarlo a muchos otros. Durante años creyó que la conocía y que no había nada que no supiera de ella; pero este fuerte golpe revivió el recuerdo de lo audaz que la joven podía ser. Naturalmente, esto era lo que ella había estado esperando, y si no lo había hecho antes era porque le imaginaba perdido en el mar en una de sus largas travesías, lo que la aliviaba de la necesidad de un crimen. ¡Cómo debía de odiarle ella hoy por no haberse extraviado, por estar vivo y continuar poniéndola en un aprieto! Por mucho que ella le odiase, sin embargo, el odio de Benyon se encontraba al menos a la altura del de la muchacha. Ella se había portado terriblemente mal con él —había arrasado su vida. En los años de su inocente juventud nunca habría creído posible que llegaría a odiar hasta ese grado a una mujer a quien había una vez amado tanto. Pero tampoco habría creído posible entonces que una mujer pudiera ser una criatura con tanta sangre fría. Su amor había muerto con su rabia, cegadora e inútil, al medir su impotencia y conocer que había sido engañado. Cuando años antes supo a través de Mrs. Portico lo que ella había hecho con el bebé, de cuyo nacimiento no le había informado en absoluto, sintió que se encontraba cara a cara con la plena revelación de la naturaleza de la joven. Antes de eso, su personalidad le había desconcertado, le había engañado; las relaciones con ella eran confusas y sorprendentes. Pero cuando, tras obtener con dificultad y retraso un permiso del Gobierno, se dirigió a Italia para buscar al niño y tomarlo bajo su responsabilidad, y se encontró frente a un absoluto fracaso y derrota, entonces el asunto se le presentó de una forma más sencilla. Se dio cuenta de que se había casado con una criatura que simplemente resultaba ser un monstruo, una completa excepción humana. Eso era lo que no podía perdonar —su conducta hacia el niño; ¡nunca, nunca, nunca! A él podía haberle hecho lo que hubiera querido —abandonarle, condenarle a un frío eterno con las manos atadas— y lo habría aceptado, la habría excusado incluso, admitiendo que era responsabilidad suya el no haber sido más consciente de lo que iba a hacer. Pero ella le había torturado con el pobre hijito irrecuperable a quien nunca había visto, y a través del corazón y de las pulsiones humanas de las que ella carecía y que él debía tener, pobre desgraciado, por ambos.

Todo este esfuerzo, durante años, había sido para olvidar aquellos meses horribles, y él se había desvinculado de ellos para que parecieran pertenecer en ocasiones a la vida de otra persona. Pero aquella noche los revivió nuevamente; volvió a trazar los diferentes grados de oscuridad por los que había pasado desde el momento inmediatamente posterior a su extraordinario casamiento, cuando advirtió que ella ya se arrepentía y tenía intención, si era posible, de eludir todas sus obligaciones. Éste fue el instante en el que entendió por qué ella se había reservado —en el extraño voto que había conseguido extraerle— una puerta abierta para escapar; el momento, por otro lado, en el que dicha inspiración (en medio de su momentánea buena fe, si en algún momento había sido tal) se le reveló como una prueba de su esencial depravación. Lo que había tratado de olvidar regresó a él: el niño que no era el suyo presentado ante él cuando visitó aquel nido escuálido de campesinos de la campiña genovesa; las posteriores confesiones, retracciones, contradicciones, mentiras, terrores, amenazas y estupideces en general, y la desconcertante mendicidad e idiotez de todos los del lugar. El niño había desaparecido; eso había sido lo único claro. La mujer que lo había criado tenía media docena de historias diferentes, su marido ofrecía otras tantas, y todos en el pueblo disponían de un centenar más. Georgina había enviado dinero —había conseguido, al parecer, enviar bastante— y daba la impresión de que todo el pueblo había vivido divirtiéndose a sus expensas. En un momento dado, el bebé habría muerto, teniendo un entierro de lo más lujoso; en otro, había sido confiado (para que respirase un aire más puro, ¡Santissima Madonna!) a la prima de la mujer, en otra aldea. Según una versión que por un día o dos Benyon se inclinó a considerar como la menos falsa, el niño (que era muy hermoso) había sido llevado a Génova por la prima cuando esta viajó por vez primera en su vida a la ciudad para ver a su hija que estaba sirviendo allí, y fue confiado por unas horas a una tercera mujer, que debía cuidar de él mientras la prima paseaba por las calles. Pero esta mujer, que no tenía hijos propios, se encaprichó del niño de tal manera que rehusó devolverlo, y unos cuantos días más tarde abandonó el lugar (era de Pisa) sin que nunca más se supiera de ella. La prima había olvidado su nombre —esto había ocurrido seis meses antes. Benyon pasó un año buscando a su hijo por toda Italia inspeccionando cientos de niños en pañales, candidatos a los que era imposible reconocer. Era evidente que sólo podía alejarse cada vez más del conocimiento real, y su búsqueda se detuvo por la convicción de que le estaba volviendo loco. Apretó los dientes y decidió creer, o lo intentó, que el bebé había muerto en los brazos de su niñera. Ésta era, después de todo, la suposición más probable, y la mujer la había mantenido con la esperanza de ser recompensada por su franqueza, casi tan a menudo como había afirmado que el niño estaba vivo todavía en algún lugar, con la esperanza de ser remunerada por sus buenas noticias. Puede imaginarse qué sentimientos se despertaron en Benyon hacia su esposa tras este episodio. Aquella noche su recuerdo fue todavía más atrás en el pasado —regresó al comienzo y a los días en los que tenía que haberse preguntado a sí mismo, con toda la crudeza de su primera sorpresa, qué maniobras perversas Georgina había deseado hacer con él. La respuesta a esta especulación era tan antigua, y había pensado tanto en ella, que ahora resultaba casi nueva otra vez. Además, esta era tan sólo aproximada, pues como ya he dicho Benyon apenas fue capaz de comprender tal vileza ni al comienzo ni al final. Georgina se había encontrado en una pendiente que su naturaleza la había obligado a descender hasta lo más profundo. Le hizo el honor de que deseara disfrutar de su compañía, y se hizo el honor a sí misma de pensar que su intimidad, por corta que fuera, debía tener una cierta consagración. La joven sintió que estaba segura con él tras su promesa (Benyon habría prometido cualquier cosa para seguirla); segura como había demostrado estar y como debía pensarse a sí misma. Aquella seguridad la había ayudado a preguntarse, una vez pasado el primer arrebato de pasión y después de que su innata y doblemente heredada sofisticación hubiera tenido tiempo de abrir sus ojos de nuevo, por qué ser leal a un hombre cuyas deficiencias (como marido ante el mundo —otro asunto) le habían sido tan científicamente expuestas por sus padres. Así que ella decidió simplemente no cumplir con su palabra, pero conservó al menos su determinación.

Para cuando Benyon decidió acostarse, estaba convencido, como digo, de que Georgina se encontraba entonces en su poder; y esto le pareció tal mejora en su situación que durante los diez días siguientes se otorgó un permiso que hizo a Kate Theory casi tan feliz como a su hermana, aunque esta simuló entenderlo mucho menos. Aquel año, en la Isla de Wight, Mildred se abandonó al descanso o intentó llegar a una comprensión más completa; y el capitán Benyon, que nunca había escrito tantas cartas desde que abandonaran Nápoles, embarcó hacia el oeste casi al mismo tiempo que la dulce superviviente, pues se ordenó al Louisiana que finalmente volviera a casa.

CAPÍTULO CATORCE

Por supuesto que te recibiré si vienes, y puedes fijar el día y la hora que desees. Habría estado encantada de verte en cualquier momento durante estos últimos años. ¿Por qué no podemos ser amigos como solíamos? Tal vez todavía podamos serlo. Digo sólo «tal vez», a propósito, porque tu nota es bastante vaga acerca de tu estado de ánimo. No vengas con ninguna idea de ponerme nerviosa o incomodarme. No soy nerviosa por naturaleza, gracias a Dios, y no me incomodaré en absoluto (¿oyes, querido capitán Benyon?). Lo he estado (y me sirvió de lección) durante años; pero ahora soy muy feliz. Permanecer así es la más clara intención de la siempre tuya,

GEORGINA ROY

Ésta fue la respuesta que Benyon recibió a una breve carta que había enviado a Mrs. Roy tras su regreso a América. Dejó que transcurrieran algunas semanas antes de escribirle, pues había estado ocupado con varios asuntos, como cuidar de su barco y presentarse en Washington, además de pasar quince días con su madre en Portsmouth, N.H., y de visitar a Kate Theory en Boston. Esta última estaba también de paso, y se alojaba en casa de varios parientes y amigos. Tenía más color que antes —un color delicadamente rosado— a pesar de ir vestida de negro, y Benyon consideraba que los ojos de la joven ganaban en belleza cuando recaían sobre él. Aunque Mildred ya no estuviera, a Kate no le faltaban obligaciones, y Benyon se percató con facilidad de que la vida iba a presionarla duramente a menos que alguien interviniera. Todo el mundo la consideraba como la persona idónea para llevar a cabo ciertas cosas; se pensaba que ella podía encargarse de todo porque no tenía nada más que hacer. Solía leer a los ciegos y, más onerosamente, a los sordos, y cuidaba de los niños de los demás mientras sus padres asistían a convenciones contra la esclavitud.

Más adelante, la muchacha viajaría a Nueva York para pasar una semana en casa de su hermano, pero aparte de esto no tenía planes. A Benyon le resultaba incómodo el no poder hablarle del asunto justo entonces, algo que tuvo mucho que ver con que se ocupara finalmente de la cuestión, pues se acusaba a sí mismo de haberse demorado. Ocuparse del asunto significaba escribir una nota a Mrs. Roy (como debía llamarla), preguntándole si le recibiría en caso en que fuera a visitarla. La misiva fue breve; además de lo que he apuntado, contenía poco más que el comentario de que tenía algo importante que decirle. Su respuesta, que acabamos de leer, fue inmediata. Benyon fijó una hora, y llamó a la campanilla de la enorme y moderna casa de Georgina, cuyas ventanas relucientes parecían brillar desafiantes ante él.

Mientras permanecía en las escaleras, mirando en una y otra dirección en el recto panorama de la Quinta Avenida, Benyon percibió que temblaba ligeramente; tal vez Georgina no se encontrara nerviosa, pero él sí lo estaba. Sintió vergüenza de su agitación y se recompuso vigorosamente. Después comprendió que lo que le intranquilizaba no era el hecho de albergar alguna duda sobre la bondad de su causa, sino el volver a sentir (conforme se aproximaba) la dureza de su esposa y su capacidad para la insolencia. Podía sencillamente rebelarse ante todo ello, pero la idea le hacía sentir impotente. Georgina le tuvo esperando durante un largo rato después de que hubiese entrado; y mientras se paseaba arriba y abajo por el salón —una inmensa, florida y cara habitación, cubierta de satén azul, dorados, espejos y frescos de mala calidad—, tuvo la certeza de que su retraso estaba calculado. Georgina deseaba hacerle sentir molesto y cansado; era tan poco generosa como deshonesta. Nunca se le ocurrió que, a pesar de las valientes palabras de su nota, ella también pudiera estar temblando, y si cualquiera que supiera de su secreto hubiera sugerido que temía verle, él se habría reído de la idea. Aquello era un mal presagio para el éxito de su gestión, pues el que conservara la superstición de las viejas promesas demostraba que reconocía el terreno de su arrogancia. Para cuando Georgina apareció, Benyon estaba rojo de ira. Ella cerró la puerta tras de sí, y permaneció allí mirándole, con la amplitud de la habitación entre ellos.

La primera emoción que Benyon sintió ante su presencia fue un súbito sentimiento de extrañeza ante el hecho de que, después de todos esos años de soledad, una persona tan esplendorosa resultase ser su esposa. En efecto, con su cabeza erguida, su tez radiante, su espeso cabello castaño rojizo y una cierta plenitud en su mirada, Georgina se mostraba realmente magnífica en la madurez de su belleza. Benyon advirtió rápidamente que ella deseaba parecerle hermosa, y que había intentado por todos los medios vestirse para conseguir el mejor efecto. Tal vez, después de todo, era sólo por esto por lo que se había retrasado; quería aplicarse todos los retoques posibles. Durante unos instantes permanecieron en silencio; no se habían visto cara a cara desde hacía casi diez años, y se encontraban ahora como adversarios. Era imposible que otras dos personas mostraran más interés que ellos por medirse mutuamente. No era propio de Georgina adoptar un aire de timidez, así que después de un instante, convencida aparentemente de que no iba a recibir una invectiva, sonrió avanzando lentamente mientras se frotaba sus enjoyadas manos. Benyon se preguntó por qué sonreía, y qué pensamientos pasaban por su cabeza. Sus impresiones se sucedieron con extraordinaria rapidez de pulso, y entonces comprendió, además de lo que ya había percibido, que ella estaba a la espera de hacer su entrada; no había adoptado ningún papel concreto ni había nada definido en ella, excepto su valentía. El resto dependería de él. El coraje de la joven parecía expresarse en el perfume que acompañaba sus pasos, y daba la impresión de que brillaba en su belleza, que aumentaba conforme la muchacha se acercaba a Benyon, con la mirada fija en él y una inamovible sonrisa. Para entonces él tenía otra sensación, que era la más extraña de todas. Georgina era capaz de cualquier cosa; deseaba sorprenderle con su hermosura y recordarle que, después de todo y en resumidas cuentas, le pertenecía. Estaba dispuesta a sobornarle en el caso de que fuera necesario; si había urdido una intriga antes de tener veinte años, sería mucho más fácil para ella ahora que tenía treinta. Todo esto y más se reflejaba en sus fríos y vivos ojos cuando, en el prolongado silencio, se encontraron con los de Benyon. Pero por razones ajenas a este extraordinario hecho, no debo alargarme en ello. Georgina era una criatura verdaderamente sorprendente.

—¡Raymond! —dijo en un susurro, con una voz que podía representar tanto un vago saludo como una apelación.

Él ignoró la exclamación, pero preguntó por qué le había tenido esperando deliberadamente, como si ya no se hubiese burlado de él lo suficiente. Ella podía suponer que no era por placer por lo que había ido a la casa.

Georgina dudó un momento, todavía sonriendo.

—Debo decirte que tengo un hijo, un niño de lo más encantador. Su niñera estaba ocupada en estos momentos, y tenía que vigilarle. Estoy más dedicada a él de lo que puedas imaginar.

Benyon se separó de ella unos cuantos pasos.

—Me pregunto si estás loca —murmuró.

—¿Por aludir a mi hijo? ¿Por qué me haces esas preguntas entonces? Te digo la simple verdad. A este lo cuido muchísimo. Tengo más años y soy más madura. El otro fue un tremendo error; no tenía derecho a existir.

—¿Por qué no lo mataste entonces con tus propias manos, en lugar de aquella tortura?

—¿Por qué no me suicidé? Esa pregunta sería más adecuada. Tienes un aspecto maravilloso —exclamó, en otro tono—; ¿no sería mejor que nos sentáramos?

—No he venido aquí para disfrutar de la conversación —respondió Benyon. Se disponía a continuar, pero ella le interrumpió.

—Es muy probable que hayas venido para decir algo horrible; aunque esperaba que vieras que era mejor no hacerlo. Pero antes de que empieces, dime sólo una cosa, ¿tienes éxito, eres feliz? Ha sido tan fastidioso no saber más de ti.

Hubo algo en la actitud en la que ella dijo esto que provocó que Benyon estallara en ruidosa carcajada, a la que Georgina añadió:

—Tu risa es igual de lo que solía ser. ¡Cómo me viene a la mente! Has mejorado en tu aspecto —continuó.

Georgina tomó asiento y se reclinó en una silla baja y profunda, observando a Benyon con los brazos cruzados. Éste permanecía de pie cerca de la joven y la miraba por encima, como si dijéramos, dejando caer sus desconcertados ojos sobre ella, mientras su mano descansaba en la esquina de la repisa de la chimenea.

—¿Nunca se te ha ocurrido que yo pudiera considerarme a mí mismo libre de la promesa que te hice antes de casarnos?

—Muy a menudo, por supuesto. Pero inmediatamente desechaba la idea. ¿Cómo puedes declararte «libre»? Uno, promete, o no promete. No le doy importancia a eso, ni tú tampoco —y bajó la mirada hacia la falda de su vestido.

Benyon escuchaba, pero continuó como si no la hubiera oído.

—Lo que he venido a decirte es esto: me gustaría tu consentimiento para iniciar los trámites de divorcio.

—¿Los trámites de divorcio? Nunca había pensado en ello.

—Para que pueda casarme con otra mujer. Puedo obtener fácilmente un divorcio argumentando tu deserción. Simplificará nuestra situación.

Ella se le quedó mirando unos instantes. Entonces su sonrisa se endureció, por así decirlo, y su expresión se tomó seria; pero Benyon sabía que su seriedad, acompañada de unas cejas arqueadas, era sólo parcial.

—¡Ah, quieres casarte con otra mujer! —exclamó lenta y pensativamente.

Él no dijo nada, pero ella continuó:

—¿Por qué no haces lo que he hecho yo?

—Porque no quiero que mis hijos sean…

Antes de que pronunciara las palabras ella se precipitó, deteniéndole con un grito.

—¡No lo digas; no es necesario! Claro que sé lo que quieres decir; pero no lo serán si nadie lo sabe.

—Me molestaría saberlo yo mismo; es suficiente para mí el saberlo del tuyo.

—Estaba preparada para que dijeras eso.

—¡Eso espero! —exclamó Benyon—. Puedes ser bígama si te place, pero a mí la idea no me atrae. Deseo casarme… —y, dudando un momento, con su ligero tartamudeo, repitió—: Deseo casarme…

—¡Cásate, entonces, y acaba con esto de una vez! —exclamó Mrs. Roy.

Benyon comprendía ya que no sería capaz de obtener su consentimiento; se sintió angustiado.

—Me parece extraordinario que no tengas miedo a ser descubierta —dijo, tras un momento de reflexión—. Depende de dos o tres posibilidades.

—¿Cómo sabes cuánto miedo tengo? He pensado en cada posibilidad durante noches terribles. ¿Cómo sabes lo que es mi vida, o lo que ha sido todos estos años horrorosos? Pero todo ha pasado.

—Ciertamente tienes muy mal aspecto.

—¡Ah, no me hagas cumplidos! —exclamó Georgina—. Si no te hubiera conocido nunca… si no hubiera pasado por todo esto… creo que habría sido hermosa. ¿Cuándo supiste lo de mi matrimonio? ¿Dónde estabas por entonces?

—En Nápoles, hace más de seis meses, por pura casualidad.

—¡Qué extraño que te enterases tan tarde! ¿La dama es napolitana? Allí nadie se preocupa por lo que hacen.

—No tengo información que darte más allá de lo que acabo de decir —repuso Benyon—. Mi vida no te concierne en absoluto.

—Ah, pero me interesa desde el momento en que me niego a dejar que te divorcies de mí.

—¿Te niegas? —dijo Benyon en voz baja.

—¡No me mires de esa forma! No has progresado tan rápido como solía pensar que lo harías ni has destacado tanto —prosiguió de forma superficial.

—Me ascenderán a comodoro uno de estos días —respondió Benyon—. No sabes mucho de ello porque mis progresos han sido extraordinariamente rápidos.

Se sonrojó tan pronto como las palabras salieron de sus labios. Georgina se rio ligeramente al verlo. Benyon recogió su sombrero y añadió:

—Piensa un día o dos en lo que te he propuesto. Es un procedimiento perfectamente posible. Considera la disposición en la que te lo pido.

—¿Disposición? —dijo, mirándolo fijamente—. ¿De qué disposición hablas?

Benyon permanecía en silencio, alisando su sombrero con un guante. Georgina continuó:

—Hace muchos años tenías pleno derecho, no lo niego, y en tus cartas te arrepentías del contenido de tu corazón. Ésa es la razón por la que no deseaba verte; no quería que me lo echaras en cara. Pero eso ahora ya pasó; el tiempo lo cura todo. Estás más tranquilo y tú mismo has reconocido que has encontrado consuelo. ¿Por qué me hablas de disposición? ¿Qué te he hecho sino dejarte en paz?

—¿Cómo llamas a todo esto? —preguntó Benyon, dando una mirada a la habitación.

—Ah, disculpa, eso no te afecta; es asunto mío. Yo te dejo tu libertad y puedo vivir como quiera. Es posible que sea extraño hacerlo de esta manera (admito que lo es, tremendamente), pero no tienes nada que decir al respecto. Si estoy dispuesta a correr el riesgo, tú también puedes estarlo, y si llevo a cabo este malvado truco con un confiado caballero (lo diré tan duramente como podrías decirlo tú), ¡no sé qué tienes que decir excepto que estás muy complacido de que una mujer así no sea conocida como tu esposa!

Georgina se había mantenido fría y pausada hasta ese momento, pero estas palabras hicieron estallar su latente agitación.

—¿Piensas que he sido feliz? ¿Piensas que he disfrutado de la vida? ¿Me ves convertida en una severa solterona?

—Me sorprende que aguantaras tanto —dijo Benyon.

—¡A mí también me sorprende! Fueron años malos.

—¡No dudo de que lo fueran!

—Tú podías hacer cuanto querías —continuó Georgina—. Recorrías el mundo en barco, establecías interesantes amistades. Estoy encantada de oírlo de tus propios labios. ¡Piensa en mi regreso a la casa de mi padre… a aquel panteón familiar… y mi vida allí, año tras año, como Miss Gressie! Si recuerdas a mis padres… siguen viviendo en la calle Doce, como siempre… ¡debes admitir que pagué por mi locura!

—Nunca te he entendido, ni te entiendo ahora —dijo Benyon.

Ella le miró un momento.

—Te adoraba.

—¡Podría condenarte con una palabra! —exclamó él.

CAPÍTULO QUINCE

En el momento en que Benyon había hablado, Georgina le tomó del brazo y levantó su otra mano, como si estuviera escuchando un sonido de fuera de la habitación. Acababa de ocurrírsele algo, que llevó a cabo al instante. Se dirigió hacia la puerta, la abrió completamente y pasó al recibidor, de donde su voz llegó hasta Benyon, que oyó cómo la joven se dirigía a una persona que, al parecer, era su marido. Ella le había oído entrar en casa a la hora a la que habitualmente lo hacía tras su larga mañana de trabajo; y el ruido del cierre de la puerta del vestíbulo había llamado su atención. El salón estaba al mismo nivel que el recibidor, y Georgina saludó a su esposo con toda naturalidad. Le pidió que entrara para presentarle al capitán Benyon, y él respondió con la debida solemnidad. La joven regresó al salón en primer lugar, con sus desafiantes y encendidos ojos fijos en Benyon. Su entero rostro le decía vívidamente: «Aquí está tu oportunidad; te la doy con mis propias manos. ¡Rompe tu promesa y traicióname si te atreves! Dices que puedes condenarme con una palabra; ¡dila y comprobaremos lo que pasa!».

El corazón de Benyon palpitaba más rápido al sentir que esa era, efectivamente, una oportunidad; pero la mitad de su emoción venía del espectáculo, magnífico a su manera, de la incomparable insolencia de la joven. La conciencia de todo aquello de lo que había escapado al no tener que vivir con ella pasó por encima de él como una ola, mientras miraba con extrañeza a Mr. Roy, a quien se había concedido este privilegio. Comprendió enseguida que su sucesor tenía una constitución que le permitía soportarlo. Mr. Roy sugería perfeccionismo y solidez; era un hombre voluminoso, tranquilo y educado, con una superficie en la que las malas hierbas de la irritación no encontrarían fácilmente un punto de apoyo. Tenía un rostro ancho e inexpresivo, una boca grande y unos ojos pequeños y claros, en los que, cuando entró, estaba concentrado ajustando unas gafas de doble montura de oro. Se acercó a Benyon con una actitud prudente, educada y diligente, como si estuviera acostumbrado a encontrarse con muchos caballeros por motivos de trabajo; y aunque, naturalmente, esta ocasión era diferente, no se trataba de un hombre que perdiera el tiempo en preliminares. Benyon tuvo inmediatamente la impresión de haberle visto, a él o a su equivalente, cientos de veces antes. Era de mediana edad, con bigote y su aspecto era saludable, próspero e indefinido. Georgina les presentó mutuamente y habló de Benyon como de un viejo amigo, alguien con quien había trabado amistad mucho antes de conocer a Mr. Roy, y que había sido muy amable con ella hacía años, cuando era una muchacha.

—Está en la Marina. Acaba de regresar de una larga travesía.

Mr. Roy le tendió la mano —Benyon le ofreció la suya antes de que pudiera darse cuenta—, dijo que estaba encantado, sonrió, y observó a Benyon de la cabeza a los pies. Seguidamente miró a Georgina, y después a la habitación, volviendo por último de nuevo a Benyon, que permanecía de pie allí, sin hacer ruido ni movimiento alguno, con los ojos dilatados y el pulso acelerado basta tal punto que Mr. Roy ni podía sospechar. Georgina sugirió que se sentaran, pero William Roy contestó que no tenía tiempo para ello, y se excusó ante el capitán Benyon. Tenía que ir directamente a la biblioteca y escribir una nota que debía enviar a su oficina, donde, como acababa de recordar, había olvidado dar una orden importante al abandonar el lugar.

—Seguro que puedes esperar un momento —dijo Georgina—. El capitán Benyon tiene mucho interés en verte.

—Oh, claro, querida. Puedo esperar un minuto, y puedo regresar.

Así pues, Benyon comprendió que tanto Mr. Roy como Georgina estaban a la expectativa. Cada uno de ellos aguardaba a que él dijera algo, aunque esperaban cosas diferentes. Sorprendido evidentemente ante la vacuidad del visitante de su esposa, Mr. Roy colocó sus manos tras él y, balanceándose sobre sus pies, dijo que confiaba en que el capitán Benyon hubiera disfrutado con su travesía —aunque a él personalmente no le interesara mucho la Marina. Benyon fue consciente de que el otro hombre hablaba, pues realizó dos o tres observaciones más, tras las cuales se detuvo. Pero nuestro héroe no tenía presente el significado de sus palabras. Este personaje sólo pensaba en una cosa: en su propio poder momentáneo y en todo lo que pendía de sus labios. Todo el resto daba vueltas ante él; sus oídos y sus ojos no percibían nada más. Mr. Roy se detuvo, como digo, y se produjo una pausa, que a Benyon le pareció eterna. Mientras duró, el joven fue consciente de su oportunidad, que sopesó hipotéticamente en la palma de su mano. Sabía que Georgina también era consciente de todo ello y que afrontaba y despreciaba el peligro, o más bien disfrutaba de él. Benyon se preguntó a sí mismo si sería capaz de hablar si lo intentara, pero entonces supo que no lo haría y que las palabras permanecerían en su garganta; de hablar, sólo produciría sonidos deshonrosos para su causa. No hubo por tanto una elección ni decisión real por parte de Benyon. Su silencio fue, después de todo, el mismo viejo silencio, el fruto de otras horas y lugares, la quietud con la que Georgina escuchaba mientras él sentía cómo sus ansiosos ojos devoraban su rostro y le quemaban las mejillas con su contacto. Los minutos transcurrían sucesivamente ante él; cada uno era inconfundible.

—Bueno —dijo Mr. Roy—, tal vez interrumpo; me iré a escribir rápidamente mi nota.

Benyon fue consciente de cómo el desconcertado caballero se disculpaba y abandonaba la habitación; se dio cuenta entonces de que Georgina era la única que se encontraba de nuevo ante él.

—¡Eres exactamente el hombre que pensaba que eras! —exclamó, tan alegremente como si hubiera ganado una apuesta.

—Y tú la mujer más horrible que pueda imaginarme. Dios mío, ¡si tuviera que vivir contigo! —eso es lo que Benyon le dijo por respuesta.

Sin estremecerse siquiera ante estas palabras, ella continuó sonriendo triunfal.

—Él me adora… pero ¿qué te importa a ti eso? Tú tienes todo el futuro por delante —continuó—, ¡pero te conozco como si fuera tu madre!

Benyon reflexionó por un momento.

—Si él te adora, estás a salvo. En caso de que nuestro divorcio se pronuncie tú serás libre, y entonces él puede casarse contigo adecuadamente, lo cual le complacería muchísimo más.

—Es muy conmovedor oírte razonar sobre ello. Imagíname a mí contando una historia tan horrible… sobre mí misma… ¡a mí! —y se llevó sus blancos dedos a su pecho.

Benyon le dirigió una mirada que estaba cargada con todo el malestar de su desvalida rabia.

—¡Tú… tú! —repitió, mientras se alejaba de ella y pasaba por la puerta que Mr. Roy había dejado abierta.

Georgina le siguió de cerca hasta el recibidor; Benyon iba delante mientras ella se apresuraba tras él.

—Hubo una razón más —dijo ella—. Fue mi horrible orgullo lo que me impidió convertirme en una proscrita, y lo que me lo impide ahora.

—No me importa lo que sea —respondió Benyon, cansadamente, con su mano en el pomo de la puerta.

Ella puso la suya sobre el hombro de Benyon, que permaneció allí un momento, sintiéndola, deseando que su odioso contacto le diera el derecho de arrojarla sobre el suelo y golpearla para que nunca más volviera a levantarse.

—Sigues siendo tan listo e inteligente como solías ser al sentir perfectamente y saber tan bien, sin más escenas, que es inútil… ¡que nunca lo consentiré! Si comparto contigo la vergüenza de haberte hecho prometer, ¡déjame al menos tener el beneficio!

Él le daba la espalda, pero al oír esto se dio la vuelta.

—¡Oírte hablar de vergüenza…!

—No sabes por lo que he pasado; pero no te pido que te apiades de mí. Sólo quiero decirte algo amable antes de que nos despidamos. ¡Te admiro tanto! ¿Quién se lo dirá a ella, si tú no lo haces? ¿Cómo podrá saberlo, entonces? Estará tan segura como yo. Tú sabes lo que es eso —dijo Georgina, sonriendo.

Benyon había abierto la puerta por completo mientras la joven hablaba, sin hacerle caso en apariencia, pensando sólo en alejarse de ella para siempre. En realidad, escuchaba cada palabra que decía, y sentía hasta la médula el tono bajo y sugerente en que le hizo esta última recomendación. Fuera, en las escaleras —Georgina permanecía allí, en el umbral— Benyon la miró por última vez.

—Sólo espero que mueras. ¡Rezaré por ello!

Y descendió hasta la calle, por donde se alejó.

Fue tras esto cuando le sobrevino la verdadera tentación: no la de devolver traición por traición —aquello pasó en unos cuantos días, pues sabía simplemente que no podía romper su promesa que se imponía sobre él tan tozudamente como el color de sus ojos o el tartamudeo de sus labios; una promesa que había aventurado en el mundo cobrando vida, y estaba fuera de su alcance o de su autoridad—, sino la de aparentar ser un matrimonio con Kate Theory dejándole suponer que él era tan libre como ella y que sus hijos, si tuvieran alguno, tendrían derecho de existir ante la ley. Esta atractiva idea le rondó firmemente durante semanas y fue la causa de que pasara unos días y noches en los que no pudo conciliar el sueño. Era perfectamente posible que ella nunca conociera su secreto y que, como nadie podía ni sospecharlo ni tener interés en sacarlo a la luz, pudieran vivir y morir en seguridad y honor. Esta visión le fascinaba; era, digo, una verdadera tentación. Pensó en otras soluciones, como decirle que estaba casado (sin especificarle con quién), e inducirla a no tener en cuenta tal accidente, convenciéndola de que se contentara con una ceremonia en la que el mundo no vería ningún defecto. Pero tras todas las tortuosidades de sus pensamientos tenía tan claro como antes que el deshonor estaba en todo salvo en la renuncia. Así que, finalmente, renunció y tomó dos medidas que avalaban este acto ante él: dirigió una solicitud urgente al Ministerio de la Marina comunicando que estaba disponible de forma inmediata para ser destinado a otro largo viaje, y regresó a Boston para decirle a Kate Theory que debían esperar. Tenía tan pocas explicaciones que dar a la muchacha que, dijera lo que dijese, era consciente de que no podía hacer que su conducta pareciera natural, y advirtió que la joven confiaba plenamente en él, aunque nunca le entendió. Ella confiaba sin comprender, y estuvo de acuerdo en esperar. Cuando el escritor de estas páginas tuvo noticias de la pareja por última vez, todavía estaban esperando.

7. MÁS ALLÁ DEL BIEN Y DEL MAL (FRIEDRICH NIETZSCHE)

ÍNDICE

Sección Primera
Sección Segunda
Sección Tercera
Sección Cuarta
Sección Quinta
Sección Sexta
Sección Séptima
Sección Octava
Sección Novena

SECCIÓN PRIMERA

De los prejuicios de los filósofos

1

La voluntad de verdad, que todavía nos seducirá a correr más de un riesgo, esa famosa veracidad de la que todos los filósofos han hablado hasta ahora con veneración: ¡qué preguntas nos ha propuesto ya esa voluntad de verdad! ¡Qué extrañas, perversas, problemáticas preguntas! Es una historia ya larga, ¿y no parece, sin embargo, que apenas acaba de empezar? ¿Puede extrañar el que nosotros acabemos haciéndonos desconfiados, perdiendo la paciencia y dándonos la vuelta impacientes? ¿El que también nosotros, por nuestra parte, aprendamos de esa esfinge a preguntar? ¿Quién es propiamente el que aquí nos hace preguntas?

¿Qué cosa existente en nosotros es lo que aspira propiamente a la «verdad»? De hecho hemos estado detenidos durante largo tiempo ante la pregunta que interroga por la causa de ese querer, hasta que hemos acabado deteniéndonos del todo ante una pregunta aún más radical. Hemos preguntado por el valor de esa voluntad. Suponiendo que nosotros queramos la verdad: ¿por qué no, más bien, la noverdad? ¿Y la incertidumbre? ¿Y aun la ignorancia? El problema del valor de la verdad se plantó delante de nosotros, ¿o fuimos nosotros quienes nos plantamos delante del problema? ¿Quién de nosotros es aquí Edipo? ¿Quién Esfinge? Es éste, a lo que parece, un lugar donde se dan cita preguntas y signos de interrogación. ¿Y se creería que a nosotros quiere parecernos, en última instancia, que el problema no ha sido planteado nunca hasta ahora, que ha sido visto, afrontado, osado por vez primera por nosotros? Pues en él hay un riesgo, y acaso no exista ninguno mayor.

2

«¿Cómo podría una cosa surgir de su antítesis? ¿Por ejemplo, la verdad, del error? ¿O la voluntad de verdad, de la voluntad de engaño? ¿O la acción desinteresada, del egoísmo? ¿O la pura y solar contemplación del sabio, de la concupiscencia? Semejante génesis es imposible; quien con ello sueña, un necio, incluso algo peor; las cosas de valor sumo es preciso que tengan otro origen, un origen propio, ¡no son derivables de este mundo pasajero, seductor, engañador, mezquino, de esta confusión de delirio y deseo! Antes bien, en el seno del ser, en lo no pasajero, en el Dios oculto, en la "cosa en sí" ¡ahí es donde tiene que estar su fundamento, y en ninguna otra parte!» Este modo de juzgar constituye el prejuicio típico por el cual resultan reconocibles los metafísicos de todos los tiempos; esta especie de valoraciones se encuentra en el trasfondo de todos sus procedimientos lógicos; partiendo de este «creer» suyo se esfuerzan por obtener su «saber», algo que al final es bautizado solemnemente con el nombre de «la verdad». La creencia básica de los metafísicos es la creencia en las antítesis de los valores. Ni siquiera a los más previsores entre ellos se les ocurrió dudar ya aquí en el umbral, donde más necesario era hacerlo, sin embargo: aun cuando se habían jurado de omnibus dubitandum [dudar de todas las cosas]. Pues, en efecto, es lícito poner en duda, en primer término, que existan en absoluto antítesis, y, en segundo término, que esas populares valoraciones y antítesis de valores sobre las cuales han impreso los metafísicos su sello sean algo más que estimaciones superficiales, sean algo más que perspectivas provisionales y, además, acaso, perspectivas tomadas desde un ángulo, de abajo arriba, perspectivas de rana, por así decirlo, para tomar prestada una expresión corriente entre los pintores. Pese a todo el valor que acaso corresponda a lo verdadero, a lo veraz, a lo desinteresado: sería posible que a la apariencia, a la voluntad de engaño, al egoísmo y a la concupiscencia hubiera que atribuirles un valor más elevado o más fundamental para toda vida. Sería incluso posible que lo que constituye el valor de aquellas cosas buenas y veneradas consistiese precisamente en el hecho de hallarse emparentadas, vinculadas, entreveradas de manera capciosa con estas cosas malas, aparentemente antitéticas, y quizá en ser idénticas esencialmente a ellas. ¡Quizá! ¡Mas quién quiere preocuparse de tales peligrosos «quizás»! Hay que aguardar para ello a la llegada de un nuevo género de filósofos, de filósofos que tengan gustos e inclinaciones diferentes y opuestos a los tenidos hasta ahora, filósofos del peligroso «quizá», en todos los sentidos de esta palabra. Y hablando con toda seriedad: yo veo surgir en el horizonte a esos nuevos filósofos.

3

Tras haber dedicado suficiente tiempo a leer a los filósofos entre líneas y a mirarles las manos, yo me digo: tenemos que contar entre las actividades instintivas la parte más grande del pensar consciente, y ello incluso en el caso del pensar filosófico; tenemos que cambiar aquí de ideas, lo mismo que hemos cambiado de ideas en lo referente a la herencia y a lo «innato». Así como el acto del nacimiento no entra en consideración para nada en el curso anterior y ulterior de la herencia: así tampoco es la «consciencia», en ningún sentido decisivo, antitética de lo instintivo, la mayor parte del pensar consciente de un filósofo está guiada de modo secreto por sus instintos y es forzada por éstos a discurrir por determinados carriles. También detrás de toda lógica y de su aparente soberanía de movimientos se encuentran valoraciones o, hablando con mayor claridad, exigencias fisiológicas orientadas a conservar una determinada especie de vida. Por ejemplo, que lo determinado es más valioso que lo indeterminado, la apariencia, menos valiosa que la «verdad»: a pesar de toda su importancia regulativa para nosotros, semejantes estimaciones podrían ser, sin embargo, nada más que estimaciones superficiales, una determinada especie de niaiserie [bobería], quizá necesaria precisamente para conservar seres tales como nosotros. Suponiendo, en efecto, que no sea precisamente el hombre la «medida de las cosas» ...

4

La falsedad de un juicio no es para nosotros ya una objeción contra él; acaso sea en esto en lo que más extraño suene nuestro nuevo lenguaje. La cuestión está en saber hasta qué punto ese juicio favorece la vida, conserva la vida, conserva la especie, quizá incluso selecciona la especie; y nosotros estarnos inclinados por principio a afirmar que los juicios más falsos (de ellos forman parte los juicios sintéticos a priori) son los más imprescindibles para nosotros, que el hombre no podría vivir si no admitiese las ficciones lógicas, si no midiese la realidad con el metro del mundo puramente inventado de lo incondicionado, idéntico a sí mismo, si no falsease permanentemente el mundo mediante el número, que renunciar a los juicios falsos sería renunciar a la vida, negar la vida. Admitir que la noverdad es condición de la vida: esto significa, desde luego, enfrentarse de modo peligroso a los sentimientos de valor habituales; y una filosofía que osa hacer esto se coloca, ya sólo con ello, más allá del bien y del mal.

5

Lo que nos incita a mirar a todos los filósofos con una mirada a medias desconfiada y a medias sarcástica no es el hecho de darnos cuenta una y otra vez de que son muy inocentes de que se equivocan y se extravían con mucha frecuencia y con gran facilidad, en suma, su infantilismo y su puerilidad, sino el hecho de que no se comporten con suficiente honestidad: siendo así que todos ellos levantan un ruido grande y virtuoso tan pronto como se toca, aunque sólo sea de lejos, el problema de la veracidad. Todos ellos simulan haber descubierto y alcanzado sus opiniones propias mediante el autodesarrollo de una dialéctica fría, pura, divinamente despreocupada (a diferencia de los místicos de todo grado, que son más honestos que ellos y más torpes los místicos hablan de «inspiración»): siendo así que, en el fondo, es una tesis adoptada de antemano, una ocurrencia, una «inspiración», casi siempre un deseo íntimo vuelto abstracto y pasado por la criba lo que ellos defienden con razones buscadas posteriormente: todos ellos son abogados que no quieren llamarse así, y en la mayoría de los casos son incluso pícaros abogados de sus prejuicios, a los que bautizan con el nombre de «verdades», y están muy lejos de la valentía de la conciencia que a sí misma se confiesa esto, precisamente esto, muy lejos del buen gusto de la valentía que da también a entender esto, bien para poner en guardia a un enemigo o amigo, bien por petulancia y por burlarse de sí misma. La tan tiesa como morigerada tartufería del viejo Kant, con la cual nos atrae hacia los tortuosos caminos de la dialéctica, los cuales encaminan o, más exactamente, descaminan hacia su «imperativo categórico» esa comedia nos hace sonreír a nosotros, hombres malacostumbrados que encontramos no parca diversión en indagar las sutiles malicias de los viejos moralistas y predicadores de moral. Y no digamos aquel hocuspocus [fórmula mágica] de forma matemática con el que Spinoza puso una como coraza de bronce a su filosofía y la enmascaró en definitiva, «el amor a su sabiduría», interpretando esta palabra en su sentido correcto y justo, a fin de intimidar así de antemano el valor del atacante que osase lanzar una mirada sobre esa invencible virgen y Palas Atenea: ¡cuánta timidez y vulnerabilidad propias delata esa mascarada de un enfermo eremítico!

6

Poco a poco se me ha ido manifestando qué es lo que ha sido hasta ahora toda gran filosofía, a saber: la autoconfesión de su autor y una especie de memoires [memorias] no queridas y no advertidas; asimismo, que las intenciones morales (o inmorales) han constituido en toda filosofía el auténtico germen vital del que ha brotado siempre la planta entera. De hecho, para aclarar de qué modo han tenido lugar propiamente las afirmaciones metafísicas más remotas de un filósofo es bueno (e inteligente) comenzar siempre preguntándose: ¿a qué moral quiere esto (quiere él) llegar? Yo no creo, por lo tanto, que un «instinto de conocimiento» sea el padre de la filosofía, sino que, aquí como en otras partes, un instinto diferente se ha servido del conocimiento (¡y del desconocimiento!) nada más que como de un instrumento. Pero quien examine los instintos fundamentales del hombre con el propósito de saber hasta qué punto precisamente ellos pueden haber actuado aquí como genios (o demonios o duendes) inspiradores encontrará que todos ellos han hecho ya alguna vez filosofía, y que a cada uno de ellos le gustaría mucho presentarse justo a sí mismo como finalidad última de la existencia y como legítimo señor de todos los demás instintos. Pues todo instinto ambiciona dominar: y en cuanto tal intenta filosofar. Desde luego: entre los doctos, entre los hombres auténticamente científicos acaso las cosas ocurran de otro modo «mejor», si se quiere, acaso haya allí realmente algo así como un instinto cognoscitivo, un pequeño reloj independiente que, una vez que se le ha dado bien la cuerda, se pone a trabajar de firme, sin que ninguno de los demás instintos del hombre docto participe esencialmente en ello. Por esto los auténticos «intereses» del docto se encuentran de ordinario en otros lugares completamente distintos, por ejemplo en la familia, o en el salario, o en la política; y hasta casi resulta indiferente el que su pequeña máquina se aplique a este o a aquel sector de la ciencia, y el que el joven y «esperanzador» trabajador haga de sí mismo un buen filólogo, o un experto en hongos, o un químico: lo que lo caracteriza no es que él llegue a ser esto o aquello. En el filósofo, por el contrario, nada, absolutamente nada es impersonal; y es especialmente su moral la que proporciona un decidido y decisivo testimonio de quién es él es decir, de en qué orden jerárquico se encuentran recíprocamente situados los instintos más íntimos de su naturaleza.

7

¡Qué malignos pueden ser los filósofos! Yo no conozco nada más venenoso que el chiste que Epicuro se permitió contra Platón y los platónicos: los llamó dionysiokolakes. Esta palabra, según su sentido literal, y en primer término, significa «aduladores de Dionisio», es decir, agentes del tirano y gentes serviles; pero, además, quiere decir «todos ellos son comediantes, en ellos no hay nada auténtico» (pues dionysokolax era una designación popular del comediante). Y en esto último consiste propiamente la malicia que Epicuro lanzó contra Platón: a Epicuro le molestaban los modales grandiosos, el ponerse uno a sí mismo en escena, cosa de que tanto entendían Platón y todos sus discípulos, ¡y de la que no entendía Epicuro!, él, el viejo maestro de escuela de Samos que permaneció escondido en su jardincillo de Atenas y escribió trescientos libros, ¿quién sabe?, ¿acaso por rabia y por ambición contra Platón? Fueron necesarios cien años para que Grecia se diese cuenta de quién había sido aquel dios del jardín, Epicuro. ¿Se dio cuenta?

8

En toda filosofía hay un punto en el que entra en escena la «convicción» del filósofo: o, para decirlo en el lenguaje de un antiguo mysterium:

adventavit asínus
pulcher et fortissimus
[ha llegado un asno
hermoso y muy fuerte].

9

¿Queréis vivir «según la naturaleza»? ¡Oh nobles estoicos, qué embuste de palabras! Imaginaos un ser como la naturaleza, que es derrochadora sin medida, indiferente sin medida, que carece de intenciones y miramientos, de piedad y justicia, que es feraz y estéril e incierta al mismo tiempo, imaginaos la indiferencia misma como poder ¿cómo podríais vivir vosotros según esa indiferencia? Vivir ¿no es cabalmente un quererserdistinto de esa naturaleza? ¿Vivir no es evaluar, preferir, ser injusto, ser limitado, quererserdiferente? Y suponiendo que vuestro imperativo «vivir según la naturaleza» signifique en el fondo lo mismo que «vivir según la vida» ¿cómo podríais no vivir así? ¿Para qué convertir en un principio aquello que vosotros mismos sois y tenéis que ser? En verdad, las cosas son completamente distintas: ¡mientras simuláis leer embelesados el canon de vuestra ley en la naturaleza, lo que queréis es algo opuesto, vosotros extraños comediantes y engañadores de vosotros mismos! Vuestro orgullo quiere prescribir e incorporar a la naturaleza, incluso a la naturaleza, vuestra moral, vuestro ideal, vosotros exigís que ella sea naturaleza «según la Estoa» y quisierais hacer que toda existencia existiese tan sólo a imagen vuestra ¡cual una gigantesca y eterna glorificación y generalización del estoicismo! Pese a todo vuestro amor a la verdad, os coaccionáis a vosotros mismos, sin embargo, durante tanto tiempo, tan obstinadamente, con tal fijeza hipnótica, a ver la naturaleza de un modo falso, es decir, de un modo estoico, que ya no sois capaces de verla de otro modo, y cierta soberbia abismal acaba infundiéndoos incluso la insensata esperanza de que, porque vosotros sepáis tiranizaros a vosotros mismos estoicismo es tiranía de sí mismo , también la naturaleza se deja tiranizar; ¿no es, en efecto, el estoico un fragmento de la naturaleza?... Pero ésta es una historia vieja, eterna: lo que en aquel tiempo ocurrió con los estoicos sigue ocurriendo hoy tan pronto como una filosofía comienza a creer en sí misma. Siempre crea el mundo a su imagen, no puede actuar de otro modo; la filosofía es ese instinto tiránico mismo, la más espiritual voluntad de poder, de «crear el mundo», de ser causa prima [causa primera].

10

El afán y la sutileza, yo diría incluso la astucia, con que hoy se afronta por todas partes en Europa el problema «del mundo real y del mundo aparente», es algo que da que pensar y que incita a escuchar; y quien aquí no oiga en el trasfondo más que una «voluntad de verdad», y ninguna otra cosa, ése no goza ciertamente de oídos muy agudos. Tal vez en casos singulares y raros intervengan realmente aquí esa voluntad de verdad, cierto valor desenfrenado y aventurero, una ambición metafísica de conservar el puesto perdido, ambición que en definitiva continúa prefiriendo siempre un puñado de «certeza» a toda una carreta de hermosas posibilidades; acaso existan incluso fanáticos puritanos de la conciencia que prefieren echarse a morir sobre una nada segura antes que sobre un algo incierto. Pero esto es nihilismo e indicio de un alma desesperada, mortalmente cansada: y ello aunque los gestos de tal virtud puedan parecer muy valientes. En los pensadores más fuertes, más llenos de vida, todavía sedientos de vida, las cosas parecen ocurrir, sin embargo, de otro modo: al tomar partido contra la apariencia y pronunciar ya con soberbia la palabra «perspectivista», al conceder a la credibilidad de su propio cuerpo tan poco aprecio como a la credibilidad de la apariencia visible, la cual dice que «la tierra está quieta», y al dejar escaparse así de las manos, con buen humor al parecer, la posesión más segura (pues ¿en qué se cree ahora con más seguridad que en el cuerpo propio?), ¿quién sabe si en el fondo no quieren reconquistar algo que en otro tiempo fue poseído con una seguridad mayor, algo perteneciente al viejo patrimonio de la fe de otro tiempo, acaso «el alma inmortal», acaso «el viejo dios», en suma, ideas sobre las cuales se podía vivir mejor, es decir, de un modo más vigoroso y jovial que sobre las «ideas modernas»? Hay en esto desconfianza frente a estas ideas modernas, hay falta de fe en todo lo que ha sido construido ayer y hoy; hay quizá, mezclado con lo anterior, un ligero disgusto y sarcasmo, que ya no soporta el bricabric [baratillo] de conceptos de la más diversa procedencia, que es la figura con que hoy se presenta a sí mismo en el mercado el denominado positivismo, hay una náusea propia del gusto más exigente frente a la policromía de feria y el aspecto harapiento de todos estos filosofastros de la realidad, en los cuales no hay nada nuevo y auténtico, excepto esa policromía. En esto se debe dar razón, a mi parecer, a esos actuales escépticos antirealistas y microscopistas del conocimiento: su instinto, que los lleva a alejarse de la realidad moderna, no está refutado, ¡qué nos importan a nosotros sus retrógrados caminos tortuosos! Lo esencial en ellos no es que quieran volver «atrás»: sino que quieran alejarse. Un poco más de fuerza, de vuelo, de valor, de sentido artístico: y querrían ir más allá, ¡y no hacia atrás!

11

Me parece que la gente se esfuerza ahora en todas partes por apartar la mirada del auténtico influjo que Kant ha ejercido sobre la filosofía alemana y, en particular, por resbalar prudentemente sobre el valor que él se atribuyó a sí mismo. Kant estaba orgulloso, ante todo y en primer lugar, de su tabla de las categorías; con ella en las manos dijo: «Esto es lo más difícil que jamás pudo ser emprendido con vistas a la metafísica». ¡Entiéndase bien, sin embargo, ese «pudo ser»! él estaba orgulloso de haber descubierto en el hombre una facultad nueva, la facultad de los juicios sintéticos a priori. Aun suponiendo que en esto se haya engañado a sí mismo: sin embargo, el desarrollo y el rápido florecimiento de la filosofía alemana dependen de ese orgullo y de la emulación surgida entre todos los más jóvenes por descubrir en lo posible algo más orgulloso todavía ¡y, en todo caso, «nuevas facultades»! Pero reflexionemos: ya es hora. ¿Cómo son posibles los juicios sintéticos a priori?, se preguntó Kant, ¿y qué respondió propiamente? Por la facultad de una facultad: mas por desgracia él no lo dijo con esas seis palabras, sino de un modo tan detallado, tan venerable, y con tal derroche de profundidad y floritura alemanas que la gente pasó por alto la divertida niaiserie allemande [bobería alemana] que en tal respuesta se esconde. La gente estaba incluso fuera de sí a causa de esa nueva facultad, y el júbilo llegó a su cumbre cuando Kant descubrió también, además, una facultad moral en el hombre: pues entonces los alemanes eran todavía morales, y no, en absoluto, «políticos realistas». Llegó la luna de miel de la filosofía alemana; todos los jóvenes teólogos del Seminario (Stift) de Tubinga salieron enseguida a registrar la maleza todos buscaban «facultades». ¡Y qué cosas se encontraron en aquella época inocente, rica, todavía juvenil del espíritu alemán, en la cual el romanticismo, hada maligna, tocaba su música, entonaba sus cantos, en aquella época en la que aún no se sabía mantener separados el «encontrar» y el «inventar»! Sobre todo, una facultad para lo «suprasensible»: Schelling la bautizó con el nombre de intuición intelectual y con ello satisfizo los deseos más íntimos de sus alemanes, llenos en el fondo de anhelos piadosos. A todo este petulante y entusiasta movimiento, que era juventud, por muy audazmente que se disfrazase con conceptos grisáceos y seniles, la mayor injusticia que se le puede hacer es tomarlo en serio, y, no digamos, el tratarlo acaso con indignación moral; en suma, la gente se hizo más vieja, el sueño se disipó. Vino una época en que todo el mundo se restregaba la frente: todavía hoy continúa haciéndolo. Se había soñado: ante todo y en primer lugar el viejo Kant. «Por la facultad de una facultad» había dicho o al menos querido decir él. Pero ¿es esto una respuesta? ¿Una aclaración? ¿O no es más bien tan sólo una repetición de la pregunta? ¿Cómo hace dormir el opio? «Por la facultad de una facultad», a saber, por su virtus dormitiva [fuerza dormitiva] responde aquel médico en Moliere,

quia est in eo virtus dormitiva
cujus est natura sensus assoupire
[porque hay en ello una fuerza dormitiva
cuya naturaleza consiste en adormecer los sentidos].

Pero tales respuestas tienen su lugar en la comedia, y por fin ya es hora de sustituir la pregunta kantiana «¿cómo son posibles los juicios sintéticos a priori?» por una pregunta distinta: «¿por qué es necesaria la creencia en tales juicios?» es decir, ya es hora de comprender que, para la finalidad de conservar seres de nuestra especie, hay que creer que tales juicios son verdaderos; ¡por lo cual, naturalmente, podrían ser incluso juicios falsos! O, dicho de modo más claro, y más rudo, y más radical: los juicios sintéticos a priori no deberían «ser posibles» en absoluto: nosotros no tenemos ningún derecho a ellos, en nuestra boca son nada más que juicios falsos. Sólo que, de todos modos, la creencia en su verdad es necesaria, como una creencia superficial y una apariencia visible pertenecientes a la óptica perspectivista de la vida. Para volver a referirnos por última vez a la gigantesca influencia que «la filosofía alemana» ¿se comprende, como espero, su derecho a las comillas? ha tenido en toda Europa, no se dude de que ha intervenido aquí una cierta virtus dormitiva [fuerza dormitiva]: los ociosos nobles, los virtuosos, los místicos, los artistas, los cristianos en sus tres cuartas partes y los oscurantistas políticos de todas las naciones estaban encantados de poseer, gracias a la filosofía alemana, un antídoto contra el todavía prepotente sensualismo que desde el siglo pasado se desbordaba sobre éste, en suma sensus assoupire [adormecerlos sentidos]...

12

En lo que se refiere al atomismo materialista: es una de las cosas mejor refutadas que existen; y acaso no haya ya hoy en Europa entre los doctos nadie tan indocto que continúe atribuyéndole una significación seria, excepto para el uso manual y doméstico (es decir, como una abreviación de los medios expresivos) gracias sobre todo a aquel polaco Boscovich, que, junto con el polaco Copérnico, ha sido hasta hoy el adversario más grande y victorioso de la apariencia visible. Pues mientras que Copérnico nos ha persuadido a creer, contra todos los sentidos, que la tierra no está fija, Boscovich nos enseñó a abjurar de la creencia en la última cosa de la tierra que «estaba fija», la creencia en lo «corporal», en la «materia», en el átomo, ese último residuo y partícula terrestre: fue éste el triunfo más grande sobre los sentidos alcanzado hasta ahora en la tierra. Pero hay que ir más allá todavía, y declarar la guerra, una despiadada guerra a cuchillo, también a la «necesidad atomista», la cual continúa sobreviviendo de manera peligrosa en terrenos donde nadie la barrunta, análogamente a como sobrevive aquella «necesidad metafísica», aún más famosa: en primer término hay que acabar también con aquel otro y más funesto atomismo, que es el que mejor y más prolongadamente ha enseñado el cristianismo, el atomismo psíquico. Permítaseme designar con esta expresión aquella creencia que concibe el alma corno algo indestructible, eterno, indivisible, como una mónada, como un átomo: ¿esa creencia debemos expulsarla de la ciencia! Dicho entre nosotros, no es necesario en modo alguno desembarazarse por esto de «el alma» misma y renunciar a una de las hipótesis más antiguas y venerables: cosa que suele ocurrirle a la inhabilidad de los naturalistas, los cuales, apenas tocan «el alma», la pierden. Pero está abierto el camino que lleva a nuevas formulaciones y refinamientos de la hipótesis del alma: y conceptos tales como «alma mortal» y «alma como pluralidad del sujeto» y «alma como estructura social (Gesellschaftsbau) de los instintos y afectos» desean tener, de ahora en adelante, derecho de ciudadanía en la ciencia. El nuevo psicólogo, al poner fin a la superstición que hasta ahora proliferaba con una frondosidad casi tropical en torno a la noción de alma, se ha desterrado a sí mismo, desde luego, por así decirlo, a un nuevo desierto y a una nueva desconfianza es posible que los psicólogos antiguos viviesen de modo más cómodo y divertido: pero en definitiva aquél se sabe condenado, cabalmente por esto, también a inventar y, ¿quién sabe?, acaso a encontrar.

13

Los fisiólogos deberían pensárselo bien antes de afirmar que el instinto de autoconservación es el instinto cardinal de un ser orgánico. Algo vivo quiere, antes que nada, dar libre curso a su fuerza la vida misma es voluntad de poder: la autoconservación es tan sólo una de las consecuencias indirectas y más frecuentes de esto. En suma, aquí, como en todas partes, ¡cuidado con los principios teleológicos superfluos! como ese del instinto de autoconservación (lo debemos a la inconsecuencia de Spinoza). Así lo ordena, en efecto, el método, el cual tiene que ser esencialmente economía de principios.

14

Acaso sean cinco o seis las cabezas en las cuales va abriéndose paso ahora la idea de que también la física no es más que una interpretación y un amaño del mundo (¡según nosotros!, dicho sea con permiso), y no una explicación del mundo: pero en la medida en que la física se apoya sobre la fe en los sentidos se la considera como algo más, y durante largo tiempo todavía tendrá que ser considerada como algo más, a saber, como explicación. Tiene a su favor los ojos y los dedos, tiene a su favor la apariencia visible y la palpable: esto ejerce un influjo fascinante, persuasivo, convincente sobre una época cuyo gusto básico es plebeyo, semejante época se guía instintivamente, en efecto, por el canon de verdad del sensualismo eternamente popular. ¿Qué es claro, qué está «aclarado»? Sólo aquello que se deja ver y tocar, hasta ese punto hay que llevar cualquier problema. A la inversa: justo en su oposición a la evidencia de los sentidos residía el encanto del modo platónico de pensar, que era un modo aristocrático de pensar, acaso entre hombres que disfrutaban incluso de sentidos más fuertes y más exigentes que los que poseen nuestros contemporáneos, pero que sabían encontrar un triunfo más alto en permanecer dueños de esos sentidos: y esto, por medio de pálidas, frías, grises redes conceptuales que ellos lanzaban sobre el multicolor torbellino de los sentidos la plebe de los sentidos, como decía Platón. En esta victoria sobre el mundo y en esta interpretación del mundo a la manera de Platón había una especie de goce distinto del que nos ofrecen los físicos de hoy, y asimismo los darwinistas y antiteleólogos entre los trabajadores de la fisiología, con su principio de la «fuerza mínima» y de la estupidez máxima. «Allí donde el hombre no tiene ya nada que ver y agarrar, tampoco tiene nada que buscar» éste es, desde luego, un imperativo distinto del platónico, un imperativo que, sin embargo, acaso sea cabalmente el apropiado para una estirpe ruda y trabajadora de maquinistas y de constructores de puentes del futuro, los cuales no tienen que realizar más que trabajos groseros.

15

Para cultivar la fisiología con buena conciencia hay que sostener que los órganos de los sentidos no son fenómenos en el sentido de la filosofía idealista: ¡en cuanto tales no podrían ser, en efecto, causas! Por lo tanto, hay que aceptar el sensualismo, al menos como hipótesis regulativa, por no decir como principio heurístico. ¿Cómo?, ¿y otros llegan a decir que el mundo exterior sería obra de nuestros órganos? ¡Pero entonces nuestro cuerpo, puesto que es un fragmento de ese mundo exterior, sería obra de nuestros órganos! ¡Pero entonces nuestros órganos mismos serían obra de nuestros órganos! Ésta es, a mi parecer, una reductio ad absurdum [reducción al absurdo] radical: suponiendo que el concepto de causa su [causa de sí mismo] sea algo radicalmente absurdo. ¿En consecuencia el mundo externo no es obra de nuestros órganos?

16

Sigue habiendo cándidos observadores de sí mismos que creen que existen «certezas inmediatas», por ejemplo «yo pienso», o, y ésta fue la superstición de Schopenhauer, «yo quiero»: como si aquí, por así decirlo, el conocer lograse captar su objeto de manera pura y desnuda, en cuanto «cosa en sí», y ni por parte del sujeto ni por parte del objeto tuviese lugar ningún falseamiento. Pero que «certeza inmediata» y también «conocimiento absoluto» y «cosa en sí» encierran una contradictio in adjecto [contradicción en el adjetivo], eso yo lo repetiré cien veces: ¡deberíamos liberarnos por fin de la seducción de las palabras!

Aunque el pueblo crea que conocer es un conocerhastaelfinal, el filósofo tiene que decirse: «cuando yo analizo el proceso expresado en la proposición `yo pienso' obtengo una serie de aseveraciones temerarias cuya fundamentación resulta difícil, y tal vez imposible, por ejemplo, que yo soy quien piensa, que tiene que existir en absoluto algo que piensa, que pensar es una actividad y el efecto causado por un ser que es pensado como causa, que existe un ‘yo’ y, finalmente, que está establecido qué es lo que hay que designar con la palabra pensar, que yo sé qué es pensar. Pues si yo no hubiera tomado ya dentro de mí una decisión sobre esto, ¿de acuerdo con qué apreciaría yo que lo que acaba de ocurrir no es tal vez ‘querer' o ‘sentir'?

En suma, ese ‘yo pienso' presupone que yo compare mi estado actual con otros estados que ya conozco en mí, para de ese modo establecer lo que tal estado es: en razón de ese recurso a un `saber' diferente tal estado no tiene para mí en todo caso una ‘certeza' inmediata.» En lugar de aquella «certeza inmediata» en la que, dado el caso, puede creer el pueblo, el filósofo encuentra así entre sus manos una serie de cuestiones de metafísica, auténticas cuestiones de conciencia del intelecto, que dicen así: «¿De dónde saco yo el concepto pensar? ¿Por qué creo en la causa y en el efecto? ¿Qué me da a mí derecho a hablar de un yo, e incluso de un yo como causa, y, en fin, incluso de un yo causa de pensamientos?» El que, invocando una especie de intuición del conocimiento, se atreve a responder enseguida a esas cuestiones metafísicas, como hace quien dice: «yo pienso, y yo sé que al menos esto es verdadero, real, cierto» ése encontrará preparados hoy en un filósofo una sonrisa y dos signos de interrogación. «Señor mío», le dará tal vez a entender el filósofo, «es inverosímil que usted no se equivoque: mas ¿por qué también la verdad a toda costa?»

17

En lo que respecta a la superstición de los lógicos: yo no me cansaré de subrayar una y otra vez un hecho pequeño y exiguo, que esos supersticiosos confiesan de mala gana, a saber: que un pensamiento viene cuando «él» quiere, y no cuando «yo» quiero; de modo que es un falseamiento de los hechos decir: el sujeto «yo» es la condición del predicado «pienso». Ello piensa: pero que ese «ello» sea precisamente aquel antiguo y famoso «yo», eso es, hablando de modo suave, nada más que una hipótesis, una aseveración, y, sobre todo, no es una «certeza inmediata». En definitiva, decir «ello piensa» es ya decir demasiado: ya ese «ello» contiene una interpretación del proceso y no forma parte de él. Se razona aquí según el hábito gramatical que dice «pensar es una actividad, de toda actividad forma parte alguien que actúe, en consecuencia». Más o menos de acuerdo con idéntico esquema buscaba el viejo atomismo, además de la «fuerza» que actúa, aquel pedacito de materia en que la fuerza reside, desde la que actúa, el átomo; cabezas más rigurosas acabaron aprendiendo a pasarse sin ese «residuo terrestre», y acaso algún día se habituará la gente, también los lógicos, a pasarse sin aquel pequeño «ello» (a que ha quedado reducido, al volatilizarse, el honesto y viejo yo).

18

No es ciertamente el atractivo menor de una teoría el que resulte refutable: justo por ello atrae a las cabezas más sutiles. Parece que la cien veces refutada teoría de la «voluntad libre» debe su perduración tan sólo a ese atractivo: una y otra vez llega alguien y se siente lo bastante fuerte para refutarla.

19

Los filósofos suelen hablar de la voluntad como si ésta fuera la cosa más conocida del mundo; y Schopenhauer dio a entender que la voluntad era la única cosa que nos era propiamente conocida, conocida del todo y por entero, conocida sin sustracción ni añadidura. Pero a mí continúa pareciéndome que, también en este caso, Schopenhauer no hizo más que lo que suelen hacer justo los filósofos: tomó un prejuicio popular y lo exageró. A mí la volición me parece ante todo algo complicado, algo que sólo como palabra forma una unidad, y justo en la unidad verbal se esconde el prejuicio popular que se ha adueñado de la siempre exigua cautela de los filósofos. Seamos, pues, más cautos, seamos «afilosóficos» , digamos: en toda volición hay, en primer término, una pluralidad de sentimientos, a saber, el sentimiento del estado de que nos alejamos, el sentimiento del estado a que tendemos, el sentimiento de esos mismos «alejarse» y «tender», y, además, un sentimiento muscular concomitante que, por una especie de hábito, entra en juego tan pronto como «realizamos una volición», aunque no pongamos en movimiento «brazos y piernas». Y así como hemos de admitir que el sentir, y desde luego un sentir múltiple, es un ingrediente de la voluntad, así debemos admitir también, en segundo término, el pensar: en todo acto de voluntad hay un pensamiento que manda; ¡y no se crea que es posible separar ese pensamiento de la «volición», como si entonces ya sólo quedase voluntad!

En tercer término, la voluntad no es sólo un complejo de sentir y pensar, sino sobre todo, además, un afecto: y, desde luego, el mencionado afecto del mando. Lo que se llama «libertad de la voluntad» es esencialmente el afecto de superioridad con respecto a quien tiene que obedecer: «yo soy libre, ‘él’ tiene que obedecer» en toda voluntad se esconde esa consciencia, y asimismo aquella tensión de la atención, aquella mirada derecha que se fija exclusivamente en una sola cosa, aquella valoración incondicional «ahora se necesita esto y no otra cosa», aquella interna certidumbre de que se nos obedecerá, y todo lo demás que forma parte del estado propio del que manda. Un hombre que realiza una volición es alguien que da una orden a algo que hay en él, lo cual obedece, o él cree que obedece. Pero obsérvese ahora lo más asombroso en la voluntad, esa cosa tan compleja para designar la cual no tiene el pueblo más que una sola palabra: en la medida en que, en un caso dado, nosotros somos a la vez los que mandan y los que obedecen, y, además, conocemos, en cuanto somos los que obedecen, los sentimientos de coaccionar, urgir, oprimir, resistir, mover, los cuales suelen comenzar inmediatamente después del acto de la voluntad; en la medida en que, por otro lado, nosotros tenemos el hábito de pasar por alto, de olvidar engañosamente esa dualidad, gracias al concepto sintético «yo», ocurre que de la volición se ha enganchado, además, toda una cadena de conclusiones erróneas y, por lo tanto, de valoraciones falsas de la voluntad misma, de modo que el volente cree de buena fe que la volición basta para la acción. Dado que en la mayoría de los casos hemos realizado una volición únicamente cuando resultaba lícito aguardar también el efecto del mandato, es decir, la obediencia, es decir, la acción, ocurre que la apariencia se ha traducido en el sentimiento de que existe una necesidad del efecto; en suma, el volente cree, con un elevado grado de seguridad, que voluntad y acción son de algún modo una sola cosa , atribuye el buen resultado, la ejecución de la volición, a la voluntad misma, y con ello disfruta de un aumento de aquel sentimiento de poder que todo buen resultado lleva consigo. «Libertad de la voluntad» ésta es la expresión para designar aquel complejo estado placentero del volente, el cual manda y al mismo tiempo se identifica con el ejecutor, y disfruta también en cuanto tal el triunfo sobre las resistencias, pero dentro de sí mismo juzga que es su voluntad la que propiamente vence las resistencias. A su sentimiento placentero de ser el que manda añade así el volente los sentimientos placenteros de los instrumentos que ejecutan, que tienen éxito, de las serviciales «subvoluntades» o subalmas nuestro cuerpo, en efecto, no es más que una estructura social de muchas almas. L'effet c'est moi [el efecto soyyo): ocurre aquí lo que ocurre en toda colectividad bien estructurada y feliz, a saber: que la clase gobernante se identifica con los éxitos de la colectividad. Toda volición consiste sencillamente en mandar y obedecer, sobre la base, como hemos dicho, de una estructura social de muchas «almas»: por ello un filósofo debería arrogarse el derecho de considerar la volición en sí desde el ángulo de la moral: entendida la moral, desde luego, como doctrina de las relaciones de dominio en que surge el fenómeno «vida».

20

Que los diversos conceptos filosóficos no son algo arbitrario, algo que se desarrolle de por sí, sino que crecen en relación y parentesco mutuos, que, aunque en apariencia se presenten de manera súbita y caprichosa en la historia del pensar, forman parte, sin embargo, de un sistema, como lo forman todos los miembros de la fauna de una parte de la tierra: esto es algo que, en definitiva, se delata en la seguridad con que los filósofos más distintos rellenan una y otra vez cierto esquema básico de filosofías posibles. Sometidos a un hechizo invisible, vuelven a recorrer una vez más la misma órbita: por muy independientes que se sientan los unos de los otros con su voluntad crítica o sistemática: algo existente en ellos los guía, algo los empuja a sucederse en determinado orden, precisamente aquel innato sistematismo y parentesco de los conceptos.

El pensar de los filósofos no es, de hecho, tanto un descubrir cuanto un reconocer, un recordar de nuevo, un volver atrás y un repatriarse a aquella lejana, antiquísima economía global del alma de la cual habían brotado en otro tiempo aquellos conceptos: filosofar es, en este aspecto, una especie de atavismo del más alto rango. El asombroso parecido de familia de todo filosofar indio, griego, alemán, se explica con bastante sencillez. Justo allí donde existe un parentesco lingüístico resulta imposible en absoluto evitar que, en virtud de la común filosofía de la gramática quiero decir, en virtud del dominio y la dirección inconscientes ejercidos por funciones gramaticales idénticas, todo se halle predispuesto de antemano para un desarrollo y sucesión homogéneos de los sistemas filosóficos: lo mismo que parece estar cerrado el camino para ciertas posibilidades distintas de interpretación del mundo. Los filósofos del área lingüística uraloaltaica (en la cual el concepto de sujeto es el peor desarrollado) mirarán con gran probabilidad «el mundo» de manera diferente que los indogermanos o musulmanes, y los encontraremos en sendas distintas a las de éstos: el hechizo de determinadas funciones gramaticales es, en definitiva, el hechizo de juicios de valor fisiológicos y de condiciones raciales. Todo esto, para refutar la superficialidad de Locke en lo referente a la procedencia de las ideas.

21

La causa sui [causa de sí mismo] es la mejor autocontradicción excogitada hasta ahora, una especie de violación y acto contra natura lógicos: pero el desenfrenado orgullo del hombre le ha llevado a enredarse de manera profunda y horrible justo en ese sinsentido. La aspiración a la «libertad de la voluntad», entendida en aquel sentido metafísico y superlativo que por desgracia continúa dominando en las cabezas de los semiinstruidos, la aspiración a cargar uno mismo con la responsabilidad total y última de sus acciones, y a descargar de ella a Dios, al mundo, a los antepasados, al azar, a la sociedad, equivale, en efecto, nada menos que a ser precisamente aquella causa su¡ [causa de sí mismo] y a sacarse a sí mismo de la ciénaga de la nada y a salir a la existencia a base de tirarse de los cabellos, con una temeridad aún mayor que la de Münchhausen. Suponiendo que alguien llegue así a darse cuenta de la rústica simpleza de ese famoso concepto de la «voluntad libre» y se lo borre de la cabeza, yo le ruego entonces que dé un paso más en su «ilustración» y se borre también de la cabeza lo contrario de aquel monstruoso concepto de la «voluntad libre»: me refiero a la «voluntad no libre», que aboca a un uso erróneo de causa y efecto. No debemos cosificar equivocadamente «causa» y «efecto», como hacen los investigadores de la naturaleza (y quien, como ellos, naturaliza hoy en el pensar) en conformidad con el dominante cretinismo mecanicista, el cual deja que la causa presione y empuje hasta que «produce el efecto»; debemos servirnos precisamente de la «causa», del «efecto» nada más que como de conceptos puros, es decir, ficciones convencionales, con fines de designación, de entendimiento, pero no de explicación. En lo «ensí» no hay «lazos causales», ni «necesidad», ni «nolibertad psicológica», allí no sigue «el efecto a la causa», allí no gobierna «ley» ninguna.

Nosotros somos los únicos que hemos inventado las causas, la sucesión, la reciprocidad, la relatividad, la coacción, el número, la ley, la libertad, el motivo, la finalidad; y siempre que a este mundo de signos lo introducimos ficticiamente y lo entremezclamos, como si fuera un «en sí», en las cosas, continuamos actuando de igual manera que hemos actuado siempre, a saber, de manera mitológica. La «voluntad no libre» es mitología: en la vida real no hay más que voluntad fuerte y voluntad débil. Constituye casi siempre ya un síntoma de lo que a un pensador le falta el hecho de que, en toda «conexión causal» y en toda «necesidad psicológica», tenga el sentimiento de algo de coacción, de necesidad, de sucesión obligada, de presión, de falta de libertad: el tener precisamente ese sentimiento resulta delator, la persona se delata a sí misma.

Y en general, si mis observaciones son correctas, la «no libertad de la voluntad» se concibe como problema desde dos lados completamente opuestos, pero siempre de una manera hondamente personal: los unos no quieren renunciar a ningún precio a su «responsabilidad», a la fe en sí mismos, al derecho personal a su mérito (las razas vanidosas se encuentran en este lado); los otros, a la inversa, no quieren salir responsables de nada, tener culpa de nada, y aspiran, desde un autodesprecio íntimo, a poder echar su carga sobre cualquier cosa. Estos últimos, cuando escriben libros, suelen asumir hoy la defensa de los criminales; una especie de compasión socialista es su disfraz más agradable. Y de he cho el fatalismo de los débiles de voluntad se embellece de modo sorprendente cuando sabe presentarse a sí mismo como la religion de la souffrance humaine [la religión del sufrimiento humano]: ése es su «buen gusto».

22

Perdóneseme el que yo, como viejo filólogo que no puede dejar su malicia, señale con el dedo las malas artes de interpretación: pero es que esa «regularidad de la naturaleza» de que vosotros los físicos habláis con tanto orgullo, como si no existe más que gracias a vuestra interpretación y a vuestra mala «filología», ¡ella no es un hecho, no es un «texto», antes bien es tan sólo un amaño y una distorsión ingenuamente humanitarios del sentido, con los que complacéis bastante a los instintos democráticos del alma moderna! «En todas partes, igualdad ante la ley, la naturaleza no se encuentra en este punto en condiciones distintas ni mejores que nosotros»: graciosa reticencia con la cual se enmascara una vez más la hostilidad de los hombres de la plebe contra todo lo privilegiado y soberano, y asimismo un segundo y más sutil ateísmo.

Ni dieu, ni maitre [ni Dios, ni amo] también vosotros queréis eso: y por ello «¡viva la ley natural!» ano es verdad? Pero, como hemos dicho, esto es interpretación, no texto; y podría venir alguien que con una intención y un arte interpretativo antitéticos supiese sacar de la lectura de esa misma naturaleza, y en relación a los mismos fenómenos, cabalmente el triunfo tiránico, despiadado e inexorable de pretensiones de poder, un intérprete que os pusiese de tal modo ante los ojos la universalidad e incondicionalidad vigentes en toda «voluntad de poder», que casi toda palabra, hasta la propia palabra «tiranía», acabase pareciendo inutilizable o una metáfora debilitante y suavizadora algo demasiado humano ; y que, sin embargo, afirmase acerca de este mundo, en fin de cuentas, lo mismo que vosotros afirmáis, a saber, que tiene un curso «necesario» y «calculable», pero no porque en él dominen leyes, sino porque faltan absolutamente las leyes, y todo poder saca en cada instante su última consecuencia. Suponiendo que también esto sea nada más que interpretación ¿y no os apresuraréis vosotros a hacer esa objeción? bien, tanto mejor.

23

La psicología entera ha estado pendiendo hasta ahora de prejuicios y temores morales: no ha osado descender a la profundidad. Concebirla como morfología y corno teoría de la evolución de la voluntad del poder, tal como yo la concibo eso es algo que nadie ha rozado siquiera en sus pensamientos: en la medida, en efecto, en que está permitido reconocer en lo que hasta ahora se ha escrito un síntoma de lo que hasta ahora se ha callado. La fuerza de los prejuicios morales ha penetrado a fondo en el mundo más espiritual, en un mundo aparentemente más frío y más libre de presupuestos y, como ya se entiende, ha tenido efectos nocivos, paralizantes, ofuscadores, distorsivos. Una fisiopsicología auténtica se ve obligada a luchar con resistencias inconscientes que habitan en el corazón del investigador, ella tiene contra sí «el corazón»: ya una doctrina que hable del condicionamiento recíproco de los instintos «buenos» y los «malos» causa, cual si fuera una inmoralidad más sutil, pena y disgusto a una conciencia todavía fuerte y animosa, y más todavía causa pena y disgusto una doctrina que hable de la derivabilidad de todos los instintos buenos de los instintos perversos. Pero suponiendo que alguien considere que incluso los afectos odio, envidia, avaricia, ansia de dominio son afectos condicionantes de la vida, algo que tiene que estar presente, por principio y de un modo fundamental y esencial, en la economía global de la vida, y que en consecuencia tiene que ser acrecentado en el caso de que la vida deba ser acrecentada, ese alguien padecerá semejante orientación de su juicio como un mareo. Sin embargo, tampoco esta hipótesis es, ni de lejos, la más penosa y extraña que cabe hacer en este reino enorme, casi nuevo todavía, de conocimientos peligrosos: ¡y de hecho hay cien buenos motivos para que de él permanezca alejado todo el que pueda! Por otro lado: una vez que nuestro barco ha desviado su rumbo hasta aquí, ¡bien!, ¡adelante!, ¡ahora apretad bien los dientes!, ¡abrid los ojos!, ¡firme la mano en el timón! estamos dejando atrás, navegando derechamente sobre ella, sobre la moral, con ello tal vez aplastemos, machaquemos nuestro propio residuo de moralidad, mientras hacemos y osamos hacer nuestro viaje hacia allá, ¡pero qué importamos nosotros! Nunca antes se ha abierto un mundo más profundo de conocimiento a viajeros y aventureros temerarios: y al psicólogo que de este modo «realiza sacrificios» no es el sacrifizio delf intelletto [sacrificio del entendimiento], ¡al contrario!, le será lícito aspirar al menos a que la psicología vuelva a ser reconocida como señora de las ciencias, para cuyo servicio y preparación existen todas las otras ciencias. Pues a partir de ahora vuelve a ser la psicología el camino que conduce a los problemas fundamentales.

SECCIÓN SEGUNDA

El espíritu libre

24

O sancta simplicitas! [¡Oh santa simplicidad!] ¡Dentro de qué simplificación y falseamiento tan extraños vive el hombre! ¡Imposible resulta dejar de maravillarse una vez que hemos acomodado nuestros ojos para ver tal prodigio! ¡Cómo hemos vuelto luminoso y libre y fácil y simple todo lo que nos rodea!, ¡cómo hemos sabido dar a nuestros sentidos un pase libre para todo lo superficial, y a nuestro pensar, un divino deseo de saltos y paralogismos traviesos!, ¡cómo hemos sabido desde el principio mantener nuestra ignorancia, a fin de disfrutar una libertad, una despreocupación, una imprevisión, una intrepidez, una jovialidad apenas comprensibles de la vida, a fin de disfrutar la vida! A la ciencia, hasta ahora, le ha sido lícito levantarse únicamente sobre este fundamento de ignorancia, que ahora ya es firme y granítico; a la voluntad de saber sólo le ha sido lícito levantarse sobre el fundamento de una voluntad mucho más fuerte, ¡la voluntad de nosaber, de incertidumbre, de noverdad! No como su antítesis, sino ¡como su refinamiento! Aunque el lenguaje, aquí como en otras partes, sea incapaz de ir más allá de su propia torpeza y continúe hablando de antítesis allí donde únicamente existen grados y una compleja sutileza de gradaciones; aunque, asimismo, la inveterada tartufería de la moral, que ahora forma parte, de modo insuperable, de nuestra «carne y sangre», distorsione las palabras en la boca de nosotros mismos los que sabemos: sin embargo, acá y allá nos damos cuenta y nos reímos del hecho de que la mejor ciencia sea precisamente la que más quiere retenernos dentro de este mundo simplificado, completamente artificial, fingido, falseado, porque ella ama, queriéndolo sin quererlo, el error, porque ella, la viviente, ¡ama la vida!

25

Después de tan jovial preámbulo no quisiera que no se oyese una palabra seria: se dirige a los más serios.

¡Tened cuidado, vosotros los filósofos y amigos del conocimiento, y guardaos del martirio! ¡De sufrir «por amor a la verdad»! ¡Incluso de defenderos a vosotros mismos! Corrompe toda la inocencia y toda la sutil neutralidad de vuestra conciencia, os vuelve testarudos en enfrentaros a objeciones y trapos rojos, os entontece, os animaliza, os convierte en toros el hecho de que vosotros, al luchar con el peligro, la difamación, la sospecha, la repulsa y otras consecuencias aún más toscas de la enemistad, tengáis que acabar presentándoos como defensores de la verdad en la tierra: ¡como si «la verdad» fuese una persona tan indefensa y torpe que necesitase defensores!, ¡y precisamente vosotros, caballeros de la tristísima figura, señores míos mozos de esquina y tejedores de telarañas del espíritu! ¡En última .instancia, bien sabéis que no debe importar nada el hecho de que seáis precisamente vosotros quienes tengáis razón, y asimismo sabéis que hasta ahora ningún filósofo ha tenido todavía razón, y que sin duda hay una veracidad más laudable en cada uno de los pequeños signos de interrogación que colocáis detrás de vuestras palabras favoritas y de vuestras doctrinas preferidas (y, en ocasiones, detrás de vosotros mismos), que en todos los solemnes gestos y argumentos invencibles presentados ante los acusadores y los tribunales! ¡Es preferible que os retiréis! ¡Huid a lo oculto! ¡Y tened vuestra máscara y sutileza para que os confundan con otros! ¡U os teman un poco! ¡Y no me olvidéis el jardín, el jardín con verjas de oro! Y tened a vuestro alrededor hombres que sean como un jardín, o como música sobre aguas, a la hora del atardecer, cuando ya el día se convierte en recuerdo: ¡elegid la soledad buena, la soledad libre, traviesa y ligera, la cual os otorga también derecho a continuar siendo buenos en algún sentido! ¡Qué venenosos, qué arteros, qué malos hace a los hombres toda guerra prolongada que no se puede llevar a cabo utilizando abiertamente la fuerza! ¡Qué personales hace a los hombres un temor prolongado, un tener fijos los ojos largo tiempo en enemigos, en posibles enemigos!

Estos expulsados de la sociedad, estos perseguidos durante mucho tiempo, hostigados de manera perversa, también los eremitas a la fuerza, los Spinoza o los Giordano Bruno acaban siempre convirtiéndose, aunque sea bajo la mascarada más espiritual, y tal vez sin que ellos mismos lo sepan, en refinados rencorosos y envenenadores (¡exhúmese alguna vez el fundamento de la ética y de la teología de Spinoza!), para no hablar de esa majadería que es la indignación moral, la cual, en un filósofo, es el signo infalible de que ha perdido el humor filosófico. El martirio del filósofo, su «sacrificarse por la verdad», saca a luz por fuerza la parte de agitador y de comediante que se hallaba escondida dentro de él; y suponiendo que hasta ahora sólo se haya contemplado al filósofo con una curiosidad artística, puede resultar ciertamente comprensible, con respecto a más de uno de ellos, el peligroso deseo de verlo también alguna vez en su degeneración (degenerado en «mártir», en vocinglero del escenario y de la tribuna). Sólo que quien abrigue ese deseo tiene que saber con claridad qué es lo que, en todo caso, logrará ver aquí: únicamente una comedia satírica, únicamente una farsa epilogal, únicamente la permanente demostración de que la tragedia prolongada y auténtica ha terminado: presuponiendo que toda filosofía naciente haya sido una tragedia prolongada.

26

Todo hombre selecto aspira instintivamente a tener un castillo y un escondite propios donde quedar redimido de la multitud, de los muchos, de la mayoría, donde tener derecho a olvidar, puesto que él es una excepción de ella, la regla «hombre»: a excepción únicamente del caso en que un instinto aún más fuerte lo empuje derechamente hacia esa regla, como hombre de conocimiento en el sentido grande y excepcional de la expresión. Quien en el trato con los hombres no aparezca revestido, según las ocasiones, con todos los cambiantes colores de la necesidad, quien no se ponga verde y gris de náusea, de fastidio, de compasión, de melancolía, de aislamiento, ése no es ciertamente un hombre de gusto superior; mas suponiendo que no cargue voluntariamente con todo ese peso y displacer, que lo esquive constantemente y, como hemos dicho, permanezca escondido, silencioso y orgulloso, en su castillo, entonces una cosa es cierta: no está hecho, no está predestinado para el conocimiento. Pues si lo estuviera, algún día tendría que decirse «¡que el diablo se llene mi buen gusto!, ¡pero la regla es más interesante que la excepción, que yo, que soy la excepción!» y se pondría en camino hacia abajo, sobre todo «hacia dentro». El estudio del hombre medio, un estudio prolongado, serio, y, para esta finalidad, mucho disfraz, mucha superación de sí mismo, mucha familiaridad, mucha mala compañía toda compañía es mala, excepto la de nuestros iguales: esto constituye una parte necesaria de la biografía de todo filósofo, tal vez la parte más desagradable, la más maloliente, la más abundante en desilusiones. Mas si el filósofo tiene suerte, cual corresponde a un favorito del conocimiento, encontrará auténticos abreviadores y facilitadores de su tarea, me refiero a los llamados cínicos, es decir, a aquellos que reconocen sencillamente en sí el animal, la vulgaridad, la «regla», y, al hacerlo, tienen todavía el grado necesario de espiritualidad y prurito como para tener que hablar sobre sí y sobre sus iguales ante testigos: a veces se revuelcan incluso en libros como en su propio excremento. El cinismo es la única forma en que las almas vulgares rozan lo que es honestidad; y el hombre superior tiene que abrir los oídos siempre que tropiece con un cinismo bastante grosero y sutil, y felicitarse todas las veces que, justo delante de él, alcen su voz el bufón carente de pudor o el sátiro científico. Se dan incluso casos en que a la náusea se mezcla la fascinación: a saber, allí donde, por un capricho de la naturaleza, el genio va ligado a uno de esos machos cabríos y monos indiscretos, como ocurre con el Abbé [abate] Galiani, el hombre más profundo, más perspicaz y, tal vez, también el más sucio de su siglo era mucho más profundo que Voltaire y, en consecuencia, también bastante menos locuaz. Con mayor frecuencia ocurre, como ya se ha insinuado, que la cabeza científica está asentada sobre un cuerpo de mono, y un sutil entendimiento de excepción, sobre un alma vulgar, entre médicos y fisiólogos de la moral sobre todo, un caso nada raro. Y allí donde sin amargura, sino más bien despreocupadamente, hable alguien del hombre como de un vientre con dos necesidades y una cabeza con una sola; en todos los sitios donde alguien no vea, busque ni quiera ver nunca más que hambre, apetito sexual y vanidad, como si éstos fuesen los auténticos y únicos resortes de las acciones humanas; en suma, allí donde se hable «mal» (schlecht) y no sólo «perversamente» (schlimm) del hombre , el amante del conocimiento debe escuchar sutil y diligentemente, debe tener sus oídos en todos aquellos lugares en que se hable sin indignación. Pues el hombre indignado, y todo aquel que con sus propios dientes se despedaza y desgarra a sí mismo (o, en sustitución de sí mismo, al mundo, o a Dios, o a la sociedad), ése quizá sea superior, según el cálculo de la moral, al sátiro reidor y autosatisfecho, pero en todos los demás sentidos es el caso más habitual, más indiferente, menos instructivo. Y nadie miente tanto como el indignado.

27

Es difícil ser comprendido: en especial si uno piensa y vive gangasrotogati [al ritmo del Ganges] entre hombres que piensan y viven de otro modo, a saber, kurmagati [al ritmo de la tortuga] o, en el mejor de los casos, mandeikagati, «según el modo de caminar de la rana» ¿acabo de hacer todo lo posible para que resulte difícil comprenderme también a mí?, y debemos estar cordialmente reconocidos por la buena voluntad de poner cierta sutileza en la interpretación. Mas en lo que se refiere a «los buenos amigos», los cuales son siempre demasiado cómodos y creen tener, justamente por ser amigos, derecho a la comodidad: hacemos bien en concederles de antemano un espacio libre y una palestra de incomprensión:

así tenemos algo más de qué reír; o en eliminarlos del todo, a esos buenos amigos, ¡y también reír!

28

Lo que peor se deja traducir de una lengua a otra es el tempo [ritmo] de su estilo: el cual tiene su fundamento en el carácter de la raza, o, hablando fisiológicamente, en el tempo medio de su «metabolismo». Hay traducciones hechas honestamente que casi son falsificaciones, pues constituyen vulgarizamientos involuntarios del original, y ello simplemente porque no se supo traducir el tempo valiente y alegre de éste, el tempo que salta por encima de todo lo que de peligroso hay en cosas y palabras y ayuda a dejarlo de lado. El alemán es casi incapaz de usar el presto [rápido] en su lengua: por lo tanto, es lícito inferir legítimamente, también es incapaz de muchas de las más divertidas y temerarias nuances [matices] del pensamiento libre, propio de espíritus libres. Así como el buffo [bufón] y el sátiro son ajenos a su cuerpo y a su conciencia, así Aristófanes y Petronio le resultan intraducibles. Todo lo serio, pesado, solemnemente torpe, todos los géneros fastidiosos y aburridos del estilo están desarrollados entre los alemanes con abundantísima multiformidad, perdóneseme que diga, pues es un hecho, que ni siquiera la prosa de Goethe, con su mezcolanza de tiesura y gracia, constituye una excepción, ya que es reflejo de los «buenos tiempos antiguos», de los cuales forma parte, y expresión del gusto alemán en la época en que todavía existía un «gusto alemán»: el cual era un gusto rococó in moribus et artibus [en las costumbres y en las artes]. Lessing es una excepción, gracias a su naturaleza de comediante, que entendía muchas cosas y era entendido en multitud de ellas: él, que no en vano fue el traductor de Bayle y que gustaba de refugiarse en la cercanía de Diderot y Voltaire y, aún más, entre los autores de la comedia romana: también en el tempo [ritmo] amaba Lessing el librepensamiento, la huida de Alemania. Mas cómo sería capaz la lengua alemana de imitar, ni siquiera en la prosa de un Lessing, el tempo de Maquiavelo, quien en su Príncipe nos hace respirar el aire seco y fino de Florencia y no puede evitar el exponer el asunto más serio en un allegrissimo impetuoso: acaso no sin un malicioso sentimiento de artista por la antítesis que osaba llevar a cabo, los pensamientos eran largos, pesados, duros, peligrosos, y el tempo, de galope y de óptimo y traviesísimo humor. A quién, en fin, le sería lícito atreverse a realizar una traducción alemana de Petronio, el cual ha sido, más que cualquier gran músico hasta ahora, el maestro del presto, por sus invenciones, ocurrencias, palabras: ¡qué importan, a fin de cuentas, todas las ciénagas del mundo enfermo, perverso, incluso del «mundo antiguo», cuando se tiene, como él, los pies, el soplo y el aliento, la liberadora burla de un viento que pone sanas todas las cosas haciéndolas correr! Y en lo que se refiere a Aristófanes, aquel espíritu transfigurador, complementario, en razón del cual se le perdona a Grecia entera el haber existido, suponiendo que hayamos comprendido a fondo qué es todo lo que en ella precisa de perdón, de transfiguración: no sabría yo indicar cosa alguna que me haya hecho soñar más sobre el secreto de Platón y su naturaleza de esfinge que este petit fait [pequeño hecho], afortunadamente conservado: que entre las almohadas de su lecho de muerte no se encontró ninguna «biblia», nada egipcio, pitagórico, platónico, sino a Aristófanes. ¡Cómo habría soportado incluso un Platón la vida una vida griega, a la que dijo no, sin un Aristófanes!

29

Es cosa de muy pocos ser independiente: es un privilegio de los fuertes. Y quien intenta serlo sin tener necesidad, aunque tenga todo el derecho a ello, demuestra que, probablemente, es no sólo fuerte, sino temerario hasta el exceso. Se introduce en un laberinto, multiplica por mil los peligros que ya la vida comporta en sí; de éstos no es el menor el que nadie vea con sus ojos cómo y en dónde él mismo se extravía, se aísla y es despedazado trozo a trozo por un Minotauro cualquiera de las cavernas de la conciencia. Suponiendo que ese hombre perezca, esto ocurre tan lejos de la comprensión de los hombres que éstos no lo sienten ni compadecen: ¡y él no puede ya volver atrás!, ¡no puede retroceder ya tampoco a la compasión de los hombres!

30

Nuestras intelecciones supremas parecen necesariamente ¡y deben parecer! tonterías y, en determinadas circunstancias, crímenes, cuando llegan indebidamente a oídos de quienes no están hechos ni predestinados para ellas. Lo exotérico y lo esotérico, distinción ésta que se hacía antiguamente entre los filósofos, tanto entre los indios como entre los griegos, persas y musulmanes, en suma, en todos los sitios donde se creía en un orden jerárquico y no en la igualdad y en los derechos iguales, no se diferencian entre sí tanto porque el exotérico se encuentre fuera y sea desde fuera, no desde dentro, desde donde él ve, aprecia, mide y juzga las cosas:

lo más esencial es que él ve las cosas de abajo arriba, ¡el esotérico, en cambio, de arriba abajo!

Hay alturas del alma que hacen que, vista desde ellas, hasta la tragedia deje de producir un efecto trágico; y si se concentrase en unidad todo el dolor del mundo, ¿a quién le sería lícito atreverse a decidir si su aspecto induciría y forzaría necesariamente a la compasión y, de este modo, a una duplicación del dolor?... Lo que sirve de alimento o de tónico a una especie superior de hombres tiene que ser casi un veneno para una especie muy diferente de aquélla e inferior. Las virtudes del hombre vulgar significarían tal vez vicios y debilidades en un filósofo; sería posible que un hombre de alto linaje, sólo en el supuesto de que llegase a degenerar y sucumbir, adquiriese propiedades por razón de las cuales fuese necesario venerarlo desde ese momento como santo en el mundo inferior a que había descendido. Hay libros que tienen un valor inverso para el alma y para la salud, según que de ellos se sirvan el alma inferior, la fuerza vital inferior, o el alma superior y más poderosa: en el primer caso son libros peligrosos, corrosivos, disolventes, en el segundo, llamadas de heraldo que invitan a los más valientes a mostrar su valentía. Los libros para todos son siempre libros que huelen mal: el olor de las gentes pequeñas se adhiere a ellos. En los lugares donde el pueblo come y bebe, e incluso donde rinde veneración, suele heder. No debemos entrar en iglesias si queremos respirar aire puro.

31

En nuestros años jóvenes venerarnos y despreciamos careciendo aún de aquel arte de la nuance [matiz] que constituye el mejor beneficio de la vida, y, como es justo, tenemos que expiar duramente el haber asaltado de ese modo con un sí y un no a personas y a cosas. Todo está dispuesto para que el peor de todos los gustos, el gusto por lo incondicional, quede (; cruelmente burlado y profanado, hasta que el hombre aprende a poner algo de arte en sus sentimientos y, aún mejor, a atreverse a ensayar lo artificial: como hacen los verdaderos artistas de la vida. La cólera y la veneración, que son cosas propias de la juventud, parecen no reposar hasta haber falseado tan a fondo las personas y las cosas que les resulte i posible desahogarse en ellas: la juventud es ya de por sí una cosa inclinada a falsear y a engañar. Más tarde, cuando el alma joven, torturada por puras desilusiones, se vuelve por fin contra sí misma con suspicacia, siendo todavía ardiente y salvaje incluso en su suspicacia y en sus remordimientos de conciencia: ¡cómo se enoja consigo misma, cómo se despedaza impacientemente a sí misma, cómo toma venganza de su prolongada autoobcecación, cual si ésta hubiera sido una ceguera voluntaria! En este período de transición nos castigamos a nosotros mismos por desconfianza contra nuestro propio sentimiento; sometemos nuestro entusiasmo al tormento de la duda, incluso sentimos la buena conciencia como un peligro, como autodisimulo y fatiga de la honestidad más sutil, por así decirlo; y, sobre todo, tomamos partido, por principio, contra «la juventud». Un decenio más tarde: y comprendemos que también todo eso ¡continuaba siendo juventud!

32

Durante el período más largo de la historia humana se lo llama la época prehistórica el valor o el no valor de una acción fueron derivados de sus consecuencias: ni la acción en sí ni tampoco su procedencia eran tomadas en consideración, sino que, de manera parecida a como todavía hoy en China un honor o un oprobio rebotan desde el hijo a sus padres, así entonces era la fuerza retroactiva del éxito o del fracaso lo que inducía a los hombres a pensar bien o mal de una acción. Denominemos a este período el período premoral de la humanidad: el imperativo «¡conócete a ti mismo!» era entonces todavía desconocido. En los últimos diez milenios, por el contrario, se ha llegado paso a paso tan lejos en algunas grandes superficies de la tierra que ya no son las consecuencias, sino la procedencia de la acción, lo que dejamos que decida sobre el valor de ésta: esto representa, en conjunto, un gran acontecimiento, un considerable refinamiento de la visión y del criterio de medida, la repercusión inconsciente del dominio de valores aristocráticos y de la fe en la «procedencia», el signo distintivo de un período al que es lícito denominar, en sentido estricto, período moral: la primera tentativa de conocerse a sí mismo queda así hecha. En lugar de las consecuencias, la procedencia: ¡qué inversión de la perspectiva! ¡Y, con toda seguridad, una inversión conquistada tras prolongadas luchas y vacilaciones! Desde luego: una funesta superstición nueva, una peculiar estrechez de la interpretación lograron justo por esto conquistar el dominio: se interpretó la procedencia de una acción, en el sentido más preciso del término, como procedencia derivada de una intención; se acordó creer que el valor de una acción reside en el valor de su intención. La intención, considerada como procedencia y prehistoria enteras de una acción: bajo este prejuicio se ha venido alabando, censurando, juzgando, también filosofando, casi hasta nuestros días. ¿No habríamos arribado nosotros hoy a la necesidad de resolvernos a realizar, una vez más, una inversión y un desplazamiento radical de los valores, gracias a una autognosis y profundización renovadas del hombre, no nos hallaríamos nosotros en el umbral de un período que, negativamente, habría que calificar por lo pronto de extramoral hoy, cuando al menos entre nosotros los inmoralistas alienta la sospecha de que el valor decisivo de una acción reside justo en aquello que en ella es nointencionado, y de que toda su intencionalidad, todo lo que puede ser visto, sabido, conocido «conscientemente» por la acción, pertenece todavía a su superficie y a su piel, la cual, como toda piel, delata algunas cosas, pero oculta más cosas todavía? En suma, nosotros creemos que la intención es sólo un signo y un síntoma que precisan de interpretación, y, además, un signo que significa demasiadas cosas y que, en consecuencia, por sí solo no significa casi nada, creemos que la moral, en el sentido que ha tenido hasta ahora, es decir, la moral de las intenciones, ha sido un prejuicio, una precipitación, una provisionalidad acaso, una cosa de rango parecido al de la astrología y la alquimia, pero en todo caso algo que tiene que ser superado.

La superación de la moral, y en cierto sentido incluso la autosuperación de la moral: acaso sea éste el nombre para designar esa labor prolongada y secreta que ha quedado reservada a las más sutiles y honestas, también a las más maliciosas de las conciencias de hoy, por ser éstas vivientes piedras de toque del alma.

33

No queda remedio: es necesario exigir cuentas y someter a juicio despiadadamente a los sentimientos de abnegación, de sacrificio por el prójimo, a la entera moral de la renuncia a sí: y hacer lo mismo con la estética de la «contemplación desinteresada», bajo la cual un arte castrado intenta crearse hoy, de manera bastante seductora, una buena conciencia. Hay demasiado encanto y azúcar en esos sentimientos de «por los otros», de «no por mí», como para que no fuera necesario volvernos aquí doblemente desconfiados y preguntar: «¿No se trata quizá de seducciones?» El hecho de que esos sentimientos agraden a quien los tiene, y a quien saborea sus frutos, también al mero espectador, no constituye aún un argumento a favor de ellos, sino que incita cabalmente a la cautela. ¡Seamos, pues, cautos!

34

Cualquiera que sea la posición filosófica que adoptemos hoy: mirando desde cualquier lugar, la erroneidad del mundo en que creemos vivir es lo más seguro y firme de todo aquello de que nuestros ojos pueden todavía adueñarse: a favor de esto encontramos razones y más razones que querrían inducirnos a conjeturar que existe un principio engañador en la «esencia de las cosas». Mas quien hace responsable a nuestro pensar mismo, es decir, a «el espíritu», de la falsedad del mundo honorable escapatoria a que recurre todo consciente o inconsciente advocatus dei [abogado de Dios] : quien considera que este mundo, así como el espacio, el tiempo, la figura, el movimiento, son inferencias falsas: ése tendría al menos un buen motivo para aprender por fin a desconfiar de todo pensar: ¿no nos habría venido jugando el pensar hasta ahora la peor pasada de todas?, ¿y qué garantía habría de que no continuará haciendo lo que siempre ha hecho? Con toda seriedad: la inocencia de los pensadores tiene algo que resulta conmovedor y que inspira respeto, y esa inocencia les permite continuar encarándose aún hoy a la consciencia con el ruego de que les dé respuestas honestas: por ejemplo, si ella, la consciencia, es «real», y por qué en realidad está tan decidida a no saber nada del mundo exterior, y otras preguntas del mismo género. La creencia en «certezas inmediatas» es una ingenuidad moral que nos honra a nosotros los filósofos: pero ¡nosotros no debemos ser hombres «sólo morales»! ¡Prescindiendo de la moral, esa creencia es una estupidez que nos honra poco! Aunque en la vida burguesa se considere que la desconfianza siempre a punto es signo de «mal carácter» y, en consecuencia, una falta de inteligencia: aquí entre nosotros, más allá del mundo burgués, y de su sí y su no, qué nos impediría ser poco inteligentes y decir: el filósofo tiene derecho al «mal carácter», pues es el ser que hasta ahora ha sido más burlado siempre en la tierra, el filósofo tiene hoy el deber de desconfiar, de mirar maliciosamente de reojo desde todos los abismos de la sospecha. Perdóneseme la broma de esta caricatura y este giro sombríos: pues precisamente yo mismo he aprendido hace ya mucho tiempo a pensar de otro modo, a juzgar dé otro modo sobre el engañar y el ser engañado, y tengo preparados al menos un par de empellones para la ciega rabia con que los filósofos se resisten a ser engañados. ¿Por qué no? Que la verdad sea más valiosa que la apariencia, eso no es más que un prejuicio moral; es incluso la hipótesis peor demostrada que hay en el mundo. Confesémonos al menos una cosa: no existiría vida alguna a no ser sobre la base de apreciaciones y de apariencias perspectivistas; y si alguien, movido por la virtuosa exaltación y majadería de más de un filósofo, quisiera eliminar del todo el «mundo aparente», entonces, suponiendo que vosotros pudierais hacerlo, ¡tampoco quedaría ya nada de vuestra «verdad»! Sí, ¿qué es lo que nos fuerza a suponer que existe una antítesis esencial entre «verdadero» y «falso»? ¿No basta con suponer grados de apariencia y, por así decirlo, sombras y tonos generales, más claros y más oscuros, de la apariencia, valeurs [valores] diferentes, para decirlo en el lenguaje de los pintores? ¿Por qué el mundo que nos concierne en algo no iba a ser una ficción? Y a quien aquí pregunte: «¿es que de la ficción no forma parte un autor?», ¿no sería lícito responderle francamente: por qué? ¿Acaso ese «forma parte» no forma parte de la ficción? ¿Es que no está permitido ser ya un poco irónico con el sujeto, así corno con el predicado y el complemento? ¿No le sería lícito al filósofo elevarse por encima de la credulidad en la gramática? Todo nuestro respeto por las gobernantas: ¿mas no sería hora de que la filosofía apostatase de la fe en las gobernantas?

35

¡Oh Voltaire! ¡Oh humanitarismo! ¡Oh imbecilidad! La «verdad», la búsqueda de la verdad, son cosas difíciles; y si el hombre se comporta aquí de un modo demasiado humano il ne cherche le vrai que pour faire de bien [no busca la verdad más que para hacer el bien], ¡apuesto a que no encuentra nada!

36

Suponiendo que lo único que esté «dado» realmente sea nuestro mundo de apetitos y pasiones, suponiendo que nosotros no podamos descender o ascender a ninguna otra «realidad» más que justo a la realidad de nuestros instintos, pues pensar es tan sólo un relacionarse esos instintos entre sí : ¿no está permitido realizar el intento y hacer la pregunta de si eso dado no basta para comprender también, partiendo de lo idéntico a ello, el denominado mundo mecánico (o «material»)? Quiero decir, concebir este mundo no como una ilusión, una «apariencia», una «representación» (en el sentido de Berkeley y Schopenhauer), sino como algo dotado de idéntico grado de realidad que el poseído por nuestros afectos, como una forma más tosca del mundo de los afectos, en la cual está aún englobado en una poderosa unidad todo aquello que luego, en el proceso orgánico, se ramifica y se configura (y también, como es obvio, se atenúa y debilita), como una especie de vida instintiva en la que todas las funciones orgánicas, la autorregulación, la asimilación, la alimentación, la secreción, el metabolismo, permanecen aún sintéticamente ligadas entre sí, como una forma previa de la vida? En última instancia, no es sólo que esté permitido hacer ese intento: es que, visto desde la conciencia del método, está mandado. No aceptar varias especies de causalidad mientras no se haya llevado hasta su límite extremo (hasta el absurdo, dicho sea con permiso) el intento de bastarnos con una sola: he ahí una moral del método a la que hoy no es lícito sustraerse; es algo que se sigue «de su definición», como diría un matemático. En último término, la cuestión consiste en si nosotros reconocemos que la voluntad es realmente algo que actúa, en si nosotros creemos en la causalidad de la voluntad: si lo creemos y en el fondo la creencia en esto es cabalmente nuestra creencia en la causalidad misma, entonces tenemos que hacer el intento de considerar hipotéticamente que la causalidad de la voluntad es la única. La «voluntad», naturalmente, no puede actuar más que sobre la «voluntad» y no sobre «materias» (no sobre «nervios», por ejemplo): en suma, hay que atreverse a hacer la hipótesis de que, en todos aquellos lugares donde reconocemos que hay «efectos», una voluntad actúa sobre otra voluntad, de que todo acontecer mecánico, en la medida en que en él actúa una fuerza, es precisamente una fuerza de la voluntad, un efecto de la voluntad. Suponiendo, finalmente, que se consiguiese explicar nuestra vida instintiva entera como la ampliación y ramificación de una única forma básica de voluntad, a saber, de la voluntad de poder, como dice mi tesis ; suponiendo que fuera posible reducir todas las funciones orgánicas a esa voluntad de poder, y que se encontrase en ella también la solución del problema de la procreación y nutrición es un único problema , entonces habríamos adquirido el derecho a definir inequívocamente toda fuerza agente como: voluntad de poder. El mundo visto desde dentro, el mundo definido y designado en su «carácter inteligible», sería cabalmente «voluntad de poder» y nada más.

37

«¿Cómo? ¿No significa esto, para hablar de manera popular: está refutado Dios, pero no el diablo?» ¡Al contrario! ¡Al contrario, amigos míos! Y, ¡qué diablos!, ¡quién os obliga a vosotros a hablar de manera popular!

38

Lo mismo que ha ocurrido todavía últimamente, a plena luz de los tiempos modernos, con la Revolución francesa, esa farsa horrible y, vista desde cerca, superflua, dentro de la cual, sin embargo, los espectadores nobles y exaltados de toda Europa que la veían desde lejos han venido proyectando durante mucho tiempo y de manera muy apasionada la interpretación de sus propias indignaciones y entusiasmos, hasta que el texto desapareció bajo la interpretación: también podría ocurrir que una posteridad noble malentendiese alguna vez el pasado entero y acaso de ese modo hiciese tolerable por vez primera su aspecto. O más bien: ¿no ha ocurrido ya eso?, ¿no hemos sido nosotros mismos esa «posteridad noble»? ¿Y cabalmente ahora, en la medida en que nosotros nos damos cuenta de ello, no es eso ya cosa pasada?

39

Nadie tendrá fácilmente por verdadera una doctrina tan sólo porque ésta haga felices o haga virtuosos a los hombres: exceptuados, acaso, los queridos «idealistas», que se entusiasman con lo bueno, lo verdadero, lo bello, y que hacen nadar mezcladas en su estanque todas las diversas especies de multicolores, burdas y bonachonas idealidades. La felicidad y la virtud no son argumentos. Pero a la gente, también a los espíritus reflexivos, le gusta olvidar que el hecho de que algo haga infelices y haga malvados a los hombres no es tampoco un argumento en contra. Algo podría ser verdadero: aunque resultase perjudicial y peligroso en grado sumo; podría incluso ocurrir que el que nosotros perezcamos a causa de nuestro conocimiento total formarse parte de la constitución básica de la existencia, de tal modo que la fortaleza de un espíritu se mediría justamente por la cantidad de «verdad» que soportase o, dicho con más claridad, por el grado en que necesitase que la verdad quedase diluida, encubierta, edulcorada, amortiguada, falseada. Pero no cabe ninguna duda de que, para descubrir ciertas partes de la verdad, los malvados y los infelices están mejor dotados y tienen mayor probabilidad de obtener éxito; para no hablar de los malvados que son felices, species que los moralistas pasan en silencio. Para la génesis del espíritu y filósofo fuerte, independiente, acaso la dureza y la astucia proporcionen condiciones más favorables que no aquella bonachonería suave, fina, complaciente, y aquel arte de tomar todo a la ligera, cosas ambas que la gente aprecia, y aprecia con razón, en un docto. Presuponiendo, y esto es algo previo, que no se restrinja el concepto de «filósofo» al filósofo que escribe libros ¡o que incluso lleva su filosofía a los libros! A la imagen del filósofo de espíritu libre Stendhal agrega un último rasgo que yo no quiero dejar de subrayar en razón del gusto alemán: pues ese rasgo va contra el gusto alemán. Pour étre bon philosophe dice este último psicólogo grande il faut étre sec, clarr, sans illusion. Un banqueer, qui a fait fortune, a une partie du caractere requis pour faire des découvertes en philosophie, c'estiádire pour voir clarr dans ce qui est [Para ser un buen filósofo hace falta ser seco, claro, sin ilusiones. Un banquero que haya hecho fortuna posee una parte del carácter requerido para hacer descubrimientos en filosofía, es decir, para ver claro en lo que es].

40

Todo lo que es profundo ama la máscara; las cosas más profundas de todas sienten incluso odio por la imagen y el símil. ¿No sería la antítesis tal vez el disfraz adecuado con que caminaría el pudor de un dios? Es ésta una pregunta digna de ser hecha: sería extraño que ningún místico se hubiera atrevido aún a hacer algo así consigo mismo. Hay acontecimientos de especie tan delicada que se obra bien al recubrirlos y volverlos irreconocibles con una grosería; hay acciones realizadas por amor y por una magnanimidad tan desbordante que después de ellas nada resulta más aconsejable que tomar un bastón y apalear de firme al testigo de vista: a fin de ofuscar su memoria. Más de uno es experto en ofuscar y maltratar a su propia memoria, para vengarse al menos de ese único enterado: el pudor es rico en invenciones. No son las cosas peores aquellas de que más nos avergonzamos: no es sólo perfidia lo que se oculta detrás de una máscara, hay mucha bondad en la astucia. Yo podría imaginarme que Un hombre que tuviera que ocultar algo precioso y frágil rodase por la vida grueso y redondo como un verde y viejo tonel de vino, de pesados aros: así lo quiere la sutileza de su pudor. A un hombre que posea profundidad en el pudor también sus destinos, así como sus decisiones delicadas, le salen al encuentro en caminos a los cuales pocos llegan alguna vez y cuya existencia no les es lícito conocer ni a sus más próximos e íntimos: a los ojos de éstos queda oculto el peligro que corre su vida, así como también su reconquistada seguridad vital. Semejante escondido, que por instinto emplea el hablar para callar y silenciar, y que es inagotable en escapar a la comunicación, quiere y procura que sea una máscara suya lo que circule en lugar de él por los corazones y cabezas de sus amigos; y suponiendo que no lo quiera, algún día se le abrirán los ojos y verá que, a pesar de todo, hay allí una máscara suya, y que es bueno que así sea. Todo espíritu profundo necesita una máscara: aún más, en torno a todo espíritu profundo va creciendo continuamente una máscara, gracias a la interpretación constantemente falsa, es decir, superficial, de toda palabra, de todo paso, de toda señal de vida que él da.

41

Tenemos que darnos a nosotros mismos nuestras pruebas de que estamos destinados a la independencia y al mando; y hacer esto a tiempo. No debernos eludir nuestras pruebas, a pesar de que acaso sean ellas el juego más peligroso que quepa jugar y sean, en última instancia, sólo pruebas que exhibimos ante nosotros mismos como testigos, y ante ningún otro juez. No quedar adheridos a ninguna persona: aunque sea la más amada, toda persona es una cárcel, y también un rincón. No quedar adheridos a ninguna patria: aunque sea la que más sufra y la más necesitada de ayuda, menos difícil resulta desvincular nuestro corazón de una patria victoriosa. No quedar adheridos a ninguna compasión: aunque se dirigiese a hombres superiores, en cuyo raro martirio y desamparo un azar ha hecho que fijemos nosotros la mirada. No quedar adheridos a ninguna ciencia: aunque nos atraiga hacia sí con los descubrimientos más preciosos, al parecer reservados precisamente a nosotros. No quedar adheridos a nuestro propio desasimiento, a aquella voluptuosa lejanía y extranjería del pájaro que huye cada vez más lejos hacia la altura, a fin de ver cada vez más cosas por debajo de sí: peligro del que vuela. No quedar adheridos a nuestras virtudes ni convertirnos, en cuanto totalidad, en víctima de cualquiera de nuestras singularidades, por ejemplo de nuestra «hospitalidad»: ése es el peligro de los peligros para las almas de elevado linaje y ricas, las cuales se tratan a sí mismas con prodigalidad, casi con indiferencia, y llevan tan lejos la virtud de la liberalidad que la convierten en un vicio. Hay que saber reservarse: ésta es la más fuerte prueba de independencia.

42

Un nuevo género de filósofos está apareciendo en el horizonte: yo me atrevo a bautizarlos con un nombre no exento de peligros. Tal como yo los adivino, tal como ellos se dejan adivinar pues forma parte de su naturaleza el querer seguir siendo enigmas en algún punto, esos filósofos del futuro podrían ser llamados con razón, acaso también sin razón, tentadores. Este nombre mismo es, en última instancia, sólo una tentativa y, si se quiere, una tentación.

43

¿Son, esos filósofos venideros, nuevos amigos de la «verdad»? Es bastante probable: pues todos los filósofos han amado hasta ahora sus verdades. Mas con toda seguridad no serán dogmáticos. A su orgullo, también a su gusto, tiene que repugnarles el que su verdad deba seguir siendo una verdad para cualquiera: cosa que ha constituido hasta ahora ~el oculto deseo y el sentido recóndito de todas las aspiraciones dogmáticas.

«Mi juicio es mi juicio: no es fácil que también otro tenga derecho a él» dice. tal vez ese filósofo del futuro. Hay que apartar de nosotros el mal gusto de querer coincidir con muchos. «Bueno» no es ya bueno cuando el veneno toma esa palabra en su boca. ¡Y cómo podría existir un «bien común»! La expresión se contradice así misma: lo que puede ser común tiene siempre poco valor`. En última instancia, las cosas tienen que ser tal como son y tal como han sido siempre: las grandes cosas están reservadas a los grandes, los abismos, a los profundos, las delicadezas y estremecimientos, a los sutiles, y, en general, y dicho brevemente, todo lo raro, a los raros.

44

¿Necesito decir expresamente, después de todo esto, que esos filósofos del futuro serán también espíritus libres, muy libres, con la misma seguridad con que no serán tampoco meros espíritus libres, sino algo más, algo más elevado, más grande y más radicalmente distinto, que no quiere que se lo malentienda ni confunda con otras cosas? Pero al decir esto siento para con ellos, casi con igual fuerza con que lo siento para con nosotros, ¡nosotros que somos sus heraldos y precursores, nosotros los espíritus libres! el deber de disipar y alejar conjuntamente de nosotros un viejo y estúpido prejuicio y malentendido que, cual una niebla, ha vuelto impenetrable durante demasiado tiempo el concepto de «espíritu libre». En todos los países de Europa, y asimismo en América, hay ahora gente que abusa de ese nombre, una especie de espíritus muy estrecha, muy prisionera, muy encadenada, que quieren aproximadamente lo contrario de lo que está en nuestras intenciones e instintos, para no hablar de que, por lo que respecta a esos filósofos nuevos que están emergiendo en el horizonte, ellos tienen que ser ventanas cerradas y puertas con el cerrojo corrido. Para decirlo pronto y mal, niveladores es lo que son esos falsamente llamados «espíritus libres» como esclavos elocuentes y plumíferos que son del gusto democrático y de sus «ideas modernas»: todos ellos son hombres carentes de soledad, de soledad propia, torpes y bravos mozos a los que no se les debe negar ni valor ni costumbres respetables, sólo que son, cabalmente, gente no libre y ridículamente superficial, sobre todo en su tendencia básica a considerar que las formas de la vieja sociedad existente hasta hoy son más o menos la causa de toda miseria y fracaso humanos: ¡con lo cual la verdad viene a quedar felizmente cabeza abajo! A lo que ellos querrían aspirar con todas sus fuerzas es a la universal y verde felicidad prado del rebaño, llena de seguridad, libre de peligro, repleta de bienestar y de facilidad de vivir para todo el mundo: sus dos canciones y doctrinas más repetidamente canturreadas se llaman «, igualdad de derechos» y «compasión con todo lo que sufre» y el sufrimiento mismo es considerado por ellos como algo que hay que eliminar. Nosotros los opuestos a ellos, que hemos abierto nuestros ojos y nuestra conciencia al problema de en qué lugar y de qué modo ha venido hasta hoy la planta «hombre» creciendo de la manera más vigorosa hacia la altura, opinamos que esto ha ocurrido siempre en condiciones opuestas, opinamos que, para que esto se realizase, la peligrosidad de su situación tuvo que aumentar antes de manera gigantesca, que su energía de invención y de simulación (su «espíritu») tuvo que desarrollarse, bajo una presión y una coacción prolongadas, hasta convertirse en algo sutil y temerario, que su voluntad de vivir tuvo que intensificarse hasta llegar a la voluntad incondicional de poder: nosotros opinamos que dureza, violencia, esclavitud, peligro en la calle y en los corazones, ocultación, estoicismo, arte de tentador y diabluras de toda especie, que todo lo malvado, terrible, tiránico, todo lo que de animal rapaz y de serpiente hay en el hombre sirve a la elevación de la especie «hombre» tanto como su contrario: y cuando decimos tan sólo eso no decimos siquiera bastante, y, en todo caso, con nuestro hablar y nuestro callar en este lugar nos encontramos en el otro extremo de toda ideología moderna y de todos los deseos gregarios: ¿siendo sus antípodas acaso? ¿Cómo puede extrañar que nosotros los «espíritus libres» no seamos precisamente los espíritus más comunicativos?, ¿que no deseemos delatar en todos los aspectos de qué es de lo que un espíritu puede liberarse y cuál es el lugar hacia el que quizá se vea empujado entonces? Y en lo que se refiere a la peligrosa fórmula «más allá del bien y del mal», con la cual evitamos al menos ser confundidos con otros: nosotros somos algo distinto de los librespenseurs, liberi pensatori, Freidenker [librepensadores], o como les guste denominarse a todos esos bravos abogados de las «ideas modernas». Hemos tenido nuestra casa, o al menos nuestra hospedería, en muchos países del espíritu; hemos escapado una y otra vez de los enmohecidos y agradables rincones en que el amor y el odio preconcebidos, la juventud, la ascendencia, el azar de hombres y libros, e incluso las fatigas de la peregrinación parecían confinarnos; estamos llenos de malicia frente a los halagos de la dependencia que yacen escondidos en los honores, o en el dinero, o en los cargos, o en los arrebatos de los sentidos; incluso estamos agradecidos a la pobreza y a la variable enfermedad, porque siempre nos desasieron de una regla cualquiera y de su «prejuicio», agradecidos a Dios, al diablo, a la oveja y gusano que hay en nosotros, curiosos hasta el vicio, investigadores hasta la crueldad, dotados de dedos sin escrúpulos para asir lo inasible, de dientes y estómagos para digerir lo indigerible, dispuestos a todo oficio que exija perspicacia y sentidos agudos, prontos a toda osadía, gracias a una sobreabundancia de «voluntad libre», dotados de prealmas y postalmas en cuyas intenciones últimas no le es fácil penetrar a nadie con su mirada, cargados de prerazones y postrazones que a ningún pie le es lícito recorrer hasta el final, ocultos bajo los mantos de la luz, conquistadores aunque parezcamos herederos y derrochadores, clasificadores y coleccionadores desde la mañana a la tarde, avaros de nuestras riquezas y de nuestros cajones completamente llenos, parcos en el aprender y olvidar, hábiles en inventar esquemas, orgullosos a veces de tablas de categorías, a veces pedantes, a veces búhos del trabajo, incluso en pleno día; y, si es preciso, incluso espantapájaros, y hoy es preciso, a saber: en la medida en que nosotros somos los amigos natos, jurados y celosos de la soledad, de nuestra propia soledad, la más honda, la más de media noche, la más de medio día: ¡esa especie de hombres somos nosotros, nosotros los espíritus libres!, ¿y tal vez también vosotros sois algo de eso, vosotros los que estáis viniendo?, ¿vosotros los nuevos filósofos?

SECCIÓN TERCERA

El ser religioso

45

El alma humana y sus confines, el ámbito de las experiencias humanas internas alcanzado en general hasta ahora, las alturas, profundidades y lejanías de esas experiencias, la historia entera del alma hasta este momento y sus posibilidades no apuradas aún: ése es, para un psicólogo nato y amigo de la «caza mayor», el terreno de caza predestinado. Mas con cuánta frecuencia tiene que decirse desesperado: «¡uno solo!, ¡ay, nada más que uno!, ¡y este gran bosque, esta selva virgen!» Y por ello desea tener unos centenares de monteros y sabuesos finos y doctos que poder lanzar tras la historia del alma humana y cobrar en ella su pieza.

En vano: una y otra vez hace la comprobación radical y amarga de que es difícil encontrar auxiliares y perros para todas las cosas que precisamente excitan su curiosidad. El inconveniente con que se tropieza al enviar doctos a terrenos de caza nuevos y peligrosos, en los cuales se precisan valor, inteligencia, sutileza en todos los sentidos, consiste en que aquéllos dejan de ser utilizables precisamente allí donde comienza la «caza mayor», pero también el peligro mayor: cabalmente allí pierden ellos sus ojos y su hocico de sabuesos. Para adivinar y averiguar, por ejemplo, cuál es la historia que el problema de la ciencia y de la conciencia ha tenido hasta ahora en el alma de los homines religiosi [hombres religiosos] sería necesario tal vez ser uno mismo tan profundo, estar tan herido, ser tan inmenso como lo fue y estuvo la conciencia intelectual de Pascal: y luego continuaría haciendo falta siempre aquel cielo desplegado de espiritualidad luminosa, maliciosa, capaz de dominar, ordenar, reducir a fórmulas desde arriba ese hervidero de vivencias peligrosas y dolorosas. ¡Pero quién me prestaría a mí ese servicio! ¡Y quién tendría tiempo de aguardar a tales servidores! ¡Es evidente que brotan demasiado raramente, son muy improbables en todas las épocas!

En última instancia, uno tiene que hacerlo todo por sí mismo para saber algunas cosas: es decir, ¡uno tiene mucho que hacer! Pero una curiosidad como la mía (no deja de ser el más agradable de todos los vicios, ¡perdón!, he querido decir: el amor a la verdad tiene su recompensa en el cielo y ya en la tierra.

46

Esa fe que el primer cristianismo exigió y no raras veces alcanzó, en medio de un mundo de escépticos y librepensadores meridionales que tenía detrás de sí y dentro de sí una lucha secular de escuelas filosóficas, a lo que hay que añadir la educación para la tolerancia que daba el Imperium Romam [Imperio Romano], esa fe no es aquella cándida y ceñuda fe de súbditos con la cual se apegaron a su Dios y a su cristianismo, por ejemplo, un Lutero o un Cromwell o cual otro nórdico bárbaro del espíritu; antes bien, era ya aquella fe de Pascal, que se parece de manera horrible a un continuo suicidio de la razón, de una razón tenaz, longeva, parecida a un gusano, que no se deja matar de una sola vez y con un solo golpe. La fe cristiana es, desde el principio, sacrificio: sacrificio de toda libertad, de todo orgullo, de toda autocerteza del espíritu; a la vez, sometimiento y escarnio de sí mismo, mutilación de sí mismo. Hay crueldad y hay fenicismo religioso en esa fe, exigida a una conciencia reblandecida, compleja y muy mimada: su presupuesto es que la sumisión del espíritu causa un dolor indescriptible, que el pasado entero y los hábitos todos de semejante espíritu se oponen a ese absurdissimum [cosa totalmente absurda] que se le presenta como «fe». Los hombres modernos, con su embotamiento para toda la nomenclatura cristiana, no sienten ya la horrorosa superlatividad que había para un gusto antiguo en la paradoja de la fórmula «Dios en la cruz». Nunca ni en ningún lugar había existido hasta ese momento una audacia igual en invertir las cosas, nunca ni en ningún lugar se había dado algo tan terrible, interrogativo y problemático como esa fórmula: ella prometía una transvaloración de todos los valores antiguos. El Oriente, el Oriente profundo, el esclavo oriental fueron los que de esa manera se vengaron de Roma y de su aristocrática y frívola tolerancia, del «catolicismo» romano de la fe: y no fue nunca la fe, sino la libertad frente a la fe, aquella semiestoica y sonriente despreocupación frente a la seriedad de la fe lo que sublevaba a los esclavos en sus señores, contra sus señores. La «ilustración» subleva: en efecto, el esclavo quiere lo incondicional, comprende sólo lo tiránico, también en la moral, ama igual que odia, sin nuance [matiz], a fondo, hasta el dolor, hasta la enfermedad, su mucho y escondido sufrimiento se subleva contra el gusto aristocrático, que parece negar el sufrimiento. El escepticismo con respecto al sufrimiento, que en el fondo es tan sólo un rasgo afectado de la moral aristocrática, ha contribuido no poco a la génesis de la última gran rebelión de esclavos, comenzada con la Revolución francesa.

47

Dondequiera que ha aparecido hasta ahora en la tierra la neurosis religiosa, la encontramos ligada a tres peligrosas prescripciones dietéticas: soledad, ayuno y abstinencia sexual, pero sin que aquí sea posible decidir con seguridad cuál es la causa y cuál es el efecto, y si en absoluto hay aquí una relación de causa y efecto. Lo que autoriza esta última duda es el hecho de que cabalmente uno de los síntomas más regulares de esa neurosis, tanto en los pueblos salvajes como en los domesticados, es también la lascivia más súbita y desenfrenada, la cual se transforma luego, de modo igualmente súbito, en convulsiones de penitencia y en una negación del mundo y de la voluntad: ¿ambas cosas serían interpretables acaso como epilepsia enmascarada? Pero en ningún otro lugar deberíamos abstenernos tanto de las interpretaciones como aquí: no hay ningún tipo en torno al cual haya proliferado hasta ahora tal multitud de absurdos y supersticiones, ningún otro tipo parece haber interesado más, hasta este momento, a los hombres, incluso a los filósofos, sería hora de mostrarse un poco frío precisamente aquí, de aprender cautela o, mejor todavía, de apartar los ojos, de alejarse de aquí. En el trasfondo de la última filosofía que ha aparecido, la schopenhaueriana, encuéntrase aún, constituyendo casi el problema en sí, ese espantoso signo de interrogación que son la crisis y el despertar religiosos. ¿Cómo es posible la negación de la voluntad?, ¿cómo es posible el santo? ésta parece haber sido realmente la pregunta gracias a la cual se hizo filósofo Schopenhauer y por la que comenzó. Y de este modo fue una consecuencia genuinamente schopenhaueriana que su secuaz más convencido (acaso también el último, en lo que a Alemania se refiere), es decir, Richard Wagner, finalizase justamente ahí la obra de toda su vida y acabase sacando a escena, en la figura de Kundry, ese tipo terrible y eterno, tipe vécu [tipo vivido], en carne y hueso; en la misma época en que los médicos alienistas de casi todos los países de Europa tenían ocasión de estudiarlo de cerca, en todos los lugares en que la neurosis religiosa o, según lo llamo yo, «el ser religioso» tuvo en el «Ejército de Salvación» su última irrupción y aparición epidémicas.

Si se pregunta, sin embargo, qué es en realidad lo que en el fenómeno entero del santo ha resultado tan irresistiblemente interesante a los hombres de toda índole y de todo tiempo, también a los filósofos: eso es, sin ninguna duda, la apariencia de milagro que lleva consigo, es decir, la apariencia de una inmediata sucesión de antítesis, de estados psíquicos de valoración moral antitética: se creía aferrar aquí con las manos el hecho de que de un «hombre malo» surgía de repente un «santo», un hombre bueno. La psicología habida hasta ahora ha naufragado en este punto: ¿y no habrá ocurrido esto principalmente porque ella se había colocado bajo el dominio de la moral, porque ella misma creía en las antítesis morales de los valores, y proyectaba tales antítesis sobre la visión, sobre la lectura, sobre la interpretación del texto y del hecho?

¿Cómo? ¿Sería el «milagro» tan sólo un error de interpretación? ¿Una carencia de filología?

48

Parece que a las razas latinas su catolicismo les es más íntimo y propio que el cristianismo entero en general a nosotros los hombres del Norte: y que, en consecuencia, la incredulidad en los países católicos ha de significar algo totalmente distinto que en los países protestantes a saber, una especie de sublevación contra el espíritu de la raza, mientras que en nosotros es más bien un retorno al espíritu (o falta de espíritu) de la raza. Nosotros los hombres del Norte provenimos indudablemente de razas bárbaras, también en lo que se refiere a nuestras dotes para la religión: nosotros estamos mal dotados para la religión. Es lícito hacer una excepción con los celtas, los cuales han proporcionado por ello también el mejor terreno para la recepción de la infección cristiana en el Norte: en Francia es donde el ideal cristiano ha llegado a su pleno florecimiento, en la medida en que el pálido sol del Norte lo ha permitido. ¡Cuán extrañamente piadosos continúan siendo para nuestro gusto incluso esos últimos escépticos franceses, en la medida en que hay en su ascendencia algo de sangre celta! ¡Qué olor tan católico, tan noalemán tiene para nosotros la sociología de Auguste Comte, con su lógica romana de los instintos! ¡Qué olor jesuítico desprende aquel amable e inteligente cicerone de PortRoyal, SainteBeuve, a pesar de toda su hostilidad contra los jesuitas! Y el propio Ernest Renan: ¡cuán inaccesible nos resulta a nosotros los hombres del Norte el lenguaje de ese Renan, en el que, a cada instante, una pizca cualquiera de tensión religiosa hace perder el equilibrio a su alma, alma voluptuosa en el sentido refinado y amante de la comodidad! Basta con repetir tras él estas bellas frases suyas, ¡y cuánta malicia y petulancia se agitan enseguida, como respuesta, en nuestra alma, probablemente menos bella y más dura, es decir, más alemana! disons donc hardiment que la religion est un produit de l'homme normal, que l'homme est le plus dans le vrai quand il est le plus religieux et le plus assuré d'une destinée infinie... C'est quand il est bon qu'il veut que la vertu corresponde á un ordre éternel, c'est quand il contemple les choses d'unemaniere désintéressée qu'il trouve la mort révoltante et absurde. Comment ne pas supposer que c'est dans ces momentslá, que l'homme voit le mieux?... [digamos, pues, resueltamente que la religión es un producto del hombre normal, que el hombre está tanto más en lo verdadero cuanto más religioso es y cuanto más seguro está de un destino infinito... Cuando es bueno, quiere que la virtud corresponda a un orden eterno; cuando contempla las cosas de una manera desinteresada, encuentra que la muerte es indignante y absurda. ¿Cómo no suponer que es en estos momentos cuando el hombre ve mejor?]. Estas frases son tan antipódicas de mis oídos y de mis hábitos que, cuando las encontré, mi primer movimiento de cólera escribió al margen: la niaiserie religieuse par excellence! [¡la bobería religiosa por excelencia!] ¡hasta que mi último movimiento de rabia terminó por hacérmelas gratas, esas frases, con su verdad puesta cabeza abajo! ¡Resulta tan exquisito, tan distinguido, tener antípodas propios!

49

Lo que nos deja asombrados en la religiosidad de los antiguos griegos es la indómita plenitud de agradecimiento que de ella brota: ¡es una especie muy aristocrática de hombre la que adopta esa actitud ante la naturaleza y ante la vida! Más tarde, cuando la plebe alcanza la preponderancia en Grecia, prolifera el temor también en la religión; y el cristianismo se estaba preparando.

50

La pasión por Dios: de ella hay especies rústicas, cándidas e importunas, así la de Lutero, el protestantismo entero carece de la delicatezza [delicadeza] meridional. En ella hay ese oriental estarfueradesí que se presenta en un esclavo inmerecidamente agraciado o elevado, por ejemplo en San Agustín, el cual carece, de una manera ofensiva, de toda aristocracia de gestos y de deseos. En ella hay una delicadeza y concupiscencia femeninas que aspiran de manera púdica e ignorante a una unio mystica et physica [unión mística y física], como ocurre en Madame de Guyon 5°. En muchos casos la citada pasión aparece, bastante curiosamente, como disfraz de la pubertad de una muchacha o de un joven; a veces incluso como histeria de una solterona, y también como la última ambición de ésta: ya varias veces la Iglesia ha canonizado a la mujer en un caso así.

51

Hasta ahora los hombres más poderosos han venido inclinándose siempre con respeto ante el santo como ante el enigma del vencimiento de sí y de la renuncia deliberada y suprema: ¿por qué se inclinaban? Atisbaban en él y, por así decirlo, detrás del signo de interrogación de su apariencia frágil y miserable la fuerza superior que quería ponerse a prueba a sí misma en ese vencimiento, la fortaleza de la voluntad, en la que ellos reconocían y sabían venerar su propia fortaleza y su propio placer de señores: honraban algo de sí mismos cuando honraban al santo. A esto se añadía que el espectáculo de un santo los volvía suspicaces: tal monstruosidad de negación, de antinaturaleza, no será deseada en Vano, así se decían, haciéndose preguntas. ¿Acaso hay un motivo para hacer eso, un peligro muy grande, que el asceta conoce más de cerca, gracias a sus secretos consoladores y visitantes? En suma, los poderosos del mundo aprendían un nuevo temor en presencia del santo, atisbaban un nuevo poder, un enemigo extraño, todavía no sojuzgado: la «voluntad de poder» era la que los obligaba a detenerse delante del santo. Tenían que hacerle preguntas

52

En el «Antiguo Testamento» judío, que es el libro de la justicia divina, hombres, cosas y discursos poseen un estilo tan grandioso que las escrituras griegas e indias no tienen nada que poner a su lado. Con terror y respeto nos detenemos ante ese inmenso residuo de lo que el hombre fue en otro tiempo, y al hacerlo nos asaltarán tristes pensamientos sobre la vieja Asia y sobre Europa, su pequeña península avanzada, la cual significaría, frente a Asia, el «progreso del hombre». Ciertamente: quien no es, por su parte, más que un flaco y manso animal doméstico y no conoce más que necesidades de animal doméstico (como nuestros hombres cultos de hoy, incluidos los cristianos del cristianismo «culto»), ése no ha de asombrarse ni menos todavía afligirse bajo aquellas ruinas el gusto por el Antiguo Testamento es una piedra de toque en lo referente a lo «grande» y lo «pequeño» : tal vez ese hombre seguirá pensando que el Nuevo Testamento, el libro de la gracia, es más conforme a su corazón (hay en él mucho del genuino olor tierno y sofocante que exhalan los rezadores y las almas pequeñas). El haber encuadernado este Nuevo Testamento, que es una especie de rococó del gusto en todos los sentidos, con el Antiguo Testamento, formando un solo libro llamado la «Biblia», el «Libro en sí»: quizá sea ésa la máxima temeridad y el máximo «pecado contra el espíritu» que la Europa literaria tenga sobre su conciencia.

53

¿Por qué el ateísmo hoy? «El padre» en Dios está refutado a fondo; también «el juez», «el remunerador». Asimismo, su «voluntad libre»: no oye, y si oyese, no sabría, a pesar de todo, prestar ayuda. Lo peor es: parece incapaz de comunicarse con claridad: ¿es que es oscuro? Esto es lo que yo he averiguado como causas de la decadencia del teísmo europeo, sacándolo de múltiples conversaciones, interrogando, escuchando; a mí me parece ciertamente que el instinto religioso está en un momento de poderoso crecimiento, pero que ese instinto rechaza, con profunda desconfianza, justo la satisfacción teísta.

54

¿Qué es, pues, lo que la filosofía moderna entera hace en el fondo? Desde Descartes y, ciertamente, más a pesar de él que sobre la base de su precedente todos los filósofos, con ¡la apariencia de realizar una crítica del concepto de sujeto y de predicado, cometen un atentado contra el viejo concepto del alma es decir: un atentado contra el presupuesto fundamental de la doctrina cristiana. La filosofía moderna, por ser un escepticismo gnoseológico, es, de manera oculta o declarada, anticristiana: aunque en modo alguno sea antirreligiosa, quede dicho esto para oídos más sutiles. En otro tiempo, (en efecto, se creía en «el alma» como se creía en la gramática y en el sujeto gramatical: se decía: «yo» es condición, «pienso» en predicado y condicionado pensar es una actividad para lo cual hay que pensar como causa un sujeto. Después, con una tenacidad y una astucia admirables, se hizo la tentativa de ver si no sería posible salir de esa red, de si acaso lo contrario era lo verdadero: «pienso», la condición, «yo», lo condicionado; «yo», pues, sólo una síntesis hecha por el pensar mismo. En el fondo Kant quiso demostrar que, partiendo del sujeto, no se puede demostrar el sujeto, y tampoco el complemento: sin duda no le fue siempre extraña la posibilidad de una existencia aparente del sujeto, esto es, «del alma», pensamiento éste que, como filosofía del Vedanta, había existido ya una vez, y con inmenso poder, en la tierra.

55

Existe una larga escalera de la crueldad religiosa que consta de numerosos peldaños; pero tres de éstos son los más importantes. En otro tiempo la gente sacrificaba a su dios seres humanos, acaso precisamente aquellos a quienes más amaba, a esta categoría pertenecen los sacrificios de los primogénitos, característicos de todas las religiones prehistóricas, y también el sacrificio del emperador Tiberio en la gruta de Mitra, de la isla de Capri, el más horrible de todos los anacronismos romanos. Después, en la época moral de la humanidad, la gente sacrificaba a su dios los instintos más fuertes que poseía, la «naturaleza» propia; esta alegría festiva brilla en la cruel mirada del asceta, del hombre entusiásticamente «antinatural». Finalmente, ¿qué quedaba todavía por sacrificar? ¿No tenía la gente que acabar sacrificando alguna vez todo lo consolador, lo santo, lo saludable, toda esperanza, toda fe en una armonía oculta, en bienaventuranzas y justicias futuras?, ¿no tenía que sacrificar a Dios mismo y, por crueldad contra sí, adorar la piedra, la estupidez, la fuerza de la gravedad, el destino, la nada? Sacrificar a Dios por la nada este misterio paradójico de la crueldad suprema ha quedado reservado a la generación que precisamente ahora surge en el horizonte: todos nosotros conocemos ya algo de esto.

56

Quien, como yo, se ha esforzado durante largo tiempo, con cierto afán enigmático, por pensar a fondo el pesimismo y por redimirlo de la estrechez y simpleza mitad cristianas mitad alemanas con que ha acabado presentándose a este siglo, a saber, en la figura de la filosofía schopenhaueriana; quien ha escrutado realmente, con ojos asiáticos y superasiáticos, el interior y la hondura del modo de pensar más negador del mundo entre todos los modos posibles de pensar y ha hecho esto desde más allá del bien y del mal, y ya no, como Buda y Schopenhauer, bajo el hechizo y la ilusión de la moral, quizá ése, justo por ello, sin que él lo quisiera propiamente, ha abierto sus ojos para ver el ideal opuesto: el ideal del hombre totalmente petulante, totalmente lleno de vida y totalmente afirmador del mundo, hombre que no sólo ha aprendido a resignarse y a soportar todo aquello que ha sido y es, sino que quiere volver a tenerlo tal como ha sido y como es, por toda la eternidad, gritando insaciablemente da chpol54 [¡que se repita!] no sólo a sí mismo, sino a la obra y al espectáculo entero, y no sólo a un espectáculo, sino, en el fondo, a aquel que tiene necesidad precisamente de ese espectáculo y lo hace necesario: porque una y otra vez tiene necesidad de sí mismo y lo hace necesario ¿Cómo? ¿Y esto no sería circulus vitiosus deus [dioses un círculo vicioso]?

57

La lejanía y, por así decirlo, el espacio en torno al hombre crecen a medida que crece la fuerza de su mirada y penetración espirituales: su mundo se vuelve más profundo, hacen le visibles estrellas siempre nuevas, enigmas e imágenes siempre nuevos. Quizá todo aquello sobre lo que los ojos del espíritu ejercitaron su perspicacia y su penetración no fuera más que precisamente un pretexto para ejercitarse, una cosa de juego, algo para niños y para cabezas infantiles. Acaso un día los conceptos más solemnes, por los cuales más se ha luchado y sufrido, los conceptos de «Dios» y de «pecado», no nos parezcan más importantes que le parecen al hombre viejo un juego infantil y un dolor infantil, y acaso «el hombre viejo» vuelva a tener entonces necesidad de otro juguete y de otro dolor, ¡siempre todavía bastante niño, niño eterno!

58

¿Se ha observado bien hasta qué punto resulta necesaria para una vida auténticamente religiosa (y tanto para nuestro predilecto trabajo microscópico de análisis de nosotros mismos como para aquella delicada dejadez que se llama «oración» y que es una preparación constante para la «venida de Dios») la ociosidad o semiociosidad exterior, quiero decirla ociosidad con buena conciencia, desde antiguo, de sangre, a la cual no le es totalmente extraño el sentimiento aristocrático de que el trabajo deshonra, es decir, que nos vuelve vulgares de alma y de cuerpo? ¡Y que, en consecuencia, la laboriosidad moderna, ruidosa, avara de su tiempo, orgullosa de sí, estúpidamente orgullosa, es algo que educa y prepara, más que todo lo demás, precisamente para la «incredulidad»? Entre aquéllos que, por ejemplo ahora en Alemania, viven apartados de la religión encuentro hombres cuyo «librepensamiento» es de especie y ascendencia muy diversas, pero, sobre todo una mayoría de hombres a quienes la laboriosidad les ha ido extinguiendo, generación tras generación, sus instintos religiosos: de modo que ya no saben para qué si ven las religiones, y, por así decirlo, registran su presencia en el mundo con una especie de obtuso asombro. Esas buenas gentes se sienten ya muy ocupadas, bien por sus negocios, bien por sus diversiones, para no hablar de la «patria» y de los periódicos y de los «deberes de familia»: parece que no les queda tiempo alguno para la religión, tanto más cuanto que para ellos continúa estando oscura la cuestión de si aquí se trata de un nuevo negocio o de una nueva diversión, pues es imposible, se dicen, que la gente vaya a la iglesia meramente para echarse a perder el buen humor. No son enemigos de los usos religiosos; si en ciertos casos alguien, por ejemplo el Estado, les exige su participación en ellos, hacen lo que se les exige del mismo modo que hacen tantas otras cosas, con una paciente y modesta seriedad y sin mucha curiosidad ni malestar: justo ellos viven demasiado al margen y demasiado fuera de eso como para pensar que precisen tener siquiera un pro y un contra en tales cosas. De estos indiferentes forma parte hoy la gran mayoría de los protestantes alemanes de las clases medias, sobre todo en los grandes y laboriosos centros del comercio y del tráfico; asimismo la gran mayoría de los doctos laboriosos y todo el personal de las universidades (excluidos los teólogos, cuya abstencia y posibilidad en ellas ofrece al psicólogo, para que los descifre, enigmas cada vez más numerosos y cada vez más sutiles). Raras veces los hombres piadosos o simplemente de iglesia se hacen una idea de cuánta buena voluntad, también podría decirse voluntad arbitraria, se requiere ahora para que un docto alemán tome en serio el problema de la religión; su oficio entero (y, como hemos dicho, su laboriosidad profesional, a la que le obliga su conciencia moderna) inclina a ese docto hacia una jovialidad superior, casi bondadosa, con respecto a la religión, jovialidad a la cual se mezcla a veces un ligero menosprecio dirigido contra la «suciedad» de espíritu que él presupone en todos aquellos lugares donde la gente continúa adscribiéndose a la Iglesia. Sólo con ayuda de la historia (es decir, no sobre la base de su experiencia personal) logra el docto alcanzar, en lo que se refiere a las religiones, una seriedad respetuosa y una cierta deferencia tímida; pero aunque haya elevado su sentimiento incluso hasta llegar a sentir gratitud frente a ella, con su persona, sin embargo, no se ha aproximado un solo paso a aquello que continúa subsistiendo como Iglesia o como piedad: tal vez lo contrario. La indiferencia práctica frente a las cosas religiosas dentro de las cuales nació y fue educado suele sublimarse en él, convirtiéndose en una circunspección y limpieza que rehúyen el contacto con personas y cosas religiosas; y puede ser cabalmente la hondura de su tolerancia y humanidad la que le ordene evitar aquella sutil tortura que el tolerar trae consigo. Cada época tiene su propia especie divina de ingenuidad, cuya invención le envidiarán otras épocas: y cuánta ingenuidad, cuánta respetable, infantil, ilimitadamente torpe ingenuidad hay en esta creencia que el docto tiene de su superioridad, en la buena conciencia de su tolerancia, en la candorosa y simplista seguridad con que su instinto trata al hombre religioso como un tipo inferior y menos valioso, más allá del cual, lejos del cual, por encima del cual él ha crecido, ¡él, el pequeño y presuntuoso enano y hombre de la plebe, el diligente y ágil trabajador intelectual y manual de las «ideas», de las «ideas modernas»!

59

Quien ha mirado hondo dentro del mundo adivina sin duda cuál es la sabiduría que hay en el hecho de que los hombres sean superficiales. Su instinto de conservación es el que los enseña a ser volubles, ligeros y falsos. Acá y allá encontramos una adoración apasionada y excesiva de las «formas puras», tanto entre filósofos como entre artistas: que nadie dude de que quien de ese modo necesita el culto de la superficie ha hecho alguna vez un intento desdichado por debajo de ella. Acaso continúe habiendo un orden jerárquico incluso entre esos niños chamuscados que son los artistas natos, los cuales no encuentran ya el goce de la vida más que en el propósito de falsear la imagen de ésta (por así decirlo, en una duradera venganza contra la vida): el grado en que la vida se les ha hecho odiosa podría averiguarse por el grado en que desean ver falseada, diluida, allendizada, divinizada la imagen de la vida, a los homines religiosi [hombres religiosos] se los podría contar entre los artistas, como su categoría suprema. El miedo profundo y suspicaz a un pesimismo incurable es lo que constriñe a milenios enteros a aferrarse con los dientes a una interpretación religiosa de la existencia: el miedo propio de aquel instinto que atisba que cabría apoderarse de la verdad demasiado prematuramente, antes de que el hombre hubiera llegado a ser bastante fuerte, bastante duro, bastante artista... Consideradas desde esa perspectiva, la piedad, la «vida en Dios» aparecerían entonces como el engendro más sutil y extremado del miedo a la verdad, como adoración y embriaguez de artista ante la más consecuente de todas las falsificaciones, como voluntad de invertir la verdad, de noverdad a cualquier precio. Quizá no haya habido hasta ahora ningún medio más enérgico para embellecer al hombre mismo que precisamente la piedad: mediante ella puede el hombre llegar hasta tal punto a convertirse en arte, superficie, juego de colores, bondad, que su aspecto ya no haga sufrir.

60

Amar al hombre por amor a Dios ése ha sido hasta ahora el sentimiento más aristocrático y remoto a que han llegado los hombres. Que amar al hombre sin ninguna oculta intención santificadora es una estupidez y una brutalidad más, que la inclinación a ese amor al hombre ha de recibir su medida, su finura, su grano de sal y su partícula de ámbar de una inclinación superior: quienquiera que haya sido el hombre que por vez primera tuvo ese sentimiento y esa «vivencia», y aunque acaso su lengua balbuciese al intentar expresar semejante delicadeza, ¡continúe siendo para nosotros por todos los tiempos santo y digno de veneración, pues es el hombre que más alto ha volado hasta ahora y que se ha extraviado del modo más bello!

61

El filósofo, entendido en el sentido en que lo entendemos nosotros, nosotros los espíritus libres, como el hombre que tiene la responsabilidad más amplia de todas, que considera asunto de su conciencia el desarrollo integral del hombre: ese filósofo se servirá de las religiones para su obra de selección y educación, de igual modo que se servirá de las situaciones políticas y económicas existentes en cada caso. El influjo selectivo, seleccionador, es decir, tanto destructor como creador y plasmador que es posible ejercer con ayuda de las religiones, es un influjo múltiple y diverso según sea la especie de hombres que queden puestos bajo el anatema y la protección de aquéllas. Para los fuertes, los independientes, los preparados y predestinados al mando, en los cuales se encarnan la razón y el arte de una raza dominadora, la religión es un medio más para vencer resistencias, para poder dominar: un lazo que vincula a señores y súbditos y que denuncia y pone en manos de los primeros las conciencias de los segundos, lo más oculto e íntimo de éstos, que con gusto se sustraería a la obediencia; y en el caso de que algunas naturalezas de esa procedencia aristocrática se inclinen, en razón de una espiritualidad elevada, hacia una vida más aristocrática y contemplativa y se reserven para sí únicamente la especie más refinada de dominio (la ejercida sobre discípulos escogidos o hermanos de Orden), entonces la religión puede ser utilizada incluso como medio de procurarse calma frente al ruido y las dificultades que el modo más grosero de gobernar entraña, así como limpieza frente a la necesaria suciedad de todo hacer política. Así lo entendieron, por ejemplo, los bramanes: con ayuda de una organización religiosa se atribuyeron a sí mismos el poder de designarle al pueblo sus reyes, mientras que ellos mismos se mantenían y se sentían aparte y fuera, como hombres destinados a tareas superiores y más elevadas que las del rey. Entretanto la religión proporciona también a una parte de los dominados una guía y una ocasión de prepararse a dominar y a mandar alguna vez ellos, se las proporciona, en efecto, a aquellas clases y estamentos que van ascendiendo lentamente, en los cuales se hallan en continuo aumento, merced a costumbres matrimoniales afortunadas, la fuerza y el placer de la voluntad, la voluntad de autodominio: a ellos ofréceles la religión suficientes impulsos y tentaciones para recorrer los caminos que llevan hacia una espiritualidad más elevada, a saborear los sentimientos de la gran autosuperación, del silencio y de la soledad: ascetismo y puritanismo son medios casi ineludibles de educación y ennoblecimiento cuando una raza quiere triunfar de su procedencia plebeya y trabaja por elevarse hacia el futuro dominio. A los hombres ordinarios, en fin, a los más, que existen para servir y para el provecho general, y a los cuales sólo en ese sentido les es lícito existir, proporciónales viales la religión el don inestimable de sentirse contentos con su situación y su modo de ser, una múltiple paz del corazón, un ennoblecimiento de la obediencia, una felicidad y un sufrimiento más, compartidos con sus iguales, y algo de transfiguración y embellecimiento, algo de justificación de la vida cotidiana entera, de toda la bajeza, de toda la pobreza semianimal de su alma. La religión y el significado religioso de la vida lanzan un rayo de sol sobre tales hombres siempre atormentados y les hacen soportable incluso su propio aspecto, actúan como suele actuar una filosofía epicúrea sobre personas dolientes de rango superior, produciendo un influjo reconfortante, refinador, que, por así decirlo, saca provecho del sufrimiento y acaba incluso por santificarlo y justificarlo. Quizá no exista ni en el cristianismo ni en el budismo cosa más digna de respeto que su arte de enseñar aun a los más bajos a integrarse por piedad en un aparente orden superior de las cosas y, con ello, a seguir estando contentos con el orden real, dentro del cual llevan ellos una vida bastante dura ¡y precisamente esa dureza resulta necesaria!

62

Por último, ciertamente, para mostrar también la contrapartida mala de tales religiones y sacar a luz su inquietante peligrosidad: es caro y terrible el precio que se paga siempre que las religiones no están en manos del filósofo, como medios de selección y de educación, sino que son ellas las que gobiernan por sí mismas y de manera soberana, siempre que ellas mismas quieren ser fines últimos y no medios junto a otros medios. Hay en el ser humano, como en toda otra especie animal, un excedente de tarados, enfermos, degenera+ dos, decrépitos, dolientes por necesidad; los casos logrados son siempre, también en el ser humano, la excepción, y dado que el hombre es el animal aún no fijado, son incluso una excepción escasa. Pero hay algo peor todavía: cuanto más elevado es el tipo de un hombre que representa a aquél, tanto más aumenta la improbabilidad de que se logre: lo azarosos, la ley del absurdo en la economía global de la humanidad muéstrase de la manera más terrible en el efecto destructor que ejerce sobre los hombres superiores, cuyas condiciones de vida son delicadas, complejas y difícilmente calculables. Ahora bien, ¿cómo se comportan esas dos religiones mencionadas, las más grandes de todas, frente a ese excedente de los casos malogrados? Intentan conservar, mantener con vida cualquier cosa que se pueda mantener, e incluso, por principio, toman partido a favor de los malogrados, como religiones para dolientes que son, ellas otorgan la razón a todos aquellos que sufren de la vida como de una enfermedad y quisieran lograr que todo otro modo de sentir la vida fuera considerado falso y se volviera imposible. Aunque se tenga una alta estima de esa indulgente y sustentadora solicitud, en la medida en que se aplica y se ha aplicado, junto a todos los demás, también al tipo más elevado de hombre, el cual hasta ahora ha sido casi siempre también el más doliente: en el balance total, sin embargo, las religiones habidas hasta ahora, es decir, las religiones soberanas cuéntanse entre las causas principales que han mantenido al tipo «hombre» en un nivel bastante bajo, han conservado demasiado de aquello que debía perecer. Hay que agradecerles algo inestimable: ¡y quién será tan rico de gratitud que no se vuelva pobre frente a todo lo que los «hombres de Iglesia» del cristianismo, por ejemplo, han hecho hasta ahora por Europa! Sin embargo, cuando proporcionaban consuelo a los dolientes, ánimo a los oprimidos y desesperados, sostén y apoyo a los faltos de independencia, y cuando atraían hacia los monasterios y penitenciarías psíquicos, alejándolos así de la sociedad, a los interiormente destruidos y a los que se volvían salvajes: ¿qué tenían que hacer, además, para trabajar con una conciencia tan radicalmente tranquila en la conservación de do lo enfermo y doliente, es decir, trabajar real y verdaderamente en el empeoramiento de la raza europea? Poner cabeza abajo todas las valoraciones ¡eso es lo que tenían que hacer! Y quebrantar a los fuertes, debilitar las grandes esperanzas, hacer sospechosa la felicidad inherente a la belleza, pervertir todo lo soberano, varonil, conquistador, ávido de poder, todos los instintos que son propios del tipo supremo y mejor logrado de «hombre», transformando esas cosas en inseguridad, tormento de conciencia, autodestrucción, incluso invertir todo el amor a lo terreno y al dominio de la tierra convirtiéndolo en odio contra la tierra y lo terreno tal fue la tarea que la Iglesia se impuso, y que tuvo que imponerse, hasta que, a su parecer, «desmundanización», «desensualización» y «hombre superior» acabaron fundiéndose en un único sentimiento. Suponiendo que alguien pudiera abarcar con los ojos irónicos e independientes de un dios epicúreo la comedia prodigiosamente dolorosa y tan grosera como sutil del cristianismo europeo, yo creo que no acabaría nunca de asombrarse y de reírse: ¿no parece, en efecto, que durante dieciocho siglos ha dominado sobre Europa una sola voluntad, la de convertir al hombre en un engendro sublime? Mas quien a esa degeneración y a esa atrofia casi voluntarias del hombre que es el europeo cristiano (Pascal, por ejemplo) se acercase con necesidades opuestas, es decir, no ya de manera epicúrea, sino con un martillo divino en la mano, ¿no tendría ése ciertamente que gritar con rabia, con compasión, con espanto?: «¡Oh vosotros majaderos, vosotros majaderos presuntuosos y compasivos, ¡qué habéis hecho! ¡No era ése un trabajo para vuestras manos! ¡Cómo me habéis deteriorado y mancillado mi piedra más hermosa! ¡Qué cosas os d habéis permitido vosotros!»? Yo he querido decir: el cristianismo ha sido hasta ahora la especie más funesta de autopresunción. Hombres no lo bastante elevados ni duros como para que les fuera lícito dar, en su calidad de artistas, una forma al hombre, hombres no lo bastante fuertes ni dotados de mirada lo bastante larga como para dejar dominar, con un sublime sojuzgamiento de sí, esa ley previa de los miles de fracasos y ruinas; hombres no lo bastante aristocráticos como para ver la jerarquía abismalmente distinta y la diferencia de rango existentes entre hombre y hombre: tales son los hombres que han dominado hasta ahora, con su «igualdad ante Dios», el destino de Europa, hasta que acabó formándose une especie empequeñecida, casi ridícula, un animal de rebaño, un ser dócil, enfermizo y mediocre, el europeo de hoy...

SECCIÓN CUARTA

63

Quien es radicalmente maestro no toma ninguna cosa en serio más que en relación a sus discípulos, ni siquiera a sí mismo.

64

«El conocimiento por el conocimiento» ésa es la última trampa que la moral tiende: de ese modo volvemos a enredarnos completamente en ella.

65

El atractivo del conocimiento sería muy pequeño si en el camino que lleva a él no hubiera que superar tanto pudor.

65a

Con nuestro propio Dios es con quien más deshonestos somos: ¡a él no le es lícito pecar!

66

La inclinación a rebajarse, a dejarse robar, mentir y expoliar podría ser el pudor de un dios entre los hombres.

67

El amor a uno solo es una barbarie, pues se practica a costa de todos los demás. También el amor a Dios.

68

«Yo he hecho eso», dice mi memoria. «Yo no puedo haber hecho eso» dice mi orgullo y permanece inflexible. Al final la memoria cede.

69

Se ha contemplado mal la vida cuando no se ha visto también la mano que de manera indulgente mata.

70

Si uno tiene carácter, también tiene una vivencia típica y propia, que retorna siempre.

71

El sabio como astrónomo. Mientras continúes sintiendo las estrellas como un «porencimadeti» sigue faltándote la mirada del hombre de conocimiento.

72

No es la intensidad, sino la duración del sentimiento elevado lo que constituye a los hombres elevados.

73

Quien alcanza su ideal, justo por ello va más allá de él.

73a

Más de un pavo real oculta su cola a los ojos de todos y a esto lo llama su orgullo.

74

Un hombre de genio resulta insoportable si no posee, además, otras dos cosas cuando menos: gratitud y limpieza.

75

Grado y especie de la sexualidad de un ser humano ascienden hasta la última cumbre de su espíritu.

76

En situaciones de paz el hombre belicoso se abalanza sobre sí mismo.

77

Con nuestros principios queremos tiranizar o justificar u honrar o injuriar u ocultar nuestros hábitos: dos hombres con principios idénticos probablemente quieren, por esto, algo radicalmente distinto.

78

Quien a sí mismo se desprecia continúa apreciándose, sin embargo, a sí mismo en cuanto despreciador.

79

Un alma que se sabe amada, pero que por su parte no ama, delata lo que está en su fondo: lo más bajo de ella sube a la superficie.

80

Una cosa que queda explicada deja de interesarnos. ¿Qué quería decir aquel dios que aconsejaba: «¡Conócete a ti mismo!»? ¿Acaso esto significaba: «¡Deja de interesarte a ti mismo! ¡Vuélvete objetivo!»? ¿Y Sócrates? ¿Y el «hombre científico»?

81

Es terrible morir de sed en el mar. ¿Tenéis vosotros que echar enseguida tanta sal a vuestra verdad que luego ni siquiera apague ya la sed?

82

¡Compasión con todos» sería dureza y tiranía contigo, señor vecino!

83

El instinto. Cuando la casa arde, olvidamos incluso el almuerzo. Sí: pero luego lo recuperamos sobre la ceniza.

84

La mujer aprende a odiar en la medida en que desaprende a hechizar.

85

Afectos idénticos tienen, sin embargo, un tempo [ritmo] distinto en el varón y en la mujer: por ello varón y mujer no cesan de malentenderse.

86

Las propias mujeres continúan teniendo siempre, en el trasfondo de toda su vanidad personal, un desprecio impersonal por «la mujer».

87

Corazón sujeto, espíritu libre. Cuando sujetamos con dureza nuestro corazón y lo encarcelamos, podemos dar muchas libertades a nuestro espíritu: ya lo he dicho una vez. Pero no se me cree, suponiendo que no se lo sepa ya...

88

De las personas muy inteligentes comenzamos a desconfiar cuando se quedan perplejas.

89

Las vivencias horrorosas nos hacen pensar si quien las tiene no es, él, algo horroroso.

90

Precisamente con aquello que a otros los pone graves, con el odio y el amor, los hombres graves, melancólicos, se vuelven más ligeros y se elevan por una temporada hasta su superficie.

91

¡Es tan frío, tan gélido, que al tocarlo nos quemamos los dedos! ¡Toda mano que lo agarra se espanta! Y justo por ello más de uno lo tiene por ardiente.

92

¿Quién, por salvar su buena reputación, no se ha sacrificado ya alguna vez a sí mismo?

93

En la afabilidad no hay nada de odio a los hombres, pero justo por ello hay demasiado desprecio por los hombres.

94

Madurez del hombre adulto: significa haber reencontrado la seriedad que de niño tenía al jugar.

95

Avergonzarnos de nuestra inmoralidad: un peldaño en la escalera a cuyo final nos avergonzamos también de nuestra moralidad.

96

Debemos separarnos de la vida como Ulises se separó de Náusica, bendiciéndola más bien que enamorado.

97

¿Cómo? ¿Un gran hombre? Yo veo siempre tan sólo al comediante de su propio ideal.

98

Si amaestramos a nuestra conciencia, nos besa a la vez que nos muerde.

99

Habla el desilusionado. «Esperaba oír un eco, y no oí más que alabanzas».

100

Ante nosotros mismos todos fingimos ser más simples de lo que somos: así descansamos de nuestros semejantes.

101

Hoy un hombre de conocimiento fácilmente se sentiría a sí mismo como animalización de Dios.

102

En realidad el descubrir que alguien le corresponde con su amor debería desilusionar al amante acerca del ser amado. «¿Cómo?, Les él lo bastante modesto para amarte incluso a ti? ¿O lo bastante estúpido?».

103

El peligro en la felicidad. «Ahora todo me sale bien, desde ahora amo todo destino: ¿quién se complace en ser mi destino?»

104

No su amor a los hombres, sino la impotencia de su amor a los hombres es lo que a los cristianos de hoy les impide quemarnos a nosotros.

105

Para el espíritu libre, para el «devoto del conocimiento» la pía fraus [mentira piadosa] repugna a su gusto (a su «devoción») más todavía que la impía fraus [mentira impía]. De ahí procede su profunda incomprensión frente a la Iglesia, a la que considera, pues él pertenece al tipo «espíritu libre», como su nolibertad.

106

Merced a la música gozan de sí mismas las pasiones.

107

Una vez tomada la decisión, cerrar los oídos incluso al mejor de los argumentos en contra: señal de carácter enérgico. También, voluntad ocasional de estupidez.

108

No existen fenómenos morales, sino sólo una interpretación moral de fenómenos...

109

Con bastante frecuencia el criminal no está a la altura de su acto: lo empequeñece y calumnia.

110

Los abogados de un criminal raras veces son lo bastante artistas como para volver en favor del reo lo que de hermosamente horrible hay en su acto.

111

Cuando más difícil resulta ofender a nuestra vanidad es cuando nuestro orgullo acaba de ser ofendido.

112

A quien se siente predestinado a la contemplación y no a la fe, todos los creyentes le resultan demasiado ruidosos e importunos: se defiende de ellos.

113

«Quieres predisponer a alguien en favor de ti? Fíngete desconcertado ante él».

114

La inmensa expectación respecto al amor sexual y el pudor inherente a esa expectación échanles a perder de antemano a las mujeres todas las perspectivas.

115

Cuando en el juego no intervienen el amor o el odio la mujer juega de manera mediocre.

116

Las grandes épocas de nuestra vida son aquellas en que nos armamos de valor y rebautizamos el mal que hay en nosotros llamándolo nuestro mejor bien.

117

La voluntad de superar un afecto no es, a fin de cuentas, más que la voluntad de tener uno o varios afectos diferentes.

118

Existe una inocencia de la admiración: la tiene aquel a quien todavía no se le ha ocurrido que también él podría ser admirado alguna vez.

119

La náusea frente a la suciedad puede ser tan grande que nos impida limpiarnos, «justificarnos».

120

A menudo la sensualidad apresura el crecimiento del amor, de modo que la raíz queda débil y es fácil de arrancar.

121

Constituye una fineza el que Dios aprendiese griego cuando quiso hacerse escritor y el que no lo aprendiese mejor.

122

Alegrarse de una alabanza es, en más de uno, sólo una cortesía del corazón y cabalmente lo contrario de una vanidad del espíritu.

123

También el concubinato ha sido corrompido: por el matrimonio.

124

Quien, hallándose en la hoguera, continúa regocijándose, no triunfa sobre el dolor, sino sobre el hecho de no sentir dolor allí donde lo aguardaba. Parábola.

125

Cuando tenemos que cambiar de opinión sobre alguien le hacemos pagar caro la incomodidad que con ello nos produce.

126

Un pueblo es el rodeo que da la naturaleza para llegar a seis, a siete grandes hombres. Sí: y para eludirlos luego.

127

Para todas las mujeres auténticas la ciencia va contra el pudor. Les parece como si de ese modo se quisiera mirarlas bajo la piel, ¡peor todavía!, bajo sus vestidos y adornos.

128

Cuanto más abstracta sea la verdad que quieres enseñar, tanto más tienes que atraer hacia ella incluso a los sentidos.

129

El diablo posee perspectivas amplísimas sobre Dios, por ello se mantiene tan lejos de él: el diablo, es decir, el más antiguo amigo del conocimiento.

130

Lo que alguien es comienza a delatarse cuando su talento declina, cuando deja de mostrar lo que él es capaz de hacer. El talento es también un adorno; y un adorno es también un escondite.

131

Cada uno de los sexos se engaña acerca del otro: esto hace que, en el fondo, se honren y se amen sólo a sí mismos (o a su propio ideal, para expresarlo de manera más grata). Así, el varón quiere pacífica a la mujer, pero cabalmente la mujer es, por esencia, nopacífica, lo mismo que el gato, aunque se haya ejercitado muy bien en ofrecer una apariencia de paz.

132

Por lo que más se nos castiga es por nuestras virtudes.

133

Quien no sabe encontrar el camino que lleva a su ideal lleva una vida más frívola y descarada que el hombre sin ideal.

134

De los sentidos es de donde procede toda credibilidad, toda buena conciencia, toda evidencia de la verdad.

135

El fariseísmo no es una degeneración que aparezca en el hombre bueno: una buena porción de fariseísmo es, antes bien, la condición de todo ser bueno.

136

Uno busca a alguien que le ayude a dar a luz sus pensamientos, otro, a alguien a quien poder ayudar: así es como surge una buena conversación.

137

En el trato con personas doctas y con artistas nos equivocamos fácilmente en dirección opuesta: detrás de un docto notable encontramos no pocas veces un hombre mediocre, y detrás de un artista mediocre encontramos incluso a menudo un hombre muy notable.

138

También en la vigilia actuamos igual que cuando soñamos: primero inventamos y fingimos al hombre con quien tratamos y enseguida lo olvidamos.

139

En la venganza y en el amor la mujer es más bárbara que el varón.

140

Consejo en forma de enigma. «Para que el lazo no se rompa es necesario que primero lo muerdas.»

141

El bajo vientre es el motivo de que al hombre no le resulte fácil tenerse por un dios.

142

La frase más púdica que yo he oído: Dans le véritable amour c'est 1'áme qui enveloppe le corps [En el amor verdadero el alma envuelve al cuerpo].

143

Aquello que nosotros mejor hacemos, a nuestra vanidad le gustaría que la gente lo considerase precisamente como lo que más difícil de hacer nos resulta. Para explicar el origen de más de una moral.

144

Cuando una mujer tiene inclinaciones doctas hay de ordinario en su sexualidad algo que no marcha bien.

La esterilidad predispone ya para una cierta masculinidad del gusto; el varón es, en efecto, dicho sea con permiso, «el animal estéril».

145

Comparando en conjunto el varón y la mujer, es lícito decir: la mujer no poseería el genio del adorno si no tuviera el instinto propio del segundo papel.

146

Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, también éste mira dentro de ti.

147

Sacado de viejas novelas florentinas, y además de la vida: buona femmina e mala femmina vuol bastone [tanto la mujer buena como la mala quieren palo].

148

Inducir al prójimo a que se forme una buena opinión de nosotros y, a continuación, creer crédulamente en esa opinión: ¿quién iguala a las mujeres en esa obra de arte?

149

Lo que una época siente como malvado es de ordinario una reacuñación intempestiva de lo que en otro tiempo fue sentido como bueno, el atavismo de un ideal más antiguo.

150

En torno al héroe todo se convierte en tragedia, en torno al semidiós, en drama satírico; y en torno a Dios ¿cómo?, ¿acaso en «mundo»? –

151

Tener un talento no es suficiente: hay que tener también permiso vuestro para tenerlo, ¿no es así, amigos míos?

152

«Donde se alza el árbol del conocimiento, allí está siempre el paraíso»: esto es lo que dicen las serpientes más viejas y las más jóvenes.

153

Lo que se hace por amor acontece siempre más allá del bien y del mal.

154

La objeción, la travesura, la desconfianza jovial, el gusto por la burla son indicios de salud: todo lo incondicional pertenece a la patología.

155

El sentido de lo trágico aumenta y disminuye con la sensualidad.

156

La demencia es algo raro en los individuos, pero en los grupos, los partidos, los pueblos, las épocas constituye la regla.

157

El pensamiento del suicidio es un poderoso medio de consuelo: con él se logra soportar más de una mala noche.

158

A nuestro instinto más fuerte, al tirano que hay dentro de nosotros, se somete no sólo nuestra razón, sino también nuestra conciencia.

159

Es preciso retribuir tanto lo bueno como lo malo: mas ¿por qué hacerlo precisamente con la persona que nos ha hecho bien o mal?

160

No amamos ya bastante nuestro conocimiento tan pronto como lo comunicamos.

161

Los poetas carecen de pudor con respecto a sus vivencias: las explotan.

162

«Nuestro prójimo no es nuestro vecino, sino el vecino de nuestro vecino» así piensa todo pueblo.

163

El amor saca a la luz las propiedades elevadas y ocultas de un amante, sus cosas raras, excepcionales: en ese aspecto fácilmente engaña a propósito de lo que en él constituye la regla.

164

Jesús dijo a sus judíos: «La ley era para esclavos, ¡amad a Dios como lo amo yo, como hijo suyo! ¡Qué nos importa la moral a nosotros los hijos de Dios!»

165

A la vista de todos los partidos. Un pastor siempre necesita, además, un carneroguía, o él mismo tiene que ser ocasionalmente carnero.

166

Sin duda mentimos con la boca; pero con la jeta que ponemos al mentir continuamos diciendo la verdad.

167

En los hombres duros la intimidad es una cuestión de pudor – y algo precioso.

168

El cristianismo dio de beber veneno a Eros: éste, ciertamente, no murió, pero degeneró convirtiéndose en vicio.

169

Hablar mucho de sí mismo es también un medio de ocultarse.

170

En el elogio hay más entrometimiento que en la censura.

171

En un hombre de conocimiento la compasión casi produce risa, como en un cíclope las manos delicadas.

172

Por filantropía abrazamos a veces a un cualquiera (ya que no podemos abrazar a todos): pero precisamente eso no es lícito revelárselo a ese cualquiera...

173

No odiamos mientras nuestra estima es aún pequeña, sino sólo cuando es igual o mayor a la que tenemos por nosotros mismos.

174

Utilitaristas, ¿Es que también vosotros amáis todo utile [cosa útil] tan sólo como un vehículo de nuestras inclinaciones, es que también vosotros encontráis propiamente insoportable el ruido de sus ruedas?

175

En última instancia lo que amamos es nuestro deseo, no lo deseado.

176

La vanidad de los demás repugna a nuestro gusto tan sólo cuando repugna a nuestra vanidad.

177

Quizá nadie haya sido aún suficientemente veraz acerca de lo que es la «veracidad».

178

A los hombres listos no les creemos sus tonterías: ¡qué pérdida de derechos humanos!

179

Las consecuencias de nuestros actos nos agarran por los cabellos, harto indiferentes a que entretanto nosotros nos hayamos «mejorado».

180

Hay una inocencia en la mentira que es señal de que se cree con buena fe en una cosa.

181

Es inhumano bendecir cuando nos han maldecido.

182

La familiaridad del superior resulta amarga porque no es lícito corresponder a ella. –

183

«No el que tú me hayas mentido, sino el que yo ya no te crea a ti, eso es lo que me ha hecho estremecer.»

184

Hay una petulancia de la bondad que se presenta como maldad. «Me desagrada.» ¿Por qué? «No estoy a su altura.» ¿Ha respondido así alguna vez alguien?

SECCIÓN QUINTA

Para la historia natural de la moral

186

El sentimiento moral es ahora en Europa tan sutil, tardío, multiforme, excitable, refinado, como todavía joven, incipiente, torpe y groseramente desmañada es la «ciencia de la moral» que a él corresponde: atractiva antítesis que a veces se encarna y hace visible en la propia persona de un moralista. Ya la expresión «ciencia de la moral» resulta, con respecto a lo designado por ella, demasiado presuntuosa y contraria al buen gusto: el cual suele ser siempre un gusto previo por las palabras más modestas. Deberíamos confesarnos, con todo rigor, qué es lo que aquí necesitamos todavía por mucho tiempo, qué es lo único que provisionalmente está justificado, a saber: recogida de material, formulación y clasificación conceptuales de un inmenso reino de delicados sentimientos y diferenciaciones de valor, que viven, crecen, engendran y perecen, y, acaso, ensayos de mostrar con claridad las configuraciones más frecuentes y que más se repiten de esa viviente cristalización, como preparación de una tipología de la moral. Desde luego: hasta ahora no hemos sido tan modestos. Con una envarada seriedad que hace reír, los filósofos en su totalidad han exigido de sí mismos, desde el momento en que se ocuparon de la moral como ciencia, algo mucho más elevado, más pretencioso, más solemne: han querido la fundamentación de la moral, y todo filósofo ha creído hasta ahora haber fundamentado la moral; la moral misma, sin embargo, era considerada como «dada». ¡Qué lejos quedaba del torpe orgullo de tales filósofos la tarea aparentemente insignificante, y abandonada en el polvo y en el moho, de una descripción, aunque para realizarla es difícil que pudieran resultar bastante finos ni siquiera las manos y los sentidos más finos de todos! Justo porque los filósofos de la moral no conocían los facta [hechos] morales más que de un modo grosero, en forma de un extracto arbitrario o de un compendio fortuito, por ejemplo como moralidad de su ambiente, de su estamento, de su Iglesia, de su espíritu de época, de su clima y de su región, justo porque estaban mal informados e incluso sentían poca curiosidad por conocer pueblos, épocas, tiempos pretéritos, no llegaron a ver en absoluto los auténticos problemas de la moral: los cuales no emergen más que cuando se realiza una comparación de muchas morales. Aunque esto suene muy extraño, en toda «ciencia de la moral» ha venido faltando el problema mismo de la moral: ha faltado suspicacia para percibir que ahí hay algo problemático. Lo que los filósofos llamaban «fundamentación de la moral», exigiéndose a sí mismos realizarla, era tan sólo, si se lo mira a su verdadera luz, una forma docta de la candorosa creencia en la moral dominante, un nuevo medio de expresión de ésta, y, por lo tanto, una realidad de hecho dentro de una moralidad determinada, incluso, en última instancia, una especie de negación de que fuera lícito concebir esa moral como problema: y en todo caso lo contrario de un examen, análisis, cuestionamiento, vivisección precisamente de esa creencia. Escúchese, por ejemplo, con qué inocencia casi venerable plantea Schopenhauer mismo su tarea propia, y sáquense conclusiones sobre la cientificidad de una «ciencia» cuyos últimos maestros continúan hablando como los niños y las viejecillas: «el principio, dice Schopenhauer (pág. 136 de los Problemas fundamentales de la moral), la tesis fundamental, sobre cuyo contenido todos los éticos están propiamente de acuerdo: neminem laede, immo omnes, quantum potes, juva [no dañes a nadie, antes bien ayuda a todos en lo que puedas] ésta es propiamente la tesis que todos los maestros de la ética se esfuerzan en fundamentar..., el auténtico fundamento de la ética, que desde hace milenios se viene buscando como la piedra filosofal». La dificultad de fundamentar la mencionada tesis es, desde luego, grande como es sabido, tampoco Schopenhauer lo consiguió; y quien alguna vez haya percibido a fondo la falta de gusto, la falsedad y el sentimentalismo de esa tesis en un mundo cuya esencia es voluntad de poder, permítanos recordarle que Schopenhauer, aunque pesimista, propiamente tocaba la flauta... Cada día, después de la comida: léase sobre este punto a su biógrafo. Y una pregunta de pasada: un pesimista, un negador de Dios y del mundo, que se detiene ante la moral, que dice sí a la moral y toca la flauta, a la moral del laede neminem [no dañes a nadie]: ¿cómo?, ¿es propiamente un pesimista?

187

Incluso prescindiendo del valor de afirmaciones tales como «dentro de nosotros hay un imperativo categórico», siempre es posible preguntar todavía: una afirmación así, ¿qué dice acerca de quien la hace? Hay morales que deben justificar a su autor delante de otros; otras morales deben tranquilizarlo y ponerlo en paz consigo mismo; con otras su autor quiere crucificarse y humillarse a sí mismo; con otras quiere vengarse, con otras, esconderse, con otras, transfigurarse y colocarse más allá, en la altura y en la lejanía; esta moral le sirve a su autor para olvidar, aquélla, para hacer que se lo olvide a él o que se olvide alguna cosa; más de un moralista quisiera ejercer sobre la humanidad su poder y su capricho de creador; otros, acaso precisamente también Kant, dan a entender con su moral: «lo que en mí es respetable es el hecho de que yo puedo obedecer, ¡y en vosotros las cosas no deben ser diferentes que en mí!» en una palabra, las morales no son más que una semiótica de los afectos.

188

En contraposición al laisser aller [dejar ir], toda moral es una tiranía contra la «naturaleza», también contra la «razón»: esto no constituye todavía, sin embargo, una objeción contra ella, pues para esto habría que volver a decretar, sobre la base de alguna moral, que no está permitida ninguna especie de tiranía ni de sinrazón. Lo esencial e inestimable en toda moral consiste en que es una coacción prolongada: para comprender el estoicismo o PortRoyal o el puritanismo recuérdese bajo qué coacción ha adquirido toda lengua hasta ahora vigor y libertad, bajo la coacción métrica, bajo la tiranía de la rima y del ritmo. ¡Cuántos esfuerzos han realizado en cada pueblo los poetas y los oradores! sin exceptuar a algunos prosistas de hoy, en cuyo oído mora una conciencia implacable «por amor a una tontería», como dicen los cretinos utilitaristas, que así se imaginan ser inteligentes, «por sumisión a leyes arbitrarias», como dicen los anarquistas, que así creen ser «libres», incluso espíritus libres. Pero la asombrosa realidad de hecho es que toda la libertad, sutileza, audacia, baile y seguridad magistral que en la tierra hay o ha habido, bien en el pensar mismo, bien en el gobernar o en el hablar y persuadir, en las artes como en las buenas costumbres, se han desarrollado gracias tan sólo a la «tiranía de tales leyes arbitrarias»; y hablando con toda seriedad, no es poca la probabilidad de que precisamente esto sea «naturaleza» y «natural» ¡y no aquel laisser aller [dejar ir]! Todo artista sabe que su estado «más natural», esto es, su libertad para ordenar, establecer, disponer, configurar en los instantes de «inspiración», está muy lejos del sentimiento del dejarse ir, y que justo en tales instantes él obedece de modo muy riguroso y sutil a mil leyes diferentes, las cuales se burlan de toda formulación realizada mediante conceptos, basándose para ello cabalmente en su dureza y en su precisión (comparado con éstas, incluso el concepto más estable tiene algo de fluctuante, multiforme, equívoco). Lo esencial «en el cielo y en la tierra» es, según parece, repitámoslo, el obedecer" durante mucho tiempo y en una única dirección: con esto se obtiene y se ha obtenido siempre, a la larga, algo por lo cual merece la pena vivir en la tierra, por ejemplo virtud, arte, música, baile, razón, espiritualidad, algo transfigurador, refinado, loco y divino. La prolongada falta de libertad del espíritu, la desconfiada coacción en la comunicabilidad de los pensamientos, la disciplina que el pensador se imponía de pensar dentro de una regla eclesiástica o cortesana o bajo presupuestos aristotélicos, la prolongada voluntad espiritual de interpretar todo acontecimiento de acuerdo con un esquema cristiano y de volver a descubrir y justificar al Dios cristiano incluso en todo azar, todo ese esfuerzo violento, arbitrario, duro, horrible, antirracional ha mostrado ser el medio a través del cual fueron desarrollándose en el espíritu europeo su fortaleza, su despiadada curiosidad y su sutil movilidad: aunque admitimos que aquí tuvo asimismo que quedar oprimida, ahogada y corrompida una cantidad grande e irreemplazable de fuerza y de espíritu (pues aquí, como en todas partes, «la naturaleza» se muestra tal cual es, con toda su magnificencia pródiga e indiferente, la cual nos subleva, pero es aristocrática). El que durante milenios los pensadores europeos pensasen únicamente para demostrar algo hoy resulta sospechoso, por el contrario, todo pensador que «quiere demostrar algo» , el que para ellos estuviera fijo desde siempre aquello que debía salir como resultado de su reflexión más rigurosa, de modo parecido a como ocurría antiguamente, por ejemplo, en la astrología asiática, o a como sigue ocurriendo hoy en la candorosa interpretación moralcristiana de los acontecimientos más próximos y personales, «para gloria de Dios» y «para la salvación del alma»: esta tiranía, esta arbitrariedad, esta rigurosa y grandiosa estupidez son las que han educado el espíritu; al parecer, es la esclavitud, entendida en sentido bastante grosero y asimismo en sentido bastante sutil, el medio indispensable también de la disciplina y la selección espirituales. Examínese toda moral en este aspecto: la «naturaleza» que hay en ella es lo que enseña a odiar el laisser aller, la libertad excesiva, y lo que implanta la necesidad de horizontes limitados, de tareas próximas, lo que enseña el estrechamiento de la perspectiva y por lo tanto, en cierto sentido, la estupidez como condición de vida y de crecimiento. «Tú debes obedecer, a quien sea, y durante largo tiempo: de lo contrario perecerás y perderás tu última estima de ti mismo» éste me parece ser el imperativo moral de la naturaleza, el cual, desde luego, ni es «categórico», como exigía de él el viejo Kant (de ahí el «de lo contrario»), ni se dirige al individuo (¡qué le importa a ella el individuo!), sino a pueblos, razas, épocas, estamentos y, ante todo, al entero animal «hombre», al hombre.

189

Las razas laboriosas encuentran una gran molestia en soportar la ociosidad: fue una obra maestra del instinto inglés el santificar y volver aburrido el domingo hasta tal punto que el inglés vuelve a anhelar, sin darse cuenta, sus días de semana y de trabajo: como una especie de ayuno inteligentemente inventado, inteligentemente intercalado, del cual pueden verse numerosos ejemplos también en el mundo antiguo (si bien no precisamente con vistas al trabajo, como es obvio en pueblos meridionales). Es necesario que haya ayunos de múltiples especies; y en todas partes donde dominan instintos y hábitos poderosos, los legisladores deben procurar intercalar días en los que tal instinto quede encadenado y aprenda a sentir hambre de nuevo. Vistas las cosas desde un lugar superior, generaciones y épocas enteras, cuando se presentan afectadas de algún fanatismo moral, parecen ser esos tiempos intercalados de coacción y de ayuno durante los cuales un instinto aprende a agacharse y someterse, pero asimismo a purificarse y aguzarse; también algunas sectas filosóficas (por ejemplo, la Estoa en medio de la cultura helenística y de su atmósfera, una atmósfera que estaba sobrecargada de perfumes afrodisíacos y que se había vuelto voluptuosa) permiten semejante interpretación. Esto nos proporciona asimismo una indicación para explicar la paradoja de por qué precisamente en el período más cristiano de Europa, y, en general, sólo bajo la presión de juicios de valor cristianos, el instinto sexual se ha sublimado hasta convertirse en amor (amourpassion [amorpasión]).

190

Hay en la moral de Platón algo que en propiedad no pertenece a Platón, sino que simplemente se encuentra en su filosofía, a pesar de Platón, podríamos decir, a saber: el socratismo, para el cual Platón era en realidad demasiado aristocrático. «Nadie quiere causarse daño a sí mismo, de ahí que todo lo malo (schlecht) acontezca de manera involuntaria. Pues el hombre malo se causa daño a sí mismo: no lo haría si supiese que lo malo es malo. Según esto, el hombre malo es malo sólo por error; si alguien le quita su error, necesariamente lo vuelve bueno.» Este modo de razonar huele a plebe, la cual no ve en el obrarmal más que las consecuencias penosas, y propiamente juzga que «es estúpido obrar mal»; mientras que considera sin más que las palabras «bueno» y «útil y agradable» tienen un significado idéntico. En todo utilitarismo de la moral es licito conjeturar de antemano ese mismo origen y hacer caso a nuestra nariz: rara vez nos equivocaremos. Platón hizo todo lo posible por introducir algo sutil y aristocrático en la interpretación de la tesis de su maestro, introducirse sobre todo a sí mismo, él, el más temerario de todos los intérpretes, que tomó de la calle a Sócrates entero tan sólo como un tema popular y una canción del pueblo, con el fin de hacer sobre él variaciones infinitas e imposibles, a saber: prestándole todas sus máscaras y complejidades propias. Hablando en broma, y, además, a la manera homérica: ¿qué otra cosa es el Sócrates platónico sino πρόσνε Πλάτων όπινέν τε Πλάτων μέσση τε Χίμαιρα [Platón por delante, Platón por detrás, y en medio la Quimera]?

191

El viejo problema teológico de «creer» y «saber» o, dicho más claramente, de instinto y razón es decir, la cuestión de si, en lo que respecta a la apreciación del valor de las cosas, el instinto merece más autoridad que la racionalidad, la cual quiere que se valore y se actúe por unas razones, por un «porqué», o sea por una conveniencia y utilidad, continúa siendo aquel mismo viejo problema moral que apareció por vez primera en la persona de Sócrates y que ya mucho antes del cristianismo escindió los espíritus. Sócrates mismo, ciertamente, había comenzado poniéndose, con el gusto de su talento, el gusto de un dialéctico superior de parte de la razón; y en verdad, ¿qué otra cosa hizo durante toda su vida más que reírse de la torpe incapacidad de sus aristocráticos atenienses, los cuales eran hombres de instinto, como todos los aristócratas, y nunca podían dar suficiente cuenta de las razones de su obrar? Sin embargo, en definitiva Sócrates se reía también, en silencio y en secreto, de sí mismo: ante su conciencia más sutil y ante su fuero interno encontraba en sí idéntica dificultad e idéntica incapacidad. ¡Para qué, decíase, liberarse, por lo tanto, de los instintos! Hay que ayudarles a ellos y también a la razón a ejercer sus derechos, hay que seguir a los instintos, pero hay que persuadir a la razón a que acuda luego en su ayuda con buenos argumentos. Ésta fue la auténtica falsedad de aquel grande y misterioso ironista; logró que su conciencia se diese por satisfecha con una especie de autoengaño: en el fondo se había percatado del elemento irracional existente en el juicio moral. Platón, más inocente en tales asuntos y desprovisto de la picardía del plebeyo, quiso demostrarse a sí mismo, empleando toda su fuerza ¡la fuerza más grande que hasta ahora hubo de emplear un filósofo! que razón e instinto tienden de por sí a una única meta, al bien, a «Dios»; y desde Platón todos los teólogos y filósofos siguen la misma senda, es decir, en cosas de moral ha vencido hasta ahora el instinto, o «la fe», como la llaman los cristianos, o «el rebaño», como lo llamo yo. Habría que excluir a Descartes, padre del racionalismo (y en consecuencia abuelo de la Revolución), que reconoció autoridad únicamente a la razón: pero ésta no es más que un instrumento, y Descartes era superficial.

192

Quien ha seguido la historia de una ciencia particular encuentra en su desarrollo un hilo conductor para comprender los procesos más antiguos y más comunes de todo «saber y conocer»: en uno y otro caso lo primero que se ha desarrollado han sido las hipótesis precipitadas, las fabulaciones, la buena y estúpida voluntad de «creer», la falta de desconfianza y de paciencia, nuestros sentidos aprenden muy tarde, y nunca del todo, a ser órganos de conocimiento sutiles, fieles, cautelosos. A nuestros ojos les resulta más cómodo volver a producir, en una ocasión dada, una imagen producida ya a menudo que retener dentro de sí los elementos divergentes y nuevos de una impresión: esto último exige más fuerza, más «moralidad». Al oído le resulta penoso y difícil oír algo nuevo; una música extraña la oímos mal. Al oír otro idioma intentamos involuntariamente dar a los sonidos escuchados la forma de palabras que tienen para nosotros un sonido más familiar y doméstico: así, por ejemplo, el alemán se formó en otro tiempo, del arcubalista oído por él, la palabra Armbrust [ballesta]. Lo nuevo encuentra hostiles y mal dispuestos también a nuestros sentidos; y, en general, ya en los procesos «más simples» de la sensualidad dominan afectos tales como temor, amor, odio, incluidos los afectos pasivos de la pereza. Así como hoy un lector no lee en su totalidad cada una de las palabras (y mucho menos cada una de las sílabas) de una página antes bien, de veinte palabras extrae al azar unas cinco y «adivina» el sentido que presumiblemente corresponde a esas cinco palabras , así tampoco nosotros vemos un árbol de manera rigurosa y total en lo que respecta a sus hojas, ramas, color, figura; nos resulta mucho más fácil fantasear una aproximación de árbol. Continuamos actuando así aun en medio de las vivencias más extrañas: la parte mayor de la vivencia nos la imaginamos con la fantasía, y resulta difícil forzarnos a no contemplar cualquier proceso como «inventores». Todo esto quiere decir: de raíz, desde antiguo, estamos habituados a mentir. O para expresarlo de modo más virtuoso e hipócrita, en suma, más agradable: somos mucho más artistas de lo que sabemos. En el curso de una conversación animada yo veo a menudo ante mí de un modo tan claro y preciso el rostro de la persona con quien hablo, según el pensamiento que ella expresa, o que yo creo haber suscitado en ella, que ese grado de claridad supera con mucho la fuerza de mi capacidad visual: la finura del juego muscular y de la expresión de los ojos tiene que haber sido añadida, por lo tanto, por mi imaginación. Probablemente la persona tenía un rostro completamente distinto o, incluso, no tenía ninguno.

193

Quidquid luce fuit, tenebris agit [lo que estuvo en la luz actúa en las tinieblas]: pero también a la inversa.

Las vivencias que tenemos mientras soñamos, suponiendo que las tengamos a menudo, acaban por formar parte de la economía global de nuestra alma lo mismo que cualquier otra vivencia «realmente» experimentada: merced a esto somos más ricos o más pobres, sentimos una necesidad más o menos, y, por fin, en pleno día, e incluso en los instantes más joviales de nuestro espíritu despierto, somos llevados un poco en andaderas por los hábitos contraídos en nuestros sueños. Suponiendo que alguien haya volado a menudo en sus sueños y, al final, tan pronto como se pone a soñar cobra consciencia de que la fuerza y el arte de volar son privilegios suyos y constituyen asimismo su felicidad más propia y envidiable: ese alguien, que cree poder realizar toda especie de curvas y de ángulos con un impulso ligerísimo, que conoce el sentimiento de cierta ligereza divina, un «hacia arriba» sin tensión ni coacción, un «hacia abajo» sin rebajamiento ni humillación ¡sin pesadez! ¡cómo un hombre que ha tenido tales experiencias y contraído tales hábitos en sus sueños no va a terminar encontrando que la palabra «felicidad» tiene un color y un significado distintos, incluso para su día despierto!, ¿cómo no va a aspirar a la felicidad de modo distinto? En comparación con aquel «volar», el «vuelo» que los poetas describen tiene que parecerle demasiado terrestre, muscular, violento, demasiado «pesado».

194

La diversidad de los seres humanos se muestra no sólo en la diversidad de sus tablas de bienes, es decir, en el hecho de que consideren deseables bienes distintos y estén en desacuerdo entre sí también sobre el valor mayor o menor, sobre la jerarquía de los bienes reconocidos por todos: esa diversidad se muestra más todavía en lo que consideran qué es tener y poseer realmente un bien. En lo que se refiere a una mujer, por ejemplo, el más modesto considera ya que disponer de su cuerpo y gozar sexualmente de él constituyen indicio suficiente y satisfactorio del tener, del poseer; otro, acuciado por una sed más suspicaz y más exigente de posesión, ve «el signo de interrogación», el carácter meramente aparente de tal tener, y quiere pruebas más sutiles, ante todo para saber si la mujer no sólo se entrega a él, sino que también deja por él lo que tiene o le gustaría tener : sólo así la considera «poseída». Pero un tercero tampoco ha llegado aún con eso al final de su desconfianza y de su voluntad de tener, éste se pregunta si la mujer, cuando deja todo por él, no lo hace por un fantasma de él: quiere primero ser bien conocido a fondo, conocido incluso en sus abismos, para poder ser en absoluto amado, él se atreve a dejarse adivinar. Siente que la amada está completamente en posesión suya tan sólo cuando la amada ya no se engaña sobre él, cuando lo ama por su condición diabólica y su oculta insaciabilidad tanto como por su bondad, paciencia y espiritualidad. Hay quien querría poseer un pueblo: y para esa finalidad le parecen bien todas las artes superiores de Cagliostro y de Catilina. Otro, con una sed más sutil de posesión, se dice: «no es lícito engañar cuando se quiere poseer», se siente irritado e impaciente al pensar que es una máscara de él la que manda sobre el corazón del pueblo: «¡por lo tanto, tengo que dejarme conocer y, primero, conocerme a mí mismo!» Entre hombres serviciales y benéficos encontramos de modo casi regular aquel torpe ardid consistente en formarse una idea corregida de la persona a que se trata de ayudar: pensando, por ejemplo, que ésta «merece» ayuda, que anhela precisamente su ayuda, y que se mostrará profundamente agradecida, adicta y sumisa a ellos por toda su ayuda, con estas fantasías disponen de los necesitados como de una propiedad suya, al igual que son hombres benéficos y serviciales por un anhelo de propiedad. Los encontramos celosos cuando nos cruzamos con ellos o nos adelantamos a ellos en el prestar ayuda. Los padres hacen involuntariamente del hijo algo semejante a ellos a esto lo llaman «educación», ninguna madre duda, en el fondo de su corazón, de que al dar a luz al hijo ha dado a luz una propiedad suya, ningún padre discute el derecho de que le sea lícito someterlo a sus conceptos y valoraciones. Incluso en otros tiempos a los padres parecíales justo el disponer a su antojo de la vida y la muerte del recién nacido (como ocurría entre los antiguos alemanes). Y al igual que el padre, también ahora el maestro, el estamento, el sacerdote, el príncipe continúan viendo en cada nuevo ser humano una ocasión cómoda de adquirir una nueva posesión. De lo cual se sigue...

195

Los judíos un pueblo «nacido para la esclavitud», como dicen Tácito y todo el mundo antiguo, «el pueblo elegido entre los pueblos», como dicen y creen ellos mismos los judíos han llevado a efecto aquel prodigio de inversión de los valores gracias al cual la vida en la tierra ha adquirido, para unos cuantos milenios, un nuevo y peligroso atractivo: sus profetas han fundido, reduciéndolas a una sola, las palabras «rico», «ateo», «malvado», «violento», «sensual», y han transformado por vez primera la palabra «mundo» en una palabra infamante. En esa inversión de los valores (de la que forma parte el emplear la palabra «pobre» como sinónimo de «santo» y «amigo») reside la importancia del pueblo judío: con él comienza la rebelión de los esclavos en la moral.

196

Hay al lado del sol innumerables cuerpos oscuros que hemos de inferir, aquellos que no veremos nunca.

Esto es, dicho entre nosotros, un símil; y un psicólogo de la moral lee la escritura entera de las estrellas tan sólo como un lenguaje de símiles y de signos que permite silenciar muchas cosas.

197

Se malentiende de modo radical al animal de presa y al hombre de presa (por ejemplo, a César Borgia), se malentiende la «naturaleza» mientras se continúe buscando una «morbosidad» en el fondo de esos monstruos y plantas tropicales, los más sanos de todos, o hasta un «infierno» congénito a ellos: cosa que han hecho hasta ahora casi todos los moralistas. ¿No parece como que hay en éstos un odio contra la selva virgen y contra los trópicos? ¿Y que el «hombre tropical» tiene que ser desacreditado a cualquier precio, presentándolo, bien como enfermedad y degeneración del hombre, bien como infierno y autosuplicio propios? ¿Por qué? ¿A favor de las «zonas templadas»? ¿A favor de los hombres templados? ¿De los «morales»? ¿De los mediocres? Esto, para el capítulo «moral como forma de miedo».

198

Todas esas morales que se dirigen a la persona individual para procurarle su «felicidad», según se dice, qué otra cosa son que propuestas de comportamiento en relación con el grado de peligrosidad en que la persona individual vive a causa de sí misma; recetas contra sus pasiones, sus inclinaciones buenas y malas, dado que éstas tienen voluntad de poder y quisieran desempeñar el papel de señor; ardides y artificios pequeños y grandes que desprenden el rancio olor propio de viejos remedios caseros y de una sabiduría de viejas; todas ellas barrocas e irracionales en la forma porque se dirigen a «todos», porque generalizan donde no es lícito generalizar , todas ellas hablando en un tono incondicional, tomándose a sí mismas como algo incondicional, todas ellas condimentadas no sólo con un único grano de sal, antes bien tolerables y a veces hasta seductoras sólo cuando aprenden a oler a algo exageradamente condimentado y peligroso, a oler principalmente «al otro mundo»: intelectualmente considerado, todo esto es poco valioso, y no es aún, ni de lejos, «ciencia», y mucho menos «sabiduría», sino, dicho por segunda y por tercera vez, listeza, listeza, listeza, mezclada con estupidez, estupidez, estupidez, ya se trate de aquella indiferencia y aquella frialdad de estatuas frente a la ardorosa necedad de los afectos que los estoicos aconsejaban y prescribían como medicina; ya de aquel dejardereír y dejardellorar de Spinoza, su tan ingenuamente preconizada destrucción de los afectos mediante su análisis y vivisección; ya de aquel abatimiento de los afectos que los reduce a una inocua mediocridad, en la cual es licito satisfacerlos, el aristotelismo de la moral; ya, incluso, de la moral entendida como goce de los afectos, pero intencionadamente atenuados y espiritualizados por medio del simbolismo del arte, entendida, por ejemplo, como música, o como amor a Dios, o como amor a los hombres por amor a Dios pues en la religión las pasiones vuelven a tener derecho de ciudadanía, suponiendo que...; ya se trate, finalmente, incluso de aquella condescendiente y traviesa entrega a los afectos enseñada por Hafis y por Goethe, de aquel audaz dejar sueltas las riendas, de aquella corporalespiritual licencia morum [licencia de las costumbres] en el caso excepcional de estrafalarios y borrachos viejos y sabios, en los cuales «representa ya poco peligro». También esto, para el capítulo «moral como forma de miedo».

199

Dado que, desde que hay hombres ha habido también en todos los tiempos rebaños humanos (agrupaciones familiares, comunidades, estirpes, pueblos, Estados, Iglesias), y que siempre los que han obedecido han sido muchísimos en relación con el pequeño número de los que han mandado, teniendo en cuenta, por lo tanto, que la obediencia ha sido hasta ahora la cosa mejor y más prolongadamente ensayada y cultivada entre los hombres, es lícito presuponer en justicia que, hablando en general, cada uno lleva ahora innata en sí la necesidad de obedecer, cual una especie de conciencia formal que ordena: «se trate de lo que se trate, debes hacerlo incondicionalmente, o abstenerte de ello incondicionalmente», en pocas palabras, «tú debes».

Esta necesidad sentida por el hombre intenta saturarse y llenar su forma con un contenido; en esto, de acuerdo con su fortaleza, su impaciencia y su tensión, esta necesidad actúa de manera poco selectiva, como un apetito grosero, y acepta lo que le grita al oído cualquiera de los que mandan padres, maestros, leyes, prejuicios estamentales, opiniones públicas. La extraña limitación del desarrollo humano, el carácter indeciso, lento, a menudo regresivo y tortuoso de ese desarrollo descansa en el hecho de que el instinto gregario de obediencia es lo que mejor se hereda, a costa del arte de mandar. Si imaginamos ese instinto llevado hasta sus últimas aberraciones, al foral faltarán hombres que manden y que sean independientes, o éstos sufrirán interiormente de mala conciencia y tendrán necesidad, para poder mandar, de simularse a sí mismos un engaño, a saber: el de que también ellos se limitan a obedecer. Ésta es la situación que hoy se da de hecho en Europa: yo la llamo la hipocresía moral de los que mandan. No saben protegerse contra su mala conciencia más que adoptando el aire de ser ejecutores de órdenes más antiguas o más elevadas (de los antepasados, de la Constitución, del derecho, de las leyes o hasta de Dios), o incluso tomando en préstamo máximas gregarias al modo de pensar gregario, presentándose, por ejemplo, como los «primeros servidores de su pueblo» o como «instrumentos del bien común». Por otro lado, hoy en Europa el hombre gregario presume de ser la única especie permitida de hombre y ensalza sus cualidades, que lo hacen dócil, conciliador y útil al rebaño, como las virtudes auténticamente humanas, es decir: espíritu comunitario, benevolencia, deferencia, diligencia, moderación, modestia, indulgencia, compasión. Y en aquellos casos en que se cree que no es posible prescindir de jefes y carneros guías, hácense hoy ensayos tras ensayos de reemplazar a los hombres de mando por la suma acumulativa de listos hombres de rebaño: tal es el origen, por ejemplo, de todas las Constituciones representativas. Qué alivio tan grande, qué liberación de una presión que se volvía insoportable constituye, a pesar de todo, para estos europeos animales de rebaño la aparición de un hombre que mande incondicionalmente, eso es cosa de la cual nos ha dado el último gran testimonio la influencia producida por la aparición de Napoleón: la historia de la influencia de Napoleón es casi la historia de la felicidad superior alcanzada por todo este siglo en sus hombres y en sus instantes más valiosos.

200

El hombre perteneciente a una época de disolución, la cual mezcla unas razas con otras, el hombre que, por ser tal, lleva en su cuerpo la herencia de una ascendencia multiforme, es decir, instintos y criterios de valor antitéticos y, a menudo, ni siquiera sólo antitéticos, que se combaten recíprocamente y raras veces se dan descanso, tal hombre de las culturas tardías y de las luces refractadas será de ordinario un hombre bastante débil: su aspiración más radical consiste en que la guerra que él es finalice alguna vez; la felicidad se le presenta ante todo, de acuerdo con una medicina y una mentalidad tranquilizantes (por ejemplo, epicúreas o cristianas), como la felicidad del reposo, de la tranquilidad, de la saciedad, de la unidad final, como «sábado de los sábados», para decirlo con el santo retórico Agustín, que era, él mismo, uno de esos hombres.

Si, en cambio, la antítesis y la guerra actúan en una naturaleza de ese género como un atractivo y un estimulante más de la vida, y si, por otro lado, una auténtica maestría y sutileza en el guerrear consigo mismo, es decir, en el dominarse a sí mismo, en el engañarse a sí mismo, se añaden, por herencia y por crianza, a sus instintos poderosos e inconciliables: entonces surgen aquellos seres mágicamente inaprehensibles e inimaginables, aquellos hombres enigmáticos predestinados a vencer y a seducir, cuya expresión más bella son Alcibíades y César (a quienes me gustaría añadir aquel que fue, para mi gusto, el primer europeo, Federico II Hohenstaufen), y, entre artistas, tal vez Leonardo da Vinci. Ellos aparecen cabalmente en las mismas épocas en que ocupa el primer plano aquel tipo más débil, con su deseo de reposo: ambos tipos se hallan relacionados entre sí y surgen de causas idénticas.

201

Mientras la utilidad que domine en los juicios morales de valor sea sólo la utilidad del rebaño, mientras la mirada esté dirigida exclusivamente a la conservación de la comunidad, y se busque lo inmoral precisa y exclusivamente en lo que parece peligroso para la subsistencia de la comunidad: mientras esto ocurra, no puede haber todavía una «moral del amor al prójimo». Aun suponiendo que aquí exista también ya un pequeño y constante ejercicio del respeto, de la compasión, de la equidad, de la dulzura, de la reciprocidad en el prestar auxilio, aun suponiendo que en ese estado de la sociedad actúen ya todos aquellos instintos a los que más tarde se les da el honroso nombre de «virtudes» y que, al final, casi coinciden con el concepto de «moralidad»: en esa época tales cosas no forman aún parte, en modo alguno, del reino de las valoraciones morales todavía son extramorales. En la mejor época romana, a una acción compasiva, por ejemplo, no se la califica ni de buena ni de malvada, ni de moral ni de inmoral: e incluso cuando se la alaba, con tal alabanza continúa siendo perfectamente compatible una especie de involuntario menosprecio, a saber, tan pronto como se la compara con cualquier acción que sirva al fomento del todo, de la res publica [cosa pública]. En definitiva, el «amor al prójimo» es siempre, con relación al temor al prójimo, algo secundario, algo parcialmente convencional y aparente arbitrario. Cuando la estructura de la sociedad en su conjunto ha quedado consolidada y parece asegurada contra peligros exteriores, es este temor al prójimo el que vuelve a crear nuevas perspectivas de valoración moral. Ciertos instintos fuertes y peligrosos, como el placer de acometer empresas, la audacia loca, el ansia de venganza, la astucia, la rapacidad, la sed de poder, que hasta ahora tenían que ser no sólo honrados bajo nombres distintos, como es obvio, a los que acabamos de escoger , sino desarrollados y cultivados en un sentido de utilidad colectiva (porque cuando el todo estaba en peligro se tenía constante necesidad de ellos para defenderse contra los enemigos del todo), son sentidos a partir de ahora, con reduplicada fuerza, como peligrosos ahora, cuando faltan los canales de derivación para ellos y paso a paso son tachados de inmorales y entregados a la difamación. Los instintos e inclinaciones antitéticos de ellos alcanzan ahora honores morales; el instinto de rebaño saca paso a paso su consecuencia. El grado mayor o menor de peligro que para la comunidad, que para la igualdad hay en una opinión, en un estado de ánimo y un afecto, en una voluntad, en un don, eso es lo que ahora constituye la perspectiva moral: también aquí el miedo vuelve a ser el padre de la moral. Cuando los instintos más elevados y más fuertes, irrumpiendo apasionadamente, arrastran al individuo más allá y por encima del término medio y de la hondonada de la conciencia gregaria, entonces el sentimiento de la propia dignidad de la comunidad se derrumba, y su fe en sí misma, su espina dorsal, por así decirlo, se hace pedazos: en consecuencia, a lo que más se estigmatizará y se calumniará será cabalmente a tales instintos. La espiritualidad elevada e independiente, la voluntad de estar solo, la gran razón son ya sentidas como peligro; todo lo que eleva al individuo por encima del rebaño e infunde temor al prójimo es calificado, a partir de este momento, de malvado (böse); los sentimientos equitativos, modestos, sumisos, igualitaristas, la mediocridad de los apetitos alcanzan ahora nombres y honores morales. Finalmente, en situaciones de mucha paz faltan cada vez más la ocasión y la necesidad de educar nuestro propio sentimiento para el rigor y la dureza; y ahora todo rigor, incluso en la justicia, comienza a molestar a la conciencia; una aristocracia y una autorresponsabilidad elevadas y duras son cosas que casi ofenden y que despiertan desconfianza, «el cordero» y, más todavía, «la oveja» ganan en consideración. Hay un punto en la historia de la sociedad en el que el reblandecimiento y el languidecimiento enfermizos son tales que ellos mismos comienzan a tomar partido a favor de quien los perjudica, a favor del criminal, y lo hacen, desde luego, de manera seria y honesta. Castigar: eso les parece inicuo en cierto sentido, la verdad es que la idea del «castigo» y del «debercastigar» les causa daño, les produce miedo. «¿No basta con volver no peligroso al criminal? ¿Para qué castigarlo además? ¡El castigar es cosa terrible!» la moral del rebaño, la moral del temor, saca su última consecuencia con esa interrogación. Suponiendo que fuera posible llegar a eliminar el peligro, el motivo de temor, entonces se habría eliminado también esa moral: ¡ya no sería necesaria, ya no se consideraría a sí misma necesaria! Quien examine la conciencia del europeo actual habrá de extraer siempre, de mil pliegues y escondites morales, idéntico imperativo, el imperativo del temor gregario: «¡queremos que alguna vez no haya ya nada que temer!» Alguna vez la voluntad y el camino que conduce hacia allá llámanse hoy, en todas partes de Europa, «progreso».

202

Apresurémonos a repetir algo que hemos dicho ya cien veces: pues hoy los oídos no escuchan de buen grado tales verdades nuestras verdades. Sabemos ya suficientemente cuán ofensivo resulta oír que alguien incluya al hombre, de manera franca y sin metáforas, entre los animales; pero a nosotros se nos achaca casi como una culpa el que empleemos constantemente, justo con relación a los hombres de las «ideas modernas», las expresiones «rebaño», «instintos gregarios» y otras semejantes. ¡Qué importa! No podemos obrar de otro modo $$: pues precisamente en esto consiste nuestro nuevo modo de ver las cosas. Hemos encontrado que Europa, incluidos aquellos países en que el influjo de Europa es dominante, se ha vuelto unánime en todos los juicios morales capitales: en Europa se sabe evidentemente aquello que Sócrates decía no saber y que la vieja y famosa serpiente prometió un día enseñar, se «sabe» hoy qué es el bien y qué es el mal. Por ello tiene que sonar duro y llegar mal a los oí dos el que nosotros insistamos una y otra vez en esto: es el instinto del animal gregario hombre el que aquí cree saber, el que aquí, con sus alabanzas y sus censuras, se glorifica a sí mismo, se califica de bueno a sí mismo: ese instinto ha logrado irrumpir, preponderar, predominar sobre todos los demás instintos, y continúa lográndolo cada vez más, a medida que crecen la aproximación y el asemejamiento fisiológicos, de los cuáles él es síntoma. La moral es hoy en Europa moral de animal de rebaño: por lo tanto, según entendemos nosotros las cosas, no es más que una especie de moral humana, al lado de la cual, delante de la cual, detrás de la cual son o deberían ser posibles otras muchas morales, sobre todo morales superiores. Contra tal «posibilidad», contra tal «deberían», se defiende esa moral, sin embargo, con todas sus fuerzas: ella dice con obstinación e inflexibilidad: «¡yo soy la moral misma, y no hay ninguna otra moral!» incluso se ha llegado, con ayuda de una religión que ha estado a favor de los deseos más sublimes del animal de rebaño y los ha adulado, se ha llegado a que nosotros mismos encontremos una expresión cada vez más visible de esa moral en las instituciones políticas y sociales: el movimiento democrático constituye la herencia del movimiento cristiano. Ahora bien, que el tempo [ritmo] de aquel movimiento les resulta todavía demasiado lento y somnoliento a los más impacientes, a los enfermos e intoxicados del mencionado instinto, atestíguanlo los aullidos cada vez más furiosos, los rechinamientos de dientes cada vez menos disimulados de los perros anarquistas que ahora rondan por las calles de la cultura europea: en antítesis aparentemente a los tranquilos y laboriosos demócratas e ideólogos de la Revolución, y más todavía a los filosofastros cretinos y los ilusos de la fraternidad que se llaman a sí mismos socialistas y quieren la «sociedad libre», pero que en verdad coinciden con todos aquéllos en su hostilidad radical e instintiva a toda forma de sociedad diferente de la del rebaño autónomo (hasta llegar a rechazar incluso los conceptos de «señor» y de «siervo» ni dieu ni maitre [ni Dios, ni amo], dice una fórmula socialista); coinciden en la tenaz resistencia contra toda pretensión especial, contra todo derecho especial y todo privilegio (y esto significa, en última instancia, contra todo derecho: pues cuando todos son iguales, ya nadie necesita «derechos»); coinciden en la desconfianza contra la justicia punitiva (como si ésta fuera una violencia ejercida sobre el más débil, una injusticia frente a la necesaria consecuencia de toda sociedad anterior); pero también coinciden en la religión de la compasión, en la simpatía, con tal de que se sienta, se viva, se sufra (hasta descender al animal, hasta elevarse a «Dios»: la aberración de una «compasión para con Dios» es propia de una época democrática); coinciden todos ellos en el clamor y en la impaciencia de la compasión, en el odio mortal al sufrimiento en cuanto tal, en la incapacidad casi femenina para poder presenciarlo como espectador, para poder hacer sufrir; coinciden en el ensombrecimiento y reblandecimiento involuntarios bajo cuyo hechizo parece amenazada Europa por un nuevo budismo; coinciden en la creencia en la moral de la compasión comunitaria, como si ésta fuera la moral en sí, la cima, la alcanzada cima del hombre, la única esperanza del futuro, el consuelo de los hombres de hoy, la gran redención de toda culpa de otro tiempo: coinciden todos ellos en la creencia de que la comunidad es la redentora, por lo tanto, en la fe en el rebaño, en la fe en «sí mismos»...

203

Nosotros los que somos de otra fe, nosotros los que consideramos el movimiento democrático no meramente como una forma de decadencia de la organización política, sino como forma de decadencia, esto es, de empequeñecimiento, del hombre, como su mediocrización y como su rebajamiento de valor, ¿adónde tendremos que acudir nosotros con nuestras esperanzas? A nuevos filósofos, no queda otra elección; a espíritus suficientemente fuertes y originarios como para empujar hacia valoraciones contrapuestas y para transvalorar, para invertir «valores eternos»; a precursores, a hombres del futuro, que aten en el presente la coacción y el nudo, que coaccionen a la voluntad de milenios a seguir nuevas vías. Para enseñar al hombre que el futuro del hombre es voluntad suya, que depende de una voluntad humana, y para preparar grandes riesgos y ensayos globales de disciplina y selección destinados a acabar con aquel horrible dominio del absurdo y del azar que hasta ahora se ha llamado «historia» el absurdo del «número máximo» es tan sólo su última forma : para esto será necesaria en cierto momento una nueva especie de filósofos y de hombres de mando, cuya imagen hará que todos los espíritus ocultos, terribles y benévolos que en la tierra han existido aparezcan sin duda pálidos y enanos. La imagen de tales jefes es la que se cierne ante nuestros ojos: ¿me es lícito decirlo en voz alta, espíritus libres? Las circunstancias que en parte habría que crear y en parte habría que aprovechar para que aquéllos surjan; las sendas y pruebas presumibles mediante las cuales un alma ascendería hasta una altura y poder tales que sintiese la coacción de realizar tales tareas; una transvaloración de los valores bajo cuya presión y martillo nuevos se templaría una conciencia, se transformaría en bronce un corazón, de modo que soportase el peso de semejante responsabilidad; por otro lado, la necesidad de tales jefes, el espantoso peligro de que puedan faltar o malograrse o degenerar éstas son nuestras auténticas preocupaciones y ensombrecimientos, ¿lo sabéis, espíritus libres?, éstos son los pensamientos y borrascas pesados y lejanos que atraviesan el cielo de nuestra vida. Existen pocos dolores tan agudos como el haber visto, el haber adivinado, el haber sentido alguna vez cómo un hombre extraordinario se apartaba de su senda y degeneraba: pero quien posee los raros ojos que permiten ver el peligro global de que «el hombre» mismo degenere, quien, como nosotros, ha conocido la monstruosa azarosidad que hasta ahora ha jugado su juego en lo que respecta al futuro del hombre ¡un juego en el que no intervenía ninguna mano y ni siquiera un «dedo de Dios»! , quien adivina la fatalidad que se oculta en la idiota inocuidad y credulidad de las «ideas modernas», y más todavía en toda la moral europeocristiana: ése padece una ansiedad con la que ninguna otra es comparable, él abarca, en efecto, de una sola mirada todo aquello que, con una favorable concentración e incremento de fuerzas y de tareas, podría sacarse del hombre mediante su selección, él sabe, con todo el saber de su conciencia, cómo el hombre no está aún agotado para las posibilidades máximas, y con cuánta frecuencia el tipo hombre se ha encontrado ya frente a decisiones misteriosas y frente a nuevos caminos: y sabe más todavía, por su dolorosísimo recuerdo, contra qué cosas miserables ha chocado hasta ahora de ordinario un ser de rango supremo en su evolución, naufragando, rompiéndose, deshaciéndose, hundiéndose, volviéndose miserable. La degeneración global del hombre, hasta rebajarse a aquello que hoy les parece a los cretinos y majaderos socialistas su «hombre del futuro», ¡su ideal! esa degeneración y empequeñecimiento del hombre en completo animal de rebaño (o, como ellos dicen, en hombre de la «sociedad libre», esa animalización del hombre hasta convertirse en animal enano dotado de igualdad de derechos y exigencias son posibles, ¡no hay duda! Quien ha pensado alguna vez hasta el final esa posibilidad conoce una náusea más que los demás hombres, ¡y tal vez también una nueva tarea!

SECCIÓN SEXTA

Nosotros los doctos

204

A riesgo de que el moralizar manifieste ser también aquí lo que siempre ha sido a saber, un intrépido montrerses plaies [mostrar las propias llagas], según Balzac, yo me atrevería a oponerme a un indebido y pernicioso desplazamiento de rango que hoy, de manera completamente inadvertida y como con la mejor conciencia, amenaza con establecerse entre la ciencia y la filosofía. Quiero decir que, partiendo de nuestra experiencia, ¿experiencia significa siempre, según me parece a mí, mala experiencia? hemos de tener derecho a intervenir en la discusión sobre esa elevada cuestión de rango: para no hablar como hablan del color los ciegos o como hablan contra la ciencia las mujeres y los artistas («¡ay, esa perversa ciencia!», suspiran el instinto y el pudor de las mujeres y de los artistas, «¡ella averigua siempre lo que hay detrás de las cosas!»). La declaración de independencia del hombre científico, su emancipación de la filosofía, constituye una de las repercusiones más sutiles del orden y desorden democráticos: por todas partes la autoglorificación y autoexaltación del docto encuéntranse hoy en pleno florecimiento y en su mejor primavera, con lo cual no queremos decir que en este caso la alabanza de sí mismo huela de modo agradable. «¡Nada de dueños!» eso es lo que quiere también aquí el instinto del hombre plebeyo; y después de que la ciencia se ha liberado, con el más feliz éxito, de la teología, de la cual fue «sierva» durante mucho tiempo, aspira ahora con completa altanería e insensatez a dictar leyes a la filosofía y a representar ella por su parte el papel de «señor» ¡qué digo!, de filósofo. Mi memoria ¡memoria de un hombre científico, permítaseme decirlo! rebosa de las ingenuidades, basadas en la soberbia, que sobre la filosofía y los filósofos he oído decir a los jóvenes investigadores de la naturaleza y a los viejos médicos (para no hablar de los más cultos y más engreídos de todos los doctos, los filólogos y pedagogos, que son ambas cosas por profesión). Unas veces era el especialista y mozo de esquina el que instintivamente se ponía en guardia contra las tareas y capacidades sintéticas; otras, el trabajador diligente el que había percibido un olor de otium [ocio] y de aristocrática exuberancia en la economía psíquica del filósofo, y que por ello se sentía menoscabado y empequeñecido. Otras veces era ese daltonismo del hombre utilitario que no ve en la filosofía más que una serie de sistemas refutados y un lujo derrochador que a nadie «aprovecha». Otras, lo que resaltaba era el miedo a una mística disfrazada y a una rectificación de las fronteras del conocer; a veces era la desestimación de algunas filosofías la que se había generalizado arbitrariamente, convirtiéndose en desestimación de la filosofía misma. Con muchísima frecuencia, en fin, encontré en jóvenes doctos, detrás del soberbio menosprecio de la filosofía, la perversa repercusión de un filósofo, al cual se le había negado ciertamente obediencia en conjunto, pero sin haber escapado al hechizo de sus despreciativas valoraciones de otros filósofos: lo que tenía como resultado una disposición global de ánimo opuesta a toda filosofía. (Tal me parece ser, por ejemplo, la repercusión de Schopenhauer sobre la Alemania más reciente: con su poco inteligente furia contra Hegel ha conseguido que la última generación entera de alemanes se separe de la conexión con la cultura alemana, cultura que, bien sopesadas todas las cosas, ha representado una cima y una sutileza adivinatoria del sentido histórico: pero Schopenhauer mismo era, justo en este punto, tan pobre, tan poco receptivo, tan poco alemán, que llegaba a la genialidad.) Hablando en general, acaso haya sido principalmente lo humano, demasiado humano, en suma, la miseria misma de los filósofos recientes lo que de modo más radical haya dañado al respeto a la filosofía y haya abierto las puertas al instinto del hombre de la plebe. Confesémonos, pues, hasta qué punto le falta a nuestro mundo moderno la especie entera de los Heráclitos, Platones, Empédocles y como se hayan llamado todos esos regios y magníficos eremitas del espíritu; y con cuánta razón, a la vista de los representantes de la filosofía que hoy, gracias a la moda, están tanto por encima como por debajo en Alemania, por ejemplo, los dos leones de Berlín, el anarquista Eugen Dühring y el amalgamista Eduard von Hartmann , le es lícito a un honesto hombre de ciencia sentirse de una especie y una ascendencia mejores. Es en especial el espectáculo de esos filósofos del revoltijo que a sí mismos se denominan «filósofos de la realidad» o «positivistas» lo que consigue introducir una peligrosa desconfianza en el alma de un docto joven, ambicioso: éstos son, en efecto, en el mejor de los casos, doctos y especialistas, ¡eso se palpa! éstos son, en efecto, todos ellos, hombres vencidos y sometidos de nuevo al dominio de la ciencia, que alguna vez han querido de sí algo más, sin tener derecho a ese «más» y a la responsabilidad de ese «más» y que ahora, honorables, furiosos, vengativos, representan con sus palabras y sus hechos la falta de fe en la tarea señorial y en la soberanía de la filosofía. En fin: ¡cómo podría ser de otro modo! Hoy la ciencia florece y muestra en su rostro con abundancia la buena conciencia, mientras que aquello a lo que ha venido a parar poco a poco toda la filosofía alemana reciente, ese residuo de filosofía de hoy suscita contra sí desconfianza y fastidio, cuando no burla y compasión. La filosofía reducida a «teoría del conocimiento», y que ya no es de hecho más que una tímida epojística y doctrina de la abstinencia: una filosofía que no llega más que hasta el umbral y que se prohíbe escrupulosamente el derecho a entrar ésa es una filosofía que está en las últimas, un final, una agonía, algo que produce compasión. ¡Cómo podría semejante filosofía dominar!

205

Los peligros que amenazan al desarrollo del filósofo son hoy en verdad tan múltiples que se dudaría de que ese fruto pueda llegar aún en absoluto a madurar. La extensión de las ciencias, la torre construida por ellas han crecido de modo gigantesco, con lo cual ha aumentado también la probabilidad de que el filósofo se canse ya mientras aprende o se deje retener en un lugar cualquiera y «especializarse»: de modo que no llegue ya en absoluto hasta su altura, es decir, que no tenga una mirada desde arriba, a la redonda, hacia abajo. O que llegue arriba demasiado tarde, cuando ya su mejor época y su mejor fuerza han pasado; o que llegue dañado, embrutecido, degenerado, de modo que su mirada, su juicio global de valor signifiquen ya poco. Acaso sea precisamente la finura de su conciencia intelectual lo que le haga dudar en el camino y retrasarse; tiene miedo de la seducción que lo incita a convertirse en diletante, en ciempiés y en cien tentáculos, sabe demasiado bien que quien se ha perdido el respeto a sí mismo no es ya, tampoco en cuanto hombre de conocimiento, el que manda, el que guía: tendría, pues, que querer convertirse en el gran comediante, en el Cagliostro y cazarratas filosófico de los espíritus, en suma, en seductor. Ésta es, en última instancia, una cuestión de conciencia. A lo cual se añade, para redoblar todavía más la dificultad del filósofo, que éste se exige a sí mismo dar un juicio, un sí o un no, no sobre las ciencias, sino sobre la vida y el valor de la vida, que le cuesta aprender a creer que él tenga derecho o incluso deber de pronunciar ese juicio, y que sólo partiendo de las vivencias más extensas acaso las más perturbadoras, las más destructoras y a menudo vacilando, dudando, enmudeciendo, es como él tiene que buscar su camino hacia ese juicio y esa creencia. De hecho durante largo tiempo la multitud no ha comprendido al filósofo y lo ha confundido con otros, bien con el hombre científico y con el docto ideal, bien con el iluso y ebrio de Dios, religiosamente elevado, desensualizado, «desmundanizado»; y cuando hoy oímos que se alaba a alguien diciendo que vive «sabiamente» o «como un filósofo», eso no significa casi nada más que vive «de modo inteligente y apartado». Sabiduría: a la plebe le parece la sabiduría una especie de huida, un medio y artificio para escapar bien a un mal juego; pero el filósofo verdadero ¿no nos parece así a nosotros, amigos míos? vive de manera «no filosófica» y «no sabia», sobre todo de manera no inteligente, y siente el peso y deber de cien tentativas y tentaciones de la vida: se arriesga a sí mismo constantemente, juega el juego malo...

206

En relación con un genio, es decir, con un ser que o bien fecunda a otro, o bien da a luz él, tomadas ambas expresiones en su máxima extensión, el docto, el hombre de ciencia medio, tiene siempre algo de solterona: pues, como ésta, no entiende nada de las dos funciones más valiosas del ser humano. De hecho a ambos, a doctos y a solteronas, a modo de indemnización, por así decirlo, se les reconoce respetabilidad se subraya en estos casos la respetabilidad, y la forzosidad de ese reconocimiento proporciona idéntica dosis de fastidio. Miremos las cosas con más detalle: ¿qué es el hombre científico? Por lo pronto, una especie no aristocrática de hombre, con las virtudes de una especie no aristocrática de hombre, es decir, no dominante, no autoritaria y tampoco contenta de sí misma: el hombre científico tiene laboriosidad, paciencia para ocupar su sitio en la fila, regularidad y mesura en sus capacidades y necesidades, tiene el instinto para reconocer cuáles son sus iguales y qué es lo que sus iguales necesitan, por ejemplo aquella dosis de independencia y de prado verde sin la cual no hay tranquilidad en el trabajo, aquella pretensión de que se lo honre y reconozca (la cual presupone primero y ante todo conocimiento, cognoscibilidad), aquel rayo de sol de un buen nombre, aquella constante insistencia en su valor y en su utilidad, con la que es necesario superar una y otra vez la desconfianza íntima que hay en el fondo del corazón de todos los hombres dependientes y animales de rebaño. El docto tiene también, como es obvio, las enfermedades y defectos de una especie no aristocrática: tiene mucha envidia pequeña y posee un ojo de lince para ver cuanto de bajo hay en las naturalezas a cuyas alturas él no puede ascender, Es confiado, mas sólo como uno que se deja ir paso a paso, pero no fluir como una corriente; y justo frente al hombre de la gran corriente adopta el docto una actitud tanto más fría y cerrada, su ojo es entonces como un lago liso y disgustado en el cual ya no aparece la onda de ningún embeleso, de ninguna simpatía. Las cosas peores y más peligrosas que un docto es capaz de hacer le vienen del instinto de mediocridad de su especie: de aquel jesuitismo de la mediocridad que trabaja instintivamente para aniquilar al hombre no habitual y que intenta romper o ¡mejor todavía! aflojar todo arco tenso. Aflojarlo, claro está, con consideración, con mano indulgente, aflojarlo con cariñosa compasión: éste es el auténtico arte del jesuitismo, que ha sabido siempre presentarse como religión de la compasión.

207

Por grande que sea el agradecimiento con que acojamos el espíritu objetivo ¡y quién no habría estado ya alguna vez mortalmente harto de todo lo subjetivo y de su maldita ipsissimosidad!, al final tenemos que aprender a tener cautela también con nuestro agradecimiento y poner freno a la exageración con que la renuncia del espíritu a sí mismo y su despersonalización vienen siendo ensalzadas últimamente cual si fueran, por así decirlo, una meta en sí, una redención y transfiguración: cosa que suele ocurrir sobre todo en el interior de la escuela de los pesimistas, escuela que, por su parte, tiene también buenas razones para otorgar los máximos honores al «conocer desinteresado». El hombre objetivo, que ya no lanza maldiciones e injurias como el pesimista, el docto ideal, en el cual consigue el instinto científico florecer y prosperar tras miles de fracasos completos y de fracasos a medias, es con toda seguridad uno de los instrumentos más preciosos que existen: pero debe ser manejado por alguien más poderoso. Él es tan sólo un instrumento, digamos: un espejo, no una «finalidad por sí misma». El hombre objetivo es de hecho un espejo: habituado a someterse a todo lo que quiere ser conocido, sin ningún otro placer que el que le proporciona el conocer, el «reflejar», ese hombre aguarda hasta que algo llega, y entonces se extiende con delicadeza para que sobre su superficie y piel no se pierdan tampoco las huellas ligeras y el fugaz deslizarse de seres fantasmales. El resto de «persona» que todavía le queda parécele algo casual, algo con frecuencia arbitrario y, con más frecuencia todavía, perturbador: hasta tal punto se ha convertido a sí mismo en lugar de paso y en reflejo de figuras y acontecimientos ajenos. Le cuesta reflexionar sobre «sí mismo» y no raras veces yerra al hacerlo; fácilmente se confunde a sí mismo con otros, se equivoca en lo referente a sus propias necesidades, y esto es lo único en que se muestra burdo y negligente. Tal vez lo atormenten la salud, o la mezquindad y el aire enrarecido de mujeres y amigos, o la falta de compañeros y compañía, incluso se fuerza a sí mismo a reflexionar sobre su tormento: ¡en vano! Ya su pensamiento divaga lejos, yendo hacia el caso más general, y mañana sabe tan poco como sabía ayer de qué modo se le ha de ayudar. Ha perdido la seriedad para consigo mismo, también el tiempo: es jovial, y no por falta de penas, sino por falta de dedos y de manos para tocar sus penas. La condescendencia habitual con toda cosa y acontecimiento, la alegre e imparcial hospitalidad con que acoge todo lo que choca con él, su especie de inconsiderada benevolencia, de peligrosa despreocupación por el sí y el no: ¡ay, se dan bastantes casos en que tiene que expiar esas virtudes suyas! y en cuanto ser humano conviértese con demasiada facilidad en el caput mortuum [residuo inútil] de esas virtudes. Si se quiere de él amor y odio, quiero decir amor y odio tal como los entienden Dios, la mujer y el animal: él hará lo que pueda, y dará lo que pueda. Pero no debemos extrañarnos de que no sea mucho, de que justo en esto se muestre inauténtico, frágil, equívoco y podrido. Su amor es querido, su odio es artificial y más bien un tour de force [exhibición], una pequeña vanidad y exageración. En efecto, él es auténtico nada más que en la medida en que le es lícito ser objetivo: únicamente en su jovial totalismo continúa siendo «naturaleza» y «natural». Su alma reflectante y que eternamente está alisándose no sabe ya afirmar, no sabe ya negar; no da órdenes; tampoco destruye. Je ne méprise presque rien [yo no desprecio casi nada] dice con Leibniz: ¡no se pase por alto ni se infravalore el presque [casi]! Tampoco es un hombre modelo; no va delante de nadie, ni detrás de nadie; se sitúa en general demasiado lejos como para tener motivo de tomar partido entre el bien y el mal. Al confundirlo durante tanto tiempo con el filósofo, con el cesáreo disciplinador y violentador de la cultura: se le han otorgado honores demasiado elevados y se ha dejado de ver lo más esencial que hay en él, él es un instrumento, un ejemplar de esclavo, aunque también, ciertamente, la especie más sublime de esclavo, pero, en sí mismo, nada, presque rien! [¡casi nada!]. El hombre objetivo es un instrumento, un instrumento de medida y una obra maestra de espejo, precioso, fácil de romper y de empañar, al que se debe tratar con cuidado y honrar; pero no es una meta, un resultado y elevación, un hombre complementario en el cual se justifique la restante existencia, no es una conclusión y menos todavía es un comienzo, una procreación y causa primera, no es algo rudo, poderoso, plantado en sí mismo, que quiere ser señor: antes bien, es sólo un delicado, hinchado, fino, móvil recipiente formal, que tiene que aguardar a un contenido y a una sustancia cualesquiera para «configurarse» a sí mismo de acuerdo con ellos, de ordinario es un hombre sin contenido ni sustancia, un hombre «sin sí mismo». En consecuencia, tampoco es una cosa para mujeres, in parenthesi [dicho sea entre paréntesis].

208

Cuando un filósofo da a entender hoy que él no es un escéptico, yo espero que se haya percibido eso en la descripción que acabo de hacer del espíritu objetivo todo el mundo oye eso con disgusto; se lo examina con cierto recelo, se querría preguntarle y preguntarle muchas cosas..., incluso, entre los oyentes medrosos, que ahora existen en gran cantidad, se le califica, desde ese momento, de peligroso. Les parece como si, en el repudio del escepticismo por parte de aquél, ellos escuchasen desde lejos un ruido malvado y amenazador, como si en alguna parte se estuviera ensayando una nueva sustancia explosiva, una dinamita del espíritu, quizá una nihilina rusa recién descubierta, un pesimismo bonae voluntatís [de buena voluntad] que no se limita a decir no, a querer no, sino ¡cosa horrible de pensar! a hacer no. Contra esa especie de «buena voluntad» una voluntad de negación real y efectiva de la vida no hay hoy, según es reconocido por todos, mejor somnífero y calmante que el escepticismo, que la suave, amable, tranquilizante adormidera del escepticismo; y el propio Hamlet es recetado hoy, por los médicos de la época, como un medicamento contra el «espíritu» y sus rumores subterráneos. «¿Es que no tenemos ya enteramente llenos los oídos de rumores perversos? dice el escéptico, presentándose como amigo de la tranquilidad y casi como una especie de policía de seguridad: ¡ese no subterráneo es horrible! ¡Callaos por fin, topos pesimistas!»

En efecto, el escéptico, esa criatura delicada, se horroriza con demasiada facilidad; su conciencia está amaestrada para sobresaltarse y sentir algo así como una mordedura cuando oye cualquier no, e incluso cuando oye un sí duro y decidido. ¡Sí! y ¡no! esto repugna a su moral; por el contrario, le gusta agasajar a su virtud con la noble abstención, diciendo acaso con Montaigne: «¿Qué sé yo?» O con Sócrates: «Yo sé que no sé nada». O: «Aquí no me fío de mí, aquí no está abierta ninguna puerta para mí». O: «Suponiendo que estuviera abierta, ¡para qué entrar enseguida!» O:

«¿De qué sirven todas las hipótesis apresuradas? No hacer hipótesis podría fácilmente formar parte del buen gusto. ¿Es que tenéis que enderezar inmediatamente lo torcido? ¿Que tapar todo agujero con una estopa cualquiera? ¿No tiene esto su tiempo? ¿No tiene tiempo el tiempo? Oh muchachos del diablo, ¿no podéis aguardar en modo alguno? También lo incierto tiene sus atractivos, también la Esfinge es una Circe, también la Circe fue una filósofa.» Así se consuela a sí mismo un escéptico; y es cierto que tiene necesidad de algún consuelo. En efecto, el escepticismo es la expresión más espiritual de una cierta constitución psicológica compleja a la que, en el lenguaje vulgar, se le da el nombre de debilidad nerviosa y constitución enfermiza; el escepticismo surge siempre que razas o estamentos largo tiempo separados entre sí se entrecruzan de manera decidida y súbita. En la nueva estirpe, la cual, por así decirlo, acoge en su sangre por herencia medidas y valores diferentes, todo es inquietud, turbación, duda, ensayo; las fuerzas mejores producen un efecto inhibitorio, las virtudes mismas no se dejan unas a otras crecer ni fortalecerse, en el cuerpo y en el alma faltan el equilibrio, el centro de gravedad, la seguridad perpendicular. Pero lo que más hondamente enferma y degenera en esos mestizos es la voluntad. ellos ya no conocen en absoluto la independencia en la resolución, el valiente sentimiento de placer en el querer, incluso en sus sueños dudan de la «libertad de la voluntad». Nuestra Europa de hoy, escenario de un ensayo absurdo y repentino de mezclar radicalmente entre sí los estamentos y, en consecuencia, las razas, es por ello escéptica tanto arriba como abajo, exhibiendo unas veces ese móvil escepticismo que salta, impaciente y ávido, de una rama a otra, y presentándose otras torva cual una nube cargada de signos de interrogación, ¡y a menudo mortalmente harta de su voluntad! Parálisis de la voluntad: ¡en qué lugar no encontramos hoy sentado a ese tullido! ¡Y a menudo, incluso, muy ataviado! ¡Qué seductoramente engalanado! Para esta enfermedad existen los más hermosos vestidos de gala y de mentira; y que, por ejemplo, la mayor parte de lo que hoy se exhibe a sí mismo en los escaparates como «objetividad», «cientificismo», l'art pour l'art, «conocer puro, independiente de la voluntad», no es otra cosa que escepticismo y parálisis de la voluntad engalanados, ése es un diagnóstico de la enfermedad europea del que yo quiero salir responsable. La enfermedad de la voluntad se ha extendido sobre Europa de una manera no uniforme: donde más amplia y compleja se muestra es allí donde más tiempo hace que la cultura está aposentada, y desaparece en la medida en que «el bárbaro» hace valer todavía o de nuevo su derecho bajo la desaliñada vestimenta de la cultura occidental. En la Francia actual es, por lo tanto, y esto es cosa tan fácil de deducir como de palpar con la mano, donde más enferma se encuentra la voluntad; y Francia, que siempre ha tenido una habilidad magistral para transformar en algo atractivo y seductor incluso los giros más fatales de su espíritu, muestra hoy propiamente su preponderancia cultural sobre Europa en su calidad de escuela y escaparate de todas las magias del escepticismo. La fuerza de querer, y, en concreto, de querer largamente, es ya un poco más fuerte en Alemania, y en el norte alemán es, a su vez, más fuerte que en el centro; considerablemente más fuerte es en Inglaterra, en España y Córcega, ligada en el primer caso a la flema, y en el segundo a los cráneos duros, para no hablar de Italia, la cual es demasiado joven como para saber lo que quiere y que tiene que demostrar primero si es capaz de querer , pero donde más fuerte y más asombrosa se muestra es en aquel imperio intermedio en el que Europa, por así decirlo, refluye hacia Asia, en Rusia.

Allí la fuerza de querer ha venido siendo reservada y acumulada desde hace mucho tiempo, allí la voluntad quién sabe si como voluntad de afirmación o de negación aguarda amenazadoramente el momento en que se la accione, para tomar prestado a los físicos de hoy su palabra preferida. Para que Europa quede libre de su máximo peligro acaso sean necesarias no sólo guerras en India y complicaciones en Asia, sino revoluciones internas, la desmembración del Reich en pequeños cuerpos y, sobre todo, la introducción de la imbecilidad parlamentaria, además de la obligación para todo el mundo de leer su periódico durante el desayuno. Yo no digo esto porque lo desee: antes bien, yo desearía lo contrario, quiero decir, un aumento tal de la amenaza representada por Rusia que Europa tuviera que decidirse a volverse amenazadora en esa misma medida, esto es, a adquirir una voluntad única mediante el instrumento de una nueva casta que dominase sobre Europa, a adquirir una voluntad propia prolongada, terrible, que pudiera proponerse metas para milenios: para que por fin acabasen tanto la comedia, que ha durado demasiado, de su división en pequeños Estados como sus veleidades dinásticas y democráticas. El tiempo de la política pequeña ha pasado: ya el próximo siglo trae consigo la lucha por el dominio de la tierra, la coacción a hacer una política grande.

209

Hasta qué punto la nueva edad bélica en que nosotros los europeos hemos manifiestamente entrado va a favorecer quizá también el desarrollo de una especie distinta y más fuerte de escepticismo es cosa sobre la cual yo quisiera expresarme por el momento nada más que mediante una imagen que los amigos de la historia alemana comprenderán. Aquel irreflexivo entusiasta de los granaderos guapos y altos que, como rey de Prusia, dio vida a un genio militar y escéptico y con ello, en el fondo, a ese nuevo tipo de alemán que justo ahora aparece victoriosamente en el horizonte , el ambiguo y loco padre de Federico el Grande, tuvo también en un único punto la zarpa y la garra afortunada del genio: supo qué era lo que faltaba entonces en Alemania y cuál era la falta que resultaba cien veces más angustiosa y urgente que, por ejemplo, la falta de cultura y de forma social, su aversión por el joven Federico provenía de la angustia de un instinto profundo. Faltaban varones; y él recelaba, para amarguísimo fastidio suyo, que su propio hijo no era suficientemente varón. En esto se engañó: mas ¿quién no se habría engañado en su lugar? Veía a su hijo víctima del ateísmo, del esprit [espíritu], de la deleitosa frivolidad propia de franceses llenos de ingenio: veía en el trasfondo la gran chupadora de sangre, la araña del escepticismo, sospechaba la incurable miseria de un corazón que ya no es bastante fuerte ni para el bien ni para el mal, de una voluntad rota que ya no da órdenes, que ya no puede dar órdenes. Pero entretanto se desarrolló en su hijo aquella especie nueva, más peligrosa y más dura, de escepticismo, ¿quién sabe hasta qué punto favorecida precisamente por el odio del padre y por la gélida melancolía de una voluntad que se había hecho solitaria? el escepticismo de la virilidad temeraria, que está estrechamente emparentado con el genio para la guerra y para la conquista y que hizo su primera entrada en Alemania bajo la figura del gran Federico. Este escepticismo desprecia y, sin embargo, atrae hacia sí; socava y se posesiona; no cree, pero no se pierde en eso; otorga al espíritu una libertad peligrosa, pero al corazón lo sujeta con rigor; es la forma alemana del escepticismo, que, en forma de un federicianismo prolongado y elevado hasta lo más espiritual, ha tenido sometida durante largo tiempo a Europa bajo el dominio del espíritu alemán y de su desconfianza crítica e histórica. Gracias al indomable, fuerte y tenaz carácter viril de los grandes filólogos y críticos de la historia alemanes (los cuales, si se los mira bien, fueron todos ellos también artistas de la destrucción y de la disgregación) se estableció poco a poco, pese a todo el romanticismo en música y en filosofía, un nuevo concepto del espíritu alemán, en el que destacaba decisivamente la tendencia al escepticismo viril: bien, por ejemplo, como intrepidez de la mirada, bien como valentía y dureza de la mano al descomponer cosas, bien como tenaz voluntad de emprender peligrosos viajes de descubrimiento, espiritualizadas expediciones al polo norte bajo cielos desolados y peligrosos. Sin duda está bien justificado el que hombres humanitarios, de sangre fría, superficiales, se santigüen precisamente ante ese espíritu: cet esprit fataliste, ironique, méphistophélique [ese espíritu fatalista, irónico, mefistofélico] lo denomina, no sin estremecimientos, Michelet. Pero si alguien quiere percibir qué distinción tan grande representa ese miedo al «varón» existente en el espíritu alemán, que despertó a Europa de su «somnolencia dogmática», recuerde el antiguo concepto que fue necesario superar con él, y cómo no hace tanto tiempo que a una mujer masculinizada''' le fue lícito, con una desbocada presunción, osar recomendar los alemanes a la simpatía de Europa, como cretinos suaves y poéticos, buenos de corazón y débiles de voluntad. Entiéndase por fin con suficiente profundidad el asombro de Napoleón cuando vio a Goethe: ese asombro delata lo que durante siglos se había entendido por «espíritu alemán». «Voilá un homme!» quería decir: «¡Eso es un varón! ¡Y yo había esperado únicamente un alemán!»

210

Suponiendo, pues, que en la imagen de los filósofos del futuro haya algún rasgo que permita adivinar que acaso ellos tengan que ser escépticos en el sentido recién insinuado, con esto no habríamos designado más que algo en ellos y no a ellos mismos. Idéntico derecho tienen a hacerse llamar críticos; y sin ninguna duda serán hombres de experimentos. Mediante el nombre con que he osado bautizarlos he subrayado ya de modo expreso el experimentar y el placer de experimentar: ¿lo he hecho porque a ellos, en cuanto críticos de los pies a la cabeza, les gusta servirse del experimento en un sentido nuevo, quizá más amplio, quizá más peligroso? En su pasión de conocimiento, ¿tienen ellos que llegar, con sus temerarios y dolorosos experimentos, más allá de lo que puede aprobar el reblandecido y debilitado gusto de un siglo democrático?

No hay duda: a esos venideros es a los que menos les será lícito abstenerse de aquellas propiedades serias y no exentas de peligro que diferencian al crítico del escéptico, quiero decir, la seguridad de los criterios valorativos, el manejo consciente de una unidad de método, el coraje alertado, el estar solos y el poder responder de sí mismos; incluso admiten la existencia en ellos de un placer en el decir no y en el desmembrar las cosas, y de una cierta crueldad juiciosa que sabe manejar el cuchillo con seguridad y finura, aun cuando el corazón sangre. Serán más duros (y quizá no sólo siempre consigo mismos) de lo que las personas humanitarias desearían, no establecerán relaciones con la «verdad» para que ésta les «agrade» o los «eleve» o los «entusiasme»: antes bien, será parca su fe en que precisamente la verdad comporta tales placeres para el sentimiento. Sonreirán, estos espíritus rigurosos, cuando alguien diga ante ellos: «Ese pensamiento me levanta: ¿cómo no iba a ser él verdadero?» O: «Esa obra me encanta: ¿cómo no iba a ser ella hermosa?»

O: «Ese artista me engrandece: ¿cómo no iba a ser él grande?» acaso tengan preparada no sólo una sonrisa, sino una auténtica náusea frente a todo lo que de ese modo sea iluso, idealista, femenino, hermafrodita, y quien supiera seguirlos hasta las cámaras ocultas de su corazón difícilmente encontraría allí el propósito de conciliar los «sentimientos cristianos» con el «gusto antiguo» y no digamos con el «parlamentarismo moderno» (propósito conciliador que en nuestro muy inseguro y, por consiguiente, muy conciliador siglo se encontrará incluso entre los filósofos). Esos filósofos del futuro se exigirán a sí mismos no sólo una disciplina crítica y todos los hábitos que conducen a la limpieza y al rigor en los asuntos del espíritu: les será lícito exhibirse a sí mismos como su especie de ornamento, a pesar de ello, no por esto quieren llamarse todavía críticos. Paréceles una afrenta no pequeña que se hace a la filosofía el que se decrete, como hoy se gusta de hacer: «la filosofía misma es crítica y ciencia crítica ¡y nada más!» Aunque esta valoración de la filosofía goce del aplauso de todos los positivistas de Francia y de Alemania (y sería posible que hubiese halagado incluso al corazón y al gusto de Kant: recuérdese el título de sus obras capitales): nuestros nuevos filósofos dirán a pesar de eso: ¡los críticos son instrumentos del filósofo, y precisamente por eso, porque son instrumentos, no son aún, ni de lejos, filósofos! También el gran chino de Kónigsberg era únicamente un gran crítico.

211

Insisto en que se deje por fin de confundir a los trabajadores filosóficos y, en general, a los hombres científicos con los filósofos, en que justo aquí se dé rigurosamente «a cada uno lo suyo», a los primeros no demasiado, y a los segundos no demasiado poco. Acaso para la educación del verdadero filósofo se necesite que él mismo haya estado alguna vez también en todos esos niveles en los que permanecen, en los que tienen que permanecer sus servidores, los trabajadores científicos de la filosofía; él mismo tiene que haber sido tal vez crítico y escéptico y dogmático e historiador y, además, poeta y coleccionista y viajero y adivinador de enigmas y moralista y vidente y «espíritu libre» y casi todas las cosas, a fin de recorrer el círculo entero de los valores y de los sentimientos valorativos del hombre y a fin de poder mirar con muchos ojos y conciencias, desde la altura hacia toda lejanía, desde la profundidad hacia toda altura, desde el rincón hacia toda amplitud. Pero todas estas cosas son únicamente condiciones previas de su tarea: la tarea misma quiere algo distinto, exige que él cree valores. Aquellos trabajadores filosóficos modelados según el noble patrón de Kant y de Hegel tienen que establecer y que reducir a fórmulas cualquier gran hecho efectivo de valoraciones es decir, de anteriores posiciones de valor, creaciones de valor que llegaron a ser dominantes y que durante algún tiempo fueron llamadas «verdades» bien en el reino de lo lógico, bien en el de lo político (moral), bien en el de lo artístico. A estos investigadores les incumbe el volver aprehensible, manejable, dominable con la mirada, dominable con el pensamiento todo lo que hasta ahora ha ocurrido y ha sido objeto de aprecio, el acortar todo lo largo, el acortar incluso «el tiempo» mismo, y el sojuzgar el pasado entero: inmensa y maravillosa tarea en servir a la cual pueden sentirse satisfechos con seguridad todo orgullo sutil, toda voluntad tenaz. Pero los auténticos filósofos son hombres que dan órdenes y legislan: dicen: «¡así debe ser!», son ellos los que determinan el «hacia dónde» y el «para qué» del ser humano, disponiendo aquí del trabajo previo de todos los trabajadores filosóficos, de todos los sojuzgadores del pasado, ellos extienden su mano creadora hacia el futuro, y todo lo que es y ha sido conviértese para ellos en medio, en instrumento, en martillo. Su «conocer» es crear, su crear es legislar, su voluntad de verdad es voluntad de poder. ¿Existen hoy tales filósofos? ¿Han existido ya tales filósofos? ¿No tienen que existir tales filósofos?...

212

Va pareciéndome cada vez más que el filósofo, en cuanto es un hombre necesario del mañana y del pasado mañana, se ha encontrado y ha tenido que encontrarse siempre en contradicción con su hoy: su enemigo ha sido siempre el ideal de hoy. Hasta ahora todos esos extraordinarios promotores del hombre a los que se da el nombre de filósofos y que raras veces se han sentido a sí mismos como amigos de la sabiduría, sino más bien como necios desagradables y como peligrosos signos de interrogación, han encontrado su tarea, su dura, involuntaria, inevitable tarea, pero finalmente la grandeza de su tarea, en ser la conciencia malvada de su tiempo. Al poner su cuchillo, para viviseccionarlo, precisamente sobre el pecho de las virtudes de su tiempo, delataban cuál era su secreto: conocer una nueva grandeza del hombre, un nuevo y no recorrido camino hacia su engrandecimiento. Siempre han puesto al descubierto cuánta hipocresía, espíritu de comodidad, dejarse ir y dejarse caer, cuánta mentira yace oculta bajo los tipos más venerados de la moralidad contemporánea, cuánta virtud estaba anticuada; siempre dijeron: «Nosotros tenemos que ir allá, allá fuera, donde hoy vosotros menos os sentís como en vuestra casa». A la vista de un mundo de «ideas modernas», el cual confinaría a cada uno a un rincón y «especialidad», un filósofo, en el caso de que hoy pueda haber filósofos, se vería forzado a situar la grandeza del hombre, el concepto «grandeza», precisamente en su amplitud y multiplicidad, en su totalidad en muchos cosas: incluso determinaría el valor y el rango por el número y diversidad de cosas que uno solo pudiera soportar y tomar sobre sí, por la amplitud que uno solo pudiera dar a su responsabilidad. Hoy el gusto de la época y la virtud de la época debilitan y enflaquecen la voluntad, nada está tan en armonía con la época como la debilidad de la voluntad: por lo tanto, en el ideal del filósofo tienen que formar parte del concepto de «grandeza» justo la fortaleza de la voluntad, justo la dureza y capacidad para adoptar resoluciones largas; con el mismo derecho con que la doctrina opuesta y el ideal de una humanidad idiota, abnegada, humilde, desinteresada serían adecuados a una época opuesta, a una época que, como el siglo XVI, sufriese a causa de su acumulada energía de voluntad y a causa de las aguas y mareas totalmente salvajes del egoísmo. En la época de Sócrates, entre hombres de instinto fatigado, entre viejos atenienses conservadores que se dejaban ir «hacia la felicidad», según ellos decían, hacia el placer, según ellos obraban y que, al hacerlo, continuaban empleando las antiguas y espléndidas palabras a las cuales no les daba derecho alguno su vida desde hacía mucho tiempo, quizá fuese necesaria, para la grandeza del alma, la ironía, aquella maliciosa ironía socrática del viejo médico y plebeyo que sajaba sin misericordia tanto su propia carne como la carne y el corazón del «aristócrata», con una mirada que decía bastante inteligiblemente: «¡No os disfracéis delante de mí! ¡Aquí somos iguales!» Hoy, a la inversa, cuando en Europa es el animal de rebaño el único que recibe y que reparte honores, cuando la «igualdad de derechos» podría transformarse con demasiada facilidad en la igualdad en la injusticia: yo quiero decir, combatiendo conjuntamente todo lo raro, extraño, privilegiado del hombre superior, del deber superior, de la responsabilidad superior, de la plenitud de poder y el dominio superiores, que hoy el ser aristócrata, el querer ser para sí, el poder ser distinto, el estar solo y el tener que vivir por sí mismo forman parte del concepto de «grandeza»; y el filósofo delatará algo de su propio ideal cuando establezca: «El más grande será el que pueda ser el más solitario, el más oculto, el más divergente, el hombre más allá del bien y del mal, el señor de sus virtudes, el sobrado de voluntad; grandeza debe llamarse precisamente el poder ser tan múltiple como entero, tan amplio como pleno». Y hagamos una vez más la pregunta: ¿es hoy posible la grandeza?

213

Lo que un filósofo es, eso resulta difícil de aprender, pues no se puede enseñar: hay que «saberlo», por experiencia, o se debe tener el orgullo de no saberlo. Pero que hoy todo el mundo habla de cosas con respecto a las cuales no puede tener experiencia alguna, eso es algo que se aplica ante todo y de la peor manera a los filósofos y a los estados de ánimo filosóficos: poquísimos son los que los conocen, poquísimos son aquellos a los que les es lícito conocerlos, y todas las opiniones populares sobre ellos son falsas. Así, por ejemplo, la mayor parte de los pensadores y doctos no conocen por experiencia propia esa coexistencia genuinamente filosófica entre una espiritualidad audaz y traviesa, que corre presto, y un rigor y necesidad dialécticos que no dan ningún paso en falso, y por ello, en el caso de que alguien quisiera hablar de esto delante de ellos, no merecería crédito. Ellos se representan toda necesidad como una tortura, como un torturante tenerqueseguir y serforzado; y el pensar mismo lo conciben como algo lento, vacilante, casi como una fatiga, y, con bastante frecuencia, como «digno del sudor de los nobles» ¡pero no, en modo alguno, como algo ligero, divino, estrechamente afín al baile, a la petulancia! «Pensar» y «tomar en serio», «tomar con gravedad» una cosa en ellos esto va junto: únicamente así lo han «vivido» ellos. Acaso los artistas tengan en esto un olfato más sutil: ellos, que saben demasiado bien que justo cuando no hacen ya nada «voluntariamente», sino todo necesariamente, es cuando llega a su cumbre su sentimiento de libertad, de finura, de omnipotencia, de establecer, disponer, configurar creadoramente, en suma, que entonces es cuando la necesidad y la «libertad de la voluntad» son en ellos una sola cosa. Hay, finalmente, una jerarquía de estados psíquicos a la cual corresponde la jerarquía de los problemas; y los problemas supremos rechazan sin piedad a todo aquel que se atreve a acercarse a ellos sin estar predestinado por la altura y poder de su espiritualidad a darles solución. ¡De qué sirve el que flexibles cabezas universales o mecánicos y empíricos desmañados y bravos se esfuercen, como hoy sucede de tantos modos, por acercarse a esos problemas con su ambición de plebeyos y por penetrar, si cabe la expresión, en esa «corte de las cortes»! Pero a los pies groseros nunca les es lícito pisar tales alfombras: de eso ha cuidado ya la ley primordial de las cosas; ¡las puertas permanecen cerradas para estos intrusos, aunque se den de cabeza contra ellas y se la rompan! Para entrar en un mundo elevado hay que haber nacido, o dicho con más claridad, hay que haber sido criado para él: derecho a la filosofía tomando esta palabra en el sentido grande sólo se tiene gracias a la ascendencia, también aquí son los antecesores, la «sangre», los que deciden. Muchas generaciones tienen que haber trabajado anticipadamente para que surja el filósofo; cada una de sus virtudes tiene que haber sido adquirida, cultivada, heredada, apropiada individualmente, y no sólo el paso y carrera audaces, ligeros, delicados de los pensamientos, sino sobre todo la prontitud para las grandes responsabilidades, la soberanía de las miradas dominadoras, de las miradas hacia abajo, el sentirse a sí mismo separado de la multitud y de sus deberes y virtudes, el afable proteger y defender aquello que es malentendido y calumniado, ya sea dios, ya sea el diablo, el placer y la ejercitación en la gran justicia, el arte de mandar, la amplitud de la voluntad, los ojos lentos, que raras veces admiran, raras veces miran hacia arriba, que raras veces aman...

SECCIÓN SÉPTIMA

Nuestras virtudes

214

¿Nuestras virtudes? Es probable que también nosotros sigamos teniendo nuestras virtudes, aunque, como es obvio, no serán aquellas candorosas y macizas virtudes en razón de las cuales honramos a nuestros abuelos, pero también los mantenemos un poco distanciados de nosotros. Nosotros los europeos de pasado mañana, nosotros primicias del siglo XX, con toda nuestra peligrosa curiosidad, con nuestra complejidad y nuestro arte del disfraz, con nuestra reblandecida y, por así decirlo, endulzada crueldad de espíritu y de sentidos, nosotros, si es que debiéramos tener virtudes, tendremos presumiblemente sólo aquellas que hayan aprendido a armonizarse de manera óptima con nuestras inclinaciones más secretas e íntimas, con nuestras necesidades más ardientes: ¡bien, busquémoslas de una vez en nuestros laberintos! en los cuales, como es sabido, son muchas las cosas que se extravían, muchas las cosas que se pierden del todo. ¿Y hay algo más hermoso que buscar nuestras virtudes? ¿No significa esto ya casi: creer en nuestra virtud? Pero este «creer en nuestra virtud» ¿no es en el fondo lo mismo que en otro tiempo se llamaba nuestra «buena conciencia», aquella venerable trenza conceptual de larga cola que nuestros abuelos se colgaban detrás de su cabeza y, con bastante frecuencia, también detrás de su entendimiento? Parece, pues, que, aunque nosotros nos consideremos muy poco pasados de moda y muy poco respetables a la manera de nuestros abuelos, hay una cosa en la que, sin embargo, somos los dignos nietos de tales abuelos, nosotros los últimos europeos con buena conciencia: también nosotros seguimos llevando la trenza de ellos. ¡Ay! ¡Si supieseis qué pronto, qué pronto ya las cosas serán distintas!...

215

Así como en el reino de los astros son a veces dos los soles que determinan la órbita de un único planeta, así como en determinados casos soles de color distinto iluminan un único planeta, unas veces con luz roja, otras con luz verde, y luego lo iluminan de nuevo los dos a la vez y lo inundan de una luz multicolor: así nosotros los hombres modernos, gracias a la complicada mecánica de nuestro «cielo estrellado», estamos determinados por morales diferentes; nuestros actos brillan alternativamente con colores distintos, raras veces son unívocos, y hay bastantes casos en que realizamos actos multicolores.

216

¿Amar a nuestros enemigos? Yo creo que eso se ha aprendido bien: hoy eso ocurre de mil maneras, en lo grande y en lo pequeño; incluso a veces ocurre ya algo más elevado y más sublime nosotros aprendemos a despreciar cuando amamos, y precisamente cuando mejor amamos: pero todo esto ocurre de manera inconsciente, sin ruido, sin pompa, con aquel pudor y aquel ocultamiento propios de la bondad que prohíben a la boca decir la palabra solemne y la fórmula de la virtud. La moral como afectación repugna hoy a nuestro gusto. Esto es también un progreso: como el progreso de nuestros padres fue el que a su gusto acabase por repugnarle la religión como afectación, incluidas la hostilidad y la acritud volteriana contra la religión (y todo lo que en aquel tiempo formaba parte de la mímica de los librepensadores). Con la música que hay en nuestra conciencia, con el baile que hay en nuestro espíritu es con lo que no quieren armonizar ninguna letanía puritana, ningún sermón moral y ninguna probidad.

217

¡Ponerse en guardia contra quienes dan mucho valor a que se confíe en su tacto y sutileza morales en materia de distinciones morales! Jamás nos perdonan el haberse equivocado alguna vez en presencia nuestra (y, no digamos, a propósito de nosotros), inevitablemente se convierten en nuestros calumniadores y detractores instintivos, aun cuando continúen siendo «amigos» nuestros. Bienaventurados los olvidadizos: pues «digerirán» incluso sus estupideces.

218

Los psicólogos de Francia ¿en qué otro lugar existen hoy psicólogos? no han acabado aún de saborear el amargo y multiforme placer que encuentran en la bétise bourgeoise [estupidez burguesa], como si, por así decirlo..., basta, con esto ellos delatan una cosa. Flaubert, por ejemplo, el honrado burgués de Ruán, no vio, ni oyó, ni saboreó en última instancia más que esto: constituía su especie propia de autotortura y de sutil crueldad. Ahora bien, yo recomiendo, para variar pues la cosa se vuelve aburrida, algo maravillosamente distinto: la astucia inconsciente con que todos los buenos, gordos y honrados espíritus de la mediocridad se comportan respecto de los espíritus superiores y las tareas de éstos, aquella astucia sutil, ganchuda, jesuítica, que resulta mil veces más sutil que el entendimiento y el gusto de esa clase media en sus mejores instantes más sutil incluso que el entendimiento de sus víctimas : para que quede reiteradamente demostrado que el «instinto» es la más inteligente de todas las especies de inteligencia descubiertas hasta ahora. En suma, estudiad, psicólogos, la filosofía de la «regla» en lucha con la «excepción»: ¡ahí tenéis un espectáculo que resulta bastante bueno para los dioses y para la malicia divina! O, dicho de modo más actual: ¡viviseccionad al «hombre bueno», al homo bonae voluntatis [hombre de buena voluntad]..., a vosotros!

219

El juicio y la condena morales constituyen la venganza favorita de los hombres espiritualmente limitados contra quienes no lo son tanto, y también una especie de compensación por el hecho de haber sido mal dotados por la naturaleza, y, en fin, una ocasión de adquirir espíritu y volverse sutiles: la maldad espiritualiza. En el fondo de su corazón les agrada que exista un criterio frente al cual incluso los hombres colmados de bienes y privilegios del espíritu se equiparan a ellos: luchan por la «igualdad de todos ante Dios», y para esto casi necesitan ya la fe en Dios. Entre ellos se encuentran los adversarios más vigorosos del ateísmo. Quien les dijera: «una espiritualidad elevada no tiene comparación con ninguna probidad ni respetabilidad de un hombre que sea precisamente sólo moral», ése los pondría furiosos: yo me guardaré de hacerlo. Quisiera, antes bien, halagarlos con mi tesis de que una espiritualidad elevada subsiste tan sólo como último engendro de cualidades morales; que ella constituye una síntesis de todos aquellos estados atribuidos a los hombres «sólo morales», una vez que se los ha conquistado, uno a uno, mediante una disciplina y un ejercicio prolongados, tal vez en cadenas enteras de generaciones; que la espiritualidad elevada es precisamente la espiritualización de la justicia y de aquel rigor bonachón que se sabe encargado de mantener en el mundo el orden del rango, entre las cosas mismas y no sólo entre los hombres.

220

Dado que la alabanza de lo «desinteresado» es tan popular ahora, tenemos que cobrar consciencia, tal vez no sin algún peligro, de qué es aquello por lo que el pueblo se interesa propiamente y de cuáles son en general las cosas de que el hombre vulgar se preocupa por principio y a fondo: incluidos los hombres cultos, incluso los doctos, y, si no me equivoco del todo, casi también los filósofos. El hecho que aquí sale a luz es que la mayor parte de las cosas que interesan y atraen a gustos más sutiles y exigentes, a toda naturaleza superior, ésas le parecen completamente «no interesantes» al hombre medio: y si éste, a pesar de todo, observa una dedicación a ellas, la califica de désintéressé [desinteresada] y se asombra de que sea posible actuar «desinteresadamente». Ha habido filósofos que han sabido dar una expresión seductora y místicamente ultraterrenal a ese asombro popular (¿acaso porque no conocían por experiencia la naturaleza superior?) en lugar de establecer la verdad desnuda e íntimamente justa de que la acción «desinteresada» es una acción muy interesante e interesada, presuponiendo que... «¿Y el amor?» ¡Cómo! ¿También una acción realizada por amor será «no egoísta»? ¡Pero cretinos! «¿Y la alabanza del que se sacrifica?» Mas quien ha realizado verdaderamente sacrificios sabe que él quería algo a cambio de ellos, y que lo consiguió, tal vez algo de sí a cambio de algo de sí que dio algo en un sitio para tener más en otro, acaso para ser más o para sentirse a sí mismo como «más». Es éste, sin embargo, un reino de preguntas y respuestas en el que a un espíritu exigente no le gusta detenerse: hasta tal punto necesita aquí la verdad reprimir el bostezo cuando tiene que dar respuesta. En última instancia es la verdad una mujer: no se le debe hacer violencia.

221

Ocurre, decía un pedante y doctrinario moralista, que yo honro y trato con distinción a un hombre desinteresado: pero no porque él sea desinteresado, sino porque me parece que tiene derecho a ser, a costa suya, útil a otro hombre. Bien, la cuestión está siempre en saber quién es aquél y quién es éste. En un hombre destinado y hecho para mandar, por ejemplo, el negarse a sí mismo y el posponerse modestamente no sería una virtud, sino la disipación de una virtud: así me parece a mí. Toda moral no egoísta que se considere a sí misma incondicional y que se dirija a todo el mundo no peca solamente contra el gusto: es una incitación a cometer pecados de omisión, es una seducción más, bajo máscara de filantropía y cabalmente una seducción y un daño de los hombres superiores, más raros, más privilegiados. A las morales hay que forzarlas a que se inclinen sobre todo ante la jerarquía, hay que meterles en la conciencia su presunción, hasta que todas acaben viendo con claridad que es inmoral decir: «Lo que es justo para uno es justo para otro». Así dice mi pedante y bonhomme [buen hombre] moralista: ¿merecería sin duda que nos riésemos de él cuando así predicaba moralidad a las morales? Mas si queremos tener de nuestro lado a los que ríen no debemos tener demasiada razón; una pizca de falta de razón forma parte incluso del buen gusto.

222

En los lugares en que hoy se predica compasión y, si se escucha bien, ahora no se predica ya ninguna otra religión, abra el psicólogo sus oídos: a través de toda la vanidad, a través de todo el ruido que son propios de esos predicadores (como de todos los predicadores), oirá un ronco, quejoso, genuino acento de autodesprecio. Éste forma parte de aquel ensombrecimiento y afeamiento de Europa que desde hace un siglo no hace más que aumentar (y cuyos primeros síntomas están consignados ya en una pensativa carta de Galiani a madame D'Epinay): ¡si es que no es la causa de ellos! El hombre de las «ideas modernas», ese mono orgulloso, está inmensamente descontento consigo mismo: esto es seguro. Padece: y su vanidad quiere que él sólo «compadezca» ...

223

El mestizo hombre europeo un plebeyo bastante feo, en conjunto necesita desde luego un disfraz: necesita la ciencia histórica como guardarropa de disfraces. Es cierto que se da cuenta de que ninguno de éstos cae bien a su cuerpo, cambia y vuelve a cambiar. Examínese el siglo XIX en lo que respecta a esas rápidas predilecciones y variaciones de las mascaradas estilísticas; también en lo que se refiere a los instantes de desesperación porque «nada nos cae bien». Inútil resulta exhibirse con traje romántico, o clásico, o cristiano, o florentino, o barroco, o «nacional» in moribus et artibus [en las costumbres y en las artes]: ¡nada «viste»! Pero el «espíritu», en especial el «espíritu histórico», descubre su ventaja incluso en esa desesperación: una y otra vez un nuevo fragmento de prehistoria y de extranjero es ensayado, adaptado, desechado, empaquetado y, sobre todo, estudiado: nosotros somos la primera época estudiada in puncto [en asunto] de «disfraces», quiero decir, de morales, de artículos de fe, de gustos artísticos y de religiones, nosotros estamos preparados, como ningún otro tiempo lo estuvo, para el carnaval de gran estilo, para la más espiritual petulancia y risotada de carnaval, para la altura trascendental de la estupidez suprema y de la irrisión aristofanesca del mundo. Acaso nosotros hayamos descubierto justo aquí el reino de nuestra invención, aquel reino donde también nosotros podemos ser todavía originales, como parodistas, por ejemplo, de la historia universal y como bufones de Dios, ¡tal vez, aunque ninguna otra cosa de hoy tenga futuro, téngalo, sin embargo, precisamente nuestra risa!

224

El sentido histórico (o la capacidad de adivinar con rapidez la jerarquía de las valoraciones según las cuales han vivido un pueblo, una sociedad, un ser humano, el «instinto adivinatorio» de las relaciones existentes entre esas valoraciones, de la relación entre la autoridad de los valores y la autoridad de las fuerzas efectivas): ese sentido histórico que nosotros los europeos reivindicamos como nuestra peculiaridad lo ha traído a nosotros la encantadora y loca semibarbarie en que la mezcolanza democrática de estamentos y razas ha precipitado a Europa, el siglo XIX ha sido el primero en conocer ese sentido como su sexto sentido. El pasado de cada forma y de cada modo de vivir, de culturas que antes se hallaban duramente yuxtapuestas, superpuestas, desemboca gracias a esa mezcolanza en nosotros las «almas modernas», a partir de ahora nuestros instintos corren por todas partes hacia atrás, nosotros mismos somos una especie de caos: finalmente, como hemos dicho, «el espíritu» descubre en esto su ventaja. Gracias a nuestra semibarbarie de cuerpo y de deseos tenemos accesos secretos a todas partes, accesos no poseídos nunca por ninguna época aristocrática, sobre todo los accesos al laberinto de las culturas incompletas y a toda semibarbarie que alguna vez haya existido en la tierra; y en la medida en que la parte más considerable de la cultura humana ha sido hasta ahora precisamente semibarbarie, el «sentido histórico» significa casi el sentido y el instinto para percibir todas las cosas, el gusto y la lengua para saborear todas las cosas: con lo que inmediatamente revela ser un sentido no aristocrático. Volvemos a gozar, por ejemplo, a Homero: quizá nuestro avance más afortunado sea el que sepamos saborear a Homero, al que los hombres de una cultura aristocrática (por ejemplo, los franceses del siglo XVII, como Saint Evremond, que le reprocha el esprit vaste [espíritu vasto], e incluso todavía Voltaire, acorde final de aquélla) no saben ni han sabido apropiárselo con tanta facilidad. El sí y el no, muy precisos, de su paladar, su náusea fácil de aparecer, su vacilante reserva con relación a todo lo heterogéneo, su miedo a la falta de gusto que puede haber incluso en la curiosidad más viva, y, en general, aquella mala voluntad de toda cultura aristocrática y autosatisfecha para confesarse un nuevo deseo, una insatisfacción en lo propio, una admiración de lo extraño: todo eso predispone y previene desfavorablemente a estos aristócratas aun frente a las mejores cosas del mundo que no sean propiedad suya o que no puedan convertirse en presa suya, y ningún sentido resulta más ininteligible a tales hombres que justo el sentido histórico y su curiosidad sumisa, propia de plebeyos. Lo mismo ocurre con Shakespeare, esa asombrosa síntesis hispanomorosajona del gusto, del cual se habría reído o con el cual se habría enojado casi hasta morir un ateniense antiguo amigo de Esquilo; pero nosotros aceptamos precisamente, con una familiaridad y cordialidad secretas, esa salvaje policromía, esa mezcla de lo más delicado, grosero y artificial, nosotros gozamos a Shakespeare considerándolo como el refinamiento del arte reservado precisamente a nosotros, y al hacerlo dejamos que las exhalaciones repugnantes y la cercanía de la plebe inglesa, en medio de las cuales viven el arte y el gusto de Shakespeare, nos incomoden tan poco como nos incomodan, por ejemplo, en la Chiaja de Nápoles: donde nosotros seguimos nuestro camino llevando todos los sentidos abiertos, fascinados y dóciles, aunque el olor de las cloacas de los barrios plebeyos llene el aire.

Nosotros los hombres del «sentido histórico»: en cuanto tales, poseemos nuestras virtudes, no puede negarse, carecemos de pretensiones, somos desinteresados, modestos, valerosos, llenos de autosuperación, llenos de abnegación, muy agradecidos, muy pacientes, muy acogedores: con todo esto, quizá no tengamos mucho «buen gusto». Confesémonoslo por fin: lo que a nosotros los hombres del «sentido histórico» más difícil nos resulta captar, sentir, saborear, amar, lo que en el fondo nos encuentra prevenidos y casi hostiles, es justo lo perfecto y lo definitivamente maduro en toda cultura y en todo arte, lo auténticamente aristocrático en obras y en seres humanos, su instante de mar liso y de autosatisfacción alciónica, la condición áurea y fría que muestran todas las cosas que han alcanzado su perfección. Tal vez nuestra gran virtud del sentido histórico consista en una necesaria antítesis del buen gusto, al menos del óptimo gusto, y sólo de mala manera, sólo con vacilaciones, sólo por coacción somos capaces de reproducir en nosotros precisamente aquellas pequeñas, breves y supremas jugadas de suerte y transfiguraciones de la vida humana que acá y allá resplandecen: aquellos instantes y prodigios en que una gran fuerza se ha detenido voluntariamente ante lo desmedido e ilimitado , en que gozamos de una sobreabundancia de sutil placer en el repentino domeñarnos y quedarnos petrificados, en el establecernos y fijarnos sobre un terreno que todavía tiembla. La moderación se nos ha vuelto extraña, confesémoslo; nuestro prurito es cabalmente el prurito de lo infinito, desmesurado. Semejantes al jinete que, montado sobre un corcel, se lanza hacia delante, así nosotros dejamos sueltas las riendas ante lo infinito, nosotros los hombres modernos, nosotros los semibárbaros y no tenemos nuestra bienaventuranza más que allí donde más peligro corremos.

225

Lo mismo el hedonismo que el pesimismo, lo mismo el utilitarismo que el eudemonismo: todos esos modos de pensar que miden el valor de las cosas por el placer y el sufrimiento que éstas producen, es decir, por estados concomitantes y cosas accesorias, son ingenuidades y modos superficiales de pensar, a los cuales no dejará de mirar con burla, y también con compasión, todo aquel que se sepa poseedor de fuerzas configuradoras y de una conciencia de artista. ¡Compasión para con vosotros! no es, desde luego, la compasión tal como vosotros la entendéis: no es compasión para con la «miseria» social, para con la «sociedad» y sus enfermos y lisiados, para con los viciosos y arruinados de antemano, que yacen por tierra a nuestro alrededor; y menos todavía es compasión para con esas murmurantes, oprimidas, levantiscas capas de esclavos que aspiran al dominio ellas lo llaman libertad. Nuestra compasión es una compasión más elevada, de visión más larga: ¡nosotros vemos cómo el hombre se empequeñece, ¡cómo vosotros lo empequeñecéis! y hay instantes en los que contemplamos precisamente vuestra compasión con una ansiedad indescriptible, en los que nos defendemos de esa compasión, en los que encontramos que vuestra seriedad es más peligrosa que cualquier ligereza. Vosotros queréis, en lo posible, eliminar el sufrimiento y no hay ningún «en lo posible» más loco que ése; ¿y nosotros? ¡parece cabalmente que nosotros preferimos que el sufrimiento sea más grande y peor que lo ha sido nunca! El bienestar, tal como vosotros lo entendéis ¡eso no es, desde luego, una meta, eso a nosotros nos parece un final! Un estado que enseguida vuelve ridículo y despreciable al hombre, ¡que hace desear el ocaso de éste! La disciplina del sufrimiento, del gran sufrimiento ¿no sabéis que únicamente esa disciplina es la que ha creado hasta ahora todas las elevaciones del hombre?

Aquella tensión del alma en la infelicidad, que es la que le inculca su fortaleza, los estremecimientos del alma ante el espectáculo de la gran ruina, su inventiva y valentía en el soportar, perseverar, interpretar, aprovechar la desgracia, así como toda la profundidad, misterio, máscara, espíritu, argucia, grandeza que le han sido donados al alma: ¿no le han sido donados bajo sufrimientos, bajo la disciplina del gran sufrimiento? Criatura y creador están unidos en el hombre: en el hombre hay materia, fragmento, exceso, fango, basura, sinsentido, caos; pero en el hombre hay también un creador, un escultor, dureza de martillo, dioses espectadores y séptimo día: ¿entendéis esa antítesis? ¿Y que vuestra compasión se dirige a la «criatura en el hombre», a aquello que tiene que ser configurado, quebrado, forjado, arrancado, quemado, abrasado, purificado, a aquello que necesariamente tiene que sufrir y que debe sufrir? Y nuestra compasión ¿no os dais cuenta de a qué se dirige nuestra opuesta compasión cuando se vuelve contra vuestra compasión considerándola como el más perverso de todos los reblandecimientos y debilidades? ¡Así, pues, compasión contra compasión! Pero, dicho una vez más, hay problemas más altos que todos los problemas del placer, del sufrimiento y de la compasión; y toda filosofía que no aboque a ellos es una ingenuidad.

226

¡Nosotros los inmoralistas! Ese mundo que nos concierne a nosotros, en el cual nosotros hemos de sentir miedo y sentir amor, ese mundo casi invisible e inaudible del mandato sutil, de la obediencia sutil, un mundo del «casi» en todos los sentidos de la palabra, ganchudo, capcioso, agudo, delicado: ¡sí, ese mundo está bien defendido contra los espectadores obtusos y contra la curiosidad confianzuda! Nosotros nos hallamos encarcelados en una rigurosa red y camisa de deberes, y no podemos salir de ella, ¡en eso precisamente somos, también nosotros, «hombres del deber»! A veces, es verdad, bailamos en nuestras «cadenas» y entre nuestras «espadas»; y con más frecuencia, no es menos verdad, rechinamos los dientes bajo ellas y estamos impacientes a causa de la secreta dureza de nuestro destino. Pero hagamos lo que hagamos: los cretinos y la apariencia visible dicen contra nosotros «ésos son hombres sin deber» ¡nosotros tenemos siempre contra nosotros a los cretinos y a la apariencia visible!

227

La honestidad, suponiendo que ella sea nuestra virtud, de la cual no podemos desprendernos nosotros los espíritus libres bien, nosotros queremos laborar en ella con toda malicia y con todo amor y no cansarnos de «perfeccionarnos» en nuestra virtud, que es la única que nos ha quedado: ¡que alguna vez su brillo se extienda, cual una dorada, azul, sarcástica luz de atardecer, sobre esta cultura envejecida y sobre su obtusa y sombría seriedad! Y si, a pesar de todo, algún día nuestra honestidad se cansase y suspirase y estirase los miembros y nos considerase demasiado duros y quisiera ser tratada mejor, de un modo más ligero, más delicado, cual un vicio agradable: ¡permanezcamos duros, nosotros los últimos estoicos!, y enviemos en su ayuda todas las diabluras que aún nos quedan nuestra náusea frente a lo burdo e impreciso, nuestro nitimur in vetitum [nos lanzamos a lo prohibido], nuestro valor de aventureros, nuestra curiosidad aleccionada y exigente, nuestra más sutil, más enmascarada, más espiritual voluntad de poder y de superación del mundo, la cual merodea y yerra ansiosa en torno a todos los reinos del futuro, ¡acudamos en ayuda de nuestro «dios» con todos nuestros «diablos»! Es probable que a causa de esto no nos reconozcan y nos confundan con otros: ¡qué importa! Dirán: «Su honestidad ¡es su diablura, y nada más!» ¡Qué importa! ¡Aun cuando tuviesen razón! ¿No han sido todos los dioses hasta ahora diablos rebautizados y declarados santos? ¿Y qué sabemos nosotros, en última instancia, de nosotros? ¿Y cómo quiere llamarse el espíritu que nos guía? (es una cuestión de nombres). ¿Y cuántos espíritus albergamos nosotros? Nuestra honestidad, nosotros los espíritus libres, ¡cuidemos de que no se convierta en nuestra vanidad, en nuestro adorno y vestido de gala, en nuestra limitación, en nuestra estupidez! Toda virtud se inclina a la estupidez, toda estupidez, a la virtud; «estúpido hasta la santidad», dícese en Rusia, ¡tengamos cuidado de no acabar nosotros volviéndonos, por honestidad, santos y aburridos! ¿No es la vida cien veces demasiado corta para aburrirse en ella? En la vida eterna tendríamos que creer para...

228

Perdóneseme el descubrimiento de que toda la filosofía moral ha sido hasta ahora aburrida y ha constituido un somnífero y de que, a mi ver, ninguna otra cosa ha perjudicado más a «la virtud» que ese aburrimiento de sus abogados; con lo cual no quisiera yo haber dejado de reconocer la utilidad general de éstos. Importa mucho que sean los menos posibles los hombres que reflexionen sobre moral, ¡importa muy mucho, por tanto, que la moral no llegue un día a hacerse interesante! ¡Pero no se tenga cuidado! Las cosas continúan estando también hoy como han estado siempre: no veo a nadie en Europa que tenga (o que dé) una idea de que la reflexión sobre la moral podría ser cultivada de un modo peligroso, capcioso, seductor, ¡de que en ello podría haber una «fatalidad»! Contémplese, por ejemplo, a los incansables, inevitables utilitaristas ingleses, de qué modo tan burdo y venerable caminan y marchan tras las huellas de Bentham (una comparación homérica lo dice con más claridad), de igual modo que éste caminó ya tras las huellas del venerable Helvetius (¡no, un hombre peligroso no lo fue ese Helvetius!). Ni un pensamiento nuevo, ni un giro y un pliegue más sutiles dados a un pensamiento antiguo, ni siquiera una verdadera historia de lo pensado con anterioridad: una literatura imposible en conjunto, suponiendo que no se sea experto en sazonarla con un poco de malicia. También en estos moralistas, en efecto (a los que hay que leer con todas las reservas mentales, en el caso de que haya que leerlos), se ha introducido furtivamente aquel viejo vicio inglés que se llama cant [guardar las apariencias] y que es tartufería moral, oculta esta vez bajo la nueva forma del cientificismo; tampoco falta un rechazo secreto de los remordimientos de conciencia, que padecerá obviamente una raza de antiguos puritanos, no obstante ocuparse de modo científico de la moral. (¿No es un moralista lo contrario de un puritano? ¿A saber, en cuanto es un pensador que considera la moral como algo problemático, cuestionable, en suma, como problema? ¿Moralizar no sería inmoral?) En última instancia todos ellos quieren que se dé la razón a la moralidad inglesa: en la medida en que justamente de ese modo es como mejor se sirve a la humanidad, o al «provecho general», o a la «felicidad de los más», ¡no!, a la felicidad de Inglaterra; querrían demostrarse a sí mismos con todas sus fuerzas que el aspirar a la felicidad inglesa, quiero decir al comfort [comodidad] y a la fashion [elegancia] (y, en supremo lugar, a un puesto en el Parlamento), es a la vez también el justo sendero de la virtud, incluso que toda la virtud que ha habido hasta ahora en el mundo ha consistido cabalmente en tal aspiración. Ninguno de esos animales de rebaño, torpes, inquietos en su conciencia (que pretenden defender la causa del egoísmo como causa del bienestar general), quiere saber ni oler nada de que el «bienestar general» no es un ideal, ni una meta, ni un concepto aprehensible de algún modo, sino únicamente un vomitivo, de que lo que es justo para uno no puede ser de ningún modo justo para otro, de que exigir una misma moral para todos equivale a lesionar cabalmente a los hombres superiores, en suma, de que existe un orden jerárquico entre un hombre y otro hombre y, en consecuencia, también entre una moral y otra moral. Constituyen una especie de hombres modesta, fundamentalmente mediocre, esos ingleses utilitaristas, y, como queda dicho: de su utilidad, por el hecho de ser aburridos, nunca podrá ser suficientemente elevada la idea que tengamos. Incluso se los debería alentar, como se ha intentado hacerlo en parte con los versos siguientes:

¡Salud a vosotros, bravos carreteros,
Siempre «cuanto más largo, tanto mejor»,
Tiesos siempre de cabeza y rodilla,
Carentes de entusiasmo, carentes de bromas,
Indestructiblemente mediocres,
Sans genie et sans esprit!
[¡sin genio y sin espíritu!].

229

En esas épocas tardías que tienen derecho a estar orgullosas de su humanitarismo subsisten, sin embargo, tanto miedo, tanta superstición del miedo al «animal salvaje y cruel», cuyo sometimiento constituye cabalmente el orgullo de esas épocas más humanas, que incluso las verdades palpables permanecen inexpresadas durante siglos, como si hubiera un acuerdo sobre ello, debido a que aparentan ayudar a que aquel animal salvaje, muerto por fin, vuelva a la vida. Quizá yo corra algún riesgo por dejarme escapar esa verdad: que otros la capturen de nuevo y le den a beber la necesaria cantidad de «leche del modo piadoso de pensar» para que quede quieta y olvidada en su antiguo rincón. Tenemos que cambiar de ideas acerca de la crueldad y abrir los ojos; tenemos que aprender por fin a ser impacientes, para que no continúen paseándose por ahí, con aire de virtud y de impertinencia, errores inmodestos y gordos, tales como los que, por ejemplo, han sido alimentados con respecto a la tragedia por filósofos viejos y nuevos. Casi todo lo que nosotros denominamos «cultura superior» se basa en la espiritualización y profundización de la crueldad ésa es mi tesis; aquel «animal salvaje» no ha sido muerto en absoluto, vive, prospera, únicamente se ha divinizado.

Lo que constituye la dolorosa voluptuosidad de la tragedia es crueldad; lo que produce un efecto agradable en la llamada compasión trágica y, en el fondo, incluso en todo lo sublime, hasta llegar a los más altos y delicados estremecimientos de la metafísica, eso recibe su dulzura únicamente del ingrediente de crueldad que lleva mezclado. Lo que disfrutaba el romano en el circo, el cristiano en los éxtasis de la cruz, el español ante las hogueras o en las corridas de toros, el japonés de hoy que se aglomera para ver la tragedia, el trabajador del suburbio de París que tiene nostalgia de revoluciones sangrientas,, la wagneriana que «aguanta», con la voluntad en vilo, Tristán e Isolda, lo que todos ésos disfrutan y aspiran a beber con un ardor misterioso son los brebajes aromáticos de la gran Circe llamada «Crueldad». En esto, desde luego, tenemos que ahuyentar de aquí a la psicología cretina de otro tiempo, que lo único que sabía enseñar acerca de la crueldad era que ésta surge ante el espectáculo del sufrimiento ajeno: también en el sufrimiento propio, en el hacerse sufrir a sí mismo se da un goce amplio, amplísimo, y en todos los lugares en que el hombre se deja persuadir a la autonegación en el sentido religioso, o a la automutilación, como ocurre entre los fenicios y ascetas, o, en general, a la desensualización, desencarnación, contrición, al espasmo puritano de penitencia, a la vivisección de la conciencia y al pascaliano sacrificio dell'intelletto [sacrificio del entendimiento], allí es secretamente atraído y empujado hacia adelante por su crueldad, por aquellos peligrosos estremecimientos de la crueldad vuelta contra nosotros mismos. Finalmente, considérese que incluso el hombre de conocimiento, al coaccionar a su espíritu a conocer, en contra de la inclinación del espíritu y también, con bastante frecuencia, en contra de los deseos del corazón, es decir, al coaccionarle a decir no allí donde él querría decir sí, amar, adorar , actúa como artista y glorificador de la crueldad; el tomar las cosas de un modo profundo y radical constituye ya una violación, un querer hacer daño a la voluntad fundamental del espíritu, la cual quiere ir incesantemente hacia la apariencia y hacia las superficies, en todo querer conocer hay ya una gota de crueldad.

230

Quizá no se entienda sin más lo que acabo de decir acerca de una «voluntad fundamental del espíritu»: permítaseme una aclaración. Ese algo imperioso a lo que el pueblo llama «el espíritu» quiere ser señor y sentirse señor dentro de sí mismo y a su alrededor: tiene voluntad de ir de la pluralidad a la simplicidad, una voluntad opresora, domeñadora, ávida de dominio y realmente dominadora. Sus necesidades y capacidades son en esto las mismas que los fisiólogos atribuyen a todo lo que vive, crece y se multiplica. La fuerza del espíritu para apropiarse de cosas ajenas se revela en una tendencia enérgica a asemejar lo nuevo a lo antiguo, a simplificar lo complejo, a pasar por alto o eliminar lo totalmente contradictorio: de igual manera, el espíritu subraya, destaca de modo arbitrario y más fuerte, rectifica, falseándolos, determinados rasgos y líneas de lo extraño, de todo fragmento de «mundo externo». Su propósito se orienta a incorporar a sí nuevas «experiencias», a ordenar cosas nuevas bajo órdenes antiguos, es decir, al crecimiento, o dicho de modo aún más preciso, al sentimiento de la fuerza multiplicada. Al servicio de esa misma voluntad hállase también un instinto aparentemente contrario del espíritu, una súbita resolución de ignorar, de aislarse voluntariamente, un cerrar sus ventanas, un decir interiormente no a esta o a aquella cosa, un no dejar que nada se nos acerque, una especie de estado de defensa contra muchas cosas de las que cabe tener un saber, un contentarse con la oscuridad, con el horizonte que nos aísla, un decir sí a la ignorancia y un darla por buena: todo lo cual es necesario, de acuerdo con el grado de nuestra propia fuerza de asimilación, de nuestra «fuerza digestiva», para hablar en imágenes y en realidad a lo que más se asemeja «el espíritu» es a un estómago'`. Asimismo forma parte de lo dicho la ocasional voluntad del espíritu de dejarse engañar, acaso porque barrunte pícaramente que las cosas no son de este y el otro modo, que únicamente nosotros las consideramos de ese y el otro modo, un placer en toda inseguridad y equivocidad, un exultante autodisfrute de la estrechez y clandestinidad voluntarias de un rincón, de lo demasiado cerca, de la fachada, de lo agrandado, empequeñecido, desplazado, embellecido, un autodisfrute de la arbitrariedad de todas esas exteriorizaciones de poder. Forman, en fin, parte de lo dicho aquella prontitud del espíritu, que no deja de dar que pensar, para engañar a otros espíritus y disfrazarse ante ellos, aquella presión y empuje permanentes de un espíritu creador, configurador, transmutador: el espíritu goza aquí de su pluralidad de máscaras y de su astucia, goza también del sentimiento de su seguridad en ello, ¡son cabalmente sus artes proteicas, en efecto, las que mejor lo defienden y esconden! En contra de esa voluntad de apariencia, de simplificación, de máscara, de manto, en suma, de superficie pues toda superficie es un manto actúa aquella sublime tendencia del hombre de conocimiento a tomar y querer tomar las cosas de un modo profundo, complejo, radical: especie de crueldad de la conciencia y el gusto intelectuales que todo pensador valiente reconocerá en sí mismo, suponiendo que, como es debido, haya endurecido y afilado durante suficiente tiempo sus ojos para verse a sí mismo y esté habituado a la disciplina rigurosa, también a las palabras rigurosas. Ese pensador dirá: «hay algo cruel en la inclinación de mi espíritu»: ¡que los virtuosos y amables intenten disuadirlo de ella! De hecho, más agradable de oír sería el que de nosotros de nosotros los espíritus libres, muy libres se dijese, se murmurase, se alabase que poseemos, por ejemplo, en lugar de crueldad, una «desenfrenada honestidad»: ¿y acaso será eso lo que diga en realidad nuestra fama póstuma? Entretanto pues hay tiempo hasta entonces a lo que menos nos inclinaríamos nosotros sin duda es a adornarnos con tales brillos y guirnaldas morales de palabras: todo nuestro trabajo realizado hasta ahora nos quita las ganas cabalmente de ese gusto y de su alegre exuberancia. Palabras hermosas, resplandecientes, tintineantes, solemnes son: honestidad, amor a la verdad, amor a la sabiduría, inmolación por el conocimiento, heroísmo del hombre veraz, hay en ellas algo que hace hincharse a nuestro orgullo. Pero nosotros los eremitas y marmotas, nosotros hace ya mucho tiempo que nos hemos persuadido, en el secreto de una conciencia de eremita, de que también ese digno adorno de palabras forma parte de los viejos y mentidos adornos, cachivaches y purpurinas de la inconsciente vanidad humana, y de que también bajo ese color y esa capa de pintura halagadores tenemos que reconocer de nuevo el terrible texto básico homo natura [el hombre naturaleza]. Retraducir, en efecto, el hombre a la naturaleza; adueñarse de las numerosas, vanidosas e ilusas interpretaciones y significaciones secundarias que han sido garabateadas y pintadas hasta ahora sobre aquel eterno texto básico homo natura; hacer que en lo sucesivo el hombre se enfrente al hombre de igual manera que hoy, endurecido en la disciplina de la ciencia, se enfrenta ya a la otra naturaleza con impertérritos ojos de Edipo y con tapados oídos de Ulises, sordo a las atrayentes melodías de todos los viejos cazapájaros metafísicos que durante demasiado tiempo le han estado soplando con su flauta: «¡Tú eres más! ¡Tú eres superior! ¡Tú eres de otra procedencia!» quizá sea ésta una tarea rara y loca, pero es una tarea ¡quién lo negaría! ¿Por qué hemos elegido nosotros esa tarea loca? O hecha la pregunta de otro modo: «¿Por qué, en absoluto, el conocimiento?» Todo el mundo nos preguntará por esto. Y nosotros, apremiados de ese modo, nosotros, que ya cien veces nos hemos preguntado a nosotros mismos precisamente eso, no hemos encontrado ni encontramos respuesta mejor que...

231

El aprender nos transforma, hace lo que hace todo alimento, el cual no se limita tampoco a «mantener»: como sabe el fisiólogo. Pero en el fondo de nosotros, totalmente «allá abajo», hay en verdad algo rebelde a todo aleccionamiento, una roca granítica de fatum [hado] espiritual, de decisión y respuesta predeterminadas a preguntas predeterminadas y elegidas. En todo problema radical habla un inmodificable «esto soy yo»; acerca del varón y de la mujer, por ejemplo, un pensador no puede aprender nada nuevo, sino sólo aprender hasta el final, sólo descubrir hasta el final lo que acerca de esto «está fijo». Muy pronto encontramos ciertas soluciones de problemas que constituyen cabalmente para nosotros una fe sólida; quizá las llamemos en lo sucesivo nuestras «convicciones». Más tarde vemos en ellas únicamente huellas que nos conducen al conocimiento de nosotros mismos, indicadores que nos señalan el problema que nosotros somos, o más exactamente, la gran estupidez que nosotros somos, nuestro fatum [hado] espiritual, aquel algo rebelde a todo aleccionamiento que está totalmente «allá abajo». Teniendo en cuenta estas abundantes delicadezas que acabo de tener conmigo mismo, acaso me estará permitido enunciar algunas verdades acerca de la «mujer en sí»: suponiendo que se sepa de antemano, a partir de ahora, hasta qué punto son cabalmente nada más que mis verdades.

232

La mujer quiere llegar a ser independiente: y para ello comienza ilustrando a los varones acerca de la «mujer en sí» éste es uno de los peores progresos del afeamiento general de Europa. ¡Pues qué habrán de sacar a luz esas burdas tentativas del cientificismo y autodesnudamiento femeninos! Son muchos los motivos de pudor que la mujer tiene; son muchas las cosas pedantes, superficiales, doctrinarias, mezquinamente presuntuosas, mezquinamente desenfrenadas e inmodestas que en la mujer hay escondidas ¡basta estudiar su trato con los niños!, cosas que, en el fondo, por lo que mejor han estado reprimidas y domeñadas hasta ahora ha sido por el miedo al varón. ¡Ay si alguna vez a lo «eternamente aburrido que hay en la mujer» ¡tiene abundancia de ello! le es lícito atreverse a manifestarse!, ¡si ella comienza a olvidar radicalmente y por principio su inteligencia y su arte, la inteligencia y el arte de la gracia, del jugar, del disipar las preocupaciones, de volver ligeras las cosas y tomárselas a la ligera, su sutil destreza para los deseos agradables!

Ya ahora se alzan voces femeninas que, ¡por San Aristófanes!, hacen temblar, se nos amenaza con decirnos con claridad médica qué es lo que la mujer quiere ante todo y sobre todo del varón. ¿No es de pésimo gusto que la mujer se disponga así a volverse científica? Hasta ahora, por fortuna, el explicar las cosas era asunto de varones, don de varones con ello éstos permanecían «por debajo de sí mismos»; y, en última instancia, con respecto a todo lo que las mujeres escriban sobre «la mujer» es lícito reservarse una gran desconfianza acerca de si la mujer quiere propiamente aclaración sobre sí misma y puede quererla... Si con esto una mujer no busca un nuevo adorno para sí yo pienso, en efecto, que el adornarse forma parte de lo eternamente femenino, bien, entonces lo que quiere es despertar miedo de ella: con esto quizá quiera dominio.

Pero no quiere la verdad: ¡qué le importa la verdad a la mujer! Desde el comienzo, nada resulta más extraño, repugnante, hostil en la mujer que la verdad, su gran arte es la mentira, su máxima preocupación son la apariencia y la belleza. Confesémoslo nosotros los varones: nosotros honramos y amamos en la mujer cabalmente ese arte y ese instinto: nosotros, a quienes las cosas nos resultan más difíciles y que con gusto nos juntamos, para nuestro alivio, con seres bajo cuyas manos, miradas y delicadas tonterías parécennos casi una tontería nuestra seriedad, nuestra gravedad y profundidad. Finalmente yo planteo esta pregunta: ¿alguna vez una mujer ha concedido profundidad a una cabeza de mujer, justicia a un corazón de mujer?

¿Y no es verdad que, a grandes rasgos, «la mujer» ha sido hasta ahora lo más desestimado por la mujer y no, en modo alguno, por nosotros? Nosotros los varones deseamos que la mujer no continúe desacreditándose mediante la ilustración: así como fue preocupación y solicitud del varón por la mujer el hecho de que la Iglesia decretase: mulier taceat in ecclesia! [¡calle la mujer en la iglesia!] Fue en provecho de la mujer por lo que Napoleón dio a entender a la demasiado locuaz Madame de Staél: mulier taceat in politicis! [¡calle la mujer en los asuntos políticos!] y yo pienso que es un auténtico amigo de la mujer el que hoy les grite a las mujeres: mulier taceat de muliere! [¡calle la mujer acerca de la mujer!]

233

Delata una corrupción de los instintos aun prescindiendo de que delata un mal gusto el que una mujer invoque cabalmente a Madame Roland o a Madame de Staél o a Monsieur George Sand, como si con esto se demostrase algo a favor de la «mujer en sí». Las mencionadas son, entre nosotros los varones, las tres mujeres ridículas en sí ¡nada más! y, cabalmente, los mejores e involuntarios contraargumentos en contra de la emancipación y en contra de la soberanía femenina.

234

La estupidez en la cocina; la mujer como cocinera; ¡el horroroso descuido con que se prepara el alimento de la familia y del dueño de la casa! La mujer no comprende qué significa la comida: ¡y quiere ser cocinera! ¡Si la mujer fuese una criatura pensante habría tenido que encontrar desde hace milenios, en efecto, como cocinera, los más grandes hechos fisiológicos, y asimismo habría tenido que apoderarse de la medicina!

Las malas cocineras la completa falta de razón en la cocina, eso es lo que más ha retardado, lo que más ha perjudicado el desarrollo del ser humano: hoy mismo las cosas están únicamente un poco mejor. Un discurso para alumnas de los cursos superiores.

235

Hay giros y ocurrencias del espíritu, hay sentencias, un pequeño puñado de palabras, en que una cultura entera, una sociedad entera quedan cristalizadas de repente. De ellos forma parte aquella frase incidental de Madame de Lambert a su hijo: mon ami, ne vous permettez jamais que defolies qui vous feront grand plaisir [amigo mío, no os permitáis nunca más que locuras que os produzcan un gran placer]: dicho sea de paso, la frase más maternal y más inteligente que se ha dirigido nunca a un hijo.

236

Lo que Dante y Goethe creyeron de la mujer el primero, al cantar ella guardaba suso, ed io in le [ella miraba hacia arriba, y yo hacia ella], el segundo, al traducir lo anterior por «lo eterno femenino nos arrastra hacia arriba»: yo no dudo de que toda mujer un poco noble se opondrá a esa creencia, pues ella cree cabalmente eso de lo eterno masculino...

237

Siete refranillos sobre las mujeres

¡Cómo vuela el aburrimiento más prolongado cuando un varón se arrastra hacia nosotras!

La vejez, ¡ay!, y la ciencia dan fuerza incluso a la virtud débil. El traje negro y el mutismo visten de inteligencia a cualquier mujer.

¿A quién estoy agradecida en mi felicidad? ¡A Dios! y a mi costurera.

Joven: caverna florida. Vieja: de ella sale un dragón.

Nombre noble, pierna bonita y, además, un varón: ¡oh si éste fuera mío!

Discurso corto, sentido largo ¡hielo resbaladizo para la burra!

Las mujeres han sido tratadas hasta ahora por los varones como pájaros que, desde una altura cualquiera, han caído desorientados hasta ellos: como algo más fino, más frágil, más salvaje, más prodigioso, más dulce, más lleno de alma, como algo que hay que encerrar para que no se escape volando.

238

No acertar en el problema básico «varón y mujer», negar que ahí se dan el antagonismo más abismal y la necesidad de una tensión eternamente hostil, soñar aquí tal vez con derechos iguales, educación igual, exigencias y obligaciones iguales: esto constituye un signo típico de superficialidad, y a un pensador que en este peligroso lugar haya demostrado ser superficial ¡superficial de instinto! es lícito considerarlo sospechoso, más todavía, traicionado, descubierto: probablemente será demasiado «corto» para todas las cuestiones básicas de la vida, también de la vida futura, y no podrá descender a ninguna profundidad. Por el contrario, un varón que tenga profundidad, tanto en su espíritu como en sus apetitos, que tenga también aquella profundidad de la benevolencia que es capaz de rigor y dureza, y que es fácil de confundir con éstos, no puede pensar nunca sobre la mujer más que de manera oriental: tiene que concebir a la mujer como posesión, como propiedad encerrable bajo llave, como algo predestinado a servir y que alcanza su perfección en la servidumbre, tiene que apoyarse aquí en la inmensa razón de Asia, en la superioridad de instintos de Asia: como lo hicieron antiguamente los griegos, los mejores herederos y discípulos de Asia, quienes, como es sabido, desde Homero hasta los tiempos de Pericles, conforme iba aumentando su cultura y extendiéndose su fuerza, se fueron haciendo también, paso a paso, más rigurosos con la mujer, en suma, más orientales. Qué necesario, qué lógico, qué humanamente deseable fue esto: ¡reflexionemos sobre ello en nuestro interior!

239

El sexo débil en ninguna otra época ha sido tratado por los varones con tanta estima como en la nuestra esto forma parte de la tendencia y del gusto básico democráticos, lo mismo que la irrespetuosidad para con la vejez: ¿qué de extraño tiene el que muy pronto se vuelva a abusar de esa estima? Se quiere más, se aprende a exigir, se acaba considerando que aquel tributo de estima es casi ofensivo, se preferiría la rivalidad por los derechos, incluso propiamente la lucha: en suma, la mujer pierde pudor. Añadamos enseguida que pierde también gusto. Desaprende a temer al varón: pero la mujer que «desaprende el temor» abandona sus instintos más femeninos. Que la mujer se vuelve osada cuando ya no se quiere ni se cultiva aquello que en el varón infunde temor o, digamos de manera más precisa, el varón existente en el varón, eso es bastante obvio, también bastante comprensible; lo que resulta más difícil de comprender es que cabalmente con eso la mujer degenera. Esto es lo que hoy ocurre: ¡no nos engañemos sobre ello! En todos los lugares en que el espíritu industrial obtiene la victoria sobre el espíritu militar y aristocrático la mujer aspira ahora a la independencia económica y jurídica de un dependiente de comercio: «la mujer como dependiente de comercio» se halla a la puerta de la moderna sociedad que está formándose. En la medida en que de ese modo se posesiona de nuevos derechos e intenta convertirse en «señor» e inscribe el «progreso» de la mujer en sus banderas y banderitas, en esa misma medida acontece, con terrible claridad, lo contrario: la mujer retrocede. Desde la Revolución francesa el influjo de la mujer ha disminuido en Europa en la medida en que ha crecido en derechos y exigencias; y la «emancipación de la mujer», en la medida en que es pedida y promovida por las propias mujeres (y no sólo por cretinos masculinos), resulta ser de ese modo un síntoma notabilísimo de la debilitación y el embotamiento crecientes de los más femeninos de todos los instintos.

Hay estupidez en ese movimiento, una estupidez casi masculina, de la cual una mujer bien constituida que es siempre una mujer inteligente tendría que avergonzarse de raíz. Perder el olfato para percibir cuál es el terreno en que con más seguridad se obtiene la victoria; desatender la ejercitación en nuestro auténtico arte de las armas; dejarse ir ante el varón, tal vez incluso «hasta el libro», en lugar de observar, como antes, una disciplina y una sutil y astuta humildad; trabajar, con virtuoso atrevimiento, contra la fe del varón en un ideal radicalmente distinto encubierto en la mujer, en lo eterna y necesariamente femenino; disuadir al varón, de manera expresa y locuaz, de que la mujer tiene que ser mantenida, cuidada, protegida, tratada con indulgencia, cual un animal doméstico bastante delicado, extrañamente salvaje y, a menudo, agradable; el torpe e indignado rebuscar todo lo que de esclavo y servil ha tenido y aún tiene la posición de la mujer en el orden social vigente hasta el momento (como si la esclavitud fuese un contraargumento y no, más bien, una condición de toda cultura superior, de toda elevación de la cultura): ¿qué significa todo eso más que una disgregación de los instintos femeninos, una desfeminización? Desde luego, hay bastantes amigos idiotas de la mujer y bastantes pervertidores idiotas de la mujer entre los asnos doctos de sexo masculino que aconsejan a la mujer desfeminizarse de ese modo e imitar todas las estupideces de que en Europa está enfermo el «varón», la «masculinidad» europea, ellos quisieran rebajar a la mujer hasta la «cultura general», incluso hasta a leer periódicos e intervenir en la política. Acá y allá se quiere hacer de las mujeres librepensadores y literatos: como si una mujer sin piedad no fuera para un hombre profundo y ateo algo completamente repugnante o ridículo ; casi en todas partes se echa a perder los nervios de las mujeres con la más enfermiza y peligrosa de todas las especies de música (nuestra música alemana más reciente) y se las vuelve cada día más histéricas y más incapaces de atender a su primera y última profesión, la de dar a luz hijos vigorosos. Se las quiere «cultivar» aún más y, según se dice, se quiere, mediante la cultura, hacer fuerte al «sexo débil»: como si la historia no enseñase del modo más insistente posible que el «cultivo» del ser humano y el debilitamiento es decir, el debilitamiento, la disgregación, el enfermar de la fuerza de la voluntad, han marchado siempre juntos, y que las mujeres más poderosas e influyentes del mundo (últimamente, la madre de Napoleón) han debido su poder y su preponderancia sobre los varones precisamente a su fuerza de voluntad ¡y no a los maestros de escuela! . Lo que en la mujer infunde respeto y, con bastante frecuencia, temor es su naturaleza, la cual es «más natural» que la del varón, su elasticidad genuina y astuta, como de animal de presa, su garra de tigre bajo el guante, su ingenuidad en el egoísmo, su ineducabilidad y su interno salvajismo, el carácter inaprensible, amplio, errabundo de sus apetitos y virtudes... Lo que, pese a todo el miedo, hace tener compasión de ese peligroso y bello gato que es la «mujer» es el hecho de que aparezca más doliente, más vulnerable, más necesitada de amor y más condenada al desengaño que ningún otro animal. Miedo y compasión: con estos sentimientos se ha enfrentado hasta ahora el varón a la mujer, siempre con un pie ya en la tragedia, la cual desgarra en la medida en que embelesa. ¿Cómo? ¿Y estará acabando esto ahora? ¿Y se trabaja para desencantar a la mujer? ¿Aparece lentamente en el horizonte la aburridificación de la mujer? ¡Oh Europa! ¡Europa! ¡Es conocido el animal con cuernos que más atractivo ha sido siempre para ti, del cual te viene siempre el peligro! Tu vieja fábula podría volver a convertirse en «historia», ¡la estupidez podría volver a adueñarse de ti y a arrebatarte! Y bajo ella no se escondería un dios, ¡no!, ¡sino únicamente una «idea», una «idea moderna»!...

SECCIÓN OCTAVA

Pueblos y patrias

240

He vuelto a oír por vez primera la obertura de Richard Wagner para Los maestros cantores: es éste un arte suntuoso, sobrecargado, grave y tardío, el cual tiene el orgullo de presuponer que, para comprenderlo, continúan estando vivos dos siglos de música: ¡honra a los alemanes el que semejante orgullo no se haya equivocado en el cálculo! ¡Qué savias y fuerzas, qué estaciones y climas están aquí mezclados! Unas veces nos parece anticuado, otras, extranjero, áspero y superjoven, es tan caprichoso como pomposamente tradicional, no raras veces es pícaro y, con más frecuencia todavía, rudo y grosero, tiene fuego y coraje y, a la vez, la reblandecida y amarillenta piel de los frutos que han madurado demasiado tarde. Corre ancho y lleno: y de repente surge un instante de vacilación inexplicable, como un vacío que se abre entre causa y efecto, una opresión que nos hace soñar, casi una pesadilla , pero ya vuelve a fluir, ancha y extensa, la vieja corriente de bienestar, de un bienestar sumamente complejo, de una felicidad vieja y nueva, en cuya cuenta se incluye, y mucho, la felicidad que el artista siente en sí mismo, de la cual no quiere él hacer un secreto, su asombrada y feliz consciencia de la maestría de los medios empleados aquí por él, medios artísticos nuevos, recién adquiridos y no probados antes, como parece darnos a entender. Vistas las cosas en conjunto, no hay aquí belleza, ni sur, ni la meridional y fina luminosidad del cielo, ni gracia, ni baile, ni apenas voluntad de lógica; incluso hay cierta torpeza, que además es subrayada, como si el artista quisiera decirnos: «ella forma parte de mi intención»; un aderezo pesado, una cosa voluntariamente bárbara y solemne, un centelleo de preciosidades y recamados doctos y venerables; una cosa alemana en el mejor y en el peor sentido de la palabra, una cosa compleja, informe e inagotable a la manera alemana; una cierta potencialidad y sobreplenitud alemanas del alma, que no tienen miedo de esconderse bajo los refinamientos de la decadencia, que acaso sea allí donde más a gusto se encuentren; un exacto y auténtico signo característico del alma alemana, que es a la vez joven y senil, extraordinariamente madura y extraordinariamente rica todavía de futuro. Esta especie de música es la que mejor expresa lo que yo pienso de los alemanes: son de anteayer y de pasado mañana, aún no tienen hoy.

241

Nosotros «los buenos europeos»: también nosotros tenemos horas en las que nos permitimos una patriotería decidida, un batacazo y recaída en viejos amores y estrecheces acabo de dar una prueba de ello, horas de hervores nacionales, de ahogos patrióticos y de todos los demás anticuados desbordamientos sentimentales.

Espíritus más tardos que nosotros tardarán acaso amplios espacios de tiempo en desembarazarse de eso que en nosotros se limita a unas horas y en unas horas concluye, unos tardarán medio año, otros, media vida, según la rapidez y fuerza de su digestión y de su «metabolismo». Sí, yo podría imaginarme razas torpes, vacilantes, que incluso en nuestra presurosa Europa necesitarían medio siglo para superar tales atávicos ataques de patriotería y de apegamiento al terruño y para volver a retornar a la razón, quiero decir, al «buen europeísmo». Y mientras estoy divagando sobre esa posibilidad me acontece que asisto como testigo de oído a una conversación entre dos viejos «patriotas», evidentemente ambos oían mal y por ello hablaban tanto más alto. «Ése entiende y sabe de filosofía tanto como un labrador o un estudiante afiliado a una corporación decía uno: todavía es inocente. ¡Mas qué importa eso hoy! Estamos en la época de las masas: éstas se prosternan ante todo lo masivo. Y eso ocurre también in politicis [en los asuntos políticos]. Un estadista que a las masas les levante una nueva torre de Babel, un monstruo cualquiera de Imperio y poder, ése es `grande' para ellas: qué importa que nosotros los que somos más previsores y más reservados continuemos sin abandonar por el momento la vieja fe, según la cual únicamente el pensamiento grande es el que da grandeza a una acción o a una causa. Suponiendo que un estadista pusiese a su pueblo en condiciones de tener que hacer en lo sucesivo ‘gran política', para la cual hállase aquél mal dotado y preparado por naturaleza: de modo que, por amor a una nueva y problemática mediocridad, se viese obligado a sacrificar sus virtudes viejas y seguras, suponiendo que un estadista condenase a su pueblo a 'hacer política' sin más, siendo así que hasta ahora ese mismo pueblo tuvo algo mejor que hacer y que pensar, y que en el fondo de su alma no se ha liberado de una previsora náusea frente a la inquietud, vaciedad y ruidosa pendenciosidad de los pueblos que propiamente hacen política: suponiendo que ese estadista aguijonease las adormecidas pasiones y apetitos de su pueblo, le reprochase su anterior timidez y su anterior gusto en permanecer al margen, le culpase de su extranjerismo y de su secreta infinitud, desvalorase sus más decididas inclinaciones, diese la vuelta a su conciencia, hiciese estrecho su espíritu, racional su gusto, ¡cómo!, Les que un estadista que hiciera todo eso, y al que su pueblo tendría que expiar por todo el futuro, en el caso de que tenga futuro, es que semejante estadista sería grande?» «¡Indudablemente! le respondió con vehemencia el otro viejo patriota: ¡de lo contrario, no habría sido capaz de hacer lo que ha hecho! ¡Quizás haya sido una locura querer algo así! ¡Mas tal vez todo lo grande no haya sido en sus comienzos más que una locura!» «¡Abuso de las palabras! replicó a gritos su interlocutor: ¡fuerte! ¡fuerte!, ¡fuerte y loco! ¡No grande!» Los viejos se habían evidentemente acalorado cuando de ese modo se gritaban a la cara sus «verdades»; pero yo, en mi felicidad y mi más allá, consideraba cuán pronto dominaría al fuerte otro más fuerte; y también, que existe una compensación para la superficialización espiritual de un pueblo, a saber, la que se realiza mediante la profundización de otro.

242

Bien se denomine «civilización» o «humanización» o «progreso» a aquello en lo que ahora se busca el rasgo que distingue a los europeos; o bien se lo denomine sencillamente, sin alabar ni censurar, con una fórmula política, el movimiento democrático de Europa: detrás de todas las fachadas morales y políticas a que con tales fórmulas se hace referencia está realizándose un ingente proceso fisiológico, que fluye cada vez más, el proceso de un asemejamiento de los europeos, su creciente desvinculación de las condiciones en que se generan razas ligadas a un clima y a un estamento, su progresiva independencia de todo milieu [medio] determinado, que a lo largo de siglos se inscribiría seguramente en el alma y en el cuerpo con exigencias idénticas, es decir, la lenta aparición en el horizonte de una especie esencialmente supranacional y nómada de ser humano, la cual, hablando fisiológicamente, posee como típico rasgo distintivo suyo un máximo de arte y de fuerza de adaptación. Este proceso del europeo que está deviniendo, proceso que puede ser retardado en su tempo [ritmo] por grandes recaídas, pero que tal vez justo por ello gane y crezca en vehemencia y profundidad de él forma parte el todavía furioso Sturm and Drang [borrasca e ímpetu] del «sentimiento nacional», y asimismo el anarquismo que acaba de aparecer en el horizonte : ese proceso está abocado probablemente a resultados con los cuales acaso sea con los que menos cuenten sus ingenuos promotores y panegiristas, los apóstoles de las «ideas modernas». Las mismas condiciones nuevas bajo las cuales surgirán, hablando en términos generales, una nivelación y una mediocrización del hombre un hombre animal de rebaño útil, laborioso, utilizable y diestro en muchas cosas, son idóneas en grado sumo para dar origen a hombres excepción de una cualidad peligrosísima y muy atrayente. En efecto, mientras que aquella fuerza de adaptación que ensaya minuciosamente condiciones siempre cambiantes y que comienza un nuevo trabajo con cada generación, casi con cada decenio, no hace posible en modo alguno la potencialidad del tipo: mientras que la impresión global producida por tales europeos futuros será probablemente la de trabajadores aptos para muchas tareas, charlatanes, pobres de voluntad y extraordinariamente adaptables, que necesitan del señor, del que manda, como del pan de cada día; mientras que la democratización de Europa está abocada, por lo tanto, a engendrar un tipo preparado para la esclavitud en el sentido más sutil: en el caso singular y excepcional el hombre fuerte tendrá que resultar más fuerte y más rico que acaso nunca hasta ahora, gracias a la falta de prejuicios de su educación, gracias a la ingente multiplicidad de su ejercitación, su arte y su máscara. He querido decir: la democratización de Europa es a la vez un organismo involuntario para criar tiranos, entendida esta palabra en todos los sentidos, también en el más espiritual.

243

Con placer oigo decir que nuestro sol se desplaza con rápido movimiento hacia la constelación de Hércules: y yo espero que el hombre que vive en esta tierra actúe igual que el sol. ¡Y en vanguardia nosotros, nosotros los buenos europeos!

244

Hubo un tiempo en que la gente estaba habituada a otorgar a los alemanes la distinción de llamarlos «profundos»: ahora, cuando el tipo de mayor éxito del nuevo germanismo está ansioso de honores completamente distintos y en todo lo que tiene profundidad echa de menos tal vez el «arrojo», casi resulta tempestiva y patriótica la duda de si en otro tiempo la gente no se engañaba con aquella alabanza: en suma, de si la profundidad alemana no era en el fondo algo distinto y peor y algo de que, gracias a Dios, se está en trance de desprenderse con éxito. Hagamos, pues, el intento de modificar nuestras ideas sobre la profundidad alemana: para esto no se necesita más que una pequeña vivisección del alma alemana. El alma alemana es, ante todo, compleja, tiene orígenes dispares, se compone más bien de elementos yuxtapuestos y superpuestos, en lugar de estar realmente estructurada: esto depende de su procedencia. Un alemán que quisiera atreverse a afirmar: «dos almas habitan, ¡ay!, en mi pecho», faltaría gravemente a la verdad o, mejor dicho, quedaría muchas almas por detrás de la verdad. Por ser un pueblo en que ha habido la más gigantesca mezcolanza y rozamiento de razas, tal vez incluso con una preponderancia del elemento preario, por ser un «pueblo del medio» en todos los sentidos, los alemanes son más inasibles, más amplios, más contradictorios, más desconocidos, más incalculables, más sorprendentes, incluso más terribles que lo son otros pueblos para sí mismos: escapan a la definición y ya por eso son la desesperación de los franceses. A los alemanes los caracteriza el hecho de que entre ellos la pregunta «¿qué es alemán?» no se extingue nunca.

Kotzebue conocía ciertamente bastante bien a sus alemanes: «Nos han reconocido», decíanle éstos, jubilosos, pero también Sand creía conocerlos. Jean Paul sabía lo que hacía cuando protestó furiosamente contra las mentirosas pero patrióticas adulaciones y exageraciones de Fichte, mas es probable que Goethe pensase sobre los alemanes de modo distinto que Jean Paul, a pesar de que dio la razón a éste en lo referente a Fichte. ¿Qué ha pensado Goethe propiamente sobre los alemanes? Sobre muchas de las cosas que lo rodeaban él nunca habló claro, y durante toda su vida fue experto en callar sutilmente: probablemente tenía buenas razones para hacerlo. Es cierto que no fueron las «guerras de liberación» las que le hicieron alzar los ojos con mayor alegría, así como tampoco lo fue la Revolución francesa, el acontecimiento que le hizo cambiar de pensamiento sobre su Fausto e incluso sobre el entero problema «hombre» fue la aparición de Napoleón. Hay frases de Goethe en las cuales enjuicia con una impaciente dureza, como desde un país extranjero, aquello que los alemanes cuentan entre sus motivos de orgullo: el famoso Gemüth [talante] alemán lo define una vez como «indulgencia para con las debilidades ajenas y propias». ¿No tiene razón al decir esto? a los alemanes los caracteriza el hecho de que raras veces se carece totalmente de razón al hablar sobre ellos. El alma alemana tiene dentro de sí galerías y pasillos, hay en ella cavernas, escondrijos, calabozos; su desorden tiene mucho del atractivo de lo misterioso; el alemán es experto en los caminos tortuosos que conducen al caos. Y como toda cosa ama su símbolo, así el alemán ama las nubes y todo lo que es poco claro, lo que se halla en devenir, lo crepuscular, lo húmedo y velado: lo incierto, lo no configurado, lo que se desplaza, lo que crece, cualquiera que sea su índole, eso él lo siente como «profundo». El alemán mismo no es, sino que deviene, «se desarrolla». El «desarrollo» es, por eso, el auténtico hallazgo y acierto alemán en el gran imperio de las fórmulas filosóficas: un concepto soberano que, en alianza con la cerveza alemana y con la música alemana, trabaja en germanizar a Europa entera. Los extranjeros se detienen, asombrados y atraídos, ante los enigmas que les plantea la naturaleza contradictoria que hay en el fondo del alma alemana (naturaleza contradictoria que Hegel redujo a sistema y Richard Wagner, últimamente, todavía a música). «Bonachones y pérfidos» esa yuxtaposición, absurda con respecto a cualquier otro pueblo, se justifica por desgracia con demasiada frecuencia en Alemania: ¡basta con vivir un poco de tiempo entre suabos!. La torpeza del docto alemán, su insulsez social se compadecen honrosamente bien con una volatinería íntima y con una desenvuelta audacia, de las cuales todos los dioses han aprendido ya a tener miedo. Si se quiere el «alma alemana» mostrada ad oculos [ante la vista] basta con mirar en el interior del gusto alemán, de las artes y costumbres alemanas: ¡qué rústica indiferencia frente al gusto! ¡Cómo se hallan juntos allí lo más noble y lo más vulgar! ¡Qué desordenada y rica es toda esa economía psíquica! El alemán lleva a rastras su alma, lleva a rastras todas las vivencias que tiene. Digiere mal sus acontecimientos, no se «desembaraza» nunca de ellos; la profundidad alemana es a menudo tan sólo una mala y retardada «digestión». Y así como todos los enfermos crónicos, todos los dispépticos, tienen inclinación a la comodidad, así el alemán ama la «franqueza» y la «probidad»: ¡qué cómodo es ser franco y probo! Acaso hoy el disfraz más peligroso y más afortunado en que el alemán es experto consista en ese carácter familiar, complaciente, de cartas boca arriba, que tiene la honestidad alemana: ése es su auténtico arte mefistofélico, ¡con él puede «llegar todavía lejos»! El alemán se deja ir y contempla eso con sus fieles, azules, vacíos ojos alemanes ¡y enseguida el extranjero lo confunde con su camisa de dormir! He querido decir: sea lo que sea la «profundidad alemana», ¿acaso no nos permitimos, muy entre nosotros, reírnos de ella? hacemos bien en continuar honrando su apariencia y su buen nombre y en no cambiar a un precio demasiado barato nuestra vieja reputación de pueblo de la profundidad por el «arrojo» prusiano y por el ingenio y la arena de Berlín. Para un pueblo es cosa inteligente hacerse pasar por profundo, inhábil, bonachón, honesto, nointeligente: esto podría incluso ¡ser profundo! En última instancia: debemos honrar nuestro propio nombre no en vano nos llamamos das «tiusche» Volk, el pueblo engañoso...

245

Los «viejos y buenos tiempos» han acabado, con Mozart entonaron su última canción: ¡qué felices somos nosotros por el hecho de que su rococó nos continúe hablando, por el hecho de que a su «buena sociedad», a su delicado entusiasmo y a su gusto infantil por lo chinesco y florido, a su cortesía del corazón, a su anhelo de cosas graciosas, enamoradas, bailarinas, bienaventuradas hasta el llanto, a su fe en el sur les continúe siendo lícito apelar a un cierto residuo existente en nosotros! ¡Ay, alguna vez esto habrá pasado! ¡mas quién dudaría de que antes habrá desaparecido la capacidad de entender y saborear a Beethoven! el cual no fue, en efecto, más que el acorde final de una transición estilística y de una ruptura de estilo, y no, como Mozart, el acorde final de un gran gusto europeo que había durado siglos. Beethoven es el acontecimiento intermedio entre un alma vieja y reblandecida, que constantemente se resquebraja, y un alma futura y superjoven que está llegando constantemente; sobre su música se extiende esa crepuscular luz propia del eterno perder y del eterno y errabundo abrigar esperanzas, la misma luz en que Europa estaba bañada cuando, con Rousseau, había soñado, cuando bailó alrededor del árbol de la libertad de la Revolución y, por fin, casi adoró a Napoleón. Mas con qué rapidez se desvanece ahora precisamente ese sentimiento, qué difícil resulta hoy saber algo de ese sentimiento, ¡qué extraña suena a nuestros oídos la lengua de aquellos Rousseau, Schiller, Shelley, Byron, en los cuales, juntos, encontró su camino hacia la palabra el mismo destino de Europa que en Beethoven había sabido cantar! La música alemana que vino después forma parte del romanticismo, es decir, de un movimiento que, en un cálculo histórico, es todavía más corto, todavía más fugaz, todavía más superficial que aquel gran entreacto, que aquella transición de Europa que se extiende desde Rousseau hasta Napoleón y hasta la aparición de la democracia en el horizonte. Weber: ¡qué son para nosotros hoy Der Freischütz [El cazador furtivo] y Oberón! ¡O Hans Heiling y El vampiro, de Marschner! ¡E incluso el Tannháuser, de Wagner! Es ésta una música que ha ido dejando de sonar, si bien todavía no está olvidada. Toda esta música del romanticismo, además, no era suficientemente aristocrática, no era suficientemente música como para lograr imponerse también en otros lugares distintos, además de en el teatro y ante la multitud; era de antemano música de segundo rango, que entre músicos verdaderos es tenida poco en cuenta. Cosa distinta ocurrió con Félix Mendelssohn, ese maestro alciónico que, por tener un alma más ligera, más pura, más afortunada, fue rápidamente honrado y asimismo rápidamente olvidado: como el bello intermedio de la música alemana. En lo que se refiere a Robert Schumann, que tomaba todo en serio y a quien desde el principio se lo tomó también en serio es el último que ha fundado una escuela: ¿no se considera hoy entre nosotros como una felicidad, como un respiro de alivio, como una liberación el hecho de que precisamente ese romanticismo schumanniano esté superado? Schumann, refugiado en la «Suiza sajona» de su alma, hecho a medias a la manera de Werther y a medias a la manera de Jean Paul, ¡ciertamente, no a la de Beethoven!, ¡ciertamente, no a la de Byron! su música sobre el Manfredo es un desacierto y un malentendido que llegan hasta la injusticia , Schumann, con su gusto, que en el fondo era un gusto pequeño (es decir, una tendencia peligrosa, doblemente peligrosa entre alemanes, hacia el tranquilo lirismo y la borrachera del sentimiento), un hombre que constantemente se hace a un lado, que se encoge y se retrae tímidamente, un noble alfeñique que se regodeaba en una felicidad y un dolor meramente anónimos, una especie de muchacha y de poli me tangere [no me toques] desde el comienzo: este Schumann no fue ya en música más que un acontecimiento alemán, y no un acontecimiento europeo, como lo fue Beethoven, como lo había sido, en medida aún más amplia, Mozart, con él la música alemana corrió su máximo peligro de perder la voz para expresar el alma de Europa y de rebajarse a ser mera patriotería.

246

¡Qué tortura son los libros escritos en alemán para el hombre que dispone de un tercer oído! ¡Con qué repugnancia se detiene ese hombre junto a ese pantano, que lentamente va dándose la vuelta, de acordes carentes de armonía, de ritmos sin baile, que entre alemanes se llama un «libro»! ¡Y nada digamos del alemán que lee libros! ¡De qué manera tan perezosa, tan a regañadientes, tan mala lee! Qué pocos alemanes saben y se exigen a sí mismos saber que en toda buena frase se esconde arte, ¡arte que quiere ser adivinado en la medida en que la frase quiere ser entendida! Un malentendido acerca de su tempo [ritmo], por ejemplo: ¡y la frase misma es malentendida! No permitirse tener dudas acerca de cuáles son las sílabas decisivas para el ritmo, sentir como algo querido y como un atractivo la ruptura de la simetría demasiado rigurosa, prestar oídos finos y pacientes a todo staccato [despegado], a todo rubato [ritmo libre], adivinar el sentido que hay en la sucesión de las vocales y diptongos y el modo tan delicado y vario como pueden adoptar un color y cambiar de color en su sucesión: ¿quién, entre los alemanes lectores de libros, está bien dispuesto a reconocer tales deberes y exigencias y a prestar atención a tanto arte e intención encerrados en el lenguaje? La gente no tiene, en última instancia, precisamente «oídos para esto»: por lo cual no se oyen las antítesis más enérgicas del estilo y se derrocha inútilmente, como ante sordos, la maestría artística más sutil. Éstos fueron mis pensamientos cuando noté de qué modo tan torpe y obtuso confundía la gente a dos maestros en el arte de la prosa, uno al que las palabras le gotean lentas y frías, como desde el techo de una húmeda caverna él cuenta con su sonido y su eco sofocados y otro que maneja su lengua como una espada flexible y que desde el brazo hasta los dedos del pie siente la peligrosa felicidad de la hoja vibrante, extraordinariamente afilada, que quiere morder, silbar, cortar.

247

Que el estilo alemán tiene que ver muy poco con la armonía y con los oídos muéstralo el hecho de que justo nuestros buenos músicos escriben mal. El alemán no lee en voz alta, no lee para los oídos, sino simplemente con los ojos: al leer ha encerrado sus oídos en el cajón. El hombre antiguo, cuando leía esto ocurría bastante raramente lo que hacía era recitarse algo a sí mismo, y desde luego en voz alta; la gente se admiraba cuando alguien leía en voz baja, preguntándose a escondidas por las razones de ello. En voz alta: esto quiere decir, con todas las hinchazones, inflexiones, cambios de tono y variaciones de tempo [ritmo] en que se complacía el mundo público de la Antigüedad. Entonces las leyes del estilo escrito eran aún las mismas que las del estilo hablado; y las leyes de éste dependían, en parte, del asombroso desarrollo, de las refinadas necesidades de los oídos y de la laringe y, en parte, de la fuerza, duración y potencia de los pulmones antiguos. Tal como lo entendían los antiguos, un período es en primer término un todo fisiológico, en la medida en que está contenido en una sola respiración. Períodos tales como los que aparecen en Demóstenes, en Cicerón, que se hinchan dos veces y otras dos veces se deshinchan, y todo ello dentro de una sola respiración: ésos son goces para hombres antiguos, los cuales sabían, por su propia instrucción escolar, apreciar la virtud que hay en ello, lo raro y difícil que es declamar tal período: ¡nosotros no tenemos propiamente ningún derecho al gran período, nosotros los modernos, nosotros los hombres de aliento corto en todos los sentidos! Aquellos antiguos, en efecto, eran todos ellos diletantes de la oratoria, y en consecuencia expertos, y en consecuencia críticos, de este modo empujaban a sus oradores a llegar hasta el extremo; de igual manera que en el siglo pasado, cuando todos los italianos e italianas eran expertos en cantar, el virtuosismo del canto (y con esto también el arte de la melodía) llegó entre ellos a la cumbre. Pero en Alemania (hasta la época más reciente, en que una especie de elocuencia de tribunos agita sus jóvenes alas con bastante timidez y torpeza) no ha habido propiamente más que un único género de oratoria pública y más o menos conforme a las reglas del arte: la que se hacía desde el púlpito. Sólo el predicador sabía en Alemania cuál es el peso de una sílaba, cuál el de una palabra, hasta qué punto una frase golpea, salta, se precipita, corre, fluye, él era el único que en los oídos tenía conciencia, con bastante frecuencia una conciencia malvada: pues no faltan motivos para pensar que precisamente el alemán alcanza habilidad en la oratoria raras veces, casi siempre demasiado tarde. La obra maestra de la prosa alemana es por ello, obviamente, la obra maestra de su máximo predicador: la Biblia ha sido hasta ahora el mejor libro alemán. Comparado con la Biblia de Lutero, casi todo lo demás es sólo «literatura» cosa ésta que no es en Alemania donde ha crecido, y que por ello tampoco ha arraigado ni arraiga en los corazones alemanes: como lo ha hecho la Biblia.

248

Hay dos especies de genio: uno que ante todo fecunda y quiere fecundar a otros, y otro al que le gusta dejarse fecundar y dar a luz. Y, de igual modo, hay entre los pueblos geniales unos a los que les ha correspondido el problema femenino del embarazo y la secreta tarea de plasmar, de madurar, de consumar los griegos, por ejemplo, fueron un pueblo de esa especie, asimismo los franceses ; y otros que tienen que fecundar y que se convierten en la causa de nuevos órdenes de vida, como los judíos, los romanos, ¿y, hecha la pregunta con toda modestia, los alemanes? pueblos atormentados y embelesados por fiebres desconocidas, pueblos irresistiblemente arrastrados fuera de sí mismos, enamorados y ávidos de razas extrañas (de razas que se «dejen fecundar») y, en esto, ansiosos de dominio, como todo lo que se sabe lleno de fuerzas fecundantes, y, en consecuencia, «por la gracia de Dios». Estas dos especies de genio búscanse como el varón y la mujer; pero también se malentienden uno al otro, como el varón y la mujer.

249

Cada pueblo tiene su tartufería propia, y la denomina sus virtudes. Lo mejor que uno es, eso él no lo conoce, no puede conocerlo.

250

¿Qué debe Europa a los judíos? Muchas cosas, buenas y malas, y ante todo una que es a la vez de las mejores y de las peores: el gran estilo en la moral, la terribilidad y la majestad de exigencias infinitas, de significados infinitos, todo el romanticismo y sublimidad de las problemáticas morales y, en consecuencia, justo la parte más atractiva, más capciosa y más selecta de aquellos juegos de colores y de aquellas seducciones que nos incitan a vivir, en cuyo resplandor final brilla tal vez está dejando de brillar hoy el cielo de nuestra cultura europea, su cielo de atardecer. Nosotros los artistas entre los espectadores y filósofos sentimos por ello frente a los judíos gratitud.

251

Es preciso resignarse a que sobre el espíritu de un pueblo que padece, que quiere padecer de la fiebre nerviosa nacional y de la ambición política pasen múltiples nubes y perturbaciones o, dicho brevemente, pequeños ataques de estupidizamiento: por ejemplo, entre los alemanes de hoy, unas veces la estupidez antifrancesa, otras la antijudía, otras la antipolaca, otras la cristianoromántica, otras la wagneriana, otras la teutónica, otras la prusiana (contémplese a esos pobres historiadores, a esos Sybel y Treitzschke y sus cabezas reciamente vendadas), y como quieran llamarse todas esas pequeñas obnubilaciones del espíritu y la conciencia alemanes. Perdóneseme el que tampoco yo, durante una breve y osada estancia en terrenos muy infectados, haya permanecido completamente inmune a la enfermedad, y el que a mí, como a todo el mundo, hayan empezado ya a ocurrírseme pensamientos sobre cosas que en nada me atañen: primera señal de la infección política. Por ejemplo, sobre los judíos: óigaseme. Todavía no me he encontrado con ningún alemán que haya sentido simpatía por los judíos; y por muy incondicional que sea la repulsa del auténtico antisemitismo por parte de todos los hombres previsores y políticos, tampoco esa previsión y esa política se dirigen, sin embargo, contra el género mismo del sentimiento, sino sólo contra su peligrosa inmoderación, en especial contra la expresión insulsa y deshonrosa de ese inmoderado sentimiento, sobre esto no es lícito engañarse. Que Alemania tiene judíos en abundancia suficiente, que el estómago alemán, la sangre alemana tienen dificultad (y seguirán teniendo dificultad durante largo tiempo) aun sólo para digerir y asimilar ese quantum [cantidad] de «judío» de igual manera que lo han digerido y asimilado el italiano, el francés, el inglés, merced a una digestión más robusta : eso es lo que dice y expresa claramente un instinto general al cual hay que prestar oídos, de acuerdo con el cual hay que actuar. «¡No dejar entrar nuevos judíos! ¡Y, ante todo, cerrar las puertas por el Este (también por el Imperio del Este)!», eso es lo que ordena el instinto de un pueblo cuya naturaleza es todavía débil e indeterminada, de modo que con facilidad se la podría hacer desaparecer, con facilidad podría ser borrada por una raza más fuerte. Pero los judíos son, sin ninguna duda, la raza más fuerte, más tenaz y más pura que vive ahora en Europa; son diestros en triunfar aun en las peores condiciones (mejor incluso que en condiciones favorables), merced a ciertas virtudes que hoy a la gente le gusta tildar de vicios, gracias sobre todo a una fe decidida, la cual no necesita avergonzarse frente a las «ideas modernas»; los judíos se modifican siempre, cuando se modifican, de la misma manera que el Imperio ruso hace sus conquistas, como un Imperio que tiene tiempo y que no es de ayer : es decir, de acuerdo con la máxima «¡lo más lentamente posible!» Un pensador que tenga sobre su conciencia el futuro de Europa contará, en todos los proyectos que trace en su interior sobre ese futuro, con los judíos y asimismo con los rusos, considerándolos como los factores por lo pronto más seguros y más probables en el gran juego y en la gran lucha de las fuerzas. Lo que hoy en Europa se denomina «nación», y que en realidad es más una res facta [cosa hecha] que nata [cosa nacida] (incluso se asemeja a veces, hasta confundirse con ella, a una res ficta et picta [cosa fingida y pintada]), es en todo caso algo que está en devenir, una cosa joven, fácil de desplazar, no es todavía una raza y mucho menos es algo aere peren nius [más perenne que el bronce], como lo es la raza judía: ¡esas naciones deberían, pues, evitar con mucho cuidado toda concurrencia y toda hostilidad nacidas de un calentamiento de la cabeza! Que los judíos, si quisieran o si se los coaccionase a ello, como parecen querer los antisemitas, podrían tener ya ahora la preponderancia e incluso, hablando de modo completamente literal, el dominio de Europa, eso es una cosa segura; y también lo es que no trabajan ni hacen planes en ese sentido. Antes bien, por el momento lo que quieren y desean, incluso con cierta insistencia, es ser absorbidos y succionados en Europa, por Europa, anhelan estar fijos por fin en algún sitio, ser permitidos, respetados, y dar una meta a la vida nómada, al «judío eterno» ; y se debería tener muy en cuenta y complacer esa tendencia y ese impulso (los cuales acaso manifiesten una atenuación de los instintos judíos): para lo cual tal vez fuera útil y oportuno desterrar a todos los voceadores antisemitas del país. Se debería acoger a los judíos con toda cautela, haciendo una selección; más o menos, como actúa la nobleza inglesa. Resulta manifiesto que quienes podrían entrar en relaciones con ellos sin el menor escrúpulo son los tipos más fuertes y más firmemente troquelados ya de la nueva germanidad, por ejemplo el oficial noble de la Marca: tendría múltiple interés ver si no se podría hacer un injerto, un cruce entre el arte heredado de mandar y obedecer en ambas cosas resulta hoy clásico el mencionado país y el genio del dinero y de la paciencia (y sobre todo, algo de espíritu y de espiritualidad, que tanto faltan en el mencionado lugar). Sin embargo, lo que aquí procede es interrumpir mi jovial alemanería y mi solemne discurso: pues estoy llegando ya a lo que para mí es serio, al «problema europeo» tal como yo lo entiendo, a la selección de una nueva casta que gobierne a Europa.

252

Esos ingleses no son una raza filosófica: Bacon significa un atentado contra el espíritu filosófico en cuanto tal, Hobbes, Hume y Locke, un envilecimiento y devaluación del concepto «filosófico» por más de un siglo. Contra Hume se levantó y alzó Kant; de Locke le fue lícito a Schelling decir: je me prise Locke [yo desprecio a Locke]; en la lucha contra la cretinización anglomecanicista del mundo estuvieron acordes Hegel y Schopenhauer (con Goethe), esos dos hostiles genios hermanos en filosofía, que tendían hacia los polos opuestos del espíritu alemán y que por ello se hacían injusticia como sólo se la hacen cabalmente los hermanos. Qué es lo que falta y qué es lo que ha faltado siempre en Inglaterra sabíalo bastante bien aquel semicomediante y retor, aquella insulsa cabeza revuelta que era Carlyle, el cual trataba de ocultar bajo muecas apasionadas lo que él sabía de sí mismo: a saber, qué era lo que le faltaba a Carlyle auténtica potencia en la espiritualidad, auténtica profundidad en la mirada espiritual, en suma, filosofía. A esa nofilosófica raza caracterízala el hecho de atenerse rigurosamente al cristianismo: necesita la disciplina «moralizadora» y humanizadora del cristianismo. El inglés, que es más sombrío, más sensual, más fuerte de voluntad y más brutal que el alemán es justo por ello, por ser el más vulgar de los dos, más piadoso también que el alemán: tiene más necesidad cabalmente del cristianismo. Para olfatos más sutiles ese cristianismo inglés desprende incluso un efluvio genuinamente inglés de spleen [desgana] y de desenfreno alcohólico, contra los cuales se lo usa, por buenas razones, como medicina, es decir, se usa un veneno más fino contra otro más grosero: un envenenamiento más fino representa ya de hecho, entre pueblos torpes, un progreso, un paso hacia la espiritualización. La torpeza y la rústica seriedad de los ingleses encuentran su disfraz más soportable, o dicho con más exactitud: su interpretación y reinterpretación más soportables en la mímica cristiana y en el orar y cantar salmos; y para ese rebaño de borrachos y disolutos que aprende a gruñir moralmente, en otro tiempo bajo la violencia del metodismo, y de nuevo, recientemente, en forma de «Ejército de Salvación», una convulsión de penitencia puede ser en verdad la realización relativamente más alta de «humanidad» a la que se lo puede elevar: admitir esto es lícito y justo. Pero lo que resulta ofensivo incluso en el inglés más humano es su falta de música, o, hablando con metáfora (y sin metáfora): el inglés no tiene ritmo ni baile en los movimientos de su alma y de su cuerpo y ni siquiera tiene el deseo de ritmo y baile, de «música». Óigasele hablar; véase caminar a las inglesas más bellas no existen en ningún país de la tierra palomas y cisnes más bellos, en fin: ¡óigaselas cantar! Pero estoy exigiendo demasiado...

253

Hay verdades tales que son las cabezas mediocres las que mejor las conocen, ya que son las más conformes a ellas, hay verdades tales que sólo poseen atractivos y fuerzas de seducción para espíritus mediocres: a esta tesis, tal vez desagradable, vémonos empujados precisamente ahora, desde que el espíritu de unos ingleses estimables pero mediocres doy los nombres de Darwin, John Stuart Mill y Herbert Spencer comienza a adquirir preponderancia en la región media del gusto europeo. De hecho, ¿quién pondría en duda la utilidad de que dominen temporalmente tales espíritus? Sería un error considerar que cabalmente los espíritus de elevado linaje y de vuelo separado son especialmente hábiles para detectar muchos pequeños hechos vulgares, para coleccionarlos y reducirlos a fórmulas: antes bien, en cuanto son excepciones, de antemano carecen de una actitud favorable para con las «reglas». En última instancia, tienen algo más que hacer que sólo conocer a saber, ¡ser algo nuevo, significar algo nuevo, representar valores nuevos! El abismo entre tener conocimientos y tener capacidad de obrar quizá sea más grande, también más inquietante de lo que se piensa: el hombre capaz de realizar algo en gran estilo, el creador, tendrá que ser posiblemente un ignorante, mientras que, por otro lado, para hacer descubrimientos científicos del género de los de Darwin no constituyen una mala disposición indudablemente una cierta estrechez, una cierta avidez y una cierta solicitud diligente, en suma, un carácter inglés. No se olvide, en fin, que los ingleses han causado ya una vez, con su bajo nivel medio, una depresión global del espíritu europeo: lo que se llama «las ideas modernas» o «las ideas del siglo dieciocho» o también «las ideas francesas» es decir, aquello contra lo que el espíritu alemán se levantó con profunda náusea, eso era de origen inglés, de ello no cabe duda.

Los franceses fueron tan sólo los monos y comediantes de esas ideas, también sus mejores soldados, asimismo, por desgracia, sus primeras y más completas víctimas: pues a causa de la condenada anglomanía de las «ideas modernas» el áme franfaise [alma francesa] ha acabado volviéndose tan flaca y macilenta que hoy nos acordamos, casi sin creerlo, de sus siglos XVI y XVII, de su profunda y apasionada fuerza, de su inventiva aristocracia. Pero es preciso retener con los dientes esta tesis de equidad histórica y defenderla contra el instante y la apariencia visible: la noblesse [nobleza] europea del sentimiento, del gusto, de la costumbre, en suma, entendida esa palabra en todo sentido elevado es obra e invención de Francia, la vulgaridad europea, el plebeyismo de las ideas modernas de Inglaterra

254

También ahora continúa siendo Francia la sede de la cultura más espiritual y refinada de Europa y la alta escuela del gusto: pero hay que saber encontrar esa «Francia del gusto». Quien forma parte de ella se mantiene bien oculto: sin duda constituyen un número pequeño los hombres en los que esa Francia se encarna y vive, y son, además, hombres que no están asentados sobre piernas muy robustas, hombres en parte fatalistas, de ceño sombrío, enfermos, y en parte enervados y artificiosos, que tienen la ambición de ocultarse.

Algo es común a todos ellos: cierran sus oídos a la furibunda estupidez y a la ruidosa locuacidad del bourgeois [burgués] democrático. De hecho lo que hoy se agita en el primer plano es una Francia que se ha vuelto estúpida y grosera, recientemente ha celebrado, en el entierro de Víctor Hugo, una verdadera orgía de falta de gusto y, a la vez, de admiración de sí misma. También otra cosa les es común a esos hombres: una buena voluntad de oponerse a la germanización espiritual ¡y una incapacidad todavía mejor de lograrlo! En esta Francia del espíritu, que es también una Francia del pesimismo, tal vez haya llegado ahora Schopenhauer a estar más en su casa, en su patria, que lo estuvo nunca en Alemania; para no hablar de Heinrich Heine, el cual hace ya mucho tiempo que ha pasado a formar parte de la carne y la sangre de los más sutiles y exigentes líricos de París, o de Hegel, que hoy, en la figura de Taine es decir, del primer historiador vivo , ejerce un influjo casi tiránico. En lo que se refiere a Richard Wagner: cuanto más aprenda la música francesa a configurarse de acuerdo con las verdaderas necesidades del áme moderne [alma moderna], tanto más «wagnerizará», eso es lícito predecirlo, ¡ya ahora está haciéndolo bastante! Tres son, sin embargo, las cosas que los franceses pueden hoy mostrar con orgullo como herencia y patrimonio suyos y como indeleble señal de una vieja superioridad de cultura sobre Europa, a pesar de toda la voluntaria o involuntaria germanización y aplebeyamiento del gusto: en primer lugar, la capacidad de sentir pasiones artísticas, de entregarse a la «forma», capacidad para designar la cual se ha inventado, junto a otras mil, la frase l'art pour l'art [el arte por el arte] : esto es algo que no ha faltado en Francia desde hace tres siglos y que ha posibilitado una y otra vez, gracias al respeto al «número pequeño», una especie de música de cámara de la literatura, que en vano se busca en el resto de Europa . Lo segundo sobre lo que los franceses pueden fundar una superioridad sobre Europa es su antigua y compleja cultura moralista, la cual hace que, hablando en general, incluso en pequeños romanciers [novelistas] de periódicos y en ocasionales boulevardiers de Paris [escritores de boulevard de París] se encuentren una excitabilidad y una curiosidad psicológicas de que en Alemania, por ejemplo, no se tiene la menor idea (¡y mucho menos la cosa!). Fáltales a los alemanes para ello un par de siglos de carácter moralista, que, como hemos dicho, Francia no se ha ahorrado; quien llame por ello «ingenuos» a los alemanes cambia un defecto suyo en una alabanza. (Como antítesis de la inexperiencia y la inocencia alemanas in voluptate psychologica [en la voluptuosidad psicológica], las cuales están emparentadas, y no de lejos, con el aburrimiento de la vida social alemana, y como expresión logradísima de una curiosidad y un talento inventivo auténticamente franceses para este reino de estremecimientos delicados, podemos considerar a Henri Beyle, ese notable hombre anticipador y precursor, que, con un tempo [ritmo] napoleónico, atravesó a la carrera su Europa, muchos siglos de alma europea, como un rastreador y descubridor de esa alma: dos generaciones han sido precisas para darle alcance en cierto modo, para adivinar tardíamente algunos de los enigmas que lo atormentaban y embelesaban a él, a ese prodigioso epicúreo y hombre interrogación, que ha sido el último psicólogo grande de Francia .) Hay todavía un tercer título de superioridad: en la esencia de los franceses se da una síntesis, lograda a medias, entre el norte y el sur, la cual les permite comprender muchas cosas y les ordena hacer otras que un inglés no comprenderá jamás; su temperamento, que periódicamente se vuelve hacia el sur y se aleja de él, en el cual la sangre provenzal y ligur rebosa de cuando en cuando, presérvalos del horrible claroscuro del norte y de los espectros conceptuales y la anemia debidos a la falta de sol, nuestra enfermedad alemana del gusto, contra cuyo exceso se ha recetado por el momento, con gran decisión, sangre y hierro, quiero decir: la «gran política» (de acuerdo con una terapéutica peligrosa, que a mí me enseña a aguardar y a aguardar, pero, hasta ahora, todavía no a tener esperanzas). También ahora continúa habiendo en Francia un comprender anticipado y un adelantarse hacia aquellos hombres más raros, y raras veces satisfechos, que son demasiado abarcadores como para encontrar su satisfacción en una patriotería cualquiera y que saben amar en el norte el sur, en el sur el norte, hacia los mediterráneos natos, hacia los «buenos europeos». Para ellos ha escrito su música Bizet, ese último genio que ha visto una belleza y una seducción nuevas, que ha descubierto un fragmento de sur de la música.

255

Frente a la música alemana considero que se imponen algunas cautelas. Suponiendo que alguien ame el sur igual que yo lo amo, como una gran escuela de curación en las cosas más espirituales y en las más sensuales, como una plenitud solar y una transfiguración solar incontenibles, desplegadas sobre una existencia que es dueña de sí misma, que cree en sí misma: bien, ése aprenderá a ponerse un poco en guardia frente a la música alemana, pues ésta, en la medida en que vuelve a echar a perder su gusto, vuelve a echar a perder también su salud. Ese hombre meridional, meridional no por ascendencia, sino por fe, tiene que soñar, en el caso de que sueñe con el futuro de la música, también con que la música se redima del norte, y tiene que sentir en sus oídos el preludio de una música más honda, más poderosa, acaso más malvada y misteriosa, de una música sobrealemana que no se desvanezca, que no se vuelva amarillenta y pálida ante el espectáculo del mar azul y voluptuoso y de la claridad mediterránea del cielo, como le ocurre a toda la música alemana, sentir en sus oídos el preludio de una música sobreeuropea que se afirme incluso frente a las grises puestas de sol del desierto, cuya alma esté emparentada con la palmera y sepa vagar y sentirse como en su casa entre los grandes, hermosos, solitarios animales de presa... Yo podría imaginarme una música cuyo más raro encanto consistiría en que no supiese yo nada del bien y del mal y sobre la cual tal vez sólo acá y allá se deslizasen una cierta nostalgia de navegante, algunas sombras doradas y algunas blandas debilidades: un arte que, desde una gran lejanía, viese cómo corren a refugiarse en él los colores de un mundo moral que está hundiéndose en su ocaso y que se ha vuelto casi incomprensible, y que fuese lo bastante hospitalario y profundo como para recibir a esos fugitivos rezagados. –

256

Gracias al morboso extrañamiento que la insania de las nacionalidades ha introducido y continúa introduciendo entre los pueblos de Europa, gracias asimismo a los políticos de mirada corta y de mano rápida que hoy están arriba con la ayuda de esa insania y que no atisban en absoluto hasta qué punto la política disgregacionista que practican no puede ser necesariamente más que una política de entreacto, gracias a todo eso y a otras muchas cosas, totalmente inexpresables hoy, ahora son pasados por alto o reinterpretados de manera arbitraria y mendaz los indicios más inequívocos en los cuales se expresa que Europa quiere llegar a ser una. En todos los hombres más profundos y más amplios de este siglo su verdadera orientación global en el misterioso trabajo de su alma tendía a preparar el camino a esta nueva síntesis y a anticipar a modo de ensayo el europeo del futuro: sólo en sus aspectos superficiales o en horas de debilidad, por ejemplo en la vejez, pertenecían a las «patrias», no hacían otra cosa que descansar de sí mismos cuando se volvían «patriotas». Pienso en hombres como Napoleón, Goethe, Beethoven, Stendhal, Heinrich Heine, Schopenhauer: no se me tome a mal el que también cuente entre ellos a Richard Wagner, respecto del cual no es lícito dejarse seducir por sus propios malentendidos, los genios de su especie tienen raras veces el derecho a entenderse a sí mismos. Menos todavía, desde luego, por el incivilizado ruido con que ahora la gente en Francia se opone y se defiende contra Richard Wagner: sigue siendo un hecho, a pesar de todo, que el tardío romanticismo francés de los años cuarenta y Richard Wagner se hallan emparentados de manera muy estrecha e íntima. Se hallan emparentados, radicalmente emparentados, en todas las alturas y profundidades de sus necesidades: es Europa, la única Europa, cuya alma, a través de su arte multiforme y tumultuoso, aspira a ir más allá, más arriba, y tiende ¿hacia dónde?, ¿hacia una nueva luz?, ¿hacia un nuevo sol? ¿Mas quién expresaría exactamente lo que todos esos maestros de nuevos medios lingüísticos no supieron expresar con claridad? Lo que es cierto es que a ellos los atormentaba un mismo Sturm und Drang` [borrasca e impulso], que ellos buscaban del mismo modo, ¡esos últimos grandes buscadores! Todos ellos dominados por la literatura hasta en sus ojos y sus oídos los primeros artistas dotados de una cultura literaria mundial , la mayoría de las veces, incluso, también escritores, poetas, intermediarios y amalgamadores de las artes y de los sentidos (Wagner, en cuanto músico, es un pintor, en cuanto poeta, un músico, en cuanto artista sin más, un comediante); todos ellos fanáticos de la expresión «a cualquier precio» destaco a Delacroix, el más afín de todos a Wagner , todos ellos grandes descubridores en el reino de lo sublime, también de lo feo y horrible, y descubridores aún más grandes en el producir efecto, en la puesta en escena, en el arte de los escaparates, todos ellos talentos que superaban en mucho a su genio , virtuosistas de pies a cabeza, dotados de inquietantes accesos a todo lo que seduce, atrae, coacciona, subyuga, enemigos natos de la lógica y de las líneas rectas, ávidos de lo extraño, exótico, monstruoso, curvo, de lo que se contradice a sí mismo; como hombres, Tántalos de la voluntad, plebeyos llegados a la cumbre, que se sabían incapaces, en la vida y en la creación, de un tempo [ritmo] aristocrático, de un lento, piénsese, por ejemplo, en Balzac trabajadores desenfrenados, casi destructores de sí mismos mediante el trabajo; antinomistas y rebeldes en las costumbres, ambiciosos e insaciables, carentes de equilibrio y de goce; todos ellos, en fin, prosternados y arrodillados ante la cruz cristiana (y esto, con toda razón: pues ¿quién de ellos habría sido suficientemente profundo y originario para una filosofía del Anticristo?), en conjunto una especie temerariamente audaz, espléndidamente violenta de hombres superiores, que volaba alto y arrastraba hacia la altura, especie que hubo de empezar por enseñar a su siglo ¡y es el siglo de la masa! el concepto de «hombre superior»...

Que los amigos alemanes de Richard Wagner decidan por sí mismos si en el arte wagneriano hay algo alemán de verdad, o si no ocurre que lo que cabalmente distingue a ese arte es el provenir de fuentes e impulsos supraalemanes: y en esto no se infravalore el hecho de que, para que se formase del todo el tipo de Wagner, resultó indispensable justamente París, hacia el cual le mandó aspirar en la época más decisiva la profundidad de sus instintos, y que toda su manera de presentarse, de hacer apostolado de sí mismo, sólo pudo alcanzar su perfección a la vista del modelo de los socialistas franceses. Tal vez se encontrará, en una comparación más sutil, para honra de la naturaleza alemana de Richard Wagner, que éste fue en todo más fuerte, más audaz, más duro, superior a cuanto podría serlo un francés del siglo XIX, gracias a la circunstancia de que nosotros los alemanes estamos más próximos a la barbarie que los franceses ; tal vez, incluso, resulte inaccesible, inexperimentable, inimitable siempre, y no sólo hoy, a la raza latina entera, tan tardía, lo más notable que Richard Wagner ha creado: la figura de Sigfrido, aquel hombre muy libre, el cual acaso sea de hecho demasiado libre, demasiado duro, demasiado jovial, demasiado sano, demasiado anticatólico para el gusto de viejos y marchitos pueblos civilizados. Tal vez ese Sigfrido antilatino haya sido incluso un pecado contra el romanticismo: ahora bien, ese pecado lo ha expiado Wagner abundantemente, en los días confusos de su vejez, cuando anticipando un gusto que entretanto se ha convertido en política comenzó, si no a recorrer, sí al menos a predicar, con la vehemencia religiosa que le era peculiar, el camino hacia Roma. A fin de que no se me malentienda por estas últimas palabras, voy a recurrir a la ayuda de ciertos vigorosos versos que revelarán también a oídos menos sutiles qué es lo que yo quiero, lo que yo quiero contra el «último Wagner» y la música de su Parsifal.

¿Es esto aún alemán?
¿De un corazón alemán ha salido este sofocante vocear?
¿Y propio de un cuerpo alemán es este desencarnarse a sí mismo?
¿Es alemán este sacerdotal abrir las manos?
¿Esta excitación de los sentidos olorosa a incienso?
¿Y es alemán este chocar, caer, tambalearse,
este incierto bimbambolearse?
¿Esas miradas de monja, ese repiqueteo de campanas del ave,
todo ese falsamente extasiado mirar al cielo y al supercielo?
¿Es esto aún alemán?
¡Reflexionad! Todavía estáis a la puerta:
Pues lo que oís es Roma, ¡la fe de Roma sin palabras!

SECCIÓN NOVENA

¿Qué es aristocrático?

257

Toda elevación del tipo «hombre» ha sido hasta ahora obra de una sociedad aristocrática y así lo seguirá siendo siempre: es ésa una sociedad que cree en una larga escala de jerarquía y de diferencia de valor entre un hombre y otro hombre y que, en cierto sentido, necesita de la esclavitud. Sin ese pathos de la distancia que surge de la inveterada diferencia entre los estamentos, de la permanente mirada a lo lejos y hacia abajo dirigida por la clase dominante sobre los súbditos e instrumentos, y de su ejercitación, asimismo permanente, en el obedecer y el mandar, en el mantener a los otros subyugados y distanciados, no podría surgir tampoco en modo alguno aquel otro pathos misterioso, aquel deseo de ampliar constantemente la distancia dentro del alma misma, la elaboración de estados siempre más elevados, más raros, más lejanos, más amplios, más abarcadores, en una palabra, justamente la elevación del tipo «hombre», la continua «autosuperación del hombre», para emplear en sentido sobremoral una fórmula moral. Ciertamente: no es lícito entregarse a embustes humanitarios en lo referente a la historia de la génesis de una sociedad aristocrática (es decir, del presupuesto de aquella elevación del tipo «hombre»): la verdad es dura. ¡Digámonos sin miramientos de qué modo ha comenzado hasta ahora en la tierra toda cultura superior! Hombres dotados de una naturaleza todavía natural, bárbaros en todos los sentidos terribles de esta palabra, hombres de presa poseedores todavía de fuerzas de voluntad y de apetitos de poder intactos, lanzáronse sobre razas más débiles, más civilizadas, más pacíficas, tal vez dedicadas al comercio o al pastoreo, o sobre viejas culturas marchitas, en las cuales cabalmente se extinguía la última fuerza vital en brillantes fuegos artificiales de espíritu y de corrupción. La casta aristocrática ha sido siempre al comienzo la casta de los bárbaros: su preponderancia no residía ante todo en la fuerza física, sino en la fuerza psíquica eran hombres más enteros (lo cual significa también, en todos los niveles, «bestias más enteras»).

258

La corrupción, como expresión del hecho de que dentro de los instintos amenaza la anarquía y de que está quebrantado el cimiento de los afectos, el cual se llama «vida»: la corrupción es algo radicalmente distinto según sea la realidad vital en que se muestre. Cuando, por ejemplo, una aristocracia como la de Francia al comienzo de la Revolución arroja lejos de sí sus privilegios con una náusea sublime y se sacrifica a sí misma a un desenfreno de su sentimiento moral, eso es corrupción: propiamente fue tan sólo el acto conclusivo de una corrupción que duraba siglos, en virtud de la cual aquella aristocracia había abandonado paso a paso sus prerrogativas señoriales y se había rebajado hasta convertirse en una función de la realeza (últimamente, incluso, en un adorno y vestido de gala de ésta). Lo esencial en una aristocracia buena y sana es, sin embargo, que no se sienta a sí misma como función (ya de la realeza, ya de la comunidad), sino como sentido y como suprema justificación de éstas, que acepte, por lo tanto, con buena conciencia el sacrificio de un sinnúmero de hombres, los cuales, por causa de ella, tienen que ser rebajados y disminuidos hasta convertirse en hombres incompletos, en esclavos, en instrumentos. Su creencia fundamental tiene que ser cabalmente la de que a la sociedad no le es lícito existir para sí misma, sino sólo como infraestructura y andamiaje, apoyándose sobre los cuales sea capaz una especie selecta de seres de elevarse hacia su tarea superior y, en general, hacia un ser superior: a semejanza de esas plantas trepadoras de Java, ávidas de sol se las llama sipó matador , las cuales estrechan con sus brazos una encina todo el tiempo necesario y todas las veces necesarias hasta que, finalmente, muy por encima de ella, pero apoyadas en ella, pueden desplegar su corona a plena luz y exhibir su felicidad.

259

Abstenerse mutuamente de la ofensa, de la violencia, de la explotación: equiparar la voluntad de uno a la voluntad del otro: en un cierto sentido grosero esto puede llegar a ser una buena costumbre entre los individuos, cuando están dadas las condiciones para ello (a saber, la semejanza efectiva entre sus cantidades de fuerza y entre sus criterios de valor, y su homogeneidad dentro de un solo cuerpo). Mas tan pronto como se quisiera extender ese principio e incluso considerarlo, en lo posible, como principio fundamental de la sociedad, tal principio se mostraría enseguida como lo que es: como voluntad de negación de la vida, como principio de disolución y de decadencia. Aquí resulta necesario pensar a fondo y con radicalidad y defenderse contra toda debilidad sentimental: la vida misma es esencialmente apropiación, ofensa, avasallamiento de lo que es extraño y más débil, opresión, dureza, imposición de formas propias, anexión y al menos, en el caso más suave, explotación, ¿mas para qué emplear siempre esas palabras precisamente, a las cuales se les ha impreso desde antiguo una intención calumniosa? También aquel cuerpo dentro del cual, como hemos supuesto antes, trátanse los individuos como iguales esto sucede en toda aristocracia sana debe realizar, al enfrentarse a otros cuerpos, todo eso de lo cual se abstienen entre sí los individuos que están dentro de él, en el caso de que sea un cuerpo vivo y no un cuerpo moribundo: tendrá que ser la encarnada voluntad de poder, querrá crecer, extenderse, atraer a sí, obtener preponderancia, no partiendo de una moralidad o inmoralidad cualquiera, sino porque vive, y porque la vida es cabalmente voluntad de poder. En ningún otro punto, sin embargo, se resiste más que aquí a ser enseñada la consciencia común de los europeos: hoy se fantasea en todas partes, incluso bajo disfraces científicos, con estados venideros de la sociedad en los cuales desaparecerá «el carácter explotador»: a mis oídos esto suena como si alguien prometiese inventar una vida que se abstuviese de todas las funciones orgánicas. La «explotación» no forma parte de una sociedad corrompida o imperfecta y primitiva: forma parte de la esencia de lo vivo, como función orgánica fundamental, es una consecuencia de la auténtica voluntad de poder, la cual es cabalmente la voluntad propia de la vida. Suponiendo que como teoría esto sea una innovación, como realidad es el hecho primordial de toda historia: ¡seamos, pues, honestos con nosotros mismos hasta este punto!

260

En mi peregrinación a través de las numerosas morales, más delicadas y más groseras, que hasta ahora han dominado o continúan dominando en la tierra, he encontrado ciertos rasgos que se repiten juntos y que van asociados con regularidad: hasta que por fin se me han revelado dos tipos básicos y se ha puesto de relieve una diferencia fundamental. Hay una moral de señores y hay una moral de esclavos; me apresuro a añadir que en todas las culturas más altas y más mezcladas aparecen también intentos de mediación entre ambas morales, y que con más frecuencia todavía aparecen la confusión de esas morales y su recíproco malentendido, y hasta a veces una ruda yuxtaposición entre ellas incluso en el mismo hombre, dentro de una sola alma. Las diferenciaciones morales de los valores han surgido, o bien entre una especie dominante, la cual adquirió consciencia, con un sentimiento de bienestar, de su diferencia frente a la especie dominada o bien entre los dominados, los esclavos y los subordinados de todo grado. En el primer caso, cuando los dominadores son quienes definen el concepto de «bueno», son los estados psíquicos elevados y orgullosos los que son sentidos como aquello que distingue y que determina la jerarquía. El hombre aristocrático separa de sí a aquellos seres en los que se expresa lo contrario de tales estados elevados y orgullosos: desprecia a esos seres. Obsérvese enseguida que en esta primera especie de moral la antítesis «bueno» y «malo» es sinónima de «aristocrático» y «despreciable»: la antítesis «bueno» y «malvado» es de otra procedencia. Es despreciado el cobarde, el miedoso, el mezquino, el que piensa en la estrecha utilidad; también el desconfiado de mirada servil, el que se rebaja a sí mismo, la especie canina de hombre que se deja maltratar, el adulador que pordiosea, ante todo el mentiroso: creencia fundamental de todos los aristócratas es que el pueblo vulgar es mentiroso. «Nosotros los veraces» éste es el nombre que se daban a sí mismos los nobles en la antigua Grecia. Es evidente que las calificaciones morales de los valores se aplicaron en todas partes primero a seres humanos y sólo de manera derivada y tardía a acciones: por lo cual constituye un craso desacierto el que los historiadores de la moral partan de preguntas como: «¿por qué ha sido alabada la acción compasiva?» La especie aristocrática de hombre se siente a sí misma como determinadora de los valores, no tiene necesidad de dejarse autorizar, su juicio es: «lo que me es perjudicial a mí, es perjudicial en sí», sabe que ella es la que otorga dignidad en absoluto a las cosas, ella es creadora de valores. Todo lo que conoce que hay en ella misma lo honra: semejante moral es autoglorificación. En primer plano se encuentran el sentimiento de la plenitud, del poder que quiere desbordarse, la felicidad de la tensión elevada, la consciencia de una riqueza que quisiera regalar y repartir: también el hombre aristocrático socorre al desgraciado, pero no, o casi no, por compasión, sino más bien por un impulso engendrado por el exceso de poder. El hombre aristocrático honra en sí mismo al poderoso, también al poderoso que tiene poder sobre él, que es diestro en hablar y en callar, que se complace en ser riguroso y duro consigo mismo y siente veneración por todo lo riguroso y duro. «Wotan me ha puesto un corazón duro en el pecho», se dice en una antigua saga escandinava: ésta es la poesía que brotaba, con todo derecho, del alma de un vikingo orgulloso. Esa especie de hombre se siente orgullosa cabalmente de no estar hecha para la compasión: por ello el héroe de la saga añade, con tono de admonición, «el que ya de joven no tiene un corazón duro, no lo tendrá nunca». Los aristócratas y valientes que así piensan están lo más lejos que quepa imaginar de aquella moral que ve el indicio de lo moral cabalmente en la compasión, o en el obrar por los demás, o en el désintéressement [desinterés]; la fe en sí mismo, el orgullo de sí mismo, una radical hostilidad y una ironía frente al «desinterés» forman parte de la moral aristocrática, exactamente del mismo modo que un ligero menosprecio y cautela frente a los sentimientos de simpatía y el «corazón cálido». Los poderosos son los que entienden de honrar, esto constituye su arte peculiar, su reino de la invención. El profundo respeto por la vejez y por la tradición el derecho entero se apoya en ese doble respeto la fe y el prejuicio favorables para con los antepasados y desfavorables para con los venideros son típicos en la moral de los poderosos; y cuando, a la inversa, los hombres de las «ideas modernas» creen de modo casi instintivo en el «progreso» y en «el futuro» y tienen cada vez menos respeto a la vejez, esto delata ya suficientemente la procedencia no aristocrática de esas «ideas». Pero lo que más hace que al gusto actual le resulte extraña y penosa una moral de dominadores es la tesis básica de ésta de que sólo frente a los iguales se tienen deberes; de que, frente a los seres de rango inferior, frente a todo lo extraño, es lícito actuar como mejor parezca, o «como quiera el corazón», y, en todo caso, «más allá del bien y del mal» : acaso aquí tengan su sitio la compasión y otras cosas del mismo género. La capacidad y el deber de sentir un agradecimiento prolongado y una venganza prolongada ambas cosas, sólo entre iguales , la sutileza en la represalia, el refinamiento conceptual en la amistad, una cierta necesidad de tener enemigos (como canales de desagüe, por así decirlo, para los afectos denominados envidia, belicosidad, altivez en el fondo, para poder ser buen amigo): todos ésos son caracteres típicos de la moral aristocrática, la cual, como ya hemos insinuado, no es la moral de las «ideas modernas», por lo cual hoy resulta difícil sentirla y también es difícil desenterrarla y descubrirla. Las cosas ocurren de modo distinto en el segundo tipo de moral, la moral de esclavos. Suponiendo que los atropellados, los oprimidos, los dolientes, los serviles, los inseguros y cansados de sí mismos moralicen: ¿cuál será el carácter común de sus valoraciones morales? Probablemente se expresará aquí una suspicacia pesimista frente a la entera situación del hombre, tal vez una condena del hombre, así como de la situación en que se encuentra. La mirada del esclavo no ve con buenos ojos las virtudes del poderoso: esa mirada posee escepticismo y desconfianza, es sutil en su desconfianza frente a todo lo «bueno» que allí es honrado, quisiera convencerse de que la felicidad misma no es allí auténtica. A la inversa, las propiedades que sirven para aliviar la existencia de quienes sufren son puestas de relieve e inundadas de luz: es la compasión, la mano afable y socorredora, el corazón cálido, la paciencia, la diligencia, la humildad, la amabilidad lo que aquí se honra, pues estas propiedades son aquí las más útiles y casi los únicos medios para soportar la presión de la existencia.

La moral de esclavos es, en lo esencial, una moral de la utilidad. Aquí reside el hogar donde tuvo su génesis aquella famosa antítesis «bueno» y «malvado»: se considera que del mal forman parte el poder y la peligrosidad, así como una cierta terribilidad y una sutilidad y fortaleza que no permiten que aparezca el desprecio. Así, pues, según la moral de esclavos, el «malvado» inspira temor; según la moral de señores, es cabalmente el «bueno» el que inspira y quiere inspirar temor, mientras que el hombre «malo» es sentido como despreciable. La antítesis llega a su cumbre cuando, de acuerdo con la consecuencia propia de la moral de esclavos, un soplo de menosprecio acaba por adherirse también al «bueno» de esa moral menosprecio que puede ser ligero y benévolo, porque, dentro del modo de pensar de los esclavos, el bueno tiene que ser en todo caso el hombre no peli groso: el bueno es bonachón, fácil de engañar, acaso un poco estúpido, un bonhomme [un buen hombre]. En todos los lugares en que la moral de esclavos consigue la preponderancia el idioma muestra una tendencia a aproximar entre sí las palabras «bueno» y «estúpido». Una última diferencia fundamental: el anhelo de libertad, el instinto de la felicidad y de las sutilezas del sentimiento de libertad forman parte de la moral y de la moralidad de esclavos con la misma necesidad con que el arte y el entusiasmo en la veneración, en la entrega, son el síntoma normal de un modo aristocrático de pensar y valorar. Ya esto nos hace entender por qué el amor como pasión es nuestra especialidad europea tiene que tener sencillamente una procedencia aristocrática: como es sabido, su invención es obra de los poetas caballeros provenzales, de aquellos magníficos e ingeniosos hombres del «gai saber», a los cuales debe Europa tantas cosas y casi su propia existencia.

261

Entre las cosas que tal vez le resulten más difíciles de comprender a un hombre aristocrático está la vanidad: se sentirá tentado a negarla incluso allí donde otra especie de hombre cree asirla con ambas manos. El problema para el hombre aristocrático consiste en representarse unos seres que buscan despertar acerca de sí mismos una buena opinión que ellos mismos no tienen de sí y, por lo tanto, tampoco «merecen», y que posteriormente creen, sin embargo, en esa buena opinión. Esto le parece al hombre aristocrático, por un lado, algo tan falto de gusto y de respeto para consigo mismo, y, por otro, algo tan barrocamente irracional que le gustaría concebir la vanidad como una excepción, y en la mayoría de los casos en que se habla de ella, la pone en duda. Dirá, por ejemplo: «Yo puedo equivocarme sobre mi valor y, por otro lado, exigir, sin embargo, que mi valor sea reconocido también por otros exactamente tal como yo lo establezco, pero eso no es vanidad (sino presunción o, en los casos más frecuentes, eso que se llama ‘humildad' o también `modestia')». O también: «Yo puedo alegrarme, por muchas razones, de la buena opinión de los demás sobre mí, acaso porque los honro y amo y me alegro de cada una de sus alegrías, acaso también porque su buena opinión confirma y refuerza en mí la fe en mi propia buena opinión, acaso porque la buena opinión de los otros, incluso en los casos en que yo no la comparta, me es útil o promete serlo, pero nada de esto es vanidad». De manera forzada, especialmente con ayuda de la ciencia histórica, es como el hombre aristocrático tiene que formarse la idea de que, desde tiempos inmemoriales, en todas las capas populares dependientes de alguna manera el hombre vulgar era sólo aquello que valía: no estando habituado de ningún modo a establecer valores por sí mismo, el hombre vulgar ni siquiera a sí mismo se atribuía un valor distinto del que sus señores le atribuían (el auténtico derecho señorial es el de crear valores). Sin duda habrá que considerar como consecuencia de un atavismo enorme el hecho de que, todavía ahora, el hombre ordinario continúe aguardando siempre una opinión acerca de sí, y luego se someta instintivamente a ella: pero no tan sólo, en modo alguno, a una «buena» opinión, sino también a una opinión mala e injusta (piénsese, por ejemplo, en la mayor parte de las autoapreciaciones y autodepreciaciones que las mujeres crédulas aprenden de sus confesores, y que en general el cristiano crédulo aprende de su Iglesia). De hecho ahora, merced a la lenta aparición en el horizonte del orden democrático de las cosas (y de su causa, la mezcla de sangre entre señores y esclavos), el impulso originariamente aristocrático y raro a atribuirse un valor a sí mismo desde sí mismo y a «pensar bien» de sí se verá alentado y se extenderá cada vez más: pero ese impulso tiene en todo momento contra sí una tendencia más antigua, más amplia, arraigada más básicamente, y en el fenómeno de la «vanidad» esa tendencia más antigua predomina sobre la más reciente. El vanidoso se alegra de toda buena opinión que oye acerca de sí mismo (totalmente al margen de todos los puntos de vista de la utilidad de esa opinión, y prescindiendo asimismo de que sea verdadera o falsa), de igual modo que sufre por toda opinión mala: pues se somete a ambas, se siente sometido a ellas, merced a aquel antiquísimo instinto de sumisión que en él se abre paso. «El esclavo» que hay en la sangre del vanidoso, residuo de la picardía del esclavo ¡y cuánto «esclavo» perdura aún ahora, por ejemplo, en la mujer!, ése es el que intenta llevarnos engañosamente a tener buenas opiniones sobre él; es asimismo el esclavo el que luego se prosterna enseguida ante esas opiniones, como si no las hubiera producido. Y, dicho una vez más: la vanidad es un atavismo.

262

Una especie surge, un tipo se fija y se hace fuerte en una larga lucha con condiciones desfavorables esencialmente idénticas. A la inversa, sabemos por las experiencias de los ganaderos que las especies a las que se les asigna una alimentación sobreabundante y, en general, un exceso de protección y de cuidado propenden en seguida, de manera muy intensa, a la variación del tipo y son abundantes en prodigios y monstruosidades (también en vicios monstruosos). Considérese ahora una comunidad aristocrática, una antigua polis griega o Venecia por ejemplo, como una institución, ya voluntaria, ya involuntaria, destinada a la selección: hay allí hombres que conviven juntos y que dependen de sí mismos, los cuales quieren imponer su especie, la mayor parte de las veces porque tienen que imponerla o de lo contrario corren un peligro horroroso de ser exterminados. Faltan aquí aquellos cuidados, aquella sobreabundancia, aquella protección bajo los cuales se encuentra favorecida la variación; la especie tiene necesidad de sí misma como especie, como algo que, justamente en virtud de su dureza, de su uniformidad, de su simplicidad de forma, puede en absoluto imponerse y hacerse duradera, en la continua lucha con los vecinos o con los oprimidos ya rebelados o que amenazan con rebelarse. La experiencia más variada le enseña a esa especie cuáles son las propiedades a las que ante todo debe ella el seguir existiendo, el continuar triunfando, pese a todos los dioses y hombres: a esas propiedades llámalas virtudes, sólo ésas son las virtudes que ella cultiva. Hace esto con dureza, incluso quiere la dureza; toda moral aristocrática es intolerante, lo es en la educación de la juventud, en la legislación sobre las mujeres, en las costumbres matrimoniales, en la relación entre viejos y jóvenes, en las leyes penales (las cuales sólo tienen en cuenta a los que degeneran): coloca la intolerancia misma entre las virtudes, bajo el nombre de «justicia». Un tipo dotado de unos rasgos escasos, pero muy fuertes, una especie de hombres rigurosos, belicosos, inteligentemente callados, cerrados y reservados (y, en cuanto tales, dotados de un sentimiento sutilísimo para percibir los encantos y nuances [matices] de la sociedad), queda así fijada por encima del cambio de las generaciones; la continua lucha con condiciones desfavorables siempre idénticas, como hemos dicho, es la causa de que un tipo se fije y se endurezca. Pero finalmente surge alguna vez una situación afortunada, la inmensa tensión se relaja; acaso no haya ya enemigos entre los vecinos, y los medios para vivir, incluso para gozar de la vida, se den con sobreabundancia. De un golpe desgárranse el lazo y la coacción de la antigua disciplina: ya no se la siente como necesaria, como condicionante de la existencia si quisiera seguir subsistiendo, sólo podría hacerlo como una forma de lujo, como un gusto arcaizante. La variación, bien como desviación de la especie (hacia algo superior, más fino, más raro), bien como degeneración y monstruosidad, sale inmediatamente a escena con su plenitud y su magnificencia máximas, el individuo se atreve a ser único y a separarse del resto. En estos virajes de la historia muéstranse juntos y a menudo enmarañados y entremezclados un magnífico, multiforme, selvático crecer y tender hacia lo alto, una especie de tempo [ritmo] tropical en la emulación del crecimiento, y, por otro lado, un inmenso perecer y arruinarse, merced a los egoísmos que se oponen salvajemente entre sí y que, por así decirlo, estallan, egoísmos que luchan unos con otros «por el sol y la luz» y no saben ya extraer de la moral vigente hasta ese momento ni límite ni freno ni consideración alguna. Fue esta misma moral la que acumuló de manera ingente la fuerza que ahora ha tensado el arco tan amenazadoramente: ahora esa moral ha vivido demasiado, se ha «anticuado». Se ha alcanzado el punto peligroso e inquietante en que una vida más grande, más compleja, más amplia, vive por encima de la antigua moral; ahora el «individuo» está forzado a darse su propia legislación, sus propias artes y astucias de autoconservación, autoelevación, autoredención. Todos los fines son nuevos, todos los medios son nuevos, no hay ya ninguna fórmula común, el malentendido y el menosprecio aparecen aliados entre sí, la decadencia, la corrupción y los más altos deseos aparecen horriblemente anudados, el genio de la raza desborda de todos los cuernos de la abundancia de lo bueno y lo perverso, surge una funesta simultaneidad de primavera y otoño, llena de nuevos atractivos y velos que son propios de la corrupción reciente, aún no agotada, aún no fatigada. De nuevo está allí el peligro, padre de la moral, el gran peligro, esta vez trasladado al individuo, al prójimo y amigo, a la calle, al propio hijo, al propio corazón, a todo lo más íntimo y secreto del deseo y de la voluntad: ¿qué habrán de predicar ahora los filósofos de la moral que por este tiempo aparecen en el horizonte? Descubren, estos agudos observadores y mozos de esquina, que ahora se camina rápidamente hacia el final, que todo lo que los rodea se corrompe a sí mismo y corrompe a otros, que nada se mantiene en pie hasta pasado mañana, excepto una sola especie de hombres, los incurablemente mediocres. Sólo los mediocres tienen perspectivas de continuar, de propagarse, ellos son los hombres del futuro, los únicos que sobreviven; «¡sed como ellos!, ¡haceos mediocres!», dice a partir de ese momento la única moral que todavía tiene sentido, que todavía encuentra oídos. ¡Pero es difícil de predicar esa moral de la mediocridad! ¡no le es lícito, en efecto, confesar nunca lo que es y lo que quiere! Tiene que hablar de moderación y de dignidad y de deber y de amor al prójimo, ¡tendrá necesidad de ocultar la ironía!

263

Hay un instinto para percibir el rango que es ya, más que cualquier otra cosa, indicio de un rango elevado; hay un placer en las nuances [matices] del respeto que permite adivinar una procedencia y unos hábitos aristocráticos. La sutileza, bondad y altura de un alma son puestas peligrosamente a prueba cuando a su lado pasa algo que es de primer rango, pero que todavía no está protegido, por los espantos de la autoridad, contra asaltos y torpezas importunos: algo que recorre su camino como una viviente piedra de toque, sin haber sido aún catalogado ni descubierto, algo lleno de tentaciones, acaso velado y disfrazado voluntariamente. El hombre de cuya tarea y ejercitación forma parte el escrutar almas utilizará de múltiples formas cabalmente ese arte, para establecer cuál es el valor último de un alma, cuál es la jerarquía innata e irreversible a que pertenece: la pondrá a prueba en su instinto de respeto. Différence engendre haine [la diferencia engendra odio]: la vulgaridad de más de una naturaleza arroja de repente una salpicadura, cual si fuese agua sucia, cuando a su lado pasan un recipiente sagrado cualquiera, una preciosidad cualquiera sacada de armarios cerrados, un libro cualquiera que lleva las señales del gran destino; y, por otra parte, existen un enmudecimiento involuntario, una vacilación de la mirada, una inmovilización de todos los gestos, en los cuales se expresa que un alma siente la cercanía de lo más digno de veneración. La manera como en conjunto se ha mantenido hasta ahora en Europa el respeto a la Biblia es tal vez el mejor elemento de disciplina y de refinamiento de las costumbres que Europa debe al cristianismo: tales libros profundos y sumamente significativos necesitan para su protección una tiranía de autoridad venida de fuera a fin de conquistar esos milenios de duración que se precisan para agotarlos y descifrarlos. Mucho se ha conseguido cuando a la gran masa (a los superficiales, a los intestinos veloces de toda especie) se le ha infundido por fin el sentimiento de que a ella no le es lícito tocar todo; de que hay vivencias sagradas ante las cuales tiene que quitarse los zapatos y mantener alejada sus sucias manos, esto constituye casi su suprema elevación en humanidad. A la inversa, en los denominados hombres cultos, en los creyentes de las «ideas modernas», acaso ninguna otra cosa produzca tanta náusea como su falta de pudor, su cómoda insolencia de ojos y de manos, con la que tocan, lamen; palpan todo; y es posible que hoy en el pueblo, en el pueblo bajo, ante todo entre los campesinos continúe habiendo más relativa aristocracia del gusto y más tacto del respeto que entre el semimundo del espíritu, que lee periódicos, entre los cultos.

264

No es posible borrar del alma de un hombre aquello que sus antepasados hicieron de manera más gustosa y más constante: bien fueran, por ejemplo, asiduos ahorradores y, por así decirlo, simples piezas de una escribanía o de una caja de caudales, modestos y burgueses en sus apetitos, modestos también en sus virtudes; o bien viviesen habituados a dar órdenes desde la mañana hasta la tarde, propensos a las distracciones toscas y, junto a eso, propensos tal vez a unos deberes y unas responsabilidades aún más toscos; o bien, finalmente, hayan sacrificado en algún momento viejos privilegios de nacimiento y de posesión a fin de vivir íntegramente para su fe su «Dios» , como hombres de conciencia implacable y delicada, la cual se ruboriza de toda mediación. No es posible en modo alguno que un hombre no tenga en su cuerpo las propiedades y predilecciones de sus padres y antepasados: y ello, digan lo que digan las apariencias. Éste es el problema de la raza. Suponiendo que sepamos algo de los padres, está permitido sacar una conclusión acerca del hijo: cierta incontinencia repugnante, cierta envidia mezquina, un torpe darse a sí mismo la razón y estas tres cosas juntas han constituido en todas las épocas el auténtico tipo plebeyo tienen que pasar al hijo con la misma seguridad con que pasa la sangre corrompida; y con ayuda de la mejor educación y de la mejor cultura lo único que se conseguirá cabalmente es disimular esa herencia.. ¡Y qué otra cosa quieren hoy la educación y la cultura: en nuestra época tan popular, quiero decir tan plebeya, «educación» y «cultura» tienen que ser esencialmente el arte de disimular de disimular la procedencia, la plebe heredada en el cuerpo y en el alma. Un educador que hoy predicase ante todo veracidad y que exhortase constantemente a sus discípulos de este modo: «¡Sed verdaderos!, ¡sed naturales!, mostraos tal cual sois!» incluso semejante asno virtuoso y cándido aprendería en poco tiempo a recurrir a aquella furca [horcón] de Horacio, para naturam expellere [expulsar la naturaleza]: ¿con qué resultado? La «plebe» usque recurret [vuelve siempre].

265

A riesgo de descontentar a oídos inocentes yo afirmo esto: de la esencia del alma aristocrática forma parte el egoísmo, quiero decir, aquella creencia inamovible de que a un ser como «nosotros lo somos» tienen que estarle sometidos por naturaleza otros seres y tienen que sacrificarse a él. El alma aristocrática acepta este hecho de su egoísmo sin ningún signo de interrogación y sin sentimiento alguno de dureza, coacción, arbitrariedad, antes bien como algo que seguramente está fundado en la ley primordial de las cosas: si buscase un nombre para designarlo diría: «es la justicia misma». En determinadas circunstancias, que al comienzo la hacen vacilar, ese alma se confiesa que hay quienes tienen idénticos derechos que ella; tan pronto como ha aclarado esta cuestión de rango, se mueve entre esos iguales, dotados de derechos idénticos, con la misma seguridad en el pudor y en el respeto delicado que tiene en el trato consigo misma, de acuerdo con un innato mecanismo celeste que todos los astros conocen. Esa sutileza y autolimitación en el trato con sus iguales es una parte más de su egoísmo todo astro es un egoísta de ese género: se honra a sí misma en ellos y en los derechos que ella les concede, no duda de que el intercambio de honores y derechos, esencia de todo trato, forma parte asimismo del estado natural de las cosas. El alma aristocrática da del mismo modo que toma, partiendo del apasionado y excitable instinto de corresponder a todo que reside en el fondo de ella. Inter pares [entre iguales] el concepto de «gracia» no tiene sentido ni buen olor; acaso haya una manera sublime de dejar descender sobre sí los regalos desde arriba, por así decirlo, y de beberlos ávidamente cual si fueran gotas: mas el alma aristocrática carece de habilidad para ese arte y ese gesto. Su egoísmo se lo impide: en general mira a disgusto hacia «arriba», mira, o bien ante sí, de manera horizontal y lenta, o bien hacia abajo: ella se sabe en la altura.

266

«Sólo es posible estimar verdaderamente a quien no se busca a sí mismo.» Goethe al consejero Schlosser.

267

Hay entre los chinos un proverbio que las madres enseñan ya a sus hijos: siaosin «¡haz pequeño tu corazón!» Ésta es la auténtica tendencia fundamental en las civilizaciones tardías: yo no dudo de que lo primero que un griego antiguo reconocería también en nosotros los europeos de hoy sería el autoempequeñecimiento con sólo esto «repugnaríamos ya a su gusto».

268

¿Qué es, en última instancia, la vulgaridad? Las palabras son signos sonidos de conceptos; pero los conceptos son signos imágenes, más o menos determinados, de sensaciones que se repiten con frecuencia y aparecen juntas, de grupos de sensaciones. Para entenderse unos a otros no basta ya con emplear las mismas palabras: hay que emplear las mismas palabras también para referirse al mismo género de vivencias internas, hay que tener, en fin, una experiencia común con el otro. Por ello los hombres de un mismo pueblo se entienden entre sí mejor que los pertenecientes a pueblos distintos, aunque éstos se sirvan de la misma lengua; o, más bien, cuando los hombres han vivido juntos durante mucho tiempo en condiciones similares (de clima, de suelo, de peligro, de necesidades, de trabajo), surge de ahí algo que «se entiende», un pueblo.

En todas las almas ocurre que un mismo número de vivencias que se repiten a menudo obtiene la primacía sobre las que se dan más raramente: acerca de ellas la gente se entiende con rapidez, de un modo cada vez más rápido la historia de la lengua es la historia de un proceso de abreviación; sobre la base de ese rápido entendimiento la gente se vincula de un modo estrecho, cada vez más estrecho. Cuanto mayor es el peligro, tanto mayor es la necesidad de ponerse de acuerdo con rapidez y facilidad sobre lo que hace falta; el no malentenderse en el peligro es algo de que los hombres no pueden prescindir en modo alguno para el trato mutuo. También en toda amistad o relación amorosa se hace esa misma prueba: nada de ello tiene duración desde el momento en que se averigua que uno de los dos, usando las mismas palabras, siente, piensa, barrunta, desea, teme de modo distinto que el otro. (El miedo al «eterno malentendido»: ése es el genius benévolo que, con tanta frecuencia, a personas de sexo distinto las aparta de uniones demasiado precipitadas, aconsejadas por los sentidos y el corazón ¡y no un schopenhaueriano «genius de la especie» cualquiera!) Cuáles son los grupos de sensaciones que se despiertan más rápidamente dentro de un alma, que toman la palabra, que dan órdenes: eso es lo que decide sobre la jerarquía entera de sus valores, eso es lo que en última instancia determina su tabla de bienes. Las valoraciones de un hombre delatan algo de la estructura de su alma y nos dicen en qué ve ésta sus condiciones de vida, sus auténticas necesidades. Suponiendo que desde siempre las necesidades hayan aproximado entre sí únicamente a hombres que podían aludir con signos similares a necesidades similares, a vivencias similares, resulta de aquí, en conjunto, que una comunicabilidad fácil de las necesidades, es decir, en su último fondo, el experimentar vivencias sólo ordinarias y vulgares tiene que haber sido la más poderosa de todas las fuerzas que han dominado a los hombres hasta ahora. Los hombres más similares, más habituales, han tenido y tienen siempre ventaja; los más selectos, más sutiles, más raros, más difíciles de comprender, ésos fácilmente permanecen solos en su aislamiento, sucumben a los accidentes y se propagan raras veces. Es preciso apelar a ingentes fuerzas contrarias para poder oponerse a este natural, demasiado natural, progressus ín simile [progreso hacia lo semejante], al avance del hombre hacia lo semejante, habitual, ordinario, gregario ¡hacia lo vulgar!

269

Cuanto más se vuelve un psicólogo un psicólogo y adivinador de almas nato, inevitable hacia los casos y los hombres más selectos, tanto más aumenta su peligro de asfixiarse de compasión: más que ningún otro hombre necesita él dureza y jovialidad. La corrupción, la ruina de los hombres superiores, de las almas de constitución más extraña, representan en erecto la regla es terrible tener siempre ante los ojos semejante regla. La multiforme tortura del psicólogo que ha descubierto esa ruina, que ha descubierto primero una vez, y luego casi siempre, toda esa «incurabilidad interna» del hombre superior, ese eterno «demasiado tarde» en todos los sentidos, a lo largo de la historia entera, puede llegar quizá a convertirse un día en causa de que se vuelva con amargura contra su propia suerte y haga un ensayo de autodestrucción, de que se «corrompa» a sí mismo. Casi en todos los psicólogos percibiremos una propensión y un placer delatores a tratar con hombres ordinarios y bien ordenados: en esto se delata que ellos precisan siempre de una curación, que necesitan una especie de huida y olvido, lejos de aquello que sus penetraciones e incisiones, que su «oficio», han hecho pesar sobre su conciencia. El miedo a su memoria es peculiar de ellos. Ante el juicio de otros enmudecen fácilmente: con rostro inmóvil escuchan cómo la gente honra, admira, ama, glorifica, allí donde ellos han visto, o incluso encubren su mutismo asintiendo de modo expreso a una opinión superficial cualquiera. Acaso la paradoja de su situación llegue tan terriblemente lejos que la muchedumbre, los cultos, los entusiastas aprendan por su parte el gran respeto justo allí donde ellos han aprendido la gran compasión al lado del gran desprecio, el respeto a los «grandes hombres» y animales prodigiosos por causa de los cuales se bendice y se honra a la patria, a la tierra, a la dignidad de la humanidad, a sí mismo, y que son propuestos a la juventud como modelo para su educación... Y quién sabe si hasta ahora no ha venido ocurriendo en todos los grandes casos cabalmente lo mismo: que la muchedumbre adoraba a un dios, ¡y que el «dios» no era más que un pobre animal para el sacrificio! El éxito ha sido siempre el máximo mentiroso, y la «obra» misma es un éxito; el gran estadista, el conquistador, el descubridor están envueltos en el disfraz de sus creaciones hasta el punto de resultar irreconocibles; la «obra», la del artista, la del filósofo, ella es la inventora de quien la ha creado, de quien la habría creado; los «grandes hombres», tal como se los venera, son poemas pequeños y malos compuestos con posterioridad; en el mundo de los valores históricos domina la moneda falsa. Por ejemplo, esos grandes poetas, esos Byron, Musset, Poe, Leopardi, Kleist, Gogol, tal como están ahora ahí, tal como acaso tienen que estar: hombres de instantes, hombres entusiasmados, sensuales, pueriles, hombres inconsiderados y súbitos en la desconfianza y en la confianza; en cuyas almas se disimula de ordinario una grieta; que a menudo se vengan con sus obras de un ensuciamiento interno; que a menudo buscan con sus vuelos olvidarse de una memoria demasiado fiel, que a menudo se extravían en el fango y casi se enamoran de él, hasta volverse iguales a fuegos fatuos que vagan en torno a los pantanos y simulan ser estrellas el pueblo los llama entonces idealistas, que a menudo luchan con una náusea prolongada, con un fantasma de incredulidad que siempre retorna, el cual los hace fríos y los fuerza a desvivirse por la gloria y a devorar la «fe en sí mismos» tomándola de las manos de aduladores ebrios: ¡qué tortura son estos grandes artistas y, en general, los hombres superiores para quien los ha descifrado una vez! Resulta muy comprensible que sea justamente de parte de la mujer la cual es clarividente en el mundo del sufrimiento y, por desgracia, también está ansiosa de ayudar y salvar, más allá de sus fuerzas de quien experimenten ellos con mucha facilidad aquellos estallidos de compasión ilimitada y abnegadísima que la muchedumbre, ante todo la muchedumbre que venera, no entiende y sobre las cuales acumula interpretaciones llenas de curiosidad y autosatisfacción. Esa compasión se engaña ordinariamente con respecto a su fuerza; la mujer quisiera creer que el amor todo lo puede, es su auténtica fe.

¡Ay, quien conoce el corazón adivina cuán pobre, estúpido, desamparado, presuntuoso, desacertado, más fácilmente destructor que salvador es incluso el amor mejor y más hondo! Es posible que bajo la fábula y el disfraz sagrados de la vida de Jesús se esconda uno de los casos más dolorosos de martirio del saber acerca del amor: el martirio del corazón más inocente y más lleno de deseos, que nunca había tenido bastante con ningún amor de hombre, que exigía amor, seramado y nada más, con dureza, con insensatez, con explosiones terribles contra quienes le rehusaban su amor; la historia de un pobre insaciado e insaciable en el amor, que tuvo que inventar el infierno para enviar a él a quienes no querían amarlo, y que al fin, habiendo alcanzado saber acerca del amor humano, tuvo que inventar un dios que es totalmente amor, totalmente capacidad de amar, ¡que se compadece del amor humano por ser éste tan pobre, tan ignorante!

Quien así siente, quien tiene tal saber acerca del amor, busca la muerte. ¿Mas por qué entregarse a estas cosas dolorosas? Suponiendo que no haya que hacerlo.

270

La soberbia y la náusea espirituales de todo hombre que haya sufrido profundamente la jerarquía casi viene determinada por el grado de profundidad a que pueden llegar los hombres en su sufrimiento , su estremecedora certeza, que lo impregna y colorea completamente, de saber más, merced a su sufrimiento, que lo que pueden saber los más inteligentes y sabios, de ser conocido y haber estado alguna vez «domiciliado» en muchos mundos lejanos y terribles, de los que «¡vosotros nada sabéis!»..., esa soberbia espiritual y callada del que sufre, ese orgullo del elegido del sufrimiento, del «iniciado», del casi sacrificado, encuentra necesarias todas las formas de disfraz para protegerse del contacto de manos importunas y compasivas y, en general, de todo aquello que no es su igual en el dolor. El sufrimiento profundo vuelve aristócratas a los hombres; separa. Una de las formas más sutiles de disfraz es el epicureísmo, así como una cierta valentía del gusto, exhibida. a partir de ese momento, la cual toma el sufrimiento a la ligera y se pone en guardia contra todo lo triste y profundo. Hay «hombres joviales» que se sirven de la jovialidad porque, merced a ella, son malentendidos: quieren ser malentendidos. Hay «hombres científicos» que se sirven de la ciencia porque ésta proporciona una apariencia jovial y porque el cientificismo lleva a inferir que el hombre es superficial: quieren inducir a una falsa inferencia. Hay espíritus libres e insolentes que quisieran ocultar y negar que son corazones rotos, orgullosos, incurables: y a veces la necedad misma es la máscara usada para encubrir un saber desventurado demasiado cierto. De lo cual se deduce que a una humanidad más sutil le es inherente el tener respeto «por la máscara» y el no cultivar la psicología y la curiosidad en lugares falsos.

271

Lo que más profundamente separa a dos seres humanos son un sentido y un grado distintos de limpieza. De nada sirven toda honradez y toda recíproca utilidad, de nada sirve toda buena voluntad del uno para con el otro: en última instancia se está siempre en lo mismo «¡no pueden olerse!» El supremo instinto de limpieza sitúa a quien lo tiene en el aislamiento más prodigioso y peligroso, como si fuese un santo: pues la santidad es cabalmente eso la espiritualización suprema del mencionado instinto. Una cierta consciencia de una indescriptible plenitud en la felicidad del baño, un cierto ardor y una cierta sed que empujan constantemente al alma a salir de la noche y entrar en la mañana, a salir de lo turbio, de la «tribulación», y entrar en lo claro, lo resplandeciente, lo profundo, lo sutil: esa inclinación, en la misma medida en que distingue es una inclinación aristocrática, también separa. La compasión propia del santo es la compasión por la suciedad de lo humano, demasiado humano. Y hay grados y alturas en los que la compasión misma es sentida por él como contaminación, como suciedad...

272

Signos de aristocracia: no pensar nunca en rebajar nuestros deberes a deberes de todo el mundo; no querer ceder, no querer compartir la responsabilidad propia; contar entre los deberes propios los privilegios propios y el ejercicio de esos privilegios.

273

Un hombre que aspire a cosas grandes considera a todo aquel con quien se encuentra en su ruta, o bien como un medio, o bien como una rémora y obstáculo, o bien como un lecho pasajero para reposar. Su peculiar bondad, de alto linaje, para con el prójimo sólo es posible cuando él está en su altura y ejerce dominio.

La impaciencia, así como su consciencia de haber estado condenado siempre a la comedia hasta aquel momento pues incluso la guerra es una comedia y sirve de ocultación, de igual modo que todo medio sirve de ocultación a una finalidad, le echan a perder todo trato humano: esa especie de hombre conoce la soledad y todas las cosas venenosísimas que la soledad tiene en sí.

274

El problema de los que aguardan. Se necesitan golpes de suerte, además de muchas cosas incalculables, para que un hombre superior, dentro del cual dormita la solución de un problema, llegue a actuar en tiempo aún oportuno «a estallar», como podría decirse. De ordinario esto no acontece, y en todos los rincones de la tierra hállanse sentadas gentes que aguardan y que apenas saben hasta qué punto aguardan, y menos todavía que aguardan en vano. A veces también llega demasiado tarde la llamada despertadora, aquel azar que otorga «permiso» para obrar, cuando ya la mejor juventud y la mejor energía para obrar se han gastado, a fuerza de estar sentadas y quietas; ¡y más de uno ha encontrado con espanto, justo cuando «se puso de pie», que sus miembros estaban dormidos y que su espíritu estaba ya demasiado pesado! «Es demasiado tarde» se dijo, perdida ya la fe en sí mismo e inútil para siempre a partir de entonces. ¿Acaso, en el reino del genio, el «Rafael sin manos», entendida esta expresión en su sentido más amplio, constituiría no la excepción, sino la regla? Quizá el genio no sea tan raro: pero sí lo son las quinientas manos que él necesita para tiranizar el χαιοός, «el momento oportuno» ¡para coger el azar por los pelos!

275

Quien no quiere ver lo elevado de un hombre fija su vista de un modo tanto más penetrante en aquello que en él es bajo y superficial y con ello se delata.

276

En toda especie de herida y de pérdida el alma inferior y más grosera se halla en mejores condiciones que el alma más aristocrática: los peligros de esta última tienen que ser mayores, su probabilidad de sufrir una desgracia y de perecer es incluso enorme, dada la multiplicidad de sus condiciones de vida. En un lagarto un dedo perdido vuelve a crecer: no así en el hombre.

277

¡Tanto peor! ¡Otra vez la vieja historia! Cuando uno ha acabado de construir su casa advierte que, mientras la construía, ha aprendido, sin darse cuenta, algo que tendría que haber sabido absolutamente antes de comenzar a construir. El eterno y molesto «¡demasiado tarde!» ¡La melancolía de todo lo terminado!...

278

Caminante, ¿quién eres tú? Veo que recorres tu camino sin desdén, sin amor, con ojos indescifrables; húmedo y triste cual una sonda que, insaciada, vuelve a retornar a la luz desde toda profundidad ¿qué buscaba allá abajo?, con un pecho que no suspira, con unos labios que ocultan su náusea, con una mano que ya sólo con lentitud aferra las cosas: ¿Quién eres tú? ¿Qué has hecho? Descansa aquí: este lugar es hospitalario para todo el mundo ¡recupérate! Y seas quien seas: ¿Qué es lo que ahora te agrada? ¿Qué es lo que te sirve para reconfortarte? Basta con que lo nombres: ¡lo que yo tenga te lo ofrezco! «¿Para reconfortarme? ¿Para reconfortarme? Oh tú, curioso, ¡qué es lo que dices! Pero dame, te lo ruego.» ¿Qué? ¿Qué? ¡Dilo! «¡Una máscara más! ¡Una segunda máscara!»...

279

Los hombres de tristeza profunda se delatan cuando son felices: tienen una manera de aferrar la felicidad como si quisieran estrangularla y ahogarla, por celos, ¡ay, demasiado bien saben que se les escapa!

280

«¡Mal! ¡Mal! ¿Cómo?, ¿no va hacia atrás?» ¡Sí! Pero entendéis mal a ese hombre cuando os quejáis de eso. Va hacia atrás como todo aquel que quiere dar un gran salto.

281

«¿Se me creerá? Pero yo solicito que se me crea: en mí, sobre mí, he pensado siempre sólo mal, sólo en casos muy raros, sólo de manera forzada, siempre sin placer `por el asunto', presto a divagar lejos de mí, siempre sin fe en el resultado, gracias a una indomeñable desconfianza con respecto a la posibilidad del autoconocimiento, la cual me ha conducido tan lejos que he llegado a percibir una contradicdo in adjeto [contradicción en el adjetivo] en el concepto de ‘conocimiento inmediato' que los teóricos se permiten: este hecho entero es casi lo más seguro que yo sé sobre mí. Tiene que haber en mí una especie de aversión a creer algo determinado sobre mí. ¿Se esconde ahí acaso un enigma? Probablemente; pero, por fortuna, no uno para mis propios dientes. ¿Tal vez esto delata la species a que yo pertenezco? Pero no me lo delata a mí: que es lo que yo deseo».

282

«¿Pero qué te ha ocurrido?» «No lo sé, dijo titubeante; quizá las arpías hayan pasado volando sobre mi mesa». Hoy ocurre a veces que un hombre dulce, mesurado, discreto, se pone de repente furioso, rompe los platos, vuelca la mesa, grita, alborota, injuria a todo el mundo y acaba por irse de allí avergonzado, rabioso contra sí mismo, ¿hacia dónde?, ¿para qué? ¿Para morir de hambre en su aislamiento? ¿Para asfixiarse con su recuerdo? Quien tenga los deseos propios de un alma elevada y descontentadiza y sólo raras veces encuentre puesta su mesa, preparado su alimento, correrá en todas las épocas un gran peligro: pero éste es hoy extraordinario. Arrojado dentro de una época ruidosa y plebeya, con la cual no le gusta comer de un mismo plato, fácilmente puede perecer de hambre y de sed, o, en el caso de que acabe por «alargar la mano», de una náusea repentina. Probablemente todos nosotros nos hemos sentado ya a mesas que no eran las nuestras; y precisamente los más espirituales de nosotros, los que somos más difíciles de alimentar, conocemos aquella peligrosa dyspepsia [alteración digestiva] que se deriva de un conocimiento y un desengaño repentinos acerca de nuestra comida y de nuestros vecinos de mesa, la náusea de los postres.

283

Suponiendo que queramos alabar, constituye un autodominio sutil y a la vez aristocrático el alabar siempre tan sólo cuando no estamos de acuerdo: de lo contrario nos alabaríamos, en efecto, a nosotros mismos, lo cual va contra el buen gusto desde luego es ése un autodominio que ofrece una ocasión y un motivo magníficos para ser constantemente malentendidos. Para que nos sea lícito permitirnos ese verdadero lujo de gusto y de moralidad tenemos que vivir, no entre los cretinos del espíritu, sino más bien entre hombres a quienes incluso los malentendidos y las equivocaciones los diviertan a causa de su sutileza, ¡o tendremos que pagarlo caro! «Él me alaba: por lo tanto, me da la razón» esta asnada de deducción lógica nos echa a perder media vida a nosotros los eremitas, pues introduce a los asnos entre nuestros vecinos y amigos.

284

Vivir con una dejadez inmensa y orgullosa; siempre más allá. Tener y no tener, a voluntad, afectos propios, pros y contras propios, condescender con ellos, por horas; montar nos sobre ellos como sobre caballos, a menudo como sobre asnos: hay que saber aprovechar, en efecto, tanto su estupidez como su fuego. Reservarnos nuestras trescientas razones delanteras, también las gafas negras: pues hay casos en los que a nadie le es lícito mirarnos a los ojos y aún menos a nuestros «fondos». Y elegir como compañía ese vicio granuja y jovial, la cortesía. Y permanecer dueños de nuestras cuatro virtudes: el valor, la lucidez, la simpatía, la soledad. Pues la soledad es en nosotros una virtud, por cuanto constituye una inclinación y un impulso sublimes a la limpieza, los cuales adivinan que en el contacto entre hombre y hombre «en sociedad» las cosas tienen que ocurrir de una manera inevitablemente sucia. Toda comunidad nos hace de alguna manera, en algún lugar, alguna vez «vulgares».

285

Los acontecimientos y pensamientos más grandes y los pensamientos más grandes son los acontecimientos más grandes son los que más se tarda en comprender: las generaciones contemporáneas de ellos no tienen la vivencia de tales acontecimientos, viven al margen de ellos. Ocurre aquí algo parecido a lo que ocurre en el reino de los astros. La luz de los astros más lejanos es la que más tarda en llegar a los hombres; y antes de que haya llegado, el hombre niega que allí existan astros. «¿Cuántos siglos necesita un espíritu para ser comprendido?» éste es también un criterio de medida, con él se crean también una jerarquía y una etiqueta cuales se precisan: para el espíritu y para el astro.

286

«Aquí la vista es despejada, el espíritu está elevado» Existe, sin embargo, una especie opuesta de hombres, la cual también está en la altura y también tiene despejada la vista pero mira hacia abajo.

287

¿Qué es aristocrático? ¿Qué continúa significando hoy para nosotros la palabra «aristocrático»? ¿En qué se delata, en qué se reconoce el hombre aristocrático, bajo este cielo pesado y cubierto del dominio incipiente de la picbe, que vuelve opaco y plomizo todo? No son las acciones las que constituyen su demostración, las acciones son siempre ambiguas, siempre insondables; tampoco son las «obras. Entre los artistas y los doctos encontramos hoy muchos que delatan con sus obras que un profundo deseo los empuja hacia lo aristocrático: pero justo esa necesidad de lo aristocrático es radicalmente distinta de las necesidades del alma aristocrática misma y, en realidad, el elocuente y peligroso síntoma de su carencia. No son las obras, es la fe la que aquí decide, la que aquí establece la jerarquía, para volver a tomar una vieja fórmula religiosa en un sentido nuevo y más profundo: una determinada certeza básica que un alma aristocrática tiene acerca de sí misma, algo que no se puede buscar, ni encontrar, ni, acaso, tampoco perder. El alma aristocrática se respeta a sí misma.

288

Hay hombres que inevitablemente tienen espíritu, aunque anden con los rodeos y pretextos que quieran y aunque se tapen con las manos los ojos delatores (¡como si la mano no fuera un delator!): al final siempre resulta que ellos tienen algo que ocultar, a saber: espíritu. Uno de los medios más sutiles para disimular, al menos durante el mayor tiempo posible, y para fingir, con éxito, que uno es más estúpido de lo que es cosa que en la vida vulgar es a menudo tan deseable como un paraguas llámase entusiasmo: sumando a éste lo que de él forma parte, por ejemplo la virtud. Pues, como dice Galiani, que tenía que saberlo: vertu est enthousiasme [virtud es entusiasmo].

289

En los escritos de un eremita óyese siempre también algo del eco del yermo, algo del susurro y del tímido mirar en torno propios de la soledad; hasta en sus palabras más fuertes, hasta en su grito continúa sonando una especie nueva y más peligrosa de silencio, de mutismo. Quien durante años y años, durante días y noches ha estado sentado solo con su alma, en disputa y conversación íntimas con ella, quien en su caverna que puede ser un laberinto, pero también una mina de oro convirtióse en oso de cavernas, o en excavador de tesoros, o en guardián de tesoros y dragón: ése tiene unos conceptos que acaban adquiriendo un color crepuscular propio, un olor tanto de profundidad como de moho, algo incomunicable y repugnante, que lanza un soplo frío sobre todo el que pasa a su lado. El eremita no cree que nunca un filósofo suponiendo que un filósofo haya comenzado siempre por ser un eremita haya expresado en libros sus opiniones auténticas y últimas: ¿no se escriben precisamente libros para ocultar lo que escondemos dentro de nosotros? incluso pondrá en duda que un filósofo pueda tener en absoluto opiniones «últimas y auténticas», que en él no haya, no tenga que haber, detrás de cada caverna, una caverna más profunda todavía un mundo más amplio, más extraño, más rico, situado más allá de la superficie, un abismo detrás de cada fondo, detrás de cada «fundamentación». Toda filosofía es una filosofía de fachada he ahí un juicio de eremita: «Hay algo arbitrario en el hecho de que él permaneciese quieto aquí, mirase hacia atrás, mirase alrededor, en el hecho de que no cavase más hondo aquí y dejase de lado la azada, hay también en ello algo de desconfianza».

Toda filosofía esconde también una filosofía; toda opinión es también un escondite, toda palabra, también una máscara.

290

Todo pensador profundo tiene más miedo a ser entendido que a ser malentendido. A causa de lo último padece tal vez su vanidad; a causa de lo primero, en cambio, su corazón, su simpatía, que dice siempre: «Ay, ¿por qué queréis vosotros que las cosas os pesen tanto como a mí?»

291

El hombre, animal complejo, mendaz, artificioso e impenetrable, inquietante para los demás animales no tanto por su fuerza cuanto por su astucia y su inteligencia, ha inventado la buena conciencia para disfrutar por fin de su alma como de un alma sencilla; y la moral entera es una esforzada y prolongada falsificación en virtud de la cual se hace posible en absoluto gozar del espectáculo del alma. Desde este punto de vista acaso formen parte del concepto de «arte» más cosas de las que comúnmente se cree.

292

Un filósofo: es un hombre que constantemente vive, ve, oye, sospecha, espera, sueña cosas extraordinarias; alguien al que sus propios pensamientos golpean como desde fuera, como desde arriba y desde abajo, constituyendo su especie peculiar de acontecimientos y rayos; acaso él mismo sea una tormenta que camina grávida de nuevos rayos; un hombre fatal, rodeado siempre de truenos y gruñidos y aullidos y acontecimientos inquietantes. Un filósofo: ay, un ser que con frecuencia huye de sí mismo, que con frecuencia se tiene miedo a sí mismo, pero que es demasiado curioso para no «volver a sí mismo» una y otra vez...

293

Un hombre que dice: «Esto me agrada, esto yo me lo apropio y quiero protegerlo v defenderlo contra todos»; un hombre que puede sostener una causa, cumplir una decisión, guardar fidelidad a un pensamiento, retener a una mujer, castigar y abatir a un temerario; un hombre que tiene su cólera y su espada, ya¡ cual los débiles, los que sufren, los oprimidos, también los animales, se allegan con gusto y le pertenecen por naturaleza, en suma, un hombre que por naturaleza es señor, cuando un hombre así tiene compasión, ¡bien!, ¡esa compasión tiene valor! ¡Qué importa, en cambio, la compasión de los que sufren! ¡O de los que incluso predican compasión! Hay hoyen casi todos los lugares de Europa una sensibilidad y una susceptibilidad morbosas para el dolor, y asimismo una repugnante incontinencia en la queja, un enternecimiento que quisiera adornarse con la religión y con los trastos filosóficos para parecer algo superior, existe un verdadero culto del sufrimiento. La {alta de virilidad de io que en tales círculos de ilusos se bautiza con el nombre de compasión es lo primero que, a mi parecer, salta siempre a la vista. Hay que desterrar con energía y a fondo esta novísima especie del mal gusto; y yo deseo en fin que, para combatir esto, la gente se ponga en el corazón y en el cuello el buen amuleto del «gai saber», la «fráhííche Wisssenschaft», para aclarárselo a los alemanes.

294

El vicio olímpico. A despecho de ese filósofo que, conic genuino inglés, intentó crear entre todas las cabezas que piensan una mala fama al reír «el reír es un grave defecto de la naturaleza humana que toda cabeza que piensa se esforzará en superar» (Hobbes), yo me permitiría incluso establecer una jerarquía de los filósofos según el rango de su risa hasta terminar, por arriba, en aquellos que son capaces de la carcajada áurea. Y suponiendo que también los dioses filosofen, cosa a la que más de una conclusión me ha empujado ya, yo no pongo en duda que, cuando lo hacen, saben reír también de una manera sobrehumana y nueva ¡y a costa de todas las cosas serias! A los dioses les gustan las burlas: parece que no pueden dejar de reír ni siquiera en las acciones sagradas.

295

El genio del corazón, tal como lo posee aquel gran oculto, el dios tentador y cazarratas nato de las conciencias, cuya voz sabe descender hasta el inframundo de toda alma, que no dice una palabra, no lanza una mirada en las que no haya un propósito y un guiño de seducción, de cuya maestría forma parte el saber parecer y no aquello que él es, sino aquello que constituye, para quienes lo siguen, una constricción más para acercarse cada vez más a él, para seguirle de un modo cada vez más íntimo y radical: el genio del corazón, que a todo lo que es ruidoso y se complace en sí mismo lo hace enmudecer y le enseña a escuchar, que pule las almas rudas y les da a gustar un nuevo deseo; el de estar quietas como un espejo, para que el cielo profundo se refleje en ellas ; el genio del corazón, que a la mano torpe y apresurada le enseña a vacilar y a coger las cosas con mayor delicadeza, que adivina el tesoro oculto y olvidado, la gota de bondad y de dulce espiritualidad escondida bajo el hielo grueso y opaco y es una varita mágica para todo grano de oro que yació largo tiempo sepultado en la prisión del mucho cieno y arena; el genio del corazón, de cuyo contacto sale más rico todo el mundo, no agraciado y sorprendido, no beneficiado y oprimido como por un bien ajeno, sino más rico de sí mismo, más nuevo que antes, removido, oreado y sonsacado por un viento tibio, tal vez más inseguro, más delicado, más frágil, más quebradizo, pero lleno de esperanzas que aún no tienen nombre, lleno de nueva voluntad y nuevo fluir, lleno de nueva contra voluntad y nuevo refluir... ¿pero qué es lo que estoy haciendo, amigos míos? ¿De quién os estoy hablando? ¿Acaso me he distraído hasta el punto de no haberos dicho ni siquiera su nombre? A no ser que ya hayáis adivinado por vosotros mismos quién es ese espíritu y dios problemático que quiere ser alabado de este modo. Lo mismo que le ocurre, en efecto, a todo aquel que desde su infancia ha estado siempre en camino y en el extranjero, también a mí me han salido al paso muchos espíritus extraños y peligrosos, pero sobre todo ese de quien acabo de hablar, y ése lo ha hecho una y otra vez, nadie menos, en efecto, que el dios Dioniso, ese gran dios ambiguo y tentador a quien en otro tiempo, como sabéis, ofrecí mis primicias z°4 con todo secreto y con toda veneración siendo yo, a mi parecer, el último que le ha ofrecido un sacrificio: pues no he encontrado a nadie que haya entendido lo que yo hice entonces. Entretanto he aprendido muchas más cosas, demasiadas cosas sobre la filosofía de este dios, y, como queda dicho, de boca a boca, yo, el último discípulo e iniciado del dios Dioniso: ¿y me sería lícito acaso comenzar por fin alguna vez a daros a gustar a vosotros, amigos míos, en la medida en que me esté permitido, un poco de esta filosofía? A media voz, como es justo: ya que se trata aquí de muchas cosas ocultas, nuevas, extrañas, prodigiosas, inquietantes. Que Dioniso es un filósofo y que, por lo tanto, también los dioses filosofan, paréceme una novedad que no deja de ser capciosa, y que tal vez suscite desconfianza cabalmente entre filósofos, entre vosotros, amigos míos, no hay tanta oposición a ella, excepto la de que llega demasiado tarde y a destiempo: pues no os gusta creer, según me han dicho, ni en dios ni en dioses. ¿Acaso también tenga yo que llegar, en la franqueza de mi narración, más allá de lo que resulta siempre agradable a los rigurosos hábitos de vuestros oídos? Ciertamente el mencionado dios llegó, en tales diálogos, muy lejos, extraordinariamente lejos, e iba siempre muchos pasos delante de mí...

Aún más, si estuviera permitido, yo le atribuiría, según el uso de los humanos, hermosos y solemnes nombres de gala y de virtud, y haría un gran elogio de su valor de investigador y descubridor, de su osada sinceridad, veracidad y amor a la verdad. Pero con todos estos venerables cachivaches y adornos no sabe qué hacer semejante dios. «¡Reserva eso, diría, para ti y para tus iguales, y para todo aquel que lo necesite! ¡Yo no tengo ninguna razón para cubrir mi desnudez!». Se adivina: ¿le falta acaso pudor a esta especie de divinidad y de filósofos? En una ocasión me dijo así: «En determinadas circunstancias yo amo a los seres humanos y al decir esto aludía a Ariadna, que estaba presente: el hombre es para mí un animal agradable, valiente, lleno de inventiva, que no tiene igual en la tierra y que sabe orientarse incluso en todos los laberintos. Yo soy bueno con él: con frecuencia reflexiono sobre cómo hacerlo avanzar más y volverlo más fuerte, más malvado y más profundo de cuanto es.» «¿Más fuerte, más malvado y más profundo?», pregunté yo, asustado. «Sí», repitió, «más fuerte, más malvado y más profundo; también más bello» y al decir esto sonreía este dios tentador con su sonrisa alciónica, como si acabara de decir una encantadora gentileza.

Aquí se ve a un mismo tiempo: a esta divinidad no le falta sólo pudor; y hay en general buenos motivos para suponer que, en algunas cosas, los dioses en conjunto podrían venir a aprender de nosotros los hombres. Nosotros los hombres somos más humanos...

296

¡Ay, qué sois, pues, vosotros, pensamientos míos escritos y pintados! No hace mucho tiempo erais aún tan multicolores, jóvenes y maliciosos, tan llenos de espinas y de secretos aromas, que me hacíais estornudar y reír ¿y ahora? Ya os habéis despojado de vuestra novedad, y algunos de vosotros, lo temo, estáis dispuestos a convertiros en verdades: ¡tan inmortal es el aspecto que ellos ofrecen, tan honesto, tan aburrido, que parte el corazón! ¿Y alguna vez ha sido de otro modo? ¿Pues qué cosas escribimos y pintamos nosotros, nosotros los mandarines de pincel chino, nosotros los eternizadores de las cosas que se dejan escribir, qué es lo único que nosotros somos capaces de pintar? ¡Ay, siempre únicamente aquello que está a punto de marchitarse y que comienza a perder su perfume! ¡Ay, siempre únicamente tempestades que se alejan y se disipan, y amarillos sentimientos tardíos! ¡Ay, siempre únicamente pájaros cansados de volar y que se extraviaron en su vuelo, y que ahora se dejan atrapar con la mano con nuestra mano! ¡Nosotros eternizamos aquello que no puede ya vivir y volar mucho tiempo, únicamente cosas cansadas y reblandecidas! Y sólo para pintar vuestra tarde, oh pensamientos míos escritos y pintados, tengo yo colores, acaso muchos colores, muchas multicolores delicadezas y cincuenta amarillos y grises y verdes y rojos: pero nadie me adivina, basándose en esto, qué aspecto ofrecíais vosotros en vuestra mañana, vosotros chispas y prodigios repentinos de mi soledad, ¡vosotros mis viejos y amados pensamientos perversos!

8. TERROR EN FONTENAY (ALEXANDRE DUMAS)

ÍNDICE

1. La Calle De Diana, En Fontenay-Aux-Roses
2. El Callejón Des Sergents
3. El Informe
4. La Antigua Residencia De Scarron
5. El Bofetón De Carlota Corday
6. Solange
7. Albert
8. El Gato Negro Y Otros Horrores
9. La Profanación De Las Tumbas Reales
10. El Cuerpo En El Patíbulo
11. El Brazalete De Cabellos Humanos
12. El Vampiro De Los Cárpatos
13. Conclusión

Capítulo Uno

LA CALLE DE DIANA, EN FONTENAY-AUX-ROSES

Algunas de las aventuras más misteriosas e improbables jamás ocurridas suelen tener su inicio en las más prosaicas circunstancias de las ocupaciones cotidianas. Así ocurrió con lo que vamos a referir.

Hacia finales de agosto de 1831, recibí la invitación de un viejo amigo (un importante funcionario gubernativo adscrito a la administración de las Propiedades de la Corona) para pasar unos días con él y su hijo en Fontenay-aux-Roses, en la apertura del año cinegético.

Por aquellos días yo era un empedernido deportista, y la elección del lugar donde disparar el primer tiro de la estación era realmente un hecho de considerable importancia. Anteriormente me había acostumbrado a hacerlo con el viejo agricultor Mocquet, arrendatario y amigo de mi hermanastro, cuya confortable residencia se hallaba cerca del delicioso pueblecito de Monrieval, a solo cinco kilómetros de distancia de las espléndidas ruinas del castillo de Pierrefond. Fue en aquellas tierras donde por primera vez intenté dominar una pistola, y fue en aquellas tierras donde disparé mi primer tiro de apertura.

Aquel año, sin embargo, me mostré infiel al viejo Mocquet, aceptando sin demasiado esfuerzo la insistente invitación de mi acomodado amigo. El hecho es que mi imaginación se vio prendada por un paisaje que me envió su hijo, un ilustre joven artista. En aquel cuadro, los campos en torno a Fontenay parecían llenos de liebres, y los matorrales de perdices. ¿Había algo más atrayente para un hombre dedicado a su arma de fuego?

Pero quizá debería aclarar que no poseía el menor conocimiento directo de aquel distrito en cuestión. Nadie puede ganarme en cuanto se refiere a la abismal ignorancia que poseo de las regiones que rodean París; cada vez que abandono la ciudad es para realizar viajes largos, al menos de mil quinientos kilómetros. Lo cual explica por qué una de mis raras visitas a una zona de atractivo local tenía para mí tanto interés, hasta el punto de fascinarme de un modo increíble.

Habiendo aceptado la invitación, partí hacia Fontenay a las seis de la tarde del día treinta y uno, manteniendo como siempre la nariz asomada por la ventanilla del carruaje. Atravesamos rápidamente la Barrière de l’Enfer y, dejando a nuestra izquierda la Rue de la Tombe-Issoire, tomamos la carretera de Orleans a ritmo sostenido.

El campo, más bien llano entre los pueblos de Lesser y Montrouge le Grand, presenta, quizá a causa de la desolación natural, un aspecto siniestro e inquietante. La atmósfera viene acentuada por las siluetas, punteadas aquí y allá, de una serie de estructuras curiosamente esqueléticas y primitivas, con forma de grúa, utilizadas para levantar los bloques de piedra, una vez escuadrados y tallados, a lo largo de las pendientes de las canteras diseminadas por la zona. No es demasiado decir que, a primera vista, aquellas enormes máquinas podían ser tomadas por diabólicos instrumentos de tortura, procedentes directamente de los abismos del infierno.

Hacia el anochecer, puesto que el crepúsculo estaba deslizándose lentamente hacia la oscuridad mientras atravesábamos aquel valle abierto, el paisaje, gracias al increíble número de aquellas barrenas en acción, que se destacaban nítidamente contra el rojo llameante del cielo occidental, asumió el más extraño de los aspectos. Se parecía con una insólita fidelidad a uno de aquellos cuadros de horror de Goya, donde, sobre el deprimente esplendor de un neblinoso atardecer, las figuras embozadas en sombra de los cazadores de cadáveres se acercan furtivamente a un patíbulo.

Las personas que habitan por estos lugares, y que trabajan en las galerías subterráneas, tienen una personalidad y una fisonomía muy particular. Los trabajadores, expresan una complementaria oscuridad de carácter. Los «incidentes» se producen muy a menudo: un pilar que cede, una excavación que se derrumba, un hombre que muere sepultado. Al nivel del suelo estas cosas son definidas como incidentes; pero diez metros más abajo todos saben que se trata de crímenes premeditados…

No es gente que valga la pena conocer. A plena luz del día, sus ojos parpadean lamentablemente, casi ambiguamente, y sus voces son desagradablemente roncas. En lo que se refiere a sus rostros, puede decirse que conocen el filo de la navaja tan solo los domingos.

Y sus ropas no desentonan del cuadro general.

En períodos de agitación social, estos hombres raramente evitan dejar sentir su presencia. Por ejemplo, cuando los habitantes de la Barrière de l’Enfer exclaman: «¡Mirad, están llegando los mineros de Montrouge!», entonces los honestos habitantes de todas las calles circundantes agitan la cabeza, y cierran con decisión sus puertas.

Este es el tipo de cosas que observé durante aquella hora particular del crepúsculo que separa el día de las tinieblas. Luego, cuando cayó la noche, me recosté relajadamente en mi asiento, extrañamente satisfecho, convencido de que ninguno de mis compañeros de viaje había visto aquello que yo había visto. Así ocurre con todas las cosas: muchos miran, pero muy pocos ven realmente…

Llegamos a Fontenay casi a las ocho y media. Nos aguardaba una cena excelente, seguida de un agradable paseo por el jardín. Si Sorrento es una selva de naranjos, Fontenay es un soberbio ramillete de rosas. Cada casa tiene sus rosales trepadores que escalan las paredes, y cuando las ramas han alcanzado una cierta altura se extienden en un enorme abanico. El aire está impregnado de la penetrante fragancia; y cuando se levanta la brisa, provoca una lluvia de pétalos de rosa: blancos, rosados, amarillos y dorados, como si el pueblo estuviese celebrando alguna festividad alegre e inolvidable.

Desde el extremo inferior del jardín hubiéramos gozado de una vista amplia e impresionante, si hubiese sido de día. De todos modos, las luces parpadeantes y variadas de Sceaux, Bagneux, Châtillon y Montrouge, resplandeciendo en lontananza, daban una atmósfera deliciosamente romántica a la apacible y tibia noche. Al fondo, mucho más lejos, se extendía una estrecha franja de luminiscencia rosada, y parecía oírse, débil y sofocado, un retumbar continuo, como la respiración de algún absurdo Leviatán. Era la pulsación del enorme y oculto corazón de París…

El cielo moteado de estrellas era tan maravilloso, la rara fragancia de la brisa tan relajante, que pienso que cualquiera se hubiera sentido feliz dejando transcurrir la noche sin acostarse. Pero nuestro anfitrión se comportó juiciosamente y nos llevó casi a la fuerza a la cama, como niños desobedientes.

A las cinco en punto de la mañana siguiente nos pusimos en marcha con nuestras armas, guiados por el hijo de nuestro anfitrión. Desde el momento mismo de nuestra llegada no dejó de asegurarnos que íbamos a sentirnos plenamente satisfechos de la caza, e incluso mientras caminábamos seguía exaltando la riqueza cinegética de sus posesiones… con una fuerza tal de convicción que su genio descriptivo hubiera merecido mejores aplicaciones.

A mediodía vimos un conejo y un par de perdices. El cazador que estaba a mi derecha falló el conejo, otro a mi izquierda alcanzó una perdiz, y yo derribé otras dos. ¡A la misma hora, en el viejo puesto de Mocquet, ya habría llevado a casa tres o cuatro liebres, y como mínimo una quincena de perdices!

No hay nada que me guste más que disparar, pero detesto vagar inútilmente, sobre todo por campo abierto. De modo que, simulando querer explorar un campo que había a lo lejos a mi izquierda, en el cual tenía la certeza de que no iba a encontrar absolutamente nada, abandoné la compañía y me alejé.

Lo que en realidad me había atraído hacia aquel campo era su forma. Era mucho más ancho que largo, y era curvado, de modo que su extremo más alejado se hallaba completamente fuera de la vista; y, casi en su centro, se estrechaba en un angosto valle en miniatura que desaparecía en la curva.

La misma, obviamente, me ocultaría a los ojos de los demás cazadores, facilitándome una rápida huida. Y mi sospecha de que me conduciría más o menos directamente al camino principal se reveló exacta; de modo que, cuando la campana de la pequeña iglesia del pueblo estaba dando la una, llegaba al camino más cercano al núcleo urbano. El camino que tomé bordeaba un muro que cerraba una soberbia residencia. De pronto, justo cuando llegaba al cruce en donde la Rue de Diane confluye con la Grande Rue, vi a un hombre que viniendo en dirección de la iglesia se precipitaba hacia mí. La expresión de su rostro, de hecho toda su actitud, era tan salvaje, trastornada y perturbada que me detuve y, sin darme cuenta, mientras permanecía inmóvil, empuñé la pistola en un acto instintivo de autoconservación.

Pálido, con movimientos similares a los de un maníaco, el pelo enmarañado, los ojos casi a punto de salírsele de las órbitas y las manos ensangrentadas, el hombre pasó por mi lado, evidentemente, gracias a Dios, sin ni siquiera verme. Su mirada era fija pero ausente; su modo de andar el de un hombre que, descendiendo la pendiente casi perpendicular de una montaña, ha perdido casi totalmente el control de sus movimientos. Al mismo tiempo su respiración, que silbaba de un modo audible en su garganta, parecía indicar más bien un extremo terror que una intensa fatiga.

En el lugar en donde las dos calles se bifurcan abandonó la Grande Rue, embocando la Rue de Diane. En aquella calle estaba la entrada de la casa y el terreno cuyo muro había estado siguiendo yo durante los siete u ocho minutos precedentes. La entrada en cuestión, cuya imagen llegó hasta mí en aquel preciso momento, estaba pintada de verde, y llevaba el número 2.

La mano del hombre se tendió hacia la campanilla, pero no consiguió localizarla inmediatamente. Cuando lo logró la hizo sonar con violencia; y, girándose rápidamente, se dejó caer sobre uno de los soportes de piedra que servían para proteger los pilares principales de la entrada de los daños provocados por las ruedas de los carruajes. Durante los siguientes minutos permaneció sentado allí, rígido como una estatua tallada en la piedra, con los brazos colgando a los costados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

No obstante la luz solar que resplandecía en un cielo limpio y sereno, la atmósfera de la calle estaba llena de terror y tragedia, hasta tal punto que permanecí literalmente clavado a pocos metros de distancia de aquel individuo. Tras él, a ambos lados de la calle, se estaba congregando un grupo de habitantes del lugar, atraídos indudablemente por la misma irresistible fascinación que también yo sentía.

Aproximadamente un minuto después del frenético campanilleo, se abrió una pequeña puerta encajada en el muro al lado de la entrada principal, y una mujer gordezuela rondando los cuarenta apareció en el umbral.

—¡Oh! ¡Eres tú, Jacquemin! —exclamó, con un cierto deje de impaciencia—. ¿Qué pretendes quedándote aquí sentado como un cretino?

—¿Está en casa el alcalde? —preguntó el hombre, con una voz tan ronca que se quebró en las dos últimas palabras.

—Sí, está en…

—Gracias, Mère Antoine. ¿Le molestaría ir a decirle que he matado a mi mujer, y que he venido a entregarme?

Mère Antoine lanzó un grito, seguido de dos o tres exclamaciones de horror; todo aquello fue transmitido y repetido por los aterrados espectadores, que estaban lo bastante cerca como para oír la alucinante confesión.

Mi reacción fue la de retroceder un poco, a fin de poderme apoyar contra el tronco de un cedro. Nadie más se movió, y sobre la calle cayó uno de esos silencios opresivos cargados de tensión.

El asesino se deslizó imperceptiblemente hasta quedar sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la piedra, las piernas tendidas rígidamente hacia adelante sobre el suelo de la calle. Parecía como si los últimos vestigios de fuerza hubieran desaparecido de él con el esfuerzo de la confesión.

Mientras tanto Mère Antoine había desaparecido, dejando entreabierta la puertecilla tras de sí. Al cabo de pocos minutos apareció el alcalde, acompañado por otros dos hombres.

Las impresiones que se crearon en mi mente durante las horas siguientes fueron tan fuertes que aún hoy consigo visualizar hasta los más mínimos detalles. Sobre todo, no olvidaré nunca al alcalde de Fontenay, un hombre imponente, de mediana corpulencia, mientras se erguía sobre el derrumbado Jacquemin. Los otros dos hombres —de los cuales hablaré más exhaustivamente un poco más adelante— permanecieron en silencio, inmóviles junto a la estrecha puerta abierta de par en par; mientras, en la calle, un grupo de hombres, junto a una mujer y un niño, permanecían con la boca abierta; el niño estaba realmente aterrorizado, y lloraba salvajemente pidiendo a su madre que lo cogiera fuertemente entre sus brazos. Tras ellos un panadero asomó la cabeza por una ventana del primer piso para interrogar a un joven abajo en la calle, gritándole:

—Es Jacquemin, el minero loco, ¿verdad?

Por último, en el extremo opuesto de la calle, un herrero salió al umbral de su fragua, con su figura masiva e imponente recortándose contra el rojizo resplandor de su fuego, que un muchacho estaba alimentando con un fuelle… Así era la escena en la Grande Rue.

Girándome hacia la Rue de Diane, aparte del grupo que ya he citado, pude ver a dos gendarmes de servicio que aparecieron por casualidad, ignorando inocentemente el desagradable asunto que aguardaba su atención.

En aquel momento la campana de la iglesia vecina tocó la una y cuarto.

Capítulo Dos

EL CALLEJÓN DES SERGENTS

Los últimos repiques de la campaña estaban aún sonando cuando el alcalde comenzó a hablar.

—Jacquemin —dijo, con una ligera traza de ostentación—, supongo que Mère Antoine se ha puesto a contar estupideces, o te ha entendido mal; ¡me ha dicho que tu mujer está muerta, y que tú declaras que la has asesinado!

—Es cierto, su señoría, es cierto —replicó el hombre—. ¡Debéis llamar inmediatamente a la policía!

Y mientras pronunciaba estas palabras intentó levantarse, sosteniéndose en la columna de piedra. Pero tras algunos breves esfuerzos volvió a caer hacia atrás, como si los huesos de sus piernas se le hubiesen roto.

—¡Vamos, vamos…! ¡Pareces haber perdido el control de ti mismo, hombre! —protestó el alcalde.

Pero la única respuesta que recibió fue un monótono y obsesionante murmullo de Jacquemin:

—¡Simplemente mirad mis manos!

Y diciendo estas palabras alzó lentamente dos puños semicerrados, literalmente recubiertos de sangre, de tal modo que tenían el aspecto de garras de un ave de presa. El brazo izquierdo estaba rojo hasta varios centímetros por encima de la muñeca, mientras que el derecho enrojecía hasta el codo. Además, algunas gotas de sangre fresca descendían a lo largo del pulgar goteando regularmente en el polvo de la calle. Procedían de un pequeño corte que tenía el aspecto de un mordisco, y que podía haber sido infligido por la víctima durante su lucha mortal.

Mientras tanto, los dos gendarmes habían llegado al lugar de la escena, y tras haber detenido los caballos a poca distancia del minero loco lo estaban mirando con un estupor absoluto.

El Síndico les hizo una seña, y descendieron de sus caballos, entregando las riendas a un joven que llevaba un sombrero de uniforme. Luego se acercaron a Jacquemin y lo levantaron por las axilas. No mostró ningún signo de resistencia, puesto que todas sus energías estaban empeñadas en ayudar a su mente en la localización de una imagen mental muy precisa.

En aquel momento aparecieron el Jefe de la Policía y un médico, que habían sido mandados llamar urgentemente.

—Gracias por haber venido, doctor Robert… gracias, Monsieur Cousin —dijo el alcalde.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó el médico, con un tono extremadamente profesional que contrastaba grotescamente con la atmósfera general—. Parece que alguien ha cometido un homicidio, si no me equivoco.

Pero Jacquemin no pronunció una sola palabra.

—Vamos, viejo amigo —prosiguió el médico—. ¿Hay algo de verdad en esta historia de que has matado a tu mujer?

Pero los labios del minero permanecieron herméticamente cerrados.

De modo que el doctor Robert se volvió hacia el Oficial de la Policía.

—Puede ser acusado —dijo—; pero como médico aún espero que se trate de un incidente desagradable pero simplemente pasajero. Este tipo de cosas ocurren realmente…

—Jacquemin —ordenó el Jefe de la Policía—, respóndeme inmediatamente. ¿Es cierto que has matado a tu mujer?

Pero su pregunta fue recibida con el mismo impenetrable silencio.

—Bueno, podemos descubrirlo fácilmente por nosotros mismos —observó el médico—. Vive en la Impasse des Sergens, ¿no es cierto? —Y se volvió hacia los dos gendarmes, que asintieron con la cabeza—. Eso lo resuelve todo, alcalde Ledru. Basta con que vayamos a su casa.

—¡No quiero ir allí! ¡No quiero ir allí! —imploró Jacquemin, volviendo a encontrar de pronto su voz y liberándose de los gendarmes con un ímpetu tan violento e inesperado que, si hubiese deseado huir, hubiera podido alejarse un buen centenar de metros antes de que los presentes hubieran tenido tiempo de darse cuenta de lo sucedido.

—¿Y por qué, amigo mío, no quieres ir allí? —preguntó el Síndico.

—¿Qué sentido tiene que me lleven allí, si ya lo he confesado todo? ¿Si he declarado delante de todos ustedes que he matado a mi mujer… que la he matado con la gran espada de doble filo que tomé del Museo de Artillería el año pasado…? ¡Llévenme directamente a la prisión! ¡Por favor, llévenme directamente a la prisión!

El médico y Monsieur Ledru se miraron; mientras, el Jefe de la Policía, que como ellos esperaba que Jacquemin sufriese algún tipo de crisis pasajera, dijo tranquilamente:

—Pero querido amigo, necesitamos descubrir lo que ha ocurrido. Además, tu presencia es necesaria para ayudar a la Policía.

—¿Qué tipo de ayuda necesitan de mi parte? —preguntó histéricamente Jacquemin—. Encontrarán el cuerpo en la bodega, incluso sin mí… y la cabeza a su lado, en un saco de yeso. ¿Qué es lo que quieren de mí, excepto encerrarme en una celda?

—Lo siento, pero tienes que venir —exclamó el Jefe de la Policía.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —chilló el minero, aterrorizado, preso obviamente del más inmenso miedo—. ¡Dios mío…! Si hubiera sabido que iba a ocurrir esto, hubiera…

—¿Sí… qué es lo que hubieras hecho? —preguntó Monsieur Cousin.

—¡Me hubiera matado junto con ella!

Hubo una transformación en las facciones de Monsieur Ledru mientras miraba interrogativamente al policía. Luego, volviéndose al asesino, dijo con voz tranquila, casi consoladora:

—Vamos, Jacquemin; no tengas miedo… basta con que me lo cuentes todo.

—Sí, Monsieur Ledru; os lo diré todo, absolutamente todo… Hacedme todas las preguntas que queráis, ¡pero no me llevéis allá, no me llevéis a casa!

—¿Pero cómo, has sido lo bastante valeroso como para cometer un homicidio, y ahora tienes miedo a contemplar el cuerpo de tu víctima? ¡Parece como si en todo este asunto hubiera algo que no te atrevas a decir!

—¿Cómo… como habéis conseguido saberlo? ¡Si, eso es! Algo aterrador, algo inaudito…

—¡Entonces explícamelo!

—¡No puedo! ¡Dirán que no es cierto! Dirán que es el delirio de un loco, y luego me encerrarán en un manicomio.

—No, no lo haremos. Si nos cuentas lo que en realidad ha ocurrido, no lo haremos…

Y, con la mirada sonriente y recalcitrante de un torpe chiquillo imbécil, el minero se inclinó para acercarse al oído de Monsieur Ledru y susurró:

—Sí, os lo diré a vos… ¡pero no se lo diré a nadie más!

Los dos gendarmes intentaron echarlo hacia atrás, pero el alcalde les hizo un gesto para que soltaran su presa. No había ningún riesgo en hacerlo, puesto que aunque el prisionero hubiera deseado huir, tal tentativa hubiera resultado imposible debido a la gente que los rodeaba. En efecto, una buena mitad de la población de Fontenay estaba bloqueando la Rue de Diane y la Grande Rue.

De modo que se le permitió a Jacquemin permanecer a un par de centímetros del oído de Monsieur Ledru.

—¿Creéis, señor alcalde —suplicó, con una voz que temblaba por el esfuerzo de controlarse—, creéis que una cabeza humana puede hablar después de haber sido separada del cuerpo?

En un tono agudísimo, el alcalde expresó su incredulidad, mientras palidecía visiblemente.

—Creéis que puede, ¿verdad? —repitió el prisionero, con una insistencia casi loca.

Monsieur Ledru recuperó el autocontrol con un cierto esfuerzo, tosió y dijo:

—Sí, creo que sí…

—Ha hablado… ha hablado bastante claramente —continuó el hombre, inclinándose aún más hacia adelante.

—¿Quién?

—Ha hablado… la cabeza… ¡la cabeza de Jeanne me ha hablado!

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—¡Claro que lo sé! Y os digo que tenía los ojos abiertos de par en par; sus labios se movieron; miraba directamente hacia mí… me miró y dijo una única palabra: «¡Cobarde!».

El rostro de Jacquemin tenía un aspecto terrible mientras revelaba estos secretos, reservados tan solo para el oído del alcalde, pero que de todos modos llegaron hasta el resto de los allí congregados.

—¡Una extraña y vieja historia! —gritó el médico, riendo a mandíbula batiente—. Así que ha hablado, ¿eh…? La cabeza de tu mujer ha hablado después de que se la cortases.

El minero se giró bruscamente para hacer frente a Robert.

—Os digo que de veras me habló… ¡Me habló, lo hizo realmente!

—Lo cual nos da aún mayores motivos para acudir al lugar donde ocurrió todo —exclamó el Jefe de la Policía—. ¡Gendarmes, lleven con nosotros al prisionero!

Jacquemin, sin embargo, chilló ensordecedoramente y empezó a debatirse como una fiera caída en una trampa.

—¡No me lleven allí! —imploró—. ¡Pueden torturarme, pueden encerrarme, pueden hacerme pedazos! ¡Pueden hacer conmigo todo lo que quieran, pero por favor no me lleven allí!

—Tranquilo, amigo mío, tranquilo —dijo Monsieur Ledru—. Si realmente es cierto que has hecho esta cosa horrible, entonces tu visita formará parte de la reconstrucción del crimen. En cualquier otro caso —prosiguió suavemente—, tu negativa está fuera de toda discusión. ¡Si no vienes voluntariamente, te llevaremos por la fuerza!

—Entonces iré —dijo impasiblemente Jacquemin—. Pero prometedme algo, señor alcalde.

—¿Qué?

—Prometedme que estaréis cerca de mí durante todo el tiempo que permanezcamos en la bodega.

—De acuerdo.

El rostro del prisionero era una máscara de angustia. Dos lágrimas surcaron sus mejillas llenas de polvo mientras imploraba:

—¿Y me permitiréis que os tome de la mano?

—¡Por supuesto, Jacquemin, por supuesto!

—Es mejor pues que vayamos ahora… —y sacando un pañuelo de cuadros blancos y rojos de su bolsillo, se secó los ojos, y luego la frente, que estaba empapada de sudor.

De este modo, la pequeña procesión se dirigió hacia la casa de la Impasse des Sergens. El Jefe de la Policía y el médico abrían el pequeño cortejo, seguidos a poca distancia por el prisionero, en medio de los dos gendarmes. Junto a él iba el alcalde, seguido por los dos hombres que habían aparecido junto con él en la puerta. El resto de la gente, de la cual formaba parte yo también, venía inmediatamente después, murmurando mientras avanzaba como un torrente impetuoso pero refrenado.

Al cabo de pocos minutos habíamos alcanzado la Impasse des Sergens. Era una callejuela estrecha que confluía a la izquierda en la Grande Rue. Tenía una inclinación hacia abajo, y terminaba en un enorme par de viejas puertas de madera, una de las cuales contenía otra puerta más pequeña. Tras ella había un patio, con una casa de sólidas paredes recientemente encaladas.

Todo parecía bastante tranquilo. Un rosal trepaba por una de las paredes, y en un cercano banco de piedra un enorme gato estaba tomando tranquilamente el sol. Pero se asustó cuando nos vio llegar, y corrió rápidamente hacia la puerta abierta de uno de los establos.

Cuando llegamos a la casa, Jacquemin se inmovilizó; pese a todos sus esfuerzos, los gendarmes no consiguieron persuadirle para que entrara.

—Señor alcalde —dijo el minero—. Señor alcalde, me prometisteis que permaneceríais cerca de mí.

—Y eso es lo que haré —prometió el alcalde.

—Dadme vuestro brazo, entonces —dijo el minero; y se aferró a él como si estuviera a punto de desvanecerse.

Monsieur Ledru indicó a los gendarmes que soltasen al prisionero, diciendo:

—Me hago responsable de él.

Durante los siguientes momentos, pareció como si hubiera abandonado momentáneamente su dignidad como Magistrado Jefe del distrito, para convertirse en el solícito guardián de un asesino reo confeso.

El médico y el Jefe de la Policía entraron juntos en la casa, seguidos por Monsieur Ledru y Jacquemin. Estos, a su vez, fueron seguidos por los gendarmes, y por tres o cuatro individuos privilegiados, entre los cuales me encontraba también yo, gracias al hecho de haber sido uno de los primeros en ver al prisionero inmediatamente después del crimen. Luego las puertas fueron cerradas para mantener alejados a los demás, que se dedicaron inmediatamente a chismorrear, a trazar hipótesis y animadas discusiones.

En el interior de la casa nada parecía sugerir la impresionante tragedia que apenas acababa de producirse. Todo estaba en orden, limpio y en su lugar correspondiente: la cama, por ejemplo, con sus inmaculados pespuntes verdes, y sobre ella un crucifijo de madera negra, con un ramo de palma seca conservado de anteriores celebraciones pascuales. Sobre la cómoda había una pequeña estatua de Jesús Niño, con dos candelabros Luis XVI. Las paredes eran blancas, y estaban decoradas con alegres pinturas que representaban los cuatro ángulos de la tierra.

En el centro de la estancia había una mesa preparada para la cena; una enorme olla estaba hirviendo sobre el fuego; un reloj de cuco marcaba la una y media, y un armarito abierto mostraba una hogaza de pan y otros artículos de primera necesidad.

—Bueno —dijo el médico con su habitual tono jocoso—, hasta este momento no he notado nada insólito.

—Cruzad la puerta de la derecha —respondió Jacquemin, con la boca pastosa.

Siguiendo la indicación, el médico se halló en una especie de gran despensa, en un ángulo de la cual había una trampilla abierta. De la abertura surgía una luz suave y temblorosa, como si una ligera brisa estuviera agitando una llama.

—¡Ahí es! —gesticuló el prisionero, loco, aferrando fuertemente el brazo de Monsieur Ledru con una mano, mientras con la otra señalaba la trampilla abierta.

—Ah —murmuró el médico, con la estúpida sonrisa de quien no acaba de comprender—. Parece como si a Madame Jacquemin le gustaran las bodegas.

—¡Cerrad esa estúpida boca! —chilló el minero, con el rostro congestionado, el cuello bañado en sudor—. ¡No sentís ningún respeto hacia los muertos!

El tono de la voz del minero borró la sonrisa del rostro de Robert. Luego, mientras descendía los escalones, su pie encontró un obstáculo y se detuvo. Inclinándose, recogió una espada. Era el arma de la que se había apropiado Jacquemin, en julio, en el arsenal del Museo de Artillería. La hoja estaba enrojecida con sangre fresca.

El Jefe de la Policía la tomó de manos del médico.

—¿Reconoces esta arma? —preguntó al prisionero.

—Claro —respondió Jacquemin con espontánea sencillez, y añadió—: Bajemos y terminemos cuanto antes.

El grupo descendió a las profundidades de la bodega, en el orden ya descrito. Cuando alcancé los últimos peldaños mis ojos se habían acostumbrado a la semioscuridad del lugar, escasamente iluminado, y la escena que me aguardaba era una horrible visión que nunca había podido contemplar en otras ocasiones.

Lo primero que llamó mi atención fue un cadáver ensangrentado sin cabeza, que yacía junto a una bota de vino, cuya espita no estaba completamente cerrada, permitiendo que un hilillo de vino fluyera ininterrumpidamente sobre el suelo de tierra batida, en donde, tras formar un pequeño charco, se deslizaba entre los soportes de las barricas.

El cuerpo, que yacía tendido de espaldas, estaba contorsionado, casi doblado en dos. Sus voluminosas ropas estaban echadas hacia un lado, revelando las piernas, dobladas y un poco oblicuas. Parecía evidente que la víctima había sido asesinada mientras permanecía arrodillada frente a la bota, para llenar una botella. Esta había resbalado de entre sus manos, pero yacía intacta junto al cuerpo. Toda la parte superior del cuerpo estaba inmersa en un profundo chorro de sangre coagulada.

A su lado, insensatamente depositada sobre un saco de yeso, que estaba apoyado contra la pared, había una cabeza de mujer, con el rostro medio oculto por el desordenado cabello. El saco estaba estriado con manchas de sangre, que partían del cortado cuello para terminar a una treintena de centímetros de distancia en el suelo.

El médico y Monsieur Cousin dieron cuidadosamente la vuelta en torno al tronco sin cabeza y se detuvieron, con la espalda vuelta a la pared, frente a la rampa de las escaleras de piedra. Más o menos a mitad de camino entre ellos y las escaleras se hallaban los dos amigos de Monsieur Ledru. Al pie de las escaleras estaba Jacquemin, a quien era imposible mover del último peldaño, mientras que junto a él, e inmediatamente detrás, me encontraba yo y todos los demás que habíamos conseguido entrar.

Toda la alucinante escena estaba iluminada por la débil luz de una vela, depositada sobre la bota de la que estaba saliendo el vino. Durante algunos interminables momentos se produjo un silencio sepulcral, roto poco después, gracias a Dios, por la voz del Jefe de Policía diciendo:

—Tráiganme una mesa y una silla, por favor. Debemos redactar el informe oficial.

Capítulo Tres

EL INFORME

Los muebles solicitados fueron llevados rápidamente a la bodega; luego, tras algunos contratiempos, la mesa fue asentada sobre la áspera y desigual superficie del suelo. Se colocó una lámpara en posición adecuada, puesto que la temblorosa llama de la vela daba una luz insuficiente para un trabajo adecuado; mientras, llegaron inmediatamente plumas, tinta y papel, que fueron proporcionados por el desagradablemente eficiente Monsieur Cousin.

Siguieron algunos momentos de silencio, durante los cuales el único sonido audible fue el de una pluma rasgueando burdamente sobre la áspera superficie del papel oficial. Una línea seguía a la otra con una velocidad posible tan solo para un hombre acostumbrado a escribir fórmulas oficiales con la precisión de un autómata. La atmósfera era tan tensa y solemne durante esta fase que no se movió ni un alma.

Cuando hubo terminado, el Jefe de Policía alzó la cabeza, escrutó tranquilamente toda la bodega, y con voz monótona preguntó:

—¿Quién de ustedes desea ofrecerse como testigo?

—Estos dos gentileshombres lo harán sin duda —respondió Monsieur Ledru tras aclarar su garganta, y señalando a sus dos amigos, que se encontraban a una breve distancia de la mesa.

—¡Espléndido! —exclamó el oficial, tras lo cual giró lenta y deliberadamente sus ojos hacia mí, con una mirada al mismo tiempo penetrante e interrogadora—: Y quizá también vos, señor… es decir, si no tenéis objeción en que vuestro nombre figure en un informe policial —dijo socarronamente.

—No tengo ninguna objeción —respondí.

—Entonces, por favor, adelantaos un poco.

Tengo que admitir que experimenté una cierta repulsión ante el pensamiento de tener que acercarme al cadáver, porque, desde la posición en que me encontraba, los detalles más horripilantes, sin hallarse totalmente ocultos, resultaban algo disimulados por la semioscuridad, que arrojaba un piadoso velo sobre el crudo horror de la realidad.

—¿Es necesario? —pregunté.

—¿Qué es necesario?

—El que tenga que acercarme a vos.

—No… no creo que lo sea. Si lo preferís, podéis quedaros donde estáis.

Asentí, agradecido. El Jefe de la Policía se volvió entonces hacia el más cercano de los amigos de Monsieur Ledru.

—Nombre, apellidos, edad, profesión, clase social y domicilio —dijo, enumerando los datos con la consumada habilidad de un profesional.

—Jean-Louis Alliette —respondió el hombre—. Autor, escribo con el seudónimo de Etteilla, y vivo en el veintidós de la Rue de l’Ancienne Comédie, París.

—Habéis olvidado la edad —exclamó Cousin.

—¿Deseáis la verdadera… o aquella que debería tener?

—¡Quiero solo vuestra edad, y nada más! Realmente, un hombre no puede tener dos edades, ¿no?

Alliette vaciló por unos instantes.

—El hecho, señor, es que hay algunas personas: Cagliostro, por ejemplo, y el Conde de Saint-Germain, y el Judío Errante, tal vez más conocido como Cartaphilus, que…

—¿Estáis intentando decir que sois Cagliostro… o el Conde de Saint-Germain, o el Judío Errante? —exclamó Monsieur Cousin, estremeciéndose de indignación ante la idea de estar siendo objeto de una burla fuera de lugar.

—No, ciertamente no. Pero…

—Setenta y cinco; escribid setenta y cinco —interrumpió Monsieur Ledru.

—¡Bien! —dijo el escrupuloso oficial, y escribió exactamente lo que le habían dicho.

—¿Y vos, señor? —prosiguió, mirando al otro amigo de Ledru.

—Pierre-Joseph Moulle, setenta y un años, eclesiástico de la iglesia de Saint Sulpice, vivo en el número once de la Rue Servandoni —llegó la respuesta, claramente pronunciada por una voz dulce y gentil.

—¿Y vos, señor? —preguntó Cousin, dirigiéndose a mí.

—Alexandre Dumas, autor y dramaturgo, veintisiete años, vivo en el veintiuno de la Rue de la Université, en París —respondí.

Monsieur Ledru se me quedó mirando, con una expresión de reconocimiento acompañada de una amistosa sonrisa. Respondí de forma análoga, y con la mayor gracia posible dadas las circunstancias. Ninguno de los dos habló.

—¡Eso está mejor! —exclamó el Jefe de la Policía—. Ahora, dad una ojeada a este informe y decid si es correcto, o tenéis alguna cosa que añadir… —Y con una monótona voz nasal, no insólita en aquel hombre, empezó a leer en voz alta—: Hoy, a dos de setiembre del año mil ochocientos treinta y uno, actuando según informaciones que pretendían que se había producido un homicidio en la parroquia de Fontenay-aux-Roses, en la persona de Marie-Jeanne Ducoudray, por parte de un tal Pierre Jacquemin, marido de la fallecida, y que el asesino se había presentado espontáneamente en la residencia de Monsieur Jean-Pierre Ledru, alcalde de la citada ciudad de Fontenay-aux-Roses…

Y con ese tono de voz continuó, hasta terminar compasivamente con las palabras:

—Tras lo cual se procedió al interrogatorio del acusado, como será aquí relacionado.

—¿Es correcto, señores? —preguntó Monsieur Cousin, con una voz totalmente distinta, en la que resplandecía la satisfacción de sí mismo.

Uno tras otro expresamos nuestra opinión de que no podía haberse expresado mejor.

—¡Espléndido! Y ahora debemos proceder con la formalidad del interrogatorio del acusado.

Y se giró hacia el prisionero, que durante la lectura había seguido respirando afanosamente, como un hombre presa de un ataque de asma.

—Prisionero —dijo—, dame nombre, apellidos, edad, domicilio y profesión…

—¿Cuánto deberá durar todavía esto? —preguntó Jacquemin, con una voz que revelaba muy claramente su extremo agotamiento.

—¡Vamos, quiero que respondas! ¡Dame tu nombre y edad!

—Pierre Jacquemin, cuarenta y un años.

—¿Domicilio?

—¡Dios del cielo! ¡Lo sabéis bien…! ¡Estamos precisamente en él!

De algunos lugares llegaron rumores sofocados de reprimidas risas.

—No te hagas el tonto. ¡La ley exige que respondas!

—La casa al final de la Impasse des Sergens.

—¿Profesión?

—Soy minero.

—¿Admites haber cometido un homicidio?

—¡Claro, por supuesto!

—¿Y cuál ha sido el móvil y las circunstancias en que ha sido cometido?

Jacquemin pareció ausente y distraído.

—El móvil —murmuró—, no es necesario que os lo diga… es un secreto entre yo y mi mujer…

—Pero incluso un secreto tiene un móvil…

—¿Móvil? No os diré mi móvil. Pero os contaré las circunstancias…

—Está bien. ¿Cuáles son?

—Ocurrió así. Sabed que yo trabajo bajo tierra, en las minas. Y en las minas hay poca luz. Y en la oscuridad a veces se piensa que se siente rencor hacia algún amigo, y ese rencor te corroe el corazón, mientras pensamientos cada vez más abyectos se insinúan en tu mente…

—¡Ah! Entonces admites que el crimen ha sido premeditado.

—Admito cualquier cosa… ¡Seguro que será suficiente!

Hizo una pausa, como si cavilara sus palabras.

—Uno de los abyectos pensamientos que se insinuaron en mi mente fue el de matar a Jeanne. Me atormentó durante más de un mes. Pero mientras mi cabeza insistía, mi corazón continuaba diciendo siempre: «¡No!». Luego, un mediodía, uno de mis compañeros de trabajo me dijo algo, y aquello lo decidió todo.

—¿Qué fue lo que dijo?

—¡Son cosas que no os interesan ni a vos ni a nadie! Pero esta mañana le dije a Jeanne que no iría al trabajo. Le dije que quería tomarme un día de permiso para ir a jugar a bochas con los amigos y le dije que preparara la comida para la una. Ella no estuvo de acuerdo; pero eso para mí no tuvo ninguna importancia. De modo que finalmente fue a preparar la comida. Pero en vez de ir a hacer una partida de bochas, tomé la espada que ven aquí y la afilé.

«Luego bajé a la bodega y me escondí detrás de una bota, sabiendo que ella bajaría a buen seguro a buscar vino. No sabría decir cuánto tiempo esperé, pero la sangre martilleaba mis sienes, el corazón me latía como antes de una acción bélica, y a todo mi alrededor la oscuridad parecía brillar con una extraña tibieza áspera. Dentro de mi cabeza una voz continuaba repitiendo, siempre más obsesiva, las palabras que mi compañero de trabajo me había dicho hacía tanto tiempo».

—Pero debes decirnos cuáles fueron —insistió Monsieur Cousin.

—¡Ya os he dicho que nada me inducirá a repetirlas! ¡Es un secreto!

Siguió un breve y desagradable silencio. Luego, Jacquemin prosiguió:

—Finalmente oí el rumor de sus pasos que se acercaban. Gradualmente, su cuerpo apareció en el fondo de la escalera; primero sus pies, luego el busto, y finalmente la cabeza. Podía verla bastante claramente a la luz de la vela. Dentro de mí pareció surgir un éxtasis triunfal. Era todo lo que podía hacer para permanecer inmóvil. Pero seguí repitiéndome a mí mismo, silenciosamente, muy rápidamente, obsesivamente, aquella palabra maldita e inolvidable… Ella, mientras tanto, se estaba acercando… Pero tenía miedo, y se movía como una mujer que sospecha el peligro. Finalmente se arrodilló delante de la bota, colocó la botella bajo la espita, y luego la abrió.

»Yo salté. La situación era ideal, porque ella estaba de rodillas. Su respiración, y el rumor del vino que entraba en la botella, le impidieron oír el ruido producido por mí. ¡Parecía un criminal ya arrodillado, en espera del golpe del verdugo!

»Alcé la espada, y al momento siguiente su cabeza rodaba por el suelo. No emitió el más mínimo lamento… Por algunos instantes no sentí nada. Luego la idea de huir me poseyó. Había preparado ya en las inmediaciones un saco de yeso, a fin de poder cubrir cualquier rastro de sangre. Así que cogí la cabeza. El cuerpo aún se contorsionaba, observen… ¡y mientras mi mano se acercaba para aferrarla por los cabellos, me mordió!».

Al pronunciar estas palabras levantó la mano derecha, exhibiendo un profundo mordisco en el pulgar.

—¿Estás intentando decir que la cabeza de una mujer muerta te ha mordido… una cabeza ya no unida al cuerpo? ¿Por quién diablos nos has tomado? —el médico estaba furioso.

—¡Me mordió con fuerza y violencia…! ¡Pueden verlo por ustedes mismos! No me soltaba… Así que la dejé caer sobre el saco, lo empujé contra la pared con la mano libre, y tiré del pulgar prisionero con todas mis fuerzas. Luego, repentinamente, el mordisco se aflojó, y los dientes soltaron su presa. Hubiera podido volverme loco en aquel momento, pero no creo…

La expresión en el rostro de Jacquemin era indescriptible.

—De todos modos —prosiguió—, alejé mi mano; pero un extraño impulso me movió a mirar la cabeza apoyada en el saco. Estaba viva, os lo aseguro… ¡Aún estaba viva! Sus ojos estaban muy abiertos, y me miraban; los vi destellar a la luz de la vela. Y luego los labios empezaron a moverse. Afirmo con toda honestidad que ¡los labios empezaron a moverse!

¡Hablaron…! y oí la voz de Jeanne, en un susurro ronco y apenas audible, decir: «¡Cobarde! ¡Era inocente!».

No puedo pretender adivinar el efecto que aquel relato produjo sobre los presentes. En lo que a mí se refiere, sin embargo, me sentía tan trastornado que mi frente, cuello y manos estaban bañados en transpiración, y me vi obligado a secarla con un pañuelo.

—¡Esto es demasiado! ¡Es realmente demasiado esperar que alguien pueda cre… creerte! —sentenció el médico, como si estuviera a punto de sufrir un ataque de apoplejía—. ¿Así que crees que sus ojos te miraron, y declaras haber oído la voz de Mme. Jacquemin?

—Vos sois médico, señor —replicó el minero—, y como la mayor parte de los médicos, no creéis realmente en nada excepto en las píldoras, drogas y pociones… ¡y algunas veces ni siquiera en ellas creéis! Pero yo os digo que la cabeza… esa cabeza que se halla aún recostada contra el saco… ¡la cabeza me mordió violentamente, y luego pronunció las palabras que habéis oído! Es por eso por lo que me di cuenta de que había cometido un error, y he acudido corriendo a casa del alcalde. ¿Estoy diciendo la verdad, Monsieur Ledru, u os estoy mintiendo?

—Dices la verdad, Jacquemin —respondió el alcalde con una voz gentil y consoladora.

—Examinad la cabeza, doctor —ordenó el Jefe de la Policía.

—Esperad a llevarme primero a prisión —imploró Jacquemin.

—¿Crees que todavía hablará, maldito estúpido? —exclamó el doctor. Recogió la luz y se acercó al saco.

—¡Por el amor del cielo, detenedlo, Monsieur Ledru! —aulló el prisionero.

—Solo un momento, doctor —dijo el alcalde, en un tono que bloqueó instantáneamente al médico—. Ya no debemos recoger más información del acusado por el momento, así que sugiero que sea sacado de aquí y encerrado. La ley, como bien sabemos, exige que un prisionero sea enfrentado a su víctima tan solo a condición de que tenga fuerzas suficientes para hacerlo. Y parece que nuestro amigo ha rebasado ampliamente este punto.

—Pero ¿y nuestro informe? —preguntó Cousin.

—Está ya suficientemente completo…

—¡Pero el encausado debe firmarlo!

—Puede muy bien hacerlo en su celda.

—Supongo que sí —murmuró el Jefe, mientras se daba cuenta de la argumentación humanitaria del alcalde.

—Gendarme, llevad a este hombre a la prisión local —ordenó Monsieur Ledru.

—Dios os bendiga, señor alcalde; gracias, gracias —murmuró Jacquemin, con una expresión de gratitud semejante a la de un animal salvado de la muerte. Tras lo cual los gendarmes lo tomaron por los brazos, aunque fue él quien los arrastró enérgicamente hacia la escalera, en un desesperado anhelo de la luz del sol.

Con su desaparición de la bodega, la tensión pareció disolverse en la nada; sin embargo, la presencia de un cuerpo sin cabeza y de una cabeza sin cuerpo… Entonces, sintiendo también yo una cierta necesidad de luz solar, me volví hacia Ledru:

—Señores —dije— ¿puedo obtener vuestro permiso para marcharme, poniéndome a vuestra disposición para firmar el informe en cualquier momento que consideréis oportuno?

—Por supuesto. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que vengáis a mi casa a firmar el documento.

—Con grandísimo placer, señor; pero ¿cuándo deberé hacerlo?

—Dentro de una hora. Sabiendo quién sois, me sentiré feliz de hablar con vos y de teneros en mi casa. ¿Sabéis?, hubo un tiempo en que perteneció a Scarron; y estoy seguro de que en ella encontraréis muchas cosas interesantes.

Asentí educadamente, y seguí a los gendarmes escaleras arriba, lanzando una mirada tras de mí. El doctor Robert, con una luz en la mano, estaba apartando los cabellos de la frente de la cabeza decapitada. Era el rostro de una mujer joven, aún muy hermosa, por lo que se conseguía adivinar. Pero sus ojos estaban cerrados, y los labios purpúreos y contraídos.

—Qué loco —murmuraba para sí—. ¡Qué estúpido loco! ¡Pretender que una cabeza decapitada no solo muerde, sino que también habla! —Y girándose hacia el alcalde exclamó—: ¡Qué viejo zorro! ¡Está simulando locura para conseguir una sentencia más favorable!

Capítulo Cuatro

LA ANTIGUA RESIDENCIA DE SCARRON

Una hora más tarde me encontraba en casa de Monsieur Ledru, y tuve la fortuna de encontrarlo en el patio delantero.

—¡Salve! —exclamó, con su voz alegre y modulada—. Soy feliz de que hayáis venido, y realmente contento de que nos hayamos encontrado aquí fuera… veréis, quiero cambiar un par de palabras con vos antes de presentaros al resto de mis invitados. Naturalmente, os quedaréis a cenar, ¿verdad?

—Señor, no estoy ni preparado ni vestido para tal circunstancia. Espero que me perdonarais si…

—No aceptaré ninguna excusa. Lo lamento por vos, pero hoy es jueves; el jueves es mi día especial. Sabed, una vez a la semana, y solo los jueves, todos aquellos que cruzan esta entrada quedan obligados a quedarse a cenar conmigo. Después de la cena seréis libre de marcharos o prolongar vuestra visita, como prefiráis. Mientras tanto, debo ilustraros de algunos detalles útiles relativos a mis otros huéspedes.

—¿Informaciones útiles? —pregunté, un poco sorprendido.

—Sí. Mirad, la mayor parte de ellos son gente bastante extraña… no distinta de aquel curioso y divertido personaje, Fígaro. Por ello es necesario emplear un par de palabras en su presentación, sobre todo en lo que se refiere a su carácter. —Sonrió enigmáticamente—. Pero —continuó—, mientras hablamos, demos un vistazo a la casa.

—Me parece que me dijisteis que anteriormente perteneció al ilustre escritor, Scarron.

—Sí; vino a vivir aquí tras arruinar su salud. Y, naturalmente, la mujer que lo curó fue la futura esposa de Luis XVI.

—¿Madame de Maintenon?

—Ese fue su nombre luego. Cuando vivía aquí era simplemente Madame Scarron.

Habíamos subido un amplio tramo de escaleras que conducían a un largo corredor.

—¿Os gustaría ver su habitación?

—Nada podría proporcionarme un mayor placer.

—Entrad, entonces… —y Monsieur Ledru abrió la puerta de su derecha, haciéndose a un lado para dejarme entrar.

—Ahora es mi habitación —explicó—. Pero aparte de los libros esparcidos un poco por todas partes, está exactamente igual a como la dejó ella. Incluso el lecho, los muebles, los cortinajes… todo… todo era suyo.

—¿Y dónde está la habitación de Scarron?

—¡Ah! Está al otro extremo del corredor. Pero ahí debo trazar una línea. Nadie entra nunca en ella. Es la estancia prohibida, la habitación de Barbazul en esta casa.

—¡Buen Dios! —exclamé, totalmente estupefacto.

—Temo que debáis aceptarnos tal como somos. Especialmente a mí, puesto que poseo mis secretos privados exactamente igual que cualquier otro —dijo el alcalde Ledru, volviendo bruscamente a las escaleras para bajar.

Apenas llegamos a la planta baja me llevó al estudio. Como todo el resto de la casa, esta estancia tenía su personalidad. La tapicería se había descolorido de tal modo que era imposible imaginar cuál debía haber sido su color original. Entre algunos e imponentes muebles antiguos había bellísimas sillas tapizadas, y una enorme escribanía, recubierta de libros, manuales y periódicos, por no hablar de montañas de papeles y documentos del más variado aspecto. La estancia estaba vacía, puesto que los demás huéspedes estaban paseando por los jardines, de los que se disfrutaba de una visión parcial a través de tres altas y elegantes ventanas que daban vida a la espaciosa pared de la parte opuesta de la estancia.

Monsieur Ledru se dirigió directamente a la escribanía y abrió uno de sus cajones. Desde la posición en que me encontraba me pareció que estaba lleno de innumerables paquetes y paquetitos, cada uno de ellos con su etiqueta identificadora.

—Aquí hay algo infinitamente más interesante que el dormitorio de Madame de Maintenon —dijo, con una seca sonrisa—. Porque aquí está la más rara colección de reliquias que jamás podáis ver… reliquias no de santos píos, sino de reyes ilustres.

Con gran estupor, vi que cada paquetito contenía un hueso, un mechón de cabellos o de barba. Así, vi una costilla de Carlos IX, el primer hueso del dedo pulgar del pie del rey Francisco, un trozo del cráneo de Luis XIV, una costilla de Enrique II, una vértebra de la espalda de Luis XV, y pelos de la barba de Enrique IV y de Luis XIII.

Además —pero con un carácter de mayor santidad—, había un incisivo de la mandíbula de Abelardo, acompañado de otro perteneciente a Eloisa; dos dientes trágicamente vendidos que tantas veces debían haberse tocado en la furia apasionada de los besos dados por unos labios cálidos y temblorosos…

¿Cómo podía Monsieur Ledru poseer una colección tan fantástica e increíble de huesos, dientes y cabellos? Todo se explicaba, me dijo, por su cargo oficial durante la exhumación de los reyes franceses en Saint-Denis. Cuando se abrían las tumbas, él se apropiaba de aquello que caía al alcance de su mano.

Tras dejarme algunos minutos para satisfacer mi curiosidad, mi anfitrión interrumpió mi examen un tanto estupefacto diciendo:

—Creo que ya hemos pasado bastante tiempo con los muertos; ahora demos un vistazo a los vivos. —Y me llevó a una de las largas ventanas que, como he dicho, daban directamente al jardín.

—Tenéis un jardín realmente delicioso —dije, sintiéndome un poco perplejo, pero mirando con genuino placer los increíblemente bellos arriates de rosas, dalias, fucsias, claveles, y margaritas insólitamente grandes —de las cuales no recuerdo el nombre—, por no hablar de los melocotoneros y de los albaricoqueros, las parras trepadoras y cosas así.

Ledru se echó a reír y dijo rápidamente:

—Sí, lo tengo… ¡y hay momentos en los que su esplendor me hace sentir como un opulento prelado! Pero ahora ignoremos el jardín y miremos de más cerca a las personas que pasean por sus senderos…

Una tal actitud me animó, puesto que había sentido el mordisco de una insaciable curiosidad desde el momento en que había puesto el pie en el umbral de aquella casa llena de extrañezas.

—Ese viejo excéntrico, Alliette —comencé—, que evidentemente utiliza también el seudónimo de Etteilla… ¿Cuántos años tiene en realidad? Me parece que ha cumplido sobradamente los setenta y cinco que declaró en la bodega… ¿Y quién es exactamente?

—Precisamente —respondió Ledru—, con él quiero empezar. Pero, antes que nada, ¿habéis leído alguno de los macabros libros de Hoffman?

—Naturalmente. Pero ¿por qué…?

—Bueno, Alliette es un personaje salido directamente de las páginas de Hoffman. Toda su vida ha estado dedicada al estudio de lo oculto, y a la tentativa de prever el futuro mediante la correlación de las cartas y números. Todo lo que gana lo gasta en la adquisición de billetes de lotería. Todo esto porque una vez ganó un premio discreto. ¡Y, naturalmente, desde entonces no ha ganado nunca más!

—Muy interesante, aunque no muy sagaz por su parte… Pero lo que me interesa es esa inquietante cuestión relativa a su edad real contrapuesta a la evidente… ¡no tiene ningún sentido!

—Estamos llegando a ello… Pero antes dejadme que os diga que ha conocido personalmente no solo a Cagliostro, sino también al Conde de Saint Germain. Declara, como han hecho ellos, ser un iniciado y, siempre como ellos, poseer el elixir de larga vida.

»Su verdadera edad, o al menos eso dice, es doscientos setenta y cinco años. Y he aquí como lo explica. Nació bajo el reinado de Enrique II, y vivió, libre de toda enfermedad, durante cien años. Eso lo situó bajo el reinado de Luis XIV cuando, a los ojos de los profanos, pareció morir. Gracias, sin embargo, a su elixir se renovó, y completó otros tres ciclos de cincuenta años cada uno. En este momento se halla en la mitad del cuarto ciclo, lo cual significa que por una parte tiene veinticinco años y por la otra doscientos setenta y cinco. Además, declara bastante abiertamente, antes que cualquier otra cosa, que seguirá viviendo de este modo hasta el Día del Juicio. Puede que lo encontréis difícil de aceptar, me ocurre incluso a mí, pero, después de todo, parece que cosas más extrañas aún ocurren en los rincones más remotos de Asia…

—¡Buen Dios! ¡Hace un par de siglos las autoridades hubieran arrojado a Alliette a la hoguera por este tipo de declaraciones!

—Y hubieran cometido un error… Hoy se contentan con decir: «Pobre viejo loco…» y continúan equivocándose, porque, creedme, es el hombre más feliz de la tierra.

Mientras el alcalde continuaba con sus explicaciones, supe que Alliette hablaba de pocas cosas más allá de la magia y del tarot, el misterio de Thoth y los secretos de Isis. Evidentemente, publicó varios libelos sobre estos temas (bajo el seudónimo de Etteilla), que fueron distribuidos por un librero tan loco como él. Los llevaba bajo el brazo como un cesto.

Cuando miré fuera de la ventana y lo vi vagar a lo largo de los senderos del jardín, comprendí que ninguna descripción física podría ser más acertada. Llevaba un sobretodo que hubiera podido pertenecer muy bien a Matusalén. Todo el resto de sus ropas habían visto evidentemente días mejores, y tenían el característico color de la edad, los zapatos recordaban los de un monarca medieval; y el sombrero, deteriorado por el uso, tenía una forma y un estilo superados desde hacía mucho tiempo.

Como hombre era bajo y rechoncho, con un rostro inescrutable como el de la Esfinge. Su boca era ancha y fuerte; los cabellos, tirando a rubio —del color de la edad, no de la juventud—, creaban en torno a su cabeza una especie de aureola encantada.

—Está hablando con el Abate Moulle… el otro gentilhombre que os ha asistido en el desafortunado asunto de esta mañana en la bodega —dije, volviéndome hacia Ledru.

—Sí, se entienden bastante bien, considerando las diferencias del pasado.

—Supongo que a continuación tendréis algo más que decirme, relativo a Jacquemin…

—¿Realmente? ¿Por qué debería? Para vos es suficiente que antes de marcharos firméis los documentos.

—No es eso lo que quería decir. He tenido la impresión, mientras hablabais con aquel pobre minero, que os creíais realmente que una cabeza decapitada puede hablar… y que teníais algo más que decir al respecto.

El alcalde me lanzó una atenta y enigmática mirada.

—Así que tenéis la sensibilidad de todos los buenos escritores —dijo—; pero creo que también poseéis, al menos a un cierto nivel, esa rara facultad de percibir nítidamente el pasado…

Sonrió lentamente, luego continuó:

—Sí, es bastante cierto; realmente deseaba retomar la argumentación, y creo que es posible hacerlo. Pero el momento presente no es el más adecuado. Hablaremos luego de ello. En efecto, si os sentís atraído por una posibilidad tan fantástica como esta, creo que habéis ido a parar al lugar preciso… Pero estaba diciéndoos algo más acerca del viejo Moulle.

—Es un hombre insólitamente fascinante —repliqué—. El tono delicado de su voz cuando fue interrogado por la policía creó en mí una profunda impresión.

Ledru me lanzó otra mirada interrogativa.

—De nuevo habéis dado en la diana —dijo—. Moulle tiene actualmente sesenta años. ¡Es mi amigo desde hace cuarenta…! ¡Y miradlo! Es tan pulcro y atildado como Alliette es sucio y desaliñado… Es un hombre de mundo en el mejor sentido de la palabra, y todavía oficia los matrimonios de los hijos e hijas de nuestra más ilustre nobleza. Una vez por poco no fue nombrado Obispo de Clermont. ¿Y sabéis por qué no lo fue…? Porque era amigo de Cazotte; y porque, como Cazotte, creía en la realidad de los espíritus, superiores e inferiores, buenos y malos. Como Alliette, es un coleccionista de textos, y hallaréis en sus estanterías cualquier libro digno de ser leído sobre visiones y experiencias místicas, espectros, elementales y espíritus malignos. Aunque se niega a discutir sus opiniones no ortodoxas, excepto cuando se halla entre amigos muy íntimos, está firmemente convencido de que cualquier acontecimiento insólito es debido a la influencia o a la intervención de inteligencias celestiales o satánicas… Observad tan solo como escucha, silenciosamente, mientras Alliette continúa hablando. Parece que esté mirando alguna presencia extraterrenal invisible a sus compañeros, mostrando su atención tan solo con algunos movimientos ocasionales de su cabeza. Quizá caiga efectivamente en un genuino trance. Pero parece una condición bastante inocua, puesto que cuando se recupera siempre lo hace en el mejor y más cortés de los humores.

—Mirad ahora… —lo interrumpí de pronto—, ¡debe de haber localizado una de las entidades de las cuales estáis hablando! —Y señalé a una figura increíble, alta y descarnada, que parecía flotar antes que andar sobre el césped mientras se acercaba al Abate y a su amigo.

—¡Oh! Ese es otro viejo amigo mío: el Caballero Lenoir —explicó.

—¿Queréis decir el hombre que ha recolectado el material para el Museo des Petits-Agustins?

—Exactamente… Durante la Revolución escapó por poco de la guillotina a causa de sus intereses, que provocaron serias dudas por parte del gobierno. Luego la Restauración, con su previsible falta de buen juicio, le ordenó cerrar el Museo y restituir lo que contenía a los edificios y a las familias a quienes había pertenecido. Desgraciadamente, pocos de los edificios se hallaban aún en pie, y la mayor parte de las familias habían desaparecido. En la confusión resultante, la mayor parte de aquellos fascinantes fragmentos de la vieja escultura francesa, que representaban aspectos de nuestra historia nacional, fueron diseminados un poco por todas partes. Así se desvanecen las preciosas antigüedades de un país… Como le ocurre al pobre viejo Lenoir, que está muriendo lentamente de rabia por la destrucción de su colección… —Suspiró—. ¿Y quiénes pensáis que son los responsables…? ¡Las mismas personas cuyo sagrado deber es preservarlas y cuidarlas!

Hubo un breve silencio, durante el cual una sombra recorrió el rostro de Ledru.

—¿Estos gentileshombres completan el número de vuestros huéspedes de hoy? —pregunté, con una insólita sensación de que las piezas más raras aún tenían que venir.

—No del todo… falta aún por supuesto el Doctor Robert. Lo habéis conocido esta mañana. Como probablemente habréis adivinado, es un hombre que posee una afición que lo devora enteramente: la experimentación de aquello que él llama la máquina humana. La trata como un artista trata al producto de su ingenio, considerándola sin la menor noción de que el cuerpo aparentemente mecánico pueda poseer también un alma, una cosa indefinible capaz de sentir rabia y dolor, como un haz de nervios relacionado con la experimentación de estas sensaciones. Lamento tener que decir que, aún siendo un hombre muy amante de la vida, ha sido la causa de la residencia actual en el cementerio de gran parte de sus conocidos. Afortunadamente para su tranquilidad interior, no cree en los espectros.

—Pero como médico tiene que ser un hombre instruido e inteligente.

—¿Instruido? ¡Supongo que ni siquiera conoce el significado de tal palabra! En lo que se refiere a la inteligencia, piensa que su pomposo conjunto de declaraciones personales aúna la inteligencia con el ingenio, y que el ateísmo es sinónimo de filosofía. En otras palabras, es imposible frecuentar a ese hombre solo porque se desee su presencia… Se le frecuenta simplemente porque continúa incansablemente visitándonos, y es demasiado obtuso como para pensar que no es bienvenido.

—Temo que no sea él solo. ¡Conozco demasiado bien a ese tipo de personas!

El alcalde se rio tristemente y, por un momento, pareció pensativo.

—Uno se habitúa —dijo—, uno se habitúa. —Luego su rostro se iluminó—. Pero hay otro amigo que debería hallarse ya aquí —continuó— … un amigo que seguramente apreciaréis. No joven como vos, pero más joven que Alliette, el Abate y el Caballero. En la conversación puede enfrentarse a cualquiera de nosotros en su propio terreno. De hecho es una enciclopedia ambulante, una biblioteca internacional sobre dos piernas. Pero seguramente ya lo habréis conocido en París…

—¿Os referís a Paul Lacroix, conocido como el Bibliófilo Jacob?

—¡Exactamente él!

—¿Creéis que hoy no vendrá?

—Se retrasa mucho, por lo que su llegada parece más bien dudosa. Supongo que se habrá perdido en alguna librería, en busca de cualquier polvorienta editio princeps impresa en Ámsterdam en 1750, con tres errores de impresión en tres páginas determinadas… o de cualquier otra rareza del mismo tipo.

Y tosió educadamente, en una síntesis de apreciación hacia un espíritu genial, unida a la desilusión por su ausencia.

En aquel momento se abrió la puerta, y Mère Antoine apareció en el umbral, envuelta en un inmaculado delantal.

—La cena está lista y espera en la mesa, Monsieur —dijo.

—Gracias —dijo Ledru; y dirigiéndose a través de la ventana abierta a aquellos que estaban fuera—: Entrad, amigos, la cena está esperando —llamó, con una voz que resonó claramente en el silencio del atardecer.

Luego, volviéndose hacia mí, dijo:

—Falta alguien… Es otro huésped, una señora que aún no he mencionado. Probablemente estará descansando al otro extremo del bosquecillo. Hacedme un favor —añadió—: id a buscarla, decidle vuestro nombre, y persuadidla de que venga a comer algo. Querría vivir tan solo de aire; y, al fin y al cabo, es la comida lo que da vida a nuestro cuerpo.

Pensando que, después de todo, había elementos mucho más insólitos en el jardín del alcalde, seguí sus instrucciones, apreciando, mientras caminaba hacia los árboles, la excepcional fascinación y cortesía de aquel hombre al que conocía hacía poco más de cuatro horas.

Vi en seguida a la señora en cuestión. Estaba sentada sobre un monumental banco de piedra, pero su rostro y cuerpo estaban ocultos en la profunda sombra arrojada por el denso follaje de los árboles. Era en efecto casi completamente invisible, puesto que estaba vestida de negro de la cabeza a los pies.

Me acerqué lentamente; parecía totalmente ajena a mi presencia; permaneció tan inmóvil que hubiera podido ser una estatua.

Su postura indicaba gracia y nobleza; e incluso a una cierta distancia me sentí impresionado por la belleza de sus cabellos que, en un rayo luminoso que filtraba la luz del sol en su ocaso, relucían como una aureola en torno a su cabeza.

La observé en silencio durante algunos segundos; y cuanto más la miraba más tenía la impresión de no estar contemplando una mujer humana.

Quizá pueda ser perdonado si digo que cuando le hablé dudaba de que mostrara algún signo de vida. Tres veces abrí la boca, y tres veces volví a cerrarla, sin decir una palabra. Luego, finalmente, reuní el valor necesario y encontré mi voz. Dije, muy delicadamente:

—Madame…

Pareció estremecerse, se giró con un movimiento brusco, y me miró como un durmiente arrancado bruscamente de su sueño. Sus grandes ojos oscuros, que contrastaban bruscamente con el rubio de sus cabellos, se clavaron en los míos con una expresión totalmente extraña, y resultaron más hipnóticos aún que la mortal palidez de su piel. Debía rondar la treintena, y en sus tiempos debía haber sido insólitamente bella… y de hecho lo sería aún, si sus mejillas no hubieran perdido su plenitud y la tibieza del color de la vida.

—Madame —comencé—, el alcalde Ledru me ha pedido que os diga que soy el autor de Enrique III, de Christine y de Antonio, y ha sugerido que me ofrezca para acompañaros hasta el comedor…

—Perdonad si os he hecho esperar —respondió—. Sabía que estabais aquí, pero no conseguía haceros frente. Es algo que me ocurre de nuevo últimamente. Pero habéis roto el silencio, y me sentiré feliz de acompañaros.

Se alzó y apoyó graciosamente la mano sobre mi brazo. Yo me sentí estupefacto, pues parecía no tener ningún peso perceptible. Ella misma parecía más una sombra fluctuante a mi lado que una criatura humana hecha de carne y huesos. Entramos en el comedor, más o menos, sin haber intercambiado ninguna otra palabra.

Había dos lugares reservados para nosotros en la mesa elegantemente dispuesta. Uno a la derecha del alcalde para ella, y otro, exactamente enfrente, para mí.

Capítulo Cinco

EL BOFETÓN DE CARLOTA CORDAY

Como sea que todo en la casa del alcalde Ledru poseía una singular peculiaridad, la propia mesa del comedor no podía constituir una excepción. Era una enorme herradura que podría haber pertenecido al Rey Arturo y a sus caballeros. Su extremo abierto se hallaba situado frente a las ventanas que, como en el estudio, se abrían sobre el jardín. Aquello dejaba suficiente espacio para los camareros cuando servían la comida. Era lo suficientemente grande como para contener cómodamente a veinte personas; pero aquel dignatario agradablemente excéntrico la utilizaba incluso cuando cenaba solo. En aquella ocasión, puesto que éramos tan solo seis, la mayor parte permanecía desocupada, dando la inquietante impresión de que numerosos huéspedes estaban ausentes.

El menú, evidentemente, era el mismo todos los jueves: sopas de varios tipos, salsas elaboradas, asado, caza rustida con salsa verde, y una elaborada ensalada. Monsieur Ledru se sentaba siempre en el mismo sitio, dando la espalda al jardín y frente a otra serie de ventanas que daban al patio. Desde esa posición autoritaria dirigía a sus sirvientes en la distribución de numerosas botellas de un excelente viejo Burgundy. Estas fueron dispuestas adecuadamente en la mesa, y luego abiertas con toda la ceremonia de algún antiguo rito religioso. Hace dieciocho años la gente creía aún en algunas cosas, incluida la virtud de un servicio superior. Otros diez años a este mismo paso, y ya no creeremos en nada…

La cena siguió su curso habitual; todos conversaban educadamente acerca del espléndido verano, los superlativos colores de las flores del jardín, la inigualable calidad de la cocina y la exquisita fragancia del vino. Todos manifestaron un óptimo apetito… es decir, todos menos la pálida señora a la que había conducido desde el bosquecillo. Ella no comió nada excepto algunos bocados de pan, un poco de mantequilla, y un minúsculo trozo de queso, acompañado con un vaso de agua helada. Además, no pronunció una sola palabra durante todo el tiempo que permanecimos sentados a la mesa. Nada hubiera podido hacerme recordar más de cerca a la comedora de cadáveres de Noches árabes… aquella insospechada violadora de tumbas, que se sentaba a comer con las demás mujeres, pero que no comía nada excepto algunos granos de arroz apenas hervidos.

Tras la cena pasamos al estudio para tomar el café. Naturalmente, tuve que ofrecer mi brazo a aquella criatura extrañamente silenciosa. Lo tomó sin vacilar, pero siempre sin decir una sola palabra, mientras la conducía hasta un sillón en el que se dejó caer con lenta y agraciada dignidad, tan inconsistente y ultraterrena como es posible imaginar.

Dos nuevos huéspedes nos estaban aguardando: el Doctor y el Jefe de la Policía. Este último había venido para recoger las firmas para el Informe Oficial, que había sido firmado ya por Jacquemin en su celda.

Cuando llegó mi turno firmé como los demás. Pero noté que el folio estaba manchado de sangre, y pregunté cómo había ocurrido:

—¿Qué es esta mancha de sangre? ¿Es de la víctima, o procede del marido?

—Procede —dijo Cousin— de la herida del pulgar del minero. Sigue sangrando, pese a todos los esfuerzos por detener la hemorragia. —Se giró a Ledru—: ¿Podéis creerme, señor alcalde cuando os digo que el prisionero sigue insistiendo en que la mujer muerta le habló realmente?

—¿Y vos pensáis que es imposible, Doctor?

—¡Naturalmente!

—¿No creéis que por alguna razón incomprensible, aún desconocida por la ciencia, la sangre, sellada en la cabeza por el yeso sobre el cual fue depositada, pueda de algún modo haber restituido al cerebro algunos segundos de vida y emociones?

—¡No, ciertamente no!

—Bien —exclamó Ledru, con considerable énfasis—, ¡yo sí!

—Yo también —añadió Alliette.

—Estoy de acuerdo con ellos —dijo el Abate Moulle.

—También yo —hizo eco el Caballero Lenoir, con una cierta vehemencia.

Debo admitir que, por razones que al momento no pueden ser explicadas, también yo estaba plenamente de acuerdo; y lo dije.

El Jefe de la Policía y la enigmática mujer de negro fueron los únicos en la estancia que no expresaron su opinión. El primero, probablemente porque no se sentía absolutamente interesado en el asunto; y la segunda, probablemente porque la cosa le interesaba mucho más de lo que pudiera cualquiera sospechar…

—Supongo que debo estar equivocado, puesto que parece que todo el mundo está de acuerdo —murmuró Cousin—. Pero si alguno de ustedes fuera médico, entonces…

—Mi querido Cousin —interrumpió el alcalde Ledru—, sabéis perfectamente que a todos los efectos eso es exactamente lo que son.

—Entonces debéis saber muy bien que allá donde no hay sensaciones no puede existir evolución. Y faltando la columna vertebral, las sensaciones son imposibles.

—¿Y cómo conocéis esta incontrovertible verdad?

—Es la razón quien lo dice, mi buen amigo. ¡Y la razón no puede negarse!

—La razón, me temo —continuó Ledru—, a menudo es tan solo sinónimo de prejuicio… si no una definición de ignorancia. Me parece recordar que la razón fue la excusa aducida por los jueces de Galileo, cuando lo condenaron por haber dicho que es la tierra quien gira alrededor del sol. La razón, como innumerables miles de seres humanos, se ha revelado a menudo como un idiota con la cabeza vacía… Pero, doctor, ¿habéis realizado algún experimento personal con cabezas decapitadas?

—No, naturalmente —admitió rabiosamente el doctor, mostrando todos los síntomas visibles de un inminente ataque de apoplejía.

—¿Habéis leído alguna vez los estudios de Sue, o los de Summerfeld sobre este tema? ¿O el informe del doctor Oelcher?

—No, no lo he hecho.

—Así pues, ¿estáis planteando vuestras convicciones basándoos tan solo en la fuerza de las declaraciones del doctor Guillotin de que su sustituto mecánico de la horca proporciona un método veloz e indoloro de ejecución?

—Sí…

—Bien, estáis absoluta y completamente equivocado, amigo mío.

—Al contrario…

—Escuchad, doctor; puesto que dejáis entender que vuestras declaraciones se basan en la ciencia, entonces os hablaré de ciencia… especialmente, puesto que sé muy bien que todos los presentes aquí saben lo bastante de ciencia como para poder seguirme.

Una mirada de duda comenzó a sustituir la expresión ultrajada en el rostro del doctor.

—No importa —continuó Ledru—; estoy seguro de que conseguiréis comprenderme, aunque ningún otro lo consiga. Y eso es lo único que importa realmente.

Acercamos nuestros sillones, y escuchamos con atención; especialmente yo, que había efectuado algunas investigaciones personales sobre los diversos géneros e intensidades de dolor implicados en las varias especies de muerte, ya fueran voluntarias o involuntarias.

—Podéis decir lo que queráis, pero no me convenceréis nunca —gruñó el doctor, aunque parecía sentirse un poco incómodo.

—Es bastante fácil probar que la sensación, y por ello, posiblemente, la volición, no resultan enteramente destruidas en la decapitación.

—¿Y dónde están vuestras pruebas?

—¡Precisamente ahí! Antes que nada, la sede de las sensaciones, de los sentimientos, es el cerebro, ¿no?

—Eso es lo que nos han enseñado.

—¿Y estas facultades del cerebro pueden seguir siendo activas, aún cuando la circulación de la sangre a través de este complicado órgano es o débil o temporalmente suspendida?

—Es bastante plausible.

—Entonces, si el cerebro es la sede de las sensaciones y de volición, la víctima de la ejecución puede prolongar su vitalidad, aunque sea tan solo por unos pocos segundos, y conservar por ello la consciencia de estar viva.

—¿Tenéis alguna prueba?

—Haller, en sus Elementos de física, escribe: «Una cabeza decapitada abrió los ojos y pareció mirarme cuando toqué el cerebelo con la punta de un dedo».

—Pero Haller pudo haberse equivocado.

—¡Naturalmente! Pero existe otro testimonio, Weycard, que dice: «He visto los labios que se movían, tras la decapitación de la cabeza de un hombre».

—Exactamente… pero hay una cierta diferencia entre el movimiento de los labios y el sonido de una voz…

—Aún no he terminado. He aquí lo que escribe Summerfeld… y sus obras están en mis estanterías, de modo que podéis comprobar la cita: «Numerosos colegas médicos me aseguran haber visto una cabeza decapitada apretar los dientes por la agonía; y, en lo que a mí respecta, estoy convencido de que si fuese posible que el aire circulase a través de los órganos del discurso, tales cabezas hubieran hablado realmente».

Los rasgos de Monsieur Ledru estaban lívidos mientras continuaba:

—Y desgraciadamente, doctor, mi experiencia es más completa que la de Summerfeld… ¡una cabeza me habló realmente!

Una calma increíble había descendido sobre el grupo, que parecía estar unido en un temblor breve e intenso… Como si sus componentes hubieran perdido su identidad personal para sumergirse en una sola alma. La mujer pálida rompió el silencio, alzándose de su sillón para decir:

—¿Afirmáis que una cabeza sin cuerpo os ha hablado?

—Sí… y seguramente vos no me consideraréis loco.

La misteriosa criatura asintió con la cabeza, y volvió a sentarse tranquilamente.

—No nos mantengáis en la angustia —exclamó Alliette—; vamos, contad la historia con mayores detalles.

—Es una petición bastante fácil de hacer —dijo Ledru—. Pero satisfacerla es algo infinitamente más difícil, puesto que exige la revelación de secretos que jamás he revelado a ningún ser humano desde el momento en que se produjeron, hace ahora treinta y siete años. Además, me he hallado tan personalmente implicado en los hechos que dudo tener el valor de exponerlos con todos los detalles necesarios para probar mi tesis.

—¡Vamos, vamos! —dijo el Abate Moulle—. Como alcalde de Fontenay tenéis un notable autocontrol. Por lo tanto no podéis encontrar ninguna dificultad insuperable en relatar simplemente algunos hechos de vuestro remoto pasado…

—Es extraño —murmuró el alcalde, como si hablara para sí mismo—. Es muy extraño como las circunstancias parecen actuar y volver a actuar recíprocamente, y como nos toman por sorpresa… —Luego se hundió en el silencio.

—Monsieur Ledru —dije, intentando hacerlo regresar al presente—… Monsieur Ledru, como hombre de considerable educación y excepcional instrucción, y anfitrión cuyas cenas privadas son envidiadas incluso en París, creo que deberíais, aunque eso pueda provocaros algún pequeño inconveniente, intentar satisfacer la extraordinaria curiosidad que han levantado vuestras declaraciones.

—Sea… sea —suspiró el alcalde dándose cuenta de la imposibilidad de resistirse a nuestras demandas—. Contaré la historia; pero si debo detenerme unos instantes de tanto en tanto, por favor intentad comprender el esfuerzo al que me veo sometido intentando revivir el pasado…

Nos relajamos y nos acomodamos, aguardando sus palabras con toda tranquilidad, pese a una tenue corriente subterránea de anticipación. Y, naturalmente, ninguna otra estancia hubiera podido ser más apropiada para la narración de confesiones tan misteriosas. Era amplia y estaba escasamente iluminada, puesto que cortinajes enormemente pesados y ricamente recamados reducían considerablemente la luz residual de un ocaso rojo y oro. Los ángulos de la habitación estaban ya profundamente sumidos en las sombras, y la silueta de las puertas se podía entrever tan solo vagamente. No había ninguna señal de servidores trayendo velas o lámparas.

La mujer pálida permaneció en su rincón, lejana como siempre. Su vestido negro, confundiéndose con la oscuridad, se había vuelto casi invisible, de modo que tan solo podían verse sus facciones delineadas contra el fondo de una tapicería casi indistinguible.

Tras unos instantes de silencio, Monsieur Ledru comenzó:

—Mi padre era el célebre físico Comus, consultor médico de nuestros últimos reyes y reinas. Era un hombre de excepcional instrucción, profundamente versado en las teorías de Galvani y Mesmer; y fue el primero en su país en interesarse por el fenómeno de la electricidad, por una parte, y de lo sobrenatural por la otra. Dio también conferencias de matemáticas y física en la Corte de Francia.

»Yo tuve el privilegio de encontrarme con la pobre María Antonieta en muchas ocasiones; y más de una vez, siendo yo un niño, ella me tomó de la mano y me besó. En cuanto a mi padre, el emperador Enrique II, de visita a París, dijo no haber encontrado nunca a un hombre que hubiera estimulado tanto su interés…

»Sin embargo, pese a lo vastas de sus preocupaciones, Comus consiguió encontrar el tiempo para prestar personalmente atención a la educación de su familia, y nos inició tanto a mí como a mi hermano en los misterios de las ciencias, física, matemáticas, química, filosofía, y también ocultismo. En efecto, muchos de los secretos que nos enseñó, por aquel entonces poco conocidos, se han convertido ahora en conocimiento común, y son utilizados cotidianamente.

»Durante la Revolución, sin embargo, su condición oficial de Médico Consultor Real casi le costó la vida; y en el transcurso del 1793 fue encerrado en prisión. Gracias a la ayuda de amigos influyentes, consiguió obtener la libertad; y se vino a vivir como un recluso en esta misma casa, donde murió en 1807, a la edad de sesenta y seis años…

»En lo que a mí respecta, pude contar entre mis amigos a los revolucionarios Danton y Camille Desmoulins. Estaba también bastante relacionado con Marat…, pero lo conocía más como médico que como amigo. Aquello, sin embargo, fue el motivo que me decidió a presenciar la ejecución de Charlotte Corday, que, como recordaréis, fue quien lo mató mientras él se encontraba en el baño. En lo que se refiere a lo que os voy a relatar, recordad que yo era un director, testigo ocular, por lo que cada palabra que pronuncie no describe otra cosa que la exacta verdad…

»A las dos de aquella tarde me encontraba en mi privilegiada posición en un balcón cercano al patíbulo, desde donde gozaba de una óptima vista de la plaza y de las calles circundantes. Era un día insoportablemente caluroso y sofocante de julio, con un cielo pesado y un viento martilleante. A las cuatro de la tarde las nubes se abrieron, regándonos a todos y a todo por un breve período y exactamente, eso dicen, en el momento en que la prisionera era conducida de la prisión al carro de las ejecuciones. El ruido de los truenos era ensordecedor, y la lluvia caía torrencialmente. Pero nada podía atenuar la tranquila curiosidad de la enorme multitud apiñada de espectadores, cuyas voces competían un poco con el ruido ensordecedor del viento. Luego, de pronto, el violento y agitado mar de cabezas ondeó salvajemente por todas partes, con ese turbulento tipo de separación que se ve en las aguas de un río flagelado por el viento cuando una gran nave se abre majestuosamente paso hacia el mar. Aquella rápida división de la multitud era provocada por el movimiento progresivo del carro mientras avanzaba hacia el patíbulo. De pie sobre él se hallaba la orgullosa figura erguida de la condenada. Estrechamente en torno al carro se hallaba un notorio grupo de insignificantes mujeres sádicas, chillantes caricaturas de femineidad conocidas en todo París como «Las Vampiras de la Guillotina…» porque no dejaban nunca de maldecir obscenamente y de forma blasfema y de pedir aullando siempre más sangre…

»Esta fue la primera vez que puse mis ojos sobre Charlotte Corday. Para mi gran sorpresa, era una muchacha extraordinariamente hermosa de unos veinticinco años, con unos soberbios ojos, una nariz perfecta y unos labios que expresaban calor y elocuencia. Se mantenía erguida con insólita dignidad, con la piel del rostro ligeramente tensa… no tanto para dominar a la multitud como por el hecho de que se veía constreñida a aquella posición por sus brazos, estrechamente atados a su espalda.

»La lluvia había cesado; pero como había estado expuesta a ella durante la mayor parte del camino desde la prisión, sus vestidos goteaban y colgaban pegados a los graciosos contornos de su bien formado cuerpo. Llevaba ya la camisa roja que caracterizaba a las víctimas de la guillotina, pero le proporcionaba un orgullo raro y siniestro al gracioso movimiento de su enérgica cabeza. Mientras el carro se acercaba a la base del patíbulo, un rayo de sol, haciendo una corta aparición por una hendidura entre las nubes, iluminó sus espléndidos cabellos con todo el esplendor de una aureola de oro. A los ojos de la ley podía ser una asesina, pero aquella era el apoteosis de una diosa, no la ejecución de una criminal.

»Por un breve instante Charlotte lanzó una ojeada al patíbulo y palideció; casi inmediatamente recuperó su compostura. El carro se detuvo. Ella saltó inmediatamente al suelo, rechazando desdeñosamente toda ayuda mientras avanzaba hacia la plataforma, pese a lo resbaladizos que estaban los peldaños después de la reciente lluvia.

»Una mirada altiva se difundió bajo sus pálidos rasgos mientras sentía los dedos del verdugo soltarle la camisa en torno al cuello. Luego sonrió; e inesperadamente, por propia voluntad, antes de que tuviesen tiempo de atarla a aquel estremecedor mecanismo, apoyó el cuello en la depresión manchada de sangre. La hoja cayó violentamente, y su cabeza decapitada rebotó en la plataforma de madera que había inmediatamente debajo.

»Fue en aquel momento cuando un asistente del verdugo, un hombre llamado Legros, la cogió por los cabellos; y, buscando ganarse el favor de la multitud, la golpeó violentamente en la mejilla. Y os digo en verdad que, menos de un segundo más tarde, el rostro enrojeció a ojos vista… no solo la mejilla que fue golpeada, sino todo el rostro. La cabeza era aún consciente, puesto que el color se difundió uniformemente, y una expresión de rabia se extendió por sus facciones, iluminando los abiertos ojos. Era indescriptiblemente horrible.

»Todos aquellos que estaban cerca del patíbulo notaron este enrojecimiento, y reclamaron en voz alta castigo para tal acto inútil y obsceno; como consecuencia de ello, unos minutos más tarde, Legros era entregado a la gendarmería local, que lo metió en prisión.

»Sintiéndome curioso por descubrir cómo funcionaba la mente de una persona como aquella, y qué era lo que podía haberle inducido a realizar un acto al mismo tiempo tan vergonzoso y degradante, fui a su encuentro en la Prisión de l’Abbaye, donde, sin demasiada dificultad, obtuve el permiso para interrogarlo.

»—Tres meses en este maldito agujero —se lamentó mientras le hablaba—. ¡Tres hediondos meses por haber hecho algo que cualquier otro en mi caso también hubiera hecho!

»—Pero lo que no consigo comprender —declaré— es cómo alguien puede reaccionar con un odio tan perverso en unas circunstancias como estas.

»—Es fácil —respondió—. Marat era un gran hombre, un gran jefe del pueblo… quizá el más grande. Y yo era un seguidor de Marat. Y esa estúpida putilla lo golpeó mortalmente mientras estaba bañándose. ¡Tenía que vengarlo! ¿Qué razón mayor puede existir?

»—¿No llegas a comprender —insistí— que es algo vergonzoso, innecesario y degradante el insultar a un muerto que no puede defenderse?

»Ante aquellas palabras Legros se puso a reír horriblemente.

»—Así que pensáis que están muertos, ¿verdad? Pensáis que están muertos solo porque sus cabezas ensangrentadas han sido separadas del cuerpo.

»La audacia de tal pregunta me hizo poner en duda la salud mental de aquel hombre tosco e ignorante.

»—¡Buen Dios, amigo, claro que sí!

»Refunfuñó para sí, se retiró a un rincón, y me dirigió una mirada compasiva.

»—En este caso, cualquier cretino comprenderá que no habéis mirado nunca en el cesto que recoge las cabezas. ¡No las habéis visto nunca amasadas allí dentro todas juntas, haciendo girar sus ojos y chirriando los dientes durante tres o cuatro minutos después de haber sido separadas del cuerpo!

»Jadeé incrédulo mientras él proseguía. Pero había algo en su tono, en sus modales, en su propia confianza, que le daba un innegable tono de veracidad a sus palabras.

»—¿No sabéis que debemos cambiar los cestos cada tres meses? Si nadie os ha dicho el motivo, yo os lo diré: ¡es porque esas cabezas que vos llamáis muertas muerden el fondo con sus dientes! Son cabezas educadas y aristocráticas, ¿sabéis?, y se niegan a morir tranquilamente… No me sorprendería si en alguna ocasión una de ellas gritara inesperadamente: Vive le Roi…!

»Una vez satisfecha mi curiosidad, abandoné la prisión. Sin embargo, durante varios días permanecí obsesionado por un pensamiento alucinante: que las cabezas de las víctimas de la guillotina conservaban la consciencia y las sensaciones durante varios minutos… o al menos durante varios segundos… tras la decapitación…

El alcalde Ledru hizo una pausa para descansar. Se produjo un intenso silencio, en el que los presentes parecían haber perdido la facultad de realizar ni siquiera los más mínimos movimientos. Luego el Abate Moulle trajo a la estancia un soplo de vida desperezándose, suspirando y diciendo tranquilamente:

—Creo en todo lo que habéis dicho, y acepto la hipótesis.

Yo lo secundé, diciendo:

—¡Sí! He tenido conocimiento de los documentos históricos privados relativos a Charlotte Corday y a su ejecución, y no hay ni el más mínimo motivo para poner en duda cuanto ha dicho Monsieur Ledru.

Capítulo Seis

SOLANGE

Durante la disertación de Monsieur Ledru, el crepúsculo se había difuminado en la oscuridad de una noche estival. Los ocupantes del estudio tenían la oscura apariencia de sombras, y se mantenían silenciosos, intuyendo que tras aquella terrible historia había otra aún más terrorífica.

Pero tuvimos un instante de tregua; Mère Antoine entró con un sirviente, y se dedicó a encender las velas de algunos antiguos candelabros situados en varios lugares convenientes. Apenas se hubo ido, el alcalde, recuperado tras algunos pequeños sorbos de brandy, continuó su narración:

—Tras haber dejado la Prisión de l’Abbaye, estaba atravesando la Place Taranne en dirección a mi casa en la Rue de Tournon, cuando oí una voz de muchacha chillar histéricamente pidiendo ayuda. Dándome cuenta de que difícilmente podía tratarse de un caso de hurto o pillaje, porque la noche apenas había comenzado, corrí hacia la esquina de la plaza de la cual parecían provenir los gritos. Allá, a la luz de la luna, que era aún llena, vi a una mujer debatirse entre los hombres de una patrulla de policía. Apenas me vio consiguió liberarse y corrió hacia mí, reconociendo por mis ropas que mi importancia era un poco superior a la del ciudadano medio.

—¡Gracias al cielo que estáis aquí, Monsieur Albert! —exclamó—. ¡Dios mío, habéis llegado justo a tiempo! —luego, girándose a los hombres de la patrulla, dijo—: ¡Este es Monsieur Albert! Es un amigo de mi madre. Os probará que soy realmente la hija de Mère Ledieu, la lavandera. —Y mientras hablaba, la pobre muchacha, blanca de miedo y temblando de la cabeza a los pies, apretaba fuertemente mi brazo, aferrándose a mí como un náufrago al único trozo de madera que flota sobre el océano.

—Puedes seguir repitiendo que eres la hija de la lavandera hasta que te parezca. Lo que nos interesa son tus documentos de ciudadanía… y, querida hermosura, tú no los tienes… Así que ya puedes venir con nosotros a la gendarmería.

La muchacha, aterrorizada, se aferró a mi brazo con la desesperada fuerza del pánico. Comprendí cuál era el problema, y actué en consecuencia. Resultaba bastante obvio que se había dirigido a mí con el primer nombre que se le había ocurrido, así que la imité.

—¿Qué es lo que ocurre, Solange? —pregunté—. ¿Por qué quieren llevarte con ellos?

—¡Lo veis, me conoce! —gritó ella, con su voz rezumando alivio—. ¡Me conoce, señores!

—Controla mejor tu lengua, muchacha —dijo el jefe de la patrulla—. Esto es la Revolución, y debes llamarnos ciudadanos.

—Perdonad, sargento; es fácil equivocarse, puede ocurrirle a cualquiera. Entended, durante toda mi infancia mi padre ha frecuentado siempre a gente de un cierto rango, y me instruyó para ser educada con ellos. A las costumbres les cuesta morir, y hay un tipo de palabras que a menudo surgen por sí mismas… especialmente cuando una se halla asustada como yo ahora… lo lamento, de veras.

Tras aquella respuesta, no obstante el respeto con que fue pronunciada, percibí un levísimo rastro de ironía. Me pregunté quién podía ser aquella muchacha; y, naturalmente, no conseguí hallar ninguna respuesta. Lo único de lo que podía estar seguro era de que era cualquier cosa menos la hija de una lavandera.

Habiendo terminado con el sargento, se volvió hacia mí.

—¿Queréis saber por qué me quieren llevar con ellos, ciudadano Albert? —continuó—. ¡Os lo diré! Estaba llevando un encargo a un cliente, pero cuando llegué había salido. De modo que me dijeron que aguardara hasta su regreso, puesto que necesitaba el dinero para mi madre. Somos simples trabajadores, y vos sabéis bien que siempre necesitamos dinero en estos días. Antes de recibir el dinero, sin embargo, se hizo de noche. Y en mi precipitación había olvidado los documentos… Por eso me hallo en esta desagradable situación con estos gentilhombres… quiero decir estos ciudadanos. Porque cuando me pidieron mis documentos, no los llevaba encima; y ellos querían llevarme a la gendarmería. Pero vos saldréis garante de mí, ¿verdad, ciudadano Albert?

—Naturalmente, Solange.

—Todo esto está bien, amigo —dijo el sargento—. ¿Pero quién os garantiza a vos?

—¡Danton! ¿Es suficiente para vos?

—¡Naturalmente! Si Danton os reconoce, no será necesario nada más.

—En este momento —indiqué— podemos encontrarle en les Cordeliers. ¿Debemos ir allí?

—Ciertamente —exclamó el sargento, con un cierto tono de sospecha en la voz.

El celebrado Cercle des Cordeliers se hallaba en el edificio del viejo Monasterio des Cordeliers… es decir de los Padres Franciscanos… y se necesitaban apenas unos minutos para llegar hasta allí. Cuando llegamos a la puerta tomé una hoja de mi bloc de notas, escribí un par de frases en ella, y le pedí al sargento que lo llevara a Danton mientras nosotros permanecíamos en el control de la entrada.

Reapareció casi inmediatamente, seguido por el ilustre revolucionario, que obviamente se mostraba sorprendido de recibir una nota tan urgente mía especialmente en tal momento y lugar.

—¿Qué ocurre? —exclamó aquel gran hombre—. ¿Están intentando arrestarte a ti?

Miró fríamente a la patrulla.

—¿Queréis decir que no conocéis a este ciudadano —dijo—, que no habéis reconocido a uno de nuestros más importantes republicanos? ¿No sabéis que no solo es amigo mío, sino también amigo y colega de Camille Desmoulins y de muchos otros jefes importantes? ¡Salgo garante por él! ¿Es suficiente?

—Es suficiente para él —respondió el sargento, un poco impresionado, pero aún tenaz—. Pero, en lo que se refiere a la muchacha…

—¡Buen Dios, amigo, salgo garante también por ella! ¿Es suficiente ahora?

—Por completo… ¡especialmente porque hemos tenido la oportunidad de veros en persona, y de hablaros! No es tan solo un placer, sino un privilegio…

—Está bien, está bien —rio Danton—. Ahora id a seguir cumpliendo con nuestras obligaciones.

—Gracias, ciudadano. Y gracias también por la forma como combatís por los derechos del pueblo. Continuad haciéndolo así, y os seguiremos siempre.

Danton le lanzó una enigmática mirada y dijo espontáneamente:

—Estoy seguro de ello.

—¿Estrecharéis mi mano? —dijo el sargento, impresionado por su propia temeridad, pero deseoso de no perder la ocasión de acrecentar su importancia con el contacto físico con un jefe tan ilustre.

—¡Naturalmente que lo haré… aquí está! —y Danton le tendió su enorme y robusta mano.

—¡Larga vida a Danton! —gritó la patrulla, con una tal sincronía que hacía sospechar que habían bebido más de lo que consentía su profesión. Tras repetir el grito varias veces, se giraron y se alejaron calle adelante, lanzando al aire sus rojas gorras y entonando de manera más bien discordante una popular canción revolucionaria.

Quise darle las gracias a Danton por su intervención providencial, pero mis palabras fueron cubiertas por un coro de voces que procedía de la abierta puerta del vestíbulo:

—¡Danton! ¡Danton! ¡Queremos a Danton! ¡Queremos que hable!

—¡Debéis perdonarme! —dijo—. Oíd como están gritando. Saludémonos y despidámonos al mismo tiempo. —Luego añadió, con una seca sonrisa—: Será mejor que os dé la mano izquierda: por el aspecto de ese sargento, parecía infestado de pulgas.

Luego, girándose hacia la puerta, dijo con aquella increíble voz suya… una voz capaz de excitar o calmar a voluntad la furia de las muchedumbres:

—¡Ya voy, ya voy… aguardad solamente un minuto, por favor!

Y con estas palabras se alejó, dejándome solo con la muchacha más hermosa y misteriosa que jamás hubiera encontrado.

—Bueno, eso es todo, Mademoiselle —dije—. Ahora debo llevaros salva a casa; así que será mejor que me digáis dónde vivís.

—En casa de Mère Ledieu, la lavandera —dijo ella, recuperando parte de lo que debía ser su verdadero carácter.

—¿Pero dónde vive esa presunta Mère Ledieu?

—En el 24 de la Rue Ferou.

—Entonces, loado sea el número 24 —dije.

Y con aquello nos dirigimos a lo largo de la Rue Monsieur-le-Prince, y luego por algunas estrechas callejuelas laterales, a través de la Place Saint-Sulpice; y así, sin ulteriores incidentes, alcanzamos la dirección que me había dado. No intercambiamos una sola palabra durante todo el viaje; de modo que, gracias al brillo de la luna, tuve todas las oportunidades de examinar más de cerca a mi fascinante compañera de camino.

Era una deliciosa morena, de no mucho más de veinte años, con unos fascinantes ojos azules que parecían hechos para la alegría y la diversión, y la nariz y los labios más maravillosamente delineados que hubiera visto nunca. El rostro traicionaba sus orígenes aristocráticos, y esa era indudablemente la razón por la cual, pese a lo sencillo y basto de sus ropas de trabajadora, el sargento de la patrulla había puesto en duda su declaración de ser una mujer del pueblo.

Nos detuvimos junto a la puerta de entrada, mirándonos en silencio.

—Aquí es —dijo ella tras una breve pausa; luego me dirigió una provocadora sonrisa mientras añadía—: ¿Qué otra cosa puede desear mi querido Monsieur Albert, ahora que hemos llegado a casa?

—Nada, mi querida Solange, excepto deciros que no vale la pena habernos encontrado si debemos decirnos adiós tan pronto.

—Lamento realmente que penséis así… Por el contrario, yo creo que realmente ha valido la pena, puesto que de no haberos encontrado hubiera terminado en la gendarmería, donde indudablemente habrían decidido que yo no era de hecho la hija de Mère Ledieu, sino alguna aristócrata disfrazada con ropas de cordero… ¡y me hubieran cortado la cabeza!

—¿Entonces mi suposición es exacta… sois una aristócrata?

—¡Vamos, vamos! ¡Yo no he dicho que lo sea!

—De cualquier modo, si no otra cosa, decidme al menos vuestro nombre.

—Ya sabéis que me llamo Solange.

—Y vos sabéis muy bien que Solange no es vuestro nombre… que yo lo dije al azar ante las circunstancias del momento.

—Pensad como queráis. A mí me gusta, y lo adoptaré como mío… especialmente para vos.

—¿Pero qué sentido tiene mantenerlo para mí, si no tendré el placer de volver a veros?

—Yo no he dicho eso, he dicho que si volviéramos a vernos no habría ningún motivo para que conocierais mis otros nombres. Pero, puesto que yo os he llamado Albert en el énfasis del momento, exactamente como vos me habéis llamado Solange, mantengamos estos nombres. Así, si ocurre que volvamos a encontrarnos con el sargento, Dios no lo quiera —rio suavemente—, será menos probable cometer errores.

—Como deseéis, Solange —dije—. Pero lo más importante es el hecho de que vos sois una aristócrata.

—Puesto que insistís en hacer hipótesis, ¿qué puedo decir?

—¿Y por este motivo estáis siendo constantemente vigilada?

—No estoy segura, pero lo sospecho con una cierta probabilidad.

—¿Por eso estáis haciendo todo lo que podéis por ocultar vuestra residencia y vuestra identidad?

—Supongo que podríamos decirlo así. Yo vivo aquí con una mujer que se llama realmente Mère Ledieu. Su marido estaba al servicio de mi padre.

—¿Y dónde está vuestro padre?

—No quiero tener secretos con vos después de vuestra sorprendente cortesía; pero los asuntos de mi padre nunca han tenido nada que ver conmigo. Se oculta en alguna parte hasta que encuentre alguna forma de abandonar el país. Esto, creedme, es todo lo que puedo deciros.

—¿Y en lo que a vos se refiere? ¿Tenéis intención de quedaros aquí?

—No. Si es humanamente posible, espero huir con mi padre. O puedo marcharme sola, y tratar de reunirme con él luego.

—¿Y esta noche, cuando os he encontrado, estabais regresando a casa después de haber visto a vuestro padre en algún lado?

—Vuestra intuición, Monsieur Albert, es realmente fenomenal.

—¡Por eso, mi querida Solange, debéis escucharme!

—Estoy escuchándoos con todos mis sentidos.

—¿Habéis comprendido lo que ha ocurrido esta noche?

—Sí, y me ha dado una discreta idea de vuestra influencia.

—Desgraciadamente, mi influencia no es muy grande, pero tengo algunos amigos bastante bien situados.

—Sí, comprendo… ¡esta noche he conocido a uno de ellos!

—Sí, un amigo que es uno de los hombres más poderosos del momento…

—¿Y pensáis que podríais utilizar su influencia para ayudar a mi padre a huir?

—No… para ayudaros a huir a vos.

—Pero, en lo referente a mi padre… es mucho más importante que yo…

—Tengo otros medios para ayudar a vuestro padre.

Solange me apretó impulsivamente las manos y me miró ansiosamente a los ojos.

—Si consigo salvar a vuestro padre, ¿os sentiréis agradecida?

—¡Monsieur Albert, os estaré agradecida durante el resto de mis días!

Luego, con una expresión estupefacta que rozaba la incredulidad, añadió:

—¿Pero os será esto suficiente? ¿Es la única recompensa que pedís?

A estas palabras respondí con la única respuesta posible: un solitario y elocuente:

—¡Sí!

—Lo sabía, sabía que tenía razón —exclamó—. Apenas hablasteis al sargento sentí que podríais ayudarme. Y aunque no lo consigamos, tendré siempre una deuda con vos que jamás podré esperar pagaros…

—No tiene importancia —dije—. Lo importante es que volvamos a encontrarnos pronto.

—Os veré todas las veces que deseéis.

—Mañana por la noche, entonces.

—¿Dónde?

—Bueno, aquí, naturalmente. Puedo venir a vuestro apartamento.

—¡No! Eso involucraría a la pareja que me ha tomado a su cuidado.

—En este caso podéis venir vos a mi casa.

—¡Y eso terminaría por comprometeros a vos!

—¿Queréis decir que deberemos encontrarnos aquí en la calle?

—¡Sí! Podéis comprobar personalmente que es el lugar más seguro del mundo. Durante toda la media hora que hemos pasado aquí, no nos ha cruzado ningún alma viviente… ni siquiera un perro o un gato.

—De acuerdo entonces. Mientras tanto me haré prestar unos documentos por un amigo, a fin de estar seguros hasta cuando podáis huir.

—No, esto no. Si vuestro amigo fuese descubierto sería guillotinado.

—En este caso os procuraré unos documentos extendidos a nombre de Solange…

—Estupendo… ¿Os dais cuenta de que voy a estar condenada a pasar el resto de mi vida con el nombre de Solange?

Me eché a reír.

—¿A qué hora nos encontraremos? —inquirí.

—Más o menos a la misma hora a la que nos hemos encontrado casualmente hoy… Un poco antes de las diez.

—¿Digamos a las diez menos cuarto?

—¡Sí! Nos encontraremos aquí, junto al portal, unos cinco minutos antes de aquella hora; apenas os vea, bajaré a la calle.

—Está bien, hasta mañana a las nueve y cuarenta y cinco, entonces.

—Hasta mañana…

Intenté besarle la mano, pero en vez de ello me ofreció su frente.

A las nueve y media de la noche siguiente yo estaba aguardando delante de su puerta; y a las nueve y cuarenta y cinco, puntualmente, Solange la abrió, salió a la calle, y la cerró tras ella. Un instante después la tomaba de la mano.

—Intuyo que tenéis buenas noticias —dijo, sonriendo afectuosamente.

—¡Las mejores posibles! Aquí están vuestros documentos, todos a punto y oficiales.

—¿Pero y mi padre…? ¡Mi padre es antes! —exclamó, temblando por la ansiedad y la anticipación.

—Todo está arreglado para vuestro padre, siempre que esté dispuesto a seguir implícitamente mis deseos y mis instrucciones.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que debe tener confianza en mí hasta en los más pequeños detalles.

—Creo que ya la tiene.

—¿Lo habéis vuelto a ver?

—Sí, yo…

—Pero estáis corriendo un riesgo terrible.

—Parecía necesario, dadas las circunstancias. Pero Dios nos protege.

No respondí.

—Y le he dicho que me habíais salvado la vida, que poseéis altas influencias, y que estáis dispuesto a ayudarle a abandonar Francia.

—¡Bien! Ahora, si sigue mis instrucciones, podemos empezar mañana.

—¡Mañana! Es maravilloso… Pero decidme como; decidme lo que tiene que hacer.

—Antes que nada es necesario poner en claro una cosa.

—Sí… ¿Cuál?

—Vos no podréis iros con él. Debe marcharse solo.

—De acuerdo en esto… Creía que había quedado claro que aceptaremos cualquier condición.

—No tenéis que preocuparos; dentro de no mucho podré obtener un pasaporte a nombre de Solange. Entonces podréis reuniros con él.

—Pero decidme cómo lo habéis hecho… ¡Es todo tan fantástico, tan increíble!

—Ya debéis haber comprendido que tengo amistades muy influyentes.

—¡Es obvio! —y me dirigió una de sus sonrisas de niñita, ligeramente tímida.

—He acudido a visitar a uno de ellos esta mañana. Un hombre cuyo nombre debe seros bien conocido, no solo como garantía de valor, sino también de lealtad y honor.

—¿Y su nombre es…?

—Marceau…

—¡No el general Marceau!

—Ese es el hombre.

—¡Buen Dios! Si el general Marceau ha hecho una promesa, seguro que hará que se cumpla.

—Y ha hecho la promesa.

—Oh, es maravilloso… ¡No puedo daros adecuadamente las gracias! Parece un sueño… Decidme lo que ha dicho.

—Ha dicho que nos ayudará. Y de la manera más sencilla posible. Kléber, sabéis, acaba de nombrarlo general en jefe del Ejército Occidental; y mañana parte para el frente.

—¿Mañana? No vamos a tener tiempo para los preparativos…

—No hay necesidad de hacer ninguno.

—No comprendo…

—Vuestro padre debe irse con Marceau como su secretario. Cuando esté en La Vendée deberá dar su palabra de honor de no actuar nunca contra Francia. Luego, simplemente, una noche se dirigirá hacia la frontera, directo hacia Bretaña. Tras lo cual el viaje hasta Inglaterra será sencillo. Cuando se haya establecido en Londres os enviará noticias suyas. Luego arreglaré vuestro pasaporte y podréis reuniros con él.

—Así pues, mañana por la noche mi padre habrá abandonado París —murmuró Solange, casi en un éxtasis de felicidad.

—Sí. Pero hay varias cosas que es necesario hacer primero. Vuestro padre debe ser contactado para recibir las instrucciones.

—¿Esta noche? Pero se está haciendo ya tarde…

—No importa. Debéis ir a su encuentro… y aquí están vuestros documentos. —Mientras hablaba extraje tranquilamente el documento de mi bolsillo y se lo tendí. Ella lo guardó cuidadosamente en el corpiño, y me dio la mano.

Sonriéndole, eliminé rápidamente cualquier rastro de miedo que pudiera sentir diciéndole:

—No os preocupéis. Vendré con vos.

Y así llegamos a la Place Taranne, donde se detuvo ante una gran casa, no lejos del lugar en el que la había encontrado por primera vez la tarde anterior.

—Aguardad aquí —dijo, y desapareció en un umbroso y adornado zaguán, que en una ocasión había sido la entrada de un edificio pequeño pero famoso. El sonido de sus pasos cesó bruscamente; lo cual me hizo pensar que debía haberse detenido en la garita del portero. Luego todo fue silencio.

Quince minutos más tarde volvió a aparecer y susurró:

—Seguidme tranquilamente… mi padre desea conoceros.

Tomándome de la mano, me condujo a través de la puerta, y luego atravesamos un patio. La casa parecía desierta; pero caminó segura hacia una puerta semiescondida en un rincón, tomó una llave de un bolsillo de su camisola, abrió la puerta, y luego me hizo subir unas escaleras hasta alcanzar el segundo piso. Allí llamó de una forma bastante insólita, lo cual era evidentemente una señal.

La puerta fue abierta por un hombre de unos cuarenta y ocho años, vestido como un trabajador común. Pero su acento, y la elección de las palabras mientras expresaba su agradecimiento, traicionaban en él al noble. Era delgado, probablemente a causa del hambre; pero su comportamiento conservaba aún una cierta elegancia.

—Señor —dijo—, encuentro difícil de creer lo que dice mi hija. Debéis haber sido enviado directamente por la providencia. ¿Es cierto que podéis ayudarme a huir de Francia? ¿Que queréis asumir un riesgo tan enorme?

Le dije que las cosas estaban ya preparadas, y le expuse en detalle el plan de Marceau… que evidentemente estaba dispuesto a seguir sin condiciones.

—¿Pero cuándo abandonará París el general? —preguntó.

—Mañana.

—¿Entonces debo presentarme a su casa esta tarde?

—Sería lo ideal.

—Creo, papá, que es un plan muy juicioso —dijo Solange.

Se miraron durante lo que pareció un momento interminable; y la mirada entre ambos era cálida, y llena de una maravillosa compasión.

—¿Dónde vive Marceau?

—Con su hermana, en el 40 de la Rue de l’Université.

—¿Vendréis con nosotros?

—Sí, os seguiré hasta allá, y luego esperaré para volver a acompañar a vuestra hija hasta su casa.

—¿Cómo hará el general para saber quiénes somos?

—Deberéis entregarle esta escarapela tricolor. Es la señal convenida.

—¿Y cómo podré recompensaros?

—No espero ni deseo recompensa alguna. Es suficiente con que confiéis a vuestra hija a mi cuidado.

A decir la pura verdad, la luz en los ojos de aquel hombre de mediana edad, ligeramente curvado, mientras apagaba con un soplo la vela, era una recompensa más que suficiente para cualquier cosa que yo hubiera podido hacer. Se puso el sombrero, y bajamos las escaleras iluminadas por la luna llena, que resplandecía brillante a través de las altas ventanas vidriosas que horadaban las antiguas paredes.

Cuando alcanzamos la calle tomó el brazo de su hija, caminando a paso veloz y decidido, sin excitaciones, hasta que alcanzamos la Rue de l’Université. Yo los seguí a una distancia conveniente, y llegamos sanos y salvos al número 40, sin incidentes.

—Es un alivio —dije, alcanzando a mis amigos—. Ahora… ¿queréis que entre con vos, o preferís que espere fuera?

—No, no debéis comprometeros más de lo que ya os habéis comprometido. Creo que será mejor que esperéis a mi hija aquí.

Asentí, aceptando sus deseos.

Solange apretó mi mano mientras el padre decía:

—Señor, gracias de nuevo… Ruego que algún día Dios me ofrezca la oportunidad de mostraros lo profundo de mi gratitud. —Y me apretó el hombro, con una intensidad que expresaba todo aquello que las palabras no podían decir. Luego desaparecieron.

Menos de un cuarto de hora más tarde la hija reapareció.

—¿Ha ido todo bien? —pregunté.

—Sí. El general Marceau merece realmente el título de amigo vuestro. Raramente he encontrado a un hombre tan embebido de tacto y delicadeza. Se ha dado cuenta de la intensidad con que yo deseaba quedarme junto a mi padre hasta su partida, e inmediatamente ha arreglado las cosas de modo que su hermana me dejase dormir en su habitación. A las tres de la tarde de mañana estará lejos y a salvo. Y —añadió con un gesto indeciblemente tímido—, si venís a la Rue Férou mañana por la noche a las diez, os agradeceré personalmente por vuestra ayuda increíblemente desinteresada.

—Allí estaré —dije—, podéis estar segura. Pero vuestro padre, ¿no me ha mandado un mensaje?

—Solo que espera que me enviéis a reunirme con él lo más pronto posible.

—Mantendré mi palabra, Solange, apenas esté abierto el camino. —Pero, mientras repetía mi promesa, no pude hacer menos que sentir una profunda tristeza, mientras un intenso pesar martilleaba mi corazón.

—Bueno, no podréis desembarazaros de mí hasta que él esté en Inglaterra y sepamos su dirección —rio ella.

Tomé su mano para besarla; pero, como la noche anterior, me ofreció la frente, diciendo:

—Hasta mañana, entonces; volveremos a encontrarnos mañana. —Y desapareció en el interior.

Regresé a casa con el corazón alegre como no lo había sentido en años. Aquello podía ser debido a mi consciencia de haber ayudado a un ser humano… pero solo en parte; porque era también muy consciente de estar a punto de enamorarme irremediablemente y sin esperanzas. No recuerdo si me quedé despierto pensando en Solange aquella noche, o si dormí soñándola inocentemente. Pero recuerdo muy bien el agudo y prolongado éxtasis de aquel período, en el cual toda la armonía de la naturaleza y todas las energías de la vida cantaban dentro de mí, de tal modo que el propio tiempo parecía no existir, mientras que cada hora parecía una eternidad. Mi alegría era tan consistente que consigo revivirla aún hoy, incluso ahora, mientras os cuento ese pasado ya lejano…

Bien, a la noche siguiente, como habíamos establecido, yo estaba aguardando en la Rue Férou, aunque llegué con una anticipación de una buena media hora a nuestra cita… Diez minutos más tarde Solange, también impaciente, se precipitó escaleras abajo y abrió el portal:

—Todo ha ido maravillosamente —gritó—, todo mejor de lo que se podía esperar. ¡Y ahora estarán ya fuera de peligro! —Entonces, alzándose sobre la punta de los pies, me echó los brazos al cuello—. ¡Te quiero! ¡Te quiero! —murmuró—. Y te querré siempre… —confirmando inmediatamente sus palabras con la acción, tendiéndome por primera vez los labios para que los besara.

Los días siguientes fueron inigualablemente espléndidos, y no es necesario describirlos…

Cerca de dos semanas después, Solange recibió una carta de su padre, que le decía que se había establecido tranquilamente en Inglaterra. Al día siguiente, coherente con mi promesa, le obtuve un pasaporte. Pero, mientras lo tomaba de entre mis manos, aquella amable muchacha rompió en sollozos.

—¡Así pues, no me amas, después de todo! —exclamé, tristemente confuso ante un tal comportamiento inexplicable después de tanta alegría.

—Seguro —dijo ella, entre sollozos—… seguro que eres tú quien no me ama a mí. De otro modo, ¿por qué darme el pasaporte que me llevará lejos de ti?

—Te amo aún más que a mi propia vida —repliqué—; pero le di a tu padre mi solemne palabra de que te proporcionaría un pasaporte para enviarte junto a él. ¿Puedes criticarme por esto?

—Lo sé —exclamó—; pero yo te quiero. Por eso, uno de los dos tiene que tener el valor de romper su palabra. Y mientras que tú, Albert, eres lo bastante fuerte como para enviarme a Inglaterra, yo, por el contrario, soy demasiado débil como para dejarte. No puedo vivir sin ti… y espero que mi padre lo entenderá…

Y así, desde aquel momento, se quedó en París…

Capítulo Siete

ALBERT

De nuevo el alcalde Ledru hizo una pausa; y una vez más, como en la precedente ocasión, se produjo un silencio cargado de significado… como si cada huésped se sintiera aterrado ante la idea de que el dueño de la casa pudiera decidir de pronto no proseguir con su relato, privándoles así de la satisfacción de su natural curiosidad… ahora llevada hasta sus límites.

Y tal ansiedad no se reveló necesaria; porque, tras hacerme una seña para que le llenara nuevamente su copa de brandy, Monsieur Ledru suspiró profundamente, como si se hallara perdido en sus pensamientos, y luego recogió el hilo de su narración:

—Ah, pero eran tiempos terribles… tiempos en los cuales la virtud y la nobleza eran sinónimo de prisión y guillotina; tiempos en los cuales los deudores pagaban sus deudas denunciando a sus acreedores, en los cuales los criminales juzgados por la ley denunciaban a sus jueces a los Comités Revolucionarios; en los cuales aquellos que no tenían trabajo denunciaban a quienes lo tenían, y los herederos denunciaban a los padres cuya fortuna se convertiría dentro de poco en su propiedad. Era un período en el cual los maridos —o las mujeres— hallaban que la guillotina era una forma conveniente de librarse de sus cónyuges indeseados; y en el cual los niños, por razones no mejores que la pura malicia, denunciaban a sus progenitores. Solo había un crimen que no creo haber oído nunca: ¡un padre que denunciase a su propio hijo!

Pero estaba hablando de Solange, ¿no? Sí. Bien, pasaron tres meses apenas desde la noche de la cual os he hablado, y fue obvio que no iba a presentarse la ocasión de que nos separáramos. Solange insistía en vivir en la Rue Taranne, en la esquina con la plaza. De modo que alquilé un apartamento para ella con su nombre preferido, encontrándole al mismo tiempo un trabajo como ayudante en una escuela femenina.

El jueves y el domingo pasábamos siempre todo el día en nuestro apartamento, desde cuyo dormitorio podíamos ver la acera en la cual nos habíamos encontrado por primera vez. Nunca gocé de días más serenos… fueron los más felices e importantes de mi vida.

Sin embargo, pese a esta felicidad, yo no había olvidado las palabras de Legros, el ayudante del verdugo, relativas a la persistencia temporal de la consciencia tras la decapitación. Y, secretamente, había obtenido un permiso oficial para estudiar aquella posibilidad. Mis experimentos me convencieron pronto de que, tras la ejecución, la cabeza continuaba experimentando dolor, y que este superaba las descripciones más terroríficas. Desde un cierto punto de vista se podía trazar una analogía entre una cabeza sin cuerpo y un paciente al cual le han sido amputadas las piernas: el paciente sin piernas tiene aún la sensación de tenerlas, y el dolor en las piernas no existentes es paroxístico…

En este punto el doctor, que ya no conseguía controlarse y tenía el rostro amoratado por la indignación, lo interrumpió… con la típica rudeza de las personalidades egocéntricas y groseras como la suya:

—¡Nunca he oído un absurdo tan completo y absoluto! ¡No existe el más pequeño elemento que pruebe ni siquiera un fragmento de cuanto decís, alcalde Ledru!

Y mientras el furioso doctor continuaba refunfuñando como un loco, el alcalde replicó:

—Realmente, doctor, no podéis negar que la hoja de esta máquina monstruosa corta el cuello en un punto muy determinado de la columna vertebral… un punto que es extraordinariamente sensible al dolor en virtud de la concentración de nervios que contiene. ¿Estáis intentando decirme realmente que el cuello no contiene ningún nervio conectado con el busto y los miembros? Es decir, el vago y el simpático… por no hablar de la propia columna vertebral, que es el punto de partida para los nervios conectados con los miembros inferiores. ¿Estáis intentando decir que el corte o la fractura de estos últimos, o de cualquier parte de la columna vertebral, no produce el más vil y abominable dolor que un ser humano pueda nunca experimentar?

—Admito lo que decís a propósito de los centros nerviosos y de la columna vertebral —dijo el doctor—; pero, al fin y al cabo, es un dolor que dura tan solo algunos segundos.

—¡Y esto, señor, es precisamente lo que yo refuto! —exclamó Ledru, con una voz cortante como la hoja de una navaja, que expresaba su más íntima convicción—. Pues aunque el dolor durase tan solo pocos segundos, no debéis olvidar que durante ese período de sensibilidad, tanto física como mental, la personalidad consciente, es decir, todo lo que constituye el ego, está aún viva. ¡La cabeza aún oye, ve y piensa! ¡Experimenta la sensación de ser separada del cuerpo! ¿Y dónde está el hombre lo suficientemente sabio como para decir si el hecho de la breve duración de este tipo de agonía puede ser antepuesto a su terrible intensidad?

—¿Entonces queréis decir que el decreto a través del cual unos humanistas filantrópicos instituyeron la guillotina sustituyendo con ella la horca fue un error, y que el ahorcamiento comporta sufrimientos menores que la decapitación?

—¡Exactamente! Existen, mi querido doctor, como muy bien debéis saber, innumerables testimonios de casos de individuos que se han ahorcado… o han sido ahorcados… y que de un modo u otro han sido devueltos después a la vida. Los relatos personales de sus sensaciones y experiencias han quedado escritos; y una comparación de los muchos documentos de este tipo, clasificados por períodos y localizaciones geográficas, revelan reacciones casi idénticas. Todos dicen que es un poco como un repentino y revulsivo ataque apoplético… en otras palabras una pérdida casi inmediata de la consciencia, sin ningún dolor en particular, pero precedida de una serie de llamas que relampaguean ante los ojos y tienden hacia el azul, y luego una especie de negro luminoso con la llegada del síncope. ¡Vos, doctor, deberíais saberlo mejor que nadie! Y deberíais saber casi tan bien que si se ejerce una ligera presión sobre el cerebro humano, en una zona en la cual ha sido retirada una porción del cráneo, el paciente no siente ningún dolor… simplemente se adormece. El mismo tipo de cosa, podréis recordar, ocurre cuando el cerebro resulta comprimido por un aumento del flujo sanguíneo que queda aprisionado en la cabeza. Cuando un hombre es ahorcado, la sangre no puede salir de su cabeza porque, tras haber entrado en el cerebro a través de las arterias vertebrales —que, estando encerradas en la estructura ósea del cuello, no pueden ser estranguladas—, no puede regresar al corazón a causa de la compresión de las venas del cuello.

—Todo esto es perfectamente cierto —dijo el doctor Robert—; pero a mí no me interesan los ahorcamientos; me interesa la guillotina, vuestros experimentos y las cabezas que hablan.

El alcalde Ledru, con el rostro parcialmente oculto en las sombras, estaba mirando fijamente el espacio. Dejó escapar un profundo suspiro, como si no sintiese otra cosa más que disgusto por la actitud materialista de su inoportuno huésped. Sin embargo, dio pruebas de un admirable autocontrol, y continuó manteniendo el papel de anfitrión educado y cortés.

—Lo lamento, doctor —murmuró—. Debo admitir que me siento un poco inclinado a divagar esta noche… De todos modos, seguiré con mi narración, y en pocos minutos estoy seguro de que os sentiréis satisfecho…

—Las cabezas, como es obvio —es decir, cabezas separadas hacía poco tiempo del cuerpo— eran absolutamente indispensables para mis experimentos. Por este motivo no pude divulgar nunca la naturaleza de mi trabajo a Solange. Pero en aquellos días nos hallábamos en la cúspide del Terror; centenares y centenares de personas eran ajusticiadas… día tras día, semana tras semana, mientras la multitud rugía y aplaudía y gritaba con loca satisfacción. La sangre se derramaba en tal cantidad en los patíbulos que fue necesario excavar una trinchera de un metro de profundidad en torno a su base, y crear una especie de puente de acceso que permitiera alcanzar el propio patíbulo. Se dice, aunque no es cierto que sea verdad, que un día un niño resbaló del puente de madera y se ahogó en la sangre de las víctimas. Sea como fuere, fue la guillotina la que me proporcionó las cabezas para mis investigaciones…

Cuando inicié mi terrible búsqueda me sentí casi impedido por la repugnancia natural. El simple hecho de tocar aquellas cabezas me llenaba de una inexpresable compasión hacia aquellos pobres restos de una sublime humanidad. A decir verdad, me sentía constantemente preocupado por el temor de que mis experiencias pudieran prolongar sus sufrimientos a causa de algunos elementos de consciencia que pudieran quedar en aquellos a los que estaba manipulando. Puesto que ningún científico, hasta ahora, ha conseguido describir la naturaleza exacta y la fuente del principio de la consciencia… aunque algunos trabajos esotéricos de los hindúes quizá puedan proporcionarnos un indicio en este sentido. Pero reprimí mis dudas repitiéndome, de tanto en tanto, que mi trabajo era efectuado tan solo a beneficio de la humanidad; y caldeé mis esperanzas con la idea de que, si tenía éxito, casi seguro que conseguiría convencer a los legisladores de que abolieran totalmente la pena de muerte. Por eso anoté mis resultados hasta en sus más mínimos detalles, y con el transcurrir de los días mis anotaciones formaron un informe realmente consistente.

En poco más de dos meses efectué todos los experimentos posibles sobre la persistencia de las sensaciones tras la decapitación. Aún no satisfecho, sin embargo, decidí extender mis investigaciones con la ayuda de aparatos eléctricos. Gracias a las altas influencias de que podía disponer, me fue concedido el cementerio de Clamart, así como los cuerpos de todos aquellos que eran ajusticiados en la Place de la Révolution. Como todos los presentes recordaréis, cuando las autoridades expulsaron al Rey de Palacio, se aprestaron también a quitar casi inmediatamente a Dios de las Iglesias. De este modo, la pequeña capilla del cementerio se vio transformada en un laboratorio privado para mis investigaciones especiales. Allí instalé una complicada instalación eléctrica, con numerosos instrumentos conectados. Y puesto que necesitaba algo de ayuda, persuadí a mi hermano para que colaborara conmigo en las investigaciones.

Cada día, a las cinco, se desarrollaba infaliblemente una horripilante procesión. Los cuerpos eran arrojados de cualquier manera sobre un carro descubierto, y como remate a ese montón de miseria agonizante había un saco lleno de cabezas. Yo escogía algunas de ellas, y luego un número igual de cuerpos, mientras el resto era sepultado en una gran fosa común. El «material» sobrante de mis experimentos de la noche anterior era añadido a esta última carga y sepultado con ella.

Mientras tanto, en medio de todas aquellas obsesionantes preocupaciones hacia la muerte, mi amor por Solange crecía en intensidad con el pasar de cada minuto; mientras que el suyo por mí se hizo tan intenso que llegó a identificarse completamente conmigo. Varias veces estudiamos la posibilidad de casarnos, pero la idea era bastante irrealizable. Para casarnos ella debería, por varios motivos, declarar su verdadero nombre, y al mismo tiempo presentar pruebas detalladas sobre la identidad de su familia. Puesto que era una aristócrata, en otras palabras una mujer condenada, hacerlo saber equivaldría a firmar directamente su sentencia para la guillotina.

Había recibido varias cartas de su padre implorándole que abandonara Francia a la primera ocasión. Pero finalmente ella le habló de nuestro amor, y de nuestro deseo de casarnos cuando las circunstancias fueran favorables. Él aceptó la situación —a decir verdad, la esperaba—, y le dio su bendición, seguida de la advertencia de comportarse prudentemente con la autoridad.

Mientras tanto, proseguían los locos sacrificios de sangre en nombre de la Libertad, Igualdad y Fraternidad, precedidos de procesos siempre más criminales. Fue entonces cuando se produjo una parodia de justicia que hizo palidecer todo cuanto había ocurrido antes: el proceso de María Antonieta. Comenzó el 4 de octubre, y continuó a velocidad vertiginosa hasta el 14 del mismo mes, cuando compareció ante el Tribunal Revolucionario. Fue condenada el 16, a las cuatro de la madrugada; ¡y tan fanático fue el celo de sus perseguidores, que fue decapitada a las once del mismo día!

Aquella mañana recibí una nota de Solange que decía que se sentía tan alterada que no podía pasar sola el resto del día, y que tenía que verme lo antes posible. Cuando llegué a nuestro apartamento la encontré presa de una crisis histérica. Y debo admitir que yo estaba casi tan descompuesto como ella por aquel ejemplo de locura judicial. La reina había sido tan gentil, tan amable conmigo durante mi niñez, que siempre he conservado un recuerdo vivo y agradecido ante su insuperable fascinación.

Nunca olvidaré aquel terrible día. Era miércoles, y una capa de tristeza gravitaba sobre París; una extraña tristeza, recorrida por el terror de las pesadillas de la noche. Mi depresión crecía hasta el punto de que fui casi sacudido por una premonición de inminente desastre. Solange debía experimentar sensaciones análogas a las mías, puesto que continuaba llorando, de tanto en tanto, entre mis brazos. Y por alguna razón inexplicable no conseguía encontrar palabras para consolarla; era incapaz incluso de pronunciar una sola palabra.

Pasamos como de costumbre la noche juntos; pero la misma sensación fantástica de irrealidad permeaba todos nuestros pensamientos, la habitación, los cortinajes, los muebles, nuestras propias palabras. No conseguimos dormir; puesto que un perro fiel e inteligente, normalmente educado y silencioso, ladraba en el apartamento de debajo del nuestro desde primeras horas de la madrugada. A la mañana siguiente hicimos una pequeña investigación y descubrimos que el dueño de aquella pobre criatura había salido a unos negocios el día anterior, había sido arrestado por la calle, procesado y juzgado a las tres de la tarde, y ajusticiado a las cuatro. Aún hoy me estremezco pensando en todos aquellos animales indefensos, totalmente dependientes de sus dueños, acostumbrados tan solo a recibir amor, cuidados y protección… y que en un cierto momento, bruscamente, inexplicablemente, se encontraban encerrados solos por un período interminable, en una habitación, un apartamento, una casita, lloriqueando incontrolablemente por su ser amado que nunca regresaría…

Estaba pensando en cosas de este tipo cuando Solange y yo nos separamos aquella mañana, porque ella debía estar en la escuela a las nueve. Ella no quería ir aquel día, y tampoco yo me sentía feliz de dejarla. Pero quedarse en casa, aunque tan solo fuera por un día, significaba correr el riesgo de llamar una atención que podía revelarse peligrosa para los dos.

Llamé a un coche y fui con ella hasta la esquina de la Rue des Fossés-Saint-Bernard. Durante todo el viaje permanecimos el uno en brazos del otro, con nuestras lágrimas mezclándose silenciosamente mientras fundíamos nuestros labios en los desesperados besos de la angustia más profunda. Cuando bajé del carruaje recomendé al cochero que la acompañara a salvo hasta la escuela; y luego me quedé inmóvil en medio del adoquinado, saludándola mientras el viejo y bamboleante vehículo desaparecía a lo lejos.

Entonces, bruscamente, parecí volver a la vida, y me apresuré calle adelante en dirección a mi casa. Sin embargo, durante todo aquel tiempo, con una intensidad tal que parecía hacer vibrar los huesos de mi cráneo, oía la voz de Solange que me llamaba hacia el carruaje, junto a ella, como si tuviera miedo de algo. Llegué al apartamento en una condición de agotamiento extremo, y sentí casi inmediatamente el impulso irresistible de escribirle una nota, puesto que durante la mayor parte de la semana ella iba a tener que quedarse a dormir en la escuela como educadora interna.

Apenas había metido la nota en un sobre cuando recibí una suya. Tenía problemas, había sido severamente reprendida por haber llegado con retraso más de una vez tras su tiempo libre de veinticuatro horas. Evidentemente había sido sometida a interrogatorios excesivos e insólitos, y amenazada con verse privada de su siguiente día de libertad. Ella juraba sin embargo que, por las buenas o por las malas, nos veríamos el fin de semana, aunque aquello significara para ella tener que abandonar el trabajo.

Por mi parte, me hallaba poco más o menos en el mismo estado de ánimo. La perspectiva de pasar toda una semana sin verla me parecía suficiente como para llevarme casi hasta la locura. Pero había otra cosa que me preocupaba. Ella había recibido una carta que su padre le había enviado a la escuela, y parecía que había sido interceptada. Las implicaciones de aquel hecho eran muy graves, y ella se sentía extremadamente ansiosa y turbada.

Como consecuencia pasé una noche insomne, y un día aún más miserable. Cuando fui a buscar a mi hermano para ir al laboratorio no lo hallé en casa, así que proseguí solo mi camino, en una condición psicológica tan maltrecha que superaba cualquier descripción. El tiempo era horrible, y todo estaba empapado por una lluvia incesante: aquella lluvia fría y azotada por el viento que anuncia siempre la llegada del invierno. A cada paso sentía las voces de los mensajeros que anunciaban los nombres de aquellos que habían sido condenados a la guillotina aquel día. Las listas eran casi interminables, e incluían no solo a hombres y mujeres, sino también a niños del todo inocentes. Y así las hojas ensangrentadas triunfaban de nuevo, y mis pensamientos se hacían cada vez más tenebrosos…

Era el período del año en el que los días se acortan, de modo que cuando llegué a Clamart, aproximadamente a las cuatro y media, ya era el crepúsculo. El cementerio, con sus hileras interminables de nuevas tumbas y árboles descarnados y sin hojas, era desolado y deprimente. La fosa para recibir a las víctimas de aquel día ya estaba preparada. Y estaba previsto un aumento del número, puesto que la excavación abarcaba un área mayor que de costumbre.

Me acerqué automáticamente, como empujado por una fuerza invisible; y vi en seguida que el fondo estaba lleno por varios centímetros de agua, lo que me hizo pensar, con una intensidad inaudita, que aquel día los cadáveres iban a ser echados en un agua tan fría como su propia carne. Luego, en el borde mismo, mis pies resbalaron, y pareció como si tan solo gracias a la intervención de la Providencia pudiera evitar el caer en aquellas profundidades malsanas e inundadas.

Así, empapado y tembloroso, dirigí mis pasos hacia la capilla que constituía mi laboratorio de estudio. Una vez dentro me sentí impelido por alguna influencia que no puedo describir, puesto que me descubrí buscando con la mirada el punto en el cual se había hallado antes el altar, intentando descubrir si algún símbolo de la cristiandad había sido dejado por olvido en aquel lugar santo. Pero las paredes habían sido despojadas de todo ornamento, repintadas, y ahora estaban manchadas de suciedad, de tal modo que era bastante difícil darse cuenta de que hubiera existido alguna vez un altar en aquel edificio. Sin embargo, había un símbolo, un símbolo negativo, puesto que, allá donde en una ocasión había oficiado un sacerdote pronunciando palabras de vida eterna, yacía ahora un cráneo completamente despojado de carne y de cabellos, símbolo de la violencia, locura y destrucción de las clases dominantes… es decir, la potencia de la Muerte.

Encendí las dos velas de un par de candelabros, pues esas eran las únicas luces de que disponía para trabajar, y las coloqué sobre mi banco de trabajo, que era una mesa grande y tosca, cubierta no tan solo por un insólito surtido de instrumentos quirúrgicos, sino también de instrumentos aún más insólitos de varios tipos inventados por mí. Mientras me sentaba, no pude evitar pensar en la pobre y triste María Antonieta, que había sido tan gentil conmigo cuando yo era un muchachito, y que apenas el día anterior había subido al patíbulo hacia la obscena profanación y el abuso indecente de una multitud iletrada e imbécil extraída de los más miserables suburbios de París.

Me hallaba tan inmerso en aquellos lúgubres pensamientos que casi no me daba cuenta del viento que se había desencadenado en el exterior, de su furioso rugir mientras sacudía las ramas de los vetustos árboles que circundaban la capilla, o del monótono batir de la lluvia que golpeaba la alta hierba y las flores que brotaban por todas partes. No me daba cuenta de nada, hasta que fui atraído de nuevo al presente por un prolongado retumbar que se alzaba de la tierra en vez de descender de los cielos. Era el desagradable e inconfundible retumbar de la carreta roja procedente de la guillotina para depositar su carga de cadáveres en el cementerio de Clamart.

La pequeña puerta de la capilla se abrió y entraron dos hombres de aspecto repelente, empapados por la lluvia hasta los huesos. Llevaban un saco con ellos. Uno de los dos era Legros, el asistente a las ejecuciones que ya he citado; el otro era un sepulturero.

—He aquí vuestra carga de hoy, señor —gritó Legros, dejando caer el saco al suelo de piedra, mientras añadía rápidamente—: Esta vez podéis quedaros con todas si queréis, porque con este tiempo no se va a sepultar a nadie… ¡mañana quizá, si mejora el tiempo!

Luego, con los labios curvándose de pronto en una distorsionada sonrisa, estallaron en risas cínicas mientras salían cerrando tras ellos la puerta. Todo aquello se produjo tan violenta y descuidadamente que la puerta no se cerró del todo; y, con el viento que soplaba más intenso que nunca, la puerta empezó a golpear abriéndose y cerrándose, sonando contra la jamba solo para volver a abrirse ruidosamente otra vez. Las llamas de las velas oscilaban peligrosamente en el aire mientras me alzaba para cerrarla. Observé que los dos hombres se habían marchado a caballo, dejando tras de sí el carro, aún lleno de cadáveres.

En aquellos breves segundos me vi inundado por una tal oleada de pánico que solo con la máxima dificultad conseguí evitar el correr tras ellos para pedirles que me llevaran consigo. Estaba temblando de la cabeza a los pies; mi frente estaba empapada por el gélido sudor del miedo; mi cabeza parecía recorrida por las más extrañas sensaciones; y mis pies parecían literalmente pegados al suelo.

Con un cierto esfuerzo cerré del todo la puerta, colocando en su sitio el pasador. Fue precisamente entonces cuando me pareció oír una voz débil y lejana, extremadamente triste, que pronunciaba mi nombre. Pero no venía de fuera; venía del interior de la capilla. De aquello estaba seguro.

Me estremecí presa de un absoluto terror. Porque, si bien digo que era mi nombre, no era mi verdadero nombre; era un nombre conocido solo por mí y por otra persona. Intenté mirar a lo largo de las paredes y en los rincones; pero, por pequeño que fuera el lugar, mis velas no eran lo bastante fuertes como para iluminar más allá de las inmediaciones de la mesa. Como máximo tan solo podían lanzar vagas y temblorosas sombras sobre porciones aisladas de las paredes, y provocar relumbrones en los ángulos, que aún los hacían más impenetrables. Entonces me di cuenta del saco depositado sobre el suelo, allá donde lo había dejado Legros, con su superficie manchada de sangre, traicionando claramente la naturaleza de su contenido.

En aquel preciso instante oí de nuevo la misma débil voz; más débil, y quizá más quejumbrosa que antes, pronunciando una única palabra:

—¡Albert!

Retrocedí de un salto, helado de horror, ¡porque la voz parecía provenir del saco!

No conseguía creer a mis oídos; y entonces empecé a preguntarme si soñaba o estaba despierto. Todo adquirió el aspecto de una espantosa pesadilla, y me descubrí caminando, lentamente, con una tensión dolorosa en todos los músculos, hacia el saco. Llegué junto a él, lo abrí, y sabiendo apenas lo que estaba haciendo, metí dentro el brazo derecho. Las palabras no pueden describir mis sensaciones durante los siguientes momentos, porque mi mano no había conseguido todavía aferrar una cabeza cuando sentí mis dedos oprimidos por unos labios que conservaban aún algo del calor de la vida.

La única forma en que puedo expresar todo aquello es decir que experimenté un tal ataque de terror, que la propia intensidad de mi miedo me devolvió de algún modo algo de valor. Alejé mis dedos de los labios, tomé aquella cabeza por los cabellos y, regresando a mi silla, la deposité sobre la mesa frente a mí.

Mientras la miraba permanecí inmóvil y petrificado. Los labios parecían aún cálidos y vivos, los ojos semiabiertos, la cabeza… ¡la cabeza era la de Solange!

Pensé enloquecer, y recuerdo haber gritado varias veces: «¡Solange! ¡Solange! ¡Solange!». Entonces los ojos se desorbitaron y, mirándome fijamente, parecieron iluminarse por una fracción infinitesimal de segundo, mientras dos gruesas lágrimas surcaban lentamente sus mejillas. Luego se cerraron de nuevo, para no volver a abrirse nunca más en esta vida.

Yo me alcé de la silla con el loco frenesí de un terrible sueño, y en mi prisa y precipitación volqué la mesa. Las velas cayeron al suelo, pero siguieron ardiendo mientras la cabeza rodaba sobre el pavimento y parecía dirigirse hacia mí. Yo también caí, y mientras yacía allí tendido me pareció que la cabeza se me acercaba. Esto era posible, porque el suelo era muy desigual e inclinado. Cuando la cabeza me alcanzó, sus labios tocaron los míos, y un sudor gélido como agua helada me recorrió todo el cuerpo. Recuerdo haber gritado a voz en cuello, y después debí perder el sentido, porque fui hallado por los sepultureros a las seis de la mañana siguiente, y dijeron que cuando me encontraron estaba tan frío como las piedras sobre las que yacía.

Mucho tiempo después descubrí lo que había sucedido… Solange, traicionada por la carta que su padre le había enviado tan estúpidamente a la escuela, había sido arrestada, condenada y ajusticiada en un solo día…

Así que veis, amigos míos, que yo puedo creer a Jacquemin, puesto que la cabeza que me habló, los ojos que me miraron y los labios que me besaron, ¡eran la cabeza, los labios y los ojos de una Solange decapitada!

—Podéis recordar, Lenoir —terminó el alcalde, mientras se giraba hacia el Caballero—, que precisamente a partir de aquel momento sufrí aquella larga y seria enfermedad que me alejó de la vida…

El Caballero, emocionado por el recuerdo, asintió en una silenciosa confirmación.

Capítulo Ocho

EL GATO NEGRO Y OTROS HORRORES

El efecto de la historia del alcalde sobre su público fue profundo, aplastante. En la inmovilidad y el silencio que siguió hubiera podido oírse el volar de una mosca. Nadie en la estancia —ni siquiera el insensible doctor— era capaz de añadir una sola palabra, de compasión, ruego o escepticismo.

La mujer pálida hizo una débil tentativa de alzarse; pero, considerando el esfuerzo demasiado intenso para ella, volvió a dejarse caer sobre los almohadones con un suspiro melancólico. El Jefe de la Policía permaneció sin hablar. Alliette y el abate Moulle se mostraban más relajados que el resto de nosotros, encontrando obviamente la narración mucho más creíble. En lo que a mí se refiere, me sentía tan profundamente conmovido y fascinado por la historia que se me había quedado impresa instantánea e indeleblemente en la memoria hasta en sus más pequeños detalles.

El abate fue el primero en romper el intolerable silencio; y sus palabras, creo, resumían los sentimientos generales de la mayor parte de los presentes.

—Creo en todo lo que acabáis de contar, mi querido Ledru —dijo tranquilamente—; pero quizá pudierais explicar los hechos, admitiendo que pueda utilizarse un término de esta clase para ese tipo de investigación científica.

—No he hecho ninguna tentativa de explicar los hechos —replicó el alcalde—. Todo lo que he hecho ha sido describirlos.

—Pero yo insisto en que los expliquéis —interrumpió el doctor—; porque después de todo, aunque una cabeza separada del cuerpo conserve realmente una breve persistencia de vida y sensaciones, ¡no podéis declarar plausiblemente que después de dos horas se halle en grado de hablar, ver y sentir como cualquier ser vivo!

—Mi querido doctor —dijo Ledru—, si hubiera estado en condiciones de explicarlo a mi propia satisfacción, difícilmente hubiera sufrido una enfermedad tan devastadora como resultado de mi experiencia.

—Ciertamente, doctor —exclamó el Caballero—, estáis resultando bastante ofensivo sobre esto. ¿Por qué no intentáis explicarlo vos? Al fin y al cabo, no pensaréis que el alcalde Ledru nos haya contado una historia inventada sobre la marcha. Y además, su consecuente y prolongada enfermedad refuerza su relato.

—¡Expliquemos entonces mejor los arcanos! Soy médico, ¿sabéis?, no psicólogo. Pero quiero decir esto: todo puede explicarse en base a alucinaciones… nuestro amigo que tan solo ha creído haber visto y oído ciertas cosas. El momento, las circunstancias, el lugar y el cansancio… todo esto se ha unido para producir los efectos descritos. No estoy diciendo que Monsieur Ledru sea un mentiroso; pero si sufrió alucinaciones, cosa de la que no tengo la menor duda, entonces es exactamente como si hubiera vivido, oído y percibido realmente las cosas que ha imaginado. En algunos casos la acción mental resulta confundida y transmite falsas impresiones. En estas condiciones un hombre ve y oye solo aquello que cree ver y oír.

»Imaginad simplemente el frío, el viento, la lluvia, la oscuridad de la noche, la naturaleza de su trabajo, la atmósfera general de muerte y de sangre… todas estas cosas produjeron sus reacciones sobre el sistema nervioso del alcalde, a causa de su temperamento. El resultado fue la alucinación, es decir una locura breve e intensa pero momentánea, en la cual la víctima ve, oye y percibe cosas que no existen. Lo desafortunado es que después de su recuperación sigue considerando su experiencia concreta, real…

—¿Pero por qué ha permanecido convencido de ello durante muchos años, y continúa hallando pruebas para la realidad de tales episodios? —sugirió el abate Moulle.

—En ese caso se entra en la categoría de la locura progresiva; y normalmente tales pacientes entran en el manicomio, se encierran en sí mismos, y mueren de agotamiento nervioso…

—¿Parece pues que habéis tratado varios casos de tal tipo de enfermedad, doctor?

—No… pero he conocido otros médicos que sí lo han hecho. Uno de ellos era un inglés que acompañó a Sir Walter Scott durante su visita a Francia.

—¿Y qué tipo de experiencia trató?

—Algo muy similar a cuanto acaba de contarnos Monsieur Ledru… y, según él mismo, algo quizá todavía más insólito…

—¿Y explicaría también ese caso como debido enteramente a alguna forma de desorden psicológico, y a alguna desorganización del sistema nervioso?

—¡Naturalmente!

—Bueno —continuó el abate con su voz tranquila y desapasionada—, quizás podáis decirnos algo acerca de estos hechos que os contó el médico inglés. Podría arrojar algo de luz sobre nuestros problemas…

—Seguro que arrojarán algo de luz sobre vuestros problemas. Las frías e imparciales leyes de la ciencia pueden arrojar algo de luz sobre cualquier cosa.

—¡Oh, vamos, doctor! Contadnos vuestra historia —exclamó el Caballero.

—Está bien, como queráis. La historia se refiere a un médico llamado Sympson, uno de los amigos más íntimos de Sir Walter Scott. Se hallaba entre los miembros más ilustres de su profesión en Edimburgo por aquellos tiempos, y tenía un amigo que era juez muy eminente en las Cortes Criminales. Pero cuando Sympson me contó los hechos referidos a aquel hombre, creyó que era más prudente no comunicarme el nombre del gentilhombre en cuestión.

Hubo al parecer un período en el cual dicho juez estuvo visiblemente enfermo, estaba en efecto empeorando, como decía todo el mundo. Su familia consultó a Sympson, el cual lo examinó profundamente; pero no había motivos físicos ni orgánicos que justificaran una tal condición. La salud física de aquel hombre era perfecta. De modo que, en numerosas ocasiones, el amigo de Sir Walter lo interrogó a fondo. Todo lo que recibió, sin embargo, fueron las respuestas más evasivas, que señalaban claramente la existencia de algún secreto que el paciente estaba ansioso por esconder.

A la larga, el esfuerzo por mantener el silencio fue demasiado para él, y cedió a las preguntas del doctor Sympson, describiéndole su situación con una triste sonrisa de disculpa.

—Estoy enfermo —dijo—. Pero mi problema, amigo mío, no puede curarse por vuestros métodos, porque está focalizado enteramente en mi mente; es decir, en mi imaginación…

—¿Qué queréis decir con estas palabras?

—Simplemente, que estoy enloqueciendo lentamente.

—¡Enloqueciendo! ¡Buen Dios, amigo mío! ¿Y cuáles son vuestros síntomas? Vuestros ojos son normales, vuestra voz es tranquila y controlada, el pulso normal, y las reacciones nerviosas excelentes…

—Lo cual es precisamente lo que hace más seria mi condición, doctor. El hecho de que desde todos los puntos de vista soy normal… siendo así perfectamente capaz de enjuiciar las terribles implicaciones de mis síntomas.

—Bien, entonces decidme qué es lo que os ocasiona vuestra imaginación.

Una luz nerviosa atravesó los ojos del juez, y su voz se redujo a un susurro.

—Cerrad la puerta, doctor, y corred el pestillo para que nadie pueda venir a molestarnos.

Sympson hizo aquello que se le pedía, y se sentó junto a su paciente, el cual continuó hablando en un susurro apenas audible, tan intenso era su miedo:

—¿Recordáis el último proceso criminal en el cual pronuncié sentencia?

—Sí… fue un caso particularmente desagradable de hurto, y condenasteis al reo a la horca.

—Exacto. Pero lo que no sabéis es esto: exactamente mientras estaba pronunciando la sentencia, pareció como si un rayo brillante, estrecho y punteado de asaeteantes llamas, surgiera de los ojos de aquel hombre hacia los míos; y en aquel momento agitó un puño hacia mí. No le presté mucha atención, atribuyendo la ilusión al cansancio. Pero poco tiempo después de la ejecución el verdugo vino a mi casa, insistiendo en que deseaba verme. Se disculpó por su presunción, pero me dijo que las circunstancias lo requerían. Evidentemente, el criminal había muerto mientras pronunciaba alguna especie de anatema contra mí, declarando que a las seis del día siguiente, es decir a la hora precisa en que había muerto, tendría ulteriores noticias suyas.

»Al primer momento atribuí todo aquello a una especie de complot preparado por sus desconocidos cómplices; de modo que, poco antes de la hora fijada, me encerré en mi estudio con un par de pistolas cargadas sobre la escribanía.

»Me reí de mí mismo por haber tomado aquellas precauciones, porque, como bien sabéis, tales aprensiones son totalmente ajenas a mi naturaleza. Sin embargo, durante toda aquella tarde, mis pensamientos estuvieron centrados en aquel extraño rayo que resplandecía a través de la sala del tribunal desde los ojos del condenado hasta los míos.

»Sin embargo, cuando a las seis el péndulo terminó de dar la última hora, no ocurrió nada… nada, hay que decir, excepto un fuerte ronroneo, cuya causa no conseguí descubrir inmediatamente. Tras una cuidadosa investigación, sin embargo, encontré un enorme gatazo negro cómodamente sentado sobre una gran silla de mimbre junto a la chimenea.

»¿Cómo había entrado aquella criatura en la estancia? Parecía algo imposible, dado que las ventanas habían permanecido cerradas durante varios días, y hacía poco había cerrado personalmente la puerta con llave. Nadie en aquella casa teníamos un gato. La única solución, parecía, era que se había introducido por la puerta principal o por la de servicio, en el momento oportuno, y se había escondido en mi estudio bastante tiempo antes de que yo entrara en él.

»No habiendo comido nada desde el mediodía, llamé a mi mayordomo y le hice entrar, lamentándome inmediatamente por la presencia en mi silla de aquel gatazo negro. Pero cuando miramos, y aunque examinamos todos los rincones de la estancia —la puerta había permanecido cerrada—, se había desvanecido…

»Calmándome de nuevo, no presté mayor atención a la cosa, y acudí a cenar. La velada transcurrió bastante apaciblemente, y disfruté de una noche de sueño apacible y restaurador. El día siguiente transcurrió del mismo modo, y a las seis me hallé de nuevo en mi estudio. Instantáneamente, al último golpe del péndulo, oí el mismo rumor de ronroneo detrás mío; y girándome, ¡vi al mismo gato en el suelo, en medio de la estancia!

»Dio un salto y aterrizó con decisión sobre mis rodillas, acomodándose, cosa bastante curiosa, como el mejor de los gatitos domésticos. Pero había algo tan siniestro y amenazador en aquella bestezuela que me produjo una desagradable sensación que jamás antes había experimentado. Por ello, lo hice bajar al suelo. Pero aún no había alcanzado el pavimento que había vuelto a saltar. Lo rechacé por la fuerza, cada vez. Pero cada vez también regresaba a instalarse sobre mis rodillas, siempre con invariable presteza.

»Comenzando a preocuparme, me alcé de la silla y comencé a pasear nerviosamente por la estancia; y el gato me seguía, imitándome, paso tras paso. Un poco asustado por su presencia y su extraño comportamiento, llamé al mayordomo como la tarde anterior. Pero apenas entró el gato corrió bajo la silla junto a la chimenea… ¡y desapareció completamente!

»Más tarde aquel mismo día fui a visitar a unos amigos; y regresando a casa muy tarde hallé todas las luces ya apagadas; entré lentamente, subiendo en silencio las escaleras para evitar golpear contra algo. Luego, mientras avanzaba de la misma forma a lo largo del corredor, oí al mayordomo hablando con la camarera de mi mujer. Al oír citar mi nombre, me detuve para escuchar lo que estaban diciendo.

»El mayordomo estaba contándole todos los detalles del día anterior y de aquella misma tarde; terminó diciendo con gran énfasis:

»—Claro que no hay dudas. El patrón se está volviendo loco. No había ningún gato en aquella estancia, ni negro ni de ningún otro color. Está sufriendo alucinaciones, te lo digo yo… ¡algo le está golpeando el cerebro!

»El impacto de aquellas palabras me aterró más de lo que soy capaz de expresar. Aquello que había visto era real, o bien no lo era. Si lo era, entonces era víctima de algún fenómeno sobrenatural; de una persecución, si queréis llamarlo así. Si no era nada, entonces, como acababa de decir mi mayordomo, me hallaba en los umbrales de la locura… ¡Podéis imaginar así con qué miedo y agitación aguardé a las seis del día siguiente!

»Aquella tarde encontré razones para retener conmigo en la estancia a aquel hombre, sugiriéndole que me ayudara a compilar algunos documentos y despachar la correspondencia. Así, a las seis estaba aún allí. Como siempre, oí de pronto el rumor del ronroneo, pero esta vez el gato estaba sentado en el pavimento, a la izquierda, junto a mi pie.

»Aguardé en silencio por un cierto período, esperando a que el mayordomo viese aquella criatura e hiciese alguna observación al respecto; pero él continuó con su trabajo sin notar aparentemente nada fuera de lo ordinario. Por ello le pedí que hiciera algo que lo obligara a atravesar la estancia directamente hacia mí, obligándole a detenerse casi directamente en el punto donde estaba parado el animal.

»Hizo aquello que le había pedido; pero cuando su pie estaba por tropezar contra el gato, este último saltó con decisión sobre mis rodillas. John —así se llamaba el mayordomo—, no tenía evidentemente la más mínima idea de su existencia. Un sudor gélido recorrió todo mi cuerpo; corazón empezó a latir furiosamente; y una vez más oí hombre decir: “Está sufriendo alucinaciones, te lo digo yo… ¡algo le está golpeando el cerebro!”.

»—John —dije—, ¿no has notado lo que tengo sobre las rodillas?

»Me lanzó una mirada llena de curiosidad, y dijo:

»—Sí señor, tenéis un gato sobre las rodillas.

»Empecé a respirar de nuevo libremente; y, tomando al gato con ambas manos, se lo tendí y le pedí que lo llevara fuera de la estancia.

»Él aceptó cortésmente. Yo le abrí la puerta, volviendo a cerrarla apenas hubo salido. Luego, con un cierto temor, examiné todos los rincones de la estancia con la máxima atención, levantando incluso los cortinajes y mirando bajo los muebles. No descubriendo ningún signo del animal, bajé las escaleras para preguntarle a John qué había hecho con él. Pero, cuando pasaba delante de la puerta de la habitación de mi mujer, fui bloqueado por el rumor de una fortísima risa femenina. Inclinándome hacia la puerta, oí la voz de John decirle a una de las camareras:

»—Querida, el patrón no solo está enloqueciendo, sino que ya está fuera de sí. Ve siempre a un enorme gato negro que dice que se encuentra en su estudio. ¡Pero puedo asegurarte de que hay tantos gatos como tú estás en el castillo de Conway! Esta tarde, por ejemplo, me ha preguntado si yo lo veía sobre sus rodillas.

»—¿Y qué le has respondido? —preguntó la camarera.

»—Oh, naturalmente, le he respondido que sí lo veía. Al fin y al cabo, no se le puede decir al patrón que es un mentiroso… Entonces él ha hecho el gesto de levantarlo de sus rodillas y tendérmelo, pidiéndome que lo saque de su estudio.

»—¿Y tú qué has hecho?

»—He actuado como si lo tomara, ¡y he salido por la puerta llevando entre las manos una brazada de aire invisible!

»Hubo otra risotada vulgar, esta vez proveniente de ambos, tras lo cual John añadió:

»—Puesto que me paga lo suficientemente bien como para ver un gato negro, ¡por un aumento de sueldo estaría dispuesto a ver incluso dos!

»Me sentí tan mal que no conseguí escuchar una palabra más de sus denigraciones, y me dirigí inmediatamente a la cama.

»A la tarde siguiente mi horrible compañero reapareció, exactamente a la última campanada de las seis; pero esta vez me acompañó hasta el dormitorio, y no se marchó hasta el amanecer. Para decirlo en pocas palabras, el mismo proceso se repitió cada tarde durante los meses sucesivos; y como ya me estaba habituando a ello, no volví a hablarle del asunto a John.

»El trigésimo día después de la ejecución del criminal, sin embargo, el animal dejó de aparecer, y me sentí tan aliviado de mi terror que la alegría no me permitió dormir. Durante todo el día siguiente me sentí impaciente ante la llegada de las seis, estando más ansioso por descubrir si la infestación había terminado realmente. Desde las cinco no creo que mis ojos abandonaran el reloj durante más de un par de segundos. Conseguía casi ver la manecilla de los minutos avanzar lentamente en su recorrido. Luego finalmente, sonó la hora, ¡y no hubo ningún gato!

»Pero, mientras la última campanada estaba disolviéndose en el silencio, se abrió la puerta de la estancia y entró un alguacil del Tribunal, vestido como si estuviera al servicio del gobernador de Irlanda, o de uno de los altos comisarios de la Iglesia; con gran ceremonia, con la espada al costado y mucha pompa, me hizo un guiño como el espectro de Beau Nash, y luego se inmovilizó rígidamente.

»Lo primero que me vino a la mente fue que algún oficial de alto rango me enviaba una comunicación privada de notable importancia, y adelanté una mano en señal de bienvenida hacia aquel ignoto mensajero. Podéis imaginar mi sorpresa cuando él me ignoró, pasó por mi lado, y se inmovilizó detrás de mi asiento; posición de la cual no se movió por algunos instantes. No necesitaba girarme para verlo, porque tenía frente a mí un gran espejo en el cual se reflejaba con notable nitidez.

»Tras permanecer en tal situación durante algunos segundos, me alcé y atravesé la estancia… y el hombre me siguió, siempre silencioso, a algunos pasos de distancia. Hice sonar la campanilla para llamar al mayordomo. Pero resultó bastante evidente, cuando entró, que no veía al alguacil, como tampoco había visto al gato. Dándole algunas instrucciones menores, lo despedí, quedándome solo con mi visitante espectral.

»Habiéndome habituado al gato, me sentía menos impresionado por la presencia de aquel hombre de lo que hubiera estado en otras circunstancias. Así, a las diez, me fui a la cama sin hablar a nadie de él, pese al hecho de que me seguía a todas partes.

»Apenas estuve entre las sábanas él se arrellanó cómodamente en el sillón frente a la cama. Su rostro era blanco y desprovisto de expresión, y sus ojos eran fijos. Hallando este hecho desconcertante, por decir algo, aparté mi mirada de él; pero me resultó casi imposible dormir. Abrí los ojos varias veces durante las horas de oscuridad —período en el cual mantenía siempre una pequeña vela encendida en la mesilla de noche—, y siempre estaba allí, mirándome fijamente, y obviamente estaba mucho más despierto de lo que pudiera estarlo yo.

»Más tarde, notando las primeras luces del amanecer que penetraban por la ligera fisura que dividía los cortinajes, me giré de nuevo para mirar a mi indeseado huésped. Pero se había desvanecido. El asiento estaba vacío; no había ninguna huella de forma humana sobre sus almohadones. Podría añadir que la cosa no me preocupó excesivamente hasta la tarde siguiente, cuando tenía una importante recepción de estado en casa del Lord alto comisario.

»Con la excusa de preparar mis ropas de ceremonia, llamé a John a mi dormitorio a las seis menos diez, y le pedí que cerrara con llave la puerta para evitar interrupciones. A las seis en punto, mientras John se hallaba aún atareado con mi guardarropa, la puerta se abrió y entró el alguacil. Fue entonces cuando noté por primera vez, que su rostro y sus modales eran extremadamente parecidos a los míos, con la excepción de que sus rasgos eran extraordinariamente pálidos, casi cadavéricos. Manteniendo un firme control sobre mí mismo, me dirigí a la puerta y comprobé que seguía cerrada con llave, haciendo imposible que nadie pudiera entrar del exterior. Y cuando me giré el recién llegado estaba de pie junto a mi silla preferida, exactamente igual a como lo había hecho en el estudio la tarde anterior. John, mientras tanto, se estaba moviendo por la estancia, disponiendo en orden todas mis ropas sobre la cama. Resultaba evidente que la presencia de aquel extraño hombre le resultaba tan ignorada como la presencia del gato.

»Comencé a vestirme, y el proceso fue acompañado por la más extraña serie de hechos. Con la más increíble frialdad, mi visitante espectral —que no por ello parecía menos sólido que un ser de carne y hueso— comenzó a ayudar al mayordomo a vestirme. Cuando estuvimos listos, el alguacil, en vez de seguirme, me precedió a través de la puerta…

»Ocupó su puesto con nosotros en el coche, junto al conductor.

»Cuando nos detuvimos junto a la casa del Lord alto comisario, John acudió a abrirme la puerta del coche. Mientras tanto la figura espectral saltó a tierra y se situó detrás de él, aguardando a que yo descendiera. Apenas lo hube hecho se colocó delante de mí, mezclándose con la gente que ya ocupaba la entrada… pero volviéndose de tanto en tanto para asegurarse de que yo lo estaba siguiendo.

»De pronto sentí el deseo de repetir con el cochero el mismo experimento que había realizado con el mayordomo para el gato.

»—Donald —dije—, ¿quién era el hombre que se sentaba a tu lado?

»—¿Hombre, su señoría…? No había nadie conmigo…

»—¡Oh, no importa! —me reí—. Debe haberse tratado de un truco de la oscuridad y de las luces de la entrada. Evidentemente, me he confundido.

»Y con estas palabras seguí a mi guía espectral a la casa llena de gente, donde lo encontré aguardándome en la amplia escalinata. Apenas me vio acercarme se giró y me precedió hasta el salón, exactamente como si tuviera que anunciarme. Cuando hube entrado, sin embargo, se retiró a la antecámara, lugar más adecuado a su posición.

»Pareció que, como para mi mayordomo, aquel extraño familiar fuera invisible para todos excepto para mí. Fue durante la noche de aquella recepción cuando mi incómodo miedo se transformó en un auténtico terror; porque a partir de entonces la gente empezó a preguntarse si yo sufría de alguna enfermedad, o si tenía algún grave problema entre manos.

»Cuando llegó la hora de regresar a casa, hallé a mi compañero que me esperaba pacientemente en la antecámara. Se comportó exactamente como había hecho antes; subió al coche y se sentó junto al conductor; y, cuando entramos en casa, me siguió hasta el dormitorio, donde se dejó caer en el mismo sillón que había ocupado la noche precedente.

»Permanecí tendido en la cama y lo miré; luego, con un esfuerzo supremo, decidí que debía descubrir a cualquier precio si había o no algo de tangible en aquella aparición. Me alcé y, con un gran esfuerzo de voluntad, me obligué a caminar directamente hacia el sillón, en el que me senté.

»No noté ninguna señal de presencia física; nada, en efecto, excepto los almohadones acolchados debajo y en torno mío. Había, sin embargo, un largo espejo fijado a una de las paredes, y mirando hacia él vi al alguacil de pie junto al sillón, con una cínica sonrisa que cruzaba sus rasgos.

»Hasta después de la una no regresé a la cama; y, girándome como la noche precedente, pude ver que había vuelto a sentarse. Una vez más, se desvaneció en el aire cuando el amanecer empezó a filtrarse por la fisura de los cortinajes.

»Esta rutina continuó, noche tras noche, durante otro mes. Y el horror mayor de todos —excepto el hecho de que no habló nunca— era el creciente parecido entre su rostro, sus manos, y los míos. Con la excepción de que a cada nueva visita estaba siempre más blanco y más cadavérico, hasta el punto en que la cabeza se convirtió en un simple cráneo con hundidas órbitas, y una capa finísima de piel. Las manos, análogamente, se convirtieron en un conjunto de huesos encorvados, con una especie de cobertura transparente de carne.

»Luego, a la vigesimonovena noche, no apareció. Como con el gato, me sentí feliz —aunque esta sea una palabra no muy apropiada— durante todo un día y toda una noche, libre de infestaciones de cualquier clase. Pero esta vez no conseguí creer que las visitas infernales hubieran terminado definitivamente. Por el contrario, comencé a esperar fenómenos aún más terroríficos, pensando incluso en recurrir al sacerdote local. Sin embargo, la eminencia de mi posición, y la casi certeza de ser clasificado como desequilibrado, si no loco, me impidieron hacerlo. Así pues, aguardé la noche siguiente en la más negra de las aprensiones.

»No ocurrió nada hasta última hora de la tarde, cuando entré en el dormitorio. Mientras empezaba a desvestirme me pareció haber oído un extraño rumor entre los cortinajes a la cabecera de mi cama. Abriéndolos, podréis imaginar mi horror cuando vi, en el restringido espacio inmediatamente entre la cama y la pared, un esqueleto humano, completo, con todas las junturas de las articulaciones. Era la imagen viviente de la Muerte; absolutamente inmóvil: las negras fosas de sus órbitas me miraban con toda la intensidad de unos ojos vivos.

»Casi enloquecido, fuera de mí, empecé a caminar de un lado para otro de la estancia, un poco como un capitán que no sabe nadar puede pasear por el puente de un barco que se hunde. Aunque la estructura del esqueleto permanecía innaturalmente inmóvil, su cabeza se movía ligeramente hacia adelante y hacia atrás, siguiendo mis movimientos, y sus ojos no me abandonaron ni un solo momento.

»Aquella noche yo estaba tan aterrorizado que simplemente no me atrevía a meterme en la cama. Todo lo que fui capaz de hacer fue sentarme con los ojos cerrados en el sillón tan recientemente abandonado por el espectral alguacil.

»Al amanecer, la criatura desapareció. A la mañana siguiente di instrucciones a la servidumbre de colocar la cama en el centro de la habitación, dejando como siempre cerrados los cortinajes negros. Aquella noche, sin embargo, sentí los mismos rumores de la noche anterior; y mientras miraba, un par de manos huesudas abrieron los cortinajes cerrados, echándolos a ambos lados, y la misma figura sin carne apareció tras ellos como la noche precedente. Sin embargo, me sentía tan exhausto que conseguí reunir el valor suficiente como para meterme en la cama… ¿y qué pensáis que ocurrió? El cráneo, que había continuado siguiendo mis movimientos, se inclinó hacia mí, fijando sus vacías órbitas en mí con una intensidad diabólica, ¡y a una distancia de poco más de medio metro! Yo me sentía aterrado más allá de todo límite, y no recuerdo nada más hasta que me desperté en pleno día.

»La misma serie de hechos se repitió ayer por la noche. Pero, como sea que ya no puedo soportarlo ni siquiera por un minuto más, me siento obligado a confesar aquello que a cualquier hombre normal debe parecerle producto de la locura. Como podréis comprender fácilmente, parezco enfermo, muy enfermo… de hecho, mis rasgos han asumido la fealdad exangüe y cadavérica del alguacil espectral».

Hubo un silencio, y luego el juez continuó:

—No he hablado de ello a mi mujer, pese a que me ha interrogado muchas veces sobre mi aspecto y sobre mi salud. De hecho, no he dicho una palabra a nadie desde el momento en que oí a John y a la camarera reírse de mí. Doctor, ¿creéis que podéis ayudarme?

El doctor Sympson permaneció pensativo durante unos minutos.

—Haré todo lo que pueda —dijo.

—¿Pero con qué método? ¿Con qué medicina, con cuáles drogas se puede afrontar algo así?

—Las criaturas espectrales que veis existen solo en vuestra mente. Tenemos sedantes, y una nueva forma de tratamiento mental que se está haciendo muy popular en París.

—¿Y cuándo podremos empezar este tratamiento?

—Mañana por la mañana, si queréis.

—Mañana por la mañana, entonces, lo más pronto posible.

Al día siguiente a las ocho, el doctor Sympson se hallaba en el dormitorio del amigo.

—¿Cómo habéis pasado la noche, ahora que habéis descargado vuestros temores? —preguntó.

—La abominable criatura ha desaparecido hace tan solo una hora —respondió el juez, evidentemente debilitado por la noche insomne.

—¡No importa! Podemos arreglar las cosas de modo que no aparezca esta noche…

—Haced todo lo que creáis útil. Pero sinceramente, ¿es posible?

—No veo por qué no debería serlo. Pero antes decidme a qué hora surgen estas apariciones.

—Todas las noches, apenas entro en el dormitorio y cierro la puerta. Depende de la hora a que me retire. Puede ser a las diez, a las diez y media, a las once…

—Bien, aquí hay algunas píldoras. Quiero que toméis dos de ellas, ahora mismo, con un vaso de agua. Os darán un buen día de sueño. Y esta noche volveré aquí a vuestro dormitorio un poco antes de las diez. Pero primero debo parar el reloj…

Y diciendo esto, el doctor se dirigió hacia la chimenea y bloqueó el reloj en cuestión. Luego cerró la tapa, y corrió los cortinajes de modo que la luz del día no pudiera penetrar en la estancia.

—¿Qué diablos tenéis intención de hacer? —preguntó el juez.

—Tan solo estoy asegurándome de que no podáis saber de ningún modo la hora y las condiciones de luminosidad externa —dijo el doctor; luego añadió—: tenéis aún vuestra luz nocturna encendida, veo, y no tengo nada en contra a colocar lámparas o velas en la estancia hasta mi regreso. Vuestros servidores recibirán instrucciones a fin de que no den ninguna indicación de la hora que pueda ser, caso de que vos os despertarais antes de lo que preveo. Se os traerá comida; pero ciertamente no a la hora habitual. Yo decidiré personalmente la hora, porque tengo intención de pasar el resto del día en vuestra biblioteca, y vendré de tanto en tanto a daros una amistosa ojeada.

El juez durmió todo el día, despertándose aproximadamente a las ocho de la noche. El doctor estaba sentado junto a él, y encontrando al paciente muy mejorado, y también hambriento, ordenó la cena.

Tras una colación entremezclada con una agradable e interesante conversación, rematada con un café fuerte, prepararon el ajedrez para una partida, en la cual se concentraron durante un largo período. Luego, con una inquietante imprevisibilidad, Sympson saltó en pie, gritando con incontrolable excitación una sola palabra.

—¡Victoria!

—¿Victoria? —preguntó el juez, un poco sorprendido por aquel comportamiento imprevisto por parte de un buen profesional—. ¿Qué entendéis por victoria?

—Quiero decir que debe ser pasada la medianoche, y no ha aparecido ninguna señal de vuestro esqueleto imaginario —exclamó el doctor.

—Creo que será mejor que deis una ojeada a vuestro reloj, amigo Sympson, porque es el único que funciona en toda la casa… Si realmente ha pasado la medianoche, entonces cantaré alegremente victoria con vos… y la gritaré hasta desgañitarme.

Sympson miró su reloj, pero no dijo nada.

—Habéis cometido un error —continuó el juez—. Ved, puedo daros la hora sin necesidad de ningún reloj. Son exactamente las diez; y en este preciso momento, esa abominable criatura está abriendo los cortinajes a mis espaldas, en la cabecera de la cama.

El doctor se alzó y se acercó tranquilamente a la cama.

—¿Dónde? No veo nada; ¡y los cortinajes están obviamente aún cerrados!

El juez se hundió en el sillón, absolutamente gris de terror.

—Está allí y mantiene los cortinajes abiertos como os he dicho; y sus órbitas me están mirando incesantemente… con la más obscena de las miradas.

Sympson miró incrédulo a su paciente, se acercó a la cabecera de la cama, apartó los cortinajes, y se puso inmediatamente a examinar toda la estancia, hasta el punto de abrir incluso los armarios. Tras lo cual regresó tras la cama.

—¿Está aún ahí? —preguntó incrédulo.

—¡Naturalmente que está! —gritó el pobre juez—. Pero vuestro cuerpo está ocultando la mayor parte de él. Todo lo que puedo ver es el cráneo exactamente encima de vuestra cabeza… ¡Es más alto que vos!

El doctor, pese a su escepticismo, sintió un estremecimiento recorrerle de la cabeza a los pies mientras se alejaba. Sin embargo, no veía aún nada insólito.

—Mi querido amigo —dijo, mientras regresaba a su silla—. Me temo no poder hacer más por vos. Puedo daros calmantes y somníferos, pero no resolverán las alucinaciones. Y podría sugerir que, si no habéis hecho testamento, deberíais hacerlo inmediatamente…

Y poco después abandonó la casa, dando instrucciones de que uno de los sirvientes permaneciese con su patrón todas las noches. No regresó nunca más.

Casi un mes después el juez murió, mientras John permanecía sentado junto a su cama y lo miraba.

La fecha era tres meses después, y el día y la hora exactos a aquellos en los que el criminal había sido ahorcado.

Capítulo Nueve

LA PROFANACIÓN DE LAS TUMBAS REALES

—¿Y qué es lo que prueba vuestro largo relato, Doctor? —preguntó el alcalde Ledru, con un pesado rastro de sarcasmo en la voz.

—Dios Omnipotente —exclamó el Doctor, en un tono tan irreverente cuanto sagradas eran las palabras—. Prueba que los órganos que transmiten las percepciones al cerebro pueden ser trastornados por un gran número de motivos; y por ello, el paciente comienza a imaginar ver objetos, incluso oír ruidos, que no tienen en absoluto una existencia válida. Como dato de hecho, Sir Walter Scott envió una carta a su amigo Sympson a propósito de este caso; y sus palabras me impresionaron hasta tal punto que las registré en mis apuntes. Dijo que la misma especie de desórdenes orgánicos que proporcionaron al juez una tal serie de terroríficas apariciones podrían también golpear, por instantes más breves, la visión de hombres de otro modo perfectamente sanos y lúcidos. Y añadió que, en la ignorancia de lo oculto, por ejemplo en medios campesinos, tales distorsiones podrían ser aceptadas fácilmente como pruebas directas de intervenciones sobrenaturales.

—Por otra parte —interrumpió el Caballero, manifestando la natural humildad del auténtico instruido—, cosas de este tipo no ocurren raramente; sin embargo, dejan tras ellas pruebas tangibles y evidentes de su veracidad. Por otro lado, existen innumerables profecías que se han revelado correctas hasta el más pequeño detalle. ¿Cómo, mi querido Doctor, podéis explicar cortes y heridas hechos sobre cuerpos de seres perfectamente normales por parte de visitantes del tipo que apenas acabamos de oír describir? ¿Y cómo podéis explicar el hecho de que profecías increíblemente precisas hayan sido compiladas treinta o más años antes del hecho descrito? ¿Puede alguna energía inexistente empujar a alguien a predecir, hasta sus más mínimos detalles, hechos futuros que parecen perdidos en los flujos más lejanos del tiempo… como son juzgados por muchos?

—¿Os referís a los muchos casos publicados en periódicos de naturaleza más bien dudosa? —objetó el Doctor—. ¿O quizá a Swedenborg, o a las profecías de Cazotte?

—¡En absoluto! Hablo de cosas que he visto con mis propios ojos y he oído con mis propios oídos.

—¡Buen Dios! ¿Pero dónde diablos pueden ocurrir cosas de este tipo a un hombre dotado de buen sentido?

—En Saint-Denis…

—En Saint-Denis… ¿Pero cuándo?

—En 1794, el año de la profanación de las Tumbas Reales.

—Pienso, Doctor, que deberíais escuchar con atención —dijo el alcalde Ledru, más bien lentamente, enfáticamente, y haciendo casi una pausa entre una palabra y la otra.

—¡Buen Dios, esto parece interesante! ¿Qué es lo que visteis? —preguntó el doctor—. ¡Vamos, no perdamos tiempo, parece algo digno de ser escuchado!

Los reunidos se relajaron y se acomodaron de nuevo. El Caballero empezó a hablar con su voz clara y profundamente melodiosa:

—Mi historia, como acabo de decir, se refiere a la profanación de las Tumbas Reales, por orden de la autoridad revolucionaria. Durante los años precedentes yo había sido nombrado Cuidador del Museo de las Antigüedades Nacionales, y en tal posición oficial me hallaba presente en la abadía de Saint-Denis cuando los cuerpos de los reyes de Francia fueron exhumados del lugar de su último reposo.

Quienes no habían nacido aún en aquella época no pueden darse cuenta del malsano odio con que las masas fueron empujadas a reaccionar contra Luis XVI. Inmediatamente después de su ejecución, este prejuicio rabioso, que en aquel punto era ya incontrolado, comenzó a retroceder en la historia para implicar a los reyes pasados. Fue promulgado un decreto según el cual todo rastro de la monarquía debía ser erradicado desde el principio, y todo aquello que quedara de los cuerpos de los sesenta gobernantes de Francia debía ser esparcido a los cuatro vientos. Sin duda había un fuerte elemento de cálculo tras esta decisión, porque se había repetido muchas veces que había tesoros inestimables encerrados con los cuerpos de los monarcas en muchas tumbas.

Por eso la multitud invadió Saint-Denis; y, durante los días seis, siete y ocho de agosto de 1793, profanaron y saquearon cincuenta y ocho tumbas… construidas durante un período de doce siglos.

Fue en aquel momento cuando el Gobierno decidió controlar la furia indescriptible de la multitud… antes de que los patanes pudieran poner sus manos sobre tesoros que podían volver a nivelar la economía nacional. Por ello ordenaron la excavación de un enorme agujero en el patio de la abadía… ni más ni menos lo que había sido siempre usado en tiempos de epidemia. Una vez excavado, el agujero fue llenado hasta el nivel preestablecido con barro, al cual fueron arrojados al instante los últimos restos de aquellos hombres que habían hecho de Francia una de las mayores potencias en la historia del mundo…

Todo el asunto no fue, naturalmente, más que otro ejemplo de la locura humana en su peor grado… de un gobierno y un pueblo que han perdido todo sentido de la proporción, todo sentido de la relación entre pasado, presente y futuro. El futuro puede ser cambiado dentro de ciertos límites, ¡pero qué locura pensar que casi un milenio y medio de pasado pueda ser borrado mediante la destrucción de monumentos bellísimos y el saqueo de un puñado de huesos!

Desgraciadamente, sin embargo, la felicidad de aquellos que no saben crear está en el destruir; lo cual explica, entre otras cosas, la existencia de algunos periódicos infamantes, por no hablar de los periodistas que solo buscan el sensacionalismo y otras extrañezas psicológicas.

Sea como fuere, fui encargado de dirigir las excavaciones; y como sea que esto me daba la posibilidad de salvar un gran número de objetos de valor, acepté el trabajo con alegría, comenzando con la apertura de la celebrada cripta de los Borbones, que había sido construida en las proximidades de las capillas subterráneas.

Controlando que el trabajo fuera efectuado con un atento cuidado, asistí a la exhumación del féretro de Enrique IV, el más grande de todos nuestros reyes, asesinado en el 1610 a los cincuenta y siete años. Me sentí insólitamente ansioso ante tal circunstancia, puesto que no mucho tiempo antes la estatua de este monarca, una soberbia obra maestra de Giovanni Bologna, que había estudiado bajo Miguel Ángel, había sido retirada del Pont Neuf y fundida para acuñar monedas de cobre.

Cuando el féretro fue finalmente abierto, el cadáver del rey fue encontrado en un milagroso estado de conservación. Sus rasgos parecían aún dotados de vida, y eran innegablemente los de la estatua, y los de las maravillosas pinturas de Rubens. Cuando el cuerpo fue llevado a la luz del sol causó en la multitud una impresión enorme, bastante distinta de la que se habría podido esperar.

En vez de gritar profana y blasfemamente, una reverencial inmovilidad se apoderó de todo el mundo. El breve silencio fue increíble. Y un instante después creo que se hubiera necesitado muy poco estímulo para empujar a todos los que allí estaban a gritar: «¡Dios bendiga al rey Enrique, que tanto nos amó!». Tal es la inestabilidad de las multitudes…

Notando los motivos de estas señales de respeto hacia el difunto rey, ordené que el cuerpo fuese colocado en posición erecta contra uno de los pilares, exactamente como si estuviera de pie. Fue entonces cuando ocurrió algo aún más sorprendente; porque, uno tras otro, la multitud comenzó a desfilar ante el rey, con amor y tristeza en los ojos, exactamente como si estuvieran honrando a un querido amigo y benefactor.

Iba vestido exactamente como cuando estaba vivo; los cabellos formaban como una aureola en torno a su cabeza, dándole, junto a la barba inmaculada, un poco el aire de un santo.

Esta procesión, que se inició el sábado, continuó durante todo el domingo, para terminar el lunes, cuando las exhumaciones ya habían sido reanudadas.

Las condiciones en que fueron hallados los distintos cadáveres reales tras las exhumaciones son interesantes, y las ofrezco aquí para aquellos que puedan sentirse interesados en posibles explicaciones ocultas.

El siguiente cuerpo que extrajimos fue el de Luis XIII; también este se hallaba en unas condiciones impresionantemente buenas de conservación… sobre todo sus grandes bigotes.

Siguió Luis XIV, con aquellos rasgos notables y decididos que parecen ser una característica constante de los Borbones. Pero su piel estaba negra como el fango más oscuro, y debo admitir que a menudo me he preguntado si aquello no tendría alguna relación con su notoria sensualidad.

Después de él nos hallamos frente a los restos de María de Médicis, Ana de Austria, María Teresa y la Gran Delfina. Cada uno de estos cuerpos estaba en un estado de avanzada putrefacción. Pero el de la Gran Delfina —y era el único en hallarse en tales condiciones— había degenerado hasta convertirse en una masa indistinguible, líquida y viscosa.

Durante todo este período, el cadáver de Enrique IV permaneció apoyado contra el pilar, casi como si estuviera controlando todo el proceso, y alabando o condenando según correspondiera tanto a sus antepasados como a sus descendientes.

De tanto en tanto venían mujeres a tocarle la mano, como si se tratara de la de un santo; e incluso había hombres que se arrodillaban ante él como poseídos de alguna repentina veneración. Una vieja señora, obviamente llena de reumatismos, fue oída murmurar: «¡Pobre de mí, pobre de mí! ¡Si el viejo rey Enrique estuviera aún con nosotros, nadie sería tan miserable como somos!». Y quizá tuviera razón; porque, si bien la crueldad tiene muchas causas, indudablemente la miseria y la desesperación son dos de ellas.

El miércoles de aquella semana, mientras era ajusticiada María Antonieta, el féretro de Luis XV fue extraído de la cripta de los Borbones. Inmediatamente fue llevado al patio de la iglesia, donde fue depositado junto a la fosa común, y luego abierto.

El cuerpo estaba envuelto en un hábito de lino, cuyo aspecto general parecía indicar un buen estado de conservación. Pero cuando fue retirada esa cobertura se descubrió que se hallaba en la más nauseabunda de las condiciones de putrefacción que pueda imaginarse, y emanaba un olor tan horrible que todos, incluidos los trabajadores más toscos y embrutecidos, salieron corriendo hacia la iglesia a la mayor velocidad que les permitían sus piernas.

Finalmente conseguimos limpiar la atmósfera pagando una suma razonablemente interesante a un grupo de trabajadores, que arrojaron a la fosa aquellos repugnantes restos del amante real de la Dubarry y de la Pompadour, cubriéndolos de lodo, y quemando después un poco de incienso en lugares apropiados para eliminar el hedor.

Por mi posición yo me vi obligado —aunque contra mi voluntad, dadas las circunstancias— a acompañar a aquellos hombres mientras cumplían con su trabajo. Luego, mientras me giraba para regresar a la iglesia, y cuando empezaba a notar ya una cierta sensación de alivio, sentí ruidos inquietantes procedentes del edificio. El ruido era semejante al de cincuenta locos furiosos que estuvieran golpeándose la cabeza en una sala silenciosa en la cual todos los ruidos tienen su eco.

Entrando, vi, a una cierta distancia del altar, a uno de los trabajadores rodeado de colegas suyos y de un grupo de mujeres que furiosas lo amenazaban. Ambos sexos le escupían, le golpeaban y le gritaban obscenidades. El hombre se hallaba en un evidente peligro; así que, precipitándome hacia allí, ordené silencio… y una explicación. El tumulto se disolvió como por encanto, y una mirada culpable se extendió sobre muchos rostros.

El individuo en cuestión era, al parecer, un componente del grupo regular de excavadores; se había tomado la mañana libre para asistir a la ejecución de María Antonieta. Fuertemente impresionado por el salvaje júbilo de la multitud, e intoxicado por el vino y el olor a sangre, había regresado a Saint-Denis en un estado próximo al delirio. Dirigiéndose arrogantemente al cadáver de Enrique IV, había agarrado su barba con la mano izquierda, arrancándosela del rostro. Mientras, su mano derecha golpeaba la mejilla izquierda del monarca con tal fuerza que el cuerpo cayó hacia adelante, de cabeza contra el suelo… haciendo, como dijo alguien, un ruido no muy distinto al de un saco de huesos arrojado al pavimento.

Aquel hombre medio loco había injuriado a todas luces al cadáver, mientras le golpeaba, diciendo en voz baja: «¿Qué maldito derecho tienes tú de estar aquí como Señor, cuando en París todas las cabezas reales están cayendo?».

Durante cerca de cinco segundos fue como si todo el mundo se hubiera vuelto de piedra. Luego, una enorme oleada de rabia recorrió la iglesia, seguida por una reacción tan tremenda que nadie conseguía ya oír su propia voz.

Si aquello le hubiera ocurrido a cualquier otro cadáver de la abadía, no hubiera pasado nada. Hubiera sido ignorado como una broma desagradable y fuera de lugar, o aprobado como un insulto merecido. Pero con Enrique IV, el rey del pueblo, el monarca que amaba y comprendía a todos los hombres, mujeres y niños de Francia, era distinto… ¡era un sacrilegio intolerable; era como golpear al propio padre, la madre, o un benefactor, o… incluso Dios!

Una vez conocidos todos estos detalles, decidí castigar indirectamente al hombre… lo cual es a menudo la manera mejor y más eficaz. Así, girándome a sus compañeros de trabajo, les dije:

—¡Dejad solo a ese idiota! ¡Golpeándolo a muerte no obtendréis nada! Puede haber insultado al mejor rey que nunca haya reinado sobre nuestro amado país… pero que ninguno de vosotros olvide las palabras de las Escrituras: «Mía es la venganza, dijo el Señor». ¡El rey Enrique tendrá su venganza a su debido tiempo, creedme!

Y con esto hubo de nuevo silencio y quietud, y todo el mundo regresó voluntariamente a su trabajo, sin resentimiento.

Aquel hombre, aterrorizado, permaneció tendido en el suelo, aferrando aún la barba que había arrancado de los rasgos extraordinariamente benévolos del difunto rey. Le dije que se pusiera en pie y abandonara el edificio, aclarándole que ya no estaba más bajo mi dependencia.

Se alzó lenta y fatigosamente, pues imagino que debía estar bastante maltratado. Luego me tendió la barba, con el rostro que traicionaba las más terribles señales de vergüenza y remordimientos que jamás hubiera visto; tras lo cual salió reluctante de la iglesia, con toda la vergüenza de un animal vencido. Ni una sola vez, en todos aquellos momentos, dijo una palabra, ni de defensa ni de disculpa.

Ansioso de evitar la posibilidad de hechos análogos, instruí a media docena de hombres para que colocaran el cuerpo de Luis XIV sobre una vieja puerta que había sido arrancada de sus goznes y lo llevaran a la fosa común. Las órdenes fueron inmediatamente cumplidas; pero con todos los signos de reverencia y respeto debidos habitualmente a los muertos. No fue arrojado rudamente a la fosa como los demás de su raza, sino que fue depositado delicadamente, con un cuidado conmovedor, en un rincón vacío, donde, en vez de ser sepultado con barro, fue cubierto tiernamente con una espesa capa de tierra fresca.

Finalizada la jornada de trabajo, todos regresaron a casa, dejando solo al guardia nocturno. Era un hombre digno de toda confianza, con la fuerza de un caballo y la voz como el trueno; aunque dotado de escasa inteligencia, y absolutamente desprovisto de imaginación. Lo cual le iba muy bien, considerando la atmósfera del lugar donde debía desarrollar su deber, y donde «trabajaba» —es decir permanecía despierto— desde las siete de la tarde hasta las siete de la mañana siguiente. Pasaba solitariamente las horas vacías caminando por la iglesia con una linterna en la mano, intentando calentarse, o sentado frente a un pequeño brasero en una de las capillas laterales.

¡Pero qué lugar para pasar la noche! Todo hablaba de muerte y decadencia. Las criptas estaban casi todas abiertas, su contenido se hallaba esparcido aquí y allá; féretros vacíos yacían un poco por todas partes; e imágenes de santos y otras figuras religiosas se mostraban rotas y despedazadas sobre el enorme pavimento de piedra. Los únicos ruidos que rompían aquel denso silencio eran el eco de sus pasos, y el resonar de las horas en el ruidoso reloj del campanario. Una persona dedicada a la contemplación habría encontrado allí un lugar ideal para la meditación; el hombre medio hubiera huido aterrorizado; pero el guardia nocturno estaba liberado tanto de las creencias religiosas como del miedo, y pasaba simplemente la noche con sus pensamientos.

Aquella noche en particular, sin embargo, justo mientras repicaba la medianoche, las campanadas resonaron con un eco siniestro por todo el edificio, y sintió, uno tras otro, una serie de terroríficos gritos procedentes del patio.

No conseguía creer en sus oídos; la cosa parecía simplemente absurda. Sin embargo, venciendo la sorpresa —porque de hecho no se sentía nervioso—, tomó una tabla que tenía a su lado, y salió al patio.

Afuera los gritos eran infinitamente más claros, y por primera vez en su vida el hombre sintió algo parecido a una mezcla de impresión y terror. Porque parecían provenir de la zona del agujero que contenía los cuerpos reales. Vaciló un instante, luego de pronto cambió de dirección, y corrió directamente hacia mi alojamiento, que se hallaba en las cercanías.

La camarera lo condujo hasta mi habitación, donde me despertaron del sueño más profundo. Durante cerca de un minuto, sintiéndome aún un poco confuso, me negué a aceptar lo que me estaba diciendo; pero estando mi ventana parcialmente abierta, y dando al patio, no pasó mucho tiempo antes de que yo también oyera algo. Luego el guardia nocturno atravesó la habitación y abrió la ventana de par en par, tras lo cual me fue imposible poner en duda sus palabras.

Afuera se oía un débil viento; pero, sobre cualquier otro ruido, cada pocos instantes sonaba una serie de lo que solo puede ser descrito como lamentos semihumanos, seguidos de un prolongado rumor como de extrema agonía.

Me vestí y acompañé al guardia nocturno hasta la iglesia. Entramos desde la calle, por la gran puerta occidental, y apenas nos hallábamos dentro cuando los gritos parecieron más fuertes que nunca. Procedían del patio, a través de la puerta que el hombre, en su apresuramiento, había dejado abierta, y obviamente el viento, soplando a través de la entrada, los hacía más nítidos. Prendimos dos antorchas, pero fueron apagadas inmediatamente por la potente brisa; de modo que las dejamos sustituyéndolas por un par de linternas.

Mientras nos acercábamos al agujero, sin embargo, los gritos se hicieron más débiles; y cuando alcanzamos su borde habían cesado del todo. Apuntando las linternas hacia la oscuridad del agujero vimos algo vivo, pero sin forma, debatirse en la mezcla pegajosa de lodo, tierra y cuerpos humanos. Era un hombre.

—¿Quién eres? ¿Qué ha pasado? —le pregunté.

Débil por el agotamiento debido al frío y al terror, me llegó una voz:

—¡Por el amor de Dios, salvadme…! ¡Soy el hombre que ha golpeado el cuerpo de Enrique IV!

—¿Pero cómo diablos has llegado hasta aquí? —pregunté.

—¡Por el amor del cielo, ayudadme a salir de este lugar antes de que me mate! —se lamentó—. ¡Luego os contaré lo ocurrido!

El terror que al primer momento se había adueñado del guardia nocturno —cuando se había convencido de hallarse frente a los muertos— desapareció al instante, y fue a buscar una escalera de cuerda. La echamos a la fosa en posición tal que el hombre pudiera agarrarse al último travesaño. Pero cuando intentó trepar, descubrí que se había roto una pierna y herido seriamente en la muñeca.

Tras un cierto tiempo, bajando por la escalera de cuerda, conseguimos atar una cuerda en torno a su pecho; mientras él utilizaba su pierna buena y el brazo sano de la mejor manera posible, lo ayudamos a salir tirando con cuidado de la cuerda. Luego lo depositamos sobre la hierba; pero mientras buscábamos algún medio para transportarlo al edificio, perdió el conocimiento. De todos modos, conseguimos de alguna manera llevarlo hasta la iglesia; tras lo cual envié al guardia nocturno a buscar al doctor más cercano. Fue tan solo mientras el médico le entablillaba la pierna rota que el hombre herido y extremadamente impresionado recuperó los sentidos.

Cuando el doctor se hubo marchado lo limpiamos y le dimos pan y un poco de sopa caliente; tras lo cual le dije al guardia nocturno que era mejor que se marchase a casa a dormir, puesto que parecía extremadamente agotado. Además, me sentía ansioso por descubrir las circunstancias que habían conducido a aquel hombre a terminar en la fosa de las sepulturas, y tenía la sensación de que sin testigos llegaría mejor y más pronto a la verdad. Ahora permanecía tendido sobre un viejo colchón cerca del brasero del guardia nocturno, y, colocando a su lado la linterna, me senté sobre un bloque de piedra junto al lecho del inválido. El resto de la iglesia, no demasiado atrayente, permanecía sumido en la más intensa de las oscuridades.

Me volví hacia el hombre y empecé a interrogarlo; y esta, en pocas palabras, fue su historia. No tengo ningún motivo para dudar de ninguno de los hechos, sobre todo teniendo en cuenta que su experiencia había sido tal que le hacía virtualmente difícil decir algo que no fuera la verdad.

No le había impresionado mucho el ser despedido, en parte debido a su carácter, y en parte debido a que tenía un buen montón de dinero en el bolsillo. En otras palabras, no era del tipo de los que se preocupan por el futuro, a condición de tener lo suficiente para las necesidades del día.

Por eso, lo primero que hizo fue entrar en un local público, donde se sentó y pidió una botella de vino. Pero antes de haber llegado a la mitad de la botella el dueño del establecimiento acudió a preguntarle:

—¿Tienes intención de quedarte aún mucho rato?

A lo que el trabajador respondió:

—He aquí una extraña pregunta para hacérsela a un cliente. ¿Por qué motivo me la haces?

Y el dueño del local respondió:

—Me acaban de decir que has sido tú quien ha insultado y golpeado hoy el cuerpo de Enrique IV.

—¡Sí! He sido yo… ¿Y qué?

—Solo esto… no tengo intención de servirle a un bastardo desprovisto de todo respeto como pareces ser. ¡El solo hecho de que estés aquí es suficiente para traer desgracia a mi local!

—Puedes ser el maldito dueño, pero este local no es tuyo… ¡pertenece a cualquier hombre, mujer o ramera que pague su consumición!

—A condición de que yo acepte su dinero. Pero tú no pagarás… tú te marcharás de aquí.

—Yo puedo pagar…

—Pero yo no aceptaré tu dinero; ¡y puesto que no lo aceptaré, tú no eres un cliente, y por eso debo pedirte que te largues!

—¡Inténtalo!

—¡Está bien, tú lo has querido!

Y mientras el dueño pronunciaba estas palabras, aparecieron tres tipos duros y fornidos, cada uno de los cuales llevaba un grueso bastón.

De este modo el desgraciado trabajador se vio obligado a volver a la calle, donde vagó desconsoladamente durante un tiempo. Luego, sintiendo hambre, entró en una casa de comidas barata. Pero apenas había terminado el plato de sopa caliente y estaba esperando la carne, cuando entraron algunos de sus ex-compañeros de trabajo. Apenas lo vieron llamaron al propietario y le dijeron que si un bruto perverso como aquel debía ser servido junto con ellos, se irían a comer a otro lado. El propietario, enormemente sorprendido, preguntó el motivo de una tal desaprobación hacia un compañero trabajador. Habiendo tenido conocimiento de los hechos del día, sin embargo, ordenó inmediatamente al hombre que se fuera, añadiendo que esperaba que su sopa caliente, pese a ser «de la mejor calidad», le produjera vómitos antes del final de aquella misma noche.

Una vez más el pobre hombre no pudo hacer otra cosa más que levantarse y marcharse, dejando tras él un torrente de imprecaciones hacia sus ex-compañeros y el indignado propietario.

Así vagó por las calles y callejones hasta pasadas las diez; cuando decidió que lo mejor que podía hacer era irse a la cama. Sin embargo, cuando llamó a su alojamiento, el propietario no abrió la puerta, sino que asomó la cabeza por una de las ventanas del primer piso y gritó disgustado:

—¿Quién es?

El trabajador dijo su nombre.

—Lo sé —dijo la voz, con tono bajo e irritado—; eres ese maldito hijo de ramera que no siente respecto hacia los muertos… ¡que insulta al mejor rey que haya tenido nunca Francia! ¡Puedes quedarte donde estás… en la calle, donde mereces estar!

Y con estas palabras la ventana se cerró secamente.

El trabajador, ya medio fuera de sí por la furia y el resentimiento, estaba en el umbral de un ataque de locura. Tomando un adoquín, lo lanzó con todas sus fuerzas contra una de las ventanas. Tras un instante se oyó ruido de vidrios rotos. Luego, al cabo de pocos segundos, oyó procedentes del interior las voces de sus ex-compañeros, incitados por el propietario, que les estaba animando para que bajaran a la calle y le dieran una lección a aquel inútil.

Trastornado por la comprensión de lo que podía ocurrir, echó a correr; hasta que, inesperadamente, hacia el final de la calle, observó una puerta abierta. Entrando, la cerró suavemente, y se encontró en una especie de pequeño almacén medio lleno de paja. Guiado por la luz lunar que penetraba por una ventana, se tendió sobe ella, hundiéndose lentamente en lo que, para una persona en tal estado de agitación, podía incluso ser llamado sueño.

Poco antes de la medianoche fue despertado por una mano que le tocaba suavemente el hombro; y abriendo los ojos vio confusamente lo que parecía ser una mujer vestida de blanco. Estaba de pie junto a él, y le hacía señas de levantarse y seguirla.

Su primer pensamiento fue que debía ser una prostituta. Y como fuera que llevaba los bolsillos llenos de dinero y consideraba la perspectiva de una cama caliente más atractiva que la de la paja sobre la que yacía, se alzó y la siguió.

La mujer, tras girar en redondo, atravesó la calle, y empezó a caminar por un callejón estrecho. El trabajador, más que acostumbrado al tipo de bajos fondos habitado por tales criaturas de las clases inferiores, no se sintió sorprendido. Incluso cuando el callejón terminó en campo abierto llegó simplemente a la conclusión de que lo estaba conduciendo hasta alguna casita aislada. Tras menos de dos minutos de camino, atravesaron una brecha en un largo muro de piedra, y el trabajador se encontró de pronto en los terrenos de la abadía de Saint-Denis. Las enormes torres eran agudos perfiles que se recortaban contra el cielo iluminado por la luna, y algunas ventanas relucían intermitentemente con la luz del brasero del guardia nocturno. Cuando sin embargo miró en torno en busca de la mujer, vio que esa había desaparecido, y se encontró solo en el patio.

Sintiéndose un poco inquieto, fue en busca de la brecha por donde había entrado. Pero en ella se delineaba la figura de un hombre. Era Enrique IV, que avanzaba hacia él.

Extremadamente aterrorizado frente al monarca que avanzaba, el pobre desgraciado dio un paso atrás, luego otro, hasta que al quinto paso la tierra pareció desaparecer bajo sus temblorosos pies, y cayó dentro de la profunda fosa común.

Permaneció allí, desconcertado, por un instante, y luego ocurrió algo extraño. Vio los espectros de todos los reyes de Francia, incluido el de Enrique IV, avanzar hacia él con los cetros o las espadas tendidos, lanzándole encima todas las maldiciones imaginables. Luego los cetros y las espadas cayeron sobre su cuerpo, y sintió que sus miembros eran rotos, lacerados o despedazados.

Fue en aquel momento cuando el guardia nocturno oyó su grito aterrorizado.

Hice lo que pude por tranquilizar a aquel pobre hombre; pero su cordura mental estaba totalmente comprometida. Tres días más tarde, presa de continuos ataques de delirio, moría en el hospital.

—No consigo captar —murmuró el Doctor, asumiendo un aire de duda— las implicaciones de vuestro relato. Esta aventura del pobre trabajador no revela otra cosa que, con la cabeza empapada de supersticiones y la mente anegada en vino, el hombre vagó por las calles en estado de autohipnosis, cayó en el agujero, e imaginó el resto de cuanto acabáis de contarnos. Originalmente nos habíais prometido detalles de una predicción que se ha realizado; ¡pero no veo ninguna relación entre aquella afirmación y todo el asunto de Saint-Denis!

—Calmad vuestra impetuosidad, Doctor —respondió tranquilamente el Caballero—. La historia que acabo de contar es, como observáis con tanta agudeza, simplemente una relación de hechos. Pero me lleva directamente a la predicción que he citado. Y aquí está el misterio…

—En lo que a la predicción se refiere, el 20 de enero de 1794, inmediatamente después de la demolición de la tumba de Francisco I, fue abierta la de la condesa de Flanders las dos últimas en ser exhumadas, y solo una única sepultura quedó por verificar: la del cardenal de Retz, que hubiera debido encontrarse en la abadía.

Esta vez las criptas fueron selladas, incluida la de la familia Vallois. La única que fue dejada abierta fue la de los Borbones; e incluso esa fue cerrada al día siguiente.

El mismo viejo guardia nocturno, que ha representado ya un papel importante en mi relato, estaba pasando su última noche en la iglesia. Pero ya no había nada que vigilar, dado que todos los restos habían sido enterrados en el patio, y todo lo que tenía algún valor había sido puesto a buen recaudo.

Por ello, cosa bastante natural, se adormeció frente a su brasero. Durante las primeras horas de la madrugada fue despertado por las vibraciones del órgano, que era acompañado por el canto de voces masculinas. Saltó en pie, inquieto, y miró hacia el coro, donde lo que vio permaneció impreso en su memoria para siempre.

El altar resplandecía con las luces de las velas encendidas; sobre ellas estaba el paño bordado en oro utilizado únicamente para cubrir los cuerpos de los reyes difuntos. El coro estaba lleno de monjes, y un arzobispo estaba oficiando en el altar mayor.

En el preciso momento en que el guardia nocturno se despertó, la misa preliminar había casi terminado, y estaba por empezar el oficio fúnebre. La Corona, con el Cetro y la Espada de Justicia, yacían sobre sendos almohadones de terciopelo rojo, y fueron entregados después a los Heraldos, los cuales a su vez les ofrecieron a los tres Príncipes de Sangre.

Lo más extraño era que los trajes de los nobles, y de las mujeres, diferían bastante de todos aquellos que el observador podía recordar; o de las pinturas de generaciones anteriores, o de sus nociones de la moda contemporánea…

Fuera como fuese, viéndose imposibilitado de moverse, continuó asistiendo a la ceremonia. Los gentileshombres de la cámara avanzaron, lentamente y en absoluto silencio, levantaron el cuerpo, y lo llevaron a la cripta de los Borbones… la única aún abierta. Otros oficiales aristocráticos siguieron la ceremonia, descendiendo a la tumba. Tras lo cual los dignatarios de la Corte pasaron en procesión junto a la abertura, echando dentro los varios símbolos de sus funciones, y luego se giraron para saludar a los príncipes que, rígidos como estatuas, seguían manteniendo la Corona, el Cetro y la Espada de Justicia en sus almohadones de terciopelo.

Luego se produjo el grito, repetido tres veces:

—¡El rey ha muerto… viva el rey!

Finalmente, el Maestro de Ceremonias real rompió su bastón, como signo de renuncia de los representantes del difunto monarca. E inmediatamente después se produjo un sonoro toque de trompetas y el poderoso acorde del gigantesco órgano.

Luego el sonido de las trompetas y del órgano se disolvió lenta y sucesivamente; y una a una las luces se apagaron, y las formas aparentemente sólidas de la ilustre congregación se volvieron diáfanas y neblinosas, casi transparentes. Con el acorde final del órgano toda la escena se disolvió en el aire, y el interior de la iglesia estuvo de nuevo vacío y silencioso.

El guardia nocturno, embargado por las más diversas emociones, rompió en llanto; y aquella noche ya no durmió más. A la mañana siguiente contó su visión, los poderosos sonidos, los brillantes colores; y su certeza de que, pese a la Revolución y a los decretos de la Convención, aquello era una predicción de que un día las tumbas profanadas serían restauradas, y de que Francia, así como Saint-Denis, sería gobernada por un monarca nuevo y benévolo.

Su historia le llevó a una sentencia de prisión. Escapó por un pelo a la guillotina. Pero treinta años más tarde, durante el otoño de 1824, encontrándonos junto al mismo pilar desde el cual había asistido a aquella increíble visión, me tomó del hombro y me dijo:

—¿Estaba equivocado, Monsieur Lenoir, cuando os decía que un día nuestros reyes volverían a Saint-Denis? —Y luego, con una sonrisa semisatisfecha, repitió—: No estaba equivocado, ¿verdad?

Naturalmente, la verdad es que aquel día Luis XVIII estaba siendo sepultado… con gran pompa, en una ceremonia idéntica y una congregación exacta a aquella vista hacía treinta años por el guardia nocturno. Las preguntas que le hice posteriormente revelaron que incluso los atuendos y los adornos habían sido vistos con precisión.

Habiendo concluido su historia el caballero Lenoir miró al doctor Robert directamente a los ojos, y dijo lenta y belicosamente:

—¡Explicad esto, Doctor, si vuestra comprensión se extiende hasta semejante posibilidad!

El Doctor permaneció en silencio, sabiendo muy bien que en el Caballero había encontrado un adversario formidable y preparado.

Capítulo Diez

EL CUERPO EN EL PATÍBULO

Este silencio abrió el camino para cualquier otro huésped que desease hablar; y fue el abate Moulle, sabio e ingenioso, el primero en ofrecer su comentario.

—El relato de una visión tan notable me reafirma en mi filosofía —dijo.

—¿Y cuál es la filosofía de un hombre religioso? —preguntó el Doctor, con una cierta impertinencia… obviamente demasiado ansioso por entrar en discusión con una persona mucho menos erudita que Ledru y el Caballero.

—Nosotros pasamos nuestra vida entre dos mundos invisibles —fue la respuesta—. Uno es un lugar oscuro y sin tranquilidad gobernado por el mal; el otro es un plano elevado e infinitamente separado de nosotros ocupado por los espíritus buenos… los espíritus de la luz.

»Creo firmemente que, en el momento de nuestro nacimiento, dos seres sobrenaturales, uno puramente espiritual, el otro negativo, se aferran a nosotros; y permanecen con nosotros durante toda nuestra vida, seamos o no conscientes de ellos. Uno de los dos dirige nuestros pensamientos por el sendero de la sabiduría y el recto vivir, mientras que el otro sugiere consejos peligrosos y desviados. Luego, a la muerte, el espíritu que ha obtenido mayor energía controla nuestro cuerpo astral. De este modo, aunque ya no visibles —o solo raramente—, podemos seguir siendo negativos y permanecer anclados a la tierra, o ser transportados a planos espirituales más allá de la comprensión humana.

»En el trágico caso de Solange, fue su ángel bueno quien venció en la batalla. Y fue su ángel bueno el que le habló al alcalde Ledru, a través de los labios muertos de la muchacha martirizada.

»En lo que se refiere al juez del doctor Sympson, permaneció poseído por un demonio perverso. Y en el relato del Caballero fue el Espíritu Guardián de la monarquía francesa quien castigó al trabajador estúpido y arrogante por su comportamiento sacrílego en Saint-Denis. Fue también este mismo espíritu quien reveló a un guardia nocturno, humilde y sin supersticiones, la futura restauración de la monarquía, y las ceremonias fúnebres de Luis XVIII».

—¡Pero, señor Abate —interrumpió el Doctor—, todo debe permanecer firmemente ligado a la realidad!

—Naturalmente.

—¡Y esta realidad debe poseer una sólida base concreta que pueda ser examinada!

—Y es sobre tales bases donde se fundan mis convicciones.

—¡Os referís a hechos relatados por otros!

—¡En absoluto, Doctor! Me refiero a hechos que entran en el radio de mi experiencia personal…

—¡Me sentiría más que interesado en oír estos hechos!

—En tal caso, si los demás huéspedes del alcalde desean oír mi historia, me sentiré feliz narrándola.

No hace falta decirlo, todos nos mostramos curiosos y ansiosos de oír su narración. De modo que el Abate empezó:

—Nací en el Departamento de Aisne, que en los viejos tiempos era conocido como Ile-de-France. Mis progenitores vivían en el pueblecito de Fleury, exactamente en medio del bosque de Villiers-Cotterets. Cinco de sus hijos habían muerto ya en la infancia, de modo que cuando mi madre se supo de nuevo encinta, hizo un voto a la Virgen de vestirme de blanco hasta la edad de siete años. Este tipo de promesa no era insólita en el campo en aquellos días; y, naturalmente, siete era un número místico. Así se esperaba que yo sobreviviera. ¡Y de hecho lo hice!

Desgraciadamente, mi padre murió antes de mi nacimiento, y como fuese que deseaba hacer una peregrinación a Notre-Dame de Liesse para rogar por mi futuro, mi madre decidió cumplir ella con su deseo. Antes de su partida, el sacerdote le entregó un medallón de plata, que ella llevó al cuello hasta que yo fui lo suficientemente mayor como para apreciar su valor. Entonces me lo ofreció con sus bendiciones, y yo lo llevé a mi vez.

Por la Gracia de Dios, evité todas las enfermedades y los problemas de la infancia, y en la adolescencia empecé a sentir una fuerte vocación hacia la Iglesia. Tras haber frecuentado el seminario de Soissons, fui enviado a Etampes como asistente del párroco. Allí, no sabría decir si por casualidad o por algún designio, me encontré ligado a la iglesia de Notre-Dame d’Etampes. Desde mi infancia había amado aquella extraordinaria obra de arte, construida en piedra y esculpida alegremente entre las ruinas de Saint-Jean-de-Soissons, enriqueciendo mis ojos con la hechizante delicadeza de sus bajorrelieves de flores, sus soberbios pájaros y los animales extraídos de la dura roca, los rasgos plácidos de los santos y los ricos pliegues de los hábitos tallados.

Por eso, apenas, puse los ojos sobre Notre-Dame d’Etampes, me sentí ganado por la felicidad que la fortuna había traído a un pobre muchacho como yo proporcionándole un lugar tan maravilloso para trabajar y descansar. No fueron sentimientos exclusivamente religiosos los que trajeron tal contento hasta mí, sino más bien la sensación general de libertad y serenidad, como lo que debe experimentar un pájaro en su libertad de vagar por el cielo. Así pasé horas meditando arrodillado ante una tumba, o apoyado contra un antiguo pilar.

Pero mis meditaciones no se referían a las sutilezas de la teología. Por el contrario, me sentía obsesionado por una argumentación: la entera lucha entre el Bien y el Mal, que ha golpeado al hombre desde el inicio de los tiempos.

En tales circunstancias bien pocas noticias del mundo exterior llegaban hasta mis oídos. Sin embargo, una noticia muy inquietante consiguió abrirse camino hasta los confines del presbiterio. Y muy difícilmente hubiera podido ser de otro modo, ya que toda la ciudad era un tumulto debido a las alarmantes actividades de un notorio ladrón y criminal cuyo nombre era L’Artifaille. Lo más preocupante de la información que llegó hasta mí era que, además de irrumpir y vaciar cualquier casa digna de atención, se había especializado en el saqueo de iglesias.

Cosa bastante extraña, su mujer, que vivía en la parte baja de Etampes, era una mujer honesta y gentil, que acudía regularmente a confesarse. Lloraba muchas lágrimas amargas, teniendo la equivocada impresión de ser culpable delante de Dios por el hecho de no saber impedir las fechorías de su marido. No conseguí convencerla de lo contrario.

En lo que al hombre se refiere, era un tipo basto, desagradable y testarudo, que no temía ni a Dios ni a los hombres; y estaba firmemente convencido de que la organización de la sociedad estaba equivocada, y que su forma de vida era realmente la correcta. Pretendía, en efecto, ser el profeta de una secta que un día predicaría aquello que él estaba poniendo ya en práctica: ¡la comunión de los bienes terrenales!

Había estado en prisión innumerables veces; pero siempre al tercer o cuarto día, conseguía milagrosamente escapar. La única explicación apuntada para explicar estas repetidas evasiones era que había descubierto una hierba rara y mágica capaz de cortar el hierro. Por ello, su personalidad había adquirido un toque legendario, y se creía que se hallaba en contacto con entidades negativas.

Se estaba acercando la Pascua, y era la noche del jueves santo. Había estado escuchando confesiones durante todo el día, y a las ocho de aquella tarde estaba tan cansado que casi me adormecí en el confesionario. El sacristán se dio cuenta de ello, pero conociendo mi frecuente costumbre de permanecer en la iglesia hasta medianoche o incluso más tarde, me dejó solo.

Dormía aún profundamente cuando me despertaron unos ruidos. Uno era el reloj de la iglesia, que tocaba la medianoche. El otro era un sonido de pasos arrastrándose sobre el pavimento. Abriendo los ojos, me alcé para salir del confesionario y, mientras apartaba las cortinillas, la luna, que resplandecía llena al otro lado de los ventanales, delineó la forma de un hombre pasando por mi lado. Se movía lentamente y con evidente cautela; cosa que evidentemente no se correspondía con los normales frecuentadores de la iglesia.

Fuera quien fuese, se estaba dirigiendo directamente hacia el altar mayor. Cuando alcanzó el sagrario se detuvo; hubo un ruido de rascar sobre metal, chispas, y finalmente el resplandor de una de las velas del altar. La luz era suficiente para poder ver que el hombre empuñaba un par de pistolas, y un cuchillo asomaba por uno de sus bolsillos. Pero sus rasgos eran tranquilos y serenos, aunque también amenazadores y siniestros.

En pocos segundos extrajo numerosas ganzúas y llaves falsas del bolsillo, y en un parpadeo abrió el tabernáculo, del cual tomó un espléndido cáliz de plata de exquisita factura, que se remontaba a tiempos de Enrique II. Luego siguió una bellísima custodia y algunos instrumentos religiosos en plata maciza. No encontrando nada más en el tabernáculo, se inclinó hacia el panel de cristal que había junto al altar. Formaba una puerta, cerrada con llave, que mostraba a los ojos del público una imagen tendida de la Virgen, que llevaba una corona de oro macizo incrustada con diamantes, y unas ropas engarzadas con piedras preciosas de todo tipo.

Romper el cristal hubiera sido bastante fácil. Pero él no lo hizo. Como antes, utilizó una de sus ganzúas, tomó la corona, y liberó la estatua de su hábito enjoyado.

En aquel momento me estaba dirigiendo rápidamente hacia el altar, y el ruido de mis pasos hizo que el ladrón saltara en pie. Escrutó en la oscuridad, pero no consiguió verme hasta que no entré en el cerco de luz que arrojaba la única vela. Extrajo al instante una de sus pistolas del bolsillo y, apoyando la espalda contra el altar, apuntó directamente a mi cabeza.

Pero era un hombre astuto, y se dio cuenta inmediatamente de que se hallaba delante de un sacerdote vestido de negro de la cabeza a los pies; es decir, inocuo e indefenso, con la lengua como única arma. Dándome cuenta semiconscientemente de lo mismo, puse mi mano derecha sobre el medallón santo que nunca había dejado de llevar, y seguí caminando hacia las escalinatas del altar. No apretó el gatillo; pero yo tenía la sensación de que aunque lo hubiera hecho el proyectil no me hubiera alcanzado, que por alguna extraña razón me hubiera pasado rozando. Mi extrema serenidad debió desarmar al intruso, porque dijo, con una voz que carecía de la firmeza que podía esperarse de un tan notorio criminal:

—¿Qué queréis? ¿Qué hacéis aquí a esta hora de la noche?

—Tu nombre es L’Artifaille —dije como respuesta—, y quiero hablarte…

—¡Buen Dios —respondió—, no se necesita mucha perspicacia para comprenderlo!

—Conozco a tu mujer —repliqué—, y aprecio su bondad y honestidad. ¿No te das cuenta de que estás jugando un juego que no solo le hace daño, sino que terminará inevitablemente con la pérdida de tu vida… por no hablar de la de tu alma?

—No me preocupa en absoluto —dijo con desprecio—. He salvado el cuello tantas veces que he perdido la cuenta; y espero seguir haciéndolo. En lo que respecta a mi alma, si tengo una son asuntos de mi mujer. ¡Me parece que tiene bastante fe como para salvarnos a los dos!

—¿No sabes que tu comportamiento la está matando lentamente?

—Estupendo —dijo—. ¡Seré un viudo sin preocupaciones!

Avanzando rápidamente, lo sujeté por un brazo, diciendo:

—¡No cometas este crimen!

—¿Y quién me lo impedirá?

—¡Yo!

—¿Con la fuerza? —y rio suavemente.

—No, no con la fuerza, porque no es un sistema de Dios; sino hablando…

—¿Así, pensáis que esta es la primera vez que robo objetos sagrados?

—Al contrario, sé que lo has hecho una treintena de veces. Pero esta noche es distinto. Esta noche, como San Pablo, tus ojos te serán abiertos.

—Pero San Pablo fue ajusticiado, ¿cierto?

—Cierto.

—Entonces, ¿cómo gozó del don de la vista divina?

—Comprendió que se puede hallar la salvación en el sufrimiento.

—¿Y cuántos años tenía cuando le ocurrió esto?

—Treinta y cinco.

—¡Demasiado tarde, amigo mío! Hace tiempo que pasé esa edad: tengo más de cuarenta años. Y no sirve de nada intentar convencerme de que estás buscando salvar mi alma porque nunca he creído en ella.

—¿Aceptas que intente probarte mis intenciones?

—¡Si lo conseguís!

—¿Qué valor monetario atribuyes a los objetos que pretendes robar?

—¡Oh! —murmuró el ladrón, tras una mirada prolongada al cáliz, a la custodia y al vestido enjoyado—, aproximadamente un millar de coronas. Naturalmente, valen más del doble; pero también, naturalmente, los receptores con los que tratamos son malditamente odiosos. Tenemos pocas alternativas si no aceptamos lo que nos ofrecen.

—Ahora ven conmigo al presbiterio.

—¿Al presbiterio?

—Sí… a mi casa. Tengo un millar de francos allí, y te los daré a cuenta.

—¿Y los otros dos mil?

—Te doy mi palabra de honor de sacerdote que visitaré mi pueblo natal. Allá mi madre posee algunas tierras, y venderé algunas otras para reunir la suma restante.

—Entiendo… así podréis organizar un encuentro secreto en un lugar adecuado donde seré arrestado. ¡Oh, no, ya he oído esas historias en el pasado!

—¿Por qué no me crees?

—¿Cómo podría…? Pero decidme, ¿vuestra madre es rica?

—No, es pobre, y vive al día…

—¡En este caso haréis de ella una mendiga!

—Cuando sepa que estoy intentando salvar el alma de otro ser humano, me dará su bendición y vendrá a vivir conmigo. Dos personas, como debes saber, viven casi con los mismos gastos de una: especialmente personas con nuestras magras necesidades.

Me miró a los ojos por algunos segundos y, hablando muy lentamente, dijo:

—Creo que pensáis hacer lo que estáis diciendo. —Entonces, apretándome frenéticamente el hombro, añadió—: Vamos… ¡vamos aprisa!

—¡Pero antes tienes que hacer algo!

Me miró dubitativamente, se arrodilló, y colocó con cuidado en su justo lugar todo aquello que había tomado; volviendo a dejar incluso el vestido de la Virgen con sus pliegues originales, y cerrando con llave tanto el tabernáculo como el panel de cristal del altar.

—Ahora haz la señal de la cruz —ordené.

La hizo, riendo sarcástico, y me siguió fuera de la iglesia por una pequeña puerta lateral.

En un parpadeo estuvimos en el presbiterio, donde encendí una vela con lo que quedaba del fuego. A su luz abrí mi armario y extraje una bolsa de cuero, que tendí a L'Artifaille.

—He aquí tu dinero —dije.

—¿Y el resto?

—Dame un mes para efectuar la venta y recoger el dinero.

—Muy bien… Pero cuando lo tengáis, llevádselo a mi mujer; y por ningún motivo le dejéis saber de dónde viene, o que habéis tenido alguna relación conmigo.

—Ni una palabra de este asunto saldrá jamás de mis labios. Pero tienes que prometerme que nunca más irás a robar a una iglesia dedicada a la Virgen.

—¡Tenéis mi palabra!

—Pueda Dios ayudarte y librarte de las tentaciones…

Me miró indeciso por un instante; luego, abriendo la puerta, desapareció en la noche.

Me arrodillé para rezar por él, y apenas había terminado cuando entró alguien y se detuvo a mi lado. Girándome mientras me levantaba, me hallé frente a L'Artifaille. No me dio tiempo de hablar, prorrumpiendo bruscamente con las palabras:

—Os devuelvo vuestros mil francos… y he decidido que no quiero tampoco los otros dos mil.

Vacilé, con la mente recorrida por algunas dudas. Luego le pregunté:

—Pero, tu promesa de no robar más iglesias, ¿es aún válida?

—¡Mi promesa es aún válida!

Y con estas palabras arrojó la bolsa sobre la mesa.

Luego pareció nervioso, como un niño que encuentra dificultad en pedir un favor. Sus labios temblaban mientras intentaba moverlos, pero su voz no consiguió producir nada excepto un pequeño sonido ininteligible.

—¿Qué es lo que ocurre? —le pregunté amablemente—. Acabas de realizar el más virtuoso de los actos, y tienes todo el derecho a pedirme cualquier cosa…

Con voz ronca y rota por la emoción dijo:

—¿Tenéis una profunda fe en Dios y en la Virgen?

Asentí.

—¿Y estáis convencido de que la oración puede salvar incluso al peor de los pecadores… aún en trance de muerte?

Asentí de nuevo, sintiendo en mi corazón un extraño afecto hacia aquel hombre peligrosísimo.

—No sé cómo pedíroslo —vaciló—; pero… ¿podríais darme alguna reliquia; un rosario, o una cruz, que yo pueda tener conmigo cuando muera?

Lo miré con silenciosa compasión, con los ojos bañados en lágrimas. Luego, quitándome el medallón santo y su cadena de oro que, años antes, me había puesto mi madre en torno al cuello, se lo tendí a L'Artifaille, que lo besó devotamente.

No intercambiamos ninguna otra palabra; con una mirada de gratitud, desapareció…

Pasó un año. L'Artifaille había desaparecido del distrito, y no se tuvieron más noticias de él; pero esto no significaba que hubiera desaparecido de mis plegarias o de las de su mujer, que, de uno u otro modo, conseguía sacar adelante su pequeña casa.

Entonces recibí un mensaje urgente de Fleury, donde vivía mi madre, que decía que estaba seriamente enferma, y que mi presencia allí era indispensable. Afortunadamente, un par de meses de cuidados sencillos, pero asiduos le devolvieron la salud.

A mi regreso a Etampes encontré la ciudad en un gran alboroto. L'Artifaille había sido arrestado en Orléans, y luego procesado y condenado en aquella ciudad. Pero había sido enviado a Etampes para ser ahorcado, y la ejecución se había producido la mañana de mi llegada.

Al llegar al presbiterio supe que durante veinticuatro horas antes de la ejecución, su mujer había estado llamando ininterrumpidamente a mi puerta, pidiendo, con gran agitación, si había llegado a casa y, en caso contrario, para cuándo se me esperaba.

Aunque eran ya las diez de la noche, me lavé, me cambié, y me dirigí a la pequeña casita al extremo opuesto de la ciudad.

La puerta estaba aún abierta, y encontré a la mujer arrodillada a los pies de la cama rezando, suspirando rítmicamente, mientras las lágrimas surcaban su rostro. Cuando pronuncié dulcemente su nombre se alzó de pie; pero luego, exhausta, se vio obligada a sentarse al borde de la cama para hablarme.

—Habéis llegado demasiado tarde, señor Abate —suspiró—. Mi marido ha muerto sin confesión…

—¿Ha seguido impenitente?

—Oh, no… porque bajo su dureza era realmente un buen cristiano y creyente. El problema fue que continuó insistiendo en que no quería otro sacerdote excepto vos; y dijo que si no podía teneros a vos, entonces solo se confesaría con Nuestra Señora. Y durante todo el tiempo que decía esto continuaba besando una pequeña medalla de la Virgen que llevaba alrededor del cuello con una cadena de oro. Luego imploró al verdugo que no le quitara aquella medalla cuando estuviese muerto; porque, dijo, solo si quedaba sobre su cuerpo este quedaría liberado de los espíritus malignos.

—¿Dijo algo más?

—¡Sí, ciertamente! Poco antes de ser ahorcado me dijo que volveríais a casa esta noche, y que acudiríais inmediatamente a visitarme. Por eso no me he sorprendido cuando habéis entrado…

—¿Te dijo verdaderamente esto?

—Sí, ciertamente… y me pidió que os hiciera una última petición…

—Continúa…

—Me dijo… —dudó, luego calló, vencida por el miedo y la turbación.

—¡Continúa… continúa!

—No… es demasiado horrible… ¡no puedo decirlo!

—Debes decírmelo, puesto que tu marido lo deseaba.

—Me dijo que, no importa a qué hora llegaseis, deberíais ir directamente a la horca, y decir bajo su cuerpo el Padrenuestro, seguido de cinco Avemarías. Y aunque no consigo comprender el porqué, me dijo que vos no os negaríais a ello.

—¡Y tenía razón! Iré ahora mismo.

—¿A esta hora de la noche, monseñor?

—¡Precisamente ahora, a esta hora de la noche, porque es mi deber!

Y ella apretó mis manos entre las suyas y trató de besarlas, mientras las lágrimas caían sobre mis dedos.

Eran apenas pasadas las diez y media; y puesto que estábamos acercándonos a finales de abril, el cielo era de una belleza soberbia, con la luna solo ocasionalmente oscurecida por el paso de alguna nube.

La horca surgía de una pequeña plataforma aproximadamente a un kilómetro de la ciudad. Durante el día era muy frecuentada, pero de noche se convertía en un lugar de caza de búhos y murciélagos. No puedo decir que tuviera miedo durante mi solitario paseo hacia aquel detestado lugar, aunque me sentía tenso; y los rumores producidos por el viento, junto al lúgubre canto de los búhos, aceleró sin duda los latidos de mi corazón. Luego, de pronto, la luna se ocultó tras otra nube, y sentí un violento estremecimiento en las piernas, como si estuviera a punto de ver algo mucho más terrible de cuanto me esperaba.

Mientras la nube se alejaba de la luna conseguí distinguir la silueta del patíbulo: de su siniestra imagen se balanceaba el cuerpo de L’Artifaille, agitado por la brisa nocturna.

Acercándome más, sentí que me helaba de la cabeza a los pies, porque vi una forma indefinida moverse junto al cuerpo, lentamente y de modo amenazador. Era más grande que un perro, y demasiado corpulenta para ser un lobo. Escondiéndome detrás de una gran roca, retuve el aliento, observando en el silencio. Un par de minutos más tarde se irguió sobre sus patas traseras y me di cuenta de que era un hombre. ¿Pero que podía hacer algún otro hombre aparte de mí en un tal lugar y a una tal hora? Vacilante, decidí que lo mejor era observar y esperar.

Pronto la luna volvió a estar llena y luminosa, y conseguí verlo todo con claridad. El hombre, quienquiera que fuese, levantó una escalera del suelo; y, apoyándola contra el palo más cercano al cadáver de L’Artifaille, comenzó a subir. Luego el cuerpo del hombre vivo alargó un brazo y agarró el brazo balanceante del hombre muerto de modo que, en aquel grotesco contacto, el cadáver casi arrastró al hombre vivo lejos de la escalera. En efecto, era difícil distinguir la situación.

Un grito repentino y terrorífico rompió la fascinación de aquella visión horrible… solo para renovarla inmediatamente; porque las dos formas, aquella viva y aquella muerta, estaban realizando los movimientos más increíbles, como acróbatas en medio del aire.

Luego sonó una voz semidestrozada que pedía salvajemente ayuda, mientras un cuerpo caía de la horca, dejando al otro oscilando locamente en el aire, suspendido de una cuerda, agitando los brazos y las piernas como una marioneta enloquecida.

No pude esperar más; algo terrible estaba ocurriendo, y corrí hacia adelante para descubrir qué.

El hombre ahorcado pareció alcanzar a verme, y mientras llegaba a su lado comenzó a agitarse más que nunca. Pero el otro cuerpo yacía en el suelo como si estuviese muerto. Subiendo velozmente los peldaños de la escalera, corté la cuerda con una navaja de bolsillo que llevaba siempre conmigo. El hombre cayó al suelo, y yo salté tras él.

Su cuerpo se agitaba convulsivamente, de modo que aflojé el nudo que estaba estrangulando el cuello de aquel hombre semiinconsciente. Al hacerlo no pude por menos que ver su rostro, y me sentí desconcertado al reconocer al verdugo local. Tenía los ojos fuera de las órbitas, sus rasgos eran púrpuras a la luz lunar, y sus labios estaban contorsionados en la parodia más revulsiva de una sonrisa. De todos modos, comenzó a respirar de nuevo, así que lo apoyé contra la roca que me había ocultado. En pocos minutos pareció volver en sí, tosió y esputó, y luego me miró. Lo más extraño fue que su estupor era indudablemente tan profundo como el mío.

—Buen Dios, señor Abate —gesticuló—. ¿Qué diablos estáis haciendo aquí?

—Podría hacerte la misma pregunta —repliqué, con la mayor calma posible.

Hubo una breve pausa mientras él hacía otro esfuerzo por recuperarse, pero inmediatamente empezó a temblar de nuevo ante la visión del cadáver junto a nosotros.

—Por el amor de Dios, marchémonos de aquí, señor Abate —susurró.

—Vete a casa si este es tu deseo, amigo mío —repliqué—; pero yo debo quedarme, puesto que tengo un deber que cumplir.

—¿Un deber que cumplir? ¿Dónde?

—Precisamente aquí. El hombre al que ahorcaste ayer dejó un mensaje para mí. Me pidió que viniera a rezar algunas plegarias junto a la horca, para salvar su alma de la condenación.

—Pero no podéis salvar su alma… ¡es el diablo en persona!

—Perdona, pero no consigo seguirte…

—¿No habéis visto lo que me ha hecho, ahí arriba en el patíbulo?

—Mi pobre amigo, ¿qué puede hacerte un hombre muerto?

—¡Pero tenéis que haberlo visto… tenéis que haberlo visto! ¡Me pasó la soga en torno al cuello!

Y de pronto me di cuenta de que era al verdugo a quien había sacado de la cuerda… no a L'Artifaille.

—Tenéis que haber visto lo que ha ocurrido —continuó, excitado—: eso no es un cadáver… es algo mucho peor; ¡es un muerto viviente!

—Amigo mío —dije, mirándole directamente a los ojos—, hace pocos instantes me has preguntado por qué he venido aquí a esta hora de la noche. Creo que ahora tengo derecho a hacerte yo la misma pregunta.

Se estremeció visiblemente, y luego dijo, vacilante:

—Señor Abate, puesto que deberé confesároslo de todos modos, tanto da que os lo diga ahora. Esta es mi historia, y ante Dios que es la verdad; yo soy el encargado, como muy bien sabéis, de ahorcar a los criminales. Pero este no quiso confesarse con el sacerdote que estaba en vuestro lugar durante vuestra ausencia. No quería oír hablar de confesión, sino que siguió preguntando repetidamente: «¿No ha vuelto todavía el Abate Moulle? No puedo confesarme con ningún otro excepto con él…».

«Naturalmente, la continua repetición me irritaba, porque resultaba obvio que vos no llegaríais a tiempo». Y finalmente dije: «Vamos ya, terminemos con esto», de modo que le puse la cuerda en torno al cuello, y él empezó a subir la escalera. Cuando estaba más o menos a la mitad de camino se detuvo y suspiró, mirando a lo lejos… para ver si estabais llegando, supongo. Luego extrajo de la camisa una medalla colgada de una cadena de oro, y la besó con arrebato, diciendo: «Desearía que esta medalla de Nuestra Señora fuera dejada sobre mi cuerpo y sepultada conmigo».

«Le dije que por lo que yo sabía todo lo que se encontrara sobre el cuerpo de un criminal ajusticiado pasaba a ser propiedad del verdugo. Pero él insistió en que este era un caso diferente, y que su medallón debía quedarse con él.

»—¡Toma, y vete al infierno con él! —grité, mientras lo empujaba fuera de la escalera, saltándole con fuerza a los hombros, práctica recomendada entre nosotros.

»La cuerda cortó en seco sus gritos, y en pocos segundos todo había terminado. No hubo nada que lamentar, y no sintió ningún dolor, os lo aseguro».

—Pero esto no explica el que estés aquí esta noche —dije, sintiéndome bastante curioso.

—Esta —dijo— es la parte más vergonzosa de esta confesión.

Comprendí al instante.

—¡Has venido —dije— para robar la cadena y el medallón de su cuerpo!

—Sí —respondió—, así es; que Dios pueda perdonarme. Esperé a que fuera bastante oscuro, había dejado la escalera en las proximidades; y luego, después de haberle dicho a mi mujer que iba a dar un paseo para eliminar las tensiones del día, regresé aquí. Tras haber colocado la escalera junto a la horca, subí, tiré del cadáver hacia mí, y aferré la cadena. Y entonces…

—¿Y entonces?

—Que caiga fulminado si no os digo la verdad; pero en el momento en que separé el medallón del cuello del muerto, volvió a la vida… ¡más vivo de lo que estáis vos ahora! Me apretó contra él, extrajo la cabeza de la soga, la pasó en torno a mi cuello, y en un instante me lanzó al aire, exactamente como yo había hecho con él algunas horas antes…

No podía negar los hechos. Había visto la lucha en mitad del aire, los movimientos frenéticos, el fuerte abrazo de los dos cuerpos. Y había liberado personalmente al verdugo de la soga.

—Entonces, ¿dónde está ahora el medallón? —pregunté.

—No puede estar muy lejos… cuando me empujó fuera de la escalera lo dejé caer…

Empecé a rebuscar entre la hierba; y casi inmediatamente, notando el brillar de los rayos lunares sobre el oro, lo encontré. Recogiéndolo, me acerqué al cuerpo de L’Artifaille y lo coloqué delicadamente en su lugar en torno a su cuello. Y entonces ocurrió algo inexplicable; porque en el momento en que el medallón tocó la carne de su pecho, todo su cuerpo fue sacudido por un temblor salvaje, y un grito espantosamente agudo, como aquel de un hombre que sufre, surgió de su garganta.

Entonces comprendí qué era aquel ruido inhumano. Era idéntico a los chillidos de los demonios sometidos a exorcismo… el grito aterrorizado de desesperación que lanzan cuando son obligados a abandonar los cuerpos de los poseídos.

El verdugo temblaba como una hoja…

—¡Ven aquí! —dije.

—¿Por qué? —preguntó; y era evidente que estaba demasiado asustado como para poder dar ni siquiera un paso.

—Porque debes hacerlo —respondí—. Tenemos un trabajo que efectuar, y somos necesarios los dos.

—No comprendo a qué os referís.

—Debemos volver a colocar inmediatamente este cuerpo en la horca.

—¡No, señor Abate —gritó aterrorizado—; queréis que me atrape de nuevo…! ¡No lo tocaré por nada del mundo!

—¡Ven aquí! —ordené—. Estás perfectamente seguro en tanto el medallón permanezca sobre su cuerpo. Cuando se lo robaste su cuerpo fue poseído por un espíritu diabólico, pero ahora el espíritu lo ha abandonado, y no puede volver en tanto él lleve encima este artículo bendito.

—Entonces, ¿fue eso lo que causó el grito que acabamos de escuchar?

—Exactamente; y ahora hagamos nuestro trabajo.

Juntos levantamos el cadáver y lo llevamos al pie de la escalera. Allí lo pusimos en posición vertical, y el verdugo, sujetándolo por los brazos, comenzó a subirlo peldaño tras peldaño, sin dejar de repetir en un susurro nervioso, lo bastante fuerte como para que yo lo oyera:

—Debe conservarlo y ser sepultado con él. Es tuyo para siempre, te lo prometo… te lo prometo.

Luego, pasando la soga en torno al cuello de L’Artifaille, y fijando el otro extremo en la horca, lanzó el cadáver al aire, gritando al mismo tiempo con un gran suspiro de alivio:

—¡Dios omnipotente, gracias al cielo todo ha terminado!

El cuerpo inanimado reanudó sus oscilaciones bajo la brisa, y yo me arrodillé junto a sus pies y recité devotamente todas las plegarias que aquel pobre hombre me había pedido, y el verdugo fue repitiéndolas en voz alta.

—Dios te bendiga —concluí—, y que Nuestra Señora te proteja.

Mientras mi voz se disolvía en el silencio, una cascada de rayos lunares iluminó el cuerpo del criminal, mientras los últimos jirones de nubes abandonaban definitivamente la luna. Aquella vista era una bendición.

Apenas había pasado la medianoche…

—Señor Abate —dijo el verdugo, con voz humilde y contrita—, ¿me haríais un gran favor?

—Sí, amigo mío, si me es posible.

—¿Querrías ser tan gentil de acompañarme hasta casa, y esperar a que yo entre y atranque la puerta?

No pude evitar el sonreír para mí mismo, y naturalmente acepté. Cuando lo vi seguro en su casa regresé tranquilamente al presbiterio, satisfecho tanto mental como espiritualmente.

A la mañana siguiente, me dijeron que la mujer de L'Artifaille me aguardaba en el vestíbulo.

Su rostro estaba relajado. Podría decirse casi que estaba lleno de alegría.

—Oh, señor Abate —exclamó mientras yo entraba—. He venido para darlos las gracias… ¡para daros las gracias desde lo más profundo de mi corazón! Ved, ayer, poco después de la medianoche, se me apareció mi marido, exactamente como era en vida; y me dijo: «Por la mañana, antes de comer nada, tienes que ir a encontrar al Abate Moulle, y debes decirle que, a causa de su amor, de sus plegarias y de la compasión de Nuestra Señora, he sido salvado…».

Capítulo Once

EL BRAZALETE DE CABELLOS HUMANOS

Alliette fue el primero en comentar:

—Mi querido Moulle —exclamó—, siento una considerable veneración hacia vuestras opiniones, y aprecio vuestro relato. De hecho, lo acepto plenamente. Pero parecéis olvidar completamente el hecho muy importante de que la vida no resulta destruida por la muerte, la cual se limita a desintegrar el cuerpo humano. La personalidad permanece; ¡la muerte última destruye tan solo los recuerdos, eso es todo! Si los recuerdos no fueran borrados, la vida podría hacerse muy compleja: todos nosotros deberíamos recordar cada una de nuestras vidas pasadas, desde el inicio de los tiempos hasta nuestros días. Lo cual explica probablemente el porqué sentimos odio o amor a primera vista hacia personas que no conocemos. Es, de hecho, una especie de reconocimiento inconsciente…

»La Piedra Filosofal es otra definición para estos recuerdos: un secreto descubierto por Pitágoras, hace siglos, y redescubierto recientemente por Saint-Germain y Cagliostro… por no hablar de mí, porque también yo poseo la clave. Pero yo soy un caso particular; porque aunque mis cuerpos puedan morir, como han hecho ya varias veces, cada uno de ellos existe por un período mucho más largo que el del individuo medio.

—Monsieur Alliette —interrumpió secamente el doctor—, suponiendo que se os ocurra moriros durante el transcurso de mi vida, ¿me autorizáis a abrir vuestra tumba, digamos un par de meses después de vuestra muerte?

—Por supuesto, doctor —sonrió Alliette—; un par de meses, un año… o incluso diez años si lo preferís. Pero procurad hacerlo con mucho cuidado, porque debo advertiros que cualquier herida infligida a mi cadáver será resentida por el nuevo cuerpo que será ocupado por mi personalidad… e incluso también por vos.

—No me diréis que creéis en todos estos absurdos.

—¡Naturalmente! Poseo abundancia de pruebas…

—¿Queréis decir que sois o que habéis conocido muertos siempre en vida… al menos uno de ellos?

—Precisamente.

—Parece —dijo el alcalde— que así como otros han contado su historia, es mejor que escuchemos qué le ha ocurrido a nuestro viejo amigo Alliette.

—Nada podría causarme mayor placer —replicó Alliette—. Empezaré inmediatamente. ¡Y quizá el doctor sea un poco menos incrédulo cuando haya escuchado mi relato!

—Ha pasado mucho tiempo… —Alliette se aclaró la garganta, y sus ojos adoptaron una expresión ausente, como si escrutaran la lejanía—. Estaba viajando de Strasburgo a Leuk, pero había conseguido tan solo llegar a Basilea con medios públicos, tras lo cual me vi obligado a alquilar un medio privado. Tomando una habitación en un cómodo albergue, busqué por si alguien tenía que efectuar el mismo trayecto y estaba dispuesto a compartir el viaje conmigo, para dividir así los gastos y hacernos mutua y agradable compañía.

Al mediodía siguiente había alquilado un coche, y había encontrado a otras personas que estaban dispuestas a viajar conmigo. Una de ellas era la mujer de un comerciante local, cuyo primogénito había muerto a los pocos meses de nacer. A causa de ello su salud se había resentido bastante, y se le había aconsejado que tomara las revitalizantes aguas de Leuk. La acompañaba su camarera. El cuarto pasajero era un sacerdote local, del que no sabía absolutamente nada.

El conductor nos aguardaba a la mañana siguiente a las ocho. El sacerdote había llegado ya; de modo que fuimos a buscar a la señora con su camarera, y la encontramos en la fase dramática de la despedida entre marido y mujer a la puerta de su casa. Evidentemente él no podía acompañarla a causa de los negocios, y ella no quería separarse de él a causa de algún vago, pero horrible presentimiento. Él insistió, sin embargo, en que ella se fuese de modo que, reticente, subió al coche y partimos.

Durante todo el día estuvo nerviosa y agitada, con las facciones pálidas y tensas, y su mirada traicionaba la mayor de las ansiedades. Cuando el crepúsculo se fundía en la noche cruzamos otro coche que regresaba de Basilea, y ella nos imploró que la dejásemos tomarlo para que pudiera regresar junto a su marido sin más dilaciones. Pero la camarera la tranquilizó, y continuamos nuestro viaje hasta alcanzar Mundischwyll, donde pasamos la noche.

Al día siguiente partimos puntualmente a las nueve, y nos dirigimos a Solothurn, donde queríamos interrumpir el viaje para pernoctar. Todo fue normalmente hasta el ocaso, cuando llegamos a la vista de la ciudad, que se sumergía en un mar encantado de luz dorada, verde y rosa; entonces, la alterada mujer se estremeció extrañamente y se lamentó.

—¡Deténganse! —gritó salvajemente—. ¡Deténganse…! ¡Un jinete está intentando alcanzarnos!

Miré fuera por la ventanilla, y no vi nada.

—Os habéis confundido, Madame —dije—. El camino está completamente desierto, y no hay ninguna señal de jinete.

—Es extraño —murmuró ella suavemente, casi como si estuviese hablando a algún otro—. Oigo bastante claramente el galope de un caballo, y está muy cerca.

Pensando que quizá los ojos me habían engañado en la extraña luz, me asomé aún más por la ventanilla a fin de ver todo lo posible del camino. Pero no pude hacer otra cosa más que repetir que no había nadie a la vista. Negándose a aceptar mis palabras, ella insistió en mirar personalmente, y pareció desilusionada al comprobar que yo no había dicho otra cosa que la verdad.

—Debo haberlo imaginado —suspiró, mientras se hundía en su asiento y cerraba los ojos, como si quisiera arrancarse fuera de la realidad humana.

A la mañana siguiente nos levantamos a las cinco, puesto que teníamos un largo trayecto que recorrer. Por la tarde nos estábamos acercando a Berna, donde debíamos detenernos, cuando nuestra pobre amiga, que parecía haber dormido durante la mayor parte del día, entró de pronto en una frenética actividad, gritando:

—¡Por el amor de Dios, deténgase, conductor! ¡Estoy segura de que hay alguien cabalgando detrás de nosotros!

—Debéis estar en un error, Madame —respondió el hombre—. No hemos cruzado a más de tres campesinos que regresaban a sus pueblos. Y detrás de nosotros no hay nadie.

—¡Pero oigo claramente los cascos de un caballo detrás nuestro!

El tono de voz con que fueron pronunciadas estas palabras tenía una tal convicción que me sentí impulsado a sacar la cabeza por la ventanilla para mirar. Sin embargo, como la tarde anterior, el camino estaba desierto y desolado.

—El conductor tiene razón —dije—. No hay ningún jinete detrás de nosotros.

—¡Es muy extraño, porque veo claramente la sombra de un hombre y de un caballo que nos alcanzan!

Miré en la dirección indicada por ella, y debo admitir que veía realmente algo que se parecía a la sombra de un hombre a caballo. Sin embargo, busqué en vano la realidad concreta que debía arrojar aquella sombra. Volviéndome al sacerdote, le señalé aquella circunstancia extraordinaria; pero todo lo que hizo fue lanzarme una mirada desagradablemente enigmática. Luego, muy lentamente, la sombra empezó a debilitarse, hasta desaparecer en la nada.

Cuando alcanzamos el albergue la pobre mujer estaba deshecha. Seguía insistiendo en que a la mañana siguiente quería regresar a casa. Pero la tranquilizamos; y finalmente, tras varios episodios parecidos, alcanzamos Leuk, donde fue obligada a meterse en la cama a causa de un ataque de lo que los médicos llamaron erisipela. Duró más de un mes.

Mientras tanto nos llegaron informaciones que confirmaban sus presentimientos, desde un cierto punto de vista.

Parece ser que, pocas horas después de que abandonáramos Basilea, el marido de nuestra compañera de viaje fue afectado por un ataque de un extraño tipo de fiebre. Sintiendo que su estado era serio, había enviado el mismo día a un jinete para que pidiera a su esposa que regresara. Pero, tras algunos kilómetros de recorrido, el caballo había desmontado al hombre, que se había herido bastante seriamente en la cabeza y no había podido continuar su misión, aunque de todos modos consiguió hacer llegar a su mandatario la noticia de su incidente.

Fue enviado un segundo jinete. Pero también este se vio detenido, esta vez por una avalancha del Oberland bernés. Afortunadamente el guía que había contratado lo salvó de la congelación —por milagro—, y pudo hacer llegar su informe a Basilea.

Mientras tanto, el estado de salud del hombre empeoraba, y sintiéndose a las puertas de la muerte escribió una nota a su esposa que decía más o menos:

«Querida, no me queda mucho por vivir, pero no quiero separarme completamente de ti. Por eso te mando unos pocos de mis cabellos, que acaban de ser cortados allá donde me son aplicadas las bolsas de hielo. Son lo bastante largos como para hacer lo que deseo, es decir, que los entrelaces y hagas con ellos un brazalete; y que lo lleves siempre contigo, sin quitártelo nunca de la muñeca. Esto significará que, en un cierto sentido, seguiremos estando aún juntos».

Así, fue enviado un tercer caballero a la máxima velocidad. Fue más afortunado que sus predecesores, y llegó a Leuk tres días después. En aquel período, sin embargo, la mujer estaba tan ciega como sorda, y se necesitaron varias semanas de curas intensivas para devolverle tanto la vista como el oído. Recibió la noticia tristemente, pero con relativa calma, como si en cierto modo se lo hubiera esperado tras sus experiencias a lo largo del camino. Luego, en el transcurso de un par de meses, y habiéndose recuperado completamente, estuvo dispuesta para regresar a casa.

Pero faltaba una cosa. No había recibido los cabellos del marido. Habían sido perdidos por el mensajero durante el viaje, probablemente porque habían sido puestos apresuradamente en uno de esos paquetitos que, sin indicaciones de ninguna clase, son tan fácilmente perdidos u olvidados. O quizá le habían sido robados de la bolsa, o le habían caído dada la velocidad de su cabalgadura. De cualquier modo, fuera cual fuese la razón, llegó sin ellos; y eso disgusto mucho a la viuda. De todos modos consiguió hallar un poco de esperanza en la posibilidad de que el resto de los cabellos hubieran sido conservados para ella en casa. Y fue este pensamiento el que la sostuvo.

Habiendo completado yo mi cura cuando ella estaba preparándose para regresar a casa, le pedí si podía acompañarla; y ella consintió rápidamente, puesto que había encontrado mucho alivio durante nuestra estancia en Leuk hablándome de su marido y de su vida juntos.

Entonces ocurrió algo extraño. Cada noche, durante toda la semana que empleamos en regresar a Basilea, ella se despertaba a la una de la madrugada con un extraño torpor que se extendía a lo largo de su brazo izquierdo, y luego se prolongaba dolorosamente hacia el corazón. Comenzaba en la muñeca en la cual debería haber llevado el brazalete de cabellos; parecía la ligera presión de un aro de metal que obstaculizase la circulación; y dejaba siempre una señal blanca sobre la piel, que se disolvía con el transcurrir del día hasta desaparecer del todo en la mañana del día de nuestra llegada. Debo admitir que ambos pensamos que este fenómeno debía tener alguna relación con los deseos del marido difunto, puesto que ninguna medicina ni droga habían hecho ningún efecto al respecto.

Todo el asunto le provocó tantos dolores y preocupaciones que, a la llegada a nuestra ciudad de origen, me rogó que me quedara con ella por algunos días, para ver si había la posibilidad de resolver el misterio… o al menos alejar sus síntomas.

Su primera acción al entrar en la casa fue preguntar si el resto de los cabellos de su marido había sido conservado. Podéis imaginar su angustia cuando se le dijo que habían sido quemados. Se derrumbó en un sillón, y por una décima de minuto no dijo una sola palabra, limitándose a mirar al vacío. Luego, sobre sus facciones fue regresando gradualmente una semblanza de normalidad. Mirándome con expresión implorante, parangonable tan solo a la de un animal atrapado, dijo:

—¿Me ayudaréis? Tengo una extraña intuición de lo que debo hacer.

—Naturalmente que lo haré… ¿pero qué queréis que haga?

—Nada, en realidad; quiero tan solo que os quedéis conmigo, para ayudarme en aquello que podáis. Podéis ver que en estos momentos no puedo soportar el quedarme sola… —vaciló, luego continuó—: Abriré la tumba de mi marido… ¡algo dentro de mí me dice que debo hacerlo! Por eso os necesito a mi lado.

Asintiendo comprensivamente, le dije que la acompañaría.

Por aquel día ya no había nada más que pudiéramos hacer, porque ya estaba anocheciendo. Pero a la mañana siguiente aún no habíamos terminado el desayuno cuando envió a buscar al sepulturero. Solo para descubrir, a su llegada, que el hombre que había sepultado a su marido había muerto a su vez; y su sucesor, que llevaba tan solo dos semanas en el puesto, no tenía ni la más mínima idea de la localización de la tumba.

Ella lo despidió, abatida, y me dijo con voz sorprendentemente decidida:

—Solo hay una cosa que podamos hacer: ¡debemos ir inmediatamente al cementerio!

No comprendía para qué podía servir aquello, pero asentí, la ayudé a colocarse el velo, y la seguí.

Cuando llegamos se detuvo en una zona de la parte trasera, recubierta de hierba oscura y esa vegetación peculiar de las zonas de sepulturas, y miró fijamente a una enorme representación de la Danza de la Muerte grabada en bajorrelieve sobre una pared no muy distante. Sus ojos parecían clavados en los de la Muerte; y, como me dijo luego, le pareció ver realmente al esqueleto alzar uno de sus miembros desprovistos de carne e indicar con un dedo encorvado una tumba reciente en las cercanías.

Señalando el lugar a fin de poder reconocerlo fácilmente, fuimos a buscar a los sepultureros. Y aunque ella no tenía ni autoridad ni permisos oficiales, conseguí convencerles, pagando generosamente, para que pusieran al descubierto el féretro, lo sacaran de la fosa, y lo abrieran.

Me quedé estupefacto. Su intuición y las indicaciones fueron exactas; porque, aunque yo había visto a su marido tan solo unos breves minutos el día en que abandonáramos la ciudad en dirección a Leuk, aquel era sin lugar a dudas su cuerpo… fresco e incorrupto como cuando estaba con vida. Mirándolo, uno podía pensar que estaba simplemente durmiendo.

Pero el hecho más milagroso era que, aunque su cabeza había sido rapada un par de días antes de su muerte, sus cabellos color rubio oro habían vuelto a crecer más allá de su longitud normal, y descendían tupidos sobre sus hombros, reflejando la luz del mediodía con su esplendor. Una mirada de indescriptible felicidad se reflejó en el rostro de la mujer, mientras se inclinaba para besarle la frente, delicadamente, pero con amor. Luego extrajo unas tijeras de una bolsa que llevaba consigo, y cortó un mechón suficiente para sus deseos. El cuerpo fue sepultado de nuevo, los cabellos fueron llevados rápidamente a un joyero, y en un par de días mi amiga tenía su brazalete, que a partir de aquel día no abandonó jamás su muñeca.

El hecho más notable es que, desde el momento en que comenzó a llevar el brazalete, dejó de experimentar aquel torpor y el dolor que tanto la habían hecho sufrir las noches anteriores. Al contrario, cuando se veía amenazada por algún peligro, o iba a correr algún riesgo inútil, notaba una ligera presión en la muñeca; como si el marido, por medio de los cabellos, le lanzara advertencias.

Teniendo todo esto en mente, ¿pensáis realmente que sea posible imaginar que este hombre estaba realmente muerto, que había dejado de una vez por todas la tierra…? ¡Yo aseguro que no!

En este punto Alliette fue interrumpido por la voz de la mujer pálida, que habló en un tono tan extraño que todos nosotros nos estremecimos involuntariamente. Las palabras fueron pronunciadas lentamente, nítidamente, y con un ligero rastro de sarcasmo:

—Pero supongo que no declararéis que ese cuerpo muerto abandonó la tumba, que la gente tuvo que sufrir la vista y el contacto de aquel cadáver.

—No, Madame —dijo Alliette—. No haré una declaración así. Pero de todos modos, dejé aquella parte del país poco tiempo después.

El doctor prorrumpió en una risotada grosera:

—¡Ajá, Monsieur Alliette! —exclamó—. ¡Madame Gregorishka, como veis, está dispuesta a transformar a vuestro inocente comerciante en un vampiro polaco o húngaro! —Se detuvo por un segundo y luego, con una sonrisa maligna casi impertinente, continuó—: Decidme, de todos modos… cuando viajabais por los Cárpatos, ¿no os encontrasteis nunca con un vampiro? ¿Los llamados muertos vivientes, como son descritos a menudo?

La única respuesta de Alliette fue una mirada de desprecio.

—Creo que yo puedo iluminaros, doctor —exclamó la mujer pálida, con una profunda alternancia de tonos extraordinariamente bajos—. Todo el mundo ha contado su historia, y este parece el momento propicio para que oigáis también la mía, que es insólita desde todos los puntos de vista. Además, desafío a todos a discutir su veracidad, puesto que es mi propia biografía, y revela además el motivo de la palidez mortal que nadie puede dejar de notar sobre mis manos y mi rostro.

En aquel momento un rayo de luna penetró por una de las altas ventanas, rodeando a la mujer, que yacía recostada en su sillón en una zona oscura, alejada de las velas, lo que le proporcionaba toda la apariencia de una estatua de mármol negro que reposase sobre alguna tumba lujosa.

Nadie respondió a esta observación introductoria. Por el contrario, el silencio curiosamente profundo que llenó la estancia fue una indicación suficiente de la avidez con la cual todos aguardábamos su historia.

Capítulo Doce

EL VAMPIRO DE LOS CÁRPATOS

La mujer pálida se alzó lentamente con un movimiento lleno de gracia, arregló los almohadones, se colocó bien los pliegues de su vestido, se puso cómoda… y tras una pausa en la cual se hubiera oído volar una mosca, con una voz suave y magnética que polarizó la atención de todos, comenzó tranquilamente a contarnos la historia de su vida:

—Nací en Polonia, donde las leyendas tienen la misma importancia que los hechos, y donde creemos en las tradiciones con la misma firmeza con la cual creemos en los Evangelios. No hay un solo castillo que no posea su espectro, ni una casita sin su espíritu familiar. Ricos y pobres, en palacios o en casuchas aisladas, aceptan los principios contrastantes del bien y del mal, del mismo modo que lo hacen en oriente. De tanto en tanto estos dos principios entran en conflicto, y se combaten en el invisible éter. En tales ocasiones sonidos inexplicables son percibidos en corredores desiertos, surgen lamentos de las ruinas de antiguas torres, e incluso macizos muros de piedra se estremecen medrosamente. Estas manifestaciones son tan terroríficas que la gente huye de los castillos y de los campos, corriendo a la iglesia más cercana para buscar protección bajo la cruz sacra, o en las cercanías de las reliquias santas.

Puede resultarle difícil a la sofisticada gente de occidente comprender tales reacciones; sin embargo, puedo aseguraros que es así…

Además de estas circunstancias existen otras dos emanaciones aún más implacables de los mismos principios. Me refiero al triunfo de la tiranía y a los anhelos de libertad. Y es por eso por lo que, durante 1825, brotó otro conflicto entre Rusia y Polonia… un conflicto que derramó la sangre de nuestro pueblo y amenazó con arrasar el suelo de nuestro país. Era la guerra…

Mi padre y mis hermanos se habían unido a las fuerzas dirigidas contra el Zar, y combatían con decisión bajo la bandera de la independencia polaca. Aquella trágica bandera, tan frecuentemente humillada, pero también tan frecuentemente sublevada de nuevo.

Luego, un día, me llegó la noticia de que mi hermano más joven había sido muerto; y algunos días más tarde supe que también el otro había sido herido de muerte. Poco tiempo después experimenté el horror de una larga tarde en la cual el intolerable rugir de los cañones fue acercándose cada vez más; en un determinado momento mi padre entró en el patio con un centenar de jinetes… únicos supervivientes de los tres mil que habían partido. Vencidos y trastornados, habían regresado para hacerse fuertes en nuestro castillo; para morir, si era necesario, entre sus ruinas.

Sin ningún temor hacia lo que le esperaba a él, mi padre temblaba sin embargo ante la idea de los peligros que me rodeaban a mí. Para él, lo peor que podía ocurrirle era la muerte. Pero para mí eran casi seguras la violencia, la rapiña y la esclavitud.

Por eso eligió a diez hombres de los cien que le quedaban y, llamando a su mayordomo, le confió todo el oro y las joyas que poseíamos. No había olvidado como, durante la subdivisión de Polonia, mi madre —entonces adolescente— había hallado la salvación en el monasterio de Sastru, perchado en los lejanos Cárpatos. Y fue allí donde dio instrucciones al mayordomo y a los diez hombres elegidos de que me llevaran a salvo.

Nuestra separación fue parecida a una frenética pesadilla, porque se esperaba que los rusos aparecieran a la vista del castillo dentro de las siguientes veinticuatro horas. Me puse precipitadamente las ropas de cabalgar, bajé al patio, y monté en el mejor caballo de nuestras cuadras. Consiguiendo apenas retener las lágrimas, mi padre me besó, metió sus dos pistolas cargadas en mis bolsillos, y un instante después estábamos galopando a gran velocidad.

Durante el transcurso de la noche y del día siguiente cubrimos más de cien kilómetros, siguiendo el lecho de un río cuyo nombre no recuerdo ahora. Otro día más de viaje, y estábamos a salvo fuera del alcance del enemigo, y nos encontrábamos frente a la encantadora belleza de los Cárpatos, en uno de los ocasos más bellos que nunca haya visto. Al tercer día habíamos alcanzado su base, y comenzábamos la ascensión siguiendo un estrecho camino excavado entre las colinas.

Quizá en este punto debería aclarar que los Cárpatos son muy distintos de las montañas que existen en Francia, en Italia y en Inglaterra, porque, comparándolas, estas últimas están habitadas y civilizadas. Los picos nevados y flagelados por los vientos de los Cárpatos se pierden en la niebla de la calígine y de las nubes, y poseen una incontrolada y majestuosa cualidad selvática, completamente inimaginable para aquellos que no han viajado nunca por esa zona remota de la Europa Central. Las laderas más bajas están apretadamente recubiertas de hierba y pinos, cuya grandeza melancólica se refleja en los espejos cristalinos de los lagos jamás turbados por embarcaciones humanas. En estas regiones tan excepcionalmente aisladas muy raramente se oye la voz humana, solo crean ecos el viento, la tempestad, y los extraños sonidos producidos por esas criaturas cuyo hábitat natural son las regiones agrestes. Se viaja kilómetro tras kilómetro bajo las arcadas catedralicias de los bosques, sabiendo muy bien que el peligro se esconde por todas partes; pero no se tiene tiempo de sentir miedo. El estupor es más fuerte que el mismo miedo, tan imprevistas, tan variadas, tan hermosas y tan atrayentes son las visiones que se presentan al ojo del viajero, y los incidentes que obstaculizan su recorrido.

Después, tras esos bosques interminables, se entra en los vastos e ilimitados reinos de las estepas; áridas, ásperas e increíblemente deprimentes en su monotonía. Aquí el terror no es posible… solo la sensación entumecedora de una desolada tristeza. Se sube un poco y se baja un poco, después vuelve a subirse, y se repite este proceso por un tiempo interminable que parece eternamente el mismo. Sin embargo, piadosamente, el terrible silencio es roto de tanto en tanto por largos y agudos reclamos de pequeñas multitudes de extraños pájaros.

Finalmente, gracias a Dios, se empieza de nuevo a descender, directamente hacia el sur; y el panorama recupera toda su mágica grandeza. Uno se encuentra con delicia ante nuevas maravillas; aún más bellas, quizá más impresionantes e invitadoras. Aparecen de nuevo bosques, riachuelos y cascadas de agua que recorren distancias increíbles desde altos promontorios rocosos.

Con el follaje y la humedad, la vida vuelve a la zona. Y de tanto en tanto, en la distancia, la brisa trae el tañer de las campanas de una ermita. De pronto aparece un pueblecito pequeño, adosado a un valle, o colgado al flanco de una montaña… las casas se hallan estrechamente agrupadas para protegerse de los ataques y del bandidaje, de los lobos y de los osos. Porque, allá donde se instale el hombre en aquella zona, hay peligros en abundancia.

Sin embargo, pese a todas las amenazas, nos estábamos acercando al final de nuestro viaje. Diez días de interminable cabalgar habían transcurrido sin serios incidentes, y la cumbre del monte Pion estaba ya a la vista. Es esa una montaña gigantesca, impresionante más allá de toda descripción, y en sus laderas se halla el monasterio de Sastru. Un par de días más, si todo iba bien, y habríamos llegado, y no puedo decir cuánto deseaba la posibilidad de relajarme completamente en una absoluta tranquilidad.

Era agosto, y el calor intenso, por lo que podéis imaginar nuestra alegría cuando, deteniéndonos para descansar cerca de las ruinas de Niantzo, notamos la primera brisa fresca de la tarde. Desde aquel punto la vista era magnífica. Se podía seguir el curso del Bistrita, más abajo, cuyo lecho estaba bordeado de flores de muchos pétalos de un amarillo más suave que el oro más delicado, y campánulas blancas. Tras comer algo y refrescarnos un poco, proseguimos lentamente por el sendero estrecho y escarpado que conducía hacia el río. Era tan estrecho que nos veíamos obligados a avanzar en fila india; delante iba el guía, cantando una canción melancólica aprendida hacía tiempo en el pueblo de su infancia.

Luego, de pronto, se oyó un disparo, cuyo eco se disolvió rápidamente en la lejanía. La canción se interrumpió al instante, a mitad de una estrofa, dado que nuestro guía herido de muerte, sin un grito, caía al fondo del despeñadero. Su caballo empezó a temblar con una mirada casi humana pintada en su cabeza mientras miraba interrogativamente al barranco.

No podíamos hacer otra cosa más que seguir sendero adelante, pues era demasiado estrecho como para poder pensar en volver atrás. No estábamos en condiciones de determinar la procedencia del disparo. Algunos minutos más tarde el sendero desaparecía tras una ligera curva. Tras rebasarla, descubrimos con gran sorpresa que nos hallábamos en un pequeño llano, del cual partían otros dos senderos. Observé que el nuestro se ensanchaba notablemente al extremo opuesto del llano. Pero en aquel momento fuimos ensordecidos por un coro salvaje de hombres que gritaban amenazadoramente con grandes voces, y nos hallamos completamente rodeados por una banda al menos de treinta toscos salteadores. Todo ocurrió tan rápidamente que apenas tuvimos tiempo de pensar.

Pero mis guardianes, siendo los mejores soldados de mi padre, reaccionaron inmediatamente, haciendo fuego vigorosamente. Cosa bastante sorprendente, me hallé empuñando mis dos pistolas, y lancé mi caballo a un veloz galope hacia el otro lado.

Pero era inútil. Nos hallábamos frente a montañeses expertos, nativos del lugar, que sabían saltar de una a otra roca con la habilidad y la precisión de un águila cayendo sobre su presa.

Fuimos sorprendidos por detrás, mientras delante, donde el camino se ensanchaba, nos aguardaba el joven jefe de la banda, a la cabeza de una docena de jinetes. Fue este grupo el que se cerró, lanzándose hacia adelante para atacarnos, y matando a tres cuartas partes de nuestros hombres en un abrir y cerrar de ojos.

El jefe tendría unos veintidós años y era apuesto, con ojos oscuros y profundos, y largos cabellos negros que le llegaban a los hombros. Empuñaba una corta espada, e incitaba a sus hombres con una voz que no parecía humana. El grupo se cerró a nuestro alrededor obedeciendo sus palabras. Sentí que habían llegado mis últimos momentos, y cerré los ojos en una breve plegaria.

Pero los milagros también se producen; porque cuando volví a abrirlos vi a otro joven, hermoso como un Dios, que saltaba de una roca a otra, acercándose a nosotros. De pronto se inmovilizó, como una estatua sobre su pedestal, mientras nos miraba con ojos penetrantes.

Luego, con un tono de mando cargado de significado, estentórea y claramente, gritó una sola palabra:

—¡Basta!

Como en un relámpago el enemigo se inmovilizó, y todos los ojos se clavaron en el recién llegado. Solo un hombre, que ya había levantado su arma, hizo fuego. Uno de nuestros hombres se quejó, pues el proyectil le había roto el brazo izquierdo. Se movió hacia el hombre que lo había herido, pero antes de que pudiera acercarse resonó un disparo, y su adversario cayó, muerto, con el cráneo destrozado y el rostro estriado de sangre.

En aquel momento, debilitada por el cansancio y por la impresión, caí del caballo y perdí el conocimiento. Cuando me recobré me hallé tendida en el suelo, con la cabeza apoyada en las rodillas de un hombre cuyas pálidas manos estaban llenas de espléndidos anillos. Fue todo lo que conseguí ver de él. Frente a mí, con los brazos arrogantemente cruzados sobre el pecho, se hallaba el joven bandido moldavo que nos había atacado.

El hombre que me sostenía fue el primero en hablar, con una voz vibrante por la autoridad:

—Kostaki —dijo—, ¡retira inmediatamente a tus hombres, y deja que yo me haga cargo de la muchacha!

—Hermano Gregor —replicó el jefe, que estaba a punto de perder los estribos—, no abuses de mí. El castillo es tuyo… ¡deja las montaña y el bosque para mí! En el castillo tú eres el amo, pero aquí soy yo el que manda por derecho.

—¡Yo soy el mayor, Kostaki! Lo cual significa que soy el amo en todos lados… en la montaña y en los bosques al igual que en el castillo. Soy un Brankovan como tú, ¡y puesto que soy de sangre real, debo ser obedecido!

—Puedes dar órdenes a tus servidores, Gregor, pero no a mis soldados.

—Tus soldados, Kostaki, son criminales que actúan fuera de la ley. Si no obedecen puedo hacer que los cuelguen de los baluartes del castillo antes de que anochezca.

—Inténtalo… ¡Dales tus órdenes, y verás lo que harán!

Ante estas palabras mi protector retiró las rodillas y apoyó delicadamente mi cabeza sobre una manta enrollada como una almohada. Seguí sus movimientos con una cierta ansiedad, reconociendo en él al salvador que tan oportunamente había caído del cielo en el momento de nuestra derrota.

No tendría más de veinticinco o veintiséis años, era alto, rubio, con unos enormes ojos azules llenos de singular firmeza. Sus cabellos color oro pálido resplandecían luminosos, dando a su rostro un cierto aspecto de arcángel. Pero sus labios exhibían una sonrisa desdeñosa mientras se enfrentaba a su hermano. Su mirada tenía destellos como los de un águila.

Alzó el brazo derecho con un movimiento imperioso, que pareció suscitar reverencia incluso en el hermano. Luego habló brevemente, pero con severidad, a aquel grupo de hombres, en un dialecto local que no conseguí comprender. Parecieron humildes, casi serviles, y a un gesto suyo se retiraron en formación detrás de nosotros.

—Está bien, Gregor —exclamó Kostaki—. No llevaremos a la mujer a nuestro campamento. Pero te juro que la tendré. Me gusta… ¡y puesto que he sido yo quien la ha capturado, el derecho es mío!

Con estas palabras dio los pocos pasos necesarios para llegar a mi lado, y me tomó entre sus brazos.

—Será llevada al castillo y será dejada al cuidado de mi madre —dijo Gregor secamente. Luego continuó, lentamente, subrayando cada palabra —: Es decir, hasta que decidamos qué hacer.

Luego, mirando a su alrededor, tomó ágilmente las bridas de un caballo y saltó a su silla.

Kostaki, sujetándome aún entre sus brazos, saltó tan rápidamente como su hermano a su caballo, y un instante después emprendíamos un frenético galope.

Los profundos ojos azules de Gregor no abandonaron nunca los míos. Pero Kostaki, notando este hecho, me situó hábilmente de forma que quedara oculta a la vista de su hermano.

Poco tiempo después, cuando la marcha de los caballos se redujo a un trote, abrí los ojos presa de un absoluto terror, segura de hallarme en un cementerio, rodeada de tumbas abiertas y monumentos funerarios.

Lo que vi no fue mucho más incitante. Porque vi que nos hallábamos en el patio interior de un enorme castillo montañés del siglo XIV, a juzgar por su arquitectura.

Kostaki me hizo descender, y un instante después estaba a mi lado. Sin embargo, no tenía ningún motivo para sentirme temerosa, puesto que Gregor era, como había declarado, amo absoluto de su castillo. Fue entonces cuando noté la ausencia de los bandidos, que debían haber abandonado a su jefe para regresar a sus escondites secretos.

Dos mujeres se nos acercaron. Gregor les dijo algo en moldavo, y me hizo seña de seguirlas. De no ser por la mirada que acompañó a su gesto, me hubiera sentido más agresiva que nunca; pero sus facciones eran tan benevolentes, su respeto tan sincero, que sentí el impulso de obedecerle.

Unos minutos más tarde me hallé en un dormitorio, parcamente amueblado pero provisto de buenos cortinajes. La camarera me dijo que era el mejor que podía ofrecer el castillo.

Era tan grande y tan alto que me sentí una enana. La cama era enorme. Todos los muebles eran sólidos e imponentes.

Con la ayuda de un par de camareras, me dediqué a deshacer el equipaje y luego a recuperarme de las fatigas del viaje; sin embargo, mantuve puestas las ropas que llevaba, pues me parecieron mucho más adecuadas al ambiente que cualquier otro atuendo femenino.

Despedí a las mujeres, y apenas había terminado la toilette cuando oí llamar suavemente a la puerta.

—Entrez —dije, hablado automáticamente en francés, que en Polonia es la segunda lengua.

Gregor entró, sonriéndome mientras atravesaba la estancia. Luego, con la máxima gracia y fascinación, dijo:

—Es una bendición, Madame, que conozcáis el francés. Lo hará todo mucho más sencillo.

—Yo también me siento feliz —repliqué—, porque esta ha sido la lengua que habéis utilizado cuando me habéis salvado de las inexplicables atenciones de vuestro hermano… y me alegra poder usarlo, porque quiero agradeceros de todo corazón vuestra milagrosa ayuda.

—Es muy gentil por vuestra parte, Mademoiselle; pero era perfectamente comprensible que acudiera en ayuda de una dama en circunstancias como las vuestras. Afortunadamente me hallaba de caza en las montañas, a una razonable distancia, cuando oí los disparos. Gracias a Dios, llegué a tiempo… De todos modos, si puedo preguntároslo, ¿qué es lo que empuja a una dama como vos a viajar por estas regiones remotas y selváticas?

Puesto que su solicitud alentaba mi confianza y enfervorizaba mi gratitud, me sentí en la obligación de contarle algo de mi vida pasada, y de lo que me había empujado a emprender aquel viaje. Así, le dije que pertenecía a la nobleza polaca; que mis dos hermanos habían muerto; que mi padre probablemente había perecido en la defensa de nuestro castillo; y que yo me dirigía al monasterio de Sastru, que había puesto a salvo a mi madre en un período análogo, en su infancia.

—¡Excelente! El hecho de que hayáis sufrido tanto a manos de los rusos os garantizará una óptima posición aquí —exclamó él—. Pero ahora, Mademoiselle, puesto que me habéis puesto al corriente de los detalles de vuestra historia, creo que será mejor que yo os diga algo de mí. Esta antigua morada es el castillo de los Brankovan… un nombre ilustre, que probablemente no os será nuevo.

—Mi nombre es Hedwig —lo interrumpí, un poco confusa. Y luego, recuperando mi aplomo, añadí rápidamente—:… sí, naturalmente… la fama y la distinción de los Brankovan ha llegado hasta nosotros, incluso en Polonia.

Gregor me sonrió, evidentemente curioso de la forma desmañada en que había antepuesto a mi respuesta la presentación de mi nombre… y sin embargo feliz por el aprecio que aquello implicaba.

Luego, después de haberme observado en silencio durante varios segundos, con una mirada de la más profunda simpatía en sus ojos, siguió hablándome de él.

Su madre, al parecer, era la última princesa de la línea Brankovan; realmente la última descendiente de la familia. Su primer marido había sido un príncipe Waivady, que había sido educado en Viena, donde había aprendido a apreciar todos los refinamientos de la vida ciudadana.

—Como resultado —continuó mi anfitrión—, mi padre deseaba que yo me convirtiera en un perfecto europeo; tanto en educación como en pensamiento, así como en el comportamiento. De modo que mis años infantiles transcurrieron, en compañía de mi padre, en Alemania, Austria, Francia e Italia. Mi madre, contraria a esos viajes tan indefinidamente prolongados, permaneció aquí en Brankovan, donde llevaba todos los asuntos.

»Sé que según las leyes no escritas de la lealtad familiar no debería revelaros todo lo que voy a decir. Pero para vuestra propia seguridad es esencial que sepáis todo lo que a nosotros se refiere… Durante los largos años de nuestra ausencia de esta casa, mi madre, sola y aburrida, se entregó a una relación sentimental con el conde Georgi Koproli, medio griego y medio moldavo. Tras un cierto tiempo escribió a mi padre, admitiendo su culpa y solicitándole el divorcio… reforzando su posición diciendo que no podía continuar más siendo la mujer de un hombre que no la necesitaba, y que llevaba muchos años lejos de su casa y de su tierra natal.

»Mi padre, lamento tener que decirlo, no respondió jamás a esa carta. De hecho, ni siquiera tuvo la oportunidad de verla, pues murió de un ataque al corazón pocos días antes de su llegada. Leyéndola, consideré atentamente la situación, y decidí finalmente que lo mejor que podía hacer era mandar los mejores deseos de felicidad para mi madre.

»Lo hice en una respuesta en la cual le anunciaba la muerte de mi padre, y en la cual le pedía también permiso para continuar mis viajes por el extranjero… petición que lógicamente fue aceptada inmediatamente.

»Entre nosotros, mi intención era establecerme en Alemania, para evitar el tener que encontrarme con Koproli, un hombre que me odiaba y al que yo detestaba con igual fervor. De todos modos, esta decisión fue alterada por la noticia que me llegó de que, un año o dos después de su matrimonio, había sido asesinado por un viejo amigo de mi padre.

»Aunque mi madre raramente había mostrado demasiado afecto hacia mí, lo cierto es que yo aún la amaba más de cuanto pueda expresar; y en tal circunstancia me di cuenta del alcance de su sufrimiento y soledad en esa imprevista tragedia. Como resultado, regresé a casa a la máxima velocidad posible. Y así, un día, inesperadamente, llegué a Brankovan, sin haber enviado una sola palabra para anunciar la posibilidad de mi regreso.

»Podéis imaginar mi sorpresa al hallar a la servidumbre obedeciendo a un hombre elegantemente vestido, que al primer momento consideré un huésped de desusada distinción. Muy pronto supe que era mi hermano, nacido hacía muchos años, durante el primer período de las relaciones ilícitas de mi madre. Ahora, naturalmente, había sido legitimado por su segundo matrimonio. Su nombre era Kostaki, y vos lo habéis visto… ese tipo salvaje e indómito, guiado solo por sus pasiones, que no reconoce nada sagrado excepto su madre, y que me obedece tan solo como un tigre sigue al domador que lo ha doblegado tan solo con una excepcional fuerza de voluntad. Podéis añadir que muy profundamente dentro de él anida un enorme y amargo odio hacia mí, y la secreta esperanza de hallar un día la manera de librarse de mí. De todos modos, y solo por amor a la tranquilidad de mi madre, hemos llegado a una especie de acuerdo. Puesto que yo soy el hijo mayor, ha quedado establecido que yo soy el amo supremo del castillo de los Brankovan y Waivady. Pero en el campo abierto, más allá de los muros impenetrables de esta maciza fortaleza, él es libre de gobernar las profundidades de los bosques, las llanuras, y las alturas rocosas de las montañas. Allá puede dirigirlo todo con su férrea voluntad. Y no llego a comprender por qué, hoy, ha obedecido mis órdenes, o por qué no le han seguido sus hombres. Sospecho que todo se ha debido a la impresión de la sorpresa. ¡Pero no querría tener que prometer una segunda vez mi autoridad a semejante prueba!

»Escuchadme atentamente. Vuestra seguridad reside solo en vuestra permanencia en el recinto del castillo. Permaneced en vuestra estancia durante todo el tiempo que deseéis… pero no abandonéis jamás el patio ni os aventuréis fuera de las puertas. De otro modo mi espada y mi vida serán vuestra única defensa; y un solo hombre contra aquella banda tendrá muy pocas posibilidades de sobrevivir, a menos que se produzca un milagro».

—¿Queréis decir que no puedo continuar mi viaje hacia el monasterio de Sastra, que no puedo abandonar este lugar?

—Podéis intentarlo si queréis; y podéis contar conmigo para la ejecución de todas las órdenes que impartáis. Pero el resultado será mi muerte… y vos seréis raptada por Kostaki, y a buen seguro no alcanzaréis jamás el monasterio.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

—Solo una cosa. Dejad pasar el tiempo. Quedaos aquí y ved lo que sucede. A veces la fortuna ofrece circunstancias imprevistas. Cuando aceptéis el hecho de que habéis caído en manos de bandidos inhumanos, pero estáis a salvo tras esos muros, entonces vuestro valor hará el resto. Y hallaréis a mi madre, por mucha debilidad que sienta hacia Kostaki, insólitamente generosa con vos. Además, es de sangre real, y sabe apreciar la presencia de una princesa. La conoceréis pronto, y os gustará; y puesto que vos sois bella y de sangre noble, os amará y os protegerá como a una hija. Eso puedo prometéroslo.

Gregor se interrumpió y me miró tiernamente. En la penumbra, su belleza era cálida y dulce.

—Puedo aseguraros —añadió gentilmente— que nadie puede miraros o permanecer junto a vos más de unos minutos sin amaros…

Me volví para ocultar mi turbación. Luego, poniéndose en pie, mi anfitrión prosiguió con asuntos más inmediatos:

—Vamos —dijo—, la cena debe estar ya preparada en el salón principal, y mi madre os estará aguardando con no poca curiosidad. Pero no mostréis ninguna señal de embarazo o turbación. Y hablad solo en polaco. Nadie excepto yo comprende el francés aquí; y yo traduciré fielmente todo lo que diga mi madre. Finalmente, y esto es muy importante, no dejéis traslucir una palabra de nuestra conversación a nadie; no tenéis ni idea de la mala fe y de las frecuentes infidelidades de mis compañeros.

Mientras decía estas palabras se dirigió hacia la puerta y la abrió. Lo seguí a través de varios salones hasta llegar al salón comedor, donde Gregor abrió la puerta y me anunció como:

—La Señora Extranjera.

A estas palabras una mujer se alzó de un sillón cercano a la chimenea, y avanzó dignamente hacia mí.

Era la princesa Brankovan. Tras ella avanzaba Kostaki, con un aspecto aún más exótico y terrible que la primera vez que lo había encontrado.

Se inclinó torpemente, murmurando algunas palabras en su lengua. No conseguí comprenderle. Fue entonces cuando noté algo curioso. La dorada luz de la chimenea arrojaba nuestras sombras, y las de los muebles, sobre el pulido pavimento… ¡pero Kostaki no tenía ninguna sombra! Conseguí reprimir un sobresalto mientras me inclinaba ante mis anfitriones.

Luego habló Gregor:

—Puedes hablar en francés, Kostaki —dijo—. Mademoiselle es polaca, pero comprende bien esa lengua. Sin embargo, las frases de Kostaki en francés eran tan ininteligibles como sus murmullos en moldavo. En aquel punto la princesa ordenó a ambos que se callasen, y tendió una mano con aire real. La besé formalmente, tras lo cual pronunció un discurso de bienvenida en su lengua. La dulzura de sus rasgos, y las sutiles inflexiones y modulaciones de su voz, hacían perfectamente claro el significado de unas palabras que de otro modo jamás hubiera podido comprender.

Luego señaló una enorme y pesada mesa, preparada para la cena; sugiriendo obviamente que ocupásemos nuestros lugares.

Tras sentarse, la princesa hizo en silencio la señal de la cruz. Yo me sentaba a su derecha, con Gregor junto a mí, mientras que Kostaki estaba a su izquierda. La conversación fue tranquila y en voz baja mientras la servidumbre comenzaba a traer numerosos platos de carne, exquisiteces locales y ensaladas. Fue entonces cuando supe que el nombre de mi anfitriona era Smerande.

El resto de ocupantes de la casa (excepto los sirvientes) comían en la misma mesa, y los lugares eran distribuidos según el grado. Pero, no obstante la excelencia de la comida y la comodidad de la estancia, la atmósfera en la mesa era tétrica y deprimente. Kostaki no habló más; en cuanto a Gregor, hizo lo mejor que pudo por conversar conmigo todo el rato en francés. La princesa Smerande me ayudó con sus manos espléndidamente enjoyadas; pero siempre con una actitud de solemnidad religiosa, como si estuviera celebrando un rito en vez de estar acogiendo a un huésped.

Cuando terminamos de comer, Gregor explicó a la madre que yo debía estar extraordinariamente cansada tras mi largo viaje, y que quizá lo mejor para mí fuera irme a la cama. Ella asintió, me besó en la frente, y dijo que me deseaba una buena noche y un sueño sereno entre los muros de su castillo.

El joven no hubiera podido escoger un mejor momento, puesto que realmente me sentía desesperadamente exhausta y ansiosa de irme a la cama y quedarme a solas con mis pensamientos. Le di las gracias a la princesa, que me acompañó a la puerta, donde encontré a las dos mujeres que me habían ayudado antes. Haciendo una inclinación hacia Smerande y sus dos hijos abandoné la estancia, retirándome inmediatamente a mi habitación. Dando las gracias a las dos mujeres por su solicitud, les informé mediante gestos que prefería desvestirme sola. Abandonaron inmediatamente el dormitorio, con un comportamiento respetuoso que demostraba que habían recibido órdenes de obedecerme inmediatamente en cualquier circunstancia.

La única luz del dormitorio era un candelabro con tres velas; con él exploré toda la estancia, hasta sus más mínimos rincones, porque tenía una extraña sensación de miedo, aumentada por los rayos oblicuos de una luna nubosa, que penetraban por la ventana intentando emular la luz de mis velas.

En la estancia había otra puerta, ya atrancada desde el interior. Aquello me dio una cierta sensación de seguridad. Finalmente comprobé la entrada. También esa puerta tenía un par de macizos pasadores de hierro, que corrí inmediatamente. Luego fui a la ventana y, antes de cerrarla, miré afuera. Daba sobre un precipicio de varios centenares de metros.

Suspiré aliviada, dándome cuenta bastante claramente de que Gregor debía haber elegido aquel dormitorio en particular para mantenerme a seguro de cualquier peligro.

Regresando a mi cama, cómoda y casi lujosa, encontré una hoja de papel sobre una de las almohadas. Abriéndola, leí las siguientes palabras:

Mi querida Hedwig:

Perdonad si me tomo la libertad de utilizar vuestro nombre… pero dormid en paz, tranquila sobre vuestra absoluta seguridad. No tenéis nada que temer, como os he dicho, en tanto que permanezcáis dentro del recinto del castillo.

Con mis más sinceros respetos,

Gregor.

La lectura de aquella nota me proporcionó una clara sensación de alivio. Mis terrores se desvanecieron, y me fui a la cama completamente agotada, durmiéndome casi inmediatamente.

Cuando me desperté el sol resplandecía en un cielo azul sin nubes; y una increíble variedad de pájaros cantaba alegremente; allá en la lejanía el verde de los bosques se extendía por todas partes como un tranquilo mar esmeralda, y todas mis ansiedades se habían disuelto como un sueño.

Intentaré ser más concisa, o de otro modo mi historia nos ocupará toda la noche. Y al fin y al cabo es solo lo esencial, el hecho culminante, lo que cuenta realmente.

En pocas palabras, me establecí en el castillo de los Brankovan; al principio todo fue perfectamente, pero al poco tiempo empezó a desarrollarse el terrible drama que me afectaba.

Sin necesidad de decirlo, ambos hermanos se habían enamorado de mí, cada cual a su modo. El de Kostaki se manifestaba en la pasión que ardía en sus diabólicos ojos, y en las miradas lascivas que de tanto en tanto descomponían sus facciones. El de Gregor se manifestaba en la dulzura de sus miradas, y emanaba de su corazón con una radiante pureza de intenciones.

Gregor retrasó su declaración; pero su hermano no esperó más que unos pocos días antes de exponerme sus sentimientos, diciéndome con énfasis no solo que me amaba, sino que debía pertenecerle a él y a nadie más. Perdiendo así todo freno, añadió que me mataría antes que verme pertenecer a algún otro hombre.

Gregor se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, pero fue lo bastante prudente como para no decir nada. Hizo todo lo que le fue posible para mantenerme serena y feliz. Esto no resultaba difícil, pues además de ser bellísimo, tenía la ventaja de la mejor de las educaciones, y una experiencia de prolongados viajes, durante los cuales había residido como huésped honorable en las más brillantes cortes europeas.

En el transcurso de pocas semanas el simple sonido de su voz me hacía sentir que era el único hombre al que pertenecería. Mirándole en lo más profundo de sus ojos —cosa que hacía a menudo—, sabía sin ninguna duda que era mi consorte destinado, mi compañero para toda la vida, para decirlo románticamente.

Durante los tres meses siguientes Kostaki me declaró constantemente su insana pasión por mí, repitiendo además sus desagradables amenazas. Pero su sola presencia era suficiente para aumentar la profunda repulsión que experimentaba apenas aparecía por las inmediaciones. Ni siquiera los más adecuados modales conseguían atenuar la indescriptible sensación de pánico que me atenazaba cada vez que lo veía aparecer ante mí. Y seguía notando su extraña ausencia de sombra a la luz de las velas…

En lo que respecta a Gregor, durante todo este período no pronunció ni una sola vez la palabra «amor». Sin embargo, yo era plenamente consciente de que, si lo hubiera hecho, yo no hubiera podido hacer otra cosa que responder «sí» con todas las fibras de mi ser.

En aquel punto Kostaki abandonó completamente su vida de bandido fuera del castillo, delegando temporalmente su autoridad a un ayudante, quien venía de cuando en cuando a recibir órdenes.

Luego el misterio se condensó. Smerande, que siempre me había mostrado la máxima consideración, por no hablar de la cortesía, empezó a revelar un tremendo interés por mi bienestar, hasta tal punto que literalmente me aterró. Aquello fue seguido por un tomar abiertamente partido por Kostaki, cuyas alabanzas tejía apenas tenía oportunidad. En efecto, parecía estar más celosa de mí que su propio hijo. Naturalmente, conocía tan solo pocas palabras de francés, pero me besaba de tanto en tanto en la frente, y luego repetía lentamente, con un susurro repulsivamente gentil:

—Kostaki ama a Hedwig…

En medio de aquella desagradable situación recibí algunas noticias espantosas que difuminaron temporalmente mi miedo hacia la princesa. Mis pocos seguidores que habían sobrevivido al encuentro con los hombres de Kostaki habían sido autorizados a regresar a Polonia. Cuatro meses más tarde uno de ellos volvió a Brankovan —como había prometido que haría— solo para traerme la noticia de la muerte de mi padre cuando el enemigo había arrasado completamente nuestro castillo.

Así pues, estaba sola en el mundo, sola con Gregor, y las dos mujeres que cuidaban de mí como amigas.

Kostaki aumentó sus atenciones, y Smerande su pegajosa ternura. Pero afortunadamente me hallaba en posición de poder interponer el dolor por la muerte de mi padre como obstáculo insuperable… al menos durante varias semanas. Pero finalmente tanto el hijo como la madre empezaron a martillearme con su opinión de que, en mi actual estado deprimido y solitario, necesitaba más que nunca amor y protección.

Durante mi estancia en Brankovan había descubierto el increíble poder de los moldavos para ocultar incluso la menor huella de sus verdaderos sentimientos. No se trataba de hipocresía, sino de una especie de discreción natural o diplomacia. A menudo era utilizada para evitar poner a alguien en evidencia… y este, estoy segura, era el motivo por el cual Gregor no traicionó nunca, con ninguna palabra, gesto o actitud, la profundidad del amor que yo sabía experimentaba por mí. Tan solo el instinto hubiera podido conducir a Kostaki a intuir la posibilidad de hallar un rival en su hermano; como tan solo una revelación interior hubiera podido informar a Gregor de mi desmesurada devoción hacia él.

Sin embargo, este fantástico autocontrol empezó a molestarme. Sabía, para mí misma, que él me amaba; pero ¿cómo podía estar segura en tales circunstancias? Necesitaba una prueba definitiva. Me sentía presa de una situación angustiosa, y me había retirado suavemente a la otra puerta de la que he hablado, y que nunca había sido abierta. Fuera como fuera, sabía que aquellos sonidos eran producidos por un amigo, de modo que pregunté en un susurro quién era.

—Gregor —dijo una voz.

—¿Qué ocurre? —pregunté, entre nerviosa y esperanzada.

—Si creéis que podéis fiaros de mí, ¿me haréis un favor? —pidió.

—Sí —repliqué—. ¿Pero cuál?

—Apagad vuestras velas —dijo—, y fingid haberos retirado a dormir. Aguardad media hora; luego, abrid esta puerta y dejadme entrar.

—No tengo ningún medio para contar el tiempo —respondí—; pero haré como me pedís, y abriré la puerta cuando llaméis.

Mi corazón latía locamente, porque presentía que se había presentado alguna situación desesperada y había acudido a prevenirme del peligro. El tiempo pasó tan lentamente que parecieron horas; pero apenas oí la suave llamada abrí la puerta. Gregor entró, cerrando en silencio la puerta tras de sí, evitando en lo posible hacer ningún ruido.

Permaneció inmóvil algunos segundos, escuchando atentamente. Luego, seguro de no haber sido seguido, y notando mi estado próximo al desvanecimiento, me llevó hasta una silla dejándose guiar por la luz lunar.

—En nombre de Dios —jadeé—, ¿qué es lo que ocurre… y por qué todo este secreto?

—Porque vuestra vida, sin hablar de la mía, dependen de lo que hablemos ahora, y de lo que vos decidáis.

Sentí que un sudor gélido me inundaba, y apreté aterrorizada su mano. Él llevó la mía a sus labios y la besó, mirándome a los ojos con una sonrisa afectuosa que imploraba ser aceptado.

—Te amo —dijo lentamente, con una voz suave como la cadencia de una canción.

—Yo también te amo —respondí.

Suspiró feliz…

—Entonces, ¿quieres casarte conmigo?

—¡En el momento en que quieras!

—¿Y prometes venir conmigo allá donde yo elija llevarte, sea cual sea el peligro?

—Lo prometo; no importa dónde; ¡ni siquiera el peligro tiene importancia!

—Digo esto —continuó—, porque solo podremos hallar la paz y la tranquilidad marchándonos de este castillo… incluso de este país…

La idea me excitaba de tal modo que exclamé, llena de deseo, con voz bastante fuerte:

—¡Oh, por favor! ¡Ayúdame a huir de Brankovan; llévame lejos de aquí, lejos de tu hermano…! ¡Me aterroriza; y también tu madre!

—¡Tranquilízate! —murmuró ásperamente—. Por ningún motivo debes hablar más fuerte que en un susurro…

De pronto comprendí lo que quería decir Gregor.

—Deja que te explique —continuó—; si he retenido mi amor por ti durante todo este tiempo ha sido tan solo para estar seguro, antes que nada, de que tú correspondías a él; y para ponerte a salvo de las intrigas de Kostaki, y de los viles designios de mi madre a su favor.

»Yo soy rico, Hedwig; rico en tierras, propiedades y dinero. Recientemente he vendido al monasterio vecino de Hango algunas tierras, pueblos y cosechas, por valor de un millón. Han pagado parte de su adquisición en joyas comerciales, una gran cantidad en oro, y el resto en cartas de crédito pagaderas en Viena. ¿Crees que será suficiente para nosotros?

—Tu amor es suficiente para mí, Gregor —dije, tan profundamente emocionada que no conseguí decir nada más.

—¡Magnífico! Ahora escúchame con atención. Mañana por la mañana debo ir al monasterio para cerrar el acuerdo con el Superior. Me preparará dos espléndidos caballos, cargados con todo aquello que pueda servirnos. Y al anochecer los esconderá en un lugar seguro cerca del castillo.

«Tras la cena deberás regresar a tu habitación, como has hecho hoy; y, siguiendo la misma rutina, apagarás las velas y fingirás haberte acostado. Yo llamaré, del mismo modo que hoy, a la misma puerta, y tú me dejarás entrar. Pero mañana, a diferencia de hoy, nos iremos juntos. Saldremos por una puerta lateral poco usada, partiremos a caballo, y al amanecer estaremos ya a más de cincuenta kilómetros de distancia».

Me besó larga y tiernamente; luego desapareció como había venido, recordándome que asegurara cuidadosamente la puerta.

La noche pareció interminable. Me sentía tan presa del amor y tan obsesionada por el pensamiento de huir que me era imposible dormirme. La loca cabalgada hacia el castillo cuando había sido capturada había sido tan siniestra, tan trastornadora, que el pensamiento de marcharme con Gregor me hacía temblar de alegría.

Finalmente llegó el día, y bajé. Pero el saludo matinal de Kostaki pareció extraño, por decir algo; mientras que su sonrisa contenía un rastro de velada amenaza. La princesa Smerande se comportaba como siempre; sin embargo, había algo que me desazonaba.

Tras el desayuno, Gregor dijo a uno de los sirvientes, como sin prestarle atención, que preparara su caballo. Se marchó como una hora más tarde, diciéndonos que no le esperásemos a cenar aquella noche, puesto que probablemente regresaría tarde. Fue lo suficientemente prudente como para tratarme con extrema frialdad, excepto un saludo muy educado al abandonar la estancia. Kostaki parecía completamente desinteresado de los asuntos de su hermano; sin embargo, mientras la puerta se cerraba tras Gregor, observé un brillo maligno de odio en sus ojos que no solo me hizo estremecer, sino que me llevó a preguntarme si sospecharía algo.

El resto de la mañana y la primera parte de la tarde transcurrieron aún más lentamente que la noche. El esfuerzo de permanecer tranquila y comportarme normalmente, frente a tal ansiedad, es fácilmente imaginable. Permanecí sola el mayor tiempo posible, atormentada por el ridículo pensamiento de que cualquiera en el castillo podría leer no solo mis pensamientos, sino conocer incluso nuestras secretas intenciones. La comida fue una absoluta tortura. Fue insólitamente fría y formal, un macabro silencio parecía haber descendido sobre todos. El único en hablar fue Kostaki, que de tanto en tanto le gruñía algo a su madre en moldavo. Y una inflexión indescriptible en el timbre de su voz empujó mi miedo hasta límites casi intolerables; hasta el punto que experimenté una tremenda dificultad en engullir cualquier bocado.

Cuando me levanté de la mesa para subir a mi habitación, la princesa me dio el beso de costumbre, y repitió, por primera vez aquella semana, una frase que detestaba:

—Kostaki ama a Hedwig.

El efecto fue tan poderoso que cuando, exhausta, me arrojé sobre la cama, sus palabras seguían creando ecos en mis oídos con una martilleante intensidad. Y fue entonces cuando recordé una cosa que Gregor me había dicho:

—¡El amor de Kostaki, el beso de Kostaki, significan la muerte!

Gradualmente caí en un sueño profundo, libre de sueños; solo para despertarme de pronto cuando el crepúsculo empezaba a invadir el cielo. Oí unos débiles pero insólitos ruidos entrar por mi ventana, posiblemente procedentes del patio; y como sea que la habitación contigua a la mía daba sobre aquella parte del castillo, corrí los cerrojos para abrir la puerta y entré.

Escondiéndome en el vano de la ventana, miré fuera. Abajo, vi a Kostaki que caminaba con paso decidido hacia las caballerizas. Mientras entraba lanzó una rápida ojeada a la ventana de mi dormitorio, probablemente para asegurarse de que yo no lo estaba mirando. Pocos minutos después salió con su caballo preferido, listo para combate. Él llevaba las mismas ropas con que lo había visto el día en que su banda había atacado a nuestro grupo, aunque llevaba solo un arma: una espada de dos filos. Una antorcha ardía en una de las entradas laterales, a través de la cual Kostaki salió tranquilamente a la noche estrellada… ¡en dirección a Hango!

Mi corazón empezó a latir con un extremo paroxismo de miedo. Sabía dentro de mí —por intuición, o como queráis llamarlo— que Kostaki estaba decidido a matar a Gregor. Aunque sabía muy bien que yo no podía hacer nada, seguí mirando hasta que el jinete se desvaneció en la oscuridad del bosque, a casi un kilómetro de distancia.

Permanecí en la ventana como petrificada. No sabría decir por cuanto tiempo; como mínimo debieron pasar tres cuartos de hora. Finalmente la lasitud pasó y una nueva energía empezó a brotar de mi cuerpo y de mi espíritu. Con ese renacimiento vino la comprensión de que cualquier noticia llegaría mucho antes al salón principal que a la intimidad de mi dormitorio.

Por eso me compuse, asumiendo milagrosamente el más tranquilo de los aspectos, y descendí antes de lo previsto para esperar la cena.

Smerande estaba sentada como siempre en la silla junto a la chimenea. La observé, curiosa; pero su expresión no mostraba ningún rastro de tensión nerviosa. Me saludó amigablemente, tras lo cual siguió impartiendo instrucciones para la cena a un par de sirvientes que estaban junto a ella. Aquello me dio la oportunidad de observar la mesa. Estaba preparada como de costumbre, con los lugares habituales dispuestos para Gregor y Kostaki. Fuera lo que fuese que estuviera ocurriendo, parecía claro que la princesa no sabía nada. Ni yo podía preguntárselo, porque nuestro conocimiento recíproco de las lenguas era casi inútil.

Observé el reloj del castillo que dominaba el comedor. Mi miedo crecía constantemente en intensidad a medida que pasaban los minutos. Cuando el reloj dejó oír sonoramente las ocho y media empecé a preguntarme silenciosamente si Gregor había vuelto.

Poco antes de las nueve, que era la hora establecida para la cena, oí el ruido de los cascos de un caballo que galopando entraba en el patio. También la princesa lo oyó, y se acercó a los altos ventanales. Pero la oscuridad era demasiado intensa como para conseguir ver algo. Afortunadamente no me miró, o se hubiera sentido impresionada por mi expresión… porque era el sonido de un solo caballo… y en aquel momento no pude controlar la expresión de terror que se dibujó en mi rostro. Un ruido pesado e imperioso de pasos se dejó oír casi inmediatamente, acercándose mientras atravesaba lentamente la antesala. Pocos instantes después se abrió la puerta, y conseguí distinguir la silueta confusa de un hombre, no claramente visible a la luz de las velas. Permaneció donde estaba, sin moverse, durante casi medio minuto. Mi corazón empezó a latir insoportablemente. Luego, mientras él avanzaba caminando hacia la parte de la estancia iluminada, suspiré aliviada.

Ante nosotras estaba Gregor; pero pálido y gris como un cadáver. Bastó una mirada, y fue obvio que por poco no le había ocurrido algo terrible.

—¿Eres tú, Kostaki? —preguntó la madre.

—No, madre… soy Gregor —respondió él con voz ronca, llana e irreconocible.

—¿Y cuánto tiempo crees que estoy dispuesta a esperar para la cena? —dijo ella, irritada y desilusionada.

—Pero madre —dijo Gregor—, os dije que llegaría tarde; ¡y aún no son las nueve, que es la hora habitual de la cena!

Mientras pronunciaba estas palabras, el enorme reloj dio nueve campanadas.

—Supongo que tienes razón —dijo ella, alzándose impacientemente de hombros—. ¿Pero dónde está tu hermano? ¡Ha salido hoy por la tarde, y no puedo imaginar dónde ni por qué!

Aquella era una pregunta que pesaba sobre todos nosotros; y por un terrible momento la historia de Caín y Abel atravesó mi mente.

Pero Gregor no respondió.

—¿Nadie ha visto a Kostaki? —preguntó imperiosa la princesa.

El mayordomo fue a informarse. Al regreso describió unos hechos muy parecidos a aquellos a los que yo había asistido desde la ventana. Fue en aquel preciso instante cuando mis ojos se encontraron con los de Gregor.

Observando su rostro —no sabría decir si fue realidad o imaginación—, me pareció ver una gruesa gota de sangre resbalar por la blancura de su frente.

Manteniendo mis ojos fijos en los suyos, indiqué lentamente mi frente con un dedo. Gregor pareció comprender; y, extrayendo el pañuelo, comenzó a restregarse como si se estuviera secando el sudor.

La princesa seguía mirando irritada al mayordomo.

—¡Sigue! —exclamó.

—Debe haber ido a la caza de un zorro, o de un lobo. Vuestra alteza sabe cómo es él…

—No hay ningún motivo para que sigamos esperándole —murmuró rabiosa Smerande. Luego, girándose hacia su otro hijo—: Gregor —preguntó—, ¿dónde has dejado a tu hermano? ¿Muy lejos?

—Madre —replicó él, con voz bastante controlada—, yo y Kostaki no hemos salido juntos. Si recuerdas bien, yo he abandonado el castillo mucho antes.

—Sí, naturalmente, es verdad —respondió la princesa. Luego se dirigió lentamente hacia la mesa, ocupó su lugar, me hizo señas para que hiciera otro tanto, y ordenó que fuera servida la cena.

Mientras eran servidos los primeros platos, de la puerta principal llegaron ruidos diabólicos, confusos e indistintos. Poco después un sirviente entró precipitadamente, fuera de sí, gritando a grandes voces:

—¡Alteza! ¡Alteza…! El caballo favorito de Kostaki acaba de volver al castillo. Sin jinete, cubierto de sangre, y temblando como si fuera seguido por el propio Infierno.

—¡Dios del cielo! —exclamó Smerande, alzándose y palideciendo visiblemente—. Es como cuando regresó el caballo de su padre a las diez de la noche. Me dijeron que el caballo del príncipe Koproli había regresado al castillo una noche, sin jinete, con la silla empapada de sangre. Un par de horas más tarde, a la luz de las antorchas, los sirvientes encontraron su cuerpo en una zona desierta a algunos kilómetros de distancia. Había sido literalmente despedazado.

Una mezcla entre deliciosa y paralizante de alivio y shock me estaba invadiendo. Automáticamente mi mirada se fijó en Gregor. Parecía extraer de dentro de sí, de fuentes desconocidas, el más admirable autocontrol.

Smerande pidió antorchas. Tomando una de un sirviente, la levantó en su mano derecha y, caminando velozmente atravesó la abierta puerta, con una majestuosidad que para ser creída debía ser vista, salió al patio.

El caballo de Kostaki lo sujetaban, en lo que era posible, ocho mozos de cuadra. La princesa se les acercó sin temor y empezó a examinar a aquella pobre criatura. Apartando su vista de la silla empapada en sangre, notó inmediatamente una herida en el cuello del animal.

—Mi hijo ha sido muerto por un solo hombre —dijo—, y ha sido agredido por delante… ¡que todos los hombres disponibles del castillo vayan a buscar el cuerpo!

Sus órdenes fueron cumplidas, y tras unos pocos instantes numerosas antorchas iluminaban la oscura noche.

Smerande, fría como el hielo, rígida como una estatua, permaneció inmóvil junto a la puerta principal. Sobre sus pálidas mejillas no había huellas de lágrimas; sin embargo, bajo aquella increíble exhibición de dignidad real, resultaba claro que su corazón latía con desesperación… porque su hijo preferido significaba para ella infinitamente más que el otro.

Gregor permanecía a su izquierda, y yo estaba detrás de él. Por un momento intentó darme el sostén de su brazo, pero luego, con una mirada culpable, lo retiró.

Tras haber observado fijamente la oscuridad durante al menos veinte minutos, vimos una antorcha solitaria reaparecer en la lejanía, allá donde el camino hacía un recodo en el bosque. Una tras otra, todas las antorchas fueron reapareciendo. Pero en vez de estar esparcidas aquí y allá, como al inicio, formaban lo que podía ser descrito como un rectángulo largo y estrecho… como si los hombres que lo formaban andaran lentamente hacia casa en dos filas ordenadas.

Finalmente conseguimos captar los detalles de aquella extraña procesión. En el centro había unas parihuelas construidas apresuradamente, y sobre ellas estaba tendido el cuerpo de un hombre.

Fue llevado al interior del castillo y depositado en el centro del salón principal.

Smerande, con un aire soberbio, ordenó a todos que se alejaran lo máximo posible. Tranquila y tristemente, se acercó al cadáver, arrodillándose a su lado. Sin una sola lágrima, separó sus cabellos, que habían caído sobre su rostro, besó sus labios, y miró tiernamente, pero con decisión, sus ropas manchadas de sangre.

La herida era profunda, entre dos costillas, y había sido producida a todas luces por una espada de doble filo. Recordé con horror que, durante la comida de aquel mismo día, había visto a Gregor con un cuchillo de caza que hubiera podido producir exactamente aquel tipo de herida. Automáticamente lo busqué con la mirada… Ya no estaba allí…

La princesa, tras pedir un vaso de agua, empapó un pañuelo y lavó cuidadosamente con él a su hijo.

La atmósfera estaba cargada, y había alcanzado una grandeza casi épica. Algunos años antes me había sentido fascinada por la poesía de Nibelungenlied, y tenía la impresión de que esta era la contraparte de la muerte de Siegfried, y Smerande representaba el sublime pero siniestro papel de Kriemhilde. Sin embargo, allá donde Siegfried había sido un héroe y un semidiós, Kostaki reflejaba tan solo la imagen compuesta de un ladrón, sádico y demoníaco.

Todo el ambiente confería una majestad fantástica e impresionante a aquella escena increíble… acrecentada por la madre fríamente trágica, arrodillada junto al cuerpo del hijo, sorda a los continuos lamentos de su banda de degolladores, mientras intentaba adivinar cuánto tiempo llevaba muerto.

Finalmente, Smerande besó con dulzura a Kostaki en la frente y, alzándose majestuosamente, llamó con voz cálida y profunda:

—¡Gregor! ¡Ven aquí inmediatamente!

Gregor se estremeció visiblemente, avanzó, y dijo obedientemente:

—¡Estoy aquí, madre!

—¡Más cerca! ¡Quiero hablarte!

Pero cuanto más se acercaba al cuerpo, más sangre brotaba de la herida abierta.

Afortunadamente, la princesa estaba mirando al cadáver y no a Gregor; de otro modo la vista de aquel flujo acusador la habría informado de que no era preciso buscar al asesino.

—Gregor —siguió ella—, sé muy bien que tú y Kostaki os detestabais. Sé también que, a causa de los distintos padres, tú eres un Waivady, y él un Koproli. Pero puesto que yo os he puesto a ambos al mundo, los dos sois Brankovan. Tú eres un hombre sofisticado e instruido por el mundo occidental; Kostaki era un hijo salvaje de estas montañas ásperas y bellísimas, que se mantienen tan alejadas de los lujos de la civilización. Sin embargo, siempre habéis sido hermanos, y esto es un hecho incontrovertible…

Aquí hizo una pausa, mirándole solemnemente.

—Desearía saber, Gregor —continuó—, si tienes intención de llevar el cuerpo de tu hermano a la tumba de su padre sin vengarlo en la persona de su asesino. Desearía saber si puedo contar con que tú cumplas con tu parte de hombre que siempre has demostrado ser.

—Dadme el nombre del hombre que ha asesinado a Kostaki, madre, y os prometo que dentro de veinticuatro horas habrá dejado de respirar.

Smerande, que tenía toda la majestad de una reina, era la imagen misma de la venganza.

—Gregor —dijo, con una voz profunda que hizo vibrar la estancia—, Gregor… ¡no es suficiente! Debes prometer que buscarás al asesino, a sus hermanos, a sus hermanas, a su madre, a su mujer, a sus hijos, y los matarás a todos con tu espada. Y después deberás quemar y derruir la casa, o las casas en que vivan, sin dejar una sola piedra que pueda contar que han existido. Si no lo haces, entonces, en nombre del Cielo, sobre tu cabeza caerá la maldición de tu madre, junto con su augurio de eterna condenación.

Gregor avanzó y se arrodilló junto al cuerpo de su hermano. Apoyando una mano sobre su cabeza, murmuró suavemente, casi como si fuera un niño:

—¡Juro que lo haré!

Entonces ocurrió algo horrible. Quizá fuera imaginación; quizá realidad: no lo sé… pero los ojos de Kostaki se abrieron y se clavaron en los míos. Fue como si un rayo de luz incandescente llameara entre nosotros, penetrando en mi cerebro.

Los últimos restos de mis fuerzas me abandonaron. La estancia empezó a oscilar y a girar, y me sumí en la oscuridad.

Recobré los sentidos unas horas más tarde, y me hallé tendida en mi cama, apoyada en varios almohadones. Las dos camareras estaban sentadas junto a mí, velándome.

Al primer momento no conseguí recordar dónde estaba, ni qué había sucedido. Luego, con el regreso gradual de la memoria, pregunté qué hacía la princesa, y cómo se encontraba. Estaba arrodillada rezando, dijeron, junto al cadáver del hijo preferido.

Cuando pregunté por Gregor, me dijeron que había marchado al monasterio de Hango. Aquello era un notable alivio; tenía la impresión de que, si mis sospechas se revelaban exactas, estaría más seguro en aquel inviolable santuario que no en el castillo.

Pensando en aquello, me di cuenta de que la fuga no era ya necesaria, ahora que Kostaki estaba muerto. Pero el matrimonio parecía imposible, puesto que Gregor era casi con certeza el responsable de la muerte de su hermano; y por mucho que lo amase, nunca podría convertirme en la esposa de un asesino.

Pasé tres días y tres noches tendida en la cama, atormentada por sueños extraños y fantásticos. Despierta o dormida, nunca conseguí apartar de mis pensamientos la visión indescriptible de aquellos dos ojos vivos y ardientes, pertenecientes a un cadáver. Ojos escrutadores y llenos de maldad, que me seguían por todas partes…

El funeral de Kostaki había sido fijado para tres días después. Aquella mañana me entregaron un hábito completo de viuda. Venía de la princesa, que debía estar algo enloquecida, y me imaginaba ya casada con su hijo difunto. En un estado mental alterado, me vestí, descendiendo a la planta baja. Todas las estancias estaban vacías y silenciosas. Pero en el castillo había una capilla; y, algo temblorosa ante la idea de la ceremonia, me dirigí lentamente hacia allí.

Cuando entré, Smerande, a quien no veía desde hacía casi tres días, acudió a saludarme. Su rostro y sus manos eran blancos como el mármol. Sus movimientos eran los de una estatua sostenida por manos invisibles.

Con gran horror por mi parte me besó apasionadamente en la frente, con unos labios fríos como el hielo; luego, con una voz cavernosa, que parecía proceder de las vísceras de la tierra antes que de su garganta, murmuró una frase terrible:

—¡Kostaki aún te ama!

Me quedé anonadada. Es imposible imaginar la impresión que aquellas palabras produjeron en mí; porque había dicho: «Kostaki aún te ama», usando el presente, en vez de decir, como hubiera sido de esperar: «Querida, Kostaki te amaba…».

Inmediatamente después, mientras ella se alejaba, un susurro sibilante vibró en mi oído, en apariencia procedente de la nada, que me informaba tranquilamente que el mundo de los muertos me había elegido; que era innegablemente la mujer del muerto, y que no podía casarme con el hermano aún vivo.

Mirando en torno, no vi a nadie lo bastante cercano como para haber murmurado aquellas palabras, casi un murmullo, en mis oídos. Una de las camareras estaba a un par de metros de distancia, y me daba la espalda. Le pregunté si había oído algo.

—No —dijo—; todo ha estado en silencio tras las palabras de la princesa.

Me sentía casi fuera de mí. Un sentimiento de pánico me estaba dominando; y mis ojos, pese a mi voluntad, se veían repetidamente atraídos hacia el féretro, acompañados por los pensamientos de aquellos ojos vivos allí cerrados. La única forma en que puedo ilustrar mis reacciones es decir que era en cierto modo como un pájaro, o una pequeña criatura, fascinada por una serpiente.

Empecé a buscar a Gregor en medio de la gente, y finalmente lo hallé con la espalda apoyada contra un pilar, como si se sostuviese en él. Estaba pálido, sus ojos eran vacuos y desprovistos de vitalidad; no sabría decir si era o no consciente de mi presencia. Respetando su desesperación, no me acerqué a él…

Los monjes del monasterio de Hango estaban agrupados en torno al féretro, cantando plegarias según el rito griego, pero con una monotonía que encontré insoportable.

Deseaba rezar… por Gregor, por mí, por todos nosotros. Pero no conseguí hacerlo. Mi mente estaba como entumecida; y me sentía rodeada por una horda de demonios, antes que sostenida por los padres de la iglesia.

Cuando el féretro fue levantado por los portadores, intenté unirme a la procesión. Pero las fuerzas me abandonaron. Mis piernas temblaban; me apoyé en la jamba, mientras todo danzaba ante mis ojos, como si lo viera todo a través de unas lentes distorsionantes que se movieran en todas direcciones. Smerande se acercó, acompañada de Gregor, y dijo algo en moldavo.

—Mi madre me pide que te traduzca lo que está diciendo —dijo él. Y tradujo al pie de la letra:

—Estás llorando por mi hijo, Hedwig, porque lo amabas. Tienes mi reconocimiento. Desde este momento tienes un país, una madre y una casa permanente. Recordaremos juntas nuestra dignidad, y nosotras recordaremos a aquel espléndido hombre que ya no está con nosotros… Yo soy su madre… tú eres su verdadera mujer… Ahora, sigue mi consejo… regresa a tu habitación y descansa. Yo debo seguir a mi hijo a la sepultura, y cuando regrese habré vencido mi tristeza. No te preocupes, lo haré… ¡no tengo intención de dejarme vencer!

Mi única respuesta fue un lamento prolongado pero imposible de reprimir, porque cualquier forma de autocontrol me había abandonado por completo.

Abandoné la capilla, y subí la larga escalera hacia mi habitación; donde, desde la ventana, contemplé la lenta procesión recorrer su camino hacia el lejano recodo, hacia el monasterio de Hango… porque allí era donde estaban situadas las tumbas y las criptas de los Brankovan y los Waivadis.

Estábamos a finales de noviembre, y los días eran fríos y cortos. A las cinco, como máximo, ya oscurecía. A las siete vi antorchas en la distancia, que indicaban el regreso del funeral. Todo, gracias a Dios, había terminado, y Kostaki yacía en la tumba de su padre.

Vencida por las emociones y la tensión del día, me sentí más trastornada de lo que me hubiera sentido nunca. Una tras otra oí sonar las horas en el campanario del castillo. Ya he hablado de las extrañas fantasías obsesivas que dominaban mi cerebro desde aquella noche fatal en que aquellos ojos cerrados se abrieron de pronto y se clavaron en los míos.

Mientras oía sonar las ocho y cuarenta y cinco, empecé a temblar, y un extraordinario sentimiento de horror empezó a infiltrarse por todo mi cuerpo, como paralizando cada músculo, cada movimiento consciente. Paralelamente, había como una sensación opresiva de torpor, como el producido por algunos somníferos demasiado potentes. Me sentí débil y pesada. Sin embargo, estaba aún lo bastante consciente como para oír el ligero ruido de pasos aproximándose a mi puerta. Tras lo cual ya no oí nada más, ni siquiera abrirse la puerta… ¡si alguna vez se abrió realmente! Sin embargo, antes de hundirme en la más profunda oscuridad, sentí una oleada de dolor que recomía mi garganta. Intenté, sin conseguirlo, abrir los ojos; pero perdí por completo el conocimiento…

Me desperté poco antes de la medianoche y, viendo las velas aún encendidas, intenté levantarme. Pero mi debilidad era tan grande que necesité varias tentativas fallidas antes de conseguir alzarme en pie, aunque tambaleante. Notaba una sensación de dolor y picazón en mi garganta, seguida inmediatamente por el horrible recuerdo de aquello que había ocurrido poco antes de que perdiera el conocimiento.

Me arrastré con mucho esfuerzo hacia el largo espejo situado en la pared fronteriza; y, sujetando cerca una vela, examiné mi cuello. Una punzada, un poco mayor que la de un alfiler, se destacaba en la carótida, y de ella fluía aún una pequeña gota de sangre. Sin conseguir explicarme la herida, la atribuí a la mordedura de algún insecto local.

Sintiéndome aún débil como convaleciente de una larga enfermedad, regresé a la cama y, exhausta por el cansancio y por la preocupación, pronto me dormí. Pero mis sueños no fueron muy agradables, y preferiría no hablar de ellos.

Al día siguiente me desperté a la hora acostumbrada, e intenté levantarme de la cama como lo hacía siempre. Sin embargo, el esfuerzo fue demasiado. Me sentía absolutamente desprovista de fuerzas y energías, y muy débil. Lancé una ojeada al espejo, y me impresionó la blancura espectral de mis facciones. De modo que, sin saber qué hacer, simplemente volví a tenderme e intenté relajarme.

Las horas pasaron como siglos interminables. Alternativamente, me adormecía y recobraba la consciencia de lo que me rodeaba. Pero no acudió nadie hasta la tarde, cuando una de mis camareras vino a explicarme que la princesa creía que era mejor para mí que pasara aquel día sin que nadie me molestara. Me trajeron la provisión de velas para la noche; pero yo pedí más candelabros, temiendo las espectrales sombras de las largas horas de oscuridad. Aquellas dos gentiles mujeres se ofrecieron a pasar la noche conmigo. Rechacé su compañía, prefiriendo el silencio al flujo inagotable de sus cuchicheos en una lengua de la que apenas comprendía una cincuentena de palabras.

Pasaron los minutos. Luego, a la misma hora que la noche precedente, experimenté idéntica sensación física y nerviosa de pánico-terror y de proximidad a la parálisis. Una vez más, intenté alzarme y pedir ayuda. Pero ni siquiera conseguí llegar a la puerta. A lo lejos, como sofocadas por gruesos cortinajes, oí las campanas tocando el cuarto para las nueve. Volviendo rápidamente atrás me dejé caer sobre la cama. Mis ojos se cerraron automáticamente; y lo único que recuerdo tras aquel momento es que sentí algo que me mordía ávidamente en la garganta. Luego el dolor fue seguido por una oscuridad absoluta.

Una vez más recuperé los sentidos cerca de la medianoche. Pero me sentía más débil y estaba más pálida que la noche precedente.

A la mañana siguiente, indeciblemente trastornada, y casi incapaz de mantenerme en pie, decidí acudir a Smerande y explicarle mi situación. En aquel preciso momento entró una de las camareras para anunciar a Gregor, que entró casi inmediatamente en la estancia.

Intenté alzarme del sillón donde me hallaba, pero me fue imposible. El esfuerzo era demasiado grande…

Gregor, siempre pálido, se quedó estupefacto por mi aspecto, y se precipitó hacia mí para ayudarme.

—¿Qué diablos te ha ocurrido? —preguntó, con un temblor ansioso en la voz, que era normalmente profunda, viril y calculada.

—Podría hacerte la misma pregunta —respondí—, ¡especialmente desde el asesinato de tu hermano, por mucho que lo detestases!

—He venido para decirte adiós —murmuró—. Los hechos de los últimos días me han dado oportunidad de reflexionar a fondo, y he decidido abandonar un mundo que estaría desprovisto de significado sin tu amor y tu presencia. La única alternativa que tengo es unirme a los monjes en Hango, y ocupar una celda en el monasterio…

—Dadas las circunstancias —repliqué—, temo que debemos separarnos. Pese a que te amo aún más de cuanto puedan expresar las palabras… Pero, tras lo sucedido, la realización de un amor como el nuestro solo puede ser criminal.

—Comprendo, querida mía —dijo—. Y te ruego que reces por mí cada día durante todo el resto de tu vida… aunque no volvamos a encontrarnos nunca más.

—No podría actuar de otro modo —respondí—, porque el recuerdo de ti permanecerá conmigo durante cada minuto de mi vida. Pero me temo que a partir de ahora mis horas estén contadas…

Una mirada de interrogante horror se dibujó en su rostro.

—¿Qué quieres decir? —jadeó—. ¿Y por qué estás tan pálida…? ¡Tu piel tiene el color del marfil!

—Quizá Dios se esté ocupando de mí, liberándome de esta espantosa situación —repliqué.

Gregor se me acercó y, arrodillándose junto a mi asiento, tomó mis manos entre las suyas. No tuve fuerzas para resistirle. Entonces, mirándome directamente a los ojos, dijo:

—¡Esta anemia no es natural, Hedwig! Tú no has estado enferma… ¡Dime, por el amor de Dios, lo que ha sucedido! Tengo una sospecha; pero quiero oír de tus labios exactamente lo que te ha ocurrido en los últimos días.

No sabía ni por dónde empezar ni qué decir.

—Aunque intentase explicarlo, Gregor —dije—, me considerarías completamente loca. ¡Para ser sincera, incluso yo lo he pensado!

—Tienes que decírmelo, Hedwig —replicó él, con una voz que traicionaba un insólito temor.

Su ansiedad me aterró aún más que los hechos de los días precedentes. Empecé a sospechar el haber sido drogada, o incluso envenenada.

—Hedwig —dijo él de nuevo—, ¡tienes que decírmelo! ¡No te das cuenta de la verdad! Vives en una zona muy distinta del resto del mundo… ¡y, además, en medio de una familia que es tan fantástica como distinta de cualquier otro grupo de personas que jamás hayas encontrado!

Confiando en Gregor, y temiendo por mí misma, le conté en detalle las extrañas sensaciones físicas, el frío, los inexplicables ataques de inconsciencia que experimentaba exactamente a la hora en la que Kostaki debía haber sido muerto. Le hablé de los pasos lentos y suaves, y de cómo había oído abrirse la puerta atrancada, inmediatamente antes de perder el conocimiento. Sobre todo le expliqué los mordiscos en mi garganta, y la creciente debilidad, día tras día, mientras le mostraba las punturas.

Escuchó con atención; pero cuando yo terminé permaneció un rato silencioso. Un nuevo miedo hacía palpitar furiosamente mi corazón. ¿Y si pensaba que estaba loca, lista para ser llevada al manicomio? Aferré los brazos del sillón para sostenerme.

—¿Quieres decirme —murmuró— que te adormeces, o que te desvaneces, todas las noches a las ocho y cuarenta y cinco?

—Sí —repliqué—. Y ningún esfuerzo mío puede impedir que esto ocurra.

—¿Y oyes abrirse la puerta?

—Sí… Pero debe ser mi imaginación, porque siempre está sólidamente asegurada.

—¿Luego sientes un mordisco, y un dolor agudo en el cuello?

Asentí.

—Deja que te mire de nuevo el cuello —pidió.

Incliné un poco la cabeza hacia atrás, ladeándola ligeramente, para que pudiera ver con más claridad. Él se acercó mucho, dejando escapar una exclamación, seguida de un involuntario «¡Dios mío!», y luego se hundió en otro breve silencio, con el rostro crispado por una mirada de angustia.

—Hedwig —dijo con decisión—, ¿confías realmente en mí?

—¿Cómo puedes dudarlo? —murmuré, irritada de que pudiera tan solo considerar tal posibilidad.

—¿Creerás en lo que voy a decirte?

—¡No puedo poner en duda una sola de tus palabras, Gregor!

—Lo que tengo que decirte, entonces, es esto: si no sigues mis instrucciones a partir de ahora, sin discutir, y al pie de la letra, no sobrevivirás ni una semana… ¡y debemos empezar inmediatamente!

—¡Haré cualquier cosa que me pidas… cualquiera!

—¡Bien! Entonces quizá consigamos salvarte…

—¿Solo quizá?

Se negó a responder, con una sonrisa triste.

—No importa lo que ocurra, Gregor, no importan las dificultades, haré todo lo que me pidas…

—Entonces escúchame atentamente —dijo—; y no te dejes vencer por el terror.

Y al decir estas palabras me miró profundamente a los ojos, con un amor que parecía infundirme una inmensa fuerza nueva.

—En tu país, como en el nuestro —continuó—, existen algunas creencias tradicionales desagradables. Me refiero a una en particular…

La piel se me heló, y sentí que se me ponía carne de gallina, porque instintivamente había comprendido a qué creencia se estaba refiriendo. Se dio cuenta de ello, pues dijo:

—Veo que comprendes lo que quiero decir.

—Sí —respondí—; en Polonia recuerdo haber visto a gente que sufría de esta maldición.

—¿Estás hablando de los vampiros?

—Sí. En mi infancia he asistido a la escena más horrible de mi vida.

—¿Qué ocurrió?

—Estaba en el cementerio de un pueblecito que pertenecía a mi padre. Más de cuarenta campesinos habían muerto bastante inexplicablemente en el transcurso de tres meses. No fue hallada ninguna enfermedad ni causa de la muerte. Debido a esta insatisfacción general, los cuerpos fueron exhumados para un examen ulterior. Diecisiete revelaron todos los síntomas de la vampirización. Los cuerpos estaban aún frescos y calientes como cuando estaban vivos. De hecho, parecían aún vivos, excepto por la absoluta inmovilidad en la que yacían. Los otros cuerpos, evidentemente, habían sido sus víctimas. Y, como sabrás, a menudo la víctima de un vampiro se convierte a su vez en vampiro, aunque este hecho sea discutido a menudo. De todos modos, vi todo eso porque había acompañado a mi padre; y era una visión que no olvidaré jamás.

—¿Puedes decirme qué método fue usado para salvar al país de una tal infestación?

—Una estaca de madera con un extremo afilado fue clavada en sus corazones; y los cuerpos fueron quemados en una enorme pira fúnebre.

—Es el método más usado —dijo Gregor—. Pero dudo que en la actual situación sea suficiente.

—¡Gregor, me estás aterrando! —exclamé.

—Ya te he dicho que el miedo es tu peor enemigo —dijo—. Véncelo, y la mitad de la batalla estará ya ganada.

»Ahora escúchame bien —continuó—. No sé quién, o qué cosa, te está atacando. Pero tengo mis sospechas. ¿Has notado algo particular en Kostaki?

—Sí —respondí—. Al menos en dos ocasiones me pareció que no arrojaba ninguna sombra a plena luz, mientras todo lo demás sí lo hacía. Y en otra ocasión… aunque puede tratarse de mi imaginación… entró en mi habitación para preguntar si las dos camareras eran suficientes. Estaba vuelto de espaldas hacia aquel espejo… ¡y podría jurar que su imagen no se reflejaba en él!

—Había sospechado tal posibilidad desde hace mucho tiempo —dijo Gregor. No sé si mi madre lo sabía; pero lo amaba de tal modo que en cualquier caso hubiera mantenido el silencio.

Se sumergió por un instante en sus pensamientos, y luego continuó:

—¡Ante Dios, sea o no mi hermano, pondré fin a todo esto! Pero tú debes darme tu palabra de honor de que seguirás al pie de la letra todas las instrucciones que te daré, no importa lo extrañas que puedan parecerte…

Con un supremo esfuerzo susurré, con voz ronca:

—¡Sí!

—Debes vencer tu terror, Hedwig —dijo—; esto es absolutamente necesario. Si es el terror quien te vence, entonces todo estará perdido… Esta noche, a las siete, debes venir sola a la capilla del castillo. Te esperaré allí, y nos casaremos según los ritos de nuestra Iglesia.

Asentí. Pero no pude por menos que exclamar:

—¡Gregor, si realmente es Kostaki, intentará seguramente matarte!

—No te preocupes, Hedwig —dijo él, con voz extremadamente suave—. Todo irá bien. Solo tienes que hacer lo que yo te digo…

Con estas palabras se puso en pie y, deseándome buena suerte, abandonó la habitación.

Un cuarto de hora más tarde oí el ruido de los cascos de un caballo que abandonaba el castillo; y, asomándome a la ventana, vi a un jinete galopar furiosamente hacia Hango. Era Gregor. Desapareció inmediatamente tras los árboles, y yo caí de rodillas y recé profundamente y con fervor, como jamás había rezado en toda mi vida. Luego me tendí en la cama, durmiendo de tanto en tanto, esperando entumecida a que llegasen las siete. Me alcé tan solo a aquella hora.

Mirándome en el espejo, me puse un velo negro sobre el rostro para ocultar la palidez ebúrnea de mi piel. El viaje hasta la capilla fue lento y doloroso a causa de mi debilidad. Afortunadamente, sin embargo, llegué hasta allí sin encontrar ni a la Princesa ni a ninguno de sus criados. Gregor me estaba aguardando, acompañado por el Superior del monasterio de Hango.

Al costado llevaba una histórica espada que le había sido legada por un antepasado que había acompañado a Villehardouin a las Cruzadas. Había sido bendecida, me dijo, por un viejo sacerdote santo, hacía ya siglos.

—Querida mía —dijo, empuñándola con la mano derecha—, he aquí un arma que puede derrotar a todo lo que te está amenazando.

El uno tras el otro, humildemente, nos confesamos. Luego se inició la ceremonia del matrimonio.

No recuerdo un matrimonio más sencillo y conmovedor. Estábamos solo nosotros tres. El sacerdote puso la corona nupcial sobre nuestras cabezas, y tendió el anillo a Gregor. En todo aquello había tan solo un aspecto triste, y era el hecho de que todos tres íbamos vestidos de luto.

Finalmente a ambos nos fue entregada una vela encendida, que se nos dijo mantuviéramos sujeta mientras nos arrodillábamos ante el altar. Luego el padre Basil nos declaró marido y mujer, siguiendo esta declaración con su bendición particular para superar incólumes cuanto tuviera que venir a continuación:

—Ahora, hijos míos, estáis unidos por el Santo Matrimonio, y ruego a Dios Omnipotente que os dé todo el valor y la fuerza que podáis necesitar para vencer al mal que os circunda. La justicia eterna está de vuestra parte;

por eso id por el mundo en paz, con la bendición del Señor que os protegerá siempre…

Nos tendió la Biblia para que la besáramos, hizo la señal de la cruz sobre nosotros, y lenta y solemnemente abandonó la capilla.

Me incliné hacia Gregor. Nos abrazamos; y con aquel contacto, una nueva y vigorosa vida pareció recorrerme.

—Ahora todo irá bien, Hedwig —dijo.

Pero una duda repentina atravesó mi mente, como una nube oscura:

—¿Smerande no enloquecerá de dolor cuando descubra que nos hemos casado…? ¡Ella, en las condiciones en que se halla, me considera la esposa de Kostaki!

Exactamente en aquel momento el reloj del castillo dejó oír las ocho y media.

—Te echará a faltar en la cena —añadí—. Además, podría ocurrírsele acudir a visitarme a mi habitación…

—Es improbable —respondió—. No ha abandonado sus aposentos desde el entierro… Lo poco que come le es llevado allí.

Aquellas palabras me proporcionaron un cierto alivio. Quizá pudiéramos huir antes de que todo se descubriera; porque yo temía la ira de la Princesa Brankovan. Pero Gregor interrumpió de nuevo mis pensamientos.

—Ahora —continuó— debes mantener tu promesa, siguiendo exactamente mis instrucciones. Pero tienes que efectuar una elección… Puedes ir a la cama, permitiéndote hundirte en el sueño innatural que me has descrito. O, con un extremo esfuerzo de voluntad, puedes permanecer despierta, contemplando el horror que seguirá. En cualquier caso yo estaré contigo, oculto en un rincón de la estancia.

—Permaneceré despierta —dije—; quiero resolver el misterio y ver lo que ocurre.

Gregor extrajo entonces de su bolsa, que colgaba de su cintura, una cruz de madera, aún húmeda del agua santa con la cual el sacerdote la había consagrado. Tendiéndomela, me explicó su utilidad.

—Mantenla en tu mano —dijo—, y no la sueltes ni siquiera un segundo. ¡Sujétala estrechamente! Después tiéndete en la cama. Di tus plegarias habituales, pidiendo protección para esta noche. Sobre todo, arroja el miedo de tu mente, porque con esta cruz bendita puedes enfrentarte victoriosamente a cualquier demonio. Finalmente, y esto es muy importante, no grites ni hagas ningún ruido. Reza, y sigue rezando.

Subimos silenciosamente las escaleras, entrando en mi habitación y asegurando por dentro la puerta. Yo me tendí en la cama, permaneciendo, sin embargo, un poco erguida, apoyándome contra un montón de enormes almohadones, apretando contra mi seno la preciosa cruz. Gregor se ocultó tras la maciza silla que se hallaba colocada en diagonal contra un rincón de la estancia, y que lo ocultaba completamente.

Contando los minutos sin casi conseguir respirar, aguardé a que el campanario dejase oír las ocho y cuarenta y cinco. Apenas empezó a tocar sentí la extraña somnolencia; el mismo viento frío de terror, que partía de la base de la espina dorsal hacia el corazón. Apreté aún más fuerte la cruz y me sentí mejor.

Pasó un minuto, y oí los pasos lentos y pesados que se acercaban cada vez más a mi puerta. Esta se abrió gradualmente, sin hacer ningún ruido, como maniobrada por algún oculto mecanismo.

Luego, inexplicablemente, como si se hubiera materializado en el aire, en el umbral se recortó la figura de Kostaki…

Los cabellos negros y largos descansaban sobre su cuello. Estaba perdiendo sangre. Estaba pálido como un cadáver; sin embargo, vivía y se movía. Llevaba sus ropas habituales, pero la túnica estaba abierta por delante, y mostraba la profunda herida en el pecho… que sangraba aún… No había ninguna duda de que venía de la tumba, porque incluso sus movimientos parecían los de un autómata; el olor dulzón de la tumba llenaba la estancia. Solo los ojos —aquellos ojos ardientes y penetrantes— estaban realmente vivos. ¡Kostaki había vuelto, y yo era su presa!

Puede parecer extraño, pero en vez de caer en el pánico ante aquella increíble visión, sentí una repentina oleada de fuerza y protección divinas. Quizá era porque sabía que en la habitación, conmigo, se hallaba Gregor. Quizá era la cruz bendita que apretaba con tanta fe y confianza. Quizá ambas cosas…

La figura del «muerto viviente» dio tres pasos lentos y calculados hacia mi cama. Yo miré fijamente sus ojos ardientes, clavados en mí con un deseo hipnótico y demoníaco. Al mismo tiempo hice la señal de la cruz.

La criatura diabólica vaciló y se detuvo, lamentándose mientras un poder omnipotente descendía para separarnos.

Me alcé en pie; sin embargo, no conseguía separar mis ojos de los suyos. Aquello fue una verdadera suerte, porque atraje su atención mientras Gregor emergía en silencio de su escondite, con la espada desnuda en su mano. Avanzó lentamente, con la punta de la espada en dirección al vampiro. Con la mano libre hizo la señal de la cruz…

De pronto, Kostaki fue consciente de la presencia de su hermano. Desenvainó su espada y se lanzó con toda su fuerza. Pero las hojas apenas se habían tocado cuando la del difunto voló en pedazos, cayendo silenciosamente sobre la mullida alfombra que cubría el suelo. El brazo del muerto cayó a su costado, paralizado, mientras suspiraba dolorosamente.

—¿Qué quieres, Gregor? —preguntó al hermano.

—Te ordeno, en el nombre del Dios Vivo, que respondas a mis preguntas —respondió mi marido.

—Las circunstancias me obligan a hacerlo —admitió Kostaki—. ¡Continúa!

—La tarde que estuve en Hango, ¿te tendí una emboscada?

—¡No, claro que no!

—¿Te amenacé, o te ataqué de alguna forma?

—¡No!

El pestilente hedor a muerte y decadencia se fue incrementando, mientras Gregor se situaba frente al hermano, preguntándole con voz firme:

—¿Intenté herirte de alguna forma?

—¡No! Nunca hiciste ninguna tentativa de herirme o golpearme.

—Sabes muy bien lo que ocurrió, Kostaki —continuó mi marido—. ¡Tú me tendiste una emboscada…! Y en tu rabia y tus celos incontrolables me saltaste encima, desde detrás de una roca, y caíste pesadamente sobre la punta de mi espada, que había tendido ante mí en autodefensa. Ni siquiera di un paso hacia ti… intenté incluso bajar mi arma…, pero demasiado tarde… De modo que, tanto a los ojos de Dios como de los hombres, soy inocente del crimen de asesinato. Por estos motivos tu infestación no es la de un alma asesinada que busca venganza, sino la del muerto maldito que se alimenta de la sangre de los vivos, infectándolos con su condenado vampirismo. Te ordeno, en nombre de todo cuanto existe que sea santo, que regreses a tu tumba y te quedes allí para siempre: y puedas descansar en paz, en el nombre del Señor.

Ante estas palabras el cadáver viviente replicó, con voz temblorosa por la furia.

—Sí, Gregor, regresaré a mi tumba… ¡pero solo con esta mujer!

Y mientras decía estas palabras vi que hacía todo lo posible, aunque sin conseguirlo, para acercarse a mí.

—¡Regresarás solo! —gritó Gregor—. ¡Hedwig es mi esposa!

Mientras lo decía tendió la punta de su espada consagrada, hasta tocar con ella la herida abierta en el pecho de su hermano. Kostaki gritó, como si hubieran derramado aceite hirviendo en su herida. Luego, de nuevo como un autómata, retrocedió varios pasos.

Gregor avanzó con decisión, manteniendo el ritmo de aquellos pasos amenazadores; sus ojos no abandonaban por un momento los del muerto; su espada apuntaba aún hacia el pecho semidescubierto.

Hubo algo indescriptiblemente horrible, algo bestial y nauseabundo en aquella escena a la luz de las velas. Ambos hombres respiraban afanosamente; ambos estaban increíblemente pálidos. Sin embargo, lentamente pero con decisión. Gregor estaba consiguiendo obligar al cadáver animado de su hermano a abandonar el castillo, haciéndole moverse, aún contra su voluntad, en dirección a la cripta que era ahora su morada permanente… Y él estaba retrocediendo, como quien se aleja de un altar en la iglesia…

En aquel momento noté, por tercera vez, la absoluta incapacidad de Kostaki de reflejar una sombra. La de Gregor, en cambio, se delineaba con proporciones gigantescas sobre las pulidas piedras de las paredes… porque, con las prisas, habíamos puesto los dos candelabros sobre la mesilla cercana a la cama.

Aún de pie, sentí que mi cuerpo recuperaba la capacidad de moverse, y seguí a mi esposo.

Atravesamos el castillo, mientras me sentía aterrada ante la posibilidad de que Smerande pudiera aparecer. Finalmente salimos por la puerta principal.

No yendo a caballo podíamos tomar un atajo hacia Hango. Eso necesitaría casi una hora y media. Pero el muerto debía ser devuelto a su tumba. Era de importancia vital. La oscuridad, mientras atravesábamos el bosque, era total. La luna se había ocultado; sin embargo, por alguna extraña energía, conseguíamos ver igualmente. Y conseguíamos ver también los ojos de Kostaki, que brillaban como linternas en la oscuridad.

Finalmente alcanzamos Hango, y entramos en el cementerio del monasterio. Aquella noche, por alguna razón ignota, me di cuenta de que sabía cosas que nunca había sabido antes, como el aspecto exacto y la localización de lugares que nunca había visto. No consigo explicarme este hecho, pero así era.

Por ejemplo, apenas entramos en el cementerio reconocí la entrada de la cripta de Kostaki. Cuando llegamos a ella la puerta estaba abierta, y Gregor se detuvo, y yo permanecí tras él.

—Kostaki —dijo—, si te arrepientes y vuelves a tu tumba, prometiendo no abandonarla nunca más, los poderes de la divinidad te perdonarán, y evitarás la condenación que de otro modo te perseguirá por siempre.

—¡No me arrepiento! —gritó Kostaki, con la voz temblorosa por la reprimida rabia.

Por dos veces repitió Gregor su proposición; y por dos veces fue rechazada.

—Entonces llama al diablo para que te asista —replicó—. ¡Como yo llamaré a Dios para que me asista a mí! ¡Veremos quién será el mejor!

Kostaki empuñaba aún la media espada rota en la mano derecha, y con un grito ensordecedor los dos hombres se lanzaron a un combate desesperado.

La lucha duró más de una treintena de segundos. Sin embargo, pareció una eternidad…

Luego Kostaki cayó de espaldas, y el resto de la espada escapó de su mano; en un instante Gregor estaba sobre él. Vi la espada santa elevarse en el aire, la contemplé en un delirio de alivio y horror mientras penetraba en su corazón, clavándolo al suelo junto a la abierta entrada de la cripta. Se oyó un aullido inhumano capaz de helar la sangre… luego el silencio…

En el momento en que Gregor se apoyaba, exhausto y trastornado, en una lápida, utilizándola como sostén, la luna emergió de detrás de humosas nubes.

Acercándome a él lo abracé, besándole con pasión, con mi corazón latiendo como un tambor.

—¿Estás herido? —pregunté, desesperada.

—No, Hedwig —respondió—; no estoy herido físicamente. Pero en una lucha como ésta la fuerza vital resulta agotada. Ahí reside el peligro…

—¡Por el amor de Dios —grité— entremos en el monasterio… allí al menos estaremos seguros y tú podrás recuperar las fuerzas antes de dejar este país para siempre!

—No, querida mía —dijo con voz tranquila—, ya no hay tiempo. Y tú debes continuar en seguida mis instrucciones. Toma con la mano un poco de tierra empapada de la sangre de mi hermano. Luego espárcela sobre la herida que te ha hecho en el cuello. Este es el único medio seguro de protegerte contra cualquier poder residual que pueda tener.

Casi estupefacta por el horror, hice como me había ordenado. Arrodillada junto al cadáver, tomé un poco de aquella densa sangre que estaba encharcando el suelo, y la mezclé con una pequeña cantidad de tierra, que pasé después por la herida en mi garganta.

Gregor se volvió hacia mí, con el rostro iluminado por la compasión, pero con la voz débil como la de un moribundo:

—Hedwig —dijo—, escucha atentamente mis últimas instrucciones. Debes abandonar este país lo antes posible. El padre Basil tiene ya mis instrucciones, y te ayudará de todas las formas posibles. Ve a él inmediatamente… Pero antes, dame tu último beso y tu bendición.

Murió entre mis brazos mientras lo besaba. Caí de rodillas por el peso de su cuerpo fuerte y musculoso; solté mi abrazo, y corrí literalmente a la puerta del monasterio. No sé de dónde saqué las fuerzas para hacerlo, pero Dios, y las plegarias de Gregor, debieron estar de mi parte.

Desesperada, me agarré a la aldaba en forma de anilla, e iba a emplear mis últimos gramos de energía en levantarla para llamar, cuando la puerta se abrió como espontáneamente. Al otro lado estaba el padre Basil, rodeado por una nube de luz arrojada por una gran cantidad de velas votivas que se hallaban a una cierta distancia detrás de él.

—Entra, hija mía —dijo, conduciéndome a una silla no muy lejos de la entrada—. Debes comprender, Hedwig —continuó—, que aquellos de nosotros que llevan una vida contemplativa son conscientes a menudo de lo que ocurre en el preciso momento en que su presencia es indispensable. Sé lo que ha ocurrido, y te ayudaré.

Llamó a una docena de hermanos, cada uno de los cuales llevaba una llameante antorcha. De dos en dos, conducidos por el padre Basil, regresamos a la cripta abierta, mientras los monjes cantaban la misa fúnebre.

Yo miré a Kostaki, cuyo rostro estaba contorsionado por una mirada horriblemente diabólica… la evidencia de su agonía final. Gregor estaba junto a él; sin embargo, sus facciones eran tranquilas y pacíficas; casi sonreía, como si durmiese.

Mi esposo había dado instrucciones al padre, para el peor de los casos, previendo cualquier eventualidad. Así, los dos hermanos fueron colocados juntos, uno al lado del otro, en el mismo féretro. Gregor, servidor de Dios como era, vigilaría a Kostaki, esclavo de Satanás. Aquello había sido hecho para mi salvación.

Inmediatamente después de finalizada la ceremonia, fue enviado un mensaje urgente al castillo. La Princesa Smerande llegó al monasterio aproximadamente dos horas más tarde, en una pequeña carroza, por el camino normal. Le conté los siniestros detalles de las visitas nocturnas de Kostaki a mi dormitorio; y, junto con el padre Basil, le expliqué todos los acontecimientos de la noche.

Con gran sorpresa por mi parte, escuchó todos aquellos fantásticos detalles sin dar ninguna señal de impresión o incredulidad. Era evidente, sin embargo, que había perdido su perversa, casi loca obsesión por Kostaki, y que se había convertido de nuevo en la misma mujer fascinante que había encontrado la noche de mi llegada al castillo. Aunque conservase, cosa bastante comprensible, las señales del dolor en sus facciones, y la huella indeleble de la tragedia en sus ojos.

Me miró fijamente durante unos segundos, y luego dijo con voz muy suave:

—Hedwig, me has contado una historia extraordinaria. Sin embargo, es la pura verdad. La familia Brankovan fue golpeada por una maldición, porque en una ocasión uno de nosotros mató a un sacerdote. La maldición, sin embargo, se ha extinguido, puesto que, aún habiéndote casado con mi hijo Gregor, sigues siendo virgen. Y en lo que a mí respecta, soy la última de la línea.

»Tu marido, me ha sido dicho, te ha dejado un millón. Tómalo, y que Dios te bendiga. Además, cuando yo ya no esté, te dejaré mi fortuna, excepto algunas donaciones a los pobres y a este monasterio.

»Es de vital importancia que obedezcas inmediatamente las instrucciones de Gregor, abandonando este país mañana mismo. Te aconsejo Francia como uno de los lugares más adecuados para tu bienestar y tu tranquilidad.

»No te preocupes por mí, puesto que soy autosuficiente, y no necesito de la ayuda de nadie. Olvídame, y acepta mis saludos de todo corazón. Mi futuro estará dedicado solo a Dios…».

Luego me besó en la frente, como aquel día en que me acogiera; y con admirable dignidad se fue, regresando a Brankovan, donde por lo que sé se ha convertido en una reclusa en un inmenso dormitorio.

Al día siguiente inicié el largo viaje hacia Francia, donde he vivido siempre desde entonces.

Como esperaba Gregor, las infestaciones han cesado por completo; y al cabo de pocos meses me volvió la salud y el vigor. La única huella que me quedó de mi terrible aventura es el color ebúrneo de mi piel… que evidentemente caracteriza para toda la vida a quien haya sufrido el mordisco de un vampiro humano…

Capítulo Trece

CONCLUSIÓN

Con estas palabras la misteriosa criatura se hundió en su acostumbrado silencio, dejándose caer sobre los almohadones, aparentemente muy fatigada; porque su narración había sido larga.

Monsieur Ledru le ofreció de beber, cosa que ella aceptó agradecida. En aquel momento preciso sonó la medianoche. La noche era tempestuosa y sacudida por truenos; y creo que nadie en aquella estancia pudo evitar el sentir que algunos estremecimientos recorrían su espina dorsal.

Era hora de marcharse, y uno tras uno nos fuimos despidiendo, dándole las gracias a nuestro anfitrión por la comida, el excelente vino, y el insólito entretenimiento.

Al día siguiente, empujado por la curiosidad, y ansioso por resolver el misterio de la estancia de Scarron, regresé. El alcalde Ledru me acogió con la máxima cortesía. Oyendo mi petición, sin embargo, me miró interrogativamente, diciendo:

—Nadie ha sido honrado nunca con la revelación de este secreto. De todos modos, creo que puedo confiar en vos. Seguidme…

Atravesamos varias estancias, entramos en el famoso apartamento, casi incambiado desde que fuera habitado muchos años antes por su dueño original.

En el centro de la estancia, iluminada por los rayos del sol y posada sobre una espléndida mesa, había una arqueta de oro puro finamente labrada.

—¿Os gustaría saber qué contiene? —preguntó el Síndico Ledru—; porque este es el secreto de la estancia de Scarron…

—Comprendo… —repliqué.

—Parece que ya sabéis por qué esta estancia es tan sagrada para mí… y lo que contiene la arqueta.

Asentí.

—Tenéis razón —añadió—. Esa arqueta de oro contiene la cabeza de Solange, para mí tan preciosa como la propia vida. Y conserva aún la frescura y la belleza que poseía cuando estaba viva, excepto por el hecho de que sus ojos permanecen para siempre cerrados en su sueño. ¿No es un misterio?

Miré silenciosamente a Albert Ledru, recordando su amor tierno e idílico por la pobre Solange. Sus ojos relucían por la emoción.

—Os agradezco vuestra confianza —respondí—, y os agradezco el haberme llevado hasta aquí. Pero no es oportuno que un extraño contemple las facciones de una persona tan amada… Quizá podamos volver a encontrarnos; pero ahora, imagino que preferiréis quedaros solo.

Con estas palabras me despedí, repitiendo mi agradecimiento por la cortesía manifestada hacia mí durante aquellas veinticuatro horas. No volví a verlo nunca más, pues un año más tarde moría de un ataque al corazón.

En lo que respecta a Jacquemin, el minero que decapitó a su mujer, sin duda el lector se sentirá curioso por saber qué le ocurrió. Tuvo bien poca fortuna. Fue reconocido culpable de «homicidio pasional», pero, loco, fue encerrado en un manicomio durante varios años; allí, bajo los cuidados de valientes médicos y de un amistoso y comprensivo sacerdote, se recuperó lo suficiente como para convertirse en el jardinero permanente de un noble local. Quizá ocupe aún aquella posición, porque era bastante joven. Si es así, le deseo toda la buena fortuna del mundo.

En lo que a mí respecta, no regresé jamás a Fontenay; ni volví a encontrar a la pálida mujer de los Cárpatos. Parece que nunca frecuentó la sociedad de París.

La mayor parte de las extrañas y fantásticas historias narradas en este libro me causaron tal impresión, que me he sentido impulsado a escribirlas… ateniéndome del mejor modo posible a la forma en que me fueron contadas. Además, puesto que la mayor parte de aquellos que las contaron ya no están entre nosotros, me siento libre de hacerlo sin remordimientos.

Finalmente, espero que esta relación de los extraños acontecimientos que caracterizaron veinticuatro horas pasadas en un pueblecito francés les hayan entretenido e interesado, al menos tanto como, en su momento, me fascinaron a mí.

Y que Dios les bendiga, amigos míos, y les proteja de todo dolor.

9. PIRATAS Y MAR AZUL
(ARTHUR CONAN DOYLE)

ÍNDICE

El capitán Sharkey y el regreso a Inglaterra del gobernador de Saint Kitt
Cómo Copley Banks mató al capitán Sharkey
El Slapping Sal
El cofre pintado a franjas
El capitán del Polestar
El demonio de la tonelería
El viaje de Mr. Jelland
La relación de J. Habakuk Jephson
Aquella cajita cuadrada

EL CAPITÁN SHARKEY Y EL REGRESO A INGLATERRA DEL GOBERNADOR DE SAINT KITT

Cuando las grandes guerras de la Sucesión de España terminaron gracias al tratado de Utrecht, el inmenso número de corsarios que habían sido equipados por los bandos contendientes se encontraron sin ocupación. Algunos se dedicaron a las actividades del comercio normal, menos lucrativas que el corso; otros fueron absorbidos por las flotas pesqueras, y algunos, más temerarios, izaron la bandera negra en el palo de mesana y la bandera roja en el palo mayor, declarando por cuenta propia la guerra a toda la raza humana.

Tripulados por gentes reclutadas entre todas las naciones, batían los mares y desaparecían de cuando en cuando para carenar el casco en alguna caleta solitaria, o desembarcaban para correrse una juerga en algún puerto muy aislado, en el que deslumbraban a sus habitantes con su prodigalidad y los horrorizaban con las brutalidades que cometían.

Los piratas eran una amenaza constante en la costa de Coromandel, en Madagascar, en aguas africanas, y sobre todo en los mares de Indias Occidentales y de toda la América. Organizaban sus depredaciones con lujo insolente, adaptándose a las estaciones del año, acosando las costas de la Nueva Inglaterra durante el verano y bajando otra vez, cuando llegaba el invierno a los mares de las islas tropicales.

Eran mucho más de temer estos piratas de ahora porque carecían en absoluto de la disciplina y del freno que hicieron a sus predecesores, los bucaneros, tan formidables y tan respetables. Estos ismaelitas del mar no rendían cuentas a nadie, y trataban a sus prisioneros según el capricho de su borrachera. Los relámpagos de generosidad grotesca alternaban con largas épocas de ferocidad inconcebible, y el capitán de barco que caía en sus manos estaba expuesto lo mismo a que le dejasen seguir viaje con su cargamento, después de alternar con ellos en alguna repugnante francachela, que a que lo sentasen delante de la mesa de su camarote para servirle en un plato su propia nariz y sus labios salpimentados. Había que ser en aquellos tiempos marino valeroso para ejercitar su profesión en el golfo del Caribe.

Uno de esos marinos valerosos era el capitán John Scarrow, de la nave Morning Star, pero con todo eso no dejó de lanzar un largo suspiro de alivio cuando oyó el chapoteo del ancla lanzada al agua y vio que su embarcación se balanceaba sujeta por sus amarres a menos de cien yardas de distancia de los cañones de la ciudadela de Basse-Terre. Era St. Kitt su puerto final de destino, y a la mañana siguiente muy temprano su bauprés apuntaría en dirección de la vieja Inglaterra. Estaba ya harto de aquellos mares plagados de piratas. Desde que salió de Maracaibo, en el continente con el barco a plena carga de azúcar y de pimienta, había temblado en cuanto la gavia de un velero saltaba en el horizonte violeta del mar tropical. Había ido costeando las islas de Barlovento, tocando aquí y allá, y escuchando en todas partes relatos de atropellos y de ruindades.

El capitán Sharkey, de la barca pirata Happy Delivery había recorrido la costa, dejándola sembrada de embarcaciones desfondadas y de hombres asesinados. Circulaban horribles anécdotas de sus burlas espantosas y de su inflexible ferocidad. Su embarcación pintada de negro, y bautizada con un nombre ambiguo, había llevado la muerte y otras muchas cosas peores que la muerte, desde las Bahamas hasta el continente. Tan nervioso se sentía el capitán Scarrow con la embarcación, cuyos aparejos eran todos nuevos y que iba a plena carga con artículos de mucho valor, que se salió por completo de la ruta comercial corriente, navegando en dirección a Occidente hasta la isla de Bird. Pero incluso en aquellas aguas solitarias descubrió las huellas siniestras del capitán Sharkey.

Una mañana izaron a bordo un esquife que navegaba al garete por la superficie del Océano, y que estaba ocupado únicamente por un marinero enloquecido que, al izarlo a bordo, se puso a gritar con voz ronca y les mostró su lengua seca que parecía un hongo negro y arrugado en el fondo de la boca. Le dieron de beber y a fuerza de muchos cuidados llegó a ser el marinero más fornido y valiente de la tripulación. Procedía, según parece, de Marblehead, en la Nueva Inglaterra, y era el único superviviente de un bergantín que había sido echado a pique por el terrible Sharkey.

Hiram Evanson, que así se llamaba el marinero, llevaba una semana navegando al impulso de las corrientes bajo un sol tropical. Sharkey había dado orden de que «como provisiones para el viaje», le echasen en el esquife los miembros destrozados de su difunto capitán; pero el marinero los lanzó inmediatamente a lo profundo del mar, para que la tentación no llegase a ser demasiado fuerte. Había vivido de las propias reservas de su organismo poderoso, y cuando lo recogió el Morning Star se encontraba en el estado de delirio que precede a esa clase de muerte. Para el capitán Scarrow no fue aquél un mal hallazgo, porque, con una tripulación de poca actividad, un marinero como aquel corpulento norteamericano era una valiosa alhaja. Reconoció el capitán Scarrow que él era el único hombre al que Sharkey había hecho amas un favor.

Encontrándose como se encontraban al amparo de los cañones de Basse-Terre, se habían acabado los peligros de ser atacados por el pirata; pero con todo eso, tan preocupado estaba aquel hombre de mar con la imagen de Sharkey que, viendo que la lancha del agente salía del muelle en que estaban las aduanas para dirigirse a bordo de su barco, dijo al primer contramaestre:

—Morgan, le hago una apuesta a que en las primeras cien palabras que pronuncie el agente nos hablará de Sharkey.

—Bien, capitán, le apuesto a todo evento un dólar de plata —dijo el rudo hombre de Bristol que estaba a su lado.

Los remeros negros pusieron la lancha junto al costado de la embarcación y el timonel vestido de blanco trepó escala arriba, y gritó:

—¡Bien venido, capitán Scarrow! ¿Oyó usted las noticias referentes a Sharkey?

El capitán miró al contramaestre con una sonrisa, y le preguntó:

—¿Qué diablura nos van a contar ahora?

—¡Diablura! Por lo que veo, usted no sabe nada. Lo tenemos guardado bajo llaves y cerrojos, aquí, en Basse-Terre. Fue juzgado el miércoles último, y lo ahorcaran mañana por la mañana. El capitán y el contramaestre dejaron escapar un grito de júbilo, que momentos después fue contestado y repetido por la tripulación. Se olvidaron de toda disciplina en su precipitación por subir por el saltillo de cubierta para oír las noticias. El marinero de Nueva Inglaterra iba al frente de ellos, mirando a lo alto con cara radiante de fe, porque era de familia de puritanos.

—¡De modo que Sharkey va a ser ahorcado! —exclamó—. ¿No necesitarán un verdugo, señor agente?

—¡Retírense! —gritó el contramaestre, más molesto por aquella falta de disciplina que interesado, por mucho que lo estuviese, en la noticia—.

Capitán Scarrow, yo pagaré ese dólar con mayor gusto de lo que pagué jamás una apuesta. ¿Y cómo fue el apoderarse de ese canalla?

—Pues verá usted: llegó a ser tan insoportable a sus mismos camaradas, y llegaron a sentir tal horror de su persona, que no quisieron tenerlo más en su embarcación. Por esa razón lo dejaron abandonado al sur del arrecife Misteriosa, en los Little Mangles, donde fue descubierto por una embarcación de comercio de Portobello, que lo trajo hasta aquí. Se habló de enviarlo a Jamaica para que lo juzgasen, pero nuestro pequeño y buen gobernador, sir Charles Ewan, no quiso ni oír hablar del asunto, diciendo: «Es bocado mío y reclamo el derecho de cocinarlo» Si se quedan ustedes aquí hasta mañana por la mañana, a las diez, lo verán balancearse al extremo de una cuerda.

—Me gustaría mucho poder hacerlo —dijo el capitán con gran interés —, pero voy ya con demasiado retraso, y no tendré más remedio que zarpar aprovechando la marea de la tarde.

—Eso sí que no lo podrá usted hacer —dijo muy resuelto el agente—, porque el gobernador vuelve a Inglaterra en este barco suyo.

—¡El gobernador!

—Sí, porque ha recibido un despacho del Gobierno ordenándole que regrese inmediatamente. El barco rápido que trajo el mensaje siguió viaje a Virginia. Sir Charles le ha estado esperando, porque yo le informe de que llegaría usted antes de la época de las lluvias.

El capitán contestó algo perplejo:

—Perfectamente, perfectamente. Yo soy un marino sencillo, y poco es lo que entiendo de gobernadores y de baronets, y de sus costumbres. No recuerdo haber hablado siquiera con uno de esos personajes. Pero siendo en servicio del rey Jorge, y pidiéndome que le lleve en el Morning Star hasta Londres, haré por él todo cuanto pueda. Puede disponer de mi camarote, y bienvenido sea. En cuanto a cuestiones de cocina, aquí se le podrá servir un guiso de carne salada y patatas y un salmagundi; pero si nuestra cocina de a bordo es demasiado tosca para su gusto, puede traer su propio cocinero.

—No se preocupe por eso, capitán Scarrow —dijo el agente—. La salud de sir Charles es algo mala actualmente, porque acaba de salir de una fiebre de cuartanas, y es probable que no salga del camarote durante la mayor parte del viaje. El doctor Larousse afirma que ya se habría ido para el otro mundo si la perspectiva de ahorcar a Sharkey no le hubiese inyectado nueva vida. Sin embargo, es hombre de grandes arrestos, y no debe usted censurarle si lo encuentra algo corto de conversación.

—Que hable cuando quiera y que haga lo que quiera, con tal de que no zascandilee por mi escoben cuando yo estoy maniobrando el barco —dijo el capitán—. Él es el gobernador de St. Kitt, pero yo soy quien manda en el Morning Star, y, con permiso de ese señor, necesito levar anclas con la primera marea, porque si él debe lealtad al rey Jorge, yo se la debo al dueño del barco.

—Difícilmente podrá estar preparado esta noche, porque tiene que poner en orden muchas cosas antes de embarcar.

—Pues entonces, fijaremos la salida para la marea de mañana por la mañana.

—Perfectamente. Esta noche enviaré a bordo todas sus cosas, y él vendrá mañana temprano, si puedo conseguir que se decida a abandonar St. Kitt sin presenciar con sus propios ojos cómo baila Sharkhey la danza del pícaro. Las órdenes del Gobierno eran apremiantes, de modo que a lo mejor embarca hoy mismo. Es probable que el doctor Larousse cuide de la salud del gobernador durante la travesía.

Abandonados a sí propios, el capitán y el sobrecargo hicieron los mejores preparativos que les fueron posibles para comodidad de su ilustre pasajero. Se desocupó y se adornó en honor suyo el camarote más espacioso, y se dieron órdenes de que se sacasen algunas barricas de frutas y algunos cajones de vino, para poner algo de variedad en los alimentos habituales de un barco de carga que cruza el Océano.

Al atardecer empezó a llegar el equipaje del gobernador. Consistía en grandes cajones con cierres de hierro a prueba de hormigas, y de cajones de embalaje de tipo oficial, fabricados de latón, además de otros bultos de formas extrañas, que hacían pensar en tricornios y espadas guardados en su interior. A continuación llegó una carta, en cuyo grueso lacre rojo estaba dibujado un escudo heráldico; decía la carta que sir Charles Ewan saludaba al capitán Scarrow y le anunciaba que creía poder encontrarse en su compañía a la mañana siguiente, todo lo temprano que le permitiesen sus obligaciones y padecimientos.

Cumplió su palabra. Apenas el gris del alba había empezado a colorearse de rosa, cuando llegó una lancha que se colocó al costado del buque, y el gobernador trepó con alguna dificultad por la escalera. Le habían dicho al capitán que el gobernador era un hombre excéntrico, pero ni aun así esperaba encontrarse con aquella extraña figura de hombre que avanzó renqueando ligeramente hacia su alcázar, apoyándose en un grueso bastón de bambú. Llevaba en la cabeza una peluca, de las llamadas de Ramillies, toda ella llena de pequeños caracolitos, como el pelo de un perro de aguas, y que le bajaba tanto por delante, de parte a parte de la frente, que parecía que las gafas de cristal verde con que se cubría los ojos colgaban de la peluca. Una nariz orgullosa, muy larga y muy delgada y picuda, iba cortando el aire delante de él. Sus fiebres le habían obligado a envolver su garganta y su barbilla en una gruesa corbata blanca, y llevaba un amplio batín de damasco, sujeto a la cintura con un cordón. Levantaba muy en alto, al caminar, aquella nariz dominadora, pero su cabeza se volvía lentamente a derecha e izquierda con la expresión temerosa del cegato. Preguntó al capitán con voz chillona y quejumbrosa:

—¿Llegó mi equipaje?

—Sí, sir Charles.

—¿Lleva usted vino a bordo?

—He mandado embarcar cinco cajas, señor.

—¿Y tabaco?

—Hay un barrilito de Trinidad.

—¿Qué tal juega usted al piquet?

—No del todo mal, señor.

—Pues entonces, a levar anclas, y al mar.

Soplaba un viento fresco de occidente, de modo que para cuando el sol salió de entre la bruma matinal, el barco ya se alejaba de las islas. El decrépito gobernador seguía renqueando por la cubierta, agarrándose con una mano a las batayolas.

—Capitán, se encuentra usted ya al servicio del Gobierno —le dijo—. Le aseguro que en Westminster están contando los días que faltan para mi llegada. ¿Lleva usted el barco con toda la vela que puede aguantar?

—He largado hasta la última pulgada de trapo, sir Charles.

—Siga de ese modo, aunque el viento le arranque las velas. Me temo, capitán Scarrow, que este hombre ciego y quebrantado le resulte un lamentable compañero de viaje.

—Es para mí un honor disfrutar de la compañía de su excelencia —dijo el capitán—. Sí que lamento que su vista sea tan mala.

—Lo es, desde luego. El condenado resplandor del sol en las calles blancas de Basse-Terre me ha quemado las pupilas.

—Me dijeron también que acababa su excelencia de sufrir de cuartanas.

—En efecto, he sufrido una pirexia que me ha agotado mucho.

—Habíamos preparado un camarote para su médico.

—¡Ah, el muy bribón! No hay manera de arrancarlo de ahí, porque hace negocios muy bonitos entre los mercaderes. ¡Pero escuche!

Alzó en el aire su mano cubierta de anillos. Desde muy lejos, por el lado de popa, les llegó el profundo retumbo de los cañones. El capitán exclamó, lleno de asombro:

—¡Disparan desde la isla! ¿No será una señal para que regresemos?

El gobernador se echó a reír:

—Ya habrán oído ustedes decir que el pirata Sharkey iba a ser ahorcado esta mañana. Yo di orden a las baterías de que disparasen salvas cuando ese bribón estuviese dando sus últimos pataleos, para que yo me enterase desde el mar. ¡Se acabó Sharkey!

—¡Se acabó Sharkey! —gritó el capitán.

Los hombres de la tripulación, repartidos en pequeños grupos por la cubierta, repitieron el grito y se volvieron a mirar hacia la línea de la tierra, baja y de color púrpura, que iba desapareciendo.

Era aquél un alegre augurio para su viaje a través del océano occidental, y el inválido gobernador se ganó de pronto la popularidad entre los hombres de a bordo, porque todos creían que sin su insistencia en juzgarlo y sentenciarlo inmediatamente, quizá aquel bribón hubiese logrado influir en el ánimo de algún juez más venal, salvándose de la muerte. Durante la comida de aquel día, sir Charles relató muchas anécdotas del pirata muerto; fue tal la afabilidad que demostró y tan hábilmente supo adaptarse a la conversación con hombres de una categoría inferior a la suya, que el capitán, el sobrecargo y el gobernador fumaron en sus largas pipas y bebieron su vino clarete como tres buenos camaradas.

—¿Y qué aspecto presentaba Sharkey en el banquillo? —preguntó el capitán.

—Es hombre de bastante buena presencia —dijo el gobernador.

—Siempre oí decir que era un demonio feo y burlón.

—Sí, quizá en algunas ocasiones debió de parecer feo —comentó el gobernador.

—Le oí decir a un ballenero de New Bedford que nunca se olvidaría de sus ojos —dijo el capitán Scarrow—; me aseguró que eran de un color azul muy débil, con párpados ribeteados de rojo. ¿Es cierto eso, sir Charles?

—¡Pobre de mí, que con estos ojos míos puedo ver muy poco los de los demás! Pero, ahora que recuerdo, es cierto que el ayudante-general aseguró que los ojos de ese hombre eran tal y cual usted los describe, y agregó que la estupidez de los miembros del jurado llegó hasta el punto de que se descompusieron visiblemente cuando los clavó en ellos. Tienen suerte en que lo hayan ahorcado, porque era hombre que no olvidaba una ofensa y muy capaz, si alguna vez caían en sus manos, de vaciarles el vientre y rellenárselo de paja, colgándolos luego para que sirviesen de mascarones de proa.

Aquella idea pareció divertir al gobernador, haciéndole estallar en una risa aguda, como de relincha; también se rieron los dos marinos, aunque no tan cordialmente, porque recordaron que Sharkey no era el último pirata que corría los mares, y que ellos mismos podían acabar de una manera tan grotesca. Se descorchó otra botella para brindar por una travesía feliz, y el gobernador quiso que se bebiera otro vaso más. Los dos marinos se alegraron de poder salir de allí, ya tambaleantes, marchando el uno a su guardia y el otro a su litera. Pero cuando volvió a bajar el sobrecargo, después de sus cuatro horas de guardia, se quedó atónito viendo al gobernador, con todo su golpe de peluca de Ramillies, con sus gafas y su batín, sentado tranquilamente delante de su mesa solitaria, con la pipa humeante y seis botellas negras a su lado. Y pensó: «He bebido en compañía del gobernador de St. Kitt cuando estaba enfermo, y que Dios me libre de tener que acompañarle en la bebida cuando esté sano.»

La travesía de la Morning Star fue sumamente afortunada y en cosa de tres semanas se encontraba en la entrada del Canal Británico. El inválido gobernador había empezado a recobrar fuerzas desde el primer día, y para mitad de la travesía gozaba de salud tan buena como el más sano de los hombres que iban a bordo, salvo su debilidad de la vista. Quienes sostienen que el vino posee cualidades nutritivas pueden citarlo como un ejemplo decisivo, porque no se pasaba noche que no repitiese su hazaña de la primera que pasó a bordo. Y con todo eso, salía a cubierta a primera hora de la mañana tan despejado y lleno de vida como el que más, y curioseaba por todas partes con ojos cegatos, haciendo preguntas acerca de las velas y de las jarcias, interesadísimo en aprender las cosas de navegación. A fin de compensar su miopía, consiguió permiso del capitán para que le sirviese de guía en sus andanzas el marinero de Nueva Inglaterra —el que Sharkey había abandonado en medio del mar—, y sobre todo, que permaneciese sentado junto a él cuando jugaba a las cartas y contaba el número de puntos, porque sin él no era capaz de distinguir un rey de una sota.

Era natural que Evanson se prestase a hacer esos servicios al gobernador, siendo como era el uno la víctima de Sharkey y el otro su vengador. Saltaba a la vista que constituía un placer para el fornido norteamericano el dar su brazo al inválido, y el mantenerse por la noche respetuosamente detrás de su silla en el camarote, para indicarle con su dedo índice de uña puntiaguda la carta que debía jugar. Entre el uno y el otro, era poco el dinero que les quedaba en el bolsillo al capitán Scarrow y a Morgan para cuando avistaron el Lizard.

Pero no pasó mucho tiempo sin que todos ellos comprobasen que cuanto habían oído decir acerca del genio violento de sir Charles Ewan quedaba muy por bajo de la realidad. Al menor síntoma de oposición o en cuanto se discutía cualquier orden suya, su barbilla salía bruscamente de la corbata, su nariz se alzaba formando un ángulo cada vez más altanero e insolente, y su garrota de bambú silbaba por encima de su hombro. En cierta ocasión la rajó sobre la cabeza del carpintero que, caminando por la cubierta, había tropezado con él de una manera casual. En otra ocasión, en que hubo ciertas murmuraciones entre la tripulación y se habló incluso de que los tripulantes iban a amotinarse como protesta por el mal estado de las provisiones, el gobernador opinó que no debían esperar a que aquellos perros se insurreccionasen, sino que debían ellos marchar hacia la proa y castigarlos hasta hacerles vomitar su maldad.

—¡Dadme a mí un cuchillo y un cubo! —gritó lanzando una blasfemia, y a duras penas se pudo evitar que marchase él solo a entendérselas con el vocero de la marinería.

El capitán Scarrow tuvo que recordarle que, si en St. Kítt no tenía el gobernador que responder ante nadie, en un barco y en alta mar, el matar estaba considerado como asesinato. En política, tal como correspondía a su cargo oficial, se declaraba ardiente defensor de la casa de Hannover, y cuando había empinado el codo, juraba que siempre que tropezó con un jacobita, lo mató en el acto a tiros de pistola. Pero, no obstante sus violencias y borracheras, era un compañero tan agradable y tenía tal abundancia de anécdotas y recuerdos extraordinarios, que Scarrow y Morgan no habían hecho jamás una travesía tan agradable.

Llegó por fin el último día de navegación. Después de dejar atrás la isla, volvieron a descubrir tierra en los altos acantilados blancos de Beachy Head. Cuando caía la tarde, el barco se balanceaba en medio de un mar que parecía una balsa de aceite, a una legua de distancia de Winchelsea, con el largo y negro hocico de Dungeness alargado hacia ellos. A la siguiente mañana recogerían en Foreland a su piloto, y antes de que llegase la noche podría sir Charles entrevistarse con los ministros del rey. El contramaestre estaba de guardia, y los tres amigos se reunieron para jugar su última partida de cartas en el camarote, con el fiel norteamericano sirviéndole de ojos al gobernador, como siempre. Había en el centro de la mesa una buena postura, porque los marinos habían tratado de recuperar aquella última noche el dinero que habían perdido. De pronto, el gobernador puso las cartas boca abajo sobre la mesa, y barrió todo el dinero de la postura dentro del bolsillo de su chaleco de seda de largas carteras.

—¡Yo gano! —dijo.

—¡Sir Charles, no tan de prisa! —exclamó el capitán Scarrow—. No ha jugado sus cartas todavía, y nosotros no hemos perdido.

—¡Eres un embustero! —dijo el gobernador—. Te digo que yo he jugado mis cartas, y que tú has perdido.

Y diciendo y haciendo, se quitó peluca y gafas, y aparecieron la frente alta y calva, y un par de ojos azules astutos, ribeteados de rojo, como los de un bull-terrier.

—¡Santo Dios! —exclamó el primer oficial—. ¡Es Sharkey!

Los dos marinos se pusieron en pie de un salto, pero el corpulento norteamericano abandonado en el mar había apoyado su espalda en la puerta del camarote y empuñaba una pistola en cada mano. También el pasajero había apoyado una pistola encima de las cartas desparramadas delante de él y se reía con su risa chillona, de relincho.

—Capitán Sharkey me llamo, caballeros —dijo—, y éste es Ned Galloway, el Trueno, contramaestre del Happy Delivery. Los metimos en cintura y por eso nos dejaron abandonados: a mí, en el cayo Tortuga, en el que no había agua, y a éste, en un esquife sin remos. ¡Y ahora, perros —pobres perros, cariñosos y cobardes—, os tenemos a merced de nuestras pistolas!

—¡Dispare o deje de disparar, como le parezca! —gritó Searrow dándose golpes con el puño en su chaqueta de paño de frisa—. Aunque sean éstas mis últimas palabras, te digo, Sharkey, que eres un bribón asesino y un malandrín, y que te esperan el dogal y el fuego del infierno.

—Aquí hay un hombre valiente, de los míos, y que va a tener por ello una muerte hermosa —gritó Sharkey—. No hay en toda la popa nadie más que el hombre que está en el timón; de modo, pues, que es inútil malgastar el resuello, porque muy pronto lo vais a necesitar. ¿Está el chinchorro a popa?

—Está, capitán —contestó Ned.

—¿Y los demás botes desfondados?

—Los agujereé todos por tres sitios.

—Pues entonces, capitán Scarrow, no vamos a tener más remedio que separarnos. Parece que todavía no se da perfecta cuenta de lo que le ocurre. ¿Desea preguntarme algo?

—Creo que eres el demonio en persona —gritó el capitán—. ¿Dónde está el gobernador de St. Kitt?

—La última vez que vi a su excelencia estaba éste en la cama, degollado. Cuando escapé de la cárcel supe por mis amigos —porque el capitán Sharkey tiene quien le quiera en todos los puertos— que el gobernador embareaba para Europa en un barco a cuyo capitán no le conocía de vista. Trepé a la terraza de su casa y saldé la pequeña deuda que con él tenía. Después embarque con los objetos de su equipaje que me pudieran hacer falta, y con unas gafas para ocultar estos ojos delatores míos, y he fanfarroneado como un auténtico gobernador. Y ahora, Ned, haz tu trabajo con ellos.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡En guardia el buque! —gritó el primer oficial; pero la culata de la pistola del pirata cayó sobre su cabeza y el hombre se desplomó como un buey desnucado.

Scarrow se lanzó hacia la puerta, pero el centinela que había allí le tapó la boca con una mano y con la otra le rodeó la cintura.

—Es inútil, señor Scarrow —dijo Sharkey—. Veamos cómo se arrodilla y nos suplica que le perdonemos la vida.

—A ti sí que he de verte yo —gritó Scarrow, desembarazando la boca.

—Tuércele el brazo, Ned. ¿Va usted a pedir que le perdonemos?

—No, ni aunque me lo arranque.

—Métele una pulgada de cuchillo en el cuerpo.

—Ni aunque meta seis pulgadas te lo pediré.

—¡Vaya, que me gusta su valor! —gritó Sharkey—. Guarda tu cuchillo, Ned. Ha salvado su piel, Scarrow, y es una pena que un hombre de tanto corazón no se dedique a la única profesión en la que un individuo de agallas puede ganarse bien la vida. Scarrow, usted debe estar destinado a una muerte extraordinaria, puesto que, habiendo estado a merced mía, ha vivido para contarlo. Átalo, Ned.

—¿A la estufa, capitán?

—No me vengas con tus mañas de vagabundo, Ned Galloway, mientras yo no te lo mande. La estufa está encendida. Voy a tener que enseñarte cuál de nosotros dos es el capitán y cuál el contramaestre. Atalo a la mesa.

—Es que yo creí que usted se proponía asarlo —dijo el contramaestre —. Supongo que no querrá dejarlo escapar.

—Ned Galloway, aunque tú y yo estuviésemos abandonados solos en un cayo de las Bahamas, sería yo siempre quien mandase y tú el que tendrías que obedecer. ¿Tienes la audacia, grandísimo canalla, de poner en tela de juicio mis órdenes?

—¡Vamos, vamos, capitán Sharkey, no lo tome con tanto acaloramiento, señor! —contestó el contramaestre.

Y levantando a Scarrow igual que si fuese un niño, lo tumbó encima de la mesa. Con la rápida destreza propia de un marinero, ató sus manos y sus pies extendidos valiéndose de una cuerda que luego pasó por debajo de la mesa y lo amordazó fuertemente con la larga corbata que hasta entonces había adornado la barbilla del gobernador de St. Kin.

—Y ahora, capitán Scarrow, tenemos que despedirnos de usted —dijo el pirata—. Si yo contase con una docena de mis valerosos muchachos para hacer lo que yo les mandase, me habría apoderado de su cargamento y de su embarcación; pero Ned, el Trueno, no pudo encontrar ni un solo hombre de trinquete con la valentía de un ratón. Veo que hay por ahí algunas embarcaciones pequeñas, y nos apoderaremos de una de ellas. Cuando el capitán Sharkey dispone de una lancha de remo es capaz de apoderarse de un barco de vela de un solo palo, y cuando tiene un barco de un solo palo puede apoderarse de un bergantín; cuando dispone de un bergantín es capaz de apoderarse de una barca de tres mástiles, y cuando tiene una barca de tres mástiles no tarda en hacerse dueño de una embarcación con todos los requisitos de velas y jarcias que pueda tener la mejor de todas… Dese, pues, prisa y métase en el puerto de Londres, porque pudiera ser que yo volviese todavía por aquí para apoderarme de la Morning Star.

El capitán Scarrow oyó el ruido de la llave cuando cerraron la puerta y salieron del camarote. Cuando empezó a forcejear con sus ligaduras, les oyó que subían la escalera de la escotilla y que cruzaban por la parte del alcázar hasta el sitio en que tenían colgado el chinchorro en el lado de popa. Siguió forcejeando y retorciéndose, y oyó el crujido de las poleas y cuerdas con que arriaban el chinchorro y el ruido que este hizo al caer al agua. Entonces, poseído de loco furor, se lanzó a tirar con desesperación de sus ligaduras, hasta que por último, con las muñecas y los tobillos despellejados, cayó de la mesa al suelo, saltó por encima del cadáver del primer oficial, abrió la puerta a puntapiés y se precipitó con la cabeza descubierta en el puente del barco, vociferando:

—¡Aquí todos! ¡Peterson, Armitage, Wilson! ¡Los machetes y las pistolas! ¡Arriad la falúa! ¡Arriad el bote pequeño! El pirata Sharkey está en ese chinchorro que se aleja allí. ¡Qué alerten al cuarto de babor y todo el mundo a los botes!

La falúa fue izada al mar y también fue izado el bote pequeño, pero un instante después los timoneles y los tripulantes trepaban a toda prisa por el cordaje para volver a cubierta, gritando:

—¡Los botes están desfondados! Hacen agua lo mismo que una criba.

El capitán dejó escapar un taco rencoroso. Le habían ganado y superado en ingenio en todos los detalles. El cielo estaba sin nubes y cuajado de estrellas, sin que soplase la más pequeña ráfaga de viento ni se advirtiese probabilidad de que se levantase pronto. Las velas aleteaban perezosamente bajo el claror de luna. Veíase a cierta distancia un barco pesquero de un palo, cuyos tripulantes andaban todos muy atareados en su red.

Ya estaba cerca de ellos el pequeño chinchorro, hundiéndose y alzándose en las aguas ondulantes y luminosas. El capitán gritó:

—¡Son hombres muertos! Vamos, muchachos, lancemos todos a una un grito para prevenirles del peligro.

Era demasiado tarde.

El chinchorro se metía en aquel mismo instante en la sombra proyectada por la embarcación pesquera. Se oyeron dos disparos de pistola casi seguidos, luego un grito, luego otro disparo de pistola y se produjo el silencio. Los pescadores que estaban agrupados junto a su red habían desaparecido. De pronto, cuando menos lo esperaban, empezaron a soplar desde la costa de Sussex las primeras ráfagas de la brisa de tierra, la botavara se columpió, la vela mayor se tensó y la pequeña embarcación empezó a deslizarse con la proa en dirección al Atlántico.

El trato que dio el capitán Sharkey a Stephen Craddock

La operación de carenar era sumamente necesaria para el empedernido pirata. Contaba con la mayor velocidad de su embarcación para dar caza a las embarcaciones mercantes y para escapar de los barcos de guerra. Pero era imposible que el barco del pirata conservase sus cualidades marineras si de una manera periódica —una vez al año, por lo menos— no limpiaba su casco de las plantas largas que arrastraba y de los percebes que se multiplicaban de una manera muy rápida en racimos aferrados al casco, como ocurre en los mares tropicales.

Cuando quería carenar, el pirata aligeraba de carga su embarcación y la metía en alguna abra o entrante estrecho de mar, en el que la marea baja lo dejaba muy adentro y en seco; entonces, por medio de poleas y matones que sujetaba en sus mástiles, hacía fuerza sobre la embarcación hasta que ésta quedaba apoyada en la sentina, y procedía a realizar un completo raspaje desde el palo del timón hasta el espolón del tajamar.

Como es natural, el barco quedaba indefenso durante las semanas que se necesitaban para realizar la operación; aunque, por otro lado, era imposible que ninguna otra embarcación se le acercase, como no fuese un casco vacío, y además siempre elegía el pirata lugares en los que pudiera realizarse en secreto la operación de carenar. Por eso el peligro no era grande.

Tan seguro estaba el capitán Sharkey, y lo mismo que él otros capitanes piratas, que era cosa corriente que dejasen sus embarcaciones provistas de una guardia suficiente y que se lanzasen en la falúa, bien para realizar una expedición aventurera, bien para visitar alguna población de aquellas costas, y una vez en ella se dedicaban a enloquecer a las mujeres con sus gallardías fanfarronas o a espitar en la plaza del mercado barricas de vino, amenazando con sus pistolas a cuantos rehusaban beber con ellos.

A veces se presentaban en ciudades tan importantes como Charleston, y se paseaban por las calles haciendo sonar sus machetes colgados al cinto… con gran escándalo de toda la colonia respetuosa de la ley. No siempre tales visitas quedaban impunes. Por ejemplo, fue una de ellas la que despertó la indignación del teniente Maynard, decidiéndole a descabezar a Barba Negra, clavando luego su cabeza en la punta de una lanza que enarboló en el extremo de su bauprés. Pero, por regla general, los piratas reñían, fanfarroneaban y se rodeaban de mujeres de mala vida, sin que nadie les pusiese obstáculos ni los molestase, hasta el momento en que tenían que regresar a su embarcación.

Había, sin embargo, un pirata que jamás cruzó ni siquiera los bordes de la civilización: el siniestro Sharkey, del barco de tres mástiles Happy Delivery. Quizá eso se debía a su carácter melancólico y amigo de la soledad, aunque es más probable que lo hiciese porque sabía que su reputación en todas las costas era tal que las víctimas de sus atropellos se lanzarían contra él arriesgando su vida. Por eso no se dejó ver jamás en ninguna de las colonias o asentamientos.

Cuando su embarcación estaba carenando, dejábala a cargo de Ned Galloway, su contramaestre de la Nueva Inglaterra, y realizaba largos viajes en su falúa: unas veces, según se decía, para enterrar su parte del botín, y otras para dedicarse a matar toros salvajes en la isla Española, animales que, una vez salados y asados en una sola pieza, le servían de aprovisionamiento para su viaje siguiente. En este último caso, la embarcación de Sharkey, una vez carenada, dirigíase a un lugar convenido, para embarcar al capitán con el producto de sus cacerías.

En las islas se tuvo siempre cierta esperanza de que en una de esas oportunidades se lograría apresar a Sharkey, y un buen día llegaron noticias a Kingston que parecieron dar pie para intentar esa captura. Trajo las noticias un anciano leñador que había caído en manos del pirata y al que éste, llevado de un capricho de benevolencia de borracho, le permitió marcharse sin mayor perjuicio que una buena paliza y el haberle rajado la nariz de un corte. El relato de ese hombre era reciente y concreto. El Happy Delivery se hallaba carenando en Torbec, al sudoeste de la Española. Sharkey, con cuatro de sus hombres, estaba entregado a sus cacerías clandestinas en la isla de La Vache. La sangre de un centenar de tripulaciones asesinadas estaba clamando venganza, y, por fin, parecía que ese clamor no iba a resultar vano.

Sir Edward Compton, el gobernador rubicundo y altivo, reunido en cónclave solemne con su comandante militar y el presidente de su consejo, estaba lleno de graves preocupaciones sobre la manera de aprovechar aquella coyuntura que se le presentaba.

El barco de guerra más próximo estaba anclado en Jamestown, y era una embarcación de poca marcha, que ni podía alcanzar al pirata en mar abierto ni llegar hasta él dentro de un estrecho brazo de mar. Tanto en Kingston como en Port Royal había fuertes y artilleros que manejaban sus cañones, pero no se disponía de soldados para realizar una operación de captura.

Podía equiparse una expedición de particulares —y eran muchos los que tenían cuentas de sangre que saldar con Sharkey—, pero ¿qué podía conseguir una expedición de esa clase? Los piratas eran numerosos y gente forajida. En cuanto a apoderarse de Sharkey y de sus cuatro compañeros, era cosa fácil si se lograba dar con ellos. Pero ¿cómo encontrarlos en una isla grande y muy poblada de bosques como la de La Vache, en la que todo eran cerros escarpados y maniguas impenetrables? Se ofreció una recompensa a quien presentase una solución, y ese ofrecimiento hizo que saliese al frente un hombre que presentó un plan muy extraño y que se manifestó dispuesto a realizarlo personalmente.

Stephen Craddock pertenecía a ese tipo formidable de personas de religión puritana que se descarrían. Hijo de una honrada familia de Salem, su mala conducta parecía ser el contragolpe de la austeridad de su religión, y aportó al vicio toda la energía y fortaleza físicas de que lo habían dotado las virtudes de sus ascendientes. Era un individuo no falto de ingenio, desconocedor del miedo y extraordinariamente tenaz en sus resoluciones, hasta el punto de que su nombre alcanzó fama en las costas de Norteamérica siendo todavía joven.

Se trataba del mismo Craddock para el que se pidió la pena de muerte ante un tribunal de Virginia por haber matado al jefe de los Seminolas, y aunque se libró y fue absuelto, era cosa de todos sabida que había corrompido a los testigos y comprado al juez.

Posteriormente dejó muy mal nombre en el golfo de Benin, como esclavista e incluso, según se susurraba, como pirata. Por último, regresó a Jamaica con una fortuna considerable y se asentó en esa isla, dedicándose a una vida de tétrico libertinaje. Tal era el hombre sombrío, austero y peligroso que estaba esperando a que el gobernador lo recibiese para exponerle un plan que acabaría con Sharkey para siempre.

Sir Edward lo acogió con poco entusiasmo. A pesar de que habían circulado rumores en los que se aseguraba que Craddock se había convertido y corregido, el gobernador lo había mirado siempre como oveja sarnosa que podría contagiar a todo su pequeño rebaño. Craddock advirtió la desconfianza del gobernador detrás de su ligero velo de cortesía formulista y reservada.

—Señor, no tiene que sentir miedo de mí —dijo—, porque soy un hombre muy distinto del que usted ha conocido. En los últimos tiempos, y después de perder la vista durante muchos años ominosos, he vuelto a ver la luz, gracias a las lecciones del reverendo John Simons, que pertenece a nuestra religión. Señor, si el alma misma de usted estuviese necesitada de acicate, encontraría muy gratos los discursos de ese hombre.

El gobernador, que pertenecía a la iglesia episcopal, le miró altivamente y le dijo:

—Maese Craddock, usted ha venido aquí para hablar de Sharkey.

—Ese Sharkey es un bajel de venganzas —dijo Craddock—. Su trompa maldita ha resonado demasiado tiempo y yo he comprendido por luz divina que, si consigo aniquilarla y destruirlo totalmente, habré realizado con ello una buena acción que quizá sirva para compensar mis muchos negros pecados anteriores. Dios me ha inspirado un plan mediante el cual puedo acarrear la destrucción de ese hombre.

El gobernador se sintió vivamente interesado, porque en la cara pecosa de Craddock se veía la expresión adusta y resuelta de hombre que hablaba muy en serio. Después de todo, era un marino y un luchador, y si de verdad anhelaba hacerse perdonar su pasado, era el mejor de cuantos hombres podían elegirse para realizar aquel negocio.

—Maese Craddock, se trata de una empresa de mucho peligro.

—Si en ella encuentro la muerte, quizá sirva para limpiar el recuerdo de una vida mal empleada. Tengo mucho de que hacerme perdonar.

El gobernador no vio manera de contradecirle, y le preguntó:

—¿Qué plan es el suyo?

—Ya estará usted enterado de que el Happy Delivery es un buque que pertenecía a este mismo puerto de Kingston.

—Sí, perteneció a Mr. Codrington y fue tomado por Sharkey, que desfondó su propio balandro y transbordó a esta embarcación porque era más rápida —dijo sir Edward.

—En efecto; pero lo que quizá ignora usted es que Mr. Codrington posee un barco gemelo, el White Rose, actualmente en el puerto, y que tiene tal semejanza con la embarcación pirata, que nadie sería capaz de distinguirlas, a no ser por una franja blanca de pintura.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hay con eso? —preguntó con vivo interés el gobernador, como si estuviese a punto de comprender su idea.

—Gracias a este barco, el pirata caerá en nuestras manos.

—¿Y de qué manera?

—Borraré la franja de pintura del White Rose y haré que no se diferencie en el más pequeño detalle del Happy Delivery. Después de eso, zarparé para la isla de La Vache, donde ese hombre está dedicado a matar toros salvajes. Cuando descubra mi barco lo confundirá con el suyo propio que tiene que ir a buscarle, y acudirá a bordo para su propia ruina.

Era un plan sencillo, pero el gobernador creyó que muy bien podría resultar eficaz. Dio permiso a Craddock, sin vacilar, para que lo llevase a cabo y adoptase cualquier medida encaminada a la mejor realización del proyecto. Sir Edward no se mostró muy optimista, porque habían sido muchas las tentativas realizadas para apoderarse de Sharkey, y sus resultados habían venido a demostrar que era hombre tan astuto como implacable. Pero aquel enjuto puritano de tan triste historia era también astuto e implacable.

La pugna de astucias entre dos hombres como Sharkey y Craddock interesó vivamente al gobernador, que era hombre de agudo espíritu deportivo, y aunque en su interior estaba convencido de que su hombre llevaba todas las de perder, lo apoyó con la misma lealtad con que se habría conducido con un caballo o con un gallo de su propiedad.

Ante todo era preciso darse prisa, porque la labor de carenar podía terminarse en cualquier momento, haciéndose los piratas a la mar. Pero la tarea de la preparación del buque no era grande, y fueron muchas las manos que se ofrecieron voluntarias, de modo que dos días después el White Rose zarpaba y se lanzaba al mar abierto. Eran muchos los marinos de aquel puerto que conocían la línea y el aparejo de la embarcación pirata, y ninguno de ellos distinguió la más ligera diferencia en esta otra barca falsificada. Habían borrado la franja lateral blanca, los mástiles y vergas habían sido ahumados para darles el sucio aspecto de los del barco pirata, y en la vela de encima de la copa de trinquete se había incrustado un gran remiendo en forma de diamante.

La tripulación estaba compuesta de voluntarios, muchos de los cuales habían servido anteriormente a las órdenes de Stephen Craddock; el primer oficial, Josua Hird, antiguo traficante de esclavos, había sido cómplice suyo en muchos viajes, y ahora embarcó a petición de su antiguo jefe.

La embarcación vengadora navegó por el mar Caribe. En cuanto veían la vela cangreja remendada, las pequeñas embarcaciones con las que se cruzaban en alta mar escapaban a derecha e izquierda igual que en un estanque las truchas asustadas. Al atardecer del cuarto día estaban por el Norte y el Este a cinco millas del cabo Abacou.

El quinto día anclaron en la bahía de las Tortugas, en la isla de La Vache, donde Sharkey y cuatro hombres suyos habían estado cazando. Era un lugar muy boscoso, y las palmeras y el bosque bajo llegaban hasta la fina media luna de arenas plateadas que contorneaban la costa. Habían izado la bandera negra y el gallardete rojo, pero nadie les hizo señal alguna desde tierra. Craddock puso en tensión la vista, con la esperanza de que en cualquier momento saliese de la costa una lancha llevando a Sharkey sentado al timón. Pero pasó la noche, y pasaron otro día y otra noche, sin que se descubriera señal alguna de los hombres a los que habían tratado de hacer caer en una trampa. Se habría dicho que no estaban ya en la isla.

A la segunda mañana, Craddock se dirigió a tierra para ver si encontraba señales de que Sharkey y sus hombres seguían en la isla. Lo que descubrió lo tranquilizó mucho. Cerca de la playa había un armazón de madera verde, de los que se construyen para ahumar la carne, y un gran depósito de tiras de carne asada de buey que colgaban alrededor de aquél, atadas con cuerdas. El barco pirata no había cargado, pues, sus provisiones, y, por consiguiente, los cazadores seguían en la isla.

¿Por qué razón no se habían dejado ver? ¿Habían descubierto acaso que aquél no era el barco suyo? ¿O se encontraban cazando en el interior de la isla y no esperaban todavía la llegada de su barco? Craddock estaba indeciso entre esas dos alternativas, cuando llegó un indio caribe con las noticias que necesitaban. Según les dijo, los piratas estaban en la isla, acampados a un día de marcha de la costa. Le habían robado la mujer, y todavía estaban frescas en su espalda las señales de sus latigazos. Los enemigos de aquellos hombres eran, pues, sus amigos, y estaba dispuesto a conducirlos hasta el lugar en que aquéllos se encontraban.

Craddock no podía desear mejor oportunidad, y a la mañana siguiente se lanzó tierra adentro guiado por el caribe y al frente de un pequeño grupo de hombres armados hasta los dientes. Durante todo el día se abrieron paso por entre el bosque bajo y treparon por las rocas, avanzando cada vez más hacia el corazón de aquella isla solitaria. Aquí y allá encontraban rastro de los cazadores, consistente unas veces en los huesos de un vacuno muerto o en las huellas de pies en un terreno pantanoso. En cierta ocasión, a punto ya de oscurecer, les pareció oír el traqueteo lejano de armas de fuego.

Aquella noche durmieron debajo de los árboles, y en cuanto amaneció siguieron avanzando. A eso del mediodía llegaron a las chozas de corteza que, según el caribe les había dicho, formaban el campamento de los cazadores; pero las encontraron abandonadas y en silencio. Seguramente que sus ocupantes habían salido de caza y que regresarían por la noche, en vista de lo cual Craddock y sus hombres permanecieron emboscados dentro del monte bajo que los rodeaba. Pero nadie acudió, y tuvieron que pasar otra noche en el bosque. No era posible hacer nada más, y a Craddock le pareció que, después de una ausencia de dos días, era tiempo de regresar a su embarcación.

El viaje de retorno fue menos difícil, porque siguieron el sendero que previamente habían abierto. Antes de que anocheciese llegaron otra vez a la bahía de las Tortugas y vieron que su barco seguía anclado donde lo dejaron. La lancha y los remos estaban entre los arbustos; procedieron, pues, a botarla al agua y se dirigieron remando hacia su embarcación.

—¿De modo que no hubo suerte? —les gritó Josua Hird, el primer oficial, mirando desde la popa con rostro pálido.

—Su campamento estaba abandonado, pero quizá vengan todavía hacia nosotros —dijo Craddock, con la mano en la escalera para subir a bordo.

De pronto alguien empezó a reír desde la cubierta, y el primer oficial dijo:

—Creo que es preferible que esos hombres se queden en la lancha.

—¿Por qué?

—En cuanto suba usted a bordo lo comprenderá, señor.

El primer oficial se expresaba con extrañas vacilaciones.

La enjuta cara de Craddock se cubrió de rubor y gritó, saltando de la lancha a la escalera:

—¿Cómo es eso, maese Hird? ¿Qué significa el dar órdenes a los hombres que tripulan mi lancha?

Pero en el momento mismo en que pasaba por encima de la borda, encontrándose con un pie en la cubierta y una rodilla en el antepecho, un hombre de barba blonda, al que no había visto nunca en su barco, le arrancó súbitamente la pistola de un tirón. Craddock agarró al individuo por la muñeca, pero en el mismo instante su primer oficial le arrancó el machete que llevaba al costado.

—¿Qué canallada es ésta? —gritó Craddock, mirando furioso a su alrededor.

Pero la tripulación formaba pequeños grupos por la cubierta, entre risas y cuchicheos mutuos, sin mostrar deseo alguno de acudir en su ayuda. Craddock observó en aquella rápida ojeada que esa tripulación vestía de una manera extraña, con largas levitas de montar, túnicas amplias de terciopelo y cintas de color en las rodillas, es decir, más como currutacos que como marineros.

Viendo aquellas figuras grotescas, frunció el ceño y apretó los puños para adquirir la seguridad de que estaba despierto. La cubierta parecía mucho más sucia que cuando él la dejó, y unas caras desconocidas y tostadas por el sol se volvían a mirarle desde todas partes. No conocía a nadie, fuera de Josua Hird. ¿Acaso el barco había sido capturado mientras él estuvo ausente? ¿Eran quizá los hombres de Sharkey aquellos que le rodeaban? Al ocurrírsele esta idea se abrió paso con ímpetu furioso y trató de saltar por la amurada hacia su lancha, pero un instante después se veía aferrado por una docena de manos y empujado hacia la popa, donde lo metieron por la puerta abierta de su propio camarote.

Pero dentro de este camarote era todo distinto al camarote que él había dejado: el piso, el techo, los muebles, todo era diferente. El suyo era sencillo y austero; este de ahora era suntuoso, pero sucio, y los cortinajes de terciopelo estaban salpicados de manchas de vino, mientras que los ricos artesonados habían sido agujereados a balazos.

Encima de la mesa había una gran carta marítima del mar Caribe, y junto a la mesa, con compases en sus manos, se hallaba sentado un hombre de cara pálida y totalmente afeitado, que llevaba en la cabeza un gorro de piel y que vestía una levita de damasco del color del vino clarete. Craddock se puso lívido bajo sus pecas al contemplar aquella nariz larga, delgada, y de ventanas muy salientes, y aquellos ojos bordeados de rojo que le miraban con una mirada fija y divertida, propia de un jugador maestro que ha arrinconado a su adversario.

—¿Sharkey? —exclamó Craddock.

Los delgados labios de Sharkey se dilataron y estalló en la risa chillona y atolondrada que le caracterizaba. Luego gritó:

—¡Grandísimo idiota!

Adelantó el cuerpo hacia Craddock y le golpeó una y otra vez en el hombro con la punta de sus compases.

—¿Pero es que pretendías enfrentarte conmigo tú, pobre idiota sin ingenio alguno?

No fue el dolor de las heridas, sino el desprecio con que le hablaba Sharkey, lo que volvió a Craddock loco furioso. Se arrojó sobre el pirata, bramando de rabia, dando puñetazos y puntapiés, retorciéndose y espumajeando. Fueron necesarios seis hombres para derribarlo en el suelo entre los restos y astillas de la mesa, y ni uno sólo de los seis se quedó sin alguna señal de los golpes dados por el preso. Pero Sharkey seguía mirándole con el mismo desdén. Se oyó fuera un crujir de maderas y un clamoreo de voces sobresaltadas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sharkey.

—Han desfondado la lancha, y los que en ella estaban han caído al agua.

—Pues que sigan allí —dijo el pirata—. Y ahora, Craddock, ya sabes dónde estás. Estás a bordo de mi barco, el Happy Delivery, y te encuentras a merced mía. Yo sabía que eras un marino valeroso, antes de que te lanzases a dar este paseíto por alta mar, grandísimo bergante. En aquel entonces tus manos no estaban más limpias que las mías. ¿Quieres firmar contrato con nosotros, como lo ha hecho tu primer oficial, para que trabajemos juntos, o quieres que te tire por la borda para que vayas a reunirte con el resto de tu tripulación?

—¿Dónde está mi barco? —preguntó Craddock.

—Desfondado y hundido en la bahía.

—¿Y los tripulantes?

—También en la bahía.

—Pues entonces, ¡a la bahía también yo!

—Desjarretadlo y tiradlo por la borda —gritó Sharkey.

Una cantidad de manos rudas arrastraron a Craddock a la cubierta, y el contramaestre Galloway había sacado ya su alfanje para dejarlo inválido;

pero en ese momento salió Sharkey precipitadamente de su camarote y gritó con expresión ansiosa:

—¡Podemos hacer algo mejor con este sabueso! ¡Que me maten si no es magnífica la idea que se me ha ocurrido! Arrojadlo dentro del cuarto de las velas, bien esposado, y tú, contramaestre, ven aquí para que te diga lo que se me ha ocurrido.

Craddock, magullado y herido en cuerpo y en alma, fue encerrado en el oscuro depósito de las velas, tan bien esposado que no podía mover mano ni pie. Pero su sangre norteña hervía con fuerza en sus venas, y su espíritu adusto aspiraba únicamente a terminar su vida de un modo que pudiera servir de expiación a los daños que durante ella había causado. Permaneció toda la noche en aquella curva de la sentina escuchando el ruido de las aguas y el cimbreo de la madera que le anunciaba que el barco se había hecho a la mar y navegaba muy veloz. Durante las primeras horas de la mañana, alguien se le acercó reptando en la oscuridad por encima de los montones de velas.

—Aquí tiene ron y bizcochos —le dijo la voz de su antiguo primer oficial—. Se los traigo arriesgando en ello mi vida, maese Craddock.

—¡Fuiste tú el que me tendió la trampa y me hizo caer en el lazo! —dijo Craddock—. ¿Cómo vas a responder por lo que has hecho?

—Lo hice con la punta de un cuchillo entre mis dos omoplatos.

—Que Dios perdone tu cobardía, Josua Hird. ¿Cómo caíste en sus manos?

—El barco pirata llegó después de carenar el día mismo en que usted nos abandonó. Se lanzaron al abordaje, y como éramos pocos y usted se había llevado a tierra los mejores hombres, fue poca la resistencia que pudimos presentarles. Algunos murieron a machetazos, y fueron los más felices. Los demás fueron muertos después. A mí me salvó la vida el haber firmado el contrato para servir con ellos.

—¿Y desfondaron mi barco?

—Lo desfondaron, y luego Sharkey y sus hombres, que nos habían estado acechando desde el bosque bajo de la orilla, vinieron al barco. Receló desde el primer momento, porque en el último viaje que hicieron se rompió su mastelero mayor y tuvieron que empalmarlo, mientras que el nuestro estaba entero. En vista de eso, pensó en hacerle caer a usted en una trampa igual a la que usted le había preparado a él.

Craddock dejó escapar un gemido y murmuró:

—¿Cómo no me fijé yo en ese detalle del mastelero mayor empalmado? ¿Y qué dirección llevamos?

—Norte y Oeste.

—¡Norte y Oeste! Pues entonces vamos en dirección a Jamaica.

—Con un viento de ocho nudos.

—¿Oíste qué es lo que piensan hacer conmigo?

—No he oído nada. ¿Por qué no firma usted el contrato?

—¡Basta ya, Josua Hird! Demasiadas veces he puesto mi alma en peligro de condenación.

—Como usted quiera. Yo he hecho lo que he podido. Adiós.

El Happy Delivery navegó durante toda aquella noche y el día siguiente, empujado por los alisios orientales, y Stephen Craddock permaneció tumbado en la oscuridad del depósito de velas, trabajando pacientemente en romper las esposas que le ceñían la muñeca. Consiguió desembarazarse de la de una mano, aunque le quedaron los nudillos sangrando y en carne viva; pero, a pesar de todo lo que hizo, no pudo desembarazarse de la otra, y sus tobillos siguieron fuertemente sujetos.

Hora tras hora escuchaba Craddock el palmoteo de las aguas, y comprendió que la embarcación navegaba a toda vela, empujada por los alisios. En tal caso debían de estar ya para entonces muy cerca de Jamaica. ¿Qué proyectos podía Sharkey traer metido en la cabeza, y de qué manera pensaba servirse de él mismo? Craddock apretó los dientes, y juró que si había sido en tiempos un canalla por propia elección, por lo menos no lo sería nunca obligado por otros.

A la segunda mañana, Craddock se dio cuenta de que el barco había recogido una parte de su trapo y que navegaba dando bordadas lentamente, recibiendo de través el soplo de una brisa ligera. La distinta inclinación del depósito de velas y los ruidos que le llegaban desde la cubierta iban indicando a sus sentidos veteranos con toda exactitud lo que el barco hacía. Las bordadas cortas le indicaban que estaba maniobrando cerca de la costa, y que se dirigía a un punto bien determinado. En ese caso, con seguridad que habían llegado ya a Jamaica. ¿Pero qué podía estar haciendo el barco en ese lugar?

Súbitamente estalló en la cubierta un coro de saludos entusiastas, y retumbó de pronto por encima de su cabeza el disparo de un cañón, al que luego contestaron desde lejos, por encima de las aguas, los retumbas de otros cañonazos. Craddock se incorporó y aguzó el oído. ¿Había entrado el barco en combate? Sólo se había disparado un cañonazo, y aunque fueron muchos los de contestación, no percibió ninguno de los estrépitos que produce una bala que da en el blanco.

De todo eso dedujo que no se trataba de un combate, sino de un mutuo saludo. Pero ¿quién era capaz de saludar al pirata Sharkey? Únicamente podía hacer tal cosa otro barco pirata. En vista de eso, Craddock volvió a tumbarse con un gemido y continuó trabajando para soltarse de la esposa que seguía sujetándole la muñeca derecha.

Oyó súbitamente por la parte de fuera ruido de pisadas, y tuvo justamente el tiempo necesario para volver a enganchar los eslabones flojos alrededor de la mano libre. Abrieron el cerrojo de la puerta y entraron dos piratas, uno de los cuales, en el que Craddock reconoció al corpulento cabo de mar, preguntó al otro:

—¿Se trajo el martillo, carpintero? Pues entonces quítele las esposas de las piernas. Es preferible que siga con las muñecas esposadas, porque así está más seguro.

El carpintero le aflojó los hierros de las piernas a fuerza de martillo y cortafrío.

—¿Qué van ustedes a hacer conmigo? —preguntó Craddock.

—Ven a cubierta y lo verás.

El marinero le agarró de un brazo y lo arrastró brutalmente hasta el pie de la escalera de escotilla. Por encima de su cabeza descubrió un trozo cuadrado de cielo azul con la vela cangreja empenachada con una bandera que ondeaba al viento. Pero la vista de aquella bandera dejó a Stephen Craddock sin aliento. Era la de Inglaterra y ondeaba por encima de otra bandera, la de los piratas. ¡La bandera honrada por encima de la criminal!

Craddock se detuvo un instante, atónito; pero un empujón brutal de los piratas, que se habían colocado detrás, le hizo caminar por las escaleras de escotilla arriba. Al salir a cubierta, sus ojos se volvieron hacia el palo mayor, y también allí la bandera británica ondeaba por encima del gallardete rojo, y todas las jarcias y obenques estaban enguirnaldados de gallardetes.

¿Es que se habían apoderado del barco pirata? Eso era imposible, porque ante su vista estaban los piratas formando pequeños enjambres a lo largo de las amuras de babor, agitando jubilosos en el aire sus sombreros. El que se hallaba en el lugar más destacado era el renegado primer oficial, que estaba de pie en el castillo de proa, gesticulando alocadamente. Craddock miró por encima de la borda para ver a quién saludaban, y entonces comprendió, como en una visión relampagueante, lo crítico del momento.

Por el lado de babor, y a cosa de una milla de distancia, se veían las blancas casas y los fuertes de Port Royal, que tenían por todas partes sus tejados empavesados con banderas. Enfrente mismo estaba la boca de las empalizadas entre las que se entraba a la ciudad de Kingston. A menos de un cuarto de milla de distancia avanzaba un pequeño falucho luchando con un viento muy suave. En lo más alto de su palo llevaba la bandera británica y todas sus jarcias estaban adornadas con gallardetes. En la cubierta del falucho podía verse una apretada muchedumbre de personas que ovacionaban al barco pirata agitando sus sombreros. Las manchas de color escarlata daban a entender que en esa multitud estaban los oficiales de la guarnición.

La rápida percepción propia del hombre acostumbrado a actuar hizo comprender a Craddock al instante todo lo que ocurría. Con la astucia y audacia diabólicas, que eran una de sus principales características, Sharkey estaba representando el papel que el mismo Craddock habría representado si hubiese vuelto victorioso de su expedición. Las salvas se disparaban en honor suyo, y en honor suyo estaba todo embanderado. Aquel barco que se acercaba trayendo al gobernador, al comandante y a los jefes de la isla venía a darle la bienvenida a él, a Craddock. Dentro de diez minutos estarían todos ellos bajo el fuego de los cañones del Happy Delivery, y Sharkey habría hecho la más grande de las presas que jamás había intentado hasta entonces pirata alguno.

—Traedlo aquí delante —gritó el capitán pirata, cuando Craddock apareció entre el carpintero y el cabo de mar—. Mantened cerradas las troneras, pero tened preparados los cañones de babor, y estad listos para disparar una andanada completa. En cuanto estrechemos dos cables más la distancia, son nuestros.

—Creo que nos han olido —dijo el contramaestre— y que tratan de escapar.

—Eso se arregla pronto —dijo Sharkey, volviendo hacia Craddock sus ojos turbios—. A ver, colócate aquí…, aquí mismo, donde ellos puedan divisarte bien. Pon tu mano en la cuerda de retenida y salúdalos agitando el sombrero. Rápido, si no quieres que te vuele los sesos. Ned, métele en la carne una pulgada de tu cuchillo. ¿Qué, vas a saludarles con el sombrero? Vuelve a metérselo, Ned. ¡Mátalo de un tiro! ¡Detenlo!

Pero era demasiado tarde. El cabo de mar, fiado en las esposas que sujetaban a Craddock, había soltado un instante el brazo de éste, y en ese mismo instante Craddock se había soltado del carpintero, había saltado por encima de las amuras en medio de una granizada de balas de pistola, y nadaba desesperadamente. Había recibido varios balazos, pero se necesitaban muchas pistolas para matar a un hombre resuelto y fornido que ha hecho el propósito de llevar a cabo una cosa determinada antes de morir. Era un nadador magnífico. Y, a pesar de que iba dejando detrás de sí en las aguas una estela roja, aumentaba rápidamente la distancia que le separaba del pirata.

—¡Dadme un mosquete! —gritó Sharkey, lanzando una blasfemia salvaje.

Era un tirador afamado, y sus nervios de hierro no le fallaron nunca en los momentos decisivos. Al aparecer la negra cabeza sobre la cresta de una ola, para volver a hundirse por el otro lado de la misma, Craddock estaba ya a mitad de camino del falucho. Sharkey apuntó muy despacio antes de hacer fuego. Siguió el estallido del disparo, y en ese instante mismo el nadador se irguió por encima de las aguas, agitó las manos en el aire con un gesto de advertencia, y lanzó un grito tan estrepitoso que retumbó por toda la bahía. Luego, cuando el falucho viraba muy cerrado, y el pirata descargaba una andanada impotente, Stephen Craddock, sonriendo tristemente en su agonía mortal, se hundió poco a poco para descansar en aquel lecho dorado que brillaba a gran profundidad por debajo de él.

Cómo castigó a Sharkey el capitán del Portobello

Sharkey, el odioso Sharkey, se había lanzado de nuevo a la mar. Después de pasar dos años en la costa de Coromandel, su negro buque de la muerte, el Happy Delivery, merodeaba a lo largo de las costas del continente español, haciendo que cuantos barcos mercantes y de pesca divisaban la amenaza de su vela cangreja remendada, al levantarse lentamente por encima del borde color violeta del horizonte del mar tropical, buscasen en la huida la salvación de sus vidas.

Tal y como todos los pájaros y aves se agachan cuando la sombra del halcón se proyecta sobre el campo, o tal como las criaturas de la manigua se agazapan y se estremecen cuando se deja oír durante la noche el bramido carraspeante del tigre, de la misma manera, por todos los barcos del mundo activo, desde los balleneros de Nantucket hasta los barcos tabaqueros de Charleston, y desde los barcos españoles que traían suministros de carne hasta los que transportaban azúcar del continente, se corrió el rumor de la negra maldición que recorría el Océano.

Algunos de esos barcos acariciaban las costas, dispuestos a lanzarse hacia el puerto más próximo, en tanto que otros se desviaban muchísimo de las rutas comerciales conocidas; pero no había ninguno tan valeroso que no respirase con mayor libertad cuando sus pasajeros y su cargamento se encontraban a salvo, defendidos por los cañones de algún fuerte que los tuviese bajo su cobijo.

Por todas las islas corrían los relatos de restos de buques calcinados que andaban al garete por el mar, de súbitos resplandores de incendios que se habían distinguido muy lejos durante la noche, y de los cadáveres en descomposición que yacían en las arenas de los cayos áridos de las Bahamas. Eran los mismos síntomas de antaño, que delataban las nuevas actividades sangrientas de Sharkey.

Aquellas aguas hermosas y las islas rodeadas de un borde de playas amarillas y de palmeras cimbreantes son el campo tradicional de los merodeadores del mar. Aparecieron primero los caballeros de aventura, los hombres de buena estirpe y de honor, que peleaban como patriotas, aunque estuviesen dispuestos siempre a cobrar su parte en el botín hecho a los españoles.

Después, antes de que transcurriese un siglo, la figura despreocupada de ese tipo de hombres dejó paso a los bucaneros, a los pura y simplemente ladrones, pero que habían establecido una especie de código propio, que estaban mandados por jefes notables y que se lanzaban a grandes empresas combinadas entre ellos.

También esta clase de individuos pasó, y pasaron sus flotas y sus saqueos de ciudades, para dejar paso al tipo peor de todos ellos, al pirata solitario y forajido, al sangriento Ismael de los mares, en guerra con toda la raza humana. Ésta fue la miserable raza de hombres que brotó en los comienzos del siglo XVIII, y entre todos ellos ninguno pudo compararse en audacia, maldad y negra reputación con el indecible Sharkey.

En los comienzos del mes de mayo del año 1720, el Happy Delivery estaba a unas cinco leguas al oeste del Paso de Barlovento, con la verga del trinquete en facha, esperando que apareciese alguna embarcación bien provista y desamparada, a la que los alisios arrastrasen hasta el barco pirata.

Llevaba allí al pairo tres días, siniestra mancha negra en el centro del gran círculo de zafiro del Océano. A lo lejos, del lado del Sudeste, surgían en la línea del horizonte las colinas azules de la Española.

Pasaban las horas sin ningún resultado, y el temperamento salvaje de Sharkey se estaba desbordando, porque su arrogancia se irritaba frente a cualquier contradicción, aunque ésta surgiese del mismo Destino. Aquella noche le había dicho a su cabo de mar, Ned Galloway, con la risa relinchante y repugnante que le caracterizaba, que la tripulación del primer barco que capturase se la tenía que pagar por haberle tenido esperando tanto tiempo.

El camarote del barco pirata era una habitación bastante espaciosa, tapizada y adornada de muchos artículos de lujo ya ajados, ofreciendo la más extraña mezcla de lujo y desorden. El artesonado, de madera de sándalo, tallado y barnizado, ofrecía repugnantes manchones y estaba atravesado por agujeros de balas disparadas en horas de juerga y de borrachera.

Los sillones, tapizados de ricas telas, lucían magníficos terciopelos y encajes en confuso montón, y todos los nichos y rincones estaban abarrotados de trabajos de metal y cuadros de gran valor, porque todo lo que había despertado el capricho del pirata en el saqueo de un centenar de embarcaciones había sido amontonado de cualquier manera en aquella habitación. El suelo estaba revestido con una alfombra mullida y valiosa, aunque toda ella lucía un abigarramiento de manchas de vino y de quemaduras de tabaco.

Una enorme lámpara colgante de bronce proyectaba una luz amarilla brillante sobre aquella habitación extraordinaria y sobre los dos hombres sentados en mangas de camisa, con las botellas de vino entre ambos, los naipes en la mano y embebidos en una partida de piquet. Ambos fumaban en largas pipas, y la humareda azul llenaba el camarote y flotaba para salir al exterior por la claraboya del techo, que, a medio abrir, dejaba ver una franja de firmamento de vivo color violeta, salpicada de resplandecientes estrellas de plata.

Ned Galloway, el cabo de mar, era un bergante corpulento de la Nueva Inglaterra, único retoño podrido en el árbol genealógico de una honrada familia puritana. Sus miembros fornidos y su cuerpo gigantesco eran la herencia de una larga línea de antepasados que temían a Dios, pero su corazón salvaje y criminal le pertenecía por completo. Con barba que le llegaba hasta las sienes, ojos azules feroces, una melena enmarañada de león de negros cabellos rebeldes, y grandes pendientes de oro en las orejas, era el ídolo de las mujeres en todos los cubiles infernales de la costa, desde las islas Tortugas hasta Maracaibo en el continente. Una gorra encarnada, la camisa de seda azul, briches de terciopelo marrón con chillones cintajos en las rodillas, y altas botas de marinero, constituían el atuendo de aquel hércules pirata.

El capitán John Sharkey era un tipo muy diferente. Su rostro enjuto, tirante, completamente afeitado, tenía la lividez de un cadáver, y todos los soles de las Indias Occidentales sólo consiguieron darle un matiz de pergamino más cadavérico todavía. Era parcialmente calvo, con algunos bucles lacios de un color de estopa, y una frente estrecha y casi recta. Su nariz delgada proyectábase en forma aguda hacia afuera, y sus ojos azules, encajados muy juntos a uno y otro lado de la misma, estaban bordeados de un círculo rojo, como los del perro bull-terrier blanco, e imponían miedo y repugnancia a no pocos hombres fuertes. Sus manos huesudas, de dedos largos y secos que temblaban constantemente como las antenas de un insecto, jugueteaban sin cesar con las cartas y con el montón de moidores de oro que tenía delante de él. Sus ropas eran de una mezclilla poco elegante, pero la verdad es que todos cuantos miraban aquel rostro espantable no tenían ojos para la ropa que vestía su propietario.

El juego se vio súbitamente interrumpido, porque la puerta del camarote fue abierta rudamente de par en par, y dos individuos de mala catadura, Israel Martin, el nostramo, y Red Foley, el artillero, penetraron violentamente en el camarote. Sharkey se puso instantáneamente en pie, empuñando una pistola en cada mano, y gritó clavando en los recién llegados sus ojos asesinos:

—¡Gente canalla! Estoy viendo que si de cuando en cuando no mato a tiros a uno de vosotros, no os vais a acordar de quién soy yo. ¿Qué es eso de entrar en mi camarote como si fuese una taberna de Wapping?

—Precisamente es esa manera de hablar suya la que nos ha hecho empinar las orejas. Ya estamos hartos de ella —dijo Martin, frunciendo amenazador el ceño en su cara de un color rojo ladrillo.

—Estamos más que hartos —dijo Red Foley, el artillero—. En un barco pirata no hay primero y segundo oficial, de modo que los oficiales son el nostramo, el artillero y el cabo de mar.

—¿Es que he dicho yo lo contrario? —preguntó Sharkey lanzando un juramento.

—Usted nos ha insultado y nos ha maltratado delante de la tripulación, y en este momento no sabemos ya si hay razón para que nos juguemos las vidas defendiendo el camarote en contra del castillo de proa.

Sharkey vio que flotaba en el aire algún conflicto serio. Dejó sus pistolas encima de la mesa, y se recostó en su sillón, mostrando sus colmillos amarillentos, y dijo:

—Es triste que dos hombres valerosos que han vaciado conmigo muchas botellas y han cortado muchos cuellos, riñan ahora por naderías. Yo sé muy bien que vosotros sois unos muchachos alborotadores, capaces de pelear a mi lado contra el mismo diablo si yo os lo pido. Mandad al camarero que traiga vasos y ahoguemos todas las palabras desagradables entre nosotros.

—Capitán Sharkey, ya no son momentos de beber —dijo Martin—. Los hombres de la tripulación están celebrando consejo alrededor del palo mayor, y pueden presentarse aquí de un minuto a otro. Traen malas intenciones, capitán Sharkey, y hemos venido a advertírselo.

Sharkey saltó hacia la espada de empuñadura de metal que colgaba de una pared, gritando:

—¡Los muy canallas! En cuanto haya despanzurrado a uno o dos se avendrán a escuchar razones.

Pero los demás le cortaron el camino cuando se lanzaba frenético hacia la puerta. Martin dijo:

—Son cuarenta y están a las órdenes de el Señorito, y si saliese a la cubierta, con seguridad que lo harían a usted pedazos. Quizá aquí, dentro del camarote, podamos hacerles frente a punta de pistola.

Apenas había terminado de hablar, cuando se oyeron sobre cubierta pasos de gran número de pies pesados. Luego se produjo un silencio, durante el cual sólo se oyó el suave palmoteo del agua contra los costados del barco pirata. Por último, resonó en la puerta un golpe estrepitoso como si la hubieran golpeado con la culata de una pistola, y un instante después entró en el camarote el Señorito en persona, hombre alto y moreno, con un antojo colorado de nacimiento en la mejilla. Su aire fanfarrón se aplacó un poco al cruzarse su mirada con la de aquellos ojos pálidos y turbios.

—Capitán Sharkey, vengo como portavoz de la tripulación —dijo.

—Ya me lo han dicho, Señorita —dijo el capitán con mucha suavidad—. Quizá viva yo lo suficiente para rajarlo de arriba abajo en pago de su faena de esta noche.

—Eso será lo que sea, capitán Sharkey —contestó el Señorito—. Pero si mira usted hacia arriba, verá que estoy respaldado por gente que no tolerará que yo sea maltratado.

—¡Que nos condenemos si lo toleramos! —gruñó una voz profunda desde lo alto, y los oficiales que había en el camarote descubrieron, al mirar hacia arriba, una hilera de rostros feroces, barbudos y curtidos por el sol, que los contemplaban desde la claraboya abierta.

—Bien, ¿qué es lo que queréis? —preguntó Sharkey—. Explícalo con palabras y acabemos.

—Los hombres de la tripulación creen que usted es el demonio mismo, y que mientras naveguen en semejante compañía no pueden tener suerte —dijo el Señorito—. Hubo tiempos en que nos apoderábamos de dos o tres embarcaciones al día, y todos los hombres de la tripulación disponían de mujeres y de dólares a su satisfacción; pero ahora llevamos una semana sin haber levantado una vela, y desde que cruzamos por delante del Bahama Bank no nos hemos apoderado de un solo barco de importancia, fuera de tres miserables faluchos. Saben también que mató usted al carpintero Jack Bartholomew golpeándole en la cabeza con un cubo, y por eso todos nosotros tememos por nuestras vidas. También el ron se ha terminado y se nos hace duro el estar sin bebida. Además, usted se pasa la vida en su camarote, y en el contrato de todos está estipulado que debe acompañar a la tripulación cuando ésta bebe y se divierte. Por esta razón, y en una asamblea general que se ha celebrado hoy, hemos decidido…

Sharkey había levantado furtivamente los gatillos de una pistola escondida debajo de la mesa, de modo que el marinero amotinado tuvo mucha suerte en no acabar su discurso, porque cuando llegaba al final se oyó sobre cubierta un rápido pataleo, y un muchacho del barco, fuera de sí con las noticias que traía, se precipitó dentro del camarote, gritando:

—¡Un buque! ¡Un buque de gran porte, y que está casi encima nuestra!

En un segundo se olvidaron todos de la pelea, y los piratas corrieron a sus puestos. No cabía duda: llevado lentamente por el soplo de los suaves alisios, un gran barco, completamente aparejado y a velas desplegadas, pasaba muy cerca de ellos.

Era evidente que venía desde muy lejos e ignoraba lo que ocurría en el mar Caribe, porque no hizo esfuerzo alguno para esquivar al barco de casco negro y bajo que estaba al pairo tan cerca de su proa, y seguía adelante como si le bastase su volumen para creerse a salvo de todo riesgo.

Demostraba tal atrevimiento, que los piratas, mientras corrían a destapar sus cañones e izaban sus linternas de combate, creyeron por un momento que los había pillado descuidados un barco de guerra.

Pero cuando vieron que se trataba de un barco de casco abultado y sin troneras laterales, con el aparejo de mercante, dejaron escapar un alarido de júbilo; un instante después habían hecho girar su cangreja, y lanzando su barco para colocarlo a la par del otro, aferraron el casco de éste con los garfios, y una lluvia de bergantes saltó a su cubierta lanzando gritos y maldiciones.

Media docena de marineros de la guardia de noche fueron muertos a hachazos en el lugar en que estaban; el primer oficial fue derribado por Sharkey, y Ned Galloway lo tiró al mar por la borda; antes de que la tripulación, dormida, pudiese sentarse en sus literas, el barco estaba en manos de los piratas.

La presa resultó ser el barco de aparejo completo Portobello, propiedad del capitán Hardy, que se dirigía de Londres a Kingston, en Jamaica, con un cargamento de telas de algodón y de llantas de hierro.

Una vez presa toda la tripulación y reunida, formando un grupo de hombres atontados y asombrados, los piratas se desparramaron por el barco buscando su botín, entregando todo cuanto encontraban al gigantesco cabo de mar, el que a su vez lo trasladaba a bordo del Happy Delivery y lo colocaba bajo guardia al pie del palo mayor.

El cargamento no podían aprovecharlo, pero encontraron un millar de guineas en la caja fuerte del barco; llevaba éste, además, ocho o diez pasajeros, tres de ellos, mercaderes ricos de Jamaica, que volvían a sus casas con cajas bien repletas después de su visita a Londres. Una vez reunido todo el botín, procedieron a registrar a los pasajeros y a la tripulación hasta la cintura, y luego los tiraban por la borda al mar, bajo la fría sonrisa de Sharkey. Mientras tanto, el Señorito, de pie junto al antepecho, les cortaba con su machete los tendones de las corvas, para que ningún nadador resistente pudiera un día presentarse ante un tribunal, acusándolos. Una mujer gruesa y de cabello blanco, esposa de uno de los mercaderes, estaba entre las cautivas, pero también la tiraron al mar, aunque ella gritaba y se agarraba a sus captores. Sharkey le gritó como un relincho:

—¿Que no te matemos, grandísima tal? Te sobran veinte años para eso.

El capitán del Portobello, hombre curtido, de ojos azules y barba blanca, fue el último que quedó sobre cubierta. Permaneció erguido, fuerte y resuelto, entre el brillo de las linternas, mientras Sharkey le hacía inclinaciones y muecas de burla, diciendo:

—El capitán de un barco debe mostrarse cortés con el capitán de otro barco, y que me maten si el capitán Sharkey se queda a la zaga de nadie en cuanto a cortesía y buenas maneras. Lo he dejado a usted el último, porque ése es el lugar que le corresponde a un hombre valeroso; de modo, pues, valentón, que una vez que los ha visto morir a todos, puede usted tirarse de cabeza al mar muy tranquilo.

—Así lo haré, capitán Sharkey —dijo el anciano marino—, porque he cumplido con mi deber hasta donde me ha sido posible. Pero antes de saltar por la borda quisiera decirle al oído unas palabras.

—Si son para ablandarme, ahórreselas. Nos ha tenido aquí esperándole tres días, y que me maten si dejo con vida a uno sólo de ustedes.

—No; es para decirle algo que debe saber. Usted no ha descubierto aún el verdadero tesoro que hay a bordo de este buque.

—¿Que no lo he descubierto? Capitán Hardy, que me maten como no le parta en rebanadas el hígado si no hace usted buenas esas palabras. ¿Dónde está ese tesoro de que me habla?

—No se trata de monedas de oro, sino de una bellísima joven, que quizá le agrade tanto o más.

—¿Dónde está ella? ¿Por qué no se encontraba con los demás?

—Se lo voy a explicar. Esa joven es la hija única del conde y de la condesa de Ramírez, que estaban entre los que usted ha asesinado ya. Se llama Inés Ramírez, es del mejor abolengo de España, porque su padre era gobernador de Chagre, adonde se dirigía con su familia. Durante el viaje se enamoró, como les ocurre a las muchachas, de un hombre de condición muy inferior a la de su familia que venía en el barco; sus padres, que eran gente muy poderosa y a la que nada se podía negar, me obligaron a encerrarla en un camarote especial detrás del mío. Allí la tuvieron rigurosamente encerrada, sin que viese a nadie, y sirviéndole dentro de su mismo camarote los alimentos. Le digo esto como un último regalo mío, aunque no sé qué impulso me ha llevado a hacérselo, porque de verdad que es usted el rufián más sanguinario, y me consuelo al morir con el pensamiento de que será usted, con toda seguridad, carne de horca en este mundo y carne de infierno en el otro.

Dichas estas palabras, se acercó rápido a la amurada y se lanzó de cabeza al mar tenebroso, pidiendo a Dios, mientras se hundía en sus profundidades, que no tomase como un grave pecado la traición que cometía con aquella joven.

No habría llegado aún el cadáver del capitán Hardy a cuarenta brazas de profundidad, cuando los piratas se precipitaban por el pasillo de los camarotes. Allí, al final del mismo, había una puerta cerrada, en la que no habían reparado durante su búsqueda anterior. No tenía llave, pero ellos derribaron la puerta a culatazos, mientras en su interior se oían alaridos y más alaridos de mujer. A la luz de sus linternas vieron una mujer joven, en lo más florido de su plena juventud, agazapada en un rincón, con los cabellos sueltos colgando hasta el suelo, sus negros ojos brillantes de temor, y su cuerpo magnífico retrocediendo horrorizado ante aquella invasión de hombres salvajes manchados de sangre. Unas manos rudas la aferraron, la hicieron ponerse en pie de un tirón y la arrastraron sollozante hasta donde John Sharkey estaba esperándola. Este último proyectó largo rato y con gran mimo la luz sobre aquella cara, y después lanzando una gran carcajada, se inclinó hacia adelante y le dejó en las mejillas la huella roja de su mano:

—Moza, ésta es la marca con que el pirata señala a sus ovejas. Llevadla al camarote y tratadla bien. Y ahora, muchachos, desfondad esa embarcación y salgamos otra vez en busca de fortuna. El magnífico barco Portobello se fue hundiendo antes de que transcurriese una hora, y no se detuvo hasta que se encontró junto a sus pasajeros asesinados sobre las arenas del fondo del mar Caribe, mientras la embarcación pirata navegaba hacia el Norte en busca de otra víctima, con su cubierta convertida en un revoltijo de todos los objetos del botín.

Aquella noche se celebró una francachela en el camarote del Happy Delivery, y tres hombres bebieron de firme. Esos hombres eran el capitán, el cabo de mar y el calvo Stable, médico, que estuvo establecido en Charleston hasta que huyó de la justicia por haber abusado de un enfermo, y dedicó su habilidad médica a los piratas. Era un hombre grueso y abotagado, con una gran papada y una gran calva brillante, que le había valido su apodo. Sharkey había dejado por el momento de pensar en el motín, sabiendo que ningún animal demasiado bien comido tiene instintos feroces, y que mientras el botín recogido en aquel gran barco constituyese una novedad para la tripulación, nada tenía que temer de ésta. Se entregó, pues, al vino y a la francachela, gritando y vociferando con sus compañeros de juerga. Los tres estaban calenturientos y enloquecidos, maduros para cualquier diablura, cuando cruzó por la imaginación del pirata la imagen de la cautiva. Ordenó a gritos al camarero negro que se la trajese al instante.

Inés Ramírez lo había comprendido todo para entonces: la muerte de su padre y de su madre, y, su propia situación en manos de sus asesinos. Sin embargo, ese conocimiento le devolvió la tranquilidad y ya no hubo señal alguna de terror en su rostro altivo y moreno cuando la introdujeron en el camarote. Se advertía más bien una expresión extraña y resuelta en su boca y un brillo jubiloso en sus ojos, como si viese grandes perspectivas para el futuro. Sonrió al capitán pirata cuando éste se levantó y la abrazó por la cintura.

—¡Por vida de…, que es ésta una moza valiente! —exclamó Sharkey, estrechándola contra sí—. Nació para novia de un pirata. Ven acá, pajarita mía, y bebe por nuestra más íntima amistad.

—¡Artículo seis! —hipó el médico—. Todas las bona robas en común.

—Sí, capitán Sharkey; le exigimos que lo cumpla —dijo GalloWay—. Así está escrito en el artículo seis.

—A quien se interponga entre nosotros lo cortaré en pedacitos —gritó Sharkey, clavando sus ojos vidriosos primero en uno y luego en otro de sus acompañantes—. Sí, moza, no ha nacido el hombre que te aparte de John Sharkey. Siéntate aquí sobre mis rodillas y rodéame el cuello con tu brazo de esta manera. ¡Que me maten si no se ha enamorado de mí en cuanto me ha visto! Dime, hermosa, ¿por qué te maltrataron y te encerraron los de aquella embarcación?

La mujer movió la cabeza, se sonrió y jadeó:

—No hablo inglés, no hablo inglés.

Había bebido todo el vaso de vino que Sharkey le ofreció, y sus ojos negros relampagueaban mucho más que antes. Sentada sobre las rodillas de Sharkey, le rodeó el cuello con su brazo y le acarició con su mano los cabellos, la oreja y la mejilla. Hasta el extraño cabo de mar y el empedernido médico se horrorizaron mirándola, pero Sharkey lanzaba carcajadas de júbilo.

—¡Que me condenen si esta moza no es, de lo bueno, lo mejor! —exclamó, al mismo tiempo que la apretaba contra sí y la besaba en su boca, que no lo rechazó.

Pero el médico que la estaba mirando adoptó una actitud de profundo interés, y su cara se puso rígida, igual que si le hubiese cruzado por el cerebro un pensamiento terrible. Por sus facciones de bulldog corrió una extraña palidez gris que abigarró todo el color rojo de los trópicos y el ardor del vino.

—¡Capitán Sharkey, mírele la mano! —gritó—. ¡Por amor de Dios, fíjese en su mano!

Sharkey se puso a mirar aquella mano que le había acariciado. Tenía una extraña palidez como de muerta, y entre los dedos un color amarillo brillante. Estaba toda ella cubierta de un polvillo blanco que parecía pelusa, como la harina de un pan recién sacado del horno. Ese polvillo cubría también por completo el cuello y las mejillas de Sharkey. Éste dejó escapar un grito de repugnancia y arrojó de sus rodillas a la mujer; pero ésta dio un salto como gato salvaje, y lanzando un grito de perversidad victoriosa, se precipitó hacia el médico. Éste desapareció dando gritos debajo de la mesa. Una de las manos engarabitadas de la joven agarró a Galloway por la barba, pero éste se libró de un gran tirón, empuñó una lanza y la mantuvo a distancia, mientras ella farfullaba y hacía muecas, centelleándole los ojos como a una loca furiosa.

El camarero negro había acudido corriendo al oír el estrépito de aquella súbita zarabanda, y entre todos ellos obligaron a la enloquecida muchacha a meterse en un camarote, cuya puerta cerraron con llave. Luego, los tres compañeros de juerga se dejaron caer jadeantes en sus sillas y se contemplaron los unos a los otros con ojos de espanto. Los tres tenían en el pensamiento la misma palabra, pero fue Galloway el primero en expresarla:

—¡Una leprosa! ¡Nos ha tocado a todos la maldita!

—¡A mí, no! —exclamó el médico—. No logró tocarme siquiera con un dedo.

—Si a eso vamos, a mí sólo me tocó los pelos de la barba, y voy a hacérmela rapar antes de que amanezca —dijo Galloway.

—¡Qué idiotas hemos sido! —gritó el médico, dándose de puñetazos en la cabeza—. Contagiados o no, no disfrutaremos de un solo instante de tranquilidad hasta que se cumpla el año y haya pasado el peligro. ¡Vive Dios, que ese capitán mercante nos ha dejado señalados con su marca, y que hemos sido unos estúpidos en creer que a una moza como ésta iban a tenerla en cuarentena por la razón que él alegó! Resulta fácil de comprender ahora que su podredumbre se manifestó durante el viaje, y que no les quedaba otro recurso, como no la tirasen por la borda al mar, que el emparedarla hasta que llegasen a un puerto que tuviese un lazareto.

Mientras hablaba el médico, Sharkey se había recostado en el respaldo de su silla y tenía una expresión cadavérica. Se pasó el pañuelo rojo por la cara, tratando de sacudir de ella el polvillo siniestro de que estaba tiznado.

—¿Y qué me va a pasar a mí? —refunfuñó—. ¿Qué me dices, calvo Stable? ¿Tengo alguna probabilidad de librarme? ¡Maldito seas, canalla! Di lo que piensas, o te daré una paliza que te deje a una pulgada de la muerte, y hasta más allá de esa pulgada. ¿Tengo, sí o no, alguna probabilidad de librarme?

Pero el médico movió negativamente la cabeza, y dijo:

—Capitán Sharkey, yo cometería una mala acción si le dijese una mentira. Ha cogido usted la enfermedad. La persona sobre la que ha caído la escamilla o caspa de la lepra no logra ya limpiarse de ella.

Sharkey dejó caer la cabeza sobre el pecho y permaneció en esa actitud, inmóvil, herido por aquella súbita y aterradora perspectiva, mirando hacia su temeroso porvenir con sus ojos como brasas. El cabo de mar y el médico se pusieron en pie y salieron furtivamente de la atmósfera envenenada del camarote al aire puro de los primeros amagos del alba, y recibieron en sus rostros la brisa suave y perfumada, mientras allá en lo alto, los primeros penachos de rojas nubes interceptaban los rayos avanzados del sol que doraba el horizonte, por encima de las cumbres coronadas de palmeras de la lejana isla de la Española.

Aquella mañana celebraron los piratas una nueva asamblea al pie del palo mayor, y enviaron una comisión para que se entrevistase con el capitán. Éste no les dio tiempo de llegar a los camarotes de popa, sino que salió a cubierta, con toda su antigua maldad asomándole a los ojos, y su bandolera a la espalda, con un par de pistolas.

—¡Sois todos unos canallas! —gritó—. ¿Os atrevéis a cruzaros en mi camino? Avanza, Señorito, que te voy a rajar de arriba abajo. ¡A ver, Galloway, Martin, Foley, acudid a mi lado, y vamos a meter a esos perros a latigazos en su perrera!

Pero sus oficiales le habían abandonado y no hubo nadie que se pusiese de parte suya. Los piratas se abalanzaron sobre Sharkey, y aunque éste atravesó a uno de ellos de un balazo, pronto se vio sujetado y atado a su propio palo mayor. Sus ojos turbios fueron clavándose en todas las caras, y no hubo un solo pirata al que aquella mirada no intranquilizase.

El Señorito le dijo:

—Capitán Sharkey, usted ha maltratado a muchos de nosotros, y ahora ha pegado un tiro de pistola a John Masters, además de haber matado al carpintero Bartolomew abriéndole la cabeza con un cubo. Habríamos podido perdonarle todo esto por los años que lleva siendo nuestro jefe, y porque hemos firmado un contrato para servir bajo sus órdenes mientras dure este viaje. Pero ahora nos enteramos de la existencia de esta bona roba a bordo: sabemos que ha sido usted contagiado hasta la médula, y que no habrá seguridad para ninguno de nosotros al lado de un hombre podrido, sino que acabaremos pudriéndonos y corrompiéndonos todos. Por todo ello, John Sharkey, le comunicamos que nosotros, los piratas del Happy Delivery, reunidos en asamblea, hemos tomado la resolución de que, ahora que estamos todavía a tiempo, lo dejaremos al garete en un bote, para que encuentre el destino que la suerte quiera depararle.

John Sharkey no dijo una palabra, sino que fue girando la cabeza y maldiciéndolos uno a uno con su siniestra mirada. Habían arriado mientras tanto el chinchorro del barco, y luego lo descolgaron a él, sin soltarle las manos, y sujeto al extremo de una cuerda por un nudo corredizo.

—¡Soltad el chinchorro! —gritó el Señorito.

—Esperad un momento, maese Señorito —gritó uno de la tripulación —. ¿Qué hacemos con la moza? ¿La vamos a dejar a bordo para que nos contagie a todos?

—¡Larguémosla con su pareja! —gritó otro, y los piratas expresaron con un ruidoso clamor que aprobaban la idea.

La muchacha, a la que hicieron avanzar a punta de lanzas, fue empujada hacia el bote. Con toda la gallardía de española en su cuerpo putrefacto, la joven lanzaba a sus cautivadores miradas triunfantes.

—¡Perros! ¡Perros ingleses! ¡La lepra para vosotros, sí, la lepra! —gritó jubilosa cuando la descolgaron dentro del chinchorro.

—¡Buena suerte, capitán! ¡Que Dios le bendiga en su luna de miel! —gritó un coro de voces burlonas en el momento de soltar el cable de amarre del chinchorro.

El Happy Delivery, cogiendo de lleno el soplo del alisio, dejó a popa la pequeña embarcación, que pronto fue sólo un minúsculo puntito en la inmensa superficie del mar solitario.

EXTRACTO DEL DIARIO DE NAVEGACIÓN DEL “Hecate”, BUQUE DE CINCUENTA CAÑONES DE LA ARMADA BRITÁNIOA, QUE NAVEGABA COSTEANDO EL CONTINENTE DE AMERICA:

26 de enero de 1721

En esta fecha, como el tasajo se ha echado a perder y cinco miembros de la tripulación están enfermos de escorbuto, he dado orden de que dos de las lanchas se dirijan a la punta noroeste de la Española, en busca de fruta fresca, y para que al mismo tiempo maten a tiros, si se les ofrece ocasión, algunos de los toros salvajes que tanto abundan en la isla.

7 de la tarde

Las lanchas han regresado con una buena provisión de frutas y verduras y la carne de dos toros. Mr. Woodruff, nuestro patrón, me informa de que cerca del lugar del desembarco, y al borde de un bosque, fue encontrado el esqueleto de una mujer, con ropas europeas que parecen indicar que se trataba de una mujer de categoría. Tenía la cabeza aplastada, y la piedra con que el hecho había sido llevado a cabo estaba a su lado. Muy cerca de allí había una choza de ramaje con señales de que hubiese vivido un hombre bastante tiempo, a juzgar por la leña chamuscada, la cantidad de huesos y otras huellas. Se rumorea en la costa que el sanguinario pirata Sharkey fue abandonado el pasado año en aquellos lugares; pero no hubo medio de comprobar si se internó en la isla o si fue recogido por alguna embarcación. Si ese hombre ha vuelto a hacerse a la mar, yo pido a Dios que lo ponga al alcance de nuestros cañones.

CÓMO COPLEY BANKS MATÓ AL CAPITÁN SHARKEY

Los bucaneros constituían una organización de mayor altura que una simple cuadrilla de merodeadores. Formaban una república flotante, que se regía por leyes, costumbres y una disciplina propia suya.

Los jefes de los bucaneros, lo mismo si se trataba de ingleses que de franceses, igual que se apellidasen Morgan o Grandmont, eran siempre personas de responsabilidad, y sus países de origen podían admitirlos e incluso elogiarlos, mientras se abstuviesen de cometer actos capaces de sublevar demasiado a las conciencias bien curtidas del siglo XVII. Algunos de esos hombres tenían sentimientos religiosos, y se recuerda todavía que Sawkins arrojó por la borda los dados con que se jugaba un domingo, y que Daniel mató a tiros a un hombre delante del altar para castigar su irreverencia.

Pero llegó un tiempo en que ya las flotas de los bucaneros no dominaban las islas de las Tortugas, y ocuparon su lugar los piratas aislados y forajidos. Sin embargo, incluso con estos piratas subsistió cierta tradición de disciplina y de obediencia; entre los piratas primitivos, los Avory, los England, los Roberts, reinó cierto respeto hacia los sentimientos de humanidad. Eran más peligrosos para el mercader que para el marinero.

Pero después de esa clase de piratas vino otra de hombres más salvajes y más desesperados, que, sabiendo que en su guerra a toda la raza humana no conseguirían que se les diese cuartel, juraron no darlo ellos tampoco. Lo que de sus vidas sabemos es poco y no muy digno de crédito. No escribieron sus memorias y no dejaron rastro de sus hazañas, salvo alguno que otro casco de buque ennegrecido por el fuego y manchado de sangre, que quedó flotando al garete en la superficie del Atlántico. Pero esas hazañas pueden suponerse leyendo la larga lista de barcos que no llegaron nunca a puerto.

Repasando los documentos históricos, tropezamos aquí y allá con algunos juicios celebrados en el viejo mundo que parecen levantar por un momento el velo en que están envueltas las actividades de esos piratas, y descubrimos detrás la visión de brutalidades asombrosas y grotescas. A esa casta pertenecieron Ned Low, Gow el Escocés y el infame Sharkey, cuya embarcación pintada de negro, la Happy Delivery, era conocida desde los bancos de Newfoundland hasta las bocas del Orinoco como el trágico nuncio de la destrucción y de la muerte.

Tanto entre las islas como en el continente eran muchos los hombres con quienes Sharkey tenía contraídas deudas de sangre; pero con ninguno de ellos la tenía más sangrienta y enconada que con Copley Banks, de Kingston. Banks había sido uno de los principales comerciantes de azúcar de las Indias Occidentales. Era hombre de buena posición, miembro del Consejo, casado con una Percival y primo del gobernador de Virginia. Había enviado a sus dos hijos a Londres para que recibiesen allí su educación, y posteriormente embarcó su madre para volverlos a traer a Jamaica. En este viaje de regreso, el barco en que venían, que era el Duchess of Cornwall, cayó en manos de Sharkey, y toda la familia murió de una manera infame.

Cuando tuvo noticia del suceso, Copley Banks habló poco y cayó en una melancolía permanente y silenciosa. Abandonó sus negocios, esquivó el trato de sus amigos y pasó gran parte de su tiempo en las tabernas de baja estofa, frecuentadas por los pescadores y por los marineros. Allí, entre los alborotos y las francachelas, permanecía silencioso fumando en su pipa, con expresión adusta y ojos que parecían dos brasas. Era opinión general que aquella desgracia había perturbado su razón, y sus antiguos amigos le miraban de soslayo, porque las gentes con quienes ahora trataba eran como para que los hombres honrados evitasen su trato.

De cuando en cuando llegaban rumores de que Sharkey navegaba por los mares. Unas veces era una goleta que había distinguido sobre el horizonte un gran incendio, y al acercarse para acudir en socorro del barco que ardía, tuvo que salir huyendo al descubrir que la embarcación negra y astuta acechaba lo mismo que un lobo cerca de la oveja que ha destrozado. Otras veces era un aterrado barco mercante, que había venido a todo lo que daban sus velas henchidas por el viento, lo mismo que el corpiño de una mujer, porque había visto alzarse por encima de la línea violeta del horizonte una vela cangreja remendada. Otras, en fin, era un barco de cabotaje que había descubierto en un cayo sin agua de las Bahamas una gran cantidad de cadáveres que se habían apergaminado al sol.

En cierta ocasión llegó un hombre que había sido cabo de mar de un barco de la Guinea, y que había logrado escapar de las manos del pirata. No le era posible hablar —por razones que Sharkey habría podido explicar mejor que nadie—; pero sí podía escribir, y escribió cosas que interesaron muchísimo a Copley Banks. Durante horas y horas ambos hombres permanecieron sentados juntos delante de un mapa, y el hombre mudo iba señalando aquí y allá los arrecifes y las tortuosas entradas del mar en la tierra, mientras que su acompañante fumaba en silencio con el rostro impasible y los ojos ardientes.

Cierta mañana, unos dos años después de su desgracia, Mr. Copley Banks volvió a sus oficinas con su antigua expresión de energía y de actividad. El gerente se le quedó mirando sorprendido, porque desde hacía muchos meses no había manifestado ninguna clase de interés en el negocio.

—Buenos días, Mr. Banks —le dijo.

—Buenos días, Freeman. Me he enterado de que el Ruffling Harry está en la bahía.

—Sí, señor, y el miércoles zarpa con destino a las islas de Barlovento.

—Tengo otro destino para ese barco, Freeman. He decidido realizar un viaje para traer una expedición de esclavos negros desde Whydah.

—Pero el barco tiene ya su cargamento, señor.

—Pues habrá que descargarlo, Freeman. Mi resolución está ya tomada, y el Ruffling Harry tiene que marchar en busca de esclavos a Whydah. Fueron inútiles los razonamientos y las persuasiones, en vista de lo cual el gerente, con gran pesar suyo, procedió a descargar el buque.

Entonces dio comienzo Copley Banks a sus preparativos para el viaje hasta el África, Por lo visto, fiaba en la fuerza más que en el trueque para llenar sus bodegas con el cargamento humano, porque no subió a bordo toda la vistosa bisutería de que tanto gustan los salvajes, y en su lugar equipó al bergantín con ocho cañones de nueve libras y con abundancia de mosquetes y de machetes. El depósito de velas de la parte de popa fue transformado en santabárbara, y cargó una cantidad de municiones tan completa como la de cualquier corsario bien provisto. Cargáronse provisiones y agua para un largo viaje.

Pero el reclutamiento de la tripulación fue por demás sorprendente, hasta el punto de que el gerente, Freeman, comprendió que había algo de verdad en los rumores de que su amo había perdido la razón. Con uno u otro pretexto, empezó a despedir a los tripulantes antiguos y bien probados, que trabajaban con la firma desde muchos años atrás, y embarcó en su lugar a la escoria del puerto, es decir, a hombres de tan mala fama, que el más ruin de los reclutadores se habría avergonzado de ofrecerlos.

Figuraba entre ellos el Señorito, el del antojo, del que se sabía que había intervenido en la matanza de los balandros que transportaban palo de Campeche, habiendo gentes de fantasía que aseguraban que aquella fea mancha escarlata que desfiguraba su rostro era una consecuencia de sus grandes crímenes. A ese hombre lo tomó de primer oficial, y como segundo oficial contrató a Israel Martin, un hombre pequeño y quemado del sol, que había servido a las órdenes de Howell Davies en la toma del fuerte de la costa de El Cabo.

La tripulación fue seleccionada entre la gentuza con la que Banks se había codeado en los lugares de infamia que había frecuentado; su propio camarero de mesa era un hombre de cara hosca que cuando hacía mención de hablar con alguien parecía cloquear lo mismo que un pavo. A ese hombre le habían afeitado la barba, y era imposible reconocer en él al mismo individuo al que Sharkey había cortado la lengua y que logró escaparse para contarle a Copley Banks lo que le había pasado.

Todas estas cosas no pasaron desapercibidas, ni dejaron de ser comentadas en la ciudad de Kingston. El comandante de las fuerzas armadas —Harvey, del Cuerpo de Artillería— presentó serias objeciones al gobernador, diciéndole:

—Ese barco no puede considerarse como de comercio, porque es un pequeño barco de guerra. Creo que se debería arrestar a Copley Banks e incautarse de la embarcación.

—¿Qué recela usted? —preguntó el gobernador, hombre de cortos alcances, quebrantado por la fiebre y por el vino de oporto.

—Me parece que se va a repetir el caso de Stede Bonnet —dijo el militar.

Ahora bien, Stede Bonnet era un plantador que gozaba de muy buena fama y que era de un temperamento religioso; pero que, acometido de un acceso súbito y arrebatador de dedicarse a empresas temerarias, lo había abandonado todo para lanzarse a piratear en el mar Caribe. Aquel caso era todavía reciente, y produjo la máxima consternación en las islas. Antes de ahora hubo gobernadores a los que se había acusado de estar compinchados con los piratas y de recibir un tanto por ciento de comisión en el botín que ellos hacían, razón por la cual se daban interpretaciones siniestras a cualquier falta de vigilancia que se advirtiese.

—Comandante Harvey —dijo el gobernador—, me duele hacer ninguna cosa que pueda molestar a mi amigo Copley Banks, porque son muchísimas las veces que mis rodillas han estado debajo de la mesa de caoba de su comedor; pero, en vista de sus informes, no me queda otra alternativa que ordenarle que se persone a bordo de ese barco, para asegurarse de su verdadero carácter y punto de destino.

Por esa razón el comandante Harvey, en una lancha llena de soldados, hizo cierta mañana una visita por sorpresa al Ruffling Harry, sin más resultado que el de recoger, en el lugar en que el barco estaba anclado la noche anterior, un cable de cáñamo que flotaba en las aguas. El barco había cruzado ya las empalizadas, y navegaba contra los alisios del Nordeste, rumbo al estrecho de Barlovento.

A la mañana siguiente, cuando ya el bergantín había dejado muy atrás, como simple trazo de bruma en el horizonte del Sur, el cabo Morant, toda la tripulación fue convocada a popa, y Copley Banks les puso al corriente de sus proyectos. Les dijo que los había elegido porque sabía que eran muchachos activos y gente de agallas, dispuestos a correr algunos peligros en el mar antes que pasar hambre en tierra. Los barcos de la Marina Real eran pocos y débiles, y ellos eran capaces con el suyo de dominar a cualquier mercante que se les cruzase en el camino. Otros habían prosperado en aquel negocio, y no había razón para que ellos, con un buque muy manejable y bien equipado, no lograsen cambiar sus chaquetas embreadas en levitas de terciopelo. Si estaban dispuestos a navegar bajo la bandera negra, él, por su parte, estaba dispuesto a ser su jefe; pero si alguno de ellos quería retirarse, podían disponer de la canoa y regresar remando a Jamaica.

Únicamente cuatro hombres entre los cuarenta y seis pidieron que se les diese de baja; se embarcaron en la canoa, y se alejaron remando entre los gritos de mofa y los insultos de la tripulación. Los demás se reunieron en la popa y firmaron los contratos de su asociación. Se pintó la calavera blanca en un trozo cuadrado de lona embreada, y se izó esa bandera en el palo mayor, entre los vítores de todos.

Eligiose la oficialidad, y se señalaron a los elegidos los límites a que alcanzaba su mando. Copley Banks fue elegido capitán; pero como en los barcos piratas no hay oficiales primero y segundo, el Señorito, el del antojo, fue nombrado cabo de mar, e Israel Martin, contramaestre. No costó ningún trabajo el enseñar las costumbres de la hermandad, porque la mitad por lo menos de la tripulación había servido anteriormente en barcos piratas. La comida sería idéntica para todos, y nadie coartaría la libertad de los demás para beber. El capitán dispondría de un camarote, pero todos los tripulantes podrían visitarlo cuando bien les pareciese, seguros de ser bien recibidos.

Todos participarían por partes iguales en el botín, salvo únicamente el capitán, el cabo de mar, el contramaestre, el carpintero y el artillero mayor, que recibirían desde un cuarto hasta una parte completa más que el resto de la tripulación. Quien primero descubriese una presa recibiría la mejor de las armas que en ella se encontrase. Quien primero saltase a bordo del buque apresado recibiría el traje mejor de todos los que se encontrasen a bordo. Todos podrían tratar a los prisioneros que les correspondiesen, lo mismo si se trataba de hombres que de mujeres, a su propio capricho. Al hombre que no se mantuviese firme junto al cañón, el cabo de mar podría matarlo a balazos. Ésas eran algunas de las normas que la tripulación del Ruffling Harry suscribió, trazando cuarenta y dos cruces al pie del documento que habían redactado.

Así fue como empezó a navegar por los mares un nuevo barco pirata, cuyo nombre fue conocido antes de un año tanto y tan bien como el del Happy Delivery. Desde las Bahamas hasta las islas de Sotavento, y desde las de Sotavento hasta las de Barlovento, Copley Banks llegó a ser el rival de Sharkey y el terror de los barcos mercantes. Durante mucho tiempo no tropezaron en el mar el bergantín y el bricbarca, cosa por demás extraña, puesto que el Ruaffling Harry andaba siempre metiéndose en los refugios de Sharkey; pero un buen día, cuando el bergantín se metía en el abra conocida con el nombre de Coxon’s Hold, en la extremidad oriental de Cuba, con el propósito de carenar, encontraron allí al Happy Delivery, con sus matones y tiras de aparejo montadas ya para realizar idéntica operación.

Copley Banks disparó una salva de perdigones e izó la bandera verde de parlamento, según era costumbre entre los caballeros del mar. Acto continuo, arrió su bote y marchó a bordo del otro barco.

El capitán Sharkey no era hombre de genio comunicativo, ni sentía ninguna clase de simpatías hacia quienes se dedicaban a su misma profesión.

Copley Banks lo encontró sentado a horcajadas en uno de sus cañones de popa, en compañía del cabo de mar, Ned Galloway, y de una multitud de bergantes alborotadores que lo rodeaban. Pero ninguno de ellos seguía vociferando con igual seguridad en cuanto la cara pálida y los ojos turbios de Sharkey se volvían hacia él.

Estaba en mangas de camisa, con la chorrera de batista saliéndole por el chaleco abierto de raso encarnado con grandes carteras. El sol abrasador no parecía ejercer efecto alguno en su cuerpo enjuto, porque se cubría la cabeza con un gorro de piel, como si hubiesen estado en invierno. Le cruzaba el cuerpo una banda multicolor de seda, de la que colgaba una espada corta y homicida, en tanto que su ancho cinto, sujeto con hebillas de metal, estaba lleno de pistolas. Cuando vio que Copley Banks pasaba por encima de la amurada, le gritó:

—¡Valiente cazador furtivo está usted hecho! ¡Lo voy a apalear hasta dejarlo a una pulgada de la muerte, y luego lo seguiré apaleando! ¿Qué se propone viniendo a pescar en aguas que son mías?

Copley Banks le miró, y la expresión de sus ojos fue la de un viajero que descubre al fin su propia casa. Luego le contestó:

—Me alegro de que pensemos de la misma manera, porque yo creo también que los mares no son lo bastante espaciosos para que quepamos nosotros dos. Pero lo que podemos hacer es que usted coja su espada y sus pistolas y desembarque conmigo en un banco de arena, y cualquiera de nosotros que caiga en el combate, habrá dejado libre al mundo de un condenado canalla.

—¡Eso es hablar! —gritó Sharkey saltando de su cañón y alargándole la mano—. No he tratado con mucha gente que haya hablado en voz alta y como si tal cosa mirando a Sharkey a los ojos. ¡Que el diablo cargue conmigo si no lo elijo como socio! Pero si me traiciona, iré a bordo de su barco, y lo destriparé sobre su propia popa.

—¡Y yo juro hacer lo mismo! —dijo Copley Banks, con lo que los dos piratas quedaron convertidos en camaradas juramentados.

Aquel verano navegaron hacia el Norte, llegando hasta los bancos de Newfoundland, y atacaron a los mercantes de Nueva York y a los balleneros de la Nueva Inglaterra. Fue Copley Banks el que capturó al buque de Liverpool House of Hannover, pero fue Sharkey el que ató a su contramaestre al cabrestante y lo mató tirándole botellas de clarete vacías.

Los dos barcos juntos trabaron combate con el barco de la Marina Real Royal Fortune, enviado en su persecución, y lo obligaron a retirarse después de una acción nocturna que duró cinco horas, y en la que las tripulaciones, enloquecidas, pelearon desnudas y a la luz de las linternas de batalla, teniendo en todo momento un cubo de ron y un cazo junto a los avíos de cada cañón. Después de lo cual, se dirigieron al abra de Topsail, en Carolina del Norte, para repostarse. Cuando llegó la primavera se encontraron en la isla del Gran Caicos, dispuestos para emprender un largo crucero por las Indias Occidentales.

Sarkey y Copley Banks se habían hecho por aquella época grandes amigos, porque al primero le gustaban los bergantes de pelo en pecho, y los hombres implacables, y le pareció que el capitán del Ruffling Harry reunía ambas cualidades. Tardó mucho en otorgarle su plena confianza, porque era profunda y fríamente desconfiado. Jamás iba al barco del otro y siempre estaba rodeado de sus propios hombres.

Copley Banks, en cambio, acudía con mucha frecuencia a bordo del Happy Delivery, agregándose a muchas de las ariscas francachelas suyas, y de ese modo logró que desapareciesen los últimos vestigios de recelo de Sharkey. Ignoraba por completo el daño que había causado a su nuevo compañero de juergas. ¿Cómo iba él a recordar, entre tantas víctimas suyas, a la mujer y a los dos muchachos que con tanta despreocupación había matado hacía tiempo? Por eso, cuando el capitán del Ruffling Harry lo desafió a intervenir en una parranda, junto con su cabo de mar, la última noche de su estancia en la isla de Caicos, no vio razón alguna para negarse.

Una semana antes habían saqueado un barco de pasajeros bien provisto, de modo que la lista de platos fue de lo mejor y, terminada la cena, los cinco hombres se dedicaron a beber sin tasa. Esos cinco hombres eran los dos capitanes, el Señorito, el del antojo; Ned Galloway e Israel Martin, el antiguo bucanero. Les servía el camarero mudo, al que Sharkey le había hecho un chirlo en la cabeza con el vaso, porque había andado remiso en servirle.

El cabo de mar le había quitado furtivamente a Sharkey las pistolas, porque una de sus bromas de siempre consistía en cruzarlas por debajo de la mesa y hacer fuego a ciegas, para ver quién era el que más suerte tenía. Esta broma le había costado a su contramaestre una pierna, y por esa razón solían quitarle, por las buenas, las armas una vez que se levantaban los manteles, alegando el mucho calor, y las colocaban fuera del alcance de su mano.

El camarote del capitán del Ruffling Harry estaba instalado en una construcción sobre la cubierta, en el lado de la popa, y en la parte trasera de la misma estaba montado un cañón guardatimón. Todo alrededor de las paredes estaba almacenada la munición redonda, y tres grandes barricas de pólvora servían de estante para los platos y botellas. Dentro de aquella habitación tan adusta, los cinco piratas cantaron, alborotaron y bebieron, mientras el camarero mudo seguía llenándoles los vasos y les iba ofreciendo sucesivamente la caja del tabaco y la candela para sus pipas. A medida que transcurrían las horas, la conversación se iba haciendo más indecente, las voces más ásperas, los tacos y los gritos más incoherentes, hasta que tres de los cinco cerraron sus ojos inyectados en sangre y dejaron caer sus cabezas marcadas encima de la mesa.

Copley Banks y Sharkey quedaron frente a frente: el uno, porque había bebido menos, y el otro, porque ninguna cantidad de alcohol era capaz de quebrantar sus nervios de hierro ni de caldear su sangre perezosa. Detrás de él estaba, vigilante, el camarero, para seguir llenando su vaso, constantemente disminuido de líquido. Desde el exterior llegaba el suave palmoteo de las aguas, y por encima de las aguas una canción de marineros que entonaban en la embarcación de Sharkey. La letra llegaba con toda claridad en la noche tropical serena:

De Stepney Town ha salido
un mercader con su barco.
¡Larga trapo! ¡Popa al viento!
Un mercader con su barco,
con un cuñete de doblas
y un traje de rico raso.
Jack, el pirata valiente,
al pairo le está esperando,
con el viento por avante,
frente a los Países Bajos.

Los dos compañeros de francachela escuchaban en silencio. De pronto, Copley Banks dirigió una mirada al camarero, y éste cogió un rollo de cuerda del estante de las municiones que tenía detrás.

—Capitán Sharkey —dijo Copley Banks—: ¿Recuerda al Duchess of Cornwall, que procedía de Londres, y del que usted se apoderó hará tres años, hundiéndolo a lo largo de Statira Shoal?

—Que me lleven los diablos si soy capaz de recordar nombres —dijo Sharkey—. Por esa época llegamos a apresar hasta diez barcos en una semana.

—Entre los pasajeros de ese barco iba una mujer con sus dos hijos. Quizá ese detalle le haga recordar el caso.

El capitán Sharkey se apoyó en el respaldo y concentró su pensamiento, con su gran pico delgado de nariz proyectado hacia arriba. De pronto estalló en una risa atiplada y relinchante. Dijo que sí, que lo recordaba, y para demostrarlo refirió algunos detalles, agregando:

—¡Que me asen si no se me había olvidado por completo! Pero ¿cómo se le ocurrió pensar en ello?

—Es un hecho que me interesaba —contestó Copley Banks—, porque aquella mujer era mi esposa, y los muchachos eran mis únicos hijos.

Sharkey se quedó mirando fijamente a su acompañante, y vio que las brasas que ardían siempre en sus ojos se habían encendido súbitamente con una llama espeluznante. Leyó en ella la amenaza, y se llevó ambas manos al cinturón, vacío de sus pistolas. Volvió la cabeza para echar mano a algún arma, pero un lazo corredizo le rodeó, y un instante después sus brazos estaban sujetos a uno y otro lado. Forcejeó como gato salvaje y pidió socorro a gritos:

—¡Ned! ¡Ned! ¡Despierta! ¡Esto es una maldita canallada! ¡Socorro, Ned, socorro!

Pero aquellos tres hombres dormían demasiado profundamente su sueño de cerdos para que ninguna voz fuese capaz de despertarlos. La cuerda se fue enrollando y enrollando alrededor del cuerpo de Sharkey, hasta que estuvo fajado lo mismo que una momia, desde los tobillos hasta el cuello. Rígido e impotente como estaba, lo arrimaron a un barril de pólvora y lo amordazaron con un pañuelo, pero sus ojos turbios y bordeados de rojo seguían descargando maldiciones con sus miradas. El mudo borboteaba de júbilo, y por primera vez parpadeó de terror Sarkey al ver ante sus ojos aquella boca sin lengua. Comprendió que la venganza lenta y paciente le había seguido los pasos durante largo tiempo y que, al fin, le clavaba los dientes.

Los dos aprehensores tenían preparados sus planes, y éstos eran algo complicados:

En primer lugar, desfondaron uno de los lados de las grandes barricas de pólvora y amontonaron ésta encima de la mesa y por los suelos. La apilaron alrededor y debajo de los tres borrachos, hasta que éstos estuvieron como de bruces sobre un montón de ella. Luego condujeron a Sharkey hasta el cañón y lo sentaron y amarraron en la tronera, con el cuerpo a cosa de un pie de distancia de la boca del cañón. Por mucho que Sharkey quisiese retorcerse no conseguía ganar una pulgada ni a derecha ni a izquierda, y el mudo lo ató con toda la astucia de un marinero, de modo que no tuviese la más pequeña posibilidad de libertarse de sus ligaduras. Entonces Copley Banks le susurró al oído:

—Y ahora escucha, demonio asesino, lo que tengo que decirte, porque mis palabras serán las últimas que tú oigas antes de morir. Eres ya mío, y te he comprado a buen precio, porque he dado todo lo que un hombre puede dar en este mundo y, además, he dado mi alma. Para poder apoderarme de ti me he rebajado hasta tu mismo nivel. Luché por espacio de dos años contra esa tentación, con la esperanza de que se me ofreciese algún otro medio; pero me convencí de que no lo había. He robado y he asesinado —peor aún, me he reído y he vivido en tu compañía—, y todo ello lo hice con una sola finalidad. Pero llegó ya mi hora, y tú morirás como debías morir, viendo cómo las sombras se van cerrando lentamente a tu alrededor, y cómo el demonio te espera envuelto en ellas.

A los oídos de Sharkey llegaron las ásperas voces de sus piratas que cantaban su canción sobre las aguas:

¿Dónde está, para estas horas,
el mercader con su barco?
¡Larga el trapo! ¡Popa al viento!
¡La vela mayor se ha hinchado!
¿Dónde está para estas horas
el mercader con su barco?
El barril de doblas de oro
el cabrestante lo ha alzado,
la sangre del mercader
empapa el traje de raso.
Jack, el pirata valiente,
lo abordó por el costado
de barlovento, en el mar,
frente a los Países Bajos.

La canción y la letra llegaban con toda claridad a su oído, y a poca distancia sobre la cubierta oía el ir y venir de dos hombres que montaban la guardia. Pero él estaba allí impotente, mirando por la boca del cañón de nueve libras, sin poder moverse y sin poder siquiera dejar escapar un gemido. Otra vez le llegó desde la cubierta de su embarcación el coro de voces que cantaba:

Todo se acabó, y ahora

a nuestro nido volvamos.
¡Vuele la barca! ¡Larguemos
la rastrera y todo el trapo!
¡En línea recta hacia el nido
donde seguros estamos!
Hacia el refugio en que el vino
es bueno, y esperan brazos
de mujeres jubilosas
a Jack, pirata gallardo,
mujeres que esperan siempre
ver la vela de su barco
cuando cruza en línea recta
el mar de los Países Bajos.

La letra alegre y las notas jubilosas amargaban aún más el destino que le esperaba al pirata moribundo, pero sus ojos azules venenosos no suavizaron ni un instante su mirada. Copley Banks había quitado el cebo y había esparcido pólvora fresca en el oído del cañón. Luego había cogido la vela y la había cortado, dejándola con una sola pulgada de largura. Colocó la vela encima de la pólvora suelta en el portillo del cañón. Luego desparramó pólvora en gran cantidad por el suelo, de manera que cuando cayese la Vela por efecto del retroceso, hiciese estallar el montón enorme en que los borrachos estaban como chapoteando.

—Sharkey, usted obligó a otros a que mirasen a la muerte de frente, y ahora le ha llegado su vez —le dijo—. ¡Usted y estos cerdos que hay aquí morirán juntos!

Mientras hablaba encendió el extremo de la vela y apagó las demás luces que había encima de la mesa. Luego salió con el mudo y cerró con llave la puerta del camarote por el lado de fuera. Pero antes de que la cerrase se volvió para dirigir una jubilosa mirada a los que allí quedaban, y recibió una última maldición de aquellos ojos inflexibles. La cara del color del marfil, con el brillo del sudor en la frente recta y calva, dentro del único círculo de luz vacilante, fue la última visión que tuvieron ojos humanos del pirata Sharkey.

Había al costado del barco un esquife, en el que Copley Banks y el camarero mudo se dirigieron a la playa; desde allí se volvieron a mirar al bergantín, que flotaba envuelto en el claror de luna, a muy poca distancia de la sombra que proyectaban las palmeras. Esperaron y esperaron, con la vista fija en la débil lucecita que brillaba a través de la tronera de popa. Por último, y de una manera súbita, se oyó el ahogado retumbo de un cañonazo, y un instante después, el estallido de una explosión que lo sacudió todo. Una luz enceguecedora iluminó la embarcación pirata, larga, estrecha y negra, las blancas arenas de la playa en toda su extensión, y la franja de palmeras gráciles y ondulantes, e inmediatamente volvió a quedar todo en tinieblas. Se oyeron en la bahía voces que gritaban y pedían socorro.

Entonces, Copley Banks, con el corazón latiéndole jubiloso en el pecho, dio un golpecito en el hombro a su acompañante, y ambos se metieron por la manigua solitaria de la isla de Caicos.

EL SLAPPING SAL

Sucedió en la época en que había quedado ya quebrantado el poder de Francia en los mares y cuando los barcos franceses de tres puentes que se pudrían en la ría de Medway eran más numerosos que los que había dentro del puerto de Brest. Sin embargo, sus fragatas y corbetas seguían recorriendo el Océano, perseguidas de cerca por las de la nación rival suya. En los puntos más alejados de la tierra, esos barcos airosos, que tenían dulces nombres de muchachas o de flores, se destrozaban y se desfondaban unos a otros luchando por la gloria de las cuatro yardas de lanilla que ondeaban en la punta de sus picos de cangrejo.

Durante la noche había soplado un ventarrón, pero éste fue amainando al despuntar el día, y el sol naciente coloreaba los flecos de celajes de la tormenta a medida que iba avanzando hacia el Occidente, y centelleaba en las crestas sin fin de las olas largas y verdes. La línea del horizonte se descubría absolutamente lisa por el Norte, el Sur y el oeste, salvo allí donde dos grandes mares atlánticos chocaban el uno con el otro, levantando penachos de espuma. Hacia el Este se veía una isla rocosa, que se proyectaba fuera de las aguas, dividida en puntas escarpadas, con unos pocos bosquecillos de palmeras desparramados aquí y allí, y un penacho de bruma que iba apartándose del monte, desnudo y cónico, que surgía por encima de él. Una fuerte marejada rompía en la costa, y a prudente distancia de la misma, la fragata británica Leda, de treinta y dos cañones, mandada por el capitán A. P. Johnson, alzaba sobre la cresta de una ola o hundía en un valle esmeraldino su costado negro y reluciente, navegando hacia el Norte con poca vela. Desde su alcázar, pintado de un color blanco nieve, un hombre de poca estatura rígido, y de rostro moreno, recorría el horizonte con sus gemelos.

—¡Mr. Wharton! —gritó con voz que rechinaba lo mismo que un gozne mohoso.

Un oficial delgado y patizambo cruzó la popa balanceándose, en respuesta a aquella llamada.

—¿Señor?

—He abierto las órdenes que se me entregaron en sobre lacrado, Mr. Wharton.

En las enjutas facciones del primer teniente brilló una expresión de curiosidad. La Leda había zarpado la semana anterior desde La Antigua, junto con otra fragata, la Dido, y las órdenes del almirante les fueron entregadas bajo un sobre lacrado.

—Se nos dio orden de abrirlas al alcanzar la isla desierta de Sombriero, que queda a los dieciocho treinta y seis de latitud Norte, y sesenta y tres veintiocho de longitud Oeste. Cuando aclaró la tormenta quedaba Sombriero a cuatro millas al Noroeste por la amura de babor, Mr. Wharton.

El teniente se inclinó con solemnidad. Él y el capitán eran íntimos amigos desde la niñez; habían ido juntos a la escuela, habían ingresado al mismo tiempo en la Marina, pelearon una y otra vez juntos, contrajeron matrimonio con mujeres de las respectivas familias; pero, estando en la popa, la disciplina de hierro del servicio borraba en ellos toda condición humana, y sólo quedaban un superior y un subordinado. El capitán Johnson sacó de su bolsillo un papel azul, que crujió al desdoblarlo:

«Las fragatas de treinta y dos cañones, la Leda y la Dido (capitanes A. P. Johnson y James Munro), deberán cruzar desde el punto en que lean estas instrucciones hasta la entrada del mar Caribe, con la esperanza de que tropiecen con la fragata francesa La Gloire (cuarenta y ocho), que últimamente ha acosado a nuestros barcos mercantes en esa zona. También deberán dichas fragatas perseguir y acabar con la embarcación pirata conocida unas veces con el nombre de Slapping Sal y otras con el de Hairy Hudson, que ha saqueado los barcos británicos que se especifican al margen, infligiendo bárbaras penalidades a sus tripulaciones. Se trata de un bergantín pequeño, armado de diez cañones ligeros y de una carronada de veinticuatro libras en la proa. Fue visto por última vez el 23 del pasado al noroeste de la isla de Sombriero.

(Firmado) James Montgomery.

(Contraalmirante)

H. M. S. Calossus, Antigua»

—Parece que nuestra fragata consorte se ha perdido de vista —dijo el capitán Johnson, doblando sus instrucciones y recorriendo de nuevo el horizonte con sus gemelos—. Desapareció después de que nosotros acortamos velas. Sería una lástima que tropezásemos con esa gran fragata francesa sin estar acompañados de la Dido, Mr. Wharton. ¿No le parece?

El teniente parpadeó y se sonrió.

—Esa fragata va armada con cañones de dieciocho pulgadas en el centro y de doce en la popa, señor —dijo el capitán—. Puede lanzar cuatrocientas, por nuestras doscientas treinta y una. El capitán, De Milon, es el más valeroso de los marinos franceses en servicio. ¡Bobby, muchacho, yo daría mis esperanzas de ascenso por poner el costado de mi fragata junto al de ella!

El capitán giró sobre sus tacones, avergonzado de aquel olvido momentáneo de la disciplina, y dijo, volviendo la cara para mirar severamente por encima del hombro:

—Mr. Wharton, haga abrir esas velas redondas e incline el rumbo un punto más hacia el Oeste.

—¡Un bergantín por la amura de babor! —gritó una voz desde el castillo de proa.

—¡Un bergantín por la amura de babor! —dijo el teniente.

El capitán saltó encima de la amurada y se agarró a los obenques de la mesana; era una figurita extraordinaria con sus faldones volando y los ojos muy arrugados. El enjuto teniente estiró el cuello y cuchicheó algo a Smeaton, segundo teniente, mientras que toda la oficialidad y la tripulación iban saliendo a cubierta desde el interior del barco y se arremolinaba a lo largo de la amura de barlovento, haciendo pantalla con las manos a sus ojos, porque el sol de los trópicos brillaba ya por entre las copas de las palmeras. El bergantín desconocido se hallaba anclado en la garganta de un estuario que formaba curva, y era evidente que no podría salir de allí sin ponerse al alcance de los cañones de la fragata. Una punta de tierra larga y roqueña que penetraba en el mar en dirección Norte resguardaba al bergantín.

—Mr. Wharton, deje que la fragata siga navegando en estas mismas condiciones —dijo el capitán—. No vale la pena de que despejemos la cubierta en zafarrancho de combate, Mr. Smeaton; pero coloque a los hombres junto a los cañones por si el bergantín trata de escapársenos. Prepare los cañones de persecución de la proa, y que los hombres de las armas cortas ocupen el castillo de proa.

En aquellos tiempos, la tripulación de un barco de guerra británico ocupaba sus puestos con la tranquila serenidad de unos hombres que cumplen con su rutina diaria. En pocos minutos, sin barullo ni ruidos, se habían agrupado los marineros alrededor de sus cañones, los guardiamarinas estaban formados descansando en sus mosquetes, y el bauprés de la fragata apuntaba en línea recta hacia su pequeña víctima.

—¿Es el bergantín Slapping Sal, señor?

—No me cabe la menor duda. Mr. Wharton.

—Se diría que no les hemos hecho ninguna gracia, señor, porque han cortado su amarra y están largando velas.

Era evidente que el bergantín se proponía luchar para conservar su libertad. Los trozos de lona iban ondeando unos encima de otros y la tripulación se afanaba como loca manejando las jarcias. No trató de esquivar a su adversario, sino que se lanzó estuario arriba. El capitán se frotaba las manos.

—Está buscando aguas poco profundas. Mr. Wharton, y no tendremos más remedio que cortarle el camino, señor. Es un bergantín pequeño y de poco valor; pero yo creo que si tuviese el velamen de una goleta resultaría más manejable.

—Es que hubo un motín en el barco, señor.

—¿Ah, sí?

—Me lo contaron en Manila, y fue una cosa fea. El capitán y dos oficiales resultaron muertos. Este Hudson, o Hudson el velludo, que es como lo apodan, encabezó el motín. Es natural de Londres, señor, y el canalla más cruel que ha caminado sobre dos pies.

—Su próxima caminata será el dique de las ejecuciones, Mr. Wharton. Parece que cuenta con mucha tripulación. Me gustaría poder entresacar de ella veinte gavieros, pero serían capaces de malear hasta a la tripulación del Arca de Noé, Mr. Wharton.

Los dos oficiales examinaban el bergantín a través de sus catalejos. De pronto el teniente enseñó sus dientes con una sonrisa, mientras que el capitán se ponía rojo de indignación.

—Ése que está sobre la amura de proa es Hudson el velludo, señor.

—¡Canalla repugnante e impertinente! Va a tener que hacer otras bufonadas para cuando terminemos con él. ¿Le alcanzaría desde aquí con el dieciocho largo, Mr. Smeaton?

—En cuanto avancemos la largura de otro cable, señor.

El bergantín dio una guiñada mientras hablaban, y al girar se levantó de su cuadra de popa una bocanada de humo. Era un puro acto de desafío, porque la bala del cañón no alcanzaba ni a la mitad de la distancia. Acto continuo, el barquito volvió a coger viento con un borneo gallardo, y se lanzó a trazar una rápida curva en el ondulante lecho del estuario.

—La profundidad se está achicando rápidamente, señor —repitió el segundo teniente.

—Según el mapa, hay seis brazas.

—Según la sonda, son cuatro, señor.

—Cuando doblemos esta punta veremos cuál es la profundidad. ¡Hola! ¡Me lo esperaba! Vaya capeando, Mr. Wharton. Ya lo tenemos a nuestra merced.

La fragata estaba ya completamente fuera de la vista del mar, y de proa hacia el interior de aquel estuario que parecía un rio. Al salir de la curva vieron que las dos costas convergían en un punto situado a cosa de una milla de distancia. En ese ángulo, todo lo más próximo que podía de la orilla, el bergantín estaba situado ofreciendo el costado a su perseguidora. Desde su mesana ondeaba al viento un trozo de tela negra. El enjuto teniente, que había reaparecido sobre cubierta con un machete al costado y dos pistolas encajadas en su cinturón, contempló lleno de curiosidad la bandera, y preguntó:

—¿No es la bandera pirata?

Pero el capitán estaba furioso, y contestó:

—Para cuando haya terminado yo de arreglarle las cuentas quizá estará colgado de donde cuelgan ahora sus briches. ¿Qué lanchas necesitará usted?

—Debería bastamos con la falúa y el chinchorro.

—Tome cuatro lanchas y hágame un trabajo bien acabado. Dé usted en seguida el toque de silbato a la tripulación, y yo acosaré también al bergantín con mis cañones largos de dieciocho para ayudarle.

Las cuatro lanchas fueron arriadas entre chirridos de poleas y roce de maromas, chocando con fuerza en la superficie de las aguas. Dentro de las lanchas se apretujaron las fuerzas de ataque: marineros de pies descalzos, infantería de marina de caras impasibles, alegres guardiamarinas, y en la popa los oficiales veteranos, de caras severas de maestros de escuela. El capitán, con los codos en la bitácora, seguía escrutando el pequeño bergantín, cuya tripulación izaba las redes contra el abordaje, trasladaba a babor las piezas de estribor, abría troneras para ellas y realizaba todos los preparativos como para ofrecer una resistencia desesperada. En los puntos de mayor actividad veíase a un hombre corpulento, de cara cubierta de pelo hasta los ojos, y un rojo gorro de dormir en la cabeza, empujando, tirando y agachándose para hacer más fuerza en el arrastre. El capitán lo veía maniobrar y se sonreía con agria mueca. De pronto, cerrando sus gemelos, dio media vuelta…, y se quedó un instante mirando con ojos atónitos. Pero en seguida gritó con voz aguda y rechinante:

—¡Llamad a las lanchas y que vuelvan en seguida! ¡Despejad todo para entrar en combate! Soltad los cañones del puente principal. Agarroche hacia atrás las velas, Mr. Smeaton, y prepárese a virar en cuanto tenga vela suficiente.

Por la punta de la curva del estuario asomaba un buque muy grande. Su enorme bauprés amarillo y el mascarón de alas blancas de su proa emergían del bosque de palmeras, y muy por encima de las copas de éstas sobresalían tres enormes mástiles con la bandera tricolor ondeando orgullosamente sobre el de mesana. Fue contorneando la punta de tierra, levantando con su tajamar en las aguas azules una crema de espuma, hasta que quedó bien visible todo el barco, su costado negro, largo y en curva, la brillante línea cobriza debajo, las empavesadas de blancura de nieve encima, y mirando por las amuradas una multitud de hombres formando grupos. Llevaba izadas las velas bajas, sus troneras abiertas, y todos sus cañones en posición para entrar en combate. Era la fragata Gloire, que estaba anclada detrás de uno de los promontorios de la isla. Los hombres que tenía apostados de centinela en la costa habían visto cómo la fragata inglesa se metía en aquel callejón sin salida, y el capitán De Milon hizo con la Leda lo que el capitán Johnson, que la mandaba, había hecho con el Slapping Sal.

Pero en un momento de crisis como aquél actuó en toda su perfección la magnífica disciplina de la Marina británica. Las lanchas regresaron a toda velocidad; sus tripulaciones subieron rápidas a bordo, y aquéllas fueron izadas a las serviolas, asegurándose el cordaje. Las empavesadas fueron arrizadas, los mamparos bajados, se abrieron las troneras y los almacenes, se apagaron los fuegos de los fogones y los tambores tocaron a colocarse en posición. Enjambres de marineros maniobraron con las velas delanteras e hicieron girar la fragata, en tanto que los artilleros se despojaban de sus chaquetas y camisas, se apretaban los cinturones y sacaban a toda prisa sus cañones de dieciocho libras, mirando por las troneras abiertas hacia el majestuoso barco francés. Apenas si alguna ola minúscula rizaba la superficie límpida y azul de las aguas; pero cuando la brisa sopló por encima de las orillas boscosas, las velas se hincharon con suavidad hacia adelante. También la fragata francesa había virado, y los dos barcos navegaban ahora con la proa hacia el mar abierto y las velas de proa a popa extendidas. La Gloire llevaba un centenar de yardas de ventaja. Orzó para cruzar por delante de la proa de la Leda, pero también la fragata británica giró, y las dos se fueron acercando en medio de un silencio tal, que los oídos percibieron con toda claridad el ruido de las baquetas de los artilleros franceses, que metían las cargas en sus cañones.

—Poco espacio para la maniobra, Mr, Wharton —comentó el capitán.

—En menos he combatido algunas veces, señor.

—Debemos guardar nuestra distancia y fiar en nuestros artilleros. La fragata francesa trae una tripulación muy numerosa, y si se nos aferrase al costado podríamos pasarlo mal.

—Distingo a bordo de ella los chacós de los soldados.

—Lleva dos compañías de infantería ligera, procedentes de la Martinica. ¡Ya la tenemos a punto! Acerquémonos y enviémosle todo el plomo en el momento de cruzar por detrás de su popa.

Los ojos del pequeño capitán, a los que nada se les escapaba, habían visto rizarse la superficie de las aguas lo que indicaba una ráfaga pasajera. La aprovechó para cruzarse rápido por detrás del voluminoso barco francés, barriéndolo al pasar con todos sus cañones. Pero una vez que había pasado, la Leda tenía que maniobrar para volver a coger viento, a fin de alejarse de las aguas de poca profundidad. Esa maniobra la colocó a la par del costado de estribor de la fragata francesa, y el retumbo de la andanada que vomitaron todas las troneras abiertas pareció que iba a hacer zozobrar a la inglesa, pequeña y bien equilibrada. Un instante después, los gavieros de ésta subían en enjambre hasta lo más alto para maniobrar con las gavias y sobrejuanetes, tratando de cruzar ahora por delante de la proa del buque enemigo para barrerlo con sus cañones. Pero el capitán francés hizo virar en redondo su fragata, y ambas avanzaron emparejadas a menos de tiro de pistola, descargándose mutuas andanadas, en uno de aquellos duelos feroces que, si pudieran señalarse todos en el mapa, cubrirían de sangre las cartas marinas.

En aquella pesada atmósfera tropical, con una brisa que apenas se dejaba sentir, el humo de la pólvora formaba un tupido remanso que cubría los dos buques, y únicamente sobresalían por encima del humo los mástiles superiores. Ninguno de los dos podía distinguir a su enemigo, fuera de las vaharadas de fuego de los disparos en medio de la oscuridad, y los cañones eran escobillados, apuntados y disparados en medio de un espeso muro de humo. Los soldados de infantería de Marina, formados en pequeñas líneas rojas sobre la popa y el castillo de proa, hacían fuego por descargas, sin que ni ellos ni los artilleros pudiesen ver los efectos de sus disparos. Y tampoco podían observar los efectos que en su fragata producía el fuego del enemigo, porque, quien estaba junto a un cañón, sólo veía, y eso con dificultad, lo que tenía a derecha e izquierda. Pero, por encima del retumbo de los cañones, se oían los silbidos de los proyectiles, el crujir de las chapas quebradas, y de cuando en cuando resonaba sobre cubierta el estrépito sordo de una verga o de un motón que caía con gran fuerza desde lo alto. Los tenientes iban y venían por la hilera de cañones, mientras el capitán Johnson trataba de apartar el humo con su tricornio y miraba ávidamente por entre el mismo. Cuando su primer teniente se le reunió, dijo:

—¡Qué cosa más rara, Bobby! —pero inmediatamente se dominó y preguntó—: ¿Qué daños nos han causado, Mr. Wharton?

—Hemos perdido la verga de nuestra gavia del palo mayor y nuestro pico de cangrejo, señor.

—¿Dónde está la bandera?

—Cayó al mar, señor.

—¡Van a creer que hemos abatido el pabellón! Amarre usted una bandera de falúa en el brazo de estribor del popel de mesana.

—Sí, señor.

Una bala redonda de cañón hizo añicos la bitácora, que estaba entre ambos. Otra bala derribó a dos soldados de infantería de Marina, dejándolos convertidos en una papilla sangrienta y palpitante. Se levantó un instante el humo, y entonces el capitán inglés vio que los cañones más pesados de su adversario producían consecuencias espantosas. La Leda, era un conjunto de ruinas y destrozos. Su cubierta estaba sembrada de cadáveres. Varias de sus troneras habían quedado convertidas en un único agujero, y uno de sus cañones de dieciocho pulgadas había sido proyectado hacia atrás, sobre su recamara, y apuntaba recto hacia el firmamento. La delgada línea de soldados de Marina seguía cargando sus mosquetes y haciendo fuego, pero la mitad de los cañones habían sido silenciados, y sus servidores formaban un montón de cuerpos caídos a su alrededor.

—¡Prepararse para rechazar el abordaje! —gritó el capitán.

—¡Los machetes, muchachos, los machetes! —rugió Wharton.

—¡Esperad a hacer vuestra descarga hasta el instante mismo en que vayan a saltar! —gritó el capitán de los infantes de Marina.

Se vio surgir por entre el humo la mole enorme de la fragata francesa. En sus costados y sobre sus obenques formaban los asaltantes grupos numerosos. De sus troneras salió una última andanada, y el palo mayor de la Leda, roto a pocos pies de altura sobre la cubierta, giró en el aire y se derrumbó sobre los cañones de babor, matando a diez hombres y poniendo fuera de acción toda la batería. Un instante después los dos barcos se juntaron, y el ancla de leva de La Gloire se aferró a las cadenas de mesana de la Leda por el costado de babor. El negro enjambre de asaltantes lanzó un alarido y se preparó para dar el salto.

Pero sus pies no habían de llegar nunca a posarse en la cubierta manchada de sangre. Desde algún lugar ignorado se oyó el silbido de un ramillete de metralla bien dirigido, y luego otro, y otro. Los infantes de Marina y los marineros ingleses, que esperaban con sus machetes y mosquetes, formados detrás de la línea silenciosa de los cañones, vieron con asombro que las masas negras se clareaban y se alejaban, dispersándose. En el mismo instante retumbó una tremenda andanada de todos los cañones franceses de babor.

—¡Retirad lo destrozado! —rugió el capitán—. ¿Contra qué diablos están haciendo fuego ahora?

—¡Preparad los cañones! —jadeó el teniente—. ¡Todavía vamos a poder con ellos, muchachos!

Todo lo destrozado se arrancó, se cortó a hachazos y se hizo astillas, hasta que primero un cañón y luego otro retumbaron de nuevo. Para entonces se había logrado cortar el ancla francesa, y la Leda se había libertado de aquel abrazo fatal. Pero de pronto La Gloire empezó a escabullirse, y un centenar de ingleses se pusieron a gritar hasta enronquecer:

—¡Se fugan! ¡Se fugan! ¡Se están fugando!

Era cierto. La fragata francesa había dejado de disparar y sólo se preocupaba de largar todas las velas de que disponía. Pero aquel centenar de vociferadores no podía atribuirse toda la gloria. Cuando se despejó el humo no fue difícil ver la razón de la huida. Los dos barcos habían llegado durante el combate hasta la boca del estuario, y allí, a cosa de cuatro millas mar adentro, estaba la fragata consorte de la Leda, avanzando a toda vela hacia donde se oían los cañonazos. El capitán De Milon había hecho su tarea por aquel día, y La Gloire se alejaba rápida hacia el Norte, seguida por la Dido, que le ladraba con sus cañones de caza de la proa. Una punta de tierra las ocultó a las dos.

Pero la Leda había recibido dolorosas heridas; estaba sin su palo mayor, las amuradas eran un destrozo, el mástil superior de mesana y el pico de cangrejo habían caído al mar, sus velas parecían los harapos de un mendigo y un centenar de hombres de su tripulación habían resultado muertos y heridos. Junto al casco de la Leda, se veía flotar sobre las olas una masa de restos destrozados de un buque. Era la popa, arrancada del resto, y en ella, con letras blancas sobre fondo negro, leíase este rótulo: Slapping Sal.

—¡Válgame Dios! ¡Fue el bergantín el que nos salvó! —exclamó Mr. Wharton—. Hudson atacó a los franceses, y la andanada de éstos lo destrozó.

El pequeño capitán se dio media vuelta, paseándose de un lado para otro por la cubierta. Su tripulación estaba ya tapando los agujeros de los proyectiles, anudando, empalmando y remendando. Cuando volvió a donde estaba el teniente, observó éste que se habían suavizado las severas arrugas en torno a sus ojos y a su boca.

—¿Desaparecieron todos?

—No se ha salvado ni uno solo. Debieron de hundirse con el casco.

Los dos oficiales se quedaron contemplando aquel nombre siniestro del barco pirata y el muñón de restos náufragos que flotaban en el agua descolorida. Junto a un pico de cangrejo hecho astillas y a una maraña de drizas llevaban traían las aguas una cosa negra. Era la infame bandera pirata, junto a la que flotaba un gorro de color rojo. El capitán dijo, por último:

—Era un canalla pero era también un británico. En vida fue un perro, pero ¡vive Dios que supo morir como un hombre!

EL COFRE PINTADO A FRANJAS

—¿Qué saca usted en consecuencia de esa embarcación, Allardyce? —le pregunté.

Mi segundo oficial estaba a mi lado en la popa, con sus piernas cortas, gruesas y abiertas en ancho compás, porque el ventarrón había dejado en pos de sí una considerable marejada, y las dos lanchas de cuarta tocaban casi la superficie de las aguas a cada balanceo de la embarcación. Asentó sus gemelos en los obenques de mesana, y miró largo rato fijamente al barco desconocido y lamentable, cuando lo levantaba la cresta de una ola y permanecía en alto durante algunos segundos, antes de hundirse por el lado contrario de aquélla. Estaba tan hundido en el agua que sólo pude vislumbrar en algunas ocasiones la línea verdosa de las amuradas.

Era un bergantín, pero su palo mayor había sido arrancado de cuajo a unos diez pies por encima de la cubierta, y no parecía que se hubiese hecho ningún esfuerzo para cortar y desembarazarse de aquella ruina, que flotaba, con sus velas y vergas, lo mismo que un ala rota de una gaviota herida junto al costado de la embarcación. El palo de trinquete seguía en pie, pero la vela cangreja flotaba en libertad, y las delanteras ondeaban como largos gallardetes blancos. Jamás he visto embarcación más maltratada que aquélla.

Sin embargo, eso no podía sorprendernos, porque durante los últimos tres días hubo momentos en que dudamos de si nuestra embarcación llegaría jamás a ver tierra. La mantuvimos proa a la tormenta por espacio de treinta y seis horas, y si la Mary Sinclair no hubiese sido tan marinera como la mejor de cuantas embarcaciones salieron del Clyde, no habríamos podido aguantar aquella tormenta. Sin embargo, allí estábamos sin que hubiésemos sufrido otra pérdida que la de nuestro chinchorro y una parte de la amurada de estribor. Con todo ello, una vez que salimos del apuro, no nos causó ningún asombro descubrir que otros habían sido menos afortunados, y que aquel bergantín destrozado, que se bamboleaba sobre el mar azul y bajo un cielo sin nubes, hubiese quedado, igual que un hombre cegado por el brillo de un relámpago, para relato de las horas espantosas transcurridas.

Allardyce era un escocés lento y metódico, y permaneció contemplando mucho tiempo y con gran atención el pequeño bergantín, en tanto que nuestros marineros se alineaban a lo largo de la amura, o se amontonaban en los obenques delanteros para ver mejor el barco desconocido. Cuando se navega por los 20° de latitud y 10° de longitud, que era más o menos donde nosotros nos encontrábamos, se siente un poco de curiosidad por las embarcaciones con las que uno se cruza, ya que esa situación supone haberse salido de las rutas principales del comercio del Atlántico, que quedan más al Norte. Llevábamos diez días navegando por un mar solitario. El segundo oficial dijo:

—Creo que se trata de un barco abandonado.

Yo había llegado ya a idéntica conclusión, porque no había podido distinguir sobre cubierta ningún signo de vida, y nadie contestaba a los saludos amistosos de nuestros marineros. Era probable que la tripulación hubiese abandonado el barco bajo la impresión de que estaba a punto de irse a pique. Allardyce siguió diciendo con sus reposadas maneras:

—No tardará mucho en hundirse. De un minuto a otro hundirá su nariz y levantará en alto su cola. El agua lame hasta los bordes de su antepecho.

—¿Qué bandera lleva? —pregunté.

—Es lo que estoy tratando de descubrir. Está toda ella enredada y retorcida con las drizas. Sí, ahora la veo con bastante claridad. Es la bandera brasileña, pero invertida.

Por lo visto, había izado la señal de petición de socorro antes de que la tripulación abandonase el barco. Quizá sólo hacía un momento que lo habían abandonado. Miré con los gemelos del primer oficial por toda la superficie tumultuosa del Atlántico azul oscuro, cruzado todavía de venas blancas y de salpicaduras de espuma. Por ninguna parte logré descubrir ningún otro ser humano fuera de nosotros mismos.

—Quizá haya a bordo algunas personas vivas —dije.

—Quizá se podría salvar alguna parte del cargamento —refunfuñó el segundo oficial.

—Nos acercaremos por su lado de sotavento y lo abordaremos.

No estábamos a más de un centenar de yardas de distancia, cuando echamos hacia atrás nuestra vela delantera y realizamos con éxito la maniobra; nuestra embarcación y el bergantín se inclinaban de proa y luego de popa, lo mismo que dos payasos que interpretan un baile.

—Echad al agua una de las lanchas de la cuadra de popa —ordené—. Mr. Allardyce, lleve cuatro hombres, y vea lo que se puede saber acerca de ese barco.

Pero en aquel preciso momento se presentó en la cubierta mi primer oficial, Mr. Armstrong; porque habían sonado siete campanadas, y sólo faltaban unos minutos para que terminase su guardia. Quizá me interesase a mí ir al barco abandonado para tratar de ver lo que ocurría dentro del mismo. Por eso, después de dirigir unas palabras a Mr. Armstrong, pasé por encima del antepecho, me deslicé por una de las cuerdas de tira de aparejo y me coloqué en mi puesto, a popa de la lancha.

La distancia que nos separaba era pequeña, pero nos llevó algún tiempo atravesarla; eran tan fuertes las olas, que muchas veces, cuando nos encontrábamos en lo más hondo de ellas, no veíamos ni siquiera nuestra propia embarcación, ni el bergantín al que nos acercábamos. El sol que se estaba hundiendo en el horizonte no llegaba hasta allí con su luz, y en los huecos de una ola a otra reinaban el frío y la oscuridad; pero la ola que llegaba nos subía nuevamente hasta la altura en que reinaban el calor y el claror del sol. En esos instantes, flotábamos en lo más alto de un lomo de ola cubierto de espuma y veíamos a cada lado dos valles negros; entonces, y por un momento, divisaba yo la línea larga y verdosa de las amuras y el palo de trinquete del bergantín que se balanceaba hacia adelante, y maniobraba con el timón para rodear la embarcación por la popa, a fin de fijar la mejor manera de subir a bordo. Al cruzar por detrás de la popa leí el nombre de Nossa Senhora da Vittoria pintado a todo lo ancho de la curva de la popa.

—Señor, ya estamos a barlovento —dijo el segundo oficial—. Carpintero, prepárese con el bichero.

Un instante después habíamos saltado por encima de las amuradas, que estaban muy poco más altas que nuestra propia lancha, y pisábamos la cubierta del barco abandonado.

Nuestro primer pensamiento fue tomar las disposiciones necesarias para nuestra propia seguridad, en el caso, que parecía muy probable, de que la embarcación se hundiese bajo nuestros propios pies. Con este objeto, dos de nuestros hombres se agarraron a la cuerda de amarre de la lancha y apartaron a ésta del costado del bergantín, a fin de que pudiéramos pasar a ella en caso de que nos viésemos obligados a emprender una retirada rápida. Enviamos al carpintero a que comprobase la cantidad de agua que había embarcado el bergantín y si ésta iba subiendo de nivel; mientras tanto, el otro marinero, Allardyce y yo realizamos una inspección rápida del barco y de su cargamento.

La cubierta estaba sembrada de restos y de jaulas de gallinas, dentro de las cuales flotaban las aves muertas. Las lanchas habían desaparecido, con excepción de una que había sido desfondada; era, pues, seguro que la tripulación había abandonado el barco. El camarote del capitán se hallaba en la construcción de cubierta, y uno de sus lados había sido destrozado por el fuerte oleaje. Allardyce y yo entramos en el camarote y encontramos la mesa del capitán tal y como éste la había dejado, con sus libros y documentos desparramados, todos en español o en portugués, y también con montoncitos de ceniza de cigarrillos por todas partes. Yo busqué el Diario de navegación, pero no pude encontrarlo. Allardyce explicó:

—Es muy probable que no lo hayan llevado nunca, porque a bordo de los mercantes sudamericanos reina bastante negligencia, y no hacen sino lo que no tienen más remedio que hacer. Si aquí lo hubo, seguramente que el capitán se lo llevó cuando embarcó en la lancha.

—Me gustaría llevarme todos estos libros y documentos —dije yo—. Pregunte al carpintero cuánto tiempo podremos permanecer aquí.

El informe del carpintero fue tranquilizador. El barco estaba lleno de agua, pero una parte de su cargamento flotaba, y no había peligro inmediato de hundimiento. Lo más probable era que no llegase a hundirse nunca del todo, y que marchase al garete, formando uno de tantos arrecifes terribles y que no figuran en ninguna carta, pero que han echado a pique a tantas sólidas embarcaciones.

—Siendo así, Mr. Allardyce, no hay peligro en que baje usted al interior —le dije— Fíjese bien, por si se puede sacar en limpio lo que le ha ocurrido a este barco, y la cantidad de cargamento que se puede salvar. Mientras tanto, yo examinare estos documentos.

Los conocimientos de embarque y las cartas que había encima de la mesa bastaron para informarme de que el bergantín brasileño Nossa Senhora da Vittoria había zarpado de Bahía un mes antes. El apellido del capitán era Texeira, pero no había ningún rol de la tripulación. Navegaba con destino al puerto de Londres, y me bastó echar un vistazo a los conocimientos de embarque para comprender que no íbamos a beneficiarnos mucho con la carga que pudiera salvarse. Consistía ésta en nueces, jengibre y madera, esta última en forma de grandes troncos de valiosas calidades tropicales. Sin duda que esos troncos eran los que habían impedido el hundimiento de la desgraciada embarcación, pero su tamaño nos hacía imposible trasladarlos a nuestro barco. Había, además de esto, algunos artículos de fantasía, tales como pájaros disecados para adorno de sombreros, y un centenar de cajones de conservas de frutas. De pronto, cuando estaba repasando los documentos, tropecé con una breve nota en inglés, que atrajo mi atención. Decía así:

«Se solicita que los distintos objetos raros y antiguos, españoles e indios, que proceden de la colección de Santarem, y que van consignados a Prontfoot y Neuman, de Oxford Street, Londres, sean colocados en un lugar en que no haya peligro de que piezas tan valiosas y únicas sufran daño o sean maltratadas. Esta solicitud se hace especialmente por lo que respecta al cofre de caudales de don Ramírez di Leyra, que no deberá ser colocado, por ningún motivo, al alcance de la mano de nadie.»

¡El cofre de caudales de don Ramírez! ¡Artículos únicos y valiosos! Allí teníamos alguna probabilidad de salvamento de carga, después de todo. Me puse en pie con el documento en mi mano, y en ese instante apareció en la puerta el oficial escocés y me dijo:

—Estoy creyendo, señor, que en este barco ha ocurrido algo que no está bien.

Aunque el oficial escocés era hombre de rostro impasible, pude ver que había visto algo que le había sobresaltado.

—¿De qué se trata?

—De un asesinato, señor. He encontrado el cadáver de un hombre que tiene levantada la tapa de los sesos.

—¿No habrá sucumbido durante la tormenta? —dije yo.

—Es posible, señor; pero me sorprendería que siguiese usted opinando así después de que lo vea.

—¿Dónde está, pues?

—Por aquí, señor; en la casilla del puente principal.

En el bergantín no había, por lo visto, alojamientos en el interior del casco. El capitán tenía su camarote en la casilla de popa; en la escotilla mayor había otra casilla a la que estaba adosada la cocina, y en el castillo de proa, otra para la tripulación. Fue a la que estaba al lado de la escotilla mayor hacia donde me llevó el segundo oficial. Al entrar en la casilla, y al lado derecho, estaba la cocina, con todas sus cacerolas y platos en el suelo, formando un revoltijo; a la izquierda había un cuarto pequeño, provisto de dos literas para los oficiales; al fondo había un espacio como de veinte pies cuadrados, en el que estaban revueltas banderas y velas de reserva. En torno de las paredes de ese depósito había una cantidad de paquetes recubiertos de un paño tosco y amarrados a la obra de madera. Al fondo mismo veíase un gran arcón o cofre, pintado de franjas rojas y blancas, aunque el color rojo estaba tan desteñido, y el blanco tan sucio, que sólo se distinguían donde la luz les daba directamente. Tenía el arcón, según las medidas que más adelante se tomaron, cuatro pies y tres pulgadas de largura, tres pies y dos pulgadas de altura y tres pies de fondo, es decir, que era mucho mayor que un arcón de marinero.

Pero, cuando entré en el depósito, mis ojos y mis pensamientos no se dirigieron hacia el arcón. En el suelo, cruzado sobre el revoltijo de banderas, había un hombre de pelo negro, de barba corta y ensortijada. Yacía todo lo más lejos que era posible del arcón, con los pies hacia éste y la cabeza en el lado opuesto. En la lona blanca sobre la que descansaba su cabeza veíase un manchón rojo, y unos pequeños surcos rojos se alargaban alrededor de su cuello moreno y se prolongaban por el suelo; pero no se advertía, a primera vista, ninguna herida, y la expresión de su rostro era tan plácida como la de un niño que está durmiendo.

Sólo al agacharme hacia él pude descubrir la herida, y al verla me aparté, lanzando una expresión de horror. Tenía un golpe de hacha de marinero que, por lo visto, debió de descargar contra él una persona que estaba a su espalda. El golpe había sido tan tremendo, que le había destrozado la parte superior del cráneo, penetrando profundamente en los sesos. Nada de extraño tenía la plácida expresión de su cara, porque la muerte debió de ser instantánea, y la situación de la herida demostraba que no pudo ver a la persona que se la infligió.

—¿Fue accidente o maldad, capitán Barclay? —preguntó mi segundo oficial, muy preocupado.

—Tiene usted muchísima razón, Mr. Allardyce. Este hombre fue asesinado, y lo fue por un golpe descargado desde arriba con un arma afilada y pesada. Pero ¿quién era él, y por qué le asesinaron?

—Era un simple marinero, señor —dijo el primer oficial—. Le bastará mirarle a los dedos para convencerse.

Mientras hablaba, le volvió hacia fuera los bolsillos y salieron a relucir una baraja, un trozo de cordel embreado y un paquete de tabaco brasileño.

—¡Hola! Fíjese usted en esto —dijo el oficial.

Lo que había encontrado en el suelo era un cuchillo de resorte, grande y con la hoja abierta. El acero estaba pulimentado y brillante, de modo que no era posible asociarlo con el crimen; pero el muerto lo empuñaba, por lo visto, cuando recibió el golpe, porque estaba en el suelo al alcance de su mano.

—Me produce la impresión de que sabía que se encontraba en peligro y tenía el cuchillo preparado —dijo el oficial—. Pero ya nada podemos hacer por este pobre hombre. No adivino lo que puedan ser esos objetos que están amarrados a las paredes. Parece que se tratase de ídolos, armas y antigüedades de varias clases, envueltas en viejas telas de embalar.

—Así es, en efecto —dije yo—. Son los únicos objetos de valor que quizá podamos salvar del naufragio. Llame a nuestra embarcación y dígales que nos envíen la otra lancha de la cuadra de popa para que nos ayude a llevar todo esto a bordo.

Mientras el oficial marchaba a cumplir la orden, me puse a examinar aquel extraño botín que había caído en nuestras manos. Todas las antigüedades se hallaban embaladas con tal esmero, que sólo pude hacerme una idea general de su clase; pero el cofre a franjas estaba bien a la luz, y me fue posible examinarlo detenidamente. Sobre la tapa, que estaba empalmada y reforzada con ángulos de metal, veíase grabado un complicado escudo de armas, y debajo del mismo había una línea de palabras en español, cuyo sentido conseguí descifrar: «Cofre de caudales de Don Ramírez de Leyra, caballero de la Orden de Santiago, gobernador y capitán general de Tierra Firme y de la provincia de Veraguas.» En un ángulo leíase la fecha de 1606, y en el otro había una etiqueta grande, blanca, en la que estaba escrito en inglés, y repetido debajo en castellano: «Se suplica insistentemente que no se abra este cofre bajo ningún pretexto». En cuanto a la cerradura, era muy complicada y de mucho peso, de acero, en el que estaba grabada una empresa superior a la comprensión de un marino.

Mientras yo daba fin al examen de tan curioso arcón, llegó la otra lancha de la cuadra de popa, mandada por el primer oficial, Mr. Armstrong, y nos pusimos a trasladar a ella todos aquellos objetos antiguos, que parecían ser lo único que valía la pena de salvar del buque náufrago. Cuando la lancha estuvo llena, le ordené que transportase todo el cargamento hasta nuestro barco, y luego, Allardyce y yo, con la ayuda del carpintero y un marinero, levantamos en vilo el arcón a franjas, que era lo único que quedaba ya, lo llevamos hasta nuestra lancha y lo pusimos a lo ancho, equilibrándolo sobre los dos bancos de remeros del centro, porque era tan pesado que si lo hubiésemos colocado hacia la proa o hacia la popa habría dado a la lancha una peligrosa inclinación. En cuanto al muerto, lo dejamos en el mismo lugar en que lo habíamos encontrado.

El segundo oficial había expresado la creencia de que cuando se disponían a abandonar el buque, aquel hombre se había dedicado al saqueo, y entonces el capitán, en un esfuerzo por mantener la disciplina, lo había derribado de un hachazo o con un golpe descargado con otra arma pesada. Esta hipótesis parecía la más probable de todas, pero tampoco resultaba completamente satisfactoria. Pero el Océano está lleno de misterios, y nos limitamos a dejar que la muerte del marinero del bergantín brasileño quedase agregada a la extensa lista que todos los marinos pueden recordar.

El pesado arcón fue izado por medio de cuerdas a la cubierta de la Mary Sinclair, y fue transportado por cuatro marineros al camarote, donde había espacio justo para colocarlo entre la mesa y las cajonadas de atrás. Allí estuvo mientras cenábamos, y los dos oficiales me acompañaron de sobremesa para hablar del acontecimiento del día, mientras bebíamos un vaso de grog. Mr. Armstrong era un hombre alto, enjuto, de aspecto de ave de presa, excelente como marino, pero célebre por su avaricia y su roñosería. Nuestro hallazgo lo había excitado mucho y ya había empezado a calcular con ojos brillantes la cantidad que podría correspondernos cuando llegase el momento de hacer la partija de lo salvado.

—Mr. Barclay, si la nota aquella aseguraba que se trata de ejemplares únicos, entonces valen cualquier precio que uno quiera ponerles. No tienen ustedes idea de las cantidades que pagan los coleccionistas ricos. Un millar de libras no es nada para ellos. O mucho me equivoco, o vamos a sacar algo lucido de este viaje.

—No opino yo así —le contesté—. Por lo que he podido ver, se diferencian poco de todas las curiosidades sudamericanas.

—Pues yo, señor, que he hecho catorce veces la travesía a los países de Sudamérica, le digo que jamás he visto nada que se parezca a este arcón. Tal y como está a la vista, vale un gran montón de dinero. Pero pesa tanto, que seguramente encierra dentro algún objeto de gran valor. ¿No cree usted que deberíamos abrirlo y ver lo que contiene?

—Lo más probable es que, si lo abrimos, lo estropeemos. Armstrong se puso en cuclillas delante del cofre, con la cabeza a un lado y la nariz a pocas pulgadas de la cerradura. De pronto dijo:

—Es de roble, y la madera se ha encogido un poco al cabo de los años. Si yo tuviese un cincel o un cuchillo de hoja fuerte, podría hacer correr el pasador de la cerradura sin causar el menor daño al cofre.

Aquella mención de un cuchillo de hoja fuerte me trajo el recuerdo del marinero muerto a bordo del bergantín, y dije:

—¿No estaría aquel hombre ocupado en esa tarea cuando alguien vino a interrumpirle?

—Yo no sé nada de ese asunto; pero de lo que sí estoy seguro es de que soy capaz de abrir ese cofre. Aquí en el estante hay un destornillador. Alúmbreme con la lámpara, Allardyce, y haré el trabajo en un par de empujones.

—Espere un momento —dije yo, al ver que él se agachaba para examinar la tapa con ojos en los que brillaban la curiosidad y la avaricia—. No veo que haya ninguna prisa por realizar la operación. Ya ha leído usted la nota en la que se nos avisa que nos abstengamos de abrir el cofre. Quizá encierre esa nota algún secreto, o quizá no; pero yo me siento inclinado a tenerla en cuenta. Después de todo, tenga dentro lo que tenga, si es cosa de valor, tanto monta que se abra en las oficinas de su propietario como en el camarote de la Mary Sinclair.

El primer oficial se mostró muy amargado por mi resolución, y dijo, con una ligera mueca de burla:

—Me imagino, señor, que no adoptará esa actitud por temores supersticiosos. Si el cofre sale de nuestras manos sin que nos hayamos cerciorado de su contenido, pudiéramos resultar burlados en nuestros derechos; además…

—Basta ya, Mr. Armstrong —le contesté con brusquedad—. Puede tener usted la seguridad más absoluta de que recibirá todo lo que en derecho le corresponde; pero no estoy dispuesto a que el arcón sea abierto esta noche.

—¿Pero no ve usted que la etiqueta misma demuestra que ha sido ya examinado por europeos? —agregó Allardyce—. El que sea un cofre de caudales no quiere decir que contenga en su interior ningún tesoro. Con seguridad que han sido muchas las personas que lo han examinado desde los tiempos del antiguo gobernador de Tierra Firme.

Armstrong tiró el destornillador encima de la mesa y se encogió de hombros, diciendo:

—Como usted quiera.

Pero durante todo el resto de la velada, y aunque hablamos de muchos temas, me fijé en que los ojos de Mr. Armstrong se volvían a cada momento hacia el cofre pintado a franjas con la misma expresión de curiosidad y de avaricia.

Paso ahora a la parte de mi relato que hoy mismo, cuando me pongo a recordarla, me llena con un estremecimiento de horror. Los cuartos de los oficiales estaban a uno y otro lado de la cabina principal, pero el mío estaba al fondo de la misma, donde terminaba el pequeño pasillo que conducía a la escotilla. Salvo en casos graves, yo no hacía guardias con regularidad, y los tres oficiales se las dividían entre ellos. Armstrong tenía la guardia de en medio, que termina a las cuatro de la madrugada, hora en la que era relevado por Allardyce. Yo fui siempre un hombre de sueño profundo, y rara vez me despertaba como no me sacudiesen por el hombro.

Sin embargo, aquella noche me desperté, o más bien, me desperté cuando empezaba a despuntar el día. Eran justamente las cuatro y media, según mi cronómetro, cuando algo hizo que me sentase en mi litera, completamente despierto y con todos los nervios vibrando. Se había oído un ruido especial un estrépito rematado con un alarido de voz humana que todavía me arañaba los oídos. Permanecí sentado y escuchando, pero todo estaba en el más profundo silencio. Sin embargo, aquel alarido horrible no podía ser cosa de mi imaginación, porque seguía resonando todavía dentro de mi cabeza, y yo estaba bajo la impresión de que lo habían lanzado muy cerca de mí. Salté de mi litera, medió me vestí, y entré en la cabina.

En el primer momento no advertí nada de particular. A la luz fría y gris del amanecer distinguí la mesa cubierta de un mantel rojo, los seis sillones giratorios, la cajonada de nogal, el barómetro oscilante, y allí, al fondo, el gran cofre de franjas.

Me alejaba ya, con el propósito de salir a cubierta para preguntar a mi segundo oficial si había oído algo, cuando mis ojos tropezaron súbitamente con un objeto que se proyectaba por debajo de la mesa. Aquello era la pierna de un hombre; una pierna con una alta bota marinera. Me agaché, y descubrí un cuerpo caído de bruces, con los brazos hacia adelante y el cuerpo retorcido. Me bastó una mirada para reconocer en aquel cuerpo a Armstrong, el primer oficial, y me bastó un segundo para comprobar que estaba muerto. Me quedé unos instantes atónito y jadeante. Acto continuo me precipité a la cubierta, llamé a gritos a Allardyce para que acudiese en mi ayuda, y entramos los dos en la cámara.

Entre los dos sacamos al infortunado compañero de debajo de la mesa, y en cuanto vimos su cabeza chorreando sangre, nos miramos el uno al otro, sin que yo pueda decir cuál de los dos estaba más pálido.

—Exactamente igual que el marinero del buque brasileño —dije.

—Exactamente igual. ¡Que Dios nos guarde! Es cosa de ese cofre infernal. Fíjese lo que Armstrong tiene en la mano.

Levantó la mano derecha del primer oficial, y tenía en ella el destornillador que la víspera había querido emplear.

—Ha estado manipulando en el cofre, señor. Sabía que yo estaba en el puente y usted dormido. Se arrodilló delante del cofre y empujó hacia atrás el pasador de la cerradura con esta herramienta, y entonces debió de ocurrirle algo, y lanzó aquel grito oído por usted.

—Allardyce —le cuchicheé—, ¿qué ha podido ocurrirle?

El segundo oficial me agarró de la manga y me llevó a su camarote.

—Señor, podemos hablar aquí, porque no sabemos quién puede estar escuchándonos ahí fuera, en la cámara. ¿Qué se imagina usted que hay encerrado dentro de ese cofre, capitán Barclay?

—Le doy mi palabra de honor de que no tengo la menor idea, Allardyce.

—Pues bien: yo sólo encuentro una explicación que comprende todo lo ocurrido. Fíjese en el tamaño del cofre. Fíjese en todo el trabajo de talla y de metal, que puede disimular un gran número de agujeros. Observe el peso del cofre; fueron necesarios cuatro hombres para transportarlo. Además de todo eso, recuerde que dos hombres han tratado de abrirlo, y que los dos encontraron la muerte en ese empeño. Pues bien, señor: ¿qué puede significar todo eso, más que una sola cosa?

—¿Supone usted que dentro del cofre hay un hombre?

—Naturalmente que lo hay. Ya sabe usted las cosas que ocurren en estos países de Sudamérica. Hoy tiene usted a un hombre de presidente de la República, y a la semana siguiente se ve fugitivo y acosado lo mismo que un perro. Se pasan la vida huyendo para que no los maten. Según mi manera de ver, hay escondido en el interior del cofre un individuo armado y dispuesto a todo, que es capaz de matar a cualquiera antes de dejarse apresar.

—Pero ¿dónde tiene la comida y la bebida?

—Señor, el cofre es muy espacioso y quizá introdujo en él algunas provisiones. En cuanto a la bebida, debió de tener entre la tripulación del bergantín algún amigo que le proveía de la que necesitaba.

—Según eso, usted cree que la etiqueta en la que se pide que por ningún concepto se abra el cofre ha sido colocada mirando por el hombre que se esconde en su interior.

—Sí, señor; eso es lo que yo pienso. ¿Encuentra usted alguna otra explicación de lo que ocurre?

Tuve que confesar que no la encontraba, y le pregunté:

—¿Y qué vamos a hacer? Ésa es la cuestión.

—El individuo escondido es un bergante peligroso que no se detiene ante nada. Estoy creyendo que no obraríamos mal rodeando el cofre con una cuerda fuerte y dejándolo caer al mar por un costado de nuestra embarcación, arrastrándolo de ese modo por espacio de media hora; luego podríamos proceder tranquilamente a su apertura. También podríamos atar el cofre de manera que no hubiese medio de levantar la tapa, con lo cual impediríamos que consiguiese agua. O también podría el carpintero darle una mano de barniz por todo, de forma que quedasen tapados los agujeros de respiración.

Yo le contesté, colérico:

—Vamos, Allardyce, no me va usted a decir en serio que toda la tripulación de un barco va a permanecer aterrorizada por un solo hombre encerrado en un cofre. Sí está ahí dentro, voy yo a obligarle a salir.

Me dirigí a mi camarote y regresé con el revólver en la mano, diciendo a mi oficial:

—Y ahora, Allardyce, abra la cerradura, y yo permaneceré en guardia.

—¡Por amor de Dios, señor, medite en lo que quiere hacer! —exclamó el oficial—. Dos hombres perdieron ya su vida en el intento, y la sangre de uno de ellos no se ha secado aún sobre la alfombra.

—Razón de más para que lo venguemos.

—Bien, señor; permítame por lo menos que llame al carpintero. Tres hombres son mejor que dos, y el carpintero es fuerte y valeroso.

Marchó en busca del carpintero, y yo permanecí a solas dentro de la cámara con el cofre a franjas. No creo ser nervioso, pero coloqué la mesa entre mi persona y aquella sólida reliquia antigua del continente español. Las franjas rojas y blancas empezaron a dibujarse a medida que les daba la creciente luz de la mañana, y también se fueron destacando las curiosas volutas y guirnaldas de metal y el trabajo de talla en el que se advertía el esfuerzo amoroso que hábiles artesanos habían puesto en su obra. Volvieron al rato el oficial y el carpintero, este último con un martillo en la mano.

—Es éste un mal negocio, señor —dijo el carpintero, moviendo la cabeza y mirando el cadáver del primer oficial—. ¿De modo que ustedes creen que hay alguien escondido dentro del cofre?

—No tenemos la menor duda a ese respecto —contestó Allardyce, recogiendo el destornillador y apretando la mandíbula, igual que un hombre que precisa reunir todo su valor—. Yo descorreré el pasador de la cerradura si ustedes están preparados para cualquier cosa que se presente. Si ese hombre se pone en pie, dele usted un martillazo en la cabeza, carpintero; y si levanta la mano, dispare usted el revólver en el acto. ¡Vamos a ello!

Se arrodilló delante del cofre a franjas y metió la hoja de la herramienta por debajo del borde de la tapa. La cerradura saltó con un fuerte chasquido. «¡Prepararse!», gritó el oficial, y levantó de un empujón la tapa maciza del cofre. En el momento de alzarse ésta, dimos los tres un salto hacia atrás: yo, apuntando con mi revólver, y el carpintero, con el martillo levantado por encima de su cabeza. Entonces, viendo que no ocurría nada, dimos los tres un paso hacia adelante y miramos al interior del cofre. Estaba vacío.

Pero tampoco estaba completamente vacío, porque en uno de los rincones veíase un viejo candelabro amarillo, de dibujos muy complicados, que parecía tan antiguo como el cofre mismo, y que estaba caído de costado. Su color amarillo brillante y su artística forma sugerían que se trataba de un objeto de valor. Fuera del candelabro, no había dentro del cofre de valores, a franjas rojas y blancas, nada que lo tuviera mayor que el polvo que lo cubría.

—¡Válgame Dios! —exclamó Allardyce, mirando desconcertado al interior—. ¿De dónde, pues, le viene el pesar tanto?

—Fíjese en lo gruesas que son las paredes, y fíjese también en la tapa, que tiene cinco pulgadas de espesor. Y fíjese también en ese gran muelle de presión que lo cruza de un lado a otro.

—Ese muelle de presión está destinado a mantener levantada la tapa —dijo el oficial—. Vea cómo no hay modo de volver a cerrarla. ¿Qué es lo que dice este papel impreso en alemán que tiene dentro?

—Dice que lo fabricó Johann Rothstein, de Augsburgo, el año 1606.

—Pues hizo un trabajo bien sólido. Todo esto arroja poca luz sobre lo que ha ocurrido, ¿verdad, capitán Barclay? El candelabro parece de oro. En fin de cuentas, algo habremos sacado por nuestras molestias.

Se inclinó hacia adelante para coger el candelabro. Desde entonces yo no he dudado nunca de que la inspiración es un hecho real, porque en ese instante me lancé hacia Allardyce, le agarré por el cuello de la chaqueta y volví a enderezarlo de un tirón. Quizá en ese instante me vino a la memoria alguna leyenda de la Edad Media, o quizá mis ojos percibieron en la parte superior de la cerradura algo que era de color rojo, pero no del rojo propio de la herrumbre; pero, para el oficial y para mí, aquello fue un acto de inspiración, que me hizo obrar de una manera súbita y rápida, diciendo:

—Aquí hay alguna cosa de diablura. Deme el bastón de puño retorcido que tengo en aquel rincón.

Era un simple bastón de paseo con el puño encorvado. Metí el puño por debajo del candelabro y di un tirón hacia arriba. Con la rapidez de un relámpago surgió de debajo de la tapa una hilera de colmillos de acero pulimentado que se proyectaron hacia afuera, como si el gran cofre a franjas nos lanzase una dentellada de fiera salvaje. Acto seguido, la pesada tapa volvió a cerrarse con estrépito tal, que los vasos que había en el aparador oscilante tintinearon. El oficial se sentó en el borde de la mesa, temblando igual que caballo asustado, y me dijo:

—Me ha salvado usted la vida, capitán Barclay.

Ése era, pues, el secreto del cofre de valores pintado a franjas de Don Ramírez de Leyra, y así era como guardaba sus mal habidas ganancias de la Tierra Firme y de la provincia de Veraguas. Por muy astuto que fuese el ladrón, no podía ver en aquel candelabro ninguna diferencia con otros artículos de valor; en el instante mismo en que ponía su mano en el candelabro se soltaba el terrible muelle, y los asesinos dientes de acero se le clavaban en el cráneo, al mismo tiempo que la fuerza del golpe rechazaba hacia atrás a la víctima y permitía que el cofre volviera a cerrarse automáticamente. ¿Cuántas personas habrían resultado víctimas de la habilidad del mecánico de Augsburgo? Meditando en la posible historia de aquel criminal cofre a franjas, tomé muy rápidamente mi resolución:

—Carpintero, tráigame tres hombres y que saquen el cofre a cubierta.

—¿Lo va usted a tirar por la borda, señor?

—Sí, Mr. Allardyce. Por regla general no soy supersticioso, pero hay cosas que un marino es incapaz de tolerar.

—No tiene nada de particular, capitán Barclay, que el bergantín lo pasase mal con este artilugio a bordo. Capitán Barclay, el barómetro está bajando con mucha rapidez y vamos a disponer del tiempo justo.

En vista de eso, ni siquiera aguardamos la llegada de los tres marineros, sino que entre el carpintero, el oficial y yo lo sacamos a cubierta y lo tiramos al mar por la borda con nuestras propias manos. Levantó un borbollón de espuma, y desapareció. Y allí descansa el cofre a franjas en una profundidad de mil brazas. Si, según dicen, el mar será algún día tierra seca, compadezco al hombre que lo encuentre y que trate de averiguar el secreto que contiene.

EL CAPITÁN DEL POLESTAR

(Extracto del curioso diario de John M’Alister Ray, estudiante de medicina)

Septiembre 11

Lat., 81° 40' N.; long., 2° E. Seguimos rodeados de enormes campos de hielo. El que se extiende hacia el norte de nosotros, y al que está aferrada nuestra ancla de hielos, no puede tener una extensión menor que un condado de Inglaterra. A derecha e izquierda se extienden, hasta el horizonte, superficies ininterrumpidas. El oficial informó esta mañana que hacia el Sudoeste se advertían señales de témpanos flotantes. Si éstos se juntasen adquiriendo fuerte grosor, como para impedirnos el regreso, nuestra situación será peligrosa, porque, según he oído decir, nuestros víveres empiezan a escasear algo. La estación está muy avanzada y empiezan a reaparecer las noches. Esta mañana vi una estrella que brillaba justamente encima de la verga del trinquete, y ha sido la primera, desde el principio de mayo. Reina descontento entre la tripulación, porque muchos de sus hombres desean vivamente regresar a sus puertos con tiempo suficiente para dedicarse a la pesca del arenque, época en la que se pagan altos salarios en la costa de Escocia. Su disgusto sólo se ha exteriorizado hasta este momento en la adustez de sus rostros y en sus miradas amenazadoras; pero esta tarde le he oído decir al segundo oficial que piensan enviar una comisión para que exponga al capitán su desagrado Yo tengo grandes dudas sobre la acogida que el capitán les dispensará, porque es hombre de genio violento y muy sensible a todo cuanto represente quebrantamiento de su autoridad. Me arriesgaré, después de comer, a hablarle algunas palabras acerca de este asunto. He comprobado que a mí me tolera cosas que le molestarían dichas por cualquier otro miembro de la tripulación. Desde nuestra cuadra de estribor se distingue la isla de Ámsterdam, en el ángulo noroeste de Spitzbergen; es un conjunto de rocas volcánicas, entrecortadas por vetas blancas, que son otros tantos glaciares. Resulta curioso pensar que los seres humanos más próximos a nosotros en el actual momento son los que viven en las colonias dinamarquesas establecidas al sur de Groenlandia, es decir, que están a sus buenas novecientas millas en vuelo directo. El capitán que arriesga su embarcación en tales circunstancias carga con una gran responsabilidad. Ningún ballenero permaneció nunca en semejantes latitudes a estas alturas del año.

9 de la mañana

He hablado al capitán Craigie, y aunque los resultados de mi conversación no puedan considerarse satisfactorios, no tengo más remedio que reconocer que me escuchó muy tranquilamente y con gran deferencia. Cuando acabé de hablar, adoptó el aire de férrea resolución que yo he observado muchas veces en su rostro, y se puso a pasear de un lado para otro durante algunos minutos por la estrecha cámara. Al principio temí haberle molestado gravemente; pero él me quitó ese temor volviéndose a sentar y poniendo su mano sobre mi brazo con un gesto que casi parecía una caricia. También en el fondo de sus ojos negros y selváticos observé una expresión de ternura que me sorprendió considerablemente.

—Escuche, doctor —me dijo—; estoy muy pesaroso de haberlo tomado a usted a bordo, créamelo, y en este mismo instante daría cincuenta libras por verlo sano y salvo en el muelle de Dundee. Esta vez me lo juego todo a cara y cruz. Al norte de donde estamos nosotros hay pesca. ¿Cómo se atreve usted a hacer ese gesto de duda con la cabeza, si yo le aseguro que desde el tope del mástil he visto las ballenas lanzando su chorro al aire?

Todo esto lo dijo en un súbito arrebato de cólera, a pesar de que yo no me había dado cuenta de haber realizado ningún ademán de duda.

—He distinguido veintidós ballenas en otros tantos minutos, y ninguna de ellas de menos de diez pies de barba, tan cierto como que yo estoy aquí, y ahora, doctor, ¿cree usted que puedo abandonar esta región cuando sólo me separa de la riqueza una condenada franja de hielo? Si por casualidad soplase mañana viento del Norte, podríamos llenar el barco y alejarnos antes de que los hielos nos encerrasen. Si sopla del Sur…; bien, yo creo que a los hombres de la tripulación se les paga para que arriesguen sus vidas, y en cuanto a mí, es cosa que me importa poco, porque son más los lazos que me unen al otro mundo que a éste. Sin embargo, confieso que estoy pesaroso por usted. Preferiría tener a Angus Tait, que me acompañó en el último viaje, porque era hombre al que nadie echaría en falta, mientras que usted… Me dijo en cierta ocasión que estaba comprometido para casarse, ¿verdad?

—Sí —le contesté, haciendo funcionar el resorte del medallón que colgaba de la cadena de mi reloj, y mostrándole la pequeña fotografía de Flora.

—¡Váyase al diablo! —bramó, poniéndose en pie de un salto, y con su barba misma erizada de furor—. ¿Qué me importa a mí su felicidad? ¿Qué tengo yo que ver con esa joven para que usted me balancee su fotografía delante de los ojos?

Creí que estaba a punto de golpearme; llevado del frenesí de furor; pero después de lanzarme otra imprecación, abrió la puerta de la cámara y se precipitó fuera, dejándome atónito, ante aquella violencia extraordinaria. Hasta ese momento me había tratado siempre con cortesía y afabilidad. Lo estoy oyendo ir y venir muy excitado por la cubierta, encima de mi camarote, mientras escribo estas líneas.

Me agradaría trazar un bosquejo del carácter de este hombre; pero parece presuntuoso intentar ponerlo sobre el papel cuando todavía no tengo en mi mente sino una idea confusa e insegura. En varias ocasiones he creído que, por fin, tenía en mis manos la clave que podría explicarme ese carácter, pero siempre me vi defraudado al presentárseme con posterioridad el capitán bajo alguna faceta nueva que echaba por tierra todas mis conclusiones. Es posible que ningún ojo humano, fuera de los míos, se pose nunca sobre estas líneas; pero, a pesar de ello, trataré de dejar constancia de cómo era el capitán Nicholas Craigie, aunque sólo sea como tema de estudio psicológico.

Por regla general, la parte externa del hombre proporciona ciertas indicaciones de cómo es el alma que tiene en su interior. El capitán es hombre alto y bien formado, de cara morena y hermosa, y tiene una curiosa manera de contraer sus miembros, que puede ser consecuencia de nerviosismo o simplemente un resultado de su exuberante energía. Su mandíbula, todo su porte, es varonil y resuelto, pero el rasgo distintivo de su rostro son los ojos. Tienen un color avellana oscurísimo, son brillantes y de expresión ávida, con una extraña mezcla de temeridad y de algo más que en ocasiones me ha parecido a mí producto más bien del horror que de ningún otro sentimiento. Por regla general, lo que predominaba era la dureza; pero en ciertos momentos, y especialmente cuando estaba pensativo, se extendía por ellos la expresión de temor que se iba profundizando hasta dar un nuevo carácter a todo su rostro. En esos momentos es cuando está más propenso a los arrebatos tempestuosos de cólera, y parece tener conciencia de ello, porque le he visto a veces encerrarse para que nadie se acercase a él hasta que hubiese pasado aquella hora negra. Duerme mal, y le he oído gritar durante la noche; pero su camarote está a cierta distancia del mío, y nunca entendí las palabras que pronunciaba.

Ésta es una de las fases de su carácter, y la más desagradable. Sin embargo, si yo la he observado, se debe únicamente a mi estrecho contacto con él, ya que tenemos que alternar por fuerza un día y otro. Fuera de eso, es un compañero agradable, que ha leído bastante y que entretiene con su conversación; es, además, un marino tan valeroso como el que más de cuantos pisaron una cubierta de buque. No olvidaré fácilmente la manera que tuvo de maniobrar con el barco en una ocasión en que una galerna nos sorprendió entre el hielo flotante a comienzos del mes de abril. Nunca lo he visto más satisfecho y hasta jubiloso como aquella noche, paseándose por el puente de mando entre los resplandores de los relámpagos y el ulular del viento. En varias ocasiones me ha dicho que le agrada pensar en la muerte, cosa que resulta triste oír de la boca de un hombre joven, porque no tendrá mucho más de treinta años, aunque sus cabellos y su bigote empiezan a blanquear.

Con seguridad que ha sufrido algún gran dolor que ha agostado su vida entera. Es posible que a mí me ocurriese lo mismo si perdiese a mi Flora. ¡Sólo Dios lo sabe! Pienso que si no fuese por ella, me preocuparía muy poco que el viento soplase mañana desde el Norte o desde el Sur. Bien; le oigo bajar por la escotilla, y ahora advierto que se ha cerrado en su camarote, lo cual demuestra que está de humor poco simpático. Vamos, pues, a acostarnos, como diría el viejo Pepys porque la vela se está consumiendo (hemos tenido que recurrir a las velas desde que empiezan a cerrar las noches), y ya el camarero se retiró, de modo que no tengo probabilidad de que me traiga otra.

Septiembre 12

Día tranquilo y sereno, y nosotros seguimos en el mismo lugar. El viento, muy suave, sopla del Sudeste. El capitán está de mejor humor, y se ha disculpado durante el desayuno por la manera que tuvo de tratarme. Sin embargo, sigo encontrándolo algo distraído, y conservan sus ojos aquella expresión extravagante que en un escocés de las tierras altas significaría que estaba embrujado; eso fue, por lo menos, lo que me hizo notar el mecánico mayor, hombre que, entre la parte céltica de nuestra tripulación, lleva fama de vidente y de explicador de presagios.

Resulta extraño que la superstición haya conseguido tal predominio sobre esta raza terca y de sentido práctico. Jamás hubiera creído que llegase a tales extremos si no lo hubiese visto por mí mismo. Durante esta expedición hemos padecido una verdadera epidemia, hasta el punto de que hubo momentos en que me pareció que debía suministrar a los hombres productos sedantes y tónicos nerviosos, junto con su ración de grog de los sábados. El primer síntoma, poco después de dejar atrás Shetland, fue que los hombres del timón se lamentaban de oír en la estela del barco gritos plañideros y lamentos, como si alguien nos siguiera sin conseguir alcanzarnos. Durante todo el viaje se ha mantenido esta ficción, y las noches oscuras, en los comienzos de la pesca de focas, sólo con grandes dificultades se podía lograr que los hombres realizasen sus cuartos de guardia. Seguramente que lo que ellos oían era el crujir de las cadenas del timón, o los gritos de algún ave marina que volaba cerca. En varias ocasiones me hicieron salir de la cama para que yo también los escuchase; pero no hará falta que diga que amas oí nada que se saliese de lo natural. Pero los hombres de la tripulación hablan del asunto con una seguridad tan absurda, que resulta inútil discutir ellos. En cierta ocasión hablé del caso con el capitán, y con gran sorpresa mía lo tomó muy en serio, e incluso me pareció que lo dicho por mí le había turbado muchísimo. Yo esperaba que, al menos él, estuviese por encima de fantasías tan vulgares.

Todo este párrafo acerca de las supersticiones me lleva a decir que nuestro segundo oficial, Mr. Manson, vio la noche pasada un fantasma…, o, por lo menos, dice que lo vio, lo cual viene a ser lo mismo, para el caso. Resulta satisfactorio encontrar algún tema nuevo de conversación después de la inacabable rutina de osos y de ballenas que nos lo ha proporcionado por espacio de tantos meses. Manson jura que el barco está embrujado, y que no permanecería en el mismo ni un solo día si tuviera otro empleo. Desde luego, ese hombre está sinceramente asustado, y esta mañana tuve que darle un preparado de bromido de potasio y de cloral para calmarlo. Cuando me permití apuntarle la idea de que quizá la noche anterior había bebido algún vaso de más, se indignó, y para sosegarlo me vi en la necesidad de escuchar su relato con toda la seriedad de que fui capaz. Desde luego, él narró la historia sin titubeos y como quien cuenta un sucedido indiscutible. Dijo así:

—Estaba yo en el puente a eso de las cuatro campanadas de la guardia media, es decir, cuando la oscuridad de la noche era más completa. Había en el cielo un retazo de luna, pero las nubes pasaban constantemente por delante de ella, de modo que era muy poco lo que podía distinguirse más allá del barco. John M’Leod, el arponero, vino hacia la parte de popa desde la punta del castillo de proa a comunicarme que por la cuadra de estribor se oía un ruido extraño. Marché con él hasta allí, y los dos escuchamos el ruido de que hablaba, que unas veces parecía el llanto de un niño y otras el de una moza en pena. Llevo veinte años viniendo a estas regiones, y nunca oí que ninguna foca, vieja o joven, hiciese un ruido como aquél. Estábamos, pues, en la parte delantera del castillo de proa cuando la luna salió de detrás de una nube, y el arponero y yo vimos una especie de figura blanca que se movía por el campo de hielo en la misma dirección en que nosotros habíamos oído llorar. La perdimos de vista durante un rato, pero volvió por la parte de proa, a babor, y apenas si pudimos distinguirla como una sombra sobre el hielo. Envié a un marinero a popa en busca de los rifles, y M’Leod y yo bajamos al banco de hielo, pensando que quizá se tratase de un oso. Una vez en el campo de hielo, perdí de vista al arponero, pero yo avancé hacia el lugar desde el que seguían llegando los lamentos. Caminé un trayecto de una milla o quizá más, hasta que al rodear, corriendo, un montículo, descubrí aquella cosa en lo alto del mismo de pie y como si me estuviese esperando. Yo no sé lo que era. Desde luego, no se trataba de un oso, porque era alto, blanco y recto, y yo apostaría cualquier cosa a que si no se trataba de un hombre ni una mujer, era algo mucho peor. Volví al barco a todo correr, y me sentí muy satisfecho cuando puse los pies a bordo. Yo firmé mi compromiso de servir en este barco, y en este barco me quedaré, pero no habrá nadie que me lleve al hielo después de la puesta del sol.

He repetido lo que se me dijo, procurando hacerlo con las mismas palabras. Yo, a pesar de que él lo niegue, creo que lo que Mr. Manson vio fue un oso joven levantado sobre sus patas traseras, que es la actitud que suelen tomar con frecuencia al sentirse alarmados. A la luz indecisa de la luna ofrecería cierto parecido con una figura humana, especialmente si el hombre que lo veía tenía sus nervios algo alterados. Sea lo que sea, es un suceso desgraciado, porque ha influido de manera muy desfavorable en la tripulación; las caras de los hombres son más adustas que antes, y su descontento se expresa más abiertamente. Este doble agravio de que se les impide tomar parte en la pesca del arenque y de que tienen que seguir sirviendo en un buque que ellos se empeñan en llamar embrujado, puede llevarlos a dar algún paso temerario. Hasta los arponeros, que son los hombres más antiguos y más seguros, empiezan a participar de la agitación general.

Con independencia de este estallido absurdo de superstición, parece que las cosas se presentan bastante más satisfactorias. El campo de hielo que se formaba hacia el sur de donde estamos ha desaparecido en parte, y el agua está tan caliente que me siento inclinado a creer que nos encontramos en una de las ramas de la corriente del golfo que pasa entre Groenlandia y Spitzbergen. Alrededor del barco hay en abundancia pequeñas medusas y limones de mar, con gran cantidad de camarones, de modo que hay muchas probabilidades de que se descubra alguna ballena. A decir verdad, hacia la hora de la comida vimos que una de ellas lanzaba su soplido, pero la situación en que se encontraba hizo imposible que nuestras lanchas la persiguiesen.

Septiembre 13

He tenido una conversación interesante en el puente con el primer oficial, Mr. Milne. Por lo visto, nuestro capitán resulta un enigma tan completo para los hombres de mar, e incluso para los propietarios de esta embarcación, como lo ha sido para mí. Mr. Milne me cuenta que cuando, al rendir viaje, se paga a todo el mundo, el capitán Craigie desaparece, y ya no se le vuelve a ver hasta que se aproxima otra estación; entonces entra tranquilamente en las oficinas de la Compañía y pregunta si serán necesarios sus servicios. No tiene ningún amigo en Dundee, ni hay nadie que afirme conocer su vida en épocas anteriores. El cargo que se le confía depende por completo de su habilidad como hombre de mar, y de la fama de hombre valiente y sereno que se ganó en su calidad de oficial, antes de que le confiasen el mando supremo de un barco. Según opinión unánime, no es escocés, y el nombre y apellido que usa son supuestos. Mr. Milne piensa que se ha dedicado a la pesca de ballenas únicamente porque es ésta la más peligrosa de las ocupaciones que le era posible elegir, y asegura también que nuestro capitán busca la muerte de cuantas maneras puede. Citó varios casos en apoyo de su afirmación; uno de ellos es bastante curioso si, en efecto, es cierto. Según parece, uno de los años no se hizo presente por las oficinas, y se eligió en sustitución suya a otro hombre. Eso ocurrió allá durante la última guerra entre rusos y turcos. Cuando a la primavera siguiente volvió a comparecer, tenía en un lado del cuello la cicatriz de una herida, y acostumbraba ocultarla con su corbata. Yo no estoy en condiciones de afirmar que el oficial estaba en lo cierto al sacar de ese hecho la consecuencia de que nuestro capitán había estado en la guerra. Desde luego, la coincidencia es extraña.

El viento está rolando en dirección Este, pero es todavía muy suave. Tengo la impresión de que el campo de hielo se va acercando más que ayer. Por todas partes y hasta donde alcanza la vista se extiende una inmensa llanura de un blancor absoluto, roto únicamente por alguna grieta o por la negra sombra de un montículo. Por el lado del Sur se nos ofrece el estrecho camino de agua azul que constituye nuestra única posibilidad de huida, y que se va estrechando más cada día. El capitán está tomando sobre sí una grave responsabilidad. Me dicen que el depósito de patatas se ha agotado y que también el bizcocho anda escaso, a pesar de lo cual mantiene el mismo rostro impasible, y se pasa la mayor parte del día en el puesto del vigía de lo más alto del mástil, recorriendo el horizonte con sus gemelos. Su genio es muy variable; se diría que rehúye ahora mi compañía, pero no se ha repetido la escena violenta de la otra noche.

7,30 de la mañana

Mi opinión, muy meditada, es que estamos mandados por un loco. No hay manera de explicar de otro modo las extraordinarias extravagancias del capitán Craigie. Es una suerte que yo lleve este Diario de nuestra expedición, porque servirá para que nos justifiquemos en el caso de que tengamos que someterlo a alguna coerción, cosa a la que yo no accederé si no es en último extremo. Resulta curioso que haya sido él mismo quien ha apuntado la posibilidad de que el secreto de su extraña conducta esté en la locura y no simplemente en la excentricidad. Hará cosa de una hora, y mientras yo iba y venía paseándome por el alcázar, él estaba en el puente, oteando como siempre el mar con sus gemelos. La mayoría de la tripulación está abajo tomando el té, porque en estos últimos días no se han cumplido las guardias con toda regularidad. Cansado de pasear, me recosté en la amurada y me quedé mirando el suave resplandor que el sol poniente proyectaba sobre los grandes campos de hielo que nos rodean. Una voz áspera me sacó bruscamente de la ensoñación en que había caído, y al volverme sobresaltado, me encontré con que el capitán había bajado a cubierta y estaba a mi lado. Miraba por la superficie del hielo con una expresión en la que el horror, la sorpresa y algo que se acercaba al júbilo pugnaban por sobreponerse. A pesar del frío, le caían de la frente gruesas gotas de sudor, y saltaba a la vista que se encontraba muy excitado. Sus miembros se contraían lo mismo que los de un hombre que se encuentra al borde de un ataque de epilepsia, y las líneas de ambos lados de su boca estaban tensas y duras.

—¡Mire! —jadeó, agarrándome de la muñeca; pero sus ojos permanecían mirando hacia los hielos lejanos y su cabeza se movía lentamente en dirección horizontal, como siguiendo algún objeto que se movía cruzando su campo de visión—. ¡Mire! ¡Allí, hombre, allí! ¡Entre aquellos montículos! ¡Ahora sale de detrás del más lejano! ¿La ve usted, la ve usted? ¡Tiene que verla! ¡Allí todavía! ¡Huye de mí, vive Dios, huye de mí! ¡Ya desapareció!

Pronunció estas dos palabras últimas en un cuchicheo de angustia concentrada que no se me borrará amas de la memoria. Se aferró a los flechastes y trató de trepar encima del antepecho, como si esperase obtener una última ojeada de la visión que desaparecía. Pero sus fuerzas no se lo permitieron y cayó contra las claraboyas del salón, en las que se apoyó, jadeante y agotado. Su rostro estaba tan lívido, que creí que iba a perder el conocimiento, por lo que me apresuré a ayudarle a bajar por la escalera de escotilla, y lo acosté en uno de los sofás de la cámara. En seguida le vertí un poco de aguardiente entre los labios, apoyando en ellos la botella, y eso ejerció un efecto tan admirable, que le subió de nuevo la sangre a la cara lívida y aquietó los respingos de sus pobres miembros. Se incorporó sobre un codo, miró en torno suyo para ver si estábamos solos, y me hizo señal de que me acercase y me sentase a su lado.

—Usted la vio, ¿verdad que sí? —me preguntó, hablando siempre en el tono de voz apagado y temeroso en que antes se expresó y que tan ajeno era al carácter de aquel hombre.

—No, yo no vi nada.

Entonces dejó caer la cabeza hacia atrás sobre los almohadones, y murmuró:

—Claro, no podía verla sin gemelos. No podía verla. Si yo la vi fue gracias a los gemelos, y gracias a éstos vi también los ojos amorosos…, los ojos amorosos. Doctor, no deje que entre el camarero. Va a creer que estoy loco. Corra por dentro el cerrojo, hágame el favor.

Me levanté e hice lo que me pedía.

Permaneció un rato en silencio, embebido en sus pensamientos, y luego volvió a incorporarse sobre el codo y pidió un poco más de aguardiente.

—Usted, doctor, no cree que estoy loco, ¿verdad? —me preguntó en el momento en que yo volvía a colocar la botella en el estante—. Dígame ahora, de hombre a hombre: ¿cree usted que estoy loco?

—Lo que creo es que tiene usted en el alma alguna preocupación que le excita y que le hace muchísimo daño —le contesté.

—¡Ha dado usted en el blanco, muchacho! —exclamó él, con los ojos centelleantes por efecto del aguardiente—. Tengo muchas cosas en el alma, muchas. Pero todavía soy capaz de calcular la latitud y la longitud, y manejo mi sextante y mi tabla de logaritmos. ¿Verdad que ante un tribunal de justicia no podría usted presentar pruebas suficientes de que estoy loco?

Resultaba curioso oír a aquel hombre, que estaba tumbado de espaldas, plantear fríamente el problema de si su razón regia o no regía. Yo le contesté:

—Es posible que no; pero sigo pensando que haría usted bien en regresar cuanto antes a puerto, y asentarse para vivir una vida tranquila durante algún tiempo.

—De manera que volver a puerto, ¿eh? —murmuró con una mueca de burla—. Una frase en mi favor y dos en favor de usted. Asentarme para vivir con Flora, con la linda Florita. ¿Son síntomas de locura las pesadillas?

—A veces, sí —le contesté.

—¿Y qué otros síntomas hay? ¿Cuáles serían los primeros síntomas de locura?

—¡Los dolores de cabeza, los zumbidos en las orejas, centelleos de luz delante de los ojos, engaños visuales…

—¿Ah, sí? ¿Qué hay acerca de esto último? —me interrumpió—. ¿A qué llamaría usted un engaño visual?

—A ver lo que no existe en la realidad.

—¡Pero si ella estaba realmente allí! —dijo quejumbroso y como hablando consigo mismo—. ¡Ella estaba realmente allí!

Se levantó, descorrió el cerrojo de la puerta y se encaminó con paso lento e inseguro a su propio camarote, del que estoy seguro que no saldrá hasta mañana por la mañana. Cualquiera que sea la visión que él creyó ver como realidad, lo cierto es que su organismo ha recibido un choque terrible. Ese hombre se convierte para mí cada día en un misterio mayor, aunque me temo que la solución que él mismo ha sugerido es la exacta y que tiene perturbada la razón. No creo que tenga nada que ver con su comportamiento una conciencia culpable. Esta idea corre entre los oficiales, y, según tengo entendido, es la más aceptada entre la tripulación; pero yo no he advertido nada en que pueda apoyarse. No tiene el aspecto de un culpable, sino el de un hombre que ha sido terriblemente maltratado por la suerte, y al que habría que mirar como a un mártir más bien que como a un criminal.

El viento rola esta noche hacia el Sur. ¡Que Dios nos proteja si llega a cerrar el estrecho paso que constituye nuestro único camino hacia la salvación! Situados como estamos al borde del principal campo de hielo del Ártico, es decir, en lo que los balleneros llaman la barrera, cualquier viento del Norte contribuye a romper el hielo a nuestro alrededor, permitiéndonos la fuga, mientras que todo viento del Sur empuja hacia arriba los hielos flotantes que hay a nuestra espalda y nos encierra entre dos campos helados. ¡Que Dios nos proteja, vuelvo a decir!

Septiembre 14

Domingo, y día de descanso. Mis temores se han visto confirmados, y la estrecha faja de aguas azules ha desaparecido del Sur. A nuestro alrededor le ven sólo grandes campos de hielo inmóviles, con sus extraños montículos y sus fantásticos pináculos. Reina por toda la ancha extensión de hielo un silencio de muerte, que produce una sensación horrible. Ya no se oye el palmoteo de las olas, el grito de las gaviotas ni el crujir de las velas hinchadas por el viento, sino que reina un profundo silencio universal, en el que los murmullos de los marineros y el crujir de sus botas sobre la cubierta de un blancor brillante parecen desentonar y estar fuera de su sitio. Nuestro único visitante fue un zorro ártico, animal que resulta extraño en los campos de hielo, aunque abunda bastante en tierra. Sin embargo, no se acercó al barco, sino que, después de escrutarlo desde alguna distancia, huyó rápidamente a través del hielo. Esta actitud resultó extraña, porque esos animales no saben nada del hombre, y como son por naturaleza curiosos, llegan a familiarizarse tanto que resulta cosa fácil su captura. Incluso este pequeño incidente produjo mala impresión en los tripulantes, por increíble que parezca. El comentario de uno de los principales arponeros, al que los demás otorgaron su aquiescencia con movimientos afirmativos de cabeza, fue éste: «Ese pobre animal barrunta más, sí, señores, y ve más que ustedes y que yo».

Resulta inútil tratar de razonar contra supersticiones tan pueriles. Ellos han formado ya su criterio de que este barco lleva encima una maldición, y no habrá nada capaz de convencerles de lo contrario.

El capitán permaneció recluido durante todo el día, menos una media hora por la tarde, que salió al alcázar. Me fijé en que no apartaba su vista del lugar donde se le había aparecido la visión del día anterior, y me preparé a otro acceso por el estilo, pero éste no sobrevino. No dio señales de que me veía, aunque yo me encontraba junto a él, se leyeron como de costumbre los oficios divinos por el mecánico principal. Es una cosa curiosa el que se emplee siempre en los barcos balleneros el libro de oraciones de la Iglesia de Inglaterra, aunque no haya jamás ni un solo adepto de dicha Iglesia ni entre los oficiales ni entre la tripulación. Los de la nuestra son exclusivamente católicos romanos o presbiterianos, predominando aquéllos. Como se emplea un rito extraño a ambos, ni unos ni otros pueden quejarse de que hay preferencias, y escuchan los rezos con toda atención y devoción. Tiene, pues, el sistema algo de recomendable.

La puesta del sol fue magnífica, y los campos de hielo parecían un lago de sangre. Jamás he contemplado un efecto más maravilloso y al propio tiempo más raro. El viento está rolando. Si durante veinticuatro horas sopla del Norte, nuestra situación será todavía buena.

Septiembre 15

Hoy es el cumpleaños de Flora. ¡Querida muchacha mía! Mejor es que no pueda contemplar a su muchacho, como ella me llamaba, encerrado entre los campos de hielo, a las órdenes de un capitán loco, y con provisiones para unas pocas semanas solamente. Estoy seguro de que ella lee todas las mañanas la lista de entradas y salidas de barcos en el Scotsman para ver si da noticias de nuestra llegada desde Shetland. Yo tengo que dar ejemplo a la tripulación y mostrarme alegre y despreocupado; Dios sabe, sin embargo, que hay momentos en que me pesa muchísimo el corazón.

El termómetro marca hoy 19° Fahrenheit. El viento es escaso, y cuando sopla lo hace desde un cuadrante desfavorable. El capitán está de un humor excelente; yo creo que se imagina haber visto algún otro agüero o visión durante la noche, porque a primera hora de la mañana entró en mi camarote, e inclinándose sobre mi litera, me cuchicheó: «No era un engaño visual, doctor. Todo es verdad».

Después de desayunarnos, me pidió que hiciese el inventario de la cantidad de alimentos que quedaban, y me dediqué a ello con la ayuda del segundo oficial. Son más escasos todavía de lo que habíamos calculado. A proa disponen de medio tanque de bizcocho, tres barriles de carne salada y una cantidad muy pequeña de café y de azúcar. En la despensa y estantería de popa hay una gran cantidad de artículos de lujo, tales como salmón en lata, sopas, carnero con vainas de judías, etcétera, pero darán para muy poco al repartirlas entre una tripulación de cincuenta hombres. Hay en el almacén dos barricas de harina y una cantidad ilimitada de tabaco. Cuando le llevamos el informe de esas existencias al capitán, dio orden de que se tocase el silbato llamando a toda la tripulación, y les dirigió la palabra desde el alcázar. Nunca lo vi desenvolverse mejor. Con su figura alta y bien formada y su rostro moreno y expresivo, parecía un hombre nacido para mandar, exponiendo la situación a la manera fría propia de un marino y demostrando que, al mismo tiempo que medía todo el alcance del peligro, no se le escapaba tampoco ninguna de las posibilidades de salir del mismo.

Habló de esta manera:

—Muchachos: Estoy seguro de que pensáis que os he metido en una situación de la que es difícil salir, y quizá alguno de vosotros sienta rencor contra mí por esa razón. Pero recordad que ningún barco regresó a nuestro puerto, en muchísimas de las últimas temporadas, con tanto dinero en aceite como este viejo Polestar, y que todos vosotros recibisteis la parte que correspondía del mismo. Vosotros habéis podido dejar en casa a vuestras mujeres sin que les falte nada, mientras que otros pobres marineros las encuentran recogidas en un asilo de caridad cuando regresan al país. Si tenéis que estarme agradecidos por lo primero, también tenéis que estarme agradecido por lo segundo, de manera que estamos a mano. Antes de ahora hemos intentado aventuras audaces y hemos salido de ellas con bien, de modo que, aunque en esta ocasión hayamos intentado una de esas aventuras, fracasando en ella, no hay razón para que protestemos por ello. Si lo malo se convierte en lo peor, siempre podremos encaminarnos hacia tierra a través de los campos de hielo, y reunir un stock de focas como para mantenernos con vida hasta la primavera. Sin embargo, no llegaremos a eso, porque vosotros y yo descubriremos las costas de Escocia antes de que huyan transcurrido tres semanas. Por ahora todos tendremos que ponernos a media ración, y esa media ración será para todos igual, sin preferencia para ninguno. Manteneos animosos y saldremos de este paso lo mismo que hemos salido con bien de muchos peligros antes de ahora.

Septiembre 16

El viento ha rolado durante la noche hacia el Norte, y se advierten en el hielo síntomas de que se está abriendo. La tripulación muestra buen humor, a pesar de la corta ración a que están sometidos.

En el cuarto de máquinas se mantienen las calderas a presión, a fin de que no se pierda un momento si se presenta la oportunidad de escapar. El capitán se muestra de un genio exuberante, aunque alguna que otra vez se advierte aquella extraña expresión de embrujamiento de que he hablado anteriormente. Este estallido de buen humor me intriga más aún que su anterior melancolía. No logro comprenderlo. Creo haber mencionado en la primera parte de este Diario que una de las rarezas del capitán consiste en no permitir que entre nadie en su camarote, hasta el punto de que él mismo se hace la cama y atiende a todos los detalles de su comodidad.

Con gran sorpresa mía, hoy me entregó la llave de ese camarote y me pidió que bajase y tomase el tiempo por su cronómetro, mientras él calculaba la altura del sol a mediodía. Se trata de una habitación pequeña y sencilla, en la que los únicos lujos, fuera de algunos cuadros que cuelgan de sus paredes, son un lavabo vertical y algunos pocos libros. La mayor parte de los cuadros consisten en pequeñas oleografías baratas; pero uno de ellos intacto en acuarela, representaba la cabeza de una mujer joven que atrajo mi atención. Era evidentemente un retrato, y no uno de esos caprichosos ejemplares de belleza femenina a que tan aficionados son los hombres de mar. Ningún artista habría sido capaz de sacarse de su propia imaginación una mezcla tan curiosa de energía y de debilidad. Los ojos lánguidos, ensoñadores, de pestañas largas, y la frente ancha y baja, sin arrugas de preocupaciones ni de pensamientos, presentaban un fuerte contraste con la mandíbula, recta y abultada y con lo tenso del labio inferior. Debajo del retrato había escrito en uno de los ángulos: «M. B., aet. 19». En aquel entonces me pareció cosa increíble el que en el corto espacio de los diecinueve años de vida fuese capaz nadie de desarrollar la energía de voluntad que estaba retratada en aquella cara. Debió de ser una mujer extraordinaria. Sus facciones ejercieron sobre mí tal fascinación que, a pesar de no haber tenido tiempo sino para dirigirles una rápida mirada, sería yo capaz, si tuviese habilidades de dibujante, para reproducirlas línea por línea en esta página de mi Diario. ¿Qué papel habrá representado esa mujer en la vida de nuestro capitán? Tiene colgado el cuadro al fondo de su litera, de modo que sus ojos puedan mirarlo siempre. Si el capitán fuese un hombre menos reservado, yo me permitiría hacerle alguna observación a ese respecto.

De todo lo demás que había en el camarote, nada merece ser mencionado —zamarras de uniforme, un taburete de campamento, un pequeño espejito, un estuche de tabaco y numerosas pipas, entre las que había un narguile oriental—, detalle este último dicho sea de paso, que parece dar cierto viso de probabilidad a lo que contó Mr. Milne sobre la participación del capitán en la guerra, aunque la relación entre una cosa y otra parezca bastante lejana.

11,20 de la noche

Acaba de marchar el capitán a acostarse después de haber mantenido una conversación larga e interesante sobre temas generales. Cuando él quiere sabe ser un compañero por demás encantador, porque ha leído mucho y sabe expresar sus opiniones con fuerza sin sentar plaza de dogmático. Yo siento rencor contra quienes me dan pisotones en la punta de los dedos de mis pies intelectuales. Habló acerca de la naturaleza del alma, y expuso someramente los criterios de Aristóteles y de Platón acerca del problema, expresándose de manera magistral. Él por su parte, parece inclinado a la teoría de la metempsicosis y a las doctrinas de Pitágoras. Al exponer éstas se refirió al espiritualismo moderno, lo que me dio ocasión de aludir en broma a las imposturas de Slade; con gran sorpresa mía, él me puso muy en guardia contra la tentación de confundir al inocente con el culpable, aduciéndome que sería tan falto de lógica como calificar el cristianismo de error porque hubo un Judas que profesaba esa religión que era un canalla. Poco después me dio las buenas noches y se retiró a su habitación.

El viento está adquiriendo fuerza y sopla de una manera persistente desde el Norte. Las noches son ya tan oscuras como las de Inglaterra. Confío en que mañana nos veremos libres de nuestras cadenas de hielo.

Septiembre 17

Otra vez el fantasma. ¡Gracias a Dios que tengo los nervios fuertes! La superstición de estos pobres hombres y los relatos circunstanciales, que hacen con la máxima seriedad y convicción, horrorizarían a cualquier hombre que no estuviese acostumbrado a sus cosas. Circulan muchas versiones acerca del asunto, pero la suma total de las mismas es que alguna cosa extraña y rara ha estado moviéndose durante la noche alrededor del barco, y que la han visto Sandie M’Donald, de Peterhead, y el largo, Peter Williamson, de Shetland, y también Mr. Milne, que estaba en el puente. Así, pues, como son tres los testigos, pueden defender mejor el caso que como lo hizo el segundo oficial. Hablé después del desayuno con Milne, y le dije que él debería estar por encima de tales absurdos, y que en su calidad de oficial estaba obligado a dar mejor ejemplo a la tripulación. Él movió de un lado a otro, con expresión ominosa, la cabeza curtida por la intemperie, pero me contestó con su cautela característica:

—Doctor, quizá sí y quizá no me parezca a mí un fantasma. Yo no puedo decir que preste fe a todas esas cosas de fantasmas del mar y otras por el estilo, aunque son muchos los que afirman haber visto uno de ellos por sus propios ojos. Yo no soy asustadizo, pero quizá se le hubiese helado la sangre también a usted un poco si, en lugar de hablar del asunto a la luz del día, hubiese estado conmigo la noche pasada y hubiese visto una forma espantosa, blanca y horrible, unas veces aquí, otras allí, gimiendo en la oscuridad igual que un corderito que ha perdido a su madre. Yo creo que estaría usted menos inclinado a decir que son cuentos de viejas.

Vi que era inútil ponerme a razonar con él, y me conformé con pedirle como favor personal que me llamase la próxima vez que apareciese el espectro. Él accedió a mi petición con grandes exclamaciones que demostraban su deseo de que no se presentase nunca semejante oportunidad.

Tal y como yo esperaba, el blanco desierto que teníamos a nuestras espaldas aparece roto por muchos canales estrechos de agua, que lo cortan en todas direcciones. Nuestra latitud en el día de hoy es de 80° 52' Norte, lo que demuestra que nuestro campo de hielo sufre un fuerte arrastre hacia el Sur. Si continúa siendo favorable el viento, ese campo de hielo desaparecerá con la misma rapidez con que se formó. De momento, lo único que podemos hacer es fumar, esperar y confiar en la buena suerte. Me estoy convirtiendo rápidamente en un fatalista. El hombre no puede ser otra cosa cuando trata con factores tan inseguros como el viento y el hielo. Fueron quizá el viento y las arenas de los desiertos de la Arabia los que dieron a los primitivos discípulos de Mahoma su tendencia a inclinarse ante el Destino.

Las alarmas provocadas por el espectro ejercen malísima influencia en el capitán. Yo temí que pudieran excitar su temperamento sensible, y traté de ocultarle la absurda historia; pero, por desgracia, oyó que uno de los hombres de la tripulación aludía a la misma y exigió que se le informase de lo que ocurría. Tal y como yo calculé, esa historia sacó a la superficie toda su oculta locura de una forma exagerada. Yo casi no llegaba a creer que fuese el mismo hombre que la noche anterior había hablado de temas filosóficos con criterio penetrante y juicio sereno. En este momento se pasea de un lado a otro por el alcázar igual que un tigre enjaulado, deteniéndose de cuando en cuando para elevar las manos con un gesto de anhelo y para mirar fijamente, con impaciencia, por toda la extensión del campo de hielo. Habla de una manera constante y entre dientes consigo mismo, y en una ocasión ha gritado: «¡Falta ya poco tiempo, amor mío; falta ya poco tiempo!»

Es triste ver a un marino valeroso y a un cumplido caballero reducido a semejante situación, y pensar que la imaginación y la ilusión puedan acobardar a un alma para la que el peligro auténtico constituye la sal de la vida. ¿Cuándo se vio un hombre en situación igual a la mía, entre un capitán loco y un primer oficial que ve fantasmas? Hay ocasiones en que pienso que yo soy la única persona verdaderamente equilibrada en todo el barco, salvo, quizá, el segundo maquinista, que es una especie de rumiante, y que no se preocuparía de todos los demonios del mar Rojo mientras lo dejasen a él solo y no le revolviesen sus herramientas.

El hielo se deshace rápidamente, y existen las mayores probabilidades de que podamos lanzarnos a navegar mañana por la mañana. Cuando yo les cuente en mi casa todas estas cosas que me han ocurrido, van a creer que las estoy inventando.

12 de la noche

He sufrido un gran sobresalto, aunque ya me siento más tranquilo, gracias a un buen vaso de aguardiente. Sin embargo, como podrá testimoniarlo mi letra, no he vuelto aún, ni con mucho, a ser el mismo. El hecho es que he atravesado por un incidente extraño, y empiezo a dudar de si tenía razón suficiente cuando califiqué de locos a todos los hombres de este barco porque aseguraban haber visto cosas que mi entendimiento juzgaba carentes de toda razón. ¡Bah! Soy un estúpido dejando que semejante insignificancia me enerve; sin embargo, viniendo, como viene, después de todas estas alarmas, tiene un significado especial. Ya no puedo poner en tela de juicio los relatos de Mr. Manson y del oficial, después de haber pasado yo por aquello mismo de que antes me burlaba.

Después de todo, no fue nada alarmante…, un simple ruido y nada más. Yo no puedo esperar que todas las personas que lean esto, si es que alguien lo lee, simpaticen con mis sentimientos o se den completa cuenta del efecto que me produjo en aquel entonces. Habíamos acabado de cenar, y yo había salido a cubierta para fumarme tranquilamente una pipa antes de acostarme. La noche era muy lóbrega; tanto que, de pie y debajo de la lancha de la cuadra de popa, no alcanzaba a distinguir al oficial que estaba en el puente. Creo haberme referido ya al extraordinario silencio que reina en los mares helados. En otras regiones del globo, aunque sean completamente solitarias, hay siempre una leve vibración en el aire: un ligero runruneo, ya proceda de lugares lejanos habitados por el hombre, de las hojas de los árboles, del aleteo de los pájaros o incluso del insignificante roce de la hierba que cubre el suelo. Es posible que no tengamos conciencia de tal runruneo, pero si se detuviese súbitamente, lo echaríamos de menos. Sólo aquí, en los mares árticos, se nos mete en la conciencia, con toda su horrenda realidad, el silencio absoluto, de insondable profundidad. El tímpano se tensa para captar el más leve murmullo, y se regodea anhelante con cualquier ruido accidental que se produce dentro del barco. En tal estado de ánimo me encontraba yo, recostado en el antepecho, cuando se dejó oír desde el hielo, casi debajo precisamente de mí, rompiendo el silencio de la noche, un grito agudo y penetrante, que empezó por una nota que yo no creo que haya alcanzado jamás una soprano ligera, y que luego fue subiendo cada vez más hasta culminar en un largo gemido de agonía, que bien podía ser el grito postrero de un alma en pena. Todavía resuena en mis oídos el grito fantasmal. Quien lo lanzaba parecía expresar dolor, un dolor indecible, y un inmenso anhelo; y, sin embargo, de cuando en cuando, la expresión del dolor estaba cortada por una nota de júbilo. El grito estalló muy cerca de mí; pero, por más que me esforcé por penetrar en las tinieblas, no conseguí distinguir nada. Esperé algún tiempo, pero no volvió a repetirse el grito, y entonces bajé a mi camarote, trastornado como jamás lo estuve en mi vida. Al bajar por la escotilla me crucé con Mr. Milne, que subía a relevar al oficial de guardia, y me dijo:

—Qué, doctor, ¿eran cuentos de viejas? ¿Oyó su lamento? ¿Se trata de supersticiones? ¿Qué opina ahora?

No tuve más remedio que disculparme ante aquel hombre honrado, y le confesé que estaba tan intrigado como él. Quizá mañana por la mañana vea las cosas de otro modo. En este momento casi ni me atrevo a escribir todo lo que pienso. Quizá si lo volviese a leer más adelante, cuando me haya liberado de este ambiente, sentiría desprecio de mí mismo por haber sido tan débil.

Septiembre 18

He pasado una noche intranquila y desasosegada, perseguido constantemente por aquel extraño ruido. Tampoco parece que el capitán haya descansado mucho, porque tiene el rostro desencajado y los ojos inyectados en sangre. No le he contado, ni le contaré, mi aventura de la noche pasada. Ya, sin eso, está inquieto y excitado, tan pronto de pie como sentado, incapaz de quedarse tranquilo en un sitio.

Esta mañana apareció en el campo de hielo un gran espacio libre, tal y como yo había calculado, y pudimos levantar nuestra ancla de hielo, navegando después unas doce millas en dirección Oeste-Sudoeste. Pero allí nos detuvo otro gran campo de hielo flotante, tan macizo como cualquiera de los que hemos dejado atrás. Nos cierra el paso tan por completo, que no nos queda otro recurso que echar de nuevo el ancla y esperar a que se rompa, cosa que ocurrirá probablemente antes de veinticuatro horas, si persiste el viento. Divisamos varios lobos marinos de nariz de vejiga, y matamos uno a tiros. Era un animal enorme, de más de once pies de largura. Son animales valerosos y peleadores; según se dice, capaces de hacer frente a un oso. Por suerte, son lentos y torpes en sus movimientos, de modo que tiene escaso peligro el atacarlos sobre la superficie del hielo.

Es evidente que el capitán no cree que hayamos llegado al límite de nuestras dificultades, aunque no llego a penetrar en las razones que tiene para juzgar la situación tan sombría, ya que todos los demás opinan que nos hemos salvado de una manera milagrosa, y están seguros de que llegaremos al mar abierto.

—Doctor, me imagino que pensará usted que ya pasó todo peligro, ¿verdad? —me preguntó cuando nos sentábamos a comer juntos.

—Así lo espero —le contesté.

—Pues no hay que estar demasiado seguro…, aunque, sin duda, tiene usted razón. ¿Verdad, joven que muy pronto nos veremos en brazos de las mujeres que constituyen nuestro leal amor? Pero no debemos estar demasiado seguros, no debemos exagerar nuestra seguridad.

Permaneció sentado unos momentos, balanceando pensativo las piernas atrás y adelante, y prosiguió:

—Escúcheme. Este lugar en que estamos es peligroso hasta en sus mejores momentos. Es traicionero y peligroso. Yo he visto a hombres que han desaparecido en un segundo en un suelo como éste. Algunas veces es suficiente un resbalón; un simple resbalón, y se hunde usted por una grieta, y sólo queda un burbujeo de aguas verdes para indicar el sitio en que se hundió.

Siguió diciendo con risa nerviosa:

—Es extraño, pero jamás se me ocurrió hacer testamento durante todo el tiempo que anduve por estos parajes. No porque yo tenga nada de particular que legar, sino porque el hombre que está expuesto a peligros debe tener siempre las cosas listas y arregladas. ¿No lo cree usted así?

—Desde luego —le contesté, preguntándome adónde iba a parar.

—El saber que uno lo tiene todo dispuesto produce alivio —prosiguió—. Pues bien: si algo me ocurriese, espero que usted cuidará de mis asuntos. En el camarote hay pocas cosas de valor; pero yo deseo que, tal y con lo que contiene, se venda, y que su producto se reparta entre los hombres de la tripulación, en proporción idéntica a como se reparte el dinero del aceite. Deseo que guarde usted el cronómetro como pequeño recuerdo de nuestra expedición. Claro está que esto es una simple precaución, pero me pareció conveniente hablarle a ese respecto. Me imagino que, si llegase el caso, puedo confiar en usted, ¿verdad?

—Con absoluta seguridad —le contesté—, y puesto que usted da este paso, creo que yo también…

—¡Usted! ¡Usted! —me interrumpió—. A usted no le pasa nada. ¿Qué tiene que ver nada de todo esto con, usted? Bien; me he dejado llevar del genio, pero la verdad es que no me gusta que un joven, que apenas ha empezado a vivir, se preocupe de la muerte. Suba a cubierta, respire un poco de aire puro, en lugar de estar conversando de cosas idiotas en la cámara, estimulándome a mí para que haga lo mismo.

Cuanto más pienso en aquella conversación nuestra, menos me agrada. ¿Por qué se le ocurre a ese hombre dejar arreglados sus asuntos en el momento mismo en que parece que estuviéramos saliendo fuera del peligro? Su locura debe de moverse dentro de una lógica determinada. ¿Piensa acaso suicidarse? Recuerdo que en cierta ocasión se expresó con profunda reverencia hacia la vida, exponiendo la atrocidad que supone el crimen de matarse a sí mismo. Sin embargo, no dejaré de vigilarlo, y aunque me es imposible entremeterme en su vida privada cuando se encuentra dentro de su camarote, haré por lo menos cuestión de honor permanecer sobre cubierta todo el tiempo que él esté allí.

Mr. Milne toma a chacota mis temores, y asegura que todo son tácticas del capitán. Él, por su parte, mira con gran optimismo la situación. Opina que para pasado mañana habremos salido de entre los hielos, cruzaremos dos días después por Jan Meyen, y avistaremos Shetland en poco más de una semana. Ojalá no sea demasiado optimismo el suyo. Ahora bien: como se trata de un marino viejo y experimentado, que mide bien sus palabras antes de pronunciarlas, su opinión puede servir de contrapeso a las sombrías precauciones del capitán.

Se ha producido, finalmente, la catástrofe que venía amenazando desde hacía tanto tiempo. No sé cómo describirla. El capitán ha desaparecido. Pudiera ser que regresase con vida a reunirse con nosotros en el barco, pero abrigo muchos temores…, abrigo muchos temores. Son las siete de la mañana del día 19 de septiembre. Durante toda la noche he estado recorriendo, en compañía de un grupo de marineros, el gran campo flotante de hielo que tenemos delante de nosotros, con la esperanza de descubrir algún rastro suyo; pero todo ha sido en vano. Voy a tratar de relatar de alguna manera las circunstancias que concurrieron en su desaparición. Si alguien, por casualidad, lee las líneas que siguen, yo espero que tendrá muy presente que yo no escribo basándome en conjeturas ni porque me lo hayan contado, sino que, como hombre que está en su sano juicio y es persona educada, relato con exactitud las cosas que sucedieron ante mis propios ojos. Respondo de los hechos, aunque las suposiciones son cosa mía.

Después de la conversación que he copiado, el capitán se mantuvo del mejor humor. Sin embargo, se advertía que se encontraba nervioso e impaciente; a cada instante cambiaba de posición, y sus miembros se agitaban de la manera involuntaria y coreica que a veces le caracteriza. En el espacio de un cuarto de hora subió siete veces a cubierta, volviendo a bajar después de dar algunos pasos precipitados. En todas esas ocasiones fui yo tras él, porque advertí en su cara un algo que me confirmó en mi resolución de no perderlo de vista un momento. Debió de darse cuenta del efecto que sus idas y venidas habían producido, porque trató de tranquilizar mis recelos mediante una hilaridad exagerada, y riéndose a carcajadas al menor chiste.

Después de la cena volvió a subir a la cubierta por el lado de popa, y yo le acompañé. La noche era oscura y muy callada, sin más ruido que el melancólico gemir del viento entre la arboladura. Una espesa nube avanzaba desde el Noroeste, y los desgarrados tentáculos que despedía hacia adelante eran arrastrados y se interponían tapando el disco lunar, que sólo brillaba de cuando en cuando por algunas hendiduras de los nubarrones. El capitán iba y venía con paso rápido por la cubierta; dándose cuenta de que yo le seguía como una sombra, vino hasta mí para darme a entender que estaría mejor en la cámara. No hará falta decir que aquello sólo consiguió reforzar aún más mi resolución de permanecer sobre cubierta.

Creo que después de eso ya no se volvió a acordar de mí, porque permaneció en silencio y apoyado en el coronamiento del antepecho de popa, mirando hacia el gran desierto de nieve, una parte del cual se hallaba envuelto en sombras, y la otra aparecía revestida de un brillo difuso del claror de luna. Me di cuenta, por sus movimientos, de que consultaba en varias ocasiones su reloj; en una de ellas pronunció una breve frase de la que sólo pude captar la palabra «dispuesto». Confieso que sentí reptar por todo mi cuerpo una sensación de terror al ver dibujarse su alta figura en la oscuridad, comprendiendo que respondía por completo a la idea de un hombre que ha acudido a una cita previa. ¿Pero con quién tenía la cita? A medida que iba atando cabos empecé a tener una vaga percepción; pero no sospeché ni remotamente la sucesión de los hechos.

Por la súbita intensidad de su actitud comprendí que estaba viendo algo. Me acerqué furtivamente por detrás. Parecía estar contemplando con mirada anhelante e interrogadora algo que a mí me pareció una guirnalda de nubes que el viento arrastraba rápido paralelamente a nuestro barco. Era un conjunto nebuloso y apenas visible, informe, que unas veces destacaba más y otras menos, según le diese o no la luz. En ese instante, la luna tenía un brillo más apagado por estar cubierta por el pabellón de una nube delgadísima como la tela que recubre una anémona.

—Voy, muchacha, voy —gritó el capitán con un tono de ternura y de compasión infinitas, como quien tranquiliza a la persona amada concediéndole un favor largo tiempo esperado, y tan dulce de otorgar como de recibir.

Lo demás ocurrió en un instante. De un salto se encaramó sobre el antepecho, y de otro pisó el hielo casi al pie mismo de la pálida figura nebulosa. Alargó sus manos como para abrazarla, y en esa actitud, con los brazos abiertos y pronunciando palabras amorosas, se metió en la oscuridad. Permanecí rígido e inmóvil, esforzándome en seguir con la mirada aquella figura que se alejaba, hasta que su voz se perdió en la lejanía. No creí volver a verlo, pero en ese instante brilló la luna con todo su claror por una grieta abierta entre los nubarrones, e iluminó el ancho campo de hielo. Entonces volví a ver la masa negra, ya muy lejos; corría con velocidad prodigiosa por la llanura helada. Fue la última imagen que de él tuvimos, y quizá la última que tengamos. Se organizó un grupo para ir en su busca, y yo forme parte del mismo; pero los hombres no realizaban con entusiasmo aquella tarea y nada se encontró. Dentro de unas horas se organizará otro grupo. Mientras pongo todo esto por escrito, tengo que hacerme fuerza para no creer que he estado soñando o que he sido víctima de una horrenda pesadilla.

7,30 de la tarde

Acabamos de regresar, aspeados y muertos de cansancio, de una segunda e inútil búsqueda del capitán. El campo de hielos flotantes es de enorme extensión; porque, a pesar de que hemos atravesado veinte millas por lo menos de su superficie, no hemos hallado rastro alguno que constituya una prueba de que ha muerto. Las últimas horas han sido de un frío tan intenso, que la nieve de la capa superior está helada como si fuera granito; de no ser así habríamos podido guiarnos por las huellas de sus pies. La tripulación está ansiosa de que zarpemos y contorneemos con nuestro buque el campo de hielo, dirigiéndonos hacia el Sur, porque durante la noche se ha abierto y se divisa el mar en el horizonte. Razonan diciendo que el capitán Craigie ha muerto con toda seguridad, y que estamos poniendo en peligro nuestras vidas sin ninguna finalidad, precisamente ahora que tenemos ocasión de salir de nuestra difícil situación. Nos ha costado grandísimo trabajo a Mr. Milne y a mí convencerlos de que debemos esperar hasta mañana por la noche, y no hemos tenido más remedio que prometerles que, bajo ninguna circunstancia, retrasaremos más nuestra marcha. Nos proponemos, pues, dormir algunas horas y emprender luego una última búsqueda.

Septiembre 20, noche

Esta mañana he recorrido el campo de hielo con un grupo de tripulantes, explorando la parte sur del mismo, en tanto que Mr. Milne lo hacía por el norte. Avanzamos diez o doce millas sin descubrir rastro de ningún ser vivo, fuera de una sola ave que se cernía a gran altura sobre nuestras cabezas, y que, a juzgar por su vuelo, me pareció un halcón. La extremidad sur del campo de hielo formaba una larga lengua que se metía mar adentro. Cuando llegamos al punto de arranque de ese cabo, los marineros se detuvieron, pero yo les rogué que siguiéramos hasta la punta misma, para que pudiéramos sentir la satisfacción de haber hecho todo cuanto era posible hacer.

Apenas habríamos avanzado un centenar de yardas, cuando M’Donald, de Peterhead, gritó que divisaba una cosa algo más adelante, y echó a correr. Todos la vislumbramos también, y le seguimos corriendo. Al principio no era sino una confusa mancha negra sobre la superficie blanca del hielo; pero conforme fuimos avanzando tomó la forma de un hombre, y acabó siendo la del hombre que buscábamos. Yacía boca abajo en una loma helada. Muchos pequeños cristales de hielo y de copos de nieve habían sido arrastrados por el viento, quedando depositados encima de su cuerpo, y centelleaban sobre su oscura zamarra de marino. En el momento que nos acercábamos, una ráfaga suelta de viento levantó los minúsculos cristales y copos en su vórtice y formó con ellos un remolino en el aire; cuando volvieron a perder altura, volvió la ráfaga a recogerlos y los arrastró rápidamente hacia el mar. A mí me pareció aquello una ventisca solamente, pero muchos de mis compañeros afirmaron que se había alzado en forma de cuerpo de mujer; se inclinaron para besar el cadáver, lo besaron, y huyeron precipitadamente por el campo de hielo. He aprendido a no ridiculizar jamás las opiniones de los demás, por muy raras que, me parezcan. Lo indudable es que la muerte del capitán Nicholas Craigie no tuvo nada de dolorosa, porque su cara, pellizcada de moretones, tenía una sonrisa de felicidad, y sus brazos estaban aún tendidos, como abrazados a la extraña visitante que le había llamado para que la acompañase en el otro mundo que hay más allá de la tumba.

Lo enterramos aquella misma tarde, envuelto en la bandera del buque, y con un lastre de treinta y dos libras de plomo en los pies. Yo leí el servicio religioso de difuntos, mientras los rudos marineros lloraban como niños, porque eran muchos los que debían grandes favores a su bondadoso corazón, y que exteriorizaban entonces el cariño que sus desconcertantes actitudes habían rechazado en vida. Cayó del escurridero con un chapoteo melancólico y apagado, y yo me quedé mirando dentro de las verdes aguas, viendo cómo se hundía y se hundía, hasta que fue sólo un pequeño retazo blanco y ondulante que flotaba al borde mismo de la oscuridad eterna. Pero también la mancha blanca desapareció, diluyéndose en las tinieblas. Y allí descansará, con su secreto, con sus pesares y su misterio ocultos dentro de su pecho, hasta el gran día en que el mar devuelva sus muertos y en que Nicholas Craigie surja de entre el hielo con la sonrisa en su rostro y sus brazos rígidos alargados para dar la bienvenida. Yo pido a Dios que su suerte sea en aquella vida más feliz de lo que fue en ésta.

No quiero seguir redactando mi Diario. Nuestra ruta hacia la patria se extiende ante nosotros libre de obstáculos y llana, y el gran campo de hielo no será, dentro de poco, sino un recuerdo del pasado. Transcurrirá algún tiempo antes de que haya logrado sobreponerme al choque doloroso de los sucesos recientes. Cuando empecé a escribir este relato de nuestro viaje, estaba muy lejos de pensar que iba a verme obligado a terminarlo de esta manera. Escribo estas últimas líneas dentro de mi camarote, y hay momentos en que me sobresalto porque creo escuchar en la cubierta, por encima de mi cabeza, los pasos rápidos y nerviosos del muerto. Esta noche entré en su camarote, según estaba obligado, para hacer un inventario de todo lo que contenía, y asentarlo en el libro de navegación. Todo estaba tal y como lo vi en mi visita anterior, salvo el cuadro que describí como colocado al fondo de su litera, y que había sido cortado por la parte interior del marco, al parecer, con un cuchillo. No estaba ya el retrato. Con este último eslabón de una extraña cadena de hechos, cierro mi Diario del viaje del Polestar.

(NOTA DEL DOCTOR JOHN M’ALISTER RAY, PADRE.)

He leído la serie de hechos extraños relacionados con la muerte del capitán del Polestar, tal como se relatan en el Diario de mi hijo. Estoy completamente seguro de que todo ocurrió tal y como él lo cuenta, porque me consta que es un hombre de nervios sólidos y falto de fantasía, que no se aparta nunca de la verdad. Con todo, parece, a simple vista, una historia tan vaga y tan improbable, que me opuse durante mucho tiempo a que la diese a luz. Sin embargo, he tenido, durante los últimos días, oportunidad de recoger, acerca del caso, varios testimonios independientes que arrojan nueva luz sobre el mismo. Acudí a Edimburgo para asistir a una reunión de la British Medical Association, y tropecé casualmente con el doctor P***, viejo compañero mío de Universidad, que ejerce actualmente en Saltash, Devonshire. Al hablarle yo de lo que le había ocurrido a mi hijo, me manifestó que él conocía mucho al hombre en cuestión, y procedió, con gran sorpresa mía, a describírmelo de manera que coincidía de un modo extraordinario con los datos del Diario, salvo en que mi amigo lo representó como más joven. Según el relato que me hizo, el capitán del Polestar estuvo comprometido con una joven de extraordinaria belleza que residía en la costa de Cornwall. Durante una ausencia de aquel hombre, la novia había muerto en circunstancias extraordinariamente terribles.

EL DEMONIO DE LA TONELERÍA

No fue tarea fácil la de remontar el Gamecock hasta el interior de la isla, porque la ría había arrastrado tanto fango, que los bajíos penetraban muchos kilómetros dentro del Atlántico. Apenas si se distinguía la costa cuando el primer rizo blanco de las rompientes nos previno del peligro que corríamos, y de allí en adelante navegamos con mucho tiento, con sólo la vela mayor y el foque, dejando bien a la izquierda las rompientes, tal como nos lo indicaba la carta de navegación. Más de una vez la quilla tocó el fondo arenoso (en ese momento calábamos algo menos de seis pies), pero tuvimos siempre impulso bastante y mucha buena suerte para seguir adelante hasta el final. La profundidad de las aguas se reducía con mucha rapidez, pero nos enviaron una canoa desde la factoría, y el piloto de raza krooboy nos condujo a menos de doscientas yardas de la isla. Una vez allí echamos el ancla, porque el negro nos indicó, a fuerza de gestos, que no era posible avanzar más. El color azul del mar se había convertido en color marrón del río, y, a pesar del cobijo que nos proporcionaba la isla, la corriente gorgoriteaba y se encrespaba a uno y otro lado de nuestra proa. Daba el río la impresión de estar salido de madre, porque sobresalía por encima de las raíces de las palmeras, y veíamos por todas partes, en aquella superficie fangosa y grasienta, troncos de árboles y restos de todas clases que la corriente había arrastrado.

Una vez seguros de que flotábamos sin peligro en nuestro anclaje, creí preferible iniciar en el acto la tarea de la aguada, porque aquel lugar me produjo la impresión de que rezumaba fiebres. Lo lento de la corriente, las orillas fangosas y llenas de charcos, el brillante verdor venenoso de la manigua, el húmedo vapor que flotaba en la atmósfera, todo, en una palabra, eran otras tantas indicaciones de peligro para quien fuese capaz de entenderlas. Despaché, pues, la lancha larga con dos grandes barricas, con cuyo contenido deberíamos tener agua suficiente hasta que tocásemos en San Pablo de Loanda. Yo, a mi vez, embarque en el chinchorro y me dirigí, remando, hasta la costa, porque se veía ondear por encima de las palmeras la bandera inglesa, que señalaba el lugar en que Armitage and Wilson tenían establecido su depósito comercial. Una vez que dejé atrás el bosque, surgió ante mí el depósito, que consistía en un edificio largo, bajo y enjalbegado, que tenía en la parte delantera una terraza profunda, con una pila inmensa de barriles de aceite de palmera amontonados a uno y otro lado. Una hilera de barcas de rompiente y de canoas se extendía a lo largo de la playa, y un único muelle pequeño se proyectaba dentro del río. Al final de ese muelle me esperaban dos hombres vestidos de blanco, con fajas rojas alrededor de la cintura. Uno de ellos era muy voluminoso y de barba entre cana. El otro era delgado y alto, de rostro pálido y alargado, medio oculto bajo el gran sombrero de forma de hongo. Este último me dijo cordialmente:

—Me alegro mucho de verle. Soy Walker, el agente de Armitage and Wilson. Permítame presentarle al doctor Severall, de la misma Compañía. No es cosa frecuente que aparezca por aquí un yate particular.

—Es el Gamecock —le expliqué—. Yo soy su propietario y su Capitán. Me apellido Meldrum.

—¿De exploración? —me preguntó.

—Soy lepidopterista, es decir, cazador de mariposas, y he venido recorriendo las costas occidentales desde el Senegal para abajo.

—¿Buena caza? —preguntó el doctor, mirándome con sus ojos pausados y estriados de amarillo.

—Llevo cuarenta cajones llenos. Hemos entrado para hacer aguada, y también por ver qué es lo que hay por aquí en mi especialidad.

Estas presentaciones y explicaciones dieron tiempo a que mis dos mozos negros amarrasen el chinchorro. Acto continuo caminé muelle atrás, llevando a cada lado a uno de mis nuevos amigos, que me asediaban a preguntas, porque llevaban muchos meses sin ver a ningún blanco.

—¿Que cómo lo pasamos? —dijo el doctor, una vez que empecé yo, a mi vez, a hacerles preguntas—. Nuestro negocio nos mantiene muy atareados, y en las horas de ocio charlamos de política.

—Sí, gracias a una merced especial de la Providencia, Severall es un izquierdista furibundo, y yo soy un unionista de los inquebrantables, de modo que todas las noches y durante dos buenas horas hablamos acerca del Home Rule.

—Y bebemos cocktails de quinina —dijo el doctor—. En la actualidad estamos ya bien empapados del producto; pero el año pasado nuestra temperatura normal solía oscilar por los 39°. Como consejero imparcial, yo no puedo recomendarle que permanezca en estos lugares mucho tiempo, a menos que se dedique a coleccionar bacilos lo mismo que colecciona mariposas. La desembocadura del rio Ogowai no será nunca un lugar como para que vengan las gentes a cuidar de su salud.

No hay nada más hermoso que la manera que tienen estos avanzados lejanos de la civilización de destilar un humorismo áspero, aprovechando la misma desolación en que viven, y poniendo no sólo cara valerosa, sino también divertida a las posibilidades que les proporcionan sus vidas. En todas partes, desde Sierra Leona hacia abajo, he encontrado los mismos fangales pestilentes, las mismas poblaciones aisladas y atacadas de fiebres e idénticos chistes malos. Hay algo que se acerca a lo divino en esta capacidad del hombre para sobreponerse al ambiente en que vive y para emplear su inteligencia en mofarse de las miserias que padece su cuerpo. El doctor dijo:

—Capitán Meldrum, la comida estará lista de aquí a media hora. Walker marchó a prepararla, porque esta semana le corresponde hacer el papel de dueña de casa. Mientras tanto, si es de su gusto, podemos darnos un paseo y yo le mostraré los panoramas de la isla.

El sol se había ocultado ya debajo de la línea de palmeras, y el arco inmenso del firmamento parecía por encima de nuestras cabezas el interior de una concha inmensa, llena de trémulas tonalidades de color de rosa y de iridiscencias delicadas. Ninguna persona que no haya vivido en un país donde el peso y el calor de una servilleta resultan insoportables sobre las rodillas, puede imaginarse el alivio celestial que aporta consigo el frescor de la noche. En esa atmósfera más suave y más pura, nos paseamos el doctor y yo por la pequeña isla, mientras él me iba señalando los detalles de sus almacenes y me explicaba cuál era la rutina de su trabajo.

—Éste lugar tiene cierta atmósfera novelesca —me dijo, contestando a unas observaciones mías sobre lo monótono de sus vidas—. Vivimos en el borde mismo del gran país desconocido. Por allí —y apuntó en dirección al Nordeste— penetró Du Chaillu, y descubrió la patria de los gorilas. Ése es el país de Gabon, es decir, el de los grandes monos. En esta otra dirección —y apuntó hacia el Sudeste—, nadie ha avanzado mucho. La región cuyas aguas recoge este río es prácticamente desconocida para los europeos. Todos los troncos que la corriente arrastra por delante de nosotros proceden de un país no descubierto todavía. Muchas veces habría querido yo estar mejor preparado en botánica, al encontrarme en el extremo oriental de la isla con orquídeas por demás raras y con plantas de aspecto sumamente curioso.

El lugar al que el doctor se refería era una playa de color marrón y en pendiente, en la que se veían por todas partes los restos de objetos arrastrados por las aguas del río. La playa terminaba a uno y otro lado en una curva puntiaguda, es decir, en un pequeño rompeolas natural, y entre ambas puntas quedaba una pequeña bahía de aguas poco profundas. Esa bahía estaba cubierta de vegetación flotante, y un único e inmenso tronco de árbol, astillado y embarrancado en el centro de la misma, cortaba la corriente que se encrespaba ligeramente contra su costado grueso y negro.

—Todo esto procede de países muy lejanos. Embarrancan en nuestra pequeña bahía, hasta que sobreviene una corriente mayor, que los vuelve a poner a flote y los arrastra mar adentro.

—¿Qué árbol es ése? —le pregunté.

—Me imagino que debe de tratarse de una especie de teca, pero que, a juzgar por su aspecto exterior, está completamente podrida. Por aquí pasan flotando toda clase de gruesos árboles de madera dura, para no decir nada de las palmeras. Hágame el favor de entrar aquí.

Me llevó a un edificio largo, en el que se veía una cantidad enorme de duelas de barril y de zunchos de hierro amontonados por todas partes, y me dijo:

—Éste es nuestro taller de tonelería. Nos envían las duelas en fardos, y nosotros mismos las juntamos, formando el barril. ¿No observa usted nada especialmente siniestro en este edificio?

Yo examiné por todas partes el techo alto de hierro acanalado, las blancas paredes de madera y el suelo de tierra. En un rincón descubrí un colchón y una manta.

—No veo nada que sea muy alarmante —le dije.

—Pues, sin embargo, hay aquí algo que se sale de lo corriente —me contestó—. ¿Ve usted esa yacija? Pues bien: me propongo dormir ahí esta noche. No quiero fanfarronear, pero creo que es una buena prueba para los nervios.

—¿Por qué?

—Pues porque han ocurrido algunas cosas raras. Usted hablaba de la monotonía de nuestras vidas, pero yo le aseguro que en ocasiones no pueden ser más emocionantes. Es mejor que regrese usted ahora a la casa, porque después de la puesta del sol empieza a levantarse de los pantanos la bruma febril. Fíjese: ahí puede ver cómo avanza cruzando el río.

Miré y vi unos largos tentáculos de bruma blanca que salía retorciéndose de entre el tupido verdor del bosque bajo y que reptaba en dirección a nosotros, por encima de la ancha superficie llena de remolinos del río color marrón. En el mismo instante el aire se volvió de pronto frío y húmedo.

—Ahí ha sonado el gong llamando a comer —dijo el doctor—. Si le interesa este asunto, le hablaré del mismo más tarde.

Me interesó muchísimo, porque viéndolo allí en la tonelería abandonada, sus maneras tenían un no sé qué de desasosiego y de misterio que excitó con gran fuerza mi fantasía. Era el doctor un hombre grueso, áspero y cordial: sin embargo, yo descubrí en sus ojos cuando miraba a su alrededor una expresión rara, una expresión que yo no calificaría de miedo, sino más bien la de un hombre que se mantiene alerta y en guardia. Cuando regresábamos a la casa, le dije:

—A propósito, usted me ha mostrado las chozas de gran número de sus obreros indígenas, pero no he visto a ninguno de éstos.

—Es cierto. Duermen en aquel pontón que hay allí enfrente —me contestó el médico, apuntando hacia una de las orillas.

—¿Cómo así? En ese caso no creo que necesiten las chozas.

—Hasta hace muy poco tiempo vivían en ellas, y sólo muy recientemente los hemos trasladado al pontón, hasta que vuelvan a recobrar un poco la confianza. Estaban todos ellos medio enloquecidos de miedo, y por eso les dejamos marchar. Actualmente no duerme nadie en la isla, fuera de Walker y yo.

—¿Y qué fue lo que los asustó? —pregunté.

—Eso nos vuelve a traer a la misma historia. Me imagino que Walker no tendrá inconveniente en que se lo cuente todo. No sé por qué razón andamos con misterios, aunque se trate, sin duda alguna, de un asunto bastante feo.

No volvió a hacer alusión alguna al tema durante la excelente comida que habían preparado en mi honor. Por lo visto, en cuanto las gavias blancas del Gamecock aparecieron al doblar el cabo López, aquellos hombres cariñosos empezaron a preparar su célebre guisado de pimienta —plato picante característico de la costa occidental— y a cocer sus ñames y batatas. Fue una comida inmejorable, al estilo indígena, y nos sirvió un inteligente camarero negro de Sierra Leona. Estaba yo a punto de hacer notar a mis huéspedes que ese hombre, por lo menos, no había tomado parte en la fuga general, cuando, después de colocar los postres y el vino encima de la mesa, se llevó la mano al turbante y preguntó:

—¿Puedo hacer algo más. Mr. Walker?

—No, Mussa; creo que todo está completo —contestó mi anfitrión—. Sin embargo, no me siento muy bien esta noche, y me gustaría mucho que te quedases en la isla.

Observé en la negra cara del africano la lucha entre sus temores y su sentimiento del deber. La piel de su rostro había adquirido el color amoratado que equivale en los negros a nuestra palidez, y sus ojos miraban furtivamente en torno suyo. Por último, exclamó:

—No, no, Mr. Walker. Es preferible que venga usted conmigo al pontón, señor. En el pontón yo lo atendería mucho mejor, señor.

—Mussa, eso no puede ser. Los blancos no huyen de los puestos en que han sido colocados.

Nuevamente pude yo observar la lucha apasionada en la cara del negro, y nuevamente se sobrepusieron sus miedos.

—No puede ser, Mr. Walker, señor —exclamó—. Dios me valga, pero no puedo hacerlo. Quizá lo habría hecho ayer, y quizá lo haría mañana: pero ésta es la tercera noche, señor, y eso es superior a mis fuerzas.

Walker se encogió de hombros, y dijo:

—Lárgate, pues. Cuando llegue el barco del correo puedes regresar a Sierra Leona, porque yo no quiero servidores que me abandonen cuando más necesito de ellos. Capitán Melbrum, supongo que todo esto es un misterio para usted, si es que el doctor no se lo ha explicado.

—Le he enseñado al capitán Melbrum la tonelería, pero no le he contado el asunto —dijo el doctor Severall.

Y agregó, fijándose en su compañero:

—Walker, tiene usted mal aspecto. Creo que le amenaza un fuerte acceso.

—Sí; he sentido durante todo el día los temblores, y mi cabeza parece en estos instantes una bala redonda de cañón. Injerí tres granos de quinina y me cantan los oídos como si tuviera dentro una olla hirviendo. Pero esta noche dormiré con usted en la tonelería.

—De ninguna manera, querido compañero. No quiero ni oír hablar de semejante cosa. Acuéstese inmediatamente, porque Melbrum sabrá disculparle; estoy seguro. Yo dormiré en la tonelería, y le aseguro que estaré aquí mañana antes del desayuno con su medicina.

Era evidente que Walker había sido atacado por uno de los violentos y súbitos accesos de fiebre remitente que son la plaga de las costas occidentales. Sus mejillas enjutas estaban encendidas y sus ojos brillaban por efecto de la fiebre. De pronto se sentó y empezó a canturrear con la voz chillona propia del delirio.

—Vamos, vamos, compañero, es preciso que te acostemos —dijo el doctor, y entre él y yo llevamos a su amigo al dormitorio.

Una vez allí, lo desvestimos, y de pronto, después de tomar un fuerte sedante, cayó profundamente dormido.

—Así pasará la noche sin dificultad —dijo el doctor cuando nos sentábamos y volvíamos a llenar nuestros vasos—. Unas veces me toca a mí y otras veces le toca a él, pero, por suerte, nunca hemos caído enfermos los dos a un tiempo. Me habría dolido el no estar en condiciones esta noche, porque tengo que aclarar un pequeño misterio. Le dije ya que me proponía dormir en la tonelería.

—Sí, eso me dijo usted.

Cuando hablé de dormir me refería a estar de guardia, porque esta noche no es de sueño para mí. La gente anda tan asustada, que ningún indígena se queda en la isla después de la puesta del sol, y yo me propongo averiguar esta noche cuál es la causa de semejante pánico. Ha sido costumbre de siempre el que durmiese en la tonelería un vigilante indígena para evitar que roben los zunchos de hierro. Pues bien: hará seis días que el vigilante desapareció, sin que hayamos podido descubrir el menor rastro suyo. Es una cosa muy rara, porque no ha faltado ninguna canoa, y porque estas aguas están infestadas de cocodrilos, siendo imposible que nadie cruce el río a nado. Resulta, pues, un completo misterio el paradero del individuo y la forma en que abandonó la isla. A Walker y a mí el hecho nos produjo simplemente sorpresa, pero a los negros les produjo pánico y empezaron a circular extraños relatos sobre ritos de los Vudús entre la gente. Pero el pánico se convirtió en estampida cuando, hace tres noches, desapareció también el nuevo vigilante de la tonelería.

—¿Qué fue de él? —le pregunté.

—No sólo no lo sabemos, sino que ni siquiera podemos hacer una hipótesis que explique los hechos. Los negros juran que hay en la tonelería un demonio que exige cada tres noches una víctima. Por nada del mundo se quedarían en la isla. Hasta Mussa, que es un muchacho bastante leal, ha sido capaz, según ha podido ver usted, de abandonar a su amo, atacado de fiebres, antes que pasar aquí la noche. Si hemos de seguir con esta factoría, es indispensable que devolvamos la tranquilidad a nuestros negros, y no veo otra manera mejor de conseguirlo que pasando yo mismo allí una noche.

Ésta es la tercera, de modo que, sea lo que sea, no puede dejar de presentarse.

—¿Pero no tienen ustedes alguna clave? —le pregunté—. ¿No se descubrió señal alguna de violencia, manchas de sangre, huellas de pies, nada en fin que permita hacer alguna suposición sobre la clase de peligro a que tiene usted que hacer frente?

—Absolutamente nada. Esos hombres desaparecieron, y nada más. El segundo de los dos fue el viejo Alí, que había tenido a su cargo el muelle desde que se fundó la factoría. Fue siempre tan firme como una roca, y sólo una acción criminal ha podido obligarle a faltar a su trabajo.

—Pues bien —le dije yo—: no creo que ésta sea tarea como para que se haga cargo de ella un hombre solo. Su amigo está rezumando láudano, y ocurra lo que ocurra, no le podrá prestar ayuda alguna. Tiene que autorizarme a que pase la noche con usted en la tonelería.

—Meldrum, eso es una acción magnífica por parte suya —me contestó cordialmente, y me estrechó la mano por encima de la mesa—. Es algo que yo no me habría arriesgado a pedir a un visitante casual, porque resulta excesivo; pero si de veras está usted decidido…

—¡Claro que estoy decidido muy de veras! Si usted me perdona unos momentos, llamaré al Gamecock desde la orilla para decirles que no me esperen.

Cuando regresábamos de la punta del muelle, nos llamó la atención el aspecto que presentaba la noche. Del lado de tierra se había formado una mole enorme de nubes de un color negro azulado, y el viento soplaba desde aquella dirección con vaharadas ardientes que parecían salir de la boca de un horno y que nos quemaban la cara. Por debajo del muelle, el río hervía y siseaba, lanzando pequeños escupitajos blancos sobre el maderamen.

—¡Por vida de…! —exclamó el doctor Severall—. Para colmo de nuestras dificultades, parece que se nos va a echar encima una inundación. Esta subida del río significa que han caído grandes lluvias en el interior, y cuando empieza nadie puede saber lo que va a durar. Antes de ahora hubo ya una inundación que anegó casi por completo la isla. Bien; si le parece, iremos a ver si Walker necesita de algo, y luego nos situaremos en nuestro puesto de guardia.

El enfermo estaba sumido en un sueño profundo, y así lo dejamos, después de exprimir algunas limas en un vaso que colocamos al alcance de su mano por si se despertaba con sed por efecto de la fiebre. Después, marchamos en dirección a la tonelería, por entre la lobreguez extraordinaria proyectada por la nube amenazadora. Había crecido tanto el río, que la pequeña bahía que antes he descrito había perdido por completo su forma, porque las aguas habían cubierto la península que la flanqueaba. La gran masa de troncos flotaba de un lado para otro, teniendo en su centro el enorme tronco negro.

—La inundación tiene para nosotros eso de bueno —dijo el doctor—. Se lleva mar adentro todos los restos de vegetación que el río va depositando en el extremo oriental de la isla. Estos que ve usted los trajo una pequeña crecida que hubo el otro día, y estarán ahí hasta que la inundación lo arrastre todo hasta el centro mismo de la corriente. Bien; aquí tiene usted mi habitación, y aquí tiene libros y mi tabaquera. Trataremos de pasar la noche lo mejor que podamos.

El gran local solitario tenía un aspecto muy adusto y temeroso a la luz de una única linterna. Fuera de las pilas de duelas y de los montones de zunchos no había absolutamente nada más que el colchón preparado para el doctor en un rincón. Improvisamos con las duelas un par de asientos y una mesa y nos preparamos a pasar una gran vigilia juntos. Severall había traído para mí un revólver, y él se había provisto de una escopeta de dos cañones. Cargamos las dos armas, y las dejamos con los gatillos levantados al alcance de nuestras manos. Aquel pequeño círculo de luz y las negras sombras que formaban arco por encima de nuestras cabezas eran tan melancólicos, que el doctor regresó a la casa y volvió con un par de velas. Sin embargo, uno de los costados del edificio de la tonelería tenía varias ventanas abiertas, y sólo pudimos evitar que el viento apagase las luces formando mamparas con las duelas.

El doctor, que parecía ser un hombre de nervios de hierro, se puso a leer un libro; pero yo me fijé en que de cuando en cuando lo colocaba sobre la rodilla y miraba con ansiedad en torno suyo. Yo, por mi parte, aunque intenté un par de veces ponerme a leer, no logré concentrar mis pensamientos en el libro. Siempre volvían hacia aquel gran local vacío y silencioso y hacia el siniestro misterio que su sombra proyectaba sobre el mismo. Esforcé mi cerebro por ver si encontraba una hipótesis capaz de explicar la desaparición de aquellos dos hombres. Se daba el hecho trágico de que habían desaparecido, sin que hubiese la menor prueba del porqué de su desaparición o de su destino. Y nosotros estábamos esperando en aquel mismo lugar; esperando, sin tener la más remota idea de lo que esperábamos. Yo tenía razón en decir que aquélla no era una tarea para un hombre solo. Tal como estábamos era ya bastante dura, pero ninguna fuerza del mundo habría sido capaz de obligarme a estar en aquel sitio sin un camarada que me acompañase.

¡Qué noche más interminable y fatigosa! Desde fuera nos llegaban el gorgoriteo y el palmoteo de las aguas del gran río, además del murmullo del viento que se iba levantando. En el interior reinaba el más absoluto silencio, únicamente interrumpido por nuestra respiración, por el ruido que hacían las hojas del libro cuando el doctor las volvía y por el zumbar agudo y chillón de algún mosquito. En una ocasión se me subió el corazón a la boca al caer súbitamente al suelo el libro de Severall y saltar él en pie, con la mirada fija en una de las ventanas.

—¿Vio usted algo, Meldrum?

—No, ¿y usted?

—Tuve una vaga sensación de que algo se movía del lado de afuera de la ventana.

Empuñó su escopeta y se acercó a ella.

—No, no se ve nada; y, sin embargo, yo juraría que algo cruzó por delante de ella lentamente.

—Sería quizá alguna hoja de palmera —dije yo, porque el viento se iba haciendo a cada instante más fuerte.

—Es muy probable —me contestó él.

Y volvió a reanudar la lectura, aunque sus ojos lanzaban a cada momento rápidas miradas de recelo hacia la ventana. Yo también miraba, pero en el exterior todo estaba tranquilo.

El estallido de la tormenta llevó nuestros pensamientos en una nueva dirección. Un relámpago deslumbrador fue seguido por un retumbo que conmovió el edificio. Una vez y otra se fueron produciendo los blancos resplandores seguidos instantáneamente por el trueno, como el fogonazo y el estampido de una monstruosa pieza de artillería, y de pronto vino la lluvia tropical, redoblando con estrépito interminable en la techumbre de hierro acanalado de la tonelería. El enorme local vacío retumbaba lo mismo que un gran tambor. Desde las tinieblas brotaba una extraña mezcolanza de ruidos: gorgoteos, chasquidos, zumbidos, burbujeos, arrastre de aguas, goteo…, es decir, todos los sonidos líquidos que es capaz de producir la Naturaleza, desde el siseo y palmoteo de la lluvia hasta el retumbo profundo y constante del gran caudal de las aguas de un río. Horas y horas ese alboroto se fue haciendo más potente y más consistente.

—¡Por vida de… —dijo Severall—, que vamos a tener la más grande inundación de todos estos tiempos! Bien, aquí tenemos el alba, que llega como una bendición. De todos modos, hemos acabado por lo menos con la superstición de la tercera noche.

Una luz gris se filtraba por el interior del local, y un instante después se hizo de día. La lluvia había cesado; pero el río, de color café, pasaba bramando igual que una catarata. La fuerza que llevaba me hizo temer por el ancla del Gamecock, y dije:

—Tendré que ir a bordo, porque si la corriente arrastra el yate, no habrá manera de que vuelva a remontar el río.

—La isla actúa de rompeolas —me contestó el doctor—. Si me acompaña usted hasta la casa, puedo servirle una taza de café.

Yo estaba helado e incómodo, de manera que aquella invitación me pareció muy bien. Abandonamos la siniestra tonelería sin haber aclarado todavía su misterio, y cruzamos chapoteando hasta la casa.

—Ahí tiene la lámpara de alcohol. Mientras usted la enciende, voy a ver qué tal está Walker esta mañana.

Se dirigió al dormitorio, pero un instante después regresaba con expresión de espanto en la cara, y me gritó con voz ronca:

—¡Otro!

Esas palabras hicieron que corriese por todo mi cuerpo un escalofrío de espanto. Me quedé mirándole fijamente con la lámpara en la mano, y él repitió:

—¡Sí, otro! ¡Venga y vea!

Le seguí sin pronunciar palabra, y lo primero que vi al entrar en el dormitorio fue a Walker mismo, que estaba como arracimado sobre su cama, vestido con la ropa de noche de franela gris, que yo mismo le había ayudado a ponerse la noche anterior.

—Pero, ¡cómo!, ¿muerto? —exclamé adeante.

El doctor estaba terriblemente emocionado, y le temblaban las manos como hojas sacudidas por el viento.

—Lleva muerto varias horas.

—¿La fiebre acaso?

—¿La fiebre? ¡Fíjese en su pie!

Miré según me decía y se me escapó un grito de espanto. Uno de los pies estaba, no simplemente dislocado, sino vuelto completamente hacia atrás, en un retorcimiento de lo más grotesco.

—¡Santo Dios! —exclamé—. ¿Quién ha podido hacerle esto?

Severall había apoyado su mano en el pecho del muerto, y cuchicheó:

—Palpe usted aquí.

Coloqué mi mano en el mismo lugar. No ofrecía resistencia. El pecho Y todo el busto estaban absolutamente blandos y fláccidos. Producían el mismo efecto que si se presionase una muñeca de serrín.

—El esternón ha desaparecido —dijo Severall con el mismo susurro temeroso—. Está roto en pedazos. Gracias a Dios que se hallaba bajo los efectos del láudano. Puede usted ver por su cara que murió durmiendo.

—Pero ¿quién ha podido hacer esto?

—Yo no puedo resistir más —dijo el doctor, enjugándose la frente—. No creo ser más cobarde que mis convecinos, pero esto es superior a mis fuerzas. Si usted se marcha al Gamecock…

—¡Vamos allá! —dije, y nos pusimos en camino. Si no nos lanzamos a la carrera, fue porque lo mismo el uno que el otro deseábamos mantener un último vestigio de dignidad mutua. Era peligroso viajar con una canoa de poco peso en aquel rio tan crecido, pero ni un solo instante nos detuvimos a pensar en ello. Él achicando el agua y yo remando con la pala, llegamos con bien hasta la cubierta de mi yate. Una vez allí, con doscientas yardas de agua entre nosotros y aquella isla maldita, volvimos a sentirnos otra vez dueños de nosotros mismos.

—Regresaremos dentro de una hora, más o menos —dijo él—. Pero nos hace falta un poco de tiempo para recobrar la serenidad. Ni por todo el salario de un año habría yo permitido que los negros me viesen tal como estaba hace un rato.

—Le he dicho al camarero que prepare el desayuno. Después regresaremos —le contesté—. Pero, por amor de Dios, doctor Severall, ¿qué idea tiene usted de todo eso?

—Es algo superior a mí; es algo de lo que no tengo ni idea. He oído hablar de los crueles ritos de los Vudú, y me he reído de ellos ante los demás. Pero que ese pobre Walker, un ciudadano inglés, honrado, temeroso de Dios, decimonónico, de la Prinrose-League, vaya a su tumba de esa manera, sin un solo hueso entero en su cuerpo, me da temblores, no lo niego. Pero oiga, Meldrum: ¿es que se ha vuelto loco ese marinero suyo, o es que está borracho, o qué le pasa?

—El más viejo de los hombres de mi tripulación, Patlterson, hombre tan inconmovible como las pirámides, había sido colocado en la proa con un bichero para apartar a uno y otro lado los troncos que arrastraba la corriente. En ese momento lo vimos con las rodillas dobladas, mirando fijamente delante de él, y apuñalando una y otra vez el aire con el dedo índice.

—¡Miren eso! ¡Miren eso! —vociferó.

Y en ese mismo instante vimos de qué se trataba.

Un enorme tronco de árbol negro venía río abajo, y las aguas golpeaban apenas su parte superior, ancha y reluciente. Delante del mismo —unos tres pies por delante—, arqueada hacia arriba, igual que el mascarón de proa de un barco, se alzaba una cabeza espantosa, balanceándose lentamente de un lado a otro. Era una cabeza aplastada, maligna, tan grande como un barril pequeño de cerveza, de un apagado color fungoso, pero el cuello que la sostenía estaba moteado de manchas amarillentas y negras. En el momento en que cruzó por delante del Gamecock entre los remolinos de las aguas, distinguí dos enormes anillos que salían de un gran hueco que tenía el interior del árbol, y la cabeza repugnante se alzó de pronto a una altura de ocho o diez pies, mirando hacia el yate con ojos mortecinos, recubiertos de piel. Un instante después, el árbol había dejado atrás al yate y se lanzaba con su horrible viajera hacia el Atlántico.

—¿Qué es eso? —grité.

—Es nuestro demonio de la tonelería —dijo el doctor Severall, e instantáneamente volvió a ser el hombre áspero, seguro de sí mismo, que yo había conocido el día anterior—. Sí, ése es el demonio que tenía embrujada nuestra isla. Es la gran serpiente pitón del Gabón.

Entonces recordé los relatos que había oído a todo lo largo de la costa sobre las monstruosas boas constrictor del interior del continente, de su apetito periódico y de las consecuencias bárbaras de su estrujamiento mortal. Entonces se me representó lo ocurrido con toda claridad. La semana anterior había habido una pequeña crecida, que arrastró río abajo, dentro del hueco de aquel tronco gigantesco, a su espantosa ocupante. ¿Quién sabe desde qué lejano bosque tropical venía? El tronco quedó embarrancado en la pequeña bahía oriental de la isla. La tonelería era el edificio más próximo. Por dos veces, cuando le acometió el hambre, se llevó al vigilante.

La noche anterior volvió por allí, sin duda alguna, cuando Severall creyó ver que algo se movía cerca de la ventana, pero nuestras luces la hicieron alejarse de allí. En vista de eso, siguió reptando hacia adelante y había matado al pobre Walker, que estaba durmiendo.

—¿Y por qué no se lo llevó? —pregunté.

—Seguramente que los truenos y relámpagos la asustaron y la alejaron de allí. Meldrum, ahí está su mozo de comedor. Cuanto antes nos desayunemos y regresemos a la isla, mejor será, para evitar que esos negros piensen que nos hemos asustado.

EL VIAJE DE MR. JELLAND

-Verán ustedes —dijo nuestro anglo-japonés en el momento en que todos nosotros acercábamos nuestros sillones para colocarlos alrededor de la chimenea del salón de fumar—. Esto que voy a contarles es allí cuento viejo, y es posible que haya aparecido ya en letras de molde. Yo no quiero convertir este salón de reunión en un puesto de castañas, pero queda mucho viaje hasta el mar Amarillo, y es muy probable que ninguno de ustedes haya oído hablar nunca de la balandra Matilda y de lo que a bordo de ella les ocurrió a Henry Jelland y a Willy McEvoy.

Los años de la mitad de la década del setenta fueron muy movidos, allá en el Japón. Fue poco después del bombardeo de Simonosaki y antes del asunto del Daimio. Existía entre los naturales del país un partido de la aristocracia y existía también un partido liberal, consistiendo la diferencia que los separaba en la cuestión de si a los extranjeros había que cortarles o no el pescuezo. Les digo a ustedes que todas las cuestiones políticas las he encontrado desde entonces insustanciales. Viviendo en uno de los puertos abiertos al exterior por los tratados, no tenía uno más remedio que estar siempre ojo avizor y tomar mucho interés en la política del país. Para colmo de emoción, el extranjero no tenía medio de saber cómo andaba el juego. Si ganaba la oposición, no se publicaría en un periódico un anuncio haciéndoselo saber; el paso inmediato sería ver entrar por la puerta a un antiguo aristócrata revestido de traje de cota de malla y con una espada en cada mano, que nos enteraría de todo a fondo con un solo cintarazo de abajo arriba.

Como es natural, cuando los hombres viven al borde de un volcán de esa clase se hacen despreocupados y temerarios. Al principio se sobresaltan, pero llega un momento en que aprenden a disfrutar de la vida mientras no se la quitan. Les digo a ustedes que no hay nada que embellezca tanto la vida como la sombra de la muerte cuando empieza a proyectarse sobre aquélla. Entonces resultan las horas demasiado preciosas para malgastarlas, y los hombres saborean todos los minutos de las mismas. Así lo hacíamos en Yokohama. Había muchas casas europeas de recreo que tenían que seguir funcionando, y los hombres que trabajaban en ellas las animaban y alegraban durante siete noches por semana.

Uno de los miembros más destacados de la colonia europea era el gran comerciante exportador Randolph Moore. Tenía sus oficinas en Yokohama, pero se pasaba una gran parte de su tiempo en su casa de comercio de Yedo, que acababa de abrirse al público. Cuando él estaba ausente, dejaba sus asuntos a cargo de su jefe de escritorio, Jelland, del que tenía pruebas de que era hombre de gran energía y resolución. Pero ya saben ustedes que la energía y la resolución son cualidades de doble filo, y cuando se emplean en contra de uno resultan bastante desagradables.

Lo que descarrió a Jelland fue el juego. Era un hombre pequeño, de ojos negros y cabellos negros ensortijados, con tres cuartas partes de celta, según yo creo. Se le veía todas las noches de la semana en el mismo lugar, es decir, a la izquierda del croupier del establecimiento de Matheson, junto a la mesa del rouge et noir. Durante mucho tiempo fue ganando, y vivía con más pompa que su mismo jefe. De pronto, la suerte dio vuelta y empezó a perder tanto, que al cabo de una sola semana su socio y él estaban en quiebra, sin un solo dólar en sus cuentas corrientes.

El socio era otro empleado de la misma casa, un joven inglés alto y rubio, apellidado McEvoy. Al principio era un muchacho bastante bueno, pero resultaba como de arcilla en las manos de Jelland, que lo moldeó en una especie de modelo débil de sí mismo. Ambos andaban siempre juntos al merodeo, pero era Jelland quien guiaba y McEvoy el que le seguía. Lynch, yo y una o dos personas más tratamos de hacer comprender al más joven que por aquel camino terminaría mal; cuando le estábamos hablando resultaba fácil convencerlo, pero Jelland deshacía en cinco minutos lo que nosotros habíamos conseguido. Es posible que aquello obedeciese a un simple magnetismo fisiológico, o como ustedes quieran llamarlo; el hecho es que el hombre pequeño era capaz de arrastrar al mayor lo mismo que un remolcador de sesenta pies arrastra una embarcación de aparejo completo. Habían perdido ya todo su dinero y seguían ocupando sus sillas delante de la mesa, para mirar con ojos centelleantes a los que arramblaban con las fichas.

Pero una noche ya no pudieron aguantar más. El colorado había salido dieciséis veces seguidas, y aquello decidió a Jelland. Cuchicheó algo al oído de McEvoy, y luego habló unas palabras al croupier.

—Claro que sí, Mr. Jelland —le dijo—. Su cheque es tan bueno como los billetes de banco.

Jelland garrapateó un cheque y lo puso al negro. Salió el rey de corazones, y el croupier arreó con el trozo de papel. Jelland se puso furioso y McEvoy se puso lívido. Jelland garrapateó un cheque por una suma mayor y lo colocó en la mesa. Salió el nueve de diamantes. McEvoy apoyó la cabeza en las manos, como si fuese a desmayarse, y Jelland refunfuñó: «¡Por vida de… que no me doy por vencido!» Y colocó en la mesa otro cheque, que sumaba tanto como los dos anteriores. Salió el dos de corazones. Momentos después caminaban por el Bund adelante, sintiendo cómo el frescor de la noche jugueteaba en sus caras enfebrecidas. Jelland, encendiendo un cigarro trompetilla, dijo a su compañero:

—Supongo que ya comprenderás lo que esto significa. Significa que tendremos que transferir una cantidad de dinero de la casa a nuestra cuenta corriente. No hay por qué hacer aspavientos por una cosa así. El viejo Moore no revisará los libros antes de la Pascua de Resurrección. De aquí a entonces, con un poco de suerte, nos costará poco reponer la cantidad.

—¿Y si nos falla la suerte? balbució McEvoy.

—Bueno, hombre, hay que tomar las cosas tal como vienen. Tú no te apartas de mí, y yo sigo pegado a ti, y entre los dos saldremos adelante. Mañana por la noche serás tú quien firme los cheques, y vamos a ver si tienes mejor suerte que yo.

Pero si la suerte varió, fue para empeorar. La noche siguiente, cuando la pareja se levantó de la mesa, llevaba gastadas más de cinco mil libras del dinero de su jefe. Pero Jelland, hombre resuelto, seguía siendo optimista, y dijo:

—Tenemos por delante nuestras buenas nueve semanas para cuando sean revisados los libros. Es preciso que sigamos jugando, y todo se arreglará al final.

McEvoy regresó aquella noche a sus habitaciones, presa de la más angustiosa vergüenza y de los más vivos remordimientos. Cuando se encontraba junto a Jelland, era éste quien le proporcionaba fortaleza; pero cuando estaba solo se daba cuenta de lo peligroso de su situación, y la imagen de su anciana madre, que vivía en Inglaterra, y que tanto se enorgulleció cuando el hijo suyo recibió el nombramiento para el cargo, se alzaba con su cofia blanca para llenarlo de remordimiento y de desesperación. Todavía estaba sin dormir, revolviéndose en su cama, cuando entró en el dormitorio su criado japonés. McEvoy creyó por un instante que se había producido la sublevación, y se lanzó a buscar su revólver. Después escuchó, con el corazón en la boca, el mensaje que le había traído el criado.

Jelland estaba en la planta baja, y quería hablar con él.

¿Qué diablos podía querer a semejantes horas de la noche? McEvoy se vistió precipitadamente y corrió escaleras abajo. Su compañero, con sonrisa forzada que desmentía la palidez mortal de su rostro, estaba sentado a la tenue luz de una vela solitaria, y tenía en la mano una hoja de papel.

—Willy, siento mucho tener que venir a despertarte —le dijo—. Supongo que nadie puede oírnos, ¿verdad?

McEvoy movió negativamente la cabeza. No atrevía siquiera a hablar.

—Bueno, nuestro jueguecito se ha terminado. Me encontré en casa con esta carta. Me la envía Moore, y me dice que el lunes por la mañana estará aquí para hacer un examen de la contabilidad. Nos coloca en situación apurada.

—¡El lunes! —jadeó McEvoy—. Hoy es viernes.

—Sábado, hijo mío, porque son las tres de la madrugada. Nos queda poco tiempo para maniobrar.

—¡Estamos perdidos! —chilló McEvoy.

—Lo estaremos muy pronto si tú armas un alboroto tan infernal —le dijo Jelland con aspereza—. Pues bien, Willy, yo te digo que todavía saldremos con bien del paso.

—Haré cualquier cosa, cualquier cosa.

—Eso ya está mejor. ¿Dónde tienes el whisky? Es una hora infame para que uno se mantenga erguido, pero no podemos ablandarnos, porque, de lo contrario, estamos perdidos. En primer lugar, yo creo que tenemos algunos deberes con nuestra parentela. ¿No opinas tú lo mismo?

McEvoy se le quedó mirando con ojos dilatados.

—Es preciso que los dos nos salvemos o caigamos juntos. Yo, por mi parte, estoy bien resuelto a no comparecer por nada del mundo ante un tribunal, bajo la acusación de felonía. ¿Ves? Estoy dispuesto a jurarlo. ¿Y tú?

—¿Qué quieres decir? —preguntó McEvoy, retrocediendo.

—Mira, muchacho: todos tenemos que morir, y no hay más que apretar un gatillo. Yo juro que jamás me cogerán vivo. ¿Juras tú? Si no lo juras, te dejo abandonado a tu destino.

—Perfectamente; haré cuanto a ti te parezca bien.

—¿Lo juras?

—Sí.

—Pues bien: es preciso que estés a la altura de tu palabra. Disponemos de dos días completos para largarnos de aquí. La balandra Matilda está en venta, con todos sus aparejos y accesorios, y abundantes provisiones de conservas a bordo. Mañana por la mañana lo compraremos todo, y también compraremos otras cosas que nos serán necesarias, y después nos lanzaremos con ella al mar. Pero antes arramblaremos con todo lo que queda en las oficinas. Hay en la caja fuerte cinco mil soberanos. Nos los llevaremos después de oscurecer a la balandra, y correremos el albur de llegar a California. No es cosa para vacilar, hijo mío, porque, hacia dondequiera que nos volvamos, no existe salvación posible. O eso, o nada.

—Haré lo que me aconsejes.

—Perfectamente, y ten cuidado mañana de presentarte con cara alegre, porque si Moore recibe la noticia y se presenta antes del lunes… Como final de la frase se golpeó con la punta del índice encima del bolsillo del pecho de su chaqueta y miró a su socio con ojos preñados de un sentido siniestro.

Sus planes para el día siguiente les salieron a pedir de boca. La balandra Matilda fue adquirida sin dificultad, y, aunque era una embarcación muy pequeña para un viaje tan largo, tampoco habrían sido capaces de manejarla dos hombres si hubiese sido más voluminosa. Se cargó durante el día el agua necesaria, y los dos empleados se llevaron, después de oscurecido, el dinero de la caja fuerte y lo depositaron en la bodega. Para antes de medianoche habían embarcado todos los objetos de su propiedad sin despertar sospechas, y a las dos de la madrugada soltaron amarras y salieron silenciosamente de entre las demás embarcaciones. Fueron vistos, desde luego, y se les tomó por balandristas entusiastas que salían a realizar un largo crucero dominical; pero a nadie se le ocurrió que el crucero podía lo mismo terminar en la costa de Norteamérica, que en el fondo del océano Pacífico del Norte. Con grandes esfuerzos lograron izar la vela mayor y largar la de trinquete y el foque. Soplaba una brisa ligera desde el Sudeste, y la pequeña embarcación avanzó con la proa inclinada. Sin embargo, cuando estaban a siete millas de distancia de la costa, cesó de soplar el viento y se quedaron en calma chicha, alzándose y bajando sobre el largo oleaje de un mar de cristal. En todo el día del domingo no avanzaron una sola milla, y por la noche seguía viéndose Yokohama en el horizonte. Randolph Moore llegó el lunes por la mañana desde Yedo, y marchó directamente a las oficinas. Alguien le había hecho llegar la noticia de que sus empleados gastaban más de la cuenta, y eso fue lo que le hizo trasladarse a Yokohama saliéndose de la rutina; pero cuando llegó a su casa de negocio y se encontró a los tres empleados subalternos esperando en la calle con las manos en los bolsillos, se dio cuenta de que se trataba de un asunto grave.

—¿Qué pasa? —preguntó. Era hombre de acción y que no se andaba en contemplaciones cuando arriaba sus masteleros.

—Que no podemos entrar —contestaron los empleados.

—¿Dónde está Mr. Jelland?

—No ha venido hoy.

—¿Y Mr. McEvoy?

—Tampoco ha venido.

Randolph adoptó una expresión seria y dijo:

—Hay que echar abajo la puerta.

En aquel país de terremotos no suelen construir muy sólidas las casas, y les bastaron un par de empujones para entrar en las oficinas. Lo que allí vieron lo explicaba todo: la caja fuerte abierta, el dinero desaparecido y los empleados en fuga. El dueño de la casa no perdió tiempo en palabras vanas:

—¿Dónde se les vio por última vez?

—El sábado compraron la balandra Matilda y salieron a realizar un crucero.

—¡El sábado! Si habían dispuesto de un par de días de ventaja, la cosa, no parecía tener remedio. Sin embargo, quizá hubiese un asomo de posibilidad. Corrió a la playa y recorrió el horizonte con sus gemelos.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. Allá lejos se divisa la Matilda. La conozco por la inclinación de su mástil. Después de todo, voy a poder echar el guante a esos canallas.

Pero allí tropezó con un obstáculo. No había ninguna lancha que tuviese las calderas a presión, y el impaciente mercader no tuvo paciencia para esperar. Las nubes iban formando grandes masas sobre la grupa de las colinas, y todo indicaba un cambio inminente de tiempo. Randolph Moore vio una lancha de policía que estaba preparada para entrar en acción y que tenía a bordo diez hombres armados; empuñó él mismo la palanca del timón y salió a toda velocidad en persecución de la balandra, que estaba en calma chicha.

Jelland y McEvoy esperaban, cansados, la brisa que no acababa de llegar; vieron aquella mancha negra que salió de la sombra proyectada por la tierra y que se fue haciendo mayor a cada golpe de remo de sus tripulantes. Cuando estuvo más cerca, vieron también que venía llena de hombres, y el brillo de las armas les hizo comprender de qué clase de hombres se trataba. Jelland estaba apoyado en la caña del timón, y miró sucesivamente al firmamento amenazador, a las velas lacias y a la barca que se aproximaba, y dijo:

—Willy, ésos vienen por nosotros. ¡Vive Dios que somos dos desgraciados sin suerte alguna, porque en ese cielo hay viento, y antes de una hora habría soplado sobre nosotros!

McEvoy gimió:

—Muchacho, nada se adelanta con lamentaciones —le dijo Jelland—. Esa lancha es, sin duda alguna, de la policía, y allí está el viejo Moore haciéndoles remar como condenados. Les habrá prometido diez dólares a cada uno.

Willy McEvoy se acurrucó contra el costado de la embarcación, con las rodillas en la cubierta, sollozando:

—¡Madre mía! ¡Pobrecita madre mía!

—Por lo menos, nadie podrá decirle que su hijo ha tenido que comparecer ante un tribunal —exclamó Jelland—. Mi familia nunca hizo gran cosa por mí; pero yo haré por ellos siquiera esto. No hay remedio, Mac. Démonos un apretón de manos. ¡Que Dios te bendiga, viejo! ¡Aquí está la pistola!

Levantó el gatillo y ofreció la culata al más joven; pero éste retrocedió lanzando pequeños gritos y jadeos. Jelland miró la lancha que se acercaba, y que estaría a unos pocos centenares de yardas de distancia:

—No hay tiempo de andarse con tonterías —le dijo—. ¡Por vida de…, hombre! ¿De qué sirve el acobardarse? ¡Tú lo juraste!

—¡No, no, Jelland!

—Bueno, en todo caso yo juré que no nos echarían el guante a ninguno de los dos. ¿Lo harás?

—¡No puedo, no puedo!

—Pues entonces, lo haré yo por ti.

Los remeros de la lancha le vieron inclinarse hacia adelante, oyeron dos tiros de revólver y vieron cómo se doblaba cruzando la palanca del timón; pero entonces, antes de que se hubiese disipado el humo, se dieron cuenta de que ellos mismos tenían que pensar en otra cosa.

En aquel mismo instante estalló la tormenta, una de las turbonadas repentinas que son tan corrientes en aquellos mares. La Matilda se inclinó, sus velas se hincharon, hundió su amurada de babor en una ola, y salió disparada lo mismo que cierva perseguida. El cadáver de Jelland había atascado el timón, y la balandra siguió su ruta en línea recta, empujada por el viento, y se perdió a lo lejos dando saltos sobre la superficie del mar revuelto, lo mismo que una hoja de papel arrastrada por el viento. Los remeros trabajaron con verdadero frenesí, pero la balandra seguía escapándoseles, y antes de cinco minutos se había metido en lo más furioso de la tormenta destructora. Ya no volvería a ser vista por nadie. La lancha retrocedió, y llegó a Yokohama a punto de zozobrar por la cantidad de agua que había embarcado.

Así es como la balandra Matilda, con un cargamento de cinco mil libras y una tripulación de dos jóvenes ya muertos, se lanzó a cruzar el Océano Pacífico. Nadie sabe cuál fue el final del viaje de Jelland. Quizá naufragó en aquella tempestad, o quizá algún astuto barco mercante la recogió, quedándose con el dinero y callándose todo lo demás; y quizá sigue todavía navegando por la inmensa soledad de las aguas, empujada en dirección Norte, hacia el mar de Behring, o en dirección Sur, hacia las islas Malayas. Es preferible cuando se cuenta una historia auténtica, dejarla sin terminar, a agregarle un apéndice fantástico.

LA RELACIÓN DE J. HABAKUK JEPHSON

En el mes de diciembre del año 1873 entró en el puerto de Gibraltar el barco británico Dei Gratia, trayendo a remolque el bergantín abandonado Marie Celeste, al que había recogido a los 38° 40' de latitud Norte y a los 17° 15' de longitud Oeste. En el estado y en el aspecto de la embarcación abandonada se daban determinadas circunstancias que despertaron en su tiempo considerables comentarios y excitaron una curiosidad que no ha sido nunca satisfecha. Esas circunstancias de que hablamos fueron resumidas en un artículo oportuno que apareció en la Gibraltar Gazette. Si mi memoria no me engaña, pueden, quienes sientan curiosidad, satisfacer ésta en el número correspondiente al 4 de enero de 1874. Sin embargo en atención a quienes se encuentren en la imposibilidad de consultar el número que cito, voy a insertar aquí algunos extractos que se refieren a las características principales del caso. Dice el anónimo escritor en la Gazette:

«Hemos estado personalmente a bordo del buque abandonado Marie Celeste, y hemos interrogado minuciosamente a los oficiales del Dei Gratia sobre todos los puntos que pudieran arrojar una luz en el asunto. Estos opinan que la embarcación llevaba días y quizá semanas abandonada cuando ellos la recogieron. El Diario de navegación que fue hallado en la cámara afirma que el Marie Celeste zarpó el día 16 de octubre del puerto de Boston con destino a Lisboa. Sin embargo, ese Diario ha sido llevado de un modo muy incompleto y apenas si suministra datos. No se hace en él ninguna referencia a temporales, y, a decir verdad, el estado en que se encuentra la pintura del barco y toda su arboladura hace desechar la idea de que lo hayan abandonado por esa razón. Su calafateo es perfecto y no hace agua por ningún lado. Tampoco se advierte señal alguna de violencias ni de luchas, y no hay absolutamente nada que explique la desaparición de sus tripulantes. Hay varios detalles que parecen indicar que viajaba a bordo una mujer, porque en la cámara se ha encontrado una máquina de coser, además de algunas prendas femeninas de vestir. Éstas pertenecen probablemente a la esposa del capitán, que, según consta en el Diario de navegación, acompañaba a su marido. Como una demostración del buen tiempo con que navegaron, está el detalle de que se encontró colocada verticalmente en la máquina de coser una bobina de seda, siendo cosa sabida que el más pequeño balanceo del barco la habría hecho caer al suelo. Las lanchas estaban intactas y colgadas de los brazos de suspensión; y el cargamento, que consistía en sebo y en relojes norteamericanos, estaba intacto. Una espada, de forma antigua, ha sido encontrada en el castillo de proa entre un montón de leña, y se asegura que en la hoja de dicha arma se advierte una estría longitudinal, como si hubiese sido enjugada recientemente. Ha sido puesta en manos de la Policía y sometida al examen del doctor Monaghan, especialista en análisis. Todavía no se ha hecho público el resultado de ese examen. Para terminar, podemos decir que el capitán Dalton, del Dei Gratia, marino capaz e inteligente, opina que es muy posible que la Marie Celeste haya sido abandonada a mucha distancia del lugar en que fue recogida, puesto que por dicha latitud pasa una fuerte corriente que procede de las costas de África. Confiesa, sin embargo, que no puede exponer una hipótesis capaz de explicar todos los hechos. En ausencia de cualquier clave o indicio de prueba, es de temer que el destino de la tripulación del Marie Celeste venga a constituir un misterio más del piélago, que habrá que agregar a los muchos que no se aclararán hasta el gran día en que el océano devuelva sus muertos. Si se ha cometido algún crimen, y acerca de ello existen fuertes sospechas, hay pocas esperanzas de que quienes lo cometieron comparezcan ante la justicia.»

Como suplemento de este extracto de la Gibraltar Gazette, voy a copiar un telegrama de Boston que apareció en todos los periódicos ingleses, y en el que se encierra toda la información que ha sido posible recoger acerca del Marie Celeste:

«Era un bergantín de ciento setenta toneladas de carga, pertenecía a White, Russel and White, importadores de vino de esta ciudad. El capitán, W. Tibbs, era un antiguo empleado de la firma, además de hombre de reconocida capacidad y de probada honradez. Iba acompañado de su mujer, que tenía treinta y un años, y del más pequeño de sus hijos, que tenía cinco. La tripulación la formaban siete hombres, entre los que se contaban dos de color y un muchacho. Iban en la embarcación tres pasajeros, uno de los cuales era el conocido especialista de enfermedades del pecho, establecido en Brooklyn, doctor Habakuk Jephson, que fue uno de los más destacados defensores de la abolición en los primeros tiempos del movimiento, y cuyo folleto titulado ¿Dónde está tu hermano? ejerció gran influencia en la opinión antes de la guerra. Los demás pasajeros eran: Mr. Harton, escribiente al servicio de la firma, y Mr. Septimus Goring, caballero mestizo, procedente de Nueva Orleans. A pesar de todas las pesquisas que se han realizado, no se ha conseguido hacer luz sobre la suerte que hayan podido correr estos cuatro seres humanos. La pérdida del doctor Jephson será lamentada tanto en los círculos políticos como en los científicos.»

He resumido así, en beneficio de los lectores, todo cuanto se sabe hasta ahora acerca del Marie Celeste y de su tripulación, ya que en el transcurso de los diez últimos años no se ha adelantado nada en lo referente a la aclaración del misterio. Y ahora tomo la pluma con el propósito de contar todo lo que yo sé del desdichado viaje. Lo considero como una obligación que tengo con la sociedad, puesto que ciertos síntomas, cuyo alcance yo conozco por haber tenido ocasión de estudiarlos en otras personas, me hacen pensar que antes de que transcurran pocos meses mi lengua y mi mano no estarán ya en condiciones de suministrar esta información. Como prefacio de mi relato, permítaseme decir que soy Joseph Habakuk Jephson, doctor en Medicina de la Universidad de Harvard y ex director de consultorio en el Samaritan Hospital, de Brooklyn.

Serán muchos, sin duda, los que se preguntaran cómo es que no he salido al frente hasta ahora, y por qué razón he consentido que se hiciesen tantas conjeturas y suposiciones sin negar su veracidad. Si con revelar yo los hechos que conozco se hubiese dado satisfacción a las finalidades de la justicia, yo los habría revelado sin vacilación alguna. Me pareció, sin embargo, que no había posibilidad de conseguir semejante resultado; y cuando traté, después de ocurrido el hecho, de exponer mi caso ante un funcionario inglés, dio éste muestras de una incredulidad tan ofensiva para mí, que decidí no volver a exponerme a ser tratado de manera tan indigna. Yo llego, sin embargo, a disculpar la descortesía del magistrado de Liverpool, cuando pienso en que mis propios parientes, que conocen mi carácter intachable, sólo acogieron con sonrisas de indulgencia mi relato, como si se tratara de las ilusiones imaginarias de un monomaníaco. Estigma semejante para mi veracidad dio lugar a una pelea que tuve con John Vanburger, hermano de mi mujer, y me afirmó en mi resolución de dejar que el asunto cayese en el olvido…, resolución que altero ahora a instancias de mi hijo. Para que mi relato resulte inteligible, tengo que contar de una manera superficial uno o dos incidentes de mi vida anterior que arrojan luz sobre los hechos posteriores.

Mi padre, William K. Jephson, fue predicador de la secta llamada de los Hermanos Plymouth y uno de los ciudadanos más respetados de Lowell. Al igual que la mayor parte de los puritanos de la Nueva Inglaterra, era un adversario resuelto del esclavismo, y yo recibí de labios suyos las enseñanzas que han caracterizado mi conducta en la vida.

Siendo todavía estudiante de Medicina en la Universidad de Harvard, me distinguí como abolicionista radical; y cuando, después de tomar el título, compré una participación de un tercio en el consultorio del doctor Willis, de Brooklyn, me las arreglé para compaginar mis deberes profesionales con la dedicación de una buena cantidad de tiempo a la causa que me era tan querida. Mi folleto ¿Dónde está tu hermano? (Swarburgh, Lister and Co., 1859) fue acogido con gran interés.

Cuando estalló la guerra, abandoné Brooklyn y me agregué al regimiento 113 de Nueva York, en el que serví toda la campaña. Me hallé presente en las batallas de Bull’s Run y de Gettysburg. Por último, caí gravemente herido en Antietam, y habría sucumbido probablemente en el campo de batalla de no haber sido por la bondad de un caballero de apellido Murray, que me llevó a su casa y me atendió con la mayor solicitud. Gracias a su caridad y a los cuidados de los criados negros, no tardé en poder pasearme por la plantación apoyado en una garrota. Durante ese período de mi convalecencia ocurrió un incidente que se halla íntimamente relacionado con mi relato.

Entre las negras que más solícitamente me atendieron mientras estuve en el lecho, había una, ya de edad, que parecía ejercer gran autoridad sobre las demás. Se mostró muy atenta conmigo, y por lo poco que ella y yo hablamos, deduje que me conocía de referencias y que me estaba agradecida por la defensa que yo había hecho de su raza oprimida.

Cierto día que yo me encontraba sentado y solitario en la terraza, tomando el sol y pensando en si debería reintegrarme ya al ejército de Grant, quedé sorprendido viéndola avanzar cojeando hacia mí. Después de mirar con mucha cautela en torno suyo, para asegurarse de que estábamos solos, le vi que tanteaba en el pecho por entre sus ropas y que sacaba un pequeño bolso de gamuza que tenía colgado del cuello con un cordel blanco. Se inclinó a mi oído y me dijo muy quedo lo siguiente:

—Señor, yo moriré pronto. Soy ya muy vieja. No permanezca mucho tiempo en la plantación de Mr. Murray.

Yo le contesté:

—Marta, tú puedes vivir todavía mucho tiempo. Ya sabes que soy médico, de modo que si te sientes enferma, me avisas y yo procuraré curarte.

—No quiero vivir; lo que quiero es morir. Yo voy a reunirme con el Señor celestial.

Y empezó a explicarme una de esas leyendas medio paganas a que son tan aficionados los negros.

—Pero hay una cosa, señor, que yo no tengo más remedio que dejar aquí cuando me muera, porque no puedo llevarla conmigo a través del Jordán. Es una cosa de grandísimo valor, mucho más valiosa y más sagrada que todas las demás cosas del mundo. Yo, que soy una pobre negra, tengo eso que le digo porque mi gente, que era de gran categoría, creyó que iba a volver a su antiguo país. Pero usted no puede comprender esto como lo comprenderían los negros. A mí me lo dio mi padre, y a mi padre se lo transmitió el suyo; pero ¿a quién se lo daré yo ahora? La pobre Marta no tiene hijos, no tiene parientes, no tiene a nadie. Los negros que veo a mi alrededor son mala gente. Las negras son mujeres muy estúpidas. Nadie es digno de poseer la piedra. Por eso me dije: «Aquí tengo al señor Jephson, que escribe libros y combate por la gente de color, y que es, con toda seguridad, un hombre bueno. Pues a él se la daré, aunque no pueda saber el alcance que tiene y de dónde vino».

Al llegar a este punto, la anciana negra rebuscó dentro del bolso de gamuza y sacó del mismo una piedra negra plana con un agujero en el centro; me la puso a la fuerza en la mano y me dijo:

—Tómela, tómela; una cosa buena nunca produce mal. Consérvela bien. ¡No la pierda nunca!

Y la anciana negra se retiró renqueando, de la misma manera que había venido, haciéndome un gesto de que tuviera cuidado, y mirando a todas partes para cerciorarse de que nadie nos había visto.

La seriedad con que se conducía aquella mujer me produjo más bien gracia que emoción, y si no me eché a reír mientras ella hablaba fue por no lastimar sus sentimientos. Después que ella desapareció, examiné detenidamente la piedra que me había dado. Era intensamente negra, de dureza extraordinaria y de forma ovalada, es decir, como uno de esos guijarros rodados que uno elegiría en una playa para tirarlos a gran distancia. Tendría unas tres pulgadas de larga y pulgada y media de anchura en el centro, pero estrechada y redondeada en las extremidades. Lo más curioso de ella era una especie de minúsculos canales en semicírculo que le daban la apariencia de una oreja humana. En conjunto, aquel nuevo objeto de que era propietario me interesó bastante y decidí someterlo, en la primera oportunidad, a título de muestra geológica, a mi amigo el profesor Shroeder, del Instituto de Nueva York. De momento, lo metí en el bolsillo, me levanté de mi silla y salí a dar un breve paseo por el arbustal, despreocupándome del incidente.

Como mi herida había cicatrizado casi, me despedí poco después de Mr. Murray. Los ejércitos de la Unión triunfaban por todas partes y convergían sobre Richmond, pareciéndome por ello innecesaria mi ayuda, y regresé a Brooklyn. Allí reanudé mi actividad médica y contraje matrimonio con la hija de Josiah Vanburger, grabador en madera muy afamado. Hice, en el transcurso de pocos años, muchas relaciones y adquirí notable reputación en el tratamiento de las enfermedades pulmonares. Todavía conservaba en el bolsillo mi piedra negra, y solía relatar con frecuencia la dramática historia del modo como llegó a poder mío. Seguí decidido a mostrársela al profesor Shroeder, y éste tomó el asunto con gran interés cuando le conté la anécdota, y se la entregué. Dictaminó que se trataba de un trozo de piedra meteórica, y me hizo notar que la semejanza que presentaba con una oreja humana no era puramente casual, sino obra de un esmeradísimo trabajo. Una docena de pequeños detalles anatómicos demostraban que quien la hizo era tan enterado como hábil. El profesor me dijo:

—No me extrañaría que haya sido arrancada de alguna estatua grande, aunque no alcanzo a comprender cómo fue posible trabajar con tal perfección un material tan duro. Si ha sido arrancada de una estatua, me interesaría muchísimo conocer ésta.

Eso era lo que yo pensaba entonces, pero posteriormente he cambiado de opinión.

Mi vida transcurrió tranquila y sin sucesos notables durante los siete u ocho años siguientes. Las primaveras siguieron a los inviernos y los veranos a las primaveras sin que hubiese variación alguna en mis ocupaciones. Como la clientela iba creciendo, admití como socio, con una cuarta parte en los beneficios, a J. S. Jackson. Sin embargo, el esfuerzo constante se había dejado sentir sobre mi organismo, y acabé sintiéndome tan mal, que mi esposa insistió en que consultase con el doctor Kavanagh Smith, colega mío en el Samaritan Hospital. Este compañero me examinó, dictaminando que el vértice de mi pulmón izquierdo se hallaba en estado de endurecimiento, y me recomendó al mismo tiempo que me sometiese a un tratamiento médico y emprendiese un largo viaje por mar.

Mi propio carácter, que es naturalmente inquieto, me inclinó fuertemente a poner en práctica esta última parte de sus consejos. El asunto quedó resuelto definitivamente en una entrevista que celebré con el joven Russell, de la razón social White, Russell and White, que me ofreció pasaje en uno de los barcos de su padre, el Marie Celeste, que estaba a punto de zarpar de Boston. Me dijo que se trataba de una embarcación pequeña, pero muy cómoda, y que el capitán Tibbs era un hombre excelente. Agregó que para un hombre inválido no había nada tan beneficioso como un viaje en barco de vela. Yo participaba de esa misma opinión, de modo que cerré trato en el acto mismo.

Mi proyecto primitivo era que mi esposa me acompañase. Sin embargo, nunca resistió bien los viajes por mar, y hubo, por parte de la familia, razones poderosas para no exponerla, por aquel entonces, a los peligros de un viaje, de modo que decidimos que permaneciese en casa. Yo no soy hombre religioso ni muy efusivo; pero doy gracias a Dios por tal resolución. En cuanto a abandonar mi consultorio, no me costó gran trabajo, porque mi socio, Jackson, era hombre trabajador y digno de confianza.

Llegué a Boston el día 12 de octubre de 1873, y me dirigí inmediatamente a las oficinas de la Compañía para darles las gracias por su atención. Me encontraba en la sala, dándoles tiempo para que pudieran atenderme; de pronto, las palabras Marie Celeste atrajeron mi atención. Me volví para ver quién las había pronunciado, y descubrí a un hombre muy alto y muy seco que, de codos sobre el mostrador de caoba pulimentada, hacía algunas preguntas al empleado que tenía delante. La cara del que preguntaba, según pude ver, porque estaba casi vuelto hacia mí, ofrecía fuertes rasgos de raza negra, siendo probablemente un cuarterón, o quizá con un porcentaje todavía mayor de sangre de color. El perfil aguileño de su nariz y los cabellos rectos y lacios delataban la ascendencia blanca; pero los ojos negros, inquietos, la boca sensual y el blancor centelleante de su dentadura proclamaban su origen africano. Su cutis era de un color amarillento enfermizo, y como se veían en su rostro las huellas profundas de la viruela, la impresión general que me produjo fue sumamente desfavorable y casi de repugnancia. Sin embargo, la voz era melodiosa, se expresó con frases muy oportunas y saltaba a la vista que era hombre de cierta cultura.

—Desearía hacerle algunas preguntas acerca de la Marie Celeste —repitió, adelantando el busto hacia el empleado—. ¿Es cierto que se hace a la mar pasado mañana?

—Sí, señor —dijo el joven empleado con una cortesía mayor de la corriente, porque le impresionó, sin duda, el centelleo de un grueso brillante que el desconocido lucía en la pechera de su camisa.

—¿Y cuál es su puerto de destino?

—Lisboa.

—¿Cuántos hombres lleva de tripulación?

—Siete, señor.

—¿Lleva pasajeros?

—Sí, dos. Uno de ellos es un señor joven, y el otro, un médico de Nueva York.

—¿No lleva ningún caballero procedente del Sur? —preguntó con ansiedad el desconocido.

—Ninguno, señor.

—¿Queda acomodo para otro pasajero?

—Queda para tres más —contestó el empleado.

—Pues entonces iré —dijo con acento resuelto el cuarterón—. Iré, y comprometo desde ahora mismo mi pasaje. Anote, por favor: Mr. Septimius Goring, de Nueva Orleáns.

El empleado llenó un formulario y se lo presentó al desconocido, señalándole el espacio en blanco al pie del mismo. Cuando Mr. Goring se inclinó para firmar, quedé horrorizado viendo que tenía los dedos de la mano derecha cortados al rape, y que sostenía la pluma entre el pulgar y la palma de la mano. Yo he visto millares de hombres muertos en combate y he presenciado todas las operaciones quirúrgicas que se pueden concebir, pero no recuerdo ninguno que me haya producido un escalofrío de repugnancia como aquella gruesa mano morena, parecida a una esponja, con un solo miembro saliente. Sin embargo, la empleó con mucha habilidad, trazó rápidamente su firma, saludó con una inclinación al empleado y salió de la oficina en el preciso momento en que Mr. White me pasaba aviso de que podía recibirme.

Aquella misma tarde marché al Marie Celeste y examiné mi camarote, que era extraordinariamente cómodo, si se tiene en cuenta el pequeño tamaño de la embarcación. Mr. Goring, es decir, el caballero al que yo había visto por la mañana, tenía destinado el camarote contiguo al mío. Frente por frente estaba el camarote del capitán, y había una pequeña litera para Mr. John Harton, que viajaba por negocios de la firma propietaria del barco. Estas pequeñas habitaciones estaban dispuestas a uno y otro lado del pasillo que conducía desde el puente principal hasta el salón. Era este último una habitación confortable, con el artesonado de mucho gusto, en roble y en caoba, una rica alfombra de Bruselas y sillones y sofás muy cómodos. Me agradó muchísimo todo aquello, y también me satisfizo el capitán Tibbs, hombre rudo y de tipo de marino, que hablaba con voz gruesa y acento cordial, y que me dio la bienvenida con efusión, y se empeñó en descorchar una botella de vino en su camarote. Me anunció que se proponía llevar en ese viaje a su esposa y a su hijo más pequeño, calculando que si teníamos buen tiempo llegaríamos a Lisboa en tres semanas. Mantuvimos una charla agradable, y nos separamos como los mejores amigos; me aconsejó que realizase mis últimos preparativos a la mañana siguiente, porque tenía toda la carga a bordo y se proponía zarpar con la marea del mediodía. Regresé a mi hotel, donde me esperaba una carta de mi esposa, y después de un sueño reparador, me dirigí por la mañana al barco. De aquí en adelante puedo copiar el texto del Diario que redacté para alterar la monotonía del largo viaje por mar. Si en algunas páginas es algo seco, puedo, por lo menos, fiar en la exactitud de sus detalles, porque lo escribí concienzudamente día por día.

Octubre 16

Soltamos amarras a las dos y media y fuimos remolcados hasta la bahía, donde el remolcador nos dejó, y nuestra embarcación avanzó a velas desplegadas, desarrollando una velocidad de unos nueve nudos por hora. Yo permanecí en la popa contemplando cómo las costas bajas de Norteamérica se iban hundiendo gradualmente en el horizonte hasta que la bruma del atardecer las ocultó a mi vista. Sin embargo, he seguido distinguiendo a nuestras espaldas un único y ominoso resplandor rojo, que sigue todavía visible en el momento en que escribo estas líneas, aunque reducido a una pequeña mancha; trazaba ese resplandor en las aguas un largo camino rojo que parecía una huella de sangre. El capitán está de mal humor, porque a última hora le fallaron dos de sus tripulantes, y se ha visto obligado a embarcar en su lugar a una pareja de negros que encontró casualmente en el muelle. Los hombres que no se presentaron eran gente formal y de confianza, habían hecho con el capitán varios trayectos, y su ausencia de última hora lo intrigó y lo irritó. Cuando una tripulación de siete hombres tiene que manejar una embarcación de regular tamaño, la pérdida de dos marineros experimentados es una cosa seria, porque aunque los negros son capaces de encargarse de un turno en la rueda del timón o de fregar la cubierta, es gente que sirve de poco con mal tiempo. Nuestro cocinero es también negro, y Mr. Septimius Goring tiene también un criadito negro, de modo que formamos una comunidad bastante abigarrada. El contable, John Harton, promete ser una verdadera alhaja, porque es hombre joven, alegre y divertido. ¡Qué poco tiene que ver la riqueza con la felicidad! Este hombre tiene por delante todo el mundo y busca su fortuna en un país lejano, y, sin embargo, es todo lo claramente feliz que puede ser un hombre. Si no me equivoco, Goring es rico, y yo también lo soy; pero yo sé que tengo un pulmón enfermo, y Goring, a juzgar por sus facciones, debe de padecer de algo todavía más grave. ¡Qué contraste más lamentable formamos nosotros dos con aquel empleado sin blanca y sin preocupación alguna!

Octubre 17

La señora de Tibbs salió esta mañana por primera vez a cubierta. Es una mujer simpática y enérgica, con un niñito encantador que apenas sabe andar y chapurrear. El Joven Harton se lanzó en el acto sobre el niño y se lo llevó a su camarote, donde, con toda seguridad, estará sembrando en el estómago del niño las semillas de una futura dispepsia. ¡Vean ustedes cómo la medicina hace de todos nosotros unos cínicos! El tiempo es todo lo tranquilo que se puede desear, y sopla una brisa fresca y agradable del Oeste-Sudoeste. La embarcación navega tan segura que apenas se daría uno cuenta de que se mueve si no fuese por el crujir de las jarcias, el combeo de las velas y el largo surco blanco de nuestra estela. He paseado durante toda la mañana con el capitán en el alcázar, y creo que el aire fresco y punzante ha obrado de manera beneficiosa en mis pulmones, porque aquel ejercicio no me produjo fatiga de ninguna clase. Tibbs es un hombre extraordinariamente inteligente, y hemos mantenido una interesante conversación acerca de las explicaciones de Maury sobre las corrientes oceánicas, a la que pusimos fin bajando al camarote del capitán para consultar el texto mismo de la obra. Encontramos en el camarote a Goring, cosa que produjo bastante sorpresa al capitán, porque no es corriente que los pasajeros entren en aquel santuario, a menos de ser invitados especialmente. Sin embargo, él se disculpó por el entremetimiento alegando su ignorancia de las costumbres de a bordo; el marino, hombre simpático, se limitó a reírse del incidente, y le pidió que se quedase y nos honrase con su compañía. Goring señaló los cronómetros, cuya vitrina había abierto, y nos dijo que los había estado examinando con admiración. Posee, evidentemente, algún conocimiento práctico de instrumentos matemáticos, porque le bastó una ojeada para decir cuál era el más exacto de los tres, y también para calcular su precio con pocos dólares de diferencia. Mantuvo también discusión con el capitán acerca de las variaciones de la brújula, y cuando nos pusimos de nuevo a tratar de las corrientes oceánicas, demostró que dominaba por completo el tema. Bien mirado, ese hombre gana en aprecio tratándolo, y posee indudable cultura y refinamiento. Su voz armoniza con su conversación, y ambas son la antítesis misma de su rostro y de su cuerpo.

Las observaciones del mediodía demuestran que hemos recorrido doscientas veinte millas. Hacia el anochecer la brisa empezó a soplar con más fuerza, y el primer oficial ordenó que se rizasen las gavias y los juanetes, porque esperaba una noche de fuerte viento. Me he fijado en que el barómetro ha bajado a veintinueve. Espero que nuestro viaje no sea tormentoso, porque me mareo con facilidad, y es probable que una travesía difícil empeorara mi salud en lugar de beneficiarla. Sin embargo, tengo la mayor confianza en las habilidades marineras del capitán y en la solidez de la embarcación. Después de la cena he jugado a las cartas con la señora de Tibbs, y Harton nos tocó un par de piezas en el violín.

Octubre 18

Los sombríos pronósticos de la pasada noche no se han cumplido, porque el viento desapareció, y en este momento nos encontramos navegando con un oleaje suave y lento, encrespado aquí y allá por una ventolina pasajera que no tiene fuerza bastante para hinchar las velas. La temperatura es más fresca que ayer, y yo me he puesto uno de los gruesos jerseys de lana que mi mujer me ha confeccionado. Harton vino por la mañana a mi camarote, y hemos fumado juntos un cigarro. Me ha dicho que recuerda haber visto el año 89 a Goring en Cleveland, Ohio. Resulta que ya entonces era un hombre tan misterioso como ahora, y que andaba de un lugar a otro, sin ocupación visible, manifestándose muy reservado en sus asuntos personales. A mí me interesa ese hombre como tema para un estudio psicológico. Esta mañana, mientras nos desayunábamos, tuve de pronto la vaga sensación de inquietud que experimentan ciertas personas cuando alguien las mira con fijeza; alcé rápidamente la vista y tropecé con los ojos de Goring que me miraban con una expresión tan intensa que casi parecía de ferocidad, aunque se suavizaron instantáneamente, al mismo tiempo que él me hacía alguna observación acerca del tiempo. Es curioso, pero Harton me asegura que ayer, estando sobre cubierta, experimentó él una sensación idéntica. Me he fijado en que cuando Goring va de un lado para otro dirige con frecuencia la palabra a los tripulantes de color. Es éste un rasgo que yo admiro bastante, porque lo corriente en estos hombres de sangre mezclada es que hagan caso omiso de esta condición suya y traten a sus parientes negros con una intolerancia mayor todavía que la de los blancos. Por lo que parece, su criadito le es muy afecto, lo cual indica que lo trata bien. En conjunto, este hombre es una mezcla curiosa de cualidades incongruentes: y, si yo no me equivoco, me proporcionará materia de observación durante el viaje.

El capitán refunfuña porque sus cronómetros no registran todos con exactitud el mismo tiempo. Afirma que tal desacuerdo entre ellos no le había ocurrido nunca hasta ahora. Debido a la bruma, nos fue imposible hacer ninguna observación de mediodía. Por simple cálculo, habremos hecho ciento setenta millas en las veinticuatro horas. Como preveía el capitán, los marineros negros han resultado hombres poco hábiles en su oficio; pero como han demostrado que saben manejar bien la rueda del timón, se les encomienda la tarea de timonear, para que, de ese modo, los otros hombres, más experimentados, hagan las maniobras del barco. Son éstos unos detalles bastante triviales, pero las cosas pequeñas sirven para dar materia a las charlas a bordo de un barco. La aparición de una ballena al atardecer produjo entre nosotros un gran revuelo. A juzgar por su espalda en punta y por la cola ahorquillada, yo diría que se trata de una yubarta, o rorcual, como la llaman los pescadores.

Octubre 19

El viento ha sido frío, y como medida de prudencia permanecí en mi camarote todo el día; salí únicamente para comer. Tumbado en mi litera, puedo, sin necesidad de levantarme, echar mano a mis libros, a las pipas y a todo cuanto necesito, siendo ésta una ventaja de vivir en un compartimiento pequeño. Mi vieja cicatriz empezó hoy a dolerme un poquito, probablemente por efecto del frío. He leído los Ensayos de Montaigne, y me he cuidado. Harton vino a visitarme por la tarde, trayendo a Doddy, el hijo del capitán, y poco después acudió este mismo, de modo que celebré toda una recepción.

Octubre 20 Y 21

Sigue haciendo frío, llovizna constantemente y no me ha sido posible salir del camarote. El estar así encerrado me debilita y me deprime. Entró Goring a visitarme, pero su compañía no contribuyó a alegrar mi ánimo, porque apenas si habló, limitándose a mirarme fijamente, de un modo raro e irritante. Luego se levantó y salió del camarote sin decir palabra. Empiezo a sospechar que es un lunático. Creo haber dicho ya que su camarote está contiguo al mío. Ambos están separados por un delgado tabique de madera agrietado en muchos sitios, siendo algunas de las grietas lo bastante anchas como para que, cuando estoy tendido en la litera, lo vea yo ir y venir a él por su camarote. Sin el menor propósito de espiarlo, observo que está continuamente inclinado sobre algo que da la impresión de una carta de navegar, haciendo cálculos con el lápiz y los compases. Me ha llamado la atención el interés que demuestra por los temas relacionados con la navegación, pero me sorprende que se tome el trabajo de hacer el cálculo de la derrota de nuestra embarcación. Sin embargo, ésta es una diversión bastante inocente, y no dudo que compara los resultados que él obtiene con los del capitán.

No querría pensar tanto en ese hombre. La noche del 20 tuve una pesadilla, y durante ella creí que mi litera se había convertido en un féretro, que me habían metido en él y que Goring trataba de clavar la tapa del mismo, en tanto que yo forcejeaba por levantarla. Ni siquiera cuando me desperté acabé de convencerme de que no estaba metido en un féretro. Yo, como médico que soy, sé que toda pesadilla no es otra cosa que un desarreglo vascular de los hemisferios del cerebro; pero dado el estado de debilidad en que me encuentro, no consigo sacudir la mórbida impresión que a mí me producen.

Octubre 22

Día hermoso, sin una nube apenas en el cielo, y una brisa fresca del Sudoeste que nos empuja alegremente por nuestra ruta. Es evidente que no lejos de nosotros ha debido de hacer tiempo tormentoso, porque hay una fuerte marejada y el barco cabecea de manera que el extremo de la verga delantera toca casi el agua. Di un paseo —que me reconfortó mucho— por el alcázar de proa, a pesar de que todavía no he llegado a tener lo que se dice piernas de marinero. Varios pájaros pequeños, que a mí me han parecido pinzones, se posaron en las jarcias.

4,40 de la tarde

Mientras esta mañana me paseaba por la cubierta oí una explosión que parecía haberse producido del lado de mi camarote; bajé corriendo y pude ver que había estado a punto de sufrir un grave percance. Parece que Goring estaba limpiando un revólver en su camarote, cuando se le disparó uno de los cañones del tambor que él creía estaba descargado. La bala atravesó el tabique divisorio y fue a empotrarse en el sitio exacto de la amurada en que suelo apoyar mi cabeza. He entrado en combate demasiadas veces para magnificar las cosas pequeñas, pero no cabe duda alguna de que si yo hubiese estado en mi litera, aquella bala tenía por fuerza que haberme matado. El pobre Goring ignoraba que yo había subido a la cubierta y debió de llevarse un susto terrible. No he visto jamás en una cara emoción tan grande como la que se pintó en la suya cuando, al salir él corriendo de su camarote con el revólver todavía humeante en la mano, se dio de manos a boca conmigo, que bajaba de la cubierta. Se deshizo desde luego en disculpas, pero yo me reí del incidente.

11 de la noche

Ha ocurrido una desgracia tan inesperada y tan horrible que, comparada con ella, el peligro de muerte que yo corrí esta mañana queda reducido a una insignificancia. La señora Tibbs y su hijito han desaparecido…, han desaparecido por completo y de una manera irremediable. Me resulta muy difícil serenarme para poner por escrito los tristes detalles del caso. El capitán Tibbs se precipitó a eso de las ocho y media dentro de mi camarote y me preguntó si había visto a su mujer. Le contesté que no. Él entonces corrió al salón, buscando por todas partes algún rastro de ella, y yo fui tras él, intentando convencerle de que aquellos temores suyos eran ridículos. Registramos durante una hora todos los rincones del barco, sin descubrir rastro alguno de la mujer ni del niño. El pobre Tibbs se quedó afónico de tanto llamarla por su nombre. Hasta los marineros, que son, por lo general, gente muy poco sentimental, se sintieron profundamente afectados viendo cómo iba y venía con la cabeza al aire y los cabellos revueltos de un lado a otro de la cubierta, registrando con febril ansiedad los lugares más inverosímiles, y volviendo a registrar los mismos sitios una y otra vez con dolorosa terquedad. Fue vista por última vez a eso de las siete, cuando salió a la cubierta con su hijo para que respirase un rato el aire puro antes de acostarlo. No había en ese instante ninguna otra persona sobre cubierta, salvo el marinero negro que llevaba la rueda del timón, y éste asegura no haberla visto. Todo el suceso está envuelto en el mayor misterio. La hipótesis que yo hago es que la señora Tibbs estaba cerca de la amurada con su hijo en brazos, y que en un movimiento brusco del barco se le cayó por la borda; ella, entonces, intentó convulsivamente agarrarlo o salvarlo, y se tiró detrás. No encuentro otra manera de explicar la doble desaparición. Es perfectamente posible que ocurriese aquella tragedia sin que el hombre del timón se enterase de nada, y porque las claraboyas en punta del salón forman una especie de mampara que oculta la mayor parte del alcázar. Sea como sea, se trata de una catástrofe terrible que ha ensombrecido de la manera más espantosa nuestro viaje. El oficial ha hecho virar en redondo a la embarcación, pero no existe ninguna esperanza de dar con los desaparecidos. El capitán se encuentra acostado en su litera, presa del más profundo estupor. Le eché una fuerte dosis de opio en el café para que se amortigüe su dolor al menos por unas horas.

Octubre 23

Me he despertado con un vago sentimiento de opresión y de dolor; pero sólo después de unos momentos de meditación se me vino al recuerdo la desgracia de la noche anterior. Cuando subí a cubierta me encontré al pobre capitán en pie y mirando hacia la inmensa extensión de las aguas que íbamos dejando a nuestra espalda y en donde queda todo lo que más quería en el mundo. Traté de hablarle, pero se alejó bruscamente de mí y se puso a pasear por la cubierta con la cabeza caída sobre el pecho. Aún ahora, cuando la verdad es tan evidente, no cruza por delante de uno de los botes ni de una vela desamarrada sin que mire dentro o debajo. Parece diez años más viejo que ayer por la mañana. Harton se encuentra terriblemente consternado, porque le tenía gran cariño al pequeño Doddy, y también Goring parece dolido. Por lo menos, ha permanecido todo el día encerrado en su camarote, y yo le he visto, al mirar casualmente a través de una rendija, con la cabeza apoyada en las dos manos y como sumido en una ensoñación melancólica. Creo que jamás navegó una tripulación más entristecida. ¡Qué dolorosa impresión recibirá mi esposa cuando tenga noticia del desastre! La marejada se ha amansado casi por completo y estamos haciendo unos ocho nudos con todas las velas desplegadas y una brisa suave. Hyson se ha hecho cargo prácticamente del barco, porque aunque Tibbs hace los mayores esfuerzos por reaccionar y mostrarse entero, es incapaz de realizar ninguna tarea importante.

Octubre 24

¿Qué maldición ha caído sobre este barco? ¿Qué travesía se inició con mejores auspicios, para luego cambiar de manera tan catastrófica? Durante la noche, Tibbs se ha pegado un tiro en la cabeza. A eso de las tres de la madrugada me despertó una explosión; salté de la cama inmediatamente y salí a toda prisa del camarote, corriendo al del capitán para averiguar la causa, aunque llevando en el corazón un terrible presentimiento. Por rápido que acudí, Goring había corrido más, y estaba ya en el camarote, inclinado sobre el cuerpo del capitán. El espectáculo era espantoso, porque el disparo le había destrozado la parte superior de la frente, y la pequeña habitación estaba inundada de sangre. En el suelo, junto al capitán, estaba la pistola que acababa de caérsele de la mano. Debió de habérsela llevado a la boca antes de apretar el gatillo. Entre Goring y yo lo levantamos con reverencia y lo acostamos en su lecho. Toda la tripulación había acudido al camarote, y los seis hombres blancos se mostraban profundamente conmovidos, porque eran marineros viejos que habían navegado a sus órdenes durante muchos años. Viéronse miradas y oyéronse murmullos ensombrecidos, y uno de los marineros dijo claramente que el barco estaba embrujado. Harton ayudó a sacar al pobre capitán, y entre nosotros lo envolvimos en un trozo de lona. A las doce del día se agarrochó hacia atrás la vela delantera, y entregamos el cadáver a las aguas profundas. Goring leyó el servicio religioso para entierros de la Iglesia de Inglaterra. La brisa sopla más fresca y hemos hecho diez y hasta doce nudos durante todo el día. Cuanto antes lleguemos a Lisboa y cuanto antes me vea fuera de este barco maldito, mayor será mi satisfacción. Tengo la sensación de que estuviéramos navegando en un féretro flotante. No es de extrañar que los pobres marineros sean supersticiosos, cuando yo, que soy un hombre culto, estoy tan impresionado.

Octubre 25

Hemos navegado durante todo el día a mucha velocidad. Me siento deprimido y sin interés por nada.

Octubre 26

Esta mañana, Goring, Harton y yo hemos mantenido una conversación sobre cubierta. Harton trató de sonsacar a Goring cuál era su profesión y con qué objeto marchaba a Europa; pero el cuarterón hizo frente a todas sus preguntas sin proporcionamos dato alguno. Hasta pareció algo molesto por la insistencia de Harton, y bajó a su camarote. ¿Por qué nos tomamos Harton y yo tanto interés en ese hombre? Me imagino que lo que nos pica la curiosidad es lo raro de su aspecto comparado con su aparente riqueza. Harton sostiene la teoría de que Goring es en realidad un detective que va persiguiendo a un criminal que se fugó a Portugal, y que si ha elegido este sistema de viajar es para llegar, sin ser advertido y caer sobre su presa cuando ésta menos lo espera. Creo que semejante suposición resulta un poco traída por los cabellos, pero Harton se basa para hacerla en un libro que Goring se dejó en la cubierta, y que él recogió y hojeó. Se trata, por lo visto, de un libro de recortes, porque contenía muchísimos sacados de periódicos. Todos ellos se referían a asesinatos cometidos en los Estados Unidos durante los últimos veinte años, más o menos. Un detalle curioso que observó Harton fue que todos ellos se referían a asesinatos cuyos autores no llegaron nunca a ser capturados y conducidos ante los jueces. Dice Harton que esos recortes se referían a crímenes llevados a cabo de toda clase de maneras y entre gentes de todos los estamentos sociales, pero que terminaban de una manera uniforme, con la coletilla de que la Policía esperaba fundadamente capturar muy pronto a los asesinos. Parece, en efecto, que ese detalle da visos de verosimilitud a la teoría de Harton, aunque bien pudiera tratarse de un simple capricho de Goring o, según yo le sugerí a Harton, que estuviese recogiendo materiales para un libro que deje empequeñecido a De Quincy. Sea como sea, es cosa que nada nos importa a nosotros.

Octubre 27 Y 28

Seguimos teniendo viento favorable y avanzamos mucho. ¡Qué sensación más extraña produce el ver la facilidad con que un hombre desaparece de su puesto y cae en el olvido de los demás! Apenas si se habla ya de Tibbs; Hyson ha pasado a ocupar su camarote, y todo sigue su curso como antes. Si no fuese por la máquina de coser de la señora Tibbs, que está sobre una mesa lateral, ya no nos acordaríamos siquiera de que la desdichada familia hubiese existido. Hoy ha ocurrido a bordo otro accidente, aunque por fortuna no ha revestido importancia grande. Uno de los marineros blancos ha bajado a la bodega de popa en busca de un rollo de cuerda de repuesto, y uno de los cuarteles de escotilla que él había levantado cayó desde arriba con estrépito; pudo salvar su vida apartándose de un salto, pero uno de sus pies quedó terriblemente destrozado, y ese hombre va a servir de poco durante el viaje. Atribuye el accidente a falta de cuidado del compañero negro que le había ayudado a levantar los cuarteles de escotilla; pero el negro lo atribuye al balanceo del barco. Sea por la causa que sea, el hecho es que nuestra tripulación queda aún más mermada. Esta serie de desgracias parece haber deprimido a Harton, porque ya no demuestra el buen humor y jovialidad de antes. Goring es el único que conserva su animación. Sigue haciendo cálculos sobre su carta marítima dentro de su camarote. Sus conocimientos marinos podrían sernos útiles si le ocurriese algo a Hyson…, ¡cosa de la que Dios nos libre!

Octubre 29 Y 30

Seguimos avanzando con rapidez y suavidad, empujados por una brisa suave. Reina tranquilidad y no ha ocurrido nada digno de ser anotado.

Octubre 31

La debilidad de mis pulmones, unida a los emocionantes episodios de nuestro viaje, han quebrantado mi sistema nervioso hasta el punto de que los incidentes más triviales me impresionan. No parece que sea yo el mismo que en Antietam, y bajo un fuerte fuego de fusilería, ligó la arteria externa ilíaca, operación que exige la más delicada precisión. Soy tan nervioso como un niño. La noche pasada, a eso de las cuatro campanadas de la guardia media, me encontraba amodorrado y con ganas de conciliar un sueño reparador. No había luz en el interior del camarote mío, pero por el ojo de buey penetraba un rayo de luna que proyectaba sobre la puerta un círculo plateado de trémula luz. Tenía fijos los ojos soñolientos en aquel círculo, con la sensación de que, a medida que me dormía, se iba esfumando: de pronto me desperté por completo al ver aparecer un pequeño objeto negro en el centro mismo del círculo luminoso. Permanecí inmóvil y con la respiración en suspenso, esperando. El objeto negro se fue haciendo gradualmente mayor y más visible, y de pronto me di cuenta de que se trataba de la mano de un hombre, metida cautelosamente por la rendija de la puerta a medio cerrar…, y sentí un espeluzno de espanto al observar que aquella mano estaba mocha de dedos. La puerta giró con gran tiento hacia atrás, y la cabeza de Goring siguió a su mano, surgiendo en el centro del claror de la luna, como rodeada de un halo cadavérico e indeciso sobre el que se destacaron con claridad sus facciones. Jamás he visto en rostro humano una expresión tan diabólica y tan implacable. Sus ojos estaban dilatados y centelleantes; sus labios, recogidos hacia arriba y hacia abajo para dejar a la vista sus blancos colmillos, y los cabellos negros y lisos aparecían erizados sobre su frente estrecha lo mismo que la caperuza de una cobra. Lo súbito y silencioso de la aparición me produjo tal efecto, que me senté de un brinco en la cama todo tembloroso, y alargué mi mano hacia el revólver. Pero me sentí completamente avergonzado de mi precipitación en cuanto me explicó el porqué de aquel entremetimiento, cosa que hizo con las expresiones más corteses. El pobre hombre estaba pasando un fuerte dolor de muelas, y venía a pedirme un poco de láudano, porque sabía que yo contaba con un botiquín. En cuanto a lo siniestro de su expresión, pienso que ese hombre no es nunca lo que se llama una belleza, y mi tensión nerviosa, combinada con el claror de la luna, no tuvo dificultad en ver en su cara un aspecto espantoso. Le di veinte gotas, y él se retiró con grandes expresiones de gratitud. No encuentro palabras para expresar lo muchísimo que aquel incidente trivial afectó a mi sistema nervioso. Durante todo el día me he sentido como desmadejado.

Paso aquí por alto una semana entera de nuestro viaje, porque nada importante ocurrió en todo ese tiempo, y mi Diario sólo contiene unas pocas páginas de charlas insustanciales.

Noviembre 7

Harton y yo permanecimos sentados en la popa toda la mañana, porque a medida que entramos en las latitudes del Sur, la temperatura se va haciendo muy calurosa. Calculamos que llevaremos hechos dos tercios de nuestro viaje. ¡Qué alegría la nuestra cuando veamos las verdes riberas del Tajo y abandonemos para siempre este barco desafortunado! Yo trataba de divertir a Harton y de pasar el tiempo contándole algunos hechos de mi vida pasada. Le referí, entre otras cosas, de qué manera había entrado yo en posesión de mi piedra negra, y como final del relato rebusqué en el bolsillo lateral de mi vieja chaqueta de cazador, y le presenté el objeto mismo en cuestión. Estábamos él y yo inclinados, examinando los surcos curiosos que tenía en su superficie, cuando percibimos una sombra de algo que se interponía entre nosotros y el sol; nos volvimos a mirar, y nos encontramos con Goring que, de pie y detrás de nosotros, tenía los ojos fijos en la piedra. Por la razón que fuese, era evidente que aquello le había excitado profundamente, aunque tratase de dominarse y de ocultar su emoción. Antes de que se serenase lo suficiente para preguntar qué era aquello y cómo había llegado a mis manos, apuntó dos o tres veces hacia mi reliquia con su rechoncho pulgar, y me hizo la pregunta con tal brusquedad, que lo habría yo tomado como una ofensa si no supiese ya que aquel hombre era un excéntrico. Le conté la historia más o menos como se la había contado a Harton. Me escuchó con el más profundo interés, luego me preguntó si tenía alguna idea de lo que podía ser aquella piedra. Le dije que nada sabía, fuera de que era meteórica. Me preguntó si no había nunca probado el efecto que producía sobre un hombre de raza negra, y le contesté que no. Entonces me dijo: «Vamos a ver lo que dice nuestro amigo negro que está en la rueda del timón.» Cogió la piedra en sus manos, se dirigió hasta el marinero, y ambos estuvieron examinándola cuidadosamente. Yo veía que el negro gesticulaba y hacía signos afirmativos de cabeza, expresándose con gran agitación, mientras su rostro delataba el máximo asombro, mezclado, según me pareció, con algo de reverencia. Goring volvió luego hasta donde estábamos nosotros, trayendo siempre la piedra en la mano, y nos dijo: «El negro opina que esto es una piedra que no vale nada ni sirve para nada, como no sea para tirarla por encima de la borda al mar.» Y diciendo y haciendo, alzó el brazo y me habría dejado para siempre sin mi reliquia si el marinero negro que estaba detrás no se hubiese abalanzado y le hubiese sujetado por la muñeca. Viéndose Goring imposibilitado de realizar lo que pensaba, se alejó de muy mal talante, a fin de eludir de ese modo las airadas censuras que yo me disponía a dirigirle por haber traicionado mi confianza. El negro recogió la piedra y me la entregó, haciéndome una profunda reverencia y con demostraciones del más profundo respeto. Todo este asunto resulta inexplicable. Estoy llegando rápidamente a la conclusión de que Goring es un loco o anda muy cerca de la locura. Sin embargo, cuando comparo el efecto producido por la piedra sobre el marinero con el respeto que todos los negros de la plantación mostraban a Marta, y la sorpresa manifestada por Goring en el primer momento en que la vio, no puedo menos de llegar a la conclusión de que tengo efectivamente entre mis manos un talismán poderoso que ejerce influencia sobre todos los individuos de raza negra. No debo confiarla otra vez a las manos de Goring.

Noviembre 8 Y 9

¡Maravilloso tiempo éste de que disfrutamos! Fuera de un ligero ramalazo, no hemos tenido durante toda la travesía sino brisas frescas. Estos dos últimos días hemos hecho recorridos superiores a todos los que habíamos hecho con anterioridad. Es un espectáculo precioso el contemplar cómo nuestra proa corta las ondas levantando un hervor de espumas, en las que brilla el sol y se quiebra en infinitos arcos iris de miniatura o, como les llaman los marineros, perros de sol. Permanecí hoy por espacio de varias horas en la punta del castillo de proa, contemplando ese efecto y rodeado por un halo de todos los colores del prisma. El timonel ha debido de hablar a los demás negros acerca de la piedra maravillosa, porque todos ellos me tratan con el máximo respeto. Hablando de fenómenos ópticos, ayer por la noche fuimos testigos de uno que me fue señalado por Hyson. Se trata de la aparición en el firmamento, y a gran altura, de un objeto triangular bien definido, al norte de nosotros. Me explicó que aquello presentaba exactamente el aspecto del pico de Tenerife visto desde gran distancia; pero en ese momento, dicho pico se encontraba a quinientas millas, por lo menos, hacia el sur de nuestra posición. Pudiera tratarse de una nube o de uno de esos extraños fenómenos de reverberación que suelen contarse. El tiempo es muy caluroso, y el oficial dice que jamás conoció semejante calor en estas latitudes. He jugado al ajedrez con Harton durante toda la velada.

Noviembre 10

La temperatura es cada vez más calurosa. A pesar de que todavía nos encontramos a gran distancia del término de nuestro viaje, hoy han venido algunos pájaros de tierra a posarse en nuestras jarcias. El calor es tan fuerte que nos ha invadido la pereza y apenas si hacemos otra cosa que permanecer tumbados en la cubierta, fumando. Goring se me acercó hoy y me hizo algunas otras preguntas acerca de mi piedra; pero yo le he contestado con bastante sequedad, porque todavía no he olvidado la manera fría con que trató de despojarme de ella.

Noviembre 11 Y 12

Seguimos navegando a buena velocidad. Jamás creí que la zona de Portugal fuese tan calurosa, y seguramente que en tierra la temperatura será más fría. El mismo Hyson parece sorprendido, y también lo están los tripulantes.

Noviembre 13

Ha ocurrido un hecho por demás extraordinario; tanto, que casi parece inexplicable. O Hyson se ha equivocado de una manera flagrante, o alguna influencia magnética ha perturbado el funcionamiento de nuestros instrumentos. Casi cuando empezaba a rayar el alba, el vigía de la cubierta del castillo de proa gritó anunciando que oía ruido de rompientes por la parte delantera, y a Hyson le pareció que descubría la sombra de tierra. Se hizo virar la embarcación. Aunque no se distinguía ninguna luz, nadie de nosotros dudó de que habíamos dado en las costas de Portugal con algo de anticipación sobre lo que teníamos calculado. ¡Pero qué sorpresa la nuestra al contemplar el panorama que se nos descubrió al hacerse de día! A uno y otro lado hasta donde alcanzaba nuestra vista, divisamos una larga línea de rompientes, con olas grandes y verdosas que avanzaban y rompían levantando una nube de espuma. ¿Y qué había detrás de las rompientes? No los verdes taludes ni los altos acantilados de las costas de Portugal, sino una gran extensión arenosa que se alargaba hasta confundirse con la línea del horizonte, mirásemos hacia donde mirásemos, lo mismo a la derecha que a la izquierda, no se veía otra cosa que arena amarilla, que en ciertos lugares formaba dunas fantásticas, de varios centenares de pies algunas de ellas, y en otros presentaba superficies tan lisas como una mesa de billar. Harton y yo, que habíamos subido juntos a cubierta, nos miramos atónitos, y Harton rompió a reír. Hyson da señales de estar molestísimo por lo ocurrido, y asegura que alguien ha estropeado los instrumentos de navegación. No cabe la menor duda de que estamos junto al continente africano, y que era, en efecto, el pico del Teide el que vimos hace algunos días alzarse sobre el horizonte por el Norte. Cuando descubrimos algunas aves de tierra, es probable que estuviésemos cruzando por delante de las islas Canarias. Si hemos seguido navegando en la misma dirección, debemos estar al norte de cabo Blanco, cerca de la región inexplorada que bordea el Gran Sahara. Todo lo que podemos hacer es rectificar nuestros instrumentos, hasta donde nos sea posible, y tomar de nuevo la ruta de nuestro puerto de destino.

8,30 de la tarde

Durante todo el día hemos permanecido envueltos en una calma chicha. La costa se encuentra en estos momentos a cosa de milla y media de nuestra embarcación. Hyson ha examinado los instrumentos pero no acierta a descubrir la causa de su extraordinaria desviación.

Aquí termina mi Diario particular, y el resto de mi exposición tengo que hacerlo de memoria. No hay probabilidad ninguna de que me equivoque en lo referente a los hechos ocurridos, que han quedado como grabados a fuego en mi cerebro. Aquella misma noche estalló la tormenta que venía preparándose desde hacía tanto tiempo, y así es como descubrí hacia dónde se encaminaban todos los pequeños incidentes que he venido registrando tan deslavazadamente. ¡Qué ceguera la mía en no haberlos comprendido antes!

Me había retirado a mi camarote a eso de las once y media y me disponía a acostarme, cuando dieron unos golpes a mi puerta. Al abrirla me encontré con el criadito de Goring, que me comunicó que su amo estaba en la cubierta y deseaba hablar unas palabras conmigo. Me sorprendió bastante que me necesitase a una hora como aquélla pero subí sin vacilar. No bien puse mis pies en el alcázar cuando me sujetaron por detrás, me hicieron caer al suelo, de espaldas, y me amordazaron con un pañuelo. Forcejeé cuanto pude, pero me ataron un rollo de cuerda alrededor de mi cuerpo, luego me sujetaron a uno de los brazos de la serviola de un bote, de forma que no podía hacer ni hablar nada, y poniéndome la punta de un cuchillo en el cuello, me advirtieron que cesase en mis forcejeos. La noche era tan oscura que hasta aquel momento me fue imposible reconocer a mis asaltantes; pero a medida que mis ojos se fueron haciendo a la oscuridad y la luna salió de entre las nubes que la ocultaban, pude ver que estaba rodeado por los dos tripulantes negros, el cocinero negro y mi compañero de pasaje Goring. Había otra persona acurrucada a mis pies sobre cubierta pero estaba a la sombra y no logré distinguir quién era.

Todo eso ocurrió con tal rapidez, que apenas si transcurriría un minuto desde que salí de la escalera de escotilla hasta que me encontré amordazado e impotente. Fue tan inesperado, que casi no comprendí lo que me ocurría ni lo que aquello podía significar. La cuadrilla que me rodeaba empezó a hablar entre cuchicheos breves y agresivos, y un secreto instinto me hizo comprender que era mi vida lo que estaba en juego. Goring hablaba en tono autoritario y colérico, y los otros le contestaban a una y con obstinación, como si se negasen a obedecerle. Por fin se alejaron en grupo hasta el lado opuesto de la cubierta, donde les oí que seguían en sus cuchicheos, aunque las claraboyas del salón me impedían verlos.

En todo este tiempo se oían al otro extremo del barco las voces de los tripulantes de la guardia que charlaban y se reían; sus voces me llegaban con toda claridad; los veía reunidos en un grupo, muy ajenos a los tenebrosos manejos que tenían lugar a menos de treinta yardas de distancia. ¡Si yo hubiese podido ponerlos sobre aviso, aunque sólo fuese dándoles una voz, y aunque esa voz me costase la vida! Pero me era imposible. La luna brillaba incierta por entre las nubes desgarradas, y yo distinguía el brillo plateado de las rompientes, y más allá de éstas, el desierto inmenso y extraño, con sus fantásticas dunas. Al bajar la vista, advertí que el hombre al que había visto acurrucado sobre cubierta seguía allí en la misma postura; mientras yo le miraba, cayó sobre su rostro vuelto hacia arriba un vacilante claror de luna. ¡Santo Dios! Hoy mismo, cuando han pasado más de doce años, me tiembla la mano al escribir que en aquella cara, a pesar de que tenía las facciones contorsionadas y los ojos saltándosele de las órbitas, reconocí la de Harton, el jovial empleado que había sido mi compañero durante el viaje. No hacía falta ser médico para comprender que estaba completamente muerto; el pañuelo retorcido alrededor de su cuello y la mordaza que tenía en su boca denunciaban la manera silenciosa con que aquellos perros del infierno habían realizado su obra. Contemplando al cadáver de Harton, se me representó con la claridad de un relámpago la clave que explicaba todo lo acaecido en nuestro viaje.

Oí el roce de una cerilla al encenderse al otro lado de las claraboyas, y vi la figura alta y trasijada de Goring de pie sobre la amurada, sosteniendo en la mano lo que parecía ser una linterna sorda. La bajó un instante alumbrando hacia el costado del buque, y entonces vi con asombro indecible que otra luz le contestaba inmediatamente de entre las dunas de arena de la playa. Esa luz se dejaba ver y se apagaba con tal rapidez, que no habría llegado a distinguirla si no hubiese mirado en la dirección en que lo hacía Goring. Nuevamente repitió éste la operación, y nuevamente le contestaron desde la costa. Entonces se bajó de encima de la amurada, pero resbaló e hizo tanto ruido que me dio un vuelco el corazón, confiando en que los hombres de la guardia lo habrían oído y se fijarían en los manejos de aquel hombre. La noche era tranquila y la embarcación no se movía, razones por las que habían descuidado la vigilancia que les imponía su deber. Hyson, que desde la muerte de Tibbs mandaba las dos guardias, había bajado a su camarote para dormir unas horas, y el contramaestre, que le sustituía, estaba con los otros dos hombres, al pie del palo del trinquete. Impotente, mudo, sintiendo que la cuerda se me clavaba en las carnes, y con el cadáver del hombre asesinado a mis pies, esperé el acto siguiente de la tragedia.

Los cuatro bandidos se habían trasladado al otro costado del buque. El cocinero empuñaba una especie de maza; los demás negros blandían cuchillos y Goring estaba armado de un revólver. Apoyados en el antepecho, miraban todos hacia el agua, como esperando que apareciese algo. Vi cómo uno de ellos le agarraba a otro del brazo y parecía señalarle con el dedo en una dirección; miré hacia allí y distinguí confusamente una gran sombra negra que avanzaba en dirección al barco nuestro. Cuando surgió de las tinieblas vi que se trataba de una gran canoa llena de hombres e impulsada lo menos por una veintena de palas. También los hombres de guardia la vieron cuando pasó por detrás de nuestra popa como una flecha, y dieron la alarma, corriendo hacia allá. Pero era tarde, porque un enjambre de negros gigantescos trepó a cubierta y avanzaron por ésta como torrente irresistible, guiados por Goring. En un instante quedó dominada toda resistencia; los inermes hombres de la guardia se vieron derribados por el suelo y atados, mientras que a los que dormían se les sacaba violentamente de sus literas, y quedaban igualmente privados de todo movimiento. Trató Hyson de defender el estrecho pasillo que conducía a su camarote, oí ruido de lucha y los gritos que daba pidiendo socorro. Pero no había nadie que pudiera acudir a dárselo, y lo arrastraron a cubierta con un tajo en la frente del que manaba la sangre en abundancia. Fue amordazado lo mismo que todos los demás, y los negros celebraron consejo para decidir nuestra suerte. Vi que nuestros marineros negros me señalaban a mí, al mismo tiempo que explicaban a los salvajes algo que levantó murmullos de incredulidad entre ellos. Uno de los salvajes se adelantó, metió la mano en mi bolsillo, extrajo la piedra negra y la estuvo examinando. Después se la entregó al que parecía ser su jefe, que la examinó con toda la minuciosidad que permitía la poca luz, y luego la pasó al guerrero que tenía a su lado, farfullando algunas palabras; éste hizo lo mismo, y la piedra pasó de mano en mano por todos. Entonces el jefe dijo algunas palabras a Goring en su idioma nativo, y este último me las tradujo al inglés. Me parece estar viendo ahora mismo aquel cuadro. Los altos mástiles, desde los que caía en cascada el claror de luna, plateando las vergas y poniendo de relieve toda la red de cabos y aparejos; el grupo de guerreros negros apoyados en sus lanzas; el hombre muerto a mis pies; la hilera de prisioneros blancos y, delante de mí, el repugnante mestizo, formando por la blancura y elegancia de sus ropas un extraño contraste con sus asociados. Con su tono más dulce de voz, me dijo:

—Quiero que sea usted testigo de que yo no entro para nada en perdonarle la vida. Si de mí dependiese, moriría usted de la misma manera que van a morir esos otros. Ni contra ellos ni contra usted tengo ningún rencor personal, pero yo he consagrado mi vida a la destrucción de la raza blanca y es usted el primer blanco de cuantos he tenido en mi poder que se escapa con vida. Puede dar las gracias a esa piedra que lleva encima y que es la que le salva la vida. Estos pobres diablos la reverencian. Realmente, si es lo que ellos aseguran, creo que son ellos quienes tienen razón. Si cuando hayamos desembarcado se comprueba que están en un error y que la materia y el trabajo de esa piedra son cosa de casualidad, no habrá nada que le salve la vida. Mientras tanto, queremos darle buen trato, y si entre los objetos de su propiedad hay algo que desea conservar, queda usted en libertad de recogerlo.

Cuando acabó de hablar hizo un ademán, y una pareja de negros me desató, aunque sin quitarme la mordaza. Me bajaron a mi camarote, y yo guardé en mis bolsillos algunos objetos de valor, además de una brújula de bolsillo y el Diario de mi viaje. Acto continuo, me descolgaron por encima del antepecho a una canoa pequeña que tenían junto a la grande, embarcaron en ella mis guardianes y se pusieron a remar con sus palas, en dirección a la costa. Nos habríamos alejado cosa de un centenar de yardas, cuando el timonel levantó la mano y los remeros dejaron de palear y se pusieron a escuchar. Llegó hasta mí, en medio del silencio de la noche, una especie de sollozo apagado, seguido de una serie de chapoteos de objetos lanzados al agua. Eso es todo lo que sé de la suerte que corrieron mis pobres compañeros de barco. Casi en seguida apareció en nuestra dirección la canoa grande, y el barco solitario quedó a la deriva, como un espectro lamentable. Los salvajes no se llevaron nada de la embarcación. Todo el endemoniado asunto se realizó con el respeto y la templanza de un rito religioso.

Cuando cruzamos las rompientes y llegamos a la orilla, aparecía por el Oriente el primer rayo gris del alba. Media docena de hombres quedaron al cuidado de las canoas, y el resto de los negros se alejó cruzando por entre las dunas; me llevaron con ellos, pero me trataron con mucha bondad y respeto. El caminar resultaba muy pesado, porque nos hundíamos por encima de los tobillos en las arenas sueltas y movedizas; yo me encontraba medio muerto de cansancio cuando llegamos a la aldea indígena, o más bien a la ciudad, porque era un poblado de grandes dimensiones. Las casas consistían en estructuras cónicas que tenían cierta apariencia de panales de abejas, y estaban construidas de algas marinas revestidas de una tosca capa de mortero, porque ni en la costa ni en muchos centenares de millas de distancia era posible encontrar palo ni piedra de ninguna clase. Cuando entramos en la población, fuimos recibidos por una enorme muchedumbre de ambos sexos que acudió tocando tam-tams y dando alaridos y gritos. Al verme, redoblaron sus vociferaciones y adoptaron una actitud amenazadora; pero bastaron algunas frases de los hombres de mi escolta para cortar aquello de una manera tajante. Un murmullo de admiración sucedió a los gritos de guerra y a los alaridos, y la espesa masa de gentes avanzó por la ancha calle central, llevándonos en medio a mí y a mi escolta.

Esta exposición mía puede parecer de aquí en adelante tan extraña, que quizá levante dudas en los que no me conocen; pero la ofensa que me hizo mi cuñado con su abierta incredulidad nació de lo que ahora voy a contar. Yo no puedo hacer otra cosa que relatar lo sucedido con las palabras más sencillas, confiando en que la casualidad y el tiempo demostrarán su verdad. Había en el centro de aquella calle mayor un edificio construido con los mismos materiales que los demás, pero mucho más alto; estaba rodeado por una empalizada de troncos de ébano admirablemente pulimentados; la puerta estaba formada por dos magníficos colmillos de elefante, hundidos en el suelo a cada lado, pero que se juntaban por las puntas en lo alto, y el hueco de la misma cerrado con una mampara de rica tela indígena bordada en oro. Nos dirigimos hasta aquella construcción de aspecto imponente; pero al llegar a la abertura de la empalizada, la muchedumbre se detuvo y se puso en cuclillas, mientras algunos de los jefes y ancianos de la tribu me hacían pasar al interior. Nos acompañaba Goring, que era en realidad el que lo dirigía todo. Al llegar a la mampara que servía de puerta del templo —porque era, evidentemente, un templo— me quitaron el sombrero y los zapatos, y luego me hicieron entrar siguiendo a un venerable negro que marchaba delante llevando en la mano la piedra que me habían quitado del bolsillo. El edificio no tenía más luz que la que recibía por algunas rendijas largas que había en el techo, por las que entraba el sol tropical, dibujando en el suelo de arcilla anchas franjas doradas que alternaban con intervalos de oscuridad.

El interior de este edificio era todavía más espacioso de lo que uno se imaginaba por su aspecto exterior. Los muros estaban decorados con esterillas indígenas, conchas y otros adornos, pero el resto del templo estaba completamente vacío, con excepción del centro, en el que se veía la figura de un negro colosal. Creí, a primera vista, que se trataría de algún rey o gran sacerdote vivo y de corpulencia titánica; pero conforme fui acercándome comprendí, por la forma como se reflejaba la luz, que se trataba de una estatua admirablemente tallada en piedra de azabache. Me condujeron hasta cerca de aquel ídolo —pues eso parecía ser—, y al examinarlo de cerca y detenidamente, vi que, si bien era perfecto en todo, tenía cortada de raíz una oreja. El negro de cabellos blancos que tenía en la mano mi piedra se subió encima de un escabel, alargó el brazo y encajó la piedra negra de Marta en la superficie mellada del lado de la cabeza. No cabía la menor duda de que la piedra había sido arrancada de la estatua. Las dos superficies coincidían y encajaban con tal exactitud que la piedra permaneció por algunos momentos sujeta por sí misma, sin apoyo alguno, y luego cayó en la palma de la mano del anciano. Al ver aquello, el grupo que me rodeaba dejó escapar una exclamación reverente y se postró de hinojos en el suelo, mientras la muchedumbre que aguardaba en la parte exterior, y a la que se comunicó la noticia, lanzaba frenéticos vítores y aclamaciones.

Me vi convertido instantáneamente, de prisionero que era, en un semidiós. Me condujeron en triunfo y con un cortejo por la población; todos querían tocar mis ropas y recoger el polvo donde yo había posado mis pies. Pusieron a mi disposición una de las chozas mayores, y me sirvieron un banquete de los manjares indígenas más delicados. Sin embargo, comprendí que no era libre, porque colocaron varios lanceros de guardia a la entrada de mi choza. Mi pensamiento trabajó durante todo el día en idear planes para huir, pero ninguno de ellos me parecía viable. De un lado tenía el gran desierto árido que se extendía hasta Tombuctú, y del otro, un mar por el que no cruzaba embarcación alguna. Cuanto más meditaba en el problema, más imposible de solución lo encontraba. ¡Cuán lejos estaba de soñar en la inminencia de la misma!

Había cerrado la noche, y las manifestaciones de júbilo de los negros se fueron apagando gradualmente. Estaba yo tendido en la yacija de pieles que me habían preparado, y seguía meditando sobre mi porvenir, cuando Goring entró furtivamente en mi choza. Mi primera idea fue la de que venía para dar cima a su holocausto de asesinatos, acabando con la vida del último superviviente, y me puse en pie, dispuesto a defenderme hasta el final. Él se sonrió viendo mi actitud, y me indicó que volviese a acostarme, sentándose a su vez en el otro extremo de mi yacija, y dio comienzo a la conversación con esta pregunta extraordinaria:

—¿Qué opinión se ha formado de mí?

—¿Qué opinión me he formado de usted? —le dije casi vociferando—. Opino que es el más ruin y canalla de los renegados que mancharon con su presencia esta tierra nuestra. Si no estuviéramos entre estos endemoniados negros suyos, lo estrangularía Con mis propias manos.

—No grite tanto —me contestó, sin que pareciese que mis palabras le hubiesen irritado lo más mínimo—. No quiero que nadie interrumpa nuestra conversación —prosiguió con divertida sonrisa—. ¡De modo que usted me estrangularía! Pues ya ve usted cómo yo devuelvo bien por mal, ya que si estoy aquí es para ayudarle a fugarse.

—¡Usted! —le contesté, atónito.

—Yo, sí —me contestó—. Eso no tiene ningún mérito por mi parte. Yo soy lógico en mi conducta. No existe razón alguna para que no le hable con absoluta franqueza. Quiero ser rey entre esta gente, lo cual no es tener grandes ambiciones, desde luego; pero ya recordará lo que dijo César sobre el ser el primero en una aldea de las Galias. Pues bien: esta malhadada piedra suya no sólo le ha salvado la vida, sino que ha trastornado las cabezas de todos ésos hasta el punto de que creen que usted ha bajado de los cielos. Mi influencia, pues, habrá desaparecido si usted no se aparta de mi camino. Por esa razón, ya que no puedo matarlo, le ayudaré a fugarse.

Todo esto me lo dijo sin alterar el tono de su voz de falsete, como si aquel propósito suyo fuese la cosa más natural del mundo. Después de una pausa, siguió diciendo:

—Usted daría cualquier cosa por hacerme algunas preguntas, pero se lo impide su orgullo. Pues bien: yo seré quien satisfará su curiosidad, porque quiero que sus compañeros los blancos se enteren de ellas cuando usted regrese a su país, si es que tiene la suerte de conseguirlo. Hablemos, por ejemplo, de esa condenada piedra suya. Estos negros fueron primitivamente mahometanos, o por lo menos, así lo asegura una leyenda. En vida de Mahoma se produjo un cisma entre sus discípulos y el partido menos numeroso se marchó de la Arabia y llegó a cruzar el continente africano. Al salir para su destierro, se llevaron una reliquia valiosa de su antigua fe: esa reliquia consistía en un gran bloque de la piedra negra de La Meca. Ya habrá oído usted decir que esta piedra, procede de un meteoro, y que al caer a tierra se partió en dos pedazos. Uno de éstos se conserva todavía en La Meca. El pedazo mayor fue llevado a Berbería, donde un artesano hábil lo trabajó, dándole la forma que usted ha visto hoy. Estos hombres son los descendientes de aquellos primeros herejes de Mahoma, y han ido conservando su reliquia durante todas sus idas y venidas, hasta que se asentaron en este lugar extraño, en donde el desierto los protege de sus enemigos.

—¿Y la oreja? —le pregunté yo, casi involuntariamente.

—Pues verá usted: fue una repetición de la leyenda primitiva. Algunos miembros de la tribu se marcharon hacia el Sur hará un centenar de años, y uno de ellos penetró durante la noche en el templo y se llevó una de las orejas para que les diese buena suerte en su empresa. Desde entonces corre entre los negros una tradición que asegura que la oreja volverá a este lugar algún día. Es seguro que el individuo que se la llevó fue hecho prisionero por algún esclavista, y de ese modo llegó a Norteamérica, hasta venir a parar a las manos de usted…, y usted ha tenido el honor de que se cumpliera la profecía.

Se calló durante algunos minutos, apoyando la cabeza en las manos, como si esperase que yo le dirigiese la palabra. Cuando volvió a levantar la vista, toda la expresión de su rostro había cambiado: sus facciones estaban rígidas y firmes, el aire de frivolidad con que antes me había hablado era ya de severidad y casi feroz.

—Deseo que lleve usted un mensaje a la raza blanca, a la gran raza dominadora, a la que yo odio y desafío —dijo—. Dígales que por espacio de veinte años me he cebado en sangre suya; que maté blancos hasta que llegó a cansarme lo que al principio constituía para mí un júbilo; que hice eso sin que nadie me descubriese ni recelase de mí, frente a todas las medidas de precaución que era capaz de dictarles su civilización. No hay goce en la venganza cuando su enemigo no sabe quién lo ha castigado. No me pesa, pues, el servirme de usted como mensajero. No hace falta que le explique cómo nació en mí este odio terrible, pero —y al decirlo me mostró su mano mutilada—, ¡vea esto! Es obra del cuchillo de un hombre blanco. Mi padre era blanco, y mi madre era esclava. Cuando murió mi padre la vendieron de nuevo a ella, y yo, que entonces era un niño, vi cómo la azotaban cruelmente para despojarla de algunas de las pequeñas gracias y encantos que su difunto amo había cultivado en ella. ¡Y también mi joven esposa! ¡También mi joven esposa! —Todo su cuerpo fue sacudido por un temblor—. ¡Pero eso no importa! Hice un juramento y lo cumplí. Desde el estado de Maine hasta el de Florida y desde Boston hasta San Francisco, podría usted ir siguiendo la huella de mis pasos guiándose por muertes súbitas, que desconcertaban a la Policía. Yo hice la guerra a toda la raza blanca, de la misma manera que ésta la había hecho por espacio de siglos a la raza negra. Pero ya le he dicho que acabé por sentir repugnancia de la sangre. Pero bastaba que viese un rostro blanco para que mi aborrecimiento se despertase; decidí entonces reunir algunos negros libres y valerosos y unir mi suerte con la suya, cultivando sus capacidades ocultas y formando el núcleo de una futura gran nación de raza negra. Esta idea llegó a ser para mí una obsesión, que me hizo viajar por el mundo durante dos años en busca de lo que yo deseaba. Llegué casi a desesperar de encontrarlo. No había esperanzas de regenerar a los sudaneses, que eran comerciantes de esclavos, ni a los envilecidos fantis, ni a los negros norteamericanizados de Liberia. Regresaba ya de mi correría, cuando la casualidad me puso en contacto con esta tribu magnífica de moradores del desierto, y uní mi suerte a la suya. Sin embargo, mi viejo instinto de venganza me llevó a realizar antes una última visita a los Estados Unidos, de donde regresé en el Marie Celeste. En cuanto al viaje mismo, ya usted habrá comprendido ahora que, gracias a manipulaciones mías, tanto las brújulas como los cronómetros arrojaban indicaciones completamente falsas.

»Únicamente yo, valiéndome de instrumentos de mi propiedad que funcionaban correctamente, iba trazando la ruta, con ayuda de mis amigos negros que estaban en la rueda del timón, Fui yo quien tiró por encima de la borda a la esposa de Tibbs. ¿Qué? Veo que la cosa le sorprende y que retrocede usted. Seguramente que ahora ya lo había barruntado usted. El día del disparo que atravesó el tabique divisorio quise matarlo a usted, pero por desgracia no estaba en el camarote. Intenté matarlo en otra ocasión, pero estaba usted despierto. Fui yo quien mató a Tibbs de un tiro, y creo que lo dispuse todo con gran limpieza para que se creyese en un suicidio. Claro está que cuando llegamos a la costa resultó ya todo sencillo. Yo había decidido que muriesen todos los que venían a bordo, pero esa piedra suya trastornó mis proyectos. También dispuse que no se saquease nada. Nadie puede afirmar que nosotros seamos piratas. Hemos obrado en todo por una cuestión de principios y no por móviles de naturaleza sórdida.»

Yo escuchaba atónito el resumen que de sus crímenes me iba haciendo aquel hombre extraño, que se expresaba en un tono de voz tranquilo y muy sereno, como si relatase incidentes de la vida cotidiana. Todavía me parece estar viéndolo como en una pesadilla siniestra, sentado en el extremo de mi yacija, mientras la luz vacilante de una tosca lámpara iluminaba sus facciones cadavéricas.

—Y ahora le diré que no hay dificultad alguna para que usted se fugue de aquí. Estos estúpidos hijos adoptivos míos afirmarán que usted ha vuelto al cielo de donde vino. El viento sopla desde la tierra hacia el interior del mar. Tengo dispuesta una lancha con provisiones y agua en abundancia. Deseo desembarazarme cuanto antes de usted, de modo que puede tener la seguridad de que no he descuidado nada. Levántese y sígame.

Hice lo que me mandaba, y él salió fuera de la choza seguido por mí. La guardia había sido retirada, o Goring tenía arregladas las cosas con ellos. Cruzamos la población sin que nadie nos diese el alto, y luego nos metimos por la llanura arenosa. Volví a escuchar el bramido de las aguas del mar, y distinguí la larga línea blanca de la rompiente. En la playa había dos hombres arreglando el aparejo de una lancha pequeña. Eran los dos marineros que habían hecho la travesía con nosotros. Goring les dijo:

—Dejadlo a salvo más allá de las rompientes.

Los dos hombres saltaron dentro de la lancha, en la que me hicieron entrar también a mí, y se apartaron de la orilla. Valiéndonos de la vela mayor y del foque, cruzamos a salvo las rompientes. Hecho esto, y sin una sola palabra de despedida, mis dos acompañantes se lanzaron al agua; vi flotar sus cabezas como dos puntos negros sobre la espuma blanca cuando nadaban hacia la costa, mientras yo era empujado por el viento y me perdía en las tinieblas de la noche. Miré hacia atrás y tuve una última vislumbre de Goring. Estaba de pie en lo alto de una colina arenosa, y el claror de la luna naciente que lo iluminaba por detrás presentaba con fuerte relieve su cuerpo enjuto y anguloso. Agitaba frenético los brazos hacia adelante y hacia atrás; quizá pretendía con ello darme ánimos, pero en aquel momento sus gestos me parecieron a mí de amenaza, y he pensado muchas veces que lo más probable era que su antiguo instinto salvaje se hubiese apoderado de él otra vez cuando me vio fuera del alcance de sus manos. Sea lo que sea, fue la última visión que tuve y que tendré jamás de Septimius Goring.

No hay necesidad de que entre en detalles de mi viaje solitario. Tomé lo mejor que pude la derrota de las islas Canarias, pero fui recogido al quinto día por la embarcación Monrovia, de la Compañía de Navegación a Vapor de Inglaterra y África. Aprovecho esta oportunidad para expresar mi más sincera gratitud al capitán Stornoway y a sus oficiales, por el trato cariñoso que me dieron hasta desembarcar en Liverpool, donde pude tomar pasaje en uno de los buques de la Compañía Guión, que me llevó a Nueva York.

Poco es lo que yo he hablado de las peripecias de mi viaje cuando volví a encontrarme en el seno de mi familia. Ese tema sigue siendo todavía para mí intensamente doloroso, y lo poco que he hablado no ha merecido crédito. Pongo ahora los hechos en conocimiento del público tal y como ocurrieron, sin preocuparme de que sean o no creídos, haciéndolo únicamente porque la enfermedad de mis pulmones va en aumento y deseo salvar mi responsabilidad. No hago afirmaciones vagas. Que los lectores examinen un mapa de África. Allí, por encima del cabo Blanco, donde la tierra firme se aleja hacia el Norte y hacia el Sur desde la punta más occidental del continente, sigue Septimius Goring reinando sobre sus negros súbditos, a menos de que le haya alcanzado su castigo; y allí donde las largas olas verdes corren veloces a romperse y sisear sobre las calientes arenas doradas yacen Harton, Hyson y los demás infortunados compañeros que fueron muertos a bordo del Marie Celeste.

AQUELLA CAJITA CUADRADA

—¿Todos a bordo? —preguntó el capitán.

—Todos a bordo, señor —contestó el primer oficial.

—Pues entonces, prepárese a soltar amarras.

Eran las nueve de la mañana de un miércoles. El Spartan estaba amarrado en el muelle de Boston con todo su cargamento en las bodegas, los pasajeros a bordo y todo listo para emprender el viaje. El pitido anunciador había sonado por dos veces, y las campanadas finales se habían dejado oír. El bauprés apuntaba en dirección a Inglaterra, y el siseo del vapor que se escapaba constituía una demostración de que el barco estaba dispuesto para su carrera de tres mil millas. Igual que un galgo tira de su traílla, el vapor tiraba de sus amarras.

Yo tengo la desgracia de ser hombre muy nervioso. La vida sedentaria del literato ha contribuido a incrementar la morbosa afición a la soledad, que constituye desde mi niñez uno de mis rasgos característicos. Mientras estaba en el puente del alcázar de aquel vapor transatlántico, renegaba con encono de la necesidad que me forzaba a regresar al país de mis antepasados. Los gritos de los marineros, el estrépito de los cables, los adioses de mis compañeros de pasaje y los vítores de la multitud ponían en vibración, todos juntos y cada uno por separado, la sensibilidad de mi temperamento. Me sentía también triste y me perseguía una sensación indescriptible, como si alguna calamidad amenazase caer sobre mí. El mar estaba tranquilo y soplaba una brisa ligera. No se advertía nada capaz de perturbar la serenidad de los hombres menos acostumbrados a la vida del mar; pero, sin embargo, yo me veía como al borde de un peligro grande, aunque indefinido. Me he fijado en que esta clase de presentimientos asaltan con frecuencia a hombres de temperamentos parecidos al mío, y que no es nada extraordinario el que se realicen. Según cierta teoría, ese fenómeno es consecuencia de una especie de segunda capacidad visual de una comunicación espiritual sutil con el porvenir. Recuerdo muy bien que el eminente espiritualista Herr Raumer comentó en cierta ocasión el que yo era el sujeto de mayor sensibilidad para los fenómenos extranaturales de cuantos él había tratado a lo largo de su extensa actividad. Sea como sea, lo cierto es que estaba yo muy lejos de sentirme feliz mientras me abría camino por entre los grupos, llorosos unos y alegres otros, que formaban puntos negros sobre las bancas cubiertas del magnífico vapor Spartan. Si yo hubiese sabido lo que me iba a ocurrir en el transcurso de las próximas doce horas, habría saltado a tierra hasta en el último momento, huyendo de aquel buque maldito.

—¡Es hora ya! —dijo el capitán, cerrando con un chasquido la tapa de su cronómetro y volviéndole a meter en el bolsillo.

—¡Es hora ya! —dijo el primer oficial.

Se oyó el último lamento del silbato de vapor, y los amigos y parientes bajaron precipitadamente a tierra. Se soltó una amarra, y ya empezaban a retirar la pasarela, cuando lanzaron un gato desde el puente y surgieron dos hombres que venían corriendo por el muelle al mismo tiempo que agitaban las manos con ademanes frenéticos, con el propósito visible de hacer que el barco esperase. «¡Cuidado!», gritó la multitud. «¡Sostenga firme!», gritó el capitán. «¡Afloje! ¡Detenga! ¡Arriba la pasarela!» Y los dos hombres saltaron a bordo en el instante mismo en que se aflojaba la segunda amarra y en que un golpeteo convulsivo de la máquina nos alejaba rápidamente de la orilla. Estalló a bordo una salva de aplausos y otra en el muelle mismo, ondearon gran número de pañuelos, el enorme buque salió lentamente del puerto y avanzó majestuosamente por la tranquila bahía.

Habíamos iniciado de ese modo nuestro viaje de quince días. Hubo un enfrascamiento general de los pasajeros en busca de sus literas y de su equipaje, mientras que el estallido de corchos en el salón venía a demostrar que más de un viajero solitario recurría a medios artificiales para ahogar las angustias de la separación. Recorrí con la mirada la cubierta e hice un rápido inventario de mis compañeros de viaje, encontrando los tipos corrientes en tales ocasiones. No había entre ellos ninguna cara que se destacase de las demás. Hablo como hombre experimentado, porque el estudio de las caras es una especialidad mía. Lo mismo que el botánico busca en una flor los rasgos distintivos, yo los busco en los rostros, y me quedo con ellos para analizarlos tranquilamente; luego los clasifico y etiqueto en mi pequeño museo antropológico.

Allí no había nada que mereciese mi atención. Veinte tipos de la joven Norteamérica que marchaban a Yurropa, algunas parejas respetables de edad mediana, como antídoto de los anteriores; un chorreo de clérigos y de hombres profesionales, mujeres jóvenes, viajantes de comercio, británicos exclusivistas y toda la olla podrida de un vapor transatlántico. Les volví la espalda y me puse a contemplar las costas de Norteamérica, que se iban alejando. Al alzarse delante de mí la nube de recuerdos, mi corazón se llenó de afecto hacia mi tierra de adopción. En un lado de la cubierta había un montón de maletas y de equipajes, que esperaban turno para ser bajados al interior del buque. Llevado de mi amor habitual hacia la soledad, caminé hasta colocarme detrás de aquel montón, y tomé asiento sobre un rollo de maroma, entre los equipajes y el costado del buque, entregándome acto seguido a mis ensoñaciones melancólicas. Me sacó de ellas un cuchicheo que oí a mi espalda.

—Aquí estamos en lugar tranquilo —dijo una voz—. Siéntese, y podemos hablar del asunto sin que nadie nos oiga.

Por una rendija que quedaba entre dos enormes baúles vi que al otro lado del montón de equipajes estaban los dos pasajeros que habían subido a bordo en el último instante. Era evidente que no me habían visto a mí, porque yo estaba agazapado a la sombra de los baúles. El que acababa de hablar era un hombre alto y muy delgado, de barba negrísima y cara descolorida. Sus maneras eran nerviosas y excitadas. Su compañero era un hombre pequeño y pletórico, de aire vivo y resuelto. Mordisqueaba un cigarro y llevaba sobre su brazo izquierdo un gran abrigo Ulster. Ambos miraron en torno suyo con recelo, como si quisieran asegurarse de que se encontraban solos, y oí que el otro contestaba:

—Sí, éste es el lugar más indicado.

Sentáronse sobre un fardo, vueltos de espaldas hacia mí, y yo me encontré, muy a pesar mío, representando el desagradable papel de fisgón de lo que hablaban.

—Bien, Muller; hemos llegado a bordo por suerte —dijo el más alto de los dos.

—Sí, a bordo estamos seguros —asintió el hombre al que el otro apellidaba Muller.

—Ha estado en un tris que nos quedásemos en tierra.

—Sí que fue por muy poco, Flannigan.

—Habría sido una desgracia que hubiésemos perdido el barco.

—Sí; habría hecho fracasar nuestros planes.

—Los habría arruinado por completo —dijo el hombre pequeño, y durante algunos minutos estuvo dando chupadas furiosas a su cigarro, diciendo por último—: Lo tengo aquí.

—Déjame verlo.

—¿Nadie nos mira?

—Nadie, porque casi todos están abajo.

—Todo cuidado es poco cuando es tanto lo que se juega —dijo Muller recogiendo el abrigo que tenía colgado del brazo, y exponiendo a la vista un objeto negro que colocó sobre el suelo de la cubierta.

Me bastó una ojeada para ponerme en pie, dejando escapar una exclamación de espanto. Por suerte, ellos estaban demasiado embebidos en lo que se traían entre manos, y pasó inadvertida. Si ellos hubiesen vuelto la cabeza, no habrían podido menos que descubrir mi pálido rostro con la mirada fija en sus personas por encima del montón de equipajes.

Un recelo espantoso se había apoderado de mí desde que empezaron su conversación, y a medida que yo contemplaba la escena, iba confirmándose y reforzándose. El objeto que habían colocado sobre cubierta era una cajita cuadrada de madera negra con rebordes metálicos. Tendría, según mi cálculo, un pie cúbico de volumen. Me hizo pensar en una caja de pistolas, pero su altura resultaba mucho mayor. Sin embargo, mis ojos se clavaron en un apéndice de la caja, que hacía pensar en una pistola más aún que su receptáculo. Ese apéndice era un dispositivo en forma de gatillo que sobresalía de la cubierta; un rollo de cordelillo estaba atado a ese dispositivo. Tenía, además, la madera una pequeña abertura cuadrada. El hombre alto, es decir, Flannigan, como su acompañante lo había llamado, arrimó el ojo a la abertura, y estuvo mirando hacia el interior por espacio de varios minutos, con expresión de profunda ansiedad.

—Parece que está perfectamente —dijo por último.

—He procurado no darle sacudidas —contestó su acompañante.

—Estas cosas tan delicadas hay que tratarlas con tiento. Muller, echa dentro algo de lo que se necesita.

El hombre más pequeño estuvo unos momentos registrando en su bolsillo, y sacó por último un paquetito de papel. Lo abrió, extrajo medio puñado de granulaciones blancuzcas y las echó por el agujero de la caja. Se oyó en el interior un curioso tintineo, y los dos hombres se sonrieron satisfechos.

—No parece que ocurra nada malo ahí dentro —dijo Flannigan.

—Todo está perfectamente —contestó su acompañante.

—¡Cuidado! Alguien viene. Llévatelo a nuestra litera. No conviene que nadie sospeche el juego que nos traemos, o, peor aún, que manosee el artefacto y lo ponga en movimiento por equivocación.

—Bueno, si alguien soltase el mecanismo, el resultado sería igual —dijo Muller.

—Quien tirase del gatillo sufriría un buen chasco —dijo el hombre más alto, con siniestra risa—. ¡Figúrate la cara que pondría! Yo digo con orgullo que es un trabajo muy bien acabado.

—Sí, no está mal —dijo Muller—. Me han dicho que usted lo ha proyectado todo hasta en sus menores detalles.

—Sí, el resorte y el postigo corredizo son de mi invención.

—Deberíamos patentarlos.

Los dos hombres volvieron a soltar una risa fría y rechinante, mientras recogían la pequeña caja con refuerzos de metal y la ocultaban dentro del voluminoso abrigo de Muller.

—Acompáñeme abajo y la ocultaremos en nuestra litera —dijo Flannigan—. Hasta esta noche no la necesitamos, y allí estará bien guardada.

Su compañero asintió, y ambos se alejaron por la cubierta cogidos del brazo, llevándose la misteriosa cajita. Las últimas palabras que oí fueron un requerimiento que hacía Flannigan a su compañero para que la llevase con cuidado, sin golpearla con las amuradas.

Nunca sabré cuánto tiempo estuve sentado en aquel rollo de maroma. La sensación de espanto que me había producido la conversación se agravaba con los primeros síntomas de mareo que me estaban acometiendo. El largo oleaje del Atlántico se dejaba sentir en el buque y en los pasajeros. Me sentí abatido de cuerpo y de espíritu, y caí en un estado de desmayo, del que me sacó, por último, la voz cordial de nuestro digno cabo de mar, que me dijo:

—¿Quiere tener la bondad de trasladarse a otro sitio, señor? Vamos a dejar limpia la cubierta de todos esos bultos.

En el estado en que yo me encontraba, aquella manera áspera de hablar y la cara rubicunda de quien me hablaba me parecieron casi una ofensa. Si yo hubiese sido hombre valiente o fornido, creo que lo habría abofeteado. Pero lo que sí hice fue contestarle con una mirada enfurruñada y melodramática, que le produjo no pequeño asombro, y pasé al otro lado de la cubierta. Lo que yo necesitaba era soledad, una soledad que me permitiese meditar en el espantoso crimen que se estaba incubando ante mis propios ojos. Una de las lanchas de cuadra colgaba bastante baja de sus serviolas. Me asaltó una idea: trepé al antepecho y desde allí salté a la lancha vacía, tumbándome en el fondo de la misma. De ese modo, tendido de espaldas, sin nada más que el cielo azul por encima de mí y alguna vislumbre casual del popel mayor cuando el barco se balanceaba, me encontré por fin a solas con mi enfermedad y con mis pensamientos.

Traté de recordar las palabras que se habían cambiado en el diálogo terrible escuchado por mí. ¿Admitirían otra explicación fuera de la que se me aparecía cara a cara? Mi razón me obligaba a reconocer que era esta la única explicación posible. Traté de poner en orden los distintos hechos que constituían la cadena de pruebas circunstanciales, para ver si descubría en ellos algún fallo; pero no, no faltaba ningún eslabón. En primer lugar, teníamos la extraña manera como aquellos dos pasajeros habían subido a bordo de modo que nadie pudiera examinar su equipaje. El mismo apellido de Flannigan atufaba a fenianismo, y el de Muller no podía sugerir otra cosa que socialismo y asesinato. Venía luego lo misterioso de sus maneras; su observación de que sus planes habrían fracasado si hubiesen perdido el barco; su miedo a que nadie los viese, y por último, aunque no en último lugar de importancia, aquella cajita cuadrada con el gatillo, y su agria broma sobre la cara que pondría la persona que le diese al gatillo por equivocación. ¿Podían todos esos hechos llevar a otra conclusión que no fuese la de que aquellos hombres eran unos emisarios, capaces de todo, de alguien, político o no, que se proponía sacrificarlos a ellos, sacrificar a sus compañeros de travesía y sacrificar el barco en un inmenso holocausto? Los granulados blancuzcos que yo les había visto echar al interior de la caja serían, sin duda, un cebo o reguero, destinado a hacerla estallar. Hasta mis oídos mismos había llegado un tintineo, que bien pudiera ser producido por algún mecanismo delicado. ¿Pero a qué podían aludir cuando se refirieron a la noche próxima? ¿Sería posible que tratasen de poner por obra sus espantosos propósitos la misma primera noche de nuestro viaje? Sólo con pensarlo me entraban escalofríos, y hasta llegaba a sobreponerme a las angustias del mareo.

He dicho ya que físicamente soy un cobarde. También lo soy moralmente. Es raro que esos dos defectos se den en una sola persona hasta el extremo que se dan en mí. He conocido muchas personas sumamente sensibles al peligro físico, pero que se distinguían por la independencia y la energía de su espíritu. Sin embargo, yo lamento tener que confesar respecto a mí que mi manera de vivir sedentaria y apartada había fomentado en mí el miedo a hacer nada que llamase la atención o que me destacase en primer término, y que ese miedo superaba, si eso era posible, al que me inspiraba el peligro personal. Una persona que se hubiese encontrado en las circunstancias en que me encontraba yo habría ido sin más a hablar con el capitán, le habría confiado sus temores y puesto el asunto en sus manos. Pero semejante idea me repugnaba, por mi especial manera de ser. La idea de ser el punto de mira de todos los observadores, de verme sometido a un interrogatorio por un desconocido y enfrentado con dos conspiradores temerarios, me resultaba odiosa. ¿No existiría alguna remota posibilidad de que yo estuviese equivocado? ¿Cuáles serían mis sentimientos si resultaba que mi acusación carecía de fundamento? No; yo daría largas al asunto, sin perder de vista a los conspiradores, siguiéndoles todos sus pasos. Todo era preferible a la posibilidad de equivocarme.

Pero entonces se me ocurrió que quizá en aquel mismo instante estuvieran desarrollando alguna nueva fase de la conspiración. Mi excitación nerviosa parecía haber alejado mi incipiente ataque de mareo; pude ponerme en pie y bajarme de la lancha sin sufrir recaída alguna en el mismo. Crucé por la cubierta con el propósito de bajar a mi camarote y averiguar lo que estaban haciendo los dos conocidos míos de aquella mañana. En el momento de poner mi mano en la barandilla de la escalera, me quedé asombrado al sentir que me daban unas palmadas en la espalda con tal exuberancia que estuvieron a punto de hacerme bajar por las escaleras con más precipitación que dignidad. Una voz que me pareció conocida me dijo:

—¿Tú por aquí, Hammond?

Al dar media vuelta, no pude menos de exclamar:

—¡Válgame Dios! No acabo de creer lo que veo ¡Dick Merton! ¿Cómo estás, viejo?

En medio de mis perplejidades, aquello suponía una buena suerte inesperada. Dick era el hombre que yo necesitaba: de temperamento amable y agudo, era rápido en actuar. Ninguna dificultad tendría yo en explicarle mis sospechas, y podía confiar en su buen criterio, con la seguridad de que me expondría el mejor camino a seguir. Dick había sido mi consejero y mi protector desde que yo era un mocito de segundo curso en Harrow. Le bastó una ojeada para darse cuenta de que algo malo me había ocurrido, y me preguntó con su acento afectuoso de siempre:

—Pero, Hammond, ¿qué es lo que te trae a mal traer? Estás blanco igual que una hoja de papel. Mareado, ¿verdad?

—No, no se trata sólo de eso —le contesté—. Acompáñame a dar un paseo, Dick. Quiero hablarte. Deja que me apoye en tu brazo.

Sosteniéndome en la fornida humanidad de Dick, avancé vacilante a su lado, pero pasó algún tiempo antes de que me decidiese a hablar.

—¿Quieres un cigarro? —me preguntó, para romper el silencio.

—No; gracias —le contesté—. Dick, para esta noche seremos todos cadáveres.

—Ésa no es razón para que no fumes ahora un cigarro —me contestó con la serenidad que le caracterizaba, pero mirándome con gran fijeza mientras hablaba, con sus ojos sombreados por cejas tupidas.

Era evidente que creyó que desvariaba un poco, pero yo proseguí:

—No es cosa de risa, te lo aseguro, y te estoy hablando sereno y con la mayor seriedad. He descubierto una conjuración infame para volar este buque con todos los que vamos a bordo del mismo, Dick.

Y a continuación le expuse de una manera metódica, por su orden, toda aquella cadena de pruebas que había recogido, y terminé diciéndole:

—Ése es el asunto, Dick, y dime ahora lo que piensas del mismo y, sobre todo, qué es lo que debo hacer.

Con gran asombro mío, Dick rompió a reír con risa desmesurada y despreocupada, y me contestó:

—Si eso me lo hubiese contado otra persona, me habría dado miedo. Pero tú, Hammond, siempre te las arreglaste para descubrir cosas fantásticas. Me agrada el ver cómo reaparecen las características de antaño. ¿Te acuerdas de cuando en el colegio jurabas que había un fantasma en la sala larga, y luego resultó que era tu propia imagen reflejada en el espejo? Vamos a ver, hombre —prosiguió—: ¿qué finalidad puede nadie perseguir con la destrucción de este barco? No viajan a bordo grandes personajes políticos. Al contrario, la mayoría de los pasajeros son norteamericanos. Además, en este nuestro siglo XIX, de impulsos poco arrebatados, hasta los asesinos al por mayor tienen buen cuidado de no incluirse a sí mismos entre las víctimas. Estate seguro de que has interpretado mal lo que decían, y que has confundido una cámara fotográfica o algo no menos inofensivo con una máquina infernal.

—Nada de eso, señor mío —le contesté, bastante molesto—; me temo que aprenderás a costa tuya que en esta ocasión no he exagerado ni he interpretado de mala manera una sola palabra. En cuanto a la caja, desde luego que yo no he visto nunca cosa igual hasta ahora. Encerraba maquinaria delicada, y estoy convencido de ello por la manera como aquellos dos hombres la manejaban y hablaban de la misma.

—Mira, muchacho, que tú eres capaz de tomar por un torpedo cualquier cajón de artículos comestibles perecederos. De modo que tu opinión es como para ponerla en tela de juicio —dijo Dick.

—El apellido de uno de aquellos hombres es Flannigan —agregué yo, y mi amigo me contestó:

—No creo que por ese camino llegases lejos ante un tribunal de justicia; pero vamos a ver, ahora que he terminado mi cigarro: ¿no te parece que haríamos bien en bajar al salón y abrir una botella de clarete? Te lo digo porque de ese modo podrías indicarme quiénes son esos Orsinis, si es que se encuentran todavía en la cámara.

—Perfectamente —le contesté—. Estaba resuelto a no perderlos de vista en todo el día. Sin embargo, procura hacerte el desentendido, para evitar que ellos crean que se les vigila.

—Estate seguro de que pondré cara de un inocente cordero —me contestó Dick, y bajamos por la escalera de escotilla, entrando en el salón.

Eran muchos los pasajeros sentados aquí y allá alrededor de la gran mesa central; unos forcejeaban con maletas y correas de mantas de viaje que se les resistían, otros estaban almorzando, y unos pocos leían o se entretenían de diversas maneras Los personajes que buscábamos no se encontraban allí. Cruzamos el dormitorio, mirando en todas las literas, pero no se veía rastro de ellos por ninguna parte. Yo pensé: «¡Válgame Dios! ¡Quizá en este mismo instante se encuentran debajo de nuestros pies, en la bodega o en la sala de máquinas, preparando su diabólico artilugio!»

Era preferible enterarse de lo peor a permanecer en semejante duda. Dick llamó al camarero y le preguntó si no andaban por allí otros señores. El camarero le contestó:

—Hay dos señores en la sala de fumar, señor.

La sala de fumar era un saloncito muy bien arreglado y acogedor, situado junto a la repostería. Abrimos la puerta y entramos. A mi pesar, se me escapó del pecho un suspiro de alivio. Lo primero que se ofreció a mi vista fue el rostro cadavérico de Flannigan, con su boca adusta y su mirada fija. Frente a él se hallaba sentado su compañero. Los dos estaban bebiendo, y encima de la mesa había una baraja, estando empeñados en una partida cuando entramos. Le di con el codo a mi amigo para darle a entender que aquélla era la presa que perseguíamos, y tomamos asiento junto a ellos con el aire más despreocupado posible. Pareció que los dos conspiradores se habían fijado muy poco en nuestra presencia. Yo los examiné minuciosamente. Se entretenían en el juego llamado Napoleón. Ambos parecían embebidos en la partida, y hube de admirar la insuperable serenidad de unos hombres que, teniendo en sus corazones un secreto como el que tenían, eran capaces de dedicar su atención a las complicaciones de aquel juego. El dinero cambiaba rápidamente de manos, pero parecía que la mala suerte se cebaba en el más alto de los dos jugadores. Llegó un momento en que tiró las cartas encima de la mesa lanzando un taco, y ya no quiso seguir jugando.

—No; que me ahorquen si sigo jugando —dijo—. Llevo cinco bazas en que sólo he tenido dos cartas del mismo palo.

—No te importe —le contestó su camarada, recogiendo sus ganancias —. Cuando hayamos hecho el trabajo de esta noche, poca importancia tendrán unos dólares más o menos.

Me dejó atónito la audacia de aquel granuja, pero tuve buen cuidado de mirar al techo como abstraído, y seguí bebiendo mi vaso de vino de la manera más despreocupada posible. Me di cuenta de que Flannigan me miraba con sus ojos lobunos para ver si yo había captado la alusión. Dijo algunas palabras cuchicheando a su compañero, pero yo no pude oírlas. Me imagino que le recomendaba cautela, porque el otro contestó bastante irritado:

—¡Tonterías! ¿Por qué no he de decir lo que me da la gana? El exceso de cautela es precisamente lo que podría echarlo todo a perder.

—Estoy creyendo que a ti no te interesa el que la cosa se lleve adelante —dijo Flannigan.

—Usted no cree nada de eso —contestó el otro, hablando con rapidez y en voz alta—. Tú sabes tan bien como yo que cuando emprendo una cosa me gusta salir adelante con ella. Pero lo que no tolero es que ni tú ni nadie critique mis palabras y pretenda cerrarme la boca. Yo tengo tanto interés como puedas tenerlo tú en el éxito de nuestra empresa; quizá más.

Aquello le sulfuró, y estuvo algunos minutos dando furiosas chupadas a su cigarro. La mirada del otro bergante se posaba tan pronto en Dick Merton como en mi persona. Yo tenía conciencia de encontrarme en presencia de un hombre dispuesto a todo, y que bastaría un solo movimiento de mis labios para que él me clavase un puñal en el corazón, pero demostré tener un dominio de mí mismo que jamás habría creído en circunstancias tan difíciles. En cuanto a Dick, se mostraba tan inconmovible y tan inconsciente en apariencia como la Esfinge de Egipto.

Reinó durante algún rato el silencio en el salón de fumar, un silencio interrumpido únicamente por el chasquido seco de los naipes que el llamado Muller barajaba antes de volver a meterlos en el bolsillo. Parecía estar aún algo excitado e irritado. Tiró la colilla de su cigarro en la escupidera y dirigió una mirada de desafío a su compañero, al mismo tiempo que se volvía hacia mí para preguntarme:

—¿Podría decirme, señor, cuándo se publicarán las primeras noticias acerca de la travesía de este barco?

Aquellos dos hombres me miraron; pero aunque es posible que yo empalideciese un poquito, mi voz era tan segura como siempre, al contestarle:

—Me imagino, señor, que las primeras noticias circularán cuando el barco entre en el puerto de Queenstown.

—¡Ajajá! —exclamó riéndose el hombrecito irritado—. Ya sabía que usted iba a contestar eso. Escucha, Flannigan: no me pegues por debajo de la mesa, porque no se lo consiento. Sé lo que me hago.

Se volvió hacia mí, y me dijo:

—Pues bien, caballero, está usted equivocado; está usted completamente equivocado.

—Quizá lleve noticias de nuestro barco algún otro con el que nos crucemos —sugirió Dick.

—No, tampoco es eso.

—Navegamos con tiempo bueno —le dije yo—. ¿Por qué no se han de tener noticias nuestras cuando reguemos al punto de destino?

—Yo no he dicho que no se tendrán noticias nuestras cuando lleguemos al punto de destino. A lo mejor, no llegamos nunca, y siempre puede darse el caso de que se tengan noticias nuestras antes.

—¿Antes? ¿Dónde? —preguntó Dick.

—Eso sí que no se lo diré. Bástele saber que se tendrán noticias nuestras antes de que termine el día, gracias a un sistema rápido y misterioso que señalará nuestras andanzas. ¡Ajajá! —volvió a cloquear de risa.

Su camarada refunfuñó:

—¡Ven a cubierta! Has bebido una cantidad excesiva de ese maldito aguardiente con agua. Eso es lo que te ha soltado la lengua. ¡Vamos de aquí!

Agarró a su compañero por el brazo y lo condujo, medio a las buenas, medio a las malas, fuera del salón, y luego les oímos subir dando tropezones por la escalera de escotilla y salir a la cubierta.

—¿Y qué piensas ahora, Dick? —le pregunté casi sin aliento, volviéndome hacia mi amigo.

Éste, tan imperturbable como antes, me contestó:

—¿Qué pienso? Pues pienso lo mismo que su compañero; es decir, que ese hombre estaba medio borracho y deliraba. La verdad es que atufaba a aguardiente.

—¡Eso es una tontería! —dije—. Ya viste cómo el otro trataba de impedirle que hablase.

—¡Naturalmente! No quería que su amigo se pusiese en ridículo ante unas personas desconocidas. Además, quizá el más pequeño de los dos es un lunático, y el otro está encargado de cuidarlo. Esta hipótesis es muy posible.

—¡Oh Dick, Dick! —exclamé yo—. ¿Cómo puedes ser tan ciego? ¿No te das cuenta de que todas sus palabras son una confirmación de nuestra previa sospecha?

—¡Paparruchas, hombre! —exclamó Dick—. Tú mismo te estás poniendo en un estado de excitación nerviosa. ¿Qué diablos sacas de las tonterías que ha dicho referentes a un agente misterioso que comunicará las andanzas de este barco?

—Yo te voy a decir lo que eso significa, Dick —le contesté, inclinando el busto hacia adelante y agarrando el brazo de mi amigo—. Quiso decir que algún barco pesquero solitario que navega frente a las costas de Norteamérica distinguirá de pronto a lo lejos un súbito resplandor seguido de incendio. A eso es a lo que él se refirió.

—Hammond, jamás creí que fueses tan estúpido —me dijo Dick Merton con impertinencia—. Si pretendes tomar en un sentido literal los disparates de un borracho, sacarás muy extrañas y sorprendentes conclusiones. Imitémosles, y subamos a la cubierta. Creo que necesitas respirar aire fresco. Créeme, eso que te ocurre es consecuencia de desarreglos del hígado. Esta travesía marítima te beneficiará enormemente.

—Te prometo que si ésta de ahora termina bien, ya no me aventuraré en otra —le contesté con acento lastimero—. Están poniendo los manteles en la mesa, de manera que casi no vale la pena de subir a cubierta. Me quedaré abajo y sacaré mis cosas del baúl.

—Espero que para la hora de la cena estés de mejor humor —me dijo mi amigo.

Y se marchó, quedando yo entregado a mis meditaciones, hasta que la llamada estrepitosa del gran gong me anunció que era hora de marchar al comedor.

No hará falta que diga que los acontecimientos del día no habían contribuido mucho a mejorar mi apetito. Me senté, sin embargo, mecánicamente a la mesa y escuché las conversaciones que se entablaban a mi alrededor. Los pasajeros de primera clase eran cerca de un centenar, y a medida que fue circulando el vino, las voces y el estrépito de los platos se combinaron, formando una completa babel. Me tocó estar sentado entre una señora de edad, muy gruesa y muy nerviosa, y un curita muy acicalado. Como ni el uno ni el otro se adelantaron a trabar conversación conmigo, yo me recogí dentro de mi concha y pasé el tiempo examinando las caras de mis compañeros de viaje. Distinguí a distancia a Dick, que repartía su atención entre un ave sin articulaciones que tenía en el plato y una joven muy poseída de sí misma que tenía a su lado. En el extremo de la mesa, y no lejos de mí, el capitán Dowie hacía los honores, y el médico de a bordo ocupaba la otra cabecera. Me alegré viendo que a Flannigan lo habían colocado casi frente por frente de mí. Mientras yo lo tenía delante de mis ojos, estaba seguro de que no corríamos de momento peligro. En esta ocasión mostraba en su adusta cara una sonrisa que quería ser de agrado. No me pasó por alto el detalle de que bebía vino en abundancia…, en tan gran abundancia, que ya antes de los postres hablaba con un tono de voz completamente ronco. Su amigo Muller estaba sentado algunas sillas más lejos. Comía poco, y parecía nervioso e inquieto.

Nuestro simpático capitán dijo de pronto:

—Señoras, yo confío en que se encontrarán ustedes en mi barco lo mismo que en su casa. Respecto a los caballeros, no tengo temor alguno. Camarero, sirva una botella de champaña. ¡Levanto mi copa para que tengamos una brisa fresca y una rápida travesía! Confío en que nuestros amigos de Norteamérica tendrán noticias dentro de ocho días, o a lo sumo, dentro de nueve, de que hemos llegado con toda felicidad.

Alcé la vista, y pude interceptar la mirada que se cruzó entre Flannigan y su confederado, por muy rápida que fuese. La sonrisa de los labios de

Flannigan se hizo siniestra.

Las conversaciones variaban de temas. Se habló de política y, sucesivamente, de cosas del mar, de diversiones y de problemas religiosos. Yo no abrí la boca, pero escuché con interés. Me pareció que no se perdía nada planteando el tema que yo no lograba apartar de mi pensamiento. Era posible tratarlo de una manera indirecta, pero que surtiría, por lo menos el efecto de llevar los pensamientos del capitán en esa dirección. Al mismo tiempo, me fijaría muy bien en el efecto que producía en las caras de los conspiradores.

Hubo una repentina calma en la conversación, porque parecían haberse agotado los temas corrientes de interés. La oportunidad era favorable. Incliné el busto hacia adelante, y pregunté, vocalizando bien las palabras:

—¿Puedo preguntarle, capitán, lo que usted opina de los manifiestos del partido feniano?

El rostro rubicundo del capitán se ensombreció un poco por efecto de su honrada indignación, y contestó:

—Son unos documentos cobardes, y tan estúpidos como malvados.

—Son amenazas impotentes de una pandilla de granujas anónimos —dijo un caballero anciano y de aspecto solemne que estaba a un lado del capitán.

—Dígame, capitán: ¿verdad que usted no los cree capaces de poner una bomba en un barco? —dijo la señora gordinflona que yo tenía junto a mí.

—No me cabe la menor duda de que serían capaces de hacerlo si pudiesen. Pero yo estoy completamente seguro de que al buque mío no lo volarán.

—¿Y qué precauciones se han tomado contra semejante posibilidad? —preguntó un anciano desde el otro extremo de la mesa.

—Todos los bultos que se suben a bordo son examinados rigurosamente —dijo el capitán Dowie.

—¿Y si un pasajero trae consigo mismo los explosivos al subir a bordo? —apunté yo.

—Son demasiado cobardes para arriesgar sus vidas de esa manera.

Durante este diálogo, Flannigan no había demostrado el más leve interés en la materia. Pero al llegar a ese punto, levantó la vista y miró al capitán, diciendo:

—¿No cree, capitán, que al decir eso los aprecia muy por debajo de su verdadero valor? Todas las sociedades secretas han producido hombres resueltos a todo. ¿Por qué no ha de ocurrir eso mismo con los fenianos? Para muchos hombres constituye un orgullo y un privilegio el morir en servicio de una causa que ellos creen justa, aunque a los demás les parezca injusta.

—El asesinato en bloque no puede parecer justo a nadie —dijo el curita.

—El bombardeo de París no fue otra cosa que un asesinato en bloque —dijo Flannigan—, y, sin embargo, todo el mundo civilizado se puso de acuerdo para ver aquello con los brazos cruzados, y en lugar de la fea palabra asesinato empleó la de guerra, que suena mejor. A los ojos de los alemanes, aquello fue una cosa justa. ¿Por qué, pues, no les ha de parecer justo a los fenianos el empleo de la dinamita?

—Sea como sea, sus hueras fanfarronadas no han llegado hasta ahora a convertirse en realidades —dijo el capitán.

—Perdone —le contestó Flannigan—, pero yo creo que todavía se presta a dudas lo ocurrido al Dotterel. Yo he oído asegurar en Norteamérica a muchas personas que decían saberlo personalmente, que a bordo del barco había un torpedo de carbón.

—Pues mintieron —dijo el capitán—. En el tribunal militar quedó demostrado, sin lugar a dudas, que la causa del hundimiento fue una explosión del gas del carbón…; pero creo que haríamos bien en cambiar de tema, para que las damas no pasen una noche intranquila.

La conversación volvió a deslizarse por los cauces anteriores.

En el transcurso de esta breve discusión supo Flannigan exponer su punto de vista con una deferencia caballeresca y una energía serena de que yo no lo había creído capaz. Yo no podía menos de sentir admiración por aquel hombre que, en vísperas de una empresa desesperada, era capaz de discutir cortésmente acerca de un tema que tan íntimamente le afectaba. He dicho ya que había injerido una fuerte cantidad de vino; pero aunque tenía algo encendidas sus pálidas mejillas, se expresaba con la reserva de siempre. No volvió a intervenir en la conversación, y pareció absorto en sus meditaciones.

Un torbellino de ideas contradictorias batallaba dentro de mi cerebro. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Me pondría de pie y denunciaría a aquellos hombres delante de los pasajeros y del capitán? ¿Le pediría a este último que me concediese unos minutos de conversación en su propio camarote y se lo revelaría todo? Estuve un momento a pique de hacerlo pero mi timidez congénita se apoderó de mí con mayor fuerza que nunca. Después de todo, podía tratarse de una equivocación. Dick había escuchado el relato que yo le había hecho y se había negado a creer en mis conclusiones. Decidí, pues, dejar que las cosas siguiesen su curso. Me invadió un sentimiento extraordinario de indiferencia. ¿Por qué había yo de acudir en socorro de unas gentes que se mostraban ciegas al peligro que corrían? Era obligación de los oficiales el protegernos a nosotros y no lo era el que nosotros los pusiésemos en guardia a ellos. Me eché al cuerpo un par da vasos de vino y subí tambaleante a cubierta, muy decidido a guardarme mi secreto dentro de mi propio corazón.

Era una noche magnífica. A pesar de la excitación de mi ánimo, no pude menos de apoyarme en el antepecho para disfrutar de la brisa refrescante. Muy lejos, hacia el lado de Poniente, se destacaba una vela solitaria como una mancha negra sobre el fondo de la inmensa sábana luminosa que proyectaba el sol poniente. Me estremecí contemplando aquello. Era un espectáculo grandioso, pero aterrador. Una única estrella parpadeaba débilmente por encima de nuestro mastelero mayor, pero a cada golpe de la hélice brillaban en el agua un millar de ellas. La única mancha en aquel panorama luminoso era la larga columna de humo que íbamos dejando a nuestras espaldas y que parecía una cinta negra sujetando una cortina de color carmesí. Resultaba difícil creer que un pobre y miserable ser mortal pudiera perturbar la paz inmensa que envolvía a toda la Naturaleza. Contemplando las profundidades azules que se extendían debajo de mí, pensé: «Después de todo, si ocurre lo peor que puede ocurrir, siempre es preferible morir aquí que sufrir una larga agonía en tierra, inmovilizado en un lecho de enfermo».

Entre las grandes fuerzas de la Naturaleza, la vida de un hombre resulta cosa por demás mezquina. Sin embargo, toda mi filosofía no me libró de un estremecimiento cuando, al volver mi cabeza, distinguí al otro lado de la cubierta dos sombras que ningún trabajo me costó identificar. Parecían estar hablando con gran seriedad, pero yo no pude escuchar lo que decían, y me contenté con pasearme arriba y abajo, sin perder ni un momento de vista sus movimientos.

Fue para mí un alivio el que Dick subiese a cubierta. Tener un confidente, aunque éste sea incrédulo, es siempre mejor que no tenerlo.

—Como ves, viejo, todavía no hemos volado por los aires —me dijo, dándome un metido en las costillas a título de broma.

—No, todavía no; pero eso no quiere decir que no vayamos a volar —le contesté.

—¡No digas paparruchas, hombre! —me respondió—. No llego a comprender cómo se te ha metido en la cabeza esa idea tan extraordinaria. He conversado con uno de tus supuestos asesinos, y me ha parecido hombre bastante simpático; por la manera de expresarse, yo creo que es un personaje muy aficionado al juego y a las apuestas.

—Dick —le contesté—, estoy tan seguro de que esos hombres disponen de una máquina infernal y de que nos encontramos al borde de la eternidad, como si estuviese viendo aplicar la cerilla a la mecha.

—Pues bien —me dijo Dick, algo impresionado momentáneamente por la seriedad con que yo me había expresado—: si tan seguro estás, el deber tuyo es poner tus sospechas en conocimiento del capitán.

—Tienes razón —le contesté—. Lo haré, y ha sido mi absurda timidez la que me ha impedido cumplir antes con ese deber. Yo creo que sólo pueden salvarse nuestras vidas poniendo al capitán en antecedentes de todo.

—Si es así, vete y hazlo ahora mismo —dijo Dick—; pero, ¡por amor de Dios!, no me mezcles a mí en el asunto.

—Le hablaré cuando salga del puente —le contesté yo—. Mientras tanto, me propongo no perderlos de vista un momento.

—Ya me tendrás al corriente del resultado —dijo mi compañero.

Me saludó con una inclinación de cabeza y se alejó, según yo supuse, en busca de su compañera de mesa.

Cuando quedé a solas, me acordé del lugar que por la mañana me había ofrecido cobijo apartado, y trepando al antepecho, subí a la lancha de cuadra y me acosté dentro de ella. Una vez allí, repasé todo lo hecho en el transcurso del día, y levantando la cabeza, pude seguir desde aquel sitio en todo momento a mis desagradables vecinos.

Transcurrió una hora, y el capitán no salió del puente. Conversaba con uno de los pasajeros, oficial de Marina retirado, y ambos estaban enfrascados en una discusión acerca de algún abstruso problema del arte de navegar. Desde mi retiro distinguía yo las puntas rojas de sus cigarros. Ya entonces había oscurecido, hasta el punto de que apenas podía distinguir las figuras de Flannigan y de su cómplice, que continuaban en el mismo lugar en el que se habían situado después de la cena.

Algunos pasajeros estaban desparramados por la cubierta, pero eran muchos los que habían bajado a sus camarotes. Un extraño silencio parecía rezumar en el aire. Lo único que lo rompía eran las voces de la guardia y el traqueteo de la rueda del timón.

Transcurrió otra media hora, y el capitán seguía en el puente de mando. Se habría dicho que no tenía el propósito de moverse nunca de allí. Mis nervios se encontraban en un estado de extraordinaria tensión, hasta el punto de que unos pasos que se oyeron sobre la cubierta me hicieron incorporarme con un respingo violento. Miré por encima del borde de la lancha, y vi que nuestros sospechosos pasajeros habían cruzado desde el otro lado de la cubierta y se encontraban casi en una línea perpendicular por debajo de mí. Una luz de la bitácora iluminó por un instante el rostro cadavérico del bergante de Flannigan, y pude distinguir también a Muller que llevaba flojo, encima del brazo, el abrigo Ulster, cuya finalidad conocía yo tan perfectamente. Me dejé caer hacia atrás lanzando un gemido, porque creí que aquel fatal retraso mío equivalía al sacrificio de un centenar de vidas inocentes.

Yo había leído relatos de venganzas demoníacas con que habían sido castigados los delatores. No ignoraba que unos hombres que iban a jugarse la vida no se detendrían ante nada. No me quedaba otro recurso que encogerme en el fondo de la lancha y escuchar en silencio los cuchicheos que se oían debajo de mí.

—Este sitio resultará bien —dijo una voz.

—Sí, el lado de sotavento es el mejor.

—¿Funcionará el gatillo?

—Estoy seguro de que sí.

—La hora de soltarlo es a las diez, ¿verdad?

—Sí, a las diez en punto; de modo que nos quedan todavía ocho minutos.

Hubo una pausa, y luego volvió a oírse la voz:

—El golpe del gatillo se oirá, ¿no es cierto?

—No importa que lo oigan, porque será demasiado tarde para que puedan impedir que funcione.

—Eso es cierto. ¿Verdad que esto provocará alguna emoción entre las personas que hemos dejado en tierra?

—Bastante.

—¿Cuánto tiempo crees tú que tardarán en saber noticias nuestras?

—Las primeras noticias les llegarán a eso de las doce, lo más temprano.

—Y me lo deberán a mí.

—No, a mí.

—¡Ajajá! Eso ya lo veremos.

Se produjo una pausa, y luego oí la voz de Muller que cuchicheaba con acento siniestro:

—Sólo faltan cinco minutos. ¡Qué lentos me parecieron a mí! Hubiera podido contarlos por los latidos de mi corazón.

—Va a producir sensación en tierra —dijo una voz.

—Sí, va a armar un alboroto en los periódicos.

Levanté la cabeza y miré por encima del costado de la lancha. No parecía haber esperanza ni socorro posible. La muerte me miraba cara a cara, lo mismo si daba la voz de alarma que si no la daba. El capitán había abandonado, por fin, el puente. La cubierta estaba solitaria, fuera de aquellas dos sombras negras agazapadas debajo de la lancha.

Flannigan tenía un reloj abierto en la palma de la mano, y dijo:

—Faltan tres minutos —dijo—. Pon la caja sobre la cubierta.

—No; está mejor aquí, encima del antepecho.

Era la cajita cuadrada. Por el mido comprendí que la habían colocado cerca de la serviola, y casi exactamente debajo de mi cabeza.

Volví a mirar por encima del borde de la lancha. Flannigan estaba echándose a la palma de la mano algo que sacaba de un papel. Era blanco y granuloso, es decir, lo mismo que le había visto emplear por la mañana. Sin duda alguna, aquello era el cebo, porque lo echó en el interior de la cajita, y oí el mismo ruido extraño que por la mañana me había llamado la atención.

—Falta sólo minuto y medio —dijo—. ¿Tirarás tú o tiraré yo de la cuerda?

—Tiraré yo —dijo Muller.

Estaba arrodillado y tenía el extremo de la cuerda en la mano. Flannigan permanecía de pie detrás de Muller, cruzado de brazos, y con un aire de adusta resolución en su cara.

No pude resistir más. Pareció que mi sistema nervioso se desplomaba en un momento. Me puse en pie de un salto y grité:

—¡Deténganse ustedes! ¡Deténganse, hombres equivocados y desprovistos de moral!

Los dos retrocedieron tambaleándose. Debieron de pensar que yo era un fantasma, porque el claror de la luna se proyectaba sobre mi rostro pálido. Me sentí entonces animado de valor, porque ya no podía retroceder, y les grité:

—Caín fue condenado y sólo había matado a uno. ¿Os atreveréis a cargar sobre vuestras almas la sangre de doscientos?

—Está loco —dijo Elannigan—. Es la hora, Muller. Ponlo en marcha.

Salté a la cubierta, y grité:

—¡No lo permitiré!

—¿Con qué derecho pretende impedírnoslo?

—Con todos los derechos, divinos y humanos.

—Éste no es asunto que a usted le incumba. Apártese.

—¡Jamás! —dije.

—¡Maldito sea! Es mucho lo que nos jugamos para andarnos en contemplaciones. Yo lo sujetaré, Muller, mientras tú tiras del gatillo.

Un instante después forcejeaba yo sujeto por la presa hercúlea del irlandés. Toda resistencia era inútil; yo era como un niño en sus manos. Me empujó contra el costado del barco y me mantuvo allí sin que pudiera moverme. Luego dijo:

—¡Ahora! ¡Con cuidado! No puede impedírnoslo.

Me sentí al borde de la eternidad. Medio estrangulado entre los brazos del bergante de mayor estatura, vi cómo el otro se acercaba a la caja fatal. Se inclinó y agarró la cuerda. Recé entre dientes una oración al ver que empezaba a tirar de la misma. Se oyó un chasquido seco y un ruido raspante muy raro. El gatillo había caído, uno de los costados de la caja se había abierto hacia afuera, y por el hueco salieron… ¡dos palomas mensajeras grises!

* * *

Poco es lo que hace falta agregar. No tengo interés en insistir en el tema. Todo el suceso resultaba demasiado mortificante y absurdo. Quizá lo mejor que puedo hacer es retirarme con gracia del escenario y dejar que ocupe mi indigno lugar el corresponsal del New York Herald. He aquí un recorte sacado de sus columnas poco después de haber zarpado nosotros de Norteamérica:

«Extraordinario vuelo de palomas mensajeras. —La pasada semana ha tenido lugar un nuevo desafío entre las palomas de John H. Flannigan, de Boston, y Jeremías Muller, conocido ciudadano de Lowell. Ambos han dedicado mucho tiempo y cuidados a producir una raza mejorada de estas aves, y el desafío databa de muy atrás. Ambas palomas estaban respaldadas por fuertes apuestas, y el interés en ambas poblaciones era muy grande por conocer el resultado. La suelta se realizó desde la cubierta del transatlántico Spartan, a las diez de la noche del día en que había zarpado, calculándose que estaba a un centenar de millas de tierra. Debía declararse ganadora a la paloma que llegase antes a su palomar. Creemos que fue necesario adoptar considerables precauciones, porque hay capitanes que son muy contrarios a que tengan lugar a bordo de sus barcos esta clase de apuestas deportivas. A pesar de que a última hora hubo una pequeña dificultad, se abrió la trampilla exactamente a las diez de la noche. La paloma de Muller llegó a Lowell en un estado de extremo agotamiento, a la siguiente mañana, y de la de Flannigan nada se ha sabido todavía. Los apostantes en favor de ésta tienen, por lo menos, la satisfacción de saber que el asunto se llevó noblemente en todos sus detalles. Las palomas se hallaban encerradas en una trampa de nueva invención, que sólo podía abrirse haciendo funcionar un resorte. Esto hizo posible alimentarlas por medio de un agujero que había en la tapa, pero imposibilitaba por completo el manipular en las alas de los animales. Unas cuantas carreras de esta clase contribuirían a popularizar la cría de palomas mensajeras en Norteamérica, constituyendo una desviación agradable de ciertas exhibiciones mórbidas de resistencia humana que han asumido extraordinarias proporciones en el transcurso de los últimos años.»

10. ¿PUEDEN SUCEDER TALES COSAS? (AMBROSE BIERCE)

ÍNDICE

La Muerte De Halpin Frayser
El Secreto Del Barranco De Macarger
Una Noche De Verano
Una Carretera Iluminada Por La Luna
Un Diagnóstico De Muerte
El Maestro De Moxon
Una Lucha Tenaz
Uno De Gemelos
La Jarra De Sirope
La Alucinación De Staley Fleming
Consunción De Una Identidad
Un Vagabundo Infantil
Al Otro Lado De La Pared
Un Naufragio Psicológico
El Dedo Corazón Del Pie Derecho
El Funeral De John Mortonson
El Reino De Lo Irreal
El Reloj De John Bartine
El Engendro Maldito

Haîta, El Pastor
Un Habitante De Carcosa
El Desconocido

LA MUERTE DE HALPIN FRAYSER

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5

CAPÍTULO UNO

Porque la muerte provoca cambios más importantes de lo que comúnmente se cree. Aunque, en general, es el espíritu el que, tras desaparecer, suele volver y es en ocasiones contemplado por los vivos (encarnado en el mismo cuerpo que poseía en vida), también ha ocurrido que el cuerpo haya andado errante sin el espíritu. Quienes han sobrevivido a tales encuentros manifiestan que esas macabras criaturas carecen de todo sentimiento natural, y de su recuerdo, a excepción del odio. Asimismo, se sabe de algunos espíritus que, habiendo sido benignos en vida, se transforman en malignos después de la muerte. — Hali.

Una oscura noche de verano, un hombre que dormía en un bosque despertó de un sueño del que no recordaba nada. Levantó la cabeza y, después de fijar la mirada durante un raro en la oscuridad que le rodeaba, dijo: «Catherine Larue». No agregó nada más; ni siquiera sabía por qué había dicho eso.

El hombre se llamaba Halpin Frayser. Vivía en Santa Helena, pero su paradero actual es desconocido, pues ha muerto. Quien tiene el hábito de dormir en los bosques sin otra cosa bajo su cuerpo que hojarasca y tierra húmeda, arropado únicamente por las ramas de las que han caído las hojas y el cielo del que la tierra procede, no puede esperar vivir muchos años, y Frayser ya había cumplido los treinta y dos. Hay personas en este mundo, millones, y con mucho las mejores, que consideran tal edad como avanzada: son los niños. Para quienes contemplan el periplo vital desde el puerto de partida, la nave que ha recorrido una distancia considerable parece muy próxima a la otra orilla. Con todo, no está claro que Halpin Frayser muriera por estar a la intemperie.

Había pasado todo el día buscando palomas y caza por el estilo en las colinas que hay al oeste del valle de Napa. Avanzada la tarde, el cielo se cubrió y Frayser no supo orientarse. Aunque lo más apropiado hubiera sido descender, como todo el que se pierde sabe, la ausencia de senderos se lo impidió y la noche le sorprendió en el bosque. Incapaz de abrirse camino en la oscuridad a través de las matas de manzanita y otras plantas silvestres, confuso y rendido por el cansancio, se echó debajo de un gran madroño donde el sueño le invadió rápidamente. Sería horas más tarde, justo en la mitad de la noche, cuando uno de los misteriosos mensajeros divinos que se dirigía hacia el oeste por la línea del alba, abandonaría las Filas de las nutridas huestes celestiales y pronunciaría en el oído del durmiente la palabra que le haría incorporarse y nombrar, sin saber por qué, a alguien que no conocía.

Halpin Frayser no tenía mucho de filósofo ni de hombre de ciencia. El hecho de que al despertar de un profundo sueño hubiera pronunciado un nombre desconocido, del que apenas se acordaba, no le resultó lo bastante curioso para analizarlo. Le pareció, eso sí, extraño y, tras un ligero escalofrío, en atención a la extendida opinión del momento sobre la frialdad de las noches, se acurrucó de nuevo y se volvió a dormir; pero esta vez su sueño sí iba a ser recordado.

Soñó que iba por un camino polvoriento cuya blancura resaltaba en la oscuridad de una noche de verano. No sabía de dónde venía aquel camino ni adónde iba, ni tampoco por qué lo recorría, pero todo parecía de lo más normal y natural, como suele ocurrir en los sueños: en el país que hay más allá del lecho las sorpresas no turban y la razón descansa. Enseguida llegó a una bifurcación: del primer camino partía otro que parecía intransitado desde hacía tiempo porque, en opinión de Frayser, debía conducir a algún lugar maldito. Empujado por una imperiosa necesidad, y sin la menor vacilación, lo siguió.

Según avanzaba, llegó a la conclusión de que por allí rondaban criaturas invisibles cuyas formas no conseguía adivinar. Unos murmullos entrecortados e incoherentes, que a pesar de ser emitidos en una lengua extraña Frayser comprendió en parte, surgieron de los árboles laterales. Parecían fragmentos de una monstruosa conjura contra su cuerpo y su alma.

Aunque ya estaba muy avanzada la noche, el bosque interminable se encontraba bañado por una luz trémula que, al no tener punto de difusión, no proyectaba sombras. Un charco formado en la rodada de una carreta emitía un reflejo carmesí que llamó su atención. Se agachó y hundió la mano en él. Al sacarla, sus dedos estaban manchados. ¡Era sangre! Sangre que, como pudo observar entonces, le rodeaba por todas partes: los helechos que bordeaban profusamente el camino mostraban gotas y salpicaduras sobre sus grandes hojas; la tierra seca que delimitaba las rodadas parecía haber sido rociada por una lluvia roja. Sobre los troncos de los árboles había grandes manchas de aquel color inconfundible, y la sangre goteaba de sus hojas como si fuera rocío.

Frayser contemplaba todo esto con un temor que no parecía incompatible con la satisfacción de un deseo natural. Era como si todo aquello se debiera a la expiación de un crimen que no podía recordar, pero de cuya culpabilidad era consciente. Y este sentimiento acrecentaba el horror de las amenazas y misterios que le rodeaban. Pasó revista a su vida para evocar el momento de su pecado, pero todo fue en vano. En su cabeza se entremezclaron confusamente imágenes de escenas y acontecimientos, pero no consiguió vislumbrar por ningún lado lo que tan ansiosamente buscaba. Este fracaso aumentó su espanto; se sentía como el que asesina en la oscuridad sin saber a quién ni por qué. Tan horrorosa era la situación —la misteriosa luz alumbraba con un fulgor amenazador tan terrible, tan silencioso; las plantas malignas, los árboles, a los que la tradición popular atribuye un carácter melancólico y sombrío, se confabulaban tan abiertamente contra su sosiego; por todas partes surgían murmullos tan sobrecogedores y lamentos de criaturas tan manifiestamente ultraterrenas— que no la pudo soportar por más tiempo y, haciendo un gran esfuerzo por romper el maligno hechizo que condenaba sus facultades al silencio y la inactividad, lanzó un grito con toda la fuerza de sus pulmones. Su voz se deshizo en una multitud de sonidos extraños y fue perdiéndose por los confines del bosque hasta apagarse. Entonces todo volvió a ser como antes. Pero había iniciado la resistencia y se sentía con ánimos para proseguirla.

—No voy a someterme sin ser escuchado —dijo—. Puede que también haya poderes no malignos transitando por este maldito camino. Les dejaré una nota con una súplica. Voy a relatar los agravios y persecuciones que yo, un indefenso mortal, un penitente, un poeta inofensivo, estoy sufriendo.

Halpin Frayser era poeta del mismo modo que penitente, sólo en sueños.

Sacó del bolsillo un pequeño cuaderno rojo con pastas de piel, la mitad del cual dedicaba a anotaciones, pero se dio cuenta de que no tenía con qué escribir. Arrancó una ramita de un arbusto y, tras mojarla en un charco de sangre, comenzó a escribir con rapidez. Apenas había rozado el papel con la punta de la rama, una sorda y salvaje carcajada estalló en la distancia y fue aumentando mientras parecía acercarse; era una risa inhumana, sin alma, tétrica, como el grito del colimbo solitario a medianoche al borde de un lago; una risa que concluyó en un aullido espantoso en sus mismos oídos y que se fue desvaneciendo lentamente, como si el maldito ser que la había producido se hubiera retirado de nuevo al mundo del que procedía. Pero

Frayser sabía que no era así: aquella criatura no se había movido y estaba muy cerca.

Una extraña sensación comenzó a apoderarse lentamente tanto de su cuerpo como de su espíritu. No podía asegurar qué sentido, de ser alguno, era el afectado; era como una intuición, como una extraña certeza de que algo abrumador, malvado y sobrenatural, distinto de las criaturas que le rondaban y superior a ellas en poder, estaba presente. Sabía que era aquello lo que había lanzado esa cruel carcajada, y ahora se aproximaba; pero desconocía por dónde y no se atrevía a hacer conjeturas. Sus miedos iniciales habían desaparecido y se habían fundido con el inmenso pavor del que era presa. A esto se añadía una única preocupación: completar su súplica dirigida a los poderes benéficos que, al cruzar el bosque hechizado, podrían rescatarle si se le negaba la bendición de ser aniquilado. Escribía con una rapidez inusitada y la sangre de la improvisada pluma parecía no agotarse. Pero en medio de una frase sus manos se negaron a continuar, sus brazos se paralizaron y el cuaderno cayó al suelo. Impotente para moverse o gritar, se encontró contemplando el rostro cansado y macilento de su madre que, con los ojos de la muerte, se erguía pálida y silenciosa en su mortaja.

CAPÍTULO DOS

En su juventud, Halpin Frayser había vivido con sus padres en Nashville, Tennessee. Los Frayser tenían una posición acomodada en la sociedad que había sobrevivido al desastre de la guerra civil. Sus hijos habían tenido las oportunidades sociales y educativas propias de su época y posición, y habían desarrollado unas formas educadas y unas mentes cultivadas. Halpin, que era el más joven y enclenque, estaba un poquito mimado; en él se hacía patente la doble desventaja del mimo materno y de la falta de atención paterna. Frayser pare era lo que todo sureño de buena posición debe ser: un político. Su país, o mejor dicho, su región y su estado le llevaban tanto tiempo y le exigían una atención tan especial que sólo podía prestar a su familia unos oídos algo sordos a causa del clamor y del griterío, incluido el suyo, de los líderes políticos.

El joven Halpin era un muchacho soñador, indolente y bastante sentimental, más amigo de la literatura que de las leyes, profesión para la que había sido educado. Aquellos parientes suyos que creían en las modernas teorías de la herencia veían en el muchacho al difunto Myron Bayne, su bisabuelo materno, quien de ese modo volvía a recibir los rayos de la luna, astro por cuya influencia Bayne llegó a ser un poeta de reconocida valía en la época colonial. Aunque no siempre se observaba, sí era digno de observación el hecho de no considerar un verdadero Frayser a aquel que no poseyera con orgullo una suntuosa copia de las obras poéticas de su antecesor (editadas por la familia y retiradas hacía tiempo de un mercado no muy favorable); sin embargo, y de forma incomprensible, la disposición a honrar al ilustre difunto en la persona de su sucesor espiritual era más bien escasa: Halpin era considerado la oveja negra que podía deshonrar a todo el rebaño en cualquier momento poniéndose a balar en verso. Los Frayser de Tennessee eran gente práctica, no en el sentido popular de dedicarse a tareas orientadas por la ambición, sino en el de despreciar aquellas cualidades que apartan a un hombre de la beneficiosa vocación política.

Para hacer justicia al joven Halpin, hay que confesar que, aunque él encarnaba fielmente la mayoría de las características mentales y morales atribuidas por la tradición histórica y familiar al famoso bardo colonial, sólo se le consideraba depositario del don y arte divinos por pura deducción. No sólo no había cortejado jamás a la musa sino que, a decir verdad, habría sido incapaz de escribir correctamente un verso para escapar a la muerte. Sin embargo nadie sabía cuándo esa dormida facultad podría despertar y hacerle tañer la lira.

Mientras tanto, el muchacho resultaba bastante inútil. Entre él y su madre existía una gran comprensión, pues la señora era, en secreto, una ferviente discípula de su abuelo; pero, con el tacto digno de elogio en personas de su sexo (algunos calumniadores prefieren llamarlo astucia), siempre había procurado ocultar su afición a todos menos a aquel que la compartía. Este delito común constituía un lazo más entre ellos. Si bien es cierto que en su infancia Halpin era un mimado de su madre, hay que decir que él había hecho todo lo posible porque así fuera. A medida que se acercaba al grado de virilidad característico del sureño, a quien le da igual la marcha de las elecciones, la relación con su hermosa madre —a quien desde niño llamaba Katy— se fue haciendo más fuerte y tierna cada año. En esas dos naturalezas románticas se manifestaba de un modo especial un fenómeno a veces olvidado: el predominio del elemento sexual en las relaciones humanas, que refuerza, embellece y dulcifica todos los lazos, incluso los consanguíneos. Eran tan inseparables que quienes no los conocían, al observar su comportamiento, los tomaban a menudo por enamorados.

Un día, Halpin Frayser entró en el tocador de su madre, la besó en la frente y, después de jugar con un rizo de su pelo negro que había escapado de las horquillas, dijo, intentando aparentar tranquilidad:

—¿Te importaría mucho, Katy, si me fuera a California por unas semanas?

Era innecesario que Katy contestara con los labios a una pregunta para la que sus delatoras mejillas habían dado ya una respuesta inmediata. Evidentemente le importaba y las lágrimas que brotaron de sus grandes ojos marrones así lo indicaban.

—Hijo mío —dijo mirándole con infinita ternura—, debería haber adivinado que esto ocurriría. Anoche me pasé horas y horas en vela, llorando, porque el abuelo se me apareció en sueños y, en pie, tan joven y guapo como en su retrato, señaló al tuyo en la misma pared. Cuando lo miré, no pude ver tus facciones: tu cara estaba cubierta con un paño como el que se pone a los muertos. Tu padre, cuando se lo he contado, se ha reído de mí; pero, querido, tú y yo sabemos que tales sueños no ocurren porque sí.

Se veían, por debajo del paño, las marcas de unos dedos sobre tu garganta. Perdona, pero no estamos acostumbrados a ocultarnos tales cosas. A lo mejor tú le das otra interpretación. Quizá significa que no debes ir a California. O tal vez que debes llevarme contigo.

Hay que decir, a la luz de una prueba recién descubierta, que esta ingeniosa interpretación no fue completamente aceptada por la mente, más lógica, del joven. Por un momento tuvo el presentimiento de que aquel sueño presagiaba una calamidad más sencilla e inmediata, aunque menos trágica, que una visita a la costa del Pacífico: Halpin Frayser tuvo la impresión de que iba a ser estrangulado en su patria chica.

—¿No hay balnearios de aguas medicinales en California —continuó la señora Frayser, antes de que él pudiera exponer el verdadero significado del sueño— en los que puedan curarse el reumatismo y la neuralgia? Mira qué dedos tan rígidos; estoy casi segura de que hasta durmiendo me producen dolor.

Extendió las manos para que las viera. El cronista es incapaz de señalar cuál fue el diagnóstico que el joven prefirió guardar para sí con una sonrisa, pero se siente en la obligación de añadir, de su cosecha, que nunca unos dedos parecieron menos rígidos y con menos apariencia de insensibilidad.

El resultado fue que, de estas dos personas con los mismos raros conceptos sobre el deber, una se fue a California, tal y como demandaba su clientela, y la otra se quedó en casa, obedeciendo así al deseo, apenas consciente, de su marido.

Una oscura noche Halpin Frayser iba caminando por el puerto de San Francisco y, de un modo tan repentino como sorprendente, se vio convertido en marinero. Lo que ocurrió en realidad fue que le emborracharon y le arrastraron a bordo de un barco enorme que zarpó con destino a un país lejano. Pero sus desventuras no acabaron con el viaje, pues el barco encalló en una isla al sur del Pacífico y pasaron seis años antes de que los supervivientes fueran rescatados por una goleta mercante y devueltos a San Francisco.

Aunque volvía con la bolsa vacía, Frayser no era menos orgulloso de lo que había sido en los años anteriores, ya tan lejanos para él. No quiso aceptar la ayuda de extraños, y fue mientras vivía con otro superviviente cerca de la ciudad de Santa Helena, en espera de noticias y dinero de su familia, cuando se le ocurrió salir a cazar y soñar.

CAPÍTULO TRES

La aparición del bosque —esa cosa tan parecida y, sin embargo, tan distinta a su madre— era horrible. No despertaba ni amor ni anhelo en su corazón; tampoco le traía recuerdos agradables de los días felices. En resumen, no le inspiraba ningún sentimiento especial, pues cualquier emoción quedaba ahogada por el miedo. Intentó volverse y huir pero las piernas no le obedecieron: ni siquiera podía levantar los pies del suelo. Los brazos le colgaban inertes en los costados; sólo conservaba el control de los ojos y no se atrevía a apartarlos de las apagadas órbitas del espectro, del que sabía que no era un alma sin cuerpo, sino lo más espantoso que aquel bosque hechizado podía albergar: ¡un cuerpo sin alma! En su mirada vacía no había amor, piedad o inteligencia alguna, nada a lo que apelar. «No ha lugar a apelación», pensó, rememorando absurdamente el lenguaje profesional tiempo atrás aprendido. Pero de su ocurrencia no se dedujo ningún alivio.

La aparición continuaba frente a él, a un paso, observándole con la torpe malevolencia de una bestia salvaje. Fue tan largo este momento que el universo envejeció, cargado de años y culpas, y el bosque, triunfante tras aquella monstruosa culminación de terrores, desapareció de su mente con todas sus imágenes y sonidos. De pronto, el espectro extendió sus manos y se abalanzó sobre él con terrible ferocidad. Halpin recuperó sus energías, pero no su voluntad: su poderoso cuerpo y sus ágiles miembros, dotados de una vida propia, ciega e insensata, resistieron vigorosamente, pero su mente seguía hechizada. Por un instante vio ese increíble enfrentamiento entre su inteligencia muerta y su organismo vivo como un simple espectador; esto, como se sabe, suele suceder en los sueños. Pero enseguida recobró su identidad, y dando un salto hacia su interior, el valeroso autómata recuperó de nuevo su voluntad rectora, tan expectante y agresiva como la de su detestable rival.

Pero ¿qué mortal puede derrotar a una criatura hija de su propio sueño? La imaginación que crea al enemigo está vencida de antemano; el resultado del combate es su misma causa. A pesar de sus esfuerzos, de una fortaleza y actividad que parecían inútiles, sintió cómo unos dedos fríos se aferraban a su garganta. De espaldas sobre la tierra, vio, a un palmo de distancia, aquel rostro muerto y descarnado. Al instante todo se oscureció. Se oyó el sonido de tambores lejanos y el murmullo de voces bulliciosas, a los que siguió un grito agudo y distante que redujo todo al silencio. Halpin Frayser soñó que estaba muerto.

CAPÍTULO CUATRO

Tras una noche templada y clara, la mañana amaneció con niebla. El día anterior, hacia la media tarde, se había visto una cortina de vapor —el fantasma de una nube— que se acercaba a la ladera oeste del monte Santa Helena, a sus estériles alturas. Era una capa tan fina y translúcida, tan parecida a una fantasía hecha realidad que uno habría exclamado: «¡Miren, miren, rápido: en un momento habrá desaparecido!».

Pero enseguida empezó a hacerse mayor y más densa. Mientras un extremo se adhería a la montaña, el otro se elevaba cada vez más por encima de los cerros. Al mismo tiempo se extendía hacia el norte y hacia el sur y se fundía con pequeños jirones de niebla que, con la sensata intención de ser absorbidos, surgían de las laderas. Fue creciendo y creciendo hasta hacer imposible la visión de la cumbre desde el valle, que quedó cubierto por un dosel gris y opaco. En Calistoga, que se extiende al pie de la montaña, donde el valle comienza, tuvieron una noche sin estrellas y una mañana sin sol. La niebla se hundía cada vez más y se extendía en dirección sur, cubriendo rancho tras rancho hasta alcanzar la ciudad de Santa Helena, a nueve millas de distancia. El polvo se había asentado sobre el camino y los pájaros estaban posados en silencio sobre los árboles empapados. La luz de la mañana era pálida y fantasmal, sin color o brillo alguno.

Al despuntar el alba, dos hombres abandonaron la ciudad de Santa Helena en dirección norte, hacia Calistoga. Aunque llevaban escopeta al hombro, nadie les habría confundido con un par de cazadores; eran el ayudante del sheriff de Napa y un detective de San Francisco, Holker y Jaralson, respectivamente. Su misión era cazar a un hombre.

—¿Está muy lejos? —preguntó Holker, mientras sus pisadas dejaban al descubierto la tierra seca que había bajo la superficie húmeda del camino.

—¿La iglesia blanca? Como a media milla —contestó el otro—. Por cierto —añadió—, ni es una iglesia ni es blanca; se trata de una escuela abandonada, gris por los años y el descuido. En otro tiempo, cuando era blanca, se realizaban en ella servicios religiosos. Tiene un cementerio que haría las delicias de un poeta. ¿Adivina usted por qué mandé buscarle y le advertí que viniera armado?

—Oh, nunca se me ha ocurrido preguntarle sobre esos temas. Sé que usted siempre informa en el momento oportuno. Pero si se trata de hacer conjeturas, creo que lo que usted quiere es que le ayude a detener a uno de los cadáveres del cementerio.

—¿Se acuerda usted de Branscom? —preguntó Jaralson, respondiendo al ingenio de su compañero con la indiferencia que se merecía.

—¿El tipo que degolló a su mujer? Ya lo creo. Me costó una semana de trabajo y un montón de dólares. Ofrecen quinientos de recompensa, pero no hemos conseguido echarle la vista encima. No querrá usted decir que…

—Exacto, lo han tenido bajo sus narices todo este tiempo. Por las noches viene al viejo cementerio de la iglesia blanca.

—¡Demonios! Es donde está enterrada su mujer.

—Bueno, deberían ustedes haber supuesto que algún día tendría la tentación de volver.

—Es el último lugar que se nos habría ocurrido.

—Como ya habían rastreado todos los demás, al conocer su fracaso, le esperé allí.

—¿Y le encontró?

—¡Maldita sea! Él me encontró a mí. El muy bribón me tomó la delantera: se me echó encima y me hizo correr a gusto. Fue una suerte que no acabara conmigo. ¡Menudo pájaro! Me contentaría con la mitad de la recompensa, si es que usted necesita la otra mitad.

Holker se echó a reír y dijo que sus acreedores estaban más impacientes que nunca.

—Quería sencillamente mostrarle el terreno y preparar un plan con usted —dijo el detective—. Creí que, aunque fuera de día, era mejor ir bien armados.

—Ese hombre debe de estar loco —dijo el ayudante del sheriff—. La recompensa es por su captura y condena. Si está loco, no le condenarán.

El señor Holker, profundamente afectado por tal posibilidad, se detuvo involuntariamente un instante y reanudó la marcha con menos entusiasmo.

—Bueno, lo parece —asintió Jaralson—. Debo admitir que nunca he visto un canalla con peor pinta: mal afeitado, con el pelo totalmente revuelto… Reúne todo lo peor de la vieja y honorable orden de los vagabundos. Pero he venido a por él y no se me escapará. La gloria nos espera. Nadie más sabe que está a este lado de las Montañas de la Luna.

De acuerdo —dijo Holker—, Vamos allá e inspeccionemos el terreno donde pronto yacerás —añadió empleando las palabras que en tiempos fueran tan usadas en las inscripciones funerarias—. Quiero decir, si es que el viejo Branscom llega a cansarse de usted y de su impertinente intromisión. Por cierto, el otro día oí decir que su verdadero nombre no es Branscom.

—Entonces ¿cuál es?

—No me acuerdo. Había perdido todo interés por ese rufián y no lo grabé en la memoria. Era algo como Pardee. La mujer a la que tuvo el mal gusto de degollar era viuda cuando él la conoció. Había venido a California a buscar a unos parientes. Ya sabe, hay gente que lo hace. Pero bueno, usted ya conoce esa historia.

—Naturalmente.

—Pero si no sabía su verdadero nombre, ¿por qué feliz inspiración encontró la tumba? El mismo que me dijo el nombre comentó que está grabado en la lápida.

—Yo no sé dónde está esa tumba —contestó Jaralson, algo reacio a admitir su ignorancia acerca de un detalle tan importante en el plan—. He estado inspeccionando el lugar, nada más. Precisamente identificar esa rumba es una parte del trabajo que hemos de realizar esta mañana. Aquí tenemos la iglesia blanca.

El camino había estado bordeado por campos hasta entonces. Ahora, a la izquierda, se veía un bosque de encinas y madroños, y unos abetos gigantescos cuya parte inferior era difícil de distinguir entre la niebla. Los arbustos, bastante espesos, no llegaban a ser impracticables. Al principio Holker no veía el edificio pero, al adentrarse en el bosque, sus vagos contornos, que parecían enormes y distantes, aparecieron entre la bruma. Unos cuantos pasos más y ahí estaba, claramente visible, oscurecido por la humedad y de un tamaño insignificante. Era la típica escuela de aldea con un basamento de piedra y forma de caja de embalar. Tenía el tejado cubierto de musgo, y los cristales y marcos de las ventanas rotos. Su estado era ruinoso, pero no era una ruina, sino uno de los típicos sucedáneos californianos de lo que las guías extranjeras llaman «monumentos del pasado». Tras un rápido vistazo a una construcción tan poco interesante, Jaralson se dirigió hacia la parte posterior, llena de maleza húmeda.

—Le voy a mostrar dónde me sorprendió —dijo—. Éste es el cementerio.

Por todas partes surgían pequeños recintos con tumbas, en ocasiones no más de una, entre los matorrales. Unas veces se las reconocía por las piedras descoloridas y las tablas podridas que, cuando no estaban en el suelo, descansaban sobre sus cuatro ángulos; otras, por las estacas carcomidas que las rodeaban y, más raramente, por un montículo de hojarasca bajo la que se podían distinguir algunos cascotes. En muchos casos el lugar que acogía los restos de algún pobre mortal —quien, con el paso del tiempo, había sido abandonado por el círculo de sus afligidos amigos— no estaba indicado más que por una depresión en la tierra, más duradera que la de sus propios deudos. Los senderos, si es que alguna vez los hubo, no habían dejado huella alguna. Entre las tumbas crecían unos grandes árboles que arrancaban con sus raíces las cercas de los recintos. Por todas partes reinaba esa atmósfera de abandono y decadencia que en ningún otro sitio parece tan indicada y significativa como en una aldea de muertos olvidados.

Los dos hombres, con Jaralson a la cabeza, atravesaron los espesos matorrales; de pronto, aquel hombre decidido se detuvo y, tras levantar la escopeta a la altura del pecho, musitó una palabra de alerta y permaneció con la vista clavada frente a él. Su compañero, en cuanto pudo librarse de la maleza, le imitó y, aunque no había visto nada, se puso en guardia ante lo que pudiera suceder. Un instante después Jaralson comenzó a avanzar cautelosamente, con Holker tras él.

Bajo las ramas de un enorme abeto yacía un cuerpo sin vida. Los dos hombres, en silencio junto a él, examinaron los detalles que en un primer momento suelen llamar la atención: el rostro, la actitud, la ropa: todo aquello que más rápidamente responde a las mudas preguntas de una curiosidad sana.

El hombre estaba boca arriba, con las piernas separadas. Tenía un brazo extendido hacia arriba y el otro doblado en ángulo con la mano cerca de la garganta. Sus puños estaban fuertemente apretados, en actitud de desesperada pero inútil resistencia a… no se sabe qué.

Junto a él había una escopeta y un morral de cazador a través de cuyas mallas se veían plumas de pájaros muertos. A su alrededor había rastros de una lucha encarnizada; unos pequeños brotes de encina venenosa aparecían tronchados, sin hojas ni corteza. Alguien había acumulado con sus pies hojarasca en torno a sus piernas. Unas huellas de rodillas humanas aparecían junto a sus caderas.

La ferocidad de la lucha era evidente con solo observar la garganta y el rostro del cadáver. A diferencia del color blanco de su pecho y manos, aquellos tenían un color púrpura, casi negro. Sus hombros descansaban sobre una leve prominencia del terreno, lo que hacía que la cabeza cayera bruscamente hacia atrás, con los ojos en dirección contraria a la de los pies. Una lengua, negra e hinchada, surgía de entre la espuma que llenaba su boca abierta. Sobre la garganta había unas marcas horribles: no eran las simples huellas de unos dedos, sino magulladuras y heridas producidas por unas manos fuertes que debían de haberse hundido en la carne, manteniendo su terrible tenaza hasta mucho después de producir la muerte. El pecho, la garganta y el rostro estaban húmedos; tenía la ropa empapada y unas gotas de agua, condensación de la niebla, salpicaban el pelo y el bigote.

Los dos hombres observaron todo esto casi de un vistazo, sin hacer ningún comentario. Después Holker rompió el silencio.

—¡Pobre diablo! Debió de tener un final horroroso.

Jaralson, con la escopeta firmemente agarrada y el dedo en el gatillo, inspeccionó atentamente el bosque con la mirada.

—Esto es obra de un loco —dijo sin apartar la vista de la espesura—. La obra de Branscom… Pardee.

Algo que había en el suelo, semicubierto por las hojas, llamó la atención de Eíolker. Era un cuaderno rojo con pastas de piel. Lo cogió y lo abrió. Contenía hojas en blanco para anotaciones en la primera de las cuales estaba escrito el nombre «Halpin Frayser». Con tinta roja y garabateadas a lo largo de varias páginas, aparecían las siguientes líneas, que Eíolker leyó en voz alta, mientras su compañero seguía vigilando los oscuros confines de aquel entorno y escuchaba con aprensión el gotear de los árboles. Decía así:

Víctima de algún oculto maleficio, me encontré
entre las tinieblas crepusculares de un bosque encantado.
El ciprés y el mirto entrelazaban sus ramas
en simbólica y funesta hermandad.
El sauce cavilante murmuraba al tejo;
debajo, la mortal belladona y la ruda,
con siemprevivas trenzadas en extrañas formas
funerarias, crecían junto a horribles ortigas.
No había ni cantos de pájaros ni zumbidos de abejas,
ni hojas suavemente mecidas por la fresca brisa.
El aire estaba estancado y el silencio era
un ser vivo que respiraba entre los árboles.
Los espíritus conspiradores murmuraban en las tinieblas,

de un modo inaudible, los secretos de Las tumbas.
Los árboles sangraban y las hojas exhibían,
a la luz embrujada, un fulgor rojizo.
¡Grité! El hechizo, aún sin romper,
dominaba mi espíritu y voluntad.
¡Desamparado, sin aliento ni esperanza,
luché contra monstruosos presagios de maldad!
Al fin, lo invisible…

Holker se detuvo. No había nada más. El manuscrito se interrumpía a mitad de un verso.

—Suena a Bayne —dijo Jaralson, que, a su manera, era un hombre culto. Había dejado de vigilar y estaba observando el cadáver.

—¿Quién es Bayne? —preguntó Holker sin mucho interés.

—Myron Bayne, un tipo que escribió en la época colonial, hace más de un siglo. Sus poemas eran tremendamente tétricos. Tengo sus obras completas. Este poema, por algún error, no aparece en ellos.

—Hace frío —dijo Holker—. Vámonos. Debemos avisar al juez de Napa.

Sin decir palabra, Jaralson siguió a su compañero. Al pasar junto a la elevación del terreno sobre la que descansaban la cabeza y los hombros del muerto, su pie tropezó con un objeto duro que había bajo la hojarasca. Era una lápida caída sobre la que, con dificultad, se podían leer las palabras «Catherine Larue».

—¡Larue, Larue! —exclamó Holker con excitación repentina—. Ése es el verdadero nombre de Branscom, no Pardee. Y, ¡Dios mío!, ahora me acuerdo de todo: ¡el nombre de la mujer asesinada era Frayser!

—Aquí hay algo que me huele muy mal —dijo el detective Jaralson—, No me gustan nada estas historias.

De entre la niebla —y al parecer desde muy lejos— les llegó el sonido de una risa sofocada y desalmada, tan desprovista de alegría como la de una hiena que ronda en la noche del desierto en busca de presa. Una risa que se elevó poco a poco y se fue haciendo cada vez más nítida, fuerte y terrible, hasta que pareció rozar los límites del círculo de visión de los dos hombres. Era una risa tan sobrenatural, inhumana y diabólica que les produjo un pavor indescriptible. No movieron sus armas, ni siquiera pensaron en ellas: la amenaza de aquel horrible sonido no era de las que se combaten con ellas. Tras un grito culminante que pareció sonar junto a sus oídos, comenzó a disminuir paulatinamente hasta que sus débiles notas, tristes y mecánicas, se extinguieron en el silencio, a una distancia enorme.

CAPÍTULO CINCO

EL SECRETO DEL BARRANCO DE MACARGER

Al noroeste de Indian Hill, a unas nueve millas en línea recta, se encuentra el barranco de Macarger. No tiene mucho de barranco, pues se trata de una mera depresión entre dos sierras boscosas de una altura considerable. Desde la boca hasta la cabecera, porque los barrancos, como los ríos, tienen una anatomía propia, la distancia no es superior a las dos millas, y la anchura en el fondo sólo rebasa en un punto las doce yardas; durante la mayor parte del recorrido, a ambos lados del pequeño arroyo que fluye por él en invierno y se seca al llegar la primavera, no hay terreno llano. Las escarpadas laderas de las colinas, cubiertas por una vegetación casi impenetrable de manzanita y chamiso, no tienen otra separación que la de la anchura del curso del río. Nadie, a no ser un ocasional cazador intrépido de los contornos, se aventura a meterse en el barranco de Macarger que, cinco millas más adelante, no se sabe ni qué nombre tiene. En esa zona, y en cualquier dirección, hay muchos más accidentes topográficos notables que no tienen nombre y resultaría vano intentar descubrir, preguntando a los lugareños, el origen del nombre de éste.

A medio camino entre la cabecera y la desembocadura del barranco de Macarger, la colina de la derecha según se asciende está surcada por otro barranco, corto y seco, y donde ambos se unen hay un espacio llano de unos dos o tres acres, en el que hace unos cuantos años había un viejo albergue con una sola habitación. Cómo habían sido reunidos los materiales de aquella casa, pocos y simples como eran, en aquel lugar casi inaccesible, es un enigma en cuya solución habría más de satisfacción que de beneficio. Posiblemente el lecho del arroyo sea un camino en desuso. Es seguro que el barranco fue explorado en otra época con bastante minuciosidad por mineros, que debieron de conocer algún medio de entrar, al menos, con animales de carga para transportar las herramientas y los víveres. Al parecer, sus beneficios no fueron suficientes para justificar una inversión considerable y enlazar el barranco de Macarger con cualquier centro civilizado que disfrutara del honor de tener un aserradero. La casa, sin embargo, estaba allí; la mayor parte de ella. Le faltaba la puerta y el marco de una ventana, y la chimenea de barro y piedras se había convertido en un rimero desagradable sobre el que crecía una espesa maleza. El humilde mobiliario que pudiera haber habido y la mayor parte de la baja techumbre de madera había servido como combustible en los fuegos de campamento de los cazadores; cosa que también debió de ocurrirle a la cubierta del viejo pozo que, en la época de la que escribo, se abría allí bajo la forma de un hoyo cercano, no muy profundo pero bastante ancho.

Una tarde de verano, en 1874, siguiendo el lecho seco del arroyo, llegué al barranco de Macarger a través del estrecho valle en el que desemboca. Iba cazando codornices y llevaba ya unas doce en la bolsa cuando me topé con la casa descrita, cuya existencia ignoraba hasta entonces. Después de inspeccionar las ruinas con bastante atención, reanudé mi actividad cinegética y, como quiera que tuve un gran éxito, la prolongué hasta casi el anochecer, momento en que me di cuenta de que me encontraba muy lejos de cualquier lugar habitado, y demasiado lejos como para llegar a uno antes de que cayera la noche. Pero en el zurrón llevaba comida y la casa podría proporcionarme refugio, si es que era eso lo que necesitaba en una noche cálida y seca en las estribaciones de Sierra Nevada, donde se puede dormir cómodamente al raso sobre un lecho de agujas de pino. Tengo tendencia a la soledad y me encanta la noche; por eso mi proposición de dormir al aire libre fue pronto aceptada, y cuando la noche se echó encima yo ya tenía mi cama hecha con ramas y briznas de hierba en una esquina de la habitación y asaba una codorniz en el fuego que había encendido en el hogar. El humo salía por la ruinosa chimenea, la luz iluminaba la habitación con su agradable resplandor y, mientras consumía mi sencilla comida a base de ave sin más aderezos y bebía lo que quedaba de una botella de vino tinto que durante toda la tarde había sustituido al agua de la que carecía la región, experimenté una sensación de bienestar que alojamientos y comidas mejores no siempre producen.

Sin embargo, faltaba algo. Tenía sensación de bienestar, pero no de seguridad. Me descubrí a mí mismo mirando a la entrada abierta y a la ventana sin marco con más frecuencia de lo que sería justificable. Fuera de estas aberturas todo estaba oscuro, por lo que fui incapaz de reprimir un cierto sentimiento de aprensión mientras mi fantasía se hacía una imagen del mundo exterior y la llenaba de entidades poco amistosas, naturales y sobrenaturales, entre las cuales destacaban, en los apartados respectivos, el oso pardo, del que yo sabía que todavía se veía de vez en cuando por la región, y el fantasma, del que tenía razones para pensar que no era así.

Desgraciadamente, nuestros sentimientos no siempre respetan la ley de las probabilidades, y aquella noche lo posible y lo imposible resultaban para mí igualmente inquietantes.

Todo aquel que haya tenido experiencias similares debe de haber observado que uno se enfrenta a los peligros reales e imaginarios de la noche con mucho menos reparo al aire libre que en una casa sin puerta. Eso fue lo que sentí mientras yacía sobre mi frondoso canapé en una esquina de la habitación, junto a la chimenea, en la que el fuego se iba extinguiendo. Tan fuerte llegó a ser la sensación de la presencia de algo maligno y amenazador en aquel lugar que me di cuenta de que era incapaz de apartar la vista de la entrada, que en aquella profunda oscuridad era cada vez menos visible. Cuando la última llama produjo un chispazo y se apagó, agarré la escopeta que había dejado a mi lado y dirigí el cañón hacia la entrada ya imperceptible, con el pulgar en uno de los percutores, dispuesto a cargar el arma, la respiración contenida y los músculos tensos y rígidos. Pero al cabo de un rato dejé el arma con un sentimiento de vergüenza y mortificación. ¿De qué tenía miedo? ¿Y por qué? Yo, para quien la noche había sido

un rostro más familiar
que el de ningún hombre…

¡Yo, en quien aquel elemento de superstición hereditaria del que nadie está completamente libre había conferido a la soledad, a la oscuridad y al silencio un interés y un encanto de lo más seductor! No podía comprender mi desvarío y, olvidándome en mis conjeturas de la cosa conjeturada, me quedé dormido. Y entonces soñé.

Me encontraba en una gran ciudad de un país extranjero; una ciudad cuyos habitantes pertenecían a mi misma raza, con pequeñas diferencias en el habla y en el vestir. En qué consistían exactamente esas diferencias era algo que no podía precisar; mi sensación de ellas no era clara. La ciudad estaba dominada por un castillo enorme sobre un promontorio elevado cuyo nombre sabía, pero era incapaz de pronunciar. Recorrí muchas calles, unas anchas y rectas, con construcciones altas y modernas; otras estrechas, oscuras y tortuosas, con viejas casas pintorescas de tejados a dos aguas, cuyas plantas superiores, decoradas profusamente con grabados en madera y piedra, sobresalían hasta casi encontrarse por encima de mi cabeza.

Buscaba a alguien a quien nunca había visto, aunque sabía que cuando le encontrara le reconocería. Mi búsqueda no era casual y sin objeto. Tenía un método. Iba de una calle a otra sin dudarlo y conseguía abrirme paso por un laberinto de intrincados callejones, sin temor a perderme.

De repente me detuve ante una puerta baja de una sencilla casa de piedra que podría haber sido la vivienda de un artesano de los mejores y entré sin anunciarme. En la estancia, amueblada de un modo bastante modesto e iluminada por una sola ventana con pequeños cristales en forma de diamante, no había más que dos personas: un hombre y una mujer. No se dieron cuenta de mi presencia, circunstancia que, como suele ocurrir en los sueños, parecía completamente natural. No conversaban; estaban sentados lejos el uno del otro, con aire taciturno y sin hacer nada.

La mujer era joven y muy corpulenta, con hermosos ojos grandes y una cierta belleza solemne. El recuerdo de su expresión permanece extraordinariamente vivo en mí, pero en los sueños uno no observa los detalles de los rostros. Sobre los hombros llevaba un chal a cuadros. El hombre era mayor, moreno, con un rostro de maldad que resultaba aún más lúgubre debido a una gran cicatriz que se extendía diagonalmente desde la sien izquierda hasta el bigote negro. Aunque en mi sueño daba la impresión de que, más que pertenecer a la cara, la rondaba como algo independiente (no sé expresarlo de otra manera). En el momento que vi a aquel hombre y a aquella mujer supe que eran marido y mujer.

No recuerdo con claridad lo que ocurrió después; todo resultaba confuso e inconsistente, debido, creo, a un atisbo de consciencia. Era como si dos imágenes, la escena del sueño y mi verdadero entorno, se hubieran mezclado, una incrustada en el otro, hasta que la primera fue desdibujándose, desapareció, y me encontré completamente despierto en la habitación vacía, tranquilo y absolutamente consciente de mi situación.

Mi estúpido miedo había desaparecido y, cuando abrí los ojos, vi que el fuego, que no estaba apagado del todo, se había reavivado al caer una rama e iluminaba de nuevo la habitación. Debía de haber dormido sólo unos minutos, pero aquella pesadilla sin importancia me había impresionado tan vivamente que ya no tenía sueño. Al cabo de un rato, me levanté, avivé el fuego y, tras encender una pipa, procedí a meditar sobre mi visión de un modo tremendamente metódico y absurdo.

Me habría dejado entonces perplejo tener que explicar en qué sentido era digna de atención. En el primer momento de análisis serio que dediqué al asunto, reconocí en Edimburgo la ciudad de mi sueño, ciudad en la que nunca había estado; por tanto, si el sueño era un recuerdo, lo era de imágenes y descripciones. Tal reconocimiento me impresionó bastante; era como si hubiera algo en mi mente que insistiera de un modo rebelde, contra la razón y la voluntad, en la importancia de todo esto. Y aquella facultad, fuera la que fuese, aseguraba además un control de mi discurso.

—Claro —dije en voz alta, de modo involuntario—, los MacGregor deben de proceder de Edimburgo.

En aquel momento, ni la esencia de aquel comentario, ni el hecho de haberlo hecho, me sorprendieron lo más mínimo. Me pareció completamente normal que yo conociera el nombre de mis compañeros de sueño y algo de su historia. Pero pronto comprendí el absurdo de todo aquello. Empecé a reírme a carcajadas, vacié las cenizas de la pipa y me tumbé de nuevo sobre el lecho de ramas y hierba, donde me quedé absorto contemplando el débil fuego, sin volver a pensar ni en el sueño ni en el entorno. De pronto, la única llama que aún quedaba se redujo por un momento y, elevándose de nuevo, se separó de las ascuas y se extinguió en el aire. La oscuridad se hizo absoluta.

En ese instante, al menos eso me pareció antes de que el resplandor de la llama hubiera desaparecido de mi vista, se produjo un sonido sordo y seco, como el de un cuerpo pesado al caer, que hizo temblar el suelo sobre el que descansaba. Me incorporé de golpe y tanteé en la oscuridad en busca de la escopeta; pensé que alguna bestia salvaje habría entrado de un salto a través de la ventana abierta. Mientras la endeble estructura seguía temblando por el impacto, oí un ruido de golpes, de pies que se arrastraban por el suelo y, después, como si lo tuviera ahí al lado, el estremecedor grito de una mujer en agonía mortal. Nunca había oído ni concebido un grito tan espantoso. Me asustó profundamente. Por un momento no fui consciente de otra cosa que de mi propio terror. Por fortuna, mi mano había encontrado el arma que estaba buscando y aquel tacto familiar hizo que me restableciera. Me puse en pie de un salto, entornando los ojos para ver algo a través de la oscuridad. Los violentos sonidos habían cesado pero, lo que era aún más terrible, se oía, a intervalos más o menos largos, el débil jadeo intermitente de una criatura viva que agonizaba.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la lánguida luz de los rescoldos, pude distinguir las formas de la puerta y de la ventana, más negras que el negro de las paredes. Luego, la distinción entre la pared y el suelo se hizo apreciable y por fin conseguí captar los contornos y toda la extensión del suelo, de un extremo al otro de la habitación. No se veía nada y el silencio era absoluto.

Con una mano un tanto temblorosa y la otra agarrando todavía la escopeta, avivé el fuego e hice un examen crítico de la situación. No había rastro alguno de que la habitación hubiera sido visitada. Sobre el polvo que cubría el suelo se podían ver mis propias huellas, pero ninguna otra. Encendí de nuevo la pipa, me abastecí de combustible partiendo un par de tablones delgados del interior de la casa (no me atrevía a salir a la oscuridad exterior) y pasé el resto de la noche fumando, pensando, y alimentando el fuego. Aunque me hubieran regalado años de vida, no habría permitido que aquel pequeño fuego se apagara de nuevo.

Algunos años más tarde conocí en Sacramento a un hombre llamado Morgan, para quien llevaba una carta de presentación de un amigo suyo de San Francisco. Una noche, mientras cenaba con él en su casa, observé varios «trofeos» en la pared que indicaban que era aficionado a la caza. Resultó que así era y, al relatar algunas de sus proezas, mencionó haber estado en la región donde había tenido lugar mi aventura.

—Señor Morgan —le pregunté bruscamente—, ¿conoce usted un lugar allí arriba llamado el barranco de Macarger?

—Sí, y tengo buenas razones para ello —contestó—. Fui yo quien informó a la prensa, el año pasado, del descubrimiento de un esqueleto allí.

No tenía conocimiento de ello. La información, al parecer, había sido publicada mientras yo estaba fuera, en el este.

—Por cierto —dijo Morgan—, el nombre del barranco es una corrupción; debería llamarse «de MacGregor». Querida —añadió dirigiéndose a su esposa—, el señor Elderson ha derramado su vino.

Lo que no era del todo exacto. Sencillamente se me había caído, con copa y todo.

—En otro tiempo hubo una vieja choza en el barranco —prosiguió Morgan cuando el desastre acarreado por mi torpeza había sido subsanado—, pero precisamente antes de mi visita fue derribada, o mejor dicho, desparramada, porque los escombros fueron diseminados por todo su alrededor; hasta las planchas del suelo estaban separadas. Entre dos traviesas que todavía quedaban en pie, mi compañero y yo encontramos los restos de un chal a cuadros y, al examinarlo, descubrimos que rodeaba los hombros de un cuerpo de mujer de la que apenas quedaban los huesos, cubiertos en parte por restos de ropa, y por la piel, seca y marrón. Pero le ahorraremos las descripciones a la señora Morgan —añadió sonriendo. En verdad, la dama había mostrado un gesto que era más de repugnancia que de compasión—. Sin embargo —continuó—, es necesario decir que el cráneo apareció fracturado por varios lugares, como si hubiera sido golpeado con un instrumento no muy afilado; y que el propio instrumento, una pequeña piqueta con manchas de sangre, yacía bajo unos tablones cercanos.

El señor Morgan se volvió hacia su esposa.

—Perdona, querida —dijo con afectación solemne—, por mencionar estos desagradables detalles, incidentes naturales, aunque lamentables, de una discusión conyugal, consecuencia, sin duda, de una desafortunada insubordinación de la esposa.

—Tendría que ser capaz de hacerlo —repuso la dama con serenidad—; me lo has pedido tantas veces y con esas mismas palabras…

Me dio la impresión de que estaba muy contento de continuar con su relato.

—A raíz de éstas y de otras circunstancias —señaló—, el juez dedujo que la difunta, Janet MacGregor, había encontrado la muerte a causa de los golpes infligidos por alguna persona desconocida para el jurado; pero añadió que las pruebas apuntaban hacia la culpabilidad de su marido, Thomas MacGregor. Pero de él no se ha vuelto a saber ni a oír nada. Se supo que la pareja procedía de Edimburgo, aunque no… Pero, querida, ¿no te das cuenta de que hay agua en el plato de los huesos del señor Elderson?

Yo había dejado un hueso de pollo en mi lavamanos.

—En un pequeño armario encontré una fotografía de MacGregor, pero ello no condujo a su captura.

—¿Me permite verla? —pregunté.

La fotografía mostraba a un hombre moreno con un rostro de maldad que resultaba aún más lúgubre debido a una gran cicatriz que se extendía, diagonalmente, desde la sien izquierda hasta el bigote negro.

—A propósito, señor Elderson —dijo mi amable anfitrión—, ¿puedo saber por qué me preguntó usted por el barranco de Macarger?

—Perdí una mula cerca de allí una vez —contesté—, y ese infortunio me ha… me ha trastornado bastante.

—Querida —dijo el señor Morgan con la entonación mecánica de un intérprete que traduce—, la pérdida de la muía del señor Elderson le ha hecho servirse pimienta en el café.

UNA NOCHE DE VERANO

El hecho de que Henry Armstrong fuese enterrado no significaba ni probaba, en su opinión, que estuviera muerto: siempre fue un hombre difícil de convencer.

Sólo admitía estar enterrado, cosa de la que le ofrecían testimonio sus sentidos. Su posición —yaciente de espaldas, con las manos cruzadas a la altura del estómago y atadas con algo que podía haber roto fácilmente sin que se alterase su situación—, así como el estricto confinamiento de su persona, la absoluta oscuridad y el profundo silencio, todo eso era lo propio de un cadáver, una evidencia imposible de rebatir que él aceptaba sin cavilar.

Pero la muerte, no, eso no lo aceptaba, sólo que estaba enfermo, muy enfermo. Tenía, a fin de cuentas, esa apatía propia del inválido, algo que no le hacía sentir bien por cuanto era para él una especie de mala suerte, una cosa que le había tocado en un infausto reparto. No era un filósofo, sólo un hombre común hecho a los lugares comunes, por lo que esa su apatía venía a resultar en una especie de indiferencia patológica: el órgano que, según lo que se temía, lo había dejado postrado. Así que, sin aprensiones especiales ni temores a propósito de su futuro inmediato, se creía dormido y todo era paz para Henry Armstrong.

Pero habría de acontecer algo. Era una oscura noche de verano en la que de repente apareció en el cielo, a baja altura, una nube luminosa que venía por el oeste cargada de tormenta. Esa breve pero intensa iluminación se había dejado ver con una distinción rara, desvelando bajo su luz los monumentos funerarios y las tumbas con sus lápidas, que parecían tremolar, y hasta bailar, bajo aquella luminosidad extraordinaria y elegante. No era una de esas noches en las que cualquier suceso extraordinario puede asombrar a quienes son testigos del mismo, por lo que aquellos tres hombres que estaban allí, empleándose en la profanación de la sepultura de Henry Armstrong, se sentían razonablemente seguros.

Dos de ellos eran jóvenes estudiantes de una Facultad de Medicina que estaba a varias millas de distancia; el otro era un negro gigantesco al que llamaban Jess. Jess trabajaba en el cementerio desde hacía muchos años, en calidad de algo así como un chico para todo, y se complacía muy especialmente pensando y diciendo que conocía a todas las almas allí enterradas. De lo que hacía allí en aquel momento puede dar cuenta el hecho de que a esas horas nadie acudiría a visitar el cementerio, por lo que Jess podría entregarse a tratos difíciles de hacer ante testigos.

Extramuros del cementerio había un caballo con un furgón, a la espera.

Excavar no era un trabajo muy duro para ellos; la tierra que pocas horas antes había caído sobre el ataúd de Henry Armstrong ofrecía poca resistencia y resultaba fácil removerla. Remover el ataúd, o lo que es igual, abrirlo, fue un poco más difícil, pero allí estaba Jess, quien se empleó con todas sus fuerzas, que eran muchas, para hacer eso, y para después sacar el cuerpo vestido con un pantalón negro y una camisa blanca. Mas justo en ese momento el aire se llenó de algo parecido a una llamarada, se dejó sentir un gran trueno que parecía ir a reducir a cenizas el mundo, y Henry Armstrong se puso en pie por sí mismo, tranquilamente. Aquellos tres hombres, incapaces de articular un grito, experimentaron no obstante un terror absoluto y echaron a correr, cada uno en una dirección. Dos de ellos, por nada del mundo hubieran sido capaces de volver sobre sus pasos. Pero Jess estaba hecho de otra pasta.

A la mañana siguiente, a hora temprana, los dos jóvenes estudiantes se reunieron en la Facultad de Medicina, pálidos, con los rostros deformados por la ansiedad y el miedo, con el terror sufrido durante su aventura corriéndoles aún por la sangre.

—¿Te fijaste en aquello? —dijo uno.

—¡Dios, claro que sí! ¿Qué vamos a hacer ahora?

Después salieron a pasear alrededor del edificio de la Facultad, donde un poco más allá vieron un caballo que tiraba de un furgón, detenido frente a la sala de disección.

Entraron allí mecánicamente. A pesar de la oscuridad de la sala distinguieron al negro Jess, que estaba sentado en una silla. Jess se levantó con gesto agrio, todo ojos y todo dientes.

—Estoy esperando a que me paguéis —dijo.

Un poco más allá, desnudo sobre una gran mesa, yacía el cuerpo de Henry Armstrong, con la cabeza ensangrentada y llena de barro, a consecuencia de los golpes recibidos con una pala.

UNA CARRETERA ILUMINADA POR LA LUNA

Testimonio de Joel Hetmán, Jr.

Soy un hombre de lo más desafortunado. Rico, respetado, bastante bien educado y de buena salud (aparte de otras muchas ventajas generalmente valoradas por quienes las disfrutan y codiciadas por los que las desean). A veces pienso que sería menos infeliz si tales cualidades me hubieran sido negadas, porque entonces el contraste entre mi vida exterior e interior no exigiría continuamente una atención ingrata. Bajo la tensión de la privación y la necesidad del esfuerzo, podría olvidar en ocasiones el oscuro secreto, cuya explicación —siempre misteriosa— él mismo hace inevitable.

Soy hijo único de Joel y Julia Hetman. El primero fue un rico hacendado, la segunda una mujer bella y bien dotada, a la que estaba apasionadamente ligado por lo que ahora sé que fue una devoción celosa y exigente. El hogar familiar se encontraba a unas cuantas millas de Nashville, en Tennessee, en una vivienda amplia, irregularmente construida, sin ningún orden arquitectónico definido, y algo apartada de la carretera, con un parque de árboles y arbustos.

En la época a la que me refiero yo tenía diecinueve años y estudiaba en Yale. Un día recibí un telegrama de mi padre tan urgente que, obedeciendo a su inexplicada solicitud, partí inmediatamente con dirección a casa. En la estación de ferrocarril de Nashville, un pariente lejano me esperaba para poner en mi conocimiento la razón de la llamada: mi madre había sido bárbaramente asesinada; el móvil y el autor nadie los conocía, pero las circunstancias fueron las siguientes:

Mi padre había ido a Nashville con la intención de volver al día siguiente por la tarde. Algo impidió que realizara el negocio que tenía entre manos, por lo que regresó esa misma noche, antes del amanecer. En su testimonio ante el juez explicó que, como no tenía llave del cerrojo y no quería molestar a los sirvientes que estaban durmiendo, se había dirigido, sin ningún propósito especial, hacia la parte trasera de la casa. Al doblar una esquina del edificio, oyó el ruido de una puerta que se cerraba con suavidad y vio en la oscuridad, no muy claramente, la figura de un hombre que desapareció de inmediato entre los árboles. Como una precipitada persecución y una batida rápida por los jardines, en la creencia de que el intruso era alguien que visitaba clandestinamente a un sirviente, resultaron infructuosas, entró en la casa por la puerta abierta y subió las escaleras en dirección al dormitorio de mi madre. La puerta estaba abierta y, al penetrar en aquella intensa oscuridad, tropezó con un objeto pesado que había en el suelo y cayó de bruces. Me ahorraré los detalles; era mi pobre madre, ¡estrangulada por unas manos humanas!

No faltaba nada en la casa, los sirvientes no habían oído ruido alguno y, salvo aquellas horribles marcas en la garganta de la mujer asesinada (¡Dios mío! ¡Ojalá pudiera olvidarlas!), no se encontró nunca rastro del asesino.

Abandoné mis estudios y permanecí junto a mi padre que, como es de suponer, estaba muy cambiado. De carácter siempre taciturno y sereno, cayó en un abatimiento tan profundo que nada conseguía mantener su atención, aunque, cualquier cosa, una pisada, un portazo repentino, despertaban en él un interés desasosegado; se le podría haber llamado recelo. Se sobresaltaba visiblemente por cualquier pequeña sorpresa sensorial y a veces se ponía pálido, y luego recaía en una apatía melancólica más profunda que la anterior. Supongo que sufría lo que se llama «una tremenda tensión nerviosa». En cuanto a mí, era más joven que ahora, y eso significa mucho. La juventud es Galad, donde existe un bálsamo para cada herida. ¡Ah! ¡Si pudiera vivir de nuevo en aquella tierra encantada! Al no estar habituado al dolor, no sabía cómo valorar mi aflicción. No podía apreciar debidamente la potencia del impacto.

Cierta noche, unos meses después del fatal acontecimiento, mi padre y yo volvíamos andando de la ciudad. La luna llena llevaba unas tres horas sobre el horizonte, en el este; los campos mostraban la quietud solemne de una noche estival. Nuestras pisadas y el canto incesante de las chicharras en la distancia eran el único sonido. Las negras sombras de los árboles contiguos atravesaban la carretera, que tenía un brillo blanco y fantasmal en las estrechas zonas del centro. Cuando nos encontrábamos cerca de la verja de nuestra hacienda, cuya fachada aparecía en penumbra, y en la que no había ninguna luz, mi padre se detuvo de repente y, agarrándome del brazo, dijo con un tono apenas perceptible:

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

—No oigo nada —contesté.

—Pero mira, ¡mira! —exclamó señalando hacia la carretera, delante de nosotros.

—Allí no hay nada —dije—. Venga, padre, entremos. Estás enfermo.

Me había soltado el brazo y se había quedado rígido e inmóvil en el centro de la carretera iluminada, absorto como alguien privado del juicio. A la luz de la luna, su rostro presentaba una palidez y fijeza inefablemente penosas. Le di un suave tirón de la manga, pero se había olvidado de mi existencia. Al rato comenzó a retroceder, paso a paso, sin apartar la vista ni un instante de lo que veía, o creía que veía. Di media vuelta para seguirle, pero me quedé quieto, indeciso. No recuerdo ningún sentimiento de miedo, a no ser que un frío repentino fuera su manifestación física. Fue como si un viento helado hubiera rozado mi cara y envuelto mi cuerpo de arriba abajo. Pude sentir su revuelo en el pelo.

En aquel momento mi atención fue atraída por una luz que apareció de repente en una ventana del piso superior de la casa; uno de los sirvientes, despertado por quién sabe qué premonición misteriosa, y obedeciendo a un impulso que nunca pudo explicar, había encendido una lámpara. Cuando me volví para buscar a mi padre, había desaparecido; en todos estos años ni un rumor de su destino ha atravesado la frontera de la conjetura desde el reino de lo desconocido.

Testimonio de Caspar Grattan

Hoy se dice que estoy vivo. Mañana, aquí, en esta habitación, habrá una forma insensible de arcilla que mostrará lo que fui durante demasiado tiempo. Si alguien levanta el paño que cubrirá el rostro de aquella cosa desagradable será para satisfacer una mera curiosidad malsana. Otros, sin duda, irán más lejos y preguntarán: «¿Quién era ése?». En estos apuntes ofrezco la única respuesta que soy capaz de dar: Caspar Grattan. Claro, eso debería ser suficiente. Ese nombre ha cubierto mis pequeñas necesidades durante más de veinte años de una vida de duración desconocida. Es cierto que yo mismo me lo puse, pero, a falta de otro, tenía ese derecho. En este mundo uno debe tener un nombre; evita la confusión, incluso hasta cuando no aporta una identidad. A algunos, sin embargo, se les conoce por números, que también resultan ser formas de distinción inadecuadas.

Un día, por ejemplo, caminaba por una calle de una ciudad, lejos de aquí, cuando me encontré a dos individuos de uniforme, uno de los cuales, casi deteniéndose y mirándome a la cara con curiosidad, le dijo a su compañero: «Ese hombre se parece al 767». En aquel número me pareció ver algo familiar y horrible. Llevado por un impulso incontrolable, tomé una bocacalle y corrí hasta caer agotado en un camino.

Nunca he olvidado aquel número, y siempre me viene a la memoria acompañado por un guirigay de obscenidades, carcajadas de risas tristes y estruendos de puertas de hierro. Por eso creo que un nombre, aunque sea uno mismo quien se lo ponga, es mejor que un número. En el registro del campo del Alfarero pronto tendré los dos. ¡Qué riqueza!

A quien encuentre este papel he de rogarle que tenga cierta consideración. No es la historia de mi vida; la capacidad de hacer tal cosa me está negada. Esto no es más que una relación de recuerdos quebrados y aparentemente inconexos, algunos de ellos tan nítidos y ordenados como los brillantes de un collar; otros, remotos y extraños, presentan las características de los sueños carmesí, con espacios en blanco y en negro, y con el resplandor de aquelarres candentes en medio de una gran desolación.

Situado en los límites de la eternidad, me doy la vuelta para echar un último vistazo a la tierra, a la trayectoria que seguí hasta llegar aquí. Hay veinte años de huellas inconfundibles, impresiones de pies sangrantes. El trazado sigue caminos de pobreza y dolor, tortuosos y poco seguros, como los de alguien que se tambalea bajo una carga,

remoto, sin amigos, melancólico, lento.

Ah, la profecía que el poeta hizo sobre mí. ¡Qué admirable! ¡Qué espantosamente admirable!

Retrocediendo más allá del principio de esta vía dolorosa, esta epopeya de sufrimiento con episodios de pecado, no puedo ver nada con claridad; sale de una nube. Sé que sólo cubre veinte años, y sin embargo soy un anciano.

Uno no recuerda su nacimiento, se lo tienen que contar. Pero conmigo fue diferente. La vida llegó a mí con las manos llenas y me otorgó todas mis facultades y poderes. De mi existencia previa no sé más que otros, porque todos balbucean insinuaciones que pueden ser recuerdos o sueños. Solamente sé que mi primera sensación de consciencia lo fue de madurez en cuerpo y alma; una sensación aceptada sin sorpresa o aprensión. Sencillamente me encontré caminando por un bosque, medio desnudo, con los pies doloridos, tremendamente fatigado y hambriento. Al ver una granja, me acerqué y pedí comida, que alguien me dio preguntando mi nombre. No lo conocía, aunque sí sabía que todo el mundo tenía nombres. Me retiré muy azorado y, al caer la noche, me tumbé en el bosque y me dormí.

Al día siguiente llegué a una gran ciudad cuyo nombre no citaré. Tampoco relataré otros incidentes de la vida que ahora está a punto de acabar; una vida de peregrinaje continuo, siempre rondada por una imperante sensación de delito en el castigo del mal y de terror en el castigo del delito. Veamos si soy capaz de reducirlo a la narrativa.

Parece ser que una vez viví cerca de una gran ciudad. Era un colono próspero, casado con una mujer a la que amaba y de la que desconfiaba. Tuvimos, al parecer, un hijo, un joven de talento brillante y prometedor. Para mí, siempre se trata de una figura vaga, nunca claramente definida y, con frecuencia, fuera de escena.

Una desafortunada noche se me ocurrió poner a prueba la fidelidad de mi esposa de una forma vulgar y sabida por todo el mundo que conoce la literatura histórica y de ficción. Fui a la ciudad después de haberle dicho a mi mujer que estaría ausente hasta el día siguiente por la tarde. Pero regresé antes del amanecer y me dirigí a la parte trasera de la casa con la intención de entrar por una puerta que había estropeado sin que nadie me viera, para que pareciera encajar y en realidad no cerrara. Al acercarme, oí una puerta que se abría y se cerraba con suavidad, y vi a un hombre que salía sigilosamente a la oscuridad. Con la idea del asesinato en la mente, salté sobre él, pero desapareció sin que consiguiera ni siquiera identificarle. A veces, ni aun ahora consigo convencerme de que se tratara de un ser humano.

Loco de celos y rabia, ciego y lleno de todas las pasiones elementales de la hombría humillada, entré en la casa y subí precipitadamente las escaleras hasta el dormitorio de mi esposa. Estaba cerrado, pero como también había estropeado el cerrojo, conseguí entrar fácilmente y, a pesar de la intensa oscuridad, en un instante estaba junto a su cama. Tanteando con las manos descubrí que estaba vacía, aunque deshecha.

«Debe de estar abajo —pensé—; aterrorizada por mi presencia se ha ocultado en la oscuridad del recibidor».

Con el propósito de buscarla, me di la vuelta para marcharme. Pero tomé una dirección equivocada. ¡Correcta!, diría yo. Golpeé su cuerpo, encogido en un rincón, con el pie. En un instante le lancé las manos al cuello y, ahogando su grito, sujeté su cuerpo convulso entre las rodillas.

Allí, en la oscuridad, sin una palabra de acusación o reproche, la estrangulé hasta la muerte.

Aquí acaba el sueño. Lo he contado en tiempo pasado, pero el presente sería la forma más apropiada, porque una y otra vez aquella triste tragedia vuelve a ser representada en mi consciencia; una y otra vez trazo el plan, sufro la confirmación y desagravio la ofensa. Después todo queda en blanco; y más tarde la lluvia golpea contra los mugrientos cristales, o la nieve cae sobre mi escaso atavío, las ruedas chirrían por calles asquerosas donde mi vida se desarrolla en medio de la pobreza y de los trabajos mezquinos. Si alguna vez brilla el sol, no lo recuerdo. Si hay pájaros, no cantan.

Hay otro sueño, otra visión de la noche. Estoy de pie, entre las sombras, sobre una carretera iluminada por la luna. Soy consciente de la presencia de alguien más, pero no puedo determinar exactamente de quién. Entre la penumbra de una gran vivienda, percibo el brillo de ropas blancas; entonces la figura de una mujer aparece frente a mí en la carretera. ¡Es mi asesinada esposa! Hay muerte en su rostro y señales en su garganta. Tiene los ojos clavados en los míos con una seriedad infinita, que no es reproche, ni odio, ni amenaza; no es algo tan terrible como el reconocimiento. Ante esta horrorosa aparición, retrocedo con terror; un terror que me asalta cuando escribo. No puedo dar la forma correcta a las palabras. ¡Fíjate! Ellas…

Ahora estoy tranquilo, pero en verdad ya no hay más que contar. El incidente acaba donde empezó: en medio de la oscuridad y de la duda.

Sí, de nuevo tengo el dominio de mí mismo: «el capitán de mi alma». Pero no se trata de un respiro, sino de otro estadio y fase de la expiación. Mi penitencia, constante en grado, es mutable en aspecto: una de sus variantes es la tranquilidad. Después de todo, se trata de cadena perpetua. «Al infierno para siempre», ése es el castigo absurdo: el culpable escoge la duración de su pena. Hoy mi plazo expira.

A todos y cada uno, les deseo la paz que no fue mía.

Testimonio de la difunta Julia Hetman a través del médium Bayrolles

Me había retirado temprano y había caído casi inmediatamente en un sueño apacible, del que desperté con una indescriptible sensación de peligro, lo que es, según creo, una experiencia común de otra vida anterior.

También me sentí convencida de su sinsentido, aunque eso no lo desterraba. Mi marido, Joel Hetman, estaba ausente; los sirvientes dormían en la otra parte de la casa. Pero éstas eran cosas normales; nunca antes me habían preocupado. Sin embargo, aquel extraño terror se hizo tan insoportable que, venciendo mi escasa disposición, me incorporé en la cama y encendí la lámpara de la mesilla. En contra de lo que esperaba, esto no supuso un alivio; la luz parecía añadir aún más peligro, porque pensé que su resplandor se advertiría por debajo de la puerta, revelando mi presencia a cualquier cosa maligna que acechara desde fuera. Vosotros que todavía estáis vivos, sujetos a los horrores de la imaginación, os daréis cuenta de qué monstruoso miedo debe de ser ese que, en la oscuridad, busca seguridad contra las existencias malévolas de la noche. Es como batirse cuerpo a cuerpo con un enemigo invisible. ¡La estrategia de la desesperación!

Después de apagar la luz, me cubrí la cabeza con la colcha y me quedé temblando en silencio, incapaz de gritar, y sin acordarme siquiera de rezar. En ese penoso estado debí de permanecer durante lo que vosotros llamaríais horas; entre nosotros no existen horas: el tiempo no existe.

Finalmente apareció: ¡un ruido suave e irregular de pisadas en las escaleras! Eran pausadas, dubitativas, inseguras, como si fueran producidas por alguien que no viera por dónde iba; para mi mente confusa eso era mucho más espantoso, como la proximidad de una malignidad ciega y estúpida, para la que no valen ruegos. Estaba casi segura de que había dejado la lámpara del recibidor encendida y el hecho de que aquella criatura caminara a tientas demostraba que era un monstruo de la noche. Esto era absurdo y no coincidía con mi anterior terror a la luz, pero ¿qué queréis que haga? El miedo no tiene cerebro; es idiota. El observador sombrío que contiene y el cobarde consejo que susurra no guardan relación. Nosotros, que hemos entrado en el Reino del Terror, que permanecemos ocultos en el crepúsculo eterno rodeados por las x escenas de nuestra vida anterior, invisibles incluso para nosotros mismos y para los demás, y que sin embargo nos escondemos desesperados en lugares solitarios, lo sabemos muy bien; anhelamos hablar con nuestros seres queridos, y sin embargo estamos mudos, y tan temerosos de ellos como ellos de nosotros. A veces este impedimento desaparece, la ley queda en suspenso: por medio del poder inmortal del amor o del odio conseguimos romper el hechizo. Entonces, aquellos a los que avisamos, consolamos o castigamos, nos ven.

Qué forma adoptamos es algo que desconocemos; sólo sabemos que aterrorizamos hasta a aquellos que más deseamos reconfortar y de los que más anhelamos ternura y compasión.

Perdona, te lo ruego, este paréntesis inconsecuente de lo que una vez fue una mujer. Vosotros que nos consultáis de este modo imperfecto, no comprendéis. Hacéis preguntas absurdas sobre cosas desconocidas y prohibidas. La mayor parte de lo que sabemos y podríamos reflejar en nuestro discurso no tiene ningún sentido para vosotros. Debemos comunicarnos con vosotros por medio de una inteligencia balbuciente en aquella pequeña zona de nuestro lenguaje que vosotros sabéis hablar. Creéis que somos de otro mundo. Pero no; no conocemos otro mundo que el vuestro, aunque para nosotros no existe la luz del sol, ni calor, ni música, ni risa, ni cantos de pájaros, ni compañía. ¡Dios mío! ¡Qué cosa es ser un fantasma, encogido y tembloroso en un mundo alterado, presa de la aprensión y la desesperación!

Pero no, no morí de miedo: aquella cosa se dio la vuelta y se marchó. La oí bajar, creo que apresuradamente, por las escaleras, como si ella también se hubiera asustado. Entonces me levanté para pedir ayuda. Apenas mi temblorosa mano hubo encontrado el tirador de la puerta… ¡cielo santo!, oí que volvía hacia mí. Sus pisadas por las escaleras eran rápidas, pesadas y fuertes; hacían que la casa se estremeciera. Hui hacia una esquina de la pared y me acurruqué en el suelo. Intenté rezar. Intenté gritar el nombre de mi querido esposo. Entonces oí que la puerta se abría de un golpe. Hubo un intervalo de inconsciencia y, cuando me recuperé, sentí una opresión asfixiante en la garganta, advertí que mis brazos golpeaban lánguidamente contra algo que me arrastraba, ¡noté que la lengua se me escapaba por entre los dientes! Después pasé a esta vida.

No, no sé lo que pasó. La suma de lo que conocemos al morir es la medida de lo que sabemos después de todo lo que hemos vivido. De esta existencia sabemos muchas cosas, pero nunca hay nueva luz sobre ninguna de esas páginas: todo lo que podemos leer está escrito en el recuerdo. Aquí no hay cimas de verdad que dominen el confuso paisaje de aquel reino dudoso. Todavía vivimos en el Valle de la Sombra, ocultos en sus espacios desolados, observando desde detrás de las zarzamoras y los matorrales a sus habitantes malvados, locos. ¿Cómo íbamos a tener conocimiento de aquel desvanecido pasado?

Lo que ahora voy a relatar ocurrió en una noche. Sabemos cuándo es de noche porque os marcháis a casa y podemos aventurarnos a salir de nuestros escondrijos y dirigirnos sin miedo hacia nuestras antiguas casas, asomarnos a las ventanas, hasta incluso entrar y observar vuestros rostros mientras dormís. Había merodeado durante un buen rato cerca de la casa en la que se me había transformado tan cruelmente en lo que ahora soy, como hacemos cuando alguien a quien amamos u odiamos está dentro. En vano había estado buscando alguna forma de manifestarme, algún modo de hacer que mi existencia continuada, mi gran amor y mi profunda pena fueran captados por mi marido y mi hijo. Si dormían, siempre se despertarían, o si, en mi desesperación, me atrevía a acercarme a ellos una vez despiertos, lanzarían hacia mí sus terribles ojos vivos, aterrorizándome con las miradas que yo anhelaba y apartándome de mi propósito.

Esa noche les había estado buscando sin éxito, temerosa de encontrármelos. No estaban en la casa, ni en el jardín iluminado por la luna. Porque, aunque hemos perdido el sol para siempre, todavía nos queda la luna, completamente redonda o imperceptible. A veces brilla por la noche, a veces de día, pero siempre sale y se pone como en la otra vida.

Dejé el jardín y me fui, acompañada por la luz blanca y el silencio, hacia la carretera, sin dirección definida y entristecida. De repente oí la voz de mi pobre esposo que lanzaba exclamaciones de sorpresa, junto a la de mi hijo que procuraba tranquilizarle y disuadirle. Y allí estaban, a la sombra de un grupo de árboles. Cerca, ¡tan cerca! Tenían sus caras vueltas hacia mí, los ojos de mi esposo se clavaban en los míos. Me vio, ¡por fin, por fin me vio! Al advertir esta sensación, mi miedo desapareció como un sueño cruel. El hechizo de la muerte estaba roto: ¡el Amor había vencido a la Ley! Loca de alegría, grité, debí de haber gritado: «Me ve, me ve: ¡me comprenderá!». Entonces, tratando de controlarme, avancé hacia él, sonriente y consciente de mi belleza, para arrojarme en sus brazos, consolarle con palabras cariñosas y, con la mano de mi hijo entre las mías, pronunciar palabras que restauraran los lazos rotos entre los vivos y los muertos.

Pero, ¡ay! ¡Ay de mí! Su cara estaba pálida de terror, sus ojos eran como los de un animal acorralado. Mientras yo avanzaba, él se alejaba de mí, y por fin se dio la vuelta y salió huyendo por el bosque. Hacia dónde, es algo que desconozco.

A mi pobre hijo, abandonado con su doble desolación, nunca he sido capaz de comunicarle ninguna sensación de mi presencia. Pronto, también él, pasará a esta Vida Invisible y le habré perdido para siempre.

UN DIAGNÓSTICO DE MUERTE

—Yo no soy tan supersticioso como algunos de sus colegas u hombres de ciencia, como a ustedes les gusta que se les llame —dijo Hawver en respuesta a una acusación que no había sido hecha—. Algunos de ustedes, aunque he de admitir que sólo unos pocos, creen en la inmortalidad del alma y en apariciones a las que no tienen la honradez de llamar fantasmas. Mis convicciones no van más allá de afirmar que a veces se ve a los vivos donde ya no están, aunque han estado; donde han vivido durante tanto tiempo, y tal vez con tanta intensidad que han dejado sus huellas sobre todo lo que les rodeaba. Sé, claro está, que el entorno en que uno vive puede verse tan afectado por la propia personalidad que puede producir una imagen de uno mismo ante los ojos de otro, mucho después. Sin duda la personalidad que produce la impresión ha de ser del tipo apropiado, como los ojos que la perciben han de ser el tipo adecuado de ojos. Los míos, por ejemplo.

—Sí, el tipo adecuado de ojos, enviando sensaciones a la clase de cerebro inadecuada —dijo el Dr. Frayley sonriendo.

—Muchas gracias; da gusto ver complacidas las esperanzas que uno tiene. Es más o menos la respuesta que suponía que usted cortésmente daría.

—Lo siento. Pero usted afirma que sabe. Eso es mucho decir, ¿no cree? Tal vez no tenga inconveniente en revelar cómo lo sabe.

—Usted dirá que es una alucinación —dijo Hawver—, pero no importa.

Y entonces contó la historia.

—Como usted ya sabe, el verano pasado fui a pasar la temporada de calor en la ciudad de Meridian. El pariente en cuya casa tenía intención de residir estaba enfermo, por lo que busqué otro alojamiento. Tras diversas dificultades, conseguí alquilar una vivienda vacía que había sido ocupada por un doctor excéntrico, llamado Mannering, que se había marchado años antes sin que nadie supiera dónde, ni siquiera su agente. Él mismo había construido la casa y había vivido en ella con un viejo criado durante unos diez años. Su práctica, nunca muy amplia, había sido abandonada completamente tras los primeros años. Y no sólo eso, sino que se había recluido y se había apartado casi totalmente de la vida social. El médico del pueblo, única persona con la que había tenido alguna relación, me contó que durante su retiro se había dedicado a un solo campo de estudio y expuso sus resultados en un libro que no contó con la aprobación de sus colegas profesionales quienes, evidentemente, consideraban que no estaba en sus cabales. No he visto el libro y ahora no recuerdo el título, pero me han dicho que exponía una teoría bastante asombrosa. Mantenía que, en más de un caso, era posible predecir con precisión la muerte de una persona con buena salud, meses antes de que se produjera. El límite, creo, era dieciocho meses. Existían leyendas locales sobre el ejercicio de sus poderes de pronóstico, aunque usted tal vez prefiera llamarlo diagnóstico. Y se decía que en todos los casos la persona a cuyos amigos él había avisado, murieron repentinamente, en la fecha establecida, sin causa aparente. Todo esto, sin embargo, no tiene nada que ver con lo que voy a contarle; pensé que podría resultarle divertido a un médico.

»La casa estaba amueblada tal y como él la había dejado. Resultaba una vivienda bastante lúgubre para alguien que no era ni un recluso ni un estudiante; creo que me transmitía algo de su carácter, del carácter de su anterior ocupante, pues siempre que estaba en ella sentía una cierta melancolía que no se debía ni a mi natural disposición ni, me parece, a la soledad. Yo no tenía criados que durmieran en la casa, sino que, como usted sabe, siempre he disfrutado mucho con mi propia compañía y he sido muy aficionado a la lectura, aunque menos al estudio. Fuera cual fuera la causa, su efecto fue el abatimiento y la sensación de un mal inminente; esto ocurría especialmente en el despacho del doctor Mannering, a pesar de que aquella habitación era la más luminosa y aireada de la casa. El retrato del doctor, un óleo de tamaño natural, colgaba de una de las paredes y parecía dominar el cuarto completamente. No había nada extraño en el cuadro: el individuo era bastante bien parecido, de unos cincuenta años, con el pelo gris, una cara bien rasurada y los ojos serios y oscuros. Sin embargo, había algo en él que atraía mi atención. El aspecto de aquel hombre llegó a resultarme familiar, y me rondaba.

»Una tarde, cuando me dirigía a la mía, pasé por esa habitación con un candil (en Meridian no hay gas). Como siempre, me detuve ante el cuadro que, a la luz del candil, parecía tener una nueva expresión, difícil de describir, aunque claramente misteriosa. Aquello me interesó, pero no llegó a preocuparme. Moví la luz de un lado a otro y observé los efectos que dicho movimiento producía. Mientras lo hacía, tuve el impulso de volverme. Cuando lo hice, vi que un hombre cruzaba la habitación ¡en dirección a mí! En cuanto estuvo lo suficientemente cerca para que la luz del candil le iluminara la cara vi que se trataba del propio doctor Mannering; ¡era como si el retrato caminara!

»—Perdón —le dije con cierta frialdad—, pero si ha llamado a la puerta no le he oído.

»Pasó a mi lado, a muy corta distancia, levantó el dedo índice en señal de advertencia y, sin decir una palabra, salió de la habitación, aunque no vi su salida más de lo que había visto su entrada.

»Por supuesto, no hace falta que le diga que esto fue lo que usted llamaría una alucinación y yo una aparición. La habitación no tenía más que dos puertas, una de las cuales estaba cerrada con llave; la otra conducía a un dormitorio que no tenía salida. Lo que sentí al darme cuenta de esto no es parte importante del suceso.

»Indudablemente le parecerá una típica historia de fantasmas, construida con la trama característica establecida por los viejos maestros de este arte. Si así fuera, no debería haberla contado, aunque fuese cierta. Pero aquel hombre no estaba muerto; hoy lo he visto en la calle de la Unión: me lo crucé en medio de una multitud.

Hawver había terminado su relato y los dos hombres permanecieron en silencio. El doctor Frayley, abstraído, daba golpecitos sobre la mesa con los dedos.

—¿Le dijo algo hoy —preguntó—, algo de lo que usted pudiera deducir que no estaba muerto?

Hawver se le quedó mirando, sin decir nada.

—Tal vez —prosiguió Frayley— le hizo una indicación, un gesto levantando un dedo en señal de advertencia… Es una manía que él tenía, algo que acostumbraba a hacer cuando decía algo serio, cuando anunciaba el resultado de un diagnóstico, por ejemplo.

—Sí, eso fue lo que hizo. Lo mismo que había hecho su aparición. Pero ¡Dios santo! ¿Es que usted le conoció?

Era evidente que Hawver estaba poniéndose nervioso.

—Sí, le conocí. Y he leído su libro, como tendrán que hacer todos los médicos algún día. Se trata de una de las más sorprendentes e importantes contribuciones de este siglo a la ciencia médica. Sí, le conocí; le atendí cuando estuvo enfermo hace tres años. Murió.

Hawver, claramente turbado, abandonó su silla de un salto y se puso a recorrer la habitación de un lado a otro; luego se acercó a su amigo y le dijo con un tono poco firme:

—Doctor, ¿tiene usted algo que decirme como médico?

—No, Hawver; es usted el hombre más sano que he visto. Como amigo, le aconsejo que se marche a su habitación. Toca usted el violín como un ángel. Tóquelo pues; toque algo alegre y animado. Aparte este maldito asunto de su mente.

Al día siguiente Hawver fue encontrado muerto en su dormitorio, con el violín en el cuello, el arco sobre las cuerdas y una partitura con la marcha fúnebre de Chopin ante él.

EL MAESTRO DE MOXON

—¿Hablas en serio? ¿Realmente crees que una máquina piensa?

No obtuve una respuesta inmediata. Moxon parecía estar absorto en las ascuas de la chimenea, dándoles golpes hábiles con el atizador aquí y allá hasta que manifestaron con un fuerte resplandor haber recibido su atención. Llevaba semanas observando en él cierta tendencia a la tardanza a la hora de responder incluso a las preguntas más triviales. Sin embargo, su aspecto parecía más de preocupación que de reflexión: se podría haber dicho que «estaba dándole vueltas a algo».

En ese momento dijo:

—¿Qué es una «máquina»? La palabra ha sido definida de diversas maneras. La definición de un conocido diccionario dice: «Instrumento u organización por medio del cual se aplica y se hace efectiva la acción de una fuerza o se produce un efecto determinado». Bien, entonces ¿no es el hombre una máquina? Y admitirás que piensa, o cree que piensa.

—Si lo que deseas es no contestar a mi pregunta —dije en un tono bastante malhumorado—, ¿por qué no lo reconoces? Todo lo que estás diciendo no son más que evasivas. Sabes de sobra que cuando digo «máquina» no me refiero al hombre, sino a algo que el hombre ha creado y controla.

—Cuando no es ella la que le controla —repuso poniéndose en pie repentinamente y asomándose a una ventana desde la que no se veía nada en la oscuridad de aquella noche tempestuosa. Al cabo de un rato se volvió y dijo con una sonrisa—: Lo lamento. No tenía intención de mostrarme evasivo. Consideré que el diccionario, testimonio inconsciente del hombre, era sugerente y tenía algún valor en la discusión. Pero puedo dar a tu pregunta una respuesta directa de un modo bastante sencillo: creo que una máquina piensa en el trabajo que realiza.

Ciertamente, aquello fue bastante directo. No era agradable en absoluto, porque venía a confirmar la triste sospecha de que la dedicación de Moxon al estudio y su trabajo en el taller no habían sido buenos para él. En primer lugar, sabía que sufría de insomnio, que no es desgracia pequeña. ¿Habría eso afectado a su mente? La respuesta a mi pregunta me pareció una prueba de que así había sido. Tal vez ahora lo considerara de otro modo. Pero entonces yo era más joven, y entre los favores no negados a la juventud está la ignorancia. Movido por ese gran estímulo a la controversia, dije:

—Y, por favor, dime, ¿con qué piensa, si no tiene cerebro?

La contestación, que se produjo con menos retraso de lo acostumbrado, tomó la forma, preferida para él, de una nueva pregunta:

—¿Con qué piensa una planta, si no tiene cerebro?

—¡Así que las plantas también pertenecen a la clase filosófica! Me encantaría conocer algunas de sus conclusiones; puede que omitas las premisas.

—Tal vez —contestó, sin sentirse al parecer muy afectado por mi ironía simplona—; se pueden inferir sus convicciones a partir de sus actos. Te ahorraré los conocidos ejemplos de la sensible mimosa, de varias flores insectívoras y de aquellas cuyos estambres se inclinan y sacuden el polen sobre la abeja que las penetra para que pueda fertilizar a sus lejanos cónyuges. Pero presta atención a esto. En un espacio abierto de mi jardín planté una parra. Cuando apenas había salido a la superficie, clavé una estaca en el suelo a una distancia de una yarda. Enseguida la parra se dirigió hacia ella, pero unos días después, cuando ya estaba a punto de alcanzarla, retiré la estaca unos cuantos pies. La parra varió rápidamente de rumbo, formando un ángulo pronunciado, y se encaminó de nuevo hacia la estaca. Repetí la maniobra varias veces pero, al final, como si estuviera desanimada, la parra abandonó la persecución, e ignorando mis posteriores intentos por desviarla de su camino, se dirigió hacia un pequeño árbol alejado, al que trepó.

»Las raíces de los eucaliptos se extienden de un modo increíble en busca de humedad. Un famoso horticultor relata que una de ellas se metió por un viejo desagüe y lo siguió hasta un lugar en el que se interrumpía porque una sección del tubo había sido retirada para dejar espacio a un muro de piedra construido en su recorrido. La raíz abandonó entonces la cañería y recorrió el muro hasta encontrar una abertura producida por una piedra que se había desprendido. La atravesó y, después de serpentear por el otro lado de la pared, se dirigió de nuevo hacia la tubería, se introdujo por la parte inexplorada y prosiguió su trayecto.

—¿Y todo eso, qué?

—¿Cómo puedes pasar por alto su significado? Demuestra la consciencia de las plantas. Sin duda es una prueba de que piensan.

—Y aunque así sea, ¿qué? Estábamos hablando de las máquinas, no de las plantas. Puede que estén hechas en parte de madera, madera a la que ya no le queda vitalidad, o completamente de metal. ¿Es que el pensamiento es también un atributo del reino mineral?

—¿De qué otra manera si no explicas fenómenos, por ejemplo, como el de la cristalización?

—Yo no los explico.

—Porque no puedes hacerlo sin afirmar lo que pretendes negar, a saber, la cooperación inteligente entre los elementos constitutivos de los cristales. Cuando los soldados forman filas, o cuadrados, lo llamas razón. Cuando los gansos salvajes vuelan en forma de V, dices que es instinto. Pero cuando los átomos homogéneos de un mineral, al moverse con libertad en una solución, se disponen en estructuras matemáticamente perfectas, o las partículas de humedad congelada se organizan en copos de nieve de bellas y simétricas formas, no sabes qué decir. Ni siquiera has inventado un término para ocultar tu heroica insensatez.

Moxon hablaba con una animación y seriedad inusuales. Cuando se detuvo, escuché un extraño ruido sordo, procedente de una habitación contigua conocida como el «taller» en la que a nadie más que a él le estaba permitido entrar, que recordaba el sonido de un manotazo sobre una mesa. Moxon, visiblemente agitado, también lo oyó, se puso en pie y, acto seguido, entró en la habitación de la que procedía. Me pareció raro que hubiera alguien allí dentro, por lo que el interés que tenía en mi amigo y, sin duda, una cierta curiosidad injustificable, me impulsaron a escuchar atentamente, aunque, me alegra decirlo, no a través de la cerradura. Se produjeron unos ruidos confusos, como de lucha o de pelea. El suelo tembló. Distinguí claramente el sonido de una respiración penosa y una voz ronca que exclamó: «¡Maldita sea!». Después todo quedó en silencio. Moxon reapareció y, con una sonrisa bastante triste, dijo:

—Perdona por haberte abandonado de un modo tan brusco. Tengo una máquina ahí dentro que perdió la paciencia y se enfadó.

Con la vista fija en su mejilla izquierda, que estaba atravesada por cuatro arañazos paralelos de los que brotaba sangre, pregunté:

—¿Y qué tal si se cortara las uñas?

Podría haberme ahorrado el chiste, pues, sin prestarle la menor atención, se sentó de nuevo en la silla que había abandonado y reanudó su interrumpido monólogo como si nada hubiera ocurrido.

Seguramente no estás de acuerdo con aquellos (a un hombre tan aficionado a la lectura como tú no hace falta que le diga sus nombres) que han revelado que toda materia es sensible, que cada átomo es un set vivo, consciente y sensible. Yo sí. No existe la materia muerta, inerte: toda está viva. Toda imbuida de energía, real o potencial; toda sensible a las mismas fuerzas de su entorno y propensa al contagio de otras más elevadas y sutiles que residen en organismos superiores con los que puede establecer relaciones, como el del hombre cuando la transforma en un instrumento de su voluntad. La materia absorbe parte de su inteligencia y resolución en proporción a la complejidad de la máquina resultante y a la de la tarea que realice.

»¿Recuerdas por casualidad la definición que dio Herbert Spencer de «Vida»? La leí hace treinta años. Puede que la haya alterado después, eso no importa, pero durante todo este tiempo he sido incapaz de encontrar en ella una sola palabra que pueda ser modificada, añadida o suprimida convenientemente. Para mí no es sólo la mejor definición, sino la única posible. «La vida —dice— es una combinación determinada de cambios heterogéneos, simultáneos y sucesivos, en correspondencia con secuencias y coexistencias externas».

—Eso define el fenómeno, pero no explica su causa.

—Eso —replicó— es todo lo que puede hacer una definición. Como indica Mili, no sabemos nada de la causa más que como antecedente, nada del efecto más que como consecuente. En determinados fenómenos, uno nunca ocurre sin el otro, lo que es dispar. Al primero en el tiempo lo llamamos causa; al segundo, efecto. Alguien que haya visto muchas veces a un conejo perseguido por un perro y no haya visto nunca a los conejos y a los perros en otras circunstancias, consideraría que el conejo es la causa del perro.

»Pero me temo —añadió con una risa muy natural— que mi conejo me está alejando mucho de la pista de mi legítima presa. Me estoy entregando al placer de la persecución en sí misma. De lo que quiero que te des cuenta es de que en la definición que Herbert Spencer da de «vida» la actividad de la máquina está incluida. No hay nada en tal definición que no sea aplicable a ella. Según este observador tan ingenioso y este pensador tan profundo, si un hombre está vivo durante el periodo de su actividad, también lo está la máquina cuando funciona. Como inventor y constructor de máquinas considero que eso es cierto.

Moxon se quedó en silencio durante largo rato, con la mirada perdida en el fuego. Se estaba haciendo tarde y consideré que era hora de marcharme, pero no me gustaba la idea de abandonarle en aquella casa apartada, completamente solo, a no ser por la presencia de alguien de cuya naturaleza únicamente podía conjeturar que era poco amigable, tal vez maligna. Me incliné hacia él y, mirándole a los ojos con seriedad, hice un gesto con la mano hacia la puerta de su taller y pregunté:

—Moxon, ¿a quién tienes ahí dentro?

Para sorpresa mía, esbozó una ligera sonrisa y respondió sin vacilar:

—A nadie. El episodio en el que estás pensando fue causado por mi estupidez al dejar una máquina en funcionamiento sin nada sobre lo que funcionar, mientras yo acometía la interminable tarea de ilustrar tu entendimiento. ¿Acaso no sabes que la Consciencia es la criatura del Ritmo?

—¡Al diablo con las dos! —exclamé poniéndome en pie y cogiendo mi abrigo—. Te deseo buenas noches y espero que la máquina que dejaste en marcha inadvertidamente tenga los guantes puestos la próxima vez que creas necesario pararla.

Sin esperar a contemplar el efecto de mi observación, salí de la casa.

Estaba lloviendo y había una gran oscuridad. En el cielo, más allá de la colina hacia la que avanzaba a tientas por unas aceras inseguras, hechas con tablones en aquellas calles sin pavimentar y llenas de lodo, se percibía el débil resplandor de las luces de la ciudad, pero a mis espaldas no se veía más que una ventana de la casa de Moxon. Aquella luz parecía tener un significado misterioso y fatídico. Yo sabía que había una abertura sin cortinas en el «taller» de mi amigo y no dudaba de que habría reanudado los estudios que habían sido interrumpidos para cumplir sus obligaciones como instructor mío en la consciencia mecánica y la paternidad del Ritmo. Aunque sus convicciones entonces me parecían extrañas y, en cierto modo, divertidas, no podía evitar tener la sensación de que guardaban alguna relación trágica con su vida y su carácter, y tal vez también con su destino, y ya no consideraba que fueran divagaciones de una mente desordenada. Se pensara lo que se pensara de sus opiniones, su exposición resultaba demasiado lógica como para eso. Una y otra vez, sus últimas palabras me venían a la mente: «La Consciencia es la criatura del Ritmo». Aunque esta afirmación era escueta y concisa, la encontraba entonces infinitamente atractiva. Cada vez que aparecía en mi cabeza, crecía su significado y su fascinación se ahondaba. Bueno, pensé, aquí hay algo sobre lo que establecer una filosofía. Si la consciencia es el producto del ritmo, todas las cosas son conscientes, porque todas se mueven, y todo movimiento es rítmico. Me pregunté si Moxon conocía el significado y amplitud de su pensamiento, la envergadura de esta generalización trascendental; ¿o habría llegado tal vez a su creencia filosófica por el camino tortuoso e incierto de la observación?

Aquella creencia era entonces nueva para mí, y toda la exposición de Moxon no había conseguido hacerme un converso; pero ahora era como si una gran luz, semejante a la que cayó sobre Pablo de Tarso, resplandeciera a mi alrededor. Allí fuera, entre la tormenta, la oscuridad y la soledad, experimenté lo que Lewes llama «la interminable diversidad y emoción del pensamiento filosófico». Me regocijaba en una nueva sensación de conocimiento, en un nuevo orgullo de la razón. Parecía que mis pies apenas rozaban el suelo; era como si unas alas invisibles me elevaran y me transportaran por el aire.

Cediendo al impulso de buscar nueva luz en aquel a quien ahora reconocía como mi maestro y guía, me había dado inconscientemente la vuelta y, antes de que me diera cuenta, me encontré de nuevo ante la casa de Moxon. Estaba empapado, pero no me sentía incómodo. Incapaz en mi entusiasmo de encontrar el timbre, probé instintivamente con el pomo. Giró y, una vez dentro, subí por las escaleras hasta la habitación que había abandonado hacía poco tiempo. Estaba a oscuras y en silencio; Moxon, como había supuesto, se encontraba en la habitación contigua, en el «taller». Fui tanteando por la pared hasta dar con la puerta de aquel cuarto, a la que llamé con decisión varias veces sin recibir respuesta; lo atribuí al estruendo exterior, pues se había levantado un vendaval y la lluvia se estrellaba con fuerza contra las delgadas paredes. El golpeteo sobre el entablado de la cubierta que protegía aquella habitación sin techo era estrepitoso e incesante.

Nunca había sido invitado a entrar en aquel taller; más bien se me había negado el acceso, como a todas las demás personas, con una sola excepción, la de un habilidoso metalista de quien sólo se sabía que se llamaba Haley y que su hábito era el silencio. Pero, debido a mi exaltación espiritual, olvidé toda discreción y cortesía y abrí la puerta. Lo que vi hizo que cualquier especulación filosófica desapareciera rápidamente.

Moxon estaba sentado delante de mí, en el extremo más alejado de una mesa pequeña sobre la que una sencilla vela proyectaba toda la luz que había en la habitación. Frente a él, y con la espalda hacia mí, se sentaba otra persona. Entre los dos, y sobre la mesa, había un tablero de ajedrez: estaban jugando. No sé mucho de ajedrez, pero como sólo había unas cuantas piezas sobre el tablero, era obvio que la partida estaba a punto de terminar. Moxon se mostraba sumamente interesado, aunque me pareció que su interés no se centraba tanto en la partida como en su antagonista, sobre el que mantenía una mirada tan fija que, a pesar de encontrarme en medio de su campo de visión, sentí que pasaba completamente desapercibido. Tenía el rostro terriblemente pálido y sus ojos brillaban como diamantes. A su antagonista sólo lo veía de espaldas, pero era suficiente. No me habría gustado verle la cara.

No medía más de cinco pies y sus proporciones recordaban las de un gorila: una tremenda anchura de hombros, un cuello grueso y corto, y una cabeza grande y abultada, sobre la que crecía una maraña de pelo negro cubierta con un fez de color púrpura. Una túnica del mismo color, muy ceñida a la cadera, ocultaba el asiento, un cajón al parecer, sobre el que descansaba; no se le veían los pies ni las piernas. El antebrazo izquierdo se apoyaba sobre el regazo, y con la mano derecha, desproporcionadamente larga, movía las piezas.

Yo había retrocedido y ahora me encontraba junto a la puerta y en penumbra. Si Moxon hubiera mirado más allá de su oponente no podría haber visto nada, salvo que la puerta estaba abierta. Había algo que me impedía avanzar o retirarme, un sentimiento que, no sé cómo apareció, me hacía presentir una tragedia inminente y me sugería que si me quedaba podría ayudar a mi amigo. Con cierto sentimiento de rebelión consciente por lo indecoroso de mi actitud, me quedé allí.

La partida fue rápida. Moxon apenas miraba al tablero antes de hacer sus movimientos y, según mi ojo inexperto, daba la impresión de que escogía, con movimientos rápidos, nerviosos y faltos de precisión, las piezas que tenía más a mano. La respuesta de su contrincante, aunque igualmente inmediata al principio, era realizada con un movimiento pausado, uniforme, mecánico y, según mi impresión, algo teatral del brazo, lo que suponía una dura prueba para mi paciencia. Había algo misterioso en todo aquello, y de pronto sentí escalofríos. Estaba mojado y tenía frío.

Después de haber realizado dos o tres movimientos, el extraño inclinó ligeramente la cabeza y observé que tras cada uno de esos movimientos, Moxon cambiaba su rey de lugar. De repente descubrí que aquel hombre era mudo y, enseguida, que se trataba de una máquina: ¡un autómata que jugaba al ajedrez! Entonces recordé que Moxon me había contado una vez que había inventado una máquina de jugar al ajedrez, aunque entonces yo no entendía que tal cosa fuera realmente posible. ¿No habría sido toda su charla sobre la consciencia y la inteligencia de las máquinas un preludio a una eventual exhibición de su artilugio, un truco para acrecentar el efecto de la acción mecánica de tal aparato sobre mí, que ignoraba su secreto?

Un buen final, éste, para todo mi éxtasis intelectual, mi «¡interminable diversidad y emoción del pensamiento filosófico!». Estaba a punto de marcharme avergonzado cuando ocurrió algo que provocó mi curiosidad. Observé que aquella cosa encogía sus grandes hombros como si estuviera enojada. Y su ademán fue tan natural, tan asombrosamente humano que, considerado desde mi nuevo punto de vista, me sobresaltó. Pero no fue eso todo, porque al momento dio un golpe sobre la mesa con el puño apretado. Después de ese gesto, Moxon parecía estar más asustado que yo: alarmado, echó su silla hacia atrás.

Entonces Moxon, a quien le tocaba jugar, levantó la mano por encima del tablero, se abalanzó sobre una de las piezas como un gavilán y con una exclamación de «¡jaque mate!» se puso en pie y se colocó detrás de la silla. El autómata se quedó inmóvil.

El viento había amainado, aunque aún se escuchaba a intervalos reducidos y cada vez con más fuerza, el retumbar de los truenos. En el paréntesis que se producía entre ellos advertí un suave murmullo o zumbido que, como el del trueno, se hacía cada vez más fuerte y rotundo. Parecía provenir del cuerpo del autómata y recordaba de un modo inconfundible al rechinar de engranajes. Me dio la impresión de que aquel mecanismo desordenado había escapado a la acción represiva y reguladora de algún control; un efecto semejante al que se podría esperar si un trinquete saltara de los dientes de una rueda. Pero antes de que tuviera tiempo para hacer conjeturas sobre la naturaleza de ese ruido, mi atención fue atraída por los extraños movimientos que hacía el autómata. Parecía que unas convulsiones ligeras, pero continuadas, se habían apoderado de él. El cuerpo y la cabeza recordaban los de un hombre con parálisis o escalofríos de malaria, y ese movimiento fue aumentando progresivamente hasta que todo su cuerpo fue presa de una agitación violenta. De repente, se puso en pie de un salto y, con una rapidez casi imposible de seguir con la vista, se abalanzó sobre la mesa y la silla, con los brazos completamente extendidos, adoptando la postura de salida de un saltador de trampolín. Moxon se echó hacia atrás, intentando apartarse, pero fue demasiado tarde: las manos de aquella cosa horrible comenzaban a cerrarse sobre su garganta mientras Moxon intentaba liberarse agarrándolas de las muñecas. Entonces la mesa dio la vuelta, la vela fue a parar al suelo y se apagó, y la habitación quedó a oscuras. Pero el ruido de la lucha resultaba manifiesto, y lo más terrible de todo eran los sonidos roncos y estentóreos producidos por el esfuerzo de Moxon al intentar respirar. Dominado por aquella barahúnda infernal, me dispuse a ayudar a mi amigo, pero apenas había dado un paso en aquella oscuridad cuando toda la habitación se inundó de una luz cegadora que inflamó en mi cerebro, en mi corazón y mi memoria la imagen vivida de los combatientes en el suelo: Moxon, debajo, con la garganta todavía rodeada por aquellas manos férreas, tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos desorbitados y la boca completamente abierta con la lengua fuera. Y, ¡qué terrible contraste!, sobre el rostro pintado de su asesino había una expresión de concentración intensa y calmada, ¡como si estuviera resolviendo un problema de ajedrez! Esto fue lo que vi; después todo fue oscuridad y silencio.

Tres días más tarde recuperé la consciencia en un hospital. Mientras el recuerdo de aquella noche trágica retornaba lentamente a mi afligido cerebro, reconocí en mi acompañante a Haley, el metalista confidente de Moxon. En respuesta a una mirada mía, se acercó sonriendo.

—Cuénteme lo que ocurrió —conseguí decir, en un tono muy bajo— todo lo que ocurrió.

—Desde luego —dijo—. Le trajeron inconsciente desde una casa que estaba en llamas, la de Moxon. Nadie sabe qué hacía usted allí. Puede que tenga que dar alguna pequeña explicación. El origen del fuego también es algo misterioso. Mi impresión es que cayó un rayo sobre la casa.

—¿Y Moxon?

—Lo enterraron ayer; bueno… lo que quedaba de él.

Al parecer, aquella persona reservada podía abrirse en ciertas ocasiones. Para comunicar una noticia espantosa a los enfermos era un tipo muy afable. Tras unos instantes del más intenso sufrimiento mental, me aventuré a hacerle otra pregunta.

—Y a mí, ¿quién me salvó?

—Bueno, si quiere saberlo… fui yo.

—Gracias, señor Haley, y que Dios le bendiga por ello. ¿Salvó usted también a aquel encantador objeto producto de su destreza, el jugador de ajedrez autómata que asesinó a su inventor?

El hombre se quedó callado durante largo rato, con la vista apartada. Entonces se volvió hacia mí y en tono grave dijo:

—¿Está usted seguro?

—Sí —contesté—, le vi hacerlo.

Esto ocurrió hace muchos años. Si me preguntaran hoy, respondería con menos seguridad.

UNA LUCHA TENAZ

Una noche de otoño de 1861 había un hombre sentado a solas en el corazón de un bosque, al oeste de Virginia. La región es una de las más salvajes e inexploradas del continente, por sus montañas. No había apenas pobladores en aquella zona, pero a una milla de donde se encontraba aquel hombre acampaba una brigada federal. Por allí, lo que quiere decir muy cerca, había también una fuerza enemiga, sin que se supiese de cuántos hombres constaba.

Era a fin de saber precisamente eso por lo que aquel hombre solitario andaba por el bosque, ya que se trataba de un joven oficial de la Infantería federal del norte que tenía como misión velar para que nada interrumpiese el sueño de sus compañeros acampados. Estaba al mando, pues, de un grupo de hombres en avanzadilla, dispuestos allá por donde pudieran percatarse de cualquier movimiento del enemigo.

Los hombres de ese comando hacían su guardia en una línea dudosa, definida por los accidentes del terreno. Había entre ellos varios cientos de yardas de distancia, de manera que pudieran cubrir una zona suficientemente amplia. Eran en total unos quince o veinte hombres, que tenían como misión mirarlo todo con los ojos muy abiertos y guardar un silencio completo. Cuatro horas después, si no había novedad reseñable, serían relevados por hombres de refresco que ahora descansaban, custodiados a su vez por su capitán.

El joven oficial al que aludimos, después de asignar a cada uno de sus hombres un puesto de guardia y de dar órdenes precisas a sus dos sargentos, se dirigió a ese claro del bosque donde nos lo hemos encontrado. Era, en cualquier caso, terreno peligroso, al alcance del fuego enemigo. Habría que preguntarle, pues, por qué se detuvo y se sentó tranquilamente allí, o si acaso era necesaria su presencia en ese lugar, pues podía haber aguardado el relevo en la zona convenida, mucho más a cubierto.

En cualquier caso, el claro en pleno corazón del bosque parecía un lugar tranquilo. A ambos lados se extendía una larga fila de árboles, en cuyo extremo estaban apostados los sargentos. Era una posición estratégica, desde la que podrían dar aviso rápidamente en caso de que avanzase por allí una fuerza enemiga. El joven oficial, ordenándoles montar guardia donde lo había hecho, demostraba ser un buen estratega. Seguro que si Napoleón llega a actuar con tanta calma y previsión en Waterloo, habría ganado una batalla memorable de la que jactarse el resto de su vida.

El teniente Brainerd Byring era un oficial valiente y eficaz, además de joven y poco experimentado en ese negocio habitual de conducir a los soldados a una muerte segura. Se había enrolado como soldado raso en los primeros días de la guerra, sin hallarse en posesión del menor conocimiento sobre los asuntos militares, pero sus muchas virtudes, entre ellas su educación y sus excelentes maneras, lo llevaron pronto al ascenso a sargento, y además tuvo la suerte de que una bala de los confederados le quitara de en medio a su capitán. Eso le sirvió para seguir ascendiendo. Eso, y el valor demostrado en batallas tan duras como las de Philippi, Rich Mountain, Carrick’s Ford y Greenbrier, de las que salió siempre bien librado, no obstante haber combatido con tanta furia como elegancia y acatamiento de las órdenes recibidas de sus superiores. La verdad es que le gustaba entrar en combate, le gustaba la excitación de la batalla. Pero la proximidad de la muerte, esas señas inequívocas que te hace la muerte en el campo de batalla, tantos rostros desencajados, tantos ojos fuera de sus cuencas, tantos cuerpos destrozados, lo alteraban de manera casi insoportable. Sentía hacia todo eso una antipatía que iba mucho más allá de la repugnancia espiritual o de la repugnancia física que es común a todos los que entramos en combate.

Sin la menor duda, esos sentimientos se debían a que el joven oficial era un hombre de acusada sensibilidad, de un gran sentido de lo bello, de un idealismo que estaba por encima de cualquier cosa. Sea la que fuere la causa, en fin, era incapaz de contemplar un cuerpo destrozado en combate sin piedad y con resentimiento. Esa atribución de dignidad que otros hacían a la muerte no era de recibo para él. Era impensable en un hombre como él. La muerte debía ser odiada. No era pintoresca, no tenía un aspecto ni solemne ni tierno, sino asqueroso, repugnante en cualquiera de sus manifestaciones, y especialmente en la guerrera. El teniente Byring era un hombre valiente, todos podían dar fe de ello; pero nadie sabía de su horror ante aquello para lo que mostraba un arrojo temerario, para aquello hacia lo que estaba siempre dispuesto, justo lo que más odiaba.

Habiendo ya apostado a sus hombres, habiendo ya dado órdenes concisas y muy concretas a sus sargentos, y cuando iba de vuelta al campamento, decidió sin embargo tomar asiento sobre un árbol caído en aquel claro del bosque, en lo más hondo del bosque, aunque sin ceder en su vigilia, con todos sus sentidos alerta. Para estar más cómodo, sin embargo, se desabrochó el cinturón del sable y dejó el pesado revólver a un lado. Se sentía muy bien; incluso mejor que antes, para así estar más atento a cualquier ruido que supusiera una amenaza, unos pasos, un disparo, la carrera de uno de sus sargentos para dar cuenta del peligro que se cernía sobre el campamento. Del vasto e invisible océano que la luz de la luna agitaba sobre su cabeza, aquí y allá, caían luminosos rayos que encendían de luz blanca las matas de laurel que le rodeaban. Pero lo cierto es que aquello no hacía sino acentuar la oscuridad imperante… Y sus presentimientos de las desgracias que podrían sobrevenir a la gente de cuya buenaventura era responsable. Las sombras de la noche no siempre son grotescas. También pueden ser amenazantes.

Para alguien como el joven oficial, a quien no era extraña la portentosa conspiración de la noche, la soledad y el silencio en el corazón del bosque, no es preciso referir cuánto y cómo cambian en medio de la oscuridad cosas con las que estamos familiarizados. Los árboles se muestran por completo diferentes, adquieren una condición de masa que los hace más temibles. Y el silencio en sí mismo tiene una cualidad única que lo diferencia extraordinariamente del silencio diurno. Y todo se llena de susurros y de suspiros que son los fantasmas de un sonido largamente muerto. Pero también hay sonidos vivientes, únicos, extraños; sonidos que jamás se escuchan bajo otras condiciones que no sean las de la noche. Vienen a ser el canto de raras aves nocturnas, el grito de animales pequeños que hubieran despertado en mitad de una pesadilla. Y el rumor de las hojas muertas y pisadas por una rata… o por una pantera. ¿Qué es lo que causa todo eso, tanta alarma en un ambiente que parece en paz? ¿Qué es lo que hace que todo parezca lleno de pájaros de mal agüero? Hay ruidos que no tienen un nombre, formas sin sustancia, traslaciones de objetos en el espacio a los que es imposible observar en su tránsito, movimientos que no se detectan… ¡Ah, criaturas que todo lo comprendéis bajo la luz del sol, qué poco sabéis, sin embargo, del mundo en el que vivís!

Aun hallándose a muy poca distancia de gentes fieles y bien armadas, Byring se sentía en absoluta soledad. Se dejaba llevar por el solemne y misterioso espíritu del momento y del lugar en el que estaba; había llegado incluso, al cabo de un rato, a olvidarse de la naturaleza real de sus relaciones con lo audible y con lo visible, con los aspectos y fases propios de la noche. El bosque parecía vacío; no había ni hombres ni habitáculos posibles para éstos. El universo entero no era otra cosa que oscuridad misteriosa y primigenia, sin forma ni voz, la soledad en sí misma, la soledad negándose a revelar su eterno secreto.

Absorto en pensamientos nacidos en ese légamo viscoso, el joven oficial iba quedándose dormido lentamente mientras la leve y blanquecina luz de la luna seguía auspiciando cambios de forma en las cosas, en los árboles, en los matojos… Ya estaba a punto de vencerlo el sueño por completo cuando sus ojos, sin embargo, detectaron algo que hasta entonces no habían visto. Algo que le hizo ponerse en pie rápidamente, espantándose el sueño. Podía jurar que no había visto aquello hasta entonces, ni cuando más fuerte era su vigilia. Era algo parcialmente cubierto por las sombras y parcialmente descubierto por la blanquecina luz de la luna. Y pudo ver al cabo que se trataba de una figura humana. Instintivamente se ajustó el cinturón del sable y echó mano a su revólver. De nuevo estaba dispuesto para el combate, para responder a lo que fuese aquello con el lenguaje de la guerra.

La figura permanecía inmóvil. Lentamente, con el revólver bien empuñado, se aproximó el oficial. Aquello estaba tirado en el suelo sobre su espalda, cubierta por las sombras su parte superior. Se acercó aún más el joven oficial, guardando siempre las precauciones necesarias, y al fin descubrió que se trataba de un cadáver. Giró alrededor del cuerpo con un sentimiento de incomodidad, como si enfermara súbitamente al considerar definitivamente ido su estado de paz anterior. Olvidó entonces la prudencia militar y prendió un cigarro en mitad de la noche. La llama leve de la cerilla, al hacerlo, le ofreció una visión diferente, un sentimiento de revelación: ya no vio lo que había sido poco antes la causa de su incomodidad y aversión. No obstante, siguió mirando al lugar en donde había visto el cadáver. Y obtuvo el éxito apetecido. Volvió a verlo no mucho después, aunque con una apariencia completamente distinta y algo más allá, como si se hubiese desplazado.

—¡Maldito sea! —murmuró—. ¿Qué demonios pasa?

Sólo necesitaba mantener su presencia de ánimo.

Byring giró sobre sus talones para reconocer lo que más próximo tenía; necesitaba cerciorarse de que al menos todo lo demás seguía como antes y donde antes. Una vez hubo hecho acopio de fuerzas tras ese reconocimiento volvió a mirar al cadáver. Pero experimentó un anonadamiento aún mayor ante aquella presencia inmóvil, ante aquella compañía silenciosa. Era consciente de que sentía, sin embargo, algo muy distinto a lo que siempre había experimentado ante un cuerpo sin vida. No era precisamente miedo, ni tristeza, ni repugnancia… Era una extraña sensación, un sentimiento de comprensión de lo sobrenatural, algo en lo que jamás había creído.

«Bueno, se trata de un sentimiento heredado —se dijo—; supongo que la humanidad necesitará mil años, acaso diez mil años, para despojarse de una vez por todas de este tipo de sensaciones… ¿Dónde y cuándo se originaron? Seguramente, en lo que llamamos la noche de los tiempos, en el nacimiento de la raza humana, en Asia Central… Y con el tiempo, esa superstición, esa herencia recibida de nuestros antepasados bárbaros devino en una especie de razonable convicción… No hay duda de que ellos, nuestros ancestros, necesitaban creer para justificar hechos concretos que no comprendían, pero nosotros no deberíamos acudir a tan débil razonamiento como lo es suponer algo maligno, alguna intención perversa en un cadáver, en un cuerpo sin vida… Un cuerpo sin vida queda completamente despojado de cualquier forma de poder. Pero ya sabemos cuánto han hecho desde antiguo los sacerdotes para extender su doctrina y convicciones acerca del alma. Y para demostrarnos que las almas también pueden ser profundamente inmorales y perversas. Cuando los arios comenzaron su expansión por Europa, a través del Cáucaso, se dieron las circunstancias precisas para que surgieran nuevas formas de la creencia, nuevas expresiones del sentimiento religioso. Las antiguas creencias acerca de la maldad de los cadáveres se transformaron así en fuente de nuevas tradiciones, dejándonos una herencia terrorífica que se transmite de generación en generación. Eso ha pasado a formar parte de nosotros mismos, como la sangre y los huesos».

A medida que seguía la formulación de sus pensamientos, el joven Byring parecía olvidar qué los había originado. Pero en cuanto fue consciente de su olvido volvió a mirar al cadáver. La sombra que antes lo cubría parcialmente había desaparecido. Le veía ahora la barbilla apuntando al aire, el perfil afilado, la palidez del rostro acentuada por la luz de la luna. Vestía uniforme gris, el de los soldados de la Confederación. Desabotonada la guerrera, mostraba el cuerpo la camisa blanca. El pecho parecía extrañamente hinchado, pero el abdomen estaba hundido. Eso hacía que las costillas se le marcasen aun con la camisa puesta. Tenía los brazos abiertos y la rodilla izquierda quebrada. La posición del cuerpo impresionó a

Byring, que no podía sino experimentar una sensación horrible a medida que lo examinaba detenidamente.

—¡Bah! —exclamó al fin—. Seguro que era un actor… Sabía bien cómo morirse…

Apartó entonces la mirada y se dirigió de nuevo al tronco del árbol en el que antes se había sentado, tratando de reírse de sus impresiones primeras una vez supo que aquello que le había espantado el sueño era un muerto. No volvió a sentarse, sin embargo, sino que siguió caminando, entregándose de nuevo a sus pensamientos.

«Parece ser que nuestros ancestros de Asia Central —se decía el joven oficial— no tenían la costumbre del enterramiento. Es fácil comprender, pues, su horror ante los muertos, que al no ser enterrados se convertían en una auténtica amenaza, en algo perfectamente diabólico. Los muertos expandían la peste. Cuando la peste se cebaba en una población había que evacuar a los niños, que así experimentaban una repulsión no sólo física ante los cadáveres, pues eran éstos los culpables de que se vieran obligados a dejar el lugar donde vivían… Pero creo que haría mejor ocupándome de otras cosas y dejando a un lado estas reflexiones».

Se dispuso a hacerlo. Pensó en sus sargentos y recordó que un poco más allá del claro en donde se había sentado, en una zona más cubierta, lo relevaría de su guardia otro oficial cuando llegase el momento. Pero aún no se dirigiría a ese punto. Si lo hacía, se dijo, tendría la sensación de irse por el miedo que le inspiraba el cadáver, como si fuera él mismo uno de aquellos ancestros a los que había evocado. Es más, no tendría inconveniente en que el oficial al mando de los hombres de refresco le hiciera el relevo de la guardia allí mismo, cerca de donde estaba el cuerpo sin vida del soldado de la Confederación. Nadie podría decir que se había asustado al descubrir un cadáver en mitad de la noche. No era un cobarde y bajo ningún concepto consentiría que alguien pudiera pensarlo. Detestaba el ridículo. Así que volvió a sentarse en el mismo tronco, aún faltaba tiempo para el relevo de la guardia. Tenía que probarse, una vez más, su valor.

Se levantó entonces para dirigirse al cadáver. A medida que se acercaba lo miraba con bastante desprecio. El brazo derecho del cuerpo estaba oculto ahora por las sombras, pero se le veía bien la mano, junto a las raíces de un laurel. No parecía haberse producido cambio alguno en su posición, más allá de lo que pudiera sugerir el capricho de las sombras. Eso hizo que el oficial se sintiese más seguro de sí mismo, aunque no quería preguntarse el porqué de esa sensación. Tampoco quería preguntarse por qué no era capaz ahora de quitar sus ojos del muerto, atraído por una fascinación irresistible. Pero no podía hacer lo que hacen las mujeres: la necedad —o la sabiduría— de taparse la cara y mirar entre los dedos.

Byring sintió de repente un agudo dolor en su mano derecha. Apartó entonces los ojos del muerto para mirarse la mano y comprobó que la hebilla del cinturón del sable le había hecho una pequeña herida. Se descubrió entonces en una actitud extraña, como un gladiador dispuesto a rebanar el pescuezo a un contrario. Respiraba agitadamente y le rechinaban los dientes. Se recuperó pronto, sin embargo; sus músculos se relajaron y volvió a respirar con calma; incluso lamentó el incidente, más allá del dolor causado por la herida de la mano derecha. Incluso río. ¡Por todos los cielos! ¿Qué sonido era ése, el de su risa, ante la presencia de un cadáver? ¿Cómo podía mostrarse tan diabólicamente sarcástico ante aquella evidencia incontestable de la podredumbre humana? ¿A qué venía olvidar el respeto debido a los muertos?

Se miró de arriba abajo, como si le fuese imposible reconocer su propia risa.

No pudo ocultarse por mucho tiempo la verdad, el hecho tan horrible como incontestable de su cobardía. ¡Estaba muerto de miedo! Quiso irse de allí, pero no le respondieron las piernas; apenas pudo hacer otra cosa que llegar trabajosamente hasta el tronco del árbol caído para tomar asiento de nuevo. Temblaba de la cabeza a los pies. Tenía el rostro empapado en sudor, su cuerpo entero transpiraba brutalmente. No habría podido gritar, aunque quisiera. Sentía a sus espaldas algo semejante al acecho de un animal salvaje, ante el que nada podía hacer. ¿Había cobrado ánima todo lo que le rodeaba, el alma de la propia muerte? ¿Sentía el acecho de un alma o de un animal? ¡Ah, si hubiera podido explicarse aquellas sensaciones! Pero sólo podía decirse que nada veía, realmente, salvo el rostro afilado y pálido de aquel soldado muerto.

Repitamos, porque es de justicia hacerlo, que el teniente Byring no era un cobarde, sino un militar valiente y un hombre de probada inteligencia. Y por el mismo afán de justicia, preguntémonos qué haríamos en su lugar. Imaginémonos en la soledad del bosque, en mitad de una noche oscura levemente iluminada por la luna; imaginémonos rodeados de silencio y sombras, o de susurros irreconocibles, que no se parecen al rumor que reconocemos en la foresta. Imaginémonos, además, ante la presencia de la muerte, ante la evidencia de un cadáver. ¿Quién, en esas circunstancias, no escucharía el latido atávico de sus ancestros, quién no escucharía los cantos funerarios más antiguos, quién no experimentaría un terror próximo a la cobardía y sentiría vencida su sangre, y su fuerza, y derrotados sus aceros? Lo extraño, lo desconocido, no se vence con el valor personal, por grande que sea.

El cadáver se había movido. Eso era lo único de lo que estaba seguro el joven oficial. Ahora estaba a merced de la luna, era perfectamente visible en su totalidad. Pero los brazos no se le veían. Había movido los brazos, resultaba evidente. Un insólito aire frío azotó la cara del teniente. Las ramas de los árboles que le rodeaban parecieron musitar una oración fúnebre o exhalar lamentos y sollozos. Una especie de luz amarillenta cruzó lentamente sobre el cadáver para dejarlo de nuevo en sombras al instante. Y en este tránsito observó Byring cómo se movía horriblemente el cuerpo sin vida. Justo en ese instante se dejó sentir un disparo desde la línea de combate. Un único disparo, muy lejano, sin embargo; tanto que parecía imposible que un oído mortal como el suyo lo hubiese percibido. Pero sirvió para que se rompiese el brutal encantamiento en que se hallaba sumido el joven oficial. Como si se tratase de una revelación común a las que experimentaron sus ancestros de Asia Central, una revelación del peligro que llegaba desde la noche de los tiempos a la humanidad del presente. Y soltando un grito propio de un gran pájaro sorprendido por el fuego de los cazadores, el oficial corrió a ponerse a salvo, dispuesto a pasar a la acción.

Llegaron más disparos de la línea de fuego. Todo era confusión y tiros, lamentos, órdenes dadas en la distancia, gritos de ánimo y maldiciones. En el campamento donde hasta entonces dormía la tropa sonaban los tambores llamando a los hombres al combate. Entre la hilera de árboles aparecieron poco después los sargentos y un piquete de soldados que se disponían a resistir en la línea de combate. Otros más se apostaron entre los árboles para derribar con sus sables a los soldados de la caballería enemiga que comenzaban a alcanzar la posición. Algunos de ellos, no obstante, consiguieron llegar hasta el lugar del bosque donde estaba Byring, disparando sus armas a discreción. Un momento después todo lo invadía el trueno de los rifles; y a no mucho tardar comenzó a sentirse el fuego de la artillería enemiga. Era evidente que los soldados de la Confederación habían descubierto el campamento de los federales, incluso sus líneas de contención y las avanzadillas. El silencio del bosque quedó absolutamente roto por el fuego incesante, por los cascos de los caballos.

Los hombres de refresco llegados desde el campamento, prontamente dispuestos en línea de combate, consiguieron repeler el ataque. El comandante de la tropa federal, al frente de sus oficiales, hizo acto de presencia en la nueva línea de combate fijada a raíz de la retirada del enemigo a las posiciones desde las que había lanzado su ataque. El comandante hizo unas cuantas preguntas a los hombres que defendían la línea, dio nuevas órdenes y se retiró. Una hora después todo estaba en calma, y los hombres, salvo los que se mantenían en la necesaria alerta, volvieron al campamento para seguir durmiendo.

A la mañana siguiente, una partida, al frente de la cual iban un capitán y un médico, rastreaba la zona en donde se había librado la escaramuza, en busca de muertos y heridos. Junto a un camino entre los árboles encontraron dos cuerpos que yacían juntos. Uno era el de un oficial de los federales y el otro era el de un soldado de la Confederación. El oficial tenía una herida de sable en el corazón. Todo parecía indicar que ambos habían librado un duro combate cuerpo a cuerpo. El oficial yacía en un charco de sangre y aún tenía clavado el sable en el pecho. El médico echó pie a tierra desde su caballo para reconocer al muerto.

—¡Dios mío! —gritó a su capitán—. ¡Es Byring! Ha debido mantener una lucha tenaz, hasta la muerte —añadió mirando con mucha tristeza al capitán.

El médico se acercó más al cuerpo para examinar el sable que Byring tenía clavado en el pecho. Era un sable de los que formaban parte de la impedimenta de los oficiales del ejército federal del norte. Era, en realidad, el sable del propio Byring. En la cartuchera seguía su revólver, que no había sido disparado.

El médico sacó el sable del pecho de Byring y se acercó al otro cadáver. Comprobó que llevaba muerto más tiempo que Byring, no tenía sangre reciente. Le tomó de la pierna izquierda, la que tenía quebrada, para tratar de enderezársela. Con su esfuerzo hizo que el cuerpo se moviera. Al parecer, aquel tirón en su pierna quebrada molestó al muerto, que protestó así, moviéndose. Y expeliendo un hedor pestilente. Vieron que un montón de gusanos manifestaban una actividad imbécil sobre el cuerpo.

El médico miró al capitán. El capitán miró al médico.

UNO DE GEMELOS

UNA CARTA ENCONTRADA ENTRE LOS PAPELES DEL DIFUNTO MORTIMER BARR

Me preguntas si en mi experiencia como miembro de una pareja de gemelos he observado alguna vez algo que resulte inexplicable por las leyes naturales a las que estamos acostumbrados. Tú mismo juzgarás; tal vez no todos estemos acostumbrados a las mismas leyes de la naturaleza. Puede que tú conozcas algo que yo no sé, y que lo que para mí resulta inexplicable sea muy claro para ti.

Conocías a mi hermano John, es decir, le conocías cuando sabías que yo no estaba presente; pues creo que ni tú ni ningún otro ser humano podía distinguirnos cuando decidíamos ser exactamente iguales. Nuestros padres tampoco; el nuestro es el único caso que he conocido de un parecido tan completo. Hablo de mi hermano John, aunque no estoy del todo seguro de que su nombre no fuera Henry y el mío John. Fuimos bautizados del modo normal, pero después, en el momento de tatuarnos unas pequeñas marcas para distinguirnos, el individuo que lo hizo se despistó; y aunque yo tengo en el brazo una pequeña «H» y él llevaba una «J», eso no quiere decir que las letras no pudieran haber sido traspuestas. Durante la infancia nuestros padres intentaron distinguirnos por la ropa y otros detalles simples, pero solíamos cambiarnos las prendas con tanta frecuencia y burlábamos al enemigo de formas tan diversas que abandonaron todos esos intentos ineficaces, y durante los años que vivimos juntos en casa todo el mundo reconocía la dificultad de la situación y hacía lo que podía llamándonos a ambos «Jehnry». A veces me he asombrado de la paciencia de mi padre al no marcarnos de un modo visible sobre nuestras indignas cejas, pero como éramos buenos chicos y utilizábamos nuestra capacidad de desconcierto e irritación con una moderación digna del mayor encomio, conseguimos escapar al hierro. De hecho, mi padre era un hombre especialmente afable y creo que en el fondo disfrutaba con aquella broma de la naturaleza.

Después de llegar a California y establecernos en San José (donde la única fortuna que nos esperaba era conocer a un amigo tan agradable como tú), la familia, como ya sabes, se vio destrozada por la muerte de mis padres, acaecida en la misma semana. Mi padre murió insolvente y la propiedad familiar fue sacrificada para hacer frente al pago de las deudas. Mis hermanas tuvieron que volver a vivir con nuestros parientes del este, pero John y yo, que por entonces teníamos veintidós años, conseguimos gracias a tu amabilidad un empleo en San Francisco, en distintos barrios de la ciudad. Las circunstancias no nos permitieron vivir juntos y nos veíamos de tarde en tarde, a veces no más de una vez por semana. Como teníamos pocos amigos en común, el hecho de nuestro extraordinario parecido era apenas conocido. Y ahora voy al tema de tu pregunta.

Un día, a la caída de la tarde, poco después de llegar a esta ciudad, iba por la calle Market cuando se me acercó un individuo de mediana edad, bien vestido, que me saludó cordialmente y me dijo: «Stevens, sé que no sales mucho, pero le he hablado de ti a mi mujer y le encantaría que vinieras a casa. También sé que mis hijas merecen ser conocidas. ¿Por qué no vienes a cenar con nosotros, en famille, mañana a las seis? Después, si las damas no consiguen divertirte, te prestaré mi apoyo ofreciéndote jugar unas partidas de billar».

Todo esto lo dijo con una sonrisa tan simpática y de un modo tan atractivo que no tuve valor para rehusar; y aunque no había visto a aquel tipo en mi vida dije inmediatamente: «Es usted muy amable, señor, y me complace mucho aceptar su invitación. Por favor, presente mis respetos a la señora Margovan y dígale que allí estaré».

Tras un apretón de manos y unas amables palabras de despedida, el individuo continuó su camino. Era evidente que me había confundido con mi hermano. Ése era un error al que estaba acostumbrado y que no solía corregir a menos que el asunto fuera importante. Pero ¿cómo había descubierto yo que el nombre de aquel individuo era Margovan? Ciertamente no es el tipo de nombre que uno aplicaría a un individuo escogido al azar con la esperanza de acertar. De hecho, aquel nombre me resultaba tan extraño como el propio individuo.

A la mañana siguiente me dirigí rápidamente al lugar en que mi hermano trabajaba y me lo encontré cuando salía de la oficina con un montón de facturas para cobrar. Le conté cómo le había «comprometido» y añadí que si no tenía inconveniente en mantener la cita estaría encantado de seguir suplantándole.

—Sí que es raro —dijo pensativo—. Margovan es el único de la oficina que conozco bien y que me agrada. Cuando entró esta mañana, después de intercambiar los saludos habituales, un extraño impulso me animó a decirle: «Oh, perdone, señor Margovan, pero olvidé pedirle su dirección». Tengo la dirección, aunque hasta ahora no tenía la menor idea de lo que iba a hacer con ella. Me parece bien que te ofrezcas a aceptar las consecuencias de tu atrevimiento pero, si no te importa, seré yo quien acuda a esa cena.

Asistió a varias cenas en el mismo lugar; a más de las que le convenían, he de añadir sin menospreciar su calidad, porque se enamoró de la señorita Margovan, la pidió en matrimonio y su petición fue aceptada sin ninguna piedad.

Unas cuantas semanas después de haber sido informado del compromiso, aunque antes de que fuera oportuno que yo conociera a la joven y a su familia, me encontré un día en la calle Kearney a un individuo bien parecido, aunque de aspecto disoluto, al que me sentí impulsado a seguir y vigilar, cosa que hice sin el menor escrúpulo. Subió por la calle Geary y continuó por ella hasta llegar a la plaza de la Unión. Una vez allí, consultó su reloj y entró en la plaza. Comenzó a pasear de acá para allá, señal evidente de que esperaba a alguien. Entonces se le acercó una joven muy guapa, vestida a la moda, y los dos se dirigieron hacia la calle Stockton, y yo tras ellos. Sentí la necesidad de ser precavido en extremo porque, aunque la joven me resultaba desconocida, me dio la impresión de que podría reconocerme si me veía. Dieron varias vueltas yendo de una calle a otra y, finalmente, después de echar un rápido vistazo alrededor (que yo evité de milagro escondiéndome en un portal), entraron a una casa de la que prefiero no consignar su situación. Ésta era mejor que su aspecto.

Declaro solemnemente que mi actitud al espiar a aquellos dos extraños no tenía ningún motivo especial. Es algo de lo que podría avergonzarme o no, según yo estimara el carácter de la persona que lo descubriera. Pero como es una parte esencial de la narración surgida a raíz de tu pregunta, se relata aquí sin vacilaciones ni vergüenzas.

Una semana más tarde John me llevó a la casa de su futuro suegro, y en la señorita Margovan, como ya debes de haber supuesto, reconocí a la heroína de aquella aventura deshonrosa, lo cual me causó gran asombro. He de admitir en justicia que se trataba de la heroína verdaderamente bella de una aventura deshonrosa; pero el hecho era sólo importante por eso: su belleza fue tan sorprendente para mí que arrojó una sombra de duda sobre su semejanza con la joven que había visto. ¿Cómo pudo la maravillosa fascinación de su rostro haber dejado de sorprenderme en aquella ocasión?

Pero no; no había posibilidad de error. La diferencia se debía sólo a la ropa, a la luz y al entorno general.

John y yo pasamos la tarde en la casa, aguantando las bromas que nuestro parecido suscitaba con ayuda de la fortaleza adquirida tras una larga experiencia. Cuando aquella joven dama y yo nos quedamos a solas unos minutos, la miré directamente a la cara y, con una seriedad repentina, le dije:

—Señorita Margovan, usted también tiene una doble: la vi el martes pasado en la plaza de la Unión.

Por un momento apuntó sus enormes ojos grises hacia mí, pero su mirada era menos firme que la mía y la retiró, dirigiéndola hacia la punta de su zapato.

—¿Se parecía mucho a mí? —preguntó con una indiferencia que me pareció un poco forzada.

—Tanto —dije— que sentí tal admiración por ella que fui incapaz de perderla de vista, y confieso que la seguí hasta que… Señorita Margovan ¿me comprende usted, verdad?

Estaba pálida, aunque completamente tranquila. Entonces levantó la vista y me miró con unos ojos que no vacilaban.

—¿Qué quiere usted que haga? —preguntó—. No tenga miedo en señalar sus condiciones. Las acepto.

Estaba claro, aun con el poco tiempo del que disponía para reflexionar, que utilizar métodos ordinarios con esta joven no servía, y que los requerimientos usuales resultaban inútiles.

—Señorita Margovan —dije con una voz que denotaba la compasión que sentía en mi corazón—, es imposible no considerarle víctima de alguna horrible coacción. Más que imponerle nuevas turbaciones, preferiría ayudarle a recuperar su libertad.

Dijo que no moviendo la cabeza, con tristeza y desesperación, y yo continué muy agitado:

—Su belleza me acobarda. Me encuentro desarmado por su franqueza y su dolor. Si es usted libre de actuar en conciencia, creo que hará lo que considere mejor; si no, ¡que el cielo nos ayude! No tiene que temer de mí otra cosa que la oposición a este matrimonio, que puedo intentar justificar por… por otros motivos.

Éstas no fueron exactamente mis palabras, pero su sentido, con toda la precisión que mis emociones repentinas y conflictivas me permitían expresar, era ése. Me puse en pie y, sin volver a mirarla, me dirigí hacia la puerta donde me encontré con los demás, que entraban en la habitación. Con toda la calma de la que fui capaz, dije:

—He estado dando las buenas noches a la señorita Margovan; es más tarde de lo que creía.

John decidió venir conmigo. Ya en la calle me preguntó si había observado algo de particular en la actitud de Julia.

—Creo que se sentía mal —le dije—. Por eso me marché —añadí sin decir nada más.

La noche siguiente volví tarde al lugar en que me alojaba. Los acontecimientos del día anterior habían conseguido que me sintiera nervioso y enfermo; había intentado curarme procurando aclarar las ideas con un paseo al aire libre, pero sentía la opresión de un terrible presentimiento maligno, un presentimiento que era incapaz de formular. Hacía una noche fría y reinaba la niebla; yo tenía el pelo y la ropa húmedos y sentía escalofríos. Cuando me encontré en bata y zapatillas ante un fuego que ardía con viveza, me sentí todavía más incómodo. Ya no tenía escalofríos, sino que temblaba; y hay diferencia. El temor de una calamidad inminente era tan fuerte y desalentador que intenté desembarazarme de él convocando alguna tristeza real. Procuraba disipar la idea de un futuro terrible sustituyéndola por el recuerdo de un pasado doloroso. Rememoré la muerte de mis padres e intenté concentrar mi mente en las últimas escenas tristes junto a sus lechos y sus tumbas. Todo me parecía vago e irreal, como si le hubiera ocurrido a otra persona hacía muchos años. De repente, surgiendo en mi pensamiento y partiéndolo como se parte una cuerda tensa por el golpe del acero (no encuentro otra comparación), oí un grito agudo parecido al de alguien que estuviera en agonía mortal. La voz era de mi hermano y parecía proceder de la calle. Me acerqué rápidamente a la ventana y la abrí de golpe. La farola que había enfrente proyectaba una luz mortecina y horrible sobre la acera húmeda y en las fachadas de las casas. Un policía, con el cuello del uniforme levantado, se encontraba apoyado en un poste, fumando un cigarro. No se veía a nadie más. Después de cerrar la ventana y bajar la persiana, me senté frente al fuego e intenté concentrar la mente en lo que había a mi alrededor. Para ayudarme, como si fuera un acto familiar, consulté mi reloj; marcaba las once y media. Una vez más ¡volví a oír aquel grito terrible! Parecía haberse producido en la habitación, a mi lado. Me asusté y durante un rato fui incapaz de realizar un movimiento.

Unos minutos después, aunque no recuerdo con precisión el tiempo transcurrido, me encontré corriendo a toda velocidad por una calle desconocida. No sabía dónde estaba, ni hacia dónde me dirigía, pero en ese momento subí de un salto los escalones de una casa. Había dos o tres carruajes, vi luces que se movían y oí un murmullo de voces apagadas. Era la casa del señor Margovan.

Ya sabes, buen amigo, lo que había ocurrido allí dentro. En una habitación yacía Julia Margovan, muerta hacía horas por envenenamiento; en otra John Stevens sangraba por una herida de bala en el pecho infligida por su propia mano. Entré precipitadamente en la habitación, aparté a los médicos y le puse la mano en la frente; John abrió los ojos, me miró sin expresión, volvió a cerrarlos lentamente y murió sin hacer el menor gesto.

No supe nada más hasta seis semanas más tarde, cuando fui devuelto a la vida en tu propia casa gracias a los cuidados de tu santa esposa. Todo esto ya lo conoces, pero lo que no sabes es lo que ahora contaré, y, sin embargo, no tiene nada que ver con el tema de tus investigaciones psicológicas; al menos con la parte de ellas para la que, con una consideración y delicadeza características de ti, has solicitado menos ayuda de la que creo que te he prestado.

Una noche de luna llena, varios años más tarde, pasé por la plaza de la Unión. Era tarde y la plaza estaba desierta. Naturalmente, al acercarme al lugar en que una vez había sido testigo de aquella cita fatídica, me vinieron a la mente recuerdos del pasado y, con esa perversidad inexplicable que nos incita a darle vueltas a pensamientos del carácter más doloroso, me senté en un banco para entregarme a ellos. Entonces apareció un hombre en la plaza y se dirigió hacia mí. Llevaba las manos cogidas por la espalda y la cabeza inclinada; parecía no observar nada. Cuando se acercó a la sombra en donde yo estaba sentado, reconocí en él al individuo que se había encontrado con Julia Margovan en aquel lugar años antes. Pero estaba muy cambiado: triste, agotado y ojeroso. La disipación y el vicio se asomaban en sus ojos; la enfermedad no era menos evidente. Iba muy desastrado, y el pelo le caía sobre la frente de un modo que resultaba a la vez misterioso y pintoresco. Tenía un aspecto que parecía más apropiado para el comedimiento que para la libertad; para el comedimiento de un hospital, claro.

Sin ningún propósito definido me puse en pie y me acerqué a él. Entonces levantó la cabeza y me miró a la cara. No tengo palabras para describir el horrible cambio que se apoderó de él; su mirada era de un horror indescriptible. Creyó encontrarse frente a frente con un fantasma. Pero era un hombre valiente. «¡Maldito John Stevens!», exclamó y, levantando su brazo tembloroso, descargó su débil puño sobre mi rostro y cayó de bruces sobre la grava mientras yo me alejaba.

Alguien le encontró allí, más muerto que una piedra. Nada más se sabe de él, ni siquiera su nombre. Aunque saber de un hombre que está muerto debería ser suficiente.

ÍNDICE

1. Cómo talan los árboles en China
2. Quien hace a los bueyes cuerdos debería él mismo estarlo

Capítulo Uno

CÓMO TALAN LOS ÁRBOLES EN CHINA

A media milla hacia el norte desde el bar dejo. Dunfer, en el camino de Hutton a Mexican Hill, la carretera baja hacia un barranco al que no llega el sol, y que se despliega a derecha e izquierda de un modo semiconfidencial, como si tuviera un secreto que revelar en un periodo más conveniente. Nunca cabalgaba por allí sin mirar primero a un lado y luego al otro, para ver si había llegado el momento de la revelación. Si no veía nada, y nunca vi nada, no me decepcionaba, pues sabía que la manifestación sencillamente estaba siendo retenida un tiempo por alguna buena razón que yo no era quién para poner en entredicho. Que un día se me revelarían todas esas confidencias era algo de lo que no dudaba, no más que de la existencia del propio Jo. Dunfer, por cuyas tierras discurría el barranco.

Se decía quejo, había intentado una vez levantar una cabaña en alguna remota parte de él, pero por alguna razón había abandonado la empresa y construido su actual establecimiento hermafrodita, mitad bar, mitad vivienda, junto al camino, en el extremo más alejado de su propiedad; lo más alejado posible, como si tuviera el propósito de mostrar cuán radicalmente había cambiado de idea.

Este Jo. Dunfer, o Whisky Jo., como era conocido familiarmente en los contornos, era un personaje muy importante por estos parajes. Aparentaba unos cuarenta años, y era un tipo alto, greñudo, de facciones contraídas, con un brazo torcido y una mano nudosa como un manojo de llaves de prisión. Era un individuo con mucho vello, que andaba encorvado, como alguien que está a punto de saltar sobre algo para destrozarlo.

Aparte de la peculiaridad a la que debía su apodo local, la característica más destacada del señor Dunfer era una antipatía, profundamente arraigada, hacia lo chino. Una vez le vi sufrir un ataque de rabia porque uno de sus vaqueros había permitido a un asiático rendido por el viaje saciar su sed en el abrevadero de los caballos que hay delante del establecimiento de Jo. Me atreví a reconvenirle con suavidad por su falta de espíritu cristiano, pero él se limitó a responder que el Nuevo Testamento no decía nada acerca de los chinos, y se marchó a pagar su enfado con el perro, a quien supongo que los inspirados escribas también habían olvidado.

Algunos días después le encontré sentado en el bar, solo, y saqué de nuevo el tema con precaución; observé, para gran alivio mío, que la austeridad habitual de su expresión se había transformado en algo que a mí me pareció condescendencia.

Vosotros, los jóvenes del este —dijo—, vivís muy alejados de estas tierras y no comprendéis nuestra actividad. La gente que no distingue a un chileno de un kanaka puede permitirse expresar ideas liberales sobre la inmigración china, pero el tipo que tiene que luchar por su sustento con un montón de mestizos «coolies» no tiene tiempo para perderlo en tonterías.

Este gran bebedor, que con toda probabilidad no había realizado un día de trabajo honrado en su vida, hizo saltar la tapa de una caja de tabaco china y sacó con el pulgar y el índice un pedazo que parecía un almiar de heno. Sosteniendo el estimulante a cierta distancia, arremetió de nuevo con renovada confianza.

—Por si no lo sabías, son una plaga de langostas devastadoras que atacan todo lo verde que hay en esta bendita tierra de Dios.

En este punto se echó el taco a la boca, y cuando su mecanismo parlante estuvo de nuevo libre, reanudó su inspirado discurso.

—Hace cinco años tuve aquí a uno, en el rancho, y te voy a hablar de él para que comprendas lo esencial de este asunto. En aquella época las cosas no me iban muy bien; bebía más whisky del que tenía prescrito y no parecía preocuparme, como patriota, de mis obligaciones de ciudadano americano. Así que contraté a aquel pagano para que fuera algo así como el cocinero. Pero cuando me convertí en religioso practicante en Mexican Hill y me hablaron de presentarme como candidato a la Asamblea Legislativa, me di cuenta de mi error. Pero ¿qué podía hacer? Si le despedía, algún otro le contrataría, y no iba a tratarle bien. ¿Qué podía hacer yo? ¿Qué haría cualquier buen cristiano, especialmente un neófito rebosante de ideas tales como la hermandad entre los hombres y la paternidad de Dios?

Jo. hizo una pausa antes de contestar, poniendo una expresión de frágil satisfacción, como la de alguien que ha resuelto un problema usando un método no muy digno de confianza. Entonces se levantó, bebió un vaso de whisky de una botella llena que había en el mostrador y prosiguió su relato.

—Además no servía de mucho, no sabía nada y encima presumía. Todos lo hacen. Le dije que nones, pero se puso testarudo y siguió en esa línea mientras duro; después de poner la otra mejilla setenta y siete veces truque los dados para que no fuera eterno. Y me alegra haber tenido el valor de hacerlo.

La alegría de Jo., que por alguna razón no me impresionó, fue celebrada, debida y ostentosamente, con la botella.

—Hace unos cinco años empecé a levantar una choza. Eso fue antes de que se construyera ésta, y en otro lugar. Puse a Ah Wee y a un tipo pequeño a cortar la madera. Ni que decir tiene que no esperaba que Ah Wee ayudara mucho, porque tenía una cara como un día de junio y unos grandes ojos negros; creo que debían de ser los ojos más endemoniados de la región.

Mientras lanzaba este ataque mordaz contra el sentido común, el señor Dunfer observaba con aire ausente un agujero en el delgado tablero que separaba el bar del cuarto de estar, como si se tratara de uno de los ojos cuyo tamaño y color habían dejado a su sirviente inútil para el servicio.

—Ahora vosotros, las torpes gentes del este, no queréis creer nada que vaya en contra de los diablos amarillos —estalló de repente con un tono de seriedad no del todo convincente—, pero te aseguro que aquel chino era el canalla más infame que puedes encontrar fuera de San Francisco. Aquel miserable mogol con coleta empezó a horadar los árboles jóvenes alrededor del tronco, como un gusano que royera un rábano. Le indiqué su error con toda la paciencia que pude y le enseñé cómo talarlos sólo por dos lados para que cayeran derechos; pero en cuanto le volvía la espalda, así —dijo volviéndome la espalda y reforzando su explicación con un nuevo trago de licor—, volvía a las andadas. Ocurría del siguiente modo: mientras le miraba, así —explicó mirándome de forma un tanto insegura y con problemas evidentes de visión—, todo estaba bien; pero cuando apartaba la vista, así —añadió echando un buen trago de la botella—, me desafiaba. Entonces le miraba con cara de reproche, así, y parecía que nunca hubiera roto un plato.

Sin duda el señor Dunfer pretendía de un modo honrado que la mirada que me había dirigido era sencillamente reprobatoria, pero en realidad era de lo más adecuada para provocar seria aprensión en cualquier persona inerme que la recibiera; como además había perdido todo interés en su narrativa fútil e interminable, me dispuse a marcharme. Antes de que hubiera terminado de ponerme en pie, se volvió de nuevo hacia el mostrador, y con un casi inaudible «así», vació la botella de un trago.

¡Cielo santo! ¡Qué alarido! Fue como un titán en su última agonía. Jo. retrocedió después de emitirlo, igual que hace un cañón tras el disparo, y se dejó caer en su silla, como si le hubieran «golpeado en la cabeza», igual que a una vaca, con los ojos desviados oblicuamente hacia la pared y mostrando una mirada de terror. Al dirigir la vista en esa dirección observé que el agujero de la pared se había convertido en un ojo humano, grande y negro, que se clavaba en los míos con una total ausencia de expresión, más desagradable que cualquier brillo diabólico. Creo que yo debía de tener la cara tapada con las manos para hacer que aquella horrible ilusión, si es que era eso, se desvaneciera, cuando el pequeño tipo blanco, el hombre para todo de Jo., entró en la habitación y rompió el hechizo; entonces salí de la casa algo aturdido, pensando que el delirium tremens podría ser contagioso. Mi caballo estaba amarrado junto al abrevadero; lo desaté, subí a él y le di rienda suelta, pues me encontraba demasiado asustado para preocuparme de hacia dónde me llevaba.

No sabía qué pensar de todo esto y, como le ocurre a todo el que no sabe qué pensar, pensé mucho, y con pocos resultados. La única reflexión que parecía ser completamente satisfactoria era que al día siguiente me encontraría a varias millas de allí, y con muchas probabilidades de no volver nunca.

Un frío repentino me sacó de mis abstracciones y, al levantar la cabeza, me di cuenta de que estaba llegando a las oscuras sombras del barranco. El día era bochornoso, y este cambio, desde el calor despiadado y visible de los campos secos a la fresca oscuridad, llena de la austeridad de los cedros y del canto de los pájaros que habían sido conducidos a su frondoso asilo, resultaba exquisitamente refrescante. Busqué el misterio, como siempre, pero al no encontrar el barranco muy comunicativo, desmonté, llevé a mi sudoroso caballo hacia la espesura, lo até con firmeza a un árbol y me senté en una roca a meditar.

Comencé por analizar con valor mi superstición preferida sobre aquel lugar. Una vez que hube desglosado sus elementos integrantes, los dispuse en un número oportuno de tropas y escuadrones y, reuniendo todas las fuerzas de la lógica, avancé hacia ellos desde unas premisas inexpugnables, acompañado de un estruendo de conclusiones irresistibles, de un gran ruido de carros y del clamor intelectual general. Entonces, cuando mis tremendos cañones mentales habían vencido toda oposición y su rugido reverberaba de un modo casi imperceptible en la lejanía del horizonte de la pura especulación, el derrotado enemigo se desplegó por la retaguardia, concentró sus fuerzas sigilosamente formando una falange compacta, y me capturó, con todos los bártulos. Me asaltó una sensación de terror indescriptible. Para deshacerme de ella, me puse en pie y empecé a abrirme paso por la estrecha vaguada, siguiendo una vieja cañada llena de hierba que discurría por el fondo, en sustitución del arroyo que la naturaleza había olvidado proveer.

Los árboles entre los que se perdían los caminos eran normales, plantas de buen comportamiento, un poco perversas en el tronco y excéntricas en las ramas, pero sin nada de misterioso en su aspecto general. Unos cuantos peñascos se habían desprendido de las laderas del barranco para establecerse independientemente en el fondo, habían destrozado la cañada, aquí y allá, pero su pétreo reposo no tenía en absoluto la rigidez de la muerte. Había un silencio sepulcral en el valle, es cierto, y por encima de él se escuchaba un misterioso susurro: era el viento, que acariciaba las copas de los árboles; eso era todo.

No se me había ocurrido relacionar el relato del borracho Jo. Dunfer con lo que ahora buscaba; sólo cuando llegué a un espacio abierto y tropecé con los troncos a ras de suelo de algunos árboles pequeños, tuve la revelación. Era el emplazamiento de la cabaña abandonada. El descubrimiento quedó verificado al advertir que algunos de los podridos tocones estaban mellados alrededor, de un modo que nunca se le ocurriría a un leñador, mientras otros aparecían cortados limpiamente, y los extremos de los troncos correspondientes tenían esa forma de cuña roma producida por el hacha de un maestro.

El claro que había entre los árboles no abarcaba más de treinta pasos. A un lado había un pequeño otero, un montículo natural sin arbustos, aunque cubierto de plantas silvestres, sobre las que sobresalía ¡la lápida de una tumba!

No recuerdo haber sentido por aquel descubrimiento nada parecido a sorpresa. Observé aquella tumba solitaria con una sensación semejante a la que Colón debió de experimentar cuando vio las colinas y promontorios del Nuevo Mundo. Antes de acercarme a ella acabé de examinar con calma los alrededores. Incluso fui culpable de la presunción de dar cuerda al reloj en aquella hora tan insólita, sin tomar precauciones ni decisiones innecesarias. Después, me aproximé al misterio.

La tumba, bastante pequeña, se encontraba en mejor estado del que cabría esperar por su edad y aislamiento, y hubo un pequeño gesto de sorpresa en mis ojos cuando descubrieron un manojo de inconfundibles flores cultivadas que daban prueba de haber sido regadas recientemente. Sin lugar a dudas la lápida había servido alguna vez como escalón. Sobre ella aparecía grabada, o mejor dicho excavada, una inscripción que decía lo siguiente:

AH WEE— CHINO

Edad desconocida. Trabajó para Jo. Dunfer.

Este monumento fue erigido por él para mantener fresca la memoria del chino.

Asimismo como aviso a los Celestiales para que no presuman.

¡Que el diablo se los lleve!

Ella era un buen tipo.

Soy incapaz de expresar mi asombro ante aquella extraña inscripción. La escasa, aunque suficiente, identificación del difunto, el candor atrevido de la confesión, el brutal anatema, el absurdo cambio de sexo y sentimiento: todo indicaba que este protocolo era obra de alguien que, como mínimo, debía de haber estado tan loco como afligido. Pensé que cualquier revelación posterior sería una miserable decepción, por lo que, con un respeto inconsciente por el efecto dramático, me di la vuelta completamente y me alejé de allí. No volví por aquella parte de la región en cuatro años.

Capítulo Dos

QUIEN HACE A LOS BUEYES CUERDOS DEBERÍA ÉL MISMO ESTARLO

—¡Arre, viejo Fuddy-Duddy!

Esta orden singular salió de los labios de un extraño hombrecillo sentado en lo alto de un carro lleno de leña, tirado por una yunta de bueyes, que avanzaban lentamente simulando un poderoso esfuerzo que evidentemente no engañaba a su amo y señor. Como en aquel momento daba la casualidad de que aquel individuo me estaba mirando a mí, que me encontraba junto a la carretera, directamente a la cara, no quedaba del todo claro si era a mí a quien se dirigía o a sus bestias; tampoco podría decir si se llamaban Fuddy y Duddy, y eran las dos sujeto del imperativo «arre». De cualquier modo, la orden no tuvo ningún efecto sobre nosotros y el extraño hombrecillo apartó sus ojos de los míos mucho antes de golpear alternativamente a Fuddy y a Duddy con una vara larga, mientras juraba en voz baja pero con decisión: «¡Maldita sea vuestra piel!», como si disfrutaran de aquel tegumento en común. Al comprobar que la petición de que me llevara no había atraído su atención lo más mínimo y sintiendo que me iba quedando cada vez más rezagado, coloqué un pie sobre la circunferencia interior de una rueda trasera que, al girar, me elevó lentamente hasta la altura del centro, desde donde abordé la empresa, sans cérémonie, de arrastrarme hasta sentarme al lado del cochero, que no me prestó atención hasta que hubo administrado otro castigo indiscriminado a su ganado, acompañado del consejo de «¡esforzaos, malditos incapaces!». Después, el amo del carromato (o mejor dicho, el amo anterior, porque no pude evitar un sentimiento caprichoso de que todo aquel tinglado era mi legítimo premio) apuntó sus grandes ojos negros hacia mí y, mostrando una expresión extraña y en cierto modo desagradable, familiar, dejó a un lado la vara (que ni floreció ni se convirtió en serpiente, como yo casi había esperado), se cruzó de brazos y preguntó solemnemente:

—¿Qué hizo con el viejo Whisky?

Mi respuesta natural habría sido que me lo había bebido, pero había algo en la pregunta que me sugirió un significado oculto, y algo en el hombre que no invitaba a hacer un chiste fácil. Por eso, al no tener ninguna otra respuesta preparada, simplemente contuve la lengua, aunque sentí como si se me estuviera acusando de algo y mi silencio se interpretara como una confesión.

En ese momento una sombra fría me cubrió la mejilla, lo que me obligó a levantar la vista. ¡Estábamos entrando en el barranco! No sé cómo expresar la sensación que me produjo: no había estado allí desde que me abrió su pecho cuatro años antes, y ahora me sentía como alguien a quien un amigo afligido ha confesado un delito acaecido hace tiempo, y al que, por consiguiente, se ha abandonado vilmente. Los viejos recuerdos de Jo. Dunfer, su revelación incompleta y la insuficiente nota aclaratoria en la lápida, volvieron sobre mí con una claridad meridiana. Me pregunté qué habría sido de Jo. Me di la vuelta rápidamente y pregunté a mi prisionero. Estaba vigilando sus bueyes con atención y, sin apartar la vista de ellos, contestó:

—¡Arre, vieja tortuga! Yace al lado de Ah Wee, ahí delante, en el barranco. ¿Quieres verlo? Siempre vuelven al lugar; te estaba esperando. ¡Sooo!

Al oír la larga vocal, Fuddy-Duddy, la tortuga inútil, se detuvieron, y antes de que el sonido se perdiera por el barranco habían doblado sus ocho patas y yacían en el camino polvoriento, sin tener en cuenta las consecuencias sobre su maldita piel. El extraño hombrecillo se deslizó del asiento al suelo y echó a andar por el barranco sin dignarse a volver la cabeza para ver si yo le seguía. Y así era.

Era más o menos la misma estación del año, y casi la misma hora del día, que cuando lo visité por última vez. Los arrendajos vociferaban con fuerza y los árboles susurraban misteriosamente, como la otra vez. Por alguna razón, en los dos sonidos observé una fantástica analogía con la abierta jactancia de la verborrea del señor Jo. Dunfer y la secreta reticencia de sus modales, y con la indistinta severidad y ternura de su única producción literaria: el epitafio. Todo parecía seguir igual en el valle, salvo la cañada, que estaba prácticamente cubierta de maleza. Sin embargo, cuando llegamos al «claro» la alteración era mayor. Entre los tocones y troncos de los pequeños árboles caídos, aquellos que habían sido cortados «al estilo chino» no se distinguían ya de los que lo habían sido «al modo mexicano». Era como si el barbarismo del Viejo Mundo y la civilización del Nuevo hubieran reconciliado sus diferencias por medio del arbitrio de un deterioro imparcial, como ocurre entre los pueblos civilizados. El otero seguía allí, pero los peñascos tudescos habían invadido y casi arrasado las lacias hierbas. Y la patricia violeta de jardín había capitulado ante su hermano plebeyo (tal vez había retornado a su forma original). Otra tumba, un túmulo grande y vigoroso, había sido construida junto a la primera, que parecía encogerse ante la comparación. A la sombra de una nueva lápida, la vieja yacía postrada, con su maravillosa inscripción ilegible por la acumulación de hojas y tierra. En cuanto al mérito literario, la nueva era inferior a la antigua, resultando incluso repulsiva por su humor lacónico y salvaje:

JO. DUNFER. ELIMINADO.

Me aparté de ella con indiferencia y, retirando las hojas que cubrían la lápida del pagano difunto, devolví a la luz las palabras burlonas que, frescas aún después de su largo olvido, daban la impresión de tener un cierto patetismo. Mi guía también pareció adoptar una seriedad añadida al leerla y creí detectar bajo su actitud caprichosa algo de honorabilidad, casi de dignidad. Pero mientras le observaba, su aspecto anterior, tan sutilmente inhumano, tan atormentadamente familiar, volvió a surgir de aquellos enormes ojos, repugnantes y a la vez atractivos. Decidí poner fin a aquel misterio, si es que era posible.

—Amigo —dije señalando la tumba más pequeña—, ¿asesinó Jo. Dunfer a ese chino?

Estaba apoyado contra un árbol, con la vista en la copa de otro o en el cielo azul que había más allá. No apartó la vista, ni varió su postura, mientras decía lentamente:

—No, señor. Cometió un homicidio justificado.

—Entonces, realmente le mató.

—¿Matarle? Debería decir que sí, claro. ¿No lo sabe ya todo el mundo? ¿No se presentó al juez y lo confesó? ¿Y no hubo un veredicto de «encontró la muerte» por un saludable sentimiento cristiano que actuaba en el corazón caucasiano? ¿Y no rechazó la iglesia de Mexican Hill a Whisky por eso? ¿No le eligió el pueblo soberano Juez de Paz para que ajustara las cuentas con los evangelistas? No sé dónde se ha criado usted.

—Pero ¿hizo Jo. eso porque el chino no quería, o no quiso, aprender a talar árboles como lo hacen los blancos?

—¡Claro! Así consta en el protocolo, lo que lo convierte en verdadero y legal. Que yo conozca mejor los hechos no supone ninguna diferencia respecto a la verdad legal; no fue mi funeral y nadie me invitó a pronunciar una oración. Pero el hecho es que Whisky tenía celos de mí —añadió aquel tunante, henchido de orgullo como un pavo real, mientras pretendía ajustarse un imaginario lazo de corbata, añadiendo el efecto producido por la palma de su mano, colocada delante de él como si fuera un espejo.

—¡Celos de usted! —repetí con una asombrosa mala educación.

—Eso he dicho. ¿Por qué no? ¿No tengo yo buen aspecto? —adoptó una actitud burlona con estudiada gracia y se estiró el raído chaleco para quitarle las arrugas. Después, haciendo que el tono de su voz decreciera hasta un nivel muy bajo, de una dulzura excepcional, prosiguió—: Whisky pensaba mucho en aquel chino; nadie más que yo sabía cómo le mimaba. No podía soportar dejar de verle, ¡el maldito protoplasma! Y cuando un día vino a este claro y nos encontró a él y a mí descuidando el trabajo (a él dormido y a mí quitándole una tarántula de la manga), Whisky agarró mi hacha y nos sacudió, bien y fuerte. Yo conseguí esquivar el golpe, porque la araña me picó, pero a Ah Wee le dio de lleno en un costado y empezó a revolverse. Whisky iba a asestarme un hachazo cuando vio la araña agarrada a mi dedo. Entonces se dio cuenta de que había hecho una barbaridad. Tiró el hacha y se arrodilló junto a Ah Wee quien, dando un pequeño puntapié y abriendo los ojos (que eran iguales que los míos), estiró los brazos, agarró la desagradable cabeza de Whisky y la mantuvo así mientras estuvo allí. Lo que no duró mucho, porque un temblor le recorrió el cuerpo y, tras emitir un quejido, la espichó.

Durante el desarrollo de la historia, el narrador se había ido transfigurando. El elemento cómico, o mejor dicho, sardónico, había desaparecido, y mientras relataba aquella extraña escena me fue difícil mantener la compostura. Este actor consumado me había manejado de tal modo que la compasión debida a sus dramatis personae le fue otorgada a él. Avancé para agarrarle la mano, pero de repente una amplia sonrisa apareció en su rostro.

Con una risa ligeramente burlona, continuó:

—Cuando Whisky consiguió sacar el gaznate de allí, verle era todo un acontecimiento. Sus elegantes ropas (vestía de un modo deslumbrante por entonces) estaban completamente destrozadas. Tenía el pelo revuelto y la cara (lo que pude ver de ella) estaba más blanca que la flor de lis. Me lanzó una larga mirada y apartó la vista hacia otro lado, como si yo no contara; y entonces sentí unos agudos pinchazos que me subían desde el dedo hasta la cabeza, y Gopher se vio rodeado de oscuridad. Por eso no estuve presente en la investigación.

—Pero ¿por qué contuvo la lengua después?

—Mi lengua es así —replicó, sin decir una palabra más sobre ello.

»—Después de aquello —continuó aquel individuo— Whisky se dio cada vez más a la bebida y llegó a convertirse en un fanático «anti-coolie», aunque no creo que se alegrara especialmente de haberse deshecho de Ah Wee. Nunca se dio tanta importancia por ello cuando estábamos solos como la vez en que consiguió un oído tan atento, de una maldita «extravaganza espectacular», como el suyo. Levantó la lápida y excavó con la gubia, de acuerdo con su carácter mutable, esta inscripción. Tardó tres semanas, trabajando cuando no estaba borracho. Yo grabé la suya en un día.

Entonces pregunté con descuido:

—¿Cuándo murió Jo?

La respuesta me dejó sin respiración:

—Poco después de que yo le viera a través del agujero del tablón, cuando usted le puso algo en el whisky, ¡maldito Borgia!

Una vez repuesto de mi sorpresa por tan asombrosa acusación, estaba casi dispuesto a estrangular a aquel difamador audaz, pero la repentina convicción que me asaltó a la luz de aquella revelación, me reprimió. Le miré seriamente y le pregunté, con la mayor tranquilidad que pude:

—¿Y cuándo se volvió usted loco?

—¡Hace nueve años! —exclamó, extendiendo sus puños cerrados—. Hace nueve años, ¡cuando aquel salvaje mató a la mujer que le amaba a él, y no a mí! A mí, que le había seguido desde San Francisco, ¡donde el viejo Whisky la había ganado en una partida de póquer! A mí, que me había preocupado por ella durante años, ¡cuando el canalla al que pertenecía se avergonzaba de reconocerla y tratarla bien! A mí, que por el bien de ella mantuve oculto su terco secreto ¡hasta que la devoró! A mí, que cuando usted envenenó a la bestia ¡cumplí su último deseo de yacer al lado de ella y colocar una lápida junto a su cabeza! Y desde entonces nunca he vuelto a visitar la tumba de Ah Wee, porque no quiero encontrarme con él aquí.

—¿Encontrarse con él? Pero, Gopher, mi pobre amigo, ¡él está muerto!

—Por eso le tengo miedo.

Seguí a aquel desgraciado hasta la carreta y estreché su mano para despedirme. La noche empezaba a caer y, mientras me encontraba allí, junto al camino, observando los vagos contornos del carro que se alejaba en aquella creciente oscuridad, me llegó un sonido a través del viento vespertino, un sonido semejante al de una serie de golpes vigorosos, y una voz salió de la noche:

—Arre, maldito viejo Geranio.

LA JARRA DE SIROPE

Este relato comienza con la muerte de su protagonista. Silas Deemer falleció el 16 de julio de 1863 y, dos días después, sus restos recibieron sepultura. Su entierro, según el periódico local, fue «muy concurrido», pues todos los hombres, mujeres y hasta los más jóvenes de su pueblo le habían conocido personalmente. De acuerdo con una costumbre de la época, el féretro fue abierto junto a la tumba para que los amigos y vecinos asistentes desfilaran ante él y pudieran contemplar, por última vez, el rostro del finado. Después, a la vista de todos, Silas Deemer fue inhumado. Se puede afirmar que, aunque no todos los presentes estuvieron muy atentos, el sepelio no pasó inadvertido y cumplió las formalidades exigidas: Silas estaba indudablemente muerto y nadie podría mencionar un solo fallo en la ceremonia que hubiera justificado su regreso desde la tumba. Sin embargo, y a pesar de que el testimonio humano tiene siempre una gran validez en cualquier situación (incluso una vez consiguió acabar con la brujería en Salem), Silas regresó.

Olvidé señalar que estos hechos tuvieron lugar en el pueblecito de Hillbrook, donde Silas había vivido durante treinta y un años. Su profesión fue la que en algunas partes de la Unión (país libre reconocido) se conoce como tendero; es decir, tenía un comercio en el que vendía las mercancías propias de este tipo de negocios. Nadie puso nunca su honradez, al menos por lo que sabemos, en tela de juicio, pues todo el mundo le tenía en gran estima. Los más exigentes hubieran podido reprocharle un celo riguroso en su actividad. No lo hicieron, aunque a otros que mostraban menos interés en su trabajo se les juzgaba con más severidad. El negocio de Silas era, en su mayor parte, de su propiedad, y eso, probablemente, pueda haber supuesto una diferencia.

En el momento de su fallecimiento nadie recordaba un solo día, exceptuando los domingos, que no hubiera pasado en la tienda desde su apertura, veinticinco años antes. Su salud había sido siempre estupenda y nunca había sentido una tentación suficientemente fuerte como para abandonar el mostrador. Se cuenta que una vez se le citó como testigo en un importante caso y no se presentó. El abogado que tuvo la osadía de pedir que se le amonestara fue informado solemnemente de que la sala consideraba dicha petición «con extrañeza». Como a los abogados no les gusta provocar la sorpresa judicial, la moción fue rápidamente retirada y se llegó a un acuerdo entre las partes sobre lo que el señor Deemer habría dicho si hubiera estado presente (acuerdo que fue aprovechado hasta el límite por la acusación para que el supuesto testimonio dañara claramente los intereses de la defensa). En resumen, toda la región coincidía en que Silas Deemer representaba la única verdad inamovible en Hillbrook y en que su desplazamiento podría traer consigo una desgracia pública o una calamidad fatal.

La señora Deemer y sus dos hijas mayores ocupaban el piso superior de la tienda, pero a Silas nunca se le había ocurrido dormir en otro lugar que no fuera su catre tras el mostrador. Y fue precisamente allí donde una noche le encontraron, casi por accidente, agonizando, y donde expiró sin tiempo apenas para echar el cierre. Aunque no hablaba, parecía consciente, y los que mejor le conocieron creen que, si su final se hubiera retrasado más allá de la hora normal de apertura, las consecuencias que tal situación hubiera producido sobre él habrían sido lamentables.

Tal era el carácter de Silas Deemer y tal la precisión e invariabilidad de su vida y costumbres que el humorista del pueblo (que hasta había estado una vez en la universidad) propuso otorgarle el sobrenombre de Viejo Ibidem, y señaló sin ningún ánimo de ofender, en la edición del periódico local posterior a su muerte, que Silas se había tomado «un día libre». En realidad fue más de un día, aunque si nos remitimos a las pruebas, parece que el señor Deemer dejó bien claro, en sólo un mes, que no disponía de tiempo para estar muerto.

Uno de los ciudadanos más respetables de Hillbrook era Alvan Creede, el banquero. Residía en la casa más elegante de la localidad, disponía de carruaje y era considerado digno de aprecio por muchas razones. Como solía ir a Boston con frecuencia, conocía las ventajas que proporciona viajar. Se decía incluso que una vez había estado en Nueva York, pero rechazaba con modestia tan admirable distinción. El asunto se menciona aquí con el único propósito de subrayar la valía del señor Creede ya que, en cualquier caso, honra a su inteligencia, si es que había entrado en contacto, aunque fuera temporalmente, con la cultura metropolitana; y a su franqueza, en caso contrario.

Una agradable noche de verano, sobre las diez, el señor Creede, después de cruzar la verja de su jardín y recorrer bajo la luz de la luna el paseo de gravilla, subió los escalones de piedra de su elegante mansión. Se detuvo un instante y metió la llave en la cerradura. Al abrir la puerta se encontró con su esposa, que se dirigía a la biblioteca. Ella le saludó amablemente y sostuvo la puerta para que entrara. Pero Alvan Creede se volvió y, mirando hacia sus pies, exclamó con sorpresa:

—Pero ¿qué diablos ha sido de la jarra?

—¿Qué jarra, Alvan? —preguntó su mujer, que no le entendía.

—Una jarra de sirope de arce que traía de la tienda y dejé ahí para abrir la puerta. ¿Dónde diablos…?

—Alto, alto, Alvan. Deja de hablar así —dijo la señora, interrumpiéndole.

Hay que señalar que Hillbrook no es el único lugar de la cristiandad en que un politeísmo rudimentario prohíbe tomar el nombre del diablo en vano.

La jarra que, gracias a un relajado estilo de vida provinciano, el más ilustre vecino había traído desde la tienda, había desaparecido.

—¿Estás seguro, Alvan?

—Pero, querida, ¿crees que un hombre no sabe cuándo lleva una jarra en las manos? Compré el sirope en la tienda de Deemer. Él mismo la llenó, me la dio y…

La frase permanece hasta hoy inconclusa. El señor Creede entró en la casa tambaleándose, cruzo el recibidor y se dejó caer sobre un sillón. Le temblaban las extremidades. De pronto se había dado cuenta de que Silas Deemer llevaba tres semanas muerto.

La señora Creede, en pie junto a su esposo, le observaba con sorpresa y preocupación.

—Por el amor de Dios —dijo—, ¿qué te pasa, Alvan?

Como sus males no tenían una relación aparente con un pase a mejor vida, el señor Creede no consideró necesario dar una explicación y permaneció en silencio, con la mirada perdida. Hubo un largo silencio, roto únicamente por el rítmico tic-tac del reloj que, más lento que de costumbre, parecía concederle cortésmente algo de tiempo para recuperar la cordura.

—Jane, me he vuelto loco, eso es lo que ocurre —farfulló con voz apagada—, Me lo podrías haber dicho antes de que los síntomas llegaran a tal extremo que yo mismo los descubriera. Imaginé que pasaba por delante del comercio de Deemer; estaba abierto y había luz dentro, al menos así me lo pareció. Ya, ya sé que lleva tiempo cerrado. Pero Silas estaba de pie detrás del mostrador. Le vi con la misma claridad que te estoy viendo a ti.

Recordé que necesitabas un poco de sirope de arce, así que entré y lo compré. Eso fue todo. Compré dos cuartos a Silas Deemer que, desde luego, está bien muerto y enterrado; pero, a pesar de ello, echó el sirope del tonel a la jarra y me la dio. Incluso me dirigió la x palabra; con un tono más grave, eso sí, más grave del que era su tono habitual… pero no me acuerdo de lo que me dijo. ¡Dios santo!, le vi. Le vi y hablé con él… ¡Y está muerto! Bueno, todo esto lo imaginé, porque estoy loco, más loco que una cabra. Y tú sin decirme nada.

Este monólogo dio tiempo a la señora Creede para recuperarse.

—Alvan —dijo—, tú nunca has dado muestras de locura, créeme. Sin duda todo ha sido una ilusión. No puede ser otra cosa, ¡sería horrible! Pero no estás loco; lo que pasa es que trabajas demasiado. No deberías haber asistido esta tarde al consejo de administración. No sé cómo no se dieron cuenta de que estabas enfermo. Sabía que algo iba a ocurrir.

El señor Creede seguramente pensó que el presentimiento de su mujer llegaba demasiado tarde. Pero no dijo nada porque estaba preocupado por su situación. Había conseguido tranquilizarse y ahora empezaba a pensar con coherencia.

—Sin duda el fenómeno fue subjetivo —explicó, con ridículos términos de argot científico—, pues, aunque la aparición de un espíritu e incluso su materialización son posibles, la visión y tangibilidad de una jarra de medio galón, hecha de tosca y ruda cerámica, salida de la nada, es difícilmente concebible.

Cuando estaba acabando de hablar, su hija pequeña, en camisón, entró correteando en la habitación. Se echó sobre su padre y, rodeándole el cuello, dijo:

—Papi malo, olvidaste entrar a darme un beso. Te oímos abrir la puerta y nos levantamos—. Y añadió—: Papi, Eddy dice que si se puede quedar con la jarrita cuando esté vacía.

Mientras el significado completo de aquella revelación llegaba al cerebro de Alvan Creede, éste se estremeció palpablemente. Era evidente que la niña no podía haber entendido una sola palabra de la conversación anterior.

Como las propiedades de Silas Deemer estaban en manos de un administrador que consideraba que lo mejor era deshacerse del negocio, la tienda había sido cerrada a la muerte de su propietario, y los artículos vendidos a otro comerciante que se los había llevado en bloque. También estaban vacías las habitaciones superiores, pues la viuda y sus hijas se habían marchado a otra ciudad.

La tarde siguiente a la aventura de Alvan Creede (que de algún modo ya era de dominio público) una multitud de hombres, mujeres y niños llenaba la acera frente a la tienda. Aunque muchos se mostraban incrédulos, todos los habitantes de Hillbrook sabían que el espíritu de Silas Deemer rondaba por el lugar. Los más agresivos y, en general, los más jóvenes lanzaban piedras contra la fachada, poniendo especial cuidado en no dar a las ventanas que aún tenían las persianas subidas: la incredulidad todavía no llegaba a maldad. Unas pocas almas audaces cruzaron la calle y golpearon en la puerta. Tras encender unas cerillas, las acercaron al escaparate con el fin de poder ver algo en el oscuro interior. Otros espectadores hacían alarde de su ingenio desafiando al fantasma con gritos y chillidos a una carrera.

Pasado un rato sin que ocurriera nada, y cuando algunos comenzaban a marcharse, los que quedaban advirtieron que el interior de la tienda estaba bañado por una luz amarillenta y difusa. En ese instante todas las manifestaciones cesaron. Los intrépidos que se habían acercado a la puerta y a las ventanas retrocedieron hasta la acera y se mezclaron con el gentío; los jóvenes dejaron de tirar piedras. Ahora nadie levantaba la voz sino que, con nerviosos susurros, señalaban hacia aquella claridad que iba en aumento. Era difícil saber cuánto tiempo había pasado desde el primer resplandor, pero al final la luz fue suficiente para iluminar todo el interior de la tienda. Y en ella, de pie tras el mostrador, junto a su mesa, se pudo ver claramente a Silas Deemer.

El efecto sobre la multitud fue increíble. La gente comenzó a dispersarse con rapidez por ambos flancos, y los más asustadizos abandonaron definitivamente el lugar. Muchos corrían con todas las fuerzas que les daban sus piernas; otros, con mayor dignidad, se marchaban despacio y volvían de vez en cuando la cabeza para echar un último vistazo por encima del hombro. Al final sólo quedaron unos veinte, casi todos hombres, que permanecían en silencio, absortos, y mostraban un aspecto nervioso. El fantasma no les prestó la más mínima atención: al parecer estaba ocupado con su libro de cuentas.

Al cabo de unos instantes, tres hombres salieron del grupo que había en la acera y, llevados por un mismo impulso, cruzaron la calle. Cuando uno de ellos, el más robusto, estaba a punto de derribar la puerta con el hombro, ésta, al parecer sin mediación humana, se abrió y los audaces investigadores entraron. Apenas cruzaron el umbral, según pudieron observar los timoratos observadores exteriores, comenzaron a actuar de un modo inexplicable: tendían sus manos en busca de ayuda, seguían trayectorias tortuosas, chocaban entre ellos, con el mostrador, con las cajas y toneles… Iban de un lado para otro en busca de una salida, pero parecían incapaces de volver sobre sus pasos. A pesar de sus gritos y maldiciones, el fantasma de Silas Deemer seguía sin mostrar el menor interés en lo que ocurría.

Guiados por no se sabe qué impulsos, los de fuera hicieron una simultánea y tumultuosa acometida hacia la puerta. Como todos querían ser los primeros, la entrada quedó bloqueada, por lo que finalmente decidieron ponerse en fila y avanzar de uno en uno. Por algún extraño arte espiritual o físico la observación se transformó en acción: los espectadores comenzaron a tomar parte en el espectáculo y el público ocupó el escenario.

Alvan Creede, único espectador que quedaba al otro lado de la calle, pudo ver claramente lo que ocurría en el interior de la tienda, que aparecía inundado de luz y cada vez con más gente. Para los de dentro, por el contrario, la oscuridad era total: era como si los que cruzaban el umbral quedaran ciegos y enloquecieran por tal desgracia. Andaban a tientas e intentaban salir contra la corriente, a empujones y codazos, por lo que se caían y pisoteaban una y otra vez. Se agarraban de la ropa, del pelo, de la barba; luchaban como fieras y gritaban y se insultaban furiosamente. Cuando el señor Creede vio a la última persona penetrar en aquel espantoso tumulto, la luz que antes todo lo iluminaba se convirtió en una oscuridad tan palpable para él como para los del interior. Alvan Creede dio media vuelta y se alejó de aquel lugar.

A la mañana siguiente, una multitud de curiosos se reunió en torno a la tienda. Entre ellos se encontraban los que habían huido la noche anterior, envalentonados ahora por la luz del sol, y los que iban a sus labores cotidianas. La puerta del inmueble seguía abierta, pero el lugar estaba vacío. Por todo el suelo, sobre las paredes y muebles, se veían jirones de ropa y mechones de pelo. Los virulentos habitantes de Hillbrook habían conseguido, no se sabe cómo, salir de allí y habían vuelto a casa a curar sus heridas; seguro que habían pasado una mala noche. Tras el mostrador, sobre la mesa polvorienta, estaba el libro de cuentas. Las anotaciones, con letra de Deemer, acababan el dieciséis de julio, fecha de su muerte: no quedaba constancia de una posterior venta a Alvan Creede.

Y esta es toda la historia. Las pasiones de la gente se calmaron y la razón volvió a prevalecer. Todo Hillbrook coincidía en que, teniendo en cuenta el carácter respetable e inofensivo de su primera transacción comercial bajo las nuevas condiciones, se podía permitir que Silas Deemer, después de muerto, continuara con su negocio en el viejo local, pero sin atropellos. El cronista de la localidad, de cuya obra inédita se ha extraído el relato de los hechos, tuvo la precaución de mostrarse de acuerdo con esa idea.

LA ALUCINACIÓN DE STALEY FLEMING

De los dos hombres que estaban hablando, uno era médico.

—Le pedí que viniera, doctor, aunque no creo que pueda hacer nada. Quizá pueda recomendarme un especialista en psicopatía, porque creo que estoy un poco loco.

—Pues parece usted perfectamente —contestó el médico.

—Juzgue usted mismo: tengo alucinaciones. Todas las noches me despierto y veo en la habitación, mirándome fijamente, un enorme perro negro de Terranova con una pata delantera de color blanco.

—Dice usted que se despierta; pero ¿está seguro de eso? A veces, las alucinaciones tan sólo son sueños.

—Oh, me despierto, de eso estoy seguro. A veces me quedo acostado mucho tiempo mirando al perro tan fijamente como él a mí… siempre dejo la luz encendida. Cuando no puedo soportarlo más, me siento en la cama: ¡y no hay nada en la habitación!

—Mmmm… ¿qué expresión tiene el animal?

—A mí me parece siniestra. Evidentemente sé que, salvo en el arte, el rostro de un animal en reposo tiene siempre la misma expresión. Pero este animal no es real. Los perros de Terranova tienen un aspecto muy amable, como usted sabrá; ¿qué le pasará a éste?

—Realmente mi diagnosis no tendría valor alguno: no voy a tratar al perro.

El médico se río de su propia broma, pero sin dejar de observar al paciente con el rabillo del ojo. Después, dijo:

—Fleming, la descripción que me ha dado del animal concuerda con la del perro del fallecido Atwell Barton.

Fleming se incorporó a medias en su asiento, pero volvió a sentarse e hizo un visible intento de mostrarse indiferente.

—Me acuerdo de Barton —dijo—. Creo que era… se informó que… ¿no hubo algo sospechoso en su muerte?

Mirando ahora directamente a los ojos de su paciente, el médico respondió:

—Hace tres años, el cuerpo de su viejo enemigo, Atwell Barton, se encontró en el bosque, cerca de su casa y también de la de usted. Había muerto acuchillado. No hubo detenciones porque no se encontró ninguna pista. Algunos teníamos nuestra «teoría». Yo tenía la mía. ¿Pensó usted algo?

—¿Yo? Por su alma bendita, ¿qué podía saber yo al respecto? Recordará que me marché a Europa casi inmediatamente después, y volví mucho más tarde. No puede pensar que en las escasas semanas que han transcurrido desde mi regreso pudiera construir una «teoría». En realidad, ni siquiera había pensado en el asunto. Pero ¿qué pasa con su perro?

—Fue el primero en encontrar el cuerpo. Murió de hambre sobre su tumba.

Desconocemos la ley inexorable que subyace bajo las coincidencias. Staley Fleming no, o quizá no se habría puesto en pie de un salto cuando el viento de la noche trajo por la ventana abierta el aullido prolongado y lastimero de un perro distante. Recorrió varias veces la habitación bajo la mirada fija del médico, hasta que, parándose abruptamente delante de él, casi le gritó:

—¿Qué tiene que ver todo esto con mi problema, doctor Halderman? Se ha olvidado del motivo de que le hiciera venir.

El médico se levantó, puso una mano sobre el brazo del paciente y le dijo con amabilidad:

—Perdóneme. Así, de improviso, no puedo diagnosticar su trastorno… quizá mañana. Hágame el favor de acostarse dejando la puerta sin cerrar, yo pasaré la noche aquí, con sus libros. ¿Podrá llamarme sin levantarse de la cama?

—Sí, hay un timbre eléctrico.

—Perfectamente. Si algo le inquieta, pulse el botón, pero sin erguirse. Buenas noches.

Instalado cómodamente en un sillón, el médico se quedó mirando fijamente los carbones ardientes de la chimenea y meditando en profundidad, aunque aparentemente sin propósito, pues frecuentemente se levantaba y abría la puerta que daba a la escalera, escuchaba atentamente y después volvía a sentarse. Sin embargo, acabó por quedarse dormido y al despertar había pasado ya la medianoche. Removió el fuego, cogió un libro de la mesa que tenía a su lado y miró el título. Eran las Meditaciones de Denneker. Lo abrió al azar y empezó a leer.

«Lo mismo que ha sido ordenado por Dios que toda carne tenga espíritu y adopte por tanto las facultades espirituales, también el espíritu tiene los poderes de la carne, aunque se salga de ésta y viva como algo aparte, como atestiguan muchas violencias realizadas por fantasmas y espíritus de los muertos. Y hay quien dice que el hombre no es el único en esto, pues también los animales tienen la misma inducción maligna, y…».

Interrumpió su lectura una conmoción en la casa, como si hubiera caído un objeto pesado. El lector soltó el libro, salió corriendo de la habitación y subió velozmente las escaleras que conducían al dormitorio de Fleming. Intentó abrir la puerta pero, contrariando sus instrucciones, estaba cerrada. Empujó con el hombro con tal fuerza que ésta cedió. En el suelo, junto a la cama en desorden, vestido con su camisón, yacía Fleming moribundo.

El medico levanto la cabeza de éste del suelo y observó una herida en la garganta.

—Debería haber pensado en esto —dijo, suponiendo que se había suicidado.

Cuando el hombre murió, el examen detallado reveló las señales inequívocas de unos colmillos de animal profundamente hundidos en la vena yugular.

Pero allí no había habido animal alguno.

CONSUNCIÓN DE UNA IDENTIDAD

ÍNDICE

1. La revista como una manera de la bienvenida
2. Cuando hayas perdido la vida, consulta a un médico
3. El peligro de mirar el agua de una acequia

Capítulo Uno

LA REVISTA COMO UNA MANERA DE LA BIENVENIDA

Una noche de verano se hallaba un hombre en una baja colina desde la que se dominaban el bosque y los campos. Gracias a la luna llena, que pendía baja del cielo, por el oeste, supo que aquella noche no sería como las otras; en realidad lo había intuido desde el comienzo de la puesta de sol.

La leve luz de la luna se extendía sobre la tierra, velando parcialmente el paisaje que se avistaba desde la colina, pero los árboles podían contemplarse aún incólumes en sus masas de hojas oscuras, ofreciendo un evidente contraste con la todavía perceptible claridad del cielo. También se avistaban desde allí tres o cuatro granjas, aunque en ninguna de ellas hubiera luz. Nada sugería vida, existencia, salvo el ladrido lejano de un perro, el cual, mecánico en sus repeticiones, acentuaba la soledad de aquel escenario.

El hombre miraba con mucha curiosidad en todas las direcciones, como alguien que, aun hallándose en un escenario que le es suficientemente familiar, no puede determinar su lugar exacto en ese mundo y su papel entre todas las cosas que percibe. Algo parecido, suponemos, a ese instante en que, tocados por la muerte, aguardamos la llamada para rendir cuentas en el juicio.

A cien yardas había un camino estrecho, iluminado en blanco por la luna. A fin de orientarse, como lo harían un explorador o un navegante, el hombre echó un vistazo hasta donde le era posible ver, y a una distancia aproximada de un cuarto de milla en dirección sur vio que un grupo de hombres a caballo ponía rumbo hacia el norte. Tras ellos iban hombres a pie conformando una columna, con los rifles al hombro. Marchaban despacio y en silencio. Otro grupo de hombres a caballo, poco después, seguido de otra columna de Infantería. Y otra más, a poca distancia. Y otra. Y otra… Y al final, una batería de artilleros con los cañones tirados por muías. Una procesión incesante, al cabo, que del sur se dirigía al norte en medio de una oscuridad cada vez más cerrada, de la que no se dejaba sentir una voz, ni, por curioso que pueda parecer, un casco de caballo, ni un rechinar de ruedas.

El hombre que observaba aquel desfile se mostró, por ello, asombrado, sin dar crédito a lo que veía. Llegó a creer que se había vuelto sordo, y al preguntarse en voz alta si así era, comprobó que no, que oía perfectamente, como siempre. Su voz tan conocida lo llenó, por ello, de tranquilidad, incluso le confortó especialmente. Ni el timbre ni la resonancia le habían abandonado. No obstante, y precisamente porque no se había quedado sordo, aquel desfile silencioso volvió a concitar su atención alarmada.

Recordó entonces, sin embargo, haber oído hablar alguna vez de un fenómeno al que llaman «sombra acústica». Algo así como que, si te encuentras en una cierta dirección de algo, puede que no oigas lo que de allí proviene, por iniciarse precisamente en una zona de «sombra acústica». En la batalla de Gaines Mili, una de las más duras de la guerra civil americana, una batalla en la que tomaron parte cientos de cañones, gentes que estaban a milla y media de distancia, en el valle de Chickahominy, nada oían de lo que estaban viendo. El bombardeo de Port Royal se dejó sentir en St. Agustine, a ciento cincuenta millas al sur, pero no fue audible hacia el norte, a la misma distancia. Pocos días antes, en las cercanías de Appomattox, se desencadenó una gran tormenta de truenos. Las fuerzas de Sheridan y las de Pickett apenas estaban a una milla de distancia entre sí, pero las del segundo general no se percataron de aquello.

El hombre del que hablamos no estaba al cabo de estos pormenores concretos, pero como había oído hablar del fenómeno al que aludimos algo era capaz de colegir, por lo que el silencio de la tropa que veía pasar no podía escapar a sus consideraciones. A pesar de ese leve conocimiento que sobre el fenómeno tema, se sintió inquieto. Aunque habría que señalar que también a causa de algo distinto a un temor a la tropa que marchaba bajo la luz de la luna. Un temor difícil de precisar, una angustia parecida a la derivada de una premonición.

«¡Dios mío!», exclamo para sí, pero sintió que sus pensamientos no eran tales, sino una voz que se los decía. «Si esos tipos van tranquilamente en la dirección que siguen, quiere decir que hemos perdido la batalla y se dirigen en triunfo a Nashville».

Entonces sintió una aguda aprensión, una consciencia clara del peligro, como si alguien le avisara de lo que podría sucederle. Se refugió al amparo de un árbol. El batallón pasaba ahora muy cerca de donde estaba.

El silbido de la brisa le heló el cuello y la espalda. Se volvió hacia el este y vio a lo lejos una leve franja de luz, el primer signo que avisaba del retorno de la luz diurna. Aquello aumentó su aprensión.

«Debo largarme de aquí cuanto antes —pensó—, o seré descubierto y apresado».

Se dirigió a una zona aún más oscura apretando el paso, hacia el este. Desde la segura cubierta que le ofrecía una formación de cedros quiso observar de nuevo el paso de aquella columna silenciosa. Pero el camino estrecho y blanco a la luz de la luna parecía desnudo y desolado.

Estaba atónito. Era imposible que aquella nutrida fuerza hubiera concluido ya su marcha. No podía comprender nada. Los minutos pasaban sin que se percatase de que lo hacían. Había perdido la noción del tiempo. Pensó en varias soluciones para el enigma en que se debatía, pero sin hallarlas. Cuando al fin logró salir de su abstracción el sol comenzaba a brillar sobre las colinas, pero en otro orden de cosas cabe señalar que aquella luz era la única que veía, la del sol; su entendimiento, su capacidad de comprensión seguía en la penumbra, sometiéndolo a tantas dudas como antes de que amaneciera.

Por doquier, sin embargo, los campos no mostraban rastro alguno de la guerra, no habían sido arrasados ni había en ellos cadáveres, caballos muertos, armas abandonadas… De las chimeneas de las granjas salían pequeñas columnas de humo azulado, lo que daba cuenta de la pacífica disposición a la tarea diaria de las gentes que allí vivían. Después de haber mantenido su diálogo inmemorial con la luna, a base de ladridos, el perro guardián de una de aquellas granjas ladraba de nuevo, pero para saludar ahora a un negro que, tras poner los aperos de labranza a dos muías, se disponía a trabajar el campo.

El héroe de nuestra historia parecía en éxtasis, estúpidamente en éxtasis, ante aquella escena pastoril, como si nunca hubiese visto algo semejante en toda su vida. Al fin se movió un poco, lo justo para echarse las manos a la cabeza, ahuecarse el cabello con los dedos y luego contemplarse sin más las palmas de las manos, cosa, seguramente, muy interesante.

Recuperado en apariencia por la escena que contemplaba, comenzó a caminar lentamente hacia el camino.

Capítulo Dos

CUANDO HAYAS PERDIDO LA VIDA, CONSULTA A UN MÉDICO

El doctor Stilling Malson, de Murfreesboro, volvía de visitar a un paciente que vivía a unas seis o siete millas de distancia, en el camino que lleva a Nashville, tras pasar la noche entera a su lado. Al amanecer, había salido de vuelta a casa en su coche tirado por un caballo, como era costumbre hacerlo entre los doctores en aquellos lares y en aquel tiempo. Había pasado así entre las aldeas de Stone's River, pero en una de ellas le salió al paso un hombre agitando los brazos. Detuvo su caballo el médico y aquel hombre se cuadró ante él y lo saludó militarmente. Pero no iba tocado con una gorra militar, ni vestía uniforme militar, ni tenía precisamente un aire marcial.

El doctor respondió civilmente a su saludo, suponiendo que aquel tipo le saludaba por respeto, porque había oído hablar de la mucha consideración que se le tenía en aquellas aldeas. Como era evidente que el extraño quería hablarle, el médico se inclinó cortésmente hacia él.

—Señor —le dijo el extraño—, aunque sea usted civil me parece más que probable que sea un enemigo…

—Sólo soy médico —fue la respuesta lacónica del doctor Stilling Malson.

—Gracias —dijo el otro—. Soy teniente a las órdenes del general Hazen —hizo una pausa y miró inquisitivamente al médico—. Soy teniente del ejército federal del norte.

El médico no dio muestras de sorpresa ni de alteración.

—Dígame, por favor —siguió el extraño—, qué ha pasado aquí, dónde están los ejércitos, quién ha ganado la batalla…

El médico pareció hacer memoria con los ojos entornados. Tras someter a escrutinio al extraño, más allá incluso de lo correcto, respondió:

—Perdone —dijo sonriendo—, pero antes de responder a sus preguntas quiero hacerle otra… ¿Está usted bien?

—Sí, nada importante, me parece.

El hombre se quitó el sombrero que llevaba, nada militar, por cierto, se llevó una mano a la cabeza, se ahuecó el cabello con los dedos y pasó a contemplarse con mucha atención la palma de la mano.

—Me rozó una bala y perdí el conocimiento, sólo eso —dijo—. Fue como si viese una luz, algo que flotaba por encima de mí: pero cuando desperté no sentía dolor ni tenía sangre… No le he interrumpido el viaje para pedirle ayuda médica… Le pido, por favor, que me lleve hasta mis compañeros, a cualquier lugar donde haya una fuerza federal… si es que sabe usted dónde hay acampados soldados de los míos.

Tampoco esta vez respondió el médico de inmediato: estaba aprendiendo mucho más de lo que había leído en los libros propios de su profesión; aprendía algo acerca de la pérdida de la identidad y de los efectos que produce en la persona que la ha perdido una escena familiar pero distinta. Miró al fin directamente a los ojos de aquel hombre, le sonrió y dijo:

—Teniente, no va usted vestido con el uniforme que por su rango le correspondería.

Pareció reparar el hombre, entonces, en sus ropas civiles, bajo los ojos y dijo con gran excitación.

—Es verdad… Yo… yo… ¡No puedo entenderlo!

Mirándolo de nuevo con mucho interés y con bastante simpatía, el hombre de ciencia le preguntó:

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y tres años… si es que eso tiene alguna importancia.

—No los aparenta, me hubiera sido muy difícil suponerle esa edad.

El extraño parecía impacientarse.

—No es preciso que discutamos por cosas como ésa —dijo—. Responda, por favor, a las preguntas que le hice antes. Hace apenas dos horas vi una columna de tropas confederadas avanzando hacia el norte por este mismo camino… Seguro que se ha cruzado usted con ellos. Tenga la bondad, por favor se lo pido, de decirme al menos cual era el color de su uniforme, le prometo que no le molestare más.

—¿Está usted seguro de haber visto lo que dice?

—¿Que si estoy seguro? ¡Por Dios, señor! ¡Si hasta los he contado!

—Bien, realmente lo que dice tiene mucho interés… Pero la verdad es que no me he cruzado con ninguna columna de soldados —dijo el médico rememorando el pasaje del barbero de Las mil y una noches.

El extraño lo miró fríamente, como si viera en el médico al mentado barbero.

—Está claro —dijo— que no quiere usted atender a mi ruego… Señor, ¡que se lo lleve a usted el diablo!

Se marchó a buen paso a través de los campos feraces mientras el médico, quien había sido para él mitad penitente, mitad verdugo, lo veía alejarse hasta que desapareció por completo entre los árboles.

Capítulo Tres

EL PELIGRO DE MIRAR EL AGUA DE UNA ACEQUIA

Después de abandonar el camino aquel hombre se sintió más en paz, por lo que siguió andando a buen paso, sin experimentar fatiga. No podía explicarse cuál era la razón de aquella locuacidad del doctor, que de nada, sin embargo, le había servido. Ni una respuesta obtuvo a las preguntas que le hiciera.

Finalmente tomó asiento en una roca, descansó las manos sobre sus rodillas, con las palmas hacia arriba, y como casualmente reparó en ellas… Eran blanquecinas, muy lisas. Se llevó ambas manos a la cara y comenzó a recorrerse el rostro, lentamente, con las puntas de los dedos. ¡Qué extraño era todo! Una bala le había rozado, haciéndole perder el sentido, pero sin dejar una leve señal ni en su cara ni en su cabeza.

—Puede que haya pasado mucho tiempo en un hospital, que allí me curasen y que no lo recuerde ahora —se dijo en voz alta—. ¿Cómo puedo ser tan imbécil? La batalla fue en diciembre y estamos en verano —y se echó a reír—. Seguro que ese médico me tomó por un lunático… Pero se equivoca… Sólo soy un paciente que quizá se fugó del hospital.

A poca distancia, una pradera en la que había un monolito de piedra llamó su atención. Con una intención no muy clara, se levantó despacio e igualmente despacio se dirigió hasta allí. En el mismo centro de aquella pradera había una pequeña plaza de piedra, que rodeaba al monolito.

Se notaba el paso de los años; entre las piedras había musgo y líquenes, crecían la hierba y los matojos. Como respuesta a las ambiciones de los hombres, el tiempo, simplemente, se había dedicado a destruir lentamente la belleza primera del monumento. Había en el monolito una inscripción que captó de inmediato la atención de aquel hombre, más que nada porque lo que vio primero fue un nombre que le resultaba familiar. Y agitado de la cabeza a los pies, se aferró al monolito para no caerse y leyó:

A LA BRIGADA DEL GENERAL HAZEN
En memoria de los soldados
que cayeron en combate
en Stone’s River
el 31 de diciembre de 1862

El hombre cayó definitivamente, desesperado y enfermo. Un poco más allá de la pequeña plaza de piedra que rodeaba al monolito, el terreno mostraba una leve depresión, como consecuencia de unas fuertes tormentas recientes.

Por allí rodó desmadejado el extraño, hasta llegar a una pequeña acequia de agua muy clara. Quiso beber, en su afán de recuperar el resuello, y logró ponerse en pie haciendo un gran esfuerzo con brazos y piernas. Entonces se acercó a la acequia y vio su rostro reflejado en el agua, como si de un espejo se tratase. Lanzó un grito espantoso. La fuerza abandonó sus brazos. Cayó al agua y allí perdió la vida que ya había perdido mucho tiempo atrás.

UN VAGABUNDO INFANTIL

Difícilmente habría admirado usted al pequeño Jo si lo hubiera visto de pie en la esquina de una calle bajo la lluvia. Aparentemente se trataba de una tormenta otoñal ordinaria, pero el agua que caía sobre Jo (que no era lo bastante mayor para ser justo o injusto, por lo que quizá no entrara bajo la ley de la distribución imparcial) parecía tener una propiedad peculiar: uno diría que era oscura y adhesiva; pegajosa. Pero resulta difícil que fuera así, incluso en Blackburg, donde ocurrían algunas cosas que se salían bastante de lo común.

Por ejemplo, diez o doce años antes había caído una lluvia de ranas pequeñas, tal como atestiguó creíblemente una crónica contemporánea, que concluía con una afirmación, algo oscura, en el sentido de que el cronista consideraba que significaba un buen momento para el progreso de los franceses.

Años más tarde había caído sobre Blackburg una nevada carmesí; en Blackburg hace frío durante el invierno y las nevadas son frecuentes y copiosas. Mas no cabía ninguna duda al respecto: en aquel caso la nieve tenía el color de la sangre y al fundirse en agua seguía manteniendo esa tonalidad, aunque fuera agua y no sangre. El fenómeno había atraído una amplia atención y la ciencia había dado tantas explicaciones como científicos hubo que se preocuparon por ello, sin llegar a saber nada. Pero los hombres de Blackburg —hombres que durante muchos años habían vivido precisamente donde cayó la nieve roja, y podía suponerse que sabían mucho sobre el asunto— sacudieron la cabeza y dijeron que algo iba a pasar.

Y algo pasó, pues el verano siguiente fue memorable por la prevalencia de una enfermedad misteriosa —epidémica, endémica o Dios sabrá qué, porque los médicos no lo supieron— que se llevó a la mitad de la población. La mayor parte de la otra mitad se había alejado voluntariamente de la ciudad, y empezaron a retornar lentamente, y finalmente lo hicieron todos, y se entregaron a crecer y multiplicarse como antes, aunque desde entonces Blackburg no ha llegado a ser la misma.

De un tipo muy distinto, aunque igualmente «fuera de lo común» fue el incidente del fantasma de Hetty Parlow. El nombre de soltera de Hetty

Parlow había sido Brownon, que en Blackburg significaba más de lo que uno podría pensar.

Desde tiempo inmemorial, desde los primerísimos días de los antiguos tiempos coloniales, los Brownon habían sido la familia principal de la ciudad. Eran los más ricos y los mejores, hasta el punto de que Blackburg habría derramado hasta la última gota de su sangre plebeya defendiendo la justa fama de los Brownon. Que se supiera, muy pocos miembros de esa familia vivieron permanentemente lejos de Blackburg, aunque casi todos se habían educado en otro lugar y habían viajado lo suyo, por lo que el número de miembros de la familia era abundante. Los hombres se encargaban de la mayor parte de las funciones públicas, mientras las mujeres se dedicaban primordialmente a las buenas obras. De estas últimas, Hetty era la más amada por la dulzura de su disposición, la pureza de su carácter y su singular belleza personal. Se casó en Boston con un joven bribón llamado Parlow y, como una buena Brownon, lo llevó inmediatamente a Blackburg, haciendo de él un hombre y un consejero municipal. Tuvieron un hijo al que pusieron de nombre Joseph y al que amaron tiernamente, como acostumbraban a hacer entonces los padres de toda aquella región. Murieron después de la misteriosa enfermedad ya mencionada, por lo que a la edad de un año Joseph quedó huérfano.

Por desgracia para Joseph, la enfermedad que le dejó sin padres no se conformó con eso; acabó prácticamente con todo el contingente de Brownon y sus aliados por matrimonio; y los que huyeron, no regresaron. Rota la tradición, los bienes raíces de los Brownon pasaron a manos extrañas y los únicos Brownon que quedaron en aquel lugar estaban bajo tierra en el Cementerio de la Colina del Roble, donde ciertamente había una colonia de ellos lo bastante poderosa como para resistirse a la invasión de las tribus que les rodeaban y retener la parte mejor de aquellos terrenos. Pero volvamos al fantasma:

Una noche, unos tres años después de la muerte de Hetty Parlow, varios jóvenes de Blackburg pasaron en un carro junto al cementerio de la Colina del Roble; si el lector ha estado allí, recordará que la carretera que conduce a Greenton bordea su perímetro meridional. Habían asistido a una fiesta del día de mayo en Greenton; eso nos sirve para fijar la fecha. En total debían de ser una docena, y formaban un grupo bien alegre, si tenemos en cuenta el legado de tristeza que habían dejado las recientes y sombrías experiencias de la ciudad. Al pasar por el cementerio, el que conducía el carro tiró de pronto de las riendas lanzando una exclamación de sorpresa. Sin duda había motivos suficientes para la sorpresa, pues delante de ellos, casi al lado de la carretera, aunque por la parte interior del cementerio, estaba el fantasma de Hetty Parlow. Nadie dudó al respecto, pues la habían conocido personalmente todos los jóvenes y doncellas del grupo. Aquello sirvió para establecer la identidad del fantasma; su carácter de fantasma se significó con todos los signos habituales: el sudario, el cabello largo y despeinado, la «mirada perdida»… es decir, todo. La inquietante aparición extendía los brazos hacia el oeste, como si estuviera suplicando al lucero de la tarde, que aunque era ciertamente atractivo resultaba a todas luces inalcanzable. Mientras permanecieron sentados y en silencio (así lo cuenta la historia), todos los miembros de aquel grupo de juerguistas —aunque sólo se habían alegrado con café y limonada— escucharon claramente al fantasma gritar el nombre de Joey. Un momento después, allí no había nadie. Evidentemente, nadie está obligado a creer todo esto.

Ahora bien, en ese momento, tal como se averiguó más tarde, Joey deambulaba por unos matorrales de artemisa al otro lado del continente, cerca de Winnemucca, en el estado de Nevada. Lo habían llevado a esa ciudad unas buenas personas, que eran parientes lejanos de su fallecido padre, y le habían adoptado y atendido tiernamente. Pero aquella tarde el pobre niño se había alejado de su casa y se encontraba perdido en el desierto.

Su historia posterior está inmersa en la oscuridad y tiene vacíos que sólo podemos llenar con conjeturas. Se sabe que fue encontrado por una familia de indios piute, que se quedaron con el infortunado pequeño durante algún tiempo y luego lo vendieron; lo vendieron realmente por dinero a una mujer que iba en un tren hacia el este, en una estación bastante alejada de Winnemucca. Se asegura que la mujer hizo todo tipo de investigaciones, pero en vano, por lo que, como era viuda y no tenía hijos, lo adoptó. En este punto de su historia da la impresión de que Jo se aleja bastante de su condición de huérfano; la interposición de una multitud de padres entre él mismo y ese infortunado estado le prometía una prolongada inmunidad con respecto a sus desventajas.

Su madre más reciente, la señora Darnell, vivía en Cleveland, Ohio. Pero no permaneció mucho con ella su hijo adoptivo. Una tarde, un policía que era nuevo en la ronda por aquella zona, lo vio alejándose deliberadamente de su casa, y al interrogarle el niño respondió que «volvía a su hogar». Debió viajar en tren, pues tres días más tarde se encontraba en la ciudad de Whiteville, que como el lector sabe está muy lejos de Blackburg. Sus ropas se encontraban en bastante buenas condiciones, pero él estaba terriblemente sucio. Incapaz de explicarlo, fue detenido por vago y sentenciado a prisión en el Hogar Refugio de Niños, donde le lavaron.

Jo escapó del Hogar Refugio de Niños de Whiteville internándose en el bosque, por lo que el Hogar no volvió a saber nunca de él.

Volvemos a encontrarle, o más bien lo recuperamos, desamparado bajo la fría lluvia otoñal en la esquina de una calle de un barrio de Blackburg; en estos momentos parece adecuado explicar que las gotas de lluvia que caían sobre él no eran en realidad ni oscuras ni pegajosas; lo único que sucedía es que no servían para que su rostro y sus manos dejaran de estar menos negros ni viscosos. Pues lo cierto es que Jo estaba terrible y maravillosamente manchado, como si hubiera salido de la mano de un artista. Además, el pequeño y desamparado vagabundo no tenía zapatos, por lo que sus pies estaban descalzos, rojizos e hinchados, y al caminar cojeaba de ambos. En cuanto a la ropa… ah, no creo que el lector tuviera capacidad de describir ni una sola de las prendas que llevaba, o decir por qué acto de magia se mantenían encima de él. Estaba absolutamente helado, lo que no admitía duda alguna; y él mismo lo sabía. Cualquiera hubiera tenido frío allí aquella tarde; pero ésa era también la razón de que no hubiera nadie allí. Cómo había llegado hasta allí el mismo no podría haberlo dicho ni por la escasa y vacilante vida que le quedaba, aunque hubiera estado dotado de un vocabulario que excediera de las cien palabras. Pero por la manera en que miraba a su alrededor cualquiera se hubiera dado cuenta de que no tenía la menor idea de dónde estaba (ni por qué).

Sin embargo, no era tonto del todo para su edad y generación; como tenía frío y hambre, y todavía era capaz de caminar un poco doblando mucho las rodillas y apoyando primero los dedos de los pies, decidió entrar en una de las casas que había a largos intervalos a un lado de la calle y que parecía tan iluminada y caliente. Mas cuando intentó llevar a cabo tan sensata decisión, se presentó un fornido perro que tiraba de una cadena y le disputo su derecho. Aterrado, y creyendo sin duda (con cierta razón) que los que son brutos por fuera tienen una brutalidad interior, se alejó cojeando de todas las casas y, como tenía a su derecha campos grises y húmedos, y a su izquierda campos húmedos y grises, y como la lluvia casi le cegaba y la noche venía envuelta en niebla y oscuridad, tomó el camino que conduce a

Greenton. Es decir, el camino que lleva a Greenton a los que consiguen dejar atrás el cementerio de la Colina del Roble. Pero todos los años había un número considerable de personas que no lo conseguían.

Jo no lo logró.

Le encontraron a la mañana siguiente muy húmedo, muy frío, pero ya sin hambre. Por lo visto había cruzado la puerta del cementerio —esperando quizá que condujera a una casa que no tuviera perro—, lo recorrió torpemente en la oscuridad, cayó sobre muchas tumbas, sin duda, hasta que se cansó de todo y se abandonó. El pequeño cuerpo yacía de costado, con una mejilla manchada apoyada en una mano sucia, y la otra mano metida entre los harapos para calentarla, mientras la mejilla restante estaba por fin limpia y blanca, como si la hubiera besado uno de los ángeles de Dios. Se observó que el pobrecillo yacía sobre la tumba de Hetty Parlow, aunque en aquel momento no se pensó que aquello significara nada, pues el cuerpo todavía no había sido identificado. Pero la tumba no se abrió para recibirle. Uno desearía, sin llegar a ser irreverente, que esa circunstancia hubiera sido distinta.

LOS SUCESOS NOCTURNOS EN EL BARRANCO DEL MUERTO

Un relato que es falso

Hacía una noche especialmente fría y clara, como el corazón de un diamante. Las noches claras tienen la peculiaridad de ser perspicaces.

En la oscuridad puedes tener frío y no darte cuenta; sin embargo, cuando ves, sufres. Esa noche era suficientemente sagaz para morder como una serpiente. La luna se movía de modo misterioso tras los pinos gigantes que coronaban la montaña del sur, haciendo que la dura corteza de la nieve produjera destellos y subrayando contra el negro oeste los contornos fantasmales de la cordillera de la costa, más allá de la cual se extendía el Pacífico invisible. La nieve se amontonaba en los claros del fondo del barranco, en las extensas sierras que subían y bajaban, y en las colinas, donde parecía que el rocío manaba y se desbordaba. Rocío que en realidad era la luz del sol, reflejada dos veces: una desde la luna, y otra desde la nieve.

Sobre ésta, muchas de las barracas del abandonado campamento minero aparecían destruidas (un marinero podría haber dicho que se habían ido a pique). La nieve cubría a intervalos irregulares los altos caballetes que una vez habían soportado el peso de un arroyo al que llamaban «flume»; porque «Hume», claro está, viene de flumen. El privilegio de hablar latín se cuenta entre las ventajas de las que las montañas no pueden privar al buscador de oro. Éste, al referirse a un compañero muerto dice: «Se ha ido “flume” arriba», que es una bonita forma de decir: «Su vida ha retornado a la Fuente de la Vida».

Mientras se ponía la armadura contra los ataques del viento, la nieve no había descuidado ninguna posición estratégica. Cuando es perseguida por el viento, la nieve no es muy distinta a un ejército que se repliega. En campo abierto se alinea en grados y batallones. Si puede ganar una posición, opone resistencia; donde puede refugiarse, lo hace. Detrás de un trozo de pared derruida pueden verse pelotones completos de nieve encogidos de miedo. La vieja carretera tortuosa, excavada en la ladera de la montaña, estaba llena de ellos. Un escuadrón tras otro se habían afanado por escapar por este flanco, pero el hostigamiento había cesado de repente. Es imposible imaginar un lugar más desolado y espantoso que el Barranco del Muerto en una noche de invierno. A pesar de ello, el señor Hiram Beeson, su único habitante, eligió vivir allí.

En la ladera de la montaña del norte, muy arriba, su pequeña cabaña, construida con troncos de pino, proyectaba un delgado rayo de luz desde el único cristal de la ventana, y parecía un escarabajo negro sujeto a la ladera con un flamante y luminoso alfiler. En el interior, el señor Beeson se sentaba delante de una lumbre que ardía con fuerza, con la vista clavada en el foco candente, como si nunca hubiera visto una cosa igual en toda su vida. No era un hombre atractivo. Tenía el pelo cano y su atuendo estaba raído y sucio. La cara tenía un aspecto pálido y ojeroso, y los ojos le brillaban con excesiva fuerza. En cuanto a su edad, si alguien hubiera intentado adivinarla, primero podría haber dicho que rondaba los cuarenta y siete, después corregiría y diría setenta y cuatro. En realidad tenía veintiocho. Estaba demacrado; quizá, hasta donde podía arriesgarse, pues en Bentley’s Fiat había una funeraria muy necesitada y en Sonora un forense muy emprendedor. La pobreza y el celo son como las piedras superior e inferior de un molino. Es peligroso colocar una tercera en esa especie de «sándwich».

Mientras el señor Beeson permanecía allí sentado, con sus raídos codos apoyados sobre unas rodillas aún más raídas y sus esqueléticas mandíbulas hundidas entre sus esqueléticas manos, sin ninguna intención aparente de irse a la cama, parecía que el más ligero movimiento podía dejarlo hecho añicos. Sin embargo, durante la última hora había pestañeado no menos de tres veces.

Entonces se oyeron unos golpes secos en la puerta. Esto, a aquella hora de la noche y con aquel tiempo, podría haber sorprendido a cualquier común mortal que llevara viviendo dos años en el barranco sin ver una cara humana y que, por tanto, no podía desconocer que la zona estaba intransitable; pero el señor Beeson ni siquiera apartó la vista del fuego. Incluso al abrirse la puerta, se limitó a encogerse un poco más, como quien espera algo que preferiría no ver. Se puede observar este gesto entre las mujeres, en una capilla mortuoria, mientras se coloca el féretro en el pasillo que hay junto a ellas.

Pero cuando un anciano alto envuelto en un capote, con la cabeza rodeada por un pañuelo y la cara prácticamente oculta por una bufanda, con anteojos verdes y un color de tez (donde se podía apreciar) de una blancura deslumbrante, entró sigilosamente en la habitación y colocó una mano rígida y enguantada sobre el hombro del señor Beeson, olvidó sus buenos modales hasta el grado de levantar la vista y poner una expresión de considerable asombro; fuera quien fuera aquel a quien estaba esperando, evidentemente no contaba con encontrarse a alguien semejante. A pesar de ello, la visión de aquel inesperado invitado produjo en el señor Beeson la siguiente secuencia: una sensación de asombro; después un sentimiento de gratificación; y, por último, una impresión de profunda buena voluntad. Levantándose del asiento, retiró aquella mano nudosa de su hombro y la estrechó con un fervor inexplicable, pues el aspecto del anciano no tenía nada de atractivo y sí mucho de repulsivo. Sin embargo, la atracción es una característica demasiado general para que no sea compartida por la repulsión. El objeto más atractivo del mundo es el rostro que instintivamente cubrimos con un paño. Cuando se hace incluso más atractivo, fascinante, echamos siete pies de tierra sobre él.

—Amigo —dijo el señor Beeson soltando la mano del anciano, que al desplomarse contra su muslo produjo un golpe seco—, hace una noche muy desagradable. Por favor, tome asiento; me alegro mucho de verle.

El señor Beeson habló con un tono bastante educado, un tono que uno nunca habría esperado teniendo en cuenta la situación. Realmente, el contraste entre su aspecto y sus modales fue suficientemente sorprendente para ser uno de los fenómenos sociales más comunes en las minas. El anciano dio un paso adelante, hacia el fuego, que se reflejaba sobre los anteojos verdes como en una caverna. El señor Beeson añadió:

—¡Ya lo creo que me alegro!

La elegancia del señor Beeson no era muy refinada; había hecho razonables concesiones al gusto local. Hizo una pausa y recorrió con la vista desde la embozada cabeza de su invitado, pasando por la hilera de enmohecidos botones que cerraban su capote, hasta sus verdosas botas de cuero manchadas de nieve, que había empezado a fundirse y escurría por el suelo formando pequeños regueros. Hizo un inventario de aquel personaje y quedó satisfecho. ¿Y quién no habría quedado? Entonces prosiguió:

—La comida que puedo ofrecerle está, por desgracia, en relación con mis posibilidades; pero me sentiría tremendamente agraciado si se dignara a aceptarla en vez de buscar algo mejor en Bentley’s Fiat.

Con un especial refinamiento de humildad hospitalaria, el señor Beeson hablaba como si la estancia en su cálida cabaña una noche como aquélla, comparada con una caminata de catorce millas con la nieve hasta el cuello y un mendrugo en el bolsillo, fuera una desgracia insoportable. En respuesta, el invitado se desabrochó el capote. El anfitrión echó leña seca al fuego; después barrió el hogar con una cola de lobo y añadió:

—Aunque creo que sería mejor que se largara.

El anciano tomó asiento junto al fuego y, sin quitarse el sombrero, acercó las grandes suelas de sus botas a las llamas. En las minas sólo se quita uno el sombrero si también se quita las botas. Sin más comentarios, el señor Beeson se sentó en una silla que había sido anteriormente un tonel y que, por su carácter original, parecía haber sido diseñada para recoger sus cenizas cuando quisiera desmenuzarse. Durante un rato no hubo más que silencio; luego, desde algún lugar entre los pinos, llegó el fuerte gruñido de un coyote y, simultáneamente, el crujido de la puerta en el marco. Entre los dos incidentes no había otra relación que la aversión del coyote por las tormentas y el alboroto del viento; sin embargo, parecía existir una especie de conspiración sobrenatural entre los dos, y el señor Beeson se estremeció con una imprecisa sensación de terror. En un momento se recuperó y volvió a dirigirse a su invitado:

—Aquí ocurren cosas extrañas. Voy a contárselo todo, y si decide marcharse le acompañaré durante el primer tramo del camino; hasta donde Baldy Peterson disparó contra Ben Hike; seguro que conoce el sitio.

El anciano asintió con ampulosidad, como si diera a entender que no sólo conocía el lugar, sino que lo conocía de verdad.

—Hace dos años —comenzó el señor Beeson—, otros dos compañeros y yo ocupamos esta casa; pero cuando todo el mundo se marchó hacia Bentley’s Fiat, nosotros nos fuimos con ellos. En diez horas el barranco quedó desierto. Aquella tarde, sin embargo, me di cuenta de que había olvidado una pistola muy valiosa (ésa) y volví a por ella; pasé la noche solo aquí, tal y como he hecho todas las noches desde entonces. He de explicar que unos cuantos días antes de que nos marcháramos nuestro criado chino tuvo la desgracia de morir cuando la tierra estaba tan helada que era imposible cavar una tumba de la manera habitual. Así que el día de nuestra precipitada partida cavamos ahí, en el suelo, y le enterramos como pudimos. Pero antes de hacerlo, tuve el mal gusto de cortarle la coleta y clavarla sobre su tumba, en aquella viga donde usted la ve ahora; o mejor dicho, ahora que el calor le ha dado a usted la oportunidad de verla.

»¿He dicho ya (creo que sí), que el chino murió por causas naturales? Por supuesto, yo no tuve nada que ver con eso, y volví, no por una atracción irresistible o por una fascinación morbosa, sino sencillamente porque había olvidado la pistola. Esto queda claro ¿verdad, amigo?

El visitante asintió solemnemente. Parecía ser hombre de pocas palabras, casi de ninguna. El señor Beeson continuó:

—De acuerdo con la religión china, el hombre es como una cometa: no puede subir al cielo sin su coleta. Bien; para abreviar esta tediosa historia (que, a pesar de todo, creo mi obligación relatar), aquella noche, mientras me encontraba aquí solo, pensando en cualquier cosa menos en él, el chino volvió por la coleta.

»Pero no se la llevó.

En este punto el señor Beeson cayó en un silencio incomprensible. Quizá estaba fatigado por el insólito ejercicio de hablar; o quizá había evocado un recuerdo que exigía su total atención. El viento soplaba ahora cerca de la casa y los pinos de la ladera susurraban con singular claridad. El narrador prosiguió:

—Usted dice que no ve nada especial en ello, y debo confesar que yo tampoco.

»¡Pero la cuestión es que sigue viniendo!

Se produjo otra larga pausa, durante la cual se dedicaron a mirar fijamente al fuego, sin mover un miembro. Entonces, clavando los ojos sobre lo que podía ver de la cara impasible de quien le escuchaba, el señor Beeson estalló, casi con fiereza:

—¿Dársela? Mire, no tengo ninguna intención de molestar a nadie pidiéndole consejo sobre este asunto. Usted me perdonará, estoy seguro (aquí se mostró especialmente persuasivo), pero me he arriesgado a sujetar con clavos esa coleta y he asumido, en cierto modo, la onerosa obligación de conservarla. Por tanto, me es imposible llevar a cabo su considerada sugerencia.

»¿Es que me toma usted por un pelele?

Nada podría superar la repentina ferocidad con que hundió este reproche indignado en el oído de su invitado. Era como si le hubiera golpeado en la cara con un guantelete de acero. Se trataba de una protesta, pero también de un desafío. Ser confundido con un cobarde, ser tomado por un pelele: estas dos expresiones son la misma. A veces es un chino. «¿Es que me toma usted por un chino?», es una pregunta que se hace con frecuencia a los que mueren bruscamente.

La bofetada del señor Beeson no tuvo ningún efecto, y tras una pausa durante la cual el viento estuvo resonando en la chimenea como si echaran terrones de tierra sobre un ataúd, prosiguió:

—Aunque, como usted dice, está acabando conmigo. Siento que mi vida durante los dos últimos años ha sido un completo error, un error que se corrige a sí mismo; ya ve cómo. ¡La tumba! No; no hay quien la cave. El terreno también está helado. Pero sea usted bienvenido. Aunque no es importante, puede usted decirlo en Bentley’s. Sí, fue difícil cortarla: suelen colocar seda trenzada dentro de sus coletas. Uaagh.

El señor Beeson hablaba con los ojos cerrados mientras paseaba de un lado a otro. Su última palabra fue un ronquido. Al cabo de un rato, respiró hondo, abrió los ojos haciendo un esfuerzo y, tras un simple comentario, se quedó profundamente dormido. Lo que dijo fue lo siguiente:

—¡Están robando mis cenizas!

Entonces el extraño anciano, que no había dicho una palabra desde su llegada, se levantó del asiento y, pausadamente, se quitó la ropa de abrigo, dejando ver una figura en ropa interior de lana tan delgada como la de la difunta Signorina Festorazzi, una mujer irlandesa de seis pies de altura y cincuenta y seis libras de peso, que solía exhibirse en camisola ante la gente de San Francisco. Luego, después de haber situado un revólver a mano según la costumbre de la región, se metió en uno de los camastros. Lo había cogido de una repisa, y era el revólver que el señor Beeson había mencionado y por el que había vuelto al barranco dos años antes.

El señor Beeson se despertó al cabo de un rato y, al ver que su invitado se había retirado, hizo lo mismo. Pero antes se acercó al largo y trenzado mechón pagano y le dio un fuerte tirón para asegurarse de que estaba bien sujeto. Las dos camas (meras tablas cubiertas con mantas no muy limpias) estaban situadas una frente a la otra en sendos extremos de la habitación, y la pequeña trampilla cuadrada que daba acceso a la tumba del chino quedaba entre ellas. Ésta, por cierto, estaba atravesada por una doble fila de clavos. En su resistencia a lo sobrenatural, el señor Beeson no había olvidado tomar precauciones materiales.

El fuego había languidecido y sus llamas azuladas y mortecinas centelleaban de vez en cuando proyectando sombras espectrales en las paredes; sombras que deambulaban misteriosamente, separándose o juntándose. Sin embargo, la sombra de la coleta, suspendida del tejado en el extremo más alejado de la habitación, permanecía melancólica y distante, como si fuera una llamada de admiración. El susurro de los pinos en el exterior había aumentado hasta alcanzar la dignidad de un himno triunfal. En los momentos de pausa el silencio era espantoso.

Fue precisamente en uno de esos momentos cuando la trampilla del suelo comenzó a levantarse. Se iba alzando lenta pero ininterrumpidamente, del mismo modo que la embozada cabeza del anciano se elevaba del camastro para verla. Entonces, con un golpetazo que estremeció la casa hasta los cimientos, fue lanzada completamente hacia atrás y se quedó con las puntas de los clavos, horrorosas y amenazantes, hacia arriba. El señor Beeson se despertó y, sin levantarse, se tapó los ojos con los dedos. Temblaba; los dientes le rechinaban. Su invitado descansaba sobre un codo mientras observaba la evolución de los hechos con los anteojos, que relucían como lámparas.

De pronto, el bramido de una ráfaga de viento se precipitó por la chimenea, desparramando cenizas y humo en todas direcciones y dejando la habitación a oscuras durante un rato. Cuando el fuego de la chimenea volvió a iluminar la habitación, se pudo ver, sentado calladamente en el borde de un taburete que había junto al hogar, a un hombre pequeño, de tez morena, aspecto agradable y vestido con buen gusto, que asentía en dirección al anciano con una sonrisa amigable y simpática. «De San Francisco, claro está», pensó el señor Beeson, que había conseguido recuperarse del susto e intentaba buscar una solución a aquellos acontecimientos nocturnos.

Pero en ese momento apareció otro actor en escena. Desde el negro agujero cuadrado que había en medio del suelo surgió la cabeza del difunto chino que, con ojos vidriosos y concentrado en la coleta que pendía sobre él, dirigió desde sus pronunciadas hendiduras la mirada hacia arriba con un gesto de ansiedad indescriptible. El señor Beeson emitió un gemido y volvió a cubrirse la cara con las manos. Un suave olor a opio inundaba la habitación. El fantasma, vestido sólo con una corta túnica azul de seda acolchada, cubierta del moho de la sepultura, se incorporó lentamente, como impulsado por un débil resorte. Tenía las rodillas a nivel del suelo cuando, tras dar un rápido salto hacia arriba semejante al de una llama que arde de repente, estiró el cuerpo, agarró la coleta con las dos manos y mordió la punta con sus horribles dientes amarillos. Así quedó colgado, con aparente frenesí y sin emitir sonido alguno; gesticulaba de un modo espantoso, saltando y hundiéndose una y otra vez en sus esfuerzos por desenganchar su propiedad de la viga. Era como un cadáver convulsionado artificialmente por medio de una batería eléctrica. ¡El contraste entre su actividad sobrehumana y su silencio resultaba horroroso!

El señor Beeson se encogió en la cama. El hombrecillo de tez morena descruzó las piernas, dio con impaciencia unos cuantos golpes con la punta de la bota y consultó su pesado reloj de oro. El anciano se incorporó y cogió el revólver con sigilo.

¡Bang!

Como un cuerpo que se desploma en la horca, el chino se hundió pesadamente en el agujero oscuro, con la coleta entre los dientes. La trampilla giró y se cerró de un fuerte golpe. El hombrecillo de San Francisco dio un ágil brinco desde su taburete, atrapó con el sombrero algo en el aire, como un niño caza una mariposa, y desapareció por la chimenea como si hubiera sido succionado.

A través de la puerta abierta, desde algún lugar lejano en la oscuridad llegó un grito débil y distante, un lamento de sollozos, parecido al de un niño estrangulado en el desierto, o al de un alma perdida capturada por el Adversario. Aunque pudo haber sido el coyote.

Durante los primeros días de la primavera siguiente, un grupo de mineros que se dirigía hacia las nuevas explotaciones pasó por el barranco y, al recorrer las cabañas abandonadas, encontraron en una el cuerpo de Hiram Beeson, tendido sobre un catre, y con un agujero de bala en el corazón. La bala había sido disparada, evidentemente, desde el otro extremo de la habitación, pues en una de las vigas superiores de roble había una pequeña abolladura de color azul: la bala había dado en un nudo de la madera y se había desviado posteriormente hacia abajo hasta alcanzar el pecho de la víctima. Sujeto fuertemente a la misma viga, se encontraba lo que parecía ser el extremo de una trenza de pelo de caballo, que había sido segada por la bala en su trayectoria. No se descubrió nada más de interés, salvo unas ropas mohosas y estrafalarias, de las que varias prendas fueron después identificadas por testigos respetables como las que llevaban ciertos ciudadanos del Barranco del Muerto cuando fueron enterrados años antes. Pero no es fácil comprender cómo pudo ocurrir eso, a menos que, claro está, las prendas hubieran sido utilizadas como disfraz por la misma Muerte, lo que resulta difícil de creer.

AL OTRO LADO DE LA PARED

Hace muchos años, cuando iba de Hong Kong a Nueva York pasé una semana en San Francisco. Hacía mucho tiempo que no había estado en esa ciudad y durante todo aquel periodo mis negocios en Oriente habían prosperado más de lo que esperaba. Como era rico, podía permitirme volver a mi país para restablecer la amistad con los compañeros de juventud que aún vivían y me recordaban con afecto. El más importante para mí era Mohum Dampier, un antiguo amigo del colegio con quien había mantenido correspondencia irregular hasta que dejamos de escribirnos, cosa muy normal entre hombres. Es fácil darse cuenta de que la escasa disposición a redactar una sencilla carta de tono social está en razón del cuadrado de la distancia entre el destinatario y el remitente. Se trata, simple y llanamente, de una ley.

Recordaba a Dampier como un compañero, fuerte y bien parecido, con gustos semejantes a los míos, que odiaba trabajar y mostraba una señalada indiferencia hacia muchas de las cuestiones que suelen preocupar a la gente; entre ellas la riqueza, de la que, sin embargo, disponía por herencia en cantidad suficiente como para no echar nada en falta. En su familia, una de las más aristocráticas y conocidas del país, se consideraba un orgullo que ninguno de sus miembros se hubiera dedicado al comercio o a la política, o hubiera recibido distinción alguna. Mohum era un poco sentimental y su carácter supersticioso le hacía inclinarse al estudio de temas relacionados con el ocultismo. Afortunadamente gozaba de una buena salud mental que le protegía contra creencias extravagantes y peligrosas. Sus incursiones en el campo de lo sobrenatural se mantenían dentro de la región conocida y considerada como certeza.

La noche que le visité había tormenta. El invierno californiano estaba en su apogeo: una lluvia incesante regaba las calles desiertas y, al ser empujada por irregulares ráfagas de viento, se precipitaba contra las casas con una fuerza increíble. El cochero encontró el lugar, una zona residencial escasamente poblada cerca de la playa, con dificultad. La casa, bastante fea, se elevaba en el centro de un terreno en el que, según pude distinguir en la oscuridad, no había ni flores ni hierba. Tres o cuatro árboles, que se combaban y crujían a causa del temporal, parecían intentar huir de su tétrico entorno en busca de mejor fortuna, lejos, en el mar. La vivienda era una estructura de dos pisos, hecha de ladrillo, que tenía una torre en una esquina, un piso más arriba. Era la única zona iluminada. La apariencia del lugar me produjo cierto estremecimiento, sensación que se vio aumentada por el chorro de agua que sentía caer por la espalda mientras corría a buscar refugio en el portal.

Dampier, en respuesta a mi misiva informándole de mi deseo de visitarle, había contestado: «No llames, abre la puerta y sube». Así lo hice. La escalera estaba pobremente iluminada por una luz de gas que había al final del segundo tramo. Conseguí llegar al descansillo sin destrozar nada y atravesé una puerta que daba a la iluminada estancia cuadrada de la torre. Dampier, en bata y zapatillas, se acercó, tal y como yo esperaba, a saludarme, y aunque en un principio pensé que me podría haber recibido más adecuadamente en el vestíbulo, después de verle, la idea de su posible inhospitalidad desapareció.

No parecía el mismo. A pesar de ser de mediana edad, tenía canas y andaba bastante encorvado. Le encontré muy delgado; sus facciones eran angulosas, y su piel, arrugada y pálida como la muerte, no tenía un solo toque de color. Sus ojos, excepcionalmente grandes, centelleaban de un modo misterioso.

Me invitó a sentarme y, tras ofrecerme un cigarro, manifestó con sinceridad obvia y solemne que estaba encantado de verme. Después tuvimos una conversación trivial durante la cual me sentí dominado por una profunda tristeza al ver el gran cambio que había sufrido. Debió captar mis sentimientos porque inmediatamente dijo, con una gran sonrisa:

—Te he desilusionado: non sum qualis eram.

Aunque no sabía qué decir, al final señalé:

—No, qué va, bueno, no sé: tu latín sigue igual que siempre.

Sonrió de nuevo.

—No —dijo—, al ser una lengua muerta, esta particularidad va aumentando. Pero, por favor, ten paciencia y espera: existe un lenguaje mejor en el lugar al que me dirijo. ¿Tendrías algún inconveniente en recibir un mensaje en dicha lengua?

Mientras hablaba su sonrisa iba desapareciendo, y cuando terminó, me miró a los ojos con una seriedad que me produjo angustia. Sin embargo, no estaba dispuesto a dejarme llevar por su actitud ni a permitirle que descubriera lo profundamente afectado que me encontraba por su presagio de muerte.

—Supongo que pasará mucho tiempo antes de que el lenguaje humano deje de sernos útil —observé—, y para entonces su necesidad y utilidad habrán desaparecido.

Mi amigo no dijo nada y, como la conversación había tomado un giro desalentador y no sabía qué decir para darle un tono más agradable, también yo permanecí en silencio. De repente, en un momento en que la tormenta amainó y el silencio mortal contrastaba de un modo sobrecogedor con el estruendo anterior, oí un suave golpeteo que provenía del muro que tenía a mis espaldas. El sonido parecía haber sido producido por una mano, pero no como cuando se llama a una puerta para poder entrar, sino más bien como una señal acordada, como una prueba de la presencia de alguien en una habitación contigua; creo que la mayoría de nosotros ha tenido más experiencias de este tipo de comunicación de las que nos gustaría contar. Miré a Dampier. Si había algo divertido en mi mirada no debió captarlo. Parecía haberme olvidado y observaba la pared con una expresión que no soy capaz de definir, aunque la recuerdo como si la estuviera viendo. La situación era desconcertante. Me levanté con intención de marcharme; entonces reaccionó.

—Por favor, vuelve a sentarte —dijo—, no ocurre nada, no hay nadie ahí.

El golpeteo se repitió con la misma insistencia lenta y suave que la primera vez.

—Lo siento —dije—, es tarde. ¿Quieres que vuelva mañana?

Volvió a sonreír, esta vez un poco mecánicamente.

—Es muy gentil por tu parte, pero completamente innecesario. Te aseguro que ésta es la única habitación de la torre y no hay nadie ahí. Al menos…

Dejó la frase sin terminar, se levantó y abrió una ventana, única abertura que había en la pared de la que provenía el ruido.

—Mira.

Sin saber qué otra cosa podía hacer, le seguí hasta la ventana y me asomé. La luz de una farola cercana permitía ver claramente, a través de la oscura cortina de agua que volvía a caer a raudales, que «no había nadie». Ciertamente, no había otra cosa que la pared totalmente desnuda de la torre.

Dampier cerró la ventana, señaló mi asiento y volvió a tomar posesión del suyo.

El incidente no resultaba en sí especialmente misterioso; había una docena de explicaciones posibles (ninguna de las cuales se me ha ocurrido todavía). Sin embargo, me impresionó vivamente el hecho de que mi amigo se esforzara por tranquilizarme, pues ello daba al suceso una cierta importancia y significación. Había demostrado que no había nadie, pero precisamente eso era lo interesante. Y no lo había explicado todavía. Su silencio resultaba irritante y ofensivo.

—Querido amigo —dije, me temo que con cierta ironía—, no estoy dispuesto a poner en cuestión tu derecho a hospedar a todos los espectros que desees de acuerdo con tus ideas de compañerismo; no es de mi incumbencia. Pero como sólo soy un simple hombre de negocios, fundamentalmente terrenales, no tengo necesidad alguna de espectros para sentirme cómodo y tranquilo. Por ello, me marcho a mi hotel, donde los huéspedes aún son de carne y hueso.

No fue una alocución muy cortes, lo sé, pero mi amigo no manifestó ninguna reacción especial hacia ella.

—Te ruego que no te vayas —observó—. Agradezco mucho tu presencia. Admito haber escuchado un par de veces con anterioridad lo que tú acabas de oír esta noche. Ahora sé que no eran ilusiones mías y esto es verdaderamente importante para mí; más de lo que te imaginas. Enciende un buen cigarro y ármate de paciencia mientras te cuento toda la historia.

La lluvia volvía a arreciar, produciendo un rumor monótono, que era interrumpido de vez en cuando por el repentino azote de las ramas agitadas por el viento. Era bastante tarde, pero la compasión y la curiosidad me hicieron seguir con atención el monólogo de Dampier, a quien no interrumpí ni una sola vez desde que empezó a hablar.

—Hace diez años —comenzó—, estuve viviendo en un apartamento, en la planta baja de una de las casas adosadas que hay al otro lado de la ciudad, en Rincón Hill. Esa zona había sido una de las mejores de San Francisco, pero había caído en desgracia, en parte por el carácter primitivo de su arquitectura, no apropiada para el gusto de nuestros ricos ciudadanos, y en parte porque ciertas mejoras públicas la habían afeado. La hilera de casas, en una de las cuales yo habitaba, estaba un poco apartada de la calle; cada vivienda tenía un diminuto jardín, separado del de los vecinos por unas cercas de hierro y dividido con precisión matemática por un paseo de gravilla bordeado de bojes, que iba desde la verja a la puerta.

»Una mañana, cuando salía, vi a una chica joven entrar en el jardín de la casa izquierda. Era un caluroso día de junio y llevaba un ligero vestido blanco. Un ancho sombrero de paja decorado al estilo de la época, con flores y cintas, colgaba de sus hombros. Mi atención no estuvo mucho tiempo centrada en la exquisita sencillez de sus ropas, pues resultaba imposible mirarla a la cara sin advertir algo sobrenatural. Pero no, no temas; no voy a deslucir su imagen describiéndola. Era sumamente bella. Toda la hermosura que yo había visto o soñado con anterioridad encontraba su expresión en aquella inigualable imagen viviente, creada por la mano del Artista Divino. Me impresionó tan profundamente que, sin pensar en lo impropio del acto, descubrí mi cabeza, igual que haría un católico devoto o un protestante de buena familia ante la imagen de la Virgen. A la doncella no parecía disgustarle mi gesto; me dedicó una mirada con sus gloriosos ojos oscuros que me dejó sin aliento, y, sin más, entró en la casa. Permanecí inmóvil por un momento, con el sombrero en la mano, consciente de mi rudeza y tan dominado por la emoción que la visión de aquella belleza incomparable me inspiraba, que mi penitencia resultó menos dolorosa de lo que debería haber sido. Entonces reanudé mi camino, pero dejé el corazón en aquel lugar. Cualquier otro día habría permanecido fuera de casa hasta la caída de la noche, pero aquél, a eso de la media tarde, ya estaba de vuelta en el jardín, interesado por aquellas pocas flores sin importancia que nunca antes me había detenido a observar. Mi espera fue en vano; la chica no apareció.

»A aquella noche de inquietud le siguió un día de expectación y desilusión. Pero al día siguiente, mientras caminaba por el barrio sin rumbo, me la encontré. Desde luego no volví a hacer la tontería de descubrirme; ni siquiera me atreví a dedicarle una mirada demasiado larga para expresar mi interés. Sin embargo, mi corazón latía aceleradamente. Tenía temblores y, cuando me dedicó con sus grandes ojos negros una mirada de evidente reconocimiento, totalmente desprovista de descaro o coquetería, me sonrojé.

»No te cansaré con más detalles; sólo añadiré que volví a encontrármela muchas veces, aunque nunca le dirigí la palabra ni intenté llamar su atención. Tampoco hice nada por conocerla. Tal vez mi autocontrol, que requería un sacrificio tan abnegado, no resulte claramente comprensible. Es cierto que estaba locamente enamorado, pero ¿cómo puede uno cambiar su forma de pensar o transformar el propio carácter?

»Yo era lo que algunos estúpidos llaman, y otros más tontos aún gustan ser llamados, un aristócrata; y, a pesar de su belleza, de sus encantos y elegancia, aquella chica no pertenecía a mi clase. Me enteré de su nombre (no tiene sentido citarlo aquí) y supe algo acerca de su familia. Era huérfana y vivía en la casa de huéspedes de su tía, una gruesa señora de edad, inaguantable, de la que dependía. Mis ingresos eran escasos y no tenía talento suficiente como para casarme; debe de ser una cualidad que nunca he tenido. La unión con aquella familia habría significado llevar su forma de vida, alejarme de mis libros y estudios y, en el aspecto social, descender al nivel de la gente de la calle. Sé que este tipo de consideraciones son fácilmente censurables y no me encuentro preparado para defenderlas. Acepto que se me juzgue, pero, en estricta justicia, todos mis antepasados, a lo largo de generaciones, deberían ser mis codefensores y debería permitírseme invocar como atenuante el mandato imperioso de la sangre. Cada glóbulo de ella está en contra de un enlace de este tipo. En resumen, mis gustos, costumbres, instinto e incluso la sensatez que pueda quedarme después de haberme enamorado, se vuelven contra él. Además, como soy un romántico incorregible, encontraba un encanto exquisito en una relación impersonal y espiritual que el conocimiento podría convertir en vulgar, y el matrimonio con toda seguridad disiparía. Ninguna criatura, argüía yo, podría ser más encantadora que esta mujer. El amor es un sueño delicioso; entonces, ¿por qué razón iba yo a procurar mi propio despertar?

»El comportamiento que se deducía de toda esta apreciación y parecer era obvio. Mi honor, orgullo y prudencia, así como la conservación de mis ideales me ordenaban huir, pero me sentía demasiado débil para ello. Lo más que podía hacer —y con gran esfuerzo— era dejar de ver a la chica, y eso fue lo que hice. Evité incluso los encuentros fortuitos en el jardín. Abandonaba la casa sólo cuando sabía que ella ya se había marchado a sus clases de música, y volvía después de la caída de la noche. Sin embargo, era como si estuviera en trance; daba rienda suelta a las imaginaciones más fascinantes y toda mi vida intelectual estaba relacionada con ellas. ¡Ah, querido amigo! Tus acciones tienen una relación tan clara con la razón que no puedes imaginarte el paraíso de locura en el que viví.

»Una tarde, el diablo me hizo ver que era un idiota redomado. A través de una conversación desordenada, y sin buscarlo, me enteré por la cotilla de mi casera que la habitación de la joven estaba al lado de la mía, separada por una pared medianera. Llevado por un impulso torpe y repentino, di unos golpecitos suaves en la pared. Evidentemente, no hubo respuesta, pero no tuve humor suficiente para aceptar un rechazo. Perdí la cordura y repetí esa tontería, esa infracción, que de nuevo resultó inútil, por lo que tuve el decoro de desistir.

»Una hora más tarde, mientras estaba concentrado en algunos de mis estudios sobre el infierno, oí, o al menos creí oír, que alguien contestaba a mi llamada. Dejé caer los libros y de un salto me acerqué a la pared donde, con toda la firmeza que mi corazón me permitía, di tres golpes. La respuesta fue clara y contundente: uno, dos, tres, una exacta repetición de mis toques. Eso fue todo lo que pude conseguir, pero fue suficiente; demasiado, diría yo.

»Aquella locura continuó a la tarde siguiente, y en adelante durante muchas tardes, y siempre era yo quien tenía la última palabra. Durante todo aquel tiempo me sentí completamente feliz, pero, con la terquedad que me caracteriza, me mantuve en la decisión de no ver a la chica. Un día, tal y como era de esperar, sus contestaciones cesaron. «Está enfadada —me dije — porque cree que soy tímido y no me atrevo a llegar más lejos»; entonces decidí buscarla y conocerla y… Bueno, ni supe entonces ni sé ahora lo que podría haber resultado de todo aquello. Sólo sé que pasé días intentando encontrarme con ella, pero todo fue en vano. Resultaba imposible verla u oírla. Recorrí infructuosamente las calles en las que antes nos habíamos cruzado; vigilé el jardín de su casa desde mi ventana, pero no la vi entrar ni salir. Profundamente abatido, pensé que se había marchado; pero no intenté aclarar mi duda preguntándole a la casera, a la que tenía una tremenda ojeriza desde que me habló de la chica con menos respeto del que yo consideraba apropiado.

»Y llegó la noche fatídica. Rendido por la emoción, la indecisión y el desaliento, me acosté temprano y conseguí conciliar un poco el sueño. A medianoche hubo algo, un poder maligno empeñado en acabar con mi paz para siempre, que me despertó y me hizo incorporarme para prestar atención a no sé muy bien qué. Me pareció oír unos ligeros golpes en la pared: el fantasma de una señal conocida. Un momento después se repitieron: uno, dos, tres, con la misma intensidad que la primera vez, pero ahora un sentido alerta y en tensión los recibía. Estaba a punto de contestar cuando el Enemigo de la Paz intervino de nuevo en mis asuntos con una picara sugerencia de venganza. Como ella me había ignorado cruelmente durante mucho tiempo, yo le pagaría con la misma moneda. ¡Qué tontería!

¡Que Dios sepa perdonármela! Durante el resto de la noche permanecí despierto, escuchando y reforzando mi obstinación con cínicas justificaciones.

»A la mañana siguiente, tarde, al salir de casa me encontré con la casera, que entraba:

»—Buenos días, señor Dampier —dijo—; ¿se ha enterado usted de lo que ha pasado?

»Le dije que no, de palabra, pero le di a entender con el gesto que me daba igual lo que fuera. No debió captarlo porque continuó:

»—A la chica enferma de al lado. ¿Cómo? ¿No ha oído nada? Llevaba semanas enferma y ahora…

»Casi salto sobre ella.

»—Y ahora… —grité—, y ahora ¿qué?

»—Está muerta.

»Pero aún hay algo más. A mitad de la noche, según supe más tarde, la chica se había despertado de un largo estupor, tras una semana de delirio, y había pedido —éste fue su último deseo— que llevaran su cama al extremo opuesto de la habitación. Los que la cuidaban consideraron la petición un desvarío más de su delirio, pero accedieron a ella. Y en ese lugar aquella pobre alma agonizante había realizado la débil aspiración de intentar restaurar una comunicación rota, un dorado hilo de sentimiento entre su inocencia y mi vil monstruosidad, que se empeñaba en profesar una lealtad brutal y ciega a la ley del ego.

»¿Cómo podía reparar mi error? ¿Se pueden decir misas por el descanso de almas que, en noches como ésta, están lejos, «por espíritus que son llevados de acá para allá por vientos caprichosos», y que aparecen en la tormenta y la oscuridad con signos y presagios que sugieren recuerdos y augurios de condenación?

»Ésta ha sido su tercera visita. La primera vez fui escéptico y verifiqué por métodos naturales el carácter del incidente; la segunda, respondí a los golpes, varias veces repetidas, pero sin resultado alguno. Esta noche se completa la «tríada fatal» de la que habla Parapelius Necromantius. Es todo lo que puedo decir.

Cuando hubo terminado su relato no encontré nada importante que decir, y preguntar habría sido una impertinencia terrible. Me levanté y le di las buenas noches de tal forma que pudiera captar la compasión que sentía por él; en señal de agradecimiento me dio un silencioso apretón de manos.

Aquella noche, en la soledad de su tristeza y remordimiento, entró en el reino de lo Desconocido.

UN NAUFRAGIO PSICOLÓGICO

En el verano de 1874 me encontraba en Liverpool, donde había ido en viaje de negocios representando a la sociedad mercantil Bronson & Jarret de Nueva York. Mi nombre es William Jarret, y el de mi socio era Zenas Bronson. La compañía quebró el año pasado y Bronson, incapaz de soportar el salto de la opulencia a la pobreza, murió.

Una vez concluidos mis asuntos financieros y viendo cercana una crisis de agotamiento y desaliento, decidí que una larga travesía marítima podría resultar al mismo tiempo agradable y beneficiosa para mí; por ello, en vez de embarcarme a la vuelta en uno de aquellos excelentes buques de pasajeros, hice una reserva para Nueva York en el velero Morrow, donde había hecho cargar una abundante y valiosa remesa de los artículos que había comprado. El Morrow era un barco inglés dotado con pocos camarotes para pasajeros, entre los que sólo nos contábamos yo y una joven con su doncella, una mujer negra de mediana edad. Me pareció extraño que una joven inglesa viajara tan bien atendida, pero ella me explicó más tarde que la doncella había estado al servicio de un matrimonio de Carolina del Sur, y que fue recogida por su familia al morir ambos cónyuges el mismo día en casa de su padre, en Devonshire. Dicha circunstancia, por su rareza, permanecería en mi memoria con bastante claridad, aunque no hubiera salido a relucir en una posterior conversación con la joven dama que el marido se llamaba William Jarret, igual que yo. Sabía que una rama de mi familia se había establecido en Carolina del Sur, pero desconocía completamente su historia y lo que había sido de ellos.

El Morrow partió del estuario del río Mersey el 15 de junio y durante varias semanas tuvimos brisas ligeras y cielos cubiertos. El patrón del barco, un marinero admirable (pero nada más), no nos ofreció, salvo a la hora de comer, demasiada hospitalidad, por lo que la joven señorita Janette Harford y yo hicimos amistad enseguida. A decir verdad, estábamos casi siempre juntos y, con una disposición de ánimo introspectiva, procuré varias veces analizar y definir el sentimiento novelesco que me inspiraba: una atracción secreta y sutil, pero poderosa, que me impulsaba constantemente a buscarla. Mis intentos fueron vanos. Sólo pude asegurarme de que, al menos, no se trataba de amor. Una vez convencido de esto y confiando en que ella me era bastante incondicional, una tarde (recuerdo que era el 3 de julio), mientras estábamos sentados en cubierta, me aventuré a preguntarle entre risas si podría ayudarme a resolver una duda psicológica.

Al principio se quedó callada, mirando hacia otro lado. Empecé a temer que había sido extremadamente descortés e inoportuno. Pero entonces clavó su mirada solemne sobre la mía. En un instante mi mente se vio dominada por una ilusión extraña y nunca registrada en la consciencia humana. Daba la impresión de que me miraba, desde una lejanía inconmensurable, no con sino a través de sus ojos, y que otras personas, hombres, mujeres y niños, en cuyos rostros creí ver efímeras expresiones extrañamente familiares, se arremolinaban a su alrededor, pugnando todos, con una ligera impaciencia, por mirarme a través de las mismas órbitas. El barco, el océano, el cielo: todo había desaparecido. No era consciente más que de las figuras de esa extraordinaria y fantástica escena. Entonces, de repente, una profunda oscuridad se abatió sobre mí, y desde ella y poco a poco, como quien se va acostumbrando despacio a una luz más débil, el entorno anterior de la cubierta, el mástil y las jarcias, fue reapareciendo lentamente ante mi vista. La señorita Harford, que había cerrado los ojos y parecía estar dormida, seguía sentada en su silla con el libro que había estado leyendo abierto sobre su regazo. Impulsado por no sé qué motivo, me fijé en la parte superior de la página; era un ejemplar de una obra rara y curiosa, Las meditaciones de Denneker, y el dedo índice de la dama descansaba sobre este pasaje:

«A todos y a cada uno se les concede alejarse y separarse del cuerpo una temporada; porque, igual que en los riachuelos que confluyen uno en otro, el más débil es arrastrado por el más fuerte, existen ciertos parientes cuyos caminos se entrecruzan y sus almas guardan relación mientras sus cuerpos siguen caminos anteriormente fijados, sin que lo sepan».

La señorita Harford se despertó temblando; el sol se había ocultado tras el horizonte, pero no hacía frío. Tampoco hacía nada de viento ni había nubes en el cielo; sin embargo, no se veía una estrella. Unos pasos precipitados resonaron fuertemente sobre la cubierta; el capitán, al que habían hecho subir, se reunió junto al barómetro con el primer oficial. «¡Dios mío!», le oí exclamar.

Una hora más tarde, la figura de Janette Harford, invisible en medio de la oscuridad y la espuma, me fue arrebatada de las manos por el vórtice cruel del barco al hundirse, mientras yo perdía el conocimiento entre las jarcias del mástil flotante al que me había amarrado.

Me despertó la luz de una lámpara. Yacía en una litera rodeado por el característico ambiente del camarote de un buque. Frente a mí, un hombre sentado en un canapé y medio desnudo para irse a dormir, leía un libro. Reconocí el rostro de mi amigo Gordon Doyle. Me había encontrado con él el día que me embarqué en Liverpool, cuando estaba a punto de subir al buque Ciudad de Praga, y me había pedido encarecidamente que le acompañara en él.

Pasados unos instantes, pronuncié su nombre. Él se limitó a decir «bien», y pasó la hoja del libro sin apartar la vista de la página.

—Doyle —repetí—, ¿la salvaron a ella?

Entonces se dignó mirarme y sonrió divertido. Evidentemente creyó que estaba medio dormido.

—¿A ella? ¿A quién te refieres?

—A Janette Harford.

Su diversión se convirtió en asombro; me miró fijamente, sin decir nada.

—Me lo dirás dentro de un rato —proseguí—; supongo que me lo dirás dentro de un rato.

Un momento después pregunté:

—¿Qué barco es éste?

Doyle volvió a mirarme fijamente.

—El Ciudad de Praga, que partió de Liverpool con rumbo a Nueva York y lleva tres semanas de travesía con el eje de una hélice roto. Principal pasajero: el señor Gordon Doyle; ídem lunático: el señor William Jarret. Estos dos distinguidos viajeros embarcaron juntos, pero están a punto de separarse, siendo la decisión irrevocable del primero tirar por la borda al segundo.

Me incorporé de repente.

—¿Quieres decir que llevo tres semanas como pasajero de este barco?

—Sí, casi tres. Hoy es 3 de julio.

—¿Es que he estado enfermo?

—Sano como una manzana y siempre puntual en las comidas.

—¡Dios santo! Doyle, aquí hay algún misterio. Por favor, te ruego que seas serio. ¿No fui rescatado del naufragio del velero Morrou?

A Doyle le cambió el color, se acercó a mí y me cogió por la muñeca. Al rato preguntó con calma:

—¿Qué sabes de Janette Harford?

—Primero dime qué sabes tú.

El señor Doyle me observó durante unos instantes como si estuviera pensando qué hacer. Después se volvió a sentar en el canapé y dijo:

—¿Por qué no? Estoy comprometido con Janette Harford, a la que conocí hace un año en Londres. Su familia, una de las más ricas de Devonshire, se ofendió por ello y nos fugamos, o mejor dicho, estamos fugándonos, porque el día que tú y yo nos dirigíamos al embarcadero para subir a este barco, ella y su fiel doncella, una mujer negra, nos adelantaron y se dirigieron al velero Morrow. No consintió que fuéramos en el mismo barco y creyó más oportuno embarcar en un velero para evitar que nos vieran y reducir el riesgo de ser descubiertos. Ahora estoy muy preocupado porque esa maldita rotura de nuestra maquinaria puede que nos retrase tanto que el Morrow llegue a Nueva York antes que nosotros y, en ese caso, la pobre chica no sabrá dónde ir.

Me quedé quieto en la litera, tan quieto que apenas respiraba. Pero el asunto no parecía desagradar a Doyle pues, tras una breve pausa, continuó:

—A propósito, ella es sólo hija adoptiva de los Harford. Su madre murió en su tierra al caer de un caballo durante una cacería, y su padre, loco de tristeza, se suicidó el mismo día. Nadie reclamó a la niña y los Harford la adoptaron después de un tiempo razonable. Aunque ella ha crecido en la creencia de que es su hija.

—Doyle, ¿qué libro estás leyendo?

—Oh, se llama Las meditaciones de Denneker. Es muy raro; Janette me lo dio. Por casualidad tenía dos ejemplares. ¿Quieres verlo?

Me arrojó el volumen, que se abrió al caer. En una de las páginas había un pasaje subrayado:

«A todos y a cada uno se les concede alejarse y separarse del cuerpo una temporada; porque, igual que en los riachuelos que confluyen uno en otro, el más débil es arrastrado por el más fuerte, existen ciertos parientes cuyos caminos se entrecruzan y sus almas guardan relación mientras sus cuerpos siguen caminos anteriormente fijados, sin que lo sepan».

—Tenía, es decir, tiene, un gusto muy singular a la hora de leer —conseguí decir, dominando mi nerviosismo.

—Sí. Tal vez ahora tengas la amabilidad de explicarme cómo llegaste a conocer su nombre y el del velero en que se embarcó.

—Te oí hablar de ellos en sueños —señalé.

Una semana después atracamos en el puerto de Nueva York. Pero del Morrow nunca se volvió a saber nada.

EL DEDO CORAZÓN DEL PIE DERECHO

I

Es bien sabido que la vieja casa Mantón está hechizada. En toda la zona rural que la rodea, e incluso en la ciudad de Marshall, situada a una milla de distancia, no hay una sola persona de mente imparcial que tenga la menor duda al respecto; la incredulidad se limita a esas personas que recibirán el término de «chifladas» en cuanto esta útil palabra haya penetrado en la esfera intelectual del Advance de Marshall. La evidencia de que la casa está hechizada es doble: el testimonio de testigos desinteresados que han aportado la prueba ocular, y el de la propia casa. Los primeros pueden ser rechazados por cualquiera de las diversas objeciones que se le ocurra plantear al ingenuo; pero los hechos que están al alcance de la observación de todos son materiales y pueden controlarse.

En primer lugar, la casa Mantón no ha sido ocupada por los mortales desde hace más de diez años, y junto con sus edificios exteriores está entrando lentamente en decadencia: circunstancia que, por sí sola, nadie en su sano juicio se aventuraría a ignorar. Está un poco alejada del tramo más solitario de la carretera que une Marshall con Harriston, en un claro que en otro tiempo fue una granja, y sigue desfigurado por secciones de valla podrida y medio cubierta por zarzas que antaño cercaba un suelo estéril y pedregoso que hace ya muchísimo tiempo que no sabe lo que es un arado. La casa se encuentra en condiciones tolerablemente buenas, aunque muy despintada por el tiempo y con una gran necesidad de atención del vidriero, ya que la población masculina infantil de la región ha dado pruebas, de la manera que le es habitual, de su desaprobación a esa casa sin habitantes. Tiene una altura de dos pisos, es de planta casi cuadrada y la fachada delantera está traspasada por una sola puerta flanqueada a cada lado por una ventana, totalmente recubiertas ambas de tablones. Las ventanas correspondientes del piso superior, que no están protegidas, permiten la entrada de la luz y la lluvia en las habitaciones del segundo piso. Hierbas buenas y malas crecen a su antojo por todas partes, y algunos árboles de sombra, algo estropeados por el viento, se inclinan todos en la misma dirección, dando la impresión de que estuvieran haciendo un esfuerzo concertado por escapar de allí. En resumen, tal como el humorista de la ciudad de Marshall explicaba en las columnas del Advance, «la proposición de que la casa Mantón está hechizada es la única conclusión lógica que puede obtenerse». El hecho de que fuera en aquella misma morada donde al señor Mantón le pareció adecuado una noche de hace unos diez años levantarse y cortarle la garganta a su esposa y a sus dos hijos pequeños, yéndose a vivir enseguida a otra parte del país, tiene sin duda su parte de responsabilidad en el hecho de que a la atención pública el lugar le parezca adecuado para los fenómenos sobrenaturales.

Una tarde de verano llegaron a la casa cuatro hombres montados en una carreta. Tres de ellos se bajaron enseguida, y el que iba conduciendo ató la yunta al único poste que quedaba de lo que había sido una valla. El cuarto permaneció sentado en el carro.

—Vamos —dijo uno de sus compañeros acercándose a él, mientras los otros dos se dirigían a la casa—. Éste es el lugar.

—¡Dios mío! —respondió sin moverse el otro—. Esto es una broma y me parece que están todos en el ajo.

—Quizá yo lo esté —contestó el otro mirándole directamente a la cara y hablándole con un tono que tenía algo de desprecio—. Pero recordará que la elección del lugar se la dejaba a los otros con su consentimiento. Claro que si tiene miedo de los espectros…

—Yo no le tengo miedo a nada —le interrumpió el otro con un juramento antes de saltar al suelo. Los dos se unieron a los otros en la puerta, que uno de ellos había abierto ya con cierta dificultad porque la cerradura estaba oxidada. Entraron todos. Dentro estaba oscuro, pero el que había abierto la puerta sacó una vela y cerillas y la prendió. Abrió después una puerta que tenía a su derecha en cuanto estuvieron en el pasillo. Daba paso a una habitación grande y cuadrada que la vela sólo podía iluminar muy débilmente. El suelo tenía una espesa capa de polvo que ahogaba parcialmente el ruido de sus pisadas. Había telarañas en los ángulos de las paredes y colgando del techo como tiras de un encaje podrido, y que con la agitación del aire que produjo su entrada iniciaron unos movimientos ondulantes. La habitación tenía dos ventanas en los lados, pero desde ninguna de ellas podía verse nada salvo la tosca superficie interior de los tablones clavados a escasos centímetros del cristal. No había chimenea ni muebles; no había nada: aparte de las telarañas y el polvo, los cuatro hombres eran los únicos seres que no formaban parte de la estructura.

Debían de tener un aspecto extraño bajo la luz amarillenta de la vela. El que se había bajado del carro con mayor desgana resultaba especialmente espectacular: casi podría decirse que sensacional. Era de mediana edad, de fuerte constitución, pecho y hombros anchos. Viendo su figura cualquiera habría dicho que tenía la fuerza de un gigante, y si se le miraba a los rasgos de la cara, cualquiera se convencería de que estaba dispuesto a utilizarla como tal. Iba bien afeitado y con el pelo, grisáceo, muy corto. Su frente baja estaba cruzada por arrugas encima de los ojos, que se volvían verticales sobre la nariz. Las cejas, negras y espesas, seguían la misma ley, y sólo un último giro hacia arriba impedía lo que se habría convertido en un punto de contacto. Muy hundidos bajo las cejas, brillando bajo la luz oscura, había unos ojos de color incierto pero evidentemente demasiado pequeños. Su expresión tenía algo formidable que no mejoraba con la boca cruel y las mandíbulas anchas. La nariz estaba, sin embargo, bastante bien, en cuanto que nariz; pero nadie espera demasiado de las narices. Todo lo que tenía de siniestro el rostro de aquel hombre parecía acentuado por una palidez que no era natural: daba la impresión de que careciera totalmente de sangre.

El aspecto de los otros hombres era bastante común: eran personas de esas que uno conoce y se olvida de haber conocido. Todos eran más jóvenes que el hombre que hemos descrito, y entre ellos y el de mayor edad, que se mantenía apartado, no parecía existir ningún sentimiento amable. Evitaban mirarse el uno al otro.

—Caballeros —dijo el hombre que sostenía la vela y las llaves—. Creo que todo está bien. ¿Está dispuesto, señor Rosser?

El hombre que se encontraba apartado del grupo inclinó la cabeza y sonrió.

—¿Y usted, señor Grossmith?

El hombre pesado inclinó la cabeza y frunció el ceño.

—Si me hacen el favor de quitarse las prendas exteriores.

Enseguida se quitaron los sombreros, abrigos, chalecos y pañuelos de cuello, que arrojaron fuera de la puerta, al pasillo. El hombre que llevaba la vela asintió y el cuarto hombre —el que había presionado a Grossmith para que bajara del carro— sacó del bolsillo de su abrigo dos largos machetes de aspecto asesino que extrajo inmediatamente de sus vainas de cuero.

—Son exactamente iguales —dijo dándole a cada uno de los dos personajes principales uno de los cuchillos, pues en ese momento hasta el observador más torpe habría comprendido la naturaleza de la reunión. Iba a ser un duelo a muerte.

Cada luchador cogió un cuchillo, lo examinó críticamente cerca de la vela y comprobó la fuerza de la hoja y del mango sobre su rodilla levantada. Después, el ayudante de cada uno de ellos se dirigió al otro.

—Si le parece bien, señor Grossmith —dijo el hombre que sostenía la luz—, se colocará usted en esa esquina.

Indicó el ángulo de la habitación más alejado de la puerta, y hacia allí se retiró Grossmith, después de que su ayudante se despidiera de él con un apretón de manos que no tenía nada de cordial. En el ángulo más cercano a la puerta se colocó el señor Rosser, y tras una consulta en susurros con su ayudante, éste le dejó y se unió al otro ayudante junto a la puerta. En ese momento se apagó la vela dejando la habitación en una oscuridad profunda. Quizá se debiera a una corriente provocada por la puerta abierta, pero con independencia de cuál fuera la causa, el efecto resultó sorprendente.

—Caballeros —dijo una voz que parecía extrañamente desconocida en esas condiciones alteradas que afectan a las relaciones de los sentidos—: no se moverán hasta que oigan que se ha cerrado la puerta exterior.

Se escucharon sonidos de pisadas, después el de la puerta interior al cerrarse y, finalmente, la puerta exterior, con un golpe que sacudió el edificio entero.

Unos minutos más tarde, el hijo de un granjero que se había retrasado se encontró con un carro ligero que conducían furiosamente hacia la ciudad de Marshall. Afirmó que tras las dos personas del asiento delantero había una tercera, con las manos sobre los hombros inclinados de los otros, quienes parecían luchar en vano para liberarse del tercero. A diferencia de las otras, esa figura iba vestida de blanco y sin la menor duda se había subido al carro cuando éste pasó junto a la casa hechizada. Como el muchacho podía jactarse de haber tenido muchísimas experiencias anteriores en esa zona sobrenatural, su palabra tenía con justicia el peso del testimonio de un experto. La historia (en relación con los acontecimientos del día siguiente) apareció en el Advance, con algunos ligeros embellecimientos literarios y la sugerencia, a modo de conclusión, de que a esos caballeros se les permitiría utilizar las columnas del periódico para dar su versión acerca de la aventura nocturna. Pero nadie reclamó ese privilegio.

II

Los acontecimientos que habían llevado a aquel «duelo en la oscuridad» fueron bastante simples. Una noche, tres jóvenes de la ciudad de Marshall estaban sentados en una tranquila esquina del porche del hotel del pueblo, fumando y discutiendo acerca de los asuntos que es natural interesen a hombres jóvenes y educados de un pueblo del sur. Sus nombres eran King, Sancher y Rosser. A una distancia escasa desde la que era fácil escucharles, pero sin tomar parte en la conversación, se sentaba un cuarto hombre que aquellos tres no conocían. Simplemente sabían que cuando a primera hora de la tarde había llegado en la diligencia, se había registrado en el hotel con el nombre de Robert Grossmith. No se le había visto hablar con nadie salvo con el recepcionista del hotel. Sin embargo, parecía apreciar singularmente su propia compañía; o tal como lo expresó el personnel del Advance, era «muy adicto a las malignas asociaciones». Pero habría que añadir entonces, para hacer justicia al desconocido, que el personnel era de una disposición demasiado alegre como para poder juzgar a alguien diferentemente dotado, y que además había experimentado un ligero rechazo cuando intentó hacerle una «entrevista».

—Odio cualquier tipo de deformidad en una mujer —estaba diciendo King—. Ya sea natural o… adquirida. Sostengo la teoría de que cualquier defecto físico tiene su correlativo defecto mental y moral.

—Deduzco de ello —intervino con solemnidad Rosser—, que una dama que carezca de la ventaja moral de una nariz encontraría que la lucha por convertirse en la señora King sería una empresa ardua.

—Desde luego que puede expresarlo de ese modo —le respondió el otro—. Pero hablando en serio, en una ocasión abandoné a una joven de lo más encantadora al enterarme accidentalmente de que había sufrido la amputación de un dedo de un pie. Mi conducta fue brutal, si quieren considerarlo así, pero si me hubiera casado con esa joven me habría sentido desgraciado durante toda la vida, y habría hecho que también ella se sintiera así.

—Mientras que al casarse con un caballero de opiniones más liberales, escapó a ese destino y se encontró con que le abrieron la garganta —intervino Sancher con una ligera risotada.

—Ah, ya sabe a quién me refiero. Ciertamente, se casó con Mantón, pero nada sé de su liberalidad; no estoy seguro de que no le cortara la garganta al descubrir que le faltaba eso que es tan excelente en una mujer: el dedo corazón del pie derecho.

—¡Fíjense en ese tipo! —dijo Rosser en voz baja fijando su mirada en el desconocido.

Evidentemente aquel tipo estaba escuchando la conversación intensamente.

—¡Vaya descaro! —murmuró King—. ¿Qué podemos hacer?

—Eso es fácil —contestó Rosser levantándose— Señor —dijo dirigiéndose al desconocido—: creo que sería mejor que se fuera con su silla al otro extremo del porche. La presencia de unos caballeros es una situación que, evidentemente, no le resulta familiar.

El hombre se puso en pie y avanzó hacia ellos con los puños cerrados y el rostro blanco por la rabia. Ahora estaban todos en pie y Sancher se interpuso entre los beligerantes.

—Ha sido usted apresurado e injusto —le dijo a Rosser—, Este caballero no ha hecho nada que merezca ese lenguaje.

Pero Rosser no retiró ninguna palabra. Dada la costumbre del país y de la época, aquella disputa sólo podía tener una consecuencia.

—Exijo la satisfacción debida a un caballero —dijo el desconocido, ya más tranquilo—. No tengo ningún conocido en esta región. Quizá usted, señor, tendrá la amabilidad de representarme en este asunto —añadió haciendo un gesto a Sancher.

Sancher aceptó la misión; hay que confesar que con cierta desgana, pues ni el aspecto ni las maneras de aquel hombre eran totalmente de su agrado. King, que durante el coloquio apenas había apartado la mirada del rostro del desconocido y no había dicho ni una sola palabra, consintió con un gesto actuar como ayudante de Rosser, y como consecuencia de todo aquello, una vez se hubieron retirado los elementos principales, se acordó un encuentro para la noche siguiente. La naturaleza de las disposiciones tomadas ya se ha revelado. El duelo a cuchillo en una habitación oscura fue en otro tiempo algo común en la vida del suroeste. Lo que veremos más adelante es la delgada capa de barniz de «caballería» que ocultaba la brutalidad esencial de dicho código.

III

Bajo el calor de un mediodía de verano, la antigua casa Mantón resultaba verdaderamente fiel a sus tradiciones. Era terrena, de la tierra. La luz del sol la acariciaba cálida y afectuosamente, despreciando evidentemente su mala reputación. La hierba que verdeaba toda el área frontal parecía crecer no sólo espesamente, sino con una exuberancia natural y gozosa, mientras las matas florecían como si fueran plantas. Formando encantadores juegos de luces y sombras, y poblados de pájaros de agradables cantos, los olvidados árboles de sombra ya no luchaban por escapar, sino que se inclinaban reverentemente bajo su carga de sol y de cantos. Incluso en las ventanas altas, sin cristales, había una expresión de paz y alegría debida a la luz interior. Sobre los campos pedregosos el calor visible danzaba con un temblor vivo incompatible con esa gravedad que es atributo de lo sobrenatural.

Ése era el aspecto que presentaba el lugar ante el sheriff Adams y los dos hombres que le habían acompañado desde Marshall para ir a verla. Uno de ellos era el señor King, ayudante del sheriff; el otro, llamado Brewer, era un hermano de la fallecida señora Mantón. Según una benéfica ley del Estado relativa a cualquier propiedad que hubiera sido abandonada durante un cierto periodo de tiempo por un propietario cuya residencia no podía averiguarse, el sheriff era el custodio legal de la granja Mantón y de las dependencias que le pertenecieran. Aquella visita se debía a una simple conformidad superficial al mandato de un tribunal al que había acudido el señor Brewer con el fin de tomar posesión de la propiedad en cuanto que heredero de su hermana fallecida. Por una simple coincidencia, la visita se realizó al día siguiente de la noche en que el ayudante del sheriff, King, había abierto la casa con un propósito muy distinto. Su presencia actual no la había decidido él: le habían ordenado que acompañara a su superior y en aquel momento no se le ocurrió nada que fuera más prudente que simular prontitud en obedecer la orden.

Abriendo cuidadosamente la puerta principal, que para su sorpresa no estaba cerrada, el sheriff se alarmó al ver en el suelo del pasillo al que daba ésta un confuso montón de prendas masculinas. El examen reveló que se componía de dos sombreros y el mismo número de abrigos, chalecos y pañuelos de cuello, todos en un estado de conservación notablemente bueno, aunque algo manchados por el polvo sobre el que yacían. El señor Brewer quedó igualmente asombrado, pero no se registró la emoción del señor King. Con un renovado y vivo interés por aquel acto, el sheriff abrió y empujó una puerta que daba a la derecha y los tres hombres entraron por ella. La habitación parecía vacía… pero no, cuando sus ojos se acostumbraron a la escasa luz pudieron ver algo en el ángulo más alejado de la pared. Era una figura humana: la de un hombre acurrucado en la esquina. Había algo en su actitud que obligó a los intrusos a detenerse cuando apenas habían traspasado el umbral. La figura fue definiéndose con mayor claridad cada vez. El hombre estaba apoyado sobre una rodilla, la espalda contra un ángulo de la pared, los hombros elevados hasta la altura de las orejas, las manos delante del rostro con las palmas hacia afuera, los dedos extendidos y curvados como si fueran garras; el rostro blanco y vuelto hacia arriba sobre el cuello echado hacia atrás tenía la expresión de un temor indescriptible, con la boca abierta a medias y los ojos increíblemente abiertos. Estaba muerto. Sin embargo, con la excepción de un machete que había caído, evidentemente, de su propia mano, no había ningún otro objeto en la habitación.

Sobre el espeso polvo que cubría el suelo encontraron algunas huellas confusas cerca de la puerta y a lo largo de la pared que daba a ésta. En una de las paredes adjuntas, más allá de las ventanas entabladas, estaba el rastro que él mismo había hecho hasta llegar a aquella esquina. Para acercarse al cuerpo, los tres hombres siguieron ese rastro. El sheriff tocó uno de sus brazos extendidos; estaba tan rígido como el hierro, y la aplicación de una fuerza suave hizo oscilar el cuerpo entero sin alterar la relación de sus partes. Brewer, pálido por la excitación, contempló fijamente el rostro distorsionado.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —gritó de pronto—. ¡Es Mantón!

—Tiene usted razón —añadió King, en un evidente intento de mantenerse tranquilo—. Conocí a Mantón. Entonces llevaba barba y el cabello largo, pero es él.

Podría haber añadido: «Lo reconocí cuando desafió a Rosser. Le dije a Rosser y a Sancher quién era él antes de que le preparáramos esta trampa horrible. Cuando Rosser salió de esta habitación oscura detrás de nosotros, olvidando sus prendas exteriores por la excitación, y viniéndose con nosotros en mangas de camisa, durante todo aquel deshonroso procedimiento, sabíamos que estábamos tratando con ese cobarde y asesino».

Pero el señor King no dijo nada de aquello. Estaba esforzándose por penetrar en el misterio de la muerte de aquel hombre. Que no se había movido de la esquina que le habían asignado; que su postura no era ni de ataque ni de defensa; que había dejado caer el arma; que evidentemente había perecido por un horror terrible a algo que había visto: éstas eran las circunstancias que la inteligencia turbada del señor King no podía comprender correctamente.

Buscando a tientas en su oscuridad intelectual una pista que le permitiera salir de ese laberinto de dudas, su mirada, dirigida mecánicamente hacia abajo como acostumbra a hacer quien medita profundamente, vio algo que allí, a la luz del día y en presencia de sus compañeros, le afectó poderosamente llenándole de terror. En el polvo que se había acumulado en el suelo a lo largo de tantos años, desde la puerta por la que ellos habían entrado, cruzando la habitación y deteniéndose a un metro del cadáver acurrucado de Mantón, había tres líneas paralelas de huellas: las impresiones ligeras pero claras de unos pies desnudos, las dos del exterior, de unos niños pequeños, y la interior, de una mujer. No habían regresado desde el punto en que terminaban: todas señalaban en una dirección. Brewer, que se había dado cuenta de ellas en ese mismo momento, se inclinó hacia adelante en una actitud de atención reconcentrada, pero horriblemente pálido.

—¡Miren! —gritó señalando con ambas manos la huella más cercana del pie derecho de la mujer, donde ésta evidentemente se había detenido—. Falta el dedo del centro… ¡era Gertrude!

Gertrude era la fallecida señora Mantón, la hermana del señor Brewer.

EL FUNERAL DE JOHN MORTONSON

John Mortonson había muerto: había recitado su parlamento en la tragedia titulada «Hombre» y había abandonado el escenario.

Su cuerpo descansaba en un rico ataúd de caoba cubierto con una lámina de vidrio. Todos los preparativos para el funeral habían sido tan bien ejecutados que si el difunto los hubiera conocido, sin duda los habría aprobado. Su rostro, tal y como aparecía bajo el cristal, no resultaba desagradable a la vista: mostraba una ligera sonrisa y, como la muerte no había sido dolorosa, no parecía desfigurado después de la tarea reparadora llevada a cabo por la funeraria. A las dos en punto de la tarde, sus amigos iban a reunirse para ofrecer el último tributo de respeto a un hombre que ya no tenía necesidad de amigos ni de respeto. Los miembros que quedaban de la familia se fueron acercando uno tras otro al ataúd con aspecto serio para derramar sus lágrimas sobre los plácidos rasgos que reposaban tras el cristal. Esto no les servía de nada; ni tampoco a John Mortonson. Pero en presencia de la muerte, la filosofía y la razón tienen poco que decir.

Cuando eran casi las dos, los amigos empezaron a llegar y, después de ofrecer consuelo a los afligidos familiares tal y como mandan los cánones, tomaron solemnemente asiento en la habitación con una elevada consciencia de su importancia dentro del esquema fúnebre. Entonces llegó el ministro y, ante su ensombrecida presencia, las más pequeñas luces comenzaron a eclipsarse. Su entrada fue seguida por la de la viuda, cuyos lamentos inundaron la habitación. Se acercó al ataúd y, después de apoyar su rostro contra el frío cristal durante un rato, fue conducida gentilmente a un asiento junto a su hija. Tristemente, y en voz baja, el hombre de Dios comenzó a hacer el elogio de los muertos y su tono lúgubre, mezclado con los sollozos que pretendía estimular y mantener, se elevaba y descendía, iba y venía, como el murmullo de un mar pesaroso. El lúgubre día se oscurecía aún más a medida que hablaba; una cortina de nubes cubrió el cielo y unas sonoras gotas de lluvia empezaron a caer. Era como si la naturaleza llorara por John Mortonson.

Cuando el reverendo concluyó su elogio con una oración, se cantó un himno, y los que iban a llevar el féretro a hombros ocuparon su sitio junto al mismo. Mientras se extinguían las últimas notas del himno, la viuda corrió hacia el féretro, se arrojó sobre él y empezó a llorar de un modo histérico. Poco a poco, sin embargo, cedió a la disuasión y adquirió una cierta compostura. Mientras el ministro la conducía a su asiento, los ojos de la mujer buscaron la cara del muerto bajo el cristal. Entonces estiró los brazos y, dando un grito, cayó hacia atrás y perdió el conocimiento.

Los dolientes se precipitaron hacia delante, sobre el féretro, y los amigos tras ellos. Entonces el reloj que había sobre la repisa de la chimenea dio ceremoniosamente las tres y todos se quedaron observando el rostro de John Mortonson, difunto.

Cuando se dieron la vuelta, todos los presentes parecían enfermos y pálidos. Uno de ellos, intentando escapar aterrorizado de aquella horrible visión, tropezó con el ataúd con tal fuerza que derribó uno de sus frágiles soportes. El féretro se fue al suelo y el cristal se hizo añicos por el golpe.

Por la abertura salió arrastrándose el gato de John Mortonson; saltó al suelo con pereza, se sentó, se atusó con calma su hocico color carme— sí con una zarpa y abandonó dignamente la habitación.

EL REINO DE LO IRREAL

I

En un tramo que hay entre Auburn y Newcastle, siguiendo en primer lugar la orilla de un arroyo y luego la otra, la carretera ocupa todo el fondo de un desfiladero que está en parte excavado en las pronunciadas laderas, y en parre levantado con las piedras sacadas del lecho del arroyo por los mineros. Las colinas están cubiertas de árboles y el curso del río es sinuoso.

En noches oscuras hay que conducir con cuidado para no salirse de la carretera e irse al agua. La noche de mi recuerdo había poca luz, y el riachuelo, crecido por una reciente tormenta, se había convertido en un torrente. Venía de Newcastle y me encontraba a una milla de Auburn, en la zona más oscura y estrecha del desfiladero, con la vista atenta a la carretera que se extendía por delante de mi caballo. De pronto, y casi debajo del hocico del animal, vi a un hombre; di un tirón tan fuerte a las riendas que poco faltó para que la criatura quedara sentada sobre sus ancas.

—Usted perdone —dije—, no le había visto.

—No se podía esperar que me viera —replicó con educación el individuo mientras se aproximaba al costado de la carreta—; y el ruido del desfiladero impidió que yo le oyera.

Aunque habían pasado cinco años, reconocí aquella voz enseguida. No me agradaba especialmente volver a oírla.

—Usted es el doctor Dorrimore ¿verdad? —pregunté.

—Exacto; y usted es mi buen amigo el señor Manrich. Me alegra muchísimo verle —añadió esbozando una sonrisa—, sobre todo porque vamos en la misma dirección y, como es natural, espero que me invite a ir con usted en la carreta.

—Cosa que yo le ofrezco de todo corazón.

Lo que no era verdad en absoluto.

El doctor Dorrimore me dio las gracias mientras se sentaba a mi lado, y yo reanudé la marcha como antes, con precaución. Sin duda son imaginaciones mías, pero ahora me parece que recorrimos la distancia que nos quedaba en medio de una niebla gélida; yo pasé un frío espantoso. El camino resultó más largo que nunca y la ciudad, cuando llegamos al fin a ella, aparecía sombría, lúgubre y desolada. Debía de estar cayendo la noche, y sin embargo no recuerdo haber visto luz en las casas ni ningún ser vivo por las calles. Dorrimore me explicó con cierto detenimiento por qué se encontraba allí y dónde había pasado los años anteriores, desde que le había visto por última vez. Recuerdo que me lo contó, pero no consigo acordarme de lo que me dijo. Se había ido al extranjero y había vuelto; eso es todo de lo que conservo memoria, y era algo que ya sabía. En cuanto a mí, no recuerdo haber dicho una palabra, aunque seguramente lo hice. Hay algo de lo que sí tengo conciencia clara: la presencia de aquel hombre a mi lado me resultaba singularmente desagradable e inquietante; tanto que, cuando por fin detuve el carro bajo el anuncio luminoso del Hotel Putnam, experimenté la sensación de haber escapado a algún peligro espiritual de naturaleza especialmente funesta. Esa sensación de alivio se vio modificada al descubrir que el doctor Dorrimore también se alojaba en el mismo hotel.

II

Como explicación parcial de mis sentimientos hacia el doctor Dorrimore, relataré brevemente las circunstancias en las que le conocí unos años antes. Una noche, media docena de hombres, yo entre ellos, estábamos sentados en la biblioteca del Club Bohemio de San Francisco. La conversación había derivado hacia el tema de la destreza manual y las proezas de los prestidigitateurs, uno de los cuales actuaba por aquel entonces en un teatro de la localidad.

—Esos tipos no son más que aspirantes en un doble sentido —dijo un individuo del grupo—; no saben hacer nada a lo que merezca la pena prestar atención. El más humilde malabarista ambulante de la India podría dejarles perplejos y al borde de la locura.

—¿Por ejemplo…?

—Pues, por ejemplo, ejecutando sus juegos más usuales y conocidos: lanzando al aire grandes objetos que no vuelven a caer; haciendo que las plantas broten, crezcan y florezcan en un terreno estéril elegido por los espectadores; poniendo a un hombre en una cesta de mimbre y atravesándolo una y otra vez con una espada mientras grita y sangra, y luego, al abrir la cesta, revelando que no hay nada dentro; agitando el extremo libre de una escala de seda en el aire, ascendiendo por ella y desapareciendo.

—¡Tonterías! —exclamé, de un modo bastante grosero, me temo—. ¿No creerá usted tales cosas?

—Desde luego que no: las he visto con mucha frecuencia.

—Pero yo sí —dijo un periodista que tenía fama en la localidad como reportero pintoresco—. Las he relatado tantas veces que sólo la observación directa podría debilitar mi convicción. Bueno, caballeros, va mi propia palabra en ello.

Nadie se río; todos miraban a algo que había detrás de mí. Al darme la vuelta en el asiento vi a un hombre con traje de etiqueta que acababa de entrar en la sala. Su piel era atezada, casi oscura; llevaba una barba negra y poblada, una mata de pelo negro algo revuelto, y tenía la nariz afilada y unos ojos que resplandecían con una expresión tan desalmada como los de una cobra. Alguien del grupo se levantó y lo presentó como el doctor Dorrimore, de Calcuta. Mientras íbamos siendo presentados uno a uno, él contestaba a nuestro saludo con una profunda reverencia al estilo oriental, a la que le faltaba la solemnidad de Oriente. Su sonrisa me resultó cínica y un poco despectiva. Sólo sé describir su conducta como desagradablemente atractiva.

Su presencia hizo que la conversación derivara hacia otros temas. Habló poco (no recuerdo nada de lo que dijo). Su voz me pareció especialmente rica y melodiosa, pero me produjo la misma impresión que sus ojos y su sonrisa. Tras unos minutos me puse en pie para marcharme. Él también se levantó y cogió su abrigo.

—Señor Manrich —dijo—, voy en su misma dirección.

—¡Menudo diablo! —pensé—, ¿Cómo sabe usted en qué dirección voy?

—Estaré encantado de que me acompañe —contesté.

Salimos juntos del edificio. No había ningún coche a la vista, los tranvías se habían ido a acostar, había luna llena y el aire fresco de la noche resultaba delicioso. Subimos caminando por la calle California. Naturalmente, tomé esa dirección creyendo que él tomaría otra, hacia uno de los hoteles.

—Usted no cree lo que se dice de los malabaristas hindúes —dijo sin más preámbulo.

—¿Y usted cómo lo sabe? —pregunté.

Sin contestar a mi pregunta, apoyó una mano ligeramente sobre mi brazo mientras con la otra me señalaba los adoquines de la acera por la que caminábamos. En ella, y casi a nuestros pies, ¡yacía el cuerpo muerto de un hombre, con una cara muy pálida por la luz de la luna, vuelta hacia arriba! Tenía una espada, en cuya empuñadura relucían piedras preciosas, clavada en el pecho; sobre los adoquines de la acera se había formado un charco de sangre.

Me quedé pasmado y aterrorizado, no sólo por lo que veía, sino por las circunstancias en las que lo hacía. Durante nuestra ascensión, mis ojos, al menos eso creía, habían recorrido varias veces toda la distancia de la acera, de calle a calle. ¿Cómo habían podido ser insensibles a aquel objeto horroroso ahora tan visible bajo la luz de la luna?

Cuando recobré mis aturdidas facultades observé que el cuerpo vestía traje de etiqueta. El abrigo, completamente abierto, dejaba ver el frac, la corbata blanca, la amplia pechera penetrada por la espada. Y (¡horrible revelación!) la cara, exceptuando la palidez, ¡era la de mi acompañante! Hasta el más diminuto detalle y característica coincidía con el mismísimo doctor Dorrimore. Perplejo y horrorizado, me di la vuelta para buscar al hombre vivo. No se le veía por ningún sitio; con gran espanto, me alejé de aquel lugar calle abajo, en la misma dirección por la que había venido. Apenas había dado unos cuantos pasos cuando sentí que me agarraban por el hombro; me detuve. Por poco no grité de terror: el muerto, con la espada todavía clavada en el pecho, estaba allí, ¡a mi lado! Después de sacarse el arma con la mano libre, la arrojó lejos: la luz de la luna centelleó sobre las gemas de la empuñadura y el inmaculado acero de la hoja. Al estrellarse sobre la acera, ¡la espada desapareció! Aquel individuo, con la tez tan morena como antes, retiró la mano de mi hombro y me miró con la misma mirada cínica que yo había observado la primera vez que le vi. Los muertos no tienen esa mirada; eso me reanimó y, al volver la vista hacia atrás, contemplé la amplitud lisa y blanca de la acera, vacía de calle a calle.

—¿Qué es esta insensatez, maldito diablo? —inquirí con fiereza, a pesar de que me temblaban todos los miembros.

—Es lo que algunos gustan llamar malabarismos —contestó con una sonora carcajada.

Se metió por la calle Dupont y no le volví a ver hasta que me lo encontré en el desfiladero de Auburn.

III

No vi al doctor Dorrimore al día siguiente de mi segundo encuentro con él: el recepcionista del hotel me dijo que una ligera enfermedad le tenía confinado en sus habitaciones. Aquella tarde, en la estación de ferrocarril, me vi sorprendido y complacido por la inesperada llegada de la señorita Margaret Corray y su madre, que venían de Oakland.

Esto no es una historia de amor. No soy un cuentista, y un sentimiento como el amor no puede ser descrito en una literatura dominada y cautivada por la tiranía degradante que «condena a las letras» en nombre de la Joven. Bajo el marchito reinado de la Joven, o mejor dicho, bajo el gobierno de esos falsos Ministros de la Censura que se han nombrado a sí mismos custodios de su bien, el amor

cubre con un velo sus sagrados fuegos,
e, ignorante, la Moralidad expira,

famélica sobre la comida pasada por el tamiz y sobre el agua destilada de unas provisiones melindrosas.

Baste decir que la señorita Corray y yo nos comprometimos en matrimonio. Su madre y ella se dirigieron al hotel en que yo me alojaba y durante dos semanas la vi a diario. No hace falta decir lo feliz que me sentía; el único obstáculo a mi perfecta alegría de aquellos días dorados era la presencia del doctor Dorrimore, a quien me vi obligado a presentar a las damas.

Evidentemente fue muy bien aceptado por ellas. ¿Qué podía decir yo? No conocía nada que pudiera desacreditarle. Sus modales eran los de un caballero culto y considerado; y para las mujeres los modales de un hombre son lo esencial. En un par de ocasiones en que vi a la señorita Corray paseando con él me puse furioso, y en una de ellas tuve la indiscreción de protestar. Cuando la señorita Corray me preguntó por las razones, no pude dar ninguna y creí ver en su expresión una sombra de desprecio hacia los caprichos de una mente celosa. Entonces empecé a volverme hosco y desagradable a conciencia y, en mi locura, decidí regresar a San Francisco al día siguiente. Sin embargo, no dije nada de todo el asunto.

IV

En Auburn había un cementerio viejo y abandonado. Estaba casi en el centro de la ciudad, pero por la noche resultaba un lugar tan horroroso que sólo podría ser anhelado por el más tétrico de los temperamentos humanos. Las verjas que separaban las distintas parcelas estaban caídas, podridas e incluso algunas habían desaparecido. Muchas de las tumbas se habían hundido; en otras crecían pinos robustos cuyas raíces habían cometido un pecado horrible. Las lápidas se habían desplomado y sus pedazos yacían desperdigados por el suelo; la valla que rodeaba el cementerio había desaparecido y los cerdos y las vacas rondaban por allí a placer. Aquel lugar era una vergüenza para los vivos, una calumnia sobre los muertos y una blasfemia contra Dios.

El día que ciego de rabia tomé la loca decisión de separarme de todo lo que más quería, deambulé por la noche por aquel agradable lugar. La luz de la media luna, al atravesar el follaje de los árboles, producía un efecto fantasmal, formando manchas de claridad y oscuridad que revelaban las zonas más repugnantes; las negras sombras parecían conjuraciones que ocultaban, hasta que llegara el momento oportuno, revelaciones de un significado lúgubre. Cuando caminaba por lo que había sido un camino de grava, vi surgir de la oscuridad la figura del doctor Dorrimore. Yo me encontraba en la penumbra y me quedé allí, inmóvil, con los puños cerrados y los dientes apretados, intentando controlar el impulso de saltar sobre él y estrangularlo. Al cabo de un rato una segunda figura se le unió y le cogió del brazo. ¡Era Margaret Corray!

Soy incapaz de relatar adecuadamente lo que sucedió. Sé que salté hacia delante, dispuesto al asesinato. También sé que me encontraron al amanecer, magullado y lleno de sangre, con las marcas de unos dedos en la garganta. Me llevaron al hotel Putnam, donde estuve delirando durante varios días. Todo esto lo sé porque me lo han contado. Lo que sí recuerdo por mí mismo es que cuando recobré la consciencia, aún convaleciente, mandé buscar al recepcionista del hotel.

—¿Están la señora Corray y su hija todavía aquí? —pregunté.

—¿Qué nombre dijo usted?

—Corray.

—No se ha alojado aquí nadie con ese nombre.

—Le ruego que no juegue conmigo —le dije con cierto malhumor—. Ya ve que estoy bien; haga el favor de decirme la verdad.

—Le doy mi palabra —repuso con evidente sinceridad— de que no hemos tenido ningún huésped con ese nombre.

Su afirmación me dejó estupefacto. Permanecí en silencio durante unos instantes; después le pregunté:

—¿Dónde está el doctor Dorrimore?

—Se marchó la misma mañana en que ustedes se pelearon, y desde entonces no sabemos nada de él. Desde luego, le dio a usted con ganas.

V

Tales son los hechos de este caso. Margaret Corray es ahora mi esposa. Nunca ha estado en Auburn, y durante las semanas en que tuvo lugar la historia que he intentado relatar, tal y como fue concebida por mi cerebro, permaneció en su casa, en Oakland, preguntándose dónde se encontraba su amor y por qué no le escribía. El otro día leí en el Sun de Baltimore el siguiente párrafo:

«El Profesor Valentine Dorrimore, hipnotizador, reunió una gran audiencia anoche. El conferenciante, que ha pasado la mayor parte de su vida en la India, realizó varias demostraciones de su poder, hipnotizando a todo aquel que se prestó al experimento únicamente con mirarle. De hecho, hipnotizó a todo el público (salvo a los periodistas) en dos ocasiones, haciendo que todos concibieran las ilusiones más extraordinarias. La característica más valiosa de la conferencia fue la revelación de los métodos empleados por los malabaristas hindúes en sus famosas actuaciones, muy conocidas por boca de los viajeros. El profesor declaró que estos taumaturgos han adquirido tal destreza en el arte que él aprendió de ellos, que realizan sus milagros arrojando a los “espectadores” a un estado de hipnosis y diciéndoles lo que deben ver y oír. Su afirmación de que un sujeto especialmente sensible puede mantenerse en el reino de lo irreal durante semanas, meses, e incluso años, dominado por las ilusiones y alucinaciones que el operador pueda sugerirle de vez en cuando, resulta un tanto inquietante».

EL RELOJ DE JOHN BARTINE

El relato de un médico

—¿La hora exacta? ¡Dios mío! ¿Por qué insiste, amigo? Uno creería… pero qué importa eso; es casi la hora de irse a la cama. ¿Le sirve así? Aunque, mire: si tiene que poner el reloj en hora, tome el mío y véalo usted mismo.

Entonces separó el reloj (tremendamente pesado y muy anticuado) de la cadena y me lo entregó; luego se dio la vuelta y, cruzando la habitación, se dirigió hacia la estantería y empezó a examinar los lomos de los libros. Su nerviosismo y angustia evidentes me sorprendieron; no parecían tener motivo. Después de poner en hora mi reloj por el suyo, me acerqué donde él estaba y dije:

—Gracias.

Mientras cogía el reloj y lo volvía a enganchar a su cadenilla observé que le temblaban las manos. Con una discreción de la que me enorgullecí en grado sumo, me aproximé lenta y perezosamente al aparador y me serví un poco de coñac y agua; luego, pidiéndole excusas por mi descuido, le rogué que tomara algo y, dejando que se sirviera él mismo tal y como teníamos por costumbre, volví a mi asiento junto al fuego. Una vez servido, se unió a mí junto al hogar tan tranquilo como siempre.

Este pequeño incidente tuvo lugar en mi apartamento, donde John Bartine estaba pasando la noche. Habíamos cenado juntos en el club y llegado a casa en coche; en resumen: todo había sido hecho del modo más prosaico. El por qué John Bartine tenía que interrumpir el orden natural y establecido de las cosas para llamar la atención con un alarde de emoción, al parecer para entretenerse, era algo que de ninguna manera podía entender. Cuanto más pensaba en ello, mientras sus brillantes dotes de conversación se encomendaban a mi falta de atención, más curiosidad me producía y, por supuesto, no tuve ninguna dificultad en convencerme de que tal sentimiento no era otra cosa que solicitud amistosa. Éste es el disfraz que la curiosidad adopta para eludir el resentimiento. Por eso, sin más ceremonia, arruiné una de las mejores frases de su menospreciado monólogo.

—John Bartine —dije—, perdóneme si me equivoco, pero con los datos que tengo hasta ahora no puedo concederle el derecho a sufrir un ataque de nervios cuando le pregunto la hora. No puedo admitir que sea aceptable mostrar una misteriosa renuencia a consultar su propio reloj y a abrigar, en mi presencia y sin explicación, emociones dolorosas que están ocultas para mí y que no son de mi incumbencia.

Bartine no dio una repuesta inmediata a este absurdo discurso, sino que se quedó sentado mirando el fuego con preocupación. Temiendo haberle ofendido, estaba a punto de pedirle excusas y rogarle que olvidara el asunto cuando, tranquilamente, me miró a los ojos y dijo:

—Querido amigo, la ligereza de sus modales no atenúa en absoluto la terrible insolencia de su requerimiento; pero, afortunadamente, yo ya había decidido contarle lo que quiere saber, y ninguna manifestación de su indignidad modificará mi decisión. Sea tan amable de prestarme atención y sabrá todo lo referente a ese asunto.

»Este reloj —dijo—, antes de que me fuera legado, perteneció a mi familia durante tres generaciones. Su primer propietario, el hombre que lo hizo, fue mi bisabuelo, Bramwell Olcott Bartine, un colono acomodado de Virginia, y un Conservador tan leal como ningún otro: pasaba las noches sin dormir, tramando nuevas formas de maldecir la jefatura del señor Washington e ideando nuevos métodos para ayudar y apoyar al buen rey Jorge. Un día este digno caballero tuvo la mala fortuna de realizar un servicio de capital importancia para su causa, que no fue considerado legítimo por aquellos que sufrieron sus inconvenientes. Lo que importa no es de qué se trataba, sino que entre sus consecuencias secundarias se cuenta el arresto de mi ilustre antepasado, llevado a cabo una noche en su propia casa por las fuerzas rebeldes del señor Washington. Se le permitió despedirse de su afligida familia, y luego desapareció en la oscuridad, que se lo tragó para siempre. Nunca se encontró el más mínimo indicio de su destino. Después de la guerra, ni una investigación diligente ni la oferta de grandes recompensas consiguieron revelar la identidad de quienes le capturaron o algún hecho relacionado con su desaparición. Había desaparecido, eso es todo.

No sé qué fue, pero hubo algo en la actitud de Bartine, no en sus palabras, que me impulsó a preguntarle:

—¿Y cuál es su opinión del asunto, de su justicia?

—Mi opinión —exclamó acalorado, golpeando con el puño en la mesa como si estuviera jugando a los dados con una panda de pillos en un casino—, ¡mi opinión es que fue un vil asesinato cometido por el maldito traidor, Washington, y por los granujas de sus rebeldes!

Durante unos minutos permanecimos en silencio: Bartine se dedicó a recuperar su temple y yo a esperar. Después pregunté:

—¿Y eso fue todo?

—No; hubo algo más. Unas semanas después de la detención de mi bisabuelo se encontró su reloj en el porche de la puerta principal de la casa. Estaba envuelto en un papel de carta que llevaba escrito el nombre de Rupert Bartine, su único hijo, mi abuelo. Y ahora lo tengo yo.

Bartine hizo una pausa. Sus inquietos ojos negros, con un destello de luz roja en cada uno, reflejo del carbón candente, miraban fijamente el fuego. Parecía haberse olvidado de mí. La repentina sacudida de las ramas de un árbol detrás de una de las ventanas y, casi al mismo tiempo, el golpeteo de la lluvia contra el cristal, le devolvieron la consciencia de lo que le rodeaba. Precedida por una ráfaga de viento, se había levantado una tormenta y, tras unos instantes, el continuo chapoteo del agua sobre la acera se hizo claramente perceptible. Realmente no sé por qué cuento este incidente, pero parecía tener un cierto significado y relevancia que actualmente soy incapaz de discernir. Al menos, añadía un elemento de seriedad, casi de solemnidad. Bartine prosiguió:

—Siento algo especial por este reloj, una especie de cariño hacia él. Me gusta tenerlo cerca aunque, en parte por lo que pesa y en parte por una razón que ahora le explicaré, casi nunca lo utilizo. La razón es la siguiente: cada noche, cuando lo llevo encima, siento un inexplicable deseo de abrirlo y consultarlo, incluso cuando no tengo ninguna razón especial para querer saber la hora. Pero si cedo a él, en el momento en que mi vista descansa sobre la esfera, me siento lleno de una misteriosa aprensión, de una sensación de calamidad inminente. Y ésta se hace más y más insoportable a medida que se acercan las once en punto por este reloj; no importa la hora que realmente sea. Después, cuando las manecillas han pasado de las once, el deseo de mirar desaparece; me da exactamente igual. Entonces puedo consultarlo con la frecuencia que quiera, sin sentir más emoción que la que usted siente al consultar el suyo. Naturalmente me he acostumbrado a no mirar el reloj por la noche antes de las once; nada conseguiría inducirme a hacerlo. Su insistencia hace un momento me trastornó un poco. Siento lo que un consumidor de opio, supongo, sentiría si la ansiedad por su especial y particular infierno se viera reforzada por la oportunidad y el consejo.

»Bien, ésta es mi historia, y la he relatado en interés de su fútil ciencia; pero si alguna noche de aquí en adelante me ve llevando este maldito reloj y tiene el descuido de preguntarme la hora, le ruego que me dé permiso para ponerle en la tesitura de ser golpeado.

Su sentido del humor no me hizo gracia. Pude observar que al relatar su ensoñación se había sentido molesto de nuevo. Su sonrisa final era claramente horrible, y sus ojos habían evidenciado algo más que la primitiva inquietud; recorrían de un lado a otro la habitación sin objetivo aparente y me dio la impresión de que habían adoptado una expresión salvaje, semejante a la que a veces se observa en los casos de demencia. Quizá fuera sólo mi imaginación, pero de todos modos estaba convencido de que mi amigo se veía afectado por una monomanía de lo más singular e interesante. Sin ninguna disminución en mi afectuosa solicitud hacia él como amigo, al menos confío que así fuera, comencé a considerarle como paciente, y vi que tenía muchas posibilidades de estudiarlo con provecho. ¿Por qué no? ¿Acaso no había descrito su ensoñación en interés de la ciencia? Ah, pobre amigo, estaba haciendo por la ciencia más de lo que se imaginaba: no sólo su historia, sino también él, eran prueba de ello. Tenía que curarle, si es que podía, claro, pero antes debía hacer un pequeño experimento psicológico; no, incluso el propio experimento podía suponer un paso en su recuperación.

—Bartine —le dije cordialmente—, eso es muy franco y amigable por su parte, y me siento muy orgulloso de su confianza. Realmente, es todo muy raro. ¿Le importaría enseñarme el reloj?

Lo sacó de su chaleco, con cadena y todo, y me lo pasó sin decir una palabra. La montura era de oro, muy gruesa y dura, y tenía unos grabados muy curiosos. Después de examinar detalladamente la esfera y observar que eran casi las doce, lo abrí por detrás y resultó interesante descubrir una caja interior de marfil, sobre la cual había un retrato en miniatura, pintado de aquel modo exquisito y delicado que estuvo tan de moda durante el siglo XVIII.

—¡Caramba! —exclamé, mostrando un profundo placer artístico—. ¿Cómo consiguió que le hicieran esto? Creía que la miniatura pintada sobre marfil era un arte perdido.

—Ése no soy yo —replicó con una sonrisa solemne—; es mi ilustre bisabuelo, el difunto caballero Bramwell Olcott Bartine, de Virginia. Entonces era más joven; de mi edad más o menos. Dicen que me parezco a él. ¿Usted qué cree?

—¿Que si se parece a él? ¡Desde luego! Aparte de las ropas, que suponía que usted había adoptado en honor al arte o por raisemblance, por así decirlo, y de la ausencia del bigote, este retrato es el suyo en cada rasgo, detalle, y hasta en la expresión.

Nada más se dijo en aquel momento. Bartine cogió un libro de la mesa y empezó a leer. Yo seguía oyendo el incesante chapoteo de la lluvia en la calle. De vez en cuando se escuchaban pasos apresurados por las aceras; entonces unas pisadas más lentas y firmes se detuvieron ante la puerta. «Será un policía», pensé, «que busca refugio en la entrada». Las ramas de los árboles golpeaban de un modo significativo, como si pidieran entrar, contra los cristales de las ventanas. Después de años y años de una vida más prudente y seria, lo recuerdo perfectamente.

Aprovechando que no me prestaba atención, cogí la anticuada llave que colgaba de la cadenilla y, girando hacia atrás las manecillas del reloj, lo retrasé una hora; luego cerré la caja, devolví a Bartine su propiedad y vi cómo se la guardaba.

—Creo que usted ha dicho —comencé, con una fingida indiferencia— que después de las once la visión de la esfera ya no le afecta. Como son casi las doce —añadí mirando mi reloj—, quizá, si es que no toma a mal mis ganas de comprobarlo, podría mirarla ahora.

Sonrió en tono amistoso, sacó el reloj de nuevo, lo abrió e inmediatamente se puso en pie de un salto y soltó un gritó que el Cielo no ha tenido la compasión de permitirme olvidar. Sus ojos, de una negrura acrecentada de modo sorprendente por la palidez del rostro, se quedaron clavados sobre el reloj, que agarraba con ambas manos. Durante unos instantes permaneció en esa actitud sin emitir sonido alguno; luego, con una voz que debería no haber reconocido como suya, exclamó:

—¡Maldición! ¡Faltan dos minutos para las once!

Yo me estaba preparando para un arrebato como ése; sin levantarme, repliqué con bastante tranquilidad:

—Lo siento; debo de haber visto mal al poner mi reloj en hora por el suyo.

Cerró la tapa de golpe y se guardó el reloj en el bolsillo. Entonces me miró e intentó sonreír, pero le temblaba el labio superior y parecía incapaz de cerrar la boca. Después apretó las manos, también temblorosas, y se las metió en los bolsillos del chaqué. El espíritu valiente pugnaba claramente por dominar al cuerpo cobarde. El esfuerzo fue demasiado grande; Bartine, como si tuviera un ataque de vértigo, comenzó a tambalearse de un lado a otro y, antes de que pudiera levantarme de la silla para sostenerle, las rodillas le fallaron, se inclinó violentamente hacia delante y cayó de bruces. Me puse en pie para ayudarle a levantarse; pero cuando John Bartine se levante, todos lo haremos.

La autopsia no reveló nada especial; todos los órganos eran normales y estaban sanos. Sin embargo, cuando se preparó el cuerpo para el entierro, se le apreció un ligero círculo de color oscuro alrededor del cuello; al menos eso fue lo que me aseguraron varias personas que decían haberlo visto, si bien, basándome en mi propio conocimiento, no puedo afirmar que fuera verdad.

Tampoco puedo poner limitaciones a la ley de la herencia. No sé si, en el mundo espiritual, un sentimiento o emoción podrá sobrevivir al corazón que lo cobijó y buscar expresión siglos más tarde en una vida semejante. Ciertamente, si tuviera que imaginar el destino de Bramwell Olcott Bartine, debería suponer que fue ahorcado a las once de la noche y que le habían concedido varias horas para prepararse para el cambio.

En cuanto a John Bartine, mi amigo, mi paciente durante cinco minutos y, ¡que el Cielo me perdone!, mi víctima para la eternidad, no hay más que decir. Está enterrado, y su reloj con él; me encargué de eso. Que Dios acepte su alma en el Paraíso y el alma de su antepasado de Virginia si, claro está, realmente se trataba de dos almas.

EL ENGENDRO MALDITO

ÍNDICE

1. No siempre se come lo que está sobre la mesa
2. Lo que puede ocurrir en un campo de avena silvestre
3. Un hombre, aunque esté desnudo, puede estar hecho jirones
4. Una explicación desde la tumba

Capítulo Uno

NO SIEMPRE SE COME LO QUE ESTÁ SOBRE LA MESA

A la luz de una vela de sebo colocada en un extremo de una rústica mesa, un hombre leía algo escrito en un libro. Era un viejo libro de cuentas muy usado, y al parecer su escritura no era demasiado legible porque a veces el hombre acercaba el libro a la vela para ver mejor. En esos momentos la mitad de la habitación quedaba en sombra y sólo era posible entrever unos rostros borrosos, los de los ocho hombres que estaban con el lector. Siete de ellos se hallaban sentados, inmóviles y en silencio, junto a las paredes de troncos rugosos y, dada la pequeñez del cuarto, a corta distancia de la mesa. De haber extendido un brazo, cualquiera de ellos habría rozado al octavo hombre, tendido boca arriba sobre la mesa, que con los brazos pegados a los costados estaba parcialmente cubierto con una sábana. Era un muerto.

El hombre del libro leía en voz baja. Salvo el cadáver todos parecían esperar que ocurriera algo. Una serie de extraños ruidos de desolación nocturna penetraban por la abertura que hacía de ventana: el largo aullido innombrable de un coyote lejano; la incesante vibración de los insectos en los árboles; los gritos extraños de las aves nocturnas, tan diferentes del canto de los pájaros durante el día; el zumbido de los grandes escarabajos que vuelan desordenadamente, y todo ese coro indescifrable de leves sonidos que, cuando de golpe se interrumpe, creemos haber escuchado sólo a medias, con la sospecha de haber sido indiscretos. Pero nada de esto era advertido en aquella reunión; sus miembros, según se apreciaba en sus rostros hoscos con aquella débil luz, no parecían muy partidarios de fijar la atención en cosas superfluas. Sin duda alguna eran hombres de los contornos, granjeros y leñadores.

El que leía era un poco diferente; tenía algo de hombre de mundo, sagaz, aunque su indumentaria revelaba una cierta relación con los demás. Su ropa apenas habría resultado aceptable en San Francisco; su calzado no era el típico de la ciudad, y el sombrero que había en el suelo a su lado (era el único que no lo llevaba puesto) no podía ser considerado un adorno personal sin perder todo su sentido. Tenía un semblante agradable, aunque mostraba una cierta severidad aceptada y cuidada en función de su cargo. Era el juez, y como tal se hallaba en posesión del libro que había sido encontrado entre los efectos personales del muerto, en la misma cabaña en que se desarrollaba la investigación.

Cuando terminó su lectura se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. En ese instante la puerta se abrió y entró un joven. Se apreciaba claramente que no había nacido ni se había educado en la montaña: iba vestido como la gente de la ciudad. Su ropa, sin embargo, estaba llena de polvo, ya que había galopado mucho para asistir a aquella reunión.

Sólo el juez le hizo un breve saludo.

—Le esperábamos —dijo—. Es necesario acabar con este asunto esta misma noche.

—Lamento haberles hecho esperar —dijo el joven, sonriendo—. Me marché, no para eludir su citación, sino para enviar a mi periódico un relato de los hechos como el que supongo quiere usted oír de mí.

El juez sonrió.

—Ese relato tal vez difiera del que va a hacernos aquí bajo juramento.

—Como usted guste —replicó el joven enrojeciendo con vehemencia —. Aquí tengo una copia de la información que envié a mi periódico. No se trata de una crónica, que resultaría increíble, sino de una especie de cuento. Quisiera que formara parte de mi testimonio.

—Pero usted dice que es increíble.

—Eso no es asunto suyo, señor juez, si yo juro que es cierto.

El juez permaneció en silencio durante un rato, con la cabeza inclinada. El resto de los asistentes charlaban en voz baja sin apartar la mirada del rostro del cadáver. Al cabo de unos instantes el juez alzó la vista y dijo:

—Continuemos con la investigación.

Los hombres se quitaron los sombreros y el joven prestó juramento.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó el juez.

—William Harker.

—¿Edad?

—Veintisiete años.

—¿Conocía usted al difunto Hugh Morgan?

—Sí.

—¿Estaba usted con él cuando murió?

—Sí, muy cerca.

—Y ¿cómo se explica?… su presencia, quiero decir.

—Había venido a visitarle para ir a cazar y a pescar. Además, también quería estudiar su tipo de vida, tan extraña y solitaria. Parecía un buen modelo para un personaje de novela. A veces escribo cuentos.

—Y yo a veces los leo.

—Gracias.

—Cuentos en general, no me refería sólo a los suyos.

Algunos de los presentes se echaron a reír.

En un ambiente sombrío el humor se aprecia mejor. Los soldados ríen con facilidad en los intervalos de la batalla, y un chiste en la capilla mortuoria, sorprendentemente, suele hacernos reír.

—Cuéntenos las circunstancias de la muerte de este hombre —dijo el juez—. Puede utilizar todas las notas o apuntes que desee.

El joven comprendió. Sacó un manuscrito del bolsillo de su chaqueta y, tras acercarlo a la vela, pasó las páginas hasta encontrar el pasaje que buscaba. Entonces empezó a leer.

Capítulo Dos

LO QUE PUEDE OCURRIR EN UN CAMPO DE AVENA SILVESTRE

… Apenas había amanecido cuando abandonamos la casa. Íbamos en busca de codornices, cada uno con su escopeta, y nos acompañaba un perro. Morgan dijo que la mejor zona estaba detrás de un cerro, que señaló, y que cruzamos por un sendero rodeado de arbustos. Al otro lado el terreno era bastante llano y estaba cubierto espesamente de avena silvestre. Cuando salimos de la maleza Morgan iba unas cuantas yardas por delante de mí. De repente oímos, muy cerca, a nuestra derecha y también enfrente, el ruido de un animal que se revolvía con violencia entre unas matas.

—Es un ciervo —dije—. Ojalá hubiéramos traído un rifle.

Morgan, que se había parado a examinar los arbustos, no dijo nada, pero había cargado los dos cañones de su escopeta y se disponía a disparar. Parecía algo excitado, y esto me sorprendió, pues era célebre por su sangre fría, incluso en momentos de súbito e inminente peligro.

—Venga —dije—. No esperarás acabar con un ciervo a base de perdigones, ¿verdad?

No contestó, pero cuando se volvió hacia mí vi su rostro y me quedé impresionado por su expresión tensa. Comprendí que algo serio ocurría, y lo primero que pensé fue que nos habíamos topado con un oso. Colgué mi escopeta y avancé hasta donde estaba Morgan.

Los arbustos ya no se movían y el ruido había cesado, pero mi amigo observaba el lugar con la misma atención.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué diablos es? —le pregunté.

—¡Ese maldito engendro! —contestó sin volverse. Su voz sonaba ronca y extraña. Estaba temblando.

Iba a decir algo cuando vi que la avena que había en torno al lugar se movía de un modo inexplicable. No sé cómo describirlo. Era como si, empujada por una ráfaga de viento, no sólo se cimbreara sino que se tronchaba y no volvía a enderezarse; y aquel movimiento se acercaba lentamente hacia nosotros.

Aunque no recuerdo haber pasado miedo, nada antes me había afectado de un modo tan extraño como aquel fenómeno insólito e inenarrable. Recuerdo —y lo sacó a colación porque me vino entonces a la memoria— que una vez, al mirar distraídamente por una ventana, confundí un cercano arbolito con otro de un grupo de árboles, mucho más grandes, que estaban más lejos. Parecía del mismo tamaño que éstos, pero al estar más claro y marcadamente definido en sus detalles, no armonizaba con el resto. Fue un simple error de perspectiva, pero me sobresaltó y llegó incluso a aterrorizarme. Confiamos tanto en el buen funcionamiento de las leyes naturales que su suspensión aparente nos parece una amenaza para nuestra seguridad, un aviso de alguna calamidad inconcebible. Del mismo modo, aquel movimiento de la maleza, al parecer sin causa, y su aproximación lenta e inexorable resultaban inquietantes. Mi compañero estaba realmente asustado; apenas pude dar crédito a mis ojos cuando le vi arrimarse la escopeta al hombro y vaciar los dos cañones contra el cereal en movimiento. Antes de que el humo de la descarga hubiera desaparecido oí un grito feroz —un alarido como el de una bestia salvaje—, y vi que Morgan tiraba su escopeta y desaparecía a todo correr de aquel lugar. En ese mismo instante fui arrojado al suelo por el impacto de algo que ocultaba el humo: una sustancia blanda y pesada que me embistió con gran fuerza.

Cuando me puse en pie y recuperé mi escopeta, que me había sido arrebatada de las manos, oí a Morgan gritar como si agonizara. A sus gritos se unían aullidos feroces, como cuando dos perros luchan entre sí. Completamente aterrorizado, me incorporé con gran dificultad y dirigí la vista hacia el lugar por el que mi amigo había desaparecido. ¡Que Dios me libre de otro espectáculo como aquél! Morgan estaba a unas treinta yardas: tenía una rodilla en tierra, la cabeza, con su largo cabello revuelto, descoyuntada espantosamente hacia atrás, y era presa de unas convulsiones que zarandeaban todo su cuerpo. Su brazo derecho estaba levantado y, por lo que pude ver, había perdido la mano. Al menos yo no la veía. El otro brazo había desaparecido. A veces, tal como ahora recuerdo aquella escena extraordinaria, no podía distinguir más que una parte de su cuerpo; era como si hubiera sido parcialmente borrado (ya sé, es extraño, pero no sé expresarlo de otra forma) y al cambiar de posición volviera a apreciarse de nuevo en su totalidad.

Debió de ocurrir todo en unos pocos segundos, durante los cuales Morgan adoptó todas las posturas posibles del obstinado luchador que es derrotado por un peso y una fuerza superiores. Yo sólo le veía a él y no siempre con claridad. Durante el incidente soltaba gritos y profería maldiciones acompañadas de unos rugidos furiosos como nunca antes había oído salir de la garganta de un hombre o de una bestia.

Permanecí en pie por un momento sin saber qué hacer, hasta que decidí tirar la escopeta y correr en ayuda de mi amigo. Creí que estaba sufriendo un ataque o una especie de colapso. Antes de llegar a su lado, le vi caer y quedar inerte. Los ruidos habían cesado, pero volví a ver, con un sentimiento de terror como jamás había experimentado, el misterioso movimiento de la avena que se extendía desde la zona pisoteada en torno al cuerpo de Morgan hacia los límites del bosque. Sólo cuando hubo alcanzado los primeros árboles, aparté la vista de aquel insólito fenómeno y miré a mi compañero. Estaba muerto.

Capítulo Tres

UN HOMBRE, AUNQUE ESTÉ DESNUDO, PUEDE ESTAR HECHO JIRONES

El juez se levantó y se acercó al muerto. Tiró de un extremo de la sábana y dejó el cuerpo al descubierto. Estaba desnudo y, a la luz de la vela, mostraba un color amarillento. Presentaba unos grandes hematomas de un azul oscuro, causados sin duda alguna por las contusiones, y parecía que le habían golpeado en el pecho y los costados con un garrote. Había unas horribles heridas y tenía la piel desgarrada, hecha jirones.

El juez llegó hasta el extremo de la mesa y desató el nudo que sujetaba un pañuelo de seda por debajo de la barbilla hasta la parte superior de la cabeza. Al retirarlo vimos lo que tenía en la garganta. Los miembros del jurado que se habían levantado para ver mejor lamentaron su curiosidad y volvieron la cabeza. El joven Harker fue hacia la ventana abierta y se inclinó sobre el alféizar, a punto de vomitar. Después de cubrir de nuevo la garganta del muerto, el juez se dirigió a un rincón de la habitación en el que había un montón de prendas. Empezó a coger una por una y a examinarlas mientras las sostenía en alto. Estaban destrozadas y rígidas por la sangre seca. El resto de los presentes prefirió no hacer un examen más exhaustivo. A decir verdad, ya habían visto este tipo de cosas con anterioridad. Lo único que les resultaba nuevo era el testimonio de Harker.

—Señores —dijo el juez—, éstas son todas las pruebas que tenemos. Ya saben su cometido; si no tienen nada que preguntar, pueden salir a deliberar.

El presidente del jurado, un hombre de unos sesenta años, alto, con barba y toscamente vestido, se levantó y dijo:

—Quisiera hacer una pregunta, señor. ¿De qué manicomio se ha escapado este último testigo?

—Señor Harker —dijo el juez con tono grave y tranquilo—; ¿de qué manicomio se ha escapado usted?

Harker enrojeció de nuevo, pero no contestó, y los siete individuos se levantaron y abandonaron solemnemente la cabaña uno tras otro.

—Si ha terminado ya de insultarme, señor —dijo Harker tan pronto como se quedó a solas con el juez—, supongo que puedo marcharme, ¿no es así?

—En efecto.

Harker avanzó hacia la puerta y se detuvo con la mano en el picaporte. Su sentido profesional era más fuerte que su amor propio. Se volvió y dijo:

—Ese libro que tiene ahí es el diario de Morgan, ¿verdad? Debe de ser muy interesante, porque mientras prestaba mi testimonio no dejaba de leerlo. ¿Puedo verlo? Al público le gustaría…

—Este libro tiene poco que añadir a nuestro asunto —contestó el juez mientras se lo guardaba—; todas las anotaciones son anteriores a la muerte de su autor.

Al salir Harker, el jurado volvió a entrar y permaneció en pie en torno a la mesa en la que el cadáver, cubierto de nuevo, se perfilaba claramente bajo la sábana. El presidente se sentó cerca de la vela, sacó del bolsillo lápiz y papel y redactó laboriosamente el siguiente veredicto, que fue firmado, con más o menos esfuerzo, por el resto:

«Nosotros, el jurado, consideramos que el difunto encontró la muerte al ser atacado por un puma, aunque alguno cree que sufrió un colapso».

Capítulo Cuatro

UNA EXPLICACIÓN DESDE LA TUMBA

En el diario del difunto Hugh Morgan hay ciertos apuntes interesantes que pueden tener valor científico. En la investigación que se desarrolló junto a su cuerpo el libro no fue citado como prueba porque el juez consideró que podría haber confundido a los miembros del jurado. La fecha del primero de los apuntes mencionados no puede apreciarse con claridad por estar rota la parte superior de la hoja correspondiente; el resto expone lo siguiente:

«… corría describiendo un semicírculo, con la cabeza vuelta hacia el centro, y de pronto se detenía y ladraba furiosamente. Al final echó a correr hacia el bosque a gran velocidad. En un principio pensé que se había vuelto loco, pero al volver a casa no encontré otro cambio en su conducta que no fuera el lógico del miedo al castigo».

«¿Puede un perro ver con la nariz? ¿Es que los olores impresionan algún centro cerebral con imágenes de las cosas que los producen?».

«2 sept. Anoche, mientras miraba las estrellas en lo alto del cerco que hay al este de la casa, vi cómo desaparecían sucesivamente, de izquierda a derecha. Se apagaban una a una por un instante, y en ocasiones unas pocas a la vez, pero todas las que estaban a un grado o dos por encima del cerco se eclipsaban totalmente. Fue como si algo se interpusiera entre ellas y yo, pero no conseguí verlo, pues las estrellas no emitían suficiente luz para delimitar su contorno. ¡Uf! Esto no me gusta nada…».

Faltan tres hojas con los apuntes correspondientes a varias semanas.

«27 sept. Ha estado por aquí de nuevo. Todos los días encuentro pruebas de su presencia. Me he pasado la noche otra vez vigilando en el mismo puesto, con la escopeta cargada. Por la mañana sus huellas, aún frescas, estaban allí, como siempre. Podría jurar que no me quedé dormido ni un momento… en realidad apenas duermo. ¡Es terrible, insoportable! Si todas estas asombrosas experiencias son reales, me voy a volver loco; y si son pura imaginación, es que ya lo estoy».

«3 oct. No me iré, no me echará de aquí. Ésta es mi casa, mi tierra. Dios aborrece a los cobardes…».

«5 oct. No puedo soportarlo más. He invitado a Harker a pasar unas semanas. Él tiene la cabeza en su sitio. Por su actitud podré juzgar si me cree loco».

«7 oct. Ya encontré la solución al misterio. Anoche la descubrí de repente, como por revelación. ¡Qué simple, qué horriblemente simple!».

«Hay sonidos que no podemos oír. A ambos extremos de la escala hay notas que no hacen vibrar ese instrumento imperfecto que es el oído humano. Son muy agudas o muy graves. He visto cómo una bandada de mirlos ocupa la copa de un árbol, de varios árboles, y cantan todos a la vez. De repente, y al mismo tiempo, todos se lanzan al aire y emprenden el vuelo. ¿Cómo pueden hacerlo si no se ven unos a otros? Es imposible que vean el movimiento de un jefe. Deben de tener una señal de aviso o una orden, de un tono superior al estrépito de sus trinos, que es inaudible para mí. He observado también el mismo vuelo simultáneo cuando todos estaban en silencio, no sólo entre mirlos, sino también entre otras aves como las perdices, cuando están muy distanciadas entre los matorrales, incluso en pendientes opuestas de una colina».

«Los marineros saben que un grupo de ballenas que se calienta al sol o juguetea sobre la superficie del océano, separadas por millas de distancia, se zambullen al mismo tiempo y desaparecen en un momento. La señal es emitida en un tono demasiado grave para el oído del marinero que está en el palo mayor o el de sus compañeros en cubierta, que sienten la vibración en el barco como las piedras de una catedral se conmueven con el bajo del órgano».

«Y lo que pasa con los sonidos, ocurre también con los colores. A cada extremo del espectro luminoso el químico detecta la presencia de los llamados rayos “actínicos”. Representan colores —colores integrales en la composición de la luz— que somos incapaces de reconocer. El ojo humano también es un instrumento imperfecto y su alcance llega sólo a unas pocas octavas de la verdadera “escala cromática”. No estoy loco; lo que ocurre es que hay colores que no podemos ver».

«Y, Dios me ampare, ¡el engendro maldito es de uno de esos colores!».

HAÎTA, EL PASTOR

Las ilusiones de su juventud nunca pudieron ser superadas, en el corazón de Haîta, por la experiencia que otorga la edad. Sus pensamientos eran puros, felices; pero su vida era ramplona y su alma se debatía en diversas ambiciones. Se levantaba con el sol e iba de inmediato a rezar a Hastur, el dios de los pastores, que recibía con gran placer sus preces. Después de entregarse al piadoso ritual, Haîta abría la puerta a su rebaño y partía feliz. Comía, mientras pastaba el rebaño, carne y algún pastel de frutas, y bebía el agua de un arroyo que nacía en las colinas y cruzaba el valle donde se apacentaban sus ovejas.

Durante los largos días del verano, mientras su ganado daba cuenta de la buena hierba que los dioses le procuraban, Haîta se tumbaba tranquilamente con las manos entrelazadas a la altura del pecho, o se echaba a la sombra de un árbol, sin más, o tomaba asiento en una roca y sacaba de su gaita dulces melodías, todo ello sin perder de vista a su rebaño, que vigilaba por el rabillo del ojo, atento a cualquier ruido extraño que pudiera dejarse sentir. También, en ocasiones, le parecía descubrir de pronto la presencia de alguna deidad remota, mas en cuanto fijaba la vista allá donde había creído verla, la visión se desvanecía.

De ahí —de su pensar que cualquier día iba a convertirse en una más de sus ovejas, tan monótona era su vida— extrajo la consecuencia de que si bien la felicidad en ocasiones llega sin que se la busque, probablemente fuese mejor tratar de ver, de descubrir algo que jamás había visto. Y cuando estos pensamientos le ocupaban, pedía con fervor a Hastur, que nunca le defraudaba, seguir siendo tan apreciado por sus vecinos y gozar por mucho tiempo de la inmortal compañía del arroyo y de los árboles, ya que otra cosa, estaba seguro, no le podía ser dada. Después, al caer la noche, agrupaba a su rebaño y lo conducía de nuevo a su corral, se aseguraba de que la puerta quedase bien trancada e iba a su casa para refrescarse y soñar plácidamente.

Así era su vida, así transcurrían sus días uno tras otro, a salvo en su morada cuando las tormentas parecían la ira de algún dios ofendido. Si tronaba, Haîta se cubría con la manta hasta el cuello y se tapaba la cara con las manos, y rezaba como si sólo él fuera culpable de los pecados del mundo, pidiendo clemencia y rogando para que ese mundo de cuyos pecados se hacía responsable no fuese destruido por la furia de la tormenta. En ocasiones, cuando llovía sin tregua, cuando el arroyo se desbordaba, cosa que le obligaba a conducir su ganado hasta zonas más altas, rezaba también por la gente que vivía en las ciudades que se extendían entre las dos colinas que se alzaban al extremo del valle.

—¡Te pido, oh, Hastur —suplicaba—, que mantengas siempre cerca de mí estas montañas que dan amparo a mi casa y a mi cabaña de ovejas, para que así podamos estar a salvo de las riadas… ¡Y te pido también por ese mundo del que nada sé, del que tú, sin embargo, lo sabes todo, pues yo no puedo salvarlo!

Y Hastur, sabedor de que Haîta era un joven que mantenía su palabra bajo cualquier circunstancia, salvaba las ciudades y hacía desembocar los ríos en el mar.

Vivía así desde siempre, por lo que no podía recordar y concebir otra manera de existir. La ermita que se alzaba a la entrada del valle, apenas a una hora a pie desde su cabaña, era cuanto tenía por horizonte. Y a veces pensaba con dolor en esas ciudades de las que alguna vez había oído hablar, esas grandes ciudades en las que la gente, ¡pobres almas!, no tenía ganado, y en las que esas pobres almas que las habitaban se veían tan desamparadas como un corderillo recién nacido cuando se desataba la tormenta.

Pero fue pensando en esos misterios y en esas maravillas, envuelto por el silencio que lo envolvía, mientras cuidaba una mañana de su rebaño, una mañana en la que sólo se oía el canto de los pájaros, cuando Haîta fue consciente de cuán miserable y carente de esperanzas era su existencia.

«Es preciso —se dijo entonces— que sepa de dónde vengo y cómo llegué aquí, antes de que me atreva a juzgar cosas de las que nada sé… ¿Cómo he de hacer un juicio justo si lo desconozco todo del pasado de mi linaje, tanto como desconozco lo que ocurre más allá del valle? Quizá pueda cambiar de parecer y dedicarme a otras cosas, aunque, entonces, ¿quién cuidará de mis ovejas? ¿Y qué será de mí?».

Esas consideraciones, más que decidirle a un cambio de vida, hicieron de Haîta un ser melancólico y moroso. Poco a poco dejó de hablar a su rebaño con la dulzura de antes. Ya no rezaba a Hastur con la devoción de otro tiempo. Ahora oía en la brisa el susurro de deidades malignas. Cada nube era un portento que sugería desastres y la oscuridad se le antojaba llena de terrores. Cuando se llevaba a los labios su gaita, no extraía de ella una dulce melodía, sino silbidos carentes de la menor armonía. Las inteligencias que antes creía hallar en las piedras y en la hierba, en los árboles y en la corriente del arroyo, aquellas inteligencias que siempre había supuesto que lo arropaban, incluso las flores y las hojas de los árboles, se le antojaban ahora estúpidas, siempre en el mismo lugar, sin nada interesante que decirle. Dejó incluso de velar por su ganado, y muchas de sus ovejas se perdieron, sin que hiciera nada por hallarlas. Todo le parecía enfermo, si no muerto; los buenos pastos no eran otra cosa que una condena que día tras día lo llevaba al mismo lugar. Todo le resultaba tan abstracto que comenzó a pensar en la vida y en la muerte, olvidándose de la eternidad en la que siempre había creído, algo que ya ni se tomaba la molestia de considerar como posible porque no lo conocía.

Un día, sumido en estas reflexiones, se puso de pie súbitamente en la roca en la que se había sentado y proclamó a los cuatro vientos con gesto de tanta determinación como crispado:

—¡Nunca más pediré a los dioses que me alumbren con su sabiduría! ¡Nunca más permitiré que me lleven a considerar erróneamente el mundo, como lo han hecho hasta ahora! ¡Haré lo que me venga en gana y, si me equivoco, que sea yo y sólo yo quien lo haga!

De repente, mientras así hablaba, una gran oscuridad cayó sobre él, obligándole a alzar los ojos al cielo por creer que el sol se había ocultado tras las nubes. Pero no había nubes. Y apenas a un brazo de distancia de donde se encontraba observó la presencia de una hermosa Virgen. Tan hermosa era, que las flores que había a sus pies se despojaron de sus pétalos para ofrecérselos e inclinaron sus tallos como quien inclina la cabeza en señal de sumisión. Tan dulce era su presencia que los pájaros hasta fueron capaces de entornar los ojos y hacer aún más melodioso y fino su canto, y las abejas acudieron a los labios de la Virgen para libar su dulzura. Y tan luminosa era que todo a su alrededor parecía en completa penumbra.

Haîta entró en trance. Cayó de rodillas para adorarla. Ella le puso una mano en la cabeza.

—Vamos —le dijo la Virgen con una voz que era la música de todas las campanillas de su rebaño—, vamos… No debes adorarme, yo no soy una divinidad, pero si tienes fe y buen corazón estaré siempre contigo.

Haîta tomó la mano de la Virgen, y ambos se sonrieron mirándose a los ojos. Él la miraba en un rapto reverencioso y le dijo:

—Te rezaré siempre, dama adorable… Dime cómo te llamas, y de dónde y por qué has venido hasta aquí.

Ella se puso un dedo en los labios y le pidió silencio. La hermosa presencia comenzó a transformarse entonces, mostró unas alteraciones claramente perceptibles, que no iban sin embargo en detrimento de su belleza. Todo parecía en penumbra, como si una gran sombra se hubiera cernido sobre el valle. En la oscuridad cada vez más acusada la hermosa Virgen sugería estar aquí y allá, ir rápidamente de un lugar a otro, por lo que su voz parecía llegarle desde muy variados y distantes puntos. Y la oyó decir, en tono de reproche dolorido:

—¡Joven presuntuoso e ingrato! ¿Y si te dejara solo? ¿Por qué te empeñas en romper la armonía eterna?

Haîta, con la expresión congelada, cayó de nuevo de rodillas y rogó a la aparición que siguiera a su lado, pero fue en vano. No pudo verla por mucho más tiempo, pero en el fondo de su corazón resonaba la voz de la Virgen, que le decía:

—No, no puedo quedarme ahora a tu lado… Ve a tu labor, pastor sin fe, vuelve a ser el de antes, o nunca más volverás a verme.

Cayó la noche. Aullaban los lobos en la colina y el rebaño, aterrorizado, rodeó a Haîta. Ante aquello, olvidó sus reproches a los dioses, su acritud de antes, condujo su rebaño hasta el corral donde estaría a salvo de los lobos al acecho, y después oró para dar de nuevo gracias a Has— tur, esta vez por haberle iluminado a tiempo de poner a salvo a sus ovejas. Luego se fue a la cama y se quedó dormido.

Cuando despertó Haîta, el sol estaba en lo más alto y lo llenaba todo con tintes gloriosos. Y allí, a su lado, vio a la dulce y hermosa Virgen. Ella le sonreía de tal manera que su rostro parecía la música más exquisita de su gaita. No habló, temiendo ofenderla y porque nada era capaz de decir ante tan venturosa presencia.

—Como cuidaste bien de tus ovejas, poniéndolas a salvo de los lobos —dijo la Virgen—, y porque luego diste gracias a Hastur por haberte iluminado para hacerlo, he venido a verte de nuevo… ¿Te agrada mi compañía?

—¿Quién no querría estar a tu lado para siempre? —dijo al fin Haîta —. ¡Oh, nunca vuelvas a dejarme! Al menos… hasta que… hasta que… deje de hablar y de moverme…

Haîta no quiso hablar de la muerte.

—Además quisiera —siguió diciendo el pastor— que tú fueses alguien de mi sexo, de manera que resultáramos idénticos y corriésemos juntos por el campo y nunca nos cansáramos el uno del otro.

Al oír esas palabras, la Virgen se fue de la habitación de Haîta, que salió tras ella echando a un lado la manta, embelesado por la fragante estela que la bella aparición dejaba a su paso. Salió Haîta a la puerta de su casa y vio atónito que la lluvia caía con fuerza y que las aguas del arroyo comenzaban a desbordarse. En su corral, las ovejas temblaban y gemían aterrorizadas pues el agua comenzaba a llegar hasta allí. Pensó también Haîta en la amenaza que podría suponer el torrente desbordado para las ciudades que había más allá y que no conocía.

Pasaron varios días hasta que Haîta volvió a ver a la Virgen. Volvía del valle, donde había almorzado leche y un pastel de carne, y se desvió hacia la ermita para procurarse arándanos de los que crecían muy cerca de allí, sabroso alimento que le daba el viejo ermitaño.

—¡Pobre anciano! —dijo Haîta en voz baja recordando las dificultades que tenía el anciano para llevar a cabo su tarea—. Vendré mañana y lo llevaré sobre mi espalda hasta mi propia casa. Vivirá conmigo y así podré cuidar de él. Seguro que para eso Hastur me ha dado salud y fuerza.

Y mientras así decía, la Virgen, vestida con unos ropajes preciosos, se le apareció sonriente en el sendero.

—Aquí me tienes otra vez —le dijo—; he venido para estar contigo, si es que así lo quieres… Has demostrado tanta sabiduría como bondad, pero deberás tomarme tal y como soy, sin hacer más preguntas.

Haîta cayó rendido a sus pies.

—¡Belleza indecible! —clamó—. Si te quedas conmigo te daré la mayor devoción nacida de mi alma y de mi corazón, te adoraré por siempre y para siempre, en tanto Hastur me permita hacerlo… Pero temo que seas caprichosa y vuelvas a dejarme solo mañana, cuando amanezca y salga el sol… Dime si es que, acaso en mi ignorancia, te ofendí el otro día… Si así fue, perdóname, nunca volveré a hacerlo… Y quédate a mi lado para siempre.

Apenas había dicho estas palabras cuando varios osos bajaban de una colina próxima, dirigiéndose hacia él con las bocas fieras y los ojos amenazantes. De nuevo desapareció la Virgen y Haîta temió por su vida. Echó a correr y no paró hasta llegar a la ermita. Entró aprisa, cerró la puerta cuando los osos ya estaban a punto de alcanzarle, y se arrojó de bruces al suelo, echándose a llorar.

—Hijo mío —oyó entonces la voz del ermitaño, que le ofrecía arándanos a manos llenas—, no creo que llores precisamente por culpa de los osos… Dime qué te aflige y trataré de darte consuelo… A veces la edad es mejor bálsamo que la juventud…

Haîta se sinceró con él, contándoselo todo: las veces que se le había aparecido la radiante Virgen, las veces que lo había abandonado… También contó minuciosamente al anciano los pormenores de las conversaciones que habían tenido, sin omitir una sola palabra.

Cuando acabó de hablar, el santo ermitaño guardó silencio unos instantes y después dijo:

—Hijo mío, ahora entiendo bien qué te ocurre… Conozco a la Virgen. La he visto muchas veces. Debes saber que su nombre, aunque no quiera decirlo, es Felicidad. Es caprichosa, bien es cierto, pues impone condiciones que los hombres muchas veces no pueden cumplir. Por eso se va, cuando se siente contrariada o decepcionada. Aparece cuando le viene en gana y jamás admite una pregunta. Una simple demostración de curiosidad, o una señal de duda, por leve que sea, o una expresión inquisidora, y desaparece… ¿Cuánto tardó en esfumarse, cada vez que lo hizo?

—Nada, un instante —respondió Haîta con gesto de suma tristeza—. Apenas me dio tiempo de darme cuenta, la perdí en un momento.

—¡Desventurado joven! —dijo el santo ermitaño—. Por culpa de tu indiscreción la has perdido para nosotros dos.

UN HABITANTE DE CARCOSA

Porque hay varias clases de muerte. En unas el cuerpo permanece; en otras, desaparece con el espíritu. Esta última sólo suele ocurrir en lugares solitarios (tal es la voluntad de Dios) y, como nadie ha visto nunca el desenlace, decimos que el hombre anda errante o que está en un largo viaje, cosa que en realidad es cierta. Pero a veces se ha producido a la vista de muchos, tal y como lo acreditan numerosos testimonios. En cierto tipo de muerte el espíritu también muere, y se sabe que esto ha sucedido aunque el cuerpo haya conservado su vigor durante muchos años. En otras ocasiones, y existen pruebas de ello, muere con el cuerpo, pero, al cabo de cierto tiempo, resucita en el lugar en que el cuerpo se descompuso.

Concentrado en estas palabras de Hali (a quien Dios tenga en su gloria), cuyo verdadero significado intentaba descubrir —como cuando tras una insinuación uno se pregunta si no habrá algo detrás de lo que ha creído entender—, no me di cuenta de hacia dónde me dirigía hasta que un viento helador me golpeó el rostro y me devolvió a la realidad. Observé con sorpresa que todo me resultaba desconocido. A ambos lados se extendía una fría y desierta llanura cubierta por una capa alta de hierba seca que crujía y silbaba en el viento otoñal con sabe Dios qué misteriosa e inquietante alusión. Sobre esa llanura destacaban las extrañas formas de unas rocas sombrías que parecían comunicarse entre sí e intercambiar miradas significativas, como si hubieran alzado sus cabezas para contemplar el resultado de un acontecimiento previsto. Unos pocos árboles carcomidos aquí y allá parecían ser los líderes de esa maldita conspiración de expectación silenciosa.

«Aunque el sol no se ve, tiene que estar avanzado el día», pensé. Sentía el aire húmedo y frío, pero mi consciencia de ese hecho era más mental que física: no notaba malestar alguno. Un dosel de nubes bajas y plomizas colgaba, como una maldición visible, sobre el sombrío paisaje. En todo ello había una amenaza, un presagio: un augurio de maldad, una insinuación de muerte. No había pájaros, animales, ni insecto alguno. El viento suspiraba entre las ramas desnudas de los árboles muertos y la hierba gris se curvaba para susurrar a la tierra su horrible secreto. Ningún otro sonido o movimiento rompía la espantosa quietud de aquel lugar.

Sobre la hierba había varias piedras desgastadas por la erosión, a las que alguna herramienta parecía haber dado forma. Estaban rotas, cubiertas de musgo y medio hundidas en la tierra, ninguna en posición vertical. Evidentemente eran lápidas de tumbas, aunque de éstas no quedaban túmulos ni depresiones: el paso de los años había nivelado el terreno. Unos cuantos bloques dispersos, de mayor tamaño, indicaban los lugares desde los que algún rico sepulcro o un monumento ambicioso había lanzado su débil desafío al olvido. Tan viejos parecían esos vestigios, esos restos de vanidad, esos monumentos de afecto y piedad, y tan abandonado, solitario y olvidado era el aspecto del lugar, que no pude evitar sentir que yo era el descubridor del cementerio de una raza de hombres prehistóricos cuyo nombre llevaba mucho tiempo olvidado.

Hacía un rato que, ocupado en estas reflexiones, había abandonado el hilo de mis propias experiencias, pero de pronto pensé: «¿Cómo he llegado hasta aquí?». Tras un breve examen de la situación todo pareció aclararse y pude explicarme, aunque de un modo inquietante, el carácter singular que mi imaginación había atribuido a todo lo que estaba viendo y oyendo. Estaba enfermo. Recordé entonces que, debido a un ataque de fiebre, había desfallecido y que mi familia me había dicho que en momentos de delirio pedía a gritos aire y libertad, por lo que tenían que sujetarme a la cama para que no me escapara. Ahora había conseguido eludir la vigilancia de quienes me cuidaban y vagaba… ¿hacia dónde? No tenía la menor idea. Seguramente me encontraba a una distancia considerable de la ciudad en que residía, la antigua y conocida ciudad de Carcosa.

Por ningún lado aparecían signos audibles o visibles de vida humana: ni una columna de humo, ni un ladrido de perro, ni mugidos de ganado, ni gritos de niños jugando… nada. Sólo el cementerio tétrico con su aire de misterio y terror, obra de mi propia mente desquiciada. ¿No estaría delirando de nuevo, sin posibilidad de conseguir ayuda? ¿No sería todo una ilusión de mi locura? Grité los nombres de mi mujer y de mis hijos y, mientras caminaba entre las piedras caídas y la hierba marchita, estiré mis manos en busca de las suyas.

Un ruido a mis espaldas me hizo volver la cabeza. Un animal salvaje, un lince, se aproximaba. Si sufro una recaída aquí en el desierto, pensé, si vuelve la fiebre y me desmayo, esta bestia se lanzará sobre mi garganta. Salté hacia ella, gritando; pasó tranquilamente a mi lado y desapareció detrás de una roca.

Al cabo de un rato vi surgir de la tierra, muy cerca, la cabeza de un hombre que subía la suave pendiente de una colina cuya parte superior apenas sobresalía por encima del nivel general del terreno. Su figura se hizo pronto visible sobre el fondo de una nube gris. Iba medio desnudo, cubierto únicamente con algunas pieles. Llevaba el pelo revuelto y su barba era larga y descuidada. Con una mano sujetaba un arco y una flecha; con la otra sostenía una antorcha encendida que despedía una larga estela de humo negro. Caminaba despacio y con preocupación, como si temiera caer en alguna tumba oculta por la alta hierba. Su extraña aparición me sorprendió, pero no me asustó. Decidí encaminarme hacia él y, cuando estaba casi a su lado, le abordé con un saludo familiar:

—Dios te guarde.

No me hizo caso y continuó su marcha.

—Buen desconocido —añadí—, me encuentro perdido y enfermo. Indícame por dónde puedo volver a Carcosa, te lo ruego.

El hombre empezó a canturrear en una lengua extraña y desapareció.

Entonces una lechuza comenzó a ulular sobre la rama de un árbol seco y fue contestada por otra más lejana. Cuando levanté la vista vi, a través de un claro en el cielo, Aldebarán y las Elíadas. En todo lo anterior había un indicio de noche —el lince, el hombre de la antorcha, la lechuza—; incluso veía las estrellas, pero no había oscuridad. Veía, pero no parecía que nadie me viera u oyera. ¿De qué horrible sortilegio era víctima?

Me senté al pie de un gran árbol para pensar qué debía hacer. Era evidente que estaba loco, aunque en esta convicción había un atisbo de duda. No sentía ya rastro de fiebre; al contrario, me encontraba exultante y lleno de un vigor como jamás había conocido, un sentimiento de exaltación física y mental. Mis sentidos estaban alerta: el aire me parecía una sustancia pesada. Podía escuchar el silencio.

Una de las grandes raíces del enorme árbol en cuyo tronco me apoyaba tenía incrustado un bloque de piedra, parte del cual asomaba por el hueco que dejaba otra raíz. De este modo, la piedra, aunque bastante deteriorada, quedaba parcialmente protegida de las inclemencias del tiempo. Tenía los bordes redondeados, las esquinas corroídas y su superficie estaba profundamente agrietada. A su alrededor había brillantes partículas de mica, restos de su descomposición. La losa parecía haber cubierto el sepulcro del que había surgido el árbol, siglos atrás. Las raíces habían saqueado la tumba y aprisionado la lápida.

Una ráfaga de viento barrió algunas ramitas y hojas secas que había sobre su superficie. Entonces vi una inscripción y me incliné a leerla. ¡Dios santo! ¡Mi nombre completo y las fechas de mi nacimiento y mi muerte!

Mientras me ponía en pie lleno de terror, un rayo horizontal de luz iluminó el tronco del árbol. El sol estaba saliendo por el este rosáceo. Aunque me encontraba entre el árbol y el amplio disco rojo, ¡ninguna sombra oscurecía el tronco!

Un coro de lobos aullantes saludaba el amanecer. Los vi sentados —unos solos, otros en grupo— sobre los túmulos y montículos irregulares que llenaban la mitad de aquella desierta perspectiva que se extendía hacia el horizonte. Entonces supe que aquellas ruinas eran las de la antigua y conocida ciudad de Carcosa.

Tales son los hechos que el espíritu Hoseib Alar Robardin transmitió al médium Bayrolles.

EL DESCONOCIDO

Un hombre salió de la oscuridad y penetró en el pequeño círculo iluminado por nuestro lánguido fuego de campamento, sentándose en una roca.

—No son los primeros en explorar esta región —comentó con voz grave.

Nadie puso en duda su afirmación; él mismo era prueba de esa verdad, pues no formaba parte de nuestro grupo y debía de encontrarse en algún lugar cercano cuando acampamos. Además, debía de tener compañeros no muy lejos, pues no era un lugar en el que resultara conveniente vivir o viajar solo. Durante una semana, sin contarnos a nosotros ni a nuestros animales, los únicos seres vivos que habíamos visto eran serpientes de cascabel y sapos cornudos. En un desierto de Arizona no se puede coexistir demasiado tiempo tan sólo con criaturas como aquéllas: uno debe llevar animales, suministros, armas: «un equipo». Y todo eso significa camaradas. Pudo surgir quizá una duda con respecto a qué tipo de hombres podían ser los camaradas de aquel desconocido tan escasamente ceremonioso, a lo que hay que añadir que había en sus palabras algo que podía interpretarse como un desafío, y que hizo que cada uno de la media docena de «caballeros aventureros» que éramos nosotros nos irguiéramos, sin dejar de estar sentados, y lleváramos una mano al arma: un acto que en aquel tiempo y lugar era significativo, una posición de expectativa. El desconocido no prestó ninguna atención a aquel acto y volvió a hablar con el mismo tono monótono y carente de inflexión con el que había pronunciado su primera frase:

—Hace treinta años, Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis, todos ellos de Tucson, cruzaron los montes de Santa Catalina y viajaron hacia el oeste, hasta el punto más lejano que permitía la configuración del país. Nos dedicábamos a la prospección y teníamos la intención de, si no encontrábamos nada, cruzar el río Gila en algún punto cercano a Big Bend, donde teníamos entendido que había un asentamiento. Llevábamos un buen equipo, pero carecíamos de guía: tan sólo Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

El hombre repitió los nombres lenta y claramente, como si pretendiera fijarlos en la memoria de su público, cada uno de los cuales le observaba ahora atentamente, pues se había reducido algo la aprensión de que sus posibles compañeros estuvieran en algún lugar de la oscuridad que parecía rodearnos como si fuera un muro negro; en las maneras de ese historiador voluntario no se sugería ningún propósito no amistoso. Sus actos se asemejaban más a los de un lunático inofensivo que a los de un enemigo. No éramos tan nuevos en el país como para no saber que la vida solitaria de muchos hombres de las llanuras había producido una tendencia a desarrollar excentricidades de conducta y de carácter que no siempre eran fáciles de distinguir de la aberración mental. Un hombre es como un árbol: dentro de un bosque de compañeros crecerá tan recto como su naturaleza individual y genérica se lo permita, pero a solas y en campo abierto cede a las tensiones y torsiones deformadoras que le rodean. Pensamientos semejantes cruzaron mi mente mientras observaba al hombre desde la sombra de mi sombrero, que tenía inclinado para que la luz del fuego no me diera en los ojos. Sin duda se trataba de un grillado, ¿pero qué podía estar haciendo allí, en el corazón de un desierto?

Puesto que he decidido contar esta historia, me gustaría ser capaz de describir el aspecto de ese hombre: eso sería lo natural. Desgraciadamente, y en cierta medida extrañamente, me siento incapaz de hacerlo con algún grado de confianza, pues más tarde ninguno de nosotros coincidió en cuanto a la ropa que llevaba o el aspecto que tenía; y cuando traté de anotar mis impresiones, ese aspecto me fue esquivo. Cualquiera puede contar una historia: la narración es una de las facultades elementales de nuestra raza. Pero el talento para la descripción es un don.

Como nadie rompiera el silencio, el visitante siguió hablando:

—El país no era entonces lo que es ahora. No había ni un solo rancho entre el Gila y el Golfo. Había un poco de caza desperdigada por las montañas, y cerca de las infrecuentes charcas, hierba suficiente para evitar que nuestros animales murieran de hambre. Si teníamos la suerte de no encontrarnos con los indios, podríamos seguir avanzando. Pero al cabo de una semana el propósito de la expedición había cambiado: en lugar de descubrir riquezas, intentábamos conservar la vida. Habíamos llegado demasiado lejos para poder regresar, de manera que lo que teníamos delante no podía ser peor que lo que nos aguardaba detrás; así que seguimos avanzando, cabalgando por la noche para evitar a los indios y el calor intolerable, y ocultándonos durante el día lo mejor que podíamos. En ocasiones, cuando habíamos agotado el suministro de carne de animales salvajes y vaciado nuestras cantimploras, teníamos que pasar varios días sin comer ni beber; luego, una charca o una pequeña laguna en el fondo de un arroyo nos permitían restaurar nuestras fuerzas y salud, por lo que éramos capaces de disparar a algún animal salvaje que también hubiera buscado el agua. A veces era un oso, otras un antílope, un coyote, un puma… lo que Dios quisiera: todo era comida.

»Una mañana, cuando rodeábamos una cordillera tratando de encontrar algún paso, nos atacó un grupo de apaches que había seguido nuestro rastro hasta un barranco que no está lejos de aquí. Sabiendo que nos superaban en número de diez a uno, no tomaron ninguna de sus habituales y cobardes precauciones, sino que se lanzaron sobre nosotros al galope, disparando y gritando. La lucha era inevitable: presionamos a nuestros débiles animales para que subieran el barranco mientras hubiera espacio para poner una pezuña, bajamos de nuestras sillas y nos dirigimos hacia el chaparral que había en una de las pendientes, abandonando todo nuestro equipo al enemigo. Pero todos conservamos el rifle: Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

—El mismo y viejo grupo —comentó el humorista que había entre nosotros. Era un hombre del oeste que no estaba familiarizado con las costumbres decentes de la relación social. Un gesto de desaprobación de nuestro jefe le hizo callar, permitiendo al desconocido proseguir el relato:

—Los salvajes también desmontaron y algunos de ellos subieron el barranco hasta más allá del punto por el que nos habíamos ido, cortándonos cualquier retirada en esa dirección y obligándonos a ascender. Desgraciadamente, el chaparral sólo se extendía una corta distancia por la pendiente, y cuando llegamos al campo abierto que había más arriba recibimos los disparos de una docena de rifles; pero los apaches disparaban muy mal cuando lo hacían deprisa, y quiso Dios que ninguno de nosotros cayera. Veinte metros más arriba, más allá del borde de los matorrales, había unos riscos verticales y, directamente enfrente de nosotros, una estrecha abertura. Corrimos hacia ella y nos encontramos en una caverna tan grande como una habitación ordinaria de una casa. Allí estaríamos a salvo durante algún tiempo: un solo hombre con un rifle de repetición podría defender la entrada contra todos los apaches del mundo. Pero contra el hambre y la sed no teníamos defensa. Conservábamos el valor, pero la esperanza era un término del recuerdo.

»No vimos después a ninguno de aquellos indios, pero por el humo y el resplandor de las hogueras que habían encendido en el barranco, sabíamos día y noche que nos vigilaban, con los rifles preparados, desde el margen de los matorrales: sabíamos que si intentábamos salir, ni uno solo de nosotros podría dar tres pasos sin caer abatido. Resistimos durante tres días, vigilando por turnos, hasta que nuestro sufrimiento se hizo insoportable. Entonces, la mañana del cuarto día, Ramón Gallegos dijo:

»—Señores, no sé mucho del buen Dios ni de lo que a éste le complace. He vivido sin religión y no conozco la de ustedes. Perdónenme, señores, si les sorprendo, pero para mí ha llegado el momento de ganarle la partida al apache.

»Se arrodilló en el suelo rocoso de la cueva, acercó la pistola a su sien y dijo:

»—Madre de Dios, ven a por el alma de Ramón Gallegos.

»Y así nos dejó: a William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

»Yo era el jefe y me correspondía hablar.

»—Fue un hombre valiente. Supo cuándo morir y cómo. Es una estupidez morir de sed y caer bajo las balas de los apaches, o ser despellejados vivos: eso es de mal gusto. Unámonos a Ramón Gallegos.

»—Tiene razón —dijo William Shaw.

»—Tiene razón —dijo George W. Kent.

»Extendí los miembros de Ramón Gallegos y le puse un pañuelo sobre el rostro. Entonces William Shaw dijo:

»—Me gustaría seguir teniendo ese aspecto… un poco más.

»Y George W. Kent dijo que pensaba lo mismo.

»—Así será —dije yo—, los diablos rojos aguardarán una semana. William Shaw y George W. Kent, venid y arrodillaos.

»Así lo hicieron, y yo quedé en pie delante de ellos.

»—Dios Todopoderoso, Padre Nuestro —dije yo.

»—Dios Todopoderoso, Padre Nuestro —dijo William Shaw.

»—Dios Todopoderoso, Padre Nuestro —dijo George W. Kent.

»—Perdónanos nuestros pecados —dije yo.

»—Perdónanos nuestros pecados —dijeron ellos.

»—Y recibe nuestras almas.

»—Y recibe nuestras almas.

»—¡Amén!

»—¡Amén!

»Les coloqué junto a Ramón Gallegos y cubrí sus rostros.

Se produjo una rápida conmoción al otro lado del fuego del campamento: un miembro de nuestro grupo se había puesto en pie pistola en mano.

—¿Y tú te atreviste a escapar? —gritó—. ¿Has tenido el valor de permanecer vivo? ¡Eres un perro cobarde y yo haré que te unas a ellos aunque luego me ahorquen a mí!

Pero saltando como una pantera, nuestro capitán se lanzó sobre él y le sujetó la muñeca.

—¡Detente, Sam Yountsey, detente!

Todos nos habíamos puesto en pie, salvo el desconocido, que permanecía sentado, inmóvil y aparentemente sin prestar atención. Alguien cogió a Yountsey por el otro brazo.

—Capitán, aquí hay algo que no concuerda —dije yo—. Este tipo es un lunático o simplemente un mentiroso: un sencillo mentiroso al que Yountsey no tiene derecho a matar. Si formó parte de ese grupo, es que había cinco hombres, y no ha nombrado a uno de ellos, probablemente a sí mismo.

—Cierto —contestó el capitán soltando al insurgente, que se sentó—. Aquí hay algo… inusual. Hace años encontraron cuatro cuerpos de hombres blancos, vergonzosamente mutilados y sin el cuero cabelludo, en los alrededores de la boca de esa cueva. Los enterraron allí; yo mismo he visto las tumbas y mañana las veremos todos.

El desconocido se levantó y nos pareció muy alto bajo la luz del fuego menguante, pues por prestar atención a su historia nos habíamos olvidado de alimentarlo.

—Había cuatro —repitió él—: Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

Reiterando su lista de muertos, caminó hacia la oscuridad y no volvimos a verle.

En ese momento se aproximó a nosotros un miembro del grupo que habla estado de guardia llevando el rifle en la mano y algo excitado.

—Capitán, durante la última media hora he visto a tres hombres allí arriba —dijo señalando en la dirección que había tomado el desconocido—. Pude verlos claramente, pues la luna está alta, pero como no tenían armas y yo les cubría con la mía, pensé que les correspondía a ellos hacer cualquier movimiento. ¡Pero no hicieron ninguno, maldita sea! Y me han puesto nervioso.

—Vuelve a tu puesto y quédate allí hasta que vuelvas a verlos —contestó el capitán—. Los demás acostaos de nuevo u os arrojaré al fuego a patadas.

El centinela se retiró obediente, lanzando juramentos, y no regresó en toda la noche. Cuando estábamos preparando nuestras mantas, Yountsey, que era un temperamental, dijo:

—Le ruego que me perdone, capitán, ¿pero quién diablos piensa usted que son?

—Ramón Gallegos, William Shaw y George W. Kent.

—¿Y qué me dice de Berry Davis? Tendría que haberle disparado. —Habría sido totalmente innecesario: no podrías haberle matado otra vez. Duérmete.

11. VIAJE SENTIMENTAL
(LAURENCE STERNE)

ÍNDICE

Libro I
Libro II

LIBRO I

ÍNDICE

Viaje Sentimental
Calais
El Fraile
El Fraile
El Fraile
La Désobligeante

Prólogo
Calais
En La Calle
La Puerta De La Cochera
La Puerta De La Cochera
La Tabaquera
La Puerta De La Cochera
En La Calle
La Cochera
La Cochera
La Cochera
En La Calle
Montreuil
Montreuil
Montreuil
Montreuil
Fragmento
Montreuil
El Pollino
Nampont
Nampont
Amiens
La Carta Amiens
La Carta
París
La Peluca
El Pulso
El Marido
Los Guantes

La Traducción
El Enano
La Rosa

VIAJE SENTIMENTAL

—Este asunto —dije— se resuelve mejor en Francia.

—¿Ha estado en Francia? —preguntó mi criado al tiempo que se volvía rápidamente con una mirada victoriosa aunque en extremo cortés.

—¡Qué curioso! —exclamé mientras reflexionaba sobre la cuestión—. Que una travesía de veintiuna millas, pues en realidad no es mucha la distancia que separa Dover de Calais, pueda conceder a un hombre tales derechos. Los observaré.

Puse así fin a la discusión y fui derecho a mis aposentos. Metí en mi bolsa media docena de camisas y un par de calzones de seda negra, y «el abrigo que llevo puesto —dije mirándome una manga— bastará». Tomé la diligencia en dirección a Dover y el paquebote que zarpaba a las nueve de la mañana siguiente; a las tres ya estaba sentado a la mesa degustando un plato de fricandó de pollo. Me encontraba en Francia de forma tan indudable que, de haber muerto esa noche de indigestión, el mundo entero no habría podido postergar las consecuencias del droit d’aubaine. Mis camisas y el par de calzones negros de seda, con el baúl de viaje incluido, habrían ido a parar a manos del rey de Francia. Incluso la pequeña imagen que llevo hace tanto tiempo conmigo, y de la que tan a menudo os he dicho, Eliza, que me acompañaría hasta la tumba, ¡habría sido arrancada de mi cuello!

¡Qué ruin! ¡Apoderarse de los restos del naufragio de un incauto pasajero, a quien vuestros súbditos han acogido en su costa! ¡Válgame el cielo! Sire, eso no está bien. Y mucho me entristece que sea el monarca de un pueblo tan civilizado y cortés y tan afamado por sus delicados sentimientos y emociones ¡con quien tenga que debatirlo!

Aunque apenas si había pisado vuestras tierras…

CALAIS

Cuando hube terminado de comer, bebí a la salud del rey de Francia para demostrarme a mí mismo que no le guardaba ningún rencor, sino más bien al contrario: lo honraba en suma por la humanidad de su carácter. Y me crecí unos centímetros por mi favorable conclusión.

«No —pensé—, los Borbones no son en modo alguno una estirpe cruel. Tal vez se hayan dejado engatusar como otros pueblos, pero llevan la bondad en la sangre».

Mientras era consciente de ese rasgo, sentí cómo me invadía una sensación más delicada que cualquier otra en las mejillas, más cálida y agradable para el hombre que el calor que podría haber provocado el borgoña (uno de al menos dos libras la botella, como el que yo había estado bebiendo).

—¡Por Dios! —exclamé, apartando de una patada mi baúl de viaje—, ¿qué hay en las posesiones de este mundo que aguzan nuestro espíritu y provocan que tantos de nuestros hermanos de buen corazón se enfrenten cruelmente?

Cuando el hombre está en paz con su prójimo, ¡cuánto más ligero que una pluma es el más pesado de los metales en su mano! Saca su bolsa y, levantándola con displicencia y manteniéndola abierta, mira a su alrededor como si buscara un individuo con quien compartir su contenido. Al reflexionar sobre ello, sentí que hasta el último vaso sanguíneo de mi organismo se dilataba; las arterias bombeaban alegremente y al unísono, y toda la energía que alimenta la vida se generaba con tan poca fricción que habría confundido a la précieuse más destacada de Francia; pese a todo su materialismo, difícilmente podría haberme calificado de máquina.

«Estoy seguro —me dije— de que habría trastocado sus creencias».

La ocurrencia de esa idea transportó mi naturaleza, en ese momento, al punto más elevado que podía conquistar. Si antes estaba en paz con el mundo, esto me concilió con mi propio ser.

—Ahora bien, de ser yo el rey de Francia —exclamé—, ¡qué momento para que un huérfano me reclamase el baúl de viaje de su padre!

EL FRAILE

Calais

Apenas si había pronunciado esas palabras, cuando un humilde fraile de la orden de San Francisco entró en la estancia pidiendo una limosna para su convento. A ningún hombre le agrada que sus virtudes se enfrenten al arbitrio de las contingencias —un hombre puede ser generoso, como otro es poderoso—, o sed non quo ad hanc… ¡o sea como fuere! Pues no existe razonamiento lógico sobre los flujos y reflujos de nuestro humor: pueden depender de las mismas causas, por lo que yo sé, que influyen en las mismísimas mareas. Y, a menudo, el suponer que así es no redundaría en descrédito nuestro; estoy seguro, al menos en mi caso, de que en numerosas ocasiones me sentiría mucho más satisfecho si se dijera: «Ha sido un asunto motivado por el influjo de la luna, en el que no intervinieron ni el pecado ni la vergüenza», en lugar de que se viera como un acto propio, en el que sí hubo mucho de ambos.

No obstante, en cuanto me apercibí de la presencia del fraile, me hice el firme propósito de no darle ni un solo sou. A tal fin, me guardé la bolsa en el bolsillo, me abotoné, me enderecé y avancé con gesto adusto hacia él. Me temo que mi mirada resultaba un tanto repelente: veo ahora su silueta frente a mí y reconozco que había algo en ella merecedor de un trato más amable.

El fraile, a juzgar por la circunferencia de su tonsura —cuyo único resto eran un par de pelillos canosos desperdigados sobre sus sienes—, debía de rondar los setenta años. Sin embargo, mirándole a los ojos y al fuego que ardía en su interior, más atemperado por la cortesía que por los años, no aparentaba pasar de los sesenta. Aunque la verdad de la cuestión quizá se encontrara a medio camino y en realidad tenía sesenta y cinco; el aspecto general de su semblante, a pesar de que algún episodio había abierto surcos en él antes de tiempo, confirmaba el cálculo.

Se trataba de uno de esos rostros que tan a menudo había retratado Guido: afable, pálido, penetrante, desprovisto de las ideas vulgares de esa tremenda ignorancia pagada de sí misma y con la mirada eternamente dirigida al suelo. Su faz proyectaba la mirada hacia delante, aunque lo hacía como si observara algo más allá de este mundo. Cómo habrá conseguido un rostro así un fraile de su orden, solo el cielo, quien lo puso sobre sus hombros, lo sabe. Era la cara adecuada a un brahmán, y, de haberla contemplado yo en las llanuras del Indostán, la habría reverenciado.

El resto de su contorno se resume con un par de pinceladas, y puede darlas cualquiera, pues no era ni elegante ni destacaba por nada distinto al carácter y la expresión. Era delgado, enjuto y superaba en poco la estatura media, aunque perdía distinción por cierta inclinación hacia delante; mas se trataba de la actitud de la oración y, tal como lo recuerdo en este momento, ganaba más que perdía con ello.

Tras haber dado tres pasos por la habitación, se quedó parado y posó la mano izquierda sobre su pecho (pues en la derecha llevaba un delgado cayado blanco con el que viajaba). Cuando lo tuve enfrente, se presentó contando la breve historia de su convento y la pobreza de su orden, y lo hizo con tanta simplicidad y con tanta aflicción en el conjunto de su mirada y su figura, que solo un hechizo me habría librado de caer bajo su conjuro.

Una explicación más loable de que no ocurriera era que había tomado la determinación de no darle ni un solo sou.

EL FRAILE

—Es muy cierto —dije en respuesta a una mirada dirigida a lo alto con la que había concluido su parlamento—, bien cierto es. Y que el cielo acoja a aquellos que solo cuentan con la caridad del mundo, cuya totalidad, me temo, no es en modo alguno suficiente para los numerosos y grandes ruegos que se le hacen de forma constante.

Al pronunciar las palabras «grandes ruegos», el fraile echó una mirada soslayada en dirección a la manga de su hábito; comprendí el estruendoso mensaje de su silencio.

—Lo entiendo —dije—: tan tosco hábito y que lo renueven solo cada tres años, además de una dieta escasa, no es gran cosa. Aunque la verdadera lástima es que, teniendo en cuenta el poco esfuerzo necesario para obtener todo eso en este mundo, vuestra orden aspire a conseguirlo recurriendo a un fondo que es propiedad del cojo, el ciego, el anciano y el enfermo; el reo, que yace contando una y otra vez los días que le restan de aflicción, también se consume anhelando la parte que le corresponde. De haber pertenecido usted a la orden de la Merced en lugar de a la orden de San Francisco, pese a ser pobre como soy —proseguí, señalando mi portaequipajes—, de buena gana le habría ofrecido todo su contenido para el rescate de los desfavorecidos.

El fraile me hizo una reverencia.

—Pero de entre todos los pobres —continué—, los desposeídos de nuestro propio país, sin lugar a dudas, son los que tienen prioridad; y he dejado a miles angustiados en nuestras costas.

El monje hizo un gesto amable con la cabeza, como diciendo: «Sin duda alguna hay miseria para dar y regalar hasta en el último rincón del mundo, así como en nuestro convento».

—Aunque nosotros distinguimos —dije, posando una mano en la manga de su hábito, en respuesta a su mirada mendicante—, distinguimos, digo, ¡mi buen padre!, entre quien solo quiere comer el pan ganado con el sudor de su frente y quien come el pan de otros, y no tiene otro proyecto en la vida que arrastrarse por ella con pereza e ignorancia… ¡Por el amor de Dios!

El pobre franciscano se quedó mudo: un segundo de alteración cruzó sus mejillas, pero no llegó a aflorar como sonrojo. La madre naturaleza había puesto punto y final a sus resentimientos en él: el fraile no los tenía. No obstante, dejando que las mangas del hábito le cubrieran las manos, entrelazó con fuerza y resignación los dedos, los apoyó con sumisión sobre el pecho y se retiró.

EL FRAILE

Calais

Me dio un vuelco el corazón en cuanto cerró la puerta. «¡Bah!», exclamé con aire de despreocupación tres veces. Pero no sirvió de nada: hasta la última y penosa sílaba que había pronunciado el fraile me volvía una y otra vez a la memoria. Se me ocurrió que el único derecho que tenía sobre el pobre franciscano había sido el de rechazar su ruego, y que el castigo que ello había supuesto era suficiente frustración sin necesidad de agregarle el desprecio de mis groseras palabras. Pensé en sus canas; me pareció ver su amable figura reentrando en la habitación y preguntándome con amabilidad qué daño me había hecho él y por qué lo había tratado así. Habría pagado veinte libras por un letrado que abogara en mi favor. «Me he portado muy mal», me dije. Sin embargo, no había hecho más que emprender el viaje; ya adquiriría mejores modales a lo largo del camino.

LA DÉSOBLIGEANTE

Calais

Cuando un hombre está descontento consigo mismo, disfruta, no obstante, de una ventaja: se encuentra en una disposición excelente para la negociación. Puesto que no puede haber viaje por Francia e Italia sin una chaise, y la naturaleza suele empujarnos hacia aquello que más nos conviene, partí en la diligencia con objeto de comprar o arrendar un vehículo de esas características. Una vieja désobligeante estacionada al fondo de la cochera llamó mi atención de inmediato; monté en ella sin pensarlo y, como la condición del vehículo estaba en consonancia con mi estado de ánimo, ordené al lacayo que mandara llamar a monsieur Dessein, el dueño de la pensión. Sin embargo, como este se había ido a vísperas y yo no deseaba encontrarme cara a cara con el franciscano, a quien divisé justo al otro lado del patio en conversación con una dama que acababa de llegar a la hospedería, corrí la cortinilla de tafetán para ocultarme de ellos. Puesto que estaba decidido a dejar testimonio escrito de mi viaje, saqué mi pluma y redacté el prólogo en la désobligeante.

PRÓLOGO

En La Désobligeante

Debe de haber sido observado por numerosos filósofos peripatéticos el hecho de que la madre naturaleza ha impuesto, por su incuestionable autoridad, ciertos límites y barreras para acotar el descontento del hombre. Ha logrado su propósito de la forma más relajada y sencilla escarmentándole con obligaciones casi insuperables para que consiga calmarse y mantener su sufrimiento dentro de las fronteras de su patria. Ahora bien, la madre naturaleza ha proporcionado al hombre los elementos más adecuados para compartir su felicidad y soportar una parte de esa carga que, en todos los países y en todas las épocas, ha sido siempre demasiado pesada para un solo par de hombros.

Cierto es: estamos dotados de un imperfecto poder para propagar nuestro júbilo en ocasiones más allá de los límites impuestos por la naturaleza. Sin embargo, está establecido que, por ignorancia de los idiomas, la carencia de relaciones y las dependencias, y por las diferencias en la educación, las costumbres y los hábitos, nos hallemos con tantos impedimentos a la hora de comunicar nuestras sensaciones fuera de nuestra órbita, que a menudo todo acaba en total imposibilidad.

De esto se deriva que la balanza del comercio sentimental siempre se incline en contra del aventurero expatriado: debe comprar aquello que no tendrá ocasión de usar al precio que le impongan; y los vendedores rara vez aceptarán sus palabras como moneda de cambio sin aplicarles un alto descuento. Esto, por cierto, lo llevará eternamente a manos de agentes más equitativos para la conversación de la que dispone. Así pues, no se precisan grandes dotes de adivinación para entender su disgusto…

Esto me lleva al punto que quería tratar y, naturalmente, me lleva (si el traqueteo de esta désobligeante me permite continuar) a las causas eficaces así como definitivas del viaje.

Los haraganes que abandonan su tierra natal y marchan al extranjero tienen alguna razón o razones que pueden derivarse de una de estas causas generales:

debilidad física
debilidad mental o
necesidad inevitable.

Las dos primeras incluyen a todo el que viaja por tierra o mar, avanzando penosamente con orgullo, curiosidad, vanidad o el mal de la melancolía, subdivididos y combinados ad infinitum.

La tercera clase incluye a toda la caterva de peregrinos mártires, en especial esos viajeros que emprenden su periplo bajo el auspicio del clero; o bien los delincuentes que viajan a las órdenes de gobernantes y encomendados por los magistrados; o jóvenes caballeros llevados por la crueldad de sus padres y tutores, y que viajan a las órdenes de custodios recomendados por Oxford, Aberdeen o Glasgow.

Existe una cuarta clase, aunque su número es tan reducido que no merecería ser diferenciada como grupo si no fuera necesario en una obra de esta naturaleza cumplir con la observancia de la mayor precisión y sutileza, para así evitar una posible confusión de caracteres. Estos hombres a los que me refiero son los que surcan los mares y pasan una temporada en tierras extranjeras, con la idea de ahorrar dinero para diversos fines y pretensiones. Aunque bien podrían ahorrarse a sí mismos y a los demás un buen montón de problemas innecesarios recaudando ese dinero en su país. Y, puesto que sus razones para viajar son menos complejas en comparación con las de otra clase de emigrantes, clasificaré a estos caballeros bajo el epígrafe de:

Viajeros simples.

Así que el conjunto total de viajeros puede resumirse en las siguientes clases:

Viajeros haraganes.

Viajeros inquisitivos.

Viajeros mentirosos.

Viajeros orgullosos.

Viajeros vanidosos.

Viajeros melancólicos.

A continuación están los viajeros por necesidad.

El viajero delincuente o criminal.

El viajero desgraciado o inocente.

El viajero simple,

y por último (si se prefiere), el viajero sentimental (como yo mismo me califico), que ha viajado —tal como me dispongo a describir aquí sentado— tanto por necesidad como por besoin de voyager, como haría cualquiera que pertenezca a esta clase.

Soy muy consciente, al mismo tiempo, de que tanto mis viajes como mis observaciones serán de una formulación diametralmente distinta a la de mis precursores. Por ello, he insistido en encontrar un lugar exclusivo para mi clasificación; aunque, para ello, debería irrumpir en los confines del viajero vanidoso, en la medida que deseo atraer la atención hacia mi persona, a pesar de no contar con mejores razones que la mera novedad de mi vehículo.

Baste a mi lector, si él mismo ha sido viajero, con el estudio y reflexión presentes para poder determinar su propio lugar y categoría en la lista. Esto constituirá un paso más en el camino del conocimiento de sí mismo, pues existen grandes probabilidades de que retenga cierta pátina o semejanza de lo que asimiló o llevó a cabo en su recorrido hasta el momento presente.

El primer hombre que trasladó la cepa de borgoña al cabo de Buena Esperanza (nótese que fue un holandés) jamás soñó con beber el mismo vino en ese cabo producido a partir de la misma cepa que se cultivaba en las colinas francesas —era demasiado flemático para soñarlo—, sino que, sin duda alguna, esperaba degustar una suerte de licor remotamente similar al caldo galo. No obstante, ya fuera bueno, malo o indiferente, su conocimiento de este mundo era suficiente para saber que aquello no dependía de su elección, sino que lo que, por lo general, llamamos suerte era lo que iba a decidir su éxito. Sin embargo, esperaba lo mejor y, con esa esperanza, por una confianza desaforada en la fortaleza de su mente y la profundidad de su cautela, Mynheer pudo haber quedado despojado de ambas en su nuevo viñedo y, al descubrir su desnudez, se convirtió en el hazmerreír de su pueblo.

Aun así, puede darse el mismo caso con el viajero pobre, que surca los mares y recorre caminos en pos de los reinos más civilizados del globo por sed de conocimiento y mejorías.

El conocimiento y las mejorías se consiguen surcando los mares y recorriendo caminos a tal propósito, aunque, si en realidad llegan a conseguirse, es todo cosa del azar. Y aun cuando el aventurero tenga éxito, la reserva obtenida debe utilizarse con precaución y sobriedad para sacar algún provecho.

Ahora bien, como las probabilidades se presentan prodigiosamente en el otro sentido —tanto en lo referente a la adquisición como a la aplicación—, opino que un hombre actúa con sabiduría si vive conforme sin los conocimientos ni las mejorías del extranjero, sobre todo si habita en un país que no tenga la absoluta necesidad de unos ni de otros. De hecho, mucho lamento y sufro al observar cuántos pasos errados da el viajero inquisitivo con tal de contemplar vistas y observar descubrimientos; y todo ello, como dijo Sancho Panza a don Quijote, habiendo podido contemplarlo y observarlo sin moverse de casa. Vivimos una época tan inundada por la luz, que apenas existe país o rincón de Europa cuyos haces luminosos no se entrecrucen o confundan con otros. El conocimiento, en la mayoría de sus vertientes y en la mayoría de las cuestiones, es como la música en una calle italiana: se puede disfrutar de ella sin necesidad de pagar nada. Aunque no existe nación bajo el cielo —y a Dios pongo por testigo (ante cuyo tribunal me presentaré un día para dar cuenta de esta obra) de que no lo digo por alardear— en la que haya más abundancia de aprendizaje; donde las ciencias se hayan arraigado con más firmeza o se argumenten con mayor seguridad que aquí; donde se aliente más el arte para que pronto conquiste lo más alto; donde la madre naturaleza (vista en su totalidad) tenga tan poco que explicar; y, para concluir, donde haya más ingenio y variedad de personalidades con las que alimentar el espíritu. Así pues, queridos compatriotas, ¿adónde van ustedes?

—Solo estamos mirando esta chaise —respondieron ellos.

—Soy su más fiel servidor —dije yo, desmontando de un salto y quitándome el sombrero.

—Estábamos preguntándonos —empezó a decir uno de ellos a quien clasifiqué como viajero inquisitivo— cuál podía ser la causa de su movimiento.

—Era por la agitación —respondí con frialdad— de estar escribiendo un prólogo en su interior.

—Jamás había tenido noticia —dijo el otro, que era un viajero simple— de un prólogo escrito en una désobligeante.

—Habría sido mejor —añadí— haberlo escrito en un vis-à-vis.

Y puesto que un inglés no viaja para ver ingleses, me retiré a mis aposentos.

CALAIS

Al dirigirme a mi habitación, me percaté de que había algo que ensombrecía el pasillo más que mi propia figura; se trataba de monsieur Dessein, el dueño del hotel, quien acababa de regresar de vísperas y, con el sombrero bajo el brazo, me seguía con total sumisión para recordarme que lo había hecho llamar. Mi concepto del désobligeante había cambiado tras escribir en su interior y, al observar que monsieur Dessein se encogía de hombros al hablar del vehículo, como si el objeto no encajara conmigo en absoluto, de inmediato se me ocurrió que había pertenecido a algún viajero inocente, quien, al regresar a casa, se lo había entregado a monsieur Dessein para que este pudiera sacarle mejor partido. Habían pasado cuatro meses desde que el vehículo concluyera su periplo por Europa y acabara en ese rincón de la cochera del hostalero. Y tras haber emprendido el viaje y tener que ser reparado ya desde el principio, y aunque habían tenido que desmontarlo en dos ocasiones para su paso por el escarpado Mount Cenis, no había disfrutado mucho de sus corredurías, ni mucho menos encontrándose parado y olvidado durante tantos meses en el rincón de la cochera de monsieur Dessein. De hecho, no podía decirse gran cosa de él —aunque sí podía decirse algo—, y como unas pocas palabras lo habrían rescatado de su penuria, odié al patán que las obviara.

—Ahora bien, si yo fuera el amo de este hotel —dije al tiempo que posaba la punta de mi dedo índice en el pecho de monsieur Dessein—, sin duda alguna insistiría en deshacerme de esta destartalada désobligeante; ahí está ella haciendo reproches con su traqueteo a cuanta persona pasa por su lado.

—Mon Dieu! —exclamó el hostalero—, no tengo ningún interés…

—Salvo por el interés —dije— que tienen los hombres de cierto ingenio, monsieur Dessein, en sus propias sensaciones. Estoy convencido de que, para un hombre que siente como propio cuanto padecen los demás, toda noche lluviosa que empape al prójimo, aunque intente disimularlo, llega a calar su propio espíritu. Usted sufre tanto como la máquina.

Siempre he observado que cuando un cumplido contiene dulzura y amargor en partes iguales, un inglés tiene la eterna duda de si aceptarlo o desoírlo; un francés jamás se enfrenta a ese dilema.

Monsieur Dessein me dedicó una reverencia.

—C’est bien vrai —respondió—. Aunque en este caso, acabaría cambiando una desazón por otra y, para colmo, saldría perdiendo. Imagine, mi querido señor, lo mucho que sufriría yo al entregarle una chaise que se haría pedazos antes de que hubiera completado la mitad de su camino hacia París. Daría una mala impresión de mí mismo a un hombre de honor y quedaría a merced, como debería hacer, d’un homme d’esprit.

La dosificación de sus palabras fue elaborada siguiendo paso a paso mi propia receta; así que no pude resistirme a probarla, y, al tiempo que correspondía la reverencia de monsieur Dessein, sin más casuística, caminamos juntos hacia su cochera para echar un vistazo a su flota de vehículos.

EN LA CALLE

Calais

Debe de ser este un mundo hostil cuando el comprador (si el artículo no es más que una penosa silla de posta) no puede salir a la calle con el vendedor, para solucionar sus diferencias, sin que, de forma instantánea, adopte la misma mentalidad y vea al negociante con los mismos ojos que lo haría si se dirigiera con él al rincón de Hyde Park donde se baten los hombres en duelo. Personalmente, en mi condición de triste espadachín y por no ser ni mucho menos un rival a la altura de monsieur Dessein, sentí cómo iban aflorando en mi interior todos los sentimientos provocados por la situación. Observé al dueño del hotel de cabo a rabo, lo contemplé mientras caminaba de perfil; a continuación, de frente; se me ocurrió que parecía judío, luego, turco; me desagradó su peluca; lo maldije por todo lo sagrado; deseé mandarlo al infierno.

¿Y todo ello se encendió en mi corazón por una miserable cuenta de tres o cuatro luises de oro, que era lo máximo que podía timarme?

—¡Vil pasión! —exclamé y di media vuelta, como haría cualquier hombre instintivamente ante un repentino revés a sus sentimientos—. ¡Vil y odiosa pasión! Vuestra mano está contra todos los hombres, y la de todos los hombres está contra vos.

—¡No lo quiera Dios! —exclamó ella llevándose una mano a la frente, pues me había quedado situado de cara a la dama a quien había visto departiendo con el fraile: nos había seguido sin que nos apercibiéramos de su presencia.

—¡No lo quiera Dios!, ¡claro! —recalqué yo, ofreciéndole mi mano.

Ella llevaba enfundados un par de guantes de seda negra que dejaban al descubierto únicamente el pulgar y el índice, y la aceptó sin reparos. Así la conduje hasta la puerta de la cochera.

Monsieur Dessein había maldecido la llave más de cincuenta veces antes de darse cuenta de que había cogido la que no era. La dama y yo estábamos tan impacientes como él esperando a que se abriera la puerta y tan concentrados en el obstáculo que seguí asiendo la mano de mi acompañante sin casi darme cuenta. En esa situación nos había dejado monsieur Dessein: con la mano de la dama en la mía, con la mirada clavada en la puerta de la cochera y con la promesa de que regresaría en cinco minutos.

Ahora bien, un coloquio de cinco minutos, en una situación de tales características, es equivalente a uno de otros tantos siglos. Con la mirada dirigida hacia la calle, en este caso, la conversación se inspira en los objetos y sucesos del exterior; cuando las miradas están fijas en el vacío, uno se inspira únicamente en sí mismo. Un solo segundo de silencio, cuando monsieur Dessein ya nos había abandonado, habría resultado fatal para la situación: ella se habría marchado sin yo poder remediarlo; por ello inicié la conversación de forma inmediata.

No obstante, las tentaciones (pues escribo no para disculparme por las flaquezas de mi corazón en este viaje, sino para dar cuenta de ellas) serán descritas con la misma sencillez que las sentí.

LA PUERTA DE LA COCHERA

Calais

Cuando dije al lector que no había querido desmontar de la désobligeante porque vi al fraile hablando muy íntimamente con una dama que acababa de llegar a la pensión, estaba diciendo la verdad, aunque no toda la verdad. Pues lo que me cohibía era la apariencia y la figura de la dama con la que estaba departiendo el religioso. Me asaltaron las sospechas y se me ocurrió que él estaba contándole lo que había ocurrido entre nosotros. Algo me reconcomía por dentro; deseé que el fraile se marchara a su convento.

Cuando el corazón alza el vuelo más alto que el entendimiento, ahorra al juicio un mundo de penurias. Tenía la certeza de que ella pertenecía a una clase de seres superiores; no obstante, no pensé más en la dama, sino que proseguí con la redacción de mi prólogo.

Esa misma impresión volvió a sobrevenirme durante mi encuentro con ella en la calle. La franqueza cautelosa con la que me dio la mano demostraba su buena educación y su buen juicio, y mientras la acompañaba, sentí una agradable ductilidad que irradiaba de ella y que infundió calma en todo mi ser.

¡Por el amor de Dios! ¡Con qué placer llevaría un hombre a su vera a una criatura así alrededor del mundo!

Todavía no le había visto la cara: no era necesario. Pues el retrato había quedado dibujado al instante, y mucho antes de que llegáramos a la puerta de la cochera, la imaginación había trazado todo el busto y se había regalado tanto en la composición de su diosa como si se hubiera sumergido en las aguas del Tíber para hacerla emerger del fondo… Pero sois, imaginación, una fulana seducida y seductora; y, pese a que nos engatuséis siete veces al día con vuestros retratos e imágenes, lo hacéis con tantos encantos y adornáis vuestros cuadros con formas tan angelicales y luminosas que sería una pena romper con vos.

Cuando llegamos a la puerta de la cochera, la dama retiró la mano con la que se cubría la frente y me dejó ver el modelo original del retrato: era un rostro de unos veintiséis años, de tez ligeramente morena, de líneas limpias, sin carmín ni polvos. No era esencialmente hermosa, pero había algo en ella que, por el estado mental en que me encontraba, me hizo sentir una mayor atracción. Resultaba interesante: se me ocurrió que poseía las características del rostro de una viuda y que estaba experimentando su particular ocaso, que ya había pasado por los dos primeros paroxismos de la pena y empezaba tímidamente a reconciliarse con su pérdida. Aunque otras mil preocupaciones podrían haber trazado las mismas líneas; me habría gustado saber cuáles eran y estaba dispuesto a preguntar, (de haberlo permitido el bon ton de la conversación, como en la época de Esdras): «¿Qué os angustia? ¿Y por qué estáis inquieta? ¿Y por qué se haya vuestro entendimiento turbado?». En una palabra, ella me inspiraba bondad y, por algún motivo, decidí ofrecerle mi cortesía, cuando no mis servicios.

Esas fueron mis tentaciones. Y en disposición de entregarme a ellas, quedé a solas con la dama y su mano en la mía, y los rostros de ambos dirigidos a la puerta de la cochera con más intensidad de lo que era realmente necesario.

LA PUERTA DE LA COCHERA

—Esta, sin duda, hermosa dama —dije yo levantándole ligeramente la mano al empezar a hablar—, debe de ser una de las caprichosas tretas de la fortuna. Tomar a dos completos extraños de la mano, dos extraños de distinto sexo y quizá de distintos rincones del globo y, en un momento, colocarlos en una situación tan cordial que ni la misma amistad podría haber propiciado ni aunque lo hubiera planeado durante un mes.

—Y vuestra reflexión sobre ello demuestra hasta qué punto, monsieur, la fortuna os ha avergonzado con su osadía.

»Cuando la situación es tal como la habríamos deseado, nada resulta tan inoportuno como señalar las circunstancias que la provocan. Da usted gracias a la fortuna —prosiguió— y está en lo cierto; el corazón lo sabía y estaba satisfecho; ¿y quién, sino un filósofo inglés, habría enviado la orden a su cerebro de que revocara la sentencia?

Al tiempo que pronunciaba esas palabras, zafó su mano de la mía con una mirada que consideré un comentario lo bastante elocuente sobre lo dicho.

Es una descripción lamentable la que hago sobre la debilidad de mi corazón al reconocer que sufrió un dolor que peores ocasiones no le habrían infligido. Me sentía mortificado por la pérdida de su mano, y la forma en que la había perdido no supuso alivio ni de óleo ni de vino para mi herida. Jamás había sentido el dolor de una inferioridad tan vergonzosa y tan lamentable en toda mi vida.

Los triunfos de un genuino corazón femenino no se apocan ante tales turbaciones. En cuestión de segundos, la dama posó una mano sobre el puño de mi abrigo para dar la puntilla a su respuesta. Así que, en cierta forma, y solo Dios sabe cómo, recuperé mi situación anterior.

La dama no tenía nada que añadir.

Inmediatamente empecé a idear una conversación distinta, pues supuse, a partir de las sensaciones que me habían invadido y la moraleja de lo ocurrido, que me había equivocado a la hora de juzgar su carácter. Pero al volver su rostro hacia mí, el espíritu que había dado aliento a la respuesta se había evaporado. Sus músculos se habían relajado y observé la misma mirada indefensa que en un principio me había cautivado. ¡Ay, melancolía! Ver tal vitalidad presa de la pena… Sentí lástima por ella en el fondo de mi alma. Y, pese a que pueda parecer ridículo a un corazón aletargado, podría haberla tomado en brazos y haberla consolado sin rubor, aunque estuviéramos en plena calle.

Las pulsaciones de mis arterias en los dedos que sostenían su mano revelaron a la dama lo que ocurría en mi interior; bajó la mirada. Siguieron unos minutos de silencio.

Me temo que en ese intervalo de tiempo debo de haber hecho algún ligero esfuerzo por aprehender con más fuerza su mano, pues percibí una sutil sensación en la palma de la mía; no como si fuera a retirarla, sino como si hubiera pensado en hacerlo. La habría perdido de forma irremisible una segunda vez de no haberme dejado guiar por el instinto antes que por la razón al aplicar el último recurso en estas situaciones de peligro: asir la mano de la dama con poca fuerza y de una forma que diera la impresión de que podía soltársela en cualquier momento. De este modo, ella permitió que siguiera teniéndola tomada de la mano hasta que monsieur Dessein regresó con la llave. Mientras tanto, me puse a pensar en cómo enmendar la mala impresión que la historia del pobre fraile, en caso de que él se la hubiera contado, pudiera haberle dado de mí.

LA TABAQUERA

Calais

El anciano y buen fraile se encontraba a unos seis pasos de distancia de nosotros, cuando se me ocurrió pensar en él. Estaba acercándose con andares un tanto vacilantes, como si no estuviera seguro de si debía o no interrumpirnos. No obstante, se detuvo en cuanto llegó a nuestra altura y se dirigió a nosotros abiertamente; llevaba una tabaquera en la mano y me la tendió.

—Debería probar el mío —dije yo tendiéndole mi tabaquera (pequeña y de carey) y depositándola en su mano.

—Es de una calidad excelente —afirmó el fraile.

—Entonces hágame el favor —respondí— de aceptar la cajita y su contenido y, cuando tome una pizca de él, recuerde de vez en cuando que fue una ofrenda de paz procedente de un hombre que en una ocasión le trató con brusquedad, pero que no lo hizo con mala intención.

El pobre fraile se tornó rojo como la grana.

—Mon Dieu! —exclamó, al tiempo que entrelazaba las manos—, usted jamás me ha tratado con brusquedad.

—Eso creía —dijo la dama—, no parece esa clase de hombre.

Esta vez fui yo quien se ruborizó; aunque el verdadero porqué de tal rubor lo dejo en manos de los pocos que tengan sensibilidad.

—Perdonadme, madame —respondí—, lo traté con enorme brusquedad y sin haber sido provocado.

—¡Eso es imposible! —exclamó la dama.

—¡Por Dios! —espetó el fraile, con una pasión en la exhortación que no parecía propia de él—, la culpa fue mía y de la indiscreción de mi celo.

La dama se negó a aceptarlo, y yo estuve de acuerdo con ella en mantener que aquello era imposible, que un espíritu tan deferente como el suyo no podía ofender a nadie.

Desconocía que una discusión pudiera ser algo articulado de forma tan dulce y placentera para el ánimo como yo sentí aquella. Permanecimos en silencio, sin sensación alguna de esa estúpida incomodidad que se da cuando, en una situación así, uno mira al otro a la cara durante unos diez minutos sin decir ni una palabra. Durante esa pausa, el fraile frotaba su tabaquera de cuerno en una manga de su hábito. En cuanto el objeto adquirió cierto brillo a causa de la fricción, me dedicó una profunda reverencia y dijo que era demasiado tarde para saber si había sido la debilidad o la bondad de nuestros caracteres la que nos había enfrentado, pero que, en cualquier caso, me rogaba que intercambiáramos las tabaqueras. Al sugerirlo, me tendió la suya con una mano al tiempo que recibía la mía con la otra, y tras besarla, con una bondadosa mirada, se la guardó bajo el hábito y se marchó.

Custodio esa tabaquera como haría con las piezas representativas de mi religión para poder centrar mis pensamientos en algo mejor. En realidad, pocas veces marcho de viaje sin ella. Y no son pocas las ocasiones en que he evocado, gracias a ella, el amable espíritu de su dueño para atemperar el mío en las justas que me presenta el mundo. Y, precisamente, las justas habían tenido gran protagonismo en la existencia de su antiguo poseedor, como supe por su historia, pues, aproximadamente a los cuarenta y cinco años, sus servicios al ejército fueron mal recompensados y experimentó, al mismo tiempo, un desengaño en la más tierna de las pasiones. Abandonó a la vez la batalla y el bello sexo, y se acogió a sagrado no tanto en su convento como en su corazón.

Siento un profundo dolor, como ahora explicaré, pues en mi último viaje por Calais, al preguntar por el padre Lorenzo, supe que había muerto hacía tres meses y que le habían dado sepultura, no en su convento, sino, en cumplimiento de su voluntad, en un pequeño cementerio que pertenecía a su orden, a unas dos leguas de distancia. Sentí unas ganas irrefrenables de ver dónde lo habían enterrado. Ya sentado junto a su tumba y al sacar su pequeña tabaquera de cuerno, mientras arrancaba un par de ortigas de la cabecera que no tenían por qué crecer allí, me invadió una oleada tan inevitable de sentimientos que me ahogué en un mar de lágrimas. Soy pues tan débil como una fémina y ruego al mundo que no sonría, sino que se compadezca de mí.

LA PUERTA DE LA COCHERA

Calais

Durante todo ese tiempo no solté ni un segundo la mano de la dama, y la había sostenido durante tanto rato que hubiera sido indecente soltarla sin antes haberla posado sobre mis labios. La sangre y los humores, que la habían abandonado, volvieron a afluir en ella cuando lo hice.

En el preciso instante en que tenía lugar ese episodio, los dos viajeros que se habían dirigido a mí en la cochera pasaban por allí y fueron testigos del intercambio. Como cabía esperar, supusieron que éramos marido y mujer, cuando menos. Así que, tras detenerse en cuanto llegaron a la puerta de la cochera, el clasificado como viajero inquisitivo nos preguntó si partiríamos hacia París a la mañana siguiente.

—Solo puedo responder por mí —dije.

La dama añadió que ella partiría hacia Amiens.

—Allí comimos ayer —comentó el viajero simple.

—Pasará por la ciudad —añadió el otro— cuando vaya de camino a París.

Iba a dar mil gracias por la inteligente indicación de que Amiens está de camino a París, pero, como saqué la tabaquera de cuerno de mi humilde fraile para esnifar una pizca de tabaco, no tuve más impulso que el de dedicarles una calmada reverencia y desearles un buen viaje hasta Dover. Nos dejaron a solas.

«Ahora bien, ¿tendría algo de malo —me dije— ofrecerle a esta dama afligida compartir mi coche?, ¿y qué daño irreparable podría suponer?»

Toda baja pasión y propensión a la vileza de mi ser se puso alerta cuando planteé dicha proposición.

—Eso te obligará a conseguir un tercer caballo —comentó Avaricia—, lo que te dejará con treinta libras menos en el bolsillo.

—No sabes quién es la dama —dijo Precaución.

—Ni en qué líos puede acabar metiéndote este asunto —susurró Cobardía.

—¡Ándate con ojo, Yorick! —advirtió Discreción—. Dirán por ahí que te has ido con una meretriz, y que os habíais citado en Calais.

—¡No podrás volver a dar la cara ante el mundo! —gritó Hipocresía.

—Ni ascender de jerarquía en la Iglesia —sentenció Maldad.

—Ni ocupar cargo alguno en ella —anunció Orgullo— más que el de mísero prebendado.

—Pero si se trata de un asunto de civismo —repliqué.

Y como suelo actuar movido por impulsos y, por tanto, pocas son las veces que escucho tales disquisiciones, que no tienen más utilidad que la de parapetar el corazón con sentencias categóricas, me volví al instante hacia la dama.

Sin embargo, mientras se discutía la causa, ella se había alejado sin ser vista unos diez o doce pasos en el momento en que yo ya había tomado una decisión. Salí tras ella dando grandes zancadas para hacerle la proposición con toda la amabilidad de la que soy capaz. Aunque, al observar que caminaba con la mejilla ligeramente apoyada sobre la palma de una mano, que avanzaba con el paso lento que imprime la reflexión y que seguía caminando con la mirada clavada en el suelo, me di cuenta de que estaba cavilando sobre las mismas razones.

—¡Que Dios la asista! —exclamé—. Tendrá una suegra o alguna tía hipócrita o alguna mujer estúpida que le aconseje sobre la cuestión.

Sin voluntad de interrumpir el proceso y tras decidir que era más galante tratarla con discreción que no sorprenderla, me desvié ligeramente y di un pequeño rodeo antes de llegar a la puerta de la cochera mientras ella seguía apartada, musitando.

EN LA CALLE

Calais

Tras ver por vez primera a la dama, haber decidido entonces «que pertenecía a una clase de seres superiores» y haber emitido un segundo axioma, tan indiscutible como el primero —a saber: que se trataba de una viuda y que poseía una personalidad angustiada—, no fui más allá. Había sentado las bases para la situación que me complacía y, aunque se hubiera quedado a mi vera hasta la medianoche, habría permanecido fiel a esa reflexión y la habría juzgado solo desde ese punto de vista.

Apenas se había alejado de mí veinte pasos, cuando algo en mi interior me llamó a llevar a cabo una indagación más exhaustiva; me hizo pensar en la idea de una separación más definitiva. «Es posible que no vuelva a verla jamás». El corazón está para proteger todo cuanto pueda, y yo deseaba dar los pasos correctos que me permitieran encaminarme hacia ella en el caso de no reencontrarla jamás. En una palabra, deseaba saber cómo se llamaba, a qué familia pertenecía, cuál era su situación. Y como ya conocía el lugar al que se dirigía, quería saber de dónde provenía; pero no hubo manera de satisfacer esas curiosidades. Cientos de pequeños impedimentos se interpusieron en el camino. Pensé en toda una serie de ardides. No obstante, era inconcebible que un hombre osara hacerle preguntas directas; la misión era imposible.

Un afable y menudo capitán francés, que se aproximaba dando saltitos por la calle, me demostró que aquello era lo más fácil del mundo. Se interpuso de sopetón entre nosotros dos en el preciso instante en que la dama desandaba el camino desde la puerta de la cochera. Se me presentó y, antes de haber terminado, ya estaba rogándome que le hiciera el honor de presentarle a la dama.

—Pero si ni siquiera me he presentado yo.

Así que se volvió hacia ella como si nada y le preguntó si procedía de París. Ella le contestó que no, que iba en esa dirección.

—Vous n’êtes pas de Londres?

Ella respondió que no.

—Entonces, madame habrá llegado pasando por Flandes. Apparemment vous êtes Flammande? —dijo el capitán francés.

La dama respondió que sí lo era.

—Peut-être de Lille? —añadió el capitán.

Ella dijo que no era de Lille.

—¿Ni de Arras?, ¿ni de Cambray?, ¿ni de Gante?, ¿ni de Bruselas?

La dama aclaró que era de Bruselas.

Según comentó el veterano militar, él había tenido el honor de encontrarse en el bombardeo de la última guerra de aquel país; dijo que la situación de la ciudad era perfecta, pour cela, y llena de nobleza cuando los imperialistas fueron expulsados por los franceses (la dama hizo una ligera reverencia). Tras proporcionarle una descripción de la situación y del papel que él había desempeñado en la misma, le rogó que le hiciera el honor de decirle cómo se llamaba, y correspondió la reverencia.

—Et madame a son mari? —preguntó, volviendo la vista cuando ya había dado dos pasos.

Sin esperar una respuesta, se alejó dando saltitos por la calle.

Ni aunque hubiera invertido siete años en el aprendizaje de buenas maneras podría yo haber hecho nada parecido.

LA COCHERA

Calais

En el momento en el que el menudo capitán francés se alejaba de nosotros, monsieur Dessein llegó con la llave de la cochera en la mano e inmediatamente nos dio paso a su almacén de calesas.

El primer objeto que llamó mi atención, cuando el hospedero abrió la puerta de la cochera, fue otra vieja y destartalada désobligeante. Y a pesar de que era la copia exacta de la que me había cautivado solo una hora antes en la cochera, la simple visión de ese vehículo me provocó una desagradable sensación. Se me ocurrió que la construcción de una máquina así solo podía ser fruto del sentir de una grosera bestia; tampoco albergué mucha compasión por el hombre que se planteara utilizarla.

Me percaté de que la dama se sentía tan perturbada por el vehículo como yo. Monsieur Dessein nos condujo hacia un par de calesas estacionadas la una junto a la otra, al tiempo que nos decía, a modo de recomendación, que las habían comprado milord A. y B. para realizar el grand tour, pero que no habían llegado más allá de París. Por ello, y a todos los efectos, estaban como nuevas. Eran demasiado buenas; y pasé a ver una tercera, que se encontraba detrás de aquellas y cuyo precio empecé a negociar de inmediato.

—Apenas caben dos personas —dije, al tiempo que abría la puerta y subía a la calesa.

—Tenga la bondad de subir, madame —dijo monsieur Dessein, ofreciendo su brazo.

La dama dudó un segundo y subió. Entonces el lacayo hizo una señal al hospedero para hablar con él. Monsieur Dessein cerró la puerta de la calesa tras sí y nos dejó a solas.

LA COCHERA

Calais

—C’est bien comique! ¡Es muy gracioso! —exclamó la dama sonriendo al pensar que era la segunda vez que nos habían dejado a solas por una serie de eventualidades disparatadas—. C’est bien comique! —repitió.

—Lo que haría falta para que sea así —dije yo— es la cómica forma en que un francés utiliza la galantería: hacer el amor desde el primer momento y presentarse después.

—Esa es su especialidad —respondió la dama.

—Al menos, eso es lo que se supone —apostillé—. Y ciertamente no sé cómo ha llegado a ser así. Pero, sin duda, se han ganado la fama de saber más del amor y de hacerlo mejor que ninguna otra nación sobre la faz de la tierra. Aunque, personalmente opino que no son más que unos patanes desleales y, en realidad, los peores arqueros que jamás hayan puesto a prueba la paciencia de Cupido.

»¡Pensar que hacen el amor jugando con los sentimientos! Es como pretender confeccionar un elegante vestido con un montón de retales. Y eso de hacer la corte así, de sopetón, a primera vista… Declararse de tal forma supone ofrecerse a alguien que los pasa por el tamiz y analiza todas sus virtudes y flaquezas con la cabeza bien fría.

La dama se quedó esperando como si creyera que iba a continuar.

—Piense entonces, madame —proseguí posando una mano sobre la suya—, que las personas serias odian la simple mención del amor; que las personas egoístas lo odian por amor propio; que los hipócritas, por amor al cielo; y que todos nosotros, tanto viejos como jóvenes, nos sentimos diez veces más asustados que heridos por su presencia… ¡Qué falta de conocimiento demuestra en esta rama del comercio un hombre que pronuncie la palabra antes de pasadas una o dos horas desde el momento en que el silencio se torna tormentoso! Una serie de pequeñas y discretas atenciones, no tan exageradas como para resultar alarmantes, ni tan vagas como para ser malinterpretadas, complementadas por una mirada de amabilidad de tanto en cuanto, y poco o nada mencionado sobre el tema, ponen a la naturaleza de parte de uno y la dama se entrega.

—Entonces declaro solemnemente —dijo ella ruborizándose— que usted ha estado haciéndome el amor durante todo este tiempo.

LA COCHERA

Calais

Monsieur Dessein regresó para sacarnos de la calesa y comunicar a la dama que el conde de L., su hermano, acababa de llegar a la pensión. Aunque le deseaba todo lo mejor a la señora, mentiría si dijera que me alegré de la noticia y no pude evitar decírselo.

—Pues esto, madame, resulta muy inconveniente para la proposición que iba a hacerle —dije.

—Debe decirme de qué proposición se trata —respondió posando una mano sobre las mías al tiempo que me interrumpía—. Un hombre, mi buen señor, rara vez tiene una proposición amable que hacer a una mujer sin que ella lo haya presentido un momento antes.

—La naturaleza la ha armado así —dije yo— para perpetuar su condición.

—Pero yo creo —repuso ella mirándome a la cara— que nada malo puede sucederme. Además, para serle sincera, ya había decidido aceptarla. Si yo hubiera… —Hizo una breve pausa—. Creo que su buena voluntad solo podría haberme hecho contar una historia en la que la única nota peligrosa habría sido la lástima.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, toleró que la besara en la mano dos veces y, con una mirada llena de candor mezclado con preocupación, descendió de la calesa y se despidió con un adieu.

EN LA CALLE

Calais

Jamás he puesto fin a un negocio de doce guineas de forma tan expeditiva. Por la pérdida de la dama, el paso del tiempo se me hacía pesado y, con la certeza de que cada minuto me parecerían dos hasta que me pusiera en marcha, pedí los caballos para el viaje y me dirigí hacia la pensión.

—¡Dios! —exclamé al escuchar que el reloj de la ciudad marcaba las cuatro y recordar que no llevaba más de una hora en Calais…

¡Qué gran número de aventuras pueden contenerse en este breve instante de la existencia de un hombre cuyo corazón se interesa por todo! Quien, teniendo ojos para ver lo que el tiempo y la oportunidad ponen ante sí continuamente mientras realiza su recorrido, no pierde ocasión de aprehender todo aquello que le está permitido.

Si esto que me ocupa no resulta, otra cosa lo hará. No importa, este es un ensayo sobre la naturaleza humana y el fruto del sufrimiento es mi trabajo, con eso ha de bastarme. El placer del experimento ha mantenido despiertas y latentes mis emociones y gran parte de mi sangre, al tiempo que ha adormecido lo más oscuro.

Compadezco al hombre que viaja de Dan a Bershabé y grita: «¡Todo es yermo!». En efecto: así es el mundo entero para el que no cultiva los frutos que ofrece la tierra.

—Afirmo —dije, dando una alegre palmada— que si me hallara en el desierto, buscaría el lugar apropiado que sirviera de inspiración a mis afectos. Si no tuviera éxito, los haría armonizar con algún fresco mirto o buscaría algún ciprés melancólico con el que identificarme. Me cobijaría a la sombra de estos árboles y les agradecería con amabilidad su protección. Grabaría mi nombre en su corteza y juraría que eran la floresta más hermosa de todo el desierto. Si sus hojas se marchitaran, aprendería a agonizar con ellos y, cuando reverdecieran, renacería con ellos.

El sabio Smelfungus viajó de Bolonia a París, de París a Roma, y así prosiguió. Pero emprendió el viaje afectado de melancolía e ictericia y todo cuanto vio quedó descolorido o distorsionado en su memoria. Escribió una descripción de ese recorrido, aunque no es otra cosa que la descripción de sus míseros sentimientos.

Me encontré con Smelfungus justo cuando salía por el gran pórtico del Panthéon.

—Esto no es más que una gigantesca gallera —espetó.

—Ojalá no hubiera dicho usted nada peor sobre la Venus de Médicis —respondí, pues había llegado a mis oídos que, cuando pasó por Florencia, había enfurecido ante la diosa y le había dado peor tratamiento que a una vulgar fulana, sin tener motivo alguno.

Volví a toparme con Smelfungus en Turín, cuando regresaba a su hogar. Tenía una penosa historia sobre sus aventuras que relatarme: «En la que hablaba sobre perturbadores accidentes en el mar y en tierra firme, y sobre caníbales que se devoraban entre sí: los antropófagos». Lo habían desollado vivo, se había encontrado con todo tipo de obstáculos y lo habían tratado peor que a san Bartolomé en todas las etapas de su viaje.

—¡Se lo contaré al mundo! —exclamó Smelfungus.

—Mejor habría hecho contándoselo a su médico —le aconsejé.

Mundungus, quien amasaba una inmensa fortuna, realizó el tour completo; fue de Roma a Nápoles; de Nápoles a Venecia; de Venecia a Viena, a Dresde, a Berlín, sin ningún contacto generoso o anécdota agradable de los que hablar. Se había limitado a viajar sin parar, sin mirar a derecha ni izquierda, no fueran Amor o Piedad a embaucarlo para que se apartarse de su camino.

¡Que la paz sea con Smelfungus y Mundungus! Si es que pueden encontrarla. Aunque ni el mismísimo cielo, de haber sido posible llegar hasta ellos con esos caracteres, habría podido proporcionársela. Ni aunque todos los espíritus amables hubieran descendido montados en alas del amor para jalear su llegada, ni aunque sus almas hubieran escuchado más que vitales himnos de gozo, sinceros arrebatos de amor y felicitaciones por su alegría… Los compadezco de todo corazón porque no tienen ninguna facultad para disfrutarlo. Ya podrían poner en manos de Smelfungus y Mundungus la más encantadora mansión de los cielos, ellos estarían tan alejados de la felicidad ¡que morarían allí como dos almas en pena por toda la eternidad!

MONTREUIL

En una ocasión perdí mi baúl de viaje del maletero de la calesa, en dos ocasiones desmonté con lluvia, y una de las veces me hundí en el fango hasta las rodillas para ayudar al postillón a asegurar los amarres; todo ello sin acertar a comprender qué me faltaba. No fue hasta llegar a Montreuil, cuando el hospedero me preguntó si no precisaba un criado. Pensé que eso era exactamente lo que necesitaba.

—¡Un criado! Es lo que necesito con más premura —dije.

—Pues, monsieur —dijo el hospedero—, hay un joven muy inteligente al que enorgullecería servir a un caballero inglés.

—Pero ¿por qué a un caballero inglés y no a cualquier otro?

—Porque ustedes son tremendamente generosos —respondió.

«Que me aspen si por esa frase no saco una libra de más del bolsillo —dije para mí— esta misma noche».

—Y lo son porque tienen los medios para permitírselo, monsieur —añadió.

—Anótese una libra más por esas palabras —dije.

—Anoche mismo —prosiguió el hospedero— un milord anglais présentait un écu à la fille de chambre.

—Tant pis pour mademoiselle Jeanneton —respondí.

Ahora bien, como la señorita Jeanneton era hija del hospedero y este creyó que yo no sabía mucho francés, se tomó la libertad de aclararme que no debía haber dicho tant pis, sino tant mieux.

—Tant mieux, toujours, monsieur —dijo—, cuando hay algo que conseguir; tant pis, cuando no se consigue nada.

—Al fin y al cabo es lo mismo —respondí.

—Pardonnez-moi —concluyó el hospedero.

No veo una ocasión más apropiada para aclarar, de una vez por todas, que tant pis y tant mieux, por ser dos de los ejes fundamentales del francés coloquial, deben ser expresiones dominadas por el extranjero antes de llegar a París.

Un ocurrente marqués francés sentado a la mesa de nuestro embajador preguntó a un tal señor H. si él era H., el poeta.

—No —respondió el señor H. con gentileza.

—Tant pis —respondió el marqués.

—Es H., el historiador —aclaró otro.

—Tant mieux —comentó el marqués.

Y el señor H., que es un hombre bondadoso, agradeció ambos comentarios.

Cuando el hospedero me hubo aclarado la cuestión mandó llamar a La Fleur, que era el joven del que me había hablado, no sin advertirme antes que no me diría nada sobre su talento: «Monsieur será quien mejor pueda valorar qué le conviene». No obstante, daba absoluta fe de la lealtad de La Fleur.

El hospedero pronunció aquellas palabras con un tono que me centró de manera inmediata en el asunto que me ocupaba.

La Fleur, quien estaba esperando fuera, entró con esa impaciencia llena de ansiedad que todo hijo de vecino ha sentido alguna vez.

MONTREUIL

Suelen caerme en gracia todas las personas a primera vista, pero, sobre todo, cuando me hallo ante un pobre diablo que se acerca a mí para ofrecer sus servicios a otro pobre diablo como yo. Y como sé que tengo esa debilidad, siempre obligo a mi juicio a actuar con cierta reserva, y esto, más o menos, según el humor del que esté y del caso en particular. También, debo añadir, según el género de la persona a la que voy a contratar.

Cuando La Fleur entró en la habitación, sin olvidar todo lo que mi espíritu podía pasar por alto, la franqueza del aspecto y la mirada del individuo decidió la cuestión inmediatamente a su favor. Lo contraté a la primera, antes incluso de preguntarle cuáles eran sus habilidades.

«Ya descubriré sus talentos —pensé—, pues me interesan. Además, los franceses saben hacer de todo».

Ahora bien, el pobre La Fleur no sabía hacer otra cosa en la vida que aporrear un tambor e interpretar una o dos marchas en el pífano. No obstante, tomé la firme decisión de hacer que aflorasen sus talentos; y puedo decir que mi flaqueza jamás ha sido tan vilipendiada por mi sabiduría como en ese intento.

La Fleur había echado a volar muy joven, con la gallardía que caracteriza a la mayoría de los franceses, y había servido a la corona durante un par de años. Al final de ese periodo, tras satisfacer ese sentimiento y haber descubierto, además, que el honor de tocar el tambor sería probablemente su única recompensa, pues ello no le abrió más puertas hacia la gloria, se retiró a ses terres, y empezó a vivir comme il plaisoit a Dieu; es decir, de la sopa boba.

—¡Pues vaya! —dijo Sabiduría—, ¡has contratado a un tambor como tu asistente en este viaje a través de Francia e Italia!

—¡Bah! —espeté—. ¿Acaso no va la mitad de nuestra aristocracia con un tambor como compagnon du voyage haciendo el mismo recorrido, y tiene que pagar al gaitero, al diablo y al resto de la comparsa?

Cuando un hombre puede excusarse a sí mismo con un equívoco en una disputa tan desigual, es que no anda tan mal…

—Pero sabrás hacer otra cosa, ¿verdad, La Fleur? —le pregunté.

—O qu’oui!

Sabía confeccionar polainas y tocar un poco el violín.

—¡Bravo! —exclamó Sabiduría.

—Bueno, yo toco el contrabajo —dije—, vamos a llevarnos muy bien. ¿Podrías afeitarme y acicalarme la peluca, La Fleur?

Era el hombre mejor dispuesto del mundo.

—¡Es suficiente, por todos los santos! —exclamé, interrumpiéndole—, con eso me basta.

Así que, mientras servían la cena, tuve un alegre spaniel inglés a un lado de la silla y al otro un criado francés, con la hilaridad más grande en la expresión que jamás haya impreso en una faz la naturaleza. Me sentí lleno de dicha y satisfacción por mi imperio y, si los monarcas supieran lo que les conviene, podrían sentirse igual de satisfechos que yo.

MONTREUIL

Puesto que La Fleur me acompañó durante todo el viaje por Francia e Italia y saldrá a menudo a escena, debo conseguir que el lector se interese algo más en él diciendo que jamás me arrepentiré menos de mi impulsividad a la hora de tomar decisiones que en el caso de este individuo. Era un espíritu leal, afectuoso, el alma más sencilla que jamás ha ido pisándole los talones a un filósofo. Y, pese a que su talento como tamborilero y confeccionador de polainas resultaba muy loable en sí mismo pero no me sirvió de mucho, no había momento en que no me sintiera gratificado por la vitalidad de su carácter. Ese rasgo compensaba todos sus defectos. Para mí, sus atenciones eran un recurso inapelable en todas mis dificultades y cuitas. Iba a añadir que en las suyas también, pero a La Fleur parecía no afectarle nada; pues, ya fuera el hambre o la sed, el frío o la desnudez, o las noches de vigilia, o cualquier golpe de mala suerte que recayera sobre La Fleur al acompañarme en mis viajes… no había nada en su fisonomía que diera cuenta de tales padecimientos; era imperturbable. Por ello —si es que se me puede llamar filósofo en ocasiones, cuando Satán, de cuando en cuando, me pone en esa tesitura—, mortifica siempre mi orgullo el pensar en lo mucho que le debo a la filosofía física de este pobre individuo, por hacerme avergonzar de tal manera que al final acabé aspirando a un pensamiento superior. Con todo, La Fleur tenía cierto toque de engreimiento, aunque, a primera vista, me pareció más envanecido por naturaleza que por afectación. Antes de haber cumplido los tres días con él en París, dejó de parecerme engreído.

MONTREUIL

A la mañana siguiente, cuando La Fleur empezaba con su trabajo, le entregué la llave de mi baúl de viaje, con un contenido inventariado de media docena de camisas y calzones de seda, y le ordené que lo atara bien a la calesa; que enganchara los caballos y que le pidiera al hospedero que saliera a entregarme la cuenta.

—C’est un garçon de bonne fortune —dijo el hospedero, señalando por la ventana a media docena de muchachas que se había arremolinado alrededor de La Fleur y estaban despidiéndose de él muy cariñosamente, mientras el postillón tiraba de los caballos para sacarlos al exterior.

La Fleur las besó en la mano una a una y repitió la acción, se enjugó por tres veces las lágrimas y por tres veces les prometió que traería a todas indulgencias de Roma.

—El joven —dijo el hospedero— es querido en toda la ciudad y apenas si hay algún rincón donde no se le aprecie. No tiene más que una desgracia en su vida —prosiguió—: está siempre enamorado.

—Me alegro de todo corazón —afirmé—, pues así me ahorraré las molestias de tener que ser yo quien se ponga los calzones bajo la cabeza por las noches.

Con estas palabras, no estaba elogiando tanto a La Fleur como a mí mismo, pues toda la vida había estado enamorado de una princesa u otra, y así espero que sea hasta morir, ya que tengo el firme convencimiento de que si en algún momento llevo a cabo una mala acción debe ser durante el intervalo entre una pasión y otra. Mientras dura ese interregno, soy consciente de que mi corazón permanece cerrado a cal y canto; apenas si puedo acceder a él como para dar a Miseria una moneda de seis peniques. Y, por ello, siempre me libero de esa condición lo antes posible, y en el momento en que vuelve a encenderse la llama vuelvo a ser todo generosidad y bondad; y haría cualquier cosa en el mundo, ya fuera por cualquiera o con cualquiera siempre que sea para satisfacerme y que no conlleve la comisión de un pecado.

Con estas palabras queda claro que encomio a la pasión, no a mí mismo.

FRAGMENTO

La ciudad de Abdera, pese a haber sido el hogar de Demócrito, quien se sirvió de todos los recursos de la ironía y la risa para rescatarla, era la de moral más laxa y disoluta de toda Tracia. De día no se sucedían dentro de sus límites más que envenenamientos, conspiraciones y asesinatos, calumnias, sátiras y revuelos; y de noche, empeoraba.

Ahora bien, cuando estaban peor las cosas, aconteció que se representaba en Abdera la Andrómeda de Eurípides, y la totalidad del público se mostró complacido con lo que vio. Aunque de todos los pasajes que los deleitaron, nada tuvo más efecto en su imaginación que los candorosos arrebatos de la naturaleza que había incluido el poeta en el patético discurso de Perseo: «¡Oh, Cupido, príncipe de dioses y hombres!», etcétera. Al día siguiente, la práctica totalidad de los hombres hablaba en yámbicos puros, y no se comentaba otra cosa que la patética frase de Perseo, «¡Oh, Cupido, príncipe de dioses y hombres!», en todas las calles de Abdera, en todas las casas. «¡Oh, Cupido! ¡Cupido!» estaba en boca de la ciudad entera, como las espontáneas notas de alguna suave melodía que escapan de ella, quiera o no quiera la tonada. No se oía otra cosa que no fuera: «¡Cupido! ¡Cupido, príncipe de dioses y hombres!». El fuego de la pasión se propagó y la ciudad al completo, como el corazón de un único hombre, se abrió al amor.

No había apoticario que vendiera ni un grano de eléboro, ni un solo herrero que tuviera corazón para forjar los instrumentos de la muerte. Amistad y Virtud se reunieron y se fundieron en un beso en plena calle. La edad de oro regresó y se instaló en la ciudad de Abdera. Todos los abderranos tomaron sus flautas de pan y todas las abderranas se despojaron de sus tejidos color púrpura y se sentaron castamente a escuchar las melodías.

Esto solo podía haber sido obra, reza el fragmento, del poder del Dios cuyo imperio se extendía del cielo a la tierra, e incluso hasta las profundidades del mar.

MONTREUIL

Cuando todo está dispuesto y ya todo se ha discutido y pagado en la posada, salvo que uno se encuentre contrariado por la aventura, siempre hay una cuestión que le retiene en la puerta antes de que pueda montar en su calesa. Dicho asunto está relacionado con los hijos e hijas de la pobreza que lo rodean. Que ningún hombre diga: «¡Que se vayan al infierno!»; es un cruel viaje para un puñado de miserables que ya tienen sufrimientos de sobra sin necesidad de añadir precisamente ese. Siempre he creído que lo más conveniente es tenderles unos cuantos sous en una mano; mi consejo es que todo viajero amable actúe de igual modo. No hay necesidad de que el caballero especifique las razones de su donativo, ya quedarán explicadas en algún otro lugar.

Por mi parte, debo decir que no existe hombre que dé tan poco como yo; pues pocos, y me consta, tienen tan poco para dar. Sin embargo, como aquel era mi primer acto de caridad pública en Francia, me esforcé cuanto pude.

—¡Ah! —exclamé—. Si no tengo más que ocho miserables sous.

Y los enseñé puestos sobre la mano a ocho hombres pobres y ocho pobres mujeres que los codiciaban.

Un necesitado, vestido con andrajos y descamisado, de inmediato se retractó de su ruego y retrocedió dos pasos, alejándose del círculo y haciendo una reverencia para excusarse. Ni la concurrencia gritando a coro «Place aux dames» habría transmitido una sensación de deferencia con el otro sexo tan efectiva como aquel gesto.

¡Santo cielo! ¿Por qué sabias razones habéis ordenado que la mendicidad y la urbanidad, tan bien diferenciadas en otros países, deban encontrar un punto de comunión en este?

Insistí en darle un sous solo a aquel mendigo, sencillamente, por su cortesía.

Un pobre tipejo enano y vivaracho, situado justo frente a mí en el corrillo, y que se metió algo bajo el brazo —algo que otrora fuera un sombrero—, se sacó la tabaquera de un bolsillo y con generosidad ofreció tabaco a diestra y siniestra: era un ofrecimiento importante, aunque fue rechazado con modestia. El pobre hombrecillo insistió a los presentes con un ademán de asentimiento, como expresión de su afabilidad.

—Prenez-en, prenez —repetía mirando hacia otro lado; así que los presentes tomaron una pizca de rapé.

«¡Pobre de ti si la tabaquera se queda vacía!», pensé y, por ello, le puse un par de sous dentro y tomé una pizca de su contenido al mismo tiempo para dignificar el valor de las monedas. El mendigo agradeció la trascendencia de esta segunda acción más que la de la primera; pues con ella estaba honrándolo, y con la limosna solo estaba teniendo un gesto caritativo. Me hizo una reverencia hasta el suelo en agradecimiento.

—¡Tomad! —dije al soldado manco, que había luchado en el campo de batalla y había estado a punto de perder la vida en el cumplimiento del deber—, aquí tenéis un par de sous para vos.

—Vive le Roi! —exclamó el veterano soldado.

No me quedaban más que tres sous y di uno pour l’amour de Dieu, pues con estas palabras me lo mendigaron. La pobre mujer a quien se lo entregué tenía una cadera dislocada, así que no podía ser por ningún otro motivo.

—Mon cher et très-charitable monsieur.

—A este no se lo puedo negar —dije.

—Milord anglais.

El simple sonido de aquellas palabras valía un dinero, y las pagué con mi último sous. Sin embargo, en el fragor de la donación, había pasado por alto a un pauvre honteux que no había pedido ni una sola moneda para él y que creo que habría muerto antes de haber mendigado algo para sí. Se encontraba junto a la silla de postas, un tanto apartado del corrillo, y estaba enjugándose una lágrima de un rostro que, según aprecié, había sido testigo de mejores épocas.

—¡Por Dios santo! —exclamé—, y no me queda ni un solo sou que darle.

Pero ¡si tienes mil!, gritaron todas las fuerzas de la naturaleza que luchaban en mi interior. Entonces, sin importarme nada, le di ahora me avergüenza decir cuánto y entonces me avergonzó pensar en lo poco que era. Bueno, si el lector ha podido formarse cierta idea de cuál era mi disposición de ánimo y una vez aclarados estos factores, tal vez llegará a calcular que la cantidad exacta de la limosna fue de una o dos libras.

No pude permitirme dar nada al resto, más que un Dieu vous bénisse!

—Et le bon Dieu vous bénisse encore —exclamaron el viejo soldado, el enano y los otros.

El pauvre honteux no pudo decir nada. Sacó un pañuelo blanco y se enjugó el rostro al tiempo que daba media vuelta. Me dio por pensar que se sentía más agradecido conmigo que todos los demás juntos.

EL POLLINO

Una vez arreglados estos asuntillos, subí a mi calesa con más ligereza de la que había montado en un vehículo en toda mi vida. La Fleur iba con una larga bota de montar colgando por un lado de su pequeño pollino y con la otra por el otro (pues no cuento las piernas). Avanzaba ante mí tan alegre y erguido como un príncipe.

Pero ¿qué es la felicidad?, ¿qué es la grandeza en este escenario con decorado de fondo de la vida? Antes de que hubiéramos recorrido una legua, un asno muerto detuvo repentinamente la trayectoria de La Fleur. Su pollino se negaba a pasar junto al cadáver. La monta se enfrentó al jinete, y el pobre muchacho salió disparado de sus largas botas con la primera coz.

La Fleur arrostró la caída como un cristiano francés: sin decir nada más que Diable! De inmediato volvió a montar y a la carga: se puso a horcajadas sobre el pollino y lo fustigó como si estuviera aporreando la piel del tambor.

El cuadrúpedo iba dando tumbos de un lado a otro del camino, retrocedía, avanzaba de acá para allá y, en resumen, se dirigía hacia cualquier punto salvo al lugar en que se encontraba el burro muerto. La Fleur se empecinó en hacerlo pasar por allí y su pollino volvió a descabalgarlo.

—La Fleur —dije—, ¿qué le ocurre a ese pollino tuyo?

—Monsieur —respondió—, c’est le cheval le plus opiniâtre du monde.

—Pues nada, si tan engreída es esa bestia, que vaya por donde le venga en gana —respondí.

La Fleur desmontó y, tras propinarle un buen y sonoro azote con la fusta, el pollino me tomó la palabra y regresó a Montreuil patas para que os quiero.

—Peste! —exclamó La Fleur.

Y no vendrá aquí mal-à-propos observar en este punto que aunque La Fleur se sirviera de dos interjecciones en este encuentro, a saber: Diable! y Peste!, existen, no obstante, tres expresiones de esta clase en la lengua francesa: son la forma positiva, comparativa y superlativa, aplicables cada una a los avatares inesperados de la vida.

Le Diable!, que es la primera y la forma positiva, se usa por lo general para impresiones corrientes, cuando algún detalle resulta contrario a nuestras expectativas. Como por ejemplo: una tirada doble de unos en los dados, la caída de La Fleur por la coz de su pollino, etcétera. Por la misma razón, cuando a uno lo convierten en cornudo, siempre se utiliza Le Diable!

Sin embargo, en los casos en que la situación tiene algo de irritante, como el momento en que el pollino se dio a la fuga y dejó a La Fleur tirado en el suelo con las botas puestas, ya se pasa a un segundo grado.

Entonces se utiliza Peste!

En cuanto al tercer grado…

Se me parte el corazón de lástima y camaradería al pensar en las miserias que tiene que haber padecido y la amargura que debe de haber sufrido un pueblo de un refinamiento tal como para utilizar una expresión así.

¡A mí, oh, fuerzas que tocáis mi lengua con la elocuencia en los momentos de aflicción! Sin importar cuál sea mi sino, no me concedáis más que palabras honrosas que exclamar para ceder al impulso de la interjección.

Empero, como en Francia no cuentan con esa clase de vocablos, tomé la resolución de aceptar todo tal como acontecía sin hacer ningún tipo de exclamación.

La Fleur, quien no había hecho tal pacto consigo mismo, siguió al pollino con la mirada hasta perderlo de vista. A continuación… el lector puede imaginar, si así le place, la palabra con la que puso punto y final al asunto.

Como no tenía sentido salir a la zaga de un jamelgo asustado calzado con botas de montar, no quedaba más remedio que llevar a La Fleur o bien en la parte trasera de la calesa o en su interior.

Preferí esto último y, en cuestión de media hora, llegamos a la posada de Nampont.

NAMPONT

El Burro Muerto

—Y esta —dijo al tiempo que metía los restos de un mendrugo en su zurrón —, esta habría sido tu parte, si hubieras estado vivo para compartirlo conmigo.

Creí, por la entonación, que había sido una sentencia dirigida a su hijo; pero había sido dedicada a su pollino y al burro que acabábamos de ver muerto en el camino, que había provocado la desgracia de La Fleur. El hombre parecía lamentarlo sobremanera, y la escena me recordó de inmediato a los lamentos de Sancho por su monta; aunque este individuo lo expresó de forma más natural.

El doliente estaba sentado en un banco de piedra junto a la puerta, con la silla del burro y la brida a un lado, que iba levantando de cuando en cuando, la volvía a soltar, se quedaba mirándola y sacudía la cabeza.

Entonces volvió a sacar el mendrugo de pan del zurrón, como si fuera a comérselo. Lo sostuvo durante un rato en la mano, luego lo depositó sobre el bocado del ronzal de su pollino, observó con nostalgia el pequeño arreglo que acababa de componer y, a continuación, lanzó un profundo suspiro.

La sencillez de su lamento atrajo a unas cuantas personas y La Fleur entre ellas, mientras preparaban los caballos. Como yo seguía sentado en la calesa pude ver y escuchar desde mi posición superior lo que decían.

Declaró que había llegado de España, adonde había ido desde las fronteras más lejanas de Franconia, y que había viajado hasta donde se encontraba de regreso al hogar, donde su burro había fallecido. Todos parecían deseosos de saber qué asunto habría llevado a un hombre tan anciano y pobre a realizar un viaje que lo alejaba tanto de su tierra natal.

El cielo había querido, afirmó, bendecirlo con tres hijos: los mejores muchachos de Alemania; pero como en cuestión de una semana había perdido a los dos mayores víctimas de la viruela y el pequeño se había contagiado de la misma enfermedad, temía haberlos perdido a los tres. E hizo una promesa: si el cielo no le quitaba también al benjamín, iría en peregrinación de agradecimiento a Santiago de Compostela.

Cuando el doliente llegó a ese punto de su historia, hizo una pausa para pagar a la naturaleza su tributo y lloró amargamente.

Contó que el cielo había aceptado sus condiciones, y que él había dejado su casita de campo, montado en aquella pobre bestia que había sido su paciente compañero de viaje; que había compartido con él el mismo pan durante todo el camino y que era para él como un amigo.

Todos cuantos allí estaban escuchaban al pobre diablo con consternación. La Fleur le ofreció dinero. El doliente dijo que no lo quería; lo importante no era el valor del asno, sino su pérdida. Según declaró, el burro lo quería, estaba seguro de ello. Y, a tenor de este comentario, relató a la concurrencia una larga historia sobre una desgracia acontecida durante su paso de los Pirineos, que los había mantenido separados tres días. Durante ese tiempo, el burro lo había buscado con tanto ahínco como su amo a él, y añadió que ni uno ni otro había comido o bebido hasta volver a encontrarse.

—Tenéis al menos un consuelo, amigo mío —dije—, en la pérdida de la pobre bestia; estoy seguro de que habéis sido un amo misericordioso con él.

—¡Claro! —exclamó el doliente—, eso creía yo cuando estaba vivo. Pero ahora que está muerto, he cambiado de parecer. Creo que el peso de mi cuerpo y el de mis penurias en conjunto ha sido una carga demasiado grande para él; ha acortado la vida de la pobre criatura y me temo que tendré que responder por ello.

«¡Vergüenza debería darnos a todos! —pensé—. Si todos amáramos al prójimo como este pobre diablo quería a su burro, otro gallo nos cantaría».

NAMPONT

El Postillón

La turbación que me causaron las palabras del pobre diablo requería cierta atención; pero el postillón no tuvo el más mínimo miramiento, sino que se lanzó a galope tendido por el pavé.

El alma más sedienta en el desierto más arenoso de Arabia no podría haber anhelado más un tazón de agua fría de lo que yo anhelaba desplazarme con movimiento parsimonioso y pausado. De hecho, me habría formado una elevada opinión del postillón si me hubiera timado yendo más despacio. Sin embargo, mientras el doliente estaba poniendo punto y final a sus lamentos, el jinete propinó un cruel latigazo a sus caballos y partió entre un chacoloteo de mil demonios.

Lo llamé a voz en grito y, por el amor de Dios, le rogué que avanzara más despacio; pero cuanto más alto lo llamaba, mayor era lo despiadado de su galope.

—Que el diablo se lo lleve a él y a su galope —espeté—, seguirá así hasta que haya acabado con mi paciencia y me haga enloquecer, entonces irá más despacio para que yo pueda paladear el dulzor de esa condición.

El postillón actuó en consecuencia y ni un milagro le habría puesto freno. Cuando hubo llegado al pie de una colina empinada, a aproximadamente media legua de Nampont, había conseguido sacarme de quicio, luego me desquicié conmigo mismo porque había conseguido sacarme de quicio.

Mi caso requería un tratamiento del todo diferente; una ruidosa y enérgica galopada me habría venido como anillo al dedo.

—¡Vamos pues, adelante, adelante, mi buen muchacho! —exclamé.

El postillón señaló hacia la colina. Entonces intenté retomar el hilo de la historia del pobre alemán y su burro, pero lo había perdido y ya no podía recuperarlo, lo mismo que el postillón había perdido el ritmo para ir al trote.

—¡Al diablo con todo! —espeté—. Heme aquí, sentado y francamente dispuesto a sacar provecho hasta de lo peor, más que ningún otro hombre, y todo se pone en mi contra.

Existe un dulce lenitivo que nos ofrece la naturaleza, no obstante, al menos para los males. Lo tomé con cuidado de sus manos y me quedé dormido. La primera palabra que oí al despertar fue Amiens.

—¡Bendito sea Dios! —exclamé al tiempo que me frotaba los ojos—, esta es la ciudad a la que ha de llegar mi frágil damisela.

AMIENS

Apenas hube pronunciado estas palabras cuando la silla de postas del conde de L., con su hermana como pasajera, pasó a todo correr. La dama solo tuvo tiempo de hacerme un pequeño gesto de reconocimiento con la cabeza; fue un gesto especial que me indicó que aún no me había olvidado. Y su mirada fue una confirmación de ello, puesto que, antes de haber tenido tiempo para acabar la cena, el criado de su hermano entró en mis aposentos con una nota en la que la dama me comunicaba que se había tomado la libertad de confiarme una carta que yo debía entregar en persona a madame de R., la primera mañana que tuviera libre en París. Añadió solo algo más: lo lamentaba, pero no sabía qué motivo la había impulsado a no contarme su historia, decía que todavía me debía el relatármela; y que, si mi recorrido en algún momento me llevaba hasta Bruselas y si por ese entonces todavía no había olvidado el nombre de madame de L., ella en persona estaría encantada de cumplir con su obligación.

—Pues me encontraré con vos —dije—, ¡alma pura!, en Bruselas. Eso no supondrá más que regresar al hogar desde Italia a través de Alemania llegando a Holanda, por la ruta de Flandes. Apenas tendré que desviarme diez postas de mi camino. Y, ¡aunque fueran diez mil!, ¡qué forma tan jubilosa de coronar mi viaje constituiría tal encuentro, al compartir los lamentables incidentes de una historia de miseria relatado de boca de la propia doliente! ¡Y verla sollozar! Aunque no pueda drenar la fuente de sus lágrimas, ¡qué exquisita sensación aportará, no obstante, el hecho de enjugarlas de las mejillas de la más importante y hermosa mujer, mientras permanezco sentado junto a ella toda la noche en silencio y pañuelo en mano!

No había nada pecaminoso en ese sentimiento, mas de inmediato se lo reproché a mi corazón con las más amargas y reprobatorias expresiones.

Como ya he referido al lector, siempre ha sido una de las bendiciones especiales de mi vida el estar penosamente enamorado de alguien casi cada hora de la misma. La penúltima llama había sido extinguida por un soplo de celos a la vuelta repentina de una esquina, pero se había reencendido con la candela pura de Eliza apenas hacía tres meses. Al ocurrir, yo había jurado que ese fuego debía arder durante todo mi viaje. ¿Por qué debía ocultarlo? Le había jurado fidelidad eterna; ella era la dueña absoluta de mi corazón;

dividir mis afectos suponía menguarlos; exponerlos suponía arriesgarlos: el riesgo implica pérdida.

—… Y ¿qué le dirás, Yorick, a un corazón tan lleno de confianza y seguridad, tan amable y tan irreprochable?

—No iré a Bruselas —respondí interrumpiendo así mis propias divagaciones.

Pero la imaginación siguió por libre, y recordé la mirada de Eliza en aquel momento crucial de nuestra separación, cuando ninguno de los dos tuvo fuerzas para decir adieu! Contemplé la imagen que me había colgado del cuello con un lazo de raso negro y me ruboricé al mirarlo. Habría dado mi vida por besar ese retrato, pero me sentía avergonzado.

—¿Se marchitará esta tierna flor —me pregunté presionando la imagen entre mis manos—, se marchitará hasta la mismísima raíz, Yorick, por tu culpa; tú, que habías prometido darle cobijo en tu pecho?

»¡Eterna fuente de felicidad! —exclamé e hinqué una rodilla en el suelo—, sed vos mi testigo y todo espíritu puro que beba de vos, que también sea testigo de que no viajaré a Bruselas a menos que Eliza me acompañe, aunque ese recorrido debiera llevarme al cielo!

En momentos extáticos de este tipo, el corazón, mal que pese a la razón, siempre habla demasiado.

LA CARTA AMIENS

La suerte no había sonreído a La Fleur, pues no había salido airoso de sus hazañas de caballero y no se le había presentado ni una ocasión para dar pruebas de su celo desde que trabajaba a mi servicio; y eso que ya llevaba casi veinticuatro horas desempeñando la labor. El pobre diablo ardía de impaciencia, y al ser la primera ocasión práctica que se le presentaba, la llegada del criado del conde de L. con la carta, La Fleur se había propuesto aprovecharla. Por ello, y en honor a su señor, había llevado al lacayo a una estancia trasera del albergue y le había servido un par de copas del mejor vino de Picardía. El criado del conde de L., a cambio, y para no quedarse atrás en cortesía cuando lo comparasen con La Fleur, lo había invitado a acompañarlo a la mansión del conde. La actitud servicial de mi joven asistente (pues su sola presencia ya le daba carta blanca) no tardó en granjearse la simpatía de todos los criados que se encontraban en la cocina. Y al ser francés, sin importar cuáles fueran sus habilidades, no era en absoluto gazmoño a la hora de demostrarlas. En menos de cinco minutos, La Fleur había sacado el pífano y él mismo había abierto el baile con la primera nota: puso a bailar a la fille de chambre, al maître d’hôtel, al cocinero, al marmitón y la fregona, a perros y gatos, además de a un viejo mono. Me aventuro a decir que jamás ha existido una cocina más jovial desde el Diluvio universal.

Madame de L., al pasar de los aposentos de su hermano a los suyos y oír tanto jolgorio en la planta baja, tocó la campanilla con la que llamaba a su fille de chambre para preguntarle qué ocurría. Al escuchar que el criado del caballero inglés era el artífice de tanta alegría con su pífano, ordenó que lo hicieran subir.

Como el pobre desgraciado no podía presentarse con las manos vacías, había decidido cargarse de un millar de cumplidos para madame de L., de parte de su señor. Añadió una larga apócrifa de preguntas sobre la salud de madame de L. y le dijo que su señor estaba au désespoir por su recuperación de la fatiga de su viaje. Como conclusión apuntó que monsieur había recibido la carta que madame había hecho el honor de remitirle…

—Y él también me ha honrado a mí —dijo madame de L. interrumpiendo a La Fleur— enviándome otra nota como contestación.

Madame de L. había pronunciado aquellas palabras con tanta seguridad en ese hecho, que La Fleur no tuvo la presencia de ánimo de frustrar sus expectativas. Empezó a temblar por mi propio honor, que seguramente estaba ligado al suyo en cierta forma por su condición de sirviente, por no ser él hombre capaz de estar relacionado con un amo que pudiera descuidarse en égards vis-à-vis d’une femme! Por ello, cuando madame de L. preguntó a La Fleur si le había llevado la carta:

—Oh, qu’oui —respondió La Fleur, puso su sombrero en el suelo, agarró el pliegue de su bolsillo derecho con la mano izquierda y rebuscó dentro la carta con la derecha. Entonces exclamó contrariado—: Diable! —Luego se rebuscó en todos los bolsillos, uno tras otro, volvió a hacerlo sin olvidarse de su zurrón—: Peste! —A continuación, La Fleur vació el contenido de sus bolsillos en el suelo: sacó una corbata sucia, un pañuelo, un peine, una tira de látigo, una gorra de dormir… luego echó un vistazo al interior de su gorra—: Quelle étourderie!

Había dejado la carta sobre la mesa del albergue. Iría corriendo a buscarla y regresaría con ella en tres minutos.

Yo acababa de terminar de cenar cuando se presentó La Fleur para contarme su aventura: me relató la historia con la sencillez con la que ocurrió, solo añadió que si monsieur había olvidado (par hasard) responder la carta de madame, podía enmendar el faux pas que había dado; de no ser así, las cosas quedarían tal y como estaban.

Sin embargo, no estaba seguro del todo de a qué me obligaba la étiquette: si a haber redactado o no la misiva. Aunque hubiera estado obligado a escribirla, ni un demonio podría haberse molestado con La Fleur: me encontraba ante una muestra de celo por mi honor de una criatura bien intencionada. Y, pese a que pudiera haber equivocado el camino o haberme avergonzado en su intención de proteger mi buen nombre, su corazón no tenía culpa alguna. Yo no sentía la más mínima necesidad de escribir y, lo que más importaba, no me dio la sensación de que el joven creyera haber hecho nada inoportuno.

—Me parece todo muy bien, La Fleur —dije—. Con eso basta.

El joven salió de la habitación disparado como una flecha y regresó armado de pluma, tinta y papel. Se acercó a la mesa y depositó todo ello ante mí con una complacencia tal en su rostro que no pude evitar levantar la pluma.

Empecé a escribir una y otra vez y, aunque no tenía nada que decir y no podía expresarse nada en media docena de líneas, redacté una docena de principios distintos que no me satisfacían en modo alguno.

En pocas palabras, no estaba de ánimo epistolar.

La Fleur salió un momento y trajo un poco de agua en un vaso para diluir la tinta, luego fue a por un poco de arenilla y lacre. No sirvió de nada; yo escribía y borraba, rasgaba y quemaba y volvía a escribir.

—Le diable l'emporte! —exclamé, casi para mí mismo—. Soy incapaz de escribir la carta.

Lancé la pluma con desesperación al tiempo que lo decía.

En cuanto tiré la pluma al suelo, La Fleur la recogió y la depositó en la mesa con el máximo respeto. No sin antes deshacerse en mil disculpas por la libertad que estaba a punto de tomarse: me dijo que llevaba una carta en el bolsillo escrita por un tambor de su regimiento y dirigida a la esposa de un soldado, y que osaba sugerir que sería perfecta para la ocasión.

Sentí ganas de dar el gusto al joven.

—Entonces, te lo ruego —dije—, déjame verla.

La Fleur extrajo de inmediato de un bolsillito un inmundo diario lleno de pequeñas cartas y billets-doux hechos trizas, lo depositó sobre la mesa y desató el cordel que los mantenía recogidos. A continuación los removió con objeto de separarlos, hasta que encontró la misiva en cuestión.

—La voilà! —exclamó y dio una palmada.

La desplegó y la puso ante mí. Retrocedió tres pasos para apartarse de la mesa mientras yo la leía.

LA CARTA

Madame:

Je suis pénétré de la douleur la plus vive, et réduit en même temps au désespoir par ce retour imprévu du caporal qui rend notre entrevue de ce soir la chose du monde la plus impossible.

Mais vive la joie! et toute la mienne sera de penser à vous.

L’amour n’est rien sans sentiment.

Et le sentiment est encore moins sans amour.

On dit qu’on ne doit jamais se désespérer.

On dit aussi que monsieur le caporal monte la garde mercredi:

alors ce sera mon tour.

Chacun a son tour.

En attendant, vive l’amour! et vive la bagatelle!

Je suis, madame, avec tous les sentiments les plus respectueux et les plus tendres, tout à vous,

Jacques Rocque

Bastó con cambiar al sargento por el conde, omitir el comentario sobre la guardia que había que montar el miércoles, y la carta quedó correcta. Y para darle el gusto al pobre diablo que estaba temblando delante de mí azorado por mi honor, por el suyo y por el honor de su carta, le quité la nata a la epístola, la batí a mi manera, la sellé y se la entregué para que la llevara a madame de L. A la mañana siguiente emprendimos viaje en dirección a París.

PARÍS

Cuando un hombre tiene un equipaje considerable y la posibilidad de llevarlo todo ante sí portado por media docena de lacayos y un par de cocineros, París es un lugar muy apropiado. Puede llegar al lugar que se le antoje e instalarse allí.

Un príncipe pobre de escasa caballería y cuya infantería sume un solo hombre haría mejor en abandonar el campo de batalla y clausurarse en el gabinete, si es que logra subir hasta allí; y digo que mejor que logre subir y encerrarse, porque así no bajaría para presentarse ante el mundo con un «Me voici! mes enfants», aquí estoy, a pesar de lo que muchos crean.

Admito que mis primeras sensaciones, en cuanto me dejaron a solas en mi propia estancia del hotel, distaban mucho de ser tan halagüeñas como las había imaginado. Me encaminé con paso cansado a la ventana, con mi polvoriento abrigo negro, y al mirar a través del cristal vi al mundo entero engalanado de amarillo, azul y verde corriendo hacia el aro del placer. Los viejos con sus lanzas rotas y yelmos que habían perdido sus viseras; los jóvenes con brillantes armaduras que relucían como el oro, ornados con las vistosas plumas de Oriente; todos, todos, subyugados ante ese aro como caballeros embriagados en los torneos librados en nombre de la fama y el amor.

—¡Ay, pobre Yorick! —exclamé—, ¿qué estáis haciendo aquí? Con el primer ataque de tanto brillo quedaréis reducido a un átomo; buscad, buscad alguna calleja secundaria, con un guardacantón al cabo de la misma, por donde jamás haya rodado un carro ni se hayan proyectado los haces de una antorcha encendida. Allí habéis de buscar el solaz en la conversación con una dulce sastrecilla que sea esposa de algún barbero, ¡y sumergiros en ese círculo!

»¡Antes muerto que hacer eso! —dije al tiempo que sacaba la carta que debía entregar a madame de R.—. Encontrarme con esta dama es mi primer cometido.

Así que llamé a La Fleur para ordenarle que me buscara un barbero sin más demora y que regresara para cepillarme el abrigo.

LA PELUCA

París

Cuando llegó el barbero, negó rotundamente poder hacer algo con mi peluca: o bien lo superaba o su oficio no llegaba a tanto. No me quedó otro remedio que aceptar una que ya estaba fabricada y que él mismo me recomendaba.

—Aunque me temo, amigo —dije—, que este bucle no aguantará.

—Puede usted sumergirlo en el mar —respondió— que, aun así, aguantará.

«De qué elevada calidad es todo en esta ciudad —pensé—. La máxima aspiración de un fabricante de pelucas inglés no se habría expresado con otra metáfora que no fuera “sumérjala en una cubeta de agua”. ¡Qué diferencia! ¡Es como equiparar el tiempo con la eternidad!»

Confieso que odio los conceptos fríos, así como las penosas ideas que los engendran; y me siento, por lo general, tan impresionado ante las grandes obras de la naturaleza que, por mi parte y si puedo evitarlo, jamás hago ninguna comparación con un elemento menor a una montaña, cuando menos. Lo único que puede decirse en contra de lo sublime del idioma francés, en este caso, es lo que sigue: que la grandeza reside más en la palabra que en el objeto. Sin duda alguna, el océano evoca la idea de inmensidad, pero como París se encuentra tan lejos de la costa, no era muy probable que yo viajara con la posta un centenar de kilómetros para probar lo dicho. Por ello, las palabras del barbero parisino no significaban nada.

La cubeta de agua comparada con la vasta profundidad, constituye, sin duda alguna, una triste figura literaria. Pero, debe admitirse que sí tiene una ventaja y es que está en la habitación de aquí al lado, con lo que la prueba de la cubeta puede realizarse allí mismo, sin más complicaciones y en un momento.

Para ser honesto y tras un análisis más bien cándido de esta cuestión, diré que el francés hablado tiene más de promesa que de realidad.

Creo que puedo distinguir las precisas y características marcas de la idiosincrasia nacional más en estas minucias sinsentido que en las cuestiones más importantes de estado, sobre las que los grandes hombres de todas las naciones hablan y discuten de forma tan similar que no daría ni un penique por escoger a uno entre ellos.

Tardé tanto en salir de entre las manos de mi barbero que se hizo demasiado tarde para pensar en ir a entregar la carta a madame R. esa noche. Pero cuando un hombre está ya vestido y preparado hasta el último detalle para salir, sus cavilaciones sobre qué hacer no cuentan gran cosa. Tomé nota del nombre del Hôtel de Modène, donde me alojaba, y emprendí el camino sin haber decidido adónde me dirigía.

—Ya lo pensaré —me dije— una vez en marcha.

EL PULSO

París

¡Salve, a vosotras, pequeñas y dulces gentilezas de la vida, pues hacéis más llevadero su recorrido! Como la gracia y la belleza, que engendran la inclinación hacia el amor a primera vista: sois vosotras las que abrís esa puerta y dejáis entrar al extraño.

—Le ruego, madame —dije—, tenga usted la bondad de indicarme dónde debo girar para ir a la Opéra Comique.

—Con mucho gusto, monsieur —respondió ella y dejó a un lado sus labores.

Había echado un vistazo a media docena de tiendas a lo largo del camino en busca de un rostro que pareciera que no iba a alterarse por una interrupción de aquella índole. Hasta que por fin la faz de la joven me resultó atractiva, y entré.

Estaba cosiendo un par de volantes sentada en un taburete bajo al fondo de la tienda, mirando a la calle.

—Très volontiers, con mucho gusto.

Depositó su labor sobre una silla que tenía al lado y se levantó del taburete donde estaba sentada con unos movimientos tan alegres y una mirada tan jovial que, de haberle estado entregando cincuenta luises de oro, podría haber dicho: «Esta mujer sí que es agradecida».

—Debe girar, monsieur —prosiguió al tiempo que me acompañaba hasta la puerta de la tienda y señalaba la calle por la que yo debía ir—, debe girar por la primera a la izquierda, mais prenez garde, porque se puede doblar por dos calles. Sea tan amable de tomar la segunda, luego siga recto un poco más y llegará a una iglesia. Cuando la haya dejado atrás, tómese la molestia de girar directamente a la derecha y eso le llevará a los pies del Pont Neuf, que debe cruzar. Desde allí cualquiera tendrá la amabilidad de guiarlo.

Me repitió las indicaciones unas tres veces, con la misma paciencia y amabilidad la tercera vez que la primera; y si el tono y la actitud tienen alguna importancia —y sin duda así es, salvo para los corazones que se cierran en banda ante ellas—, la mujer parecía realmente interesada en que yo no me extraviara.

No voy a suponer que fue la belleza de la señorita —pese a ser la sastrecilla más bella, a mi parecer, que haya visto jamás— lo que condicionó mi idea sobre su amabilidad. Solo recuerdo que, cuando le dije lo muchísimo que le debía, la miré de modo muy directo a los ojos y le repetí mis agradecimientos el mismo número de veces que ella había reiterado sus indicaciones.

No me había alejado ni diez pasos de la puerta, cuando me di cuenta de que había olvidado hasta el último detalle de lo que me había dicho. Así que, al volverme y verla todavía de pie en la entrada de la tienda, como si estuviera cerciorándose de que yo seguía bien sus instrucciones, decidí regresar para preguntarle si el primer giro era a la izquierda o a la derecha, porque lo había olvidado por completo.

—¿¡Será posible!? —exclamó ella entre risas.

—Es muy posible —respondí—, cuando un hombre piensa más en una mujer que en sus buenos consejos.

Como se trataba de la verdad pura y dura, ella la recibió, como toda mujer recibe una cuestión irrefutable, con una ligera reverencia.

—Attendez! —exclamó y posó una mano sobre mi brazo para detenerme mientras le daba voces a un mozo para que saliera de la trastienda y se preparase para llevar un paquete con guantes—. Justo ahora iba a mandar al mozo con un paquete a ese mismo barrio. Si hace usted el favor de entrar, el envío estará listo en un momento y él podrá acompañarle al lugar.

Entré con ella hasta el fondo de la tienda, retiré con una mano el volante que la muchacha había dejado sobre el taburete como si tuviera la intención de sentarme y ella se acomodó en su banqueta. Decidí situarme a su lado.

—Estará listo, monsieur —dijo—, en un momento.

—Y durante ese momento —respondí—, con mucho gusto le expresaré mi agradecimiento por toda su amabilidad. Cualquiera puede obrar una acción amable de vez en cuando, pero la continuidad de las mismas demuestra que tal actitud es una parte del carácter. Sin duda alguna —añadí—, si es la misma sangre procedente del corazón la que corre hasta las extremidades —y le tenté la muñeca—, estoy seguro de que debe de tener usted el mejor pulso de todas las mujeres del mundo.

—Tómemelo —dijo ella, y me tendió un brazo.

Dejé en el suelo mi sombrero, le tomé los dedos con una mano y posé el índice y el corazón de mi otra mano sobre la arteria.

—¡El cielo nos asista, mi querido Eugenius!, de haber pasado vos por allí y haberme visto sentado con mi abrigo negro y esa gravedad, contando pulsaciones, una a una, con la misma entrega con la que habría vigilado las subidas y bajadas de la fiebre, ¡cómo os habríais reído y moralizado sobre mi nueva ocupación!, ¡y habríais seguido riendo y moralizando sin poder parar!

»Creedme, querido Eugenius, yo habría dicho: “Existen ocupaciones peores en este mundo que tomarle el pulso a una mujer”.

—Pero ¡a una sastrecilla! —habríais respondido—, ¡y en una tienda abierta, Yorick!

—Pues tanto mejor: porque cuando mis intenciones son honestas, Eugenius, no me importa que el mundo me vea tentar los pulsos.

EL MARIDO

París

Había contado veinte pulsaciones y el pulso se dirigía a toda velocidad hacia la cuadragésima, cuando el marido de la sastrecilla, que entró a la tienda de forma inesperada desde una estancia trasera, me descontó.

Ella dijo que solo se trataba de su esposo; así que empecé a contar desde cero.

—Monsieur ha sido tan amable —dijo ella cuando el hombre pasó junto a nosotros— que se ha tomado la molestia de tomarme el pulso.

El marido se quitó el sombrero, me hizo una reverencia y me dijo que lo honraba con ello. Una vez dicho esto, volvió a ponerse el sombrero y se marchó.

«¡Por el amor de Dios! —me dije mientras él salía—, ¿cómo puede ser que este hombre sea el marido de esta mujer?»

Que no desesperen los pocos que conocen el fundamento de esta exclamación si la explico a quienes lo desconocen.

En Londres, un tendero y su mujer son uña y carne; entre los distintos atributos de mente y cuerpo, a veces por unos y a veces por otros, se distinguen entre sí en la justa medida para ser más o menos parecidos y totalmente adecuados el uno para el otro, como deben serlo hombre y mujer.

En París, apenas si existen dos clases de seres más diferentes: puesto que los poderes legislativo y ejecutivo de la tienda no recaen sobre el marido, apenas visita el local. Se sienta en alguna oscura y apagada estancia de la trastienda sin atender negocio alguno, con su andrajoso gorro de dormir, tan primitivo hijo de la naturaleza como la misma naturaleza lo trajo al mundo.

El genio de un pueblo, cuya monarquía es la única no sálica, ha entregado esta actividad en su totalidad, junto con otras muchas, a las mujeres. Y estas, por el continuo regateo con clientes de todas clases y procedencias, de la mañana a la noche, son como un montón de piedrecillas de un arroyo que van entrechocándose en una bolsa y que, gracias a los amables golpes, van puliendo sus asperezas y ángulos cortantes y no solo se convierten en cantos tersos y redondeados, sino que algunos de ellos merecerán ser pulidos como un brillante. Y es que monsieur le mari vale menos que la piedra que pisamos.

Por supuesto, por supuesto, ¡hombre!, no os conviene sentaros solo: habéis sido creado para las relaciones sociales y las amables salutaciones. Y es a esta, la mejor de nuestras naturalezas, a la que yo apelo como prueba de lo que digo.

—¿Y cómo me late, monsieur? —preguntó ella.

—De forma tan adecuada —respondí mirándola tranquilamente a los ojos— como esperaba.

Ella iba a darme una respuesta cortés, pero el mozo entró a la tienda con los guantes.

—À propos —dije—, querré un par para mí.

LOS GUANTES

París

La hermosa sastrecilla se levantó cuando dije aquello, se metió detrás del mostrador, sacó un paquete y lo desató. Me acerqué hasta quedar situado frente a ella; eran unos guantes demasiado grandes.

La bella costurera los midió en mis manos, dedo por dedo. Eso no los hizo cambiar de tamaño. Me rogó que me probara un par, y era lo menos que podía hacer. Abrió un guante; mi mano se deslizó en su interior como la seda.

—No es de mi talla —respondí sacudiendo ligeramente la cabeza.

—No —repitió ella e hizo el mismo gesto.

Hay ciertas miradas de sencilla sutileza, en las que el capricho, la sensibilidad, la seriedad y la estupidez se mezclan de tal manera que ni todas las lenguas de Babel podrían expresarlas. Esas miradas se comunican y se captan de forma tan instantánea que apenas si puede uno determinar qué parte ha sido la emisora. Dejaré que sean vuestros hombres de letras los que hagan correr ríos de tinta sobre el tema; baste, para el caso, decir una vez más que los guantes no servirían. Así pues, con los brazos cruzados, ambos fuimos avanzando por el mostrador: era estrecho y solo había espacio para el paquete que se interponía entre nosotros.

La hermosa costurera iba echando miradas soslayadas a los guantes para volver luego la cabeza hacia la vitrina, luego volvía a los guantes y después me miró a mí. No estaba dispuesto a romper el silencio; seguí el ejemplo de la mujer, miré los guantes, luego hacia la vitrina, volví a los guantes y por último la miré a ella, y así alternativamente.

Tuve la sensación de ir perdiendo más en cada acometida: ella tenía unos vivaces ojos negros y disparaba sus miradas a través de unas pobladas y sedosas pestañas, con tal penetración que llegaba a verme el corazón y las entrañas. Puede parecer extraño, pero de verdad podía sentirla.

—No hay problema —dije.

Tomé unos cuantos pares de guantes que tenía junto a mí y me los metí en el bolsillo.

Me llegó al alma que la hermosa sastrecilla no me pidiera ni una sola libra de más por encima del precio real. Deseé que me hubiera pedido más dinero y no paraba de darle vueltas a la cabeza para encontrar una forma de hacérselo entender.

—¿Cree usted, mi querido señor —me preguntó, confundiendo mi impaciencia— que podría pedir un sou de más a un desconocido cuya educación, que es superior a su deseo de poseer unos guantes, me ha hecho el honor de quedar a mi merced? M’en croyez capable?

—¡A fe mía que no! —respondí—. Y si usted fuera capaz, yo lo entendería.

Contando el dinero en su mano y con una reverencia más pronunciada de la que uno suele dedicar a la mujer de un tendero, salí de allí y el mozo con el paquete me salió a la zaga.

LA TRADUCCIÓN

París

No había nadie en el palco al que llegué más que un amable y anciano oficial francés. Adoro a este personaje, no solo porque honro al hombre cuyas costumbres han sido suavizadas por una ocupación que empeora a los hombres malos, sino porque una vez conocí a un oficial… que ya no está entre nosotros. No veo por qué no he de rescatar una página del olvido al escribir el nombre de ese personaje en ella y decir al mundo que se trataba del capitán Tobias Shandy, el más querido de mis amigos, en cuya filantropía jamás puedo pensar —incluso en estos momentos tan alejados de su muerte— sin que se me empañen los ojos de lágrimas. Gracias a él siento predilección por todo el cuerpo de veteranos. Por ello avancé con paso decidido hacia las dos últimas filas de bancos y me senté junto al militar.

El viejo oficial estaba leyendo con suma atención un pequeño panfleto —que bien podría haber sido el libreto de la ópera— con ayuda de un enorme par de anteojos. En cuanto me senté se quitó los anteojos, los metió en un estuchito verde de piel de zapa y los guardó junto al folleto en su bolsillo.

Hice el ademán de levantarme y le dediqué una reverencia.

Si se traduce el gesto a cualquier idioma civilizado del mundo, su sentido es el que sigue:

«He aquí un pobre desconocido que llega al palco. Parece que no conociera a nadie y no es muy probable que llegue a conocerlo, aunque llevara siete años en París, si las personas con las que se topa no se quitan los anteojos de la nariz cuando se les acerca. Esa actitud supone cerrar las puertas a la conversación en sus propias narices y darle peor trato que a un alemán».

El oficial francés podría haber dicho todo eso en voz alta, y, de haberlo hecho, yo habría traducido al francés la reverencia que le había dedicado y le habría dicho: «Me ha conmovido la atención que me ha dedicado y le doy mil gracias por ello».

No hay secreto comparable para contribuir al progreso de la socialización que llegar a dominar esta jerga y ser rápido en la traslación a palabras del lenguaje común de las numerosas variaciones de miradas y gestos con todas sus inflexiones y trazados. Personalmente, a fuerza de costumbre, hago esa traducción de forma tan mecánica que, cuando camino por las calles de Londres, voy traduciendo todo el camino. Más de una vez me he quedado al margen de un corrillo donde no se han dicho más de tres palabras y he obtenido una veintena de diálogos distintos, que podría redactar con todo detalle y dar fe de su autenticidad.

Una noche acudí a un concierto de Martini en Milán. Estaba cruzando la puerta del vestíbulo cuando la marquisina di F. salía con ciertas prisas: estuvo a punto de chocar conmigo cuando la vi, así que me aparté de un salto para dejarla pasar. Ella había hecho lo mismo, pero hacia el mismo lado, y quedamos mirándonos de frente. La marquisina decidió echarse hacia el otro lado, pero yo tuve la misma mala suerte que ella antes; me había echado justo hacia el mismo lado y volví a interponerme en su camino. Ambos volvimos a saltar hacia el lado contrario, y lo hicimos una vez más y así seguimos: resultaba ridículo. Los dos enrojecimos de impaciencia. Al final hice lo que tendría que haber hecho desde un principio: permanecí quieto donde estaba y la marquisina ya no encontró más obstáculos. No tuve fuerzas para entrar en la sala hasta haber compensado el bochorno aguardando a que la marquisina desapareciera, no sin dejar de seguirla con la mirada. En dos ocasiones, ella se volvió a mirarme y avanzó más bien pegada a un lado, como si estuviera dejando sitio para que cualquiera que subiera por la escalera pasara por su lado.

—No —dije—, esta ha sido una traducción infame: la marquisina tiene derecho a recibir la mejor disculpa que pueda ofrecerle y ese espacio ha quedado abierto para que así lo haga.

Por ello me acerqué corriendo y me disculpé por el bochorno que la había hecho pasar; le aclaré que mi intención había sido cederle el paso. Ella me confesó que había actuado con la misma intención para conmigo, y nos lo agradecimos mutuamente. Se encontraba a los pies de la escalera y, al no ver ningún lacayo junto a ella, le rogué que me permitiera acompañarla a su carruaje. Descendimos juntos el tramo que quedaba y fuimos deteniéndonos cada tres escalones para conversar sobre el concierto y lo acontecido.

—Le doy mi palabra, madame —dije cuando la tuve agarrada de la mano para subir al carruaje—, de que he hecho seis intentos de dejarla salir.

—Y yo he hecho seis intentos —respondió ella— de dejarle entrar.

—Ojalá hubiera querido el cielo que hiciera usted un séptimo intento —contesté.

—Lo deseo de todo corazón —añadió, y me hizo sitio en su coche.

La vida es demasiado breve para entretenerse en guardar las formas; subí al carruaje de inmediato y ella me llevó a su casa. Y lo que resultó fruto del concierto, solo santa Cecilia, pues supongo que estaba presente, lo sabe mejor que yo.

No me resta más que añadir que la relación surgida gracias a la traducción me reportó más placer que cualquiera de las que tuve el honor de entablar en Italia.

EL ENANO

París

Jamás he escuchado a otra persona en toda mi vida —salvo a una, y su identidad seguramente saldrá a colación en este mismo capítulo— comentar un fenómeno que, aunque resulte bastante desagradable, debe existir por algún fundamento. Es algo que me llamó la atención en cuanto observé al público de platea: la indescriptible broma de la naturaleza a la hora de crear a tal número de enanos. No cabe duda de que de vez en cuando gasta esta jugarreta en casi todos los rincones del mundo; aunque en París, sus ganas de chanza no tienen medida. La diosa parece casi tan burlona como sabia.

A la salida de la Opéra Comique, al tiempo que iba reflexionando sobre esta idea, iba midiendo a todo cuanto me cruzaba por las calles colindantes. ¡Qué tarea tan penosa! Sobre todo cuando el tamaño es tan extremadamente pequeño, el rostro tan extremadamente oscuro, los ojillos nerviosos, la nariz larga, los dientes blancos, la mandíbula prominente… Ver a tanto infeliz que por accidente ha sido separado de su especie para ser situado a las puertas de otra me provoca dolor al escribir. ¡Uno de cada tres hombres era un pigmeo! Algunos tenían cabezas deformes y espaldas jorobadas; otros, las piernas torcidas; un tercer grupo había quedado atrapado por la mano de la naturaleza en su sexto o séptimo año de crecimiento; un cuarto permanecía en un perfecto estado natural, como los manzanos enanos, en cuyo caso, desde los primeros momentos de su existencia, jamás hubo intención de hacerlos llegar más alto.

Un viajero médico podría decir que esto se debe a unos vendajes sueltos; uno iracundo, que a la escasez del aire; y un viajero inquisitivo, para fortificar su sistema, mediría la altura de sus casas, la estrechez de las calles y en cuán pocos metros cuadrados de la sexta y la séptima planta duermen y comen juntos determinado número de ciudadanos. Pero yo recuerdo al viejo señor Shandy, quien opinaba de todo como nadie, hablando una noche de estas cuestiones. Afirmó que los niños, como otros animales, podían alcanzar casi cualquier tamaño, siempre que hayan llegado sanos a este mundo, pero que los ciudadanos de París estaban tan hacinados que en realidad no tenían sitio ni para hacerlos.

—Y no me parece que eso sea hacer algo —dijo—. No es hacer nada. Ni hablar —prosiguió encendiéndose con su exposición—, ¡es peor que nada!, cuando lo único que se consigue después de veinte o veinticinco años de la más cuidada y nutritiva alimentación es que no me lleguen ni a la rodilla.

Pues bien, teniendo en cuenta que el señor Shandy era muy bajito, no hay mucho más que añadir.

Como esta no es una obra de razonamientos, dejo la reflexión tal como la encontré y me conformo con la franqueza del comentario, cuya ratificación se encuentra en cada calle y callejón de París.

Iba caminando por la vía que lleva desde el Carrousel hasta el Palais Royal cuando vi a un pobre niñito afligido junto a una acequia que discurría por el centro de la calle; lo agarré de la mano y lo ayudé. Al volver la cara para verme y yo mirarle me di cuenta de que tenía unos cuarenta años.

—Da igual —me dije—, algún buen muchacho hará lo mismo por mí cuando yo tenga noventa años.

Albergo algunos principios en mi interior que me hacen sentir compasión con esa pobre clase malograda de mi especie, que no tiene ni el tamaño ni la fuerza para vivir en este mundo. No puedo soportar ver cómo tropieza uno de ellos. Apenas si me había sentado junto a mi buen y viejo oficial francés, cuando sufrí el revés de tener que observar algo que ocurría justo debajo del palco que ocupábamos.

Al fondo de la orquesta, entre ese lugar y el primer palco lateral, queda un pequeño pasillo que, cuando hay lleno total, sirve de refugio a numerosas personas de todas clases. Aunque uno está de pie, como en el parterre, paga el mismo precio que por un asiento en la orquesta. Un pobre ser indefenso de la clase recién descrita se había colado como había podido hasta llegar a aquel lugar infame. La noche era sofocante y el individuo en cuestión estaba rodeado por seres que le sacaban casi medio metro de altura. El enano sufría lo indecible por todos lados, pero lo que más le incomodaba era la presencia de un alemán alto y corpulento, que medía casi dos metros, situado justo entre él y cualquier posibilidad que tuviera de ver o bien el escenario o a los actores. El pobre enano hizo todo lo posible por llegar a ver algo de lo que estaba ocurriendo allí delante buscando cualquier pequeño resquicio entre el brazo del alemán y su cuerpo. Lo intentó primero por un lado y luego por el otro. Pero el teutón estaba ahí plantado en la posición más molesta que uno puede imaginar: lo mismo hubiera dado que el enano se hubiera encontrado en el fondo del más hondo pozo de París. Así pues, el enano, con una actitud de lo más cívica, alargó una mano y tiró al alemán de la manga para transmitirle su incomodidad. El hombre robusto volvió la cabeza, la inclinó para echar un vistazo al enano, lo miró como Goliat hiciera con David y, sin ninguna delicadeza, volvió a su posición.

En ese preciso instante, yo estaba esnifando una pizca de rapé de la tabaquera de hueso obsequio del franciscano.

—¡Mi querido fraile, espíritu dócil y cortés, tan dado a la resistencia y la abstinencia, con qué dulzura no hubierais atendido la queja de esa pobre alma!

El viejo oficial francés, al verme alzar la vista al cielo embargado por la emoción al tiempo que pronunciaba aquella exclamación, se tomó la libertad de preguntar qué ocurría. Le resumí la historia en tres palabras y añadí el comentario de lo inhumana que resultaba.

A esas alturas, el enano había sobrepasado ya los límites de su paciencia, y en su primer arranque de furia, que por lo general son los menos razonables, le había dicho al alemán que iba a cortarle la trenza con su navaja. El grandullón se había vuelto para mirarlo con frialdad y le había dicho que adelante, si es que llegaba.

Cuando a la herida abierta se le echa la sal del insulto, sin importar a quien se dirija, cualquier hombre con sentimientos toma partido. Fue mi intención saltar del palco para enmendarlo. Pero el viejo oficial francés reaccionó con menos arrebato, pues le bastó con inclinarse ligeramente hacia delante y hacerle una señal con la cabeza a un centinela, señaló al mismo tiempo con un dedo hacia el lugar del percance, y el centinela acudió derecho a ese punto. No hubo necesidad de explicar lo que ocurría, los hechos hablaban por sí solos. El guardia se limitó a empujar al alemán con su mosquete, tomar al pobre enano de la mano y situarlo delante de su agresor.

—¡Qué gesto tan noble! —exclamé y aplaudí.

—Con todo, en Inglaterra no lo habrían permitido ustedes —dijo el viejo oficial.

—En Inglaterra, mi querido señor —respondí—, todos nos sentamos donde nos place.

El viejo oficial francés quiso reconciliarme conmigo mismo, en caso de que hubiera estado disgustado, diciendo que era un bon mot. Y como un bon mot es algo que siempre se valora en París, me ofreció una pizca de su rapé.

LA ROSA

PARÍS

Entonces llegó mi turno de preguntar al viejo oficial qué ocurría al escuchar el grito de «Haut les mains, monsieur l’abbé!» que me llegó en un eco desde una docena de lugares distintos del parterre. Su causa me resultaba tan incomprensible como lo había sido para él mi exclamación sobre el fraile.

Me dijo que se trataba de algún pobre abad sentado en uno de los loges superiores, que, según él suponía, se había perdu tras un par de costureras para poder ver la ópera y que el público del parterre que había estado observándolo insistía en que mantuviera las manos arriba durante la representación.

—¿Acaso se supone —pregunté— que un miembro del clero ande hurgando en los bolsillos de las costureras?

El viejo oficial francés sonrió y, al susurrarme al oído, me abrió una puerta a conocimientos de cuya existencia yo no tenía noticia alguna.

—¡Por el amor de Dios! —exclamé, y quedé lívido del asombro—, ¿es posible que un pueblo de tan refinados sentimientos pueda ser al mismo tiempo tan sucio y tan distinto a sí mismo? Quelle grossièreté! —añadí.

El viejo oficial francés me contó que se trataba de un mezquino sarcasmo contra la Iglesia, que se había estrenado en eso del teatro aproximadamente en la época en que Molière había puesto en escena el Tartufo. Sin embargo, al igual que otros vestigios de las costumbres góticas, se encontraba en decadencia.

—Todas las naciones —prosiguió— tienen sus refinamientos y grossièretés, en las que van destacando unas y otras por turnos. —También dijo que había visitado gran cantidad de países, pero que jamás había estado en uno donde no se encontraran ciertas delicadezas que otros parecían codiciar—. Le pour et le contre se trouvent en chaque nation; existe un equilibrio —dijo— entre lo bueno y lo malo en todas partes, y solo el conocer esta realidad puede liberar a una mitad del mundo de la tendencia que tiene a ser contraria a la otra. —Añadió que la ventaja de viajar, vista desde la óptica del savoir vivre, residía en el hecho de poder observar una gran cantidad tanto de hombres como de costumbres—. Nos enseña tolerancia mutua y la tolerancia mutua —concluyó dedicándome una reverencia— nos enseña amor mutuo.

El viejo oficial francés dijo aquello con un aire de candor y buen juicio tal que me vino a confirmar las primeras impresiones que me había formado de su persona. Sentí que adoraba a aquel hombre, aunque temí estar equivocando el motivo, pues se trataba de mi misma forma de pensar, la diferencia era que yo no podría haberlo expresado ni la mitad de bien.

Resulta igual de problemático para el jinete como para su cabalgadura que esta vaya levantando las orejas y deteniéndose ante cada objeto que no ha visto con anterioridad. Sufro este tormento en la misma medida que cualquier criatura viva sobre la faz de la tierra y, con todo, confieso con la mano en el corazón que muchas cosas que me causaban dolor y muchas palabras que me ruborizaban durante el primer mes de recorrido, llegaron a parecerme intrascendentes y totalmente inocentes durante el segundo.

Madame de Rambouliet, cuando ya había pasado unas seis semanas con ella, me había hecho el honor de permitirme viajar en su carruaje a lo largo de unas dos leguas a la salida de la ciudad. De entre todas las mujeres, madame de Rambouliet es la más correcta y no aspiro a encontrar en el mundo más virtudes ni pureza de sentimientos. Durante nuestro regreso, madame de Rambouliet me pidió que tirase del cordón del freno. Le pregunté si necesitaba algo.

—Rien que pisser —respondió madame de Rambouliet.

No os ofendáis, amable viajero, de dejar que madame de Rambouliet vaya a m…r. Y, vosotras, ¡hermosas y místicas ninfas!, id a arrancar cada una vuestra rosa y a diseminar sus pétalos a vuestro paso, pues madame de Rambouliet no hizo otra cosa. Ofrecí una mano a la dama para descender del carruaje, y de haber sido el sacerdote de la casta Castalia, no hubiera observado con más decoro su fuente.

FINAL DEL LIBRO I

LIBRO II

ÍNDICE

El Pasaporte
El Pasaporte
El Cautivo
El Estornino
El Ruego
Le Patissier
La Espada
El Pasaporte
El Pasaporte
El Pasaporte
El Pasaporte
El Carácter
La Tentación
La Conquista
El Misterio
Cuestión De Conciencia
El Acertijo
Le Dimanche
El Fragmento
El Fragmento
El Fragmento Y El Ramillete
El Acto Caritativo
La Explicación Del Misterio
París
Maria Moulins
Maria
Maria Moulins
El Bourbonnois
La Cena
El Agradecimiento
El Episodio De Delicadeza

EL PASAPORTE

París

Cuando llegué a mi habitación de hotel, La Fleur me contó que había estado buscándome el teniente de policía.

—¡Que el diablo se lo lleve! —exclamé—, ya sé por qué.

Y también es hora de que el lector lo sepa, puesto que, siguiendo el orden en que tuvieron lugar los acontecimientos, esto se ha omitido: no porque yo lo haya olvidado, sino porque de haberlo contado antes podría haberlo olvidado ahora, y ahora es cuando me interesa.

Me había marchado de Londres con tal precipitación que no reparé en que estábamos en guerra con Francia. Ya había llegado a Dover, y había mirado a través del anteojo hacia las montañas que se ven al fondo de Boulogne, cuando de pronto me asaltó esa idea. Lo que me llevó a pensar que no habría manera de entrar en el país galo sin pasaporte.

Una vez llegado al cabo de una calle, siento una aversión letal al hecho de retroceder sin ser un ápice más sabio que al partir. Y teniendo en cuenta que este era uno de los mayores esfuerzos que he hecho en aras del conocimiento, más insoportable se me hacía esa idea. Así pues, al saber que el conde de —— había fletado un paquebote, rogué que me aceptara como parte de su suite. El conde apenas me conocía, y al margen de que le supusiera o no un problema, lo único que dijo es que su voluntad de servirme no podía llegar más allá de Calais, puesto que iba a regresar a París vía Bruselas. Sin embargo, una vez que yo hubiera cruzado la frontera de aquel país, podría llegar a la capital francesa sin obstáculos y allí recurrir a algunos amigos para que me echaran una mano.

—Vayamos a París pues, monsieur le count —dije—, y allí me las ingeniaré como pueda.

Embarqué y no volví a pensar en el asunto.

Cuando La Fleur me contó que el teniente de policía había estado preguntando por mí, la cuestión me asaltó de nuevo. Y cuando mi criado había acabado de contármelo, el dueño del hotel entró en mi habitación para decirme lo mismo, con el añadido de que el policía se había interesado especialmente en mi pasaporte. El caballero concluyó diciendo que esperaba que tuviera uno.

—¡A fe mía que no lo tengo! —exclamé.

En el momento en que hice esa confesión, el dueño del hotel retrocedió tres pasos, como si estuviera alejándose de un apestado. El pobre La Fleur se acercó a mí esos mismos tres pasos con ese aire que una alma bondadosa desprende al socorrer a la afligida: el joven se ganó mi corazón con ello. Gracias a ese único gesto tuve una inequívoca visión de su persona y me sentí capaz de responder por ella como si llevara siete años a mi fiel servicio.

—Mon seigneur! —gritó el dueño del hotel, aunque se controló al instante tras exclamarlo y de inmediato cambió de tono—. Aunque monsieur —prosiguió— no tenga pasaporte (apparemment), es muy probable que tenga amigos en París que le puedan proporcionar uno.

—No que yo sepa —respondí con cierto aire de indiferencia.

—Entonces, certes —respondió—, lo enviarán a la Bastilla o al Chatelet au moins.

—¡Bah! —espeté—. El rey de Francia es un hombre de buen corazón: no haría daño ni a una mosca.

—Cela n’empêche pas —respondió—, sin duda, lo enviarán a la Bastilla mañana en cuanto amanezca.

—Pero ya he pagado la habitación por un mes de estancia —contesté—, y no pienso abandonarla ni un día antes, ni por todos los reyes de Francia ni del mundo.

La Fleur me susurró al oído que nadie podía oponerse a la voluntad de la corona francesa.

—Pardi! —exclamó mi anfitrión—, ces messieurs anglais sont des gens tres extraordinaires.

Tras pronunciar esa exhortación, se marchó.

EL PASAPORTE

El Hotel De París

No logré hallar en mi corazón un motivo para torturar a La Fleur con una consideración seria sobre el bochorno que había padecido; esta fue la razón por la que traté el asunto con tanta ligereza. Para demostrarle que la cuestión me traía sin cuidado, la dejé por completo de lado. Mientras me servía durante la cena le hablé con una alegría más acentuada de lo normal sobre París y sobre la Opéra Comique. La Fleur también había estado allí y me había seguido durante mi recorrido por las calles hasta la mismísima tienda del librero. Pero, como me había visto salir con la joven fille de chambre y luego observó que nos dirigíamos hacia el quai de Conti juntos, había considerado innecesario seguirme un paso más allá. Tras sacar sus propias conclusiones sobre la situación, tomó un atajo y llegó al hotel donde le informaron del asunto policial antes de que yo llegara.

En cuanto la honrada criatura se hubo marchado y hubo bajado a cenar, empecé a pensar algo más seriamente en mi situación. Y llegados a este punto, sé, Eugenius, que vos sonreiréis al recordar un breve diálogo que tuvo lugar entre nosotros en el momento de mi partida: es mi deber contarlo aquí.

Eugenius, conocedor de que soy poco amigo de sobrecargarme tanto de dinero como de pensamientos, me había llevado a un aparte para preguntarme cuánto llevaba encima. Al decirle la cantidad exacta, Eugenius sacudió la cabeza y dijo que no me bastaría. Así que sacó su monedero para vaciarlo en el interior del mío.

—Os aseguro, Eugenius, que llevo suficiente —le dije.

—En realidad, Yorick, no es así —respondió Eugenius—. Conozco Francia e Italia mejor que vos.

—Pero no habéis tenido en cuenta, amigo mío —dije al tiempo que rechazaba su oferta—, que antes de haber pasado tres días en París, ya me habré ocupado de decir o hacer algo por lo que me encerrarán en la Bastilla y allí podré vivir un par de meses con todos los gastos pagados a costa del rey de Francia.

—Ruego me perdonéis —dijo Eugenius con parquedad—, había olvidado por completo ese recurso.

Y ahora, ese asunto que había tratado con tanta indolencia tocaba con toda seriedad a mi puerta. ¿Sería por locura, por descuido, por filosofía, por pertinacia o por algo que haya en mi persona que, después de todo, cuando La Fleur bajó y yo me quedé a solas, no logré pensar en la cuestión más que en los términos que había hablado de ella con Eugenius?

Y en cuanto a la Bastilla, lo que asusta es simplemente su mención.

—¡Que les aproveche! —me dije—, la Bastilla no es más que un sinónimo de torre; y torre no es más que otra palabra para referirse a una morada de la que uno no puede escapar. ¡Piedad para los que sufren gota!, porque ellos deben permanecer encerrados en casa dos veces al año. Pero con nueve libras diarias, pluma, tinta, papel y paciencia, aunque un hombre no pueda salir, logrará pasarlo bastante bien entre cuatro paredes, al menos durante un mes o seis semanas. Al final de ese periodo, si es un individuo inofensivo, su inocencia aflora y sale convertido en mejor persona que el hombre que entró.

En cierta ocasión (no recuerdo el porqué) descendí hasta el patio mientras elaboraba este argumento; recuerdo que bajé la escalera todo ufano por el triunfo de mi razonamiento.

—¡Maldigo el sombre pencil! —exclamé alardeándome—, pues no envidio su habilidad para pintar los males de la vida con tanta gravedad y colores tan funestos. La mente queda postrada de terror ante los objetos que ella misma ha magnificado y ensombrecido. Pero, si los reduce hasta dejarlos en su tamaño y color reales, es capaz de ignorarlos. Cierto es —proseguí rectificando la frase— que la Bastilla no es un mal despreciable, pero dejadla sin sus torres, llenad el foso, retirad las barricadas de las puertas, llamadla cautiverio y suponed que sea alguna tiranía de la enfermedad y no la de un hombre la que os tiene allí encerrado: el mal se desvanece y uno soporta la otra mitad del tiempo sin queja alguna.

Fui interrumpido en el apogeo de este monólogo por una voz que tomé por la de un niño que se lamentaba. «No puedo salir». Miré a lo largo y ancho del pasillo y, al no ver a ningún hombre, mujer ni niño, salí sin prestar más atención.

Al regresar por el mismo pasillo volví a escuchar las mismas palabras repetidas dos veces y, al levantar la vista, vi que se trataba de un estornino encerrado en una pequeña jaula.

—No puedo salir, no puedo salir —decía el estornino.

Me quedé ahí plantado, contemplando el pájaro. Al cruzar alguien el pasillo, el estornino aleteaba rápidamente hacia el lado por el que se aproximaba dicha persona y repetía el mismo lamento sobre su cautiverio.

—No puedo salir —repetía el pájaro.

—¡Que Dios os asista! —exclamé—. Os liberaré cueste lo que cueste.

Di la vuelta a la jaula hasta encontrar la puertecilla: estaba cerrada a cal y canto con un alambre; no había forma de abrirla sin hacer la jaula pedazos. Me puse a ello con ambas manos.

El pájaro voló hasta el lado por donde yo estaba intentando liberarlo, metió la cabeza entre los barrotes y apoyó el pecho contra ellos, loco de impaciencia.

—¡Me temo, pobre criatura —exclamé—, que no podré veros en libertad!

—No —decía el estornino—, no puedo salir, no puedo salir —repetía.

Juro que jamás he visto conmovidos con más ternura mis afectos, ni tampoco recuerdo otro incidente en mi vida por el que los pensamientos disipados, para los que mi mente había sido como una burbuja, volvieran tan prestos a la realidad.

Pese a lo mecánicas que eran las notas de su trino, aunque fueran entonadas de forma tan acompasada con la naturaleza, en cierto momento hicieron que todas mis cavilaciones se volcaran en la Bastilla. Esto me llevó a ascender la escalera con pesadez, desdiciéndome de cada una de las palabras que había dicho al bajarla.

—¡Disfrazaos como gustéis, esclavitud! —espeté—, seguís siendo un funesto dibujo. Y aunque en todas las épocas, miles de hombres hayan bebido de vuestra fuente, no sois por ello menos amarga. Sois vos, diosa tres veces tierna y graciosa —proseguí dirigiéndome esta vez a la libertad—, cuyo sabor es gratificante, a quien venero siempre en público o en privado, y así será siempre hasta que la naturaleza decida cambiarlo. No hay mácula lingüística que pueda mancillar vuestro níveo manto ni fuerza química que pueda tornar vuestro cetro en frío acero. Con vos sonriéndole mientras come su mendrugo, el pastor es más feliz que su propio monarca, ¡de cuya corte habéis sido expulsada! ¡Bendito sea el cielo! —exclamé e hinqué la rodilla en el penúltimo escalón de mi ascenso—. ¡Garantizadme pues salud, vos, gran dador de la misma, entregadme como compañera a esa bella diosa y derramad vuestras mitras, si bien parece a vuestra divina providencia, sobre las cabezas de quienes las anhelan!

EL CAUTIVO

París

La imagen del pájaro en su jaula me persiguió hasta mi habitación. Me senté junto a la mesa y, con la cabeza apoyada sobre una mano, empecé a imaginar las desgracias del cautiverio. Estaba de un ánimo que favorecía tales pensamientos, por ello di rienda suelta a la imaginación.

Iba a empezar por todos los seres humanos que habían nacido con la única herencia de la esclavitud. Sin embargo, descubrí que, pese a lo conmovedora que resultaba la imagen, no podía sentirme identificado con ella, y que esa multitud de tristes grupos no hacía más que distraerme.

Imaginé un solo cautivo y, tras haberlo encerrado en su mazmorra, miré a través de la penumbra de su puerta de barrotes para asimilar su imagen.

Contemplé su cuerpo en proceso de degradación por la larga espera y el cautiverio, y sentí en carne propia la dolencia que afecta al corazón cuando la esperanza se ve postergada. Al contemplar más de cerca la imagen, observé que el cautivo estaba pálido y febril: hacía treinta años que la brisa occidental no había aireado su sangre. En todo ese tiempo, no había visto ni el sol, ni la luna, ni tampoco había oído la voz de un amigo ni de un familiar cruzar los barrotes de su celda. Sus hijos…

Sin embargo, llegado a este punto, empezó a sangrarme el corazón y me vi impelido a seguir con otra parte del retrato.

El cautivo estaba sentado en el rincón más apartado de su mazmorra, en el suelo, sobre un pequeño montón de paja que hacía las veces de silla y jubón. En la cabecera había un diminuto calendario de palitos que marcaban los agónicos días y noches que había pasado allí. Tenía uno de los pequeños palos en la mano y con un clavo oxidado añadía otro día más de miseria al montón. Cuando apagué la tenue luz con la que contaba, el reo alzó unos ojos desesperanzados hacia la puerta, luego bajó la mirada, sacudió la cabeza y prosiguió con su labor de sufrimiento. Oí el ruido de las cadenas sobre sus piernas cuando volvió su cuerpo para colocar el palito en el montón. Lanzó un profundo suspiro. ¡Juro que vi cómo el acero del clavo le perforaba el alma! Rompí a llorar. No podía soportar la escena de cautiverio que había dibujado mi imaginación. Me levanté de la silla y llamé a La Fleur: le mandé que contratara un coche y lo tuviera esperándome en la puerta del hotel a las nueve de la mañana del día siguiente.

Le informé de que iría directamente a ver a monsieur le duc de Choiseul.

La Fleur insistió en ayudarme a meterme en cama, pero, como no quería que señal alguna de mi inquietud pudiera entristecerle, le respondí que ya me acostaría yo y le mandé hacer lo mismo.

EL ESTORNINO

Camino De Versalles

Monté en mi coche a la hora prevista. La Fleur se subió en la parte trasera y ordené al cochero que tomara el camino más corto hasta Versalles.

Como no aconteció nada durante el recorrido, o mejor dicho nada que yo esperase que sucediera durante el viaje, no se me ocurre mejor forma de rellenar este espacio que contando la breve historia del mismo pájaro que fue protagonista del capítulo anterior.

Mientras el honorable señor —— estaba a la espera de que el viento fuera favorable en Dover, el pájaro en cuestión había sido atrapado en los acantilados antes de haber aprendido a volar en condiciones por un muchacho inglés que era mozo del mentado señor. Este joven, sin importarle el poder lastimar al pájaro, se lo había guardado en el pecho para embarcarlo en el paquebote. A fuerza de alimentarlo y una vez que lo había tomado bajo su protección, le bastaron un par de días para quererlo, y lo llevó consigo sano y salvo hasta París.

Una vez en esa ciudad, el muchacho invirtió una libra en una pequeña jaula para el estornino y, como no tenía nada mejor que hacer durante los cinco meses que su amo permaneció en tierra, enseñó al pájaro a decir en su lengua materna las cuatro sencillas palabras (no más) que hicieron que yo me convirtiera en eterno deudor del ave.

Puesto que el amo del joven regresaba a Italia, el muchacho había entregado el animalillo al dueño del hotel. No obstante, como su pequeña oda a la libertad era entonada en una lengua desconocida en París, el pájaro no consiguió atención alguna. Por ello, La Fleur había podido comprar tanto la jaula como su contenido para mí a cambio de una botella de Borgoña.

A mi regreso de Italia, lo llevé conmigo hasta el país en cuya lengua había aprendido las notas que entonaba y, tras contarle su historia a lord A., este me rogó que le entregara el pájaro. Una semana después, lord A. se lo regaló a lord B.; lord B. entregó ese presente a lord C.; y el lacayo de lord C. lo vendió a lord D. por un chelín. Lord D. se lo dio a lord E.; y así siguió pasando de mano en mano hasta completar la primera mitad del alfabeto. Desde esas alturas descendió a la cámara baja y pasó por las manos de muchos plebeyos. Todos ellos querían entrar en sociedad, pero mi pájaro quería salir, así que le hicieron prácticamente tan poco caso en Londres como en París.

Es probable que muchos de mis lectores hayan oído hablar de él, y si alguno de ellos, por casualidad, lo ha visto, ruego informe a sus captores de que ese pájaro era mi pájaro, cuando no una vil copia que pretende representarlo.

No me resta mucho más que añadir sobre él, sino que desde ese entonces hasta ahora he blandido la imagen de ese desafortunado estornino como mi escudo de armas. Es la que sigue:

Y que los heraldos le retuerzan el pescuezo si es que se atreven.

EL RUEGO

Versalles

No quisiera que mi enemigo me adivinara el pensamiento en el instante en que me dispongo a pedir protección a un hombre. Y esta es la razón por la que procuro estar siempre protegido. Sin embargo, el hecho de acudir a monsieur le duc de C. fue un acto desesperado; de haber sido un acto deliberado, supongo que habría obrado como el común de los mortales.

¡Cuántos planes basados en un ruego impropio, en los que pensaba a medida que avanzaba, no llegó a maquinar mi corazón servil! Merecía acabar encerrado en la Bastilla por cada uno de ellos.

Por tanto, nada me convencía, cuando por fin avisté Versalles, al pensar en las palabras y frases, así como en la actitud y el tono necesarios para ganarme el favor de monsieur le duc de C.

—Esto servirá —me dije—. Es algo parecido —me respondí— a un abrigo que algún sastre osado le llevara sin haberle tomado las medidas antes. ¡Estúpido! —proseguí—… espera a ver la cara de monsieur le duc, a observar qué personalidad refleja, a tomar nota de qué postura adopta mientras te escucha; memoriza los giros y expresiones de su cuerpo y el ademán de sus extremidades. En cuanto al tono, el primer sonido que pronuncien sus labios te lo revelará. Y de la suma de todo ello, podrás componer un ruego que no ofenda al duque; los ingredientes serán los que él mismo haya usado y así aumentará la posibilidad de que los digiera.

»¡Bueno! —exclamé—, ojalá ya hubiera pasado todo.

—¡Cobarde! ¡Como si el encuentro cara a cara con otro hombre no fuera igual en todas partes del mundo! Si es así en el campo de batalla, ¿por qué no ha de serlo también en una estancia? Además, confía en mí, Yorick, de creer que no es así, el hombre no está siendo sincero consigo mismo y traiciona sus principios diez veces por cada una que lo hace la naturaleza. Acude al duc de C. con la Bastilla en mente, y te juro por mi vida que acabarás yendo a París en media hora acompañado por una escolta.

—Lo creo —dije—. Por ello me presentaré ante el duque, ¡los cielos me asistan!, con toda la alegría y afabilidad del mundo.

—En eso vuelves a equivocarte —me respondí—. Un corazón tranquilo, Yorick, no cae en extremos: siempre se encuentra centrado.

—¡Bueno!, ¡bueno! —exclamé mientras el cochero cruzaba las puertas —. Creo que lo haré bastante bien.

Para cuando el coche ya había rodeado el patio y me había llevado hasta la puerta principal, me sentía tan preparado para mi discurso, que no subí la escalera ni como un reo camino del juicio, sabedor de que los doctos lo enviarán al patíbulo, ni tampoco dando saltos ni en dos zancadas, como lo hago cuando voy a reencontrarme con vos, ¡Eliza!

Al cruzar el umbral de la sala, me recibió una persona que seguramente era el maître d’hôtel, aunque tenía más aire de subsecretario, y me informó de que el duc de C. estaba ocupado.

—Ignoro por completo la forma de conseguir audiencia, pues soy extranjero y además, lo que es peor dada la situación en la que me hallo, soy inglés.

El hombre contestó que aquello no empeoraba las cosas. Le respondí con una ligera reverencia y le dije que tenía un asunto importante que tratar con Monsieur le Duc. El secretario miró hacia la escalera como si fuera a dejarme para comunicar el mensaje a alguien.

—Aunque no quisiera confundirle —añadí—, porque lo que tengo que contar no es en modo alguno importante para monsieur le duc de C., sino que tiene una gran relevancia para mí.

—C’est une autre affaire —respondió.

—En modo alguno ha de ser así —contesté— para un hombre educado. Aunque le ruego me diga, buen señor —proseguí—, ¿cuándo puede un extranjero tener acceso a vuestro amo?

—En no menos de dos horas —respondió, mirando el reloj.

El número de coches estacionados en el patio parecía justificar el cálculo y que no me quedaba más salida que pasear arriba y abajo por la sala sin un alma con la que departir. Como esa perspectiva se me antojaba tan aciaga como haber estado encerrado en la mismísima Bastilla, regresé de inmediato a mi coche y ordené al conductor que me llevara al Cordon Bleu, que era el hotel más próximo.

Creo que esta acción tuvo algo de fatalidad, pues no suelo llegar a mi destino inicial.

LE PATISSIER

Versalles

Antes de haber recorrido media calle cambié de idea: «Ya que estoy en Versalles —pensé—, bien podría visitar la ciudad». Tiré del cordón y ordené al cochero que me llevara a dar una vuelta por las principales calles.

—Supongo que la ciudad no es muy grande —comenté.

El cochero se disculpó por corregirme y me contó que se trataba de una urbe soberbia y que una gran cantidad de duques y marqueses de rancio abolengo tenían allí sus residencias. El conde de B., de quien el librero había hablado tantas bondades en el Quai la noche anterior, me vino de inmediato a la mente. «¿Y por qué no acudir —pensé— al conde de B., que en tan buena estima tiene los libros ingleses y a los caballeros de esta nacionalidad, para contarle mi historia?» Y cambié de opinión por segunda vez. En realidad, se trataba de la tercera, pues ese mismo día había tenido la intención de ir a visitar a madame de R., en la rue Saint-Pierre, y había rogado a su fille de chambre que le comunicara que acudiría sin falta a su hogar. Pero las circunstancias me obligan, yo no puedo obligarlas. Por tanto, al ver a un hombre con un cesto situado al otro lado de la calle, como si tuviera algo que vender, ordené a La Fleur que fuera en su busca y le preguntara cómo llegar a la mansión del conde.

La Fleur regresó algo pálido y me informó de que era un chevalier de Saint Louis que vendía pâtes.

—Eso es imposible, La Fleur —espeté.

Mi criado estaba tan perplejo ante aquel fenómeno como yo, pero insistía en su versión. Aseguraba que había visto la croix de oro con su cinta roja atada al ojal; había echado un vistazo al cesto y había visto los pâtes que el chevalier estaba vendiendo. Por todo ello, no cabía duda de su identidad.

Un revés de esta clase en la vida de un hombre despierta un principio mejor que el de la curiosidad. No pude evitar quedarme contemplando al hombre durante un rato sentado en mi calesa: cuanto más lo miraba a él, con su cruz y el cesto, con más firmeza se entremezclaban todas las imágenes en mi mente. Bajé del coche y me dirigí hasta donde se encontraba.

Iba ataviado con un pulcro delantal de lino que le llegaba por debajo de las rodillas y con una especie de peto que le llegaba por debajo del pecho. Justo encima de este, aunque ligeramente más abajo del borde, colgaba su cruz. El cesto de pequeños pâtes estaba cubierto por una servilleta blanca de damasco; había otra servilleta del mismo tejido desplegada en la base del cesto. El conjunto desprendía tal aspecto de propreté y orden que uno le habría comprado sus pastelillos movido tanto por el apetito como por dicha sensación.

No los ofrecía a nadie, sino que permanecía parado con sus productos en la esquina de una mansión para que los compradores escogieran sin ser acuciados.

Tenía unos cuarenta y ocho años y la mirada perdida, algo circunspecta. No vacilé: me acerqué más al cesto que a él y, tras levantar la servilleta y agarrar uno de sus pâtes con una mano, le pedí que me explicara lo que me había llamado la atención.

Me contó, en pocas palabras, que los mejores años de su vida los había pasado en el ejército, en el que, tras invertir un humilde patrimonio, había llegado a ser general de una compañía y había ganado esa cruz. Pero que, con la firma del último tratado de paz, la reforma de su regimiento y de todo el ejército, y la inclusión de otros regimientos, se había quedado sin provisión y se había encontrado en un mundo enorme sin amigos, sin una libra, y, «en realidad —dijo— sin otra cosa que esto», y señaló su cruz mientras lo decía. El pobre chevalier se ganó mi lástima y concluyó la descripción ganándose además mi aprecio.

El rey, prosiguió, era el más generoso de los monarcas, pero su generosidad no podía ni aliviar ni recompensar a todo el mundo, y su única desgracia había sido pertenecer a un grupo numeroso. Me contó que tenía una mujer menuda a quien amaba y que cocinaba esos pastelillos. Añadió que no le avergonzaba intentar sacar a su esposa y a él mismo de la pobreza de aquella forma, pues la providencia no le había ofrecido otra salida mejor.

Sería una maldad privar a la buena gente del placer de conocer lo que aconteció a este pobre chevalier de Saint Louis unos nueve meses después.

Por lo visto, tenía la costumbre de montar su tenderete junto a las verjas que conducían a palacio y, como su cruz había sido cual imán para numerosos viandantes, eran muchos los que le habían hecho la misma pregunta que yo. Él les había contado la misma historia y lo había hecho siempre con tanta modestia y buen gusto que al final había llegado a oídos del rey. El monarca, al conocer que el chevalier había sido un oficial gallardo y respetado por todo su regimiento por ser hombre de honor e integridad, acabó con su humilde negocio y le otorgó una pensión de mil quinientas libras al año.

Como he contado esta anécdota para complacer al lector, ruego me permita relatar otra, en esta misma línea, para darme un gusto personal: las historias son reflejo la una de la otra, y sería una lástima contarlas por separado.

LA ESPADA

Rennes

Ya que los Estados e Imperios pasan por periodos de declive y padecen cuando les toca sufrir turbación y pobreza, no me entretendré en contar las causas que de forma gradual llevaron a la casa de d’E., en la Bretaña, a la decadencia. El marquis d’E. había luchado por salir de esa condición con denodada firmeza; con el anhelo de preservar y aún de poder demostrar al mundo algunos pequeños fragmentos de lo que habían sido sus antepasados. Pero los actos cometidos por estos habían dejado indefenso al marqués. Le quedaba suficiente para satisfacer las humildes exigencias de una existencia en la oscuridad. No obstante, como tenía dos hijos que esperaban encontrar en él la luz, el marqués consideró que así lo merecían. Había probado el camino de la espada, pero no logró ingresar en el ejército: el equipamiento era demasiado costoso y una economía de guerra no se ajustaba a esas exigencias. No le quedaba más salida que el comercio.

En cualquier provincia de Francia que no sea Bretaña, comerciar suponía arrancar de raíz de una vez para siempre cualquier pequeño brote que el orgullo o afecto del noble quisiera replantar. No obstante, en tierras bretonas, por ser un caso ya previsto, el marqués tuvo una oportunidad. Aprovechando que los Estados se habían reunido en asamblea en Rennes, nuestro protagonista acudió allí con sus dos hijos y entró en la sala. Tras apelar a una antigua ley del ducado —que aunque sea una ley a la que pocas veces se recurre no por ello es menos válida—, desenvainó la espada de su cinto.

—Tomad —dijo—, quedáosla y convertíos en sus fieles guardianes hasta que tiempos mejores me pongan en situación de volver a reclamarla.

El presidente de la asamblea aceptó la espada del marqués. El dador se quedó allí unos minutos para ser testigo de cómo era depositada en los archivos de su cámara y partió.

El marqués embarcó junto con toda su familia al día siguiente con rumbo a la Martinica y, tras unos diecinueve o veinte años de exitosa dedicación al negocio, con algunos imprevistos por legados de ramas lejanas de su linaje, regresó al hogar para recuperar su título nobiliario y luchar por él.

Es una afortunada casualidad, que jamás acontecería a ningún viajero que no fuera uno sentimental, el que me encontrara en Rennes en el mismo instante de esa solemne solicitud (y la califico de solemne porque para mí lo fue).

El marqués entró a la sala acompañado de su familia al completo: él llevaba a su esposa del brazo, su hijo mayor iba agarrado de su hermana y su hijo pequeño se encontraba al otro extremo de la fila, junto a su madre. El padre de familia se llevó por dos veces el pañuelo al rostro.

El silencio era ensordecedor. Cuando el marqués había dado seis pasos para acercarse a los miembros del tribunal, entregó el brazo de la marquesa a su hijo pequeño y se adelantó tres pasos a su familia, entonces reclamó su espada. Le entregaron el arma y, en el instante en que la tomó entre sus manos, casi llegó a desenvainarla. Se encontraba ante el reluciente rostro de una amiga que un día había entregado; se quedó contemplándola con detenimiento, empezando por la empuñadura, como para ver si seguía siendo la misma. Entonces, al vislumbrar una pequeña mancha de óxido que había aflorado justo allí, se la acercó a los ojos, inclinó la cabeza sobre ella y creí ver una lágrima caer sobre ese mismo lugar. Lo que ocurrió a continuación no me defraudó.

—Encontraré —dijo— alguna otra forma de limpiar esta mancha.

Una vez pronunciadas estas palabras, el marqués volvió a envainar la espada, dedicó una reverencia a sus guardianes y, seguido por su esposa y su hija, además de sus dos hijos, abandonó la sala.

¡Oh, cómo envidié lo que sentía!

EL PASAPORTE

Versalles

No encontré dificultad alguna para ser recibido por el conde de B. Los ejemplares de Shakespeare estaban desplegados sobre la mesa, y el noble los estaba hojeando. Me acerqué a la mesa y, tras echar una mirada a los libros para darle a entender que los conocía, le dije que había acudido hasta él sin presentación previa de nadie, pues sabía que me encontraría con un amigo en sus dependencias y confiaba en que este hubiera hecho los honores por mí.

—Se trata de mi compatriota, el gran Shakespeare —aclaré, señalando su obra—, et ayez la bonté, mon cher ami —añadí apelando a su espíritu—, de me faire cet honneur-là.

El conde sonrió por la singularidad de mi presentación y, como por lo visto yo estaba algo pálido y parecía mareado, insistió en que tomara asiento en un sillón. Así pues, me senté. Y para ahorrarle conjeturas sobre esa visita mía tan fuera de todo convencionalismo, me limité a relatarle el incidente acontecido en la tienda del librero, y cómo aquello me había empujado a acudir a él antes que a cualquier otro hombre en Francia con la historia sobre el pequeño bochorno que estaba pasando.

—¿Y cuál es la causa de ese bochorno? Exijo saberlo —dijo el conde.

Le conté la historia tal como se la he relatado al lector.

—Y el dueño del hotel en el que me hospedo —empecé a decir como conclusión— ha dicho que forzosamente, monsieur le count, me enviarán a la Bastilla. Sin embargo, yo no le tengo aprensión —proseguí—; pues, sabiendo que me encuentro en manos del pueblo más refinado del mundo y por ser yo un hombre justo que no ha llegado como espía para ver lo descubierto del país, no creo que me nieguen su compasión. Los franceses, monsieur le count —dije—, no acostumbran a utilizar su gallardía para perjudicar al desvalido.

Un rubor vivaz afloró en las mejillas del conde de B. al oír estas palabras.

—Ne craignez rien —dijo.

—En realidad, no temo nada —respondí—. Además —continué con cierta disipación—, he recorrido todo el camino desde Londres hasta París tan alegremente y no creo que monsieur le duc de Choiseul sea tan enemigo del regocijo como para obligarme a dar media vuelta llorando por mi penar.

»Lo que le vengo a rogar, monsieur le count de B. —y aquí le dediqué una profunda reverencia—, es mi deseo de que eso no ocurra.

El conde me escuchó de muy buena gana o yo no habría llegado ni a la mitad de mi discurso. Además, en una o dos ocasiones, comentó: C’est bien dit. Así que en ese punto dejé de hablar y decidí no decir nada más al respecto.

A partir de ahí, el conde llevó la voz cantante de nuestro diálogo. Hablamos de distintos temas: de libros, de política, de hombres y, luego, de mujeres.

—¡Que Dios las bendiga a todas! —exclamé, después de mucho dialogar sobre ellas—. No existe un hombre sobre la faz de la tierra que las ame tanto como yo: después de todas las flaquezas que he presenciado y de todas las sátiras que he leído compuestas contra ellas, sigo amándolas. Es más, estoy firmemente convencido de que un hombre que no sienta cierto afecto por la totalidad del otro sexo es incapaz de amar a una sola de sus componentes como es debido.

—Hèh bien! Monsieur l’anglais —dijo el conde con desparpajo—, no ha venido usted a espiar lo descubierto del país, le creo; ni encore, me atrevería a decir, eso que ha dicho de nuestras mujeres. Aunque permítame una conjetura: si, par hasard, ellas se cruzan en su camino, espero que esa perspectiva no le disguste…

Hay algo en mi interior que no puede soportar la más mínima insinuación deshonrosa. Entre dientes me he esforzado a menudo por superarlo y, con un dolor infinito, he intentado decir mil cosas a una docena de personas del otro sexo, de las cuales no habría osado aventurar una sola para ganarme el cielo.

—Disculpe, monsieur le count —dije—, en cuanto a lo descubierto de su país, de haberlo visto, lo habría contemplado con los ojos anegados en lágrimas; en cuanto a sus mujeres —y esto lo dije ruborizado por la idea que ese hombre me había hecho evocar—, soy tan evangélico a este respecto y siento tanta compasión por todo lo que en ellas es débil, que lo cubriría con una prenda, si supiera como echársela encima. No obstante —proseguí—, sí podría desear espiar lo descubierto de sus corazones y, tras levantar los diversos velos de las costumbres, los climas y la religión, descubrir su contenido más preciado para que me sirva de guía. Por ello he venido.

»Y esta es la razón, monsieur le count —continué—, por la que no he visitado el Palais Royal, ni el Luxembourg, ni la fachada del Louvre, ni he intentado aumentar los catálogos que poseemos de cuadros, esculturas e iglesias. Considero a cada ser del bello sexo como un templo y preferiría entrar en él y contemplar los dibujos originales y bocetos perdidos colgados en sus muros, antes que ver la mismísima Transfiguración de Rafael.

»La avidez de ello —proseguí—, con la misma impaciencia que enciende el pecho del entendido en arte, me ha llevado desde mi propio hogar hasta Francia, y de Francia me conducirá hasta Italia. Es este un viaje considerable del corazón en pos de la naturaleza y de esos afectos que afloran de ella, que nos impulsan a amar al prójimo y al mundo más que a nosotros mismos.

El conde me respondió con un gran número de amables comentarios sobre el tema y añadió, con gran educación, lo mucho que le debía a Shakespeare, pues él me había presentado.

—Pero à propos —dijo—, aunque Shakespeare sea un dechado de virtudes, olvidó el pequeño detalle de anunciar su nombre, y eso lo obliga a usted a hacerlo.

EL PASAPORTE

Versalles

Para mí no hay cuestión más desconcertante en la vida que prepararme para contarle a alguien quién soy, puesto que son poquísimas las personas a las que no pueda presentar, salvo a mí mismo. A menudo he deseado poder describirme con una sola palabra y poner punto y final. Aquella fue la única ocasión en mi vida en la que pude hacerlo así. Pues teniendo a Shakespeare sobre la mesa y al recordar que yo estaba en sus libros, tomé Hamlet y volví las páginas para ir directamente a la escena del enterrador del quinto acto. Señalé con el dedo a Yorick y le pasé el volumen al conde sin quitar el dedo del nombre.

—Me voici! —exclamé.

Ahora bien, que la imagen del cráneo del pobre Yorick quedara sustituida en la mente del conde por la realidad de mi propio cráneo, o por el mágico motivo por el que el noble pudo obviar un periodo de siete u ocho siglos no cambia en absoluto este relato. Mas debe reconocerse que los franceses conciben mejor que aprecian; no me sorprende nada en este mundo, y menos esto, ya que uno de los prohombres de nuestra propia Iglesia —por cuyo candor y sentimientos paternalistas profeso la más absoluta veneración— cayó en el mismo error en este mismo caso. Afirmó que no podía soportar ni mirar los sermones escritos por el bufón del rey de Dinamarca.

—Bueno, monseñor —respondí—, pero hay dos Yoricks. El Yorick al que se refiere Su Ilustrísima lleva ochocientos años muerto y enterrado y floreció en la corte de Horwendillus. El otro Yorick soy yo, y, monseñor, no he florecido en corte alguna.

Sacudió la cabeza.

—¡Por el amor de Dios! —exclamé—, ¡bien podría haber confundido a Alejandro Magno con Alejandro el Calderero, monseñor!

—Lo mismo da —respondió.

—Si Alejandro, rey de Macedonia, pudiera haber trasladado a Su Ilustrísima de santa sede, estoy seguro de que no habría dicho eso.

El pobre conde cayó en el mismo error.

—Et, monsieur, est-il Yorick? —preguntó, asombrado.

—Je le suis —contesté.

—Vous?

—Moi… moi qui ai l’honneur de vous parler, monsieur le comte.

—Mon Dieu! —exclamó, abrazándome—. Vous êtes Yorick!

El conde se metió de inmediato el ejemplar de Shakespeare en el bolsillo y me dejó solo en la sala.

EL PASAPORTE

Versalles

No atinaba a entender por qué el conde de B. había abandonado de forma tan repentina la estancia, al igual que no concebía por qué se había metido el libro de Shakespeare en el bolsillo.

Los misterios que deben explicarse por sí solos no merecen el tiempo invertido en conjeturar sobre ellos: era mejor leer a Shakespeare. Así que, tras tomar Mucho ruido y pocas nueces, me trasladé de inmediato desde el sillón en que me hallaba hasta Messina, en Sicilia, y me entretuve tanto con don Pedro, Benedicto y Beatriz, que no pensé ni en Versalles, ni en el conde ni en el pasaporte.

¡Encantadora maleabilidad del espíritu humano, que puede entregarse en un instante a las ilusiones que engañan a las expectativas y la aflicción de los momentos de turbación! Hace mucho, mucho tiempo, desde que vos empezasteis a contar mis días, que hubiera dejado de recorrer un tramo tan largo de no pisar el suelo de esa tierra encantada. Cuando el camino es demasiado tortuoso para mis pasos o demasiado empinado para mis fuerzas, me desvío de él en pos de alguna senda de suave terciopelo que la imaginación ha salpicado de rosales de delicias. Tras haber tomado allí un par de curvas, regreso fortalecido y refrescado. Cuando los males me acucian hasta dañarme y no hay forma de apartarse de ellos en este mundo, tomo una nueva ruta; me marcho y, como tengo una idea más clara de los campos Elíseos que del cielo, me obligo, como Eneas, a adentrarme en ellos. Lo veo encontrarse con la pensativa sombra de su abandonada Dido, deseando reconocerla; veo al espíritu herido cardando sus cabellos y alejándose en silencio del autor de sus desgracias y deshonras. Pierdo de vista mis sentimientos al contemplar los de ella y esos afectos que afloraron en mí al penar por sus males cuando todavía estaba en la escuela.

Sin duda, esto no supone caminar tras una sombra vana, ni tampoco que un hombre se disguste en vano por ello: lo hace más a menudo al confiar únicamente a la razón aquello que provoca sus conmociones. En mi caso, puedo afirmar de forma categórica que jamás he sido capaz de controlar una sola sensación negativa en mi corazón con tanta determinación como haciéndolo latir lo más rápido posible por otra sensación amable y gentil para batir a lo aciago en su propio terreno.

En el instante en que llegaba al final del tercer acto, el conde de B. entró con mi pasaporte en la mano.

—Monsieur le duc de C. —dijo el conde—, me atrevería a decir, es tan buen profeta como estadista. «Un homme qui rit», dijo el duque, «ne sera jamais dangereux». De haber sido para alguien que no fuera el bufón del rey —añadió el conde—, no podría haberlo conseguido en dos horas.

—Pardonnez moi, monsieur le count —le interrumpí—, no soy el bufón del rey.

—Pero ¿es usted Yorick?

—Sí.

—Mais vous plaisantez?

Respondí que sí, que hacía bromas, pero que nadie me pagaba por ello; que lo hacía totalmente gratis.

—Nosotros no tenemos bufón en la corte, monsieur le count —añadí—, el último que tuvimos perteneció al licencioso reinado de Carlos II. Desde aquella época, nuestras costumbres han ido refinándose de tal modo que, en la actualidad, nuestra corte está llena de patriotas que no desean otra cosa que honores y riquezas para su país. Y nuestras damas son tan castas, tan inmaculadas, tan bondadosas y tan devotas que no hay episodio que protagonicen que pueda convertirse en objeto de las burlas de un bufón.

—Voilà un persiflage! —exclamó el conde.

EL PASAPORTE

Versalles

El pasaporte estaba dirigido a todos los tenientes gobernadores, gobernadores y comandantes de plaza, generales de ejército, jueces y funcionarios de justicia de cualquier rango, a los que instaba a permitir al señor Yorick, el bufón del rey, y a su equipaje, viajar con toda libertad. Por ello debo reconocer que el triunfo de haber conseguido el documento estaba algo empañado por el personaje en que me convertía. Pero no hay nada que no sea a un tiempo amargo y dulce en este mundo. Algunos de nuestros más importantes teólogos han llegado al extremo de afirmar que el mismísimo placer es recibido con un suspiro y que el más grande conocido por ellos concluye, por lo general, en poco menos que una convulsión.

Recuerdo al serio y docto Bevoriskius, en su comentario sobre las generaciones desde Adán, quien, con toda naturalidad, rompe su discurso en medio de una anotación para describir a sus lectores a una pareja de gorriones posados en el alféizar de su ventana. Las aves habían estado molestándole todo el tiempo mientras escribía y, al final, habían acabado despistándolo por completo de su genealogía.

«¡Qué extraño! —escribe Bevoriskius—, pero los hechos son ciertos, pues he sentido tal curiosidad que los he anotado, uno a uno, con mi pluma. La realidad es que el gorrión macho, durante el breve tiempo en el que podría haber acabado la otra mitad de esta anotación, me ha interrumpido con la reiteración de sus caricias: veintitrés veces y media.

»¡Cuán misericordioso —añade Bevoriskius— es el cielo con sus criaturas!»

¡Desafortunado destino, Yorick!, que el más serio de tus hermanos sea capaz de escribir para el mundo algo que sonroja tu rostro solo con copiarlo, incluso estando en la soledad de tu estudio.

No obstante, esto no tiene nada que ver con mis viajes. Así que, por dos veces, dos, ruego perdón por ello.

EL CARÁCTER

Versalles

—¿Y qué opina de los franceses? —preguntó el conde de B., después de haberme entregado el pasaporte.

El lector puede suponer que, tras tan atenta prueba de cortesía, yo no podía sino responder algo hermoso a la pregunta.

—Mais passe, pour cela. Hable con franqueza —dijo—: ¿Ha encontrado en los franceses esa urbanidad que todo el mundo nos hace el honor de atribuirnos?

—He encontrado todo lo necesario —respondí— para confirmarlo.

—Vraiment —comentó el conde—, les Français sont polis.

—Hasta el exceso —respondí.

El conde se sorprendió ante la palabra «exceso» pues creyó que había querido decir algo más que lo evidente. Me defendí durante largo rato todo lo bien que pude para desmentirlo. Pero él insistió en que yo tenía ciertas reservas y que debía expresar mi opinión con franqueza.

—Creo, monsieur le count —dije—, que el hombre tiene un registro determinado, al igual que un instrumento, y que las ocasiones sociales y de otras clases tocan, cada una, teclas distintas en él. Así pues, si uno empieza tocando una nota demasiado aguda o grave, debe existir la necesidad o bien de recurrir a octavas más elevadas o bien a las más bajas para completar el sistema de armonía.

El conde de B. no era un entendido en música y me pidió que se lo explicara de alguna otra forma.

—Una sociedad refinada, querido conde —dije—, convierte a todo el mundo en su deudor. Por otra parte, la urbanidad en sí misma, como el bello sexo, posee tantos encantos que sería faltar a los sentimientos afirmar que puede hacer algún mal. Con todo, creo que existe cierto límite de perfección que un hombre, en general, está investido de poder para alcanzar. Si lo sobrepasa, se puede decir que más que adquirir cualidades, las combina. No debo tomarme la libertad de decir lo mucho que afecta a los franceses el tema que tratamos, pero podría darse el caso de que los ingleses, en el transcurso de nuestro refinamiento, alcanzáramos la misma elegancia que distingue a los franceses sin perder la politesse du coeur, que hace que los hombres tengan mayor tendencia a realizar acciones humanitarias que no simplemente corteses, aunque al menos sí perderíamos esa peculiar variedad y originalidad de carácter que nos distingue, no solo entre nosotros, sino del resto del mundo.

Tenía unos pocos chelines con la efigie del rey Guillermo, lisos como el cristal, en el bolsillo; y con la previsión de que me servirían para ilustrar mi hipótesis, los había agarrado con una mano llegado ya a ese punto del discurso:

—Vea, monsieur le count —dije levantando las monedas y poniéndolas ante sus ojos encima de la mesa—, por efecto de la fricción entre las monedas durante setenta años pasando de un bolsillo a otro, estas piezas se han tornado tan parecidas que apenas se distinguen entre sí.

»Los ingleses, como las monedas viejas, se mantienen más separados y, al haber pasado por pocas manos, conservan los filos originales que la fina mano de la naturaleza les ha otorgado. No son tan agradables al tacto, pero, en cambio, la leyenda es tan fácil de apreciar, que a primera vista se descubre cuáles son la efigie y el lema acuñados. Pero los franceses, monsieur le count —añadí, con el deseo de suavizar mis palabras—, poseen tal cantidad de excelencias, que bien pueden ahorrarse este precepto. El cielo es testigo de que son un pueblo leal, gallardo, generoso, ingenioso y de buen corazón; si es que tienen algún fallo es su severidad excesiva.

—Mon Dieu! —exclamó el conde levantándose de su asiento—. Mais vous plaisantez —añadió, rectificando su exclamación.

Me llevé una mano al pecho y le aseguré con seriedad que aquella era mi opinión más sincera.

El conde dijo que le mortificaba no poder quedarse a escuchar mis argumentos, pues tenía el compromiso de partir, en ese mismo instante, a comer con el duc de C.

—Aunque si no le resulta un viaje demasiado largo el ir hasta Versalles para almorzar conmigo, le ruego, antes de que se marche de Francia, que me conceda el placer de saber que se ha retractado de su opinión, o, de no ser así, de qué modo la reafirma. No obstante, si la reafirma, monsieur l’anglais —añadió—, debe hacerlo con todas sus fuerzas, porque tendrá al mundo entero contra usted.

Prometí al conde que sería un honor para mí comer con él antes de partir hacia Italia. Y así me marché.

LA TENTACIÓN

París

Cuando por fin llegué al hotel, el portero me informó de que una joven con un estuche alargado se había presentado hacía un momento preguntando por mí.

—No sé —dijo el portero—, si ya se ha marchado o no.

Me entregó la llave de mi habitación y subí la escalera. Cuando ya había subido diez escalones y antes de llegar al rellano que quedaba frente a mi puerta, me crucé con la joven, que bajaba lentamente.

Se trataba de la hermosa fille de chambre con la que había paseado por el quai de Conti. Madame de R. la había enviado allí con una entrega para un marchand de modes a un par de pasos del Hôtel de Modéne, y como yo no había ido a visitarla, le había ordenado que averiguara si me había marchado de París. De ser así, debía preguntar si había dejado alguna carta dirigida a ella.

Como la hermosa fille de chambre se encontraba tan cerca de la puerta de mi cuarto, dio media vuelta y entró conmigo en la habitación un momento mientras yo escribía una nota.

Era una noche apacible y agradable de finales del mes de mayo, las cortinas color carmesí de la ventana (que eran de la misma tonalidad que la ropa de cama) estaban echadas. El sol estaba poniéndose y proyectaba, a través del cortinaje, un tono tan cálido en el rostro de la hermosa fille de chambre, que creí que se había ruborizado; la simple idea hizo que yo mismo me sonrojara. Estábamos completamente solos y eso hizo aflorar un segundo rubor antes de que el primero se hubiera disipado.

Existe cierto tipo de placentero sonrojo, inducido en parte por la culpa, del que la sangre es más culpable que el hombre: el rojo humor es enviado con ímpetu desde el corazón y la virtud sale volando tras él, no para hacerlo volver al redil, sino para que su sensación resulte más deliciosa a los nervios. Todos son cómplices.

Pero no lo describiré. Al principio sentí algo que no se correspondía estrictamente con la lección de virtud que le había dado a la joven la noche anterior. Busqué durante cinco minutos una tarjeta para escribir la nota, a sabiendas de que no tenía; tomé una pluma, volví a soltarla; me temblaba el pulso; el demonio me había poseído.

Sé, tan bien como cualquiera, que el demonio es un enemigo, que, si le oponemos resistencia, acabará abandonándonos; pero pocas veces me resisto a él por el pánico a que, aunque pueda llegar a triunfar, pueda salir herido del combate. Así pues, entrego la victoria por seguridad y, en lugar de pensar en hacer que huya, por lo general, soy yo quien huye.

La hermosa fille de chambre se acercó al escritorio en el que yo estaba buscando una tarjeta, tomó primero la pluma que yo había dejado y luego se ofreció a sostenerme el tintero. Fue un ofrecimiento tan dulce, que iba a aceptarlo, pero no osé hacerlo.

—No tengo nada, querida mía —dije—, sobre lo que escribir.

—Escriba —respondió ella sencillamente— sobre cualquier cosa.

Estuve a punto de exclamar: «¡Entonces escribiré, hermosa joven, sobre tus labios!».

«Si lo hago —pensé—, pereceré»; la tomé de una mano, la conduje hasta la puerta y le supliqué que no olvidara la lección que le había dado. Ella me aseguró que no la olvidaría y, tras pronunciar estas palabras con profundo convencimiento, se volvió, me entregó ambas manos e hizo que las cubriera con las mías; era imposible no apretarlas en esa situación. Deseaba dejarlas ir y, durante el rato que las tuve apresadas, no dejé de luchar contra mi voluntad de hacerlo y seguía asiéndolas. Pasados dos minutos, me di cuenta de que debía volver a empezar a librar la batalla y sentí que me temblaban las piernas y los brazos al pensarlo.

Los pies de la cama se encontraban a un metro y medio del lugar en que estábamos parados. Seguía asiéndola de las manos y no puedo explicar cómo sucedió; ni se lo pedí, ni la arrastré, ni tan siquiera pensé en el lecho, pero ocurrió, y ambos acabamos sentados sobre él.

—Le enseñaré —dijo la bella fille de chambre— el pequeño estuchito que he estado cosiendo hoy para guardar la moneda que me dio.

Y metió una mano en el bolsillo derecho, que era el lado del que yo estaba, y lo tentó durante unos minutos, luego metió la mano en el izquierdo. «Lo ha perdido». Jamás he esperado algo en un silencio más profundo; al final lo encontró en el bolsillo derecho; lo sacó. Era de tafetán verde, con un forro de satén blanco y acolchado, y del tamaño justo para contener la moneda. Me lo colocó en la mano; era una pieza hermosa y la sostuve durante diez minutos en la palma de la mano apoyada en su regazo, mirando ora el monedero, ora a un lado del mismo.

Se habían soltado un par de puntadas de mi pañuelo, y la hermosa fille de chambre, sin decir palabra, sacó su pequeño costurero, enhebró una diminuta aguja y los cosió. Intuí que ese gesto pondría en peligro lo glorioso del día y, mientras ella pasaba la mano una y otra vez en silencio por mi cuello para coser, sentía cómo se tambaleaban los laureles con los que la imaginación me había coronado.

Se le había desatado un lazo del zapato al caminar y la hebilla estaba a punto de desprenderse.

—Mire —dijo la fille de chambre levantando el pie.

Por mi alma juro que no pude más que atarle el lazo y asegurar la hebilla, y al levantarle el otro pie —una vez hube terminado y para ver si ambos zapatos estaban bien atados—, como lo hice de forma tan repentina, la hermosa fille de chambre perdió el equilibrio inevitablemente. Y entonces…

LA CONQUISTA

Sí, y entonces… Vosotros cuyas cabezas de fría arcilla y corazones tibios pueden apaciguar o enmascarar vuestras pasiones, decidme, ¿qué pecado es que un hombre las sienta? O ¿cómo puede su espíritu responder ante el padre de todos los espíritus por su conducta cuando ellas lo domeñan?

Si la naturaleza ha tejido su red de amabilidad de forma que algunos hilos de amor se intercalen en el tapiz, ¿debe desgarrarse toda la red para desprenderlos? «Fustigad por mí a esos estoicos, gran gobernador de la naturaleza! —me dije—, dondequiera que vuestra providencia me sitúe para las pruebas de mi virtud; sea cual fuere el peligro que haya de correr o cualquiera que sea mi situación, permitid que sienta los movimientos que de ella se derivan y que me pertenecen como hombre, y, si los gobierno como hombre bueno, confiaré la situación a vuestro juicio; pues sois vos quien nos ha creado y no nosotros mismos».

En cuanto terminé mi súplica, ayudé a levantarse a la bella fille de chambre tomándola de la mano y la acompañé a la salida. Ella se quedó a mi lado hasta que cerré la puerta y me guardé la llave en el bolsillo. Después, cuando creí haber logrado una victoria bastante decisiva y no antes, presioné mis labios contra su mejilla y, tomándola de nuevo de la mano, la conduje sana y salva hasta la cancela del hotel.

EL MISTERIO

París

Si un hombre conoce el corazón, sabrá que era imposible que yo regresara al instante a mi estancia; habría sido como tocar una fría tercera bemol para concluir una obra musical que hasta el momento hubiese logrado estremecer mis afectos. Por ello, al soltar la mano de la fille de chambre, me quedé en la cancela del hotel durante un rato, observando a todos los paseantes y haciendo conjeturas sobre ellos. Hasta que volqué mi atención en un único sujeto que confundió cualquier razonamiento sobre su persona.

Era un individuo alto y esbelto, de aire filosófico, serio y adusto, que paseaba calle arriba y calle abajo, dando unos sesenta pasos a cada lado de la cancela del hotel. El hombre tenía unos cincuenta y dos años y llevaba un pequeño bastón bajo el brazo, vestía un abrigo de color apagado, chaleco y calzones, prendas que habían vivido algunos años de servicio. Todavía estaban limpios y el hombre que los llevaba poseía cierto aire de frugal propreté. Por su gesto de quitarse el sombrero y su actitud al acercarse a diversas personas que se le cruzaron, me di cuenta de que estaba pidiendo limosna. Saqué un par de sous del bolsillo y me dispuse a dárselos cuando se cruzara conmigo. Sin embargo, pasó junto a mí sin pedirme nada, aunque no había dado ni cinco pasos cuando pidió limosna a una mujer menuda. Era mucho más probable que, de los dos, fuera yo quien se la hubiera dado. Apenas hubo terminado de pedir a la mujer cuando se quitó el sombrero para mendigar a otra persona que iba en la misma dirección. Un anciano caballero se acercó caminando lentamente y, tras él, un joven de aire avispado. El mendigo los dejó pasar sin decirles nada. Me quedé allí observándolo durante media hora, tiempo en el que él realizó una docena de veces el mismo recorrido de arriba abajo. Descubrí que siempre aplicaba un método de actuación similar.

Había dos elementos muy singulares en este hecho que activaron la maquinaria de mi cerebro sin yo poder evitarlo. La primera: ¿por qué el hombre solo contaba su historia al bello sexo?; y, segunda: ¿qué clase de historia era y con qué elocuencia se contaba que ablandaba el corazón de las mujeres y cuyo narrador sabía que no tenía el mismo efecto en los hombres?

Existían otras dos circunstancias que enmarañaban este misterio. La primera era que contaba su historia a cada mujer al oído y de un modo mucho más semejante a la transmisión de un secreto que de un ruego. La otra era que siempre lograba su propósito. No había parado a ni una sola mujer que no hubiera sacado su monedero y de inmediato le hubiera dado algo.

No se me ocurría nada que explicara este fenómeno.

Había dado con un misterio que me entretendría durante toda la tarde. Y así subí la escalera que conducía a mi cuarto.

CUESTIÓN DE CONCIENCIA

París

De inmediato siguió mis pasos el dueño del hotel, quien entró en mi habitación para avisarme de que debía buscar alojamiento en cualquier otro lugar.

—¿Y a qué se debe, amigo mío? —pregunté.

Me respondió que, esa noche, yo había estado en compañía de una joven dama durante dos horas y con la puerta de mi dormitorio cerrada con llave, y que eso contravenía las normas de su casa.

—Muy bien —dije—, nos despediremos como amigos, pues; ya que la joven no está peor ahora que antes, ni yo estoy peor, y usted se quedará tal como estaba cuando lo encontré.

Bastante había sido ya, dijo, el haber mancillado la reputación de su hotel.

—Voyez vous, monsieur —indicó señalando a los pies de la cama en la que habíamos estado sentados la joven y yo.

Supuse que allí tenía que haber algo parecido a una prueba; pero, como mi orgullo no me permitía el sufrimiento de entrar en detalles sobre el caso, le rogué que permitiera descansar a su alma en paz, que yo haría lo mismo con la mía esa noche y que saldaría mis deudas con él durante el desayuno.

—No me habría importado, monsieur —dijo—, si hubiera estado usted con veinte jóvenes en su cuarto.

—Son algunas más —respondí interrumpiéndole— de las que jamás he considerado.

Añadió que siempre y cuando hubiera sido por la mañana.

—¿Acaso la diferencia horaria en París marca la diferencia en el pecado?

—Marca la diferencia —contestó— en el escándalo.

Siempre he sabido apreciar las distinciones bien hechas; no puedo decir que me sintiera furioso con aquel hombre.

—Reconozco que es necesario —concluyó el dueño del hotel— que un extranjero de visita en París pueda aprovechar las oportunidades que se le presentan de comprar medias de raso, seda y volantes, et tout cela; y no pasa nada si una mujer llega con un estuche.

—Oh, ¡conciencia mía! —exclamé—, esa joven llevaba uno, pero no llegué a ver su contenido.

—Entonces —preguntó—, ¿monsieur no ha comprado nada?

—Nada de nada —respondí.

—Porque —dijo—, podría recomendarle a una que le serviría en conscience.

—Pero debo verla esta noche —aclaré.

Me hizo una profunda reverencia y partió escalera abajo.

—Creo que triunfaré con este maître d’hôtel —exclamé—, ¿y después qué? Después le demostraré que es un sujeto despreciable. ¿Y después qué? ¿Y después qué?

Era demasiado consciente de lo que pensaba para argumentar que era por el bien de los demás. Ya no me quedaban respuestas válidas; mi plan tenía más de visceral que de ético y me asqueaba incluso antes de su ejecución.

Pasados escasos minutos, entró la costurera con su caja de puntillas. «Pero no compraré nada», pensé.

La costurera me lo enseñó todo. Yo era un hombre difícil de contentar; ella no se daba cuenta; desplegó su pequeño muestrario y me mostró sus encajes, uno a uno; los desdobló y volvió a doblar, uno a uno, con la más tierna paciencia. Podía comprarle algo o no, me lo dejaría todo al precio que yo le pidiera: la desdichada criatura parecía ansiosa por ganar una moneda y se dejó la piel para ganarse mis afectos, y no precisamente con arterías, sino de una manera que se me antojó sencilla y delicada.

Si no existe un fondo de credibilidad honesta en el hombre, tanto peor para él; mi corazón empezó a transigir y desestimé mi segunda decisión con la misma tranquilidad que la primera. «¿Por qué debería castigar a una por el delito del otro? Si vos queréis rendir cuentas ante ese tirano que es el hostelero —pensé mirando a la costurera—, tanto más arduo será para vos ganaros el pan».

Pese a no haber tenido más de cuatro luises de oro en mi monedero, no era de recibo que me levantara y le enseñara la puerta sin haberle pagado antes tres monedas por un par de volantes de encaje.

«El dueño del hotel se repartirá los beneficios con ella; tanto me da: esto quiere decir que al final habré pagado lo mismo que haya pagado cualquier pobre diablo antes que yo por una acción que no ha podido llevar a cabo y que ni tan siquiera ha pensado».

EL ACERTIJO

París

Cuando La Fleur subió para servirme durante la cena, me contó lo disgustado que estaba el dueño del hotel por la refriega que había tenido conmigo al ordenarme que cambiara de alojamiento.

Un hombre que sabe valorar un buen descanso nocturno no se irá a dormir, siempre que pueda evitarlo, sintiendo alguna animadversión. Así que ordené a La Fleur que dijera al hotelero que sentía el mal trago que le había hecho pasar.

—Y puedes decirle, si no te importa, La Fleur —añadí— que, si la joven vuelve a buscarme, no pienso recibirla.

Este era un sacrificio que hacía no por él, sino por mí, pues había tomado la decisión, después de haber escapado por tan poco, de no correr más riesgos y de abandonar París, si era posible, con la misma castidad con la que había llegado.

—C'est déroger à noblesse, monsieur —dijo La Fleur haciendo una profunda reverencia hasta el suelo—. Et encore, monsieur —añadió—, puede que el señor cambie de opinión (par hasard) y le venga en gana divertirse…

—No me parece motivo de diversión —le interrumpí.

—Mon Dieu! —exclamó La Fleur y se marchó.

Pasada una hora, subió para acostarme y se comportó con más servilismo de lo acostumbrado: había una pregunta que quería hacerme que no osaba formular. No podía ni imaginar de qué se trataba, aunque en realidad no me molesté mucho en averiguarlo, puesto que tenía en mente un misterio mucho más interesante que resolver: el del hombre que pedía limosna frente a la puerta del hotel. Le habría dado cualquier cosa por llegar al fondo de la cuestión y lo habría hecho, no por curiosidad —pues es ese un medio de información, en general, por el que no pagaría la gratificación que supone ni una moneda de dos sous—, no, lo habría hecho para averiguar el secreto que con tanta rapidez y de forma tan certera ablanda el corazón de toda mujer a la que uno se aproxima. Era un secreto equiparable, cuando menos, a la piedra filosofal. De haber sido amo de las dos Indias, habría entregado una de ellas a cambio de despejar esa incógnita.

Me pasé prácticamente la noche entera dando vueltas al asunto sin llegar a una conclusión fructuosa. Al despertar a la mañana siguiente, sentí mi ánimo tan perturbado por mis sueños como el rey de Babilonia se había sentido por el suyo. Afirmo, sin lugar a dudas, que el haber interpretado lo que soñé habría desconcertado tanto a todos los sabios de París como a los de Caldea.

LE DIMANCHE

Paris

Era domingo, y cuando La Fleur entró por la mañana con mi café, mi bollo y la mantequilla, se había vestido con tanta elegancia que apenas lo reconocí.

Habíamos convenido, en Montreuil, que le proporcionaría un sombrero nuevo con broche y presilla de plata, así como cuatro luises de oro pour s'adoniser, cuando llegáramos a París. En honor a la verdad, debo decir que el pobre diablo había hecho maravillas con ese dinero.

Se había comprado una llamativa casaca rojo escarlata, limpia y de excelente factura, y un par de calzones del mismo color y tejido.

—No costaban ni una corona menos —me dijo— por ser usadas.

Me dieron ganas de colgarlo de un árbol por habérmelo dicho. Parecía todo tan nuevo, que, aunque sabía que no habría sido posible, habría preferido imaginar que yo mismo le había comprado todo al muchacho de primera mano, en lugar de saber que las prendas procedían de la rue de friperie.

Un nimio detalle que no ha de afectarle a uno en París.

Además se había comprado un hermoso chaleco azul de satén ornamentado con elegantes bordados. En realidad, esta última prenda estaba algo más deteriorada por el uso que le habían dado, aunque La Fleur la había restaurado a conciencia. Había retocado sus dorados y el chaleco destacaba sobre el conjunto gracias a ello. Y como el azul no era muy chillón combinaba a la perfección con los calzones. El joven había administrado con tanta eficacia el dinero que le había llegado para comprarse un bolso y un solitaire; y había insistido hasta conseguir que el fripier incluyera, por el mismo precio, un par de ligas doradas para las rodilleras de las calzas. Se había comprado puños de muselina, bien brodés, con cuatro libras de su propio bolsillo, y un par de medias blancas de seda por otras cinco. Como guinda del pastel, la naturaleza lo había dotado con una figura esbelta que no le había costado ni un solo sous.

Entró de aquella guisa en la habitación, con el pelo peinado a la última y con un hermoso ramillete prendido en la pechera. En pocas palabras: rezumaba tal aire de festividad, que de inmediato pensé que era domingo. Tras sumar dos más dos, vi con claridad que el favor que había querido pedirme la noche anterior era el de pasar el día en París como todo el mundo.

Apenas si había llegado a esa conclusión, cuando La Fleur, con humildad infinita aunque con confianza en la mirada, como si no pudiera negárselo, me rogó que le diera el día libre pour faire le gallant vis-à-vis de sa maîtresse.

Y eso era precisamente lo que yo había pensado, hacer vis-à-vis con madame de R. A tal fin, había mandado retener el coche y lo cierto es que no habría mortificado mi vanidad el haber llevado detrás un lacayo tan elegantemente ataviado como La Fleur: no se me habría ocurrido peor forma de desperdiciar sus servicios que darle el permiso.

No obstante, en estos apuros debemos sentir, no discutir. En sus contratos, los hijos e hijas del servicio negocian con la libertad y no con su naturaleza. Son de carne y hueso y tienen sus pequeñas vanidades y deseos en la casa de su servidumbre, al igual que tienen sus amos. Sin duda alguna, han puesto un precio a la negación de su voluntad, y sus expectativas resultan tan ilógicas, que a menudo las frustraría, y su condición me otorga el poder para hacerlo.

«He aquí tu siervo» es una cita que siempre me desprovee de mis poderes como amo.

—¡Debes ir pues, La Fleur! —exclamé—. ¿Y qué amada —pregunté— puedes haber encontrado llevando tan poco tiempo en París?

La Fleur se puso una mano en el pecho y dijo que se trataba de una petite demoiselle de la casa de monsieur le count de B. La Fleur había nacido para relacionarse en sociedad y, para no faltar a la verdad, diré que, al igual que su señor, había pocas oportunidades que se le escaparan en ese sentido. Por ello, de un modo u otro (aunque Dios sabe cómo), había entablado relación con la demoiselle en el rellano de la escalera durante el tiempo que yo había estado ocupado con el asunto de mi pasaporte. Y mientras yo había tenido tiempo suficiente para ganarme el favor del conde, La Fleur había hecho lo posible para ganarse el de la doncella. La familia de la muchacha iba a pasar el día en París, y La Fleur se reuniría con un grupito formado por otros dos o tres miembros más del servicio del conde en las avenidas.

¡Dichoso pueblo sois!, que al menos una vez por semana os aseguráis de compartir todas vuestras inquietudes, y bailar y cantar y aligerar el peso del sufrimiento que sobrecarga el espíritu de otras naciones y lo deja por los suelos.

EL FRAGMENTO

París

La Fleur me había dejado algo con que entretenerme durante el día que resultó ser mucho más interesante de lo que yo había negociado o más de lo que podría habérsele ocurrido a mi criado, o habérseme ocurrido a mí incluso.

Había comprado una porción de mantequilla colocada sobre una hoja de grosella negra y, como era una mañana calurosa y tenía que caminar bastante para llevarla, había pedido que le entregaran una hoja de papel sobrante para colocarla entre la hoja de grosella y su mano. El vegetal hacía las veces de plato, y le ordené que sirviera la mantequilla tal como estaba. Como había decidido no salir en todo el día, le encargué que fuera a visitar al traiteur para pedirme la comida y lo despedí para que me dejara desayunar a solas.

Una vez que hube terminado con la mantequilla, tiré la hoja de grosella negra por la ventana y me dispuse a hacer lo propio con el papel sobrante, pero antes me detuve a leer la primera línea escrita en él y luego la segunda y eso me llevó a la tercera; pensé que valía la pena seguir leyendo. Cerré la ventana, acerqué un sillón y me senté a leer la hoja.

Aquella era la época del viejo francés Rabelais y, hasta donde yo sé, el texto bien podría haber sido de su autoría. Además, había sido escrito con letra gótica y la tinta estaba tan desvaída y tan emborronada por las manchas, que me costó un mundo poder entender lo que decía. Tiré el papel y me apresté a escribir una carta a Eugenius. Pero entonces volví a recoger la hoja y retomé su lectura con paciencia renovada. Después, para compensar el esfuerzo, escribí una misiva a Eliza. Pero el papel seguía obsesionándome, y la dificultad que implicaba el entender su contenido no hacía sino aumentar el deseo de leerlo.

Comí y, después de haber iluminado mi mente con una botella de borgoña, volví a leerlo y, tras dos o tres horas volcado en ese texto, con una atención casi tan profunda como la dedicada por Gruter o Jacob Spon a descifrar una inscripción sin sentido, creí que le había encontrado un significado. No obstante, para asegurarme de que así era, pensé que lo mejor era traducirlo al inglés y ver qué tal sonaba. Y así me puse a la tarea con relajación, como lo hace un hombre sin ocupaciones, escribiendo una frase, dando un par de vueltas después, observando cómo marchaba el mundo, mirando por la ventana. Y se me hicieron las nueve de la noche antes de haberlo terminado. Entonces empecé a leerlo tal y como a continuación lo transcribo.

EL FRAGMENTO

París

Mientras la esposa del notario discutía la cuestión con su marido acaloradamente…

—¡Ojalá —exclamó el notario al tiempo que tiraba el pergamino— hubiera otro notario presente para tomar debida nota de todo esto y dar fe de ello!

—¿Y qué piensa hacer usted, monsieur? —preguntó ella levantándose a toda prisa.

La esposa del notario era una mujer de armas tomar, y su marido pensó que era mejor evitar que estallara dándole una respuesta poco contundente.

—Me voy a la cama —respondió.

—Por mí como si te vas al infierno —contestó su esposa.

Ahora bien, como resultaba que en la casa solo había una cama —las otras dos habitaciones carecían de lecho como es costumbre en París— y como el notario no quería por nada del mundo yacer en el mismo catre que una mujer que hacía unos segundos lo había mandado a arder en el infierno, fue a por su sombrero, su bastón y su casaca, pues era una noche muy ventosa, y salió de la casa, terriblemente disgustado, en dirección al Pont Neuf.

De todos los puentes construidos jamás, cualquiera que haya cruzado el Pont Neuf debe reconocer que se trata del más refinado, grandioso, luminoso, largo y ancho que jamás haya unido un fragmento con otro de terreno en todo el globo terráqueo.

[De este comentario se desprende que el autor del fragmento no debe de haber sido francés].

El peor fallo que pueden alegar contra él los divinos y doctores de la Sorbona es que, si existe un espacio ventoso dentro o fuera de París, ese es el puente en cuestión, donde se pronuncian más blasfemias contra lo sagrado que en cualquier otra entrada de toda la ciudad, y esto ocurre por buenas y contundentes razones, messieurs; pues el viento lo enviste a uno sin darle tiempo a gritar «garde d’eau», y golpea en unas ráfagas tan imprevisibles que, de los pocos que logran cruzar el puente con el sombrero puesto, ni uno de cada cincuenta se arriesgaría a apostar dos libras y media a que lo iba a lograr.

El pobre notario, justo en el momento en que estaba pasando junto a la garita del centinela, se agarró el sombrero alzando su bastón de forma instintiva. Pero al levantarlo, la punta de este se enganchó en el ala del sombrero del centinela, y lo lanzó directamente al Sena, por encima de las puntas de la balaustrada.

—Este condenado viento —dijo un barquero que lo atrapó al vuelo—, que no sopla a gusto de nadie.

Como el centinela era gascón no pudo reprimir el gesto de erizarse las puntas del bigote y levantar su arcabuz.

Los arcabuces de aquella época se prendían con mecha. Una anciana cuya linterna de papel se había apagado por el viento al otro extremo del puente había pedido al guardia su mecha para encenderla; esto dio tiempo al gascón para pensar con mayor frialdad y sacar partido del accidente.

—Este condenado viento —dijo, le sacó de un manotazo el gorro de pelo de castor al notario y legitimó su gesto recitando el adagio del barquero.

El pobre notario cruzó el puente y, mientras pasaba por la rue de Dauphine en dirección al suburbio de Saint Germain, iba lamentándose entre dientes con estas palabras:

—¡Qué hombre tan desdichado soy! —exclamó el notario—, todos los días de mi vida soy blanco de los huracanes. He nacido para que la tormenta de insultos caiga sobre mí y mi profesión dondequiera que voy; el trueno de la Iglesia me obligó a contraer matrimonio con una mujer que es una tempestad; me he visto expulsado de mi hogar por los vendavales domésticos y despojado de mi sombrero de pelo de castor por los vientos pontificios. Y aquí estoy, con la cabeza desnuda, en una noche ventosa, ¡a merced de las idas y venidas de los accidentes! ¿Dónde voy a reposar mi testuz? ¡Ay, mísero de mí! ¿Qué viento de los treinta y dos de la rosa puede soplarte con buena intención como hace sobre cualquiera de vuestros semejantes?

Mientras el notario cruzaba un oscuro callejón, lamentándose de ese modo, una voz pidió entre gritos a una joven que corriera a buscar al notario más próximo. Como nuestro notario era, en efecto, el más próximo y se hacía cargo de la situación, se dirigió por el callejón hacia la puerta de esa casa y entró a una especie de antiguo salón. Lo condujeron hasta una amplia estancia, desprovista de todo salvo por una alargada pica militar, un peto, una oxidada y vieja espada y una bandolera colgadas de forma equidistante en cuatro puntos distintos de la pared.

Un anciano personaje que hasta ese momento había sido un caballero y que, a menos que la decadencia de la fortuna suponga también la degradación de la sangre, seguía siendo un caballero en esa época, yacía en la cama aguantándose la cabeza con una mano. Había una pequeña mesilla con una vela encendida junto al lecho y una silla situada junto a la mesa: el notario se sentó en ella. Sacó su tintero de hueso y una hoja o dos de papel que llevaba en el bolsillo y las colocó ante sí. Mojó su pluma en el tintero y se recostó sobre la mesa dispuesto a redactar la última voluntad del caballero.

—Monsieur le notaire —dijo el anciano incorporándose ligeramente—, no tengo nada más que legar que la historia de mi vida, y será lo que pagará el precio de legarla. No podré morir en paz si no la dejo en herencia al mundo. Os lego los beneficios que se deriven de ella por las molestias de haberla redactado por mí. Se trata de una historia tan fuera de lo común que debería ser leída por toda la humanidad; os reportará una verdadera fortuna para vuestra familia.

El notario mojó su pluma en el tintero.

—Todopoderoso Director de todos los acontecimientos de mi vida —dijo el anciano caballero alzando la vista con gravedad y elevando las manos hacia el cielo—. Vos, cuya mano me ha guiado por un laberinto tal de extraños pasajes hasta este escenario de desolación, socorred a la memoria decrépita de un hombre viejo, débil y con el corazón partido. Orquestad los movimientos de mi lengua con el espíritu de la verdad eterna, para que este desconocido no redacte más que lo que está escrito en aquel Libro, por cuyas anotaciones —dijo al tiempo que juntaba las manos— ¡seré condenado o absuelto!

El notario alzó la punta de la pluma entre la vela encendida y sus ojos.

—Se trata de una historia, monsieur le notaire —advirtió el caballero—, que pondrá a flor de piel toda afección de la naturaleza; aniquilará lo humano y empujará a la piedad al corazón de la mismísima crueldad.

El notario ardía en deseos de empezar y mojó por tercera vez la punta de su pluma en el tintero… El anciano caballero, al tiempo que se giraba algo más hacia el notario, empezó a dictar su historia con estas palabras…

—¿Y dónde está lo que falta, La Fleur? —pregunté justo cuando mi criado entraba en la habitación.

EL FRAGMENTO Y EL RAMILLETE

París

Cuando La Fleur se acercó a la mesa y acertó a entender lo que yo quería, me contó que solo quedaban dos hojas más, con las que había enrollado un ramillete de flores para que no se desperdigaran, y que se lo había regalado a la demoiselle en las avenidas.

—Entonces, te lo ruego, La Fleur —supliqué—, vuelve a la mansión del conde de B. e intenta recuperarlas.

—No le quepa la menor duda —respondió mi criado, y salió corriendo.

En un tiempo muy breve, el pobre diablo había regresado casi sin aliento, con una expresión de decepción más profunda de lo que podía provocar la sencilla imposibilidad de completar el fragmento. Juste ciel! Hacía menos de dos minutos que el pobre muchacho se había despedido de su amada y la muy infiel había entregado su gage d'amour a uno de los lacayos del conde; el lacayo se lo había regalado a una joven costurera y la costurera a un violinista, y el resto de mi fragmento estaba al final de esa cadena. Nuestras desgracias iban todas en un mismo paquete. Lancé un suspiro y La Fleur se hizo eco de él con tanta potencia que llegué a oírlo.

—¡Qué pérfida! —se lamentó el joven.

—¡Qué mala suerte! —exclamé yo.

—No me sentiría tan mortificado, monsieur —dijo La Fleur—, si la muchacha lo hubiera perdido.

—Ni yo tampoco, La Fleur —aclaré—, si yo lo hubiera encontrado.

Si lo encontré o no se aclarará a continuación.

EL ACTO CARITATIVO

París

El hombre que o bien desprecia o bien teme cruzar un umbral oscuro puede ser un sujeto excelentemente preparado para un centenar de cosas, pero nunca será un buen viajero sentimental. No doy mucha importancia a las múltiples anécdotas que se viven a plena luz del día en calles anchas y abiertas. La naturaleza es tímida y odia actuar con público. Pero, en los rincones desatendidos, pueden contemplarse tales escenas protagonizadas por ella que equivalen a una docena de representaciones del teatro francés compendiadas en un solo volumen y que, no obstante, resultan del todo apropiadas. Siempre que tengo entre manos un asunto más brillante de lo común —ya que esas escenas servirían igual de bien a un sacerdote como a un pastor—, por lo general recurro a ellas para ilustrar mi discurso. Además, el texto de «Capadocia, Ponto» y el de «Asia, Frigia y Panfilia» son tan buenos como el de la Biblia.

Hay un callejón largo y oscuro que sale de la Opéra Comique y conduce a una callejuela estrecha. Pasan por allí las personas que, con humildad, esperan un coche de punto o quieren salir sin ser vistas a pie cuando ha terminado la ópera. Al cabo de esa calle, en dirección al teatro, hay una pequeña antorcha cuya luz prácticamente se difumina antes de haber realizado la mitad del recorrido, aunque al llegar a la puerta, la luz sirve más bien de decoración que de otra cosa: es comparable a una estrella fija en el cielo de la menor de las magnitudes. Es una llama que arde, aunque poco bien hace al mundo, que nosotros sepamos.

Regresando por ese callejón distinguí, mientras me encontraba todavía a cinco o seis pasos de la puerta, a dos damas agarradas del brazo y apoyadas contra la pared, esperando, o eso imaginé, la llegada de un coche de punto. Como estaban junto a la puerta, supuse que tenían derecho a ser las primeras y me coloqué a aproximadamente un metro de ellas a esperar tranquilamente mi turno. Iba vestido de negro, así que apenas se me veía.

La mujer que tenía más cerca era una dama de figura esbelta y delgada, de unos treinta y seis años; la otra, de la misma constitución y hechura, rondaba los cuarenta. No había marca alguna que las señalara como viudas o esposas a ninguna de las dos; parecían dos rectas hermanas vestales, desconocedoras de las caricias, ignorantes de los saludos cariñosos. Habría deseado hacerlas felices, pero aquella noche estaban destinadas a recibir la facilidad por otro canal.

Una voz grave, con un tono bastante agradable y una suave cadencia que la remataba, les rogó una moneda de doce sous entre las dos, por el amor de Dios. Me pareció curioso que un mendigo estableciera una tarifa para la limosna y que la suma fuera doce veces superior de lo que suele darse en la oscuridad. Ambas mujeres quedaron tan anonadadas como yo.

—¡Doce sous! —exclamó una.

—¡Una moneda de doce sous! —exclamó la otra, pero no dio una respuesta.

El pobre hombre contestó que no se le habría ocurrido pedir menos a unas damas de su alcurnia e hizo una profunda reverencia llevando la cabeza hasta el suelo.

—¡Bah! —exclamaron ellas—, no tenemos dinero.

El mendigo permaneció en silencio un par de minutos y retomó su súplica.

—Mis bondadosas y jóvenes damas —dijo—, no dejéis de escucharme con esos bellos oídos.

—Le doy mi palabra, buen hombre —aseguró la más joven—, no llevamos calderilla.

—Entonces, ¡que Dios os bendiga —dijo el pobre mendigo—, y multiplique las alegrías que podáis dar a otros sin tener dinero!

Me di cuenta de que la hermana mayor se metió una mano en el bolsillo.

—Voy a ver —dijo— si tengo un sou.

—¡Un sou!, ¡dadme doce! —exclamó el suplicante—. La naturaleza ha sido generosa con usted, sea generosa con un pobre hombre.

—Lo sería de todo corazón —dijo la más joven— si tuviera el dinero.

—¡Mi bella caritativa! —exclamó el mendigo dirigiéndose a la mayor —. ¿Qué es sino vuestra bondad y humanidad lo que hace que vuestros ojos brillen con tanta ternura que incluso traen el amanecer a este callejón oscuro? ¿Y qué fue lo que hizo que el marquis de Santerre y su hermano hablaran tanto de ustedes justo en el momento en que pasaban por aquí?

Ambas damas quedaron profundamente conmovidas y, con un gesto impulsivo, se metieron a la vez las manos en los bolsillos y cada una sacó la correspondiente moneda de doce sous.

La contienda entre el pedigüeño y las damas llegó a su fin. En ese momento se inició una nueva refriega, pero esta vez entre las dos hermanas, por quién debía ser la que entregara la moneda de doce sous por caridad. Y, para poner punto y final a la disputa, ambas entregaron el dinero a un tiempo y el hombre desapareció.

LA EXPLICACIÓN DEL MISTERIO

París

Salí a la zaga del mendigo a toda prisa: era el mismo hombre cuyo éxito al pedir limosna a las mujeres delante de la puerta del hotel me había desconcertado tanto. Descubrí su secreto de inmediato o, al menos, en qué se basaba: en la adulación.

¡Qué deliciosa esencia! ¡Qué renovadora sois para la naturaleza! ¡Con qué firmeza se ponen todos sus poderes y debilidades de vuestra parte! ¡Con qué dulzura os mezcláis con la sangre y la ayudáis a llegar al corazón en los episodios más difíciles y tortuosos!

El pobre hombre, al no contar con el tiempo suficiente, había hecho uso en esta ocasión de una dosis más concentrada: cierto es que se había visto en el caso de expresarla en menor medida, en los numerosos encuentros repentinos con los que había tenido que lidiar en la calle. Sin embargo, no atormentaré mi espíritu preguntándome cómo logró corregir, endulzar, concentrar y adecuar su adulación; baste con decir que el mendigo consiguió dos monedas de doce sous. Los que mejor pueden contar el resto de la historia son aquellos que ganan mayores cantidades con el mismo método.

PARÍS

Vamos avanzando por el mundo no tanto por prestar servicios sino por recibirlos; uno toma un brote que se marchita, lo planta y al tiempo tiene que regarlo, porque lo ha plantado.

Monsieur le count de B., simplemente por haberme hecho el favor de arreglarme el asunto del pasaporte, me hizo otro durante el par de días que estuvo en París al presentarme a algunas personas de buena clase, y estas a su vez, me presentaron a otras, y estas a otras…

Me había hecho con el secreto justo a tiempo para aprovecharlo en mi beneficio mientras se me concedían tales honores. De no haber contado con él, como suele ocurrir, habría comido o cenado una vez o dos en la mesa de cada una de esas personas, y después, gracias a la traducción de miradas y actitudes francesas al inglés, me habría dado cuenta de que estaba utilizando el couvert de algún otro invitado más entretenido. Y en consecuencia, habría tenido que renunciar a todos los lugares que me correspondieran por el sencillo principio de no poder conservarlos. Pero resultó que las cosas no fueron tan mal.

Tuve el honor de ser presentado al anciano marquis de B.: en otros tiempos se había distinguido por pequeñas hazañas de caballería en la Cour d’amour y, desde entonces, se había vestido inspirándose en las justas y los torneos. El marquis de B. deseaba poder creer que todo aquello estaba en algún otro lugar además de en su cerebro.

Le apetecía realizar un viaje a Inglaterra y preguntó mucho sobre las damas inglesas.

—No os mováis de aquí, es mi consejo, monsieur le marquis —dije—. Tal como están las cosas, les messieurs anglais apenas consiguen que los miren de soslayo.

El marquis me invitó a cenar.

Monsieur P., el intendente general, se mostró igual de curioso sobre nuestros impuestos. Había oído que eran bastante elevados.

—Si al menos supiéramos cómo recaudarlos —respondí al tiempo que le dedicaba una profunda reverencia.

De ninguna otra manera habría conseguido una invitación a los comedores de monsieur P.

Habían dicho a madame de Q. que yo era un esprit. Madame de Q. también era una esprit; ardía de impaciencia por conocerme y escucharme hablar. Todavía no había tomado asiento cuando me di cuenta de que a la dama no le importaba ni un sou si yo era ingenioso o no; me había invitado para convencerme de que ella sí lo era. A Dios pongo por testigo que no pude ni abrir la boca.

Madame de Q. juraba ante cualquier criatura con la que se encontrara que jamás había «mantenido una conversación más edificante con un hombre en toda su vida».

Hay tres edades en el imperio de una mujer francesa. Primero es coqueta, luego deísta y luego devota. Durante estas edades, el imperio jamás se pierde; la mujer se limita a cambiar de súbditos cuando el paso de unos treinta y cinco años, tal vez más, ha dejado despoblados sus dominios de los esclavos del amor. Entonces los repuebla con esclavos de la deslealtad y, a continuación, con esclavos de la Iglesia.

Madame de V. se encontraba al borde del precipicio de la primera de estas edades: el color de la rosa estaba marchitándose rápidamente. Tendría que haberse hecho deísta cinco años antes de que yo tuviera el honor de realizar mi primera visita.

Me acomodó en el mismo sofá en el que ella se encontraba para poder discutir más de cerca la cuestión religiosa. En resumen, madame de V. me confesó que no creía en nada.

Yo le dije que esos podían ser sus principios, pero que estaba seguro de que no le interesaría derribar las defensas sin las cuales no acertaba a concebir cómo podía ser protegida una ciudadela como la suya; que no hay nada más peligroso en el mundo para una belleza que ser deísta; que era una deuda que tenía con mi propio credo el no ocultárselo a ella; que todavía no llevaba ni cinco minutos sentado con ella en el sofá cuando ya había empezado a maquinar mis planes; ¿y qué era sino lo que había logrado frustrarlos en cuanto despertaron más que los sentimientos de la religión que afloraban en su pecho?

—No somos inflexibles —aclaré al tiempo que la tomaba de la mano—, y toda restricción es necesaria, pues la edad, en su propio tiempo, las roba y nos las impone. Pero, mi querida señora —añadí besándole la mano— es aún demasiado pronto para vos.

Juro que me gané la fama en todo París de haber reconvertido a madame de V. Ella aseguró a monsieur D. y al abate M. que en media hora yo había dicho más a favor de la religión revelada de lo que toda su Enciclopedia aseguraba en su contra. Automáticamente pasé a formar parte del coterie de madame de V. Por su parte, ella retrasó dos años más la edad del deísmo.

Recuerdo que fue encontrándome en ese coterie, en medio de un parlamento con el que estaba demostrando la necesidad de una causa primigenia de todas las cosas, cuando el joven conde de Faineant me llevó de la mano hasta el rincón más apartado de la sala para advertirme que llevaba el solitaire demasiado apretado.

—Debería estar plus badinant —sugirió el conde mirándose el suyo—, aunque, monsieur Yorick, a buen entendedor pocas palabras bastan.

—Más si estas provienen de un buen entendedor, monsieur le count —respondí haciéndole una reverencia.

El conde de Faineant me abrazó con mayor efusión de la que jamás me haya dedicado un mortal.

Durante tres semanas coincidí con la opinión de todo hombre al que conocía.

—Pardi! ce monsieur Yorick a autant d’esprit que nous autres.

—Il raisonne bien —dijo otro.

—C’est un bon enfant —dijo un tercero.

Este es el precio que pagué por haber comido y bebido y disfrutado de lo lindo de mi estancia en París; aunque mi opinión fue deshonesta, y acabé avergonzándome de ella. Fue la recompensa de un esclavo. Todo sentimiento relativo a la honradez se reveló contra ella. Cuanto más alto llegaba, más me subyugaba a mi sistema de mendicidad; cuanto más refinado era el coterie y más hijos de la artería lo componían más languidecía pensando en los hijos de la naturaleza. Y una noche, tras la más vil prostitución de mi ser con media docena de personas distintas, me sentí enfermar y me metí en cama. Ordené a La Fleur que me consiguiera unos caballos para partir a la mañana siguiente hacia Italia.

MARIA MOULINS

Jamás había sentido así la angustia durante la plenitud hasta viajar por el Bourbonnois, la región más encantadora de Francia. La recorrí en el apogeo de la vendimia, cuando la naturaleza derrama su abundancia en el regazo de todo el mundo y todos elevan su mirada al cielo. Es este un viaje en el cual cada etapa que lo compone resuena con el ritmo que la música marca al trabajo, y todos sus hijos se sienten llenos de júbilo mientras recogen los racimos. El realizar este recorrido cuando mis afectos vuelan libres y sonríen a cualquier grupo de personas que se cruza en mi camino, y cada uno de ellos es una fuente inagotable de aventuras…

¡Cielo santo! Habría podido escribir veinte volúmenes. Pero, ¡ay!, apenas me quedan unas páginas de este que escribo ahora para relatarlo todo, y la mitad de las mismas debo dedicarlas a la pobre Maria, a quien mi amigo el señor Shandy conoció cerca de Moulins.

La historia que él me había contado sobre aquella doncella no me había dejado indiferente al leerla. Y al llegar a los alrededores de donde ella vivía, recordé el relato con tal nitidez, que no pude resistirme al impulso que me obligó a desviarme media legua del camino para acudir a la aldea en que sus padres habitaban, con objeto de preguntar por ella.

Reconozco que fue como el viaje del caballero de la triste figura en pos de melancólicas aventuras. No obstante, aunque no sé por qué ocurre, jamás me siento tan perfectamente consciente de la existencia de un alma en mi interior como en los momentos en que me encuentro metido en tales entuertos.

La anciana madre salió a la puerta a recibirme. Su mirada me contó lo ocurrido antes de que sus labios se despegaran. Se había quedado viuda: su marido había fallecido de angustia porque Maria había perdido el juicio hacía cosa de un mes. La madre había temido, añadió, que aquello pudiera haber privado a su hija del poco entendimiento que le quedaba. Aunque, nada más lejos de eso, el fallecimiento del padre la había devuelto en cierta forma a su ser. Con todo, la madre no lograba descansar tranquila. Su pobre hija, se lamentó entre sollozos, andaba vagando por algún punto del camino.

¿Por qué me languidece el pulso mientras escribo esto? ¿Y qué impulsó a La Fleur, cuyo corazón parecía únicamente entonado para el júbilo, a pasarse la palma de la mano en dos ocasiones por los ojos mientras la mujer permanecía allí de pie contando su historia? Hice una señal al postillón para que regresara al camino.

Cuando nos habíamos alejado media legua de Moulins, en un pequeño claro junto a la carretera que conducía a un bosquecillo, descubrí a la pobre Maria sentada bajo un álamo. Estaba colocada con un codo apoyado en el regazo y la cabeza ladeada, posada sobre una mano. Un diminuto arroyuelo discurría a los pies del árbol.

Ordené al postillón que continuara el recorrido con el coche hasta Moulins y a La Fleur que me encargara la cena. Le dije que yo seguiría andando.

La joven vestía de blanco, tal como la había descrito mi amigo, salvo que ahora llevaba el pelo suelto y antes lo llevaba recogido con una redecilla de seda. Además, había añadido un elemento a su corpiño: un lazo verde claro que le cruzaba desde el hombro a la cintura y de cuyo extremo colgaba su flauta. El cabritillo que tenía le había sido tan desleal como su amante y la muchacha se había hecho con un perrito in lieu del caprino, que llevaba atado a su fajín. Cuando miré al perro, la joven tiró del animal por la correa.

—No debéis abandonarme, Sylvio —dijo.

Al mirar a Maria a los ojos vi que estaba pensando más en su padre que en su amante o en su cabritillo. Pues, al pronunciar aquellas palabras, empezaron a correrle las lágrimas por las mejillas.

Me senté junto a ella, y Maria me permitió enjugárselas con mi pañuelo. Entonces tuve que enjugar las mías y luego las de ella, y de nuevo las mías para enjugar las suyas después. Mientras lo hacía, me embargaron unas emociones tan indescriptibles que estoy seguro que no pueden haber sido provocadas por combinación alguna de materia y movimiento.

Tengo la certeza de que poseo un alma, y ninguno de todos los libros con los que los materialistas han infestado el mundo podrán convencerme jamás de lo contrario.

MARIA

Cuando Maria logró volver algo en sí, le pregunté si recordaba a un hombre pálido y delgado que se había sentado entre ella y su cabra hacía unos dos años. Respondió que en aquella época se sentía bastante confusa, pero que recordaba dos cosas: que pese a lo enferma que estaba, se apercibió de que la persona se compadecía de ella; y que su cabra había robado el pañuelo a aquel hombre y ella la había reprendido por ese hurto. Aseguró que había lavado la prenda en el arroyo y que, desde entonces, la había guardado en el bolsillo para devolvérsela al dueño en caso de volver a verlo alguna vez, lo que, añadió, el hombre casi le había prometido. Mientras me lo contaba, se sacó el pañuelo del bolsillo para que yo lo viera; lo había envuelto con delicadeza en un par de hojas de vid, atadas con un zarcillo. Cuando lo desplegó, pude ver la inicial S. bordada en una de las esquinas.

Me aseguró que en el ínterin había peregrinado hasta nada más y nada menos que Roma, había rodeado San Pedro una vez y había vuelto. Que ella sola había encontrado el camino al cruzar los Apeninos; que había recorrido toda la Lombardía sin dinero y que había andado por los caminos pedregosos de Saboya sin zapatos. No podía decirme cómo lo había soportado ni cómo lo había arrostrado, pero «Dios amaina el viento —dijo Maria— para la oveja esquilada».

—¡Para la esquilada, vive Dios! Y para la rápida también —dije yo—. Y de haber estado en mi país, donde tengo mi casa, te habría llevado allí y te habría dado cobijo. Habrías comido de mi pan y bebido de mi copa; habría sido atento con tu Sylvio; en todas tus aflicciones y durante todas tus andaduras habría salido a buscarte y te habría traído de vuelta. Cuando el sol se hubiera puesto, habría dicho mis oraciones y, cuando hubiera terminado, podrías haber entonado tu canción nocturna con tu flauta, y el incienso de mi sacrificio no sería peor aceptado por entrar al cielo junto con el de un corazón roto.

La naturaleza se fundió con mi interior mientras pronunciaba esas palabras. Maria me observaba cuando saqué mi pañuelo, que ya estaba demasiado empapado para seguir siendo útil y necesitaba ser lavado en el arroyo.

—¿Y dónde lo secarás, Maria? —pregunté.

—Lo secaré en mi pecho —respondió—, eso me hará bien.

—¿Tu corazón sigue siendo tan cálido, Maria? —pregunté.

Con esa pregunta hice vibrar la cuerda de la que pendían todas sus penas. Me miró a la cara con un desconcierto teñido de nostalgia durante un instante. Luego, sin mediar palabra, tomó su flauta e interpretó su himno a la Virgen. La cuerda que yo había pulsado dejó de vibrar. En cuestión de segundos, Maria recuperó la compostura, dejó caer la flauta y se levantó.

—¿Y adónde vas ahora, Maria? —pregunté.

—A Moulins —respondió.

—Vamos juntos —sugerí.

Maria se agarró de mi brazo y dio más cuerda al perro para que nos siguiera: en ese orden llegamos a Moulins.

MARIA MOULINS

A pesar de que detesto los saludos y despedidas en público, cuando llegamos a nuestro destino, me detuve durante un rato para contemplar por última vez a Maria y despedirme para siempre de ella.

Aunque la muchacha no era alta, sí poseía bellas formas de lo más destacables: el sufrimiento había concedido a su aspecto algo que apenas si era terrenal; con todo, seguía siendo femenina. Y conservaba todavía tal cantidad de aquello que el corazón anhela en una mujer o de lo que la vista busca instintivamente en el bello sexo, que si los rasgos de su turbación pudieran llegar a borrarse alguna vez de su mente y los de Eliza de la mía, Maria no solo podría comer de mi pan y beber de mi propia copa, sino que podría yacer sobre mi pecho y ser para mí como una hija.

¡Adieu, pobre y desafortunada doncella! Impregnaos del óleo y del vino que la compasión de un desconocido, al apartarse de su camino en el viaje, derrama ahora en tus heridas. El Ser que te ha herido por dos veces ya solo puede cerrarlas para siempre.

EL BOURBONNOIS

No había nada que me hubiera hecho describir un alborozo tan jubiloso de los afectos como lo acontecido durante ese viaje por la vendimia, en mi recorrido por aquella región de Francia. Mas, tras haber cruzado el umbral de la puerta hacia el dolor, mis sufrimientos me habían incapacitado por completo para el disfrute. En cada episodio de celebración, veía a Maria al fondo del escenario, sentada, en actitud reflexiva, bajo el álamo. Fue necesario llegar prácticamente hasta Lyon antes de poder correr un tupido velo sobre su recuerdo.

¡Querida sensibilidad!, ¡fuente inagotable de todo cuanto es preciado en nuestro júbilo o costoso en nuestro penar!, ¡vos encadenasteis a vuestro mártir en su lecho de paja y sois vos quien lo elevasteis al cielo! ¡Fuente eterna de nuestros sentimientos! Aquí es donde hallo vuestro origen y esta es vuestra «divinidad que se agita en mi interior». Y no es que en algunos momentos tristes y enfermizos «mi alma se retraiga en sí misma y se sobresalte ante la destrucción…». ¡Qué meras palabras tan pomposas! Pero siento ciertos placeres generosos y preocupaciones igual de generosas que me sobrepasan… Y todo procede de vos, ¡oh, gran, gran sensorium del mundo!, que vibra si se nos cae un cabello de la cabeza al suelo en el más remoto desierto de vuestra creación. Tocado por vos, Eugenius corre mis cortinas cuando languidezco, escucha la descripción de mis síntomas y culpa al tiempo de su alteración nerviosa. Dais una porción de ello, en ocasiones, al más rudo campesino que atraviesa las más inhóspitas montañas… Y así encuentra el cordero lacerado del rebaño de otro. En este preciso instante puedo verlo con la cabeza apoyada en su cayado, con lastimosa inclinación, cabizbajo, la mirada clavada en el cordero… ¡Oh! ¡Si hubiera llegado un segundo antes! ¡Morirá desangrado!, y su bondadoso corazón sangra con el animal.

¡Que la paz sea con vos, generoso mozo! Os veo alejaros con angustia, pero los placeres que sentiréis lo compensarán; pues feliz es vuestro hogar y feliz es quien lo comparte con vos y ¡felices son los corderos que corretean a vuestro alrededor!

LA CENA

Como se había soltado una herradura de la pata delantera del caballo principal justo al principio de la ascensión al monte Tarare, el postillón desmontó, desclavó el herraje y se lo guardó en el bolsillo. Puesto que se trataba de una ascensión de unos ocho o nueve kilómetros y dependíamos fundamentalmente de ese caballo, insistí en que le colocaran de nuevo la herradura lo mejor posible. Sin embargo, el postillón había tirado los clavos y, como el martillo que iba en el maletero de la calesa no servía de mucho sin ellos, decidí que siguiéramos la marcha.

Apenas habíamos recorrido medio kilómetro más, cuando, al llegar a un tramo del camino sembrado de pedernales, la pobre bestia perdió una segunda herradura, y resultó ser la de la otra pata delantera. Desmonté entonces del coche con gran decisión y, como vi una casa a aproximadamente medio kilómetro a mano izquierda, convencí, no sin esfuerzo, al postillón para que virase y si dirigiese hacia ella.

El aspecto de la morada y de todo cuanto la rodeaba tal como se veía a medida que nos acercábamos a ella, no tardó en reconciliarme con el desastroso episodio que estábamos viviendo. Se trataba de una pequeña granja circundada por unos veinte acres de viñedos y otros tantos de maizales. Cerca de la casa, en un lateral, había una potagerie de un acre y medio, llena de todo cuanto hay en abundancia en la casa de un campesino francés. Del otro lado de la cabaña había un pequeño bosquecillo que proporcionaba todos los medios necesarios para amueblar la casa.

Eran alrededor de las ocho de la noche cuando llegué a la casa, así que dejé al postillón para que arreglara sus asuntos lo mejor posible y yo me encaminé directamente a la vivienda.

La familia estaba formada por un hombre anciano de pelo cano y su esposa, por cinco o seis hijos, los respectivos yernos, sus numerosas mujeres y una alborotadora progenie como fruto de sus uniones.

Se encontraban sentados todos juntos comiendo potaje de lentejas; había una gran barra de pan de harina de trigo en medio de la mesa y una enorme jarra de vino en cada extremo prometía júbilo en todas las etapas del ágape. Era un festín de amor.

El anciano se levantó para darme la bienvenida y, con respetuosa cordialidad, me invitó a sentarme a la mesa. Mi corazón se apaciguó en cuanto entré a la habitación. Así que, sin vacilación, tomé asiento como un hijo más de la familia y, para identificarme con el personaje lo antes posible, cogí prestada la navaja del anciano, tomé el pan y me corté una rebanada generosa. Al hacerlo, vi reflejado el testimonio en todas las miradas no solo de una franca bienvenida, sino de la acogida mezclada con el agradecimiento por el hecho de que yo no hubiera puesto esa hospitalidad en duda.

¿Fue eso o decídmelo vos, naturaleza, qué fue sino lo que hizo ese bocado tan dulce y a qué magia le debo el que el sorbo que tomé de su jarra resultara tan delicioso complemento que hasta el día de hoy puedo saborearlo en mi paladar?

Si la cena fue de mi gusto, el acto de agradecimiento que la siguió lo fue mucho más.

EL AGRADECIMIENTO

Cuando la cena hubo llegado a su fin, el anciano dio un golpe sobre la mesa con la empuñadura de la navaja para indicar a todos que se dispusieran a bailar. En cuanto se dio la señal, las mujeres y muchachas corrieron juntas al fondo de la estancia para recogerse el pelo, y los muchachos se dirigieron a toda prisa a la puerta para lavarse el rostro y cambiarse los zuecos de madera. En cuestión de tres minutos, todo el mundo estaba preparado en una pequeña explanada de delante de la casa para dar comienzo al baile. El anciano y su esposa salieron los últimos; me hicieron sentar entre ambos sobre un asiento de turba junto a la puerta.

Hacía cincuenta años, el anciano había sido un intérprete nada desdeñable de viola y, a la edad que tenía en ese momento, aún la tocaba bastante bien. Su esposa iba canturreando al ritmo de la música, hacía una pausa de cuando en cuando y volvía a acompañar a su anciano esposo mientras sus hijos y nietos bailaban ante ellos.

No fue hasta la mitad del segundo baile cuando, por ciertas pausas en los movimientos —durante las cuales todos parecían alzar la vista—, me apercibí de una elevación del espíritu distinta a la que es causa o efecto del simple júbilo. En una palabra: creí estar contemplando la mismísima presencia de la religión entremezclada con la danza. No obstante, como jamás la había visto expresada con esa entrega, ahora creo que se trataba de una de las ilusiones de una imaginación que está eternamente confundiéndome. Sin embargo, en cuanto concluyó la danza, el anciano dijo que aquella era la forma en que siempre actuaban y que, después de toda una vida, había llegado a convertirlo en una norma: cuando terminaban de cenar, convocaba a su familia para la danza y el júbilo, pues creía, aseguró, que una mente contenta y satisfecha era la mejor forma que tenía un campesino analfabeto de dar gracias al cielo.

—O un prelado con estudios —añadí yo.

EL EPISODIO DE DELICADEZA

Tras conquistar la cima del monte Tarare, se inicia un pronunciado descenso hacia Lyon; adieu, pues, a cualquier movimiento veloz. Se trata de un viaje de precaución, y es mejor para las emociones no realizarlo con prisas. Por ello contraté a un voiturin, para que se tomara su tiempo descendiendo con ayuda de un par de mulas y me llevara en caravana en mi propia calesa, sano y salvo, hasta Turín, pasando por Saboya.

¡Pobre, paciente, tranquilo y honesto pueblo!, no temas: tu pobreza, el tesoro de tus sencillas virtudes, no será envidiado por el mundo, ni tus valles invadidos por él. ¡Naturaleza!, en medio de vuestros desórdenes, sois, no obstante, bondadosa con la escasez que habéis engendrado. Con todas vuestras grandes obras rodeándoos, poco os queda que dar, ya sea para la guadaña o para la hoz; pero para ese poco garantizáis seguridad y protección; y dulces son las moradas que se mantienen en pie así de guarecidas.

Permite que el viajero exhausto dé rienda suelta a sus quejas contra los virajes bruscos o los peligros de tus sendas, tus rocas, tus precipicios; las dificultades de la ascensión, los horrores del descenso, las montañas impracticables y las cataratas que hacen caer rodando enormes rocas desde las cumbres y bloquean los caminos. Los campesinos habían estado todo el día trabajando en la retirada de fragmentos de esta clase en el camino entre Saint-Michel y Modène. En el momento en que mi voiturin llegó al lugar, hubo que esperar dos horas completas a que se abriera una vía de paso: no nos quedó más que aguardar pacientemente. Era una noche húmeda y tempestuosa, así que, con el retraso sumado a esa circunstancia, el voiturin se vio obligado a detenerse ocho kilómetros antes de llegar a su destino para alojarnos en una pequeña y decente pensión a la vera del camino.

Inmediatamente tomé posesión de mi habitación, encendí el fuego, pedí la cena y di gracias al cielo de que la cosa no fuera peor. En ese momento llegó una voiture en la que viajaban una dama y su doncella.

Puesto que no había otra habitación en la hostería, la hostelera, sin mucha amabilidad, las hizo entrar en la mía al tiempo que les decía, mientras las obligaba a pasar a toda prisa, que no había nadie dentro más que un caballero inglés; que había dos cómodas camas y un cuarto contiguo donde guardaba otro jergón. El tono con el que habló de aquella tercera cama no daba muchas pistas sobre sus características. Sin embargo, insistió en el hecho de que había tres camas y tres personas, y se atrevió a añadir que el caballero haría todo lo posible por arreglar la situación. No permití que se hiciera ni un momento de silencio para que la dama no pudiera hacer conjeturas sobre lo dicho y me apresuré a asegurar que haría todo cuanto estuviera en mi mano.

Como mi amable disposición no era equivalente a la entrega total de mi habitación, seguía sintiéndome su propietario con pleno derecho y a mí me correspondía hacer los honores de la misma. Declaré que era mi deseo que la dama tomara asiento; la acomodé en el sillón más próximo al hogar, ordené que trajeran más leña, pedí a la hostelera que aumentara la cantidad de la cena y que nos hiciera el favor de servir su mejor vino.

La dama apenas se había calentado cinco minutos junto al fuego, cuando empezó a volver la cabeza para mirar las camas. Cuanto más dirigía la mirada hacia ese punto, mayor era la perplejidad que se reflejaba en su expresión. Empezó a preocuparme lo que ella sentía y mi propio sentir, pues en cuestión de minutos, por su mirada y por la situación en sí, me descubrí tan abochornado como debía de estarlo la dama.

El hecho de que las camas tuvieran que estar situadas en la misma habitación era suficiente para haber suscitado tal incomodidad. Sin embargo, la posición en la que debían colocarse, pues quedaban en paralelo y tan cerca una de otra que solo restaba espacio para colocar una sillita entre ellas, hacía que el asunto se nos antojara más sofocante. Para más inri, los lechos estaban situados cerca del hogar y la proyección del fuego a un lado y una alargada viga que cruzaba la habitación al otro lado, creaba una especie de aparte para las camas que en modo alguno favorecía la tranquilidad de nuestros ánimos. Además, las dos camas eran tan pequeñas que no podíamos ni pensar en la idea de que la dama y su doncella durmieran juntas; de haber sido posible, el que yo durmiera junto a una de las dos podría haber sido viable y, aunque no fuera algo deseable, no tenía nada tan terrible que la imaginación no pudiera contemplar sin tormento.

En cuanto al cuartucho contiguo, no nos ofrecía consuelo alguno: era como un armario húmedo, frío y con una ventana de persianas rotas y un marco sin cristal ni papel que cerrase el paso a la tempestad de la noche. No hice esfuerzo alguno por sofocar un acceso de tos cuando la dama echó un vistazo al cuartucho… La solución se reducía a la siguiente alternativa: que la dama sacrificara su salud a favor de sus sentimientos y que se acomodara en la habitación contigua, y dejara la cama situada junto a la mía a su doncella, o bien que la muchacha se quedara en la habitación contigua y etcétera, etcétera.

La dama era una piamontesa de unos treinta años, con un saludable rubor en las mejillas. La doncella era una lionesa de unos veinte, una muchacha francesa de movimientos alegres y vivarachos. Los problemas no paraban de crecer, y el obstáculo de la piedra en el camino que nos había conducido hasta esa encrucijada —pese a lo enorme que resultó el pedrusco cuando los campesinos la retiraron—, en ese instante, no era más que un canto rodado en nuestra senda. Solo me resta añadir que no aligeró el peso que soportaban nuestros espíritus el que ambos fuéramos demasiado delicados como para comunicar al otro lo que sentíamos sobre la situación.

Nos sentamos a cenar y, de no haber tenido más que el generoso vino que una pequeña pensión de Saboya podía ofrecer, nuestros labios habrían permanecido sellados hasta que la necesidad en persona los hubiera despegado. Pero, como la dama llevaba en su voiture un par de botellas de borgoña, hizo bajar a su fille de chambre a por dos.

Cuando habíamos terminado de cenar y nos dejaron a solas, nos sentimos inspirados por un poder intelectual lo bastante intenso como para hablar, ya sin reservas, de nuestra situación. Le dimos todas las vueltas posibles, la debatimos y consideramos desde todas las ópticas en el transcurso de dos horas de negociación; al final de las cuales habíamos establecido una serie de artículos entre los dos y los habíamos estipulado en forma de tratado de paz. Y, en mi opinión, lo hicimos con tanta religiosidad y buena fe por ambas partes como en cualquier tratado que haya merecido el honor de quedar para la posteridad.

Los artículos eran los siguientes:

Primero: puesto que el derecho de la habitación corresponde a monsieur, y ya que él considera que la cama junto al hogar es la más cálida, insiste en conceder a la dama el derecho a ocuparla.

Se accede, por parte de madame, con la condición de que, como las cortinas de esa cama son de un fino algodón transparente y parecen, en efecto, muy endebles para permanecer echadas, la fille de chambre pueda evitar que se descorran o bien con alfileres o bien sirviéndose de aguja e hilo, de forma tal que creen una barrera suficiente por el lado del que queda monsieur.

Segundo: se requiere, por parte de madame, que monsieur yazca la noche entera con su robe de chambre.

Rechazado: puesto que monsieur no posee robe de chambre; no cuenta con más equipaje que seis camisas y un par de calzones de seda negra.

La mención del par de calzones de seda negra supuso un cambio total del artículo, pues esta prenda se aceptaba como un equivalente a la robe de chambre. De esta forma quedó estipulado y acordado que debía dormir con los calzones de seda negra toda la noche.

Tercero: la dama estipuló e insistió en que después de que monsieur se hubiera ido a la cama y la vela y el fuego se hubieran apagado, monsieur no debía pronunciar ni una sola palabra en toda la noche.

Se accede, teniendo en cuenta que las oraciones que debe pronunciar monsieur no se consideren como una violación del tratado.

Se olvidó un solo punto en este tratado y era la forma en que la dama y yo teníamos la obligación de desvestirnos y meternos en la cama. Solo había una forma de hacerlo, y dejo al lector que la imagine, y añado, al hacerlo, la queja de que si no es la forma más delicada de la naturaleza, será por culpa de su propia imaginación, contra la que esta no es mi primera crítica.

Ahora bien, cuando nos metimos en la cama, no sé si por la novedad de la situación o por qué otra cosa, resultó que no fui capaz de pegar ojo. Lo intenté acostado de un lado y luego del otro, no dejé de dar vueltas hasta pasada una hora de la media noche.

Cuando tanto mi naturaleza como mi paciencia se agotaron…

—¡Oh, Dios mío! —exclamé.

—Ha violado el tratado, monsieur —dijo la dama, que no había logrado dormir más que yo.

—Le ruego mil perdones.

Aunque insistí en que no había sido más que una jaculatoria, ella insistió en que era una infracción en toda regla del tratado, y yo sostenía que estaba contemplada en la cláusula del artículo tercero.

La dama no daba su brazo a torcer de ninguna manera aunque, para resistir, debilitó sus defensas, porque en el fragor de la disputa, oí cómo caían al suelo dos o tres alfileres de los que sujetaban la cortina.

—Le doy mi palabra y le juro por mi honor, madame… —dije alargando el brazo para reforzar mi argumento.

(Iba a añadir que no habría traspasado ni con la imaginación la línea que transgredía el decoro por nada del mundo).

Sin embargo, como la fille de chambre había oído que estábamos hablando y por el miedo a que crecieran las hostilidades, había salido sigilosamente de la habitación contigua y, totalmente a oscuras, se había situado tan cerca de nuestras camas que se encontraba en el angosto hueco que quedaba entre ellas, justo en la línea divisoria que había entre la dama y yo.

Y, al alargar la mano, acabé agarrando la de la fille de chambre…

FINAL DEL LIBRO II

12. EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS (JOSEPH CONRAD)

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3

CAPÍTULO UNO

La Nellie, un bergantín de considerable tonelaje, se inclinó hacia el ancla sin una sola vibración de las velas y permaneció inmóvil. El flujo de la marea había terminado, casi no soplaba viento y, como había que seguir río abajo, lo único que quedaba por hacer era detenerse y esperar el cambio de la marea.

El estuario del Támesis se prolongaba frente a nosotros como el comienzo de un interminable camino de agua. A lo lejos el cielo y el mar se unían sin ninguna interferencia, y en el espacio luminoso las velas curtidas de los navíos que subían con la marea parecían racimos encendidos de lonas agudamente triangulares, en los que resplandecían las botavaras barnizadas. La bruma que se extendía por las orillas del río se deslizaba hacia el mar y allí se desvanecía suavemente. La oscuridad se cernía sobre Gravesend, y más lejos aún, parecía condensarse en una lúgubre capa que envolvía la ciudad más grande y poderosa del universo.

El director de las compañías era a la vez nuestro capitán y nuestro anfitrión. Nosotros cuatro observábamos con afecto su espalda mientras, de pie en la proa, contemplaba el mar. En todo el río no se veía nada que tuviera la mitad de su aspecto marino. Parecía un piloto, que para un hombre de mar es la personificación de todo aquello en que puede confiar. Era difícil comprender que su oficio no se encontrara allí, en aquel estuario luminoso, sino atrás, en la ciudad cubierta por la niebla.

Existía entre nosotros, como ya lo he dicho en alguna otra parte, el vínculo del mar. Además de mantener nuestros corazones unidos durante largos periodos de separación, tenía la fuerza de hacernos tolerantes ante las experiencias personales, y aun ante las convicciones de cada uno. El abogado —el mejor de los viejos camaradas— tenía, debido a sus muchos años y virtudes, el único almohadón de la cubierta y estaba tendido sobre una manta de viaje. El contable había sacado la caja de dominó y construía formas arquitectónicas con las fichas. Marlow, sentado a babor con las piernas cruzadas, apoyaba la espalda en el palo de mesana. Tenía las mejillas hundidas, la tez amarillenta, la espalda erguida, el aspecto ascético; con los brazos caídos, vueltas las manos hacia afuera, parecía un ídolo. El director, satisfecho de que el ancla hubiese agarrado bien, se dirigió hacia nosotros y tomó asiento. Cambiamos unas cuantas palabras perezosamente.

Luego se hizo el silencio a bordo del yate. Por una u otra razón no comenzábamos nuestro juego de dominó. Nos sentíamos meditabundos, dispuestos sólo a una plácida meditación. El día terminaba en una serenidad de tranquilo y exquisito fulgor. El agua brillaba pacíficamente; el cielo, despejado, era una inmensidad benigna de pura luz; la niebla misma, sobre los pantanos de Essex, era como una gasa radiante colgada de las colinas, cubiertas de bosques, que envolvía las orillas bajas en pliegues diáfanos. Sólo las brumas del oeste, extendidas sobre las regiones superiores, se volvían a cada minuto más sombrías, como si las irritara la proximidad del sol.

Y por fin, en un imperceptible y elíptico crepúsculo, el sol descendió, y de un blanco ardiente pasó a un rojo desvanecido, sin rayos y sin luz, dispuesto a desaparecer súbitamente, herido de muerte por el contacto con aquellas tinieblas que cubrían a una multitud de hombres.

Inmediatamente se produjo un cambio en las aguas; la serenidad se volvió menos brillante pero más profunda. El viejo río reposaba tranquilo, en toda su anchura, a la caída del día, después de siglos de buenos servicios prestados a la raza que poblaba sus márgenes, con la tranquila dignidad de quien sabe que constituye un camino que lleva a los más remotos lugares de la tierra. Contemplamos aquella corriente venerable no en el vívido flujo de un breve día que llega y parte para siempre, sino en la augusta luz de una memoria perenne. Y en efecto, nada le resulta más fácil a un hombre que ha, como comúnmente se dice, «seguido el mar» con reverencia y afecto, que evocar el gran espíritu del pasado en las bajas regiones del Támesis. La marea fluye y refluye en su constante servicio, ahíta de recuerdos de hombres y de barcos que ha llevado hacia el reposo del hogar o hacia batallas marítimas. Ha conocido y ha servido a todos los hombres que han honrado a la patria, desde sir Francis Drake hasta sir John Franklin, caballeros todos, con título o sin título… grandes caballeros andantes del mar. Había transportado a todos los navíos cuyos nombres son como resplandecientes gemas en la noche de los tiempos, desde el Golden Hind, que volvía con el vientre colmado de tesoros, para ser visitado por su majestad, la reina, y entrar a formar parte de un relato monumental, hasta el Erebus y el Terror, destinados a otras conquistas, de las que nunca volvieron. Había conocido a los barcos y a los hombres. Aventureros y colonos partidos de Deptford, Greenwich y Erith; barcos de reyes y de mercaderes; capitanes, almirantes, oscuros traficantes animadores del comercio con Oriente, y «generales» comisionados de la flota de la India. Buscadores de oro, enamorados de la fama: todos ellos habían navegado por aquella corriente, empuñando la espada y a veces la antorcha, portadores de una chispa del fuego sagrado. ¡Qué grandezas no habían flotado sobre la corriente de aquel río en su ruta al misterio de tierras desconocidas!… Los sueños de los hombres, la semilla de organizaciones internacionales, los gérmenes de los imperios.

El sol se puso. La oscuridad descendió sobre las aguas y comenzaron a aparecer luces a lo largo de la orilla. El faro de Chapman, una construcción erguida sobre un trípode en una planicie fangosa, brillaba con intensidad. Las luces de los barcos se movían en el río, una gran vibración luminosa ascendía y descendía. Hacia el oeste, el lugar que ocupaba la ciudad monstruosa se marcaba de un modo siniestro en el cielo, una tiniebla que parecía brillar bajo el sol, un resplandor cárdeno bajo las estrellas.

—Y también éste —dijo de pronto Marlow— ha sido uno de los lugares oscuros de la tierra.

De entre nosotros era el único que «aún seguía el mar». Lo peor que de él podía decirse era que no representaba a su clase. Era un marino, pero también un vagabundo, mientras que la mayoría de los marinos llevan, por así decirlo, una vida sedentaria. Sus espíritus permanecen en casa y puede decirse que su hogar —el barco— va siempre con ellos; así como su país, el mar. Un barco es muy parecido a otro y el mar es siempre el mismo. En la inmutabilidad de cuanto los circunda, las costas extranjeras, los rostros extranjeros, la variable inmensidad de vida se desliza imperceptiblemente, velada, no por un sentimiento de misterio, sino por una ignorancia ligeramente desdeñosa, ya que nada resulta misterioso para el marino a no ser la mar misma, la amante de su existencia, tan inescrutable como el destino. Por lo demás, después de sus horas de trabajo, un paseo ocasional, o una borrachera ocasional en tierra firme, bastan para revelarle los secretos de todo un continente, y por lo general decide que ninguno de esos secretos vale la pena de ser conocido. Por eso mismo los relatos de los marinos tienen una franca sencillez: toda su significación puede encerrarse dentro de la cáscara de una nuez. Pero Marlow no era un típico hombre de mar (si se exceptúa su afición a relatar historias), y para él la importancia de un relato no estaba dentro de la nuez sino afuera, envolviendo la anécdota de la misma manera que el resplandor circunda la luz, a semejanza de uno de esos halos neblinosos que a veces se hacen visibles por la iluminación espectral de la claridad de la luna.

A nadie pareció sorprender su comentario. Era típico de Marlow. Se aceptó en silencio; nadie se tomó ni siquiera la molestia de refunfuñar. Después dijo, muy lentamente:

—Estaba pensando en épocas remotas, cuando llegaron por primera vez los romanos a estos lugares, hace diecinueve siglos… el otro día… La luz iluminó este río a partir de entonces. ¿Qué decía, caballeros? Sí, como una llama que corre por una llanura, como un fogonazo del relámpago en las nubes. Vivimos bajo esa llama temblorosa. ¡Y ojalá pueda durar mientras la vieja tierra continúe dando vueltas! Pero la oscuridad reinaba aquí aún ayer. Imaginad los sentimientos del comandante de un hermoso… ¿cómo se llamaban?… trirreme del Mediterráneo, destinado inesperadamente a viajar al norte. Después de atravesar a toda prisa las Galias, teniendo a su cargo uno de esos artefactos que los legionarios (no me cabe duda de que debieron haber sido un maravilloso pueblo de artesanos) solían construir, al parecer por centenas en sólo un par de meses, si es que debemos creer lo que hemos leído. Imaginadlo aquí, en el mismo fin del mundo, un mar color de plomo, un cielo color de humo, una especie de barco tan fuerte como una concertina, remontando este río con aprovisionamientos u órdenes, o con lo que os plazca. Bancos de arena, pantanos, bosques, salvajes. Sin los alimentos a los que estaba acostumbrado un hombre civilizado, sin otra cosa para beber que el agua del Támesis. Ni vino de Falerno ni paseos por tierra. De cuando en cuando un campamento militar perdido en los bosques, como una aguja en medio de un pajar. Frío, niebla, bruma, tempestades, enfermedades, exilio, muerte acechando siempre tras los matorrales, en el agua, en el aire. ¡Deben haber muerto aquí como las moscas! Oh, sí, nuestro comandante debió haber pasado por todo eso, y sin duda debió haber salido muy bien librado, sin pensar tampoco demasiado en ello salvo después, cuando contaba con jactancia sus hazañas. Era lo suficientemente hombre como para enfrentarse a las tinieblas. Tal vez lo alentaba la esperanza de obtener un ascenso en la flota de Ravena, si es que contaba con buenos amigos en Roma y sobrevivía al terrible clima. Podríamos pensar también en un joven ciudadano elegante con su toga; tal vez habría jugado demasiado, y venía aquí en el séquito de un prefecto, de un cuestor, hasta de un comerciante, para rehacer su fortuna. Un país cubierto de pantanos, marchas a través de los bosques, en algún lugar del interior la sensación de que el salvajismo, el salvajismo extremo, lo rodea… toda esa vida misteriosa y primitiva que se agita en el bosque, en las selvas, en el corazón del hombre salvaje. No hay iniciación para tales misterios. Ha de vivir en medio de lo incomprensible, que también es detestable. Y hay en todo ello una fascinación que comienza a trabajar en él. La fascinación de lo abominable. Podéis imaginar el pesar creciente, el deseo de escapar, la impotente repugnancia, el odio.

Hizo una pausa.

—Tened en cuenta —comenzó de nuevo, levantando un brazo desde el codo, la palma de la mano hacia afuera, de modo que con los pies cruzados ante sí parecía un Buda predicando, vestido a la europea y sin la flor de loto en la mano—, tened en cuenta que ninguno de nosotros podría conocer esa experiencia. Lo que a nosotros nos salva es la eficiencia… el culto por la eficiencia. Pero aquellos jóvenes en realidad no tenían demasiado en qué apoyarse. No eran colonizadores; su administración equivalía a una pura opresión y nada más, imagino. Eran conquistadores, y eso lo único que requiere es fuerza bruta, nada de lo que pueda uno vanagloriarse cuando se posee, ya que la fuerza no es sino una casualidad nacida de la debilidad de los otros. Se apoderaban de todo lo que podían. Aquello era verdadero robo con violencia, asesinato con agravantes en gran escala, y los hombres hacían aquello ciegamente, como es natural entre quienes se debaten en la oscuridad. La conquista de la tierra, que por lo general consiste en arrebatársela a quienes tienen una tez de color distinto o narices ligeramente más chatas que las nuestras, no es nada agradable cuando se observa con atención. Lo único que la redime es la idea. Una idea que la respalda: no un pretexto sentimental sino una idea; y una creencia generosa en esa idea, en algo que se puede enarbolar, ante lo que uno puede postrarse y ofrecerse en sacrificio…

Se interrumpió. Unas llamas se deslizaban en el río, pequeñas llamas verdes, rojas, blancas, persiguiéndose y alcanzándose, uniéndose y cruzándose entre sí, otras veces separándose lenta o rápidamente. El tráfico de la gran ciudad continuaba al acentuarse la noche sobre el río insomne. Observábamos el espectáculo y esperábamos con paciencia. No se podía hacer nada más mientras no terminara la marea. Pero sólo después de un largo silencio, volvió a hablar con voz temblorosa:

—Supongo que recordaréis que en una época fui marino de agua dulce, aunque por poco tiempo.

Comprendimos que, antes de que empezara el reflujo, estábamos predestinados a escuchar otra de las inacabables experiencias de Marlow.

—No quiero aburriros demasiado con lo que me ocurrió personalmente —comenzó, mostrando en ese comentario la debilidad de muchos narradores de aventuras que a menudo parecen ignorar las preferencias de su auditorio—. Sin embargo, para que podáis comprender el efecto que todo aquello me produjo es necesario que sepáis cómo fui a dar allá, qué es lo que vi y cómo tuve que remontar el río hasta llegar al sitio donde encontré a aquel pobre tipo. Era en el último punto navegable, la meta de mi expedición. En cierto modo pareció irradiar una especie de luz sobre todas las cosas y sobre mis pensamientos. Fue algo bastante sombrío, digno de compasión… nada extraordinario sin embargo… ni tampoco muy claro. No, no muy claro. Y sin embargo parecía arrojar una especie de luz.

»Acababa yo de volver, como recordaréis, a Londres, después de una buena dosis de Océano Índico, de Pacífico y de Mar de China; una dosis más que suficiente de Oriente, seis años o algo así, y había comenzado a holgazanear, impidiéndoos trabajar, invadiendo vuestras casas, como si hubiera recibido la misión celestial de civilizaros. Por un breve periodo aquello resultaba excelente, pero después de cierto tiempo comencé a fatigarme de tanto descanso. Entonces empecé a buscar un barco; hubiera aceptado hasta el trabajo más duro de la tierra. Pero los barcos parecían no fijarse en mí, y también ese juego comenzó a cansarme».

»Debo decir que de muchacho sentía pasión por los mapas. Podía pasar horas enteras reclinado sobre Sudamérica, África o Australia, y perderme en los proyectos gloriosos de la exploración. En aquella época había en la tierra muchos espacios en blanco, y cuando veía uno en un mapa que me resultaba especialmente atractivo (aunque todos lo eran), solía poner un dedo encima y decir: cuando crezca iré aquí. Recuerdo que el Polo Norte era uno de esos espacios. Bueno, aún no he estado allí, y creo que ya no he de intentarlo. El hechizo se ha desvanecido. Otros lugares estaban esparcidos alrededor del ecuador, y en toda clase de latitudes sobre los dos hemisferios. He estado en algunos de ellos y… bueno, no es el momento de hablar de eso. Pero había un espacio, el más grande, el más vacío por así decirlo, por el que sentía verdadera pasión».

»En verdad ya en aquel tiempo no era un espacio en blanco. Desde mi niñez se había llenado de ríos, lagos, nombres. Había dejado de ser un espacio en blanco con un delicioso misterio, una zona vacía en la que podía soñar gloriosamente un muchacho. Se había convertido en un lugar de tinieblas. Había en él especialmente un río, un caudaloso gran río, que uno podía ver en el mapa, como una inmensa serpiente enroscada con la cabeza en el mar, el cuerpo ondulante a lo largo de una amplia región y la cola perdida en las profundidades del territorio. Su mapa, expuesto en el escaparate de una tienda, me fascinaba como una serpiente hubiera podido fascinar a un pájaro, a un pajarillo tonto. Entonces recordé que había sido creada una gran empresa, una compañía para el comercio en aquel río. ¡Maldita sea! Me dije que no podían desarrollar el comercio sin usar alguna clase de transporte en aquella inmensidad de agua fresca. ¡Barcos de vapor! ¿Por qué no intentaba yo encargarme de uno? Seguí caminando por Fleet Street, pero no podía sacarme aquella idea de la cabeza. La serpiente me había hipnotizado».

»Como todos sabéis, aquella compañía comercial era una sociedad europea, pero yo tengo muchas relaciones que viven en el continente, porque es más barato y no tan desagradable como parece, según cuentan. Me desconsuela tener que admitir que comencé a darles la lata. Aquello era completamente nuevo en mí. Yo no estaba acostumbrado a obtener nada de ese modo, ya lo sabéis. Siempre seguí mi propio camino y me dirigí por mis propios pasos a donde me había propuesto ir. No hubiera creído poder comportarme de ese modo, pero estaba decidido en esa ocasión a salirme con la mía. Así que comencé a darles la lata. Los hombres dijeron ‘mi querido amigo” y no hicieron nada».

»Entonces, ¿podéis creerlo?, me dediqué a molestar a las mujeres. Yo, Charlie Marlow, puse a trabajar a las mujeres… para obtener un empleo. ¡Santo cielo! Bueno, veis, era una idea lo que me movía. Tenía yo una tía, un alma querida y entusiasta. Me escribió: “Será magnífico. Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa, todo lo que esté en mis manos por ti. Es una idea gloriosa. Conozco a la esposa de un alto funcionario de la administración, también a un hombre que tiene gran influencia allí”, etcétera. Estaba dispuesta a no parar hasta conseguir mi nombramiento como capitán de un barco fluvial, si tal era mi deseo».

»Por supuesto que obtuve el nombramiento, y lo obtuve muy pronto. Al parecer la compañía había recibido noticias de que uno de los capitanes había muerto en una riña con los nativos. Aquélla era mi oportunidad y me hizo sentir aún más ansiedad por marcharme. Sólo muchos meses más tarde, cuando intenté rescatar lo que había quedado del cuerpo, me enteré de que aquella riña había surgido a causa de un malentendido sobre unas gallinas. Sí, dos gallinas negras. Fresleven se llamaba aquel joven…, era un danés. Pensó que lo habían engañado en la compra, bajó a tierra y comenzó a pegarle con un palo al jefe de la tribu. Oh, no me sorprendió ni pizca enterarme de eso y oír decir al mismo tiempo que Fresleven era la criatura más dulce y pacífica que había caminado alguna vez sobre dos piernas. Sin duda lo era; pero había pasado ya un par de años al servicio de la noble causa, sabéis, y probablemente sintió al fin la necesidad de afirmar ante sí mismo su autoridad de algún modo. Por eso golpeó sin piedad al viejo negro, mientras una multitud lo observaba con estupefacción, como fulminada por un rayo, hasta que un hombre, el hijo del jefe según me dijeron, desesperado al oír chillar al anciano, intentó detener con una lanza al hombre blanco y por supuesto lo atravesó con gran facilidad por entre los omóplatos. Entonces la población se internó en el bosque, esperando toda clase de calamidades. Por su parte, el vapor que Fresleven comandaba abandonó también el lugar presa del pánico, gobernado, creo, por el maquinista. Después nadie pareció interesarse demasiado por los restos de Fresleven, hasta que yo llegué y busqué sus huellas. No podía dejar ahí el cadáver. Pero cuando al fin tuve la oportunidad de ir en busca de los huesos de mi predecesor, resultó que la hierba que crecía a través de sus costillas era tan alta que cubría sus huesos. Estaban intactos. Aquel ser sobrenatural no había sido tocado después de la caída. La aldea había sido abandonada, las cabañas se derrumbaban con los techos podridos. Era evidente que había ocurrido una catástrofe. La población había desaparecido. Enloquecidos por el terror, hombres, mujeres y niños se habían dispersado por el bosque y no habían regresado. Tampoco sé qué pasó con las gallinas; debo pensar que la causa del progreso las recibió de todos modos. Sin embargo, gracias a ese glorioso asunto obtuve mi nombramiento antes de que comenzara a esperarlo. Me di una prisa enorme para aprovisionarme, y antes de que hubieran pasado cuarenta y ocho horas atravesaba el canal para presentarme ante mis nuevos patrones y firmar el contrato. En unas cuantas horas llegué a una ciudad que siempre me ha hecho pensar en un sepulcro blanqueado. Sin duda es un prejuicio. No tuve ninguna dificultad en hallar las oficinas de la compañía. Era la más importante de la ciudad, y todo el mundo tenía algo que ver con ella. Iban a crear un gran imperio en ultramar, las inversiones no conocían límite».

»Una calle recta y estrecha profundamente sombreada, altos edificios, innumerables ventanas con celosías venecianas, un silencio de muerte, hierba entre las piedras, imponentes garajes abovedados a derecha e izquierda, inmensas puertas dobles, pesadamente entreabiertas. Me introduje por una de esas aberturas, subí una escalera limpia y sin ningún motivo ornamental, tan árida como un desierto, y abrí la primera puerta que encontré. Dos mujeres, una gorda y la otra raquítica, estaban sentadas sobre sillas de paja, tejiendo unas madejas de lana negra. La delgada se levantó, se acercó a mí, y continuó su tejido con los ojos bajos. Y sólo cuando pensé en apartarme de su camino, como cualquiera de ustedes lo habría hecho frente a un sonámbulo, se detuvo y levantó la mirada. Llevaba un vestido tan liso como la funda de un paraguas. Se volvió sin decir una palabra y me precedió hasta una sala de espera».

»Di mi nombre y miré a mi alrededor. Una frágil mesa en el centro, sobrias sillas a lo largo de la pared, en un extremo un gran mapa brillante con todos los colores del arco iris. En aquel mapa había mucho rojo, cosa que siempre resulta agradable de ver, porque uno sabe que en esos lugares se está realizando un buen trabajo, y una excesiva cantidad de azul, un poco de verde, manchas color naranja, y sobre la costa oriental una mancha púrpura para indicar el sitio en que los alegres pioneros del progreso bebían jubilosos su cerveza. De todos modos, yo no iba a ir a ninguno de esos colores. A mí me correspondía el amarillo. La muerte en el centro. Allí estaba el río, fascinante, mortífero, como una serpiente. ¡Ay! Se abrió una puerta, apareció una cabeza de secretario, de cabellos blancos y expresión compasiva; un huesudo dedo índice me hizo una señal de admisión en el santuario. En el centro de la habitación, bajo una luz difusa, había un pesado escritorio. Detrás de aquella estructura emergía una visión de pálida fofez enfundada en un frac. Era el gran hombre en persona. Tenía seis pies y medio de estatura, según pude juzgar, y su mano empuñaba un lapicero acostumbrado a la suma de muchos millones. Creo que me la tendió, murmuró algo, pareció satisfecho de mi francés. Bon voyage.»

»Cuarenta y cinco segundos después me hallaba nuevamente en la sala de espera acompañado del secretario de expresión compasiva, quien, lleno de desolación y simpatía, me hizo firmar algunos documentos. Según parece, me comprometía entre otras cosas a no revelar ninguno de los secretos comerciales. Bueno, no voy a hacerlo».

»Empecé a sentirme ligeramente a disgusto. No estoy acostumbrado, ya lo sabéis, a tales ceremonias. Había algo fatídico en aquella atmósfera. Era exactamente como si hubiera entrado a formar parte de una conspiración, no sé, algo que no era del todo correcto. Me sentí dichoso de poder retirarme. En el cuarto exterior las dos mujeres seguían tejiendo febrilmente sus estambres de lana negra. Llegaba gente, y la más joven de las mujeres se paseaba de un lado a otro haciéndolos entrar en la sala de espera. La vieja seguía sentada en el asiento; sus amplias zapatillas reposaban en un calentador de pies y un gato dormía en su regazo. Llevaba una cofia blanca y almidonada en la cabeza, tenía una verruga en una mejilla y unos lentes con montura de plata en el extremo de la nariz. Me lanzó una mirada por encima de los cristales. La rápida e indiferente placidez de aquella mirada me perturbó. Dos jóvenes con rostros cándidos y alegres eran piloteados por la otra en aquel momento; y ella lanzó la misma mirada rápida de indiferente sabiduría. Parecía saberlo todo sobre ellos y también sobre mí. Me sentí invadido por un sentimiento de importancia. La mujer parecía desalmada y fatídica. Con frecuencia, lejos de allí, he pensado en aquellas dos mujeres guardando las puertas de la Oscuridad, tejiendo sus lanas negras como para un paño mortuorio, la una introduciendo, introduciendo siempre a los recién llegados en lo desconocido, la otra escrutando las caras alegres e ingenuas con sus ojos viejos e impasibles. Ave, viejas hilanderas de lana negra. Morituri te salutant. No a muchos pudo volver a verlos una segunda vez, ni siquiera a la mitad».

»Yo debía visitar aún al doctor. “Se trata sólo de una formalidad”, me aseguró el secretario, con aire de participar en todas mis penas. Por consiguiente un joven, que llevaba el sombrero caído sobre la ceja izquierda, supongo que un empleado (debía de haber allí muchísimos empleados aunque el edificio parecía tan tranquilo como si fuera una casa en el reino de la muerte), salió de alguna parte, bajó la escalera y me condujo a otra sala. Era un joven desaseado, con las mangas de la chaqueta manchadas de tinta, y su corbata era grande y ondulada debajo de un mentón que por su forma recordaba un zapato viejo. Era muy temprano para visitar al doctor, así que propuse ir a beber algo. Entonces mostró que podía desarrollar una vena de jovialidad. Mientras tomábamos nuestros vermuts, él glorificaba una y otra vez los negocios de la compañía, y entonces le expresé accidentalmente mi sorpresa de que no fuera allá. En seguida se enfrió su entusiasmo. “No soy tan tonto como parezco, les dijo Platón a sus discípulos”, recitó sentenciosamente. Vació su vaso de un solo trago y nos levantamos».

»El viejo doctor me tomó el pulso, pensando evidentemente en alguna otra cosa mientras lo hacía. “Está bien, está bien para ir allá”, musitó, y con cierta ansiedad me preguntó si le permitía medirme la cabeza. Bastante sorprendido le dije que sí. Entonces sacó un instrumento parecido a un compás calibrado y tomó las dimensiones por detrás y delante, de todos lados, apuntando unas cifras con cuidado. Era un hombre de baja estatura, sin afeitar y con una levita raída que más bien parecía una gabardina. Tenía los pies calzados con zapatillas y me pareció desde el primer momento un loco inofensivo. “Siempre pido permiso, velando por los intereses de la ciencia, para medir los cráneos de los que parten hacia allá”, me dijo. “¿Y también cuando vuelven?”, pregunté. “Nunca los vuelvo a ver”, comentó, “además, los cambios se producen en el interior, sabe usted.” Se río como si hubiera dicho alguna broma placentera. “De modo que va usted a ir. Debe ser interesante.” Me lanzó una nueva mirada inquisitiva e hizo una nueva anotación. “¿Ha habido algún caso de locura en su familia?”, preguntó con un tono casual. Me sentí fastidiado. “¿También esa pregunta tiene algo que ver con la ciencia?” “Es posible”, me respondió sin hacer caso de mi irritación, “a la ciencia le interesa observar los cambios mentales que se producen en los individuos en aquel sitio, pero…” “¿Es usted alienista?”, lo interrumpí. “Todo médico debería serlo un poco”, respondió aquel tipo original con tono imperturbable. “He formado una pequeña teoría, que ustedes, señores, los que van allá, me deberían ayudar a demostrar. Ésta es mi contribución a los beneficios que mi país va a obtener de la posesión de aquella magnífica colonia. La riqueza se la dejo a los demás. Perdone mis preguntas, pero usted es el primer inglés a quien examino.” Me apresuré a decirle que de ninguna manera era yo un típico inglés. “Si lo fuera, no estaría conversando de esta manera con usted.” “Lo que dice es bastante profundo, aunque probablemente equivocado”, dijo riéndose. “Evite usted la irritación más que los rayos solares. Adiós. ¿Cómo dicen ustedes, los ingleses? Good-bye. ¡Ah! Good-bye. Adieu. En el trópico hay que mantener sobre todas las cosas la calma.” Levantó el índice e hizo la advertencia: “Du calme, du calme. Adieu”».

»Me quedaba todavía algo por hacer, despedirme de mi excelente tía. La encontré triunfante. Me ofreció una taza de té. Fue mi última taza de té decente en muchos días. Y en una habitación muy confortable, exactamente como os podéis imaginar el salón de una dama, tuvimos una larga conversación junto a la chimenea. En el curso de sus confidencias, resultó del todo evidente que yo había sido presentado a la mujer de un alto funcionario de la compañía, y quién sabe ante cuántas personas más, como una criatura excepcionalmente dotada, un verdadero hallazgo para la compañía, un hombre de los que no se encuentran todos los días. ¡Cielos! ¡Yo iba a hacerme cargo de un vapor de dos centavos! De cualquier manera parecía que yo era considerado como uno de tantos trabajadores, pero con mayúsculas. Algo así como un emisario de la luz, como un individuo apenas ligeramente inferior a un apóstol. Una enorme cantidad de esas tonterías corría en los periódicos y en las conversaciones de aquella época, y la excelente mujer se había visto arrastrada por la corriente. Hablaba de "liberar a millones de ignorantes de su horrible destino", hasta que, palabra, me hizo sentir verdaderamente incómodo. Traté de insinuar que lo que a la compañía le interesaba era su propio beneficio».

»"Olvidas, querido Charlie, que el trabajador merece también su recompensa", dijo ella con brío. Es extraordinario comprobar cuán lejos de la realidad pueden situarse las mujeres. Viven en un mundo propio, y nunca ha existido ni podrá existir nada semejante. Es demasiado hermoso; si hubiera que ponerlo en pie se derrumbaría antes del primer crepúsculo. Alguno de esos endemoniados hechos con que nosotros los hombres nos las hemos tenido que ver desde el día de la creación, surgiría para echarlo todo a rodar».

»Después de eso fui abrazado; mi tía me recomendó que llevara ropas de franela, me hizo asegurarle que le escribiría con frecuencia, y al fin pude marcharme. Ya en la calle, y no me explico por qué, experimenté la extraña sensación de ser un impostor. Y lo más raro de todo fue que yo, que estaba acostumbrado a largarme a cualquier parte del mundo en menos de veinticuatro horas, con menos reflexión de la que la mayor parte de los hombres necesitan para cruzar una calle, tuve un momento, no diría de duda, pero sí de pausa ante aquel vulgar asunto. La mejor manera de explicarlo es decir que durante uno o dos segundos sentí como si en vez de ir al centro de un continente estuviera a punto de partir hacia el centro de la tierra».

»Me embarqué en un barco francés, que se detuvo en todos los malditos puertos que tienen allá, con el único propósito, según pude percibir, de desembarcar soldados y empleados aduanales. Yo observaba la costa. Observar una costa que se desliza ante un barco equivale a pensar en un enigma. Está allí ante uno, sonriente, torva, atractiva, raquítica, insípida o salvaje, muda siempre, con el aire de murmurar: “Ven y me descubrirás.” Aquella costa era casi informe, como si estuviera en proceso de creación, sin ningún rasgo sobresaliente. El borde de una selva colosal, de un verde tan oscuro que llegaba casi al negro, orlada por el blanco de la resaca, corría recta como una línea tirada a cordel, lejos, cada vez más lejos, a lo largo de un mar azul, cuyo brillo se enturbiaba a momentos por una niebla baja. Bajo un sol feroz, la tierra parecía resplandecer y chorrear vapor. Aquí y allá apuntaban algunas manchas grisáceas o blancuzcas agrupadas en la espuma blanca, con una bandera a veces ondeando sobre ellas. Instalaciones coloniales que contaban ya con varios siglos de existencia y que no eran mayores que una cabeza de alfiler sobre la superficie intacta que se extendía tras ellas. Navegábamos a lo largo de la costa, nos deteníamos, desembarcábamos soldados, continuábamos, desembarcábamos empleados de aduana para recaudar impuestos en algo que parecía un páramo olvidado por Dios, con una casucha de lámina y un asta podrida sobre ella; desembarcábamos aún más soldados, para cuidar de los empleados de aduana, supongo. Algunos, por lo que oí decir, se ahogaban en el rompiente, pero, fuera o no cierto, nadie parecía preocuparse demasiado. Eran arrojados a su destino y nosotros continuábamos nuestra marcha. La costa parecía ser la misma cada día, como si no nos hubiésemos movido; sin embargo, dejamos atrás diversos lugares, centros comerciales con nombres como Gran Bassam y Little Popo; nombres que parecían pertenecer a alguna sórdida farsa representada ante un telón siniestro. Mi ociosidad de pasajero, mi aislamiento entre todos aquellos hombres con quienes nada tenía en común, el mar lánguido y aceitoso, la oscuridad uniforme de la costa, parecían mantenerme al margen de la verdad de las cosas, en el estupor de una penosa e indiferente desilusión. La voz de la resaca, oída de cuando en cuando, era un auténtico placer, como las palabras de un hermano. Era algo natural, que tenía razón de ser y un sentido. De vez en cuando un barco que venía de la costa nos proporcionaba un momentáneo contacto con la realidad. Los remeros eran negros. Desde lejos podía vislumbrarse el blanco de sus ojos. Gritaban y cantaban; sus cuerpos estaban bañados de sudor; sus caras eran como máscaras grotescas; pero tenían huesos, músculos, una vitalidad salvaje, una intensa energía en los movimientos, que era tan natural y verdadera como el oleaje a lo largo de la costa. No necesitaban excusarse por estar allí. Contemplarlos servía de consuelo. Durante algún tiempo pude sentir que pertenecía todavía a un mundo de hechos naturales, pero esta creencia no duraría demasiado. Algo iba a encargarse de destruirla. En una ocasión, me acuerdo muy bien, nos acercamos a un barco de guerra anclado en la costa. No había siquiera una cabaña, y sin embargo disparaba contra los matorrales. Según parece los franceses libraban allí una de sus guerras. Su enseña flotaba con la flexibilidad de un trapo desgarrado. Las bocas de los largos cañones de seis pulgadas sobresalían de la parte inferior del casco. El oleaje aceitoso y espeso levantaba al barco y lo volvía a bajar perezosamente, balanceando sus espigados mástiles. En la vacía inmensidad de la tierra, el cielo y el agua, aquella nave disparaba contra el continente. ¡Paf!, haría uno de sus pequeños cañones de seis pulgadas; aparecería una pequeña llama y se extinguiría; se esfumaría una ligera humareda blanca; un pequeño proyectil silbaría débilmente y nada habría ocurrido. Nada podría ocurrir. Había un aire de locura en aquella actividad; su contemplación producía una impresión de broma lúgubre. Y esa impresión no desapareció cuando alguien de a bordo me aseguró con toda seriedad que allí había un campamento de aborígenes (¡los llamaba enemigos!), oculto en algún lugar fuera de nuestra vista».

»Le entregamos sus cartas (me enteré de que los hombres en aquel barco solitario morían de fiebre a razón de tres por día) y proseguimos nuestra ruta. Hicimos escala en algunos otros lugares de nombres grotescos, donde la alegre danza de la muerte y el comercio continuaba desenvolviéndose en una atmósfera tranquila y terrenal, como en una catacumba ardiente. A lo largo de aquella costa informe, bordeada de un rompiente peligroso, como si la misma naturaleza hubiera tratado de desalentar a los intrusos, remontamos y descendimos algunos ríos, corrientes de muerte en vida, cuyos bordes se pudrían en el cieno, y cuyas aguas, espesadas por el limo, invadían los manglares contorsionados que parecían retorcerse hacia nosotros, en el extremo de su impotente desesperación. En ningún lugar nos detuvimos el tiempo suficiente como para obtener una impresión precisa, pero un sentimiento general de estupor vago y opresivo se intensificó en mí. Era como un fatigoso peregrinar en medio de visiones de pesadilla».

»Pasaron más de treinta días antes de que viera la boca del gran río. Anclamos cerca de la sede del gobierno, pero mi trabajo sólo comenzaría unas doscientas millas más adentro. Tan pronto como pude, llegué a un lugar situado treinta millas arriba».

»Tomé pasaje en un pequeño vapor. El capitán era sueco, y cuando supo que yo era marino me invitó a subir al puente. Era un joven delgado, rubio y lento, con una cabellera y porte desaliñados. Cuando abandonamos el pequeño y miserable muelle, meneó la cabeza en ademanes despectivos y me preguntó: "¿Ha estado viviendo aquí?" Le dije que sí. "Estos muchachos del gobierno son un grupo excelente", continuó hablando el inglés con gran precisión y considerable amargura. "Es gracioso lo que algunos de ellos pueden hacer por unos cuantos francos al mes. Me asombra lo que les ocurre cuando se internan río arriba." Le dije que pronto esperaba verlo con mis propios ojos. "¡Vaya!", exclamó. Luego me dio por un momento la espalda mirando con ojo vigilante la ruta. "No esté usted tan seguro. Hace poco recogí a un hombre colgado en el camino. También era sueco." "¿Se colgó? ¿Por qué, en nombre de Dios?", exclamé. Él seguía mirando con preocupación el río. "¿Quién puede saberlo? ¡Quizás estaba harto del sol! ¡O del país!».

»Al fin se abrió ante nosotros una amplia extensión de agua. Apareció una punta rocosa, montículos de tierra levantados en la orilla, casas sobre una colina, otras con techo metálico, entre las excavaciones o en un declive. Un ruido continuo producido por las caídas de agua dominaba esa escena de devastación habitada. Un grupo de hombres, en su mayoría negros desnudos, se movían como hormigas. El muelle se proyectaba sobre el río. Un crepúsculo cegador hundía todo aquello en un resplandor deslumbrante. "Ésa es la sede de su compañía", dijo el sueco, señalando tres barracas de madera sobre un talud rocoso. "Voy a hacer que le suban el equipaje. ¿Cuatro bultos, dice usted? Bueno, adiós».

»Pasé junto a un caldero que estaba tirado sobre la hierba, llegué a un sendero que conducía a la colina. El camino se desviaba ante las grandes piedras y ante unas vagonetas tiradas boca abajo con las ruedas al aire. Faltaba una de ellas. Parecía el caparazón de un animal extraño. Encontré piezas de maquinaria desmantelada, y una pila de rieles mohosos. A mi izquierda un macizo de árboles producía un lugar umbroso, donde algunas cosas oscuras parecían moverse. Yo pestañeaba; el sendero era escarpado. A la derecha oí sonar un cuerno y vi correr a un grupo de negros. Una pesada y sorda detonación hizo estremecerse la tierra, una bocanada de humo salió de la roca; eso fue todo. Ningún cambio se advirtió en la superficie de la roca. Estaban construyendo un ferrocarril. Aquella roca no estaba en su camino; sin embargo aquella voladura sin objeto era el único trabajo que se llevaba a cabo».

»Un sonido metálico a mis espaldas me hizo volver la cabeza. Seis negros avanzaban en fila, ascendiendo con esfuerzo visible el sendero. Caminaban lentamente, el gesto erguido, balanceando pequeñas canastas llenas de tierra sobre las cabezas. Aquel sonido se acompasaba con sus pasos. Llevaban trapos negros atados alrededor de las cabezas y las puntas se movían hacia adelante y hacia atrás como si fueran colas. Podía verles todas las costillas; las uniones de sus miembros eran como nudos de una cuerda. Cada uno llevaba atado al cuello un collar de hierro, y estaban atados por una cadena cuyos eslabones colgaban entre ellos, con un rítmico sonido. Otro estampido de la roca me hizo pensar de pronto en aquel barco de guerra que había visto disparar contra la tierra firme. Era el mismo tipo de sonido ominoso, pero aquellos hombres no podían, ni aunque se forzara la imaginación, ser llamados enemigos. Eran considerados como criminales, y la ley ultrajada, como las bombas que estallaban, les había llegado del mar cual otro misterio igualmente incomprensible. Sus pechos delgados jadeaban al unísono. Se estremecían las aletas violentamente dilatadas de sus narices. Los ojos contemplaban impávidamente la colina. Pasaron a seis pulgadas de donde yo estaba sin dirigirme siquiera una mirada, con la más completa y mortal indiferencia de salvajes infelices. Detrás de aquella materia prima, un negro amasado, el producto de las nuevas fuerzas en acción, vagaba con desaliento, llevando en la mano un fusil. Llevaba una chaqueta de uniforme a la que le faltaba un botón, y al ver a un hombre blanco en el camino, se llevó con toda rapidez el fusil al hombro. Era un acto de simple prudencia; los hombres blancos eran tan parecidos a cierta distancia que él no podía decir quién era yo. Se tranquilizó pronto y con una sonrisa vil, y una mirada a sus hombres, pareció hacerme partícipe de su confianza exaltada. Después de todo, también yo era una parte de la gran causa, de aquellos elevados y justos procedimientos».

»En lugar de seguir subiendo, me volví y bajé a la izquierda. Me proponía dejar que aquella cuerda de criminales desapareciera de mi vista antes de que llegara yo a la cima de la colina. Ya sabéis que no me caracterizo por la delicadeza; he tenido que combatir y sé defenderme. He tenido que resistir y algunas veces atacar (lo que es otra forma de resistencia) sin tener en cuenta el valor exacto, en concordancia con las exigencias del modo de vida que me ha sido propio. He visto el demonio de la violencia, el demonio de la codicia, el demonio del deseo ardiente, pero, ¡por todas las estrellas!, aquéllos eran unos demonios fuertes y lozanos de ojos enrojecidos que cazaban y conducían a los hombres, sí, a los hombres, repito. Pero mientras permanecía de pie en el borde de la colina, presentí que a la luz deslumbrante del sol de aquel país me llegaría a acostumbrar al demonio blando y pretencioso de mirada apagada y locura rapaz y despiadada. Hasta dónde podía llegar su insidia sólo lo iba a descubrir varios meses después y a unas mil millas río adentro. Por un instante quedé amedrentado, como si hubiese oído una advertencia. Al fin, descendí la colina, oblicuamente, hacia la arboleda que había visto».

»Evité un gran hoyo artificial que alguien había abierto en el declive, cuyo objeto me resultaba imposible adivinar. No se trataba ni de una cantera ni de una mina de arena. Era simplemente un hoyo. Podía relacionarse con el filantrópico deseo de proporcionar alguna ocupación a los criminales. No lo sé. Después estuve casi a punto de caer por un estrecho barranco, no mucho mayor que una cicatriz en el costado de la colina. Descubrí que algunos tubos de drenaje importados para los campamentos de la compañía habían sido dejados allí. Todos estaban rotos. Era un destrozo lamentable. Al final llegué a la arboleda. Me proponía descansar un momento a su sombra, pero en cuanto llegué tuve la sensación de haber puesto el pie en algún tenebroso círculo del infierno. Las cascadas estaban cerca y el ruido de su caída, precipitándose ininterrumpida, llenaba la lúgubre quietud de aquel bosquecillo (donde no corría el aire, ni una hoja se movía) con un sonido misterioso, como si la paz rota de la tierra herida se hubiera vuelto de pronto audible allí».

»Unas figuras negras gemían, inclinadas, tendidas o sentadas bajo los árboles, apoyadas sobre los troncos, pegadas a la tierra, parcialmente visibles, parcialmente ocultas por la luz mortecina, en todas las actitudes de dolor, abandono y desesperación que es posible imaginar. Explotó otro barreno en la roca, y a continuación sentí un ligero temblor de tierra bajo los pies. El trabajo continuaba. ¡El trabajo! Y aquél era el lugar adonde algunos de los colaboradores se habían retirado para morir».

»Morían lentamente… eso estaba claro. No eran enemigos, no eran criminales, no eran nada terrenal, sólo sombras negras de enfermedad y agotamiento, que yacían confusamente en la tiniebla verdosa. Traídos de todos los lugares del interior, contratados legalmente, perdidos en aquel ambiente extraño, alimentados con una comida que no les resultaba familiar, enfermaban, se volvían inútiles, y entonces obtenían permiso para arrastrarse y descansar allí. Aquellas formas moribundas eran libres como el aire, tan tenues casi como él. Comencé a distinguir el brillo de los ojos bajo los árboles. Después, bajando la vista, vi una cara cerca de mis manos. Los huesos negros reposaban extendidos a lo largo, con un hombro apoyado en el árbol, y los párpados se levantaron lentamente, los ojos sumidos me miraron, enormes y vacuos, una especie de llama blanca y ciega en las profundidades de las órbitas. Aquel hombre era joven al parecer, casi un muchacho, aunque como sabéis con ellos es difícil calcular la edad. Lo único que se me ocurrió fue ofrecerle una de las galletas del vapor del buen sueco que llevaba en el bolsillo. Los dedos se cerraron lentamente sobre ella y la retuvieron; no hubo otro movimiento ni otra mirada. Llevaba un trozo de estambre blanco atado alrededor del cuello. ¿Por qué? ¿Dónde lo había podido obtener? ¿Era una insignia, un adorno, un amuleto, un acto propiciatorio? ¿Había alguna idea relacionada con él? Aquel trozo de hilo blanco llegado de más allá de los mares resultaba de lo más extraño en su cuello».

»Junto al mismo árbol estaban sentados otros dos haces de ángulos agudos con las piernas levantadas. Uno, la cabeza apoyada en las rodillas, sin fijar la vista en nada, miraba al vacío de un modo irresistible e intolerante; su hermano fantasma reposaba la frente, como si estuviera vencido por una gran fatiga. Alrededor de ellos estaban desparramados los demás, en todas las posiciones posibles de un colapso, como una imagen de una matanza o una peste. Mientras yo permanecía paralizado por el terror, una de aquellas criaturas se elevó sobre sus manos y rodillas, y se dirigió hacia el río a beber. Bebió, tomando el agua con la mano, luego permaneció sentado bajo la luz del sol, cruzando las piernas, y después de un rato dejó caer la cabeza lanuda sobre el esternón».

»No quise perder más tiempo bajo aquella sombra y me apresuré a dirigirme al campamento. Cerca de los edificios encontré a un hombre vestido con una elegancia tan inesperada que en el primer momento llegué a creer que era una visión. Vi un cuello alto y almidonado, puños blancos, una ligera chaqueta de alpaca, pantalones impecables, una corbata clara y botas relucientes. No llevaba sombrero. Los cabellos estaban partidos, cepillados, aceitados, bajo un parasol a rayas verdes sostenido por una mano blanca. Era un individuo asombroso; llevaba un portaplumas tras la oreja».

»Estreché la mano de aquel ser milagroso, y me enteré de que era el principal contable de la compañía, y de que toda la contabilidad se llevaba en ese campamento. Dijo que había salido un momento para tomar un poco de aire fresco. Aquella expresión sonó de un modo extraordinariamente raro, con todo lo que sugería de una sedentaria vida de oficina. No tendría que mencionar para nada ahora a aquel individuo, a no ser que fue a sus labios a los que oí pronunciar por vez primera el nombre de la persona tan indisolublemente ligada a mis recuerdos de aquella época. Además sentí respeto por aquel individuo. Sí, respeto por sus cuellos, sus amplios puños, su cabello cepillado. Su aspecto era indudablemente el de un maniquí de peluquería, pero en la inmensa desmoralización de aquellos territorios, conseguía mantener esa apariencia. Eso era firmeza. Sus camisas almidonadas y las pecheras enhiestas eran logros de un carácter firme. Había vivido allí cerca de tres años, y, más adelante, no pude dejar de preguntarle cómo lograba ostentar aquellas prendas. Se sonrojó ligeramente y me respondió con modestia: “He logrado adiestrar a una de las nativas del campamento. Fue difícil. Le disgustaba hacer este trabajo.” Así que aquel hombre había logrado realmente algo. Vivía consagrado a sus libros, que llevaba con un orden perfecto».

»Todo lo demás que había en el campamento estaba presidido por la confusión; personas, cosas, edificios. Cordones de negros sucios con los pies aplastados llegaban y volvían a marcharse; una corriente de productos manufacturados, algodón de desecho, cuentas de colores, alambres de latón, era enviada a lo más profundo de las tinieblas, y a cambio de eso volvían preciosos cargamentos de marfil».

»Tuve que esperar en el campamento diez días, una eternidad. Vivía en una choza dentro del cercado, pero para lograr apartarme del caos iba a veces a la oficina del contable. Estaba construida con tablones horizontales y tan mal unidos que, cuando él se inclinaba sobre su alto escritorio, se veía cruzado desde el cuello hasta los talones por estrechas franjas de luz solar. No era necesario abrir la amplia celosía para ver. También allí hacía calor. Unos moscardones gordos zumbaban endiabladamente y no picaban sino que mordían. Por lo general me sentaba en el suelo, mientras él, con su aspecto impecable (llegaba hasta a usar un perfume ligero), encaramado en su alto asiento, escribía, anotaba. A veces se levantaba para hacer ejercicio. Cuando colocaron en su oficina un catre con un enfermo (un inválido llegado del interior), se mostró moderadamente irritado. “Los quejidos de este enfermo”, dijo, “distraen mi atención. Sin concentración es extremadamente fácil cometer errores en este clima».

»Un día comentó, sin levantar la cabeza: “En el interior se encontrará usted con el señor Kurtz.” Cuando le pregunté quién era el señor Kurtz, me respondió que era un agente de primera clase, y viendo mi desencanto ante esa información, añadió lentamente, dejando la pluma: “Es una persona notable.” Preguntas posteriores me hicieron saber que el señor Kurtz estaba por el momento a cargo de una estación comercial muy importante en el verdadero país del marfil, en el corazón mismo, y que enviaba tanto marfil como todos los demás agentes juntos».

»Empezó a escribir de nuevo. El enfermo estaba demasiado grave para quejarse. Las moscas zumbaban en medio del silencio».

»De pronto se oyó un murmullo creciente de voces y fuertes pisadas. Había llegado una caravana. Un rumor de sonidos extraños penetró desde el otro lado de los tablones. Todo el mundo hablaba a la vez, y en medio del alboroto se dejó oír la voz quejumbrosa del agente jefe “renunciando a todo” por vigésima vez en ese día… El contable se levantó lentamente. “¡Qué horroroso estrépito!”, dijo. Cruzó la habitación con paso lento para ver al hombre enfermo y volviéndose añadió: “Ya no oye” “¡Cómo! ¿Ha muerto?”, le pregunté, sobresaltado. “No, aún no”, me respondió con calma. Luego, aludiendo con un movimiento de cabeza al tumulto que se oía en el patio del campamento, añadió: “Cuando se tienen que hacer las cuentas correctamente, uno llega a odiar a estos salvajes, a odiarlos mortalmente.” Permaneció pensativo por un momento. “Cuando vea al señor Kurtz”, continuó, “dígale de mi parte que todo está aquí”, señaló al escritorio, “registrado satisfactoriamente. No me gusta escribirle… con los mensajeros que tenemos nunca se sabe quién va a recibir la carta… en esa Estación Central.” Me miró fijamente con ojos afectuosos: “Oh, él llegará muy lejos, muy lejos. Pronto será alguien en la administración. Allá arriba, en el Consejo de Europa, sabe usted… quieren que lo sea».

»Volvió a sumirse en su labor. Afuera el ruido había cesado, y, al salir, me detuve en la puerta. En medio del revoloteo de las moscas, el agente que volvía a casa estaba tendido ardiente e insensible; el otro, reclinado sobre sus libros, hacía perfectos registros de transacciones perfectamente correctas; y cincuenta pies más abajo de la puerta podía ver las inmóviles fronteras del foso de la muerte».

»Al día siguiente abandoné por fin el campamento, con una caravana de sesenta hombres, para recorrer un tramo de doscientas millas».

»No es necesario que os cuente lo que fue aquello. Veredas, veredas por todas partes. Una amplia red de veredas que se extendía por el jardín vacío, a lo largo de amplías praderas, praderas quemadas, a través de la selva, subiendo y bajando profundos barrancos, subiendo y bajando colinas pedregosas asoladas por el calor. Y una soledad absoluta. Nadie. Ni siquiera una cabaña. La población había desaparecido mucho tiempo atrás. Bueno, si una multitud de negros misteriosos, armados con toda clase de armas temibles, emprendiera de pronto el camino de Deal a Gravesend con cargadores a ambos lados soportando pesados fardos, imagino que todas las granjas y casas de los alrededores pronto quedarían vacías. Sólo que en aquellos lugares también las habitaciones habían desaparecido. De cualquier modo, pasé aún por algunas aldeas abandonadas. Hay algo patéticamente pueril en las ruinas cubiertas de maleza. Día tras día, el continuo paso arrastrado de sesenta pares de pies desnudos junto a mí, cada par cargado con un bulto de sesenta libras. Acampar, cocinar, dormir, levantar el campamento, emprender nuevamente la marcha. De cuando en cuando un hombre muerto tirado en medio de los altos yerbajos a un lado del sendero, con una cantimplora vacía y un largo palo junto a él. A su alrededor, y encima de él, un profundo silencio. Tal vez en una noche tranquila, el redoble de tambores lejanos, apagándose y aumentando, un redoble amplio y lánguido; un sonido fantástico, conmovedor, sugestivo y salvaje que expresaba tal vez un sentimiento tan profundo como el sonido de las campanas en un país cristiano. En una ocasión un hombre blanco con un uniforme desabrochado, acampado junto al sendero con una escolta armada de macilentos zanzíbares, muy hospitalario y festivo, por no decir ebrio, se encargaba, según nos dijo, de la conservación del camino. No puedo decir que yo haya visto ningún camino, ni ninguna obra de conservación, a menos que el cuerpo de un negro de mediana edad con un balazo en la frente con el que tropecé tres millas más adelante pudiera considerarse como tal. Yo iba también con un compañero blanco, no era mal sujeto, pero demasiado grueso y con la exasperante costumbre de fatigarse en las calurosas pendientes de las colinas, a varias millas del más mínimo fragmento de sombra y agua. Es un fastidio, sabéis, llevar la propia chaqueta sobre la cabeza de otro hombre como si fuera un parasol mientras recobraba el sentido. No pude contenerme y en una ocasión le pregunté por qué había ido a parar a aquellos lugares. Para hacer dinero, por supuesto. “¿Para qué otra cosa cree usted?”, me dijo desdeñosamente. Después tuvo fiebre y hubo que llevarlo en una hamaca colgada de un palo. Como pesaba ciento veinte kilos, tuve dificultades sin fin con los cargadores. Ellos protestaban, amenazaban con escapar, desaparecer por la noche con la carga… era casi motín. Una noche lancé un discurso en inglés ayudándome de gestos, ninguno de los cuales pasó inadvertido por los sesenta pares de ojos que tenía frente a mí, y a la mañana siguiente hice que la hamaca marchara delante de nosotros. Una hora más tarde todo el asunto fracasaba en medio de unos matorrales… el hombre, la hamaca, quejidos, cobertores, un horror. El pesado palo le había desollado la nariz. Yo estaba dispuesto a matar a alguien, pero no había cerca de nosotros ni la sombra de un cargador. Me acordé de las palabras del viejo médico: “A la ciencia le interesa observar los cambios mentales que se producen en los individuos en aquel sitio.” Sentí que me comenzaba a convertir en algo científicamente interesante. Sin embargo, todo esto no tiene importancia. Al decimoquinto día volví a ver nuevamente el gran río, y llegué con dificultad a la Estación Central. Estaba situada en un remanso, rodeada de maleza y de bosque, con una cerca de barro maloliente a un lado y a los otros tres una valla absurda de juncos. Una brecha descuidada era la única entrada. Una primera ojeada al lugar bastaba para comprender que era el diablo el autor de aquel espectáculo. Algunos hombres blancos con palos largos en las manos surgieron desganadamente entre los edificios, se acercaron para echarme una ojeada y volvieron a desaparecer en alguna parte. Uno de ellos, un muchacho de bigote negro, robusto e impetuoso, me informó con gran volubilidad y muchas digresiones, cuando le dije quién era, que mi vapor se hallaba en el fondo del río. Me quedé estupefacto. ¿Qué, cómo, por qué? ¡Oh!, no había de qué preocuparse. El director en persona se encontraba allí. Todo estaba en orden. “¡Se portaron espléndidamente! ¡Espléndidamente! Debe usted ir a ver en seguida al director general. Lo está esperando”, me dijo con cierta agitación».

»No comprendí de inmediato la verdadera significación de aquel naufragio. Me parece que la comprendo ahora, pero tampoco estoy seguro… al menos no del todo. Lo cierto es que cuando pienso en ello todo el asunto me parece demasiado estúpido, y sin embargo natural. De todos modos… Bueno, en aquel momento se me presentaba como una maldición. El vapor había naufragado. Había partido hacía dos días con súbita premura por remontar el río, con el director a bordo, confiando la nave a un piloto voluntario, y antes de que hubiera navegado tres horas había encallado en unas rocas, y se había hundido junto a un banco de arena. Me pregunté qué tendría que hacer yo en ese lugar, ahora que el barco se había hundido. Para decirlo brevemente, mi misión consistió en rescatar el barco del río. Tuve que ponerme a la obra al día siguiente. Eso, y las reparaciones, cuando logré llevar todas las piezas a la estación, consumió varios meses».

»Mi primera entrevista con el director fue curiosa. No me invitó a sentarme, a pesar de que yo había caminado unas veinte millas aquella mañana. El rostro, los modales y la voz eran vulgares. Era de mediana estatura y complexión fuerte. Sus ojos, de un azul normal, resultaban quizá notablemente fríos, seguramente podía hacer caer sobre alguien una mirada tan cortante y pesada como un hacha. Pero incluso en aquellos instantes, el resto de su persona parecía desmentir tal intención. Por otra parte, la expresión de sus labios era indefinible, furtiva, como una sonrisa que no fuera una sonrisa. Recuerdo muy bien el gesto, pero no logro explicarlo. Era una sonrisa inconsciente, aunque después dijo algo que la intensificó por un instante. Asomaba al final de sus frases, como un sello aplicado a las palabras más anodinas para darles una significación especial, un sentido completamente inescrutable. Era un comerciante común empleado en aquellos lugares desde su juventud, eso es todo. Era obedecido, a pesar de que no inspiraba amor ni odio, ni siquiera respeto. Producía una sensación de inquietud. ¡Eso era! Inquietud. No una desconfianza definida, sólo inquietud, nada más. Y no podéis figuraros cuán efectiva puede ser tal… tal… facultad. Carecía de talento organizador, de iniciativa, hasta de sentido del orden. Eso era evidente por el deplorable estado que presentaba la estación. No tenía cultura, ni inteligencia. ¿Cómo había logrado ocupar tal puesto? Tal vez por la única razón de que nunca enfermaba. Había servido allí tres periodos de tres años… Una salud triunfante en medio de la derrota general de los organismos constituye por sí misma una especie de poder. Cuando iba a su país con licencia se entregaba a un desenfreno en gran escala, pomposamente. Marinero en tierra, aunque con la diferencia de que lo era sólo en lo exterior. Eso se podía deducir por la conversación general. No era capaz de crear nada, mantenía sólo la rutina, eso era todo. Pero era genial. Era genial por aquella pequeña cosa que era imposible deducir en él.

Nunca le descubrió a nadie ese secreto. Es posible que en su interior no hubiera nada. Esta sospecha lo hacía a uno reflexionar, porque en el exterior no había ningún signo. En una ocasión en que varias enfermedades tropicales habían reducido al lecho a casi todos los "agentes" de la estación, se le oyó decir: "Los hombres que vienen aquí deberían carecer de entrañas." Selló la frase con aquella sonrisa que lo caracterizaba, como si fuera la puerta que se abría a la oscuridad que él mantenía oculta. Uno creía ver algo… pero el sello estaba encima. Cuando en las comidas se hastió de las frecuentes querellas entre los blancos por la prioridad en los puestos, mandó hacer una inmensa mesa redonda para la que hubo que construir una casa especial. Era el comedor de la estación. El lugar donde él se sentaba era el primer puesto, los demás no tenían importancia. Uno sentía que aquélla era su convicción inalterable. No era cortés ni descortés. Permanecía tranquilo. Permitía que su "muchacho", un joven negro de la costa, sobrealimentado, tratara a los blancos, bajo sus propios ojos, con una insolencia provocativa».

»En cuanto me vio comenzó a hablar. Yo había estado demasiado tiempo en camino. Él no podía esperar. Había tenido que partir sin mí. Había que revisar las estaciones del interior. Habían sido tantas las dilaciones en los últimos tiempos que ya no sabía quién había muerto y quién seguía con vida, cómo andaban las cosas, etcétera. No prestó ninguna atención a mis explicaciones, y, mientras jugaba con una barra de lacre, repitió varias veces que la situación era muy grave, muy grave. Corrían rumores de que una estación importante tenía dificultades y de que su jefe, el señor Kurtz, se encontraba enfermo. Esperaba que no fuera verdad. El señor Kurtz era… Yo me sentía cansado e irritado. ¡A la horca con el tal Kurtz!, pensaba. Lo interrumpí diciéndole que ya en la costa había oído hablar del señor Kurtz. "¡Ah! ¡De modo que se habla de él allá abajo!", murmuró. Luego continuó su discurso, asegurándome que el señor Kurtz era el mejor agente con que contaba, un hombre excepcional, de la mayor importancia para la compañía; por consiguiente yo debía tratar de comprender su ansiedad. Se hallaba, según decía, "muy, muy intranquilo". Lo cierto era que se agitaba sobre la silla y exclamaba: "¡Ah, el señor Kurtz!" En ese momento rompió la barra de lacre y pareció confundirse ante el accidente. Después quiso saber cuánto tiempo me llevaría rehacer el barco. Volví a interrumpirlo. Estaba hambriento, sabéis, y seguía de pie, por lo que comencé a sentirme como un salvaje. "¿Cómo puedo afirmar nada?", le dije. “No he visto aún el barco. Seguramente se necesitarán varios meses.” La conversación me parecía de lo más fútil. “¿Varios meses?”, dijo. “Bueno, pongamos tres meses antes de que podamos salir. Habrá que hacerlo en ese tiempo.” Salí de su cabaña (vivía solo en una cabaña de barro con una especie de terraza) murmurando para mis adentros la opinión que me había merecido. Era un idiota charlatán. Más tarde tuve que modificar esta opinión, cuando comprobé para mi asombro la extraordinaria exactitud con que había señalado el tiempo necesario para la obra».

»Me puse a trabajar al día siguiente, dando, por decirlo así, la espalda a la estación. Sólo de ese modo me parecía que podía mantener el control sobre los hechos redentores de la vida. Sin embargo, algunas veces había que mirar alrededor; veía entonces la estación y aquellos hombres que caminaban sin objeto por el patio bajo los rayos del sol. En algunas ocasiones me pregunté qué podía significar aquello. Caminaban de un lado a otro con sus absurdos palos en la mano, como una multitud de peregrinos embrujados en el interior de una cerca podrida. La palabra marfil permanecía en el aire, en los murmullos, en los suspiros. Me imagino que hasta en sus oraciones. Un tinte de imbécil rapacidad coloreaba todo aquello, como si fuera la emanación de un cadáver. ¡Por Júpiter! Nunca en mi vida he visto nada tan irreal. Y en el exterior, la silenciosa soledad que rodeaba ese claro en la tierra me impresionaba como algo grande e invencible, como el mal o la verdad, que esperaban pacientemente la desaparición de aquella fantástica invasión».

»¡Oh, qué meses aquellos! Bueno, no importa. Ocurrieron varias cosas. Una noche una choza llena de percal, algodón estampado, abalorios y no sé qué más, se inflamó en una llamarada tan repentina que se podía creer que la tierra se había abierto para permitir que un fuego vengador consumiera toda aquella basura. Yo estaba fumando mi pipa tranquilamente al lado de mi vapor desmantelado, y vi correr a todo el mundo con los brazos en alto ante el resplandor, cuando el robusto hombre de los bigotes llegó al río con un cubo en la mano y me aseguró que todos “se portaban espléndidamente, espléndidamente”. Llenó el cubo de agua y se largó de nuevo a toda prisa. Pude ver que había un agujero en el fondo del cubo».

»Caminé río arriba. Sin prisa. Mirad, aquello había ardido como si fuera una caja de cerillas. Desde el primer momento no había tenido remedio. La llama había saltado a lo alto, haciendo retroceder a todo el mundo, y después de consumirlo todo se había apagado. La cabaña no era más que un montón de ascuas y cenizas candentes. Un negro era azotado cerca del lugar. Se decía que de alguna manera había provocado el incendio; fuera cierto o no, gritaba horriblemente. Volví a verlo días después, sentado a la sombra de un árbol; parecía muy enfermo, trataba de recuperarse; más tarde se levantó y se marchó, y la selva muda volvió a recibirlo en su seno. Mientras me acercaba al calor vivo desde la oscuridad, me encontré a la espalda de dos hombres que hablaban entre sí. Oí que pronunciaban el nombre de Kurtz y que uno le decía al otro: “Deberías aprovechar este incidente desgraciado.” Uno de los hombres era el director. Le deseé buenas noches. “¿Ha visto usted algo parecido? Es increíble”, dijo y se marchó. El otro hombre permaneció en el lugar. Era un agente de primera categoría, joven, de aspecto distinguido, un poco reservado, con una pequeña barba bifurcada y nariz aguileña. Se mantenía al margen de los demás agentes, y éstos a su vez decían que era un espía al servicio del director. En lo que a mí respecta, no había cambiado nunca una palabra con él. Comenzamos a conversar y sin darnos cuenta nos fuimos alejando de las ruinas humeantes. Después me invitó a acompañarlo a su cuarto, que estaba en el edificio principal de la estación. Encendió una cerilla, y pude advertir que aquel joven aristócrata no sólo tenía un tocador montado en plata sino una vela entera, toda suya. Se suponía que el director era el único hombre que tenía derecho a las velas. Las paredes de barro estaban cubiertas con tapices indígenas; una colección de lanzas, azagayas, escudos, cuchillos, colgaba de ellas como trofeos. Según me habían informado, el trabajo confiado a aquel individuo era la fabricación de ladrillos, pero en toda la estación no había un solo pedazo de ladrillo, y había tenido que permanecer allí desde hacía más de un año, esperando. Al parecer no podía construir ladrillos sin un material, no sé qué era, tal vez paja. Fuera lo que fuese, allí no se conseguía, y como no era probable que lo enviaran de Europa, no resultaba nada claro comprender qué esperaba. Un acto de creación especial, tal vez. De un modo u otro todos esperaban, todos (bueno, los dieciséis o veinte peregrinos) esperaban que algo ocurriera; y les doy mi palabra de que aquella espera no parecía nada desagradable, dada la manera en que la aceptaban, aunque lo único que parecían recibir eran enfermedades, de eso podía darme cuenta. Pasaban el tiempo murmurando e intrigando unos contra otros de un modo completamente absurdo. En aquella estación se respiraba un aire de conspiración, que, por supuesto, no se resolvía en nada. Era tan irreal como todo lo demás, como las pretensiones filantrópicas de la empresa, como sus conversaciones, como su gobierno, como la empresa, como sus conversaciones, como su gobierno, como las muestras de su trabajo. El único sentimiento real era el deseo de ser destinado a un puesto comercial donde poder recoger el marfil y obtener el porcentaje estipulado. Intrigaban, calumniaban y se detestaban sólo por eso, pero en cuanto a mover aunque fuese el dedo meñique, oh, no. ¡Cielos santos!, hay algo después de todo en el mundo que permite que un hombre robe un caballo mientras que otro ni siquiera puede mirar un ronzal. Robar un caballo directamente, pase. Quien lo hace tal vez pueda montarlo. Pero hay una manera de mirar un ronzal que incitaría al piadoso de los santos a dar un puntapié».

»Yo no tenía idea de por qué aquel hombre deseaba mostrarse sociable conmigo, pero mientras conversábamos me pareció de pronto que aquel individuo trataba de llegar a algo, a un hecho real, y que me interrogaba. Aludía constantemente a Europa, a las personas que suponía que yo conocía allí, dirigiéndome preguntas insinuantes sobre mis relaciones en la ciudad sepulcral. Sus ojos pequeños brillaban como discos de mica, llenos de curiosidad, aunque procuraba conservar algo de su altivez. Al principio su actitud me sorprendió, pero muy pronto comencé a sentir una intensa curiosidad por saber qué se proponía obtener de mí. Me era imposible imaginar qué podía despertar su interés. Era gracioso ver cómo luchaba en el vacío, porque lo cierto es que mi cuerpo estaba lleno sólo de escalofríos y en mi cabeza no había otra cosa fuera de aquel condenado asunto del vapor hundido. Era evidente que me consideraba como un desvergonzado prevaricador. Al final se enfadó y, para disimular un movimiento de furia y disgusto, bostezó. Me levanté. Entonces pude ver un pequeño cuadro al óleo en un marco, representando a una mujer envuelta en telas y con los ojos vendados, que llevaba en la mano una antorcha encendida. El fondo era sombrío, casi negro. La mujer permanecía inmóvil y el efecto de la luz de la antorcha en su rostro era siniestro».

»Eso me retuvo, y él permaneció de pie por educación, sosteniendo una botella vacía de champaña (para usos medicinales) con la vela colocada encima. A mi pregunta, respondió que el señor Kurtz lo había pintado, en esa misma estación, hacía poco más de un año, mientras esperaba un medio de trasladarse a su estación comercial. “Dígame, por favor”, le pedí, “¿Quién es ese señor Kurtz?».

»“El jefe de la estación interior”, respondió con sequedad, mirando hacia otro lado. “Muchas gracias”, le dije riendo, “y usted es el fabricante de ladrillos de la Estación Central. Eso todo el mundo lo sabe”. Por un momento permaneció callado. “Es un prodigio”, dijo al fin. “Es un emisario de la piedad, la ciencia y el progreso, y sólo el diablo sabe de qué más. Nosotros necesitamos”, comenzó de pronto a declamar, “para realizar la causa que Europa nos ha confiado, por así decirlo, inteligencias superiores, gran simpatía, unidad de propósitos”. “¿Quién ha dicho eso?”, pregunté. “Muchos de ellos”, respondió. “Algunos hasta lo escriben; y de pronto llegó aquí él, un ser especial, como debe usted saber”. “¿Por qué debo saberlo?”, lo interrumpí, realmente sorprendido. Él no me prestó ninguna atención. “Sí, hoy día es el jefe de la mejor estación, el año próximo será asistente en la dirección, dos años más y… pero me atrevería a decir que usted sabe en qué va a convertirse dentro de un par de años. Usted forma parte del nuevo equipo… el equipo de la virtud. La misma persona que lo envió a él lo ha recomendado muy especialmente a usted. Oh, no diga que no. Yo tengo mis propios ojos, sólo en ellos confío”. La luz se hizo en mí. Las poderosas amistades de mi tía estaban produciendo un efecto inesperado en aquel joven. Estuve a punto de soltar una carcajada. “¿Lee usted la correspondencia confidencial de la compañía?”, le pregunté. No pudo decir una palabra. Me resultó muy divertido. “Cuando el señor Kurtz”, continué severamente, “sea director general, no va usted a tener oportunidad de hacerlo».

»Apagó la vela de pronto y salimos. La luna se había levantado. Algunas figuras negras vagaban alrededor, echando agua sobre los escombros de los que salía un sonido silbante. El vapor ascendía a la luz de la luna, el negro golpeado gemía en alguna parte. “¡Qué escándalo hace ese animal!”, dijo el hombre infatigable de los bigotes, quien de pronto apareció a nuestro lado. “De algo le servirá. Transgresión… castigo… ¡plaf! Sin piedad, sin piedad. Es la única manera. Eso prevendrá cualquier otro incendio en el futuro. Le acabo de decir al director…” Se fijó en mi acompañante e inmediatamente pareció perder la energía: “¿Todavía levantado?”, dijo con una especie de afecto servil. “Bueno, es natural. Peligro… agitación”, y se desvaneció. Llegué hasta la orilla del río y el otro me acompañó. Oí un chirriante murmullo: “¡Montón de inútiles, seguid!” Podía ver a los peregrinos en grupitos, gesticulando, discutiendo. Algunos tenían todavía los palos en la mano. Yo creo que llegaban a acostarse con aquellos palos. Del otro lado de la empalizada la selva se erguía espectral a la luz de la luna, y a través del incierto movimiento, a través de los débiles ruidos de aquel lamentable patio, el silencio de la tierra se introducía en el corazón de todos… su misterio, su grandeza, la asombrosa realidad de su vida oculta. El negro castigado se lamentaba débilmente en algún lugar cercano, y luego emitió un doloroso suspiro que hizo que mis pasos tomaran otra dirección. Sentí que una mano se introducía bajo mi brazo. “Mi querido amigo”, dijo el tipo, “no quiero que me malinterprete, especialmente usted, que verá al señor Kurtz mucho antes de que yo pueda tener ese placer. No quisiera que se fuera a formar una idea falsa de mi disposición…».

»Dejé continuar a aquel Mefistófeles de pacotilla; me pareció que de haber querido hubiera podido traspasarlo con mi índice y no habría encontrado sino un poco de suciedad blanduzca en su interior. Se había propuesto, sabéis, ser ayudante del director, y la llegada posible de aquel Kurtz lo había sobresaltado tanto como al mismo director general. Hablaba precipitadamente y yo no traté de detenerlo. Apoyé la espalda sobre los restos del vapor, colocado en la orilla, como el esqueleto de algún gran animal fluvial. El olor del cieno, del cieno primigenio, ¡por Júpiter!, estaba en mis narices, la inmovilidad de aquella selva estaba ante mis ojos; había manchas brillantes en la negra ensenada. La luna extendía sobre todas las cosas una fina capa de plata, sobre la fresca hierba, sobre el muro de vegetación que se elevaba a una altura mayor que el muro de un templo, sobre el gran río, que resplandecía mientras corría anchurosamente sin un murmullo. Todo aquello era grandioso, esperanzador, mudo, mientras aquel hombre charlaba banalmente sobre sí mismo. Me pregunté si la quietud del rostro de aquella inmensidad que nos contemplaba a ambos significaba un buen presagio o una amenaza. ¿Qué éramos nosotros, extraviados en aquel lugar? ¿Podíamos dominar aquella cosa muda, o sería ella la que nos manejaría a nosotros? Percibí cuán grande, cuán inmensamente grande era aquella cosa que no podía hablar, y que tal vez también fuera sorda. ¿Qué había allí? Sabía que parte del marfil llegaba de allí y había oído decir que el señor Kurtz estaba allí. Había oído ya bastante. ¡Dios es testigo! Pero sin embargo aquello no producía en mí ninguna imagen; igual que si me hubiesen dicho que un ángel o un demonio vivían allí. Creía en aquello de la misma manera en que cualquiera de vosotros podría creer que existen habitantes en el planeta Marte. Conocí una vez a un fabricante de velas escocés que estaba convencido, firmemente convencido, de que había habitantes en Marte. Si se le interrogaba sobre la idea que tenía sobre su aspecto y su comportamiento, adoptaba una expresión tímida y murmuraba algo sobre que “andaban a cuatro patas”. Si alguien sonreía, aquel hombre, aunque pasaba de los sesenta, era capaz de desafiar al burlón a duelo. Yo no hubiera llegado tan lejos como a batirme por Kurtz, pero por causa suya estuve casi a punto de mentir. Vosotros sabéis que odio, detesto, me resulta intolerable la mentira, no porque sea más recto que los demás, sino porque sencillamente me espanta. Hay un tinte de muerte, un sabor de mortalidad en la mentira que es exactamente lo que más odio y detesto en el mundo, lo que quiero olvidar. Me hace sentir desgraciado y enfermo, como la mordedura de algo corrupto. Es cuestión de temperamento, me imagino. Pues bien, estuve cerca de eso al dejar que aquel joven estúpido creyera lo que le viniera en gana sobre mi influencia en Europa. Por un momento me sentí tan lleno de pretensiones como el resto de aquellos embrujados peregrinos. Sólo porque tenía la idea de que eso de algún modo iba a resultarle útil a aquel señor Kurtz a quien hasta el momento no había visto… ya entendéis. Para mí era apenas un nombre. Y en el nombre me era tan imposible ver a la persona como lo debe ser para vosotros. ¿Lo veis? ¿Veis la historia? ¿Veis algo? Me parece que estoy tratando de contar un sueño… que estoy haciendo un vano esfuerzo, porque el relato de un sueño no puede transmitir la sensación que produce esa mezcla de absurdo, de sorpresa y aturdimiento en un rumor de revuelta y rechazo, esa noción de ser capturados por lo increíble que es la misma esencia de los sueños».

Marlow permaneció un rato en silencio.

—…No, es imposible; es imposible comunicar la sensación de vida de una época determinada de la propia existencia, lo que constituye su verdad, su sentido, su sutil y penetrante esencia. Es imposible. Vivimos como soñamos… solos.

Volvió a hacer otra pausa como reflexionando. Después añadió:

—Por supuesto, en esto vosotros podréis ver más de lo que yo podía ver entonces. Me veis a mí, a quien conocéis…

La oscuridad era tan profunda que nosotros, sus oyentes, apenas podíamos vernos unos a otros. Hacía ya largo rato que él, sentado aparte, no era para nosotros más que una voz. Nadie decía una palabra. Los otros podían haberse dormido, pero yo estaba despierto. Escuchaba, escuchaba aguardando la sentencia, la palabra que pudiera servirme de pista en la débil angustia que me inspiraba aquel relato que parecía formularse por sí mismo, sin necesidad de labios humanos, en el aire pesado y nocturno de aquel río.

—Sí, lo dejé continuar —volvió a decir de nuevo Marlow— y que pensara lo que le diera la gana sobre los poderes que existían detrás de mí. ¡Lo hice! ¡Y detrás de mí no había nada! No había nada salvo aquel condenado, viejo y maltrecho vapor sobre el que me apoyaba, mientras él hablaba fluidamente de la necesidad que tenía cada hombre de progresar. «Cuando alguien llega aquí, usted lo sabe, no es para contemplar la luna», me dijo. El señor Kurtz era un «genio universal», pero hasta un genio encontraría más fácil trabajar con «instrumentos adecuados y hombres inteligentes». Él no fabricaba ladrillos. ¿Por qué? Bueno, había una imposibilidad material que lo impedía, como yo muy bien sabía, y si trabajaba como secretario del director era porque ningún hombre inteligente puede rechazar absurdamente la confianza que en él depositan sus superiores. ¿Me daba yo cuenta? Sí, me daba cuenta. ¿Qué más quería yo? Lo que realmente quería eran remaches, ¡cielo santo!, ¡remaches!, para poder continuar el trabajo y tapar aquel agujero. Remaches. En la costa había cajas llenas de ellos, cajas amontonadas, rajadas, herrumbrosas. En aquella estación de la colina uno tropezaba con un remache desprendido a cada paso que daba. Algunos habían rodado hasta el bosque de la muerte. Uno podía llenarse los bolsillos de remaches sólo con molestarse en recogerlos; y en cambio donde eran necesarios no se encontraba uno solo. Teníamos chapas que nos podían servir, pero nada con qué poder ajustarlas. Cada semana el mensajero, un negro solo, con un saco de cartas al hombro, dejaba la estación para dirigirse a la costa. Y varias veces a la semana una caravana llegaba de la costa con productos comerciales, percal horriblemente teñido que daba escalofríos de sólo mirar, cuentas de cristal de las que podía comprarse un cuarto de galón por un penique, pañuelos de algodón estrafalariamente estampados. Y nunca remaches. Tres negros hubieran podido transportar todo lo necesario para poner a flote aquel vapor.

»Se estaba poniendo confidencial, pero me imagino que al no encontrar ninguna respuesta de mi parte debió haberse exasperado, ya que consideró necesario informarme que no temía a Dios ni al diablo, y mucho menos a los hombres. Le dije que podía darme perfecta cuenta, pero que lo que yo necesitaba era una determinada cantidad de remaches… y que en realidad lo que el señor Kurtz hubiera pedido, si estuviese informado de esa situación, habrían sido los remaches. Y él enviaba cartas a la costa cada semana… “Mi querido señor” gritó, “yo escribo lo que me dictan”. Seguí pidiendo remaches. Un hombre inteligente tiene medios para obtenerlos. Cambió de modales. De pronto adoptó un tono frío y comenzó a hablar de un hipopótamo. Me preguntó si cuando dormía a bordo (permanecía allí noche y día), no tenía yo molestias. Un viejo hipopótamo tenía la mala costumbre de salir de noche a la orilla y errar por los terrenos de la estación. Los peregrinos solían salir en pelotón y descargar sus rifles sobre él. Algunos velaban toda la noche esperándole. Sin embargo había sido una energía desperdiciada. “Ese animal tiene una vida encantada, y eso sólo se puede decir de las bestias de este país. Ningún hombre, ¿me entiende usted?, ningún hombre tiene aquí el mismo privilegio”, dijo. Permaneció un momento a la luz de la luna con su delicada nariz aguileña un poco ladeada, y los ojos de mica brillantes, sin pestañear. Después se despidió secamente y se retiró a grandes zancadas. Me di cuenta de que estaba turbado y enormemente confuso, lo que me hizo alentar mayores esperanzas de las que había abrigado en los días anteriores. Me servía de consuelo apartar a aquel tipo para volver a mi influyente amigo, el roto, torcido, arruinado, desfondado barco de vapor. Subí a bordo. Crujió bajo mis pies como una lata de bizcochos Hunley & Palmer vacía que hubiera recibido un puntapié en un escalón. No era sólido, mucho menos bonito, pero había invertido en él demasiado trabajo como para no quererlo. Ningún amigo influyente me hubiera servido mejor. Me había dado la oportunidad de moverme un poco y descubrir lo que podía hacer. No, no me gusta el trabajo. Prefiero ser perezoso y pensar en las bellas cosas que pueden hacerse. No me gusta el trabajo, a ningún hombre le gusta, pero me gusta lo que hay en el trabajo, la ocasión de encontrarse a sí mismo. La propia realidad, eso que sólo uno conoce y no los demás, que ningún otro hombre puede conocer. Ellos sólo pueden ver el espectáculo, y nunca pueden decir lo que realmente significa».

»No me sorprendió ver a una persona sentada en la cubierta, con las piernas colgantes sobre el barro. Mirad, mis relaciones eran buenas con los pocos mecánicos que había en la estación, y a los que los otros peregrinos naturalmente despreciaban; me imagino que por la rudeza de sus modales. Era el capataz, un fabricante de marmitas, buen trabajador, un individuo seco, huesudo, de rostro macilento, con ojos grandes y mirada intensa. Tenía un aspecto preocupado. Su cabeza era tan calva como la palma de mi mano; parecía que los cabellos, al caer, se le habían pegado a la barbilla y que habían prosperado en aquella nueva localidad, pues la barba le llegaba a la cintura. Era un viudo con seis hijos (los había dejado a cargo de una hermana suya al emprender el viaje) y la pasión de su vida eran las palomas mensajeras. Era un entusiasta y un conocedor. Deliraba por las palomas. Después del horario de trabajo acostumbraba ir a veces al barco a conversar sobre sus hijos, y sobre las palomas. En el trabajo, cuando se debía arrastrar por el barro bajo la quilla del vapor, recogía su barba en una especie de servilleta blanca que llevaba para ese propósito, con unas cintas que ataba tras las orejas. Por las noches se le podía ver inclinado sobre el río, lavando con sumo cuidado esa envoltura en la corriente, y tendiéndola después solemnemente sobre una mata para que se secara».

»Le di una palmada en la espalda y exclamé: “Vamos a tener remaches”. Se puso de pie y exclamó: “¿No? ¡Remaches!”, como si no pudiera creer a sus oídos. Luego, añadió en voz baja: “Usted… ¿Eh?” No sé por qué nos comportábamos como lunáticos. Me llevé un dedo a la nariz inclinando la cabeza misteriosamente. “¡Bravo por usted!”, exclamó, chasqueando sus dedos sobre la cabeza y levantando un pie. Comencé a bailotear. Saltábamos sobre la cubierta de hierro. Un ruido horroroso salió de aquel casco arrumbado y el bosque virgen desde la otra margen del río lo envió de vuelta en un eco atronador a la estación dormida. Aquello debió hacer levantar a algunos peregrinos en sus cabañas. Una figura oscura apareció en el portal de la cabaña del director, desapareció, y luego, un segundo o dos después, también la puerta desapareció. Nos detuvimos y el silencio interrumpido por nuestro zapateo volvió de nuevo a nosotros desde los lugares más remotos de la tierra. El gran muro de vegetación, una masa exuberante y confusa de troncos, ramas, hojas, guirnaldas, inmóviles a la luz de la luna, era como una tumultuosa invasión de vida muda, una ola arrolladora de plantas, apiladas, con penachos, dispuestas a derrumbarse sobre el río, a barrer la pequeña existencia de todos los pequeños hombres que, como nosotros, estábamos en su seno. Y no se movía. Una explosión sorda de grandiosas salpicaduras y bufidos nos llegó de lejos, como si un ictiosaurio se estuviera bañando en el resplandor del gran río. “Después de todo”, dijo el fabricante de marmitas, en tono razonable, “¿por qué no iban a darnos los remaches?” ¡En efecto, por qué no! No conocía ninguna razón para que no los tuviésemos. “Llegarán dentro de unas tres semanas”, le dije en tono confidencial».

»Pero no fue así. En lugar de remaches tuvimos una invasión, un castigo, una visita. Llegó en secciones durante las tres semanas siguientes; cada sección encabezada por un burro en el que iba montado un blanco con traje nuevo y zapatos relucientes, un blanco que saludaba desde aquella altura a derecha e izquierda a los impresionados peregrinos. Una banda pendenciera de negros descalzos y desarrapados marchaba tras el burro; un equipaje de tiendas, sillas de campaña, cajas de lata, cajones blancos y fardos grises eran depositados en el patio, y el aire de misterio parecía espesarse sobre el desorden de la estación. Llegaron cinco expediciones semejantes, con el aire absurdo de una huida desordenada, con el botín de innumerables almacenes y abundante acopio de provisiones que uno podría pensar habían sido arrancadas de la selva para ser repartidas equitativamente. Era una mezcla indecible de cosas, útiles en sí, pero a las cuales la locura humana hacía parecer como el botín de un robo».

»Aquella devota banda se daba a sí misma el nombre de Expedición de Exploradores Eldorado. Parece ser que todos sus miembros habían jurado guardar secreto. Su conversación, de cualquier manera, era una conversación de sórdidos filibusteros. Era un grupo temerario pero sin valor, voraz sin audacia, cruel sin osadía. No había en aquella gente un átomo de previsión ni de intención seria, y ni siquiera parecían saber que esas cosas son requeridas para el trabajo en el mundo. Arrancar tesoros a las entrañas de la tierra era su deseo, pero aquel deseo no tenía detrás otro propósito moral que el de la acción de unos bandidos que fuerzan una caja fuerte. No sé quién costearía los gastos de aquella noble empresa, pero un tío de nuestro director era el jefe del grupo».

»Por su exterior parecía el carnicero de un barrio pobre, y sus ojos tenían una mirada de astucia somnolienta. Ostentaba un enorme vientre sobre las cortas piernas, y durante el tiempo que aquella banda infestó la estación sólo habló con su sobrino. Podía uno verlos vagando durante el día por todas partes, las cabezas unidas en una interminable confabulación».

»Renuncié a molestarme más por el asunto de los remaches. La capacidad humana para esa especie de locura es más limitada de lo que vosotros podéis suponer. Me dije: “A la horca con todos”. Y dejé de preocuparme. Tenía tiempo en abundancia para la meditación, y de vez en cuando dedicaba algún pensamiento a Kurtz. No me interesaba mucho. No. Sin embargo, sentía curiosidad por saber si aquel hombre que había llegado equipado con ideas morales de alguna especie lograría subir a la cima después de todo, y cómo realizaría el trabajo una vez que lo hubiese conseguido».

CAPÍTULO DOS

—Una noche, mientras estaba tendido en la cubierta de mi vapor, oí voces que se acercaban. Eran el tío y el sobrino que caminaban por la orilla del río. Volví a apoyar la cabeza sobre el brazo, y estaba a punto de volverme a dormir, cuando alguien dijo casi en mi oído:

»“Soy tan inofensivo como un niño, pero no me gusta que me manden. ¿Soy el director o no lo soy? Me ordenaron enviarlo allí. Es increíble…” Me di cuenta de que ambos se hallaban en la orilla, al lado de popa, precisamente debajo de mi cabeza. No me moví; no se me ocurrió moverme. Estaba amodorrado. “Es muy desagradable”, gruñó el tío. “Él había pedido a la administración que le enviaran allí”, dijo el otro, “con la idea de demostrar lo que era capaz de hacer. Yo recibí instrucciones al respecto. Debe tener una influencia tremenda. ¿No te parece terrible?” Ambos convinieron en que aquello era terrible; después hicieron observaciones extrañas: hace la lluvia… el buen tiempo… un hombre… el Consejo… por la nariz… Fragmentos de frases absurdas que me hicieron salir de mi estado de somnolencia. De modo que estaba en pleno uso de mis facultades mentales cuando el tío dijo: “El clima puede eliminar esa dificultad. ¿Está solo allá?” “Sí”, respondió el director. “Me envió a su asistente, con una nota redactada más o menos en estos términos: ‘Saque usted a este pobre diablo del país, y no se moleste en enviarme a otras personas de esta especie. Prefiero estar solo a tener a mi lado la clase de hombres de que ustedes pueden disponer.’ Eso fue hace ya más de un año. ¿Puedes imaginarte desfachatez semejante?” “¿Y nada a partir de entonces?”, preguntó el otro con voz ronca. “Marfil”, masculló el sobrino, “a montones… y de primera clase. Grandes cargamentos; todo para fastidiar, me parece”. “¿De qué manera?” preguntó un rugido sordo. “Facturas”, fue la respuesta. Se podía decir que aquella palabra había sido disparada. Luego se hizo el silencio. Habían estado hablando de Kurtz».

»Para entonces yo estaba del todo despierto. Permanecía acostado tal como estaba, sin cambiar de postura. “¿Cómo ha logrado abrirse paso todo ese marfil?”, explotó de pronto el más anciano de los dos, que parecía muy contrariado. El otro explicó que había llegado en una flotilla de canoas, a las órdenes de un mestizo inglés que Kurtz tenía a su servicio. El mismo Kurtz, al parecer, había tratado de hacer el viaje, por encontrarse en ese tiempo la estación desprovista de víveres y pertrechos, pero después de recorrer unas trescientas millas había decidido de pronto regresar, y lo hizo solo, en una pequeña canoa con cuatro remeros, dejando que el mestizo continuara río abajo con el marfil. Los dos hombres estaban sorprendidos ante semejante proceder. Trataban de encontrar un motivo que explicara esa actitud. En cuanto a mí, me pareció ver por primera vez a Kurtz. Fue un vislumbre preciso: la canoa, cuatro remeros salvajes; el blanco solitario que de pronto le daba la espalda a las oficinas principales, al descanso, tal vez a la idea del hogar, y volvía en cambio el rostro hacia lo más profundo de la selva, hacia su campamento vacío y desolado. Yo no conocía el motivo. Era posible que sólo se tratara de un buen sujeto que se había entusiasmado con su trabajo. Su nombre, sabéis, no había sido pronunciado ni una sola vez durante la conversación. Se referían a “aquel hombre”. El mestizo que, según podía yo entender, había realizado con gran prudencia y valor aquel difícil viaje era invariablemente llamado “ese canalla”. El “canalla” había informado que “aquel hombre” había estado muy enfermo; aún no se había restablecido del todo… Los dos hombres debajo de mí se alejaron unos pasos; paseaban de un lado a otro a cierta distancia. Escuché: “puesto militar… médico… doscientas millas… ahora completamente solo… plazos inevitables… nueve meses… ninguna noticia… extraños rumores”. Volvieron a acercarse. Precisamente en esos momentos decía el director: “Nadie, que yo sepa, a menos que sea una especie de mercader ambulante, un tipo malvado que les arrebata el marfil a los nativos».

»¿De quién hablaban ahora? Pude deducir que se trataba de algún hombre que estaba en el distrito de Kurtz y cuya presencia era desaprobada por el director. “No nos veremos libres de esos competidores de mala fe hasta que colguemos a uno para escarmiento de los demás”, dijo. “Por supuesto”, gruñó el otro. “¡Deberías colgarlo! ¿Por qué no? En este país se puede hacer todo, todo. Eso es lo que yo sostengo; aquí nadie puede poner en peligro tu posición. ¿Por qué? Porque resistes el clima. Sobrevives a todos los demás. El peligro está en Europa. Pero antes de salir tuve la precaución de…”»

»Se alejaron y sus voces se convirtieron en un murmullo. Después volvieron a elevarse. “Esta extraordinaria serie de retrasos no es culpa mía. He hecho todo lo que he podido”. “Es una lástima”, suspiró el viejo. “Y esa peste absurda que es su conversación” rugió el otro. “Me molestó mucho cuando estaba aquí: ‘Cada estación debería ser como un faro en medio del camino, que iluminara la senda hacia cosas mejores; un centro comercial, por supuesto, pero también de humanidad, de mejoras, de instrucción.’ ¡Habráse visto semejante asno! ¡Y quiere ser director! ¡No, es como…!”»

»El exceso de indignación lo hizo sofocarse. Yo levanté un poco la cabeza. Me sorprendió ver lo cerca que estaban, justo debajo de mí. Habría podido escupir sobre sus sombreros. Miraban el suelo, absortos en sus pensamientos. El director se fustigaba la pierna con una fina varita. Su sagaz pariente levantó de pronto la cabeza. “¿Y te has encontrado bien todo el tiempo, desde que llegaste?”, preguntó. El otro pareció sobresaltarse. “¿Quién? ¿Yo? ¡Oh, perfectamente, perfectamente! Pero el resto… ¡santo cielo!, todos enfermos. Se mueren tan rápidamente que no tengo casi tiempo de mandarlos fuera de la región… ¡Es increíble!” “Hum. Así es precisamente”, gruñó el tío. ‘Ah, muchacho, confía en eso… te lo digo, confía en eso”. Le vi extender un brazo que más bien parecía una aleta y señalar hacia la selva, la ensenada, el barco, el río; parecía sellar con un gesto vil ante la iluminada faz de la tierra un pacto traidor con la muerte en acecho, el mal escondido, las profundas tinieblas del corazón humano. Fue tan espantoso que me puse en pie de un salto y miré hacia atrás, al lindero de la selva, como esperando encontrar una respuesta a ese negro intercambio de confidencias. Ya sabéis que a veces uno llega a abrigar las más locas ideas. Una profunda calma rodeaba a aquellas dos figuras con su ominosa paciencia, esperando el paso de una invasión fantástica. El exceso de indignación lo hizo sofocarse. Yo levanté un poco la cabeza. Me sorprendió ver lo cerca que estaban, justo debajo de mí. Habría podido escupir sobre sus sombreros. Miraban el suelo, absortos en sus pensamientos. El director se fustigaba la pierna con una fina varita. Su sagaz pariente levantó de pronto la cabeza. “¿Y te has encontrado bien todo el tiempo, desde que llegaste?”, preguntó. El otro pareció sobresaltarse. “¿Quién? ¿Yo? ¡Oh, perfectamente, perfectamente! Pero el resto… ¡santo cielo!, todos enfermos. Se mueren tan rápidamente que no tengo casi tiempo de mandarlos fuera de la región… ¡Es increíble!” “Hum. Así es precisamente”, gruñó el tío. “Ah, muchacho, confía en eso… te lo digo, confía en eso”. Le vi extender un brazo que más bien parecía una aleta y señalar hacia la selva, la ensenada, el barco, el río; parecía sellar con un gesto vil ante la iluminada faz de la tierra un pacto traidor con la muerte en acecho, el mal escondido, las profundas tinieblas del corazón humano. Fue tan espantoso que me puse en pie de un salto y miré hacia atrás, al lindero

de la selva, como esperando encontrar una respuesta a ese negro intercambio de confidencias. Ya sabéis que a veces uno llega a abrigar las más locas ideas. Una profunda calma rodeaba a aquellas dos figuras con su ominosa paciencia, esperando el paso de una invasión fantástica.

»Los dos hombres maldijeron a la vez, de puro miedo creo yo… Después pretendieron no saber nada de mi existencia y volvieron a la estación. El sol estaba bajo; e inclinados hacia adelante, uno al lado del otro, parecían tirar a duras penas, colina arriba, de sus dos sombras grotescas, de longitud irregular, que se arrastraban lentamente tras ellos sobre la hierba espesa, sin inclinar una sola brizna».

»Unos días más tarde la Expedición Eldorado se internó en la paciente selva, que se cerró sobre ellos como el mar sobre un buzo. Algún tiempo después nos llegaron noticias de que todos los burros habían muerto. No sé nada sobre la suerte que corrieron los otros animales, los menos valiosos. No me cabe duda de que, como el resto de nosotros, encontraron su merecido. No hice averiguaciones. Me excitaba enormemente la perspectiva de conocer muy pronto a Kurtz. Cuando digo muy pronto, hablo en términos relativos. Dos meses pasaron desde el momento en que dejamos la ensenada hasta nuestra llegada a la orilla de la estación de Kurtz».

»Remontar aquel río era como volver a los inicios de la creación cuando la vegetación estalló sobre la faz de la tierra y los árboles se convirtieron en reyes. Una corriente vacía, un gran silencio, una selva impenetrable. El aire era caliente, denso, pesado, embriagador. No había ninguna alegría en el resplandor del sol. Aquel camino de agua corría desierto, en la penumbra de las grandes extensiones. En playas de arena plateada, los hipopótamos y los cocodrilos tomaban el sol lado a lado. Las aguas, al ensancharse, fluían a través de archipiélagos boscosos; era tan fácil perderse en aquel río como en un desierto, y tratando de encontrar el rumbo se chocaba todo el tiempo contra bancos de arena, hasta que uno llegaba a tener la sensación de estar embrujado, lejos de todas las cosas una vez conocidas… en alguna parte… lejos de todo… tal vez en otra existencia. Había momentos en que el pasado volvía a aparecer, como sucede cuando uno no tiene ni un momento libre, pero aparecía en forma de un sueño intranquilo y estruendoso, recordado con asombro en medio de la realidad abrumadora de aquel mundo extraño de plantas, y agua, y silencio. Y aquella inmovilidad de vida no se parecía de ninguna manera a la tranquilidad. Era la inmovilidad de una fuerza implacable que envolvía una intención inescrutable. Y lo miraba a uno con aire vengativo. Después llegué a acostumbrarme. Y al acostumbrarme dejé de verla; no tenía tiempo. Debía estar todo el tiempo tratando de adivinar el cauce del canal; tenía que adivinar, más por inspiración que por otra cosa, las señales de los bancales ocultos, descubrir las rocas sumergidas. Aprendí a rechinar los dientes sonoramente antes de que el corazón me estallara cuando rozábamos algún viejo tronco infernal que hubiera podido terminar con la vida de aquel vapor de hojalata y ahogar a todos los peregrinos. Necesitaba encontrar todos los días señales de madera seca que pudiéramos cortar todas las noches para alimentar las calderas al día siguiente. Cuando uno tiene que estar pendiente de ese tipo de cosas, los meros incidentes de la superficie, la realidad, sí, la realidad digo, se desvanece. La verdad íntima se oculta, por suerte, por suerte. Pero yo la sentía durante todo el tiempo. Sentía con frecuencia aquella inmovilidad misteriosa que me contemplaba, que observaba mis artimañas de mono, tal como os observa a vosotros, camaradas, cuando trabajáis en vuestros respectivos cables por… cuánto es… media corona la vuelta».

—Intenta ser más cortés, Marlow —gruñó una voz, y supe que por lo menos había otro auditor tan despierto como yo.

—Perdón. ¿En realidad, qué importa el precio si la cosa está bien hecha? Vosotros desempeñáis muy bien vuestros oficios. Yo tampoco he hecho mal el mío desde que logré que no naufragara aquel vapor en mi primer viaje. Todavía me asombro de ello. Imaginad a un hombre con los ojos vendados obligado a conducir un vehículo por un mal camino. Lo que puedo deciros es que sudé y temblé de verdad durante aquel viaje. Después de todo, para un marino, que se rompa el fondo de la cosa que se supone flota todo el tiempo bajo su vigilancia es el pecado más imperdonable. Puede que nadie se entere, pero él no olvida el porrazo, ¿no es cierto? Es un golpe en el mismo corazón. Uno lo recuerda, lo sueña, despierta a media noche para pensar en él, años después, y vuelve a sentir escalofríos. No pretendo decir que aquel vapor flotara todo el tiempo. Más de una vez tuvo que vadear un poco, con veinte caníbales chapoteando alrededor de él y empujando. Durante el viaje habíamos enganchado una tripulación con algunos de esos muchachos. ¡Excelentes tipos aquellos caníbales! Eran hombres con los que se podía trabajar, y aún hoy les estoy agradecido. Y, después de todo, no se devoraban los unos a los otros en mi presencia; llevaban consigo una provisión de carne de hipopótamo, que una vez podrida hizo llegar a mis narices todo el misterio de la selva. ¡Puuuf! Aún puedo olerla. Llevaba a bordo al director y a tres o cuatro peregrinos con sus palos. Eso era todo. Algunas veces nos acercábamos a una estación próxima a la orilla, pegada a las faldas de lo desconocido; los blancos salían de sus cabañas con grandes expresiones de alegría, de sorpresa, de bienvenida. Me parecían muy extraños. Tenían todo el aspecto de haber sido víctimas de un hechizo. La palabra marfil flotaba un buen rato en el aire, y luego seguíamos de nuevo en medio del silencio, a lo largo de inmensas extensiones desiertas, alrededor de mansos recodos, entre los altos muros de nuestro camino sinuoso, que resonaba en profundos ruidos al pesado golpe de nuestra rueda de popa. Árboles, árboles, millones de árboles, masas inmensas de ellos, elevándose hacia las alturas; y a sus pies, navegando junto a la orilla, contra la corriente, se deslizaba aquel vapor lisiado, como se arrastra un escarabajo perezoso sobre el suelo de un elevado pórtico. Uno tenía por fuerza que sentirse muy pequeño, totalmente perdido, y sin embargo aquel sentimiento no era deprimente. Después de todo, por muy pequeño que fuera, aquel sucio animalillo seguía arrastrándose, y eso era lo que se le pedía. A dónde imaginaban arrastrarse los peregrinos, eso sí que no lo sé. Hacia algún lugar del que esperaban obtener algo, creo. En cuanto a mí, el escarabajo se arrastraba exclusivamente hacia Kurtz. Pero cuando el casco comenzó a hacer agua nos arrastramos muy lentamente. Aquellas grandes extensiones se abrían ante nosotros y volvían a cerrarse, como si la selva hubiera puesto poco a poco un pie en el agua para cortarnos la retirada en el momento del regreso. Penetramos más y más espesamente en el corazón de las tinieblas. Allí había verdadera calma. A veces, por la noche, un redoble de tambores, detrás de la cortina vegetal, corría por el río, se sostenía débilmente, se prolongaba, como si revoloteara en el aire por encima de nuestras cabezas, hasta la primera luz del día. Si aquello significaba guerra, paz u oración es algo que no podría decir. La aurora se anunciaba por el descenso de una desapacible calma; los leñadores dormían, sus hogueras se extinguían; el chasquido de una rama lo podía llenar a uno de sobresalto. Éramos vagabundos en medio de una tierra prehistórica, de una tierra que tenía el aspecto de un planeta desconocido. Nos podíamos ver a nosotros mismos como los primeros hombres tomando posesión de una herencia maldita, sobreviviendo a costa de una angustia profunda de un trabajo excesivo. Pero, de pronto, cuando luchábamos para cruzar un recodo, podíamos vislumbrar unos muros de juncos, techos de hierba puntiagudos, un estallido de gritos, un revuelo de músculos negros, una multitud de manos que palmoteaban, de pies que pateaban, de cuerpos en movimiento, de ojos furtivos, bajo la sombra de pesados e inmóviles follajes. El vapor se movía lenta y dificultosamente al borde de un negro e incomprensible frenesí. ¿Nos maldecía, nos imprecaba, nos daba la bienvenida el hombre prehistórico? ¿Quién podría decirlo? Estábamos incapacitados para comprender todo lo que nos rodeaba; nos deslizábamos como fantasmas, asombrados y con un pavor secreto, como pueden hacerlo los hombres cuerdos ante un estallido de entusiasmo en una casa de orates. No podíamos entender porque nos hallábamos muy lejos, y no podíamos recordar porque viajábamos en la noche de los primeros tiempos, de esas épocas ya desaparecidas, que dejan con dificultades alguna huella… pero ningún recuerdo.

»La tierra no parecía la tierra. Nos hemos acostumbrado a verla bajo la imagen encadenada de un monstruo conquistado, pero allí… allí podía vérsela como algo monstruoso y libre. Era algo no terrenal y los hombres eran… No, no se podía decir inhumanos. Era algo peor, sabéis, esa sospecha de que no fueran inhumanos. La idea surgía lentamente en uno. Aullaban, saltaban, se colgaban de las lianas, hacían muecas horribles, pero lo que en verdad producía estremecimiento era la idea de su humanidad, igual que la de uno, la idea del remoto parentesco con aquellos seres salvajes, apasionados y tumultuosos. Feo, ¿no? Sí, era algo bastante feo. Pero si uno era lo suficientemente hombre debía admitir precisamente en su interior una débil traza de respuesta a la terrible franqueza de aquel estruendo, una tibia sospecha de que aquello tenía un sentido en el que uno (uno, tan distante de la noche de los primeros tiempos) podía participar. ¿Por qué no? La mente del hombre es capaz de todo, porque todo está en ella, tanto el pasado como el futuro. ¿Qué había allí, después de todo? Alegría, miedo, tristeza, devoción, valor, cólera… ¿Quién podía saberlo?… Pero había una verdad, una verdad desnuda de la capa del tiempo. Dejemos que los estúpidos tiemblen y se estremezcan… El que es hombre sabe y puede mirar aquello sin pestañear. Pero tiene que ser por lo menos tan hombre como los que había en la orilla. Debe confrontar esa verdad con su propia y verdadera esencia… con su propia fuerza innata. Los principios no bastan. Adquisiciones, vestidos, bonitos harapos… harapos que volarían a la primera sacudida. No, lo que se requiere es una creencia deliberada. ¿Hay allí algo que me llama, en esa multitud demoniaca? Muy bien. La oigo, lo admito, pero también tengo una voz y para bien o para mal no puedo silenciarla. Por supuesto, un necio con puro miedo y finos sentimientos está siempre a salvo. ¿Quién protesta? ¿Os preguntáis si también bajé a la orilla para aullar y danzar? Pues no, no lo hice. ¿Nobles sentimientos, diréis? ¡Al diablo con los nobles sentimientos! No tenía tiempo para ellos. Tenía que mezclar albayalde con tiras de mantas de lana para tapar los agujeros por donde entraba el agua. Tenía que estar al tanto del gobierno del barco, evitar troncos, y hacer que marchara aquella caja de hojalata por las buenas o por las malas. Esas cosas poseen la suficiente verdad superficial como para salvar a un hombre sabio. A ratos tenía, además, que vigilar al salvaje que llevaba yo como fogonero. Era un espécimen perfeccionado; podía encender una caldera vertical. Allí estaba, debajo de mí y, palabra de honor, mirarlo resultaba tan edificante como ver a un perro en una parodia con pantalones y sombrero de plumas, paseando sobre sus patas traseras. Unos meses de entrenamiento habían hecho de él un muchacho realmente eficaz. Observaba el regulador de vapor y el carburador de agua con un evidente esfuerzo por comprender, tenía los dientes afilados también, pobre diablo, y el cabello lanudo afeitado con arreglo a un modelo muy extraño, y tres cicatrices ornamentales en cada mejilla. Hubiera debido palmotear y golpear el suelo con la planta de los pies, y en vez de ello se esforzaba por realizar un trabajo, iniciarse en una extraña brujería, en la que iba adquiriendo nuevos conocimientos. Era útil porque había recibido alguna instrucción; lo que sabía era que si el agua desaparecía de aquella cosa transparente, el mal espíritu encerrado en la caldera mostraría su cólera por la enormidad de su sed y tomaría una venganza terrible. Y así sudaba, calentaba y observaba el cristal con temor (con un talismán improvisado, hecho de trapos, atado a un brazo, y un pedazo de hueso del tamaño de un reloj, colocado entre la encía y el labio inferior), mientras las orillas cubiertas de selva se deslizaban lentamente ante nosotros, el pequeño ruido quedaba atrás y se sucedían millas interminables de silencio… Y nosotros nos arrastrábamos hacia Kurtz. Pero los troncos eran grandes, el agua traidora y poco profunda, la caldera parecía tener en efecto un demonio hostil en su seno, y de esa manera ni el fogonero ni yo teníamos tiempo para internarnos en nuestros melancólicos pensamientos».

»A unas cincuenta millas de la estación interior encontramos una choza hecha de cañas y, sobre ella, un mástil inclinado y melancólico, con los restos irreconocibles de lo que había sido una bandera ondeando sobre él, y al lado un montón de leña, cuidadosamente apilado. Aquello constituía algo inesperado. Bajamos a la orilla, y sobre la leña encontramos una tablilla con algunas palabras borrosas. Cuando logramos descifrarlas, leímos: “Leña para ustedes. Apresúrense. Deben acercarse con precauciones”. Había una firma, pero era ilegible. No era la de Kurtz. Era una palabra mucho más larga. Apresúrense. ¿Adónde? ¿Remontando el río? ¿Acercarse con precauciones? No lo habíamos hecho así. Pero la advertencia no podía ser para llegar a aquel lugar, ya que nadie tendría conocimiento de su existencia. Algo anormal encontraríamos más arriba. ¿Pero qué, y en qué cantidad? Ése era el problema. Comentamos despectivamente la imbecilidad de aquel estilo telegráfico. Los arbustos cercanos no nos dijeron nada, y tampoco nos permitieron ver muy lejos. Una cortina destrozada de sarga roja colgaba a la entrada de la cabaña, y rozaba tristemente nuestras caras. El interior estaba desmantelado, pero era posible deducir que allí había vivido no hacía mucho tiempo un blanco. Quedaba aún una tosca mesa, una tabla sobre dos postes, un montón de escombros en un rincón oscuro y, cerca de la puerta, un libro que recogí inmediatamente. Había perdido la cubierta y las páginas estaban muy sucias y blandas, pero el lomo había sido recientemente cosido con cuidado, con hilo de algodón blanco que aún conservaba un aspecto limpio. El título era Una investigación sobre algunos aspectos de náutica, y el autor un tal Towsen o Towson, capitán al servicio de su majestad. El contenido era bastante monótono, con diagramas aclaratorios y múltiples láminas con figuras. El ejemplar tenía una antigüedad de unos sesenta años. Acaricié aquella impresionante antigualla con la mayor ternura posible, temeroso de que fuera a disolverse en mis manos. En su interior, Towson o Towsen investigaba seriamente la resistencia de tensión de los cables y cadenas empleados en los aparejos de los barcos, y otras materias semejantes. No era un libro apasionante, pero a primera vista se podía ver una unidad de intención, una honrada preocupación por realizar seriamente el trabajo, que hacía que aquellas páginas, concebidas tantos años atrás, resplandecieran con una luminosidad no provocada sólo por el interés profesional. El sencillo y viejo marino, con su disquisición sobre cadenas y tuercas, me hizo olvidar la selva y los peregrinos, en una deliciosa sensación de haber encontrado algo inconfundiblemente real. El que un libro semejante se encontrara allí era ya bastante asombroso, pero aún lo eran más las notas marginales, escritas a lápiz, con referencia al texto. ¡No podía creer en mis propios ojos! Estaban escritas en lenguaje cifrado. Sí, aquello parecía una clave. Imaginad a un hombre que llevara consigo un libro de esa especie a aquel lugar perdido del mundo, lo estudiara e hiciera comentarios en lenguaje cifrado. Era un misterio de lo más extravagante».

»Desde hacía un rato era vagamente consciente de cierto ruido molesto, y al alzar los ojos vi que la pila de leña había desaparecido, y que el director, junto con todos los peregrinos, me llamaba a voces desde la orilla del río. Me metí el libro en un bolsillo. Puedo aseguraros que arrancarse de su lectura era como separarse del abrigo de una vieja y sólida amistad».

»Volví a poner en marcha la inválida máquina. “Debe de ser ese miserable comerciante, ese intruso”, exclamó el director, mirando con malevolencia hacia el sitio que habíamos dejado atrás. “Debe ser inglés”, dije yo. “Eso no lo librará de meterse en dificultades si no es prudente”, murmuró sombríamente el director. Y yo comenté con fingida inocencia que en este mundo nadie está libre de dificultades».

»La corriente era ahora más rápida. El vapor parecía estar a punto de emitir su último suspiro; las aspas de las ruedas batían lánguidamente el agua. Yo esperaba que aquél fuera el último esfuerzo, porque a decir verdad temía a cada momento que aquella desvencijada embarcación no pudiera ya más. Me parecía estar contemplando las últimas llamadas de una vida. Sin embargo, seguíamos avanzando. A veces tomaba como punto de referencia un árbol, situado un poco más arriba, para medir nuestro avance hacia Kurtz, pero lo perdía invariablemente antes de llegar a él. Mantener la vista fija durante tanto tiempo era una labor demasiado pesada para la paciencia humana. El director mostraba una magnífica resignación. Yo me impacientaba, me encolerizaba y discutía conmigo mismo sobre la posibilidad de hablar abiertamente con Kurtz. Pero antes de poder llegar a una conclusión, se me ocurrió que tanto mi silencio como mis declaraciones eran igualmente fútiles. ¿Qué importancia podía tener que él supiera o ignorara la situación? ¿Qué importaba quién fuera el director? A veces tenemos esos destellos de perspicacia. Lo esencial de aquel asunto yacía muy por debajo de la superficie, más allá de mi alcance y de mi poder de meditación».

»Hacia la tarde del segundo día creíamos estar a unas ocho millas de la estación de Kurtz. Yo quería continuar, pero el director me dijo con aire grave que la navegación a partir de aquel punto era tan peligrosa que le parecía prudente, ya que el sol estaba a punto de ocultarse, esperar allí hasta la mañana siguiente. Es más, insistió en la advertencia de que nos acercáramos con prudencia. Sería mejor hacerlo a la luz del día y no en la penumbra del crepúsculo o en plena oscuridad. Aquello era bastante sensato. Ocho millas significaban cerca de tres horas de navegación, y yo había visto ciertos rizos sospechosos en el curso superior del río. No obstante, aquel retraso me produjo una indecible contrariedad, y sin razón, ya que una noche poco podía importar después de tantos meses. Como teníamos leña en abundancia y la palabra precaución no nos abandonaba, detuve el barco en el centro del río. El cauce era allí angosto, recto, con altos bordes, como una trinchera de ferrocarril. La oscuridad comenzó a cubrirnos antes de que el sol se pusiera. La corriente fluía rápida y tersa, pero una silenciosa inmovilidad cubría las márgenes. Los árboles vivientes, unidos entre sí por plantas trepadoras, así como todo arbusto vivo en la maleza, parecían haberse convertido en piedra, hasta la rama más delgada, hasta la hoja más insignificante. No era un sueño, era algo sobrenatural, como un estado de trance. Uno miraba aquello con asombro y llegaba a sospechar si se habría vuelto sordo. De pronto se hizo la noche, súbitamente, y también nos dejó ciegos. A eso de las tres de la mañana saltó un gran pez, y su fuerte chapoteo me sobresaltó como si hubiera sido disparado por un cañón. Una bruma blanca, caliente, viscosa, más cegadora que la noche, empañó la salida del sol. Ni se disolvía, ni se movía. Estaba precisamente allí, rodeándonos como algo sólido. A eso de las ocho o nueve de la mañana comenzó a elevarse como se eleva una cortina. Pudimos contemplar la multitud de altísimos árboles, sobre la inmensa y abigarrada selva, con el pequeño sol resplandeciente colgado sobre la maleza. Todo estaba en una calma absoluta, y después la blanca cortina descendió otra vez, suavemente, como si se deslizara por ranuras engrasadas. Ordené que se arrojara de nuevo la cadena que habíamos comenzado a halar. Y antes de que hubiera acabado de descender, rechinando sordamente, un aullido, un aullido terrible como de infinita desolación, se elevó lentamente en el aire opaco. Cesó poco después. Un clamor lastimero, modulado con una discordancia salvaje, llenó nuestros oídos. Lo inesperado de aquel grito hizo que el cabello se me erizara debajo de la gorra. No sé qué impresión les causó a los demás: a mí me pareció como si la bruma misma hubiera gritado; tan repentinamente y al parecer desde todas partes se había elevado a la vez aquel grito tumultuoso y luctuoso. Culminó con el estallido acelerado de un chillido exorbitante, casi intolerable, que al cesar nos dejó helados en una variedad de actitudes estúpidas, tratando obstinadamente de escuchar el silencio excesivo, casi espantoso, que siguió».

»“¡Dios mío! ¿Qué es esto?”, murmuró junto a mí uno de los peregrinos, un hombrecillo grueso, de cabellos arenosos y rojas patillas, que llevaba botas con suelas de goma y un pijama color de rosa recogido en los tobillos. Otros dos se quedaron boquiabiertos por un minuto, luego se precipitaron a la pequeña cabina, para salir al siguiente instante, lanzando miradas tensas y con los rifles preparados en la mano. Nada podíamos ver más allá del vapor: veíamos su punta borrosa como si estuviera a punto de disolverse, y una línea brumosa, de quizás dos pies de anchura, a su alrededor. Nada más. El resto del mundo no existía para nuestros ojos y oídos. Aquello era nuestra tierra de nadie. Todo se había ido, desaparecido, barrido, sin dejar murmullo ni sombras detrás».

»Me adelanté y ordené que acortaran la cadena, con objeto de poder levar anclas y poner en marcha el vapor si se hacía necesario. “¿Nos atacarán?”, murmuró una voz amedrentada. “Nos asesinarán a todos en medio de esta niebla” murmuró otro. Los rostros se crispaban por la tensión, las manos temblaban ligeramente, los ojos olvidaban el parpadeo. Era curioso ver el contraste entre los blancos y los negros de nuestra tripulación, tan extranjeros como nosotros en aquella parte del río, aunque sus hogares estuvieran a sólo una distancia de ochocientas millas de aquel lugar. Los blancos, como es natural terriblemente sobresaltados, tenían además el aspecto de sentirse penosamente sorprendidos por aquel oprobioso recibimiento. Los otros tenían una expresión de alerta, de interés natural en los acontecimientos, pero sus rostros aparentaban sobre todo tranquilidad, incluso había uno o dos cuyas dentaduras brillaban mientras tiraban de la cadena. Algunos cambiaron breves, sobrias frases, que parecían resolver el asunto satisfactoriamente. Su jefe, un joven de amplio pecho, vestido severamente con una tela orlada, azul oscuro, con feroces agujeros nasales y el cabello artísticamente arreglado en anillos aceitosos, estaba en pie a mi lado. “¡Ajá!”, dije sólo por espíritu de compañerismo. “¡Cogedlos!”, exclamó, abriendo los ojos inyectados de sangre y con un destello de sus dientes puntiagudos. “Cogedlos y dádnoslos”. “¿A vosotros?”, pregunté. “¿Qué haríais con ellos?” “Nos los comeríamos”, dijo tajantemente y, apoyando un codo en la borda, miró hacia afuera, a la bruma, en una actitud digna y profundamente meditativa. No me cabe duda de que me habría sentido profundamente horrorizado si no se me hubiese ocurrido que tanto él como sus muchachos debían de estar muy hambrientos; el hambre seguramente se había acumulado durante el último mes. Habían sido contratados por seis meses (no creo que ninguno de ellos tuviera una noción clara del tiempo como la tenemos nosotros después de innumerables siglos; pertenecían aún a los comienzos del tiempo, no tenían ninguna experiencia heredada que les indicara lo que eso era) y, por supuesto, mientras existiera un pedazo de papel escrito de acuerdo con alguna ley absurda, o de cualquier otro precepto (redactados río abajo), no cabía en la cabeza preocuparse sobre su sustento. Era cierto que habían embarcado con carne podrida de hipopótamo, que no podía de cualquier manera durar demasiado tiempo, aun en el caso de que los peregrinos no hubieran arrojado, en medio de una riña desagradable, gran parte de ella por la borda. Parecía un proceder arbitrario, pero en realidad se trataba de una situación de legítima defensa. No se puede respirar carne de hipopótamo podrida al despertar, al dormir y al comer, y a la vez conservar el precario asidero a la existencia. Además, se les daba tres pedazos de alambre de cobre a la semana, cada uno de nueve pulgadas de longitud. En teoría aquella moneda les permitiría comprar sus provisiones en las aldeas a lo largo del río. ¡Pero hay que ver cómo funcionaba aquello! O no había aldeas, o la población era hostil, o el director que, como el resto de nosotros, se alimentaba a base de latas de conserva que ocasionalmente nos ofrecían carne de viejo macho cabrío, se negaba a que el vapor se detuviera por alguna razón más o menos recóndita. De modo que, a menos que se alimentaran con el alambre mismo o que lo convirtieran en anzuelos para pescar, no veo de qué podía servirles aquel extravagante salario. Debo decir que se les pagaba con una regularidad digna de una gran y honorable empresa comercial. Por lo demás, lo único comestible (aunque no tuviera aspecto de serlo) que vi en su posesión eran unos trozos de una materia como pasta medio cocida, de un color de lavanda sucia, que llevaban envuelta en hojas y de la cual de vez en cuando arrancaban un pedazo, pero tan pequeño que parecía más bien arrancado para ser mirado que con un propósito serio de sustento. ¿Por qué en nombre de todos los roedores diablos del hambre no nos atacaron (eran treinta para cinco) y se dieron con nosotros un buen banquete? Es algo que todavía hoy me asombra. Eran hombres grandes, vigorosos, sin gran capacidad para meditar en las consecuencias, valientes, fuertes aún entonces, aunque su piel había perdido ya el brillo y sus músculos se habían ablandado. Comprendí que alguna inhibición, uno de esos secretos humanos que desmienten la probabilidad de algo, estaba en acción. Los miré con un repentino aumento de interés, y no porque pensara que podía ser devorado por ellos dentro de poco, aunque debo reconocer que fue entonces cuando precisamente vi, bajo una nueva luz, por decirlo así, el aspecto enfermizo de los peregrinos, y tuve la esperanza, sí, positivamente tuve la esperanza de que mi aspecto no fuera ¿cómo diría?, tan poco apetitoso. Fue un toque de vanidad fantástica, muy de acuerdo con la sensación de sueño que llenaba todos mis días en aquel entonces. Quizá me sintiera también un poco afiebrado. Uno no puede vivir llevándose los dedos eternamente al pulso. Tenía siempre "un poco de fiebre", o un poco de algo; los arañazos juguetones de la selva, las bromas preliminares a un ataque serio, que se presentó a su debido tiempo. Sí, lo miré como lo podríais hacer vosotros ante cualquier ser humano, con una curiosidad ante sus impulsos, motivaciones, capacidad, debilidades, cuando son puestos a prueba por una inexorable necesidad física. ¿Represión? Pero, ¿de qué tipo? ¿Era superstición, disgusto, paciencia, miedo, o una especie de honor primitivo? Ningún miedo logra resistir al hambre, ni hay paciencia que pueda soportarla. La repugnancia sencillamente desaparece cuando llega el hambre, y en cuanto a la superstición, creencias, y lo que vosotros podríais llamar principios, pesan menos que una hoja en medio de la brisa. ¿Sabéis lo diabólica que puede ser una inanición prolongada, su tormento exasperante, los negros pensamientos que produce, su sombría y envolvente ferocidad? Bueno, yo sí. Le hace perder al hombre toda su fortaleza innata para luchar dignamente contra el hambre. Indudablemente es más fácil enfrentarse con la desgracia, con el deshonor, con la perdición del alma, que con el hambre prolongada. Es triste, pero cierto. Y aquellos sujetos, además, no tenían ninguna razón en la tierra para abrigar algún escrúpulo. ¡Represión! Del mismo modo podría yo esperar represión de una hiena que deambulara entre los cadáveres de un campo de batalla. Pero allí, frente a mí, estaban los hechos, el hecho asombroso que podía ver, como un pliegue de un enigma inexplicable, un misterio mayor, si pienso bien en ello, que aquella curiosa e inexplicable nota de desesperación y dolor en el clamor salvaje que nos había llegado de las márgenes del río, más allá de la ciega blancura de la bruma».

»Dos peregrinos discutían en murmullos apresurados sobre cuál de las orillas estaba ocupada. “A la izquierda”. “No, no. ¿Cómo se te ocurre? Están a la derecha, por supuesto”. “Esto es muy serio”, oí que decía el director detrás de mí. “Lamentaría que le hubiera ocurrido algo al señor Kurtz antes de que lleguemos”. Me volví a mirarlo y no me cupo la menor duda de que hablaba con sinceridad. Era precisamente de esa especie de hombres que saben guardar las apariencias. Aquél era su freno. Pero cuando dijo algo sobre la posibilidad de seguir en el acto, ni siquiera me tomé la molestia de responder. Tanto yo como él sabíamos que eso era imposible. En cuanto perdiéramos nuestro único punto de apoyo, el fondo, quedaríamos completamente en el aire, en el espacio. No podíamos decir adónde iríamos, si hacia arriba o hacia abajo, o hacia los lados, hasta que llegáramos a alguna de las márgenes, y entonces ni siquiera podríamos decir en cuál estábamos. Por supuesto no hice ningún movimiento. No podéis imaginar un sitio más abominable para un naufragio. O nos ahogaríamos enseguida, o pereceríamos después de una u otra manera. “Le autorizo a correr todos los riesgos”, dijo, después de un breve silencio. “Me niego a correr ninguno”, dije tajantemente. Y era la respuesta que él esperaba, aunque el tono quizá lo sorprendiera. “Bueno, debo ceder a su juicio. Usted es el capitán”, dijo, con pronunciada cortesía. Hice un movimiento con el hombro en señal de reconocimiento y miré hacia la niebla. ¿Cuánto podía durar? Era un espectáculo desesperante. La aproximación a aquel Kurtz que extraía el marfil de aquella maldita selva estaba rodeada de tantos peligros como la visita a una princesa encantada, dormida en un castillo fabuloso. “¿Cree usted que nos atacarán?”, preguntó el director en tono confidencial».

»Yo no pensaba que fueran a atacarnos, por varias razones obvias. La espesa niebla era una de ellas. Si se alejaban de la orilla en sus piraguas, se encontrarían perdidos en el río, igual que nosotros si intentábamos movernos. No obstante, yo había considerado que la selva de ambas orillas era absolutamente impenetrable y a pesar de ello había allí ojos que nos habían visto. La selva en ambas márgenes del río era con toda certidumbre muy espesa, pero la maleza podía por lo visto ser penetrada. Sin embargo, durante el corto ascenso, yo no había visto canoas en ninguna parte, y mucho menos cerca del barco. Pero lo que hacía que me resultara inconcebible la idea de un ataque era la naturaleza del sonido. Los gritos que habíamos escuchado no tenían el carácter feroz que precede a una intención hostil inmediata. A pesar de lo inesperados, salvajes y violentos que fueron, me habían dejado una impresión de irresistible tristeza. La contemplación del vapor había llenado a aquellos salvajes, vaya a saber por qué razón, de un dolor desenfrenado. El peligro, si existía, expliqué, residía en la proximidad de una gran pasión humana desencadenada. Hasta el dolor más agudo puede al fin desahogarse en violencia, aunque por lo general tome la forma de apatía…»

»¡Debería haber visto la mirada fija de aquellos peregrinos! No se atrevían a sonreír, o a rebatirme, pero estoy seguro de que creían que me había vuelto loco, por el miedo, tal vez. Les dirigí casi una conferencia. Queridos amigos, de nada valía asustarse. ¿Mantenerse en guardia? Bueno, ya podían imaginar que yo observaba la niebla esperando señales de que se abriera, como un gato puede observar a un ratón, pero nuestros ojos no nos servían de nada, era igual que si estuviéramos enterrados a varias millas de profundidad en un montón de algodón en rama. Así me sentía yo, fastidiado, acalorado, sofocado. Además, todo lo que decía, por extraño que sonara, era absolutamente cierto. Lo que nosotros considerábamos como un ataque era realmente un intento de rechazo. La acción distaba mucho de ser agresiva, ni siquiera era defensiva en el sentido clásico. Se había iniciado bajo la presión de la desesperación, y en esencia era puramente protectora».

»Aquello tuvo lugar, por decirlo así, dos horas después de que se levantara la niebla, y su principio, aproximadamente, fue una milla y media antes de llegar a la estación de Kurtz. Precisamente acabábamos de ser sacudidos en un recodo, cuando vi una isla, una colina herbosa de un verde deslumbrante, en medio de la corriente. Era lo único que se veía, pero cuando nuestro horizonte se ensanchó vi que era la cabeza de un amplio banco de arena, o más bien de una cadena de pequeñas porciones de tierra que se extendían a flor de agua. Estaban descoloridas, junto a la superficie, y todo el grupo parecía estar bajo el agua, exactamente de la manera en que puede verse la columna vertebral de un hombre bajo la piel de la espalda. Podíamos dirigirnos a la derecha o a la izquierda. Por supuesto yo no conocía ningún paso. Ambas márgenes tenían el mismo aspecto, la profundidad parecía ser la misma. Pero como me habían informado de que la estación estaba situada en la parte occidental, tomé naturalmente el paso más próximo a esa orilla».

»No bien acabábamos de entrar, cuando advertí que era mucho más estrecho de lo que había previsto. A nuestra izquierda se extendía, sin interrupción, el largo banco de arena, y a la derecha una orilla elevada y abrupta, densamente cubierta de maleza. Los árboles se agrupaban en filas apretadas. Las ramas colgaban sobre la corriente, y, de cuando en cuando, el gran tronco de un árbol se proyectaba rígidamente en ella. Era ya por la tarde, el aspecto del bosque era lúgubre y una amplia franja de sombra caía sobre el agua. En esa sombra bogábamos muy lentamente, como ya podéis imaginar. Dirigí el vapor cerca de la orilla, donde el agua era más profunda, según me informaba el palo de sonda».

»Uno de mis hambrientos y pacientes amigos sondeaba desde la proa, exactamente debajo de mí. Aquel barco de vapor era exactamente como un lanchón con una cubierta. En la cubierta había dos casetas de madera de teca, con puertas y ventanas. La caldera estaba en el extremo anterior, y la maquinaria en la popa. Sobre todo aquello se tendía una techumbre ligera sostenida por vigas. La chimenea emergía de aquel techo, y enfrente de la chimenea una pequeña cabina de tablas delgadas albergaba al piloto. Había en su interior un lecho, dos sillas de campaña, una escopeta cargada, colgada de un rincón, una pequeña mesa y la rueda del timón. Tenía una amplia puerta al frente con postigos a ambos lados. Tanto la puerta como las ventanas estaban siempre abiertas, como es natural. Yo pasaba los días en el punto extremo de aquella cubierta, junto a la puerta. De noche dormía, o trataba de hacerlo, sobre el techo. Un negro atlético procedente de alguna tribu de la costa, y educado por mi desdichado predecesor, era el timonel. Llevaba un par de pendientes de bronce, una tela azul lo envolvía de la cintura a los tobillos, y tenía una alta opinión de sí mismo. Era el imbécil menos sosegado que haya visto jamás. Guiaba con cierto sentido común el barco si uno permanecía cerca de él, pero tan pronto como se sentía no observado era inmediatamente presa de una abyecta pereza y era capaz de dejar que aquel vapor destartalado tomara la dirección que quisiera».

»Estaba yo mirando hacia el palo de sonda, muy disgustado al comprobar que sobresalía cada vez un poco más, cuando vi que el hombre abandonaba su ocupación y se tendía sobre cubierta, sin preocuparse siquiera de subir a bordo el palo, seguía sujetándolo con la mano, y el palo flotaba en el agua. Al mismo tiempo el fogonero, al que también podía ver debajo de mí, se sentó bruscamente ante la caldera y hundió la cabeza entre las manos. Yo estaba asombrado. Después miré rápidamente hacia el río, donde vi un tronco de árbol sumergido. Unas varas, unas varas pequeñas, volaban alrededor; zumbaban ante mis narices, caían cerca de mí e iban a estrellarse en la cabina de pilotaje. Pero a la vez el río, la playa, la selva, estaban en calma, en una calma perfecta. Sólo podía oír el estruendoso chapoteo de la rueda, en la popa, y el zumbido de aquellos objetos. ¡Por Júpiter, eran flechas! ¡Nos estaban disparando! Entré rápidamente en la cabina a cerrar las ventanas que daban a la orilla del río. El estúpido timonel, con las manos en las cabillas del timón, levantaba las rodillas, golpeaba el suelo con los pies, y se mordía los labios como un caballo sujeto por el freno. ¡El muy imbécil! Estábamos haciendo eses a menos de diez pies de la playa. Al asomarme para cerrar las ventanas, me incliné a la derecha y pude ver un rostro entre las hojas, a mi misma altura, mirándome fija y ferozmente. Y entonces, súbitamente, como si se hubiera removido un velo ante mis ojos, descubrí en la maleza, en el seno de las oscuras tinieblas, pechos desnudos, brazos, piernas, ojos brillantes. La maleza hervía de miembros humanos en movimiento, lustrosos, bronceados. Las ramas se estremecían, se inclinaban, crujían. De ahí salían las flechas. Cerré el postigo».

»“Guía en línea recta”, le dije al timonel. Su cabeza miraba con rigidez hacia adelante, los ojos giraban, y continuaba levantando y bajando los pies lentamente. Tenía espuma en la boca. “¡Mantén la calma!”, le ordené furioso. Pero era igual que si le hubiera ordenado a un árbol que no se inclinara bajo la acción del viento. Me lancé hacia afuera. Debajo de mí se oía un estruendo de pies sobre la cubierta metálica y exclamaciones confusas. Una voz gritó: “¿No puede dar la vuelta?” Percibí un obstáculo en forma de V delante del barco, en el agua. ¿Qué era aquello? ¿Otro tronco? Una descarga de fusilería estalló a mis pies. Los peregrinos habían disparado sus winchesters, rociando de plomo la maleza. Se elevó una humareda que fue avanzando lentamente hacia adelante. Lancé un juramento. Ya no podía ver el obstáculo. Yo permanecía de pie, en la puerta, observando las nubes de flechas que caían sobre nosotros. Podían estar envenenadas, pero por su aspecto no podía uno pensar que llegaran a matar a un gato. La maleza comenzó a aullar, y nuestros caníbales emitieron un grito de guerra. El disparo de un rifle a mis espaldas me dejó sordo. Eché una ojeada por encima de mi hombro; la cabina del piloto estaba aún llena de humo y estrépito cuando di un salto y agarré el timón. Aquel imbécil negro lo había soltado para abrir la ventana y disparar un Martini-Henry. Estaba de pie ante la ventana abierta y resplandeciente. Le ordené a gritos que volviera, mientras corregía en ese mismo instante la desviación del barco. No había modo de dar la vuelta. El obstáculo estaba muy cerca, frente a nosotros, bajo aquella maldita humareda. No había tiempo que perder, así que viré directamente hacia la orilla donde sabía que el agua era profunda».

»Avanzábamos lentamente a lo largo de espesas selvas en un torbellino de ramas rotas y hojas caídas. Los disparos de abajo cesaron, como yo había previsto que sucedería tan pronto como quedaran vacíos los cargadores. Eché atrás la cabeza ante un súbito zumbido que atravesó la cabina, entrando por una abertura de los postigos y saliendo por la otra. El estúpido timonel agitaba su rifle descargado y gritaba hacia la orilla. Vi vagas formas humanas que corrían, saltaban, se deslizaban a veces muy claras, a veces incompletas, para desvanecerse luego. Una cosa grande apareció en el aire delante del postigo, el rifle cayó por la borda y el hombre retrocedió rápidamente, me miró por encima del hombro, de una manera extraña, profunda y familiar, y cayó a mis pies. Golpeó dos veces un costado del timón con la cabeza, y algo que parecía un palo largo repiqueteó a su lado y arrastró una silla de campaña. Parecía que, después de arrancar aquello a alguien de la orilla, el esfuerzo le hubiera hecho perder el equilibrio. El humo había desaparecido, estábamos libres del obstáculo, y al mirar hacia adelante pude ver que después de unas cien yardas o algo así podría alejar el barco de la orilla. Pero mis pies sintieron algo caliente y húmedo y tuve que mirar qué era. El hombre había caído de espaldas y me miraba fijamente, sujetando con ambas manos el palo. Era el mango de una lanza que, tras pasar por la abertura del postigo, le había atravesado por debajo de las costillas. La punta no se llegaba a ver; le había producido una herida terrible. Tenía los zapatos llenos de sangre, y un gran charco se iba extendiendo poco a poco, de un rojo oscuro y brillante, bajo el timón. Sus ojos me miraban con un resplandor extraño. Estalló una nueva descarga. El negro me miró ansiosamente, sujetando la lanza como algo precioso, como si temiera que intentara quitársela. Tuve que hacer un esfuerzo para apartar mis ojos de su presencia y atender al timón. Busqué con una mano el cordón de la sierra, y tiré de él a toda prisa produciendo silbido tras silbido. El tumulto de los gritos hostiles y guerreros se calmó inmediatamente, y entonces, de las profundidades de la selva, surgió un lamento trémulo y prolongado. Expresaba dolor, miedo y una absoluta desesperación, como podría uno imaginar que iba a seguir a la pérdida de la última esperanza en la tierra. Hubo una gran conmoción entre la maleza; cesó la lluvia de flechas; hubo algunos disparos sueltos. Luego se hizo el silencio, en el cual el lánguido jadeo de la rueda de popa llegaba con claridad a mis oídos. Acababa de dirigir el timón a estribor, cuando el peregrino del pijama color de rosa, acalorado y agitado, apareció en el umbral. “El director me envía…”, comenzó a decir en tono oficial y se detuvo. “¡Dios mío!”, dijo, fijando la vista en el herido».

»Los dos blancos permanecíamos frente a él, y su mirada lustrosa e inquisitiva nos envolvía. Os aseguro que era como si quisiera hacernos una pregunta en un lenguaje incomprensible, pero murió sin emitir un sonido, sin mover un miembro, sin crispar un músculo. Sólo al final, en el último momento, como en respuesta a una señal que nosotros no podíamos ver, o a un murmullo que nos era inaudible, frunció pesadamente el rostro, y aquel gesto dio a su negra máscara mortuoria una expresión inconcebiblemente sombría, envolvente y amenazadora. El brillo de su mirada interrogante se marchitó rápidamente en una vaguedad vidriosa».

»“¿Puede usted gobernar el timón?”, pregunté ansiosamente al peregrino. Él pareció dudar, pero lo sujeté por un brazo, y él comprendió al instante que yo le daba una orden, le gustara o no. Para decir la verdad sentía la ansiedad casi morbosa de cambiarme los zapatos y los calcetines. “Está muerto”, exclamó aquel sujeto, enormemente impresionado. "Indudablemente”, dije yo, tirando como un loco de los cordones de mis zapatos, “y por lo que puedo ver imagino que también el señor Kurtz estará ya muerto en estos momentos”».

»Aquél era mi pensamiento dominante. Era un sentimiento en extremo desconsolador, como si mi inteligencia comprendiera que me había esforzado por obtener algo que carecía de fundamento. No podía sentirme más disgustado que si hubiera hecho todo ese viaje con el único propósito de hablar con Kurtz. Hablar con… Tiré un zapato por la borda, y percibí que aquello precisamente era lo que había estado deseando… hablar con Kurtz. Hice el extraño descubrimiento de que nunca me lo había imaginado en acción, sabéis, sino hablando. No me decía: ahora ya no podré verlo, ahora ya no podré estrecharle la mano, sino: ahora ya no podré oírlo. El hombre aparecía ante mí como una voz. Aquello no quería decir que lo disociara por completo de la acción. ¿No había yo oído decir en todos los tonos de los celos y la admiración que había reunido, cambiado, estafado y robado más marfil que todos los demás agentes juntos? Aquello no era lo importante. Lo importante era que se trataba de una criatura de grandes dotes, y que entre ellas, la que destacaba, la que daba la sensación de una presencia real, era su capacidad para hablar, sus palabras, sus dotes oratorias, su poder de hechizar, de iluminar, de exaltar, su palpitante corriente de luz, o aquel falso fluir que surgía del corazón de unas tinieblas impenetrables».

»Lancé el otro zapato al fondo de aquel maldito río. Pensé: “¡Por Júpiter, todo ha terminado! Hemos llegado demasiado tarde. Ha desaparecido… Ese don ha desaparecido, por obra de alguna lanza, flecha o mazo. Después de todo, nunca oiré hablar a ese individuo”. Y mi tristeza tenía una extravagante nota de emoción igual a la que había percibido en el doliente aullido de aquellos salvajes de la selva. De cualquier manera, no hubiera podido sentirme más desolado si me hubieran despojado violentamente de una creencia o hubiera errado mi destino en la vida… ¿A qué vienen esos resoplidos? ¿Os parece absurdo? Bueno, muy bien, es absurdo. ¡Cielo santo! ¿No debe un hombre siempre…? En fin, dadme un poco de tabaco».

Hubo una pausa de profundo silencio, luego brilló una cerilla, y apareció la delgada cara de Marlow, fatigada, hundida, surcada de arrugas de arriba abajo, con los párpados caídos, con un aspecto de atención concentrada. Y mientras daba vigorosas chupadas a su pipa, el rostro parecía avanzar y retirarse en la oscuridad, con las oscilaciones regulares de aquella débil llama. La cerilla se apagó.

—¡Absurdo! —exclamó—. Eso es lo peor cuando trata uno de expresar algo… Aquí estáis todos muy tranquilos, en un viejo barco bien anclado. Tenéis un carnicero en la esquina, un policía en la otra. Disfrutáis, además, de excelente apetito, y de una temperatura normal. ¿Me oís? Normal, desde principios hasta finales de año. Y entonces vais y decís: ¡Absurdo! ¡Claro que es absurdo! Pero, queridos amigos, ¿qué podéis esperar de un hombre que por puro nerviosismo había arrojado por la borda un par de zapatos nuevos? Ahora que pienso en ello, me sorprende no haber derramado lágrimas. Por lo general estoy orgulloso de mi fortaleza. Pero me sentí como herido por un rayo ante la idea de haber perdido el inestimable privilegio de escuchar al excepcional Kurtz. Por supuesto, estaba equivocado. Aquel privilegio me estaba reservado. Oh, sí, y oí más de lo suficiente. Puedo decir que yo tenía razón. Él era una voz. Era poco más que una voz. Y lo oí, a él, a eso, a esa voz, a otras voces, todos ellos eran poco más que voces. El mismo recuerdo que guardo de aquella época me rodea, impalpable, como una vibración agonizante de un vocerío inmenso, enloquecido, atroz, sórdido, salvaje, o sencillamente despreciable, sin ninguna clase de sentido. Voces, voces… incluso la de la muchacha… Pero…

Permaneció en silencio durante largo rato.

—Finalmente logré formar el fantasma de sus méritos gracias a una mentira —comenzó a decir de pronto—. ¡La muchacha! ¿Cómo? ¿He mencionado ya a la muchacha? ¡Oh, ella está completamente fuera de todo aquello! Ellas, las mujeres quiero decir, están fuera de aquello, deberían permanecer al margen. Las deberíamos ayudar a permanecer en este hermoso mundo que les es propio y asumir nosotros la peor parte. Sí, ella está al margen de aquello. Debíais haber oído a aquel cadáver desenterrado que era Kurtz decir «mi prometida». Entonces hubierais percibido por completo qué lejos se hallaba ella de todo. ¡Y aquel pronunciado hueso frontal del señor Kurtz! Dicen que a veces el cabello continúa creciendo, pero aquel… aquel espécimen, era impresionantemente calvo. La calva le había acariciado la cabeza; y se la había convertido en una bola, una bola de marfil. La había acariciado y la había blanqueado. Había acogido a Kurtz, lo había amado, abrazado, se le había infiltrado en las venas, había consumido su carne, había sellado su alma con la suya por medio de ceremonias inconcebibles de alguna iniciación diabólica. Lo había convertido en su favorito, mimado y adulado. ¿Marfil? Ya lo creo. Montañas de marfil. La vieja cabaña de barro reventaba de él. Vosotros habríais supuesto que no había dejado un solo colmillo encima o debajo de la tierra en toda la región. «La mayor parte es fósil», observó desdeñosamente el director. Era tan fósil como lo puedo ser yo, pero él llamaba fósil a todo lo que había estado enterrado. Según parece los negros enterraban a veces los colmillos, y por lo visto no habían enterrado aquella cantidad a la profundidad necesaria para contrariar el hado del dotado señor Kurtz. Llenamos el vapor y tuvimos que apilar una buena cantidad en cubierta. Así él pudo verlo y disfrutarlo mientras aún pudo ver, porque el aprecio de aquel material permaneció vivo en él hasta el final. Debían oírlo, cuando decía «mi marfil». Oh, sí, yo pude oírlo: «Mi marfil, mi prometida, mi estación, mi río, mi…» Todo le pertenecía. Aquello me hizo retener el aliento en espera de que la barbarie estallara en una prodigiosa carcajada que llegara a sacudir hasta las estrellas. Todo le pertenecía… pero aquello no significaba nada. Lo importante era saber a quién pertenecía él, cuántos poderes de las tinieblas lo reclamaban como suyo. Aquella reflexión producía escalofríos. Era imposible, y además a nadie beneficiaría, tratar de imaginarlo. Había ocupado un alto sitial entre los demonios de la tierra… lo digo literalmente. Nunca lo entenderéis. ¿Cómo podríais entenderlo, teniendo como tenéis los pies sobre un pavimento sólido, rodeados de vecinos amables siempre dispuestos a agasajaros o auxiliaros, caminando delicadamente entre el carnicero y el policía, viviendo bajo el santo terror del escándalo, la horca y los manicomios? ¿Cómo poder imaginar entonces a qué determinada región de los primeros siglos pueden conducir los pies de un hombre libre en el camino de la soledad, de la soledad extrema donde no existe policía, el camino del silencio, el silencio extremo donde jamás se oye la advertencia de un vecino generoso que se hace eco de la opinión pública? Estas pequeñas cosas pueden constituir una enorme diferencia. Cuando no existen, se ve uno obligado a recurrir a su propia fuerza innata, a su propia integridad. Por supuesto puede uno ser demasiado estúpido para desviarse… demasiado obtuso para comprender que lo han asaltado los poderes de las tinieblas. Estoy seguro, ningún tonto ha hecho un pacto con el diablo sobre su alma; puede que el tonto sea demasiado tonto, o el diablo demasiado diablo, no lo sé. O puede ser uno una criatura tempestuosamente exaltada y quedar sordo y ciego para todo lo demás, menos para las visiones y sonidos celestiales. Entonces la tierra se convierte en una estación de tránsito… Si es para bien o para mal, no pretendo saberlo. Pero la mayor parte de nosotros no somos ni una cosa ni otra. La tierra para nosotros es un lugar donde vivir, donde debemos llenarnos de visiones, sonidos, olores; donde debemos respirar un aire viciado por la carne podrida de un hipopótamo, por así decirlo, y no contaminarnos. Y entonces, ¿lo veis?, entra en juego la fuerza personal, la confianza en la propia capacidad para cavar un agujero oculto donde esconder la materia esencial, el poder de devoción, no hacia uno mismo sino hacia el trabajo oscuro y aplastante. Y eso es bastante difícil. Creedme, no trato de disculpar, ni siquiera explicar, trato sólo de ver al señor Kurtz… a la sombra del señor Kurtz. Aquel espíritu iniciado en el fondo de la nada me honró con sus asombrosas confidencias antes de desvanecerse definitivamente. Gracias al hecho de hablar inglés conmigo. El Kurtz original se había educado en gran parte en Inglaterra y —como él mismo solía decir— sus simpatías estaban depositadas en el sitio correcto. Su madre era medio inglesa, su padre medio francés. Toda Europa participó en la educación de Kurtz. Poco a poco me fui enterando de que, muy acertadamente, la Sociedad para la

Eliminación de las Costumbres Salvajes le había confiado la misión de hacer un informe que le sirviera en el futuro como guía. Y lo había escrito. Yo lo he visto, lo he leído. Era elocuente, vibrante de elocuencia, pero demasiado idealista, a mi juicio. Diecisiete páginas de escritura apretada había llenado en sus momentos libres. Eso debió haber sido antes de que sus, digamos nervios, se vieran afectados, y lo llevaran a presidir ciertas danzas a media noche que terminaban con ritos inexpresables, los cuales, según pude deducir por lo que oí en varias ocasiones, eran ofrecidos en su honor. ¿Me entendéis? Como tributo al señor Kurtz. Pero aquel informe era una magnífica pieza literaria. El párrafo inicial sin embargo, a la luz de una información posterior, podría calificarse de ominoso. Empezaba desarrollando la teoría de que nosotros, los blancos, desde el punto de evolución a que hemos llegado «debemos por fuerza parecerles a ellos (los salvajes) seres sobrenaturales: nos acercamos a ellos revestidos con los poderes de una deidad», y otras cosas por el estilo… «Por el simple ejercicio de nuestra voluntad podemos ejercer un poder para el bien prácticamente ilimitado», etcétera. Ese era el tono; me llegó a cautivar. Su argumentación era magnífica, aunque difícil de recordar. Me dio la noción de una inmensidad exótica gobernada por una benevolencia augusta. Me hizo estremecer de entusiasmo. Las palabras se desencadenaban allí con el poder de la elocuencia… Eran palabras nobles y ardientes. No había ninguna alusión práctica que interrumpiera la mágica corriente de las frases, salvo que una especie de nota, al pie de la última página, escrita evidentemente mucho más tarde con mano temblorosa, pudiera ser considerada como la exposición de un método. Era muy simple, y, al final de aquella apelación patética a todos los sentimientos altruistas, llegaba a deslumbrar, luminosa y terrible, como un relámpago en un cielo sereno: «¡Exterminad a estos bárbaros!» Lo curioso era que, al parecer, había olvidado todo lo relacionado con aquel importante post-scriptum, porque más tarde, cuando en cierto modo logró volver en sí, me suplicó en repetidas ocasiones que velara celosamente por «mi panfleto» (así lo llamaba), ya que estaba seguro de que en el futuro podía influir beneficiosamente en su carrera. Tenía yo entonces una amplia información sobre esas cosas, y, además, como luego resultó, me tocaría a mí conservar su memoria. Ya he hecho lo bastante como para concederme el indiscutible derecho de depositarla, si quiero, para su eterno reposo, en el cajón de basura del progreso, entre todos los gatos muertos de la civilización. Pero entonces, veis, yo no podía elegir. No será olvidado. Fuera lo que fuese, no era un ser común. Poseía el poder de encantar o asustar a las almas rudimentarias con ritos de brujería que organizaba en su honor. Podía llenar también las estrechas almas de los peregrinos con amargos recelos: tenía además un amigo devoto, había conquistado un alma en el mundo que no era rudimentaria ni estaba viciada por la rapacidad. No, no logro olvidarlo, aunque no estoy dispuesto a afirmar que fuera digno de la vida que perdimos al ir en su busca. Yo echaba atrozmente de menos a mí difunto timonel; lo echaba de menos, ya en los momentos en que su cuerpo estaba tendido en la cabina de pilotaje. Tal vez juzguéis bastante extraño ese pesar por un salvaje que no contaba más que un grano de arena en un Sahara negro. Bueno, había hecho algo, había guiado el barco. Durante meses yo lo había tenido a mis espaldas, como una ayuda, un instrumento. Era una especie de socio. Conducía el barco y yo tenía que preocuparme de sus deficiencias, y de esa manera un vínculo sutil se había creado, del cual fui consciente sólo cuando se rompió. Y la íntima profundidad de la mirada que me dirigió cuando recibió aquel golpe aún vive en mi memoria, como una súplica de un parentesco lejano, afirmado en el momento supremo.

»¡Pobre tonto! ¡Si hubiera dejado en paz aquella ventana! Pero no podía estarse quieto, igual que Kurtz, igual que un árbol sacudido por el viento. Tan pronto como me puse un par de zapatillas secas, lo arrastré afuera, después de arrancar de su costado la lanza, operación que debo confesar ejecuté con los ojos cerrados. Sus talones rebotaron en el pequeño escalón de la puerta; sus hombros oprimieron mi pecho. Lo abracé por detrás desesperadamente. ¡Oh, era pesado, pesado!, ¡más de lo que hubiera podido imaginar que pesara cualquier hombre! Luego, sin más, lo tiré por la borda. La corriente lo arrastró como si fuera una brizna de hierba; vi el cuerpo volverse dos veces antes de perderlo de vista para siempre. Los peregrinos y el director se habían reunido en cubierta junto a la cabina de pilotaje, graznando como una bandada de urracas excitadas, y hubo un murmullo escandalizado por mi despiadado proceder. Para qué deseaban conservar a bordo aquel cuerpo es algo que no logro adivinar. Tal vez para embalsamarlo. Pero también oí otro murmullo, y muy siniestro, en la cubierta inferior. Mis amigos, los leñadores, estaban igualmente escandalizados y con mayor razón, aunque admito que esa razón era del todo inadmisible. ¡Oh, sí! Yo había decidido que si el cuerpo de mi timonel debía ser devorado, sólo serían los peces quienes se beneficiaran de él. En vida había sido un timonel bastante incompetente, pero ahora que estaba muerto podía constituir una tentación de primera clase, y posiblemente la causa de algunos trastornos serios. Además, estaba ansioso por tomar el timón, porque el hombre del pijama color de rosa daba muestras de ser desesperadamente ineficaz para aquel trabajo».

»Eso hice precisamente, después de haber realizado aquel sencillo funeral. Íbamos a media velocidad, manteniéndonos en medio de la corriente. Yo escuchaba las conversaciones que tenían lugar a mis espaldas. Habían renunciado a Kurtz, renunciado a la estación. Kurtz habría muerto; la estación habría sido quemada, etcétera. El peregrino pelirrojo estaba fuera de sí ante el pensamiento de que por lo menos aquel Kurtz había sido debidamente vengado. “¿No es cierto? Debemos haber hecho una magnífica matanza entre los matorrales. ¿Eh? ¿Qué piensan? ¿Digan?” Bailaba de júbilo. ¡El pequeño y sanguinario mendigo color jengibre! ¡Y casi se había desvanecido al ver el cadáver del piloto! No pude contenerme y le dije: “Al menos produjo usted una gloriosa cantidad de humo”. Yo había podido ver, por la forma en que las copas de los arbustos crujían y volaban, que casi todos los disparos habían sido demasiado altos. No es posible dar en el blanco a menos que apunten y tiren desde el hombro, pero aquellos tipos tiraban con el arma apoyada en la cadera y los ojos cerrados. La retirada, sostuve, y en eso tenía toda la razón, había sido provocada por el pitido de la sirena. En ese momento se habían olvidado de Kurtz y aullaban a mi lado con protestas de indignación. El director estaba junto al timón, murmurándome confidencialmente la necesidad de escapar río abajo antes de que oscureciera, cuando vi a distancia un claro en el bosque y los contornos de una especie de edificio. “¿Qué es esto?”, pregunté. Dio una palmada sorprendido. “¡La estación!”, gritó. Me acerqué a la orilla inmediatamente, aunque conservando la navegación a media velocidad. “A través de mis gemelos vi el declive de una colina con unos cuantos árboles y el terreno enteramente libre de maleza. En la cima se veía un amplio y deteriorado edificio, semioculto por la alta hierba. Los grandes agujeros del techo puntiagudo se observaban desde lejos como manchas negras. La selva y la maleza formaban el fondo. No había empalizada ni tapia de ninguna especie, pero era posible que hubiera habido antes una, ya que cerca de la casa pude ver media docena de postes delgados alineados, toscamente adornados, con la parte superior decorada con unas bolas redondas y talladas. Los barrotes, o cualquier cosa que hubiera habido entre ellos, habían desaparecido. Por supuesto el bosque lo rodeaba todo. La orilla del río estaba despejada, y junto al agua vi a un blanco bajo un sombrero parecido a una rueda de carro. Nos hacía señas insistentes con el brazo. Al examinar los lindes del bosque de arriba abajo, tuve casi la seguridad de ver movimientos, formas humanas deslizándose aquí y allá. Me fui acercando con prudencia, luego detuve las máquinas y dejé que el barco avanzara hacia la orilla. El hombre de la playa comenzó a gritar, llamándonos a tierra. “Hemos sido atacados”, gritó el director. “Lo sé, lo sé. No hay problema”, gritó el otro en respuesta, tan alegre como se lo puedan imaginar. “Vengan, no hay problema. Me siento feliz”».

»Su aspecto me recordaba algo, algo que había visto antes. Mientras maniobraba para atracar, me preguntaba: “¿A quién se parece este tipo?” De pronto encontré el parecido. Era como un arlequín. Sus ropas habían sido hechas de un material que probablemente había sido holanda cruda, pero estaban cubiertas de remiendos por todas partes, parches brillantes, azules, rojos y amarillos, remiendos en la espalda, remiendos en el pecho, en los codos, en las rodillas; una faja de colores alrededor de la chaqueta, bordes escarlatas en la parte inferior de los pantalones. La luz del sol lo hacía parecer un espectáculo extraordinariamente alegre y maravillosamente limpio, porque permitía ver con cuánto esmero habían sido hechos aquellos remiendos. Una cara imberbe, adolescente, muy agradable, sin ningún rasgo característico, una nariz despellejada, pequeños ojos azules, sonrisas y fruncimientos de la frente, se mezclaban en su rostro como el sol y la sombra en una llanura asolada por el viento. “Cuidado, capitán”, exclamó. “Anoche tiraron allí un tronco”. “¿Qué? ¡Otro obstáculo!” Confieso que lancé maldiciones en una forma vergonzosa. Estuve a punto de agujerear mi cascarón al concluir aquel viaje encantador. El arlequín de la orilla dirigió hacia mí su pequeña nariz respingada. “¿Es usted inglés?”, me preguntó con una sonrisa. “¿Y usted?”, le grité desde el timón. Las sonrisas desaparecieron, movió la cabeza como apesadumbrado por mi posible desilusión. Luego volvió a iluminársele el rostro. “¡No importa!”, me gritó animadamente. “¿Llegamos a tiempo?”, le pregunté. “Él está allá arriba”, respondió, y señaló con la cabeza la colina. De pronto su aspecto se volvió lúgubre. Su cara parecía un cielo de otoño, ensombrecido un momento, para despejarse al siguiente».

»Cuando el director, escoltado por los peregrinos, armados todos hasta los dientes, se dirigieron a la casa, aquel individuo subió a bordo. “Puedo decirle que no me gusta nada esto”, le dije. “Los nativos están escondidos entre los matorrales”. Me aseguró confiadamente que no había ningún problema. “Son gente sencilla”, añadió. “Bueno, estoy contento de que hayan llegado. Me he pasado todo el tiempo tratando de mantenerlos tranquilos”. “Pero usted me ha dicho que no había problema”, exclamé. “¡Oh, no querían hacer daño!”, dijo. Y como yo me le quedé mirando con estupor, se corrigió al instante: “Bueno, no exactamente”. Después añadió con vivacidad: “¡Dios mío, esta cabina necesita una buena limpieza!” Y me recomendó tener bastante vapor en la caldera para hacer sonar la sirena en caso de que se produjera alguna dificultad. “Un buen silbido podrá hacer más por usted que todos los rifles. Son gente sencilla”, volvió a repetir. Charlaba tan abundantemente que me abrumó. Parecía querer compensar una larga jornada de silencio, y en realidad admitió, sonriendo, que tal era su caso. “¿No habla usted con el señor Kurtz?” “Con ese hombre no se habla, se le escucha”, exclamó con severa exaltación. “Pero ahora…” Agitó un brazo y en un abrir y cerrar de ojos se sumió en el silencio más absoluto. Luego pareció volver a resurgir, se posesionó de mis dos manos, y las sacudió repetidamente, mientras exclamaba: “Hermano marino… honor, satisfacción… deleite… me presento… ruso… hijo de un arcipreste… gobierno de Tambov… ¿Qué? ¡Tabaco! ¡Tabaco inglés, el excelente tabaco inglés! Bueno, esto es fraternidad. ¿Fuma usted? ¿Dónde hay un marino que no fume?”»

»La pipa lo tranquilizó, y gradualmente fui sabiendo que se había escapado de la escuela, se había embarcado en un barco ruso, escapó nuevamente, sirvió por algún tiempo en barcos ingleses, se reconcilió con el arcipreste. Insistió en ese punto. Pero cuando se es joven debían verse cosas, adquirir experiencia, ideas, ensanchar la inteligencia. “¿Aquí?”, lo interrumpí. “Nunca puede uno decir dónde. Aquí encontré al señor Kurtz”, dijo jovialmente solemne y con expresión de reproche. Después permanecí en silencio. Al parecer había persuadido a una casa de comercio holandesa de la costa para que lo equipara con provisiones y mercancías, y había partido hacia el interior con el corazón ligero y sin mayor idea de lo que podría ocurrirle de la que pudiera tener un bebé. Había vagado solo por el río por espacio de dos años, separado de hombres y de cosas. “No soy tan joven como parezco. Tengo veinticinco años”, dijo. “Al comienzo el viejo Van Shuyten me quería mandar al diablo”, relató con profundo regocijo, “pero yo no me apartaba de él. Hablaba, hablaba, hasta que al fin tuvo miedo de que llegara a hablar de la pata trasera de su perro favorito, así que me dio algunos productos baratos y unos fusiles, y me dijo que esperaba no volver a ver mi rostro nunca más. ¡Ah, el buen viejo holandés, Van Shuyten! Hace un año le envié un pequeño lote de marfil, así que no podrá decir que he sido un bandido cuando vuelva. Espero que lo habrá recibido. De todos modos me da lo mismo. Apilé un poco de leña para ustedes. Aquélla era mi vieja casa. ¿La ha visto?”»

»Le di el libro de Towson. Hizo ademán de besarme, pero se contuvo. “El último libro que me quedaba y pensé que lo había perdido”, dijo mirándome extasiado. “Le ocurren tantos accidentes a un hombre cuando va errando solo por el mundo, sabe usted. A veces zozobran las canoas, a veces hay necesidad de partir a toda prisa, porque el pueblo se enfada”. Pasó las hojas con los dedos. “¿Son anotaciones en ruso?”, le pregunté. Afirmó con un movimiento de cabeza. “Creí que estaban en clave”. Se rio; luego volvió a quedarse serio. “Tuve mucho trabajo para tratar de mantener a raya a esta gente” dijo. “¿Querían matarle?”, pregunté. “¡Oh, no!”, exclamó, y se contuvo. “¿Por qué nos atacaron?”, insistí. Dudó antes de responder. Al fin lo hizo: “No quieren que se marche”. “¿No quieren?”, pregunté con curiosidad. Asintió con una expresión llena de misterio y de sabiduría. “Se lo vuelvo a decir”, exclamó, “ese hombre ha ensanchado mi mente”. Abrió los brazos y me miró con sus pequeños ojos azules, perfectamente redondos».

CAPÍTULO TRES

—Me le quedé mirando, perdido en el asombro. Allí estaba delante de mí, en su traje de colores, como si hubiera desertado de una troupe de saltimbanquis, entusiasta, fabuloso. Su misma existencia era algo improbable, inexplicable y a la vez anonadante. Era un problema insoluble. Resultaba inconcebible ver cómo había conseguido ir tan lejos, cómo había logrado sobrevivir, por qué no desaparecía instantáneamente. «Fui un poco más lejos», dijo, «cada vez un poco más lejos, hasta que he llegado tan lejos que no sé cómo podré regresar alguna vez. No me importa. Ya habrá tiempo para ello. Puedo arreglármelas. Usted llévese a Kurtz pronto, pronto…» El hechizo de la juventud envolvía aquellos harapos de colores, su miseria, su soledad, la desolación esencial de sus fútiles andanzas. Durante meses, durante años, su vida no había valido lo que uno puede adquirir en un día, y allí estaba, galante, despreocupadamente vivo, indestructible según las apariencias, sólo en virtud de su juventud y de su irreflexiva audacia. Me sentí seducido por algo parecido a la admiración y la envidia. La aventura lo estimulaba, emanaba un aire de aventura. Con toda seguridad no deseaba otra cosa que la selva y el espacio para respirar y para transitar. Necesitaba existir, y moverse hacia adelante, hacia los mayores riesgos posibles, y con los más mínimos elementos. Si el espíritu absolutamente puro, sin cálculo, ideal de la aventura, había tomado posesión alguna vez de un ser humano, era de aquel joven remendado. Casi sentí envidia por la posesión de aquella modesta y pura llama. Parecía haber consumido todo pensamiento de sí y tan completamente que, incluso cuando hablaba, uno olvidaba que era él (el hombre que se tenía frente a los ojos) quien había vivido todas aquellas experiencias. Sin embargo, no envidié su devoción por Kurtz. Él no había meditado sobre ella. Le había llegado y la aceptó con una especie de vehemente fatalismo. Debo decir que me parecía la cosa más peligrosa de todas las que le habían ocurrido.

»Se habían unido inevitablemente, como dos barcos anclados uno junto al otro, que acaban por rozar sus bordes. Supongo que Kurtz deseaba tener un oyente, porque en cierta ocasión, acampados en la selva, habían hablado toda la noche, o más probablemente Kurtz había hablado toda la noche. “Hablamos de todo”, dijo el joven, transportado por sus recuerdos. “Olvidé que existía algo semejante al sueño. Me pareció que la noche duraba menos de una hora. ¡De todo! ¡De todo!… También del amor…” “¡Ah!, ¿así que le habló de amor?”, le dije, muy divertido. “No, no de lo que usted piensa”, exclamó con pasión. “Habló en términos generales. Me hizo ver cosas… cosas…”»

»Levantó los brazos. En aquel momento estábamos sobre cubierta, y el capataz de mis leñadores, que se hallaba cerca, volvió hacia él su mirada densa y brillante. Miré a mi alrededor, y no sé por qué, pero puedo aseguraros que nunca antes, nunca, aquella tierra, el río, la selva, la misma bóveda de ese cielo tan resplandeciente, me habían parecido tan desesperados y oscuros, tan implacables frente a la fragilidad humana. “¿Y a partir de entonces ha estado con él?”, le pregunté».

»Al contrario. Parecía que sus relaciones se habían roto profundamente por diversas causas. Él había, me informó con orgullo, procurado asistir a Kurtz durante dos enfermedades (aludía a ello como se puede aludir a una hazaña audaz), pero, por regla general, Kurtz deambulaba solo, aun en las profundidades de la selva. “Muy a menudo, cuando venía a esta estación, debía esperar días y días antes de que él volviera”, me dijo. “Pero valía la pena esperarlo en esas ocasiones”. “¿Qué hacía él en esas ocasiones? ¿Explorar o qué?”, quise saber. “Oh, sí, por supuesto. Llegó a descubrir gran cantidad de aldeas, un lago además…” No sabía exactamente en qué dirección; era peligroso preguntar demasiado. La mayor parte de las veces emprendía esas expediciones en busca de marfil. “Pero no tenía ya para entonces mercancías con las que negociar”, objeté. “Todavía ahora le quedan algunos cartuchos”, respondió, mirando hacia otro lado. “Para decirlo claramente, se apoderó del país”, dije. Él asintió. “Aunque seguramente no lo haría solo”, concluí. Murmuró algo respecto a los pueblos que rodeaban el lago. “Kurtz logró que la tribu lo siguiera, ¿no es cierto?”, sugerí».

»Se intranquilizó un poco. “Lo adoraban”, dijo. El tono de aquellas palabras fue tan extraordinario que lo miré con fijeza. Era curioso comprobar su mezcla de deseo y resistencia a hablar de Kurtz. Aquel hombre llenaba su vida, ocupaba sus pensamientos, movía sus emociones. “¿Qué puede usted esperar?”, estalló. “Llegó a ellos con truenos y relámpagos, y ellos jamás habían visto nada semejante… nada tan terrible. Él podía ser realmente terrible. No se puede juzgar al señor Kurtz como a un hombre ordinario. ¡No, no, no! Para darle a usted una idea, no me importa decírselo, pero un día quiso disparar contra mí también, aunque yo no lo juzgo por eso”. “¿Disparar contra usted?”, pregunté. “¿Por qué?” “Bueno, yo tenía un pequeño lote de marfil que el jefe de la aldea situada cerca de mi casa me había dado. Sabe usted, yo solía cazar para ellos. Pues Kurtz lo quiso, y era incapaz de atender a otras razones. Declaró que me mataría si no le entregaba el marfil y desaparecía de la región, porque él podía hacerlo, y quería hacerlo, y no había poder sobre la tierra que pudiera impedirle matar a quien se le antojara. Y era cierto. Así que le entregué el marfil. ¡Qué me importaba! Pero no me marché. No, no podía abandonarlo. Por supuesto, tuve que ser prudente, hasta que volvimos a ser amigos de nuevo por algún tiempo. Entonces padeció su segunda enfermedad. Después de eso me vi obligado a evitarle, pero no me preocupaba. Él pasaba la mayor parte del tiempo en las aldeas del lago. Cuando regresaba al río, a veces se acercaba a mí, otras era necesario que yo tuviera cuidado. Aquel hombre sufría demasiado. Odiaba todo esto y sin embargo no podía marcharse. Cuando tuve una oportunidad, le supliqué que tratara de partir mientras fuera aún posible. Le ofrecí acompañarlo en el viaje de regreso. Decía que sí, y luego se quedaba. Volvía a salir a cazar marfil, desaparecía durante semanas enteras, se olvidaba de sí mismo cuando estaba entre esas gentes, se olvidaba de sí mismo, sabe usted”».

»“¿Cómo? ¡Debía estar loco!”, dije. Él protestó con indignación. El señor Kurtz no podía estar loco. Si yo hubiera podido oírlo hablar, sólo dos días atrás, no me atrevería a insinuar semejante cosa… Cogí mis binoculares mientras hablábamos, y enfoqué la costa, pasando y repasando rápidamente por el lindero del bosque, a ambos lados y detrás de la casa. Saber que había gente escondida dentro de aquellos matorrales, tan silenciosos y tranquilos como la casa en ruinas de la colina, me ponía nervioso. No había señales sobre la faz de la naturaleza de esa historia extraña que me había sido, más que relatada, sugerida por exclamaciones desoladas, encogimientos de hombros, frases interrumpidas, insinuaciones que terminaban en profundos suspiros. La maleza permanecía inmóvil, como una máscara pesada, como la puerta cerrada de una prisión. Nos miraba con un aire de conocimiento oculto, de paciente expectación, de inexpugnable silencio. El ruso me explicaba que sólo recientemente había vuelto el señor Kurtz al río, trayendo consigo a aquellos hombres de la tribu del lago. Había estado ausente durante varios meses (haciéndose adorar, supongo), y había vuelto inesperadamente, con la intención al parecer de hacer una excursión por las orillas del río. Evidentemente el ansia de marfil se había apoderado de (¿cómo llamarlas?) sus aspiraciones menos materiales. Sin embargo, había empeorado de pronto. “Oí decir que estaba en cama, desamparado, así que remonté el río. Me aventuré a hacerlo”, dijo el ruso. “Se encuentra muy mal, muy mal”».

»Dirigí los binoculares hacia la casa. No se veían señales de vida, pero allí estaba el techo arruinado, la larga pared de barro sobresaliendo por encima de la hierba, con tres pequeñas ventanas cuadrangulares, de un tamaño distinto. Todo aquello parecía al alcance de mi mano. Después hice un movimiento brusco y uno de los postes que quedaban de la desaparecida empalizada apareció en el campo visual de los gemelos. Recordad que he dicho que me habían llamado la atención, a distancia, los intentos de ornamentación que contrastaban con el aspecto ruinoso del lugar. En aquel momento pude tener una visión más cercana, y el primer resultado fue hacerme echar hacia atrás la cabeza, como si hubiese recibido un golpe. Entonces examiné con mis lentes cuidadosamente cada poste, y comprobé mi error. Aquellos bultos redondos no eran motivos ornamentales sino simbólicos. Eran expresivos y enigmáticos, asombrosos y perturbadores, alimento para la mente y también para los buitres, si es que había alguno bajo aquel cielo, y de todos modos para las hormigas, que eran lo suficientemente industriosas como para subir al poste. Hubieran sido aún más impresionantes, aquellas cabezas clavadas en las estacas, si sus rostros no hubiesen estado vueltos hacia la casa. Sólo una, la primera que había contemplado, miraba hacia mí. No me disgustó tanto como podríais imaginar. El salto hacia atrás que había dado no había sido más que un movimiento de sorpresa. Yo había esperado ver allí una bola de madera, ya sabéis. Volví a enfocar deliberadamente los gemelos hacia la primera que había visto. Allí estaba, negra, seca, consumida, con los párpados cerrados… Una cabeza que parecía dormitar en la punta de aquel poste, con los labios contraídos y secos, mostrando la estrecha línea de la dentadura. Sonreía, sonreía continuamente ante un interminable y jocoso sueño».

»No estoy revelando ningún secreto comercial. En efecto, el director dijo más tarde que los métodos del señor Kurtz habían constituido la ruina de aquella región. No puedo opinar al respecto, pero quiero dejar claramente sentado que no había nada provechoso en el hecho de que esas cabezas permanecieran allí. Sólo mostraban que el señor Kurtz carecía de frenos para satisfacer sus apetitos, que había algo que faltaba en él, un pequeño elemento que, cuando surgía una necesidad apremiante, no podía encontrarse en su magnífica elocuencia. Si él era consciente de esa deficiencia, es algo que no puedo decir. Creo que al final llegó a advertirla, pero fue sólo al final. La selva había logrado poseerlo pronto y se había vengado en él de la fantástica invasión de que había sido objeto. Me imagino que le había susurrado cosas sobre él mismo que él no conocía, cosas de las que no tenía idea hasta que se sintió aconsejado por esa gran soledad… y aquel susurro había resultado irresistiblemente fascinante. Resonó violentamente en su interior porque tenía el corazón vacío… Dejé los gemelos, y la cabeza que había parecido estar lo suficientemente cerca como para poder hablar con ella, pareció saltar de pronto a una distancia inaccesible».

»El admirador del señor Kurtz estaba un poco cabizbajo. Con una voz apresurada y confusa, comenzó a decirme que no se había atrevido a quitar aquellos símbolos, por así llamarlos. No tenía miedo de los nativos; no se moverían a menos que el señor Kurtz se lo ordenara. Su ascendiente sobre ellos era extraordinario. Los campamentos de aquella gente rodeaban el lugar y sus jefes iban diariamente a visitarlo. Se hubieran arrastrado…

»“No quiero saber nada de las ceremonias realizadas para acercarse al señor Kurtz”, grité».

»Es curioso, pero en aquel momento tuve la sensación de que aquellos detalles resultarían más intolerables que las cabezas que se secaban sobre los postes, frente a las ventanas del señor Kurtz. Después de todo, aquello no era sino un espectáculo salvaje, mientras que yo me sentía de pronto transportado a una región oscura de sutiles horrores, donde un salvajismo puro y sin complicaciones era un alivio positivo, algo que tenía derecho a existir, evidentemente, bajo la luz del sol. El joven me miró con sorpresa. Supongo no concebía que para mí el señor Kurtz no fuera un ídolo. Olvidaba que yo no había escuchado ninguno de aquellos espléndidos monólogos sobre, ¿sobre qué?, el amor, la justicia, la conducta del hombre, y otras cosas por el estilo. Si hubiera tenido necesidad de arrastrarse ante el señor Kurtz, lo hubiera hecho como el salvaje más auténtico de todos ellos. Yo no tenía idea de la situación, el ruso me dijo que aquellas cabezas eran cabezas de rebeldes. Le ofendió extraordinariamente mi risa. ¡Rebeldes! ¿Cuál sería la próxima definición que debía yo oír? Había oído hablar de enemigos, criminales, trabajadores… ahora de rebeldes. Aquellas cabezas rebeldes me parecían muy apaciguadas desde sus postes».

»“Usted no sabe cómo ha fatigado esta vida al señor Kurtz”, gritó su último discípulo. “Bueno, ¿y a usted?”, le dije. “¡A mí! ¡A mí! Yo soy un hombre sencillo. No tengo grandes ideas. No quiero nada de nadie. ¿Cómo puede compararme con…?” Apenas acertaba a expresar sus sentimientos, de pronto se detuvo. “No comprendo”, gimió. “He hecho todo lo posible para conservarle con vida, y eso es suficiente. Yo no he participado en todo esto. No tengo ninguna capacidad para ello. Durante meses no ha habido aquí ni una gota de medicina ni un bocado para un hombre enfermo. Había sido vergonzosamente abandonado. Un hombre como él, con aquellas ideas. ¡Vergonzosamente! ¡Vergonzosamente! Yo no he dormido durante las últimas diez noches…”»

»Su voz se perdió en la calma de la tarde. Las amplias sombras de la selva se habían deslizado colina abajo mientras conversábamos, llegando más allá de la ruinosa cabaña, más allá de la hilera de postes simbólicos. Todo aquello estaba en la penumbra, mientras nosotros, abajo, estábamos aún bajo los rayos del sol, y el espacio del río extendido ante la parte aún no sombreada brillaba con un fulgor tranquilo y deslumbrante, con una faja de sombra oscura y lóbrega encima y abajo. No se veía un alma viviente en la orilla. Los matorrales no se movían».

»De pronto, tras una esquina de la casa apareció un grupo de hombres, como si hubieran brotado de la tierra. Avanzaban en una masa compacta, con la hierba hasta la cintura, llevando en medio unas parihuelas improvisadas. Instantáneamente, en aquel paisaje vacío, se elevó un grito cuya estridencia atravesó el aire tranquilo como una flecha aguda que volara directamente del corazón mismo de la tierra, y, como por encanto, corrientes de seres humanos, de seres humanos desnudos, con lanzas en las manos, con arcos y escudos, con miradas y movimientos salvajes, irrumpieron en la estación, vomitados por el bosque tenebroso y plácido. Los arbustos se movieron, la hierba se sacudió por unos momentos, luego todo quedó tranquilo, en una tensa inmovilidad».

»“Si ahora no les dice lo que debe decirles, estamos todos perdidos”, dijo el ruso a mis espaldas. El grupo de hombres con las parihuelas se había detenido a medio camino, como petrificado. Vi que el hombre de la camilla se semi–incorporaba, delgado, con un brazo en alto, apoyado en los hombros de los camilleros. “Esperemos que el hombre que sabe hablar tan bien del amor en general, encuentre alguna razón particular para salvarnos esta vez”, dije».

»Presentía amargamente el absurdo peligro de nuestra situación, como si el estar a merced de aquel atroz fantasma fuera una necesidad vergonzosa. No podía oír ningún sonido, pero a través de los gemelos vi el brazo delgado extendido imperativamente, la mandíbula inferior en movimiento, los ojos de aquella aparición que brillaban sombríos a lo lejos, en su cabeza huesuda, que oscilaba con grotescas sacudidas. Kurtz… Kurtz, eso significa pequeño en alemán, ¿no es cierto? Bueno el nombre era tan cierto como todo lo demás en su vida y en su muerte. Parecía tener por lo menos siete pies de estatura. La manta que lo cubría cayó y su cuerpo surgió lastimoso y descarnado como de una mortaja. Podía ver la caja torácica, con las costillas bien marcadas. Era como si una imagen animada de la muerte, tallada en viejo marfil, hubiese agitado la mano amenazadora ante una multitud inmóvil de hombres hechos de oscuro y brillante bronce. Le vi abrir la boca; lo que le dio un aspecto indeciblemente voraz, como si hubiera querido devorar todo el aire, toda la tierra, y todos los hombres que tenía ante sí. Una voz profunda llegó débilmente hasta el barco. Debía de haber gritado. Repentinamente cayó hacia atrás. La camilla osciló cuando los camilleros caminaron de nuevo hacia adelante, y al mismo tiempo observé que la multitud de salvajes se desvanecía con movimientos del todo imperceptibles, como si el bosque que había arrojado súbitamente aquellos seres se los hubiera tragado de nuevo, como el aliento es atraído en una prolongada aspiración».

»Algunos peregrinos, detrás de las parihuelas, llevaban preparadas las armas: dos escopetas, un rifle pesado y un ligero revólver carabina; los rayos de aquel Júpiter lastimoso. El director se inclinaba sobre él y murmuraba algo mientras caminaba. Lo colocaron en uno de los pequeños camarotes, el espacio justo para una cama y una o dos sillas de campaña. Le habíamos llevado su correspondencia atrasada, y un montón de sobres rotos y cartas abiertas se esparcía sobre la cama. Su mano vagaba débilmente sobre esos papeles. Me asombraba el fuego de sus ojos y la serena languidez de su expresión. No parecía ser tan grande el agotamiento que había producido en él la enfermedad. No parecía sufrir. Aquella sombra parecía satisfecha y tranquila, como si por el momento hubiera saciado todas sus emociones».

»Arrugó una de las cartas, y, mirándome directamente a la cara, me dijo: “Me alegro”. Alguien le había escrito sobre mí. Aquellas recomendaciones especiales volvían a aparecer de nuevo. El volumen de su voz, que emitió sin esfuerzo, casi sin molestarse en mover los labios, me asombró. ¡Qué voz! ¡Qué voz! Era grave, profunda y vibrante, a pesar de que el hombre no parecía emitir un murmullo. Sin embargo, tenía la suficiente fuerza como para casi acabar con todos nosotros, como vais a oír».

»El director volvió a aparecer silenciosamente en el umbral de la puerta. Salí en seguida y él corrió la cortina detrás de mí. El ruso, observado con curiosidad por los peregrinos, miraba hacia la playa. Seguí la dirección de su mirada».

»Oscuras formas humanas podían verse a distancia, deslizándose frente al tenebroso borde de la selva, y cerca del río dos figuras de bronce apoyadas en largas picas estaban en pie a la luz del sol, las cabezas tocadas con fantásticos gorros de piel moteada; un par de guerreros inmóviles en un reposo estatutario. De derecha a izquierda, a lo largo de la orilla iluminada, se movía una salvaje y deslumbrante figura femenina».

»La mujer caminaba con pasos mesurados, envuelta en una tela rayada, guarnecida de flecos, pisando el suelo orgullosamente, con un ligero sonido metálico y un resplandor de bárbaros ornamentos. Mantenía la cabeza erguida, sus cabellos estaban arreglados en forma de yelmo, llevaba anillos de bronce hasta las rodillas, pulseras de bronce hasta los codos, innumerables collares de abalorios en el cuello; objetos estrambóticos, amuletos, presentes de hechiceros, que colgaban sobre ella, que brillaban y temblaban a cada paso que daba. Debía de tener encima objetos con valor de varios colmillos de elefante. Era feroz y soberbia, de ojos salvajes y espléndidos; había algo siniestro y majestuoso en su lento paso… Y en la quietud que envolvió repentinamente toda aquella tierra doliente, la selva inmensa, el cuerpo colosal de la fecunda y misteriosa vida parecía mirarla, pensativa, como si contemplara la imagen de su propia alma tenebrosa y apasionada».

»Llegó frente al barco y se detuvo de cara hacia nosotros. La larga sombra de su cuerpo llegaba hasta el borde del agua. Su rostro tenía un trágico y feroz aspecto de tristeza salvaje y de un mudo dolor mezclado con el temor de alguna decisión apenas formulada con la que luchaba. De pie, inmóvil, nos miraba como la misma selva, con aire de cobijar algún proyecto inescrutable. Dejó transcurrir un minuto entero, y entonces dio un paso hacia adelante. Se oyó un ligero repiqueteo, brilló el metal dorado, oscilaron los flecos de la túnica, y entonces se detuvo como si el corazón le hubiera fallado. El joven que estaba a mi lado refunfuñó algo. Los peregrinos murmuraron a mis espaldas. Ella nos miró a todos como si su vida dependiera de la dureza e inflexibilidad de su mirada. De pronto abrió los brazos desnudos y los elevó rígidos por encima de su cabeza como en un deseo indómito de tocar el cielo, y al mismo tiempo las tinieblas se precipitaron de golpe sobre la tierra, pasaron velozmente sobre el río, envolviendo el barco en un abrazo sombrío. Un silencio formidable acompañó la escena».

»Se dio vuelta lentamente, comenzó a caminar por la orilla y se dirigió hacia los arbustos de la izquierda. Sólo una vez sus ojos volvieron a contemplarnos, en la oscuridad de la espesura, antes de desaparecer».

»“Si hubiera insistido en subir a bordo, creo que realmente habría disparado contra ella”, dijo el hombre de los remiendos, con gran nerviosismo. “He arriesgado mi vida todos los días durante la última quincena tratando de mantenerla fuera de la casa. Un día logró entrar y armó un gran escándalo debido a unos miserables harapos que yo había recogido del almacén para remendar mis ropas. Debió haberle parecido un robo. Al menos eso imagino, porque estuvo hablando durante una hora y señalándome de vez en cuando. Yo no entiendo el dialecto de esta tribu. Por fortuna para mí, Kurtz se sentía ese día demasiado enfermo como para hacerle caso, de otro modo lo hubiera pasado muy mal. No comprendo… No… es demasiado para mí. Bueno, ahora todo ha pasado”».

»En ese momento escuché la profunda voz de Kurtz detrás de la cortina: “¡Salvarme!… Salvar el marfil querrá usted decir. Usted interrumpe mis planes. ¡Enfermo! ¡Enfermo! No tan enfermo como a usted le gustaría creer. No importa. Yo llevaré a cabo mis proyectos… Yo volveré. Le mostraré lo que puede hacerse. Usted, con sus pequeñas ideas mezquinas… usted interfiere ahora en mi trabajo. Yo regresaré. Yo…”»

»El director salió. Me hizo el honor de cogerme por un brazo y llevarme aparte. “Está muy mal, muy mal”, dijo. Consideró necesario suspirar, pero prescindió de mostrarse afligido. “Hemos hecho por él todo lo que hemos podido, ¿no es cierto? Pero no podemos dejar de reconocer que el señor Kurtz ha hecho más daño que bien a la compañía. No ha entendido que el tiempo no está aún maduro para emprender una acción vigorosa. Cautela, cautela, ése es mi principio. Debemos ser todavía cautos. Esta región quedará cerrada para nosotros por algún tiempo. ¡Deplorable! En conjunto, el comercio va a sufrir mermas. No niego que hay una cantidad considerable de marfil… en su mayor parte fósil. Debemos salvarlo a toda costa, pero mire usted cuán precaria es nuestra situación… ¿Todo por qué? Porque el método es inadecuado”. “¿Llama usted a eso”, dije yo, mirando hacia la orilla, “un método inadecuado?” “Sin duda”, declaró con ardor. “¿Usted no?”»

»“Yo no llego a considerarlo un método”, murmuré después de un momento. “Exactamente”, exclamó. “Yo ya preveía todo esto. Demuestra una absoluta falta de juicio. Es mi deber comunicarlo al lugar oportuno”. “Oh”, dije, “aquel tipo… ¿cómo se llama?… el fabricante de ladrillos, podrá hacerle un buen informe”. Pareció turbarse por un momento. Tuve la sensación de no haber respirado nunca antes una atmósfera tan vil, y mentalmente me dirigí a Kurtz en busca de alivio, sí, es verdad, en busca de alivio. “De cualquier manera pienso que el señor Kurtz es un hombre notable”, dije con énfasis. El director se sobresaltó, dejó caer sobre mí una mirada pesada y luego respondió en voz baja: “Era”. Y me volvió la espalda. Mi hora de favoritismo había pasado; me encontraba unido a Kurtz como partidario de métodos para los cuales el momento aún no estaba maduro. ¡Métodos inadecuados! ¡Ah, pero de cualquier manera era algo poder elegir entre las pesadillas!»

»En realidad yo había optado por la selva, no por el señor Kurtz, quien, debía admitirlo, no servía ya sino para ser enterrado. Y por un momento me pareció que yo también estaba enterrado en una amplia tumba llena de secretos indecibles. Sentí un peso intolerable que oprimía mi pecho, el olor de la tierra húmeda, la presencia invisible de la corrupción victoriosa, las tinieblas de la noche impenetrable… El ruso me dio un golpecito en el hombro. Lo oí murmurar y balbucear algo: “Hermano marino… no puedo ocultar el conocimiento de asuntos que afectarán la reputación del señor Kurtz”. Esperé que continuara. Para él, evidentemente Kurtz no estaba al borde de la tumba. Sospecho que, para él, el señor Kurtz era inmortal. “Bueno”, dije finalmente, “Hable. Como usted puede ver, en cierto sentido soy amigo del señor Kurtz”».

»Declaró con bastante formalidad que si no tuviéramos la misma profesión, él se hubiera reservado ese asunto para sí mismo sin importarle las consecuencias. “Sospecho”, dijo, “que hay cierta mala voluntad activa hacia mí por parte de esos blancos que…” “Tiene usted toda la razón”, le dije, recordando cierta conversación que por casualidad había oído. “El director piensa que debería usted ser colgado”. Mostró tal preocupación ante esa noticia que al principio me divirtió. “Lo mejor será que despeje pronto el camino”, dijo con seriedad. “No puedo hacer nada más por Kurtz ahora, y ellos pronto encontrarán alguna excusa. ¿Qué podría detenerlos? Hay un puesto militar a trescientas millas de aquí”. “Bueno, a mi juicio lo mejor que podría usted hacer es marcharse, si cuenta con amigos entre los salvajes de la región”. “Muchos”, dijo. “Son gente sencilla, y yo no quiero nada, usted ya lo sabe”. Estaba de pie; se mordía los labios. Después continuó: “No quiero que les ocurra nada a estos blancos, pero naturalmente pensaba en la reputación del señor Kurtz, usted es un hermoso marino y…” “Muy bien”, le dije después de un rato. “En lo que a mí se refiere, la reputación del señor Kurtz está a salvo”. Y no sabía con cuánta exactitud estaba hablando en ese momento».

»Me informó, bajando la voz, que había sido Kurtz quien había ordenado el ataque al vapor. “Odiaba a veces la idea de ser sacado de aquí… y además… Pero yo no entiendo estas cosas. Soy un hombre sencillo. Pensó que eso les asustaría, que renunciarían ustedes, considerándolo muerto. No pude detenerle. Oh, este último mes ha sido terrible para mí”. “Muy bien”, le dije. “Ahora está bien”. “Sí”, murmuró sin parecer demasiado convencido. “Gracias”, le dije. “Tendré los ojos bien abiertos”. “Pero tenga cuidado, ¿eh?”, me imploró con ansiedad. “Sería terrible para su reputación que alguien aquí…” Le prometí completa discreción con gran seriedad. “Tengo una canoa y tres negros esperándome no muy lejos de aquí. Me marcho. ¿Me podría dar usted unos cuantos cartuchos Martini–Henry?” Pude y se los di, con la debida reserva. Tomó un puñado de tabaco. “Entre marinos, usted sabe, buen tabaco inglés”. En la parte de la timonera se volvió hacia mí. “Diga, ¿no tiene por casualidad un par de zapatos que le sobre? ¡Mire!” Levantó un pie. Las suelas estaban atadas con cordones anudados en forma de sandalias, debajo de los pies desnudos. Saqué un viejo par que él miró con admiración antes de meterlo bajo el brazo izquierdo. Uno de sus bolsillos (de un rojo brillante) estaba lleno de cartuchos, del otro (azul marino) asomaba el libro de Towson. Parecía considerarse excelentemente bien equipado para un nuevo encuentro con la selva. “¡Oh, nunca, nunca volveré a encontrar un hombre semejante!”, dijo. “Debía haberlo oído recitar poemas, algunos eran suyos, ¿se imagina? ¡Poemas!” Hizo girar los ojos ante el recuerdo de aquellos poemas. “¡Ha ampliado mi mente!” “Adiós”, le dije. Nos estrechamos las manos y se perdió en la noche. A veces me pregunto si realmente lo habré visto alguna vez. Si es posible que haya existido un fenómeno de esa especie».

»Cuando desperté poco después de medianoche, su advertencia vino a mi memoria con la insinuación de un peligro, que parecía, en aquella noche estrellada, lo bastante real como para que me levantara a mirar a mi alrededor. En la colina habían encendido una fogata, iluminando parcialmente una esquina de la cabaña. Uno de los agentes, con un piquete formado con nuestros negros, armados en esa ocasión, montaba guardia ante el marfil. Pero en las profundidades de la selva, rojos centelleos oscilantes, que parecían hundirse y surgir del suelo entre confusas formas de columnas de intensa negrura, mostraban la posición exacta del campo donde los adoradores del señor Kurtz sostenían su inquieta vigilia. El monótono redoble de un tambor llenaba el aire con golpes sordos y con una vibración prolongada. El continuo zumbido de muchos hombres que cantaban algún conjuro sobrenatural salía del negro y uniforme muro vegetal, como un zumbido de abejas sale de una colmena, y tenía un efecto extraño y narcotizante sobre mis sentidos aletargados. Creo que empecé a dormitar, apoyado en la barandilla, hasta que un repentino brote de alaridos, una erupción irresistible de un hasta ese momento reprimido y misterioso frenesí, me despertó y me dejó por el momento totalmente aturdido. Miré por casualidad hacia el pequeño camarote. Había una luz en su interior, pero el señor Kurtz no estaba allí».

»Supongo que hubiera lanzado un grito de haber dado crédito a mis ojos. Pero al principio no les creí… ¡Aquello me parecía tan decididamente imposible! El hecho es que estaba yo del todo paralizado por un miedo total; era una especie de terror puro y abstracto, sin ninguna conexión con cualquier evidencia de peligro físico. Lo que hacía tan avasalladora aquella emoción era… ¿cómo podía definirlo?… el golpe moral que recibí, como si algo a la vez monstruoso, intolerable de concebir y odioso al alma, me hubiera sido impuesto inesperadamente. Aquello duró sin duda alguna sólo una mínima fracción de segundo, y después el sentimiento habitual de común y mortal peligro, la posibilidad de un ataque repentino y de una carnicería o algo por el estilo que me parecía estar en el aire fue recibida por mí como algo agradable y reconfortante. Me tranquilicé hasta tal punto que no di la voz de alarma».

»Había un agente envuelto en un chaquetón, durmiendo en una silla, a unos tres pies de donde yo estaba. Los gritos no lo habían despertado;

roncaba suavemente. Le dejé entregado a su sueño y bajé a tierra. Yo no traicionaba a Kurtz; estaba escrito que nunca había de traicionarle, estaba escrito que debía ser leal a la pesadilla que había elegido. Me sentía impaciente por tratar con aquella sombra por mi cuenta, solo… Y hasta el día de hoy no logro comprender por qué me sentía tan celoso de compartir con los demás la peculiar negrura de esa experiencia».

»Tan pronto como llegué a la orilla, vi un rastro… un rastro amplio entre la hierba. Recuerdo la exaltación con que me dije: “No puede andar; se está arrastrando a cuatro patas. Ya lo tengo”. La hierba estaba húmeda por el rocío. Yo caminaba rápidamente con los puños cerrados. Imagino que tenía la vaga idea de darle una paliza cuando lo encontrara. No sé. Tenía algunos pensamientos imbéciles. La vieja que tejía con el gato penetraba en mi memoria como una persona sumamente inadecuada en el extremo de aquel asunto. Vi a una fila de peregrinos, disparando chorros de plomo con los winchesters apoyados en la cadera. Pensé que no volvería al barco, y me imaginé viviendo solitario y sin armas en medio de la selva hasta una edad avanzada. Futilezas por el estilo, sabéis. Recuerdo que confundí el batir de los tambores con el de mi propio corazón, y que me agradaba su tranquila regularidad».

»Seguí el rastro… luego me detuve a escuchar. La noche era muy clara; un espacio azul oscuro, brillante de rocío y luz de estrellas, en el que algunos bultos negros permanecían muy tranquilos. Me pareció vislumbrar algo que se movía delante de mí. Estaba extrañamente seguro de todo aquella noche. Abandoné el rastro y corrí en un amplio semicírculo (supongo que en realidad me estaba riendo de mis propias argucias) a fin de aparecer frente a aquel bulto, a aquel movimiento que yo había visto… si es que en realidad había visto algo. Estaba cercando a Kurtz como si se tratara de un juego infantil».

»Llegué donde él estaba y, de no haber sido porque me oyó acercarme, lo hubiera podido atrapar enseguida. Logró levantarse a tiempo. Se puso en pie, inseguro, largo, pálido, confuso, como un vapor exhalado por la tierra, se tambaleó ligeramente, brumosa y silenciosamente delante de mí, mientras que a mi espalda las fogatas brillaban entre los árboles y el murmullo de muchas voces brotaba del bosque. Lo había aislado hábilmente, pero en ese momento, al hacerle frente y recobrar los sentidos, advertí el peligro en toda su verdadera proporción. De ninguna manera había pasado. ¿Y si él comenzaba a gritar? Aunque apenas podía tenerse en pie, su voz era aún bastante vigorosa».

»“¡Márchese, escóndase!”, dijo con aquel tono profundo. Era terrible. Miré a mis espaldas. Estábamos a unas treinta yardas de distancia de la fogata más próxima. Una figura negra se levantó, cruzó en amplias zancadas, con sus largas piernas negras, levantando sus largos brazos negros, ante el resplandor del fuego. Tenía cuernos… una cornamenta de antílope, me parece, sobre la cabeza. Algún hechicero, algún brujo, sin duda; tenía un aspecto realmente demoniaco. “¿Sabe usted lo que está haciendo?”, murmuré. “Perfectamente”, respondió, elevando la voz para decir aquella única palabra. Aquella voz resonó lejana y fuerte a la vez, como una llamada a través de una bocina. Pensé que si comenzaba a discutir estábamos perdidos. Por supuesto no era el momento para resolver el conflicto a puñetazos, aparte de la natural aversión que yo sentía a golpear aquella sombra… aquella cosa errante y atormentada. “Se perderá usted, se perderá completamente” murmuré. A veces uno tiene esos relámpagos de inspiración, ya sabéis. Yo había dicho la verdad, aunque de hecho él no podía perderse más de lo que ya lo estaba en aquel momento, cuando los fundamentos de nuestra amistad se asentaron para durar… para durar… para durar… hasta el fin… más allá del fin».

»“Yo tenía planes inmensos”, murmuró con indecisión. “Sí”, le dije, “pero si intenta usted gritar le destrozaré la cabeza con…” Vi que no había ni un palo ni una piedra cerca. “Lo estrangularé”, me corregí. “Me hallaba en el umbral de grandes cosas”, suplicó con una voz plañidera, con una avidez de tono que hizo que la sangre se me helara en las venas. “Y ahora por ese estúpido canalla…” “Su éxito en Europa está asegurado en todo caso”, afirmé con resolución. No me hubiera gustado tener que estrangularlo…, y de cualquier modo aquello no habría tenido ningún sentido práctico. Intenté romper el hechizo, el denso y mudo hechizo de la selva, que parecía atraerle hacia su seno despiadado despertando en él olvidados y brutales instintos, recuerdos de pasiones monstruosas y satisfechas. Estaba convencido de que sólo eso lo había llevado a dirigirse al borde de la selva, a la maleza, hacia el resplandor de las fogatas, el sonido de los tambores, el zumbido de conjuros sobrenaturales. Sólo eso había seducido a su alma forajida hasta más allá de los límites de las aspiraciones lícitas. Y, ¿os dais cuenta?, lo terrible de la situación no estaba en que me dieran un golpe en la cabeza, aunque tenía una sensación muy viva de ese peligro también, sino en el hecho de que tenía que vérmelas con un hombre ante quien no podía apelar a ningún sentimiento elevado o bajo. Debía, igual que los negros, invocarlo a él, a él mismo, a su propia exaltada e increíble degradación. No había nada por encima ni por debajo de él, y yo lo sabía. Se había desprendido de la tierra. ¡Maldito sea! Había golpeado la tierra hasta romperla en pedazos. Estaba solo, y yo frente a él no sabía si pisaba tierra o si flotaba en el aire. Os he dicho a vosotros que hablamos, he repetido las frases que pronunciamos… pero, ¿qué sentido tiene todo esto? Eran palabras comunes, cotidianas, los familiares, vagos sonidos cambiados al despertar de cada día. ¿Y qué sentido tenían? Existía detrás, en mi espíritu, la terrible sugestión de palabras oídas en sueños, frases murmuradas en pesadillas. ¡Un alma! Si hay alguien que ha luchado con un alma yo soy ese hombre. Y no es que estuviera discutiendo con un lunático. Lo creáis o no, el hecho es que su inteligencia seguía siendo perfectamente lúcida… concentrada, es cierto, sobre él mismo con horrible intensidad, y sin embargo con lucidez. Y en eso estribaba mi única oportunidad, fuera, por supuesto, de matarlo allí, lo que no hubiera resultado bien debido al ruido inevitable. Pero su alma estaba loca. Al quedarse solo en la selva, había mirado a su interior, y ¡cielos!, puedo afirmarlo, había enloquecido. Yo tuve (debido a mis pecados, imagino) que pasar la prueba de mirar también dentro de ella. Ninguna elocuencia hubiera podido marchitar tan eficazmente la fe en la humanidad como su estallido final de sinceridad. Luchó consigo mismo, también. Lo vi… lo oí. Vi el misterio inconcebible de un alma que no había conocido represiones, ni fe, ni miedo, y que había luchado, sin embargo, ciegamente, contra sí misma. Conservé la cabeza bastante bien, pero cuando lo tuve ya tendido en el lecho, me enjugué la frente, mientras mis piernas temblaban como si acabara de transportar media tonelada sobre la espalda hasta la cima de una colina. Y sin embargo sólo había sostenido su brazo huesudo apoyado en mis hombros; no era mucho más pesado que un niño».

»Cuando al día siguiente partimos a mediodía, la multitud, de cuya presencia tras la cortina de árboles había sido agudamente consciente todo el tiempo, volvió a salir de la maleza, llenó el patio de la estación, cubrió el declive de la colina con una masa de cuerpos desnudos que respiraban, que se estremecían, bronceados. Remonté un poco el río, luego viré y navegué con la corriente. Dos mil ojos seguían las evoluciones del demonio del río, que chapoteaba dando golpes impetuosos, azotando el agua con su cola terrible y esparciendo humo negro por el aire. Frente a la primera fila, a lo largo del río, tres hombres, cubiertos de un fango rojo brillante de los pies a la cabeza, se contoneaban impacientes. Cuando llegamos de nuevo frente a ellos, miraban al río, pateaban, movían sus cuerpos enrojecidos; sacudían hacia el feroz demonio del río un manojo de plumas negras, una piel repugnante con una cola colgante, algo que parecía una calabaza seca. Y a la vez gritaban periódicamente series extrañas de palabras que no se parecían a ningún sonido humano, y los profundos murmullos de la multitud interrumpidos de pronto eran como los responsos de alguna letanía satánica».

»Transportamos a Kurtz a la cabina del piloto: allí había más aire. Tendido sobre el lecho, miraba fijamente por los postigos abiertos. Hubo un remolino en la masa de cuerpos humanos, y la mujer de la cabeza en forma de yelmo y las mejillas teñidas corrió hasta la orilla misma de la corriente. Él tendió las manos, gritó algo, toda aquella multitud salvaje continuó el grito en un coro rugiente, articulado, rápido e incesante».

»“¿Entiende lo que dicen?”, le pregunté».

»Él continuaba mirando hacia el exterior, más allá de mí, con ferocidad, con ojos ardientes, añorantes, con una expresión en que se mezclaban la avidez y el odio. No respondió. Pero vi una sonrisa, una sonrisa de indefinible significado, aparecer en sus labios descoloridos, que un momento después se crisparon convulsivamente. “Por supuesto”, dijo lentamente, en sílabas entrecortadas, como si las palabras se le hubieran escapado por obra y gracia de una fuerza sobrenatural».

»Tiré del cordón de la sirena, y lo hice porque vi a los peregrinos en la cubierta preparar sus rifles con el aire de quien se dispone a participar en una alegre francachela. Ante el súbito silbido, hubo un movimiento de abyecto terror en aquella apiñada masa de cuerpos. “No haga usted eso, no lo haga. ¿No ve que los ahuyenta usted?”, gritó alguien desconsoladamente desde cubierta. Tiré de cuando en cuando del cordón. Se separaban y corrían, saltaban, se agachaban, se apartaban, se evadían del terror del sonido. Los tres tipos embadurnados de rojo se habían tirado boca abajo, en la orilla, como si hubieran sido fusilados. Sólo aquella mujer bárbara y soberbia no vaciló siquiera, y extendió trágicamente hacia nosotros sus brazos desnudos, sobre la corriente oscura y brillante».

»Y entonces la imbécil multitud que se apiñaba en cubierta comenzó su pequeña diversión y ya no pude ver nada más debido al humo».

»La oscura corriente corría rápidamente desde el corazón de las tinieblas, llevándonos hacia abajo, hacia el mar, con una velocidad doble a la del viaje en sentido inverso. Y la vida de Kurtz corría también rápidamente, desintegrándose, desintegrándose en el mar del tiempo inexorable. El director se sentía feliz, no tenía ahora preocupaciones vitales. Nos miraba a ambos con una mirada comprensiva y satisfecha; el asunto se había resuelto de la mejor manera que se podía esperar. Yo veía acercarse el momento en que me quedaría solo debido a mi apoyo a los métodos inadecuados. Los peregrinos me miraban desfavorablemente. Se me contaba ya, por así decirlo, entre los muertos. Me resulta extraña la manera en que acepté aquella asociación inesperada; aquella elección de pesadillas pesaba sobre mí en la tenebrosa tierra invadida por aquellos mezquinos y rapaces fantasmas».

»Kurtz peroraba. ¡Qué voz! ¡Qué voz! Resonó profundamente hasta el mismo fin. Su fortaleza sobrevivió para ocultar entre los magníficos pliegues de su elocuencia la estéril oscuridad de su corazón. ¡Pero él luchaba, luchaba! Su cerebro desgastado por la fatiga era visitado por imágenes sombrías… imágenes de riquezas y fama que giraban obsequiosamente alrededor de su don inextinguible de noble y elevada expresión. Mi prometida, mi estación, mi carrera, mis ideas… aquellos eran los temas que le servían de material para la expresión de sus elevados sentimientos. La sombra del Kurtz original frecuentaba la cabecera de aquella sombra vacía cuyo destino era ser enterrada en el seno de una tierra primigenia. Pero tanto el diabólico amor como el odio sobrenatural de los misterios que había penetrado luchaban por la posesión de aquella alma saciada de emociones primitivas, ávida de gloria falsa, de distinción fingida y de todas las apariencias de éxito y poder».

»A veces era lamentablemente pueril. Deseaba encontrarse con reyes que fueran a recibirlo en las estaciones ferroviarias, a su regreso de algún espantoso rincón del mundo, donde tenía el proyecto de realizar cosas magnas. “Usted les muestra que posee algo verdaderamente aprovechable y entonces no habrá límites para el reconocimiento de su capacidad”, decía. “Por supuesto debe tener siempre en cuenta los motivos, los motivos correctos”. Las largas extensiones que eran siempre como una misma e igual extensión, se deslizaban ante el barco con su multitud de árboles seculares que miraban pacientemente a aquel desastroso fragmento de otro mundo, el apasionado de los cambios, las conquistas, el comercio, las matanzas y las bendiciones. Yo miraba hacia adelante, llevando el timón. “Cierre los postigos”, dijo Kurtz repentinamente un día. “No puedo tolerar ver todo esto”. Lo hice. Hubo un silencio. “¡Oh, pero todavía te arrancaré el corazón!”, le gritó a la selva invisible».

»El barco se averió (como había temido), y tuvimos que detenernos para repararlo en la punta de una isla. Fue esa demora lo primero que provocó las confidencias de Kurtz. Una mañana me dio un paquete de papeles y una fotografía. Todo estaba atado con un cordón de zapatos. “Guárdeme esto”, me pidió. “Aquel imbécil (aludía al director) es capaz de hurgar en mis cajas cuando no me doy cuenta”. Por la tarde volví a verle. Estaba acostado sobre la espalda, con los ojos cerrados. Me retiré sin ruido, pero le oí murmurar: “Vive rectamente, muere, muere…” Lo escuché. Pero no hubo nada más. ¿Estaba ensayando algún discurso en medio del sueño, o era un fragmento de una frase de algún artículo periodístico? Había sido periodista, e intentaba volver a serlo. “…Para poder desarrollar mis ideas. Es un deber”».

»La suya era una oscuridad impenetrable. Yo le miraba como se mira, hacia abajo, a un hombre tendido en el fondo de un precipicio, al que no llegan nunca los rayos del sol. Pero no tenía demasiado tiempo que dedicarle porque estaba ayudando al maquinista a desarmar los cilindros dañados, a fortalecer las bielas encorvadas, y otras cosas por el estilo. Vivía en una confusión infernal de herrumbre: limaduras, tuercas, clavijas, llaves, martillos, barrenos, cosas que detesto porque jamás me he logrado entender bien con ellas. Estaba trabajando en una pequeña fragua que por fortuna teníamos a bordo; trabajaba asiduamente con mi pequeño montón de limaduras, a menos que tuviera escalofríos demasiado fuertes y no pudiera tenerme en pie…»

»Una noche al entrar en la cabina con una vela me alarmé al oírle decir con voz trémula: “Estoy acostado aquí en la oscuridad esperando la muerte”. La luz estaba a menos de un pie de sus ojos. Me esforcé en murmurar: “¡Tonterías!” Y permanecí a su lado, como traspasado».

»No he visto nunca nada semejante al cambio que se operó en sus rasgos, y espero no volver a verlo. No es que me conmoviera. Estaba fascinado. Era como si se hubiera rasgado un velo. Vi sobre ese rostro de marfil la expresión de sombrío orgullo, de implacable poder, de pavoroso terror… de una intensa e irremediable desesperación. ¿Volvía a vivir su vida, cada detalle de deseo, tentación y entrega, durante ese momento supremo de total lucidez? Gritó en un susurro a alguna imagen, a alguna visión, gritó dos veces, un grito que no era más que un suspiro: “¡Ah, el horror! ¡El horror!”».

»Apagué de un soplo la vela y salí de la cabina. Los peregrinos estaban almorzando en el comedor, y ocupé un sitio frente al director, que levantó los ojos para dirigirme una mirada interrogante, que yo logré ignorar con éxito. Se echó hacia atrás, sereno, con esa sonrisa peculiar con que sellaba las profundidades inexpresadas de su mezquindad. Una lluvia continua de pequeñas moscas corría sobre la lámpara, sobre el mantel, sobre nuestras manos y caras. De pronto el muchacho del director introdujo su insolente cabeza negra por la puerta y dijo en un tono de maligno desprecio: "Señor Kurtz… él, muerto”».

»Todos los peregrinos salieron precipitadamente para verlo. Yo permanecí allí, y terminé mi cena. Creo que fui considerado como un individuo brutalmente duro. Sin embargo, no logré comer mucho. Había allí una lámpara… luz… y afuera una oscuridad bestial. No volví a acercarme al hombre notable que había pronunciado un juicio sobre las aventuras de su espíritu en esta tierra. La voz se había ido. ¿Qué más había habido allí? Pero por supuesto me enteré de que al día siguiente los peregrinos enterraron algo en un foso cavado en el fango».

»Y luego casi tuvieron que sepultarme a mí».

»Sin embargo, como podéis ver, no fui a reunirme allí con Kurtz. No fue así. Permanecí aquí, para soñar la pesadilla hasta el fin, y para demostrar mi lealtad hacia Kurtz una vez más. El destino. ¡Mi destino! ¡Es curiosa la vida… ese misterioso arreglo de lógica implacable con propósitos fútiles! Lo más que de ella se puede esperar es cierto conocimiento de uno mismo… que llega demasiado tarde… una cosecha de inextinguibles remordimientos. He luchado a brazo partido con la muerte. Es la contienda menos estimulante que podéis imaginar. Tiene lugar en un gris impalpable, sin nada bajo los pies, sin nada alrededor, sin espectadores, sin clamor, sin gloria, sin un gran deseo de victoria, sin un gran temor a la derrota, en una atmósfera enfermiza de tibio escepticismo, sin demasiada fe en los propios derechos, y aún menos en los del adversario. Si tal es la forma de la última sabiduría, la vida es un enigma mayor de lo que alguno de nosotros piensa. Me hallaba a un paso de aquel trance y sin embargo descubrí, con humillación, que no tenía nada que decir. Por esa razón afirmo que Kurtz era un hombre notable. Él tenía algo que decir. Lo decía. Desde el momento en que yo mismo me asomé al borde, comprendí mejor el sentido de su mirada, que no podía ver la llama de la vela, pero que era lo suficientemente amplia como para abrazar el universo entero, lo suficientemente penetrante como para introducirse en todos los corazones que baten en la oscuridad. Había resumido, había juzgado. "¡El horror!” Era un hombre notable. Después de todo, aquello expresaba cierta creencia. Había candor, convicción, una nota vibrante de rebeldía en su murmullo, el aspecto espantoso de una verdad apenas entrevista… una extraña mezcla de deseos y de odio. Y no es mi propia agonía lo que recuerdo mejor: una visión de grisura sin forma colmada de dolor físico, y un desprecio indiferente ante la disipación de todas las cosas, incluso de ese mismo dolor. ¡No! Es su agonía lo que me parece haber vivido. Cierto que él había dado el último paso, había traspuesto el borde, mientras que a mí me había sido permitido volver sobre mis pasos. Tal vez toda la diferencia estribe en eso; tal vez toda la sabiduría, toda la verdad, toda la sinceridad, están comprimidas en aquel inapreciable momento de tiempo en el que atravesamos el umbral de lo invisible. ¡Tal vez! Me gustaría pensar que mi resumen no fuera una palabra de desprecio indiferente. Mejor fue su grito…, mucho mejor. Era una victoria moral pagada por las innumerables derrotas, por los terrores abominables y las satisfacciones igualmente abominables. ¡Pero era una victoria! Por eso permanecí leal a Kurtz hasta el final y aún más allá, cuando mucho tiempo después volví a oír, no su voz, sino el eco de su magnífica elocuencia que llegaba a mí de un alma tan traslúcidamente pura como el cristal de roca».

»No, no me enterraron, aunque hay un periodo de tiempo que recuerdo confusamente, con un asombro tembloroso, como un paso a través de algún mundo inconcebible en el que no existía ni esperanza ni deseo. Me encontré una vez más en la ciudad sepulcral, sin poder tolerar la contemplación de la gente que se apresuraba por las calles para extraer unos de otros un poco de dinero, para devorar su infame comida, para tragar su cerveza malsana, para soñar sus sueños insignificantes y torpes. Era una infracción a mis pensamientos. Eran intrusos cuyo conocimiento de la vida constituía para mí una pretensión irritante, porque estaba seguro de que no era posible que supieran las cosas que yo sabía. Su comportamiento, que era sencillamente el comportamiento de los individuos comunes que iban a sus negocios con la afirmación de una seguridad perfecta, me resultaba tan ofensivo como las ultrajantes ostentaciones de insensatez ante un peligro que no se logra comprender. No sentía ningún deseo de demostrárselo, pero tenía a veces dificultades para contenerme y no reírme en sus caras, tan llenas de estúpida importancia. Me atrevería a decir que no estaba yo muy bien en aquella época. Vagaba por las calles (tenía algunos negocios que arreglar) haciendo muecas amargas ante personas respetables. Admito que mi conducta era inexcusable, pero en aquellos días mi temperatura rara vez era normal. Los esfuerzos de mi querida tía para restablecer "mis fuerzas" me parecían algo del todo inadecuado. No eran mis fuerzas las que necesitaban restablecerse, era mi imaginación la que necesitaba un sedante. Conservaba el paquete de papeles que Kurtz me había entregado, sin saber exactamente qué debía hacer con ellos. Su madre había muerto hacía poco, asistida, como supe después, por su prometida. Un hombre bien afeitado, con aspecto oficial y lentes de oro, me visitó un día y comenzó a hacerme algunas preguntas, al principio veladas, luego suavemente apremiantes, sobre lo que él daba en llamar "ciertos documentos". No me sorprendió, porque yo había tenido dos discusiones con el director a ese respecto. Me había negado a ceder el más pequeño fragmento de aquel paquete, y adopté la misma actitud ante el hombre de los lentes de oro. Me hizo algunas amenazas veladas y arguyó con acaloramiento que la compañía tenía derecho a cada ápice de información sobre sus "territorios". Según él, el conocimiento del señor Kurtz sobre las regiones inexploradas debía ser por fuerza muy amplio y peculiar, dada su gran capacidad y las deplorables circunstancias en que había sido colocado. Sobre eso, le aseguré que el conocimiento del señor Kurtz, aunque extenso, no tenía nada que ver con los problemas comerciales o administrativos. Entonces invocó el nombre de la ciencia. Sería una pérdida incalculable que… etcétera. Le ofrecí el informe sobre la "Supresión de las Costumbres Salvajes", con el post-scriptum borrado. Lo cogió ávidamente, pero terminó por dejarlo a un lado con un aire de desprecio. "No es esto lo que teníamos derecho a esperar", observó. "No espere nada más", le dije. "Se trata sólo de cartas privadas"».

»Se retiró, emitiendo algunas vagas amenazas de procedimientos legales, y no le vi más. Pero otro individuo, diciéndose primo de Kurtz, apareció dos días más tarde, ansioso por oír todos los detalles sobre los últimos momentos de su querido pariente. Incidentalmente, me dio a entender que Kurtz había sido en esencia un gran músico. "Hubiera podido tener un éxito inmenso", dijo aquel hombre, que era organista, creo, con largos y lacios cabellos grises que le caían sobre el cuello grasiento de la chaqueta. No tenía yo razón para poner en duda aquella declaración, y hasta el día de hoy soy incapaz de decir cuál fue la profesión de Kurtz, si es que tuvo alguna… cuál fue el mayor de sus talentos. Lo había considerado como un pintor que escribía a veces en los periódicos, o como un periodista a quien le gustaba pintar, pero ni siquiera el primo (que no dejaba de tomar rapé durante la conversación) pudo decirme cuál había sido exactamente su profesión. Se había tratado de un genio universal. Sobre este punto estuve de acuerdo con aquel viejo tipo, que entonces se sonó estruendosamente la nariz con un gran pañuelo de algodón y se marchó con una agitación senil, llevándose algunas cartas de familia y recuerdos sin importancia. Por último apareció un periodista ansioso por saber algo de la suerte de su "querido colega". Aquel visitante me informó que la esfera propia de Kurtz era la política en su aspecto popular. Tenía cejas pobladas y rectas, cabello áspero, muy corto, un monóculo al extremo de una larga cinta, y cuando se sintió expansivo confesó su opinión de que Kurtz en realidad no sabía escribir, pero, ¡cielos!, qué manera de hablar la de aquel hombre. Electrizaba a las multitudes. Tenía fe, ¿ve usted?, tenía fe. Podía convencerse y llegar a creer cualquier cosa, cualquier cosa. Hubiera podido ser un espléndido dirigente para un partido extremista. "¿Qué partido?", le pregunté. "Cualquier partido", respondió. "Era un… un extremista". Inquirió si no estaba yo de acuerdo, y asentí. Sabía yo, me preguntó, qué lo había inducido a ir a aquel lugar. "Sí", le dije, y enseguida le entregué el famoso informe para que lo publicara, si lo consideraba pertinente. Lo hojeó apresuradamente, mascullando algo todo el tiempo. Juzgó que "podía servir", y se retiró con el botín».

»De manera que me quedé al fin con un manojo de cartas y el retrato de una joven. Me causó impresión su belleza… o, mejor dicho, la belleza de su expresión. Sé que la luz del sol también puede contribuir a la mentira, sin embargo uno podía afirmar que ninguna manipulación de la luz y de la sombra podía haber inventado los delicados y veraces rasgos de aquellas facciones. Parecía estar dispuesta a escuchar sin ninguna reserva mental, sin sospechas, sin ningún pensamiento para sí misma. Decidí ir yo mismo a devolver esas cartas. ¿Curiosidad? Sí, y tal vez también algún otro sentimiento. Todo lo que había pertenecido a Kurtz había pasado por mis manos: su alma, su cuerpo, su estación, sus proyectos, su marfil, su carrera. Sólo quedaba su recuerdo y su prometida, y en cierto modo quería también relegar eso al pasado… para entregar personalmente todo lo que de él permanecía en mí a ese olvido que es la última palabra de nuestro destino común. No me defiendo. No tenía una clara percepción de lo que realmente quería. Tal vez era un impulso de inconsciente lealtad, o el cumplimiento de una de esas irónicas necesidades que acechan en la realidad de la existencia humana. No lo sé. No puedo decirlo, pero fui».

»Pensaba que su recuerdo era como los otros recuerdos de los muertos que se acumulan en la vida de cada hombre… una vaga huella en el cerebro de las sombras que han caído en él en su rápido tránsito final. Pero ante la alta y pesada puerta, entre las elevadas casas de una calle tan tranquila y decorosa como una avenida bien cuidada en un cementerio, tuve una visión de él en la camilla, abriendo la boca vorazmente como tratando de devorar toda la tierra y a toda su población con ella. Vivió entonces ante mí, vivió tanto como había vivido alguna vez… Una sombra insaciable de apariencia espléndida, de realidad terrible, una sombra más oscura que las sombras de la noche, envuelta notablemente en los pliegues de su brillante elocuencia. La visión pareció entrar en la casa conmigo: las parihuelas, los fantasmales camilleros, la multitud salvaje de obedientes adoradores, la oscuridad de la selva, el brillo de la lejanía entre los lóbregos recodos, el redoble de tambores, regular y apagado como el latido de un corazón… el corazón de las tinieblas vencedoras. Fue un momento de triunfo para la selva, una irrupción invasora y vengativa, que me pareció que debía guardar sólo para la salvación de otra alma. Y el recuerdo de lo que había oído decir allá lejos, con las figuras cornudas deslizándose a mis espaldas, ante el brillo de las fogatas, dentro de los bosques pacientes, aquellas frases rotas que llegaban hasta mí, volvieron a oírse en su fatal y terrible simplicidad. Recordé su abyecta súplica, sus abyectas amenazas, la escala colosal de sus viles deseos, la mezquindad, el tormento, la tempestuosa agonía de su espíritu. Y más tarde me pareció ver su aire sosegado y displicente cuando me dijo un día: “Esta cantidad de marfil es ahora realmente mía. La compañía no pagó nada por ella. Yo la he reunido a costa de grandes riesgos personales. Temo que intenten reclamarla como suya. ¡Hmm! Es un caso difícil. ¿Qué cree usted que deba hacer? ¿Resistir? ¿Eh? Lo único que pido es justicia…” Lo único que quería era justicia… sólo justicia. Llamé al timbre ante una puerta de caoba en el primer piso, y, mientras esperaba, él parecía mirarme desde los cristales, mirarme con esa amplia y extensa mirada con que había abrazado, condenado, aborrecido todo el universo. Me pareció oír nuevamente aquel grito: “¡Ah! ¡El horror! ¡El horror!”»

»Caía el crepúsculo. Tuve que esperar en un amplio salón con tres grandes ventanas, que iban del suelo al techo, semejantes a tres columnas luminosas y acortinadas. Las patas curvas y doradas y los respaldos de los muebles brillaban bajo el reflejo de la luz. La alta chimenea de mármol ostentaba una blancura fría y monumental. Un gran piano hacía su aparición masiva en una esquina; con oscuros destellos en las superficies planas como un sombrío y pulimentado sarcófago. Se abrió una puerta, se cerró. Yo me puse de pie».

»Vino hacia mí, toda de negro, con una cabeza pálida. Parecía flotar en la oscuridad. Llevaba luto. Hacía más de un año que él había muerto, más de un año desde que las noticias habían llegado, pero parecía que ella pensaba recordarlo y llorarlo siempre. Tomó mis manos entre las suyas y murmuró: “Había oído decir que venía usted”».

»Advertí que no era muy joven…, quiero decir que no era una muchacha. Tenía una capacidad madura para la confianza, para el sufrimiento. La habitación parecía haberse ensombrecido, como si toda la triste luz de la tarde nublada se hubiera concentrado en su frente. Su cabellera clara, su pálido rostro, sus cejas delicadamente trazadas, parecían rodeados por un halo ceniciento desde el que me observaban sus ojos oscuros. Su mirada era sencilla, profunda, confiada y leal. Llevaba la cabeza como si estuviera orgullosa de su tristeza, como si pudiera decir: “Sólo yo sé llorarle como se merece”. Pero mientras permanecíamos aún con las manos estrechadas, apareció en su rostro una expresión de desolación tan intensa que percibí que no era una de esas criaturas que se convierten en juguete del tiempo. Para ella él había muerto apenas ayer. Y, ¡por Júpiter!, la impresión fue tan poderosa que a mí también me pareció que hubiera muerto sólo ayer, es más, en ese mismo momento. Los vi juntos en ese mismo instante… la muerte de él, el dolor de ella… ¿me comprendéis? Los vi juntos, los oí juntos. Ella decía en un suspiro profundo: “He sobrevivido”, mientras mis oídos parecían oír con toda claridad, mezclado con el tono de reproche desesperado de ella, el grito en el que él resumía su condenación eterna. Me pregunté, con una sensación de pánico en el corazón, como si me hubiera equivocado al penetrar en un sitio de crueles y absurdos misterios que un ser humano no puede tolerar, qué hacía yo ahí. Me indicó una silla. Nos sentamos. Coloqué el paquete en una pequeña mesa y ella puso una mano sobre él. “Usted lo conoció bien”, murmuró, después de un momento de luctuoso silencio».

»“La intimidad surge rápidamente allá”, dije. “Le conocí tan bien como es posible que un hombre conozca a otro”».

»“Y lo admiraba”, dijo. “Era imposible conocerlo y no admirarlo. ¿No es cierto?”»

»“Era un hombre notable”, dije, con inquietud. Luego, ante la exigente fijeza de su mirada que parecía espiar las palabras en mis mismos labios, proseguí: “Era imposible no…”»

»“Amarlo”, concluyó ansiosamente, imponiéndome silencio, reduciéndome a una estupefacta mudez. “¡Es muy cierto! ¡Muy cierto! ¡Piense que nadie lo conocía mejor que yo! ¡Yo merecí toda su noble confianza! Lo conocí mejor que nadie”».

»“Lo conoció usted mejor que nadie”, repetí. Y tal vez era cierto. Pero ante cada palabra que pronunciaba, la habitación se iba haciendo más oscura, y sólo su frente, tersa y blanca, permanecía iluminada por la inextinguible luz de la fe y el amor».

»“Usted era su amigo”, continuó. “Su amigo”, repitió en voz un poco más alta. “Debe usted haberlo sido, ya que él le entregó esto y lo envió a mí. Siento que puedo hablar con usted… y, ¡oh!… debo hablar. Quiero que usted, usted que oyó sus últimas palabras, sepa que he sido digna de él… No se trata de orgullo… Sí. De lo que me enorgullezco es de saber que he podido entenderlo mejor que cualquier otra persona en el mundo… Él mismo me lo dijo. Y desde que su madre murió no he tenido a nadie… a nadie… para… para…»

»Yo escuchaba. La oscuridad se hacía más profunda. Ni siquiera estaba seguro de que él me hubiera dado el paquete correcto. Tengo la firme sospecha de que, según sus deseos, yo debía haber cuidado de otro paquete de papeles, que, después de su muerte, vi examinar al director bajo la lámpara. Y la joven hablaba, aliviando su dolor en la certidumbre de mi simpatía; hablaba de la misma manera en que beben los hombres sedientos. Le oí decir que su compromiso con Kurtz no había sido aprobado por su familia. No era lo suficientemente rico, o algo así. Y, en efecto, no sé si no había sido pobre toda su vida. Me había dado a entender que había sido la impaciencia de una pobreza relativa lo que le había llevado allá».

»“¿Quién, quién que lo hubiera oído hablar una sola vez no se convertía en su amigo?”, decía. “Atraía a los hombres hacia él por lo que había de mejor en ellos”. Me miró con intensidad. “Es el don de los grandes hombres”, continuó, y el sonido de su voz profunda parecía tener el acompañamiento de todos los demás sonidos, llenos de misterios, desolación y tristeza que yo había oído en otro tiempo: el murmullo del río, el susurro de la selva sacudida por el viento, el zumbido de las multitudes, el débil timbre de las palabras incomprensibles gritadas a distancia, el aleteo de una voz que hablaba desde el umbral de unas tinieblas eternas. “¡Pero usted lo ha oído! ¡Usted lo sabe!”, exclamó».

»“¡Sí, lo sé!”, le dije con una especie de desesperación en el corazón, pero incliné la frente ante la fe que veía en ella, ante la grande y redentora ilusión que brillaba con un resplandor sobrenatural en las tinieblas, en las tinieblas triunfantes de las que no hubiera yo podido defenderla… de las que tampoco me hubiera yo podido defender».

»“¡Qué pérdida ha sido para mí…para nosotros!”, se corrigió con hermosa generosidad. Y añadió en un murmullo: “Para el mundo”. Los últimos destellos del crepúsculo me permitieron ver el brillo de sus ojos, llenos de lágrimas que no caerían. “He sido muy feliz, muy afortunada. Demasiado feliz. Demasiado afortunada por un breve tiempo. Y ahora soy desgraciada… para toda la vida”».

»Se levantó; su brillante cabello pareció atrapar toda la luz que aún quedaba en un resplandor de oro. Yo también me levanté».

»“Y de todo esto”, continuó tristemente, “de todo lo que prometía, de toda su grandeza, de su espíritu generoso y su noble corazón no queda nada… nada más que un recuerdo. Usted y yo…”»

»“Lo recordaremos siempre”, añadí con premura. “¡No!”, gritó ella. “Es imposible que todo esto se haya perdido, que una vida como la suya haya sido sacrificada sin dejar nada, sino tristeza. Usted sabe cuán amplios eran sus planes. También yo estaba enterada de ellos, quizás no podía comprenderlos, pero otros los conocían. Algo debe quedar. Por lo menos sus palabras no han muerto”».

»“Sus palabras permanecerán”, dije».

»“Y su ejemplo”, susurró, más bien para sí misma. “Los hombres le buscaban; la bondad brillaba en cada uno de sus actos. Su ejemplo…”»

»“Es cierto”, dije, “también su ejemplo. Sí, su ejemplo. Me había olvidado”».

»“Pero yo no. Yo no puedo… no puedo creer…… no aún. No puedo creer que nunca más volveré a verlo, que nadie lo va a volver a ver, nunca, nunca, nunca”».

»Extendió los brazos como si tratara de asir una figura que retrocediera, con las pálidas manos enlazadas, a través del marchito y estrecho resplandor de la ventana. ¡No verlo nunca! Yo lo veía con bastante claridad en ese momento. Yo veré aquel elocuente fantasma mientras viva, de la misma manera en que la veré a ella, una sombra trágica y familiar, parecida en ese gesto a otra sombra, trágica también, cubierta de amuletos sin poder, que extendía sus brazos desnudos frente al reflejo de la infernal corriente, de la corriente que procedía de las tinieblas. De pronto dijo en voz muy baja: “Murió como había vivido”».

»“Su fin”, dije yo, con una rabia sorda que comenzaba a apoderarse de mí, “fue en todo sentido digno de su vida”».

»“Y yo no estuve con él”, murmuró. Mi cólera cedió a un sentimiento de infinita piedad».

»“Todo lo que pudo hacerse…”, murmuré».

»“¡Ah, pero yo creía en él más que cualquier otra persona en el mundo, más que su propia madre, más que… que él mismo! ¡Él me necesitaba! ¡A mí! Yo hubiera atesorado cada suspiro, cada palabra, cada gesto, cada mirada”».

»Sentí un escalofrío en el pecho. “No, no”, dije con voz sorda».

»“Perdóneme, he padecido tanto tiempo en silencio… en silencio… ¿Estuvo usted con él… hasta el fin? Pienso en su soledad. Nadie cerca que pudiera entenderlo como yo hubiera podido hacerlo. Tal vez nadie que oyera…” »

»“Hasta el fin”, dije temblorosamente. “Oí sus últimas palabras…” Me detuve lleno de espanto».

»“Repítalas”, murmuró con un tono desconsolado. “Quiero… algo… algo… para poder vivir”».

»Estaba a punto de gritarle: “¿No las oye usted?” La oscuridad las repetía en un susurro que parecía aumentar amenazadoramente como el primer silbido de un viento creciente. “¡Ah, el horror! ¡El horror!”»

»“Su última palabra… para vivir con ella”, insistía. “¿No comprende usted que yo lo amaba… lo amaba?”»

»Reuní todas mis fuerzas y hablé lentamente».

»“La última palabra que pronunció fue el nombre de usted”».

»Oí un ligero suspiro y mi corazón se detuvo bruscamente, como si hubiera muerto por un grito triunfante y terrible, por un grito de inconcebible triunfo, de inexplicable dolor. “¡Lo sabía! ¡Estaba segura!…”

Lo sabía. Estaba segura. La oí llorar; ocultó el rostro entre las manos. Me parecía que la casa iba a derrumbarse antes de que yo pudiera escapar, que los cielos caerían sobre mi cabeza. Pero nada ocurrió. Los cielos no se vienen abajo por semejantes tonterías. ¿Se habrían desplomado, me pregunto, si le hubiera rendido a Kurtz la justicia que le debía? ¿No había dicho él que sólo quería justicia? Pero me era imposible. No pude decírselo a ella. Hubiera sido demasiado siniestro…»

Marlow calló, se sentó aparte, concentrado y silencioso, en la postura de un Buda en meditación. Durante un rato nadie se movió.

—Hemos perdido el primer reflujo —dijo de pronto el director.

Yo levanté la cabeza. El mar estaba cubierto por una densa faja de nubes negras, y la tranquila corriente que llevaba a los últimos confines de la tierra fluía sombríamente bajo el cielo cubierto… Parecía conducir directamente al corazón de las inmensas tinieblas.

13. UNA HIJA DE EVA (HONORE DE BALZAC)

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2

CAPÍTULO UNO

A las once y media de la noche, y en uno de los palacios más hermosos de la calle Neuve-des-Mathurins, estaban sentadas dos mujeres delante de la chimenea de un boudoir tapizado con ese terciopelo azul de suaves reflejos tornasolados, que la industria francesa no ha sabido fabricar hasta estos últimos años. Un artista ha cubierto sus puertas y ventanas con mullidas cortinas de cachemira de un azul semejante al del tapizado. Una lámpara de plata, adornada con turquesas y suspendida por tres cadenas de un hermoso labrado, cuelga de un lindo rosetón colocado en el centro del techo. El estilo decorativo se extiende a los más pequeños detalles e incluso a ese mismo techo cubierto de seda azul con aplicaciones de cachemira blanca, cuyas largas bandas plisadas caen con simetría sobre el tapizado, al que están sujetas por lazos de perlas. Los pies encuentran el cálido tejido de una alfombra belga, gruesa como un césped y con un fondo gris de lino sembrado de ramilletes azules.

El mobiliario, tallado en madera maciza de palisandro, según los modelos más bellos de la época antigua, realza con sus tonos ricos la insipidez del conjunto, un tanto desvanecido, como diría un pintor. El respaldo de las sillas y de las butacas ofrece a la vista lindos estampados de una rica tela de seda blanca, recamada de flores azules y con un amplio marco de follaje delicadamente recortado en la madera.

A cada lado de la ventana, dos repisas muestran sus mil preciosas bagatelas, esas flores de las artes mecánicas que se han abierto bajo el fuego del pensamiento. Sobre la chimenea, de mármol turquí, las porcelanas más caprichosas de la vieja Sajonia, esos pastores que van a unas bodas eternas llevando delicados ramilletes en la mano, especie de figurillas chinescas alemanas, rodean un reloj de platina, nielado de arabescos. Por encima de todo esto, brillan los cortes acanalados de un espejo de Venecia con un marco de ébano lleno de figuras en relieve y procedente de alguna vieja residencia real. Dos jardineras mostraban a la sazón el lujo enfermizo de los invernaderos: unas pálidas y divinas flores, las perlas de la botánica.

En aquel boudoir frío, ordenado y limpio, como si estuviese en venta, no hubieseis podido encontrar ese travieso y caprichoso desorden en el que se revela la felicidad. Allí todo estaba entonces en armonía, ya que las dos mujeres lloraban. Todo parecía, pues, doliente.

El nombre del propietario, Fernando du Tillet, uno de los banqueros más ricos de París, justifica el lujo desenfrenado que adorna la casa y del cual este boudoir puede servir como muestra. Aunque sin familia y aunque advenedizo, ¡Dios sabe cómo!, Du Tillet se había casado en 1831 con la hija menor del conde de Granville, uno de los nombres más célebres de la magistratura francesa, llegado a par de Francia después de la revolución de Julio. Este matrimonio de ambición fue comprado por medio del reconocimiento en el contrato de una dote no recibida, tan considerable como la de la hermana mayor, casada con el conde Félix de Vandenesse. Por su parte, los Granville habían logrado en su tiempo esta alianza con los Vandenesse mediante la enormidad de la dote. De este modo, la Banca reparó la brecha que la nobleza había hecho a la magistratura. Si el conde de Vandenesse se hubiera podido imaginar, tres años antes, cuñado de un señor Fernando, llamado Du Tillet, no se habría casado quizá con la que era su mujer; pero ¿qué hombre era capaz, a fines de 1828, de prever las extrañas mudanzas que el 1830 iba a traer a la política, a las fortunas y a la moral de Francia? Habría pasado por loco quien le hubiera dicho al conde de Vandenesse que en aquella contradanza perdería su corona de par, que iría a encontrarse en la cabeza de su suegro.

Encogida en una de esas butaquitas llamadas chauffeuses, en la actitud de una mujer que escucha con atención, la señora Du Tillet oprimía contra su pecho con una ternura maternal y besaba de cuando en cuando la mano de su hermana, la señora Félix de Vandenesse. En sociedad se unía al apellido el nombre de pila, para distinguir a la condesa de su cuñada, la marquesa, mujer del ex embajador Carlos de Vandenesse, el cual se había casado con la rica viuda del conde de Kergarouët, una señorita de Fontaine. Recostada a medias en una confidente, con un pañuelo en la otra mano, la respiración entrecortada por sollozos reprimidos y los ojos llenos de lágrimas, la condesa acababa de hacer esas confidencias que sólo se hacen de hermana a hermana, si las dos se quieren; y aquéllas se querían con ternura. Vivimos en una época en la que dos hermanas que habían contraído unos matrimonios hasta tal punto extraños pueden tan fácilmente no quererse, que un historiador está obligado a consignar las causas de aquel cariño, conservado sin mancha ni deterioro en medio del desdén mutuo de sus maridos y de las desuniones sociales. Una rápida ojeada sobre su infancia explicará su situación respectiva.

Educadas en una casa sombría del Marais por una mujer devota y de una inteligencia estrecha que, consciente de sus deberes, según la frase clásica, había cumplido la primera obligación de una madre para con sus hijas, María Angélica y María Eugenia llegaron al momento de su boda, la primera a los veinte años y la segunda a los diecisiete, sin haber salido jamás de la zona doméstica sobre la que se cernía la mirada materna. Hasta entonces, no habían ido a ningún espectáculo, y sus teatros lo fueron las iglesias de París. En suma, su educación había sido tan rigurosa en casa de su madre como hubiera podido serlo en un claustro. Desde que llegaron a la edad de la razón, habían dormido siempre en una alcoba contigua a la de la condesa de Granville, y cuya puerta permanecía abierta durante la noche. El tiempo que les dejaban libre los deberes religiosos o los estudios indispensables a dos niñas de alcurnia, y los cuidados de su persona, pasábanlo en labores de aguja para los pobres y en paseos del género de ésos que se permiten los ingleses los domingos, diciendo: «No vayamos tan de prisa, pues parecerá que nos estamos divirtiendo». Su instrucción no excedió los límites impuestos por unos confesores elegidos entre los eclesiásticos menos tolerantes y más jansenistas. Jamás fueron entregadas a unos maridos unas jóvenes más puras ni más vírgenes: su madre parecía haber visto en este punto, bastante esencial por otra parte, el remate de todos sus deberes con el cielo y con los hombres. Aquellas dos pobres criaturas, antes de su matrimonio, no habían ni leído novelas ni dibujado otra cosa que figuras cuya anatomía le hubiese parecido a Cuvier la obra maestra de lo imposible, y grabadas de un modo capaz de feminizar al propio Hércules Farnesio. Una solterona les enseñó a dibujar. Un respetable sacerdote les enseñó la gramática, la lengua francesa, la historia, la geografía y lo poco de aritmética que necesitan las mujeres. Sus lecturas, seleccionadas de los libros autorizados, como las Cartas edificantes y las Lecciones de Literatura de Noël, se hacían de noche, en voz alta, pero en compañía del director espiritual de su madre, pues podrían encontrarse pasajes que, sin prudentes comentarios, hubiesen despertado su imaginación. El Telémaco de Fenelón se juzgó peligroso. La condesa de Granville amaba lo bastante a sus hijas para querer hacer de ellas unos ángeles al modo de María Alacoque, pero ellas hubiesen preferido una madre menos virtuosa y más amable. Esta educación dio sus frutos. Impuesta como un yugo, y presentada bajo formas austeras, la religión fatigó con sus prácticas aquellos corazones inocentes, tratados como si hubiesen sido criminales; reprimió sus sentimientos, y, a pesar de echar en ellos profundas raíces, no fue amada. Las dos Marías habían de hacerse imbéciles o anhelar su independencia: desearon casarse en cuanto pudieron entrever el mundo y comparar algunas ideas; pero ignoraban sus propias gracias encantadoras y su valor. Ignorando su candor, ¿cómo podían conocer la vida? Encontrábanse sin armas contra la desgracia y sin experiencia para poder apreciar la felicidad. En el fondo de aquella cárcel materna, sólo de ellas mismas sacaban consuelo. Sus dulces confidencias, por la noche, en voz baja, o las escasas frases cambiadas cuando su madre las dejaba por unos instantes, contuvieron a veces más ideas de las que las palabras podían expresar. Con frecuencia, una mirada hurtada a todos los ojos y por la que se comunicaban sus emociones, fue como un poema de amarga melancolía. La contemplación del cielo sin nubes, el perfume de las flores, una vuelta al jardín cogidas del brazo, les ofrecían placeres inauditos. La terminación de una labor de bordado les causaba un inocente júbilo. La sociedad de que su madre se rodeaba, lejos de ofrecer algunos recursos a su corazón o de estimular su mente, sólo podía ensombrecer sus ideas y contristar sus sentimientos, ya que se componía de viejas rígidas, secas y sin gracia, cuya conversación versaba sobre las diferencias que distinguían a los predicadores o directores de conciencia, sobre sus pequeños achaques y sobre los acontecimientos religiosos más imperceptibles aun para el Quotidiennne o para L’Ami de la Religión. En cuanto a los hombres, sus rostros eran tan fríos y tristemente resignados que hubiesen podido apagar las antorchas del amor; todos habían llegado a esa edad en la que el hombre es triste o malhumorado, y en la que la sensibilidad no se ejerce más que en la mesa y no se refiere sino a las cosas que conciernen al bienestar. El egoísmo religioso había secado aquellos corazones consagrados al deber y atrincherados tras de la práctica externa. Silenciosas sesiones de juego les ocupaban casi toda la velada. Las dos chiquillas, que se encontraban como desterradas de aquel sanedrín mantenido por la severidad materna, odiaban a aquellos personajes desoladores de ojos hundidos y rostros ceñudos.

Sobre las tinieblas de aquella vida se dibujó vigorosamente una sola figura de hombre, la de un profesor de música. Los confesores habían decidido que la música era un arte cristiano, nacido en la Iglesia católica y desarrollado por ella. Permitióse, pues, a las dos jovencitas que aprendiesen música. Una señorita con gafas, que enseñaba solfeo y piano en un convento vecino, las abrumó a ejercicios. Pero cuando la mayor de sus hijas cumplió diez años, el conde Granville demostró la necesidad de tomar un profesor. La señora de Granville prestó todo el valor de una obediencia conyugal a aquella concesión necesaria, pues entra en el sistema de las beatas el convertir en mérito el cumplimiento de los deberes. El profesor fue un alemán católico, uno de esos hombres que han nacido viejos y que tendrán siempre cincuenta años, incluso a los ochenta. Su rostro chupado, arrugado y moreno, conservaba algo de infantil y de ingenuo en sus negruras. Animaba sus ojos el azul de la inocencia, y la alegre sonrisa de la primavera anidaba en sus labios. Sus viejos cabellos grises, arreglados de un modo natural como los de Jesucristo, añadían a su aire extático algo de solemne que disfrazaba su carácter: era capaz de cometer una tontería con la gravedad más ejemplar. Sus ropas eran una envoltura necesaria a la que no prestaba atención alguna, pues sus ojos se dirigían demasiado alto, a las nubes, para poderse fijar en las cosas materiales. Por ello, este gran artista ignorado pertenecía a la clase amable de los olvidadizos, que entregan su tiempo y su alma a los demás, igual que se dejan los guantes en todas las mesas y el paraguas detrás de todas las puertas. Sus manos eran de esas que están sucias después de lavarlas. Finalmente, su viejo cuerpo, mal sustentado por sus viejas piernas sarmentosas y que demostraba hasta qué punto puede convertirlo el hombre en accesorio de su alma, pertenecía al género de esas extrañas creaciones que sólo han sido descritas por un alemán, Hoffmann, el poeta de lo que carece aparentemente de existencia y que sin embargo tiene vida. Tal era Schmuke, antiguo maestro de capilla del margrave de Anspach, sabio que fue interrogado por un consejo de devoción, el cual le preguntó si ayunaba. Diéronle al profesor ganas de contestar: «¡Contempladme!». Pero ¿cómo bromear con unas beatas y unos directores espirituales jansenistas? Aquel anciano apócrifo ocupó un lugar tan importante en la vida de las dos Marías, y profesaron ellas tanta amistad a aquel cándido y gran artista que se contentaba con comprender el arte, que, después de su matrimonio, cada una de ellas le señaló trescientos francos de renta vitalicia, cantidad suficiente para que se pagara su alojamiento, su cerveza, su pipa y su ropa. Seiscientos francos de renta y sus lecciones proporcionáronle un edén. Schmuke no había tenido el valor de confesar su miseria y sus anhelos más que a aquellas dos adorables jóvenes, a aquellos corazones que habían florecido bajo la nieve de los rigores maternales y bajo el hielo de la devoción. Este hecho explica por completo a Schmuke, así como la infancia de las dos Marías. Nadie pudo saber, más tarde, qué abate o qué vieja beata habían descubierto a aquel alemán perdido en París. En cuanto las madres de familia se enteraron de que la condesa de Granville había encontrado para sus hijas un profesor de música, todas preguntaron su nombre y su dirección. Schmuke tuvo treinta lecciones en el Marais. Su éxito tardío se manifestó por unos zapatos con hebillas de acero bronceado, con plantillas de crin, y por una más frecuente renovación de su ropa blanca. Su jovialidad de hombre ingenuo, largo tiempo reprimida por una noble y decente miseria, reapareció. Se permitió frases ingeniosas como: «Señoritas, los gatos han comido barro en París esta noche», cuando la helada había secado, durante la noche, las calles, llenas de lodo la víspera; pero pronunciándolas en un dialecto germánico-gálico: Señoridas, los gados han gomito parro en Barís esda notche. Satisfecho de poder proporcionar a aquellos dos ángeles esa especie de vergiss mein nicht escogida de entre las flores de su ingenio, adoptaba al ofrecerla un aire sutil e ingenioso que desarmaba toda ironía. Se consideraba tan feliz por hacer brotar la risa en los labios de sus dos alumnas, cuya vida desgraciada había llegado a penetrar, que se hubiese vuelto ridículo a propósito, si no lo hubiera sido ya por naturaleza; pero su corazón habría renovado las vulgaridades más populares, siendo capaz, según una bella expresión del difunto Saint-Martin, de dorar el lodo con su sonrisa celestial. De acuerdo con una de las ideas más nobles de la educación religiosa, las dos Marías acompañaban a su profesor respetuosamente hasta la puerta de sus habitaciones. Una vez allí, las dos pobres muchachas le decían algunas frases agradables, dichosas de hacer dichoso a aquel hombre: ¡sólo podían mostrarse mujeres con él! Por todo esto, y hasta su matrimonio, la música se convirtió para ellas en otra vida dentro de la vida, igual que, según se dice, el campesino ruso convierte en realidad sus sueños, tomando su vida por una pesadilla. En su deseo de evadirse de las pequeñeces que amenazaban invadirlas, y de defenderse contra las devoradoras ideas ascéticas, se arrojaron a las dificultades del arte musical como si quisiesen destrozarse contra ellas. La Melodía, la Harmonía y la Composición, esas tres hijas del cielo cuyo coro fue dirigido por el viejo fauno católico ebrio de música, les recompensaron de sus trabajos y les hicieron un baluarte con sus danzas etéreas. Mozart, Beethoven, Haydn, Paësiello, Cimarosa, Hummel y los genios secundarios desarrollaron en ellas mil sentimientos que no traspasaron el casto recinto de sus corazones cubiertos con un velo, pero que penetraron en la Creación, donde tendieron su vuelo a plenas alas. Siempre que ejecutaban algunos pasajes llegando a la perfección, se estrechaban las manos y se besaban dominadas por un vivo éxtasis. Su viejo profesor las llamaba sus Santas Cecilias.

Las dos Marías no fueron a bailes hasta la edad de dieciséis años, y, cuatro veces tan sólo por año, a algunas casas escogidas. No se separaban del lado de su madre sino provistas de instrucciones acerca de la conducta que debían seguir con sus bailarines, tan severas, que no podían contestar más que sí o no a sus parejas. Los ojos de la condesa no abandonaban a sus hijas y parecía adivinar las palabras sólo por el movimiento de los labios. Las pobrecillas llevaban vestidos de baile irreprochables, trajes de muselina que subían hasta la barbilla, con una infinidad de vueltas encañonadas, sobremanera tupidas, y mangas largas. Al llevar sus gracias comprimidas y sus encantos velados, aquel atavío les daba una vaga semejanza con las momias egipcias, pese a que de aquellos dos montones de algodón surgían dos caritas deliciosas en su melancolía. Dábales rabia sentirse el objeto de una compasión dulce. ¿Qué mujer, por cándida que sea, no quiere causar envidia? Pese a todo, ningún pensamiento peligroso, malsano o tan sólo equívoco, manchó la blanca pulpa de su cerebro: sus corazones eran puros, sus manos, horriblemente rojas, y ambas muchachas rezumaban salud por todos los poros. No salió Eva más inocente de las manos de Dios que aquellas dos jóvenes de la férula materna para ir a la alcaldía y a la iglesia, con la simple aunque espantosa recomendación de obedecer en todo a unos hombres a cuyo lado debían dormir o velar durante la noche. En su sentir, no podrían encontrar males mayores en la casa extraña a donde iban a ser deportadas que en el convento materno.

¿Por qué el padre de estas dos jóvenes, el conde de Granville, el grande, sabio e íntegro magistrado, aunque arrastrado a veces por la política, no protegía a las dos pequeñas criaturas contra tan abrumador despotismo? ¡Ay! Por una memorable transacción, convenida tras de seis años de matrimonio, los esposos vivían separados en su propia casa. El padre se había reservado la educación de sus hijos, dejándole a su mujer la educación de las hijas. Vio muchos menos peligros para unas mujeres que para unos hombres en la aplicación de aquel sistema opresor. Las dos Marías, destinadas a sufrir cualquier tiranía, la del amor o la del matrimonio, perdían en ello menos que unos muchachos cuya inteligencia debía permanecer libre y cuyas cualidades habrían sufrido mengua bajo la compresión violenta de las ideas religiosas llevadas a todas sus consecuencias. De cuatro víctimas, el conde había salvado a dos. La condesa consideraba a sus dos hijos, de los cuales preparábase el uno para la magistratura residencial y el otro para la pedánea, demasiado mal educados para que pudiera permitírseles la menor intimidad con sus hermanas. La comunicación entre aquellos pobres niños estaba severamente vigilada. Por otra parte, cuando el conde hacia salir a sus hijos del colegio, guardábase muy bien de tenerlos en la casa. Los dos muchachos iban a ella para almorzar con su madre y sus hermanas, luego, el magistrado les entretenía con algún paseo o diversión en la calle: el restaurante, los teatros, los museos, el campo en la época del buen tiempo, constituían sus placeres. Excepto los días solemnes en la vida de familia, como el santo de la condesa o el del padre, los primeros días del año y los de distribución de premios, en los que los dos muchachos se quedaban en la casa paterna y dormían en ella, muy cohibidos, y sin atreverse a besar a sus hermanas, vigiladas por la condesa, que no los dejaba un instante juntos, las dos pobres muchachas vieron con tan poca frecuencia a sus hermanos, que no pudo establecerse relación alguna entre ellos. En esos días las preguntas: «¿Dónde está Angélica?». «¿Qué hace Eugenia?» «¿Dónde están mis hijas?», se escuchaban a cada paso. Cuando se trataba de sus dos hijos, la condesa levantaba al cielo sus ojos fríos y macerados, como para pedir perdón a Dios por no haberlos arrancado a la impiedad. Sus exclamaciones y sus reticencias respecto a ellos equivalían a los versículos más plañideros de Jeremías, y engañaban a las dos hermanas, que creían a sus hermanos pervertidos y perdidos para siempre. Cuando sus hijos llegaron a la edad de dieciocho años, el conde les dio dos habitaciones en su departamento y les hizo estudiar Derecho, colocándoles bajo la vigilancia de un abogado, su secretario, encargado de iniciarlos en los secretos de su porvenir. Las dos Marías no conocieron, por tanto, la fraternidad sino de un modo abstracto. Por los días de las bodas de sus hermanas, siendo el uno abogado general de un tribunal lejano y estando el otro en los comienzos de su carrera en provincias, se vieron retenidos en ambas ocasiones por graves procesos. Hay muchas familias en las que transcurre de este modo la vida interior, que podría imaginarse íntima, unida y coherente: los hermanos se encuentran lejos, ocupados por los cuidados de su fortuna, por su carrera o por el servicio del país; y las hermanas están envueltas en un torbellino de intereses de familias extrañas a la suya. Todos los miembros viven entonces en la desunión, en el olvido los unos de los otros, unidos tan sólo por los frágiles lazos del recuerdo hasta el momento en que el orgullo los llama y en que el interés los reúne, para separarlos al fin, no pocas veces, de corazón, como lo han estado de hecho. Una familia que viva unida en cuerpo y alma es una rara excepción. La ley moderna, al multiplicar la familia por la familia, ha creado el más horrible de todos los males: el individualismo.

En medio de la profunda soledad en que transcurrió su juventud, Angélica y Eugenia vieron muy raras veces a su padre, el cual llevaba, por otra parte, al gran departamento habitado por su mujer en la planta baja de su palacio, un rostro entristecido. Conservaba en la casa la fisonomía grave y solemne del magistrado en el tribunal. Cuando las dos muchachitas pasaron de la edad de los juguetes y de las muñecas, y cuando comenzaron a usar la razón, hacia los doce años, época en que habían dejado de reírse del viejo Schmuke, sorprendieron el secreto de las preocupaciones que surcaban de arrugas la frente del conde y reconocieron bajo su rictus severo los vestigios de un buen natural y de un carácter encantador. Comprendieron que había cedido en su hogar el sitio a la religión, defraudado en sus esperanzas de marido, así como había sido herido en las fibras más delicadas de la paternidad: el amor de los padres hacia sus hijas. Dolores semejantes conmueven singularmente a unas jóvenes privadas de ternura. A veces, dando la vuelta al jardín entre las dos, con cada uno de sus brazos ciñendo cada una de las dos breves cinturas, y acomodando su paso al suyo infantil, el padre las detenía tras un macizo y las besaba en la frente. Sus ojos, su boca y su fisonomía expresaban entonces la compasión más profunda.

—No sois muy dichosas, hijitas queridas —les decía—; pero os casaré pronto y estaré contento cuando os vea salir de esta casa.

—Papá —decía Eugenia—, estamos decididas a tomar por marido al primero que llegue.

—¡He aquí el fruto amargo de semejante sistema! —exclamaba—. Quieren hacer santas y salen…

No terminaba la frase. A menudo sus dos hijas percibían un vivo cariño en los adioses de su padre, o en sus miradas, cuando por casualidad cenaba en la casa. Compadecían a aquel padre al que veían tan raras veces, y siempre se ama a quien se compadece.

Tan severa y religiosa educación fue la causa de los matrimonios de las dos hermanas, a las que la desgracia había soldado, como Rita y Cristina lo estaban por la naturaleza. Muchos hombres, que se sienten impulsados hacia el matrimonio, prefieren una joven sacada del convento y saturada de devoción a otra educada en las doctrinas mundanas. No hay término medio: un hombre, o se casa con una muchacha muy enterada, que ha leído los anuncios de los periódicos y los ha comentado, que ha valsado y bailado el galop con mil jóvenes, que ha ido a todos los espectáculos, que ha devorado novelas, a la que un profesor de baile le ha roto las rodillas apoyándolas contra las suyas, que no se preocupa en absoluto por la religión y que se ha hecho su moral propia; o con una jovencita ignorante y pura, como lo eran María Angélica y María Eugenia. Acaso existe el mismo peligro con las unas que con las otras. Sin embargo, la inmensa mayoría de los jóvenes que no han llegado a la edad de Arnulfo prefieren una Inés religiosa a una Celimena en cierne.

Las dos Marías, bajitas y delgadas, tenían la misma cintura, los mismos pies y las mismas manos. Eugenia, la más joven, era rubia como su madre. Angélica era morena como el padre. Pero las dos tenían el mismo color de tez: una piel de ese blanco nacarado que denuncia la riqueza y la pureza de la sangre, jaspeado por unos colores que se destacan vivamente sobre un tejido nutrido como el del jazmín, y, como él, fino, liso y suave al tacto. Los ojos azules de Eugenia y los ojos negros de Angélica tenían una expresión de inocente indiferencia y de asombro no premeditado, bien patente en la manera vaga como flotaban sus pupilas en el blanco fluido del ojo. Tenían cuerpos armoniosos: sus hombros, algo flacos, debían modelarse más tarde. Sus gargantas, tanto tiempo cubiertas, asombraron las miradas por sus perfecciones cuando sus maridos les rogaron que se escotaran para ir al baile: una y otra gozaron entonces de esa vergüenza encantadora que hizo de antemano enrojecer a puerta cerrada y durante una velada entera a aquellas dos ignorantes criaturas. En el momento en que comienza esta escena, en la que la mayor lloraba y se dejaba consolar por su hermana, sus manos y sus brazos tenían una blancura de leche. Las dos habían criado, una a un niño y la otra a una niña. Eugenia le había parecido muy traviesa a su madre, que había redoblado con ella su vigilancia y su severidad. A los ojos de aquella madre temida, Angélica, noble y altiva, parecía tener un alma llena de exaltación que se guardaría por sí sola, mientras que la inquieta Eugenia necesitaba que la contuviesen. Existen criaturas encantadoras, ignoradas por la suerte, a las que todo debería salirles bien en la vida, pero que viven y mueren desgraciadas, atormentadas por un genio malo y víctimas de circunstancias imprevistas. De este modo, la inocente, la alegre Eugenia había caído, al salir de la prisión materna, bajo el malicioso despotismo de un advenedizo. Angélica, predestinada a las grandes luchas del sentimiento, había sido lanzada a las más altas esferas de la sociedad parisiense, a rienda suelta.

La señora de Vandenesse, que sucumbía evidentemente bajo el peso de penas demasiado abrumadoras para su alma, inocente aún después de seis años de matrimonio, estaba reclinada con las piernas medio dobladas, el cuerpo replegado y la cabeza como perdida sobre el respaldo de la confidente. Como hubiese acudido a casa de su hermana, tras una rápida aparición en los Italianos, conservaba aún en sus cabellos algunas flores; pero otras yacían esparcidas por la alfombra, con sus guantes, su abrigo de seda forrado de pieles, su manguito y su capucha. Unas lágrimas brillantes, mezcladas con sus perlas sobre su blanco pecho, y sus ojos húmedos, anunciaban extrañas confidencias. ¿No era aquello horrible, en medio de tal lujo? Napoleón lo ha dicho: «Nada se roba aquí abajo, todo se paga». La condesa no se sentía con valor para hablar.

—¡Pobre querida mía —dijo la señora Du Tillet—, qué idea tan falsa debes de tener de mi matrimonio para haber pensado en pedirme ayuda!

Al escuchar esta frase, arrancada del fondo del corazón de su hermana por la violencia de la tempestad que en él había vertido, del mismo modo que el deshielo desplaza las piedras más profundamente enterradas en el lecho de los torrentes, la condesa miró con un aire estúpido a la mujer del banquero. La llama del terror secó sus lágrimas y sus ojos se quedaron fijos.

—¿Te encuentras tú también en un abismo, ángel mío? —le dijo en voz baja.

—Mis males no cambiarán tus dolores.

—Dímelos, niña mía. ¡No soy todavía lo bastante egoísta para no escucharte! ¿Quieres decir que sufrimos aún, juntas como en nuestra juventud?

—Ahora sufrimos separadas —respondió melancólicamente la mujer del banquero—. Vivimos en dos sociedades enemigas. Yo voy a las Tullerías cuando tú ya no vas. Nuestros maridos pertenecen a dos partidos contrarios. Yo soy la mujer de un banquero ambicioso, de un hombre malo, ¡tesoro mío!, y tú eres la mujer de un ser bueno, noble, generoso…

—¡Oh! No me hagas reproches —dijo la condesa—. Para que una mujer pudiese dirigírmelos tendría que haber sufrido las desazones de una vida empañada y descolorida, y haber salido de ella para entrar en el paraíso del amor; tendría que conocer la dicha que se experimenta al sentir la propia vida por entero en la de otro, al compartir las emociones infinitas de un alma de poeta, al vivir una vida doble: ir y venir con él en sus paseos a través de los espacios, por el mundo de la ambición; sufrir con sus pesares, montar sobre las alas de sus inmensos goces, abarcar un vasto escenario, y todo esto mientras se permanece tranquila, fría y serena delante de un mundo observador. Sí, querida mía, hay que sostener con frecuencia todo un océano en el corazón sin dejar de encontrarse, como lo estamos aquí, ante el fuego, en el hogar, sentada en una butaca. ¡Qué dicha, sin embargo, la de tener a cada instante un interés enorme que multiplica las fibras del corazón y las distiende, la de que nada nos deje fríos, la de tener la vida cifrada en un paseo en el que se ha de ver entre la muchedumbre un ojo chispeante que hace palidecer el sol, la de que un retraso nos conmueva, la de sentir el deseo de matar a un importuno que nos roba uno de esos raros momentos en las que la dicha palpita en las venillas más diminutas! ¡Qué embriaguez la de vivir al fin! ¡Ah, querida mía, vivir, cuando tantas mujeres imploran de rodillas unas emociones que huyen de ellas! Piensa, niña mía, que para esos poemas no existe más que una época: la juventud. Dentro de algunos años vendrá el invierno, el frío. ¡Ah! Si poseyeses esas riquezas vivas del corazón y te vieses amenazada de perderlas…

La señora Du Tillet, asustada, se había cubierto el rostro con sus manos al escuchar esta horrible antífona.

—No se me había ocurrido hacerte el menor reproche, querida mía —dijo al fin, viendo el rostro de su hermana bañado en llanto—. En un momento acabas de arrojar en mi alma más brasas de las que habían apagado mis lágrimas. Sí, la vida que llevo legitimaría en mi corazón un amor como el que acabas de describirme. Déjame creer que si nos hubiésemos visto más a menudo no nos encontraríamos en el punto en que estamos. Si hubieses conocido mis dolores habrías apreciado tu felicidad, animándome, quizá, a la resistencia, y yo sería feliz. Tu desgracia es un accidente al que un azar pondrá fin, mientras que mi infortunio es perpetuo. Para mi marido soy el maniquí de su lujo, la muestra de sus ambiciones y una de sus satisfacciones vanidosas. No siente por mí ni afecto sincero ni confianza. Fernando es seco y frío como ese mármol —dijo golpeando la repisa de la chimenea—. Desconfía de mí. Todo lo que yo habría de pedir para mí me es negado de antemano, pero en cuanto a lo que le halaga y sirve de ostentación a su fortuna, no tengo ni siquiera que desearlo. Hace decorar mis habitaciones y gasta sumas exorbitantes en mi mesa; mi servidumbre, mis palcos en el teatro, todo lo que es externo, es del gusto más acabado. Su vanidad no escatima nada; les pondría encajes a los pañales de sus hijos, pero no oiría sus gritos ni adivinaría sus necesidades. ¿Me comprendes? Voy cubierta de diamantes a la corte; cuando salgo a la calle llevo las más ricas bagatelas, pero no dispongo de un ochavo. La señora Du Tillet, que acaso suscita envidias, que parece nadar en oro, no tiene cien francos suyos. Si el padre no se preocupa por sus hijos, se preocupa mucho menos por su madre. ¡Ah! Bien ásperamente me ha hecho sentir que me ha pagado, y que mi fortuna personal, de la que no dispongo, le ha sido arrancada. Si sólo se tratase de convertirme en su amante, acaso le sedujese; pero choco con una influencia extraña, la de una mujer de más de cincuenta años, con pretensiones y que le domina: la viuda de un notario. Tengo el convencimiento de que no seré libre hasta su muerte. Aquí mi vida se encuentra regulada como la de una reina: se me llama para el almuerzo y para la cena como en tu castillo. Salgo infaliblemente a una hora determinada para ir al Bosque. Voy siempre acompañada por dos criados de gran librea y debo volver a la misma hora. En vez de dar órdenes, las recibo. En el baile, en el teatro, un lacayo viene a decirme: «El coche de la señora está ya en la puerta», y tengo que marcharme, con frecuencia en medio de un momento agradable. Fernando se enfadaría si no obedeciese a la etiqueta creada para su mujer, y le temo. En medio de esta opulencia maldita tengo añoranzas y me parece nuestra madre una buena madre: nos dejaba las noches y yo podía hablar contigo. En suma, vivía al lado de una criatura que me quería y sufría conmigo; mientras que aquí, en esta casa suntuosa, me encuentro en medio de un desierto.

Al oír tan terrible confesión, la condesa se apoderó a su vez de la mano de su hermana y se la besó llorando.

—¿Cómo puedo ayudarte? —dijo Eugenia en voz baja a Angélica—. Si nos sorprendiese, empezaría a desconfiar y querría saber lo que me has estado diciendo desde hace una hora; habría que mentirle, cosa difícil con un hombre perspicaz y traidor, y me tendería lazos. Pero dejemos mis desdichas y pensemos en ti. Tus cuarenta mil francos, querida, no serían nada para Fernando, que maneja millones con otro gran banquero, el barón de Nucingen. A veces asisto a cenas en las que dicen cosas capaces de estremecerme. Du Tillet conoce mi discreción y se habla delante de mí sin reserva: están seguros de mi silencio. Pues bien, los asesinatos en plena carretera me parecen actos de caridad comparados con ciertas combinaciones financieras. A Nucingen y a él se les da tanto de arruinar a las gentes, como a mí de sus liberalidades. Con frecuencia recibo a pobres engañados cuyo despojo he escuchado planear la víspera y que se lanzan a unos negocios en los que van a dejarse su fortuna; entonces siento deseos, como Leonardo en la caverna de los bandidos, de decirles: «¡Tened cuidado!». Pero ¿qué sería de mí? Y me callo. Este palacio suntuoso es una ladronera. Y Du Tillet y Nucingen tiran por puñados los billetes de mil francos para satisfacer sus caprichos. Fernando va a comprar en el Tillet el emplazamiento del antiguo castillo para reconstruirlo. Quiere unirle un bosque y tierras magníficas. Pretende que su hijo será conde y que a la tercera generación será noble. Nucingen, cansado de su hotel de la calle Saint-Lazare, construye un palacio. Su mujer es una de mis amigas… ¡Ah! —exclamó—. Ella puede sernos útil, pues es atrevida con su marido y goza de la disposición de su fortuna; ella te salvará.

—Gatita mía, no dispongo más que de algunas horas; vamos esta misma noche, ahora mismo —dijo la señora de Vandenesse arrojándose en los brazos de la señora Du Tillet deshecha en lágrimas.

—¿Puedo, acaso, salir a las once de la noche?

—Tengo abajo mi coche.

—¿Qué estáis tramando ahí? —dijo Du Tillet empujando la puerta del boudoir.

Mostraba ante las dos hermanas un rostro anodino, iluminado por un aire falsamente amable. Las alfombras habían ahogado el ruido de sus pasos, y la preocupación de las dos mujeres les había impedido oír el que hizo el coche de Du Tillet al entrar. La condesa, en la que el hábito de tratar gente y la libertad que le dejaba Félix habían desarrollado el ingenio y la astucia, reprimidos en su hermana por el despotismo marital, continuación del materno, percibió en Eugenia un terror que estaba a punto de traicionarla, y la salvó con una respuesta franca.

—Yo creía a mi hermana más rica de lo que en realidad es —respondió la condesa mirando a su cuñado—. Las mujeres se encuentran a veces en apuros que no quieren confiar a sus maridos, como Josefina a Napoleón, y yo venía a pedirle un favor.

—Y puede hacéroslo fácilmente, hermana mía. Eugenia es muy rica —respondió Du Tillet con acento agridulce.

—No lo es sino por vos, hermano —replicó la condesa sonriendo con amargura.

—¿Qué necesitáis? —dijo Du Tillet, a quien no le disgustaba envolver a su cuñada.

—Tonto, ¿no os he dicho que no queremos comprometernos ante nuestros maridos? —respondió prudentemente la señora de Vandenesse comprendiendo que se entregaba a merced del hombre cuyo retrato acababa afortunadamente de serle trazado por su hermana—. Vendré mañana a buscar a Eugenia.

—¿Mañana? —respondió fríamente el banquero—. No. La señora Du Tillet cena en casa de un futuro par de Francia, el barón de Nucingen, que me deja su puesto en la Cámara de Diputados.

—¿No le permitís que acepte mi palco en la Ópera? —dijo la condesa sin cambiar ni una sola mirada con su hermana, pues tal era su temor de verla dejar traslucir su secreto.

—Ella tiene el suyo hermana —dijo Du Tillet molesto.

—Pues bien, iré a verla a él —replicó la condesa.

—Será la primera vez que me hacéis ese honor —dijo Du Tillet.

La condesa percibió el reproche, se echó a reír, y dijo:

—Tranquilizaos, no se os hará pagar nada por esta vez. Adiós, querida mía.

—¡Qué impertinente! —exclamó Du Tillet recogiendo las flores que habían caído del peinado de la condesa—. Deberíais estudiar a la señora de Vandenesse —le dijo a su mujer—. Querría veros en sociedad tan impertinente como vuestra hermana acaba de estarlo aquí. Tenéis un aire burgués y bobalicón que me entristece.

Eugenia levantó los ojos al cielo por toda respuesta.

—Bueno, señora, ¿qué es lo que habéis hecho las dos aquí? —dijo el banquero tras una pausa y señalando las flores—. ¿Qué ocurre para que vuestra hermana acuda mañana a vuestro palco?

La pobre ilota se disculpó con un deseo de dormir y salió para hacerse desnudar, temiendo un interrogatorio. Du Tillet cogió entonces a su mujer por un brazo, la llevó ante él bajo la luz de las bujías que ardían en unos brazos de plata sobredorada, entre dos deliciosos ramilletes de flores, y hundió su clara mirada en los ojos de su mujer.

—Vuestra hermana ha venido para pedir prestados cuarenta mil francos que debe un hombre por quien se interesa y a quien dentro de tres días van a encerrar como a algo precioso en la calle de Clichy —dijo fríamente.

La pobre mujer se sintió dominada por un temblor nervioso que pudo reprimir.

—Me habéis asustado —dijo—. Mi hermana está demasiado bien educada y quiere bastante a su marido para interesarse hasta tal punto por un hombre.

—Al contrario —respondió él secamente—. Las muchachas educadas, como vosotras lo habéis sido, en el temor y en las prácticas religiosas, tienen sed de libertad, desean la dicha, y la dicha que alcanzan no es jamás tan grande ni tan hermosa como la que han soñado. Muchachas semejantes son luego malas esposas.

—Hablad por mí —dijo la pobre Eugenia con un tono de amarga ironía —, pero respetad a mi hermana. La condesa de Vandenesse es demasiado feliz y su marido la deja lo suficientemente libre para que no le sea fiel. Por otra parte, si vuestra suposición fuese cierta, ella no me lo habría dicho.

—Eso es —dijo Du Tillet—. Os prohíbo hacer nada en este asunto. Entra en mi interés que ese hombre vaya a la cárcel. Tenedlo por dicho.

La señora Du Tillet salió.

—Ha de desobedecerme sin duda, y, vigilándolas, podré saber cuanto hagan —se dijo Du Tillet una vez solo en el boudoir—. Estas pobres tontas quieren luchar con nosotros.

Se encogió de hombros y marchó a reunirse con su mujer, o, para decir verdad, su esclava.

La confidencia hecha a la señora Du Tillet por la señora Félix de Vandenesse se encontraba relacionada con tantos puntos de su historia en los últimos seis años, que sería ininteligible, sin el relato sucinto de los principales sucesos de su vida.

Entre los hombres notables que debieron su fortuna a la Restauración y que, desgraciadamente para ella, colocó, con Martignac, fuera de los secretos del Gobierno, se contaba Félix de Vandenesse, deportado como muchos otros a la Cámara de los Pares en los últimos días de Carlos X. Esta desgracia, aunque a su parecer momentánea, le hizo pensar en el matrimonio, hacia el cual fue conducido, como muchos hombres lo son, por una especie de repugnancia por las aventuras galantes, flores locas de la juventud. Existe un momento supremo en que la vida social aparece en su gravedad. Félix de Vandenesse había sido sucesivamente feliz y desgraciado, más frecuentemente desgraciado que feliz, como los hombres que desde sus primeros pasos en sociedad han encontrado el amor bajo su forma más bella. Estos privilegiados se hacen hombres exigentes. Más tarde, tras de haber experimentado la vida y comparado los caracteres, llegan a contentarse con un pasar, y se refugian en una indulgencia absoluta. No se les engaña, puesto que ya no se desengañan, pero saben poner gracia en su resignación; esperándolo todo, sufren menos. Sin embargo, Félix podía pasar aún por uno de los más bellos y agradables hombres de París. Había sido sobre todo recomendado a las mujeres por una de las criaturas más nobles de este siglo, muerta, se decía, de dolor y de amor por él; pero había sido formado especialmente por la bella lady Dudley. A los ojos de muchas parisienses, Félix, especie de héroe de novela, debíale muchas conquistas a todo lo malo que decían de él. La señora de Manerville había cerrado la carrera de sus aventuras. Sin ser un don Juan, traía del mundo amoroso el mismo desencanto que traía del mundo político. Aquel ideal de la mujer y de la pasión, cuyo tipo, para su desgracia, había iluminado y dominado su juventud, desesperaba de poder volverlo a encontrar jamás.

Hacia los treinta años, el conde Félix resolvió acabar con las desazones de sus fortunas por medio de un matrimonio. En este punto, su decisión estaba tomada: quería una joven educada en los principios más severos del catolicismo. Bastóle con saber lo sujetas que tenía a sus hijas la condesa de Granville para tratar de obtener la mano de la mayor. Él también había sufrido el despotismo de una madre; recordaba todavía lo bastante su cruel juventud para reconocer, a través de los disimulos del pudor femenino, en qué estado había dejado el yugo el corazón de una joven; si ese corazón estaba agriado, apesadumbrado o insubordinado, o si había permanecido apacible, amable y dispuesto a abrirse a los bellos sentimientos. La tiranía produce dos efectos contrarios cuyos símbolos existen en dos grandes figuras de la esclavitud antigua: Epicteto y Espartaco: el odio y sus malos sentimientos, y la resignación con sus cristianas ternuras. El conde de Vandenesse hubo de reconocerse en María Angélica de Granville. Al tomar por mujer a una muchacha ingenua, inocente y pura, había resuelto de antemano, como joven viejo que era, mezclar el sentimiento paternal al sentimiento conyugal. Sentía su corazón secado ya por el mundo y por la política, y sabía que, a cambio de una vida adolescente, él iba a entregar los restos de una vida gastada. Junto a las flores primaverales, pondría los hielos del invierno, y la canosa experiencia al lado de la imprudencia rozagante y descuidada. Después de haber juzgado de este modo sensatamente su situación, se acantonó con amplias provisiones en sus cuarteles conyugales. La indulgencia y la confianza fueron las dos anclas a que se amarró. Las madres de familia deberían buscar hombres semejantes para sus hijas: el talento es protector como la divinidad, el desencanto es perspicaz como un cirujano, y la experiencia es previsora como una madre. Estos tres sentimientos son las virtudes teologales del matrimonio.

Los galanteos y las delicias que sus hábitos de hombre afortunado en amores y de hombre elegante le habían hecho aprender a Félix de Vandenesse, las enseñanzas de la alta política, las observaciones de su vida, sucesivamente activa, cerebral y literaria, todas sus fuerzas fueron empleadas en hacer a su mujer feliz, y a ello aplicó su talento. Al salir del purgatorio materno, María Angélica se vio elevada de repente al paraíso conyugal que le había preparado Félix en la calle del Rocher, en una casa donde las menores cosas tenían un perfume de aristocracia; pero en la que el barniz del buen tono no cohibía ese armonioso abandono que anhelan los corazones amantes y jóvenes. María Angélica saboreó ante todo los goces de la vida material en su totalidad, y su marido se hizo durante dos años su intendente. Félix explicó lentamente y con mucho arte a su mujer las cosas de la vida, la inició gradualmente en los misterios de la alta sociedad, le enseñó las genealogías de todas las casas nobles, le mostró el mundo, la guio en el arte del tocado y de la conversación, la llevó de teatro en teatro y le hizo seguir un curso de literatura y de historia. Terminó esta educación con un cuidado de amante, de padre, de maestro y de marido; pero también con una sobriedad bien entendida, atemperaba los goces y las lecciones, sin destruir las ideas religiosas. En suma, desempeñó su empresa como un gran señor; y al cabo de cuatro años tuvo la dicha de haber hecho de la condesa de Vandenesse una de las mujeres más amables y más notables de la época actual.

María Angélica experimentó precisamente por Félix el sentimiento que Félix deseaba inspirarle: una amistad sincera, un agradecimiento bien sentido y un amor fraternal mezclado oportunamente con el cariño noble y digno, como debe serlo el existente entre marido y mujer. Ella era madre, y buena madre. Sujetaba Félix, por tanto, a su mujer con todas las ligaduras posibles, sin que pareciese que la encadenaba; contando, para ser feliz sin que empañase su dicha nube alguna, con la atracción que da el hábito. No hay como los hombres duchos en el arte de la vida y que han recorrido el círculo de las desilusiones políticas y amorosas, para poseer esta ciencia y conducirse de este modo. Félix encontraba en su obra, por otra parte, los goces que les procuran sus creaciones a los pintores, los escritores y los arquitectos que elevan monumentos; experimentaba un doble placer al ocuparse de la obra y al contemplar su éxito, admirando a su mujer instruida e inocente, inteligente y natural, amable y casta, muchacha y madre, totalmente libre y encadenada. La historia de los buenos matrimonios es como la de los pueblos felices: se escribe en dos líneas y no tiene nada de literaria. Del mismo modo que la dicha no se explica sino por sí misma, aquellos cuatro años no pueden ofrecer nada que no sea delicado como el gris de lino de los eternos amores, insípido como el maná y entretenido como la novela de la Astrea.

En 1833 el edificio de ventura cimentado por Félix, minado en su misma base sin que él lo advirtiese, estuvo a punto de venir al suelo. Tanta diferencia hay entre el corazón de una mujer de veinticinco años y el de la joven de dieciocho, como entre el de la mujer de cuarenta y el de la mujer de treinta. Hay cuatro edades en la vida de las mujeres, y cada edad crea una mujer nueva. Vandenesse conocía sin duda las leyes de estas transformaciones, que se deben a nuestras costumbres modernas, pero las olvidó en su caso, como el mejor gramático puede olvidar las reglas al componer un libro, y de igual modo que, en el campo de batalla, en medio del fuego y preocupado con los accidentes de un cerco, el general más grande olvida una regla absoluta del arte militar. El hombre que puede grabar perpetuamente el pensamiento en el hecho es un hombre de genio; pero el hombre que pueda tener más genio no lo despliega en todos los instantes, ya que, de no ser así, se asemejaría demasiado a Dios. Después de cuatro años de llevar esta vida sin un contratiempo espiritual, sin una palabra que pudiese producir la menor disonancia en aquel suave concierto de los sentimientos, y sintiéndose perfectamente desarrollada como una hermosa planta en un suelo propicio, bajo las caricias de un bello sol que irradiaba en medio de un éter constantemente cerúleo, la condesa experimentó como un trastorno espiritual. Esta crisis de su vida, tema de la presente escena, sería incomprensible sin unas explicaciones que acaso atenúen, a los ojos de las mujeres, los errores de esta joven condesa, tan feliz esposa como feliz madre, y que debería, a primera vista, parecer carente de toda excusa.

La vida es el producto del juego de dos principios opuestos: cuando el uno falta, el ser sufre. Al satisfacerlo todo, Vandenesse había suprimido el deseo, ese rey de la creación que pone a contribución una suma enorme de fuerzas morales. El calor extremado, la extremada desdicha, la felicidad completa, todos los principios absolutos ejercen su imperio en ámbitos desprovistos de toda producción: quieren estar solos y ahogan todo lo que no son ellos. Vandenesse no era mujer, y sólo las mujeres conocen el arte de darle variación a la felicidad: de ahí procede su coquetería, sus negativas, sus temores, sus querellas, así como las sabias e ingeniosas simplezas con las que ponen en duda al día siguiente lo que la víspera no ofrecía dificultad alguna. Los hombres pueden cansar con su constancia, las mujeres jamás. Vandenesse era un carácter demasiado bueno en todos sus aspectos para atormentar deliberadamente a una mujer amada, y la lanzó al cielo, más hermoso y más limpio de nubes, del amor. El problema de la beatitud eterna es uno de aquellos cuya solución sólo es conocida por Dios en la otra vida. En ésta, poetas sublimes han aburrido eternamente a sus lectores al emprender la descripción del paraíso. El escollo del Dante fue también el escollo de Vandenesse: ¡honra y gloria al valor fracasado! Su mujer acabó por encontrar alguna monotonía en un edén tan bien organizado. La dicha perfecta que la primera mujer experimentó en el paraíso terrenal le produjo las náuseas que provoca a la larga el empleo de cosas dulces, e hizo desear a la condesa, como a Rivarol cuando leía a Florián, encontrar algún lobo en la pastoral. En todos los tiempos ha sido éste el sentido atribuido a la serpiente emblemática, a la que se dirigió probablemente Eva por aburrimiento; moraleja que parecerá quizá aventurada a los ojos de los protestantes, que toman el Génesis más en serio que los propios judíos. Pero la situación de la señora de Vandenesse puede explicarse sin recurrir a figuras bíblicas: sentía en su alma una fuerza inmensa sin empleo, su dicha no le hacía sufrir, marchaba sin cuidados ni inquietudes, no temblaba por perderla, y se le aparecía todas las mañanas con el mismo color azul, la misma sonrisa y la misma palabra encantadora. Ni el más leve soplo, ni aun el del céfiro, rizaba la superficie de lago tan puro, y ella hubiese querido que aquel espejo ondulase. Su deseo llevaba en sí algo de infantil que debería valerle de excusa; pero la sociedad no es más indulgente de lo que lo fue el Dios del Génesis. El talento adquirido hacía comprender a la condesa admirablemente cuán ofensivo debía ser aquel sentimiento, y encontraba horrible confiárselo a su querido maridito. En su simplicidad no había inventado otra frase de amor, pues no se forja en frío la deliciosa lengua de hipérboles que el amor enseña a sus víctimas en medio de las llamas. Dichoso Vandenesse con esta adorable reserva, mantenía a su mujer, por medio de sus sabios cálculos, en las regiones templadas del amor conyugal. Este marido modelo encontraba, por otra parte, indignos de un alma noble los recursos del charlatanismo que le hubiesen engrandecido y que le hubiesen valido recompensas del corazón; quería agradar por él mismo y no deberle nada a los artificios de la fortuna. La condesa María sonreía al ver en el Bosque un tren incompleto o mal atalajado. Sus miradas se volvían entonces complacidas sobre el suyo, cuyos caballos tenían una prestancia inglesa, se encontraban libres bajo sus arneses y guardaban entre sí la distancia adecuada. Félix no se rebajaba nunca hasta recoger los beneficios de los trabajos que se tomaba; su mujer encontraba naturales su lujo y su buen gusto, y no le agradecía el cuidado con que le ahorraba toda herida en su amor propio. Con todo sucedía igual. La bondad no carece de escollos: se la atribuye al carácter, y rara vez se reconocen en ella los esfuerzos secretos de un alma hermosa; en tanto que se recompensa a las personas malas por el mal que dejan de hacer. Hacia esta época, la señora Félix de Vandenesse había llegado a un grado de instrucción mundana que le permitió abandonar el papel bastante insignificante de comparsa tímida, observadora y oyente que, según se dice, representó Giulia Grisi durante algún tiempo en los coros del teatro de la Scala. La joven condesa se sentía capaz de desempeñar el puesto de prima donna y se atrevió a hacerlo varias veces. Con gran contento de Félix intervino en las conversaciones. Réplicas ingeniosas y agudas observaciones, sembradas en su espíritu por su trato con su marido, la hicieron notar, y el éxito la enardeció. Vandenesse, a quien se le había concedido que su mujer era bonita, quedó encantado cuando ésta se mostró inteligente. De vuelta del baile, del concierto o de la soirée en que había brillado, y mientras se despojaba de sus galas, María adoptaba un airecillo jubiloso y deliberado para decirle a Félix: «¿Habéis estado contento de mí esta noche?». La condesa suscitó algunas envidias, entre otras la de la hermana de su marido, la marquesa de Listomère, que hasta entonces la había dirigido, creyendo proteger una sombra destinada a hacerla destacar. Una condesa que se llama María, bella, inteligente y virtuosa, música y algo coqueta, ¡qué presa para la gente! Félix de

Vandenesse contaba en la sociedad con varias mujeres con las cuales había roto o que habían roto con él, pero a las que no les fue indiferente su matrimonio. Cuando las tales vieron en la señora de Vandenesse una mujercita de manos rojizas, bastante cohibida, que hablaba poco y no parecía pensar mucho, se creyeron lo suficientemente vengadas. Ocurrieron los desastres de julio de 1830, la sociedad quedó disuelta durante dos años, las personas ricas marcháronse durante la tormenta a sus tierras o viajaron por Europa, y los salones no se abrieron apenas hasta 1833. El faubourg Saint-Germain se enfurruñó, pero consideró algunas casas, entre otras la del embajador de Austria, como terreno neutral, y allí se encontraron la sociedad legitimista y la sociedad nueva, representadas por sus notabilidades más elegantes. Ligado por mil lazos de corazón y de agradecimiento a la familia desterrada, pero firme en sus convicciones, Vandenesse no se creyó obligado a imitar las tontas exageraciones de su partido: en el peligro había cumplido con su deber exponiendo su vida al atravesar las masas del populacho para proponer transacciones; llevó, pues, a su mujer a los salones donde su fidelidad no podía verse jamás comprometida. Las antiguas amigas de Vandenesse reconocieron con dificultad a la recién casada en la elegante, inteligente y dulce condesa, que se presentaba por sí misma con las maneras más exquisitas de la aristocracia femenina. Las señoras de Espard, de Manerville, lady Dudley, y algunas otras menos conocidas, sintieron despertarse las serpientes en el fondo de su corazón; escucharon los agudos silbidos del orgullo encolerizado, y envidiaron la dicha de Félix; hubieran dado con gusto sus más lindas chinelas por que le ocurriera alguna desgracia. En lugar de mostrarse hostiles a la condesa, todas aquellas buenas mujeres la rodearon, demostrándole una excesiva amistad, y la elogiaron ante los hombres. Lo bastante conocedor de sus intenciones, Félix vigiló sus relaciones con María, diciéndole que desconfiase de ellas. Adivinaron todas las inquietudes que su trato le causaba al conde, no le perdonaron su desconfianza y multiplicaron sus cuidados y atenciones hacia su rival, a la que proporcionaron un éxito enorme con gran disgusto de la marquesa de Listomère, que no comprendía nada de todo aquello. Se citaba a la condesa Félix de Vandenesse como la más encantadora y más inteligente mujer de París. La otra cuñada de María, la marquesa Carlos de Vandenesse, sufría mil contrariedades a causa de la confusión que la identidad de nombres producía a veces, así como por las comparaciones a que daba lugar. Aunque la marquesa fuese también mujer muy bella y muy inteligente, sus rivales le oponían a su cuñada con tanta mayor razón cuanto que la condesa tenía doce años menos. Aquellas mujeres sabían cuánta acritud iba a suscitar el éxito de la condesa en su trato con sus dos cuñadas, que llegaron a mostrarse frías y descorteses con la triunfante María Angélica. Fueron unas parientas peligrosas y unas íntimas enemigas. Todos saben que la literatura se defendía a la sazón de la general indiferencia engendrada por el drama político produciendo obras más o menos byronianas en las que no se trataba sino de delitos conyugales. En aquel tiempo, las infracciones a los contratos matrimoniales constituían el fondo de las revistas, de los libros y del teatro. Este tema eterno estaba más que nunca de moda. El amante, pesadilla de los maridos, se encontraba en todas partes, excepto quizá en los hogares, donde, en aquella época burguesa, se daba menos que en cualquier otro tiempo. Cuando todo el mundo corre a las ventanas y grita: ¡guardias!, e ilumina las calles, no parece ser la ocasión más propicia para que los ladrones decidan pasearse. Si durante aquellos años fértiles en agitaciones urbanas, políticas y morales, hubo catástrofes matrimoniales, constituyeron excepciones que no fueron tan señaladas como bajo la Restauración. Sin embargo, las mujeres hablaban mucho entre ellas de lo que constituía el tema de las dos formas de la poesía: el libro y el teatro. Se trataba con frecuencia del amante, ese ser tan raro y tan deseado. Las aventuras conocidas daban materia para discusiones, y estas discusiones sosteníanlas como siempre las mujeres irreprochables. Un hecho digno de notarse es el despego que manifiestan hacia ese género de conversaciones las mujeres que gozan de una dicha ilegal, y que conservan en sociedad un continente mojigato, reservado y casi tímido; parece que piden el silencio a cada uno, o el perdón de sus goces a todo el mundo. Cuando, por el contrario, una mujer se complace en oír hablar de catástrofes y se hace explicar las voluptuosidades que sirven de justificación a los culpables, podéis creer que se encuentra en la encrucijada de la indecisión y no sabe qué camino tomar. Durante aquel invierno, la condesa de Vandenesse oyó mugir en sus oídos la bronca voz del mundo, y el viento de las tempestades silbó en torno a ella. Sus pretendidas amigas, que dominaban su reputación desde la altura elevada de sus nombres y de sus posiciones, le dibujaron repetidas veces la figura seductora del amante y dejaron caer en su alma frases ardientes sobre el amor, la solución del enigma que la vida ofrece a las mujeres, la gran pasión, según la señora de Staël, que predicó con el ejemplo. Cuando la condesa preguntaba ingenuamente en un pequeño grupo qué diferencia existía entre un amante y un marido, jamás dejó de contestarle alguna de las mujeres que le deseaban una desgracia a Vandenesse de un modo que excitase su curiosidad, inquietase su imaginación, interesase su alma o impresionase su corazón.

—Con el marido se va tirando, querida, pero sólo se vive con el amante —le decía su cuñada, la marquesa de Vandenesse.

—El matrimonio, hija mía, es nuestro purgatorio; el amor es el paraíso —decía lady Dudley.

—No la creáis —exclamaba la duquesa de Grandlieu—, es el infierno.

—Pero es un infierno donde se ama —hacía observar la marquesa de Rochegude—. Se siente con frecuencia más goce en el sufrimiento que en la dicha: pensad en los mártires.

—Con un marido, tontuela, vivimos, por así decirlo, de nuestra propia vida; pero amar es vivir de la vida de otro —le decía la marquesa de Espard.

—Un amante es el fruto prohibido, frase en la que para mí se resume todo —decía riendo la linda Moina de Saint-Héreen.

Cuando no iba a reuniones diplomáticas o a los bailes celebrados en casa de algún rico extranjero, como lady Dudley o la princesa Galathionne, la condesa iba casi todas las noches a algún salón, después de los Italianos o de la Ópera, bien fuese a casa de la marquesa de Espard, a casa de la señora de Listomère, de la señorita Des Touches, de la condesa de Montcornet o de la vizcondesa de Grandlieu, las únicas casas aristocráticas abiertas; y jamás salía de ellas sin que una mala semilla hubiera sido arrojada en su corazón. Se le hablaba de completar su vida, frase de moda en aquel tiempo; de ser comprendida, otra frase a la que las mujeres prestaban extraños significados. Volvía a su casa inquieta, alterada, curiosa y pensativa. Encontraba algo de menos en su vida, pero no llegaba hasta el punto de verla desierta.

La sociedad más divertida, aunque la más mezclada, de los salones a que acudía la señora Félix de Vandenesse, se encontraba en casa de la condesa de Montcornet, mujercita encantadora que recibía a los artistas ilustres, a los financieros más notables y a los escritores distinguidos; pero después de haberlos sometido a un examen tan severo, que las personas más exigentes, en lo que se refiere al buen tono en el trato social, no tenían que temer en absoluto encontrar allí a quienquiera que perteneciese a una categoría de segunda clase. Las mayores pretensiones encontrábanse allí seguras. Durante el invierno, en el que la alta sociedad se había rehecho, algunos salones, entre los cuales se contaban los de las señoras de Espard y de Listomère, de la señorita Des Touches y de la duquesa de Grandlieu, habían reclutado gente entre las celebridades nuevas del arte, de la ciencia, de la literatura y de la política. La sociedad no pierde jamás sus derechos y quiere siempre que la diviertan. En un concierto dado por la condesa hacia el fin del invierno apareció en su casa una de las celebridades contemporáneas de la literatura y de la política: Raúl Nathan, presentado por uno de los escritores más inteligentes aunque más perezosos de la época, Emilio Blondet, otro hombre célebre, pero a puerta cerrada, elogiado por los periodistas y desconocido en las afueras. Blondet lo sabía; por otra parte, no se hacía ilusión alguna; y, entre otras frases de desprecio, ha dicho que la gloria es un veneno que se ha de tomar en pequeñas dosis. Desde el momento en que había logrado darse a conocer, tras de haber luchado largo tiempo, Raúl Nathan se había aprovechado del súbito entusiasmo que por la forma manifestaron aquellos elegantes sectarios de la Edad Media, tan chistosamente llamados Joven Francia. Había adoptado las singularidades de un hombre genial alistándose entre aquellos adoradores del arte cuyas intenciones, por otra parte, eran excelentes, pues nada más ridículo que el traje de los franceses en el siglo XIX, que ya hacía falta valor para atreverse a renovar.

Raúl, hagámosle esta justicia, presenta en su persona un no sé qué de grande, de fantástico y de extraordinario, que requiere un marco. Sus enemigos o sus amigos, tanto los unos como los otros, convienen en que no hay nada en el mundo que esté más de acuerdo con su espíritu como su forma. Raúl Nathan sería quizá más singular al natural de lo que lo es con sus adornos. Su rostro devastado, destruido, le da la apariencia de haber luchado con los ángeles o los demonios; se asemeja al que los pintores alemanes atribuyen al Cristo muerto: aparecen en él mil signos de una lucha constante entre la débil naturaleza humana y los poderes de lo alto. Pero las profundas arrugas de sus mejillas, los entrantes y salientes de su cráneo tortuoso y lleno de surcos, los hoyos que marcan sus ojos y sus sienes, no indican nada de débil en su constitución. Sus duras membranas y sus huesos visibles presentan una solidez notable; y aunque su piel, curtida por los excesos, se adhiera a aquéllos como si unos fuegos internos la hubiesen secado, no deja de cubrir por ello una armazón formidable. Es delgado y alto. Su cabellera larga y siempre en desorden tiende a producir su efecto. Este Byron mal peinado y mal formado, tiene unas piernas de garza real, unas rodillas infartadas, una esbeltez exagerada, unas manos encordadas de músculos, firmes como las patas de un cangrejo y de dedos flacos y nervudos. Raúl tiene ojos napoleónicos, unos ojos azules cuya mirada atraviesa el alma; una nariz atormentada y llena de sutileza; una boca encantadora, embellecida por los dientes más blancos que una mujer pudiera desear. Hay movimiento y fuego en su cabeza y genio bajo su frente. Raúl pertenece al pequeño número de hombres que os impresionan al pasar y que en un salón forman desde el primer momento un punto luminoso que atrae todas las miradas. Se hace notar por su desaliño, si se nos permite tomarle a Molière la palabra empleada por Eliante para describir el desaseo de la persona. Sus ropas parecen siempre haber sido retorcidas, arrugadas y abarquilladas intencionadamente para armonizar con su fisonomía. Tiene habitualmente una de sus manos en su chaleco abierto, en una actitud que el retrato del señor de Chateaubriand por Girodet ha hecho célebre; pero la adopta menos para parecérsele, ya que no quiere parecerse a nadie, que para deshacer los pliegues uniformes de su camisa. Su corbata queda en un momento enrollada por las convulsiones de sus movimientos de cabeza, que son notablemente bruscos y vivos, como los de los caballos de raza que se impacientan en sus arneses y levantan constantemente la cabeza para desprenderse el bocado o la barbada. Su barba larga y puntiaguda no está ni peinada, ni perfumada, ni cepillada, ni alisada como las de los elegantes, que la llevan en abanico o en punta; la deja según es. Sus cabellos, que se introducen entre el cuello de su frac y su corbata, lujuriantes sobre sus hombros, engrasan los lugares que acarician. Sus manos secas y correosas ignoran los cuidados del cepillo de uñas y el lujo del limón. Varios críticos pretenden que las aguas lustrales no refrescan a menudo su piel calcinada. En suma, el terrible Raúl es grotesco. Se mueve por sacudidas como obedeciendo a un mecanismo imperfecto. Sus andares están en pugna con toda idea de orden por sus zigzags entusiastas y sus altos inesperados, que le hacen tropezar con los burgueses pacíficos que se pasean por los bulevares de París. Su conversación, llena de humor cáustico y de epigramas ásperos, imita la marcha de su cuerpo: abandona súbitamente el tono de venganza y se hace suave, poética, consoladora, dulce, sin venir a qué, y ofrece silencios inexplicables y espasmos de ingenio que fatigan a veces. Lleva a los salones una torpeza atrevida, un desdén de las convenciones sociales y un aire de crítica hacia todo lo que en ellos se respeta, que le indispone con los espíritus pequeños, así como con aquellos que se esfuerzan en conservar las doctrinas de la antigua cortesía; pero es algo original, como las creaciones chinas, y que las mujeres no aborrecen. Además, con éstas muestra a menudo una amabilidad exquisita, y parece complacerse en hacer olvidar sus maneras extravagantes y en obtener sobre las antipatías una victoria que halaga su vanidad, su amor propio o su orgullo.

—¿Por qué sois así? —le dijo un día la marquesa de Vandenesse.

—¿No están siempre las perlas dentro de conchas? —respondió él ostentosamente.

Y a otro que le dirigía la misma pregunta, le respondió:

—Si todo el mundo me encontrase bien, ¿cómo podría parecerle mejor a una persona elegida entre todas?

Raúl Nathan lleva a su vida intelectual el desorden que ha tomado por bandera. Su exterior no miente: su talento se parece al de esas pobres muchachas que se presentan en las casas burguesas como criadas para todo: fue primero crítico, y un gran crítico; pero en este oficio se consideró engañado. Sus artículos valían por libros, según decía él. Las ganancias del teatro le sedujeron, pero incapaz del trabajo lento y sostenido que requiere la puesta en escena, se vio obligado a asociarse a un escritor de vaudeville, Du Bruel, que desarrollaba sus ideas condensándolas siempre en piececillas productivas, llenas de ingenio y hechas siempre a la medida de un actor o de una actriz. Entre los dos habían descubierto a Florina, una actriz taquillera. Humillado por esta asociación semejante a la de los hermanos siameses, Nathan había hecho él solo para el Teatro Francés un gran drama que cayó al foso con todos los honores de la guerra, bajo salvas de artículos fulminantes. Ya en su juventud había hecho pruebas en el grande y noble teatro francés, con una magnífica obra romántica del genero de Pinto, en una época en que lo clásico imperaba: el Odeón se había visto tan violentamente agitado durante tres noches, que se prohibió la obra. A los ojos de mucha gente, la segunda obra, como la primera, pasaba por ser una obra maestra y le valió más reputación que todas las demás, tan productivas, hechas con sus colaboradores, aunque dentro de un círculo poco escuchado: el de los conocedores y personas de verdadero buen gusto. «Otro fracaso más como éste, y te haces inmortal», le dijo Emilio Blondet. Pero en vez de seguir por este camino difícil, Nathan había vuelto a caer por necesidad en los polvos y lunares postizos del vaudeville siglo XVIII, en la pieza costumbrista y en la reimpresión escénica de los libros de éxito. Sin embargo, se le consideraba como un gran talento que no había dicho aún su última palabra. Había abordado, por otra parte, la alta literatura y publicado tres novelas, sin contar las que mantenía en prensa como peces en un vivero. Uno de aquellos tres libros, el primero, como ocurre con muchos escritores que no han podido hacer sino una primera obra, había obtenido el éxito más brillante. A esta composición, puesta entonces imprudentemente en primera línea, a esta obra de artista, hacíala llamar en toda ocasión el libro más hermoso de la época y la única novela del siglo. Quejábase además mucho de las exigencias del arte, y era uno de los que contribuyeron más a hacer colocar todas las obras, el cuadro, la estatua, el libro y el edificio, bajo la enseña única del arte. Había empezado por perpetrar un libro de poesías que le hacía acreedor a un lugar en la pléyade de los poetas actuales, y entre las cuales se encontraba un poema nebuloso bastante admirado. Obligado a producir, a causa de su falta de fortuna, iba del teatro a la prensa y de la prensa al teatro, deshaciéndose y desparramándose, y creyendo siempre en su vena. Su gloria no era, como hemos visto, inédita, cual la de muchas celebridades en la agonía sostenidas por los títulos de obras en proyecto, que no alcanzarán seguramente tantas ediciones como públicos han necesitado. Nathan se asemejaba a un hombre de genio, y si hubiese marchado al cadalso según la envidia se lo pidió, habría podido golpearse la frente al modo de Andrés de Chénier. Dominado por la ambición política, cuando vio la irrupción en el poder de una docena de autores, profesores, metafísicos e historiadores que se incrustaron en la máquina durante las tormentas de 1830 a 1833, lamentó no haber hecho artículos políticos en vez de artículos literarios. Se creía superior a tales advenedizos, cuya fortuna le inspiraba entonces una envidia devoradora. Pertenecía a esa clase de espíritus que sienten celos de todo, que son capaces de todo, a quienes se roban todos los éxitos, y que marchan tropezando a mil lugares luminosos sin fijarse en uno solo, agotando siempre la voluntad del vecino. A la sazón, iba del saint-simonismo al republicanismo, para volver quizá al ministerialismo. Husmeaba su hueso a roer por todos los rincones y buscaba una plaza segura desde la que poder ladrar resguardado de golpes y desde la cual hacerse temible; pero sufría la vergüenza de no verse tomar en serio por el ilustre De Marsay, que dirigía entonces el Gobierno y que no tenía consideración alguna por los autores en los que no encontraba lo que Richelieu llamaba perseverancia, o mejor dicho, fijeza de ideas. Además, todo ministerio hubiese tenido que contar con el continuo desarreglo de los asuntos de Raúl. Tarde o temprano, la necesidad debía traerle a aceptar condiciones en lugar de imponerlas.

El carácter real y cuidadosamente escondido de Raúl, armoniza con su carácter patente. Es comediante de buena fe, personal como si el Estado lo fuese él, y muy hábil declamador. Nadie mejor que él sabe fingir los sentimientos, engreírse con falsas grandezas, adornarse con bellezas morales, infundir respeto con frases y adoptar la actitud de un Alcestes mientras obra como Filinto. Su egoísmo galopa a cubierto de esta armadura de cartón pintado y alcanza a menudo el fin oculto que se propone. Perezoso en grado superlativo, no ha hecho nunca nada sino hostigado por las alabardas de la necesidad. Ignora lo que sea la continuidad del trabajo aplicada a la creación de un monumento; pero en el paroxismo de rabia que le han causado las heridas en su vanidad, en un momento de crisis producida por el acreedor, salta el Eurotas y triunfa de los más apremiantes vencimientos de la inteligencia. Luego, fatigado y sorprendido por haber creado algo, vuelve a caer en el marasmo de los goces parisienses. La necesidad se presenta de nuevo formidable, pero él está sin fuerzas; se rebaja entonces y se compromete. Impulsado por una idea falsa de su grandeza y de su porvenir, que mide por la alta fortuna alcanzada por uno de sus antiguos camaradas, uno de los raros talentos ministeriales sacados a luz por la revolución de Julio, se permite, para salir del apuro y con las personas que le quieren, barbarismos de conciencia enterrados en los misterios de la vida privada, pero de los que nadie habla ni se queja. La trivialidad de su corazón y el impudor de su apretón de manos, que estrechan todos los vicios, todas las desdichas, todas las traiciones y todas las opiniones, le han hecho inviolable como un rey constitucional. El pecado venial que suscitaría un clamor en un hombre de un gran carácter, no es en él nada; un acto poco delicado apenas es algo, y todo el mundo se excusa al excusarle. Aun aquel que estaría inclinado a despreciarle, le tiende la mano por miedo a tener necesidad de él. Tiene tantos amigos, que desea hacerse enemigos. Esa cordialidad aparente que seduce a los recién llegados y no se opone a ninguna traición, que se permite y lo justifica todo, que da voces al recibir una herida y la perdona, es uno de los caracteres distintivos del periodista. Esa camaradería, palabra creada por un hombre ingenioso, corroe las almas más bellas: enmohece su orgullo, mata el principio de las obras grandes y consagra la cobardía del espíritu. Al exigir esa maleabilidad de conciencia en todo el mundo, ciertas personas se preparan la absolución de sus traiciones y de sus cambios de partido, y es así como la porción más ilustrada de una nación se convierte en la menos estimable.

Juzgado desde el punto de vista literario, le falta a Nathan el estilo y la instrucción. Como la mayoría de los jóvenes ambiciosos de la literatura, regurgita hoy su instrucción de ayer. Carece del tiempo y de la paciencia para escribir; no ha observado, pero escucha. Incapaz de construir un plan provisto de una armazón sólida, acaso se salva por el ardor que pone en su dibujo. Hace pasión, usando una frase de la jerga literaria, porque todo cuanto se refiere a la pasión es verdadero, mientras que el genio tiene la misión de buscar, a través de las peripecias de lo verdadero, aquello que debe parecerle probable a todo el mundo. En lugar de despertar ideas, sus héroes son individualidades ampliadas que sólo excitan simpatías fugitivas; no tienen conexión con los grandes intereses de la vida, y, desde luego, no representan nada, pero se mantienen por la agilidad de su espíritu y por esos hallazgos felices que los jugadores de billar llaman chiripas. Es el más hábil cazador al vuelo de las ideas que caen sobre París o que París hace levantarse. Su fecundidad no es suya, sino de la época: vive de las circunstancias, y, para dominarlas, exagera su alcance. En suma, no es sincero, su frase es mendaz y hay en él algo, como lo decía el conde Félix, del prestidigitador. Su pluma toma su tinta en el gabinete de una actriz, eso se nota. Nathan ofrece la imagen de la juventud literaria del día, con sus falsas grandezas y sus miserias reales; la representa con sus bellezas incorrectas y sus caídas profundas, con su vida de cascadas burbujeantes, súbitos reveses y triunfos inesperados. Es el hijo de este siglo devorado por la envidia, en el que mil rivalidades, que los sistemas ponen a cubierto, alimentan en su provecho la hidra de la anarquía de todos sus yerros; que quiere obtener la fortuna sin trabajo, la gloria sin talento y el éxito sin dolor, pero que, después de muchas rebeliones y de no pocas escaramuzas, se ve llevado por sus vicios a cobrar del Presupuesto con la condescendencia del Poder. Cuando tantas jóvenes ambiciones han partido a pie, dándose cita en el mismo punto, existe una competencia de voluntades, miserias inauditas y luchas encarnizadas. En batalla tan horrible, la victoria es del egoísmo más violento o más hábil. El ejemplo es envidiado y justificado, pese a la gritería, como diría Molière, y se le sigue. Cuando Raúl fue presentado en el salón de la señora de Montcornet en calidad de enemigo de la nueva dinastía, florecían sus grandezas aparentes. Se le aceptaba como el crítico político de los De Marsay, de los Rastignac, de los La Roche-Hugon, llegados al poder. Víctima de sus fatales vacilaciones y de su repugnancia por la acción que sólo a él le concernía, Emilio Blondet, el introductor de Nathan, proseguía su oficio de burlón, no tomaba partido por nadie y estaba con todos. Era amigo de Raúl, amigo de Rastignac y amigo de Montcornet.

—Eres un triángulo político —le decía riendo De Marsay cuando se lo encontraba en la Ópera—, y esa forma geométrica no pertenece más que a Dios, que no tiene nada que hacer; pero los ambiciosos deben seguir la línea curva, que es el camino más corto en política.

Visto a distancia, Raúl Nathan era un hermoso meteoro. Sus maneras y talante veíanse autorizados por la moda. Su republicanismo postizo le daba momentáneamente esa rigidez jansenista que adoptan los defensores de la causa popular, de los que él se burlaba interiormente, y que no carece de encantos a los ojos de las mujeres. A las mujeres les gusta hacer prodigios, quebrar las rocas y fundir los caracteres que parecen de bronce. El ropaje moral estaba a la sazón, en Raúl, en armonía con su traje. Tenía que ser y lo fue, para la Eva aburrida de su paraíso de la calle del Rocher, la serpiente de colores cambiantes, matizada, de palabras sugestivas, de ojos magnéticos y de movimientos armoniosos, que perdió a la primera mujer. En cuanto la condesa María distinguió a Raúl, experimentó esa agitación interior cuya violencia causa una especie de espanto. El pretendido gran hombre adquirió sobre ella, con su mirada, una influencia física que irradió hasta su corazón, turbándolo con una turbación que ella encontró placentera. El manto de púrpura que la fama colocaba por unos instantes sobre los hombros de Nathan, deslumbró a aquella mujer ingenua. A la hora del té, María dejó el sitio en el que, entre algunas mujeres ocupadas en charlar, había permanecido callada contemplando al ser extraordinario. Sus falsas amigas habían notado su silencio. La condesa se aproximó al diván rectangular, colocado en medio del salón, en el que Raúl peroraba. Quedóse en pie, dándole el brazo a la señora Octavio de Camps que le guardó el secreto de los temblores involuntarios que traicionaban sus violentas emociones. Aunque los ojos de una mujer enamorada o sorprendida dejan escapar dulzuras increíbles, Raúl presentaba en aquel momento un verdadero fuego artificial y se encontraba demasiado absorbido por sus epigramas que salían como cohetes, sus acusaciones que se enroscaban y desenroscaban como soles, y los deslumbrantes retratos que trazaba con líneas de fuego, para darse cuenta de la ingenua admiración de una pobre y pequeña Eva, escondida en el grupo de mujeres que le rodeaban. Tal curiosidad, semejante a la que precipitaría a París entero al Jardín de Plantas para contemplar en él un unicornio, si se encontrase alguno en esas célebres montañas de la Luna, vírgenes aún de los pasos de un europeo, causa embriaguez en los espíritus de segunda fila en un grado igual al de la tristeza que produce en las almas verdaderamente elevadas; pero a Raúl le encantaba, ya que pertenecía demasiado a todas las mujeres para poder ser de una sola.

—Tened cuidado, querida —dijo al oído de María su graciosa y adorable acompañante—; marchaos.

La condesa miró a su marido para pedirle el brazo, con una de esas miradas que no siempre comprenden los maridos, y Félix se la llevó consigo.

—Querido —dijo la señora de Espard al oído de Raúl—, sois un bribón afortunado. Habéis hecho esta noche más de una conquista, pero, entre otras, la de la encantadora mujer que nos ha dejado tan bruscamente.

—¿Sabes lo que la marquesa de Espard ha querido decirme? —preguntó Raúl a Blondet recordándole la frase de la gran dama, una vez que se encontraron casi solos, entre la una y las dos de la mañana.

—Acabo de enterarme de que la condesa de Vandenesse se ha enamorado locamente de ti. No puedes quejarte.

—No la he visto —dijo Raúl.

—¡Oh! Ya la verás, bribón —dijo Emilio Blondet prorrumpiendo en una carcajada—. Lady Dudley te ha comprometido para que vayas a su gran baile precisamente con el objeto de que la encuentres allí.

Raúl y Blondet marcharon juntos con Rastignac, que les ofreció su coche. Los tres se echaron a reír de la reunión de un subsecretario de Estado ecléctico, de un republicano feroz y de un ateo político.

—¿Y si cenásemos a expensas del orden de cosas actual? —dijo Blondet, que quería reinstaurar la costumbre de las cenas.

Rastignac les llevó a casa de Véry, despidió su coche y se sentaron los tres a la mesa, analizando la sociedad contemporánea y riendo con risa rabelesiana. En medio de la cena, Rastignac y Blondet aconsejaron a su enemigo falso que no dejase perder una ocasión afortunada tan capital como la que se le ofrecía. Aquellos dos hombres corridos trazaron con un estilo burlón la historia de la condesa María de Vandenesse, hundiendo el escalpelo del epigrama y el punzón de la frase ingeniosa en aquella infancia inocente y en aquel matrimonio feliz. Blondet felicitó a Raúl por haber encontrado una mujer que no era todavía culpable sino de haber perpetrado algunos malos dibujos a lápiz rojo, secos paisajes a la acuarela, zapatillas bordadas para su marido y sonatas ejecutadas con la intención más casta; cosida durante dieciocho años a las faldas maternas, adobada en las prácticas religiosas, preparada por Vandenesse y cocida a punto por el matrimonio para ser finalmente, degustada por el amor. A la tercera botella de champagne, Raúl Nathan se abandonó más de lo que nunca lo había hecho con nadie.

—Amigos míos —les dijo—, ya conocéis mis relaciones con Florina, estáis al tanto de mi vida, y no os asombrará oírme confesar que ignoro en absoluto el color del amor de una condesa. Me he sentido con frecuencia humillado al pensar que no podía ofrecerme una Beatriz o una Laura sino en poesía. Una mujer noble y pura es como una conciencia sin mancha, que nos refleja bajo una hermosa forma. Con otras podemos mancharnos, pero con ésta seguimos siendo grandes, altivos e inmaculados. Con otras llevamos una vida desesperada, pero junto a ésta se respira la serenidad, la frescura y la lozanía del oasis.

—Anda, anda, hombre sin hiel —le dijo Rastignac—; toca en la cuarta cuerda la plegaria de Moisés, como Paganini.

Raúl permaneció mudo, con los ojos fijos y asombrados.

—Este vil aprendiz de ministro no me comprende —dijo tras de un momento de silencio.

De este modo, y mientras la pobre Eva de la calle del Rocher se acostaba envuelta en los cendales de la vergüenza, espantada del placer con que había escuchado a aquel pretendido gran poeta, y vacilaba entre la voz severa de su agradecimiento hacia Vandenesse y las palabras doradas de la serpiente, aquellos tres espíritus desvergonzados pisoteaban las tiernas y blancas flores de su amor naciente. ¡Ah! ¡Si las mujeres conociesen el aire cínico que adoptan esos hombres tan pacientes y tan embaucadores a su lado, cuando se encuentran lejos de ellas, y cómo se burlan de lo mismo que adoran! Fresca, graciosa y púdica criatura, ¡cómo la desnudaba y analizaba la chanza chocarrera! Pero, a la vez, ¡qué triunfo! Cuantos más velos iba perdiendo, más belleza mostraba.

En aquel momento María comparaba a Raúl y a Félix sin conocer el peligro que corroe el corazón cuando se entrega a semejantes paralelos. Nada en el mundo presentaba contraste tan fuerte como el desordenado y vigoroso Raúl con Félix de Vandenesse, cuidado como una petimetra, empaquetado en su frac, dotado de una encantadora desenvoltura y secuaz de la elegancia inglesa, a la que le había acostumbrado en otro tiempo lady Dudley. Tal contraste es grato a la imaginación de las mujeres, bastante inclinadas a pasar de un extremo al otro. La condesa, mujer prudente y piadosa, se prohibió a sí misma pensar en Raúl, considerándose al día siguiente una ingrata infame en medio de su paraíso.

—¿Qué pensáis de Raúl Nathan? —le preguntó a su marido, mientras almorzaban.

—Es un prestidigitador —respondió el conde—, uno de esos volcanes que se calman con un poco de polvo de oro. La condesa de Montcornet ha cometido un error al admitirle en su casa.

Esta respuesta hirió a María, tanto más cuanto que Félix, conocedor del mundo literario, apoyó su juicio en pruebas, contando lo que sabía de la vida de Raúl Nathan, vida precaria, mezclada con la de Florina, una actriz en boga.

—Si ese hombre tiene genio —dijo para terminar—, carece de la constancia y de la paciencia que lo consagran y lo convierten en una cosa divina. Quiere mostrarse imponente ante el mundo, colocándose en un lugar en que no puede sostenerse. Los verdaderos talentos, los hombres estudiosos y honorables, no obran de ese modo: siguen valerosamente su camino, aceptan sus miserias y no las cubren con oropeles.

El pensamiento de una mujer está dotado de una increíble elasticidad: cuando recibe un mazazo se doblega y parece aplastado, para recuperar su forma pasado un tiempo. «Félix tiene razón, sin duda», se dijo en el primer momento la condesa. Pero tres días después pensaba en la serpiente, traída de nuevo por aquella emoción, a la vez dulce y cruel, que Raúl le había producido y que Vandenesse había cometido el error de no hacerle conocer. El conde y la condesa fueron al gran baile de lady Dudley, en el que De Marsay apareció por última vez en sociedad, ya que murió dos meses después dejando la reputación de un hombre de Estado inmenso cuyo alcance, según decía Blondet, fue incomprendido. Vandenesse y su mujer volvieron a encontrar a Raúl Nathan en aquella asamblea, notable por encontrarse reunidos en ella varios personajes del drama político, muy asombrados de hallarse juntos. Fue una de las primeras solemnidades del gran mundo. Los salones ofrecían a las miradas un mágico espectáculo: flores, diamantes, brillantes cabelleras, todos los estuches vaciados y todos los recursos del tocado puestos a contribución. El salón podía compararse a uno de los invernaderos coquetones en los que los ricos floricultores reúnen los ejemplares más soberbios. El mismo brillo y la misma finura de tejidos. La industria humana parecía querer de este modo luchar con las creaciones animadas. Por todas partes, gasas blancas o pintadas como las alas de las libélulas más lindas, crepés, encajes, blondas, tules variados como las fantasías de la naturaleza entomológica, recortados, jaspeados, picados; hilos de araña de oro, de plata, nubes de seda, flores bordadas por las hadas o hechas brotar por genios cautivos, plumas coloreadas por los fuegos del trópico, cayendo como sauces llorones por encima de las cabezas orgullosas; perlas entrelazadas en los cabellos, telas laminadas, acanaladas y acuchilladas, como si el genio de los arabescos hubiese servido de consejero a la industria francesa. Este lujo se encontraba en armonía con las bellezas reunidas allí como para llevar a la realidad un keepsake. Posábanse las miradas en los hombros más blancos, unos de color de ámbar, otros lustrados como si sobre ellos se hubiese pasado un rodillo, éstos satinados, aquéllos mates y adiposos como si Rubens hubiese preparado su pasta. En suma, todos los matices que el hombre haya podido encontrar dentro del blanco. Había ojos que lanzaban destellos como ónices o turquesas rodeadas de terciopelo negro o de franjas rubias; perfiles variados que recordaban los tipos más graciosos de los diferentes países, frentes sublimes y majestuosas, o suavemente abombadas como si el pensamiento abundase en ellas, o lisas como si en ellas se asentase la resistencia invencible; y luego, eso que presta tanto atractivo a estos festines preparados para las miradas: pechos recogidos, como le gustaban a Jorge IV; separados, según la moda del siglo XVIII, o tendiendo a juntarse, como los quería Luis XV; pero mostrados con audacia, sin velos o bajo esas lindas gorgueras fruncidas de los retratos de Rafael, que constituyen el triunfo de sus pacientes discípulos. Los pies más bonitos, tendidos para la danza, y los talles que se abandonan a los brazos en el vals, estimulaban a los más indiferentes. El zumbido de las voces más dulces, el roce de los vestidos, los murmullos del baile y los golpes del vals acompañaban la música de un modo fantástico. Aquel embrujo sofocante, aquella melodía de perfumes, aquellas luces irisadas en los cristales en que chisporroteaban las bujías, y aquellos cuadros multiplicados por los espejos, parecían haber sido dispuestos por la varita mágica de un hada. La reunión de las mujeres más bonitas y de los más bonitos tocados se destacaba sobre la masa negra de los hombres, en la que se hacían notar los perfiles elegantes, finos y correctos de los nobles, los bigotes rojizos y los rostros graves de los ingleses y los semblantes graciosos de la aristocracia francesa. Todas las órdenes de Europa brillaban sobre los pechos, colgadas del cuello, en banda, o cayendo sobre la cadera. Si se examinaba aquella sociedad, no sólo presentaba los brillantes colores de los adornos, sino que tenía un alma, vivía, pensaba y sentía. Las pasiones ocultas le prestaban una fisonomía: podríais haber sorprendido el intercambio de miradas maliciosas. Blancas jovencitas, aturdidas y curiosas, dejando traslucir un deseo; mujeres celosas confiándose maldades bajo el abanico o haciéndose cumplidos exagerados. La sociedad compuesta, rizada y perfumada, se abandonaba a una locura de fiesta que se subía a la cabeza como un humo embriagador. Parecía como si de todas las frentes y de todos los corazones se escapasen sentimientos e ideas que se condensaban y cuya masa actuase sobre las personas más frías exaltándolas. En el momento más animado de aquella velada embriagadora y en un rincón del salón en que jugaban uno o dos banqueros, embajadores, ex ministros y el viejo e inmoral lord Dudley, que por casualidad había acudido, la señora Félix de Vandenesse se sintió irresistiblemente arrastrada a hablar con Nathan. Acaso cedía a esa embriaguez del baile que ha arrancado a menudo confesiones a las más discretas.

Al aspecto de aquella fiesta y de los esplendores de un mundo al que hasta entonces no había ido nunca, Nathan sintió su corazón mordido por un aumento de su ambición. Al ver a Rastignac, cuyo hermano menor acababa de ser nombrado obispo a los veintisiete años, cuyo cuñado, Marcial de la Roche-Hugon, era director general, mientras él mismo era subsecretario de Estado e iba, según un rumor, a casarse con la hija única del barón de Nucingen; al ver en el cuerpo diplomático a un escritor desconocido que traducía los periódicos extranjeros para otro periódico que se había hecho dinástico a partir de 1830, a pergeñadores de artículos que habían pasado al Consejo de Estado, y a profesores convertidos en pares de Francia, se contempló con dolor en un mal camino, predicando la destrucción de aquella aristocracia en la que brillaban los talentos afortunados, las habilidades coronadas por el éxito, y las eminencias reales. Blondet, tan desdichado y tan explotado en el periodismo, pero tan bien acogido allí, y pudiendo aún, si lo quería, entrar por el sendero de la fortuna a consecuencia de sus relaciones íntimas con la señora de Montcornet, fue a los ojos de Nathan un ejemplo vivo del poder de las relaciones sociales. En el fondo de su corazón resolvió burlarse de las opiniones, como lo hacían los De Marsay, Rastignac, Blondet y Talleyrand, jefe de aquella secta; no aceptar sino los hechos, violentarlos en su provecho, ver en todo sistema un arma y no trastornar una sociedad tan bien constituida, tan hermosa y tan natural. «Mi porvenir —se dijo— depende de una mujer que pertenezca a este mundo». Con este pensamiento, surgido al fuego de un deseo frenético, cayó sobre la condesa de Vandenesse como un milano sobre su presa.

Aquella criatura encantadora, tan linda con su tocado de plumas de marabú que producía ese delicioso desvanecido de las pinturas de Lawrence, en armonía con la dulzura de su carácter, se sintió penetrada por la fogosa energía del poeta rabioso de ambición. Lady Dudley, a la que no escapaba nada, protegió el aparte entregando el conde de Vandenesse a la señora de Manerville. Prevalida de un viejo ascendiente, esta mujer envolvió a Félix en los lazos de una querella llena de arrumacos, de confidencias adornadas de rubores, de lamentos delicadamente arrojados a sus pies, cual si fuesen flores, y de recriminaciones en las que se atribuía la razón para hacerse culpar. Los dos amantes enojados se hablaban por primera vez al oído. Mientras la antigua amante de su marido rebuscaba entre la ceniza de los placeres apagados, para encontrar aún algunas brasas, la señora Félix de Vandenesse experimentaba esas violentas palpitaciones que le causa a una mujer la certidumbre de encontrarse en falta y de caminar por el terreno prohibido: emociones que no dejan de tener encantos y que despiertan tantas fuerzas dormidas. Hoy, como en el cuento de Barba Azul, a todas las mujeres les gusta servirse de la llave manchada de sangre: magnífica idea mitológica que es una de las glorias de Perrault.

El dramaturgo, que se sabía a Shakespeare, expuso sus miserias, contó su lucha con los hombres y las cosas, e hizo entrever sus grandezas sin base, su genio político ignorado y su vida sin un afecto noble. Sin pronunciar una sola palabra acerca de ello, sugirió a la encantadora mujer la idea de desempeñar para él el papel sublime de Rebeca en Ivanhoe: amarle y protegerle. No son más azules los miosotis, ni los lirios más cándidos, ni las frentes de los serafines más blancas que lo eran las imágenes, las cosas y la frente iluminada y radiante de este artista, que hubiera podido enviar su conversación a su editor. Cumplió bien con su papel de reptil, haciendo brillar a los ojos de la condesa los colores deslumbrantes de la manzana fatal. María dejó el baile presa de remordimientos que parecían esperanzas, halagada por cumplidos que lisonjeaban su vanidad, conmovida en las menores fibras de su corazón, aprisionada por sus propias virtudes y seducida por su compasión hacia la desgracia.

Quizá la señora de Manerville había llevado a Vandenesse hasta el salón en el que su mujer hablaba con Nathan; quizá había ido él solo buscando a María para marchar; quizá su conversación había removido pesares aletargados. Por lo que fuese, cuando su mujer fue a pedirle su brazo, le encontró con la frente ensombrecida y el aire soñador. Temió la condesa haber sido vista, y en cuanto se encontró sola en el coche con Félix, le dirigió su sonrisa más sutil y le dijo:

—¿No estabais hablando, querido, con la señora de Manerville?

En el momento en que el coche entraba en su hotel, Félix no había salido aún de entre las malezas de una querella encantadora, por las que su mujer le había paseado. Fue éste el primer ardid que dictó el amor, y María se consideró dichosa por haber triunfado de un hombre que hasta entonces le parecía tan superior a ella, gustando así la primera alegría que proporciona un éxito necesario.

Raúl tenía, en un pasaje, entre la calle Basse-du-Rempart y la calle Neuve-des-Mathurins, y en el tercer piso de una casa estrecha y fea, un pequeño departamento desierto, desnudo y frío, en el que vivía para el público de los indiferentes, para los neófitos literarios, para sus acreedores, para los importunos y para las varias personas molestas que deben quedarse en el umbral de la vida íntima. Su domicilio real, su gran existencia y su representación estaban en casa de la señorita Florina, actriz de segundo orden, pero a la que los amigos de Nathan, los periódicos y algunos autores entronizaban entre las actrices ilustres de los últimos diez años. Otros tantos hacía que se había ligado Raúl de tal modo a esta mujer, que se pasaba la mitad de su vida en su casa, comiendo en ella cuando no tenía amigo con quien comer ni estaba invitado a hacerlo en alguna casa. Florina unía a una corrupción total un talento exquisito desarrollado por el trato con los artistas y aguzado de día en día por el uso. El talento pasa por ser una cualidad rara en los comediantes. ¡Es tan natural suponer que las gentes que se pasan su vida poniéndolo todo al exterior no les quede nada dentro! Pero cuando se piensa en el escaso número de actores y de actrices que viven en cada siglo, y en la cantidad de autores dramáticos y de mujeres seductoras salidas de este mundillo, está permitido refutar dicha opinión, que se basa en una eterna crítica dirigida contra los artistas, a todos los cuales se les acusa de perder sus sentimientos personales en la expresión plástica de las pasiones; siendo así que no emplean en ella más que las potencias del talento, de la memoria y de la imaginación. Los grandes artistas son seres que, según una frase de Napoleón, interceptan a voluntad la comunicación que la naturaleza ha establecido entre los sentidos y el pensamiento. Molière y Taima han estado más enamorados en su vejez que los hombres corrientes. Obligada a escuchar a periodistas que lo adivinan y calculan todo, a escritores que lo prevén y lo dicen todo, y a observar a algunos políticos que se apropiaban en su casa las agudezas de cada cual, Florina ofrecía una mezcla de demonio y de ángel que le hacía digna de recibir a tales pillos, a los que encantaba por su sangre fría. Su monstruosidad de cabeza y de corazón les agradaba sobremanera. Su casa, enriquecida con tributos galantes, ofrecía la exagerada magnificencia de las mujeres que, poco preocupadas del precio de las cosas, sólo se preocupan de las cosas en sí mismas, atribuyéndoles el valor de sus caprichos, y que rompen en un acceso de cólera un abanico o un pebetero dignos de una reina y ponen el grito en el cielo si alguien quiebra una porcelana de diez francos en la que beben sus perrillos.

Su comedor, lleno de las ofrendas más distinguidas, puede servir para dar una idea del desorden de aquel lujo real y desdeñoso. Por todas partes se veían, incluso en el techo, paramentos de madera de encina natural esculpida, realzados por filetes de oro mate, y cuyos tableros tenían por marco unas figuras de niño jugando con quimeras, donde la luz chispeaba, alumbrando aquí un bosquejo de Decamps, allá un yeso de un ángel sosteniendo una pila de agua bendita, regalado por Antonio Moine; más lejos, algún cuadro coquetón de Eugenio Devéria, una figura sombría de alquimista español por Luis Boulanger, un autógrafo de lord Byron a Carolina, al que sirve de marco un ébano esculpido por Elschoet; enfrente, otra carta de Napoleón a Josefina, y todo ello colocado sin ninguna simetría, pero con un arte que no se percibe. El ánimo se encuentra sorprendido. Hay allí coquetería y abandono, dos cualidades que no se encuentran unidas sino en casa de los artistas. Sobre la chimenea, de madera deliciosamente esculpida, tan sólo una extraña y florentina estatua de marfil atribuida a Miguel Angel, que representaba un egipán encontrando una mujer bajo la piel de un joven pastor, y cuyo original está en el tesoro de Viena; y a cada uno de sus lados, unos candelabros obra de algún cincel del Renacimiento. Un reloj de Boule, colocado sobre un pedestal de concha con incrustaciones de arabescos de cobre, brillaba en medio de un tablero, entre dos estatuillas que se habían librado de alguna demolición abacial. En los ángulos brillaban en sus pedestales dos lámparas de una magnificencia real, con las cuales había pagado un fabricante algunos reclamos sonoros acerca de la necesidad de tener lámparas ricamente adaptadas a caracoles del Japón. En un estante maravilloso se pavoneaba un precioso servicio de plata, bien ganado en un combate en el que un lord había reconocido el ascendiente de la nación francesa; además, unas porcelanas con relieves; en suma, el lujo exquisito del artista que no tiene más capital que su mobiliario. La alcoba, de color violeta, era un sueño de bailarina en sus comienzos: cortinas de terciopelo con forro de seda blanca, dispuestas sobre un velo de tul; un techo de cachemira blanca realzada con raso violeta; al pie de la cama una alfombra de armiño; y en el lecho, cuyas cortinas semejaban un lirio invertido, había una lamparilla para leer en ella los periódicos antes de que salieran a la venta. Un salón amarillo realzado por adornos de color de bronce florentino, estaba en armonía con todas estas magnificencias, pero su descripción exacta haría que estas páginas pareciesen el anuncio de una venta judicial. Para encontrarles a todas estas cosas otras comparables, habría sido necesario ir dos pasos más allá de esta casa, a la de Rothschild.

Sofía Grignoult, que había tomado el sobrenombre de Florina por medio de un bautizo bastante corriente en el teatro, debutó en escenarios de ínfima categoría, pese a su belleza. Su éxito y su fortuna se los debía a Raúl Nathan. La asociación de aquellos dos destinos, bastante corriente en el mundo dramático y literario, no le hacía daño alguno a Raúl, que guardaba las apariencias como hombre importante. La fortuna de Florina no tenía, sin embargo, nada de estable. Sus rentas aleatorias estaban formadas por sus contratos, por sus despidos, y apenas si bastaban para pagar su tocado y su casa. Nathan le entregaba algunas contribuciones obtenidas de las nuevas empresas de la industria; pero, aunque siempre galante y protector con ella, su protección no tenía nada de regular ni de sólida. Esta incertidumbre y esta vida en el aire no asustaba en absoluto a Florina, que creía en su talento y en su belleza. Su fe robusta tenía algo de cómico para aquellos que, cuando se le hacían observaciones, la oían fundar en ella su porvenir.

—Tendré rentas cuando quiera tenerlas —decía—. Tengo ya títulos de la Deuda por valor de cincuenta francos.

Nadie comprendía cómo había podido permanecer siete años olvidada, siendo en verdad tan bella; pero la verdad es que Florina empezó su carrera como comparsa a los trece años, debutando dos años después en un obscuro teatro de los bulevares. A los quince años no existen ni la belleza ni el talento: una mujer es sólo promesa. Contaba a la sazón veintiocho años; el momento en que la belleza de las mujeres francesas está en todo su apogeo. Los pintores veían ante todo en Florina unos hombros de un blanco lustroso, con tonos aceitunados en las proximidades de la nuca, pero firmes y brillantes; la luz resbalaba sobre ellos como sobre una tela de muaré.

Cuando volvía la cabeza, formábanse en su cuello esos pliegues magníficos que constituyen la admiración de los escultores. Sobre ese cuello triunfante tenía una cabecita de emperatriz romana, la cabeza elegante y fina, redonda y voluntariosa de una Popea, unas facciones de una corrección graciosa, y la frente lisa de las mujeres que espantan la preocupación y las reflexiones, que ceden fácilmente, pero que se obstinan también, como mulas, y son capaces a veces de no escuchar nada. Aquella frente cortada como de un solo golpe de cincel hacía destacarse unos hermosos cabellos cenicientos, casi siempre levantados por delante en dos matas iguales, a la romana, y dispuestos en colina detrás de la cabeza para prolongarla y hacer que se destacase, por su color, la blancura del cuello. Unas cejas negras y finas, dibujadas por algún pintor chino, servían de marco a unos párpados tiernos en los que se veía una red de fibrillas sonrosadas. Sus pupilas, iluminadas por una luz viva, pero atigradas por unas rayas obscuras, prestaban a su mirada la fijeza cruel de las fieras y revelaban la fría malicia de la cortesana. Los adorables ojos de gacela eran de un gris hermoso y listados por unas largas pestañas negras, encantador contraste que hacía aún más sensible su expresión de atenta y tranquila voluptuosidad; su contorno presentaba matices fatigados, pero la manera artística con que sabía hacer resbalar su pupila hacia la comisura o la parte superior del ojo, para observar o para hacer que meditaba, el modo como la mantenía fija haciéndole lanzar todo su brillo sin mover la cabeza y sin alterar la inmovilidad de su rostro, juego aprendido en el escenario, y la vivacidad de sus miradas cuando abarcaba una sala entera buscando en ella a alguien, hacía de sus ojos los más terribles, los más dulces y los más extraordinarios del mundo. El colorete había destruido los deliciosos tonos diáfanos de sus mejillas, cuya carne era delicada; pero si ya no podía ni enrojecer ni palidecer, tenía una nariz fina, cortada por los planos de dos ventanas sonrosadas y vibrátiles, que había sido hecha para expresar la ironía y la burla de las criadas de Molière. Su boca sensual y generosa, tan favorable para el sarcasmo como para el amor, estaba embellecida por las dos aristas del surco que unía el labio superior con la nariz. Su barbilla blanca, levemente gruesa, revelaba cierta violencia amorosa. Sus manos y sus brazos eran dignos de una soberana. Pero tenía el pie grueso y corto, signo indeleble de su nacimiento obscuro. Jamás causó una herencia más preocupación. Florina lo había intentado todo, salvo la amputación, para cambiarlo. Sus pies fueron tan obstinados como los bretones a quienes debía su existencia; resistiéronse a todos los sabios y a todos los tratamientos. Florina llevaba borceguíes largos y provistos de algodón en su interior para simular un arco a su pie. Era de estatura mediana, amenazada de obesidad, pero de talle bastante arqueado y bien formado. En lo moral poseía a fondo los melindres y los reproches, los condimentos y los halagos propios de su oficio, a los que sabía imprimir un sabor particular simulando la puerilidad y deslizando, en medio de sus risas ingenuas, malicias filosóficas. Ignorante y aturdida, en apariencia, estaba muy enterada de cuanto se refiere al descuento, así como de toda la jurisprudencia comercial. ¡Había experimentado tantas miserias antes de llegar al día de su dudoso éxito! ¡Había bajado, de piso en piso y a costa de tantas aventuras, hasta el primero! Conocía la vida; desde aquella en que hay que conformarse con el queso de Brie, hasta la que permite chupar desdeñosamente buñuelos de piña; desde aquella en que hay que cocinar y enjabonarse en el rincón de la chimenea de una buhardilla, hasta la que le consiente a uno convocar, como señor a sus vasallos, a los jefes de cocina panzudos y a los marmitones descarados. Había sabido mantener el crédito sin matarlo. No ignoraba nada de cuanto las mujeres honradas ignoran, y hablaba todos los lenguajes; era pueblo por la experiencia, y noble por su belleza distinguida. Difícil de engañar, lo suponía siempre todo como un espía, como un juez o como un viejo hombre de Estado, y podía de este modo penetrarlo todo. Sabía cómo conducirse con los proveedores, las artimañas de éstos, y conocía el precio de las cosas como un perito tasador. Cuando se tendía en su chaise-longue como una recién casada blanca y lozana, teniendo en su mano un papel y estudiándolo, habríais dicho que era una niña de dieciséis años, sencilla, ignorante y débil, y sin otro artificio que su inocencia. Y si un acreedor inoportuno llegaba entonces, se incorporaba como un cervatillo sorprendido y lanzaba un juramento.

—¡Bueno! Amigo mío, vuestras insolencias constituyen un interés bastante elevado del dinero que os debo —le decía—, estoy cansada de veros; enviadme a los agentes judiciales, pues los prefiero a esa cara de tonto.

Florina daba cenas encantadoras, conciertos y soirées con mucha frecuencia; en las que se jugaba muy fuerte. Todas sus amigas eran bellas. Jamás había aparecido en su casa una mujer vieja; no conocía la envidia, que le parecía, por otra parte, la confesión de una inferioridad. Había conocido a Coralia, a la Torpedo, y conocía a Tulia, Eufrasia, Aquilina, a la señora del Val-Noble, a Marieta, todas esas mujeres que cruzan por París como los vilanos por la atmósfera, sin que se sepa a dónde van ni de dónde vienen, hoy reinas y mañana esclavas; luego, a las actrices, sus rivales, a las cantantes, en fin, a toda esa sociedad femenina excepcional, tan bienhechora y tan graciosa en su despreocupación, y cuya vida bohemia absorbe a quienes se dejan arrastrar por la danza desmelenada de su entusiasmo, de su numen y de su desprecio por el día de mañana. Aunque en su casa se desarrollase la vida de la bohemia en todo su desorden y en medio de las risas de la artista, la reina de la fiesta tenía diez dedos y sabía contar con ellos mejor que ninguno de todos sus invitados. Allí se celebraban las saturnales secretas de la literatura y del arte mezcladas con la política y la finanza; allí reinaba el deseo como soberano; allí se consideraban sagrados el spleen y la fantasía, como en casa de una burguesa el honor y la virtud. Allí acudían Blondet, Finot, Esteban Lousteau, su séptimo amante, quien se creía el primero, Feliciano Vernou el folletonista, Couture, Bixiou, Rastignac en otro tiempo, Claudio Vignon el crítico, Nucingen el banquero, Du Tillet, Conti el compositor, en suma, esa legión endiablada de los más feroces calculadores de todo género; y luego, los amigos de las cantantes, de las bailarinas y de las actrices que conocían a Florina. Toda aquella gente se odiaba o se quería según las circunstancias. Aquella casa, en la que bastaba con ser célebre para ser recibido, era como la casa pública del talento y como el presidio de la inteligencia: no se entraba allí sin haber arrebatado legalmente la fortuna, cumplido diez años de miseria, degollado dos o tres pasiones y adquirido una fama cualquiera con libros o con chalecos, con un drama o con un hermoso tren de paseo; allí se urdían las jugarretas, que se iban a llevar a cabo, se analizaban los medios de fortuna, se burlaban de los motines que se habían fomentado la víspera y se calculaba el alza y la baja. Cada uno de los hombres, al salir, se endosaba de nuevo la librea de su opinión; pero allí podía, sin comprometerse, criticar a su propio partido, confesar el saber y la habilidad de sus adversarios, formular los pensamientos que nadie confiesa, en suma, decirlo todo como personas que podían hacerlo todo. París es el único lugar del mundo en el que existen esas casas eclécticas en las que todos los gustos, todos los vicios y todas las opiniones se reciben con un atuendo decoroso. Y todavía no hemos dicho que Florina sigue siendo una comedianta de segunda fila. La vida de Florina no es, por otra parte, una vida ociosa ni una vida envidiable. Hay muchos que, seducidos por el magnífico pedestal que el teatro le procura a una mujer, la suponen llevando la vida alegre de un carnaval perpetuo. En lo profundo de muchas porterías y bajo las tejas de más de una buhardilla, unas pobres criaturas sueñan, al volver del espectáculo, con perlas y diamantes, trajes de escamas de oro y torzales suntuosos, se ven ya con las cabelleras iluminadas, se suponen aplaudidas, compradas, adoradas y raptadas; pero todas ignoran las realidades de esa vida de caballo de pista, en la que la actriz está sometida a ensayos so pena de multa, a lecturas de obras y a estudios constantes de papeles nuevos, en una época en que se representan doscientas o trescientas obras al año en París. En cada representación, Florina se cambia dos o tres veces el vestido y vuelve a menudo a su camerino agotada y medio muerta. Entonces se encuentra obligada a quitarse a fuerza de mucho cosmético el rojo o el blanco y a desempolvarse si ha representado un papel del siglo XVIII. Apenas si ha tenido tiempo de cenar. Cuando representa, una actriz no puede ni encorsetarse, ni comer, ni hablar. Florina no tiene tampoco tiempo para cenar. Al volver de las representaciones, que, en nuestra época, terminan al día siguiente, ¿no tiene que hacerse el tocado para la noche y órdenes que dar? Se acuesta a la una o las dos de la mañana y ha de levantarse bastante temprano para repasar sus papeles, disponer los trajes, dar explicaciones acerca de ellos, probárselos, y luego almorzar, leer las esquelas amorosas, contestarlas, trabajar con los empresarios de la claque para que cuiden sus entradas y sus salidas a escena, y saldar la cuenta de los triunfos del mes pasado comprando al por mayor los del mes en curso. En los tiempos de San Ginés, comediante canonizado, que cumplía sus deberes religiosos y llevaba un cilicio, es de creer que el teatro no exigía esta feroz actividad. Para poder ir a coger flores al campo burguesamente, Florina está obligada con frecuencia a fingirse enferma.

Estas ocupaciones puramente mecánicas no son nada en comparación de las intrigas que hay que llevar, los pesares de la vanidad herida, las preferencias de los autores, los papeles arrebatados o que se teme vayan a serlo, las exigencias de los actores, las malicias de un rival y las desavenencias de directores y de periodistas, cosas todas ellas que requieren el doble de horas que tiene el día. Y hasta ahora no nos hemos referido al arte, a la expresión de las pasiones, a los detalles de la mímica, a las exigencias de la escena en la que mil lentes descubren los lunares de todo esplendor, y que ocupaban la vida entera y el pensamiento de Talma, de Lekain, de Baron, de Contat, de Clarion y de Champmeslé. Entre estos infernales bastidores, el amor propio carece de sexo: el artista que triunfa, sea hombre o mujer, tiene en contra suya a los hombres y a las mujeres. En cuanto a la fortuna, por muy considerables que sean los contratos de Florina no llegan a cubrir los gastos del tocado del teatro, el cual, sin contar los trajes, exige una cantidad enorme de guantes largos, de zapatos, y no excluye ni el vestido de noche ni el de ciudad. La tercera parte de esta vida se pasa en mendigar, otra en mantenerse, y la última en defenderse: todo en ella es trabajo. Si hace gustar la dicha con ardor, es porque se encuentra en ella como escondida, escasa, largo tiempo esperada y hallada al fin por casualidad entre goces detestables obligados y sonrisas al patio de butacas. El poder de Raúl era para Florina como un cetro protector: ahorrábale muchas desazones y muchos cuidados, como los grandes señores de otro tiempo a sus queridas y como hoy mismo algunos viejos que corren a implorar a los periodistas, cuando una frase en un periodiquillo ha asustado a su ídolo; por eso le era más adicta que a un amante, se aferraba a él como a un apoyo, le cuidaba como a un padre y le engañaba como a un marido; pero le habría sacrificado todo. Raúl lo podía todo para su vanidad de artista, para la tranquilidad de su amor propio y para su porvenir en el teatro. Sin la intervención de un gran autor, no puede haber una gran actriz: la Champmeslé se debió a Racine, así como Mars a Monvel y a Andrieux. Florina no podía hacer nada por Raúl, y bien hubiese querido serle útil o necesaria. Ella contaba con el cebo de la costumbre y estaba siempre dispuesta a abrir sus salones y a desplegar el lujo de su mesa para sus proyectos y para sus amigos. En suma, aspiraba a ser para él lo que madame Pompadour para Luis XV. Las actrices envidiaban la situación de Florina, como algunos periodistas envidiaban la de Raúl. Ahora bien, aquellos que conocen la inclinación del espíritu humano hacia las oposiciones y los contrastes, comprenderán muy bien que después de diez años de esta vida desarreglada, bohemia, llena de altibajos, de fiestas y de embargos, de sobriedades y de orgías, Raúl se viese arrastrado hacia un amor casto y puro, hacia la casa dulce y armoniosa de una gran señora, del mismo modo que la condesa Félix deseaba introducir las tormentas de la pasión en su vida monótona a fuerza de felicidad. Esta ley de la vida es la de todas las artes que no existen sino por los contrastes. La obra llevada a cabo sin estos recursos es como la última expresión del genio, así como el claustro es el pináculo de la vida cristiana.

Al volver a su casa, Raúl se encontró unas líneas de Florina que le trajo la doncella; pero un sueño invencible le impidió leerlas y se acostó envuelto por la fresca delicia del suave amor que le faltaba a su vida. Algunas horas después, leyó en dicha carta noticias importantes, que ni Rastignac ni De Marsay habían dejado traslucir. La actriz se había enterado, por una indiscreción, de la disolución de la Cámara después de la sesión. Raúl acudió al punto a casa de Florina y envió en busca de Blondet. En el boudoir de la actriz, Emilio y Raúl analizaron, con los pies apoyados en los morillos de la chimenea, la situación política de Francia en 1834. ¿De qué lado se encontraban las mayores posibilidades de fortuna? Pasaron revista a los republicanos puros, a los republicanos presidenciales, a los republicanos sin República, a los constitucionales sin dinastía, a los constitucionales dinásticos, a los ministeriales conservadores y a los ministeriales absolutistas; y, tras ellos, a la derecha propicia a las concesiones, a la derecha aristocrática, a la derecha legitimista, enriquequintista, y a la derecha carlista. En cuanto al partido de la Resistencia y al del Movimiento, no había lugar a dudas: era tanto como discutir la vida o la muerte.

En aquella época, una multitud de periódicos creados para cada matiz acusaban el espantoso desorden político al que un soldado llamó atolladero. Blondet, el espíritu más juicioso de la época, aunque para los demás y nunca para él, semejante a esos abogados que llevan mal sus propios asuntos, era sublime en estas discusiones privadas. Aconsejó, pues, a Nathan no apostatar de un modo brusco.

—Napoleón lo ha dicho: no se hacen repúblicas jóvenes con monarquías viejas. Así, pues, querido, conviértete en el héroe, en el apoyo y el creador del centro izquierda de la futura Cámara, y llegarás en política. ¡Una vez admitido, una vez en el Gobierno, se es lo que se quiere, abrazando todas las opiniones que triunfen!

Nathan decidió crear un diario político del que fuese dueño absoluto y vincular a este periódico uno de los periodiquillos que tanto abundaban en la Prensa, estableciendo ramificaciones con una revista. Había sido la Prensa el origen de tantas fortunas hechas a su alrededor, que Nathan no escuchó las advertencias de Blondet, que le decía que desconfiase. Blondet le presentó como perjudicial la especulación, a causa del gran número de periódicos que se disputaban los escritores; así como por parecerle que la Prensa estaba gastada. Raúl, infatuado con sus pretendidas amistades y su valentía, se mostró lleno de audacia; púsose en pie con un movimiento orgulloso, y dijo:

—¡Saldré adelante!

—¡No tienes ni un céntimo!

—¡Haré un drama!

—Fracasará.

—Bueno, que fracase —dijo Nathan.

Recorrió el departamento de Florina seguido por Blondet, que le creía loco; y miró con ojos de codicia las riquezas que en él se amontonaban. Blondet comprendióle entonces.

—Aquí hay cien mil francos y pico —dijo Emilio.

—Sí —dijo suspirando Raúl delante del lecho suntuoso de Florina—, pero preferiría ser mi vida entera vendedor de cadenas de seguridad en pleno bulevar y vivir de patatas fritas a vender un solo alzapaño de esta casa.

—Un alzapaño, no —dijo Blondet—, ¡sino todo! La ambición es como la muerte, tiene que poner su mano sobre todo, pues sabe que la vida le va a los alcances.

—¡No! ¡Cien veces no! Lo aceptaría todo de la condesa de ayer, pero ¿quitarle a Florina su nido…?

—Derribarse la casa de moneda, romper el volante, inutilizar el cuño, es grave —dijo Blondet con aire trágico.

—Por lo que he podido comprender —le dijo Florina presentándose de repente—, vas a dedicarte a la política en vez de hacer teatro.

—Sí, hija mía, sí —dijo Raúl con tono bonachón cogiéndola del cuello y besándola en la frente—. ¿Te enfurruñas? ¿Vas a perder con ello? ¿No logrará el ministro que la reina de las tablas obtenga un mejor contrato que el que el periodista ha podido hasta ahora conseguirle? ¿Carecerás de papeles y de vacaciones?

—Y ¿de dónde sacarás el dinero? —dijo ella.

—De casa de mi tío —respondió Raúl.

Florina conocía al tío de Raúl. Esta palabra simbolizaba la usura, como mi tía, en el lenguaje popular, significa el préstamo con garantía prendaria.

—No te inquietes, perla mía —dijo Blondet a Florina dándole golpecitos en los hombros—, yo le conseguiré el apoyo de Massol, un abogado que quiere ser guardasellos; de Du Tillet, que quiere ser diputado; de Finot, que se encuentra aún al frente de un periodiquillo, y de Plantin, que quiere ser relator del Consejo de Estado y que tiene parte en una revista. Sí, le salvaré de él mismo; reuniremos aquí a Esteban Lousteau, que hará el folletín; a Claudio Vignon, que se ocupará de la alta crítica; Feliciano Vernou será la criada para todo del periódico, el abogado trabajará, Du Tillet se ocupará de la Bolsa y de la Industria, y ya veremos adónde llegan todas esas voluntades y todos esos esclavos reunidos.

—Al hospital o al ministerio, que es adónde van las gentes arruinadas de cuerpo y de espíritu —dijo Raúl.

—¿Cuándo hablaréis con ellos?

—Aquí —dijo Raúl—, dentro de cinco días.

—Ya me dirás la cantidad que hará falta —preguntó Florina con sencillez.

—Pues el abogado, Du Tillet y Raúl no pueden embarcarse sin un centenar de miles de francos cada uno —dijo Blondet—. El periódico podrá tirar bien de este modo durante dieciocho meses, que es el tiempo que se necesita en París para elevarse o para caer.

Florina hizo una pequeña mueca de aprobación. Los dos amigos subieron a un cabriolé para ir a reclutar los invitados, las plumas, las ideas y los intereses.

En cuanto a la hermosa actriz, hizo venir a cuatro ricos comerciantes de muebles, de curiosidades, de cuadros y de joyas. Aquellos hombres entraron en el santuario e inventariaron todo, como si Florina hubiese muerto. Ésta les amenazó con una venta pública en el caso en que cerrasen su bolsa para otra ocasión mejor. Acababa, según dijo, de gustar a un lord inglés en un papel de la Edad Media, y quería realizar toda su fortuna mobiliaria para parecer pobre y hacerse ofrecer un hotel magnífico que amueblaría de un modo que pudiera rivalizar con Rotschild. Por más que trató de envolverlos, no dieron sino sesenta mil francos por toda aquella almoneda que valía ciento cincuenta mil. Florina, que no se había gastado en ello ni dos ochavos, prometió entregarlo todo en siete días por ochenta mil francos.

—Podéis tomarlo o dejarlo —dijo ella.

El trato quedó hecho. Cuando los chamarileros hubieron salido, la actriz saltó de alegría como las colinas del rey David. Hizo mil locuras, pues no se creía tan rica. Cuando llegó Raúl, se fingió enfadada con él. Dijo haber sido abandonada, pues había reflexionado: los hombres no pasan de un partido a otro, ni del teatro a la Cámara sin una razón para ello: ¡tenía una rival! ¡Lo que es el instinto! Se hizo jurar un amor eterno. Cinco días después, ofreció la comida más espléndida del mundo. El periódico quedó bautizado en su casa con torrentes de vino y de bromas, juramentos de fidelidad, de buen compañerismo y de camaradería formal. El nombre, olvidado ahora como El Liberal, El Comunal, El Departamental, La Guardia Nacional, El Federal o El Imparcial, fue algo que terminaba en al y que debía de ir bastante mal. Después de las numerosas descripciones de orgías que jalonaron esta fase literaria, en la que se hicieron tan pocas en las buhardillas en que fueron escritas, es difícil poder dar una idea de la de Florina. Digamos tan sólo esto: a las tres de la madrugada, Florina pudo desnudarse y acostarse como si hubiese estado sola, aunque nadie había salido. Aquellas luminarias de la época dormían como brutos. Cuando, por la mañana temprano, llegaron los embaladores, los dependientes y los cargadores para llevarse todo el lujo de la célebre actriz, ella se echó a reír al ver cómo aquellos hombres trataban a los varones insignes como si fuesen muebles y los colocaban en el suelo. De este modo se fueron aquellas bellas cosas. Florina deportó todos sus recuerdos a las tiendas por las que nadie al pasar podía averiguar, viéndolas, ni dónde ni de qué modo habían sido pagadas aquellas flores del lujo. Por un convenio se le dejaron a Florina hasta la noche sus cosas reservadas: su lecho, su mesa y su servicio, para que pudiese dar de almorzar a sus huéspedes. Después de haberse dormido bajo los elegantes cortinajes de la riqueza, aquellos ingenios se despertaron entre las paredes frías y desmanteladas de la miseria, llenas de señales de clavos y deshonradas por las curiosas discordancias que se esconden bajo los tapices como las cuerdas tras de las decoraciones de la Ópera.

—Anda, han embargado a Florina, pobre muchacha —gritó Bixiou, uno de los invitados—. ¡Echad mano al bolsillo! ¡Una suscripción!

Al escuchar estas palabras, toda la asamblea se puso en pie. Los bolsillos, vaciados, produjeron treinta y siete mil francos, que Raúl llevó en broma a la burlona. La afortunada cortesana levantó su cabeza de la almohada y mostró sobre la sábana un paquete de billetes de Banco, tan grueso como en los tiempos en que las almohadas de las cortesanas podían rentar tales cantidades un año con otro. Raúl llamó a Blondet.

—Lo he comprendido —dijo Blondet—. La bribona ha liquidado sus bienes sin decirnos nada. ¡Bien, ángel mío!

Este rasgo hizo que los pocos amigos que quedaban llevasen a la actriz en triunfo y en paños menores hasta el comedor. El abogado y los banqueros se habían marchado. Por la noche, Florina tuvo un éxito atronador en el teatro. El rumor de su sacrificio había circulado por la sala.

—Yo preferiría que me aplaudiesen por mi talento —le dijo su rival en el saloncillo.

—Es un deseo muy natural en una artista a la que sólo se ha aplaudido hasta ahora por sus bondades —le respondió ella.

Durante la tarde, la doncella de Florina la había instalado en el pasaje Sandrié, en la vivienda de Raúl. El periodista debía de vivir en la casa en que se estableciesen las oficinas del periódico.

Tal era la rival de la cándida señora de Vandenesse. La fantasía de Raúl unía como con un anillo a la comediante con la condesa; horrible lazo que una duquesa cortó, bajo Luis XV, haciendo envenenar a la Lecouvreur, venganza muy concebible cuando se piensa en la magnitud de la ofensa.

Florina no constituyó un obstáculo en los comienzos de la pasión de Raúl. Previendo trabacuentas en la difícil empresa que iba a acometer, pidió un permiso de seis meses. Raúl llevó rápidamente la negociación, terminándola de un modo que le granjeó un aumento en la estimación de Florina. Con el sentido común del aldeano de la fábula de La Fontaine, que se procura la cena mientras los patricios platican, la actriz marchó a ramonear por provincias y por el extranjero, para mantener al hombre célebre hasta tanto que se lanzaba a la caza del poder.

Hasta ahora, pocos pintores se han atrevido con el cuadro del amor tal como es en las altas esferas sociales; lleno de grandezas y de miserias ignoradas, terrible en sus deseos reprimidos por los más tontos y vulgares accidentes, y roto con frecuencia por el cansancio. Acaso se le pueda ver aquí por algunas rendijas. A partir del día siguiente al baile dado por lady Dudley, y sin haber hecho ni recibido la más tímida declaración, María se creía amada por Raúl, de acuerdo con el programa de sus sueños, y Raúl se sabía escogido para amante por María. Aunque ni el uno ni el otro hubiesen llegado a ese ocaso en el que hombres y mujeres abrevian los preliminares, los dos marcharon rápidamente al objeto. Raúl, ahíto de goces, tendía al mundo ideal, mientras que María, a la que la idea de una falta estaba muy lejos de acudirle al pensamiento, no se imaginaba poder salir de él. Así, pues, ningún amor fue, de hecho, más inocente ni más puro que el amor de Raúl y de María, pero ninguno fue tampoco más arrebatado ni más delicioso en pensamiento. La condesa había sido asaltada por ideas dignas de los tiempos caballerescos, aunque completamente modernizadas. Según el espíritu de su papel, la repugnancia de su marido hacia Nathan no era un obstáculo para su amor. Cuanta menos estimación hubiera merecido Raúl, más grande se hubiese mostrado ella. La conversación inflamada del poeta había encontrado mayores resonancias en su pecho que en su corazón. La caridad se había despertado a la voz del deseo. Esta reina de las virtudes llegó casi a sancionar a los ojos de la condesa las emociones, los placeres y la acción violenta del amor. Pareciόle hermoso ser para Raúl una providencia humana. ¡Qué dulce pensamiento! ¡Sostener con su mano blanca y débil aquel coloso a quien ella no quería verle pies de barro, arrojar vida allí donde faltaba, ser en secreto la creadora de una gran fortuna, ayudar a un hombre de genio a luchar con la suerte domeñándola, bordarle su banda para el torneo, procurarle armas, darle el amuleto contra los sortilegios y el bálsamo para las heridas! En una mujer educada como María lo había sido, religiosa y noble, el amor debía ser una voluptuosa caridad. De aquí procedió la razón de su osadía. Los sentimientos puros se comprometen con un desdén soberbio que se asemeja al impudor de las cortesanas. Desde el punto en que, por un distingo capcioso, estuvo segura de no menoscabar la fe conyugal, la condesa se arrojó plenamente al placer de amar a Raúl. Las menores cosas de la vida parecIéronle entonces encantadoras. Hizo de su boudoir, donde iba a pensar en él, un santuario. No hubo nada, incluso su lindo escritorio, que no despertase en su alma los mil placeres de la correspondencia; iba a tener que leer, que ocultar y que contestar cartas. El tocado, esa magnífica poesía de la vida femenina, agotada o desconocida por ella, reapareció dotada de una magia inadvertida hasta entonces. El tocado se convirtió de repente para ella en lo que es para todas las mujeres: una manifestación constante del pensamiento íntimo, un lenguaje, un símbolo. ¡Cuántos goces cifrados en un adorno meditado para gustarle a él, para honrarle! Entregóse con gran inocencia a esas gentilezas adorables que ocupan tanto lugar en la vida de las parisienses y que prestan amplios significados a todo cuanto veis en su casa, en ellas y en su persona. Muy pocas mujeres acuden a los comercios de sedas, a los modistos y a los buenos artífices por su solo interés. Viejas, ya no piensan en adornarse. Cuando, al pasearos, veáis un rostro detenido durante un instante ante el cristal de un escaparate, examinadlo bien. «¿Me encontrará mejor con esto?», es la frase escrita en las frentes iluminadas, en los ojos radiantes de esperanza y en la sonrisa que juguetea en los labios.

El baile de lady Dudley fue un sábado por la noche. El lunes la condesa marchó a la Ópera, impulsada por la certidumbre de ver allí a Raúl. Raúl estaba, en efecto, plantado en una de las escaleras que descienden a las localidades de anfiteatro. Bajó los ojos cuando la condesa entró en su palco. ¡Con qué delicia notó la señora de Vandenesse el cuidado, nuevo en él, que su amante había puesto en su atuendo! Aquel despreciador de las leyes de la elegancia mostraba una cabellera cuidada, en la que los perfumes relucían en las mil vueltas de sus rizos; su chaleco era de moda, su cuello estaba bien anudado y su camisa presentaba pliegues irreprochables. Bajo el guante amarillo, según la ordenanza en vigor, sus manos pareciéronle muy blancas. Raúl tenía los brazos cruzados sobre su pecho como si estuviese posando para su retrato, magnífico de indiferencia hacia toda la sala y lleno de impaciencia mal contenida. Aunque bajos, sus ojos parecían vueltos hacia el antepecho de terciopelo rojo sobre el que descansaba el brazo de María. Félix, sentado en el otro rincón del palco, volvía entonces la espalda a Nathan. La ingeniosa condesa se había colocado de modo que pudiese dominar la columna en la que se apoyaba Raúl. Así, pues, María había hecho en un momento abjurar a aquel hombre de espíritu de su cinismo en materia de indumentaria. Tanto la más vulgar como la más elevada mujer se extasía al contemplar la primera proclamación de su poder en cualquiera de esas metamorfosis. Todo cambio es una confesión de servidumbre. «Tenían razón, existe una gran fidelidad al saberse comprendida», se dijo pensando en sus detestables maestras. Cuando los dos amantes hubieron abarcado la sala con esa ojeada rápida que lo ve todo, cambiaron una mirada de inteligencia. Fue para uno y otro como si algún rocío celestial hubiese refrescado sus corazones devorados por el fuego de la espera. «Estoy aquí, desde hace una hora, en el infierno, y en este momento los cielos se abren», decían los ojos de Raúl. «Yo ya sabía que estabas aquí, pero ¿soy acaso libre?», decían los ojos de la condesa. Los ladrones, los espías, los amantes, los diplomáticos, en suma, todos cuantos son esclavos, son los únicos en conocer los recursos y los goces de la mirada. Sólo ellos saben todo lo que hay de inteligencia, de dulzura, de ingenio, de cólera y de crimen en las modificaciones de esa luz llena de espíritu. Raúl sintió encabritarse su amor bajo las espuelas de la necesidad, pero también crecer frente a los obstáculos. Entre el escalón en que estaba encaramado y el palco de la condesa Félix de Vandenesse apenas había treinta pasos, y a él le era imposible anular esa distancia. A un hombre lleno de ímpetu, y que hasta entonces había encontrado poco espacio entre un deseo y su satisfacción, aquel abismo de tan fácil paso, aunque infranqueable, inspirábale el deseo de saltar hasta la condesa con un salto de tigre. En un paroxismo de rabia, probó a tantear el terreno. Saludó ostensiblemente a la condesa, que contestó con una de esas ligeras inclinaciones de cabeza llenos de desprecio con que las mujeres quitan a sus adoradores el deseo de insistir. El conde Félix se volvió para ver a quién se dirigía su mujer; distinguió a Nathan, no le saludó, pareció pedirle cuentas por su audacia, y se volvió lentamente diciendo alguna frase con la que aprobaba sin duda el falso desdén de la condesa. La puerta del palco le estaba evidentemente cerrada a Nathan, el cual lanzó a Félix una mirada terrible, que todo el mundo hubiese interpretado como una de las frases de Florina: «¡Muy pronto no vas a poderte poner el sombrero!». La señora de Espard, una de las mujeres más impertinentes de aquel tiempo, lo había visto todo desde su palco; elevó la voz al lanzar alguna frase de aprobación insignificante, y Raúl, por encima del cual se encontraba, acabó por volverse; le saludó y recibió de ella una sonrisa graciosa con la que de tal modo parecía decirle: «¡Si se os echa de allí, venid aquí!», que Raúl abandonó su columna y fue a hacerle una visita a la señora de Espard. Sentía la necesidad de mostrarse allí para enseñarle al insignificante señor de Vandenesse que la fama valía tanto como la nobleza y que ante Nathan todas las puertas blasonadas giraban sobre sus goznes. La marquesa le obligó a sentarse frente a ella, en la delantera del palco. Quería someterle a tormento.

—La señora Félix de Vandenesse está encantadora esta noche —le dijo haciéndole un cumplido por aquel tocado, como podía haberlo hecho por un libro que él hubiese publicado la víspera.

—Sí —dijo Raúl con indiferencia—, los marabús le sientan maravillosamente, pero les es muy fiel; anteayer los llevaba —añadió con aire despreocupado para repudiar con esta crítica la encantadora complicidad de que le acusaba la marquesa.

—¿Conocéis el proverbio? —dijo ella—. No hay fiesta buena que carezca de continuación.

Las celebridades literarias no son siempre tan duchas como las marquesas en el juego de las contestaciones ingeniosas, y Raúl adoptó el partido de hacer el tono, que es el último recurso de las personas de talento.

—El proverbio es cierto para mí —dijo mirando a la marquesa con galantería.

—Querido, vuestra frase llega demasiado tarde para que yo la acepte —replicó riendo—. No seáis tan gazmoño; vamos, ayer por la mañana, en el baile, encontrasteis a la señora de Vandenesse encantadora con sus marabús; ella lo sabe y se los ha vuelto a poner para vos. Os ama y vos la adoráis; es algo rápido, pero no veo en ello nada que no sea natural. Si me engañase, no estaríais retorciendo uno de vuestros guantes como un hombre rabioso por estar a mi lado en lugar de encontrarse en el palco de su ídolo, del que acaba de ser rechazado con un desdén oficial, y por oírse decir en voz baja lo que querría decir a voces. (Raúl retorcía en efecto uno de sus guantes y mostraba una mano asombrosamente blanca.) Ha obtenido de vos —dijo ella mirando aquella mano del modo más impertinente— unos sacrificios que no le hacíais a la sociedad. Debe de estar embriagada con su éxito, que le habrá puesto sin duda orgullosa; pero, en su lugar, yo lo estaría acaso más. No era más que una mujer ingeniosa y va a pasar por ser una mujer de genio. Vos nos la pintaréis en algún libro delicioso como los que sabéis hacer. Querido, no echéis en olvido a Vandenesse, hacedlo por mí. Ciertamente está demasiado seguro de sí. Yo no toleraría ese aire radiante a lo Júpiter Olímpico, el único dios mitológico exento, según dicen, de todo accidente.

—Señora —exclamó Raúl—, me atribuís un alma bien baja si me suponéis capaz de traficar con mis sensaciones y con mi amor. A esa cobardía literaria preferiría yo la costumbre inglesa de echar una cuerda al cuello de una mujer y llevarla al mercado.

—Es que yo conozco a María; ella os lo pedirá.

—Es incapaz de ello —dijo Raúl con calor.

—Entonces, ¿la conocéis bien?

Nathan se echó a reír de sí mismo; de él, autor de escenas, que se había dejado engañar por un juego escénico.

—La farsa se ha pasado de allí —dijo señalando las candilejas—, a este paloo.

Cogió su lente y se puso a examinar la sala para disimular.

—¿Me guardáis rencor? —dijo la marquesa mirándole de reojo—. ¿No hubiera averiguado, de todos modos, vuestro secreto? Haremos con facilidad las paces. Venid a mi casa; recibo todos los miércoles y nuestra querida condesa no dejará de ir ni uno solo en cuanto os encuentre allí. Con ello ganaré. A veces la veo entre las cuatro y las cinco; voy a ser buena, os añado al corto número de favorecidos a quienes admito a esa hora.

—Pues bien —dijo Raúl—, ya veis cómo es el mundo: se dice que sois mala.

—¡Yo! Lo soy de propósito —dijo ella—. ¿No es preciso defenderse? Pero a vuestra condesa la adoro. Estaréis contento de ella, es encantadora. Vais a ser el primero cuyo nombre será grabado en su corazón con esa alegría infantil que lleva a todos los enamorados, incluso a los cabos del ejército, a grabar sus iniciales en la corteza de los árboles. El primer amor de una mujer es un fruto delicioso. Más tarde entra ya la ciencia en nuestras ternuras y en nuestros cuidados. Una mujer vieja como yo puede decirlo todo, no teme ya nada, ni siquiera a un periodista. Pues bien, en el otoño sabemos haceros felices; pero cuando comenzamos a amar somos nosotras las felices y os procuramos así mil goces del orgullo. Entonces todo es en nosotras de un encanto inesperado y el corazón está lleno de inocencia. Sois demasiado poeta para que no prefiráis las flores a los frutos. Ya me lo diréis dentro de seis meses.

Raúl, como todos los criminales, adoptó el sistema de las negativas, pero era tanto como proporcionar armas a aquella fuerte esgrimadora. Trabado pronto en los nudos corredizos de la más ingeniosa y peligrosa de las conversaciones, que es donde sobresalen las parisienses, temió dejarse arrancar confesiones que la marquesa habría explotado al punto para sus burlas y se retiró prudentemente al ver entrar a lady Dudley.

—¡Bueno! —dijo la inglesa a la marquesa—. ¿En qué punto se encuentran?

—Se aman con locura. Nathan acaba de decírmelo.

—Le hubiera querido más feo aún —respondió lady Dudley, que dirigió al conde Félix una mirada de víbora—. Por otra parte, es tal como yo lo quería: hijo de un chamarilero judío, muerto en bancarrota en los primeros días de su matrimonio; pero su madre era católica, y, desgraciadamente, ha hecho de él un cristiano.

De este origen, que Nathan oculta con tanto cuidado, acababa de enterarse lady Dudley y gozaba por adelantado del gusto que experimentaría en sacar de allí algún terrible epigrama contra Vandenesse.

—¡Y yo que acabo de invitarle a ir a mi casa! —dijo la marquesa.

—¿No le he recibido yo ayer? —respondió lady Dudley—. Ángel mío, hay placeres que nos cuestan muy caros.

La noticia de la pasión mutua de Raúl y de la señora de Vandenesse circuló entre la gente durante aquella soirée, no sin suscitar protestas e incredulidades; pero la condesa fue defendida por sus amigas, por lady Dudley y las señoras de Espard y de Manerville, con un calor torpe que pudo contribuir en algo al crédito del rumor. Vencido por la necesidad, Raúl fue el miércoles a casa de la marquesa de Espard, encontrando allí la gente de buen tono que solía acudir. Como Félix no acompañó a su mujer, Raúl pudo cambiar con María algunas frases, más expresivas a causa del acento con que fueron pronunciadas que por sus ideas. La condesa, puesta en guardia contra la maledicencia por la señora Octavio de Camps, había comprendido la importancia de su situación a la faz de la gente y se lo hizo comprender a Raúl.

En medio de aquella hermosa concurrencia, uno y otro tuvieron, pues, por todo placer esas sensaciones tan profundamente saboreadas en tales circunstancias y que están producidas por las ideas, la voz, los gestos y la actitud de una persona amada. El alma se ase con violencia a nonadas. A veces los ojos se prenden, de una y otra parte, en el mismo objeto, incrustando en él, por decirlo así, un pensamiento aprehendido, reaprehendido y comprendido. Se admira en medio de una conversación el pie ligeramente avanzado, la mano que palpita y los dedos ocupados con alguna joya oprimida, abandonada y atormentada de una manera significativa. No son ya ni las ideas ni el lenguaje los que hablan, sino las cosas; hablan tanto que, con frecuencia, un hombre enamorado confía a otros el cuidado de traer una taza, el azucarero para el té o ese no sé qué que pide la mujer a quien ama; todo por miedo a mostrar su turbación a los ojos que parecen no ver nada y lo ven todo. En las miradas pasan, ahogadas miríadas de deseos, de anhelos insensatos y de pensamientos violentos. Allí, la presión de las manos hurtada a los mil ojos de Argos, adquiere la elocuencia de una larga carta y la voluptuosidad de un beso. El amor se alimenta entonces de todo cuanto a sí mismo se veda, y se apoya en todos los obstáculos para hacerse mayor. En fin, esas barreras, con más frecuencia maldecidas que franqueadas, son rotas a hachazos y arrojadas al fuego para alimentarlo. Allí pueden las mujeres medir la magnitud de su poder en la pequeñez a que llega un inmenso amor que se repliega sobre sí mismo y se esconde en una mirada alterada, en una contracción nerviosa o tras de una trivial fórmula de cortesía. ¿Cuántas veces no se ha recompensado, en el último peldaño de una escalera, con una sola palabra, los tormentos ignorados y el lenguaje que parecía no significar nada de toda una velada? Raúl, hombre que se preocupaba poco de la gente, desahogó su cólera en la conversación y estuvo deslumbrador. Todos escuchaban los rugidos inspirados por la contrariedad que los artistas saben tan difícilmente soportar. Aquel furor a lo Roldán, aquel ingenio que lo quebraba y rompía todo, sirviéndose del epigrama como de una maza, embriagó a María y divirtió a la reunión, como si hubiese visto en un coso español un toro cubierto de banderillas y enfurecido.

—Por más que lo derribes todo, no podrás conseguir la soledad en torno a ti —le dijo Blondet.

Esta frase devolvió su presencia de ánimo a Raúl, quien cesó de ofrecer su irritación como espectáculo. La marquesa fue hacia él con una taza de té, y dijo lo bastante alto para que la señora de Vandenesse lo oyera:

—Sois realmente muy divertido; venid alguna vez a verme a las cuatro.

Raúl se sintió ofendido por la palabra divertido, aunque se la hubiese utilizado como pasaporte para la invitación, y se puso a escuchar, como esos actores que miran la sala en lugar de estar en la escena. Blondet se compadeció de él.

—Querido —le dijo llevándoselo a un rincón—, te comportas en el gran mundo como si estuvieras en casa de Florina. Aquí jamás se apasiona uno, no se hacen largos artículos, se dice de vez en cuando una frase ingeniosa, se adopta una actitud tranquila en el momento mismo en que se están experimentando más deseos de arrojar a los contertulios por la ventana, se ironiza suavemente, se simula distinguir a la mujer que se adora, y no se revuelca uno echando los pies por alto, como un burro en medio de la carretera. Aquí, querido, se ama según las fórmulas. O rapta a la señora de Vandenesse, o muéstrate como un gentilhombre. Te estás pareciendo demasiado al amante de una de tus novelas.

Nathan escuchaba con la cabeza baja y estaba como un león cogido en la red.

—No volveré a poner los pies aquí —dijo—. Esta marquesa de papel de estraza me vende un té demasiado caro. ¡Me encuentra divertido! ¡Ahora comprendo por qué Saint-Just guillotinaba a toda esta gente!

—Mañana volverás.

Blondet acertó. Las pasiones son tan cobardes como crueles. Al día siguiente, después de haber vacilado largo tiempo entre: «Iré o no iré», Raúl dejó a sus socios en medio de una discusión importante y corrió al faubourg Saint-Honoré, a casa de la señora de Espard. Al ver entrar el brillante cabriolé de Rastignac, mientras que él estaba pagando a su cochero en la puerta, la vanidad de Nathan se sintió herida, y decidió tener un cabriolé elegante con el obligado lacayito. El carruaje de la condesa estaba en el patio. Al verlo, el corazón de Raúl se hinchó de gozo. María marchaba bajo la presión de sus deseos con la regularidad de una aguja de reloj animada por su muelle. Estaba al lado de la chimenea, en el saloncito, recostada en una butaca. En vez de mirar a Nathan cuando fue anunciado, lo contempló en el espejo, segura de que la dueña de la casa se volvería hacia él. Acosado, como lo está en sociedad, el amor se ve obligado a recurrir a esos pequeños ardides: les da vida a los espejos, a los manguitos, a los abanicos, a una multitud de cosas cuya utilidad no se ha demostrado y que muchas mujeres usan sin utilizarlas.

—El señor ministro —dijo la señora de Espard dirigiéndose a Nathan y señalándole a De Marsay con una mirada— sostenía, en el momento en que entrabais, que los monárquicos y los republicanos se entienden; vos debéis de saber algo.

—Y aunque así fuera —dijo Raúl—, ¿dónde está el mal? Odiamos el mismo objeto, estamos de acuerdo en nuestro odio y diferimos en nuestro amor. Eso es todo.

—Tal alianza es, cuando menos, rara —dijo De Marsay envolviendo en una mirada a la condesa Félix y a Raúl.

—No durará mucho —dijo Rastignac, que pensaba demasiado en la política como todos los recién llegados.

—¿Qué decís de ello, mi querida amiga? —preguntó la señora de Espard a la condesa.

—Yo no entiendo nada de política.

—Ya intervendréis en ella, señora —dijo De Marsay—, y entonces seréis doblemente nuestra enemiga.

Nathan y María no comprendieron la frase hasta que De Marsay se hubo marchado. Rastignac le siguió, y la señora de Espard les acompañó hasta la puerta de su primer salón. Los dos amantes, al verse en posesión de algunos minutos, no pensaron ya en los epigramas del ministro. María tendió su mano, rápidamente desenguantada, a Raúl, que la cogió y la besó como si no hubiese tenido más que dieciocho años. Los ojos de la condesa expresaban una noble ternura, tan total, que a los ojos de Raúl acudió esa lágrima que encuentran siempre a su servicio los hombres de temperamento nervioso.

—¿Dónde veros, dónde poder hablaros? —dijo él—. Me moriría si tuviese continuamente que disfrazar mi voz, mi mirada, mi corazón, mi amor.

Conmovida por aquella lágrima, María prometió ir a pasearse al Bosque siempre que el tiempo no fuese detestable. Esta promesa causó más felicidad a Raúl que toda la que le había proporcionado Florina en cinco años.

—¡Tengo tantas cosas que deciros! ¡Sufro tanto por el silencio al que estamos condenados!

La condesa le miraba embriagada, sin poder contestarle, cuando la marquesa volvió.

—¿Cómo? ¿No habéis sabido contestarle nada a De Marsay? —dijo al entrar.

—Se debe respetar a los muertos —respondió Raúl—. ¿No veis que está expirando? Rastignac es su enfermero y espera que se acuerde de él en su testamento.

La condesa pretextó unas visitas que debía hacer y quiso salir para no comprometerse. Por aquel cuarto de hora Raúl había sacrificado su tiempo más precioso y sus intereses más palpitantes. María ignoraba aún los detalles de aquella vida de pájaro en la rama, en la que se mezclaban los asuntos más complicados y el trabajo más exigente. Cuando dos seres unidos por un amor eterno llevan una vida que los nudos de la confidencia y el examen en común de las dificultades surgidas estrechan más cada día; cuando dos corazones cambian por la noche o por la mañana sus lamentos, como la boca cambia los suspiros, y esperan con la misma ansiedad y palpitan juntos a la vista de un obstáculo, todo tiene importancia entonces:

una mujer sabe cuánto amor se encierra en un retraso evitado, cuántos esfuerzos en una gestión fuera de casa, hecha rápidamente; se ocupa, va, viene, espera, se agita con el hombre ocupado y atormentado; sus frases de impaciencia se las dirige a las cosas; ya no duda, y conoce y aprecia los detalles de la vida. Pero en los comienzos de una pasión en la que se despliega tanto ardor, desconfianzas y exigencias, y en la que no se conoce el uno al otro; con mujeres que exageran su dignidad y quieren ser obedecidas en todo, incluso cuando ordenan cometer una falta con la que se arruina un hombre, el amor supone en París, y en nuestra época, trabajos imposibles. Las mujeres de mundo permanecen bajo el imperio de las tradiciones del siglo XVIII, en el que cada cual tenía una situación segura y definida. Pocas mujeres conocen los apuros de la existencia de la mayoría de los hombres, que tienen todos una posición que lograr, una gloria que cimentar y una fortuna que consolidar. Hoy los hombres cuya fortuna está afirmada son escasos; únicamente los viejos tienen tiempo para amar, pues los jóvenes reman en las galeras de la ambición, como remaba Nathan. Las mujeres, poco resignadas todavía a ese cambio de las costumbres, atribuyen el tiempo que a ellas les sobra a quienes no disponen del suficiente; no imaginan otras ocupaciones ni otras metas que las suyas. Aunque el amante hubiese vencido a la hidra de Lerna para llegar, no tiene el menor mérito; todo se borra ante la felicidad de verle; no se le agradecen más que sus emociones, sin inquietarse de lo que cuesten. Si han inventado en sus horas de ocio una de esas estratagemas que suelen tener como de encargo, la hacen brillar como si se tratase de una joya. Habéis estado violentando los barrotes de hierro de alguna necesidad mientras ellas se calzaban los mitones y se envolvían en el manto de la astucia; suya es la palma, no se la disputéis. Tienen, además, su razón: ¿cómo no romperlo todo por una mujer que lo rompe todo por vos? Exigen tanto como dan. Raúl se dio cuenta al volver de cuán difícil le iba a ser llevar adelante un amor en la alta sociedad, el carro de diez caballos del periodismo, sus obras de teatro y sus asuntos empantanados.

—El periódico va a salir detestable esta noche —dijo al irse—, no llevará artículo mío, ¡y es el segundo número!

La señora Félix de Vandenesse fue tres veces al bosque de Bolonia sin ver en él a Raúl, y volvía desesperada e inquieta. Nathan no quería aparecer sino en todo el esplendor de un príncipe de la Prensa. Empleó toda la semana en buscar dos caballos, un cabriolé y un lacayito a propósito, en convencer a sus socios de la necesidad de ahorrar un tiempo tan precioso como el suyo y en hacer que se consignara su coche y accesorios en los gastos generales del periódico. Sus socios, Massol y Du Tillet, accedieron con tanta complacencia a su petición, que los consideró como los mejores chicos del mundo. Sin esta ayuda, la vida se le hubiera hecho imposible a Raúl; pero fue entonces tan ruda, aunque se le mezclaran los goces más delicados del amor ideal, que muchos, aun los más robustos, no hubiesen podido soportar tal desgaste. Una pasión violenta y afortunada ocupa mucho tiempo en una existencia corriente, pero cuando su objeto es una mujer de la posición de la señora de Vandenesse, devora la vida de un hombre atrafagado como Raúl. Veamos ahora las obligaciones que su pasión anteponía a todas las demás. Le era preciso encontrarse casi todos los días en el bosque de Bolonia, entre dos y tres de la tarde, y con el aspecto del más ocioso gentleman. Allí se enteraba en qué casa y en qué teatro volvería a ver por la noche a la señora de Vandenesse. No dejaba los salones hasta la medianoche, después de haber atrapado algunas frases largo tiempo esperadas y algunas briznas de ternura hurtadas a los ojos de todos por debajo de la mesa, entre dos puertas o en el momento de subir al coche. La mayor parte del tiempo, María, que le había lanzado al gran mundo, hacía que le invitasen a cenar en algunas casas a las que iba. ¿No era todo esto bien sencillo? Por orgullo, y arrastrado por su pasión, Raúl no se atrevía a hablar de sus trabajos. Tenía que obedecer a los deseos más caprichosos de aquella inocente soberana y seguir los debates parlamentarios, el torrente de la política, vigilar la dirección del periódico y poner en escena dos obras cuyos derechos de autor le eran indispensables. Bastaba con que la señora de Vandenesse hiciera un ligero mohín cuando él pretendía eludir su asistencia a un baile, a un concierto o a un paseo, para que él sacrificase sus intereses a su placer. Cuando salía de una soirée, entre la una y las dos de la mañana, se ponía a trabajar hasta las ocho o las nueve; dormía apenas, y se despertaba para concertar las opiniones del periódico con las personas influyentes de las que dependía y para discutir los mil asuntos de orden interno. El periodismo se ocupa de todo en esta época: de la industria, de los intereses públicos y privados, de las nuevas empresas, de todos los sentimientos de amor propio de la literatura y de sus productos. Cuando, fatigado y destrozado, corría Nathan de su despacho de la redacción al teatro, del teatro a la Cámara, y de la Cámara a casa de algunos acreedores, tenía que aparecer tranquilo ante María y galopar a su estribo con el abandono de un hombre sin preocupaciones, que no pasa más fatigas que las de su dicha. Y cuando, como premio de tantos sacrificios ignorados, no obtuvo sino las palabras más dulces y las promesas más delicadas de un afecto eterno, ardientes presiones de mano logradas durante algunos segundos de soledad y frases apasionadas a cambio de las suyas, se consideró defraudado en cierto modo al dejar que se siguiese ignorando el precio enorme al que pagaba aquellos pequeños gajes, como hubieran dicho nuestros padres. No se hizo esperar la ocasión de hablar con claridad. Un hermoso día del mes de abril, la condesa aceptó el brazo de Nathan en un lugar apartado del bosque de Bolonia; ella tenía que hacerle una de esas lindas escenas a propósito de nonadas, sobre las cuales las mujeres saben levantar montañas. En vez de recibirle con la sonrisa en los labios, la frente iluminada por la felicidad y los ojos animados por algún pensamiento delicado y alegre, se mostró seria y grave.

—¿Qué os pasa? —le dijo Nathan.

—No hagáis caso de estas bobadas —contestó ella—; ya debéis saber que las mujeres somos unas niñas.

—¿Os he desagradado?

—¿Estaría yo entonces aquí?

—Sí, pero no me sonreís y no parecéis contenta por verme.

—Queréis decirme que estoy mohína con vos, ¿no es eso? —dijo ella mirándole con ese aire sumiso con el que las mujeres se colocan en actitud de víctimas.

Nathan dio algunos pasos, dominado por una duda que le oprimía el corazón y le entristecía.

—Será —dijo tras un momento de silencio— alguno de esos temores frívolos, de esas sospechas sombrías que anteponéis a las cosas de más importancia en la vida. ¡Poseéis el arte de hacer inclinarse el mundo sólo con lanzar en él una brizna de paja, una viruta!

—¿Ironías?… Ya lo esperaba —dijo ella bajando la cabeza.

—María, ¿no ves, ángel mío, que he dicho esas palabras para arrancarte tu secreto?

—Mi secreto seguirá siendo un secreto aun después de haber sido confiado.

—Pues bien, di…

—No soy amada —replicó ella lanzándole esa mirada oblicua y sutil con que las mujeres interrogan tan maliciosamente al hombre a quien quieren atormentar.

—¿Que no sois amada?… —exclamó Nathan.

—Sí, os ocupáis de demasiadas cosas. ¿Qué soy yo en medio de todo ese tráfago, olvidada a cada momento? Ayer vine al Bosque, os estuve esperando…

—Es que…

—Me había puesto un vestido nuevo para vos y no vinisteis. ¿Dónde estabais?

—Es que…

—Yo no lo sabía. Voy a casa de la señora de Espard y no os encuentro tampoco.

—Es que…

—Por la noche, en la Ópera, mis ojos no se han separado del balcón. Cada vez que la puerta se abría, sentía unas palpitaciones que parecía iba a salírseme el corazón.

—Es que…

—¡Qué noche! No podéis figuraros una de esas tempestades del corazón.

—Es que…

—La vida se destroza con estas emociones…

—Es que…

—¡Bien! ¿Qué? —dijo ella.

—Sí, la vida se destroza —dijo Nathan—, y vos habréis devorado en algunos meses la mía. Vuestros reproches insensatos me arrancan también mi secreto —dijo él—. ¡Ah! ¿No sois amada?… Lo sois demasiado.

Describió con vivos colores su situación, contó sus vigilias, detalló sus obligaciones a hora fija, la necesidad de triunfar, las exigencias insaciables de un periódico en el que se estaba obligado a juzgar, antes que nadie, los acontecimientos sin engañarse, bajo pena de perder el poder; finalmente, los innumerables estudios rápidos sobre las cuestiones, que pasaban también tan rápidas como las nubes en aquella época tumultuosa.

Raúl cometió una equivocación en un momento. La marquesa de Espard se lo había dicho: nada más ingenuo que un primer amor. Quería decir, pues, que la condesa era culpable de amar demasiado. Una mujer enamorada contesta a todo con un nuevo goce, con una confesión o con un halago. Al ver desenvolverse a sus ojos aquella vida inmensa, la condesa se estremeció de admiración. Se había imaginado a Nathan muy grande y lo encontró sublime. Se acusó a sí misma de amar demasiado, le rogó que viniese a sus horas y allanó aquellos trabajos de ambicioso con una mirada dirigida al cielo. ¡Ella esperaría! En adelante sacrificaría sus goces. ¡Habiendo querido ser sólo un escalón, era un obstáculo!… Y lloró de desesperación.

—Las mujeres —dijo con lágrimas en los ojos— no pueden hacer otra cosa que amar. Los hombres tienen mil medios de obrar; pero nosotras sólo podemos pensar, rezar y adorar.

Amor tan grande merecía, una recompensa. Ella miró, como un ruiseñor que quiere bajar desde su rama a una fuente, si estaba sola en la soledad y si en el silencio no se escondía algún testigo; luego, levantó el rostro hacia Raúl, que inclinó el suyo, y le dejó coger un beso, el primero, el único que ella diera fraudulentamente; y se sintió más feliz en aquel momento de lo que lo había sido en los últimos cinco años. Raúl consideró pagados todos sus trabajos. Los dos marchaban por el camino de Auteuil a Boulogne sin tener demasiada noción de a dónde iban, y se vieron obligados a volver hacia sus coches, andando con ese paso igual y cadencioso que conocen los amantes. Raúl tuvo fe en aquel beso entregado con la facilidad decente que presta la santidad del sentimiento. Todo el mal procedía de la sociedad y no de aquella mujer tan enteramente suya. Raúl no lamentó ya los tormentos de su vida desesperada; María había de olvidar al fuego de su primer deseo, como todas las mujeres que no ven continuamente el terrible debatirse de esas existencias excepcionales. Presa de la admiración agradecida que distingue la pasión en la mujer, María corría con un paso deliberado y ágil sobre la fina arena de una avenida exterior, pronunciando, como Raúl, pocas palabras, pero sentidas y certeras. El cielo estaba límpido, los gruesos árboles retoñaban y algunas puntas verdes animaban ya sus mil pinceles obscuros. Los arbustos, los abedules, los sauces y los álamos mostraban su primer y tierno follaje, diáfano aún. No hay alma que se resista a semejantes armonías. El amor explicaba la naturaleza a la condesa, como le había explicado la sociedad.

—¡Querría que no hubieseis amado jamás sino a mí! —dijo ella.

—Vuestro deseo se ha realizado —respondió Raúl—. Nos hemos revelado el uno al otro el verdadero amor.

Y decía la verdad. Al colocarse en la actitud de un hombre puro ante aquel joven corazón, Raúl se había dejado enredar por sus propias frases matizadas de hermosos sentimientos. Puramente especuladora y vanidosa en los comienzos, su pasión había llegado a ser sincera. Había empezado por mentir y acababa diciendo la verdad. Hay, por otra parte, en todo escritor un sentimiento difícilmente ahogado que le lleva a la admiración de la hermosura moral. Finalmente, a fuerza de hacer sacrificios, un hombre se interesa por el ser que se los exige. Las mujeres de mundo, igual que las cortesanas, tienen el instinto de esta realidad y acaso la practican incluso sin conocerla. Por esta razón, la condesa, pasado su primer impulso de agradecimiento y de sorpresa, quedó encantada por haber inspirado tantos sacrificios y haber hecho vencer tantas dificultades. Era amada por un hombre digno de ella. Raúl ignoraba hasta qué punto le comprometería su falsa grandeza, pues las mujeres no le toleran a su amante que descienda de su pedestal. María no conocía la clave de aquel enigma que Raúl le había revelado a sus amigos en la cena en el restaurante de Véry. Los diez primeros años de la juventud de aquel escritor salido de las últimas filas, habían sido consumidos en una continua lucha, y quería ser amado por una de las reinas de la buena sociedad. La vanidad, sin la cual, como ha dicho Chamfort, el amor es bien frágil, sostenía su pasión y debía aumentarla de día en día.

—¿Podéis jurarme —dijo María— que no sois ni seréis jamás de ninguna mujer?

—No habría ya más tiempo en mi vida para otra mujer que sitio en mi corazón —respondió él sin creer decir una mentira, pues hasta tal punto despreciaba a Florina.

—Os creo —dijo ella.

Llegados a la avenida en que esperaban los coches, María soltó el brazo de Nathan, que adoptó una actitud respetuosa como si acabara de encontrársela; la acompañó, sombrero en mano, hasta su coche y luego la siguió por la avenida de Carlos X, respirando el polvo que levantaba la carretela y mirando las plumas que caían como un sauce llorón y que el viento agitaba fuera del coche. Pese a las nobles renunciaciones de María, Raúl, excitado por su pasión, se encontró en todas partes a las que ella iba; adoraba el aire, a la vez descontento y feliz, que tomaba la condesa para regañarle sin poder hacerlo, viéndole disipar aquel tiempo que le era tan necesario.

María tomó la dirección de los trabajos de Raúl, le intimó órdenes formales sobre el empleo de sus horas y permaneció en su casa para quitarle todo pretexto de distracción. Leía todas las mañanas el periódico y se convirtió en el heraldo de la gloria de Esteban Lousteau, el folletinista, a quien encontraba maravilloso, de Feliciano Vernou, de Claudio Vignon y de todos los redactores. Le dio a Raúl el consejo de que hiciese justicia a De Marsay cuando murió, y leyó con entusiasmo el hermoso y gran elogio que Raúl hizo del ministro muerto, sin dejar de vituperar su maquiavelismo y su odio por las masas. Asistió ella naturalmente, desde un proscenio del teatro del Gimnasio, a la primera representación de la obra con la que Nathan contaba para sostener su empresa, y cuyo éxito pareció inmenso. Dejóse engañar por los aplausos pagados.

—¿No habéis venido a despediros de los Italianos? —le preguntó lady Dudley, a casa de la cual marchó después de terminada la representación.

—No; he ido al Gimnasio. Había un estreno.

—No puedo aguantar el vaudeville. Soy para eso como Luis XIV para los Teniers —dijo lady Dudley.

—Yo —respondió la señora de Espard— encuentro que los autores han progresado. Los vaudevilles son hoy comedias encantadoras, llenas de ingenio y que exigen mucho talento, y yo me divierto bastante con ellos.

—Los actores son, por otra parte, excelentes —dijo María—. Los del Gimnasio han estado muy bien esta noche; la obra les gustaba y el diálogo es fino e ingenioso.

—Como el de Beaumarchais —dijo lady Dudley.

—El señor Nathan no ha llegado todavía a ser Molière, pero… —dijo la señora de Espard mirando a la condesa.

—Hace vaudevilles —dijo la señora Carlos de Vandenesse.

—Y deshace ministerios —replicó la señora de Manerville.

La condesa guardó silencio; intentaba contestar con epigramas acerados; sentía el corazón agitado por la rabia y no encontró nada mejor, que decir:

—Los hará, quizá.

Todas las mujeres cambiaron una mirada de misteriosa inteligencia.

Cuando María de Vandenesse se hubo marchado, Moina de Saint-Héreen exclamó:

—¡Adora a Nathan!

—No anda con tapujos —dijo la señora Espard.

Llegó el mes de mayo y Vandenesse se llevó a su mujer a sus tierras, donde no tuvo más consuelo que el de las cartas apasionadas de Raúl, a quien ella escribía todos los días.

La ausencia de la condesa hubiera podido salvar a Raúl del abismo en el que había puesto el pie, de haber tenido a Florina a su lado; pero estaba solo, en medio de amigos que se habían convertido en sus enemigos secretos en cuanto él manifestó su intención de dominarlos. Sus colaboradores le odiaban momentáneamente, dispuestos a tenderle la mano y a consolarle en el caso de que cayese, y dispuestos a adorarle en el caso de que triunfase. Así es el mundo literario. En él sólo se quiere a los inferiores. Cada cual es enemigo de cualquiera que tienda a subir. Esta envidia general decuplica las posibilidades de los mediocres, que no suscitan envidias ni sospechas, hacen su camino al modo de los topos, y, por muy tontos que sean, se encuentran colocados en el Moniteur en tres o cuatro puestos en el momento en que los hombres de talento luchan todavía unos con otros, a la puerta, para impedirse la entrada. La sorda enemistad de aquellos pretendidos amigos, cuya pista hubiese rastreado Florina con la ciencia innata de las cortesanas para adivinar la verdad entre mil hipótesis, no era el mayor peligro que acechaba a Raúl. Sus dos socios, Massol el abogado y Du Tillet el banquero, habían decidido enganchar su fogosidad al carro en que ellos se pavoneaban, arrebatarle el periódico en cuanto ya no pudiese alimentarlo, o privarle de aquel gran poder en el momento en que quisiesen utilizarlo. Nathan representaba para ellos una determinada cantidad de dinero que devorar y una fuerza literaria que emplear, del valor de diez plumas. A Massol, uno de esos abogados que toman por elocuencia la facultad de hablar indefinidamente, que poseen el secreto de aburrir, digan lo que digan, siendo la peste de las asambleas, en las que todo lo vuelven mezquino, y que quieren hacerse personajes a toda costa, no le seducía ya la perspectiva de ser guardasellos: había visto sucederse cinco o seis en cuatro años y esto le quitó la gana de vestir la toga de ceremonias. Para abrir boca pretendió una cátedra en Instrucción Pública y un puesto en el Consejo de Estado, todo ello con el aditamento de la cruz de la Legión de Honor. Du Tillet y el barón de Nucingen le habían garantizado, si les secundaba, la cruz y su nombramiento de relator. Él los consideró mejor situados, para poder cumplir sus promesas, que a Nathan, y les obedecía ciegamente. Para engañar mejor a Raúl, dejábanle ejercer el poder sin intervención ni vigilancia por su parte. Du Tillet no utilizaba el periódico sino para sus intereses de agiotaje, de los que Raúl no entendía nada; pero le había hecho ya saber a Rastignac, por el barón de Nucingen, que el diario sería tácitamente complaciente con el poder, con la única condición de apoyar su candidatura para reemplazar al señor Nucingen, futuro par de Francia, y que había sido elegido en una especie de burgo podrido: un colegio con pocos electores, al que el periódico fue enviado gratis con profusión. De este modo engañaban a Raúl el banquero y el abogado, los cuales le veían, con infinito placer, hacer de amo y señor del periódico, aprovechándose de todas sus ventajas y percibiendo todos los frutos de amor propio y de otras clases. Nathan, encantado con ellos, los consideraba, como en los días de su petición de fondos ecuestres, los mejores muchachos del mundo, y creía estarlos engañando.

Jamás quieren confesarse los hombres de imaginación, para los cuales la esperanza es la esencia de su vida, que, en los negocios, el momento más peligroso es aquel en el que todo va de acuerdo con sus deseos. Hubo un momento de triunfo del que se aprovechó, por otra parte, Nathan, quien se dio a conocer entonces en el mundo político y financiero, y Du Tillet le presentó en casa de Nucingen. La señora de Nucingen acogió a Raúl maravillosamente, menos por él que por la señora de Vandenesse; pero cuando ella le dijo algunas palabras acerca de la condesa, creyó él hacer algo maravilloso, convirtiendo a Florina en un biombo, y se extendió con una fatuidad generosa acerca de sus relaciones con la actriz, imposibles de romper. ¿Se abandona una dicha segura por las coqueterías del faubourg Saint-Germain? Nathan, engañado por Nucingen y Rastignac, por Du Tillet y Blondet, prestó su apoyo ostensiblemente a los doctrinarios para la formación de uno de sus gabinetes efímeros. Además, para llegar puro a los negocios, desdeñó con ostentación aceptar algunas ventajas en empresas que se formaron con ayuda de su periódico, él que no se andaba con miramientos para comprometer a sus amigos y para portarse de un modo poco delicado con algunos industriales en ciertos momentos críticos. Estos contrastes, engendrados por su vanidad y por su ambición, se encuentran también en muchas existencias semejantes. Como la capa debe aparecer espléndida ante el público, se coge paño en casa de los amigos para tapar sus agujeros. Sin embargo, dos meses después de la partida de la condesa, Raúl tuvo un mal cuarto de hora que le causó algunas inquietudes en medio de su triunfo. Du Tillet era acreedor por cien mil francos. El dinero dado por Florina, tercera parte de su primera entrega, había sido devorado por el fisco y por los gastos de apertura, que fueron enormes. Había que prever el porvenir. El banquero le hizo un favor al escritor aceptando letras de cambio por un valor de cincuenta mil francos, a cuatro meses. De este modo, Du Tillet tenía sujeto a Raúl con el ronzal de las letras de cambio. Por medio de este suplemento el periódico contaba con un fondo para seis meses, Seis meses, a los ojos de algunos escritores, son una eternidad. Por otra parte, a golpe de anuncios, a fuerza de viajantes, y ofreciendo ventajas ilusorias a los suscriptores, se habían reclutado dos mil. Este medio éxito animaba a arrojar en aquel brasero los billetes de Banco. Un poco más de talento, surge un proceso político y una persecución aparente, y Raúl se convierte en uno de esos condottieri modernos cuya tinta vale hoy lo que la pólvora de antaño. Desgraciadamente, esto se había conseguido cuando Florina volvió con cincuenta mil francos sobre poco más o menos. En lugar de crearse un fondo de reserva, Raúl, seguro del éxito y considerándolo indefectible, humillado ya por haber aceptado el dinero de la actriz, sintiéndose interiormente engrandecido por su amor y deslumbrado por los capciosos elogios de sus cortesanos, engañó a Florina respecto a su situación y la obligó a que emplease aquella cantidad en volver a montar su casa. En las circunstancias actuales era necesaria una representación que tuviese magnificencia. La actriz, que no tenía necesidad de que la excitasen, cargó con treinta mil francos de deudas. Florina tuvo una casa deliciosa por completo suya, en la calle Pigalle, a la que volvió su antiguo círculo de amistades. La casa de una cortesana de la categoría de Florina era un terreno neutral muy favorable a los políticos ambiciosos que negociaban, como Luis XIV en terreno holandés, sin Raúl en casa de Raúl. Nathan había reservado a la actriz, para su reaparición, una obra cuyo papel principal le cuadraba admirablemente. Este melodrama debía ser la despedida de Raúl del teatro. Los periódicos, a los que esta atención hacia Raúl no les costaba nada, prepararon una ovación tal a Florina, que la Comedia Francesa habló de un contrato. Las críticas señalaban a Florina como la heredera de la señorita Mars. Este triunfo aturdió lo bastante a la actriz para impedirle estudiar el terreno por el que marchaba Nathan, y vivió en un mundo de fiestas y de festines. Reina de aquella corte llena de pedigüeños apremiantes en torno suyo, éste para su libro, aquél para su obra, el otro para su bailarina, el de más allá para su teatro, para su empresa o para un reclamo, ella se abandonaba a todos los goces del poder de la Prensa, viendo en ello la aurora del crédito ministerial. Si se oía a los que acudieron a su casa, Nathan era un gran político. Nathan había acertado en su empresa y sería ciertamente ministro durante algún tiempo, como tantos otros. Las actrices se niegan difícilmente a quien les halaga. Florina tenía demasiado talento, según el crítico, para que desconfiase del periódico y de los que lo hacían. Conocía demasiado poco el mecanismo de la Prensa, para inquietarse por los medios. Las mujeres del temple de Florina no ven jamás sino los resultados. En cuanto a Nathan, creyó, desde luego, que en la próxima legislatura llegaría al poder con dos viejos periodistas, uno de los cuales, ministro entonces, intentaba derribar a sus colegas para consolidarse él. Después de seis meses de ausencia, Nathan volvió a ver a Florina con gusto y cayó de nuevo indolentemente en sus viejas costumbres. Bordó en secreto, con las flores más bellas de su pasión ideal y con los placeres que derramaba Florina, la pesada trama de su vida. Sus cartas a María eran obras maestras de amor, de gracia y de estilo. Nathan hacía de ella la luz de su vida y no emprendía nada sin consultar su genio maléfico. Pesaroso de encontrarse del lado popular, quería a veces abrazar la causa de la aristocracia; pero, pese a su costumbre de los equilibrios, veía una imposibilidad absoluta en saltar de la izquierda a la derecha; más fácil era llegar a ministro.

Las valiosas cartas de María estaban encerradas en una de esas carteras con secreto regaladas por Huret o Fichet, por uno de los dos mecánicos que luchaban, a fuerza de anuncios y de carteles distribuidos por París, por cuál de los dos haría las cerraduras más imposibles de forzar y más discretas. La cartera se encontraba en el nuevo boudoir de Florina, en el que trabajaba Raúl. Nadie es más fácil de engañar que una mujer a la que se tiene la costumbre de decírselo todo; no desconfía de nada y cree verlo y saberlo todo. Además, después de su vuelta, la actriz era testigo de la vida de Nathan y no encontraba en ella irregularidad alguna. Jamás hubiese imaginado que aquella cartera, entrevista apenas y manejada con naturalidad, contuviese unos tesoros de amor, las cartas de una rival, que, a petición de Raúl, la condesa dirigía a la oficina del periódico. La situación de Nathan parecía brillante en extremo. Tenía muchos amigos. Dos obras escritas en colaboración y que acababan de lograr sendos éxitos, le daban lo suficiente para mantener su lujo y le quitaban toda preocupación en cuanto al porvenir. Además, no se inquietaba en modo alguno por su deuda con Du Tillet, su amigo.

—¿Cómo desconfiar de un amigo? —decía, cuando algunas veces Blondet se permitía algunas dudas, arrastrado por su costumbre de analizarlo todo.

—Pero no tenemos tampoco que desconfiar de nuestros enemigos —decía Florina.

Nathan defendía a Du Tillet. Du Tillet era el mejor, el más condescendiente y el más probo de los hombres. Aquella existencia de bailarín en la cuerda floja, sin balancín, hubiese asustado a todo el mundo, incluso a un indiferente, de haber penetrado el misterio; pero Du Tillet la contemplaba con el estoicismo y los ojos fríos de un advenedizo. En la amistosa cordialidad de su proceder con Nathan había una ironía atroz. Un día, mientras le contemplaba subir a su cabriolé, después de estrechar su mano, al salir de casa de Florina, le dijo a Lousteau, el envidioso por excelencia:

—Va al bosque de Bolonia con un tren magnífico, y dentro de seis meses estará quizá en Clichy.

—¿Él? ¡Jamás! —exclamó Lousteau—. Para eso está Florina.

—Y ¿quién te dice, hijo mío, que va a conservarla? En cuanto a ti, que vales mil veces lo que él, serás sin duda nuestro redactor en jefe dentro de seis meses.

En octubre vencieron las letras de cambio, y Du Tillet las renovó amablemente, aunque por dos meses y con el aumento del interés y de un nuevo préstamo. Seguro de la victoria, Raúl metía la mano hasta el codo. La señora Félix de Vandenesse iba a volver dentro de algunos días, un mes antes que de costumbre, atraída por un deseo desenfrenado de ver a Nathan, que no quiso estar a merced de un apuro monetario en el momento en que iba a reanudar su vida militante. La correspondencia, en la cual la pluma es siempre más atrevida que la palabra, y en la que el pensamiento revestido de sus flores lo trata todo y puede decirlo todo, había hecho llegar a la condesa al grado más alto de la exaltación; veía en Raúl a uno de los más claros genios de la época, un corazón exquisito y desconocido, sin mácula y digno de adoración, y le veía alargar una mano osada al festín del poder. Muy pronto aquella palabra, tan hermosa en amor, resonaría en la tribuna. María no vivía ya sino de aquella vida de círculos entrelazados, como los de una espera, y en el centro de los cuales está el mundo. Sin gusto para las tranquilas dichas del hogar, recibía las agitaciones de aquella vida de torbellino, comunicadas por una pluma hábil y amorosa. Besaba las cartas escritas en medio de las batallas libradas por la Prensa y en horas hurtadas al estudio; estimaba todo su valor, estaba segura de ser amada exclusivamente y de no tener como rivales más que la gloria y la ambición, y encontraba empleo en el fondo de su soledad para todas sus potencias; era dichosa por haber sabido elegir: Nathan era un ángel. Felizmente, su retiro en sus posesiones y las barreras que existían entre ella y Raúl habían llegado a extinguir las maledicencias de la gente. Durante los últimos días del otoño, María y Raúl reanudaron sus paseos por el bosque de Bolonia, único sitio donde podían verse hasta el momento en que se abriesen de nuevo los salones. Raúl pudo saborear con alguna mayor facilidad los puros y exquisitos goces de su vida ideal y ocultársela a Florina: trabajaba algo menos, las cosas iban por sí solas en el periódico y cada redactor conocía su labor. Involuntariamente hizo comparaciones, todas ellas favorables para la actriz, sin que, no obstante, saliese perdiendo en ellas la condesa.

Destrozado de nuevo por las maniobras a las que le condenaba su pasión de corazón y de cabeza por una mujer del gran mundo, Raúl sacó fuerzas sobrehumanas para estar a la vez en tres teatros: el gran mundo, el periódico y las bambalinas. En el momento en que Florina, que le estaba agradecida por todo, y que casi compartía sus trabajos y sus inquietudes, aparecía y desaparecía oportunamente y vertía sobre él a raudales una dicha real, sin frases y sin acompañamiento alguno de remordimientos, la condesa, de ojos insaciables y casto pecho, olvidaba sus trabajos gigantescos y las dificultades arrostradas con frecuencia para verla un instante. En vez de dominar, Florina se dejaba tomar, dejar y volver a tomar, con la complacencia de un gato que cae siempre sobre sus patas y sacude sus orejas. Tal facilidad de costumbres se compagina de un modo admirable con el género de vida de los hombres intelectuales; y todo artista se hubiese aprovechado de ella, como lo hacía Nathan, sin abandonar la prosecución de aquel bello amor ideal y de aquella pasión espléndida que hechizaba sus instintos de poeta, sus grandezas secretas y sus vanidades sociales. Convencido de la catástrofe que podría originar una indiscreción, decíase: «¡Ni la condesa ni Florina sabrán nunca nada!». ¡Estaban tan lejos la una de la otra! A la entrada del invierno reapareció Raúl en sociedad, en todo su apogeo: era casi un personaje. Rastignac, que había caído con el ministerio dislocado por la muerte de De Marsay, se apoyaba en Raúl y le apoyaba con sus elogios. La señora de Vandenesse quiso saber entonces si su marido había modificado su opinión sobre Nathan. Pasado un año, le interrogó de nuevo, creyendo que iba a tomarse uno de esos desquites rotundos que agradan a todas las mujeres, aun a las más nobles y menos terrenas, ya que se puede apostar, sin temor a perder, que los ángeles tienen también amor propio al colocarse por orden de jerarquía en torno al Santo de los Santos.

—Sólo le faltaba ser víctima de los intrigantes —contestó el conde.

Félix, a quien el trato de la gente y el conocimiento de la política permitían ver claro, había adivinado la situación de Raúl. Explicó tranquilamente a su mujer que la tentativa de Fieschi había tenido por resultado ligar con más fuerza a muchas personas tibias a los intereses amenazados en la persona del rey Luis Felipe. Los periódicos sin color definido perderían sus suscriptores, pues el periodismo iba a simplificarse con la política. Si Nathan había puesto su fortuna en su periódico, muy pronto caería. Aquel golpe de vista tan preciso y claro, aunque sucinto y dirigido con la intención de profundizar en una cuestión carente de interés, por un hombre que sabía calcular las posibilidades de éxito de todos los partidos, asustó a la señora de Vandenesse.

—¿Os interesáis mucho por él? —preguntó Félix a su mujer.

—Como por un hombre cuyo ingenio me entretiene y cuya conversación me agrada.

Esta respuesta fue hecha con tanta naturalidad, que el conde no sospechó nada. Al día siguiente, a las cuatro, María y Raúl tuvieron una larga conversación en voz baja en casa de la señora de Espard. La condesa expresó unos temores que Raúl desvaneció, muy contento de abatir con epigramas la grandeza conyugal de Félix. Nathan tenía que tomarse un desquite, y describió al conde como un espíritu mezquino, como un hombre atrasado, que quería juzgar la revolución de Julio por el patrón de la Restauración y que se negaba a admitir el triunfo de la clase media, fuerza nueva de la sociedad, temporal o durable, pero real. Ya no había grandes señores posibles y el reinado de las verdaderas eminencias llegaba. En vez de analizar las opiniones indirectas e imparciales de un hombre político interrogado sin pasión, Raúl alardeó, se encaramó en su orgullo y se envolvió en la púrpura de su éxito. ¿Qué mujer no cree más a su amante que a su marido?

CAPÍTULO DOS

La señora de Vandenesse, tranquilizada, recomenzó aquella vida de excitaciones contenidas, de pequeños goces escondidos, de manos que se oprimen clandestinamente; que había sido su alimento el invierno anterior, pero que acaba por arrastrar a una mujer más allá de los límites cuando el hombre a quien ama es algo resuelto y se impacienta por los obstáculos. Afortunadamente para ella, Raúl, moderado por Florina, no era peligroso. Además, se vio ocupado por intereses que no le permitieron aprovechar su dicha. Sin embargo, una desgracia repentina que le ocurriese a Nathan, unos obstáculos renovados o una impaciencia podían precipitar a la condesa a un abismo. Raúl vislumbraba tales disposiciones en María cuando a fines de diciembre Du Tillet quiso ser pagado. El rico banquero, que decía encontrarse en una dificultad, le dio a Raúl el consejo de tomar prestada la cantidad por quince días a un usurero, Gigonnet, la providencia al veinticinco por ciento de todos los jóvenes en apuros. Dentro de algunos días, el periódico iba a hacer su gran renovación de suscripciones de enero, habría dinero en la caja y Du Tillet vería. Además, ¿por qué no escribía Nathan una nueva obra? Nathan, por orgullo, quiso pagar a toda costa. Du Tillet dio a Raúl una carta para el usurero, leída la cual, le prestó Gigonnet las cantidades contra letras de cambio a veinte días. En vez de averiguar las razones de semejante facilidad, Raúl lamentó no haber pedido más. Éste es el modo de comportarse los hombres más notables por la fuerza de su cerebro; ven motivo para burlas en un hecho grave, parecen reservar su inteligencia para sus obras, y, por miedo a gastarla, no la emplean en las cosas de la vida. Raúl refirió lo hecho aquella mañana a Florina y a Blondet; les describió a Gigonnet de cuerpo entero, su chimenea sin fuego, su papel de Réveillon, su escalera, su campanilla asmática y el llamador de pata de ciervo, su alfombrilla gastada, su hogar sin fuego como su mirada: les hizo reír con aquel nuevo tío; y ni se inquietaron por Du Tillet, que se decía sin dinero, ni por un usurero tan desprendido. ¡Todo eso eran manías!

—No te ha fijado más que un quince por ciento —dijo Blondet—; debes estarle agradecido. Al veinticinco por ciento, ya no se les saluda; la usura comienza al cincuenta por ciento, interés por el que se les desprecia.

—¿Despreciarlos? —dijo Florina—. ¿Qué amigos tenéis que os presten con ese interés sin que pretendan pasar por bienhechores vuestros?

—Tiene razón, estoy contento de no deberle ya nada a Du Tillet.

¿Por qué esa falta de perspicacia en sus asuntos personales en hombres acostumbrados a adivinarlo todo? Acaso la inteligencia no puede ser total en todos sus aspectos; acaso los artistas viven demasiado en el momento presente para que les sea posible estudiar el porvenir; acaso observan demasiado las ridiculeces para poder ver un lazo, y creen que no se atreven a engañarles. Las consecuencias no se hicieron esperar. Veinte días después, las letras de cambio eran protestadas, pero Florina pidió y obtuvo del tribunal de comercio veinticinco días para pagar. Raúl estudió su situación y pidió cuentas: resultó que los ingresos del periódico cubrían las dos terceras partes de los gastos y que las suscripciones flojeaban. El gran hombre se volvió inquieto y sombrío, pero sólo para Florina, a la que se confió. Ésta le aconsejó hipotecar dos obras de teatro por hacer, vendiéndolas por un tanto alzado y enajenando los derechos de su repertorio. Nathan encontró por este medio veinte mil francos, reduciendo así su deuda a cuarenta mil. El 10 de febrero expiraron los veinticinco días. Du Tillet, que no quería a Nathan como competidor en el colegio electoral donde pensaba presentarse, dejándole a Massol otro colegio que era ministerial, hizo perseguir a muerte a Raúl por Gigonnet. Un hombre procesado por deudas no puede presentarse como candidato. Clichy podía devorar al futuro ministro. Florina se encontraba también en continuo trato con los agentes judiciales, a causa de sus deudas personales; y, en tal crisis, no le quedaba más recurso que el yo de Medea, pues sus muebles fueron embargados. El ambicioso escuchaba por todas partes los crujidos de la destrucción en su flamante edificio, construido sin cimientos. Sin fuerzas ya para sostener una empresa tan vasta, sentíase incapaz de recomenzarla y se disponía a perecer bajo los escombros de su fantasía. Su amor por la condesa producía aún algunos chispazos de vida, animaba su rostro como una máscara; pero, por dentro, la esperanza estaba muerta. No sospechaba de Du Tillet, y no veía sino al usurero. Rastignac, Blondet, Lousteau, Vernou, Finot y Massol guardábanse muy bien de iluminar a aquel hombre, de una acometividad tan peligrosa. Rastignac, que quería recuperar el poder, hacía causa común con Nucingen y Du Tillet. Los demás experimentaban goces infinitos contemplando la agonía de uno de los suyos, culpable de haber querido ser su amo. Ninguno de ellos le hubiese dicho una palabra a Florina; al contrario, elogiaban ante ella a Raúl, «¡Nathan tenía hombros capaces de sostener el mundo; saldría de aquello y todo marcharía maravillosamente!».

—Ayer se hicieron dos suscripciones —decía Blondet gravemente—; Raúl será diputado. Una vez votado el presupuesto, aparecerá el decreto de disolución.

Nathan, perseguido, no podía ya contar con la usura. Florina, embargada, no podía ya contar sino con la casualidad de una pasión inspirada a algún tonto que jamás se encuentra cuando hace falta. Nathan no tenía por amigos más que a gentes sin dinero y sin crédito. Una detención mataría sus esperanzas de fortuna política. Para colmo de desgracia, veíase comprometido a enormes trabajos pagados por adelantado y no le veía el fondo al abismo de miseria a que iba a rodar. Frente a tantas amenazas, su audacia le abandonó. ¿Se uniría con él la condesa de Vandenesse? ¿Querría huir lejos? Las mujeres no son jamás arrastradas a tal abismo sino por un amor total, y su pasión no les había atado el uno al otro con los lazos misteriosos de la felicidad. Pero en el caso de que la condesa le siguiese al extranjero, iría sin fortuna, desnuda por completo, y sería un estorbo más. Un espíritu de segunda categoría, un orgulloso como Nathan, debía ver entonces, y vio, en el suicidio, la espada que cortaría aquellos nudos gordianos. El pensamiento de caer frente a toda aquella sociedad en la que había penetrado y que había querido dominar, de dejar en ella a la condesa triunfante, volviendo él a ser un soldado de filas lleno de fango, no era soportable. La locura bailaba y hacía oír sus cascabeles a la puerta del palacio fantástico habitado por el poeta. En tal extremo, Nathan esperó un azar y no quiso matarse hasta el último momento.

En los últimos días, que se habían invertido en cursar las notificaciones del juicio y las comunicaciones de la orden de aprehensión, Raúl se presentó en todas partes, a pesar suyo, con ese aire fríamente siniestro que los observadores han podido notar en todas las personas destinadas al suicidio o que lo meditan. Las ideas fúnebres que acarician imprimen en su frente unos tintes grises y nebulosos; su sonrisa tiene algo de fatal y sus movimientos son solemnes. Esos desgraciados parecen querer chupar, hasta la pulpa, los frutos dorados de la vida; sus miradas no se apartan del corazón, escuchan su toque a muerto en el aíre, y están distraídos. María percibió tan espantosos síntomas una tarde, en casa de lady Dudley: Raúl se había quedado solo en un diván del boudoir, mientras todo el mundo hablaba en el salón; la condesa llegó hasta la puerta y él no levantó la cabeza, no oyendo tampoco la respiración de María ni el roce de su falda de seda. Contemplaba una flor de la alfombra con los ojos fijos, idiotizados por el dolor; prefería morir a abdicar. No todo el mundo tiene el pedestal de Santa Elena. El suicidio, por otra parte, imperaba entonces en París; pues ¿cuál otra va a ser la última palabra de las sociedades incrédulas? Raúl había resuelto suicidarse. La desesperación está en razón directa de las esperanzas, y la de Raúl no tenía más salida que la tumba.

—¿Qué tienes? —le dijo María volando a su lado.

—Nada —respondió él.

Hay un modo de decir ese nada, entre amantes, que significa todo lo contrario. María alzó los hombros.

—Sois un niño —le dijo—, os ha ocurrido alguna desgracia.

—No a mí —dijo él—. Además, ya lo sabréis demasiado pronto, María —replicó afectuosamente.

—¿En qué pensabas cuando entré? —preguntó ella con aire autoritario.

—¿Quieres saber la verdad?

Ella inclinó la cabeza.

—Estaba pensando en ti, y me decía que muchos hombres, en mi lugar, hubiesen querido ser amados sin reserva: yo lo soy, ¿no es así?

—Sí —dijo ella.

—Y te dejo pura y sin remordimientos —prosiguió él estrechándola por la cintura y atrayéndola hacia sí para besarla en la frente, a riesgo de que les sorprendiesen—. Puedo arrastrarte al abismo y, sin embargo, permaneces a su borde, sin mancha y en toda tu gloria. A pesar de todo, un único pensamiento me importuna…

—¿Cuál?

—Que me despreciarás.

Ella sonrió con altivez.

—Sí, jamás creerás haber sido amada santamente; luego, me deshonrarán, lo sé. Las mujeres no pueden imaginar que del fondo de nuestro fango levantemos los ojos al cielo para adorar en él por entero a una María. Mezclan con este santo amor tristes cuestiones y no comprenden que hombres de alta inteligencia y de vasta poesía puedan desprender su alma del goce para reservársela a un altar querido. Sin embargo, María, el culto del ideal es más ferviente en nosotros que en vosotras: lo colocamos en la mujer que ni aun lo busca en nosotros.

—¿A qué viene ese artículo? —dijo ella burlonamente, como mujer segura de sí misma.

—Me voy de Francia; mañana sabrás por qué y cómo por una carta que te llevará mi ayuda de cámara. Adiós, María.

Raúl salió, después de haber estrechado a la condesa sobre su corazón con un abrazo horrible, dejándola idiotizada de dolor.

—¿Qué os ocurre, querida? —le dijo la marquesa de Espard, que había venido a buscarla—. ¿Qué os ha dicho el señor Nathan? Se ha despedido de nosotros con un aire melodramático. Estáis siendo demasiado razonable o demasiado poco razonable.

La condesa tomó el brazo de la señora de Espard para volver al salón, del que se marchó algunos instantes después.

—Va quizá a su primera cita —dijo lady Dudley a la marquesa.

—Voy a enterarme —replicó la señora de Espard marchándose y siguiendo el coche de la condesa.

Pero el cupé de la señora de Vandenesse tomó el camino del faubourg Saint-Honoré. Cuando la señora de Espard volvió a su casa, vio a la condesa Félix siguiendo por el faubourg, camino de la calle del Rocher. María se acostó, no pudo dormir y pasó la noche leyendo un viaje al Polo Norte, sin comprender lo que leía. A las ocho y media recibió una carta de Raúl y la abrió precipitadamente. La carta comenzaba con estas palabras clásicas.

«Mi bien amada, cuando leas este papel yo no perteneceré ya al mundo…»

No continuó, arrugó la carta con una contracción nerviosa, llamó a su doncella, se echó encima apresuradamente un peinador, calzóse los primeros zapatos que encontró, se envolvió en un chal y cogió un sombrero; luego salió, encargándole a su doncella que le dijese al conde que había ido a casa de su hermana, la señora Du Tillet.

—¿Dónde habéis dejado a vuestro amo? —le preguntó al criado de Raúl.

—En la oficina del periódico.

—Vamos allá —dijo ella.

Ante el asombro de la servidumbre, salió a pie, antes de las nueve, y dominada por una locura patente. Afortunadamente para ella, la doncella fue a decirle al conde que la señora acababa de recibir una carta de la señora Du Tillet que la había puesto fuera de sí, y que había acudido al punto a casa de su hermana, acompañada del criado que le había traído la carta. Vandenesse esperó la vuelta de su mujer para obtener explicaciones. La condesa subió a un coche de alquiler, que la llevó rápidamente a la oficina del periódico. A aquella hora, las vastas piezas ocupadas por el periódico en un caserón de la calle Feydeau estaban desiertas; sólo se encontraba allí un mozo, muy extrañado al ver una joven y linda mujer fuera de sí atravesarlas corriendo y preguntarle dónde estaba el señor Nathan.

—Está sin duda en casa de la señora Florina —respondió, tomando a la condesa por una rival que se disponía a hacer una escena de celos.

—¿Dónde trabaja aquí? —dijo ella.

—En un gabinete cuya llave tiene en su bolsillo.

—Llevadme a él.

El mozo la condujo a un cuartito sombrío que daba a un patio trasero y que en otro tiempo había sido un cuarto de aseo contiguo a un gran dormitorio cuya alcoba no había sido destruida. Como este gabinete formaba escuadra, la condesa, abriendo la ventana de la habitación, pudo ver por la del gabinete lo que en él pasaba: Nathan respiraba trabajosamente sentado en su sillón de redactor en jefe.

—Derribad esta puerta y callaos; yo compraré vuestro silencio —dijo ella—. ¿No estáis viendo que el señor Nathan se muere?

El mozo fue a la imprenta en busca de un bastidor de hierro con el que pudo derribar la puerta. Raúl se asfixiaba, como una simple modistilla, por medio de una estufa de carbón. Acababa de terminar una carta para Blondet, rogándole que atribuyese su muerte a una apoplejía fulminante. La condesa había llegado a tiempo: hizo trasladar a Raúl al coche de alquiler, y no sabiendo dónde prodigarle los primeros cuidados, entró en un hotel, tomó en él una habitación y envió al mozo del periódico en busca de un médico. En pocas horas quedó Raúl fuera de peligro, pero la condesa no se apartó de su cabecera antes de haber obtenido su confesión general. Una vez que el ambicioso derribado descargó en su corazón aquellas elegías espantosas de su dolor, volvió ella a su casa dominada por todos los tormentos y todas las ideas que, la víspera, asaltaban la frente de Nathan.

—Yo lo arreglaré todo —le había dicho para hacerle vivir.

—¡Bueno! ¿Qué le pasa a tu hermana? —preguntó Félix a su mujer al verla regresar—. Te encuentro muy alterada.

—Es una historia horrible sobre la que debo guardar el secreto más profundo —contestó ella, encontrando fuerzas para fingir tranquilidad.

Con el fin de estar sola y de poder pensar serenamente, fue por la noche a los Italianos, y después marchó a descargar su corazón en el de la señora Du Tillet, refiriéndole la horrible escena de aquella mañana y pidiéndole consejos y ayuda. Ni una ni otra podían saber entonces que era Du Tillet quien había encendido el fuego de la vulgar estufa cuya vista había espantado a la condesa Félix de Vandenesse.

—No tiene más que a mí en el mundo —había dicho María a su hermana—, y yo no le abandonaré.

En esta frase se compendia el secreto de todas las mujeres: son heroicas en cuanto tienen la certidumbre de serlo todo para un hombre grande e irreprochable.

Du Tillet había oído hablar de la pasión más o menos probable de su cuñada por Nathan; pero era de aquellos que la negaban o la juzgaban incompatible con las relaciones íntimas de Raúl y de Florina. La actriz tenía que expulsar a la condesa, y recíprocamente. Pero cuando al volver a su casa aquella noche se encontró a su cuñada, cuyo semblante le había anunciado ya graves perturbaciones en los Italianos, adivinó que Raúl había confiado sus apuros a la condesa, lo que quería decir que ella le amaba y que había venido a pedirle a María Eugenia la cantidad adeudada al viejo Gigonnet. La señora Du Tillet, a cuya penetración escapaba el secreto de aquella adivinación sobrenatural en apariencia, había mostrado una estupefacción tan grande, que las sospechas de Du Tillet se trocaron en certidumbre. El banquero creyó poder tener el hilo de las intrigas de Nathan. Nadie sabía que aquel desgraciado estuviese en la cama, en la calle del Mail, en un hotelucho, con el nombre del mozo del periódico, a quien la condesa había prometido quinientos francos si guardaba el secreto sobre los sucesos de la noche y de la mañana. Así, pues, Francisco Quillet había tenido la precaución de decirle a la portera que Nathan se había puesto enfermo a consecuencia de un exceso de trabajo. Du Tillet no se extrañó al no ver a Nathan. Era natural que el periodista se ocultase de las gentes encargadas de detenerle. Cuando los espías acudieron en busca de informes, se enteraron de que, por la mañana, había venido una señora para llevarse al redactor en jefe, y pasaron dos días antes de que descubriese el número del coche de alquiler, interrogasen al cochero y reconociesen y registrasen el hotel en que volvía a la vida el deudor. De este modo, las prudentes medidas adoptadas por María habíanle hecho obtener a Nathan una prórroga de tres días.

Cada una de las dos hermanas pasó una noche cruel. Una catástrofe semejante arroja el resplandor de sus brasas sobre la vida entera, iluminando los bajos fondos y los escollos más que las cimas, que habían sido hasta entonces objeto de las miradas. Impresionada por el horrible espectáculo de un joven muriendo en su sillón, ante su periódico, y escribiendo como un romano sus últimos pensamientos, la pobre señora Du Tillet no podía pensar en otra cosa sino en ayudarle y devolver la vida a aquella alma por la que su hermana vivía. Nuestro espíritu, por naturaleza, considera los efectos antes de analizar las causas. Eugenia aprobó de nuevo la idea que había tenido de dirigirse a la baronesa Delfina de Nucingen, en cuya casa iba a cenar, y no dudó del éxito. Generosa, como todas las personas que no han sido trituradas por los engranajes de acero pulimentado de la sociedad moderna, la señora Du Tillet resolvió tomarlo todo sobre sí.

Por su parte, la condesa, contenta con haber salvado ya la vida de Nathan, empleó la noche en inventar estratagemas para procurarse cuarenta mil francos. En crisis semejantes, las mujeres son sublimes. Llevadas por el sentimiento, llegan a combinaciones que sorprenderían a los ladrones, a los hombres de negocios y a los usureros, si estas tres clases de industriales, más o menos patentados, se asombrasen de algo. La condesa imaginaba vender sus diamantes pensando en ponerse otros falsos. Se decidía a pedir la cantidad a Vandenesse para su hermana, puesta ya en juego por ella, pero tenía demasiada nobleza y retrocedía ante los medios deshonrosos; no bien concebidos, los rechazaba. ¡El dinero de Vandenesse a Nathan! Y saltaba en su lecho asustada de su perversidad. ¿Hacer montar diamantes falsos? Su marido acabaría por darse cuenta. Pensaba en pedirle la suma a los Rothschild, que tenían tanto oro, y al arzobispo de París, que debía socorrer a los pobres, corriendo así de una religión a otra e implorándolo todo. Deploró verse fuera del Gobierno; tiempo atrás habría encontrado a quien pedirle prestado el dinero, en las cercanías del trono. Pensó en recurrir a su padre, pero el viejo magistrado sentía horror por las ilegalidades; sus hijos habían acabado por saber cuán poco simpatizaba con los infortunios del amor; no quería oír hablar de ello, se había vuelto misántropo y sentía horror por toda intriga. En cuanto a la condesa de Granville, vivía retirada en Normandía en una de sus posesiones, economizando y orando, terminando sus días entre sacerdotes y sacos de escudos, y fría hasta el último momento. Aunque María hubiese tenido tiempo de llegar a Bayeux, ¿iba a darle su madre tanto dinero sin saber a qué lo destinaba? ¿Pretextar deudas? Sí, quizá se dejase enternecer por su favorita. Pues bien, en caso de fracasar, iría la condesa a Normandía. El conde de Granville no se negaría a proporcionarle un pretexto de viaje, dándole el falso aviso de una grave enfermedad de su mujer. Vínole todo a la memoria para estimular su amor: el espectáculo desolador que la había asustado por la mañana, los cuidados prodigados a Nathan, las horas pasadas a la cabecera de su lecho, aquellas narraciones entrecortadas, aquella agonía de un gran espíritu, aquel vuelo del genio detenido por un vulgar e innoble obstáculo. Repasó sus emociones y se sintió aún más subyugada por las miserias que por las grandezas. ¿Hubiera besado ella aquella frente coronada por el éxito? No. Encontraba una nobleza infinita en las últimas palabras que Nathan le había dicho en el boudoir de lady Dudley. ¡Qué santidad en aquel adiós! ¡Qué nobleza en la inmolación de una dicha que se habría convertido en tormento suyo! La condesa había anhelado emociones para su vida y ahora abundaban, terribles, crueles, pero amadas. Vivía más por el dolor que por el placer. Con qué delicia se decía: «¡Le he salvado, y voy a salvarle otra vez!». Aún le oía gritando: «¡Sólo los desgraciados saben hasta dónde llega el amor!», al sentir los labios de María sobre su frente.

—¿Estás enferma? —le dijo su marido, que fue a buscarla a su alcoba para el almuerzo.

—Me encuentro horriblemente atormentada por el drama de casa de mi hermana —contestó ella sin mentir.

—Ha caído en muy malas manos; es una vergüenza para una familia contar en ella con un Du Tillet, un hombre sin nobleza; si a vuestra hermana le ocurriese algún desastre, no encontraría en absoluto compasión en él.

—¿Qué mujer quiere compasión? —dijo la condesa con un movimiento convulsivo—. Despiadados; vuestro rigor es una gracia todavía para vosotros.

—No es de hoy el que yo conozca vuestra nobleza de corazón —dijo Félix besando la mano de su mujer, conmovido por aquella altivez—. Una mujer que piensa así no necesita ser guardada.

—¿Guardada? —replicó ella—. Otra vergüenza que cae sobre vosotros.

Félix sonrió, mientras María enrojecía. Cuando una mujer se encuentra secretamente en falta, eleva ostensiblemente el orgullo femenino al más alto grado. Es un disimulo de espíritu que hay que agradecerle. El engaño está entonces lleno de dignidad, si no de grandeza. María escribió dos líneas a Nathan a nombre del señor Quillet, para decirle que todo iba bien, y se las envió por un recadero al hotel Du Mail. Por lo noche, en la Ópera, la condesa pudo utilizar los beneficios de sus embustes, pues su marido encontró muy natural que abandonase su palco para ir a ver a su hermana. Félix esperó para darle el brazo a que Du Tillet hubiese dejado sola a su mujer. ¡Qué emoción agitó a María al atravesar el corredor, al entrar en el palco de su hermana y al sentarse en él con una frente serena y tranquila ante la gente asombrada de verlas juntas!

—Bien, y ¿qué? —le dijo.

El rostro de María Eugenia era una respuesta: traslucíase en él una alegría ingenua que muchos personajes atribuyeron a una vanidosa satisfacción.

—Se le salvará, querida; pero sólo por tres meses, durante los cuales encontraremos cómo socorrerle más eficazmente. La señora de Nucingen quiere cuatro letras de cambio, cada una de diez mil francos, firmadas no importa por quién, para no comprometerte. Me ha explicado cómo debían extenderse; yo no he comprendido nada, pero el señor Nathan te las preparará. Únicamente he pensado que Schmuke, nuestro viejo maestro, puede sernos útil en esta circunstancia: él las firmaría. Uniendo a esos cuatro efectos una carta por la que garantizará su pago a la señora de Nucingen, ella te entregará mañana el dinero. Hazlo todo tú misma, no te fíes de nadie. He pensado que Schmuke no tendría objeción alguna que oponerte. Para despistar, he dicho que tú querías favorecer a nuestro antiguo profesor de música, un alemán infortunado, y he podido pedir el secreto más absoluto.

—¡Tienes el ingenio de un ángel! Con tal que la baronesa de Nucingen no hable del asunto hasta después de haber dado el dinero… —dijo la condesa levantando los ojos como para implorar a Dios, no obstante encontrarse en la Ópera.

—Schmuke vive en la callejuela de Nevers, en el muelle Conti, no lo olvides, y ve tú misma.

—Gracias —dijo la condesa estrechando la mano de su hermana—. ¡Ah! Daría diez años de mi vida…

—A deducir de tu vejez…

—Para hacer que cesasen para siempre angustias semejantes —dijo la condesa sonriéndose de la interrupción.

Todas las personas que dirigían sus lentes en aquel momento sobre las dos hermanas, podían creerlas ocupadas de frivolidades, al admirar sus risas ingenuas; pero uno de esos ociosos que, más que por placer, acuden a la

Ópera para espiar los atavíos y los rostros, hubiese podido adivinar el secreto de la condesa al percibir la violenta sensación que apagó la alegría de aquellas dos fisonomías encantadoras. Raúl, que no temía, durante la noche, a los corchetes, apareció, pálido y lívido, con la mirada inquieta y la frente sombría, en el peldaño de la escalera donde solía colocarse habitualmente. Buscó a la condesa en su palco, lo encontró vacío, y se cogió entonces la frente con sus manos apoyando el codo en la cintura.

«¿Podría estar en la Ópera?», pensó.

—Míranos, pobre gran hombre —dijo en voz baja la señora Du Tillet.

En cuanto a María, y a riesgo de comprometerse, prendió en él esa mirada violenta y fija con la que la voluntad brota de los ojos, como brotan del sol las sombras luminosas, y que, según los magnetizadores, penetra a la persona a la que se le dirige. Raúl pareció tocado con una varita mágica; levantó la cabeza y sus ojos encontraron de repente los de ambas hermanas. Con ese ingenio adorable que jamás abandona a las mujeres, la señora de Vandenesse cogió una cruz que jugueteaba sobre su escote y se la mostró con una sonrisa rápida y significativa. La joya irradió hasta la frente de Raúl, que respondió con una expresión jubilosa: había comprendido.

—¿Es que no es nada, Eugenia —dijo la condesa a su hermana—, devolver así la vida a los muertos?

—Puedes ingresar en la Sociedad de Náufragos —respondió Eugenia.

—¡Qué triste y abatido llegó, pero cuán contento se irá!

—¡Bueno! ¿Cómo estás, querido? —dijo Du Tillet estrechando la mano a Raúl y abordándole con todas las apariencias de la amistad.

—Pues como un hombre que acaba de recibir los mejores informes sobre las elecciones. Saldré elegido —respondió radiante Raúl.

—Encantado —replicó Du Tillet—. Va a hacernos falta dinero para el periódico.

—Lo encontraremos —dijo Raúl.

—Las mujeres tienen al diablo de su parte —dijo Du Tillet, sin dejarse convencer aún por las palabras de Raúl, a quien había llamado Charnathan.

—¿Por qué? —dijo Raúl.

—Mi cuñada está en el palco de mi mujer —dijo el banquero—; alguna intriga se traen entre manos. Por lo que veo, te adora la condesa, pues te saluda a través de toda la sala.

—Ya lo ves —dijo la señora Du Tillet a su hermana—, nos llaman hipócritas. Mi marido está haciéndole zalamerías al señor Nathan, y es él quien quiere meterle en la cárcel.

—¡Y los hombres nos acusan! —exclamó la condesa—. Yo le abriré los ojos.

Se levantó, volvió a tomar el brazo de Vandenesse, que la esperaba en el pasillo, y regresó radiante a su palco; luego salió de la Ópera, dio la orden a su coche para el día siguiente antes de las ocho, y a las ocho y media se encontraba en el muelle Conti, después de haber pasado por la calle del Mail.

El coche no podía entrar en la callejuela de Nevers; pero como Schmuke vivía en una casa situada en la esquina del muelle, la condesa no tuvo que andar por el barro, y saltó casi desde el estribo al pasadizo enfangado y ruinoso de aquella vieja casa negra, lañada, como la loza de un portero, con grapas de hierro, e inclinada de un modo que producía inquietud en los transeúntes. El viejo maestro de capilla vivía en el cuarto piso y gozaba de la hermosa vista del Sena desde el Pont-Neuf hasta la colina de Chaillot. Aquel buen hombre quedó tan sorprendido cuando el lacayo le anunció la visita de su antigua alumna, que, en su estupefacción, la dejó penetrar hasta su cuarto. Jamás habría imaginado ni sospechado la condesa la existencia que se reveló de pronto a sus miradas, aunque conociese de mucho tiempo atrás el profundo desdén de Schmuke por el vestido y el poco interés que le merecían las cosas de este mundo. ¿Quién hubiese podido creer en el abandono de una vida semejante y en una indiferencia tan total? Schmuke era un Diógenes músico y no sentía vergüenza de su desorden, al que se encontraba tan habituado que de seguro lo hubiese negado. El uso incesante de una buena pipa gruesa alemana había extendido sobre el techo y sobre el mísero papel que cubría las paredes, despellejado en mil partes por un gato, un tinte pajizo que daba a los objetos el aspecto de mieses doradas de Ceres. El gato, provisto de un vestido magnífico de largas sedas enmarañadas, como para darle envidia a una portera, estaba allí como la dueña de la casa, grave con su barba y sin inquietud; cuando entró la condesa, lanzó sobre ella desde lo alto de un excelente piano de Viena, en el que estaba encaramado en actitud magistral, esa mirada melosa y fría con la que toda mujer asombrada de su belleza le habría saludado; no se movió en absoluto, sino que movió únicamente los dos hilos de plata de sus rígidos bigotes y trasladó a Schmuke la mirada de sus dos ojos de oro. El piano, caduco y de una buena madera pintada de negro y oro, pero sucio, desteñido, desconchado, mostraba unas teclas gastadas como los dientes de los caballos viejos y amarillentas por el color fuliginoso caído de la pipa. Unos montoncillos de ceniza en el atril estaban diciendo que, la víspera, había cabalgado Schmuke sobre el viejo instrumento hacia algún aquelarre musical. Los baldosines, llenos de barro seco, de papeles rotos, de cenizas de pipa y de restos inexplicables, recordaban el piso de los pensionados cuando no ha sido barrido en ocho días, y del que los criados arrojan montones de cosas que guardan un término medio entre el estiércol y los harapos. Un ojo más práctico que el de la condesa hubiera encontrado allí informes acerca de la vida de Schmuke en algunas cáscaras de castaña, peladuras de manzana y cáscaras de huevo rojas, en platos rotos por inadvertencia y sucios de choucroute. Este detritus alemán formaba una alfombra de polvorientas inmundicias que crujían bajo los pies y se confundía con un montón de cenizas que descendían majestuosamente de una chimenea de piedra pintada en la que dominaba un buen pedazo de carbón de piedra ante el cual parecían consumirse dos tizones. Sobre la chimenea, un tremó con su espejo, cuyas figuras danzaban una zarabanda; a un lado, la gloriosa pipa colgada, y al otro, un cacharro chino en el que el profesor guardaba su tabaco. Dos butacas compradas al azar, como un camastro nada abultado y liso, como la cómoda carcomida y sin mármol, y como la mesa desvencijada en la que se veían los restos de un frugal almuerzo, componían aquel mobiliario, más sencillo que el de un wigham de mohicanos. Un espejo para afeitarse, colgado de la falleba de la ventana sin cortinas, y cubierto con un pingajo a rayas para la limpieza de la navaja, indicaba los sacrificios que Schmuke le hacía a las Gracias y al mundo. El gato, ser débil y protegido, era el más favorecido, pues gozaba de un viejo cojín de poltrona, junto al cual se veía una taza y un plato de porcelana blanca. Pero lo que no puede describirse en ningún estilo es el estado en que Schmuke, el gato y la pipa, trinidad viviente, habían puesto aquellos muebles. La pipa había quemado la mesa acá y allá; y el gato y la cabeza de Schmuke habían engrasado, hasta quitarle su aspereza, el verde terciopelo de Utrecht de las dos butacas. A no ser por la espléndida cola del gato, que hacía en parte la limpieza, jamás se habría quitado el polvo de los espacios libres sobre la cómoda o sobre el piano. En un rincón estaban los zapatos, que requerían una enumeración épica. Bajo la cómoda y el piano amontonábanse los libros de música, de lomos raídos, destripados y con los picos blancos y comidos, por los que el cartón mostraba sus mil hojas. Las direcciones de los alumnos estaban pegadas, a lo largo de las paredes, con obleas. El número de obleas sin papel correspondiente indicaba las direcciones jubiladas. Sobre el papel leíanse cálculos hechos con tiza. La cómoda estaba adornada con jarras de cerveza bebida la víspera y que parecían nuevas y brillantes en medio de aquellas vejeces y de los papelotes. La higiene estaba representada por un jarro de agua coronado de una toalla y un pedazo de jabón ordinario, blanco y jaspeado de azul, que humedecía en varios lugares el palo de Rosa. Dos sombreros igualmente viejos colgaban de una percha de la que estaba suspendido el mismo carrick azul de tres capas que la condesa le había visto siempre a Schmuke. Bajo la ventana había tres macetas de flores, de flores alemanas, sin duda, y al lado un bastón de acebo.

Aunque la vista y el olfato de la condesa hubiesen sido desagradablemente afectados, la sonrisa y la mirada de Schmuke le ocultaron estas miserias bajo rayos celestiales que hicieron resplandecer los tintes pajizos y vivificaron aquel caos. El alma de aquel hombre divino, que conocía y revelaba tantas cosas divinas, centelleaba como un sol. Su risa, tan franca y tan ingenua ante la aparición de una de sus santas Cecilias, vertió los resplandores de la juventud, de la alegría y de la inocencia. Derramó los tesoros más caros al hombre y se hizo con ellos un manto que ocultó su pobreza. El advenedizo más desdeñoso hubiese quizá encontrado innoble pensar en el marco en que se agitaba este magnífico apóstol de la religión musical.

—Y ¿bor gué gasualitat aquí, guerida señora gondesa? —dijo—. ¿Guiere gue gande el gandigo de Zimeón, a mi etat?

Tal pensamiento reavivó su acceso de risa inmoderada.

—¿Tepo gonsiderarme afortdunato? —prosiguió con aire sutil. Luego, volvió a su risa, como un niño—. Fenís bor la músiga, y no bor esde bopre hompre. Cha lo sé —dijo con aire melancólico—; bero fenit bor doto lo gue gueráis, ¡cha sapéis gue aguí doto es fuesdro: güerbo, alma y pienes!

Cogió la mano de la condesa, se la besó y depositó en ella una lágrima, pues el bueno del hombre estaba siempre como si acabase de recibir los beneficios la víspera. Su alegría le había hecho olvidar por un momento, para devolverle al instante el recuerdo con toda su fuerza. Seguidamente, cogió la tiza, saltó sobre el sillón que estaba ante el piano, y, con una rapidez de muchacho, escribió sobre el papel, en gruesos caracteres: 17 DE FEBRERO DE 1835. El bonito impulso tan ingenuo, fue realizado con tan impetuoso agradecimiento, que la condesa se conmovió profundamente.

—Va a venir mi hermana —le dijo.

—¡La odra dambién! ¿Guándo? ¿Guándo? ¡Gue sea andes de gue muera! —contestó.

—Vendrá a daros las gracias por un gran favor que yo vengo a pediros de su parte.

—¡Brondo, brondo, brondo, brondo! —exclamó Schmuke—. ¿Gué hay gue hacer? ¿Hay gue ir al infierno?

—Únicamente poner: Aceptado por la cantidad de diez mil francos, en cada uno de estos papeles —dijo ella, sacando de su manguito cuatro letras de cambio preparadas según la fórmula que le había dado Nathan.

—¡Ah! Brondo fa a esdar hetcho —respondió el alemán con la mansedumbre de un cordero—. Ahora, gué no sé bor tónte andan mis blumas y mi dindero. Fete te ahí, mein herr Mirr —le dijo al gato, que le miró fríamente—. Es mi gado —dijo señalándoselo a la condesa—. ¡Es el bopre animal gue file gon el bopre Schmuke! ¡Es ponito!

—Sí —dijo la condesa.

—¿Lo gueréis? —preguntó él.

—¡No faltaba más! —replicó ella—. ¿No es vuestro amigo?

El gato, que ocultaba el tintero, adivinó que Schmuke lo quería, y saltó sobre la cama.

—¡Es más bígaro gue un mono! —dijo señalándole en la cama—. Cho le chamo Mirr, bara glorificar a nuesdro gran Hoffmann te Perlín, a guien cho dradé mutcho.

Y, mientras, el bueno del hombre firmaba con la inocencia de un niño que hace lo que su madre le ordena hacer, sin comprender nada, pero seguro de hacer lo que debe. Preocupábase mucho más de la presentación del gato a la condesa que de los papeles por los que, de acuerdo con las leyes relativas a los extranjeros, podía perder su libertad para siempre.

—Fos me aseguráis gue esdos begueños babeles dimbratos…

—No tengáis la menor inquietud —dijo la condesa.

—Cho no dengo ninguna inguietut —replicó él bruscamente—. Cho bregundo si esdos begueños babeles dimbratos le gausarán un blacer a la señora Tu Dilled.

—¡Oh! Sí —dijo ella—, le hacéis con ello un favor como si fueseis su padre…

—Esdoy muy gondendo te boterle ser údil en algo. ¡Esgutchat mi músiga! —dijo dejando los papeles sobre la mesa y saltando al piano.

Y ya estaban las manos de aquel ángel corriendo sobre las viejas teclas, ya su mirada alcanzaba los cielos a través de los techos y ya el más delicioso de todos los cantos florecía en el aire y penetraba el alma; pero la condesa no dejó al ingenuo intérprete de las cosas celestiales hacer hablar las maderas y las cuerdas, como la santa Cecilia de Rafael, para los ángeles que la escuchan, sino el tiempo que tardó la tinta en secarse: se levantó, metió las letras de cambio en su manguito e hizo descender a su radiante maestro de los espacios etéreos en los que se cernía, llamándole a la tierra.

—Mi buen Schmuke —le dijo tocándole en un hombro.

—¡Cha! —exclamó con una espantosa sumisión—. ¿Bor gué finisdeis endonces?

No murmuró, y se irguió como un perro fiel para escuchar a la condesa.

—Mi buen Schmuke —replicó ella—, se trata de un asunto de vida o muerte, y los minutos ahorran sangre y lágrimas.

—Siembre la misma —dijo—. ¡Antat, ánguel! ¡It a segar el llando te los temás! ¡Sapet gue el bopre Schmuke diene en más fuesdra visida gue fuesdras rendas!

—Volveremos a vernos —dijo ella—; vendréis a tocar y a cenar conmigo todos los domingos, si no queréis que nos enfademos. Os espero el domingo próximo.

—¿De fertat?

—Os lo ruego, y mi hermana os señalará también un día, sin duda.

—Mi titcha será, endonces, gompleda —dijo—, bues no os feía más gue en los Gambos Elíseos, al basar en fuesdro gotche. ¡Pien bogas feces!

Tal pensamiento secó las lágrimas que le acudían a los ojos, y ofreció el brazo a su bella alumna, que sintió palpitar desmesuradamente el corazón del anciano.

—Os acordáis de nosotras —díjole ella.

—¡Siembre gue gomo mi ban! —replicó él—. Brimero, gomo a mis pienhetchoras; y luego, ¡gomo a las dos brimeras fófenes tignas te gariño gue cho he gonocito!

La condesa no osó decir más: había en esta frase una increíble, respetuosa, fiel y religiosa solemnidad. Aquella habitación ahumada y llena de desperdicios era un templo habitado por dos divinidades. Este sentimiento iba creciendo de minuto en minuto, sin que los que lo inspiraban se diesen cuenta.

«Aquí se nos quiere, se nos quiere mucho», pensó ella.

La emoción con que el viejo Schmuke vio subir al coche a la condesa fue compartida por ella, que, con la punta de los dedos, le envió uno de esos besos delicados que las mujeres se tiran de lejos para saludarse. Al verlo, Schmuke se quedó plantado sin moverse hasta mucho tiempo después de que el coche hubiese desaparecido. Momentos más tarde entraba en el patio del hotel de la señora de Nucingen. La baronesa no se había levantado aún, pero para no hacer esperar a una señora de alto rango, se envolvió en un chal y un peinador.

—Se trata de una buena acción, señora —dijo la condesa—, y la rapidez es en este caso una gracia más; de no ser así, no os hubiese molestado tan temprano.

—¡Cómo! Para mí es un placer —dijo la mujer del banquero tomando los cuatro papeles y la garantía de la condesa.

En seguida llamó a su doncella.

—Teresa, decidle al cajero que me suba él mismo, al momento, cuarenta mil francos.

Luego encerró en un cajón secreto de su mesa el escrito de la señora de Vandenesse, después de haberle puesto unas obleas.

—Tenéis una habitación deliciosa —dijo la condesa.

—El señor de Nucingen va a privarme de ella, pues está construyendo una nueva casa.

—Le daréis, sin duda, ésta a vuestra hija. Se habla de su matrimonio con el señor de Rastignac.

En el momento en que la señora de Nucingen iba a contestar, apareció el cajero; ella tomó los billetes y entregó las cuatro letras de cambio.

—Así se compensa —dijo la baronesa al cajero.

—Salfo el tesgüendo —dijo el cajero—. Es de Schmuke, un músigo te Ansbach —añadió al ver la firma y haciendo estremecerse a la condesa.

—¿Hago yo, por ventura, negocios? —dijo la señora de Nucingen, reprendiendo al cajero con una mirada altanera—. Es algo que sólo a mí me interesa.

Por más que el cajero miró alternativamente a la condesa y a la baronesa, encontró sólo unos rostros inmóviles.

—Andad, dejadnos. Hacedme el favor —siguió la baronesa dirigiéndose a la señora de Vandennesse— de quedaros algunos momentos, con el fin de que no crea que tenéis alguna participación en este asunto.

—Me atrevería a pediros que, a tantas atenciones, unieseis la de guardarme el secreto —replicó la condesa.

—Tratándose de una buena acción, no hay ni que decirlo —respondió la baronesa sonriendo—. Voy a hacer que envíen vuestro coche al extremo del jardín, y así partirá sin vos; luego, lo atravesaremos juntas, y nadie os verá salir de aquí: será algo completamente inexplicable.

—Tenéis las bondades de una persona que ha sufrido —dijo la condesa.

—No sé si tengo bondades, pero he sufrido mucho —dijo la baronesa —; vos habéis obtenido las vuestras, según pienso, no tan caras.

Una vez dada la orden, la baronesa se puso unas zapatillas forradas y un abrigo de pieles y condujo a la condesa hasta la puertecilla de su jardín.

Cuando un hombre ha urdido un plan como el tramado por Du Tillet contra Nathan, no se lo confía a nadie. Nucingen sabía algo, pero su mujer estaba por completo ignorante de aquellos cálculos maquiavélicos. Claro que la baronesa, que sabía que Raúl se encontraba en un apuro, no se había dejado engañar por las dos hermanas; había adivinado muy bien a qué manos iba a ir aquel dinero y estaba encantada de hacerle un favor a la condesa, pues sentía, por otra parte, una profunda compasión por tal clase de apuros. Rastignac, que se encontraba en situación de poder adivinar las maniobras de los dos banqueros, fue a almorzar con la señora de Nucingen. Delfina y Rastignac no tenían ningún secreto el uno para el otro, y ella le refirió su escena con la condesa. Rastignac, incapaz de imaginar que la baronesa pudiese llegar jamás a mezclarse en aquel asunto, un medio más entre todos los que él utilizaba, y que, por otra parte, era de poca importancia a sus ojos, la ilustró acerca del caso. Delfina acababa quizá de destruir las esperanzas electorales de Du Tillet y de inutilizar los engaños y sacrificios de un año entero. Rastignac puso entonces a la baronesa al tanto, recomendándole silencio sobre la falta que acababa de cometer.

—Siempre que el cajero no le hable de ello a Nucingen… —dijo ella.

Momentos antes del mediodía, y mientras Du Tillet almorzaba, le fue anunciado el señor Gigonnet.

—Que entre —dijo el banquero, aunque su mujer estaba comiendo con él—. Bueno, mi viejo Shylock, ¿han metido ya en chirona a nuestro hombre?

—No.

—¿Cómo? ¿No os dije que en la calle del Mail, hotel…?

—Ha pagado —dijo Gigonnet sacando de su cartera cuarenta billetes de Banco.

Du Tillet puso un gesto de desesperación.

—No se deben acoger mal los escudos nunca —dijo el impasible compinche de Du Tillet—, eso puede traer mala suerte.

—¿Dónde habéis obtenido ese dinero, señora? —dijo el banquero lanzándole a su mujer una mirada que la hizo enrojecer hasta la raíz de los cabellos.

—No sé lo que queréis decir —dijo ella.

—Yo averiguaré este misterio —respondió él, levantándose furioso—. Habéis tirado abajo los proyectos que acariciaba con más deleite.

—Vais a tirar vuestro almuerzo —dijo Gigonnet, sujetando el mantel enredado en un faldón de la bata de Du Tillet.

La señora de Du Tillet se levantó con frialdad para salir. Aquella frase la había dejado espantada. Llamó, y acudió un lacayo.

—Mis caballos —le dijo al criado—. Llamad a Virginia para que me vista.

—¿Dónde vais? —dijo Du Tillet.

—Los maridos bien educados no interrogan a sus mujeres —contestó ella—, y vos tenéis la pretensión de conduciros como un gentilhombre.

—No os conozco ya desde estos dos días en que habéis visto dos veces a vuestra impertinente hermana.

—Me habéis ordenado que sea impertinente —dijo ella—, y me ensayo con vos.

—Servidor vuestro, señora —dijo Gigonnet, que no sentía mucha curiosidad por presenciar una escena conyugal.

Du Tillet miró fijamente a su mujer, que le devolvió la mirada sin bajar los ojos.

—¿Qué significa esto? —dijo.

—Que ya no soy una niña a la que podéis asustar —replicó ella—. Soy y seré toda mi vida una mujer leal y buena para vos; si queréis podréis ser un amo, pero un tirano, no.

Du Tillet salió. Después de aquel esfuerzo, María Eugenia entró en sus habitaciones abatida. «A no ser por el peligro que corre mi hermana —se dijo—, jamás me hubiese atrevido a provocarle de este modo». Pero, como dice el proverbio, no hay mal que por bien no venga. Durante la noche, la señora Du Tillet había repasado en su memoria las confidencias de su hermana. Segura de la salvación de Raúl, su pensamiento no estaba ya dominado por la idea de aquel peligro inminente. Recordó la terrible energía con que había hablado la condesa de huir con Nathan para consolarle de su desastre, si ella no podía impedirlo. Comprendió que aquel hombre era capaz de convencer a su hermana, por un exceso de agradecimiento y de amor, de que hiciese lo que la prudente Eugenia consideraba una locura. Había, en la alta sociedad, ejemplos recientes de estas huidas en las que placeres inciertos son pagados con remordimientos y con la desconsideración a que dan lugar las situaciones falsas, y Eugenia recordaba sus espantosos resultados. La frase de Du Tillet había hecho llegar su terror al colmo; temió que todo se descubriese; vio la firma de la condesa de Vandenesse en la cartera de la casa Nucingen y pensó suplicarle a su hermana que se lo confesase todo a Félix. La señora Du Tillet no encontró a la condesa, pero Félix estaba en su casa. Una voz interior gritóle a Eugenia que salvase a su hermana. Quizá mañana sería demasiado tarde. Costábale gran trabajo, pero se decidió a decírselo todo al conde. ¿No se mostraría indulgente al saber que su honor se encontraba aún a salvo? La condesa estaba más extraviada que pervertida. Eugenia tuvo miedo de ser una cobarde y una traidora divulgando unos secretos que la sociedad entera, de acuerdo en esto, guarda siempre; pero, sobre todo, imaginó el porvenir de su hermana, y tembló ante el temor de verla un día sola, arruinada por Nathan, pobre, doliente, desgraciada y desesperada; no vaciló más e hizo que la anunciasen al conde. Félix, extrañado de aquella visita, tuvo con su cuñada una larga conversación, durante la cual se mostró tan sereno y tan dueño de sí, que ella temió verle adoptar alguna terrible resolución.

—Estad tranquila —le dijo Vandenesse—, me conduciré de modo que algún día seáis bendecida por la condesa. Por grande que sea vuestra repugnancia de guardar el secreto con ella, después de haberme puesto al tanto del asunto, concededme un crédito por algunos días. Necesito algunos para esclarecer los misterios que vos no percibís, y sobre todo para obrar con prudencia. ¡Acaso lo averigüe todo en un momento! Yo soy el único culpable, hermana. Todos los amantes hacen su juego; pero no todas las mujeres tienen la fortuna de ver la vida como es.

La señora Du Tillet salió tranquilizada. Félix de Vandenesse fue, al punto, al Banco de Francia a sacar cuarenta mil francos, y corrió a casa de la señora de Nucingen: la encontró, le dio gracias por la confianza que había depositado en su mujer y le devolvió el dinero. El conde explicó el misterioso préstamo atribuyéndolo a las locuras de una filantropía a la que había querido poner coto.

—No me deis ninguna explicación, señor, ya que la señora de Vandenesse os ha confesado todo —dijo la baronesa de Nucingen.

«Está enterada de todo», pensó Vandenesse.

La baronesa devolvió la carta de garantía y envió en busca de las cuatro letras de cambio. Durante este tiempo, Vandenesse dirigió a la baronesa la mirada sutil de los hombres de Estado, casi llegó a inquietarla, y juzgó propicio el momento para una negociación.

—Vivimos en una época, señora en la que nada es seguro —le dijo—. Los tronos se elevan y se esfuman en Francia con una rapidez espantosa. Quince años bastan para liquidar un gran imperio, una monarquía y también una revolución. Nadie se atrevería a garantizar el porvenir. Ya conocéis mi adhesión a la causa de la legitimidad. Estas palabras no tienen nada de extraordinario en mi boca. Imaginaos una catástrofe, ¿no os agradaría contar con un amigo en el partido que triunfase?

—Indudablemente —dijo ella sonriendo.

—¡Pues bien! ¿Queréis tener en mí, en secreto, un hombre agradecido que pudiese mantenerle al señor de Nucingen, llegado el caso, la dignidad de par a que aspira?

—¿Qué queréis de mí? —exclamó ella.

—Poca cosa. Todo lo que sabéis sobre Nathan.

La baronesa le repitió su conversación de aquella mañana con Rastignac y dijo al ex par de Francia, entregándole las cuatro letras de cambio que fue a tomar de manos del cajero:

—No olvidéis vuestra promesa.

Olvidaba Vandenesse tan poco aquella promesa prestigiosa, que la hizo brillar a los ojos del barón de Rastignac para obtener de él algunos otros informes.

Al salir de casa del barón, dictó a un memorialista la carta siguiente para Florina: «Si la señorita Florina quiere saber cuál es el primer papel que va a representar, se le ruega que acuda al próximo baile de la Ópera, haciéndose acompañar por el señor Nathan».

Una vez puesta en el correo esta carta, se dirigió a casa de su agente de negocios, joven muy hábil y listo, aunque honrado, y le rogó que fingiese ser un amigo a quien Schmuke habría confiado el secreto de la visita de la señora de Vandenesse, al sentirse intranquilo, algo tarde, sobre el significado de las palabras: Aceptado por la cantidad de diez mil francos, repetida cuatro veces, y que iba a pedirle al señor Nathan una letra de cambio de cuarenta mil francos como contraletra. El juego era aventurado. Nathan podía haberse enterado ya de cómo se habían arreglado las cosas, pero era preciso aventurar algo para ganar mucho. En su turbación, María podía muy bien haberse olvidado de pedirle a Raúl una garantía para Schmuke. El agente de negocios fue inmediatamente al periódico, volviendo triunfante, a las cinco, a casa del conde, con una contraletra por cuarenta mil francos. A las primeras palabras cambiadas con Nathan, pudo decir que le había enviado la condesa.

Este éxito obligaba a Félix a impedir que su mujer viese a Raúl hasta la hora del baile de la Ópera, adonde pensaba llevarla para que allí, y por sí misma, se convenciese de la naturaleza de las relaciones de Nathan con Florina. Conocía el celoso orgullo de la condesa; quería hacerla renunciar por su propio impulso a su amor, no darle ocasión de que tuviese que avergonzarse a sus ojos y mostrarle oportunamente sus cartas a Nathan, vendidas por Florina, de la que contaba rescatarlas. Este plan tan prudente, tan rápidamente concebido y ejecutado en parte, debía fallar por una jugarreta del azar, que lo modifica todo aquí abajo. Después de la cena, Félix sacó la conversación acerca del baile de la Ópera, haciendo notar que María no había ido nunca; y le propuso tal diversión para el día siguiente.

—Ya os proporcionaré alguien a quien embromar —le dijo.

—¡Ah! Me causaréis un gran placer.

—Para que la broma sea buena, una mujer ha de buscar una hermosa presa, una celebridad, un hombre de talento, y hacer que se dé a los diablos. ¿Quieres que ponga en tus manos a Nathan? Conseguiré, por alguien que conoce a Florina, secretos suyos capaces de volverle loco.

—Florina —dijo la condesa—, ¿la actriz?

María había oído ya aquel nombre en labios de Quillet, el mozo del periódico, y por su espíritu pasó como un relámpago.

—Sí, su querida —respondió el conde—. ¿Hay algo de extraño en ello?

—Creía al señor Nathan demasiado ocupado para tener una querida. ¿Disponen los autores de tiempo para amar?

—Yo no digo que amen, querida, pero están obligados a vivir en alguna parte, como los demás hombres; y cuando no están en su casa, y se ven perseguidos por los agentes judiciales, viven en casa de sus queridas, lo cual podrá pareceros poco decoroso, pero no deja de ser infinitamente más agradable que vivir en la cárcel.

El fuego era menos rojo que las mejillas de la condesa.

—¿Le queréis por víctima? Le asustaréis —dijo el conde prosiguiendo y sin fijarse en el rostro de su mujer—. Os podré incluso poner en situación de probarle que vuestro cuñado Du Tillet le está engañando como a un niño. El miserable quiere hacer que lo encarcelen, a fin de incapacitarle para ser su contrincante en el colegio electoral en que Nucingen ha sido nombrado. Sé por un amigo de Florina la suma que produjo la venta de su mobiliario, y que ella le entregó para que fundase su periódico, y sé cuánto le ha enviado ella de la cosecha que fue este año a recoger por los escenarios de los departamentos y de Bélgica; dinero que, en definitiva, aprovecha a Du Tillet, a Nucingen y a Massol. Los tres, por adelantado, le han vendido el periódico al Ministerio, pues hasta tal punto están seguros de despojar al gran hombre.

—El señor Nathan es incapaz de haber aceptado dinero de una actriz.

—No conocéis en absoluto a esas gentes, querida —dijo el conde—; no será él quien os niegue el hecho.

—No dejaré de ir al baile —dijo la condesa.

—Os divertiréis —replicó Vandenesse—. Con armas semejantes, podréis fustigar con fuerza el amor propio de Nathan, y le haréis un favor. ¡Ya le veréis, enfureciéndose, serenándose y saltando bajo vuestros hirientes epigramas! A la par que os divertís, iluminaréis a un hombre de talento sobre el peligro en que se encuentra, y tendréis la satisfacción de que el sentido común… Pero no me estáis escuchando, niña mía.

—Al contrario, os escucho demasiado —respondió ella—. Más tarde os diré por qué me importa estar segura de todo eso.

—Segura —replicó Vandenesse—. Permaneces con el rostro cubierto, y te hago cenar con Nathan y Florina: será muy divertido para una mujer de tu clase embromar a una actriz, después de haber hecho caracolear la mente de un hombre célebre en torno a secretos tan importantes; los engancharás juntos a uno y a otro a la misma farsa. Voy a seguirle la pista a las infidelidades de Nathan. Si puedo enterarme de los detalles de alguna aventura reciente, podrás presenciar una cólera de cortesana, cosa magnífica; y la de Florina hervirá como un torrente de los Alpes: adora a Nathan, que lo es todo para ella, se agarra a él como la carne a los huesos y como la leona a sus crías. Recuerdo haber visto en mi juventud a una actriz célebre, que escribía como una cocinera, ir a pedirle a uno de mis amigos que le devolviese sus cartas, y no he vuelto a presenciar otro espectáculo como aquél; aquel furor tranquilo, aquella majestad impertinente, aquella actitud de salvaje… ¿Te sientes mal, María?

—No, es que han cargado demasiado la chimenea.

La condesa fue a dejarse caer en una confidente. De pronto, por uno de esos impulsos imposibles de prever, y que fue suscitado por los dolores ardientes de los celos, púsose en pie sobre sus piernas temblorosas, cruzó sus brazos y fue lentamente a colocarse delante de su marido.

—¿Qué es lo que sabes? —le preguntó—. No eres hombre capaz de torturarme, y en el caso de ser yo culpable, me aplastarías sin hacerme sufrir.

—¿Qué quieres que yo sepa, María?

—Pues… ¿Nathan?

—Crees amarle —dijo él—, pero amas un fantasma construido con frases.

—Entonces…, ¿sabes?

—Todo —dijo él.

Esta palabra cayó como una maza sobre la cabeza de María.

—Si lo prefieres, no sabré jamás nada —prosiguió—. Estás en un abismo, hija mía, y hay que sacarte de él: ya he hecho algo para ello. Toma.

Sacó de su bolsillo interior la carta de garantía y las cuatro letras de cambio de Schmuke, que la condesa reconoció y las arrojó al fuego.

—¿Qué hubiera sido de ti, pobre María, dentro de tres meses? Te hubieras visto arrastrada por los agentes judiciales a los tribunales. No bajes la cabeza, no te humilles: has sido víctima del engaño de los sentimientos más hermosos y has coqueteado con la poesía y no con un hombre. Todas las mujeres, todas, ¿oyes, María?, hubieran sido también seducidas en tu lugar. ¿No seríamos absurdos nosotros los hombres, que hemos hecho mil tonterías en veinte años, si quisiésemos que no fueseis imprudentes ni una sola vez en la vida? Dios me guarde de triunfar sobre ti o de abrumarte con una compasión que rechazabas tan vivamente el otro día. Quizá ese desgraciado era sincero cuando te escribía, sincero al matarse, sincero al volver aquella misma noche a casa de Florina. Valemos menos que vosotras. No estoy hablando por mí en este momento, sino por ti. Yo soy indulgente; pero la sociedad no lo es y se aparta de la mujer que brilla, pues no quiere que se acumule a una dicha completa la consideración. No sabría decir si es o no justo. El mundo es cruel, eso es todo. Acaso es más envidioso en masa que individualmente. Sentado en el anfiteatro, un ladrón aplaude el triunfo de la inocencia, y al salir le robará sus joyas. La sociedad se niega a aliviar los males que engendra; confiere honores a los engaños hábiles y no tiene recompensas para los sacrificios ignorados. Yo sé y veo todo eso, pero no puedo reformar el mundo; aunque, al menos, está en mis manos poderte proteger contra ti misma. Se trata aquí de un hombre que no te aporta más que miserias, y no de uno de esos amores santos y sagrados que se imponen a veces a nuestra abnegación y que llevan en sí mismo la excusa. Quizá he cometido el error de no introducir una variación en tu dicha y de no oponer a los placeres tranquilos otros más violentos, viajes y distracciones. Puedo además explicarme el deseo que te ha impulsado hacia un hombre célebre, por la envidia que le has causado a ciertas mujeres. Lady Dudley, la señora de Espard, la señora de Manerville y mi cuñada Emilia han tenido alguna intervención en todo esto. Esas mujeres, contra las que yo te había puesto en guardia, habrán cultivado tu curiosidad más para causarme un pesar que para arrojarte a ti en las tormentas que, así lo espero, habrán rugido sobre tu cabeza sin alcanzarte.

Al escuchar estas palabras llenas de bondad, la condesa se vio dominada por mil sentimientos contrarios; pero este torbellino fue pronto dominado por una viva admiración hacia Félix. Las almas nobles y altivas reconocen pronto la delicadeza con que se las maneja. Este tacto es a los sentimientos lo que la gracia al cuerpo. María apreció aquella grandeza diligente en rebajarse a los pies de una mujer en falta para no verla avergonzarse. Huyó como una loca, pero volvió traída por el pensamiento de la inquietud que su impulso podría causarle a su marido.

—Esperad —le dijo desapareciendo.

Félix le había preparado su excusa con arte, y al punto se vio recompensado por su habilidad, pues su mujer volvió con todas las cartas de Nathan en la mano y se las entregó.

—Juzgadme —dijo poniéndose de rodillas.

—¿Se está, acaso, en estado de juzgar bien cuando se ama? —respondió él. Cogió las cartas y las arrojó al fuego, pues más tarde su mujer podía no perdonarle haberlas leído. María, con la cabeza sobre las rodillas del conde, se deshacía en llanto—. Hija mía, ¿dónde están las tuyas? —dijo levantándole la cabeza.

A esta pregunta, la condesa no sintió ya el calor intolerable que tenía en las mejillas, y tuvo frío.

—Para que no hagas a tu marido sospechoso de calumniar al hombre que has creído digno de ti, haré que Florina misma te devuelva tus cartas.

—¡Oh! ¿Por qué no iba él a devolvérmelas si yo se lo pido?

—¿Y si se negase?

La condesa bajó la cabeza.

—La sociedad me repugna —dijo ella—; no quiero volver a frecuentarla. Viviré sola a tu lado, si me perdonas.

—Podrías seguir aburriéndote. Por otra parte, ¿qué diría la gente si huyeses de ella bruscamente? En primavera viajaremos, iremos a Italia, recorreremos Europa en espera de que tengas más de un hijo que educar. No estamos dispensados de ir mañana al baile de la Ópera, pues no podemos conseguir tus cartas de otro modo, sin comprometernos; y, al traértelas Florina, ¿no demostrará bien, sólo con eso, su influencia?

—¿Y veré yo tal cosa? —dijo la condesa espantada.

—Pasado mañana, de madrugada.

Al día siguiente, hacia la medianoche, paseábase Nathan en el baile de la Ópera por el foyer, dándole el brazo a una máscara, con una actitud bastante marital. Después de dos o tres vueltas, dos mujeres con antifaces se acercaron a ellos.

—¡Pobre tonto! Estás perdido. María está aquí y te está viendo —dijo Vandenesse, que se había disfrazado de mujer, a Nathan.

—Si quieres escucharme, podrás saber unos secretos que Nathan te ha ocultado y que te harán conocer los peligros que corre tu amor por él —dijo la condesa a Florina temblando.

Nathan había dejado bruscamente el brazo de Florina para seguir al conde, que había desaparecido a sus miradas entre la muchedumbre. Florina fue a sentarse al lado de la condesa, la cual la arrastró consigo hasta un diván, al lado de Vandenesse, que había vuelto para proteger a su mujer.

—Explícate, querida —dijo Florina—, y no creas que me voy a dejar quitar lo que es mío. Nadie en el mundo podrá arrancarme a Raúl; ya tú ves: le tengo cogido por el hábito, que vale tanto como el amor.

—Ante todo, ¿eres Florina? —dijo Félix recobrando su voz natural.

—¡Vaya una pregunta! Si no lo sabes, ¿cómo quieres que yo te crea, farsante?

—¡Ve a preguntarle a Nathan, que está buscando ahora a la amante de que te he hablado, dónde pasó la noche hace tres días! Intentó asfixiarse, pequeña, sin tú saberlo, por no tener dinero. Ya ves qué enterada estás de los asuntos de un hombre al que dices querer, y le dejas sin dinero hasta el punto de que se suicida; o mejor dicho, no se suicida, ya que su intento se frustró. Un suicidio frustrado es tan ridículo como un duelo sin un arañazo.

—Mientes —dijo Florina—. Cenó en mi casa aquel día, pero después de ponerse el sol. Al pobre muchacho le perseguían y se ocultó. Eso es todo.

—Entonces ve a preguntar a la calle del Mail, en el hotel Du Mail, si no le llevó moribundo una bella mujer con la que está en relaciones desde hace un año. Además, las cartas de tu rival están escondidas en tu casa, bajo tus mismas narices. Si quieres darle a Nathan una buena lección, iremos los tres a tu casa y allí te probaré, con el documento en la mano, que si quieres ser buena con él puedes impedir que vaya a la calle de Clichy dentro de poco.

—Prueba a dársela a otra que no sea Florina, precioso. Estoy segura de que Nathan no puede enamorarse de nadie.

—Querrás hacerme creer que ha redoblado contigo sus atenciones desde hace algún tiempo, pero eso es precisamente lo que demuestra que está muy enamorado de otra…

—¿De una mujer de mundo, él?… —dijo Florina—. No me intranquilizo yo por tan poca cosa.

—¡Bueno! ¿Quieres verle venir a decirte que no te llevará a tu casa hoy?

—Si consigues que me diga eso —replicó Florina—, te llevaré a mi casa y buscaremos allí esas cartas, en las que creeré cuando las vea; ¡tendría que escribirlas mientras yo estoy durmiendo!

—Quédate ahí y observa —dijo Félix.

Cogió el brazo de su mujer y se colocó a dos pasos de Florina. Muy pronto, Nathan, que iba y venía por el foyer, buscando por todas partes a su tapada, como un perro que busca a su amo, volvió al lugar donde había recibido la confidencia. Leyendo en su frente una preocupación fácil de notar, Florina se plantó como un poste delante del escritor y le dijo imperiosamente:

—No quiero que me dejes y tengo razones para ello.

—¡María!… —dijo entonces, por consejo de su marido, la condesa al oído de Raúl—. ¿Qué mujer es ésa? Dejadla inmediatamente, salid e id a esperarme al pie de la escalera.

En tan horrible situación, Raúl dio un violento tirón del brazo de Florina, que no esperaba tal maniobra, y, aunque ella le retuvo con fuerza, se vio obligada a soltarle. Al punto, Nathan desapareció entre la muchedumbre.

—¿Qué te decía yo? —gritó Félix al oído de Florina, estupefacta, y ofreciéndole el brazo.

—Vamos —dijo ella— quienquiera que seas. Ven. ¿Tienes tu coche?

Por toda respuesta, Vandenesse llevóse consigo precipitadamente a Florina y corrió a reunirse con su mujer a un lugar convenido bajo el peristilo. En pocos instantes, las tres máscaras, llevadas rápidamente por el cochero de Vandenesse, llegaron a casa de la actriz, que se despojó del antifaz. La señora de Vandenesse no pudo reprimir un estremecimiento de sorpresa a la vista de Florina, que se ahogaba de rabia y que estaba soberbia de cólera y celos.

—Existe cierta cartera —le dijo Vandenesse— cuya llave no te ha confiado jamás, y las cartas deben de estar en ella.

—Lo que es esta vez estoy intrigada, porque sabes algo que me estaba inquietando desde hace varios días —dijo Florina, precipitándose al gabinete para coger allí la cartera.

Vandenesse vio palidecer a su mujer bajo el antifaz. La alcoba de Florina decía más acerca de la intimidad de la actriz y de Nathan de lo que una amante ideal hubiese querido saber. Los ojos de una mujer saben descubrir la verdad de ese género de cosas en un momento, y la condesa notó en la promiscuidad de los objetos personales una prueba de lo que le había dicho Vandenesse. Florina volvió con la cartera.

—¿Cómo la abrimos? —dijo ella.

La actriz mandó por el cuchillo grande de su cocinera; y cuando lo trajo su doncella, Florina lo blandió con ironía:

—¡Con esto se degüellan los palomos!

Esta frase, que hizo estremecerse a la condesa, le reveló, aun mejor de lo que su marido lo había hecho la víspera, la profundidad del abismo al que había estado a punto de caer.

—¡Qué tonta soy! —dijo Florina—. Es mejor hacerlo con su navaja de afeitar.

Fue a buscar la navaja con la que Nathan acababa de afeitarse y cortó con ella el fuelle de la cartera de cuero, que se abrió y dejó caer las cartas de María. Florina cogió una de ellas al azar.

—Sí, ¡son de una mujer de mundo! Me parece que no tienen ni una falta de ortografía.

Vandenesse cogió las cartas y se las dio a su mujer, que fue a comprobar sobre una mesa si estaban completas.

—¿Quieres cederlas a cambio de esto? —dijo Vandenesse tendiéndole a Florina la letra de cambio de cuarenta mil francos.

—¡Será imbécil! ¡Firmar documentos semejantes!… «Bueno en billetes de Banco por…» —dijo Florina leyendo la letra de cambio—. ¡Ah! ¡Ya te daré yo condesas! ¡Y yo que estaba mientras destrozándome el cuerpo y rompiéndome el alma, en provincias, para juntarle dinero! ¡Yo que hubiera cargado con la plepa de un agente de cambio para salvarle! Así son los hombres: cuando una se hace tiras por ellos, la pisotean. ¡Me las pagará!

La señora de Vandenesse había desaparecido con las cartas.

—¡Eh! Mascarita, déjame una sola para convencerle.

—Es imposible —dijo Vandenesse.

—¿Por qué?

—Esa máscara es tu ex rival.

—Anda, pero ya me podía haber dado las gracias —exclamó Florina.

—¿Y para qué te crees, entonces, que son los cuarenta mil francos? —dijo Vandenesse despidiéndose de ella.

Es raro en extremo que los jóvenes, impulsados a un suicidio, lo repitan cuando ya han pasado por sus dolores. Si el suicida no sale curado de la vida, se cura en cambio de la muerte voluntaria. Así, pues, Raúl no tuvo ya ganas de matarse cuando se encontró en una situación todavía más horrible de la que había querido salir, al ver su letra de cambio a favor de Schmuke en manos de Florina, que indudablemente la había recibido del conde de Vandenesse. Intentó ver de nuevo a la condesa para explicarle la naturaleza de su amor, que ardía en su corazón más vivamente que nunca. Pero la primera vez que se encontró la condesa con Raúl, en una reunión, le dirigió esa mirada fija y despreciativa que abre un abismo infranqueable entre una mujer y un hombre. Pese a su dominio de sí mismo, Nathan no se atrevió jamás, durante el resto del invierno, a hablar a la condesa ni a acercarse a ella.

Confióse, sin embargo, a Blondet, y quiso hablarle de Laura y de Beatriz, a propósito de la señora de Vandenesse, parafraseando el hermoso pasaje que se debe a la pluma de Teófilo Gautier, uno de los poetas más notables de esta época:

«Ideal, flor azul de corazón de oro, cuyas fibrosas raíces, mil veces más sutiles que las trenzas de seda de las hadas, penetran hasta el fondo de nuestra alma para beber allí su pura substancia. ¡Flor dulce y amarga, no se te puede arrancar sin que el corazón sangre, sin que tu tallo roto rezume rojas gotas! ¡Ah, flor maldita, cómo ha prendido en mi alma!».

—Chocheas, querido —le dijo Blondet—; te concedo que se trataba de una linda flor, pero no era ideal en absoluto; y, en lugar de cantar como un ciego ante el nicho vacío de una estatua, deberías estar pensando en lavarte las manos para hacer tu sumisión al Poder y colocarte. Eres un artista demasiado grande para poder ser político, y te has dejado engañar por quienes valían menos que tú. Si te engañan de nuevo, que sea en otra parte.

—María no me podrá impedir que la ame —dijo Nathan—. Haré de ella mi Beatriz.

—Querido, Beatriz era una niña de doce años a la que Dante no volvió a ver nunca; de lo contrario, ¿habría llegado a ser Beatriz? Para poder hacer de una mujer una divinidad no hemos de verla hoy con una manteleta, mañana con un vestido escotado y pasado mañana en el bulevar regateando unos juguetes para su hijo más pequeño. Cuando se tiene a Florina, que es, sucesivamente, duquesa de vaudeville, burguesa de drama, negra, marquesa, coronela, aldeana de Suiza y virgen del Sol en el Perú, que es su única manera de poder ser virgen, no sé cómo hay quien quiera aventuras con mujeres de mundo.

Du Tillet remató, en términos bursátiles, a Nathan, quien, encontrándose sin dinero, hubo de abandonar su participación en el periódico. El hombre célebre no obtuvo más que cinco votos en el colegio en que fue elegido el banquero.

Cuando, después de un largo y feliz viaje por Italia, volvió a París la condesa de Vandenesse, el invierno siguiente, Nathan había justificado todas las previsiones de Félix: siguiendo los consejos de Blondet, parlamentaba con el Poder. En cuanto a los asuntos personales del escritor, se encontraban en tal desorden, que un día vio la condesa María a su antiguo adorador en los Campos Elíseos, a pie, con el equipo más miserable y dándole el brazo a Florina. Un hombre indiferente es ya bastante feo a los ojos de una mujer, pero cuando ha dejado de amarle, le ve horrible, sobre todo si se parece a Nathan. La señora de Vandenesse tuvo un acceso de vergüenza al pensar que había estado interesada por Raúl. Si no se hubiese encontrado curada ya por completo de toda pasión extraconyugal, el contraste que ofrecía a la sazón el conde, comparado con aquel hombre, menos digno entonces del favor público, habría bastado para hacerle preferir su marido a un ángel.

Hoy, este ambicioso, tan rico en tinta como pobre de voluntad, ha acabado por capitular y por obtener una sinecura, como un hombre mediocre. Después de haber apoyado todas las tentativas desorganizadoras, vive ahora en paz, a la sombra de una hoja ministerial. Luce en su ojal la cruz de la Legión de Honor, tema fecundo de sus burlas. La paz a cualquier precio, a costa de la cual había hecho vivir a la redacción entera de un periódico revolucionario, se ha convertido en el objeto de sus artículos laudatorios. Hoy defiende, amparándose en la razón, la herencia, tan atacada otrora por medio de sus frases saintsimonianas; conducta ilógica que tiene su origen y su disculpa en el cambio de frente de ciertas gentes que, durante nuestras últimas evoluciones políticas, han obrado como Raúl.

En Les Jardies, diciembre de 1838.

14. MIDDLEMARCH (GEORGE ELIOT)

ÍNDICE

Libro I
Libro ll
Libro lll
Libro lV
Libro V
Libro VI
Libro VII
Libro VIII

LIBRO I

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

CAPÍTULO UNO

La señorita Brooke poseía ese tipo de hermosura que parece quedar realzada por el atuendo modesto. Tenía las manos y las muñecas tan finas que podía llevar mangas no menos carentes de estilo que aquellas con las que la Virgen María se aparecía a los pintores italianos, y su perfil, así como su altura y porte, parecían cobrar mayor dignidad a partir de su ropa sencilla, la cual, comparada con la moda de provincias, le otorgaba la solemnidad de una buena cita bíblica —o de alguno de nuestros antiguos poetas— inserta en un párrafo de un periódico actual. Solían hablar de ella como persona de excepcional agudeza, si bien se añadía que su hermana Celia tenía más sentido común. Sin embargo, Celia apenas llevaba más perifollos y sólo el buen observador percibía que su vestimenta difería de la de su hermana y que su atuendo tenía un punto de coquetería; pues el sencillo vestir de la señorita Brooke se debía a una mezcla de circunstancias, la mayoría de las cuales compartía su hermana. El orgullo de ser damas tenía algo que ver con ello: los parientes de las Brooke, con todo y no ser exactamente aristócratas, eran indudablemente «buenos» y aunque se rastreara una o dos generaciones atrás, no se descubrían antepasados menestrales o tenderos, ni nada inferior a un almirante o un clérigo; incluso existía un ascendiente discernible como caballero puritano a las órdenes de Cromwell, que posteriormente claudicó y se las arregló para salir de los conflictos políticos convertido en el propietario de una respetable hacienda familiar. Era natural que jóvenes de tal cuna, que vivían en una tranquila casa de campo y asistían a una iglesia vecinal apenas mayor que una sala de estar, consideraran el perifollo como la aspiración de la hija de un buhonero. Además, existía el punto de la economía señorial, la cual, en aquellos tiempos, señalaba el vestir como el primer artículo a recortar cuando se precisaba de una reserva para destinar a gastos más indicativos del rango social. Tales razones, bien al margen de los sentimientos religiosos, hubieran bastado para justificar una modestia en el vestir, pero en el caso de la señorita Brooke la religión en sí misma habría sido un determinante y Celia se plegaba apaciblemente a todos los sentimientos de su hermana, infundiéndoles tan sólo ese sentido común que es capaz de aceptar doctrinas trascendentales sin agitación excéntrica alguna. Dorothea conocía de memoria numerosos pasajes de los Pensées de Pascal, así como de Jeremy Taylor; y a su juicio, los destinos de la humanidad, a la luz del Cristianismo, convertían la preocupación sobre la moda femenina en entretenimiento para un manicomio. No podía reconciliar las inquietudes de una vida espiritual, que involucraba consecuencias eternas, con un intenso interés por el galón y las colgaduras artificiales del ropaje. Tenía una mente teórica que por naturaleza tendía a una elevada concepción del universo que incluyera abiertamente la parroquia de Tipton y su propia norma de conducta allí.

Estaba enamorada de la intensidad y de la grandeza y era imprudente a la hora de abrazar aquello que se le antojaba poseía dichos aspectos; igualmente, era capaz de buscar él martirio, de retractarse y de finalmente incurrir en él justamente allí donde no lo había buscado.

Tales componentes en el carácter de una joven casadera no podían por menos que interferir en su destino y entorpecer el que éste viniera decidido, según la costumbre, por la hermosura, la vanidad y el mero afecto canino. Con todo esto, ella, la mayor de las hermanas, no contaba aún veinte años, y ambas, desde que perdieran a sus padres cuando tenían alrededor de los doce, habían sido educadas conforme a planes a un tiempo angostos y promiscuos, primero con una familia inglesa y posteriormente con otra Suiza en Lausana, tratando de este modo su tutor, un tío soltero, de remedar las desventajas de su condición de huérfanas.

Apenas hacía un año que habían llegado a Tipton Grange para vivir con su tío, hombre próximo a los sesenta, de carácter complaciente, opiniones misceláneas y voto imprevisible. Viajero en su juventud, se consideraba, en esta parte del condado, que había contraído hábitos mentales en exceso irregulares. Las decisiones del señor Brooke eran tan difíciles de predecir como el tiempo, y lo único que se podía afirmar con total seguridad era que actuaría de buena fe, invirtiendo la menor cantidad posible de dinero en llevar a cabo sus intenciones. Pues incluso las mentes menos definidas en cuanto a la avaricia contienen algún recio germen de hábito, y se han conocido hombres relajados en todo lo referente a sus intereses salvo su caja de rapé, respecto de la cual se mostraban cuidadosos, suspicaces y agarrados.

En el señor Brooke, la vena hereditaria de energía puritana se encontraba claramente en desuso. Por el contrario, en su sobrina Dorothea brillaba a través tanto de fallos como de virtudes, convirtiéndose en ocasiones en impaciencia ante el modo de hablar de su tío o su costumbre de «dejar estar» las cosas de la hacienda, lo que ocasionaba que añorara tanto más la llegada de su mayoría de edad, momento en el que tendría cierta disponibilidad sobre el dinero para destinar a fines generosos. Se la consideraba una heredera, pues no sólo recibía cada una de las hermanas setecientas libras anuales de sus padres, sino que si Dorothea se casaba y tenía un varón, éste heredaría la hacienda del señor Brooke que presuntamente valía unas tres mil al año, renta que parecía una fortuna para las familias de provincias que seguían comentando la reciente conducta del señor Peele en cuanto a la cuestión católica y continuaban inocentes respecto de futuros campos de oro y de esa gloriosa plutocracia que tan noblemente ha ensalzado las necesidades de la vida regalada.

Y ¿cómo no iba a casarse Dorothea, joven tan hermosa y con semejantes perspectivas? Nada podía impedirlo salvo su tendencia a los extremos y su insistencia por ordenar la vida de acuerdo con conceptos que podrían hacer titubear a un hombre cauto antes de declarársele, o incluso inducirla a ella misma, finalmente, a rechazar cualquier proposición. ¡Imagínense! ¡Una joven de buena cuna y fortuna que se arrodillaba repentinamente en el suelo de ladrillo junto a un jornalero enfermo y oraba fervorosamente como si creyera que vivía en los tiempos de los apóstoles; una joven a quien le cogían extraños caprichos de ayunar como los papistas y que se quedaba leyendo viejos libros de teología hasta entrada la noche! Semejante esposa podía despertarle a uno cualquier buena mañana con un nuevo plan para la inversión de sus ingresos, lo cual interferiría con la política económica y el mantenimiento de los caballos de silla. No era de extrañar, por tanto, que un hombre se lo pensara dos veces antes de arriesgarse a semejante asociación. De las mujeres se esperaba que no tuvieran opiniones demasiado concretas, pero en todo caso, la mayor garantía de la sociedad, así como de la vida familiar, consistía en que las opiniones no era algo según lo que se actuara. La gente cuerda hacía lo que hacían sus vecinos, de manera que si algún loco andaba suelto se le podía conocer y esquivar.

La opinión rural acerca de las jóvenes recién llegadas, opinión sostenida incluso por los jornaleros, se inclinaba por lo general a favor de Celia, por su amabilidad y aspecto inocente, en tanto que los grandes ojos de la señorita Brooke resultaban, al igual que su religión, demasiado poco corrientes y chocantes. ¡Pobre Dorothea! Comparada con ella, la Celia de aspecto inocente era sagaz y mundana. ¡Cuánto más sutil es la mente humana que los tejidos externos, que componen para aquélla una especie de blasón o escudo!

Sin embargo, quienes se acercaban a Dorothea, si bien estaban predispuestos en su contra a causa de estos alarmantes rumores, encontraban que tenía un encanto extrañamente reconciliable con los mismos. A la mayoría de los hombres les resultaba cautivadora cuando montaba a caballo. Le encantaba el aire fresco y las múltiples variaciones del campo, y cuando le brillaban los ojos y las mejillas de placer, distaba mucho de parecer una beata. Montar a caballo era una satisfacción que se permitía a pesar del remordimiento consciente que ello le producía; pensaba que lo disfrutaba de una forma pagana y sensual y le deleitaba la idea de renunciar a ello.

Era extrovertida, ardiente y tan poco pagada de sí misma que resultaba entrañable ver cómo su imaginación adornaba a su hermana Celia con atractivos de todo punto superiores a los suyos propios, y si algún caballero llegaba a Tipton Grange por otro motivo que el de ver al señor Brooke, Dorothea concluía que debía estar enamorado de su hermana. Por ejemplo, Sir James Chettam, a quien constantemente consideraba desde el punto de vista de Celia, sopesando interiormente si sería bueno para ella aceptarle. A Dorothea le hubiera parecido una ridiculez que se considerara a este caballero como pretendiente suyo, pues pese a todo su afán por conocer las verdades del mundo, seguía teniendo una idea muy ingenua del matrimonio. Estaba segura de que habría aceptado al juicioso Hooker de haber nacido a tiempo de salvarle de aquel desdichado error que cometió con el matrimonio; o a John Milton, cuando le sobrevino la ceguera; o a cualquiera de esos grandes hombres cuyas rarezas hubieran significado un glorioso acto de piedad el soportar. Pero, ¿cómo iba a considerar como pretendiente suyo a un apuesto y agradable baronet que respondía «en efecto» a sus comentarios aun cuando ella se expresara con incertidumbre? El matrimonio verdaderamente maravilloso tenía por fuerza que ser aquel en el que el esposo era una especia de padre que pudiera enseñarte incluso hebreo, si así lo deseabas.

Estas excentricidades del carácter de Dorothea eran la causa de que las familias vecinas culparan tanto más al señor Brooke por no proporcionarles a sus sobrinas alguna mujer madura que les sirviera de compañía y guía.

Pero él mismo temía tanto al tipo de mujer altiva que estaría dispuesta a aceptar el trabajo que se dejaba disuadir por las pegas que Dorothea le ponía, y en este caso era lo bastante valiente como para enfrentarse al mundo, es decir, a la señora Cadwallader, la esposa del rector, y al pequeño grupo de hacendados con quienes se relacionaba en la esquina noreste de Loamshire. Así pues, la señorita Brooke presidía la casa de su tío, sin que le disgustara lo más mínimo su nueva autoridad y el respeto que conllevaba.

Sir James Chettam cenaba hoy en Tipton Grange con otro caballero a quien las jóvenes no habían visto antes y acerca del cual Dorothea sentía una venerante expectación. Se trataba del reverendo Edward Casaubon, considerado en el condado como hombre de profundo saber y dedicado desde hacía años a una gran obra relativa a la historia de la religión; se le suponía, asimismo, hombre de riqueza bastante para realzar su piedad, y de opiniones personales propias, las cuales quedarían clarificadas con la publicación de su libro. Su mismo nombre conllevaba un estremecimiento apenas inteligible sin una cronología precisa del saber.

Dorothea había regresado no muy entrado el día del parvulario que había puesto en marcha en el pueblo y estaba sentada en su lugar acostumbrado en el acogedor cuarto de estar que separaba los dormitorios de las hermanas, empeñada en terminar los planos de unas edificaciones (tipo de trabajo que la deleitaba), cuando Celia, que había estado observándola con el deseo titubeante de proponerle algo, dijo:

—Dorothea, si no te importa y no estás muy ocupada, ¿qué te parecería si sacáramos hoy las joyas de mamá y nos las dividiéramos? Hoy hace exactamente seis meses que te las dio el tío y ni las has mirado aún.

En el rostro de Celia apuntaba la sombra de un mohín cuya presencia total sólo se veía reprimida por su habitual temor a Dorothea y a los principios, dos hechos asociados que podían desencadenar una misteriosa electricidad si se tocaban incautamente. Ante su alivio, los ojos de Dorothea sonreían al levantar la vista.

—¡Qué almanaque tan maravilloso eres, Celia! ¿Qué son, seis meses lunares o de calendario?

—Hoy es el último día de septiembre y el tío te las dio el primero de abril. Ya sabes, dijo que se le había olvidado hasta entonces. Estoy segura de que no has vuelto a pensar en ellas desde que las guardaste en el bargueño.

—De todas formas, cariño, no deberíamos ponérnoslas nunca —el tono de voz de Dorothea era cordial, a medio camino entre la ternura y la explicación. Sostenía el lápiz en la mano e iba haciendo diminutos apuntes en el margen.

Celia se sonrojó y su aspecto se tornó grave.

—Pienso que tenerlas guardadas y no prestarles ninguna atención es una falta de respeto a la memoria de mamá. Además —añadió con un incipiente sollozo de mortificación tras titubear un instante—, los collares son algo muy corriente hoy en día. Incluso Madame Poincgon, que era aún más severa que tú en algunas cosas, solía llevar adornos. Y los cristianos en general; seguro que hay mujeres en el cielo que llevaron joyas.

Celia era consciente de alguna fuerza mental cuando se aplicaba de verdad a la argumentación.

—¿Es que te gustaría llevarlas? —exclamó Dorothea. Un aire de asombrado descubrimiento animaba todo su ser con un gesto dramático, adoptado de la misma Madame Poincgon que usara los adornos—. Si es así, saquémoslas. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Pero, ¿y las llaves? ¿Dónde estarán las llaves? —con las manos se apretaba las sienes como si desesperara de su memoria.

—Están aquí —dijo Celia, que llevaba largo tiempo meditando y planeando esta explicación.

—En ese caso, te ruego que abras el cajón grande del bargueño y saques el joyero.

Pronto tuvieron ante sí el cofre y las diversas joyas esparcidas cual alegre parterre sobre la mesa. No era una gran colección, pero algunas de las piezas eran de una extraordinaria belleza, siendo a primera vista las más hermosas un collar de amatistas malvas con un exquisito trabajo de engarce en oro, y una cruz de nácar con cinco brillantes incrustados. Dorothea al punto cogió el collar y lo abrochó en torno al cuello de su hermana, que ciñó con casi la misma precisión de un brazalete; pero el redondel favorecía la cabeza y el cuello de Celia, al estilo Enriqueta-María, y ella misma comprobó que así era en el espejo de cuerpo entero que tenía enfrente.

¡Ahí tienes, Celia! Te lo puedes poner con el vestido de muselina india. Pero esta cruz debes ponértela con los trajes oscuros.

Celia intentaba no sonreír de placer.

—¡Pero Dodo, no, la cruz te la tienes que quedar tú!

—No, no, cariño, ni hablar —dijo Dorothea, levantando la mano con despreocupada indiferencia.

—Pero claro que sí; te quedaría bien con tu traje negro —insistió Celia —. Tratándose de una cruz, tal vez sí que te la pusieras.

—Ni pensarlo. Lo último que me pondría como adorno sería una cruz —y Dorothea se estremeció levemente.

—En ese caso verás mal que me la ponga yo —dijo Celia con cierta vacilación.

—En absoluto —dijo Dorothea acariciándole la mejilla a su hermana —. Las almas también tienen tez: lo que favorece a una puede no sentarle bien a otra.

—Pero tal vez te gustaría quedártela, como recuerdo de mamá.

—No, tengo otras cosas suyas: su caja de madera de sándalo que me gusta tanto, y muchas otras cosas. Pensándolo bien, quédate todas las joyas. No hace falta que lo hablemos más. Ten, llévate tus posesiones.

Celia se sintió un poco herida. Había una fuerte presunción de superioridad en esta tolerancia puritana, apenas menos molesta para la mórbida carne de una hermana poco entusiasta que una persecución del mismo signo religioso.

—¿Pero cómo voy a ponerme yo joyas si tú, que eres la hermana mayor, no las vas a llevar nunca?

—Pero Celia, ¿no ves que obligarme a llevar joyas para que tú estés contenta es pedir demasiado? Si me tuviera que poner un collar como ése me sentiría como si hubiera estado haciendo piruetas. El mundo giraría conmigo y no sabría cómo andar.

Celia se había desabrochado y quitado el collar.

—A ti te quedaría un poco demasiado prieto; té iría mejor algo plano, que colgara —dijo con un punto de satisfacción. Desde cualquier punto de vista el collar era completamente inadecuado para Dorothea, lo cual hizo que Celia se sintiera más feliz de aceptarlo. Se encontraba abriendo unas cajitas que descubrieron un hermoso anillo con una esmeralda y brillantes cuando el sol, saliendo de una nube, arrojó un destello sobre la mesa.

—¡Qué preciosas son estas joyas! —dijo Dorothea, sacudida por una nueva corriente de sentimiento tan repentina como el destello—. Es curioso la intensidad con que los colores le penetran a uno, como el olor. Supongo que esa será la razón de que en la Revelación de San Juan se utilicen las joyas como emblemas espirituales. Parecen retazos de cielo. Creo que esta esmeralda es la más bonita de todas.

—Y hay una pulsera a juego —dijo Celia—. No nos habíamos fijado en ella.

—Son muy bonitas —dijo Dorothea, poniéndose el anillo y el brazalete en la muñeca y el dedo bien torneados y levantándolos hacia la ventana a la altura de sus ojos. Durante todo este tiempo su mente intentaba justificar el placer que sentía ante los colores por vía de mezclarlos con su gozo místico-religioso.

—Dorothea, esas sí que te gustarían —dijo Celia con cierta vacilación. Empezaba a pensar, con sorpresa, que su hermana mostraba alguna debilidad y también que las esmeraldas irían mejor con el color de su propia tez que las amatistas malvas—. Si no quieres nada más, tienes que quedarte al menos con el anillo y la pulsera. Pero mira, estas ágatas son muy bonitas… y discretas.

—¡Sí! Me quedaré éstas, el anillo y la pulsera —dijo Dorothea, añadiendo en tono diferente mientras dejaba caer la mano sobre la mesa—. Y sin embargo, ¡qué pobres hombres encuentran estas cosas, las trabajan y las venden! —hizo una nueva pausa y Celia creyó que su hermana iba a renunciar a las joyas, como debería hacer para ser coherente.

—Sí, sí, me quedaré éstas —dijo Dorothea con firmeza—. Pero llévate las demás, y también el joyero.

Cogió el lápiz sin quitarse las joyas, que continuó mirando. Pensó en tenerlas a menudo junto a ella para saciarse la vista con estas fuentecillas de nítido color.

—¿Las llevarás en público? —preguntó Celia, que observaba con verdadera expectación lo que haría su hermana. Dorothea le dirigió una rápida mirada. De cuando en cuando, un incisivo juicio no carente de mordacidad se filtraba por entre la fantasía de adornos con que dotaba a quienes quería. Si la señorita Brooke llegaba alguna vez a alcanzar la sumisión absoluta no sería por falta de fuego interno.

—Tal vez —respondió altiva—. ¡Desconozco el punto de degradación al que puedo llegar!

Celia se sonrojó y se sintió triste; vio que había ofendido a su hermana y ni siquiera se atrevió a decir nada agradable acerca del regalo de las joyas, que volvió a meter en el joyero y procedió a llevarse. Dorothea, mientras continuaba con sus bocetos, tampoco estaba contenta y se preguntaba por la pureza de sus sentimientos y oratoria en la escena que había concluido un tanto alteradamente.

La conciencia de Celia le decía que no estaba en absoluto equivocada; era natural y estaba muy justificado que hubiera hecho esa pregunta y se repetía a sí misma que Dorothea no era consecuente: o bien se debía haber quedado con la parte de las joyas que le correspondía o renunciar a todas ellas.

«Estoy segura, al menos en ello confío», pensó Celia, «que el llevar un collar no interferirá con mis oraciones. Y, ahora que vamos a entrar en sociedad, no creo que las opiniones de Dorothea tengan que condicionarme a mí, aunque a ella sí deberían obligarla. Pero Dorothea no es siempre consecuente».

Estos eran los pensamientos de Celia mientras se inclinaba en silencio sobre su tapiz hasta que oyó a su hermana llamándola.

—Ven, Kitty, ven a ver mis planos. Si al final no me encuentro con escaleras y chimeneas incompatibles pensaré que soy un gran arquitecto.

Al inclinarse Celia sobre el papel, Dorothea reposó tiernamente la mejilla en el brazo de su hermana. Celia comprendió el gesto, Dorothea reconocía su error y su hermana la perdonó. Hasta donde alcanzaba su memoria, siempre había habido una mezcla de crítica y admiración en la actitud de Celia hacia su hermana mayor. La menor había llevado siempre un yugo, pero ¿existe una sola criatura que carezca de opinión personal?

CAPÍTULO DOS

—¿Sir Humphry Davy? —dijo el señor Brooke con su habitual modo apacible y sonriente mientras tomaba la sopa y al hilo del comentario de Sir James Chattam de que se encontraba estudiando la Química Agrícola de Davy—. Vaya, vaya, Sir Humphry Davy. Cené con él hace años en Cartwright's. Wordsworth también estaba allí; ya sabe, Wordsworth, el poeta. Eso fue algo muy curioso. Estudié en Cambridge al mismo tiempo que Wordsworth y nunca coincidí con él entonces, y veinte años después cenamos juntos en Cartwright's. Hay cosas muy raras. Como iba diciendo, Davy estaba allí. También era poeta. O, mejor dicho, Wordsworth era el poeta número uno y Davy el poeta número dos. Eso era cierto en todos los sentidos.

Dorothea se encontraba un poco más incómoda que de costumbre. La cena estaba en sus comienzos, y al ser el grupo reducido y la estancia silenciosa, las nimiedades fruto de la masa encefálica de un juez de paz resultaban demasiado evidentes. Se preguntaba cómo un hombre como el señor Casaubon podía soportar semejante trivialidad.

Sus modales eran muy serios, pensó, y el pelo gris y los ojos hundidos le hacían parecerse al retrato de Locke.

Tenía la constitución enjuta y la tez pálida propia del estudioso, de todo punto distinto al tipo de inglés saludable de bigotes cobrizos encarnado por Sir James Chettam.

—Estoy leyendo la Química Agrícola —dijo este excelente barón—, porque voy a hacerme cargo personalmente de una de las fincas; a ver si puedo proporcionarles a mis arrendatarios un buen modelo de cultivo. ¿Qué le parece la idea, señorita Brooke?

—Un grave error, Chettam —interpuso el señor Brooke—, meterse a electrificar la tierra y todo eso y convertir su establo en un salón. No se lo aconsejo. Yo mismo me dediqué mucho a la ciencia durante una temporada, pero vi que no era aconsejable. Es un camino sin fin; luego no hay nada que se pueda dejar en paz. Nada, nada, asegúrese de que sus arrendatarios no venden la paja y… bueno… proporcióneles tubos de desagüe, ya sabe, ese tipo de cosas. Pero esas estrafalarias ideas suyas sobre el cultivo no son aconsejables. Eso es un pozo sin fondo. Es como criar cuervos.

—Pero, ¿no será mejor —dijo Dorothea— invertir el dinero en descubrir cómo pueden los hombres sacarle mejor partido a la tierra que les alimenta a todos, que invertirlo en mantener perros y caballos que la pisotean? No es ningún delito empobrecerse haciendo experimentos para el bien de todos.

Hablaba con más energía de la que cabría esperar de una dama tan joven, pero Sir James se había dirigido a ella. Era frecuente en él, y Dorothea pensaba a menudo que cuando fuera su cuñado podría animarle a llevar a cabo muchas buenas acciones.

El señor Casaubon miró a Dorothea abiertamente mientras hablaba, como observándola bajo una nueva luz.

—Las jóvenes, ya sabe, no entienden de economía política —dijo el señor Brooke dirigiéndole una sonrisa al señor Casaubon—. Recuerdo cuando todos leíamos a Adam Smith. Ese sí que es un buen libro. Absorbí todas las nuevas ideas de golpe… la perfección humana, digamos.

Pero hay quien dice que la historia se mueve en círculos y puede que tenga razón. Yo mismo lo sostengo. Lo cierto es que a veces el razonamiento humano te lleva un poco demasiado lejos. Hubo un tiempo en que a mí me llevó muy lejos, pero vi que no era aconsejable. Me detuve; me detuve justo a tiempo. Aunque no del todo. Siempre he estado a favor de un poco de teoría; debemos tener Pensamiento, de lo contrario nos encontraríamos de nuevo en la Edad de Piedra. Pero hablando de libros, ¿qué me dicen de Peninsular Wár de Southey? Lo estoy leyendo por las mañanas. ¿Conocen a Southey?

—No —dijo el señor Casaubon, sin seguir el impetuoso razonamiento del señor Brooke y pensando sólo en el libro—. Dispongo de poco tiempo para este tipo de literatura de momento. He estado empleando mi vista en caracteres antiguos últimamente. La verdad es que quisiera encontrar a alguien que me leyera por las tardes, pero soy bastante maniático con las voces y no soporto escuchar a una persona leyendo imperfectamente. En cierto modo es una desgracia; me alimento en demasía de los recursos internos; vivo excesivamente con los muertos. Mi mente es como el espectro de un antiguo que deambula por el mundo e intenta reconstruirlo mentalmente como solía ser, a pesar de la ruina y los cambios desconcertantes. Pero me resulta necesario tomar la máxima precaución con la vista.

Era la primera vez que el señor Casaubon hablaba con cierta prolijidad. Lo hizo con precisión, como si se le hubiera pedido que hiciera una declaración pública, y la pulcritud equilibrada y modulada de sus palabras, en ocasiones acompañadas de un movimiento de la cabeza, era tanto más conspicua por cuanto contrastaba con el desmadejado desaliño del bueno del señor Brooke. Dorothea se dijo que el señor Casaubon era el hombre más interesante que había conocido, sin tan siquiera la exclusión de Monsieur Liret, el clérigo de Vaudois que había conferenciado sobre la historia de los valdenses.

Reconstruir un mundo pasado —¡qué obra cerca de la cual encontrarse, en la que colaborar, aunque sólo fuera sosteniendo la lámpara! — Este pensamiento ennoblecedor la hizo vencer la irritación ante la imputación de ignorancia en cuanto a la economía política, esa misteriosa ciencia que, a modo de extintor, solía serle arrojada contra su lucidez.

—Señorita Brooke, creo que a usted le gusta montar —aprovechó para decir en ese momento Sir James—. Tal vez quisiera participar un poco en los placeres de la caza. Me gustaría que me permitiera mandarle un caballo castaño para que lo probara. Lo han domado expresamente para una dama. La vi el sábado al trote por la colina en un rocín indigno de usted. Mi mozo le traerá a Corydon todos los días; no tiene más que indicarme la hora.

—Se lo agradezco, y es usted muy amable, pero pienso dejar de montar. Ya no montaré más —dijo Dorothea, empujada a esta brusca decisión por el enojo que le producía el que Sir James reclamara su atención cuando ella quería dedicársela plenamente al señor Casaubon.

—Pero, ¡qué lástima! —dijo Sir James en un tono de reproche que dejaba traslucir un fuerte interés—. ¿Es que a su hermana le gusta mortificarse? —continuó, volviéndose a Celia que estaba sentada a su derecha.

—Creo que sí —respondió Celia, temerosa de decir algo que disgustara a Dorothea y sonrojándose suavemente por encima del collar—. Le gusta renunciar.

—De ser eso cierto, Celia, mi renuncia supondría satisfacción y no mortificación. Pero puede haber muy buenas razones para escoger no hacer lo que resulta muy agradable —dijo Dorothea.

El señor Brooke estaba hablando al mismo tiempo, pero era evidente que el señor Casaubon observaba a Dorothea abiertamente y ella lo sabía.

—En efecto —dijo Sir James—. Su renuncia obedece a algún elevado y generoso motivo.

—No, no, en absoluto. No dije eso de mí misma —respondió Dorothea sonrojándose.

Al contrario que Celia, no solía ponerse colorada, y cuando le sucedía se debía o a un gran placer o a la irritación. En este momento estaba irritada con el perverso Sir James. ¿Por qué no le prestaba atención a Celia y dejaba que ella escuchara al señor Casaubon? Si es que ese hombre instruido se decidía a hablar en lugar de dejar que le hablara el señor Brooke, el cual, a la sazón, le informaba de que la Reforma significaba algo o no significaba nada, que él mismo era protestante hasta la médula, pero que el catolicismo era un hecho; y en cuanto a negar un acre de tu tierra para una capilla romana, todo el mundo precisaba la brida de la religión, lo cual, hablando con propiedad, significaba el miedo al Más Allá.

—Durante un tiempo estudié mucha teología —dijo el señor Brooke, como explicando la razón de la idea recién manifestada—. Conozco algo de todas las escuelas. Conocí a Wilberforcel en su mejor momento. ¿Conoce usted a Wilberforce?

—No —dijo el señor Casaubon.

—Bueno, tal vez Wilberforce no fuera un gran pensador; pero de entrar yo en el Parlamento, como se me ha pedido que haga, me sentaría con los independientes, como hizo Wilberforce, y trabajaría por la filantropía.

El señor Casaubon inclinó la cabeza al tiempo que observó que era aquél un campo muy amplio.

—Sí —dijo el señor Brooke con su sonrisa amable—, pero poseo documentos. Hace ya tiempo que comencé a coleccionar documentos. Hace falta ordenarlos, pero cuando algo me ha llamado la atención, he escrito a alguien y he obtenido una respuesta. Tengo mucha documentación. Pero dígame, ¿cómo ordena usted su material?

—Mediante casilleros, en parte —dijo el señor Casaubon con cierto aire de perplejo esfuerzo.

—¡Ah, pero los casilleros no funcionan! Los he probado, sí, pero todo acaba confundiéndose: jamás sé si un papel está por la A o por la Z.

—Debería dejarme ordenarle los papeles, tío —dijo Dorothea—. Los clasificaría por letras y luego haría una lista de los temas incluidos bajo cada letra.

El señor Casaubon esbozó una circunspecta sonrisa de aprobación, y dirigiéndose al señor Brooke le dijo:

—Verá que tiene a mano una excelente secretaria.

—No, no —dijo el señor Brooke con un gesto negativo de la cabeza. No puedo permitir que las jovencitas toqueteen mis documentos. Son demasiado volubles.

Dorothea se sintió dolida. El señor Casaubon pensaría que habría alguna razón concreta para manifestar esta opinión, cuando el comentario no tenía más peso en la mente de su tío que el ala rota de un insecto ubicada entre los demás fragmentos que en ella pululaban, y siendo tan sólo una corriente fortuita la que hiciera de Dorothea su destinatario.

Cuando las dos jóvenes se encontraron a solas en el salón, Celia observó:

—¡Pero qué feo es el señor Casaubon!

—¡Celia! Es uno de los hombres más distinguidos que jamás he visto. Se parece enormemente al retrato de Locke. Tiene los mismos ojos hundidos.

—¿También tenía Locke esas dos verrugas peludas?

—No diría yo que no, cuando le miraran según quiénes —dijo Dorothea alejándose unos pasos.

—Además, tiene un color tan cetrino.

—Pues tanto que mejor. Supongo que tú admiras a los hombres que tienen una tez de cochon de lait.

—¡Dodo! Jamás te he oído hacer una comparación así antes —exclamó Celia, mirándola sorprendida.

—¿Por qué habría de hacerla antes de que surgiera el momento? Es una buena comparación; se ajusta perfectamente. La señorita Brooke se estaba excediendo y Celia así lo manifestó:

—Me extraña que te alteres tanto, Dorothea.

—Es que resulta muy triste, Celia, que consideres a los seres humanos como si fueran meros animales acicalados y nunca veas en el rostro de un hombre que tiene un alma bella.

—¿Tiene el señor Casaubon un alma bella? —preguntó Celia con tono no ausente de malicia ingenua.

—Sí, creo que sí —respondió Dorothea con decisión rotunda—. Todo cuanto veo en él concuerda con su folleto sobre cosmología bíblica.

—Habla muy poco —dijo Celia.

—No hay nadie con quien pueda hacerlo.

Celia reflexionó para sí que Dorothea despreciaba a Sir James Chettam. Asimismo dudó de que le aceptara, y pensó que era una lástima. Nunca se había engañado respecto del objetivo del interés del baronet. Incluso a veces se había hecho la reflexión de que Dodo tal vez no hiciera feliz a un marido que no viera las cosas desde su mismo punto de vista, y arrinconada en el fondo de su corazón yacía la idea de que su hermana era demasiado religiosa para la comodidad familiar. Los principios y los escrúpulos eran como agujas caídas, que hacen que uno tema pisar, sentarse e incluso comer.

Cuando la señorita Brooke se sentó junto a la mesita de té, Sir James se unió a ella, no habiendo interpretado como ofensiva la forma en la que ella le contestara. ¿Por qué había de hacerlo? Creía probable gustarle a la señorita Brooke y los modales han de ser muy marcados antes de que los prejuicios, bien de confianza bien de recelo, puedan dejar de interpretarlos. Por su parte, Dorothea le resultaba de todo punto encantadora aunque, naturalmente, el baronet teorizara un poco respecto de su afecto. Estaba hecho de una pasta humana excelente y poseía el insólito mérito de saber que sus talentos, incluso dándoles rienda suelta, no harían que se desbordara ni siquiera el más minúsculo de los riachuelos del condado; gustaba, por tanto, de la expectativa de una esposa que pudiera ayudar a su marido con argumentos y tuviera el aval de la propiedad para así hacerlo. En cuanto a la excesiva religiosidad que se le imputaba a la señorita Brooke, tenía una idea muy vaga de lo que ésta era y suponía que se apagaría con el matrimonio. En resumidas cuentas, sentía que se había enamorado adecuadamente y estaba dispuesto a soportar una buena dosis de predominio, algo que, después de todo, un hombre podía cortar en cuanto quisiera. A Sir James no se le ocurría que jamás quisiera cortar el predominio de esta hermosa joven, cuya sagacidad le deleitaba. ¿Por qué no? La mente de un hombre —en la medida en la que posee tal— siempre tiene la ventaja de ser masculina (el más diminuto abedul es de mejor calidad que la palmera más alta), e incluso su ignorancia es de índole más cabal. Tal vez Sir James nunca hubiera originado esta apreciación, pero una amable Providencia proporciona a la personalidad más desvalida un poco de cola o de almidón bajo el aspecto de tradición.

—Espero poder confiar en que revocará esa decisión acerca del caballo, señorita Brooke —dijo el tenaz admirador—. Le aseguro que montar es el ejercicio más sano.

—Soy consciente de ello —dijo Dorothea con frialdad—. Creo que le haría bien a Celia si se aficionara a ello. —Pero usted es tan buena amazona…

—Usted me disculpará; he practicado poco y el caballo me tiraría con facilidad.

—Razón de más para aplicarse. Toda dama debería ser una perfecta amazona a fin de poder acompañar a su marido. —Ya ve cuán dispares somos, Sir James. He decidido que no debo ser una perfecta amazona, de modo que nunca podría responder a su modelo de lo que es una dama.

Dorothea miraba al frente y hablaba bruscamente, con frialdad, muy con el aire de un apuesto joven, lo que ofrecía un divertido contraste con la solícita amabilidad de su admirador.

—Me gustaría conocer las razones de tan cruel decisión. No es posible que considere que montar está mal.

—Es muy posible que piense que está mal en mí.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Sir James, con tono de cariñosa reprimenda.

El señor Casaubon se había acercado a la mesa y escuchaba mientras sostenía una taza de té.

—No debemos indagar con demasiada curiosidad en los motivos —interpuso, en su forma pausada—. La señorita Brooke sabe que tienden a resultar endebles cuando se expresan: el aroma se mezcla con el aire más burdo. Debemos mantener alejado de la luz el grano que germina.

Dorothea se ruborizó de placer y levantó la mirada, llena de gratitud, hacia el orador. ¡Hete aquí un hombre que entendía la más noble vida interior y con el cual podría haber una comunión espiritual; mejor dicho, que podría iluminar los principios con el más amplio saber! ¡Un hombre cuyos conocimientos casi eran una prueba de lo que creía!

Las deducciones de Dorothea tal vez parezcan vastas, pero verdaderamente, la vida no habría podido proseguir, durante ninguna época, de no ser por esta amplia tolerancia de la conclusión, la cual ha facilitado el matrimonio bajo las dificultades de la civilización. ¿Alguien ha condensado alguna vez a su minúscula pequeñez la telaraña del conocimiento prematrimonial?

—Por supuesto —dijo el bueno de Sir James—. A la señorita Brooke no se la forzará a dar razones que preferiría mantener en silencio. Estoy seguro de que la honrarían.

No se sentía en absoluto celoso por el interés con el que Dorothea había observado al señor Casaubon; ni se le ocurrió pensar que una joven a la cual estaba considerando proponerle matrimonio, pudiera interesarse por un acartonado ratón de biblioteca cercano a los cincuenta, salvo, por supuesto, por motivaciones religiosas, como clérigo de cierta distinción.

Sin embargo, puesto que la señorita Brooke había entablado una conversación con el señor Casaubon sobre el clero valdense, Sir James se dirigió a Celia y le habló de su hermana, le habló de una casa en la ciudad, y preguntó si a la señorita Brooke le disgustaba Londres. Cuando estaba lejos de su hermana Celia hablaba con soltura y Sir James se dijo para sí que la segunda señorita Brooke era muy agradable además de bonita, si bien no más lista ni sensata que su hermana mayor, como habla quien sostenía. Pensó que había escogido la que era de todo punto superior, y a un hombre, naturalmente, le gusta saber que tendrá lo mejor. Tendría que ser el mismísimo Maworm de los solteros para fingir no esperarlo.

CAPÍTULO TRES

Al señor Casaubon se le había ocurrido pensar en la señorita Brooke como una esposa adecuada para él, ésta ya tenía plantadas en su mente las razones que podrían inducirla a aceptarle, razones que por la tarde del día siguiente habían brotado y florecido. Habían mantenido una larga conversación por la mañana mientras Celia, que no gustaba de la compañía de las verrugas y la palidez del señor Casaubon, se había escapado a la vicaría para jugar con los mal calzados, pero alegres hijos del coadjutor.

Para entonces, Dorothea había buceado en el depósito cencido de la mente del señor Casaubon, viendo allí reflejada en vaga y laberíntica extensión cada una de las cualidades que ella misma aportaba: le había revelado gran parte de su propia experiencia y, a su vez, había sido informada por él de la amplitud de su gran obra, también de extensión atractivamente laberíntica. Había sido tan instructivo como «el apacible arcángel» de Milton: y con atisbos arcangélicos le contó cómo se había impuesto demostrar (lo que ciertamente ya se había intentado antes, si bien no con la profundidad, equidad comparativa y eficacia de organización a la que el señor Casaubon aspiraba) que todos los sistemas míticos o fragmentos míticos erráticos del mundo eran corrupciones de una tradición revelada originariamente. Una vez conquistada la posición auténtica y tras hacerse fuerte en ella, el inmenso campo de las construcciones míticas se volvía inteligible, o mejor dicho, luminoso, con la luz reflejada de las correspondencias. Pero recolectar entre esta gran cosecha de verdad no era tarea ni fácil ni rápida. Sus notas ya constituían un formidable número de volúmenes, pero la labor cimera consistiría en condensar estos resultados, voluminosos y aún acumulantes, y conseguir que, al igual que la primera vendimia de los libros hipocráticos, cupieran en una pequeña repisa. Al explicarle esto a Dorothea, el señor Casaubon se expresaba casi como lo hubiera hecho con un colega, pues carecía de la habilidad de hablar de distintas maneras. Es cierto que cuando empleaba una frase en latín o griego siempre daba con minuciosidad el equivalente inglés, pero es probable que hubiera hecho esto en cualquier caso. Un culto clérigo de provincias acostumbra a creer que sus conocidos son lores, caballeros, y otros hombres nobles y dignos con exiguos conocimientos de latín.

Dorothea se sentía totalmente cautivada por la amplitud de este concepto. Aquí había algo que rebasaba la trivialidad literaria del colegio de señoritas; aquí estaba un Bossuet viviente cuyo trabajo reconciliaría el saber absoluto con la piedad sin reservas; aquí se encontraba un moderno Agustín que reunía las glorias del doctor y del santo.

La santidad no destacaba con menos claridad que la sabiduría, pues cuando Dorothea sentía la necesidad de comunicar sus pensamientos sobre ciertos temas de los que no podía hablar con nadie que hubiera visto hasta entonces en Tipton (en especial la importancia secundaria de las formas eclesiásticas y los artículos de fe en comparación con esa religión espiritual, esa inmersión del ser en comunión con la perfección divina que le parecía ver expresada en la mejor literatura cristiana de épocas remotas), encontraba en el señor Casaubon un oyente que la comprendía al instante, que podía asegurarla de su propia conformidad con ese punto de vista, siempre que estuviera debidamente templado por una sabia moderación, y podía citar ejemplos históricos desconocidos anteriormente para ella.

—Piensa conmigo —se decía Dorothea—, o, mejor dicho, abarca un mundo entero, del cual mi pensamiento no es más que un pobre y despreciable espejo. Aparte de sus sentimientos, toda su experiencia… ¡qué lago comparado con mi pobre charco!

La señorita Brooke argumentaba desde palabras y disposiciones con no menos decisión que otras jóvenes de su edad. Los signos son cosas pequeñas y medibles, pero las interpretaciones son ilimitadas, y en jóvenes de naturaleza dulce y ardiente, cada signo suele producir asombro, esperanza, fe, amplios como un cielo y coloreados por una difusa parquedad de sustancia en la forma de sabiduría. Y no siempre se engañan en exceso; el propio Simbad pudo dar con una descripción verdadera gracias a una suerte favorable, y un razonamiento equivocado puede llevar, en ocasiones, a los pobres mortales a conclusiones acertadas: arrancando a gran distancia del punto verdadero y caminando por vueltas y revueltas, de vez en cuando llegamos justo donde debiéramos. No porque la señorita Brooke fuera precipitada en su confiar debe deducirse claramente que el señor Casaubon fuese inmerecedor de esta confianza.

Se quedó un poco más de lo que tenía pensado, ante la leve presión de una invitación del señor Brooke, el cual no ofrecía mayor señuelo que sus propios documentos sobre el destrozo de las máquinas y la quema de almiares. El señor Casaubon fue llevado a la biblioteca para que los contemplara amontonados, mientras su anfitrión cogía primero uno y después otro, leyendo de ellos en voz alta de manera indecisa y alternante, pasando de una página sin terminar a otra con un «¡Esto, esto, aquí, aquí!» arrinconándolos todos finalmente para abrir el diario de sus viajes juveniles.

—Mire, aquí está todo sobre Grecia, Ramnunte, las ruinas de Ramnunte; bien, usted es un gran helenista; no sé si se habrá dedicado mucho a la topografía, pero yo he pasado una eternidad descifrando estas cosas, ¡Ah! ¡El Helicón! ¡Escuche! «Partimos a la mañana siguiente para el Parnaso, el Parnaso de doble pico». Todo este volumen es sobre Grecia, ¿sabe? —el señor Brooke concluyó, pasando el pulgar transversalmente por el borde de las hojas al tiempo que extendía las manos mostrando el libro.

La presencia del señor Casaubon era digna aunque bastante triste; se inclinaba ligeramente cuando correspondía y evitaba, en la medida de lo posible y sin caer en la impaciencia o la irrespetuosidad, mirar todos los documentos, consciente de que esta falta de coherencia estaba vinculada a las instituciones rurales, así como de que el hombre que le conducía por este estricto correteo mental no era tan sólo un anfitrión amable, sino un terrateniente y custos rotulorum. ¿Acaso su aguante se veía apoyado por la reflexión de que el señor Brooke era el tío de Dorothea?

Lo cierto es que parecía cada vez más empeñado en conseguir que Dorothea hablara con él, en que se explayara, como Celia se decía a sí misma; y cuando la miraba, a menudo se le iluminaba el rostro con una sonrisa como un pálido sol invernal. La mañana siguiente, antes de partir, y mientras daba un agradable paseo por el camino de gravilla, le había mencionado que sentía la desventaja de la soledad, la necesidad de esa alegre compañía con la que la presencia de la juventud puede iluminar o variar las severas penas de la madurez.

Y profirió este comentario con la misma cuidadosa precisión de un emisario diplomático cuyas palabras serían atendidas con unos resultados. Efectivamente, el señor Casaubon no estaba habituado a esperar tener que repetir o revisar sus comunicaciones de tipo práctico o personal. Consideraba suficiente el referirse a las inclinaciones que deliberadamente hubiera manifestado el 2 de octubre con la simple mención de esa fecha; su rasero era su propia memoria, que era un volumen donde el vide supra podría reemplazar las repeticiones, y no el usual borrador que sólo conserva escritos olvidados. Pero en esta ocasión no era probable que la confianza del señor Casaubon se viera traicionada, pues Dorothea escuchaba y retenía cuanto él decía con el ansioso interés de las naturalezas frescas y jóvenes para las que cada variación en la experiencia supone una época.

Eran las tres del hermoso día de brisa otoñal cuando el señor Casaubon partió hacia su rectoría en Lowick, a tan sólo cinco millas de Tipton, y Dorothea, que llevaba puestos el sombrero y el chal, cruzó apresuradamente los arbustos y el parque a fin de poder deambular por el bosque cercano sin otra compañía visible que la de Monk, el enorme perro San Bernardo que siempre cuidaba de las jóvenes en sus paseos. Había surgido ante ella la visión juvenil de un posible futuro que ansiaba con trémula esperanza, y quería vagar por ese futuro imaginario sin que la interrumpieran. Caminó con paso ligero en el fresco aire; el color fue sonrosándole las mejillas y el sombrero de paja (que nuestros contemporáneos podrían observar con curiosidad como una obsoleta forma de cesto) un poco caído hacia atrás. Tal vez no estuviera suficientemente caracterizada si se omitiera que llevaba el pelo castaño tirante, recogido en trenzas que se enroscaban detrás, de forma que la silueta de la cabeza quedaba atrevidamente expuesta en una época en la que el sentir público exigía que la mediocridad de la naturaleza se disimulara con altas barricadas de rizos y lazos, nunca superadas por ninguna gran raza salvo la melanésica.

Era esta una característica del ascetismo de la señorita Brooke. Pero no había ni rastro de la expresión de un asceta en los grandes ojos brillantes que miraban hacia adelante, y sin ver conscientemente, absorbían dentro de la intensidad de su ánimo la gloria solemne de la tarde, con sus largas bandas de luz entre las lejanas hileras de tilos, cuyas sombras se tocaban.

Todas las personas, jóvenes y mayores (es decir, todas las personas en aquellos tiempos anteriores a la reforma), la hubieran considerado un objeto interesante de haber atribuido el ardor en sus ojos y mejillas a las recientemente despertadas imágenes usuales del amor joven: la poesía ha consagrado suficientemente las ilusiones de Cloe por Estrefón, como debe consagrarse la patética hermosura de toda confianza espontánea. La señorita Pippin adorando al joven Pumpkin y soñando con interminables horizontes de apetecida compañía constituía un pequeño drama que jamás cansaba a nuestros padres y que había adoptado un sinfín de formas. Bastaba con que Pumpkin tuviera una figura que aguantara las desventajas del frac, con su talle alto, para que todo el mundo encontrara no sólo natural sino necesario para la perfección del estado de ser mujer, que una dulce joven se convenciera al momento de la virtud de aquél, de su excepcional habilidad y, sobre todo, de su absoluta sinceridad. Pero quizá nadie que viviera entonces, sin duda nadie que viviera en Tipton, hubiera comprendido los sueños de una joven cuya idea del matrimonio venía totalmente coloreada por un exaltado entusiasmo acerca de los fines de la vida, un entusiasmo encendido principalmente por su propio fuego y que no incluía ni las delicadezas de un ajuar, ni el dibujo de la vajilla ni tan siquiera los honores y las dulces alegrías de la radiante esposa.

Se le había ahora ocurrido a Dorothea que el señor Casaubon pudiera querer hacerla su esposa, y la idea de que así fuera la enternecía con una especie de reverente gratitud. ¡Qué bondad la suya! ¡Era casi como si un mensajero alado se hubiera de pronto detenido a su lado y extendiera hacia ella sus manos! Durante un buen rato se había sentido oprimida por la confusión que pendía en su mente, como una espesa neblina de verano, respecto de su deseo de hacer de su vida algo muy eficaz. ¿Qué podía hacer, qué debía hacer ella, poco más que una mujer en ciernes, y sin embargo poseedora de una conciencia activa y una gran necesidad mental, que no se iba a ver satisfecha con una educación de jovencitas comparable a los mordisquillos y juicios de un ratón discursivo? Con cierta dosis de estupidez y presunción, hubiera podido pensar que una joven cristiana con fortuna debiera encontrar su ideal de vida en las obras benéficas del pueblo, en el patrocinio del clero más humilde, en la lectura atenta de Personajes femeninos de las Escrituras, desplegando la experiencia íntima de Sara según la ley Mosaica y de Dorcas según el Evangelio, cuidando de su alma bordando en su propio tocador, y todo ello con el telón de fondo de un eventual matrimonio con un hombre que, si bien menos severo que ella en cuanto a su involucración en asuntos religiosamente explicables, pudiera ser objeto de sus oraciones y exhortado oportunamente. Pero este conformismo le estaba vedado a la pobre Dorothea. La intensidad de su disposición religiosa, la coacción que ejercía sobre su vida, era tan sólo un aspecto de una naturaleza ardiente, teórica e intelectualmente consecuente; y con una naturaleza así, forcejeando en el carril de una educación estrecha, encerrada por una vida social que no parecía ofrecer más que un laberinto de insignificantes vías, una cercada confusión de pequeños caminos que no llevaban a ninguna parte, el resultado no podía por menos que parecer exageración al tiempo que inconsistencia. Quería justificar con el conocimiento más completo aquello que a ella le parecía lo mejor y no vivir en una fingida aceptación de reglas según las que jamás se actuaba. En esta ansiedad anímica se vertía por el momento toda su pasión juvenil; la unión que la atraía era aquella que la rescataría de la sujeción adolescente a su propia ignorancia y le proporcionaría la libertad de la sumisión voluntaria a un guía que la llevara por la senda más grandiosa.

«Lo aprendería todo» —se decía a sí misma, mientras avanzaba con rapidez por el camino de herradura que cruzaba el bosque—. «Tendría la obligación de estudiar a fin de ayudarle más en sus grandes obras. Nuestras vidas no tendrían nada de trivial. Las cosas cotidianas serían para nosotros las más importantes. Sería como casarse con Pascal. Aprendería ayer la verdad a la misma luz que los grandes hombres. Y sabría lo que debería hacer, cuando fuera más mayor; vería cómo era posible llevar una vida importante aquí, ahora, en Inglaterra. Hoy por hoy no tengo la seguridad de estar haciendo ningún tipo de bien; todo parece como si me enfrentara a una misión con gentes cuya lengua desconozco, —salvo el construir buenas viviendas—, claro. ¡Cómo me gustaría conseguir que la gente de Lowick estuviera bien alojada! Dibujaré diversos planos mientras tengo tiempo».

Dorothea se contuvo de pronto, reprochándose la presunción con que contaba con sucesos inciertos, pero la aparición en una curva del sendero de un jinete al trote le evitó cualquier esfuerzo interior por desviar la dirección de sus pensamientos. El cuidado alazán y los dos setters no permitían dudar de que el jinete era Sir James Chettam. Vio a Dorothea, desmontó al punto del caballo y tras dárselo al mozo, avanzó hacia ella sosteniendo en el brazo algo blanco que provocaba el animado ladrido de los dos setters.

—¡Qué maravilloso encontrarla, señorita Brooke! —dijo, levantando el sombrero y dejando ver el cabello rubio y levemente ondulado—. Esto me adelanta el placer que esperaba.

A la señorita Brooke le molestó la interrupción. Este afable baronet, un muy adecuado marido para Celia, exageraba la necesidad de hacerse agradable a la hermana mayor. Incluso un posible cuñado puede resultar una opresión si continuamente presupone un entendimiento demasiado bueno contigo, y está de acuerdo aun cuando le contradices. El pensamiento de que el baronet había incurrido en el error de cortejarla a ella no podía tomar forma: Dorothea empleaba toda su actividad mental en creencias de otro tipo. En cualquier caso, en este momento resultaba de todo punto inoportuno y sus manos llenas de hoyuelos harto desagradables. La irritación la hizo sonrojarse al devolverle el saludo con cierta altivez.

Sir James interpretó el rubor de la manera más gratificante para él y pensó que nunca había visto a la señorita Brooke tan hermosa.

—He traído un pequeño solicitante —dijo—, o mejor dicho, lo traigo para ver si se le admite antes de que se exponga su solicitud.

Mostró el objeto blanco que llevaba bajo el brazo: era un diminuto cachorro maltés, uno de los juguetes más ingenuos de la naturaleza.

—Me duele ver estas criaturas que se crían para servir de mero capricho —dijo Dorothea, cuya opinión se forjaba en ese mismo instante (como suele ocurrir) bajo el influjo de la irritación.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Sir James mientras continuaba andando.

—Creo que a pesar de todos los mimos que se les dispensan, no son felices. Son demasiado desvalidos, sus vidas son demasiado frágiles. Una comadreja o un ratón que se procura su propio sustento es más interesante. Quiero pensar que los animales que nos rodean tienen almas algo similares a las nuestras, y o bien llevan a cabo sus pequeños quehaceres o nos hacen compañía, como Monk. Pero esos animales son parásitos.

—Cómo me alegro de saber que no le gustan —dijo el bueno de Sir James. Yo nunca tendría uno, pero a las damas les suelen gustar estos perros malteses. Toma, John, llévate este perro, ¿quieres?

El censurable cachorro, cuyo morro y ojos eran igualmente negros y expresivos, fue de este modo quitado de en medio, puesto que la señorita Brooke había decidido la conveniencia de que no hubiera nacido. Pero sintió la necesidad de explicarse.

—No debe juzgar los sentimientos de Celia por los míos. Creo que a ella sí le gustan estos animalillos. Tuvo un pequeño terrier una vez, al cual quería mucho. A mí me entristecía porque temía pisarlo. Soy bastante corta de vista.

—Siempre tiene su propia opinión de las cosas, señorita Brooke, y siempre es una opinión buena.

¿Qué posible respuesta había para tan necio piropeo?

—Sabe, la envidio en eso —dijo Sir James mientras proseguían al paso rápido que marcaba Dorothea.

—No entiendo bien lo que quiere decir.

—Su capacidad de formarse una opinión. Yo puedo hacerlo con las personas. Sé cuándo me gustan. Pero en otros temas, créame, a menudo me cuesta decidir. Se oyen cosas muy sensatas desde posturas enfrentadas.

—O se nos antojan sensatas. Tal vez no distingamos siempre entre lo sensato y lo insensato.

Dorothea sintió que estaba siendo descortés.

—En efecto —dijo Sir James—, pero usted sí parece tener la capacidad de distinguir.

—Al contrario. A menudo soy incapaz de decidir. Pero eso es por ignorancia. La conclusión correcta está ahí de todos modos, aunque yo sea incapaz de verla.

—Creo que muy pocos la verían con más rapidez. Sabe, Lovegood me decía ayer que tiene usted la mejor idea del mundo para un plan de viviendas —pensaba que era algo asombroso, viniendo de una joven. De verdadero genus, para emplear su expresión. Dijo que usted quería que el señor Brooke construyera otro grupo de casitas, pero le daba la impresión de que era improbable que su tío consintiera. Verá, esa es una de las cosas que yo quiero hacer, me refiero en mi propia finca. Estaría encantado de llevar a cabo ese plan suyo, si me dejara verlo. Ya sé que es enterrar el dinero, por eso la gente pone pegas. Los trabajadores nunca podrán pagar un alquiler que lo haga rentable. Pero al fin y al cabo, merece la pena hacerlo.

—¡Pues claro que merece la pena! —dijo Dorothea con energía, olvidando su leve irritación previa—. Creo que todos aquellos que permitimos que los arrendatarios vivan en esas pocilgas que vemos a nuestro alrededor merecemos que nos echen de nuestras hermosas casas con un látigo de pequeñas colas. Su vida en sus casitas podría ser más feliz que la nuestra si fueran auténticas casas, dignas de seres humanos de quienes esperamos obligaciones y afecto.

—¿Me enseñará sus planos?

—Sí, por supuesto que sí. Supongo que tendrán muchos defectos. Pero he examinado todos los planos de casitas en el libro de Loudon y he escogido lo que me ha parecido mejor. ¡Cómo me alegraría iniciar aquí el modelo! Creo que en lugar de tener a Lázaro a la puerta, lo que debiéramos desterrar son esas casuchas como pocilgas.

Dorothea estaba de un humor excelente ahora. Sir james, como cuñado, construyendo en su hacienda casitas modelo, y luego, tal vez, otras construidas en Lowick, y más y más imitaciones en otros lugares ¡sería como si el espíritu de Oberlin hubiera pasado por los municipios embelleciendo la pobreza!

Sir james vio todos los planos y se llevó uno sobre el que consultar a Lovegood. También se llevó una complacida sensación de estar haciendo grandes progresos con respecto a la buena opinión de la señorita Brooke. No se le ofreció a Celia el cachorro maltés, omisión que Dorothea recordó posteriormente con sorpresa, pero por la cual se culpó a sí misma: había monopolizado a Sir James. Aunque, después de todo, era un alivio el que no existiera cachorro que pudiera pisarse.

Celia estaba presente mientras se examinaron los planos y observó el entusiasmo de Sir james. «Piensa que a Dodo le interesa y a ella sólo le interesan sus planos. Y sin embargo, no estoy segura de que le rechazara si pensara que la iba a dejar organizarlo todo y llevar a cabo sus ideas». ¡Y qué incómodo estaría Sir James! ¡Cómo aborrezco las ideas!

Recrearse en este aborrecimiento era el lujo privado de Celia. No osaba confesárselo a su hermana abiertamente, pues ello significaría exponerse a una demostración de que, de una u otra forma, estaba en lucha con la bondad. Pero cuando las oportunidades no eran peligrosas, tenía un modo indirecto de comunicarle a Dorothea su conocimiento negativo y de apearla de su éxtasis recordándole que la gente estaba atónita y no atenta. Celia no era impulsiva: lo que tuviera que decir podía esperar, y siempre lo manifestaba con la misma serena y escueta ecuanimidad. Cuando la gente hablaba con energía y énfasis, ella se limitaba a observarles el rostro y los gestos. No entendía cómo gente educada se avenía a cantar y abrir las bocas en la ridícula manera que ese ejercicio vocal exigía.

No habían transcurrido muchos días cuando el señor Casaubon volvió de visita una mañana, durante la cual se le invitó de nuevo a cenar y a pasar la noche a la semana siguiente. Así, Dorothea sostuvo otras tres conversaciones con él, y quedó convencida de que sus primeras impresiones habían sido justas. Era todo cuanto se imaginó desde un principio: casi todo lo que decía parecía un espécimen de una mina, o la inscripción en la puerta de un museo que podría dar paso a los tesoros de épocas pasadas. Esta confianza en su riqueza mental ahondaba y profundizaba tanto más la inclinación de Dorothea, puesto que ahora era obvio que ella era el motivo de las visitas. Este hombre educado tenía la condescendencia de pensar en una joven, y tomarse las molestias de hablar con ella, no con piropos absurdos, sino apelando a su entendimiento, y, en ocasiones, aportando ayuda constructiva. ¡Qué maravillosa compañía! El señor Casaubon parecía incluso inconsciente de la existencia de las trivialidades, y nunca dispensaba ese charloteo de los hombres pesados que es igual de aceptable que el pastel de bodas con olor a armario. Hablaba de aquello que le interesaba, o permanecía en silencio, inclinando la cabeza con educada tristeza. Esto le parecía a Dorothea una autenticidad adorable y una abstinencia religiosa de la artificiosidad que desgasta el alma con esfuerzos de fingimiento. Admiraba la superior elevación religiosa del señor Casaubon con la misma reverencia que admiraba su inteligencia y sabiduría. Él asentía a sus expresiones de devoción y, por lo general, añadía una cita adecuada; se permitió decir que había experimentado algunos conflictos espirituales en su juventud; en resumen, Dorothea vio que en este punto podía contar con comprensión y consejo. En uno, y solamente en uno, de sus temas favoritos quedó defraudada. Al señor Casaubon no pareció interesarle la construcción de casitas y desvió la conversación hacia la extremada estrechez que tenían las viviendas de los antiguos egipcios, como si frenara un nivel en exceso alto. Cuando se hubo marchado, Dorothea reflexionó con inquietud sobre esta indiferencia que el señor Casaubon había mostrado, ejercitó mucho la mente con argumentos extraídos de las diferentes condiciones climáticas que modifican las necesidades humanas y de la reconocida maldad de los déspotas paganos. ¿No debería exponerle al señor Casaubon estos argumentos cuando viniera de nuevo? Pero una mayor reflexión le indicó que sería una presunción el exigir su atención sobre tal tema; no podría desaprobar el que ella se ocupara de esto en momentos de ocio, como otras mujeres se ocupaban de sus bordados y vestidos; no se lo impediría cuando… Dorothea se sintió avergonzada al sorprenderse especulando de esta forma. Pero su tío había sido invitado a pasar un par de días en Lowick. ¿Era razonable suponer que el señor Casaubon disfrutaba con la compañía del señor Brooke en sí misma, con o sin documentos?

Entretanto, esa pequeña desilusión la hizo disfrutar tanto más de la disposición de Sir James Chettam por poner en marcha las mejoras deseadas. Venía con mucha mayor frecuencia que el señor Casaubon y Dorothea dejó de encontrarle desagradable desde que se mostrara más serio; había entrado con gran habilidad práctica en las cuentas de Lovegood y se mostraba encantadoramente dócil. Dorothea proponía construir un par de casitas a las cuales cambiar dos familias cuyas viejas casuchas podrían entonces derribarse para construir otras nuevas en su lugar. «En efecto», dijo Sir James, y Dorothea le tomó muy bien la palabra.

Verdaderamente, estos hombres que tenían tan escasas ideas espontáneas podían resultar miembros muy útiles de la sociedad bajo una adecuada dirección femenina… ¡si acertaban con la elección de sus cuñadas! Es difícil decir si no había cierta terquedad en su sostenida ceguera ante la posibilidad de que otro tipo de elección estuviera sobre el tapete con relación a ella. Pero en este momento, la vida de Dorothea estaba llena de esperanza y actividad: no sólo pensaba en sus planos, sino que estaba sacando muchos libros eruditos de la biblioteca y leyendo precipitadamente muchas cosas (a fin de poderse mostrar un poco menos ignorante al hablar con el señor Casaubon), mientras no cesaban de atenazarla serias dudas respecto de si no estaría sobrevalorando estos pequeños quehaceres, contemplándolos con esa complacencia que es el destino final de la ignorancia y la estupidez.

CAPÍTULO CUATRO

Sir James parece decidido a hacer cuanto quieres —dijo Celia cuando volvían a casa de inspeccionar el nuevo solar a construir.

—Es una buena persona, y más sensato de lo que cabría imaginar —dijo Dorothea con desconsideración.

—Quieres decir que parece tonto.

—No, no —dijo Dorothea, reportándose y poniendo la mano brevemente sobre la de su hermana—, pero no habla igual de bien sobre todos los temas.

—Yo diría que eso sólo lo hace la gente desagradable —dijo Celia con su habitual suavidad—. Debe de ser espantoso vivir con ellos. ¡Imagínate! Ya desde el desayuno en adelante.

Dorothea se rio.

—¡Kitty, qué maravillosa eres! —pellizcó la barbilla de Celia, sintiéndose ahora de humor para considerarla encantadora y hermosa, digna de ser un eterno querubín, y si no estuviera doctrinalmente mal decirlo, apenas más necesitada de salvación que una ardilla—. Claro que las personas no tienen por qué estar siempre hablando bien. Lo que sucede es que se ve la calidad de mente que tienen cuando intentan hacerlo.

—Quieres decir que Sir James lo intenta y no lo consigue.

—Hablaba en general. ¿Por qué me catequizas sobre Sir James? El objetivo de su vida no es complacerme a mí. —Pero Dodo, ¿de verdad crees eso?

—Claro que sí. Me considera como una futura hermana, nada más.

Dorothea nunca antes había insinuado esto, esperando, por cierta mutua timidez entre hermanas sobre estos temas, hasta que algún suceso decisivo lo introdujera. Celia se sonrojó pero dijo al punto:

—Dodo, te ruego que no sigas más en ese error. Cuando el otro día Tantripp me estaba cepillando el pelo, me dijo que el criado de Sir James sabía por la doncella de la señora Cadwallader que Sir James se iba a casar con la mayor de las señoritas Brooke.

—¿Cómo dejas que Tantripp te cuente esos cotilleos, Celia? —dijo Dorothea con indignación, no menos irritada porque detalles adormilados en su mente despertaban ahora confirmando la ingrata revelación—. Debes haberle preguntado algo. Es denigrante.

—No veo ningún mal en que Tantripp me hable. Es mejor saber lo que dice la gente. Puedes ver los errores que cometes cuando se te meten ideas en la cabeza. Estoy segura de que Sir James se te va a declarar; y cree que le aceptarás, sobre todo desde que te has mostrado tan contenta con él por lo de los planos. Y el tío también, sé que lo espera. Todo el mundo puede ver que Sir James está muy enamorado de ti.

La revulsión fue tan fuerte y dolorosa en la mente de Dorothea que le brotaron las lágrimas y le corrieron copiosamente. Todos sus adorados planes quedaban emponzoñados y pensó con desagrado en que Sir James concibiera que ella le reconocía como pretendiente. También estaba enojada por Celia.

—¿Por qué iba a esperarlo? —espetó impetuosa—. Jamás he estado de acuerdo con él salvo en lo de las casitas: apenas si me portaba con cortesía antes de esto.

—Pero has estado muy contenta con él desde entonces; ha empezado a estar bastante seguro de que le aprecias.

—¿Apreciarle, Celia? ¿Cómo puedes elegir expresiones tan odiosas? —dijo Dorothea con apasionamiento.

—Válgame Dios, Dorothea, supongo que sería normal apreciar al hombre que se va a aceptar como marido. —Me ofende que Sir James pudiera pensar que le aprecio. Además, no es la palabra apropiada para el sentimiento que debo tener hacia el hombre que aceptaría por esposo.

—Pues lo siento por Sir James. Creí que debía decírtelo, porque hacías lo que sueles hacer, sin mirar jamás exactamente dónde te encuentres y pisando siempre por donde no debes. Siempre ves lo que no ve nadie más; es imposible satisfacerte; y sin embargo nunca te das cuenta de lo que es evidente. Es tu manera de ser, Dodo —algo le daba a Celia un inusitado valor, y no estaba teniendo piedad con la hermana que en ocasiones temía. ¡Quién sabe qué justa crítica puede estar haciendo Murr el Gato de nosotros, seres de más amplio raciocinio!

—Es muy doloroso —dijo Dorothea, sintiéndose herida—. No puedo tener nada más que ver en lo de las casitas. Tendré que portarme incivilizadamente con él. Tendré que decirle que no quiero tener nada que ver con las viviendas. Es muy doloroso —de nuevo se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Espera un poco. Piénsalo. Ya sabes que se va a ir un par de días a ver a su hermana. No quedará nadie salvo Lovegood. —Celia no pudo por menos que ablandarse—. Pobre Dodo —prosiguió con suave estilo entrecortado—. Es muy duro; tu pasatiempo favorito es dibujar planos.

—¿Pasatiempos el dibujar planos? ¿Piensas que sólo me ocupo de las casas de mis semejantes de esa forma infantil?

No es de extrañar que cometa errores. ¿Cómo se puede hacer algo noblemente cristiano viviendo entre gente de pensamientos tan pequeños?

No se dijo más: Dorothea estaba demasiado herida como para recomponerse y demostrar con su comportamiento que admitía equivocación alguna por su parte. Más bien se sentía inclinada a condenar la intolerante estrechez y la miope conciencia de la sociedad que la rodeaba. Celia ya no era el eterno querubín, sino una espina en su alma, una escéptica rosa y blanca, peor que cualquier presencia desalentadora de Pilgrim's Progrers. ¡El pasatiempo de dibujar planos! ¿Qué valor tenía la vida, qué gran fe podía existir cuando todo el efecto de las acciones de uno se podía reducir a semejante bobada? Cuando bajó del carruaje tenía las mejillas pálidas y los ojos enrojecidos. Era la imagen del dolor, y su tío, que la recibió en la entrada, se hubiera alarmado de no haber estado con ella Celia, tan bonita y compuesta que le hizo concluir al punto que las lágrimas de Dorothea tenían su origen en su excesiva religiosidad. Durante su ausencia, había regresado de un viaje a la ciudad, hecho con motivo de la petición de clemencia de algún criminal.

—Bueno, hijas mías —dijo cariñosamente cuando se acercaron a besarle—, espero que no haya sucedido nada desagradable durante mi ausencia.

—No, tío —dijo Celia—, hemos estado en Freshitt viendo las casitas. Pensábamos que habría llegado a casa para comer.

—Vine por Lowick… no sabíais que volvería por Lowick para almorzar allí. Y te he traído un par de folletos, Dorothea. Están en la biblioteca… ya sabes, en la mesa de la biblioteca.

Fue como si una corriente eléctrica recorriera a Dorothea, llevándola de la desesperación a la expectación.

Eran folletos sobre los principios de la Iglesia. Desapareció la opresión de Celia, Tantripp y Sir James y se fue derecha a la biblioteca. Celia subió arriba. Al señor Brooke le detuvo un mensaje, pero cuando volvió a la biblioteca encontró a Dorothea sentada y enfrascada en uno de los folletos que tenía en el margen algo escrito a mano por el señor Casaubon, absorbiéndolo con la ansiedad con que hubiera absorbido el aroma de un ramo recién cortado tras un paseo caluroso, seco y cansino.

Se estaba alejando de Tipton y Freshitt, y su propia y triste tendencia a pisar por donde no debía en su camino hacia la Nueva Jerusalén.

El señor Brooke se sentó en su butaca, estiró las piernas hacia la chimenea cuyo fuego se había convertido en un amasijo prodigioso de brillantes dados y se frotó suavemente las manos, mirando a Dorothea con discreción, pero con aire serenamente neutral, como si no tuviera nada en particular que decirle. Dorothea cerró el folleto en cuanto observó la presencia de su tío, y se dispuso a marcharse. Normalmente se hubiera interesado por el viaje piadoso de su tío a favor del criminal, pero su reciente agitación la hizo distraerse.

—Volví por Lowick, ¿sabes? —dijo el señor Brooke, no con la intención de detener su salida, sino por su habitual inclinación a repetir lo que había dicho antes. Este principio fundamental del habla humana era muy marcado en el señor Brooke—. Comí allí y vi la biblioteca de Casaubon, y todo eso. Hacía fresco al volver en el carruaje. Pero, ¿no quieres sentarte, hija? Parece que tienes frío.

Dorothea se sintió bien inclinada a aceptar esta invitación. A veces, cuando la manera relajada en la que su tío se tomaba las cosas no resultaba exasperante, era muy tranquilizadora. Se quitó el chal y el sombrero y se sentó frente a él, disfrutando del calor, pero levantando sus hermosas manos para protección. No eran manos delgadas, ni pequeñas, sino fuertes, femeninas, maternales. Parecía alzarlas en aplacamiento por su apasionado deseo de conocer y pensar, lo cual en los hostiles medios de Tipton y Freshitt había dado como resultado las lágrimas y los ojos enrojecidos.

Se acordó en ese momento del criminal condenado.

—¿Qué noticias trae, tío, del ladrón de ovejas?

—¿De quién, del pobre Bunch? Pues, parece que no podemos salvarle. Le van a ahorcar.

El ceño de Dorothea se frunció con un gesto de reprobación y lástima.

—Le van a ahorcar, ¿sabes? —dijo el señor Brooke, con un sosegado movimiento de cabeza—. ¡Pobre Romilly! Él nos habría ayudado. Conocí a Romilly. Casaubon no le conocía. Sabes, está un poco enterrado en sus libros.

—Cuando se es hombre de grandes estudios y se está escribiendo una gran obra, claro está que se debe renunciar a ver muchas cosas. ¿Cómo podría ir por ahí haciendo amistades?

—Eso es verdad. Pero ¿sabes?, hay hombres deprimidos. Yo también he sido siempre soltero, pero tengo ese tipo de disposición que nunca se deprime: he ido siempre a todas partes y me he hecho cargo de las cosas. Nunca me he deprimido: pero veo que Casaubon sí. Necesita compañía, una compañía.

—Sería un gran honor para cualquiera ser su compañera —dijo Dorothea enérgicamente.

—Te gusta, ¿verdad? —dijo el señor Brooke sin demostrar sorpresa o ninguna otra emoción—. Bien, pues hace diez años que conozco a Casaubon, desde que vino a Lowick. Pero nunca he sacado nada de él… ninguna idea, ¿sabes? De todas formas es un hombre estupendo y quizá llegue a obispo… ese tipo de cosa, ya sabes, si Peel sigue. Y tiene una gran opinión de ti, hija.

Dorothea no podía hablar.

—La verdad es que tiene muy buena opinión de ti. Y habla muy bien ese Casaubon. Se ha dirigido a mí, puesto que tú eres menor de edad. Resumiendo, he prometido hablar contigo, aunque le dije que no pensaba que tuviera muchas probabilidades. Tenía que decírselo. Le dije que mi sobrina es muy joven y todo eso. Pero no creí necesario entrar en detalles. Pero, para resumir, me ha pedido permiso para proponerte matrimonio… matrimonio, ya sabes —dijo el señor Brooke, con un gesto explicatorio de la cabeza—. Creí mejor decírtelo, hija.

Nadie hubiera detectado ansiedad alguna en el comportamiento del señor Brooke, pero quería saber algo de lo que pensaba su sobrina a fin de que, caso de que necesitara un consejo, pudiera darlo a tiempo. El sentimiento que él, como juez de paz que había asimilado tantas ideas, pudiera albergar, era totalmente afectuoso. Puesto que Dorothea no respondió al momento, repitió:

—Creí mejor decírtelo, hija.

—Gracias, tío —dijo Dorothea en tono claro y decidido—. Le estoy muy agradecida al señor Casaubon. Si se me declara, le aceptaré. Le admiro y respeto más que a ningún otro hombre que conozco.

El señor Brooke se detuvo un instante y luego dijo con voz tenue y pausada:

—¿Ah?… Bien. Es un buen partido en cierto aspecto. Pero claro, el que sí es un buen partido es Chettam. Y nuestras tierras lindan. Nunca contravendré tus deseos, hija mía. La gente debe poder elegir su matrimonio y todo eso…, hasta cierto punto, claro. Siempre he dicho lo mismo, hasta cierto punto. Quiero que te cases bien, y tengo buenas razones para creer que Chettam desea casarse contigo. Sólo lo menciono, ya sabes.

—Sería imposible que me casara nunca con Sir James Chettam —dijo Dorothea—. Si está pensando en casarse conmigo, comete un grave error.

—Eso es lo que ocurre. Uno nunca sabe nada. Yo hubiera pensado que Chettam era justo el hombre que le gustaría a una mujer.

—Le ruego, tío, que no vuelva a referirse a él en esos términos —dijo Dorothea, notando que se reavivaba su reciente enojo.

El señor Brooke estaba asombrado y pensaba que las mujeres eran un inagotable tema de estudio, ya que incluso él, a su edad, no se encontraba en un perfecto estado de predicación científica respecto de ellas. ¡Hete aquí a un tipo como Chettam, sin ninguna posibilidad!

—Bueno…, volviendo a Casaubon. No hay prisa…, me refiero, para ti. Cierto que él acusará cada año que pase. Tiene más de cuarenta y cinco, ¿sabes? Yo diría que sus buenos veintisiete años más que tú. Claro que si te gusta el estudio, la investigación y ese tipo de cosas… bueno… no podemos tenerlo todo. Y sus ingresos son buenos… tiene una hermosa propiedad al margen de la Iglesia… Sí, sus ingresos son buenos. Pero no es joven, y no debo ocultarte, hija mía, que tengo entendido que su salud no es muy fuerte. No conozco nada más en su contra.

—No desearía un marido de edad muy próxima a la mía —dijo Dorothea con determinación—. Desearía que me superara en juicio y conocimientos.

El señor Brooke repitió su sereno «¿Ah?» añadiendo: —Siempre pensé que tenías más criterio propio que la mayoría de las chicas. Sabía que te gustaba tener tu propio criterio… que te gustaba, ¿sabes?

—No me imagino viviendo sin opiniones, pero me gustaría tener buenas razones para mantenerlas, y un hombre inteligente podría ayudarme a ver cuáles tenían mejor fundamento, y a vivir de acuerdo con ellas.

—Muy cierto. No podías haber expuesto mejor la cosa…, no podías haberlo expuesto mejor… en principio. Pero hay cosas raras —continuó el señor Brooke, cuya conciencia se esmeraba para aconsejar bien a su sobrina en esta ocasión—. La vida no viene cortada en moldes, no se desarrolla según trazados y medidas y todo eso. Yo nunca me casé, lo cual será más beneficioso para ti y los tuyos, pero lo cierto es que nunca amé a nadie lo suficiente como para atarme a ella. Porque es una atadura. Por ejemplo, existe el mal humor; sí, existe el mal humor. Y al marido le gusta ser el amo.

—Sé que debo esperar dificultades, tío. El matrimonio es un estado de mayores obligaciones. Nunca pensé que fuera tan sólo comodidad personal —dijo la pobre Dorothea.

—Bueno, la verdad es que a ti no te gusta el boato, ni las viviendas grandes, los bailes, las cenas, o ese tipo de cosas. Veo que quizá las costumbres de Casaubon te vayan mejor que las de Chettam. Y puedes hacer lo que quieras, hija mía. No le pondré peros a Casaubon, lo dije desde el principio; al fin y al cabo nunca se sabe cómo pueden salir las cosas. Tú no tienes los mismos gustos que las demás jóvenes; y tal vez un clérigo, y erudito…, que puede llegar a obispo…, quizá te vaya mejor que Chettam. Chettam es un buen tipo, un hombre de buen corazón; pero no le atraen demasiado las ideas. A mí sí, cuando tenía su edad. Pero esos ojos de Casaubon. Creo que se los ha dañado un poco de tanto leer.

—Cuanta más posibilidad tenga de ayudarle, tanto más feliz seré, tío —dijo Dorothea con ardor.

—Veo que estás decidida. Pues bien, hija, lo cierto es que tengo una carta para ti en el bolsillo —el señor Brooke le entregó la carta a Dorothea, pero así que se levantaba para marcharse, añadió—: no hay demasiada prisa, hija. Piénsatelo. Cuando Dorothea se hubo marchado pensó que había hablado con dureza, exponiendo los riesgos del matrimonio crudamente. Era su obligación. Pero en cuanto a fingir sabiduría con los jóvenes, ningún tío, por mucho qué hubiera viajado en su juventud, asimilando las ideas nuevas, y cenado con celebridades ahora fallecidas, podría intentar juzgar qué tipo de matrimonio le saldría bien a una joven que prefería Casaubon a Chettam. En resumen, la mujer era un problema que, puesto que la mente del señor Brooke se paralizaba al enfrentarse a él, apenas debía ser menos complicado que las revoluciones de un sólido irregular.

CAPÍTULO CINCO

Esta fue la carta del señor Casaubon:

Estimada señorita Brooke. Tengo la autorización de su tutor para dirigirme a usted sobre un tema de sin par significación para mí. Confío no estar equivocado al reconocer alguna más honda correspondencia que la de la circunstancia entre el hecho de que la conciencia de una carencia en mi propia vida surgiera contemporáneamente con la posibilidad de conocerla a usted. Pues a la primera hora de haberla conocido, tuve la impresión de su eminente y tal vez exclusiva idoneidad para cubrir esa carencia (vinculada, puedo añadir, a tal actividad del afecto que ni siquiera las preocupaciones de una labor en demasía especial como para ser desatendida podían ininterrumpidamente disimular); y cada sucesiva oportunidad de observación ha proporcionado a dicha impresión mayor profundidad al convencerme más enfáticamente de esa idoneidad que yo había preconcebido, evocando, en consecuencia, más decisivamente ese afecto al cual acabo de referirme. A mi entender, nuestras conversaciones le habrán expuesto a usted lo suficientemente el tenor de mi vida y mis aspiraciones, tenor, soy consciente, poco adecuado al orden de mentes más vulgar. Pero he discernido en usted una elevación de pensamiento y una capacidad de entrega que hasta el momento no había concebido fuera compatible ni con la temprana flor de la juventud ni con aquellas delicadezas de su sexo que puede decirse que a un tiempo obtienen y confieren distinción cuando se combinan, como sucede admirablemente en usted, con las cualidades mentales anteriormente indicadas. Confieso que rebasaba mis esperanzas encontrar esta rara combinación de elementos tanto sólidos como atractivos, adaptados a proporcionar ayuda en tareas más serias, así como encanto en las horas de ocio; y de no ser por mi encuentro con usted (el cual, permítame decirlo de nuevo, confío no fuera superficialmente coincidente con presagiadas carencias, sino providencialmente relacionado con ellas, como etapas consecutivas a la consumación del plan de una vida), probablemente hubiera terminado mis días sin intentar aliviar mi soledad mediante una unión matrimonial. Tal es, mi estimada señorita Brooke, la exacta declaración de mis sentimientos, y confío en su indulgencia al osar ahora preguntarle hasta qué punto los suyos son de naturaleza tal que confirmen mi gozoso presentimiento. Consideraría el mayor de los regalos de la providencia el que me aceptara como su esposo y guardián terrenal de su bienestar. A cambio, puedo al menos ofrecerle un cariño no disipado hasta el momento y la fiel dedicación de una vida que, por muy corta que haya sido en resultados, no contiene páginas anteriores en las que, si desea remitirse a ellas, pudiera hallar constancia de nada que justificadamente la entristeciera o avergonzara. Aguardo la manifestación de sus sentimientos con un ansia que correspondería a la sabiduría (de ser ello posible) distraer mediante una labor más ardua que la usual. Pero en este orden de experiencias soy aún joven, y, al columbrar una posibilidad desfavorable, no puedo por menos que sentir que resignarse a la soledad será más difícil tras la iluminación temporal de la esperanza. Cualquiera que sea el desenlace, siempre tendrá usted mi sincera devoción.

EDWARD CASAUBON.

Dorothea tembló mientras leía esta carta; luego cayó de rodillas, escondió el rostro y se echó a llorar. No podía rezar ante la riada de solemne emoción en la que los pensamientos se tornaban vagos y las imágenes flotaban inciertas; sólo podía abandonarse, con el sentimiento infantil de descansar sobre el regazo de una conciencia divina que sostenía la suya propia. Así permaneció hasta la hora de vestirse para la cena. ¿Cómo podía ocurrírsele examinar la carta, observarla críticamente como profesión de amor? Toda su alma estaba poseída por el hecho de que una vida más amplia se abría ante ella: era una neófita a punto de entrar en un grado más alto de iniciación. Iba a tener espacio para las energías que se removían inquietas bajo la nebulosidad y presión de su propia ignorancia y la nimia perentoriedad de los hábitos del mundo.

Ahora podría dedicarse a obligaciones grandes, pero al tiempo concretas; ahora se le permitiría vivir continuamente a la luz de una mente que pudiera reverenciar. En esta esperanza no estaba ausente el destello del gozo orgulloso la jubilosa sorpresa juvenil de ser elegida por el hombre al que había escogido su admiración. Toda la pasión de Dorothea se vio trasegada a través de una mente que luchaba por conseguir una vida ideal. Y el resplandor de su niñez transfigurada recayó sobre el primer objeto que encajó en su nivel. El ímpetu con el que la inclinación se convirtió en decisión se acrecentó por esos pequeños sucesos del día que habían provocado su disconformidad con las circunstancias actuales de su vida.

Después de cenar, mientras Celia tocaba un «aire con variaciones», un pequeño tintineo que simbolizaba la parte estética de la educación de una joven, Dorothea subió a su habitación para contestar la carta del señor Casaubon. ¿Por qué habría de demorar la respuesta? La escribió tres veces, no porque quisiera cambiar la expresión sino porque escribía con una letra inusitadamente incierta, y no soportaba que el señor Casaubon pensara que tenía una caligrafía mala o ilegible. Se preciaba de tener una escritura en la que cada letra se distinguía sin grandes conjeturas, y tenía la intención de aprovechar bien este talento para economizar los ojos del señor Casaubon. Tres veces escribió:

Mi estimado señor Casaubon. Le estoy muy agradecida por quererme y creerme digna de ser su esposa. No puedo desear mayor felicidad que aquella que sea una con la suya. Si dijera más no haría sino repetir lo mismo con mayor extensión, pues no puedo en este momento pensar en otra cosa que la de poder ser toda la vida, su

DOROTHEA BROOKE

Más tarde siguió a su tío hasta la biblioteca para darle la carta, a fin de que pudiera enviarla por la mañana. Se quedó sorprendido, pero sólo lo manifestó guardando unos minutos de silencio durante los cuales recolocó varios de los objetos de su escritorio, finalmente quedándose en pie de espaldas al fuego, las gafas caladas y mirando en la dirección de la carta de Dorothea.

—¿Has pensado esto bien, hija? —dijo por fin.

—No tuve que pensar mucho, tío. No conozco nada que pudiera hacerme vacilar. Si cambiara de opinión sería por algo importante y totalmente nuevo para mí.

—¡Ah! Entonces, ¿le has aceptado? ¿Chettam no tiene ninguna oportunidad? ¿Te ha ofendido Chettam? Ya sabes…, ofendido. ¿Qué es lo que no te gusta de Chettam?

—No hay nada que me guste de él —dijo Dorothea con cierto ímpetu.

El señor Brooke echó la cabeza y los hombros hacia atrás, como si alguien le hubiera lanzado un ligero misil. Dorothea sintió un remordimiento y al punto dijo:

—Me refiero como esposo. Es muy amable, y bondadoso con lo de las casitas. Y tiene muy buena intención. —Pero tú quieres un estudioso y ese tipo de cosas, ¿no?

Bueno, lo llevamos en la familia. Yo también lo tenía… ese amor por la sabiduría… ese interesarse por todo… quizá demasiado… me llevó demasiado lejos; aunque ese afán no suele darse en la línea femenina; o corre subterráneo, como los ríos de Grecia… sale en los hijos. Hijos listos, madres listas. Hubo un tiempo, en que yo me interesé mucho por eso. Sin embargo, hija, siempre dije que la gente debe hacer lo que quiera en estos asuntos, al menos hasta cierto punto. Como tutor tuyo no podía consentir un mal matrimonio. Pero Casaubon es presentable: su posición es buena. Aunque me temo que Chettam se sentirá dolido, y la señora Cadwallader me echará a mí la culpa.

Esa noche, por supuesto, Celia no supo nada de lo ocurrido. Atribuyó el ensimismamiento de Dorothea y la evidencia de otros lloros desde que llegaran a casa al mal humor que le había provocado el asunto de Sir James Chettam y las edificaciones, y tuvo cuidado de no incurrir en más ofensas: una vez dicho lo que quería, Celia no se sentía inclinada a retomar los temas desagradables. Era su forma de ser desde pequeña, el no pelearse nunca con nadie y simplemente observar con asombro cuando se peleaban con ella y se hinchaban como pavos, dispuesta a jugar con todos tan pronto se les pasara. Por cuanto a Dorothea, también desde siempre solía encontrar fallos en las palabras de su hermana, aunque Celia argumentara interiormente que no hacía más que exponer cómo eran las cosas exactamente: ni era su costumbre ni podía inventarse cosas por propia iniciativa. Pero lo mejor que tenía Dodo era que nunca se enfadaba durante mucho tiempo. Ahora, a pesar de que casi no se habían hablado en toda la tarde, cuando Celia dejó a un lado su labor con la intención de marcharse a la cama, procedimiento en el que siempre era la primera, Dorothea, que estaba sentada en un escabel, incapaz de concentrarse en nada salvo la meditación, dijo con el tono musical que en momentos de profundo pero quedo sentimiento convertía sus palabras en un hermoso recital:

—Celia, cariño, ven a darme un beso —extendiendo los brazos abiertos al tiempo que hablaba.

Celia se arrodilló para estar a la misma altura, y la besó suavemente mientras Dorothea la rodeaba dulcemente con los brazos y, con gesto serio, imprimía un beso en cada mejilla.

—No te acuestes tarde, Dodo, estás muy pálida esta noche; vete pronto a la cama —dijo Celia con sosiego y sin asomo de sentimentalismo.

—No, cariño, soy muy, muy feliz —dijo Dorothea con fervor.

—Tanto mejor —pensó Celia—. Pero qué forma tan rara tiene Dodo de pasar de un extremo a otro.

Al día siguiente, durante el almuerzo, el mayordomo, al entregarle algo al señor Brooke dijo:

Jonás ha vuelto, señor, y ha traído esta carta.

El señor Brooke leyó la carta y, a continuación, mirando a Dorothea, dijo:

—Casaubon, hija mía… vendrá a cenar; no se detuvo a escribir nada más…, nada más, ya sabes.

No podía extrañarle a Celia que se le avisara a su hermana de antemano que vendría un invitado a cenar; pero al seguir su mirada la misma dirección que la de su tío, le chocó el peculiar efecto que la noticia tuvo sobre Dorothea. Fue como si algo parecido al reflejo de una iluminada ala blanca hubiera recorrido sus facciones, culminando en uno de sus insólitos sonrojos. Por primera vez se le ocurrió a Celia que tal vez hubiera algo más entre el señor Casaubon y su hermana que el gusto de aquél por la conversación erudita y el de ella por escuchar. Hasta el momento, había aparejado la admiración por este «feo» y sesudo conocido con la admiración en Lausana por Monsieur Liret, igualmente feo y sesudo. Dorothea aún no se había cansado de escuchar al viejo Monsieur Liret cuando Celia ya tenía los pies helados y no podía soportar más ver cómo se le movía la piel de la calva. ¿Por qué, pues, no iba a hacerse extensivo su entusiasmo al señor Casaubon igual que a Monsieur Liret? Y parecía lógico que todos los hombres estudiosos consideraran a los jóvenes desde el punto de vista del maestro.

Pero ahora Celia se asustó de verdad ante la sospecha que se le había cruzado por la mente. No era frecuente que se viera tomada así por sorpresa; su maravillosa rapidez en observar un cierto orden de signos solía prepararla para esperar las manifestaciones externas que la interesaban. No es que se imaginara en este momento que el señor Casaubon fuera ya un pretendiente aceptado; simplemente había empezado a repelerle la posibilidad de que algo en la mente de Dorothea pudiera inclinarse hacia semejante resultado. Esto era algo que realmente podría llegar a molestarla de Dodo; bien estaba no aceptar a Sir James Chettam, pero ¡casarse con el señor Casaubon! ¡Vaya idea! Celia sintió una especie de vergüenza entremezclada con un sentido del absurdo. Pero quizá se podría disuadir a Dodo, si es que rayaba en semejante extravagancia; la experiencia había demostrado hartas veces que se podía contar con la impresionabilidad de su hermana. Era un día húmedo, y no iban a salir a pasear, de manera que ambas subieron a su cuarto de estar donde Celia observó que Dorothea, en lugar de ocuparse en algo con su acostumbrada diligencia, simplemente apoyó el codo sobre un libro abierto y miró por la ventana al enorme cedro, plateado por la humedad. Celia se aplicó al juguete que estaba haciendo para los hijos del coadjutor sin intención de abordar precipitadamente ningún tema.

En ese momento Dorothea pensaba que sería deseable que Celia supiera el considerable cambio que la posición del señor Casaubon había experimentado desde que visitara la casa por última vez; no parecía justo mantenerla en la ignorancia de lo que necesariamente habría de afectar su relación con él; pero resultaba imposible no rehuir decírselo. Dorothea se culpó de cierta mezquindad en esta timidez: siempre le resultaba odioso sentir cualquier pequeño temor o pesar acerca de sus acciones, pero en este momento buscaba toda la ayuda posible a fin de no temer lo corrosivo de la prosa llana de Celia. Su pensamiento se vio interrumpido, así como eliminada la dificultad de la decisión, por la voz pequeña y un tanto gutural de Celia que, en su tono usual, comentó:

—¿Viene alguien más a cenar, además del señor Casaubon?

—Que yo sepa, no.

—Espero que haya alguien más. Así no le oiré comerse la sopa de aquella manera.

—¿Qué hay de notable en cómo come la sopa?

—Por favor, Dodo, ¿es que no oyes cómo sorbe la cuchara? ¿Y te has fijado en cómo parpadea los ojos antes de hablar? No sé si Locke lo haría, pero lo siento por los que se sentaran enfrente de él si es que lo hacía.

—Celia —dijo Dorothea, con enfática seriedad—, te ruego que no hagas más comentarios de ese tipo.

—Pero, ¿por qué no? Son bien ciertos —respondió Celia que tenía sus razones para insistir, aunque empezaba a sentirse un poco asustada.

—Hay muchas cosas que son ciertas y que sólo las mentes más vulgares comentan.

—Pues en ese caso pienso que las mentes vulgares deben ser bastante útiles. Creo que es una lástima que la madre del señor Casaubon no tuviera una mente más vulgar: le hubiera educado mejor.

Celia estaba bastante atemorizada y dispuesta a salir corriendo ahora que había lanzado esta pequeña jabalina.

Los sentimientos de Dorothea habían ido formando una avalancha y no cabía ya una más pausada preparación.

—Conviene que te diga, Celia, que estoy prometida al señor Casaubón.

Es probable que Celia no hubiera palidecido tanto nunca. De no ser por su habitual esmero de lo que tenía en las manos la pierna del hombrecito de papel que estaba haciendo se hubiera visto lesionada. Al momento puso a un lado la frágil figura y se quedó perfectamente quieta durante unos segundos. Cuando habló tenía la voz quebrada.

—Dodo, espero que seas muy feliz —su cariño de hermana no podía por menos que imponerse en estos momentos a cualquier otro sentimiento, y sus temores eran fruto del afecto.

Dorothea seguía dolida y agitada.

—Entonces, ¿está completamente decidido? —dijo Celia con un asombrado susurro—. ¿Y el tío lo sabe?

—He aceptado la proposición del señor Casaubon. Trajo la carta que la contenía. Él lo sabía de antemano.

—Te pido disculpas si he dicho algo que te molestara, Dodo —dijo Celia con un sollozo. Nunca pensó que se sentiría así. Había algo fúnebre en todo el asunto y el señor Casaubon era como el clérigo que oficiaba, acerca del cual parecía indecoroso hacer ningún comentario.

—No importa, Kitty, no te apenes. Tú y yo nunca admiraríamos a las mismas personas. Yo a veces también molesto de la misma forma; tiendo a hablar con demasiada firmeza de quienes me disgustan.

Pese a esta magnanimidad, Dorothea aún estaba herida, quizá tanto por el velado asombro de Celia como por las pequeñas críticas que le había hecho. Por descontado que nadie en Tipton vería este matrimonio con agrado. Dorothea no conocía a nadie que opinara como ella respecto de la vida y las cosas más óptimas que ofrecía. Sin embargo, antes de finalizar la noche estaba muy feliz. Durante la hora de téte-à-téte con el señor Casaubon le habló con mayor libertad de la que jamás hubiera sentido antes, llegando a manifestarle su alegría ante el pensamiento de dedicarse a él y de saber cómo podía compartir e impulsar sus grandes objetivos. Al señor Casaubon le embargó un gozo desconocido (¿a qué hombre no?) ante este irrefrenado ardor juvenil: no le sorprendió (¿a qué novio sí?) ser el destinatario.

—Mi querida joven… señorita Brooke… ¡Dorothea! —dijo, apretándole la mano entre las suyas—, es ésta una felicidad mayor de la que jamás pensara me estuviera reservada. Que pudiera encontrarme con una mente y una persona tan rica en esa mezcla de virtudes como para hacerme desear el matrimonio estaba lejos de mi imaginación. Posee todas, no, más que todas, las cualidades que siempre he considerado como las excelencias características de la mujer. El gran encanto de su sexo es su capacidad para un ardiente y sacrificado afecto, y en él es donde vemos su idoneidad para redondear y completar la existencia del nuestro propio. Hasta el presente he conocido pocos placeres salvo aquellos más áridos; mis satisfacciones han sido las del solitario estudioso. Me he sentido poco inclinado a cortar flores que se ajaran en mis manos, pero ahora las recogeré gustoso para depositarlas sobre su pecho.

Ningún discurso podría haber tenido una intención más honrada: la frígida retórica del foral era tan sincera como el ladrido de un perro o el graznar de un grajo amoroso. ¿No sería precipitado concluir que no había pasión detrás de esos sonetos a Delia que se nos antojan como la leve música de una mandolina?

La fe de Dorothea proporcionó todo aquello que las palabras del señor Casaubon dejaron por decir: ¿qué creyente vislumbra una perturbadora omisión o infelicidad? El texto, tanto si es de profeta como de poeta, se expande hasta admitir lo que queramos introducirle, e incluso su mala gramática es sublime.

—Soy muy ignorante, le asombrará mi ignorancia —dijo Dorothea—. Albergo tantos pensamientos que pueden estar equivocados… y ahora se los podré comunicar todos, y preguntarle por ellos. Pero —añadió con pronta imaginación sobre los probables sentimientos del señor Casaubon—, no le molestaré demasiado; sólo cuando se sienta dispuesto a escucharme. A menudo debe de estar cansado prosiguiendo sus propios temas. Mucho prosperaré con que me acerque usted a ellos.

—¿Cómo podría ahora perseverar en senda alguna sin su compañía? —dijo el señor Casaubon depositando un beso en la cándida frente, y sintiendo que el cielo le había deparado una bendición adaptada en todo a sus especiales necesidades. Se estaba viendo inconscientemente afectado por el encanto de una naturaleza carente por completo de escondidas maquinaciones encaminadas tanto a efectos inmediatos como a fines más lejanos. Era esto lo que hacía aparecer a Dorothea tan joven, y, según ciertos jueces, tan tonta, a pesar de su supuesta inteligencia: como por ejemplo, en este momento, que se echaba, metafóricamente hablando, a los pies del señor Casaubon y le besaba los cordones anticuados como si de un papa protestante se tratara. No pretendía en absoluto que el señor Casaubon se preguntara si la merecía, sino que simplemente se preguntaba a sí misma con ansiedad cómo podría llegar a merecerle a él. Antes de que partiera al día siguiente, se había decidido que la boda tendría lugar al cabo de seis semanas. ¿Por qué no? La casa del señor Casaubon estaba a punto. No era una rectoría, sino una mansión considerable, con muchas tierras. La rectoría estaba habitada por el coadjutor, a cargo de quien corrían todas las obligaciones salvo el sermón dominical.

CAPÍTULO SEIS

Al salir el carruaje del señor Casaubon por la verja, detuvo la entrada de un faetón tirado por una dama detrás de la cual iba sentada una criada. Es dudoso que el reconocimiento fuera mutuo, pues el señor Casaubon miraba distraídamente al frente; pero la dama tenía la vista aguda y saludó con un «¿Cómo está usted?» en el momento preciso. A pesar de su gorro ajado y viejo echarpe de lana, era evidente que la guardesa la consideraba un personaje importante por la inclinación profunda que hizo al entrar el pequeño faetón.

—Y bien, señora Fitchett, ¿qué tal ponen sus gallinas ahora? —dijo la dama morena y de ojos oscuros en un tono de voz decididamente cincelado.

—Pues lo que es poner, bien, señora, pero les ha dado por comerse sus propios huevos. No me dejan vivir en paz. —¡Vaya caníbales! Véndalas baratas cuanto antes. ¿A Cómo va el par? Tenga en cuenta que no se pueden comer aves de mal carácter a precios muy altos.

—Pues, a media corona. No puedo dárselas por menos. —¡Media corona, en estos días! Venga, venga, son para el caldo del domingo del rector. Ya se ha comido todas las nuestras que me sobran. Recuerde, señora Fitchett, que con el sermón queda ya medio pagada. Llévese una pareja de pichones míos a cambio, son una preciosidad. Tiene que venir a verlos. Usted no tiene pichones entre sus palomas.

—Está bien, señora, mi marido irá a verlos después del trabajo. Es muy aficionado a las cosas nuevas; así la complacerá a usted.

—¡Complacerme a mí! Será el mejor negocio que haya hecho en su vida. ¡Un par de pichones eclesiásticos por una pareja de malvadas aves españolas que se comen sus propios huevos! ¡Vaya presumiros están hechos usted y Fitchett! El faetón avanzó al son de las últimas palabras, dejando a la señora Fitchett riéndose y moviendo la cabeza con un «¡Claro, claro!», de lo cual se desprendía que hubiera encontrado la campiña más aburrida si la esposa del rector hubiera sido menos lenguaraz y tacaña. Lo cierto era que tanto los granjeros como los trabajadores de las parroquias de Freshitt y de Tipton hubieran sentido una triste falta de conversación de no ser por las historietas referentes a lo que decía y hacía la señora Cadwallader: dama de inconmensurable alcurnia, descendiente, por así decirlo, de condes desconocidos, nebulosos como el amasijo de matices heroicos, que esgrimía su pobreza, recortaba precios y hacía chistes de la manera más campechana, pero de una forma que dejaba siempre claro quién era. Una dama así impregnaba de amabilidad vecinal tanto el rango como la religión, y mitigaba los sinsabores del diezmo inconmutado. Una personalidad mucho más ejemplar, con infusiones de agria dignidad, no hubiera mejorado la comprensión de los vecinos sobre los Treinta y nueve Artículos, y hubiera sido menos unificadora socialmente. El señor Brooke, enfocando los méritos de la señora Cadwallader desde diferente punto de vista, dio un pequeño respingo al serle anunciado su nombre en la biblioteca, donde estaba sentado solo.

—Veo que ha tenido aquí a nuestro Cicerón de Lowick —dijo, sentándose cómodamente, aflojándose el echarpe un poco y mostrando una figura delgada, pero bien hecha—. Sospecho que usted y él están tramando malas políticas, de lo contrario no vería tanto a ese animado señor. Informaré en contra de usted: recuerde que ambos son personajes sospechosos desde que apoyaron a Peel en lo de la Ley Católica. Le diré a todo el mundo que se presentará por Middlemarch con los liberales cuando dimita el viejo Pinkerton y que Casaubon le va a ayudar de forma soterrada: sobornando a los votantes con panfletos y abriendo las tabernas para distribuirlos. Venga, ¡confiese!

—Nada de eso —dijo el señor Brooke, sonriendo y limpiándose las gafas, pero en el fondo sonrojándose un poco ante la acusación—. Casaubon y yo no hablamos mucho de política. No se inquieta demasiado por el lado filantrópico de las cosas y todo eso. Sólo le interesan los asuntos de la iglesia. Y esa, ya sabe, no es mi línea de acción.

—¡Vaya si lo sé! Amigo mío, sé de sus andanzas. ¿Quién vendió su trocito de tierra a los papistas en Middlemarch? Estoy segura de que la compró a propósito. Es usted un perfecto Guy Faux. ¡Veremos si no queman una efigie suya este próximo 5 de noviembre! Humphrey no quería venir a pelearse con usted por eso, así que he venido yo.

—Está bien. Estaba preparado para ser perseguido por no perseguir… no perseguir, ¿sabe?

—¡Ya empezamos! Vaya charlatanería se ha preparado para las elecciones. Mire, no deje que le engatusen, mi querido señor Brooke. Los hombres siempre hacen el ridículo cuando hacen discursos: no hay más solución que estar del lado adecuado y poder así pedir que bendigan su carraspeo y palabrería. Será su perdición, se lo advierto. Será la comidilla y el blanco de las opiniones de todos los partidos, y todos le acribillarán.

—Eso es lo que espero, ¿sabe? —dijo el señor Brooke, reacio a demostrar cuán poco le complacía este esbozo profético—, lo que espero por ser un hombre independiente. En cuanto a los liberales, no es probable que ningún partido enganche a quien va con los pensadores. Ese hombre podrá ir con ellos hasta un punto, ¿sabe? …, hasta un punto. Pero eso es lo que ustedes las señoras nunca entienden.

—¿Qué no entendemos? ¿Lo de su cierto punto? Pues no, no lo entendemos. Me gustaría saber cómo puede tener alguien un cierto punto si no pertenece a ningún partido, lleva una vida errante y jamás le da la dirección a sus amigos. «Nadie sabe dónde estará Brooke; no se puede contar con Brooke» … eso es lo que la gente dice de usted, si le soy sincera. Así, que, por favor, siente la cabeza. ¿Es que le gustaría ir a las sesiones con todo el mundo desconfiando de usted, con una mala conciencia y los bolsillos vacíos?

—No tengo intención de discutir de política con una dama —dijo el señor Brooke con aire de sonriente indiferencia, pero sintiéndose desagradablemente consciente de que este ataque de la señora Cadwallader había abierto la campaña defensiva a la que le habían expuesto algunas imprudencias.

El suyo no es un sexo de pensadores, ¿sabe?… vanum et wutabile semper. Cosas así. No conoce usted a Virgilio. Yo conocí… —el señor Brooke reflexionó a tiempo que no había conocido personalmente al poeta clásico—, iba a decir el pobre Stoddart. Eso es lo que él decía. Ustedes las señoras siempre están en contra de una actitud independiente… el que a un hombre le interese sólo la verdad y ese tipo de cosas. No hay otro lugar en el país donde la opinión sea más limitada que aquí. No me refiero a que tiren piedras, pero… se necesita a alguien que tenga una línea independiente, y si yo no la tomo ¿quién lo hará?

—¿Que quién lo hará? Pues cualquier rastacueros que carezca de cuna y de posición. La gente de solera debería consumir en casa sus memeces independentistas y no airearlas. ¡Y más usted que va a casar a su sobrina, que es como una hija, con uno de nuestros mejores hombres! Sería una cruel incomodidad para Sir James; sería muy duro para él si usted ahora diera un giro y enarbolara la bandera liberal.

El señor Brooke dio otro respingo interior, pues no bien se había decido el compromiso de Dorothea que se le habían pasado por la mente las posibles mofas que haría la señora Cadwallader. Puede que resultara fácil para los observadores ignorantes decir «Pues peléese con la señora Cadwallader»; pero ¿dónde va a ir un caballero rural que se pelea con sus vecinos más antiguos? ¿Quién podría saborear el fino sabor del nombre Brooke si se empleaba sin ton ni son, como un vino sin marca? La verdad es que el hombre sólo puede ser cosmopolita hasta cierto punto.

—Espero que Chettam y yo seamos siempre buenos amigos, pero lamento decir que no es probable que se case con mi sobrina —dijo el señor Brooke, viendo con alivio por la ventana que Celia estaba a punto de entrar.

—¿Por qué no? —dijo la señora Cadwallader con una aguda nota de sorpresa en la voz—. Hace apenas quince días que usted y yo hablábamos de ello.

—Mi sobrina ha elegido a otro pretendiente. Le ha escogido, ¿sabe? Yo no he tenido nada que ver en el asunto. Yo hubiera preferido a Chettam, y hubiera dicho que Chettam era el hombre que cualquier mujer elegiría. Pero nunca se sabe en estas cosas. Su sexo es caprichoso, ¿sabe?

—Pero, ¿con quién me está diciendo que va a dejar que se case? —la mente de la señora Cadwallader pasaba rápida revista a las posibilidades de elección de Dorothea.

Pero en este momento entró Celia, resplandeciente tras su paseo por el jardín, y el intercambio de saludos le ahorró al señor Brooke la necesidad de contestar inmediatamente. Se levantó con precipitación y con un «Por cierto, he de hablar con Wright de los caballos» salió presuroso de la habitación.

—Mi querida niña, ¿qué es esto? ¿Qué es esto del compromiso de tu hermana? —dijo la señora Cadwallader.

—Está prometida al señor Casaubon —dijo Celia, recurriendo, como de costumbre, a la exposición más simple del hecho, y disfrutando de la oportunidad de hablar a solas con la mujer del rector.

—Pero, ¡qué espanto! ¿Desde cuándo?

—Sólo lo sé desde ayer. Se van a casar dentro de seis semanas.

—Pues bueno, hija mía, que disfrutes de tu cuñado. —Lo siento tanto por Dorothea.

—¿Que lo sientes? Pero, es cosa suya ¿no?

—Sí; dice que el señor Casaubon tiene un alma grande. —No lo pongo en duda.

—Pero señora Cadwallader, no creo que pueda ser muy agradable casarse con un hombre de alma muy grande. —Bueno, hija, pues ya estás avisada. Ya sabes el aspecto que tienen; cuando venga el siguiente y quiera casarse contigo, no le aceptes.

—Estoy segura de que no lo haría.

—Bien, con uno así en la familia basta. ¿Así que tu hermana nunca se interesó por Sir James Chettam? ¿Qué habrías dicho tú de tenerle como cuñado?

—Me hubiera gustado mucho. Estoy segura de que hubiera sido un buen marido. Lo único —añadió Celia con un leve sonrojo (a veces parecía sonrojarse al respirar)— es que no creo que le fuera a Dorothea.

—¿No vuela lo suficientemente alto?

—Dolo es muy estricta. Piensa todo tanto y es tan especial con todo lo que se dice. Sir James nunca pareció gustarla.

—Pues debe haberle alentado. Eso no es muy encomiable. —Por favor, no se enfade con Dodo; ella no ve las cosas. Le gustaba tanto la idea de las casitas, y la verdad es que a veces fue un poco brusca con Sir James; pero él es tan agradable que ni se dio cuenta.

—Bueno —dijo la señora Cadwallader, poniéndose el echarpe y levantándose como con prisa—. Debo ir directamente a ver a Sir James y comunicarle esto. Debe haberse traído a su madre y he de pasar a visitarla. Tu tío nunca se lo dirá. Esto es una desilusión para todos, hija. Los jóvenes deberían pensar en sus familias cuando se casan. Yo senté un mal ejemplo, me casé con un clérigo pobre, convirtiéndome en objeto de compasión de los De Bracys, obligada a obtener con estratagemas mis trozos de carbón y a rogarle al cielo mi sustento. Pero Casaubon tiene bastante dinero, todo hay que decirlo. En cuanto a su alcurnia, supongo que tendrá tres cuartas partes de jibia negra y una de comentarista rampante. Por cierto, antes de que me vaya, hija, tengo que hablar con vuestra señora Carter sobre pasteles. Quiero enviarle a mi joven cocinera para que aprenda. La gente pobre como nosotros, con cuatro hijos, no nos podemos permitir el lujo de una buena cocinera, ¿sabes? Espero que la señora Carter me haga ese favor. La cocinera de Sir James es una auténtica fiera.

En menos de una hora, la señora Cadwallader había convencido a la señora Carter y llegado a Freshitt Hall, que estaba cerca de su propia rectoría, siendo su marido residente en Freshitt y teniendo un coadjutor en Tipton.

Sir James Chettam había regresado del corto viaje que le había mantenido ausente un par de días, y se había cambiado, con la intención de ir a caballo a Tipton Grange. El caballo le esperaba a la puerta cuando la señora Cadwallader llegó y él apareció inmediatamente, fusta en mano. Lady Chettam aún no había vuelto, pero la misión de la señora Cadwallader no podía despacharse en presencia de los mozos, de modo que pidió que se la llevara al cercano invernadero para ver las plantas nuevas. En una parada contemplativa, dijo:

—Tengo para usted una gran sorpresa; espero que no esté tan enamorado como parece.

De nada servía protestar ante la manera que tenía la señora Cadwallader de exponer las cosas, pero el rostro de Sir James se mutó ligeramente y sintió una vaga alarma.

—Creo verdaderamente que Brooke se va a poner en ridículo después de todo. Le acusé de tener intención de presentarse por Middlemarch con los liberales y puso cara de tonto y no lo negó. Habló de la línea independiente y las bobadas usuales.

—¿Nada más? —dijo Sir James con gran alivio.

—¿Acaso —dijo la señora Cadwallader en tono más áspero—, acaso le gustaría verle convertido en hombre público de esa forma… una especie de memo político?

—Creo que tal vez se le pudiera disuadir. Le disgustarían los gastos.

—Eso mismo le dije yo. Es vulnerable a la razón en ese punto… unos granitos de sentido común en una onza de tacañería. La tacañería es una cualidad vital en las familias: es la manía más segura que puede adoptar la locura. Y algo de locura tiene que correr por la familia Brooke o no veríamos lo que estamos a punto de ver.

—¿El qué? ¿Brooke presentándose por Middlemarch? —Peor que eso. La verdad es que me siento un poco responsable. Siempre le dije que la señorita Brooke sería una esposa estupenda. Sabía que estaba llena de tonterías… todas esas simplezas metodistas. Pero estas cosas se les pasan a las chicas. Sin embargo, por una vez, me han cogido por sorpresa.

—¿Qué quiere decir, señora Cadwallader? —dijo Sir James. Su temor de que la señorita Brooke se hubiera escapado para unirse a la Hermandad Moravia o alguna secta descabellada que la buena sociedad desconocía, quedaba un poco paliado por el conocimiento de que la señora Cadwallader siempre exageraba para peor—. ¿Qué le ha ocurrido a la señorita Brooke? Le ruego me lo diga.

—Está bien. Está prometida —la señora Cadwallader hizo una pausa, observando en el rostro de su amigo la expresión de profundo dolor que intentaba ocultar con una nerviosa sonrisa mientras se fustigaba las botas; enseguida añadió—: prometida a Casaubon.

Sir James dejó caer la fusta y se agachó para recogerla. Tal vez su rostro nunca había acumulado anteriormente tanta repulsión concentrada como cuando se volvió hacia la señora Cadwallader y repitió:

—¿Casaubon?

—Así es. Ya sabe ahora a lo que venía.

—¡Por todos los santos! ¡Es espantoso! ¡Si es una momia! (Ha de comprenderse el punto de vista del rival lozano y decepcionado).

—Dice que tiene un alma muy grande. ¡Querrá decir una gran vesícula donde le castañeteen los garbanzos!

—Pero, ¿quién le manda casarse con un viejo solterón como él? —dijo Sir James—. Si tiene un pie en la tumba. —Supongo que su intención será sacarlo.

—Brooke no debería permitirlo; debería insistir en que esto se aplazara hasta que ella fuera mayor de edad. Cambiaría de opinión entonces. ¿Para qué sirve un tutor?

—¡Cómo si se le pudiera arrancar una decisión a Brooke! —Cadwallader podría hablarle.

—¡Ni pensarlo! Humphrey encuentra a todo el mundo encantador. No consigo que injurie a Casaubon. Incluso habla bien del obispo, aunque yo le digo que es antinatural en un clérigo beneficiado: ¿qué se puede hacer con un marido que presta tan poca atención al decoro? Yo procuro ocultarlo lo mejor que puedo injuriando a todo el mundo personalmente. ¡Vamos, vamos, anímese! De buena se ha librado deshaciéndose de la señorita Brooke, una joven que le hubiera exigido ver las estrellas por el día. En confianza, la pequeña Celia vale el doble, y es probable que después de todo, sea el mejor partido. Esta boda con Casaubon es tanto como meterse en un convento.

—Por lo que a mí respecta, es por la señorita Brooke por quien pienso que sus amigos deberían ejercer su influencia. —Bueno, Humphrey no lo sabe aún. Pero cuando se lo diga, tenga por seguro que dirá «¿Por qué no?

Casaubon es un buen tipo… y joven… suficientemente joven». Estos seres tan caritativos no distinguen el vinagre del vino hasta que se lo han bebido y les ha dado un cólico. De todos modos, si yo fuera hombre, preferiría a Celia, sobre todo a falta de Dorothea. La verdad es que ha estado usted cortejando a la una y se ha ganado a la otra. Le admira casi tanto como un hombre espera que se le admire. Si no fuera yo quien le dijera esto, creería que es una exageración. ¡Adiós!

Sir James ayudó a la señora Cadwallader a subir al faetón y después montó su caballo. No pensaba renunciar a su paseo por las malas noticias de su amiga; cabalgaría con mayor rapidez en otra dirección que no fuera la de Tipton Grange.

Pero, ¿por qué se afanaba tanto la señora Cadwallader por el matrimonio de la señorita Brooke? ¿Por qué, cuando se frustraba una boda en la que le gustaba pensar que había tenido mano, habría de iniciar directamente los principios de otra? ¿Existía alguna ingeniosa trama, algún oculto curso de acción que una cuidadosa observación telescópica revelara? En absoluto: un telescopio podría haber barrido las parroquias de Tipton y Freshitt, el área recorrida por la señora Cadwallader en su faetón, sin presenciar entrevista alguna que levantara sospecha, o escena de la que no regresara con idéntica e imperturbable viveza de ojos y el mismo arrebolamiento. De hecho, si ese útil vehículo hubiera existido en los días de los Siete Sabios, uno de ellos sin duda habría comentado que no se puede saber mucho acerca de las mujeres siguiéndolas cuando van en sus faetones. Incluso enfocando una gota de agua bajo el microscopio nos encontramos haciendo interpretaciones que resultan bastante toscas, pues mientras que bajo una lente débil podemos creer ver un ser exhibiendo una activa voracidad en la cual otros seres más pequeños toman parte activa como si de diferentes contribuciones se tratara, una lente más potente revela ciertos diminutos pelillos que forman vórtices para estas víctimas mientras el consumidor espera pasivamente su clientela de costumbre. De la misma manera, metafóricamente hablando, una lente potente aplicada a las actividades casamenteras de la señora Cadwallader, demostrará un juego de diminutas causas que producen lo que podría llamarse vórtices de pensamiento y de palabra que le proporcionaban el alimento que ella requería.

Su vida era de una sencillez rural, totalmente exenta de secretos enrarecidos, peligrosos o de otro modo importantes, y no estaba conscientemente afectada por los grandes asuntos del mundo. Estos le interesaban tanto más cuando le eran comunicados por cartas de parientes de alcurnia: la forma en que los fascinantes hijos menores se habían echado a perder casándose con sus amantes; la rancia idiotez del pequeño Lord Tapir, los furibundos y gotosos cambios de humor del viejo Lord Megatherium; el cruce exacto de genealogías que había traído una corona a una nueva rama y abierto las relaciones del escándalo… Estos eran tópicos de los cuales retenía detalles con suma precisión, y los reproducía en una estupenda amalgama de epigramas, de los cuales ella misma disfrutaba inmensamente, puesto que creía en el buen linaje y el mal linaje con igual certeza que en la caza y las plagas. Jamás hubiera renegado de alguien por motivos de pobreza: un De Bracy que se viera obligado a comer en una jofaina le hubiera parecido un ejemplo conmovedor que merecía la pena exagerar, y me temo que los vicios aristocráticos del mismo no la hubieran horrorizado. Pero sus sentimientos contra los ricos vulgares constituían una especie de odio religioso; probablemente habían hecho su dinero a base de altos precios al por menor, y la señora Cadwallader detestaba los precios altos de todo cuanto no se pagara en especie en la rectoría: esas personas no formaban parte del diseño de Dios al crear el mundo, y su acento era un dolor para el odio. Una ciudad en la que abundaban semejantes monstruos apenas era más que una comedia pobre, y que no podía ser tenida en cuenta en un proyecto civilizado del universo. Aquella dama que se sienta inclinada a juzgar con dureza a la señora Cadwallader debería pocear en la comprensión de sus propios maravillosos puntos de vista y asegurarse de que proporcionan acomodo a todas las vidas que tienen el honor de coexistir con la suya.

Con una mente así, activa como el fósforo, dando a bocados la forma precisa a cuanto se le ponía a tiro, ¿cómo iba a pensar la señora Cadwallader que las señoritas Brooke y sus perspectivas matrimoniales le eran ajenas? Sobre todo cuando durante años había sido su costumbre reñir al señor Brooke con la franqueza más amistosa y, en confianza, hacerle saber que le consideraba un pobre ser. Desde que las jóvenes llegaran a Tipton, había planeado la boda de Dorothea con Sir James, y de haberse llevado a cabo hubiera estado segura de que era gracias a ella. El hecho de que no se efectuara después de que ella lo hubiera preconcebido le producía una irritación con la que todo pensador simpatizará. Era el diplomático de Tipton y Freshitt y que ocurriera algo a pesar suyo constituía una ofensiva irregularidad. En cuanto a extravagancias como ésta de la señorita Brooke, la señora Cadwallader no tenía paciencia para soportarlas, y se daba ahora cuenta de que su opinión sobre la chica se había visto infectada por la débil tolerancia de su marido: esos caprichos metodistas, ese aire de ser más piadosa que el rector y el coadjutor juntos, provenían de una enfermedad más profunda y constitucional de lo que la señora Cadwallader había estado dispuesta a creer.

—Sin embargo —se dijo la señora Cadwallader primero a sí misma y posteriormente a su marido—, la doy por perdida; había la posibilidad de haberse casado con Sir James, de que se hubiera convertido en una mujer cuerda y sensata. El jamás le hubiera llevado la contraria, y cuando no se contradice a una mujer, deja de tener motivos para obstinarse en sus absurdos. Pero ahora le deseo suerte con su camisa de saco. Así pues, la señora Cadwallader debía determinar otra alianza para Sir James, y habiendo decidido que sería la menor de las señoritas Brooke, no podía haber habido un movimiento más hábil hacia el éxito de su plan que la insinuación al barón de que había causado una impresión en el corazón de Celia. Pues no era uno de esos caballeros que suspiran por la inalcanzable manzana de Safo que se ríe desde la rama más alta, ni por los encantos que sonríen como el puñado de prímulas en el acantilado, Inalcanzables para la mano ansiosa.

No tenía sonetos por escribir, y no le podía antojar agradable el no ser el objeto de preferencia de la mujer que él había escogido. El mero conocimiento de que Dorothea había elegido al señor Casaubon había mermado su afecto y moderado su intensidad. Aunque Sir James era un deportista, tenía por las mujeres otros sentimientos que por los urogallos y los zorros, y no consideraba a su futura esposa a la luz de una presa, valiosa principalmente por la emoción de la caza. Tampoco estaba tan versado en los hábitos de las razas primitivas como para sentir que un combate ideal por ella, hacha de guerra en mano, por así decirlo, fuera necesario para la continuidad histórica del vínculo matrimonial. Al contrario, poseyendo la afable vanidad que nos liga a aquellos que nos quieren y nos hace rechazar a quienes nos son indiferentes, así como una naturaleza bondadosa y agradecida, la mera idea de que una mujer tenía una atención con él tejía pequeñas hebras de ternura desde su corazón hasta el de ella.

Sucedió que, tras haber cabalgado Sir James bastante aprisa durante media hora en dirección opuesta a Tipton Grange, redujo el paso, y finalmente cogió una carretera que le llevaría de vuelta por un atajo. Diversos sentimientos forjaron en él la decisión de acercarse después de todo a Tipton Grange, como si nada nuevo hubiera ocurrido. No podía dejar de alegrarse de no haber hecho la petición y verse rechazado; la mera educación amistosa exigía que pasara a ver a Dorothea por lo de las casitas, y ahora felizmente la señora Cadwallader le había preparado para ofrecer su enhorabuena, de ser necesario, sin demostrar excesivo aturdimiento. Lo cierto es que no le gustaba renunciar a Dorothea, le resultaba muy penoso; pero había algo en la resolución de hacer esta visita de inmediato y vencer todo atisbo de sentimiento que constituía una especie de pungimiento y revulsivo. Y sin que reconociera el impulso claramente, también pesaba el saber que Celia estaría allí, y que debía prestarle mayor atención de lo que había hecho hasta entonces.

Nosotros los mortales, hombres y mujeres, devoramos muchas desilusiones entre el desayuno y la cena, refrenamos el llanto y palidecen nuestros labios, y, en respuesta a las preguntas, decimos: «¡Nada, no pasa nada!». El orgullo nos ayuda; y el orgullo no es mala cosa cuando sólo nos impulsa a esconder nuestro dolor, no a herir a los demás.

CAPÍTULO SIETE

El señor Casaubon, como era de esperar, pasó mucho tiempo en Tipton Grange durante estas semanas, y el retraso que el noviazgo suponía en el progreso de su gran obra —la clave para todas las mitologías—, naturalmente le hacía esperar con mayor ansia el feliz término del mismo. Pero había aceptado la demora deliberadamente habiendo determinado que había llegado el momento de adornar su vida con los encantos de una compañía femenina, de iluminar la nostalgia que la fatiga solía esparcir sobre los intervalos en sus estudios con el juego de la fantasía femenina, y afianzar en ésta su edad culminante, el solaz del cuidado femenino durante sus años de declive. De ahí que decidiera abandonarse a la corriente del sentimiento y tal vez se sorprendiera de encontrar cuán tremendamente superficial era el riachuelo. Así como en las regiones secas el bautismo por inmersión sólo puede llevarse a cabo simbólicamente, igualmente el señor Casaubon encontró que la aspersión era lo más cercano al zambullido que su corriente podía proporcionarle. Concluyó que los poetas habían exagerado con mucho la fuerza de la pasión masculina. Sin embargo, comprobó con gusto que la señorita Brooke mostraba un ardiente y sumiso cariño que prometía cumplir las previsiones más gratas que del matrimonio tenía el señor Casaubon. Un par de veces se le cruzó por la mente la idea de que Dorothea poseyera alguna deficiencia que explicara la moderación en el abandono que él sentía; pero era incapaz de discernir esa deficiencia o de imaginarse una mujer que le satisficiera más; quedaba, pues, claro que no había más razón que las exageraciones de la tradición humana.

—¿No me podría ir preparando para ser más útil? —le dijo Dorothea una mañana al principio de su noviazgo—. ¿No podría aprender a leerte en alto en latín y griego, como hacían las hijas de Milton con su padre, sin entender lo que leían?

—Me temo que te sería muy tedioso —dijo el señor Casaubon sonriendo—, además, si bien recuerdo, las jóvenes que has mencionado consideraron el ejercicio en lenguas desconocidas como motivo de rebelión contra el poeta.

—Sí, pero en primer lugar eran niñas muy traviesas, de lo contrario hubieran estado orgullosas de ayudar a semejante padre, y en segundo lugar, podían haber estudiado por su cuenta y enseñarse a entender lo que leían, y entonces les hubiera resultado interesante. Confío en que tú no esperes que yo sea ni traviesa ni tonta.

—Espero que seas todo cuanto una exquisita joven puede ser en todas las posibles relaciones de la vida. Naturalmente que sería una enorme ventaja si pudieras copiar las letras griegas, y a ese fin estaría bien empezar leyendo un poco.

Dorothea interpretó esto como un preciado permiso. No le hubiera pedido al señor Casaubon que le enseñara las lenguas, temiendo por encima de todas las cosas el hacerse pesada en lugar de útil; pero no era sólo por pura devoción hacia su futuro marido que quería saber latín y griego. Esas parcelas del saber masculino se le antojaban un punto de partida desde el que toda verdad se podía ver con mayor claridad. En su condición actual, constantemente dudaba de sus propias conclusiones, porque se daba cuenta de su propia ignorancia: ¿cómo iba a estar segura de que las casitas de una sola habitación no eran para la gloria de Dios cuando hombres que conocían a los clásicos parecían conciliar la indiferencia por las casitas con el celo por la gloria? Tal vez incluso fuera necesario el hebreo —al menos el alfabeto y algunas raíces— a fin de llegar al meollo de las cosas y juzgar a fondo las obligaciones sociales del cristianismo. Y no había alcanzado ese punto de renuncia en el cual hubiera estado satisfecha con tener un marido sabio. Quería ¡pobrecilla! ser sabia ella misma. Ciertamente, pese a toda su supuesta inteligencia, la señorita Brooke era muy ingenua. Celia, cuya mente no se había considerado nunca demasiado vigorosa, veía con mucha más presteza el hueco de las pretensiones de mucha gente. Tener, en general, pocos sentimientos, parece constituir la única seguridad contra sentir demasiado en situaciones determinadas. Sin embargo, el señor Casaubon consintió en escuchar y enseñar durante una hora, como un maestro de niños pequeños, o, mejor dicho, como un novio, para quien las elementales dificultades e ignorancia de su novia poseen una tierna pertinencia. A pocos sabios les hubiera disgustado enseñar el alfabeto en estas circunstancias. Pero la misma Dorothea se sorprendió y desanimó ante su propia estulticia, y las respuestas que obtuvo a ciertas tímidas preguntas acerca del valor de los acentos griegos le produjeron la dolorosa sospecha de que tal vez fuera cierto que aquí se encontraban secretos sin posibilidad de explicación para la mente de una mujer.

El señor Brooke no albergaba dudas a ese respecto y se expresó con su acostumbrada energía un día en el que entró en la biblioteca durante la lectura.

—Pero bueno, Casaubon, estudios tan profundos como los clásicos y las matemáticas, y todo eso, exigen demasiado de una mujer… demasiado ¿sabe?

—Dorothea simplemente está aprendiendo a leer los caracteres —dijo el señor Casaubon eludiendo la pregunta—. Tuvo la delicada idea de prestarse a servir de ahorro para mis ojos.

—¡Ah, bueno!, si no lo entiende…, puede que no sea tan malo. Pero hay una ligereza en la mente femenina, un pronto… para la música, las bellas artes y ese tipo de cosas… las mujeres deberían estudiar eso, hasta cierto punto…, pero también sólo someramente, ¿sabe? Una mujer debe poderse sentar y tocar o cantar una buena melodía inglesa. Eso es lo que a mí me gusta, aunque lo he oído casi todo. He estado en la ópera de Viena: Gluck, Mozart, todos ellos. Pero en música soy conservador…, no así en las ideas. Me quedo con las viejas melodías.

—Al señor Casaubon no le agrada el piano y yo me alegro de que así sea —dijo Dorothea, cuyo desprecio por la música doméstica y las bellas artes femeninas debe perdonársele teniendo en cuenta la nadería y tintineo en que principalmente consistían en ese oscuro periodo. Sonrió y alzó los ojos hacia su prometido con mirada de agradecimiento. Si constantemente le hubiera estado pidiendo que tocara «La última rosa del verano» hubiera tenido que hacer acopio de toda su resignación—. Dice que en Lowick sólo existe un viejo clavicordio, y está cubierto por libros.

—Bueno, ahí le vas a la zaga a Celia, hija. Celia toca muy bien y siempre está dispuesta a ello. Pero puesto que a Casaubon no le gusta, no importa. De todas formas, es una pena que no tenga usted pequeñas distracciones de ese tipo, Casaubon: no está bien tener el arco siempre tenso, ¿sabe?… no está bien.

—Nunca pude considerar una distracción el que me atormentaran los oídos con ruidos planeados —dijo el señor Casaubon—. Una melodía muy oída produce el ridículo efecto de conseguir que las palabras en mi mente realicen una especie de minueto para seguir el compás, un efecto apenas tolerable, diría yo, una vez rebasada la adolescencia. En cuanto a las formas de música más importantes, dignas de acompañar celebraciones solemnes, e incluso de ejercer una influencia educativa, según la concepción antigua, no digo nada, pues no estamos tratando de ellas.

—No, pero yo sí disfrutaría con música de ese tipo —dijo Dorothea—. Cuando volvíamos a casa de Lausana, mi tío nos llevó a escuchar el gran órgano de Friburgo, y me hizo llorar.

—Pues eso no es sano, hija mía —dijo el señor Brooke—. Casaubon, desde ahora estará en sus manos; debe enseñarle a mi sobrina a tomarse las cosas con más serenidad, ¿verdad Dorothea?

Concluyó con una sonrisa, pues no quería herirla, pero pensando que tal vez, puesto que no quería saber nada de Chettam, lo mejor era que se casara pronto con un tipo sobrio como Casaubon.

«Pero es extraordinario», se dijo a sí mismo mientras salía de la habitación, «es extraordinario que se haya prendado de él. De todas formas, la boda es buena. Hubiera sacado los pies del tiesto de haberme opuesto a ella, diga lo que diga la señora Cadwallader. Es bastante seguro que este Casaubon llegará a obispo. Fue muy enjundioso ese folleto suyo sobre la cuestión católica. Se merece un deanato como poco. ¡Le deben un deanato por lo menos!».

Y aquí he de reivindicar una reflexión filosófica comentando que, en esta ocasión, poco pensaba el señor Brooke en el discurso radical que, más adelante, se vería obligatorio a hacer sobre los ingresos de los obispos. ¿Qué historiador elegante desaprovecharía una asombrosa oportunidad de señalar que sus héroes no previenen la historia del mundo, ni siquiera sus propias acciones? Por ejemplo, que Enrique de Navarra, siendo un bebé protestante, poco pensaba en convertirse en un monarca católico; o que Alfredo el Grande, cuando medía sus laboriosas noches por las velas consumidas, no se imaginaba futuros caballeros midiendo sus días ociosos con relojes. He aquí una mina de verdad, la cual, por mucho que se la trabaje, probablemente sobreviva a nuestro carbón.

Pero del señor Brooke haré otro comentario, tal vez menos avalado por los precedentes, a saber, que de haber sabido de antemano lo de su discurso, quizá tampoco hubiera importado mucho. Una cosa era pensar con gusto en que el marido de su sobrina tuviera pingües ingresos eclesiásticos, y otra hacer un discurso liberal: y es una mente muy estrecha la que no alcanza a ver un tema desde diversos puntos de vista.

CAPÍTULO OCHO

Que maravilloso para Sir James Chettam lo mucho que le siguió gustando ir a Tipton Grange tras haberse enfrentado a la dificultad de ver a Dorothea por primera vez bajo el prisma de una mujer prometida a otro hombre. Por supuesto que el bífido relámpago pareció traspasarle cuando se acercó a ella y durante todo el primer encuentro fue consciente de estar ocultando su incomodidad, pero, pese a su bondad, hay que admitir que su desazón fue menor de lo que hubiera sido de haber considerado a su rival un novio brillante y deseable. No tenía la sensación de que el señor Casaubon le hubiera eclipsado; simplemente le asombraba el que Dorothea padeciera una ilusión melancólica, y su mortificación perdió parte de la amargura al verse mezclada con la compasión.

Mas, al tiempo que Sir James se decía a sí mismo que había renunciado a ella, puesto que con la perversidad de una Desdémona Dorothea no había aceptado una unión claramente conveniente y acorde a la naturaleza, aún no podía permanecer del todo pasivo ante la idea de su compromiso con el señor Casaubon. El día que les vio juntos por primera vez a la luz de su actual conocimiento, le pareció que no se había tomado el asunto lo suficientemente en serio. Brooke era realmente culpable; debiera haberlo impedido. ¿Quién podría hablar con él? Tal vez, incluso a estas alturas, se pudiera hacer algo para al menos retrasar la boda. De camino a casa entró en la rectoría y preguntó por el señor Cadwallader. Felizmente, el rector se encontraba en casa y pasaron a la visita al despacho, donde colgaban los aperos de pesca. Pero el rector estaba en una pequeña habitación adjunta, trabajando en el torno y llamó al baronet para que se reuniera allí con él. Ambos eran mejores amigos que cualquier otro terrateniente y clérigo de la comarca, hecho significativo y acorde con la amable expresión de sus rostros.

El señor Cadwallader era un hombre grande, de gruesos labios y dulce sonrisa; sencillo y rudo exteriormente, pero con esa sólida e imperturbable tranquilidad y buen humor que resultan contagiosas y que, como las grandes colinas verdes al sol, calman incluso un irritado egoísmo y hacen que se sienta avergonzado de sí mismo.

—Bien, ¿cómo está? —dijo, extendiendo una mano poco propia para estrechar—. Siento no haber salido a recibirle. ¿Ocurre algo en particular?

Parece contrariado.

El ceño de Sir James mostraba una pequeña arruga, una leve depresión de las cejas que parecía acentuar deliberadamente al tiempo que contestaba.

—Sólo se trataba de la conducta de Brooke. De verdad creo que alguien debiera hablar con él.

—¿De qué? ¿Lo de presentarse? —dijo el señor Cadwallader, continuando con el arreglo de los carretes que acababa de tornear—. No creo que vaya en serio. De todos modos, ¿qué hay de malo en ello, si es que le gusta? Los que ponen pegas al liberalismo deberían alegrarse cuando los liberales no sacan a su mejor tipo. No echarán a rodar la Constitución sirviéndose de la cabeza de nuestro amigo Brooke como ariete.

—No, no me refiero a eso —dijo Sir James, quien, tras dejar el sombrero y desplomarse en un sillón, había comenzado a mecerse la pierna y examinar la suela de la bota con gran aflicción—. Me refiero a este matrimonio. Me refiero a que deje que esa lozana joven se case con Casaubon.

—¿Qué le sucede a Casaubon? No veo nada malo en él…, si a la chica le gusta.

—Es demasiado joven para saber lo que le gusta. Su tutor debería intervenir. No debería permitir que esto se hiciera de esta forma precipitada. Me extraña que un hombre como usted, Cadwallader, un hombre con hijas, pueda tomarse este asunto con tanta indiferencia. ¡Y con el corazón que tiene usted! Le ruego que lo piense seriamente.

—No estoy bromeando. Hablo muy en serio —dijo el rector con una provocativa risita interna—. Es usted igual que Elinor. Insiste en que vaya a sermonear a Brooke; y yo le he recordado que sus amigos tenían una opinión muy pobre de la boda que hacía cuando se casó conmigo.

—Pero mire a Casaubon —dijo Sir James con indignación—. Debe de tener cincuenta años, y no creo que fuera nunca mucho más que la sombra de un hombre. ¡Mírele las piernas!

—¡Caray con ustedes, los jóvenes apuestos! Quieren que en el mundo todo se haga a su gusto. No entienden a las mujeres. No les admiran ni la mitad de lo que se admiran ustedes a sí mismos. Elinor les solía decir a sus hermanas que se casaba conmigo por mi fealdad —era tan variopinta y divertida que había vencido por completo a su prudencia.

—¡Usted no es ejemplo! Era bien fácil que cualquier mujer se enamorara de usted. Pero aquí no se trata de belleza. No me gusta Casaubon

—esta era la forma más tajante de Sir James para sugerir que tenía un mal concepto del carácter de una persona.

—¿Pero por qué? ¿Qué conoce en su contra? —dijo el rector, dejando a un lado los carretes y metiendo los pulgares en las sisas con aire de atención.

Sir James se detuvo. No solía tener facilidad para explicar sus razones: le parecía raro que la gente no las supiera sin que se le dijeran, puesto que él sólo sentía lo que era sensato. Finalmente dijo:

—Vamos a ver, Cadwallader, ¿tiene Casaubon corazón?

—Pues, sí. No me refiero a un corazón de la clase que se derrite, pero puede estar seguro que tiene un fondo muy válido. Se porta muy bien con sus parientes pobres: les pasa una pensión a varias de las mujeres y le está proporcionando a un joven una costosa educación. Casaubon actúa conforme a su sentido de la justicia. La hermana de su madre se casó mal —con un polaco, creo—. Se perdió… en cualquier caso, su familia la desheredó. De no ser por eso, Casaubon no dispondría ni de la mitad del dinero que tiene. Tengo entendido que él mismo buscó a sus primos para ayudarles. No todos los hombres, de tantear el metal del que están hechos, sonarían así de bien. Usted sí, Chettam, pero no todos.

—No lo sé —dijo Sir James, sonrojándose—. No estoy tan seguro de mí mismo —hizo una pausa y luego añadió—: lo que hizo Casaubon está bien. Pero un hombre puede querer hacer lo que está bien y no obstante ser como un pergamino. Una mujer puede no ser feliz con él. Y pienso que cuando una chica es tan joven como la señorita Brooke, sus amigos deberían intervenir un poco para evitar que haga ninguna tontería. Usted se ríe porque piensa que hablo por motivos personales. Pero le aseguro que no es eso. Sentiría exactamente lo mismo si fuera el hermano o el tío de la señorita Brooke.

—Bien, pero, ¿y qué haría?

—Diría que no se puede fijar la boda hasta que no fuera mayor de edad. Y tenga por seguro que, en ese caso, jamás se llevaría a cabo. Me gustaría que lo entendiera como yo; me gustaría que hablara de ello con Brooke.

Sir James se levantó mientras terminaba de hablar, pues vio que la señora Cadwallader entraba por el despacho. Llevaba de la mano a la menor de sus hijas, de unos cinco años, que corrió al momento hacia su padre sobre cuyas rodillas se acomodó.

—He oído lo que decía —dijo la mujer—. Pero no convencerá a Humphrey. Mientras los peces vayan a por el señuelo, la gente seguirá siendo cada uno lo que tiene que ser. ¡Válgame el cielo, Casaubon tiene un río de truchas, y no le interesa nada la pesca!, ¿podría encontrarse a nadie mejor?

—Bueno, algo de cierto hay en eso —dijo el rector con su tranquila risa interna—. Es una gran cualidad en un hombre el tener un río truchero.

—Pero, en serio —dijo Sir James, cuya contrariedad aún no se había gastado—, ¿no cree que el rector haría bien en hablar?

—Ya le dije antes lo que diría —respondió la señora Cadwallader enarcando las cejas—. Yo he hecho lo que he podido. Me lavo las manos.

—En primer lugar —dijo el rector con aire de gravedad—, sería ridículo esperar que yo pudiera convencer a Brooke, y hacerle actuar en consecuencia. Brooke es un tipo estupendo pero inconsistente; acepta cualquier molde, pero no mantiene la forma.

—Podría mantener la forma lo suficiente como para aplazar la boda —dijo Sir James.

—Pero, mi querido Chettam, ¿por qué habría yo de usar mi influencia en contra de Casaubon, a no ser que estuviera mucho más seguro de lo que estoy de que obraría en beneficio de la señorita Brooke? No conozco nada malo de Casaubon. No me interesan su Xisuthrus, ni sus ogros ni todo lo demás, pero tampoco le interesan a él mis aperos de pesca. En cuanto a su actividad en la cuestión católica, fue inesperada; pero conmigo siempre se ha mostrado muy educado y no veo por qué he de estropearle el juego. ¡Qué sé yo si la señorita Brooke no será más feliz con él que con cualquier otro hombre!

—¡Humphrey, colmas mi paciencia! Sabes que preferirías cenar bajo el seto que a solas con Casaubon. No tenéis nada que deciros el uno al otro.

—¿Y eso qué tiene que ver con que la señorita Brooke se case con él? No lo hace para entretenimiento mío.

—Por sus venas no corre auténtica sangre roja —dijo Sir james.

—Pues no. Alguien puso una gota debajo de una lupa y sólo encontró puntos y comas y paréntesis —dijo la señora Cadwallader.

—¿Por qué no publica su libro, en lugar de casarse? —dijo Sir James con la repulsión que se le antojaba justificada por los sólidos sentimientos de un inglés laico.

—Hijo, sueña con notas a pie de página, que se le fugan llevándosele el cerebro. Dicen que de niño hizo un resumen de Garbancito y lleva desde entonces haciendo resúmenes. ¡Uf! Y ese es el hombre con el que Humphrey insiste que una mujer puede ser feliz.

—Pues es lo que le gusta a la señorita Brooke —dijo el rector—. No presumo de entender los gustos de cada jovencita.

—¿Y si fuera su propia hija? —dijo Sir James.

—Ese sería un asunto diferente. No es mi hija y no me siento obligado a interferir. Casaubon es tan bueno como la mayoría de nosotros. Es un clérigo erudito y lleva su profesión con dignidad. Una radical que hizo un discurso en Middlemarch dijo que aquí había tres problemas: Casaubon y su erudita entelequia, Freke con sus pies en la tierra y yo con mis señuelos de pesca. Y vive Dios, que no veo que uno sea peor o mejor que el otro —el rector finalizó con su risa queda. Siempre veía la parte jocosa de cualquier sátira que se le hiciera. Su conciencia era amplia y cómoda, como el resto de su persona: hacía sólo lo que podía hacer sin problemas.

Estaba claro que no habría interferencias en el matrimonio de la señorita Brooke de parte del señor Cadwallader; y Sir James pensó con cierta tristeza que Dorothea iba a tener total libertad para errar. Era sintomático de su buena disposición el que no se desdijera de su intención de llevar adelante el proyecto de Dorothea respecto a las casitas. Indudablemente esta perseverancia era el mejor camino para su dignidad, pero el orgullo sólo nos ayuda a ser generosos, no nos convierte en desprendidos, al igual que la vanidad no nos hace ingeniosos. Dorothea era ahora lo suficientemente consciente de la postura de Sir James con respecto a ella como para apreciar la rectitud de éste en sus obligaciones como terrateniente, a las cuales en un principio se había visto inclinado por su amabilidad de pretendiente. Esto la complacía lo bastante como para que lo tuviera en cuenta incluso dada su actual felicidad. Tal vez le prestó a las casitas de Sir James Chettam todo el interés que podía restarle al señor Casaubon, o tal vez fuera el producto de la sinfonía de sueños esperanzadores, confianza admiradora y apasionada autodevoción que aquel sesudo caballero había disparado en el alma de Dorothea, pero resultó que en las siguientes visitas del buen baronet, durante las que comenzó a dedicarle a Celia pequeñas atenciones, se encontró hablando con Dorothea con más y más gusto. Ésta se mostraba ahora totalmente espontánea y no sentía hacia él irritación alguna mientras que él iba descubriendo gradualmente las delicias de la amabilidad sincera y el compañerismo entre el hombre y la mujer que no tienen que ocultar o confesar pasión alguna.

CAPÍTULO NUEVE

La actitud del señor Casaubon respecto a la dote fue altamente satisfactoria para el señor Brooke, y los preliminares de la boda se desarrollaron apaciblemente, acortando las semanas de noviazgo. La novia debía ver su futuro hogar e indicar cualquier cambio que deseara se llevara a cabo en él. Las mujeres mandan antes del matrimonio a fin de poder tener después apetito para la sumisión. Y, verdaderamente, los errores que nosotros los mortales femeninos y masculinos cometemos cuando usamos de nuestra libertad podrían hacer que nos sorprendiéramos del aprecio en que la tenemos.

Una mañana gris pero seca de noviembre, Dorothea fue a Lowick en compañía de su tío y de Celia. El hogar del señor Casaubon era la casa solariega. Muy cerca, visible desde algunas partes del jardín, quedaba la pequeña iglesia, con la vieja casa parroquial enfrente. Al inicio de su carrera, el señor Casaubon sólo había disfrutado de los beneficios, pero la muerte de su hermano le había proporcionado también la casona. Tenía un pequeño parque, con algún que otro hermoso roble aquí y allí y una avenida de tilos hacia la fachada suroeste, con una zanja entre el parque y la zona de recreo, de forma que desde las ventanas del cuarto de estar la vista recorría ininterrumpidamente una loma de césped hasta que los tilos culminaban en un llano de cereales y pastos que con frecuencia parecían fundirse en un lago a la puesta del sol. Este era el lado alegre de la casa, pues el sur y el este tenían un aspecto bastante melancólico incluso en las mañanas más claras. Los terrenos aquí estaban más encerrados, los parterres mostraban cierto descuido y grandes grupos de árboles, en especial de sombríos tejos, habían crecido desmesuradamente a menos de diez metros de las ventanas. El edificio de piedra verdosa era de estilo tradicional inglés, no feo, pero de ventanas pequeñas y aspecto triste: el tipo de casa que requiere niños, muchas flores, ventanas abiertas y los pequeños detalles de cosas alegres para convertirlo en un hogar gozoso. En este final de otoño, con exiguos restos de amarillentas hojas cayendo lentamente sobre los oscuros árboles de hoja perenne y en una quietud carente de sol, la casa ofrecía asimismo un aspecto de declive otoñal, y el señor Casaubon, cuando hizo su aparición, no poseía frescor alguno que este entorno pudiera realzar.

«¡Dios mío!», se dijo Celia para sí misma. «Estoy segura que Freshitt Hall hubiera sido mucho más agradable que ésto». Recordó la sillería blanca, el pórtico con columnas y los arriates cuajados de flores, a Sir James dominándolo todo con una sonrisa, cual príncipe saliendo del encantamiento en medio de un rosal, con un pañuelo metamorfoseado prestamente a partir de los pétalos de más delicado aroma. ¡Sir James, cuya conversación resultaba tan agradable, siempre sobre cosas de sentido común y no de sapiencia! Celia poseía esos gustos livianos y femeninos que hombres serios y trabajadores a veces prefieren en sus esposas. Felizmente, la inclinación del señor Casaubon había sido distinta, pues poca oportunidad habría tenido con Celia. Por el contrario, Dorothea consideró la casa y los terrenos todo cuanto pudiera desear. Las oscuras estanterías llenas de libros de la larga biblioteca, las alfombras y las cortinas de colores mitigados por el tiempo, los curiosos mapas antiguos y vistas de pájaros en las paredes del pasillo, con aquí y allí un viejo jarrón debajo, no la deprimían y se le antojaban más animados que las escayolas y los cuadros de Tipton Grange que su tío había ido trayendo a casa, hacía tiempo, de sus viales, probables exponentes de las ideas que en tiempos fuera absorbiendo. Para la pobre Dorothea los severos desnudos clásicos y las burlonas obras renacentistas y lorregianas resultaban dolorosamente inexplicables, escudriñadoras de sus concepciones puritanas, pues jamás la habían enseñado cómo entrelazarlas con su vida. Pero evidentemente, los dueños de Lowick jamás habían sido viajeros, y los estudios sobre el pasado del señor Casaubon no se llevaban a cabo mediante tales ayudas. Dorothea recorrió la casa con una deliciosa emoción. Todo le parecía santificado: éste iba a ser su hogar de desposada y miraba con ojos llenos de confianza al señor Casaubon cuando él llamaba su atención sobre algo en particular y le preguntaba si quería hacer algún cambio. Agradeció toda apelación a su gusto, pero no encontró nada que cambiar. Los esfuerzos del señor Casaubon por ser absolutamente cortés y por mostrar un cariño formal no tenían para ella defecto alguno. Rellenaba todos los huecos con perfecciones no manifestadas, interpretándole tal y como ella interpretaba las obras de la providencia, y disculpando aparentes disensiones con su propia sordera ante armonías más sublimes. Y son muchos los huecos que quedan en las semanas de noviazgo que una fe amorosa rellena con alegre seguridad.

—Y ahora, mi querida Dorothea, quisiera que me complacieras indicándome qué habitación desearías tener como tu gabinete —dijo el señor Casaubon, demostrando que su conocimiento de la naturaleza femenina era lo suficientemente amplio como para incluir ese requisito.

—Eres muy amable al haber pensado en eso —dijo Dorothea—, pero te aseguro que preferiría que todas estas cosas las decidieras por mí. Estaré mucho más feliz aceptando todo tal cual está, tal y como tú estás acostumbrado a tenerlo, o como tú mismo decidas que esté. No tengo motivos para desear otra cosa.

—Pero Dodo —dijo Celia—, ¿no te gustaría la habitación del mirador de arriba?

El señor Casaubon las condujo allí. El mirador daba a la avenida de tilos; los muebles eran todos de un azul apagado y de la pared colgaba un grupo de miniaturas de damas y caballeros con el pelo empolvado. Un tapiz sobre una puerta también mostraba un mundo verde y azul con un ciervo en medio. Las sillas y las mesas eran de patas finas y fáciles de volcar. Era una habitación en la cual uno se podía imaginar al fantasma de una dama bien encorsetada volviendo de nuevo al escenario de su costura. Una endeble estantería contenía volúmenes en dozavo de literatura remilgada en piel, como Punto final del mobiliario.

—Sí —dijo el señor Brooke—, ésta sería una bonita habitación una vez se le pusieran cortinas nuevas y sofás, y todo eso. De momento, está un poco desnuda.

—No, tío —dijo Dorothea con prontitud—. Le ruego no hable de cambiar nada. Hay tantas otras cosas en el mundo que precisan cambio… me gustaría dejar esto como está. Y a ti te gustan así, ¿no? —añadió, mirando al señor Casaubon—. Quizá ésta fuera la habitación de tu madre cuando era joven.

—Lo era —dijo, con su lenta inclinación de cabeza.

—Esta es tu madre —dijo Dorothea, que se había vuelto para mirar el conjunto de miniaturas—. Es como aquel retrato pequeñito que me trajiste, sólo que mejor, diría yo. ¿Y quién es ésta de aquí?

—Su hermana mayor. Eran, como tú y tu hermana, las únicas hijas del matrimonio que, como ves, está aquí encima.

—La hermana es bonita —dijo Celia, sugiriendo que tenía una impresión menos favorable de la madre del señor Casaubon. Constituía una nueva revelación para la imaginación de Celia, que el señor Casaubon procediera de una familia que en su momento había sido joven… y en la que las señoras llevaban collares.

—Es un rostro peculiar —dijo Dorothea, examinándolo con atención —. Esos profundos ojos grises un poco juntos…, la delicada nariz irregular con una especie de ondulación…, y todos los rizos empolvados cayendo hacia atrás. En conjunto me parece peculiar, más que bonita. No hay ni siquiera un aire de familia entre ella y tu madre.

—No. Y tampoco su suerte fue parecida.

—No me habías hablado de ella —dijo Dorothea.

—Mi tía hizo una boda poco afortunada. Nunca la conocí. Dorothea se sorprendió un poco, pero consideró que no sería delicado pedir en ese momento información que el señor Casaubon no ofrecía y se dirigió a la ventana para admirar la vista. El sol había traspasado el gris y la avenida de tilos proyectaba ya sombras.

—¿No querríais dar un paseo ahora? —dijo Dorothea.

—Y seguro que te gustaría ver la iglesia —dijo el señor Brooke—. Es una iglesia muy graciosa. Y el pueblo. Cabe todo en una nuez. Seguro que te encanta, Dorothea, pues las casitas son como una fila de asilos…, pequeños jardincillos, alhelíes y ese tipo de cosas.

—Sí, sí —dijo Dorothea, mirando al señor Casaubon—. Me gustaría verlo todo —no había podido obtener de él nada más gráfico respecto a las casitas de Lowick que un «no están mal».

Pronto se encontraron en un camino de grava flanqueado por márgenes de hierba y grupos de árboles, siendo éste el camino más corto a la iglesia según indicara el señor Casaubon. Hubo una pausa ante la pequeña verja que daba paso al cementerio mientras el señor Casaubon iba a la cercana casa parroquial en busca de la llave. Celia, que se había quedado un poco rezagada, se acercó cuando vio que el señor Casaubon se había ido y dijo con su sereno estilo entrecortado que siempre parecía contradecir la sospecha de cualquier intención maliciosa:

—¿Sabes, Dorothea? Vi a alguien bastante joven subiendo por uno de los senderos.

—Y eso, Celia, ¿es muy sorprendente?

—Puede que haya un jardinero joven, ¿por qué no? —dijo el señor Brooke—. Le dije a Casaubon que debía cambiar de jardinero.

—No, no era un jardinero —dijo Celia—; era un caballero con un cuaderno de dibujo. Tenía el pelo rizado y de color castaño claro. Sólo le vi de espaldas. Pero era bastante joven.

—Tal vez fuera el hijo del coadjutor —dijo el señor Brooke—. ¡Ah! Ahí está Casaubon, y le acompaña Tucker. Va a presentártelo. Aún no conoces a Tucker.

El señor Tucker era el coadjutor de mediana edad, uno de los «clérigos inferiores» a quienes normalmente no les faltan hijos. Pero tras las presentaciones, la conversación no condujo a preguntas respecto a su familia y la sorprendente aparición juvenil quedó olvidada por todos salvo por Celia. Interiormente se negaba a creer que los rizos castaños y figura delgada pudieran tener relación alguna con el señor Tucker, quien era tan mayor y apergaminado como se esperaba que fuera el coadjutor del señor Casaubon; sin duda un hombre excelente que iría al cielo (Celia no quería carecer de principios), pero con unas desagradables comisuras de los labios. Celia pensó con tristeza en el tiempo que debería permanecer en Lowick como dama de honor, donde seguramente el coadjutor no tendría hermosos hijitos que, al margen de los principios, pudieran entretenerla.

El señor Tucker resultó de inestimable ayuda en su paseo, y tal vez el señor Casaubon no había carecido de visión en este punto, pues el coadjutor pudo responder a todas las preguntas de Dorothea acerca de la gente del pueblo y otros parroquianos. Todo el mundo, la aseguró, disponía de medios en Lowick: no había habitante en las casitas de renta baja que no tuviera un cerdo, y los pequeños jardines traseros estaban todos bien cuidados. Los chavales llevaban buena pana, las chicas hacían de apañadas sirvientas o trenzaban paja en sus casas. Aquí no había telares, ni disidentes, y aunque la disposición general tendía más al ahorro que a la espiritualidad, no había mucho vicio. Las aves de corral eran tan numerosas que el señor Brooke observó:

—Veo que sus granjeros dejan algo de cebada para que las mujeres espiguen. Los pobres de aquí pueden tener una gallina en la olla, como el buen rey francés solía desear para toda su gente. Los franceses comen muchas aves…, aves escuálidas, ¿saben?

—Creo que ese es un deseo muy mezquino —dijo Dorothea con indignación—, ¿es que los reyes son tales monstruos que semejante deseo deba considerarse una virtud real?

—Y si deseaba para ellos una gallina escuálida —dijo Celia—, no sería muy bueno. Pero quizá su deseo era que tuvieran aves gordas.

—Sí, pero la palabra se ha caído del texto, o tal vez estuviera subauditum, es decir, presente en la mente del rey, pero no pronunciada —dijo el señor Casaubon, sonriendo e inclinándose hacia Celia, quien al pronto se hizo atrás, porque no soportaba que el señor Casaubon parpadeara tan cerca de ella.

Dorothea se sumió en un silencio durante el camino de regreso a la casa. Sentía cierta desilusión, de la que se avergonzaba un poco, de que no le quedara nada por hacer en Lowick. Durante unos minutos contempló la posibilidad, que hubiera preferido, de que su hogar se hubiera encontrado en una parroquia que contuviera una mayor parcela de la miseria de mundo, de forma que hubiera tenido más obligaciones activas.

Pero a continuación, recurriendo al futuro que realmente se abría ante ella, dibujó un cuadro de una mayor devoción a los objetivos del señor Casaubon, donde le aguardaban nuevos deberes. Muchos podrían aparecérsele con la obtención de los mayores conocimientos que la compañía de su esposo proporcionaría.

El señor Tucker se despidió pronto de ellos, habiendo de atender a trabajos clericales que no le permitían comer en Lowick Hall. Así que entraban al jardín por la pequeña verja, el señor Casaubon dijo:

—Pareces un poco triste, Dorothea. Confío en que estés contenta con lo que has visto.

—Siento algo que quizá sea tonto y equivocado —respondió Dorothea, con su franqueza habitual—. Casi desearía que la gente necesitara que se hiciera algo más por ella. He conocido tan pocas maneras de ser útil en algo. Claro que mi noción de la utilidad debe ser muy reducida. Debo aprender nuevas formas de ayudar a las personas.

—Por supuesto —dijo el señor Casaubon—. Cada situación tiene sus obligaciones correspondientes. Confío en que la tuya, como dueña de Lowick, no dejará incumplido ningún anhelo.

—Eso puedo asegurarlo —dijo Dorothea con convicción—. Pero no creas que estoy triste.

—Me alegro. Y ahora, si no estás cansada, regresaremos a la casa por otro camino que el que vinimos.

Dorothea no estaba en absoluto cansada, y se hizo una pequeña circunvalación hasta llegar a un hermoso tejo, la principal gloria hereditaria de los terrenos a este lado de la casa. Así que se acercaron a él, vieron una figura, conspicua sobre un fondo oscuro de árboles perennes, que estaba sentada en un banco, dibujando el vetusto árbol. El señor Brooke, que caminaba delante con Celia, volvió la cabeza y dijo:

—¿Quién es ese joven, Casaubon?

Se había acercado ya mucho cuando el señor Casaubon respondió:

—Es un joven pariente mío, un primo segundo. De hecho, es el nieto —añadió mirando a Dorothea— de la señora cuyo retrato has estado mirando, mi tía Julia.

El joven había dejado a un lado el cuaderno y se había levantado. Su pelo fosco y castaño, así como su juventud, le identificaron al momento con la aparición de Celia.

—Dorothea, permíteme presentarte a mi primo, el señor Ladislaw. Will, ésta es la señorita Brooke.

El primo se encontraba ahora tan cerca que, cuando alzó su sombrero, Dorothea pudo ver un par de ojos grises bastante juntos, una delicada nariz irregular con una pequeña ondulación y el pelo cayendo hacia atrás. Pero había también una boca y un mentón de aspecto más prominente y amenazador que el perteneciente a la miniatura de la abuela. El joven Ladislaw no sintió la necesidad de sonreír como si gustara de esta presentación a su futura prima segunda y sus parientes, sino que mantuvo cierto aire de amohinada disconformidad.

—Veo que es usted un artista —dijo el señor Brooke, cogiendo el cuaderno de apuntes y ojeándolo con su característica informalidad.

—No, simplemente dibujo un poco. No hay ahí nada digno de ver —dijo el joven Ladislaw, sonrojándose quizá más por irritación que modestia.

—Vamos, vamos, esto está muy bien. Yo me dediqué un poco a esto en tiempos, ¿sabe? Esto, por ejemplo, esto es lo que yo llamo algo hermoso, hecho con lo que nosotros solíamos llamar brío —el señor Brooke les mostró a las dos chicas un dibujo grande, a color, de un terreno pedregoso y árboles, con un lago.

—No puedo juzgar estas cosas —dijo Dorothea, no con frialdad, pero sí con presta desaprobación ante el llamamiento que se le había hecho—. Ya sabe, tío, que nunca consigo ver la belleza de esos cuadros que usted dice merecen tantas alabanzas. Es un lenguaje que yo no entiendo. Supongo que hay alguna relación entre los cuadros y la naturaleza que yo soy demasiado ignorante para sentir, igual que tú ves lo que significa una frase en griego que a mí no me dice nada.

Dorothea alzó la vista hacia el señor Casaubon, quien inclinó hacia ella la cabeza, mientras el señor Brooke decía, sonriendo calmosamente:

—¡Dios mío! ¡Qué diferentes son las personas! Tú debiste recibir una mala instrucción, porque esto es justamente lo apropiado para las chicas…, el dibujo, las bellas artes, y todo eso. Pero a ti te dio por dibujar planos; y ese tipo de cosas. Espero que venga a mi casa y allí le enseñaré lo que yo hice en esta línea —continuó, volviéndose hacia el joven Ladislaw, que hubo de ser extraído de su preocupada observación de Dorothea.

Ladislaw se había hecho la idea de que tenía que ser una chica desagradable, puesto que se iba a casar con Casaubon, y lo que acababa de decir acerca de su estupidez respecto a los cuadros hubiera confirmado esa opinión, incluso de haberla creído sincera. En cualquier caso, interpretó sus palabras como un juicio velado y tuvo la certeza de que consideraba sus dibujos detestables. Su disculpa contenía demasiada inteligencia: se estaba riendo tanto de su tío como de él mismo. Pero, ¡qué voz! Era como la voz de un alma que hubiera vivido en un arpa eólica. Esta tenía que ser una de las inconsistencias de la naturaleza. No podía haber ningún tipo de pasión en una chica que se casaba con Casaubon. Pero arrancó de ella la vista y agradeció la invitación del señor Brooke con una inclinación.

—Repasaremos juntos mis grabados italianos —continuó ese bondadoso caballero—. Tengo un sinfín de ellos, que no he mirado desde hace años. Uno se oxida en esta parte del país, ¿sabe? No usted, Casaubon, usted sigue con sus estudios, pero a mí se me van las ideas…, de no usarlas. Ustedes los jóvenes deben guardarse de la indolencia. Yo he sido demasiado indolente; hubo un tiempo en que habría podido llegar a cualquier parte.

—Esa es una admonición oportuna —dijo el señor Casaubon—, pero ahora pasemos a la casa, no sea que las jóvenes damas estén cansadas de estar de pie. Cuando se hubieron dado la vuelta, el joven Ladislaw se sentó para continuar su dibujo, y al hacerlo, su rostro adquirió una expresión de diversión que fue en aumento a medida que proseguía su labor hasta que finalmente echó hacia atrás la cabeza y estalló en una carcajada. En parte fue la recepción de su propia producción artística lo que le divirtió, en parte, la idea de su serio primo como novio de aquella muchacha, y en parte la definición del señor Brooke del lugar que hubiera podido ocupar de no ser por el impedimento de la indolencia. El sentido del absurdo del señor Ladislaw iluminó sus facciones de forma muy agradable: era el puro disfrute de lo cómico, sin mezcla alguna de burla o de vanagloria.

—¿Qué piensa hacer su sobrino en la vida, Casaubon? —dijo el señor Brooke así que prosiguieron.

—Se refiere a mi primo… no mi sobrino ¿no? —Sí, sí, primo. Como profesión, digo.

—La respuesta a esa pregunta es dolorosamente incierta. Al terminar sus estudios en Rugby no quiso ir a una universidad inglesa, donde yo le hubiera mandado con gusto, y eligió lo que debo considerar como una forma anómala de estudio en Heidelberg. Y ahora quiere volver al extranjero, sin ninguna meta específica, salvo el vago propósito de lo que él denomina cultura, en preparación para no sabe bien qué. Se niega a escoger una profesión.

—Supongo que no tiene más medios que los que usted le proporciona.

—Siempre le he dado a él y a sus parientes razones para saber que le proporcionaría, con moderación, lo que fuera necesario para adquirir una educación esmerada y establecerse dignamente. Por tanto, estoy obligado a cumplir las expectativas —dijo el señor Casaubon, colocando su conducta en el plano de la mera rectitud, rasgo de delicadeza que Dorothea observó con admiración.

—Está sediento de viajes; tal vez resulte ser un Bruce o un Mungo Park—dijo el señor Brooke—. Yo mismo tuve esa idea durante una temporada.

—No, no siente inclinación por la exploración o la ampliación de la geognosia: ese sería un propósito determinado que yo podría, en cierta medida, aprobar, si bien no le felicitaría por escoger una carrera que con tanta frecuencia termina en una muerte prematura y violenta. Pero dista tanto de desear un conocimiento más exacto de la superficie de la tierra que dijo preferir no conocer los orígenes del Nilo, y que debieran existir regiones desconocidas destinadas a ser cotos de caza para la imaginación poética.

—Bueno, algo de miga tiene eso —dijo el señor Brooke, cuya mente era del todo imparcial.

—Me temo que sólo sea parte de su imprecisión general y su poca disposición por la minuciosidad en cualquier aspecto, lo que sería un mal augurio para él en toda profesión, civil o sagrada, incluso llegado el caso de que se sometiera lo suficiente a la costumbre normal de elegir una.

—Quizá tenga escrúpulos conscientes fundamentados en su propia incapacidad —dijo Dorothea, que se afanaba por encontrar una explicación favorable—. Porque la ley y la medicina son profesiones muy serias para asumir, ¿verdad? Las vidas y los destinos de las personas dependen de ellos.

—Sin duda; pero me temo que la aversión de mi joven pariente Will Ladislaw por estas vocaciones está fundamentalmente determinada por una repulsión a la aplicación sostenida o a ese tipo de conocimientos que son necesarios instrumentalmente, pero que no resultan inmediatamente atractivos o seductores para quienes gustan de autocomplacerse. Le he insistido sobre lo que Aristóteles dijo con admirable brevedad, que para la consecución de cualquier labor considerada como un fin, debe haber un ejercicio previo de muchas energías o aptitudes adquiridas de orden secundario, que exigen paciencia. Le he remitido a mis propios manuscritos, que representan el esfuerzo de años, preparación para un trabajo aún por culminar. Pero en vano. Al pulcro razonamiento de esta índole responde llamándose a sí mismo Pegaso, y toda forma de trabajo ordenado «arneses».

Celia se rio. Le sorprendió que el señor Casaubon pudiera decir algo divertido.

—Bueno, quién sabe, tal vez resulte ser un Byron, un Chatterton, un Churchill, o algo así, nunca se sabe —dijo el señor Brooke—. ¿Va a dejarle que se vaya a Italia, o donde sea que se quiera ir?

—Sí; me he avenido a proporcionarle una cantidad razonable para un año o así; no pide más. Le dejaré que le tantee la prueba de la libertad.

—¡Qué bueno eres! —dijo Dorothea, alzando gozosa la vista hacia el señor Casaubon—. Es un noble gesto. Después de todo, las personas pueden encerrar alguna vocación que ellos mismos ignoran, ¿no es cierto? Pueden parecer indolentes y débiles porque están creciendo. Creo que debemos tener paciencia los unos con los otros.

—Supongo que será el hecho de que te vas a casar lo que te hace considerar buena la paciencia —dijo Celia en cuanto ella y Dorothea se encontraron a solas quitándose los abrigos.

—¿Me estás queriendo decir, Celia, que soy muy impaciente?

—Pues sí, cuando la gente no hace y dice lo que tú quieres —desde su compromiso matrimonial Celia había perdido un poco el miedo a «decirle cosas» a Dorothea; la inteligencia le parecía más patética que nunca.

CAPÍTULO DIEZ

El joven Ladislaw no hizo la visita que el señor Brooke le había propuesto, y tan sólo seis días después el señor Casaubon mencionó que su joven pariente había partido hacia el extranjero, dando la impresión, por su fría vaguedad, de que quería evitar más preguntas. Lo cierto era que Will había rehusado dar un destino más preciso que toda el área de Europa. Mantenía que el genio era necesariamente intolerante con los grilletes; por un lado debe tener campo para su espontaneidad, por otro, puede esperar confiado aquellos mensajes del universo que le convocarán a su trabajo determinado, colocándose simplemente en una actitud receptiva con respecto a todas las sublimes oportunidades. Las actitudes de receptividad son diversas, y Will había probado muchas de ellas con sinceridad. No gustaba excesivamente del vino, pero en varias ocasiones había tomado demasiado, como simple experimento con esa forma de éxtasis; había ayunado hasta desmayarse para a continuación cenar langosta; se había puesto enfermo con dosis de opio. Nada en exceso original había sido el fruto de estas medidas, y los efectos del opio le convencieron de que existía una total falta de similitud entre su propia constitución y la de de Quincey.

La circunstancia añadida que provocaría la genialidad no había aún llegado; el universo aún no había hecho su llamada. Incluso el destino de César, en un momento, no fue más que un gran presentimiento. Sabemos la farsa que es todo desarrollo, y las formas tan perfectas que un impotente embrión puede disfrazar. De hecho, el mundo está saturado de esperanzadoras analogías y hermosos huevos dudosos denominados posibilidades. Will veía con suma claridad los patéticos ejemplos de largas incubaciones que no habían producido polluelo alguno, y de no ser por la gratitud, se hubiera reído de Casaubon, cuya tenaz explicación, filas de libros de notas, y pequeño cirio de erudita teoría explorando las baqueteadas ruinas del mundo parecían reforzar una moral que animaba rotundamente la generosa confianza de Will sobre las intenciones del universo respecto de él mismo. Entendía esa confianza como señal del genio y, ciertamente, no es señal de lo contrario, pues el genio no consiste ni en la vanidad ni en la humildad, sino en la fuerza para hacer no algo en general, sino algo en particular. Que parta hacia el extranjero, pues, sin que nosotros nos pronunciemos sobre su futuro. De entre las múltiples formas de equivocación, la profecía es la más gratuita. Pero de momento, esta cautela respecto de un juicio en exceso precipitado me interesa más con relación al señor Casaubon que a su joven primo. Si para Dorothea el señor Casaubon había sido la mera ocasión que había inflamado el hermoso material incandescente de sus ilusiones juveniles ¿acaso de ello se deriva que el clérigo estuviera representado con justicia en las mentes de esos personajes menos apasionados que hasta el momento han dado su opinión respecto de él? Protesto contra toda conclusión definitiva, cualquier prejuicio derivado del desdén de la señora Cadwallader por la supuesta grandeza de alma de un clérigo vecino, la pobre opinión que Sir James Chettam tenía de las piernas de su rival, el fracaso del señor Brooke para extraerle las ideas a un contertulio o la crítica de Celia sobre el aspecto personal de un estudioso de mediana edad. No estoy segura de que el hombre más grande de su época, si existió alguna vez ese solitario superlativo, escapara a estos desfavorables reflejos de sí mismo vislumbrados en diversos pequeños espejos; e incluso Milton, buscando su imagen en una cuchara, ha de conformarse con tener el ángulo facial de un patán. Además, aunque el señor Casaubon tenga una retórica un tanto gélida, no es por ello seguro que no exista en él un fondo bueno y delicados sentimientos. ¿Acaso no escribió versos detestables un físico inmortal intérprete de jeroglíficos? ¿Es que la teoría del sistema solar avanzó merced a la buena educación y el tacto en la conversación? Supongamos que dejamos a un lado las estimaciones externas de un hombre, para preguntarnos, con más vivo interés, cuál es el informe de su propia conciencia sobre su quehacer o su capacidad; con qué impedimentos lleva a cabo su tarea diaria; qué desvanecimiento de esperanzas, o qué profunda fijación de auto-desilusión se están cobrando los años, y con qué ahínco lucha contra la presión universal, que, un día, le resultará demasiado pesada y llevará a su corazón a su pausa final. Indudablemente su sino es importante a sus propios ojos, y la razón principal de que pensemos que exige un lugar demasiado grande en nuestra consideración debe ser la falta de espacio que le otorgamos, puesto que le remitimos a la consideración divina con absoluta confianza; es más, incluso consideramos sublime que nuestro vecino espere el máximo de ella, por poco que haya obtenido de nosotros. Además, el señor Casaubon era el centro de su propio mundo; si tendía a pensar que los demás existían providencialmente para beneficio de él y los consideraba a la luz de la idoneidad que suponían para el autor de

La Clave para todas las mitologías, éste constituye un rasgo no del todo ajeno al resto del mundo, y, al igual que las otras esperanzas mendicantes de los demás mortales, merece nuestra compasión.

Por descontado que este asunto de su matrimonio con la señorita Brooke le afectaba más que a cualquiera de las personas que hasta el momento habían mostrado su disconformidad con el mismo, y en el actual estado de las cosas, me enternece más su éxito que la desilusión del afable Sir James. Pues la verdad es que, a medida que se aproximaba el día de su boda, el señor Casaubon no sentía que su espíritu se elevara. Tampoco su visión del jardín matrimonial donde, según la experiencia, los senderos estaban bordeados de flores, se le antojaba nítidamente más cautivador que las familiares criptas por las cuales caminada, vela en mano.

No se confesaba a sí mismo, y aún menos se lo hubiera susurrado a otros, su sorpresa ante el hecho de que, a pesar de haber conquistado una joven hermosa y de noble corazón; no había conquistado el gozo, algo que también había considerado como objeto a encontrar por medio de la búsqueda. Cierto que conocía todos los pasajes clásicos argumentando lo contrario; pero descubrimos que el conocimiento de los pasajes clásicos es una forma de movimiento, lo que explica que dejen tan pocas fuerzas para su aplicación personal.

El pobre señor Casaubon había imaginado que su larga soltería dedicada al estudio había hecho que acumulara un interés compuesto por el disfrute, y que no dejarían de satisfacérsele los generosos cheques firmados por su afecto, pues a todos nosotros, serios o frívolos, se nos enreda el pensamiento con la metáfora, y fatalmente, actuamos bajo su influencia. Y ahora se encontraba en peligro de que le entristeciera la misma convicción de que sus circunstancias eran inusitadamente felices; no había nada externo que explicara cierta ausencia de sensibilidad que le embargaba precisamente cuando su expectante júbilo debía haber sido más vivo, precisamente cuando había cambiado la monotonía habitual de su biblioteca de Lowick por sus visitas a Tipton Grange. Aquí se hallaba una penosa experiencia en la cual estaba tan completamente condenado a la soledad como cuando en ocasiones le atenazaba la desesperación mientras se movía laboriosamente por las marismas de la paternidad literaria sin acercarse a la meta. Y era la suya la peor de las soledades, la que huye de la comprensión. No podía por menos que desear que Dorothea no le considerara menos feliz de lo que el resto del mundo esperaba que fuera el triunfante pretendiente; y en relación a su condición de autor, se apoyaba en la joven confianza y veneración que ella sentía. Como medio de animarse a sí mismo gustaba de extraer de Dorothea el fresco interés de ésta al escuchar; al hablar con ella su actuación e intención mostraban la confianza del pedagogo, liberándose momentáneamente de ese gélido público ideal que llenaba sus laboriosas horas infructíferas con la presión vaporosa de tintes Tartáreos.

Pues para Dorothea, tras la historia del mundo de juguete adaptada para jovencitas que había constituido la mayor parte de su educación, la conversación del señor Casaubon sobre su gran libro estaba llena de nuevos horizontes; y esta revelación, esta sorpresa ante una introducción más cercana a los estoicos y alejandrinos como seres cuyas ideas no distaban tanto de las suyas, mantenían a raya, por el momento, su natural afán por una teoría sólida que conectara bien su propia vida y doctrina con ese sorprendente pasado, y dotara a las fuentes más remotas del conocimiento de alguna relevancia respecto de sus acciones. Esa enseñanza más completa vendría con el tiempo…, el señor Casaubon se lo explicaría todo. Esperaba su matrimonio con la misma ansiedad que esperaba una mayor instrucción sobre las ideas, combinando la nebulosa concepción que de ambos tenía. Sería un grave error suponer que Dorothea se interesaba por cualquier aspecto de la sabiduría del señor Casaubon como simple habilidad. Aunque la opinión del vecindario de Freshitt y Tipton la catalogaba de inteligente, ese epíteto no la habría descrito en círculos en cuyo vocabulario más preciso la inteligencia simplemente significa aptitud para conocer y hacer, al margen del carácter. Todo su afán por la adquisición de conocimientos se encontraba dentro de esa amplia corriente de comprensiva motivación por la cual discurrían normalmente sus ideas e impulsos. No quería adornarse con la sabiduría, llevarla suelta y separada de los nervios y de la sangre que alimentaban sus acciones, y de haber escrito un libro, lo habría hecho al modo de Santa Teresa, forzada a ello por una autoridad que obligaba su conciencia. Pero añoraba algo que inundara su vida de acción, una acción racional al tiempo que ardiente, y puesto que atrás quedaban los días de las visiones alentadoras y los directores espirituales, y puesto que la oración aumentaba la añoranza pero no la instrucción, ¿qué lámpara quedaba salvo la de la sabiduría? Sólo los sabios debían poseer el auténtico aceite y ¿quién más sabio que el señor Casaubon?

Y así, en estas breves semanas, las jubilosas y agradecidas expectativas de Dorothea no se vieron truncadas y por mucho que su novio sintiera ocasionalmente cierto vacío, nunca podía imputárselo a la disminución del interés de Dorothea.

La estación resultaba lo bastante templada como para favorecer el proyecto de alargar el viaje de novios hasta Roma, y el señor Casaubon tenía mucho interés en ello porque deseaba ver algunos manuscritos en el Vaticano.

—Sigo lamentando que tu hermana no nos acompañe —dijo una mañana, algún tiempo después de que hubiera quedado claro que Celia no quería ir y que Dorothea no deseaba su compañía—. Pasarás muchas horas a solas, Dorothea, pues me veré obligado a aprovechar el tiempo al máximo durante nuestra estancia en Italia y me sentiría más libre si tú tuvieras compañía.

Las palabras «me sentiría más libre» hirieron a Dorothea. Por primera vez, al hablar con el señor Casaubon se sonrojó de enojo.

—Me debes haber malentendido enormemente —dijo—, si piensas que no iba a tener en cuenta el valor de tu tiempo… si piensas que no renunciaría voluntariamente a todo aquello que te impidiera utilizarlo lo mejor posible.

—Es un gran detalle por tu parte, Dorothea —dijo el señor Casaubon, no percatándose en absoluto de que estaba dolida—, pero si tuvieras la compañía de una dama os pondría a ambas al cuidado de un cicerone y así cumpliríamos dos objetivos en el mismo espacio de tiempo.

—Te ruego no hables más de esto —dijo Dorothea con cierta altivez. Pero al momento pensó que debía estar equivocada, y volviéndose hacia él puso la mano sobre la suya, añadiendo en tono diferente—: te ruego no te inquietes por mí. Tendré mucho en qué pensar cuando me encuentre a solas. Y Tantripp será suficiente compañía para cuidarme. No soportaría que viniera Celia, a ella no le gustaría nada.

Era hora de vestirse. Había una fiesta esa noche, la última de las que se daban en Tipton Grange como preparativos formales de la boda, y Dorothea agradeció el sonido de la campana, marchándose al punto como si necesitara más preparativos de los normales. Se avergonzaba de sentirse irritada por algún motivo que ni ella misma podía definirse, pues aunque no tenía ninguna intención de ser poco sincera, su contestación no había respondido a la verdadera herida. Las palabras del señor Casaubon, con todo y ser muy razonables, habían sido, sin embargo, portadoras de una vaga sensación de distanciamiento.

—Debo ser presa de un estado mental extrañamente egoísta y débil —se dijo a sí misma—. ¿Cómo puedo tener un marido tan por encima de mí y no saber que me necesita menos que yo a él?

Tras convencerse de que el señor Casaubon tenía toda la razón, recobró la ecuanimidad y, al entrar en el salón con el traje gris perla, el oscuro pelo castaño dividido con sencillez sobre la frente y recogido detrás en consonancia con la total ausencia en su comportamiento y expresión por buscar el mero efectismo, ofrecía una agradable imagen de serena dignidad. A veces, cuando Dorothea estaba con alguien, parecía envolverla un aire tan completo de reposo como si fuera una Santa Bárbara asomándose al exterior desde su torre; pero estos intervalos de calma hacían que la energía de su oratoria y sus emociones resaltaran aún más cuando algún factor externo la había conmovido.

Esta noche constituía, naturalmente, el tema de muchos comentarios, pues los comensales eran numerosos y bastante más misceláneos respecto de los varones de lo que habían sido en cualquiera de las cenas dadas en Tipton Grange desde que las sobrinas de señor Brooke fueran a vivir con él, de forma que la conversación se llevaba a cabo en grupos de dos o de tres más o menos heterogéneos. Estaba el recién electo alcalde de Middlemarch, que era fabricante, y su cuñado, el banquero filantrópico, que mandaba tanto en la ciudad que unos le llamaban metodista y otros hipócrita, según sus recursos léxicos. Había también varios profesionales. De hecho, la señora Cadwallader llegó a decir que Brooke empezaba a tratarse con los vecinos de Middlemarch, y que ella personalmente prefería a los colonos de la cena del diezmo, que bebían sin pretensiones a su salud y no se avergonzaban de los muebles de sus abuelos. Pues en esa parte del país, antes de que la Reforma Electoral contribuyera al desarrollo de la conciencia política, había una más clara división de los rangos y una más borrosa división de partidos, de forma que las misceláneas invitaciones del señor Brooke parecían pertenecer a esa laxitud general que procedía de su desmadejado viajar y su hábito de asimilar en demasía todo lo referente a las ideas.

Según salió la señorita Brooke del comedor, ya surgió la ocasión para algún comentario soterrado.

—¡Hermosa mujer, la señorita Brooke! Extraordinariamente hermosa, ¡vive Dios! —dijo el señor Standish, el viejo abogado, al que tanto preocupara la burguesía hacendada que se había convertido en hacendado él mismo y empleaba esa exclamación con voz cavernosa, gesto suntuoso y la dicción del hombre que ostenta una buena posición.

Parecía dirigirse al señor Bulstrode, el banquero, pero a ese caballero le disgustaba la tosquedad y la profanación y se limitó a hacer una inclinación. Recogió el comentario el señor Chichely, un soltero de mediana edad, celebridad en el ámbito de la caza de galgos, de tez parecida a un huevo de Pascua, exiguos cabellos cuidadosamente colocados y el porte que sugiere la conciencia de un aspecto distinguido.

—Sí, pero no es mi tipo de mujer, me gusta la mujer que se aplica un poco más por resultarnos agradable. Una mujer debe poseer algo más de filigrana…, de coquetería. A los hombres les gusta el desafío. La mujer, cuanto más esté en contra tuya, mejor.

—Hay algo de verdad en eso —dijo el señor Standish, dispuesto a ser genial—. Y ¡vive Dios que así suele ser! Supongo que responde a algún sabio fin: la Providencia las hizo así, ¿no es verdad, Bulstrode?

—Yo remitiría la coquetería a alguna otra fuente —dijo el señor Bulstrode—. La asociaría más bien con el demonio.

—Pues claro que las mujeres debieran tener una pizca de demonio en ellas —dijo el señor Chichely, cuyos estudios sobre el bello sexo parecían haber resultado negativos para su teología—. Y me gustan rubias, con buenos andares y el cuello de cisne. En confianza, la hija del alcalde es más de mi gusto que la señorita Brooke o incluso la señorita Celia. Si yo fuera hombre para casarme, escogería a la señorita Vincy antes que cualquiera de las otras dos.

—Bueno pues, adelante, adelante —dijo el señor Standish jocosamente—, como veréis, triunfan los hombres maduros. El señor Chichely sacudió la cabeza significativamente: no iba a incurrir en el riesgo de ser aceptado por la mujer que eligiera.

La señorita Vincy que ostentaba el honor de ser el ideal del señor Chichely, no estaba, por supuesto, presente, pues el señor Brooke, con su acostumbrada objeción a ir demasiado lejos, no hubiera deseado que sus sobrinas conocieran a la hija de un fabricante de Middlemarch salvo que fuera un acontecimiento público. La parte femenina de los asistentes no incluía a nadie a quien Lady Chettam o la señora Cadwallader pudieran ponerle pegas, pues la señora Renfrew, la viuda del coronel, no sólo era excepcional en cuanto a cuna, sino interesante por su dolencia, la cual tenía perplejos a los médicos y parecía un caso claro de que un amplio conocimiento profesional tal vez requiriera el complemento de la curandería. Lady Chettam, que atribuía su propia asombrosa salud a un licor amargo casero unido a la constante atención médica, participó con gran agilidad mental en el relato de la señora Renfrew de sus síntomas, sorprendiéndose de la asombrosa inutilidad que en su caso tenía cualquier medicamento reconstituyente.

—¿Dónde irá a parar toda la fuerza de esas medicinas, hija mía? —dijo la apacible pero majestuosa viuda, volviéndose pensativa hacia la señora Cadwallader cuando alguien reclamó la atención de la señora Renfrew.

—A reforzar la enfermedad —dijo la esposa del rector, mujer demasiado bien nacida como para no estar iniciada en la medicina—. Todo depende de la constitución: hay personas que forman grasas, otras sangre y otras bilis. Ese es mi punto de vista. Y tomen lo que tomen, es grano para el molino.

—Entonces, si es así, y pienso que lo que dice es razonable, la señora Renfrew debiera tomar medicinas que redujeran su enfermedad.

—Claro que es razonable. Hay dos tipos de patatas, producto de la misma tierra. La una se va haciendo cada vez más acuosa…

—¡Claro! Como la pobre señora Renfrew… eso pienso yo. ¡Hidropesía! Aún no hay hinchazón, es interna. Yo diría que debe tomar medicamentos secantes, ¿no cree usted?… o un baño de aire seco y caliente. Se pueden probar muchas cosas que produzcan sequedad.

—Deje que pruebe los folletos de cierta persona —dijo la señora Cadwallader con un susurro, viendo entrar a los caballeros—. A aquél no le hace falta secarse.

—¿A quién se refiere, hija mía? —dijo Lady Chettam, mujer encantadora, no lo suficientemente ágil como para anular el placer de una explicación.

—El novio…, Casaubon. Lo cierto es que se ha ido secando más aprisa desde que se prometió: supongo que será la llama de la pasión.

—Yo diría que dista mucho de tener una buena constitución —dijo Lady Chettam con voz aún más baja—. Y luego esos estudios suyos, tan áridos, como usted dice.

—La verdad, al lado de Sir James, parece una calavera un tanto reparcheada para la ocasión. Mire lo que le digo: dentro de un año esa chica le odiará. Ahora le respeta como un oráculo, y con el tiempo se pasará al otro extremo. ¡Será todo volubilidad!

—¡Qué horrible! Me temo que es muy testaruda. Pero dígame, usted que le conoce bien a él…, ¿tanto deja de desear? ¿Cuál es la verdad?

—¿La verdad? Es tan nocivo como la mala medicina… desagradable de tomar y encima sienta mal.

—No puede haber nada peor que eso —dijo Lady Chettam, con una concepción tan real del medicamento que daba la impresión de haber aprendido algo muy concreto respecto de las desventajas del señor Casaubon—. Sin embargo, James no quiere ni oír hablar de la señorita Brooke. Aún dice que es el espejo para las mujeres.

—Es esa una generosa invención suya. Créame, le complace más la pequeña Celia, y ella le aprecia. Espero que a usted le guste mi pequeña Celia.

—Por supuesto; le gustan más los geranios y parece más dócil, aunque no tiene tan buena planta. Pero hablaba usted de remedios; cuénteme algo de este joven médico, el señor Lydgate. Me dicen que es asombrosamente inteligente. La verdad es que lo parece…, tiene una frente muy hermosa.

—Es un caballero. Le oí hablar con Humphrey. Habla bien. —El señor Brooke dice que es de los Lydgates de Northumberland, gente muy bien relacionada; algo inesperado en un facultativo de ese tipo. Por mi parte, prefiero a un hombre de medicina más próximo a los criados, a menudo son los más listos. Le aseguro que siempre encontré infalible el juicio del pobre Hicks. Jamás se equivocó. Era tosco y parecía un carnicero, pero conocía bien mi constitución. Para mí fue una gran pérdida el que muriera tan de repente. ¡Dios mío! ¡Qué conversación tan animada parece estar teniendo la señorita Brooke con este señor Lydgate!

—Le está hablando de casitas y hospitales —dijo la señora Cadwallader, cuyos oídos y facultades de interpretación eran rápidos—. Tengo entendido que es una especie de filántropo, así que seguro que Brooke le protegerá.

James —dijo Lady Chettam cuando su hijo se les acercó—, trae al señor Lydgate y preséntamelo. Quiero tantearle. La afable viuda se confesó encantada con esta oportunidad de conocer al señor Lydgate, pues había oído hablar de sus éxitos al tratar la fiebre de un modo nuevo.

El señor Lydgate poseía el talante médico que le permitía permanecer perfectamente serio ante cualquier perogrullada que se le dijera, y los ojos oscuros y seguros le proporcionaban un enorme carácter como oyente. No se parecía en nada al lamentado Hicks, sobre todo en cierto descuidado refinamiento de su persona y expresión verbal. Confirmó la opinión de lady Chettam sobre la peculiaridad de su constitución admitiendo que todas las constituciones podrían denominarse peculiares y sin negar que la de ella pudiera serlo más que otras. No estaba de acuerdo con un sistema demasiado debilitador, incluidas las sangrías imprudentes, ni tampoco, por otro lado, con el abuso del oporto y la quinina. Decía «Creo que sí» con tal aire de deferencia acompañando su acuerdo con el diagnóstico, que lady Chettam se formó una cordialísima opinión de su talento.

—Estoy muy satisfecha con su protége —le dijo al señor Brooke antes de marcharse.

—¿Mi protége? ¡Dios mío! ¿Quién es ese? —dijo el señor Brooke.

—El joven Lydgate, el nuevo médico. Me da la impresión que entiende admirablemente su profesión.

—¡Ah, Lydgate! ¡No es mi protége! Conozco a un tío suyo que me escribió hablándome de él. No obstante, creo probable que sea un hombre de bandera. Ha estudiado en París, conoció a Broussais; tiene ideas…, quiere dignificar la profesión.

—Lydgate tiene un montón de ideas, bastante nuevas, sobre la ventilación y la dieta y todo eso —continuó el señor Brooke cuando después de despedir a lady Chettam se disponía a ser amable con un grupo de vecinos de Middlemarch.

—¡Demonios! ¿Cree que eso es sensato…, trastocar el tratamiento que ha hecho a los ingleses como son? —dijo el señor Standish.

—El conocimiento médico está en un momento bajo entre nosotros —dijo el señor Bulstrode, que hablaba en tono moderado y tenía un aspecto un tanto enfermizo—. Yo, por mi parte, celebro la llegada del señor Lydgate. Espero encontrar buenas razones para confiarle la dirección del nuevo hospital.

—Eso está muy bien —dijo el señor Standish, a quien no le gustaba el señor Bulstrode—; si le gusta que experimente con sus pacientes en el hospital y mate a alguno por caridad, no tengo nada que objetar. Pero no voy a pagar de mi bolsillo para que experimenten conmigo. Prefiero un tratamiento un poco probado.

—Bueno, Standish, ya sabe que cada dosis que se toma es un experimento…, un experimento —dijo el señor Brooke, dirigiéndose con un gesto de la cabeza al abogado.

—Bueno, en ese sentido… —dijo el señor Standish, con toda la repulsión ante estas sutilezas no jurídicas que puede permitirse manifestar un hombre hacia un valioso cliente.

—Pues yo agradecería cualquier tratamiento que me curara sin reducirme a un esqueleto como el pobre Uraingeer —dijo el señor Vincy, el alcalde, hombre de tez bermeja, buen modelo para un estudio de los colores cálidos, en vivo contraste con los tintes franciscanos del señor Bulstrode—. Es muy peligroso que a uno le dejen sin acolchado alguno contra las flechas de la enfermedad, como dijo alguien… Y yo también la considero una buena expresión.

El señor Lydgate, por supuesto, estaba demasiado lejos para oír la conversación. Había abandonado la fiesta pronto, la cual hubiera encontrado de todo punto tediosa de no ser por la novedad que ofrecieron ciertas presentaciones, en especial la de la señorita Brooke, cuya joven lozanía, unida a su próxima boda con el decrépito soltero, y su interés por asuntos de utilidad social, la dotaban del estímulo de una combinación poco común.

—Es buena, esa hermosa criatura, pero un poco demasiada seria —pensó—. Resulta problemático hablar con mujeres así. Siempre quieren razones, sin embargo son demasiado ignorantes para entender el mérito de cualquier pregunta y generalmente echan mano de su sentido de la moral para zanjar las cosas a su gusto.

Era evidente que la señorita Brooke no encarnaba más el tipo de mujer del señor Lydgate que el del señor Chichely. Es más, considerada en relación con este último, cuya mente estaba ya madura, Dorothea era un completo error, calculada para sorprender la confianza que él tenía en las causas finales, incluida la adaptación de jóvenes hermosas a solteros de tez bermeja. Pero Lydgate era menos maduro y posiblemente le quedaran experiencias por delante que podrían modificar su opinión respecto de las cosas más excelentes en las mujeres.

De todos modos, ninguno de estos caballeros volvió a ver a la señorita Brooke bajo su nombre de soltera. No mucho después de esta cena, se había convertido en la señora Casaubon, e iba camino de Roma.

CAPÍTULO ONCE

De hecho, Lydgate ya era consciente de la fascinación que sobre él ejercía una mujer notablemente diferente de la señorita Brooke. En absoluto suponía que había perdido el equilibrio y se había enamorado, pero de esa determinada mujer había dicho: «Es la gracia personificada; es hermosísima y con talento. Eso es lo que debería ser una mujer: debe producir la sensación de música exquisita». Consideraba a las mujeres sin belleza de igual manera que otras duras realidades de la vida, algo a lo que enfrentarse con filosofía y a estudiar por la ciencia. Pero Rosamond Vincy parecía poseer el auténtico encanto melódico, y cuando un hombre ha visto a la mujer que hubiera escogido, caso de haber tenido la intención de casarse pronto, el que permanezca soltero suele depender de la voluntad de ella más que de la de él. Lydgate pensaba que no debía casarse hasta dentro de varios años, hasta que no se hubiera labrado para sí un sendero bueno y claro al margen de la amplia carretera que ya existía. La señorita Vincy llevaba planeando por encima de su horizonte casi el mismo tiempo que había tardado el señor Casaubon en comprometerse y casarse. Pero este sesudo caballero poseía una fortuna, había acumulado sus voluminosas notas, y se había creado el tipo de reputación que antecede a las realizaciones… a menudo el grueso de la fama de un hombre. Tomó una esposa, como hemos visto, para que adornara el cuadrante final de su curso y fuera una pequeña luna que apenas ocasionara una calculable perturbación. Pero Lydgate era joven, pobre y ambicioso. Tenía su medio siglo por delante, no por detrás, y había llegado a Middlemarch empeñado en hacer numerosas cosas que no se ajustaban directamente a la posibilidad de conseguir una fortuna, ni siquiera unos buenos ingresos. Para un hombre en estas circunstancias, el tomar esposa se convierte en algo más que una cuestión de adorno, por mucha importancia que le dé a esto (y Lydgate ya estaba dispuesto a primar ésta entre las funciones de esposa). Para su gusto, y guiado por una sola conversación, éste constituía el punto de carencia de la señorita Brooke, a pesar de su innegable hermosura: no consideraba las cosas desde el ángulo femenino adecuado. La compañía de mujeres así resultaba tan relajante como salir del trabajo para darles clase a alumnos de segundo curso, en lugar de tumbarse en un paraíso en donde los trinos de los pájaros fueran dulces risas y el cielo unos ojos azules.

Naturalmente que, en este momento, nada carecía más de importancia para Lydgate que el que la señorita Brooke cambiara su forma de ser; tampoco resultaba importante para la señorita Brooke descubrir las cualidades de la mujer que había atraído a este joven médico. Pero cualquiera que observe con atención la furtiva convergencia de los destinos humanos, ve una lenta preparación de los efectos de una vida sobre otra, que se acusa, como una ironía calculada, en la indiferencia a la gélida mirada con la que observamos al vecino que nos acaban de presentar. El destino aguarda, sarcástico, con nuestras dramatis personae escondidas en la mano.

La antigua sociedad provinciana tuvo su participación en este movimiento sutil; tuvo no sólo sus estrepitosas caídas, sus brillantes dandis profesionales que acababan con una prostituta y seis niños a cargo, sino que tuvo también esas vicisitudes menos conspicuas que van modificando constantemente las fronteras del intercambio social y alumbrando una nueva conciencia de interdependencia. Hubo quienes fueron perdiendo pie y descendieron, y quienes subieron peldaños; hubo gente que prescindió de las consonantes aspiradas, hubo quienes se enriquecieron. Hubo caballeros quisquillosos que se presentaron a las elecciones locales; algunos fueron arrastrados por corrientes políticas, otros por corrientes eclesiásticas, encontrándose, tal vez con sorpresa, agrupados consecuentemente. Unos cuantos individuos o familias que se mantuvieron firmes como rocas entre todas estas fluctuaciones, fueron, a pesar de su solidez, presentando nuevos aspectos, y cambiando como seres y como espectadores. Los municipios y las zonas rurales fueron gradualmente tejiendo nuevas conexiones, al hilo de la sustitución del calcetín por el banco y el fin de la adoración a la guinea de oro, y los terratenientes, baronets e incluso lores que anteriormente habían vivido irreprochablemente alejados de las mentes cívicas, cosecharon la culpabilidad fruto de unas relaciones más cercanas. También vinieron a establecerse gentes de lejanos países; unos traían alarmantes novedades con sus especialidades, otros ofensivas ventajas con su artera astucia. En realidad, tenían lugar en la vieja Inglaterra un tipo de movimientos y de mezclas muy parecidos a los que encontramos en Heródoto, quien también, al contar lo sucedido, creyó oportuno tomar como punto de partida el sino de las mujeres, si bien lo, como doncella aparentemente seducida por la mercancía atractiva, era el opuesto de la señorita Brooke, y a este respecto quizá se parecía más a Rosamond Vincy, que poseía un gusto excelente en el vestir, con esa figura de ninfa y pureza de tez que proporciona la gama más amplia en la elección de la hechura y el color del atuendo. Pero estas cosas eran tan sólo parte de su encanto. Se la consideraba la flor del colegio de la señora Lemon, el mejor colegio del condado, donde la enseñanza comprendía cuanto se exigía de la mujer distinguida, extendiéndose a algún extra como el entrar y salir de un carruaje. La misma señora Lemon había puesto siempre a la señorita Vincy como ejemplo: no había alumna, decía, que superara a esa joven en adquisición mental y corrección lingüística, al tiempo que su ejecución musical era de todo punto extraordinaria. No podemos evitar la forma en que las personas hablan de nosotros, y seguramente si la señora Lemon se hubiera ofrecido a describir a Julieta o Imogen, estas heroínas no hubieran resultado poéticas, pero entre la mayoría de los jueces, la primera visión de Rosamond habría bastado para disipar cualquier prejuicio suscitado por las alabanzas de la señora Lemon.

Lydgate no pudo estar mucho tiempo en Middlemarch sin disfrutar de esa agradable visión o sin conocer a la familia Vincy, pues aunque el señor Peacock, a quien había pagado algo porque le dejara su consulta, no era el médico de aquella familia (la señora Vincy no aprobaba su sistema de debilitación), contaba entre su clientela con muchos de sus parientes y conocidos. Pues ¿quién de alguna importancia en Middlemarch no estaba relacionado o al menos conocía a los Vincy? Eran antiguos fabricantes y disfrutaban de una buena casa desde hacía tres generaciones, durante las cuales se habían dado, lógicamente, varias bodas con vecinos más o menos declaradamente distinguidos. La hermana del señor Vincy había hecho una buena boda aceptando al pudiente señor Bulstrode, al cual, sin embargo, como hombre que no había nacido en la ciudad y cuyos ancestros eran poco conocidos, se le consideraba afortunado al haberse vinculado a una familia auténticamente de Middlemarch. Por otra parte, el señor Vincy había descendido un poco al casarse con la hija de un posadero. Pero también esta parte aportaba una festiva sensación de dinero, pues la hermana de la señora Vincy había sido la segunda esposa del acaudalado viejo señor Featherstone y había muerto sin descendencia hacía años, de forma que era de suponer que sus sobrinos y sobrinas tocaran la fibra sensible del viudo. Y ocurrió que el señor Bulstrode y el señor Featherstone, dos de los pacientes más importantes del señor Peacock, y por distintas razones, dieron una recepción excepcionalmente buena a su sucesor, quien había suscitado cierto partidismo además de discusión.

El señor Wrench, el médico de la familia Vincy, pronto tuvo motivos para considerar ligera la discreción profesional de Lydgate, y no corría comentario sobre él que no se contara en casa de los Vincy, donde las visitas eran frecuentes. El señor Vincy se inclinaba más por las buenas relaciones en general que por el tomar parte, pero no tenía necesidad de precipitarse por conocer a nadie. Rosamond deseaba en silencio que su padre invitara al señor Lydgate. Se sentía hastiada de las caras y las figuras a las que estaba acostumbrada, de los perfiles angulosos, el caminar, y el modo de expresarse que caracterizaba a los jóvenes de Middlemarch a quienes conocía desde niños. Había asistido al colegio con chicas de posición más alta, cuyos hermanos, tenía la seguridad, le hubieran resultado posiblemente más interesantes que estos inevitables compañeros de Middlemarch. Pero no quería comunicarle a su padre su deseo, y él, por su parte, no tenía prisa al respecto. Un concejal, a punto de ser alcalde, debería con el tiempo ampliar el círculo de quienes asistían a sus cenas, pero por el momento había suficientes invitados a su mesa bien surtida.

Con frecuencia la mesa permanecía llena de los restos del desayuno familiar mucho después de que el señor Vincy se hubiera marchado con el segundo de sus hijos al almacén y cuando la señorita Morgan iba ya muy avanzada con las lecciones matutinas de las hijas menores. Aguardaba al vago de la familia, para quien cualquier tipo de molestia (hacia los demás) resultaba menos desagradable que el levantarse cuando le llamaban. Este era el caso de una mañana del octubre en el que recientemente veíamos al señor Casaubon ir de visita a Tipton Grange, y aunque en la habitación hacía un poco demasiado calor debido al fuego, que había desterrado al perro de aguas a una esquina remota, Rosamond, por alguna razón, continuó con su bordado más tiempo del usual, estremeciéndose de vez en cuando y dejando la labor sobre la rodilla para contemplarla con aire de tedio. Su madre, de vuelta de una excursión a la cocina, se encontraba sentada al otro lado de la pequeña mesa de trabajo con aire de total placidez hasta que, avisando el reloj de que iba a dar la hora, levantó la vista del encaje que ocupaba sus dedos regordetes y tocó la campanilla.

—Vuelve a llamar a la puerta del señorito Fred, Pritchard, y dile que han dado las diez y media.

Esto se dijo sin cambio alguno en el radiante rostro lleno de buen humor de la señora Vincy, en el que cuarenta y cinco años no habían esculpido ni ángulos ni arrugas. Echando hacia atrás los lazos rosas de su gorro, descansó su labor sobre el regazo mientras miraba arrobada a su hija.

—Mamá —dijo Rosamond—, cuando Fred baje, quisiera que no le dejaras tomar arenques rojos. No soporto el olor que dejan por toda la casa a estas horas de la mañana.

—Hija, ¡eres tan severa con tus hermanos! Es el único defecto que te encuentro. Tienes el carácter más dulce del mundo, pero eres muy irritable con tus hermanos.

—No soy irritable, mamá; nunca me oirás hablarles de forma inapropiada en una dama.

—Pero les quieres denegar cosas.

—Es que los hermanos son tan desagradables…

—Hija, tienes que disculpar a los jóvenes. Da gracias de que tengan buen corazón. Una mujer debe aprender a aguantar las cosas pequeñas. Algún día te casarás.

—No con alguien que se parezca a Fred.

—No reniegues de tu propio hermano, hija. Pocos jóvenes tienen menos cosas en su contra, aunque no pudiera licenciarse, no entiendo por qué, pues a mí me parece el más listo. Como tú bien sabes, compartió su educación con la mejor sociedad en la universidad. Con lo exigente que eres, hija, me sorprende que no te guste tener por hermano a un joven tan caballeroso. Siempre le estás sacando faltas a Bob porque no es Fred. —Pero, mamá, eso es sólo porque es Bob.

—Pues hija mía, no encontrarás a ningún joven de Middlemarch que no tenga alguna pega.

—Pero… —el rostro de Rosamond irrumpió en una sonrisa que desveló de pronto dos hoyuelos. Veía con desagrado estos hoyuelos y sonreía poco en público—. Pero es que no me casaré con ningún joven de Middlemarch.

—Eso parece, cariño, pues has rechazado a la flor y nata de ellos. Si los hay mejores, dudo de que alguien se los merezca más que tú.

—Perdona, mamá, pero no digas «la flor y nata».

—Pero, ¿qué son si no?

—Me refiero a que es una expresión un poco vulgar. —Es muy probable, hija, nunca fui buena oradora. ¿Qué debo decir?

—Los mejores.

—Pero si eso suena igual de común. De haber tenido tiempo para pensar hubiera dicho «los jóvenes más superiores». Pero con tu educación, tú sabrás más.

—¿Qué es lo que Rosy sabrá, mamá? —dijo Fred que había entrado inadvertido por la puerta entreabierta mientras las señoras cosían, y ahora, acercándose al fuego, se encontraba de espaldas a él calentándose las suelas de las zapatillas.

—Si está bien decir «jóvenes superiores» —dijo la señora Vincy tocando la campanilla.

—Bueno, hay tanto té y tanto azúcar superior hoy en día que la palabra se está convirtiendo en un argot de tenderos.

—¿Te está empezando a no gustar el argot? —preguntó Rosamond con matizada seriedad.

—Sólo el inapropiado. Toda elección de palabras es argot. Define un estatus.

—Hay un inglés correcto; eso no es argot.

—Perdona, pero el inglés correcto es el argot de los pedantes que escriben historias y ensayos. Y el argot más difícil es el de los poetas.

—Dirías cualquier cosa, Fred, sólo para tener razón. —Bien, tú me dirás si es argot o poesía llamar a un buey un trence piernas.

—Pues claro que lo puedes llamar poesía, si quieres.

—Ah, señorita Rosy, no distingues a Homero del argot. Inventaré un juego nuevo, voy a escribir trozos de poesía y argot en papelitos y te los daré para que los separes.

—¡Pero qué divertido es oír hablar a los jóvenes! —dijo la señora Vincy llena de vivaz admiración.

—¿No hay nada más para desayunar, Pritchard? —dijo Fred a la criada, que trajo café y tostadas con mantequilla mientras él se paseaba en torno a la mesa observando el jamón, la carne y demás restos fríos con aire de silencioso rechazo y conteniendo educadamente cualquier muestra de repugnancia.

—¿Quiere usted huevos?

—¿Huevos? ¡Ni hablar! Tráeme un poco de asado.

—La verdad, Fred —le dijo Rosamond cuando la criada hubo salido de la habitación—, si has de tomar cosas calientes para desayunar, podías bajar antes. Puedes levantarte a las seis para ir de caza, no entiendo por qué te resulta tan difícil levantarte las demás mañanas.

—Eso es tu falta de comprensión, Rosy. Me puedo levantar para ir de caza porque me gusta.

—¿Qué pensarías de mí si bajara dos horas después que todos los demás y pidiera algo asado?

—Pensaría que eras una joven inusitadamente fuerte —dijo Fred, comiéndose la tostada con absoluta serenidad.

—No veo razón para que los hermanos tengan que mostrarse más desagradables que las hermanas.

—Yo no me muestro desagradable; eres tú la que crees que lo soy. Desagradable es una palabra que describe tus sentimientos y no mis acciones.

—Pienso que describe el olor del asado.

—En absoluto. Describe una sensación en tu naricilla asociada a ciertas ideas cursis que son las típicas del colegio de la señora Lemon. Mira a mi madre; no la verás que ponga pegas a nada salvo lo que hace ella misma. Representa mi idea de una mujer agradable.

—Dios os bendiga a los dos, hijos míos, y no os peleéis —dijo la señora Vincy con maternal cordialidad—. Vamos, Fred, cuéntanos del nuevo médico. ¿Está contento tu tío con él?

—Pues creo que bastante. Le hace a Lydgate toda clase de preguntas y luego frunce el rostro mientras escucha la respuesta, como si le pellizcaran los dedos de los pies. Así es el tío. Ah, aquí está el asado.

—Pero ¿cómo te quedaste hasta tan tarde, Fred? Dijiste que sólo ibas a casa de tu tío.

—Pues cené en casa de Plymdale, jugamos a las cartas. Lydgate también estaba allí.

—¿Y qué impresión te hizo? Supongo que será un caballero. Dicen que es de una excelente familia… y sus parientes gente distinguida.

—Sí —dijo Fred—. Había un Lydgate en la universidad que gastaba un dineral. Este hombre es primo segundo suyo. Pero hombres ricos pueden tener pobres diablos por primos segundos.

—Pero el ser de buena familia, siempre es distinto —dijo Rosamond, con el tono decidido que demostraba que había pensado sobre el tema. Rosamond creía que habría sido más feliz de no ser la hija de un fabricante de Middlemarch. Le disgustaba cuanto le recordaba que el padre de su madre había sido posadero. Y ciertamente, cualquiera que recordara el hecho podría pensar que la señora Vincy tenía el aire de una hermosa mesonera de buen carácter, acostumbrada a las órdenes más caprichosas de los hombres.

—Me extrañó que se llamara Tertius —dijo la satisfecha matrona—, pero claro, debe correr en la familia. Y ahora, dinos exactamente cómo es.

—Pues es bastante alto, moreno, listo, habla bien; un poco pedante creo.

—Nunca entiendo lo que quieres decir con pedante —dijo Rosamond.

—Pues un tipo que quiere demostrar que tiene sus opiniones.

—Bueno, hijo, los médicos han de tener opiniones —dijo la señora Vincy—, ¿para qué están ahí si no?

—Sí, madre, las opiniones se pagan, pero un pedante es un tipo que constantemente te obsequia gratis con sus opiniones.

—Supongo que Mary Garth admira al señor Lydgate —dijo Rosamond, con un toque no ausente de segundas intenciones.

—Pues no lo sé —dijo Fred con pesadumbre, levantándose de la mesa y tirándose sobre una silla con la novela que había bajado en la mano—. Si tienes celos de ella, vete por Stone Court más a menudo y eclípsala.

—Cómo me gustaría que no fueras tan vulgar, Fred. Si has terminado, toca la campanilla, por favor.

—Pero tiene razón tu hermano, Rosamond —empezó a decir la señora Vincy cuando la criada hubo quitado la mesa—. Es una lástima que no quieras ir más a ver a tu tío, con lo orgulloso que se siente de ti. Sabes que quería que vivieras con él. Podía haber hecho muchísimo por ti y por Fred. Bien sabe Dios que estoy encantada de teneros en casa conmigo, pero puedo separarme de mis hijos si es por su bien. Y ahora es lógico que tu tío Featherstone haga algo por Mary Garth.

—Mary Garth soporta estar en Stone Court porque le gusta más que ser una institutriz —dijo Rosamond doblando su labor—. Prefiero que no me dejen nada si he de ganármelo aguantando las toses de mi tío y sus feas amistades.

—No puede quedarle mucho en este mundo, hija. No precipitaría su fin, pero con su asma y esa dolencia interna esperamos que le aguarde algo mejor en el otro. Y no es que tenga ningún rencor contra Mary Garth, pero hay que pensar en la justicia. La primera mujer del señor Faetherstone no le aportó ningún dinero, y mi hermana sí. Sus sobrinos y sobrinas no pueden tener tanto derecho como los demás hermanos. Y tengo que admitir que creo que Mary Garth es una chica de lo más anodino… más adecuada como institutriz.

—No todos estarían de acuerdo contigo, madre, —dijo Fred, que parecía capaz de leer y escuchar a un tiempo.

—Bueno, hijo —dijo la señora Vincy hábilmente—, si le dejaran algún dinero… un hombre también se casa con los parientes de su mujer, y los Garth son tan pobres y viven una vida tan pequeña. Pero te dejo con tus estudios, hijo; tengo que ir a hacer unas compras.

—Los estudios de Fred no son muy profundos —dijo Rosamond levantándose con su madre—, sólo está leyendo una novela.

—Bueno, bueno, dentro de un rato ya se pondrá con el latín y esas cosas —dijo la señora Vincy, acariciando apaciguadoramente la cabeza de su hijo—. La chimenea está encendida en la sala de fumar. Ya sabes, Fred, hijo, que es el deseo de tu padre, y yo siempre le digo que serás bueno y volverás a la universidad para sacar el título.

Fred acercó a sus labios la mano de su madre, pero no dijo nada.

—Supongo que no irás a montar hoy, ¿no? —dijo Rosamond, rezagándose un poco detrás de su madre.

—No, ¿por qué?

—Papá dice que ahora puedo montar el alazán. —Puedes venir conmigo mañana, si quieres. Pero recuerda que iré a Stone Court.

—Tengo tantas ganas de montar que me da igual dónde vayamos —en realidad, Rosamond quería ir a Stone Court más que a cualquier otro lugar.

—Oye, Rosy —dijo Fred mientras su hermana salía de la habitación—, si vas al piano, déjame ir a tocar algo contigo. —Te ruego que no me lo pidas esta mañana.

—¿Y por qué no esta mañana?

—Porque, Fred, no sabes cómo me gustaría que dejaras de tocar la flauta. Los hombres están tan ridículos tocando la flauta. Y además, desafinas.

—La próxima vez que un hombre te corteje, señorita Rosamond, le diré lo complaciente que eres.

—¿Por qué habrías de esperar que te complaciera escuchándote tocar la flauta y yo no he de esperar que tú me complazcas a mí no tocándola?

—¿Y por qué habrías tú de esperar que yo te lleve a montar a caballo?

La pregunta llevó a un acuerdo, pues Rosamond estaba empecinada en el paseo.

Y así Fred disfrutó cerca de una hora de Ar hyd y nos, Ye banks and braes y otras melodías favoritas sacadas de su «Instrucción para flauta», una dificultosa ejecución en la que puso arduo empeño e irrefrenable esperanza.

CAPÍTULO DOCE

El paseo a caballo que Fred y Rosamond dieron hasta Stone Court a la mañana siguiente les llevó por un gracioso segmento del paisaje del corazón de Inglaterra, formado casi en su totalidad por prados y pastos, con setos que aún podían crecer en hermosa espesura y ofrecer sus frutos de coral a los pájaros. Pequeños detalles conferían a cada prado una particular fisonomía, querida para aquellos ojos que los veían desde la niñez: el estanque de la esquina, donde la hierba era húmeda y los árboles se inclinaban susurrantes; el enorme roble sombreando un lugar desnudo en la medio del prado; la alta loma donde crecían los fresnos; la abrupta pendiente del margal que hacía de fondo rojo para la bardana; los apiñados tejados y almiares de las granjas sin aparentes caminos de acceso, las cercas y verjas grises resaltando contra las profundidades del bosque circundante y la aislada casucha con su viejo, viejo tejado de paja cuajado de musgosas ondulaciones con sorprendentes modulaciones de luz y sombra como las que, al correr de los años, viajamos lejos para ver y vemos mayores, pero no mejores. Estas son las cosas que conforman la gama del disfrute del paisaje para las almas nacidas en esta zona, las cosas entre las que gatearon o tal vez aprendieron de memoria, de pie entre las piernas de su padre mientras éste sostenía despreocupadamente las riendas.

Pero la carretera, incluso la secundaria, era excelente, pues Lowick, como hemos visto, no era un municipio de senderos embarrados y arrendatarios pobres y en él entraron Fred y Rosamond tras cabalgar un par de millas. Una milla más allá estaba Stone Court, visible ya la casa desde la primera mitad del camino, con aspecto de haber sido detenida en su crecimiento hacia una mansión de piedra por un inesperado florecer de edificaciones agrícolas a su izquierda que habían impedido su conversión en algo que no fuera el hogar sustancial de un caballero rural. En la distancia, el conjunto de puntiagudos almiares que equilibraban la hermosa hilera de nogales a la derecha no la convertían en un objeto menos agradable.

Pronto se pudo discernir algo que pudiera ser una calesa en la semirrotonda frente a la entrada principal.

—Dios mío —dijo Rosamond—, espero que no estén aquí ninguno de los horribles parientes de mi tío.

—Pues están. Esa es la calesa de la señora Waule, la última, la amarilla de la izquierda. Cuando veo a la señora Waule dentro me explico que el amarillo pudiera ser un color de luto. Esa calesa me parece más funeraria que un ataúd. Claro que la señora Waule siempre viste de crespón negro. ¿Cómo lo consigue, Rosy? No se le pueden estar muriendo los parientes continuamente.

—No tengo ni idea. Y tampoco es que sea evangélica —dijo Rosamond, como si ese enfoque religioso justificara totalmente el perpetuo crespón—. Y no es pobre —añadió tras una breve pausa.

—¡Ni muchísimo menos! Son ricos como judíos esos Waule y Featherstone; bueno, me refiero para gente como ellos, que no quieren gastar un céntimo. Y sin embargo, rodean a mi tío como buitres, temerosos de que se les escape un céntimo a su rama de la familia. Pero creo que les odia a todos.

Esta señora Waule que despertaba tan escasa admiración en estos lejanos parientes, acababa de decir esa misma mañana (en absoluto con aire desafiante, sino en tono bajo, amortiguado y neutral, como si la voz llegara a través de un algodón) que no deseaba «disfrutar de su buena opinión». Estaba sentada, como recalcó, en el hogar de su propio hermano, y había sido Jane Featherstone durante veinticinco años antes de convertirse en Jane Waule, lo cual le otorgaba el derecho a hablar cuando el nombre de su hermano había sido usado libremente por quienes no tenía derecho a ello.

—¿A dónde quieres llegar? —dijo el señor Featherstone, sosteniendo el bastón entre las piernas y atusándose la peluca, al tiempo que dirigía a su hermana una rápida y penetrante mirada que pareció revolverse contra él como una corriente de aire frío y provocarle un ataque de tos.

La señora Waule hubo de retener la respuesta hasta que se le pasara, hasta que Mary Garth le hubiera dado más jarabe y él hubiera comenzado a frotar la empuñadura de oro de su bastón, mirando al fuego con amargura. Era un fuego animado, pero no influía en el tinte amoratado y frío del rostro de la señora Waule, que era tan neutral como su voz, con meras ranuras por ojos y labios que apenas si se movían al hablar.

—Los médicos no controlan esa tos, hermano. Es igual que la mía, pues soy tu propia hermana, constitución y todo. Pero, como iba diciendo, es una lástima que la familia de la señorita Vincy no sepa comportarse mejor.

—¡Buah! No dijiste nada de eso. Dijiste que alguien había abusado de mi nombre.

—Lo cual se puede probar, si es cierto lo que todo el mundo dice. Mi hermano Solomon me dice que la conducta alocada del joven Vincy es la comidilla de Middlemarch, y que desde que volvió a casa no ha hecho más que apostar al billar.

—¡Bobadas! ¿Qué tiene de malo un juego de billar? Es un buen juego para caballeros y el joven Vincy no es ningún patán. Si fuera tu hijo John el que jugara al billar, ése sí que haría el ridículo.

—Tu sobrino John jamás ha sido aficionado al billar ni a ningún otro juego, hermano, y no se le ocurría perder cientos de libras que, si lo que dicen es cierto, deben salir de otro lugar que no es el bolsillo del señor Vincy padre. Porque dicen que lleva años perdiendo dinero, aunque nadie se lo pudiera imaginar, viéndole ir tanto de caza y ofreciendo mesa franca como hace. Y he oído que el señor Bulstrode censura absolutamente a la señora Vincy por su ligereza y por malcriar tanto a sus hijos.

¿Y a mí que me importa Bulstrode? No tengo cuenta con él.

—La señora Bulstrode es la propia hermana de la señora Vincy, y dicen que el señor Vincy negocia principalmente con el dinero del banco, y juzga por ti mismo, hermano, lo poco decoroso que resulta una mujer pasados los cuarenta llena de lazos rosas y riéndose siempre de todo. Pero malcriar a tus hijos es una cosa, y sacar dinero para pagarles las deudas, muy otra. Y se dice públicamente que el joven Vincy ha sacado dinero basándose en sus expectativas. No digo cuáles. La señorita Garth me está oyendo y la invito a que hable. Sé bien que como son jóvenes, se conocen.

—No, gracias, señora Waule —dijo Mary Garth—. Me disgusta demasiado oír chismorreos como para querer repetirlos.

El señor Featherstone frotó la empuñadura del bastón y soltó una carcajada convulsiva con la misma autenticidad que la risita del viejo jugador de cartas ante una mala mano. Contemplando aún el fuego dijo:

—¿Y quién pretende decir que Fred Vincy no tiene expectativas? Es lógico que un tipo tan elegante y animado las tenga.

—Hubo una breve pausa antes de que la señora Waule respondiera, y cuando lo hizo su voz parecía llena de llanto, aunque tuviera el rostro seco.

—Tanto si es así como si no, hermano, a mí y a mi hermano Solomon nos resulta lógicamente doloroso que utilicen tu nombre; sobre todo con esa dolencia tuya que se te puede llevar de pronto, y esas gentes que no son más

Featherstones que los payasos de la feria contando abiertamente con que tus propiedades les pasen a ellos. ¡Siendo yo tu propia hermana y Solomon tu propio hermano! Y si así es como va a ser, ¿para qué crearía el Todopoderoso las familias? —llegado este punto las lágrimas de la señora Waule se derramaron, aunque con moderación.

—¡Suéltalo ya, Jane! —dijo el señor Featherstone mirándola—. Lo que estás queriendo decir es que Fred Vincy ha conseguido que alguien le adelante dinero sobre lo que dice conocer de mi testamento, ¿no es eso?

—No he dicho jamás eso, hermano —la voz de la señora Waule volvía a ser seca y sostenida—. Me lo dijo anoche mi hermano Solomon cuando pasó por casa de vuelta del mercado para aconsejarme sobre el trigo, ya que soy viuda y mi hijo John sólo tiene veintitrés años, aunque es formal a carta cabal. Y a él le llegó de boca de una fuente indiscutible, y no sólo una, sino varias.

—¡Memeces! No me creo ni una palabra. Es una pura invención. Ve a la ventana, Missy, me ha parecido oír un caballo. A ver si es el médico.

—Una invención que no he inventado yo, hermano, ni Solomon, que, sea lo que sea —y no niego que tiene rarezas—, ha dividido sus propiedades por igual entre los familiares con los que tiene trato, aunque por mi parte, creo que hay veces en las que unos debían pesar más que otros. Pero Solomon no hace un secreto de sus intenciones.

—¡Más tonto él! —dijo el señor Featherstone con cierta dificultad, irrumpiendo en un agudo ataque de tos que requirió que Mary Garth se le acercara, de modo que no pudo saber de quién eran los caballos que pronto se detuvieron, piafando en la gravilla de delante de la puerta.

Antes de que concluyera del todo el ataque de tos del señor Featherstone, entró Rosamond, luciendo con elegancia su traje de montar. Se inclinó ceremoniosamente ante la señora Waule, quien dijo con sequedad: «Tanto gusto, señorita», sonrió y saludó a Mary silenciosamente y permaneció en pie hasta que la tos cesó permitiendo que su tío la viera.

—Hola, hola, jovencita —dijo finalmente—. Tienes buen color. ¿Dónde está Fred?

—Atendiendo a los caballos. Vendrá enseguida.

—Siéntate, siéntate. Señora Waule, te deberías ir marchando.

Incluso aquellos vecinos que habían llamado a Peter Featherstone un viejo zorro, nunca le habían acusado de ser falsamente educado.

Es más, ella misma acostumbraba a pensar que las intenciones del Todopoderoso respecto de las familias incluían una total liberación de la necesidad de comportarse agradablemente. Se levantó con calma, sin señal alguna de resentimiento y dijo con su habitual tono monótono y borroso:

—Hermano, espero que el nuevo médico pueda hacer algo por ti. Solomon dice que se habla mucho de su sabiduría Te aseguro que deseo que te cures. Y no hay nadie más dispuesto a cuidar de ti que tu propia hermana y tus propias sobrinas, con que tan sólo lo digas. Están Rebecca, Joanna y Elizabeth, ya sabes.

—Ya, ya, ya me acuerdo…, ya verás que me he acordado de todas…, todas cetrinas y feas. Les vendría bien algo de dinero, ¿verdad? Entre las mujeres de nuestra familia nunca se dio la belleza; pero los Featherstone siempre han tenido dinero, y los Waule también. Waule tenía dinero. Era un hombre afable Waule. Sí, sí, el dinero es un buen huevo; y si tienes dinero para dejar, ponlo en un nido cálido. Adiós, señora Waule.

Y llegado este punto el señor Featherstone tiró de su peluca por ambos lados como si quisiera taparse los oídos, y su hermana se marchó rumiando sobre este discurso sentencioso. A pesar de sus celos de los Vincy y de Mary Garth, la convicción de que su hermano Peter Featherstone nunca podría dejar su principal propiedad a alguien que no fuera pariente consanguíneo yacía como el último sedimento de su parquedad mental. De lo contrario, ¿por qué se habría llevado el Todopoderoso a sus dos mujeres, ambas sin hijos, después de que él hiciera tanto dinero al aparecer el manganeso y otras cosas cuando nadie lo esperaba? ¿Y por qué había una parroquia de Lowick, y los Waules y los Powderell sentados en el mismo banco desde hacía generaciones, y el banco de los Featherstone a su lado si el domingo siguiente a la muerte de su hermano todo el mundo tuviera que saber que la propiedad había salido de la familia? La mente humana no ha aceptado un caos moral en ningún periodo, y resultado tan absurdo no se podía concebir en serio. Pero son muchas las cosas que no se pueden concebir que nos asustan.

Cuando Fred entró, el anciano le observó con un brillo especial en los ojos, brillo que el joven con frecuencia había tenido razones para interpretar como orgullo ante los detalles satisfactorios de su aspecto.

—Vosotras dos, jovencitas, marchaos —dijo el señor Featherstone—. Quiero hablar con Fred.

—Vente a mi habitación, Rosamond, el frío no te afectará por un ratito —dijo Mary.

Ambas jóvenes no sólo se conocían desde la niñez, sino que habían asistido juntas al mismo colegio de la provincia (Mary como alumna becaria), de modo que tenían muchos recuerdos en común y gustaban de hablar en privado. De hecho, este tete-à-tete era uno de los fines de Rosamond al venir a Stone Court.

El viejo Featherstone no quiso iniciar el diálogo en tanto no se cerró la puerta. Continuó observando a Fred con el mismo guiño y una de sus muecas habituales, frunciendo y abriendo la boca alternativamente. Cuando habló lo hizo en tono bajo, susceptible de tomarse por el de un soplón dispuesto a venderse más que por el tono de un ofendido superior. No era hombre dado a sentir grandes indignaciones morales ni siquiera a cuenta de abusos contra él mismo. Era natural que otros se quisieran aprovechar de él, pero para eso él también era más astuto.

—De modo, joven, que has estado pagando un diez por ciento por dinero que has prometido devolver hipotecando mi tierra cuando me haya muerto, ¿eh? Has colocado mi vida a, digamos, unos doce meses. Pero aún puedo modificar el testamento.

Fred se sonrojó. No había pedido dinero de esa manera, y ello por razones excelentes. Pero era consciente de haber hablado con confianza (tal vez incluso con más de la que recordara con exactitud) respecto de sus perspectivas de obtener la tierra de Featherstone como medio, en un futuro, de pagar deudas presentes.

—No sé a qué se refiere, señor. Nunca he pedido dinero prestado avalando con semejante incertidumbre. Le ruego que se explique.

—No señor, eres tú quien tiene que explicarse. Déjame decirte que aún puedo modificar mi testamento. Tengo la mente clara, puedo calcular el interés compuesto sin necesidad de un lápiz y recuerdo los nombres de todos los imbéciles igual que lo hacía veinte años atrás. ¡Qué demonios! No, he cumplido los ochenta. Te digo que has de rebatir esta historia.

—Ya lo he hecho, señor —respondió Fred con un atisbo de impaciencia, olvidando que su tío no distinguía verbalmente entre rebatir y desmentir. Aunque nadie estaba más lejos de confundir ambas ideas que el viejo Featherstone, quien con frecuencia se sorprendía de que tantos memos tomaran sus aseveraciones por pruebas. Pero lo hago de, nuevo. La historia es una burda mentira.

—¡Bobadas! Tienes que traer documentos. Me llega de fuentes autorizadas.

—Nómbreme la autoridad y que dé el nombre de la persona a quien le pedí el dinero. Entonces podré desmentir la historia.

—Pues tengo entendido que es una autoridad bastante buena…, un hombre que conoce casi todo cuanto ocurre en Middlemarch. Es el bueno, religioso y caritativo tío tuyo ese. ¡Vamos, vamos! —y aquí el señor Featherstone sufrió su peculiar sacudida interna, síntoma de diversión.

—¿El señor Bulstrode? —¿Quién si no?

—Entonces la historia se ha convertido en mentira como producto de algunas palabras sermonizantes que haya dejado caer respecto de mí. ¿Mantienen que él nombró al hombre que me prestó el dinero?

—Si existe tal hombre, ten por seguro que Bulstrode le conoce. Pero, suponiendo que sólo intentaras que te prestaran el dinero y no lo consiguieras, Bulstrode también lo sabría. Tú tráeme un papel de Bulstrode diciendo que no cree que jamás hayas prometido pagar tus deudas con mis tierras. ¡Venga!

El rostro del señor Featherstone precisó de toda su gama de muecas como salida muscular a su silencioso triunfo respecto de la claridad de sus facultades.

Fred se sintió ante un fastidioso dilema.

—Debe de estar bromeando, señor. El señor Bulstrode, como otros hombres, se cree cientos de cosas que no son verdad, y tiene prejuicios contra mí. No me costaría nada conseguir que pusiera por escrito que no conoce hechos palpables del informe que usted menciona, aunque podría dar lugar a tensiones. Pero no puedo pedirle que firme lo que piensa o deja de pensar de mí.

Fred se detuvo un instante y luego añadió apelando diplomáticamente a la vanidad de su tío—: no es propio de un caballero pedir eso pero el resultado fue desalentador.

—Ya veo, ya, lo que quieres decir. Prefieres ofenderme a mí que a Bulstrode. Y ¿qué es Bulstrode? No tiene tierras por aquí de las que jamás haya oído hablar. Es un tipo especulador que se arruinará cualquier día, en cuanto el demonio deje de apoyarle. Y eso es lo que significa su religión: quiere que Dios Todopoderoso intervenga. ¡Qué patraña! Una cosa me quedó bastante clara cuando iba a la iglesia y es ésta: el Todopoderoso está con la tierra. Promete tierra, da tierra y enriquece a los tipos con trigo y ganado. Pero tú eliges el otro bando. A ti te gusta Bulstrode y la especulación más que Featherstone y la tierra.

—Perdone, señor —dijo Fred poniéndose en pie de espaldas al fuego y golpeándose la bota con la fusta—. Ni me gusta Bulstrode ni me gusta la especulación —hablaba con enojo, sintiéndose acorralado.

—Bueno, bueno, está bastante claro que puedes prescindir de mí —dijo el viejo Featherstone, desagradándole interiormente la posibilidad de que Fred se mostrara independiente—. No quieres ni un pedazo de tierra que te convierta en terrateniente en lugar de en un famélico cura, ni un empujón de cien libras por el camino. A mí me da igual. Puedo hacer cinco codicilos si quiero, y ahorrarme los billetes. A mí me da igual.

Fred volvió a sonrojarse. Featherstone le había dado dinero en pocas ocasiones y en estos momentos casi parecía más difícil despedirse de la posibilidad inmediata de los billetes que de la posibilidad futura de la tierra.

—No soy un ingrato, señor. No era mi intención mostrar indiferencia ante cualquiera intención generosa que pudiera tener hacia mí. Muy al contrario.

—Está bien. Demuéstralo. Tráeme una carta de Bulstrode donde diga que no piensa que has estado charlando y prometiendo pagar tus deudas con mis tierras, y entonces, si te has metido en algún lío, veremos si te puedo echar una mano. ¡Venga! Es un trato. Ahora dame el brazo, que voy a intentar caminar por la habitación.

—Pese a su irritación, Fred poseía la suficiente bondad como para sentir pena por el anciano poco respetado y poco querido; quien, con las piernas aquejadas de gota, ofrecía al caminar un aspecto aún más lastimoso que de costumbre.

—Mientras le daba el brazo, pensó que no le gustaría ser un anciano con la constitución resquebrajada, y esperó con buen humor, primero ante la ventana para oír los comentarios usuales sobre las gallinas y la veleta, y después ante las estanterías despobladas, cuyas principales glorias en piel oscura las constituían Josefo, Culpepper, el Mesías de Klopstock y varios volúmenes de La Revista del caballero.

—Vamos, léeme los nombres de los libros. ¡Eres hombre de universidad! —Fred le leyó los títulos.

—¿Para qué quería Missy más libros? ¿Para qué tienes que traerle más libros?

—Le divierten, señor. Le gusta mucho leer.

—Un poco demasiado —dijo el señor Featherstone capciosamente—. Quería leerme mientras se sentaba conmigo. Pero le puse fin a eso. Tiene el periódico para leer en voz alta. Yo diría que eso es suficiente por un día. No soporto verla leyendo. Cuídate de no traerle más libros, ¿me oyes?

—Sí, señor, le oigo.

Fred había recibido esta orden anteriormente y la había desobedecido en secreto. Ahora tenía la intención de hacer lo mismo.

—Toca la campanilla —dijo el señor Featherstone—. Quiero que Missy baje.

Rosamond y Mary habían estado hablando con más rapidez que los hombres. No se les ocurrió sentarse, sino que se quedaron en pie ante el tocador cercano a la ventana mientras Rosamond se quitó el sombrero, se reajustó el velo y se atusó el pelo con la punta de los dedos, un pelo de colorido infantil, ni rubio ni amarillo.

Mary Garth parecía aún más insignificante, de pie en el ángulo entre las dos ninfas, la del espejo y la real, que se miraban mutuamente con ojos de un azul celeste lo suficientemente profundos como para encerrar los más exquisitos significados que un espectador ingenioso quisiera leer en ellos o para ocultar las intenciones de su dueña caso de que resultaran ser menos exquisitas. Sólo unos cuantos niños de Middlemarch parecían rubios al lado de Rosamond, y la esbelta figura que mostraba el traje de montar revelaba delicadas ondulaciones. La realidad era que la mayoría de los hombres de Middlemarch, salvo sus hermanos, sostenían que la señorita Vincy era la mejor chica del mundo, y algunos decían que era un ángel. Por el contrario, Mary Garth tenía el aspecto de una pecadora común. Era morena; el pelo, rizado y castaño, era áspero y terco; de baja estatura y no sería cierto declarar, en antítesis satisfactoria, que poseía todas las virtudes. La fealdad tiene sus tentaciones y vicios peculiares al igual que la hermosura; tiende, o bien a simular amabilidad, o bien a no simularla y mostrar toda la repulsividad de la disconformidad. En todo caso, el que a uno le llamen una cosa fea en contraste con esa bella criatura que es tu compañera, suele producir algún efecto más profundo que el sentimiento de hermosa veracidad e idoneidad de la frase. A la edad de veintidós años, Mary ciertamente no había adquirido ese perfecto buen sentido y buenos principios que normalmente se recomiendan a la joven menos afortunada, como si se pudieran obtener en cantidades prefabricadas, con un punto de resignación incorporado a la mezcla. Su agudeza tenía algo de amargo sarcasmo, renovado continuamente y nunca del todo disimulado, salvo por una fuerte corriente de gratitud hacia quienes, en lugar de decir que debía estar satisfecha, hacían algo por que lo estuviera. El camino hacia su madurez de mujer había ido suavizando su insignificancia, que era de esa especie buena y humana como la que han poseído las madres de nuestra raza, bajo un tocado más o menos favorecedor, en todas las latitudes. Rembrandt la hubiera pintado con placer haciendo que sus amplias facciones asomaran del lienzo con inteligente honradez. Pues la honradez, la justicia manifestada, era la virtud primordial de Mary; ni intentaba crear ilusiones ni se recreaba en ellas por su propia conveniencia, y cuando estaba de buen humor tenía suficiente carácter como para reírse de sí misma. Cuando ella y Rosamond se encontraron reflejadas juntas en el espejo, dijo riéndose:

¡Parezco una mancha pardusca a tu lado, Rosy! ¡Eres la compañía menos favorecedora que hay!

—¡Qué va! Nadie se fija en tu aspecto porque eres tan sencilla, Mary. La verdad es que la belleza tiene muy poca importancia —dijo Rosamond, volviendo la cabeza hacia Mary, pero manteniendo la vista en el espejo para ver la nueva perspectiva que con ello adquiría su cuello.

—Te refieres a que la mía tiene poca importancia —dijo Mary sarcásticamente.

Rosamond pensó: «Pobre Mary, se toma a mal las cosas mejor intencionadas». En voz alta dijo:

—¿Qué has estado haciendo últimamente?

—¿Yo? Pues, atender la casa…, escanciar jarabe…, simular ser amable y estar satisfecha…, aprender a tener una mala opinión de todo el mundo.

—En una vida muy desdichada.

—En absoluto —dijo Mary secamente, sacudiendo ligeramente la cabeza—. Creo que mi vida es más agradable que la de vuestra señorita Morgan.

—Sí, pero la señorita Morgan es tan poco interesante…, además no es joven.

—Supongo que se resultará interesante a sí misma; tampoco estoy en absoluto segura de que las cosas se vayan haciendo más fáciles con los años.

—No —dijo Rosamond reflexionando—; una se pregunta lo que hacen estas personas sin ninguna perspectiva. Claro que está la ayuda de la religión. Pero —añadió, provocando sus hoyuelos—, tu caso es muy diferente. Puedes recibir una proposición.

—¿Te ha dicho alguien que piense hacérmela?

—Pues claro que no. Me refiero a que hay un caballero que puede enamorarse de ti; te ve casi cada día.

—Cierta alteración del rostro de Mary vino determinada principalmente por la decisión de no demostrar cambio alguno.

—¿Y eso hace que la gente se enamore? —respondió con indiferencia —. Se me antoja que frecuentemente es razón para que las personas se detesten.

—No cuando son interesantes y agradables. Tengo entendido que el señor Lydgate es ambas cosas.

—¡Ah! ¡El señor Lydgate! —dijo Mary con inconfundible indiferencia —. Quieres saber algo de él —añadió, poco dispuesta a complacer a Rosamond en su camino de indirectas. Simplemente si te gusta.

—Por el momento no se plantea esa posibilidad. Mi simpatía siempre requiere cierta ternura para que se avive. No soy lo suficientemente magnánima como para que me gusten las personas que me hablan sin que aparentemente me vean.

—¿Tan altivo es? —dijo Rosamond con creciente satisfacción—. Sabes que es de buena familia, ¿no?

—No; no adujo eso como razón.

—¡Mary! ¡Eres la chica más rara que he visto! Pero ¿qué aspecto tiene? Descríbemelo.

—¿Cómo se puede describir a un hombre? Te puedo hacer un inventario: tupidas cejas, ojos oscuros, nariz recta, espeso pelo oscuro, manos blancas, grandes, fuertes, y… a ver… un exquisito pañuelo de bolsillo de batista. Pero ya le verás. Sabes que ésta es más o menos la hora de sus visitas.

Rosamond se ruborizó un poco, pero dijo, meditabunda:

—Me gusta bastante la altivez. No soporto a un joven charlatán.

—Yo no te dije que el señor Lydgate fuera altivo; pero ily a pour tous les goüts, como solía decir la pequeña Mamselle, y si existe alguna mujer que pueda elegir el tipo particular de engreimiento que le gustaría, yo diría que esa eres tú, Rosy.

—La altivez no es engreimiento; para mí Fred es un engreído.

—Ojalá nadie dijera cosas peores de él. Debería tener más cuidado. La señora Waule le ha estado diciendo al tío que Fred es muy inestable.

Mary habló impulsada por un instinto infantil que se impuso a su sensatez. Había una vaga intranquilidad asociada a la palabra «inestable» que esperó que Rosamond dijera algo para disipar. Pero deliberadamente se abstuvo de mencionar la insinuación más específica de la señora Waule.

—¡Es que Fred es asqueroso! —dijo Rosamond. No se hubiera permitido una palabra tan inadecuada con nadie que no fuera Mary.

—¿Qué quieres decir con asqueroso?

—Es indolente, pone a papá furioso y dice que no acepta órdenes.

—Creo que tiene mucha razón.

—Mary, ¿cómo puedes decir que tiene razón? Pensé que tenías más sentido de la religión.

—No está capacitado para ser clérigo.

—Pues debía estarlo.

—Pues entonces no es lo que debiera ser. Conozco a otros en el mismo caso.

—Pero nadie los aprueba. A mí no me gustaría casarme con un clérigo, pero tiene que haber clérigos.

—Lo cual no significa que Fred tenga que serlo.

—¡Después de que papá se ha gastado tanto educándole para que lo fuera! Y además, suponte que no le llegara una herencia.

—Me lo supongo muy bien —dijo Mary secamente.

—Pues me sorprende entonces que puedas defender a Fred —dijo Rosamond, dispuesta a seguir con este tema.

—No le defiendo —dijo Mary riéndose; defendería cualquier parroquia de tenerle de clérigo.

—Pero, claro, si fuera clérigo, tendría que ser distinto.

—Sí, tendría que ser un gran hipócrita, y eso aún no lo es.

—Es inútil decirte nada, Mary. Siempre te pones de su parte.

—¿Por qué no iba a ponerme de su parte? —dijo Mary, animándose—. Él se pondría de la mía. Es la única persona que se toma la mínima molestia por mí.

—Haces que me sienta muy incómoda, Mary —dijo Rosamond con severa tranquilidad—, no se lo diría a mamá por nada del mundo.

—¿Qué es lo que no le dirías? —dijo Mary airada.

—Por favor, no te enfades, Mary —dijo Rosamond, con la tranquilidad de siempre.

—Si tu madre teme que Fred me haga una proposición, dile que no me casaría con él aunque me lo pidiera. Pero no lo va a hacer, que yo sepa. Nunca me lo ha pedido.

—Mary, eres siempre tan agresiva.

—Y tu siempre tan exasperante.

—¿Yo? ¿De qué me puedes culpar?

—La gente inocente es siempre la más exasperante. Ahí suena la campanilla…, creo que debemos bajar.

—No era mi intención pelearnos —dijo Rosamond, poniéndose el sombrero.

—¿Pelearnos? Qué tontería; no nos hemos peleado. Si uno no se puede enfadar de vez en cuando, ¿de qué sirve ser amigos?

—¿He de repetir lo que has dicho?

—Como gustes. No digo lo que temo que se repita. Pero bajemos.

El señor Lydgate llegó bastante tarde esa mañana, pero las visitas se quedaron lo suficiente para verle, pues el señor Featherstone le pidió a Rosamond que le cantara y ella tuvo la amabilidad de sugerirle una segunda canción predilecta, Flow on thou shining river tras cantar Home, sweet home (que ella detestaba). Este anciano y testarudo Overreach aprobaba la canción sentimental como el aderezo apropiado a las jóvenes y como algo fundamentalmente hermoso, siendo el sentimiento lo más adecuado para una canción.

El señor Featherstone aún aplaudía la última actuación asegurando a Missy que la voz de Rosamond era tan clara como la de un mirlo, cuando el caballo del señor Lydgate pasó ante la ventana.

Sus aburridas expectativas de la acostumbrada rutina desagradable con un paciente de avanzada edad que apenas se creía que los medicamentos no pudieran «remontarle» caso de ser el médico lo bastante bueno, unidas a su desconfianza por los encantos de Middlemarch, constituyeron un fondo doblemente efectivo para esta visión de Rosamond, a quien el viejo Featherstone se apresuró visiblemente por presentar como su sobrina, aunque nunca había creído que mereciera la pena hablar de Mary Garth en esos términos. Nada del grácil comportamiento de Rosamond se le escapó a Lydgate: la delicadeza y callada seriedad con que desvió la atención que la falta de gusto del anciano le había acarreado; el no mostrar sus hoyuelos cuando no debía, pero sí más tarde, al hablar con Mary, a quien se dirigió con un interés tan cordial que Lydgate, tras examinar velozmente a Mary más atentamente de lo que jamás hiciera antes, vislumbró en los ojos de Rosamond una adorable amabilidad. Pero Mary, por alguna razón, parecía no estar de muy buen humor.

—La señorita Rosy me ha estado cantando una canción. No tendrá usted nada contra eso, ¿no, doctor? —dijo el señor Featherstone—. Me gusta más que sus potingues.

—Eso me ha hecho que me olvidara de cómo pasa el tiempo —dijo Rosamond, levantándose para coger el sombrero que había dejado a un lado antes de cantar, de forma que su cabeza, emergiendo del traje de montar como una flor sobre el tallo blanco, se dibujó a la perfección—. Fred, de verdad, tenemos que irnos.

—Muy bien —dijo Fred, que, teniendo sus propias razones para no estar del mejor humor, quería marcharse.

—¿La señorita Vincy es músico? —dijo Lydgate siguiéndola con la mirada. (Cada nervio y cada músculo de Rosamond estaba ajustado a la conciencia de que la estaban observando. Era, por naturaleza, una actriz de papeles que encajaban con su propio físico: incluso representaba su propio carácter, y tan bien lo hacía, que no reconocía que fuera precisamente el suyo).

—La mejor de Middlemarch, no me cabe duda —dijo el señor Featherstone—, sea quien sea que le vaya detrás. ¿A que sí, Fred? Habla en favor de tu hermana.

—Me temo que no soy quién, señor. Mi testimonio no serviría de nada.

—Middlemarch no tiene un nivel muy alto, tío —dijo Rosamond con gracioso desenfado mientras se dirigía hacia la fusta que había dejado un poco más lejos.

Lydgate se adelantó con rapidez. Llegó a la fusta antes que ella y se volvió para dársela. Ella inclinó la cabeza y le miró. Por supuesto la estaba observando, y sus miradas se encontraron con ese peculiar encuentro al cual nunca se llega por empeño, sino que se asemeja a un repentino y divino levantamiento de la neblina. Creo que Lydgate palideció un poco, pero Rosamond se ruborizó profundamente y sintió cierto asombro. Después tuvo verdadera ansia por marcharse y no supo qué clase de tonterías estaba diciendo su tío cuando se acercó a darle la mano.

Y sin embargo, este resultado, que ella interpretó como una impresión mutua denominada enamorarse, era precisamente lo que Rosamond había contemplado de antemano.

Desde que llegara la importante novedad a Middlemarch, había tejido un pequeño futuro, del cual algo parecido a esta escena era el principio necesario. Los desconocidos, tanto si son náufragos aferrados a una balsa como si van debidamente escoltados y acompañados de sus maletas, siempre han ejercido una fascinación circunstancial sobre la mente virgen, contra lo que el mérito indígena se ha tratado en vano de imponer. Y un desconocido era de todo punto imprescindible para el romance social de Rosamond, quien siempre había pensado en un pretendiente y un novio que no fuera de Middlemarch y que no tuviera parientes parecidos a los suyos. Es más, últimamente, la construcción parecía exigir que estuviera de alguna forma emparentado con un baronet. Ahora que ella y el desconocido se habían encontrado, la realidad resultó mucho más impactante que lo anticipado y Rosamond no dudaba que éste era el gran momento de su vida. Interpretaba sus propios síntomas como los del despertar del amor y consideraba aún más natural que el señor Lydgate se hubiera enamorado a primera vista de ella. Estas cosas ocurrían frecuentemente en los bailes; ¿por qué no iban a ocurrir a la luz del día, cuando la tez resplandecía aún más? Rosamond, aunque no mayor que Mary, estaba bastante acostumbrada a que se enamoraran de ella, pero ella, por su parte, había permanecido indiferente y puntillosamente crítica tanto hacia la rama joven como hacia el solterón ajado. Y aquí llegaba el señor Lydgate respondiendo de pronto a su ideal, ajeno por completo a Middlemarch, portador de cierto aire de distinción acorde con una buena familia, y con parientes que ofrecían visos de eso que constituía el cielo para la clase media: rango. Además, era hombre de talento, a quien resultaría especialmente encantador esclavizar. En definitiva, un hombre que tocaba su naturaleza de forma totalmente nueva, y proporcionaba a su vida un vivo interés que superaba cualquier imaginario «quizá» como el que solía contraponer a la realidad.

Así, de vuelta a casa, tanto hermano como hermana se sentían preocupados e inclinados al silencio. Rosamond, cuya base para sus estructuras poseía la acostumbrada ligereza, tenía una imaginación extraordinariamente minuciosa y realista una vez se habían presupuesto los cimientos, y antes de que hubieran cabalgado una milla se encontraba muy adentrada en la vestimenta y circunstancias de su vida matrimonial, habiendo decidido ya sobre su vivienda en Middlemarch y previsto las visitas que haría a los parientes de alcurnia de su marido, de cuyos esmerados modales se podría adueñar tan profundamente como había adquirido sus conocimientos escolares, y prepararse así para las alturas sociales más abstractas que tal vez llegaran. No entraba en sus previsiones nada de lo crematístico y aún menos de lo sórdido: a ella le interesaban lo que se consideraban refinamientos, y no el dinero que habría de costearlos.

Por otro lado, la mente de Fred bullía con una ansiedad que incluso su presta confianza no lograba apaciguar. No veía la forma de eludir la necia exigencia de Featherstone sin incurrir en consecuencias que le disgustaban aún más que la labor de cumplirla. Su padre estaba ya de mal humor con él y lo estaría aún más si llegara a ser Fred la causa de una mayor frialdad entre su propia familia y los Bulstrode. Además, detestaba tener que ir a hablar con su tío Bulstrode cuando existía la posibilidad de que, tras algunas copas, hubiera dicho alguna tontería respecto de la propiedad de Featherstone, tontería que se había ido agrandando al compás del relato. Fred pensó que quedaba poco airosa la figura de un tipo que fanfarroneaba sobre las expectativas que le proporcionaba un excéntrico y viejo avaro como Featherstone y luego iba a mendigar certificados por orden suya. Pero… ¡esas expectativas! Las tenía de verdad y no veía una agradable alternativa si renunciaba a ellas. Además, últimamente había incurrido en una deuda que le amargaba en extremo y el viejo Featherstone casi se había ofrecido a saldarla. Todo el asunto era miserablemente pequeño: sus deudas eran pequeñas y ni siquiera sus expectativas eran algo demasiado magnífico. Fred conocía a hombres ante quienes se avergonzaría de confesar la pequeñez de sus apuros. Semejantes pensamientos producían, lógicamente, un rastro de amargor misantrópico… ¡Ser el hijo de un fabricante de Middlemarch y el heredero inevitable de nada en particular cuando existían hombres como Mainwaring y Vyan…! La vida era un mal negocio cuando un animoso joven con buen apetito por todo lo mejor tenía tan pobres perspectivas.

No se le había ocurrido a Fred que la introducción del nombre de Bulstrode en todo el asunto fuera una ficción del viejo Featherstone, aunque ello tampoco hubiera afectado su posición. Veía con claridad que el anciano quería ejercitar su poder atormentándole un poco, así como obtener cierta satisfacción de verle en malas relaciones con Bulstrode. Fred creía conocer a fondo el alma de su tío Featherstone, pese a que, en realidad, la mitad de lo que en ella veía no era más que el reflejo de sus propias inclinaciones. No es para los jóvenes cuya conciencia está compuesta principalmente por sus propios deseos la difícil tarea de conocer otra alma.

El principal punto de debate de Fred consigo mismo era si debía contárselo a su padre o intentar resolver el asunto sin su conocimiento. Seguramente habría sido la señora Waule quien hablara de él, y si Mary Garth le había repetido sus palabras a Rosamond, era seguro que le llegaría a su padre, quien a su vez, y también de seguro, le preguntaría al respecto. Así que aminorando la marcha le dijo a Rosamond:

—Rosy, ¿te dijo Mary que la señora Waule hubiese dicho algo acerca de mí?

—Pues sí.

—¿El qué?

—Que eras muy inestable.

—¿Nada más?

—Yo diría, Fred, que ya es bastante.

—¿Estás segura que no dijo nada más?

—Mary no dijo nada más. Pero de verdad, Fred, creo que deberías estas avergonzado.

—¡Cuernos! No me sermonees. ¿Qué dijo Mary de todo ello?

—No tengo por qué decírtelo. Te importa mucho lo que diga Mary y conmigo eres demasiado grosero como para dejarme hablar.

—Pues claro que me importa lo que diga Mary. Es la mejor chica que conozco.

—Nunca hubiera pensado que era una chica de la cual enamorarse.

—¿Cómo sabes de lo que se enamoran los hombres? Las mujeres nunca lo sabéis.

—Al menos déjame aconsejarte que no te enamores de ella, Fred, pues dice que no se casaría contigo aunque se lo pidieras.

—Podía haber esperado a que lo hubiera hecho.

—Sabía que te picarías.

—En absoluto. Mary no lo hubiera dicho si tú no la hubieras provocado.

Antes de llegar a casa, Fred decidió que le contaría todo el asunto y de la manera más sencilla a su padre, quien quizá asumiera la incomodidad de hablar con Bulstrode.

LIBRO LL

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

CAPÍTULO UNO

Como resultado de lo que oyera de labios de Fred, el señor Vincy decidió hablar con el señor Bulstrode en su despacho privado en el Banco a la una y media, hora en la que solía estar libre de visitas. Pero alguien había entrado a la una y el señor Bulstrode tenía tanto que decirle que las probabilidades de que la entrevista concluyera en media hora eran escasas. El banquero tenía una oratoria fluida, pero también copiosa y empleaba una considerable cantidad de tiempo en breves y meditabundas pausas. No hay que imaginar que su enfermizo aspecto fuera del tipo amarillento y de cabello oscuro: su tez era clara, el pelo castaño algo canoso, los ojos de un gris claro y la frente ancha. Hombres de voz potente denominaban murmullo a su tono comedido y a veces sugerían que era inconsistente con la franqueza, aunque no parece existir motivo para que un hombre vociferante no tenga inclinaciones de esconderlo todo salvo su propia voz, a no ser que se pueda demostrar que la Sagrada Escritura ha colocado en los pulmones la sede del candor. El señor Bulstrode poseía, asimismo, al escuchar, una deferente y obsequiosa actitud y una mirada aparentemente penetrante y atenta que hacía que quienes se consideraban dignos de que se les escuchara dedujeran que esperaba sacar un enorme provecho de sus disertaciones. A otros que no esperaban causar una gran impresión les disgustaba que esta especie de linterna moral les enfocara. Cuando no te enorgullece tú bodega no resulta emocionante ver que tu huésped levanta la copa para examinar el vino a la luz. Las alegrías de esta índole quedan reservadas para el mérito consciente. Por ende, la solícita atención del señor Bulstrode no resultaba agradable a los publícanos y pecadores de Middlemarch; unos achacaban esta atención a que era un fariseo, otros a que era un evangelista. Entre ellos, los razonadores menos superficiales querían saber quiénes habían sido su abuelo y su bisabuelo, observando que veinticinco años atrás nadie en Middlemarch había oído hablar de un Bulstrode. Para su actual visita, Lydgate, la escrutadora mirada resultaba indiferente; simplemente se formó una opinión poco favorable de la constitución del banquero y concluyó que poseía una ávida vida interior pero gozaba poco de las cosas tangibles.

—Le quedaré muy agradecido si se pasa por aquí de vez en cuando, señor Lydgate —observó el banquero tras una breve pausa—. Si, como me atrevo a esperar, tengo el privilegio de encontrarle un coadjutor eficaz en el interesante asunto de la dirección del hospital, habrá muchos temas que habremos de discutir en privado. Respecto del nuevo hospital, que está casi terminado, tendré en cuenta lo que acaba de decir sobre las ventajas de que sea un lugar especial para las fiebres. La decisión he de tomarla yo, pues aunque lord Medlicote ha donado el terreno Y la madera para el edificio no tiene intención de dedicarle al objeto su atención personal.

—Pocas cosas hay que valgan más el esfuerzo en una ciudad de provincias como ésta —dijo Lydgate—. Un buen hospital para las fiebres además de la vieja enfermería podría ser el núcleo de un colegio médico, cuando entren en vigor las reformas sobre la medicina. ¿Y qué contribuiría más a la educación médica que la extensión por todo el país de colegios así? Cualquier hombre de provincias con una pizca de civismo y unas cuantas ideas debe hacer cuanto pueda por evitar que se fugue a Londres todo lo que es poco mejor que común. Cualquier objetivo profesional que merezca la pena a menudo encuentra en las provincias un campo más amplio si no más rico.

Una de las cualidades de Lydgate era poseer una voz habitualmente grave y sonora, pero capaz de tornarse queda y suave en el momento oportuno. Su aspecto destilaba cierto arrojo, una intrépida expectativa de éxito, una confianza en sus propias fuerzas e integridad fortalecida por un desprecio por obstáculos mínimos y seducciones de las cuales no había tenido experiencia. Pero esta altiva franqueza se hacía entrañable merced a una expresión de sincera buena voluntad. Tal vez al señor Bulstrode le gustara tanto más por la diferencia de tono y modales que había entre ambos; al menos le gustaba más, como le sucedía a Rosamond, por no ser de Middlemarch. ¡Se pueden iniciar tantas cosas con una persona nueva! Incluso se puede empezar a ser un hombre mejor.

—Con mucho gusto le proporcionaré a su ímpetu mayores oportunidades —respondió el señor Bulstrode—. Me refiero a que, caso de que un mayor conocimiento apoyara la decisión, le confiaría la superintendencia de mi nuevo hospital, pues estoy decidido a no permitir que nuestros dos médicos arruinen algo de tanta envergadura. Me veo alentado a considerar su llegada a esta ciudad como una indicación de que mis esfuerzos, hasta el momento muy entorpecidos, se van a ver recompensados con una abierta bendición. Respecto a la antigua enfermería, hemos ganado el primer tanto: su elección. Y ahora confío en que usted no rehuirá incurrir en los celos y la desaprobación de sus compañeros profesionales y se presente como reformador.

—No presumo de valentía —dijo Lydgate sonriendo—, pero reconozco que me gusta la lucha y poco me importaría mi profesión si no pensara que en ella, como en los demás campos, se pueden encontrar y aplicar mejores métodos.

—El nivel de su profesión en Middlemarch es bajo, mi estimado caballero —dijo el banquero—. Me refiero a conocimientos y ejercicio, no a posición social, pues la mayoría de nuestros médicos de aquí están emparentados con ciudadanos respetables del lugar. Mi propia salud precaria me ha obligado a prestar cierta atención a los recursos paliativos que la divina misericordia ha puesto a nuestro alcance. He consultado a las eminencias de la metrópoli y estoy tristemente al tanto del retraso con el que lidia la asistencia médica en nuestras provincias.

—Sí, con las actuales leyes y formación médica, debemos conformarnos con tropezar de vez en cuando con un facultativo discreto. Respecto de las cuestiones superiores que determinan el principio de un diagnóstico…, la filosofía de la prueba médica…, cualquier atisbo sobre ellas sólo puede proceder de una cultura científica de la que nuestros médicos rurales no suelen tener mayor noción que Perico de los palotes.

El señor Bulstrode, inclinado y con la mirada fija, no encontró del todo adaptada a su comprensión la forma que Lydgate había dado a su asentimiento. En tales circunstancias, cualquier hombre prudente cambia de tema y se adentra en terreno en el que sus propias dotes pueden resultar de más provecho.

—Me doy cuenta de la peculiar inclinación de la habilidad médica por los medios materiales. Sin embargo, señor Lydgate, espero que no discrepemos en el sentir acerca de una medida en la que no es probable que usted se involucre activamente, pero en la que su solícita anuencia es una ayuda para mí. Confío en que usted admita en sus pacientes la existencia de intereses espirituales.

—Por supuesto. Pero esas palabras tienden a encubrir diferentes significados para diferentes mentes. —Precisamente. Y en estos temas, una enseñanza equivocada es tan nefasta como una ausencia de instrucción. Un punto que tengo mucho interés en afianzar es una nueva reglamentación respecto de la asistencia clerical en la vieja enfermería. El edificio está en la parroquia del señor Farebrother. ¿Conoce usted al señor Farebrother?

—Le he visto. Me dio su voto. Debo pasar a darle las gracias. Parece un personaje muy vivo y agradable. Y tengo entendido que es un naturalista.

—El señor Farebrother es un hombre penosamente doloroso de contemplar. Yo diría que no hay un clérigo en este país que posea mayor talento —el señor Bulstrode hizo una pausa y su aspecto se tornó meditativo.

—Hasta el momento no me ha apenado el descubrimiento de ningún desmedido talento en Middlemarch —dijo Lydgate con llaneza.

—Lo que deseo —prosiguió el señor Bulstrode, con semblante aún más serio— es que la asistencia al hospital del señor Farebrother sea sustituida por el nombramiento de un capellán, el señor Tyke para ser exactos, y que no se pida otra ayuda espiritual.

—Como hombre de medicina no debería tener nada que opinar sobre el tema salvo que conociera al señor Tyke, e incluso entonces sería menester que conociera el tipo de trabajo que realizaba, —Lydgate sonrió, pero se había propuesto ser circunspecto.

—Evidentemente no puede usted de momento entrar de lleno en las ventajas de esta medida. Pero —y aquí el señor Bulstrode comenzó a puntualizar sus palabras con énfasis— es probable que se remita el tema a la junta médica de la enfermería, y lo que confío en poder pedirle, en aras a la colaboración mutua que ahora aguardo con placer, es que usted, por su parte, no se deje influir por mis oponentes en este asunto.

—Espero no tener nada que ver en las disputas clericales —dijo Lydgate—. La senda que he elegido es trabajar bien en mi propia profesión.

—Mi responsabilidad, señor Lydgate, es más amplia. Para mí, es un deber sagrado, mientras que tengo motivos para afirmar que para mis oponentes el asunto constituye la ocasión para satisfacer un talante de oposición mundana. Pero no renunciaré ni un ápice en mis convicciones, ni dejaré de identificarme con esa verdad que una malvada generación odia. Me he consagrado a la mejora de los hospitales, pero le confesaré abiertamente, señor Lydgate, que los hospitales no me ofrecerían interés alguno de pensar que en ellos no tenía lugar más que la curación de enfermedades mortales. Tengo otros motivos para mi actuación y no lo ocultaré, aunque ello me acarrease la persecución —la voz del señor Bulstrode se había convertido en un sonoro y agitado susurro al pronunciar estas palabras.

—Ahí diferimos de opinión —dijo Lydgate. No lamentó que en este momento se abriera la puerta y fuera anunciando el señor Vincy. Este personaje rubicundo y sociable se le antojaba más interesante desde que conociera a Rosamond. No es que, al igual que ella, hubiera estado tejiendo un futuro en el que sus suertes estuvieran unidas, pero es lógico que un hombre recuerde con placer a una joven agradable y esté dispuesto a cenar allí donde pueda verla de nuevo. Antes de que partiera, el señor Vincy le había hecho a Lydgate esa invitación sobre la que «no tenía prisas», pues durante el desayuno Rosamond había mencionado que creía que a su tío Featherstone le había caído en gracia el nuevo médico.

A solas con su cuñado, el señor Bulstrode se sirvió un vaso de agua y abrió una caja de sándwiches.

—No consigo convencerte de que adoptes mi régimen, ¿verdad Vincy?

—No, no. Ese sistema no me merece ninguna buena opinión. La vida necesita de acolchado —dijo el señor Vincy, incapaz de omitir su teoría portátil—. Sin embargo —prosiguió, subrayando la palabra como para desviar trivialidades—, el motivo de mi visita era hablarte de un asuntillo del granuja de Fred.

—Ese es un tema, Vincy, sobre el que tú y yo deberemos discrepar tanto como sobre la dieta.

—Confío en que esta vez no —el señor Vincy había resuelto mantener el buen humor—. Se trata de un capricho del viejo Featherstone. Alguien ha estado pergeñando una historia con mala idea y se la ha contado al anciano para intentar indisponerle con Fred. Le tiene en gran estima y es probable que le deje algo; es más, le ha dicho a Fred más o menos abiertamente que tiene pensado dejarle su tierra, y eso encela a la gente.

—Vincy, he de repetir que no obtendrás mi beneplácito respecto de cómo has educado a tu hijo mayor. Fue por pura vanidad mundana que le destinaste para la Iglesia y con una familia de tres hijos y cuatro hijas no había justificación alguna para que dedicaras dinero a una costosa educación que no ha fructificado en otra cosa que la de darle extravagantes hábitos de indolencia. Ahora estás cosechando las consecuencias.

El señalar los errores ajenos era una obligación que pocas veces rehuía el señor Bulstrode, pero el señor Vincy no estaba igualmente inclinado a la paciencia. Cuando un hombre tiene la perspectiva inmediata de ser alcalde y, en aras al comercio, está dispuesto a adoptar una postura firme en la política general, tiene, naturalmente, una conciencia de su importancia en el marco de las cosas que parece tener que difuminar las cuestiones de índole privada. Y este reproche en particular le irritaba más que ningún otro. Para él, era absolutamente superfluo el que se le dijera que cosechaba las consecuencias. Pero sentía el cuello bajo el yugo de Bulstrode y aunque acostumbraba a disfrutar dando coces, tenía interés en reprimir este desahogo.

—No sirve de nada, Bulstrode, remover el pasado. No soy tu modelo de hombre ni pretendo serlo. No pude preverlo todo en el negocio; no había mejor negocio en Middlemarch que el nuestro y el chico era listo. Mi pobre hermano estaba en la Iglesia y hubiera prosperado, había ascendido ya, y de no ser por aquella fiebre estomacal que se lo llevó ahora sería deán. Opino que estaba justificado en lo que intenté hacer con Fred. Y si de religión se trata, creo que no debemos pretender ir tan sobre seguro, hay que confiar un poco en la providencia y ser generosos. Es un sano sentimiento británico intentar elevar un poco a tu familia, y en mi opinión, es el deber de un padre procurar darles buenas oportunidades a sus hijos.

—Sólo deseo actuar como tu mejor amigo, Vincy, cuando digo que lo que acabas de exponer no es más que una sarta de memeces inconsistentes y triviales.

—Está bien —dijo el señor Vincy, coceando a pesar de las resoluciones—, nunca he presumido de ser otra cosa que mundano y, lo que es más, no veo a nadie que no lo sea. Supongo que tú no llevas tus negocios sobre principios que denominas no mundanos. La única diferencia para mí es que una mundanidad es un poco más honrada que la otra.

—Este tipo de discusión no conduce a nada, Vincy —dijo el señor Bulstrode, quien, habiéndose terminado el sándwich, se había arrellanado en la silla y se cubría los ojos como si estuviera cansado—. Habías venido por algo más concreto.

—Sí. En resumen, la cuestión en que alguien le ha dicho al viejo Featherstone, citándote a ti como autoridad, que Fred ha estado pidiendo o intentando pedir dinero prestado avalando con sus perspectivas de tierra. Estoy convencido de que tú no has dicho semejante sandez. Pero el vejete insiste en que Fred le lleve un mentís de tu puño y letra, o sea una pequeña nota diciendo que tú no te crees ni una palabra de todo esto de haber pedido dinero prestado o intentarlo siquiera, de una forma tan tonta. Supongo que no tendrás objeción.

—Perdóname, pero sí la tengo. No tengo en absoluto la certeza de que tu hijo, en su irreflexión e ignorancia, por no emplear palabras más severas, no haya intentado obtener dinero exponiendo sus posibilidades futuras, o incluso de que alguien no haya sido lo bastante necio como para abastecerle en base a tan desdibujada presunción; hay mucho préstamo negligente de dinero en el mundo, además de otras insensateces.

—Pero Fred me ha dado su palabra de honor de que jamás ha pedido dinero prestado bajo el simulacro de que heredará la tierra de su tío. No es un mentiroso. No intento hacerle pasar por mejor de lo que es…, me he enfadado mucho y nadie puede decir que apruebo lo que hace. Pero no es un mentiroso. Y yo diría, aunque puedo equivocarme, que no hay religión que impida a alguien pensar lo mejor de un joven cuando no tienes otros datos. Mala clase de religión me parecería la tuya si le pusieras trabas negándote a decir que no piensas peor de él de lo que tienes buenas razones para creer.

—No estoy seguro de estarle haciendo un bien a tu hijo allanándole el camino hacia la futura posesión de las propiedades de Featherstone. No puedo considerar la riqueza como una bendición para quienes la utilizan solamente como una cosecha en este mundo. Te disgusta escuchar estas cosas, Vincy, pero me siento obligado en esta ocasión a decirte que no tengo motivos para propiciar una disposición de propiedad como ésta a la que aludes. No rehúyo decirte que ello no contribuirá al bienestar eterno de tu hijo ni a la gloria de Dios. ¿Por qué, entonces habrías de esperar que yo firmara esta especie de declaración que no tiene más finalidad que la de perpetuar una necia predilección y asegurar una necia donación?

—Lo único que te puedo responder a eso es que si pretendes impedir que nadie, salvo los santos y los evangelistas, tengan dinero, deberías renunciar a ciertas asociaciones provechosas —exclamó el señor Vincy con total llaneza—. Tal vez sea para mejor gloria de Dios, pero desde luego no es para mayor gloria del comercio de Middlemarch que Plymdale use esos tintes azules y verdes que obtiene de la fábrica de Brassing y que pudren la seda. Quizá si la gente supiera que una parte tan grande de los beneficios se destinaban a la mayor gloria de Dios, les gustaría más. No es que me importe mucho eso, aunque podría armar un buen lío si quisiera.

El señor Bulstrode esperó un poco antes de contestar.

—Me duele mucho oírte hablar así, Vincy. No espero que comprendas los motivos de mis acciones…, no es cosa fácil tejer un sendero de principios en medio de las complicaciones del mundo…, y aún lo es menos señalarles la hebra con claridad a los descuidados y despectivos. Te ruego que recuerdes que me extralimito en mi tolerancia hacia ti por ser el hermano de mi esposa y que no es de recibo que te quejes de que yo te niego la ayuda material para conservar la posición social de tu familia. He de recordarte que no ha sido tu prudencia o tu buen juicio lo que te ha permitido mantener tu puesto en el comercio.

—Probablemente no, pero tú aún no has salido perdiendo con mi negocio —dijo el señor Vincy, harto molesto (cosa que raras veces se demoraba pese a sus resoluciones previas)—. Y no me explico cómo esperabas que nuestras familias no hicieran piña cuando te casaste con Harriet. Y si ahora has cambiado de opinión y quieres que mi familia vaya a menos, pues dilo. Yo no he cambiado. Sigo siendo el sencillo feligrés que era antes de que surgieran las doctrinas. Acepto el mundo tal y como lo encuentro, tanto en el comercio como en lo demás, y me basta con no ser peor que mis vecinos. Pero si quieres que vayamos a menos, dilo. Sabré mejor cómo actuar.

—Estás desbarrando. ¿Acaso ibas a ir a menos por no tener esta carta sobre tu hijo?

—Tanto si es así como si no, considero mezquino por tu parte el negarte. Puede que tal comportamiento obedezca a un sentimiento religioso, pero desde fuera da una impresión de cicatería y de perro del hortelano. Para el caso podías calumniar a Fred; es casi lo mismo, visto que te niegas a decir que no proviene de ti la calumnia. Este tipo de cosas, este ánimo tiránico de querer hacer de obispo y banquero por doquier, es lo que hace que el nombre de uno apeste.

—Vincy, si te empeñas en pelearte conmigo, será muy penoso para Harriet además de para mí —dijo el señor Bulstrode, un poco más inquieto y pálido que de costumbre.

—Yo no quiero pelear. En interés propio y quizá tuyo también, debemos mantener la amistad. No te guardo rencor y no tengo peor opinión de ti que de otras personas. Un hombre que medio se mata de hambre y reza en familia y todo eso que haces tú debe creer en su religión, cualquiera que ésta sea. Podrías sacarle el mismo jugo a tu capital jurando y maldiciendo, muchos lo hacen. A ti te gusta ser el amo, eso no hay quien lo niegue; incluso en el cielo tendrás que ser el centro de atención, y si no, aquello te gustará poco. Pero eres el marido de mi hermana y debemos hacer piña. Y si conozco a Harriet, lo considerará culpa tuya si nos peleamos por un quítame esas pajas y te niegas a hacerle un favor a Fred. Y yo tampoco lo llevaría muy bien. Lo considero ruin.

El señor Vincy se levantó, comenzó a abrocharse el abrigo y miró fijamente a su cuñado, insinuando que exigía una respuesta concreta.

No era la primera vez que el señor Bulstrode había empezado reprendiendo al señor Vincy y concluía viéndose desfavorablemente reflejado en el espejo burdo y poco halagador que la mente del fabricante presentaba a las luces y sombras más sutiles de sus congéneres, y tal vez su experiencia hubiera debido advertirle de cómo concluiría la escena. Pero una fuente bien alimentada es generosa con su agua incluso cuando llueve, momento en el que resulta peor que inútil. Una buena fuente de reprimenda suele ser igualmente irrefrenable.

No era el estilo del señor Bulstrode acceder de inmediato como resultado de incómodas sugerencias. Antes de cambiar de rumbo, necesitaba dar forma a sus motivos y acomodarlos a sus exigencias habituales. Finalmente dijo:

—Déjame reflexionar un poco, Vincy. Comentaré el tema con Harriet. Seguramente te envíe una carta.

—Muy bien. En cuanto puedas, por favor. Espero que todo esté resuelto antes de que nos veamos mañana.

CAPÍTULO DOS

La consulta del señor Bulstrode a Harriet pareció surtir el efecto deseado por el señor Vincy, pues temprano a la mañana siguiente llegó una carta que Fred pudo llevar al señor Featherstone como el testimonio exigido.

El anciano caballero guardaba cama debido al frío, y puesto que Mary Garth no se hallaba en el salón, Fred subió directamente y le entregó la carta a su tío, quien, incorporado cómodamente por unos almohadones, pudo disfrutar como de costumbre de su concepción de la sabiduría consistente en desconfiar de la humanidad y frustrarla. Se caló las gafas para leer la carta, frunciendo los labios y torciendo las comisuras.

Atendiendo a las circunstancias no me negaré a manifestar mi convicción…, ¡bah!, ¡vaya palabra finolis! Parece un subastador…, de que Frederic no ha obtenido adelantos monetarios sobre donaciones prometidas por el señor Featherstone…, ¿prometidas? ¿Quién ha dicho que yo haya prometido nada? Añadiré los codicilos que me parezca oportuno…, y que habida cuenta la índole de tal procedimiento, es ilógico presuponer que un joven de sentido común y empuje lo intentara… ¡Ah, pero ojo! ¡El caballero no dice aquí que tú seas un joven de sentido común y empuje! En cuanto a mi intervención en un comentario de tal naturaleza, afirmo rotundamente que jamás hice afirmación alguna respecto de que tu hijo haya pedido prestado dinero sobre cualquier propiedad que se derivara por defunción del señor Teatherstone.

¡Dios mío! ¡«Propiedad», «derivara», «defunción»! El abogado Standish no es nada a su lado. No hablaría más fino si quisiera algo. Bien —llegado este punto el señor Featherstone miró a Fred por encima de las gafas al tiempo que le devolvía la carta con gesto despectivo—, no pensarás que me crea ni una sola palabra sólo por que Bulstrode lo pone muy bien por escrito ¿no?

Fred se sonrojó.

—Usted quería esa carta. Yo diría que tan válida es la negación del señor Bulstrode como la autoridad que le dijo a usted lo que él niega.

—Absolutamente. No dije que me creyera ni lo uno ni lo otro. Y ahora, ¿qué esperas? —dijo el señor Featherstone con brusquedad y sin quitarse las gafas, pero escondiendo las manos entre las sábanas.

—No espero nada, señor —a duras penas se reprimió Fred para no dar rienda suelta a su irritación—. Vine a traerle la carta. Si quiere, me despido ya.

—Aún no, aún no. Toca la campanilla, quiero que venga Missy.

Una criada acudió a la llamada.

—¡Que venga Missy! —dijo el señor Featherstone con impaciencia—. ¿Quién la mandaría marcharse? —siguió en el mismo tono cuando Mary entró.

—¿Por qué no te has quedado sentada aquí hasta que te dijera que te fueras? Quiero el chaleco. Te dije que lo dejaras siempre encima de la cama.

Mary tenía los ojos enrojecidos como si hubiera estado llorando. Era patente que el señor Featherstone pasaba por uno de sus peores momentos esa mañana, y aunque Fred tenía ahora la perspectiva de recibir el muy necesario regalo económico, hubiera preferido ser libre para poder encararse con el viejo tirano y decirle que Mary Gath era demasiado buena como para tener que estar a sus órdenes. Aunque Fred se había levantado cuando ella entrara en el cuarto, apenas se había fijado en él y parecía nerviosa, como recelando de que el viejo lanzara contra ella algún objeto, aunque nunca tuvo que temer peor cosa que sus palabras. Cuando fue hacia una percha para coger el chaleco, Fred se la acercó diciendo:

—Permíteme.

—¡Estate quieto! Tráelo tú, Missy y ponlo aquí —dijo el señor Featherstone—. Y ahora vuelve a marcharte hasta que te llame —añadió, cuando tuvo el chaleco a su lado. Era costumbre en él sazonar su placer en demostrar su aprecio por una persona siendo particularmente desagradable con otra, y Mary siempre se encontraba a mano para proporcionar el condimento. Cuando venían a verle sus propios parientes la trataba mejor. Lentamente, sacó del bolsillo del chaleco un manojo de llaves y también lentamente sacó de entre las sábanas una caja de hojalata.

—Esperas que te dé una pequeña fortuna, ¿verdad? —dijo, mirando por encima de sus gafas y deteniéndose en el acto de levantar la tapa.

—En absoluto, señor. Usted tuvo la generosidad el otro día de decir que me haría un regalo, de lo contrario, ni que decir tiene que no habría pensado siquiera en el tema —pero Fred era de carácter esperanzado y se había hecho la idea de una suma justamente lo bastante cuantiosa como para redimirle de cierta ansiedad. Cuando Fred se endeudaba, siempre le parecía harto probable que algo, no era preciso que concibiera el qué, sucedería que le permitiría pagar a su debido tiempo. Y ahora que el acontecimiento providencial parecía avecinarse, hubiera resultado un absurdo imaginarse que la dádiva sería inferior a la necesidad, tan absurdo como una fe que creía en medio milagro por falta de fortaleza para creer en el milagro entero.

Las manos cuajadas de venas palparon uno tras otro numerosos billetes, volviendo a alisarlos después, mientras Fred permaneció recostado en la silla por no parecer ansioso. Se tenía por un caballero y le disgustaba agasajar a un anciano por su dinero. Finalmente el señor Featherstone le miró de nuevo por encima de las gafas y le ofreció un pequeño fajo de billetes. Fred vio nítidamente que había tan sólo cinco por los estrechos bordes que asomaban. Bueno, quizá cada uno fuera de cincuenta libras. Los cogió diciendo:

—Le estoy muy agradecido, señor —y se dispuso a guardarlos aparentando no demostrar interés por su valor. Pero esto no pareció convenir al señor Featherstone, quien le observaba atentamente.

—Vamos, ¿es que no te vas a molestar en contarlo? Aceptas dinero como un lord, supongo que lo pierdes también como tal.

—Creí que a caballo regalado no se le miraba el diente, señor. Pero estaré encantado de contarlo.

Sin embargo, Fred no estuvo tan encantado después de contar los billetes. Representaban el absurdo de ser una cantidad menor de la que su esperanza había decidido que sería. ¿Qué puede significar la adecuación de las cosas si no es su adecuación a las expectativas del hombre? Cuando esto falla, el absurdo y el ateísmo se abren a sus espaldas. La desilusión de Fred fue enorme cuando descubrió que en su mano sólo sostenía cinco billetes de veinte y no le auxilió en su desencanto el que hubiera participado de la educación universitaria del país. Sin embargo, y al tiempo que su hermoso rostro cambiaba rápidamente de expresión, dijo:

—Es usted muy generoso.

—¡Y tanto! —dijo el señor Featherstone, cerrando la caja con llave, volviéndola a guardar y quitándose concienzuda y despaciosamente las gafas, añadiendo, como si la meditación interior le hubiera convencido aún más:

—Ya lo creo que soy muy generoso.

—Le aseguro, señor, que le estoy muy agradecido —respondió Fred, que había tenido tiempo de recobrar su aire desenfadado.

—Y debes estarlo. Quieres pintar algo en este mundo y supongo que Peter Featherstone es el único en quien puedes confiar —los ojos del anciano brillaban con una satisfacción curiosamente entremezclada por la conciencia de que este apuesto joven confiaba en él y por la necedad del apuesto joven al obrar así.

—Así es. No nací con oportunidades magníficas ante mí. Pocos hombres se deben haber visto tan obstaculizados como yo —dijo Fred, sorprendiéndose ante su propia virtud, habida cuenta de lo mal que se le trataba—. La verdad es que resulta muy duro tener que montar un jamelgo y ver cómo otros, con la mitad de criterio, despilfarran en malas compras Dios sabe qué montoneras de dinero…

—Bueno, pues ahora ya te puedes comprar un buen caballo. Calculo que ochenta libras te bastarán para eso y aún te quedarán veinte para sacarte de cualquier pequeño embrollo —dijo el señor Featherstone con una pequeña risita.

—Es usted muy generoso —dijo Fred con aguda percepción del contraste entre sus palabras y sus sentimientos.

—Soy bastante mejor tío para ti que el finolis de Bulstrode. No creo que saques mucho de sus especulaciones. He oído que tiene bien agarrado a tu padre.

—Mi padre nunca me dice nada de sus asuntos, señor. —Ahí muestra buen juicio. Pero hay quien los descubre sin que él diga nada. Ése sí que jamás te podrá dejar ni un céntimo; seguramente morirá sin testar, es justo ese tipo de hombre, por mucho que le hagan alcalde de Middlemarch. Pero aunque seas el mayor, tampoco sacarás mucho de que muera sin hacer testamento.

Fred pensó que el señor Featherstone estaba siendo más desagradable que nunca; cierto que jamás le había dado una cantidad tan grande de dinero junta anteriormente.

—¿Destruyo, entonces, esta carta del señor Bulstrode? —dijo Fred levantándose con la carta como para echarla al fuego.

—Adelante, adelante. Yo no la quiero. A mí no me supone ningún dinero.

Fred llevó la carta al fuego y la atravesó enérgicamente con el atizador. Estaba deseando salir de la habitación, pero sentía vergüenza ante sí mismo y también ante su tío de marcharse tan precipitadamente tras embolsarse el dinero. En ese mismo instante entró el administrador de la granja con informes para el amo y, para alivio indescriptible de Fred, aquél le despidió encomendándole que volviera pronto a visitarle.

Su prisa se debía no sólo a querer librarse de su tío, sino a que también quería encontrar a Mary Garth. Estaba en su lugar acostumbrado junto al fuego, con la costura entre las manos y un libro abierto en la mesita a su lado. Tenía ahora los ojos un poco menos enrojecidos y había recobrado su usual compostura.

—¿Me necesitan arriba? —preguntó al entrar Fred, haciendo ademán de levantarse.

—No; a mí me han dicho que me fuera porque llegó Simmons.

Mary volvió a sentarse y prosiguió con su labor. Le trataba con mayor indiferencia que de costumbre: no sabía la tierna indignación que por ella sintiera Fred arriba.

—¿Puedo quedarme aquí un ratito, Mary, o te aburriré?

—Siéntate, por favor —dijo Mary—. No me aburrirás ni mucho menos tanto como el señor John Waule que estuvo aquí ayer y se sentó sin preguntarme.

—¡Pobrecillo! Creo que está enamorado de ti.

—No estoy al tanto de ello. Y me resulta de lo más odioso en la vida de una mujer el que siempre haya de haber alguna presunción de enamoramiento entre ella y cualquier hombre que se muestre agradable y a quien le esté agradecida. Hubiera pensado que al menos yo podría quedar al margen de todo eso. No tengo motivos para la necia vanidad de suponer que todo el que se me acerca está enamorado de mí.

Mary no tenía la intención de demostrar sentimiento alguno, pero a su pesar concluyó con un tono trémulo de contrariedad.

—¡Al diablo con John Waule! No era mi intención enojarte. No sabía que tuvieras motivos para estarle agradecida. Olvidé que consideras un gran favor el que alguien apague una vela por ti.

Fred también tenía su orgullo y no estaba dispuesto a dejar traslucir que sabía muy bien lo que había provocado esta salida de tono de Mary.

—Pero si no estoy enojada…, salvo con cómo es el mundo. Sí que me gusta que se me hable como si tuviera sentido común. A menudo se me antoja que entiendo un poquito más de lo que jamás oigo de labios incluso de jóvenes que han ido a la universidad.

Mary se había recobrado y una soterrada y contenida risa agradable impregnaba sus palabras.

—No me importa cuán jocosa puedas estar a mi costa esta mañana —dijo Fred—. Tenías un aspecto tan triste cuando entraste en la habitación esta mañana. Es una vergüenza que te quedes aquí dejándote tiranizar de esa forma.

—Bueno, tengo una vida cómoda… si comparo. He intentado ser profesora, pero no me va: me gusta demasiado divagar. Creo que cualquier dificultad es preferible a la de simular que haces aquello por lo que te pagan y sin embargo no hacerlo. Aquí puedo llevar a cabo todo igual de bien que cualquier otra persona, incluso mejor que algunas…, como por ejemplo Rosy. Aunque ella es justo el tipo de hermosa criatura a quien encierran con los ogros en los cuentos de hadas.

—¡Rosy! —exclamó Fred con tono de profundo escepticismo fraternal.

—¡Vamos, Fred! —dijo Mary con firmeza—. No tienes derecho a ser tan crítico.

—¿Te estás refiriendo a algo en particular, ahora mismo? —No, me refiero a algo en general, siempre.

—Ya. Que soy indolente y extravagante. Lo que ocurre es que no estoy hecho para ser pobre. No hubiera sido mal tipo de ser rico.

—Hubieras cumplido con tu obligación en una profesión a la que no le plujo a Dios llamarte —dijo Mary riendo.

—No hubiera podido cumplir como clérigo igual que tú no puedes cumplir como institutriz. Deberías tener un poco de compañerismo ahí, Mary.

—Yo nunca he dicho que debieras ser clérigo. Hay otros tipos de trabajo. Me parece muy mísero el que no te decidas por algo y actúes en consecuencia.

—Y así lo haría si… —Fred se cortó y se levantó, apoyándose en la chimenea.

—¿Si estuvieras seguro de que no ibas a tener fortuna alguna?

—No dije eso. Quieres pelearte conmigo. No debieras dejarte influir por lo que otros dicen de mí.

—¿Cómo iba a querer pelearme contigo? Me estaría peleando con todos mis libros nuevos —dijo Mary levantando el pequeño volumen de la mesa—. Por travieso que seas con los demás, conmigo eres bueno.

—Porque me gustas más que cualquier otra persona. Pero sé que me desprecias.

—Pues sí…, un poco —dijo Mary con una sonrisa y asintiendo con la cabeza.

—Tú admirarías a un tipo estupendo que tuviera doctas opiniones de todo.

—Pues sí.

Mary cosía con rapidez y parecía provocativamente dueña de la situación. Cuando una conversación vira contra nosotros, lo único que hacemos es hundirnos más y más en la ciénaga de la torpeza. Y esto es lo que sentía Fred.

—Supongo que las mujeres no se enamoran nunca de alguien a quien han conocido siempre, bueno, quiero decir, a quien conocen desde que tienen recuerdo. Los hombres sí.

Siempre es un tipo nuevo el que llama la atención de una mujer.

—A ver —dijo Mary, frunciendo maliciosamente las comisuras de los labios—. Debo remontarme a mi experiencia. Tenemos a Julieta, que parece constituir un ejemplo de lo que dices. Pero por otro lado, Ofelia probablemente conociera a Hamlet desde hacía tiempo; y Brenda Troil conocía a Mordaunt Merton desde que eran niños; claro que al parece haber sido un joven encomiable; Minna parece aún más enamorada de Cleveland, que era un extraño. Waverley era nuevo para Flora Maclvor, pero ella no se enamora de él. Y luego están Olivia y Sophia Primrose, y Corinne que se puede decir que se enamoran de desconocidos. En total, mi experiencia resulta un tanto entremezclada.

Mary dirigió a Fred una mirada no exenta de cierta picardía que le resultó entrañable, si bien los ojos no eran más que claras ventanas donde la observación se posaba sonriente. Fred era una persona afectuosa y al tiempo que crecía se había ido enamorando de su compañera de juegos a pesar de esa participación suya en la educación universitaria del país que había disparado su concepto del rango y la renta.

—Cuando a un hombre no le aman, es inútil que diga que podría ser mejor, que podría hacer cualquier cosa de tener la seguridad de entonces ser amado.

—No me sirve en absoluto el que diga que podría ser mejor. Tal vez, quizá, acaso…, son adverbios despreciables. —No veo cómo puede un hombre servir de mucho si no tiene una mujer que le quiera.

—Yo diría que la bondad debería ir por delante del enamoramiento.

—Tú sabes que eso no es verdad, Mary. Las mujeres no aman a los hombres por su bondad.

—Quizá no. Pero si les aman, no piensan que sean malos. —No es justo que digas que yo soy malo.

—No dije nada en absoluto de ti.

Jamás serviré para nada, Mary, si no me dices que me amas, si no prometes que te casarás conmigo…, bueno, cuando sea que pueda casarme.

—Aunque te quisiera, no me casaría contigo. Y lo que nunca haría sería prometértelo.

—Eso es una maldad, Mary. Si me quieres, deberías prometerme que te casarías conmigo.

—Muy al contrario. Maldad sería casarme contigo aunque te amara.

—Te refieres a mi situación actual, sin posibilidades de mantener a una esposa. Eso lo entiendo; pero sólo tengo veintitrés años.

—Respecto al último punto cambiarás. Pero no estoy demasiado segura acerca de otros cambios. Mi padre dice que no deberían existir los hombres perezosos y mucho menos deberían casarse.

—¿Acaso debo entonces volarme la tapa de los sesos? —No; pienso que, en general, harías mejor aprobando tus exámenes. Le he oído decir al señor Farebrother que es escandalosamente fácil.

—Eso está muy bien. Todo es fácil para él. Y no es que la inteligencia tenga nada que ver en esto. Soy diez veces más listo que gente que aprueba.

—¡Jesús! —dijo Mary, incapaz de reprimir su sarcasmo—. Eso explica que haya coadjutores como el señor Crowse. Divide tu inteligencia por diez y el cociente… ¡Jesús!, basta para licenciarse. Pero eso sólo demuestra que tú eres diez veces más indolente que el resto.

—Bueno, y si aprobara ¿te avendrías a que no entrara en la Iglesia?

—Lo que yo quiera que tú hagas no es la cuestión. Supongo que tendrás una conciencia propia. Bueno aquí llega el señor Lydgate. Debo ir a decírselo a mi tío.

—Mary —dijo Fred, cogiéndole la mano mientras ésta se levantaba—, si no me das ningún tipo de esperanza iré a peor en lugar de a mejor.

—Pues no te daré ninguna esperanza —dijo Mary sonrojándose—. A tu familia no le gustaría y a la mía tampoco. ¡Mi padre lo consideraría una infamia si aceptara a un hombre que se endeuda y no trabaja!

Fred se sintió herido y le soltó la mano. Missy caminó hacia la puerta, pero una vez allí se dio la vuelta y dijo:

—Fred, siempre has sido tan bueno y generoso conmigo. No soy una ingrata, pero no vuelvas a hablarme de esto nunca.

—Está bien —dijo Fred enfurruñando, cogiendo el sombrero y la fusta. Sus mejillas encendidas contrastaban con la palidez de su rostro. Como muchos jóvenes aguerridos e indolentes, ¡estaba muy enamorado de una joven corriente y sin dinero! Pero con la tierra del señor Featherstone de telón de fondo y con la convicción de que a pesar de lo que Mary dijera, se interesaba por él, Fred no estaba del todo desesperado.

Al llegar a casa le dio a su madre cuatro billetes de veinte y le pidió que se los guardara.

—No quiero gastarme ese dinero, madre. Tengo que pagar una deuda, así que guárdalo fuera de mi alcance.

—Dios te bendiga, hijo —dijo la señora Vincy. Adoraba a su hijo mayor y a la pequeña, una criatura de seis años, a quienes los demás consideraban sus hijos más traviesos. Las madres no siempre se equivocan en sus preferencias: son las que mejor pueden juzgar cuál es el hijo cariñoso y de buen corazón. Y Fred quería mucho a su madre. Tal vez fuera su cariño hacia otra persona también lo que le impulsaba a desear tomar medidas contra su tendencia a gastarse las cien libras. El acreedor a quien debía ciento sesenta tenía en su poder una garantía aún más sólida en la forma de una factura firmada por el padre de Mary.

CAPÍTULO TRES

Gran historiador, como insistía en denominarse, que tuvo la fortuna de morir hace ciento veinte años y por ende ocupar su lugar entre los colosos bajo cuyas inmensas piernas se observa caminar nuestra viva mezquindad, presume de sus profusos comentarios y digresiones como la parte de su obra menos imitable, y en especial de esos capítulos primeros de los sucesivos libros de su historia, durante los cuales parece acercar su butaca el proscenio y charlar con nosotros con la robusta facilidad de su magnífico inglés. Pero Fielding vivía cuando los días eran más largos (pues el tiempo, al igual que el dinero, se mide por nuestras necesidades), cuando las tardes de verano eran extensas, y el reloj tictaqueaba despacioso en las noches de invierno. Nosotros, tardíos historiadores, no debemos seguir su ejemplo, pues si lo hiciéramos, es probable que nuestra charla fuera inconsistente y apremiante, como si la pronunciáramos desde un taburete en una pajarería. Personalmente, me resulta tan laborioso desenredar ciertos destinos humanos y ver cómo se tejen y entretejen, que toda la luz de que dispongo debo concentrarla en esta tela de araña y no dispersarla sobre esa tentadora gama de pertinencias denominada universo.

De momento he de dar a conocer mejor a quien le interese al nuevo habitante Lydgate, pues ello les ha resultado difícil incluso a quienes le han tratado más desde su llegada a Middlemarch. Sin duda todo el mundo admitirá que a un hombre se le puede dar bombo y alabar, se le puede envidiar, ridiculizar, contar con él como un instrumento, enamorar (o al menos seleccionarle como futuro marido) y sin embargo continuar siendo virtualmente un desconocido o conocido tan sólo como una amalgama de signos sobre los que sus vecinos puedan hacer falsas suposiciones. No obstante, imperaba, por lo general, la impresión de que Lydgate no era del todo un médico rural común, y en el Middlemarch de la época dicha impresión significaba que se esperaban grandes cosas de él, pues cada uno de los médicos de cabecera era extraordinariamente listo y poseedor de ilimitada habilidad en el tratamiento y conocimiento de las enfermedades más caprichosas o rebeldes. La prueba de su inteligencia era del superior orden intuitivo, y descansaba sobre la convicción inamovible de sus pacientes femeninas, irrefutable a cualquier objeción salvo la de que a sus intuiciones otras igualmente fuertes oponían resistencia: es decir, aquellas damas que consideraban médicamente válido a Wrench y «el tratamiento reforzante», consideraban totalmente errado a Toller y «el sistema debilitante». Pues no habían desaparecido aún los tiempos heroicos de las ventosas y las copiosas sangrías, y menos todavía los tiempos de la teoría absoluta, cuando uno se refería a la enfermedad en general por algún maligno nombre y se la trataba correspondientemente sin ninguna contemplación —de llamarse, por ejemplo, insurrección, no se combatía con cartuchos de fogueo, sino que de inmediato se hacía brotar la sangre. Todo médico reforzante o debilitante era «listo» en opinión de alguien, que es cuanto se puede decir de cualquier talento vivo. Nadie había osado adelantar que el señor Lydgate pudiera saber tanto como el doctor Sprague o el doctor Minchin, los únicos dos facultativos que ofrecían alguna confianza cuando el peligro era extremo y cuando la mínima esperanza valía una guinea. No obstante, repito, cundía la impresión general de que Lydgate era algo bastante distinto a los demás profesionales de Middlemarch. Y era cierto. Contaba tan sólo veintisiete años, edad a la que muchos hombres no son del todo corrientes, tienen la esperanza de triunfar y están decididos a no claudicar, pensando que Mammon jamás les pondrá el bocado en la boca ni montará su lomo, sino que Mammon, de tener algo que ver con él, tirará de su carro.

Se había quedado huérfano recién terminada su segunda enseñanza en un buen colegio privado. Su padre, militar, había asegurado poco el porvenir de sus tres hijos y cuando el niño Tertius pidió que se le diera una educación médica, les pareció más fácil a sus tutores concederle su petición y colocarle de aprendiz con un médico rural que oponerse a causa de la dignidad familiar. Era uno de esos insólitos chicos que pronto sienten una inclinación fija y deciden que hay algo determinado en la vida que les atrae por sí mismo y querrían hacer, y no porque sus padres se dedicasen a ello. La mayoría de quienes nos dedicamos a un tema que nos gusta, recordamos como el primer atisbo rastreable de nuestra afición una mañana o una tarde en la que nos encaramamos a un taburete para alcanzar un volumen novel, o escuchamos boquiabiertos a un orador nuevo o, por simple falta de libros, comenzamos a escuchar nuestras propias voces interiores. Algo parecido le sucedió a Lydgate. Era un chico ágil, y, aún acalorado tras jugar, solía tumbarse en un rincón, hallándose a los cinco minutos enfrascado en la lectura del primer libro que encontrara a mano. Si resultaba ser Rasselas o Gulliver, tanto mejor, pero le servían igualmente el diccionario de Bailey, o la Biblia con los apócrifos. Le era necesario leer algo cuando no estaba montando el pony, corriendo y cazando o escuchando la conversación de los varones. Esto ya era así cuando tenía diez años, edad a la que ya había leído Chrysal, o Las aventuras de una guinea, que ni era comida de niños ni pretendía pasar por tal, habiéndosele ya también ocurrido que los libros eran lo bueno y que la vida era una fruslería. Sus estudios en el colegio no habían modificado significativamente esa opinión, pues aunque había seguido las enseñanzas sobre los clásicos y las de matemáticas, no sobresalió en ellas. Se decía de él que Lydgate podía hacer lo que quisiera, pero que hasta el momento no había querido hacer nada extraordinario. Era un vigoroso animal con una rápida comprensión, pero ninguna chispa había encendido en él pasión intelectual alguna. El conocimiento se le antojaba algo muy superficial y de fácil adquisición y, a juzgar por las conversaciones de sus mayores, parecía tener ya en su haber más de lo que precisaría en su vida de adulto. Probablemente no fuera éste un resultado excepcional de la enseñanza cara en esos tiempos de las levitas de talle alto y otras modas que aún no han vuelto. Pero durante unas vacaciones, el día húmedo le condujo hasta la pequeña biblioteca familiar, de nuevo en busca de algún libro que contuviera para él alguna novedad. ¡Vana ilusión!, salvo que bajara una polvorienta hilera de volúmenes de tapas grises de papel y manchadas etiquetas, los tomos de una vieja enciclopedia que nunca había perturbado. Estaban en el estante más alto y se subió a una silla para cogerlos. Pero abrió el volumen que sacó primero; a veces tendemos a leer en actitudes improvisadas, precisamente en situaciones en la que parece incómodo hacerlo. La página por la que abrió llevaba el título de Anatomía y el primer párrafo que atrajo su mirada era sobre las válvulas del corazón. No estaba muy familiarizado con ningún tipo de válvula, pero sabía que valvae eran puertas plegables y por esta rendija entró una luz repentina, sorprendiéndole con su primera clara noción de un mecanismo asaz preciso en el cuerpo humano. Una educación liberal le había proporcionado en el colegio la libertad para leer los pasajes más osados de los clásicos, pero sin mellar su imaginación con otros prejuicios ulteriores a una sensación general de secreto y obscenidad en relación a su estructura interna, de forma que, por lo que a él hacía, el cerebro estaba contenido en unas pequeñas bolsas en las sienes, y no tenía mayor interés en entender cómo le circulaba la sangre que en saber cómo se utilizaba el papel en lugar del oro. Pero había llegado el instante de la vocación y antes de bajarse de la silla descubrió un mundo nuevo por amor de un presentimiento de infinitos procesos que rellenaban los inmensos espacios vedados a su visión por esa ignorancia llena de palabras que él había tomado por conocimiento. Desde ese momento Lydgate sintió nacer una pasión intelectual.

No nos asusta repetir una y mil veces cómo llega un hombre a enamorarse de una mujer y a casarse con ella o, por el contrario, verse fatalmente apartado de ella. ¿Se deberá acaso a un exceso de poesía o de estupidez que jamás nos cansemos de describir lo que el rey Jacobo denominaba «forma y belleza» de la mujer, o de escuchar el tañer del instrumento del viejo trovador y sin embargo estemos relativamente poco interesados en ese otro tipo de «forma y belleza» que debe cortejarse con laborioso pensamiento y paciente renuncia a los pequeños deseos? Asimismo, en la historia de esta pasión, el desarrollo varía; a veces es el matrimonio glorioso, otras la frustración y la despedida final. Y no es infrecuente que la catástrofe vaya unida a la otra pasión cantada por los trovadores. Pues entre la multitud de hombres de mediana edad que prosiguen sus vocaciones en un recorrido diario que les viene tan determinado como el nudo de sus corbatas, existe un buen número que tuvieron en tiempos la intención de moldear sus propios hechos y cambiar un poco el mundo. Casi nunca se cuentan ni a sí mismos la historia de cómo se convirtieron en uno del montón, listos para el embalaje al por mayor; tal vez el entusiasmo vertido en generosos trabajos no retribuidos se enfrió tan imperceptiblemente como otros amores de juventud hasta que un día su ser de antaño caminó, como un fantasma, por su antiguo hogar haciendo que el mobiliario nuevo pareciera cadavérico. ¡Nada en el mundo más sutil que el proceso de su paulatino cambio! En un principio lo inhalaron sin saberlo; tal vez tú y yo contribuyéramos a infectarles con parte de nuestro aliento cuando proferimos nuestras disciplinadas falsedades o expusimos nuestras necias conclusiones; tal vez llegó con las vibraciones de una mirada femenina.

Lydgate no tenía intención de convertirse en uno de esos fracasos y en él cabía fundar mayores esperanzas, puesto que su interés científico pronto adoptó la forma del entusiasmo profesional. Tenía una fe juvenil en su sustentante trabajo que no iba a verse sofocada por esa iniciación denominada sus «días de aprendiz» y aportó a sus estudios en Londres, Edimburgo y París la convicción de que la profesión médica tal como debía ser, era la mejor del mundo, representando el más perfecto intercambio entre la ciencia y el arte y ofreciendo la alianza más directa entre la conquista intelectual y el bien social. La personalidad de Lydgate exigía esta combinación, pues era un ser emotivo con un sentido muy real del compañerismo que resistía todas las abstracciones de un estudio especial. No sólo le interesaban los «casos», sino John y Elizabeth, especialmente Elizabeth.

Esta profesión incluía otro atractivo: necesitaba de una reforma y por tanto daba la oportunidad de rechazar con indignada decisión el lustre banal y demás monsergas de las que estaba rodeada y de dotar a quien la ejerciese de las verdaderas, si bien no exigidas, aptitudes. Marchó a estudiar a París decidido a que, al regresar, se establecería como internista en alguna ciudad de provincias y se opondría a la división irracional entre el conocimiento médico y quirúrgico en beneficio de su propia búsqueda científica, así como del progreso en general; se mantendría fuera del alcance de las intrigas de Londres, de sus celos y servilismos sociales y alcanzaría la fama, como Jenner, paulatinamente, por el valor individual de su trabajo. Pues ha de recordarse que era ésta una época oscura y que a pesar de las venerables instituciones que se esforzaban laboriosamente por garantizar la pureza de los conocimientos a base de extenderlos poco y de excluir el error por mor de una severa exclusividad respecto a los honorarios y los nombramientos, sucedía que jóvenes ignorantes se veían promocionados en la ciudad y muchos más obtenían el derecho legal para ejercer la medicina en amplias zonas rurales. Además, el prestigio público del que gozaba el Colegio de Médicos, que sancionaba la costosa y enrarecida instrucción médica obtenida por quienes se licenciaban en Oxford y Cambridge, no impedía la enorme prosperidad del curanderismo, pues, dado que la práctica profesional consistía principalmente en recetar muchas medicinas, el público dedujo que estaría mejor servido con una mayor cantidad de medicamentos aún, siempre que se pudieran obtener a bajo precio, y de ahí que ingiriera grandes cantidades cúbicas de remedios recetados por la ignorancia desaprensiva carente de titulación. Teniendo en cuenta que la estadística todavía no había propiciado un cálculo respecto del número de médicos ignorantes o hipócritas que forzosamente han de existir en los albores de toda reforma, Lydgate estimó que el cambio en las unidades era el modo más directo de modificar los totales. Tenía la intención de ser una unidad que inclinara la balanza hacia ese creciente cambio que un día se haría notar apreciablemente sobre la media, y, entretanto tener el placer de contribuir ventajosamente a las vísceras de sus pacientes. Pero su objetivo no era tan sólo ejercer con más genuinidad de lo que era común. Sus ambiciones eran mayores y estaba enardecido con la posibilidad de llegar a descubrir la prueba de una concepción anatómica y añadir un eslabón a la cadena de los descubrimientos.

¿Se os antoja incongruente que un médico de Middlemarch soñara con ser un descubridor? La mayoría de nosotros sabemos poco de los grandes innovadores hasta el momento en que llegan a formar parte de las constelaciones y ya rigen nuestros destinos. Pero acaso Herschels, por ejemplo, que «rompió las barreras de los cielos», ¿no tocó durante un tiempo el órgano de una iglesia de provincias y dio lecciones de música a tardos pianistas? Cada uno de estos Brillantes tuvo que andar por la tierra entre vecinos que tal vez apreciaban más su porte y su vestimenta que aquello que le otorgaría el derecho a la fama eterna; cada uno tuvo su pequeña historia local salpicada de pequeñas tentaciones y sórdidas preocupaciones que compusieron la fricción de su curso hacia la compañía final con los inmortales. Lydgate no estaba ajeno a los peligros de estas fricciones, pero tenía sobrada confianza en su decisión de evitarlas en la medida de lo posible. Tenía veintisiete años y creía poseer experiencia. Y no iba a permitir que el contacto con el éxito aparatoso y mundano de la capital provocara su vanidad, sino que viviría entre gentes que no rivalizaran con esa búsqueda de la gran idea que debía ser una finalidad gemela al asiduo ejercicio de su profesión. Existía una fascinación en la esperanza de que ambas metas se iluminaran mutuamente: la minuciosa observación y deducción que constituía su trabajo diario, el uso del microscopio para completar su criterio en casos especiales, redondearía su pensamiento como instrumento de más amplia indagación. ¿No era ésta la típica preeminencia de su profesión? Sería un buen médico de Middlemarch, y eso mismo le mantendría en la senda de la investigación trascendental. Hay un punto en esta etapa particular de su carrera en el que tiene derecho a reclamar nuestra aprobación; no tenía la intención de imitar esos modelos filantrópicos que sacan provecho de encurtidos envenenados para mantenerse al tiempo que denuncian la adulteración o tienen acciones en los lugares de apuestas a fin de poder tener el sosiego necesario para representar la causa de la moralidad pública.

En su caso, tenía la intención de comenzar algunas reformas determinadas que estaban absolutamente a su alcance y eran mucho menos problemáticas que la demostración de una concepción anatómica. Una de estas reformas era actuar con firmeza, respaldado por la fuerza de una reciente decisión legal y sencillamente recetar sin dispensar los medicamentos o percibir porcentaje alguno de los farmacéuticos. Esto constituía una innovación para quien había elegido adoptar el estilo del internista en una ciudad rural y sería tenido por ofensiva crítica por sus colegas de profesión. Pero Lydgate también pensaba innovar en cuanto a los tratamientos y era lo suficientemente prudente como para saber que la mejor garantía para el ejercicio honrado, según sus criterios, era deshacerse de las tentaciones sistemáticas que favorecían lo contrario.

Tal vez aquellos fueran tiempos más alegres que los actuales para el observador y el teórico; tendemos a pensar que la mejor época del mundo fue aquella en la que América empezaba a descubrirse, aquella en la que un aguerrido marinero, aunque fuera un náufrago, podía aterrizar en un reino nuevo y, en torno a 1829, los oscuros territorios de la Patología constituían una buena América para un animoso y joven aventurero. La mayor ambición de Lydgate era contribuir a ampliar la base científica y racional de su profesión. Cuanto más se interesaba por aspectos especiales de la enfermedad, como por ejemplo la naturaleza de la fiebre o las fiebres, más se le agudizaba la necesidad por ese conocimiento fundamental de la estructura que justo a principios de siglo se había visto iluminada por la breve y gloriosa carrera de Bichat, que murió cuando contaba tan sólo treinta y un años, pero que, como otro Alejandro, dejó un reino suficientemente grande para muchos herederos. Ese gran francés fue el primero en concebir que los cuerpos humanos, considerados fundamentalmente, no son asociaciones de órganos que se pueden entender estudiándolos primero por separado y luego, como si dijéramos, federalmente, sino que habían de considerarse como constituidos por ciertos entramados o tejidos, de los cuales se componen los diversos órganos —cerebro, corazón, pulmones y otros— igual que las distintas partes de una casa se construyen con diferentes proporciones de madera, hierro, piedra, ladrillo y demás, teniendo cada material su composición y proporción peculiar.

Está claro que nadie puede entender y calcular la estructura completa o sus partes, sus debilidades y remiendos, desconociendo la naturaleza de los materiales. Y la concepción ideada por Bichat, con su estudio detallado de los distintos tejidos, influyó forzosamente en las cuestiones médicas, como lo haría la aparición de la luz de gas en una calle oscura iluminada con faroles de aceite, mostrando nuevas conexiones y realidades de estructura ocultas hasta el momento que debían tenerse en cuenta a la hora de considerar los síntomas de las enfermedades y el efecto de los medicamentos. Pero los resultados que dependen de la conciencia y la inteligencia humanas avanzan con lentitud, y ahora, a finales de 1829, gran parte del ejercicio de la medicina seguía pavoneándose o arrastrándose por las viejas sendas, y aún quedaba trabajo científico por hacer como consecuencia directa del de Bichat. Este gran vidente no fue más allá de considerar los tejidos como las últimas realidades del organismo vivo, lo que marcaba el límite del análisis anatómico: quedaba para otra mente el decir: ¿acaso no tienen estas estructuras una base común de la cual proceden todas, igual que el tafetán, la gasa, el raso, el tul y el terciopelo que provienen todas del capullo de seda? Aquí habría otra luz, como de gas exhídrico, que mostraría el meollo de las cosas y revisaría anteriores explicaciones. Lydgate estaba enamorado de esta secuencia del trabajo de Bichat, que ya vibraba bajo muchas corrientes del pensamiento europeo y anhelaba demostrar las relaciones más íntimas de la estructura viva y ayudar a definir con mayor exactitud él pensamiento del hombre respecto del orden verdadero. El trabajo no estaba concluido, tan sólo preparado para aquellos que sabían usar la preparación. ¿Cuál era el tejido primitivo? Así es cómo Lydgate planteaba la cuestión que no era exactamente la forma exigida por la agazapada respuesta, pero esta falta de tino en la elección de la palabra adecuada ya les ocurre a muchos videntes. Confiaba, para iniciar su investigación, en los tranquilos intervalos que cuidadosamente aprovecharía y en las múltiples ideas fruto de la dedicación diligente no sólo del escalpelo, sino del microscopio que la investigación había vuelto a emplear con renovado entusiasmo y garantía. Este era, pues, el plan de Lydgate para el futuro: hacer un limitado y buen trabajo para con Middlemarch y una gran labor para con el mundo.

Era en esta época un hombre feliz: tenía veintisiete años, ningún vicio fijo, la generosa determinación de que sus hechos fueran beneficiosos e ideas en la mente que hacían que la vida resultara interesante, todo ello al margen del culto a la carne de caballo y otros ritos místicos de caro mantenimiento que las ochocientas libras que le restaron tras el pago por la clientela no hubieran cubierto durante mucho tiempo. Estaba en esa línea de salida que hace de la carrera de muchos hombres un buen tema de apuesta, caso de existir caballeros dados a esa diversión que pudieran apreciar las complicadas probabilidades de una meta ardua, así como todos los posibles contratiempos y adelantos de la circunstancia, todas las sutilezas del equilibrio interno mediante las cuales un ser nada y consigue su objetivo o de lo contrario se lo lleva la corriente. Incluso con un detallado conocimiento del carácter de Lydgate, el riesgo seguiría ahí, pues también el carácter es un proceso y un desarrollo. El hombre, tanto como el médico de Middlemarch y el descubridor inmortal, se estaba aún forjando y existían defectos y virtudes con capacidad de disminución o expansión. Espero que los defectos no constituyan una razón para que retiréis de él vuestro interés. ¿Acaso no existe entre los amigos que apreciamos uno u otro que sea un poco demasiado autosuficiente y desdeñoso, cuya mente privilegiada no esté ligeramente salpicada de vulgaridad, a quien primitivos prejuicios no hagan apocado aquí o impositivo allí, o cuyas mejores energías tiendan a decantarse por el canal equivocado por influjo de requerimientos pasajeros? Se puede alegar todo esto en contra de Lydgate, pero, al fin y al cabo, son las perífrasis de un predicador cortés, que habla de Adán y no desea mencionar cosas dolorosas a quienes llenan los bancos. Los defectos específicos de los cuales se destilan estas delicadas generalidades tienen una fisonomía, dicción, acento y muecas diferenciables que llevan a cabo sus papeles en diversos dramas. Nuestras vanidades son tan diferentes como nuestras narices; no todos los orgullos son iguales, sino que varían con las minucias de nuestra hechura mental tanto como diferimos los unos de los otros. El orgullo de Lydgate era del tipo arrogante; nunca resultaba ni simple ni impertinente, sino que era colosal en sus reivindicaciones y amablemente desdeñoso. Se desvivía por los necios, pues le daban pena y se sentía muy seguro del nulo poder que sobre él podían ejercer. Durante su estancia en París incluso se le había ocurrido unirse a los sansimonianos a fin de volverles en contra de alguna de sus propias doctrinas. Todos sus defectos llevaban el sello de familia, y eran los de un hombre poseedor de un buen barítono, cuya ropa le caía bien y que aun en sus gestos más comunes tenía el aire de una innata distinción. ¿Dónde, pues, yacían las manchas de vulgaridad?, pregunta una joven enamorada de esa elegancia despreocupada. ¿Cómo podía existir algún rastro de vulgaridad en un hombre tan bien educado, tan ambicioso de distinción social, tan generoso y poco corriente en sus puntos de vista respecto a sus deberes sociales? Pues con idéntica facilidad con la que se encuentra necedad en un genio si se le coge a traspié en el tema equivocado o de la misma manera que muchos hombres con la mejor voluntad para hacer progresar el milenio social podrían no estar positivamente inspirados al imaginarse sus placeres más livianos, incapaces de ir más allá de la música de Offenbach o de la brillante chispa de la última parodia. Las manchas de vulgaridad de Lydgate residían en la textura de sus prejuicios, la mitad de los cuales, a pesar de la amabilidad y las nobles intenciones, eran los mismos que se encuentran en los hombres corrientes que pueblan el mundo; esa elegancia mental perteneciente a su ardor intelectual no penetraba su sensibilidad y su criterio respecto al mobiliario, a las mujeres, o al deseo de que se supiera (sin que él lo dijera) que provenía de mejor cuna que otros médicos rurales. No era su intención pensar por el momento en mobiliario alguno, pero cuando así lo hiciera, era de temer que ni la biología ni los planes de reforma le elevarían por encima de la vulgaridad de creer que existiría una incompatibilidad si sus muebles no eran los mejores. En cuanto a las mujeres, ya en una ocasión se había visto arrastrado por una impetuosa locura, que determinó sería la última, puesto que el matrimonio en un periodo lejano no sería impetuoso. Para quienes quieran comprender a Lydgate es conveniente que conozcan el caso de impetuosa locura, puesto que puede servir de ejemplo del abrupto cambio de pasión al que era susceptible, unido a la caballerosa amabilidad que le convertía en moralmente entrañable. La historia se resume en pocas palabras. Ocurrió mientras estudiaba en París y justo en el momento en que, sobreponiéndose a su otra labor, se encontraba ocupado con unos experimentos galvánicos. Una noche, cansado de sus experimentos e incapaz de extraer los datos que precisaba, dejó que las ranas y los conejos descansaran de las misteriosas y pesadas descargas a las que se veían misteriosamente sometidos y partió a concluir el día en el teatro Porte Saint Martin donde se representaba un melodrama que ya había visto en diversas ocasiones, atraído no por el ingenioso trabajo de los coautores, sino por una actriz que apuñalaba a su amante confundiéndole con el perverso duque de la obra. Lydgate estaba enamorado de esta artista como se enamoran los hombres de la mujer con quien jamás esperan hablar. Era de Provenza, de ojos oscuros, perfil griego y forma redondeada y majestuosa, con ese tipo de belleza que incluso en la juventud refleja una dulce madurez y con una voz como un suave arrullo. Llevaba poco tiempo en París y tenía una virtuosa reputación; su esposo trabajaba con ella en la obra haciendo el papel del infortunado amante. Sus dotes de artista eran puramente «discretas», pero el público estaba satisfecho. El único solaz de Lydgate en esa época era ir a ver a aquella mujer, de la misma manera que se hubiera tumbado un rato bajo el suave viento del sur en un campo de violetas, sin perjuicio de su galvanismo, el cual retomaría en breve. Mas esta noche el antiguo drama incluía una nueva catástrofe. En el momento en que la heroína había de simular el apuñalamiento de su amante y él debía caerse al suelo elegantemente, la esposa clavó la daga de verdad en el marido, quien cayó muerto. Un penetrante grito recorrió el teatro y la provenzal se desmayó; la obra exigía un grito y un desmayo, pero éste fue auténtico en esta ocasión. Lydgate saltó y trepó al escenario sin saber cómo, y ayudó activamente, conociendo personalmente a su heroína al encontrarle una contusión en la cabeza y levantarla dulcemente entre sus brazos. París se conmovió con la historia de esta muerte; ¿sería un asesinato? Algunos de los más ardientes admiradores de la actriz se sentían inclinados a creer en su culpabilidad, razón por la cual les gustó aún más (tal era el gusto de la época), pero Lydgate no se contaba entre éstos. Abogó vehementemente por su inocencia y la distante pasión impersonal que despertaba en él su belleza se tornó ahora en devoción y preocupación por la suerte de la actriz. La idea del asesinato era absurda; no se descubrió motivo alguno, pues la pareja parecía adorarse mutuamente y existían precedentes de que un traspié accidental había acarreado graves consecuencias. La investigación legal concluyó con la puesta en libertad de Madame Laure. Para entonces Lydgate la había visto en varias ocasiones y cada vez la encontraba más adorable. Hablaba poco, lo que constituía un encanto añadido. Era melancólica y parecía agradecida; bastaba con su presencia, como ocurre con la luz del atardecer. Lydgate estaba loco por su afecto y celoso, no fuera que otro hombre se lo granjeara y le pidiera que se casara con él. Pero en lugar de reanudar su contrato con el Porte Saint Martin, donde hubiera sido tanto más popular debido al fatal episodio, se marchó de París sin previo aviso, abandonando su pequeña corte de admiradores. Tal vez nadie indagara por su paradero largo tiempo salvo Lydgate, para quien la ciencia se detuvo al imaginarse a la triste Laure, afligida por el dolor, vagabundeando sin hallar un consolador fiel. Pero las artistas ocultas no resultan tan difíciles de hallar como otros datos escondidos y Lydgate no tardó en recabar la información de que Laure había tomado la ruta de Lyons. Finalmente la encontró actuando con mucho éxito y con el mismo nombre en Aviñón, más majestuosa que nunca en el papel de madre desvalida con su criatura en brazos. Habló con ella tras la representación, fue recibido con la misma paz que se le antojaba hermosa como las claras profundidades del agua y obtuvo permiso para visitarla al día siguiente, cuando estaba decidido a decirle que la adoraba y a pedirle que se casara con él. Sabía que era como el repentino impulso de un demente, poco acorde incluso con sus habituales debilidades. ¡Daba igual! Estaba decidido a hacerlo. Era como si existieran dos seres en él y debían aprender a acoplarse el uno al otro y soportar los mutuos impedimentos. Es curioso que algunos de nosotros, con ágil visión alternativa, veamos más allá de nuestro encaprichamiento, e incluso mientras dura nuestro desvarío, contemplemos la espaciosa llanura donde nos aguarda, detenido, nuestro ser más estable. El haberse acercado a Laure con cualquier galanteo que no fuera reverencialmente afectuoso hubiera constituido sencillamente una contradicción de todos los sentimientos que por ella sentía.

—¿Ha venido desde París para encontrarme? —le preguntó al día siguiente, sentada frente a él con los brazos cruzados y observándole con la asombrada mirada de un animal rumiante por domar—. ¿Son así todos los ingleses?

—Vine porque no podía vivir sin tratar de verla. Está sola; la quiero; quiero que acceda a ser mi esposa. Esperaré, pero quiero que me prometa que se casará conmigo y con nadie más.

Laure le miró en silencio, con melancólico fulgor en los hermosos ojos hasta que Lydgate se sintió embargado por una certeza desbordante y se arrodilló junto a ella.

—Le diré una cosa —dijo ella, con su voz arrullante y manteniendo los brazos cruzados—. Me escurrí de verdad.

—Lo sé, lo sé —dijo Lydgate con desaprobación—. Fue un fatal accidente, un terrible golpe del destino que me unió aún más a usted.

De nuevo Laure hizo una pausa y a continuación dijo lentamente:

—Lo hice a propósito.

Lydgate, fuerte como era, palideció y tembló; parecieron transcurrir unos momentos antes de que se levantara y se alejara un poco de ella.

—Entonces, habría algún secreto —dijo finalmente casi con vehemencia—. Debió ser cruel con usted y le odiaba.

—¡Qué va! Me tediaba; era demasiado cariñoso; quería vivir en París y no en mi tierra y eso no me gustaba.

—¡Dios santo! —gimió Lydgate con horror—. ¿Y planeó su asesinato?

—No lo planeé; se me ocurrió durante la representación y lo hice a propósito.

Lydgate permaneció mudo e inconscientemente se puso el sombrero mientras la miraba. Vio a esta mujer, la primera a quien había entregado su juvenil ardor, entre la multitud de necios criminales.

—Es usted un joven bueno —dijo Laure—. Pero me disgustan los maridos. Nunca tendré otro.

Tres días más tarde Lydgate volvía a encontrarse con su galvanismo en sus aposentos de París, con la convicción de que las ilusiones habían terminado para él. La enorme bondad y confianza en poder mejorar la vida humana le salvaron de los efectos endurecedores. Pero ahora que tenía tanta experiencia tenía más motivos que nunca para fiarse de su juicio. A partir de aquí mantendría para con las mujeres un punto de vista estrictamente científico, sin abrigar otras esperanzas que las que estuvieran justificadas de antemano.

Era improbable que nadie en Middlemarch tuviera de Lydgate una idea como la que aquí se ha esbozado levemente, y los respetables vecinos del pueblo no estaban más dados que la mayoría de los mortales a un intento de exactitud por representarse aquello que no caía dentro de sus propias experiencias. No eran sólo las jóvenes vírgenes de la ciudad, sino los hombres de encanecidas barbas quienes con frecuencia se afanaban por lucubrar cómo podrían atraer hacia sus propios fines al nuevo personaje, satisfechos con un precario conocimiento respecto de cómo le había ido moldeando la vida para ese fin. De hecho, Middlemarch contaba con engullir a Lydgate y asimilarle con harta comodidad.

CAPÍTULO CUATRO

El tema de si el señor Tyke debía ser nombrado capellán retribuido en el hospital era un tópico emocionante para los vecinos de Middlemarch y Lydgate oyó hablar de él en términos que arrojaron mucha luz sobre el poder que el señor Bulstrode ejercía en la ciudad. Era evidente que el banquero era un dirigente, pero había un partido de oposición e incluso entre quienes le apoyaban había algunos que dejaban entrever que su ayuda era un acuerdo y manifestaban sinceramente su impresión de que el esquema general de las cosas, y en especial los percances del comercio, exigían que se le pusiera una vela al diablo.

El poder del señor Bulstrode no obedecía simplemente al hecho de ser un banquero rural conocedor de los secretos financieros de la mayoría de los comerciantes de la ciudad y con potestad para tocar las fuentes de su crédito; estaba reforzado por una magnanimidad presta y severa a un tiempo: presta a conceder favores y severa en la observación de resultados. Había acaparado, como suelen hacer en sus puestos los hombres industriosos, una parte mayoritaria en la administración de las instituciones benéficas de la ciudad y sus caridades privadas eran tanto diminutas como abundantes. Se tomó grandes molestias para poner de aprendiz al hijo de Tegg el zapatero y vigilaba estrechamente sus idas a la iglesia; defendía a la señora Strype, la lavandera, de la injusta exacción de Stubb a cuenta de su zona de secado y escudriñaba cualquier calumnia contra ella. Sus pequeños préstamos privados eran numerosos, pero investigaba a fondo las circunstancias tanto antes como después. Esta es la forma en la que un hombre va acumulando poder, sobre las esperanzas y los temores de sus vecinos, así como la gratitud de éstos, y el poder, una vez se infiltra en esa sutil región, se propaga, extendiéndose fuera de toda proporción a sus medios externos. Era un principio para el señor Bulstrode el adquirir el máximo poder posible, a fin de poderlo emplear para gloria de Dios. Pasaba por grandes conflictos espirituales y discusiones consigo mismo para ajustar sus motivos y clarificarse a sí mismo qué era lo que requería la gloria de Dios. Pero, como ya hemos visto, no siempre se apreciaban correctamente sus motivos. Muchas eran las mentes obtusas de Middlemarch, cuyas balanzas reflexivas sólo podían pesar las cosas a bulto y éstas tenían la fuerte sospecha de que puesto que el señor Bulstrode, con lo poco que comía y bebía, y las preocupaciones que tenía, no disfrutaba como ellos de la vida, la sensación de dominio debía proporcionarle una especie de festín de vampiro. El tema de la capellanía surgió en torno a la mesa del señor Vincy cuando Lydgate cenaba allí y observó que la relación de parentesco con el señor Bulstrode no impidió la libertad de comentarios incluso por parte del propio anfitrión, aunque sus razones en contra del arreglo propuesto descansaban únicamente sobre su objeción a los sermones del señor Tyke, que eran todo doctrina, y su preferencia por el señor Farebrother, cuyos sermones estaban exentos de ese tinte. Al señor Vincy le gustaba lo suficiente la idea de que el capellán tuviera un sueldo, siempre y cuando fuera Farebrother quien lo recibiera, personaje bueno donde lo hubiera y el mejor predicador del mundo, además de amigable.

—¿Qué línea adoptará usted, pues? —preguntó el señor Chichely, el oficial de juzgado, gran compañero de caza del señor Vincy.

—Estoy encantado de no ser ahora uno de los directivos. Votaré porque remitan el asunto a la Dirección y a la junta Médica. Depositaré sobre sus hombros, doctor, parte de mi responsabilidad —dijo el señor Vincy, mirando primero al doctor Sprague, el médico más antiguo de la ciudad y después a Lydgate, que estaba sentado enfrente—. Así que los señores médicos deben consultar qué tipo de negra poción recetarán ¿no Lydgate?

—Sé poco de cualquiera de los dos —dijo Lydgate—, pero por lo general los nombramientos suelen ser con demasiada frecuencia un asunto de amistad personal. El hombre más adecuado para determinado puesto no es siempre el mejor o el más agradable. Hay ocasiones en las que, de quererse una reforma, habría que jubilar a todos esos tipos estupendos a quienes todo el mundo aprecia, excluyéndoles del tema. El doctor Sprague, considerado el médico de más «peso», si bien solía decirse que el doctor Minchin tenía más «penetración», despojó su rostro amplio y fuerte de toda expresión y dirigió su mirada a la copa de vino mientras Lydgate hablaba. Todo cuanto respecto de este joven no era problemático y predictible (como por ejemplo cierto alarde de ideas extranjeras y una inclinación por remover lo que sus mayores habían ya organizado y olvidado) resultaba decididamente desagradable para un médico cuya reputación estaba consolidada desde hacía treinta años por un tratado sobre la meningitis, al menos una copia del cual, marcada como «propia», estaba encuadernada en piel. Personalmente comprendo bastante al doctor Sprague, pues la autosatisfacción es un tipo de propiedad desgravada que molesta ver devaluada.

El comentario de Lydgate no encontró eco entre la concurrencia. El señor Vincy opinó que, de hacerse las cosas a su gusto, no pondría en ningún puesto a gente desagradable.

—¡Al diablo con sus reformas! —dijo el señor Chichely—. No hay mayor farsa en el mundo. Jamás se oye hablar de reforma que no sea un truco para colocar a gente nueva. Espero, señor Lydgate, que no sea usted uno de los hombres del Lancet, una revista que pretende arrebatarle mi función a la profesión legal. Sus palabras parecen apuntar a eso.

—Nadie está menos de acuerdo con Wakley que yo —interrumpió el doctor Sprague—; es un ser mal intencionado que sacrificaría la respetabilidad de la profesión, que todos saben que depende de los Colegios de Londres, en aras a su propia notoriedad. Hay hombres a quienes no les importa que les pongan verdes con tal de que se hable de ellos. Pero hay veces que Wakley tiene razón —añadió sentenciosamente el doctor—. Podría mencionar uno o dos puntos en los que tiene razón.

—Bueno —dijo el señor Chichely—. No culpo a nadie por defender su negocio, pero yendo al grano, me gustaría saber cómo va un oficial de la corona a juzgar las pruebas si carece de formación jurídica.

—En mi opinión —dijo Lydgate—, la formación jurídica sólo hace más incompetentes a los hombres en aquellos temas que requieren conocimientos de otra índole. La gente habla de pruebas como si de verdad se pudieran pesar en una balanza por una justicia ciega. Nadie puede juzgar la validez de una prueba en determinado tema salvo que conozca ese tema bien. En un examen postmortem, un abogado no es de mayor utilidad que una vieja. ¿Cómo puede saber cómo actúa un veneno? Es como decir que la métrica enseña a medir la producción de patatas.

—Supongo que sabe usted que no es competencia del oficial llevar a cabo el postmortem, sino tomar nota del testimonio del médico, ¿no? —dijo el señor Chichely con cierto desprecio.

—Quien a menudo es tan ignorante como el propio oficial —dijo Lydgate—. Los asuntos de jurisprudencia médica no se debieran confiar al azar de un conocimiento serio por parte del testimonio médico, y el oficial no debiera ser alguien que cree que la estricnina destruye las capas del estómago si resulta que así le informa un facultativo ignorante.

Lydgate había olvidado que Chichely era el oficial de su Majestad y terminó ingenuamente con la pregunta.

—¿No está de acuerdo conmigo, doctor Sprague?

—Hasta cierto punto…, y respecto a distritos muy poblados y en la metrópolis —dijo el doctor—. Pero espero que transcurran muchos años antes de que esta parte del país pierda los servicios de mi amigo Chichely, aunque fuera nuestro mejor colega quien le sustituyera. Estoy seguro de que Vincy estará de acuerdo conmigo.

—Por supuesto; denme un oficial que sea buen cazador —dijo el señor Vincy jovialmente.

—Y en mi opinión, con un abogado se está más seguro. Nadie puede saberlo todo. La mayoría de las cosas son «inspiraciones de Dios». Y en cuanto a envenenamiento, lo que se precisa es conocer la ley. Venga, ¿les parece que nos reunamos con las señoras?

Era la opinión de Lydgate que Chichely bien pudiera ser el oficial sin prejuicios respecto de las capas del estómago, pero no había sido su intención ser indiscreto. Esta era una de las dificultades de moverse entre la buena sociedad de Middlemarch: era peligroso insistir en que para cualquier cargo remunerado, el conocimiento era un requisito. Fred Vincy le había llamado pedante y ahora el señor Chichely se sentía inclinado a llamárselo también, sobre todo cuando en el salón le vio intentando agradar a Rosamond, a quien había monopolizado fácilmente en un téte-à-téte, ya que la señora Vincy se encontraba sentada a la mesa del té. No delegaba ninguna función doméstica en su hija y el sonrosado y amable rostro de esta matrona con sus cintas rosas demasiado volátiles flotando en torno al hermoso cuello y su alegre actitud para con marido e hijos era sin duda uno de los grandes atractivos de la casa de los Vincy, atractivos que facilitaban el enamorarse de la hija. El punto de vulgaridad poco pretenciosa e inofensiva de la señora Vincy hacía resaltar aún más el refinamiento de Rosamond, mayor del que Lydgate había esperado.

Por descontado que un pie pequeño y unos hombros bien moldeados contribuyen a la impresión de buenos modales, y el comentario oportuno parece extraordinario cuando va acompañado de una exquisita curvatura de los labios y los párpados. Y Rosamond sabía hacer comentarios oportunos, pues era inteligente con esa clase de inteligencia que abarca todos los tonos menos el humorístico. Felizmente, jamás bromeaba y ésta constituía tal vez la caracterización más decisiva de su talento.

Ella y Lydgate entraron pronto en conversación. Él lamentó no haberla oído cantar el otro día en Stone Court. El único placer que se otorgara a sí mismo durante la última parte de su estancia en París había sido escuchar música.

—Probablemente haya usted estudiado música —dijo Rosamond.

—No; conozco los trinos de múltiples pájaros, y muchas melodías de oído; pero me deleita la música que desconozco totalmente, aquella sobre la que no tengo noción me llega más. ¡Qué necio es este mundo que no goza más con este placer que tiene a su alcance!

—Sí, y encontrará a Middlemarch muy mudo musicalmente. Apenas hay ningún músico bueno. Yo sólo conozco a dos caballeros que canten bien.

—Supongo que es la moda el cantar canciones cómicas con ritmo, dejándole a uno que proporcione la música, algo así como si se golpeara un tambor.

—Ha oído usted al señor Bowyer —dijo Rosamond con una de sus parcas sonrisas—. Pero estamos hablando mal de nuestros vecinos.

Lydgate casi olvidó que debía mantener la conversación al pensar en la hermosura de Rosamond, su vestido del más pálido azul celeste, ella misma inmaculadamente rubia, como si los pétalos de alguna gigantesca flor se acabaran de abrir desvelándola, al tiempo que, sin embargo, esta infantil palidez demostraba tanta elegancia y dominio. Desde que conociera a Laure, Lydgate había perdido todo el gusto por el silencio de grandes ojos; la vaca sagrada ya no le atraía y Rosamond era totalmente su antónimo. Pero se sobrepuso.

—Espero que me permitirá escuchar algo de música esta noche.

—Le permitiré escuchar mis intentos, si quiere —dijo Rosamond—. Seguro que papá insistirá en que cante. Pero temblaré ante usted que ha oído a los mejores cantantes en París. Yo he oído a pocos; sólo he estado en Londres en una ocasión. Pero nuestro organista de St. Peter es un buen músico y sigo estudiando con él.

—Cuénteme lo que vio en Londres.

—Muy poco —alguien más ingenuo hubiera contestado «¡Todo!». Pero Rosamond era más hábil—. Cosas corrientes que siempre gustan a las incultas chicas de campo.

—¿Se considera una inculta chica de campo? —dijo Lydgate con acentuada e involuntaria admiración que hizo que Rosamond se sonrojara de placer. Pero permaneció seria y volvió un poco el esbelto cuello, levantando la mano hasta tocar las hermosas trenzas, un gesto habitual en ella tan gracioso como el movimiento de las patas de un gatito. Y no es que Rosamond se pareciera lo más mínimo a un gatito: era una sílfide, capturada joven y educada por la señora Lemon.

—Le aseguro que mi mente está por cultivar —contestó al punto—. En Middlemarch paso. No temo hablar con nuestros ancianos vecinos. Pero usted me asusta.

—Una mujer educada casi siempre sabe más que nosotros los hombres, aunque sus conocimientos sean de índole diferente. Estoy seguro de que usted me podría enseñar miles de cosas, igual que un ave exquisita podría enseñarle a un oso si existiera entre ellos un idioma común. Afortunadamente entre los hombres y las mujeres existe un lenguaje común y de ese modo los osos pueden instruirse.

—¡Ahí está Fred empezando a tocar! Debo ir a impedirle que destroce los nervios de todos ustedes —dijo Rosamond dirigiéndose al otro lado de la estancia donde Fred, tras abrir el piano por deseo de su padre para que Rosamond les deleitara, tocaba Cherry Ripe patéticamente con una mano. Hombres muy hábiles que han pasado sus exámenes hacen en ocasiones estas cosas no menos que el suspenso Fred.

—Fred, te ruego que pospongas hasta mañana tus prácticas; vas a hacer que el señor Lydgate enferme —dijo Rosamond—. Tiene oído, ¿sabes?

Fred se rio y siguió hasta el final de su melodía. Rosamond se volvió a Lydgate y sonriendo levemente dijo:

—Comprobará que los osos no siempre se dejan enseñar.

—¡Pues venga, Rosy! —dijo Fred levantándose del taburete y girándolo para subírselo con campechana anticipación de disfrute—. Danos primero unas melodías animadas.

Rosamond tocaba admirablemente. Su maestro en la escuela de la señora Lemon (cercana a una ciudad de memorable historia que tenía sus reliquias en iglesia y castillo) había sido uno de esos excelentes músicos que se encuentran dispersos por nuestras provincias, digno de compararse con algún notable Kapellmeister de un país que ofrece mejores condiciones de celebridad musical. Rosamond, con el instinto del intérprete, había captado su forma de tocar y llevaba a cabo la interpretación de la noble música del maestro con la precisión del eco. Oírla por primera vez, resultaba asombroso. De los dedos de Rosamond parecía fluir un alma oculta; y de hecho así era, puesto que las almas continúan viviendo en ecos perpetuos y toda hermosa expresión incluye una actividad originaria, aunque sólo sea la del intérprete. Lydgate quedó embrujado y empezó a creer que Rosamond era algo excepcional. Al fin y al cabo, pensó, no debe sorprendernos encontrar extrañas conjunciones de la naturaleza en circunstancias aparentemente desfavorables: doquiera que se den, siempre dependen de condiciones que no son evidentes. Permaneció sentado mirándola y no se levantó a alabarla; eso, ahora que era más profunda su admiración, se lo dejaba a los demás.

Cantaba menos espectacularmente, pero con técnica, y resultaba agradable, como una tonadilla perfectamente afinada. Cierto que cantó Meet me by the moonlight y I've been roaming, pues los mortales han de compartir las modas de su época y sólo los antiguos pueden ser eternamente clásicos. Pero Rosamond también sabía cantar bien Black-eyed Susan o las cancioncillas de Haydn, o Voi, che sapete o Batti, batti: tan sólo quería saber lo que le gustaba a su público.

Su padre contempló la concurrencia, deleitándose con su admiración. Su madre estaba sentada, como una Niobe antes de sus tormentos, con su hija menor sobre el regazo, subiendo y bajando la mano de la criatura al compás de la música. Y Fred, pese a su escepticismo general respecto de Rosy, escuchaba su música con absoluta devoción, deseando que con su flauta pudiera hacer lo mismo. Fue la fiesta familiar más agradable de cuantas había visto Lydgate desde que llegara a Middlemarch. Los Vincy tenían esa predisposición al disfrute, ese rechazo a la ansiedad y ese creer en la vida como una fiesta que hacía de una casa así una excepción en la mayoría de las ciudades pequeñas de esa época, en la que el evangelismo había arrojado cierta sospecha de plaga-infección sobre las escasas diversiones que llegaban hasta las provincias. En casa de los Vincy siempre se jugaba al whist y las mesas de cartas se encontraban ahora dispuestas haciendo que parte de la concurrencia se sintiera íntimamente impaciente con la música. Antes de que ésta concluyera entró el señor Farebrother, un hombre de unos cuarenta años, bien parecido y de anchos hombros, pero por lo demás menudo, cuyo traje estaba harto desgastado; todo el brillo residía en sus ágiles ojos grises. Llegó como un agradable cambio de luz, cogiendo a la pequeña Louisa con paternal arrumaco cuando la señorita Morgan la sacaba de la habitación, saludando a todo el mundo con alguna frase especial y condensando más conversación en diez minutos de la que se había mantenido durante toda la velada. Reclamó de Lydgate el cumplimiento de una promesa de pasar a verle.

—Verá, no puedo liberarle de su palabra porque tengo unos cuantos escarabajos que enseñarle. Nosotros los coleccionistas nos interesamos por todo ser recién llegado hasta que ha visto cuanto tenemos por enseñarle.

Pero pronto se dirigió hacia la mesa de whist, frotándose las manos y diciendo:

—¡Bueno venga, seriedad! ¿Señor Lydgate? ¿Que no juega? Es usted demasiado joven y ligero para este tipo de cosas.

Lydgate se dijo a sí mismo que el clérigo, cuyas destrezas le resultaban tan dolorosas al señor Bulstrode, parecía haber encontrado un refugio agradable en este hogar ciertamente no erudito. Medio lo entendía: el buen humor, la belleza de jóvenes y mayores y la disposición para pasar el tiempo sin exigencias sobre la inteligencia podían hacer atractiva la casa para gentes sin ocupación especial en sus horas libres.

Todos estaban exultantes y contentos salvo la señorita Morgan que parecía amodorrada, aburrida y resignada y, en definitiva, como solía decir la señora Vincy, justo el tipo de persona para ser institutriz. Lydgate no tenía la intención de hacer muchas visitas de este tipo. Eran una manera lamentable de perder la noche y proponía disculparse y marcharse en cuanto hubiera hablado un poco más con Rosamond.

—Estoy segura de que los de Middlemarch no le gustaremos —dijo Rosamond, una vez se hubieron asentado los jugadores de cartas—. Somos muy sosos y usted está acostumbrado a cosas bien distintas.

—Supongo que todas las ciudades de provincias son muy parecidas —dijo Lydgate—. Pero sí he comprobado que uno siempre cree que la ciudad propia es la más insulsa de todas. Me he propuesto aceptar Middlemarch tal y como es y me complacería mucho que la ciudad hiciera lo mismo conmigo. Lo cierto es que aquí he encontrado encantos mayores de lo que esperaba.

—Se refiere a los paseos a caballo hacia Tipton y Lowick; a todo el mundo le gustan —dijo Rosamond con sencillez.

—No, me refiero a algo mucho más cercano. Rosamond se levantó y tocándose la redecilla dijo:

—¿Le gusta bailar? No estoy muy segura de que los hombres inteligentes bailen.

—Bailaría con usted si me lo permitiera.

—¡Bueno! —exclamó Rosamond, con una leve risa de disculpa—, sólo iba a decir que de vez en cuando damos un baile y quería saber si se sentiría ofendido si le invitáramos a venir.

—No, si se diera la condición que he mencionado. Concluida esta charla, Lydgate pensaba en marcharse, pero al dirigirse a la mesa de whist le interesó el juego del señor Farebrother, que era extraordinario, así como su rostro, una chocante mezcla de astucia y docilidad. A las diez sirvieron la cena (tales eran las costumbres de Middlemarch) y se bebió ponche; pero el señor Farebrother sólo tomó un vaso de agua. Iba ganando, pero no parecía existir motivo para que terminara la renovación de fichas, y Lydgate finalmente se despidió.

Pero como aún no eran las once, decidió caminar en la fría noche hacia la torre de St. Botolph, la iglesia del señor Farebrother, que, a la luz de las estrellas, se destacaba negra, cuadrada y maciza. Era la iglesia más antigua de Middlemarch; el beneficio, sin embargo, era tan sólo una vicaría de apenas cuatrocientas libras anuales. Lydgate había oído hablar de eso y se preguntó si al señor Farebrother le preocuparía el dinero que ganaba a las cartas al tiempo que pensaba «Parece un ser muy agradable, pero quizá Bulstrode tenga sus buenas razones». Muchas eran las cosas que se le simplificarían a Lydgate si Bulstrode resultara por lo general tener razón. «¿Y a mí que más me da su doctrina religiosa si con ella aporta buenas ideas? Hay que servirse de aquellas mentes que encontramos».

Estos fueron los primeros pensamientos de Lydgate así que se alejaba de la casa del señor Vincy, debido a lo cual me temo que muchas damas no le consideren dignas de su atención. Rosamond y su música sólo ocuparon un segundo lugar en sus pensamientos y aunque, cuando le llegó el turno a ella, su imagen le acompañó durante el resto del paseo, no sintió agitación ni sensación alguna de que una nueva corriente hubiera entrado en su vida. No podía casarse aún; no deseaba hacerlo hasta dentro de unos años y por tanto no estaba dispuesto a recrearse con la idea de estar enamorado de una joven a la que casualmente admiraba. Y admiraba mucho a Rosamond; pero no creía que esa demencia que le asediara una vez con Laure se volviera a dar con respecto a otra mujer. De todos modos, si de enamorarse se hubiera tratado, no hubiera habido ningún peligro con una persona como esta señorita Vincy, poseedora del tipo de inteligencia que uno desea en las mujeres: educada, dócil, abocada a colmar todas las delicadezas de la vida y todo ello encerrado en un cuerpo que expresaba esto con un vigor demostrativo que excluía la necesidad de más pruebas. Lydgate estaba convencido de que, si se casaba alguna vez, su esposa irradiaría feminidad, esa feminidad que ha de catalogarse junto con las flores y la música, ese tipo de hermosura que es virtuosa por naturaleza, pues ha sido moldeada exclusivamente para los gozos puros y delicados.

Pero puesto que no tenía intención de casarse en los próximos cinco años, su tarea más acuciante ahora consistía en estudiar el libro nuevo de Louis sobre la fiebre, que le interesaba especialmente, ya que había conocido a Louis en París y había seguido muchas demostraciones anatómicas a fin de verificar la diferencia específica entre las fiebres tíficas y tifoideas. Se fue a casa y leyó hasta altas horas de la madrugada aportando a este estudio patológico una visión mucho más exigente de los detalles y las relaciones de lo que nunca había creído necesario aplicar a las complejidades del amor y del matrimonio, siendo estos temas en los que se creía harto versado a través de la literatura y de la sabiduría tradicional que se va transmitiendo por vía oral en la conversación genial de los hombres. La fiebre, por el contrario, poseía condiciones oscuras, y le forzaba a ese delicioso trabajo de la imaginación que no es mera arbitrariedad, sino el ejercicio de la fuerza disciplinada; le forzaba a combinar y construir con clara visión de las probabilidades y una obediencia total al conocimiento, y además, en una alianza más enérgica con la imparcial naturaleza, le forzaba a mantenerse al margen para poder inventar pruebas mediante las cuales evaluar su propio trabajo.

Se ha alabado a muchos hombres como imaginativos debido a su profusión de indiferentes dibujos o narraciones baratas: informes de nimias cosas que ocurrían en orbes lejanas, retratos de Lucifer como un ser feo con alas de murciélago y destellos fosforescentes encaminándose a ejecutar sus maldades, o desmedidos desenfrenos que parecen reflejar la vida en un sueño enfermizo.

Pero estos tipos de inspiración le resultaban a Lydgate vulgares y vinosas si las comparaba con la imaginación que revela las acciones sutiles inaccesibles a cualquier lente, y que hay que rastrear en la oscuridad exterior por largos senderos de secuencia necesaria iluminada por la luz interior, que es el último refinamiento de la energía, capaz de bañar incluso los átomos etéreos en su espacio iluminado idealmente. Por su parte, había desechado todas esas invenciones baratas en las que la ignorancia se encuentra cómoda y capaz; estaba enamorado de esa ardua invención que es el mismísimo centro de la investigación, enmarcando el objetivo provisionalmente y corrigiéndolo hasta lograr más y más precisión de relación. Quería traspasar la oscuridad de esos diminutos procesos que preparan los gozos y las miserias humanas, esos invisibles callejones sin salida que son los escondrijos predilectos de la angustia, la manía y el crimen, ese equilibrio y transición delicada que determinan el desarrollo de la conciencia feliz o infeliz.

Cuando dejó el libro a un lado, estiró las piernas hacia las ascuas de la chimenea y entrelazó las manos detrás de la nuca en el agradable resplandor de la emoción que surge cuando el pensamiento pasa del examen de un objeto específico a la embriagadora sensación de su conexión con el resto de nuestra existencia (como si tras nadar vigorosamente se tumbara de espaldas y flotara con el reposo de la fuerza inagotada), Lydgate experimentó un triunfal gozo en sus estudios y algo próximo a la lástima por aquellos hombres menos afortunados que no eran de su profesión.

«Si de chaval no hubiera optado por esto», pensó, «podría haber acabado haciendo cualquier tipo de trabajo borreguero y viviendo siempre con anteojeras. No hubiera sido feliz con ninguna profesión que no exigiera el máximo esfuerzo intelectual al tiempo que me mantenía en estrecho contacto con mis vecinos. No hay nada como la profesión médica para eso; tienes esa elitista vida científica que toca el horizonte, y también la amistad de los carcamales de la parroquia. Para un clérigo es un poco más difícil; Farebrother parece ser una excepción».

Este último pensamiento le hizo recordar a los Vincy y las imágenes de la velada. Flotaban placenteramente por su pensamiento, y al coger la vela asomó a sus labios esa incipiente sonrisa que suele acompañar los gratos recuerdos. Era una persona ardiente, pero por el momento su ardor estaba absorbido por el amor a su trabajo y la ambición de hacer de su vida un factor reconocido en la mejora de la vida de la humanidad, como otros héroes de la ciencia que no tuvieron otra cosa con la que empezar más que un oscuro ejercicio rural de la profesión.

¡Pobre Lydgate! O tal vez ¡pobre Rosamond! Cada uno vivía en un mundo desconocido para el otro. No se le había ocurrido a Lydgate que él pudiera ser tema de afanosa meditación para Rosamond, quien no tenía ninguna razón para pensar en su matrimonio como una perspectiva distante, ni estudios patológicos que alejaran su mente de ese hábito pensativo, esa interna repetición de miradas, palabras y frases que compone una gran parte de la vida de muchas jóvenes. No había sido su intención mirarla ni hablar con ella con más de la inevitable porción de admiración y alabanza que un hombre debe a una mujer hermosa. Es más, le parecía que, por temor a caer en la grosería de manifestar su enorme sorpresa ante la habilidad de Rosamond, había silenciado casi demasiado el disfrute que experimentara con su música. Pero Rosamond había anotado cada mirada y cada palabra, que consideraba como los incidentes iniciales de un romance preconcebido, incidentes que van cobrando valor a partir del desarrollo y clímax previstos. En las fantasías de Rosamond no era preciso imaginarse muchas cosas respecto de la vida interior del héroe ni de sus ocupaciones serias en el mundo. Por descontado que tenía una profesión y era inteligente además de lo bastante bien parecido, pero lo más atractivo de Lydgate era su buena cuna, que le diferenciaba de los admiradores de Middlemarch y presentaba el matrimonio como una posibilidad de subir de rango y acercarse un poco más a esa condición celestial sobre la tierra en la que no tendría nada que ver con el vulgo y tal vez, al fin, la asociara a parientes semejantes a la gente de la región que miraban a los vecinos de Middlemarch por encima del hombro. Formaba parte integrante de la inteligencia de Rosamond el distinguir con mucha sutileza el más leve aroma de rango, y cuando en una ocasión vio a las señoritas Brooke acompañando a su tío en las sesiones judiciales del condado sentadas junto a la aristocracia, las había envidiado, a pesar de sus trajes sencillos.

Si se considera increíble que el imaginarse a Lydgate como un hombre de buena familia pudiera producir espasmos de satisfacción relacionados de alguna manera con la sensación de que Rosamond estuviera enamorada de él, habré de rogar que se utilice con mayor efectividad la capacidad de comparación, y se considere si la tela roja y las charreteras no han tenido nunca influencias de esa índole. Nuestras pasiones no viven aisladas y encerradas en habitaciones, sino que, vestidas con su pequeño guardarropas de ideas, traen sus provisiones a la mesa común, de la cual se nutren y alimentan según el apetito.

Rosamond estaba entregada por completo no exactamente a Tertius Lydgate tal y como era él, sino a su relación con ella, y era comprensible que una chica que estaba acostumbrada a oír que todos los jóvenes podrían estar, estarían o estaban enamorados de ella, pensara que Lydgate no sería una excepción. Sus palabras y miradas tenían más significado para ella porque le importaban más: pensaba en ellas con diligencia y con la misma diligencia atendía esa perfección de aspecto, comportamiento, sentimientos y otras elegancias que hallarían en Lydgate el pretendiente más adecuado de entre los que hasta el momento había conocido.

Pues Rosamond, aunque jamás haría nada que le resultara desagradable, era trabajadora, y ahora más que nunca se aplicaba a sus dibujos de paisajes y carros y retratos de amigos, a sus prácticas de música y a responder, desde por la mañana hasta por la noche, a su ideal de la dama perfecta, teniendo siempre un público en su propia conciencia, con el ocasional y bienvenido añadido de un público externo variable compuesto por las numerosas visitas que iban a la casa. También encontraba tiempo para leer las mejores e incluso las no mejores novelas y recitaba bastantes poesías de memoria. Su poema predilecto era Lalla Rookh.

«¡Lo mejor del mundo! ¡Dichoso el que se la lleve!» era el sentimiento de los caballeros mayores que visitaban a los Vincy. Y los jóvenes rechazados consideraban intentarlo de nuevo, como es costumbre en las ciudades rurales donde el horizonte no se ve poblado de rivales. Pero la señora Plymdale pensaba que a Rosamond se la había educado hasta límites ridículos, pues ¿de qué servían tantos remilgos si quedarían a un lado en cuanto se casara? Por otro lado, su tía Bulstrode, que sentía una fidelidad fraternal por la familia de su hermano, deseaba dos cosas para Rosamond: que fuera un poco más seria y que encontrara un marido cuya fortuna estuviera de acuerdo con los hábitos de su sobrina.

CAPÍTULO CINCO

El reverendo Camden Farebrother, a quien Lydgate fue a ver al día siguiente por la tarde, vivía en una vieja casa parroquial de piedra lo bastante venerable como para estar en consonancia con la iglesia a la que daba. Todo el mobiliario de la casa era, asimismo, viejo, pero en otro grado: el del padre y abuelo del señor Farebrother. Había sillas pintadas de blanco, con dorados y guirnaldas y restos de seda roja adamascada un poco abierta. Había grabados de retratos de presidentes de la cámara de los Lores y otros abogados célebres del siglo pasado; y había también enormes espejos que los reflejaban, así como pequeñas mesas de satín y sofás que parecían la prolongación de incómodas sillas, todo ello destacando contra la oscura madera que revestía las paredes. Tal era la fisonomía del cuarto de estar al que pasó Lydgate, donde le recibieron tres señoras también obsoletas y de marchita pero auténtica respetabilidad. Estas eran la señora Farebrother, canosa madre del vicario, llena de volantes y pañuelos de delicada pulcritud, erguida y vivaz y aún en los sesenta; la señorita Noble, su hermana, una diminuta viejecita de aspecto más dócil y volantes y pañuelos decididamente más usados y remendados; y la señorita Winifred Farebrother, la hermana mayor del vicario, bien parecida como él, pero apocada y encogida como suelen ser las mujeres solteras cuyas vidas transcurren en una ininterrumpida sumisión a sus mayores. Lydgate no había esperado encontrarse con un grupo tan pintoresco. Sabedor tan sólo de que el señor Farebrother estaba soltero, había supuesto que le pasarían a un refugio donde el principal mobiliario probablemente consistiera en libros y colecciones de objetos naturales. El propio vicario parecía tener un aspecto bastante distinto, como suele ocurrirles a muchos hombres cuando sus conocidos les ven por primera vez en sus propios hogares, llegando algunos a parecer actores geniales representando el papel mal adjudicado de cascarrabias en una obra nueva. No era éste el caso del señor Farebrother, que aquí se mostraba más apaciguado y silencioso, siendo su madre el principal orador, mientras él intercalaba de cuando en cuando un comentario moderador y humorístico. Era evidente que la anciana señora estaba acostumbrada a indicarles a sus acompañantes lo que debían opinar y no considerar seguro ningún tema que ella no dirigiera. Contaba con solaz para esta función al verse atendida en todas sus pequeñas necesidades por la señorita Winifred. Entretanto, la diminuta señorita Noble portaba en el brazo una pequeña cesta en la que introducía un poco de azúcar que previamente había dejado caer como por error en el platito, mirando furtivamente después alrededor y volviendo de nuevo a la taza de té con un inocente ruido como el que pudiera hacer un diminuto y tímido cuadrúpedo. Ruego que nadie piense mal de la señorita Noble. Esa cesta guardaba los pequeños ahorrillos que hacía de la comida más manejable, y estaban destinados a los hijos de sus amistades pobres entre quienes se paseaba las mañanas que hacía bueno, pues el proteger y cuidar a toda criatura necesitada le producía un placer tan espontáneo que casi lo consideraba como un amable vicio al que era adicta. Tal vez fuera consciente de que la tentaba robar a quienes poseían mucho a fin de podérselo dar a quienes no poseían nada y llevaba en su conciencia la culpabilidad de ese deseo reprimido. ¡Hay que ser pobre para apreciar el lujo de dar!

La señora Farebrother saludó al invitado con alegre formalidad y precisión y al punto le hizo saber que no solían requerir ayuda médica en esa casa. Había educado a sus hijos en el gusto por la franela y la frugalidad, considerando la ausencia de este último hábito la principal razón para que la gente precisara de los médicos. Lydgate abogó en favor de aquellos cuyos padres se habían atiborrado, pero la señora Farebrother opinaba que ese era un punto de vista peligroso: la naturaleza era más justa, pues de otro modo le sería fácil a cualquier villano alegar que debería haberse colgado a sus antepasados en lugar de a él. Si los que tenían padres y madres malvados eran también malvados, se les colgaba por eso. No hacía falta retroceder hasta donde no se ve.

—Mi madre es como el viejo Jorge III —dijo el vicario—, le disgusta la metafísica.

—Me disgusta lo que está mal, Camden. Lo que yo digo es, aférrate a unas cuantas verdades nudas y crudas y cuadra a éstas todo lo demás. Cuando yo era joven, señor Lydgate, no había ese problema de lo que está mal o bien. Nos sabíamos el catecismo y con eso bastaba; nos sabíamos el credo y el deber. Todo creyente respetable tenía las mismas opiniones. Pero hoy en día, aunque cites el mismísimo devocionario te pueden contradecir.

—Pues eso debe divertir mucho a quienes gustan de mantener su propio punto de vista —dijo Lydgate.

—Pero mi madre siempre cede —dijo el vicario astutamente.

—No, Camden, no debes confundir al señor Lydgate respecto a mí. Jamás sería tan poco respetuosa con mis padres como para renunciar a lo que me enseñaron. A la vista está lo que sucede cuando se cambia. Si cambias una vez, ¿por qué no veinte?

—Puede haber argumentos de peso para cambiar una vez y no haberlos para cambiar veinte —dijo Lydgate, divertido con la decidida anciana.

—Me perdonará usted, pero si se trata de argumentos, éstos nunca faltan cuando un hombre carece de constancia mental. Mi padre jamás cambió; sus sermones predicaban la moral sencilla y sin razonamientos, y era un buen hombre… pocos habrá mejores. Cuando me traiga a un buen hombre hecho de razonamientos, yo le traeré una buena cena a base de leerle el libro de cocina. Esa es mi opinión, y supongo que el estómago de cualquiera me dará la razón.

—En lo de la cena, seguro, madre —dijo el señor Farebrother.

—La cena o el hombre, es todo lo mismo. Tengo casi setenta años, señor Lydgate y me baso en la experiencia. No es probable que me encandile con luces nuevas, aunque aquí, como en todas partes, haya muchas. Han entrado junto con esas mezclas de tela que ni lavan bien ni duran nada. No era así en mi juventud: un feligrés era un feligrés y un clérigo, se lo puedo asegurar, era por lo menos un caballero. Pero hoy en día puede no ser más que un disidente, y querer arrinconar a mi hijo con la excusa de la doctrina. Pero quienquiera que desee arrinconarle, señor Lydgate, me enorgullezco de decir que está a la altura de cualquier predicador de este reino, por no hablar de esta ciudad, que tiene un ínfimo rasero por el que medirse. Esa al menos es mi opinión, pues nací y me crie en Exeter.

—Las madres nunca son parciales —dijo el señor Farebrother sonriendo—. ¿Qué crees que dice de él la madre de Tyke?

—¡Ah, pobrecillo! ¿Qué dirá su madre? —dijo la señora Farebrother, cortada momentáneamente su mordacidad por su confianza en los juicios maternos—. Pues ten por seguro que a sí misma se dice la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? —preguntó Lydgate—. Tengo curiosidad por saberla.

—Pues nada malo en absoluto —dijo el señor Farebrother—. Es una persona diligente; creo que ni muy instruida ni muy sabia… porque no estoy de acuerdo con él.

—¡Pero Camden! —dijo la señorita Winifred—. Griffin y su esposa me decían hoy mismo que el señor Tyke les había dicho que no tendrían más carbón si te iban a oír predicar.

La señora Farebrother dejó a un lado el punto que había reanudado tras su exigua ración de té y tostada y miró a su hijo como diciendo «¿Has oído eso?». La señorita Noble dijo «¡Pobres! ¡Pobres!», refiriéndose probablemente a la doble pérdida del sermón y el carbón. Pero el vicario contestó pacíficamente:

—Eso es porque no son mis feligreses. Y no creo que mis sermones les compensen una carga de carbón.

—Señor Lydgate —dijo la señora Farebrother que no podía dejar pasar esto—, no conoce usted a mi hijo. Siempre se subestima. Yo le digo que está subestimando al Dios que le hizo, y que le hizo un excelente predicador.

—Esa debe ser una indirecta para que me lleve al señor Lydgate al despacho, madre —dijo el vicario riendo—. Le prometí enseñarle mi colección —añadió, dirigiéndose a Lydgate—, ¿quiere que vayamos?

Las tres damas se lamentaron. Al señor Lydgate no deberían llevárselo de esta manera precipitada, sin permitirle aceptar otra taza de té: la señorita Winifred tenía té en abundancia en la tetera. ¿Por qué tenía Camden tanta prisa por llevarse a la visita a su cubil? Allí no había más que bichos en vinagre y cajones atestados de polillas y moscones y un suelo sin alfombra. El señor Lydgate debía disculpar todo ello. Mucho mejor sería jugar a las cartas. En resumidas cuentas, estaba claro que sus mujeres podían idolatrar al vicario como el rey de hombres y predicadores y sin embargo pensar que estaba muy necesitado de su ayuda. Lydgate, con la acostumbrada superficialidad del joven soltero, se preguntó cómo el señor Farebrother no les había demostrado lo contrario.

—Mi madre no está acostumbrada a que tenga visitas que se puedan interesar por mis aficiones —dijo el vicario al abrir la puerta de su despacho, que realmente estaba tan carente de comodidades para el cuerpo como habían insinuado las señoras, salvo que se exceptuaran una pipa corta de porcelana y una caja de tabaco.

—Los hombres de su profesión no suelen fumar —dijo. Lydgate sonrió al tiempo que asentía con la cabeza.

—Ni los de la mía tampoco, supongo. Oirá a Bulstrode y compañía esgrimir esa pipa en mi contra. No saben lo contento que se pondría el demonio si la dejara. —Entiendo. Tiene usted un temperamento vivo y necesita un sedante. Yo soy más amazacotado y me volvería ocioso con ella. Abrazaría el ocio y en él me estancaría concienzudamente.

—Y usted pretende dárselo todo a su trabajo. Yo tengo diez o doce años más que usted y he llegado a un compromiso. Alimento una o dos debilidades, no sea que se pongan a vociferar. Mire —prosiguió el vicario abriendo varios cajones pequeños—, creo que he hecho un estudio exhaustivo de la entomología de este distrito.

Voy a continuar con la fauna y la flora, pero al menos de momento he hecho a fondo los insectos. Somos singularmente ricos en ortópteros; no sé si… ¡Ah! Ha cogido usted ese tarro de cristal y está observando eso en vez de mis cajones. No le interesan mucho estas cosas, ¿verdad?

—No al lado de este hermoso monstruo anencéfalo. Nunca he tenido mucho tiempo para dedicarme a la historia natural. Pronto me interesé por la estructura, y es lo que más directamente cae dentro de mi profesión; tampoco tengo entretenimientos al margen de ella, que ya me ofrece todo un mar en el cual nadar.

—¡Ah! Es usted un ser feliz —dijo el señor Farebrother, girando sobre los talones y empezando a llenar la pipa. No sabe usted lo que es necesitar tabaco espiritual para contrarrestar malas enmiendas de textos antiguos o pequeños artículos sobre una variedad de Aphis brassicae con la conocida firma de Philomicron, para el Tivaddler's Magazine; o un sesudo tratado sobre la entomología del Pentateuco incluidos todos los insectos que no se mencionan, pero que probablemente encontraron los israelíes al cruzar el desierto; una monografía de la hormiga, tal y como se trató por Salomón, mostrando el acuerdo entre el Libro de Proverbios y el resultado de la investigación moderna. ¿No le importa que le fumigue?

A Lydgate le sorprendió más la franqueza de estas palabras que el significado implícito: que el vicario no se sentía del todo a gusto en su profesión. La meticulosa organización de cajones y baldas y la estantería repleta de libros caros ilustrados le hicieron pensar de nuevo en las ganancias a las cartas y aquello a lo que iban destinadas. Pero comenzaba a desear que la construcción verdadera fuera aquella que de todo hacía el señor Farebrother. La franqueza del vicario no parecía del tipo repulsivo que procede de la mala conciencia que intenta adelantarse al juicio extraño, sino la manifestación de un deseo por la máxima autenticidad. No debía estar ajeno a la sensación de que esta libertad de expresión pudiera parecer prematura, pues al pronto dijo:

—Aún no le he dicho, señor Lydgate, que tengo sobre usted la ventaja de conocerle mejor que usted a mí. ¿Recuerda a Trawley, con quien compartió su apartamento en París durante un tiempo? Nos escribíamos y me contó mucho sobre usted. No tenía la certeza cuando llegó usted de que fuera la misma persona. Me alegró mucho descubrir que sí. Pero no olvido que usted no ha tenido el beneficio de un prólogo similar con respecto a mí.

Lydgate intuyó cierta delicadeza de sentimiento, pero no comprendió la extensión.

—Por cierto —dijo—, ¿qué ha sido de Trawley? Le tengo perdido por completo. Estaba muy interesado en los sistemas sociales de los franceses, y hablaba de marcharse a algún lugar remoto para fundar una especie de comunidad pitagórica. ¿Lo ha hecho?

—En absoluto. Ejerce en un balneario alemán y se ha casado con una paciente rica.

—Entonces, y hasta el momento, mis ideas se sostienen mejor —dijo Lydgate con una despectiva sonrisa—. Trawley insistía en que la profesión médica era un sistema inevitable de embaucamiento. Yo mantenía que el fallo estaba en los hombres…, los hombres que se pliegan a las mentiras y la necedad. En lugar de predicar desde fuera contra la farsa quizá fuera más útil establecer desde dentro un aparato desinfectante. Resumiendo, cito mi propia conversación, tenga por seguro que el sentido común estaba de mi lado.

—Pero su plan es bastante más difícil de llevar a cabo que una comunidad pitagórica. No sólo tiene en su contra su propio Adán original, sino todos los descendientes del mismo que forman la sociedad que le rodea a usted. Yo he pagado doce o trece años más que usted, ¿sabe? por el conocimiento que tengo de las dificultades. Pero… —el señor Farebrother se detuvo un instante y añadió— está de nuevo observando ese tarro de cristal. ¿Quiere que hagamos un cambio? No lo tendrá sin un trueque justo.

—Tengo unos gusanos de mar —estupendos especímenes— en alcohol. Y además le puedo añadir lo último de Roben Brown, Observaciones microscópicas sobre el polen de las plantas; si no lo tiene ya.

—Bueno, visto lo mucho que anhela el monstruo, podía pedir un precio más alto. Suponga que le pidiera que examinara todos mis cajones y diera su beneplácito a todas mis nuevas especies —mientras hablaba de este modo el vicario deambulaba por la estancia pipa en boca, volviendo una y otra vez a los cajones a los que observaba con ternura—. Esa sería una buena disciplina, ¿sabe? para un joven médico que ha de complacer a sus pacientes de Middlemarch. Recuerde que ha de aprender a aburrirse. Sin embargo, puede llevarse el monstruo por lo que usted mismo diga.

—¿No le parece que la gente sobrestima la necesidad de complacer las necedades de todo el mundo hasta que se ven despreciados precisamente por los mismos necios a quienes contemplan? —dijo Lydgate, acercándose al señor Farebrother y mirando distraídamente a los insectos clasificados con esmero con los nombres debajo en letra exquisita—. El camino más corto es demostrar lo que uno vale, y así la gente tiene que soportarte, tanto si les adulas como si no.

—No puedo estar más de acuerdo. Pero se ha de estar seguro de valer y, además hay que mantenerse independiente. Muy pocos hombres pueden hacer eso. O bien uno se desengancha del todo y se convierte en un inútil o se pone los arneses y va mucho por donde los compañeros de yugo te llevan. Pero ¡mire estos delicadísimos ortópteros!

Lydgate tuvo, después de todo, que prestar cierta atención a cada uno de los cajones mientras el vicario, al tiempo que se reía de sí mismo, insistía en la exhibición.

—A propósito de lo que dijo de los arneses —comenzó Lydgate cuando se hubieron sentado—. Determiné hace algún tiempo tener que ver cuanto menos posible con ellos. Por eso decidí no intentar nada en Londres, al menos durante bastantes años. No me gustó lo que vi cuando estudiaba allí; demasiados pajarracos y engaño obstructor. En las zonas rurales las gentes tienen menos pretensión de sabiduría y hay menos compañerismo, pero por esa misma razón inciden menos en el amor propio de uno. Se hace menos mala sangre y puede seguir su propio curso más silenciosamente.

—Sí…, bueno…, usted ha arrancado bien; tiene la profesión adecuada, el trabajo en el que se siente más capacitado. Hay quienes se equivocan y se arrepienten demasiado tarde. Pero no debe estar demasiado seguro de poder mantener su independencia.

—¿Se refiere a lazos familiares? —dijo Lydgate, imaginándose que estos ejercieran demasiada presión sobre el señor Farebrother.

—No del todo. Por supuesto que complican muchas cosas. Pero una buena esposa, una buena y sólida mujer, puede ayudar mucho a un hombre y posibilitar el que sea más independiente. Tengo un feligrés, un hombre estupendo, que apenas habría salido adelante como lo ha hecho de no ser por su mujer. ¿Conoce a los Garth? No creo que fueran pacientes de Peacock.

—No; pero hay una señorita Garth en casa del viejo Featherstone, en Lowick.

—Es su hija; una chica estupenda.

—Es muy callada… apenas me he fijado en ella.

—Pues le aseguro que ella sí se ha fijado en usted.

—No entiendo —dijo Lydgate, por no decir «Por supuesto».

—Bueno, le toma la medida a todo el mundo. La preparé para la confirmación, es una de mis favoritas.

El señor Farebrother dio unas cuantas chupadas en silencio al no mostrar Lydgate mayor interés por los Garth. Finalmente el vicario dejó a un lado la pipa, estiró las piernas y dirigió su viva mirada a Lydgate diciendo con una sonrisa:

—Pero nosotros los de Middlemarch no somos tan dóciles como nos cree. Tenemos nuestras intrigas y nuestros partidos. Yo por ejemplo, soy un hombre de partido, y Bulstrode también. Si me vota a mí ofenderá a Bulstrode.

—¿Qué hay en contra de Bulstrode? —dijo Lydgate con énfasis.

—No dije que hubiera nada en su contra salvo eso. Si vota contra él, le convertirá en su enemigo.

—No creo que eso deba importarme —dijo Lydgate con altanería—, pero parece tener buenas ideas respecto de los hospitales e invierte grandes sumas en cosas de utilidad pública. Podría serme de gran ayuda a la hora de llevar a cabo mis ideas. En cuanto a sus puntos de vista religiosos… bueno, como dijo Voltaire, los conjuros pueden destruir a un rebaño de corderos si van unidos a cierta cantidad de arsénico. Busco al hombre que proporcionará el arsénico y no me preocupo por sus conjuros.

—Muy bien, pero entonces no debe ofender al hombre del arsénico. A mí no me ofenderá —dijo Farebrother, sin afectación alguna—. No convierto mi propia conveniencia en obligación ajena. Me opongo a Bulstrode por muchas razones. No me gusta el grupo al que pertenece: es un conjunto romo e ignorante que se afana más por incomodar a sus vecinos que por mejorarles. Su sistema es una especie de pandilleo mundano-espiritual; consideran al resto de la humanidad como un cadáver maldito que ha de alimentarles a ellos para alcanzar el cielo. Pero —añadió sonriendo—, no digo que el nuevo hospital de Bulstrode sea una mala cosa; y en cuanto a que quiera desplazarme del antiguo, bueno…, si piensa que soy un enredón, no hace más que devolverme el cumplido. Tampoco soy un pastor modélico, sólo un discreto arreglo provisional.

Lydgate no estaba seguro en absoluto de que el vicario se estuviera difamando. Un pastor modélico, como un médico modélico, debería considerar su profesión la mejor de mundo y entender el conocimiento como mero alimento para su patología y terapéutica moral. Se limitó a preguntar:

—¿Qué razones aduce Bulstrode para sustituirle? —Que no predico sus opiniones…, que él denomina religión espiritual, y que no dispongo de mucho tiempo. Ambas afirmaciones son ciertas. Claro que podría sacar el tiempo y sí que agradecería las cuarenta libras. Esa es la verdad del asunto. Pero dejémoslo. Sólo quería decirle que si vota por su hombre del arsénico, no tiene por qué cortar conmigo. No puedo prescindir de usted. Es usted una especie de circunavegante que ha venido a establecerse entre nosotros y mantendrá viva mi fe en las antípodas. Y ahora cuénteme de París.

CAPÍTULO SEIS

Transcurrieron algunas semanas tras esta conversación antes de que el asunto de la capellanía adquiriera para Lydgate una importancia práctica, y sin confesarse a sí mismo el motivo, pospuso la decisión de a qué bando otorgaría su voto. Realmente el tema le hubiera resultado de todo punto indiferente —es decir, habría optado por el lado más conveniente dando su voto sin titubeo para el nombramiento de Tyke— de no haber sentido por el señor Farebrother un afecto personal.

Y su afecto por el vicario fue creciendo a medida que aumentaba su conocimiento de él. El hecho de que, adentrándose en la posición de Lydgate como un recién llegado que había de afianzarse sus propios objetivos profesionales, el señor Farebrother se hubiera tomado la molestia de ahuyentar más que obtener su interés, era muestra de una delicadeza y generosidad inusuales que la naturaleza de Lydgate apreció vivamente. Estaba en consonancia con otros puntos en el comportamiento del señor Farebrother que eran excepcionalmente admirables y asemejaban su carácter a esos paisajes del sur que parecen divididos entre una grandeza natural y una dejadez social. Pocos hombres habrían sido tan cariñosos y atentos con su madre, tía y hermana cuya dependencia de él había moldeado su vida de forma bastante incómoda; pocos hombres que sienten la presión de pequeñas necesidades están tan noblemente decididos a no disfrazar sus deseos inevitablemente interesados con pretextos de mejores motivos. En estos asuntos era consciente de que su vida resistiría el escrutinio más meticuloso y tal vez esa conciencia le animaba a desafiar un poco la crítica severidad de personas cuyas intimidades celestiales no parecían mejorar sus hábitos usuales, y cuyos elevados objetivos no eran requeridos para justificar sus acciones. Además, sus sermones eran ingeniosos y con sustancia, como los de la Iglesia de Inglaterra en su buena época, y los daba sin libro. Iba a escucharle gente que no pertenecía a su parroquia y puesto que el llenar la iglesia siempre resultaba la parte más difícil de entre las funciones de los clérigos, ésta constituía otra razón para un despreocupado sentido de superioridad. Además, era un hombre agradable, de buen temperamento, ingenio ágil, franco, sin muecas de amargura contenida u otros aderezos que convierten a la mitad de nosotros en un castigo para nuestros amigos. Lydgate le tenía un gran aprecio y deseaba su amistad.

Regido por este sentimiento, continuó aplazando el tema de la capellanía y convenciéndose de que no sólo no era en realidad de su incumbencia, sino de que era harto improbable que llegara a importunarle exigiendo su voto. A petición del señor Bulstrode, Lydgate estaba trazando los planes para los arreglos internos del nuevo hospital, y los dos hombres a menudo intercambiaban opiniones. El banquero presuponía siempre que podía contar en general con Lydgate como colaborador, pero no hacía mención especial a la próxima decisión entre Tyke y Farebrother. Sin embargo, cuando por fin se hubo reunido la junta General del hospital y Lydgate advirtió que el asunto de la capellanía se había pasado a un consejo de directores y médicos, que se reuniría el siguiente viernes, tuvo la incómoda sensación de que habría de tomar postura en esta trivial cuestión de Middlemarch. No podía obviar la voz interna que le decía que Bulstrode era el presidente de gobierno y que el asunto de Tyke constituía un tema para ser o no ser ministro. Tampoco podía evitar un disgusto igualmente pronunciado por renunciar a la perspectiva del cargo. Pues su observación confirmaba constantemente la creencia del señor Farebrother de que el banquero no perdonaría una oposición. «¡Malditos sean sus politiqueos!», se dijo tres mañanas seguidas durante el proceso meditativo de afeitarse cuando había empezado a sentir que debía llevar a cabo un juicio de conciencia sobre el tema. Era cierto que se podían argumentar cosas válidas contra la elección del señor Farebrother: tenía ya demasiados asuntos entre manos, sobre todo si se tenía en cuenta la cantidad de tiempo que invertía en ocupaciones no clericales. Por otro lado, el que el vicario jugara tan obviamente por dinero, si bien disfrutando del juego, pero con un evidente gusto por algún fin que perseguía, constituía una sorpresa repetida de continuo y perturbaba la estima de Lydgate. En teoría, el señor Farebrother abogaba por lo deseable de todos los juegos, y decía que el ingenio de los ingleses estaba estancado debido a la carencia de los mismos, pero Lydgate estaba convencido que de no ser por el dinero hubiera jugado mucho menos. Había un billar en el Dragón Verde que ciertas madres y esposas inquietas consideraban la máxima tentación de Middlemarch. El vicario era un jugador de billar de primera y aunque no solía frecuentar el Dragón Verde, corrían rumores de que a veces había estado allí de día y había ganado dinero. Y en cuanto a la capellanía, no fingía importarle salvo por las cuarenta libras. Lydgate no era ningún puritano, pero no le gustaba el juego y siempre había considerado una mezquindad ganar dinero con ello.

Tenía, además, un ideal de vida que hacía que le resultara odiosa esta sumisión de la conducta a la ganancia de pequeñas sumas de dinero. Hasta este momento de su vida, sus necesidades se habían visto cubiertas sin problema alguno y su primer impulso era siempre el de ser generoso con las medias coronas como cosas sin importancia para un caballero. Jamás se le había pasado por la mente ingeniarse un plan para la obtención de esas medias coronas. Siempre había sabido de una manera general que no era rico, pero nunca se había sentido pobre y no tenía facultad para imaginarse el papel que juega la falta de dinero a la hora de determinar las acciones de los hombres. El dinero no había sido nunca una motivación para él, y por ende no estaba preparado para disculpar esta deliberada persecución de pequeñas ganancias. Le resultaba de todo punto repulsivo y nunca calculó la proporción entre los ingresos del vicario y sus gastos más o menos necesarios. Era incluso posible que no hubiera hecho estos cálculos ni siquiera en su propio caso.

Y ahora, cuando había llegado el momento de votar, este repulsivo dato del señor Farebrother resaltaba más que antes. ¡Uno sabría mucho mejor lo que hacer si el carácter de las personas fuera más consistente y, sobre todo, si nuestros amigos fueran invariablemente idóneos para cualquier función que desearan emprender! Lydgate estaba convencido de que de no haber habido objeción válida alguna contra el señor Farebrother, hubiera votado por él, tuviera Bulstrode la opinión que tuviera sobre el tema; no era su intención ser el vasallo de Bulstrode. Por otro lado, estaba Tyke, hombre entregado por completo a su menester clerical, que era el simple coadjutor de una pequeña capilla perteneciente a la parroquia de St. Peter, y tenía tiempo para otras obligaciones. Nadie tenía nada que decir en contra del señor Tyke excepto que no le soportaban y sospechaban que era un hipócrita. Lo cierto era que, desde su punto de vista, Bulstrode estaba absolutamente justificado.

Pero cualquiera que fuera el lado hacia el que se inclinara Lydgate, encontraba algo que le rechinaba, y, siendo hombre orgulloso, le desesperaba tener que pasar por ello. Le disgustaba frustrar sus objetivos propios indisponiéndose con Bulstrode; le disgustaba votar en contra de Farebrother y contribuir a privarle de función y sueldo; y se le ocurrió la pregunta de si las cuarenta libras adicionales no liberarían al vicario de la innoble preocupación de ganar a las cartas. Además, a Lydgate le disgustaba saber que al votar por Tyke estaría votando del lado que más le convenía a él mismo. Pero ¿sería el resultado realmente conveniente para él? La gente opinaría que sí, alegando que se granjeaba el favor de Bulstrode a fin de hacerse importante y prosperar. Y entonces, ¿qué? Sabía que, por su parte, le hubiera importado un bledo la amistad o enemistad del banquero si sólo fueran sus perspectivas personales las que se vieran afectadas. Lo que verdaderamente le interesaba era un medio para su trabajo, un vehículo para sus ideas; y al fin y al cabo, ¿no debía anteponer a todo lo demás relacionado con esta capellanía la obtención de un buen hospital donde pudiera demostrar las distinciones específicas de la fiebre y comprobar los resultados terapéuticos? Lydgate sentía por primera vez los kilos de la presión obstaculizadora de los pequeños condicionantes sociales, así como su frustrante complejidad. Al término de su debate interno, cuando se disponía a salir camino del hospital, su esperanza yacía en la posibilidad de que la argumentación pudiera de alguna manera arrojar un nuevo aspecto sobre el tema, haciendo inclinar la balanza de forma que la necesidad de votar quedara excluida. Pienso que también confiaba un poco en la energía que producen las circunstancias, un sentimiento repentino que nos invade cálidamente y facilita la decisión cuando el debate a sangre fría no había hecho sino dificultarla. Fuera como fuera, no se confesó a sí mismo claramente de qué lado votaría, al tiempo que resentía el sometimiento al que se veía obligado. Hubiera parecido de antemano una ridícula muestra de mala lógica el que él, con sus claras resoluciones de independencia y su selecta finalidad, se encontrara desde el principio a manos de nimias alternativas, cada una de las cuales le resultaba repugnante. Ya desde sus días de estudiante había planeado de modo muy diferente su acción social.

Lydgate partió tarde, pero el doctor Sprague, los otros dos médicos y varios de los directivos habían llegado pronto; el señor Bulstrode, tesorero y presidente, se encontraba entre los que aún faltaban. La conversación parecía indicar que el tema era problemático, y que Tyke no tenía tan asegurada la mayoría como se había supuesto generalmente. Sorprendentemente, los dos médicos resultaron ser unánimes, o, mejor dicho, aunque tenían pensamientos diferentes, concurrieron en la acción. El doctor Sprague, curtido y de peso, era, como todos habían previsto, un defensor del señor Farebrother. El doctor era más que sospechoso de carecer de religión, pero Middlemarch toleraba esta deficiencia como si se hubiera tratado de un presidente de la Cámara de los Lores. Es más, es probable que su peso profesional fuera por ello tanto mayor al imperar la eterna asociación entre la sabiduría y el principio del mal, incluso entre las pacientes que tenían las ideas más severas respecto de los volantes y los sentimientos. Tal vez fuera esta negación del doctor lo que motivara el que sus vecinos le llamaran tozudo y poco ingenioso, condiciones de textura que también se consideraban favorables al almacenamiento de criterios relacionados con las medicinas. En cualquier caso, lo cierto es que si cualquier hombre de medicina hubiera llegado a Middlemarch con la fama de poseer claros puntos de vista religiosos, de inclinarse por la oración y de manifestar una piedad activa, hubiera habido una presunción general contra su capacidad médica.

En este punto, y profesionalmente hablando, era una suerte para el doctor Minchin el que sus simpatías religiosas fueran, más que una adhesión a principios particulares, de orden general y de índole tal que otorgaban una distante sanción médica a todo sentimiento serio, fuera anglicano o disidente. Si el señor Bulstrode insistía, como era su costumbre, en la doctrina luterana de la justificación como lo que sostiene o derrumba una religión, el doctor Minchin, a su vez, estaba convencido de que el hombre no era una mera máquina o una conjunción fortuita de átomos; si la señora Wimple insistía en una providencia particular en relación con sus males estomacales, el doctor Minchin, por su parte, gustaba mantener abiertas las ventanas mentales y se oponía a límites fijos; si el cervecero unitario bromeaba con el credo atanasiano, el doctor Minchin citaba el Ensayo sobre el hombre de Pope. Le molestaba el estilo anecdotario un tanto ligero en el que se complacía el doctor Sprague, prefiriendo las citas bien avaladas y gustando del refinamiento de todo tipo. Era de todos conocido que tenía algún parentesco con un obispo y ocasionalmente pasaba sus vacaciones en el «palacio».

El doctor Minchin tenía unas manos dulces, la tez pálida y un contorno redondeado, indiferenciable en su aspecto de un dócil clérigo. Por el contrario, el doctor Sprague era innecesariamente alto, los pantalones se le arrugaban en las rodillas y mostraban un exceso de bota en una época en la que los tirantes parecían necesarios para cualquier porte digno; se le oía entrar y salir, subir y bajar, como si hubiera venido a ver el techado. Resumiendo, tenía peso y se podía esperar de él que lidiara con una enfermedad y la venciera mientras que quizá el doctor Minchin fuera más capaz de detectarla agazapada y la circunvalara. Disfrutaban más o menos por igual del misterioso privilegio de la reputación médica y ocultaban con gran protocolo el desdén que cada uno sentía por la técnica del otro. Considerándose a sí mismos como instituciones de Middlemarch, estaban prestos a unirse contra todo innovador y contra cualquier no profesional dado a la intromisión. En este punto, ambos coincidían en su aversión por el señor Bulstrode, si bien el doctor Minchin nunca había mostrado abiertamente una hostilidad conta él y jamás había manifestado una opinión contraria a la suya sin elaboradas explicaciones a la señora Bulstrode, quien había descubierto que tan sólo el doctor Minchin entendía su constitución. Un profano que indagaba la conducta profesional de los médicos, y constantemente imponía sus propias reformas (aunque importunaba menos a los dos doctores que a los médicos boticarios que atendían a los mendigos por contrato) era no obstante ofensivo al orificio nasal profesional como tal; y el doctor Minchin participó plenamente del pique contra Bulstrode, animado por la aparente determinación de éste por patrocinar a Lydgate. Los facultativos sin titulación asentados desde largo tiempo, el señor Wrench y el señor Toller, estaban en este momento de pie, en amistoso coloquio aparte, coincidiendo en que Lydgate era un mequetrefe dispuesto a servir los intereses de Bulstrode. Con amigos que no fueran de la profesión ya habían estado de acuerdo en alabar al joven médico que había llegado a la ciudad al retirarse el señor Peacock sin más recomendación que sus propios méritos y el fundamento para una sólida formación profesional que se desprendía del hecho de que, aparentemente, no había malgastado su tiempo con otras ramas del saber. Quedaba claro que Lydgate, al no dispensar medicamentos, tenía la intención de acusar a sus iguales, así como de difuminar el límite entre su propio rango profesional y el de los doctores, quienes, en interés de la profesión, se sentían obligados a mantener las distintas escalas. Sobre todo frente a un hombre que no había asistido a ninguna de las dos universidades inglesas y disfrutaba de la ausencia del estudio anatómico y práctico que en ellas se impartía, llegando con una pretensión de experiencia en Edimburgo y París donde la observación pudiera ser abundante, pero desde luego poco fiable.

Y así sucedió que en esta ocasión a Bulstrode se le identificó con Lydgate y a Lydgate con Tyke, y dada esta variedad de nombres intercambiables para la cuestión de la capellanía, diferentes mentes pudieron llegar al mismo criterio respecto de ella. Nada más entrar, el doctor Sprague comunicó llanamente al grupo reunido «Voto por Farebrother. Y por supuesto un sueldo. ¿Por qué negárselo al vicario? Bien poco tiene. Y ha de asegurar su vida, mantener la casa y dispensar las caridades propias de un vicario. Póngale cuarenta libras en el bolsillo y no harán ningún mal. Farebrother es un buen hombre, con el mínimo necesario del párroco para poder serlo».

—¡Vaya, vaya!, doctor —dijo el anciano señor Powderell, un ferretero jubilado de cierta posición, resultando su interjección algo a medio camino entre una risotada y una desaprobación parlamentaria—, hemos de dejarle decir. Pero lo que debemos considerar no son los ingresos de nadie, sino las almas de los pobres enfermos —y llegado este punto el tono de voz y el rostro del señor Powderell denotaban un sincero patetismo—. El señor Tyke es un auténtico predicador del Evangelio. Votaría en contra de mi propia conciencia si no le diera un voto, de verdad.

—No creo que los oponentes al señor Tyke le hayan pedido a nadie que vote en contra de su propia conciencia —dijo el señor Hackbutt, un rico curtidor de palabra fácil cuyas lentes relucientes y pelo hirsuto se volvieron con cierta severidad hacia el inocente señor Powderell—. Pero a mi juicio, nos concierne a nosotros, como directivos, considerar si estimaremos nuestra única incumbencia llevar a cabo proposiciones que surgen de una sola fuente. ¿Hay algún miembro del comité que pueda afirmar que hubiera contemplado la idea de destituir al caballero que siempre ha ejercido aquí la función de capellán, de no haberle sido ello sugerido por partidos cuya disposición consiste en considerar cada una de las instituciones de esta ciudad como una maquinaria para imponer sus propios puntos de vista? No critico los motivos de nadie; que queden entre él mismo y un Poder más alto; pero sí afirmo que aquí están funcionando unas influencias que son incompatibles con la verdadera independencia, y que son circunstancias que los caballeros que así se comportan no podrían permitirse avalar, ni moral ni financieramente, las que dictan un servilismo rastrero. Yo mismo soy un lego, pero he dedicado una cantidad nada despreciable de atención a las divisiones de la Iglesia y…

—¡Al demonio con las divisiones! —interrumpió el señor Frank Hawley, abogado y administrativo que raras veces solía asistir a las juntas, pero que ahora se presentaba precipitadamente fusta en mano—. No tenemos nada que ver con eso aquí. Farebrother ha estado haciendo el trabajo —el que había— sin cobrar, y si va a haber un sueldo debe dársele a él. Me parece una mala pasada quitárselo a Farebrother.

—Creo que sería más procedente, entre caballeros, que los comentarios no tuvieran un tinte personal —dijo el señor Plymdale—. Yo votaré por el nombramiento del señor Tyke, pero de no haberlo insinuado el señor Hackbutt, no hubiera sabido que yo era un Servil Rastrero. —Rechazo cualquier personalización. Dije expresamente, si me permiten repetirlo, o incluso terminar lo que quería decir…

—¡Ah, aquí llega Minchin! —dijo el señor Frank Hawley, ante lo que todos se olvidaron del señor Hackbutt a quien embargó un sentimiento de la inutilidad que en Middlemarch suponía poseer dotes superiores—. Venga, doctor. Debo asegurarme de que está del lado apropiado ¿eh?

—Así lo espero —dijo el doctor Minchin, saludando a unos y a otros—. Al precio que sea para mis sentimientos.

—Si hay por aquí algún sentimiento creo que debería ser por el hombre al que se destituye —dijo el señor Frank Hawley.

—Confieso que también me tira el otro lado. Tengo divididos mis afectos —dijo el doctor Minchin, frotándose las manos—. Considero al señor Tyke un hombre ejemplar, ninguno hay mejor, y creo irreprochables las razones para proponerle. Por lo que a mí respecta, desearía poder darle mi voto. Pero me veo obligado a hacer un análisis del caso que da preponderancia a los derechos del señor Farebrother. Es un hombre de paz, un predicador competente y lleva más tiempo entre nosotros.

El anciano señor Powderell observaba, triste y silencioso. El señor Plymdale se ajustó inquieto la corbata.

—Espero que no esté poniendo al señor Farebrother como modelo de lo que debe ser un clérigo —dijo el señor Larcher, el eminente transportista, quien acababa de entrar—. No es que le tenga ninguna inquina, pero creo que en estos nombramientos le debemos algo al público, por no hablar de cosas superiores. En mi opinión, Farebrother es demasiado relajado para un clérigo. No quiero sacar a relucir aquí cosas contra él, pero los cierto es que le sacará el máximo partido a una escasa dedicación.

—¡Lo cual es considerablemente mejor que dedicarle demasiada! —dijo el señor Hawley, notorio en esa parte del condado por su mala lengua—. Los enfermos no soportan tantos rezos y sermones. Y esa especie de religión metodista es mala para el espíritu… ¡y hasta para las entrañas! —añadió, volviéndose atolondradamente hacia los cuatro facultativos allí reunidos.

Pero la entrada de tres caballeros a quienes se saludó más o menos cordialmente impidió cualquier respuesta. Eran el reverendo Edward Thesiger, rector de St. Peter, el señor Bulstrode y nuestro amigo el señor Brooke de Tipton, que recientemente había accedido a que se le incluyera en la junta directiva, pero que nunca anteriormente había asistido, obedeciendo el hecho de hacerlo ahora a las exhortaciones del señor Bulstrode. Lydgate era el único que quedaba por llegar.

La gente procedió a sentarse bajo la presidencia del señor Bulstrode, pálido y contenido como de costumbre. El señor Thesiger, evangelista moderado, deseaba el nombramiento de su amigo, el señor Tyke, hombre capaz y entregado, el cual, al oficiar en una capilla sufragánea, tenía un exiguo número de almas que curar, lo que le dejaba amplio tiempo para su nuevo quehacer. Era deseable que se abordaran capellanías de este tipo con ferviente intención: eran oportunidades especiales para la influencia espiritual; y aunque era bueno que se les asignara un sueldo, ello requería una vigilancia más escrupulosa, no fuera que el cargo se convirtiera en una mera cuestión de ingresos. La actitud del señor Thesiger desprendía una corrección tan serena que los objetores tan sólo pudieron renegar en silencio.

El señor Brooke creía que todos iban de buena fe en el asunto. No había participado personalmente en las cuestiones de la enfermería, pese a que tenía un gran interés por todo aquello que supusiera un beneficio para Middlemarch, y estaba encantado de reunirse con los caballeros presentes para cualquier tema público, —«cualquier tema público, ¿saben?» —repitió el señor Brooke, con el característico gesto de cabeza con el que acostumbraba a mostrar su perfecto entendimiento de las cosas—. Estoy muy ocupado como juez de paz, recabando pruebas documentales, pero considero que mi tiempo está a disposición del público y, en definitiva, mis amigos me han convencido de que un capellán con sueldo, con sueldo, ¿saben?, es algo muy positivo, y me alegro de poder venir a votar por el nombramiento del señor Tyke, quien, tengo entendido, es un hombre intachable, apostólico, elocuente y todas esas cosas, y yo sería el último en privarle de mi voto en estas circunstancias.

—Me da la impresión, señor Brooke, de que le han atiborrado con una parte de la cuestión —dijo el señor Frank Hawley, que no temía a nadie y era un conservador sospechoso de intenciones electoralistas—. Parece desconocer que uno de nuestros hombres de mayor valía lleva haciendo las funciones de capellán aquí durante años sin cobrar nada y que se propone al señor Tyke para sustituirle.

—Perdóneme, señor Hawley —dijo el señor Bulstrode—. Al señor Brooke se le ha informado ampliamente respecto del carácter y situación del señor Farebrother.

—Informado por sus enemigos —espetó el señor Hawley.

—Confío en que no haya hostilidades personales involucradas en esto —dijo el señor Thesiger.

—Pues juro que las hay —fue la respuesta del señor Hawley.

—Caballeros —dijo el señor Bulstrode con tono moderado—, se puede exponer muy brevemente el fondo de la cuestión y si alguno de los presentes alberga alguna duda de que cada uno de los caballeros que está a punto de votar no ha sido bien informado, puedo resumir las consideraciones que deberían pesar en cada lado.

—No creo que valga la pena —dijo el señor Hawley—. Supongo que cada uno sabe a quién piensa votar. Cualquiera que pretenda hacer justicia no espera hasta el último momento para oír las dos partes de la cuestión. No tengo tiempo que perder y propongo que se vote inmediatamente la cuestión.

Siguió una breve pero acalorada discusión antes de que cada persona escribiera «Tyke» o «Farebrother» en un papel y lo introdujera en un vaso de cristal; entretanto, Bulstrode vio entrar a Lydgate.

—Observo que los votos están igualados por el momento —dijo el señor Bulstrode con voz clara y cortante. Y, levantando la mirada hacia Lydgate añadió:

—Falta aún un voto de calidad. Es el suyo, señor Lydgate; ¿tendrá la bondad de escribirlo?

—Asunto concluido —dijo el señor Wrench levantándose—. Todos conocemos el voto del señor Lydgate.

—Sus palabras parecen encerrar algún significado especial, caballero —dijo Lydgate, algo provocadoramente y manteniendo el lápiz en el aire.

—Sólo quiero decir que se espera de usted que vote con el señor Bulstrode. ¿Considera eso ofensivo?

—Puede que lo sea para otros. Pero no por ello dejaré de votar con él.

Lydgate inmediatamente escribió «Tyke».

Y así el reverendo Walter Tyke se convirtió en el capellán de la Enfermería y Lydgate continuó trabajando con el señor Bulstrode. Lo cierto es que no estaba seguro de que Tyke no fuera el candidato más idóneo y sin embargo su conciencia le decía que de haber estado completamente libre de influencias indirectas debía haber votado por el señor Farebrother. El asunto de la capellanía se convirtió para él en un recuerdo doloroso, como un caso en el que el raquítico ambiente de Middlemarch había podido más. ¿Cómo puede estar nadie satisfecho de una decisión tomada entre semejantes alternativas y en semejantes circunstancias? No más satisfecho de lo que puede estar con su sombrero, que ha escogido de entre aquellas formas que le ofrecen los recursos de la época y que en el mejor de los casos lleva con una resignación fundamentalmente alimentada por la comparación.

Pero el señor Farebrother le siguió tratando con la misma cordialidad de antes. El carácter del publicano y del pecador no resultan siempre incompatibles con el del moderno fariseo, pues la mayoría de nosotros apenas vemos con mayor claridad los fallos de nuestra conducta que los fallos de nuestros argumentos o lo aburrido de nuestros chistes. Pero el vicario de St. Botolph se había librado por completo del más leve tinte de fariseísmo y por más de admitirse a sí mismo que era demasiado parecido a los demás hombres, se había vuelto asombrosamente diferente a ellos en esto: podía disculpar a los otros por menospreciarle y juzgar su conducta con imparcialidad incluso cuando obraban en contra de él.

—El mundo me ha podido, lo sé —dijo un día a Lydgate—. Pero es que no soy un hombre poderoso…, nunca seré un hombre famoso. La elección de Hércules es una fábula bonita, pero Pródicoz le pone la tarea fácil al héroe, como si el sofista contemporáneo de Sócrates bastara con las primeras resoluciones. Otra historia dice que llegó a sostener la roca, poniéndose finalmente la camisa de Neso. Supongo que una buena resolución podría mantener a un hombre en el buen camino si la resolución de los demás le ayudara.

La conversación del vicario no era siempre estimulante. Se había librado de ser un fariseo, pero no se había librado de esa parca estimación de nuestras posibilidades a la que llegamos un tanto precipitadamente como deducción del propio fracaso. Lydgate opinaba que existía en el señor Farebrother una lamentable enfermedad de la voluntad.

CAPÍTULO SIETE

Cuando Jorge IV aún reinaba sobre las soledades de Windsor, cuando el duque de Wellington era Primer Ministro y el señor Vincy era el alcalde de la vieja corporación de Middlemarch, la señora Casaubon, nacida Dorothea Brooke, había partido en viaje de bodas a Roma. En aquellos días, el mundo en general era cuarenta años más ignorante del bien y del mal de lo que es hoy. No era frecuente que los viajeros llevaran ni en la cabeza ni en sus bolsillos una información completa sobre el arte cristiano, e incluso el crítico inglés más brillante de la época de Pope confundió la tumba floreada de la virgen ascendida con una vasija ornamental que obedecía a la fantasía del pintor. El romanticismo, que ha ayudado a rellenar algunos monótonos vacíos con amor y conocimientos, no había aún penetrado los tiempos con su levadura, introduciéndose en la alimentación de todo el mundo. Todavía se hallaba en estado de fermentación, visible en el distinto y vigoroso entusiasmo de ciertos artistas alemanes melenudos asentados en Romm de Pope, y la juventud de otras naciones que trabajaban u holgazaneaban a su vera se contagiaban a veces del creciente movimiento.

Una hermosa mañana un joven de pelo no desmesuradamente largo pero abundante y rizado y que por lo demás era evidentemente inglés, acababa de darle la espalda al Torso de Belvedere en el Vaticano y observaba la espléndida vista que de las montañas se ofrecía desde el vestíbulo redondo adjunto. Estaba lo bastante absorto como para no notar que se le acercaba un animado alemán de ojos oscuros, el cual, poniéndole una mano sobre el hombro dijo con marcado acento:

—¡Ven aquí, rápido!, o habrá cambiado de postura.

La presteza no se hizo aguardar y ambas figuras pasaron ligeras por el Meleagro, encaminándose hacia la sala donde la recostada Ariadne, entonces denominada la Cleopatra, yace en la marmórea voluptuosidad de su belleza, envuelta por los drapeados con la facilidad y ternura de unos pétalos. Llegaron justo a tiempo de ver otra figura de pie junto a un pedestal cercano al reclinante mármol: una joven lozana y anhelante, a la cual la Ariadne no avergonzaba, vestía los grises ropajes cuáqueros. Llevaba la larga capa abrochada al cuello, echada por detrás de los hombros; una hermosa y desnuda mano servía de apoyo a la mejilla y empujaba ligeramente hacia atrás el gorro de castor blanco que, ciñendo las sencillas trenzas castañas, parecía enmarcarle el rostro como con un halo. No miraba la escultura, probablemente ni pensara en ella: fijaba sus grandes ojos ensoñadoramente en un haz de luz que cruzaba el suelo. Pero se percató al pronto de los dos desconocidos que se detuvieron de repente como contemplando la Cleopatra, y sin mirarles fue a reunirse de inmediato con una criada y un guía que esperaban a poca distancia.

—¿Qué te parece eso como hermoso ejemplo de antítesis? —preguntó el alemán, escudriñando el rostro de su amigo en busca de la correspondiente admiración, pero prosiguiendo en su verborrea sin esperar más respuesta—. Ahí yace la belleza antigua, ni siquiera cadavérica en la muerte, sino apresada en la plena satisfacción de su sensual perfección, y aquí se alza la belleza viva, impregnada de siglos de cristiandad. Pero debería ir vestida como una monja; creo que tiene el aspecto de lo que vosotros llamáis una cuáquera. En mi cuadro, yo la vestiría de monja. De todas formas, ¡está casada! Vi su alianza en esa espléndida mano izquierda, de lo contrario hubiera pensado que el cetrino Geirtlicher de Pope era su padre. Le vi despedirse de ella hace un buen rato y acabo de encontrármela en esa magnífica postura. ¡Imagínate! Tal vez sea rico y quisiera que la retrataran. ¡En fin! Es inútil admirarla. ¡Ahí va! ¡Sigámosla a su casa!

—No, no —dijo su amigo frunciendo ligeramente el ceño.

—Qué raro eres, Ladislaw. Estás demudado. ¿Es que la conoces?

—Sé que está casada con mi primo —dijo Will Ladislaw, cruzando la sala con aire preocupado mientras su amigo alemán, a su lado, le miraba con atención.

—¿Quién? ¿El Geirtlicher? Parece más bien un tío…, un tipo de pariente más útil.

—No es mi tío. Te estoy diciendo que es un primo segundo —dijo Ladislaw con cierta irritación.

—Schön, schön. No seas picajoso. No estarás enfadado conmigo por pensar que Doña Prima Segunda es la más perfecta joven Madonna que jamás he visto ¿no?

—¿Enfadado? ¡Qué tontería! Sólo la he visto antes en una ocasión, un par de minutos cuando mi primo me la presentó justo antes de marcharme de Inglaterra. Entonces no estaban casados. No sabía que fueran a venir a Roma.

—Pero, irás a verles ahora ¿no? Ya que sabes el nombre, averiguarás la dirección que tienen. ¿Vamos a correos? Y podías hablarles del retrato.

—¡Maldita sea, Naumann! No sé lo que haré. No soy tan descarado como tú.

—¡Bah! Eso es porque eres un diletante y un amateur. Si fueras un artista considerarías a Doña Prima Segunda como una forma antigua animada por el sentimiento cristiano, como una especia de Antígona cristiana, fuerza sensual controlada por la pasión espiritual.

—Sí, y que el que tú la pintaras la razón principal de su existencia: la divinidad adquiriendo mayor plenitud y casi exhausta en el acto de cubrir tu trocito de lienzo. Soy un amateur, si eso te place; en absoluto pienso que todo el universo se desviva por el oscuro significado de tus cuadros.

—Pero, ¡es que sí se desvive! En la medida en que lo hace a través de mí, Adolf Naumann: eso es inapelable —dijo el afable pintor, poniendo una mano sobre el hombro de Ladislaw y sin que le afectara lo más mínimo el inexplicable punto de irascibilidad que denotaba su tono—. Verás, mi existencia presupone la existencia de todo el universo, ¿o no?, y mi función es pintar, y como pintor, tengo una concepción totalmente genialisch de tu tía segunda o tu bisabuela como tema de un cuadro; por lo tanto, el universo suspira por ese cuadro a través de ese gancho o zarpa que se manifiesta en la forma de mi persona, ¿cierto o no?

—Pero ¿qué ocurre si otra zarpa en la forma de la mía de persona se esfuerza por malograrlo? El caso es un poco menos sencillo, ¿no?

—En absoluto: el resultado de la lucha es el mismo, con o sin cuadro, lógicamente.

Will no pudo con este carácter imperturbable y la nube que ensombrecía su rostro se tornó en luminosa sonrisa. —Vamos, amigo mío, ¿me ayudarás? —preguntó Naumann con tono de esperanza.

—¡Ni hablar, Naumann! Las damas inglesas no están al servicio de cualquiera como modelos. Y tú quieres demostrar demasiado con tu pintura. Sólo pintarías un peor o mejor cuadro, con un fondo sobre del que cada entendido ofreciera una razón diferente para apoyar o rechazar. Y al fin y al cabo, ¿qué es el retrato de una mujer? Tus cuadros y esculturas no son gran cosa después de todo. Perturban y emborronan las concepciones en lugar de elevarlas. La lengua es un medio más nítido.

—Sí, para quienes no saben pintar —dijo Naumann—. Ahí tienes toda la razón. No fui yo quien te aconsejó que pintaras, amigo mío.

El comentario del afable artista era mordaz, pero Ladislaw no se quiso dar por aludido y continuó como si no lo hubiera oído.

—El lenguaje proporciona una imagen mucho más completa, lo cual facilita la vaguedad. Al fin y al cabo la auténtica visión es interior, y la pintura te encara con insistente imperfección. Tengo esa sensación sobre todo con las representaciones de mujeres. ¡Es como si una mujer fuera una mera superficie coloreada! Hay que aguardar al movimiento y al tono. Hay diferencias incluso en su modo de respirar; cambian de un instante a otro. Esta mujer a la que acabas de ver, por ejemplo, ¿cómo pintarías su voz, dime? Y su voz es mucho más divina que cualquier cosa que hayas visto de ella.

—Ah, ya entiendo. Estás celoso. Ningún hombre debe osar pensar que puede pintar tu ideal. ¡Esto es serio, amigo mío! ¡Tu tía abuela! ¡Der Neffe alc Onkel en un sentido trágico ungeheuer!

—Tú y yo nos pelearemos, Naumann, si vuelves a llamar a esa dama mi tía.

—¿Cómo he de referirme a ella, pues? —Como la señora Casaubon.

—De acuerdo. Suponte que, a pesar tuyo, llego a conocerla y descubro que tiene un gran interés en que la pinten.

—¡Sí, supongámoslo! —dijo Will Ladislaw, con soterrado desdén encaminado a cambiar el tema. Era consciente de estar molesto por causas ridículamente nimias, la mitad de las cuales eran de su propia invención. ¿Por qué alborotaba tanto acerca de la señora Casaubon?

Y sin embargo era como si algo le hubiera ocurrido respecto de ella. Hay personajes que continuamente se crean colisiones y embrollos en tragedias que nadie está dispuesto a compartir. Sus susceptibilidades chocarán contra objetos que permanecen inocentemente tranquilos.

CAPÍTULO OCHO

Dos horas más tarde, Dorothea se encontraba sentada en la habitación interior o gabinete de una hermosa vivienda de la Vía Sixtina.

Siento añadir que lloraba amargamente con el abandono del corazón oprimido a este consuelo que a veces se permite una mujer, habitualmente controlada por el orgullo o la consideración hacia los demás, cuando se sabe a solas. Y era seguro que el señor Casaubon permanecería bastante tiempo en el Vaticano.

Sin embargo, Dorothea no podía formularse ni a sí misma ninguna queja concreta; en medio de su confusión y su ira, el acto mental que pugnaba por aflorar era el grito de culpabilidad de que la desolación que sentía era fruto de su propia pobreza espiritual. Se había casado con el hombre de su elección, con la ventaja sobre la mayoría de las mujeres de que había enfocado su matrimonio como el inicio de nuevas obligaciones: desde el principio había considerado al señor Casaubon como poseedor de una mente tan por encima de la suya que a menudo le reclamarían unos estudios que ella no podría del todo compartir. Por si fuera poco, y después de la exigua experiencia de su niñez, estaba contemplando Roma, la ciudad de la historia visible, donde el pasado de todo un hemisferio parece moverse en fúnebre cortejo con extrañas imágenes ancestrales y trofeos recabados de lejos.

Pero esta magnífica fragmentariedad no hacía sino subrayar la rareza intangible de su vida de recién casada. Llevaba Dorothea cinco semanas en Roma y en principio durante las amables mañanas en que el otoño y el invierno parecían ir de la mano como una pareja de felices ancianos, uno de los cuales pronto sobreviviría en una soledad más fría, había merodeado por ella con el señor Casaubon, pero últimamente eran Tantripp y el avezado guía sus principales acompañantes. La habían llevado a las mejores galerías, había visto las principales panorámicas, las ruinas más importantes y las iglesias más magníficas y a menudo había terminado por preferir salir a la Campagna donde podía sentirse a solas con la tierra y el cielo, lejos de la opresiva mascarada de los siglos en la cual su propia vida también parecía convertirse en una máscara con enigmáticos atuendos.

Para quienes han contemplado Roma con la pujante fuerza de un saber que infunde un hálito creciente a toda forma histórica y detecta las sofocadas transiciones que unifican todos los contrastes, puede que Roma continúe siendo el centro espiritual y la intérprete del mundo. Pero dejemos que conciban un contraste histórico más: las enormes y accidentadas revelaciones de esa ciudad imperial y papal arrojadas abruptamente sobre las nociones de una joven educada en el puritanismo inglés y suizo, nutrida a base de pequeñas historias protestantes y de un arte del tipo representado en los abanicos; una joven cuya naturaleza ardiente convertía en principios sus pequeñas parcelas de saber y a ellos ajustaba sus acciones y cuyas prontas emociones dotaban de la cualidad de gozo o dolor a las cosas más abstractas; una joven que se había convertido recientemente en esposa y, partiendo de una aceptación entusiasta de la obligación aún no degustada, se encontraba inmersa en la tumultuosa preocupación por su suerte personal. Tal vez las chispeantes ninfas para las que proporciona el telón de fondo de la brillante reunión angloextranjera lleven con donosura el peso de la ininteligible Roma, pero Dorothea carecía de semejantes defensas contra las impresiones profundas. Las ruinas y las basílicas, los palacios y los colosos alzándose en medio de un presente sórdido donde todo lo vivo y animado parecía hundido en la honda degeneración de una superstición encendida de la veneración; la más débil pero no obstante ávida vida titánica pugnando y escudriñando desde los muros y los techos; las perspectivas de blancas formas cuyos ojos marmóreos parecían encerrar la luz monótona de un mundo ajeno: todo este inmenso naufragio de ambiciosos ideales, sensuales y espirituales, confusamente entremezclados con las señales del olvido latente y la degradación, la sacudieron en un principio como una descarga eléctrica para más tarde imponérsele con la angustia propia del exceso de desordenadas ideas que frenan el curso de la emotividad. Formas pálidas y resplandecientes a un tiempo se posesionaron de su joven juicio, grabándose en su memoria incluso cuando no pensaba en ellas y preparando extrañas asociaciones que la acompañarían durante los años venideros. Nuestros estados de ánimo tienden a traer consigo imágenes que se suceden una a la otra como las de una linterna mágica en un sueño y durante el resto de su vida, en los momentos de entumecedora soledad, Dorothea continuó viendo la inmensidad de San Pedro, el enorme baldaquino de bronce, la arrebolada intención en las actitudes y vestimentas de los profetas y evangelistas de los mosaicos y las encarnadas colgaduras navideñas extendiéndose por doquier como una enfermedad de la retina.

No es que este asombro interno de Dorothea fuera algo muy excepcional: muchas son las almas que en su joven desnudez se ven arrojadas al meollo de las incongruencias donde han de aprender a desenvolverse mientras los mayores van a lo suyo. Tampoco creo que se pueda considerar trágica la situación de la señora Casaubon por encontrarla presa del llanto seis semanas después de su boda. No es infrecuente cierto desánimo y desfallecimiento ante el nuevo futuro real que sustituye al imaginado y no esperamos que la gente se conmueva profundamente ante lo que no es infrecuente. El elemento de tragedia que subyace en el propio hecho de la frecuencia todavía no se ha infiltrado dentro de la tosca emotividad de la humanidad y tal vez nuestra estructura no pudiera pechar con una dosis muy alta. Si tuviéramos agudizada la visión y el sentimiento de todo lo corriente en la vida humana, sería como oír crecer la hierba y latir el corazón de la ardilla y nos moriríamos del rugido que existe al otro lado del silencio. No siendo este el caso, los más ágiles de entre nosotros caminamos bien pertrechados de estupidez.

No obstante Dorothea lloraba, y de habérsele preguntado la causa sólo habría podido responder con palabras generales similares a las que yo ya he empleado. El intentar precisar más hubiera sido como tratar de hacer una historia sobre las luces y las sombras. Pues ese nuevo futuro real que sustituía al imaginario extraía su material de las infinitas minucias a base de las cuales su visión del señor Casaubon, así como su relación de esposa una vez casada con él, se desviaban gradualmente de lo que soñara de soltera con el secreto movimiento de las manecillas de un reloj. Era aún demasiado pronto para que reconociera o al menos admitiera la desviación, y aún más para que reajustara esa entrega que formaba una parte tan necesaria de su vida mental que estaba casi segura de que, tarde o temprano, volvería a recuperar. La rebelión permanente, el desorden de una vida carente de algún tierno y reverente propósito no le era posible; pero se encontraba ahora en ese intervalo en el que la fuerza misma de su naturaleza aumentaba su confusión. En este sentido, los primeros meses de un matrimonio a menudo son épocas de crítica agitación —tanto si se trata de un charco como de aguas más profundas— que posteriormente se convierte en gozosa tranquilidad.

Pero, ¿acaso no era el señor Casaubon tan sabio como antes? ¿Habían cambiado sus formas de expresión, eran sus sentimientos menos loables? ¡Ay la fantasía de las mujeres! ¿Es que le fallaba la cronología? ¿O su habilidad para exponer no sólo una teoría, sino los nombres de quienes la sostenían, o su capacidad para proporcionar el origen del tema que se terciara? ¿Y no era Roma el lugar por excelencia donde dar rienda suelta a tales aptitudes? Además, ¿acaso no radicaba el entusiasmo de Dorothea principalmente en la perspectiva de aliviar el peso y tal vez la tristeza que atenaza a quien ha de conseguir grandes logros? Y que este peso oprimía al señor Casaubon estaba más claro que antes.

Preguntas aplastantes; pero por mucho que todo lo demás permaneciera igual, la luz había cambiado y no se encuentra a mediodía el perlado amanecer. Es un hecho inalterable que el mortal cuya naturaleza conoces exclusivamente a través de las breves entradas y salidas de las irreales semanas denominadas noviazgo puede, a la luz de la continuidad de una relación matrimonial, revelarse como algo mejor o peor de lo que se preconcebía, pero nunca como lo que se esperaba. Y es asombroso descubrir lo pronto que se acusa el cambio si carecemos de alteraciones similares con las que compararlo. El compartir alojamiento con el brillante compañero de mesa o el ver al político predilecto en el ministerio puede provocar mutaciones igual de rápidas: también en estos casos empezamos sabiendo poco y creyendo mucho y a veces concluimos invirtiendo las cantidades.

Pero estas comparaciones pueden llevar a equívoco, pues no existió hombre menos capaz de revestirse de deslumbrante fantasía que el señor Casaubon. Era un carácter tan auténtico como cualquier bestia rumiante y no había participado activamente en la creación de ninguna ilusión respecto a sí mismo. ¿Cómo era, pues, que en las semanas transcurridas desde su boda Dorothea, aunque no lo hubiera observado claramente, sí sintiera con una depresión sofocante, que las amplias vistas y las bocanadas de aire fresco que soñó con encontrar en la mente de su esposo quedaban sustituidas por antesalas y tortuosos pasillos que no parecían conducir a ninguna parte? Supongo que será porque en el noviazgo todo se considera provisional y preliminar y la más exigua muestra de virtud o aptitud se entiende como garantía de deliciosos cúmulos que el amplio solaz del matrimonio revelará. Pero una vez traspasado el umbral del matrimonio, la expectación se concentra en el presente. Una vez embarcados en el viaje marital, es imposible no darse cuenta de que no avanzas, de que no se vislumbra el mar, y que la realidad es que estás explorando un barreño limitado.

En sus conversaciones previas al matrimonio, el señor Casaubon a menudo se había detenido en alguna explicación o detalle dudoso del que Dorothea no veía la importancia, pero achacaba esta imperfecta coherencia a lo interrumpido de su relación y, ayudada por la fe que tenía en su mutuo futuro, había escuchado con ferviente paciencia el recital de posibles argumentaciones en contra del punto de vista totalmente nuevo que el señor Casaubon sostenía acerca del dios filisteo Dagon y otras deidades marinas, pensando que más adelante enfocaría este tema que tanto le apasionaba desde la misma altura desde la que sin duda se le había hecho a él tan importante. Asimismo, atribuyó sin más, como perteneciente a la sensación de premura y preocupación que ella misma compartiera durante el noviazgo, la indiferencia y sequedad con que trataba lo que para ella constituían los pensamientos más inquietantes. Pero ahora, desde que llegaran a Roma, con toda la profundidad de sus emociones convertida en tumultuosa actividad y la vida transformada en un nuevo problema por los nuevos elementos, se había ido percatando con cierto terror de que su mente oscilaba continuamente entre internos ataques de ira o repulsión y un tedio desolador. No tenía manera de saber en qué medida el juicioso Hooker o cualquier otro héroe de la erudición hubiera sido igual a la edad del señor Casaubon, de modo que éste no podía disfrutar de la ventaja de la comparación; pero la forma en la que su marido comentaba los extrañamente impresionantes objetos que les rodeaban había empezado a afectarla con una especie de escalofrío mental; tal vez su intención fuera la de cumplir dignamente, pero sólo eso, cumplir con sus deberes. Lo que a ella le resultaba nuevo, para él estaba desgastado y cualquier capacidad de pensar o sentir que la vida de la humanidad en general hubiera estimulado en él alguna vez, hacía tiempo que había quedado reducida a una especie de preparación disecada, un embalsamamiento inánime de conocimientos. Cuando decía «¿Te interesa esto, Dorothea? ¿Quieres que nos detengamos un poco más? Estoy dispuesto a quedarme si lo deseas», el irse o el quedarse le parecía a Dorothea igualmente aburrido. O «¿Quisieras ir a la Villa Farnesina, Dorothea? Contiene frescos célebres diseñados o pintados por Rafael, que en opinión de la mayoría merecen visitarse».

—Pero, ¿a ti te interesan? —era la eterna pregunta de Dorothea.

—Tengo entendido que son muy apreciados. Algunos representan la fábula de Cupido y Psique, que probablemente sea la invención romántica de una época literaria y opino que no debe considerarse como un auténtico producto mitológico. Pero si te gustan estos murales, no constituye ningún problema el ir hasta allí y entonces creo que habrás visto las principales obras de Rafael, cualquiera de las cuales sería lastimoso omitir en una visita a Roma. Es el pintor al que se le atribuye el saber combinar la más completa elegancia de la forma con la sublimidad de la expresión. Esta es, al menos, la opinión que he recabado de los entendidos.

Este tipo de respuesta ofrecida en tono oficioso y mesurado, como el de un clérigo leyendo instrucciones, no ayudaban a justificar la gloria de la Ciudad Eterna ni le proporcionaban la esperanza de que, de saber más acerca de la misma, el mundo se iluminaría brillantemente para ella. Apenas hay contacto más deprimente para una joven y ardiente criatura que el de una mente en la que años llenos de sabiduría han dado como fruto una ausencia de interés o comprensión.

No obstante, respecto a otros temas, el señor Casaubon mostraba una tenacidad de ocupación y un interés considerados normalmente como resultado del entusiasmo, y Dorothea ansiaba seguir esta espontánea dirección de sus pensamientos en lugar de que se la hiciera sentir que la apartaba de ella. Pero paulatinamente iba dejando de esperar con su antigua confianza el que se abriera ante ella cualquier amplia senda por la que acompañarle. El propio señor Casaubon se encontraba perdido entre pequeños gabinetes y sinuosas escaleras y, sumido en una inquietante oscuridad respecto de los Cabiros o ante la exposición de los paralelos desprestigiados de otros mitologistas, perdía fácilmente de vista cualquier objetivo que le hubiera empujado a emprender estas tareas. Con la vela plantada ante él, olvidó la ausencia de ventanas y entre los amargos comentarios manuscritos acerca de las ideas que otros hombres tenían de las deidades solares, se había vuelto indiferente a la luz del sol.

Estas características, fijas e inmutables en el señor Casaubón como el hueso, hubieran podido permanecer más tiempo sin que Dorothea las acusara de haberse visto animada a dar rienda suelta a sus sentimientos femeninos y juveniles, si hubiera cogido sus manos entre las suyas y escuchado con el gozo de la ternura y la comprensión todas aquellas pequeñas historias que componían su experiencia, dándole a cambio el mismo tipo de intimidad, de forma que el pasado de ambos se pudiera incluir en su mutuo conocimiento y cariño o de haber podido ella alimentar su afecto con esas infantiles caricias a las que se siente inclinada toda mujer dulce que empezó cubriendo de besos la dura coronilla de su muñeca calva dotando de una alegre alma a la figura de madera como producto de la riqueza de su propio amor. Ese era el sesgo de Dorothea. Pese a todo su anhelo por conocer cuanto le quedaba lejos y por ser inmensurablemente magnánima, aún le restaba el suficiente ardor para lo que tenía cerca, para haber besado la manga del señor Casaubon o acariciar su calzador, si él hubiera manifestado algún otro signo más de aceptación que el declararla, con esa eterna corrección, poseedora de una naturaleza afectiva y auténticamente femenina, indicando simultáneamente, al acercarle con cortesía una silla, que consideraba estas manifestaciones como un tanto crudas y desconcertantes. Habiendo llevado a cabo con esmero su aseo clerical matutino, sólo se encontraba preparado para aquellas amenidades de la vida acordes al rígido y ajustado cuello de la época y a una mente doblegada por el peso de material inédito.

Y por una triste contradicción, las ideas y los propósitos de Dorothea eran como hielo derretido que flotaba y se perdía en la cálida corriente de la que no habían sido más que otra forma. Se sentía humillada al encontrarse la víctima del sentimiento, como si nada pudiera conocer salvo a través de ese medio: toda su fuerza se desparramaba en espasmos de agitación, lucha, desánimo, para tornarse luego en visiones de una mayor renuncia, transformando las áridas condiciones en obligaciones. ¡Pobre Dorothea! Era verdaderamente un problema, sobre todo para sí misma. Pero esta mañana, por vez primera, lo había sido también para el señor Casaubon.

Había comenzado, mientras tomaban café, con la decisión de sacudirse de encima lo que interiormente denominaba su egoísmo y miró a su marido con un rostro lleno de atención cuando éste le dijo:

—Mi querida Dorothea, debemos ahora pensar en cuanto queda por hacer, como prolegómeno a nuestra marcha. Hubiera deseado regresar antes a casa a fin de estar en Lowick por Navidad, pero mis investigaciones aquí se han alargado más allá del periodo anticipado. Sin embargo, espero que el tiempo transcurrido aquí haya sido de tu agrado. De entre lo que hay en Europa, Roma es considerada como la ciudad más sorprendente y, a muchos efectos, la más edificante. Bien recuerdo que lo consideré un momento culminante en mi vida cuando la visité por primera vez; fue tras la caída de Napoleón, un suceso que abrió el continente a los viajeros. Tengo entendido que es, entre algunas ciudades, una a la que se le ha aplicado una suprema hipérbole: «Ver Roma y morir». En tu caso, propondría una enmienda, y diría «Ver Roma de novia y vivir en adelante como esposa feliz».

El señor Casaubon pronunció este pequeño discurso con la más consciente intención, parpadeando y moviendo la cabeza arriba y abajo para concluir con una sonrisa. No había encontrado el matrimonio un estado embelesador, pero no cabía en su mente que no fuera un esposo irreprochable, capaz de hacer a una deliciosa joven tan feliz como se merecía.

—Espero que estés totalmente satisfecho con nuestra estancia; me refiero a los resultados respecto de tus estudios —dijo Dorothea, intentando concentrarse en lo que más afectaba a su marido.

—Sí —dijo el señor Casaubon, con ese tono particular que confiere cierta negativa a la palabra—. Me he visto llevado más allá de lo que había previsto, y se han presentado varios temas a tener en cuenta que, aunque no preciso directamente, no podía preterir. La tarea, pese a la ayuda de mi amanuense, ha resultado un tanto laboriosa, pero felizmente, tu compañía me ha impedido ese continuo pensar allende las horas de estudio que ha sido el señuelo de mi vida solitaria.

—Me alegro de que mi presencia te haya ayudado —dijo Dorothea, recordando vivamente las noches en las que había supuesto que la mente del señor Casaubon había poceado demasiado durante el día como para poder volver a salir a la superficie. Temo que su respuesta abrigaba cierto mal humor—. Espero poderte ser más útil cuando lleguemos a Lowick y adentrarme más en lo que te interesa.

—Sin duda alguna —dijo el señor Casaubon con una ligera inclinación—. Las notas que he tomado aquí precisarán una criba y podrás, si lo deseas, hacerlo bajo mi dirección.

—Y todas esas notas tuyas —dijo Dorothea cuyo corazón ya se había abrasado con este tema de forma que no pudo ahora evitar que hablara la lengua—, todos esos montones de volúmenes ¿no harás ahora lo que solías decir? ¿No te decidirás sobre qué parte emplearás y empezarás a escribir el libro que convertirá en útil para el mundo tu vasta sabiduría? Escribiré al dictado o copiaré y extraeré lo que me digas; no puedo servirte de otra ayuda —y Dorothea, de forma inexplicable y oscuramente femenina concluyó con un sollozo y los ojos llenos de lágrimas.

La excesiva emotividad manifestada hubiera por sí sola incomodado sobremanera al señor Casaubon, pero existían otros motivos por los que las palabras de Dorothea le resultaron las más cortantes e irritadoras de cuantas se hubiera visto impulsada a emplear. Desconocía tanto los problemas internos de su marido como él los de ella; aún no había aprendido esos conflictos interiores que suscitan nuestra piedad. Aún no había escuchado con paciencia los latidos de su corazón, sólo había notado que el suyo lo hacía violentamente. A los oídos del señor Casaubon, la voz de Dorothea fue la enfática y ruidosa repetición de esas amordazadas sugerencias de la conciencia que era posible descartar como mera fantasía, las ilusiones de una exagerada sensibilidad. Y siempre, cuando tales sugerencias vienen inconfundiblemente repetidas desde fuera, se ven rechazadas por crueles e injustas. Si nos irrita incluso la total aceptación de nuestras humillantes confesiones ¡cuánto más no ha de hacerlo el oír de labios de un observador cercano, con sílabas nítidas y crudas esos confusos murmullos que intentamos denominar malsanos y contra los que luchamos como si de la llegada del entumecimiento se tratara! Y este acusador cruel y externo se encontraba ahí, bajo la forma de una esposa, es más, de una recién casada, la cual, en lugar de observar sus abundantes garabatos y resmas con el asombro acrítico de un canario elegante, parecía presentarse como una espía, mirándolo todo con un maligno poder de inferencia. Aquí, en este preciso punto del compás, el señor Casaubon tenía una sensibilidad pareja a la de Dorothea e igual prontitud para imaginarse más que los hechos. Con anterioridad había notado con aprobación la capacidad de Dorothea por adorar al objeto adecuado y previó ahora con repentino terror que esta capacidad pudiera verse reemplazada por la presunción, esta idolatría por la más desesperante de las críticas, la que vislumbra vagamente un sinfín de hermosos fines sin tener la más mínima noción de cómo conseguirlos.

Por primera vez desde que Dorothea le conociera, una ráfaga de cólera cruzó el rostro del señor Casaubon.

—Mi amor —dijo, refrenada su ira por la educación—, puedes confiar en que yo sabré determinar el tiempo y la época, adaptados a las diferentes etapas de una obra que no puede medirse por las fáciles conjeturas de observadores ignorantes. Muy poco complicado me hubiera resultado conseguir un efectismo temporal con el espejismo de una opinión infundada. Pero es el sino del explorador escrupuloso el que se le salude con el impaciente desprecio de los charlatanes que tan sólo intentan los más mínimos logros, no estando capacitados para otros. Y sería bueno que se les pudiera inducir a discriminar esos juicios, cuyo meollo queda totalmente fuera de su alcance, de aquellos cuyos elementos se pueden asimilar mediante un somero y superficial vistazo.

Este discurso se llevó a cabo con una energía y una prontitud poco usuales en el señor Casaubon. No es que fuera improvisado del todo; había ido tomando forma como coloquio interior y ahora brotó como los granos de una fruta cuando el calor repentino la abre. Dorothea no sólo era su esposa: era la personificación de ese mundo superficial que rodea al autor desalentado y poco apreciado.

Dorothea, a su vez, estaba indignada. ¿Acaso no había estado reprimiendo todo cuanto llevaba dentro salvo el deseo de compartir con su esposo sus principales intereses?

—Mi juicio ha sido verdaderamente muy somero: el único que soy capaz de formular —respondió con presto resentimiento que no precisaba ensayo—. Me has enseñado las hileras de apuntes; a menudo has hablado de ellos comentando que precisaban de digestión. Pero jamás te he oído hablar del escrito que ha de publicarse. Eran datos muy sencillos y mi razonamiento no iba más allá. Sólo te rogaba que me permitieras serte útil.

Dorothea se levantó de la mesa para marcharse y el señor Casaubon no añadió más, limitándose a tomar una carta que tenía a su lado como con intención de leerla. A ambos les sorprendió la mutua situación de haberse mostrado enojado con el otro. De haberse hallado en casa, instalados en su cotidianidad entre sus vecinos de Lowick, el choque hubiera sido menos violento. Pero encontrándose en su viaje de novios, la finalidad expresa del cual consiste en aislar a dos personas en aras a que lo son todo el uno para el otro, el no estar de acuerdo resulta, como mínimo, inquietante y desorientador. Ni siquiera las más aguerridas mentes considerarían satisfactorio el haber cambiado considerablemente de longitud y buscado la soledad moral para obtener pequeños exabruptos, encontrar difícil la conversación y pasar el vaso de agua sin mirar a la persona. Para la sensibilidad inexperta de Dorothea esto suponía una catástrofe que cambiaba todas las perspectivas. Para el señor Casaubon era una nueva agonía, no habiéndose encontrado en viaje de novios con anterioridad ni en esa cercana unión que constituía una mayor sujeción de la que hubiera podido imaginar, puesto que esta encantadora desposada no sólo le obligaba a prestarle mucha consideración (que él había hecho con diligencia), sino que resultaba ser capaz de alterarle cruelmente en el punto en que más tranquilidad necesitaba. ¿Acaso habría suministrado él una presencia más sustancial a ese público frío, desdibujado e insensible, en lugar de proporcionarse para sí una protección contra él?

Ninguno de los dos podía hablar de momento. El haber modificado un plan previo negándose a salir hubiera sido una demostración de persistente enojo, lo que la conciencia de Dorothea rehuía, máxime ahora que comenzaba a sentirse culpable. Por muy justa que pudiera ser su indignación, su ideal no era el de reclamar justicia, sino el de proporcionar ternura. De modo que cuando el carruaje llegó frente a la puerta, fue con el señor Casaubon al Vaticano, caminó junto a él por la pedregosa avenida de inscripciones y, al separarse de él a la entrada de la Biblioteca, siguió cruzando el Museo por puro desinterés respecto de lo que la rodeaba. No se sentía con ánimo para decir que la llevaran a cualquier parte. Fue en el momento en que el señor Casaubon la dejaba cuando Naumann la vio por primera vez, y había entrado con ella a la larga galería de esculturas; pero aquí Naumann tuvo que esperar a Ladislaw con quien debía saldar una apuesta de champán acerca de una enigmática figura medieval. Tras examinar la figura y continuar caminando hasta cerrar la discusión, se habían separado, Ladislaw rezagándose mientras Naumann se dirigía a la Sala de las Estatuas, donde de nuevo vio a Dorothea en esa pensativa abstracción que convertía en tan asombrosa su pose, y para la cual el haz de luz cayendo sobre el suelo no ofrecía mayor interés que las estatuas. La luz que veía interiormente era la de los años venideros en su propio hogar y en los campos ingleses, en los olmos y en las carreteras ribeteadas de setos, y pensaba que la forma en la que pudieran llenarse de gozosa dedicación no estaba tan clara como antaño. Pero había en la mente de Dorothea una corriente en la cual solía desembocar tarde o temprano todo pensamiento y todo sentir: ese anhelo de toda su conciencia por la verdad más completa, el bien menos parcial. Claramente, existía algo mejor que la ira y el desaliento.

CAPÍTULO NUEVE

Era esto por lo que Dorothea lloraba en cuanto se encontró a solas. Pero de repente una llamada a la puerta la hizo secarse las lágrimas antes de decir «Adelante». Tantripp entró con una tarjeta y el mensaje de que un caballero esperaba en la entrada. El guía había explicado ya que sólo estaba en la casa la señora Casaubon, pero le respondieron que se trataba de un pariente del señor Casaubon y quería saber si la señora le vería.

—Sí —dijo Dorothea inmediatamente—. Que pase a la sala.

Sus principales impresiones respecto del joven Ladislaw eran que se le había recalcado mucho cuando le conoció en Lowick la generosidad que hacia él mostraba el señor Casaubon, así como que ella se había interesado por las dudas del sobrino respecto de su carrera. Su respuesta era pronta a todo cuanto le daba la oportunidad para entregarse, y en este momento era como si la visita llegara para sacarla de su descontento egoísta, para recordarle la bondad de su marido y hacerla sentir que ahora tenía el derecho a ser un apoyo para él en todas las buenas obras. Esperó un par de minutos y cuando entró en la habitación contigua quedaban sólo aquellas señales de llanto que hicieron que su rostro pareciera más joven y atractivo de lo corriente. Recibió a Ladislaw con esa exquisita sonrisa de bienvenida ausente de vanidad y le extendió la mano. Él era algunos años mayor, pero en ese momento parecía mucho más joven, pues su tez transparente se sonrojó de pronto y habló con un pudor totalmente distinto a la rasgada indiferencia que mostrara ante su amigo, mientras que Dorothea se mostraba aún más serena a fin de sosegarle.

—No supe que usted y el señor Casaubon estuvieran en Roma hasta esta mañana cuando la vi en el Museo Vaticano —dijo—. La conocí al momento, pero…, bueno…, quiero decir que supuse que la dirección del señor Casaubon podría encontrarla en Correos y quería saludarles a ustedes lo antes posible.

—Siéntese, se lo ruego. No está aquí ahora mismo, pero no dudo que se alegrará de tener noticias suyas —dijo Dorothea, sentándose impensadamente entre la chimenea y la luz que entraba por un ventanal y señalando una silla cercana con la tranquilidad de una apacible matrona, gesto que no hizo más que resaltar las muestras de dolor que su rostro reflejaba—. El señor Casaubon está muy ocupado, pero dejará usted su dirección, ¿verdad?, y él le escribirá.

—Es usted muy amable —dijo Ladislaw, comenzando a perder su timidez por el interés que le suscitaron las muestras de llanto que alteraban el rostro de Dorothea—. Mi dirección consta en la tarjeta. Pero si me lo permite volveré mañana a una hora en la que el señor Casaubon fuera a estar en casa.

—Va todos los días a leer a la Biblioteca del Vaticano y apenas es posible verle salvo previa cita. Sobre todo ahora. Estamos a punto de partir de Roma y está muy ocupado. Suele estar fuera desde el desayuno hasta la cena. Pero estoy segura de que deseará que cene usted con nosotros.

Will Ladislaw se quedó mudo unos instantes. Nunca había sentido un gran afecto por el señor Casaubon y de no ser porque se sentía obligado hacia él se hubiera reído, considerándolo un murciélago de la erudición. Pero la idea de que este pedante reseco, este elaborador de nimias explicaciones de la envergadura de un exceso de falsas antigüedades almacenadas en el trastero de un vendedor, hubiera conseguido, primero, que esta adorable joven se casara con él, y después, se pasara la luna de miel apartado de ella, en pos de sus enmohecidas bobadas (a Will le gustaba la hipérbole), esta repentina imagen le conmovió con una especie de cómica repulsión y se encontró a medio camino entre el impulso de soltar una carcajada y el impulso igualmente inapropiado de lanzar una diatriba desdeñosa. Por un momento sintió que la pugna contorsionaba extrañamente sus facciones, pero haciendo un gran esfuerzo consiguió dar forma a nada más ofensivo que una jovial sonrisa. Dorothea estaba sorprendida, pero la sonrisa resultaba irresistible y ella se la devolvió. La sonrisa de Will Ladislaw era deliciosa salvo que se estuviera enfadado con él de antemano: era un estallido de luz interior que le iluminaba la tez y la mirada y que jugaba sobre cada una de las curvas y las líneas como si un Ariel los dotara de nuevos encantos, disipando para siempre todo rastro de mal humor. El reflejo de esa sonrisa no pudo sino contener algo de diversión en ella también, cuando Dorothea, con las pestañas aún húmedas, inquirió:

—¿Algo le divierte?

—Sí —dijo Will, rápido de recursos—. Estoy pensando en la impresión que le debí causar la primera vez que la vi, cuando anuló mis pobres dibujos con su crítica.

—¿Mi crítica? —preguntó Dorothea, cada vez más sorprendida—. No puede ser. Me siento particularmente ignorante respecto de la pintura.

—Sospeché que sabía usted tanto como para decir justo lo que más me hería —dijo—. Supongo que no lo recuerda tan bien como yo, que la relación de mi dibujo con la naturaleza se le escapaba a usted. Al menos, esa fue la implicación, —Will pudo ahora reírse además de sonreír.

—Eso fue tan sólo mi ignorancia —dijo Dorothea, admirando el buen humor de Will—. Debió ser porque nunca supe ver belleza alguna en los cuadros que mi tío decía que todo juez juzgaba como espléndidos. Y me he paseado por Roma con la misma ignorancia. Hay relativamente pocos cuadros con los que disfruto de verdad. Cuando entro por primera vez en una sala donde los muros están cubiertos de frescos o de insólitos cuadros, siento una especie de angustia, como una criatura que asiste a grandes ceremonias donde hay ropajes y procesiones; me siento en presencia de una vida superior a la mía. Pero cuando empiezo a examinar uno por uno los cuadros, o se les va la vida o poseen algo violento y extraño para mí. Debe ser mi propio desconocimiento. Estoy viendo mucho de golpe sin entender la mitad y eso siempre hace que te sientas necio. Es muy doloroso que te digan que algo es hermosísimo y que no lo puedas sentir así. Es como ser ciego cuando la gente habla del cielo.

—Bueno, hay mucho de adquisición respecto del sentimiento por el arte —dijo Will (imposible dudar ahora lo directo de la confesión de Dorothea)—. El arte es una lengua antigua con gran cantidad de estilos artificiales, y en ocasiones el mayor placer que uno obtiene al conocerlos es la simple sensación de conocimiento. Yo disfruto enormemente con todos los tipos de arte que hay aquí; pero supongo que si pudiera desmenuzar mi placer lo encontraría compuesto de innumerables hebras. Algo aporta el pintarrajear uno mismo un poco y tener una idea del proceso.

—¿Tiene tal vez la intención de ser pintor? —preguntó Dorothea interesada—. ¿Va a hacer de la pintura su profesión? Al señor Casaubon le gustará saber que se ha decidido por una.

—No, no —dijo Will con cierta brusquedad—. He decidido definitivamente no serlo. Es una vida demasiado unilateral. He conocido a muchos de los artistas alemanes que están aquí; viajé desde Frankfort con uno de ellos. Algunos son estupendos, incluso brillantes, pero no me gustaría ajustarme a su forma de ver el mundo, exclusivamente desde el estudio.

—Eso puedo entenderlo —dijo Dorothea con franqueza—. Y en Roma da la sensación de que hay cosas en el mundo que se necesitan mucho más que los cuadros. Pero si usted tiene dotes para la pintura, ¿no debería servirle eso de guía? Tal vez hiciera cosas mejores…, o diferentes, de forma que no hubiera tantos cuadros tan iguales en el mismo sitio.

La ingenuidad era inequívoca y Will respondió con sinceridad:

—Se precisan unas dotes muy poco frecuentes para efectuar cambios de ese tipo. Me temo que las mías ni siquiera me llevarían al punto de hacer bien lo que está hecho, al menos no lo bastante bien como para que mereciera la pena. Y jamás sobresaldría en nada, sólo a fuerza de tenacidad. Nunca acabo de cuajar las cosas que no se me dan bien de antemano.

—He oído decir al señor Casaubon que lamenta la poca paciencia que usted tiene —dijo Dorothea con suavidad. La sorprendía un poco este modo de tomarse la vida como unas vacaciones.

—Sí, conozco la opinión del señor Casaubon. Diferimos mucho.

El leve rastro de desdén en la respuesta ofendió a Dorothea. Su desazón matutina la hacía más susceptible respecto del señor Casaubon.

—Naturalmente que difieren —dijo con altivez—. No se me ocurriría compararles; una capacidad de perseverante devoción a la labor como la del señor Casaubon no es común.

Will vio que estaba enojada, pero esto sólo añadió mayor impulso a la irritación que ahora le producía su latente desagrado por el señor Casaubon. Era demasiado intolerable que Dorothea idolatrara a este esposo: semejante debilidad en una mujer no complace a ningún hombre salvo al marido en cuestión. Los mortales se sienten fácilmente tentados a anular la gloria de su vecino, pensando que una muerte así no es un asesinato.

—Es cierto —contestó presto—. Y es por tanto una lástima que se desperdicie, como ocurre con tanta erudición inglesa, por no saber lo que el resto del mundo está haciendo. Si el señor Casaubon supiera alemán se ahorraría mucho trabajo.

—No le comprendo —dijo Dorothea, sorprendida a inquieta.

—Simplemente quiero decir que los alemanes han tomado la delantera en la investigación histórica y se ríen de aquellos resultados obtenidos a base de ir a tientas y a ciegas por los bosques con una brújula de bolsillo cuando ellos ya han trazado buenas carreteras. Cuando estuve con el señor Casaubon comprobé que estaba sordo a estas indicaciones. Fue casi en contra de su voluntad que leyó un tratado en latín escrito por un alemán. Me dio mucha pena.

Will no tenía ulterior intención que la de dar un pellizco que invalidara esa enaltecida laboriosidad y no pudo imaginar el modo en el que heriría a Dorothea. El joven señor Ladislaw no estaba demasiado versado en los escritores alemanes, pero no se requiere mucho para compadecerse de las limitaciones de los demás.

La pobre Dorothea sintió una punzada ante la posibilidad de que la tarea que constituía la vida de su maridó pudiera ser baldía, lo cual no le dejó energía para preguntarse si este joven pariente que tanto le debía no hubiera hecho mejor reprimiendo su observación. No dijo ni una palabra, sino que permaneció sentada, mirándose las manos, absorta en lo patético de la idea.

Will, sin embargo, tras dar ese pellizco anulador, se avergonzó un poco, infiriendo del silencio de Dorothea que la había ofendido aún más, y remordiéndole la conciencia por despojar a un benefactor de lo que más le enorgullecía.

—Lo sentí especialmente —continuó, tomando el curso habitual de la alabanza insincera después de la detracción—, por el respeto y gratitud que siento por mi primo. No tendría tanta importancia en un hombre cuyo talento y personalidad fueran menos notables.

Dorothea alzó los ojos, que la emoción hacía brillar más de lo usual, y dijo con un tono lleno de tristeza:

—¡Ojalá hubiera aprendido alemán en Lausana! Había muchos profesores alemanes. Ahora no puedo servirle de ayuda.

Había una nueva luz, aún misteriosa para Will, en las últimas palabras de Dorothea. La pregunta de cómo había llegado a aceptar al señor Casaubon, que él despachara cuando la conoció diciéndose a si mismo que debía ser desagradable pese a las apariencias, no podía contestarse ahora por un método tan expeditivo y fácil. Fuera lo que fuera, no era desagradable. No era fríamente inteligente e indirectamente mordaz, sino adorablemente llana y emotiva. Era un ángel engañado. Supondría un placer muy singular el esperar y observar cómo los melódicos fragmentos brotaban de forma tan directa e ingenua de su alma y su corazón. El arpa eolia le volvió a la mente.

Debió haberse inventado ella sola algún original romance para esta boda. Y de haber sido el señor Casaubon un dragón que, simplemente y sin legalidades, se la hubiera llevado entre las garras a su guarida, hubiera sido una inevitable gesta heroica el rescatarla y postrarse a sus pies. Pero un primo era algo menos manejable que un dragón; era un benefactor con una sociedad colectiva a sus espaldas, y en ese instante entraba en la habitación con toda su impecable corrección de porte, mientras que Dorothea se encontraba alterada por la alarma y el remordimiento recién suscitados, y Will por la especulación que llevaba a cabo respecto de los sentimientos de la señora Casaubon.

El señor Casaubon experimentó una sorpresa exenta por completo de placer, pero no varió su usual cortesía al saludar a Will cuando éste se levantó y explicó el motivo de su presencia. El señor Casaubon estaba menos contento que de costumbre y esto tal vez hacía que pareciera aún más desvaído y apagado; en cualquier caso, el contraste con el juvenil aspecto de su primo hubiera producido ese efecto. La primera impresión que Will daba era de alegría y viveza, lo que acentuaba lo indeterminado de su móvil expresión. Ciertamente, las facciones mismas parecían cambiar de forma: la mandíbula daba la impresión de ser a veces grande y a veces pequeña y la ondulación de la nariz era como un anticipo de una metamorfosis. Cuando volvía la cabeza con rapidez, su pelo parecía despedir luz y había quien creía ver en estos destellos un definitivo rasgo de genialidad. Por el contrario, el señor Casaubon aparecía completamente desiluminado.

Dado que Dorothea observaba a su esposo con atención, tal vez no fuera insensible al contraste. Pero éste se entremezcló con otros motivos que la hicieron más consciente de esa nueva inquietud por su marido que era el primer indicio de una compasiva ternura alimentada por las realidades de su suerte y no por las fantasías propias. Sin embargo, fue para ella una fuente de mayor libertad el que Will estuviera allí; su similar juventud resultaba agradable, así como quizá su predisposición a dejarse convencer. Sintió la enorme necesidad de alguien con quien hablar y nunca antes había visto a nadie que pareciera tan rápido y flexible, y con tantas probabilidades de comprenderlo todo.

El señor Casaubon manifestó, adusto, que confiaba en que Will estuviera pasando el tiempo en Roma de forma provechosa además de agradable; que tenía la impresión de que iba a quedarse en el sur de Alemania. Le rogó que fuera a cenar al día siguiente cuando podrían conversar más dilatadamente, pues de momento se encontraba algo fatigado. Ladislaw comprendió, y tras aceptar la invitación se marchó inmediatamente.

Dorothea siguió a su esposo con mirada inquieta cuando éste se sentó, cansado, en un sofá, y doblando el codo apoyó en la mano la cabeza mientras miraba al suelo. Ligeramente sonrojada y con la mirada iluminada se sentó junto a él y dijo:

—Perdóname por haberte hablado con tanta ligereza esta mañana. Estaba equivocada. Temo que te herí e hice aún más fatigoso para ti el día.

—Me alegro que pienses así —dijo el señor Casaubon.

Hablaba quedamente y con la cabeza inclinada, pero sus ojos reflejaban cierta inquietud cuando la miró.

—Pero ¿me perdonas? —dijo Dorothea con un leve sollozo. Su necesidad por alguna muestra de sentimiento hacía que exagerara su culpabilidad. ¿Acaso el amor no vería que regresaba al penitente y se abalanzaría para besarle?

—Mi querida Dorothea, «aquel a quien no le satisface arrepentimiento no pertenece ni al cielo ni a la tierra». Y tú no me creerás merecedor de tan severa sentencia —dijo el señor Casaubon, esforzándose para hacer una afirmación de peso al tiempo que sonreía levemente.

Dorothea permaneció en silencio, pero la lágrima que brotara con el sollozo insistió en caer.

—Estás alterada, amor mío. Yo también estoy notando ciertas desagradables consecuencias, fruto de una excesiva perturbación mental —dijo el señor Casaubon. Lo cierto es que tenía la intención de decir… que no debía haber recibido al joven Ladislaw en su ausencia, pero se abstuvo, en parte por lo descortés que resultaría una nueva queja en el momento de su arrepentimiento, en parte porque quería evitar turbarse más a sí mismo con el discurso, y en parte porque era demasiado orgulloso para mostrar esa disposición envidiosa que no se agotaba lo bastante con sus compañeros de erudición como para que no sobrara algo para invertir en otras direcciones. Hay un tipo de envidia que precisa poca leña; apenas es una pasión, tan sólo un añublo criado en el húmedo y oscuro desánimo del egoísmo intranquilo.

—Creo que es hora de vestirnos —añadió, mirando el reloj. Ambos se levantaron y jamás hubo otra alusión a lo que ocurriera ese día.

Pero Dorothea lo recordó siempre con la claridad con la que todos recordamos épocas en nuestra experiencia en la que muere alguna expectación entrañable o nace una nueva ilusión. Hoy había empezado a vislumbrar que la había impulsado una loca quimera al esperar del señor Casaubon una respuesta a sus emociones y había notado el despertar del pensamiento de que pudiera existir un gran vacío en la vida de su marido que le pesara tanto a él como a ella.

Todos nacemos sumidos en la estupidez moral, creyendo que el mundo es una ubre de la que nutrir nuestros privilegiados seres: Dorothea había empezado pronto a salir de esa necedad, pero le había sido más fácil imaginar cómo se dedicaría al señor Casaubon, fortaleciéndose y enriqueciéndose con la fuerza y la sabiduría de él, que concebir con esa claridad que ya no es reflexión, sino sensación, idea forjada en lo certero de sentimientos, como la solidez de los objetos que él tenía un eje equivalente de sí mismo, del cual las luces y las sombras deben proceder con una cierta diferencia.

CAPÍTULO DIEZ

Will Ladislaw se mostró muy agradable durante la cena al día siguiente y no le dio al señor Casaubon ninguna oportunidad de manifestar desaprobación. Por el contrario, a Dorothea se le antojó que la forma en la que Will suscitaba la conversación en su marido y le escuchaba con respeto era la más feliz de cuantas observara hasta la fecha. ¡Cierto que el público de Tipton no era el más dotado! Will hablaba bastante de sí mismo, pero lo que decía lo introducía con tal rapidez y con tal falta de presunción, como de pasada, que su charla parecía alegre repicar tras la gran campanada. Si bien Will no era siempre perfecto, este fue decididamente uno de sus días inspirados. Esbozó pinceladas de incidentes entre las gentes pobres de Roma, visibles sólo para uno que se moviera con libertad por la ciudad; coincidió con el señor Casaubon respecto de las erróneas ideas de Middleton sobre el judaísmo y el catolicismo, y trazó con toda facilidad una imagen semi-entusiasta semilúdica del placer que le proporcionaba lo misceláneo de Roma, que flexibilizaba la mente a base de los contrastes constantes, salvándote de interpretar las épocas del mundo como compartimentos sin conexión vital. Will comentó que el trabajo del señor Casaubon siempre había tenido más amplitud como para caer en eso y por tanto tal vez no hubiera experimentado un efecto repentino de ese tipo, pero él por su parte confesó que Roma le había proporcionado un sentido completamente nuevo de la historia como conjunto; los fragmentos estimulaban su imaginación y le hacían constructivo. Ocasionalmente, pero no con excesiva frecuencia, se dirigió a Dorothea y comentaba lo que ella decía como si su opinión fuera algo a tener en cuenta en el juicio último sobre incluso la Madonna de Foligno o el Laoconte. La sensación de contribuir a formar la opinión del mundo convierte la conversación en algo especialmente animado, y así, incluso el señor Casaubon no dejó de sentirse orgulloso de su joven esposa, que hablaba mejor que la mayoría de las mujeres, como efectivamente percibiera al elegirla.

Puesto que las cosas marchaban de manera tan agradable, el comentario del señor Casaubon de que suspendería su trabajo en la Biblioteca durante un par de días y que tras una breve reanudación del mismo no tendría razón su permanencia en Roma, animó a Will a insistir en que la señora Casaubon no debía marcharse sin ver uno o dos estudios. ¿No querría el señor Casaubon llevarla? Era algo para no perderse; algo muy especial; era una forma de vida que crecía como fresca y pequeña vegetación con su población de insectos sobre enormes fósiles. Will estaría encantado de guiarles…, nada muy exhaustivo, sólo unos cuantos ejemplos.

El señor Casaubon, viendo que Dorothea le miraba con insistencia, no pudo dejar de preguntar si le interesarían estas visitas; estaría todo el día a su disposición. Acordaron que Will iría al día siguiente para acompañarles.

Will no podía pasar por alto a Thorwaldsen, celebridad en activo sobre quien incluso el señor Casaubon preguntó, pero antes de que el día estuviera muy avanzado emprendió camino al estudio de su amigo Adolf Naumann, a quien se refirió como uno de los principales renovadores del arte cristiano, uno de los que no sólo habían revitalizado, sino ampliado la grandiosa concepción de sucesos supremos como misterios ante los que las sucesivas épocas eran espectadores y en relación con los cuales las grandes almas de todos los periodos eran contemporáneas. Will añadió que se había hecho pupilo de Naumann por el momento.

—He estado haciendo algunos apuntes al óleo bajo su tutela —dijo Will—. Detesto copiar. Tengo que incorporar algo propio. Naumann ha estado pintando a los Santos tirando del carro de la Iglesia y yo he hecho un boceto del Tamerlán de Marlowe conduciendo a los reyes vencidos en su carro. No soy tan eclesiástico como Naumann y a veces le censuro por su exceso de implicaciones. Pero en esta ocasión pienso superarle en amplitud de intención. Tomo a Tamerlán en su carro como el tremendo curso de la historia física del mundo azotando a las dinastías enjaezadas. En mi opinión, es una buena interpretación mitológica —llegado este punto Will miró al señor Casaubon, quien recibió con gran incomodidad esta interpretación desenfadada del simbolismo, inclinándose con aire neutral.

—Deberá tener que ser un dibujo grande si ha de conferir tanto —dijo Dorothea—. Yo precisaría una explicación incluso del significado que usted da. ¿Tiene la intención de que Tamerlán represente terremotos y volcanes?

—Sí, sí —dijo Will riéndose—, y migraciones de razas, y desaparición de los bosques, y América, y la máquina de vapor. ¡Todo cuanto pueda imaginarse!

—¡Que taquigrafía más difícil! —dijo, sonriéndole a su marido—. Necesitaría de todos tus conocimientos para poder leerla.

El señor Casaubon miró a Will parpadeando. Tenía la sospecha de que era objeto de mofa, pero no era posible incluir en ella a Dorothea.

Encontraron a Naumann trabajando afanosamente, pero no había modelos presentes. Tenía los cuadros ventajosamente colocados y su propia persona, sencilla y vivaz, quedaba resaltada por un blusón grisáceo y una gorra de terciopelo marrón, de forma que el conjunto era tan afortunado como si hubiera estado esperando en ese momento a la hermosa joven inglesa.

El pintor dio breves explicaciones sobre los temas, tanto acabados como inacabados, en su correcto inglés, dando la impresión de observar al señor Casaubon tanto como a Dorothea. Will intercalaba aquí y allí enardecidas alabanzas, señalando méritos especiales del trabajo de su amigo. Dorothea sintió que adquiría ideas totalmente nuevas respecto del significado de las Madonnas sentadas bajo inexplicables tronos con dosel y el campo como telón de fondo, y de los santos con modelos arquitectónicos en las manos o cuchillos traspasando accidentalmente sus cráneos. Cosas que habían parecido monstruosas fueron cobrando inteligibilidad e incluso un significado natural. Pero todo esto parecía una rama del saber por la cual el señor Casaubon no se había interesado.

—Creo que preferiría sentir que un cuadro es hermoso a tener que interpretarlo como un enigma; pero aprendería a entender estos cuadros antes que los suyos con un significado tan amplio —dijo Dorothea a Will.

—No hable de mis pinturas delante de Naumann —dijo Will—. Le dirá que son pfuscherei, que es su palabra más ofensiva.

—¿Es cierto eso? —preguntó Dorothea mirando con sus ojos sinceros a Naumann, quien hizo una ligera mueca y dijo:

—No se interesa seriamente por la pintura. Su camino está en las belleslettres. Es lo que tiene amplitud.

La manera en la que Naumann pronunció la vocal parecía alargar satíricamente la palabra. A Will no le gustó del todo, pero consiguió reírse, y el señor Casaubon, al tiempo que sentía cierta aversión por el acento alemán del artista, empezó a abrigar cierto respeto por su juiciosa severidad.

El respeto no se vio mermado cuando Naumann, tras hacerse a un lado con Will durante un momento y mirar primero hacia un lienzo grande y después al señor Casaubon se adelantó de nuevo y dijo:

—Mi amigo Ladislaw piensa que usted me perdonará, caballero, si le digo que un dibujo de su cabeza me resultaría inapreciable para el Santo Tomás de Aquino de mi cuadro. Es mucho pedir, pero son tan escasas las ocasiones en las que veo justamente lo que quiero…, lo ideal en lo real.

—Me sorprende usted inmensamente —dijo el señor Casaubon, mejorando su aspecto una ráfaga de placer—; pero si mi pobre fisonomía, que estoy acostumbrado a considerar del orden más común, pueden serle de alguna utilidad proporcionándole a usted algunos rasgos para ese doctor angélico, me sentiré honrado. Es decir, si la operación no ha de ser muy larga y si la señora Casaubon no se opone al retraso.

En cuanto a Dorothea, nada podía haberla complacido tanto, salvo que una voz milagrosa pronunciara al señor Casaubon el más sabio y digno de entre los hijos del hombre. En ese caso, su tambaleante fe se hubiera reafirmado.

Los utensilios de Naumann estaban a mano en asombrosa totalidad y el apunte empezó a desarrollarse de inmediato, al igual que la conversación. Dorothea se sentó en sosegado silencio, sintiéndose más feliz de lo que había estado desde hacía tiempo. Todos a su alrededor parecían buenos y se dijo a sí misma que Roma, de haber sido ella menos ignorante, hubiera estado llena de hermosura y su tristeza cargada de esperanza. No existía naturaleza menos suspicaz que la suya; de niña creía en la gratitud de las avispas y la honrosa susceptibilidad de los gorriones y se sintió indignada cuando su vileza se puso de manifiesto.

El avezado artista le preguntó al señor Casaubon sobre la política inglesa, lo que produjo largas respuestas, y entretanto Will se había apostado en unos escalones al fondo, dominando el panorama.

De pronto Naumann dijo:

—Si pudiera dejar esto a un lado durante media hora para retomarlo luego…, ven a verlo, Ladislaw…, creo que está perfecto hasta el momento.

Will profirió esas exclamaciones que implican que la admiración impide la sintaxis y Naumann comentó en tono de desconsolado lamento:

—¡Ah! ¡Pena! De haber habido más tiempo…, pero tienen ustedes otros compromisos…, para que ose pedirles o insinuar que… volvieran mañana.

—¡Quedémonos! —exclamó Dorothea—. No tenemos nada que hacer hoy salvo pasear por la ciudad ¿no? —añadió, mirando con expresión suplicante al señor Casaubon—. Sería una lástima no terminar la cabeza lo mejor posible.

—Estoy a su disposición en el asunto, caballero —dijo el señor Casaubon con cívica condescendencia—. Habiendo dedicado el interior de mi cabeza a la ociosidad bien puede el exterior servir este menester.

—En usted extraordinariamente bondadoso. ¡Qué contento estoy! —dijo Naumann, y continuó hablando en alemán con Will, señalando aquí y allí al apunte como si lo estuviese comentando. Lo dejó a un lado un momento y miró distraídamente a su alrededor, como buscando algún entretenimiento para las visitas; de pronto dijo dirigiéndose al señor Casaubon.

—Tal vez la hermosa novia, esta solícita dama, se sentiría dispuesta a permitirme aprovechar el tiempo intentando hacerle a ella un boceto. Naturalmente no para ese cuadro…, sino como un simple apunte.

El señor Casaubon, inclinándose, no dudó de que la señora Casaubon le complacería, y Dorothea dijo al momento:

—¿Dónde quiere que me ponga?

Naumann se deshizo en excusas al pedirle que se quedara de pie y permitiera que él retocara su postura, a lo que ella se avino sin ninguna de las afectadas poses y risas frecuentemente consideradas necesarias en semejantes ocasiones mientras el pintor decía:

—La quiero como una Santa Clara, de pie y un poco inclinada, así, con la mejilla apoyada en la mano, así, mirando hacia ese taburete, por favor. ¡Eso es!

Will se debatía entre la inclinación por lanzarse a los pies de la santa y besarle el bajo del vestido y la tentación de golpear a Naumann mientras éste reajustaba el brazo. Todo esto era impertinencia y profanación y se arrepentía de haberla traído.

El artista era diligente, y Will, recobrándose, entretuvo al señor Casaubon como mejor pudo. No consiguió impedir que, finalmente, el tiempo se le hiciera largo al caballero, como quedó claro al expresar éste su temor de que la señora Casaubon estuviera cansada. Naumann, pronto a la insinuación, dijo:

—Bien, caballero, si puede usted complacerme de nuevo, dejaré en libertad a la dama-esposa.

Y así, la paciencia del señor Casaubon aguantó un poco más y cuando resultó que la cabeza de Santo Tomás de Aquino quedaría más perfecta si se pudiera tener otra sesión, ésta se concedió para el día siguiente. Al día siguiente a Santa Clara también se la retocó más de una vez. El resultado conjunto distó tanto de ser desagradable que el señor Casaubon decidió la compra del cuadro en el que Santo Tomás, sentado entre los doctores de la Iglesia, mantenía una discusión demasiado abstracta como para representarse, y a la que un público en la parte superior del marco atendía con mayor o menor atención. De Santa Clara, cuadro del que se habló en segundo lugar, Naumann se declaró poco satisfecho: en conciencia no podía comprometerse a hacer de él una obra digna, de manera que la decisión sobre su adquisición quedó pendiente.

Pasaré por alto las bromas de Naumann a costa del señor Casaubon aquella noche, así como sus ditirambos respecto del encanto de Dorothea, a todo lo cual se unió Will, pero con una diferencia. No bien mencionaba Naumann un detalle de la hermosura de Dorothea que Will desesperaba ante su presunción: existía vulgaridad en su elección de las palabras más usuales y ¿quién le mandaba comentar sus labios? No era mujer de la cual se pudiera hablar igual que de otras. Will no podía decir exactamente lo que pensaba pero se irritó. Y sin embargo, cuando después de cierta resistencia consintiera en llevar a los Casaubon al estudio de su amigo, le había tentado la gratificación de su orgullo al ser la persona que pudiera concederle a Naumann la oportunidad de estudiar la belleza de Dorothea, o mejor dicho, su divinidad, pues las frases corrientes que se podían aplicar a la mera hermosura corporal no eran aplicables a ella. (Seguro que todo Tipton y sus alrededores, además de la propia Dorothea, se hubieran sorprendido de que su hermosura se alabara tanto. En aquella parte del mundo, la señorita Brooke no pasaba de ser «una joven agradable»).

—Compláceme dejando ya el tema, Naumann. De la señora Casaubon no se puede hablar como si se tratara de una modelo —dijo Will. Naumann se le quedó mirando fijamente.

—¡Schön! Hablaré de mi Aquino. Al fin y al cabo, la cabeza no es mala. Me atrevería a afirmar que el propio gran escolástico se hubiera sentido halagado de haber sabido que alguien quería hacerle un retrato. ¡No hay nadie tan vanidoso como estos doctores engolados! Es justo lo que pensaba: le importaba mucho menos el retrato de su esposa que el suyo propio.

—Es un maldito fatuo, pedante y pusilánime —dijo Will con ímpetu. Quien le escuchaba desconocía su deuda para con el señor Casaubon, pero Will la tenía muy presente y deseaba haberla podido saldar con un cheque.

Naumann se encogió de hombros y dijo:

—Menos mal que se van pronto. Están estropeándote tu buen humor.

Todo el empeño y la esperanza de Will se centraba ahora en volver a ver a Dorothea cuando se encontrara sola, únicamente quería que se fijara más en él; únicamente quería ser en su recuerdo alguien un poco más especial de lo que hasta el momento pensaba que podía ser. Se sentía algo impaciente con esa ardiente y franca buena voluntad que ahora comprendía constituía el estado usual de Dorothea. La adoración remota de una mujer entronada fuera de su alcance juega un enorme papel en la vida de los hombres, pero en la mayoría de los casos el adorador aspira a algún reconocimiento de parte de la reina, alguna señal de aprobación mediante la cual la soberana de su alma le anime sin descender de su encumbrado lugar. Eso era precisamente lo que Will quería. Pero existían múltiples contradicciones en sus fantasiosas exigencias. Era muy hermoso ver cómo Dorothea miraba al señor Casaubon con una tierna e implorante preocupación, hubiera perdido parte de su halo de haber carecido de esa debida ansiedad. Y sin embargo, al instante siguiente, la áspera absorción de tal néctar por parte de su marido resultaba demasiado intolerable, y el deseo de Will por expresar cosas que le dañaran era tal vez más atormentador por cuanto sentía las mejores razones para reprimirlo.

A Will no se le había invitado a cenar el día siguiente. Por ende, se convenció a sí mismo de que estaba obligado a pasar a visitarles y de que la única hora elegible era a mediodía, cuando el señor Casaubon estaría ausente.

Dorothea, a quien no se le había indicado que su anterior recepción de Will había molestado a su marido, no dudó en verle, sobre todo puesto que pudiera ser su visita de despedida. Cuando entró, Dorothea se encontraba observando unos camafeos que había comprado para Celia. Saludó a Will como si su visita fuera algo corriente y dijo al momento, mostrando la pulsera de camafeos que sostenía entre las manos.

—Me alegro mucho de que haya venido. Quizá usted entienda de esto y me pueda decir si éstos son de verdad buenos. Me hubiera gustado tenerle con nosotros cuando los compré, pero el señor Casaubon se opuso, pensando que no había tiempo. Mañana concluirá su trabajo y nos marcharemos dentro de tres días. No estoy muy tranquila con estos camafeos. Le ruego que se siente y los vea.

—No soy un gran conocedor, pero estas piezas homéricas no ofrecen mucha duda, son de una pulcritud exquisita. Y el color es muy bonito: le quedará muy bien.

—Son para mi hermana, que tiene una tez bastante diferente. Usted la vio conmigo en Lowick; es rubia y muy bonita…, bueno, por lo menos yo así lo creo. Nunca hemos estado tanto tiempo separadas antes. Es muy cariñosa y no ha hecho ninguna travesura nunca. Descubrí antes de que me viniera que quería que le comprara unos camafeos y sentiría que no fueran buenos… a su manera —Dorothea añadió las últimas palabras con una sonrisa.

—No parecen importarle mucho los camafeos —dijo Will, sentándose a cierta distancia y observándola mientras cerraba los estuches.

—Pues, la verdad, no los considero como un objeto importante en la vida —respondió.

—Tengo la impresión de que por lo general es usted un hereje respecto del arte. ¿Cómo es eso? Hubiera esperado de usted que fuera muy sensible a la hermosura en cualquier manifestación.

—Supongo que debo de ser ignorante respecto de muchas cosas —dijo Dorothea con sencillez—. Me gustaría hermosear la vida…, la de todos quiero decir. Y todo este inmenso gasto en arte que parece que queda al margen de la vida sin mejorarla, me duele. Empaña el placer de las cosas el pensar que la mayoría de la gente está excluida del mismo.

—Considero eso como el fanatismo de la compasión —dijo Will con vehemencia—. Lo mismo podría decirse del paisaje, de la poesía, de cualquier excelencia. Si pusiera ese sentimiento en práctica, debería sentirse muy incómoda por su propia bondad, y volverse malvada para no sacarles ventaja a los demás. La mejor piedad es disfrutar, cuando ello es posible. Es entonces cuando se hace lo máximo para salvar el carácter de la tierra como planeta agradable. Y el placer es contagioso. De nada sirve intentar cuidar del mundo; el mundo ya se siente cuidado cuando sus pobladores disfrutamos, con el arte o con cualquier otra cosa. ¿Quisiera convertir a toda la juventud del mundo en un coro trágico, quejumbroso y moralizador de la miseria? Sospecho que tiene usted un entendimiento equivocado respecto de las virtudes de la miseria y se empeña en convertir su vida en un martirio.

Will se había excedido y se contuvo. Pero la mente de Dorothea no seguía la misma dirección que la de Will y respondió sin pasión:

—No, se confunde. No soy una criatura triste y melancólica, jamás estoy triste por mucho tiempo. Me enfado y hago travesuras, no soy como Celia; estallo de repente y luego todo vuelve a parecerme glorioso. No puedo evitar creer en las cosas maravillosas de una manera casi ciega. Estaría bien dispuesta a disfrutar del arte que hay aquí de no ser porque hay tantas cosas cuya razón de ser desconozco, tantas cosas que se me antojan como la consagración de la fealdad más que de la belleza… Puede que las pinturas y las esculturas sean maravillosas, pero a menudo el sentimiento resulta bajo y brutal, incluso a veces ridículo. Aquí y allí veo cosas que reconozco al momento como nobles, comparables a los montes Albanos o a la puesta de sol desde el Monte Pincio, pero eso sólo hace más patético el hecho de que escasee tanto lo superior entre esa masa de cosas que tanto trabajo han costado a los hombres.

—Naturalmente que abunda lo malo: lo más escogido requiere ese terreno para poder florecer.

—Dios mío —dijo Dorothea, convirtiendo esa idea en la principal corriente de inquietud—. Veo que debe ser muy difícil hace algo bueno. A menudo he pensado, desde que estoy en Roma, que la mayoría de nuestras vidas resultarían mucho más feas y torpes que los cuadros, de poderse exponer sobre los muros.

Dorothea separó los labios como para añadir algo, pero cambió de parecer y guardó silencio.

—Es usted demasiado joven; es un anacronismo que albergue semejantes pensamientos —dijo Will, con fervor y un rápido movimiento de la cabeza característico en él—. Habla como si no hubiera tenido juventud. Es monstruoso; como si hubiera tenido una visión del Hades en su niñez, como el niño de la leyenda. Se ha criado usted en medio de esas horribles nociones que eligen a las mujeres más dulces para devorarlas: como Minotauros. Y ahora va a encerrarse en esa cárcel de piedra que es Lowick; se enterrará en vida. ¡Me vuelvo loco de pensarlo! Preferiría no haberla visto nunca que pensar en usted enfrentada a esa perspectiva.

De nuevo Will creyó haberse excedido, pero el significado del que dotamos a nuestras palabras depende de nuestros sentimientos y su tono de enojado pesar estaba impregnado de tanta ternura que Dorothea, cuyo corazón había destilado siempre amor y jamás había recibido mucho de quienes la rodeaban, sintió una sensación nueva de gratitud y respondió con una dulce sonrisa.

—Es usted muy bueno al preocuparse por mí. Habla así porque a usted no le gusta Lowick. Se ha decantado por otro tipo de vida. Pero Lowick es el hogar que yo he escogido.

Pronunció la última oración con una cadencia casi solemne, y Will no supo qué decir, ya que no hubiera resultado útil el que cayera a sus pies diciéndole que moriría por ella. Estaba claro que Dorothea no precisaba nada de eso, y ambos permanecieron unos instantes en silencio, antes de que ella comenzara de nuevo a hablar con el aire de decir por fin lo que anteriormente ocupara sus pensamientos.

—Quería preguntarle de nuevo por algo que dijo el otro día. Puede que en parte sea por la forma animada que tiene de decir las cosas: observo que le gusta expresarse con vehemencia. Yo misma también exagero cuando hablo precipitadamente.

—¿De qué se trata? —preguntó Will, observando una timidez en su habla totalmente inusual en ella—. Tengo una lengua hiperbólica: se va enardeciendo a medida que hablo. Me atrevería a afirmar que habré de retractarme.

—Me refiero a lo que dijo usted sobre la necesidad de saber alemán…, quiero decir referente al tema que ocupa al señor Casaubon. He estado pensando sobre ello y me parece que con sus conocimientos debe tener ante sí el mismo material del que disponen los estudiosos alemanes, ¿o no? —la timidez de Dorothea obedecía a una imprecisa conciencia de estar en la extraña situación de consultar a un tercero sobre la adecuación del saber del señor Casaubon.

—No exactamente el mismo material —dijo Will con deliberada discreción—. No es un orientalista, ¿sabe? En ese campo no profesa tener más que un conocimiento de segunda mano.

—Pero existen libros muy valiosos sobre la antigüedad que escribieron hace mucho tiempo estudiosos que no sabían nada de estas cosas modernas y que se siguen usando. ¿Por qué no iba a ser el libro del señor Casaubon igual de útil que aquéllos? —preguntó Dorothea con combativa energía. Se veía obligada a manifestar en voz alta el argumento que debatía en su propia mente.

—Eso depende de la línea de estudio que se adopte —contestó Will, asumiendo también un tono de réplica—. El tema que ha elegido el señor Casaubon cambia tanto como la química: los nuevos descubrimientos producen constantemente nuevos puntos de vista. ¿Quién quiere un sistema basado en los cuatro elementos? ¿O un libro refutando a Paracelso? ¿No comprende que hoy en día no es de utilidad el ir a la zaga de los hombres del siglo anterior, de hombres como Bryant, corrigiendo sus errores, viviendo en una choza y puliendo las desmoronadas teorías sobre Kus y Misraím?

—¿Cómo puede usted hablar con tanta ligereza? —preguntó Dorothea con una mirada entre triste y enojada—. Si fuera como usted dice, ¿habría algo más penoso que tanto trabajo realizado en vano? Me sorprende que no le duela a usted más, si de verdad piensa que un hombre de la bondad, potencial y sabiduría del señor Casaubon fallara de algún modo en lo que ha sido la labor de sus mejores años —empezaba a asustarse de haber llegado a este punto de sospecha y a sentirse indignada con Will por haberla conducido hasta él.

—Usted me preguntó por hechos, no por sentimientos —dijo Will—. Pero si desea castigarme por los hechos, me someto. No estoy en situación de expresar mis sentimientos hacia el señor Casaubon: en el mejor de los casos, equivaldría al elogio de un pensionista.

—Le ruego que me disculpe —dijo Dorothea, sonrojándose vivamente —. Me doy cuenta, como usted dice, de que soy culpable por haber iniciado el tema. La verdad es que estoy completamente equivocada.

Fracasar tras una larga perseverancia es mucho más grandioso que el no haber hecho nunca un esfuerzo lo bastante sostenido como para merecer el calificativo de fracaso.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Will, decidido a cambiar la situación—. Tanto es así que he decidido no correr el riesgo de no cosechar un fracaso. Tal vez la generosidad del señor Casaubon me haya resultado perjudicial y tengo la intención de renunciar a la libertad que me ha proporcionado. Pienso regresar en breve a Inglaterra y labrarme mi propio camino, no dependiendo de nadie más que de mí mismo.

—Eso es muy hermoso y respeto ese sentimiento —dijo Dorothea, recobrando la afabilidad—. Pero estoy segura de que lo único que ha guiado al señor Casaubon en este tema ha sido el bienestar de usted.

«Ahora que se ha casado con él es lo suficientemente obstinada y orgullosa como para prescindir del amor», se dijo Will a sí mismo. En voz alta dijo levantándose:

—No la veré de nuevo.

—Pero quédese hasta que venga el señor Casaubon —dijo Dorothea con sinceridad—. Me alegro mucho de habernos encontrado en Roma. Quería que lo supiese.

—Y la he enfadado —dijo Will—. He hecho que piense mal de mí.

—¡En absoluto! Mi hermana me dice que siempre me enfado con quienes no dicen lo que me gusta oír. Pero espero no estar dada a pensar mal de ellos. Al final acabo pensando mal de mí misma por ser tan impaciente.

—De todos modos, no le gusto; me he convertido para usted en un pensamiento desagradable.

—En absoluto —dijo Dorothea con manifiesta amabilidad—. Le aprecio mucho.

Will no quedó del todo satisfecho pensando que habría sido más importante para ella si no le apreciara. Guardó silencio, pero su rostro mostraba disgusto, por no decir malhumor.

—Y me interesa mucho ver lo que hará —Dorothea prosiguió desenfadadamente—. Creo firmemente en una natural diferencia de vocación. De no ser así, supongo que sería muy limitada; hay tantas cosas, además de la pintura, en las que soy una ignorante. Apenas se podría creer lo poco que he asimilado de música y literatura, de lo que usted sabe tanto. Me preguntó cuál acabará por ser su vocación: ¿tal vez será poeta?

—Eso depende. Ser poeta significa tener un alma tan ágil para discernir que no se escape ningún matiz de cualidad, y tan ágil para sentir que el discernimiento se convierta meramente en una mano que toca las fibras de la sensibilidad con una variación muy finamente ajustada; un alma en la que el conocimiento se convierte instantáneamente en sentimiento y el sentimiento rebrota como un nuevo órgano del conocimiento. Puede que esa capacidad sólo la tenga uno a ratos.

—Pero se olvida usted de los poemas —dijo Dorothea—. Creo que hacen falta para completar al poeta. Entiendo lo que quiere decir cuando habla de la conversión del conocimiento en sentimiento, pues esa es justamente mi experiencia. Pero estoy convencida de que jamás podría escribir un poema.

—Usted es un poema, y ello significa ser lo mejor de un poeta, lo que configura la conciencia del poeta en sus mejores momentos —dijo Will, mostrando una originalidad como la que todos compartimos con la mañana, la primavera y otro sinfín de renovaciones.

—Me alegro mucho de oírle decir eso —rio Dorothea, confiriendo a sus palabras una cantarina modulación y mirando a Will con juguetona gratitud—. ¡Qué cosas más amables dice de mí!

—Ojalá pudiera hacer algo que usted considerara amable; que pudiera serle de la más mínima utilidad. Me temo que nunca tendré esa oportunidad —Will hablaba con fervor.

—¡Seguro que sí! —respondió Dorothea cordialmente—. La tendrá, y yo recordaré lo bien que me quiere. Tuve la esperanza de que llegáramos a ser amigos cuando le conocí, dado su vínculo con el señor Casaubon —su mirada brillaba húmeda, y Will notó que sus ojos también obedecían la ley de la naturaleza. La alusión al señor Casaubon lo hubiera estropeado todo si algo en aquel instante hubiera podido estropear el subyugador poder y la dulce dignidad de la noble e ingenua inexperiencia de Dorothea—. E incluso ahora existe una cosa que sí puede hacer —dijo Dorothea, levantándose y apartándose un poco bajo la fuerza de un impulso que se repetía—. Prométame que nunca más le hablará a nadie de ese tema: me refiero a los estudios del señor Casaubon…, en esos términos, quiero decir. Fui yo quien le indujo a ello; es culpa mía, pero prométamelo.

Concluyó su pequeño deambular y se quedó frente a Will mirándole con seriedad.

—Por supuesto que se lo prometo —dijo Will, sonrojándose a su pesar. Si no volvía a decir nada hiriente respecto del señor Casaubon y dejaba de recibir sus favores, le estaría claramente permitido odiarle aún más. El poeta debe saber odiar, dice Goethe, y Will disponía, cuando menos, de esa destreza. Dijo que debía irse sin esperar al señor Casaubon, de quien se despediría en el último momento. Dorothea le extendió la mano e intercambiaron un simple «Adiós».

Mas al salir por la porte cochère, se encontró con el señor Casaubon, quien, manifestándole a su primo sus mejores deseos, cortésmente declinó el placer de una ulterior despedida al día siguiente, que estaría de por sí lo suficientemente apretado con los preparativos de la marcha.

—Tengo algo que decirte sobre tu primo, el señor Ladislaw, que creo mejorará la opinión que tienes de él —le dijo Dorothea a su marido durante el transcurso de la tarde. Nada más entrar había mencionado que Will acababa de marcharse y que volvería, pero el señor Casaubon había respondido «Me he cruzado con él fuera y ya nos hemos despedido» con ese aire y tono con el que indicamos que cualquier tema, público o privado, no nos interesa lo suficiente como para desear mayores comentarios sobre el mismo. De modo que Dorothea había esperado.

—¿Y qué es, amor mío? —dijo el señor Casaubon (siempre añadía «amor mío» cuando su actitud era más fría).

—Ha decidido dejar de inmediato de vagabundear y renunciar a depender de tu generosidad. Piensa regresar a Inglaterra pronto y labrarse un porvenir. Creí que lo tomarías como una buena señal —dijo Dorothea, mirando solícitamente el rostro neutral de su esposo.

—¿Mencionó el tipo preciso de ocupación a la que se dedicaría?

—No. Pero dijo sentir el peligro que tu generosidad suponía para él. Naturalmente te escribirá explicándotelo. ¿No hace su decisión que pienses mejor de él?

—Esperaré su comunicado sobre el asunto —dijo el señor Casaubon.

—Le dije que estaba segura de que lo único que te guiaba en todo cuanto hacías por él era su propio bien. Recuerdo tu bondad en lo que dijiste referente a él cuando le conocí en Lowick —dijo Dorothea, poniendo la mano sobre la de su marido.

—Tengo para con él una obligación —respondió el señor Casaubon, descansando su otra mano sobre la de Dorothea con consciente aceptación de la caricia, pero con una mirada de intranquilidad en los ojos que no pudo evitar—. Por lo demás, confieso que el joven no es un objeto de interés para mí, y tampoco tenemos necesidad, creo, de comentar su futuro devenir, que no nos compete a nosotros determinar más allá de los límites que he indicado suficientemente. Dorothea no volvió a mencionar a Will.

LIBRO LLL

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11

CAPÍTULO UNO

Como habíamos visto, tenía en la mente una deuda, y pese a que una responsabilidad tan inmaterial no podía deprimir a ese joven y animoso caballero durante mucho rato, había circunstancias relacionadas con esa deuda que convertían el mero pensamiento de la misma en algo inusualmente inoportuno. El acreedor era el señor Bambridge, un tratante de caballos de la vecindad cuya compañía perseguían en Middlemarch los jóvenes tenidos por «adictos al placer». Durante las vacaciones, Fred, naturalmente, había precisado mayores diversiones de las que podía sufragar, y el señor Bambridge había sido lo bastante complaciente como para no sólo fiarle el alquiler de caballos y el gasto accidental cuando le arruinó un hermoso ejemplar, sino que además le proporcionó pequeños adelantos con los que hacer frente a algunas pérdidas al billar. La deuda sumaba en total ciento sesenta libras. Bambridge no se sentía alarmado por su dinero, convencido de que el joven Vincy estaba respaldado, pero había exigido algo que avalara su creencia. En un principio, Fred le había firmado un recibo. Tres meses más tarde renovó este recibo mediante la firma de Caleb Garth. En ambas ocasiones Fred confió en poder satisfacer la cantidad él mismo, pues disponía, en su esperanza, de amplios fondos. No iréis a exigir que su confianza estuviera basada en hechos externos; sabemos que confianzas como la suya son algo menos burdo y materialista, son una cómoda disposición que nos lleva a esperar que la sabiduría de la providencia o la necedad de nuestros amigos, los misterios de la suerte o el mayor misterio aún de nuestro supremo valor individual en el mundo nos proporcionarán resultados agradables, coherentes con nuestro buen gusto en el vestir y nuestra preferencia en general por las cosas mejores. Fred estaba convencido de que recibiría un regalo de su tío, que tendría una racha de buena suerte, que merced al «trueque» conseguiría metamorfosear un caballo de cuarenta libras en uno que le proporcionara cien en cualquier momento, siendo el «criterio» equivalente siempre a una suma no especificada de dinero contante y sonante. Y además, incluso suponiendo negativas que sólo una desconfianza morbosa podía imaginar, Fred disponía (por aquel entonces) del bolsillo de su padre como último recurso, de forma que sus activos de esperanza siempre estaban rodeados de una especie de maravillosa superabundancia. De cuál sería la capacidad del bolsillo de su padre Fred tenía tan sólo una vaga noción: ¿acaso el comercio no era elástico? ¿Y no quedaban los déficits de un año compensados con los superávits de otro? Los Vincy llevaban una vida cómoda y holgada, sin ostentaciones nuevas, conforme a los hábitos y tradiciones familiares, de forma que los hijos menores no tenían baremos económicos y los mayores mantenían parte de la idea infantil de que su padre podía pagar lo que quisiera. El mismo señor Vincy tenía los hábitos caros de Middlemarch —gastaba dinero en la caza, en su bodega y en dar cenas mientras que mamá tenía esas cuentas abiertas con los comerciantes que dan la alegre sensación de obtener cuanto uno quiere sin preguntar sobre el pago. Pero Fred sabía que los padres, por naturaleza, amohinaban a uno con el asunto de los gastos; si tenía que confesar una deuda, siempre se producía una ligera tormenta a cuenta de su extravagancia y a Fred le disgustaba el mal tiempo dentro de casa. Era demasiado buen hijo para faltarle al respeto a su padre y breaba con la tormenta seguro de que era pasajera. Pero entretanto, era desagradable ver llorar a su madre, así como verse obligado a tener un aspecto hosco en lugar de alegre, pues Fred tenía tan buen carácter que si tenía un semblante triste tras la regañina, ello era principalmente por educación. Evidentemente, el camino más fácil era el renovar el recibo con la firma de un amigo. ¿Por qué no? Con las amplias garantías de la esperanza a sus órdenes, no había razón para que no hubiera aumentado infinitamente las deudas de otras personas de no ser por el hecho de que aquellos cuyos nombres servían para ello solían ser personas pesimistas, poco inclinadas a creer que el orden universal de las cosas tendría que ser necesariamente agradable para con un joven agradable.

A la vista de un favor que pedir, repasamos la lista de nuestros amigos, hacemos justicia a sus virtudes, disculpamos sus pequeñas ofensas y, considerándolos de uno en uno, tratamos de llegar a la conclusión de que estará encantado de complacernos, siendo nuestro propio afán por ser complacidos igual de comunicable que otro tipo de calor. Aun y con todo, siempre existe un reducido número que descartamos por tibios hasta que otros se han negado. Sucedió que Fred desechó a todos sus amigos menos uno con el argumento de que recurrir a ellos resultaría incómodo, convencido de que él, al menos (fuere lo que fuere que se dijera acerca de la humanidad en general) tenía derecho a librarse de todo cuanto fuera incómodo. El que jamás pudiera encontrarse en una situación verdaderamente incómoda (tener que ponerse pantalones encogidos por los lavados, comer cordero frío, tener que caminar por carecer de caballo o «agachar la cabeza» ante cualquier evento) era un absurdo irreconciliable con la disposición animosa con la que le había dotado la naturaleza. Y Fred temblaba ante la idea de que le despreciaran por carencia de fondos para pequeñas deudas. Y así resultó que el amigo a quien decidió acudir era el más pobre, al tiempo que el más amable, a saber, Caleb Garth.

Los Garth estimaban a Fred tanto como él les quería a ellos, pues cuando él y Rosamond eran pequeños y los Garth más ricos, el leve parentesco entre ambas familias vía los dos matrimonios del señor Featherstone (el primero con la hermana del señor Garth y el segundo con la de la señora Vincy) había conducido a una amistad mantenida más a través de los niños que de los padres, merendando juntos en sus platos de juguete y compartiendo días enteros. Mary era un chicazo y cuando Fred tenía seis años la consideraba la niña más agradable del mundo, convirtiéndola en su esposa por amor de una anilla de bronce que arrancó de un paraguas. Había mantenido intacto su afecto por los Garth a través de todas las etapas de su educación, así como un segundo hogar, aunque hacía tiempo que cualquier relación entre ellos y los padres de Fred había terminado. Incluso en los tiempos en que Caleb Garth era acaudalado, los Vincy se habían mostrado condescendientes con él y su mujer, pues existían en Middlemarch claras diferencias de rango; y aunque los antiguos fabricantes, al igual que los duques, no podían ya emparentarse sólo con sus iguales, eran conscientes de una inherente superioridad social que quedaba pulcramente definida en la práctica, aunque apenas pudiera expresarse teóricamente. Desde entonces, el señor Garth había fracasado en el negocio de la construcción, que desgraciadamente había añadido a sus otras distracciones de supervisor, tasador y agente, continuando durante un tiempo ese negocio a beneficio exclusivo de sus cesionarios, viviendo con estrechez y esforzándose al máximo para poder pagar veinte chelines por cada libra. Lo había logrado, y sus honrosas fatigas le proporcionaron la estima de todos salvo quienes lo consideraban un mal precedente. Pero no existe lugar en el mundo donde el ir de visita se base en el afecto si falta el mobiliario adecuado y una vajilla completa. La señora Vincy nunca se había sentido cómoda con la señora Garth, y a menudo se refería a ella como una mujer que había tenido que trabajar para ganarse el pan —queriendo decir que la señora Garth había sido maestra antes de casarse—, por lo que la intimidad con Lindley Murray y las preguntas de Mangnall eran algo parecido a la discriminación del pañero sobre los tipos de percal o la relación de un guía con países extranjeros: ninguna mujer de más medios los necesitaba. Y desde que Mary se convirtiera en el ama de llaves del señor Featherstone el desagrado de la señora Vincy por los Garth se había convertido en algo más positivo, temerosa de que Fred se comprometiera con esta chica anodina cuyos padres «llevaban una vida tan pequeña». Fred, consciente de esto, no hablaba nunca en su casa de las visitas que efectuaba a los Garth, que últimamente se habían hecho más frecuentes, el creciente ardor de su afecto por Mary volcándole más hacia los suyos.

El señor Garth tenía un pequeño despacho en la ciudad y allí se dirigió Fred con su petición.

La obtuvo sin mucha dificultad, pues no había bastado una amplia dosis de dolorosa experiencia para inculcarle a Caleb Garth cautela en sus asuntos o desconfianza en sus semejantes antes de que éstos resultaran probadamente indignos. Además tenía de Fred la mejor opinión, estaba convencido de que «el muchacho saldría bien; era un chico noble y afectuoso con un buen fondo y del cual uno se podía fiar para todo». Este era el argumento psicológico de Caleb. Era uno de esos raros hombres, exigentes consigo mismo e indulgentes con los demás. Sentía cierta vergüenza por los errores de sus vecinos y no hablaba de ellos voluntariamente y por ende no solía apartar la mente del mejor modo de endurecer la madera y otros ingeniosos inventos para así no poder preconcebir esos errores. Si se veía obligado a culpar a alguien, precisaba, antes de empezar, remover todo papel a su alcance, describir varios dibujos con el bastón, o calcular las monedas sueltas que llevaba en el bolsillo, y prefería hacer el trabajo de otro antes que sacar faltas a lo que los demás hacían. Me temo que era mal disciplinador.

Cuando Fred expuso las circunstancias de su deuda, su deseo de saldarla sin preocupar a su padre y la certeza de que el dinero llegaría de forma que no causara perjuicio a nadie, Caleb se subió las gafas, escuchó, miró a los ojos jóvenes y claros de su predilecto y le creyó, confundiendo la confianza en el futuro con la realidad del pasado. Sintió, no obstante, que era la ocasión para ofrecer un consejo amistoso respecto del comportamiento y que antes de estampar su firma debía administrarle a Fred una seria admonición. Consecuentemente, cogió el papel y se bajó las gafas, midió el espacio del que disponía, tomó la pluma y la examinó, la mojó en la tinta y volvió a examinarla, apartó un poco el papel, se subió las gafas nuevamente, frunció un tanto el ángulo exterior de sus pobladas cejas, lo que confería a su rostro una especial benevolencia (perdonad estos detalles por una vez; hubierais aprendido a amarlos de conocer a Caleb Garth) y dijo con tono tranquilo:

—Fue una mala pata, ¿verdad?, que ese caballo se rompiera la rodilla. Y luego, estos canjes, no funcionan cuando hay que tratar con ladinos tratantes. Que seas más prudente en el futuro, hijo.

Tras lo cual Caleb se bajó las gafas y procedió a escribir su firma con el esmero que siempre ponía en ello, pues cuanto hacía relacionado con su trabajo lo hacía bien. Observó las grandes letras bien proporcionadas y la rúbrica final; ladeando la cabeza un instante, se la entregó a Fred, dijo «Adiós» y volvió a enfrascarse en un plano de Sir James Chettam sobre la construcción de unas nuevas granjas.

Bien porque el interés de este trabajo le hiciera olvidar el incidente de la firma, bien por alguna razón de la cual Caleb era más consciente, la señora Garth no supo del asunto.

Desde que esto ocurriera, se había producido un cambio en el cielo que cubría a Fred que alteró su visión de las distancias y era la razón por la cual el dinero que le regalara su tío Featherstone tuviera la suficiente importancia como para que el color se le fuera y se le viniera, primero con una decidida esperanza y luego con la consiguiente desilusión. Su fracaso en los exámenes había convertido sus deudas acumuladas en la universidad en aún más imperdonables para su padre, y una tormenta sin precedentes había tenido lugar en su casa. El señor Vincy había jurado que si tenía que soportar más cosas de esta índole, Fred habría de marcharse y ganarse la vida como pudiera y aún no había recuperado un tono de buen humor con su hijo, quien le irritó sobremanera al comunicarle, en estas circunstancias, que no deseaba ser clérigo y preferiría «no continuar con eso». Fred era consciente de que la actitud hubiera sido aún más severa si su familia, además de él mismo, no le hubiera íntimamente considerado el heredero del señor Featherstone, sirviendo la satisfacción y el afecto que el anciano caballero sentía por Fred de sustituto a una conducta más ejemplar (del mismo modo en que cuando un joven aristócrata roba joyas denominamos al hecho cleptomanía, hablamos de él con sonrisa filosófica y jamás pensamos en mandarle al correccional como si fuera un harapiento chaval que robara nabos). De hecho, las tácitas expectativas de lo que el tío Featherstone haría por él determinaban el ángulo desde el cual los vecinos de Middlemarch consideraban a Fred, y en la conciencia de éste, lo que el tío Featherstone haría por él en una emergencia o lo que haría simplemente por suerte adicional, le proporcionaba siempre una altura inmensurable de etéreas perspectivas. Pero el regalo de aquellas libras, una vez hecho, era medible y, aplicado a la cuantía de la deuda, mostraba un déficit que había que saldar, bien mediante el «criterio» de Fred, bien por el azar disfrazado bajo algún otro atuendo. El pequeño episodio del supuesto préstamo en el cual había hecho de su padre el agente para obtener la certificación de Bulstrode constituía un nuevo motivo en contra de acudir al señor Vincy buscando el dinero con el que saldar su deuda actual. Fred era lo suficientemente agudo para saber que la ira borraría las distinciones y que el negar que había pedido dinero prestado apoyándose expresamente en el testamento de su tío se interpretaría como una falsedad. Se había dirigido a su padre contándole un molesto asunto, pero ocultando otro y en estos casos la revelación total siempre produce la impresión de una duplicidad anterior. Fred se preciaba de no decir mentiras, ni siquiera mentirijillas. Con frecuencia se encogía de hombros con un gesto significativo ante lo que denominaba las engañifas de Rosamond (sólo los hermanos pueden asociar semejantes ideas a una joven hermosa) y antes que incurrir en la acusación de falsedad prefería tomarse algunas molestias y moderarse. Fue por una fuerte presión interna de este tipo que Fred tomara la sabia precaución de depositar con su madre las ochenta libras. Lástima que no se las diera al señor Garth al momento, pero tenía la intención de completar la suma con otras sesenta, y con esto a la vista se había quedado con veinte libras en el bolsillo a modo de semilla, la cual, plantada juiciosamente y regada por la suerte, fructificaría triplicada —mala multiplicación cuando el campo es el alma infinita de un joven caballero con todos los números a su disposición.

Fred no era un jugador; no tenía ese mal específico en el cual la supeditación de toda la energía nerviosa a una oportunidad o a un riesgo se convierte en la necesidad que de la copa siente el borracho. Sólo tenía la tendencia hacia esa difusa forma de juego ausente de intensidad alcohólica, pero que se practica con la sana sangre que se nutre de quilo, manteniendo una animada actividad imaginativa que moldea los sucesos de acuerdo con los deseos, y, no temiendo un temporal propio, sólo ve las ventajas que para otros reportará. Ante cualquier tipo de apuesta, la esperanza conlleva un placer, porque la perspectiva de éxito es segura, y el placer sólo es mayor cuando se amplían a otros las participaciones en la recompensa. A Fred le gustaba el juego, sobre todo el billar, como le gustaba la caza o las carreras de obstáculos y le gustaba tanto más, puesto que necesitaba dinero y esperaba ganar. Pero las veinte libras de semillas —o al menos lo que de ellas no se había dispersado por la carretera— se habían plantado en vano en la verde y seductora parcela y Fred se encontraba próximo al vencimiento del pago sin más dinero a su disposición que las ochenta libras que depositara con su madre. El desvencijado caballo que montaba era un antiguo regalo de su tío Featherstone. Su padre siempre le había permitido mantener un caballo, haciendo que los hábitos del propio señor Vincy consideraran esto una exigencia razonable incluso para un hijo tan desesperante. Este caballo, pues, era propiedad de Fred, y en su angustia por hacer frente al recibo inminente decidió sacrificar una propiedad sin la cual la vida tendría un escaso valor. Tomó la decisión con una sensación de heroísmo, un heroísmo impuesto por el temor a romper su palabra ante el señor Garth, su amor por Mary y el respeto por la opinión de ésta. Partiría hacia la feria de caballos de Houndsley, que se celebraba a la mañana siguiente y… bueno, pues vendería el caballo y volvería en la diligencia con el dinero. Aunque pensándolo bien, por el caballo no le darían más de treinta libras y ¿quién sabe lo que podría ocurrir? Sería una tontería desconfiar de la suerte de antemano. Ciento a uno a que el azar le depararía algo bueno. Cuanto más lo pensaba más improbable le parecía que no se le presentara una buena oportunidad y menos lógico que no se equipara tanto con la pólvora como con el tiro para lograrla. Iría a Houndsley con Bambridge y Horrock, el veterinario y, sin preguntarles nada expresamente, obtendría el beneficio de su opinión. Antes de partir, Fred recobró de su madre las ochenta libras.

La mayoría de cuantos vieron a Fred partir de Middlemarch en compañía de Bambridge y Horrock camino de la feria de caballos de Houndsley creyeron que el joven Vincy iba, como siempre, de juerga, y de no ser por la conciencia de que tenía entre manos un grave asunto, él mismo hubiera tenido esa sensación de disipación y de estar haciendo lo que se espera de un joven alegre. Teniendo en cuenta que Fred no era nada tosco, que despreciaba un tanto la forma de hablar y de comportarse de jóvenes que no hubieran ido a la universidad, y que había escrito versos tan pastorales e inocentes como su forma de tocar la flauta, su atracción por Bambridge y Horrock era un hecho interesante que ni siquiera el gusto por los caballos podía explicar del todo sin esa misteriosa influencia que determina tantas elecciones mortales. Bajo otro nombre que el de «diversión», la compañía de los señores Bambridge y Horrock se hubiera tenido que considerar monótona y llegar con ellos a Houndsley una tarde lluviosa, dirigirse al Red Lion, situado en una calle ennegrecida por el polvo del carbón y cenar en una estancia amueblada con un inmundo mapa del condado, un cuadro malo de un caballo anónimo en un establo, Su Majestad Jorge IV de pie y con corbatín, y diversas escupideras de plomo, hubiera podido parecer una ardua tarea salvo por el poder respaldador de la nomenclatura que determinaba que la finalidad de estas cosas era la «diversión».

El señor Horrock poseía una aparente impenetrabilidad muy favorable a la imaginación. Su vestimenta, a primera vista, le asociaba emocionantemente a los caballos (lo bastante para justificar el ala del sombrero que se inclinaba hacia arriba a fin de escapar a la sospecha de caerse hacia abajo), y la naturaleza le había dotado de un rostro que por más de unos ojos mongoles, y una nariz, boca y mentón que parecían seguir la pauta del ala del sombrero daban la impresión de una taimada sonrisa escéptica e inmutable, expresión la más tirana para mentes susceptibles, y que cuando iba acompañada de un silencio adecuado, tendía a crear la reputación de una invencible comprensión, una infinita reserva de humor (excesivamente seca para fluir y probablemente en estado de costra consolidada) y un juicio crítico, el cual, de poder tener la fortuna de llegarse a conocer, sería el verdadero. Es una fisonomía apreciable en cualquier profesión, pero desde la que tal vez ejerza su máximo poder sobre la juventud de Inglaterra sea la de un experto en caballos.

El señor Horrock, ante una pregunta de Fred acerca del espolón de su caballo, se volvió un poco en la silla, y observó el movimiento del rocín por espacio de tres minutos, miró de nuevo al frente, sacudió las bridas y guardó silencio, con semblante ni más ni menos escéptico que antes.

El papel que así jugó en el diálogo el señor Horrock resultó de inmenso efecto. Fred fue presa de sentimientos encontrados: un loco deseo de forzar a Horrock a verbalizar su opinión refrenado por el afán de mantener la ventaja de su amistad con él. Cabía la posibilidad de que Horrock dijera algo inapreciable en el momento oportuno.

El señor Bambridge tenía una actitud más abierta y parecía ofrecer sus opiniones sin avaricia. Era gritón y robusto y en ocasiones se le calificaba de «dado a la indulgencia», principalmente en cuanto a palabrotear, beber y pegar a su mujer. Algunos de los que habían perdido contra él le llamaban vicioso, pero él consideraba la trata de caballos como la mejor de las artes y hubiera argumentado convincentemente que no tenía nada que ver con la moralidad. Era indudablemente un hombre próspero, llevaba la bebida con mayor donosura que otros la moderación y, por lo general, florecía como el laurel. Pero tenía un campo de conversación limitado y, como la hermosa cantinela Drops of Brandy, daba la impresión, tras un tiempo, de volver sobre sí misma de forma mareante para las cabezas débiles. Pero una pequeña dosis del señor Bambridge se tenía por dar tono y carácter a varios círculos de Middlemarch, y en el bar y los billares del Dragón Verde constituía una figura distinguida. Conocía algunas anécdotas de los héroes del hipódromo y varias astucias de marqueses y vizcondes que parecían demostrar que la sangre prevalecía incluso entre los farsantes. Pero la minuciosa retentiva de su memoria se manifestaba principalmente respecto de los caballos que él mismo había comprado y vendido, constituyendo aún, pasados los años, el número de millas que sin más y en un periquete podían recorrer, un tema apasionante, en el que asistía la imaginación de sus oyentes jurando solemnemente que jamás habían visto nada igual. En resumen, que el señor Bambridge era hombre hecho para la diversión y un animado compañero.

Fred fue sutil y no les comunicó a sus amigos que se dirigía a Houndsley con el empeño de vender su caballo. Quería obtener indirectamente su verdadera opinión sobre su valor, sin percatarse de que una verdadera opinión sería lo último que podría esperar de tan eminentes críticos. No constituía un punto flaco en el señor Bambridge el ser un halagador gratuito. Nunca le había llamado tanto la atención el hecho de que este desafortunado bayo padecía huélfago como para requerir la más rotunda palabra para dar una clara idea de su estado.

—¡Mal negocio hiciste con ese cambio, Vincy, no acudiendo a mí! Jamás echaste la pierna encima de mejor caballo que aquel castaño y lo cambiaste por esta bestia. Si le pones al trote parece veinte aserradores juntos. Sólo he visto una bestia que hiciera más ruidos y era un ruano. Pertenecía a Pegwell, el agente de grano. Solía tirar de su calesa hace siete años y Pegwell quiso que me lo quedara, pero yo le dije: «Gracias, Peg, pero no tengo un negocio de instrumentos de viento». Eso mismo le dije. Corrió por todo el país ese chiste. Pero, ¡diablos! aquel caballo era una joya comparado con el tuyo.

—Pero si acaba de decir que era peor —dijo Fred, más irascible que de costumbre.

—Pues dije una mentira —dijo el señor Bambridge contundentemente —. No se diferenciaban ni en un penique. Fred espoleó el caballo y siguieron un rato al trote. Cuando aflojaron la marcha de nuevo el señor Bambridge dijo: —Aunque aquel trotaba mejor.

—Pues yo estoy satisfecho de su paso —respondió Fred, quien precisaba de la plena conciencia de encontrarse en compañía animada para seguir adelante—. ¿No le parece, Horrock, que tiene un trote extraordinariamente limpio?

El señor Horrock continuó mirando al frente con la misma neutralidad que si hubiera sido el retrato de un gran maestro.

Fred desistió de la esperanza falaz de obtener una opinión verdadera, pero al reflexionar pensó que el desprecio de Bambridge y el silencio de Horrock constituían virtualmente un estímulo e indicaban que ambos tenían mejor opinión del caballo de lo que gustaban manifestar.

Esa misma tarde, antes incluso de que la feria abriera, Fred creyó divisar un inicio favorable a la ventajosa venta de su caballo, pero un inicio que le hizo felicitarse por su previsión al traer consigo las ochenta libras. Un joven granjero, conocido del señor Bambridge, entró en el León Rojo y mencionó durante la conversación querer prescindir de un caballo de caza, que al momento denominó Diamond, sugiriendo el carácter público del animal. La razón era que, estando a punto de casarse y de abandonar la caza sólo precisaba un jamelgo que tirara del carro de cuando en cuando. El caballo se encontraba en la cuadra de un amigo a poca distancia y quedaba tiempo antes de que oscureciera para que los caballeros lo vieran. A la cuadra del amigo se llegaba por un callejón en el que, igual que en otras sórdidas calles de aquel insalubre periodo, se podía envenenar a cualquiera sin incurrir en gastos de botica. Fred no se encontraba, como sus compañeros, fortalecido por el coñac contra la repulsión, pero la esperanza de haber visto, al fin, el caballo que le permitiría ganar un dinero fue lo bastante estimuladora como para que lo primero que hiciera a la mañana siguiente fuera reandar el mismo camino. Estaba convencido de que si no llegaba a un acuerdo con el granjero, lo haría Bambridge: la tensión de las circunstancias, Fred creía, aguzaba su percepción y le dotaba de todo el poder constructivo de la sospecha. Bambridge había descalificado a Diamond como no lo hubiera hecho (tratándose del caballo de un amigo) de no tener la intención de comprarlo. Todos cuantos veían al animal, incluido Horrock, quedaban impresionados con sus méritos. Para sacarle provecho a la compañía de estos hombres había que saber deducir, y no tomarse la cosas al pie de la letra. El caballo era tordo, y casualmente Fred sabía que el mozo de Lord Medlicote andaba buscando uno así. Después de todas las descalificaciones, a Bambridge se le escapó, en el transcurso de la noche y en ausencia del granjero, que había visto venderse por ochenta libras caballos peores. Por supuesto que se contradijo una y mil veces, pero cuando se sabe lo que puede ser cierto, se pueden valorar las afirmaciones. Y Fred no podía sino pensar que sabía algo de caballos. El granjero se había detenido ante el decente si bien huelfagoso caballo de Fred lo suficiente como para indicar que lo estimaba digno de consideración y parecía probable que se lo quedara, si se le daban veinticinco libras, como equivalente de Diamond. En ese caso, Fred, cuando vendiera el caballo nuevo por al menos ochenta libras, habría ganado cincuenta y cinco libras con la transacción y tendría ciento treinta y cinco libras con las que hacer frente al recibo, de forma que el déficit cargado temporalmente al señor Garth sería de veinticinco libras a lo sumo. Cuando a la mañana siguiente se encontraba vistiéndose apresuradamente, veía con tanta claridad la importancia de no dejar pasar esta insólita oportunidad que aunque tanto Bambridge como Horrock hubieran intentado disuadirle no le habrían convencido para que interpretara directamente lo que le decían, pues hubiera pensado que pajarracos semejantes abrigaban otros intereses que los de un joven. Respecto a caballos, la desconfianza era la única pista. Pero, como sabemos, el escepticismo nunca se puede aplicar del todo, de lo contrario la vida se detendría. Siempre hay algo en lo que debamos creer y hacer y se llame como se llame ese algo, es virtualmente nuestro propio criterio, incluso cuando parece ser la dependencia más esclava de otro. Fred creía en lo magnífico de su ganga, y aun antes de que la feria estuviera muy en marcha se hizo con el tordo al precio de su propio caballo más treinta libras, tan sólo cinco libras más de lo que pensara dar por él.

Pero se sentía un poco preocupado y cansado, tal vez producto del debate mental, y sin aguardar a otras diversiones de la feria partió sólo en su viaje de catorce millas, con la intención de tomárselo con calma y mantener fresco el caballo.

CAPÍTULO DOS

Lamento tener que decir que tan sólo tres días después de los felices eventos acaecidos en Houndsley, Fred Vincy caía en el peor desánimo de su vida. No es que se viera defraudado en cuanto a la posible venta de su caballo, sino que antes de que pudiera cerrar la ganga con el mozo de Lord Medlicote, este Diamond, en el que se había depositado una esperanza por valor de ochenta libras, había exhibido en la cuadra, sin el menor aviso, una terrible energía coceante, había estado a punto de matar al mozo y había concluido lisiándose gravemente al enredársele una pata en una cuerda que colgaba del techo. Esto no tenía más posibilidad de corrección que el descubrimiento del mal humor una vez efectuado el matrimonio —de lo que, por supuesto, los amigos estaban al tanto antes de la ceremonia. Por una u otra razón Fred no tuvo, en este golpe de desventura, su acostumbrada elasticidad; sencillamente era consciente de que sólo poseía cincuenta libras, que no había posibilidad por el momento de obtener más, y que el recibo de ciento sesenta le llegaría en cinco días. Aunque hubiera acudido a su padre suplicándole que evitara al señor Garth la pérdida, Fred sabía con dolor que su padre se negaría, enfadado, a salvar al señor Garth de las consecuencias de lo que denominaría favorecer la extravagancia y el engaño. Se encontraba tan abrumado que no pudo pergeñar otro proyecto que el dirigirse directamente al señor Garth y contarle la triste verdad, llevándole las cincuenta libras y asegurándole así, al menos, esa cantidad. Su padre se encontraba en el almacén y aún no conocía el incidente; cuando estuviera al tanto despotricaría de meter tan resabiada bestia en su cuadra. Antes de enfrentarse a ese contratiempo menor, Fred quería tener intacto su valor para encararse con el problema más grave. Cogió el rocín de su padre, pues había propuesto que, una vez se lo hubiese contado todo al señor Garth, iría a Stone Court a hacer lo mismo con Mary. De hecho, es probable que de no ser por la existencia de Mary y el amor que Fred sentía por ella, su conciencia no hubiera sido tan activa ni para recordar la deuda ni para obligarse a que no se apiadara de sí mismo como de costumbre posponiendo una tarea desagradable, sino actuar lo más indirecta y sencillamente posible. Mortales mucho más fuertes que Fred Vincy guardan la mitad de su rectitud en la mente del ser a quien más aman. «Se ha derrumbado el escenario de todas mis acciones», dijo un personaje antiguo cuando murió su mejor amigo, y afortunados los que obtienen un escenario donde el público les reclama una insuperable actuación. Bien diferente hubiera sido para Fred aquel momento si Mary Garth no hubiera tenido unas ideas muy claras respecto de lo que es de admirar en un carácter.

El señor Garth no estaba en su despacho y Fred continuó hasta su casa que se hallaba a las afueras de la ciudad. Era un lugar acogedor, con un huerto delante del edificio destartalado y antiguo, la mitad de madera, que antes de que la ciudad se extendiera había sido una granja, pero que ahora quedaba rodeado por los jardines privados de las gentes de la ciudad. Nos encariñamos más con nuestras casas cuando tienen, como nuestros amigos, una fisonomía propia. La familia Garth, que era bastante numerosa, pues Mary tenía cuatro hermanos y una hermana, apreciaban mucho su vieja casa de la que hacía tiempo se había vendido el mejor mobiliario. A Fred también le gustaba, y conocía de memoria incluso el desván que olía deliciosamente a manzanas y membrillos, y hasta hoy nunca se había acercado a ella sin gratas esperanzas. Pero hoy el corazón le latía con desasosiego ante la probabilidad de tener que confesarse con la señora Garth a quien temía más que al señor Garth. No es que estuviera dada al sarcasmo y a las agudezas impulsivas, como Mary. A estas alturas de maternidad, al menos, el verbo imprudente no comprometía nunca a la señora Garth, pues como ella misma afirmaba, llevó el yugo en su juventud y aprendió a controlarse. Poseía el raro don de reconocer lo inalterable y se sometía a ello sin quejas. Profunda amante de las virtudes de su esposo, pronto decidió aceptar la incapacidad de éste para velar por sus propios asuntos, enfrentándose a las consecuencias con buena cara. Había sido lo bastante magnánima como para renunciar al orgullo en materia de teteras y adornos para sus hijos y nunca vertió lamentos en los oídos de sus vecinas respecto de la escasa prudencia del señor Garth y la cantidad de dinero que podría tener de haber sido como otros hombres. Por tanto estas buenas vecinas la consideraban bien una orgullosa o una excéntrica y en ocasiones hablaban de ella a sus maridos como «la buena de tu señora Garth». A cambio, ella no se abstenía de criticarlas, poseyendo una educación más esmerada que la mayoría de las mujeres de Middlemarch y —¿dónde se halla esa mujer intachable?— inclinada a cierta rigidez hacia su propio sexo que, en su opinión, estaba destinado a la subordinación. Por otro lado, era desproporcionadamente indulgente con los fallos masculinos y a menudo se la oía decir que eran algo natural. Hay que reconocer también que la señora

Garth era un poco demasiado insistente en su resistencia a lo que ella denominaba desatinos; el paso de institutriz a ama de casa se había grabado con demasiada fuerza en su conciencia y pocas veces olvidaba que mientras su sintaxis y acento eran superiores a la media de la ciudad, llevaba un gorro sencillo, cocinaba para la familia y zurcía todos los calcetines. En ocasiones había aceptado alumnos a los que instruía de modo peripatético, haciendo que la siguieran por la cocina con los libros o el pizarrín. Pensaba que era conveniente para ellos ver que sabía hacer una espuma excelente al tiempo que les corregía los errores «sin mirar», que una mujer con las mangas arremangadas podía saber cuanto era menester acerca del subjuntivo o la zona tórrida. En definitiva, que se podía tener educación y otras buenas cosas terminadas en «ón» y dignas de pronunciarse categóricamente sin necesidad de ser una muñeca inútil. Cuando hacía comentarios a este edificante fin, fruncía ligeramente el ceño, lo que anulaba la benevolencia que su rostro reflejaba y desgranaba las palabras, que salían como una procesión, en un agradable y ferviente contralto. Por supuesto que la señora Garth tenía sus rarezas, pero su carácter podía soportarlas, al igual que un muy buen vino soporta el sabor a odre.

Por Fred Vincy abrigaba un sentimiento maternal y siempre se había sentido inclinada a disculpar sus errores, si bien es harto probable que no hubiera disculpado a Mary de haberse comprometido con él, estando su hija sujeta a ese juicio más riguroso que aplicaba a su propio sexo. Pero el mismo hecho de la excepcional indulgencia que mostraba para con él hacía que a Fred le resultara ahora más difícil el inevitable bajón en su estima. Las circunstancias de su visita resultaron aún más aciagas de lo que había previsto, pues Caleb Garth había salido temprano para inspeccionar ciertos arreglos que se llevaban a cabo no lejos. A ciertas horas la señora Garth se encontraba siempre en la cocina, y esta mañana llevaba a cabo allí varios menesteres a un tiempo: amasaba en la pulcra mesa de pino a un lado de la espaciosa habitación, vigilaba a través de la puerta abierta los movimientos de Sally cerca del horno y la artesa de masa, y daba clase a su hijo e hija pequeños, quienes se encontraban frente a ella en la mesa, los libros y las pizarras ante ellos. Un barreño cerca del tendedero en el lado opuesto de la cocina indicaba que también estaba en marcha el lavado intermitente de cosas pequeñas.

La señora Garth, con las mangas arremangadas hasta los codos amasaba con destreza, empleando el rodillo y pellizcando la masa mientras exponía con fervor gramatical cuáles eran los puntos de vista correctos respecto de la concordancia de verbos y pronombres con «sustantivos de multitud o significado de muchos» en una escena amablemente divertida. Era el mismo tipo de mujer que Mary, de pelo rizado y rostro cuadrado, pero más bonita, con facciones más delicadas, la tez clara, una figura sólidamente maternal y una mirada extraordinariamente firme. Con su gorro de níveos volantes recordaba a la deliciosa francesa que todos hemos visto comprando en el mercado, cesta al brazo. Mirando a la madre cabría esperar que la hija acabara pareciéndosela, futura ventaja equivalente a una dote, ya que con demasiada frecuencia la madre aparece como una profecía maligna: «En breve será lo que yo soy ahora».

—Vamos a repasar eso otra vez —dijo la señora Garth, retocando una tarta de manzana que parecía distraer a Ben, un enérgico joven de amplia frente, de la debida atención de la clase—. «Sin olvidar que el significado de la palabra implica unidad o idea de pluralidad», dime de nuevo lo que eso quiere decir, Ben.

La señora Garth, al igual que otros más célebres educadores, tenía sus recorridos favoritos, y ante un naufragio general de la sociedad hubiera intentado salvar de las aguas su «Lindley Murray»).

—Pues… significa que debes pensar lo que quieres decir —dijo Ben hoscamente—. Odio la gramática. ¿De qué sirve?

—Para enseñarte a hablar y escribir correctamente, de forma que se te pueda entender —respondió la señora Garth con severa precisión—. ¿O es que quisieras hablar como el viejo Job?

—Pues sí —dijo Ben con terquedad—. Es mucho más gracioso. Dice «podí» que se entiende igual que «pude».

—Pero dice «hay un baco en el jardín» en vez de «un banco» —dijo Letty con aires de superioridad—. Podrías pensar que se refería a un barco en vez de un banco.

—Pues si no eres tonta, no —dijo Ben—. ¿Cómo iba a llegar un barco hasta aquí?

—Todo esto pertenece a la pronunciación, que es la parte menos importante de la gramática —dijo la señora Garth—. Ben, esa piel de manzana es para que se la coman los cerdos. Si te la comes tú, tendré que darles tu trozo de tarta. Job sólo tiene que hablar de cosas muy sencillas. ¿Cómo crees qué ibas a poder hablar y escribir de cosas más difíciles si no supieras más gramática que él? Emplearías mal las palabras, las colocarías donde no van y en vez de hacerte entender, la gente huiría de ti por pesado. —¿Qué harías entonces?

—No me importaría. Me callaría —dijo Ben con la sensación de que éste era un punto agradable de la gramática.

—Veo que te estás poniendo terco y cansino, Ben —dijo la señora Garth, habituada a semejantes argumentaciones obstructoras de parte de sus vástagos masculinos. Concluidas las tartas se dirigió al tendedero y dijo:

—Ven aquí y cuéntame la historia de Cincinato que te conté el miércoles.

—¡Me la sé! Era un campesino —dijo Ben.

—Pero…, ¡si era un romano, Ben! Déjame contarla a mí —dijo Letty, usando el codo convincentemente.

—¡Qué boba eres! Era un campesino romano y estaba arando.

—Sí, pero antes de eso —eso no viene lo primero—, la gente le quería —dijo Letty.

—Bueno, pero antes hay que decir el tipo de persona que era —insistió Ben—. Era un hombre sabio, como mi padre, y eso hacía que la gente pidiera su consejo. Y era valiente y sabía luchar. Y mi padre también, ¿verdad madre?

—Mira Ben, déjame contar a mí la historia seguida, como lo hizo madre —dijo Letty frunciendo el ceño—. Por favor, dile a Ben que se calle, madre.

—Letty, me avergüenzo —dijo su madre, escurriendo unos gorros—. Cuando empezó tu hermano debiste esperar a ver si no sabía contar la historia. ¡Pareces una maleducada, enfurruñándote y empujando como si quisieras imponerte con los codos! Estoy segura de que a Cincinato no le hubiera gustado que su hija se comportara así —la señora Garth profirió esta terrible oración con majestuosa dicción y Letty pensó que entre la locuacidad reprimida y el desprecio general, inclusive el de los romanos, la vida resultaba ya un doloroso asunto—. Venga, Ben.

—Bueno…, pues…, pues…, había muchas luchas y eran todos unos mentecatos y… no lo puedo decir igual, pero querían que un hombre fuera el capitán y el rey y todo…

—Un dictador —dijo Letty, con aire ofendido y no sin ganas de que su madre se arrepintiera.

—¡Bueno, pues un dictador! —dijo Ben con desdén—. Pero esa no es una buena palabra. No les mandaba escribir en los pizarrines.

—Vamos, vamos, Ben; no eres así de ignorante —dijo la señora Garth con cuidada seriedad—. ¡Mirad! Llaman a la puerta. Corre, Letty, vete a abrir.

Era Fred, y cuando Letty dijo que su padre no había vuelto, pero que su madre se encontraba en la cocina, Fred no tuvo alternativa. No podía variar la costumbre habitual de ir a ver a la señora Garth a la cocina si se encontraba allí trabajando, de modo que en silencio rodeó con el brazo el cuello de Letty y fueron hacia allá sin los usuales chistes y bromas.

A la señora Garth le sorprendió ver a Fred a esta hora, pero no era éste un sentimiento que gustara de expresar y se limitó a decir, prosiguiendo tranquilamente su trabajo:

—¿Tú, Fred, tan temprano? Estás muy pálido. ¿Ocurre algo?

—Quería hablar con el señor Garth —respondió Fred, poco preparado para decir más—, y con usted también —añadió tras una breve pausa, pues no abrigaba ninguna duda de que la señora Garth estaba al tanto de lo del recibo y, a la larga, habría de hablar en su presencia, si no a solas.

—Caleb volverá enseguida —dijo la señora Garth, imaginándose que existiría algún problema entre Fred y su padre—. No deberá tardar mucho porque tiene trabajo sobre la mesa que ha de acabar esta mañana. ¿Te importa quedarte conmigo mientras termino estas cosas?

—Pero no tendremos que seguir con Cincinato, ¿no? —preguntó Ben, que le había cogido a Fred la fusta y comprobaba su eficacia sobre el gato.

—No, marchaos. Pero deja la fusta. ¡Qué malísimo eres! ¡Azotar al pobre Tortoise! Te ruego que le quites la fusta, Fred.

—Dámela, Ben —dijo Fred, extendiendo la mano.

—¿Me dejarás montar tu caballo hoy? —preguntó Ben, entregando la fusta con aire de no estar obligado a ello.

—Hoy no, otro día. Hoy no he traído el mío.

—¿Vas a ver a Mary hoy?

—Sí, creo que sí —respondió Fred con un respingo.

—Dile que venga a casa pronto para jugar a las prendas y divertirnos.

—¡Basta, basta, Ben! Vete ya —dijo la señora Garth, viendo que Fred se incomodaba.

—¿Son Letty y Ben sus únicos alumnos ahora, señora Garth? —preguntó Fred cuando se hubieron marchado los niños y se imponía decir algo para pasar el rato. No estaba seguro de si debía esperar al señor Garth o aprovechar alguna oportunidad en la conversación para sincerarse con la señora Garth, darle el dinero y marcharse.

—Tengo una, sólo una. Fanny Hackbutt viene a las once y media. No estoy obteniendo muchos ingresos actualmente —dijo la señora Garth sonriendo—. Tengo pocos alumnos. Pero he hecho mis ahorrillos para el aprendizaje de Alfred. Tengo noventa y dos libras. Ahora puede ir al señor Hanmer; tiene justo la edad.

Esto no preparaba bien el camino para la noticia de que el señor Garth estaba a punto de perder noventa y dos libras y más. Fred guardó silencio.

—Los jóvenes que van a la universidad cuestan bastante más que eso —prosiguió la señora Garth inocentemente, estirando el borde de un gorro —. Y Caleb cree que Alfred acabará siendo un distinguido ingeniero: quiere darle al chico una buena oportunidad. ¡Ahí llega! Le oigo entrar. ¿Vamos con él al salón?

Cuando entraron al salón Caleb se había quitado el sombrero y se encontraba sentado frente a su mesa. —¡Hombre, Fred! —dijo con cierta sorpresa, sosteniendo la pluma en el aire y sin mojarla—. Estás aquí muy temprano —pero echando en falta la cordialidad de costumbre en el rostro de Fred añadió al punto—: ¿Sucede algo en casa? ¿Pasa algo?

—Sí, señor Garth, he venido a decirles algo que temo les hará tener de mí una mala opinión. Vengo a decirle a usted y a la señora Garth que no puedo encontrar el dinero para hacer frente al recibo. He tenido mala suerte; sólo tengo estas cincuenta libras de las ciento sesenta.

Mientras hablaba, Fred había sacado los billetes y los había depositado en la mesa, delante del señor Garth. Había ido directo al grano, sintiéndose apenado como un niño pequeño y sin recurso verbal. La señora Garth, muda y asombrada, miró a su marido buscando una explicación. Caleb se sonrojó, y tras una breve pausa dijo:

—No te lo había dicho, Susan. Avalé con mi nombre un recibo de Fred por ciento sesenta libras. Me aseguró que podría pagarlo él.

El rostro de la señora Garth experimentó un evidente cambio, pero fue como una alteración bajo la superficie del agua que permanece tranquila. Fijó en Fred su mirada diciendo:

—Supongo que le habrás pedido a tu padre el resto del dinero y te lo ha denegado.

—No —respondió Fred, mordiéndose el labio y hablando con mayor dificultad—; pero sé que sería inútil pedírselo y salvo que sirviera de algo no quisiera mezclar el nombre del señor Garth en este asunto.

—Esto llega en un mal momento —dijo Caleb, con su habitual titubeo, mirando los billetes y tocando tímidamente los papeles—. Con las Navidades tan próximas, voy un poco corto. Tengo que recortarlo todo como un sastre con poca tela. ¿Qué podemos hacer, Susan? Necesitaré cada penique que tenemos en el banco. Son ciento diez libras, ¡maldita sea!

—Tendré que darte las noventa y dos libras que había ahorrado para Alfred —dijo la señora Garth, seria y decididamente, aunque un fino oído habría captado un leve temblor en alguna palabra—. Y estoy segura de que Mary tendrá ahorradas veinte libras de su sueldo. Ella nos lo adelantará.

La señora Garth no había vuelto a mirar a Fred y en absoluto calculaba las palabras que debía emplear para herirle más. Como la mujer excéntrica que era, se encontraba absorta considerando lo que había que hacer y no se le antojaba que el objetivo se alcanzara mejor con amargos comentarios y exabruptos. Pero había conseguido que por vez primera Fred sintiera algo parecido al remordimiento. Curiosamente, su angustia anterior había consistido casi exclusivamente en la sensación de deshonra ante los Garth y pérdida de su estima; no se había preocupado por el trastorno y el posible daño que su incumplimiento pudiera ocasionarles, pues este ejercicio de la imaginación respecto de las necesidades de los otros no es frecuente entre jóvenes caballeros esperanzados. La mayoría de nosotros crecemos con la idea de que la razón más poderosa para no causar daño es algo al margen de los seres que lo padecerían. Pero en este momento se vio a sí mismo como un lastimoso tunante que estaba robándoles a dos mujeres sus ahorros.

—Por supuesto que lo pagaré todo, señora Garth… al final —tartamudeó.

—Sí, al final —dijo la señora Garth, quien, no gustando de emplear hermosas palabras en ocasiones feas, no pudo en este momento callar un epigrama—. Pero a los jóvenes no se les puede iniciar en el aprendizaje al final; es a los quince cuando debe ponérseles de aprendices —nunca se había sentido tan poco predispuesta a disculpar a Fred.

—Me equivoqué por completo, Susan —dijo Caleb—. Fred me aseguró que encontraría el dinero. Pero no sé quién me mandó enredarme con un recibo. Supongo que habrás probado todos los medios honrados para conseguir ese dinero —añadió, clavando en Fred sus bondadosos ojos grises. Caleb poseía demasiada delicadeza para nombrar al señor Featherstone.

—Sí, lo he intentado todo, de verdad. Hubiera tenido treinta libras de no ocurrirle una desgracia a un caballo que iba a vender. Mi tío me había dado ochenta libras y di treinta más mi viejo caballo para conseguir otro que podía haber vendido por ochenta o más —pensaba quedarme sin—, pero ha salido resabiado y se ha lesionado. Antes de ocasionarle este perjuicio desearía que los caballos y yo nos hubiéramos ido al infierno. No hay nadie por quien sienta tanto afecto; usted y la señora Garth siempre se han portado tan bien conmigo. De todos modos, decir eso ahora no sirve de nada; siempre pensarán que soy un bribón.

Fred dio media vuelta y salió de la habitación, consciente de su actitud aniñada y confusamente sabedor de que el hecho de sentirlo no ayudaba mucho a los Garth. Le vieron montar y pasar precipitadamente ante la puerta.

—Me ha defraudado Fred Vincy —dijo la señora Garth—. Nunca hubiera pensado que te involucraría en sus deudas. Sabía que era extravagante, pero no pensé que fuera tan ruin como para cargar con sus riesgos a su amigo más antiguo, el que menos se puede permitir perder el dinero. —Fui un tonto, Susan.

—Eso es verdad —dijo la esposa, asintiendo con la cabeza y sonriendo —. Pero yo no lo hubiera ido contando por el mercado. ¿Por qué has de ocultarme estas cosas? Es igual que con los botones; se te caen, no me lo dices y sales con los puños colgando. Si lo hubiera sabido tal vez hubiera podido pensar un plan mejor.

—Sé que estás muy disgustada, Susan —dijo Caleb mirando a su esposa con ternura—. No soporto que hayas de perder el dinero que con tanto esfuerzo has ido ahorrando para Alfred.

—Pues menos mal que lo había hecho; y serás tú quien tenga que sufrir, pues habrás de enseñar tú mismo al chico. Deberás dejar tus malas costumbres. A algunos hombres les da por la bebida y a ti te ha dado por trabajar sin cobrar. No deberías darte ese gusto tan a menudo. Y debes ir a ver a Mary y preguntarle a la criatura cuánto dinero tiene.

Caleb había echado la silla hacia atrás e inclinado hacia adelante movió lentamente la cabeza al tiempo que juntaba las puntas de los dedos.

—¡Pobre Mary! —dijo—. Susan —continuó con voz queda—, me temo que quizá esté encariñada con Fred. —¡Qué va! Siempre se está riendo de él; y no es probable que él piense en ella más que como en una hermana. Caleb no respondió, pero al poco rato bajó las gafas, acercó la silla a la mesa y exclamó:

—¡Maldito recibo! Ya podía estar en la luna. Estas cosas interrumpen el negocio penosamente.

La primera parte de su exclamación constituía el total de su arsenal de maldiciones y se pronunció con un gruñido fácil de comprender. Pero resultaría difícil transmitir a quienes nunca le habían oído decir la palabra «negocio», el peculiar tono de ferviente veneración, de religioso respeto con el que la arropaba, al igual que un símbolo consagrado se envuelve en un lienzo ribeteado de oro.

Caleb Garth a menudo sacudía la cabeza al meditar sobre el valor, el poder indispensable de esa tarea, multicéfala y pluriejecutada mediante la cual se nutre, alimenta y cobija a la sociedad. Se había apoderado de su imaginación en su niñez. Los ecos del gran martillo donde se construía la quilla o el tejado, las indicaciones gritadas de los trabajadores, el rugido de los hornos, el estruendo del motor, constituían para él una música sublime; la tala y carga de los árboles, el enorme tronco vibrando como una estrella distante en la carretera, la grúa trabajando en el embarcadero, el producto apilado en los almacenes, la precisión y diversidad del esfuerzo muscular cuando debía realizarse un trabajo de precisión, todas estas imágenes de su juventud habían actuado sobre él como la poesía sin necesidad de poetas, le habían proporcionado una filosofía sin precisar filósofos, una religión sin la ayuda de la teología. Su temprana ambición consistió en participar lo más eficazmente posible en esta sublime labor que quedaba especialmente dignificada por él con el nombre de «negocio» y aunque era poco el tiempo que había pasado con un supervisor y era en gran medida su propio maestro, sabía más de tierras, construcción y minas que la mayoría de los especialistas del condado.

Su clasificación de los empleos humanos era un tanto cruda y, al igual que las categorías de hombres más célebres, poco aceptable en nuestra época avanzada. Los dividía en «negocios, política, predicación, estudios y diversión». No tenía nada en contra de los cuatro últimos, pero los consideraba del mismo modo que un reverencioso pagano considera otros dioses que los propios. Del mismo modo le parecían muy bien todos los rangos, pero no le hubiera gustado pertenecer a uno en el que no tuviera un contacto lo suficientemente íntimo con el «negocio» como para no verse a menudo honrosamente decorado con polvo y argamasa, manchas de la máquina o la dulce tierra de los bosques y los campos. Aunque jamás se consideró otra cosa que un cristiano ortodoxo, y discutía sobre la gracia previa si le proponían el tema, sus auténticos dioses eran los proyectos buenos y prácticos, la precisión en el trabajo y la fiel realización de aquello a lo que se comprometía: su príncipe de las tinieblas era un trabajador vago. Pero Caleb no tenía un espíritu negativo y el mundo le parecía tan maravilloso que estaba dispuesto a aceptar cualquier número de sistemas, así como de firmamentos, si no interferían obviamente con el mejor drenaje, la sólida construcción, la exactitud de medidas y el juicioso horadamiento del carbón. En definitiva, poseía un alma reverente y una recia inteligencia práctica. Pero no sabía manejar las finanzas: conocía bien los valores, pero no poseía agudeza imaginativa para los resultados monetarios en forma de pérdidas y ganancias, y habiendo comprobado esto a su costa había decidido dejar cualquier aspecto de su querido «negocio» que precisara de ese talento. Se entregó en cuerpo y alma a los trabajos que podía realizar sin manejar un capital, y en su distrito era uno de esos preciados hombres a quien todos elegían para trabajar con ellos porque hacía bien su trabajo, cobraba muy poco y a menudo nada. No es de extrañar, pues, que los Garth fueran pobres y «llevaran una vida tan pequeña». Pero no les importaba.

CAPÍTULO TRES

Fred Vincy quería llegar a Stone Court en un momento en que Mary no le esperara y que su tío no estuviera abajo, en cuyo caso quizá pudiera encontrarla sentada sola en el gabinete de paredes de madera.

Dejó en el patio el caballo para evitar hacer ruido con la gravilla de la puerta principal y entró en la habitación sin otro aviso que el ruido del picaporte. Mary estaba en su esquina habitual riéndose con los comentarios de la señora Piozzi sobre Johnson y levantó la vista con la sonrisa aún en los labios. Fue desapareciendo cuando vio que Fred se la acercaba en silencio, deteniéndose ante ella y apoyando el codo en la repisa de la chimenea con aspecto enfermo. Ella también permaneció en silencio, interrogándole con la mirada.

—Mary —comenzó—, soy un inútil y un rufián.

—Yo diría que con uno de esos epítetos bastaría —dijo Mary, intentando sonreír, pero algo alarmada.

—Sé que no volverás a pensar bien de mí. Me considerarás un mentiroso. Y deshonesto. Pensarás que no me importaste ni tú ni tus padres. Siempre piensas de mí lo peor.

—No negaré que si me das razones para ello creeré todo eso de ti. Pero, por favor, dime enseguida qué has hecho. Prefiero saber la dolorosa verdad que figurármela.

—Debía dinero, ciento sesenta libras. Le pedí a tu padre que firmara un pagaré. Pensé que no le importaría. Estaba convencido de poder pagar yo mismo el dinero y lo he intentado por todos los medios. Y he tenido tan mala suerte…, un caballo me ha salido mal…, que sólo puedo pagar cincuenta libras. Y no puedo pedirle el dinero a mi padre, no me daría un centavo. Y mi tío me dio cien hace poco. ¿Qué puedo hacer, pues? Y ahora tu padre no tiene liquidez y tu madre tendrá que darle las noventa y dos libras que ha ahorrado y dice que se necesitarán también tus ahorros. Ya ves que…

—¡Pobre madre! ¡Pobre padre! —dijo Mary, los ojos llenos de lágrimas e intentando reprimir un sollozo.

Miraba al frente, Fred olvidado, haciéndose cargo de la situación en su hogar. El también guardó silencio unos minutos, sintiéndose más apesadumbrado que nunca.

—Por nada del mundo hubiera querido herirte, Mary —dijo finalmente —. Nunca me perdonarás.

—¿Qué importancia tiene el que yo te perdone? —respondió Mary vehementemente—. ¿Acaso le devolvería eso a mi madre el dinero perdido que lleva cuatro años ganándose con las clases para poder mandar a Alfred con el señor Hanmer? ¿Te parecería bien todo eso si te perdonara?

—Puedes decirme lo que quieras, Mary. Me lo merezco.

—No quiero decir nada. Mi ira no tiene ninguna utilidad —se secó las lágrimas, puso el libro a un lado y se levantó para coger la costura.

Fred la siguió con la vista, con la esperanza de que sus miradas se encontraran y poder así hallar un acceso a su implorante penitencia. Pero no, Mary pudo evitar perfectamente levantar la vista.

—Claro que me importa que se esfume el dinero de tu madre —dijo, cuando ella se encontró sentada de nuevo cosiendo con rapidez—. Quería preguntarte, Mary ¿no crees que el señor Featherstone, si le dijeras lo de poner a Alfred de aprendiz, adelantaría el dinero?

—A mi familia no le gusta mendigar, Fred. Preferimos ganarnos el dinero trabajando. Además, dices que hace poco que el señor Featherstone te ha dado cien libras. No suele hacer regalos; a nosotros no nos los ha hecho nunca. Estoy segura de que mi padre no le pedirá nada, y aunque se lo pidiera yo, no serviría de nada.

—Me siento tan mal, Mary, tan mal… Si lo supieras me tendrías lástima.

—Hay otras cosas que inspiran más lástima. Pero los egoístas siempre creen que su propia incomodidad es lo más importante del mundo. Veo eso a diario.

—No es justo llamarme egoísta. Si supieras lo que hacen otros jóvenes, sabrías que disto mucho de los peores.

—Sé que quienes gastan mucho dinero sin saber cómo pagarán, tienen que ser unos egoístas. Siempre están pensando en lo que pueden obtener para sí mismos y no en lo que otros pueden perder.

—Cualquiera puede tener mala suerte, Mary, y no poder pagar cuando pensaba. No hay mejor hombre en el mundo que tu padre y sin embargo se metió en líos.

—¿Cómo te atreves a hacer comparaciones entre tú y mi padre, Fred? —dijo Mary con profunda indignación—. Nunca tuvo problemas por pensar en su propio placer, sino porque pensaba constantemente en el trabajo que hacía para los otros. Y ha sufrido y trabajado mucho para reparar las pérdidas.

—Y tú piensas que yo nunca seré hombre de bien, Mary. No es generoso pensar lo peor de un hombre. Cuando tienes ascendencia sobre él creo que podrías utilizarla para mejorarle, pero tú jamás haces eso. Me marcho —dijo Fred con desaliento—. No te volveré a hablar de nada. Siento mucho los problemas que he causado.

Mary había dejado la labor y levantó la vista. A menudo hay algo de maternal incluso en un amor juvenil, y la dura experiencia de Mary había dotado a su naturaleza de una impresionabilidad bien diferente de la ingenua dureza que llamamos feminidad aniñada. Las últimas palabras de Fred suscitaron en ella una angustia instantánea, algo parecido a lo que experimenta una madre ante los imaginados sollozos o lamentos del hijo travieso y tunante, que puede perderse y dañarse. Y cuando al levantar los ojos su mirada encontró la de Fred, taciturna y deprimida, su compasión por él se impuso a la rabia y sus demás preocupaciones.

—Fred, pareces enfermo. Siéntate un momento. No te vayas aún. Déjame decirle al tío que estás aquí. Se pregunta cómo no te ha visto en toda la semana.

Mary hablaba precipitadamente, pronunciando las palabras que le salían primero sin saber muy bien cuáles eran, pero diciéndolas en un tono a medias entre la calma y la súplica y levantándose como para ir en busca del señor Featherstone. Fred se sintió como si las nubes se hubieran disipado y llegara un rayo de luz, y dio unos pasos deteniendo su salida.

—Una palabra, Mary, y haré lo que sea. Dime que no pensarás de mí lo peor, que no te das del todo por vencida conmigo.

—Cualquiera diría que me es muy grato pensar mal de ti —dijo Mary con tristeza—. Como si no me resultara muy doloroso verte hecho un frívolo y un ocioso. ¿Cómo puedes ser tan despreciable, cuando otros trabajan y se esfuerzan y hay tantas cosas por hacer; cómo puede ser tan inútil para nada útil? Y con tantas dotes como tienes, Fred, podrías valer mucho.

—Intentaré ser lo que quieras, Mary, si me dices que me quieres.

—Me avergonzaría de decir que quiero a un hombre que depende siempre de los demás, y ha de confiar en lo que otros harían por él. ¿Qué va a ser de ti cuando tengas cuarenta años? Serás como el señor Bowyer, supongo, igual de indolente, viviendo en el salón de la señora Beck, gordo y desaliñado, esperando que alguien te invite a cenar y pasándote la mañana aprendiendo una canción cómica, bueno, en tu caso tocando la flauta.

Mary había iniciado una sonrisa en cuanto hubo hecho la pregunta sobre el futuro de Fred (las almas jóvenes son cambiantes) y antes de concluir, su semblante irradiaba picardía. Para Fred, el hecho de que Mary pudiera burlarse de él suponía el término del dolor, y con una sonrisa pasiva intentó cogerle la mano. Pero ella se encaminó con presteza a la puerta y dijo:

—Avisaré al tío. Tienes que verle, aunque sólo sea un momento.

Fred pensó íntimamente que su futuro estaba a salvo de que se cumplieran las irónicas profecías de Mary, al margen de ese «lo que quieras» que estaba dispuesto a hacer en cuanto ella lo definiera. Ante Mary, nunca se atrevía a abordar el tema de sus expectativas respecto del señor Featherstone, y ella siempre las ignoraba, como si todo dependiera de él mismo. Pero si alguna vez llegara a heredar las propiedades, ella tendría que reconocer el cambio que supondría en la situación de Fred. Todo esto le cruzó por la mente de forma un tanto vaga antes de subir a ver a su tío.

Se quedó muy poco, disculpándose con la excusa de estar resfriado, y Mary no volvió a aparecer antes de que se marchara. Pero así que iba hacia su casa empezó a tomar conciencia de que, más que melancólico, estaba enfermo.

Cuando Caleb Garth llegó a Stone Court, poco después del anochecer, Mary no se sorprendió, aunque era infrecuente que encontrara el tiempo para visitarla y no gustaba de tener que hablar con el señor Featherstone.

Por otro lado, el anciano se sentía incómodo con un cuñado al que no podía molestar, no le importaba que le consideraran pobre, no tenía nada que pedirle y entendía más que él de las cosas de la tierra y las minas. Pero Mary estaba segura de que sus padres querrían verla y de no haber venido su padre, hubiera pedido permiso para ausentarse un par de horas al día siguiente. Después de discutir de precios con el señor Featherstone durante el té, Caleb se levantó para despedirse y dijo:

—Mary, quisiera hablar contigo.

Mary llevó una vela a otro amplio salón, carente de fuego, y depositando la débil luz sobre una mesa de caoba oscura se volvió hacia su padre y rodeándole el cuello con los brazos le besó con una expresividad infantil que le cautivó, dulcificándose la expresión de sus pobladas cejas igual que le ocurre a un perro grande y hermoso cuando se le acaricia. Mary era su hija predilecta y, por mucho que dijera Susan y por razón que tuviera en todos los demás asuntos, Caleb consideraba natural que Fred o cualquier otro quisieran a Mary más que a las demás chicas.

—Tengo algo que decirte, hija —dijo Caleb con su habitual titubeo—. No son muy buenas noticias, pero bueno, podían ser peores.

—¿De dinero, padre? Creo que sé lo que es.

—¿Sí? ¿Y cómo puede ser eso? Verás, he vuelto a ser un necio y firmé un pagaré que vence ahora. Tu madre tendrá que poner sus ahorros, eso es lo peor, y aún así no habrá suficiente. Necesitábamos ciento veinte libras. Tu madre tiene noventa y dos y yo no tengo nada en el banco, y ella piensa que tú tendrás algunos ahorros.

—Sí, sí. Tengo más de veinticuatro libras. Supuse que vendrías, padre, así que las tengo aquí. ¡Mire! ¡Qué hermosura de billetes!

Mary sacó del bolsito los billetes doblados y se los dio a su padre.

—Pero hija, ¿cómo…? Sólo necesitamos dieciocho, toma guárdate el resto, hija…, pero… ¿cómo lo sabías? —dijo Caleb, a quien, en su invencible indiferencia por el dinero, empezaba a preocuparle sobre todo la relación que el asunto podría tener con los sentimientos de su hija.

—Fred me lo contó está mañana. —¡Ah! ¿Vino a propósito?

—Creo que sí. Estaba muy disgustado.

—Me temo que Fred no sea de fiar, Mary —dijo el padre, con titubeante ternura—. Sus intenciones son mejores que sus actos, quizá. Pero sería una lástima que la felicidad de alguien dependiera de él. Tu madre piensa lo mismo.

—Y yo también, padre —dijo Mary sin levantar la vista, pero acercando a su mejilla el dorso de la mano de su padre.

—No es mi intención entrometerme, hija. Pero temí que hubiera algo entre tú y Fred y quería advertirte. Porque, verás, Mary —la voz de Caleb se volvió aún más tierna; había estado moviendo el sombrero de acá para allá sobre la mesa y mirándolo, pero finalmente posó los ojos sobre su hija —, una mujer, por mucho que valga, tiene que llevar la vida que su marido le proporcione. Tu madre ha tenido que aguantar muchas cosas por mi culpa.

Mary acercó a sus labios la mano de su padre y le sonrió.

—Bueno, bueno, nadie es perfecto, pero —el señor Garth sacudió la cabeza como en ayuda de que salieran las palabras— lo que estoy pensando es lo que debe ser para una esposa cuando no está nunca segura de su marido, cuando éste no tiene el principio inculcado que le haga temer más hacerles daño a otros que sentirse él mismo incómodo. Ese es, en definitiva, Mary, el quid del asunto. Los jóvenes sé encariñan antes de saber lo que es la vida y les basta con estar juntos para que sea una fiesta. Pero pronto llegan los días laborables, hija. De todas formas, tú tienes más sentido común que la mayoría y no se te ha criado entre algodones. Puede que no haya motivo para que diga esto, pero un padre tiembla por su hija y tú estás sola aquí.

—No tema por mí, padre —dijo Mary, mirando a su padre a los ojos con seriedad—. Fred se ha portado siempre muy bien conmigo; tiene buen corazón y es afectuoso; y a pesar de su autocomplacencia no es falso. Pero nunca me comprometeré con alguien que no sea independiente y que vaya pasando el tiempo a la espera de que otros le solucionen el porvenir. Usted y mi madre me han hecho demasiado orgullosa para eso.

—Bien, bien. Entonces me tranquilizo —dijo el señor Garth cogiendo el sombrero—. Pero me resulta muy duro marcharme con tus ahorros, hija.

—¡Padre! —dijo Mary con profundo reproche—. Llévales también todo mi cariño a los de casa —fueron sus últimas palabras antes de que su padre cerrara la puerta.

—Supongo que tu padre ha venido a por tus ahorros —dijo el anciano señor Featherstone con su habitual facultad para las suposiciones desagradables, cuando Mary regresó junto a él—. Le debe costar hacer cuadrar las cuentas, me figuro. Ahora eres mayor de edad; deberías guardarte lo que ahorras.

—Considero a mis padres la mejor parte de mí misma, señor —dijo Mary con frialdad.

El señor Featherstone refunfuñó: no podía negar que lo que se espera de una chica normal como ella es que sea útil, de forma que pensó en otra respuesta, lo suficientemente desagradable como para ser siempre oportuna.

—Si Fred Vincy viene mañana, no le entretengas charlando. Déjale que suba a verme.

CAPÍTULO CUATRO

Pero Fred no fue a Stone Court al día siguiente por razones perentorias. Aquellas visitas a las insalubres calles de Houndsley en busca de Diamond acarrearon no sólo un mal negocio caballuno, sino la desgracia añadida de una enfermedad que durante un par de días pareció una mera depresión y dolor de cabeza, pero que al regreso de Stone Court se había agudizado tanto que, al entrar en el comedor, se echó en el sofá y en respuesta a la inquieta pregunta de su madre dijo:

—Me encuentro muy mal: creo que debe venir Wrench. Wrench vino, pero no encontró nada serio, habló de «un leve desarreglo» y no quedó en volver al día siguiente. Sentía el debido respeto por la casa de los Vincy, pero incluso los hombres más prudentes se ofuscan a veces con la rutina, y hay mañanas ajetreadas en las que hacen su labor con el brío del campanero. El señor Wrench era un hombre menudo, pulcro, bilioso, de inmaculada peluca; tenía una farragosa clientela, mal carácter, una esposa linfática y siete hijos, e iniciaba ya con retraso el recorrido de cuatro millas hasta el lado opuesto de Tipton donde había de reunirse con el doctor Minchin, pues la muerte de Hicks, el médico rural, había incrementado los pacientes de Middlemarch en esa dirección. Si yerran los grandes hombres de estado ¿por qué no lo iban a hacer los médicos insignificantes? El señor Wrench no descuidó recetar los usuales paquetitos blancos que en esta ocasión tuvieron negras y drásticas consecuencias. Su efecto no alivió al pobre Fred, quien, no obstante, reacio a creerse que «se le avecinaba una enfermedad», se levantó a su hora a la mañana siguiente y bajó con la intención de desayunar sin conseguir otro éxito que el de sentarse tiritando junto a la chimenea. De nuevo se mandó llamar al señor Wrench, pero había salido a hacer su ronda y la señora Vincy, viendo el aspecto que ofrecía su predilecto, rompió en llanto y dijo que llamaría al doctor Sprague.

—¡Bobadas, madre! ¡No es nada! —dijo Fred, extendiendo hacia ella una mano seca y febril—. Pronto estaré bien. Debí coger frío en ese horrible y húmedo viaje.

—¡Mamá! —exclamó Rosamond, que estaba sentada junto a la ventana (las ventanas del comedor daban a la muy respetable calle denominada Lowick Gate)—, ahí está el señor Lydgate hablando con alguien. Yo de ti le llamaría. Ha curado a Ellen Bulstrode. Dicen que cura a todo el mundo.

La señora Vincy corrió hacia la ventana y la abrió al instante, pensando sólo en Fred y no en el protocolo médico. Lydgate se encontraba a unos dos metros al otro lado de una valla de hierro y el ruido de la ventana le hizo volverse antes de que la señora Vincy tuviera que llamarle. A los dos minutos estaba en la habitación de la cual Rosamond salió tras mostrar cierta inquietud en consonancia con lo que entendía que era la discreción.

Lydgate hubo de oír una narración en la que la mente de la señora Vincy se concentraba con asombroso instinto en todo punto de nula importancia, sobre todo respecto a lo que el señor Wrench había dicho o no había dicho sobre volver o no. Lydgate se dio cuenta al momento de la difícil situación que esto podía crear entre él y Wrench, pero el caso era lo bastante grave como para desechar la consideración: estaba convencido de que Fred se encontraba en la fase rosácea de la fiebre tifoidea y de que había tomado las medicinas inadecuadas. Debía irse de inmediato a la cama, ser atendido por una enfermera y había que tomar ciertas precauciones sobre las que Lydgate fue muy preciso. El terror de la señora Vincy ante estas señales de peligro encontró salida en las primeras palabras que se le ocurrieron. Opinaba que «era un ultraje por parte del señor Wrench que les había atendido durante tantos años, prefiriéndole al señor Peacock que también era amigo. No podía entender por nada del mundo por qué el señor Wrench había desatendido a sus hijos más que a otros. No había hecho lo mismo con los hijos de la señora Larcher cuando tuvieron el sarampión, cosa que la señora Vincy tampoco hubiera deseado. Y si ocurriera algo…».

Llegado este punto, la señora Vincy se derrumbó y su cuello de Niobe y su rostro animado se desencajaron. Esto tenía lugar en el recibidor, fuera del alcance de los oídos de Fred, pero Rosamond había abierto la puerta del cuarto de estar y avanzó hacia ellos inquieta. Lydgate disculpó al señor Wrench diciendo que los síntomas del día anterior podían ser equívocos y que este tipo de fiebre era confusa en sus inicios; se dirigiría de inmediato al boticario a que le preparara la receta para no perder más tiempo, pero escribiría al señor Wrench comunicándose lo que se había hecho.

—Pero tiene usted que volver, tiene que continuar atendiendo a Fred. No consiento en dejar a mi hijo en manos de alguien que puede venir o no. No le guardo rencor a nadie, gracias a Dios, y el señor Wrench me salvó durante la pulmonía, pero mejor me hubiera dejado morir si… si…

—Entonces me reuniré aquí con el señor Wrench, ¿quiere? —dijo Lydgate, convencido de que Wrench no estaba preparado para llevar bien un caso como éste.

—Le ruego que se encargue de ello, señor Lydgate —dijo Rosamond en apoyo de su madre y asiéndole el brazo para llevársela.

Cuando el señor Vincy llegó a casa se enfadó mucho con Wrench, manifestando que no le importaba que no volviera a pisar su casa. Lydgate debía continuar, tanto si le gustaba a Wrench como si no. No era una broma el que hubiera fiebre en la casa. Habría que avisar a todo el mundo para que no fueran a cenar el jueves. Y no era preciso que Pritchard sacara el vino, el coñac era lo mejor contra una infección.

—Beberé coñac —añadió el señor Vincy enfáticamente, como queriendo dar a entender que no era ésta ocasión para disparar con cartuchos de fogueo—. Es un chico extraordinariamente desafortunado, este Fred. Necesitará tener suerte en el futuro para compensar todo esto, de otro modo no sé quién iba a querer tener un hijo primogénito.

—No digas eso, Vincy —dijo la madre con voz trémula—, si no quieres que me lo quiten.

—Te va a matar a preocupaciones, Lucy, eso sí lo veo claro —dijo el señor Vincy más apaciguado—. De todos modos, le haré saber a Wrench mi opinión sobre el tema —lo que el señor Vincy pensaba confusamente era que tal vez la fiebre se hubiera evitado si Wrench hubiera actuado con el debido cuidado respecto de su (la del alcalde) familia—. No soy de los que se dejan influir por el último criterio sobre los nuevos médicos o clérigos, sean hombres de Bulstrode o no. Pero Wrench sabrá lo que pienso, vaya si lo sabrá.

Wrench no se lo tomó en absoluto bien. Lydgate fue todo lo educado que su brusca personalidad le permitía, pero la educación por parte de quien te ha puesto en desventaja sólo constituye una desesperación añadida, sobre todo si la persona era ya de antemano un objeto de desagrado. Los médicos rurales constituían una especie irascible, susceptibles en cuanto al honor, y el señor Wrench era, entre ellos, uno de los más irritables. No se negó a ver a Lydgate esa tarde, pero la ocasión puso bastante a prueba su aguante. Tuvo que oír decir a la señora Vincy:

—Señor Wrench, ¿qué he hecho yo para que me trate así? ¡Mire que marcharse y no volver a venir! ¡Mi hijo podía ser ahora un cadáver!

El señor Vincy, que había estado manteniendo un avivado fuego contra la Infección enemiga, y en consecuencia se encontraba muy acalorado, se levantó cuando oyó entrar a Wrench y salió a la entrada para decirle lo que pensaba.

—¿Sabe lo que le digo, Wrench?, que esto pasa de castaño oscuro —dijo el alcalde, que últimamente había tenido que amonestar con aire oficial a los ofensores y ahora se ensanchaba metiendo los pulgares en las sisas—. ¡Permitir que la fiebre entre así como así en una casa como ésta! ¡Hay ciertas cosas que debieran ser procesables y no lo son, esa es mi opinión!

Pero es más fácil soportar los reproches irracionales que la sensación de que te están instruyendo, o, mejor dicho, la sensación de que un hombre más joven, como Lydgate, interiormente te considera falto de formación, pues «de hecho» dijo el señor Wrench posteriormente, Lydgate expuso nociones inconcretas y extranjerizantes que no se tenían en pie. Momentáneamente se tragó la ira, pero después escribió rehusando tener nada más que ver con el caso. La casa sería buena, pero el señor Wrench no iba a ceder ante nadie en un asunto profesional. Reflexionó que era harto probable que, con el tiempo, Lydgate también diera un traspié y que sus intentos poco caballerosos por desacreditar la venta de fármacos por parte de sus compañeros de profesión, también con el tiempo, se volverían contra él mismo. Lanzó hirientes comentarios sobre los trucos de Lydgate, dignos tan sólo de un curandero para granjearse una reputación ficticia entre los crédulos. Ningún médico serio empleaba esa jerga de las curas.

Era este un punto que le dolía a Lydgate todo lo que Wrench pudiera desear. El que le socavara un ignorante no sólo era humillante, sino también peligroso y no más de envidiar que la reputación de quien profetiza el tiempo. Le impacientaban las necias expectativas en medio de las cuales ha de desarrollarse toda labor, y era susceptible de perjudicarse cuanto deseara el señor Wrench por una sinceridad poco profesional.

No obstante, Lydgate quedó instalado como médico de los Vincy y el hecho fue tema de comentario general en Middlemarch. Unos dijeron que los Vincy se habían comportado de forma escandalosa, que el señor Vincy había amenazado a Wrench y que la señora Vincy le había acusado de envenenar a su hijo. Otros opinaban que había sido providencial que Lydgate pasara por allí en aquel momento, que era asombrosamente listo en materia de fiebres y que Bulstrode tenía razón en apoyarle. Muchos pensaban que el hecho mismo de que Lydgate llegara a la ciudad se debía a

Bulstrode, y a la señora Taft, que se pasaba la vida contando puntos y recababa su información de fragmentos inconexos oídos entre una y otra vuelta de la labor, se le metió en la cabeza que Lydgate era hijo natural de Bulstrode, hecho que parecía justificar sus sospechas respecto de los laicos evangélicos.

Un día le comunicó esta información a la señora Farebrother, quien no dejó de contárselo a su hijo, observando:

—Nada me sorprendería de Bulstrode, pero me dolería pensarlo del señor Lydgate.

—Pero madre —dijo el señor Farebrother, tras una sonora carcajada—, sabes muy bien que Lydgate viene de una buena familia del norte. Jamás había oído hablar de Bulstrode antes de llegar aquí.

—Camden, eso es satisfactorio por lo que respecta al señor Lydgate —dijo la anciana con aire de precisión—. Pero por lo que respecta a Bulstrode, el comentario pudiera ser cierto de algún otro hijo.

CAPÍTULO CINCO

Tu eminente filósofo de entre mis amigos que sabe dignificar incluso el mobiliario más feo a base de colocarlo a la serena luz de la ciencia me ha enseñado este enjundioso hecho.

El espejo, o la superficie de acero pulido que lustra la criada, tiene múltiples y minuciosos arañazos en todas direcciones… Pero poned frente a ello una vela encendida como centro de iluminación y hete aquí que los arañazos parecen recolocarse formando una serie de círculos concéntricos en torno a ese pequeño sol. Se puede demostrar que los arañazos siguen manteniendo una dirección imparcial y es sólo la vela lo que produce la halagadora ilusión de una organización concéntrica, cayendo su luz con una selección exclusivamente óptica. Estas cosas son una parábola. Los arañazos son sucesos, y la vela es el egoísmo de cualquier persona ausente en este momento, la señorita Vincy, por ejemplo.

Rosamond tenía una Providencia propia que muy amablemente la había hecho más atractiva que a otras jóvenes y que parecía haber organizado la enfermedad de Fred y el error del señor Wrench a fin de que ella y Lydgate se encontraran en una proximidad efectiva. Hubiera sido contravenir estos arreglos el que Rosamond hubiera consentido en marcharse a Stone Court o a cualquier otro lugar, como deseaban sus padres, sobre todo puesto que el señor Lydgate consideró innecesaria la precaución. Así pues, mientras que la señorita Morgan y los niños fueron enviados a la granja a la mañana siguiente de haberse declarado la enfermedad de Fred, Rosamond se negó a abandonar a papá y mamá.

Ciertamente que la pobre mamá constituía un objeto conmovedor para cualquier ser nacido de mujer, y el señor Vincy, que adoraba a su esposa, se sentía más preocupado por ella que por Fred. De no ser por la insistencia de su marido, no habría ni tan siquiera descansado; su animación se había apagado y, desinteresada por su atuendo, siempre tan fresco y juvenil, parecía un ave enferma, los ojos lánguidos y el plumaje alborotado, los sentidos sordos a todo cuanto la había interesado. El delirio de Fred, durante el que parecía alejarse de ella, le rompía el corazón. Tras su primer exabrupto contra el señor Wrench, iba por la casa en silencio, roto tan sólo por el quedo llamamiento a Lydgate. Le seguía al salir de la habitación y poniendo la mano sobre el brazo gemía «salve a mi hijo». Una vez sollozó:

«Siempre ha sido bueno conmigo, señor Lydgate, jamás ha tenido una palabra áspera para con su madre» —como si el sufrimiento del pobre Fred fuera una acusación contra él. Se conmovieron las más profundas fibras del recuerdo materno, y el joven, cuya voz se tornaba más dulce cuando se dirigía a ella, se fundía con el niño a quien había amado, con un amor nuevo para ella, antes ya de que naciera.

—Tengo muchas esperanzas, señora Vincy —decía Lydgate—. Baje conmigo y hablaremos de la alimentación —de esta forma la conducía hasta la salita, donde se hallaba Rosamond, distrayéndola así un poco e incitándola a tomarse un té o un caldo que le habían preparado. Había entre él y Rosamond un constante entendimiento en estos temas. Casi siempre la veía antes de entrar en la habitación del enfermo y ella acudía a él en busca de consejo sobre qué hacer con mamá.

Su presencia de ánimo y exactitud al llevar a cabo sus indicaciones eran admirables, y no es extraordinario que la idea de ver a Rosamond empezara a mezclarse con su interés por el caso. Sobre todo, una vez hubo pasado la etapa crítica y Lydgate empezara a confiar en la recuperación de Fred. En un momento incierto había aconsejado llamar al doctor Sprague (quien hubiera preferido mantenerse neutral debido a Wrench); pero tras dos consultas, el caso quedó en manos de Lydgate y existían un sinfín de razones para hacer de él un asiduo. Iba a casa del señor Vincy por la mañana y por la tarde y poco a poco las visitas se fueron haciendo más alegres a medida que Fred se encontró simplemente débil, y no sólo necesitado de todos los mimos, sino consciente de ellos, de forma que la señora Vincy empezó a pensar que después de todo la enfermedad le había proporcionado un festival a su ternura.

Tanto el padre como la madre lo tuvieron como una razón añadida para su exaltación cuando el anciano señor Featherstone envió mensajes por Lydgate urgiendo a Fred que se repusiera pronto, puesto que él, Peter Featherstone, no podía prescindir de él y le echaba mucho de menos. El propio anciano empezaba a estar encamado. La señora Vincy le pasó los mensajes a Fred en cuanto estuvo en condiciones de oírlos, y él volvió hacia ella su rostro delicado y desvalido, afeitado el tupido pelo rubio y en el que los ojos parecían haberse agrandado, ansiando alguna palabra acerca de Mary, preguntándose lo que ella sentiría con su enfermedad. Sus labios no pronunciaron palabra alguna, pero «el oír con los ojos es patrimonio de la agudeza del amor» y la madre, en la magnanimidad de su corazón, no sólo adivinaba el anhelo de Fred, sino que estaba dispuesta a cualquier sacrificio para complacerle.

—Con tal de poder ver a mi hijo fuerte otra vez —decía, con tierna ingenuidad—. Y, ¿quién sabe? …, ¡tal vez dueño de Stone Court! …, entonces se puede casar con quien quiera.

—No si me rechazan, madre —respondía Fred. La enfermedad le había ablandado y los ojos se le llenaron de lágrimas mientras hablaba.

—Venga, venga, tómate un poco de jalea, hijo —era la respuesta de la señora Vincy, incrédula ante una negativa.

No se apartaba del lado de Fred cuando su marido no estaba en la casa, y así Rosamond se encontraba en la insólita situación de estar mucho sola. Naturalmente, a Lydgate no se le ocurría quedarse mucho tiempo con ella, y sin embargo parecía como si las breves e impersonales conversaciones que mantenían estuvieran creando esa peculiar intimidad que consiste en la timidez. Estaban obligados a mirarse cuando se hablaban, y de alguna manera ese mirarse no se podía llevar a cabo como la cosa normal que era.

A Lydgate le empezó a incomodar esa especie de concienciación, y un día bajó la vista y miró hacia otra parte, como una marioneta mal manejada. Pero esto no dio buen resultado, pues al día siguiente Rosamond bajó la vista, y consecuentemente, la próxima vez que sus miradas se encontraron fue aún más violento. La ciencia no tenía soluciones para esto y puesto que Lydgate no quería flirtear, la frivolidad tampoco parecía poder proporcionar ayuda alguna. Fue por tanto una bendición cuando los vecinos dejaron de considerar que la casa estaba bajo cuarentena y se redujeron considerablemente las oportunidades de ver a Rosamond a solas.

Pero una vez ha existido, no es fácil obviar los efectos de esa intimidad fruto de la violencia mutua, en la que cada uno percibe que el otro siente algo. Charlar acerca del tiempo y demás tópicos civilizados tiende a parecer una pobre argucia y el comportamiento no se normaliza salvo que se reconozca abiertamente una mutua fascinación, lo que por supuesto tampoco tiene por qué implicar nada ni profundo ni serio. Esta fue la forma en la que Rosamond y Lydgate encajaron con elegancia, dotando de nuevo de vivacidad a su relación. Las visitas iban y venían como de costumbre, volvió la música al salón y regresó también la acrecentada hospitalidad del señor Vincy como alcalde. Siempre que podía, Lydgate se sentaba junto a Rosamond, y se rezagaba para oírla tocar y cantar, denominándose su prisionero con la intención más absoluta de no serlo. Lo descabellado de la idea de establecerse inminente y satisfactoriamente como hombre casado era garantía más que suficiente contra el peligro. Este jugar a estar un poco enamorado era agradable y no interfería con propósitos más serios. Al fin y al cabo, el flirtear no suponía necesariamente un proceso en el que uno se chamuscara. Por su parte, Rosamond jamás antes había disfrutado tanto de sus días: estaba segura de que la admiraba alguien a quien merecía la pena cautivar y no distinguía el flirteo del amor, ni en ella ni en la otra persona. Era como si navegara con viento favorable justo hacia donde quería ir, y sus pensamientos los llenaba una hermosa casa en Lowick Gate que, con el tiempo, esperaba que se quedaría vacía. Estaba decidida, una vez casada, a deshacerse pertinentemente de cuantas visitas no le resultaban agradables en casa de su padre y amueblaba de distintas maneras una y otra vez el salón de su casa predilecta.

Por supuesto que también pensaba mucho en el propio Lydgate, que le parecía casi perfecto: si conociera las notas de forma que el arrobamiento que su música le producía hubiera sido menos parecido al de un elefante emocionado, y si hubiera podido apreciar mejor los refinamientos de su gusto en el vestir, Rosamond apenas habría podido señalar en él un defecto. ¡Qué distinto era del joven Plymdale o del señor Caius Larcher! Aquellos jóvenes no tenían ni idea de francés, ni podían hablar de ningún tema con adecuados conocimientos, salvo tal vez el comercio del transporte y el teñido, que por supuesto se avergonzaban de mencionar; eran la burguesía de Middlemarch, jubilosa con sus fustas de empuñadura de plata y corbatines de raso, pero zafia de modales y tímidamente jocosa. Incluso Fred estaba por encima de ellos, poseedor al menos del acento y las formas de un universitario. Por el contrario, a Lydgate siempre se le escuchaba, su porte era el de la educada despreocupación de la superioridad consciente, y su ropa parecía la adecuada por más de una afinidad natural y no una reflexión constante. Rosamond se enorgullecía cuando entraba Lydgate, y al acercársela con una distinguida sonrisa, tenía la sensación deliciosa de ser objeto de un envidiable homenaje. Si Lydgate hubiera sido consciente del orgullo que suscitaba en aquel delicado corazón, hubiera estado tan contento como cualquier otro hombre, aún el más ignorante respecto a la patología de los humores o el tejido fibroso: el adorar la superioridad del hombre sin tener un conocimiento demasiado preciso acerca de lo que era, constituía para él una de las actitudes más bonitas de la mente femenina.

Pero no era Rosamond una de esas desvalidas jovencitas que se delatan inconscientemente y cuyo comportamiento es el torpe resultado de sus impulsos en lugar del fruto de la sagaz cautela y el decoro. ¿Acaso os imagináis que sus pronósticos y cábalas respecto al mobiliario y la sociedad asomaban jamás en su conversación, ni siquiera con su madre? Muy al contrario, hubiera manifestado la mayor de las sorpresas y gran desaprobación de saber que otra joven había manifestado semejante inmodesta precipitación, es más, probablemente no lo hubiera creído. Pues Rosamond nunca mostraba conocimientos desfavorecedores, mostrándose siempre como esa combinación de correctos sentimientos, música, danza, dibujo, elegantes notitas a mano, álbum particular de poesías escogidas y perfecta hermosura rubia que componían la mujer irresistible para el hombre sentenciado de aquel periodo. Os ruego que no le atribuyáis maldades injustas: no urdía malvadas tramas ni cosas sórdidas o mercenarias; de hecho, jamás pensaba en el dinero salvo como algo necesario que otros siempre proporcionarían. No era su costumbre inventar falsedades y si sus comentarios no se ajustaban estrictamente a los hechos, ello obedecía a que esa no era su intención, sino que, como otros de sus elegantes atributos, tenían la finalidad de agradar. En el acabado de la alumna predilecta de la señora Lemon, la naturaleza había inspirado a numerosas artes, y la opinión general (excluida la de Fred) era que Rosamond constituía una infrecuente combinación de belleza, inteligencia y amabilidad.

A Lydgate cada vez le resultaba más agradable estar con ella. No existía ahora entre ellos turbación alguna, sino ese delicioso intercambio de influencia en sus miradas y lo que decían tenía para ellos ese exceso de significado que un tercero observa con cierto aburrimiento, pero continuaban sin tener charlas o digresiones de las que hubiera que excluir a nadie. El hecho real es que flirteaban, y Lydgate estaba convencido de que no hacían nada más. Si un hombre no podía amar y ser prudente, al menos podría flirtear y ser prudente. La verdad era que los hombres de Middlemarch, exceptuando al señor Farebrother, eran muy aburridos, y a Lydgate no le interesaban ni la política comercial ni las cartas. ¿Qué iba a hacer, pues, para distraerse? Con frecuencia le invitaban los Bulstrode, pero allí las hijas apenas habían dejado la escuela, y la ingenuidad con la que la señora Bulstrode reconciliaba la piedad y la mundanidad, lo vacuo de esta vida y el deseo por el cristal tallado, la percepción simultánea de los harapos y el damasco constituían un respiro insuficiente al peso de la invariable seriedad de su marido. A pesar de todos sus fallos, el hogar de los Vincy salía mejor parado de la comparación; además alimentaba a Rosamond, encantadora como una rosa a medio abrir y dotada de atributos para la refinada distracción del hombre.

Pero su éxito con la señorita Vincy le granjeó otros enemigos que los médicos. Una noche entró bastante tarde en el salón, después de que hubieran llegado otras visitas. La mesa de cartas había atraído a los mayores y el señor Ned Plymdale (uno de los buenos partidos de Middlemarch si bien no una de sus mejores mentes) mantenía un téte-á-téte con Rosamond. Había traído el último número de Keepsake, la maravillosa publicación en papel satinado que indicaba el progreso moderno en la época, y se consideraba muy afortunado por poder ser el primero en verla con Rosamond, deteniéndose en las damas y caballeros de brillantes mejillas y brillantes sonrisas, y llamando formidables los poemas cómicos e interesantes las narraciones sentimentales. Rosamond se mostraba condescendiente y Ned estaba satisfecho de tener en su mano lo óptimo en arte y literatura como medio de «hacerle la corte» y deleitar a una agradable joven. Asimismo tenía motivos, profundos más que visibles, para estar satisfecho de su aspecto. Para el observador superficial, su barbilla daba la impresión de desvanecerse, como si se reabsorbiera gradualmente. Y lo cierto es que le causaba ciertos problemas con el ajuste de sus corbatines de raso, a cuyo efecto resultaban útiles las barbillas en aquellos tiempos.

—Creo que la honorable señora se parece un poco a usted —dijo Ned. Mantuvo abierto el libro ante el retrato fascinador, mirándolo lánguidamente.

—Tiene una espalda muy grande, como si el objetivo de su pose fuera eso —dijo Rosamond sin intención satírica al tiempo que pensaba lo rojas que tenía las manos el joven Plymdale y se preguntaba por qué no venía Lydgate. Continuó bordando.

—No dije que fuera tan hermosa como usted —dijo Ned, osando levantarla vista del retrato para mirar al rival del mismo.

—Sospecho que es usted un auténtico adulador —dijo Rosamond, con la certeza de que tendría que rechazar a este joven caballero por segunda vez.

Pero en este momento entró Lydgate. El libro se cerró antes de que alcanzara la esquina en la que se encontraba Rosamond y al sentarse con confianza relajada a su otro lado, la mandíbula del joven Plymdale cayó como un barómetro por el lado infausto del cambio. Rosamond disfrutó no sólo con la presencia de Lydgate, sino con el efecto que causó le gustaba provocar los celos.

—¡Vaya un tardón está usted hecho! —dijo al darle la mano—, hace ya un ratito que mamá empezó a darle por ausente. ¿Cómo ha encontrado a Fred?

—Como de costumbre: recuperándose, pero lentamente. Quisiera que se fuera… tal vez a Stone Court, por ejemplo. Pero su madre parece poner alguna pega.

—¡Pobrecillo Fred! —dijo Rosamond con dulzura—. Encontrará a Fred tan cambiado —añadió volviéndose hacia el otro pretendiente—. El señor Lydgate ha sido nuestro ángel de la guarda durante su enfermedad.

Don Ned esbozó una sonrisa nerviosa mientras que Lydgate, cogiendo el Keepsake y abriéndolo, soltó una despectiva carcajada y alzó la barbilla como maravillándose de la estupidez humana.

—¿De qué se ríe tan irreverentemente? —preguntó Rosamond con suave neutralidad.

—Me pregunto qué resultaría más bobo de aquí, las ilustraciones o la parte escrita —respondió Lydgate tajantemente mientras ojeaba rápidamente las páginas, como si se hiciera cargo del libro en un santiamén y, a juicio de Rosamond, luciendo con gran ventaja sus grandes manos blancas.

—Observen este novio saliendo de la iglesia. ¿Han visto jamás una «imagen tan almibarada», como decían los isabelinos? ¿Habrá un mercero más afectado? Y sin embargo estoy seguro de que la historia que acompaña le convierte en uno de los mayores caballeros del país.

—Es usted tan severo que me asusta —dijo Rosamond, moderando oportunamente su diversión. El pobre Plymdale se había detenido con admiración ante este mismo grabado y su ánimo se vio alterado.

—Pues hay mucha gente muy célebre que escribe en Keepsake —dijo en tono entre tímido y airado—. Y esta es la primera vez que oigo a nadie denominarlo una bobada.

—Veo que tendré que acusarle de ser un godo —dijo Rosamond, dirigiéndose a Lydgate con una sonrisa—. Sospecho que no sabe ni una palabra acerca de Lady Blessington o de L.E.U. —La propia Rosamond disfrutaba con estas escritoras, pero no se comprometía fácilmente expresando su admiración y estaba alerta a la mínima insinuación de que, según Lydgate, algo no fuera del más exquisito gusto.

—Pero imagino que el señor Lydgate conocerá a Sir Walter Scott —dijo el joven Plymdale, animado un tanto por esta ventaja.

—Bueno, no leo literatura ahora —dijo Lydgate, cerrando el libro y poniéndolo a un lado—. Leí tanto de pequeño que supongo que me bastará el resto de mi vida. Solía saberme de memoria los poemas de Scott.

—Me gustaría saber dónde se detuvo —dijo Rosamond—, porque así estaría segura de saber algo que usted desconoce.

—El señor Lydgate opinaría que eso no merece la pena saberlo —dijo Ned, intencionadamente cáustico.

—Al contrario —dijo Lydgate, sin asomo de irritación y sonriendo a Rosamond con desesperante confianza—. Merecería la pena saberlo por el hecho de que fuera la señorita Vincy quien me lo comunicara.

El joven Plymdale pronto se encaminó hacia la mesa de whist pensando que Lydgate era uno de los tipos más engreídos y desagradables que había tenido la mala fortuna de conocer.

—¡Qué imprudente es usted! —dijo Rosamond, interiormente encantada—. ¿Se da cuenta de que le ha ofendido? —Pero… ¿es que era el libro del señor Plymdale? Lo siento. No me di cuenta.

—Empezaré a pensar que es cierto lo que usted dijo de sí mismo cuando llegó aquí, que es usted un oso necesitado de que los pájaros le instruyan.

—Pues hay un ave que puede enseñarme cuanto quiera. ¿Acaso no la escucho con gusto?

A Rosamond le parecía que era casi como si ella y Lydgate estuvieran prometidos. Que en algún momento lo estarían era una idea que hacía tiempo llevaba en la mente y ya sabemos que las ideas, encontrándose a mano los materiales necesarios, tienden hacia un tipo de existencia más sólida. Cierto que Lydgate tenía la idea contraria de permanecer soltero, pero esto era sencillamente una sombra proyectada por otras decisiones que, a su vez, eran susceptibles de desaparición. Era casi seguro que las circunstancias estarían del lado de la idea de Rosamond, que tenía una actividad moldeadora y la supervisión de unos atentos ojos azules mientras que la de Lydgate estaba ciega y ajena como una medusa que se derrite sin ni siquiera darse cuenta.

Cuando llegó a casa esa noche observó sus frascos para ver cómo progresaba el proceso de maceración, sin que su interés se viera perturbado, y escribió sus notas diarias con la precisión de siempre. Los sueños de los que le resultaba difícil desprenderse eran construcciones ideales de otras cosas que no eran las virtudes de Rosamond, y el tejido primitivo seguía siendo su dulce desconocida. Además, comenzaba a interesarle la incipiente si bien medio reprimida pugna entre él y los otros médicos que probablemente se haría más patente ahora que el método de Bulstrode para llevar el hospital estaba a punto de hacerse público y había además, varios indicios alentadores de que el rechazo que hacia él sentían ciertos pacientes de Peacock se viera contrarrestado por la impresión que había causado en otras áreas. Unos días más tarde, cuando casualmente había adelantado a Rosamond en la carretera de Lowick y había desmontado del caballo para caminar junto a ella y protegerla de un boyero que pasaba, le había detenido un criado a caballo portador de un mensaje procedente de una casa de cierto rango a la que Peacock nunca había sido llamado. Era el segundo ejemplo de este tipo. Era el criado de Sir James Chettam y la casa era Lowick Manor.

CAPÍTULO SEIS

El señor y la señora Casaubon regresaron a Lowick de su viaje de novios a mediados de enero. Nevaba un poco cuando se detuvieron ante la puerta por la mañana, cuando Dorothea pasó del vestidor al gabinete azul y verde que conocemos y vio la larga avenida de tilos alzando sus troncos desde la tierra blanca, destacando contra el cielo inmóvil y pardo sus blancas ramas desplegadas. La llanura distante se veía pequeña en la uniforme blancura de nieve y amenazadoras nubes. El propio mobiliario parecía haber encogido desde que lo viera por última vez; el ciervo del tapiz era como un fantasma en su fantasmagórico mundo verdeazul; los volúmenes de literatura discreta de la estantería se asemejaban más a imitaciones inmutables de libros. El alegre fuego de ramas secas de encinas sobre los morillos parecía una incongruente renovación de la vida v el calor, como la figura de la propia Dorothea cuando entró con los estuches de piel roja que contenían los camafeos para Celia.

Relucía con el aseo matutino como sólo puede hacerlo la juventud sana; brillaban el pelo trenzado y los ojos color de avellana; los labios mostraban calor y vida: la gargantea contrastaba con cálida blancura contra el blanco de las pieles que parecían rodearle el cuello y bordearle la capa grisácea con una ternura que emanaba de la propia Dorothea, una palpable inocencia que mantenía su hermosura frente a la cristalina pureza de la nieve exterior. Al dejar los estuches sobre la mesa junto al mirador, retuvo inconscientemente sobre ellos las manos, absorta de inmediato con el entorno, blanco y quieto, que componía su mundo visible.

El señor Casaubon, que se había levantado temprano aquejado de palpitaciones, se encontraba en la biblioteca con su coadjutor, el señor Tucker. Pronto vendría Celia, en su calidad de dama de honor y hermana, y a lo largo de las próximas semanas vendrían y se harían las visitas de rigor, todo de acuerdo con esa vida que se entiende corresponde a la emoción de la felicidad nupcial y mantiene la sensación de una ajetreada inefectividad, como perteneciente a un sueño del cual el soñador empieza a recelar. Las obligaciones de su vida de casada, que tan grandes parecían de antemano, parecían empequeñecerse al igual que los muebles y el blanco paisaje amurallado por las nubes. Las claras cumbres donde esperaba caminar con plena identificación se hacían difíciles de distinguir incluso en su imaginación: el delicioso descanso del alma en alguien totalmente superior se había visto bruscamente transformado en esfuerzo incómodo, perturbado por aciagos presentimientos. ¿Cuándo iban a empezar esos días de activa devoción de esposa que fortalecería la vida de su marido y llenaría la suya propia? Tal vez nunca en la manera en que los había imaginado, pero sí de alguna forma, de alguna. En esta unión de su vida solemnemente contraída, el deber se presentaría bajo una nueva forma de inspiración y dotaría de un significado nuevo el amor de casada. Entretanto, lo que existía era la nieve y la aplastante arcada de opresión, la asfixia del mundo de aquella dama, en el que todo se le daba hecho y nadie solicitaba su ayuda, donde la sensación de una unión con una existencia rica y fructífera debía mantenerse dolorosamente como una visión interna, en lugar de proceder del exterior con reclamaciones que hubieran moldeado sus energías. «¿Qué debo hacer?». «Lo que quieras, querida», esa había sido su breve historia desde que abandonara las clases matutinas y las insulsas prácticas al piano que detestaba. El matrimonio, que había de encauzar una actividad digna e imperativa no la había liberado aún de la opresiva libertad de las damas, ni siquiera había llenado su ocio con el sostenido gozo de la ternura ilimitada. Su juventud radiante y vigorosa se erguía en un aprisionamiento moral que se fundía con el paisaje frío, incoloro y empequeñecido, con el mobiliario encogido, los libros sin leer y el ciervo fantasmagórico en un mundo pálido y fantástico que parecía ir desapareciendo de la luz del día.

Durante los primeros minutos en que Dorothea miró por la ventana sólo sintió la melancólica opresión, después vino un punzante recuerdo, y dándose la vuelta caminó por la habitación. Las ideas y las esperanzas que poblaban su mente cuando viera el cuarto por primera vez casi tres meses atrás eran ahora sólo recuerdos, y los juzgaba como juzgamos las cosas pasajeras y pasadas. Toda forma de existencia parecía latir con un pulso inferior al suyo y su fe religiosa era un grito aislado, la lucha por escapar de una pesadilla en la que cada objeto se marchitaba y se alejaba de ella. Cada recuerdo en la habitación estaba desencantado, mortecino, como una transparencia carente de iluminación, hasta que su mirada errante se posó sobre el grupo de miniaturas y allí, por fin, vio algo que había cobrado nuevo significado y aliento: la miniatura de Julia, la tía del señor Casaubon, que había contraído aquel desafortunado matrimonio, la abuela de Will Ladislaw. Dorothea se la imaginaba viva ahora, el rostro delicado de mujer que sin embargo emanaba terquedad, algo difícil de interpretar. ¿Eran sólo sus amigos quienes consideraban desafortunado su matrimonio? ¿O había descubierto ella también que había sido un error, y paladeaba la salada amargura de sus lágrimas durante el piadoso silencio de la noche? ¡Qué cúmulo de experiencias le parecía a Dorothea haber pasado desde que viera por primera vez esta miniatura! Sentía con ella un nuevo vínculo, como si la estuviera escuchando y pudiera ver cómo la observaba. He aquí a una mujer que había conocido alguna dificultad en el matrimonio. Los colores se acentuaron, los labios y el mentón se hicieron más grandes, el pelo y los ojos parecieron iluminarse, el rostro era masculino y la sonreía con esa mirada directa que indica a quien la recibe que es demasiado interesante como para que su mínimo movimiento pase desapercibido y no sea interpretado. La realidad de la imagen se impuso como una cálida llama y Dorothea se encontró sonriendo. Se apartó de la miniatura y se sentó, levantando la mirada como si de nuevo hablara con una figura que estaba ante ella. Pero la sonrisa se borró así que siguió meditando y finalmente dijo en voz alta:

—¡Fue muy cruel hablar así! ¡Qué triste, qué horror! Se levantó precipitadamente y salió de la habitación cruzando con rapidez el pasillo con el impulso irresistible de ir a ver a su esposo y preguntarle si podía hacer algo para él. Tal vez se hubiera ido ya el señor Tucker y el señor Casaubon se encontrara solo en la biblioteca. Sentía que toda la tristeza de la mañana desaparecería si viera que su marido se alegraba con su presencia.

Pero cuando llegó al final de la oscura escalinata de roble, vio que llegaba Celia y que el señor Brooke y el señor Casaubon se saludaban e intercambiaban felicitaciones.

—¡Dodo! —exclamó Celia en su suave estacato, y besó a su hermana que la abrazó sin decir nada. Creo que a ambas se les escaparon algunas lágrimas furtivas mientras Dorothea bajó corriendo para saludar a su tío.

—Hija, no tengo que preguntar cómo estás —dijo el señor Brooke, tras besarla en la frente—. Veo que Roma te ha sentado bien: felicidad, frescos, lo antiguo… todo eso. Bueno, bueno, es muy agradable tenerte de vuelta, y ahora ya lo sabrás todo acerca de arte ¿no? El señor Casaubon está un poco pálido, ya se lo he dicho a él, un poco pálido. Estudiar tanto durante sus vacaciones es extremar las cosas. Yo también me excedí de joven —el señor Brooke retenía entre las suyas la mano de Dorothea, pero se había vuelto hacia el señor Casaubon—, con la topografía, las ruinas, los templos. Pensé que tenía una pista, pero vi que me entretendría demasiado para que al final tal vez no me condujera a nada. Hay ocasiones en que se puede invertir mucho tiempo sin que luego se consiga ningún resultado.

Dorothea también miraba a su esposo, angustiada ante la idea de que quienes le veían tras la ausencia detectaran señales que a ella la habían pasado desapercibidas.

—No es nada para que te asustes, hija mía —dijo el señor Brooke al observar la expresión de su sobrina—. Un poco de cordero y ternera inglesa y ya verás qué diferencia. Está muy bien que estuviera pálido para posar para el retrato de Aquino, recibimos la carta justo a tiempo. Pero bueno, Aquino era un poco demasiado sutil ¿no? ¿Hay alguien que lea a Aquino?

—Ciertamente no es autor adecuado a mentes superficiales —dijo el señor Casaubon, enfrentándose a estas oportunas preguntas con digna paciencia.

—¿Tomará el café en su habitación, tío? —preguntó Dorothea para salvar la situación.

—Sí, y tú debes ir con Celia; tiene grandes noticias para ti. Le dejo a ella que te las cuente.

El gabinete azul-verde parecía mucho más alegre ahora que Celia estaba allí sentada con una capa exacta a la de su hermana, observando los camafeos con plácida satisfacción mientras la conversación pasó a otros temas.

—¿Te ha parecido bonito ir a Roma en viaje de novios? —preguntó Celia con el leve rubor al que Dorothea estaba acostumbrada a la menor ocasión.

—Pues no sé si le gustaría a todo el mundo, a ti no, por ejemplo —dijo Dorothea quedamente. Nadie sabría jamás lo que ella opinaba sobre un viaje de novios a Roma.

—La señora Cadwallader dice que es una tontería que la gente haga un largo viaje cuando se casa. Dice que se mueren de aburrimiento juntos, y que no se pueden pelear a gusto como lo harían en casa. Y Lady Chettam dice que ella fue a Bath —el rostro de Celia cambiaba una y otra vez de color, parecía ir y venir con los mensajes del corazón, Como si de un mensajero se tratara.

Forzosamente debía significar algo más que los rubores normales de Celia.

—¡Celia! ¿Ha sucedido algo? —preguntó Dorothea con sentimiento fraterno—. ¿Tienes alguna gran noticia que darme?

—Fue porque te marchaste, Dodo. Sólo quedé yo para hablar con Sir James Chettam —dijo Celia con cierta picardía asomándole a los ojos.

—Entiendo. Es en lo que confiaba y esperaba —dijo Dorothea, cogiendo entre sus manos el rostro de su hermana y observándola con cierta ansiedad. El matrimonio de Celia parecía ahora cobrar mayor importancia.

—Fue tan sólo hace tres días —dijo Celia—. Y Lady Chettam es muy cariñosa.

—¿Y tú eres muy feliz?

—Sí. Aún no nos casaremos. Hay que prepararlo todo. Y yo no me quiero casar tan pronto, porque me parece muy agradable estar prometida. Y además estaremos casados el resto de nuestras vidas.

—Creo sinceramente Kitty que no te podías casar mejor. Sir James es un hombre bueno y honrado —dijo Dorothea con afecto.

—Ha continuado con las casitas, Dodo. Te lo contará cuando venga. ¿Te alegrarás de verle?

—Claro que sí. ¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Es que temí que te estuvieras haciendo muy sabia —dijo Celia, que consideraba la sabiduría del señor Casaubon como una especie de humedad que con el tiempo podía impregnar a un ser cercano.

CAPÍTULO SIETE

Cierta mañana, algunas semanas después de llegar a Lowick, Dorothea, pero… ¿por qué siempre Dorothea? ¿Era el suyo el único punto de vista respecto de este matrimonio? Protesto contra que todo nuestro interés, toda nuestra comprensión se otorgue a los jóvenes que tienen un aspecto floreciente a pesar de los problemas, pues también ellos se marchitarán y conocerán las penas más viejas y roedoras que nosotros estamos ayudando a abandonar. A pesar de los ojos parpadeantes y las verrugas blancas que tanto aborrecía Celia, y la falta de musculatura que le resultaba moralmente dolorosa a Sir James, el señor Casaubon poseía una intensa conciencia y estaba espiritualmente hambriento, como el resto de nosotros. No había hecho nada excepcional con casarse, sólo lo que la sociedad refrenda y considera una ocasión para guirnaldas y flores. Se le había ocurrido que no debía postergar más su intención de contraer matrimonio y había reflexionado que, al tomar una esposa, un hombre de buena posición debe esperar y elegir con cuidado una joven lozana, cuanto más joven mejor, porque así sería más educable y sumisa; de rango equivalente al suyo, con principios religiosos, de disposición virtuosa y de buen entendimiento. Dotaría a una joven así de una buena renta y no escatimaría arreglos para que fuera feliz; a cambio, percibiría placeres familiares y dejaría tras él esa copia de sí mismo que los sonetistas del siglo dieciséis exigían del hombre con tanta urgencia. Los tiempos habían cambiado desde entonces y ningún sonetista había insistido en que el señor Casaubon dejará tras de sí una copia de sí mismo; es más, ni siquiera había conseguido producir copias de su clave mitológica; pero siempre había sido su intención desquitarse con el matrimonio, y la sensación de que iba dejando atrás los años con rapidez, de que el mundo se iba desdibujando y de que se sentía solo, proporcionaban una razón para que no demorara más tiempo el alcanzar los placeres domésticos antes de que ellos también se quedaran atrás con los años.

Y cuando vio a Dorothea pensó haber encontrado más de lo que pedía: podría verdaderamente ser para él una ayuda tal que le permitiera prescindir de un secretario a sueldo, ayuda que el señor Casaubon aún no había aprovechado y que le horrorizaba. (El señor Casaubon era consciente, con el natural nerviosismo, de que se esperaba de él que manifestara una mente poderosa). La providencia, en su generosidad, le había proporcionado la esposa que necesitaba. Una esposa, una joven discreta, con las habilidades puramente apreciativas y poco ambiciosas de su sexo, no puede dejar de considerar poderosa la mente de su marido. Si la providencia se había esmerado de igual manera con la señorita Brooke al presentarla al señor Casaubon era una idea que apenas se le podía ocurrir. La sociedad jamás incurre en la disparatada exigencia de que un hombre piense tanto en las cualidades que tiene para hacer feliz a una encantadora joven como en las que ella posee para hacerle feliz a él. ¡Como si un hombre pudiera escoger no sólo su esposa sino el marido de su mujer! ¡O como si estuviera obligado a proporcionar encantos para su posteridad en su propia persona! Cuando Dorothea le aceptó efusivamente, el señor Casaubon lo encontró natural, y creyó que su felicidad estaba a punto de comenzar.

No había disfrutado de grandes anticipos de felicidad previamente. Para experimentar un gozo intenso careciendo de una constitución fuerte uno debe tener un espíritu entusiasta. El señor Casaubon jamás había tenido una constitución fuerte, y su espíritu era sensible sin ser entusiasta: era demasiado lánguido como para que la emoción le trasladara de la timidez al gozo apasionado, y continuó revoloteando en la ciénaga en la que fuera incubado, pensando en sus alas sin volar jamás. Su experiencia era de esa clase penosa que huye de la lástima, y teme sobre todo que se sepa: era esa estrecha y altiva sensibilidad que carece de la suficiente envergadura como para transformarse en comprensión y titubea, afiligranada, por estrechas corrientes de auto-preocupación o, en el mejor de los casos, una egoísta escrupulosidad. Y el señor Casaubon tenía muchos escrúpulos: era capaz de un severo dominio de sí mismo; estaba decidido a ser un hombre de honor según el código; sería intachable para cualquier opinión reconocida. Respecto de su comportamiento, estos fines se habían conseguido, pero la dificultad de que su Clave para todas las Mitologías fuera intachable, pesaba sobre él como el plomo, y los folletos —o «Parerga» como él los llamaba— mediante los que se presentaba ante su público y depositaba pequeños mojones monumentales de su progreso, distaban de haberse visto valorados en su total significado. Sospechaba que el arcediano no los había leído; estaba preso de atormentada duda acerca de lo que las mentes punteras de Brasenose realmente opinaban sobre ellos, y amargamente convencido de que su viejo amigo Carp era el autor de la reseña deprecatoria que se mantenía bajo llave en un cajón del escritorio del señor Casaubon, así como en un rincón oscuro de su memoria verbal. Eran éstas impresiones fuertes contra las que luchar y traían consigo esa amargura melancólica que es la consecuencia de toda extremada exigencia. Incluso su fe religiosa vacilaba con su titubeante confianza en su propia paternidad literaria, y la consolación de la esperanza cristiana en la inmortalidad parecía apoyarse en la inmortalidad de la Clave para todas las Mitologías que aún estaba por escribir. Por lo que a mí respecta siento pena por él. En el mejor de los casos es un destino incómodo el ser lo que denominamos muy instruido y sin embargo no disfrutar; el estar presentes en este gran espectáculo de la vida y ser presos de una personalidad pequeña, hambrienta y fría, jamás ser poseídos por completo por la gloria que contemplamos; que nuestra conciencia jamás se transforme en la realidad de un pensamiento, el ardor de una pasión, el empuje de una acción, sino ser siempre académica y roma, ambiciosa y tímida, escrupulosa y miope. Me temo que el que le nombraran deán o incluso obispo no aliviaría en demasía el malestar del señor Casaubon. Sin duda algún griego clásico habrá señalado que tras la gran máscara y la trompeta vociferante siguen teniendo que existir nuestros pobres ojuelos asomando como de costumbre y nuestros trémulos labios, controlados con mayor o menor angustia.

Era a este estado mental trazado un cuarto de siglo antes, a sensibilidades cercadas de este modo, que el señor Casaubon había pensado en anexionar la felicidad con una hermosa novia; pero como hemos visto, incluso antes de la boda se vio sumido en una nueva depresión al comprobar que la nueva dicha no era tal para él. La inclinación añoraba sus costumbres antiguas y más cómodas. Y cuanto más se adentraba en lo hogareño, la satisfacción que primaba sobre cualquier otra era la de cumplir y actuar con propiedad. El matrimonio, como la religión y la erudición, y como la propia paternidad literaria, estaba destinado a convertirse en un requisito externo, y Edward Casaubon estaba empeñado en cumplir escrupulosamente todos los requisitos. Incluso el hacerse ayudar de Dorothea en su despacho, de acuerdo con su propia intención antes de casarse, suponía un esfuerzo que siempre tendía a aplazar, y de no ser por la insistencia de su mujer ni siquiera hubiera iniciado. Pero Dorothea había conseguido que se entendiera como una costumbre el que se personara a una hora temprana en la biblioteca y le fuera asignada su labor de leer en alto o de copiar. El trabajo había sido más fácil de definir porque el señor Casaubon había de inmediato adoptado una decisión: habría un nuevo Parergon, una pequeña monografía sobre algunas indicaciones recientes respecto de los misterios egipcios gracias a las cuales se podían corregir ciertas manifestaciones de Warburton. Incluso aquí las referencias eran exhaustivas, pero no del todo ilimitadas y se escribirían por fin oraciones concretas que Brasenose y una posteridad menos apabullante pudiera leer. Estas monumentales producciones menores siempre le resultaban estimulantes al señor Casaubon: la digestión se veía dificultada por la interferencia de las citas, o por la rivalidad de frases dialécticas contraponiéndose en su mente. Y desde el principio iba a haber una dedicación en latín respecto de la cual todo era aún dudoso excepto el hecho de que no iría dirigida a Carp: sería un venenoso lamentó del señor Casaubon por haber dirigido una dedicación a Carp en un momento en el que contara a ese miembro del reino animal entre virar nullo Levo perituros, error que infaliblemente pondría en ridículo al dedicante en la época siguiente, e incluso en la presente pudiera provocar las sonrisas de Pike y Tench.

Así pues, el señor Casaubon se encontraba en uno de sus momentos de mayor ocupación, y, como decía hace un ratito, Dorothea se reunió con él en la biblioteca donde había desayunado solo. Celia se encontraba en Lowick en su segunda visita, probablemente la última antes de su boda, y esperaba a Sir James en el salón.

Dorothea había aprendido a leer los síntomas del humor de su esposo y vio que la mañana se había nublado allí durante la última hora. Se dirigía a su mesa en silencio cuando su marido dijo en ese tono distante que indicaba que llevaba a cabo una obligación desagradable:

—Dorothea, aquí hay una carta para ti que venía junto con una dirigida a mí.

Era una carta de dos páginas y de inmediato miró la firma.

—¡El señor Ladislaw! ¿Qué tendrá que decirme a mí? —exclamó con voz de alegre sorpresa—. Pero —añadióme imagino lo que te dice a ti.

—Puedes leer la carta si lo deseas —dijo el señor Casaubon, señalándola severamente con la pluma y sin mirar a Dorothea—. Pero he de decir de antemano que tengo que rehusar la propuesta que contiene de hacernos una visita. Confío en que se me disculpe por desear un intervalo de completa libertad de aquellas distracciones que hasta el momento han resultado inevitables, y en especial de las visitas cuya disoluta vivacidad convierte su presencia en una fatiga.

No había habido enfrentamiento de opiniones entre Dorothea y su esposo desde el pequeño episodio, en Roma, que había dejado surcos tan hondos en ella que a partir de él, le había resultado más fácil sofocar sus emociones que incurrir en las consecuencias de avivarlas. Pero esta malhumorada suposición de que ella pudiera desear tener visitas que le pudieran resultar desagradables a su marido, esta defensa gratuita del señor Casaubon contra quejas egoístas por parte de Dorothea, era un aguijonazo demasiado hiriente como para meditarlo después de que hubiera hecho mella. Dorothea pensaba que podía haber sido paciente con John Milton, pero no podía imaginárselo comportándose así, y por un momento el señor Casaubon pareció neciamente obtuso y odiosamente injusto. La pena, ese «recién nacido» que había de calmar en ella tantas tormentas, no capeó el temporal en esta ocasión. Con sus primeras palabras, pronunciadas en un tono que le sacudieron, forzó al señor Casaubon a mirarla y a encontrarse con el acero de sus ojos.

—¿Por qué me atribuyes el deseo por algo que te molestara? Me hablas como si yo fuera algo contra lo que tienes que luchar. Espera al menos hasta que yo parezca anteponer mis gustos a los tuyos.

—Dorothea, te precipitas —respondió, nervioso, el señor Casaubon. Decididamente, esta mujer era demasiado joven para estar al formidable nivel de una esposa, salvo que hubiera sido pálida y desdibujada y lo hubiera dado todo por sentado.

—Creo que tú fuiste el primero en precipitarte en tus erróneas suposiciones respecto de mis sentimientos —dijo Dorothea con el mismo tono. El fuego aún no se había apagado y consideraba innoble que su marido no se disculpara.

—Dorothea, te ruego que no digamos una palabra más sobre este tema, carezco tanto del sosiego como de la energía para este tipo de discusión.

Alegado este punto el señor Casaubon mojó la pluma y reanudó su trabajo, aunque la mano le temblaba tanto que las palabras parecían escritas con trazos irreconocibles. Hay respuestas que, al evitar la ira, la desplazan a la otra esquina de la habitación, y ver cómo una discusión queda fríamente obviada cuando crees tener toda la razón resulta aún más exasperante en el matrimonio que en la filosofía.

Dorothea dejó ambas cartas por leer sobre la mesa de su esposo y se dirigió a la suya, el despecho y la indignación que bullían en su interior provocando el rechazo por la lectura de estas cartas del mismo modo que rechazamos las bagatelas por las que creemos ser sospechosos de baja concupiscencia. Ni por lo más remoto adivinaba las sutiles razones que provocaban el mal humor de su marido respecto a estas cartas, sólo sabía que habían sido la causa de que la ofendiera. Se puso de inmediato a trabajar y no le tembló el pulso, al contrario, al escribir las citas que le habían sido entregadas el día anterior, percibió que moldeaba perfectamente las letras y le pareció que veía la construcción del latín que copiaba y que empezaba a comprender con más claridad que nunca. Había una sensación de superioridad en su mente que de momento se manifestó en una firmeza de trazo y no se comprimió en una voz interior que denominaría pobre criatura al antaño «afable arcángel».

Llevaba reinando una media hora esta aparente quietud y Dorothea no había levantado la vista de su mesa cuando oyó el golpe de un libro cayéndose al suelo y volviéndose vio al señor Casaubon aferrado a la escalerilla de mano de la librería como si estuviera preso de dolor. Se levantó y corrió hacia él en un instante: era evidente que tenía dificultad para respirar. Subiéndose sobre un taburete se acercó a su hombro y dijo, toda su alma convertida en ternura:

—¿Puedes apoyarte en mí, cariño?

Permaneció quieto dos o tres minutos que a Dorothea le parecieron una eternidad, incapaz de hablar o de moverse, intentando respirar. Cuando finalmente descendió los tres peldaños y se dejó caer en la butaca que Dorothea había acercado a la escalera, ya no hacía esfuerzos por respirar, pero estaba desvalido y a punto de desmayarse. Dorothea hizo sonar la campanilla con violencia y pronto el señor Casaúbon estuvo recostado en el sofá. No se desmayó, y comenzaba a recuperarse cuando entró Sir James Chettam, a quien le habían recibido en la entrada con la noticia de que al señor Casaubon «le había dado un colapso en la biblioteca».

—¡Dios santo! esto es justo lo que se podía esperar —fue su primer pensamiento. Si se le hubiera pedido a su profético espíritu que matizara, le habría parecido que «colapso» hubiera sido exactamente la expresión a emplear. Le preguntó a su informador, el mayordomo, si habían llamado al médico. El mayordomo no sabía que su señor hubiera necesitado al médico anteriormente, pero tal vez fuera acertado que viniera un facultativo.

No obstante, cuando Sir James entró en la biblioteca el señor Casaubon pudo dar alguna muestra de su acostumbrada cortesía y Dorothea, cuya reacción ante el miedo inicial había sido arrodillarse a su lado llorando, ahora se levantó y propuso que alguien fuera en busca de un médico.

—Te recomiendo que mandes llamar a Lydgate —dijo Sir James—. Atiende a mi madre y dice que es extraordinariamente hábil, y desde la muerte de mi padre no había tenido una buena opinión de los médicos.

Dorothea apeló a su marido quien hizo en silencio un gesto de aprobación. Y así fue cómo se mandó llamar al señor Lydgate que vino asombrosamente pronto, pues el mensajero, que era el criado de Sir James Chettam y conocía al señor Lydgate, le encontró llevando su caballo por las riendas y del brazo a la señorita Vincy.

Celia, que estaba en el salón, no supo nada hasta que Sir James se lo contó. Después de oír a Dorothea, ya no consideraba la enfermedad un colapso, aunque sí algo de esa naturaleza.

—Pobrecilla Dodo, ¡qué espanto! —exclamó Celia con tanto pesar como le permitía su propia felicidad. Tenía las manos juntas y rodeadas por las de Sir James igual que un amplio cáliz envuelve un capullo—. Es muy terrible que el señor Casaubon esté enfermo, pero nunca me gustó. Y creo que no quiere suficiente a Dorothea, y debería hacerlo porque estoy segura de que nadie más se hubiera casado con él. ¿No lo crees tú así?

—Siempre creí que tu hermana hacía un sacrificio horrible —dijo Sir James.

—Sí, pero la pobre Dodo nunca ha hecho lo que hacen los demás, y creo que siempre será así.

—Es un ser noble —dijo el leal Sir James. Acababa de recibir una nueva muestra de este tipo al ver a Dorothea pasar el brazo tiernamente bajo el cuello de su esposo y mirarle con indescriptible dolor.

—Sí —dijo Celia, pensando que estaba bien que Sir James dijera eso, pero que él mismo no hubiera estado cómodo con Dodo—. ¿Debo ir a verla? ¿Crees que puedo ayudarla?

—Creo que estaría bien que fueras con ella antes de que venga Lydgate —dijo Sir James con magnanimidad—. Pero no tardes.

Mientras Celia estuvo ausente, caminó arriba y abajo recordando lo que sintiera originariamente respecto del noviazgo de Dorothea, sintiendo un renacer de su malestar ante la indiferencia del señor Brooke. Si Cadwallader y todos los demás hubieran considerado el asunto de la misma forma que él, Sir James, lo había hecho, se hubiera podido evitar la boda. Era malvado dejar que una joven escogiera a ciegas su destino de esa manera, sin ningún esfuerzo por salvarla. Hacía tiempo que Sir James había dejado de sentir pesar por su propia condición: su corazón se sentía satisfecho con su compromiso con Celia. Pero tenía una naturaleza gallarda (¿acaso no se contaba entre las glorias ideales de la antigua gallardía el servicio desinteresado a la mujer?): su amor rechazado no se había convertido en amargura; su muerte produjo dulces efluvios, volátiles recuerdos que se asían con efecto consagrador a Dorothea. Podía seguir siendo su fraternal amigo, interpretando sus acciones con generosa confianza.

CAPÍTULO OCHO

El señor Casaubon no tuvo un segundo colapso de igual intensidad que el primero, y a los pocos días recuperaba su condición habitual. Pero a Lydgate el caso le pareció requerir una gran atención. No sólo usó el estetoscopio (que no constituía en aquellos días una rutina de la práctica), sino que se sentaba en silencio junto a su paciente y le examinaba. A las preguntas sobre sí mismo del señor Casaubon respondía que el origen de la enfermedad era el error común del intelectual —una dedicación en exceso monótona y obsesiva. El remedio consistía en satisfacerse con un trabajo moderado y buscar diversos medios de relajación. El señor Brooke, que estaba presente en una ocasión, sugirió que el señor Casaubon podía pescar, como hacía Cadwallader, y tener un cuarto de desahogo donde pudiera hacer juguetes, patas de mesa y ese tipo de cosas.

—En resumen, que me está recomendando que anticipe mi segunda infancia —dijo el pobre señor Casaubon con amargura—. Todo esto —añadió, dirigiéndose a Lydgateme supondría el mismo relajo que el recoger sirga a los prisioneros de un correccional.

—Confieso —dijo Lydgate sonriendo—, que la diversión es una receta poco satisfactoria. Es como decirle a la gente que esté animada. Tal vez fuera mejor decirle que debe resignarse a aburrirse un poco antes que continuar trabajando.

—Eso, eso —dijo el señor Brooke—. Que Dorothea juegue con usted al backgammon por las noches. Y al bádminton. No hay mejor juego que el bádminton durante el día. Recuerdo cuando estaba de moda. Claro que quizá su vista no lo permita. Pero ha de desencorvarse, Casaubon. Tal vez podría aficionarse a algo ligero como el estudio de las conchas, eso debe ser liviano. O que Dorothea le lea cosas ligeras, Mollet «Roderick Landon», «Humphrey Clinker». Son un poco atrevidas, pero ahora que está casada puede leerlo todo. Recuerdo que a mí me partían de risa… hay un episodio graciosísimo de los pantalones de un postillón. No tenemos ese humor ahora. Yo he probado todas estas cosas, pero quizá para usted sean algo nuevo.

«Tan nuevo como comer cardos» —hubiera sido la respuesta que se ajustaba al sentimiento del señor Casaubon. Pero se limitó a inclinar la cabeza con resignación y el debido respeto al tío de su esposa observando que sin duda las obras mencionadas habían «servido de recurso a cierto tipo de mentes».

—Verá —dijo el competente juez de paz a Lydgate cuando hubieron salido de la habitación—, Casaubon ha sido un poco estrecho, lo que le restringe mucho cuando se le prohíbe realizar su trabajo, que tengo entendido es algo muy profundo, en la línea de la investigación, ¿sabe? Eso no me pasaría nunca a mí, siempre fui muy versátil. Pero un clérigo está un poco maniatado. ¡Si le hicieran obispo!… Escribió un folleto muy bueno para Peel. Entonces tendría más posibilidades, más campo, y a lo mejor se rellenaba un poco. Pero le recomiendo que hable con la señora Casaubon. Es muy inteligente, mi sobrina. Dígale que su marido necesita animación y distracción; sugiérale alguna táctica de diversión.

Incluso sin el consejo del señor Brooke, Lydgate había decidido hablar con Dorothea. No se hallaba presente cuando su tío ofrecía sus amables sugerencias respecto de la forma de animar la vida en Lowick, pero solía encontrarse junto a su esposo y las muestras espontáneas de ansiedad que presentaban su voz y su rostro acerca de cualquier cosa tocante a su mente o su salud, componían un drama que Lydgate observaba con atención. Se dijo a sí mismo que hacía lo que debía al decirle la verdad sobre el probable futuro de su marido, pero también pensaba que resultaría interesante hablar con ella confidencialmente.

Al hombre de medicina le gusta hacer observaciones psicológicas y a veces, en la persecución de tales estudios, se ve tentado con demasiada facilidad a la profecía momentánea que la vida y la muerte se encargan de desdecir. Con frecuencia había Lydgate ironizado sobre estas predicciones gratuitas y tenía en esta ocasión la intención de ser reservado.

Preguntó por la señora Casaubon, pero al decirle que había salido a pasear estaba a punto de marcharse cuando apareció con Celia, sofocadas ambas tras su lucha con el viento de marzo. Cuando Lydgate le rogó que le permitiera hablar a solas con ella, Dorothea abrió la puerta de la biblioteca al ser ésta la más cercana, sin pensar en otra cosa que lo que pudiera tener que decir sobre el señor Casaubon. Era la primera vez que entraba en la habitación desde que enfermara su esposo y el criado no había abierto las contraventanas. Pero los angostos cristales superiores de las ventanas dejaban pasar la suficiente luz para leer.

—Espero que no le moleste esta lóbrega iluminación —dijo Dorothea, en pie en el centro de la habitación—. Desde que usted prohibió los libros, la biblioteca ha quedado en desuso. Pero confío en que el señor Casaubon pueda estar pronto de vuelta en ella. ¿Cómo va progresando?

—Mucho más rápido de lo que pensé en un principio. De hecho casi que ha recobrado su estado de salud usual.

—¿No temerá usted que recaiga? —dijo Dorothea, cuya agilidad había detectado cierto significado en el tono de Lydgate.

—Es especialmente difícil pronunciarse sobre casos como éste —dijo Lydgate—. Lo único que puedo afirmar con seguridad es que habrá que vigilar mucho al señor Casaubon para que no se fuerce.

—Le ruego que hable con toda claridad —dijo Dorothea con tono suplicante—. No soportaría pensar que había algo que yo desconocía y que, de haberlo sabido, me habría hecho actuar de forma diferente —las palabras le brotaron como un sollozo: era evidente que eran la voz de alguna experiencia mental cercana.

—Siéntese —añadió, haciéndolo ella misma en la silla más próxima y quitándose el sombrero y los guantes, con un abandono instintivo de la formalidad ante el peso del futuro.

—Lo que acaba usted de decir justifica mi propio punto de vista —dijo Lydgate—. Creo que es obligación del médico evitar en lo posible lamentaciones de esa índole. Pero le ruego tenga muy en cuenta que el caso del señor Casauban es precisamente del tipo sobre el que resulta más difícil aventurar un desenlace. Tal vez pueda vivir quince años, o más, sin peor salud de la que hasta el momento ha disfrutado.

Dorothea había palidecido, y cuando Lydgate se detuvo dijo con voz queda.

—Quiere decir siempre y cuando tengamos mucho cuidado.

—Sí…, cuidado con cualquier tipo de excitación mental y el trabajo excesivo.

—Se sentiría muy mal si hubiera de abandonar su trabajo —dijo Dorothea, con presta anticipación de ese malestar.

—Estoy al corriente de ello. El único medio es, directa e indirectamente, intentar moderar y variar sus ocupaciones. Si las circunstancias fueran favorables, no hay, como he dicho, peligro inminente de esa afección del corazón que creo ha sido la causa de su reciente ataque. Por otro lado, es posible que la enfermedad se desarrolle con mayor rapidez: es uno de esos casos en los que la muerte se puede presentar súbitamente. No se debe descuidar nada que pudiera verse afectado por un desenlace así.

Hubo unos minutos de silencio durante los cuales Dorothea permaneció como convertida en mármol, aunque la vida en su interior era tan intensa que jamás antes había recorrido su mente en tan escaso tiempo un abanico parecido de escenas y motivos.

—Por favor, ayúdeme —dijo finalmente, en el mismo tono quedo de antes—. Dígame qué puedo hacer. —¿Qué tal viajar por el extranjero? Tengo entendido que han estado en Roma recientemente.

Los recuerdos que invalidaban este recurso fueron una nueva corriente que sacaron a Dorothea de su pálida inmovilidad.

—Eso no serviría de nada…, sería lo peor de todo —dijo, con un asomo de infantil desaliento, mientras le corrían las lágrimas—. Nada que no le guste servirá de lo más mínimo.

—Ojalá hubiera podido ahorrarle este dolor —dijo Lydgate, profundamente conmovido, al tiempo que se preguntaba por el matrimonio de Dorothea. Mujeres como Dorothea no habían formado parte de su tradición.

—Hizo bien diciéndomelo. Le agradezco su sinceridad. —Desearía que entendiera que no le voy a aclarar la situación al señor Casaubon. Estimo que es bueno que él sepa tan sólo que no debe excederse en el trabajo y que debe seguir ciertas reglas. La ansiedad de cualquier tipo sería precisamente lo que más le perjudicaría.

Lydgate se levantó y Dorothea mecánicamente hizo lo mismo, desabrochándose la capa y quitándosela como si la ahogara. Se inclinaba Lydgate para despedirse cuando un impulso que de haberse encontrado a solas se hubiera convertido en una oración, la hizo decir con voz entrecortada:

—Es usted un hombre sabio, ¿verdad? Lo sabe todo respecto de la vida y la muerte. Aconséjame. Piense qué puedo hacer. El señor Casaubon se ha pasado la vida trabajando y mirando hacia adelante. No le interesa nada más. Y a mí no me interesa nada más…

Durante años Lydgate recordó la impresión que le produjo esta súplica involuntaria, este grito de alma a alma, sin otro conocimiento que el hecho de moverse, como naturalezas hermanas, en el mismo medio embrollado, la misma vida problemática e intermitentemente iluminada. Pero ¿qué podía decir ahora salvo que volvería a ver al señor Casaubon al día siguiente?

Cuando se hubo marchado, Dorothea rompió a llorar liberando de esta forma su ahogante opresión. Recordando que no debía delatar su tristeza ante su marido se secó las lágrimas y echando un vistazo a la habitación pensó que debía decirle a la criada que la limpiara como de costumbre, ya que el señor Casaubon podría ahora querer utilizarla en cualquier momento. Sobre su mesa había cartas que no se habían tocado desde la mañana en la que cayó enfermo, entre las que, como Dorothea recordaba bien, se encontraban las del joven Ladislaw, la que iba dirigida a ella aún por abrir. El ataque, fruto de la agitación a la que la ira de Dorothea tal vez hubiera contribuido, había convertido en aún más dolorosas las asociaciones de esas cartas: tiempo habría para leerlas cuando de nuevo se viera obligada a su lectura, y no se había sentido dispuesta a ir a buscarlas a la biblioteca. Pero ahora se le ocurrió que debían desaparecer de la vista de su esposo: cualquiera que fuere el origen de la contrariedad que habían suscitado en él, no debía, a ser posible, repetirse. Leyó primero la carta dirigida a él para asegurarse de si sería o no necesario escribir a fin de impedir la ofensiva visita.

Will escribía desde Roma y comenzaba diciendo que su deuda con el señor Casaubon era demasiado profunda como para que todo agradecimiento no pareciera una impertinencia. Era evidente que si no estuviera agradecido sería el canalla más cobarde que jamás encontrara a un amigo generoso. Extenderse en palabras de gratitud sería como decir «soy honrado». Pero Will había llegado a percatarse de que sus defectos —defectos que el propio señor Casaubon había señalado con frecuencia— necesitaban, para su corrección, esa situación más adversa que la generosidad de su pariente había, hasta el momento, impedido. Confiaba en que la mejor devolución, si una devolución era posible, consistiría en demostrar la efectividad de la educación por la que estaba en deuda, y en dejar de precisar en el futuro fondos sobre los que otros pudieran tener mayores derechos. Volvía a Inglaterra a probar fortuna, al igual que tenían que hacer otros muchos jóvenes cuyo único capital residía en su cerebro. Su amigo Naumann había querido que se hiciera cargo de la «Discussión», el cuadro pintado para el señor Casaubon con cuyo permiso, y el de la señora Casaubon, Will se encargaría personalmente de llevar a Lowick. Una carta dirigida a la Poste Restante en París antes de dos semanas evitaría, si así se le requería, que llegara en un momento inoportuno. Incluía una carta para la señora Casaubon en la que continuaba una conversación iniciada en Roma sobre el arte.

Al abrir su carta, Dorothea vio que era una animada continuación de las recriminaciones de Will respecto de sus fanáticas simpatías y su falta de un sólido gozo neutral en las cosas tal y como eran, una profusión de su joven energía que resultaba imposible leer en este momento. Debía considerar de inmediato lo que tenía que hacer respecto de la otra carta, tal vez aún hubiera tiempo de impedir que Will viniera a Lowick. Dorothea terminó dándole la carta a su tío, que seguía en la casa, y rogándole que le hiciera saber a Will que el señor Casaubon había estado enfermo y que su salud no le permitía recibir visitas.

Nadie más dispuesto que el señor Brooke a escribir una carta. Su única dificultad estribaba en que fuera corta, y en este caso, sus ideas se desparramaron a lo largo de tres folios grandes más los márgenes. A Dorothea le había dicho simplemente:

—Claro que escribiré, hija. Este Ladislaw es un joven muy inteligente, me atrevo a decir que despuntará. Su carta es hermosa, indica su idea de las cosas, ¿sabes? De todos modos, le contaré lo de Casaubon.

Pero la pluma del señor Brooke era un órgano pensante que desarrollaba oraciones, en especial de tipo benévolo, antes de que el resto de su mente pudiera controlarlas. Manifestaba lamentos y proponía soluciones que, cuando el señor Brooke los leía, se le antojaban felizmente expresados, sorprendentemente adecuados, y que daban lugar a una continuación impensada anteriormente. En este caso, la pluma lamentaba tanto que el joven Ladislaw no viniera al vecindario en ese momento, a fin de que el señor Brooke pudiera conocerle mejor y pudieran repasar juntos los tan olvidados dibujos italianos (además de sentir un gran interés por un joven que se iniciaba en la vida provisto de un cúmulo de ideas), que al llegar al final de la segunda página había convencido al señor Brooke para que invitara al joven Ladislaw, puesto que en Lowick no le podían recibir, a Tipton Grange. ¿Por qué no? Encontrarían muchas cosas para hacer juntos, y era una época de grandes cambios, el horizonte político se ampliaba y, resumiendo, la pluma del señor Brooke se lanzó a un pequeño discurso que recientemente había escrito para ese órgano imperfectamente editado, el Middlemarch Pioneer. Mientras sellaba la carta, el señor Brooke se recreaba con el influjo de vagos proyectos: un joven capaz de dar forma a las ideas, la compra del Pioneer para esbozar el camino hacia una nueva candidatura, la utilización de documentos, ¿quién sabe cómo podía terminar todo ello? Puesto que Celia se casaba inminentemente, sería muy agradable compartir la mesa con un joven, al menos durante un tiempo.

Pero se marchó sin decirle a Dorothea lo que incluía la carta, pues estaba ocupada con su marido y además, estas cosas, en realidad no eran de su interés.

CAPÍTULO NUEVE

Esa noche, Lydgate habló de la señora Casaubon con la señorita Vincy, recalcando el fuerte sentimiento que parecía tener aquella por ese hombre formal y estudioso treinta años mayor que ella.

—Pues claro que adora a su marido —dijo Rosamond, insinuando la idea de forzosa continuación que el científico consideró la más bonita en una mujer, pero pensando al mismo tiempo que no era tan triste ser dueña de Lowick Manor con un marido que probablemente moriría pronto—. ¿Cree usted que es muy hermosa?

—Es ciertamente hermosa, pero no lo había pensado —dijo Lydgate.

—Me imagino que sería poco profesional —dijo Rosamond, regalándole con sus hoyuelos—. Pero ¡cuánto se extiende su consulta! Hace poco creo que le llamaron los Chettam, y ahora los Casaubon.

—Sí —dijo Lydgate, con tono de admisión obligada—. Pero la verdad es que no me gusta atender a estas personas tanto como a los pobres. Los casos son más monótonos y hay que aguantar más remilgos y escuchar tonterías con mayor atención.

—No más que en Middlemarch, y por lo menos se atraviesan grandes pasillos y se huele a rosas —dijo Rosamond.

—Eso es cierto, Mademoiselle de Montmorenci —dijo Lydgate, inclinando levemente la cabeza hacia la mesa y levantando con el dedo índice el delicado pañuelo de Rosamond que asomaba por su bolsito como para disfrutar de su aroma mientras la miraba con una sonrisa.

Pero este delicioso asueto con el que Lydgate merodeaba en torno a la flor de Middlemarch no podía continuar indefinidamente. No resultaba más posible encontrar un aislamiento social en esa ciudad que en otra, y dos personas que flirteaban persistentemente no podían en modo alguno escapar de «los diversos enredos, pesos, golpes, encontronazos, empujones, que, adustamente, hacen que las cosas sigan». Todo lo que hacía la señorita Vincy tenía que comentarse y en este momento tal vez fuera más conspicua para sus admiradores y sus críticos, puesto que la señora Vincy, tras una pequeña resistencia, se había marchado con Fred a pasar una temporada a Stone Court, no habiendo otra forma de, simultáneamente, complacer al viejo Featherstone y vigilar a Mary Garth, quien, a medida que Fred se iba curando, parecía una nuera menos tolerable.

La tía Bulstrode, por ejemplo, venía un poco más a menudo a Lowick Gate para ver a Rosamond ahora que se encontraba sola. Pues la señora Bulstrode tenía auténticos sentimientos fraternales por su hermano y, aunque siempre opinó que podía haber hecho mejor boda, sus hijos tenían todos sus parabienes. La señora Bulstrode mantenía con la señora Plymdale una larga e íntima amistad. Coincidían casi plenamente en las sedas, la hechura de la ropa interior, la porcelana y el clero; se confiaban sus pequeños problemas domésticos y de salud, y diversos puntitos de superioridad por parte del señor Bulstrode, a saber, una seriedad más definida, un mayor respeto por la mente, y, a veces, una casa fuera de la ciudad, dotaba su conversación de color sin que ello las separara. Eran ambas mujeres bien intencionadas que conocían muy poco sus propios motivos.

Ocurrió que la señora Bulstrode, en una visita matutina a la señora Plymdale, dijo que no podía detenerse más porque iba a ver a la pobre Rosamond.

—¿Por qué dices «pobre Rosamond»? —preguntó la señora Plymdale, una mujer de ojos redondos y facciones agudas, como un halcón amansado.

—Porque es mona y la han educado con inconsciencia. Ya sabes, la madre siempre tuvo esa superficialidad que me hace temer por los hijos.

—Bueno, Harriet, si he de serte sincera —dijo la señora Plymdale con énfasis—, debo decirte que cualquiera imaginaría que tú y el señor Bulstrode estaríais encantados con lo ocurrido, pues habéis hecho todo lo posible por favorecer al señor Lydgate.

—Selina, ¿qué quieres decir? —preguntó con sorpresa la señora Bulstrode.

—No es que no lo agradezca por Ned —respondió la señora Plymdale—. Porque, aunque podría mantener a una mujer así mejor que muchos, yo preferiría que se fijara en otra. De todos modos, las madres nos preocupamos, pues hay jóvenes que podrían verse abocados a la mala vida por una mujer así. Y además, si tuviera que hablar, diría que no me gusta que vengan extraños a nuestra ciudad.

—No sé qué decirte, Selina —dijo la señora Bulstrode, con cierto énfasis—, el señor Bulstrode fue un forastero aquí en un momento. Y Abraham y Moisés también lo fueron, y se nos exhorta a ser amables con los de fuera. Y muy en especial —añadió tras una ligera pausa—, cuando son intachables.

—No hablaba en sentido religioso, Harriet. Hablaba como madre.

—Selina, estoy segura de que jamás me habrás oído decir nada en contra de que una sobrina mía se casara con tu hijo.

—Bueno, es el orgullo de la señorita Vincy; estoy convencida de que sólo es eso —dijo la señora Plymdale, que jamás antes había hablado con Harriet con tanta sinceridad sobre este tema—. No había ningún joven en Middlemarch que fuera lo bastante bueno para ella: se lo he oído decir a su madre. Pienso que eso no es un espíritu cristiano. Pero ahora, por lo que tengo oído, ha encontrado a un hombre tan orgulloso como ella.

—¿No me estarás queriendo decir que hay algo entre Rosamond y el señor Lydgate? —dijo la señora Bulstrode, mortificada al descubrir su propia ignorancia.

—Pero, ¿es posible que no lo sepas, Harriet? —Bueno…, salgo tan poco. Y no me gusta el chismorreo; por eso me llega poco. Tú ves a tanta gente que yo no frecuento… Tu grupo de amistades es bastante diferente del nuestro.

—Bueno, pero tratándose de tu propia sobrina y del gran favorito del señor Bulstrode…, ¡y seguro que tuyo también, Harriet! En algún momento incluso llegué a pensar que se lo tenías destinado a Kate, cuando fuera un poco mayor.

—No creo que por el momento haya nada serio —dijo la señora Bulstrode—. Mi hermano me lo hubiera dicho. —En fin, cada uno es como es, pero tengo entendido que no hay nadie que vea juntos a la señorita Vincy y al señor Lydgate sin hablar de su compromiso. De todos modos, no es asunto mío. ¿Recojo el patrón de los mitones?

Tras esto, la señora Bulstrode se dirigió a casa de su sobrino con un nuevo peso sobre su mente. Iba muy bien vestida, pero observó con más pesar que en otras ocasiones que Rosamond, que acababa de entrar y la recibió aún con traje de paseo, iba casi igual de costosamente ataviada. La señora Bulstrode era una versión femenina y más pequeña de su hermano, y no poseía en absoluto la palidez de su esposo. Tenía una mirada franca y no usaba de la circunlocución.

—Veo que estás sola, hija —dijo cuando entraron juntas en la salita, echando una ojeada severa a la habitación. Rosamond estaba segura de que su tía tenía algo especial que decir y se sentaron cerca la una de la otra. Sin embargo, el encañonado del gorrito de Rosamond era tan bonito que resultaba imposible no desear uno igual para Kate, y los ojos de la señora Bulstrode recorrieron el círculo encañonado a medida que hablaba.

—Acabo de oír algo acerca de ti, Rosamond, que me ha sorprendido mucho.

—¿Y que es, tía? —los ojos de Rosamond también recorrían el amplio cuello bordado de su tía.

—Casi no me lo puedo creer… que estés comprometida sin que yo lo sepa…, sin que tu padre me lo haya dicho —aquí, la vista de la señora Bulstrode descansó finalmente sobre Rosamond que se sonrojó vivamente y dijo:

—No estoy comprometida, tía.

—Pues entonces, ¿cómo es que todo el mundo lo dice? ¿Por qué es la comidilla de toda la ciudad?

—Lo que diga la ciudad no creo que tenga mucha importancia —dijo Rosamond, internamente complacida.

—Hija mía, has de ser más prudente y no menospreciar de ese modo a tus vecinos. Recuerda que has cumplido los veintidós y que no heredarás ninguna fortuna: no creo que tu padre te pueda dejar nada. El señor Lydgate es muy culto y muy listo, sé el atractivo que eso ejerce. A mí misma me gusta hablar con hombres así, y tu tío le encuentra muy útil. Pero su profesión aquí no es lucrativa. Está claro que esta vida terrena no lo es todo, pero los médicos no suelen tener puntos de vista realmente religiosos; tienen demasiado orgullo intelectual. Y tú no estás preparada para casarte con un hombre pobre.

—El señor Lydgate no es un hombre pobre, tía. Está muy bien relacionado.

—Me dijo él mismo que no tenía dinero.

—Eso es porque está acostumbrado a gente que tiene un tipo de vida muy alto.

—Mi querida Rosamond, no debes pensar en llevar un tipo de vida muy alto.

Rosamond bajó la vista y jugueteó con su bolsito. No era una joven impetuosa ni de respuestas cortantes, pero pensaba vivir como quisiera.

—Así que, ¿es cierto? —dijo la señora Bulstrode, mirando con atención a su sobrina—. Estás pensando en el señor Lydgate y hay algo entre vosotros, aunque tu padre no lo sepa. Sé sincera, Rosamond. ¿Te ha hecho el señor Lydgate alguna proposición?

La pobre Rosamond se sentía muy incómoda. Había estado muy tranquila respecto de los sentimientos e intenciones de Lydgate, pero ahora que su tía le planteaba esta pregunta le disgustaba no poder contestar «Sí». Su orgullo se sintió herido, pero vino en su auxilio su control habitual.

—Le ruego que me disculpe, tía. Prefiero no hablar de ello.

—Confío, hija, en que no entregarás tu corazón a un hombre sin un futuro claro. ¡Piensa en las dos excelentes proposiciones que sé que has recibido y que has rechazado! Una sigue en tus manos, si no la desperdicias. Conozco a una belleza que al obrar así acabó casándose mal. El señor Ned Plymdale es un joven agradable, hay quien incluso le considera bien parecido. Es hijo único además, y un negocio grande como el suyo es mejor que una profesión. No es que el matrimonio lo sea todo. Me gustaría que buscaras el reino de Dios en primer lugar. Pero una joven debe poder controlar su corazón.

—Nunca se lo daría al señor Ned Plymdale, aunque así fuera. Ya le he dicho que no. Si amara a alguien, amaría al momento y para siempre —dijo Rosamond, con sentido de heroína romántica y haciendo bien el papel.

—Ya veo, hija —dijo la señora Bulstrode, su voz llena de tristeza y levantándose para marcharse—. Has entregado tu amor sin ser correspondida.

—En absoluto, tía —dijo Rosamond con vehemencia.

—¿Así pues, estás segura de que el señor Lydgate siente algo serio por ti?

Rosamond tenía las mejillas encendidas y se sentía mortificada. Permaneció callada y su tía se marchó tanto más convencida.

En las cosas mundanas e indiferentes el señor Bulstrode solía hacer lo que su mujer le pedía y ésta, ahora, sin explicar las razones, le solicitó que descubriera en su próxima conversación con el señor Lydgate si tenía la intención de casarse pronto. El resultado fue una rotunda negativa. Al ser interrogado por su mujer, el señor Bulstrode descubrió que el señor Lydgate había hablado como no lo haría ningún hombre que tuviera una relación que pudiera terminar en boda. La señora Bulstrode sintió que recaía sobre ella una grave obligación y pronto se las arregló para tener con Lydgate un tét-à-téte durante el cual pasó de la salud de Fred, la sincera preocupación que tenía por la familia tan grande de su hermano, a comentarios generales sobre los peligros que acechaban a los jóvenes respecto a sus futuros. Los hombres jóvenes eran a menudo alocados y defraudaban, daban poco a cambio del dinero que en ellos se había invertido y las jóvenes estaban expuestas a un sinfín de circunstancias que podían interferir con sus perspectivas.

—Sobre todo si posee grandes atractivos y sus padres reciben a mucha gente en casa —dijo la señora Bulstrode—. Los caballeros les dedican su atención, acaparándola para sí mismos, por el mero placer del momento, y eso aleja a los demás. Creo, señor Lydgate, que es una gran responsabilidad interferir en las perspectivas de una joven —llegado este punto, la señora Bulstrode clavó los ojos en Lydgate con evidente advertencia si no reproche.

—Por supuesto —respondió Lydgate mirándola fijamente a su vez—. Por otro lado, un hombre tiene que ser muy imbécil para tener la idea de que no debe dirigirse a ninguna joven no sea que se enamore de él o que los demás piensen que así debe ser.

—Señor Lydgate, conoce usted bien las ventajas que usted tiene. Sabe que nuestros jóvenes no pueden competir con usted. Cuando frecuenta usted una casa, puede entorpecer el que la joven se plantee un futuro deseable al impedir que acepte alguna propuesta, caso de que los demás llegaran a hacérsela.

A Lydgate le halagó menos su ventaja sobre los Orlandos de Middlemarch de lo que le molestó el percatarse del significado de las palabras de la señora Bulstrode. Ella, por su parte, creyó haber hablado con toda la efectividad necesaria y que al utilizar la altisonante palabra «entorpecen» había echado un digno manto sobre un conjunto de particularidades que seguían siendo bien evidentes.

Lydgate estaba algo irritado; con una mano se echó el pelo hacia atrás, con la otra se palpó distraídamente el bolsillo del chaleco, y a continuación se inclinó para llamar al diminuto spaniel negro que tuvo el acierto de rechazar sus vacuas carantoñas. No hubiera resultado apropiado marcharse porque acababa de comer con otros invitados y terminaba de tomar el té. Pero la señora Bulstrode, convencida de que se había hecho entender, cambió de conversación.

Creo que los Proverbios de Salomón han omitido decir que, al igual que el paladar irritado tiende a encontrar los granos de arena, la mala conciencia tiende a escuchar insinuaciones. Al día siguiente, al despedirse de Lydgate en la calle, el señor Farebrother supuso que se volverían a encontrar por la noche en casa de los Vincy. Lydgate respondió con aspereza que no, que tenía trabajo por delante y debía dejar de salir por la noche.

—¿Es que le van a atar al mástil y se está usted tapando los oídos? —dijo el vicario—. Bueno, si no tiene intención de que le conquisten las sirenas, hace bien en tomar a tiempo las debidas precauciones.

Días antes, Lydgate hubiera hecho caso omiso de estas palabras, interpretándolas tan sólo como la manera usual del vicario de decir las cosas. Pero ahora parecían incluir una indirecta que confirmaba la impresión de que había estado haciendo el ridículo y comportándose como para inducir al error. No a un error por parte de la propia Rosamond, quien, estaba convencido, interpretaba todo con la superficialidad que él pretendía. Al fin y al cabo, tenía un tacto y una perspicacia exquisitas en cuanto a todo lo tocante al comportamiento, pero la gente entre la que convivía era zafia y entrometida. No obstante, el error no debía proseguir. Decidió, y mantuvo su decisión, no ir a casa de los Vincy salvo por asuntos profesionales.

Rosamond se entristeció mucho. La inquietud producida por las preguntas de su tía fue creciendo hasta que, transcurridos diez días sin haber visto a Lydgate, se convirtió en terror ante el vacío que pudiera avecinarse, en el presentimiento de esa fácil y fatídica esponja que tan económicamente absorbe las esperanzas de los mortales. El mundo tendría para ella una nueva monotonía, como la paramera que, por obra del mago, quedara convertida en un vergel por un breve espacio de tiempo. Empezó a saborear la acidez del amor no correspondido y a pensar que ningún otro hombre podría ser la ocasión de edificaciones tan maravillosas como las que ella había ido construyendo y disfrutando durante los últimos seis meses. La pobre Rosamond perdió el apetito y se sentía tan triste como Ariadna, como una Ariadna sobre el escenario, abandonada junto a sus cajas llenas de trajes sin esperanza de un carruaje.

Hay en el mundo multitud de mezclas maravillosas, todas denominadas amor, que reclaman el privilegio de una ira sublime que es la excusa para cualquier cosa (en la literatura y en el drama). Afortunadamente, a Rosamond no se le ocurrió llevar a cabo ningún acto desesperado: se trenzó el pelo con la elegancia de siempre y se mantuvo orgullosamente tranquila. Su deducción más optimista era que su tía Bulstrode había intervenido de alguna forma para impedir las visitas de Lydgate; cualquier cosa era preferible a una indiferencia espontánea por parte de él. Cualquiera que considere diez días un tiempo demasiado breve, no para adelgazar o perder la razón u otros efectos medibles de la pasión, sino para el circuito espiritual de alarmantes conjeturas y desilusión, ignora lo que puede pasar por la mente de una joven durante sus momentos de elegante ocio.

Pero al decimoprimer día, sin embargo, Lydgate se disponía a abandonar Stone Court cuando la señora Vincy le pidió que le hiciera saber a su marido que la salud del señor Featherstone había sufrido un marcado cambio y que deseaba fuera allí ese mismo día. Lydgate podía haber ido al almacén, o podía haber escrito un mensaje en la hoja de su cuaderno de bolsillo y dejarla en la puerta. Sin embargo, estos sencillos métodos no parecieron ocurrírsele, de lo cual podemos deducir que no tenía grandes inconvenientes en pasarse por casa del señor Vincy a una hora en la que éste no estaba en casa, y dejar el recado con la señorita Vincy. Un hombre puede, por diversos motivos, negarse a dispensar su compañía, pero tal vez ni siquiera un sabio se sentiría complacido ante el hecho de que nadie le echara de menos. Sería una forma elegante y fácil de enlazar los hábitos nuevos con los antiguos, de cruzar con Rosamond alguna juguetona palabra respecto de su resistencia a la disipación y su firme decisión de abstenerse incluso de los dulces sonidos. Debe admitirse, asimismo, que especulaciones momentáneas respecto de las posibles causas de las insinuaciones de la señora Bulstrode habían conseguido entretejerse, como pequeños y aferrados pelillos, en la trama más sustancial de su pensamiento.

La señorita Vincy se encontraba a solas, y se sonrojó tanto cuando entró Lydgate que él se sintió correspondientemente turbado, y en lugar de las guasas previstas empezó inmediatamente a hablar del motivo de su visita, rogándola casi con formalidad, que le diera el recado a su padre. Rosamond, que en un principio pensó que iba a recobrar la felicidad, se sintió profundamente herida por la actitud de Lydgate. Había perdido el color y asintió con frialdad sin añadir una palabra innecesaria, el ganchillo que sostenía entre las manos permitiéndola evitar mirar a Lydgate por encima de la barbilla. En todos los fracasos, los principios son la mitad del total. Tras dos minutos de silencio durante los cuales movió la fusta sin articular palabras, Lydgate se levantó para marcharse y Rosamond, nerviosa por la pugna que mantenía entre su mortificación y el deseo de no demostrarla, dejó caer la cadeneta como sorprendida, levantándose mecánicamente. Lydgate se agachó para recoger la labor. Cuando se enderezó se encontraba muy cerca de un hermoso rostro sobre un largo y hermoso cuello que había estado acostumbrado a ver moverse con el perfecto control de la elegancia autocomplacida. Pero ahora, al levantar la vista, vio cierto temblor que le emocionó por lo desconocido y le hizo observar a Rosamond con inquietud. En este instante era tan natural como lo fuera a los cinco años: notó que le brotaban las lágrimas y era inútil intentar hacer otra cosa que no fuera dejar que permanecieran como agua sobre una flor azul, o dejar que corrieran.

Ese momento de espontaneidad fue el toque sutil de cristalización que convirtió el flirteo en amor. Recordad que el hombre ambicioso que miraba esas no-me-olvides bajo el agua era afectuoso e imprudente. No supo dónde fue a parar la cadeneta; una idea había traspasado los recovecos internos, con el milagroso efecto de despertar el poder del amor apasionado enterrado en ellos, no en un sepulcro sellado, sino en un molde frágil y fácilmente rompible. Sus palabras fueron desmañadas y abruptas, pero el tono las tornó en una ardiente y suplicante confesión.

—¿Qué sucede? Está disgustada. Por favor, dígame por qué.

A Rosamond no la habían hablado antes en ese tono. No estoy segura de que supiera cuales fueron las palabras, pero miró a Lydgate y las lágrimas le corrieron por las mejillas. No podía existir respuesta más clara que ese silencio y Lydgate, olvidándose de todo, dominado totalmente por la ternura que le invadió ante la repentina certeza de que esta dulce criatura dependía de él para su felicidad, la rodeó con sus brazos, envolviéndola suave y protectoramente —estaba acostumbrado a la suavidad con los débiles y atormentados— y besó cada una de las dos gruesas lágrimas. Fue una extraña manera de llegar a un entendimiento, pero fue rápida. Rosamond no se enfadó, pero se echó hacia atrás levemente con temblorosa felicidad y Lydgate se pudo sentar junto a ella y hablar menos inconexamente.

Rosamond hizo su pequeña confesión y él derrochó palabras de agradecimiento y ternura con impulsiva profusión. Abandonó la casa a la media hora, un hombre comprometido, cuya alma ya no le pertenecía a él sino a la mujer a quien se había atado.

Volvió por la noche para hablar con el señor Vincy quien, recién llegado de Stone Court, estaba seguro de que no tardaría en conocer el finamiento del señor Featherstone. La feliz palabra «finamiento», que se le había ocurrido oportunamente, había elevado su espíritu incluso por encima de su nivel nocturno normal. La palabra ajustada siempre supone poderío y comunica su exactitud a nuestros actos. Considerado como un finamiento, la muerte del anciano Featherstone tomaba un aspecto meramente legal, de forma que el señor Vincy podía quitarle seriedad al hecho y enfocarlo jovialmente sin ni siquiera tener que recurrir a la intermitente muestra de solemnidad. ¿A quién le ha sorprendido alguna vez un testador? ¿Quién ha hecho un himno al título de propiedad sobre bienes inmuebles? El señor Vincy se sentía esa noche inclinado a enfocarlo todo jovialmente; llegó a comentarle a Lydgate que Fred había sacado, después de todo, la constitución familiar y pronto volvería a ser el tipo sano de siempre; y cuando se le pidió la aprobación para el compromiso de Rosamond, la concedió con asombrosa facilidad, pasando de inmediato a los comentarios generales sobre lo deseable que para los jóvenes, tanto hombres como mujeres, era el matrimonio y, aparentemente, deduciendo de todo ello lo conveniente de un poco más de ponche.

CAPÍTULO DIEZ

La triunfante confianza del alcalde fundamentada en la insistente exigencia del señor Featherstone de que Fred y su madre no le abandonaran, era una débil emoción comparada con todo lo que alteraba los corazones de los parientes del anciano, quienes, naturalmente, manifestaban más su sentido de las relaciones familiares y eran más conspicuamente numerosos ahora que se encontraba encamado. Lógicamente: pues cuando «el pobre Peter» ocupaba su sillón en el saloncito forrado de madera, no habría habido cucarachas para las que la cocinera preparara agua hirviendo peor recibidas en un hogar que tenían razones para preferir, que esas personas cuya sangre Featherstone estaba desnutrida, no debido a su mezquindad, sino a la pobreza. El hermano Solomon y la hermana Jane eran ricos, y el candor familiar y total ausencia de falsa cortesía con la que se les solía recibir no les parecía argumento para que su hermano, ante el acto solemne de hacer testamento, pasara por alto los superiores derechos de riqueza. Al menos a ellos, nunca había sido lo bastante desnaturalizado como para echarles de la casa, y apenas parecía un gesto de excentricidad el que el anciano hubiera mantenido alejados al hermano Jonah, la hermana Martha y los demás, que no tenían ni de lejos tales derechos. Conocían la máxima de Peter, que el dinero era un buen huevo, y debía incubarse en un nido cálido.

Pero el hermano Jonah, la hermana Martha y todos los menesterosos exiliados mantenían un punto de vista diferente. Las probabilidades son tan diversas como los rostros que uno quiere ver en los calados o los empapelados: en ellos se encuentran todas las formas, desde Júpiter hasta Pepita si se buscan con talante creativo. A los más pobres y desfavorecidos, les parecía probable que puesto que Peter no había hecho nada por ellos en vida, les recordara en muerte. Jonah argumentaba que los hombres gustan de sorprender con sus testamentos, mientras que Martha decía que no debía asombrar a nadie que dejara la mayor parte de su dinero a quien menos lo esperaba. Tampoco había que pasar por alto que el hermano de uno, «tumbado allí» con hidropesía en las piernas tendría forzosamente que llegar a la conclusión de que la sangre es más espesa que el agua y, aunque no alterara el testamento, al menos quizá tuviera dinero a mano. En cualquier caso debían estar cerca algunos parientes consanguíneos, vigilando a quienes apenas eran ni parientes. Existían cosas como testamentos falsificados y testamentos en litigio que parecían tener la dorada ventaja de permitir, de alguna manera, que los no legatarios vivieran de ellos. Por otra parte, tal vez se pillara a algún no consanguíneo hurtando cosas, ¡y el pobre Peter «tumbado allí», impotente! Alguien debía estar pendiente. Pero aquí coincidían con Solomon y Jane. Asimismo, sobrinos, sobrinas y primos, argumentando con aún mayor sutileza respecto de lo que podía hacerse con un hombre que era muy capaz de «testar a su antojo» sus propiedades y regalarse grandes dosis de rarezas, sentían dadivosamente que debían ocuparse de un asunto de familia, y pensaban en Stone Court como un lugar de obligada visita. La hermana Martha, es decir, la señora Cranch, que vivía aquejada de dificultades respiratorias en Chalky Flats, no podía emprender el viaje, pero su hijo, siendo el propio sobrino del pobre Peter, podía representarla ventajosamente y vigilar bien, no fuera que su tío Jonah hiciera un uso injusto de las improbables cosas que parecía probable sucedieran. La realidad era que existía un sentimiento general que recorría las venas de los Featherstone de que todo el mundo debía vigilar a los demás, y de que fuera bueno que todo el mundo reflexionara sobre el hecho de que el Todopoderoso le observaba.

Así pues, Stone Court era el escenario de las constantes idas o venidas de uno u otro consanguíneo, y Mary Garth tenía la desagradable tarea de subir sus mensajes al señor Featherstone, que se negaba a ver a ninguno y la enviaba para abajo con la aún más desagradable tarea de comunicárselo. Como encargada de la casa, se sentía obligada, según el buen estilo de provincias, a invitarles a quedarse y comer, pero le consultó a la señora Vincy sobre la mayor consumición que se estaba llevando a cabo ahora que el señor Featherstone se encontraba encamado.

—Hija mía, cuando se trata de una última enfermedad y la propiedad, hay que hacer las cosas con generosidad. Dios sabe que yo no les escatimo todo el jamón que haya en la casa, pero guarda el mejor para el funeral. Ten siempre preparada ternera rellena y un buen queso. En casos de enfermedad terminal uno debe contar con que puede llegar gente en cualquier momento —dijo la rumbosa señora Vincy, recuperado de nuevo su tono alegre y su vistosa indumentaria.

Pero algunas visitas llegaban y no partían tras la generosa invitación a ternera y jamón. Por ejemplo, el hermano Jonah (en la mayoría de las familias existen personas así de desagradables; quizá incluso en la aristocracia haya especímenes de Brobdingnag, gigantescamente endeudados y engordados a un alto coste), pero como decía, el hermano Jonah, habiendo venido a menos, se mantenía fundamentalmente gracias a una vocación de la cual era lo bastante modesto como para no alardear, aunque era mucho mejor que estafar en el cambio o en el hipódromo, pero que no exigía su presencia en Brassing siempre y cuando encontrara un buen rincón en el que sentarse y disfrutar de buena comida. Escogió un rincón de la cocina, en parte porque le gustaba más y en parte porque no quería sentarse con Solomon, respecto del cual tenía una fuerte opinión fraternal. Sentado en una butaca estupenda y con su mejor traje, la buena pitanza siempre a la vista, tenía la cómoda sensación de estar en el centro, mezclada con fugaces indicaciones de domingo y de la barra del Hombre Verde, e informó a Mary Garth que no se alejaría de su hermano Peter mientras el pobre siguiera en esta tierra. Los problemáticos en las familias suelen ser los ingeniosos o los idiotas. Jonah era el ingenioso de los Featherstone y bromeaba con las criadas cuando se acercaban al hogar, pero parecía considerar a la señorita Garth un personaje sospechoso y la seguía con fría mirada.

Mary hubiera soportado con relativa tranquilidad este par de ojos, pero desgraciadamente estaba el joven Cranch quien, habiéndose desplazado desde Chalky Flats en representación de su madre para vigilar a su tío Jonah también creía obligación suya el quedarse, sentándose principalmente en la cocina para acompañar al tío. El joven Cranch no constituía precisamente el punto equilibrante entre el ingenioso y el idiota, inclinándose un tanto hacia el último, y bizqueando de forma que todo lo referente a sus sentimientos quedaba incierto, salvo que estos no eran de índole contundente. Cuando Mary Garth entraba en la cocina y el señor Jonah Featherstone comenzaba a seguirla con sus fríos ojos detectivescos, el joven Cranch, volviendo la cabeza en la misma dirección, parecía insistir en que Mary se fijara en su bizquera, como si fuera intencionada, como los gitanos cuando Borrow les leía el Nuevo Testamento. Esto era demasiado para la pobre Mary y en ocasiones la ponía de mal humor y en ocasiones la alteraba. Un día que tuvo la oportunidad, no pudo resistirse a describirle a Fred la escena de la cocina, a quien no logró disuadir de que fuera a presenciarla al momento, haciendo como si sencillamente pasara por allí. Pero no bien se había enfrentado a los cuatro ojos que hubo de precipitarse por la puerta más próxima, que daba a la vaquería, donde, bajo el alto techo y entre los cacharros, irrumpió en una carcajada cuya resonancia se escuchó nítidamente en la cocina. Salió corriendo por otra puerta, pero el señor Jonah, que no había visto antes la blanca tez de Fred, sus largas piernas y rostro delicado y enjuto, preparó múltiples sarcasmos en los que estos puntos de su aspecto se combinaban ingeniosamente con los más bajos atributos morales.

—Pero bueno, Tom, tú no llevas unos pantalones tan elegantes ni tienes las piernas la mitad de largas y finas —le dijo Jonah a su sobrino guiñándole el ojo para advertirle de que el comentario encerraba algo más que lo evidente. Tom se miró las piernas, pero no despejó la duda de si prefería sus ventajas morales a un mayor largo de pierna y censurable elegancia de pantalón.

También en el salón forrado de madera había constantemente ojos que vigilaban y parientes dispuestos a «velar». Muchos llegaban, comían y partían, pero el hermano Solomon y la señora que durante veinticinco años antes de convertirse en la señora Waule fuera Jane Featherstone, le encontraron gusto a permanecer allí varias horas cada día sin otra ocupación que la de observar a la astuta Mary Garth (que tenía tanta retranca que no se la pillaba en falso) dando ocasionales muestras secas de llanto —como avance de torrentes en estaciones más húmedas— ante el hecho de no poder entrar en la habitación del señor Featherstone. La aversión del anciano por su propia familia parecía aumentar a medida que disminuía su capacidad de divertirse diciéndoles cosas mordientes. Demasiado desfallecido para picar, el veneno se le acumulaba en la sangre.

Sin acabarse de creer el mensaje que les llegaba a través de Mary Garth, se habían personado juntos a la puerta de la alcoba, vestidos de negro (la señora Waule con un pañuelo blanco en la mano a medio desplegar y ambos con semblante de un color morado luctuoso), mientras la señora Vincy, con sus mejillas sonrosadas y las cintas rosas al viento, administraba un cordial al enfermo, y el rubio Fred, con el pelo rizado como era de esperar en un jugador, se repantingaba cómodamente en un amplio butacón.

No bien vio aparecer el anciano Featherstone a estas fúnebres figuras que desoían sus órdenes que la ira vino a fortalecerle con mayor éxito que el cordial. Estaba incorporado en la cama, y junto a él, como siempre, se encontraba el bastón con empuñadura de oro. Lo asió, blandiéndolo de un lado a otro para abarcar la mayor idea posible, como ahuyentando a los horribles espectros, y profirió con un ronco graznido:

—¡Atrás, atrás, señora Waule! ¡Atrás, Solomon!

—Pero hermano Peter… —empezó a decir la señora Waule. El hermano Solomon levantó la mano deteniéndola. Era un hombre de amplias mejillas, próximo a los setenta, con pequeños ojos furtivos, y no sólo tenía un carácter más taimado, sino que se creía mucho más agudo que su hermano Peter y poco susceptible de que sus congéneres le engañaran, habida cuenta de que éstos no podían ser ni más avariciosos ni mentirosos de lo que él sospechaba que eran. Incluso los poderes invisibles, creía, podían ser apaciguados por un suave paréntesis aquí y allí, procedentes de un hombre hacendado que podía haber sido tan indigno como otros.

—Hermano Peter —dijo con tono zalamero, pero oficiosamente grave al tiempo—, es lógico que te hable de Three Crofts y el Manganese. El Todopoderoso sabe lo que tengo en la mente…

—En ese caso sabe más de lo que yo quiero saber —dijo Peter, soltando el bastón en una muestra de tregua que encerraba también una amenaza, pues giró el bastón y lo colocó como para convertir la empuñadura de oro en una maza en caso de que la pugna se hiciera más íntima, concentrando la mirada en la calva de Solomon.

—Puede que haya cosas de las que te arrepientas, hermano, por no haber hablado conmigo de ellas —dijo Solomon, pero sin avanzar—. Podía quedarme contigo esta noche, y Jane también, gustosamente, y podías tomarte el tiempo que quisieras para hablar, o dejarme hablar a mí.

—Sí, sí, me tomaré el tiempo que quiera, no tienes que ofrecerme el tuyo —dijo Peter.

—Pero no puedes tomarte el tiempo que quieras para morir, hermano —empezó la señora Waule, con su tono lanudo—. Y cuando yazcas mudo, quizá te hartes de tener extraños a tu alrededor y pienses en mí y en mis hijos —pero aquí se le cortó la voz ante el conmovedor pensamiento que le estaba atribuyendo a su hermano mudo, siendo, naturalmente, toda mención a nosotros mismos, algo muy enternecedor.

—En absoluto —dijo el anciano Featherstone, contradictoriamente—. No pensaré en ninguno de vosotros. Ya he hecho testamento; te repito, ya he hecho testamento —llegado este punto volvió la cabeza hacia la señora Vincy y bebió un poco más del cordial.

—Hay quien se avergonzaría de ocupar un sitio que por derecho le pertenece a otros —dijo la señora Waule, enfocando sus ojillos en la misma dirección.

—Hermana —dijo Solomon con irónica dulzura—, tú y yo no somos lo bastante finos, elegantes y ricos; debemos ser humildes y dejar que los listos nos adelanten a codazos.

Fred no pudo soportar esto y levantándose y mirando al señor Featherstone dijo:

—¿Quiere que mi madre y yo salgamos de la habitación para que usted pueda estar a solas con sus hermanos?

—Siéntate te digo —dijo el anciano con brusquedad—. Quedaros donde estáis. Adiós Solomon —añadió, intentando blandir de nuevo el bastón, pero fracasando en su intento ahora que estaba dado la vuelta—. Adiós señora Waule. No volváis.

—Estaré abajo, hermano, lo quieras o no —dijo Solomon—. Yo cumpliré con mi obligación y queda por ver lo que permitirá el Todopoderoso.

—Sí, porque eso de que la propiedad salga de las familias —continuó la señora Waule—, en las que hay jóvenes formales para continuar… Pero compadezco a quienes no son así, y compadezco a sus madres. Adiós, hermano Peter.

—Recuerda Peter, que soy el mayor después de ti, y prosperé desde el principio, igual que tú, y ya tengo tierras con el nombre de Featherstone —dijo Solomon, confiando mucho en esa reflexión, como una sobre la que se pudiera hablar durante las horas nocturnas—. Por el momento me despido.

Su salida se vio aligerada ante la visión del anciano señor Featherstone calándose bien la peluca y cerrando los ojos al tiempo que abría la boca como si estuviera decidido a ser sordo y ciego.

No obstante, venían a diario a Stone Court y permanecían en su puesto de guardia, manteniendo a veces un lento y susurrante diálogo en el que la observación distaba tanto de la respuesta que cualquiera que les oyera habría pensado que escuchaba a unos autómatas parlantes, y hubiera dudado sobre si el ingenioso mecanismo funcionaría o se agarrotaría la cuerda obligándoles al silencio. Solomon y Jane hubieran sentido precipitarse: era evidente a lo que eso conducía al otro lado de la pared, en la persona del hermano Jonah.

Pero su vigía en el salón de madera se veía a veces variada por la presencia de otros invitados llegados de lejos o de cerca. Ahora que Peter Featherstone estaba encamado arriba, sus propiedades se podían comentar con toda la ilustración local que proporcionaba el lugar en sí. Algunos vecinos rurales y de Middlemarch estaban muy de acuerdo con la familia y expresaban su simpatía por sus intereses contra los Vincy, y había visitas femeninas que incluso lloraban, conversando con la señora Waule, al recordar cómo ellas mismas se habían visto defraudadas en el pasado por codicilos y matrimonios revanchistas por parte de ancianos caballeros ingratos, quienes, uno pensaría, habían sido otorgados una longevidad para hacer mejor uso de ella. Tales conversaciones se interrumpían de repente, como un órgano cuando se suelta el fuelle, si Mary Garth entraba en la habitación, y se posaban sobre ella todas las miradas como una posible legataria o alguien que podría tener acceso a las arcas.

Pero los hombres jóvenes que eran parientes o estaban vinculados a la familia, tendían a admirarla en esta problemática situación como una mujer de gran conducta y que, entre las oportunidades que se encontraban por allí, podría resultar un premio no despreciable. Por ende, recibía su parcela de cumplidos y atención.

En especial recibía estos del señor Borthrop Trumbull, un soltero distinguido de la zona que era subastador y muy introducido en la venta de terrenos y ganado. Era ciertamente un personaje público, cuyo nombre aparecía en carteles muy distribuidos y que muy bien podía compadecerse de quienes no le conocían. Era primo segundo de Peter Featherstone, quien le había tratado con mayor amabilidad que a cualquier otro pariente, siéndole útil en materia de negocios, y en el programa para el funeral que el propio anciano había dictado, había sido nombrado portador del féretro. No había en el señor Borthrop Trumbull atisbo de odiosa codicia, nada salvo un sincero sentimiento de su propia valía, la cual, sabía, en caso de rivalidad, actuaría a su favor, de manera que, si Peter Featherstone, quien por lo que hacía al propio Trumbull se había comportado igual de bien que cualquier otra alma, le dejara una buena herencia, lo único que podría decir sería que jamás había engatusado o barbilleado al anciano, sino que le había aconsejado como mejor le dictaba su experiencia, experiencia de más de veinte años desde que empezara de aprendiz a los quince, y que era improbable que arrojara conocimientos subrepticios. Su admiración distaba mucho de limitarse a su persona ya que estaba habituado tanto profesional como personalmente a disfrutar valorando las cosas a alto nivel. Era un amante de grandes frases y jamás empleaba un lenguaje pobre sin corregirse inmediatamente, lo que era una suerte dado que era bastante ruidoso y tendía a predominar, irguiéndose en pie y con frecuencia caminando mientras explicaba, estirándose el chaleco con aires de hombre que sabe lo que quiere y utilizando el dedo índice para atusarse el cabello, señalando cada serie nueva de movimientos por un previo toqueteo de sus grandes sortijas. En ocasiones había cierta fiereza en su aspecto que iba dirigida principalmente contra las falsas opiniones, las cuales son tantas a corregir en el mundo que un hombre de cierta educación y experiencia tiene forzosamente que ver su paciencia puesta a prueba. Pensaba que por lo general, la familia Featherstone era de entendimiento limitado, pero siendo un hombre de mundo y un personaje público, daba esto por sentado e incluso se acercaba a la cocina a conversar con el señor Jonah y el joven Cranch, seguro de haber impresionado mucho al último con sus preguntas sobre Chalky Flats. Si alguien hubiera comentado que el señor Borthrop Trumbull, siendo subastador, tenía que conocer la naturaleza de todas las cosas, hubiera sonreído diciéndose para sí en silencio que el comentario era bastante correcto. En general, de forma subastadora, era un hombre honrado, que no se avergonzaba de su trabajo y opinaba que «el célebre Peel, ahora Sir Robert», no dejaría de reconocer su valía caso de ser presentados.

—No me importaría tomar una loncha de ese jamón y un poco de cerveza, señorita Garth, si usted me lo permite —dijo, entrando en el salón a las once y media, tras haber disfrutado del privilegio excepcional de ver al anciano Featherstone y colocándose de espaldas a la chimenea entre la señora Waule y Solomon—. No es necesario que vaya usted, ya tocaré la campanilla.

—Gracias —dijo Mary—, pero tengo que ir a la cocina. —Bien, señor Trumbull, le favorecen a usted mucho.

—¿Por poder ver al anciano? —dijo el subastador, jugueteando con sus anillos distraídamente—. Verá, es que ha confiado bastante en mí —y aquí apretó los labios y frunció el ceño meditativamente.

—¿Se podría preguntar lo que ha dicho nuestro hermano? —preguntó Solomon, en suave tono de humildad que le proporcionaba una sensación de lujuriosa astucia ya que, siendo hombre rico, no era necesario.

—Claro que se puede preguntar —dijo el señor Trumbull, con desenfadado sarcasmo—. Cualquiera puede interrogar. Cualquiera puede dar a sus comentarios un giro interrogatorio —continuó, la sonoridad y el estilo aumentando a la par—. Esto es lo que los buenos oradores hacen constantemente, incluso cuando no esperan una respuesta. Es lo que denominamos una figura retórica, hacer buena figura al hablar como si dijéramos —el elocuente subastador se sonrió ante su ingenio.

—No me apenaría saber que le ha recordado a usted, señor Trumbull —dijo Solomon—. Jamás me opuse a los merecedores. Son los no merecedores contra quienes estoy yo.

—¡Ah, ahí está!, ¿ve? ahí está —dijo el señor Trumbull significativamente—. No se puede negar que gente no merecedora ha resultado legataria, incluso herederos universales. Así es, con las disposiciones testamentarias —de nuevo frunció los labios y arrugó un poco el ceño.

—¿Está usted asegurándome, señor, que mi hermano ha legado su tierra fuera de nuestra familia? —dijo la señora Waule sobre quien, como mujer de poca esperanza, aquellas largas palabras tenían un efecto depresivo.

—Más le valdría a cualquier hombre dejar sus tierras a la beneficencia que legárselas a según quien —observó Solomon al no recibir respuesta la pregunta de su hermana.

—¿Tierras para beneficencia? —dijo la señora Waule—. No estará usted queriendo decir eso ¿no, señor Trumbull? Sería atentar contra el Todopoderoso que le hizo prosperar. Mientras la señora Waule hablaba, el señor Borthrop Trumbull se apartó de la chimenea y caminó hacia la ventana, pasándose el dedo índice primero por el cuello, luego por las patillas y finalmente por la línea del pelo. Se dirigió después hacia la mesa de trabajo de la señorita Garth, abrió un libro que se encontraba sobre ella y leyó el título en voz alta con pomposo énfasis como si lo ofertara a la venta.

Anne of Geierrtein (pronunciado Yirstin) o «La doncella de la niebla» por el autor de Waverley —a continuación, volvió la página y comenzó con sonoridad—. «Casi han transcurrido cuatro siglos desde que los sucesos que se narran en los siguientes capítulos acontecieran en el continente» —pronunció la admirable palabra última con el acento en la primera sílaba, no por desconocimiento, sino creyendo que esta novedad realzaba la bella sonoridad que su lectura había proporcionado al conjunto.

En este momento entró la criada con la bandeja, desaparecida así la ocasión de contestar a la pregunta de la señora Waule quien, al igual que Solomon, observaba los movimientos del señor Trumbull y pensaba que la erudición interfería lastimosamente con los asuntos serios.

El señor Borthrop Trumbull en realidad no sabía nada respecto del testamento del anciano Featherstone, pero salvo que le hubieran arrestado por encubrir traición nadie hubiera conseguido que declara su ignorancia.

—Sólo me tomaré un poco de jamón y un vaso de cerveza —dijo tranquilizadoramente—. Como hombre de asuntos públicos, me tomo un piscolabis cuando puedo. Avalo este jamón —dijo, tras engullir algunos trozos con alarmante velocidad—, contra cualquier otro de los tres reinos. En mi opinión es mejor que el de Freshitt Hall y creo que soy bastante buen juez.

—Hay a quienes no les gusta que tenga tanta azúcar —dijo la señora Waule—. Pero a mi pobre hermano siempre le gustó así.

—Si hay quien exija algo mejor, está en su derecho, pero ¡bendito sea Dios!, ¡qué aroma! Ya me gustaría a mí comprar esta calidad. Es de agradecer que un caballero —aquí la voz del señor Trumbull se tiñó de emotividad— sirva este jamón.

Apartó el plato, se escanció cerveza y adelantó un poco la silla, aprovechando la ocasión para mirarse la parte interna de las piernas que acarició con aprobación, poseyendo el señor Trumbull esos aires y gestos menos frívolos y que distinguían a las razas predominantes del norte.

—Veo que tiene usted ahí una obra interesante, señorita Garth —observó cuando Mary volvió a entrar—. Es del autor de Waverley, es decir, Sir Walter Scott. Yo mismo he comprado una de sus obras…, algo muy bonito, una publicación superior, titulada Ivanhoe. Creo que no debe haber escritor que le supere fácilmente; en mi opinión tardarán en superarle. Acabo de leer un poco del principio de Anne of Jeersteen. Comienza bien. (Las cosas nunca empezaban con el señor Borthrop Trumbull, siempre comenzaban, tanto en su vida privada como en sus prospectos). Veo que es usted una aficionada a la lectura. ¿Está suscrita a nuestra biblioteca de Middlemarch?

—No —dijo Mary—, el señor Fred Vincy me trajo este libro.

—A mí también me gustan mucho los libros —fue la respuesta del señor Trumbull—. Tengo no menos de doscientos volúmenes en piel y presumo de que están bien seleccionados. También tengo cuadros de Murillo, Rubens, Teniers, Ticiano, Van Dyck y otros. Con gusto le prestaré cualquier cosa que quiera, señorita Garth.

—Le estoy muy agradecida —dijo Mary, disponiéndose a salir de nuevo—, pero tengo poco tiempo para la lectura.

—Supongo que mi hermano le habrá dejado algo a ella en su testamento —dijo el señor Solomon en un susurro cuando se cerró la puerta tras Mary y refiriéndose con la cabeza a la señorita Garth.

—Aunque su primera mujer fue un mal partido —dijo la señora Waule—. No le aportó nada y esta joven no es más que su sobrina. Y muy altiva. Y mi hermano siempre le ha pagado un sueldo.

—Pero es una chica sensata, en mi opinión —dijo el señor Trumbull, acabándose la cerveza y poniéndose en pie con un enfático ajuste de su chaleco—. La he observado cuando mezcla las gotas de las medicinas. Está pendiente de lo que hace. Eso es muy importante en una mujer, y algo muy importante para nuestro amigo de ahí arriba, pobrecillo. El hombre cuya vida tiene algún valor debería pensar en su mujer como una enfermera; es lo que ya haría, de casarme.

Y creo que he estado soltero lo bastante como para no equivocarme en eso. Hay hombres que se tienen que casar para auparse un poco, pero cuando yo necesite eso, espero que alguien me lo diga, espero que alguien me informe. Le deseo buenos días, señora Waule. Señor Solomon. Confío en que volvamos a coincidir bajo auspicios menos tristes.

Cuando el señor Trumbull se hubo marchado tras una profunda inclinación, Solomon se acercó a su hermana y dijo:

—Puedes estar segura, Jane, de que mi hermano le ha dejado a esa chica una buena suma.

—Eso diría cualquiera, a juzgar por la forma de hablar del señor Trumbull —dijo Jane. Y tras una pausa añadió—: Habla como si no se pudiera confiar en mis hijas para dar las gotas.

—Los subastadores dicen muchas locuras —dijo Solomon—. Aunque el señor Trumbull ha hecho dinero.

CAPÍTULO ONCE

Esa noche después de las doce, Mary Garth tomó el relevo en la habitación del señor Featherstone, velándole sola durante el resto de la noche. A menudo elegía voluntariamente esta tarea, en la que encontraba cierto gusto a pesar de la impertinencia del anciano cuando requería sus atenciones. Había ratos en los que podía permanecer absolutamente quieta disfrutando del silencio exterior y la tenue luz. El fuego rojizo con su suave movimiento audible era como una existencia solemne, apaciblemente independiente de las mezquinas pasiones, los ridículos deseos, los afanes tras las bagatelas inciertas que a diario provocaban el desdén de Mary. A Mary Garth le gustaban sus propios pensamientos y podía distraerse bien sentada en la penumbra con las manos sobre el regazo; habiendo tenido pronto fuertes razones para creer que no era probable que las cosas se resolvieran para su propia satisfacción particular, no perdía el tiempo asombrándose y disgustándose por ello. Además, ya había aprendido a tomarse la vida como una comedia y había adoptado la generosa, que no orgullosa, decisión de no hacer un papel mezquino o traicionero. Mary bien podía haberse convertido en una cínica de no haber tenido unos padres a los cuales respetaba, así como un pozo interno de gratitud, pozo que estaba tanto más lleno, puesto que había aprendido a no hacer peticiones irracionales.

Esta noche repasaba, como solía hacer, las escenas de la jornada y a menudo sus labios esbozaban una sonrisa de diversión ante las rarezas que su imaginación convertía en aún más exóticas: la gente era tan ridícula en sus ilusiones, portadores inconscientes de sus gorros de bufón, creyendo que sus mentiras eran opacas mientras que las de los demás eran transparentes, haciendo de sí mismos la excepción a todo como si, cuando todo el mundo estaba amarillo por la luz de la lámpara ellos solos fueran los que seguían sonrosados. Sin embargo, a los ojos de Mary existían ciertas ilusiones que no le resultaban del todo cómicas. Interiormente estaba convencida, aunque carecía de otros motivos que su atenta observación de la personalidad del anciano Featherstone, de que pese a su gusto por la compañía de los Vincy, era probable que éstos resultaran igual de desengañados que cualquiera de los parientes a los cuales había mantenido a distancia. Era bastante el desprecio que Mary sentía ante la evidente inquietud de la señora Vincy de que ella y Fred estuvieran a solas, lo cual no impedía que se inquietara por cómo afectaría a Fred si resultara que su tío le dejaba tan pobre como siempre. Mary podía hacer de Fred el blanco de sus burlas en su propia presencia, pero le disgustaban sus necedades cuando estaba ausente.

Pese a todo, la señorita Garth disfrutaba con sus pensamientos: una mente joven y fuerte a la que no desequilibra la pasión saca provecho de conocer la vida y observa con interés su propio vigor. Mary poseía mucha alegría interior.

Su pensamiento no se veía empañado por solemnidad o patetismo alguno respecto del anciano encamado; es más fácil simular que sentir tales sentimientos respecto de una anciana criatura cuya vida, aparentemente, no es más que un retazo de vicios. Siempre había visto el lado más desfavorable del señor Featherstone: él no estaba orgulloso de ella y sólo le era útil. El inquietarse por un alma que constantemente está regañando debe quedar para los santos que habitan la tierra y Mary no se contaba entre ellos. Jamás le había devuelto una palabra dura y le había atendido fielmente, pero eso era lo máximo. Al anciano Featherstone tampoco le preocupaba en absoluto su alma y se había negado a ver al señor Tucker al respecto.

Esta noche no había gruñido ni una sola vez y durante la primera hora o dos permaneció extraordinariamente quieto hasta que por fin Mary le oyó toquetear el manojo de llaves contra la caja de hojalata que mantenía siempre en la cama junto a sí. Alrededor de las tres dijo, con sorprendente nitidez.

—Missy, ¡ven aquí!

Mary obedeció y encontró que ya había sacado la caja de debajo de las ropas, aunque solía pedir que se lo hicieran, y seleccionado la llave. Abrió con ella la caja y sacando de su interior otra llave la miró fijamente con ojos que parecían haber recobrado toda su agudeza y dijo:

—¿Cuántos de ellos están en la casa?

—¿Se refiere a sus propios parientes, señor? —preguntó Mary, avezada en la forma de hablar del anciano. Este hizo un gesto afirmativo con la cabeza y Mary prosiguió—: El señor Jonah Featherstone y el joven Cranch están durmiendo aquí.

—Ya, ya; se pegan ¿verdad? y seguro que los demás vienen a diario… Solomon y Jane y los pequeños, ¿no? ¿Vienen a espiar y a contar y a calcular?

—No vienen todos cada día; el señor Solomon y la señora Waule vienen a diario, y los demás con frecuencia.

El anciano escuchó con una mueca en el rostro mientras la joven hablaba y cuando acabó dijo desfrunciendo el gesto.

—Más tontos ellos. Escucha, Missy. Son las tres de la madrugada y estoy en pleno uso de mis facultades. Conozco todas mis posesiones, dónde tengo colocado el dinero y todo lo demás. Y he dispuesto todo para poder cambiar de idea y hacer al final lo que me plazca. ¿Me oyes, Missy? Estoy en mi sano juicio.

—¿Y bien, señor? —preguntó Mary quedamente.

El anciano bajó la voz con aire astuto.

—He hecho dos testamentos, y voy a quemar uno. Haz lo que te diga. Esta es la llave de mi cofre de hierro que está ahí en el armario. Empuja fuerte al lado de la placa de cobre en la parte superior hasta que suene como un cerrojazo; entonces podrás meter la llave en la cerradura y girarla. Ve y hazlo, y saca el papel de encima —ÚLTIMA VOLUNTAD—, en letras grandes.

—No, señor —dijo con firmeza—. No puedo hacer eso.

—¿Que no puedes hacerlo? Te lo estoy ordenando —dijo el anciano, quebrándosele la voz ante el asombro que le producía esta resistencia.

—No puedo tocar su cofre de hierro ni su testamento. Debo negarme a hacer cualquier cosa que me expusiera a la sospecha.

—Te repito que estoy en mi sano juicio. ¿Es que no voy a poder hacer lo que quiera al final? Hice dos testamentos a propósito. Coge la llave.

—No, señor, no lo haré —dijo Mary con mayor decisión aún. Su repulsión iba en aumento.

—Te digo que no hay tiempo que perder.

—No puedo evitarlo, señor. No permitiré que el fin de su vida enturbie el principio de la mía. No tocaré ni el cofre ni el testamento —se alejó un poco de la cama.

El anciano permaneció un rato con la mirada vacía, manteniendo la llave recta y separada del resto que había en la anilla. Luego, a sacudidas espasmódicas empezó a vaciar con su huesuda mano izquierda la caja de latón que tenía ante él.

—¡Missy! —empezó a decir, entrecortadamente—, ¡mira! ¡Coge el dinero, los billetes y el oro, mira, cógelo, es todo para ti, haz lo que te digo!

Hizo un esfuerzo, extendiéndole la llave lo más posible, y de nuevo Mary retrocedió.

—No tocaré ni su llave ni su dinero. Le ruego no vuelva a pedírmelo. Si lo hace tendré que llamar a su hermano. Dejó caer la mano y por primera vez en su vida Mary vio al anciano Peter Featherstone empezar a llorar como un niño. Con el tono más suave del que fue capaz dijo:

—Le ruego que guarde su dinero, señor —y volvió a su sitio junto al fuego, esperando que esto le convenciera de que era inútil insistir. Al cabo de unos momentos el anciano se repuso y dijo animadamente:

—Bueno, pues llama al jovenzuelo. Llama a Fred Vincy. El corazón de Mary comenzó a latirle más deprisa. Varias ideas se le agolparon en la mente respecto de lo que pudiera implicar el quemar un segundo testamento. Tenía que tomar deprisa una difícil decisión.

—Le llamaré si me permite que vengan también el señor onah y otros.

—Nadie más, digo. El jovenzuelo. Haré lo que me plazca. —Espere a que sea de día, cuando todos estén despiertos. O déjeme que llame a Simmons ahora para que vaya en busca del abogado. Puede estar aquí en menos de dos horas.

—¿El abogado? ¡Y para qué quiero yo un abogado! Nadie lo sabrá… digo que nadie lo sabrá. Haré lo que quiera.

—Déjeme que llame a alguien más, señor —persuadió Mary. Le disgustaba su situación, a solas con el anciano que parecía mostrar un extraño brote de nerviosa energía que le permitía hablar y hablar sin verse atacado por la tos habitual; sin embargo Mary no quería forzar innecesariamente la negativa que le alteraba—. Le ruego me permita llamar a alguien más.

—Déjame en paz. Mira Missy, coge el dinero. No volverás a tener la ocasión. Hay casi doscientas, hay más en la caja, y nadie sabe cuánto había. Cógelo y haz lo que te digo.

Mary, de pie junto al fuego, vio cómo se proyectaba la luz rojiza sobre el anciano, incorporado sobre los almohadones, la mano huesuda extendiendo la llave, el dinero desparramado ante él sobre la colcha. Jamás olvidó esa visión de un hombre queriendo hacer su voluntad hasta el final. Pero la forma en la que había expuesto el ofrecimiento del dinero la empujó a hablar con mayor decisión.

—Es inútil. No lo haré. Guarde el dinero. No lo tocaré. Haré cualquier otra cosa para aliviarle, pero no tocaré ni su llave ni su dinero.

—¡Cualquier otra cosa… cualquier otra cosa! —dijo el anciano Featherstone, con ronca ira, que, como si de una pesadilla se tratara, intentaba que fuera enérgica y sin embargo apenas se oía—. No quiero nada más. Ven aquí…, ven aquí. Mary se le acercó con cautela, conociéndole demasiado bien. Le vio soltar las llaves e intentar coger el bastón mientras la miraba como una hiena envejecida, los músculos del rostro distorsionados por el esfuerzo de la mano. La chica se detuvo a una distancia segura.

—Déjeme darle un poco de cordial —dijo suavemente—, e intente controlarse. Quizá se duerma. Y mañana, a la luz del día, podrá hacer lo que quiera.

Peter Featherstone elevó el bastón a pesar de que ella estaba fuera de su alcance y lo lanzó con un gran esfuerzo que no era más que impotencia. El bastón cayó por el borde de la cama. Mary lo dejó allí y regresó a su silla junto al fuego. Pasado un rato le llevaría el cordial. La fatiga le haría pasivo. Iba llegando el momento más frío de la madrugada, el fuego se apagaba y a través de la rendija de las cortinas de moaré podía ver la luz, tamizada por el estor. Tras poner unos leños en el fuego y echarse una toquilla por los hombros se sentó, confiando en que ahora se durmiera el señor Featherstone. Si se le acercaba podía seguir con su irritabilidad. No había vuelto a decir nada después de tirar el bastón, pero había visto cómo cogía las llaves y ponía la mano derecha sobre el dinero. Sin embargo no lo guardó y Mary pensó que se estaba durmiendo.

Pero el recuerdo de lo que había pasado empezó a inquietarla más de lo que la había inquietado la realidad, y se interrogó sobre aquellos actos que habían surgido de forma tan imperativa, excluyendo toda duda en el momento crítico.

Al poco, los leños secos produjeron una llamarada que iluminó cada rincón y Mary vio que el anciano yacía tranquilo con la cabeza ligeramente ladeada. Se le acercó con paso silencioso y pensó que tenía el rostro inusitadamente inmóvil. Pero al instante, los vaivenes de las llamas alumbrando todos los objetivos la hicieron dudar. El palpitar de su corazón perturbaba tanto sus sentidos que incluso cuando le tocó y escuchó su respiración, no pudo fiarse de sus conclusiones. Se dirigió a la ventana y descorrió suavemente las cortinas y los estores de forma que la tenue luz cayera sobre la cama.

Al momento siguiente corrió hacia la campanilla y la hizo sonar enérgicamente. Pronto no hubo duda de que Peter Featherstone había muerto, la mano derecha sujetando las llaves y la izquierda reposando sobre un montón de billetes y monedas de oro.

LIBRO LV

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

CAPÍTULO UNO

Peter Featherstone fue enterrado una mañana de mayo. En el prosaico vecindario de Middlemarch, mayo no era siempre cálido y soleado y esta mañana particular un viento fresco esparcía las flores de los jardines cercanos por los verdes montículos del cementerio de Lowick. Sólo de cuando en cuando permitían las veloces nubes que un rayo iluminara cualquier objeto, feo o hermoso, que por casualidad se encontrara dentro de su haz dorado. En el cementerio, los objetos eran curiosamente variopintos, pues un pequeño grupo rural se había concentrado para ver el funeral. Había corrido la noticia de que iba a ser un «gran entierro»; el anciano caballero había dejado instrucciones por escrito de todo, y quería tener un funeral «mejor que el de sus superiores». Esto fue cierto, pues el viejo Featherstone no había sido un Harpagón cuyas pasiones se hubieran visto devoradas por la escuálida y hambruna pasión del ahorro ni que hubiera negociado de antemano una rebaja con el de la funeraria.

Le encantaba el dinero, pero también disfrutaba gastándoselo gratificando sus gustos peculiares, y tal vez lo amara sobre todo como medio de que otros notaran su poder de forma más o menos cómoda. Si alguien argumenta que debieron existir atisbos de bondad en el viejo Featherstone, no lo negaré. Pero he de observar que la bondad es de naturaleza modesta, de fácil disuasión, y cuando ha sido baqueteada desde joven por vicios descarados, tiende a recluirse en la mayor privacidad, de forma que quienes más fácilmente creen en ella son aquellos que construyen teóricamente a un anciano egoísta, y no quienes forman criterios más estrechos, pero basados en una relación personal. En cualquier caso, se había empeñado en tener un hermoso funeral y en obligar a ir a quienes hubieran preferido quedarse en casa. Incluso ordenó que parientes femeninos le acompañaran hasta la tumba y la pobre hermana Martha había emprendido a este fin un dificultoso viaje desde Chalky Flats. A ella y a Jane les hubiera alegrado (aunque de manera sollozante) esta muestra de que un hermano al que no le gustaba verlas en vida se mostrara prospectivamente complacido por su presencia al convertirse en testador, si la muestra no fuera equívoca al verse extendida a la señora Vincy, cuyo dispendio de un crespón muy elegante parecía llevar implícitas las expectativas más presuntuosas, agravado todo ello por el color de sus mejillas, claro indicador de que no era pariente consanguínea sino que pertenecía a esa facción, por lo general objetable, denominada familia de la esposa.

Todos nosotros somos, de una u otra manera, imaginativos, pues las imágenes son el fruto del deseo; y el pobre Featherstone, que se reía mucho de la forma en la que los demás se engatusaban unos a otros, no escapó al compañerismo de la ilusión. Al escribir el programa de su entierro no se confesó a sí mismo que el placer que le producía el pequeño drama del que formaba una parte se reducía a la anticipación. Al disfrutar con los tormentos que podía infringir con la rigidez de su puño inerte, inevitablemente mezclaba su conciencia con esa presencia lívida e inmóvil, y en la medida en que le preocupaba una vida futura, esta preocupación consistía en la gratificación dentro del ataúd. Así pues, el anciano Featherstone también era, a su manera, imaginativo.

Sea como fuere, los tres carruajes de duelo se llenaron siguiendo las órdenes escritas del difunto. A caballo iban portadores del paño mortuorio ataviados con ricas cintas y crespones, e incluso los ayudantes llevaban brazaletes de luto caros y de buena calidad. La negra procesión, al desmontar, parecía aún mayor dado lo pequeño del cementerio. Los ensombrecidos rostros humanos y los atuendos negros tiritando ante el viento parecían narrar un mundo que contrastaba extrañamente con las flores y los retazos de sol sobre las margaritas. El clérigo que recibió al cortejo fue el señor Cadwallader, también por orden de Peter Featherstone, inducido a ello por motivos especiales, como de costumbre. Despreciando a los coadjutores a quienes siempre calificó de subalternos, quería que le enterrara un clérigo beneficiado. El señor Casaubon estaba descartado, no sólo porque rehusaba las obligaciones de este tipo, sino porque el señor Featherstone sentía por él una antipatía especial como rector de su propia parroquia, que poseía un gravamen sobre la tierra en forma de diezmo, así como por ser el encargado del sermón matutino que el anciano, desde su banco y bien despierto, se había visto obligado a soportar con una mueca interna. Tenía reparos a que un pastor se alzara ante él y le predicara. Pero su relación con el señor Cadwallader había sido de otro tipo: el arroyo truchero que corría por tierras del señor Casaubon pasaba también por las del señor Featherstone, de manera que el señor Cadwallader era un pastor que en lugar de predicarle, había tenido que pedirle favores. Además pertenecía a la alta burguesía que vivía a cuatro millas de Lowick, compartiendo así el mismo cielo que el del condado y otros altos cargos vagamente considerados como necesarios para el funcionamiento de las cosas. Habría una satisfacción en el hecho de que le enterrara el señor Cadwallader, cuyo propio nombre ofrecía una buena oportunidad, si se quería, de pronunciarlo mal.

Esta deferencia conferida al rector de Tipton y Freshitt era el motivo de que la señora Cadwallader fuera una del grupo que observaba el funeral del anciano Featherstone desde una de las ventanas superiores de la casa. No le gustaba visitar esa casa pero, como ella misma decía, disfrutaba viendo colecciones de extraños animales como los que se congregarían en este funeral y había convencido a Sir James y a la joven Lady Chettam para que les llevaran al rector y a ella a Lowick a fin de que la visita fuera, en conjunto, agradable.

—Iré a cualquier parte con usted, señora Cadwallader —había dicho Celia—, pero no me gustan los funerales.

—Hija mía, cuando tienes un clérigo en la familia, tienes que reajustar tus gustos. Eso hube de hacer yo muy pronto. Cuando me casé con Humphrey me dispuse a que me gustaran los sermones y empecé aficionándome a los finales. Eso pronto lo extendí a la parte central, y luego al principio, porque sin estos, no podía apreciar el final.

—Pues naturalmente —dijo majestuosamente la viuda Lady Chettam.

La ventana superior desde la que se veía bien el funeral era la de la habitación que ocupara el señor Casaubon durante el tiempo en que se le había prohibido trabajar, pero a pesar de las advertencias y las recetas casi que había reanudado ahora su acostumbrado estilo de vida así que, tras recibir cortésmente a la señora Cadwallader, había vuelto a la biblioteca para rumiar un erudito error respecto de Kus y Misraím.

De no ser por las visitas, también Dorothea se hubiera encontrado encerrada en la biblioteca, y no hubiera presenciado esta escena del funeral del viejo Featherstone, que, apartada como parecía estar de su vida, recordaría ya siempre al tocar ciertos puntos sensibles de la memoria, del mismo modo que la visión de San Pedro en Roma estaba vinculada a sus momentos de desaliento. Las escenas que constituyen cambios vitales en la suerte de nuestros vecinos son el telón de fondo de las nuestras, pero sin embargo, igual que un aspecto determinado de los campos y los árboles, las asociamos a las épocas de nuestra propia historia, y componen una parte de esa unidad que subyace en la selección de nuestra conciencia más aguda.

La nebulosa asociación de algo ajeno y poco entendido con los secretos más hondos de su existencia, parecía reflejar esa sensación de soledad que se debía a lo apasionado de la naturaleza de Dorothea. La burguesía rural de aquellos tiempos vivía un ambiente social enrarecido: diseminados en sus casas de las colinas, observaban con imperfecta discriminación los grupos apiñados que vivían más abajo. Y Dorothea no se encontraba a gusto con la perspectiva y frialdad de las alturas.

—No miraré más —dijo Celia, cuando el cortejo hubo entrado en la iglesia, situándose detrás del codo de su marido a fin de poderle rozar el abrigo con la mejilla—. Seguro que a Dodo le gusta: le encantan las cosas melancólicas y la gente fea.

—Me encanta conocer algo de las personas entre las que vivo —dijo Dorothea, que había estado observándolo todo con el interés del monje en su gira de verano—, me da la impresión de que no sabemos nada de los vecinos nuestros que no son granjeros. Uno se pregunta constantemente qué tipo de vidas llevan, cómo se toman las cosas. Le estoy muy agradecida a la señora Cadwallader por sacarme de la biblioteca.

—Y haces bien… Los granjeros ricos de Lowick son tan curiosos como los búfalos o los bisontes y me atrevería a asegurar que en misa ni los ves. Son muy distintos de los arrendatarios de tu tío o de Sir James; son monstruos…, granjeros sin terrateniente…, uno no sabe cómo clasificarles.

—La mayoría de esta gente no es de Lowick —observó Sir James—. Supongo que serán legatarios venidos de lejos o gente de Middlemarch. Me dice Lovegood que el viejo ha dejado mucho dinero además de tierras.

—¡Vaya, vaya! y habiendo tantos hijos jóvenes que no pueden cenar por cuenta propia —dijo la señora Cadwallader—. ¡Ah! —continuó, dándose la vuelta al oír que se abría la puerta—, aquí está el señor Brooke. Ya me parecía que estábamos incompletos y he aquí la explicación. Me imagino que estará aquí para ver este extraño funeral, ¿no?

—Pues no, había venido a ver a Casaubon, a ver cómo andaba. Y a traer una noticia, hija mía, una pequeña noticia —dijo el señor Brooke, dirigiéndose a Dorothea que en este momento se acercaba a él—. Miré en la biblioteca al entrar y vi a Casaubon inmerso en sus libros. Le dije que no estaba bien: le dije «Esto no está nada bien, piense en su esposa, Casaubon». Y me prometió subir. No le conté mis noticias, le dije que tenía que subir.

—¡Ah! ya salen de la iglesia —exclamó la señora Cadwallader—. ¡Jesús, qué grupo más variopinto! El señor Lydgate, como médico, supongo. Qué mujer tan guapa, y el joven rubio debe de ser su hijo. ¿Sabe usted quiénes son, Sir James?

—Veo a Vincy, el alcalde de Middlemarch, así que seguramente sean su mujer y su hijo —respondió Sir James, mirando interrogadoramente al señor Brooke quien asintió y dijo:

—Sí, una familia muy respetable…, un buen tipo Vincy, es una honra para los intereses industriales. Le ha visto usted en mi casa.

—Ah sí, uno de los de su comité secreto —dijo provocante, la señora Cadwallader.

—Pero aficionado a la caza menor —dijo Sir James, con la antipatía del que se dedica a la caza del zorro.

—Y uno de los que exprime a los pobres tejedores manuales de Tipton y Freshitt. Así está su familia de hermosa y elegante —dijo la señora Cadwallader—. Esas personas de cara aberenjenada son un contraste magnífico. ¡Jesús, parecen una colección de jarras! Miren a Humphrey, parece un arcángel feo descollando entre ellos con su sobrepelliz blanco.

—La verdad es que un funeral es algo muy serio —dijo el señor Brooke.

—Pero es que no lo voy a enfocar así. No puedo abusar de la solemnidad si no quiero que se me desgaste. Ya era hora de que este anciano se muriera y ninguna de estas personas lo siente.

—¡Qué pena! —dijo Dorothea—. Este funeral me parece la cosa más patética que he visto jamás. Es un borrón en la mañana. Me horroriza pensar que alguien puede morir sin dejar atrás ni un rastro de cariño.

Iba a continuar, pero vio entrar a su marido y sentarse al fondo. Su presencia no siempre la gratificaba, pues a menudo tenía la impresión de que interiormente desaprobaba lo que ella decía.

—Decididamente —exclamó la señora Cadwallader—, hay un rostro nuevo que ha surgido de detrás de ese hombre corpulento. Es el más extraño de todos: una cabecita pequeña con ojos saltones, como una rana. Miren. Debe correrle otra sangre por las venas.

—¡A ver, a ver! —dijo Celia, despertada su curiosidad, y empinándose por encima de la señora Cadwallader—. ¡Qué cara— tan extraña! —y, con repentina y diferente sorpresa, añadió—: Pero Dodo, ¡no me habías dicho que había vuelto el señor Ladislaw!

Dorothea se sobresaltó y todos notaron su repentina palidez al levantar la vista hacia su tío, mientras el señor Casaubon clavaba en ella su mirada.

—Vino conmigo, es mi huésped en casa —dijo el señor Brooke en tono desenfadado y asintiendo con la cabeza a Dorothea como si aquella declaración fuera justo lo que ella hubiera esperado—. Y hemos traído el cuadro en el carruaje. Sabía que le gustaría la sorpresa, Casaubon. Es su viva imagen, en forma de Aquino, claro está. Justo lo que tiene que ser. Y ya oirán al joven Ladislaw hablar sobre ello. Habla extraordinariamente bien, explicando esto y lo otro…, sabe de arte y esas cosas. Es buena compañía, te sigue en cualquier tema…, justo lo que yo llevaba tiempo necesitando.

El señor Casaubon se inclinó con frialdad, dominando su irritación, pero sólo hasta el punto de poder permanecer callado. Recordaba igual de bien que Dorothea la carta de Will habiendo observado que no se encontraba entre las que aguardaban su recuperación, y concluyendo interiormente que Dorothea le había comunicado que no viniera a Lowick, había esquivado por orgullo referirse jamás al tema. Dedujo ahora que Dorothea le había pedido a su tío que invitara a Will a Tipton Grange y ella se sintió incapaz en ese momento de ofrecer una explicación.

La mirada de la señora Cadwallader se apartó del cementerio, se percató de una representación muda que no le resultaba todo lo comprensible que hubiera deseado y no pudo dejar de preguntar.

—¿Quién es el señor Ladislaw?

—Un joven pariente del señor Casaubon —contestó al punto Sir James. Su buena disposición le hacía con frecuencia ser rápido y certero en asuntos personales, y por la mirada de Dorothea a su marido había adivinado que algo la perturbaba.

—Un joven muy agradable; Casaubon ha hecho lo imposible por él —explicó el señor Brooke—. Compensa totalmente la inversión que hizo usted en él, Casaubon —prosiguió animadamente—. Espero que se quede una buena temporada en mi casa y a ver si así hacemos algo con mis documentos. Tengo muchos datos y muchas ideas y veo que es justamente el hombre adecuado para darle forma; recuerda bien las citas, omne tulit punctum, y todo eso; saca buen partido de cada tema. Le invité hace una temporada, Casaubon, cuando usted estaba enfermo. Dorothea me dijo que aquí no podía venir nadie y me pidió que escribiera.

La pobre Dorothea pensaba que cada palabra que profería su tío era tan agradable como un grano de arena en el ojo del señor Casaubon. Ahora sería de todo punto improcedente explicar que no había sido su deseo que su tío invitara a Will Ladislaw. No podía explicarse las razones de la antipatía que por Will sentía su esposo, antipatía que tenía muy grabada en la mente por la escena de la biblioteca, pero no consideraba apropiado decir nada que alertara a los demás sobre ello. La verdad era que el señor Casaubon no se había explicado a sí mismo del todo esa mezcla de razones: en él, como en todos nosotros, la irritación buscaba antes una justificación que un conocimiento de los motivos. Pero deseaba reprimir las muestras externas y sólo Dorothea pudo discernir los cambios en el rostro de su esposo antes de que éste respondiera con más reverencias y monotonía en su tono que de costumbre:

—Es usted extremadamente hospitalario, y debo agradecerle que ejerza su hospitalidad con un pariente mío.

El funeral había concluido y el cementerio empezaba a vaciarse.

—Ahora puede verle, señora Cadwallader —dijo Celia—. Es igual que una miniatura de la tía del señor Casaubon que está colgada en el gabinete de Dorothea: bastante apuesto.

—Un hermoso brote —dijo secamente la señora Cadwallader—. ¿Y qué ha de ser su sobrino, señor Casaubon? —Perdóneme usted, no es mi sobrino, es mi primo.

—Bueno, pues ya sabe —interpuso el señor Brooke—, está probando sus alas. Es el tipo de joven que despuntará. Me encantaría darle una oportunidad. Sería un buen secretario, como Hobbes, Milton, Swift. Es ese tipo de hombre.

—Entiendo —dijo la señora Cadwallader—. Alguien que sabe escribir discursos.

—Voy a buscarle, ¿eh, Casaubon? —dijo el señor Brooke—. No quería entrar hasta que yo le anunciara, ¿sabe? y bajaremos a ver el cuadro. Es su vivo retrato: el tipo de pensador profundo con el dedo índice señalando la página, mientras que San Buenaventura o no sé quién, bastante recio y florido, mira hacia la Trinidad. Todo es simbólico, esa clase elevada de arte. Me gusta eso, hasta cierto punto, pero sin extremarlo…, es extenuante de seguir. Pero ese es su terreno, Casaubon. Y su pintor ha pintado bien la carne: sólida, transparente y todo eso. Estuve muy impuesto en todo eso hace tiempo. Pero voy a buscar a Ladislaw.

CAPÍTULO DOS

Podemos suponer que cuando los animales entraron en el Arca por parejas, las especies aliadas debieron hacer muchos comentarios privados unas sobre las otras, y se vieron tentadas de pensar que tantas variedades alimentándose de la misma reserva de comida eran eminentemente superfluas, puesto que disminuirían las raciones. (Me temo que el papel representado por los buitres en esa escena fuera demasiado doloroso para que el arte lo reflejara, estando esos pájaros en desventaja dada la desnudez de su gaznate y careciendo, aparentemente, de ritos y ceremonias). El mismo tipo de tentación envolvió a los Carnívoros Cristianos que conformaban el cortejo funerario de Peter Featherstone, teniendo, la mayoría de ellos, puesta la vista en una reserva limitada de la cual cada uno de ellos hubiera querido sacar el máximo provecho. Los parientes consanguíneos reconocidos desde siempre así como los emparentados por matrimonio formaban ya un nutrido grupo, el cual, multiplicado por las posibilidades, ofrecía amplitud suficiente para las celosas conjeturas y las patéticas esperanzas. La envidia por los Vincy había creado una cofradía de hostilidad entre todos cuantos tenían sangre Featherstone, de forma que, en ausencia de una clara indicación de que uno de ellos fuera a recibir más que los otros, el miedo a que el larguirucho Fred Vincy heredara la tierra necesariamente predominaba, si bien seguía dejando abundante sentimiento y solaz para envidias más desdibujadas, como las que se sentían hacia Mary Garth. Solomon encontró tiempo para comentar que Jonah no se merecía nada, y Jonah para calificar a Solomon de avaricioso; Jane, la hermana mayor, mantenía que los hijos de Martha no debían esperar recibir tanto como los pequeños Waules, y Martha, más tolerante en el tema de la progenitura, se lamentaba de que Jane fuera tan «gulafre». Estos familiares más próximos se veían lógicamente muy impresionados ante lo irrazonable de las expectativas de los primos carnales y primos segundos, y empleaban las matemáticas para calcular las enormes sumas a las que podían ascender los pequeños legados, caso que hubiera muchos de estos. Dos primos estuvieron presentes en la lectura del testamento, y un primo segundo, además del señor Trumbull. Este primo segundo era un mercero de Middlemarch, educado y de superfluas aspiraciones de la hache. Los dos primos eran hombres mayores de Brassing, uno de ellos consciente de sus derechos a cuenta del engorroso gasto en que había incurrido por mor de los regalos de ostras y otros comestibles que le hiciera a su acaudalado primo Peter. El otro, saturnino por demás, apoyaba las manos y la barbilla en su bastón y no basaba sus derechos en una actuación estrecha sino en sus méritos en general. Ambos eran intachables vecinos de Brassing que deseaban que Jonah Featherstone no viviera allí. El ingenio familiar suele ser mejor apreciado entre los extraños.

—Podéis estar seguros de que el propio Trumbull cuenta con quinientas; no me extrañaría que mi hermano se las hubiera prometido —dijo Solomon a sus hermanos, pensando en voz alta, esa tarde antes del funeral.

—¡Válgame el cielo! —dijo la pobre hermana Martha, cuya idea de los ciento se había visto habitualmente reducida a su renta impagada.

Pero por la mañana, la corriente normal de conjeturas se vio alterada por la presencia de un acompañante desconocido que había aparecido entre ellos como venido de la luna. Era el desconocido al que la señora Cadwallader había descrito como con cara de rana, un hombre de unos treinta y dos o treinta y tres años, cuyos ojos saltones, finos labios, rictus hacía abajo y cabello alisado hacia atrás sobre una frente que se hundía abruptamente encima de las cejas, ciertamente dotaban a su rostro de una fijeza de expresión braquiana. Quedaba claro que era un nuevo legatario, de lo contrario, ¿por qué había sido llamado como acompañante? Aparecían aquí nuevas posibilidades, provocando nuevas incertidumbres, que frenaron los comentarios dentro de los coches fúnebres. Todos nos sentimos humillados por el repentino descubrimiento de un hecho que ha existido muy cómodamente y tal vez nos haya estado observando en privado mientras nosotros íbamos confeccionando nuestro mundo sin contar con él. Nadie salvo Mary Garth había visto antes a este desconocido y ella sólo sabía que había venido dos veces a Stone Court antes de que el señor Featherstone se hubiera encamado y habían permanecido varias horas juntos. Había tenido la ocasión de mencionárselo a su padre y tal vez Caleb, aparte del abogado, fuera el único que examinó al desconocido con más curiosidad que disgusto o sospecha. Caleb Garth, abrigando pocas expectativas y aún menos ambición, estaba interesado en la verificación de sus propias conjeturas, y la tranquilidad con la que, medio sonriente, se acariciaba la barbilla y lanzaba inteligentes miradas como si estuviera valorando un árbol, contrastaban con la inquietud o desprecio de los otros rostros cuando el acompañante desconocido, cuyo nombre se supo que era Rigg, entró en el salón de madera y se levantó junto a la puerta para formar parte de la audiencia cuando se leyera el testamento. En ese momento, el señor Solomon y el señor Jonah habían subido con el abogado a buscar el testamento, y la señora Waule, viendo dos asientos vacíos entre ella y el señor Borthrop Trumbull tuvo el ánimo de sentarse junto a esa gran autoridad que toqueteaba sus anillos y se atusaba el cabello decidido a no dar muestras de perplejidad o sorpresa, tan comprometedoras para un hombre de talento.

—Supongo que usted conoce todo lo que ha dispuesto mi pobre hermano, señor Trumbull —dijo la señora Waule en su más lanudo susurro, acercando hacia el señor Trumbull su sombrero enlutado de crespón.

—Mi buena señora, todo cuando se me dijo fue en confianza —respondió el subastador, levantando la mano como para proteger ese secreto.

—Quizá quienes estaban seguros de su buena suerte aún se vean defraudados —continuó la señora Waule, encontrando cierto alivio en esta posibilidad.

—Las esperanzas son a menudo engañosas —dijo el señor Trumbull, aún en confianza.

—¡Ah! —exclamó la señora Waule, mirando hacia los Vincy y regresando de nuevo junto a su hermana Martha—. Es extraordinario lo reservado que era el pobre Peter —dijo con el mismo susurro—. Ninguno sabemos lo que pensaba. Confío y espero que no tuviera peor bilis de lo que pensamos, Martha.

La pobre señora Cranch era voluminosa y, al padecer de asma —una razón más para que sus comentarios fueran poco excepcionales y de carácter general—, ocurría que incluso sus susurros eran audibles y susceptibles de repentinos estallidos como los de un organillo estropeado.

Jamás fui avariciosa, Jane —respondió—, pero tengo seis hijos y he enterrado a tres y no me casé con un hombre rico. El mayor, ahí sentado, sólo tiene diecinueve años, así que imagínate. Las reservas cortas, la tierra ingrata. Pero no he rezado y rogado más que a Dios nuestro señor…, aunque donde existe un hermano soltero y otro sin hijos tras dos matrimonios, ¡cualquiera pensaría que…!

Entretanto, el señor Vincy había observado el rostro inexpresivo del señor Rigg y había sacado su cajita de rapé, guardándosela de nuevo sin abrir como una indulgencia que, por mucho que clarificara la mente, no era apropiada a la ocasión.

—No me extrañaría que el viejo Featherstone tuviera mejores sentimientos de los que le atribuimos —le comentó a su mujer al oído—. Este funeral demuestra que ha pensado en todos. Está bien que un hombre quiera que le despidan sus familiares, y si son humildes no avergonzarse de ellos. Me sentiría muy contento si hubiera dejado muchos pequeños legados. Podrían serles extraordinariamente útiles a los que van justos de dinero.

—Todo es de lo más elegante, el crespón, la seda y todo —dijo complacida la señora Vincy.

Pero lamento decir que Fred tenía dificultades para reprimir su risa, lo que hubiera resultado más inoportuno que el rapé de su padre. Fred acababa de oír cómo el señor Jonah hacía una sugerencia acerca de «un hijo del amor» y con este comentario impreso en la mente, el rostro del desconocido, que tenía enfrente, le afectó grotescamente. Mary Garth, adivinando por sus gestos y su recurso a la tos el apuro en el que se encontrara, acudió con presteza en su auxilio pidiéndole que le cambiara el sitio, de manera que Fred se encontró en una silla en la penumbra. Fred se sentía bien dispuesto hacia todos, incluido Rigg, y simpatizando con estas personas que eran menos afortunadas de lo que él se sabía, no hubiera querido por nada en el mundo comportarse mal; de todos modos, era muy fácil reírse.

Pero la entrada del abogado y los dos hermanos atrajo la atención de todos.

El abogado era el señor Standish y había llegado esa mañana a Stone Court creyendo saber perfectamente quién, antes de concluir el día, se sentiría contento y quién se habría visto defraudado. El testamento que esperaba leer era el último de tres que había redactado para el señor Featherstone. El señor Standish no era hombre que variara su comportamiento; se dirigía a todo el mundo con la misma voz grave y displicente educación, como si no viera diferencias entre ellos, hablando principalmente de la cosecha de heno que sería «estupenda, ¡vive Dios!», de los últimos boletines referentes al Rey, y del duque de Clarence, que era un auténtico marinero, justo el hombre para gobernar una isla como Bretaña.

El anciano Featherstone a menudo había pensado sentado frente al fuego que Standish se sorprendería algún día. Es cierto que si hubiera hecho lo que quería al final quemando el testamento redactado por otro abogado, no se hubiera asegurado ese fin menor. No obstante, obtuvo su placer mientras lo rumiaba. Y la verdad es que el señor Standish quedó sorprendido, aunque no lo lamentaba; más bien al contrario, disfrutaba de la curiosidad que el descubrimiento de un segundo testamento añadía al eventual asombro por parte de la familia Featherstone.

Respecto a los sentimientos de Solomon y Jonah, se mantenían en suspenso. Les parecía que el antiguo testamento debería tener alguna validez, y que podría haber suficiente entrelazamiento entre las primeras y segundas intenciones del pobre Peter como para crear interminables «litigios» antes de que nadie recibiera lo suyo, inconveniente que, al menos, tendría la ventaja de ser el mismo para todos. Por tanto, los hermanos mostraron una seriedad absolutamente neutral cuando regresaron con el señor Standish, aunque Solomon sacó de nuevo el pañuelo blanco suponiendo que en cualquier caso habría trozos emotivos, aparte de que, en un funeral, las lágrimas, por secas que fueran, siempre se servían en linón.

Tal vez la persona que sintiera una mayor emoción en estos momentos fuera Mary Garth, consciente de que había sido ella la que había determinado virtualmente la aparición de este segundo testamento que podía tener singulares consecuencias para el destino de alguno de los presentes. Nadie salvo ella sabía lo que había ocurrido aquella última noche.

—El testamento que sostengo en la mano —dijo el señor Standish, quien, sentado a la mesa en el centro de la habitación, se tomaba su tiempo para todo incluyendo la tos con la que mostraba su disposición de aclararse la voz—, fue redactado por mí mismo y firmado por nuestro difunto amigo el nueve de agosto de mil ochocientos veinticinco. Pero encuentro que existe otro posterior que yo desconocía, con fecha de veinte de julio de mil ochocientos veintiséis, apenas un año después que el anterior. Y veo que también hay —el señor Standish, caladas las gafas, repasaba cautelosamente el documento—, un codicilo a este último testamento, de fecha uno de marzo de mil ochocientos veintiocho.

—¡Dios mío! —exclamó la hermana Martha sin intención de hacerse oír, pero forzada a la articulación por la presión de las fechas.

—Empezaré leyendo el primer testamento —continuó el señor Standish—, puesto que tal parece haber sido la intención del difunto dado que no lo destruyó.

El preámbulo se hizo bastante tedioso, y varios, además de Solomon, movían la cabeza mirando al suelo. Todas las miradas evitaban encontrarse y se fijaban principalmente sobre puntos diversos del mantel o sobre la calva del señor Standish, menos la de Mary Garth. Mientras todos los demás estuvieran intentando no mirar a nada en particular, Mary podía observarles a gusto. Y ante el primer «otorgar y ceden» vio los rostros cambiar sutilmente, como si por ellos pasara una leve vibración, menos el del señor Rigg, que permaneció sentado con inalterable calma; y, de hecho, la concurrencia, preocupada por problemas más importantes y la complicación de escuchar legados que podían o no ser revocados, había dejado de pensar en él. Fred se sonrojó y al señor Vincy le resultó imposible prescindir de su caja de rapé, aunque la mantuvo cerrada.

Primero vinieron las pequeñas donaciones y ni siquiera el recuerdo de que existía otro testamento y que el pobre Peter pudo habérselo pensado mejor consiguió acallar el creciente disgusto e indignación. A uno le gusta que le traten bien en todos los tiempos, pasado, presente y futuro. Y aquí estaba Peter, capaz de, cinco años atrás, dejarles a sus propios hermanos y hermanas sólo doscientas libras a cada uno, y tan sólo cien a cada uno de los sobrinos y sobrinas; a los Garth no se les mencionaba, pero la señora Vincy y Rosamond debían recibir cada una cien libras. El señor Trumbull recibía el bastón con empuñadura de oro y cincuenta libras; la misma hermosa suma recibirían los demás primos segundos y los primos presentes, suma que, como apuntó el primo saturnino, era una herencia que ni iba ni venía. Se oyeron muchas similares ofensas contra personas ausentes, familiares problemáticos y, era de temer, indeseables. Estimándolo por encima, hasta el momento se habían adjudicado tres mil libras. ¿Dónde pensaba Peter que fuera a parar el resto del dinero…, y la tierra? ¿Y qué quedaría revocado y qué no? Y esa revocación, ¿sería para bien o para mal? Todas las emociones debían ser condicionales, y podían resultar equivocadas. Los hombres eran lo suficientemente fuertes como para mantener la compostura y el silencio en medio de esta confusión, algunos dejando caer el labio inferior y otros frunciéndolo según la costumbre de sus músculos. Pero Jane y Martha se hundieron bajo el flujo de preguntas y empezaron a llorar mientras que la pobre señora Cranch se debatía entre el consuelo de recibir siquiera las doscientas sin habérselas trabajado y la semi consciencia de que su parte era exigua. Entretanto, a la señora Waule le embargaba la sensación de ser hermana y recibir poco, mientras que otros habrían de recibir mucho. La suposición generalizada ahora era que «el mucho» recaería en Fred Vincy, pero los propios Vincy se llevaron una sorpresa cuando a Fred le fueron legadas diez mil libras en inversiones específicas: ¿acaso también iba a heredar las tierras? Fred se mordió el labio: era difícil no sonreír y la señora Vincy se sintió la más feliz de las mujeres —perdiendo de vista ante esta deslumbrante visión la posibilidad de una revocación.

Aún quedaban residuos de propiedades personales además de la tierra, pero el total se legaba a una persona, y esa persona era…, ¡Oh posibilidades! ¡Oh expectativas cimentadas en la gracia de un caballero «agarrado»! ¡Oh vocativos interminables que seguirían dejando en la impotencia la posibilidad de expresar en su justa medida la necedad humana! …, ese legatario era Joshua Rigg, que era asimismo el único albacea testamentario y que en adelante asumiría el nombre de Featherstone.

Una inquietud que pareció un escalofrío recorrió la habitación. Todos miraron de nuevo al señor Rigg, que no aparentó sorpresa alguna.

—Una disposición testamentaria muy curiosa —exclamó el señor Trumbull, prefiriendo por una vez que se le considerara ignorante del pasado—. Pero existe un segundo testamento: otro documento. Aún no hemos escuchado la última voluntad del difunto.

Mary Garth pensó que lo que aún les restaba por oír no era la última voluntad. El segundo testamento revocaba todo salvo los legados a las personas humildes anteriormente mencionadas (algunas variaciones de los cuales constituían la razón del codicilo), y el legado de todas las tierras incluidas en la parroquia de Loaick, así como el ganado y los muebles de la casa, a Joshua Rigg. El resto de la propiedad debía destinarse a la fundación y subvención de asilos para ancianos, que se llamarían Asilos Featherstone, y que debían edificarse en un terreno cercano a Middlemarch ya adquirido a tal fin por el testador, siendo su deseo —así rezaba el documento— complacer a Dios nuestro Señor. Nadie de los presentes recibía ni un centavo, pero el señor Trumbull retenía el bastón con empuñadura de oro. La concurrencia tardó un rato en recuperar su capacidad de expresión. Mary no se atrevía a mirar a Fred.

El señor Vincy fue el primero en hablar —tras hacer un uso enérgico de su caja de rapé— y habló con expresiva indignación.

—¡Es el testamento más inexplicable que jamás oyera! No estaría en su sano juicio cuando lo hizo. Yo diría que este último testamento es nulo —añadió el señor Vincy, con la sensación de que esta expresión colocaba las cosas en su verdadero sitio—. ¿No le parece, Standish?

—Opino que nuestro difunto amigo siempre supo lo que se hacía —respondió el señor Standish—. Todo está en regla. Hay una carta de Clemmens de Brassing atada al testamento. Él lo redactó. Es un abogado muy serio.

—No he observado ningún tipo de enajenación mental o aberración intelectual en el fallecido señor Featherstone —dijo Borthrop Trumbull—, pero entiendo que este testamento es excéntrico. Siempre estuve dispuesto a ayudar al pobre, y me insinuó con bastante claridad un sentimiento de obligación que se vería reflejado en el testamento. El bastón de empuñadura de oro es una farsa si se toma como su reconocimiento hacia mí; pero afortunadamente estoy por encima de consideraciones mercenarias.

—No hay nada demasiado sorprendente en el asunto —dijo Caleb Garth—. Cualquiera hubiera tenido aún más razones para preguntarse si el testamento era lo que esperaba si se hubiese tratado de un hombre abierto y sincero. Por lo que a mí respecta, ojalá no hubiera testamentos.

—¡Vaya sentimiento extraño para proceder de un cristiano! —dijo el abogado—. ¡Me gustaría saber cómo puede apoyar ese comentario, Garth!

—Bueno —dijo Caleb, inclinándose hacia adelante, juntando las puntas de los dedos y mirando al suelo meditabundo. Las palabras siempre le parecían la parte más difícil de los «negocios».

Pero aquí se hizo oír el señor Jonah Featherstone.

—Mi hermano Peter siempre fue un absoluto hipócrita. Pero este testamento deja chico todo lo demás. De haberlo sabido, ni una carreta con seis caballos me sacan de Brassing. Mañana me planto un sombrero blanco y un abrigo gris.

—¡Dios mío! —sollozaba la señora Cranch—, ¡con todo lo que nos ha costado el viaje, y ese pobre muchacho, sentado ahí ocioso tanto tiempo! Es la primera vez que oigo que mi hermano Peter tenía tanto interés por contentar a Dios. Aunque me quedara paralítica debo admitir que es muy duro; no puedo decir otra cosa.

—De poco la servirá allí donde se ha ido, esa es mi opinión —dijo Solomon, con una amargura asombrosamente auténtica si bien no pudo evitar que su tono fuera sibilino—. Pero tenía mala vesícula, y los asilos no podrán ocultarlo cuando ha tenido la desfachatez de demostrar su maldad hasta el final.

—Y teniendo como ha tenido siempre a su propia familia, hermanos y hermanas y sobrinos y sobrinas, y se ha sentado con ellos en la iglesia cuando le parecía oportuno venir —dijo la señora Waule—. Pudiendo dejar sus propiedades tan tranquilamente a quienes nunca han sido dados a la extravagancia o la irresponsabilidad de ninguna clase, y no siendo tampoco tan pobres como para que no hubieran podido ahorrarlo todo y aún aumentarlo. Y yo, ¡la de veces que me he molestado en venir aquí y hacer de hermana mientras él todo el tiempo iba pensando cosas que ponen los pelos de punta! Pero si el Todopoderoso lo ha permitido es que tiene la intención de castigarle por ello. Hermano Solomon, yo me marcho si me llevas.

—No deseo volver a poner los pies aquí de nuevo —dijo Solomon—. Tengo mis propias tierras y propiedades para legar a quien quiera.

—Es una pobre historia la que cuenta cómo va la suerte en el mundo —dijo Jonah—. Nunca compensa tener un poco de brío. Es mejor ser como el perro del hortelano. Pero los que no están bajo tierra pueden aprender una lección. El testamento de un imbécil es ya bastante en una familia.

—Hay más de una forma de ser un imbécil —dijo Solomon—. Yo no tiraré a la basura mi dinero y tampoco se lo legaré a los desvalidos de África. Me gustan los Featherstones que crecieron como tales y no quienes se convirtieron en Featherstone pegándose el nombre.

Solomon dirigió estos comentarios a la señora Waule en voz alta mientras se levantaba para acompañarla. El hermano Jonah se sentía capaz de mucha más mordacidad que ésta, pero pensó que era inútil herir al nuevo propietario de Stone Court hasta no estar totalmente seguro de que carecía de toda intención hospitalaria hacia hombres ingeniosos cuyo nombre estaba a punto de llevar.

El señor Joshua Rigg, mientras tanto, parecía preocuparse poco por las indirectas, pero mostró un conspicuo cambio de actitud, dirigiéndose con gran serenidad al señor Standish, al cual dirigió frías preguntas profesionales. Tenía una voz chillona y un horrible acento. Fred, en quien ya no provocaba la risa, pensaba que era el monstruo más vil que jamás hubiera visto. Pero Fred se sentía bastante enfermo. El mercero de Middlemarch esperó la oportunidad para entablar conversación con el señor Rigg se desconocía cuántos pares de piernas tendría que vestir el nuevo dueño y más valía confiar en los beneficios que en los legados. Además, el mercero, siendo primo segundo, estaba lo suficientemente alejado como para sentirse curioso.

El señor Vincy, tras su único exabrupto, había guardado un altivo silencio, aunque la preocupación fruto de desagradables sentimientos le impidió moverse hasta observar que su mujer se había acercado a Fred y lloraba quedamente mientras sostenía la mano de su predilecto. Se levantó al momento y, de espaldas a la concurrencia, le susurró:

—No te desmorones, Lucy, no hagas el ridículo delante de esta gente, mi amor —y con su acostumbrado tono sonoro añadió—: Vete a por el faetón, Fred; no tengo tiempo que perder.

Mary Garth se había estado preparando para irse con su padre. Se encontró con Fred en el recibidor y por primera vez se atrevió a mirarle. Tenía esa palidez marchita que en ocasiones cubre los rostros jóvenes, y la mano muy fría cuando se la extendió. Mary también estaba alterada; era consciente de que, fatalmente, sin pretenderlo, tal vez hubiera cambiado el destino de Fred.

—Adiós —dijo con cálida tristeza—. Sé valiente Fred. Creo de verdad que estás mejor sin el dinero. ¿De qué le sirvió al señor Featherstone?

—Todo eso está muy bien —dijo Fred, enfurruñado—. Pero ¿qué voy a hacer? Ahora me veré obligado a entrar en la Iglesia —(sabía que esto enfadaría a Mary; pues bien, que le dijera qué otra cosa podía hacer)—. Y pensé que habría podido pagar a tu padre inmediatamente y arreglarlo todo. Y a ti ni siquiera te ha dejado cien libras. ¿Qué vas a hacer ahora, Mary?

—Coger otro empleo, por supuesto, en cuanto lo encuentre. Mi padre ya tiene bastante con mantener a los demás. Adiós.

En pocos minutos Stone Court se quedó vacío de auténticos Featherstones y otras visitas de largos años. Otro desconocido se asentaba en el vecindario de Middlemarch, pero en el caso del señor Rigg Featherstone hubo más descontento con las consecuencias visibles inmediatas que especulación respecto del efecto que su presencia pudiera tener en el futuro. Nadie fue lo bastante profeta como para tener presentimientos sobre lo que aparecería tras el rastro de Joshua Rigg.

Y aquí me veo obligada, naturalmente, a reflexionar sobre el modo de elevar un tema indigno. Los paralelos históricos son asombrosamente eficaces para ello. La principal objeción a ellos es que el narrador diligente puede carecer de espacio, o (lo que a menudo es lo mismo) no pueda pensar en ellos con ningún grado de particularidad, aunque tenga la confianza filosófica de que, caso de conocerse, fueran ilustrativos. Parece un camino más corto y más fácil hacia la dignidad el observar que, puesto que jamás hubo una historia verdadera que no se pudiera contar en parábolas transformando un mono en un margrave y viceversa, cualquier cosa que yo haya o vaya a narrar acerca de la gente humilde puede ennoblecerse si se toma como una parábola, de manera que si se sacan a la luz los malos hábitos y las feas consecuencias, el lector puede encontrar el consuelo de considerarlos tan sólo figurativamente burdos, y puede sentirse virtualmente en la compañía de personas de cierto estilo. Así pues, mientras cuento las verdades respecto de los paletos rurales, no es preciso que la imaginación de mis lectores prescinda de ocuparse de los lores, y las miserables sumas que cualquier insolvente de alto nivel sentiría le quedaran de retiro pueden elevarse al nivel de alta transacción comercial por mor de la barata adición de los ceros proporcionales.

En cuanto a cualquier historia de provincias en la que los agentes tengan todos un alto rango moral, deberá esperarse a fechas muy posteriores al primer Proyecto de Ley de reforma electoral, y, como ven, Peter Featherstone murió y fue enterrado algunos meses antes de que Lord Grey tomara posesión de su cargo.

CAPÍTULO TRES

El señor Vincy regresó a casa de la lectura del testamento con un punto de vista considerablemente modificado respecto de muchos temas. Era hombre de mente abierta, pero dado a expresarse de modo indirecto: cuando el mercado para sus galones de seda no le satisfacía, insultaba al mozo de cuadra, cuando su cuñado Bulstrode le había amohinado, hacía comentarios hirientes sobre el metodismo, y ahora se hizo patente que consideraba la ociosidad de Fred con repentina y aumentada severidad al sacar de una patada un gorro bordado de la habitación de fumar.

—Bueno, joven —comentó cuando su hijo se disponía a retirarse a la cama—, espero que te habrás decidido a ir a la universidad el próximo trimestre para aprobar tus exámenes. He tomado ya mi determinación, así que te aconsejo que no pierdas tiempo en tomar la tuya.

Fred no respondió, estaba demasiado deprimido. Veinticuatro horas antes había pensado que en lugar de saber qué tendría que hacer, a estas alturas sabría que no tenía que hacer nada: que cazaría espléndidamente ataviado, montado sobre un caballo de primera, disfrutando por ello del respeto general. También creía que habría podido devolverle el dinero inmediatamente al señor Garth, y que Mary ya no tendría motivos para no casarse con él. Y todo esto iba a haberle llegado sin la necesidad de estudiar u otras molestias, simplemente por gracia de la providencia disfrazada del capricho de un anciano. Y ahora, al cabo de las veinticuatro horas, todas esas firmes expectativas quedaban deshechas. Resultaba muy duro que sintiendo aún los escozores de la desilusión, le trataran como si él hubiera podido evitarlo. Pero se marchó en silencio y su madre intercedió por él.

—No seas duro con el chico, Vincy. Saldrá adelante bien, aunque ese viejo malvado le haya engañado. Estoy tan segura de que saldrá adelante como de que estoy aquí sentada. Si no, ¿por qué le iban a haber arrancado de las garras de la muerte? Y yo digo que es un robo: prometerle la tierra era como dársela, y ¿qué es prometer sino que todo el mundo lo creyera así? Y ya ves que le había dejado diez mil libras, para luego quitárselas de nuevo.

—¡Quitárselas de nuevo! —exclamó, irritado el señor Vincy—. Te digo que el muchacho tiene mala estrella, Lucy. Y tú siempre le has malcriado.

—Bueno, Vincy, era mi primer hijo, y bien contento que estabas tú cuando nació. Estabas más orgulloso que nada —dijo la señora Vincy, recobrando con rapidez su alegre sonrisa.

—¿Quién sabe en lo que se han de convertir los niños? Bien tonto yo —dijo el marido, si bien algo más ablandado.

—¿Y quién tiene hijos más guapos y mejores que los nuestros? Fred está muy por encima de cualquier otro joven, se le nota en el habla que tiene amigos universitarios. Y Rosamond…, ¿dónde hay una chica como ella? Puede codearse con cualquier dama del reino y salir mejor parada. Ya ves, el señor Lydgate que ha tratado a lo mejorcito y ha estado en todas partes, se enamoró de ella al momento. Aunque yo casi que hubiera preferido que Rosamond no se hubiera prometido. Hubiera podido conocer a alguien yendo de visita que hubiera sido mucho mejor partido, en casa de su amiga la señorita Willoughby, por ejemplo. Esa familia tiene tan buenos parientes como el señor Lydgate.

—¡Al demonio con los parientes! —exclamó el señor Vincy—. Ya estoy harto de ellos. No quiero un yerno que tenga a sus parientes como única recomendación.

—Pero Vincy —dijo su mujer—, si parecías tan contento con todo ello. Es cierto que yo no estaba en casa, pero Rosamond me dijo que no habías puesto ni una pega al compromiso. Y ya ha empezado a comprar el mejor lino y la mejor batista para la ropa interior.

—No será con mi consentimiento —dijo el señor Vincy—. Suficiente voy a tener con un pícaro indolente como para tener que pagar vestimentas de boda. Corren malos tiempos, todo el mundo se arruina y no creo que Lydgate tenga ni un céntimo. No daré mi consentimiento para su boda. Que esperen, como hicieron antes sus padres.

—A Rosamond le va a doler, Vincy, y ya sabes que siempre te ha costado mucho negarle nada.

—Pero lo he hecho. Cuanto antes rompan el compromiso mejor. Además, si sigue como hasta ahora, Lydgate jamás hará dinero. Por el momento lo único que oigo decir que hace es enemigos.

—Pero el señor Bulstrode le tiene en mucha estima, cariño. A él sí le complacería la boda.

—¡Pues me importa un rábano! —exclamó el señor Vincy—. Bulstrode no va a ser quien les mantenga. Y si Lydgate se cree que voy a soltar dinero para sus gastos domésticos, está equivocado. No me sorprendería que tuviera que prescindir de mis caballos cualquier día de estos. Ya le puedes ir diciendo todo esto a Rosy.

No era éste un proceder infrecuente en el señor Vincy, precipitarse a asentir jovialmente y, al percatarse de su precipitación, emplear a otros para el ofensivo retractamiento. Sin embargo, la señora Vincy, que nunca se oponía voluntariamente a su marido, no perdió tiempo a la mañana siguiente en hacerle saber a Rosamond lo que había dicho. Rosamond, que estaba examinando unas labores de muselina, escuchó en silencio y cuando su madre hubo concluido movió levemente el grácil cuello, lo cual sólo una larga experiencia podía llegar a interpretar como un signo de absoluta obstinación.

—¿Qué dices tú, hija? —preguntó su madre, con tierna deferencia.

—Pues que lo que papá quiere decir no es nada de eso —dijo Rosamond, con tranquilidad—. Siempre ha dicho que deseaba que me casara con el hombre al que amara. Y me casaré con el señor Lydgate. Hace ya siete semanas que papá dio su consentimiento. Y espero que podamos tener la casa de la señora Bretton.

—Bien, hija. Dejo este asunto en tus manos para que tú lo arregles con tu padre. Siempre has sabido salirte con la tuya. Pero si hemos de ir a comprar damasco, hay que ir a Sadler's: es mucho mejor que Hopkin's. Claro que, aunque me encantaría que tuvieras una casa así, la de la señora Bretton es muy grande; necesitará muchísimos muebles, y alfombras y todo eso, además de vajillas y cristalerías. ¿Tú crees que el señor Lydgate cuenta con todo ello?

—No pensarás que se lo voy a preguntar, mamá. Doy por sentado que sabe lo que hace.

—Pero bien pudiera esperar dinero, hija, y todos suponíamos que tú, además de Fred, heredarías una buena cantidad. Y ahora, todo es tan espantoso…, no le saco gusto a nada, con este pobre chico así de deprimido.

—Eso no tiene nada que ver con mi boda, mamá. Fred tendrá que dejar de vaguear. Voy a subir arriba a darle esta labor a la señorita Morgan, hace muy bien los remates. Y pienso que quizá ahora Mary Garth podría hacerme algo. Cose exquisitamente, es lo que mejor hace. Me gustaría mucho que todos los volantes de batista llevaran doble remate, y eso es muy laborioso.

La creencia de la señora Vincy respecto de que Rosamond sabría manejar a su padre estaba bien fundada. Aparte de sus cenas y de su caza, el señor Vincy, a pesar de sus voceríos, se salía tan poco con la suya como un primer ministro: la fuerza de las circunstancias a menudo se le imponía, como suele ocurrirles a la mayoría de los hombres pomposos y amantes del placer, y la circunstancia llamada Rosamond era especialmente fuerte por mor de esa suave insistencia que, como sabemos, permite que una dulce y blanca sustancia viva se abra paso a pesar de la roca adversaria. Papá no era una roca: no tenía más fijeza que la de impulsos alternantes a veces denominado hábitos y esto era de todo punto desfavorable a que adoptara la única línea de conducta decisiva respecto al compromiso de su hija, a saber, indagar a fondo las circunstancias de Lydgate, confesar su propia imposibilidad para proporcionar dinero y prohibir tanto una boda precipitada como un compromiso que forzosamente debería ser largo. Como afirmación, esto parece muy sencillo y fácil, pero una decisión desagradable tomada durante las frías horas de la mañana tenía tantas condiciones en su contra como la escarcha, y raramente se mantenía ante las cálidas influencias del día. La indirecta si bien enfática manera de expresar su opinión a la cual tendía el señor Vincy sufrió en este caso mucha represión. Lydgate era hombre orgulloso, con quien las indirectas eran arriesgadas, y el lanzar al suelo el sombrero era impensable. El señor Vincy le temía un poco, se sentía halagado de que quisiera casarse con Rosamond, poco dispuesto a suscitar la cuestión de dinero dado que su posición personal no era ventajosa, temeroso de que un hombre de mejor familia y mayor educación que él le aventajara en el diálogo, y temeroso también de hacer algo que disgustara a su hija. El papel preferido del señor Vincy era el del generoso anfitrión a quien nadie critica. Durante la primera mitad del día, el trabajo impidió cualquier comunicación formal de una resolución adversa; la segunda trajo la cena, el vino, las cartas y la satisfacción general. Entretanto, las horas iban dejando cada una su pequeño depósito conformando gradualmente el motivo último para la inactividad, a saber, que era tarde para la acción.

El admitido novio pasaba la mayoría de sus veladas en Lowick Gate, y ante los propios ojos del señor Vincy siguió floreciendo un galanteo que no dependía en absoluto de adelantos monetarios de parte de los suegros o de supuestos ingresos profesionales. ¡Los galanteos juveniles…! ¡Redes de fina gasa! Incluso los puntos en los que se apoya, las cosas de las que penden sus sutiles entramados son apenas perceptibles: encuentros fugaces de las puntas de los dedos, cruces de miradas procedentes de órbitas negras y azules, frases inacabadas, leves cambios en mejillas y labios, ligerísimos estremecimientos. El entramado en sí está compuesto de creencias espontáneas y gozos indefinibles, anhelos de uno hacia otro, visiones de perfección, confianza ilimitada. Y Lydgate se dedicó a tejer esa red que partía de su propio interior con asombrosa rapidez, a pesar de que el drama de Laure hacía suponer que su experiencia estaba completa, y a pesar también de la medicina y la biología, pues se observa que la inspección de músculos macerados y de ojos presentados en una fuente (como los de Santa Lucía), así como otros incidentes de la investigación científica, son menos incompatibles con el amor poético que una torpeza natural o un alegre gusto por la prosa más inferior. En cuanto a Rosamond, la invadía el asombro expansivo del nenúfar ante su vida más plena, y también se aplicaba con afán al tejido de la telaraña mutua. Todo esto se desarrollaba en la esquina del salón donde estaba el piano y, aunque se llevaba a cabo con gran sutileza, la luz lo convertía en una especie de arco iris visible a muchos observadores además del señor Farebrother. La certeza de que la señorita Vincy y el señor Lydgate estaban prometidos se generalizó en Middlemarch sin la ayuda de un anuncio formal.

De nuevo la tía Bulstrode se inquietó, pero es esta ocasión se dirigió a su hermano, yendo al almacén deliberadamente para evitar la frivolidad de la señora Vincy. No recibió respuestas satisfactorias.

—Walter, no irás a decirme que has permitido que todo esto cuaje sin hacer ninguna averiguación respecto del porvenir del señor Lydgate, ¿no? —dijo la señora Bulstrode, mirando con ojos llenos de seriedad a su hermano, quien estaba de un humor de perros, cosa usual cuando se encontraba en el almacén—. Piensa en esta chica que ha crecido rodeada de lujos, de una forma demasiado mundana, me temo, ¿qué va a hacer si ha de adaptarse a unos ingresos exiguos?

—¡Maldita sea, Harriet! ¿Qué quieres que haga yo cuando llegan a la ciudad hombres sin habérseme pedido parecer? ¿Acaso tú le cerraste tu casa a Lydgate? Bulstrode ha sido el que más le ha respaldado. Yo jamás le he hecho demasiados cumplidos a ese joven. Deberías hablar de esto con tu marido, no conmigo.

—Pero Walter, ¿cómo vas a culpar al señor Bulstrode de nada? Estoy segura de que no desea este compromiso. —Si no hubiera tenido el apoyo de Bulstrode, yo jamás le hubiera invitado.

—Pero si le llamaste con la enfermedad de Fred, lo cual debió de ser una bendición —dijo la señora Bulstrode, perdiendo el hilo con las complicaciones del tema.

—Pues no sé si fue una bendición —dijo el señor Vincy, malhumoradamente—. Lo que sí sé es que mi familia me trae más preocupaciones de las que quiero. Fui un buen hermano para ti, Harriet, antes de que te casaras con Bulstrode, y tengo que decir que él no siempre muestra el espíritu amistoso hacia tu familia que cabría esperar —el señor Vincy se parecía poco a un jesuita, pero ni siquiera el jesuita más consumado hubiera podido volver las tornas de forma más experta. Harriet se encontró teniendo que defender a su esposo en lugar de culpar a su hermano y la conversación concluyó en un punto tan lejano al inicio como una reciente contienda entre los cuñados en una reunión parroquial.

La señora Bulstrode no le repitió a su marido las quejas de su hermano, pero por la noche le habló de Lydgate y Rosamond. Sin embargo, él no compartió su afectuosa inquietud, limitándose a hablar con resignación acerca de los riegos inherentes a los comienzos de una carrera médica y lo deseable que era la prudencia.

—Tenemos que rezar por esa cabeza loca, resultado de la educación que le han dado —dijo la señora Bulstrode, intentando despertar los sentimientos de su marido.

—Ciertamente, amor mío —respondió, asintiendo, el señor Bulstrode —. Los que no son de este mundo poco más pueden hacer para detener los errores de los tercamente mundanales. Esto es lo que debemos acostumbrarnos a reconocer respecto a la familia de tu hermano. Hubiera deseado que el señor Lydgate no hubiera realizado tal unión, pero mi relación con él se limita a utilizar su talento para los fines de Dios, fines que el gobierno divino nos va indicando.

La señora Bulstrode no dijo más, atribuyendo cierto grado de insatisfacción que sentía a su propia falta de espiritualidad. Opinaba que su marido era uno de esos hombres cuyas memorias debían escribirse cuando hubiera fallecido.

En cuanto a Lydgate, una vez fue aceptado, estaba dispuesto a asumir todas las consecuencias que creía prever con absoluta claridad. Por supuesto que debía casarse dentro de un año, tal vez incluso de medio. No era esto lo que había planeado, pero ello no impediría que llevara a cabo sus otros proyectos, simplemente habría de reajustarlos. La boda, por supuesto, debía prepararse en la forma usual. Tenía que procurarse una casa en lugar de las habitaciones que ocupaba actualmente, y Lydgate, habiendo oído hablar a Rosamond con admiración de la casa de la anciana señora Bretton (situada en Lowick Gate), estuvo al quite cuando se quedó vacía tras su muerte e inmediatamente inició los tratos para su obtención.

Hizo esto de un modo episódico, muy al estilo de como daba las órdenes a su sastre para cada detalle de su perfecta vestimenta, sin noción de resultar extravagante. Al contrario, hubiera despreciado cualquier ostentación de gasto, pues su profesión le había familiarizado con todo tipo de penurias y apreciaba mucho a quienes pasaban necesidades. Se hubiera comportado perfectamente en una mesa en la que la salsa se servía en una jarra a la que le faltara el asa, y de una elegante cena sólo hubiera recordado que había asistido un hombre que hablaba bien. Pero jamás se le había ocurrido que podía vivir de otro modo que lo que él denominaba el modo normal, con copas verdes para el vino del Rin y un magnífico servicio de mesa. Al acercarse a las teorías sociales francesas, no se había impregnado del olor a chamusquina. Podemos barajar impunemente incluso opiniones extremas mientras nuestro mobiliario, nuestras cenas y nuestras preferencias por los escudos de armas nos vinculan indisolublemente con el orden establecido. Y Lydgate no tendía a las opiniones extremas: hubiera preferido que no existieran las doctrinas de los descalzos, siendo como era muy especial respecto a sus propias botas. No era radical en nada salvo en la reforma médica y la persecución del descubrimiento científico. En lo que resta de la vida práctica, caminaban por hábito hereditario, en parte debido a ese orgullo personal e irreflexivo egoísmo que ya he llamado vulgaridad, en parte por esa ingenuidad que pertenecía a la preocupación por ideas predilectas.

Cualquier duda interna que Lydgate pudiera tener respecto a este compromiso que se le había venido encima sigilosamente, recaía sobre la falta de tiempo más que de dinero. Evidentemente, el estar enamorado y que te espere continuamente alguien que siempre resultaba ser más bonita de lo que el recuerdo podía representarla, interfería con el uso diligente de esas horas sobrantes que podrían servirle a algún «tenaz alemán» para alcanzar ese gran e inminente descubrimiento. Este era un buen motivo para no retrasar demasiado la boda, como le insinuó al señor Farebrother un día en que el vicario llegó a su habitación con ciertos productos de charca que quería examinar con un microscopio mejor que el propio, y a la vista de la confusión reinante en la mesa de Lydgate, repleta de aparatos y especímenes, dijo cáusticamente:

—Eros ha degenerado; empezó introduciendo el orden y la armonía y ahora devuelve el caos.

—Hay etapas en que sí —dijo Lydgate, enarcando las cejas y sonriendo, mientras ajustaba el microscopio—. Pero después vendrá un orden mejor.

—¿Pronto? —preguntó el vicario.

—Espero que sí. Ese estado tan inestable de cosas consume mucho tiempo y cuando se tienen ideas en la ciencia, cada momento supone una oportunidad. Estoy convencido que el matrimonio debe ser lo mejor para alguien que quiera trabajar sostenidamente. Lo tiene todo en casa, no hay lugar para que las especulaciones personales te provoquen. Hay tranquilidad y libertad.

—Le envidio —dijo el vicario—, por tener semejante perspectiva…; Rosamond, tranquilidad y libertad, todo para usted. Y heme aquí yo, con tan sólo mi pipa y mis animalillos. Bien, ¿está listo?

Lydgate no le mencionó al vicario otra razón para querer acortar el periodo de noviazgo. Le resultaba bastante irritante, incluso con el vino del amor corriéndole por las venas, verse obligado a mezclarse tanto con la familia Vincy, participar del cotilleo de Middlemarch, de la prolongada animación y juegos de cartas y la insulsez general. Tenía que mostrarse respetuoso cuando el señor Vincy decidía algo con flagrante ignorancia, sobre todo en lo referente a cuáles eran los mejores licores internos que previenen los efectos de malos aires. La sencillez y la franqueza de la señora Vincy no reflejaban rastro de sospecha respecto de la sutil ofensa que pudieran suponer para el gusto de su futuro yerno, y, en conjunto, Lydgate tenía que confesarse que se estaba apeando un poco al emparentarse con la familia de Rosamond. Pero esa exquisita criatura sufría personalmente de la misma forma y era muy gratificante pensar que, al casarse con ella, le proporcionaría un muy necesario trasplante.

—¡Cariño! —le dijo una tarde en su tono más dulce al sentarse junto a ella y observar su rostro de cerca.

Pero primero he de decir que la había encontrado sola en el salón donde la enorme y anticuada ventana, casi tan amplia como toda la pared de ese lado de la habitación se encontraba abierta a los aromas del verano que procedían del jardín de la parte trasera de la casa. Sus padres estaban en una fiesta y el resto de la familia había salido con las mariposas.

—¡Cariño! Tienes los ojos rojos.

—¿Sí? —dijo Rosamond—. No sé por qué —no era su costumbre manifestar deseos o quejas. Sólo emanaban elegantemente si se solicitaban.

—¡Como si pudieras ocultármelo! —exclamó Lydgate, cogiendo tiernamente sus manos con la suya—. ¿No hay en tus pestañas una minúscula lágrima? Hay algo que te preocupa y no me dices. Eso es falta de amor.

—¿Por qué iba a decirte lo que no puedes cambiar? Son cosas cotidianas, aunque tal vez hayan sido un poco más molestas recientemente.

—Broncas familiares. No temas decírmelo. Lo adivino. —Papá ha estado más irritable últimamente. Fred le enfurece y esta mañana hubo otra pelea porque Fred amenaza con echar por la borda toda su educación y dedicarse a hacer algo muy por debajo de él. Y además…

Rosamond titubeó y sus mejillas empezaban a colorearse. Lydgate no la había visto apurada desde la mañana en que se comprometieron y jamás le había atraído tanto como en este momento. Besó con ternura los labios titubeantes como para infundirles ánimo.

—Me parece que papá no está del todo satisfecho con nuestro noviazgo —prosiguió Rosamond, casi susurrando—, y anoche dijo que hablaría contigo para que lo rompiéramos.

—¿Quieres romperlo? —dijo Lydgate, con ímpetu, casi enfadado.

—Nunca desisto de lo que elijo —respondió Rosamond, recobrando la calma al pulsarse esta cuerda.

—¡Dios te bendiga! —exclamó Lydgate, besándola de nuevo. Esta constancia en lo adecuado resultaba adorable. Continuó—: es demasiado tarde para que tu padre diga que debemos romper nuestro noviazgo ahora. Eres mayor de edad y te reclamo como mía. Si hay algo que te hace infeliz, razón de más para acelerar la boda.

Un gozo inconfundible asomó a los ojos azules que se encontraron con los suyos, y el resplandor parecía iluminar todo su futuro con una dulce iluminación. El ideal de felicidad (del tipo conocido en Las mil y una noches, en el que te invitan a pasar del tumulto y trabajo de la calle a un paraíso donde se te da todo y no se te reclama nada) parecía cosa de esperar unas cuantas semanas más o menos.

—¿Para qué vamos a demorarlo? —preguntó, con ardiente insistencia—. Ya tengo la casa, todo lo demás se puede ultimar pronto, ¿no? Supongo que no te preocuparán los trajes nuevos. Se pueden comprar después.

—¡Qué ideas más originales tenéis los sabios! —respondió Rosamond, acentuando sus hoyuelos una risa más marcada que de costumbre ante esta incongruencia humorística—. Es la primera vez que oigo hablar de comprar el ajuar después de la boda.

—Pero no querrás decirme que insistirías en que esperara sólo por el ajuar ¿no? —dijo Lydgate, dudando entre la idea de que Rosamond le estuviera atormentando coquetamente y el temor de que rehuyera una pronta boda—. Recuerda que nos espera una mayor felicidad que la presente, siempre juntos, independientes de otros y ordenando nuestra vida a nuestro gusto. Vamos, cariño, dime cuándo puedes ser del todo mía.

Había una seria súplica en el tono de Lydgate, como si con cualquier retraso fantástico sintiera que Rosamond le estaba hiriendo. Rosamond se contagió de la seriedad tornándose meditativa; la realidad es que tenía entre manos demasiados encajes, volantes y enaguas como para poder dar una respuesta que fuera al menos aproximada.

—Seis semanas serían suficientes, ¡di que sí, Rosamond! —insistió Lydgate, soltándole las manos para rodearla con el brazo.

Inmediatamente se alzó una pequeña mano para atusarse el pelo al tiempo que volvía el cuello meditativamente, para decir con seriedad a continuación:

—Quedaría la ropa de casa y el mobiliario. Pero bueno, mamá se podría encargar de eso mientras estamos fuera.

—Eso es. Tenemos que marcharnos una semana o así.

—¡Huy, más que eso! —dijo Rosamond con énfasis. Pensaba en los trajes de noche para la visita a Sir Godwin Lydgate, que interiormente llevaba tiempo anticipando como deliciosa ocupación de al menos una cuarta parte de la luna de miel, aún en el caso de que retrasara su presentación al tío que era doctor en Teología (rango agradable si bien sobrio cuando venía avalado por la sangre). Miró a su novio con cierta asombrada amonestación y él comprendió al punto que Rosamond deseara alargar el dulce tiempo de la doble soledad.

—Lo que quieras, mi amor, cuando fijes el día. Pero tomemos un rumbo decidido y pongamos fin a cualquier incomodidad que estés pasando. ¡Seis semanas! Seguro que eso será suficiente.

—La verdad es que sí podría acelerar el trabajo —dijo Rosamond—. Entonces, ¿se lo dirás tú a papá? Creo que lo mejor sería escribirle —se sonrojó y le miró como nos miran las flores del jardín cuando caminamos felices entre ellas en la extraordinaria luz del atardecer. ¿0 es que no hay un alma más allá de la palabra, medio ninfa, medio niña, entre esos delicados pétalos que brillan y respiran en los centros de profundo color?

Tocó con sus labios el lóbulo de su oreja y un poquito del cuello y permanecieron sentados inmóviles durante muchos minutos que fluyeron como un pequeño riachuelo burbujeante sobre el que caen los besos del sol. Rosamond pensó que nadie podría estar más enamorada que ella; y Lydgate pensó que después de todos sus locos errores y absurda credulidad, había encontrado la mujer perfecta, sintiéndose como si ya se derramara sobre él un exquisito afecto nupcial de una criatura encantadora que veneraba sus elevados pensamientos y enormes trabajos y jamás se entrometería en ellos, una criatura que pondría orden en el hogar y en las cuentas con queda magia, manteniendo prestos, sin embargo, los dedos para tañer el laúd y transformar en cualquier momento la vida en una aventura romántica, una criatura instruida para ser el auténtico límite femenino y ni un ápice más: dócil, por lo tanto, y dispuesta a cumplir los requerimientos procedentes de más allá de ese límite. Estaba más claro que nunca ahora que su idea de permanecer soltero mucho más tiempo había sido un error: el matrimonio no sólo no sería un obstáculo, sino un apoyo. Y como casualmente al día siguiente acompañara a un paciente a Brassing, compró al momento una vajilla que vio allí y que se le antojó justamente la adecuada. Ahorraba tiempo hacer estas cosas en el mismo instante en que las pensabas, y a Lydgate le espantaba la loza fea. La vajilla en cuestión era cara, pero tal vez todas lo fueran. Poner una casa era necesariamente costoso, pero al fin y al cabo sólo se hacía una vez.

—Debe de ser preciosa —dijo la señora Vincy cuando Lydgate le mencionó su adquisición con cierto detalle—. Justo lo que se merece Rosy… ¡Espero que no se rompa!

—Hay que contratar servicio que no rompa las cosas —dijo Lydgate. (Esto era razonar con una imperfecta visión de las secuencias. Pero en aquellos tiempos no existía razonamiento que no estuviera avalado más o menos por hombres de ciencia).

Obviamente, no era necesario posponer mención de nada a mamá, que no solía adoptar prestamente puntos de vista que no fueran animosos y que, siendo ella una esposa feliz, no podía sentir más que orgullo ante la boda de su hija. Pero Rosamond tenía buenas razones para sugerirle a Lydgate que apelara a su padre por escrito. Preparó la llegada de la carta caminando con su padre hasta el almacén a la mañana siguiente, diciéndole durante el recorrido que el señor Lydgate deseaba casarse pronto.

—Tonterías, hija —dijo el señor Vincy—. ¿De qué dispone para casarse? Más te vale romper ese compromiso. Te lo he dicho antes ya muy claramente. ¿De qué te sirve la educación que has tenido si te vas a casar con un hombre pobre? Es muy doloroso para un padre ver algo así.

—El señor Lydgate no es un hombre pobre, papá. Compró la consulta del señor Peacock que, según dicen, vale ochocientas o novecientas libras al año.

—¡Bobadas! ¿Qué significa comprar una consulta? Es como comprar las golondrinas del año que viene. Se le escapará por entre los dedos.

—Al contrario, papá, ampliará la consulta. Ya ve cómo le han llamado los Chettam y los Casaubon.

—Espero que sepa que yo no le voy a dar nada; con el desengaño de lo de Fred, el Parlamento a punto de disolverse, el destrozo de maquinaria por todas partes y a las puertas de una elección…

—¡Pero papá! ¿Y todo eso qué tendrá que ver con mi boda?

—¡Pues muchísimo! Igual nos arruinamos todos…, ¡así está el país! Hay quien dice que es el fin del mundo, y que me aspen si a mí no me lo parece. En cualquier caso, no es momento para que ande sacando dinero de mis negocios, y me gustaría que Lydgate lo supiera.

—Estoy convencida de que no espera nada, papá. Y está muy bien relacionado, así que progresará de un modo u otro. Se dedica a los descubrimientos científicos.

El señor Vincy guardó silencio.

—No puedo abandonar la única perspectiva de felicidad que tengo, papá. El señor Lydgate es un caballero. Jamás podría enamorarme de alguien que no fuera un perfecto caballero. No querría usted que me entrara una tisis, como le ocurrió a Arabella Hawley. Y ya sabe que nunca cambio de opinión.

De nuevo papá guardó silencio.

—Prométame, papá, que consentirá a nuestros deseos. No vamos a renunciar el uno al otro, y usted siempre se opuso a los noviazgos largos y los matrimonios tardíos.

Hubo un poco más de apremio de este tipo hasta que el señor Vincy dijo:

—Bueno, bueno, hija mía, debe escribirme antes de que pueda darle una respuesta —y Rosamond supo que se había salido con la suya.

La respuesta del señor Vincy consistió fundamentalmente en la exigencia de que Lydgate se hiciera un seguro de vida, lo cual fue de inmediato concedido.

Era esta una idea muy tranquilizadora en el supuesto de que Lydgate muriera, pero, entretanto, no le mantenía. No obstante, pareció arreglarlo todo respecto de la boda de Rosamond y continuaron las compras necesarias con gran animo. Sin embargo, no faltaron prudentes consideraciones. Una novia (que va a ir de visita a la casa de un baronet) debe poseer unos cuantos pañuelos de primerísima calidad, pero asegurada la media docena absolutamente necesaria, Rosamond se conformó para el resto sin los mejores bordados o encajes de Valenciennes. Asimismo, Lydgate, al descubrir que la cantidad de ochocientas libras había menguado considerablemente desde que viniera a Middlemarch, refrenó su inclinación por algunas piezas de plata de diseño antiguo que le fueron mostradas cuando entró en el establecimiento de Kibble, en Brassing, para comprar tenedores y cucharas. Era demasiado orgulloso para actuar como si presupusiera que el señor Vincy adelantaría dinero para el mobiliario y, puesto que no sería preciso pagar todo de golpe sino que se podrían dejar pendientes algunas facturas, no perdió el tiempo haciendo conjeturas respecto de cuánto le daría su suegro en forma de dote para facilitar sus pagos. No tenía intención de hacer extravagancias, pero había que comprar lo necesario y sería una mala economía el comprarlo de mala calidad. Todo esto era secundario.

Lydgate preveía que la ciencia y su profesión eran los únicos objetos que debía perseguir con entusiasmo, pero no se imaginaba haciéndolo en un hogar como el de Wrench, con las puertas abiertas, el hule desgastado, los niños llenos de manchas y la comida remisa en forma de huesos, cuchillos de mango negro y platos con dibujos de árboles. Claro que Wrench tenía un desastre de esposa linfática, una momia arrebujada en una toquilla; además de que debió de empezar ya con un aparato doméstico de todo punto inadecuado.

Sin embargo, Rosamond, por su lado, estaba muy ocupada con conjeturas, si bien su pronta iniciativa la aconsejaba no mostrarlas con demasiada crudeza.

—Me gustará mucho conocer a tu familia —dijo un día mientras comentaban el viaje de novios—. Tal vez pudieras tomar una dirección que nos permitiera verles a nuestra vuelta. ¿A cuál de tus tíos quieres más?

—Pues, creo que a mi tío Godwin. Es un tipo amable. —Pasabas mucho tiempo en su casa en Quallingham cuando eras niño ¿no? Cómo me gustaría ver ese lugar y todo aquello a lo que estabas acostumbrado. ¿Sabe que vas a casarte?

—Pues no —dijo Lydgate, con desinterés, girándose en la silla y mesándose los cabellos.

—¡Pues díselo, sobrino travieso y desobediente! Tal vez te pida que me lleves a Quallingham y entonces me lo podrías enseñar, y yo te imaginaría allí de niño. Recuerda que tú me ves en mi hogar, que sigue igual que cuando era niña. No es justo que yo sea tan ignorante de tu infancia. Aunque quizá te avergonzaras un poco de mí. Se me olvidaba.

Lydgate sonrió con ternura y aceptó gustoso la sugerencia de que el orgulloso placer de mostrar a tan gentil novia merecía la pena tomarse ciertas molestias. Y ahora que lo pensaba, sí que le gustaría volver a los viejos lugares con Rosamond.

—Le escribiré entonces. Pero mis primos son unos pelmas.

A Rosamond le parecía magnífico poder hablar con tanto desdén de los familiares de un baronet y se sintió muy complacida ante la perspectiva de poder juzgarlos ella misma con indiferencia.

Pero a punto estuvo mamá de estropearlo todo un par de días más tarde diciendo:

—Espero, señor Lydgate, que su tío Godwin no hará de menos a Rosy. Espero que se porte bien. Mil o dos mil libras no deben ser demasiado para un baronet.

—¡Mamá! —dijo Rosamond, sonrojándose profundamente. Lydgate se compadeció tanto de ella que permaneció en silencio, dirigiéndose, confundido, al otro extremo de la habitación y examinando con curiosidad un grabado. Mamá recibió posteriormente una reprimenda filial que aceptó con su acostumbrada docilidad. Pero Rosamond reflexionó que si alguno de esos primos pelmas de tanta alcurnia visitaran Middlemarch, verían muchas cosas en su propia familia que les sorprenderían. Por lo tanto, parecía aconsejable que, con el tiempo, Lydgate se procurara alguna consulta de primera en un lugar que no fuera Middlemarch, lo cual no debía serle muy difícil a un hombre que tenía un tío con título nobiliario y además hacía descubrimientos. Lydgate como se puede apreciar, le había hablado con fervor a Rosamond de sus esperanzas respecto a cómo emplear su vida de la forma más óptima, y le había resultado encantador el que le escuchara una criatura que le aportaría la dulzura añadida de un afecto gratificante…, hermosura…, reposo…, toda la ayuda que reciben nuestros pensamientos de un cielo de verano y unos prados con flores.

Lydgate confiaba mucho en la diferencia psicológica entre lo que, en aras a la variedad, denominaré ganso y gansa, en especial confiaba en la innata sumisión de la gansa como hermosa correspondencia a la fuerza del ganso.

CAPÍTULO CUATRO

La duda apuntada por el señor Vincy de si tan sólo se trataba de las elecciones generales o era el fin del mundo lo que se avecinaba, ahora que había muerto Jorge IV, que el Parlamento se había disuelto, que Wellington y Peele se encontraban generalizadamente desprestigiados y que el nuevo rey se deshacía en excusas, era una débil muestra de las incertidumbres de la vida de provincias del momento. A la mortecina luz de las casas rurales, ¿cómo iban las gentes a discernir sus propios pensamientos en medio de la confusión de un gobierno conservador que adoptaba medidas liberales, de nobles y electores conservadores que ansiaban elegir a liberales antes que a los amigos de los ministros desleales, y del griterío exigiendo remedios que parecían tener una connotación misteriosamente remota con intereses privados y resultaban sospechosos por el apoyo de vecinos desagradables? Los compradores de los periódicos de Middlemarch se encontraban en una situación anómala: durante la conmoción respecto a la cuestión católica, muchos habían repudiado el Pioneer (que llevaba un lema de Charles James Fox e iba en el carro del progreso) por haber tomado partido con Peel acerca de los papistas, mancillando así su liberalismo al tolerar el jesuitismo y a Baal. Pero estaban poco satisfechos con el Trumpet, el cual, a partir de sus aldabonazos contra Roma y en medio de la flaccidez generalizada de la opinión pública (nadie sabía quién apoyaría a quién) había debilitado sus soplidos.

Era un periodo, según un destacado artículo del Pioneer, en el que las acuciantes necesidades del país bien pudieran contrarrestar una reticencia por la acción pública de parte de aquellos hombres cuyas mentes habían adquirido, debido a una larga experiencia, amplitud además de concentración, decisión además de tolerancia, despego además de energía; en resumen, todas esas cualidades que en la melancólica experiencia de la humanidad han sido las menos dispuestas a compartir vivienda.

Al señor Hackbutt, cuya fluida verborrea se extendía con más amplitud que de costumbre en esos tiempos y dejaba mucha incertidumbre respecto de su cauce último, se le oyó decir en la oficina del señor Hawley que el artículo en cuestión «emanaba» de Brooke de Tipton, y que Brooke había comprado en secreto el Pioneer hacía unos meses.

—Eso significa alguna diablura, ¿no? —dijo el señor Hawley—. Ahora tiene el capricho de ser un personaje popular, después de pendulear aquí y allí como una tortuga extraviada. Peor para él. Le tengo echado el ojo desde hace tiempo. Vamos a zarandearle. Es un nefasto terrateniente. ¿Quién la mandará a un viejete rural barbillear a una panda de ciudadanos insignificantes? En cuanto a su periódico, espero que sea él mismo el que lo escribe. Valdría la pena lo que cuesta.

—Tengo entendido que tiene a un joven brillante que se lo dirige, que escribe artículos de fondo de la mejor calidad, a la altura de cualquier periódico londinense. Tiene la intención de comprometerse mucho en lo de la reforma.

—Lo que tiene que hacer Brooke es reformar sus alquileres; es un maldito tacaño y todos los edificios de su hacienda se están yendo al traste. Supongo que este jovenzuelo será algún rebotado de Londres.

—Se llama Ladislaw. Dicen que es descendiente de extranjeros.

—Conozco el tipo —dijo el señor Hawley—, será un infiltrado. Empezará aparatosamente con los derechos del hombre y acabará asesinando a alguna joven. Ese es el estilo.

—Debe admitir que hay abusos, Hawley —dijo el señor Hackbutt, vislumbrando un desacuerdo político con su abogado—. Yo mismo jamás apoyaría puntos de vista extremados, de hecho estoy con Huskisson, pero no puedo hacerme el sordo ante las consideraciones de que la no representación de las grandes ciudades…

—¡Al diablo con las grandes ciudades! —exclamó el señor Hawley, impaciente ante las largas exposiciones—. Sé un poco demasiado respecto a las elecciones de Middlemarch. Aunque anularan mañana todos los condados controlados por un solo individuo e incluyeran todas las ciudades crecientes del reino, sólo aumentarían los gastos para entrar en el Parlamento. Me baso en hechos.

La aversión del señor Hawley ante la idea de que el Pioneer estuviera dirigido por un espía y de que Brooke se convirtiera en un político activo —como si una tortuga de indecisa trayectoria asomara con ambición su pequeña cabeza y deviniera rampante— apenas alcanzaba la irritación sentida por algunos miembros de la propia familia de Brooke. El resultado había ido supurando gradualmente, como el descubrimiento de que un vecino ha instalado una desagradable industria que estará permanentemente bajo nuestra nariz sin que contra ello haya remedio legal. El Pioneer se había comprado en secreto incluso antes de la llegada de Will Ladislaw, habiéndose presentado la oportunidad esperada en la disposición del dueño a deshacerse de una valiosa propiedad que no era rentable, y en el intervalo desde que el señor Brooke escribiera su invitación, habían ido creciendo a cubierto esas ideas iniciales de dar a conocer al mundo sus ideas, algo que el señor Brooke llevaba dentro desde sus años mozos, pero que hasta el momento permaneciera soterrado.

El proyecto recibió un gran empuje por lo gratificante de su huésped, que resultó ser aún más satisfactorio de lo que el señor Brooke anticipara. Will no sólo parecía encontrarse totalmente en casa en aquellos temas artísticos y literarios que el señor Brooke tratara en tiempos, sino que era extraordinariamente ágil en captar los aspectos interesantes de la situación política y tratarlos con ese espíritu amplio que, ayudado por una memoria adecuada, se presta a la cita y a la efectividad general del tratamiento.

—Se me antoja una especie de Shelley, ¿saben? —aprovechó la oportunidad de decir el señor Brooke pensando complacer al señor Casaubon—. No me refiero en sentido inconveniente de relajo o ateísmo o nada parecido. Estoy seguro que los sentimientos de Ladislaw son buenos…, estuvimos hablando un rato largo anoche. Pero tiene el mismo tipo de entusiasmo por la libertad, la independencia, la emancipación…, buena cosa si está bien dirigida ¿verdad? Creo que podré encauzarle bien; y me complace tanto más, puesto que es un pariente suyo, Casaubon.

Si encauzarle bien significaba algo más concreto que el resto del discurso del señor Brooke, el señor Casaubon confiaba en silencio que ello se refiriera a algún quehacer a gran distancia de Lowick. No le había gustado Will mientras le estuvo ayudando, pero había comenzado a gustarle aún menos desde que rechazara su ayuda. Así somos cuando albergamos en nuestro carácter algún atisbo de envidia: si nuestros talentos son principalmente del tipo poceador, nuestro primo libador (y que suscita nuestro reparo por serios motivos) suele despreciarnos interiormente, y cualquiera que le admire a él está haciendo de nosotros mismos una crítica lateral. Abrigando nuestra alma los escrúpulos de la rectitud, estamos por encima de la mezquindad de perjudicarle, más bien nos encaramos a sus merecidas reclamaciones con subsidios activos, y el firmarle cheques, al darnos una superioridad que él está obligado a reconocer, dota a nuestra amargura de una infusión más suave. Resultaba que ahora se le había privado al señor Casaubon de esa superioridad (limitada ahora sólo a un recuerdo) de forma repentina y caprichosa. Su antipatía por Will no surgía de la vulgar envidia de un marido otoñal; era algo más profundo, fruto de sus eternas exigencias y descontentos, y Dorothea, ahora que se hallaba presente, Dorothea, como joven esposa que había demostrado una ofensiva capacidad de crítica, necesariamente daba concreción al malestar que antes había sido indefinido.

Por su parte, Will Ladislaw sentía que su antipatía aumentaba a costa de su gratitud e invertía mucho pensamiento interno en justificar esa aversión. Sabía muy bien que Casaubon le odiaba; percibió desde su primer encuentro una amargura en los labios y un veneno en la mirada que casi hubiera justificado la declaración de guerra a pesar de los beneficios anteriores. En el pasado había estado muy en deuda con Casaubon, pero verdaderamente, el hecho de casarse con esta esposa contrarrestaba esa deuda; era una cuestión de si la gratitud que se refiere a lo que hacen por uno, no debiera ceder el paso a la indignación ante lo que se hace contra otro. Y Casaubon había perjudicado a Dorothea casándose con ella. Un hombre debería conocerse mejor y si quería desarrollar huesos grises y crujidores en una cueva, nadie le mandaba engatusar a una joven para que le acompañara. «Es el más horrible de los sacrificios de vírgenes», se decía Will a sí mismo al imaginarse el interno pesar de Dorothea como si estuviera escribiendo un lamento del coro. Pero permanecería cerca de ella, cuidaría de ella…, aunque tuviera que renunciar a todo en esta vida, la cuidaría, y ella sabría que tenía un esclavo en el mundo. Will poseía, empleando la frase de Sir Thomas Browne, una «apasionada prodigalidad» de afirmación tanto respecto de sí mismo como de otros. La pura verdad era que nada le tiraba tanto entonces como la presencia de Dorothea.

Pero las invitaciones formales habían escaseado, pues a Will no se le había invitado a Lowick. El señor Brooke, seguro de hacer todas aquellas cosas agradables que a Casaubon, pobrecillo, se le escapaban por estar demasiado ensimismado, había llevado a Ladislaw a Lowick en varias ocasiones (presentándole entretanto en otros lugares y a la menor oportunidad como «un joven pariente de Casaubon»). Y, aunque Will no había visto a Dorothea a solas, sus encuentros habían bastado para que ella recuperara la antigua sensación de juvenil compañerismo con alguien más inteligente y sin embargo dispuesto a dejarse influir por ella. La pobre Dorothea no había encontrado antes de su matrimonio muchas mentes receptivas a lo que más le importaba, y, como sabemos, tampoco había disfrutado de la educación superior de su marido tanto como esperaba. Si se dirigía al señor Casaubon con vivo interés, él la escuchaba con aire de paciencia, como si estuviera citando del Delectau que a él le era familiar desde su tierna infancia, mencionando en ocasiones con sequedad las sectas o personajes antiguos que habían mantenido ideas parecidas, como si ya fuera algo demasiado manido. Otras veces le comunicaba que estaba en un error, reafirmando lo que el comentario de Dorothea había puesto en duda.

Pero Will Ladislaw siempre parecía ver más en lo que ella decía que ella misma. Dorothea era poco vanidosa, pero tenía la necesidad de la mujer ardiente de gobernar beneficiosamente a base de alegrar a otra alma. De aquí que la mera oportunidad de ver a Will ocasionalmente era como una mirilla abierta en el muro de su prisión, proporcionándole una visión del aire soleado. Este placer empezó a anular su alarma inicial respecto de lo que su esposo pudiera opinar de la presentación de Will como huésped de su tío. Sobre este tema el señor Casaubon había permanecido mudo.

Pero Will quería hablar con Dorothea a solas y le impacientaban las circunstancias lentas. Por muy leve que fuera el intercambio terrenal entre Dante y Beatriz y Petrarca y Laura, el tiempo modifica la proporción de las cosas y en tiempos posteriores es preferible tener menos sonetos y más conversaciones. La necesidad disculpaba la estrategia, pero la estrategia estaba limitada por el terror a ofender a Dorothea. Por fin descubrió que quería hacer un boceto especial en Lowick y una mañana en la que el señor Brooke tenía que ir por esa carretera de camino a la ciudad, Will pidió que le apeara, con su cuaderno y su taburete, en Lowick, y sin anunciarse en la casa, se dispuso a dibujar desde una posición en la que forzosamente vería a Dorothea si salía a dar un paseo, y sabía que solía pasear una hora por la mañana.

Pero la estrategia se vio desmontada por el tiempo. Las nubes se acumularon con traicionera rapidez, cayó la lluvia y Will se vio obligado a refugiarse en la casa. Basándose en su relación de parentesco tenía la intención de pasar al salón y esperar allí sin que le anunciaran, y al ver a su antiguo conocido el mayordomo en la entrada, dijo:

—No diga que estoy aquí, Pratt. Esperaré hasta la hora de comer; sé que al señor Casaubon no le gusta que le interrumpan cuando está en la biblioteca.

—El señor ha salido; sólo está la señora Casaubon en la biblioteca. Iré a decirle que está usted aquí, señor —dijo Pratt, hombre de sonrosadas mejillas dado a la amena conversación con Tantripp y a menudo coincidiendo con ella en que debía de resultarle muy aburrido a la señora.

—Está bien. Esta maldita lluvia me ha impedido dibujar —dijo Will, sintiéndose tan feliz que simuló indiferencia con pasmosa facilidad.

Al minuto siguiente se encontraba en la biblioteca, y Dorothea salía a su encuentro esbozando su sonrisa dulce y espontánea.

—El señor Casaubon ha ido a casa del arcediano —dijo al punto—. No sé si volverá mucho antes de la hora de comer. Estaba inseguro respecto de cuánto tardaría. ¿Quería decirle algo en especial?

—No; viene a dibujar, pero la lluvia me ha obligado a entrar. De lo contrario no la hubiera molestado aún. Supuse que el señor Casaubon estaría aquí y sé que le disgustan las interrupciones a esta hora.

—Entonces estoy en deuda con la lluvia. Me alegro mucho de verle —Dorothea pronunció esas palabras comunes con la llana sinceridad de una criatura triste a quien visitan en el colegio.

—Lo cierto es que vine buscando la oportunidad de verla a solas —dijo Will, misteriosamente impulsado a ser tan llano como ella. No se detuvo para preguntarse ¿por qué no?—. Quería hablar de cosas, como hicimos en Roma. Siempre es distinto cuando hay gente delante.

—Sí —respondió Dorothea, con su tono claro, lleno de asentimiento—. Siéntese —ella tomó asiento en un sofá de otomán oscuro, los libros marrones a su espalda. Vestida con un sencillo traje de fina lana blanca y sin un sólo adorno encima salvando su anillo de boda, parecía como si hubiera hecho voto de ser distinta a las demás mujeres. Will se sentó enfrente de ella a dos metros de distancia; la luz le caía sobre el pelo rizado y el delicado, aunque petulante perfil, con sus desafiantes curvas de labios y mentón. Se miraron el uno al otro como si fueran dos flores que se abrían allí y en ese instante. Por un momento Dorothea olvidó la misteriosa irritación de su esposo por Will: hablar sin temor con la única persona receptiva que había hallado era como agua fresca para sus sedientos labios, pues al mirar hacia atrás a través de la tristeza exageraba un consuelo pasado.

—He pensado con frecuencia que me gustaría hablar de nuevo con usted —dijo al punto—. Me parece extraño la de cosas que le conté.

—Las recuerdo todas —respondió Will, invadida su alma del inexpresable gozo de sentir que se encontraba en presencia de una criatura que merecía que se la amara perfectamente. Pienso que sus propios sentimientos en ese momento eran perfectos, pues los mortales tenemos nuestros momentos divinos, cuando el amor se ve satisfecho en la plenitud del objeto adorado.

—He intentado aprender mucho desde que estuvimos en Roma —dijo Dorothea—. Sé leer un poco de latín y empiezo a entender una pizca de griego. Ahora puedo ayudar mejor al señor Casaubon. Puedo buscarle referencias y evitar que se canse la vista en muchas ocasiones. Pero es muy difícil ser erudito; parece como si la gente se desgastara en su búsqueda de los grandes pensamientos sin poderlos disfrutar por llegar a ellos demasiado extenuados.

—Si un hombre tiene la capacidad para grandes pensamientos, es probable que los alcance antes de su decrepitud —dijo Will, con irrefrenable presteza. Pero frente a ciertas sensibilidades, Dorothea era igualmente rápida y al ver el cambio en su rostro añadió inmediatamente—; pero es muy cierto que las mejores mentes a veces se fatigan en el proceso de elaboración de sus ideas.

—Usted me corrige —dijo Dorothea—. Me expresé mal. Debí decir que quienes tienen grandes pensamientos se agotan demasiado al plasmarlos. Ya desde niña me afectaba eso y siempre me pareció que me gustaría emplear mi vida en ayudar a alguien dedicado a las grandes tareas de manera que su carga se viera aliviada.

Dorothea se vio conducida hasta esta parcela de autobiografía sin la sensación de estar revelando nada. Pero jamás antes le había dicho a Will algo que esclareciera tanto su matrimonio. No se encogió de hombros y a falta de ese escape muscular pensó con mayor irritación en hermosos labios besando sagradas calaveras y otras necedades ensalzadas eclesiásticamente. También hubo de tener cuidado de que sus palabras no delataran ese pensamiento.

—Pero podría llevar esa ayuda demasiado lejos —dijo—, y agotarse usted misma. ¿No está demasiado encerrada? La veo más pálida. Sería mejor que el señor Casaubon tuviera un secretario; no le sería difícil encontrar a alguien que le hiciera la mitad del trabajo. Eso le ahorraría energías de manera más efectiva y usted sólo tendría que ayudarle de forma más llevadera.

—¿Cómo puede usted pensar eso? —exclamó Dorothea en tono amonestador—. No sería feliz si no le ayudara en su trabajo. ¿Qué haría si no? En Lowick no hay bien por hacer. Lo único que quisiera sería ayudarle aún más. Y le pone pegas a lo del secretario, así que le ruego que no lo vuelva a mencionar.

—Naturalmente que no, ahora que conozco su sentir a este respecto. Pero he oído al señor Brooke y a Sir James Chettam expresar idéntico deseo.

—Es cierto —dijo Dorothea—, pero ellos no lo entienden; quieren que monte mucho a caballo, y mande cambiar el jardín, y haga nuevos invernaderos, para ocupar mis días. Pensaba que usted entendería el que la mente tuviera otras necesidades —añadió con un toque de impaciencia—, además, el señor Casaubon no soporta oír hablar de un secretario.

—Mi error tiene su disculpa —respondió Will—. En otros tiempos estaba acostumbrado a oír hablar favorablemente al señor Casaubon de la idea de un secretario. Es más, me ofreció el puesto. Pero resulté no ser lo bastante bueno para él.

Dorothea intentaba extraer de esto una justificación para la evidente repulsa de su marido, y con juguetona sonrisa contestó:

—No era usted un trabajador lo suficientemente tenaz.

—Pues no —dijo Will, sacudiendo hacia atrás la cabeza un poco al estilo de un caballo brioso. Y entonces, el viejo e irritable demonio le impulsó a pellizcar de nuevo las apolilladas alas del señor Casaubon y continuó—: y desde entonces he observado que al señor Casaubon le disgusta que nadie revise su trabajo y sepa a fondo lo que está haciendo. Está dudoso e indeciso sobre sí mismo. Puede que yo no sirva para mucho, pero le disgusto porque disiento de él.

Will no carecía de la intención de ser siempre generoso, pero nuestras lenguas son pequeños gatillos que con frecuencia se ven apretados antes de que se puedan imponer nuestras intenciones generales. Y resultaba demasiado intolerable no poder justificar ante Dorothea la aversión que el señor Casaubon sentía por él. Sin embargo, cuando hubo concluido se sintió inquieto por el efecto que en ella causarían sus palabras.

Pero Dorothea guardó un extraño silencio, sin indignarse de inmediato como había ocurrido en una situación parecida en Roma. Y la razón se encontraba a mucha profundidad. Ya no luchaba contra la percepción de los hechos sino que se estaba ajustando a su total reconocimiento, y ahora, cuando miraba sin titubeos el fracaso de su marido, y sobre todo la posible conciencia de fracaso que él tuviera, parecía mirar por la senda donde el deber se convierte en ternura. Tal vez la indiscreción de Will hubiera tropezado con una mayor severidad si la aversión que por él sentía su esposo no le hubiera recomendado de antemano a su piedad (lo cual debió resultarle doloroso hasta descubrir la razón).

No respondió de inmediato, pero después de bajar la vista meditativamente dijo con seriedad:

—Al menos en cuanto concierne a sus actos, el señor Casaubon debió vencer su aversión hacia usted, y eso es de admirar.

—Sí; ha mostrado un sentimiento de justicia en los asuntos familiares. Fue una infamia que a mi abuela la desheredaran por hacer lo que llamaban una mésalliance, aunque no había nada en contra de su marido salvo que era un refugiado polaco que se ganaba la vida dando clases.

—¡Cómo me gustaría saber de ella! —dijo Dorothea—. Me pregunto cómo encajó el cambio de riqueza a pobreza. ¿Fue feliz con su esposo? ¿Sabe usted mucho de ellos?

—No; sólo que mi abuelo era un patriota, un hombre espabilado, que hablaba varios idiomas, con sentido musical, y que se mantenía dando clases de todo tipo de cosas. Ambos murieron bastante pronto. Y nunca supe mucho de mi padre, salvo lo que me contó mi madre; pero heredó los talentos musicales. Recuerdo su andar pausado y sus largas manos, y hay un día que tengo grabado, cuando yacía enfermo y yo tenía mucha hambre y sólo quedaba un poco de pan.

—¡Qué vida tan distinta de la mía! —dijo Dorothea, con vivo interés, juntando las manos sobre el regazo—. Siempre he tenido demasiado de todo. Pero cuénteme cómo fue…, el señor Casaubon no debía conocerle entonces.

—No, pero mi padre se había dado a conocer al señor Casaubon y ese fue el último día que pasé hambre. Mi padre murió al poco tiempo y a mi madre y a mí nos cuidaron bien. El señor Casaubon siempre lo reconoció como su obligación el cuidar de nosotros dada la cruel injusticia mostrada hacia la hermana de su madre. Pero ahora le estoy contando algo que ya conoce.

En su fuero interno Will era consciente de que deseaba contarle a Dorothea lo que era bastante nuevo incluso para su interpretación de las cosas, a saber, que el señor Casaubon no había hecho más por él que saldar una deuda. Will era demasiado buena persona para sentirse cómodo en la ingratitud. Y cuando la gratitud se ha convertido en una cuestión de razonamiento, hay muchas formas de escapar a sus lazos.

—No —respondió Dorothea—; el señor Casaubon siempre ha evitado recrearse en sus actos encomiables —no sintió que la conducta de su esposo estuviera siendo depreciada, pero esta idea de lo que la justicia había exigido en sus relaciones con Will Ladislaw se le quedó aferrada a la mente. Tras una breve pausa añadió—: nunca me dijo que mantuviera a su madre. ¿Vive aún?

—No, murió en un accidente, una caída, hace cuatro años. Es curioso que mi madre también se marchara de casa, aunque no a causa de un marido. Nunca me quiso decir nada de su familia, salvo que la abandonó para seguir su camino, el teatro. Era una criatura de ojos oscuros, y cabello rizado que no parecía envejecer. Como ve, tengo sangre rebelde por ambos lados —concluyó Will, sonriendo a Dorothea alegremente mientras ella seguía mirando de frente fijamente con expresión seria, como un niño que ve un drama por primera vez.

Pero también en su rostro irrumpió una sonrisa al decir:

—Supongo que esa será su disculpa por haber sido bastante rebelde a su vez; me refiero de acuerdo con los deseos del señor Casaubon. Debe recordar que no ha hecho usted lo que él creía más conveniente para usted. Y si no le gusta usted —hablaba de aversión hace un ratito—, aunque yo diría más bien si él ha mostrado hacia usted algún sentimiento de dolor, debe tener en cuenta lo sensible que se ha vuelto con el desgaste que supone el estudio. Tal vez —continuó en tono suplicante—, mi tío no le haya explicado cuán seria fue la enfermedad del señor Casaubon. Sería quisquilloso por nuestra parte, que estamos sanos y podemos sobrellevar las cosas, el hacer un mundo de las pequeñas ofensas que nos infringen quienes soportan el peso del tormento.

—Me ha dado una lección —dijo Will—. No volveré a gruñir sobre ese tema —había en su tono una dulzura que procedía de la inconfesable felicidad de ver (de lo que Dorothea apenas era consciente) que había emprendido el viaje hacia la lejanía de la pura piedad y lealtad hacia su marido. Will estaba dispuesto a adorar esa piedad y lealtad si Dorothea se asociaba con él al manifestarlas—. He sido perverso a veces —continuó—, pero nunca más, si puedo evitarlo, haré ni diré nada que usted desapruebe.

—Eso es ser muy bueno —contestó Dorothea, con otra sonrisa abierta —. Así tendré un pequeño reino donde poder dar órdenes. Pero me imagino que pronto se alejará de mi férula. Pronto se cansará de estar en Tipton Grange.

—Ese es un tema del que quería hablarle, una de las razones por las que quería hablar con usted a solas. El señor Brooke propone que me quede en el vecindario. Ha comprado uno de los periódicos de Middlemarch y desea que lo lleve, así como que le ayude en otros menesteres.

—¿No significaría eso sacrificar mejores perspectivas? — preguntó Dorothea.

—Quizá, pero siempre me han achacado el pensar en las perspectivas y no decidirme por nada. Y aquí se me ha ofrecido algo. Si usted no desea que lo acepte, lo rechazaré. De otro modo preferiría quedarme en esta parte del país y no marcharme. No pertenezco a nadie en ninguna parte.

—Me gustaría mucho que se quedara —respondió Dorothea inmediatamente, con la presteza y sencillez con la que hablara en Roma. No había ni sombra de motivo por el momento que le impidiera manifestarlo.

—En ese caso me quedaré —dijo Ladislaw, sacudiendo la cabeza hacia atrás, levantándose y dirigiéndose a la ventana como para ver si la lluvia había parado.

Pero al instante siguiente y conforme a un hábito que gradualmente se iba afianzando en ella, Dorothea empezó a reflexionar que su esposo tenía otros sentimientos diferentes a los de ella y se sonrojó vivamente ante la doble violencia de haber expresado algo que pudiera estar en contra de los deseos de su marido y de tenerle que sugerir esta oposición a Will. No tenía el rostro vuelto hacia ella y eso facilitó el que dijera:

—Pero mi opinión sobre este tema cuenta poco. Creo que debería dejarse aconsejar por el señor Casaubon. Hablé pensando sólo en mis propios sentimientos, lo cual no tiene nada que ver con la verdadera cuestión. Pero ahora se me ocurre que tal vez el señor Casaubon no considere adecuada la propuesta. ¿No puede esperar y mencionárselo?

—Hoy no puedo esperar —dijo Will, interiormente asustado ante la posibilidad de que entrara el señor Casaubon—. La lluvia ha parado. Le dije al señor Brooke que no me recogiera, que prefería andar las cinco millas. Cruzaré por Halsell Cammon para ver cómo brilla la hierba mojada. Me gusta.

Se acercó a ella para darle la mano precipitadamente, deseando decir sin atreverse: «No mencione el tema al señor Casaubon». No, no se atrevía, no podía decirlo. Pedirle que fuera menos llana y directa sería como empañar con el aliento el cristal a través del cual se quiere ver. Y siempre acechaba el otro gran temor, de empañarse él mismo y resultar opaco a sus ojos.

—Me hubiera gustado que se quedara —dijo Dorothea, con leve tristeza, al levantarse y extender la mano. Ella tenía unos pensamientos que no quería manifestar: Will no debía demorarse en consultar los deseos del señor Casaubon, pero que ella le presionara podría parecer un indebido autoritarismo.

De modo que dijeron simplemente «adiós» y Will abandonó la casa, encaminándose hacia los prados para evitar el riesgo de encontrarse con el carruaje del señor Casaubon el cual, sin embargo, no entró por la verja hasta las cuatro. Era una hora impropia de llegar a casa: demasiado temprano para lograr el apoyo moral bajo ennui de vestir su persona para la cena y demasiado tarde para desvestir su mente de la frivolidad del día y así preparase para zambullirse en la seriedad del estudio. En ocasiones semejantes solía tumbarse en un butacón en la biblioteca y dejar que Dorothea le leyera los periódicos londinenses mientras entornaba los ojos. Pero hoy rechazó ese consuelo con la observación de que ya le habían saturado de detalles públicos. No obstante, habló con mayor viveza que de costumbre cuando Dorothea le preguntó por su fatiga, añadiendo con ese aire de esfuerzo formal que nunca le abandonaba, ni siquiera cuando no llevaba el chaleco y el corbatón:

—He tenido el gusto hoy de encontrarme con mi antiguo conocido, el doctor Spanning, y de ser alabado por alguien que, a su vez, es muy merecedor de alabanzas. Habló muy elogiosamente de mi reciente tratado sobre los misterios egipcios, utilizando términos que no sería apropiado que yo repitiera —al proferir la última frase el señor Casaubon se inclinó sobre el brazo de la butaca, moviendo la cabeza arriba y abajo, como si se tratara de un desahogo muscular en lugar de la recapitulación que no hubiera sido apropiada.

—Me alegro mucho de que hayas tenido esa satisfacción —dijo Dorothea, encantada de ver a su esposo menos cansado de lo usual a esta hora—. Antes de que llegaras había estado lamentando que no hayas estado hoy aquí.

—¿Y eso por qué? —preguntó el señor Casaubon, recostándose de nuevo.

—Porque ha estado aquí el señor Ladislaw, y ha mencionado una propuesta de mi tío sobre la cual me gustaría conocer tu opinión —sintió que sus palabras preocupaban seriamente a su esposo. Incluso con su ignorancia del mundo, abrigaba la vaga sospecha de que el puesto que le habían ofrecido a Will no era acorde con sus conexiones familiares y evidentemente, el señor Casaubon tenía derecho a que le consultaran. Este no emitió una palabra, limitándose a inclinar la cabeza.

—Ya sabes que el tío tiene muchos proyectos. Parece que ha comprado uno de los periódicos de Middlemarch y le ha pedido al señor Ladislaw que se quede y lo dirija, además de ayudarle en otras cosas.

Dorothea miró a su esposo mientras hablaba, pero éste, tras parpadear inicialmente, había cerrado los ojos como para descansarlos, al tiempo que sus labios se tensaban.

—¿Qué opinas? —preguntó con cierta timidez tras una ligera pausa.

—¿Vino el señor Ladislaw ex profeso para pedir mi opinión? —preguntó el señor Casaubon, entreabriendo los ojos y lanzándole a Dorothea una afilada mirada. Se sentía muy incómoda respecto al punto por el que preguntaba, pero se limitó a enseriar su semblante sin desviar la mirada.

—No —respondió inmediatamente—, no dijo que viniera a pedir tu opinión. Pero cuando mencionó la propuesta es que esperaba que yo te lo dijera —el señor Casaubon guardó silencio—. Temí que tuvieras alguna objeción. Pero lo cierto es que un joven de tanto talento podría serle de gran utilidad a mi tío, podría ayudarle a hacer el bien de manera más eficaz. Y el señor Ladislaw desea tener una ocupación fija. Dice que le han achacado el no buscarla y le gustaría quedarse en esta zona porque nadie se interesa por él en otra parte.

Dorothea pensó que era ésta una consideración que ablandaría a su esposo. No obstante, él siguió sin hablar y poco después ella retomó el tema del doctor Spanning y el desayuno con el arcediano. Pero el sol ya no iluminaba estos asuntos.

A la mañana siguiente, sin el conocimiento de Dorothea, el señor Casaubon envió la siguiente carta, iniciándola con «Estimado señor Ladislaw» (anteriormente siempre se había dirigido a él como «Will»):

La señora Casaubon me informa de que le ha sido hecha una propuesta, así como (de acuerdo con una inferencia en modo alguno descabellada) de que por su parte ha sido en alguna medida aceptada, lo cual implica su habitar en esta vecindad en una capacidad que, estoy justificado en decir, afecta a mi propia posición de forma tal que convierte mi intervención no sólo en natural y justificable cuando el efecto que produce se enfoca desde la influencia del sentimiento legítimo, sino que se me impone, cuando el mismo efecto se considera a la luz de mis responsabilidades, manifestar al instante que su aceptación de la propuesta anterior resultaría altamente ofensiva para mí. Que tengo algún derecho a ejercer el veto en este asunto no creo que pueda ser negado por ninguna persona conocedora de las relaciones existentes entre nosotros, relaciones que, aunque arrumbadas en el pasado debido a su reciente proceder, no por ello quedan anuladas en su carácter de determinar antecedentes. No procederé aquí a enjuiciar el criterio de nadie. Baste con señalar que hay ciertas consideraciones y conveniencias sociales que deberían impedir que un pariente relativamente próximo a mí se hiciera conspicuo en esta vecindad adoptando un estatus no sólo muy por debajo del mío sino, en el mejor de los casos, asociado a la falsa erudición de los aventureros literarios o políticos. En todo caso, un desenlace contrario forzosamente le excluiría de visitar mi casa en el futuro. Suyo atentamente

EDWARD CASAUBON

Entretanto, el pensamiento de Dorothea pergeñaba inocentemente el mayor rencor de su marido, recreándose con una comprensión que se iba tornando en inquietud, en lo que Will contara de sus padres y abuelos. Las horas privadas de las que disponía durante el día solía pasarlas en su salita azul verdosa y se había encariñado con su pálida cursilería. Nada se había cambiado en ella abiertamente, pero con el avance del verano sobre los prados occidentales al final de la avenida de olmos, la desnuda habitación había ido almacenando en su interior esos recuerdos de una vida interior que impregnan el aire como con una nube de ángeles buenos o malos, las formas invisibles y sin embargo activas de nuestros triunfos o fracasos espirituales. Se había acostumbrado tanto a luchar y a encontrar aliento al mirar por la avenida hacia el arco iluminado desde el oeste, que la propia visión de ello había adquirido un poder de comunicación. Incluso el pálido ciervo parecía tener recuerdos en su mirada y querer transmitir un silencioso «Lo sé». Y el conjunto de delicadas miniaturas componían un público como formado por seres a quienes ya no inquietaba su suerte terrenal, pero que seguían estando humanamente interesados. Sobre todo la misteriosa «tía Julia», acerca de la cual Dorothea siempre había tenido dificultades para preguntarle a su marido.

Y ahora, desde su conversación con Will, cantidad de imágenes frescas se habían agolpado en torno a esa tía Julia que era la abuela de Will, y la presencia de la delicada miniatura, tan parecida al rostro animado que conocía, la ayudaba a concentrar su pensamiento. ¡Qué felonía, excluir a la muchacha de la protección y la herencia familiar por el simple hecho de haber elegido a un hombre pobre! Dorothea, que desde muy joven había mareado a sus mayores con preguntas acerca de cuanto la rodeaba, se había fraguado cierta independiente claridad respecto a las razones históricas y políticas que hacían que los hijos mayores tuvieran más derechos y las tierras estuvieran vinculadas. Estas razones, imprimiendo en ella cierto respeto, podían pesar más de lo que ella creía, pero aquí se presentaba una cuestión de lazos que dejaba estas razones al margen. He aquí a una hija cuya criatura —incluso según la usual imitación de las instituciones aristocráticas por parte de quienes no son más nobles que los tenderos retirados, y que no tienen más tierra que «mantener junta» que un trozo de césped y un prado— tendría un derecho prioritario. ¿Era la herencia una cuestión de gusto o de responsabilidad? Toda la energía que Dorothea tenía en su personalidad se inclinaba por la responsabilidad, por el cumplimiento de derechos fundados en nuestros propios actos, como el matrimonio y la paternidad.

Era cierto, se decía a sí misma, que el señor Casaubon estaba en deuda con los Ladislaw y que debía devolver lo que se les había usurpado. Y empezó ahora a pensar en el testamento de su esposo que hiciera cuando se casaron, dejándole a ella el grueso de sus bienes, con una cláusula caso de que tuviera hijos. Eso debía modificarse y no había tiempo que perder. Esta misma cuestión que acababa de surgir acerca de la profesión de Will Ladislaw brindaba la ocasión de recolocar las cosas debidamente. Se sentía segura de que su esposo, de acuerdo con su anterior conducta, estaría dispuesto a adoptar el punto de vista adecuado si ella, en quien recaía una injusta concentración de la propiedad, se lo proponía. El sentimiento de justicia de su marido había prevalecido y continuaría prevaleciendo sobre lo que se llamaba antipatía. Sospechaba que el señor Casaubon desaprobaba la idea de su tío y esto parecía favorecer el que se iniciara un nuevo entendimiento, de forma que en vez de que Will tuviera que emprender su vida profesional indigente y aceptara el primer empleo que se le ofrecía, se encontrara en posesión de unos ingresos justos que su marido le pagaría mientras viviera y que, mediante un cambio en su testamento, quedaran asegurados a su muerte. La clarividencia de que esto era lo que se debía hacer le pareció a Dorothea como un repentino entrar de la luz, despertándola de su anterior obtusez y su ególatra y poco curiosa ignorancia respecto de la relación de su esposo con otras personas. Will Ladislaw había rechazado la futura ayuda del señor Casaubon por razones que ya no le parecían adecuadas a Dorothea, y el señor Casaubon mismo nunca había visto con claridad cuál era su obligación. «¡Pero la verá!» dijo Dorothea. «Esa es la gran fuerza de su carácter. ¿Y qué estamos haciendo con nuestro dinero? Ni siquiera utilizamos la mitad de nuestros ingresos. Mi propio dinero no me trae más que remordimientos de conciencia».

Esta división de la propiedad destinada a ella y que siempre había considerado excesiva, ejercía sobre Dorothea una peculiar fascinación. Estaba ciega a muchas cosas que para otros eran evidentes, inclinada, como le advirtiera Celia, a pisar por donde no debía; sin embargo su ceguera ante lo que no caía dentro de sus propios puros propósitos la mantenía a salvo junto a precipicios donde la vista hubiera resultado peligrosa debido al miedo.

Los pensamientos que habían ido cobrando vida en la soledad de su salita retuvieron toda su atención durante el día en que el señor Casaubon envió su carta a Will. Todo eran estorbos hasta que encontró la oportunidad de abrirle el corazón a su marido. Dada su mente atormentada, todos los temas debían abordarse con cautela y desde su enfermedad Dorothea jamás había borrado de su conciencia el pánico a inquietarle. Pero cuando el ardor juvenil rumia sobre la concepción de un acto inmediato, el propio acto parece echar a andar con vida propia, venciendo obstáculos ideales. El día transcurrió de manera sombría, algo no infrecuente, si bien el señor Casaubon tal vez estuviera insólitamente callado. Pero había horas nocturnas con las que se podía contar para la conversación, pues Dorothea, cuando era consciente del insomnio de su marido, había establecido la costumbre de levantarse, encender una vela, y leer hasta que se durmiera. Y esta noche ella estaba desvelada, emocionada ante sus decisiones. Su marido durmió unas horas como de costumbre, pero ella llevaba casi una hora levantada y sentada en la oscuridad antes de que él dijera:

—Dorothea, ya que está de pie ¿querrías encender una vela?

—¿Te encuentras mal, cariño? —fue su primera pregunta mientras le obedecía.

—No, no, en absoluto. Pero te agradecería, ya que estás despierta, que me leyeras unas cuántas páginas de Lowth.

—¿Puedo hablar contigo un poco, en vez? —preguntó Dorothea.

—Naturalmente.

—Llevo todo el día pensando en dinero…, que siempre he tenido demasiado y sobre todo, en la perspectiva de tener más aún.

—Estas, mi querida Dorothea, son disposiciones de la providencia.

—Pero si uno tiene demasiado a consecuencia de que otros se vean perjudicados, se me antoja que habría que obedecer la voz divina que nos señala cómo rectificar.

—¿Cuál es, amor mío, el alcance de tu comentario?

—Que has sido demasiado generoso en tus medidas para conmigo…, me refiero, a los bienes. Y eso me entristece.

—¿Y por qué? No tengo más que parientes relativamente lejanos.

—Me he encontrado pensando en tu tía Julia y en cómo se vio sumida en la pobreza por el simple hecho de casarse con un hombre pobre, lo cual no era una deshonra, puesto que él no era indigno. Sé que fue esa la razón de que te hicieras cargo de la educación del señor Ladislaw y mantuvieras a su madre.

Dorothea aguardó unos instantes la respuesta que la ayudaría a proseguir. No llegó, y sus palabras siguientes le parecieron más contundentes, irrumpiendo nítidas en el oscuro silencio.

—Pero creo que debíamos considerar que tiene mayores derechos; tal vez tenga derecho a la mitad de las propiedades que sé que me has cedido. Y consecuentemente, pienso que se le deberían proporcionar de inmediato. No es justo que él esté en la indigencia mientras nosotros somos ricos. Y si hay alguna pega en la propuesta que él mencionó que podría aceptar, el devolverle al lugar que le corresponde y darle la parte que le pertenece, evitaría cualquier motivo que tuviera para aceptarla.

—El señor Ladislaw seguramente te ha estado hablando de este tema —dijo el señor Casaubon, con una pronta e hiriente rapidez infrecuente en él.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Dorothea con seriedad—. ¿Cómo puedes imaginar eso, si hace tan poco que ha rechazado cualquier ayuda tuya? Me temo, querido, que piensas con demasiada dureza de él. Sólo me contó un poco de sus padres, y abuelos y casi todo como fruto a mis preguntas. Tú eres tan justo y tan bueno…, has hecho todo cuanto creíste correcto. Pero tengo claro que eso no es suficiente, y debo hablar de ello al ser la persona que obtendría lo que se llama beneficio de no hacerse ese algo más.

Hubo una perceptible pausa antes de que el señor Casaubon respondiera, no tan prontamente como antes, pero con énfasis aún más incisivo.

—Dorothea, amor mío, no es ésta la primera ocasión, pero convendría que fuera la última, en la que asumes el juicio sobre temas que se te escapan. No entro ahora en la cuestión de hasta qué punto la conducta, sobre todo en materia de matrimonios, constituye una pérdida de los derechos familiares. Lo que ahora deseo que comprendas es que no acepto revisión alguna y, aún menos, órdenes, en esos temas que considero clara y exclusivamente míos. No debes inmiscuirte entre el señor Ladislaw y yo, y mucho menos alentar comunicaciones de su parte que constituyen una crítica a mi proceder.

La pobre Dorothea, oculta por la oscuridad, se sumió en un remolino de sentimientos encontrados. La alarma ante el posible efecto sobre su marido de esta ira tan firmemente manifestada, la hubiera hecho contener cualquier expresión de su propio resentimiento, aún en el caso de estar totalmente exenta de la duda y el remordimiento ante la conciencia de que pudiera haber algo de justicia en la insinuación última del señor Casaubon.

Oyendo su intranquilo respirar tras sus palabras, permaneció sentada, escuchando, asustada, desdichada, lanzando un mudo grito interno de socorro para poder soportar esta pesadilla de vida en la que el temor paralizaba todas sus energías. Pero no ocurrió nada más, salvo que ambos permanecieron despiertos mucho rato sin volver a hablar.

Al día siguiente el señor Casaubon recibió esta contestación de Will Ladislaw.

Estimado señor Casaubon. He dedicado a su carta de ayer toda mi consideración, pero no me es posible coincidir con su punto de vista. Reconozco y agradezco profundamente su actitud hacia mí en el pasado, pero debo insistir en que una obligación de este tipo no puede, en justicia, maniatarme de la forma que usted parece esperar. Estoy de acuerdo en que los deseos de un benefactor puedan constituir una exigencia, pero siempre debe existir un límite en cuanto a la calidad de esos deseos. Posiblemente choquen con consideraciones más imperantes. Por otro lado, los deseos del benefactor pudieran imponer tal anulación en la vida de una persona que el vacío resultante fuera más cruel de lo que generosa fuese la dádiva. Sólo son ejemplos enérgicos. En el caso que nos ocupa no puedo adoptar su punto de vista sobre la repercusión que mi aceptación del trabajo —que ciertamente no es enriquecedor, pero no es deshonroso— tendrá sobre su posición, que se me antoja demasiado sólida como para verse ensombrecida. Y pese a que no creo que puedan ocurrir en nuestra relación (hasta el momento no ha sido así, desde luego), cambios que anulen las obligaciones que el pasado me impone, discúlpeme por no entender que esas obligaciones deban frenarme a la hora de utilizar la libertad natural de escoger el lugar en el que quiero vivir, así como de mantenerme mediante la ocupación legal que yo mismo escoja. Lamentando que exista esta discrepancia entre nosotros en cuanto a una relación en la que el otorgamiento de beneficio cae absolutamente de su lado, quedo, con tenaz agradecimiento, suyo

WILL LADISLAW

El pobre señor Casaubon sintió (¿y acaso nosotros, si somos imparciales, no coincidiremos con él?) que ningún hombre estaba más justificado en su repugnancia y suspicacia que él. Estaba convencido de que el joven Ladislaw tenía la intención de desafiarle e incomodarle, ganarse la confianza de Dorothea y sembrar en su mente la irrespetuosidad, tal vez la aversión hacia su marido. Se había precisado algún motivo soterrado para justificar el repentino cambio de rumbo al rechazar la ayuda del señor Casaubon y abandonar sus viajes. Esta determinación desafiante de establecerse en la vecindad para aceptar alto tan opuesto a sus gustos anteriores como los proyectos del señor Brooke para Middlemarch, dejaba muy claro que el motivo oculto tenía alguna relación con Dorothea. Ni por un momento sospechó el señor Casaubon doblez alguna en su mujer; no sospechaba de ella. Lo que sí tenía (lo cual resultaba muy poco menos incómodo) era la absoluta convicción de que su tendencia a formarse opiniones respecto a la conducta de su esposo iba acompañada de una inclinación a considerar favorablemente a Will Ladislaw y dejarse influir por lo que él dijera. Su orgullosa reserva le había impedido rectificar su suposición de que fuera Dorothea quien originariamente pidiera a su tío que invitara a Will a su casa.

Y ahora, al recibir la carta de Will, el señor Casaubon debía considerar cuál era su obligación. Nunca hubiera sido fácil llamar a sus actos otra cosa que no fuera obligación, pero en este caso, motivos contrapuestos le arrinconaban en la inhibición.

¿Debía dirigirse al señor Brooke y exigirle a ese entrometido caballero que revocara su propuesta? ¿O debía consultar a Sir James Chettam, y conseguir su oposición a un paso que afectaba a toda la familia? El señor Casaubon sabía que en ambos casos, el éxito era igual de probable que el fracaso. Era imposible que mencionara el nombre de Dorothea en el asunto, y de no exponerle ninguna apremiante urgencia, bien podía el señor Brooke, tras un aparente acuerdo con todas las delegaciones, concluir diciendo, «¡No se preocupe, Casaubon! Tenga por seguro que el joven Ladislaw le hará justicia. Pierda cuidado, que es un acierto el que he tenido con él». Y al señor Casaubon le horrorizaba hablar del tema con Sir James Chettam, con quien no había existido nunca cordialidad y quien inmediatamente pensaría en Dorothea incluso sin hacer mención a ella.

El pobre señor Casaubon, especialmente como marido, desconfiaba de los sentimientos de cualquiera hacia el (sospechado) punto de vista de algunas personas sobre sus propias desventajas; permitir que supieran que no encontraba el matrimonio especialmente maravilloso supondría que aceptaba su (probable) desaprobación anterior. Sería tan malo como dejar que Carp, y todos en Brasenose, supieran lo retrasado que iba en su organización del material para su «Clave para todas las mitologías». Toda su vida el señor Casaubon había intentado no admitirse ni siquiera a sí mismo el resentimiento de la inseguridad y de la envidia. Y en el más delicado de todos los temas personales, la costumbre de un silencio altivo y suspicaz resaltaba aún más.

Y así el señor Casaubon permaneció en su silencio orgulloso y amargo. Pero había prohibido a Will que fuera a Lowick Manor y mentalmente preparaba otras frustraciones.

CAPÍTULO CINCO

Sir James Chettam no podía ver con satisfacción los nuevos rumbos del señor Brooke, pero era más fácil discrepar que impedir. Sir James justificó su llegada, a comer un día en casa de los Cadwallader diciendo: —No puedo decirles lo que quiero delante de Celia, podría dolerle. No estaría bien que lo hiciera.

—Ya sé a qué se refiere, ¡el Pioneer de Tipton Grange! —espetó la señora Cadwallader, casi sin dejar terminar a su amigo—. Es espantoso, esto de dedicarse a comprar pitos y tocarlos para que todos los oigan. Sería mucho más discreto y soportable quedarse en la cama todo el día jugando al dominó como el pobre Lord Plessy.

—Veo que están empezando a atacar a nuestro amigo Brooke en el Trumpet —dijo el rector, reclinándose hacia atrás y sonriendo tranquilamente, como hubiera hecho de ser él el atacado—. Corren muchos comentarios sarcásticos contra un terrateniente que vive a menos de cien millas de Middlemarch, que recibe sus rentas y no hace inversiones.

—Me gustaría que Brooke dejara eso —dijo Sir James, frunciendo característicamente el ceño en señal de molestia.

—Entonces, ¿de verdad que va a ir nominado? —preguntó el señor Cadwallader.

—Vi a Farebrother ayer —es bastante liberal, apoya a Brougham y el Conocimiento Útil; es lo peor que conozco de él— y me dijo que Brooke está montando un partido bastante fuerte. Bulstrode, el banquero, es su hombre principal. Pero opina que Brooke saldría mal parado en una nominación.

—Exacto —dijo Sir James con énfasis—. He estado investigando en el asunto, pues antes nunca he sabido nada acerca de la política de Middlemarch… siendo mi labor el condado. En lo que Brooke confía es en que escuchen a Oliver porque es partidario de Peel. Pero Hawley me dice que si acaban mandando a un liberal será Bagster, uno de esos candidatos de Dios sabe dónde, pero absolutamente opuesto a los ministros y un avezado parlamentario. Hawley es un poco rudo, se olvidó que hablaba conmigo. Dijo que si Brooke quería que le acribillaran, había formas más baratas de conseguirlo que presentándose a las elecciones.

—Les advertí a todos —dijo la señora Cadwallader, gesticulando con las manos—. Le dije a Humphrey hace mucho que, el señor Brooke va a hacer el ridículo. Y ya lo hace.

—Bueno, se le podía haber ocurrido casarse —dijo el rector—. Eso hubiera sido aún peor que un leve flirteo con la política.

—Puede que lo haga después —dijo la señora Cadwallader—, cuando salga de todo esto lleno de gota.

—Lo que más me importa es su dignidad —dijo Sir James—. Claro está que me importa tanto más por la familia. Pero va siendo mayor y no me gusta pensar que se expone. Van a sacar todo lo que encuentren contra él.

—Supongo que es inútil intentar persuadirle —dijo el rector—. Hay en Brooke una mezcla muy rara de obstinación y mutabilidad. ¿Le ha tanteado sobre el tema?

—Pues no —respondió Sir James—. Me da apuro que parezca que doy órdenes. Pero he estado hablando con este joven Ladislaw al que Brooke está convirtiendo en un factótum. Parece lo bastante listo como para cualquier cosa. Pensé que sería interesante saber lo que piensa y no está de acuerdo con que Brooke se presente en esta ocasión. Creo que le convencerá; puede que evitemos la nominación.

—Ya veo —dijo la señora Cadwallader—. El miembro independiente no se sabe aún los discursos de memoria.

—Pero…, este Ladislaw…, otro asunto enojoso —dijo Sir James—. Ha venido a cenar un par o tres veces a casa (por cierto, que usted le conoce) como huésped de Brooke y pariente de Casaubon; pensábamos que sólo estaba aquí de paso. Y ahora me lo encuentro en boca de todos en Middlemarch como director del Pioneer. Corren rumores de que es un escritor de panfletos, un espía extranjero… qué sé yo.

—A Casaubon no le gustará eso —dijo el rector.

—Es cierto que Ladislaw lleva sangre extranjera —continuó Sir James —. Espero que no se meta en opiniones extremas y arrastre a Brooke.

—Es un jovenzuelo peligroso, ese señor Ladislaw —dijo la señora Cadwallader—, con sus canciones de ópera y su lengua ágil. Una especie de héroe byroniano, se me antoja como un conspirador amoroso. Y a Tomás de Aquino no le gusta. Eso lo vi el día en que llegó el cuadro.

—No quisiera tocar el tema con Casaubon —dijo Sir James—. Tiene más derecho que yo a intervenir. Pero es un asunto incómodo, se mire por donde se mire. ¡Vaya personaje para cualquiera con parientes decentes! ¡Un tipo de periódico! Sólo hay que fijarse en Keck, que dirige el Trumpet. Le vi el otro día con Hawley. Tengo entendido que escribe bien, pero es un ser tan impresentable que ojalá hubiera estado del otro lado.

—Pero ¿qué se puede esperar de esos periodicuchos de divulgación de Middlemarch? —preguntó el rector—. Dudo que se pueda encontrar un hombre de gran estilo escribiendo sobre temas que le importan relativamente poco, y además por un sueldo de miseria.

—En efecto, eso es lo incómodo de que Brooke haya puesto en una situación así a alguien relacionado con la familia. Personalmente, creo que Ladislaw hace el tonto aceptando.

—Aquino tiene la culpa —dijo la señora Cadwallader—. ¿Por qué no se afanó para que hicieran attaché a Ladislaw o le enviaran a la India? Así es cómo las familias se deshacen de los retoños incómodos.

—No sabemos el alcance que puede tener esto —dijo inquieto Sir James—. Pero si Casaubon no dice nada ¿qué voy a hacer yo?

—Mi querido Sir James —dijo el rector—, no le demos demasiada importancia a esto. Es muy probable que acabe muriéndose solo. Dentro de uno o dos meses Brooke y el joven Ladislaw se cansarán el uno del otro. Ladislaw volará, Brooke venderá el Pioneer y todo seguirá como siempre.

—Hay una buena baza; y es que no le apetezca ver cómo se le esfuma el dinero —dijo la señora Cadwallader—. Si conociera los gastos electorales se podría asustar. No sirve de nada emplear con él palabras grandilocuentes como «desembolso». Yo no le hablaría de flebotomía. Le tiraría por la cabeza un cubo de sanguijuelas. Lo que nos disgusta a nosotros, los auténticos tacaños, es que nos chupen las perras.

—Y tampoco le gustará que le saquen los trapos sucios —dijo Sir James—. Ya han empezado con cómo lleva sus tierras. Y a mí me resulta muy doloroso. Es un incordio en tus propias narices. Pienso que estamos obligados a cuidar al máximo nuestras tierras y a nuestros arrendatarios, sobre todo en estos tiempos difíciles.

—Tal vez el Trumpet le induzca a un cambio y salga algo bueno de todo eso —dijo el rector—. Yo me alegraría. Oiría gruñir menos a la hora de cobrar mis diezmos. No sé lo que haría si no existiera un pago en metálico como sustituto del diezmo en Tipton.

—Quiero que tenga un hombre como Dios manda que le lleve sus asuntos… quiero que coja de nuevo a Garth —dijo Sir James—. Hace doce años que se deshizo de Garth y desde entonces todo ha ido mal. Estoy pensando en contratar a Garth yo mismo; ha hecho unos planes espléndidos para mis construcciones y Lovegood no da la talla. Pero Garth no se volvería a encargar de la hacienda de Tipson salvo que Brooke lo dejara absolutamente todo en sus manos.

—Y tiene razón —dijo el rector—. Garth es una persona independiente, un tipo original y sencillo. En una ocasión, cuando me estaba valorando algo, me dijo sin rodeos que el clero no solía saber una palabra de negocios y que enfollonaban cuando se entrometían. Pero me lo dijo con el mismo respeto y sosiego que si estuviera hablando de marineros. Haría de Tipton una parroquia distinta si Brooke le permitiera organizarla. Cómo me gustaría que, con ayuda del Trumpet, consiguiera usted eso.

—Si Dorothea se hubiera quedado junto a su tío hubiera habido alguna oportunidad —dijo Sir James—. Con el tiempo hubiera ido teniendo ascendencia sobre él y siempre le inquietó el estado de la hacienda. Tenía unas ideas magníficas sobre todo. Pero ahora Casaubon la absorbe por completo. Celia se queja mucho. Apenas conseguimos que cene con nosotros desde que su marido tuvo aquel ataque.

Sir James concluyó con aire de repulsa compasiva, y la señora Cadwallader se encogió de hombros como indicando que no era probable que ella viera nada nuevo en ese sentido.

—¡Pobre Casaubon! —dijo el rector—. Fue un mal ataque. Me pareció que estaba muy abatido cuando le vi el otro día en casa del arcediano.

—La verdad es que —continuó Sir James, poco inclinado a prolongar el tema de los «ataques»—, Brooke no tiene mala intención ni hacia sus arrendatarios ni hacia nadie más, pero sí está dado a recortar gastos de aquí y allí.

—Aunque, bien mirado, eso es una bendición —dijo la señora Cadwallader—. Eso le ayuda a encontrarse a sí mismo por las mañanas. Puede que no tenga claras sus propias opiniones, pero tiene muy claro lo de su bolsillo.

—No creo que un hombre pueda enriquecerse tacañeando en sus tierras —dijo Sir James.

—Bueno, como de las demás virtudes, se puede abusar de la tacañería; no es bueno adelgazar tus propios cerdos —dijo la señora Cadwallader, quien se había levantado para mirar por la ventana—. Pero hable de un político independiente y allí que aparece.

—¿Quién, Brooke? —preguntó su esposo.

—Sí. Tú, Humphrey acósale con el Trumpet y yo le echaré las sanguijuelas. Y usted, Sir James, ¿qué hará?

—La verdad es que, dada nuestra relación, no me gustaría enzarzarme con él; es todo tan desagradable. ¿Por qué no se comportará la gente como caballeros? —dijo el bueno del baronet, sintiendo que era éste un programa sencillo e inteligible para el bienestar social.

—Así que aquí están todos —dijo el señor Brooke, pasando despaciosamente a darles la mano—. Pensaba pasar por su casa, Chettam. Pero es muy agradable encontrarles a todos aquí. Bien, ¿y qué piensan de todo esto? Va un poco rápido todo, ¿no? Gran verdad la de Lafitte, «Desde ayer, ha transcurrido un siglo». Al otro lado del agua están en el siglo siguiente. Van más rápido que nosotros.

—Pues sí —dijo el rector, cogiendo el periódico—. Aquí tenemos al Trumpet que le acusa de quedarse atrás, ¿lo ha visto?

—¿Cómo? Pues no —respondió el señor Brooke, dejando apresuradamente los guantes dentro del sombrero y calándose el monóculo. Pero el señor Cadwallader retuvo el periódico y dijo, sonriendo con los ojos:

—¡Mire, mire! Todo esto trata de un terrateniente que vive a menos de cien millas de Middlemarch que cobra sus propias rentas. Dicen que es el hombre más retrógrado del condado. Supongo que usted les habrá enseñado esa palabra desde el Pioneer.

—Ese es Keck, un analfabeto. ¡Retrógrado! ¡Vaya, vaya! ¡Es estupendo! Piensa que significa destructivo; quieren hacerme pasar por un destructor —dijo el señor Brooke, con esa alegría que normalmente se ve animada por la ignorancia del adversario.

—Creo que conoce el significado de la palabra. Aquí hay un par de puyazos «Si hubiéramos de describir a un hombre retrógrado en el peor sentido de la palabra, diríamos que se trata de alguien que se creía un reformador de nuestra constitución, mientras que todos los intereses de los que es responsable se derrumban: un filántropo que no soporta que se cuelgue a un granuja, pero a quien no le importa que cinco honrados arrendatarios medio se mueran de hambre; un hombre que clama contra la corrupción y arrienda sus tierras a un alquiler exorbitante; que se desgañita en contra de los distritos podridos y no le importa que cada parcela de sus tierras tenga la verja rota; un hombre muy predispuesto hacia Leeds y Manchester, sin duda, accedería a cualquier número de representantes que pagaran sus engaños de sus bolsillos; pero es reacio a hacer un pequeño descuento en el arrendamiento y así ayudar al terrateniente a comprar ganado, o a hacer desembolsos para reparaciones a fin de paliar las inclemencias del tiempo en un granero o hacer que la casa de alguno de sus arrendatarios parezca un poco menos la de un jornalero irlandés. Pero todos conocemos la definición que del filántropo da el bromista: alguien cuya caridad aumenta en proporción directa al cuadrado de la distancia». Y continua igual. Lo que sigue va demostrando el tipo de legislador que será un filántropo —concluyó el rector, dejando el periódico y uniendo las manos detrás de la nuca mientras observaba al señor Brooke con aire de divertida neutralidad.

—Vaya, eso sí que es bueno —dijo el señor Brooke cogiendo el periódico e intentando encajar la crítica con la misma facilidad que su vecino, pero ruborizándose y sonriendo con nerviosismo— eso de desgañitarse en los distritos podridos…, jamás en mi vida he hecho un discurso sobre los distritos podridos. Y en cuanto a desgañitarme y todo eso, esa gente no entiende la buena sátira. La sátira, ¿saben? debe ser cierta hasta un punto. Recuerdo que dijeron eso en The Edinburgh…, debe ser cierta hasta un punto.

—Eso de las verjas es un tiro certero —dijo Sir James, con cautela—. Dagley se me quejaba el otro día de que no tenía una verja como Dios manda en toda la finca. Garth se ha ingeniado un nuevo modelo de verja, me gustaría que lo probara. Parte de la madera debería emplearse así.

—Usted se dedica a la agricultura como capricho, Chettam —dijo el señor Brooke, simulando ojear las columnas del Trumpet. Es su entretenimiento, y no le importan los gastos.

—Tenía entendido que el deporte más caro del mundo era presentarse a parlamentario —dijo la señora Cadwallader—. Dicen que el último candidato fracasado de Middlemarch…, ¿era Giles, no…?, se gastó diez mil libras y no lo consiguió porque no sobornó lo bastante. ¡Qué pensamiento tan amargo!

—Alguien comentaba —dijo el rector riendo—, que en materia de sobornos East Retford no era nada comparado con Middlemarch.

—Nada de eso —dijo el señor Brooke—. Los conservadores sobornan: Hawley y su banda sobornan con cenas, hacaladitos calientes y todo eso; y traen borrachos a los votantes a las urnas. Pero en el futuro no se van a salir con la suya…, en el futuro, ni hablar. Estoy de acuerdo en que Middlemarch está un poco retrasado…, van un poco atrasados. Pero les educaremos, haremos carrera de ellos. Los mejores están de nuestra parte.

—Hawley dice que tiene usted de su lado a gente que le perjudicará —interpuso Sir James—. Dice que Bulstrode el banquero le perjudicará.

—Y que si le acribillan —interpuso la señora Cadwallader— la mitad de los huevos podridos se deberían al odio que sienten por su hombre de comité. ¡Santo cielo! ¡Piense lo que debe ser que le acribillen a uno por opiniones equivocadas! ¡Y creo recordar una historia acerca de alguien a quien simulaban aupar y luego le dejaron hundirse en el basurero a propósito!

—Acribillarle a uno no es nada comparado con que le encuentren sus puntos débiles —dijo el rector—. Confieso que eso es lo que me asustaría si los clérigos tuviéramos que presentarnos a elecciones para que nos eligieran. Me asustaría que sacaran a relucir todos los días que voy de pesca. Vive Dios que creo que el misil más fuerte que pueden lanzar contra uno es la verdad.

—El hecho es —dijo Sir James— que si uno quiere entrar en la vida pública debe estar preparado para las consecuencias. Debe estar a prueba de toda calumnia.

—Mi querido Chettam, todo eso está muy bien —dijo el señor Brooke—. Pero, ¿cómo se consigue estar a prueba de toda calumnia? Debería leer historia: fíjese en el ostracismo, la persecución, el martirio y todo eso. Siempre les ocurre a los mejores. ¿Qué era aquello de Horacio…?, fíat justitia, ruat… o algo así.

—Exactamente —dijo Sir James, algo más acalorado que de costumbre—. Lo que quiero decir con estar a prueba de toda calumnia es poder presentar el hecho como refutación de la misma.

—Y no constituye martirio el pagar las facturas en las que ha incurrido uno mismo —dijo la señora Cadwallader. Pero fue el evidente malestar de Sir James lo que más conmovió al señor Brooke:

—Bueno, Chettam, ya sabe… —dijo levantándose cogiendo el sombrero y apoyándose en el bastón—, usted y yo tenemos sistemas diferentes. Usted es partidario de emplear dinero en las tierras. Yo no pretendo decir que mi sistema sea bueno en todas las circunstancias…, no en todas las circunstancias.

—De cuando en cuando se debía hacer una nueva valoración —dijo Sir James—. Las devoluciones están bien a veces, pero yo prefiero una correcta valoración. ¿Usted, Cadwallader, qué opina?

—Estoy de acuerdo con usted. Si fuera Brooke callaría al Trumpet inmediatamente encargándole a Garth una nueva valoración de las fincas y dándole cante blanche en cuanto a verjas y reparaciones; ese es mi punto de vista de la situación política —dijo el rector, ensanchando el pecho al introducir los pulgares en las mangas del chaleco y riéndose.

—Eso quedaría muy bien —dijo el señor Brooke—. Pero me gustaría que me dijera de otro terrateniente que haya mareado menos que yo a sus arrendatarios con los atrasos. Dejo que se queden los arrendatarios antiguos. Soy insólitamente comprensivo. Tengo mis propias ideas y las pongo en práctica. Siempre se tacha de excéntrico e inconsistente al que hace eso. Cuando cambie de forma de actuar, seguiré mis ideas.

Tras lo cual el señor Brooke recordó que había olvidado enviar un paquete desde Tipton Grange y se despidió precipitadamente de todos.

—No quise tomarme libertades con Brooke —dijo Sir James—. Veo que se ha molestado. Pero lo que dice de los arrendatarios antiguos, lo cierto es que ninguno nuevo arrendaría las fincas en los términos actuales.

—Me da la impresión de que con el tiempo se le puede convencer —dijo el rector—. Pero tú Elinor ibas por un lado y nosotros por otro. Tú querías echarle para atrás asustándole con los gastos y nosotros pretendíamos asustarle para que incurriera en ellos. Es mejor dejarle que intente ser famoso y que vea que su reputación como terrateniente le obstruye el camino. No creo que ni el Pioneer, ni Ladislaw, ni los discursos de Brooke les importen un bledo a los habitantes de Middlemarch. Pero sí importa que los parroquianos de Tipton estén cómodos.

—Perdón, pero sois vosotros dos quienes estáis equivocados —dijo la señora Cadwallader—. Deberíais haberle demostrado que pierde dinero con su mala gestión, y entonces hubiéramos ido al unísono. Si le subís al carro de la política, os aviso de las consecuencias. El subirse a un palo y llamarlo una idea está muy bien para andar por casa.

CAPÍTULO SEIS

La mente de Sir James Chettam no era prolífica en recursos, pero su creciente ansiedad por «influir sobre Brooke», una vez la asoció a su fe en la capacidad de Dorothea para estimularle, cuajó en un pequeño plan, a saber, esgrimir una indisposición de Celia para llevar a Dorothea sola a Freshitt Hall y, tras ponerla al corriente de la situación respecto a la gestión de la hacienda, dejarla de camino en Tipton Grange.

Y así sucedió que un día alrededor de las cuatro, cuando el señor Brooke y Ladislaw se encontraban sentados en la biblioteca, la puerta se abrió para anunciar a la señora Casaubon.

Instantes antes Will se encontraba sumido en el aburrimiento y, forzado a ayudar al señor Brooke a ordenar «documentos» sobre el ahorcamiento de los ladrones de ovejas, ejemplificaba el poder de nuestras mentes para montar varios caballos a un tiempo al planificar internamente las medidas a adoptar a fin de conseguir una vivienda en Middlemarch y cortar así su estancia permanente en Tipton Grange, mientras estas imágenes más concretas se veían intermitentemente interrumpidas por la graciosa visión de un poema épico sobre el robo de ovejas, escrito con características homéricas. Cuando anunciaron la llegada de la señora Casaubon recibió como la sacudida de una descarga eléctrica, y le cosquillearon las puntas de los dedos. Cualquiera que le observara hubiera visto el cambio en el color, el ajuste en los músculos del rostro, la viveza en su mirada, que le hubiera hecho imaginar que cada molécula de su cuerpo había transmitido el mensaje de un toque mágico. Y así era. Pues la magia efectiva es naturaleza transcendida, y ¿quién puede medir la sutileza de esos toques que confieren la cualidad del alma además del cuerpo y hacen que la pasión de un hombre por una mujer difiera de su pasión por otra, de la misma manera en que el placer por la luz matutina cayendo sobre el valle, el río y la cima de la montaña varía del placer entre los farolillos chinos y paneles de vidrio? Will también estaba hecho de una sustancia muy impresionable. El arco del violín tensado hábilmente junto a él cambiaba al primer tañido el aspecto del mundo para Will, y su punto de vista se modificaba con idéntica facilidad que su estado de ánimo. La entrada de Dorothea fue como el frescor de la mañana.

—Bien hija mía, ¡qué agradable sorpresa! —dijo el señor Brooke, acercándose a ella y besándola—. Supongo que has dejado a Casaubon con sus libros. Eso está bien. No debemos permitir que te instruyas demasiado para una mujer, ¿sabes?

—Pierda cuidado, tío —dijo Dorothea, volviéndose hacia Will y dándole la mano con manifiesta alegría, pero sin más ademán de saludo mientras seguía respondiendo a su tío—. Soy muy lenta. Cuando quiero aplicarme a los libros a menudo hago novillos con el pensamiento. No encuentro tan fácil ser instruido como diseñar casitas.

Se sentó junto a su tío frente a Will y claramente estaba preocupada por algo que acaparaba casi toda su atención. Will se sintió ridículamente desilusionado, como si hubiera imaginado que la visita de Dorothea tenía algo que ver con él.

—¡Es verdad, hija! Dibujar planos era tu entretenimiento. Pero fue una buena cosa interrumpir eso un poco. Los pasatiempos tienden a imponérsele a uno, y eso no es bueno; debemos sujetar las riendas. Nunca he permitido que nada me obsesionara, siempre frenaba antes. Eso mismo es lo que le digo a Ladislaw. Nos parecemos, ¿sabes? le gusta meterse en las cosas. Estamos con la pena de muerte. Vamos a hacer muchas cosas juntos, Ladislaw y yo.

—Sí —dijo Dorothea, con su acostumbrada franqueza—. Sir James me ha estado diciendo que tiene muchas esperanzas de ver pronto un gran cambio en la gestión de sus tierras, que está usted pensando en que le valoren las fincas, en hacer arreglos, y mejorar las casitas de manera que Tipton pronto parecerá otra cosa. ¡Qué contenta me pongo! —continuó, asiendo las manos, como una vuelta a esa más impetuosa e infantil forma de ser que había estado sofocada desde su matrimonio—. ¡Si aún siguiera en casa volvería a montar a caballo para poder acompañarle y ver todo eso! Y dice Sir James que va usted a contratar al señor Garth, que tanto alabó mis planos para las casitas.

—Chettam va muy deprisa, hija mía —dijo el señor Brooke, sonrojándose un poco—. Muy deprisa. No he dicho nada por el estilo. Tampoco dije que no lo haría. ¿Sabes?

—Sólo muestra confianza en que usted lo haga —dijo Dorothea, con voz clara y precisa como la de un joven corista cantando un credo—, dado que usted quiere entrar en el Parlamento como un diputado que se preocupa por el bienestar de la gente, y una de las primeras cosas que hay que mejorar es la condición de las tierras y los trabajadores. Pienso en Kit Downes, tío…, ¡viviendo con una esposa y siete hijos en una casa con una salita y un dormitorio apenas más grandes que esta mesa! ¡Y los pobres Dagley, en la granja destruida, donde viven en la cocina de atrás dejándoles las otras habitaciones a las ratas! Esa es una razón por la que me disgustaban los cuadros que hay aquí, tío, y que a usted le parecía una estupidez. Solía volver del poblado con toda esa mugre y burda fealdad como un dolor que me embargaba, y los afectados dibujos del salón me parecían como un intento pérfido de encontrar placer en lo falso sin importarnos cuán cruda sea la realidad para nuestros vecinos. No creo que tengamos derecho a estimular mayores cambios en el bienestar hasta no haber intentado modificar los males que están en nuestras propias manos.

Dorothea se había ido emocionando a medida que hablaba olvidándose de todo salvo el alivio de, con total libertad, dar rienda suelta a sus sentimientos, experiencia en tiempos habitual en ella, pero apenas presente desde su boda, que resultaba ser una lucha perpetua de sus energías contra el miedo. Por un momento la admiración de Will se vio acompañada de una gélida sensación de lejanía. Puesto que la naturaleza ha destinado la grandeza a los hombres, estos no suelen avergonzarse de sentir que no pueden amar tanto a una mujer cuando ésta se muestra esplendorosa. Pero en ocasiones la naturaleza se despista lamentablemente a la hora de llevar a cabo sus intenciones, como en el caso del bueno del señor Brooke, cuya conciencia masculina se encontraba en estos momentos en condiciones titubeantes ante la elocuencia de su sobrina. No pudo de momento encontrar otro modo de expresión que el de levantarse, calarse el monóculo, y jugar con los papeles que tenía ante sí. Finalmente dijo:

—Hay algo de verdad en lo que dices, hija, algo de verdad, pero no del todo, ¿eh, Ladislaw? A usted y a mí nos disgusta que les pongan pegas a nuestros cuadros. Las jóvenes son un poco impetuosas, un poco parciales. El buen arte, la poesía, ese tipo de cosas, elevan a una nación —emollit mores— ahora ya entiendes un poco de latín. Pero…, ¿qué pasa?

Esta interrogación iba dirigida al lacayo que había entrado para decir que el guarda había encontrado a uno de los hijos de Dagley con un lebrato recién muerto en la mano.

—Vuelvo, vuelvo en seguida. Le perdono en un momento —dijo el señor Brooke a Dorothea en voz baja mientras salía muy contento.

—Espero que reconozca lo necesario de este cambio que yo…, que Sir James desea —le dijo Dorothea a Will en cuanto su tío hubo salido.

—Lo entiendo, ahora que la he oído hablar. No olvidaré lo que ha dicho. Pero ¿puede pensar en otra cosa ahora? Puede que no tenga otra oportunidad de hablar con usted sobre lo ocurrido —dijo Will, poniéndose en pie con gesto impetuoso y apoyando ambas manos sobre el respaldo de la silla.

—Le ruego me diga qué sucede —dijo Dorothea con angustia levantándose asimismo y dirigiéndose a la ventana abierta por donde Monk metía la cabeza, jadeante y moviendo la cola. Se recostó contra el quicio y reposó la mano en la cabeza del perro, pues, aunque como sabemos, no le gustaban los animales a los que se pisa de no llevarlos en brazos, siempre estaba atenta a los sentimientos de los perros y se mostraba educada si tenía que rechazar su afecto.

Will la siguió con la mirada y dijo:

—Supongo que sabe que el señor Casaubon me ha prohibido ir a su casa.

—No, no lo sabía —dijo Dorothea, tras una leve pausa. Estaba visiblemente afectada—. Lo siento muchísimo —añadió con voz apagada. Estaba pensando en lo que Will desconocía, su conversación mantenida con su esposo en la oscuridad; y de nuevo la invadió la impotencia de no poder ejercer influencia alguna sobre las actuaciones del señor Casaubon. Pero la marcada expresión de tristeza en el rostro de Dorothea convenció a Will de que él no era la única causa que la ocasionaba, así como que tampoco se le había ocurrido que la repulsión y la envidia que el señor Casaubon sentía por él podía volverse contra ella. Sintió una extraña mezcla de alegría y enojo: alegría de poder habitar y ser apreciado en el pensamiento de Dorothea como en un hogar puro sin sospechas y sin máculas, de enojo porque era demasiado insignificante para ella, no era lo suficientemente importante, se le trataba con una benevolencia directa que no le halagaba. Pero su temor a un cambio en Dorothea era más fuerte que su descontento y comenzó a hablar de nuevo en tono meramente explicatorio.

—La razón del señor Casaubon es su disconformidad ante mi aceptación del puesto aquí, que considera poco adecuado a mi estatus como primo suyo. Le he hecho saber que no puedo ceder en este punto. Es un poco demasiado duro esperar que el rumbo de mi vida deba verse obstaculizado por prejuicios que estimo ridículos. La obligación puede dilatarse hasta el punto de no ser mejor que una especie de esclavitud con la que se nos marcó cuando éramos demasiado jóvenes para saber su significado. No hubiera aceptado el puesto de no haber tenido la intención de que fuera útil y honroso. No estoy obligado a considerar la dignidad familiar bajo otro prisma.

Dorothea se sintió muy desgraciada. A su juicio, su marido estaba totalmente equivocado, por más razones de las que Will había mencionado.

—Es mejor que no hablemos del tema —respondió, con un temblor inusual en su voz—, puesto que usted y el señor Casaubon están en desacuerdo. ¿Piensa quedarse? —miraba hacia el césped, con meditación melancólica.

—Sí; pero apenas la veré ahora —dijo Will, con tono casi de queja infantil.

—No —respondió Dorothea, mirándole a los ojos— casi nunca. Pero tendré noticias de usted. Sabré lo que hace por mi tío.

—Yo apenas sabré nada de usted —dijo Will—. Nadie me dirá nada.

—Bueno, mi vida es muy sencilla —dijo Dorothea, esbozando una exquisita sonrisa que reflejaba su tristeza—. Siempre estoy en Lowick.

—Un encarcelamiento horrible —dijo Will, impetuosamente.

—No, no piense eso. No tengo anhelos —dijo Dorothea. Will calló, pero ella respondió a algún cambio en su expresión.

—Me refiero respecto a mí misma. Excepto que desearía no tener tanto más de lo que me toca sin hacer nada por los demás. Pero tengo una creencia propia y me consuela.

—¿Cuál es? —preguntó Will, algo celoso de la creencia.

—Que al desear lo que es perfectamente bueno, incluso cuando no sabemos del todo lo que es y no podemos hacer lo que quisiéramos, somos parte de la fuerza divina contra el mal, ampliando el círculo de luz y angostando la lucha contra la oscuridad.

—Eso es un hermoso misticismo, es…

—Le ruego no le ponga ningún nombre —dijo Dorothea, extendiendo las manos, implorante—. Dirá que es persa o cualquier cosa geográfica. Es mi vida. Lo he descubierto y no puedo prescindir de ello. Siempre he estado descubriendo mi religión desde pequeña. Solía rezar tanto…, ahora casi nunca lo hago. Intento no desear nada sólo para mí misma, porque eso puede no ser bueno para los demás, y yo ya tengo demasiado. Sólo se lo digo para que sepa bien cómo paso los días en Lowick.

—¡Dios la bendiga por ello! —dijo Will, con ardor y sorprendiéndose a sí mismo. Se miraban como dos niños cariñosos que hablaban íntimamente de pájaros.

—¿Y cuál es su religión? —preguntó Dorothea—. No me refiero a lo que conoce de la religión, sino a la creencia que más le ayuda.

—Amar lo que es bueno y hermoso cuando lo veo —respondió Will—. Pero soy un rebelde; no me siento obligado, como usted, a someterme a lo que no me gusta.

—Pero si ama lo bueno, equivale a lo mismo —dijo Dorothea sonriendo.

—Está usted siendo sutil —dijo Will.

—Sí; el señor Casaubon a menudo dice que soy demasiado sutil. Pero no lo noto —dijo Dorothea, juguetonamente—. ¡Pero cuánto tarda mi tío! Debo ir a buscarlo. Tengo que continuar a Freshitt Hall; Celia me espera.

Will se ofreció a comunicárselo al señor Brooke que entró en ese momento y dijo que acompañaría a Dorothea en el carruaje hasta la casa de Dagley para hablar del pequeño delincuente al que se había cogido con el lebrato. Dorothea retomó el asunto de la hacienda durante el camino, pero el señor Brooke, a quien ya no le cogía de improviso, controló la conversación.

—Bueno, hija —contestó—, es que Chettam siempre me critica. Claro que yo no protegería la caza de no ser por Chettam, y no puede decir que ese gasto lo haga en aras a los arrendatarios, ¿verdad? Va un poco en contra de mis sentimientos; la caza furtiva, bien pensado…, a menudo se me ha ocurrido ocuparme del tema. Hace poco que trajeron a Flavell, el predicador metodista, por matar a una liebre que se le cruzó en el camino cuando paseaba con su mujer. Fue muy rápido, y la mató de un golpe en el cuello.

—Eso es brutal —dijo Dorothea.

—Bueno, a mí también me pareció un poco mal, lo confieso, viniendo de un predicador metodista. Y Johnson dijo «Juzguen lo hipócrita que es». Y la verdad es que pensé que Flavell no tenía mucho aspecto de «el más alto estilo de hombre»: como alguien llama a los cristianos, creo que es Young, el poeta Young. ¿Conoces a Young? Bueno, pues te aseguro que Flavell, con sus zarrapastrosas polainas negras, gimoteando que creía que el Señor les había enviado a él y a su esposa una suculenta cena, y que tenía derecho a desnucarla, aunque no fuera, como Nimrod, un gran cazador ante el Señor, resultaba bastante cómico. Fielding le hubiera sacado un gran partido…, o mejor Scott; Scott lo hubiera trabajado bien. Pero la verdad es que, cuando lo pensaba, no podía evitar complacerme con la idea de que el pobre tuviera un poco de liebre que bendecir. Es todo cuestión de prejuicios: prejuicios con la ley de su parte, ¿sabes? respecto del palo y las polainas y eso. Sin embargo, de nada sirve razonar las cosas, la ley es la ley. Pero conseguí que Johnson se callara y silencié el asunto. Tengo mis dudas acerca de si Chettam no hubiera sido más severo, y sin embargo se me echa encima como si yo fuera el hombre más duro del condado. Pero ya estamos en casa de Dagley.

El señor Brooke se bajó a la puerta de la granja y Dorothea continuó. Es asombroso lo mucho más feas que parecen las cosas cuando sospechamos que nos culpan de ellas. Incluso nuestras propias personas ante el espejo tienden a cambiar de aspecto tras haber escuchado algún comentario sincero acerca de sus facetas menos admirables; por otro lado es asombrosa la amabilidad con la que la conciencia acepta nuestro abuso sobre quienes nunca se quejan o carecen de alguien que se queje por ellos. La casa de Dagley nunca le había parecido tan sórdida como hoy al señor Brooke, baqueteado por las críticas del Trumpet que Sir James coreara.

Es cierto que el observador, bajo la dulcificante influencia de las bellas artes que convierte en pintorescas las penalidades ajenas, hubiera podido quedarse encantado con este hogar llamado Freeman's End. La vieja casa tenía ventanas abuhardilladas en el oscuro tejado carmesí, dos de las chimeneas estaban cuajadas de hiedra, el amplio porche estaba bloqueado por hatillos de palos y la mitad de las ventanas estaban cerradas con contraventanas grises y carcomidas en torno a las cuales crecía en abundancia asilvestrada el jazmín; el desmoronado muro del jardín con la malvarrosa asomando por encima era un estudio perfecto de atenuado contraste de colores y había una vieja cabra (sin duda mantenida por interesantes motivos de superstición) que yacía contra la puerta abierta de la cocina. El techo de bálago cubierto de musgo del establo, las rotas puertas grises del granero, los indigentes trabajadores con sus raídos calzones que casi habían terminado de descargar una carretada de maíz en el granero, listo para una trilla temprana, el reducido número de vacas que estaban siendo atadas para ordeñarlas y que dejaban la mitad del cobertizo en una amarronada vaciedad; los mismos cerdos y patos blancos que parecían deambular cabizbajos por el patio irregular y abandonado a causa de una alimentación demasiado pobre; todos estos objetos bajo la tenue luz de un cielo salpicado de altas nubes habrían constituido el tipo de cuadro ante el cual todos nos hemos detenido por «encantador», removiendo otras sensibilidades que las que se ven afectadas por la depresión del interés agrícola, con la triste carencia de capital para agricultura que se veía constantemente en los periódicos de la época. Pero el señor Brooke tenía ahora muy presentes estas molestas asociaciones y le estropeaban la escena. El propio señor Dagley era una figura del paisaje, portando una horca y tocado con el sombrero de ordeñar, un viejo sombrero de fieltro aplastado por la parte delantera. El sobretodo y los pantalones eran los mejores que tenía y no los llevaría puestos este día de diario de no ser porque había ido al mercado y regresado más tarde que de costumbre, habiéndose concedido el insólito capricho de almorzar en el comedor público del Toro Azul. Tal vez a la mañana siguiente le extrañara cómo había sucumbido a esta extravagancia, pero algo en el estado del país, una ligera pausa en la recolección antes de segar los Far Dips, las historias acerca del nuevo rey y los numerosos carteles en los muros parecían haber avalado cierta imprudencia. Era una máxima en Middlemarch, y se consideraba evidente, que la buena carne debía acompañarse de buen beber, lo cual Dagley interpretó como cerveza en abundancia seguida de ron con agua. Estos licores tenían tanta autenticidad en ellos que no fueron lo suficientemente falsos como para alegrar a Dagley, limitándose a hacer que su descontento fuera menos callado. También había ingerido demasiado embarullada charla política, un estimulante peligrosamente inquietante para su conservadurismo agrícola que consistía en mantener que lo que existe es malo, y cualquier cambio suele ser para peor. Acalorado, con una mirada decididamente peleona en los ojos, estaba en pie, sosteniendo la horca mientras el terrateniente se le acercó con su andar pausado y arrastrado, una mano en el bolsillo del pantalón y la otra haciendo girar el bastón.

—Dagley, mi buen hombre —empezó el señor Brooke, consciente de que iba a ser muy benévolo en el asunto del muchacho.

—Así que soy un buen hombre ¿eh? Gracias, señor, muchas gracias —dijo Dagley, con sonora y enrabietada ironía que hizo que Fag el perro pastor se moviera de su sitio y levantara las orejas. Pero al ver a Monk entrar al patio rezagado, Fag volvió a sentarse en actitud observadora—. Me alegra oír que soy un buen hombre.

El señor Brooke recordó que era día de mercado y que su digno arrendatario habría estado comiendo y bebiendo, pero no vio motivos para no continuar, ya que podía tomar la precaución de repetirle a la señora Dagley lo que tenía que decir.

—Han cogido a tu pequeño Jacob matando a un lebrato, Dagley. Le he dicho a Johnson que le encierre en par de horas en el establo vacío para asustarle. Pero le traerán a casa antes de la noche. Y tú te encargarás de él ¿verdad? y le echarás una regañina.

—Pues no. Que me aspen si voy a atizar a mi hijo para complacerle a usted o a cualquier otro. Ni aunque fuera usted veinte terratenientes en vez de uno y malo.

Las palabras de Dagley fueron pronunciadas lo bastante altas como para que acudiera su esposa a la puerta trasera de la cocina, la única entrada que usaban y que estaba siempre abierta excepto cuando hacía mal tiempo, y para que el señor Brooke dijera en tono apaciguador:

—Bueno, bueno, ya hablaré con tu mujer, no me refería a que le pegaras —y se dirigiera hacia la casa. Pero Dagley, a quien que un caballero le diera la espalda no hizo más que acabar de provocar sus ganas de desahogarse, le siguió de inmediato, Fag a sus talones, esquivando hoscamente alguna pequeña y caritativa insinuación de parte de Monk.

—¿Qué tal está, señora Dagley? —dijo el señor Brooke con cierta precipitación—. Vine para decirles lo del chico. No pretendo que le zurren —tuvo la cautela de hablar claramente esta vez.

La extenuada señora Dagley, una mujer enjuta y abatida, de cuya vida el placer había desaparecido hasta el punto de no poseer ropa de domingo que le proporcionara la satisfacción de arreglarse para ir a misa, ya había tenido un altercado con su marido desde que éste llegara a casa, y se encontraba desanimada, esperando lo peor. Pero su marido se adelantó a su respuesta.

—Y claro que no le voy a zurrar, lo quiera usted o no —insistió el arrendatario alzando la voz, como con intención de que hiciera blanco—. Nadie le manda venir hablando de zurras aquí cuando usted no da ni una estaca para hacer arreglos. Vaya a Middlemarch, allí le dirán lo que piensan de usted.

—Más te vale callarte, Dagley —dijo la esposa— y no echar piedras a tu propio tejado. Cuando alguien que es padre de familia se ha ido al mercado a gastarse el dinero y se ha puesto ciego de beber, ya ha hecho bastantes maldades por un día. Pero me gustaría saber lo que ha hecho el chico, señor.

—No te importa lo que ha hecho —dijo Dagley con mayor furia—, soy yo el que tiene que hablar, no tú. Y lo haré. Diré lo que me da la gana, cene o no cene. Y lo que digo es que he vivido en sus tierras desde mi padre y, antes, mi abuelo, y aquí nos hemos dejado el dinero, y que yo y mis hijos nos podríamos pudrir y servir de abono, pues no tenemos el dinero para comprar, si el rey no pusiera fin a esto.

—Mi buen hombre, estás borracho —dijo el señor Brooke, confidencialmente, pero no juiciosamente—. Otro día, otro día hablaremos —añadió, volviéndose para marcharse.

Pero Dagley se le encaró, y Fag a sus talones gruñía soterradamente así que su amo alzaba la voz y profería más insultos, mientras Monk también se acercó con vigilancia digna y silenciosa. Los trabajadores del carro se habían detenido para escuchar y pareció más prudente permanecer absolutamente pasivo que enzarzarse en una ridícula pelea propiciada por un hombre vociferante.

—No estoy más borracho que usted, más bien menos —dijo Dagley—. Aguanto la bebida y sé lo que me digo. Y lo que digo es que el rey pondrá fin a esto porque lo dicen los que lo saben, porque va a haber una reforma y a esos terratenientes que no han cumplido con sus arrendatarios se les tratará de manera que tengan que largarse. Y hay gente en Middlemarch que sabe lo que es la reforma y que sabe quién se tendrá que largar. Me dicen «Sé quién es tu patrón». Y yo digo «Espero que te sirva de algo conocerle, a mí no». Dicen «Es de los del puño cerrado». «Vaya que sí», les digo yo, «Que le coja la reforma», dicen. Eso dicen. Y yo entendí lo que era la reforma. Es largarle a usted y otros parecidos, con viento fresco. Y puede hacer lo que quiera ahora porque no le tengo miedo. Y más le vale dejar a mi hijo en paz y cuidarse de lo suyo antes de que llegue la reforma. Eso es lo que tenía que decir —concluyó Dagley, hincando la horca en el suelo con una firmeza que resultó poco conveniente cuando trató de sacarla de nuevo.

Tras esta última acción, Monk empezó a ladrar sonoramente y fue el momento para que el señor Brooke escapara. Salió del patio cuán rápido pudo, algo asombrado ante la novedad de su situación. Nunca antes le habían insultado en sus propias tierras, y se consideraba como un favorito de la mayoría (nos suele suceder a todos cuando pensamos más en nuestra amabilidad que en lo que la gente suele querer de nosotros). Cuando doce años antes se había peleado con Caleb Garth, había creído que los arrendatarios se alegrarían de que el terrateniente se encargara de todo.

Quienes siguen la narrativa de esta experiencia pueden sorprenderse de la noche oscura del señor Dagley; pero nada más fácil en esos tiempos que el que un agricultor hereditario de su condición fuera ignorante, a pesar de tener un rector en la parroquia vecina que era un caballero hasta la médula, un coadjutor más a mano que predicaba con mayor erudición que el rector, un terrateniente que se había interesado por todo, en especial las bellas artes y el progreso, y toda la luz de Middlemarch tan sólo a tres millas. En cuanto a la facilidad con la que los mortales escapan al conocimiento, ponga a prueba a un conocido normal de la élite intelectual de Londres y considere lo que esa persona, elegible para una fiesta, hubiera sido de haber aprendido unos escasos conocimientos de aritmética en la parroquia de Tipton, y leyera un capítulo de la Biblia con inmensa dificultad, porque nombres como Isaías o Apolo seguían indómitos tras deletrearlos dos veces. El pobre Dagley a veces leía unos cuantos versículos el domingo por la noche y el mundo no se le oscurecía más que antes de leerlos. Sabía a fondo algunas cosas, por ejemplo los hábitos chapuceros de la agricultura y la volubilidad del clima, del ganado y de las cosechas en Freeman's End llamado así sarcásticamente para insinuar que era libre de largarse si quería, pero que no existía en la tierra un más allá para él.

CAPÍTULO SIETE

Cuando observamos efectos, aunque sólo sea de una batería eléctrica, a menudo resulta necesario cambiar de sitio y examinar una determinada mezcla o grupo a cierta distancia del punto donde se originó el movimiento que nos interesa. El grupo hacia el que me dirijo es el de la mesa de desayuno de Caleb Garth, en el amplio salón donde se encontraban el escritorio y los planos: padre, madre y cinco de los hijos. Mary estaba en casa, a la espera de un empleo, mientras Christy, el chico a su lado, recibía en Escocia una educación y aposento baratos, pues para disgusto de su padre, se había dedicado a los libros en vez de a la sagrada vocación de «los negocios».

Había llegado el correo, nueve costosas cartas por las que le habían pagado al cartero tres chelines y dos peniques y el señor Garth se olvidaba de su té y de las tostadas mientras las leía y las dejaba abiertas una encima de la otra, a veces moviendo lentamente la cabeza, a veces frunciendo los labios en debate interno, pero sin olvidarse de arrancar un intacto sello grande y rojo sobre el que Letty se abalanzaba como un afanoso terrier.

Entre los demás la charla proseguía distendidamente, pues nada distraía la atención de Caleb salvo que movieran la mesa mientras escribía.

Dos de las nueve cartas habían sido para Mary. Tras leerlas se las había pasado a su madre y siguió jugando distraídamente con la cucharilla hasta que de pronto recordó su costura, que había mantenido en el regazo durante el desayuno.

—¡Oh, Mary, no cosas! —dijo Ben, tirándola del brazo—. Hazme un pavo real con esta miga de pan. —Llevaba un ratito apelmazando una pequeña cantidad para este menester.

—¡Ni mucho menos, Don Travieso! —dijo Mary con buen humor, al tiempo que le pinchaba levemente la mano con la aguja—. Intenta darle forma tú mismo, me has visto hacerlo muchas veces. Tengo que coser esto. Es para Rosamond Vincy; se casa la semana que viene y no puede hacerlo sin este pañuelo —concluyó Mary jocosamente, divertida con esta última idea.

—¿Y por qué no, Mary? —preguntó Letty, seriamente interesada por aquel misterio y acercando tanto el rostro al de su hermana que ésta amenazó con la aguja la nariz de Letty.

—Porque éste hace una docena y sin él sólo habría once —dijo Mary, con aire de grave explicación de forma que Letty se hizo atrás con sensación de conocimiento.

—¿Has tomado una decisión, hija? —preguntó la señora Garth dejando las cartas.

—Iré al colegio de York —respondió Mary—. Estoy menos incapacitada para enseñar en un colegio que en una familia. Me gusta más dar clase. Y, como ve, he de enseñar, no hay otra cosa que hacer.

—La enseñanza me parece el trabajo más agradable que pueda haber —dijo la señora Garth con cierto reproche en el tono—. Entendería que estuvieras reacia si no tuvieras suficientes conocimientos o si no te gustaran los niños, Mary.

—Supongo, madre, que nunca comprendemos del todo el por qué a otros no les gusta lo que nos gusta a nosotros —respondió Mary con sequedad—. No me gusta el aula; prefiero el mundo exterior. Es un fallo molesto que tengo.

—Debe ser muy aburrido estar siempre en un colegio de chicas —dijo Alfred—. Un enjambre de bobas, como las alumnas de la señora Ballard, caminando de dos en dos.

—Y no juegan a nada que merezca la pena —dijo Jim—. No saben ni lanzar ni saltar. No me extraña que a Mary no le guste.

—¿Qué es lo que a Mary no le gusta? —preguntó el padre mirando por encima de las gafas y haciendo una pausa antes de abrir la siguiente carta.

—Estar metida entre un montón de bobas —dijo Alfred.

—¿Habláis del trabajo que te ofrecieron, Mary? —dijo Caleb con dulzura, mirando a su hija.

—Sí, padre, el colegio en York. He decidido aceptarlo. Es con mucho lo mejor. Treinta y cinco libras al año y pagas extra por enseñarles piano a las más pequeñas.

—¡Pobre criatura! Ojalá se pudiera quedar en casa con nosotros, Susan —dijo Caleb, mirando desconsolado a su esposa.

—Mary no se sentiría feliz sin cumplir con su obligación —dijo la señora Garth, doctrinalmente, consciente de haber cumplido con la suya.

—Pues a mí no me haría feliz cumplir con una obligación tan asquerosa —dijo Alfred, ante lo que Mary y su padre se rieron en silencio, pero la señora Garth respondió con seriedad.

—A ver si encuentras una palabra más adecuada que asqueroso, Alfred, para todo lo que te resulta desagradable. Y supón que Mary pudiera ayudarte a ir con el señor Hanmer con el dinero que gane, ¿eh?

—Me parece una lástima. ¡Pero es una chavala estupenda! —dijo Alfred, levantándose de la silla y echando la cabeza de Mary hacia atrás para darle un beso.

Mary se sonrojó y se rio, pero no pudo ocultar que le asomaran las lágrimas. Caleb, mirando por encima de las gafas, curvadas las cejas, tenía una expresión mezcla de gozo y tristeza al continuar abriendo sus cartas e incluso la señora Garth, el gesto fruncido con tranquila serenidad, dejó correr la expresión sin corregirla, aunque Ben al punto la cogió y empezó a entonar «¡Es una chavala estupenda, estupenda, estupenda!», acompasándose con puñetazos en el brazo de Mary.

Pero la señora Garth tenía ahora puesta la vista en su esposo, que se encontraba enfrascado en la carta que leía. Su rostro mostraba una expresión de atenta sorpresa que la alarmó un poco, pero le disgustaba que le interrogaran mientras leía, de forma que continuó observándole con inquietud hasta verle de pronto sacudido por una alegre risita, volver al comienzo de la carta, y decir en voz queda mirándola por encima de las gafas.

—¿Qué te parece esto, Susan?

La señora Garth se colocó de pie detrás de su marido descansando la mano en el hombro de su esposo mientras leyeron juntos la carta. Era de Sir James Chettam, ofreciéndole al señor Garth la gestión de la hacienda familiar de Freshitt así como de otros lugares, añadiendo que el señor Brooke de Tipton le había pedido a Sir James que se informara respecto de si el señor Garth estaría dispuesto, al mismo tiempo, a reanudar su gestión de las propiedades Tipton. El baronet añadía con palabras elogiosas que él personalmente estaba muy interesado en que las haciendas de Freshitt y Tipton estuvieran a cargo de la misma persona, y esperaba poder demostrar que la doble gestión pudiera llevarse a cabo en términos satisfactorios para el señor Garth, a quien le complacería ver en Freshitt Hall a las doce del día siguiente.

—¡Qué bien escribe!, ¿verdad, Susan? —dijo Caleb levantando los ojos hacia su esposa que cambió la mano del hombro a la oreja de su marido mientras reclinaba la barbilla en su cabeza—. Veo que Brooke no quiso preguntármelo él mismo —continuó Caleb, riéndose en silencio.

—He aquí un honor para vuestro padre, niños —dijo la señora Garth pasando la mirada por los cinco pares de ojos, todos fijos en sus padres—. Los mismos que le despidieron hace muchos años le piden que vuelva a ocupar su puesto. Eso demuestra que hizo bien su trabajo, y notan que les hace falta.

—Como Cincinato… ¡hurra! —exclamó Ben, montándose en la silla con la agradable confianza de que se había relajado la disciplina.

—¿Vendrán a buscarle, madre? —preguntó Letty pensando en el alcalde y la corporación todos ataviados.

La señora Garth dio unas palmaditas sobre la cabeza de Letty y se sonrió, pero observando que su esposo recogía las cartas y que pronto estaría absorto en ese santuario del «negocio», le apretó el hombro y dijo con énfasis:

—Cuídate, Caleb, de pedir un sueldo justo.

—Claro, claro —asintió Caleb con voz sonora, como si fuera ilógico que se esperara de él otra cosa—. Saldrá como a unas cuatrocientas o quinientas libras entre las dos. —Y a continuación, como sobresaltado por un repentino recuerdo, dijo—, Mary, escribe y di que no a ese colegio. Quédate para ayudar a tu madre. Estoy más contento que unas castañuelas ahora que se me ha ocurrido esto.

Nada menos repiqueteante que el carácter de Caleb, pero sus talentos no residían en encontrar la frase acertada, aunque era muy especial a la hora de escribir cartas y consideraba a su mujer un tesoro en cuanto a la correcta expresión.

Hubo un alboroto entre los niños y Mary le tendió implorante el bordado de batista a su madre para que lo guardara a salvo mientras los chicos la arrastraban a una danza. La señora Garth, con plácida alegría, empezó a recoger los platos y las tazas mientras Caleb, apartando la silla un poco como si se dispusiera a cambiarse a su escritorio, seguía sentado sosteniendo las cartas en la mano y mirando meditabundo al suelo, estirando los dedos de la mano izquierda, según un lenguaje mudo propio. Finalmente dijo:

—Es tristísimo que Christy no se dedique a los negocios, Susan. Con el tiempo precisaré ayuda. Y Alfred debe ir a la ingeniería, eso lo tengo decidido. —Continuó otro rato con su meditación y su retórica de dedos y luego prosiguió—. Haré que Brooke llegue a nuevos acuerdos con los arrendatarios y diseñaré una rotación de los cultivos. Y me apuesto algo a que podemos sacar buenos ladrillos de la arcilla en la esquina de Bott. Tendré que verlo, porque abarataría los arreglos. ¡Es un bonito trabajo, Susan! Alguien sin familia estaría encantado de hacerlo gratis.

—Pues encárgate de que no seas tú —respondió su mujer levantando el dedo.

—Claro que no, pero es hermoso que le llegue esto a un hombre cuando ha visto los entresijos del negocio: tener la oportunidad de enderezar un trozo del país, y orientar a la gente en su agricultura, y hacer algunas construcciones sólidas de manera que vivan mejor los presentes y los que vengan detrás. Prefiero eso a tener una fortuna. Es el trabajo más honroso que hay.

Y llegado este punto Caleb dejó a un lado las cartas, metió los dedos entre los botones del chaleco y se sentó muy recto, para proseguir al momento con voz respetuosa y moviendo lentamente la cabeza.

—Es un gran regalo del Señor, Susan.

—Es muy cierto —respondió su mujer con idéntico fervor—. Y será una bendición para tus hijos el haber tenido un padre que hiciera ese trabajo; un padre cuya buena labor permanecerá, aunque se olvide su nombre —no pudo añadirle entonces nada más respecto al sueldo.

Por la noche, cuando Caleb, cansado del trabajo del día, se encontraba en silencio con su cuadernillo abierto sobre las rodillas mientras la señora Garth y Mary cosían y Letty le susurraba en una esquina a su muñeca, el señor Farebrother avanzó por la senda del huerto que dividía las brillantes luces y sombras de agosto entre la hierba y las ramas de los manzanos. Sabemos que estimaba a sus feligreses los Garth y había creído a Mary digna de mencionársela a Lydgate. Utilizaba al máximo el privilegio del clérigo de hacer caso omiso de la discriminación de Middlemarch de los rangos y siempre le decía a su madre que la mujer de Garth era más señora que cualquier matrona de la ciudad. Y sin embargo, observarán que pasaba las veladas en casa de los Vincy, donde el ama de la casa, aunque menos señora, presidía un bien iluminado salón y juegos de cartas. En aquellos días la relación humana no venía determinada exclusivamente por el respeto. Pero el vicario respetaba de corazón a los Garth y no era motivo de sorpresa para la familia el que les visitara. No obstante se explicó al tiempo que les tendía la mano diciendo:

—Vengo de emisario, señora Garth, tengo algo que decirle a usted y al señor Garth de parte de Fred Vincy. La cosa es —continuó sentándose y observando con su viva mirada a los tres que le escuchaban—, que me ha hecho su confidente.

Mary sintió que el corazón le palpitaba y se preguntó hasta qué punto Fred se había sincerado.

—Hace meses que no vemos al muchacho —dijo Caleb—. No sabía qué se había hecho de él.

—Ha estado fuera, de visita —dijo el vicario—, porque el ambiente de la casa estaba un poco demasiado caldeado y Lydgate le dijo a su madre que el pobre no debía empezar a estudiar aún. Pero ayer vino y se sinceró conmigo. Y me alegro mucho de que lo hiciera porque le he visto crecer desde que tenía catorce años y me encuentro tan a gusto en la casa que los niños son como mis sobrinos. Pero es difícil dar consejo en su caso. De todos modos, me ha pedido que les comunique que se va y que le agobia tanto la deuda que tiene con usted y su incapacidad para saldarla que no se atreve a venir él mismo a despedirse.

—Dígale que no tiene ninguna importancia —dijo Caleb agitando la mano—. Lo hemos pasado mal, pero ya lo hemos superado. Y a partir de ahora voy a ser más rico que un judío.

—Lo que significa —dijo la señora Garth sonriendo al vicario—, que tendremos lo suficiente para criar a los chicos y retener a Mary en casa.

—¿Y cuál es el filón? —preguntó el señor Farebrother.

—Voy a ser el agente de dos haciendas, Freshitt y Tipton, y tal vez una buena parcela de tierra de Lowick además; es la misma conexión familiar y el trabajo, una vez empieza, se extiende como el agua. Estoy muy contento, señor Farebrother —Caleb echó un poco la cabeza hacia atrás y puso los codos sobre los brazos de la silla—, de volver a tener otra oportunidad con las tierras de arriendo y de poder llevar a cabo un par de ideas para mejorarlas. Es algo muy sofocante, como le he dicho muchas veces a Susan, mirar desde el caballo por encima de las cercas y ver que las cosas andan mal sin poder meter mano para arreglarlas. No me imagino lo que hace la gente que se mete en política, me vuelve loco ver la mala gestión, aunque sólo sea en unos cientos de acres.

No era frecuente que Caleb ofreciera un discurso tan largo, pero su felicidad tuvo el efecto del aire de la montaña: le brillaban los ojos y las palabras le fluían sin esfuerzo.

—Le felicito de corazón, Garth —dijo el vicario—. Son las mejores noticias que puedo llevarle a Fred Vincy, pues se extendió mucho en el perjuicio que les había ocasionado al tener que hacerles desprenderse de su dinero —robárselo, decía— que ustedes destinaban a otros menesteres. Ojalá Fred no fuera tan holgazán; tiene cosas buenas y su padre es un poco duro con él.

—¿Dónde se va? —inquirió la señora Garth con cierta frialdad.

—Tiene la intención de examinarse de nuevo de licenciatura y se va a estudiar antes de que comience el trimestre. Yo se lo he aconsejado. No le animo a que entre en la Iglesia, más bien al contrario. Pero si se pone a estudiar para aprobar eso sería una garantía de que tiene fuerza de voluntad y energía. Además está bastante perdido, no sabe qué otra cosa podría hacer. Así contentará a su padre y entretanto, yo he prometido intentar reconciliar a Vincy con la idea de que su hijo quiere seguir otra forma de vida. Fred dice abiertamente que no sirve para clérigo y yo haría cuanto estuviera en mi mano por impedir que alguien dé el paso fatal de escoger una profesión equivocada. Me citó lo que usted dijo, señorita Garth ¿lo recuerda? (el señor Farebrother solía llamarla «Mary» en lugar de «señorita Garth», pero formaba parte de su delicadeza el tratarla con más deferencia, puesto que, según frase de la señora Vincy, se ganaba el, pan).

Mary se sintió incómoda, pero decidida a quitarle importancia al asunto respondió al momento:

—Le he dicho tantas impertinencias a Fred… Somos antiguos compañeros de juegos.

—Según él, le dijo que sería uno de esos ridículos clérigos que contribuyen a que todo el clero sea ridículo. La verdad es que es algo tan hiriente que yo mismo me sentí dolido. Caleb se rio.

—Ha heredado tu lengua viperina, Susan —dijo con cierto regocijo.

—No la impertinencia, padre —dijo Mary con presteza, temiendo que su madre se enojara—. Fred no debía haberle repetido al señor Farebrother mis impertinencias.

—Ciertamente fue una frase dicha a la ligera, hija —respondió la señora Garth, que consideraba una falta grave hablar mal de las dignidades —. Pero no debemos apreciar menos a nuestro vicario por el hecho de que hubiera un coadjutor ridículo en la parroquia vecina.

—Pero tiene algo de razón en lo que dice —dijo Caleb, poco dispuesto a que la agudeza de Mary se viera infravalorada—. Un mal trabajador, del tipo que sea, hace desconfiar de sus compañeros. Las cosas se asocian —

añadió, mirando al suelo y moviendo los pies con desasosiego, sintiendo que las palabras eran más exiguas que los pensamientos.

—Evidentemente —respondió el vicario, divertido—. Al ser despreciables ponemos las mentes de los hombres en la onda del desprecio. Estoy totalmente de acuerdo con el punto de vista de la señorita Garth sobre el asunto, tanto si me veo condenado como si no. Pero respecto a Fred Vincy, si somos justos hay que disculparle un tanto, pues el comportamiento falaz del viejo Featherstone contribuyó a malcriarle. Hubo algo diabólico en no dejarle ni un céntimo al final. Pero Fred tiene el buen gusto de no hablar de ello. Y lo que más le importa es haberla ofendido a usted, señora Garth. Se imagina que jamás podrá volver a confiar en él.

—Es cierto que Fred me ha defraudado —dijo la señora Garth con firmeza—. Pero estoy dispuesta a volver a confiar en él cuando me dé motivos para ello.

Llegado este punto Mary salió de la habitación llevándose consigo a Letty.

—Debemos perdonar a los jóvenes cuando se arrepienten —dijo Caleb observando cómo Mary cerraba la puerta—. Y como usted dice, señor Farebrother, ese anciano llevaba al mismísimo demonio dentro. Ahora que Mary ha salido debo decirle una cosa, sólo lo sabemos Susan y yo y usted no debe repetirlo. El viejo bribón quería que Mary quemara uno de los testamentos la misma noche en que murió, cuando le velaba a solas, y le ofreció una suma de dinero que tenía en la caja a su lado si lo hacía. Pero Mary, ya lo comprende, no podía hacer algo así, no quería tocar su cofrecillo de hierro. Y lo que ocurre es que el testamento que quería quemar era el último, de manera que si Mary le hubiera obedecido, Fred Vincy hubiera recibido diez mil libras. El anciano sí se acordó de él al final. Eso afecta mucho a la pobre Mary. Fue inevitable, obró bien, pero dice sentirse como si hubiera echado por tierra la propiedad de alguien destruyéndola a su pesar, cuando lo único que hacía era defenderse a sí misma. La comprendo, y si pudiera compensar al pobre muchacho, en vez de guardarle rencor por el daño que nos ocasionó, estaría muy contento de hacerlo. ¿Usted qué opina? Susan no está de acuerdo conmigo. Dice que…, bueno, díselo tú misma, Susan.

—Mary no podía actuar de otra forma, incluso aunque hubiera sabido cuál sería el resultado sobre Fred —dijo la señora Garth, dejando de coser y mirando al señor Farebrother—. Y lo ignoraba por completo. A mí me parece que una pérdida que recae sobre otro porque nosotros hemos obrado bien no debe recaer sobre nuestra conciencia.

El vicario no contestó de inmediato y Caleb dijo:

—Pero lo que cuenta es lo que se siente. La criatura lo siente así y yo la comprendo. Cuando te haces atrás no crees que tu caballo vaya a pisar al perro, pero te afecta cuando es así.

—Estoy seguro de que en ese punto la señora Garth coincidirá con usted —respondió el señor Farebrother quien, por alguna razón, parecía más dispuesto a pensar que a hablar—. No se puede decir que el sentimiento que usted expone sobre Fred esté mal, o, mejor dicho, equivocado, si bien nadie puede arrogarse ningún derecho por sentir así.

—Bueno, bueno —dijo Caleb—, en cualquier caso es un secreto. No se lo dirá usted a Fred.

—Por supuesto que no. Pero le transmitiré la otra buena noticia, que pueden ustedes sobrellevar la pérdida que les ocasionó.

El señor Farebrother abandonó la casa al poco rato y viendo a Mary en el huerto con Letty fue a despedirse de ella. Componían un bonito cuadro con la luz de poniente resaltando el brillo de las manzanas en las vetustas ramas poco pobladas; Mary, con su percal color lavanda y cintas negras sostenía una cesta, mientras Letty, con su desgastado traje de algodón, recogía las manzanas del suelo. Por si le interesa saber el aspecto de Mary en mayor detalle, diez a una que, si está al tanto, mañana verá un rostro como el suyo en una abarrotada calle; no se encontrará entre esas hijas altivas de Sión que caminan con cuello erguido, mirada lasciva, y paso corto. Deje pasar a todas ésas y fije la vista en alguna persona pequeña, rellenita y morena, de porte seguro, pero discreto, que mira a su alrededor, pero no piensa que nadie la observa a ella. Si tiene el rostro amplio y la frente despejada, las cejas bien dibujadas y el pelo oscuro y rizado, cierta expresión divertida en la mirada que los labios callan y, por lo demás, rasgos totalmente insignificantes…, tome esa persona normal, pero no desagradable, por el retrato de Mary Garth. Si la hiciera sonreír, mostraría unos pequeños dientes perfectos, si la contrariara, no alzaría la voz, pero es probable que le dijera una de las cosas más amargas que jamás haya saboreado; si le hiciera un favor, jamás lo olvidaría. Mary admiraba al vicario de rostro agudo y hermoso, con su pulcra y desgastada vestimenta, más que a cualquier hombre que había tenido la oportunidad de conocer. Jamás le había oído decir una tontería, aunque sabía que hacía cosas imprudentes, y tal vez Mary sintiera mayor reparo por las tonterías que por cualquiera de las imprudencias del señor Farebrother. Al menos, resultaba asombroso que las imperfecciones reales del carácter clerical del vicario no parecían provocar el mismo desdén y desagrado que demostrara de antemano por las auguradas imperfecciones del carácter clerical de Fred Vincy. Me figuro que estas irregularidades de criterio se encuentran en mentes incluso más maduras que la de Mary Garth: guardamos nuestra imparcialidad para el mérito y el demérito abstractos, el que no vimos nunca. ¿Alguien adivina por cuál de estos dos hombres tan dispares Mary sentía una especial ternura femenina? ¿Con cuál de los dos se mostraba más severa o al contrario?

—¿Algún mensaje para el antiguo compañero de juegos, señorita Garth? —dijo el vicario cogiendo una olorosa manzana de la cesta que Mary extendía hacia él y metiéndosela en el bolsillo—. ¿Algo para dulcificar ese juicio agrio? Voy a verle ahora mismo.

—No —dijo Mary moviendo negativamente la cabeza y sonriendo—. Si tuviera que decir que no haría el ridículo si fuera clérigo, tendría que decir que haría algo aún peor. Pero me alegro mucho de saber que se marcha a trabajar.

—Yo, por el contrario, me alegro mucho de saber que usted no se marcha a trabajar. Estoy seguro de que mi madre se pondrá muy contenta si va a verla a la vicaría. Ya sabe cuánto le gusta tener gente joven con quien hablar y tiene muchas cosas que contar de los viejos tiempos. Le haría un favor.

—Me gustaría mucho, si eso es lo que quiere —respondió Mary—. Todo me sonríe demasiado de repente. Pensé que sería siempre parte de mi vida el añorar mi hogar, y perder ese desconsuelo me produce cierto vacío. Tal vez me servía para ocuparme la mente en lugar del sentido común.

—¿Puedo acompañarte, Mary? —susurró Letty, una criatura de lo más inoportuno que escuchaba todo. Pero la embelesó el que el señor Farebrother le pellizcara la barbilla y le diera un beso en la mejilla, incidente que contó a sus padres.

Cualquiera que observara con atención al vicario caminando hacia Lowick hubiera visto cómo se encogía de hombros dos veces. Creo que los escasos ingleses que hacen este gesto nunca son del tipo fornido, pero por miedo a algún ejemplo enojoso de lo contrario diré casi nunca; los que lo hacen suelen tener buen temperamento y gran tolerancia para con los errores menores del hombre (ellos incluidos). El vicario mantenía un diálogo interno en el que se decía que probablemente hubiera algo más entre Fred y Mary Garth que el afecto de antiguos compañeros de juegos, respondiéndose con la pregunta de si aquella mujer no era, con mucho, demasiado exquisita para ese joven inmaduro. La contestación a esto fue el primero de los gestos. A continuación se rio de sí mismo por la posibilidad de haberse sentido celoso, como si hubiera sido un hombre que pudiera casarse, lo cual, se añadió, está más claro que una hoja de balance, que no. A lo cual sobrevino el segundo encogimiento de hombros.

¿Qué podían ver en esta «mancha pardusca» como se llamaba Mary a sí misma, dos hombres tan diferentes? No les atraía su falta de hermosura (y que todas las jóvenes corrientes estén alerta contra el peligroso alentamiento de la sociedad para que confíen en su falta de belleza). En esta vetusta nación nuestra, el ser humano es un todo muy maravilloso, la lenta creación de influencias largamente intercambiadas; y el atractivo es el producto de dos de esos todos, el que ama y el amado.

Cuando el señor y la señora Garth se encontraron sentados a solas, Caleb dijo:

—Susan, adivina en lo que estoy pensando.

—La rotación de los cultivos —respondió la señora Garth sonriéndole mientras seguía tejiendo—, o si no, las puertas traseras de las casitas de Tipton.

—No —dijo Caleb con seriedad—. Estoy pensando en que podía hacerle un favor a Fred Vincy. Christy se ha ido y Alfred lo hará pronto, y pasarán cinco años hasta que Jim esté preparado para el negocio. Necesitaré ayuda y Fred podría venir y aprender las cosas y actuar bajo mis órdenes y eso tal vez le convirtiera en un ser útil, si desiste de ser clérigo. ¿Qué te parece?

—Me parece que debe haber pocas cosas honradas a las que su familia se opusiera más —respondió la señora Garth con firmeza.

—¿Y a mí qué me importa que se opongan? —dijo Caleb con una testarudez que solía mostrar cuando tenía una opinión fija—. El chico es mayor de edad y tiene que ganarse la vida. Tiene suficiente sentido común y agilidad, le gusta la tierra y creo que podía aprender bien el oficio si se lo propusiera.

—¿Pero lo aceptaría? Sus padres querían que fuera todo un señor y creo que él tiene la misma idea. Toda la familia nos considera inferiores. Y si tú hicieras la propuesta, estoy segura de que la señora Vincy diría que le queríamos para Mary.

—Menuda estupidez es la vida si tiene que vérselas con memeces semejantes —dijo Caleb asqueado.

—Sí, pero hay un orgullo que está bien, Caleb.

—Pues a mi modo de ver no es un buen orgullo el dejar que las ideas de los necios te impidan llevar a cabo una buena acción. No hay ninguna labor —dijo Caleb con fervor, extendiendo una mano y recalcando con ella cada una de las palabras—, que se pudiera hacer bien si prestaras atención a lo que opinan los necios. Has de llevarlo dentro que tu plan es bueno, y ese plan has de seguir.

—No me opondré a ningún plan que tú decidas, Caleb —dijo la señora Garth, mujer firme que sabía que había ciertos puntos en los que su marido lo era aún más—. De todos modos parece decidido que Fred vuelva a la universidad. ¿No sería mejor esperar y ver lo que va a hacer después de eso? No es fácil retener a la gente en contra de su voluntad. Y tú aún no estás muy seguro de tu propia situación ni de lo que querrá.

—Puede que sea mejor esperar un poco. Pero estoy convencido de que habrá suficiente trabajo para dos. Siempre he tenido montones de cosillas de aquí y allí y siempre han ido surgiendo otras nuevas. Pero si ayer mismo ¡Dios mío, si no te lo dije! curiosamente, dos hombres me pidieron, desde distintos ángulos, que les hiciera la misma valoración. ¿Y quién crees que eran? —dijo Caleb cogiendo un pellizco de rapé entre los dedos como si fuera parte de su exposición. Le gustaba una pizca cuando se le ocurría, pero solía olvidarse de que este placer estaba a su disposición.

Su esposa dejó el punto y alzó la vista atentamente.

—Pues ese Rigg, o Rigg Featherstone, era uno de ellos, pero Bulstrode se le adelantó así que se lo haré a Bulstrode. Aún no sé si lo quieren para hipotecar o para vender.

—¿Será posible que ese hombre vaya a vender la tierra que le acaban de dejar y de la que ha tomado el nombre? —dijo la señora Garth.

—Quién diablos lo puede saber —dijo Caleb, que nunca atribuía el conocimiento de actos innobles a potestades más elevadas—. Pero hace tiempo que Bulstrode quiere poner las manos sobre un buen pedazo de tierra, eso sí lo sé. Y es difícil de obtener en esta parte del país.

Caleb esparció cuidadosamente el rapé en lugar de aspirarlo y añadió:

—Qué curiosos son los entresijos de las cosas. Aquí está esa tierra que todos esperaban fuera para Fred y de la que parece que el anciano jamás pensó en dejarle ni un palmo, sino que se la dejó a este desliz de hijo que mantuvo oculto, y que colocó aquí para incordiar a todos tanto como hubiera hecho él mismo de haber podido seguir con vida. Sería curioso que al final fuera a parar a manos de Bulstrode. El viejo le odiaba y nunca quiso tener tratos con él.

—¿Y qué razones podría tener el muy miserable para odiar a alguien con quien no tenía nada que ver? —preguntó la señora Garth.

—¡Buah! ¿Qué sentido tiene preguntarse por las razones de alguien así? Cuando el alma de un hombre se pudre —dijo Caleb con el tono grave y el pausado movimiento de cabeza que siempre llegaba cuando empleaba esta frase—, cuando se pudre, depara toda clase de hongos y nadie puede saber de dónde procedió la semilla.

Era una característica de Caleb que, en su dificultad por encontrar palabras para su pensamiento, recogía retazos de dicción que asociaba con diversos puntos de vista o estados mentales, y siempre que le embargaba el respeto le obsesionaba la fraseología bíblica, aunque apenas hubiera podido ofrecer una cita exacta.

CAPÍTULO OCHO

Las transacciones que según Caleb Garth habían existido entre el señor Bulstrode y el señor Joshua Rigg Featherstone respecto a la tierra adjunta a Stone Court habían dado lugar al intercambio de un par de cartas entre estos dos personajes.

¿Quién puede adivinar el resultado de la escritura? Si resultara haber sido cincelada en la piedra, aunque permanezca durante siglos boca abajo en una playa abandonada, o «descanse tranquila bajo los tambores y pisotadas de varias conquistas» puede acabar revelándonos el secreto de usurpaciones y demás escándalos sobre los que se cuchicheó muchos imperios atrás, siendo al parecer, este mundo, una inmensa galería susurrante. Tales condiciones se representan a menudo con detalle en nuestra insignificante existencia. Así como la piedra que han pateado innumerables generaciones de payasos puede, por mor de curiosos eslabones de efecto, llegar a manos de un estudioso gracias a cuyos desvelos puede finalmente fijar la fecha de las invenciones y desvelar religiones, un poco de tinta y papel que durante mucho tiempo ha sido una inocente envoltura o un calzo, finalmente puede caer ante los ojos del único ser con conocimientos suficientes para convertirlo en el principio de una catástrofe. Para Uriel, que observa el progreso de la historia planetaria desde el sol, un resultado sería igual de fortuito que el otro.

Tras esta un tanto sublime comparación, me siento menos incómoda por llamar la atención hacia la existencia de gentes abyectas mediante cuya interferencia, por poco que nos guste, el rumbo del mundo viene muy determinado. Por supuesto que sería bueno que pudiéramos contribuir a reducir su número, y tal vez algo se pudiera hacer no dando a la ligera la ocasión para que existieran. Socialmente hablando, a Joshua Rigg se le calificaría, en general, como un ser superfluo. Pero quienes, como a Peter Featherstone, jamás se les pidió una copia de sí mismos, son precisamente los últimos en esperar tal petición ni en prosa ni en verso. La copia en este caso llevaba más el signo externo de la madre, en cuyo sexo unas facciones batracias acompañadas de unas sonrosadas mejillas y una figura bien torneada, son compatibles con mucho encanto para cierto tipo de admiradores. El resultado, en ocasiones, es un macho de rostro de rana, de seguro poco deseable para ningún tipo de ser inteligente. Sobre todo cuando de pronto sale a relucir a fin de frustrar las expectativas de otros, el aspecto más abyecto en el cual una superfluidad social pueda presentarse.

Pero las características abyectas del señor Rigg Featherstone eran todas de índole sobrio y abstemio. Desde primera a última hora del día se mostraba tan lustroso, pulcro y fresco como la rana a la que se parecía y el anciano Peter se había reído en secreto del retoño casi tan calculador y mucho más imperturbable que él mismo. Añadiré que cuidaba con esmero sus uñas y que tenía la intención de casarse con una joven bien educada (aun no especificada) que fuera buena persona y cuyos vínculos con una sólida clase media fueran innegables. Así pues, sus uñas y su modestia se podían comparar a los de la mayoría de los caballeros, aunque su ambición sólo se había educado conforme a las oportunidades de un empleado y contable en las más pequeñas casas comerciales de un puerto de mar. Pensaba que los Featherstone rurales eran gente muy simple y absurda y ellos, a su vez, consideraban su «crianza» en una ciudad portuaria como una exageración de la monstruosidad que suponía que su hermano Peter, y aún más las propiedades de Peter, hubieran tenido tales parientes.

El jardín y la entrada de gravilla, vistas desde las dos ventanas del salón recubierto de madera de Stone Court jamás estuvieron mejor podados que en este momento cuando el señor Rigg Featherstone, con las manos a la espalda, los miraba en pie como su dueño. Pero la duda estaba en si observaba por el placer de contemplarlos o por darle la espalda a una persona que se encontraba de pie en medio de la habitación, con las piernas conspicuamente abiertas y las manos en los bolsillos del pantalón, una persona que a todas luces contrastaba con la pulcritud y frialdad de Rigg. Era un hombre cercano a los sesenta, coloradote y peludo, con muchas canas en las pobladas patillas y el tupido pelo rizado, un cuerpo recio que mostraba desventajosamente las desgastadas costuras de su vestimenta, y el aire de un fanfarrón que aspiraba a no pasar desapercibido ni siquiera en unos fuegos artificiales, considerando sus comentarios sobre la actuación de otros como probablemente más interesantes que la propia representación.

Se llamaba John Raffles y a veces escribía T.R.U.H.A.N. detrás de su firma, puntualizando al hacerlo que una vez le dio clase Leonard Lamb, de Finsbury, quien ponía B.A. a continuación de su nombre y que él, Raffles, tuvo el ingenio de llamar a ese célebre profesor Ba-Lamb. Tal era el aspecto y sabor mental del señor Raffles, ambos de los cuales parecían impregnados del rancio olor a habitaciones de viajeros en los hoteles comerciales de la época.

—Venga, venga, Josh —estaba diciendo con voz sonora—, enfócalo desde este punto de vista. Aquí tienes a tu madre, acercándose a la ancianidad y tú podrías permitirte ahora portarte bien con ella y que viviera cómoda.

—No mientras tú vivas. Nada le será cómodo mientras tú vivas —contestó Rigg con su voz templada y fuerte—. Lo que le dé, se lo quitarás tú.

—Sé que me tienes inquina, Josh. Pero vamos, de hombre a hombre, sin rodeos, un pequeño capital me permitiría convertir la tienda en algo de primera. El negocio del tabaco va en aumento. Me estaría arrancando mi propia nariz si no echara el resto en ello. Por la cuenta que me tiene me pegaría a él como pulga a la lana. Estaría al pie del cañón. Y nada haría tan feliz a tu pobre madre. Ya he sentado la cabeza, voy para los cincuenta y cinco. Quiero sentarme junto a mi chimenea. Y si me ligo al negocio del tabaco podría aportar un montón de sesera y experiencia que no sería fácil encontrar. No quiero molestarte una y otra vez, sino enderezar las cosas de una vez por todas. Tenlo en cuenta, Josh, de hombre a hombre, y a tu pobre madre le solucionarías la vida. ¡Por Júpiter que siempre estuve encariñado con la pobrecilla!

—¿Has terminado? —preguntó el señor Rigg con tranquilidad sin quitar la vista de la ventana.

—Sí, he terminado —dijo Raffles, cogiendo el sombrero que estaba enfrente de él en la mesa y propinándole una especie de empujón retórico.

—Pues escúchame bien. Cuantas más cosas digas, menos te creeré. Cuanto más insistas en que haga algo, más razones me darás para no hacerlo nunca. ¿Acaso piensas que me voy a olvidar de las patadas que me dabas cuando era un chaval y de que te comías las mejores viandas quitándonoslas a mí y a mi madre? ¿Acaso piensas que me voy a olvidar de que siempre venías a casa para vender y embolsarte cuanto encontraras y luego te volvías a marchar dejándonos en la estacada? Contento estaría de verte azotado en la trasera de un carro. Mi madre fue una necia contigo, no tenía derecho a darme un padrastro, y lo ha pagado caro. Recibirá su pensión semanal y nada más y eso cesará si te atreves a venir aquí otra vez o a perseguirme. La próxima vez que asomes por la puerta te echaré los perros y mandaré que te azoten.

Así que Rigg pronunciaba las últimas palabras se volvió y miró a Raffles con sus ojos saltones y gélidos. El contraste era igual de chocante que dieciocho años atrás, cuando Rigg era un desabrido y pateable muchacho y Raffles era el fornido adonis de los bares y trastiendas. Pero la ventaja ahora estaba de parte de Rigg y quienes escucharan esta conversación hubieran podido esperar que Raffles se retiraría con el rabo entre las piernas. En absoluto. Hizo un gesto habitual en él cuando perdía, se rio y procedió a sacar una petaca del bolsillo.

—Vamos Josh —dijo en tono engatusador—, dame una cucharada de cognac y un soberano para pagarme la vuelta y me marcharé. ¡Palabra de honor! ¡Como una bala, por Dios que me voy!

—Recuerda —dijo Rigg sacando un manojo de llaves—, si te vuelvo a ver no te dirigiré la palabra. No daré más señal de reconocerte que si viera a un cuervo, y si te empeñas tú en reconocerme a mí no sacarás en limpio más que la fama de lo que eres, un canalla detestable, fanfarrón y descarado.

—Es una pena, Josh —dijo Raffles, simulando rascarse la cabeza y alzar las cejas con indiferencia—. Yo te tengo en mucha estima, ¡vaya que sí! No hay nada que me complazca más, que martirizarte…, ¡te pareces tanto a tu madre! …, y tengo que pasarme sin ello. Pero el cognac y el soberano son un trato.

Empujó la petaca hacia Rigg quien se dirigió a un hermoso escritorio antiguo de roble llevando las llaves. Pero el movimiento que hiciera Raffles con la petaca le recordó que ésta estaba peligrosamente despegada de la funda de cuero y fijándose en un papel doblado que se había caído junto al parachispas, lo recogió y lo introdujo en la funda para que se ajustara bien al vidrio.

Para entonces Rigg volvía con la botella de cognac, llenó la petaca y le entregó a Raflles un soberano, sin mirarle ni hablarle. Tras volver a cerrar el escritorio, caminó hacia la ventana por la cual miró con la misma imperturbabilidad que lo hiciera al inicio de la entrevista, mientras Raffles ingería una pequeña cantidad de la bebida, enroscaba el tapón y se metía la petaca en el bolsillo con provocadora lentitud haciendo un mohín a la espalda de su hijastro.

—¡Adiós, Josh y quizá para siempre! —dijo Raffles volviendo la cabeza al abrir la puerta.

Rigg le vio salir de la hacienda y adentrarse por el sendero. El día grisáceo se había convertido en una llovizna que refrescaba los setos y la hierba que bordeaba las carreterillas, y hacía afanarse a los trabajadores que cargaban los últimos treznales de trigo. Raffles, con el desgarbado andar de un paseante urbano forzado a caminar por el campo tenía, en medio de esta labor y quietud húmeda y rural, el incongruente aspecto de un mono escapado de una casa de fieras. Pero no había nadie que le observara, salvo las terneras destetadas hacía tiempo, y nadie a quien disgustara su aire salvo las pequeñas ratas de agua que se escabullían a su paso.

Tuvo la suerte de que le alcanzara la diligencia cuando llegó a la carretera que le llevó hasta Brassing, donde tomó el tren recientemente construido, comentándoles a sus compañeros pasajeros, que lo consideraba bien sazonado ahora que había matado a Huskisson. En la mayoría de las ocasiones el señor Raffles daba a entender que se había educado en una academia y podía, cuando quería, quedar bien en todas partes; a decir verdad no había un congénere a quien no se creía en posición de poder ridiculizar y atormentar, confiado de la diversión que así proporcionaba al resto del grupo.

Adoptó ahora este papel con el mismo brío que si su viaje hubiera tenido éxito, recurriendo con intermitente frecuencia a la petaca. El papel con el que la había encajado era una carta firmada Nicholas Bulstrode, pero no era probable que Raffles interrumpiera su posición actual de utilidad.

CAPÍTULO NUEVE

Una de las visitas profesionales que Lydgate hizo al poco de volver de su luna de miel fue a Lowick, como resultado de una carta en la que se le pedía que fijara una hora para su visita.

El señor Casaubon no le había formulado a Lydgate pregunta alguna respecto a la índole de su enfermedad y ni siquiera había delatado ante Dorothea inquietud alguna respecto a cuánto podía ésta acortar su trabajo o su vida. En este punto, como en todos los demás, rehuía la lástima y si agria era la sospecha de que se le compadecía por una suerte intuida o conocida a su pesar, la idea de provocar una muestra de compasión admitiendo francamente su inquietud o su pena le resultaba forzosamente intolerable. Toda mente altiva tiene algún conocimiento de esta experiencia y tal vez sólo se supere con un sentimiento de compañerismo lo suficientemente profundo como para hacer que todos los esfuerzos por aislarse parezcan ruines y mezquinos en lugar de exaltadores.

Pero el señor Casaubon ahora rumiaba algo a través de lo cual la cuestión de su salud y su vida obsesionaban su silencio con mucha mayor importunidad incluso que a través de la inmadurez otoñal de su paternidad literaria. Es cierto que esta última podría llamarse su ambición central, pero hay clases de paternidad literaria en las que, con diferencia, el resultado es la intranquila susceptibilidad acumulada en la conciencia del autor, se descubre el río por ciertas vetas en medio de un depósito largamente acumulado de incómodo barro. Así ocurría con las arduas tareas intelectuales del señor Casaubon. Su resultado más característico no era la «Clave para todas las mitologías» sino la morbosa conciencia de que otros no le otorgaban el lugar que no había demostrado merecer, una eterna y sospechosa conjetura de que las opiniones sobre él no eran favorables, una melancólica ausencia de entrega en sus esfuerzos por sobresalir y una apasionada resistencia a confesarse que no había logrado nada.

Así pues, la ambición intelectual que otros decían le había absorbido y resecado no constituía ninguna seguridad contra las heridas, y menos aún contra las que procedían de Dorothea. Y había empezado a imaginarse posibilidades para el futuro que le resultaban más amargas aún que nada en lo que hubiera pensado antes.

Contra ciertos hechos estaba impotente: la existencia de Will Ladislaw, su desafiante permanencia en el vecindario de Lowick y su irrespetuosa actitud mental respecto de quien poseía una sólida y auténtica erudición; contra la personalidad de Dorothea, que constantemente adoptaba nuevas formas de frenética actividad e incluso en la sumisión y en el silencio ocultaba fervientes razones en las que resultaba irritante ni siquiera pensar; contra ciertas ideas y gustos que se habían adueñado de su mente en relación con temas que él no podía de forma alguna comentar con ella. No podría negarse que Dorothea era la joven más hermosa y virtuosa que hubiera podido tomar por esposa, pero una joven que había resultado ser algo más problemática de lo que él imaginara. Le cuidaba, le leía, se anticipaba a sus gustos y se mostraba solícita respecto de sus sentimientos, pero había penetrado en la mente del señor Casaubon la certeza de que ella le juzgaba y que su devoción de esposa era como una expiación penitencial por sus incredulidades, acompañada de un poder de comparación por mor del cual él mismo y sus actos destacaban demasiado como parte de las cosas en general. Su enojo pasó como el vapor por encima de todas las tiernas manifestaciones de cariño de Dorothea, para aferrarse a ese mundo desagradecido al que ella le había acercado.

¡Pobre señor Casaubon! Este sufrimiento era más difícil de soportar porque parecía una traición: la joven criatura que le idolatrara con absoluta confianza pronto se había tornado en esposa crítica y tempranas muestras de oposición y resentimiento habían producido una impresión que ni la ternura ni la sumisión posteriores pudieron borrar. Para su suspicaz interpretación, el actual silencio de Dorothea constituía una rebelión reprimida; un comentario que él no anticipara se convertía en la aseveración de una superioridad consciente; sus templadas respuestas poseían una irritante cautela y cuando accedía, ello era un esfuerzo condescendiente de tolerancia. La tenacidad con la que el señor Casaubon pugnaba por ocultar este drama interior lo convertía en más real aún, de la misma forma en la que oímos con mayor nitidez lo que no queremos que otros oigan.

En lugar de sorprenderme ante este resultado fruto de la desdicha del señor Casaubon, me parece muy corriente. ¿Acaso una pequeña mota muy cercana a nuestra visión no elimina la gloria del mundo dejando tan sólo un margen mediante el cual vemos la mota? No conozco mota tan pesada como la propia persona. ¿Y quién, si el señor Casaubon hubiera deseado exponer su descontento, su sospecha, de que ya no se le adoraba sin crítica hubiera podido negar que se fundaba sobre buenas razones? Al contrario, cabría añadir una fuerte razón, que ni él mismo había considerado explícitamente, a saber, que no era adorable sin reservas. Lo sospechaba, sin embargo, al igual que sospechaba otras cosas, sin confesarlo, y, al igual que el resto de nosotros, sentía que hubiera sido muy consolador el tener una compañera que jamás lo hubiera descubierto.

Esta penosa susceptibilidad en relación con Dorothea estaba preparada ya incluso desde antes de que Will Ladislaw regresara a Lowick y lo que ocurrió desde entonces había activado desesperadamente la capacidad de construcción de sospecha del señor Casaubon. A todos los hechos que conocía, añadía hechos imaginarios, tanto presentes como futuros que se fueron convirtiendo en aún más reales que aquéllos porque despertaban una mayor antipatía, una amargura más predominante. La sospecha y los celos de las intenciones de Will Ladislaw, las sospechas y los celos de las impresiones de Dorothea, llevaban a cabo incesantemente su labor tejedora. Resultaría injusto para con él suponer que hubiera podido entrar en una burda malinterpretación de Dorothea; sus propios hábitos mentales y su conducta, tanto como la franca altura de la personalidad de Dorothea le ponían a salvo de tal error. De lo que estaba celoso era de la opinión de su mujer, del rumbo que pudiera dar a las críticas de su mente activa, y las posibilidades futuras a las que éstas podían conducirla. En cuanto a Will, aunque hasta su última carta desafiante no tenía nada concreto que pudiera alegar contra él formalmente, creía tener garantías para creer que era capaz de cualquier ingenio que pudiera fascinar a un temperamento rebelde y una indisciplinada impulsividad. Estaba convencido de que Dorothea era el motivo de su regreso de Roma y su decisión de asentarse en la zona, y era lo suficientemente agudo como para imaginarse que Dorothea había fomentado inocentemente este rumbo. Estaba muy claro que se encontraba favorablemente predispuesta hacia Will y a ser receptiva a sus sugerencias: nunca habían tenido un tété-à-téte del cual ella no hubiera salido con alguna nueva y conflictiva impresión, y la última entrevista que el señor Casaubon recordaba (Dorothea, a su regreso de Freshitt Hall había guardado silencio por primera vez sobre su encuentro con Will) había desembocado en una escena que provocó en él mayor ira contra ambos de la que jamás conociera. La exposición de Dorothea de sus ideas sobre el dinero, en la oscuridad de la noche, no habían hecho sino introducir en la mente de su esposo una mezcla de presentimientos más odiosos.

Y existía el susto reciente dado a su salud y que siempre tenía tristemente presente. Por supuesto que estaba muy repuesto. Había recobrado su capacidad de trabajo usual; la enfermedad pudo obedecer a simple cansancio, podían aún quedarle veinte años de logros por delante que justificarían los treinta años de preparación. Esa perspectiva se veía endulzada por un sabor a venganza contra los precipitados desdenes de Carp y Compañía, pues incluso cuando el señor Casaubon paseaba su vela entre las tumbas del pasado, esas figuras modernas se alzaban en medio de la débil luz e interrumpían su diligente exploración. Convencer a Carp de su error, de forma que hubiera de tragarse sus propias palabras con una fuerte indigestión, sería el grato accidente de la triunfal paternidad literaria, que ni la perspectiva de vivir para épocas futuras en la tierra y para la eternidad en los cielos podía excluir como objeto de contemplación. Así pues, dado que la previsión de su propia dicha ilimitada no podía anular la amargura de los celos y el rencor, resulta menos sorprendente el que la probabilidad de una felicidad pasajera para otras personas, cuando él mismo debiera haber entrado en la gloria, no tuviera un efecto potencialmente endulzante. Si resultara cierto que llevaba dentro alguna minante enfermedad, habría muchas oportunidades de que algunos estuvieran más felices cuando él se hubiera marchado, y si una de esas personas era Will Ladislaw, el señor Casaubon se oponía tanto a ello que parecía como si el enojo fuera a formar parte de su existencia incorpórea.

Es ésta una forma muy escueta y por tanto incompleta de exponer el caso. El alma humana se mueve por muchos conductos y como sabemos, el señor Casaubon poseía un sentido de la rectitud y un honroso orgullo por satisfacer los requisitos del honor que le impulsaban a encontrar otros motivos para su conducta que no fueran los celos o el rencor. El señor Casaubon exponía el caso de la siguiente manera:

«Al casarme con Dorothea Brooke me tuve que hacer cargo de su bienestar caso de que yo muriera. Pero el bienestar no se consigue mediante una holgada e independiente posesión de la propiedad; al contrario, pueden surgir ocasiones en las que una posesión tal pudiera exponerla a mayores peligros. Es fácil presa para cualquier hombre que sepa tocar adecuadamente bien su afectividad, bien su quijotesco entusiasmo. Y cerca anda un hombre con precisamente esa intención, un hombre sin otros principios que el capricho pasajero, y que además, siente una animosidad personal hacia mí, de ello estoy convencido, una animosidad alimentada por la conciencia de su ingratitud y de la que se ha ido desfogando ridiculizándome, de lo cual estoy tan seguro como si le hubiera oído. Incluso si vivo no dejaré de estar inquieto respecto de lo que pueda intentar Ladislaw mediante la influencia indirecta. Este hombre ha logrado que Dorothea le escuche, ha encandilado su atención; evidentemente ha intentado impresionarla con la idea de que tiene derechos al margen de cuanto yo he hecho por él. Si muero, y espera al acecho que ello ocurra, la convencerá para que se case con él. Eso sería calamitoso para ella y un triunfo para él. No es que Dorothea lo creyera una calamidad, él conseguiría que se creyera cualquier cosa; y ella tiende a los apegos desmedidos, a los que internamente me reprocha no corresponder y ya ocupa su mente con los infortunios de Ladislaw. Él piensa en una fácil conquista y en apoderarse de mi nido. ¡Pero eso lo impediré yo! Semejante matrimonio sería fatal para Dorothea. ¿Acaso ha perseverado él en algo salvo por oposición? En cuanto a conocimiento siempre ha intentado despampanar a bajo precio. Respecto a la religión podría ser, siempre y cuando le conviniera, el fácil eco de las vaguedades de Dorothea. ¿Cuándo fue la falsa erudición desvinculada de la negligencia? Desconfío totalmente de su moral y es mi obligación impedir la realización de sus propósitos».

Las disposiciones que hiciera el señor Casaubon al casarse le dejaban abierta la posibilidad de tomar importantes medidas, pero al pensar en ellas su mente calibraba tanto las probabilidades de su propia vida que el deseo de calcularlas con la máxima precisión venció por fin su altivo silencio y le empujó a pedir a Lydgate su opinión sobre la naturaleza de su enfermedad.

Le había mencionado a Dorothea que había citado a Lydgate en Lowick a las tres y media y, en respuesta a su angustiada pregunta de si se sentía enfermo respondió:

—No, simplemente deseo su opinión respecto de ciertos síntomas habituales. No hace falta que tú le veas, amor mío. Daré órdenes de que le conduzcan al paseo de los tejos, donde estaré, como siempre, haciendo un poco de ejercicio.

Cuando Lydgate entró en el paseo vio al señor Casaubon que se alejaba lentamente con las manos a la espalda según su costumbre, y la cabeza inclinada hacia delante. Era una tarde preciosa, las hojas de los erguidos tejos caían silenciosas sobre las sombrías plantas de hoja perenne, mientras las luces y las sombras dormían unas junto a otras: no había más ruido que el graznido de los grajos, una nana para el oído acostumbrado a ello o como esa última y solemne canción de cuna que son los cantos funerarios. Lydgate, consciente de su cuerpo fuerte en la plenitud de su vida sintió cierta compasión cuando la figura que en breve alcanzaría se dio la vuelta, y al avanzar hacia él mostró con aún más claridad los signos de un envejecimiento prematuro, los hombros vencidos del estudioso, las piernas enjutas, y las melancólicas líneas de la boca. «Pobre hombre», pensó, «otros a sus años son como leones; sólo se puede decir de su edad que ha alcanzado la madurez total».

—Señor Lydgate —dijo el señor Casaubon con su invariable cortesía —, le estoy muy agradecido por su puntualidad. Si le parece, podemos conversar mientras paseamos.

—Espero que su deseo de verme no obedezca a la reaparición de síntomas desagradables —dijo Lydgate, llenando la pausa.

—No de forma inmediata, no. Para explicar este deseo mío debo mencionar —lo que en otras circunstancias no sería preciso decir— que mi vida, insignificante en otros aspectos colaterales, adquiere una posible importancia debido a que están inacabados los trabajos que han ocupado mis mejores años. En resumen, hace años que tengo entre manos una obra que quisiera dejar en condiciones de que al menos fuera dada a la imprenta por…, otros. De tener la certeza de que esto es lo máximo a lo que puedo aspirar razonablemente, esa certeza me resultaría útil a la hora de delimitar mis esfuerzos al tiempo que guiaría, tanto positiva como negativamente, el curso de mi actividad.

Llegado este punto el señor Casaubon se detuvo, retiró una mano de la espalda y la introdujo entre los botones de la levita. Para una mente con larga experiencia ante el destino humano casi nada podría resultar más interesante que el conflicto interno reflejado en aquel parlamento medido y solemne que pronunciara con la habitual cantinela y movimiento de cabeza. ¿Acaso hay muchas situaciones más sublimemente trágicas que la lucha del alma contra la exigencia de renunciar a una obra que ha constituido el sentido de su vida, un sentido que desparecerá igual que las aguas que van y vienen donde nadie las necesita? Pero para los demás no había nada de sublime en el señor Casaubon, y Lydgate, que sentía cierto desprecio por la vana erudición, advirtió que su compasión se teñía un tanto de comicidad. De momento estaba demasiado poco familiarizado con el desastre como para adentrarse en el patetismo de un destino donde todo está por debajo del nivel de la tragedia salvo el apasionado egoísmo del que lo padece.

—¿Se refiere a los posibles obstáculos por su falta de salud? —dijo, deseoso de facilitar el propósito del señor Casaubon que parecía estar coagulado por alguna indecisión.

—Eso mismo. No me ha sugerido que los síntomas que, he de reconocerlo, observó con escrupuloso esmero, fueran los de una enfermedad mortal. Pero de ser así, quisiera saber la verdad sin reservas y ruego que me comunique con exactitud sus conclusiones: se lo pido como una demostración de amistad. Si puede decirme que mi vida no se ve amenazada por otros accidentes que los normales, me alegraré por los motivos que le he indicado. De no ser así, el saber la verdad me es de aún mayor importancia.

—En ese caso no puedo vacilar en cuanto a mi línea de conducta —dijo Lydgate—, pero lo primero que he de aclararle es que mis conclusiones son doblemente inciertas, no sólo debido a mi falibilidad sino porque las enfermedades del corazón son algo muy difícil sobre lo que predecir. En cualquier caso, apenas se puede aumentar apreciablemente la tremenda incertidumbre de la vida.

El señor Casaubon se sobresaltó visiblemente, pero demostró su conformidad con una inclinación.

—Creo que padece usted lo que se llama una degeneración grasa del corazón, enfermedad que descubrió y analizó Laennec, el hombre que no hace tantos años nos proporcionó el estetoscopio. El tema precisa de mucha experiencia aún y de una observación prolongada. Pero después de lo que me ha dicho es mi obligación comunicarle que en esta enfermedad es frecuente que la muerte se produzca de forma repentina. Pero al tiempo, no se puede predecir tal resultado. Su estado podría compaginarse con una vida relativamente tranquila durante otros quince años o incluso más. No puedo añadir más información a esto salvo algunos datos anatómicos o médicos que dejarían las expectativas de vida en el mismo punto.

El instinto de Lydgate era lo bastante sutil como para advertirle de que el lenguaje directo, exento de toda ostentosa precaución, sería recibido por el señor Casaubon como una muestra de respeto.

—Se lo agradezco, señor Lydgate —dijo el señor Casaubon tras una pequeña pausa—. Tengo que preguntarle una última cosa: ¿le comunicó usted a la señora Casaubon lo que acaba de decirme?

—En parte… me refiero al posible proceso —Lydgate se disponía a explicar por qué se lo había contado a Dorothea pero el señor Casaubon, con inconfundibles deseos de concluir la conversación, agitó la mano levemente y dijo de nuevo «Gracias» procediendo a comentar la particular belleza del día.

Lydgate, seguro de que su paciente prefería estar solo, se marchó enseguida y la negra figura cori las manos a la espalda y la cabeza inclinada hacia adelante continuó caminando por el sendero donde los oscuros tejos proporcionaban una muda compañía para su tristeza y las pequeñas sombras de pájaro y hoja que traspasaban velozmente las islas de luz lo hacían en silencio como en presencia de una desgracia. Aquí había un hombre que por primera vez se encontraba ahora contemplando los ojos de la muerte; que atravesaba uno de esos escasos momentos de la experiencia en que descubrimos la verdad de lo cotidiano, que es tan diferente de lo que llamamos conocerlo como diferente es la visión de las aguas sobre la tierra de la delirante visión del agua que no se puede obtener para refrescar la lengua reseca. Cuando el común «Todos hemos de morir» se convierte de repente en la nítida conciencia del «he de morir… y pronto», la muerte nos atenaza y sus dedos son crueles; quizá después venga y nos rodee con sus brazos como hiciera nuestra madre, y nuestro último momento de turbia percepción terrena tal vez sea como el primero. Ahora, para el señor Casaubon era como si de pronto se encontrara en la oscura orilla del río y oyera el chapoteo del remo que se acerca, sin distinguir las siluetas, pero aguardando la llamada. En tales momentos, la mente no cambia el sesgo de toda una vida sino que: se lo lleva en la imaginación al otro lado de la muerte, echando la vista atrás, quizá con la calma divina de la caridad, quizá con las mezquinas ansiedades del egoísmo. Los actos del señor Casaubon nos darán una indicación de cuál era su sesgo. Se tenía por ser, con ciertas reservas eruditas y personales, un cristiano creyente respecto a la estimación del presente y las esperanzas del futuro. Pero, aunque la llamemos esperanza lejana, lo que nos esforzamos por satisfacer es un deseo inmediato; la situación futura en aras a la cual los hombres se arrastran por las calles de la ciudad ya existe en su imaginación y en su amor. Y el deseo inmediato del señor Casaubon no era la comunión y la luz con la divinidad desprovistas de todo condicionamiento terreno; sus anhelos, pobre hombre, se aferraban, desdibujados y apeados, a lugares umbríos.

Dorothea, que había estado pendiente de la marcha de Lydgate, salió al jardín, con el impulso de dirigirse de inmediato hacia su esposo. Pero vaciló, temerosa de ofenderle con una presencia no deseada, pues su ardor, constantemente rechazado, servía, junto con su fina memoria, para aumentar su miedo, del mismo modo que la energía reprimida se convierte en estremecimiento. Así pues, deambuló lentamente por entre los grupos de árboles más cercanos hasta que le vio avanzar hacia ella. Entonces se le acercó, y podría haber representado a un ángel enviado del cielo portando la promesa de que las pocas horas restantes estarían llenas del amor fiel que se intensifica con el sufrimiento comprendido. La mirada de su marido fue tan gélida que Dorothea sintió crecer su timidez no obstarte se volvió y cogió del brazo al señor Casaubon.

Éste retuvo las manos a la espalda permitiendo que el dúctil brazo de su esposa cogiera el suyo con dificultad.

Para Dorothea, había algo horrible en la sensación que le supuso aquella dura indiferencia. Palabra fuerte, pero no demasiado; es en estos actos llamados trivialidades que se desperdician para siempre las semillas de la felicidad, hasta que hombres y mujeres ven a su alrededor, con rostros demacrados, la desolación que ellos mismos han ocasionado y dicen, la tierra no produce cosechas de dulzura… denominando conocimiento a su propia negativa. Se preguntarán por qué, en nombre de la, virilidad, el señor Casaubon había de comportarse así. Hay que tener en cuenta que su mente rechazaba la conmiseración: han observado alguna vez el efecto que produce sobre esas mentes la sospecha de que lo que las presiona como dolor pueda en realidad ser una fuente de satisfacción, presente o futura, para el ser que ya incurre en ofensa por el hecho de compadecer. Por otra parte, conocía poco las sensaciones, de Dorothea y no se le había ocurrido que, en una situación como la actual, fueran comparables en intensidad a las suyas propias ante las críticas de Carp.

Dorothea no retiró el brazo, pero no osó hablar. El señor Casaubon no dijo, «Deseo estar solo», pero se encaminó en silencio hacia la casa y al cruzar por la puerta de cristal del lado este Dorothea retiró el brazo, deteniéndose sobre el felpudo a fin de dejar completa libertad a su marido, que entró en la biblioteca, donde se encerró a solas con su dolor.

Dorothea subió al gabinete. El mirador abierto dejaba entrar la serena gloria de la tarde en la avenida, donde los tilos proyectaban largas sombras. Pero Dorothea estaba ajena al escenario. Se tumbó sobre una silla sin percatarse de que se encontraba en medio de los rayos deslumbrantes del sol; si ello suponía una incomodidad, ¿cómo saber que no formaba parte de su sufrimiento interior?

Su reacción fue una cólera rebelde más fuerte que cualquier otra que sintiera desde su matrimonio. En lugar de lágrimas brotaban las palabras.

—¿Qué he hecho…, qué soy…, para que me trate así? Nunca sabe lo que pienso… nunca le interesa. ¿De qué sirve nada de cuanto yo haga? Desea no haberse casado nunca conmigo.

Empezó a oírse a sí misma y guardó silencio. Como quien se ha perdido y se encuentra cansado, permaneció sentada y se le impusieron de golpe todos los senderos de su esperanza juvenil que jamás ya volvería a encontrar. Y con la misma nitidez y bajo la luz de la infelicidad vio su soledad y la de su esposo; cómo caminaban separados de forma que ella se veía obligada a escudriñarle. Si él la hubiera acercado a sí mismo, Dorothea jamás le hubiera escudriñado, jamás se hubiera preguntado «¿Merece la pena vivir por él?» sino que le habría considerado sencillamente parte de su propia vida. Ahora se decía con amargura «Es culpa suya, no mía». En la sacudida que había sufrido todo su ser, la compasión se había venido abajo. ¿Era culpa suya el haber creído en él… el haber creído en su valía? Y ¿qué era él exactamente? Era muy capaz de valorarlo… ella que esperaba sus miradas temblorosas y encerraba lo mejor de su alma en una prisión, realizando sólo visitas a escondidas para así ser lo bastante insignificante como para gustarle. En crisis como ésta, algunas mujeres empiezan a odiar.

El sol estaba ya muy bajo cuando Dorothea pensó que en lugar de volver a bajar le enviaría recado a su marido de que no se encontraba bien y prefería quedarse arriba. Nunca con anterioridad había permitido deliberadamente que su resentimiento rigiera de esta manera su conducta, pero en esta ocasión se sentía incapaz de verle de nuevo sin comunicarle sus verdaderos sentimientos y debía esperar hasta poder hacerlo sin interrupciones. Tal vez le asombrara y doliera su recado. Estaría bien que así fuera. Su ira le decía, como suele hacer la ira, que Dios estaba con ella, que todo el paraíso, aunque estuviera repleto de almas observándoles, estaba de su parte. Se disponía a tocar la campanilla cuando llamaron a la puerta.

El señor Casaubon le comunicaba que cenaría en la biblioteca. Deseaba estar completamente solo durante la velada ya que tenía mucho trabajo.

—En ese caso no cenaré, Tantripp.

—Pero señora, ¡déjeme subirle algo!

—No; no me encuentro bien. Déjame todo preparado en el vestidor, pero por favor no me molestes otra vez. Dorothea permaneció sentada, casi inmóvil, en su meditativa lucha, mientras el atardecer se fue transformando lentamente en noche. Pero la lucha se modificaba constantemente, como la de un hombre que empieza con movimientos de ataque y termina venciendo su deseo de hacerlo. La energía que impulsaría un delito no es mayor que la requerida para una sumisión decidida cuando la costumbre noble del alma se reafirma. El pensamiento con el que Dorothea había salido al encuentro de su esposo, la convicción de que éste había preguntado sobre la posible detención de su obra y que la respuesta le había roto el corazón no podía tardar en alzarse junto a la imagen del señor Casaubon cual sombrío instructor que observaba la ira de Dorothea con triste amonestación. Le costó una letanía de imaginados pesares y gritos silenciosos llegar a la conclusión de que tal vez ella fuera la bendición para aquellas penas, pero al fin llegó la sumisión decidida; y cuando la casa estuvo en silencio y supo que se acercaba la hora en la que el señor Casaubon acostumbraba a retirarse a descansar, abrió suavemente la puerta de su habitación, aguardando en la oscuridad hasta que subiera por la escalera con una luz en la mano. Si no subía pronto pensaba bajar ella, incluso a riesgo de sufrir otro despecho. Ya no volvería a esperar otra cosa de él. Pero oyó que se abría la puerta de la biblioteca y lentamente, la luz fue avanzando por la escalera sin que las pisadas sobre la alfombra produjeran ningún ruido. Cuando tuvo a su marido ante ella, observó que su rostro estaba aún más demacrado. Se sobresaltó ligeramente al verla y ella le dirigió sin hablar una mirada suplicante.

—¡Dorothea! —exclamó, en tono de suave sorpresa—. ¿Me estaba esperando?

—Sí, no quería molestarte.

—Ven, amor mío, ven. Eres joven y no necesitas alargarte la vida con vigilias.

Cuando Dorothea advirtió la queda y amable melancolía de estas palabras, sintió algo parecido al agradecimiento que nos brota cuando hemos evitado por muy poco herir a una criatura lisiada. Cogió a su marido de la mano y continuaron juntos por el amplio corredor.

LIBRO V

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11

CAPÍTULO UNO

Dorotea no solía salir de casa sin su esposo, pero de vez en cuando iba sola en el carruaje a Middlemarch para hacer compras o pequeñas obras de caridad como le sucede a cualquier dama de cierta posición cuando vive a tres millas de la ciudad. Dos días después de la escena en el paseo de los tejos decidió utilizar una de aquellas oportunidades para intentar ver a Lydgate y saber por él si su marido había experimentado algún desalentador cambio de síntomas que estuviera ocultándole a ella, así como si había insistido en conocer toda la verdad sobre su salud. Se sentía casi culpable pidiendo información a otro, pero el horror al desconocimiento, el horror a esa ignorancia que pudiera impulsarla a cometer injusticias y crueldades se impuso a todo escrúpulo. Estaba segura de que en la mente de su esposo se había producido una crisis: al día siguiente mismo había iniciado un nuevo sistema para ordenar las notas, incorporándola inusitadamente a la realización de su plan. La pobre Dorothea necesitaba hacer acopio de paciencia.

Eran alrededor de las cuatro cuando se puso en camino hacia la casa de Lydgate en Lowick Gate deseando, ante la duda de encontrarle en casa, haberle escrito de antemano. Y, efectivamente, había salido.

—¿Está la señora Lydgate en casa? —preguntó Dorothea que no creía haber visto antes a Rosamond, pero recordó en ese momento la boda. Sí, la señora Lydgate estaba en casa.

—Hablaré con ella si me lo permite. ¿Quiere preguntarle si puede recibir a la señora Casaubon unos minutos? Cuando la criada se hubo marchado para transmitir el recado, Dorothea oyó sonidos musicales a través de una ventana abierta —unas notas con voz masculina y a continuación un piano haciendo trémolos. Pero estos se interrumpieron bruscamente y la criada regresó diciendo que la señora Lydgate estaría encantada de ver a la señora Casaubon. Cuando se abrió la puerta del salón y Dorothea entró, se produjo un contraste no infrecuente en la vida rural cuando las costumbres de los diferentes rangos sociales estaban menos entremezcladas que ahora. Que sean los expertos quienes definan exactamente la tela que vestía Dorothea en aquellos templados días de otoño, esa fina lana blanca, suave al tacto y la mirada. Siempre parecía recién lavada y oler a hierba, y siempre tenía una hechura como de túnica con mangas pasadas de moda. Pero de haber aparecido ante un público como Imogen o la hija de Catón, el vestido habría sido el apropiado; la elegancia y la dignidad se encontraban en las extremidades y el cuello de Dorothea; y en torno al cabello sencillamente partido en dos y los ojos cándidos, la amplia y redonda papalina que era en aquellos tiempos parte del sino de las mujeres, no resultaba un tocado más extraño que la curvatura dorada a la que llamamos halo. En cuanto al público presente en aquella ocasión, dos personas, ninguna heroína dramática hubiera sido esperada con más interés que la señora Casaubon. Para Rosamond era una de esas divinidades locales que no se mezclaba con los mortales de Middlemarch y cuyos más mínimos indicios de conducta o aspecto merecían su estudio; además, a Rosamond le gustaba que la señora Casaubon tuviera la oportunidad de estudiarla a ella. ¿De qué sirve ser exquisita si los mejores jueces no te ven? Y, puesto que Rosamond había recibido los mayores elogios en casa de Sir Godwin Lydgate estaba muy segura de la impresión que podía causar entre personas de buena cuna. Dorothea extendió la mano con su acostumbrada amabilidad y sencillez y miró con admiración a la hermosa esposa de Lydgate, consciente de que un poco más atrás había un caballero de pie, pero viéndole simplemente como una figura que llevaba una levita. El caballero estaba demasiado ocupado con la presencia de una mujer como para detenerse a pensar en el contraste entre ambas, contraste que hubiera resultado llamativo para un observador sereno. Ambas eran altas y sus ojos estaban al mismo nivel, pero imagínense la infantil hermosura rubia de Rosamond y maravilloso peinado de trenzas, con un vestido azul claro de una hechura y un corte que ninguna modista podría verlo sin emocionarse, un amplio cuello bordado del que cabía esperar que cuantos lo vieran conocerían el precio, las manos menudas realzadas con anillos y esa actitud entre controlada y tímida que es el sustituto caro de la sencillez.

—Muchas gracias por permitirme interrumpirla —dijo Dorothea al punto—. Tengo mucho interés en ver al señor Lydgate, si es posible, antes de volver a casa y pensé que tal vez usted pudiera indicarme dónde encontrarle, o incluso permitir que le espere aquí si no fuera a tardar.

—Está en el hospital nuevo —dijo Rosamond—; no sé lo que puede tardar, pero puedo mandar a buscarle.

—¿Me permite que vaya yo? —dijo Will Ladislaw adelantándose. Ya había cogido el sombrero antes de que Dorothea entrara. Ella se sonrojó, sorprendida, pero extendió la mano con una sonrisa de inconfundible alegría al tiempo que dijo:

—No sabía que fuera usted; no pensé que le vería aquí.

—¿Quiere que vaya al hospital y le diga al señor Lydgate que desea verle? —preguntó Will.

—Será más rápido enviarle el carruaje —dijo Dorothea—, si es usted tan amable de darle el recado al cochero. Will se encaminaba a la puerta cuando Dorothea, cuya mente había recorrido en un instante muchos recuerdos entrelazados, se volvió con rapidez y dijo:

—Iré yo misma, gracias. Quiero perder el menor tiempo posible antes de regresar a casa. Iré al hospital para ver allí al señor Lydgate. Le ruego me disculpe, señora Lydgate. Le quedo muy agradecida.

Evidentemente había pensado en algo de pronto y abandonó la habitación apenas consciente de cuanto la rodeaba, de que Will le abrió la puerta y le ofreció el brazo para acompañarla hasta el carruaje. Dorothea se lo cogió, pero no dijo nada. Will, por su parte, se sentía incómodo y desgraciado y no supo qué decir. La ayudó a subir en silencio, se despidieron, y Dorothea se marchó.

Durante los cinco minutos que duró el trayecto hasta el hospital tuvo tiempo de reflexionar sobre cosas que le eran completamente nuevas. Su decisión de marcharse así como la preocupación al salir obedecían a una repentina sensación de que habría una especie de engaño si voluntariamente se permitía cualquier nueva comunicación con Will de la que no podía informar a su marido, máxime cuando el hablar con Lydgate ya era algo a ocultar. Eso era lo único que explícitamente tenía en el pensamiento; pero también la había empujado una vaga inquietud. Ahora que se encontraba a solas en el carruaje, oyó las notas masculinas y el piano que acompañaba, interiorizó lo que le había pasado un poco desapercibido en el momento, y se encontró asombrándose ante el hecho de que Will Ladislaw pasara el tiempo con la señora Lydgate en ausencia de su marido. A continuación no pudo dejar de recordar que también había pasado algún tiempo con ella en parecidas circunstancias de manera que ¿por qué iba a haber nada malo en ello? Pero Will era pariente del señor Casaubon y alguien con quien ella debía mostrarse amable. Sin embargo, había habido señales que tal vez ella debiera haber interpretado como indicaciones de que al señor Casaubon le disgustaban las visitas de su primo en su ausencia. «Quizá haya estado equivocada en muchas cosas», se dijo la pobre Dorothea mientras le caían las lágrimas que tuvo que secar con rapidez. Se sentía confusamente infeliz, y la imagen de Will, tan clara antes, quedó misteriosamente tocada. Pero el carruaje se detuvo ante la verja del hospital y pronto se halló caminando por el césped con Lydgate, recuperando sus sentimientos la fuerza que la había impulsado a aquella entrevista.

Entretanto, Will Ladislaw estaba incómodo y conocía bien la razón. Sus oportunidades para coincidir con Dorothea eran escasas y por primera vez surgía una en la que se encontraba en desventaja. No se trataba tan sólo, como hasta ahora, de que ella no se interesara exclusivamente por él, sino de que esta vez ella le había visto en circunstancias en las que él no parecía interesarse exclusivamente por ella. Se sintió a mayor distancia, inserto en el grupo de personas de Middlemarch que no formaban parte de la vida de Dorothea. Pero eso no era culpa suya: era lógico que desde que se alojó en la ciudad hubiera ido haciendo cuantas amistades pudiera, ya que su posición requería que lo conociera todo y a todos. Lydgate era indudablemente la persona más interesante del vecindario, a su mujer le gustaba la música, y merecía la pena visitarla. Aquella era la historia de la situación en la que Diana había descendido demasiado inesperadamente sobre quien la idolatraba. Era desconsolador. Will era consciente de que de no ser por Dorothea no estaría en Middlemarch y sin embargo, su situación allí amenazaba con separarle de ella con esas barreras de la habitualidad que resultan más perniciosas para la perseverancia del interés mutuo que la distancia entre Roma y Gran Bretaña. Era muy fácil desafiar los prejuicios sobre rango y posición social que adoptaban la forma de una carta tiránica del señor Casaubon; pero los prejuicios, como los cuerpos olorosos, tienen una doble existencia tanto sólida como sutil, sólidos como pirámides, sutiles como el vigésimo eco de un eco o como el recuerdo del aroma de los jazmines que un tiempo impregnó la oscuridad. Y Will tenía un temperamento que captaba muy finamente las sutilezas: alguien de percepción más tosca no hubiera sentido, como él, que por primera vez, había surgido en la mente de Dorothea cierta sensación de incomodidad en la libertad de trato que hacia él sentía y que el silencio que les acompañó hasta que subió al carruaje tenía un punto de frialdad. Quizá Casaubon, con su odio y sus celos, le hubiera estado insinuando a Dorothea que Will se hallaba por debajo de ella socialmente. ¡Maldito Casaubon!

Will regresó al salón, cogió el sombrero y dijo con irritación mientras avanzaba hacia la señora Lydgate que se había sentado junto a su mesa de trabajo:

—Es fatal que te interrumpan la música o la poesía. ¿Puedo volver otro día para terminar Lungi dal caro tiene?

—Me dejaré enseñar con gusto —respondió Rosamond—. Pero estoy segura de que reconocerá que fue una interrupción muy hermosa. Le envidio su amistad con la señora Casaubon. ¿Es muy inteligente? Lo parece.

—Pues la verdad, no había pensado en ello —dijo Will malhumorado.

—Eso mismo me respondió Tertius cuando le pregunté si era hermosa. ¿En qué piensan ustedes los caballeros cuando están con la señora Casaubon?

—En ella misma —dijo Will, no reacio a provocar un poco a la encantadora señora Lydgate—. Cuando uno ve a una mujer perfecta, no se piensa en sus atributos… sólo se es consciente de su presencia.

—Me sentiré celosa cuando Tertius vaya a Lowick —dijo Rosamond, provocando sus hoyuelos y hablando con alegre frivolidad—. Cuando vuelva le pareceré una insignificancia.

—Hasta ahora, no parece que ese haya sido el efecto surtido en Lydgate. La señora Casaubon difiere demasiado de otras mujeres para que puedan compararse le.

—Veo que es usted un devoto admirador suyo. Supongo que la ve a menudo.

—No —dijo Will, casi con mala cara—. La admiración suele ser algo más teórico que práctico. Pero la estoy practicando en exceso ahora mismo… debo marcharme, aunque no quiera.

—Por favor, vuelva cualquier tarde: al señor Lydgate le gustará escuchar la música y yo no la disfruto tanto sí no está él.

Cuando su marido estuvo de vuelta, Rosamond, de pie ante él y cogiéndole con ambas manos las solapas dijo:

—El señor Ladislaw estaba cantando conmigo cuando llegó la señora Casaubon. Parecía molesto. ¿Crees que le disgustó que le viera en nuestra casa? ¿Acaso tu posición no es incluso mejor que la suya… cualquiera que sea su parentesco con los Casaubon?

—No, no; si estaba realmente molesto debía ser por otra cosa. Ladislaw es una especie de bohemio; le traen sin cuidado los oropeles.

—Con la excepción de la música, no siempre resulta muy agradable. ¿A ti te gusta?

—Sí, creo que es un buen tipo; un tanto descentrado y frívolo, pero agradable.

—¿Sabes? Creo que adora a la señora Casaubon.

—¡Pobrecillo! —dijo Lydgate sonriendo y pellizcando las orejas de su esposa.

Rosamond sentía que empezaba a conocer muchas cosas del mundo, sobre todo al descubrir, lo que para ella resultaba inconcebible de soltera salvo como tragedia nebulosa con trajes de otra época, que las mujeres, incluso después del matrimonio, podían conquistar y esclavizar a los hombres. En aquellos tiempos, las jovencitas de las zonas rurales, incluso las que se educaban con la señora Lemon, leían poca literatura francesa posterior a Racine, y la prensa no había arrojado sobre los escándalos de la vida su magnífica iluminación actual. No obstante, la vanidad, pudiendo trabajar todo el día sobre la mente de una mujer, puede, de pequeñas insinuaciones, levantar abundantes edificios, sobre todo si la insinuación se refiere a la posibilidad de conquistas indefinidas. ¡Qué delicioso, cautivar desde el trono del matrimonio, con un marido como príncipe consorte a tu lado, él mismo un súbdito más, mientras los cautivos levantan una desesperanzada mirada, perdiendo probablemente el sueño, y mejor aún si perdían además el apetito! Pero por el momento las románticas ideas de Rosamond se centraban principalmente en su príncipe consorte y le bastaba con disfrutar de su segura sumisión. Cuando dijo «¡Pobrecillo!», preguntó con juguetona curiosidad:

—¿Por qué dices eso?

—Porque, ¿qué va a hacer un hombre cuando se enamora de una de vosotras, sirenas? Pues solamente descuidar su trabajo y acumular facturas.

—Estoy segura de que tú no descuidas tu trabajo. Siempre estás en el hospital o visitando pacientes pobres, o pensando en las peleas de algún médico; y cuando estás en casa te afanas con el microscopio y los frascos. Confiesa que todo eso te gusta más que yo.

—¿No tienes la ambición de que tu marido sea algo más que un médico de Middlemarch? —preguntó Lydgate, reposando las manos sobre los hombros de su esposa y mirándola con tierna seriedad—. Haré que te aprendas mi pasaje favorito de un viejo poeta:

¿Por qué alborota tanto nuestro orgullo para ser,
y ser olvidado? ¿Qué bien hay comparable a éste:
Enaltecer la palabra, y con ello

enaltecer la lectura para deleite del mundo?

Lo que quiero, Rosy, es enaltecer la palabra, y escribir yo mismo lo que he hecho. Y para hacer eso, cariño, un hombre tiene que trabajar.

—Pues claro que quiero que hagas descubrimientos: nadie desea más que yo que alcances una buena posición en un lugar mejor que Middlemarch. No puedes decir que te haya obstaculizado tu trabajo nunca. Pero no podemos vivir como ermitaños. ¿No estarás descontento conmigo, no Tertius?

—No, cariño, en absoluto. Estoy totalmente contento. —Pero, ¿qué quería preguntarte la señora Casaubon?

—Quería preguntarme por la salud de su esposo. Pero creo que va a ser muy generosa con nuestro nuevo hospital: creo que nos va a dar doscientas libras al año.

CAPÍTULO DOS

Cuando Dorothea, paseando con Lydgate por entre los macizos de laureles del hospital nuevo, supo por el médico que no había síntomas de cambio en la salud del señor Casaubon salvo una ansiedad mental de conocer la verdad sobre su enfermedad, guardó silencio durante unos minutos, ponderando si habría dicho o hecho algo para suscitar esta nueva angustia. Lydgate, reacio a dejar pasar una oportunidad para impulsar un proyecto acariciado, se atrevió a decir:

—No sé si alguien ha llamado su atención y la de su esposo respecto de las necesidades de nuestro nuevo hospital. Las circunstancias me hacen parecer un tanto egoísta al abordar el tema, pero no es culpa mía; y mi insistencia obedece a que otros médicos luchan en contra de esta institución. Tengo entendido que suele interesarse por estas cosas, pues recuerdo que cuando tuve el placer de conocerla en Tipton Grange antes de que se casara me estuvo preguntando por cómo se veía afectada la salud de los pobres por las miserables condiciones de sus casas.

—Es cierto —dijo Dorothea animándose—. Le quedaré muy agradecida si me dice en qué puedo ayudarle a mejorar las cosas. Ese tipo de actividades se han ido quedando arrinconadas desde mi matrimonio. Quiero decir —dijo, tras un leve titubeo—, que la gente de nuestro pueblo vive con cierta comodidad, y he tenido demasiadas cosas en la cabeza como para hacer más averiguaciones. Pero aquí, en un lugar como Middlemarch, debe haber mucho por hacer.

—Está todo por hacer —dijo Lydgate con brusca energía—. Y este hospital es una obra espléndida que se debe enteramente a los esfuerzos del señor Bulstrode y en gran medida a su dinero. Pero un sólo hombre no puede hacerlo todo en un proyecto de esta envergadura. Contaba, claro está, con que se le ayudara. Y ahora, ciertas personas que quieren que fracase han iniciado una batalla mezquina y rastrera contra el hospital.

—¿Qué razones pueden tener para ello? —preguntó Dorothea con ingenua sorpresa.

—En primer lugar, fundamentalmente la impopularidad del señor Bulstrode. La mitad de la ciudad casi que se tomaría molestias con tal de contrariarle. En este estúpido mundo la mayoría de la gente jamás piensa que merece la pena hacer algo si no lo hace su grupito. No conocí a

Bulstrode hasta que llegué aquí. Le miro con imparcialidad y veo que tiene algunas ideas buenas, que ha iniciado cosas que yo puedo utilizar para el bien público. Si un buen número de los hombres mejor formados se pusieran a trabajar con la convicción de que sus observaciones podrían contribuir a reformar la doctrina y práctica de la medicina, pronto veríamos cambios a mejor. Esa es mi opinión. Creo que negándome a trabajar con el señor Bulstrode le estaría dando la espalda a la oportunidad de hacer más extensiva mi profesión.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo Dorothea, cautivada al instante por la situación que esbozaban las palabras de Lydgate —. Pero, ¿qué tienen en contra del señor Bulstrode? Sé que mi tío es bastante amigo suyo.

—A la gente le disgusta su tono religioso —respondió Lydgate escuetamente.

—Razón de más para despreciar semejante oposición —dijo Dorothea, enfocando los asuntos de Middlemarch a la luz de las grandes persecuciones.

—Para ser justos, tienen otras objeciones contra él: es déspota y poco sociable, y se dedica al comercio, sector que tiene quejas propias que yo desconozco. ¿Pero qué tendrá eso que ver con el tema de si no sería bueno establecer aquí un hospital mejor que cualquiera de los del condando? Sin embargo, el principal motivo de la oposición es que haya puesto en mis manos la dirección médica. Yo, por supuesto, me alegro. Me brinda la oportunidad de hacer un buen trabajo, y soy consciente de que he de responder justificadamente a la elección que de mí hizo. Pero el resultado es que todos los médicos de Middlemarch se han empeñado en luchar contra el hospital y no sólo se niegan a colaborar ellos mismos, sino que intentan ensombrecer todo el asunto o impedir las donaciones.

—¡Qué mezquindad! —exclamó Dorothea con indignación.

—Supongo que hay que contar con abrirse camino a codazos: apenas se puede hacer nada sin luchar. Y la ignorancia, de las gentes de por aquí es portentosa. No alardeo sino de haber aprovechado ciertas oportunidades que no le llegaron a todo el mundo; pero no hay manera de acallar la ofensa de ser joven y recién llegado y de saber un poco más que los habitantes de siempre. De todas formas, si pienso que soy capaz de poner en marcha mejores métodos de tratamiento, si pienso que puedo continuar ciertas observaciones e investigaciones que pueden constituir un beneficio definitivo para la práctica de la medicina, sería un despreciable adulador si permitiera que se interpusiera en ello cualquier consideración de comodidad personal. Y mi camino está mucho más claro desde el momento en que no existe sueldo en cuestión que haga sospechosa mi perseverancia.

—Me alegro de que me haya contado esto, señor Lydgate —dijo Dorothea con cordialidad—. Estoy segura de poderle ayudar un poco. Tengo algo de dinero y no sé qué hacer con él, lo que a veces me resulta incómodo. Puedo prescindir de doscientas libras al año para un hermoso objetivo como éste. ¡Qué contento debe sentirse de conocer cosas que sabe harán mucho bien! Cómo me gustaría despertarme por las mañanas con ese convencimiento. ¡Parece como si fueran muchas las molestias que se toma la gente sin que de ellas salga nada muy positivo!

Había un dejo de melancolía en las últimas palabras de Dorothea. Pero al punto añadió con más animación:

—Por favor, venga a Lowick y cuéntenos más sobre todo esto. Hablaré de ello con el señor Casaubon. Ahora debo volver a casa.

Dorothea habló con su marido durante la velada y dijo que le gustaría donar doscientas libras al año. Disponía de setecientas anuales, equivalentes a su propia fortuna, recibidas como dote al casarse. El señor Casaubon se limitó a comentar que aquella suma podría ser desproporcionada en relación a otras buenas obras, pero cuando, en su ignorancia, Dorothea rechazó la sugerencia, él accedió. No le importaba al señor Casaubon gastar dinero y no era reacio a darlo. Si en alguna ocasión se interesaba por el dinero era a través de otra pasión y no porque codiciara las posesiones materiales.

Dorothea le dijo que había visto a Lydgate y le transmitió el fondo de la conversación mantenida con él acerca del hospital. El señor Casaubon no hizo ninguna pregunta, pero estaba seguro de que Dorothea deseaba conocer lo sucedido entre él y Lydgate. «Sabe que lo sé», dijo la insistente voz interna; pero aquel incremento de conocimiento tácito no hizo más que disminuir la confianza entre ellos. Él desconfiaba del cariño de Dorothea y ¿qué soledad hay mayor que la de la desconfianza?

CAPÍTULO TRES

Como otras oposiciones, la oposición al nuevo hospital de las fiebres que Lydgate esbozara a Dorothea debía enfocarse desde distintos puntos de vista. Él la leía como una mezcla de envidias y necios prejuicios. El señor Bulstrode veía en ella no sólo celos profesionales contra Lydgate sino la determinación de contrariarle a él mismo, impulsada fundamentalmente por un odio contra esa religión vital por la cual él se había esforzado en ser un representante lego y efectivo, odio que ciertamente encontraba otros pretextos que la religión y que eran fáciles de encontrar en la maraña de las actividades humanas. Esas podían denominarse las opiniones ministeriales. Pero las oposiciones disponen del ilimitado abanico de objeciones que no necesitan detenerse en la frontera del conocimiento sino que pueden nutrirse eternamente con la vastedad de la ignorancia. Lo que la oposición en Middlemarch decía respecto del nuevo hospital y su administración tenía mucho de eco, pues el cielo se ha encargado de que no todo el mundo sea creador, pero existían diferencias que representaban todos los matices sociales entre la educada moderación del doctor Minchin y las tajantes afirmaciones de la señora Dollop, la propietaria de La jarra en Slaughter Lane.

Las propias afirmaciones de la señora Dollop fueron convenciéndola cada vez más de que el doctor Lydgate pensaba dejar morir a la gente en el hospital, eso si no la envenenaba, para así poder despedazarles sin ni siquiera pedir permiso, pues de todos era conocido que había querido trocear a la señora Goby, mujer tan respetable como cualquiera en Parley Street, con fortuna propia antes de casarse…, mal asunto para un médico que, si había de servir para algo, debiera saber lo que le ocurría a uno antes de morirse en lugar de tener que hurgar por dentro cuando ya habías muerto. Si eso no era suficiente razón, la señora Dollop quería saber cuál era; pero entre su auditorio prevalecía la sensación de que la opinión de la señora Dollop era un baluarte, y que si lo derribaban, no habría límite al despedazamiento de cuerpos como había quedado claro en el caso de Burke y Hare con sus emplastos de pez… ¡no querían negocios semejantes en Middlemarch!

Y que no se piense que para la profesión médica la opinión mantenida en el La jarra de Slaughter Lane careciera de importancia: aquella rancia y auténtica taberna. La jarra primera se conocía por el nombre de «Casa Dollop» y era el refugio de un importante club benéfico que pocos meses antes había votado si no debían trocar a su médico de siempre, el doctor Gambit, por «este doctor Lydgate», capaz de realizar las más asombrosas curaciones y de recuperar a personas totalmente desahuciadas por otros profesionales. Pero Lydgate perdió por el voto de dos miembros, quienes por razones privadas sostenían que esta facultad de resucitar a personas casi muertas era una recomendación dudosa y podía interferir con los deseos de la providencia. Sin embargo, en el transcurso del año, la opinión pública había experimentado un cambio, del cual era un exponente la unanimidad en la taberna.

Mucho más de un año antes, cuando se desconocían las facultades de Lydgate, los juicios sobre las mismas estaban naturalmente divididos, dependiendo de un sentido de la probabilidad —situado tal vez en la boca del estómago o en la glándula pineal— y difiriendo en sus veredictos, pero no por ello menos valioso como guía ante la total ausencia de pruebas. Pacientes con enfermedades crónicas o cuyas vidas hacía tiempo se habían desgastado, como la del viejo Featherstone se sintieron de inmediato tentados de probar al nuevo médico; asimismo, muchos a quienes les disgustaba pagar las facturas del médico vieron con alegría la oportunidad de abrir cuenta con un nuevo doctor y mandarle llamar sin recelos si la fiebre de sus hijos precisaba medicación, ocasiones en las que los médicos antiguos con frecuencia se mostraban hoscos; y así, todos cuantos empleaban a Lydgate, sostenían que era inteligente. Algunos consideraban que podría hacer más que otros «en lo referente al hígado»; mucho mal no haría el tomarse alguno de sus frascos de pócimas ya que, aunque resultaran inútiles siempre se podía volver a las píldoras purificadoras que, si bien no hacían desaparecer el tono amarillento, al menos le mantenían a uno vivo. Pero ésas eran personas de menor importancia. Las buenas familias de Middlemarch, por supuesto, no iban a cambiar de médico sin razones fehacientes, y todos los que habían tenido al señor Peacock estaban reacios a aceptar a un hombre nuevo simplemente porque era su sucesor, alegando que «era improbable que fuera como Peacock».

Pero no llevaba Lydgate mucho en la ciudad que ya corrían suficientes detalles sobre él como para generar esperanzas mucho más específicas o intensificar las diferencias hasta convertirlas en bandos, perteneciendo algunos de los detalles a ese orden impresionante que oculta por completo el significado, como es el caso de la estadística sin criterio comparativo, pero que nos llega entre signos de exclamación. Los metros cúbicos de oxígeno que ingiere un adulto anualmente —¡menudo escalofrío hubiera recorrido los círculos de Middlemarch!— «¡Oxígeno! nadie sabe lo que es eso… con estas cosas no es de sorprender que el cólera haya llegado a Danzig. ¡Y sigue habiendo personas que consideran inútiles las cuarentenas!».

Una de las noticias que pronto se rumorearon fue que Lydgate no preparaba medicamentos. Ello resultaba ofensivo tanto para los doctores cuyas prerrogativas parecían quedar violadas, como para los médicos-farmacéuticos entre los que se incluía; y muy poco tiempo antes podrían haber contado con tener la ley de su parte contra alguien que, sin ser doctor en medicina por Londres, se atrevía a cobrar honorarios sin que fuera como pago por las medicinas. Pero Lydgate carecía de la experiencia que le hubiera hecho prever que su modo de actuar podía resultar aún más ofensivo para los legos y fue lo bastante imprudente como para ofrecer una explicación apeada y precipitada de sus motivos al señor Mawmsey, un importante tendero del Top Market quien, aún no siendo paciente suyo, le preguntó afablemente sobre el tema, indicándole que deterioraba el prestigio de los médicos y era un constante perjuicio para el público el que la única forma de que vieran remunerado su trabajo fuera mediante la extensión de largas facturas de pociones, píldoras y jarabes.

—Así es como médicos muy trabajadores pueden llegar a ser casi tan perniciosos como los curanderos —dijo Lydgate algo atolondradamente—. Para ganarse el sustento han de sobremedicar a los vasallos del rey y es ese un mal tipo de traición, señor Mawmsey, mina el organismo de manera fatal.

El señor Mawmsey no sólo era capataz (hablaba con Lydgate debido a una cuestión de los salarios en el campo), sino que además era asmático y tenía una familia creciente con lo que, desde un punto de vista médico, aparte del suyo propio, era hombre importante; a decir verdad, era un tendero excepcional, cuya cabellera disponía en forma de pirámide allamarada y cuya deferencia como comerciante al por menor era del tipo cordial y alentador, jocosa y con cierta educada temperancia a la hora de manifestar su capacidad intelectual. Había sido la amistosa jocosidad del señor Mawmsey al preguntarle lo que sentara la pauta para la respuesta de Lydgate. Pero queden advertidos los prudentes contra dar explicaciones con demasiada rapidez: alargar la suma multiplica las fuentes del error, para aquellos que al hacer la operación es seguro que se equivocarán.

Lydgate sonrió al concluir su explicación al tiempo que ponía el pie en el estribo y el señor Mawmsey se rio más que si hubiera sabido quiénes eran los vasallos del rey, diciendo «Buenos días» con el aire de quien lo ve todo muy claramente. Pero lo cierto es que sus puntos de vista quedaron mellados. Llevaba años pagando facturas en las que cada artículo quedaba muy especificado, de forma que por cada medía corona y dieciocho peniques sabía que había recibido algo medible. Lo había hecho complacido, incluyéndolo entre sus responsabilidades como esposo y padre y considerando una factura más larga de lo habitual como un honor a mencionar. Además, encima de los descomunales beneficios que los medicamentos le habían reportado a él y su familia, había disfrutado del placer de formarse una certera opinión respecto a sus efectos inmediatos y podía hacer comentarios inteligentes para orientar al señor Gambit, un facultativo un poco por debajo de Wrench o Toller socialmente hablando, y muy apreciado como partero, sobre cuyas habilidades en otros puntos el señor Mawmsey tenía una muy pobre opinión, pero que recetando, solía decir en voz baja, era el mejor.

Aquí yacían razones más hondas que las palabras superficiales de un recién llegado, que parecían aún más inconsistentes en el salón de encima de la tienda cuando le fueron repetidas a la señora Mawmsey, mujer acostumbrada a gran respeto por ser madre prolífica, generalmente asistida con mayor o menor frecuencia por el señor Gambit, y sujeta a eventuales ataques que precisaban del doctor Minchin.

—¿Acaso este señor Lydgate está diciendo que no sirven para nada los medicamentos? —dijo la señora Mawmsey, que tendía a arrastrar las palabras—. Pues ya me gustaría que me dijera cómo iba yo a poder aguantar las épocas de feria sin tomar una medicina vigorizante desde un mes antes. ¡Piensen en lo que tengo que proporcionarles a los clientes —llegado este punto, la señora Mawmsey se volvió hacia una amiga íntima que se sentaba a su lado— una empanada grande de ternera, un solomillo relleno, un redondo de vaca, jamón, lengua, etcétera, etcétera! Aunque la que mejor me va es la mezcla rosa, no la marrón. Me sorprendes, señor Mawmsey; mira que tener la paciencia de escucharle, con la experiencia que tienes. Yo le hubiera dicho inmediatamente que parecía mentira que supiera tan poco.

—Ni hablar —dijo el señor Mawmsey—, no iba yo a darle mi opinión. Mi lema es oírlo todo y sacar mis conclusiones. Pero no sabía él con quién estaba hablando. A mí no me enredan así como así. A menudo la gente pretende decirme cosas, cuando bien podían estar diciendo, «Mawmsey eres un imbécil». Pero yo me sonrío, y templo todas las gaitas. Si las medicinas nos hubieran perjudicado a mí y a la familia, ya lo hubiera descubierto a estas alturas.

Al día siguiente, al señor Gambit se le comunicó que Lydgate iba diciendo que las medicinas no servían de nada.

—¿Ah sí? —dijo, alzando las cejas con cautelosa sorpresa. (Era un hombre fornido y bronco con un gran anillo en el dedo anular).— ¿Y cómo piensa curar a sus pacientes?

—Eso mismo digo yo —contestó la señora Mawmsey que habitualmente daba peso a sus comentarios recalcando los pronombres—. ¿Es que se piensa que la gente le va a pagar por ir a verles y marcharse?

La señora Mawmsey había recibido múltiples visitas del señor Gambit, incluidos detallados pormenores de sus propios hábitos corporales y otros asuntos; pero evidentemente él sabía que no había ninguna insinuación en este comentario ya que jamás había cobrado ni por su tiempo libre ni por sus narraciones personales. De manera que contestó bromeando:

—Bueno, Lydgate es un joven muy apuesto.

—Pero no seré yo quien utilizará sus servicios —respondió la señora Mawmsey—, los demás, que hagan lo que quieran.

De aquí que el señor Gambit pudiera salir de la tienda principal de ultramarinos sin miedo a la rivalidad, pero no carente de la sensación de que Lydgate era uno de esos hipócritas que intentan desacreditar a otros al anunciar públicamente su propia honradez y que tal vez les mereciera la pena a algunos ponerle en evidencia. Sin embargo, el señor Gambit tenía una consulta satisfactoria muy impregnada de los aromas del comercio al por menor, lo que significaba que prevalecía el cobro en especies sobre el pago en metálico. Y no creía que le mereciera la pena poner a Lydgate en evidencia hasta que no supiera cómo hacerlo. Era cierto que no tenía muchos recursos de educación y había tenido que abrirse paso contra un gran desprecio profesional; pero no era peor partero por llamar «pulmones» al aparato respiratorio.

Otros médicos se sentían más capaces. El señor Toller compartía la mejor clientela de la ciudad y pertenecía a una rancia familia de

Middlemarch: había Tollers en la práctica de la abogacía y todas las demás profesiones por encima de los comerciantes al por menor. Al contrario de nuestro irascible amigo Wrench, se tomaba muy tranquilamente las cosas que supuestamente habrían de molestarle, siendo hombre educado, suavemente chistoso, con una buena casa, aficionado a la caza cuando se terciaba, muy amigo del señor Mawmsey y hostil hacia el señor Bulstrode. Puede parecer extraño que siendo poseedor de hábitos tan plácidos, favoreciera el tratamiento heroico, que consistía en sangrar, aplicar ventosas y matar de hambre a sus pacientes con apasionado desprecio del ejemplo personal que daba; pero la incongruencia favorecía su prestigio entre sus pacientes que frecuentemente comentaban que el señor Toller tenía hábitos indolentes, pero ponía tratamientos tan activos como pudiera desearse: nadie, decían, dotaba a su profesión de mayor seriedad; tardaba un poco en llegar, pero cuando se presentaba, hacía algo. En su propio círculo era un predilecto y cuanto insinuaba en detrimento de alguien destacaba más por el tono de despreocupada ironía con el que lo decía.

Lógicamente se cansó de sonreír y decir «¡ah!» cuando se le comunicaba que el sucesor del señor Peacock no tenía la intención de preparar medicamentos y un día en que el señor Hackbutt hizo referencia a ello después de una cena y mientras tomaban el vino, el señor Toller dijo riendo:

—Así Dibbitts podrá deshacerse de los medicamentos mohosos. Aprecio al pequeño Dibbitts, me alegro de que tenga suerte.

—Le entiendo, Toller —respondió el señor Hackbutty soy de su misma opinión. Aprovecharé la ocasión para expresarme a ese respecto. Un hombre de medicina debe ser responsable de la calidad de los medicamentos que toman sus pacientes. Esa es la razón de ser del sistema de cobro por ellos; y no hay nada más ofensivo que esta ostentación de reforma cuando no hay mejora real.

—¿Ostentación, Hackbutt? —dijo el señor Toller sarcásticamente—. Yo no lo veo así. No se puede ser ostentoso de aquello en lo que nadie cree. Tampoco hay reforma alguna en este asunto: la cuestión es si el beneficio económico de los medicamentos se lo paga al médico el boticario o el paciente y si habrá que pagar más por lo que se llama asistencia.

—¡Claro, claro! Unas de esas malditas versiones nuevas de los camelos de siempre —dijo el señor Hawley, pasándole la botella de vino al señor Wrench.

El señor Wrench, que por lo general era abstemio, a menudo bebía con cierta libertad en las cenas a las que se le invitaba, irritándose aún más como consecuencia.

—En cuanto a camelos, Hawley —dijo—, ésa es palabra fácil de lanzar. Contra lo que yo lucho es la forma en la que los médicos están tirando piedras contra su propio tejado y alborotando por todo el país como si un médico de cabecera que prepara medicamentos no pudiera ser un caballero. Rechazo con desprecio la acusación. Y opino que lo que es una perrería poco caballerosa es presentarse entre los miembros de tu profesión con innovaciones que son una calumnia contra procedimientos avalados por el tiempo. Eso es lo que yo digo, y estoy dispuesto a sostenerlo contra cualquiera que me contradiga. —El tono de voz del señor Wrench había ido subiendo.

—Siento no poder complacerle en ese punto, Wrench —dijo Hawley, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

—Mi querido amigo —dijo el señor Toller interviniendo conciliadoramente y mirando al señor Wrench—, a los doctores les están chinchando más que a nosotros. Si hablamos de dignidad, ese es tema para Minchin y Sprague.

—¿Acaso la jurisprudencia médica no aporta nada contra estas infracciones? —dijo el señor Hackbutt, con desinteresado afán de aportar su talento—. ¿Qué dice la ley de esto, Hawley?

—Por ese lado no hay nada que hacer —dijo el señor Hawley—. Lo estuve mirando para Sprague. Sólo te estrellarías contra la decisión de un maldito juez.

—¡Bah! ¿Para qué necesitamos la ley? —dijo el señor Toller. Por lo que se refiere a su clientela, es un intento absurdo. No habrá paciente a quien le guste… desde luego a ninguno de los de Peacock, acostumbrados a la reducción de líquidos. Páseme el vino.

La predicción del señor Toller se cumplió en parte. Si el señor y la señora Mawmsey, que no pensaban acudir a Lydgate, estaban inquietos por su supuesta declaración en contra de los medicamentos, era inevitable que aquellos que la llamaban vigilaran con inquietud para verificar que utilizaba «todos los medios a su alcance» en el caso. Incluso el bueno del señor Powderell, quien en su constante caridad interpretativa se sentía dispuesto a respetar a Lydgate más por lo que parecía su consciente búsqueda de un tratamiento mejor, se vio asaltado por la duda durante el ataque de erisipela que padeció su mujer, y no pudo dejar de mencionarle a Lydgate que en ocasión parecida el señor Peacock le había administrado unas píldoras que sólo podían definirse por el asombroso efecto que surtieron al restablecer a la señora Powderell, antes de San Miguel, de una enfermedad contraída durante el calurosísimo mes de agosto. Finalmente, dividido entre el deseo de no herir a Lydgate y la inquietud por que no faltaran «medios», indujo a su esposa en privado a que tomara las píldoras purificadoras de Widgeon, una medicina muy apreciada en Middlemarch, y que atacaba todas las enfermedades de raíz porque actúa de inmediato sobre la sangre. Esta medida cooperativa no debía mencionársele a Lydgate, y ni siquiera el propio señor Powderell tenía mucha confianza en los resultados, aunque esperaba que se viera auxiliada por una bendición celestial.

Pero en esta etapa incierta de su iniciación, Lydgate se vio asistido por lo que nosotros los mortales denominamos precipitadamente la buena suerte. Supongo que ningún médico llegó nunca a ningún lugar nuevo sin efectuar curaciones que sorprendieron a algunos, curaciones que pueden denominarse testimonios de la fortuna y merecen tanto respeto como las escritas o las impresas. Varios fueron los pacientes que sanaron bajo la atención de Lydgate, algunos de ellos incluso se recuperaron de enfermedades peligrosas; y se comentó que el nuevo médico con sus métodos nuevos al menos tenía el mérito de devolver a la vida a personas con un pie en la tumba. Las tonterías que en tales ocasiones se decían resultaban tanto más irritantes para Lydgate ya que proporcionaban precisamente el tipo de prestigio que desearía un hombre incompetente y poco escrupuloso y que le era atribuido por la antipatía de otros colegas con la finalidad de que favoreciera la máxima ignorancia. Pero incluso su altiva franqueza se vio frenada por la lucidez de que era tan inútil luchar contra las interpretaciones de la ignorancia como dar manotazos a la niebla; y la «buena suerte» insistía en hacer uso de esas interpretaciones.

En una ocasión, la señora Larcher se sintió caritativamente preocupada por los síntomas alarmantes de su asistenta, y le pidió al doctor Minchin, que pasaba a verla a ella, que la reconociera al punto y le extendiera un certificado para la enfermería. Tras examinarla, el doctor redactó su diagnóstico de un tumor, recomendando a la portadora del mismo, Nancy Nash, en calidad de enferma externa. De camino a la enfermería, Nancy pasó por su casa y permitió que el corsetero y su mujer, en cuyo ático se alojaba, leyeran el informe del doctor Minchin, lo que la convirtió en tema de compasivas conversaciones en las tiendas vecinas de Churchyard Lane por padecer un tumor en principio del tamaño y dureza de un huevo de pato, pero que así que avanzó el día adquirió las dimensiones de un puño. La mayoría de los oyentes coincidían en que habría que extirparlo, pero unos habían oído hablar del aceite y otros del cocimiento de la grama como cosas adecuadas para ablandar y reducir cualquier bulto del cuerpo si se tomaban en cantidades suficientes: el aceite porque lo enmollecía y la grama porque lo desgastaba.

Entretanto, resultó que Nancy se presentó en la enfermería uno de los días en que Lydgate estaba allí. Tras hacerle unas preguntas y reconocerla, Lydgate le susurró al interno: «No es un tumor; es un calambre». Le recetó un emplasto y un jarabe y la mandó a casa a descansar, dándole al tiempo una nota para la señora Larcher, quien, dijo Nancy, era su mejor patrona, testimoniando que precisaba una buena alimentación.

Pero al poco, Nancy, en su ático, empeoró considerablemente al, efectivamente, ceder el supuesto tumor ante el emplasto, pero tan sólo para localizarse en otro lugar del cuerpo con mayor irritación y dolor. La mujer del corsetero fue en busca de Lydgate quien siguió atendiendo a Nancy en su casa durante quince días hasta que se recuperó con su tratamiento y volvió al trabajo. Pero en Church Lane y en otras calles se continuó hablando del caso como de un tumor y así lo describía incluso la señora Larcher; pues cuando se le informó al doctor Minchin del asombroso éxito de Lydgate, aquél se sintió naturalmente reacio a decir «No era un caso de tumor y yo estaba equivocado al así diagnosticarlo», sino que respondió «¡Hombre, claro! Vi que era un caso de cirugía, aunque no mortal». No obstante, cuando preguntara en la enfermería por la mujer que había recomendado dos días antes, le había molestado interiormente saber por el interno, un jovenzuelo a quien le dolía molestar a Minchin impunemente, exactamente lo que había sucedido. En privado Minchin comentó que era impropio de un médico generalista contradecir el diagnóstico de un doctor de forma tan descarada, coincidiendo posteriormente con Wrench en que Lydgate resultaba desagradablemente indiferente en asuntos de etiqueta. Lydgate no hizo del asunto motivo para hacerse valer o (muy en especial) para despreciar a Minchin, pues entre personas de igual cualificación a menudo se dan tales rectificaciones. Pero el rumor pronto extendió este asombroso caso del tumor, no muy diferenciado del cáncer y considerado tanto más horrible por pertenecer al tipo de los móviles, hasta el punto de que muchos de los prejuicios contra el método de Lydgate respecto a los medicamentos se vieron vencidos por su maravillosa habilidad en la pronta recuperación de Nancy Nash, que se había estado retorciendo del dolor que le producía un tumor duro y pertinaz, que hubo de ceder finalmente.

¿Qué podía hacer Lydgate? Resulta ofensivo decirle a una dama cuando expresa su admiración ante tu maestría, que está de todo punto equivocada y que su asombro es una necedad. Y adentrarse en la descripción de la naturaleza de la enfermedad no hubiera hecho más que aumentar sus desacatos para con el decoro profesional. Así pues, hubo de apechugar con la promesa del éxito que le otorgaba esa ignorante adulación a la que se le escapa toda cualidad válida.

En el caso de un paciente más conspicuo, el señor Borthrop Trumbull, Lydgate reconocía haberse mostrado superior a un médico corriente, aunque también aquí ganó una ventaja equívoca. El locuaz subastador había contraído pulmonía, y siendo antiguo paciente del señor Peacock, mandó llamar a Lydgate, a quien había expresado su intención de patrocinar. El señor Trumbull era hombre fornido, buen paciente sobre el que ensayar la teoría expectante: observar el curso de una interesante enfermedad cuando se la deja a sí misma lo más posible, de forma que se puedan ir anotando las etapas como guía en el futuro. A juzgar por cómo describía sus sensaciones, Lydgate infirió que a Trumbull le gustaría gozar de la confianza de su médico y asimismo figurar como partícipe de su propia curación. El subastador oyó, sin gran sorpresa, que era la suya una constitución que (siempre con la debida vigilancia) podía encargarse de sí misma y ofrecer así un magnífico ejemplo de una enfermedad con todas sus fases claramente delineadas, y, también, que probablemente poseyera la rara fortaleza mental para, voluntariamente, convertirse en el ensayo de un procedimiento racional, convirtiendo de esta forma el desarreglo de sus funciones pulmonares en algo beneficioso para la sociedad.

El señor Trumbull aceptó de inmediato, afirmando enérgicamente que una enfermedad suya era una ocasión extraordinaria para la ciencia médica.

—Pierda cuidado; no está hablando usted con un completo ignorante de la vis medicatrix —dijo con su habitual superioridad de expresión que la dificultad para respirar teñía un tanto de patetismo. Y valientemente continuó la abstinencia de medicamentos, muy reconfortado por el uso del termómetro que daba a entender la importancia de la fiebre, por el convencimiento de que proporcionaba elementos para el microscopio así como por el aprendizaje de múltiples palabras nuevas que parecían adecuadas a la dignidad de sus secreciones. Pues Lydgate era lo bastante agudo como para depararle algunas explicaciones técnicas.

Como se puede suponer, el señor Trumbull se levantó de la cama muy dispuesto a hablar de una enfermedad durante la que había dejado clara su fortaleza mental además de su buena constitución, y no fue remiso en otorgarle crédito al médico que había discernido la calidad del paciente al que trataba. El subastador no era hombre poco generoso y gustaba de dar a cada uno lo suyo, convencido de podérselo permitir. Se había hecho con las palabras «método expectante» y las repetía constantemente junto con otras frases eruditas como acompañamiento de la afirmación de que Lydgate «sabía una o dos cosas más que el resto de los doctores, y conocía mucho mejor que la mayoría de sus colegas los secretos de su profesión».

Esto había sucedido antes de que el asunto de la enfermedad de Fred Vincy proporcionara un terreno personal más definido a la enemistad que el señor Wrench sentía por Lydgate. El recién llegado ya amenazaba con ser una molestia como rival y de hecho ya resultaban molestas sus críticas prácticas o sus reflexiones acerca de sus extenuados y mayores colegas, que habían estado ocupados con cosas mejores que las ideas experimentales. Su clientela se había extendido por una o dos zonas y desde el principio, los rumores sobre su alcurnia habían desembocado en frecuentes invitaciones, de forma que los demás médicos se le encontraban en las cenas de las mejores casas. Y no se ha constatado que la obligación de coincidir con alguien que te desagrada culmine siempre en un mutuo apego. Apenas nunca se daba entre ellos tanta unanimidad como al opinar que Lydgate era un arrogante jovenzuelo, dispuesto sin embargo a arrastrarse servilmente ante Bulstrode a fin de destacar. El hecho de que el señor Farebrother, cuyo nombre abanderaba el partido opuesto a Bulstrode, siempre defendiera a Lydgate y le convirtiera en su amigo, se achacaba a la inexplicable forma que tenía Farebrother de luchar en ambos bandos.

Había pues, abundante preparación para el estadillo de indignación profesional ante el anuncio de las leyes que el señor Bulstrode estaba haciendo para la dirección del hospital nuevo, que resultaban tanto más desesperantes, puesto que no existía, de momento, la posibilidad de obstaculizar sus deseos ni sus gustos, dado que todos salvo Lord Medlicote se habían negado a contribuir al edificio argumentando que preferían subvencionar la antigua enfermería. El señor Bulstrode hizo frente a todos los gastos y había dejado de lamentar que estuviera comprando el derecho a poner en marcha sus ideas de mejora sin impedimentos de parte de colaboradores cargados de prejuicios; pero había tenido que invertir grandes sumas y la construcción se había demorado. Caleb Garth se había encargado de ello, fracasando durante el proceso, y antes de que se comenzara el equipamiento interior se había retirado ya de la gestión del asunto; y cuando se refería al hospital solía decir que fuera como fuera Bulstrode, le gustaban la buena carpintería y la sólida albañilería y que entendía tanto de desagües como de chimeneas. La verdad es que el hospital se había convertido en algo de sumo interés para Bulstrode y con gusto hubiera seguido invirtiendo una fuerte suma anual a fin de poderlo dirigir dictatorialmente sin ninguna junta directiva. Pero tenía otra predilección que también precisaba de dinero para su realización: deseaba comprar tierras en el vecindario de Middlemarch y por lo tanto quería obtener considerables contribuciones para el mantenimiento del hospital. Entretanto, definió su plan de administración. El hospital quedaría para las fiebres de todo tipo; Lydgate sería el director jefe de los servicios médicos para así poder tener total libertad para proseguir las investigaciones comparadas cuya importancia le habían demostrado sus estudios, especialmente los de París, mientras que los demás médicos visitantes tendrían una influencia consultiva, pero ningún poder para contravenir las decisiones finales de Lydgate; la administración general quedaría exclusivamente en manos de cinco directores asociados con el señor Bustrode, que poseerían un número de votos proporcionales a su contribución, con la junta misma encargada de cubrir cualquier vacante y excluyendo que un enjambre de pequeños contribuyentes pudieran participar en el gobierno del hospital.

Hubo una negativa inmediata por parte de todos los médicos de la ciudad para convertirse en médicos visitantes del Hospital de Fiebres.

—Muy bien —le dijo Lydgate al señor Bulstrode—, tenemos un magnífico cirujano internista y farmacéutico, un tipo sensato y con unas manos maravillosas; haremos que Webb, de Crabsley, tan buen médico rural como cualquiera de ellos, venga dos veces en semana, y caso de alguna operación excepcional, que venga Protheroe desde Brassing. Yo tendré que trabajar más, eso es todo, y he renunciado ya a mi puesto en la enfermería. El plan saldrá adelante a pesar de ellos y entonces se alegrarán de incorporarse. No pueden durar las cosas tal y como están: pronto vendrán toda clase de reformas y en ese momento puede que los jóvenes quieran venir a estudiar aquí. —Lydgate se encontraba muy animado.

—Puede estar seguro de que no me echaré atrás, señor Lydgate —dijo el señor Bulstrode—. Mientras le vea llevando a cabo elevados propósitos con vigor, tendrá todo mi apoyo. Y tengo la humilde confianza de que las bendiciones que hasta ahora han asistido mis esfuerzos en contra del espíritu perverso de esta ciudad no me abandonarán. No dudo en poder conseguir directores adecuados para que me asistan. El señor Brooke de Tipton ya me ha dado su consentimiento así como la promesa de una contribución anual. No me ha especificado la suma… seguramente no será grande. Pero será un miembro útil de la Junta.

Tal vez la definición de un miembro útil fuera la de alguien que no suscitara nada y siempre votara de acuerdo con el señor Bulstrode.

Así las cosas, la aversión médica hacia Lydgate apenas se disimulaba. Ni el doctor Sprague ni el doctor Minchin decían que les desagradaban los conocimientos de Lydgate ni su inclinación por mejorar el tratamiento; lo que les disgustaba era su arrogancia, lo cual nadie podía del todo negar. Sugerían que era insolente, pretencioso y dado a las innovaciones imprudentes por amor al aparato y el bullicio que constituyen la esencia del fantoche.

Una vez la palabra fantoche había saltado al ruedo, no se pudo retirar. En aquellos días el mundo andaba inquieto con los prodigios del señor St. John Long, «noble y caballero» que declaraba extraer un fluido como el mercurio de las sienes de un paciente.

Un día, el señor Toller le comentó sonriendo a la señora Taft, que «Bulstrode había encontrado en Lydgate un hombre a su gusto; a un fantoche en lo religioso debían gustarle otros tipos de fantoches».

—Me imagino que sí —dijo la señora Taft, reteniendo al tiempo en la cabeza la cifra de treinta puntos—; hay tantos así. Recuerdo al señor Cheshire, con sus hierros, intentando enderezar a la gente cuando el Todopoderoso los había hecho encorvados.

—No, no —dijo el señor Toller—, Cheshire estaba bien, todo claro y sin tapujos. Pero ahí tenemos a St. John Long, ésa es la clase de individuo al que llamamos fantoche, anunciando curaciones por sistemas que nadie conoce; un tipo que quiere armar bulla simulando que profundiza más que otras personas. El otro día fingió horadar el cerebro de un hombre y obtener mercurio de él.

—¡Jesús! ¡Qué manera de entrometerse en la salud de la gente! —dijo la señora Taft.

Después de esto, en varios lugares se afirmó que Lydgate jugaba con la salud de gente respetable para sus propios fines, por lo que no sería de extrañar que en sus alocados experimentos hiciera lo que le diera la gana con los pacientes del hospital. Sobre todo, cabía esperar, como había dicho la patrona de La jarra, que descuartizara los cadáveres atolondradamente. Pues Lydgate, tras atender a la señora Goby, que había muerto, al parecer, de una enfermedad cardiaca de sintomatología poco clara, pidió permiso con excesiva osadía a sus parientes para abrir el cuerpo, incurriendo así en una ofensa que pronto rebasó Parley Street, donde dicha señora había vivido muchos años de unos ingresos tales que convertían la asociación de su cuerpo con las víctimas de Burke y Hare en un flagrante insulto a su memoria.

Aquel era el estado de las cosas cuando Lydgate tocó el tema del hospital con Dorothea. Como se ve, sobrellevaba con mucho garbo la enemistad y los ñoños errores de concepto, consciente de que, en parte, obedecían al considerable éxito que iba obteniendo.

—No conseguirán echarme —dijo, hablando confidencialmente en el despacho del señor Farebrother—. Tengo aquí una buena oportunidad para alcanzar los fines que más me interesan, y estoy bastante seguro de poder ganar lo suficiente para cubrir nuestras necesidades. Con el tiempo podré llevar una vida tranquila: no me seducen las cosas externas a mi hogar y a mi trabajo. Y cada vez estoy más convencido de que será posible demostrar el origen homogéneo de todos los tejidos. Raspail y otros van por la misma senda y yo he estado perdiendo el tiempo.

—No tengo el poder de la profecía sobre ese punto —respondió el señor Farebrother, que había estado fumando su pipa pensativamente mientras Lydgate hablaba—, pero respecto a la hostilidad en la ciudad, la capeará si es usted prudente.

—¿Cómo puedo ser prudente? —preguntó Lydgate—; me limito a resolver lo que se me presenta. Al igual que Vesalio, no puedo evitar la ignorancia y el rencor de la gente. Es imposible cuadrar la conducta propia con las estúpidas conclusiones que nadie puede prever.

—Cierto, pero no me refería a eso, sino a otras dos cosas. Primero, manténgase lo más apartado posible de Bulstrode. Evidentemente puede usted continuar haciendo una buena labor con su ayuda, pero no se ate a él.

Tal vez el que lo diga yo suene a sentimientos personales, y reconozco que hay un buen componente de eso, pero los sentimientos personales no siempre están equivocados si se reducen a las impresiones que los convierten en una simple opinión.

—Bulstrode no me importa nada —dijo Lydgate despreocupadamente —, salvo en los temas públicos. En cuanto a unirme demasiado a él, no le aprecio lo bastante como para eso. Pero ¿cuál era la otra cosa a la que se refería? —preguntó Lydgate, que se acunaba la pierna cómodamente y no se sentía muy necesitado de consejo.

—Pues a ésta. Encárguese —experto crede— encárguese de que no le maniaten las cuestiones de dinero. Sé, por algo que dijo el otro día, que le disgusta que yo juegue a las cartas por dinero. Tiene toda la razón. Pero procure alejarse de la necesidad de precisar pequeñas sumas de dinero de las que no dispone. Quizá esté hablando innecesariamente, pero a un hombre le gusta asumir la superioridad sobre sí mismo exponiendo el mal ejemplo que da y sermoneando sobre él.

Lydgate encajó con mucha cordialidad las indicaciones del señor Farebrother, aunque difícilmente las hubiera aceptado de nadie más. No pudo por menos que recordar que recientemente había incurrido en algunas deudas, pero habían parecido inevitables y su intención ahora era la de mantener una casa de la manera más sencilla posible. Pasaría mucho tiempo antes de que el mobiliario que debía, o incluso la reserva de vino, tuvieran que renovarse.

Eran muchos los pensamientos que le animaban en aquel momento… y justificadamente. Ante las mezquinas hostilidades, a un hombre consciente de su entusiasmo por unos objetivos dignos le sostiene el recuerdo de los grandes trabajadores que tuvieron que abrirse paso, no sin heridas, y que revolotean en su mente como santos patrones, ayudando de forma invisible. Una vez en casa, la misma tarde en que charlara con el señor Farebrother, Lydgate tenía las largas piernas estiradas en el sofá, la cabeza echada hacia atrás y las manos entrelazadas sobre la nuca conforme a su postura favorita para pensar, mientras Rosamond, sentada al piano, tocaba una melodía tras otra, de las que su esposo sólo sabía (¡como el emotivo elefante que era!) que encajaban con su estado de ánimo como si de melodiosas brisas de mar se tratara.

Había algo magnífico en el aspecto de Lydgate en ese momento y cualquiera se hubiera sentido impulsado a apostar por su éxito. En sus ojos oscuros y en su boca y en su frente había esa placidez que deriva de la plenitud del pensamiento contemplativo, la mente que no busca sino que contempla y la mirada como llena de lo que hay detrás de ella.

Al poco rato Rosamond dejó el piano y se sentó en una silla cerca del sofá, frente a su marido.

—¿Ha tenido suficiente música, mi señor? —dijo, cruzando las manos y adoptando una actitud de sumisión.

—Sí, cariño, si estás cansada —dijo Lydgate con dulzura volviendo hacia ella la mirada, pero sin cambiar de postura. La presencia de Rosamond en ese momento quizá no era más que una cucharada añadida al lago y su instinto femenino en estas cuestiones no era tardo.

—¿Qué es lo que te tiene tan ensimismado? —preguntó, inclinándose hacia adelante y aproximando el rostro al de su marido.

Lydgate movió las manos y las puso suavemente detrás de los hombros de Rosamond.

—Estoy pensando en un gran hombre, que tenía más o menos mi misma edad hace trescientos años, y ya había iniciado una nueva era en la anatomía.

—No lo adivino —dijo Rosamond moviendo la cabeza—. En el colegio de la señora Lemon solíamos jugar a adivinar personajes históricos, pero no anatomólogos.

—Yo te lo diré. Se llamaba Vesalio. Y la única manera de llegar a saber tanta anatomía como supo era robando cadáveres por la noche de los cementerios y lugares de ejecución.

—¡Oh! —dijo Rosamond, un gesto de desagrado pasándole por el bonito rostro—. Me alegro mucho de que no seas Vesalio. Se me antoja que hubiera podido encontrar algún sistema menos horrible.

—Pues no —prosiguió Lydgate demasiado entusiasmado como para prestar mucha atención a la respuesta de su esposa—. Sólo podía obtener un esqueleto completo robando del patíbulo los blanqueados huesos de un criminal, enterrándolos primero y desenterrándolos después poco a poco y a escondidas durante la noche.

—Confío en que no sea uno de tus grandes héroes —dijo Rosamond medio en broma, medio preocupada—, de lo contrario ya te veo levantándote a media noche para ir al cementerio de St. Peter. Tú mismo me dijiste cómo estaba la gente de enfadada con lo de la señora Goby. Ya tienes suficientes enemigos.

—También los tuvo Vesalio, Rosy. No es de extrañar que las antiguallas médicas de Middlemarch estén celosas cuando algunos de los mejores médicos del momento se opusieron a Vesalio porque habían creído en Galeno y él demostró que Galeno estaba equivocado. Le llamaron mentiroso y monstruo ponzoñoso. Pero la realidad del esqueleto humano estaba de su parte, de forma que él rio el último.

—¿Y qué le ocurrió después? —preguntó Rosamond con ligero interés.

—Bueno, pues tuvo que luchar bastante hasta el final. Y en un momento determinado le hartaron lo suficiente como para que quemara una buena parte de su obra. Luego, cuando venía de Jerusalén para ocupar una cátedra en Padua, naufragó. Tuvo una muerte muy triste.

Hubo una pequeña pausa antes de que Rosamond dijera:

—¿Sabes, Tertius? A menudo deseo que no hubieras sido médico.

—No, Rosy, no digas eso —exclamó Lydgate atrayéndola hacia sí—. Eso es como decir que desearías haberte casado con otro hombre.

—En absoluto. Eres lo bastante inteligente para cualquier cosa. Podrías haberse dedicado a otra profesión. Y todos tus primos de Quallingham piensan que has descendido socialmente en relación con ellos al escoger tu profesión.

—¡Los primos de Quallingham se pueden ir al infierno! —exclamó con desdén Lydgate—. Es típico de su insolencia que te dijeran algo así.

—De todos modos —dijo Rosamond—, a mí no me parece una bonita profesión, cariño. —Sabemos cuánta silenciosa perseverancia tenía en sus opiniones.

—Es la profesión más hermosa del mundo, Rosamond —dijo Lydgate con gravedad—. Y afirmar que me amas sin amar al médico que llevo dentro es lo mismo que decir que te gusta comer melocotones pero te disgusta su sabor. No lo vuelvas a decir, cariño, porque me hiere.

—Está bien, doctor Seriote —dijo Rosamond haciendo aparecer sus hoyuelos—. En el futuro declararé que me apasionan los esqueletos, los ladrones de cadáveres y los restos dentro de los tubos de ensayo, las peleas con todo el mundo que terminan en una muerte miserable.

—No, no, no es tan malo como eso —dijo Lydgate, renunciando a la regañina y acariciándola con resignación.

CAPÍTULO CUATRO

Mientras Lydgate, convenientemente casado y con el hospital bajo su control luchaba contra Middlemarch por la reforma médica, Middlemarch era cada vez más consciente de la lucha nacional por otro tipo de reforma.

Para cuando el proyecto de Lord John Russell se estaba debatiendo en la Cámara de los Comunes, en Middlemarch cundía una nueva animación política así como una nueva definición de los partidos que, caso de que se convocaran nuevas elecciones, podría mostrar un claro cambio en el escenario. Y algunos ya habían pronosticado este suceso, manifestando que el Parlamento actual nunca llevaría adelante una ley de reforma electoral. Esto era lo que Will Ladislaw le subrayaba al señor Brooke como motivo de alegría por aún no haber medido sus fuerzas en las asambleas municipales.

—Las cosas crecerán y madurarán como si fuera un año de cometa —dijo Will—. Ahora que ya se ha iniciado el tema de la reforma, la temperatura del público subirá astronómicamente. Es probable que haya otra elección dentro de poco y para entonces, Middlemarch tendrá más ideas en la cabeza. Ahora lo que tenemos que hacer es ponernos a trabajar en el Pioneer y en las reuniones políticas.

—Cierto, Ladislaw; haremos algo nuevo de la opinión aquí —dijo el señor Brooke—. Pero quiero mantenerme independiente respecto de la reforma, ¿sabe? No quiero ir demasiado lejos. Quiero seguir la línea de Wilberforce y Romilly y trabajar en la emancipación de los negros, el derecho penal y ese tipo de cosas. Pero naturalmente apoyaré a Grey.

—Si está de acuerdo con el principio de la reforma, debe estar preparado para aceptar lo que la situación ofrezca —dijo Will—. Si todo el mundo barre hacia adentro frente a los demás, todo el asunto se demoraría.

—Sí, sí, estoy de acuerdo con usted y comparto su punto de vista. Yo lo enfocaría así. Apoyaré a Grey. Pero no quiero alterar el equilibrio de la constitución y pienso que Grey tampoco.

—Pero eso es lo que quiere el país —dijo Will—. De lo contrario no tendrían sentido las asociaciones políticas o cualquier otro movimiento que sepa lo que se trae entre manos. El país quiere una Cámara de los Comunes que no esté lastrada por representantes de los terratenientes sino por gente que represente otros intereses. En cuanto a luchar por una reforma fuera de esto es como pedir un poquito de una avalancha que ya ha empezado a anunciarse con los truenos.

—Eso está muy bien Ladislaw: así es como debe presentarse. Póngalo por escrito. Debemos empezar a reunir documentos sobre el sentir del país así como del destrozo de las máquinas y la inquietud general.

—Respecto a los documentos —dijo Will—, cabe todo en una tarjeta de cuatro centímetros. Bastan unas cuantas hileras de cifras para deducir de ellas la miseria, y unas cuantas más demostrarán el paso al que va creciendo la determinación política de la gente.

—Bien: amplíe un poco eso, Ladislaw. Es una buena idea: publíquelo en el Pioneer. Ya sabe, exponga las cifras y deduzca las miserias; y ponga otras cifras y deduzca… y así. Usted sabe presentar las cosas. Burke, cuando pienso en Burke no puedo evitar desear que alguien tuviera un municipio de los comprados para dárselo a usted, Ladislaw. Porque ya sabe, usted nunca conseguiría que le eligieran. Y siempre vamos a estar necesitados de talento en la Cámara: ya podemos reformar como queramos que siempre precisaremos talento. Eso de la avalancha y los truenos; realmente sonaba un poco a Burke. Es el tipo de cosa que quiero…, ya sabe, no tanto ideas como la manera de expresarlas.

—Eso de los municipios comprados sería algo estupendo —dijo Ladislaw—, si estuvieran siempre en buenas manos y hubiera siempre un Burke disponible.

A Will no le desagradó la comparación elogiosa, aunque proviniera del señor Brooke; es un tanto exasperante para la condición humana el ser consciente de expresarse mejor que otros y que jamás se nos reconozca y, ante la general ausencia de admiración, incluso el casual rebuzno de sorpresa en el momento oportuno es muy consolador. Will pensaba que sus refinamientos literarios sobrepasaban los límites de la percepción de Middlemarch; no obstante empezaba a entusiasmarle el trabajo del que en un principio se había dicho a sí mismo con indiferencia, «¿Por qué no?», y estudiaba la situación política con el mismo ardor que antaño dedicara a la métrica o al medievalismo. Es innegable que de no ser por el deseo de encontrarse donde estuviera Dorothea y tal vez no saber qué otra cosa hacer, Will no se hubiera hallado en aquellos momentos rumiando sobre las necesidades del pueblo inglés o criticando la calidad de los hombres de Estado. Probablemente se encontrara deambulando por Italia, esbozando argumentos para algún drama, ensayando con la prosa y encontrándola demasiado árida, ensayando el verso y encontrándolo demasiado artificial, empezando a copiar «trocitos» de cuadros antiguos, abandonándolo porque «no valían» y exponiendo que, después de todo, lo más importante era aumentar la propia cultura mientras que en cuanto a la política simpatizaría efusivamente con la libertad y el progreso en general. A menudo nuestro sentido de la obligación debe aguardar la aparición de un trabajo que ocupe el lugar del diletantismo y nos haga sentir que la calidad de nuestras acciones no nos puede resultar indiferente.

Ladislaw había aceptado su parcela de trabajo si bien éste no era ese algo indeterminado y excelso que soñara como lo único que merecería un esfuerzo sostenido. Su personalidad le hacía animarse con facilidad ante temas que estaban visiblemente relacionados con la vida y la acción y su facilidad para rebelarse ayudaba a que brillara el espíritu por lo público que en él yacía. A pesar del señor Casaubon y de haberse visto desterrado de Lowick, era bastante feliz, obteniendo muchos conocimientos nuevos de una forma viva y con fines prácticos, y haciendo célebre el Pioneer hasta Brassing (no importaba la pequeñez del área, lo que en él aparecía no era peor que gran parte de lo que se extiende por el mundo entero).

Había veces en que el señor Brooke resultaba irritante, pero la impaciencia de Will se veía aliviada repartiendo su tiempo entre visitas a Tipton Grange y reclusiones en su alojamiento de Middlemarch, lo cual daba variedad a su vida.

—Corre un poco las fronteras —se decía a sí mismo—, y el señor Brooke podría estar en el Gobierno, y yo de subsecretario. Ese es el orden lógico de las cosas: las olas pequeñas hacen a las grandes y son del mismo patrón. Estoy mejor aquí que llevando el tipo de vida para la que me habría educado el señor Casaubon, donde toda la labor estaría determinada por un precedente demasiado rígido contra el que reaccionar. No me interesan ni el prestigio ni un sueldo alto.

Como Lydgate dijera de él, Will Ladislaw era una especie de bohemio que disfrutaba bastante con la sensación de no pertenecer a ninguna clase: su situación le proporcionaba la sensación de una aventura romántica así como la agradable convicción de provocar cierta sorpresa donde quiera que fuera. Ese disfrute se había visto empañado cuando advirtió un distanciamiento entre él y Dorothea en su fortuito encuentro en casa de Lydgate, y su irritación se dirigió contra el señor Casaubon que había declarado de antemano que Will perdería casta. «Nunca he tenido casta» —

hubiera dicho, si la profecía se hubiera hecho en su presencia, y la presta sangre hubiera aparecido y desaparecido de su piel transparente como un suspiro. Pero una cosa es disfrutar con el desafío y otra que nos gusten sus consecuencias.

Entretanto, la opinión de la ciudad respecto del nuevo editor del Pioneer tendía a confirmar el punto de vista del señor Casaubon. El parentesco de Will en esa distinguida área, al igual que sucediera con Lydgate, no sirvieron de ventajosa presentación, y si se rumoreaba que el joven Ladislaw era primo o sobrino del señor Casaubon, también se decía que «el señor Casaubon no quería saber nada de eso».

—Brooke le está apadrinando —dijo el señor Hawley—, porque eso es justo lo que nadie en su sano juicio hubiera esperado. Casaubon, pueden estar seguros, tiene toda la razón para rechazar a un joven cuya educación ha pagado. Es típico de Brooke, una de esas personas que alabarían a un gato para vender un caballo.

Y ciertas rarezas de Will, más o menos poéticas, parecían darle la razón al señor Keck, director del Trumpet, cuando decía que Ladislaw, de saberse la verdad, no sólo sería un espía polaco, sino un demente, lo cual explicaría la rapidez y soltura sobrenaturales de su parlamento cuando se subía al estrado, cosa que hacía a la menor oportunidad hablando con una facilidad que contrastaba con la solidez inglesa en general. A Keck le asqueaba ver a un jovenzuelo de rubio y rizado cabello levantarse y perorar durante horas contra instituciones «que existían desde que él estaba en la cuna». Y en un editorial del Trumpet Keck caracterizó el discurso de Ladislaw en un mitin a favor de la reforma como «la agresividad de un energúmeno, un miserable esfuerzo por envolver con la brillantez de los fuegos artificiales la osadía de afirmaciones irresponsables y la pobreza de unos conocimientos que resultaban de lo más improvisados y quincallosos».

—Vaya artículo bramador el de ayer, Keck —dijo el doctor Sprague, con intenciones sarcásticas—. Pero, ¿qué es un energúmeno?

—Un término que surgió durante la Revolución Francesa —dijo Keck.

Este aspecto peligroso de Ladislaw se comparó con extrañeza con otros hábitos suyos que se convirtieron en tema de comentario. Sentía un cariño, medio artístico medio afectuoso, por los niños pequeños. Cuanto más pequeños fueran (con tal de que se sostuvieran sobre unas piernecillas razonablemente activas) y cuanto más estrafalaria su vestimenta, más le gustaba a Will sorprenderlos y agradarlos: Sabemos que en Roma solía deambular por los barrios pobres, y en Middlemarch no le abandonó ese gusto.

De alguna forma había reunido a una caterva de pintorescas criaturas, chavales destocados, con sus pantalones raídos y parcas camisas por fuera, niñas que se sacudían el pelo de los ojos para mirarle, y hermanos guardianes a la madura edad de siete años. Había llevado a esta tropa en excursiones, gitanos al bosque de Halsell en la época de las nueces, y desde que llegara el frío, habían ido, un día claro, a recoger ramas para una fogata en la hondonada de la colina, donde les preparó un pequeño banquete de pan de jengibre e improvisó unos títeres con marionetas de fabricación casera. Esta era una rareza. Otra era que, en las casas donde tenía confianza, solía tenderse cuan largo era sobre la alfombra mientras hablaba, actitud en la que le encontraban a menudo los visitantes ocasionales, para quienes semejante irregularidad confirmaba las nociones sobre su peligrosa mezcla de sangres y relajamiento general.

Pero los discursos y artículos de Will le encomendaban entre aquellas familias a quienes el nuevo rigor de la división de los partidos había colocado del lado de la reforma. Le invitaban a casa del señor Bulstrode, pero aquí no se podía tumbar en la alfombra y la señora Bulstrode opinaba que su forma de referirse a los países católicos, como si existiera una tregua con el Anticristo, ejemplificaba la natural inclinación de los hombres intelectuales por el error.

Sin embargo, en casa del señor Farebrother, a quien la ironía de los sucesos había alineado con Bulstrode en la política nacional, Will se convirtió en un favorito de las damas, sobre todo de la diminuta señorita Noble, a quien, manifestando otra de sus rarezas, acompañaba cuando se la encontraba, con su cestita, en la calle, ofreciéndole el brazo ante toda la ciudad e insistiendo en escoltarla en sus visitas, a las que distribuía los pequeños hurtos que de su propia ración de dulces hacía.

Pero la casa que visitaba con mayor frecuencia y la alfombra sobre la que más yacía era la de Lydgate. Los dos hombres no se parecían en nada, pero coincidían en mucho. Lydgate era brusco, pero no irritable, y pasaba por alto las jaquecas de la gente sana; y Ladislaw no solía malgastar sus susceptibilidades en quienes no las apreciaban. Con Rosamond, por otro lado, se enfadaba y se mostraba avieso, a menudo descortés incluso, ante la sorpresa de ésta, no obstante lo cual, se le iba haciendo gradualmente indispensable para su entretenimiento por acompañarla al piano, por su amena conversación y su ausencia de preocupaciones serias, las cuales; a pesar de toda la ternura y tolerancia de su marido, a menudo hacían que sus modales resultaran insatisfactorios para la señora Lydgate y confirmaran su antipatía por la profesión médica.

Lydgate, dado al sarcasmo en cuanto a la supersticiosa fe de la gente en la eficacia de «la futura ley» cuando a nadie le interesaba el mal estado de la patología, a veces anegaba a Will con preguntas molestas. Una velada de marzo, Rosamond, con un vestido de color cereza y cuello de plumón, se encontraba sentada a la mesa del té; Lydgate acababa de llegar cansado del trabajo y estaba sentado en un butacón junto al fuego, una pierna doblada sobre el brazo y el ceño un tanto fruncido mientras sus ojos recorrían las columnas del Pioneer; su mujer, que había notado su estado de ánimo, procuraba no mirarle y daba gracias al cielo interiormente por no tener un temperamento depresivo. Will Ladislaw yacía sobre la alfombra contemplando distraídamente el palo de las cortinas y tarareaba en voz muy baja las notas de When first I saw thy face; mientras el perro de aguas, también tumbado pero con escasa elección de sitio, observaba por entre sus patas al usurpador de la alfombra con fuerte si bien silencioso reparo.

Al traerle Rosamond la taza de té a Lydgate, éste tiró el periódico y le dijo a Will, que se había levantado y se dirigía hacia la mesa:

—No sirve de nada que infle usted a Brooke y le presente como un terrateniente reformador, Ladislaw. Cada día le sacan más los colores en el Trumpet.

—No importa; los que leen el Pioneer no leen el Trumpet —respondió Will, tomándose el té y paseando de un lado a otro—. ¿Acaso cree usted que la gente lee con vistas a su propia conversión? Si fuera así tendríamos una vengativa pócima bruja… «Mezcle, mezcle, mezcle, mezcle. Quien pueda mezclar que mezcle». Y nadie sabría qué partido acabaría tomando.

—Farebrother dice que no cree que Brooke saliera elegido, aunque llegara esa oportunidad: los mismos que dicen estar de su parte se sacarían de la manga a otro en el momento oportuno.

—No se pierde nada por probar. Es bueno tener parlamentarios residentes.

—¿Por qué? —preguntó Lydgate que era muy dado al empleo de esas palabras molestas con tono cortante.

—Representan mejor la estupidez local —dijo Will riendo y sacudiendo la cabeza rizada—, y el vecindario consigue que se comporten lo mejor posible. Brooke no es mala persona, pero ha hecho cosas buenas en sus tierras que no habría hecho de no ser por este señuelo parlamentario.

—No sirve para hombre público —dijo Lydgate con desdeñosa firmeza—. Decepcionaría a cuantos contaran con él: eso lo veo en el hospital. Sólo que allí, Bulstrode sostiene las riendas y le empuja.

—Eso depende del rasero que se ponga para los hombres públicos —dijo Will—. Sirve para la ocasión; cuando la gente se ha decidido como lo está haciendo ahora, no necesitan un hombre, sólo quieren un voto.

—Así son ustedes los escritores políticos, Ladislaw… alaban una medida como si fueran la cura universal y alaban a hombres que son parte misma de la enfermedad que precisa de la cura.

—¿Y por qué no? Los hombres pueden contribuir a hacerse desaparecer de la faz de la tierra sin saberlo —dijo Will que podía encontrar razones de improviso sin haber pensado en la pregunta previamente.

—Eso no es excusa para fomentar la supersticiosa exageración de esperanza de esta medida en particular; ayudar a la masa a que se la trague y enviar al Parlamento papagayos votantes que sólo sirven para conseguir que se apruebe la ley. Usted lucha contra la corrupción y no hay nada más corrupto que hacer creer a la gente que se puede curar la sociedad mediante una artimaña política.

—Eso está muy bien, mi querido amigo. Pero la cura tiene que empezar por algún sitio y suponga que las mil cosas que degradan una población no se pudieran reformar nunca si no se empieza por ésta en concreto. Fíjese en lo que dijo Stanley el otro día, que la Cámara llevaba demasiado tiempo entretenida en pequeños problemas de soborno, investigando si éste o aquel votante ha recibido una guinea cuando todo el mundo sabe que los escaños se venden al por mayor. Esperar a que los agentes públicos sean sabios y conscientes… ¡un cuerno! La única conciencia en la que se puede confiar es el sentimiento masivo de injusticia de una clase, y la mejor sabiduría es la que equilibra los derechos. Mi lema es: ¿cuál es el lado perjudicado? Apoyo a quien apoye los derechos de los perjudicados y no al virtuoso mantenedor del perjuicio.

—Todas esas generalidades sobre un caso particular no son más que peticiones de principios, Ladislaw. Cuando yo digo que apoyo la dosis que cura no quiere decir que apoye el uso del opio en un caso determinado de gota.

—No estoy haciendo peticiones de principios sobre el tema que nos incumbe, a saber, si no se debe intentar nada hasta encontrar hombres inmaculados con quienes trabajar. ¿Acaso elegiría usted ese plan? Si hubiera un hombre que le sacara a usted adelante una reforma médica y otro que se opusiera, ¿preguntaría usted cuál tenía mejores razones o incluso mejor cabeza?

—Bueno, naturalmente —dijo Lydgate viéndose acorralado por una maniobra que con frecuencia había usado él mismo—, si uno no trabajara con los hombres que tiene a mano, las cosas se estancarían. Suponiendo que fueran ciertas las peores opiniones que recorren la ciudad respecto de Bulstrode, eso no convertiría en menos cierto el hecho de que posee el sentido común y la decisión para hacer lo que yo creo que debe hacerse en los temas que conozco y me interesan más; pero es en lo único que le apoyo —añadió Lydgate con bastante orgullo, recordando los consejos del señor Farebrother—. En los demás aspectos no me interesa nada; no lo alabaría por ningún motivo personal, me cuidaría mucho de hacerlo.

—¿Me está queriendo decir que yo alabo a Brooke por motivos personales? —dijo Will Ladislaw, enojado y volviéndose bruscamente. Por primera vez se sentía molesto con Lydgate; tal vez debido también a que se hubiera negado a un examen profundo respecto del desarrollo de sus relaciones con el señor Brooke.

—En absoluto —respondió Lydgate—. Me limitaba a explicar mis propias acciones. Quería decir que un hombre puede trabajar por un determinado fin con otros cuyos motivos y planteamientos en general sean ambiguos siempre y cuando esté muy seguro de su independencia personal y de que no trabaja por intereses propios, tanto de posición como de dinero.

—En ese caso, ¿por qué no hace extensiva esa liberalidad a los demás? —dijo Will, aún molesto—. Mi independencia personal es tan importante para mí como para usted la suya. No tiene usted mayores razones para imaginar que yo espero algo personal de Brooke de las que yo tengo para imaginar que usted las tiene con respecto a Bulstrode. Supongo que los motivos son cuestiones de honor… nadie los puede probar. Pero en cuanto a la posición y el dinero en el mundo —concluyó Will echando la cabeza hacia atrás—, creo que está muy claro que ese tipo de consideraciones no me condicionan.

—Me malinterpreta usted, Ladislaw —dijo Lydgate, sorprendido. Preocupado con su propia defensa no había tenido en cuenta lo que

Ladislaw podía inferir y aplicarse a sí mismo—. Le pido perdón por haberle molestado indeliberadamente. Es más, debo atribuirle un romántico desprecio por sus propios intereses mundanos. Sobre la cuestión política, me refería simplemente a los perjuicios intelectuales.

—¡Pero qué desagradables están los dos esta noche! —dijo Rosamond—. No me explico por qué se ha tenido que hablar de dinero. La política y la medicina ya son temas molestos de discusión, y pueden hacer que se sigan peleando con todo el mundo y entre ustedes por ellos.

Rosamond tenía un aspecto neutral al decir esto mientras se levantaba para tocar la campanilla y se dirigía a su mesa de trabajo.

—¡Pobre Rosy! —dijo Lydgate, extendiéndole la mano al pasar junto a él—. Las disputas no divierten a los querubines. Toca algo. Dile a Ladislaw que cante contigo.

Cuando Will se hubo marchado, Rosamond le preguntó a su marido:

—¿Qué te puso de mal humor, Tertius?

—¿A mí? Era Ladislaw el que estaba de mal humor. Es como un pedazo de yesca.

—Quiero decir antes de eso. Algo te había molestado ya antes de entrar, y parecías enfadado. Y eso te hizo discutir con el señor Ladislaw. Me duele mucho cuando estás así, Tertius.

—¿De verdad? Pues entonces soy un bruto —dijo Lydgate, acariciándola arrepentido.

—¿Qué te había amohinado? —Bueno, cosas externas…, asuntos.

En realidad era una carta que insistía en el pago de una cuenta por los muebles. Pero Rosamond esperaba un hijo y Lydgate quería evitarle cualquier preocupación.

CAPÍTULO CINCO

Era un sábado por la noche cuando Will Ladislaw tuvo la pequeña discusión con Lydgate. El resultado al llegar a su alojamiento fue que se quedó despierto media noche pensando una y otra vez, con renovada irritación, todo cuanto había ya pensado acerca de haberse asentado en Middlemarch y vincularse al señor Brooke. Las dudas anteriores a dar ese paso se habían convertido en susceptibilidad ante cada insinuación de que habría hecho mejor no dándolo; de ahí su acaloramiento con Lydgate, un acaloramiento que le mantenía desvelado. ¿Estaría haciendo el tonto? …, ¿y precisamente en un momento en el que era más consciente que nunca de ser algo mejor que un tonto? ¿Y con qué finalidad?

Pues para ninguna en especial. Era cierto que tenía fantasías de posibilidades: no hay ser humano que, poseedor tanto de pasión como de pensamiento, no piense en las consecuencias de sus pasiones que no le surjan imágenes en la mente que calmen su pasión con esperanza o la aguijoneen con el temor. Pero esto, que nos ocurre a todos, les pasa a algunos con una amplia diferencia, y Will no era de aquellos cuya sensatez «les mantiene en el camino recto»: tenía sus desvíos donde se encontraban pequeñas alegrías de su propia elección que los caballeros que galopaban por el camino principal hubieran tachado de bastante necias. Un ejemplo de ello era la forma en la que transformaba en felicidad sus sentimientos por Dorothea. Es un hecho, aunque parezca extraño, que la visión corriente y vulgar que le atribuía el señor Casaubon, es decir, que Dorothea pudiera enviudar y que el interés que en ella había despertado Will pudiera tornarse en un aceptarle por esposo, ni le tentaba ni le cautivaba; no vivía con la posibilidad de ese suceso ni lo desarrollaba, como solemos hacer todos con esa imaginaria «disyuntiva» que constituye nuestro paraíso práctico. No era sólo que rehuía cultivar pensamientos que pudieran tildarse de abyectos y que ya se sentía incómodo por tener que justificarse contra la acusación de ingratitud, sino que la conciencia latente de las muchas barreras que se levantaban entre él y Dorothea, además de la existencia de su marido, habían contribuido a desviar su atención de la especulación sobre qué podría ocurrirle al señor Casaubon. Y aún había otras razones. Will, como sabemos, no soportaba la posibilidad de que apareciera ninguna tacha en su cristal; le exasperaba al tiempo que le encantaba la serena libertad con la que Dorothea le miraba y le hablaba, y había algo tan exquisito en pensar en ella tal como era, que no podía desear un cambio que de alguna forma habría de modificarla. ¿Acaso no rechazamos la versión callejera de una hermosa melodía? ¿No rehuimos la noticia de que esa pieza exótica —una escultura o un grabado tal vez ante la que nos hemos detenido casi con exultación dado lo costoso que ha resultado vislumbrarla, no es en realidad nada insólito y puede adquirirse como una posesión cotidiana? Nuestro bienestar depende de la calidad y amplitud de nuestra emoción y para Will, un ser a quien importaban poco las llamadas cosas sólidas de la vida y mucho sus influencias más sutiles, el poseer un sentimiento como el que experimentaba por Dorothea era como si hubiera heredado una fortuna. Lo que otros denominarían inutilidad de su pasión constituía un placer adicional para su imaginación: era consciente de un movimiento generoso, así como de verificar con su propia experiencia esa sublime poesía amorosa que había encandilado su imaginación. Dorothea, se decía a sí mismo, estaría por siempre entronizada en su alma: ninguna otra mujer podría ocupar más que su escabel y de haber podido escribir en sílabas inmortales el efecto que desencadenaba en él, habría dicho satisfecho, siguiendo el ejemplo del viejo Drayton, que A partir de aquí podían vivir felices Las reinas con las limosnas del elogio Que para ella resulta superfluo.

Pero este resultado era dudoso. ¿Y qué más podía hacer por Dorothea? ¿Qué valor le daba ella a su devoción? Imposible saberlo. Se resistía a alejarse de ella. No veía entre sus amistades a nadie con quien pensara que Dorothea hablaba con la misma confianza y sencillez que mostraba con él. En una ocasión había dicho que le gustaría que se quedara, y eso haría, por muchos amedrentadores dragones que la rodearan.

Ésta había sido siempre la conclusión de las dudas de Will. Pero el espíritu de contradicción y rebelión no estaba ausente ni de su propia decisión. A menudo se había irritado, como esta noche, a causa de alguna demostración externa de que sus esfuerzos públicos con el señor Brooke como cabeza podían no parecer tan heroicos como a Will le gustaría, lo cual iba siempre acompañado de otro motivo de irritación: que a pesar de estar sacrificando su dignidad por ella, casi nunca podía ver a Dorothea. Ante lo cual, al no poder contradecir estos desagradables hechos, contradecía sus inclinaciones más fuertes y decía: «Soy un imbécil».

Sin embargo, dado que el debate interno forzosamente giraba en torno a Dorothea, sólo acabó, como en ocasiones anteriores, teniendo una conciencia más viva de lo que su presencia suponía para él, y recordando que al día siguiente era domingo, decidió ir a la iglesia de Lowick para verla. Se durmió con esa idea, pero cuando se vestía a la luz racional de la mañana, la Objeción dijo:

—Eso significaría casi un desafío a la prohibición del señor Casaubon de visitar Lowick, y Dorothea se disgustará.

¡Bobadas! —arguyó la Inclinación—, sería demasiado monstruoso que Casaubon me impidiera ir a una bonita iglesia rural una mañana de primavera. Y Dorothea se alegrará. —Le quedará muy claro al señor Casaubon que has ido allí o para molestarlo o para ver a Dorothea.

—No es cierto que vaya para molestarlo y ¿por qué no iba a ir a ver a Dorothea? ¿Acaso tiene que acapararlo todo y sentirse siempre a gusto? Que sufra un poco, como tenemos que hacer los demás. Siempre me ha gustado lo pintoresco de la iglesia y los feligreses; además, conozco a los Tucker me sentaré en su banco.

Tras silenciar a la Objeción con la fuerza de la sinrazón, Will caminó hasta Lowick como si se dirigiera hacia el paraíso, cruzando Halsell Common y bordeando el bosque, donde los rayos del sol iluminaban el camino bajo las ramas a punto de brotar, haciendo resaltar la hermosura del musgo y los líquenes y de los tiernos brotes verdes que traspasaban lo pardusco. Todo parecía saber que era domingo y aprobar su ida a la iglesia de Lowick. A Will le resultaba fácil sentirse feliz cuando nada contrariaba su humor y a estas alturas, la idea de amohinar al señor Casaubon se le antojaba más bien divertida, haciendo que apareciera en su rostro su alegre sonrisa, tan grata a la vista como el estallido de la luz sobre el agua, aunque la ocasión nada tuviera de ejemplar. Pero la mayoría de nosotros tendemos a convenir con nosotros mismos que el hombre que tapona nuestro camino es odioso y a que no nos importe causarle un poco de la repulsión que su personalidad despierta en nosotros. Will caminaba con un librito bajo el brazo y las manos en los bolsillos, sin leer, pero tatareando un poco, mientras se imaginaba las escenas que tendrían lugar en la iglesia y a la salida. Experimentaba melodías que se acoplaran a una letra suya, unas veces probando con una melodía existente, otras improvisando. La letra no era exactamente un himno, pero encajaba con su experiencia dominical:

¡Ay de mí, de qué escasa alegría Se nutre mi amor!
Un contacto, un rayo que no está presente, Una sombra que se fue:
Un aliento soñado que pudiera estar cerca, El sonido de un eco interior.

El pensamiento de que alguien me quiera, El lugar donde me conoció.
El temblor de un temor desterrado, Un daño que no se hizo jamás
¡Ay de mí, de qué escasa alegría Se nutre mi amor!

Había momentos en los que, al quitarse el sombrero y sacudir la cabeza hacia atrás mostrando al cantar la delicada garganta, parecía una encarnación de la primavera cuyo hálito llenaba la atmósfera, una criatura luminosa, pletórica de inciertas promesas.

Aún repicaban las campanas cuando llegó a Lowick y se colocó en el banco del vicario antes de que llegara nadie. Pero cuando los fieles se habían ya congregado, seguía solo. El banco del vicario estaba frente al del rector a la entrada del pequeño presbiterio y Will tuvo tiempo de temer que Dorothea no fuera mientras observaba el conjunto de rostros rurales que componían la congregación, año tras año, entre paredes encaladas y viejos y oscuros bancos, reflejando apenas más cambios que los que vemos en las ramas de un árbol que se quiebra aquí y allí con la edad, pero continúa produciendo nuevos brotes. El rostro de batráceo del señor Rigg era algo extraño e inexplicable, pero a pesar de este atropello en el orden de las cosas, allí seguían en sus bancos unos junto a otros los Waule, y la reserva rural de los Powderell; la mejilla del hermano Samuel tenía la misma marca morada de siempre, y las tres generaciones de nobles granjeros venían como antaño con un sentimiento de obligación para con sus superiores, los niños más pequeños considerando al señor Casaubon, que vestía el ropón negro y se situó en el lugar más elevado, como el jefe de todos ellos y el más terrible si se le ofendía. Incluso en 1831 Lowick vivía en paz, sin verse más agitado por la reforma que por el solemne tono del sermón dominical. Los feligreses habían estado acostumbrados en otro tiempo a la presencia de Will en la iglesia y nadie le prestó mucha atención salvo el maestro del coro que esperaba que se destacara durante los cánticos.

En este pintoresco escenario apareció por fin Dorothea, caminando por el corto pasillo con su sombrero blanco de castor y la capa gris, lo mismo que vistiera en el Vaticano. Como desde la entrada tuviera el rostro vuelto hacia el presbiterio, a pesar de su miopía pronto discernió a Will, pero no hubo muestras externas de sus sentimientos a excepción de una ligera palidez y una grave inclinación al pasar junto a él. Will se sorprendió al notarse repentinamente incómodo, y no se atrevió a mirarla después del mutuo saludo. Dos minutos más tarde, cuando el señor Casaubon salió de la sacristía y se sentó frente a Dorothea, Will fue presa de una parálisis total.

Sólo podía mirar al maestro del coro, situado en la pequeña galería sobre la sacristía: tal vez Dorothea estuviera dolida y había cometido una lamentable torpeza. Ya no resultaba divertido molestar al señor Casaubon, que probablemente tuviera la ventaja de poderle observar a él y ver que no osaba volver la cabeza. ¿Por qué no se habría imaginado esto de antemano? Pero no podía prever que estaría sentado en aquel banco solo, sin el arropamiento de ninguno de los Tucker, quienes parecían haberse ido de Lowick, porque ante el atril había un clérigo nuevo. Continuó llamándose estúpido por no haber previsto que le sería imposible mirar a Dorothea…, incluso tal vez ella interpretara su asistencia como un despropósito.

Sin embargo, no podía salir de aquella jaula así que encontró los pasajes y se concentró en el libro como si fuera una maestra de escuela, con la sensación de que el servicio nunca había sido tan largo, de que estaba haciendo el ridículo, estaba de mal humor y no era feliz. ¡Esta era la recompensa por idolatrar la mera visión de una mujer! El maestro del coro observó con sorpresa que el señor Ladislaw no se unió al himno de Hannover y pensó que estaría resfriado.

El señor Casaubon no predicó aquella mañana y no hubo cambios en la situación de Will hasta una vez dada la bendición, cuando todo el mundo se levantó. Era costumbre en Lowick que primero salieran la «gente importante». Con una repentina decisión de romper el hechizo que le envolvía, Will miró directamente al señor Casaubon. Pero los ojos de este caballero estaban clavados en el tirador de la puerta que abría el banco, la cual abrió, dejando salir a Dorothea, a la que procedió a seguir sin tan siquiera levantar las cejas. La mirada de Will se había cruzado con la de Dorothea al salir ésta del banco, de nuevo le saludó con una inclinación de la cabeza, pero en esta ocasión con gesto alterado, como si reprimiera las lágrimas. Will salió tras ellos, pero el matrimonio continuó hacia la pequeña verja que separaba el patio de la iglesia de los matorrales sin volver la vista atrás.

Era imposible seguirles y Will sólo pudo desandar con tristeza el mismo camino que con tanta esperanza recorriera por la mañana. Las luces habían cambiado totalmente, tanto interna como exteriormente.

CAPÍTULO SEIS

La desolación de Dorothea cuando abandonó la iglesia provenía fundamentalmente de advertir que el señor Casaubon estaba decidido a no dirigirle la palabra a su primo y que la presencia de Will en el servicio había servido para acusar más la distancia que les separaba. Que Will fuera le parecía perfectamente excusable, incluso lo consideraba como un gesto amistoso hacia la reconciliación que ella misma llevaba tiempo deseando. Probablemente habría imaginado, al igual que ella misma, que si él y el señor Casaubon podían encontrarse de una manera natural, se darían la mano y tal vez reanudaran la relación de amistad. Pero ahora Dorothea se sentía privada de aquella esperanza. Will había sido desterrado más lejos que nunca, pues esta imposición que se negaba a reconocer debía haber recrudecido la amargura del señor Casaubon.

No se había encontrado muy bien esa mañana, padeciendo alguna dificultad al respirar, y por ello no había predicado; a Dorothea, por tanto, no le sorprendió que estuviera muy callado durante el almuerzo y menos aún, que no se refiriera a Will Ladislaw. Ella por su parte no creía poder volver a tocar el tema. Los domingos solían pasar por separado las horas entre el almuerzo y la cena, el señor Casaubon en la biblioteca dormitando casi todo el tiempo y Dorothea en su gabinete, distrayéndose por lo general con alguno de sus libros predilectos. Había un pequeño montoncito de ellos en la mesa junto al mirador, libros de distintas clases, desde Heródoto, al que estaba aprendiendo a leer con el señor Casaubon, hasta su antiguo compañero Pascal y el Año Cristiano de Keble. Pero hoy abrió uno tras otro sin poder leer ninguno. Todo resultaba monótono: los prodigios anteriores al nacimiento de Ciro, las antigüedades judías… ¡Dios mío!… los epigramas devotos… los ritmos sagrados de sus himnos favoritos… todos eran tan insignificantes como una canción golpeada sobre la madera; incluso las flores primaverales y la hierba desprendían un apagado escalofrío bajo las nubes de la tarde que ocultaban intermitentemente el sol; incluso los pensamientos consoladores que se habían convertido en hábito parecían estar impregnados del tedio de largos días futuros durante los cuales seguirían escoltándola como únicos compañeros. La pobre Dorothea estaba sedienta de otra, o mejor dicho, una más completa compañía, y la sed nacía del esfuerzo perpetuo que exigía de ella su vida de casada.

Constantemente trataba de ser lo que su esposo deseaba que fuera sin poder jamás descansar en la satisfacción del señor Casaubon por lo que ya era. Las cosas que a ella le gustaban, aquellas que espontáneamente le apetecían, parecían eternamente excluidas de su vida, pues si tan sólo venían cedidas y no compartidas por su marido era casi como si le hubieran sido negadas. Acerca de Will Ladislaw habían existido diferentes puntos de vista entre ellos desde el principio, desembocando, puesto que el señor Casaubon había rechazado tan tajantemente la inquietud de Dorothea respecto de los derechos de Will a la propiedad familiar, en la convicción de que ella tenía razón y su marido estaba equivocado, pero que nada podía hacer. Esta tarde, esa impotencia se hacía más entumecedora que nunca: añoraba objetivos que le fueran entrañables, para los que ella también resultara entrañable. Añoraba una tarea que fuera directamente beneficiosa como el sol y la lluvia, y ahora parecía que, cada vez más, estaba destinada a vivir en una tumba, donde se encontraban las herramientas para una fantasmagórica labor que produciría unos resultados que jamás verían la luz. Hoy, desde la puerta de la tumba, había visto a Will Ladislaw adentrándose en el lejano mundo de cálida actividad y compañerismo, volviendo el rostro hacia ella al alejarse.

Los libros no servían. Pensar no servía. Era domingo y no podía disponer del carruaje para ir a ver a Celia que hacía poco había dado a luz. No había refugio contra el desasosiego y el vacío espiritual, y Dorothea hubo de soportar su mal humor como hubiera aguantado una jaqueca.

Después de la cena, a la hora en la que solía comenzar a leer en voz alta, el señor Casaubon propuso que entraran en la biblioteca donde, dijo, había dicho que encendieran el fuego y prepararan las luces. Parecía haberse animado y estar pensando con concentración.

En la biblioteca, Dorothea observó que había reordenado una fila de cuadernos sobre una mesa y que se disponía a coger un volumen familiar, que le entregó, y que contenía un índice de los demás.

—Te quedaré muy agradecido, amor mío —dijo sentándose—, si en lugar de otra lectura, esta noche lees esto en voz alta con un lápiz en la mano y donde yo diga «marca», haces una cruz. Es el primer paso en una labor de criba que hace tiempo tengo pensada y a medida que avancemos te podré indicar ciertos principios de selección mediante los cuales confío que podrás tener una participación inteligente en mi labor.

Esta propuesta no era más que una señal, añadida a otras muchas desde la memorable entrevista con Lydgate, de que la inicial reticencia del señor Casaubon por dejar que Dorothea trabajara con él había dado paso a una disposición opuesta, es decir, a exigir de ella un gran interés y dedicación.

Tras leer y marcar durante dos horas, dijo:

—Vamos a subirnos el cuaderno, y también el lápiz, por favor, y en caso de que leamos esta noche, podremos continuar esta labor. Confío en que no te resulte fatigosa.

—Siempre prefiero leer lo que tu prefieras escuchar —respondió Dorothea expresando una verdad muy sencilla, pues lo que más temía era emplearse en leer o cualquier otra cosa que le dejara tan indiferente como de costumbre.

Era una prueba de la fuerza con la que ciertas características de Dorothea impresionaban a quienes la rodeaban el que su marido, pese a todos sus celos y suspicacia, hubiera acumulado una confianza implícita en la integridad de sus promesas así como en la capacidad de su mujer para dedicarse a su idea personal de lo justo y lo mejor. Y últimamente, el señor Casaubon había empezado a considerar que estas cualidades eran su posesión particular y quería absorberlas por completo.

Hubo lectura nocturna. Dorothea, con su cansancio juvenil, se había dormido pronto y profundamente: la despertó una sensación de luz que en un principio le pareció la fugaz visión del atardecer tras escalar una empinada colina. Abrió los ojos y vio a su marido que envuelto en la cálida bata se sentaba en la butaca junto a la chimenea donde aún brillaban las brasas. Había encendido dos velas, confiando en que Dorothea se despertaría, pero reacio a levantarla por medios más directos.

—¿Estás mal, Edward? —preguntó su mujer, levantándose inmediatamente.

—Siento un poco de malestar si estoy tumbado. Me sentaré aquí un rato.

Dorothea echó unos leños al fuego, se puso una bata y dijo:

—¿Quieres que te lea?

—Te agradecería mucho que lo hicieras, Dorothea —dijo el señor Casaubon, una mayor docilidad que de costumbre impregnando su usual cortesía—. Estoy desvelado y con la mente extraordinariamente lúcida.

—Temo que la agitación sea demasiado para ti —dijo Dorothea, recordando las precauciones de Lydgate.

—No, no tengo conciencia de estar demasiado agitado. Pensar es fácil.

Dorothea no se atrevió a insistir y leyó durante una hora o más del mismo modo que lo había hecho antes, pero avanzando más deprisa. El señor Casaubon tenía la mente más despierta y parecía anticipar lo que venía, bastándole una leve indicación verbal para decir «es suficiente, márcalo» o «pasa al siguiente apartado, omitiré el segundo apéndice sobre Creta». Dorothea estaba asombrada de la rapidez con la que la mente de su esposo recorría el terreno por el que llevaba años arrastrándose. Finalmente dijo:

—Cierra ya el cuaderno, amor mío. Mañana continuaremos. Lo he retrasado demasiado y tengo ganas de verlo acabado. Pero habrás observado que el principio que guía mi selección es el de dar una ilustración adecuada y no desproporcionada de cada una de las tesis enumeradas en la introducción, tal y como está esbozada ahora. ¿Te has percatado bien de eso, Dorothea?

—Sí —respondió Dorothea con cierto temblor en la voz, y angustia en el alma.

—Y ahora creo que puedo descansar un poco —dijo el señor Casaubon. Se volvió a echar y rogó a Dorothea que apagara las velas. Cuando ella también se hubo acostado y sólo los débiles rescoldos de la chimenea rompían la oscuridad, el señor Casaubon dijo:

—Antes de que me duerma, debo pedirte algo, Dorothea.

—¿Qué? —dijo Dorothea con un miedo en el corazón.

—Quiero saber expresamente si, en caso de mi muerte cumplirías mis deseos: si evitarías hacer algo que yo desaprobaría y te afanarás en hacer lo que yo hubiera deseado.

A Dorothea no le cogió de sorpresa: muchos incidentes la habían llevado a deducir que su marido albergaba intenciones que podrían suponer para ella nuevos yugos. No respondió al momento.

—¿Te niegas a ello? —dijo el señor Casaubon, su tono algo más cortante.

—No, no me niego aún —dijo Dorothea con voz clara, afirmándose en ella la necesidad de libertad—, pero es demasiado solemne, no creo que esté bien, prometer algo cuando ignoro a lo que me obligará. Haría todo lo que el afecto me sugiriera sin necesidad de prometerlo.

—Pero estarías actuando bajo tu criterio: yo te pido que obedezcas el mío; tú te niegas.

—¡No, no! —suplicó Dorothea, destrozada por temores encontrados—. Pero, ¿podrías esperar y reflexionar un poco? Deseo con toda mi alma hacer cuanto te sirva de consuelo, pero no puedo hacer promesas tan repentinamente, y menos aún prometer que haré algo que ignoro.

—¿No puedes entonces confiar en la naturaleza de mis deseos?

—Dame hasta mañana —dijo Dorothea en tono de súplica.

—Hasta mañana entonces —respondió el señor Casaubon.

Al poco oyó que su marido dormía, pero para ella se había acabado el sueño. Mientras se obligaba a permanecer quieta para no molestarle, su mente libraba un conflicto en el que la imaginación alineaba sus fuerzas primero a un lado y luego al otro. No pensaba que la autoridad que su esposo quería ejercer sobre sus acciones futuras estuviera relacionada con algo que no fuera su trabajo inconcluso. Pero veía con nitidez que el señor Casaubon esperaba de ella que se dedicara a cribar aquellas heterogéneas pilas de material que debían convertirse en dudosa ilustración de principios aún más dudosos. La pobre criatura desconfiaba ya totalmente de la validez de esa clave que había constituido la ambición y los esfuerzos de la vida de su marido. No era de sorprender que, pese a su escasa formación, el criterio de Dorothea en este punto fuera más certero que el del señor Casaubon, pues ella comparaba sin prejuicios y con un juicio sano las probabilidades en las que él había arriesgado todo su egoísmo. Y ahora se imaginaba los días, meses y años que debería invertir en desbrozar lo que podían denominarse momias destrozadas y fragmentos de una tradición que era en sí misma un mosaico forjado de ruinas destruidas, clasificándolas como alimento para una teoría que ya nacía raquítica como el hijo de un duendecillo. Es indudable que el error vigoroso que se persigue con tenacidad ha mantenido con vida a los embriones de la verdad: la búsqueda de oro siendo al mismo tiempo un interrogante sobre las sustancias, consigue que el cuerpo de la química esté preparado para recibir su alma y nazca Lavoisier. Pero era improbable que la teoría del señor Casaubon de los elementos que constituían la semilla de todas las tradiciones se dañara accidentalmente con otros descubrimientos: flotaba entre flexibles conjeturas sin más solidez que esas etimologías que parecen fuertes por la semejanza entre los sonidos, hasta que se demostró que esa semejanza las hacía imposibles: era un método de interpretación que no se verificaba por la necesidad de formar nada que produjera colisiones más fuertes que una elaborada descripción de Gog y Magog, tan libre de interrupciones como un plan para hilvanar estrellas. ¡Y Dorothea había tenido que frenar tantas veces su fatiga y su impaciencia en esta dudosa tarea de adivinar acertijos en la que se había convertido aquel compartir de conocimientos sublimes que iba a haber hecho de su vida algo más digno! Comprendía ahora muy bien por qué su esposo se había aferrado a ella, posiblemente como la última esperanza que quedaba de que sus esfuerzos cobraran alguna vez una forma bajo la cual pudieran darse a conocer al mundo. En un principio había parecido como si el señor Casaubon quisiera mantenerla alejada de cualquier conocimiento detallado de lo que él hacía; pero gradualmente, la terrible estrechez de la necesidad humana…, la perspectiva de una muerte demasiado rápida…

Y llegado este punto la piedad de Dorothea se desvió de su propio futuro hasta el pasado de su marido…, más aún, a su actual y dura pugna con un destino que había surgido de aquel pasado: la labor en solitario, la ambición respirando dificultosamente bajo la presión de la desconfianza en sí mismo; la meta que retrocedía y los miembros cada vez más pesados; ¡y ahora, finalmente, la espada que temblaba sobre su cabeza! ¿Y acaso no había querido casarse con él para ayudarle en la terea de su vida? Pero había imaginado la labor del señor Casaubon como algo más grande, algo a lo que consagrarse por su propio valor en sí. ¿Sería, pues justo, incluso aunque sirviera para mitigar el dolor de su marido… sería posible, aunque ella se lo prometiera… trabajar sin fruto, como en una noria?

Y sin embargo, ¿podía negarse? ¿Podía decir «Me niego a satisfacer esa voracidad?». Era negarse a hacer por él, muerto, lo que seguramente haría por él de seguir vivo. Si vivía, como Lydgate había dicho que era posible, quince años o aún más, Dorothea sin duda pasaría sus días ayudándole y obedeciéndole.

De todos modos, existía una profunda diferencia entre la devoción a los vivos y aquella indefinida promesa de devoción a los muertos. Mientras viviera, el señor Casaubon no podía reclamar nada contra lo que ella no fuera libre de protestar o incluso rehusar. Pero —la idea cruzó su mente más de una vez, aunque Dorothea no pudiera creerlo— ¿acaso no tendría su marido la intención de exigir de ella algo que ella no hubiera imaginado, puesto que le pedía que acatara sus deseos sin explicar exactamente cuáles eran éstos? No, el señor Casaubon había entregado su corazón a su trabajo, ese era el fin por el que su agostada vida tenía que verse complementada por la de su esposa.

Y ahora, si ella dijera, «¡No!, si te mueres, no tocaré tu trabajo», estaría aplastando aquel corazón herido.

Cuatro horas se debatió Dorothea en este conflicto, hasta sentirse enferma y desconcertada, incapaz de decidir, rezando en silencio. Desvalida como una criatura que ha llorado y buscado demasiado tiempo, se durmió muy de mañana y cuando despertó, el señor Casaubon ya se había levantado. Tantripp le dijo que su marido había leído ya las oraciones, había desayunado y se encontraba en la biblioteca.

—Nunca la he visto tan pálida, señora —dijo Tantripp, una fornida mujer que había estado con las dos hermanas en Lausana.

—¿Es que he tenido alguna vez mucho color? —dijo Dorothea con una leve sonrisa.

—Bueno, si no con buen color sí que estaba usted como una rosa. Pero, ¿qué se puede esperar si está usted siempre oliendo esos libros de cuero? Descanse un poco esta mañana, señora. Déjeme decir que está usted enferma y que no puede bajar a encerrarse en la biblioteca.

—¡Ni hablar! Debo darme prisa —dijo Dorothea—. El señor Casaubon me necesita hoy en especial.

Al bajar estaba segura de que prometería cumplir los deseos de su marido, pero eso llegaría más entrado el día, no de momento.

Cuando Dorothea entró en la biblioteca el señor Casaubon se volvió ante la mesa sobre la que estaba colocando unos libros y dijo:

—Te esperaba, amor mío. Hubiera querido empezar a trabajar de inmediato, pero me encuentro ligeramente indispuesto, debido, sin duda, a la excesiva agitación de ayer. Voy a caminar un poco por el jardín ya que el aire es hoy más templado.

—Me alegro —dijo Dorothea—. Anoche temí que hubieras trabajado demasiado.

—Me gustaría quedarme tranquilo respecto de lo último que hablamos, Dorothea. Espero que puedas ahora darme una respuesta.

—¿Puedo acompañarte en tu paseo dentro de un momento? —dijo Dorothea obteniendo así un pequeño respiro.

—Estaré en el paseo de los tejos durante la próxima media hora —respondió el señor Casaubon, saliendo a continuación.

Dorothea, sintiéndose muy cansada, llamó para pedirle a Tantripp que trajera algo de abrigo. Llevaba sentada unos minutos, sin moverse, pero sin que hubiera rebrotado el conflicto anterior; presentía que sencillamente diría «Sí» a su propia sentencia: estaba demasiado débil, demasiado asustada ante la posibilidad de infringirle a su marido un afilado golpe como para hacer otra cosa que no fuera someterse totalmente. Inmóvil, dejó que Tantripp le pusiera el sombrero y el chal, una pasividad inusual en ella que gustaba de vestirse sola.

—¡Dios la bendiga, señora! —dijo Tantripp con un irrefrenable gesto de ternura hacia aquella hermosa y dulce criatura por la que se sentía incapaz de hacer nada más ahora que había terminado de atarle el sombrero.

Fue demasiado para la tensión de Dorothea y se echó a llorar, apoyada en el brazo de Tantripp. Pero pronto se contuvo, se secó las lágrimas y salió por la puerta de cristal al jardín.

—¡Ojalá todos los libros de esa biblioteca fueran una catacumba donde meter a tu amo! —le dijo Tantripp a Pratt, el mayordomo, al encontrarle en el comedor. Había estado en Roma visitando las antigüedades, como sabemos, y siempre se negaba a llamar al señor Casaubon otra cosa que «tu amo» cuando hablaba con los demás criados.

Pratt se rio. Apreciaba a su amo, pero sentía más afecto aún por Tantripp.

Cuando Dorothea se encontró en los senderos de gravilla, se detuvo junto al grupo más cercano de árboles, dudando, como hiciera en una ocasión anterior, aunque por una razón diferente. Entonces había temido que no fuera grato su afán por compartir la soledad de su esposo; ahora le asustaba dirigirse al lugar donde preveía que debía comprometerse a compartir algo que rehuía. No la empujaba a ello ni la ley ni la opinión del mundo, sólo el carácter de su marido y su propia compasión, no el yugo real del matrimonio, sino el ideal que de él tenía. Veía con nitidez toda la situación, y sin embargo estaba encadenada: no podía golpear el alma abatida que suplicaba. Si eso era debilidad, entonces Dorothea era débil. Pero iba pasando la media hora y debía apresurarse. Cuando entró en el paseo de los tejos no vio a su esposo; pero el paseo tenía curvas y prosiguió, esperando ver la figura envuelta en la capa azul que, junto con un abrigado gorro de terciopelo constituía su atuendo para salir al jardín los días de frío. Se le ocurrió que podía estar descansando en el cenador, hacia el que la senda se desviaba un poco. Al doblar el ángulo le vio sentado en el banco cercano a una mesa de piedra. Apoyaba en ella los brazos, sobre los que descansaba la frente, tirando así hacia adelante la capa, que ocultaba completamente su rostro.

—Anoche se agotó —se dijo Dorothea, pensando en un principio que dormía y que el cenador era demasiado húmedo para descansar. Pero luego recordó que recientemente le había visto adoptar esa actitud cuando le leía, como si la encontrara más cómoda que otras, y que en ocasiones, además de escuchar, también hablaba con el rostro en esa posición. Entró en el cenador y dijo:

—Ya estoy aquí Edward; estoy preparada.

Él no hizo caso y Dorothea pensó que debía dormir profundamente. Puso una mano sobre su hombro y repitió:

—¡Estoy preparada!

Él siguió inmóvil y con un repentino y confuso temor Dorothea se inclinó hacia él, le quitó el gorro de terciopelo y acercó la mejilla a la cabeza de su marido, exclamando en tono angustiado:

—¡Despiértate, querido, despiértate! Escúchame. He venido para darte una respuesta.

Pero Dorothea no pudo dar su respuesta.

Más avanzado el día, Lydgate se encontraba sentado junto a su cama mientras Dorothea deliraba, pensando en voz alta y recordando lo que había cruzado por su mente la noche anterior. Le reconocía y le llamaba por su nombre, pero parecía creer conveniente explicárselo todo, y una y otra vez le rogaba a Lydgate que se lo transmitiera a su marido.

—Dígale que estaré con él enseguida: estoy dispuesta a prometer lo que quiere. Pero es que, pensar en ello era tan espantoso… que he caído enferma. No muy enferma. Pronto estaré mejor. Dígaselo.

Pero nunca más ya se rompería el silencio en los oídos de su marido.

CAPÍTULO SIETE

¡Ojalá pudiéramos evitar que Dorothea supiera esto! —dijo Sir James Chettam, el ceño fruncido y una expresión de profunda repulsión en los labios.

Estaba de pie sobre la alfombra de la biblioteca de Lowick Grange, y hablaba con el señor Brooke. Era el día siguiente al entierro del señor Casaubon y Dorothea aún no podía abandonar su habitación.

—Sería difícil, Chettam, como usted sabe, pues ella es albacea y le gustan esas cosas…, propiedades, tierras y todo eso. Ya sabe usted que tiene sus ideas —dijo el señor Brooke, calándose las gafas con cierto nerviosismo y concentrándose en las esquinas de un papel doblado que sostenía entre las manos—; y querrá hacer algo, téngalo por seguro que como albacea Dorothea querrá hacer algo. Y además, cumplió veintiuno el diciembre pasado. No puedo impedirle nada.

Sir James observó en silencio la alfombra durante unos minutos y de pronto alzó la vista, clavando los ojos en el señor Brooke y diciendo:

—Le voy a decir lo que sí podemos hacer. Hasta que Dorothea no esté bien, no debemos permitir que se ocupe de nada y, en cuanto se la pueda mover debe venir a casa, con nosotros. Estar con Celia y el niño será lo mejor del mundo para ella, y le hará pasar el tiempo. Y entretanto debe echar a Ladislaw: envíelo fuera del país. —En este punto el gesto de repulsión de Sir James reapareció con toda intensidad.

El señor Brooke se puso las manos a la espalda, caminó hacia la ventana y enderezó la espalda con una pequeña sacudida antes de responder:

—Eso, Chettam, es muy fácil de decir. Muy fácil de decir.

—Mi querido señor Brooke —insistió Sir James, refrenando su indignación para mantenerla dentro de formas de respeto—, fue usted quien lo trajo aquí, y es usted quien lo mantiene aquí; me refiero gracias a la ocupación que le da.

—Sí, pero no puedo despedirle de repente sin ninguna razón, mi querido Chettam. Ladislaw no tiene precio, su labor es de lo más satisfactoria. Considero que le he hecho un favor a esta parte del país trayéndolo…, trayéndolo aquí, ya sabe. —El señor Brooke concluyó con una inclinación de la cabeza, girándose hacia Sir James para hacerla.

—Pues es una lástima que esta parte del país no prescindiera de él, es cuanto tengo que decir al respecto. En cualquier caso, como cuñado de Dorothea, me siento con derecho a oponerme a que permanezca aquí por mor de cualquier acción de parte de los familiares de mi cuñada. Supongo que estará de acuerdo, al menos así lo espero, en que tengo derecho a hablar respecto de cuanto ataña la dignidad de la hermana de mi esposa.

Sir James se iba acalorando.

—Por supuesto, mi querido Chettam, por supuesto. Pero usted y yo tenemos ideas diferentes… diferentes…

—Espero que no sea así en cuanto a esta acción de Casaubon —interrumpió Sir James—. Mi opinión es que ha comprometido a Dorothea de la manera más injusta. Mi opinión es que jamás ha habido acción más mezquina, menos caballerosa que ésta… un codicilo de este tipo a un testamento que redactó cuando se casó y con el conocimiento y confianza de la familia de su mujer… ¡es un insulto para Dorothea!

—Bueno, ya sabe lo retorcido que era Casaubon con respecto a Ladislaw. Ladislaw me ha contado la razón… le disgustó la dirección que tomó, ya sabe… Ladislaw no pensaba que las ideas de Casaubon fueran gran cosa, Thoth y Dagon… ese tipo de cosas; y yo creo que a Casaubon le disgustó la postura de independencia que Ladislaw había adoptado. Vi la correspondencia entre ellos, ¿sabe? El pobre Casaubon estaba un poco enterrado entre sus libros… no conocía el mundo.

—A Ladislaw le va muy bien pintarlo así —dijo Sir James—. Pero yo creo que Casaubon sólo estaba celoso de él por causa de Dorothea, y la gente pensará que ella le dio motivos; y eso es lo que hace tan abominable todo este asunto… emparejar su nombre con el de este joven.

—Mi querido Chettam, esto no tendrá ninguna consecuencia —dijo el señor Brooke sentándose y calándose de nuevo las gafas—. Forma parte de las rarezas de Casaubon. Este papel, sin ir más lejos, «tabulación sinóptica» y tal…, «para uso de la señora Casaubon», estaba junto al testamento, cerrado con llave en el escritorio. Supongo que pretendía que Dorothea publique sus investigaciones, ¿no? y ella lo hará, ¿sabe usted? Se ha interesado mucho por los estudios de su marido.

—Mi querido señor Brooke —dijo Sir James con impaciencia—, esto ni va ni viene. La cuestión es si está usted de acuerdo conmigo en la conveniencia de hacer que el joven Ladislaw se marche.

—Pues no estoy de acuerdo en cuanto a la urgencia. Con el tiempo, quizá se pueda conseguir. En cuanto al cotilleo, bueno, no se evitará aunque se vaya. La gente dice lo que quiere, no lo que debe —dijo el señor Brooke esgrimiendo con habilidad las verdades que apoyaban sus deseos—. Podría deshacerme de Ladislaw hasta cierto punto… quitarle la dirección del Pioneer y eso, pero no puedo echarle del país si no quiere irse, ¿sabe? …, si no quiere marcharse.

El señor Brooke, insistiendo con la misma calma que si del clima del año pasado se tratara y moviendo la cabeza al concluir con su habitual amabilidad, constituía un desesperante ejemplo de terquedad.

—¡Por Dios! —exclamó Sir James con el máximo apasionamiento que jamás mostrara—, consigámosle un puesto; gastémonos dinero con él. ¡Si pudiera entrar en el séquito de algún gobernador colonial! Quizá Grampus le quisiera… puedo escribir a Fulke para proponérselo.

—Pero Ladislaw no se avendrá a que le embarquen como una cabeza de ganado, mi querido amigo; Ladislaw tiene sus propias ideas. Tengo la impresión de que si se separara de mí mañana sólo se oiría hablar más de él en todo el país. Con el talento que tiene para hablar y redactar documentos, hay pocos que estén a su altura como agitador, ya sabe, como agitador.

—¡Agitador! —dijo Sir James con enfática amargura y sintiendo que la repetición adecuada de las sílabas de esta palabra bastaba para indicar lo odiosa que era.

—Pero sea usted razonable, Chettam. Veamos, como usted dice, lo mejor será que Dorothea esté con Celia lo antes posible. Que viva en su casa y entretanto, quizá las cosas se serenen. No saquemos los cañones demasiado deprisa. Standish hará lo que le digamos y la noticia se hará vieja antes de que se haga pública. Pueden pasar mil cosas que obliguen a Ladislaw a marcharse sin que yo tenga que intervenir, ¿sabe?

—Entonces, habré de concluir que usted se niega a hacer nada, ¿no es así?

—¿Que me niego, Chettam?… no…, no digo negarme. Pero es que no veo que pueda hacer nada. Ladislaw es un caballero.

—¡Me alegra saberlo! —dijo Sir James, perdiendo un poco los nervios a causa de la irritación—. Pues estoy seguro de que Casaubon no lo era.

—Bueno, peor hubiera sido si el codicilo la impidiera volverse a casar nunca.

—Pues no lo sé —dijo Sir James—. Casi hubiera mostrado más delicadeza.

—¡Es una de las gracias de Casaubon! Aquel ataque le alteró un poco la mente. Y todo para nada. Dorothea no quiere casarse con Ladislaw.

—Pero la redacción de este codicilo parece querer inducir a todo el mundo a que crea que sí quería. No es que yo piense de Dorothea en esos términos —dijo Sir James—, pero Ladislaw me hace sospechar —añadió con el ceño fruncido—. Se lo digo con franqueza, sospecho de Ladislaw.

—No podría tomar medidas inmediatas basándome en eso, Chettam. De hecho, si fuera posible largarle… enviarle a la isla de Norfolk… ese tipo de cosa… Dorothea todavía quedaría peor ante quienes lo supieran. Parecería como si desconfiáramos de ella… ya sabe, como si no tuviéramos confianza en ella.

El hecho de que el señor Brooke hubiera dado con un argumento innegable no calmó a Sir James. Alargó la mano para coger el sombrero, insinuando que no era su intención seguir discutiendo y dijo, aún algo acalorado:

—Bien, lo único que puedo decir es que a Dorothea ya se la ha inmolado una vez porque sus familiares se descuidaron demasiado. Ahora, como hermano suyo, haré cuanto pueda para protegerla.

—Lo mejor que puede hacer, Chettam, es llevarla a Freshitt cuanto antes. Apruebo totalmente ese plan —dijo el señor Brooke, contento de haber ganado en la discusión. Le hubiera resultado muy poco conveniente desprenderse de Ladislaw en ese momento, cuando el Parlamento podía disolverse en cualquier instante y había que convencer a los electores del curso mediante el cual habían de servirse los intereses del país. El señor Brooke creía sinceramente que esta finalidad se lograría con su propia vuelta al Parlamento: estaba honradamente ofreciendo a la nación el poder de su inteligencia.

CAPÍTULO OCHO

Casi una semana llevaba Dorothea a salvo en Freshitt Hall sin haber hecho preguntas peligrosas. Cada mañana se sentaba con Celia en el más bonito de los cuartos de estar del piso de arriba, el que daba a un pequeño invernadero. Celia, toda de blanco y lavanda como un ramillete de violetas de dos colores, contemplaba las proezas del bebé que resultaban tan indescifrables para su inexperiencia que toda conversación se veía interrumpida por sus súplicas para que la nodriza oracular las interpretara. Dorothea se sentaba junto a ella, vestida de luto, con una expresión que provocaba a Celia por considerarla demasiado triste: pues no sólo estaba muy bien el bebé, sino que, cuando un marido había sido en vida tan aburrido e incómodo, y además… ¡en fin! Sir James, por supuesto, le había contado todo a Celia con la enérgica recomendación de que era importante que Dorothea no lo supiera antes de que fuera inevitable.

Pero el señor Brooke tenía razón cuando predijo que Dorothea no permanecería por mucho tiempo inactiva cuando se le había asignado una tarea; conocía el contenido del testamento de su esposo redactado cuando se casaron y su mente, tan pronto tuvo clara conciencia de su situación, se ocupó en silencio con lo que debía hacer, como dueña de Lowick Manor, con el patronazgo del beneficio eclesiástico que iba unido a la propiedad.

Una mañana, cuando su tío realizaba su habitual visita, si bien con insólita celeridad de modales que disculpó diciendo que era muy probable que el Parlamento se disolviera ya en breve, Dorothea dijo:

—Tío, convendría ahora que considerara quién debe recibir el beneficio de Lowick. Una vez arreglado lo del señor Tucker, nunca oí a mi esposo mencionar a ningún clérigo como sucesor suyo. Creo que debería tener las llaves de Lowick para poder ir y examinar los papeles de mi marido. Puede que haya en ellos algo que arroje alguna luz sobre sus deseos.

—No hay ninguna prisa, hija —respondió con tranquilidad el señor Brooke—. Ya tendrás tiempo de ir, si quieres. Pero ojeé los que había en los escritorios y los cajones… y no había nada… nada más que ya sabes, temas profundos… además del testamento. Nada corre ninguna prisa. En cuanto al beneficio eclesiástico, ya se ha interesado alguien… y yo diría que es una solicitud muy recomendable. Me han recomendado mucho el señor Tyke…

ya tuve algo que ver con su anterior nombramiento. Tengo entendido que es un hombre muy apostólico… justo el tipo de persona que te iría bien, hija.

—Me gustaría saber más acerca de él, tío, y juzgar por mí misma, si es que el señor Casaubon no ha dejado nada escrito sobre su deseo. Tal vez haya añadido algo a su testamento… puede que me haya dejado instrucciones —dijo Dorothea, que todo el tiempo había estado pensando en esta posibilidad con relación a la obra de su marido.

—No hay nada acerca de la rectoría, hija… nada —dijo el señor Brooke, levantándose para marcharse y extendiendo la mano hacia sus sobrinas—, ni acerca de sus investigaciones, ¿sabes? No hay nada de eso en el testamento.

A Dorothea le temblaron los labios.

—Vamos, hija, no debes pensar aún en esas cosas. Ya habrá tiempo.

—Me encuentro bien, tío y he de esforzarme.

—Bueno, bueno, ya veremos, pero ahora debo irme… tengo un montón de trabajo… hay crisis…, crisis política, ¿sabes? Y aquí tienes a Celia y su hombrecito… ahora eres tía, ¿sabes? y yo soy una especie de abuelo —dijo el señor Brooke, con tranquila premura, deseoso de marcharse y decirle a Chettam que no sería culpa suya (del señor Brooke) si Dorothea insistía en revisarlo todo.

Dorothea se recostó en la butaca cuando su tío hubo salido de la habitación y miró pensativamente sus manos cruzadas.

—¡Mira Dodo! ¡Mírale! ¿Has visto nunca nada igual? —dijo Celia con su tono pacífico.

—¿Decías, Kitty? —dijo Dorothea levantando los ojos distraídamente.

—¿Que qué decía? Pues el labio superior; mira cómo lo frunce como si quisiera poner caras. ¿No es una maravilla? Puede que hasta tenga sus pequeñas ideas. Cómo me gustaría que estuviera aquí la nodriza. Por favor, ¡míralo!

Una lágrima que llevaba tiempo acumulándose rodó por la mejilla de Dorothea al levantar la vista e intentar sonreír.

—No estés triste, Dodo; dale un beso al niño. ¿Qué es lo que te tiene tan ensimismada? Estoy segura que hiciste cuanto pudiste y mucho más. Ahora deberías estar feliz.

—¿Crees que Sir James me llevaría a Lowick? Quiero revisarlo todo… para ver si dejó algo escrito para mí. —No debes ir hasta que el señor Lydgate te diga que puedes. Y todavía no lo ha dicho (tenga, nodriza…

llévese al niño y paséelo por la galería). Además, como siempre, vuelves a equivocarte, Dodo…, lo veo y me molesta.

—¿En qué me equivoco, Kitty? —preguntó Dorothea dócilmente. Casi estaba dispuesta ahora a considerar a Celia más juiciosa que ella misma y se preguntaba con cierto temor cuál sería esa idea equivocada. Celia percibió su ventaja y estaba decidida a utilizarla. Nadie conocía ni sabía tratar a Dodo como ella. Desde que naciera su hijo, Celia había adquirido un nuevo concepto de su solidez mental y de su juicio sosegado. Parecía claro que donde había un niño las cosas iban suficientemente bien y que por lo general, el error era sólo una simple ausencia de esa fuerza equilibrante.

—Veo clarísimamente lo que estás pensando, Dodo —dijo Celia—. Quieres averiguar si hay algo desagradable que debas hacer ahora, por el simple hecho de que el señor Casaubon así lo quisiera. Como si no hubieras estado ya lo bastante incómoda antes. Y él no se lo merece, ya lo verás. Se ha portado muy mal. James está furioso con él. Y es mejor que te lo diga yo, para que te vayas preparando.

—Celia —suplicó Dorothea—, me angustias. Dime ahora mismo de lo que se trata.

Le pasó por la mente que el señor Casaubon hubiera dejado sus propiedades a otra persona… lo que no resultaría tan angustioso.

—Pues le ha añadido un codicilo al testamento que indica que se te quitarán las propiedades si te casaras… bueno, quiero decir…

—Eso no tiene ninguna importancia —dijo Dorothea interrumpiendo con ímpetu.

—Pero sólo si te casaras con el señor Ladislaw, con nadie más —prosiguió Celia con calmosa tenacidad—. Por supuesto que, por un lado, no tiene ninguna importancia porque nunca te casarías con el señor Ladislaw, pero eso sólo agrava el comportamiento del señor Casaubon.

Dorothea se sonrojó vivamente, pero Celia administraba lo que creía una realista dosis de hechos. Eran las fantasías de Dorothea lo que había dañado tanto su salud. Y por tanto continuó, con su tono neutro como si comentara los trajecitos de su hijo.

—Eso dice James. Dice que es algo abominable e impropio de un caballero. Y jamás hubo mejor juez que James. Es como si el señor Casaubon quisiera que la gente pensara que tú querrías casarte con el señor Ladislaw… lo cual es ridículo. Pero James dice que era para impedir que el señor Ladislaw quisiera casarse contigo por tu dinero… como si se le pudiera ocurrir pedírtelo. ¡La señora Cadwallader dice que sería como si te casaras con un italiano que tuviera ratones blancos! Pero he de ir a ver al niño —añadió Celia, sin el menor cambio de tono, cubriéndose con un chal y marchándose con paso ágil.

A Dorothea se le había pasado el sofoco para entonces y se recostó desfallecida sobre la butaca. Hubiera podido comparar su experiencia de ese momento con una inconcreta y alarmada conciencia de que su vida cobraba una nueva forma, que era presa de una metamorfosis en la que la memoria se negaba a acoplarse al despertar de nuevos órganos. Todo cambiaba de aspecto: la conducta de su esposo, sus propios sentimientos de obligación para con él, las pugnas entre los dos… y aún más, toda su relación con Will Ladislaw. Su mundo estaba sumido en un estado de cambio convulsivo; lo único que podía decirse con claridad a sí misma era que debía esperar y repensar las cosas. Un cambio la aterraba como si hubiera sido un pecado: la violenta sacudida de repulsión hacia su esposo, que había albergado pensamientos ocultos que tal vez hubieran pervertido cuanto ella hacía y decía. Luego fue consciente de otro cambio que también la hizo temblar: un extraño y repentino anhelo por Will Ladislaw. Jamás se le había ocurrido pensar que, bajo ninguna circunstancia, Will pudiera ser su amante; considérese, pues el efecto de la inesperada revelación de que otro pudiera pensar en él en esos términos… de que tal vez él mismo fuera consciente de esa posibilidad, y esto con la apresurada, abigarrada visión de unas condiciones poco adecuadas y de preguntas que no se resolverían con prontitud.

Parecía haber transcurrido mucho tiempo —no sabía cuánto— hasta que oyó decir a Celia:

—Ya es suficiente, ama; ahora se quedará tranquilo en mi regazo. Váyase a comer y que Garratt se quede en la habitación contigua. Lo que yo creo, Dodo —Celia prosiguió, observando tan sólo que Dorothea estaba recostada en la butaca con actitud, al parecer, pasiva—, es que el señor Casaubon era un rencoroso. No me gustó jamás y a James tampoco. Siempre pensé que tenía las comisuras de la boca muy rencorosas. Y ahora que se ha comportado así, estoy convencida de que la religión no te exige que te inquietes por él. Es una bendición que Dios se lo haya llevado y debieras estar agradecida. No hay que lamentarse, ¿verdad, hijo mío? —le dijo Celia confidencialmente a ese inconsciente centro y equilibrio del mundo, que poseía los más magníficos puños, completos incluso hasta las uñas, y pelo suficiente, cuando se le quitaba el gorro para hacer… ni se sabe qué; en resumen, era Buda con aspecto occidental.

La llegada de Lydgate se anunció en medio de esa crisis y una de las primeras cosas que dijo fue:

—Me temo que no está usted tan bien como antes, señora Casaubon; ¿la ha inquietado algo? Déjeme tomarle el pulso. —La mano de Dorothea tenía una frialdad marmórea.

—Quiere ir a Lowick a revisar los papeles —dijo Celia—. No debe, ¿verdad?

Lydgate guardó unos minutos de silencio. A continuación dijo, mirando a Dorothea:

—No lo sé mucho. En mi opinión, la señora Casaubon debería hacer aquello que la tranquilice más. Y esa tranquilidad no procederá siempre de la prohibición de actuar.

—Gracias —dijo Dorothea, haciendo un esfuerzo—. Estoy segura de que es un consejo muy prudente. Son tantas las cosas a las que debo atender así que, ¿por qué he de seguir aquí sentada sin hacer nada? —A continuación, con un esfuerzo por hablar de temas que no estuvieran relacionados con su turbación, añadió bruscamente:

—Creo que usted conoce a todo el mundo en Middlemarch, señor Lydgate. Le tendré que pedir que me cuente muchas cosas. He de ocuparme de cosas serias ahora. Tengo que conceder un beneficio eclesiástico. Usted conoce al señor Tyke y a… —pero el esfuerzo fue demasiado para Dorothea y rompió en llanto.

Lydgate le dio unas sales.

—Déjela hacer lo que quiera —le dijo a Sir James, por quien preguntó antes de salir de la casa—. Creo que más que otras recetas lo que necesita es libertad total.

El tener que atender a Dorothea en los días de su alterado estado mental le había permitido a Lydgate formarse ciertas conclusiones verdaderas respecto de los infortunios de la señora Casaubon. Estaba seguro de que padecía tensiones y conflictos debidos a la auto represión y que era probable que en las actuales circunstancias se sintiera presa de otro tipo de clausura casi igual a aquel del que acababa de liberarse.

El consejo de Lydgate fue tanto más fácil de seguir para Sir James al averiguar que Celia ya le había contado a Dorothea el desagradable dato del testamento. Ahora ya era inevitable, ya no había razón para retrasar más los asuntos importantes, de modo que al día siguiente Sir James accedió al momento a la petición de Dorothea de que la llevara a Lowick.

—No tengo el menor deseo de quedarme allí por el momento —dijo Dorothea—, no lo podría soportar. Soy mucho más feliz en Freshitt con Celia y podré pensar mejor lo que se debe hacer en Lowick viéndolo desde lejos. También me gustaría quedarme una temporada en Tipton Grange con mi tío, y recorrer los viejos paseos y estar con la gente del pueblo.

—Pero aún no. Tu tío tiene huéspedes políticos, y es mejor que estés al margen de estas cosas —dijo Sir James que pensaba en Tipton Grange como la guarida del joven Ladislaw. Pero no medió palabra entre él y Dorothea respecto al ofensivo codicilo del testamento: ambos sentían que no era posible mencionarlo. Sir James era muy recatado, incluso entre los hombres, a la hora de hablar de temas desagradables y Dorothea, por otro lado, de haberse referido al asunto, no hubiera podido decir lo único que en ese momento hubiera deseado, pues le parecía que habría sido una prueba añadida de la injusticia de su marido. Sin embargo sí quería que Sir James tuviera conocimiento de lo que tuvo lugar entre ella y su marido acerca del derecho moral de Will Ladislaw a las propiedades, pues pensaba que, entonces, le quedaría muy claro a su cuñado que el extraño y poco delicado codicilo que había redactado su esposo respondía principalmente a su enconada resistencia por admitir la idea de aquellos derechos y no simplemente a sentimientos personales de los cuales resultaba más difícil hablar. Además, hay que admitirlo, Dorothea deseaba que esto se supiera por el bien de Will, puesto que sus amigos parecían considerarle tan sólo como el destinatario de la caridad del señor Casaubon. ¿Por qué habían de compararle a un italiano con ratones blancos? La cita de la señora Cadwallader parecía una caricatura burlesca dibujada en la oscuridad por un dedo malicioso.

En Lowick, Dorothea rebuscó en todos los escritorios y cajones, todos los lugares en los que su esposo pudo guardar escritos privados, pero no encontró nada dirigido a ella salvo la «Tabulación Sinóptica» que probablemente tan sólo fuera la primera de las muchas instrucciones que pensara dejarla. Como en todo lo demás, el señor Casaubon, al adjudicarle esta tarea a Dorothea, había sido lento y titubeante, tan agobiado al planificar la transmisión de su trabajo como lo estuviera al llevarlo a cabo, con la sensación de moverse plúmbeamente en un medio abotargante y oscuro: su desconfianza en la capacidad de Dorothea para ordenar lo que él había preparado tan sólo quedaba paliada por su desconfianza en otros redactores. Pero finalmente la personalidad de Dorothea le había proporcionado un punto de confianza: era capaz de hacer cuanto se proponía, y el señor Casaubon se la imaginaba muy bien trabajando bajo los grilletes de la promesa de edificarle una tumba con su nombre. (No es que el señor Casaubon denominara tumba a los futuros volúmenes; los llamaba «Clave para todas las mitologías»). Pero los meses se le habían adelantado dejando sus planes tan sólo esbozados: sólo había tenido tiempo de pedir esa promesa mediante la cual pretendía retener sobre la vida de Dorothea su frío control.

Aquel control se había desvanecido. Obligada por una promesa dada desde lo más hondo de su compasión Dorothea hubiera sido capaz de asumir una labor que su criterio le susurraba era inútil para todo salvo esa consagración de la fidelidad que es una utilidad suprema. Pero ahora, su criterio, en lugar de verse controlado por una obediente devoción, resultaba activado por el amargo descubrimiento de que en su pasada unión se agazapaba la oculta distancia del secreto y la sospecha. El hombre vivo y que sufría ya no estaba frente a ella para despertar su piedad; sólo quedaba el recuerdo de una dolorosa sumisión a un marido cuyos pensamientos resultaban ser más indignos de lo que ella pensara, cuyas desorbitadas exigencias habían cegado incluso el esmerado cuidado que tenía para con su propio carácter, y le hicieron destruir su propio orgullo al escandalizar a hombres de honor corriente. En cuanto a las propiedades que eran el símbolo de esa unión rota, con gusto hubiera querido estar libre de ellas, y poseer tan sólo la fortuna inicial que había recibido como dote de no ser por la existencia de los deberes vinculados a ser dueño que no debía rehuir. Muchas eran las difíciles preguntas que insistían en plantearse respecto de esta propiedad: ¿no estaba en lo cierto al pensar que la mitad de éstas debían ir a parar a Will Ladislaw? Pero, ¿no resultaba ahora imposible que llevara a cabo ese acto de justicia? El señor Casaubon había adoptado medidas cruelmente eficaces para impedírselo: incluso con la indignación que en su corazón se levantaba contra él, cualquier acto que pareciera una triunfante evasión de los propósitos de su marido la repugnaba.

Tras recoger papeles de asuntos que deseaba examinar, volvió a cerrar con llave los cajones y los escritorios —todos carentes de mensajes personales para ella— carentes de toda indicación de que, durante los pensamientos solitarios de su esposo, su corazón se hubiera acercado a ella para pedir disculpas o explicaciones; regresó a Freshitt con la sensación de que no se había roto el silencio en torno a la última cruel exigencia y la última injuriosa imposición de su poder.

Dorothea intentó pensar ahora en sus obligaciones inmediatas, una de las cuales era de índole tal que los demás estaban empeñados en no dejarla olvidar. Lydgate había captado con interés su referencia al beneficio eclesiástico y tan pronto pudo retomó el tema, viendo la posibilidad de reparar el voto que anteriormente diera con mala conciencia.

—En lugar de hablarle sobre el señor Tyke —dijo—, quisiera hacerlo sobre otro hombre, el señor Farebrother, el vicario de St. Botolph. Su beneficio actual es paupérrimo y le proporciona muy menguados medios para él y su familia. Viven con él su madre, su tía y su hermana y de él dependen. Creo que no se ha casado nunca por esa razón. Jamás he oído predicar a nadie tan bien, con una elocuencia tan fácil y sencilla. Hubiera podido predicar en St. Paul's Cross después de Latimer. Habla igual de bien sobre cualquier tema, de forma original, clara y sencilla. Creo que es una persona extraordinaria; debiera haber llegado más lejos.

—¿Y por qué no lo ha hecho? —preguntó Dorothea, interesada ahora por todos los que no habían alcanzado sus aspiraciones.

—Es una pregunta difícil —dijo Lydgate—. Yo mismo encuentro que es inusitadamente complicado hacer que funcionen las cosas: hay demasiados hilos que tiran simultáneamente. Farebrother a menudo insinúa que equivocó su profesión; necesita más campo del que se le ofrece a un clérigo pobre, y me imagino que carece de otros recursos que le ayuden económicamente. Le gusta mucho la historia natural y otras materias científicas y le resulta difícil reconciliar estas aficiones con su posición. No le sobra dinero —apenas le llega, y eso le ha inducido a jugar a las cartas… Middlemarch es un gran lugar para el whist, juega por dinero y gana bastante. Eso, claro, le relaciona con personas que no están a su altura y le hace volverse negligente respecto a ciertas cosas; y sin embargo, a pesar de ello, considerado en conjunto, es uno de los hombres más intachables que ha conocido jamás. No hay en él ni veneno ni doblez, lo que a menudo acompaña a un aspecto externo más correcto.

—Me pregunto si sufre su conciencia por ese hábito —dijo Dorothea —; si desearía poderlo dejar.

—No me cabe ninguna duda de que lo dejaría si se hallara en una mejor situación económica: ya agradecería poder dedicar el tiempo a otras cosas.

—Mi tío dice que se habla del señor Tyke como un hombre apostólico —dijo Dorothea meditativamente. Hubiera querido, de ser posible, volver a los tiempos del celo primitivo, y sin embargo, el señor Farebrother la impulsaba a rescatarle de aquella forma de obtener su dinero al azar.

—No pretendo afirmar que Farebrother sea apostólico —dijo Lydgate—. Su posición no es exactamente la de los apóstoles: es tan sólo un clérigo entre los feligreses cuyas vidas debe intentar mejorar. En la práctica, se me antoja que lo que hoy en día se llama apostólico es una impaciencia por todo aquello en lo que el ministro no constituye la figura principal. Veo algo de eso en el señor Tyke en el hospital: una buena parte de su doctrina consiste en pinchar bien para que la gente sea desagradablemente consciente de su presencia. Además, ¡un hombre apostólico en Lowick! Debería pensar, como San Francisco, que es menester predicarles a los pájaros.

—Es verdad —dijo Dorothea—. Es difícil imaginarse qué ideas sacan nuestros granjeros y trabajadores de las enseñanzas. He estado leyendo un volumen de sermones del señor Tyke: y ese tipo de predicación no serviría de nada en Lowick… me refiero a hablar de predestinación y las profecías en el Apocalipsis. Siempre he pensado en las diversas maneras en que se enseña el cristianismo y cuando encuentro una que lo presenta de manera más amplia que las demás, me aferro a ella como la más cierta… quiero decir, aquella que incluye el mayor bien de toda clase y acoge a la mayor cantidad de gente como partícipes. Siempre será mejor perdonar demasiado que condenar demasiado, pero me gustaría ver al señor Farebrother y oírle predicar.

—Hágalo —dijo Lydgate—. Confío en el efecto que producirá. Es muy querido, pero también tiene sus enemigos: siempre existirán personas que no pueden perdonar al hombre capaz si es distinto de ellas. Y ese asunto de ganar dinero con las cartas es un verdadero borrón. Usted claro, no ve a mucha gente de Middlemarch, pero el señor Ladislaw, que ve con gran frecuencia al señor Brooke, es muy amigo de las ancianitas del señor Farebrother y se alegrará de cantar las alabanzas del vicario. Una de las viejecitas, la señorita Noble, la tía, es un pintoresco y maravilloso retrato de la bondad más absoluta, y Ladislaw hace de caballero y a veces la acompaña. Un día les encontré en una callejuela: ya conoce el aspecto de Ladislaw, una especie de Dafnis con abrigo y chaleco; y esta minúscula solterona iba colgada de su brazo… parecían una pareja salida de una comedia romántica. Pero la mejor prueba es ver y oír a Farebrother.

Afortunadamente Dorothea se encontraba en su cuarto de estar particular cuando tuvo lugar esta conversación y nadie estaba presente para hacer que le resultara dolorosa la inocente referencia de Lydgate a Ladislaw. Como era su costumbre en cuestiones de cotilleo, Lydgate había olvidado por completo el comentario de Rosamond de que creía que Will idolatraba a la señora Casaubon. En ese momento sólo le preocupaba lo que pudiera recomendar a la familia Farebrother y deliberadamente había hecho hincapié en lo peor para así adelantarse a las objeciones. Apenas había visto a Ladislaw en las semanas transcurridas desde la muerte del señor Casaubon y no le había llegado ningún rumor advirtiéndole de que el secretario particular del señor Brooke era un tema peligroso con la señora Casaubon. Cuando se hubo marchado, el esbozo que de Ladislaw hiciera el médico siguió presente en la imaginación de Dorothea, compartiendo terreno con el tema del beneficio eclesiástico de Lowick. ¿Qué estaría pensando Will Ladislaw de ella? ¿Tendría conocimiento del hecho que sonrojaba las mejillas de Dorothea como nada había conseguido hasta entonces? ¿Y cómo se sentiría al saberlo? Pero ante ella se levantaba con toda claridad la figura de Will sonriéndole a la viejecita. ¡Un italiano con ratones blancos! Por el contrario, Will era una criatura que comprendía los sentimientos de todo el mundo y podía asumir los pensamientos angustiosos de los demás en lugar de imponer los suyos con férrea resistencia.

CAPÍTULO NUEVE

A Will Ladislaw aún no le había llegado ningún cotilleo respecto al testamento del señor Casaubon; el aire parecía inundado con la disolución del Parlamento, y las próximas elecciones, como las antiguas ferias y verbenas, estaban colmadas de los griteríos rivales de los espectáculos itinerantes, por lo que se prestaba poca atención a ruidos más privados. Estaban a punto de celebrarse las famosas «elecciones secas» en las que el calado del sentimiento público se pudo medir por el bajo nivel de consumición de alcohol. Ladislaw era una de las personas más ocupadas del momento y, aunque tenía siempre presente la viudedad de Dorothea, distaba tanto de querer que le hablaran del tema que cuando Lydgate le buscó para contarle lo ocurrido acerca del beneficio de Lowick, le respondió un tanto ariscamente:

—¿Por qué me tiene que meter en este asunto? Nunca veo a la señora Casaubon y no es probable que tenga la ocasión, puesto que ella vive en Freshitt. Yo nunca voy allí. Es territorio de los conservadores donde ni yo ni el Pioneer somos mejor recibidos que un furtivo y su escopeta.

El hecho era que Will estaba más susceptible desde que observara que el señor Brooke, en lugar de querer, como antes, que visitara Tipton Grange más de lo que quería el propio Will, parecía ahora ingeniárselas para que fuera allí lo menos posible. Era ésta una desmañada concesión del señor Brooke a la indignada recriminación de Sir James Chettam, y Will, alerta a la mínima insinuación en aquel sentido, concluyó que le mantenían alejado de aquella casa por causa de Dorothea. ¿Recelarían de él los parientes de Dorothea? Sus temores eran infundados: muy equivocados estaban si pensaban que se iba a presentar como un aventurero indigente tratando de granjearse los favores de una mujer rica.

Hasta este momento Will no se había percatado bien del abismo que existía entre él y Dorothea; hasta este momento en que él llegaba al borde del precipicio y la veía al otro lado. No sin cierta rabia interna, comenzó a pensar en marcharse de la vecindad: le sería imposible, en adelante, mostrar cualquier interés por Dorothea sin quedar expuesto a desagradables inculpaciones… tal vez incluso en la mente de la propia Dorothea, que otros intentaran emponzoñar.

—Estamos separados para siempre —dijo Will—. No estaría más alejada de mí de estar yo en Roma. —Pero lo que denominamos desesperación con frecuencia no es más que el anhelo doloroso de la esperanza no alimentada. Había abundantes razones para que no se fuera… razones públicas para no dejar su puesto en este momento de crisis, el señor Brooke en la estacada cuando precisaba de «preparación» para las elecciones y cuando había que llevar a cabo, directa e indirectamente, mucha petición de votos. Will no quería dejar las fichas en el momento más interesante de la partida de ajedrez; y cualquier candidato reformista, aunque tuviera el cerebro y el tuétano reblandecidos en consonancia con sus modales de caballero, podía contribuir a conseguir la mayoría. Preparar al señor Brooke y mantener en él firme la idea de que debía comprometerse a votar en favor de la ley de reforma electoral en vez de insistir en su propia independencia y en la posibilidad, de retirarse a tiempo, no era tarea fácil. La profecía del señor Farebrother de un cuarto candidato «en la manga» aún no se había cumplido y ni la sociedad de candidatos parlamentarios ni ningún otro grupo al acecho de asegurar más mayoría reformista encontraba motivos válidos para interferir mientras existiera un segundo candidato reformista como el señor Brooke, que podía pagarse todos sus gastos; de manera que la contienda se libraba entre Pinkerton, el viejo parlamentario conservador, Bagster, el nuevo candidato liberal ganador de las últimas elecciones y Brooke, el futuro parlamentario independiente que había de comprometerse únicamente en esta ocasión. El señor Hawley y su grupo concentrarían todo su esfuerzo en que volviera Pinkerton y el éxito del señor Brooke dependería de votantes que hicieran que Bagster se quedara atrás o de la transformación de votos conservadores en votos reformistas. Esto último, claro está, sería preferible.

La perspectiva de poder cambiar el voto constituía una confusión peligrosa para el señor Brooke; la impresión que tenía de que se podía captar a los indecisos a base de afirmaciones ambiguas, así como su tendencia a aceptar argumentos opuestos cuando surgían en su memoria le daba mucho trabajo a Will Ladislaw.

—Usted sabe que hay tácticas en estos asuntos —decía el señor Brooke—; acuerdos de toma y daca —atemperamiento de las propias ideas — decir «Algo de verdad hay en lo que usted dice», y todo eso. Estoy de acuerdo con usted en que es esta una ocasión especial… el país con una voluntad propia… alianzas políticas… todo eso…, pero a veces somos demasiado tajantes al cortar. Por ejemplo, esas familias con diez libras: ¿por qué diez? Sí, hay que trazar la línea en algún sitio…, pero, ¿por qué precisamente en diez? Es una pregunta difícil, si lo pensamos bien.

—Naturalmente que lo es —exclamaba Will con impaciencia—. Pero si va usted a esperar hasta que se plantee una reforma perfectamente lógica, deberá usted presentarse como un revolucionario en cuyo caso me temo que Middlemarch no le elegiría. En cuanto a podas, no creo que sea tiempo de recortar nada.

El señor Brooke acababa siempre dándole la razón a Ladislaw, a quien seguía considerando una especie de Burke sazonado de Shelley; pero tras un intervalo, la sabiduría de sus propios métodos volvía a reafirmarse, y, seducido de nuevo, se lanzaba a emplearlos con gran optimismo. En aquella fase el señor Brooke se encontraba muy animado, animación que le sostenía incluso ante las cuantiosas entregas de dinero; su poder de convicción y persuasión no habiendo sido aún puesto a prueba por algo de mayor dificultad que la perorata como presidente de una junta, la presentación de otros oradores, o el diálogo con algún votante de Middlemarch, de los cuales salía con la sensación de que era un estratega nato y de que era una pena que no se hubiera dedicado antes a este tipo de cosas. Sin embargo, tenía cierta conciencia de fracaso con el señor Mawmsey, un destacado representante en Middlemarch de ese gran poder social, el tendero al por menor, y, naturalmente, uno de los votantes más dudosos del distrito, dispuesto personalmente a proporcionar té y azúcar de la misma calidad a reformistas y antirreformistas, así como a coincidir imparcialmente con ambos, al tiempo que estaba convencido, como los burgueses de antaño, de que esta necesidad de elegir miembros para el Parlamento suponía una gran carga para la ciudad; pues, aunque el dar esperanzas a todos los partidos de antemano no revestía ningún peligro, finalmente surgiría la dolorosa necesidad de defraudar a personas respetables cuyos nombres constaban en sus libros. Estaba acostumbrado a recibir grandes encargos del señor Brooke de Tipton Grange, pero también había muchos miembros del comité de Pinkerton cuya opinión tenía de su parte un enorme peso ultramarinista. El señor Mawmsey, imaginándose que el señor Brooke, al no ser muy «espabilado de mente», disculparía mejor a un tendero que votara en contra suya por presión, había hecho ciertas confidencias en su trastienda.

—Respecto a la reforma, caballero, enfóquela bajo el punto de vista de una familia —dijo, haciendo sonar el cambio que tenía en el bolsillo y sonriendo con afabilidad—. ¿Mantendrá a la señora Mawmsey, permitiéndola criar a seis hijos pequeños cuando yo falte? Hago una pregunta ficticia, pues conozco la respuesta. Pues bien. Mi pregunta es qué debo hacer, como marido y como padre, cuando se me acercan ciertos caballeros y me dicen, «Haga usted lo que quiera, Mawmsey, pero si vota en contra nuestra, compraré en otro sitio; cuando endulzo mi té me gusta pensar que beneficio al país manteniendo a los comerciantes que votan adecuadamente». Esas mismísimas palabras me han dicho, desde la misma silla en la que usted está sentado. No me refiero a que las dijera su honorable persona, señor Brooke.

—Ya, ya, ya…, eso es tener la mente muy estrecha. Mientras mi mayordomo no se queje de su mercancía, señor Mawmsey —dijo el señor Brooke conciliadoramente—, mientras no oiga yo que manda usted azúcar y especias de mala calidad…, cosas así…, no le diré que compre en otro sitio.

—Señor, soy su humilde servidor y le quedo muy agradecido —dijo el señor Mawmsey, con la sensación de que la política se despejaba un tanto—. Sería un placer votar por un caballero que habla de manera tan noble.

—De todas formas, señor Mawmsey, saldría ganando si se pusiera de nuestro lado. Esta reforma afectará a todos con el tiempo… es una medida totalmente popular… Una especie de abecé, ¿sabe?, que tiene que venir antes de que el resto pueda llegar. Estoy de acuerdo con usted en que debe enfocarlo bajo un punto de vista familiar, pero recuerde… la cosa pública. Somos todos una familia ¿sabe?… es un mismo armario. Un voto, por ejemplo puede contribuir al destino de los hombres del Cabo… nunca se sabe la repercusión de un voto —concluyó el señor Brooke con la sensación de estar un poco perdido, pero disfrutando aún. Pero el señor Mawmsey respondió en torno cortante:

—Me perdonará usted, pero eso es algo que no me puedo permitir. Cuando voto tengo que saber lo que estoy haciendo; debo considerar cuáles serán los efectos sobre mi caja y mi libro mayor, se lo digo con todo respeto. Admito que los precios son imprevisibles, y que después de comprar pasas —que son artículos perecederos— bajan de repente… yo mismo nunca he entendido los entresijos de todo esto, lo cual es una buena lección para el orgullo humano. Pero en cuanto a una familia, confío en que haya un deudor y un acreedor; eso no lo cambiará la reforma porque de lo contrario, votaría por que las cosas se queden como están. Hablando personalmente, pocos hombres deben tener menos necesidad de cambio que yo, es decir, hablando por mí y por mi familia. No soy de los que no tienen nada que perder, me refiero en cuanto a la respetabilidad, tanto en la parroquia como en asuntos privados, y de ningún modo con respecto a usted mismo y sus costumbres, las cuales tuvo la bondad de decir que no modificaría, le vote o no le vote, en tanto que sean satisfactorios los artículos que le envíe a usted.

Tras esta conversación, el señor Mawmsey subió a su casa y fanfarroneó ante su mujer de haberle ganado la partida a Brooke, de Tipton Grange, y que ahora ya no le importaba tanto ir a votar.

El señor Brooke se abstuvo en esta ocasión de alardear de sus tácticas ante Ladislaw, quien, por su parte, se conformaba con persuadirse a sí mismo de que la captación de votos sólo le concernía desde un punto de vista meramente argumentativo y de que no manipulaba máquinas más tortuosas que el conocimiento. El señor Brooke tenía, necesariamente, sus agentes, que comprendían la naturaleza del votante de Middlemarch y el modo de alistar su ignorancia del lado de la ley de reforma, modos asombrosamente parecidos a los métodos para alistarla del lado contrario. Will se tapaba los oídos. En ocasiones el Parlamento, como el resto de nuestra vida, incluyendo el comer y el vestir, apenas podrían proseguir si nuestra imaginación fuera demasiado activa respecto de sus procesos. Abundaban en el mundo los hombres con las manos sucias dispuestos a hacer los trabajos sucios, y Will se convencía a sí mismo de que su participación en la tarea de sacar adelante al señor Brooke sería completamente limpia.

Pero Will abrigaba muchas dudas acerca del éxito que tendría con aquel modo de contribuir a la mayoría favorable a la reforma. Había escrito muchos discursos y guiones para discursos, pero había empezado a observar que la mente del señor Brooke, si tenía que soportar la carga de recordar cualquier línea de pensamiento, solía abandonar ésta, corría en su busca, y difícilmente regresaba. Reunir documentos es una manera de servir al país y otra, recordar el contenido de un documento. ¡No! El único modo de conseguir que el señor Brooke pensara en los argumentos correctos en el momento oportuno era ejercitarlos a fondo hasta que ocuparan todo el espacio en su cerebro. Pero aquí se topaba con la dificultad de hallar ese espacio, dada la previa acumulación de sinfín de cosas. El propio señor Brooke comentaba que sus ideas le entorpecían cuando hablaba.

En cualquier caso, el entrenamiento de Ladislaw iba a ser puesto a prueba próximamente, pues antes del día en que se nombraría a los candidatos, el señor Brooke tenía que presentarse ante los respetables electores de Middlemarch desde el balcón del Ciervo Blanco, que daba ventajosamente a una esquina de la plaza del mercado, dominando una gran esplanada por delante y dos calles convergentes. Era una hermosa mañana de mayo y todo parecía esperanzador: había ciertas perspectivas de un entendimiento entre el comité de Bagster y el de Brooke, al que el señor Bulstrode, el señor Standish como abogado liberal y algunos fabricantes como el señor Plymdale y el señor Vincy prestaban una solidez que casi compensaba al señor Hawley y sus asociados que se reunían a favor de Pinkerton en el Dragón Verde. El señor Brooke, consciente de haber debilitado las maledicencias del Trumpet en su contra gracias a las reformas como terrateniente que había llevado a cabo en los últimos seis meses, y oyendo que le vitoreaban un poco al entrar en la ciudad, sintió que se le aligeraba considerablemente el corazón bajo el chaleco amarillo. Pero respecto a ocasiones críticas, a menudo sucede que todos los momentos parecen cómodamente lejanos hasta que llega el último.

—Esto tiene buen aspecto, ¿no? —dijo el señor Brooke mientras se acumulaba el gentío—. Al menos tendré un público abundante. Me gusta esto… un público así, compuesto por mis propios vecinos, ¿sabe?

Al contrario que el señor Mawmsey, los tejedores y los curtidores de Middlemarch jamás habían considerado al señor Brooke vecino suyo, y no sentían por él más afecto que si hubiera llegado en una caja desde Londres. Pero escucharon sin gran alboroto a los oradores que presentaron al candidato, aunque uno de ellos, un personaje político de Brassing que vino a explicarle a Middlemarch su deber, habló tantísimo que resultaba alarmante pensar qué podría decir a continuación el candidato. Entretanto, el gentío iba creciendo y cuando el personaje político se acercaba al final de su discurso, el señor Brooke percibió un notable cambio en sus sensaciones mientras todavía toqueteaba el monóculo, enredaba con los documentos que tenía delante e intercambiaba comentarios con su comité, como un hombre a quien le traía sin cuidado el momento de comparecer.

—Me tomaré otra copa de jerez, Ladislaw —dijo con aire tranquilo a Will que se encontraba justo detrás de él y al punto le dio el supuesto fortificador. Fue una decisión poco feliz; el señor Brooke era hombre abstemio y beber de un trago una segunda copa de jerez a corto intervalo de la primera supuso una sorpresa para su organismo, el cual procedió a dispersar sus energías en lugar de concentrarlas. Os ruego ten compasión de él: ¡son tantos los caballeros ingleses que en al hacer discursos por motivos absolutamente personales!… mientras que el señor Brooke quería servir a su país presentándose como candidato al Parlamento, lo cual, evidentemente, también se puede hacer por motivos personales, pero que, una vez tomada la decisión, inexorablemente exige hacer discursos.

No era el principio del discurso lo que inquietaba al señor Brooke: eso, estaba convencido, iría bien; saldría perfecto, igual de ordenado que una serie de pareados de Pope. El embarcar sería fácil, pero resultaba alarmante la imagen de mar abierto que podía venir a continuación. «Y el tema de las preguntas», susurraba el demonio que empezaba a despertar en su estómago, «alguien puede preguntar sobre los plazos de la ley».

—Ladislaw —continuó en voz alta—, páseme las notas sobre los plazos.

Cuando el señor Brooke salió al balcón, los vítores fueron lo bastante altos como para contrarrestar los alaridos, gruñidos, bramidos y otras manifestaciones de teoría adversa, que eran tan moderadas que el señor Standish (perro viejo) comentó al oído de quien tenía al lado.

—No las tengo todas conmigo. Hawley debe tener algún otro plan.

De todos modos, los vítores eran estimulantes y ningún candidato podía presentar un aspecto más afable que el señor Brooke, con las notas en el bolsillo del pecho, la mano izquierda sobre la barandilla del balcón y la derecha jugueteando con el monóculo. Lo chocante de su aspecto eran el chaleco amarillo, el pelo rubio muy corto, y su fisonomía neutral. Empezó con cierta confianza.

—¡Caballeros… electores de Middlemarch!

Esto era algo tan apropiado que parecía natural que siguiera una pequeña pausa.

—Es un placer inusitado encontrarme aquí…, nunca me he sentido tan orgulloso y feliz…, nunca, ¿saben?

Era una valiente forma de expresarse, pero no exactamente la adecuada, pues, desgraciadamente, el empiece perfecto se había evaporado… incluso los pareados de Pope pueden ser sólo «derrumbamientos, desapariciones», cuando el miedo nos atenaza y el jerez se precipita por nuestras ideas con la rapidez del humo. Ladislaw, de pie junto al ventanal y detrás del orador pensó «Se ha acabado. La única esperanza que queda, ya que lo mejor no siempre da resultado, es que, por una vez el farfulleo dé resultado». Entretanto, el señor Brooke, perdido completamente el hilo, recayó sobre sí mismo y sus méritos, tema siempre apropiado y elegante para un candidato.

—Soy vecino vuestro, amigos míos…, hace tiempo que me conocéis como juez de paz…, siempre me interesaron los problemas públicos…, la maquinaria, por ejemplo, y el acabar con la maquinaria…, a muchos de vosotros os incumbe todo lo de la maquinaria y últimamente me he interesado por eso. Eso de romper las máquinas no debe hacerse: las cosas han de seguir adelante… el comercio, la industria, los negocios, el intercambio de materias primas… todo eso… ha de seguir adelante desde Adam Smith. Debemos echar una ojeada a todo el orbe: «Observación con una perspectiva extensa», debemos mirar a todas partes «desde China hasta Perú», como dice alguien… creo que es Johnson en The Ixambler. Eso es lo que yo he hecho hasta cierto punto… no hasta Perú, pero no siempre me he quedado en casa… vi que eso no era bueno. He llegado hasta el cercano Oriente, donde van algunos de los productos de Middlemarch… y luego en el Báltico. El Báltico, sí.

Poceando de esta forma en sus recuerdos, el señor Brooke podía haber proseguido cómodamente y regresar de los mares más lejanos sin problema alguno de no ser porque el enemigo había organizado un diabólico ardid. En un abrir y cerrar de ojos, casi enfrente del señor Brooke y a unos diez metros se alzó por encima de los hombros de la multitud una imagen suya: chaleco amarillo, monóculo y fisonomía neutral pintada sobre un trapo; y por el aire, como el canto de un ucú, surgió un eco, una imitación titiritesca de sus palabras. Todo el mundo alzó la vista hacia las ventanas abiertas de las casas en las esquinas de las calles convergentes, pero o bien estaban vacías o llenas de oyentes divertidos. El eco más inocente tiene algo de pérfida burla cuando repite a un orador serio e insistente, y este eco no era inocente en absoluto: si no repetía con la precisión de un eco natural, elegía con perversión las palabras empleadas. Cuando llegó a «el Báltico, sí», las risas que recorrían el público se convirtieron en una carcajada general que, de no ser por el efecto apaciguador de la solidaridad y esa gran causa pública que el enmarañamiento de las cosas había identificado con «Brooke de Tipton», hubieran contagiado incluso a su propio comité. El señor Bulstrode preguntó, con reprensión, qué estaba haciendo la nueva policía; pero resultaba difícil capturar una voz, y un ataque a la efigie del candidato hubiera sido equívoco ya que, probablemente, la intención de Hawley era que apedrearan el trapo.

El mismo señor Brooke no estaba en situación de percatarse de nada con presteza salvo de una desaparición general de sus ideas: incluso le silbaban un poco los oídos, y era la única persona que no había percibido con nitidez ni el eco ni la imagen de sí mismo. Hay pocas cosas que aprisionen más la percepción que la angustia por lo que tenemos que decir. El señor Brooke oyó las risotadas, pero ya esperaba de parte de los conservadores ciertos esfuerzos por perturbar, y en estos momentos se encontraba aún más exaltado por la cosquilleante sensación de que su preámbulo perdido volvía para traerle de regreso del Báltico.

—Eso me recuerda —continuó, metiendo una mano en el bolsillo con aire sosegado—, que se necesitará un precedente…, aunque nunca necesitamos un precedente para hacer lo que está bien… ahí está Chatham, por ejemplo; no puedo decir que yo hubiera apoyado a Chaahhm, o a Pitt, Pitt el joven… no era hombre de ideas, y necesitamos ideas.

—¡Al demonio con sus ideas! Queremos la ley —rugió una áspera voz entre el gentío.

Al instante, el invisible cristobita, que había ido siguiendo al señor Brooke, repitió «¡Al demonio con sus ideas! Queremos la ley». La risotada fue mayor que nunca y por primera vez el señor Brooke, al estar callado, oyó claramente el eco burlón, pero parecía ridiculizar a quien le había interrumpido y, visto así, resultaba alentador, de forma que contestó atentamente:

—Algo de razón tiene usted, amigo mío, ¿para qué nos reunimos si no es para decir lo que pensamos?… libertad de opinión, libertad de prensa, libertad… ese tipo de cosa. Bien, la ley, pues… —aquí el señor Brooke hizo una pausa para ponerse el monóculo y sacar las notas del bolsillo con la sensación de estar siendo práctico y dar detalles. El cristobita invisible continuó:

—Tendrá usted la ley, señor Brooke, por competición preelectoral, y un escaño a la puerta del Parlamento, a pagar contra reembolso, cinco mil libras siete chelines y cuatro peniques.

El señor Brooke, sumido en un mar de carcajadas, se sonrojó, dejó caer el monóculo, y mirando desconcertado a su alrededor, vio la imagen suya que habían aproximado aún más. Al momento siguiente la contempló dolorosamente cubierta de manchas de huevos. Se soliviantó un tanto y alzando la voz dijo:

—Las payasadas, las jugarretas, ridiculizar la verdad… todo eso está muy bien… —un desagradable huevo cayó sobre el hombro del señor Brooke al tiempo que el eco decía «todo eso está muy bien»; llegó a continuación una retahíla de huevos, dirigidos principalmente a la imagen, pero en ocasiones dando al original como por casualidad. Un reguero de nuevos espectadores empujaba por entre la multitud: silbidos, pitidos, aullidos y pífanos aumentaron la algarada porque había gritos y forcejeos por acallarlos. Ninguna voz hubiera sido lo bastante potente para imponerse al alboroto y el señor Brooke, desagradablemente ungido, abandonó el campo. La frustración hubiera sido menos desesperante de ser menos juguetona e infantil: un asalto serio del que el periodista hubiera podido afirmar que «puso en peligro las costillas del avezado», o le permitiera dar un testimonio respetuoso de que «las suelas del orador se veían por encima de la barandilla», tal vez lleve parejo mayores consuelos.

El señor Brooke regresó a la habitación donde se encontraba el comité diciendo con toda la despreocupación que pudo:

—Esto es una pena, ¿saben? Poco a poco hubiera conseguido su atención…, pero no me dieron tiempo. Ya habría llegado a lo de la ley… —añadió, mirando a Ladislaw—. De todas formas, todo saldrá bien en el nombramiento de candidatos.

Pero no había unanimidad respecto de que las cosas fueran a salir bien; por el contrario, el comité estaba muy serio y el personaje político de Brassing escribía con afán, como si pergeñara nuevos ardides.

—Ha sido Bowyer —dijo el señor Standish evasivamente—. Estoy tan seguro como si lo hubiera anunciado. Es un ventrílocuo extraordinario y ¡vive Dios! lo ha hecho estupendamente. Hawley le ha estado invitando a cenar últimamente: hay una mina de talento en Bowyer.

—Pues nunca me ha hablado usted de él, Standish, o yo le hubiera convidado a mi casa —dijo el pobre señor Brooke, que había hecho mucho de anfitrión por el bien de su país.

—No hay en todo Middlemarch tipo más vil que Bowyer —dijo Ladislaw con indignación—, pero parece que siempre hayan de ser los viles quienes cambien las tornas.

Will estaba de muy mal humor consigo mismo además de con su «jefe» y fue a encerrarse a sus habitaciones medio decidido a abandonar al

Pioneer y al señor Brooke simultáneamente. ¿Por qué había de quedarse? Si el abismo infranqueable que existía entre él y Dorothea había de superarse, antes se debería a su partida y a la obtención de un puesto totalmente diferente que a su permanencia en Middlemarch, acumulando un merecido desprecio como subordinado de Brooke. Vino a continuación el sueño juvenil de los milagros que podría hacer en… cinco años, por ejemplo: los escritos políticos, los discursos políticos, estarían más valorados ahora que la vida pública iba a ser más amplia y nacional, y podrían llegar a darle tanto prestigio que no sería ya como pedirle a Dorothea que descendiera hasta él. Cinco años: si tan sólo tuviera la seguridad de que Dorothea se interesaba por él más que por otros; si pudiera tan sólo darle a entender que se mantendría apartado hasta poder confesar su amor por ella sin rebajarse… entonces podría marcharse tranquilo a iniciar una carrera que a los veinticinco parecía lo suficientemente plausible según el orden natural de las cosas, donde el talento trae la fama y la fama todas las demás cosas maravillosas. Sabía hablar y escribir; podía dominar la materia que quisiera, y tenía la intención de ponerse siempre del lado de la razón y la justicia, a lo que aportaría todo su entusiasmo. ¿Por qué no habría de alzarse un día sobre los hombros de la masa y sentir que se había ganado a pulso esa distinción? Sin duda se marcharía de Middlemarch, iría a Londres y se prepararía para ser célebre estudiando derecho.

Pero no sería inmediatamente: no hasta que entre él y Dorothea hubiera habido algún tipo de comunicación. No podía estar satisfecho hasta que ella supiera que no se casaría con ella aún en el caso de ser el hombre de su elección. Por tanto debía seguir en su puesto y soportar al señor Brooke un poco más.

Pero pronto tuvo motivos para sospechar que el señor Brooke se le había anticipado al deseo de poner fin a su relación. Delegaciones del exterior y voces desde el interior concurrieron para inducir a ese filántropo a adoptar una medida más enérgica de lo usual por el bien de la humanidad: retirarse en favor de otro candidato, a quien legaba las ventajas de su maquinaria electoral. Él mismo la denominaba una medida enérgica, pero alegaba que su salud era menos resistente a la agitación de lo que imaginara.

—Estoy incómodo a causa del pecho… y no es conveniente excederse en eso —le dijo a Ladislaw al explicarle su decisión—. Debo frenar un poco. El pobre Casaubon fue una advertencia, ¿sabe? He tenido que hacer importantes adelantos, pero he abierto una brecha. Esto de hacer campaña electoral es una labor un tanto tosca, ¿no es así, Ladislaw? No me extrañaría que estuviera usted cansado. De todos modos, hemos abierto una brecha con el Pioneer… hemos encarrilado las cosas. Alguien más normal que usted puede continuarlo ahora… alguien más normal, ¿sabe?

—¿Quiere usted que lo deje? —dijo Will, sonrojándose de inmediato, mientras se levantaba de la mesa y daba unos pasos con las manos en los bolsillos—. No tiene más que decírmelo.

—Respecto a querer, mi querido Ladislaw, ya sabe usted que tengo una buenísima opinión sobre su capacidad. Pero por lo que hace al Pioneer, he estado consultando con algunas personas de nuestro lado y se inclinan por encargarse ellos del periódico, con lo que me estarían indemnizando hasta cierto punto. Y en esas circunstancias quizá usted prefiriera dejarlo… encontrar mejores oportunidades. Esas personas quizá no le consideraran a usted tanto como lo he hecho yo, como si fuera mi alter ego, mi mano derecha…, aunque siempre esperé de usted que hiciera algo más. Estoy pensando en ir a Francia una temporadita. Pero le escribiré las cartas que quiera, ¿sabe?… para Althorpe y gente así. Conozco a Althorpe4.

—Le estoy sumamente agradecido —dijo Ladislaw con orgullo—. Puesto que va dejar el Pioneer no tengo por qué molestarle con los pasos que vaya a dar. Tal vez me quede aquí de momento.

Cuando el señor Brooke se hubo marchado, Will se dijo a sí mismo, «el resto de la familia le ha estado presionando para que se libre de mí, y ya no le importa que me vaya. Me quedaré el tiempo que quiera. Me marcharé por propia decisión y no porque ellos me teman».

CAPÍTULO DIEZ

Aquella tarde de junio en la que el señor Farebrother supo que se le daría el beneficio eclesiástico de Lowick hubo un gran regocijo en el anticuado cuarto de estar, e incluso los retratos de los célebres abogados parecían espectadores satisfechos. La madre del señor Farebrother ni siquiera probó el té y la tostada; mantuvo su habitual compostura cautivadora, su emoción manifestada tan sólo por ese rubor de las mejillas y viveza en los ojos que otorgan a cualquier anciana una enternecedora identidad momentánea con el ser que fue en su lejana juventud y diciendo con rotundidad:

—Lo más reconfortante, Camden, es que te lo mereces.

—Cuando uno encuentra una buena cama, madre, la mitad de los merecimientos deben venir después —respondió el hijo, henchido de gozo y sin intentar ocultarlo. La alegría reflejada en su rostro era del tipo activo que parece poseer la suficiente energía como para no sólo brillar externamente, sino iluminar una atareada visión interna: era como si su mirada albergara pensamientos además de alegría.

—Y ahora, tía —prosiguió, frotándose las manos y mirando a la señorita Noble que hacía tiernos ruiditos de roedor—, siempre habrá terrones de azúcar en la mesa para que los robes y se los des a los niños, y tendrás muchísimas medias nuevas para regalar y ¡zurcirás las tuyas más que nunca!

La señorita Noble asintió con la cabeza y una serena y medio temerosa risita, consciente de haber introducido ya en su cesta un terrón de más en razón del nuevo nombramiento de su sobrino.

—En cuanto a ti, Winny —prosiguió el vicario—, no pondré obstáculos a que te cases con cualquier soltero de Lowick… el señor Solomon Featherstone, por ejemplo, en cuanto me descubras que estás enamorada de él.

La señorita Winifred, que no había parado de mirar a su hermano y de llorar, que era su forma de alegrarse, sonrió entre lágrimas y dijo:

—Debes darme ejemplo, Cam: tú eres el que debe casarse.

—De mil amores. Pero, ¿quién me quiere a mí? Soy un andrajoso vejestorio —dijo el vicario levantándose, apartando la silla y mirándose—. ¿Tú qué opinas, madre?

—Eres un hombre apuesto, Camden: aunque no tanto como tu padre —dijo la anciana.

—Cómo me gustaría que te casaras con la señorita Garth, hermano —dijo la señorita Winifred—. Nos alegraría tanto en Lowick.

—¡Estupendo! Hablas como si las jóvenes estuvieran atadas en manojos para que alguien las escoja, como los pollos en el mercado: como si sólo se tratara de que yo me declarara para que todo el mundo me aceptara —respondió el vicario sin ganas de especificar más.

—No queremos a todo el mundo —dijo la señorita Winifred—. Pero a usted le gustaría la señorita Garth, ¿verdad, madre?

—Mi elección es la que haga mi hijo —dijo la señora Farebrother, con majestuosa discreción—, y una esposa sería muy bien venida, Camden. Cuando vayamos a Lowick querrás jugar al whist en casa y Henrietta Noble nunca ha sabido —la señora Farebrother siempre se refería a su diminuta y muy anciana hermana con aquel magnífico nombre.

—Prescindiré del whist ahora, madre.

—¿Y eso por qué Camden? En mis tiempos el whist se consideraba un innegable entretenimiento para un buen eclesiástico —dijo la señora Farebrother, ajena al significado que el whist tenía para su hijo y hablando con cierta brusquedad como si se avecinara peligrosamente una nueva doctrina.

—Estaré demasiado ocupado para jugar; tendré dos parroquias —dijo el vicario, prefiriendo no discutir las virtudes de las cartas.

Ya le había dicho a Dorothea: «No me siento obligado a renunciar a St. Botolph. Será suficiente protesta contra la pluralidad de cargos que quieren reformar el que le dé a otra persona la mayor parte del dinero. Lo más eficaz no es renunciar al poder, sino usarlo bien».

—He pensado en eso —dijo Dorothea—. Por lo que a mí respecta, creo que sería más fácil renunciar al poder y al dinero que conservarlos. Parece muy poco adecuado que yo tenga este patronazgo y sin embargo considero que no debo permitir que otros lo utilicen en mi lugar.

—Soy yo quien debe actuar de forma que no lamente usted su poder —dijo el señor Farebrother.

Era la suya una de esas personalidades en las que la conciencia se activa cuando el yugo de la vida deja de apretarles. No hizo manifestación alguna de humildad, pero en el fondo de su corazón se sentía bastante avergonzado de que su conducta mostrara negligencias de las cuales estaban libres otros que no recibían beneficios.

—A menudo he deseado no haber sido clérigo —le dijo a Lydgate—, pero tal vez lo mejor sea intentar sacar el mejor partido de lo que soy. Observará que es el punto de vista del que tiene un buen beneficio, con el que las dificultades se simplifican mucho —añadió sonriendo.

El vicario creía entonces que su parcela de obligaciones sería cómoda. Pero la Obligación suele comportarse inesperadamente, es como un fornido amigo a quien amistosamente hemos invitado a visitarnos y se rompe la pierna en nuestro recinto.

Apenas una semana más tarde, la Obligación se presentó en su despacho disfrazada de Fred Vincy, de regreso del Omnibus College con el título de licenciado.

—Me avergüenza molestarle, señor Farebrother —dijo Fred, cuyo rostro sincero y hermoso predisponía en su favor—, pero es usted el único amigo a quien puedo consultar. Ya le conté todo en una ocasión y se portó tan bien que no puedo sino recurrir a usted de nuevo.

—Siéntate, Fred, te escucho y haré cuanto pueda —dijo el vicario, que se encontraba ocupado embalando algunos objetos pequeños para la mudanza y continuando con su trabajo.

—Quería decirle… —Fred titubeó un instante, pero continuó como de carrerilla—, que ahora podría entrar en la Iglesia, y la verdad es que, por mucho que mire, no veo qué otra cosa puedo hacer. No me gusta, pero reconozco que es muy duro para mi padre que yo lo diga, después de que se ha gastado una buena cantidad de dinero educándome para ello —Fred se detuvo de nuevo, y repitió—, y no veo qué otra cosa puedo hacer.

—Hablé de esto con tu padre, Fred, pero no conseguí gran cosa. Dijo que era demasiado tarde. Pero ya has cruzado un puente, ¿cuáles son las demás dificultades?

—Sencillamente que no me gusta. No me gusta la teología, ni predicar, ni sentirme obligado a parecer serio. Me gusta montar y hacer lo mismo que los demás. No me refiero a que quiera ser una mala persona, pero no siento ninguna inclinación por el tipo de cosa que la gente espera de un clérigo. Y sin embargo, ¿qué otra cosa puedo hacer? A mi padre no le sobra capital para darme, lo que me permitiría dedicarme a la agricultura. Y no tiene sitio para mí en su negocio. Y claro está, no puedo empezar ahora a estudiar derecho o medicina cuando mi padre quiere que empiece a ganar dinero.

Está muy bien decir que me equivocaría si entrara en la Iglesia, pero quienes lo dicen lo mismo me podrían sugerir que me fuera al monte.

La voz de Fred había adquirido un tono de increpancia quejumbrosa, y tal vez el señor Farebrother hubiera sentido la tentación de sonreír de no haber estado ocupado imaginando más cosas de las que Fred decía.

—¿Tienes dificultades con la doctrina… con los artículos de fe? —preguntó tratando de plantearse la pregunta sólo por interés hacia Fred.

—No, supongo que los artículos están bien. No tengo argumentos para oponerme a ellos y además, gente más inteligente que yo los acepta totalmente. Creo que sería ridículo por mi parte esgrimir escrúpulos de esa índole, como si fuera un juez —dijo Fred con toda sencillez.

—Supongo, entonces, que se te habrá ocurrido que podrías ser un párroco discreto sin llegar a ser un gran teólogo.

—Por supuesto que si he de ser clérigo, procuraré cumplir con mi obligación, aunque no me guste. ¿Cree usted que alguien podría culparme?

—¿Por entrar en la Iglesia en estas circunstancias? Eso depende de tu conciencia, Fred… hasta qué punto hayas calculado el costo y visto lo que tu posición requerirá de ti. Sólo puedo hablar de mí mismo, que siempre he sido demasiado relajado y, consecuentemente, me he sentido intranquilo.

—Pero hay otro inconveniente —dijo Fred sonrojándose—. No se lo había dicho antes, aunque tal vez comentara algo que le hiciera adivinarlo. Hay alguien a quien le tengo mucho cariño: la he amado desde que éramos niños.

—La señorita Garth, ¿no? —dijo el vicario examinando detenidamente unos rótulos.

—Sí. Nada me preocuparía si quisiera casarse conmigo. Y sé que entonces podría ser un hombre de bien.

—¿Y crees que te corresponde?

Jamás lo admitirá; y hace mucho tiempo que me hizo prometerle que no volvería a hablar de ello. Y está empeñada en que yo no sea clérigo, eso lo sé muy bien. Pero no puedo renunciar a ella. Creo que me tiene afecto. Vi a la señora Garth anoche y me dijo que Mary estaba en la rectoría de Lowick con la señorita Farebrother.

—Sí, ha tenido la amabilidad de prestarse a ayudar a mi hermana. ¿Quieres ir allí?

—No, quiero pedirle a usted un gran favor. Me da vergüenza molestarle con esto, pero tal vez Mary le escuche a usted si le menciona el tema… me refiero a lo de entrar en la Iglesia.

—Me encomiendas algo muy delicado, mi querido Fred. Tendré que dar por supuesto tu cariño por ella, y entrar en el tema en la forma que deseas, es tanto como pedir que me confiese si te corresponde.

—Eso es lo que quiero que le diga a usted —dijo Fred llanamente—. No sabré qué hacer hasta que sepa sus sentimientos.

—¿Quieres decir que eso te guiaría respecto a tu entrada en la Iglesia?

—Si Mary me dice que jamás se casará conmigo, me da igual equivocarme por un lado que por otro.

—Eso es ridículo, Fred. Los hombres sobreviven a su amor, pero no sobreviven a las consecuencias de su imprudencia.

—No en mi caso: no he vivido un momento sin estar enamorado de Mary. Si tuviera que renunciar a ella sería como empezar a vivir con piernas de madera.

—¿No resentirá Mary mi intromisión?

—No, estoy seguro que no. Le respeta más que a nadie y no le esquivaría con bromas como a mí. Por supuesto que no podría haberle dicho esto a nadie más, ni pedirle a nadie que no fuera usted que hablara con ella. Nadie podría ser tan amigo de los dos —Fred se detuvo un instante y añadió a continuación en tono quejumbroso—. Y además, Mary debería admitir que he trabajado para poder aprobar. Debería saber que me esforzaría por ella.

Hubo un momento de silencio hasta que el señor Farebrother apartó su trabajo y extendiendo la mano hacia Fred le dijera:

—Está bien, hijo. Haré lo que me pides.

Ese mismo día el señor Farebrother fue a Lowick en la jaca que se había comprado. «Decididamente soy un tallo viejo», pensó, «los brotes jóvenes me arrinconan».

Encontró a Mary en el jardín, cortando rosas y esparciendo los pétalos sobre una sábana. El sol estaba bajo y los erguidos árboles proyectaban sus sombras sobre los senderos de hierba por los que Mary se movía sin sombrero ni sombrilla. No vio acercarse al señor Farebrother por la hierba y acababa de agacharse para amonestar a un pequeño terrier negro y canela que insistía en caminar por la sábana y oler los pétalos de rosa mientras Mary los extendía. Con una mano le cogió las patas delanteras y alzó el dedo índice de la otra mientras el perro arrugó las cejas con aire confundido.

—Fly, Fly, me avergüenzo de ti —decía Mary en tono serio—. Esto no es digno de un perro sensato; cualquiera pensaría que eres un necio caballerete…

—No tiene compasión de los jóvenes caballeros, señorita Garth —dijo el vicario a pocos metros de distancia. Mary se levantó ruborizándose.

—Siempre da buenos resultados razonar con Fly —dijo riéndose.

—¿Pero no con los jóvenes caballeros?

—Bueno, supongo que quizá con algunos, puesto que los hay que se convierten en hombres excelentes.

—Me alegra esa concesión porque quería interesarla por un joven.

—Espero que no sea uno de los necios —dijo Mary disponiéndose a deshojar las rosas de nuevo y sintiendo que el corazón le latía incómodamente.

—No, aunque tal vez la sabiduría no sea su punto fuerte, sino más bien el afecto y la sinceridad. Sin embargo, la sabiduría se alberga más en esas dos cualidades de lo que la gente tiende a creer. Espero que por esas características sepa del joven que se trata.

—Sí, creo que sí —dijo Mary con valentía, el rostro cada vez más serio y las manos cada vez más frías—; debe ser Fred Vincy.

—Me ha pedido que le consulte respecto a entrar en la Iglesia. Confío en que no pensará usted que me he tomado demasiada libertad al prometerle que lo haría.

—Al contrario, señor Farebrother —dijo Mary dejando las rosas y cruzando los brazos, pero incapaz de alzar la vista—, me siento honrada siempre que tiene usted algo que decirme.

—Pero antes de eso, permítame tocar un punto del que me habló su padre confidencialmente; por cierto que fue la misma noche en la que ya una vez cumplí una misión de parte de Fred, justo después de que se marchara a la universidad. El señor Garth me contó lo ocurrido la noche en que murió el señor Featherstone… cómo se negó usted a quemar el testamento; y me dijo que tenía usted ciertos remordimientos sobre el tema porque había sido el medio inocente de impedir que Fred recibiera sus diez mil libras. Lo he tenido siempre presente y he oído algo que tal vez la tranquilice a ese respecto… le demuestre que no tiene que hacer penitencia por aquel pecado.

El señor Farebrother hizo una pausa y miró a Mary. Tenía la intención de darle a Fred todas las ventajas, pero estaría bien, pensó, despejar de la mente de Mary cualquier superstición de esas que las mujeres a veces siguen cuando le hacen a un hombre el flaco servicio de casarse con él como acto de reparación. Las mejillas de Mary habían comenzado a teñirse de rojo y guardaba silencio.

—Quiero decir que su actitud en realidad no modificó el destino de Fred. El primer testamento no hubiera sido válido legalmente después de quemar el segundo; no se habría sostenido en pie de haber sido impugnado, y tenga por seguro que así lo habrían hecho. De modo que, por ese lado, puede estar tranquila.

—Gracias, señor Farebrother —dijo Mary con seriedad—. Le estoy muy agradecida por acordarse de cómo me podía sentir. —Bien, pues, ahora puedo proseguir. Como sabe Fred se ha licenciado en la universidad: se ha abierto camino hasta este punto, la cuestión ahora es ¿qué debe hacer? La pregunta es tan difícil que se siente tentado de seguir los deseos de su padre y entrar en la Iglesia, aunque usted sabe mejor que yo que anteriormente se oponía mucho a hacerlo. He hablado con él del tema y confieso que no veo ninguna objeción insuperable para que no sea clérigo tal como están las cosas. Dice que se dispondría a hacerlo lo mejor que pudiera en esa vocación con una condición. Si esa condición se cumpliera, yo haría cuanto pudiera por ayudar a Fred. Dentro de algún tiempo, no al principio, claro está, podría venir conmigo como coadjutor, y tendría tanto trabajo que su remuneración sería casi la misma que yo recibía de vicario. Pero insisto en que hay una condición sin la cual todo esto no puede tener lugar. Se ha sincerado conmigo, señorita Garth, y me ha pedido que interceda por él. La condición descansa totalmente en lo que usted sienta por él.

Mary parecía estar tan turbada que el señor Farebrother dijo:

—Caminemos un poco —y mientras lo hacían añadió—: Hablando con toda claridad, Fred no tomará ningún rumbo que merme las posibilidades de que usted acepte ser su esposa, pero si existiera esa perspectiva, se afanaría en cualquier profesión que usted aprobara.

—No puedo decir con absoluta certeza que vaya a ser su esposa, señor Farebrother, pero nunca lo seré si se hace clérigo. Lo que usted ha dicho es de una gran generosidad y afecto y ni por un momento pretendo corregir su parecer. Lo que ocurre es que tengo una forma infantil y burlona de ver las cosas —dijo Mary con un atisbo de su habitual travesura en la respuesta que sólo aumentó el encanto de su modestia.

—Quiere que le informe exactamente de lo que usted piensa —dijo el señor Farebrother.

—No podría amar a un hombre ridículo —dijo Mary, evitando profundizar más—. Fred tiene sentido común y capacidad suficientes para ser una persona respetable, si lo desea, en alguna buena ocupación secular, pero no puedo imaginármelo predicando y exhortando y dando bendiciones, y rezando junto a los enfermos, sin tener la impresión de estar mirando a una caricatura. El hacerse clérigo obedecería tan sólo a motivos sociales, y en mi opinión no hay cosa más despreciable que adquirir una posición social por medios tan absurdos. Eso es lo que solía pensar del señor Crowse, con su rostro insípido, su pulcro paraguas y sus dengosos discursitos. ¿Qué derecho tienen hombres así a representar al cristianismo como si fuera una institución para promocionar socialmente a los idiotas… como si…? —Mary se contuvo. Se había dejado llevar como si hablara con Fred en vez de con el señor Farebrother.

—Las jóvenes son severas; no sienten la tensión de la acción como los hombres, aunque tal vez debiera hacer con usted una excepción en eso. Pero no pondrá a Fred Vincy en un nivel tan bajo, ¿no?

—No, claro que no; tiene suficiente sentido común, pero no creo que lo pudiera manifestar siendo clérigo. Sería un ejemplo de fingimiento profesional.

—Entonces la respuesta está clara. Como clérigo no tendría ninguna esperanza, ¿no?

Mary asintió con la cabeza.

—Pero si se enfrentara a las dificultades de ganarse el pan de otra manera… ¿le brindaría el apoyo de la esperanza? ¿Puede contar con conquistarla a usted?

—Creo que Fred no debiera precisar que se le repitiera lo que ya le he dicho a él —respondió Mary, con tono algo resentido—. Quiero decir que no debería plantear este tipo de preguntas hasta no haber hecho algo que merezca la pena, en vez de decir que puede hacerlo.

El señor Farebrother guardó silencio durante un minuto o más y después, cuando dieron la vuelta y se detuvieron bajo la sombra de un arce al final del sendero dijo:

—Comprendo que se muestre reacia ante cualquier intento de atadura, pero o bien sus sentimientos hacia Fred Vincy excluyen el que contemple otros afectos o no lo excluyen: o bien puede contar con que usted siga soltera hasta que merezca su mano o aceptar verse desilusionado en cualquier caso. Perdóneme, Mary… ya sabe que así la llamaba en la catequesis… pero cuando la situación del afecto de una mujer influye la felicidad de otra vida… de más de una vida… creo que el camino más noble es que hable clara y abiertamente.

Mary guardó silencio a su vez, sorprendida no ante la actitud del señor Farebrother sino ante su tono, impregnado de contenida emoción. Cuando le cruzó por la mente la extraña idea de que sus palabras podían referirse a sí mismo, le pareció increíble y se avergonzó de su pensamiento. Nunca se le había ocurrido que otro hombre salvo Fred pudiera amarla; Fred, que la había desposado con la anilla de un paraguas cuando ella llevaba calcetines y zapatos de hebilla; menos aún que pudiera significar algo para el señor Farebrother, el hombre más inteligente de su estrecho círculo. Sólo tuvo tiempo para sentir que todo esto era vago y tal vez ilusorio, pero una cosa estaba clara y decidida: su respuesta.

—Puesto que lo considera mi obligación, señor Farebrother, le diré que mis sentimientos por Fred son demasiado fuertes como para renunciar a él por otra persona. Nunca me sentiría del todo feliz si pensara que él se encontraba triste por haberme perdido. Está tan enraizado dentro de mí… la gratitud que siento hacia él por haberme preferido siempre, por preocuparse tanto de si me hacía daño desde que éramos niños… No me imagino que puedan llegar otros sentimientos o debiliten esos. Lo que más deseo es verle merecedor del respeto de todos. Pero por favor dígale que no prometeré casarme con él hasta ese momento; avergonzaría a mis padres y les haría sufrir. Es libre de escoger a otra persona.

—En ese caso he cumplido a fondo con mi cometido —dijo el señor Farebrother, extendiendo hacia Mary la mano— y vuelvo en seguida a Middlemarch. Con esta perspectiva por delante, ya encarrilaremos bien a Fred, y espero vivir para poder unir vuestras manos. ¡Dios os bendiga!

—Pero, por favor, quédese y permítame ofrecerle una taza de té —dijo Mary. Los ojos se le anegaron de lágrimas, pues algo indefinible, algo como la voluntaria supresión del dolor en la actitud del señor Farebrother la hizo apenarse de pronto, igual que en una ocasión cuando vio temblar las manos de su padre en un momento de angustia.

—No, hija mía, no. He de regresar.

Al cabo de tres minutos el vicario estaba de nuevo a caballo, tras haber cumplido con magnanimidad una obligación mucho más difícil que la de renunciar al whist o incluso la de escribir meditaciones penitenciales.

CAPÍTULO ONCE

El señor Bulstrode, cuando esperaba cobrar un nuevo interés por Lowick, había tenido, naturalmente, un deseo especial por que el nuevo clérigo de la parroquia fuera uno de su total aprobación; y entendió como un castigo y una advertencia dirigida contra sus propias limitaciones, así como las de la nación en general, el hecho de que, aproximadamente en torno al momento en que tuvo en su poder las escrituras que le convertían en el propietario de Stone Court, el señor Farebrother se asentara en la pintoresca iglesita y predicara su primer sermón a la feligresía de granjeros, jornaleros y artesanos del lugar. No era que el señor Bulstrode tuviera la intención de frecuentar la iglesia de Lowick o de residir en Stone Court en un futuro cercano: había comprado la magnífica granja y la hermosa casa simplemente como un retiro que poco a poco quizá ampliara respecto de la tierra y embelleciera respecto de la vivienda, hasta que la gloria divina creyera oportuno que él la tomara como residencia, retirándose parcialmente de sus actuales esfuerzos en la dirección de los negocios y decantando más hacia el lado de la verdad evangélica el peso de las propiedades rurales locales, que tal vez la Providencia incrementara con ocasiones imprevisibles de nuevas compras. Parecía ser un fuerte espaldarazo en este sentido la sorprendente facilidad con que había obtenido Stone Court, cuando todos esperaban que el señor Rigg Featherstone se aferrara a ella como el jardín del Edén, que era lo que el pobre Peter en persona había esperado, pues con frecuencia y en su imaginación, había levantado la vista por entre la tierra cubierta de césped que le techaba y, sin la obstrucción de la perspectiva, había visto a su heredero de cara de rana disfrutando de la hermosa casa para sorpresa y desilusión perpetuas de otros supervivientes.

Mas, ¡cuán poco sabemos aquello que constituye para nuestros vecinos el paraíso! Juzgamos a partir de nuestros propios deseos, y nuestros vecinos no son siempre lo suficientemente sinceros como para mostrar ni el mínimo indicio de los suyos. El frío y juicioso Joshua Rigg no había permitido que su padre percibiera que Stone Court era para él otra cosa que el principal bien, y por supuesto deseaba ser su propietario. Pero así como Warren Hastings observaba el oro y pensaba en comprar Daylesford, Joshua Rigg observaba Stone Court y pensaba en comprar oro. Tenía una muy clara e intensa visión del bien más importante de su herencia, pues la vigorosa avaricia también heredada había adquirido una forma especial por mor de la circunstancia: su principal bien era ser cambista. Desde su primer empleo como chico de los recados en un puerto de mar, había mirado los escaparates de los cambistas como otros muchachos miran los escaparates de las pastelerías; la fascinación se había ido convirtiendo gradualmente en una pasión honda y especial; tenía la intención, cuando fuera propietario, de hacer muchas cosas, una de las cuales era casarse con una joven de buena posición; pero todo esto eran accidentes y alegrías de las que podía prescindir la imaginación. El placer que su alma codiciaba de verdad era tener una tienda de cambista en un muelle muy frecuentado, estar rodeado de cerraduras de las que él tuviera las llaves, y tener un aspecto de sublime frialdad al manejar las monedas de todos los países, mientras la impotente avaricia le miraba con envidia desde el otro lado de una celosía de hierro. La fuerza de esa pasión había constituido un motor que le permitió dominar los conocimientos necesarios para satisfacerla. Y cuando otros pensaban que se había establecido de por vida en Stone Court, el propio Joshua pensaba que se acercaba el momento en el que se establecería en el muelle norte con el mejor surtido de cajas fuertes y cerraduras.

Basta. Estamos interesados en la venta que de su tierra hace Joshua Rigg desde el punto de vista del señor Bulstrode y éste lo interpretó con una alentadora dispensa portadora tal vez de una sanción al propósito que llevaba algún tiempo acariciando sin ningún estímulo exterior; así lo interpretó, sin excesiva confianza, dando gracias con cauta fraseología. Sus dudas no surgían de las posibles relaciones del suceso con el destino de Joshua Rígg, que pertenecía a las desconocidas regiones que no abarcaba el gobierno de la providencia, salvo tal vez de una manera colonial imperfecta; surgían de la reflexión de que dicha dispensa pudiera ser un castigo para el propio señor Bulstrode, como resultaba evidente que lo era la entrada del señor Farebrother en la rectoría de Lowick.

Esto no era lo que el señor Bulstrode le decía a nadie para engañarle: era lo que se decía a sí mismo un modo tan auténtico de explicar los acontecimientos como pueda ser cualquier teoría que tengamos los demás, caso de discrepar con él. Pues el egoísmo que impregna nuestras teorías no afecta a la sinceridad de las mismas, sino que, por el contrario, cuanto más satisfecho queda nuestro egoísmo, más fuerte nuestra fe.

En cualquier caso, fuera como recompensa o como castigo, el señor Bulstrode era el propietario de Stone Court apenas quince meses después de morir Peter Featherstone, y lo que éste diría «si fuese digno de saberlo» se había convertido para sus desolados parientes en inagotable y consolador tema de conversación. Ahora las tornas se habían vuelto contra el querido hermano fallecido, y contemplar la frustración de su astucia por la astucia superior de las cosas en general suponía para Solomon una delicia. La señora Waule obtuvo un triunfo melancólico al demostrarse que no daba buenos resultados el crear falsos Featherstone y desheredar a los auténticos; y la hermana Martha, al recibir la noticia en Chalky Flats, dijo: «¡Anda, anda! Así que, después de todo, no le gustó demasiado la idea de los asilos al Todopoderoso».

La afectuosa señora Bulstrode estaba especialmente contenta con las ventajas que probablemente supondría para la salud de su esposo la compra de Stone Court. Eran pocos los días en que su marido no iba allí a caballo para observar con el administrador alguna parte de la finca, y la caída de la tarde en aquel silencioso lugar era deliciosa, cuando los nuevos almiares, recientemente levantados, despedían aromas que se mezclaban con el aliento del viejo y frondoso jardín. Una tarde, cuando el sol estaba aún en el horizonte y ardía en lámparas doradas entre las grandes ramas del nogal, el señor Bulstrode detuvo el caballo un momento ante la verja principal y esperó a Caleb Garth, a quien había citado para pedir su opinión acerca del desagüe del establo, y que se encontraba en aquel momento aconsejando al administrador en el patio de almiares.

El señor Bulstrode sabía que estaba en buena disposición espiritual y más sereno que de costumbre por la influencia de su inocente distracción. Doctrinalmente estaba convencido de que él carecía totalmente de mérito; pero ese convencimiento doctrinal se puede sostener sin dolor alguno cuando la sensación de la falta de mérito no adopta en la memoria una forma clara, reavivando el cosquilleo de la vergüenza y la punzada del remordimiento. Es más, puede mantenerse con enorme satisfacción cuando la profundidad de nuestros pecados no es más que la medida para calcular la profundidad de nuestro perdón, y prueba palpable de que somos instrumentos especiales de la intención divina. La memoria tiene tantos caprichos como el carácter, y varía sus escenarios como un diorama. En este momento el señor Bulstrode se sentía como si la luz del sol fuera la misma de aquellas lejanas tardes en las que era un hombre muy joven y salía a predicar más allá de Hishbury. Y con gusto hubiera acogido ahora la perspectiva de aquellos actos de exhortación. Los textos seguían allí, así como su propia facilidad para comentarlos. Su breve sueño quedó interrumpido por la llegada de Caleb Garth, también a caballo, que estaba sacudiendo la brida para volver a caminar cuando exclamó:

—¡Cielo santo! ¿Quién es ese tipo de negro que viene por el sendero? Es como uno de esos hombres que ves rondando después de las carreras.

El señor Bulstrode hizo darse la vuelta al caballo y miró hacia el camino, pero no contestó. El que llegaba era nuestro ligeramente conocido señor Raffles, cuyo aspecto no presentaba más cambio que el que producía un traje negro y una cinta de crespón en el sombrero. Estaba ya a unos pocos metros de los jinetes que vieron el reconocimiento reflejado en su rostro mientras levantaba el bastón y, mirando todo el tiempo al señor Bulstrode, exclamaba finalmente:

—¡Demontre, Nick, si eres tú! ¡No podría equivocarme, aunque estos veinticinco años nos han ido jugando sus jugarretas a los dos! ¿Cómo estás? ¿A que no esperabas verme por "aquí? Vamos, esa mano.

Decir que la actitud del señor Raffles era de agitación sería tan sólo una manera de decir que era por la tarde. Caleb Garth vio que el señor Bulstrode luchó y titubeó un instante y que terminó extendiendo la mano con frialdad y diciendo:

—Desde luego no esperaba verle en este remoto lugar.

—Bueno, le pertenece a un hijastro mío —dijo Raffles, adoptando una actitud fanfarrona—. Ya había venido a verle antes. No me sorprende verte a ti, amigo, porque recogí una carta… lo que tú llamarías algo providencial. Pero es una gran suerte encontrarte porque no tengo ningún interés en ver a mi hijastro: no es cariñoso y su pobre madre ha muerto. A decir verdad, he venido por el cariño que te tengo, Nick: vine a por tu dirección porque… ¡mira! —Raffles sacó del bolsillo un papel arrugado.

Casi cualquier otro hombre que no fuera Caleb Garth se hubiera sentido tentado de permanecer allí un poco más para oír todo lo posible acerca de alguien cuya relación con Bulstrode parecía apuntar a episodios en la vida del banquero tan diferentes de cuanto de él se conocía en Middlemarch que debían tener naturaleza de secreto e incitar la curiosidad. Pero Caleb era especial: ciertas tendencias humanas que suelen ser fuertes estaban casi totalmente ausentes de su mente, y una de éstas era la curiosidad respecto de asuntos personales. Sobre todo si era algo deshonroso lo que se iba a averiguar de otro hombre, Caleb prefería no saberlo: y si tenía que decirle a un subordinado que se habían descubierto sus malas acciones se sentía más violento que el culpable. Espoleó, pues su caballo y dijo:

—Buenas tardes, señor Bulstrode; debería irme marchando a casa —y partió al trote.

—No pusiste la dirección completa en esta carta —continuó Raffles—. No es propio del hombre de negocios de primera que solías ser. «The Shrubs»… puede ser cualquier sitio: ¿vives cerca, no? Has cortado completamente con Londres… tal vez seas un señor terrateniente… y tengas una mansión rural a la cual invitarme. ¡Cielos, cuántos años han pasado! La anciana debe llevar mucho tiempo muerta… descansando en paz sin el dolor de saber lo pobre que era su hija ¿eh? Pero, ¡caramba! estás muy pálido y desvaído, Nick. Venga, si vas a casa te acompaño andando.

Ciertamente, la habitual palidez del señor Bulstrode se había convertido en un tono casi cadavérico. Cinco minutos antes, la extensión de su vida había estado sumergida en la luz del atardecer que iluminaba aquella mañana recordada: el pecado parecía asunto de doctrina y penitencia interna, la humillación un ejercicio de dormitorio, el valor de sus acciones una cuestión de punto de vista personal ajustado únicamente por relaciones espirituales y concepciones de los propósitos divinos. Y ahora, por mor de una horrenda magia, aquella figura rubicunda y desentonante se había alzado ante él con indómita solidez; un pasado incorporado con el cual su imaginación no había contado como castigo. Pero el pensamiento del señor Bulstrode trabajaba y no era hombre que actuara o hablara precipitadamente.

—Iba a casa —dijo—, pero puedo retrasarme un poco. Y usted, si le parece puede descansar aquí.

—Gracias —dijo Raffles con una mueca—. No tengo interés por ver a mi hijastro. Prefiero ir contigo a casa. —Su hijastro, si es que era el señor Rigg Featherstone, ya no está aquí. Ahora yo soy el dueño.

Raffles abrió mucho los ojos y lanzó un largo silbido de sorpresa antes de decir:

—En ese caso, no tengo ninguna objeción. Ya he andado bastante desde que bajé de la diligencia. Nunca fui muy andarín, ni jinete tampoco. Lo que a mí me gusta es un vehículo elegante y una buena jaca. Siempre me he sentido desmañado en una silla de montar. ¡Vaya sorpresa agradable te debes haber llevado al verme, amigo! —continuó mientras se dirigían a la casa—. Tú no lo dices, pero nunca te satisfizo tu buena suerte… siempre pensabas en mejorarla… tuviste verdadero talento para mejorar tu suerte.

Al señor Raffles parecía divertirle enormemente su propio ingenio, y andaba con una fanfarronería que pudo con la piadosa paciencia de su acompañante.

—Si recuerdo bien —observó el señor Bulstrode con gélida voz—, nuestra relación, hace muchos años, no tenía el grado de intimidad que se está usted arrogando ahora, señor Raffles. Cualquier cosa que desee usted de mí le será otorgada con mayor facilidad si evita un tono de familiaridad que no existía en nuestra anterior relación y que más de veinte años de distanciamiento apenas justifican.

—¿No te gusta que te llamen Nick? Pues yo siempre te he llamado Nick en mi corazón y, aunque te perdí de vista, te seguí queriendo en el recuerdo. ¡Caramba!, mis sentimientos por ti han ido madurando como un buen coñac. Espero que tengas un poco en la casa. Josh me llenó bien la petaca la última vez.

El señor Bulstrode aún no había aprendido del todo que ni siquiera el deseo de coñac era tan intenso en Raffles como el deseo de atormentar, y que la menor insinuación de enojo siempre le servía de estímulo. Pero, cuando menos, quedaba claro que era inútil cualquier otra objeción y el señor Bulstrode, al darle instrucciones al ama de llaves para que alojara al huésped, tenía un decidido aire de tranquilidad.

Cabía el consuelo de pensar que el ama de llaves había estado también al servicio de Rigg y tal vez aceptara la idea de que el señor Bulstrode hospedaba a Raffles por el mero hecho de ser un amigo del dueño anterior. Cuando en el salón de paredes de madera hubo bebida y comida ante el visitante y ningún testigo en la habitación, el señor Bulstrode dijo:

—Sus costumbres y las mías difieren tanto, señor Raffles, que apenas es posible que disfrutemos de nuestra mutua compañía. Por tanto, lo más prudente para ambos será separarnos cuanto antes. Puesto que dice que quería verme, probablemente pensará usted que tenía que tratar algún asunto conmigo. Pero dadas las circunstancias le invitaré a pasar aquí la noche y yo volveré temprano mañana por la mañana… antes del desayuno concretamente, momento en el que podré atender cualquier comunicación que desee hacerme.

—Con muchísimo gusto —dijo Raffles—, es un lugar cómodo… un poco aburrido para mucho rato, pero lo soportaré por una noche, con este coñac tan bueno y la perspectiva de verte de nuevo por la mañana. Eres mucho mejor anfitrión que mi hijastro; pero Josh me tenía cierto rencor por haberme casado con su madre; y entre tú y yo nunca hubo más que amabilidad.

El señor Bulstrode, confiando en que la extraña mezcla de jovialidad y desdén en la actitud de Raffles fuera en buena medida el resultado del coñac, se había propuesto esperar hasta que estuviera sobrio antes de malgastar más palabras en su huésped. Pero regresó a casa con una visión terriblemente lúcida de la dificultad que habría para llegar con este hombre a un acuerdo en el que se pudiera confiar permanentemente. Era inevitable que quisiera librarse de John Raffles, aunque su reaparición no pudiera considerarse externa al plan divino. El espíritu del mal podía haberlo enviado para amenazar la subversión del señor Bulstrode como instrumento del bien; pero entonces la amenaza debía haber sido permitida y era un nuevo tipo de castigo. Fue una hora de angustia muy diferente para él de las horas en las que su lucha había sido privada, y que habían terminado con la sensación de que sus secretos delitos habían sido perdonados, y aceptados sus servicios. Aquellos delitos, incluso cuando fueron cometidos, ¿no habían sido medio bendecidos por ser su deseo el dedicarse, él mismo y cuanto poseía, a impulsar los planes divinos? ¿E iba, después de todo, a convertirse simplemente en piedra obstaculizadora y roca de ofensa? Pues, ¿quién entendería la labor que había en su interior? ¿Quién, cuando surgiera el pretexto de descargar oprobio sobre él, no confundiría toda su vida así como las verdades que había abrazado, haciendo de todo ello un montón de infamias?

En sus meditaciones más íntimas, la costumbre de toda la vida hacía que la mente del señor Bulstrode revistiera sus terrores más egoístas con referencias doctrinales a fines sobrehumanos. Pero incluso mientras hablamos y meditamos acerca de la órbita de la tierra y el sistema solar, lo que sentimos y aquello a lo que ajustamos nuestros movimientos es la estabilidad del suelo y los cambios del día. Y ahora, junto a la sucesión automática de frases teóricas —tan nítido e íntimo como el escalofrío y el dolor que preceden a la fiebre cuando comentamos el dolor abstracto— surgía el pronóstico de la deshonra ante sus vecinos y ante su propia esposa. Pues el dolor, así como la valoración pública de la deshonra, dependen de las aspiraciones previas. Para aquellos hombres que sólo aspiran a escapar de la felonía, nada que no sea el banquillo de los acusados supone una deshonra. Pero el señor Bulstrode había apuntado a ser un cristiano eminente.

No eran más de las siete y media de la mañana cuando de nuevo llegaba a Stone Court. La añosa y hermosa casa en ningún momento había parecido tanto un hogar delicioso; florecían los grandes lirios blancos; las capuchinas, sus hojas plateadas a causa del rocío, cubrían, hasta perderse en la lejanía, el muro bajo de piedra; los mismos ruidos del entorno encerraban un latido de tranquilidad. Pero todo estaba mancillado para el dueño al acercarse por el camino de gravilla y mientras aguardaba que bajara el señor Raffles con quien estaba condenado a desayunar.

No tardaron en encontrarse sentados juntos en el salón ante el té y las tostadas que era cuanto Raffles tomaba a esa hora temprana. La diferencia entre el estado matutino y vespertino de éste no era tan grande como su compañero imaginara, incluso tal vez tuviera un mayor deseo de atormentar dado que estaba menos exaltado. Sus modales sin duda resultaban más desagradables a la luz de la mañana.

—Puesto que tengo poco tiempo, señor Raffles —dijo el banquero, que apenas pudo hacer otra cosa que tomar algún sorbo de té y partir la tostada sin comérsela—, le agradeceré que me indique cuanto antes la razón de querer verme. Supongo que tendrá un hogar en alguna parte al cual desea regresar.

—Pero, si un hombre tiene corazón, ¿no es lógico que quiera ver a un viejo amigo, Nick?, no puedo evitar llamarte Nick, siempre te llamábamos el joven Nick cuando supimos que querías casarte con la vieja viuda. Algunos decían que tenías un parecido familiar con el viejo Nick, pero de eso tuvo la culpa tu madre por llamarte Nicholas. ¿Es que no te alegras de verme otra vez? Esperaba que me invitaras a quedarme contigo en algún bonito lugar. Mi propio hogar está deshecho ahora que ha muerto mi mujer. No estoy apegado a ningún lugar, igual me da instalarme aquí que en cualquier otro sitio.

—¿Puedo preguntarle por qué volvió de América? Consideré que el enorme deseo que manifestó de marcharse allí, cuando se le proporcionó una suma adecuada, suponía un compromiso de permanecer allí de por vida.

—Nunca he sabido que el deseo de ir a un sitio fuera lo mismo que el deseo de quedarse. Pero estuve allí unos diez años; no me apeteció quedarme más. Y no pienso volver, Nick —y el señor Raffles guiñó lentamente el ojo mientras miraba al señor Bulstrode.

—¿Quiere dedicarse a algún negocio? ¿Qué hace ahora? Pues muchas gracias, pero me dedico a disfrutar cuanto puedo. Ya no me interesa trabajar. De hacer algo sería en el ramo del tabaco o algo así, cosas que proporcionan una compañía agradable. Pero no sin un contante que me respalde. Eso es lo que quiero: no soy tan fuerte como antes, Nick, aunque tenga mejor color que tú. Quiero un contante.

—Se le podría proporcionar si se comprometiera a mantenerse alejado —dijo el señor Bulstrode con tal vez demasiada ansia en su tono.

—Eso será según me convenga —dijo Raffles con serenidad—. No veo motivo para no hacer unas cuantas amistades por esta zona. No me avergüenzo de mí mismo ante nadie. Dejé la maleta en el portazgo cuando me apeé, muda de lino, auténtico, ¡palabra de honor!, no sólo pecheras y puños; y con este traje de luto, con tirillas y todo eso, te haría quedar bien entre los peces gordos de aquí —el señor Raffles había apartado la silla y se inspeccionaba, sobre todo las tirillas. Su objetivo primordial era molestar a Bulstrode, pero verdaderamente pensaba que su aspecto actual produciría una buena impresión, y que no sólo era de buen ver e ingenioso sino que vestía de luto con un estilo que sugería sólidas relaciones.

—Si pretende de algún modo depender de mí, señor Raffles —dijo Bulstrode tras una pequeña pausa—, tendrá que acoplarse a mis deseos.

—¡Por supuesto! —dijo Raffles con burlona cordialidad—. ¿Acaso no lo hice siempre? ¡Cielos!, bien que me utilizaste y bien poco que saqué yo en limpio. Desde entonces a menudo he pensado que mejor me hubiera ido si le hubiera dicho a la vieja que habían encontrado a su hija y a su nieto: hubiera estado más de acuerdo con mis sentimientos, tengo un punto débil en el corazón. Pero a estas alturas habrás ya enterrado a la anciana y ya todo le da igual. Y tú hiciste fortuna de aquel asunto rentable que contaba con tantas bendiciones. Eres un pez gordo, compras tierras, eres un bajá rural. ¿Sigues siendo un disidente, no? ¿Sigues siendo un devoto? ¿O te has pasado a la Iglesia anglicana porque es más elegante?

Esta vez el guiño lento y el leve asomo de lengua del señor Raffles fue peor que una pesadilla porque encerraba la certeza de que no era tal sino un azote muy real. El señor Bulstrode sintió unas náuseas estremecedoras y guardó silencio, pero consideraba con diligencia si no sería mejor dejar que Raffles hiciera lo que quisiera y simplemente desafiarle por calumniador.

No tardaría en mostrarse lo bastante infame como para que la gente dejara de creerle. «Pero no cuando cuenta de ti una fea verdad», le dijo una conciencia lúcida. Y de nuevo: no parecía malo mantener a Raffles alejado; pero el señor Bulstrode se resistía a mentir directamente negando afirmaciones ciertas. Una cosa era echar la vista atrás sobre pecados perdonados, aún más, explicar una dudosa conformidad con las costumbres relajadas, y otra adentrarse deliberadamente en el terreno de la obligación de mentir.

Pero puesto que Bulstrode no hablaba, Raffles continuó perorando, como manera de aprovechar el tiempo al máximo.

—Yo no he tenido tan buena suerte como tú ¡caray! Las cosas me fueron fatal en Nueva York; esos yanquis son unos desaprensivos y un hombre de sentimientos caballerosos no tiene nada que hacer con ellos. Me casé al volver…, una mujer agradable en el ramo del tabaco… me apreciaba mucho…, pero el negocio era limitado, como decimos nosotros. La había instalado en eso un amigo hacía muchos años; pero había un hijo de más en todo el asunto. Josh y yo nunca nos llevamos bien. De todos modos saqué el máximo provecho de la situación y siempre he bebido en buena compañía. Todo en mi vida ha sido honrado; soy tan claro como el día. No te enfadarás porque no te haya buscado antes, me aqueja un mal que me hace ir algo lento. Pensé que seguías comerciando y rezando en Londres y no te encontré allí. Pero ya ves que te he sido enviado, Nick… tal vez como una bendición para ambos.

El señor Raffles concluyó con un jocoso resoplido: no había hombre que se sintiera intelectualmente más superior a la hipocresía religiosa. Y si se puede llamar intelecto a la astucia que opera con los sentimientos más mezquinos de los hombres, él poseía su pedazo, pues bajo la forma brusca y bravucona con la que hablaba al señor Bulstrode, había una evidente selección en sus comentarios, como si fueran otras tantas jugadas de ajedrez. Entretanto, el señor Bulstrode había decidido su jugada y dijo con decisión:

—Haría bien en reflexionar, señor Raffles, en que es posible extralimitarse en el esfuerzo por obtener ventajas desmedidas. Pese a no tener para con usted obligación alguna, estoy dispuesto a proporcionarle una renta anual con regularidad, en pagos cuatrimestrales, siempre y cuando usted prometa permanecer alejado de este vecindario. En sus manos está la elección. Si insiste en quedarse aquí, aunque sea por poco tiempo, no obtendrá nada de mí. Negaré conocerle.

—¡Ja, ja! —dijo Raffles con una afectada risotada—, eso me recuerda al bromista del ladrón que se negó a reconocer al policía.

—Sus alusiones sobre mí son papel mojado —dijo Bulstrode con ira —, la ley nada tiene contra mí ni por mediación suya ni de otra persona.

—No entiendes un chiste, amigo mío. Tan sólo quise decir que yo nunca negaría conocerte a ti. Pero hablemos en serio. Tu pago cuatrimestral no me va del todo. Me gusta ser libre.

Aquí Raffles se levantó y caminó un poco por la habitación, balanceando las piernas y adoptando un aire de profunda meditación. Finalmente se paró frente a Bulstrode y dijo:

—¡Ya sé! Dame un par de cientos… vamos, eso es poco… y me iré… ¡palabra de honor!… recogeré mi maleta y me marcharé. Pero no renunciaré a mi libertad por una cochina renta anual. Iré y vendré donde me plazca. Quizá me interese estar lejos y mantener correspondencia con un amigo; quizá no. ¿Tienes aquí el dinero?

—No, tengo cien —dijo Bulstrode sintiendo que la liberación inmediata de Raffles era un alivio demasiado grande como para rechazarlo sobre la base de futuras incertidumbres—. Le mandaré las otras cien si me deja una dirección.

—No, esperaré aquí hasta que las traigas —dijo Raffles—. Daré un paseo tomaré algo y para entonces estarás de vuelta.

El cuerpo enfermizo del señor Bulstrode, destrozado por las tribulaciones que había pasado desde la noche anterior, le hacía sentirse abyectamente en poder de este hombre desentonante e invulnerable. En aquel momento se aferró a un reposo temporal al precio que fuera. Se estaba poniendo en pie para hacer lo que había sugerido Raffles cuando éste último dijo, levantando el dedo como recordando algo de repente:

—Intenté encontrar a Sarah otra vez, aunque no te lo dijera; me remordía la conciencia aquella joven tan bonita. No la encontré, pero averigüé el apellido de su marido y lo anoté. Pero perdí la agenda, maldita sea. De todos modos, si lo volviera a oír lo reconocería. Retengo las facultades como en mis mejores tiempos, pero los nombres se me escapan ¡caramba! A veces soy como un maldito formulario de impuestos antes de rellenarlo. De todas formas, si sé algo de ella y de su familia, te lo diré Nick. Querrás hacer algo por ella ahora que es tu hijastra.

—Indudablemente —dijo el señor Bulstrode con la acostumbrada mirada sostenida de sus ojos gris claro—; aunque eso podría mermar mis posibilidades de ayudarle a usted.

Al salir de la habitación Raffles guiñó un ojo lentamente hacia la espalda del señor Bulstrode y luego se volvió hacia la ventana para ver cómo se alejaba a caballo el banquero… virtualmente en sus manos. Sus labios se fruncieron esbozando primero una sonrisa para abrirse a continuación en una breve carcajada triunfal.

—Pero, ¿cómo demonios se llamaba? —dijo de pronto, medio en alto, rascándose la cabeza y frunciendo el entrecejo. Ni le había importado ni había pensado en su desmemoria hasta que se le ocurrió en el transcurso de su invención de molestias para con Bulstrode.

—Empezaba por ele; creo recordar que casi todo eran eles —prosiguió, con la sensación de que le volvía el escurridizo apellido. Pero era un asidero demasiado leve y pronto se cansó de esta persecución mental, pues pocos hombres se impacientaban más con una ocupación solitaria o tenían mayor necesidad de hacerse oír constantemente que el señor Raffles. Prefería ocupar su tiempo en agradable conversación con el administrador y el ama de llaves, de quien obtuvo cuanta información quiso acerca de la posición del señor Bulstrode en Middlemarch.

Después de todo, sin embargo, siguió habiendo un aburrido espacio de tiempo que tuvo que aliviar con pan, queso y cerveza, y cuando se halló sentado a solas en el salón con este abastecimiento, de pronto se dio una palmada en la rodilla y exclamó: «¡Ladislaw!».

La acción de la memoria que había tratado de poner en marcha y que, desesperado, había abandonado, se había completado de repente sin un esfuerzo consciente una experiencia común, grata como un estornudo completo, aunque el nombre que se recuerde carezca de valor. Raffles sacó inmediatamente la agenda y apuntó el nombre, no porque esperara tener que usarlo sino simplemente por no sentirse perdido si lo necesitaba en algún momento. No pensaba decírselo a Bulstrode: no obtendría de ello ningún beneficio y para una mente como la del señor Raffles siempre existe en un secreto la posibilidad de algún beneficio.

Estaba satisfecho del éxito obtenido y a las tres de ese mismo día ya había recogido su maleta en el portazgo y subido a la diligencia, aliviando los ojos del señor Bulstrode de una fea mancha negra en el paisaje de Stone

Court, pero sin librarle del temor de que la mancha negra pudiera reaparecer y convertirse en parte inseparable de su propia chimenea.

LIBRO VI

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

CAPÍTULO UNO

Aquella preciosa mañana en la que los almiares de Stone Court perfumaban con imparcialidad el aire como si el señor Raffles hubiera sido un invitado digno del más exquisito incienso, Dorothea volvía de nuevo a Lowick Manor. Freshitt se había vuelto un poco opresivo después de tres meses: sentarse como modelo para una Santa Catalina y mirar con arrobo al hijo de Celia no satisfacía demasiadas horas del día, y permanecer en presencia de tan significante criatura con tenaz desinterés era algo qué no se le hubiera permitido a una hermana sin hijos. Dorothea gustosa, hubiera podido llevar al niño en brazos dos kilómetros si hubiera hecho falta y quererle aún más por el esfuerzo realizado; pero para una tía que no considera a su pequeño sobrino como Buda y no sabe hacer con él más que admirarlo, su comportamiento tiende a resultar monótono y el interés en su observación limitado.

Esta posibilidad se le escapaba a Celia que pensaba que la viudedad sin hijos de Dorothea encajaba muy bien con el nacimiento del pequeño Arthur (así llamado en atención al señor Brooke).

—Dodo es el tipo de persona a quien le da igual no tener nada suyo… ¡ni hijos ni nada! —le dijo Celia a su esposo—. Y si hubiera tenido un niño jamás hubiera podido ser tan encanto como Arthur, ¿verdad, James?

—No, si se hubiera parecido a Casaubon —dijo Sir James, consciente de cierta insinuación en su respuesta y de mantener una opinión absolutamente privada respecto de las perfecciones de su primogénito.

—¡Claro que no! ¿Te imaginas? La verdad es que ha sido una bendición —dijo Celia—, y creo que le va a ir muy bien a Dodo ser viuda. Puede querer a nuestro hijo como si fuera suyo y puede seguir teniendo las ideas que quiera.

—Es una pena que no haya sido reina —dijo el devoto Sir James.

—Pero entonces, ¿qué habríamos sido nosotros? Tendríamos que haber sido otra cosa —dijo Celia, objetando a tan laborioso ejercicio de la imaginación—. Me gusta más como es.

Por tanto, cuando descubrió que Dorothea preparaba su vuelta definitiva a Lowick, Celia enarcó las cejas con disgusto y con su tranquilidad y poca pretensión típicas lanzó su punzada de sarcasmo.

—¿Qué vas a hacer en Lowick, Dodo? Tú misma dices que no hay nada que hacer, que todo el mundo es tan limpio y vive tan bien que te pones muy melancólica. Y aquí has sido tan feliz, yendo por Tipton con el señor Garth y metiéndote en los peores traspatios. Y ahora que el tío está en el extranjero tú y el señor Garth podríais hacer lo que quisierais; y estoy segura de que James hace cuanto le pides.

—Vendré a menudo y además, así comprobaré mejor cuánto crece el niño —dijo Dorothea.

—Pero no verás cómo le bañamos —dijo Celia—, y ésa es la mejor parte del día —le parecía tan duro que Dodo se marchara pudiendo quedarse que casi hizo un puchero.

—Mi querida Kitty, vendré a pasar una noche sólo para verlo —dijo Dorothea—, pero ahora quiero estar sola, y en —mi propia casa. Quiero conocer mejor a los Farebrother, y hablar con el señor Farebrother sobre lo que hay que hacer en Middlemarch.

La innata fuerza de voluntad de Dorothea ya no se transformaba en decidida sumisión. Tenía muchas ganas de estar en Lowick y estaba decidida a marcharse, sin sentirse obligada a comunicar todas las razones. Pero cuantos la rodeaban estaban en desacuerdo. Sir James se sentía muy dolido y propuso que todos emigraran a Cheltenham durante unos meses con el arca sagrada, también llamada cuna: en aquellos tiempos un hombre no sabía qué más proponer si Cheltenham quedaba rechazado.

La viuda Lady Chettam, que acababa de regresar de la ciudad de ver a su hija, deseaba que al menos se escribiera a la señora Vigo invitándola a aceptar el puesto de dama de compañía de la señora Casaubon: no era pensable que Dorothea, viuda joven, tuviera la intención de vivir sola en la casa de Lowick. La señora Vigo había sido lectora y secretaria de personajes reales, y en cuanto a conocimientos y sensibilidad ni siquiera Dorothea podría ponerle pegas.

En privado, la señora Cadwallader dijo:

—Convéncete de que te volverás loca sola en aquella casa, hija. Tendrás visiones. Todos tenemos que esforzarnos un poco por mantenernos cuerdos, y llamar a las cosas por el mismo nombre que los demás. Claro que para los segundones y las mujeres sin dinero, el volverse loco es una especie de solución porque entonces alguien les cuida. Pero tú no debes caer en eso. Supongo que aquí te aburres un poco con nuestra buena Lady Chettam, pero piensa en lo pesada que tú misma podrías resultarles a los demás si siempre hicieras de reina de la tragedia y te tomaras todo por lo sublime. Sentada sola en esa biblioteca de Lowick podrías llegar a pensar que riges la meteorología; debes rodearte de personas que no te creyeran, aunque se lo dijeras. Esa suele ser una buena medicina para bajar los humos.

—Jamás llamé a nada por el mismo nombre que los que me rodean —dijo Dorothea con firmeza.

—Y supongo que habrás descubierto tu error, hija mía —dijo la señora Cadwallader—, y eso es prueba de cordura. Dorothea captó la punzada, pero no le dolió.

—No —dijo— sigo pensando que la mayoría de las personas se equivocan respecto a muchas cosas. Se debe poder estar cuerdo y no obstante pensar eso, ¿no?, puesto que la mayoría de las personas a menudo han tenido que cambiar de parecer.

La señora Cadwallader no le dijo más a Dorothea sobre aquel punto, pero a su esposo le comentó:

—Le hará mucho bien casarse de nuevo en cuanto sea decoroso, si es que consiguiéramos rodearla de gente apropiada. A los Chettam no les gustaría, claro está. Pero yo veo claramente que un marido es lo idóneo para centrarla. Si no fuéramos tan pobres invitaría a Lord Triton. Algún día será marqués y no se puede negar que Dorothea sería una buena marquesa. Está más guapa que nunca de luto.

—Mi querida Elinor, deja, por favor en paz a la pobre mujer. Estas maquinaciones no sirven de nada —dijo el apacible rector.

—¿Que no sirven de nada? ¿Cómo se hacen las bodas si no juntando a hombres y mujeres? Y es una pena que su tío se zafe y cierre Tipton Grange justo ahora. Es el momento de que en Tipton Grange y Frehitt Hall invitaran a varios buenos partidos. Lord Triton es exactamente la persona: lleno de planes para hacer feliz a la gente de una manera un tanto simplona. Eso le iría estupendamente a la señora Casaubon.

—Deja que la señora Casaubon escoja por sí misma, Elinor.

—¡Esas son las bobadas que decís vosotros los sabios! ¿Cómo va a escoger si no tiene dónde elegir? La elección de una mujer suele significar aceptar al único hombre que tiene a mano. Créeme, Humphrey. Si sus parientes no se lo toman en serio, ocurrirán cosas peores que lo de Casaubon.

—¡Por el amor de Dios, Elinor, no toques ese tema! Es un asunto espinoso para Sir James y se ofendería mucho si se lo mencionaras gratuitamente.

—Nunca lo he hecho —dijo la señora Cadwallader, abriendo las manos—. Celia me dijo lo del testamento desde el principio, sin que yo le preguntara nada.

—Ya, ya, pero quieren acallar el asunto y tengo entendido que el joven se marcha de esta vecindad.

La señora Cadwallader guardó silencio, pero inclinó la cabeza significativamente tres veces hacia su marido con una expresión muy sarcástica en sus ojos oscuros.

—A pesar de los reproches e intentos por convencerla, Dorothea mantuvo su decisión firmemente. Así pues, a finales de junio, las contraventanas se abrieron en Lowick Manor y la mañana entró suavemente en la biblioteca, iluminando las hileras de cuadernos del mismo modo que ilumina el cansino páramo cuajado de grandes piedras, mudos testigos de una fe olvidada; y el atardecer cargado de rosas entró silencioso en la salita azul verdosa donde Dorothea solía estar. Al principio se paseó por todas las habitaciones, interrogándose sobre los dieciocho meses de su vida de casada y prosiguiendo sus pensamientos como si se tratara de un discurso que su marido tenía que oír. Más tarde se detuvo en la biblioteca y no descansó hasta no haber dispuesto todos los cuadernos como se imaginó que él hubiera querido verlos, en secuencia ordenada. Incluso cuando, mentalmente indignada, regañaba con él y le decía que era injusto, la piedad que había sido el principal motivo para refrenarse durante su vida en común, seguía impregnando la imagen de su esposo. Una pequeña acción de Dorothea tal vez produzca una sonrisa, por supersticiosa. Guardó y selló cuidadosamente el «Listado sinóptico para uso de la señora Casaubon» escribiendo dentro en el sobre:

«No podría usarlo. ¿No ves ahora que no podría someter mi alma a la tuya, trabajando inútilmente en algo que no creo? Dorothea».

Dejó el sobre en su propio escritorio.

Aquel coloquio silencioso tal vez fuera más intenso porque subyacente a él y atravesándolo se imponía el profundo deseo que realmente había motivado su regreso a Lowick. El deseo era ver a Will Ladislaw. No veía el bien que pudiera resultar de un encuentro: estaba impotente, con las manos atadas, por haber intentado compensarle por la injusticia que le había deparado el destino. Pero su alma ansiaba verle. ¿Cómo podía ser de otro modo? Si en los días en que existía el encantamiento, una princesa hubiera visto a un animal cuadrúpedo, de los que viven en rebaños, acudir a ella una y otra vez con una mirada humana de preferencia y súplica, ¿en qué pensaría durante sus viajes? ¿Qué buscaría cuando los rebaños pasaran junto a ella? Sin duda aquella mirada que la había encontrado y que ella reconocería. La vida no sería más que oropel de noche o basura de día si el pasado no afectara a nuestro espíritu empujándolo hacia el brotar de anhelos y perseverancias. Era cierto que Dorothea quería conocer mejor a los Farebrother, y sobre todo hablar con el nuevo rector, pero también lo era que, recordando lo que Lydgate dijera acerca de Will Ladislaw y la menuda señorita Noble confiaba en que Will iría a Lowick a ver a la familia Farebrother. El primer domingo, antes siquiera de entrar a la iglesia, Dorothea le vio como le viera la última vez que estuvo allí, solo en el banco del vicario; pero cuando entró su figura había desaparecido.

Entre semana, cuando iba a visitar a las damas en la rectoría, escuchaba en vano por si dejaban caer alguna palabra sobre Will; pero parecía que la señora Farebrother hablaba de todas las personas de dentro y de fuera del vecindario menos de él.

—Es probable que algunos de los feligreses de Middlemarch del señor Farebrother vengan a escucharle alguna vez a Lowick. ¿No le parece a usted? —dijo Dorothea despreciándose un tanto por el motivo oculto de la pregunta.

—Lo harán si son sabios, señora Casaubon —dijo la anciana señora—. Veo que aprecia usted la predicación de mi hijo. Su abuelo materno fue un excelente clérigo, pero su padre se dedicó al derecho: fue, sin embargo un hombre ejemplar y honrado, razón por la cual nunca hemos sido ricos. Dicen que la Suerte es mujer y caprichosa. Pero en ocasiones es una mujer buena y le da a quien se lo merece, que es el caso suyo, señora Casaubon, que le ha dado a mi hijo un beneficio.

La señora Farebrother retomó su punto con una satisfecha dignidad ante su pequeño intento de oratoria, pero no era esto lo que Dorothea quería oír. ¡Pobrecilla! Ni siquiera sabía si Will Ladislaw seguía en Middlemarch, y no había nadie a quien se atreviera a preguntar, salvo a Lydgate. Pero en este momento no podía ver a Lydgate a no ser que lo hiciera llamar o fuera en su busca. Quizá Will Ladislaw, enterado de la extraña cláusula en su contra otorgada por el señor Casaubon, había pensado que era mejor que no volvieran a encontrarse, y tal vez ella estuviera equivocada al desear un encuentro al que todos los demás parecían oponerse con contundentes razones. No obstante, al final de aquellas sabias reflexiones y con la naturalidad con que llega un sollozo tras contener el aliento, venía el «aún lo deseo». Y el encuentro tuvo lugar, pero de una manera formal e inesperada.

Una mañana, alrededor de las once, Dorothea estaba sentada en su salita; ante ella un mapa de las tierras anexas a Lowick y otros papeles que debían ayudarla a hacer una relación exacta de sus ingresos y demás cuestiones económicas. No se había aún puesto a trabajar sino que estaba sentada con las manos cruzadas sobre el regazo, mirando por la avenida de tilos hasta los lejanos campos. Cada hoja descansaba a la luz del sol, la familiar escena permanecía inmutable y parecía reflejar la perspectiva de su vida, llena de un bienestar sin propósito y sin ningún propósito salvo que su propia energía encontrara razones para una actuación apasionada. La toca de viuda de aquellos tiempos constituía un marco ovalado para su rostro, que ceñía como una corona; el vestido era un experimento sobre la exuberancia de crespón; pero esta solemnidad de atuendo sólo conseguía que su rostro pareciera más joven, con una lozanía recobrada y el dulce e inquisitivo candor de sus ojos.

Su ensoñación se vio interrumpida por la entrada de Tantripp que vino a decirle que el señor Ladislaw se encontraba abajo y pedía permiso para ver a la señora si no era demasiado temprano.

—Le veré —dijo Dorothea levantándose al punto—. Que pase al cuarto de estar.

El cuarto de estar era para Dorothea la habitación más neutral de la casa, la que menos asociaba con las vicisitudes de su vida de casada: el damasco hacía juego con el enmaderado, que era blanco y dorado; había dos espejos largos y mesas vacías, en resumen, una habitación donde no había preferencias por sentarse en un lugar u otro. Estaba justo debajo de su propia salita y también tenía un mirador que daba a la avenida. Pero cuando Pratt hizo pasar allí a Will Ladislaw, el ventanal estaba abierto y un alado visitante que entraba y salía con típico zumbido sin importarle el mobiliario, hacía que la habitación pareciese menos formal y desusada.

—Me alegro de verle aquí de nuevo, señor —dijo Pratt deteniéndose para ajustar un estor.

—Sólo he venido a despedirme, Pratt —respondió Will, que deseaba que hasta el mayordomo supiera que tenía demasiado orgullo como para seguir cerca de la señora Casaubon ahora que era una viuda rica.

—Lo lamento mucho, señor —dijo Pratt retirándose. Por supuesto, como criado al que no se le contaba nada, conocía el dato que Ladislaw aún ignoraba y había sacado sus conclusiones; es más, estuvo plenamente de acuerdo con Tantripp, su prometida, cuando ésta dijo: «Tu amo estaba celoso como un mono y sin ninguna razón. O no la conozco, o la señora pica más alto que el señor Ladislaw. La doncella de la señora Cadwallader dice que va a venir un lord que se va a casar con ella cuando se quite el luto».

Will no tuvo mucho tiempo de pasearse con el sombrero en la mano antes de que entrara Dorothea. El encuentro difirió mucho del primero en Roma cuando Will había estado confuso y Dorothea tranquila. En esta ocasión el primero se sentía infeliz, pero decidido, mientras que ella se encontraba en un estado de turbación que no podía ocultar. Justo antes de cruzar la puerta Dorothea había sentido que este encuentro tan deseado resultaba finalmente, demasiado difícil, y cuando vio a Will avanzar hacia ella, el intenso rubor que era insólito en la señora Casaubon coloreó sus mejillas con dolorosa prontitud. Ninguno supo cómo fue, pero ninguno de los dos habló. Dorothea extendió la mano un instante y a continuación se sentaron junto a la ventana, ella en un sofá y él en otro enfrente. Will se encontraba particularmente incómodo: le chocaba en Dorothea que el mero hecho de haber enviudado ocasionara tal cambio en su manera de recibirle, y no conocía otra razón que hubiera podido afectar su anterior relación salvo que, como su imaginación le dictó al momento, los parientes de Dorothea le hubieran estado envenenando la mente con sus recelos hacia él.

—Espero no haberme tomado demasiadas libertades viniendo a visitarla —dijo Will—; no soportaba la idea de marcharme de aquí e iniciar una nueva vida sin verla para despedirme.

—¿Demasiadas libertades? Claro que no. Me hubiera parecido inicuo por su parte no querer verme —dijo Dorothea, su hábito de hablar con total franqueza abriéndose paso por entre la incertidumbre y confusión—. ¿Se marcha inmediatamente?

—Creo que muy pronto. Tengo la intención de ir a Londres y hacerme abogado, ya que, dicen, es la preparación necesaria para todas las facetas de la vida pública. Habrá mucho trabajo político que hacer a la larga y pienso intentar llevar a cabo parte de él. Otros hombres que carecen de familia y de dinero han conseguido labrarse una posición honrosa.

—Y eso hará que sea aún más honrosa —dijo Dorothea con ardor—. Además es usted un hombre muy dotado. Sé por mi tío lo bien que habla en público, hasta el punto de que todos lamenten cuando acaba, y la claridad con que explica las cosas. Y se preocupa de que la justicia llegue a todos. Me alegro mucho. Cuando estábamos en Roma, pensé que sólo le importaban la poesía y el arte y las cosas que adornan la vida de quienes tenemos dinero. Pero ahora sé que le interesa el resto del mundo.

—Mientras hablaba Dorothea había ido perdiendo la turbación y recobrando su manera de ser habitual. Miró a Will a los ojos, llena de satisfacción y confianza.

—¿Aprueba entonces el que me marche durante años y no vuelva hasta haberme labrado una posición en el mundo? —dijo Will intentando reconciliar el máximo de orgullo con el máximo esfuerzo por obtener de Dorothea una manifestación de afecto fuerte.

No supo cuánto tardó en contestar. Había vuelto la cabeza y miraba por la ventana a los rosales que parecían encerrar los estíos de todos los años que Will estaría ausente. No era un comportamiento juicioso. Pero Dorothea nunca estudiaba sus gestos y sólo pensó en aceptar la triste necesidad que la separaba de Will. Sus primeras palabras acerca de sus intenciones parecían aclararlo todo: supuso que Will conocía la actitud final del señor Casaubon hacia él y le había impactado de la misma forma que a ella. Will no había sentido por ella más que amistad, nunca había pensado nada que justificara lo que Dorothea consideraba como un ultraje de su marido hacia los sentimientos de ambos: y esa amistad seguía existiendo. Algo que podría llamarse un quedo sollozo interior se produjo en Dorothea antes de que dijera, con una voz pura que sólo tembló con las últimas palabras, como si fuera fruto de su líquida flexibilidad:

—Sí, debe de estar bien hacer lo que dice. Me alegraré mucho cuando sepa que ha conseguido que se reconozca su valía. Pero deberá tener paciencia. Quizá se precise mucho tiempo.

Will nunca supo bien cómo evitó echarse a sus pies cuando Dorothea profirió el «mucho tiempo» con su suave temblor. Solía decir que el horrible color y tacto del vestido de crespón bastaron, probablemente, como fuerza controladora. Sin embargo, permaneció quieto y sentado y sólo dijo:
—No sabré de usted nunca. Y se olvidará de mí.

—No —dijo Dorothea—. Nunca le olvidaré. Nunca me he olvidado de nadie a quien he conocido. En mi vida no ha habido multitudes y no parece probable que las haya. Y tengo mucho sitio para los recuerdos en Lowick, ¿no le parece? —Dorothea sonrió.

—¡Dios mío! —exclamó Will apasionadamente, levantándose con el sombrero aún en las manos y caminando hacia una mesa de mármol donde se dio la vuelta de repente apoyándose contra ella. La sangre se le había agolpado en el rostro y en el cuello, y casi parecía irritado. Le había dado la impresión de que eran dos seres que lentamente se iban convirtiendo en mármol, en presencia el uno del otro, en tanto que sus corazones seguían vivos y sus ojos anhelantes. Pero era inevitable. Jamás consentiría que este encuentro, al que había acudido con amarga decisión, concluyera con una confesión que pudiera interpretarse como un pedirle a Dorothea su fortuna. Además, era cierto que Will temía el resultado que tal confesión surtiera sobre la propia señora Casaubon.

Ella le miró con preocupación desde donde estaba sentada, temiendo que quizá sus palabras hubieran encerrado algo de ofensivo. Pero subsistía al tiempo el pensamiento respecto a la probable necesidad de Will y la imposibilidad que ella tenía para ayudarle. ¡De haber estado su tío en casa, de alguna manera hubiera podido mediar para ayudarle! Fue esta preocupación por las penurias económicas de Will mientras ella disfrutaba de lo que hubiera debido tocarle a él lo que la indujo a decir, al ver que ni hablaba ni la miraba:

—Me pregunto si quisiera quedarse con la miniatura que está colgada arriba —me refiero a la preciosa miniatura de su abuela. No creo que esté bien que la tenga yo si la quisiera usted. Se parecen extraordinariamente.

—Es usted muy amable —dijo Will con irritación—. No; no tengo ningún interés. No es muy consolador tener el retrato de uno mismo. Lo sería más si otros quisieran tenerlo.

—Pensé que le gustaría alimentar su recuerdo… pensé… —Dorothea se interrumpió al instante, alertada de pronto de la conveniencia de evitar la historia de la tía Julia—, que le gustaría tener la miniatura como un recuerdo de familia.

—¿Por qué iba a querer eso si no tengo nada más? Quien tiene una maleta por único haber debe guardar sus recuerdos en la cabeza.

Will hablaba al azar, dando rienda suelta a su irritación; era un poco demasiado desesperante el que en esos momentos le ofrecieran el retrato de su abuela. Pero sus palabras hirieron a Dorothea de forma especial. Se levantó, y con un punto de indignación además de altivez dijo:

—De los dos, es usted el más feliz, señor Ladislaw, por no tener nada.

Will se sorprendió. Cualquiera que fuera el sentido de las palabras, el tono parecía de despedida, y abandonando su postura de apoyo en la mesa dio unos pasos hacia ella. Sus ojos se encontraron, pero con una extraña e inquisitiva seriedad. Algo separaba sus mentes y cada uno hubo de preguntarse qué pasaba por la del otro. Will jamás había creído tener derecho a las propiedades que Dorothea había heredado y hubiera precisado una larga explicación para poder entender lo que ella sentía en esos momentos.

—Nunca hasta ahora había considerado que el no poseer nada fuera una desgracia —dijo—. Pero la pobreza puede ser tan mala como la lepra, si nos separa de lo que más queremos.

Las palabras emocionaron a Dorothea y la hicieron ablandarse. Respondió en tono de triste solidaridad.

—El dolor llega de tantas formas… Hace dos años no lo sabía, me refiero a las maneras insospechadas en las que nos llegan los contratiempos, atándonos las manos y obligándonos a guardar silencio cuando desearíamos hablar. Solía despreciar un poco a las mujeres por no moldear más sus propias vidas y no hacer cosas mejores. Me gustaba mucho hacer lo que quería, pero casi he desistido —concluyó, sonriendo juguetonamente.

—Pues yo no he desistido de hacer lo que quiero, pero casi nunca puedo hacerlo —dijo Will. Se encontraba a un metro de ella, la mente llena de impulsos y resoluciones contradictorias, anhelando alguna prueba clara de que ella le amaba y al tiempo temiendo la posición en la que dicha prueba le pondría—. Puede que lo que uno más quiere esté rodeado de condiciones intolerables.

En este momento entró Pratt y dijo:

—Señora, Sir James Chettam está en la biblioteca.

—Dígale que pase aquí —dijo Dorothea al instante. Fue como si la misma descarga eléctrica les hubiera afectado a los dos: Will y Dorothea sintieron cada uno el peso del orgullo y no se miraron mientras esperaron la entrada de Sir James. Tras darle la mano a Dorothea, Sir James dirigió la mínima inclinación de cabeza a Ladislaw, quien correspondió exactamente, y a continuación volviéndose hacia Dorothea dijo:

—Debo despedirme, señora Casaubon, y probablemente por mucho tiempo.

Dorothea extendió la mano y se despidió con cordialidad. La sensación de que Sir James despreciaba a Will y no se estaba portando con educación, provocó en ella una actitud resuelta y digna y no dejó traslucir ni un ápice de turbación. Y cuando Will hubo salido de la habitación, miró a Sir James con un autocontrol tan sereno, diciendo «¿Cómo está Celia?» que su cuñado hubo de comportarse como si nada le hubiera amohinado. ¿Y de qué serviría comportarse de otro modo? Sir James rechazaba tanto la asociación, incluso mentalmente, de Dorothea con Ladislaw como su posible amante, que él mismo hubiera querido evitar una muestra externa de desagrado que hubiera confirmado la molesta posibilidad. Si alguien le hubiera preguntado la razón de su rechazo, no estoy segura de que su primera respuesta hubiera sido ni más extensa ni más concreta que «¡ese Ladislaw!» si bien tras reflexionar tal vez esgrimiera que el codicilo del señor Casaubon, vetando, o en su caso, penalizando, el matrimonio de Dorothea con Will, bastaba para descartar cualquier relación entre ellos. Su aversión era tanto más fuerte puesto que se sentía incapacitado para intervenir.

Pero Sir James constituía una fuerza insospechada por él mismo. Su entrada en aquel momento supuso la representación de los principales motivos que impulsaron al orgullo de Will a convertirse en una fuerza repelente, apartándole de Dorothea.

CAPÍTULO DOS

La juventud es la estación de la esperanza, a menudo sólo lo es en el sentido de que nuestros mayores se sienten esperanzados respecto a nosotros, pues no hay tan dispuesta a creer que sus emociones, separaciones y decisiones son las últimas de su especie. Cada crisis parece definitiva, sólo por el hecho de ser nueva. Nos dicen que a los más viejos habitantes del Perú no cesan de inquietarles los terremotos, pero es probable que vean más allá de cada sacudida y piensen que quedan muchos por delante.

A Dorothea, aún en esa época de la juventud en la que los ojos de largas y espesas pestañas siguen, tras su lluvia de lágrimas, tan límpidos y descansados como una flor de pasión recién abierta, la despedida de Will Ladislaw de aquella mañana le pareció el final de su relación personal. Se sumergía en la distancia de años desconocidos, y si algún día regresaba, sería un hombre diferente. El estado mental de Will —su altiva decisión de anular de antemano cualquier sospecha de que haría el papel de aventurero menesteroso en busca de una mujer rica— se escapaban por completo a la imaginación de Dorothea y, sin ninguna dificultad, había interpretado su comportamiento suponiendo que, como a ella, el codicilo del señor Casaubon le parecía una burda y cruel prohibición a cualquier amistad activa entre ellos. El gozo juvenil que experimentaban al hablarse y decirse lo que a nadie más le interesaría oír, había terminado para siempre, convirtiéndose en un tesoro del pasado. Esta era precisamente la razón para que Dorothea se recreara en ello sin la menor reserva interior. También había muerto aquella felicidad singular, y en su sombría y silenciosa cámara daría rienda suelta al apasionado dolor del que ella misma se sorprendía. Por primera vez descolgó la miniatura de la pared y la puso ante ella, gustando de fundir a aquella mujer a quien se había juzgado con excesiva dureza con el nieto a quien su propio corazón y criterio defendían. Quien haya disfrutado de la ternura de una mujer ¿podrá reprocharle a Dorothea que tomara el pequeño cuadro ovalado en la palma de la mano y lo acunara contra su mejilla como si ello pudiera calmar a la criatura que había sufrido una condena injusta? Desconocía entonces que era el Amor quien la había visitado brevemente, como en un sueño antes de despertar, las alas llenas de los colores de la mañana; que era el Amor de quien se despedía con sollozos mientras que el inocente rigor del obligado día desterraba su imagen. Sólo sentía que en su destino había algo irrevocablemente desatinado y perdido, lo que facilitó que pudiera plasmar sus pensamientos sobre el futuro en decisiones. Las almas ardientes, dispuestas a construir sus vidas futuras, tienden a comprometerse a cumplir sus propias visiones.

Un día en que fue a Freshitt a cumplir su promesa de quedarse a pasar la noche y ver cómo se bañaba el bebé, la señora Cadwallader fue a cenar, pues el rector se hallaba en una excursión pesquera. Era una noche cálida e incluso en el delicioso cuarto de estar, desde cuya ventana abierta el hermoso y vetusto césped descendía hacia el estanque de nenúfares y los montículos bien cuidados, hacía el suficiente calor para que Celia, con su traje de muselina blanca y suaves bucles se compadeciera de lo que debía sentir Dodo con su traje negro y apretada toca. Pero esto no fue hasta que no concluyeron ciertos episodios relacionados con el bebé y su mente quedó libre de intranquilidades. Llevaba un tiempo sentada abanicándose cuando dijo con su voz tranquila y un poco gutural:

—Dodo, cariño, quítate esa toca, por favor. Estoy segura de que esa vestimenta te tiene que poner enferma.

—Estoy ya tan acostumbrada a ella… es como una especie de concha —dijo Dorothea sonriendo—. Me siento un poco desnuda cuando no la llevo.

—Tengo que quitártela: nos da calor a todos —dijo Celia, dejando el abanico a un lado y dirigiéndose a Dorothea. Constituía un tierno cuadro ver a esta dama menuda vestida de blanco desabrochándole la toca de viuda a su hermana, más majestuosa, y dejándola sobre una silla. Justo en el instante en que los rizos y trenzas color castaño quedaron liberados, Sir James entró en la habitación y dijo «¡Ah!» con satisfacción.

—He sido yo, James —dijo Celia—. No hace falta que Dodo haga de su luto semejante esclavitud; no tiene por qué llevar más esa toca delante de su familia.

—Mi querida Celia —dijo Lady Chettam—, una viuda debe guardar luto por lo menos un año.

—No si se casa antes —dijo la señora Cadwallader que experimentaba cierto placer sorprendiendo a su buena amiga, la madre de Sir James. Este se sintió molesto y se inclinó para jugar con el perro maltés de Celia.

—Espero que eso ocurra en contadas ocasiones —dijo Lady Chettam en un tono disuasorio de semejantes ocurrencias—. Ninguna de nuestras amistades se ha comprometido de esa manera excepto la señora Beevor y le resultó muy doloroso a Lord Grinsell que lo hiciera. ¡Su primer marido reunía muchas pegas!, lo cual hizo que la sorpresa fuera aún mayor. Y fue severamente castigada por ello. Dicen que el capitán Beevor la arrastraba por los pelos y la amenazaba con pistolas cargadas.

—¡Claro, si eligió mal! —dijo la señora Cadwallader que estaba de un humor decididamente perverso—. En esos casos, el matrimonio siempre es malo, sea el primero o el segundo. La prioridad es una mala recomendación para un marido si carece de otra. Yo preferiría tener un buen segundo esposo que un primero indiferente.

—Hija mía, esa lengua tuya tan inteligente te pierde —dijo Lady Chettam—. Estoy segura de que serías la última mujer que se casara prematuramente, si falleciera nuestro querido rector.

—No prometo nada, podría ser una economía necesaria. Creo que no es ilegal volverse a casar, de lo contrario bien podríamos ser hindúes en vez de cristianos. Claro que si una mujer acepta al hombre inadecuado tiene que sufrir las consecuencias, y una que repite la equivocación se merece cuanto le ocurra. Pero si puede casarse con alguien de buena cuna, buena presencia y valentía… cuanto antes mejor.

—Creo que el tema de nuestra conversación está muy mal elegido —dijo Sir James con gesto de desagrado—. ¿Por qué no lo cambiamos?

—Que no sea por mí, Sir James —dijo Dorothea dispuesta a no dejar pasar la oportunidad de liberarse de ciertas soslayadas referencias a estupendos partidos—. Si están hablando por mí, les aseguro que no hay tema que me resulte más indiferente e impersonal que el de unas segundas nupcias. No me afecta más que si hablaran de mujeres que van a la caza de zorros: tanto si es admirable que lo hagan como si no lo es, no las seguiré. Dejen que la señora Cadwallader disfrute con ese tema tanto como con cualquier otro.

—Mi querida señora Casaubon —dijo Lady Chettam con su tono más regio—, espero que no creyera que le hacía alguna alusión a usted cuando mencioné a la señora Beevor. Fue tan sólo un ejemplo que se me ocurrió. Era la hijastra de Lord Grinsell; él se casó con la señora Teveroy en segundas nupcias. ¿Cómo iba a haber alguna alusión a usted?

—No, no —dijo Celia—. Nadie eligió el tema; ha sido todo por la toca de Dodo. La señora Cadwallader no hizo más que decir la verdad. Una mujer no se puede casar llevando una toca de viuda, James.

—¡Calla, hija, calla! No volveré a causar ofensa. Ni siquiera haré mención de Dido y Zenobia. Así que ¿de qué vamos a hablar? Yo por mi parte descarto la discusión sobre la naturaleza humana, porque esa es la naturaleza de las esposas de los rectores.

Más tarde, cuando la señora Cadwallader se hubo marchado, Celia le dijo en privado a Dorothea:

—La verdad, Dodo, quitarte la toca te hizo ser tú misma de nuevo, y por más de un motivo. Manifestaste tu opinión como solías hacer, cuando se decía algo que te disgustaba. Pero no entendí bien si fue a causa de James o de la señora Cadwallader.

—De ninguno de los dos —dijo Dorothea—. James habló movido por su delicadeza hacia mí, pero estaba equivocado al suponer que me molestaba lo que decía la señora Cadwallader. Sólo me molestaría de existir una ley que me obligara a aceptar cualquier ejemplar de buena cuna y presencia que ella o cualquier otra persona me recomendara.

—Pero Dodo, lo cierto es que, si volvieras a casarte, tanto mejor que tuviera alcurnia y hermosura —dijo Celia pensando que al señor Casaubon le habían dotado pobremente de ambas cualidades y que no estaría de más advertir a Dorothea a tiempo.

—No te preocupes, Kitty. Tengo ideas muy diferentes respecto de mi vida. No me volveré a casar —dijo Dorothea acariciando la barbilla de su hermana y observándola con afectuosa indulgencia. Celia acunaba a su hijo, y Dorothea había ido a darle las buenas noches.

—¿De verdad… estás decidida? —dijo Celia—. ¿Con absolutamente nadie…, aunque fuera lo más maravilloso? Dorothea movió lentamente la cabeza en sentido negativo.

—Con absolutamente nadie. Tengo planes estupendos. Me gustaría coger una gran extensión de terreno, drenarlo y hacer una pequeña colonia, donde todos trabajasen y trabajasen bien. Conocería a todo el mundo y sería su amiga. Voy a consultar detenidamente con el señor Garth, él me puede decir casi todo lo que quiero saber.

—Pues si tienes un plan, Dodo, serás feliz —dijo Celia—. Quizá al pequeño Arthur le gusten los planos cuando crezca y te podrá ayudar.

A Sir James se le informó esa misma noche de que Dorothea estaba decidida a no casarse con nadie y se iba a dedicar a «toda clase de planes» como hacía antaño. Sir James no hizo comentario. Íntimamente había algo repulsivo en un segundo matrimonio y ningún enlace le impediría sentirlo como una especie de profanación de Dorothea. Era consciente de que el mundo consideraría absurdo ese sentimiento, sobre todo tratándose de una mujer de veintiún años, siendo la costumbre de «el mundo» dar por seguro y cercano el segundo matrimonio de una viuda joven y sonreír significativamente si la viuda actuaba así. Pero si Dorothea decidía desposarse con la soledad, Sir James opinaba que la resolución le sentaría bien a su cuñada.

CAPÍTULO TRES

La confianza de Dorothea en los conocimientos de Caleb Garth que se había iniciado al saber que aprobaba su proyecto de casitas, aumentó con rapidez durante su estancia en Freshitt, ya que Sir James la había animado a recorrer a caballo las dos propiedades en compañía suya y de Caleb quien, admirado a su vez, le dijo a su esposa que la señora Casaubon tenía para los negocios una cabeza poco frecuente en una mujer. Hay que recordar que para Caleb «negocios» no significaba jamás transacciones monetarias, sino la habilidosa dedicación a una tarea.

—¡Muy poco frecuente! —repitió Caleb—. Dijo algo que yo solía pensar cuando era joven: «señor Garth, si llego a vieja, me gustaría sentir que he mejorado una gran extensión de tierra y que he construido muchas casitas de buena calidad, porque es un trabajo sano mientras se hace y, una vez concluido, las personas han salido beneficiadas». Esas fueron sus palabras: es así como ve las cosas.

—Pero espero que de una forma femenina —dijo la señora Garth, medio sospechando que la señora Casaubon no sostuviera el verdadero principio de la subordinación.

—¡Ni te imaginas cuánto! —dijo Caleb moviendo la cabeza—. Te gustaría oírla hablar, Susan; habla con unas palabras tan sencillas y tiene una voz que parece música. ¡Bendito sea Dios! me recuerda a trozos del Mesías… «e inmediatamente apareció un ejército de la hueste celestial alabando a Dios y diciendo…»; su voz tiene un tono que complace.

A Caleb le gustaba mucho la música y cuando se lo podía permitir iba a escuchar cualquier oratorio de las proximidades, regresando con un profundo respeto por la grandiosa estructura de tonos, que le hacía sentarse con aire de meditación mirando al suelo e impregnando sus manos extendidas de una gran cantidad de palabras inexpresadas.

Con este buen entendimiento surgido entre ambos, era lógico que Dorothea le pidiera al señor Garth que se encargara de todos los asuntos relacionados con las tres granjas y las numerosas viviendas ligadas a Lowick Manor; y lo cierto era que sus esperanzas de conseguir trabajo para dos años se iban cuajando. Como él mismo decía, «los negocios procrean». Y una forma de negocios que empezaba entonces a procrear era la construcción de ferrocarriles. Una línea en proyecto tenía que pasar por la parroquia de Lowick donde hasta entonces el ganado había pastado en una paz no truncada por el asombro: y así sucedió que los albores de las luchas de la red de ferrocarriles entraron a formar parte de los asuntos de Caleb Garth, decidiendo el curso de esta historia respecto de dos personas que le eran queridas.

El ferrocarril submarino puede tener sus dificultades, pero el fondo del mar no está dividido entre diversos terratenientes con derecho a indemnizaciones por daños no sólo materiales sino sentimentales. En la circunscripción del condado a la que pertenecía Middlemarch el ferrocarril era un tema tan apasionante como la ley de reforma o los inminentes horrores del cólera y eran las mujeres y los terratenientes quienes mantenían las opiniones más firmes. Las mujeres, tanto mayores como jóvenes, consideraban peligroso y presuntuoso viajar en máquinas de vapor y se oponían a ello diciendo que nada las induciría a subirse a un vagón; los terratenientes, por su parte, diferían en sus argumentos tanto como el señor Solomon Featherstone difería de Lord Medlicote, pero sin embargo coincidían en que de vender la tierra, fuese a un Enemigo de la humanidad, fuese a una compañía obligada a comprar, estas perniciosas agencias deberían tener que pagar un precio muy alto a los propietarios por el permiso para causar daño a la raza humana.

Pero las mentes más lentas, como las del señor Solomon y la señora Waule, ambos ocupantes de tierra propia, tardaron mucho en llegar a esta conclusión, deteniéndose ante la vívida imagen de lo que sería partir Big Pasture en dos, convirtiéndolo en dos pizcos de tres esquinas, lo cual no sería nada; mientras que los puentes y los pagos elevados eran algo demasiado remoto e increíble.

—Las vacas perderán los terneros, hermano —dijo la señora Waule en tono de profunda melancolía— si el ferrocarril pasa por Near Close: y no me extrañaría que lo mismo le sucediera a la yegua si estuviera preñada. Mal asunto el que desbaraten la propiedad de una viuda y la ley no haga nada. ¿Qué les va a impedir que corten a diestro y siniestro una vez empiecen? Está claro que yo no puedo luchar.

—Lo mejor sería no decir nada y encomendar a alguien que les largara a palos cuando vinieran espiando y midiendo —dijo Solomon—. Tengo entendido que la gente de Brassing hizo eso. Si se supiera la verdad, se sabría que todo eso de que están obligados a pasar por aquí es un cuento. Que se vayan a trocear otra parroquia. Y no creo en pagos para compensar el que vengan un montón de canallas a pisotearte los sembrados. ¿Dónde está el bolsillo de una compañía?

—El hermano Peter, Dios le perdone, sacó dinero de una compañía —dijo la señora Waule—. Pero fue por el manganeso. No fue para que los ferrocarriles te volaran en pedazos.

—Bueno Jane, lo que sí está claro —concluyó el señor Solomon, bajando cautelosamente la voz— es que cuantas más pegas les pongamos más nos pagarán por dejarles continuar, si es que han de venir de todos modos.

Este razonamiento del señor Solomon tal vez fuese menos sólido de lo que imaginaba, teniendo su astucia respecto del trazado del ferrocarril más o menos la misma relación que la astucia de un diplomático respecto del enfriamiento general o catarro del sistema solar. Pero se dispuso a actuar de acuerdo con su punto de vista de manera altamente diplomática fomentando la sospecha. Su terreno era el más alejado del pueblo y las viviendas de los trabajadores eran o bien casitas aisladas o formaban un villorrio llamado Frick, donde un molino de agua y unas canteras componían un pequeño centro de lento y laborioso trabajo.

En ausencia de una idea concreta respecto de lo que era un ferrocarril, la opinión pública de Frick estaba en su contra, pues la mente humana en aquel verde rincón carecía de la proverbial tendencia a admirar lo desconocido, imaginando más bien que con toda probabilidad le sería adverso a los pobres y que la única actitud prudente en estos casos era desconfiar. Ni siquiera el rumor de la reforma había despertado esperanzas milenarias en Frick al no existir una promesa definitiva de la misma concretada en algo como pienso gratis para engordar el cerdo de Hiram Ford, o un tabernero del Weights and Scales que fabricara cerveza de balde, o una oferta de los tres terratenientes más cercanos para subir los jornales durante el invierno. Y sin ventajas claras de este tipo, la reforma estaba a la par con las fantasmadas de los buhoneros, una insinuación para que cualquier avezado desconfiara. Las gentes de Frick no pasaban hambre y estaban menos dados al fanatismo que a la vigorosa sospecha, menos dispuestos a creer que el cielo les atendía que a considerar a los cielos dispuestos a engullirles… disposición evidente en el propio clima.

Así pues, la mentalidad de Frick era justo la adecuada para la labor del señor Solomon, dado que tenía mayor abundancia de ideas del mismo tipo y un recelo sobre el cielo y la tierra mejor alimentado y de mayor holganza.

En aquella época, Solomon era supervisor de carreteras y a menudo pasaba en sus rondas por Frick, en su lenta jaca, para ver a los trabajadores sacar la piedra, deteniéndose con misteriosa deliberación, lo que hubiera, equivocadamente, inducido a cualquiera a pensar que eran otros los motivos para quedarse y no la simple falta de impulso para moverse. Tras mirar largo rato cualquier trabajo que estuviera en marcha, levantaba un poco la vista y miraba al horizonte; finalmente agitaba un poco la brida, fusteaba el caballo y se ponía en marcha lentamente. La manilla de las horas de un reloj era rápida en comparación con el señor Solomon, que tenía la grata sensación de que podía permitirse ser lento. Tenía la costumbre de detenerse y mantener charlas cautelosas y algo chismosas con cuantos se encontrara en el camino, y gustaba especialmente de oír noticias que ya sabía, sintiéndose con ventaja sobre cualquier narrador al no creérselas del todo. Sin embargo, un día entró en conversación con Hiram Ford, un carretero, y él mismo aportó información. Quería saber si Hiram había visto gente con estacas e instrumentos espiando por las cercanías; se denominaban a sí mismos gente del ferrocarril, pero a saber lo que eran, o las intenciones que traían. Lo menos que pretendían era trocear la parroquia de Lowick entera.

—Pues entonces no habrá movimiento de un sitio a otro —dijo Hiram, pensando en su carro y sus caballos.

—Ni pizca —dijo el señor Solomon—. ¡Mira que trocear tierra buena como la de esta parroquia! Que se vayan a Tipton, digo yo. Pero a saber lo que hay en el fondo de todo esto. Argumentan que es por el comercio, pero a la larga serán las tierras y los pobres los perjudicados.

—Serán tipos de Londres —dijo Hiram que tenía la vaga noción de Londres como un centro hostil contra el campo.

—Pues claro que sí. Y he oído que en algunas zonas de Brassing, la gente se les echó encima cuando estaban espiando y les rompieron esos artilugios para mirar qué llevaban y les hicieron largarse, así que se lo pensarán mejor antes de volver.

—Apuesto a que fue divertido —dijo Hiram, cuya diversión se veía muy mermada por las circunstancias.

—Yo no me metería con ellos —dijo Solomon—. Pero hay quien dice que el país ha visto ya sus mejores días y la prueba está en estos tipos, pateando arriba y abajo y queriéndolo trocear todo para hacer ferrocarriles; y todo para que el comercio grande se engulla al pequeño y no quede en el campo ni un solo tiro ni un solo látigo que restallar.

—Ya les restallaré yo el látigo en las orejas antes de llegar a esas —dijo Hiram, mientras Solomon, agitando la brida, se puso en marcha.

No es preciso cuidar la simiente de las ortigas. La ruina que el ferrocarril causaría a aquellos campos se comentó no sólo en el Weights and Scales sino en las eras donde la abundancia de braceros ofrecía unas oportunidades para hablar que surgían poco durante el año agrícola.

Una mañana, no mucho después de la charla sostenida entre el señor Farebrother y Mary Garth, en la que ella le confesara sus sentimientos por Fred Vincy, sucedió que su padre hubo de ir a la granja de Yoddrell, en dirección a Frick: tenía que medir y valorar un trozo de tierra que pertenecía a Lowick Manor y quedaba a desmano y que Caleb pensaba vender ventajosamente para Dorothea (hay que confesar que tendía a obtener los mejores precios posibles de las compañías de ferrocarriles). Dejó la calesa en la granja de Yoddrell mientras caminaba con su ayudante y la cinta de medir hacia el escenario de su trabajo, se encontró con el grupo de empleados de la compañía que recomponían su nivel de alcohol. Les dejó tras una corta charla, comentando que le volverían a alcanzar donde iba a medir. Era una de esas mañanas grises postreras a unas lluvias ligeras y que resultan deliciosas alrededor del mediodía, cuando las nubes se abren un poco y los setos y los senderos huelen dulcemente a tierra.

Para Fred Vincy, a caballo por aquellas sendas, el olor hubiera sido más agradable de no estar preocupado por los inútiles esfuerzos por imaginarse qué podía hacer, con su padre a un lado esperando que entrara de inmediato en la Iglesia y con Mary al otro amenazando abandonarle si lo hacía, al tiempo que el mundo laboral no mostraba un ávido afán por un joven carente de capital y especialización. Todo resultaba aún más duro dado que su padre, contento de que Fred ya no fuese un rebelde, se mostraba de un excelente humor con él y le había encomendado este agradable paseo con el fin de ver unos galgos. Incluso cuando hubiera decidido lo que iba a hacer, aún quedaría la tarea de decírselo a su padre. Pero había que admitir que la decisión, que era lo que venía antes, constituía la labor más ardua: ¿qué ocupación secular podía existir para un joven (cuya familia no le podía conseguir un «nombramiento») que fuera digna al tiempo que lucrativa y que no precisara de ningún conocimiento específico? A caballo por los senderos de Frick en este estado de ánimo, y aminorando el paso mientras pensaba en si debería pasar por la rectoría de Lowick para visitar a Mary, podía ver por encima de los setos los distintos campos. De pronto un ruido llamó su atención, y vio, en la parte más lejana de un campo a su izquierda, seis o siete hombres con camisolas y horcas en las manos avanzando agresivamente hacia los cuatro agentes del ferrocarril que les hacían frente, mientras Caleb y su ayudante cruzaban apresuradamente el campo para unirse al grupo amenazado. Fred, detenido unos momentos por tener que buscar la verja, no pudo galopar hasta el lugar antes de que el grupo de las camisolas, cuya labor de airear el heno no había sido muy diligente tras la cerveza del mediodía, hicieran retroceder, a punta de horca, a los hombres con levita, mientras el ayudante de Caleb Garth, un chico de diecisiete años que se había adueñado de la cerveza restante por orden de Caleb, había sido abatido y yacía aparentemente inconsciente. Los de las levitas llevaban ventaja a la hora de correr y Fred les cubrió la retirada poniéndose delante de los de las camisolas y abalanzándose contra ellos con suficiente rapidez como para desmantelar su persecución.

—¿Qué diablos os proponéis? —gritó Fred persiguiendo al disperso grupo en zig zag y restallando a izquierda y a derecha con la fusta—. Os denunciaré a todos ante el juez. Habéis tumbado al muchacho y lo mismo está muerto. Como no os andéis con ojo os colgarán a todos en la próxima sesión judicial —dijo Fred, que más tarde se reía con gusto recordando sus palabras.

Los trabajadores habían sido obligados a cruzar el portillo y entrar en su era, y Fred ya había frenado el caballo cuando Hiram Ford, observando que se encontraba a una prudente distancia se giró y profirió un desafío que ignoraba que fuese homérico.

—Es usted un cobarde, sí señor. Bájese del caballo y nos las veremos. Lo que pasa es que no se atreve a venir sin el caballo y la fusta. Si no, ya le daría yo, vaya que si le daría…

—Aguarda un momento a que vuelva y me las veo con cada uno de vosotros si queréis —dijo Fred que confiaba en la capacidad que tenía cuando boxeaba con sus estimados hermanos. Pero en aquel momento quería regresar junto a Caleb y el joven abatido.

El muchacho se había torcido el tobillo y le dolía mucho, aunque por lo demás estaba ileso, y Fred le subió al caballo para que pudiera ir hasta la finca de Yoddrell donde le cuidarían.

—Que metan el caballo en el establo, y diles a los peritos que pueden volver a recoger sus trastos —dijo Fred—. El terreno está despejado.

—No, no —dijo Caleb—. Aquí hay una rotura. Tendrán que dejarlo por hoy, y casi que más vale. Toma, Tom, pon estas cosas delante de ti en el caballo. Te verán venir y se volverán.

—Me alegro de haber estado aquí tan oportunamente, señor Garth —dijo Fred mientras Tom se marchaba—. A saber qué hubiera ocurrido si la caballería no llega a tiempo.

—Sí, sí, fue una suerte —dijo Caleb con aire ausente y mirando hacia el lugar donde había estado trabajando cuando le interrumpieron—. Pero… maldita sea… esto es lo que pasa cuando la gente es imbécil… me entorpecen el trabajo. No me puedo apañar sin alguien que me ayude con la cinta de medir. ¡En fin! —se dirigía ya hacia el lugar con aire contrariado, como si hubiera olvidado la presencia de Fred cuando de pronto se volvió y dijo muy deprisa—. ¿Tienes algo que hacer hoy, joven?

—No, señor Garth. Le ayudaré con mucho gusto… ¿puedo? —dijo Fred con la sensación de que estaría cortejando a Mary al ayudar a su padre.

—Pero no deberá molestarte agacharte y pasar calor. —No me molesta nada. Pero antes voy a vérmelas con ese forzudo que me ha desafiado. Voy a darle una buena lección. No tardo ni cinco minutos.

—¡Tonterías! —dijo Caleb con su tono más autoritario—. Hablaré yo con los hombres. Es pura ignorancia. Alguien les ha estado contando mentiras y los pobres bobos se las creen.

—Iré con usted, entonces —dijo Fred.

—No, no, quédate donde estás. No quiero tu joven fogosidad. Sé cuidar de mí mismo.

Caleb era un hombre fuerte y sabía poco de miedos salvo el de herir a otros y el de tener que hacer discursos. Pero en este momento pensó que era su obligación lanzar una pequeña arenga. Había en él una extraña mezcla, producto de haber bregado siempre mucho, de ideas muy severas respecto a los trabajadores y la indulgencia para con ellos. Consideraba que una buena jornada de trabajo bien hecho era parte del bienestar de estos, al igual que el principal componente de su propia felicidad; pero también poseía un fuerte sentido de la camaradería. Cuando avanzó hacia los jornaleros, éstos no habían aún reanudado el trabajo sino que mantenían esa especie de agrupación rural que consiste en estar medio de lado y guardar entre sí una distancia de unos dos metros. Hoscamente miraron a Caleb, que avanzó con rapidez, una mano en el bolsillo y la otra por entre los botones del chaleco y se detuvo entre ellos con su aire amable cotidiano.

—Pero bueno, muchachos, ¿qué es esto? —empezó adoptando frases cortas como de costumbre, que para él estaban llenas de sentido por ser fruto de muchas ideas soterradas, como las abundantes raíces de una planta que apenas consigue asomar la cabeza por encima del agua—. ¿Cómo podéis haber cometido semejante error? Alguien os ha estado mintiendo. Creíais que esos hombres querían haceros daño.

—¡Ajá! —fue la respuesta, proferida por cada uno a intervalos correspondientes a su grado de despabilamiento.

—¡Qué tontería! ¡Pero si no es eso! Están viendo por dónde tiene que pasar el ferrocarril. Y, muchachos, no podéis frenar la vía; se hará tanto si os gusta como si no. Y si lucháis contra ello no haréis más que buscaros problemas. La ley permite a esos hombres entrar en esta tierra. El propietario no puede decir nada en contra y si os metéis con ellos os las veréis con el alguacil y el juez Blakesley, y los grilletes y la cárcel de Middlemarch. Y os podríais encontrar ya en esas si alguien os denunciara.

Caleb se detuvo aquí y tal vez ni el mejor orador hubiera podido escoger mejor el momento o las imágenes para la ocasión.

—Pero venga, no teníais mala intención; alguien os ha dicho que el ferrocarril era una mala cosa. Y eso es una mentira. Puede hacer un poco de daño aquí o allí, a esto o aquello, igual que pasa con el sol en el cielo. Pero el ferrocarril es una buena cosa.

—¡Ya! Bueno para que los señorones hagan dinero —dijo el viejo Timothy Cooper, que se había quedado aireando el heno mientras los otros se habían ido de escapada—. He visto muchas cosas desde que era joven… la guerra y la paz, los canales, el viejo rey Jorge, y el regente, y el nuevo rey Jorge, y el otro, que tiene un nombre diferente, y nada ha cambiado para los pobres. ¿De qué les han servido los canales? No les han traído ni carne ni tocino, ni dinero para ahorrar, como no lo hicieran a base de morirse de hambre. Los tiempos han empeorado para los pobres desde que yo era joven. Y lo mismo pasará con el ferrocarril; sólo servirá para que el pobre siga aún más a la cola. Pero los que se entrometen son unos insensatos, y así se lo he dicho a estos muchachos. Este es un mundo para los peces gordos, sí señor. Pero usted está con ellos, señor Garth, vaya si lo está.

Timothy era un enjuto y viejo trabajador, del tipo que aún perduraba en aquellos tiempos, que tenía sus ahorros en un calcetín, vivía en una casita solitaria, no se dejaba convencer por la oratoria, y con tan poco espíritu feudal y tal desconfianza, como si no le fuera del todo ajena la edad de la razón y los derechos del hombre. Caleb se encontraba en la difícil postura que conoce toda persona que, en épocas oscuras y sin la ayuda de un milagro, haya intentado razonar con la gente del campo que están en posesión de una verdad innegable que ellos conocen a través de un duro proceso emocional, y que pueden dejar caer como el garrote de un gigante sobre el pulcro razonamiento acerca del beneficio social que ellos no notan. Caleb carecía de labia, incluso aunque hubiera deseado utilizarla, y además, estaba acostumbrado a enfrentarse a las dificultades cumpliendo noblemente con su trabajo. Así pues, respondió:

—No importa, Tim, que no tengas una buena opinión de mí, eso ni va ni viene. Puede que las cosas vayan mal para los pobres, tienes razón; pero no quiero que estos muchachos las empeoren. Tal vez el ganado lleve una pesada carga, pero no le ayudará tirarla a la cuneta cuando es en parte su propio pienso.

—Sólo queríamos divertirnos un poco —dijo Hiram, que empezaba a ver las consecuencias—. Sólo queríamos eso.

—Bueno, pues, prometedme que no lo volveréis a hacer y me encargaré de que no os denuncie nadie.

—Yo no he enredado nunca y no tengo por qué prometer nada —dijo Timothy.

—Pero el resto sí. Tengo tanto trabajo como cualquiera de vosotros y no tengo tiempo que perder. Prometedme que no armaréis camorra sin que tenga que venir el alguacil.

—Bueno, bueno, no armaremos follón…, por nosotros que hagan lo que quieran —fueron las fórmulas de compromiso que pudo arrancarles Caleb, quien se apresuró a regresar junto a Fred, que le había acompañado, y le observaba desde el portillo.

Se pusieron a trabajar y Fred ayudó con afán. Se había animado y se rio a gusto al resbalarse en la tierra húmeda cercana al seto y mancharse los magníficos pantalones de verano. ¿Qué le había alegrado, el éxito de su ataque o la satisfacción de ayudar al padre de Mary? Algo más. Los percances de la mañana habían contribuido a forjar en su paralizada imaginación una ocupación que tenía varios atractivos. No estoy segura de que ciertas fibras de la mente del señor Garth no reanudaran su antigua vibración por precisamente ese fin que ahora se le revelaba a Fred. Pues el accidente eficaz no es más que la pizca de fuego que cae donde hay aceite y estopa, y a Fred siempre se le antojó que fue el ferrocarril lo que proporcionó el toque necesario. Pero prosiguieron en silencio salvo en las ocasiones en que la labor precisaba de palabras. Finalmente, cuando hubieron concluido y se marchaban, el señor Garth dijo:

—No hace falta ser licenciado para hacer este tipo de trabajo, ¿verdad, Fred?

—Ojalá me hubiera dedicado a ello antes de pensar en licenciarme —respondió Fred. Hizo una pausa y añadió con cierto titubeo—: ¿Cree usted que soy demasiado mayor para aprender su oficio, señor Garth?

—Mi oficio es muy diverso, hijo —dijo el señor Garth sonriendo—. Una gran parte de cuanto sé sólo llega con la experiencia, no se puede aprender como se aprenden las cosas de los libros. Pero aún eres lo suficientemente joven como para cimentar —Caleb pronunció la última frase con énfasis, pero se detuvo un tanto dudoso, pues últimamente había tenido la impresión de que Fred había decidido entrar en la Iglesia.

—¿Cree usted, entonces, que podría hacer algo de provecho si lo intentara? —preguntó Fred con mayor animación.

—Eso depende —respondió Caleb, ladeando la cabeza y bajando la voz, con el aire de quien está convencido de estar diciendo algo profundamente religioso—. Debes estar seguro de dos cosas: debes amar tu trabajo y no estar deseando que acabe para que empiece la diversión. Y la otra: no debes avergonzarte de él y pensar que sería más honroso para ti hacer otra cosa. Debes sentirte orgulloso de tu trabajo, y de aprender a hacerlo bien y no estar siempre diciendo «Hay esto y aquello…», «si tuviera esto o lo otro me iría mejor». No daría un céntimo por alguien, fuera lo que fuera —aquí Caleb frunció los labios en un gesto amargo y chasqueó los dedos—, lo mismo me da primer ministro que bardador, si no hace bien lo que emprende.

—No creo que pudiera sentir eso siendo clérigo —dijo Fred, con la intención de dar un paso adelante en la conversación.

—Pues entonces, hijo, déjalo —dijo Caleb bruscamente—, de lo contrario nunca te sentirás a gusto. O si estás a gusto, serás un pobre hombre.

—Eso es casi lo mismo que opina Mary —dijo Fred sonrojándose—. Supongo que conoce mis sentimientos por Mary, señor Garth. Espero que no le disguste el que siempre la haya querido más que a nadie, y que jamás querré a nadie como a ella.

La expresión de Caleb se fue dulcificando visiblemente a medida que Fred hablaba. Pero movió la cabeza con solemne lentitud y dijo:

—Entonces aún es más serio, Fred, si pretendes hacerte cargo de la felicidad de Mary.

—Ya lo sé, señor Garth —dijo Fred con vehemencia—, y por ella haría cualquier cosa. Ella dice que jamás se casará conmigo si entro en la Iglesia, y si la pierdo, seré el ser más desgraciado del mundo. De verdad, si encontrara alguna otra profesión o negocio, cualquier cosa para la que sirviera, trabajaría a fondo y merecería la aprobación de usted. Me gustaría algo que tuviera que ver con la vida al aire libre. Sé mucho ya sobre tierra y ganado. Sabe, solía creer, aunque me crea un necio por ello, que tendría mi propia tierra. Estoy convencido que no me costaría aprender cosas de ese tipo, sobre todo si de alguna forma le tuviera a usted para orientarme.

—Despacio, hijo —dijo Caleb, la imagen de Susan ante sus ojos—. ¿Qué le has dicho a tu padre de todo esto?

—De momento nada; pero debo hacerlo. Sólo estoy esperando a ver qué puedo hacer en lugar de entrar en la Iglesia. Siento mucho desilusionarle, pero a un hombre de veinticuatro años se le debería permitir juzgar por sí mismo. ¿Cómo iba yo a saber a los quince lo que me convendría hacer ahora? Mi educación ha sido un error.

—Pero escucha, Fred —dijo Caleb— ¿estás seguro de que Mary te quiere y de que se casaría contigo?

—Le pedí al señor Farebrother que hablara con ella porque a mí me lo había prohibido… no sabía qué otra cosa podía hacer —dijo Fred disculpándose—. Y él dice que tengo fundamentos para la esperanza si consigo una posición digna… es decir, fuera de la Iglesia. Supongo, señor Garth que pensará que es injustificable que le moleste e incomode a usted con mis propios sentimientos sobre Mary antes de haberme labrado un porvenir. Por supuesto que no tengo ni el más mínimo derecho… es más, tengo ya con usted una deuda que jamás podré saldar, ni siquiera cuando le haya podido devolver dinero.

—Sí, hijo mío, sí que tienes derecho —dijo Caleb, en tono cargado de emoción—. Los jóvenes siempre tienen derecho a que los viejos les ayuden a salir adelante. Yo fui joven una vez y tuve que apañármelas sin mucha ayuda, pero la hubiera agradecido, aunque no hubiera sido más que por sentirme acompañado. Pero tengo que pensar. Ven mañana a mi oficina, a las nueve. A la oficina, ¿eh?

El señor Garth no daba pasos importantes sin consultar a Susan, pero hay que confesar que antes de llegar a casa ya había tomado una decisión. Respecto de un gran número de asuntos sobre los que otros hombres resultan firmes y obstinados, Caleb era el ser más manejable del mundo. Nunca sabía qué carne elegir, y si Susan hubiera dicho que debían vivir en una casa de cuatro habitaciones para ahorrar, hubiera contestado «allá vamos», sin entrar en más detalles. Pero donde los sentimientos y el criterio de Caleb se pronunciaban con claridad, estos se imponían, y pese a la docilidad y timidez de sus reproches, todos a su alrededor sabían que, en aquellas ocasiones excepcionales en las que elegía algo, era tajante. Lo cierto es que nunca decidía serlo salvo en interés de otra persona. La señora Garth resolvía noventa y nueve asuntos, pero en el número cien sabía que habría de realizar la tarea singularmente difícil de renunciar a sus principios y convertirse en subordinada.

—Ha salido como yo pensaba, Susan —dijo Caleb cuando se encontraron a solas por la noche. Ya había contado la aventura que desembocara en la colaboración de Fred en su trabajo, pero callándose el ulterior resultado—. Los chicos se quieren… me refiero a Fred y Mary.

La señora Garth dejó la labor sobre el regazo y fijó con ansiedad su mirada penetrante en su marido.

—Fred me lo contó todo cuando terminamos el trabajo. No aguantaría ser clérigo, y Mary dice que de serlo no se casará con él. Y al chico le gustaría trabajar conmigo y dedicarse al negocio. Y estoy decidido a aceptarle y hacer de él un hombre.

—¡Caleb! —exclamó la señora Garth en tono grave que manifestaba su resignado asombro.

—Es algo hermoso —dijo Caleb, acomodándose firmemente contra el respaldo de la butaca y agarrando los brazos de la misma—. Me traerá complicaciones, pero creo que podré sacarle adelante. El chico quiere a Mary y un amor verdadero es una gran cosa para una buena mujer, Susan. Encarrila a muchos atolondrados.

—¿Te ha dicho Mary algo de esto? —preguntó la señora Garth, íntimamente un poco dolida de tener que ser informada.

—Ni una palabra. En una ocasión le pregunté por Fred, le di unas advertencias. Pero me aseguró que jamás se casaría con un hombre indolente o comodón… no hemos vuelto a decir nada. Pero parece que Fred le pidió al señor Farebrother que hablara con ella porque Mary se lo había prohibido al chico directamente y el vicario ha descubierto que ella le quiere, pero dice que no debe ser clérigo. Fred está muy enamorado de Mary, eso lo veo claro, y me hace tener una buena opinión del chico… y siempre nos gustó, Susan.

—Creo que es una pena —dijo la señora Garth.

—¿Por qué una pena?

—Porque Mary podría haberse casado con un hombre que vale veinte Fred Vincys.

—¿Ah sí? —dijo Caleb sorprendido.

—Estoy convencida de que el señor Farebrother la quiere y pensaba pedirle matrimonio; pero claro, ahora que Fred le ha utilizado de mensajero, se pone punto final a esa mejor perspectiva —las palabras de la señora Garth contenían una severa precisión. Estaba contrariada y desilusionada, pero también decidida a no proferir palabras inútiles.

Caleb guardó silencio algunos minutos, lleno de sentimientos encontrados. Fijó la vista en el suelo y movió las manos y la cabeza como acompañando alguna argumentación interna. Finalmente dijo:

—Eso me hubiera hecho sentirme muy feliz y orgulloso, Susan, y me hubiera alegrado mucho por ti. Siempre he tenido la sensación de que la vida que llevas no ha estado a tu altura. Pero me aceptaste a mí, aunque era un hombre muy corriente.

—Escogí al hombre mejor y más inteligente que jamás conociera —dijo la señora Garth, convencida de que ella nunca se hubiera enamorado de alguien que no diera la talla.

—Bueno…, quizá había quien pensara que podías haberte casado mejor. Pero hubiera sido peor para mí. Y eso es lo que me afecta mucho de Fred. El chico es bueno en el fondo, y tiene cabeza para salir adelante si se le encamina, y quiere y respeta a mi hija por encima de todo, y ella le ha hecho algún tipo de promesa, dependiendo de cómo se encarrile. Tengo en mis manos el alma de ese joven y, con la ayuda de Dios, haré cuanto pueda por él. Es mi obligación, Susan.

La señora Garth no era muy dada al llanto, pero una lágrima le cayó por la mejilla antes de que su esposo terminara de hablar. Era el fruto de diversos sentimientos, entre los que había mucho afecto y cierta contrariedad. Se la limpió con presteza mientras decía:

—Pocos hombres aparte de ti considerarían que es su deber aumentar de esa manera sus problemas, Caleb.

—Eso no quiere decir nada… lo que otros piensen me da igual. Tengo un sentimiento interno muy claro y lo seguiré y espero que me acompañe tu corazón, Susan, a la hora de allanarle las cosas a Mary, pobre hija.

Caleb, recostado en la butaca, miró a su esposa con angustiada súplica. Ella se levantó y le besó diciendo:

—¡Dios te bendiga, Caleb! Nuestros hijos tienen un buen padre. Pero salió a darse un hartón de llorar para compensar la parquedad de sus palabras. Estaba segura que el comportamiento de su marido sería mal interpretado, y respecto de Fred se sentía realista y poco esperanzada. Al final, ¿qué tendría más visión de futuro, su realismo o la ardiente generosidad de Caleb?

Cuando Fred llegó a la oficina a la mañana siguiente, hubo de pasar una prueba para la que no estaba preparado.

—Vamos a ver, Fred —dijo Caleb—, tendrás trabajo de oficina. Casi siempre he hecho yo personalmente la mayor parte del trabajo escrito, pero necesito ayuda y como quiero que entiendas la contabilidad y te enteres de los valores, pienso prescindir de otro empleado. Así que ponte a ello. ¿Qué tal vas de caligrafía y aritmética?

A Fred le dio un vuelco el corazón; no había pensado en trabajo de oficina, pero estaba decidido y dispuesto a no arredrarse.

—No me asusta la aritmética, señor Garth: siempre se me dio bien. Y creo que conoce mi letra.

—Veamos —dijo Caleb, cogiendo la pluma, examinándola cuidadosamente y pasándosela a Fred, bien mojada, junto con una hoja de papel rayado—. Cópiame una o dos líneas de esta valoración, con los números al final.

Existía en aquellos tiempos la opinión de que era indigno de un caballero el que escribiera de manera legible o con una letra mínimamente apropiada para un oficinista. Fred escribió las líneas requeridas con una letra tan decorosa como la de cualquier vizconde u obispo del momento: las vocales todas iguales y las consonantes diferenciadas tan sólo en ir para arriba o para abajo, los trazos de una borrosa solidez, y las letras despreciando la línea recta. En resumen, un manuscrito de esa venerable especie fácil de interpretar cuando sabes de antemano el contenido de las palabras.

Así que Caleb observaba, su rostro fue mostrando una creciente decepción, pero cuando Fred le entregó el papel profirió como un rugido y procedió a golpear la hoja vigorosamente con el dorso de la mano. El trabajo mal hecho, como aquel, hacía desaparecer la docilidad de Caleb.

—¡Maldita sea! —bramó—. ¡Pensar que éste es un país donde la educación de un hombre puede costar cientos y cientos de libras para dar estos resultados! —continuó en tono más patético, subiéndose las gafas y mirando al desafortunado amanuense—. Que el señor se apiade de nosotros, Fred, ¡pero no puedo soportar esto!

—¿Qué puedo hacer, señor Garth? —dijo Fred muy desanimado no sólo ante la valoración de su escritura sino ante la posibilidad de que le englobaran con los oficinistas.

—¿Que qué puedes hacer? Pues aprender a hacer las letras y que las palabras formas líneas rectas. ¿De qué sirve escribir si nadie entiende lo que escribes? —preguntó Caleb con energía, preocupado ante la mala calidad del trabajo—. ¿Es que hay tan poco trabajo en el mundo que hay que mandar rompecabezas por todo el país? Pero así es como sé educa a la gente. No sé cuánto tiempo perdería con algunas cartas que me envían si Susan no me las descifrara. Es indignante —y Caleb tiró el papel.

Un extraño que se asomara a la oficina en aquel momento se hubiera preguntado cuál era el drama que existía entre el indignado hombre de negocios y el joven apuesto cuya tez clara se iba salpicando de manchas mientras se mordía el labio con humillación. Fred luchaba contra diversos pensamientos. El señor Garth se había mostrado tan amable y alentador al principio de su entrevista, que la gratitud y la esperanza alcanzaron un momento álgido y la caída fue proporcional. No se le había ocurrido pensar en hacer trabajo de oficina, de hecho, como la mayoría de los jóvenes caballeros, quería un trabajo carente de partes desagradables. No puedo decir cuáles hubieran sido las consecuencias si Fred no se hubiera ya prometido a sí mismo ir a Lowick y decirle a Mary que se había comprometido a trabajar con su padre. No quería defraudarse a sí mismo en ese punto.

—Lo siento mucho —fue lo único que acertó a decir. Pero el señor Garth ya se iba aplacando.

—Tendremos que valernos de lo que tenemos, Fred —continuó recobrando su tono calmoso habitual—. Todo el mundo puede aprender a escribir. Yo aprendí solo. Ponte a ello con voluntad, y continúa por la noche si no te basta con el día. Tendremos paciencia, hijo. Callum continuará de momento con los libros mientras tú aprendes. Pero ahora me tengo que ir —

dijo Caleb levantándose—. Debes decirle a tu padre nuestro acuerdo. Cuando sepas escribir me ahorrarás el sueldo de Callum, y puedo pagarte ochenta libras el primer año, y más después.

Cuando Fred dio a sus padres las explicaciones necesarias el efecto que surtieron en ambos fue una sorpresa que se le quedó muy grabada en la memoria. Fue directamente desde la oficina del señor Garth al almacén, comprendiendo acertadamente que la forma más respetuosa de comportarse con su padre era dándole la dolorosa noticia de la manera más seria y formal posible. Además, quedaría más claro que la decisión era definitiva si la entrevista tenía lugar durante las horas más solemnes de su padre, que siempre eran las que pasaba en su habitación privada del almacén.

Fred fue directamente al grano y expresó brevemente lo que había hecho, así como sus propósitos, manifestando al final que lamentaba ser causa de disgusto para su padre y asumiendo la culpabilidad de sus propias deficiencias. El pesar era auténtico y le inspiró a Fred palabras sencillas y llenas de sentimiento.

El señor Vincy escuchó con profunda sorpresa sin tan siquiera proferir una exclamación, silencio que, dado su temperamento impaciente, era síntoma de insólita emoción. No se sentía contento con el comercio aquella mañana y la amargura reflejada en sus labios se fue intensificando a medida que escuchaba. Cuando Fred concluyó hubo una pausa de casi un minuto, durante la cual el señor Vincy recolocó un libro sobre la mesa y giró la llave del cajón ostensiblemente. A continuación miró fijamente a su hijo y dijo:

—Así que, finalmente te has decidido ¿no?

—Sí, padre.

—Muy bien; pues persiste. No tengo más que decir. Has tirado por la borda tu educación y has descendido socialmente cuando yo te había proporcionado los medios para ascender, eso es todo.

—Siento mucho que no estemos de acuerdo, padre. Creo que puedo ser tan caballero con la ocupación que he escogido como si me hubiera hecho clérigo. Pero le agradezco el querer hacer todo lo posible por mí.

—Muy bien; no tengo nada que añadir. Me lavo las manos respecto de ti. Sólo espero que cuando tengas un hijo propio te recompense mejor tus desvelos.

Fred se sintió dolido. Su padre estaba empleando esa injusta ventaja que todos poseemos cuando nos encontramos en una situación triste y contemplamos nuestro propio pasado como si simplemente formara parte de esa tristeza. La verdad es que los deseos del señor Vincy respecto de su hijo habían encerrado una buena dosis de orgullo, desconsideración y egoísmo insensato. Pero el padre seguía teniendo un gran peso y Fred tenía la sensación de que le desterraban con una maldición.

—Confío en que no se oponga a que siga en casa —dijo al ponerse en pie para marcharse—, me llegará el sueldo para pagar mi manutención, como por supuesto deseo hacer.

—¡Al diablo la manutención! —dijo el señor Vincy rehaciéndose ante el enojo producido por la idea de que hiciera falta una aportación de Fred para su sustento—. Tu madre querrá que te quedes, por supuesto. Pero que quede claro que no seguiré proporcionándote un caballo; y te pagarás el sastre. Me imagino que cuando pagues de tu bolsillo podrás prescindir de uno o dos trajes.

Fred remoloneaba; quedaba algo por decir. Por fin se decidió.

—Espero que me dé la mano, padre, y me perdone por el disgusto que le he causado.

Desde su sillón el señor Vincy lanzó una rápida mirada a su hijo que se le había acercado, y extendió la mano, diciendo precipitadamente:

—Sí, sí, no hablemos más de esto.

Fred tuvo con su madre una exposición y explicación mucho más extensa, pero ella se mostró inconsolable al tener ante sí lo que quizá a su esposo no se le había ocurrido: la certidumbre de que Fred se casaría con Mary Garth; que, en adelante, la vida de la señora Vincy se vería estropeada por una perpetua invasión de Garths y sus costumbres, y que su adorado hijo, con su hermoso rostro y su pelo elegante «mucho más que el de cualquier otro vástago de Middlemarch», estaba abocado a contagiarse de aquella familia en lo anodino de su aspecto y la dejadez en su vestir. Le parecía que había una conspiración de los Garth para hacerse con el deseable Fred, pero no osó extenderse sobre ese tema, porque una mera alusión bastó para que su hijo montara en cólera contra ella como jamás lo hiciera anteriormente. La señora Vincy tenía un carácter demasiado dulce para demostrar enojo, pero sintió que su felicidad había quedado mellada, y durante algunos días, el mero hecho de mirar a Fred la hacía llorar un poco, como si su hijo fuera el blanco de alguna profecía maléfica. Tal vez tardara más en recuperar su buen humor habitual porque Fred la había advertido contra que reabriera de nuevo este punto delicado con su padre, quien había aceptado la decisión de su hijo al tiempo que le perdonaba. Si su esposo se hubiera mostrado airado contra su hijo, la señora Vincy se hubiera visto empujada a la defensa de Fred. Fue al final del cuarto día cuando el señor Vincy le dijo:

—Ven, Lucy, mujer, no estés tan desanimada. Siempre malcriaste al chico y siempre lo harás.

—Nada me había disgustado tanto antes, Vincy —dijo su esposa, empezándole a temblar de nuevo la hermosa garganta y la barbilla— sólo su enfermedad.

—Bueno, bueno, no tiene ninguna importancia. Debemos esperar problemas con nuestros hijos. No lo pongas aún más difícil mostrándote tan alicaída.

—Está bien —dijo la señora Vincy, alentada por esta apelación y recomponiéndose con una ligera sacudida como si fuera un pájaro que asienta su plumaje.

—No podemos preocuparnos sólo por uno —dijo el señor Vincy, queriendo combinar alguna protesta con la alegría doméstica—. Tenemos a Rosamond además de Fred.

—Sí, pobrecilla. Cuánto he sentido que perdiera al niño. Pero lo ha superado muy bien.

—¿El niño? Peor es que veo que Lydgate se está destrozando la consulta y, además, según he oído, endeudándose también. Dentro de poco tendré aquí a Rosamond contándome alguna bonita historia. Pero de mí no sacarán dinero, eso te lo aseguro. Que le ayude su familia. Nunca me gustó esa boda. Pero es inútil hablar. Llama para que traigan unos limones y anímate, Lucy. Mañana os llevaré a ti y a Louisa a Riverston.

CAPÍTULO CUATRO

La tarde en la que Fred Vincy caminó hasta la rectoría de Lowick (había empezado a comprobar que éste era un mundo en el que incluso un joven animoso a veces debía andar por falta de un caballo) salió a las cinco y de paso, se detuvo a ver a la señora Garth, pues quería asegurarse de que aceptaba su nueva relación de buen grado. Encontró al grupo familiar, gatos y perros incluidos, bajo el manzano grande del huerto. Era un festival para la señora Garth, pues su hijo mayor, Christy, su mayor orgullo y alegría, había venido a casa a pasar unas cortas vacaciones.

Para Christy, lo más deseable en este mundo era ser profesor, estudiar todas las literaturas y convertirse en un nuevo Porson, y que constituía una viva crítica para el pobre Fred, una especie de lección andante que le daba aquella pedagógica madre. El propio Christy, una versión masculina de la madre, con frente cuadrada y anchas espaldas y que le llegaba a Fred por el hombro —lo que hacía más difícil que se le considerara superior— se mostraba siempre muy sencillo y no daba más importancia al desinterés de Fred por los estudios que a los deseos de una jirafa por que el propio Christy tuviera su altura. Se encontraba tumbado en el suelo junto a la silla de su madre, el sombrero de paja sobre los ojos, mientras Jim, al otro lado, leía en alto a ese escritor tan querido que tanto ha contribuido a la felicidad de muchas vidas jóvenes. El libro era Ivanhoe, y Jim se encontraba en la escena del tiro al arco del torneo, pero se veía frecuentemente interrumpido por Ben, quien había traído su viejo arco y sus flechas y se estaba poniendo desagradable, a juicio de Letty, exigiendo a todos los presentes que se fijaran en sus erráticos disparos, lo cual nadie quería hacer salvo Brownie, el activo, pero probablemente torpe perro cruzado, mientras el grisáceo terranova tumbado al sol observaba con la cansina neutralidad de la vejez extrema. La propia Letty, mostrando ciertos signos en la boca y el delantal de haber colaborado en la recolección de las cerezas que se encontraban ahora amontonadas como un coral sobre la mesa, estaba sentada en la hierba escuchando la lectura con los ojos muy abiertos.

Pero el centro de interés cambió para todos con la llegada de Fred Vincy. Cuando, sentándose en un taburete, dijo que iba de camino a la rectoría de Lowick, Ben, que había tirado el arco, se montó sobre la pierna que Fred tenía extendida y dijo:

—¡Llévame a mí!

—¡Y a mí también! —dijo Letty.

—No nos puedes seguir a Fred y a mí —dijo Ben.

—Sí puedo. Madre, diles por favor que yo también voy —imploró Letty, cuya vida se veía muy mermada por su resistencia a verse relegada por el hecho de ser una niña.

—Yo me quedaré con Christy —observó Jim, como insinuando que tenía ventaja frente a estos simplones, ante lo cual Letty se llevó la mano a la cabeza y miró a uno y otro con pelusona indecisión.

—Vayamos todos a ver a Mary —dijo Christy, abriendo los brazos.

—No, hijo, no debemos ir en manada a la rectoría. Y ese viejo traje tuyo no serviría. Además, pronto llegará vuestro padre. Debemos dejar que Fred vaya solo. Él le dirá a Mary que estás aquí y ella vendrá mañana.

Christy observó sus desgastadas rodilleras y a continuación los preciosos pantalones blancos de Fred. Sin duda el corte del atuendo de Fred dejaba ver las ventajas de la universidad inglesa, e incluso en su acaloramiento y en su forma de echarse el pelo hacia atrás con el pañuelo, tenía elegancia.

—Niños, marcharos —dijo la señora Garth—, hace demasiado calor para apiñarnos en torno a los amigos. Llevaros a vuestro hermano a ver los conejos.

El mayor entendió y se llevó a los niños inmediatamente. Fred comprendió que la señora Garth quería darle la oportunidad de decir lo que tuviera que decir, pero sólo acertó a empezar comentando:

—¡Debe estar muy contenta de tener a Christy aquí!

—Sí. Ha regresado antes de lo que esperaba. Le dejó la diligencia a las nueve, justo después de marcharse su padre. Estoy deseando que llegue Caleb y se entere de cuánto está progresando Christy. Ha pagado sus gastos del año pasado dando clases al tiempo que estudiaba. Espera poder ser pronto tutor particular y marcharse al extranjero.

—Es un gran chico —dijo Fred para quien estas alegres verdades tenían cierto regusto a medicina—, y no resulta una carga para nadie —tras una pequeña pausa añadió—: Pero me temo que usted piense que yo le voy a traer problemas al señor Garth.

—A Caleb le gusta asumir problemas: es uno de esos hombres que siempre hacen más de lo que nadie les hubiera pedido —respondió la señora Garth. Estaba haciendo punto por lo que podía mirar o no a Fred a su antojo, algo siempre ventajoso cuando uno está empeñado en dotar sus palabras de significado útil y, aunque la señora Garth tenía el propósito de mantenerse debidamente reservada, quería transmitirle a Fred algo de provecho.

—Sé que usted me considera muy indigno, señora Garth, y no le faltan razones para ello —dijo Fred, animándose un poco ante la disposición de la señora Garth de amonestarle—. Me he comportado muy mal precisamente con quien más interés tengo por agradar. Pero si dos personas como el señor Garth y el señor Farebrother no han desesperado de mí, no veo por qué habría de hacerlo yo —Fred pensó que estaría bien mencionarle estos dos ejemplos masculinos a la señora Garth.

—Naturalmente —respondió ésta con creciente énfasis—. Un joven por el que se han desvelado dos mayores como éstos sería muy culpable si se echara a perder e hiciera inútiles sus sacrificios.

Fred se extrañó un poco ante estas duras palabras, pero se limitó a decir:

—Espero que no sea ese mi caso, señora Garth, puesto que tengo algún motivo para creer que puedo conquistar a Mary. ¿Se lo ha dicho el señor Garth? Supongo que no la sorprendería —concluyó Fred, refiriéndose tan sólo, inocentemente, a su manifiesto cariño por Mary.

—¿Que no me sorprendería el que Mary te hubiera dado ánimos? —respondió la señora Garth, que pensaba que no estaría de más que Fred supiera que la familia de Mary no hubiera deseado esto, supusieran los Vincy lo que quisieran—. Pues sí, confieso que me sorprendió.

—No me alentó lo más mínimo cuando yo hablé con ella —dijo Fred deseoso de defender a Mary—. Pero cuando le pedí al señor Farebrother que le hablara por mí, le permitió comunicarme que tenía alguna esperanza.

La fuerza admonitoria que se removía en la señora Garth aún no se había agotado. Resultaba un poco demasiado irritante incluso para su capacidad de autodominio, que este joven lozano floreciera gracias a los desengaños de personas más apagadas y sabias que él —comiéndose un ruiseñor sin saberlo— y que su familia, entretanto, imaginara que los Garth estaban necesitados de aquel retoño; por otro lado, el enojo de la señora Garth había fermentado más dada su absoluta represión ante su marido. Esposas ejemplares en ocasiones encuentran chivos expiatorios de esta forma, y en aquella ocasión la señora Garth dijo con enérgica decisión.

—Cometiste un grave error, Fred, al pedirle al señor Farebrother que hablara por ti.

—¿Sí? —dijo Fred sonrojándose al instante. Se sintió alarmado, pero ignoraba lo que la señora Garth quería decir y añadió en tono de disculpa—: El señor Farebrother ha sido siempre un gran amigó nuestro, yo sabía que Mary le escucharía con atención. El aceptó de buen grado.

—Sí, los jóvenes a menudo están ciegos a todo salvo sus propios deseos, y no suelen imaginarse cuánto les cuestan a otros esos deseos —dijo la señora Garth. No tenía la intención de traspasar esta saludable doctrina general y volcó su indignación en un innecesario deshacer de unas vueltas, frunciendo el ceño con aire solemne.

—No se me alcanza el por qué habría de resultarle doloroso al señor Farebrother —dijo Fred quien, no obstante, observaba que empezaban a formarse en él extrañas concepciones.

—Exactamente, no se te alcanza —dijo la señora Garth pronunciando las palabras con la mayor nitidez posible.

Fred miró al horizonte un instante con angustia y, a continuación, girándose con rapidez dijo casi bruscamente:

—¿Me quiere decir, señora Garth, que el señor Farebrother está enamorado de Mary?

—Y de ser así, Fred, creo que deberías ser el último en sorprenderte —replicó la señora Garth dejando el punto a un lado y cruzando los brazos. Era un insólito síntoma de turbación por su parte que no tuviera la labor entre las manos. De hecho sus sentimientos estaban divididos entre la satisfacción de darle una lección a Fred y la sensación de haber ido un poco demasiado lejos. Fred cogió su sombrero y su bastón y se puso en pie precipitadamente.

—Y por lo tanto usted piensa que me estoy interponiendo en su camino y también en el de Mary, ¿verdad? —dijo en un tono que parecía exigir una respuesta.

La señora Garth no pudo hablar inmediatamente. Se había buscado la desagradable situación de tener que decir lo que realmente pensaba y sin embargo sabía que razones de peso la obligaban a ocultarlo. Por otra parte, la conciencia de haberse excedido en sus palabras le resultaba especialmente humillante. Además, Fred había despedido una inesperada electricidad y ahora añadió:

—El señor Garth parecía contento de que Mary me quisiera. No podía saber nada de esto.

La señora Garth sintió un vivo remordimiento ante esta referencia a su esposo; le resultaba difícilmente soportable la idea de que Caleb la creyera equivocada y su respuesta quiso mitigar unas consecuencias no deseadas.

—Hablo sólo por deducción. No me consta que Mary sepa nada de esto.

Pero, poco acostumbrada a rebajarse, titubeó en suplicarle a Fred que mantuviera un silencio absoluto respecto del tema que ella había mencionado innecesariamente, y mientras dudaba, se precipitaron ya las consecuencias no deseadas bajo el manzano donde estaban preparadas las cosas para el té. Ben, que saltaba por la hierba con Brownie en los talones, empezó a gritar y a palmotear cuando vio que el gatito arrastraba el punto por un cabo de lana que se iba alargando más y más; Brownie ladró, el gato, desesperado, saltó sobre la mesa derramando la leche y, al bajarse, se llevó consigo la mitad de las cerezas; Ben, cogió el calcetín a medio tejer y se lo calzó al gato en la cabeza, dándole otro motivo de enloquecimiento mientras Letty, que apareció en aquel momento, le gritaba a su madre para que detuviera toda aquella crueldad, una escena tan llena de ajetreo como una verbena. La señora Garth se vio obligada a intervenir, se acercaron los restantes pequeñuelos de la familia y concluyó el tête-à-tête con Fred, quien se marchó en cuanto pudo. La señora Garth tan sólo pudo suavizar un tanto su aspereza diciéndole «Dios te bendiga» cuando le estrechó la mano.

Tenía la desagradable sensación de haber estado a punto de hablar como las mujeres necias que después de contar algo ruegan silencio respecto de lo que han dicho. Pero no había llegado a pedir ese mutismo y a fin de evitar la reprimenda de Caleb, decidió culparse a sí misma y confesarle todo a su esposo aquella misma noche. Resultaba curioso que el dócil Caleb fuera para ella un tribunal tan terrible cuando se erigía como tal. Pero tenía la intención de señalarle que aquella revelación podría venirle bien a Fred Vincy.

Sin duda aquellas palabras estaban teniendo un fuerte efecto sobre el joven mientras caminaba hacia Lowick. Tal vez el carácter optimista y despreocupado de Fred no se había visto nunca tan magullado como ante esta sugerencia de que de no ser por él, Mary se podría haber casado muy bien. También le incomodaba el haber sido tan zafio como para pedirle al señor Farebrother que interviniera. Pero no va con la naturaleza de enamorado —al menos no con la de Fred— que la nueva preocupación suscitada respecto de los sentimientos de Mary, no se impusiera a las demás. A pesar de su confianza en la generosidad del señor Farebrother, a pesar de cuanto Mary le había dicho, Fred no podía por menos que sentir que tenía un rival: era una sensación nueva, que le incomodaba en grado sumo, pues no estaba dispuesto a renunciar a Mary, ni siquiera por el bien de ésta, sino más bien a luchar por ella contra cualquier hombre. Pero la lucha contra el señor Farebrother debía ser de tipo metafórico, lo cual resultaba para Fred algo mucho más difícil que si hubiera sido de índole muscular. Sin duda esta experiencia fue para Fred una lección apenas menos punzante que la decepción que sufriera con el testamento de su tío. El hierro no le había llegado al alma, pero empezaba a imaginarse lo afilado que podría resultar su filo. No se le ocurrió a Fred que la señora Garth pudiera estar equivocada respecto del señor Farebrother, pero sospechaba que tal vez sí lo estuviera respecto a Mary, quien últimamente vivía en la rectoría por lo que tal vez su madre estuviera poco al tanto de los pensamientos de su hija.

No se tranquilizó cuando la encontró en el salón con las tres damas y un aspecto muy animado. Hablaban con vivacidad sobre algún tema que abandonaron cuando Fred hizo su entrada y Mary copiaba, con la diminuta letra en la que tanto destacaba, los rótulos de una pila de pequeños cajoncitos. El señor Farebrother se encontraba en el pueblo y las tres damas desconocían por completo la especial relación de Fred con Mary: resultaba imposible que ninguno de los dos propusiera un paseo por el jardín y Fred se predijo que habría de marcharse sin haber cruzado una palabra en privado. Primero le contó la llegada de Christy y luego que se había empleado con su padre, consolándole la emoción con que Mary recibió esta última noticia.

—Cuánto me alegro —dijo precipitadamente, inclinándose de nuevo sobre su tarea para que nadie pudiera verle el rostro. Pero éste era un tema que la señora Farebrother no podía dejar pasar.

—No querrá usted decir, mi querida señorita Garth, que se alegra de que un joven renuncie a entrar en la Iglesia, para lo que ha sido educado: querrá decir que, dado el estado de las cosas, se alegre de que trabaje con un hombre tan excelente como su padre de usted.

—Pues, la verdad, señora Farebrother, me temo que me alegro por ambas cosas —dijo Mary, deshaciéndose habilidosamente de una lágrima rebelde—. Tengo una mente terriblemente laica. Nunca me gustó ningún clérigo salvo el vicario de Wakefield y el señor Farebrother.

—¿Y eso por qué, hija? —dijo la señora Farebrother descansando sus grandes agujas de madera y mirando a Mary—. Siempre tiene muy buenas razones para todas sus opiniones, pero esto me sorprende. Por supuesto descarto a los que predican las nuevas doctrinas. Pero ¿Por qué le disgustan los clérigos?

—Dios mío —dijo Mary, con una expresión divertida en el rostro mientras parecía reconsiderar unos instantes—. No me gustan los cuellos que llevan.

—Entonces, ¿tampoco los de Camden? —dijo la señorita Winifred con un atisbo de angustia.

—Sí —respondió Mary—. Los que no me gustan son los de los otros clérigos porque son ellos quienes les llevan.

—¡Qué sorprendente! —dijo la señorita Noble, imaginándose que era su propia capacidad intelectual la que era deficiente.

—Hija, está bromeando. Tendrá mejores razones para menospreciar a un estamento tan respetable —dijo la señora Farebrother majestuosamente.

—La señorita Garth tiene unas ideas tan severas sobre lo que debieran ser las personas que resulta difícil satisfacerla —dijo Fred.

—Bueno, me alegro de que al menos haga una excepción con mi hijo —dijo la anciana.

Mary se estaba preguntando por el tono amohinado de Fred cuando entró el señor Farebrother, quien hubo de escuchar las noticias del contrato de Fred con el señor Garth. A su conclusión, dijo con sereno agrado: «Eso está bien», y se inclinó para mirar los rótulos de Mary y alabar su caligrafía.

Fred se sintió tremendamente celoso; por supuesto se alegraba de que el señor Farebrother fuese una persona tan valiosa, pero le hubiera preferido gordo y feo como son a veces los hombres a los cuarenta. El desenlace era evidente puesto que Mary anteponía públicamente a Farebrother a todos los demás y las tres señoras apoyaban la relación. Estaba seguro de que no tendría oportunidad de hablar con Mary, cuando el señor Farebrother dijo:

—Fred, ayúdame a llevar estos cajones a mi estudio… aún no has visto el estudio nuevo tan estupendo que tengo. Y venga usted también señorita Garth. Quiero que vea una magnífica araña que encontré esta mañana.

Mary vio al momento la intención del vicario. Desde aquel atardecer memorable nunca se había desviado de su antigua amabilidad pastoral para con ella y su sorpresa y duda momentánea se habían adormilado. Mary estaba acostumbrada a pensar con bastante rigor sobre lo que era probable, y si una opinión halagaba su vanidad tendía a rechazarla por ridícula, teniendo desde muy joven una gran experiencia de renuncias. Sucedió como había previsto: una vez cumplida la petición del señor Farebrother de que Fred admirara el mobiliario y ella la araña, el vicario dijo:

—Esperadme aquí un par de minutos. Voy a buscar un grabado para que Fred, que es lo bastante alto, me lo cuelgue. Vuelvo en seguida —y salió de la habitación. No obstante, las primeras palabras que Fred dirigió a Mary fueron:

—Es inútil lo que yo haga, Mary. Te acabarás casando con Farebrother —había cierta rabia en su tono.

—¿Qué quieres decir, Fred? —exclamó Mary con indignación, sonrojándose profundamente y desprevenida para contestar con su habitual acierto.

—Es imposible que no lo veas así de claro, tú que te das cuenta de todo.

—Lo único que veo es que te estás portando muy mal, Fred al hablar así del señor Farebrother cuando él ha abogado tanto por ti. ¿Cómo se te ha ocurrido semejante idea?

A pesar de su irritación Fred estuvo hábil. Si Mary no abrigaba ninguna sospecha, ¿de qué iba a servir contarle lo que le había dicho la señora Garth?

—Porque es lo más lógico —respondió—. Cuando constantemente tienes delante a un hombre que me aventaja en todo y al que admiras más que a nadie, yo no puedo tener ninguna oportunidad.

—Eres muy desagradecido, Fred —dijo Mary—. Me arrepiento mucho de haberle dicho al señor Farebrother que sentía el menor interés por ti.

—No, no soy desagradecido; sería el tipo más feliz de la tierra de no ser por esto. Le conté todo a tu padre y estuvo muy cordial, tratándome como si fuera su hijo. Podría dedicarme al trabajo con afán, caligrafía y demás, si no fuera por esto.

—¿Por esto? ¿Y qué es esto? —dijo Mary, imaginándose que se había dicho o hecho algo en concreto.

—Esta horrible certeza de que Farebrother me va a desbancar.

Una inclinación a reírse aplacó a Mary.

—Fred —dijo, intentando captar la mirada del joven que torvamente la rehuía—, eres deliciosamente ridículo. Si no fueras un tontaina tan encantador ¡qué tentación supondría jugar a coqueta malvada y hacerte creer que hay otra persona que también me corteja!

—¿De verdad, Mary, me prefieres a mí? —dijo Fred mirándola con los ojos llenos de afecto e intentando cogerle la mano.

—No me gustas ni pizca en estos momentos —dijo Mary, retrocediendo y poniendo las manos a la espalda—. Sólo dije que ningún mortal salvo tú me ha hecho jamás la corte. Y eso no significa que un hombre muy sabio no vaya a hacerlo nunca —terminó jocosamente.

—Quisiera que me dijeras que nunca podrías pensar en él —dijo Fred.

—No se te ocurra volver a hablarme de esto, Fred —dijo Mary poniéndose seria de nuevo—. No sé si es necedad o egoísmo lo que te impide ver que el señor Farebrother nos ha dejado solos a propósito para que pudiéramos hablar con libertad. Me disgusta que estés tan ciego respecto de su delicadeza.

No hubo tiempo de decir más antes de que el señor Farebrother regresara con su grabado, y Fred tuvo que volver al salón con el miedo de los celos en el corazón, si bien con el consuelo de las palabras y la actitud de Mary. El resultado de la conversación fue, en general, más penoso para Mary; inevitablemente su atención había adquirido una nueva actitud y vio la posibilidad de nuevas interpretaciones. Estaba en una situación en la que le parecía que desairaba al señor Farebrother, lo cual, en relación con un hombre muy respetado, siempre resulta peligroso para la firmeza de una mujer agradecida. Fue un alivio tener un motivo para irse a casa al día siguiente, pues Mary quería tener siempre la seguridad de que a quien más amaba era a Fred. Cuando un tierno afecto se ha ido almacenando en nosotros durante muchos años, la idea de que podamos aceptar otra cosa en su lugar parece abaratar nuestra existencia. Y podemos vigilar nuestros afectos y nuestra constancia como vigilamos otros tesoros.

—Fred ha perdido todas las demás esperanzas; debe retener ésta —se dijo Mary, con una sonrisa en los labios. Era imposible evitar las fugaces visiones de otra índole, nuevos honores y el reconocimiento de una valía, algo cuya ausencia con frecuencia había acusado. Pero estas cosas sin Fred, un Fred olvidado y entristecido por falta de ella, nunca tentarían el pensamiento consciente de Mary.

CAPÍTULO CINCO

Cuando el señor Vincy manifestó sus presentimientos respecto de Rosamond, a ella misma no se le había ocurrido que se vería abocada a hacer el tipo de petición que él preveía. A pesar de que su vida doméstica era cara y estaba llena de acontecimientos, aún no había experimentado ninguna angustia económica. Su hijo había nacido prematuramente y hubo que guardar los faldones bordados y los gorros. Esta desgracia se atribuyó por completo a su insistencia en salir a caballo un día cuando su marido le había pedido que no lo hiciera; pero no debe pensarse que Rosamond se había enfadado en aquella ocasión o le había dicho bruscamente a su esposo que haría lo que quisiera.

Lo que la indujo a querer montar a caballo fue una visita del capitán Lydgate, el tercer hijo del baronet, al cual, lamento decir, detestaba nuestro Tertius del mismo apellido por insulso mentecato «que se peinaba con una raya desde la frente hasta el cogote según una moda ridícula» (no seguida por Tertius) y por mostrar la convicción ignorante de saber qué decir en todo momento. Lydgate maldecía interiormente su propia estupidez al haber propiciado esta visita cuando accedió a pasar a saludar a su tío durante el viaje de novios, disgustando a Rosamond al así manifestárselo en privado. Porque para ella esta visita constituía una fuente de exaltación sin precedentes, aunque elegantemente disimulada. Era tan intensamente consciente de que hospedaba a un primo que era hijo de un baronet, que imaginaba que las implicaciones de su presencia se expandían por todas las mentes, y cuando presentó al capitán Lydgate a sus invitados, tuvo la plácida sensación de que el rango de éste les penetraba como un aroma. La satisfacción bastó por algún tiempo para disipar parte de la decepción respecto de las condiciones de haberse casado con un médico, aunque fuera de buena cuna: se le antojó que su matrimonio la alzaba, tanto visible como idealmente, por encima del nivel de Middlemarch y el futuro aparecía brillante, con cartas y visitas a Quallingham y desde Quallingham y, en consecuencia, progresos indefinidos en la situación de Tertius. Sobre todo, puesto que, seguramente a instancias del capitán, su hermana casada, la señora Mengan, acompañada de su sirvienta se había quedado a pasar dos noches a su regreso de Londres. Por ende, quedaba claro que los esfuerzos de Rosamond en cuanto a su música y su esmerada elección de encajes merecían la pena.

Por lo que hace al propio capitán Lydgate, su frente estrecha, la nariz aguileña un poco torcida y su habla más bien tediosa, hubieran resultado una desventaja en cualquier joven carente del porte militar y el bigote que confieren lo que algunas delicadas cabezas rubias idolatran como «estilo». Poseía, además, esa especie de educación aristocrática que consiste en estar libre de esos nimios cuidados propios de la clase media, y era un gran entendido en encantos femeninos. Rosamond se deleitaba ahora en su admiración más incluso que cuando estuvo en Quallingham, y a él le resultaba fácil pasar varias horas del día flirteando con ella. En conjunto, la visita le resultó al capitán una de las juergas más agradables de su vida, tal vez influido por la sospecha de que su extraño primo Tertius deseaba verle marchar, aunque Lydgate, quien (hablando hiperbólicamente) antes hubiera preferido morir que mostrarse falto de hospitalidad, reprimía su desagrado y se limitaba a simular que no oía los comentarios del galante oficial, dejándole a Rosamond la tarea de contestarle. Pues no era un marido celoso y prefería dejar a un cabeza de chorlito solo con su mujer antes que aguantar su compañía.

—Deberías hablar más con el capitán durante la cena, Tertius —dijo Rosamond una noche cuando el importante huésped se había marchado a Loamford para ver a algunos compañeros destinados allí—. Hay veces que tienes un aspecto tan ausente… es como si miraras a través de su cabeza a algo que hay detrás en lugar de mirarle a él.

—Mi querida Rosy, espero que no pretendas que hable mucho con un asno tan engreído como ése —dijo Lydgate con brusquedad—. Si se rompiera la cabeza quizá le mirara con interés, pero antes no.

—No puedo comprender por qué tienes que hablar con tanto desprecio de tu primo —dijo Rosamond, siguiendo con su costura mientras hablaba en un tono de apacible gravedad que albergaba un punto de desdén.

—Pregúntale a Ladislaw si no cree que tu capitán es el mayor pelmazo que ha conocido en toda su vida. Apenas viene por aquí desde que llegó mi primo.

Rosamond creía saber perfectamente por qué al señor Ladislaw le desagradaba el capitán: estaba celoso y eso la complacía.

—Es imposible saber lo que contenta a las personas excéntricas —respondió—, pero en mi opinión, el capitán Lydgate es un perfecto caballero y pienso que, por respeto a Sir Godwin, no debieras desairarle.

—No, mi amor; pero hemos dado cenas en su honor… entra y sale a su antojo… No me necesita.

—De todos modos, cuando está en la habitación, podrías hacerle un poco más de caso. Puede que no sea un fénix de la inteligencia según tus parámetros; tiene una profesión distinta; pero te vendría bien hablar un poco de sus temas. A mí me resulta muy agradable su conversación. Y puede ser cualquier cosa menos carente de principios.

—Lo que pasa, Rosy, es que te gustaría que yo fuera un poco más como él —dijo Lydgate, con una especie de murmullo de resignación y una sonrisa que no era exactamente tierna y en absoluto alegre: Rosamond guardó silencio y no volvió a sonreír, pero las hermosas curvas de su rostro no precisaban de la sonrisa para parecer dulces.

Las palabras de Lydgate eran como un triste hito que indicaban la distancia a que se hallaba de su antigua tierra de ensueño, en la que Rosamond Vincy aparecía como el ejemplo perfecto de feminidad que reverenciaría la mente de su esposo como si fuera una consumada sirena utilizando el peine y el espejo y cantando sus canciones con el único fin de relajar su adorada inteligencia. Había empezado a distinguir entre aquella adoración imaginaria y la atracción que ejercía el talento de un hombre porque le proporcionaba prestigio, como si fuera una condecoración en la solapa o un Ilustrísimo delante de su nombre.

Se podría suponer que Rosamond también había viajado mucho desde que encontrara perfectamente aburrida la insulsa conversación del señor Ned Plymdale; pero para la mayoría de los mortales existe una necedad insoportable y otra totalmente aceptable. De lo contrario, ¿qué sería de los vínculos sociales? La necedad del capitán Lydgate exudaba un delicado aroma, se erguía con «estilo», hablaba con buen acento y estaba muy relacionada con Sir Godwin. Rosamond la encontraba bastante agradable y adoptó muchas de sus frases.

Por lo tanto, puesto que, como sabemos, a Rosamond le gustaba montar a caballo, hubo muchas razones que la indujeran a reanudar su equitación cuando el capitán Lydgate, que había ordenado a su criado que viniera con dos caballos y se alojara en el Dragón Verde, le rogó que montara el tordo, del cual garantizaba su mansedumbre y costumbre de llevar a una dama… de hecho lo había comprado para su hermana y lo llevaba a Quallingham. Rosamond salió la primera vez sin decírselo a su marido, y volvió antes de que éste regresara a casa; pero el paseo había resultado un éxito tan rotundo y Rosamond se encontró tantísimo mejor a consecuencia del mismo que Lydgate fue informado del evento con la absoluta seguridad de que consentiría en que su mujer lo repitiera.

Por el contrario, Lydgate se mostró más que dolido. Estaba absolutamente perplejo de que Rosamond se hubiera arriesgado a montar un caballo desconocido sin consultarle a él. Tras las primeras y casi atronadoras exclamaciones de sorpresa, que advirtieron suficientemente a Rosamond de lo que se avecinaba, Lydgate guardó unos minutos de silencio.

—Pero bueno, no ha habido ningún percance —dijo finalmente en tono concluyente—. No hay ni qué decir, Rosy, que no volverás a montar. Aunque fuera el caballo más tranquilo y que mejor conocieras del mundo, siempre existiría el riesgo de un accidente. Y sabes muy bien que ésa fue la razón de que te pidiera que no montaras el ruano.

—Pero también hay la posibilidad de un accidente dentro de casa, Tertius.

—Mi amor, no digas tonterías —dijo Lydgate en tono suplicante—. ¿No crees, que yo debiera ser el más indicado para juzgar en este caso? Creo que es suficiente que te diga que no debes volver a hacerlo.

Rosamond se estaba peinando antes de la cena y el reflejo de su cabeza en el espejo no mostró alteración alguna en su hermosura salvo por un pequeño ladeamiento de su esbelto cuello. Lydgate había estado andando de un lado a otro con las manos en los bolsillos y ahora se detuvo ante ella como esperando alguna respuesta.

—¿Me puedes sujetar las trenzas, amor? —dijo Rosamond dejando caer los brazos con un leve suspiro de forma que su marido se sintió avergonzado de quedarse allí plantado como un bruto. Lydgate le había sujetado las trenzas con frecuencia, los dedos largos y bien formados convirtiéndole en uno de los hombres más diestros. Recogió los suaves cabellos trenzados y los sujetó con la peineta (¡tales tareas llegan a hacer los hombres!) y ¿qué podía hacer entonces sino besar la exquisita nuca que se le ofrecía con todas sus delicadas curvas? Pero aun cuando hacemos cosas que ya hemos hecho anteriormente, a menudo existen diferencias. Lydgate seguía enfadado y no había olvidado su argumento.

—Le diré al capitán que debía haber tenido más sentido común y no ofrecerte el caballo —dijo alejándose.

—Te ruego que no hagas nada por el estilo, Tertius —dijo Rosamond, mirando a su marido y con más énfasis en su tono que el habitual—. Sería tratarme como a una niña. Prométeme que me dejarás el asunto a mí.

La objeción parecía encerrar algo de verdad. Lydgate dijo «Está bien» con arisca obediencia y así, la discusión quedó cerrada, con una promesa de Tertius a su esposa en lugar de habérsela hecho Rosamond a él.

Lo cierto es que la señora Lydgate había decidido no hacer ninguna promesa. Rosamond poseía esa victoriosa terquedad que jamás desperdicia su energía en resistencias impetuosas. Lo que ella quería hacer era lo que consideraba correcto y toda su inteligencia se orientaba a la manera de hacerlo. Tenía la intención de volver a montar el tordo y lo hizo a la primera oportunidad brindada por la ausencia de su esposo, con la idea de que no lo supiera hasta que fuera demasiado tarde como para tener importancia. Sin duda la tentación era muy grande: le gustaba mucho la equitación, y lo gratificante de montar un buen caballo, con el capitán Lydgate, el hijo de Sir Godwin, a su lado en otro hermoso ejemplar, y de que cualquiera salvo su marido la viera, era algo tan magnífico como sus sueños de soltera: además, afianzaba las relaciones con la familia de Quallingham, lo que seguro era cosa muy sensata.

Mas el dócil tordo, al que la caída de un árbol que estaban talando en las inmediaciones del bosque de Halsell cogió desprevenido, se asustó causándole a Rosamond un mayor susto aún que concluyó finalmente en la pérdida del niño. Lydgate no podía mostrar con ella su ira, pero sí su rabia con el capitán, cuya visita naturalmente terminó al poco.

En las conversaciones futuras sobre el tema, Rosamond se mostraba apaciblemente convencida de que el paseo no había influido y de que de haber permanecido en casa hubieran aparecido los mismos síntomas y el final hubiera sido el mismo, porque ya anteriormente había notado algo parecido.

Lydgate únicamente decía «¡Pobre, pobrecilla mía!», pero íntimamente le asombraba la terrible tenacidad de esta dócil criatura. Iba creciendo en él una asombrada convicción de su propia impotencia ante Rosamond. En lugar de que, como imaginara, su superior conocimiento y su fuerza mental fueran un altar al que consultar en toda ocasión, quedaban de lado con toda sencillez ante cualquier cuestión práctica. Había considerado la inteligencia de Rosamond como precisamente del tipo receptivo, adecuado a una mujer. Empezaba ahora a descubrir cuál era exactamente, cuál era la forma que había adoptado; una tupida red altiva e independiente. Nadie más rápida que Rosamond para advertir causas y efectos que coincidían con sus propios gustos e intereses: detectó con claridad la preeminencia de Lydgate en la sociedad de Middlemarch y siguió trazando con imaginación efectos sociales aún más agradables cuando su talento le hubiera hecho ascender; pero para ella la ambición profesional y científica de su marido no guardaban más relación con estos efectos deseables que si hubieran sido el feliz descubrimiento de un aceite hediondo. Y al margen del aceite, con el que no tenía nada que ver, por supuesto le merecía más confianza su propia opinión que la de su esposo. A Lydgate le resultó asombroso descubrir que en numerosas cuestiones nimias, además de en este último caso grave del montar a caballo, el efecto no hacía sumisa a Rosamond. No dudaba de que el afecto existía, ni se le ocurría pensar que él hubiera hecho algo para disiparlo. Por su parte, se decía a sí mismo que la amaba tanto como siempre, y que podría acostumbrarse a sus negativas; pero… ¡en fin! Lydgate estaba muy preocupado y era consciente de elementos nuevos en su vida tan nocivos para él como la aparición del cieno para una criatura acostumbrada a respirar y bañarse y lanzarse en pos de su presa iluminada en las aguas más cristalinas.

Pronto Rosamond volvió a su mesita de trabajo, más hermosa que nunca disfrutando de los paseos en el faetón de su padre y pensando que era probable que se la invitara a Quallingham. Sabía que era un adorno mucho más exquisito en el salón que cualquiera de las hijas de la familia y, al reflexionar sobre el hecho de que los caballeros lo sabían, tal vez no consideró con suficiente atención si las damas querrían verse eclipsadas.

Lydgate, una vez superada la preocupación por su mujer, volvió a caer en lo que ella interiormente denominaba su mal humor, nombre que para ella significaba tanto el esmerado interés de su marido por temas que no eran ella, como el gesto inquieto de la frente y disgusto por todas las cosas corrientes como si estuvieran mezcladas con hierbas amargas, que en realidad constituían una especie de barómetro de su irritación y malos presentimientos. Estos estados de ánimo de Lydgate tenían, entre otras, una causa que él, generosa, pero equivocadamente, había ocultado a Rosamond a fin de que no afectaran la salud o el ánimo de su mujer. Entre él y ella existía esa ignorancia acerca del proceso mental del otro que es sin duda posible incluso entre personas que piensan constantemente la una en la otra. Lydgate tenía la intención de haberse pasado mes tras mes sacrificando más de la mitad de sus mejores intenciones y energías a su ternura por Rosamond; soportando sin impaciencia las pequeñas exigencias e interrupciones de su mujer y, sobre todo, sobrellevando sin manifestación de amargura y con creciente falta de ilusión, la superficie vacía y opaca que la mente de Rosamond presentaba frente a su entusiasmo por los fines más desinteresados de su profesión y de sus trabajos científicos, entusiasmo que él había imaginado que la esposa ideal debería adorar por sublime, aun sin saber la razón. Pero su aguante se mezclaba con un descontento de sí mismo que, si somos sinceros, deberemos confesar que constituye más de la mitad de nuestra amargura ante los agravios, esposa o marido incluidos. Siempre es verdad que, de poseer nosotros más grandeza, las circunstancias hubieran pesado menos en nuestra contra. Lydgate sabía muy bien que sus concesiones a Rosamond con frecuencia no eran más que el fruto de la vacilación de su voluntad, la incipiente parálisis de un entusiasmo en desajuste con una gran parte de nuestra vida. Y sobre el entusiasmo de Lydgate existía continuamente no sólo el simple peso del dolor, sino la punzante presencia de una mezquina y degradante preocupación del tipo de las que tiñen de ironía los esfuerzos más nobles.

Éste era el pesar que hasta el momento se había abstenido de mencionarle a Rosamond y creía, con cierto asombro, que a ella no se le había pasado por la imaginación, aunque ninguna dificultad pudiera ser menos misteriosa. Era una deducción con apéndices evidentes, y que muchos observadores indiferentes habían sacado: Lydgate estaba endeudado.

Y no conseguía apartar por mucho tiempo de su pensamiento el hecho de que cada día se hundía más en la ciénaga, esa ciénaga que tienta a los hombres con un hermoso disfraz de flores y verdor. Es asombrosa la rapidez con la que uno se puede hundir en ella hasta el cuello… encontrándose en una situación en la que, a su pesar, se ve obligado a pensar principalmente en la liberación, aunque llevara en el alma un proyecto del universo.

Dieciocho meses atrás Lydgate era pobre, pero desconocía totalmente la imperiosa necesidad de pequeñas cantidades, y experimentaba cierto desprecio ardiente por cualquiera que descendiera un escalón a fin de obtenerlas. En estos momentos pasaba por algo peor que un simple déficit: le asediaban las odiosas y vulgares tribulaciones de un hombre que ha comprado y ha usado un montón de cosas de las que hubiera podido prescindir, y que no puede pagar, aunque la exigencia de pago es ya apremiante.

Cómo había llegado a este punto es fácil de entender, y no precisa de mucha aritmética ni grandes conocimientos sobre precios. Cuando un hombre que abre una casa y se prepara para el matrimonio descubre que el mobiliario y otros gastos iniciales superan el capital que posee en unas cuatrocientas o quinientas libras; cuando al finalizar el año resulta que sus gastos domésticos, caballos y demás suman casi mil, mientras que los ingresos de la consulta que los anteriores libros estimaban en ochocientas libras anuales se han reducido como un estanque de verano y proporcionan apenas quinientas, en su mayor parte en recibos por cobrar, la deducción evidente es, tanto si le importa como si no, que está endeudado. Eran aquellos tiempos más baratos que los nuestros y la vida de provincias era comparativamente modesta, pero la facilidad con la que un médico que acababa de comprar su consulta, que se creía en la obligación de mantener dos caballos, cuya mesa no conocía la tacañería, y que pagaba un seguro de vida y un alquiler alto por la casa y jardín, descubría que sus gastos duplicaban sus ingresos, cabe en la mente de cualquiera que no considere que estos detalles son indignos de su atención. Rosamond, acostumbrada desde la niñez al derroche, creía que el llevar bien una casa consistía en encargar lo mejor, lo demás «no era de recibo»; y Lydgate suponía que «si las cosas se hacían, se hacían bien» … y no veía cómo podían vivir de otro modo. Si le hubieran comunicado de antemano cada capítulo de los gastos de la casa, probablemente hubiese comentado que «no podrá subir mucho», y si alguien hubiera sugerido ahorrar en un determinado punto —por ejemplo, sustituir pescado caro por otro más barato— se le hubiera antojado como una idea tacaña y mezquina. Rosamond, aún sin necesidad de una ocasión como la visita del capitán Lydgate, gustaba de recibir en casa, y Lydgate, aunque en ocasiones considerara que los invitados eran una molestia, no se oponía. Aquel recibir parecía ser una parte necesaria de la prudencia profesional, y el agasajo debía estar a la altura. Es cierto que Lydgate visitaba constantemente los hogares pobres y ajustaba la dieta que les prescribía a sus reducidos medios; pero ¡Dios mío! ¿Acaso hoy en día no ha dejado de ser… o, mejor dicho, acaso no esperamos de los hombres, que posean múltiples hebras de experiencia, una al lado de la otra, sin que jamás las comparen entre sí? El gasto —como la fealdad y los errores— se convierte en algo totalmente nuevo cuando unimos a él nuestra propia personalidad, midiéndolo por esa gran diferencia que existe (a nuestro juicio) entre nosotros y los demás. Lydgate se creía poco preocupado por su vestir y despreciaba a quien calculaba el efecto de su indumentaria; le parecía algo tan natural tener ropa limpia en abundancia… ese tipo de prendas se encargaban por docenas. Debe recordarse que hasta el momento no había sentido nunca el freno de una deuda inoportuna, y los pasos que daba eran por costumbre, no por autocrítica. Pero el freno había llegado.

La novedad hizo que resultara aún más irritante. Le asombró y le asqueó que circunstancias tan ajenas a sus propósitos, tan odiosamente desvinculadas de todo cuanto le importaba, le hubieran tendido una emboscada en la cual, desprevenidamente, había caído. Y no se trataba ya de la propia deuda, sino de la certeza de que, en su situación presente, no podía menos que aumentarla. Dos comerciantes de muebles de Brassing, cuyas facturas eran anteriores a su matrimonio, y a quienes gastos imprevistos le habían impedido pagar, le habían cursado repetidas cartas desagradables que se había visto obligado a atender. A pocas personas podría resultar esto más humillante que a Lydgate, de carácter altivo, poco dado a pedir favores o a tener que sentirse agradecido. Incluso había desdeñado hacer conjeturas acerca de las intenciones del señor Vincy en materia monetaria y nada salvo la indigencia le hubiera podido inducir a acudir a su suegro, aún en el caso de que no se le hubiera hecho saber indirectamente desde su boda que los asuntos del propio señor Vincy distaban de ser florecientes y que no recibiría bien una solicitud de ayuda. Hay hombres que confían con facilidad en la buena disposición de sus amigos; a Lydgate no se le había ocurrido anteriormente que pudiera verse obligado a hacerlo: jamás había pensado en lo que para él supondría pedir prestado, pero ahora que la idea había entrado en su mente, prefería enfrentarse a cualquier otra dificultad. Entretanto, carecía de dinero así como de la perspectiva de tenerlo, y la consulta no tenía visos de proporcionarle mayores lucros.

No era, pues de extrañar, que Lydgate hubiera sido incapaz de disimular todo síntoma de problema interno durante los últimos meses, y ahora que Rosamond recobraba su vigorosa buena salud, contempló la idea de sincerarse con ella. Una mayor familiaridad con las facturas de los comerciantes le habían obligado a razonar utilizando un nuevo canal de comparación: había empezado a considerar desde otro punto de vista lo que resultaba necesario o innecesario comprar, y a comprender que había que cambiar las costumbres. ¿Cómo iba a producirse este cambio sin la participación de Rosamond? La ocasión para comunicarle este desagradable hecho le vino dada.

Al carecer de dinero, y tras haber pedido consejo privadamente respecto de qué garantías podía ofrecer un hombre en su posición, Lydgate le había ofrecido el único valor que tenía al acreedor menos imperioso, un platero y joyero, que había accedido a hacerse también cargo de la deuda con el tapicero, aceptando intereses por un plazo determinado. La garantía requerida era el mobiliario de su casa lo que podía tranquilizar a un acreedor durante un periodo razonable respecto de una deuda que no llegaba a las cuatrocientas libras; y el platero, el señor Dover, estaba dispuesto a reducirla aceptando la devolución de parte de la cubertería y cualquier otro artículo que estuviera casi por estrenar. «Cualquier otro artículo» era una frase que incluía con delicadeza piezas de joyería, y más en concreto unas amatistas malvas que costaban treinta libras y que Lydgate había comprado como regalo de bodas.

La opinión estará dividida respecto a lo sensato del regalo: algunos pensarán que fue un detalle elegante, propio de un hombre como Lydgate, y que la culpa de cualquier consecuencia problemática residía en la pequeñez de la vida de provincias de aquella época, que no ofrecía comodidades a aquellos profesionales cuya fortuna no guardaba proporción con sus gustos; y también en la ridícula puntillosidad de Lydgate de no pedirles dinero a sus familiares.

Sin embargo, aquella hermosa mañana en la que fuera a confirmar la compra de la cubertería, le pareció un gasto sin importancia: ante otras joyas carísimas y junto a encargos cuyo importe no se había calculado exactamente, treinta libras por unos adornos tan exquisitamente apropiados para el cuello y los brazos de Rosamond apenas podían parecer un exceso cuando no existía cantidad en metálico que fijara límites. Pero en este momento de crisis, la imaginación de Lydgate no podía por menos que recrearse en la posibilidad de permitir que las amatistas volvieran a ocupar un lugar entre las existencias del señor Dover, aunque le horrorizara la idea de proponérselo a Rosamond. Alertado para discernir consecuencias que no había solido rastrear, se disponía a actuar con los nuevos datos con parte del rigor (en modo alguno todo) que hubiera aplicado en un experimento. Se iba preparando para este rigor mientras regresaba de Brassing meditando sobre cómo debía presentarle la situación a Rosamond.

Caía la tarde cuando llegó a casa. Aquel hombre fuerte de veintinueve años y muchos talentos se sentía profundamente triste. No se decía con rabia que había cometido un grave error; pero el error trabajaba en su interior como una enfermedad crónica diagnosticada, entremezclando sus molestias con cualquier perspectiva y debilitando todo pensamiento. Mientras recorría el pasillo hasta el salón oyó el piano y voces que cantaban. Claro, Ladislaw estaba allí. Hacía algunas semanas que Will se había despedido de Dorothea, pero seguía en Middlemarch. A Lydgate no le molestaban las visitas de Ladislaw, pero en ese momento le molestó no encontrar libre su hogar. Cuando abrió la puerta ambos cantantes prosiguieron con su música, levantando la vista y mirándole, desde luego, pero sin considerar su entrada como una interrupción. Para un hombre apremiado como el pobre Lydgate, no resulta reconfortante ver a dos personas gorgoriteando cuando llega a casa con la sensación de que le quedan por hacer aún ciertas tareas antes de que concluya su penoso día. Su rostro, ya más pálido que de costumbre, se ensombreció mientras cruzaba la habitación y se dejaba caer en una butaca.

Los cantantes, sintiéndose disculpados por el hecho de que sólo les quedaban tres compases para terminar, se volvieron hacia él.

—¿Qué tal, Lydgate? —dijo Will acercándose para darle la mano.

Lydgate le estrechó la mano, pero no creyó necesario contestar.

—¿Has cenado, Tertius? Te esperaba mucho antes —dijo Rosamond que ya había percibido que su marido estaba «de pésimo humor», sentándose en su sitio habitual mientras hablaba.

—Sí, he cenado. Querría un poco de té, por favor —dijo Lydgate lacónicamente, aún con el ceño fruncido y fijando la mirada en las piernas que tenía extendidas.

Will era demasiado ágil como para precisar más.

—Me voy —dijo, cogiendo el sombrero.

—Está, a punto de venir el té —dijo Rosamond—. Quédese.

—No, Lydgate está harto —dijo Will, que conocía mejor que Rosamond al médico y no se sentía ofendido por su comportamiento, imaginándose con facilidad causas externas para su mal humor.

—Razón de más para que se quede —dijo Rosamond retozona y superficialmente—, no me hablará en toda la noche.

—Sí, Rosamond, sí que lo haré —dijo Lydgate, con su voz sonora—. Tengo algo importante que decirte.

Ninguna introducción al tema se podría parecer menos a lo que Lydgate había planeado, pero la actitud indiferente de su esposa había resultado demasiado provocadora.

—¡Ya lo decía yo!, ¿lo ve? —dijo Will—. Me voy a la reunión sobre el instituto de trabajadores. Adiós —y salió con paso rápido de la habitación.

Rosamond no miró a su esposo, pero al poco se levantó y se sentó junto a la bandeja de té. Pensó que nunca le había visto en actitud tan desagradable. Lydgate volvió hacia ella sus ojos oscuros y la observó mientras sus dedos finos preparaban el té delicadamente al tiempo que fijaba su mirada en los objetos que tenía delante sin que una sola curva alterara su rostro, pero con un aire de protesta contra toda persona de modales enojosos. Por un momento perdió la noción de su pesar en una repentina especulación acerca de esta nueva forma de impasibilidad femenina que se manifestaba en aquella figura sílfide que en otros tiempos él interpretara como señal de una sensibilidad pronta e inteligente. Recordando a Laure mientras contemplaba a Rosamond, se preguntó interiormente «¿Me mataría si la tediara?», y a continuación se dijo «todas las mujeres son así». Pero esta facultad de generalización que otorga a los hombres tanta superioridad en el error sobre los animales, se vio inmediatamente contrarrestada por el vago recuerdo de las impresiones que le proporcionaran el comportamiento de otra mujer: el aspecto de Dorothea y el tono angustiado en el que se refería a su esposo cuando Lydgate empezó a asistirle, el desgarrado grito por que se le enseñara lo que más consolaría a aquel hombre por el que parecía que debía acallar todo impulso salvo el de fidelidad y compasión. Aquellas imágenes revividas se alzaron rápida y nebulosamente ante Lydgate mientras se iba haciendo el té. Había cerrado los ojos en el último momento del recuerdo, cuando oía decir a Dorothea, «Aconséjeme, piense qué puedo hacer, ha pasado toda su vida trabajando y esperando. No le importa nada más, y a mí tampoco».

Aquella voz de una feminidad hondamente espiritual había permanecido dentro de él como lo habían hecho las concepciones avivadoras de genios muertos y consagrados (¿es que no existe un genio de los sentimientos nobles que reina también sobre los espíritus humanos así como sus conclusiones?); el tono de la voz iba convirtiéndose en una música cada vez más distante… y realmente estaba un poco adormilado cuando Rosamond dijo en su acostumbrada voz nítida y neutral:

—Aquí tienes el té, Tertius —dejándolo en la mesa a su lado y volviendo a su sitio sin mirarle. Lydgate se precipitaba al tachar a su esposa de insensibilidad; a su manera, Rosamond era suficientemente sensible y solía mantener las impresiones que recibía. En aquel momento se sentía ofendida y rechazaba a su marido. Pero como ni ponía malas caras ni levantaba jamás la voz, estaba convencida de que nadie podía censurarla.

Tal vez Lydgate y ella nunca se habían sentido tan distantes; pero había poderosas razones para no posponer la revelación, aún en el caso de que no la hubiera ya iniciado con su abrupto anuncio; es más, parte del airado deseo por provocar en ella una mayor sensibilidad hacia él que le había empujado a hablar prematuramente seguía entremezclándose con el dolor que sentía ante la perspectiva de cuánto iba a herir a su mujer. Pero esperó hasta que se hubieran llevado la bandeja del té, a que se encendieran los candelabros y a poder contar con la quietud del anochecer: el intervalo dio tiempo a que la ternura repelida reocupara su viejo cauce. Lydgate habló con afecto.

—Rosy, mi amor, deja la labor y siéntate a mi lado —dijo dulcemente, apartando la mesa y alargando un brazo para acercar una silla.

Rosamond obedeció. Al ir hacia él, con su vestido de muselina transparente y ligeramente coloreada, su figura esbelta, pero redondeada nunca había aparecido más airosa; cuando se sentó junto a él y reposó una mano sobre el brazo de la butaca, por fin mirándole a los ojos, su delicado cuello y su mejilla y sus labios bien perfilados nunca habían tenido una mayor proporción de esa inmaculada belleza que nos emociona en la primavera y en la infancia y en todo cuanto tiene un dulce frescor. Le emocionó a Lydgate en ese momento y mezcló los primeros momentos de su amor por ella con todos los otros recuerdos que afloraban en estos instantes de crisis. Puso suavemente su mano grande sobre la de su esposa y dijo:

—¡Mi amor! —con ese eco prolongado que el afecto confiere a las palabras. Rosamond también seguía bajo el influjo del mismo pasado y su marido seguía siendo en parte el Lydgate cuya aprobación la había deleitado. Le apartó con dulzura el pelo de la frente y poniendo su otra mano sobre la de él fue consciente de que le estaba perdonando—. Me veo obligado a decirte algo que te va a doler, Rosy. Pero hay cosas que los esposos deben decidir juntos. Me atrevería a afirmar que ya se te ha ocurrido que voy mal de dinero.

Lydgate hizo una pausa, pero Rosamond volvió la cabeza y miró un jarrón en la repisa de la chimenea.

—No pude pagar todo lo que tuvimos que comprar antes de casarnos y desde entonces ha habido gastos que he tenido que afrontar. El resultado es que en Brassing tengo una deuda importante, trescientas ochenta libras, que me lleva apremiando una buena temporada, y la verdad es que nos endeudamos cada vez más ya que la gente no me paga con mayor rapidez sólo porque otros quieran el dinero que les debo. No quise decírtelo mientras estuviste enferma, pero ahora debemos pensar en ello juntos, y tú debes ayudarme.

—¿Y qué puedo hacer yo, Tertius? —dijo Rosamond, volviendo de nuevo sus ojos sobre él. Ese pequeño párrafo de cinco palabras, como tantos otros en otras lenguas, puede expresar, mediante diversas inflexiones, todos los estados mentales, desde la total incomprensión hasta una absoluta percepción razonada, desde la solidaridad más abnegada hasta la neutralidad más distante. El hilo de voz con el que Rosamond pronunció «¿Y qué puedo hacer yo?» confirió a las palabras cuanta neutralidad podían contener. Cayeron como un frío mortal sobre la ternura reavivada de Lydgate. No bramó de ira, el corazón se le encogió demasiado. Y cuando volvió a hablar lo hizo en el tono de quien se está obligando a cumplir una tarea.

—Tienes que saberlo porque debo proporcionar una garantía durante un tiempo, y vendrá un hombre a hacer inventario de los muebles.

—¿No le has pedido dinero a papá? —dijo en cuanto fue capaz de hablar.

—No.

—¡Entonces tendré que hacerlo yo! —dijo, soltando las manos de Lydgate y levantándose para alejarse un poco.

—No, Rosy —dijo Lydgate en tono decisivo—. Es demasiado tarde para eso. El inventario comienza mañana. Recuerda que es sólo una garantía, no quiere decir nada: es algo temporal. Insisto en que tu padre no debe saberlo a no ser que yo crea pertinente decírselo —añadió Lydgate con aún mayor énfasis.

Fueron palabras duras, pero Rosamond le había empujado a temer lo que ella pudiera hacer en la línea de la desobediencia tenaz y silenciosa. Aquella dureza le pareció imperdonable: no estaba dada a las lágrimas y le desagradaba llorar, pero empezaron a temblarle los labios y la barbilla, y los ojos se le humedecieron. Tal vez no le fuera posible a Lydgate, presionado tanto por las dificultades materiales como por su altiva resistencia a consecuencias humillantes, imaginarse plenamente lo que esta prueba repentina suponía para una joven que sólo había conocido el mimo, y cuyos sueños habían consistido en nuevos caprichos, aún más cercanos a sus gustos. Pero Lydgate quería apenar lo menos posible a su mujer y sus lágrimas le llegaron al corazón. No pudo seguir hablando de inmediato; pero Rosamond dejó de llorar; intentó vencer su agitación y se secó las lágrimas, con la mirada aún fija en la repisa de la chimenea.

—Procura no entristecerte, cariño —dijo Lydgate, levantando los ojos hacia su esposa. El hecho de que Rosamond se hubiera alejado unos pasos en estos momentos de tribulación hacían que todo resultara más difícil de decir, pero Lydgate tenía que llegar al final—. Tenemos que prepararnos para hacer cuanto sea preciso. Yo tengo la culpa, debí haber visto que no podíamos mantener este tren de vida. Pero muchas cosas se han vuelto contra mí en la consulta y en estos momentos tengo pocos pacientes. Puede que la levante, pero entretanto debemos frenar un poco… debemos cambiar nuestro modo de vida. Sabremos capear el temporal. Cuando haya dado esta garantía tendré tiempo para reflexionar sobre la situación, y tú eres tan inteligente que si te aplicas a llevar la casa me enseñarás a tener más cuidado. He sido un irresponsable en cuanto a las cuentas…, pero ven, cariño, siéntate a mi lado y perdóname.

Lydgate bajaba la cabeza ante el yugo como una criatura con garras, pero también dotada de razón, lo que a menudo nos hace mansos. Cuando hubo proferido las últimas palabras en tono suplicante Rosamond volvió a sentarse junto a él. Que reconociera su culpa le daba esperanzas de que la escuchara y dijo:

—¿Por qué no posponemos el inventario? Puedes decirles a los hombres que se marchen cuando vengan mañana.

—No lo haré —dijo Lydgate, surgiendo en él de nuevo la imperiosidad. ¿Servía de algo explicarle a su mujer las cosas?

—Si nos fuéramos de Middlemarch, tendríamos que vender, y eso equivaldría a lo mismo.

—Pero es que no nos vamos a marchar de Middlemarch.

—Estoy convencida, Tertius de que sería lo mejor. ¿Por qué no nos vamos a Londres? ¿O cerca de Durham, donde tu familia es conocida?

—No podemos ir a ningún sitio sin dinero, Rosamond.

—Tu familia no querría que te faltara dinero. Y seguro que a esos odiosos comerciantes se les podría hacer entrar en razón y esperar si les dieras las explicaciones adecuadas.

—Todo esto sobra, Rosamond —dijo Lydgate enfadado—. Debes aprender a aceptar mi criterio en asuntos que no comprendes. He hecho los arreglos convenientes y deben llevarse a cabo. En cuanto a mis familiares, no espero nada en absoluto de ellos y no les pediré nada.

Rosamond permaneció inmóvil. Su único pensamiento era que de haber sabido cómo se comportaría Lydgate, nunca se habría casado con él.

—No podemos perder tiempo, cariño, en palabras estériles —dijo Lydgate, intentando volver a recobrar la dulzura—. Hay algunos detalles que quisiera examinar contigo. Dover dice que está dispuesto a quedarse con buena parte de la cubertería, y las joyas que nos parezca. Se está portando estupendamente.

—¿Tendremos, pues, que prescindir de cucharas y tenedores? —dijo Rosamond cuyos labios parecían afilarse al son de sus palabras. Estaba decidida a no oponer más resistencia o hacer ninguna sugerencia más.

—¡Pues claro que no, cariño! —dijo Lydgate—. Mira —continuó, desdoblando un papel que sacó del bolsillo—, aquí está el recibo de Dover. Mira, he marcado una serie de artículos que, si los devolviéramos, rebajaríamos la cantidad que debemos en treinta libras o más. No he marcado ninguna joya —a Lydgate le amargaba especialmente el punto de las joyas, pero se había impuesto al sentimiento con firmes argumentos. No podía proponerle a Rosamond que devolviera ningún regalo suyo en concreto, pero se había dicho a sí mismo que tenía la obligación de exponerle a su mujer la oferta de Dover y quizá su impulso interior facilitaría la tarea.

—Es inútil que mire, Tertius —dijo Rosamond con mucha calma—, devolverás lo que te parezca —se negaba a mirar el papel y Lydgate, con el rostro sonrojado, lo retiró, descansándolo en su rodilla.

Mientras tanto, Rosamond salió en silencio de la habitación, dejando a Lydgate impotente y atónito. ¿Es que su esposa no iba a volver? Tenía la impresión de que no se hubiera identificado menos con él de ser criaturas de distintas especies e intereses encontrados. Sacudió la cabeza y hundió las manos en los bolsillos con una especie de revancha. Quedaba la ciencia… quedaban nobles objetivos por los que trabajar. Tenía que seguir luchando… tanto más, puesto que las demás satisfacciones se desvanecían.

Pero la puerta se abrió y Rosamond volvió a entrar. Llevaba la caja de cuero con las amatistas y una minúscula cestita de adorno que tenía otras cajitas en el interior, y, dejándolo todo sobre la silla que había ocupado, dijo, con absoluta corrección:

—Estas son cuantas joyas me has regalado. Puedes devolver las que te parezca, y te digo lo mismo de los cubiertos. Supongo que no esperarás que me quede en casa mañana. Me iré a la de mi padre.

Para muchas mujeres, la mirada que Lydgate le lanzó hubiera resultado más terrible que si se hubiera enfurecido: contenía la desesperada aceptación de la distancia que Rosamond estaba abriendo entre ellos.

—Y ¿cuándo volverás? —dijo, con acritud.

—Bueno, pues, al atardecer. Quede claro que no le diré nada a mamá.

Rosamond estaba convencida de que ninguna mujer hubiera tenido un comportamiento más irreprochable, y fue a sentarse junto a su mesa de labor. Lydgate permaneció unos minutos meditando y el resultado fue que, con algo de la antigua ternura en su voz, dijo:

—Ahora que estamos casados, Rosy, no debieras abandonarme ante la primera dificultad que se nos presenta.

—Por supuesto que no —dijo Rosamond—; haré cuanto sea apropiado.

—No está bien que la cosa quede en manos del servicio o que yo tenga que explicárselo. Y además, mañana tendré que salir, no sé cuándo. Comprendo tu rechazo ante la humillación de estas cuestiones de dinero. Pero, mi querida Rosamond, como asunto de amor propio, que me afecta tanto como te pueda afectar a ti, ¿no será mejor que nos encarguemos nosotros personalmente y que los criados vean lo menos posible? Y, puesto que tú eres mi esposa, es imposible evitar tu cuota en mi deshonra… caso de existir.

Rosamond no respondió inmediatamente, pero por fin dijo:

—Está bien. Me quedaré en casa.

—No pienso tocar las joyas, Rosy. Llévatelas. Pero haré una lista de los cubiertos que podemos devolver y eso se puede empaquetar y mandar enseguida.

—Los criados se enterarán de eso —dijo Rosamond con un mínimo toque de sarcasmo.

—Bueno, habremos de encajar ciertas cosas desagradables como necesarias. ¿Dónde estará la tinta? —dijo Lydgate, levantándose y dejando la lista encima de una mesa más grande sobre la que pensaba escribir.

Rosamond fue en busca del tintero, y tras dejarlo en la mesa, se disponía a marcharse cuando Lydgate, que estaba junto a ella, la rodeó con su brazo y atrayéndola hacia sí, dijo:

—Vamos, cariño, saquemos el mejor partido de las cosas. Espero que no tengamos que ser tacaños durante mucho tiempo. Dame un beso.

Hacía falta mucho para apagar su afectuosidad natural, y forma parte de la hombría de un marido el percibir que una joven inocente se ha metido en problemas por su culpa. Rosamond aceptó su beso y se lo devolvió débilmente, y así, por el momento se recuperó una apariencia de acuerdo mutuo. Pero Lydgate no podía por menos que temer las inevitables discusiones futuras sobre los gastos y la necesidad de un cambio absoluto en su forma de vivir.

CAPÍTULO SEIS

A menudo las noticias se extienden tan impensada y eficazmente como el polen que llevan las abejas (ajenas a la cantidad que acarrean cuando vuelan en busca de su néctar preferido). Esta buena comparación hace referencia a Fred Vincy quien aquel atardecer en la rectoría de Lowick escuchó una animada conversación entre las damas sobre las noticias que su vieja criada había recibido de Tantripp respecto de la extraña mención que el señor Casaubon hiciera del señor Ladislaw en un codicilo añadido a su testamento poco antes de morir. La señorita Winifred se quedó muy asombrada al descubrir que su hermano ya conocía el hecho y comentó que Camden era el hombre más maravilloso en cuanto a conocer cosas y no contarlas; y Mary Garth dijo que tal vez el codicilo se hubiera quedado confundido con los hábitos de las arañas, de las cuales la señorita Winifred jamás quería saber nada. La señora Farebrother opinó que la noticia tenía algo que ver con el hecho de que sólo hubieran visto al señor Ladislaw una vez en Lowick y la señorita Noble profirió varios maullidos compasivos.

Fred sabía poco y le importaba aún menos Ladislaw y los Casaubon, y no reparó en aquella conversación hasta que al visitar a Rosamond un día, a petición de la madre de ésta para que le llevara un recado de paso, vio salir a Ladislaw. Fred y Rosamond tenían poco que decirse desde que el matrimonio la alejara del choque con las molestias que suponen los hermanos, y sobre todo ahora que él se había decidido a dar el paso que ella consideraba necio e incluso reprochable de renunciar a la Iglesia y dedicarse a una profesión como la del señor Garth. Así pues, Fred prefería hablar de lo que él consideraba noticias sin importancia y, «a propósito del joven Ladislaw» mencionó lo que oyera en la rectoría.

Lydgate, al igual que el señor Farebrother, sabía mucho más de lo que contaba y una vez que empezó a pensar en la relación entre Will y Dorothea, sus conjeturas rebasaron los hechos. Imaginó que existía un mutuo y apasionado afecto y esto se le antojó como demasiado serio como para airearlo. Recordó la irritabilidad de Will cuando le habló de la señora Casaubon y se volvió más circunspecto. En general, sus deducciones, unidas a los hechos que conocía, aumentaron su amistad y su tolerancia hacia Ladislaw, y le hicieron comprender las dudas que aún le retenían en Middlemarch tras haber anunciado su partida. Era sintomático de la distancia entre las mentes de Lydgate y Rosamond el que el médico no se hubiera sentido impulsado a hablar de ello con su mujer, lo cierto era que desconfiaba un tanto de sus reticencias con Will. Y en ese punto tenía razón, aunque no conociera la forma en la que la mente de su mujer la induciría a hablar.

Cuando ella le repitió las noticias de Fred, Lydgate dijo:

—Ten cuidado de no hacerle a Ladislaw ni la menor insinuación, Rosy. Es probable que se enfureciera como si le hubieras insultado. Es un asunto muy penoso.

Rosamond giró un poco el cuello y se tocó el pelo, dando la imagen de la más plácida indiferencia. Pero la siguiente vez que llegó Will en ausencia de Lydgate, ironizó acerca de que no se había marchado a Londres como amenazara.

—Lo sé todo. Tengo un pajarillo confidente —dijo, dejando ver su hermosa cabeza por encima de la labor que sostenía en alto entre unos activos dedos—. Hay un poderoso imán en el vecindario.

—Por supuesto. Nadie lo sabe mejor que usted —dijo Will con ágil galantería, pero interiormente disponiéndose a enfadarse.

—Es verdaderamente un romance encantador, el señor Casaubon celoso y previendo que no habría nadie más con quien la señora Casaubon prefiriera casarse, y nadie a quien le gustara tanto casarse con ella como cierto caballero, y a continuación urdiendo un plan para estropearlo todo obligándola a ella a renunciar a sus propiedades si llegara a casarse con ese caballero… y luego… y luego…, no tengo ninguna duda de que el final será totalmente romántico.

—¡Santo cielo! ¿Qué está usted diciendo? —dijo Will ruborizándose hasta las orejas, y mudándosele las facciones como si hubiera recibido una violenta sacudida—. No bromee; dígame lo que quiere decir.

—¿Es que de verdad no lo sabe? —dijo Rosamond dejando a un lado el tono juguetón y con el único deseo de contar todo para ver los efectos.

—¡No! —contestó él con impaciencia.

—¿Desconoce que el señor Casaubon ha dejado escrito en testamento que si la señora Casaubon se casa con usted deberá renunciar a todos sus bienes?

—¿Cómo sabe que es cierto? —preguntó Will con interés.

—Mi hermano Fred lo oyó en casa de los Farebrother. Will se levantó de la silla y cogió el sombrero.

—Me atrevería a afirmar que le gusta usted más que sus bienes —dijo Rosamond mirándole desde lejos.

—Le ruego no diga nada más —dijo Will con un ronco susurro muy distinto de su tono habitualmente ligero—. Es un detestable insulto hacia ella y hacia mí —se sentó con aire ausente, mirando al frente sin ver nada.

—Ahora se ha enojado usted conmigo —dijo Rosamond—. Eso no es justo. Debería estarme agradecido por decírselo.

—Y lo estoy —dijo Will bruscamente, hablando con esa especie de doble alma propia de los soñadores que responden a preguntas.

—Espero oír hablar de boda —dijo Rosamond juguetonamente.

—¡Jamás! ¡Jamás oirá hablar de esa boda!

Con esas palabras impetuosas Will se levantó, extendió la mano a Rosamond, con el mismo aire sonámbulo y salió de la habitación.

Cuando se hubo marchado, Rosamond abandonó su silla y caminó hasta el extremo opuesto de la habitación, apoyándose allí en una cómoda y mirando por la ventana con aire cansino. Se sentía apremiada por el aburrimiento y por esa insatisfacción que en las mentes de las mujeres se torna continuamente en celos triviales, que no tienen fundamentos, que no procede de pasiones más profundas que las vagas exigencias del egoísmo, y sin embargo es capaz de impulsar tanto acción como palabras. «Realmente hay poco que merezca la pena», se dijo Rosamond a sí misma, pensando en la familia de Quallingham, que no escribía, y que tal vez Tertius, cuando llegara a casa, la incordiara con los gastos. En secreto ya le había desobedecido pidiéndole ayuda a su padre, quien había concluido la conversación diciendo: «Es harto probable que sea yo el que precise de ayuda».

CAPÍTULO SIETE

Pocos días después —era finales de agosto— hubo un acontecimiento que produjo cierta conmoción en Middlemarch: el público, si lo deseaba, iba a tener la oportunidad de comprar, bajo los distinguidos auspicios del señor Borthrop Trumbull, el mobiliario, los libros, y los cuadros, que según constaba en los catálogos eran los mejores de su especie, pertenecientes al señor Edwin Larcher. No era ésta una de las subastas indicadoras de la crisis del comercio: al contrario, obedecía al enorme éxito obtenido por el señor Larcher en los negocios de transportes, que le permitía la adquisición de una mansión cerca de Riverston, ya amueblada con gran lujo por un ilustre médico de un balneario en cuyo comedor colgaba tal montonera de costosos cuadros de desnudeces que la señora Larcher no se calmó hasta descubrir que representaban motivos bíblicos. De aquí esta magnífica oportunidad para los compradores que tan bien describían los catálogos del señor Borthrop Trumbull, cuya familiaridad con la historia del arte le permitía afirmar que el mobiliario del vestíbulo, que salía a subasta sin un precio mínimo, incluía una talla de un contemporáneo de Gibbons.

En el Middlemarch de entonces una subasta era algo así como un festejo. Se ponía una mesa con las mejores viandas frías, como en un funeral de primera; asimismo se ofrecían facilidades para el ingerimiento generoso de bebidas euforizantes que pudiera propiciar la alegre puja por objetos indeseados. La subasta del señor Larcher resultaba aún más atractiva con el buen tiempo, dado que la casa se alzaba justo en el límite de la ciudad, con jardín y establos anexos, en la agradable salida de Middlemarch denominada la carretera de Londres, que también era el camino que conducía al hospital nuevo y a The Shrubs, la apartada residencia del señor Bulstrode. En resumen, la subasta era casi una feria, y atraía a todas las clases sociales que disponían de tiempo, y para algunos, que se arriesgaban a pujar simplemente por elevar los precios, era casi como apostar en las carreras. El segundo día, cuando iban a salir los mejores muebles, «todo el mundo» estaba allí; incluso el señor Thesiger, el rector de St. Peter, se había pasado por allí, deseoso de comprar la mesa tallada, y estuvo codo con codo con el señor Bambridge y el señor Horrock. Un grupo de damas de Middlemarch se había sentado en torno a la amplia mesa del comedor, donde estaba instalado el señor Borthrop Trumbull, con escritorio y martillo; pero las filas posteriores, llenas en su mayor parte de rostros masculinos, variaban a menudo con las entradas y salidas que se efectuaban tanto por la puerta como por el amplio ventanal que daba al césped.

«Todo el mundo» aquel día no incluía al señor Bulstrode, cuya salud soportaba mal la muchedumbre y las corrientes. Pero la señora Bulstrode tenía especial interés por un cuadro, una Cena de Emaús atribuida en el catálogo a Guido, y en el último momento, el día anterior a la subasta, el señor Bulstrode había ido a las oficinas del Pioneer, del cual era ahora uno de los dueños, para pedirle al señor Ladislaw el enorme favor de que aplicara su gran conocimiento de cuadros en favor de la señora Bulstrode y juzgara el valor de éste en particular «siempre y cuando», añadió el banquero escrupulosamente educado, «la asistencia a la subasta no interfiera con sus planes de marcharse, lo que tengo entendido piensa hacer en breve».

Aquella salvedad pudiera haberle sonado a sátira de haber estado Will de humor para sarcasmos. Se refería a un acuerdo con los propietarios del periódico varias semanas atrás por mor del cual tenía la libertad de traspasarle la administración, en cuanto quisiera, al subdirector que había estado formando, puesto que finalmente había decidido abandonar Middlemarch. Pero las vagas imágenes acerca de las aspiraciones son débiles al lado de la comodidad de hacer lo que es costumbre o agradable, y todos conocemos la dificultad de cumplir una resolución cuando íntimamente deseamos que resulte ser innecesaria. En estados mentales como éste, las personas más incrédulas tienden al milagro: es imposible concebir cómo podrían cumplirse nuestros deseos, pero… ¡han sucedido cosas maravillosas! Will no se confesaba a sí mismo esta debilidad, pero remoloneaba. ¿De que servía partir hacia Londres en esa época del año? Los antiguos alumnos de Rugby; que podrían recordarle no se hallarían allí, y respecto a escribir de política, prefería seguir con el Pioneer durante unas semanas. Sin embargo, en este momento, mientras el señor Bulstrode hablaba con él, estaba tan decidido a marcharse como a no hacerlo hasta no haber visto una vez más a Dorothea. Por lo tanto, respondió que tenía motivos para retrasar su ida un poco y estaría encantado de asistir a la subasta.

Will se encontraba en ánimo desafiante, consciente de que cuantos le vieran probablemente conocieran un hecho equivalente a una acusación: ser un individuo de abyectos propósitos que se iban a ver frustrados por un codicilo que distribuía unos bienes. Como muchas personas que defienden su libertad contra clasificaciones convencionales, estaba preparado para una pronta y rápida pelea con cualquiera que insinuara que tenía motivos personales para defender esa postura; que había algo en su sangre, en su comportamiento o en su carácter que él encubría con la máscara de una opinión. Cuando se encontraba preso de esta irritante impresión, solía tener durante días un gesto desafiante, mudado el color de su prestigioso internado inglés.

En la subasta acusaba especialmente esta expresión, y quienes sólo le conocían en estados de ánimo ligeramente excéntricos o de radiante alegría se hubieran sorprendido del contraste. No lamentó tener esta oportunidad de aparecer en público ante las tribus de Middlemarch: los Toller, los Hackbutt y demás, que le despreciaban por aventurero, y se encontraban en un estado de brutal ignorancia respecto a Dante, que se reían de su sangre polaca y pertenecían a una raza harto necesitada de cruces de sangre. Se colocó en un lugar conspicuo no lejos del subastador, con un dedo en cada bolsillo y la cabeza echada hacia atrás, sin ganas de hablar con nadie, aunque el señor Trumbull, que disfrutaba enormemente ejercitando al máximo sus grandes facultades, le había saludado cordialmente como a un experto.

Y sin duda, entre quienes su vocación les exige el empleo de su capacidad de oratoria, el más feliz es un próspero subastador de provincias, consciente de sus propios chistes y su conocimiento enciclopédico. Algunas personas saturninas y agrias tal vez se opongan a la necesidad de insistir constantemente sobre los méritos de cada uno de los artículos, desde un sacabotas hasta un cuadro de Berghem, pero por las venas del señor Borthrop Trumbull corría un líquido amable; era un entusiasta por naturaleza, y le hubiera gustado tener el universo bajo su maza, convencido de que obtendría una cifra más elevada gracias a sus recomendaciones.

Entretanto, el mobiliario del salón de la señora Larcher le bastaba. Cuando Will Ladislaw entró, un segundo guardafuegos, supuestamente olvidado entre el lote que le correspondía, atrajo el entusiasmo repentino del subastador, entusiasmo que repartió aplicando el equitativo principio de alabar más los artículos que más lo necesitaban. El guardafuegos era de acero bruñido, con mucho calado de lancetas y bordes afilados.

—Y ahora, señoras —dijo—, me dirijo a ustedes. Aquí tenemos un guardafuegos que en cualquier otra subasta saldría con un precio mínimo, por ser, permítanme decirlo, dado la calidad del acero y lo especial del diseño, algo —aquí el señor Trumbull bajó la voz, nasalizó el tono y se atusó la raíz del pelo con el dedo izquierdo— que quizá no encaje con los gustos corrientes. Permítanme decirles que con el tiempo, este tipo de trabajo artesanal será el único de moda… ¿dijo media corona?, gracias… media corona por este guardafuegos tan especial; y tengo información particular de que este estilo antiguo es muy apreciado en las altas esferas. Tres chelines… tres y medio ¡levántalo bien, Joseph! ¡Observen, señoras, la nitidez del diseño… no me cabe la menor duda de que es del siglo pasado! ¿Cuatro chelines, señor Mawmsey?… cuatro chelines.

—No es algo que yo pusiera en mi salón —dijo bien alto la señora Mawmsey para advertencia del osado esposo—. Me sorprende la señora Larcher. Cada vez que un pobre crío se dé contra él se abrirá la cabeza. Tiene los bordes como un cuchillo.

—Cierto —dijo el señor Trumbull prestamente—, y bien útil que es tener a mano un guardafuegos que corte si tiene usted un cordón o una cuerda que haya que cortar y no disponga del cuchillo: muchos hombres se han quedado colgando por falta de un cuchillo para cortar la cuerda. Señores, he aquí un guardafuegos que, si tuvieran la desgracia de colgarse, les libraría en un pis pas… con asombrosa rapidez… cuatro con seis… cinco… cinco con seis… algo muy apropiado para un cuarto de huéspedes donde hubiera una cama de cuatro columnas y un invitado algo trastornado… seis chelines… gracias señor Clintup… seis chelines… seis chelines… ¡adjudicado! —y aquí, la mirada del subastador que había ido escudriñando con sensibilidad preternatural cualquier indicio de oferta, descansó sobre el papel que tenía delante y su voz también adquirió un tono de trámite indiferente al decir—: señor Clintup. Ayúdale, Joseph.

—Merecía la pena seis chelines por tener un guardafuegos que te dé pie a ese chiste —dijo el señor Clintup, riéndose y como disculpándose con su vecino. Era un hombre desconfiado, aunque distinguido, dueño de un vivero, y temía que el público pudiera considerar ridícula su oferta.

Mientras tanto, Joseph había aparecido con una bandeja llena de pequeños objetos.

—Y ahora, señoras —dijo el señor Trumbull cogiendo uno de los artículos—, esta bandeja contiene un lote refinadísimo… una colección de menudencias para la mesa del salón… y las menudencias conforman las cosas humanas… nada más importante que las menudencias… (sí, señor

Ladislaw, a la larga sí) …, pero Joseph, pasa la bandeja… estas joyas las tienen que examinar, señoras. Esto que tengo en la mano es un ingenioso artilugio… una especie de jeroglífico práctico podríamos llamarlo: vean, así parece una elegante caja portátil, de bolsillo, en forma de corazón; y ahora lo hemos transformado en una doble flor espléndida… un adorno para la mesa; y aquí —el señor Trumbull dejó que la flor se desmantelara de forma alarmante en sartas de pétalos con forma de corazón— ¡un libro de acertijos! Lo menos quinientos de ellos, impresos en un magnífico color rojo. Señores, si tuviera una conciencia menos escrupulosa, no quisiera que pujaran mucho por este lote, me gustaría quedármelo yo. ¿Qué mejor que un buen acertijo para provocar la alegría inocente, incluso la virtud diría yo?… evita el lenguaje profano y propicia la amistad con mujeres refinadas. Este ingenioso objeto por sí mismo, incluso sin el anexo del dominó y la cesta para cartas, etcétera, debería subir el precio del lote. Llevado en el bolsillo le abriría las puertas a cualquiera en cualquier reunión social. ¿Cuatro chelines, señor? Cuatro chelines por esta asombrosa colección de acertijos y todo lo demás. Un ejemplo: «Verde por fuera, blanca por dentro, si quieres que te lo diga espera». ¿Respuesta?, la pera, ¿lo entienden?, espera. Es pera. Es una diversión que agudiza el entendimiento; tiene su miga, tiene lo que llamamos sátira e inventiva sin indecencia. Cuatro con seis… cinco chelines.

Las pujas se sucedieron con creciente competencia. El señor Bowyer era un pujador nato y resultaba exasperante. Bowyer no podía permitirse el lujo de comprarlo y sólo quería impedir que otros destacaran. La corriente arrastró incluso al señor Horrock, pero aquel comprometerse se produjo con tan leve sacrificio de su expresión neutral, que la puja podría no haberle sido atribuida a él de no ser por las amistosas increpancias del señor Bambridge, que quería saber qué iba a hacer Horrock con las malditas cosas, sólo aptas para merceros en ese estado de perdición que el tratante de caballos delectaba con cordialidad en la mayoría de las existencias humanas. El lote se le adjudicó por fin al señor Spilkins, un joven mentecato de la zona, una cabeza loca con el dinero y consciente de su corta memoria para los acertijos.

—Vamos, Trumbull esto es demasiado… ya ha metido suficientes chucherías de solterona —murmuró el señor Toller, acercándose al subastador—. Me interesa saber cómo van los grabados y tengo que irme pronto.

—Ahora mismo, señor Toller. Sólo era un acto de compasión que su noble corazón aprobará. ¡Joseph! Venga los grabados, lote doscientos treinta y cinco. Y ahora caballeros, ustedes que son unos entendidos, van a poder disfrutar. He aquí un grabado del duque de Welfngton rodeado de sus oficiales en el campo de Waterloo: y, pese a los acontecimientos recientes que han enturbiado, por así decirlo, la fama de nuestro gran héroe, me atreveré a decir, porque un hombre de mi profesión no debe dejarse influir por los vientos de la política, que el entendimiento humano apenas puede concebir… dentro del orden moderno, perteneciente a nuestra propia época… tema más noble que éste: tal vez los ángeles lo concebirían, pero los hombres no; señores, los hombres no.

—¿Quién lo ha pintado? —preguntó el señor Powderell muy impresionado.

—Es una primera prueba, señor Powderell, y… se desconoce el pintor —respondió el señor Trumbull, ahogándose un poco con las últimas palabras, tras las cuales frunció los labios y miró a su alrededor.

—¡Una libra! —dijo el señor Powderell, en tono de contenida emoción, como quien está dispuesto a lanzarse al ruedo. Bien por temor, bien por compasión, nadie pujó más.

A continuación salieron dos grabados holandeses que el señor Toller esperaba con impaciencia y tras adquirirlos se marchó. Otros grabados y después algunos cuadros se vendieron a eminentes personas de Middlemarch que habían venido directamente por ellos, y se produjo una mayor actividad del público que entraba y salía: salían los que habían adquirido lo que querían y entraban otros, algunos de nuevas, algunos regresaban tras una breve visita a las viandas que se encontraban bajo los toldos dispuestos en el césped. Eran estos toldos los que el señor Bambridge estaba empeñado en comprar y parecía que le gustaba visitarlos con frecuencia, como anticipando su posesión. La última vez que regresó a la subasta vino con un nuevo acompañante, un desconocido para el señor Trumbull y para todos los demás, cuyo aspecto, no obstante, les indujo a suponer que sería un pariente del tratante de caballos, también dado a «la extravagancia». Sus grandes patillas, andares contoneantes y basculación de piernas le convertían en una figura chocante: pero su traje negro, bastante raído por los bordes, produjo la perjudicial deducción de que no se podía permitir tanta extravagancia como quisiera.

—¿A quién has recogido, Bam? —dijo el señor Horrock en voz baja.

—Pregúntele usted mismo —respondió el señor Bambridge—. Dice que acaba de llegar.

El señor Horrock observó al desconocido que se apoyaba en su bastón con una mano, usaba un mondadientes con la otra, y miraba a su alrededor con cierta inquietud, al parecer por el silencio que le imponían las circunstancias.

Por fin, vino la Cena de Emaús, para alivio de Will que se estaba cansando tanto de aquellos trámites que se había retirado un poco y se apoyaba en la pared justo detrás del subastador. Ahora se adelantó de nuevo y vio al conspicuo desconocido, quien ante su sorpresa, le miraba fijamente. Pero el señor Trumbull reclamó la atención de Will.

—Sí, señor Ladislaw, sí; esto le interesa a usted, creo, como entendido que es. Es un gran placer —continuó el subastador con creciente entusiasmo—, poderles mostrar a ustedes señoras y señores un cuadro como éste… un cuadro merecedor de cualquier suma para alguien cuyos medios estuvieran a razón de su criterio. Es un cuadro de la escuela italiana… del célebre Guydo, el pintor más grande del mundo, el mejor de los antiguos maestros, como se les llama… supongo que será porque conocían una cosa o dos más que la mayoría de nosotros… poseedores de secretos perdidos ahora para el grueso de la humanidad. Permítanme que les diga, caballeros, que he visto un sinfín de cuadros de los antiguos maestros y no llegan ni de lejos a la calidad de éste… algunos son más sombríos de lo que se quisiera y de temas poco adecuados para una familia. Pero aquí tenemos un Guydo… el marco sólo ya vale varias libras… que cualquier dama se sentiría orgullosa de colgar… algo adecuado para lo que denominamos el refectorio de una institución caritativa, si algún caballero de la corporación deseara demostrar su munificencia. ¿Que lo gire un poco, caballero? Sí; Joseph, vuélvelo un poco hacia el señor Ladislaw… observarán que el señor Ladislaw, que ha estado en el extranjero, valora estas cosas.

Todas las miradas se posaron durante un minuto sobre Will, que dijo con temple:

—Cinco libras.

El subastador profirió diversas recriminaciones.

—¡Ah! ¡Señor Ladislaw! Si el marco sólo ya las vale. Señoras y señores, ¡por el prestigio de esta ciudad! Supongan que se descubriera con el tiempo que hemos tenido entre nosotros una joya del arte y nadie en Middlemarch lo había advertido. Cinco guineas… cinco libras con siete chelines y seis peniques, cinco libras diez. ¡Suban, señoras, suban! Es una joya, y «tantas joyas» como dice el poeta se han comprado por un precio simbólico porque el público no estaba informado…, porque se ofrecieron en círculos donde existía… iba a decir pocos sentimientos, pero ¡no!… Seis libras… seis guineas… un Guydo de primer orden por seis guineas… es un insulto a la religión, señoras… Nos conmueve a todos como cristianos, señores, que un tema como éste obtenga un precio tan bajo… seis libras diez… siete…

La puja iba rápida y Will continuó participando en ella recordando que la señora Bulstrode tenía un gran interés en el cuadro, y pensando que podía llegar hasta las doce libras. Pero le bastaron diez guineas, tras lo cual se dirigió hacia el ventanal y salió. Se encaminó hacia los toldos para procurarse un vaso de agua, pues tenía sed y calor. No había nadie y le pidió a la mujer que atendía que le trajera un poco de agua fresca; pero antes de que ésta se hubiera ido a buscarla, le molestó ver que entraba el llamativo desconocido que le mirara anteriormente. Se le antojó a Will en ese momento que el hombre podría ser uno de esos parásitos políticos del tipo abotargado que en un par de ocasiones habían dicho conocerle, puesto que le habían oído hablar sobre el tema de la reforma, y que tal vez pensaría sacarle un chelín a cambio de alguna noticia. A la luz de este pensamiento, aquella persona, que ya de por sí daba calor de ver en un día de verano, resultaba aún más desagradable y Will, medio sentado sobre el brazo de una silla de jardín, desvió la mirada cuidadosamente. Pero esto no perturbó a nuestro señor Raffles, que no sentía el menor reparo en dirigirse a los demás si le convenía hacerlo. Dio uno o dos pasos hasta colocarse delante de Will y dijo aceleradamente:

—Disculpe, señor Ladislaw… ¿su madre se llamaba Sarah Dunkirk?

Will, poniéndose en pie, dio un paso atrás y frunciendo el ceño dijo con cierta fiereza:

—Sí, señor, así se llamaba. ¿Y eso a usted qué le importa?

Era el carácter de Will que el primer chispazo que lanzaba fuera una respuesta directa a la pregunta y un desafío de las consecuencias. Haber dicho en primer lugar «¿Y eso a usted qué le importa?» hubiera parecido como si escurriera el bulto… ¡como si a él le importara lo que se conociera acerca de sus orígenes!

Por su parte, Raffles no tenía el mismo interés en el enfrentamiento que parecía desprenderse del aire amenazante de Ladislaw. El joven esbelto de tez delicada parecía un gato montés dispuesto a abalanzarse sobre él. En tales circunstancias, el placer que sentía el señor Raffles molestando a los demás se veía frenado.

—¡No era mi intención ofenderle! Es sólo que me acuerdo de su madre… la conocí de pequeña. Pero es a su padre a quien se parece usted. También tuve el placer de conocerle a él. ¿Siguen vivos, señor Ladislaw?

—¡No! —tronó Will, con la misma actitud de antes.

—Me gustaría poder serle de utilidad, señor Ladislaw, ¡vaya que sí me gustaría! Espero que nos volvamos a ver. Y aquí, Raffles, que se había quitado el sombrero mientras pronunciaba las últimas palabras, se dio la vuelta basculando las piernas y se alejó. Will le siguió con la mirada y vio que no regresaba a la sala de la subasta sino que parecía dirigirse hacia la carretera. Por un momento pensó que había sido un necio por no dejar que aquel hombre continuara hablando, ¡pero no!, en general prefería prescindir de conocimientos de ese tipo.

Sin embargo, a última hora de la tarde, Raffles lo alcanzó por la calle y pareciendo haber olvidado la agresividad con que Will le acogiera, o intentando resarcirse de ella con una indulgente familiaridad, le saludó alegremente y caminó a su lado, comentando en un principio sobre lo agradable de la ciudad y la zona. Will sospechó al principio que el hombre habría estado bebiendo y cavilaba sobre cómo quitárselo de encima, cuando Raffles dijo:

—Yo también he estado en el extranjero, señor Ladislaw… he visto mundo… llegué a hablar un poco de franchute. Fue en Boulogne donde vi a su padre… ¡tiene usted un increíble parecido con él, demonios!… la boca, la nariz… los ojos… el pelo echado hacia atrás igual que él… un poco al estilo extranjero. Los ingleses no suelen llevarlo así. Pero su padre estaba muy enfermo cuando le vi. ¡Dios mío! Tenía unas manos transparentes. Era usted un pipiolo entonces. ¿Se recuperó su padre?

—No —dijo Will secamente.

—¡En fin! A menudo me he preguntado lo que habría sido de su madre. Se escapó de casa cuando era una jovencita… una joven altiva, y ¡muy bonita, sí señor! Sé por qué se escapó —dijo Raffles, guiñando el ojo calmosamente mientras miraba a Will de soslayo.

—No sabe nada deshonroso de ella, señor mío —dijo Will encarándose a él con fiereza. Pero en este momento el señor Raffles no estaba receptivo a los matices de actitud.

—¡En absoluto! —respondió con un gesto decisivo de la cabeza—. Era un poco demasiado noble para que le gustara su familia… ¡eso era! —y Raffles volvió a guiñar el ojo lentamente—. ¡Válgame Dios! Yo conocía un poco a la familia… estaban un poco en la línea de lo que se puede llamar el robo respetable… peristas de estilo… nada chapucero ni cutre… todo de primera. Una tienda elegante, buenos beneficios y nada de errores. ¡Pero cielos! Sarah no sabría nada de todo aquello… era una joven despampanante… buenos internados… digna de ser la esposa de un lord…, pero Archie Duncan se lo contó todo por despecho, porque no quiso saber nada de él. Así que se escapó de casa. Yo viajaba para ellos, como un caballero… me daban un buen sueldo. Al principio no les importó que se marchara de casa… era gente muy religiosa, muy religiosa… y ella quería dedicarse al teatro. El hijo estaba vivo entonces y a la hija la ignoraban. ¡Hombre! Ya estamos en el Toro Azul. ¿Qué me dice, señor Ladislaw? ¿Entramos a echarnos un trago?

—No, debo despedirme —dijo Will, precipitándose hacia un callejón que daba a Lowick Gate y casi que corriendo para alejarse de Raffles.

Caminó largo rato por la carretera de Lowick, agradeciendo la estrellada oscuridad cuando cayó la noche. Se sentía como si le hubieran llenado de basura entre gritos de desprecio. Una cosa confirmaba las palabras de aquel individuo: su madre nunca había querido decirle los motivos que la hicieran escaparse de su casa.

¡Muy bien! ¿En qué salía él, Will Ladislaw, perjudicado suponiendo que la verdad sobre su familia fuera la más fea? Su madre se había enfrentado a penalidades para alejarse de ella. Pero si los familiares de Dorothea hubieran conocido esta historia… si la supieran los Chettam… podrían reforzar sus sospechas, tendrían una buena razón para creerle indigno de acercarse a Dorothea. Pero… que sospecharan lo que quisieran, terminarían sabiéndose equivocados. Descubrirían que la sangre que corría por las venas de Will estaba tan libre como la suya de vileza.

CAPÍTULO OCHO

Esa misma noche, cuando el señor Bulstrode regresó de un viaje de negocios a Brassing, su buena esposa salió a recibirle al vestíbulo y le llevó al cuarto de estar privado.

—Nicholas —dijo, clavando en él con intranquilidad sus nobles ojos— ha venido un hombre muy desagradable preguntando por ti… me he sentido muy incómoda.

—¿Qué tipo de hombre? —dijo el señor Bulstrode, temiendo la inevitable respuesta.

—Un hombre de cara rubicunda y grandes patillas y de modales muy impertinentes. Dijo ser un viejo amigo tuyo y que sentirías no verle. Quería esperarte aquí, pero le dije que podía verte en el banco mañana. ¡Qué desfachatez la suya!… me miraba y dijo que su amigo Nick tenía suerte con sus esposas. Creo que no se hubiera marchado de no ser porque Blucher rompió la cadena y vino corriendo por la gravilla… porque yo estaba en el jardín; así que le dije «debería marcharse… ese perro es muy fiero y yo no puedo sujetarlo». ¿De verdad le conoces?

—Creo que sé quién es, querida —dijo el señor Bulstrode con su habitual tono apagado—; es un pobre desgraciado a quien ayudé demasiado en otros tiempos. Pero bueno, me imagino que no te molestará más. Deberá de ir al banco… sin duda para mendigar algo.

Nada más se dijo sobre el tema hasta el día siguiente, cuando el señor Bulstrode se vestía para cenar a su regreso de la ciudad. Su mujer, no sabiendo si había vuelto a casa, se asomó al vestidor y le vio sin chaqueta ni corbata, un brazo apoyado en la cómoda y mirando al suelo con aire ausente. Le sobresaltó la entrada de su mujer y levantó la vista.

—Pareces enfermo, Nicholas, ¿ocurre algo?

—Me duele mucho la cabeza —dijo el señor Bulstrode, que se sentía enfermo con tanta frecuencia que su mujer siempre estaba presta a creer en este motivo de depresión.

—Siéntate y te pondré unas compresas de vinagre.

El señor Bulstrode no necesitaba el vinagre físicamente, pero moralmente la cariñosa atención de su esposa le consoló. Aunque siempre era muy educado, era su costumbre aceptar con frialdad marital aquellos servicios, como parte de las obligaciones de su mujer. Pero hoy, mientras la señora Bulstrode se inclinaba sobre él, dijo, «Eres muy buena, Harriet», en un tono que tenía algo de nuevo para su mujer; desconocía cuál era exactamente la novedad, pero su solicitud femenina se transformó en un fugaz pensamiento de que su esposo estuviera a punto de ponerse enfermo.

—¿Hay algo que te preocupe? —preguntó—. ¿Ha ido a verte ese hombre al banco?

—Sí: es lo que me imaginé. Es un hombre que años atrás pudo haber hecho algo en la vida. Pero se ha convertido en un borracho depravado.

—¿Se ha marchado definitivamente? —dijo la señora Bulstrode con preocupación, aunque por alguna razón no añadió «Fue muy desagradable oírle llamarse amigo tuyo». En aquel momento no hubiera querido decir nada que insinuara la conciencia que solía tener de que los anteriores vínculos de su marido no estaban del todo a la altura de los suyos. No es que tuviera de ellos un gran conocimiento: que su marido estuvo primero empleado en un banco, que después había entrado en lo que él llamaba negocios ganando una fortuna antes de los treinta y tres años, que se había casado con una viuda mucho mayor que él, una no conformista y en otros aspectos probablemente poseedora de esas desventajas perceptibles en una primera esposa cuando se las examina con el criterio desapasionado de la segunda; era casi lo único que había querido conocer, aparte de las vagas indicaciones que la narración del señor Bulstrode ocasionalmente proporcionaba de su pronta inclinación hacia la religión, su deseo de convertirse en predicador y sus lazos con las causas filantrópicas y misioneras. Creía en él como un hombre excelente cuya piedad destacaba dado que era un seglar, cuya influencia le había hecho ser a ella más seria, y cuya aportación de bienes perecederos habían sido el medio para que ella mejorara su propia posición. Pero también gustaba de pensar que al señor Bulstrode le había resultado positivo en todos los sentidos conseguir la mano de Harriet Vincy, cuya familia era estupenda a la luz de Middlemarch, una luz sin duda mejor que cualquiera que alumbrara los callejones de Londres o las capillas no conformistas. La mente provinciana y aún por reformar desconfiaba de Londres; y mientras que la auténtica religión podía salvar desde cualquier sitio, la honrada señora Bulstrode opinaba que salvarse desde la Iglesia era más respetable. Era tal su deseo de que los demás ignoraran que su esposo fue un inconformista londinense que prefería no mencionarlo ni siquiera cuando hablaba con él. Él lo sabía perfectamente, es más, en ciertos aspectos tenía algo de miedo de esta ingenua mujer, cuya clónica piedad y mundanidad innata eran igualmente sinceras, que no tenía nada de lo que avergonzarse y con quien se había casado por un afecto absoluto que aún pervivía. Pero sus temores eran los del hombre que quiere preservar su reconocida supremacía: la pérdida de la alta estima de su esposa así como la de todos cuantos no le odiaban abiertamente por ser enemigos de la verdad, hubiera supuesto para él el inicio de la muerte. Cuando ella dijo:

—¿Se ha marchado definitivamente?

—Espero que sí —respondió él, esforzándose por dotar a sus palabras de toda la despreocupación posible.

Pero lo cierto era que el señor Bulstrode distaba mucho de hallarse en un estado de serena confianza. En la entrevista mantenida en el banco, el señor Raffles había dejado claro que su afán por atormentar era en él tan poderoso como cualquier otra clase de avaricia. Había dicho abiertamente que se había desviado a propósito para ir a Middlemarch, para echar una ojeada y ver si la zona le convenía para quedarse a vivir. Por supuesto que había tenido que saldar unas deudas más que las esperadas, pero las doscientas libras aún no habían desaparecido del todo: veinticinco más le bastarían por el momento para marcharse. Lo que le había interesado más era ver a su amigo Nick y familia, y conocer mejor la prosperidad de alguien a quien estaba tan ligado. Tal vez andando el tiempo volviera para quedarse una temporada. Esta vez Raffles no accedió a que «se le mostrara la puerta» como él dijo… se negó a marcharse de Middlemarch bajo la mirada de Bulstrode. Pensaba irse al día siguiente en la diligencia… si le apetecía.

Bulstrode se sintió impotente. De nada sirvieron ni las amenazas ni los halagos: no podía confiar ni en miedos persistentes ni en promesas. Al contrario, tenía en el corazón la fría certeza de que Raffles —salvo que la providencia se lo impidiera con la muerte—, regresaría a Middlemarch pronto. Y esa certeza constituía su terror.

No es que corriera el peligro de un castigo de la ley o de caer en la indigencia: sólo había el peligro de que se desvelaran ante la opinión de sus vecinos y la dolorida percepción de su esposa ciertos hechos de su vida pasada que le convertirían en objeto de desprecio y en oprobio de la religión con la que diligentemente se había asociado. El terror a ser juzgado aguza la memoria: envía una inevitable claridad sobre ese pasado largo tiempo desterrado que habitualmente sólo se recuerda en frases generales. Incluso sin necesidad de la memoria, la vida se unifica por una zona de dependencia en el crecimiento y en la decadencia; pero una memoria intensa obliga al hombre a aceptar su pasado culpable. Con la memoria escociendo como una herida reabierta, el pasado de un hombre deja de ser simplemente una historia muerta, una desgastada preparación del presente; no es un error del que nos hemos arrepentido y que se ha descolgado de la vida; es una parte temblorosa de sí mismo, portadora de escalofríos y amargos resabios y los escozores de una vergüenza merecida.

El pasado de Bulstrode había surgido ahora en esta segunda vida del banquero y sólo los placeres de entonces parecían haber perdido su calidad. De noche y de día, con la sola interrupción de un ligero sueño que no hacía sino entretejer el pasado y el miedo en un fantástico presente, sentía cómo las escenas de su vida pasada se interponían entre él y todo lo demás, con la misma obstinación con la que cuando miramos a través de la ventana de un cuarto iluminado, los objetos a los que damos la espalda siguen delante de nosotros, ocupando el lugar de la hierba y de los árboles. Los acontecimientos sucesivos interiores y exteriores estaban allí en una perspectiva: aunque cada uno se pudiera considerar por separado, los demás seguían aferrados a la conciencia.

De nuevo se vio como el joven empleado de banco, una persona agradable, tan ágil con los números como fácil de palabra, y con gusto por las definiciones religiosas: aunque joven, un eminente miembro de una iglesia calvinista disidente de Highbury, con experiencia en su haber en la condena del pecado y el sentimiento del perdón. De nuevo se oyó llamar Hermano Bulstrode en las reuniones para rezar, hablando en las tribunas religiosas, predicando en casas particulares. De nuevo se encontró pensando en si el ministerio sería su vocación, e inclinándose por las labores de misionero. Fue la época más feliz de su vida: ése era el momento que hubiera elegido para despertar ahora y descubrir que el resto era un sueño. Las personas entre las que destacaba el Hermano Bulstrode eran muy pocas, pero le eran muy queridas, y le producían gran satisfacción; su poder se ceñía a un espacio angosto, pero sentía sus efectos con mayor intensidad. Creía sin ningún esfuerzo en el especial trabajo de la gracia dentro de él y en las señales de que Dios le tenía destinado para una utilidad especial.

Vino a continuación el momento de la transición: tuvo la misma sensación de ascenso social que tuvo cuando, un huérfano educado en una escuela de beneficencia comercial, le invitaron a la hermosa villa del señor

Dunkirk, el hombre más rico de la congregación. Pronto fue allí un asiduo, respetado por la esposa por su piedad y apreciado por el marido por su habilidad, cuya riqueza se debía a un floreciente negocio en el centro y el West End de Londres. Ése fue el inicio de una nueva corriente para su ambición, guiando sus perspectivas de «utilización» hacia la unión de notables dotes religiosas con el éxito en los negocios.

Con el tiempo llegó un claro estímulo exterior, un socio subalterno de confianza murió y al director nadie le pareció tan idóneo para llenar esta vacante tan sentida como su joven amigo Bulstrode, si es que quería convertirse en su contable confidencial. La oferta fue aceptada. Era un negocio de prestamista, de una clase magnífica, tanto por la extensión como por las ganancias, y Bulstrode pronto observó que una fuente espléndida de beneficios era la aceptación fácil y la ausencia de preguntas respecto a la procedencia de cualquier mercancía que le ofreciesen. Pero la casa tenía una sucursal en el West End sin mezquindades o sordideces que pudieran sugerir nada vergonzoso.

Recordaba sus primeros momentos de duda. Fueron íntimos y llenos de argumentaciones, que a veces adoptaron la forma de oración. El negocio estaba en marcha y tenía viejas raíces ¿acaso era lo mismo abrir una taberna nueva que aceptar una inversión en una que ya tenía solera? Los beneficios obtenidos de almas perdidas… ¿dónde se puede trazar la línea que los convierte en el principio de las transacciones humanas? ¿No era incluso la manera que Dios tenía de salvar a sus escogidos? «Sabes», el joven Bulstrode se decía entonces igual que ahora, «sabes cuán libre está mi alma de estas cosas, cómo las considero herramientas para trabajar tu jardín, rescatando aquí y allí a los yermos».

No escaseaban las metáforas y los precedentes; no faltaban determinadas experiencias espirituales que finalmente hicieron que el mantenimiento del puesto pareciera un servicio que se le exigía. La perspectiva de una fortuna ya se había abierto ante él y las dudas de Bulstrode continuaron siendo íntimas. El señor Dunkirk jamás esperó vacilación alguna, no consideraba que el comercio tuviera nada que ver con los planes de salvación. Y era cierto que Bulstrode se encontró viviendo dos vidas diferentes: su actividad religiosa, en cuanto se convenció a sí mismo de ello, no podía ser incompatible con su negocio.

Mentalmente rodeado de ese pasado, Bulstrode tenía ahora las mismas disculpas… de hecho los años las habían ido haciendo más densas, convirtiéndolas en masas de telarañas que acolchaban la sensibilidad moral; es más, a medida que la edad iba afilando el egoísmo, aunque disminuía la capacidad de disfrutarlo, su alma se había ido saturando con la creencia de que todo lo hacía por Dios, y que a él mismo le era indiferente el resultado de sus obras. Y sin embargo… si pudiera volver a ese lejano lugar de pobreza juvenil… escogería ser misionero.

Pero la cadena de causas en las que se había encerrado proseguía. Había problemas en la hermosa villa de Highbury. Años atrás, la única hija se había escapado; desafiando a sus padres se había dedicado al teatro; luego murió el único varón y al poco tiempo el señor Dunkirk. La esposa, una mujer sencilla y piadosa, encontrándose dueña de todos los bienes dentro y fuera del magnífico negocio, del cual no conocía exactamente la naturaleza, había llegado a confiar en Bulstrode, y a adorarle inocentemente como a menudo adoran las mujeres a su sacerdote o al ministro «hecho por los hombres». Era natural que tras algún tiempo se pensara en el matrimonio. Pero la señora Dunkirk sentía escrúpulos y nostalgias de su hija, que hacía tiempo se consideraba perdida tanto para Dios como para sus padres. Se sabía que se había casado, pero nada más. La madre, habiendo perdido a su hijo, añoraba a un nieto y deseaba encontrar a su hija doblemente. De hallarla, habría un cauce para la propiedad… tal vez grande, si hubiera varios nietos. Antes de que la señora Dunkirk se casara de nuevo había que esforzarse por encontrarla. Bulstrode estuvo de acuerdo, pero cuando se hubieron probado anuncios y otros medios de investigación y la madre creyó imposible encontrar a su hija, accedió a casarse sin hacer ninguna reserva en cuanto a las propiedades.

Se había encontrado a la hija, pero sólo un hombre aparte de Bulstrode lo supo y se le pagó por guardar silencio y desaparecer.

Esa era la verdad desnuda que Bulstrode se veía obligado a contemplar en el rígido perfil con el que los hechos se presentan ante los observadores. Pero para él en aquel remoto tiempo, e incluso ahora como memoria, el hecho estaba dividido en pequeñas secuencias cada una de las cuales, al irse presentando, quedó justificada por razonamientos que parecían probar su rectitud. La trayectoria de Bulstrode hasta ese momento se había visto sancionada, pensó, por actos asombrosos de la Providencia que parecían señalarle el camino para que fuera el agente a la hora de obtener el máximo provecho de una gran propiedad, y rescatarla de la perversión. Habían ocurrido muertes y otros notables sucesos como la confianza femenina, y

Bulstrode hizo suyas las palabras de Cromwell… «¿Llamáis a estos simples hechos? ¡Dios tenga piedad de vosotros!». Los hechos eran relativamente pequeños, pero encerraban la condición esencial: favorecían sus fines personales. Le fue fácil decidir lo que les debía a los demás preguntándose por las intenciones de Dios con respecto a él. ¿Podría considerarse un servicio a Dios que esta fortuna recayera en una considerable proporción sobre esta joven y su marido que se dedicaban a las ocupaciones más frívolas, y podrían dilapidarla en el extranjero en trivialidades…, personas que parecían estar al margen de la senda de la Providencia? Bulstrode nunca se había dicho de antemano «No se encontrará a la hija», pero cuando llegó el momento, ocultó su existencia y cuando llegaron otros momentos, consoló a la madre con la probabilidad de que la infeliz joven pudiera haber muerto.

Había horas en las que Bulstrode advertía que su acción era vil, pero ¿cómo volverse atrás? Hizo ejercicios mentales, se llamó insignificante, echó mano de la redención y siguió su rumbo como instrumento. Y cinco años después, la muerte de nuevo llegó a ensanchar su camino llevándose a su esposa. Poco a poco fue retirando el capital, pero no hizo el sacrificio requerido para poner fin al negocio, que prosiguió otros trece años hasta venirse abajo. Entretanto, Nicholas Bulstrode había empleado con discreción sus cien mil libras, y se iba convirtiendo en un hombre importante a nivel local… banquero, hombre de iglesia, benefactor público; también en socio secreto de firmas comerciales, en las que su habilidad se orientaba hacia la economía en las materias primas, como en el caso de los tintes que pudrían las sedas del señor Vincy. Y ahora, cuando esta respetabilidad había durado casi treinta años ininterrumpidamente… cuando todo lo que la precedía hacía tiempo que permanecía entumecido en la conciencia… ese pasado resurgía, y llenaba sus pensamientos como con la terrible irrupción de un nuevo sentido que sobrecargaba su débil ser.

Mientras tanto, en su conversación con Raffles, había tenido conocimiento de algo de enorme importancia, algo que entró a formar una parte activa en su lucha contra los deseos y los miedos. Ahí, pensó, estaba la salida hacia la salvación espiritual, tal vez material.

La salvación espiritual era para él una verdadera necesidad. Pueden existir burdos hipócritas que conscientemente simulen creencia y emociones a fin de engañar al mundo, pero Bulstrode no era uno de ellos. Era sencillamente un hombre cuyos deseos habían resultado ser más fuertes que sus creencias teóricas, y que poco a poco había ido adecuando la satisfacción de sus deseos a esas creencias… Si esto es hipocresía, es un proceso que se evidencia ocasionalmente en todos nosotros, cualquiera que sea la confesión, y tanto si creemos en la perfección futura de nuestra raza o en la fecha más próxima para el fin del mundo; tanto si consideramos el mundo como un medio putrefacto para unos cuantos elegidos, incluidos nosotros, o creemos apasionadamente en la solidaridad humana.

El servicio que podría prestar a la religión había sido siempre lo que alegara ante sí mismo para justificar sus actos: había sido el motivo repetido en sus oraciones. ¿Quién emplearía mejor que él el dinero y la posición? ¿Quién le superaría en desprecio propio y exaltación de la causa divina? Y para el señor Bulstrode, la causa divina era algo diferente de su propia rectitud de conducta; conllevaba una discriminación de los enemigos de Dios que habían de utilizarse meramente como instrumentos, y a quienes era conveniente, de ser ello posible, apartar del dinero y de la consiguiente influencia. Asimismo, las inversiones rentables en negocios donde el poder del príncipe de este mundo demostraba sus mejores ardides, se veían santificadas por la adecuada aplicación de los beneficios a manos del servidor de Dios.

Este razonamiento implícito no es esencialmente más típico de las creencias evangélicas que el uso de ampulosas frases para raquíticos motivos es característico de los ingleses. No existe doctrina general incapaz de tragarse nuestra moralidad si no está frenada para el hábito imbuido de un sentimiento directo de compañerismo para con cada uno de nuestros congéneres en particular.

Pero un hombre que cree en algo más que su propia avaricia, posee necesariamente una conciencia o rasero al cual más o menos se adapta. El rasero de Bulstrode había sido su servicialidad a la causa divina: «Soy un pecador y un insignificante… una vasija para que consagre el uso…, pero ¡úsame!» había sido el molde al que había constreñido su necesidad inmensa de ser algo importante y predominante. Y ahora había llegado un momento en que el molde corría peligro de romperse y ser desechado.

¿Y si los actos a los que se había reconciliado, por hacer de él un más poderoso instrumento de la gloria divina, se convirtieran en pretexto del mofador y en un empañamiento de esa gloria? Si estos eran los designios de la Providencia, quedaba expulsado del templo como alguien que hubiera llevado ofrendas impuras.

Durante mucho tiempo había proferido arrepentimientos. Pero hoy había llegado una expiación de sabor más amargo y una amenazante Providencia le empujaba a un tipo de propiciación que no se quedaba en una simple transacción doctrinal. El tribunal divino había cambiado de aspecto para él; la humillación ya no era suficiente y debía aportar la restitución. Era ante su Dios que Bulstrode intentaba restituir en la medida de lo posible; un gran terror se había apoderado de su frágil cuerpo y la punzante proximidad de la vergüenza forjaba en él una nueva necesidad espiritual. Día y noche, mientras el amenazante y resurgente pasado creaba dentro de él una conciencia, pensaba en cómo podía recuperar la paz y la confianza, qué sacrificio se precisaba para detener el castigo. Creía, en estos momentos de angustia, que si hacía algo bueno espontáneamente, Dios le salvaría de las consecuencias de su mal hacer. Pues la religión sólo puede cambiar cuando cambian las emociones que la conforman; y la religión del miedo personal permanece casi al nivel de la del salvaje.

Había visto cómo Raffles se marchaba en la diligencia de Brassing y esto constituía un alivio temporal; alejaba la presión del temor inmediato, pero no ponía fin al conflicto espiritual y la necesidad de obtener protección. Por fin llegó a una difícil solución, y escribió una carta a Will Ladislaw, rogándole que estuviera en The Shrubs esa noche a las nueve para una charla confidencial. Will no experimentó sorpresa ante la petición, y la asoció a alguna idea nueva sobre el Piooner; pero cuando le hicieron pasar a la habitación privada del señor Bulstrode, le chocó el dolor y el cansancio que se reflejaba en el rostro del banquero y estaba a punto de decir «¿Está usted enfermo?», cuando le detuvo lo abrupto de su interrogación y se limitó a preguntar por la señora Bulstrode y si estaba satisfecha con el cuadro comprado.

—Gracias, está muy satisfecha; ha salido con sus hijas. Le he rogado que viniera, señor Ladislaw porque tengo algo muy íntimo, diría que de naturaleza confidencialmente sagrada, que comunicarle. Me atrevería a afirmar que nada más lejos de su pensamiento el que existieran en el pasado lazos importantes que unieran su vida a la mía.

Will sintió que le recorría como una descarga eléctrica. Ya se encontraba en un estado de sensibilidad aguda y de ansiedad apenas controlada respecto a sus lazos con el pasado, y sus presentimientos no le resultaban gratos. Era como las fluctuaciones de un sueño… como si las acciones iniciadas por aquel llamativo y abotargado desconocido las continuara este ejemplar de respetabilidad, de ojos glaucos y aspecto enfermizo, cuyo tono apagado y formalidad desenvuelta en el hablar le resultaban en este momento casi tan repulsivas como el contraste que recordaba bien. Respondió con un evidente cambio de color en el rostro:

—No, desde luego, nada en absoluto.

—Ve ante usted, señor Ladislaw, a un hombre profundamente abatido. De no ser por el apremio de la conciencia y la certidumbre de que me hallo ante el tribunal de Quien ve como ningún hombre, no me sentiría obligado a descubrir aquello que persigo al pedirle que viniera esta noche. Por lo que se refiere a las leyes humanas usted no puede exigirme nada.

Will estaba más incómodo que sorprendido. El señor Bulstrode se había detenido, apoyando la cabeza en las manos y con la vista fija en el suelo. Pero ahora clavó su mirada examinadora en Will y dijo:

—Tengo entendido que el nombre de su madre era Sarah Dunkirk, y que se escapó de casa para dedicarse al teatro. Asimismo que su padre de usted estuvo consumido por una enfermedad. ¿Puede usted confirmar estos hechos?

—Sí, son todos ciertos —dijo Will sorprendido por el orden de aquel interrogatorio que habría sido de esperar precediera a las insinuaciones del banquero. Pero aquella noche el señor Bulstrode seguía el orden de sus emociones; no abrigaba duda alguna respecto de que se le presentaba la oportunidad de restitución, y sentía un impulso arrollador por expresiones de arrepentimiento mediante las cuales exorcizar el castigo.

—¿Conoce detalles de la familia de su madre? —continuó.

—No; no le gustaba hablar de ello. Fue una mujer muy generosa y honorable —dijo Will casi enfadado.

—No pretendo alegar nada contra ella. ¿No le mencionó a su madre?

—La oí decir que pensaba que su madre nunca supo la razón de que se marchara. Solía decir «pobre madre» en tono de compasión.

—Esa madre fue mi esposa —dijo el señor Bulstrode y se detuvo un momento antes de añadir—: tiene usted unos derechos sobre mí, señor Ladislaw. Como dije antes, no derechos legales, pero sí unos que mi conciencia reconoce. Yo me lucré con ese matrimonio… algo que posiblemente no hubiera ocurrido, al menos no en el mismo grado, si su abuela hubiera podido encontrar a su hija. Tengo entendido que esa hija ya no vive.

—No —dijo Will sintiendo que la sospecha y la repulsión se despertaban en él con tanta fuerza que, sin saber bien lo que hacía, cogió su sombrero del suelo y se levantó. Su impulso interior era rechazar los vínculos desvelados.

—Le ruego que se siente, señor Ladislaw —dijo el señor Bulstrode con angustia—. Sin duda le ha sorprendido lo repentino de esta revelación. Pero le pido sea paciente con quien se halla ya muy mermado por amarguras internas.

Will se sentó, sintiendo cierta compasión que en parte era desprecio por este rebajamiento voluntario de un hombre anciano.

—Es mi deseo, señor Ladislaw, compensar las privaciones que sufrió su madre. Sé que no posee usted fortuna y deseo proveerle adecuadamente empleando un cúmulo que probablemente ya hubiera sido suyo caso de que su abuela hubiera tenido la certeza de que su madre seguía viva y hubiera podido encontrarla.

El señor Bulstrode hizo una pausa. Tenía la sensación de estar llevando a cabo un magnífico acto de escrupulosidad a juicio de su auditor, así como un acto de penitencia a los ojos de Dios. No tenía indicio alguno respecto del estado mental de Will Ladislaw, dolorido como estaba ante las claras insinuaciones de Raffles, y estimulada su natural agilidad de enlazar cosas por la expectación ante descubrimientos que hubiera preferido relegar de nuevo a la oscuridad. Will no respondió durante unos momentos hasta que el señor Bulstrode, que al finalizar su parlamento había fijado la vista en el suelo, levantó ahora la mirada inquisitivamente, que Will sostuvo de lleno, diciendo a continuación:

—Me imagino que usted sí conocía la existencia de mi madre y sabía dónde encontrarla.

Bulstrode se encogió… su rostro y sus manos temblaron visiblemente. Estaba completamente desprevenido para esta respuesta o para versé forzado a revelar más cosas que aquellas que considerara necesarias de antemano. Pero en ese momento no se atrevió a mentir y de pronto sintió que el suelo que había pisado anteriormente con cierta confianza se tornaba inseguro.

—No voy a negar que sus conjeturas son ciertas —respondió con tono vacilante—. Y quisiera compensarle; equilibrar con usted, el único que sobrevive, la pérdida sufrida por culpa mía. Confío en que se haga cargo de mis intenciones, señor Ladislaw, que hacen referencia a una justicia por encima de la humana, y que, como ya le he dicho, están al margen de cualquier obligación legal. Estoy dispuesto a reducir mis propios recursos y las perspectivas de mi familia comprometiéndome a darle quinientas libras anuales durante el resto de mi vida y dejarle un capital en proporción cuando muera… es más, me comprometo a más si ello fuera necesario para algún proyecto laudable por su parte —el señor Bulstrode había entrado en detalles confiando en que afectaran poderosamente a Ladislaw y que la gratitud ahuyentara otros sentimientos.

Pero Will tenía un aire obstinado, los labios apretados y los dedos introducidos en los bolsillos. No estaba conmovido en absoluto y respondió con firmeza:

—Antes de que pueda responder a sus propuestas, señor Bulstrode, debo rogarle qué conteste a una o dos preguntas. ¿Estaba usted relacionado con el negocio que originariamente propició la fortuna de la que habla?

El señor Bulstrode pensó «Raffles se lo ha contado». ¿Cómo podía negarse a responder cuando él había ofrecido voluntariamente la información que provocaba aquella pregunta? Respondió que sí.

—Y, ese negocio… ¿era o no era…, algo totalmente deshonesto… algo que, de haberse hecho pública su naturaleza, hubiera colocado a quienes estaban relacionados con él, al nivel de los ladrones y los convictos?

El tono de Will encerraba una cortante amargura y se sentía impelido a preguntar con toda crudeza.

Bulstrode se sonrojó de ira. Estaba preparado para una escena de autohumillación, pero su intenso orgullo y su hábito de dominar pudieron al arrepentimiento e incluso al miedo cuando este joven a quien pensaba favorecer le cuestionaba con aire de juez.

—El negocio estaba en marcha antes de que yo entrara a formar parte de él, caballero; y no le corresponde a usted iniciar un interrogatorio de ese tipo —respondió, sin levantar la voz, pero hablando en tono desafiante.

—Pues sí me corresponde —dijo Will levantándose de nuevo con el sombrero en la mano—. Me corresponde eminentemente cuando soy yo quien debe decidir si he de tratar con usted y aceptar su dinero. Mi honor sin tacha es algo importante para mí. Es importante para mí que no haya mácula alguna respecto a mi nacimiento y mis relaciones. Y descubro ahora que hay una mancha que no puedo evitar. Mi madre la notó y procuró mantenerse lo más alejada de ella posible, y yo haré lo mismo. Quédese su dinero mal ganado. Si dispusiera de una fortuna propia se la entregaría gustoso a cualquiera que pudiera desmentir lo que usted me ha dicho. Lo que he de agradecerle es que se haya guardado el dinero hasta hoy, cuando puedo rechazarlo. Es la conciencia de un hombre lo que le señala como un caballero. Buenas noches.

Bulstrode iba a hablar, pero Will, con decidida rapidez, estuvo fuera de la habitación en un instante y en otro, la puerta principal se había cerrado tras de él. Le dominaba demasiado un sentimiento de apasionada rebelión contra esta mancha heredada que se le había obligado a conocer como para pensar si no habría sido demasiado duro con Bulstrode, demasiado arrogante y despiadado con un hombre de sesenta años que se esforzaba por redimirse cuando el tiempo convertía en inútiles sus esfuerzos.

Nadie que hubiera estado escuchando habría comprendido del todo la imperiosidad de la respuesta de Will o la amargura en sus palabras. Nadie salvo él mismo sabía entonces cómo todo cuanto estaba relacionado con el sentimiento de su propia dignidad era de inmediato asociado por Will a su relación con Dorothea y al trato que le había dado el señor Casaubon. Y entre el torrente de impulsos que le hicieron rechazar el ofrecimiento del señor Bulstrode, se entremezclaba la sensación de que le hubiera resultado imposible decirle nunca a Dorothea que lo había aceptado.

En cuanto a Bulstrode… sufrió una violenta reacción cuando Will se hubo marchado y lloró como una mujer. Era la primera vez que se tropezaba con una expresión de manifiesto desdén por parte de alguien mejor que Raffles, y con ese desdén recorriéndole las venas como un veneno, no quedaba sensibilidad alguna que consolar. Pero tuvo que frenar el alivio del llanto. Su esposa y sus hijas pronto regresaron de la charla de un misionero en Oriente, lamentándose de que papá no hubiera oído de primera mano las cosas tan interesantes que intentaron repetirle.

Tal vez, entre todos los demás pensamientos ocultos, el que le proporcionaba mayor consuelo era que no era probable que Will Ladislaw publicara lo que había ocurrido aquella noche.

CAPÍTULO NUEVE

Will Ladislaw estaba ahora empeñado en ver a Dorothea otra vez y marcharse de Middlemarch. La mañana siguiente a la inquietante escena con el señor Bulstrode, le escribió una breve carta explicando que diversas razones le habían retenido en la localidad más tiempo del que esperara y pidiéndole permiso para ir a Lowick a la hora que ella fijara del primer día posible, pues estaba deseoso de marcharse pero reacio a hacerlo en tanto no la hubiera visto. Dejó la carta en el despacho, con órdenes al recadero de llevarla a Lowick Manor y aguardar una respuesta.

A Ladislaw le resultaba violento pedir nuevas palabras de despedida. Su adiós anterior había tenido lugar en presencia de Sir James Chettam y se había anunciado como el último, incluso ante el mayordomo. Hiere la dignidad de un hombre reaparecer cuando no se espera que lo haga: un primer adiós encierra patetismo, pero regresar para una segunda despedida proporciona la apertura de una comedia e incluso era posible que flotaran en el aire punzantes comentarios desdeñosos respecto de los motivos de Will para seguir en Middlemarch. De todos modos, le resultaba más satisfactorio para sus sentimientos tomar el camino más directo para ver a Dorothea que recurrir a cualquier ardid que pudiera dar un aire de casualidad a un encuentro que él quería dejar muy claro ante ella que había deseado. Cuando se despidió de ella la vez anterior, ignoraba hechos que daban un nuevo aspecto a la relación entre ambos, y abrían una brecha mayor de lo que Will esperaba. No sabía nada respecto de la fortuna particular de Dorothea y estando poco habituado a estos asuntos, daba por sentado que, según el codicilo del señor Casaubon, casarse con él, Will Ladislaw, significaría que Dorothea consentía en quedarse en la penuria. Eso no era lo que él podía desear ni siquiera en lo más hondo de su corazón, incluso en el caso de que Dorothea hubiera estado dispuesta a tan duro contraste por él. Y además, existía ahora el nuevo aguijón de las revelaciones acerca de la familia de su madre, que, caso de saberse, supondrían un motivo añadido para que los familiares de Dorothea le consideraran absolutamente indigno de ella. La secreta esperanza de que pudiera volver tras algunos años con la sensación de que al menos poseía una valía personal equivalente a la fortuna de Dorothea parecía ahora la vaga continuación de un sueño. Sin duda este cambio justificaría su petición de que le recibiera una vez más.

Pero Dorothea no estaba en casa esa mañana para recibir la nota de Will. Como resultado de una carta de su tío anunciando su intención de estar de vuelta en casa al cabo de una semana, había ido primero a Freshitt para comunicar la noticia con la intención de continuar hasta Tipton Grange y transmitir ciertas órdenes que le daba su tío, pensando, como él decía, que «un poco de actividad mental de este tipo es bueno para una viuda».

Si Will Ladislaw hubiera podido oír algunos de los comentarios que se dijeron aquella mañana en Freshitt Hall hubiera sentido que se confirmaban todas sus sospechas respecto de la predisposición de algunas personas a reírse ante su remoloneamiento en marcharse. Sir James, efectivamente, aunque tranquilizado en cuanto a Dorothea, había estado pendiente de los movimientos de Ladislaw y tenía un informador adiestrado en el señor Standish, al que había hecho necesariamente partícipe de este asunto. El hecho de que Ladislaw se hubiera quedado en Middlemarch casi dos meses después de anunciar su partida inmediata exacerbaba las sospechas de Sir James, o al menos, justificaba su aversión por el «joven» que consideraba superficial, veleidoso y propenso a demostrar esa imprudencia que va con una situación libre de lazos familiares o de una profesión seria. Pero acababa de saber algo por Standish que, si bien justificaba aquellas suposiciones acerca de Will, ofrecía el medio de anular todo peligro respecto de Dorothea.

Insólitas circunstancias pueden hacernos ser muy diferentes de nosotros mismos: hay condiciones en las que la persona más majestuosa se ve obligada a estornudar, y nuestras emociones se ven igualmente sujetas de forma incongruente.

El bueno de Sir James se parecía tan poco a sí mismo aquella mañana que se sentía irritantemente ansioso por hablar con Dorothea sobre un tema que normalmente esquivaba como si fuera una cuestión vergonzosa para ambos. No podía recurrir a Celia como intermediaria porque no quería que ésta supiera el tipo de chismorreo que tenía en la mente; y antes de que Dorothea casualmente llegara había intentado imaginarse cómo, con su timidez y su inhábil lengua, iba a poder ni siquiera iniciar su conversación. La llegada inesperada de Dorothea le hizo desistir de sus intentos por decir nada desagradable: pero la desesperación le sugirió un medio y envió a un mozo al otro lado del parque, en un caballo sin ensillar, con una nota a lápiz para la señora Cadwallader, que conocía ya el chisme y a quien no comprometería el repetirlo tantas veces como fuera preciso.

Dorothea se había visto retenida con el buen pretexto de que esperaban al señor Garth a quien quería ver antes de una hora, y aún estaba hablando con Caleb en el paseo de gravilla cuando Sir James, alerta a la llegada de la esposa del rector, la vio venir y salió a recibirla con las sugerencias necesarias.

—¡Es suficiente! ¡Entiendo! —dijo la señora Cadwallader—. Usted será inocente. Yo ya soy tan malvada que nada me puede hacer peor.

—No es que tenga ninguna importancia —dijo Sir James, disgustándole que la señora Cadwallader entendiera demasiado—. Pero sería conveniente que Dorothea supiera que existen razones para que no le vuelva a ver, y yo no se lo puedo decir. Usted lo hará más fácilmente.

Y así fue. Cuando Dorothea se despidió de Caleb y se dirigió hacia ellos, resultó que la señora Cadwallader había cruzado el parque por pura casualidad, sólo para hablar un ratito con Celia del niño. ¿Así que el señor Brooke regresaba? Estupendo… regresaba completamente curado, era de esperar, de esa fiebre parlamentaria y de pionero. Y a propósito del Pioneer… alguien había profetizado que pronto sería como un delfín agonizante, y adoptaría todos los colores a falta de saber cómo continuar, porque el protegido del señor Brooke, el brillante y joven Ladislaw se marchaba o se había marchado ya. ¿Lo sabía Sir James?

Caminaban los tres por la gravilla lentamente y Sir James, volviéndose para fustear un matorral, dijo que había oído algo.

—¡Pues es todo falso! —dijo la señora Cadwallader—. Ni se ha ido ni parece que lo vaya a hacer; el Pioneer mantiene su color y el señor Orlando Ladislaw está dando lugar a un escándalo verdísimo por pasarse la vida gorgoriteando con la esposa de su amigo Lydgate, quien me aseguran es una preciosidad. Parece que nadie puede entrar en esa casa sin encontrar a este joven tumbado en la alfombra o cantando junto al piano. Pero ya se sabe, las gentes de las ciudades industriales son siempre poco recomendables.

—Empezó usted diciendo señora Cadwallader, que uno de los rumores era falso y creo que éste también lo es —dijo Dorothea con indignación—, al menos, estoy convencida de que es una mala interpretación. No quiero oír ninguna maldad sobre el señor Ladislaw; ya ha padecido demasiadas injusticias.

Cuando Dorothea se emocionaba de verdad, le importaba muy poco lo que pudieran pensar de sus sentimientos; y aunque hubiera podido reflexionar, hubiera considerado mezquino guardar silencio ante palabras injuriosas para Will por miedo a que la malinterpretaran a ella. Tenía el rostro encendido y le temblaban los labios.

Sir James, observándola, se arrepintió de su ardid; pero la señora Cadwallader, a la altura de cualquier circunstancia, extendió las palmas de las manos y dijo:

—Dios lo quiera hija mía… me refiero a que fueran mentira todas las cosas falsas que se cuentan. Pero es una pena que el joven Lydgate se haya casado con una de estas jovencitas de Middlemarch. Teniendo en cuenta que es el hijo de alguien podía haberse buscado una mujer con sangre buena en las venas, y no demasiado joven, que hubiera tolerado su profesión. Ahí está Clara Harfager, por ejemplo, cuyos familiares no saben qué hacer con ella y tiene una dote. Entonces la hubiéramos podido tener entre nosotros. Pero ¡en fin!… de nada sirve ser prudente por los demás. ¿Dónde está Celia? ¿Les parece que entremos?

—Sigo hacia Tipton Grange —dijo Dorothea con altivez—. Adiós.

Sir James no pudo decir nada al acompañarle hasta la calesa. No estaba nada contento con el resultado de una estratagema que le había supuesto cierta humillación secreta de antemano.

Dorothea pasó por entre los setos de bayas y los campos de maíz trillados sin ver ni oír nada de cuanto la rodeaba. Brotaron las lágrimas y le cayeron por las mejillas pero ni se dio cuenta. Parecía que el mundo se volvía feo e inhóspito y no había lugar para su confianza. «¡No es cierto, no es cierto!» era la voz interior que escuchaba, pero todo el tiempo, un recuerdo en torno al cual siempre había sentido cierta inquietud se le imponía… el recuerdo de aquel día en que encontró a Will Ladislaw con la señora Lydgate y escuchara su voz acompañada del piano.

«Dijo que jamás haría nada que yo no aprobara… ojalá le hubiera dicho que desaprobaba aquello», se decía la pobre Dorothea, sintiendo una extraña alternancia entre la ira y la ardiente defensa de Will. «Todos procuran desprestigiarle ante mí, pero no me importa el dolor si no es culpable. Siempre creí en su bondad». Estos fueron sus últimos pensamientos antes de observar que la calesa pasaba bajo el arco junto a la caseta de los guardeses de Tipton Grange, momento en el que se apresuró a secarse los ojos y pensar en los encargos. El cochero pidió permiso para llevarse los caballos durante media hora porque algo le pasaba a una herradura; y Dorothea, con la sensación de que iba a descansar, se quitó los guantes y el sombrero mientras reclinada contra una estatua del vestíbulo hablaba con el ama de llaves. Finalmente dijo:

—Tengo que quedarme aquí un ratito, señora Keil. Iré a la biblioteca y le haré una nota con las indicaciones de mi tío, si me abre las contraventanas.

—Están ya abiertas, señora —dijo la señora Keil, siguiendo a Dorothea que iba caminando según hablaba—. El señor Ladislaw está allí buscando algo.

(Will había ido a recoger una carpeta con sus bocetos que había echado a faltar al hacer su equipaje y no quería dejar olvidada).

A Dorothea le dio un vuelvo el corazón como si la hubieran golpeado pero no se la vio arredrarse: a decir verdad, la sensación de que Will estaba allí fue de momento muy gratificante, como la vista de algo precioso que se había perdido. Al llegar a la puerta le dijo a la señora Kell:

—Pase delante y dígale que estoy aquí.

Will había encontrado la carpeta y la había puesto sobre la mesa al fondo de la habitación para ojear los bocetos y disfrutar mirando la memorable obra de arte cuya relación con la naturaleza le resultaba demasiado misteriosa a Dorothea. Sonreía aún mientras ordenaba los bocetos al pensar que tal vez encontrara una carta suya esperándole en Middlemarch cuando la señora Kell, ya junto a él, dijo:

—Viene la señora Casaubon, señor.

Will se dio la vuelta y al instante entraba Dorothea. Se encontraron frente a frente cuando la señora Kell cerraba la puerta; se sostuvieron la mirada mutuamente y la conciencia del encuentro se vio desbordada por algo que suprimió las palabras. No fue la turbación lo que les mantuvo en silencio, pues ambos sentían que la separación estaba cercana, y ante una triste despedida no existe el retraimiento.

Dorothea se dirigió automáticamente hacia la silla de su tío junto al escritorio, y Will, tras sacársela un poco, se alejó unos pasos permaneciendo de pie frente a ella.

—Por favor, siéntese —dijo Dorothea, cruzando las manos sobre el regazo—; me alegro de que estuviera aquí.

Will pensó que el rostro de Dorothea tenía el mismo aspecto que cuando le dio la mano por primera vez en Roma; la toca de viuda, sujeta al sombrero, había sido quitada junto con éste, y Will pudo ver que había estado llorando. Pero el atisbo de ira en el malestar de Dorothea había desaparecido al verle; cuando antes se encontraban cara a cara, había estado acostumbrada a sentir una confianza y la alegre libertad que llega con el entendimiento mutuo, y ¿cómo iban a impedir esto de repente las palabras de la gente? Dejemos que la música que puede adueñarse de nuestros cuerpos y llenar el aire de alegría suene de nuevo… ¿qué importa que se le pusieran pegas en su ausencia?

—He enviado una carta hoy a Lowick Manor solicitando verla —dijo Will, sentándose frente a ella—. Me marcho de inmediato y no podía hacerlo sin hablar de nuevo con usted.

—Pensé que nos habíamos despedido cuando vino a Lowick hace muchas semanas… pensaba marcharse entonces —dijo Dorothea, temblándole un poco la voz.

—Sí, pero entonces ignoraba cosas que sé ahora… cosas que cambian mis sentimientos respecto al futuro. Cuando la vi la otra vez soñaba con volver algún día. Ahora… no creo que lo haga nunca —Will se detuvo.

—¿Y quería que yo supiera las razones? —dijo Dorothea tímidamente.

—Sí —dijo Will impetuosamente, sacudiendo la cabeza y apartando de ella la mirada con el rostro irritado—. Claro que sí. Me han insultado burdamente ante usted y ante otros. Ha habido insinuaciones mezquinas sobre mi carácter. Quiero que sepa que bajo ninguna circunstancia me hubiera rebajado… bajo ninguna circunstancia hubiera dado la oportunidad a nadie de decir que buscaba dinero con el pretexto de buscar… otra cosa. No se necesitaba ninguna otra salvaguarda contra mí… bastaba con la del dinero.

Will se levantó de la silla con las últimas palabras y se dirigió… no supo dónde; pero fue al ventanal más cercano, que, como ahora, se encontraba abierto por esta época un año atrás, cuando él y Dorothea estuvieron hablando de pie. Todo su corazón simpatizaba con la indignación de Will y sólo quería convencerle de que ella no había sido injusta con él, mientras él parecía darle la espalda como si ella también fuera parte de ese mundo inhóspito.

—Sería muy duro por su parte suponer que jamás le atribuí mezquindad alguna —empezó Dorothea. Y a continuación, con su habitual ardor, deseando convencerle, se apartó de la silla y se colocó frente a él en su antiguo sitio de la ventana diciendo—: ¿Es que piensa que he desconfiado de usted alguna vez?

Al verla allí Will dio un respingo y se alejó unos pasos del ventanal desviando la mirada. A Dorothea le dolió este movimiento que seguía a la ira previa de su tono de voz. Estaba a punto de decir que a ella le resultaba tan duro como a él y que se encontraba inútil; pero aquellas características extrañas de su relación que ninguno de los dos podía mencionar la hacían temerosa de decir demasiado. En estos momentos no creía que, en cualquier caso, Will se hubiera querido casar con ella y tenía miedo de pronunciar palabras que insinuaran la creencia. Se limitó a decir con seriedad, y recurriendo a sus últimas palabras:

—Estoy segura de que jamás se necesitó salvaguarda alguna contra usted.

Will no respondió. En el tempestuoso vaivén de sus sentimientos estas palabras de Dorothea le parecieron cruelmente neutrales y tras su explosión de ira ofrecía ahora un aspecto pálido y triste. Se dirigió a la mesa y ató la carpeta mientras Dorothea le observaba a distancia. Estaban malgastando estos últimos momentos juntos en un penoso silencio. ¿Qué podía Will decir puesto que lo que primaba obstinadamente en su cabeza era el apasionado amor que sentía por Dorothea y que se había prohibido manifestar? ¿Qué podía decir ella puesto que no podía ofrecerle su ayuda… puesto que estaba obligada a quedarse el dinero que debía ser de Will… puesto que hoy no parecía responder como antaño a su absoluta confianza y afecto?

Pero finalmente Will dejó la carpeta y volvió junto a la ventana.

—He de irme —dijo, con esa mirada peculiar que en ocasiones acompaña a la amargura como si los ojos se hallaran cansados y quemados de mirar demasiado de cerca una luz.

—¿Qué hará en la vida? —dijo Dorothea con timidez—. ¿Siguen sus intenciones siendo las mismas que cuando nos despedimos anteriormente?

—Sí —dijo Will con un tono que parecía rechazar el tema por poco interesante—. Trabajaré en lo primero que surja. Supongo que uno se habitúa a trabajar sin felicidad ni esperanza.

—¡Qué palabras tan tristes! —dijo Dorothea peligrosamente cerca del llanto. A continuación, intentando sonreír, añadió—: solíamos coincidir en que nos parecíamos al exagerar demasiado las cosas.

—No he exagerado mis palabras ahora —dijo Will apoyándose contra el ángulo que hacía la pared—. Hay cosas que un hombre sólo las puede pasar una vez en la vida; y en algún momento sabe que lo mejor ya le ha ocurrido. Lo que me importa más que cualquier otra cosa me está absolutamente prohibido… no me refiero sólo a que está fuera de mi alcance sino que, aunque estuviera a mi alcance, me lo prohíben mi propio orgullo y mi propio honor… todo aquello que me hace respetarme a mí mismo. Por supuesto, seguiré viviendo como un hombre que hubiera visto el cielo en sueños.

Will se detuvo, pensando que a Dorothea no le sería posible no entender aquello: de hecho pensaba que se estaba contradiciendo y ofendiendo a su propia estima al hablar con tanta claridad; pero de todas formas… en justicia no se podía decir que era cortejar a una mujer el decirle que jamás la cortejaría. Había que admitir que era una manera fantasmagórica de hacer la corte.

Pero la mente de Dorothea recorría velozmente el pasado con una visión bien distinta de la de Will. La idea de que ella fuera lo que más le importaba a Will la hizo vibrar un instante, pero vino la duda: el recuerdo de lo poco que habían experimentado juntos se tomó pálido y encogido frente al recuerdo que sugería cuánto mayor podía haber sido la relación entre Will y otra persona con la que hubiera tenido un trato constante. Todo cuanto había dicho podía referirse a esa otra relación y lo que había entre él y ella quedaba totalmente explicado por lo que Dorothea siempre considerara como simple amistad y los crueles impedimentos impuestos por el injurioso acto de su marido. Dorothea permaneció de pie en silencio, los ojos bajos en actitud soñadora, mientras se le agolpaban imágenes que dejaban la terrible certeza de que Will se estaba refiriendo a la señora Lydgate. Pero ¿por qué terribles? Will quería que ella supiera que también a este respecto su conducta había sido intachable.

Ladislaw no se sorprendió ante su silencio. También su mente trabajaba con afán mientras la contemplaba y pensaba absurdamente que algo debía suceder para impedir su despedida… algún milagro que evidentemente sus palabras deliberadas no iban a producir. Pero, después de todo ¿acaso le quería Dorothea? No podía fingir ante sí mismo que preferiría que ella no sufriera por ese motivo. No podía negar que un secreto anhelo de confirmación por parte de Dorothea se hallaba en la raíz de todas sus palabras.

Ninguno supo el tiempo que permanecieron así. Dorothea levantaba la vista y estaba a punto de hablar cuando se abrió la puerta y entró el lacayo diciendo:

—Los caballos están listos señora, para marcharnos cuando quiera.

—Enseguida —dijo Dorothea. Y volviéndose hacia Will dijo—: Tengo que dejarle una nota al ama de llaves.

—Debo irme —dijo Will cuando la puerta se hubo cerrado nuevamente, acercándose a ella—. Me marcharé de Middlemarch pasado mañana.

—Ha actuado usted bien en todo —dijo Dorothea en tono bajo, sintiendo que la opresión en el corazón le impedía hablar.

Extendió la mano y Will la tomó por un instante sin hablar pues sus palabras le habían parecido cruelmente frías e impropias de ella. Sus miradas se encontraron pero la de Will reflejaba descontento y la de Dorothea sólo contenía tristeza. Se dio la vuelta y cogió la carpeta bajo el brazo.

—Nunca he sido injusta con usted, por favor, acuérdese de mí —dijo Dorothea, reprimiendo un incipiente sollozo.

—¿Por qué dice eso? —dijo Will enrabietado—. Como si no corriera más bien el peligro de olvidar todo lo demás. En aquel momento Will tuvo un movimiento de ira contra ella que le empujó a marcharse de inmediato. Para Dorothea fue todo como un relámpago… sus últimas palabras… su saludo distante cuando alcanzó la puerta… la sensación de que Will ya no estaba allí. Se dejó caer en la silla y por unos momentos permaneció allí como una estatua, mientras las imágenes y las emociones se agolpaban. Primero fue la alegría, a pesar de las amenazadoras secuencias que la seguían…, la alegría fruto de la impresión de que realmente era a ella a quien Will amaba y renunciaba, que en verdad no había otro amor menos permisible, más digno de culpa, del que el honor le hiciera alejarse. De todos modos estaban separados, pero… Dorothea respiró profundamente y sintió que las fuerzas le volvían… podía pensar en él sin restricciones. En ese momento fue fácil soportar la separación: la primera sensación de amar y de ser amada excluía el pesar. Fue como si se hubiera derretido una presión dura y gélida, y la conciencia de Dorothea tuvo espacio para extenderse; su pasado volvía a ella con una interpretación más amplia. La alegría no se veía mermada —quizá fuera más completa en ese momento— por la despedida irrevocable, pues no había reproches, ni había que imaginarse el asombro desdeñoso asomando en las miradas o los labios de nadie. Will había actuado desafiando el reproche y transformando el asombro en respeto.

Cualquiera que la observara hubiera podido advertir que le recorría un pensamiento fortalecedor. Al igual que cuando la fuerza inventiva trabaja con placentera tranquilidad cualquier pequeña demanda sobre la atención se resuelve perfectamente como si sólo fuera una rendija abierta a la luz del sol, le fue ahora fácil a Dorothea escribir las instrucciones. Sus últimas palabras al ama de llave se dijeron en tono alegre, y cuando se sentó en la calesa los ojos le brillaban y tenía las mejillas sonrosadas bajo el triste sombrero. Echó hacia atrás los pesados velos de viuda y miró al frente, preguntándose qué camino habría tomado Will. Estaba en su carácter sentirse orgullosa de que Will fuera intachable y por sus sentimientos corría la frase: «Hice bien en defenderle».

El cochero acostumbraba a llevar a sus tordos a buen paso pues el señor Casaubon se impacientaba y no disfrutaba con lo que le apartaba de su escritorio y deseaba llegar al final de sus viajes, con lo que a Dorothea la traqueteaban ahora con presteza. El paseo resultaba agradable pues la lluvia caída durante la noche se había llevado el polvo y el cielo azul parecía lejano, muy lejos de la región de las grandes nubes que flotaban agrupadas. La tierra tenía el aspecto de un lugar feliz bajo el vasto cielo y Dorothea deseaba alcanzar a Will y verle una vez más.

Al doblar un recodo del camino, ahí estaba, con la carpeta bajo el brazo; pero al minuto siguiente le estaba adelantando al tiempo que él levantaba el sombrero y Dorothea sintió una punzada al encontrarse sentada allí en una especie de exaltación, dejándole a él atrás. No pudo volverse para mirarle. Fue como si una hueste de objetos indiferentes les hubiera separado y obligado a recorrer sendas diferentes, alejándoles cada vez más el uno del otro y convirtiendo en inútil mirar atrás. Le fue tan imposible hacer cualquier gesto que pudiera significar «¿Hemos de separarnos?» como le hubiera resultado parar la calesa para esperarle, ¡qué cantidad de razones se agolpaban en su interior contra cualquier movimiento de su pensamiento hacia un futuro que pudiera alterar la decisión de este día!

«Sólo quisiera haberlo sabido antes… quisiera que él lo supiera… entonces podríamos ser felices pensando el uno en el otro aunque estemos separados para siempre. Y ¡si hubiera podido tan sólo darle el dinero para hacerle todo más fácil!» eran los anhelos que se le imponían insistentemente. Y sin embargo, tal era el peso que sobre ella ejercía el mundo a pesar de la independencia que le daba su energía, que junto a esta idea de un Will necesitado de tal ayuda y en desventaja frente al mundo, siempre surgía la visión de lo inadecuado de una más estrecha relación entre ellos que subyacía en la opinión de cuantos estaban vinculados a ella. Comprendía al máximo la urgencia de los motivos que impulsaban la conducta de Will. ¿Cómo podía él soñar con que Dorothea desafiara la barrera que su esposo había alzado entre ellos? ¿Cómo podía Dorothea decirse a sí misma que la desafiaría?

La certeza de Will, así que la calesa empequeñecía con la distancia, encerraba mayor amargura. Hacía falta muy poco para amargarle cuando estaba bajo de ánimo, y ver a Dorothea adelantándole en la calesa mientras él se sentía como un pobre diablo arrastrándose en busca de una situación en el mundo que, en su actual estado de ánimo ofrecía poco que le apeteciera, hacía que su conducta pareciera una simple necesidad, suprimiendo el apoyo de la decisión libre. Al fin y al cabo, no tenía la seguridad de que Dorothea le amara ¿podía alguien fingir que en ese caso estaba contento de que el sufrimiento recayera todo de su parte?

Pasó esa velada con los Lydgate; a la siguiente se había marchado.

LIBRO VII

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

CAPÍTULO UNO

¿Ha visto usted mucho últimamente a Lydgate, su fénix científico? —dijo el señor Toller al señor Farebrother, que estaba a su derecha en una de sus cenas de Navidad.

—Siento tener que decir que no mucho —contestó el vicario, acostumbrado a parar las bromas del señor Toller acerca de su opinión sobre las nuevas luces de la medicina—. Vivo un poco lejos y él está demasiado ocupado.

—¿De veras? Me alegro de saberlo —dijo el doctor Minchin con una mezcla de amabilidad y sorpresa.

—Le dedica mucho tiempo al hospital nuevo —dijo el señor Farebrother, que tenía sus razones para proseguir el tema—; lo sé por mi vecina, la señora Casaubon que va allí a menudo. Dice que Lydgate es incansable y está convirtiendo la institución de Bulstrode en algo bueno. Está preparando una nueva sala por si el cólera llega hasta aquí.

—Y supongo que también estará preparando nuevas teorías sobre cómo tratar a los pacientes para poderlas ensayar —dijo el señor Toller.

—Vamos, Toller, sea usted sincero —dijo el señor Farebrother—. Es usted demasiado inteligente como para no ver lo positivo de una mente audaz y fresca en la medicina, así como en todo lo demás; y en cuanto al cólera, me imagino que ninguno de ustedes debe estar muy seguro de lo que hay que hacer. Si un hombre va demasiado lejos por un camino nuevo, suele dañarse más a sí mismo que a otros.

—Estoy seguro de que usted y Wrench deberían estarle agradecido —dijo el doctor Minchin mirando a Toller—, pues les ha enviado la flor y nata de los pacientes de Peacock.

—Lydgate lleva un ritmo de vida muy alto para ser un joven principiante —dijo el señor Harry Toller, el cervecero—. Supongo que tiene el respaldo de sus parientes del norte.

—Eso espero —dijo el señor Chichely—, de lo contrario no se debería haber casado con esa jovencita tan agradable de la que estábamos todos tan prendados. ¡Caray! se le coge manía al hombre que se hace con la joven más hermosa de la ciudad.

—¡Vaya que sí! y la mejor también —dijo el señor Standish.

—A mi amigo Vincy no le gustó demasiado esa boda, eso lo sé bien —dijo el señor Chichely—. Él no haría mucho por ellos. Lo que no sé es cómo habrán respondido los familiares del otro lado —había una recalcada reticencia en su forma de hablar.

—Bueno, yo diría que Lydgate no contó nunca con su clientela para ganarse la vida —dijo el señor Toller, con ligero sarcasmo, y ahí se cerró el tema.

No era ésta la primera vez que el señor Farebrother oía insinuaciones de este tipo respecto de que los gastos de Lydgate eran a todas luces demasiado elevados como para poderlos afrontar con la consulta, pero pensó que no era improbable que hubiera recursos o expectativas que disculparan el gran despliegue con motivo de su boda y que impidieran las nocivas consecuencias de una clientela exigua. Una noche, cuando se tomó la molestia de ir a Middlemarch para charlar con Lydgate como antaño, observó en él un aire de agitado esfuerzo muy diferente de su relajado modo habitual de guardar silencio o de romperlo bruscamente cuando tenía algo que decir. Lydgate habló incansablemente cuando se hallaban en su despacho, exponiendo argumentos en pro y en contra de la probabilidad de determinadas hipótesis biológicas: pero no aportó ni verbal ni experimentalmente esas cosas concretas que constituyen los mojones de una investigación paciente y sostenida, y que él mismo solía considerar imprescindibles, diciendo que «en toda investigación tiene que haber un sístole y un diástole», y que «la mente de un hombre debe estar en una continua expansión y contracción entre todo el horizonte humano y el horizonte del objetivo de un microscopio». Esa noche parecía estar hablando extensamente sin más motivo que el de evitar referencias personales, y al poco rato se dirigieron al salón donde Lydgate, tras pedirle a Rosamond que tocara para ellos, se hundió en su butaca con una luz extraña en los ojos. «Tal vez haya estado tomando algún opiato», fue el pensamiento que cruzó la mente del señor Farebrother…, «una neuralgia facial… o preocupaciones médicas».

No se le había ocurrido que el matrimonio de Lydgate no fuera maravilloso: creía, como todo el mundo, que Rosamond era una criatura amable y dócil si bien siempre la había considerado poco interesante… demasiado ajustada al modelo perfecto resultado de un internado para señoritas; y la señora Farebrother no perdonaba a Rosamond porque parecía obviar siempre la presencia de Henrietta Noble. «De todos modos, Lydgate se enamoró de ella», se dijo el vicario, «debe ser de su gusto».

El señor Farebrother sabía bien que Lydgate era hombre orgulloso, pero como poseía poca fibra de esa clase, y tal vez demasiada poca preocupación por la dignidad personal, salvo la de no ser mezquino o necio, difícilmente podía comprender la manera en que Lydgate rehuía como si le quemara, cualquier referencia a sus asuntos privados. Y poco después de aquella conversación en casa del señor Toller, el vicario conoció algo que le hizo estar más atento a una oportunidad para comunicarle a Lydgate indirectamente que si quería sincerarse sobre sus dificultades, un oído amigo estaba presto a escucharle.

La oportunidad se presentó en casa de los Vincy, donde el día de Año Nuevo se celebraba una fiesta a la que el señor Farebrother se vio obligado a asistir ante la súplica de que no debía abandonar a sus amigos el primer Año Nuevo de hombre importante, de rector además de vicario. Y esta fiesta resultó del todo acogedora: todas las damas de la familia Farebrother estaban presentes; todos los hijos de los Vincy cenaron en la mesa y Fred había convencido a su madre de que si no invitaba a Mary Garth, los Farebrother se lo tomarían como una ofensa personal, si bien el gozo en el triunfo de que su madre comprobara la importancia de Mary entre los principales invitados a la fiesta se vio muy teñido de celos cuando el señor Farebrother se sentó junto a ella. Fred solía estar mucho más tranquilo respecto de sus propias cualidades en los días en que aún no temía quedar desplazado por Farebrother y ese miedo aún no se había disipado. La señora Vincy, pletórica de esplendor matronil, contemplaba la figura pequeña de Mary, pelo áspero y rizado, y rostro carente de lirios y rosa y se admiraba, inútilmente, intentando imaginarse a sí misma preocupándose por el aspecto de Mary vestida de novia o complaciéndose en unos nietos «réplicas» de los Garth. De todos modos la fiesta fue muy alegre y Mary estuvo particularmente brillante y contenta por Fred de que su familia se fuera ablandando con ella y dispuesta también a que vieran cuánto la apreciaban quienes evidentemente debían ser los jueces.

El señor Farebrother observó que Lydgate parecía estar aburrido y que el señor Vincy habló lo indispensable con su yerno. Rosamond estuvo encantadora y serena y sólo una sutil observación, que ella no había suscitado en el vicario, hubiera delatado la total ausencia de interés por la presencia de su marido que una mujer amante siempre revela, aún cuando el protocolo la mantiene apartada de él. Cuando Lydgate tomaba parte en la conversación no le dirigía la mirada más que si hubiera sido ella una Psique esculpida para mirar en otra dirección; y después, cuando regresó a la habitación tras haberse tenido que ausentar durante un par de horas, pareció no darse cuenta de lo que dieciocho meses antes hubiera tenido el efecto de un numeral delante de los ceros. La verdad era que tenía muy presentes la voz y los movimientos de Lydgate y su aire de desenfadada inconsciencia era un estudiado castigo mediante el cual satisfacía su oposición interna a él sin renunciar a la cortesía. Cuando las damas se hallaban en el cuarto de estar después de que Lydgate se viera llamado durante el postre, la señora Farebrother le dijo a Rosamond cuando la tuvo a su lado:

—Debe tener que renunciar mucho a la compañía de su esposo, señora Lydgate.

—Sí, la vida de un médico es ardua, sobre todo cuando es tan vocacional como el señor Lydgate —dijo Rosamond, que estaba de pie y pudo alejarse fácilmente al finalizar esta correcta respuesta.

—Le resulta muy tedioso cuando no tiene invitados —dijo la señora Vincy, que se encontraba sentada junto a la anciana dama—. Al menos eso pensé cuando estuve cuidando a Rosamond durante su enfermedad. Hágase cargo, señora Farebrother, la nuestra es una casa alegre. Yo tengo un carácter alegre y al señor Vincy le gusta que haya actividad en casa. Eso es a lo que Rosamond ha estado acostumbrada. Muy distinto de un marido que sale a horas exóticas y no sabes nunca cuándo volverá, y, además tiene, a mi entender, una personalidad reservada y orgullosa —la indiscreta señora Vincy bajó la voz ligeramente durante este paréntesis—. Pero Rosamond siempre ha tenido un carácter angelical; a menudo la disgustaban sus hermanos pero nunca mostró mal humor; desde la cuna fue siempre buenísima y con un cutis incomparable. Pero gracias a Dios, todos mis hijos tienen buen carácter.

Esto no era difícil de creer para cualquiera que mirara a la señora Vincy echando hacia atrás las grandes cintas de su bonete y sonriendo a sus tres hijas pequeñas de entre siete y once años. Pero en esa mirada sonriente se vio obligada a incluir a Mary Garth, a quien las tres niñas se habían llevado a una esquina para que les contara cuentos. Mary concluía en ese momento el delicioso cuento del enano saltarín que se sabía de memoria porque Letty no se cansaba de leérselo a sus ignorantes mayores de un libro rojo predilecto. Louisa, el amor de su madre, llegaba ahora corriendo, presa de emoción y con los ojos muy abiertos, gritando.

—¡Mamá, mamá, el hombrecillo pateó con tanta fuerza que no pudo sacar la pierna del suelo!

—¡Bendita seas, ángel mío! —dijo su madre—, mañana me lo contarás todo. ¡Vete y escucha! —y al seguir a su hija con la mirada hasta el atractivo rincón pensó que si Fred quería que volviera a invitar a Mary no pondría pegas, viendo lo encantados que estaban los niños con ella.

Pero de pronto, la esquina se animó aún más pues entró el señor Farebrother quien, sentándose detrás de Louisa la puso sobre sus rodillas; las niñas insistieron en que debía oír el cuento y que Mary tenía que empezar de nuevo. Él también insistió y Mary, sin hacerse rogar, comenzó con su precisión habitual y las mismas palabras de antes. Fred, que también se había sentado cerca, hubiera experimentado un triunfo absoluto ante el éxito de Mary de no ser porque el señor Farebrother la observaba con evidente admiración, al tiempo que exteriorizaba un enorme interés por el cuento para complacer a las niñas.

—Ya no te interesará Loo, mi gigante con un solo ojo —dijo Fred al final.

—Sí, sí me interesará. Cuéntalo ahora —dijo Louisa.

—Pues no sé si estoy preparado. Pídeselo al señor Farebrother.

—Sí —añadió Mary—, pedidle al señor Farebrother que os cuente de las hormigas cuya preciosa casa fue destruida por un gigante llamado Tom que pensó que no les importaba porque no las oía llorar ni las veía usar sus pañuelos.

—Por favor —dijo Louisa, levantando la vista hacia el vicario.

—No, no, soy un rector viejo y serio. Si intento sacar de la bolsa un cuento me saldrá un sermón en vez. ¿Queréis que os dé un sermón? —dijo, calándose las gafas y frunciendo los labios.

—Sí —dijo Louisa titubeando.

—Veamos, pues; un sermón contra los pasteles. Cómo son algo malo, sobre todo si son dulces y tienen ciruelas. Louisa se tomó el asunto bastante en serio y se bajó de las rodillas del vicario para acercarse a Fred.

—Veo que no es cosa de predicar el día de Año Nuevo —dijo el señor Farebrother, levantándose y marchándose. Había descubierto recientemente que Fred sentía celos de él así como que él mismo no perdía la preferencia que sentía por Mary.

—Una joven encantadora, la señorita Garth —dijo la señora Farebrother, que había observado los movimientos de su hijo.

—Sí —dijo la señora Vincy, obligada a responder ante la mirada expectante de la anciana dama—. Es una pena que no sea más guapa.

—Yo no diría eso —dijo la señora Farebrother con firmeza—. Me gusta su expresión. No debemos pedir siempre belleza cuando al buen Dios le ha parecido oportuno crear una magnífica joven sin ella. Yo antepongo la buena educación a todo y la señorita Garth sabe comportarse en cualquier situación.

La anciana señora empleó un tono un poco afilado ya que tenía referencias de la posibilidad de que Mary se convirtiera en su nuera, pues al existir el problema de que no convenía hacer pública la posición de Mary con respecto a Fred, las tres damas de la rectoría de Lowick aún confiaban en que Camden escogiera a la señorita Garth.

Entraron nuevos invitados y el salón se inundó de música y juegos mientras en la tranquila habitación al otro lado del vestíbulo se preparaban las mesas de whist. El señor Farebrother jugó una partida para complacer a su madre que considerada su propio jugar ocasional una protesta contra el escándalo y las nuevas opiniones, a la luz de lo cual incluso una renuncia tenía su dignidad. Pero al final consiguió que el señor Chichely ocupara su lugar y abandonó la habitación. Al cruzar el vestíbulo Lydgate, que acababa de entrar, se estaba quitando el abrigo.

—Es usted el hombre a quien buscaba —dijo el vicario, y en lugar de entrar al salón caminaron por el vestíbulo hasta detenerse junto a la chimenea, donde al aire frío ayudaba a la formación de una nube resplandeciente—. Verá que puedo dejar la mesa de whist con toda facilidad —prosiguió sonriendo a Lydgate—, ahora que ya no juego por dinero. Dice la señora Casaubon que eso se lo debo a usted.

—¿Cómo es eso? —dijo Lydgate con frialdad.

—Ah, no quería usted que se supiera; a eso le llamo yo discreción poco generosa. Debería permitir que un hombre sintiera el placer de que le ha hecho un favor. No comparto el disgusto de algunos por sentirse en deuda, le puedo asegurar que prefiero estar en deuda con todo el mundo por portarse bien conmigo.

—No sé qué quiere decir —dijo Lydgate—, como no se refiera a que en una ocasión le hablé a la señora Casaubon. Pero no pensé que ella rompiera su promesa de no mencionarlo —Lydgate se apoyó contra una esquina de la repisa de la chimenea y mostró un rostro desanimado.

—Se le escapó a Brooke el otro día. Me hizo el cumplido de decirme que estaba muy contento de que el beneficio hubiera sido para mí aunque usted le había desbaratado sus maniobras, alabándome como un Ken y un Tillotson y todo eso hasta que la señora Casaubon no quiso ni oír hablar de nadie más.

—Bueno, Brooke es un botarate y un charlatán —dijo Lydgate con desdén.

—Pues yo me alegro de su charlatanería. No entiendo por qué usted no quiere que sepa que me ha hecho un favor, mi querido amigo. Me lo ha hecho y grande. Frena bastante la vanidad descubrir cuánto influye en nuestro bienhacer el no estar apremiado de dinero. Nadie que no precise de los servicios del diablo se verá tentado de decir el Padre Nuestro al revés para complacer al demonio. No necesito depender ahora de las sonrisas de la fortuna.

—No creo que se pueda ganar dinero sin ayuda de la fortuna —dijo Lydgate—: si alguien lo obtiene con su profesión, es muy probable que sea por casualidad.

El señor Farebrother creía poderse explicar aquellas palabras, que tanto contrastaban con la antigua forma de hablar de Lydgate, como la perversidad que a menudo surge del mal humor de un hombre poco a gusto con sus asuntos. Respondió en tono de admisión jovial:

—Hay que tener muchísima paciencia con el mundo. Pero resulta más fácil esperar pacientemente cuando se tienen amigos que le quieren a uno y no piden más que poder servir de ayuda si es que ésta está en su mano.

—Es cierto —dijo Lydgate en tono despreocupado, cambiando de postura y mirando el reloj—. La gente exagera sus dificultades más de lo necesario.

Sabía perfectamente que el señor Farebrother le estaba brindando su ayuda y no podía soportarlo. Tan extrañamente estamos configurados los mortales que, tras la gran satisfacción que sintió por haberle hecho un favor al vicario, la insinuación de que éste percibía la necesidad de Lydgate de un favor recíproco le sumía en un silencio invencible. Además, ¿qué vendría tras un ofrecimiento de ese tipo?… la obligación de «exponer su caso», de sugerir que necesitaba cosas concretas. En ese momento, el suicidio parecía más fácil.

El señor Farebrother era un hombre demasiado perceptivo como para no entender el significado de aquella respuesta, y la actitud y el tono de Lydgate encerraban cierta solidez muy en consonancia con su físico, que, si de principio rechazaba los ofrecimientos, parecía descartar totalmente cualquier estrategia de persuasión.

—¿Qué hora tiene? —dijo el vicario, devorándose sus sentimientos heridos.

—Las once pasadas —dijo Lydgate. Y entraron al salón.

CAPÍTULO DOS

Incluso aunque Lydgate se hubiera sentido inclinado a sincerarse acerca de su situación, sabía que el señor Farebrother apenas habría tenido en su mano la posibilidad de ofrecerle la ayuda que necesitaba de inmediato. Con las facturas anuales de los proveedores que empezaban a llegar, la amenaza de Dover sobre el mobiliario y contando con sólo el pequeño goteo de pagos de pacientes a quienes no se podía ofender como fuente de ingresos (los excelentes honorarios que recibiera de Freshitt Hall y Lowick Manor pronto quedaron absorbidos), nada inferior a mil libras le hubiera librado de su apuro, dejando un remanente que, según una frase predilecta en semejantes circunstancias, le hubiera dado holgura para «examinar su situación».

Lógicamente, la alegre Navidad había traído el feliz Año Nuevo, momento en el que los conciudadanos esperan el pago por el desvelo y las mercancías que sonrientemente han proporcionado a sus vecinos, lo que había de tal forma acrecentado la presión de sórdidas preocupaciones en la mente de Lydgate que apenas podía pensar ininterrumpidamente en otro tema, ni siquiera los más habituales y absorbentes. No era un hombre malhumorado; su actividad intelectual, la solícita bondad de su corazón así como su constitución fuerte, en condiciones relativamente tolerables, siempre le hubieran mantenido por encima de las susceptibilidades pequeñas e incontroladas que forjan un mal carácter. Pero ahora era presa de la peor de las irritabilidades, la que surge no ya de las molestias sino de una segunda conciencia que subyace en esas molestias, la de la energía desperdiciada y la preocupación degradante, que era lo inverso de sus anteriores metas. «Esto es lo que estoy pensando y aquello es en lo que pensaría» era el incesante y amargo murmullo interno, convirtiendo cada dificultad en una doble puya para la impaciencia.

Algunos caballeros han constituido una extraordinaria figura en la literatura haciendo de la disconformidad general con el universo una trampa de monotonía en la cual han caído sus grandes almas por error, pero la sensación de un espléndido yo y un mundo insignificante puede tener su consuelo. El descontento de Lydgate le resultaba mucho más difícil de sobrellevar: era la sensación de que a su alrededor había una gran existencia dedicada al pensamiento y a la acción efectiva mientras él se estaba reduciendo a un aislamiento miserable de miedos egoístas y vulgares angustias por sucesos que podrían apaciguar tales miedos. Tal vez sus preocupaciones parezcan terriblemente sórdidas e indignas de la atención de personas excelsas que nada pueden conocer de las deudas salvo a una escala soberbia. Indudablemente eran sórdidas, y la mayoría, que no es excelsa, no puede escapar de la sordidez salvo estando libre del ansia de dinero, con todas sus rastreras esperanzas y tentaciones, su atención a las muertes, sus insinuadas peticiones, su deseo de comerciante de caballos de dar malo por bueno, su búsqueda de funciones que debían ser para otros, su frecuente anhelar la Fortuna bajo la forma de una gran calamidad.

Era debido a que Lydgate se revolvía contra la idea de poner el cuello bajo este vil yugo el que hubiera caído en un estado de amargo mal humor que abría de continuo un distanciamiento con Rosamond. Tras la primera noticia del embargo, había hecho muchos esfuerzos para que su esposa colaborara con él acerca de las posibles maneras de reducir sus gastos, y con la amenazadora cercanía de las Navidades sus sugerencias se concretaban cada vez más. «Podemos arreglarnos con una sola criada, y mantenernos con muy poco» —dijo—, «y yo me apañaré con un caballo». Pues, como hemos visto, Lydgate había empezado a razonar con visión más lúcida sobre los gastos, y el orgullo que sintiera en las apariencias de ese tipo era ínfimo comparado con el orgullo que le hacía repudiar el verse expuesto como deudor, o pedir a otros ayuda económica.

—Claro que puedes despedir a los otros dos criados si quieres —dijo Rosamond—; pero yo diría que es perjudicial para tu profesión el que vivamos como pobretones. Disminuirá tu clientela.

—Mi querida Rosamond, no es problema de elección. Hemos empezado gastando demasiado. Sabes que Peacock vivía en una casa mucho más pequeña que ésta. Es culpa mía, debí tener más sentido común y me merezco un revolcón —si hubiera alguien con derecho a dármelo— por obligarte a vivir peor de lo que has estado acostumbrada. Pero supongo que nos casamos porque nos queríamos. Y eso nos ayudará a seguir adelante hasta que las cosas mejoren. Vamos, mi amor, deja la costura y ven aquí.

Lydgate estaba descorazonado respecto a Rosamond en aquel momento pero le horrorizaba un futuro sin afecto y estaba decidido a hacer frente a la separación que se avecinaba entre ellos. Rosamond le obedeció y él la sentó sobre sus rodillas pero en el fondo de su alma Rosamond se sentía muy distante. La pobre criatura sólo veía que el mundo no se adaptaba a sus gustos y Lydgate formaba parte de ese mundo. Pero su marido le rodeó la cintura con un brazo y puso la otra mano suavemente sobre las suyas pues este hombre un tanto brusco tenía mucha ternura en su trato con las mujeres, pareciendo tener siempre presente la debilidad de sus constituciones y el delicado equilibrio de su salud tanto corporal como mental. Y de nuevo empezó a hablar con persuasión.

—Ahora que me he metido un poco en las cosas, Rosy, descubro que es asombrosa la cantidad de dinero que se nos escapa en el manejo de la casa. Supongo que los criados son descuidados y ha venido a visitarnos mucha gente. Pero deben ser muchos los de nuestra misma posición que se apañan con menos; me imagino que se conforman con cosas más corrientes y están pendientes de las sobras. Y es como si el dinero tuviera poco que ver en estas cuestiones, pues Wrench lleva una vida muy modesta y tiene una consulta muy grande.

—Bueno, si quieres vivir como los Wrench… —dijo Rosamond girando el cuello levemente—. Pero he oído tus expresiones de desagrado ante esa manera de vivir.

—Sí, tienen muy mal gusto para todo… hacen que la economía resulte algo feo. Nosotros no tenemos por qué hacer lo mismo. Me refiero tan sólo a que ellos evitan los gastos aunque Wrench tiene una clientela magnífica.

—¿Y tú por qué no tienes una buena consulta, Tertius? El señor Peacock la tenía. Deberías tener más cuidado de no ofender a la gente, y deberías hacer lo mismo que los demás en cuanto a las medicinas. Yo diría que empezaste bien y tuviste varias familias buenas. No es bueno ser demasiado excéntrico; debieras pensar en lo que va a gustar a la mayoría —dijo Rosamond en tono suave pero de franca reprimenda.

Lydgate bullía de rabia; estaba dispuesto a mostrarse indulgente con la debilidad femenina pero no con la dictadura femenina. La frivolidad del alma de una ondina puede tener su encanto en tanto no se torna didáctica. Pero se controló y se limitó a decir, con un toque de despótica firmeza:

—Lo que yo hago en mi consulta, Rosy, lo decidiré yo. Ese no es el tema que tenemos que tratar tú y yo. Te basta con saber que es probable que nuestros ingresos sean muy exiguos… apenas cuatrocientas libras, tal vez incluso menos, durante mucho tiempo y debemos modificar nuestra vida de acuerdo con esa realidad.

Rosamond guardó silencio un par de minutos, mirando al frente y luego dijo:

—Mi tío Bulstrode debiera darte un suelo por el tiempo que le dedicas al hospital: no está bien que trabajes gratis.

—Quedó claro desde el principio que prestaría gratis mis servicios. Una vez más, eso no forma parte de nuestra discusión. Ya he señalado cuál es la única solución —dijo Lydgate con impaciencia. Luego, refrenándose, continuó más tranquilamente:

—Creo que veo un medio que nos sacaría bastante de las dificultades actuales. He oído que el joven Ned Plymdale se va a casar con la señorita Sophy Toller. Son ricos y no es frecuente que una buena casa quede vacía en Middlemarch. Estoy seguro de que estarían encantados de quedarse con ésta y con la mayoría de los muebles, y estarían dispuestos a pagar un buen alquiler. Puedo decirle a Trumbull que hable de ello con Plymdale.

Rosamond abandonó las rodillas de su esposo y caminó lentamente hasta el otro lado de la habitación: cuando se volvió y regresó hacia él era evidente que se mordía el labio y apretaba las manos para reprimir las lágrimas que asomaban a sus ojos. Lydgate se sintió desesperado, sacudido por la rabia y sin embargo considerando que sería una cobardía sucumbir a ella en ese momento.

—Lo siento mucho, Rosamond; sé que es muy doloroso. —Cuando consentí en que se devolviera la cubertería y que aquel hombre hiciera un inventario de los muebles, pensé… pensé que habría sido suficiente.

—Te lo expliqué en su momento, mi amor. Eso sólo era una garantía, y detrás de la garantía hay una deuda. Y esa deuda debe saldarse en los próximos meses, de lo contrario tendremos que vender los muebles. Si el joven Plymdale se queda con nuestra casa y la mayoría de los muebles, podremos pagar esa deuda y también alguna otra, y nos desharemos de un sitio demasiado caro para nosotros. Cogeremos una casa más pequeña: sé que Trumbull tiene una muy digna por treinta libras al año y ésta cuesta noventa.

Lydgate profirió este parlamento con el tono cortante y machacón con el que solemos emplear para que una mente dispersa entienda bien unos hechos incontrovertibles. Las lágrimas cayeron en silencio por las mejillas de Rosamond; tan sólo se las secó con el pañuelo, la mirada fija en el gran jarrón de la repisa. Era el momento más amargo que había vivido jamás. Finalmente dijo, sin prisa y con minuciosa precisión:

—Nunca hubiera pensado que podría gustarte comportarte así.

—¿Gustarme? —exclamó levantándose de la silla, hundiendo las manos en el bolsillo y alejándose a zancadas de la chimenea—; no se trata de gustos. Claro que no me gusta; es lo único que puedo hacer —giró en redondo y se volvió hacia ella.

—Yo hubiese pensado que cabían otros muchos medios —dijo Rosamond—. Montemos una subasta y marchémonos de Middlemarch.

—¿Para hacer qué? ¿De qué serviría que abandonara mi trabajo en Middlemarch para ir donde no lo tengo? Seríamos igual de pobres que aquí —dijo Lydgate aún más enfadado.

—Si llegamos a eso, será enteramente por tu culpa Tertius —dijo Rosamond volviéndose y hablando con gran convicción—. Te niegas a comportarte como es debido con tu propia familia. Ofendiste al capitán Lydgate. Sir Godwin fue muy amable conmigo cuando estuvimos en Quallingham y estoy convencida de que si demostraras el debido respeto y le explicaras tus problemas haría por ti cualquier cosa. Pero prefieres darle al señor Ned Plymdale nuestra casa y nuestros muebles.

Había algo parecido a la fiereza en los ojos de Lydgate cuando respondió con renovada agresividad.

—Bien, puesto que así lo quieres, de acuerdo, me gusta. Admito que lo prefiero a hacer el ridículo yendo a mendigar donde es inútil. Quede claro, pues, que eso es lo que me gusta hacer.

El tono de sus últimas palabras equivalía a la presión de su mano fuerte en el delicado brazo de Rosamond. Pero a pesar de ello su voluntad no era ni un ápice más fuerte que la de su esposa. Rosamond abandonó al instante la habitación en silencio pero decidida a impedir que se hiciera lo que Lydgate quería.

Lydgate salió de su casa pero a medida que se iba serenando sintió que el principal resultado de la discusión era un cúmulo de espanto en él ante la idea de abrir en el futuro con su esposa temas qué le impulsaran de nuevo al discurso violento. Era como si se hubiera iniciado una fractura en un cristal delicado y temía cualquier movimiento que resultara ser fatal. Su matrimonio se convertiría en una amarga ironía si no podían seguir queriéndose. Hacía tiempo que había aceptado lo que Lydgate llamaba el carácter negativo de su mujer, su falta de sensibilidad que se demostraba en su falta de consideración tanto de los deseos concretos de su esposo como de sus objetivos en general. Había aguantado el primer desengaño: hubo de renunciar a la tierna devoción y adoración de la mujer ideal, y aceptar la vida a un menor nivel de esperanza, como lo hacen quienes han perdido una extremidad. Pero la esposa real no sólo tenía sus exigencias sino que también retenía su corazón y era el ferviente deseo de Lydgate que aquel dominio continuara siendo fuerte. En el matrimonio, la certeza de que «Nunca me querrá demasiado», se soporta mejor que el miedo de que «Ya no la querré». Por lo tanto, tras aquel exabrupto, sus esfuerzos internos se encaminaban a disculpar a Rosamond y a culpar a las difíciles circunstancias que en parte eran responsabilidad de él. Esa noche, intentó curar las heridas abiertas esa mañana acariciándola, y no era el carácter de Rosamond el rechazar o mostrarse de malhumor; de hecho recibió con agrado las muestras de que su marido la amaba y estaba controlado. Pero esto era algo muy diferente de quererle a él.

Lydgate hubiera preferido no insistir en el plan de desprenderse de la casa: estaba decidido a ponerlo en práctica y hablar de él lo menos posible. Pero la propia Rosamond lo abordó durante el desayuno diciendo suavemente:

—¿Has hablado ya con Trumbull?

—No —dijo Lydgate—, pero pasaré a verle esta mañana.

Interpretó la pregunta de Rosamond como una señal de que le retiraba su oposición y besó la cabeza de su esposa cariñosamente al marcharse.

En cuanto fue lo bastante tarde para ir de visita, Rosamond fue a casa de la señora Plymdale, la madre de Ned, y con las felicitaciones a modo de introducción, abordó el tema de la próxima boda. El maternal punto de vista de la señora Plymdale era que tal vez ahora Rosamond vislumbrara retrospectivamente su propia necedad, y segura de que las ventajas caían de momento todas del lado de su hijo, era mujer demasiado bondadosa como para no portarse con amabilidad.

—Sí, tengo que decir que Ned está muy contento. Y Sophy Toller es cuanto pudiera desear de una nuera. Por supuesto que su padre puede permitirse el lujo de ser generoso con ella… es natural con una fábrica de cerveza como la que tiene. Y en cuanto a relaciones, es todo cuanto hubiéramos podido desear. Pero eso no es lo que me importa. Es una chica encantadora… sin aires de grandeza ni pretensiones aunque está a la altura de la mejor. No me refiero a la aristocracia con títulos. Veo poco de positivo en quienes aspiran a salirse de su propia esfera. Quiero decir que Sophy está a la altura de lo mejorcito de la ciudad y está satisfecha con eso.

—Siempre la he considerado una joven muy agradable —dijo Rosamond.

—Es como una recompensa para Ned, que nunca fue un presuntuoso, el que se haya vinculado a una de las mejores familias —continuó la señora Plymdale, suavizando su natural mordacidad con el ferviente convencimiento de que adoptaba un punto de vista adecuado—. Y siendo los Toller una gente tan especial, podían haber puesto pegas porque algunos de nuestros amigos no lo son de ellos. Es bien sabido que tu tía Bulstrode y yo somos íntimas desde la juventud y el señor Plymdale siempre ha estado de parte del señor Bulstrode. Y yo mismo prefiero la seriedad. Pero de todos modos los Toller han recibido encantados a Ned.

—Estoy segura de que es un joven muy digno y de excelentes principios —dijo Rosamond, con un pulcro aire patrocinador, respondiendo a las sanas puntualizaciones de la señora Plymdale.

—Bueno, no tiene el porte de un capitán del ejército ni el aire de estar por encima de todo el mundo, ni una vistosa forma de hablar y cantar ni gran capacidad intelectual. Pero doy gracias que así sea. Es una pobre preparación tanto para este mundo como para el más allá.

—Por supuesto que sí, las apariencias tienen muy poco que ver con la felicidad —dijo Rosamond—. Creo que tienen todas las probabilidades de ser una pareja feliz. ¿Dónde van a vivir?

—Bueno, tendrán que conformarse con lo que encuentren. Han estado viendo la casa de St. Peter's Place, al lado del señor Hackbutt; es suya y la está arreglando muy bien. No creo que sepan de otra mejor. Creo que Ned pensaba ultimar el asunto hoy.

—Debe ser una casa bonita; a mí me gusta St. Peter's Place.

—Bueno, está cerca de la iglesia y es una zona elegante. Pero las ventanas son muy estrechas y hay que subir y bajar mucho. ¿No sabrás de alguna otra que estuviera disponible? —dijo la señora Plymdale clavando sus ojos negros y redondos en Rosamond con la animación de un pensamiento repentino reflejado en ellos.

—Pues, no. Estoy muy poco al corriente de esas cosas. Rosamond no había previsto aquella pregunta y la respuesta al salir a hacer su visita: simplemente quería recabar cualquier información que la permitiera evitar dejar su casa en circunstancias que le resultaban sumamente desagradables. En cuanto a la no verdad de su respuesta, no lo pensó más de lo que había pensado en la falsedad de responder que las apariencias tenían poco que ver con la felicidad. Estaba convencida de que su objetivo era de todo punto justificable; eran las intenciones de Lydgate las que no tenían excusa y tenía un plan que, cuando lo hubiera ejecutado en su totalidad, probaría el mal paso que hubiera resultado para su marido descender de su posición.

De regreso a casa pasó por la oficina del señor Trumbull. Era la primera vez en su vida que Rosamond había pensado en hacer algo relacionado con los negocios, pero se sentía a la altura de la circunstancia. El que se viera obligada a hacer lo que aborrecía era una idea que convertía su pausada tenacidad en invención activa. Este era un caso en el que no podía bastar con simplemente desobedecer y mantener una serena terquedad: debía actuar según su criterio, y su criterio, se dijo, era el acertado, «de no serlo, no lo hubiera seguido».

El señor Trumbull estaba en la trastienda de su oficina y recibió a Rosamond con sus mejores modales, no sólo porque era sensible a sus encantos sino porque su fibra de bondad se veía conmovida ante la certeza de que Lydgate se encontraba en apuros y que esta mujer extraordinariamente bonita, esta joven dama de enormes atractivos personales, probablemente acusara el envite del infortunio y se encontrara envuelta en circunstancias que escapaban a su control. Le rogó que le hiciera el honor de sentarse y se quedó en pie ante ella, atusándose y comportándose con afanosa solicitud que en su mayor parte era benevolencia. La primera pregunta de Rosamond fue si su esposo había visitado al señor Trumbull esa mañana para hablar de dejar su casa.

—Sí, señora, sí, me ha hablado de ello —dijo el bueno del subastador intentando dotar de tranquilidad sus reiteraciones—. Estaba a punto de llevar a cabo su encargo esta tarde, si era posible. El señor Lydgate no quería que me demorara.

—He venido a decirle que no siga adelante con ello, señor Trumbull, y le ruego que no mencione lo dicho hasta ahora sobre el tema. ¿Podrá complacerme?

—Por supuesto, señora Lydgate, por supuesto. Las confidencias son algo sagrado para mí tanto en lo referente a los negocios como a cualquier otro tema. ¿Debo entonces entender que queda retirado el encargo? —dijo el señor Trumbull colocándose las puntas de su corbatín azul con ambas manos y mirando con deferencia a Rosamond.

—Sí, si me hace el favor. He sabido que el señor Ned Plymdale ha cogido la casa de St. Peter's Place, la de al lado del señor Hackbutt. Al señor Lydgate le molestaría que se llevaran a cabo sus órdenes inútilmente. Y además, existen otras circunstancias que hacen innecesaria la propuesta.

—Muy bien, señora Lydgate, muy bien. Estoy a sus órdenes, para lo que me necesite —dijo el señor Trumbull, que se alegraba de pensar que hubieran surgido nuevas soluciones—. Le ruego que confíe en mí. El asunto se parará aquí.

Esa noche Lydgate se sintió un tanto aliviado al ver que Rosamond estaba más animada de lo que se había venido mostrando últimamente e incluso parecía sentir interés por hacer lo que a él le agradaba sin necesidad de que se lo pidiera. Pensó «Si puede ser feliz y yo logro salir adelante, ¿qué importancia tiene todo esto? No es más que una angosta ciénaga que tenemos que cruzar en un largo viaje: Si consigo volver a tener la, mente despejada, todo saldrá bien».

Tan animado estaba que empezó a buscar una relación de experimentos que hacía tiempo tenía intención de comprobar y que había abandonado ante la insidiosa desesperación que llega en la estela de las ansiedades mezquinas. Volvió a sentir parte del antiguo y fascinador abstraimiento en la investigación profunda, mientras Rosamond tocaba al piano la dulce música que le ayudaba tanto en su meditación como el chapoteo de un remo en el lago al anochecer. Era bastante tarde, había retirado los libros y miraba el fuego con las manos asidas detrás de la cabeza, olvidado de todo salvo la construcción de un nuevo experimento controlador, cuando Rosamond que había dejado el piano y se encontraba reclinada en su butaca observándole dijo:

—Ned Plymdale ya tiene casa.

Lydgate, sorprendido y alterado, alzó la vista en silencio por un momento, como un hombre a quien le perturban el sueño. A continuación, y, sintiéndose enrojecer desagradablemente, dijo:

—¿Cómo lo sabes?

—Fui a ver a la señora Plymdale esta mañana y me dijo que había cogido la casa contigua a la del señor Hackbutt en St. Peter's Place.

Lydgate permaneció en silencio. Retiró las manos de detrás de la cabeza y se las apretó contra el pelo que, como era usual en él le caía, espeso, sobre la frente, mientras descansaba los codos en las rodillas. Sentía una acre desilusión, como si hubiera abierto la puerta de un lugar sofocante y encontrara una tapia, pero también estaba seguro de que Rosamond se complacía en la causa de su desencanto. Prefirió no mirarla ni hablar con ella hasta que no hubiera pasado el primer pronto de contrariedad. Después de todo, ¿qué le puede importar más a una mujer que la casa y los muebles?…, sin eso, un marido es un absurdo. Cuando alzó la vista y se apartó el pelo, sus ojos oscuros reflejaban el doloroso fruto de la incomprensión, pero sólo dijo con frialdad:

—Tal vez surja alguien más. Le dije a Trumbull que estuviera al tanto si fallaba Plymdale.

Rosamond no hizo comentario. Confió en que el azar mantuviera separados a su marido y al subastador hasta que algún acontecimiento justificara su intervención; en cualquier caso, había impedido lo que más temía de inmediato. Tras una pausa dijo:

—¿Cuánto dinero necesitan esas desagradables personas?

—¿Qué desagradables personas?

—Las que hicieron aquella lista… y los otros. Quiero decir, que cuánto les dejaría satisfechos para que no tuvieras que preocuparte.

Lydgate la observó un instante, como si buscara síntomas y luego dijo:

—Bueno, si hubiera obtenido seiscientas de Plymdale por los muebles y el traspaso, me hubiera podido arreglar. Hubiera pagado a Dover, y a los otros les hubiera dado lo suficiente a cuenta para hacerles esperar pacientemente…, si reducíamos gastos.

—Pero lo que digo es ¿cuánto necesitarías si nos quedáramos en esta casa?

—Más de lo que puedo conseguir en ninguna aparte —dijo Lydgate con sarcasmo en la voz. Le irritaba ver que la mente de Rosamond consideraba deseos ilusorios en lugar de enfrentarse con esfuerzos posibles.

—¿Por qué no dices la cantidad? —preguntó Rosamond con leve indicación de que la disgustaba su actitud.

—Bueno —dijo Lydgate, como calculando—, necesitaría al menos mil libras para estar tranquilo. Pero —añadió en tono incisivo—, he de pensar en lo que haré sin ellas, no con ellas.

Rosamond no dijo más.

Pero al día siguiente llevó a cabo su plan de escribir a Sir Godwin Lydgate. Desde la visita del capitán, había recibido una carta de él, así como una de la señora Mengan, su hermana casada, dándole el pésame por la pérdida del niño, y expresando vagamente el deseo de verla de nuevo en Quallingham. Lydgate le había dicho que esta cortesía no significaba nada, pero ella estaba íntimamente convencida de que cualquier reticencia de la familia de Lydgate se debía al comportamiento altivo y frío de su marido, y había contestado las cartas con todo su esmero y encanto, confiando en que llegaría una invitación concreta. Pero sólo llegó el silencio. Estaba claro que el capitán no era dado a escribir y Rosamond pensó que tal vez las hermanas estuvieran en el extranjero. Sin embargo, había llegado la época de pensar en los parientes que estaban en casa y al menos Sir Godwin, que le había acariciado la barbilla y dicho que se parecía a la señora Croly, la célebre beldad que le conquistara en 1790, se conmovería al ver que recurría a él y disfrutaría, por ella, comportándose como debía con su sobrino. Rosamond estaba ingenuamente convencida de lo que debía hacer un anciano caballero para impedir que ella sufriera malestar alguno. Y escribió lo que a su juicio era la carta más juiciosa, que sin duda le demostraría su excelente sentido común a Sir Godwin, señalando lo deseable de que Tertius abandonara un lugar como Middlemarch por uno más adecuado a su talento, cómo el carácter desagradable de los habitantes había impedido su éxito profesional, y cómo, consecuentemente, se encontraba en dificultades económicas, para salir de las cuales se precisarían mil libras. No mencionó que Tertius no estaba al corriente de la carta, pues creía que su supuesta objeción a la misma sería acorde con el grado de respeto que ella dijera que sentía su marido por el tío Godwin, de entre todos los familiares su mejor amigo. Esta era la fuerza de las tácticas de Rosamond que ahora aplicaba a los asuntos del mundo. Esto había tenido lugar antes de la fiesta del día de Año Nuevo, y aún no había llegado respuesta alguna de Sir Godwin. Pero aquel mismo día por la mañana Lydgate hubo de saber que Rosamond había revocado la orden que diera a Borthrop Trumbull. Pensando que sería conveniente que su esposa se fuera acostumbrando a la idea de dejar su casa de Lowick Gate, venció su aversión por hablar de nuevo del tema con ella y dijo durante el desayuno:

—Procuraré ver a Trumbull esta mañana para decirle que anuncie la casa en el Pioneer y el Trumpet. Si se anuncia, tal vez la coja alguien que de otro modo no hubiera pensado en cambiarse. En estos sitios de provincias muchas personas siguen en sus casas aún quedándoseles pequeñas por desconocimiento de cómo encontrar otra. Y no parece que Trumbull haya tenido mucho éxito.

Rosamond supo que había llegado el momento inevitable.

—Le dije a Trumbull que no prosiguiera con el tema —dijo con un deliberado sosiego que sin duda resultaba defensivo.

Lydgate la miró con mucho asombro. Hacía sólo media hora que la había estado sujetando las trenzas y dirigiéndole esas pequeñas frases de afecto, que Rosamond, aunque no devolviera, había aceptado como si fuera una hermosa y serena imagen que de vez en cuando sonreía milagrosamente a su adorador. Con estas sensaciones aún latentes, la sorpresa que recibió no pudo de momento ser de enfado claro: fue de dolor confuso. Dejó el cuchillo y el tenedor con que trinchaba la carne y echándose hacia atrás en la silla dijo finalmente con fría ironía en el tono:

—¿Puedo preguntar cuándo y por qué lo hiciste?

—Cuando supe que los Plymdale ya tenían casa, pasé a decirle que no les dijera nada de la nuestra; y al mismo tiempo le dije que parara el asunto. Sabía que sería muy nocivo para ti que se supiera que querías desprenderte de la casa y los muebles y yo me oponía mucho a ello. Creo que eran suficientes motivos.

—Carecía de importancia el que yo te hubiera dado razones imperativas de otra índole; carecía de importancia que yo hubiera llegado a una conclusión diferente y hubiera dado la orden pertinente, ¿verdad? —dijo Lydgate cáusticamente, acumulando truenos y centellas en los ojos y la frente. La cólera ajena siempre hacía que Rosamond se retrajera con fría repulsión, acentuando su corrección y su calma, decidida a no ser ella la que no se supiera comportar, hicieran lo que hicieran los demás.

—Creo —respondió— que tenía todo el derecho a hablar de un tema que me afecta a mí al menos tanto como a ti.

—Naturalmente…, tenías derecho a hablar, pero sólo conmigo. No tenías derecho a contravenir mis órdenes en secreto, y tratarme como si fuera un necio —dijo Lydgate en el mismo tono de antes…, para continuar con nuevo desdén—: ¿Será posible hacerte comprender las consecuencias? ¿Servirá de algo que te diga una vez más el por qué es necesario que intentemos desprendernos de la casa?

—No es necesario que me lo digas de nuevo —dijo Rosamond en un tono que cayó como frías gotas de agua—. Recuerdo lo que dijiste. Hablaste con la misma agresividad que ahora. Pero eso no varía mi opinión de que debías intentar cualquier otro medio antes de dar un paso tan doloroso para mí. En cuanto a lo de poner un anuncio de la casa, pienso que sería absolutamente degradante para ti.

—¿Y suponte que yo hago el mismo caso de tus opiniones que tú de las mías?

—Puedes hacerlo, naturalmente. Pero creo que debieras haberme dicho antes de casarnos que me pondrías en la peor de las situaciones antes que renunciar a tu opinión.

Lydgate guardó silencio, pero ladeó la cabeza y frunció con desesperación las comisuras de los labios. Rosamond, viendo que no la miraba, se levantó y puso ante él la taza de café; pero él no se fijó, y continuó con su drama interior y sus pensamientos, moviéndose de vez en cuando en la butaca, descansando un brazo sobre la mesa y mesándose el pelo con la mano. Experimentaba una mezcla de emociones y pensamientos que le impedían dar rienda suelta a su ira o perseverar en su decisión con simple rigidez. Rosamond se aprovechó de su silencio.

—Cuando nos casamos todos pensaron que tenías una alta situación. No me pude imaginar entonces que querrías vender nuestros muebles y vivir en Bride Street, donde las habitaciones de las casas son como jaulas. Si hemos de vivir así, al menos vayámonos de Middlemarch.

—Todo esto sería muy importante… —dijo Lydgate medio irónicamente (persistía el pálido ajamiento en sus labios mientras contemplaba el café sin tocarlo)—, sería muy importante si no diera la casualidad de que estoy endeudado.

—Muchas personas lo habrán estado igual que tú, pero si son respetables, la gente confía en ellas. Estoy segura de haber oído a papá hablar de que los Torbit tenían deudas y siguieron adelante perfectamente. No puede ser bueno actuar precipitadamente —dijo Rosamond con pacífica sabiduría.

A Lydgate le paralizaban impulsos contrarios: puesto que ningún razonamiento parecía poder conquistar el asentimiento de Rosamond, sentía deseos de destruir y triturar algún objeto en el que pudiera al menos producir alguna impresión, o decirle a su esposa brutalmente que él era el amo y ella debía obedecer. Pero no sólo le aterraba el efecto de una medida tan extrema sobre sus vidas sino que sentía un pánico creciente ante la terquedad tranquila e intangible de Rosamond, que no permitía que ninguna afirmación de poderío fuera decisiva; por otro lado Rosamond le había herido donde más le dolía al sugerir que se había casado con él engañada por una falsa visión de felicidad. En cuanto a decir que era el amo, no respondía a la realidad. La resolución impuesta por fuerza de la lógica y el sentido del honor empezaba a ceder ante el torpedeo de su esposa. Bebió media taza de café y se levantó para marcharse.

—Al menos podré pedir que no veas a Trumbull por ahora… hasta que se vea que no hay otros medios —dijo Rosamond. Aunque no era temerosa, pensó que no era momento para revelar que había escrito a Sir Godwin—. Prométeme que esperarás unas semanas, o que me lo dirás antes.

Lydgate lanzó una brusca carcajada.

—Creo que soy yo el que debiera exigirte la promesa de no hacer nada sin decírmelo —dijo, dirigiéndole una punzante mirada y encaminándose luego hacia la puerta.

—Recordarás que cenamos en casa de papá ¿no? —dijo Rosamond pretendiendo que su marido se volviera e hiciera una concesión más precisa —. Pero éste se limitó a contestar, «Sí», con impaciencia y salió.

A su mujer se le antojó que era muy odioso que su marido no considerara que bastaban las dolorosas proposiciones que había tenido que hacer sin necesidad de demostrar tan mal carácter. Era también muy cruel por su parte, que ante la modesta petición de que retrasara su visita a Trumbull, no la tranquilizara respecto a sus intenciones. Estaba convencida de haber actuado bien, y cada palabra encolerizada o hiriente de Lydgate sólo alargaba su registro mental de ofensas. Hacía meses que la pobre Rosamond había empezado a vincular a su marido con sentimientos de desencanto, y la relación terriblemente inflexible del matrimonio había perdido el encanto de fomentar sueños maravillosos. La había liberado de las cosas desagradables de la casa de su padre, pero su matrimonio no le había proporcionado todo cuanto había esperado y deseado. El Lydgate del que se había enamorado era un conjunto de condiciones abstractas, la mayoría de las cuales habían desaparecido, viéndose sustituidas por detalles cotidianos que había que vivir lentamente, hora a hora, en lugar de flotar fugazmente a través de ellos seleccionando los aspectos favorables. Los hábitos profesionales de Lydgate, su preocupación cuando estaba en casa por los temas científicos, que a ella se le antojaba como casi el gusto morboso de un vampiro, sus peculiares puntos de vista que jamás habían formado parte del lenguaje del noviazgo… todas estas influencias constantemente alienadoras, aún obviando el hecho de que se había colocado en una posición desventajosa en la ciudad y prescindiendo del sobresalto que le produjo la revelación sobre la deuda a Dover, hubieran bastado para que a Rosamond le aburriera la presencia de su esposo. Existía otra presencia que desde los primeros días de su matrimonio y hasta hacía cuatro meses, había resultado una animación agradable, pero había desaparecido: Rosamond se negaba a confesarse cuánto tenía que ver el vacío dejado con su tedio; y le parecía (tal vez estuviera en lo cierto) que una invitación a Quallingham y la posibilidad de que Lydgate se marchara de Middlemarch y se estableciera en otro lugar —Londres, o cualquier otro sitio libre de preocupaciones— le resultarían satisfactorias, reconciliándola con la ausencia de Will Ladislaw por quien sentía cierto resentimiento por sus alabanzas de la señora Casaubon.

Así estaban las cosas entre Lydgate y Rosamond aquel día de Año Nuevo cuando cenaron en casa del señor Vincy, ella mirándole con suave neutralidad en recuerdo de su comportamiento malhumorado del desayuno y él sufriendo una turbación mucho más honda fruto del conflicto interno en el cual la escena matutina era tan sólo una de sus muchas manifestaciones. Su acalorado esfuerzo al hablar con el señor Farebrother, sus esfuerzos por simular cínicamente que todas las formas de obtener dinero eran básicamente iguales, y que el azar posee un imperio que reduce la elección a la ilusión de un necio, no eran más que el síntoma de una resolución indecisa, una respuesta entumecida a los antiguos estímulos del entusiasmo.

¿Qué podía hacer? Veía con aún mayor nitidez que Rosamond la sordidez de llevársela a una casa pequeña de Bride Street, donde dispondría de pocos muebles a su alrededor y de su descontento interior; una vida de privaciones y una vida con Rosamond eran dos imágenes que se habían ido haciendo cada vez más irreconciliables desde que hiciera su aparición la amenaza de la carencia. Pero aunque sus decisiones hubieran obligado a la combinación de ambas imágenes, los preliminares útiles para cambio tan rudo no parecían estar a mano. Y pese a no haber otorgado la promesa que su esposa le requiriera, no volvió a la oficina de Trumbull. Incluso empezó a pensar en hacer un breve viaje al norte para ver a su tío Sir Godwin. Anteriormente había creído que nada le empujaría a pedirle dinero a su tío, pero desconocía entonces la presión tan absoluta de alternativas aún más desagradables. No podía confiar en el efecto de una carta; sólo en un encuentro personal, por incómodo que le resultara, podría ofrecer una explicación total y comprobar la efectividad del parentesco. No bien había empezado a considerar este paso como el más fácil que brotó en él una colérica reacción ante el hecho de que él, que hacía mucho tiempo decidiera vivir al margen de cálculos tan abyectos, de angustias egoístas acerca de las inclinaciones y los bolsillos de aquellos con quienes se enorgullecía de no tener objetivos en común, hubiera descendido no sólo a su mismo nivel, sino al de pedirles ayuda.

CAPÍTULO TRES

La inclinación de la naturaleza humana a ser tardía en la correspondencia triunfa incluso sobre la presente aceleración en el curso normal de las cosas: ¿cómo sorprendernos pues de que en 1832 el anciano Sir Godwin fuera tardo en escribir una carta de mayor importancia para otros que para él mismo? Habían transcurrido casi tres semanas del nuevo año y Rosamond, esperando una respuesta a su urgente petición, se veía desengañada a diario. Lydgate, ajeno por completo a las expectativas de su mujer veía llegar las facturas al tiempo que percibía como inminente el que Dover hiciera uso de su ventaja sobre otros acreedores. No le había mencionado nunca a Rosamond su pesarosa intención de ir a Quallignham; no quería admitir hasta el último momento lo que a ella le parecería una concesión a sus deseos tras una indignada negación, pero esperaba partir pronto. Un tramo concluido del ferrocarril le permitiría hacer el viaje de ida y vuelta en cuatro días.

Pero una mañana después de que Lydgate hubiera salido llegó una carta para él que Rosamond vio era de Sir Godwin y la llenó de esperanza. Tal vez dentro hubiera una nota para ella; pero, lógicamente era con Lydgate con quien había que tratar las cuestiones de dinero u otra ayuda y el hecho de que se le escribiera, aún más, el mismo retraso en la contestación, parecían garantizar que la respuesta sería afirmativa. Estas ideas la agitaron demasiado como para poder hacer más que pasar unos hilos en un cálido rincón del comedor, el sobre de aquella carta trascendental en la mesa a su lado. Alrededor de las doce oyó los pasos de su marido en el pasillo y corriendo a abrir la puerta, dijo en su tono más despreocupado:

—Tertius, ven… hay una carta para ti.

—¿Ah? —dijo sin quitarse el sombrero, pero pasando el brazo por el hombro de su mujer para girarla y que le acompañara hasta el lugar donde estaba la carta—. ¡Mi tío Godwin! —exclamó mientras Rosamond volvía a sentarse y le observaba al abrir la carta. Esperaba que se sorprendiera.

Así que Lydgate pasó la vista rápidamente por la breve carta, Rosamond vio que su rostro, normalmente de un moreno pálido, adquiría una seca blancura; temblándole los labios y las ventanillas de la nariz tiró ante ella la carta y dijo con violencia:

—Será imposible aguantar una vida contigo si insistes en actuar en secreto…, en actuar en contra mía y en ocultar tus acciones.

Lydgate se detuvo y le volvió la espalda… después giró en redondo, dio unos pasos, se sentó, y volvió a levantarse con desazón, asiendo fuertemente los objetos sólidos que llevaba en el fondo de los bolsillos. Temía decir algo irremediablemente cruel.

A Rosamond también se le había mudado el color a medida que leía. La carta decía así:

«Querido Tertius: No mandes que me escriba tu mujer cuando tengas algo que pedirme. Es una actitud cobista y sinuosa que no hubiera esperado de ti. Jamás he escrito a una mujer por asuntos de dinero. En cuanto a proporcionarte mil libras, o incluso la mitad de esa cantidad, me es imposible hacer nada por el estilo. Mi propia familia me esquilma hasta el último penique. Con dos hijos pequeños y tres hijas, es improbable que me sobre dinero. Pareces haberte liquidado tu propio capital con presteza y haber montado una buena donde estás; cuanto antes te vayas a otro sitio mejor. Pero no tengo ninguna relación con gente de tu profesión, y en ese punto no puedo ayudarte. Hice cuanto pude por ti como tutor, y te dejé que te salieras con la tuya y te dedicaras a la medicina. Podías haber entrado en el ejército o en la Iglesia. Tu dinero hubiera sido suficiente para esas profesiones y hubieras tenido ante ti una escalera más segura. Tu tío Charles siempre te ha tenido rencor por no haber seguido su profesión, pero yo no. Siempre te he querido bien, pero ahora debes considerarte independiente. Afectuosamente, tu tío GODWIN LYDGATE».

Cuando Rosamond hubo terminado la carta se quedó inmóvil, las manos cruzadas, frenando cualquier muestra del punzante desengaño y atrincherándose en una silenciosa pasividad ante la ira de su marido. Lydgate dejó de moverse, la miró de nuevo, y dijo con cáustica severidad:

¿Será esto suficiente para convencerte del daño que puedes hacer con tus artimañas a escondidas? ¿Posees el suficiente sentido común para reconocer tu incompetencia para juzgar y actuar por mí… para entrometerte con tu ignorancia en asuntos que me incumbe a mí decidir?

Eran palabras duras pero no era la primera vez que Rosamond le frustraba. Ella no le miró y no le respondió.

—Casi que me había decidido a ir a Quallingham. Me hubiera resultado harto penoso, pero tal vez hubiera surtido algún efecto. Pero de nada me ha servido devanarme los sesos. Siempre has estado maquinando en secreto. Me engañas con falsos asentimientos y luego estoy a merced de tus artimañas. Si tienes la intención de oponerte a todos mis deseos, dilo y desafíame. Al menos entonces sabré el terreno que piso.

Es un terrible momento en una vida joven cuando la proximidad del vínculo del amor adquiere esta capacidad para amargar. A pesar de su autodominio, a Rosamond le cayó una lágrima que rodó en silencio hasta los labios. Seguía sin decir nada, pero bajo esa quietud se escondía una intensa reacción: sentía tal aversión por su marido que deseaba no haberle visto nunca. La grosería de Sir Godwin hacia ella así como su ausencia total de sentimientos le alineaba con Dover y los demás acreedores… personas desagradables que sólo pensaban en sí mismas y a quienes no les importaba molestarla. Incluso su padre era despiadado y podía haber hecho más por ellos. En realidad sólo había una persona en el mundo a quien Rosamond no consideraba culpable y esa era la grácil criatura de rubias trenzas y manos pequeñas cruzadas ante ella que jamás había dicho palabras inconvenientes y que siempre había actuado con la mejor intención… siendo, naturalmente, la mejor intención aquella que ella prefería.

Lydgate, deteniéndose y mirándola de nuevo, empezó a sentir esa enloquecedora sensación de impotencia que cae sobre las personas apasionadas cuando su pasión se topa con un silencio inocente cuyo dócil aire de víctima les hace creerse equivocados, tiñendo incluso la indignación más justa con la duda de su rectitud. Precisaba recuperar la conciencia de estar en lo cierto moderando sus palabras.

—¿Es que no te das cuenta, Rosamond —comenzó de nuevo procurando conferir una seriedad sin amargura—, de que nada hay tan fatal como la falta de sinceridad y confianza entre nosotros? Ha ocurrido una y otra vez que yo manifieste un deseo decidido y que tú, tras un aparente asentimiento, me hayas desobedecido en secreto. Así, jamás puedo saber en qué creer. Tendríamos alguna esperanza si lo admitieras. ¿Es que soy un animal tan fiero e irrazonable? ¿Por qué no eres sincera conmigo?

Continuaba el silencio.

—¿No puedes decir al menos que te has equivocado y que puedo confiar en que en el futuro no obrarás en secreto? —dijo Lydgate con apremio, pero con algo de súplica en su tono que Rosamond captó con presteza. Su mujer hablo con frialdad.

—Me es imposible admitir o hacer promesa alguna en respuesta a las palabras que me has dirigido. No estoy acostumbrada a ese tipo de lenguaje.

Has hablado de mis «artimañas a escondidas», de mi «ignorante intromisión» y mi «falso asentimiento». Jamás te he hablado a ti de esa manera, y creo que debieras disculparte. Hablaste de la imposibilidad de vivir conmigo. La verdad es que no me has hecho la vida agradable últimamente. Creo que era lógico esperar de mí que intentara desviar algunas de las dificultades que me ha traído el matrimonio —otra lágrima rodó al dejar de hablar, y Rosamond se la seco con el mismo silencio que la primera.

Lydgate se derrumbó sobre una butaca, sintiéndose acorralado. ¿Tenía acaso cabida la advertencia en la mente de Rosamond? Se quitó el sombrero, reposó un brazo en el respaldo del sillón y bajó la vista unos momentos en silencio. Rosamond disfrutaba sobre él de la doble ventaja de ser insensible a lo que de justo tenían sus reproches al tiempo que percibía las innegables penalidades de su vida de casada. Aunque su duplicidad en el asunto de la casa rebasaba lo que Lydgate sabía, impidiendo en realidad que los Plymdale conocieran la disponibilidad de la misma, no tenía conciencia de que su conducta pudiera calificarse de falsa. No estamos más obligados a identificar nuestros propios actos de acuerdo con una clasificación estricta de lo que lo estamos a clasificar nuestras verduras o nuestras ropas. Rosamond se sentía ofendida, y esto era lo que Lydgate debía reconocer.

En cuanto a él, la necesidad de acoplarse a la naturaleza de su esposa, inflexible en igual proporción a su capacidad de refutación, le sujetaba como unas tenazas. Había empezado a tener una alarmante premonición del irrevocable desamor de su mujer, y la consiguiente tristeza de sus vidas. La presta intensidad de sus emociones hacía que este terror alternara rápidamente con los primeros prontos violentos. Vano alarde hubiera sido decir que era su amo.

«No me has hecho la vida agradable últimamente» …, «las dificultades que me ha traído el matrimonio» …, estas palabras ardían en su imaginación como el dolor que provoca pesadillas. ¿Acaso no sólo iba a descender de sus propósitos más elevados sino a hundirse también en el siniestro encarcelamiento del odio doméstico?

—Rosamond —dijo, mirándola con aire de infinita melancolía—, deberías disculpar las palabras de un hombre enfadado y desilusionado. Tú y yo no podemos tener intereses contrapuestos. No puedo separar mi felicidad de la tuya. Si estoy enfadado contigo es porque no pareces percatarte de cuánto nos separa cualquier ocultamiento. ¿Cómo iba yo a querer hacerte las cosas difíciles con mis palabras o mi conducta? Cuando te hago daño a ti, hiero parte de mí mismo. Nunca me enfadaría contigo si fueras absolutamente sincera conmigo.

—Sólo he querido impedir que nos precipitaras innecesariamente a la miseria —dijo Rosamond, rebrotándole las lágrimas ahora que su esposo se había suavizado—. Es tan duro vernos denigrados entre toda la gente que nos conoce y vivir tan miserablemente. ¿Por qué no me moriría con el niño?

Hablaba y lloraba con esa mansedumbre que convierte las palabras y las lágrimas en omnipotentes para un hombre de corazón afable. Lydgate acercó su butaca a la de su esposa y con mano fuerte y tierna le apretó la delicada cabeza contra su mejilla. Sólo la acarició; no dijo nada, pues ¿qué se podía decir? No podía prometer que la protegería de la temida miseria puesto que no veía medio seguro de hacerlo. Cuando la dejó para volver a salir se dijo a sí mismo que a ella le resultaba diez veces más arduo que a él; él tenía una vida fuera del hogar, constantes apelaciones a su actividad en favor de otros. Deseaba disculparla de todo lo posible… pero era inevitable que en ese estado de ánimo comprensivo pensara en ella como en un animalillo de especie diferente y más débil. Pero ella le había vencido.

CAPÍTULO CUATRO

Lydgate tenía ciertamente buenas razones para reflexionar sobre lo que le reportaba su profesión como contrapeso a sus cuitas personales. Ya no disponía de la suficiente energía para la investigación espontánea y el pensamiento especulativo, pero junto al lecho de sus pacientes los llamamientos directos a su criterio y a su comprensión aportaban el impulso necesario para sacarle de su ensimismamiento. No era simplemente ese arnés benéfico de la rutina que permite a los tontos vivir respetablemente y a los infelices vivir con tranquilidad; era una exigencia constante de nuevas e inmediatas aplicaciones del pensamiento, así como de tener en cuenta las necesidades y angustias de los demás. Muchos de nosotros, al echar la vista atrás, diríamos que el ser más amable que hemos conocido fue un médico, o tal vez aquel cirujano cuyo fino tacto, guiado por una bien informada percepción, nos socorrió con una caridad más sublime que la de los taumaturgos. Algo de esa caridad doblemente bendita seguía siempre a Lydgate en su trabajo en el hospital o en las casas particulares, sirviéndole mejor que cualquier opiato para tranquilizarle y sostenerle en sus ansiedades y su sensación de degeneración mental.

Sin embargo, la sospecha del señor Farebrother respecto del opiato era cierta. Bajo la primera amarga presión de dificultades previstas y la primera percepción de que su matrimonio, si no había de ser una soledad uncida, debía convertirse en un continuo esfuerzo por seguir amando sin que le inquietara demasiado el que le amaran, Lydgate había probado una o dos veces una dosis de opio. Pero carecía de un deseo hereditario por tan fugaces escapatorias de las guaridas de la miseria. Era fuerte, podía beber bien pero no le interesaba, y cuando los hombres a su alrededor bebían alcohol, él tomaba agua con azúcar, pues sentía una despectiva lástima por la agitación que producían incluso las primeras fases de la bebida. Lo mismo le ocurría con el juego. Había visto jugar mucho en París, observándolo como si fuera una epidemia, y no se sentía más tentado por ganancias así que por el alcohol. Se había dicho a sí mismo que las únicas ganancias que le interesaban debían obtenerse mediante un proceso consciente de elevadas y difíciles combinaciones que tendieran hacia un resultado positivo. El poder que codiciaba no se podía representar mediante unos dedos afanosos asiendo un montón de monedas, ni por el triunfo medio salvaje medio idiota en los ojos de quien abarca entre sus brazos las desventuras de veinte alicaídos compañeros.

Pero así como había probado el opio, empezó ahora a pensar en el juego no por afán de emociones sino por una especie de añoranza por una forma tan fácil de obtener dinero, que no conllevaba el pedir y no traía responsabilidades. De haber estado entonces en Londres o en París, es probable que tales pensamientos, secundados por la oportunidad, le hubieran llevado a una casa de juego, ya no para observar a los jugadores sino para observarles con consanguínea avaricia. La repugnancia se hubiera visto vencida por la perentoria necesidad de ganar, si la suerte era próvida y le dejaba. Un incidente que tuvo lugar no mucho después de que descartara la vaga noción de obtener ayuda de su tío fue una poderosa indicación del resultado que pudiera haber surtido cualquier oportunidad real de ganar.

El billar del Dragón Verde era el refugio constante de determinado grupo, la mayoría de cuyos componentes, como nuestro conocido señor Bambridge, eran tenidos por hombres disolutos. Era aquí donde el pobre Fred Vincy había contraído parte de su memorable deuda, al perder dinero en apuestas y verse obligado a pedirle dinero a su alegre acompañante. En Middlemarch se sabía abiertamente que de aquella forma se ganaba y se perdía mucho dinero; y la consiguiente fama del Dragón Verde como lugar de disipación naturalmente acrecentaba la tentación de visitarlo. Es probable que los asiduos, como los iniciados en la masonería, desearan que algo más emocionante se guareciera allí en secreto, pero no eran una comunidad cerrada y muchos ciudadanos respetables mayores, además de los jóvenes, se pasaban de vez en cuando por la sala de billar para ver lo que ocurría. Lydgate, que poseía la musculatura precisa además del gusto por el billar, había cogido el taco una o dos veces en el Dragón Verde en los primeros días de su llegada a Middlemarch; más adelante no dispuso ni del solaz para el juego ni de la inclinación por la clientela. Sin embargo, una noche hubo de buscar allí al señor Bambridge. El tratante se había comprometido a buscarle un comprador para el único caballo bueno que le quedaba, que Lydgate había decidido sustituir por un jamelgo barato esperando obtener veinte libras con este apeamiento, pues toda pequeña cantidad le interesaba ahora como ayuda para alimentar la paciencia de sus proveedores. Le ahorraría tiempo subir de pasada a la sala de billares.

El señor Bambridge aún no había llegado pero seguro que aparecería, le explicó su amigo el señor Horrock; y Lydgate se quedó, jugando una partida para pasar el tiempo. Esa noche tenía ese brillo especial en los ojos y la insólita vivacidad que una vez observara en él el señor Farebrother. El hecho excepcional de su presencia se comentó mucho en la sala, que estaba bastante llena y donde varios espectadores, así como algún jugador, apostaban animadamente. Lydgate estaba jugando bien y se sentía confiado; las apuestas continuaban a su alrededor y ante la rápida consideración de la probable ganancia que podría doblar la suma ahorrada con el caballo, empezó a apostar por su propio juego, ganando una y otra vez. El señor Bambridge ya había entrado pero Lydgate no se fijó en él. No sólo estaba exaltado con su juego sino que se empezaba a plantear el ir al día siguiente a Brassing, donde se jugaba a mayor escala y donde, con un poderoso zarpazo al cebo del diablo, podría llevárselo sin quedar atrapado en el anzuelo, comprando así su liberación de los requerimientos diarios.

Seguía ganando cuando entraron dos nuevas visitas. Una de ellas era un Hawley, joven recién llegado de estudiar Derecho en Londres, y el otro era Fred Vincy, que últimamente había pasado varias noches en este antiguo refugio suyo. El joven Hawley, un consumado jugador de billar, aportó frescura al taco. Pero Fred Vincy, sorprendido de ver a Lydgate y asombrándole el que apostara con aire exaltado, permaneció alejado del círculo en torno a la mesa.

Últimamente, Fred había estado recompensando su seriedad con un poco de relajamiento. Llevaba seis meses trabajando a fondo con el señor Garth en tareas al aire libre, y por mor de una severa disciplina casi había superado su defectuosa caligrafía, disciplina tal vez un poco menos rígida dado que con frecuencia se llevaba a cabo por las noches en casa del señor Garth bajo la mirada de Mary. Pero durante la última quincena, Mary se había quedado en la rectoría de Lowick con las señoras puesto que el señor Farebrother estaba en Middlemarch llevando a cabo unos planes parroquiales. Fred, a falta de cosas más agradables que hacer, había entrado en el Dragón Verde, en parte para jugar al billar, en parte para saborear de nuevo las antiguas conversaciones sobre caballos, deportes y otras generalidades, desde un punto de vista no del todo reglamentario. No había ido de caza ni una sola vez esta temporada, no poseía caballo propio, desplazándose principalmente con el señor Garth en su calesín, o sobre la sobria jaca que Caleb podía prestarle. Fred empezaba a pensar que era un poco demasiado esto de enderezarle con más rigidez que si hubiera sido un clérigo. «Te diré algo señorita Mary… va a resultar más arduo aprender agrimensura y a dibujar planos de lo que hubiera sido escribir sermones —la había dicho, queriendo que advirtiera lo que hacía por ella—; y respecto a Hércules y Teseo, a mi lado no fueron nada. Se divertían y jamás aprendieron una caligrafía de contable». Y ahora que Mary estaba fuera unos días, Fred, como cualquier otro perro fuerte que no puede deshacerse del collar, había arrancado la argolla de su cadena para hacer una pequeña escapada, sin intención de ir muy lejos ni muy rápido. No podía existir motivo para no jugar al billar, pero estaba decidido a no apostar. En cuanto al dinero, Fred tenía ahora el heroico propósito de ahorrar la mayor parte de las ochenta libras que el señor Garth le ofrecía, y devolverlas, lo cual podía hacer con facilidad renunciando a los gastos inútiles, puesto que tenía ropa en demasía y no tenía manutención que pagar. De esa forma podría, en un año, avanzar mucho en la devolución de las noventa libras de las que había privado a la señora Garth, desgraciadamente en un momento en el que le eran más necesarias que ahora. Sin embargo, hay que reconocer que esta noche, la quinta de sus recientes visitas a la sala de billar, Fred no tenía en el bolsillo pero sí en la mente las diez libras que pensaba quedarse del salario de medio año (teniendo por delante el placer de llevarle treinta libras a la señora Garth cuando Mary volviera a estar en casa) —diez libras en la mente como un fondo del cual poder arriesgar algo si surgía la oportunidad de una buena apuesta. ¿Y por qué? Pues porque ¿cuál era la razón para que no cogiera alguna moneda cuando éstas volaban a su alrededor? No volvería a caminar mucho por esa senda, pero a un hombre le gusta asegurarse, y a los libertinos aún más, de cuánta maldad podría hacer si quisiera, y de que si se abstiene de ponerse enfermo, o de convertirse en un mendigo, o de expresarse con la máxima libertad que los exiguos límites de la capacidad humana permiten, no es porque sea un tonto. Fred no entró en las razones formales, que son una manera muy artificial e inexacta de representarse la vuelta cosquilleante de un antiguo hábito, y los caprichos de la sangre joven; pero esa noche le rondaba una sensación profética de que cuando empezara a jugar empezaría también a apostar… de que bebería ponche y, en general, se prepararía para sentirse «algo mustio» por la mañana. Es en movimientos indefinibles como estos que a menudo comienza la acción.

Pero lo último que a Fred se le hubiera pasado por la imaginación era que vería a su cuñado Lydgate —acerca del cual no había descartado por completo su antigua opinión de que era un pedante muy consciente de su superioridad—, muy animado y apostando, tal y como podría haberlo hecho él mismo. A Fred le impactó más de lo debido el hecho de saber vagamente que Lydgate estaba endeudado y que su padre le había denegado su ayuda, y su propio impulso de sumarse a la partida se vio de pronto frenado. Fue una extraña inversión de actividades: el rostro claro y los ojos azules de Fred, normalmente vivos y despreocupados y dispuestos a atender cuanto encerrara una promesa de diversión, aparecían ahora involuntariamente serios y casi avergonzados, como ante la visión de algo inadecuado; mientras que Lydgate, que solía emanar un aire de fuerza serena y esconder cierta reflexividad tras incluso la más pendiente atención, actuaba, observaba, y hablaba con esa exaltada conciencia puntual que recuerda a un animal de fieros ojos y uñas retráctiles. Lydgate, apostando por sus propias jugadas, había ganado dieciséis libras, pero la llegada del joven Hawley había cambiado las tornas. Realizaba jugadas de primera calidad, y empezó a apostar contra Lydgate cuya tensión nerviosa se vio transferida de una simple confianza en sus propios movimientos a desafiar las dudas que sobre los mismos abrigaba otra persona. El desafío era más emocionante que la confianza pero menos seguro. Continuó apostando por su juego pero fallaba con frecuencia. No obstante siguió, pues tenía la mente tan encajonada en la profunda sima del juego como si hubiera sido el mirón más ignorante de la sala. Fred se dio cuenta de que Lydgate perdía con rapidez y se encontró en la situación desconocida de ingeniarse algo mediante lo cual, sin ser ofensivo, pudiera desviar la atención de Lydgate y tal vez sugerirle una razón para marcharse. Vio que otros observaban el inusitado comportamiento de su cuñado y se le ocurrió que tal vez el simple acto de tocarle el codo y llevárselo a un lado un minuto bastara para sacarle de su ensimismamiento. No se le ocurrió nada más brillante que la osada improbabilidad de decir que quería ver a Rosy y deseaba saber si se encontraba en casa, y se disponía a lanzarse a aquel desesperadamente ingenuo ardid cuando se le acercó un camarero con el mensaje de que el señor Farebrother estaba abajo y quería hablar con él.

A Fred le sorprendió y no del todo gratamente, pero enviando recado de que bajaría al momento, se acercó con renovado impulso a Lydgate y con un «¿Puedo hablar contigo un momento?» se lo llevó a un lado.

—Farebrother me acaba de mandar recado de que quiere hablar conmigo. Está abajo. Pensé que te gustaría saber que estaba aquí por si tenías algo que decirle.

Fred se había aferrado a aquel pretexto para hablar porque no podía decir «Estás perdiendo miserablemente y todo el mundo te está mirando; más vale que te vayas». Pero la inspiración no le hubiera servido mejor. Lydgate no había advertido la presencia de Fred hasta ese momento y su repentina aparición anunciándole al señor Farebrother tuvo el efecto de un golpe fuerte.

—No, no —dijo Lydgate—, no tengo nada especial que decirle. Pero… se acabó el juego… tengo que irme… sólo entré para ver a Bambridge.

—Bambridge está ahí pero está montando un cirio… no creo que sea momento para negocios. Baja conmigo a ver a Farebrother. Supongo que querrá armármela y tú me escudarás —dijo Fred con cierta diplomacia.

Lydgate se sentía avergonzado pero no podía dejarlo traslucir negándose a ver a Farebrother, de modo que bajó. Se limitaron a darse la mano y a hablar de la helada y cuando los tres hubieron alcanzado la calle, el vicario parecía bien dispuesto a despedirse de Lydgate. Claramente su propósito inmediato era hablar con Fred a solas y dijo con suavidad:

—Te interrumpí, joven, porque he de hablar contigo urgentemente. ¿Me acompañas andando hasta St. Botolph? Hacía una noche hermosa; el cielo estaba cuajado de estrellas y el señor Farebrother sugirió que dieran una vuelta para llegar hasta la vieja iglesia por la carretera de Londres. Lo siguiente que dijo fue:

—Creía que Lydgate nunca iba al Dragón Verde.

—Y yo también —dijo Fred—. Pero dijo que había ido a ver a Bambridge.

—Entonces, ¿no estaba jugando?

Fred no se había propuesto decirlo pero ahora se vio obligado a contestar:

—Sí. Pero supongo que sería algo accidental. No le había visto antes.

—¿Así que has estado frecuentando los billares últimamente?

—Bueno, he venido como unas cinco o seis veces. —Creí que tenías buenas razones para haber dejado ese hábito.

—Claro. Usted lo sabe —dijo Fred, a quien no le gustaba verse catequizado de aquella forma—. Se lo conté todo.

—Supongo que eso me autoriza a hablar del asunto. Existe entre nosotros una relación de amistad, ¿no?… yo te he escuchado a ti y tú estarás dispuesto a escucharme a mí. Ahora me toca a mí; ¿puedo hablar un poco de mí mismo?

—Estoy en deuda con usted, señor Farebrother —dijo Fred atenazado por incómodas conjeturas.

—No voy a negar que tienes cierta deuda conmigo. Pero te voy a confesar Fred, que he estado tentado de invertirla guardando silencio esta vez. Cuando alguien me dijo «El joven Vincy ha vuelto a la mesa de billar todas las noches… no aguantará mucho la brida», tuve tentaciones de hacer lo opuesto de lo que estoy haciendo… callarme y esperar a que rodaras de nuevo por la pendiente… primero apostando, y luego…

—No he hecho ninguna apuesta —dijo Fred precipitadamente.

—Me alegro de saberlo. Pero como te decía, mi inclinación era observar y verte coger el camino equivocado, colmar la paciencia de Garth, y perder la mejor oportunidad de tu vida… la oportunidad que hiciste esfuerzos difíciles por conseguir. Adivinarás el sentimiento que suscitó en mí esa tentación… estoy convencido de que lo conoces. Estoy seguro de que sabes que la satisfacción de tu afecto se interpone en la consecución del mío.

Hubo una pausa. El señor Farebrother parecía esperar un reconocimiento de aquel hecho, y la emoción que se filtraba en el tono de su hermosa voz dotaba de solemnidad a sus palabras. Pero ningún sentimiento podía acallar la alarma de Fred.

—No iba a renunciar a ella —dijo tras una ligera vacilación: no era momento de simular generosidad.

—Claro que no, cuando eras correspondido. Pero las relaciones de este tipo, aun cuando vienen de atrás, son siempre susceptibles de cambio. No me resulta difícil concebir que pudieras obrar de forma que aflojaras los lazos que la unen a ti… hay que recordar que sólo está ligada a ti condicionalmente… y que en ese caso, otro hombre, que puede enorgullecerse de tener cierto ascendiente sobre ella, podría granjearse el sólido lugar en su corazón, además de en su mente, que tú habías dejado escapar. No me resulta en absoluto difícil concebir tal resultado —repitió el señor Farebrother con insistencia—. Existe un compañerismo en la afinidad de gustos que pudiera imponerse incluso a la más larga de las asociaciones.

A Fred le pareció que el ataque del señor Farebrother no hubiera sido más cruel de haber poseído pico y garras en lugar de su hábil lengua. Tenía la terrible convicción de que tras esta hipótesis existía la certeza de algún cambio en los sentimientos de Mary.

—Claro que sé lo fácil que es que todo acabe —dijo con voz preocupada—. Si Mary compara… —se interrumpió, no queriendo desvelar todos sus sentimientos, y continuó con la ayuda de un poco de amargura—. Pero creía que era usted amigo mío.

—Y lo soy, por eso estamos aquí. Pero me he sentido muy inclinado a no serlo. Me he dicho a mí mismo, «si hay la probabilidad de que ese joven se perjudique, ¿por qué has de interferir? ¿Acaso no vales tanto como él? ¿Acaso los diecisiete años que le sacas, durante los que has ayunado mucho, no te dan más derecho que a él a satisfacer tus afectos? Si hay la posibilidad de que se eche a perder… pues déjale… tal vez tampoco pudieras impedírselo… y recoge el beneficio».

Hubo una pausa durante la cual a Fred le recorrió un incómodo escalofrío. ¿Qué vendría a continuación? Temía escuchar que Mary sabía algo… le parecía que estaba oyendo una amenaza más que una advertencia. Cuando el vicario habló de nuevo había un cambio en su voz, como una transición alentadora a un tono mayor.

—Pero anteriormente mis intenciones habían sido mejores, y finalmente las he retomado. Pensé que nada mejor para atarme a ellas, Fred, que el decirte lo que había estado pensando. Y ahora, ¿me entiendes? Quiero que la hagas feliz, y que tú también lo seas, y si existe la posibilidad de que una advertencia por mi parte pueda impedir el riesgo de lo contrario… pues ya la he hecho.

La voz del vicario decayó con sus últimas palabras. Hizo una pausa. Estaban en una esquina de césped donde la carretera se desviaba hacia St. Botolph y extendió la mano, como indicando que la conversación había terminado. Fred se conmovió de una forma desconocida. Alguien muy sensible a la contemplación de un acto hermoso ha dicho que produce en el cuerpo una especie de escalofrío regenerador, y le hace a uno sentirse dispuesto a empezar una vida nueva. Ese efecto inundó a Fred Vincy en buena medida.

—Intentaré ser merecedor de esto —dijo interrumpiéndose antes de poder añadir, «de usted tanto como ella». Entretanto el señor Farebrother había hecho acopio de impulso suficiente para agregar algo más.

—No debes figurarte Fred, que piense que por el momento haya disminuido su preferencia por ti. Tranquilízate; si sigues recto, lo demás no se desviará.

—Nunca olvidaré lo que ha hecho —respondió Fred—. No puedo decir nada que merezca la pena… sólo que procuraré que su bondad no se vea malgastada.

—Es bastante. Buenas noches, y Dios te bendiga.

Así se despidieron. Pero ambos deambularon mucho rato antes de abandonar el cielo estrellado. Gran parte de los pensamientos de Fred se podrían resumir en las palabras «Hubiera sido bueno para Mary casarse con Farebrother… pero ¿si me quiere más a mí y yo soy un buen marido?».

Tal vez los del señor Farebrother se pudieran concentrar en un único encogimiento de hombros y un pequeño párrafo, «¡Pensar en el papel que una pequeña mujer puede jugar en la vida de un hombre, de forma que renunciar a ella puede ser una muy buena imitación del heroísmo y conquistarla una disciplina!».

CAPÍTULO CINCO

Felizmente Lydgate había terminado perdiendo en los billares, saliendo sin ánimos de atacar de nuevo por sorpresa a la fortuna. Al contrario, se sintió molesto consigo mismo al día siguiente cuando hubo de pagar cuatro o cinco libras por encima de sus ganancias, y cargar con la desagradable visión de la imagen que había dado, no sólo codeándose con los hombres del Dragón Verde, sino comportándose igual que ellos. Un filósofo que apuesta apenas se distingue de un inculto en las mismas circunstancias: la diferencia provendrá principalmente de las reflexiones posteriores, y en ese sentido Lydgate rumió desagradablemente. Su razón le señaló cómo el asunto hubiera podido desembocar en la ruina por un leve cambio de escenario… de haber entrado en una casa de juego, donde la suerte se podía asir con ambas manos en lugar de cogerla con el índice y el pulgar. De todas formas, aunque la razón ahogaba el deseo de jugar, permaneció en él la sensación de que, de tener garantizada la suerte en la dosis requerida, le hubiera gustado jugar antes que aceptar la alternativa que empezaba a imponérsele como inevitable.

Esa alternativa era dirigirse al señor Bulstrode. Lydgate se había vanagloriado tantas veces ante sí mismo y ante otros de ser totalmente independiente de Bulstrode, a cuyos planes se había prestado exclusivamente porque le permitían llevar a cabo sus conceptos de labor profesional y de provecho público; tantas veces, en su relación personal, había mantenido su orgullo la sensación de que estaba poniendo a un buen uso social a aquel banquero prepotente, cuyas opiniones consideraba despreciables y cuyos motivos a menudo le parecían una absurda mezcla de impresiones contradictorias, que se había creado grandes obstáculos teóricos contra una petición considerable en beneficio propio.

No obstante, a principios de marzo sus asuntos se hallaban en ese punto en el que los hombres empiezan a decir que juraron desde la ignorancia y a percatarse de que la actuación que habían calificado de imposible en ellos se va convirtiendo en manifiestamente posible. Con la desagradable garantía de Dover a punto de vencer, los ingresos de la clientela absorbidos de inmediato por las deudas atrasadas, la posibilidad, si llegaba a saberse lo peor, de que les negaran los suministros diarios a cuenta, y sobre todo, la imagen de descontento de Rosamond persiguiéndole constantemente, Lydgate empezó a ver que debería rebajarse y pedirle ayuda a alguien. En un principio había considerado escribir al señor Vincy, pero preguntándole a Rosamond averiguó que, como sospechara, ella ya había acudido a su padre en dos ocasiones, la última después de la desilusión producida por Sir Godwin, y papá había dicho que Lydgate debía apañárselas. «Papá dijo que con un mal año tras otro, comerciaba cada vez más con capital prestado, y había tenido que renunciar a muchos caprichos: no podía prescindir ni de cien libras. Dijo: que se lo pida a Bulstrode: siempre han sido uña y carne».

Lo cierto era que el propio Lydgate había llegado a la conclusión de que si tenía que terminar por pedir un préstamo sin interés, su relación con Bulstrode, más que con cualquier otra persona, podría proporcionarle un derecho que no era estrictamente personal. Indirectamente Bulstrode había contribuido al fracaso de su consulta, y también se había sentido gratamente satisfecho de contar con un socio médico para sus planes: pero, ¿quién de nosotros se ha visto reducido a la dependencia de Lydgate sin intentar creer que tiene derechos que aminoran la humillación de pedir? Era cierto que últimamente parecía haber disminuido el interés de Bulstrode por el hospital; pero su salud había empeorado y mostraba síntomas de una afección nerviosa profunda. Por lo demás no presentaba cambios: siempre había sido extremadamente educado, pero Lydgate había observado en él desde el principio una marcada frialdad respecto de su matrimonio y otras circunstancias personales, una frialdad que prefería a cualquier familiaridad entre ellos. Retrasaba su intención día a día, debilitado su hábito de actuar de acuerdo con sus conclusiones por la repugnancia a cualquier conclusión posible y los actos que exigiera. Veía con frecuencia al señor Bulstrode pero no intentó aprovechar ninguna ocasión para sus motivos personales. En un momento pensó, «Escribiré una carta: lo prefiero a una tortuosa conversación»; en otro, pensó, «No, si hablara con él podría dar marcha atrás ante cualquier signo negativo».

Pasaban los días y la carta no se escribía ni se buscaba la entrevista. Al huir de la humillación de una actitud de dependencia hacia Bulstrode, su imaginación empezó a familiarizarse con otra medida aún menos parecida a su forma de ser. Empezó a considerar espontáneamente si sería posible llevar acabo la pueril idea de Rosamond que tantas veces le había enfadado, a saber, marcharse de Middlemarch sin pensar en lo que vendría después. Surgía la pregunta… «¿Habría alguien que me comprara la consulta, incluso ahora con lo poco que vale? Así, podría llevarse a cabo la subasta como preparación necesaria para marcharme».

Pero en contra de este paso, que seguía considerando un despreciable abandono de su trabajo actual, una desviación avergonzada de lo que era real y pudiera convertirse en un canal cada vez más ancho para una actividad digna, y todo ello para empezar de nuevo sin destino justificado, existía un obstáculo: que el comprador, caso de existir, podía tardar en presentarse. ¿Y después? Rosamond, en una vivienda humilde, aunque fuera en la mayor de las ciudades o la más lejana, no encontraría la vida que la salvara de la tristeza y le salvara a él del reproche de haber sumido en ella a su esposa. Pues cuando un hombre se encuentra al pie de la colina del éxito, puede quedarse allí mucho tiempo a pesar de su competencia profesional. En el clima británico, no hay incompatibilidad entre la intuición científica y una vivienda amueblada: la incompatibilidad se da principalmente entre la ambición científica y una esposa que rechaza esa clase de residencia.

Pero en medio de sus titubeos, la oportunidad vino a decidirle. Una nota del señor Bulstrode le pidió a Lydgate que fuera a verle al banco. Últimamente se había manifestado en el banquero una tendencia hipocondríaca, y la falta de sueño, que no era más que una ligera acentuación de un síntoma dispéptico habitual, se le había antojado como síntoma de una posible demencia. Quería consultar con Lydgate sin más tardanza esa misma mañana, aunque no podía añadir nada nuevo a lo que el médico ya sabía. Escuchó atentamente cuanto le dijo Lydgate para tranquilizarle, si bien esto también era mera repetición, y este momento en que Bulstrode recibía la opinión médica con un sentimiento de alivio parecía hacer más fácil de lo que Lydgate había pensado de antemano, el comunicarle una necesidad personal. Había estado insistiendo en lo bueno que le resultaría al señor Bulstrode desentenderse un poco de los negocios.

—Se ve que cualquier esfuerzo mental, por leve que sea, puede afectar a una constitución delicada —dijo Lydgate llegado el punto de la consulta en el que los comentarios suelen pasar de lo particular a lo general—, cuando observamos la profunda huella que deja la ansiedad durante un tiempo, incluso en los jóvenes y vigorosos. Yo soy muy fuerte por naturaleza y sin embargo me he visto muy afectado últimamente por una acumulación de problemas.

—Supongo que una constitución en el estado debilitado de la mía sería especialmente propensa a caer víctima del cólera, caso de que nos llegara al distrito. Y desde su aparición en Londres, haríamos bien en asediar el trono divino con peticiones de protección —dijo el señor Bulstrode, sin intención de soslayar la alusión de Lydgate, sino verdaderamente preocupado por sí mismo.

—En todo caso, usted ha asumido su parte de responsabilidad a la hora de tomar precauciones en la ciudad, y ese es el mejor modo de pedir protección —dijo Lydgate, resintiendo tanto más la metáfora incompleta y la lógica defectuosa de la religión del banquero por su aparente sordera ante los problemas ajenos. Pero su mente había recogido el movimiento largo tiempo gestado en busca de ayuda, y no pensaba interrumpirse. Añadió—: la ciudad ha hecho mucho respecto de la limpieza y la búsqueda de medios materiales, y creo que si nos llegara el cólera, incluso nuestros enemigos tendrán que admitir que la organización del hospital resultaría de utilidad pública.

—Cierto —dijo el señor Bulstrode con cierta frialdad—. Respecto de lo que usted dice, señor Lydgate, sobre que ceda un poco en mi ocupación mental, llevo algún tiempo pensando en algo… en algo muy concreto. Estoy considerando retirarme al menos temporalmente de la dirección de gran parte de mis negocios, sean de tipo benéfico o comercial. También pienso cambiar mi residencia durante un tiempo; probablemente cierre o alquile The Shrubs y me vaya a algún lugar cercano a la costa previa información acerca de la salubridad, por supuesto. ¿Aconsejaría usted esta medida?

—Por supuesto —dijo Lydgate recostándose en la silla con impaciencia mal disimulada ante los ojos pálidos y preocupados del banquero y su intensa alarma personal.

—Desde hace tiempo pienso que debería hablar este tema con usted en relación a nuestro hospital —continuó Bulstrode—. En las circunstancias que he expresado, debo, por supuesto, dejar toda participación personal en el funcionamiento, y va en contra de mi sentido de la responsabilidad continuar aportando una considerable cantidad a una institución que no puedo atender y, en cierta medida, dirigir. Por tanto, caso de que prospere mi decisión de abandonar Middlemarch, retiraré del nuevo hospital cualquier otra ayuda que la que se mantendrá por el hecho de haber sido yo quien corrió principalmente con los gastos de su edificación, aparte de haber contribuido a su funcionamiento con ulteriores cantidades importantes.

Cuando Bulstrode, según su costumbre, hizo una pausa, Lydgate pensó, «Debe tal vez haber perdido bastante dinero». Era la explicación más plausible al pequeño discurso que producía un cambio alarmante en sus esperanzas.

—Me temo que será difícil remediar la pérdida para el hospital —respondió.

—Pues sí —dijo Bulstrode, con el mismo tono suave y decidido—, excepto mediante algún cambio de planes. La única persona con quien se puede contar definitivamente para aumentar su contribución es la señora Casaubon. He hablado con ella del tema y le he indicado, como le indico a usted ahora, que será necesario lograr un apoyo más generalizado para el nuevo hospital, mediante un cambio de sistema.

Hubo otra pausa, pero Lydgate guardó silencio.

—El cambio al que me refiero es una fusión con la enfermería, de forma que el nuevo hospital se considere un anexo especial de la antigua institución, con el mismo consejo de administración. Asimismo, será preciso que se unifique la dirección médica. De esta forma se eliminará cualquier dificultad respecto del mantenimiento del nuevo establecimiento; los intereses benéficos de la ciudad dejarán de estar divididos.

El señor Bulstrode había bajado la vista desde el rostro de Lydgate a los botones de su levita e hizo una nueva pausa.

Sin duda es un buen plan respecto al mantenimiento del hospital —dijo Lydgate con un punto de ironía en su tono de voz—. Pero no creo que se pueda esperar de mí que me sienta entusiasmado con él puesto que uno de los primeros resultados será que los otros médicos trastornarán o interrumpirán mis métodos, aunque sólo sea porque son los míos.

—Personalmente, y como usted sabe, señor Lydgate, yo valoro enormemente la oportunidad de procedimientos nuevos e independientes que usted ha puesto diligentemente en práctica: el plan original, lo confieso, significaba mucho para mí, siempre sometido a la voluntad divina. Pero puesto que la providencia me exige una renuncia, así lo hago.

Bulstrode demostraba una habilidad bastante desesperante en su conversación. La metáfora incompleta y la lógica defectuosa que habían suscitado el desprecio de Lydgate eran muy consistentes con una forma de exponer los hechos que hacían que al médico le resultara difícil manifestar su indignación y desilusión. Tras una rápida reflexión, se limitó a preguntar:

—¿Qué dijo la señora Casaubon?

—Esa es la otra cosa que quería decirle —dijo Bulstrode que había preparado muy a fondo su explicación pastoral—. Como usted sabe, es una mujer de disposición sumamente generosa, y, afortunadamente en posesión… no diré de una gran fortuna, pero sí de fondos muy sobrados. Me ha informado que pese a que había destinado la mayor parte de esos fondos a otro menester, está dispuesta a considerar si no podría reemplazarme a mí respecto del hospital. Pero desea tiempo suficiente para madurar sus ideas sobre el tema y le he dicho que no hay prisa, que de hecho, mis planes aún no están totalmente decididos.

Lydgate estaba a punto de decir «Si la señora Casaubon le sustituye habría una ganancia y no una pérdida». Pero la losa que pesaba sobre su mente detuvo esa jovial ingenuidad y respondió:

—Entonces, entiendo que puedo tratar el tema con la señora Casaubon.

—Exactamente; ese es su deseo. Dice que su decisión dependerá en gran parte de lo que usted le diga. Pero no por el momento; tengo entendido que se dispone a salir de viaje. Tengo aquí su carta —dijo el señor Bulstrode sacándola y leyendo—: «De momento estoy ocupada. Voy a Yorkshire con Sir James y Lady Chettam y las conclusiones a las que llegue respecto de algunas tierras que he de ver allí pueden afectar mis posibilidades de contribuir al hospital». Por tanto, señor Lydgate, no hay ninguna premura en este asunto, pero quería advertirle de antemano de lo que pudiera suceder.

El señor Bulstrode volvió a guardar la carta en el bolsillo y cambió de actitud, como cerrando el asunto. Lydgate, cuya renacida esperanza respecto al hospital no hacía más que subrayar los hechos que la envenenaban, supo que, si había de buscar ayuda, debía hacerlo en ese momento y con decisión.

—Le quedo muy agradecido por ponerme tan al corriente —dijo con voz firme pero entrecortando las palabras lo que demostraba que le costaba pronunciarlas—. Mi profesión es lo más importante para mí, y había identificado el hospital con el mejor uso que de momento puedo hacer de mis conocimientos. Pero el mejor uso no coincide siempre con el éxito económico. Todo lo que ha hecho impopular al hospital ha contribuido, junto con otras causas —pienso que están todas relacionadas con mi celo profesional— a hacerme impopular como médico. Principalmente tengo pacientes que no pueden pagarme. Serían los que más me gustan si yo no tuviera que pagar a nadie.

—Lydgate esperó un poco pero Bulstrode se limitó a asentir mientras le miraba fijamente, y el médico continuó de la misma forma entrecortada como si mordiera algo a disgusto.

—He incurrido en dificultades económicas de las que no veo la manera de salir, salvo que alguien que confía en mí y en mi futuro me adelantara una cantidad sin otra garantía. Cuando llegué aquí me quedaba muy poca fortuna. No tengo perspectivas de dinero por parte de mi familia. Mis gastos, a consecuencia de mi matrimonio, han sido mucho más grandes de lo que esperaba. El resultado en este momento es que necesitaría mil libras para salir adelante. Me refiero para librarme del riesgo de tener que vender todos mis bienes como garantía de la deuda más importante… además de saldar otras deudas… y guardar un pequeño remanente que nos mantenga un poco por delante de nuestros exiguos ingresos. Es de todo punto imposible que el padre de mi esposa proporcione semejante adelanto. Esa es la razón de que mencione mi situación a… al único otro hombre que puede considerarse que tiene alguna relación personal con mi prosperidad o mi ruina.

A Lydgate le repelió oírse a sí mismo. Pero ya había hablado y lo había hecho de forma inequívocamente directa. El señor Bulstrode respondió sin premura pero también sin vacilar.

—Me apena, si bien no me sorprende esta información, señor Lydgate. Por mi parte, siento su vinculación a la familia de mi cuñado, que siempre ha sido de hábitos pródigos y que ya está muy en deuda conmigo por contribuir a mantenerles en su posición actual. Yo le aconsejaría, señor Lydgate, que en lugar de contraer nuevas obligaciones y continuar una lucha de dudoso resultado, simplemente se declarara en bancarrota.

—Eso no mejoraría mis perspectivas —dijo Lydgate levantándose y hablando con amargura—, aunque en sí fuera algo más agradable.

—Nos ponen a prueba constantemente —dijo el señor Bulstrode—, pero ése, señor mío, es nuestro sino aquí, y un correctivo necesario. Le recomiendo que sopese mi consejo.

—Muchas gracias —dijo Lydgate, sin saber muy bien lo que decía—. Le he entretenido demasiado. Buenos días.

CAPÍTULO SEIS

El cambio de planes y desplazamiento de interés que Bulstrode manifestó o delató en su conversación con Lydgate, le venía fijado por una cruda experiencia que había vivido desde la subasta de los bienes del señor Larcher, cuando Raffles reconoció a Will Ladislaw y cuando el banquero había intentado en vano un acto de restitución que impulsara a la divina providencia a detener consecuencias dolorosas.

Su certeza de que Raffles, salvo que estuviera muerto, regresaría a Middlemarch a no mucho tardar, se había visto justificada. Había reaparecido en The Shrubs el día de Nochebuena. Bulstrode estaba en casa para recibirle e impedir que se comunicara con el resto de la familia, pero no logró evitar que las circunstancias de la visita le comprometieran y alarmaran a su esposa. Raffles se mostró más indómito que en su anterior aparición pues su estado crónico de inestabilidad mental —efecto progresivo de su intemperancia habitual— borraba con presteza toda impresión que le producía cuanto se le dijera. Insistió en quedarse en la casa y Bulstrode, sopesando dos tipos de males, pensó que no sería ésta peor alternativa que la de que se marchara a la ciudad. Le mantuvo en su propia habitación toda la velada hasta que Raffles se fue a acostar, y todo el tiempo éste se estuvo divirtiendo con las molestias que le estaba ocasionando a este próspero y respetable compañero de pecados, diversión que dijo ser alegría por la satisfacción de su amigo al poder agasajar a quien le había sido de gran utilidad y no había sido debidamente recompensado. Bajo estas burdas bromas yacían unos cálculos muy astutos —una fría decisión de extraerle a Bulstrode una buena cantidad como pago por librarse de aquella nueva aplicación de la tortura. Pero su astucia se pasó un poco de la raya.

Bulstrode, de hecho, estaba aún más afligido de lo que la tosca alma de Raffles le permitía imaginarse. Le había dicho a su esposa que simplemente estaba cuidando de aquella desgraciada criatura, la víctima del vicio, que de otro modo podía incluso perjudicarse; insinuó, sin llegar a la mentira, que había un lazo familiar que le obligaba a ello, y que existían en Raffles síntomas de alineación mental que exigían cautela. El mismo se llevaría al desgraciado por la mañana. Consideraba que con estas insinuaciones proporcionaba a su esposa una adecuada información para sus hijas y el servicio, al tiempo que explicaba el que nadie salvo él entrara en la habitación, ni siquiera para llevarle algo de comer y beber. Pero vivió un infierno de terror por si le oían a Raffles las referencias directas y vociferantes a hechos pasados, por si la señora Bulstrode se sintiera tentada de escuchar detrás de la puerta. ¿Cómo impedírselo? ¿Cómo iba a delatar su terror abriendo la puerta para ver si estaba? Era una mujer de costumbres honradas y directas y era poco probable que empleara un método tan abyecto para llegar a una dolorosa información; pero el miedo era más fuerte que el cálculo de probabilidades.

Así, Raffles había abusado en su método de tortura, produciendo un resultado que no estaba en su plan. Al mostrarse imposiblemente indómito había obligado a Bulstrode a pensar que el único recurso que le quedaba era un abierto desafío. Tras acompañar a Raffles a la cama aquella noche, el banquero ordenó preparar el carruaje cerrado para las siete y media de la mañana. A las seis llevaba ya tiempo vestido, habiendo gastado parte de su angustia en rezar, exponiendo sus motivos para querer evitar lo peor si es que en algún momento había empleado la falsedad o faltado a la verdad ante Dios. Pues Bulstrode huía de la mentira directa con una intensidad desproporcionada al número de sus transgresiones indirectas. Pero muchas de éstas eran como los sutiles movimientos musculares que no se registran en la conciencia, si bien producen el fin que hemos decidido y deseamos. Y sólo es aquello que registramos vivamente lo que suponemos puede ser visto por la divina omnisciencia.

Bulstrode llevó su vela hasta la cabecera de Raffles, que parecía estar teniendo una pesadilla. Permaneció en silencio, confiando en que la presencia de la luz sirviera para despertar gradual y suavemente al que dormía, pues temía algún ruido como consecuencia de un despertar demasiado brusco. Llevaba un par de minutos o más observando los estremecimientos y los jadeos que parecía probable acabaran por despertarle cuando Raffles, con un gemido largo y medio ahogado se incorporó y miró aterrorizado a su alrededor, temblando y faltándole la respiración. Pero no hizo ningún otro ruido y Bulstrode, dejando la vela, esperó a que se repusiera.

Había pasado un cuarto de hora cuando Bulstrode, con una fría brusquedad que no había mostrado anteriormente dijo:

—He venido a llamarle tan pronto, señor Raffles, porque he ordenado que estuviera listo el carruaje a las siete y media; tengo la intención de acompañarle personalmente hasta Ilsely, donde podrá coger el tren o esperar la diligencia.

Raffles estaba a punto de hablar pero Bulstrode se le anticipó imperiosamente con las palabras:

—Guarde silencio y escuche lo que le voy a decir. Le proporcionaré dinero ahora y, de cuando en cuando, si me lo pide por carta, le daré una cantidad razonable; pero si vuelve a presentarse aquí, si viene otra vez a Middlemarch, si usa la lengua de forma injuriosa para mí, tendrá que vivir de los frutos que le proporcione su malicia, sin ninguna ayuda por mi parte. Nadie le va a pagar bien por criticarme: sé lo peor que puede hacer en contra de mí y me enfrentaré a ello si se atreve a imponérseme aquí de nuevo. Levántese y haga lo que le digo, sin ruido alguno, o llamaré a la policía para que le saquen de mi casa: podrá hacer circular sus historias por todas las tabernas de la ciudad pero no tendrá ni un céntimo mío para pagarse los gastos.

Pocas veces en su vida había hablado Bulstrode con tanta energía: había estado pensando este discurso y sus probables efectos durante una buena parte de la noche; y pese a que no confiaba en que le salvara a la postre de que Raffles regresara, había llegado a la conclusión de que era la mejor jugada de la que disponía. Dio resultado al obtener una sumisión de parte de un hombre exhausto aquella mañana: su organismo saturado se arredró ante la fría decisión de Bulstrode y se le sacó de la casa en silencio antes de la hora del desayuno familiar. Los criados se imaginaron que era un pariente pobre, y no les sorprendió que un hombre severo como su señor, que llevaba muy alta la cabeza en el mundo, se avergonzara de semejante primo y quisiera deshacerse de él. Las diez millas que recorrió el banquero con su odiado compañero fueron un triste comienzo del día de Navidad; pero a su término Raffles había recuperado el ánimo y se marchó con la satisfacción que le produjeron las cien libras que el banquero le había dado. Varios motivos indujeron a Bulstrode a esta generosidad, pero no se detuvo a examinarlos minuciosamente. Mientras observara a Raffles en su inquieto dormir, se le había cruzado por la mente el deterioro de este hombre desde que recibiera su último regalo de doscientas libras.

Se había encargado de repetir el incisivo propósito de no dejarse tomar más el pelo, y había intentado hacerle ver a Raffles que le había demostrado que los riesgos de comprar su silencio o desafiarle eran iguales. Pero, cuando libre de su repulsiva presencia, Bulstrode regresó a su tranquilo hogar, no tenía mucha confianza en haber logrado más que un respiro. Era como si hubiera tenido una repugnante pesadilla y no pudiera sacudirse de encima las imágenes con su odiosa hermandad de sensaciones… como si un reptil peligroso hubiera dejado su baboso rastro en todas las cosas agradables que rodeaban su vida.

¿Quién sabe qué parte de su vida interior está compuesta de los pensamientos que cree que otros tienen sobre él hasta que ese tejido de opinión se ve amenazado con la ruina? El hecho de que su mujer evitara cuidadosamente aludir a ello no hacía sino confirmar su idea de que la mente de la señora Bulstrode albergaba un depósito de presentimientos inquietantes. Había estado acostumbrado a degustar a diario el sabor de la supremacía y el tributo del más absoluto respeto; y la certeza de que le observaban o le calibraban con la oculta sospecha de que tenía algún secreto vergonzoso le hacía temblar la voz al hablar de edificación. Para personas de temperamento angustiado como el de Bulstrode, prever resultaba a menudo peor que ver, y su imaginación acrecentaba constantemente la angustia de una inminente deshonra. Inminente, sí; pues si su desafío a Raffles no conseguía mantenerle alejado, y aunque rezaba por ello apenas confiaba en este resultado, la deshonra era segura. En vano se decía que si ello acontecía, sería una manifestación divina, un castigo, una preparación; retrocedía de la quema imaginaria, y concluía que sería mejor para la gloria de Dios que escapara a la deshonra. Ese terror le había inducido finalmente a hacer preparativos para marcharse de Middlemarch. Si tenía que decirse la malvada verdad sobre él, al menos se encontraría a una distancia donde le llegara menos el desprecio de sus antiguos vecinos; y en un escenario nuevo, en el que su vida no habría adquirido aún la misma amplia sensibilidad, su atormentador, caso de perseguirle, sería menos formidable. Sabía que para su esposa sería muy doloroso abandonar Middlemarch para siempre, y por otras razones, Bulstrode también hubiera preferido quedarse donde había echado raíces. Por ello en un principio hizo los preparativos de forma condicional, deseando dejar abiertas todas las puertas para un regreso tras una breve ausencia, si una intervención favorable de la providencia disipara sus temores. Preparó la transferencia de la dirección del banco, así como su renuncia al control activo de otros asuntos comerciales en la zona argumentando su precaria salud, pero sin excluir una futura reanudación del trabajo. La medida le ocasionaría algún gasto más y cierta disminución de ingresos además de lo que ya había perdido por la crisis general del comercio, y el hospital se presentaba como un gasto principal que podía recortar con toda justificación:

Esta era la razón que le había decidido a hablar con Lydgate. Pero en ese momento sus preparativos estaban en su mayoría en una fase en la que podía revocarlos caso de resultar innecesarios. Posponía continuamente los últimos pasos, en medio de sus temores, como muchos hombres en peligro de naufragar o de verse lanzados fuera del carruaje por caballos desbocados, tenía la persistente impresión de que algo sucedería para evitar lo peor, y que estropear su vida por una mudanza tardía podría ser precipitado…, sobre todo porque era difícil razonarle satisfactoriamente a su esposa el proyecto de un exilio indefinido del único lugar donde ella quisiera vivir.

Entre los asuntos de los que Bulstrode tenía que encargarse estaba la administración de la granja de Stone Court en caso de ausentarse; y sobre éste, así como todos los demás asuntos relacionados con las casas y tierras que poseía en Middlemarch o en los alrededores, había consultado con Caleb Garth. Como todos cuantos tenían asuntos de esa índole, quería contar con el administrador que se preocupaba más por los intereses de su cliente que por los propios. Respecto a Stone Court, puesto que Bulstrode quería mantener el ganado y llegar a un acuerdo mediante el cual él mismo, caso de desearlo, pudiera retomar su distracción favorita de supervisión, Caleb le había aconsejado no confiar en un simple capataz, sino que arrendara la tierra, el ganado, y los utensilios por años, asignándose una parte proporcional de los beneficios.

—¿Puedo confiar en que usted me encontrará un arrendatario en estas condiciones, señor Garth? —dijo Bulstrode—. ¿Y querrá indicarme la cantidad anual que le compensaría adecuadamente por administrar estos asuntos de los que hemos hablado?

—Lo pensaré —dijo Caleb con su llaneza habitual—. Veré cómo puedo resolverlo.

De no ser porque debía tener en cuenta el futuro de Fred, al señor Garth probablemente no le hubiera complacido asumir más trabajo, pues su mujer siempre temía que le resultara excesivo a medida que se iba haciendo mayor. Pero al separarse de Bulstrode tras esa conversación, se le ocurrió una idea muy atractiva respecto al arriendo de Stone Court. ¿Qué pasaría si Bulstrode accediera a colocar allí a Fred Vincy con la condición de que él, Caleb Garth, se responsabilizara del funcionamiento? Sería un excelente entrenamiento para Fred, podría sacar unos ingresos modestos y aún le quedaría tiempo para seguir aprendiendo, ayudando en otros negocios. Le mencionó esta idea a la señora Garth con un placer tan evidente que ella no se atrevió a aguar su alegría expresando su temor constante de que asumía demasiada labor.

—El chico estaría más contento que la mar —dijo, recostándose en la butaca con aspecto radiante—, si pudiera decirle que todo está arreglado. ¡Imagínate, Susan! Llevaba años pensando en ese sitio antes de que muriera el viejo Featherstone. Y estaría bien que finalmente le resultara posible vivir en la finca trabajando a fondo en ella… tras haberse dedicado a los negocios. Pues es probable que Bulstrode le dejara seguir allí, y comprar gradualmente el ganado. Sé que todavía no ha decidido si instalarse en otro lugar o no. Nunca me ha satisfecho tanto una idea en mi vida. Y entonces, con el tiempo, los chicos podrían casarse, Susan.

—No le dirás nada a Fred de todo esto hasta que estés seguro de que Bulstrode aceptará el plan, ¿no? —dijo la señora Garth en tono de suave cautela—. En cuanto a la boda, Caleb, nosotros los viejos no tenemos por qué precipitarla.

—Pues no sé —dijo Caleb, moviendo la cabeza—. El matrimonio es algo que taima mucho. Fred necesitaría menos mi bocado y mi brida. De todos modos no diré nada hasta saber el terreno que piso. Hablaré de nuevo con Bulstrode.

Aprovechó la primera oportunidad que tuvo de hacerlo. Bulstrode no sentía gran afecto por su sobrino Fred Vincy pero tenía mucho interés por asegurarse los servicios del señor Garth en varios y diseminados asuntos en los que saldría perdiendo bastante si se ponían en manos de un administrador menos consciente. Por ello no puso pegas a la propuesta del señor Garth, aunque otro motivo contribuyó a que no lamentara dar su consentimiento a algo que beneficiara a la familia Vincy. Era que la señora Bulstrode, teniendo conocimiento de las deudas de Lydgate, se había interesado por saber si su marido no podía hacer algo por la pobre Rosamond, intranquilizándose mucho al decirle éste que los asuntos de Lydgate no tenían fácil solución y que lo más prudente era dejar que «siguieran su curso». Pero la señora Bulstrode había dicho entonces por primera vez.

—Creo que te muestras siempre un poco duro con mi familia, Nicholas. Y estoy segura de no tener razones para renegar de ninguno de mis familiares. Quizá sean demasiado mundanos pero nadie tuvo que decir jamás que no fueran respetables.

—Mi querida Harriet —dijo el señor Bulstrode, acusando la mirada de su esposa cuyos ojos se llenaban de lágrimas—, le he proporcionado a tu hermano grandes cantidades. No cabe esperar de mí que me haga cargo de sus hijos casados.

Aquello parecía cierto y la recriminación de la señora Bulstrode se tornó en lamentos por la pobre Rosamond, de cuya extravagante educación siempre había predicho los frutos.

Pero recordando ese diálogo, el señor Bulstrode pensó que cuando hubiera de hablar con su mujer detalladamente sobre sus planes para abandonar Middlemarch, se alegraría de poder decir que había dispuesto algo que podría ser beneficioso para su sobrino Fred. Por el momento sólo le había dicho que pensaba cerrar The Shrubs durante unos meses y coger una casa en la costa sur.

Por lo tanto, el señor Garth obtuvo la confirmación que deseaba, a saber, que en caso de que el señor Bulstrode se ausentara de Middlemarch por un tiempo indefinido, a Fred Vincy se le arrendaría Stone Court en los términos acordados.

Caleb estaba tan entusiasmado con este «buen giro» de las cosas que de no ser porque su dominio se vio reforzado por una afectuosa regañina de su mujer, se lo hubiera contado todo a Mary, con el deseo de «darle algún consuelo a la chica». No obstante, se reprimió y mantuvo a Fred en absoluta ignorancia respecto de ciertas visitas que hacía a Stone Court a fin de examinar más a fondo el estado de la tierra y del ganado y hacer una estimación previa. Mostraba más agilidad en estas visitas de lo que le exigirían la celeridad de los acontecimientos, pero le estimulaba la complacencia del padre al ocuparse de esta parcela de felicidad que guardaba como un regalo de cumpleaños bien escondido para Fred y Mary.

—Pero suponte que todo resultara ser un castillo de naipes —dijo la señora Garth.

—Bueno —respondió Caleb—, pues el castillo no se le caerá a nadie en la cabeza.

CAPÍTULO SIETE

El señor Bulstrode seguía sentado en su despacho del banco alrededor de las tres del mismo día en que recibiera allí a Lydgate cuando entró el empleado para decirle que tenía preparado el caballo y que el señor Garth estaba fuera y deseaba verle.

—Por supuesto —dijo Bulstrode, y Caleb entró—. Le ruego que se siente, señor Garth, —continuó el banquero con su voz más suave—. Me alegro de que haya llegado a tiempo de encontrarme aún aquí. Sé que usted valora hasta los minutos.

—Bueno —dijo Caleb afablemente, ladeando un poco la cabeza y dejando el sombrero en el suelo mientras se sentaba. Bajó la vista inclinándose un poco hacia adelante y descansando sus largas manos entre las piernas, mientras movía cada dedo sucesivamente como si compartieran algún pensamiento que llenaba su amplia y tranquila frente.

El señor Bulstrode, como todos cuantos conocían a Caleb, estaba habituado a su parsimonia cuando abordaba cualquier tema que consideraba importante y esperaba que se refiriera a la compra de algunas casas en Blindman's Court, para derribarlas, pues ese sacrificio de propiedades quedaría ampliamente recompensado con la entrada de aire y luz en aquel lugar. Eran las propuestas de este tipo lo que a veces hacía que Caleb resultara molesto para quienes le contrataban; pero normalmente había encontrado a Bulstrode favorable a sus proyectos de mejoras y se llevaban bien. Sin embargo, cuando volvió a hablar fue para decir con voz bastante baja:

—Vengo de Stone Court, señor Bulstrode.

—Espero que no haya encontrado nada raro —dijo el banquero—, yo mismo estuve allí ayer. Abel ha hecho rendir bien a los corderos este año.

—Pues sí —dijo Caleb levantando la vista con expresión seria—, sí hay algo raro… un forastero que está muy enfermo, a mi entender. Necesita un médico y por eso he venido. Se llama Raffles.

Vio el impacto que sus palabras causaban en Bulstrode. El banquero había pensado que sus temores le hacían estar excesivamente pendiente de este tema como para que le cogiera por sorpresa, pero se había equivocado.

—¡Pobrecillo! —dijo en tono compasivo, aunque los labios le temblaban ligeramente—. ¿Sabe cómo ha llegado hasta allí?

—Le llevé yo mismo —dijo Caleb quedamente—, le llevé en mi calesín. Se había bajado de la diligencia e iba por la curva de la barrera de peaje cuando le alcancé. Recordó que me había visto con usted en una ocasión en Stone Court, y me pidió que le llevara. Vi que estaba enfermo, y me parecía que era lo correcto, cobijarle bajo un techo. Y ahora creo que no debería perder usted tiempo en buscar quien le atienda —Caleb recogió el sombrero del suelo así que concluía y se levantó lentamente de la silla.

—Por supuesto —dijo Bulstrode, cuya mente se encontraba muy activa—. Tal vez me hiciera usted el favor, señor Garth de avisar al señor Lydgate al pasar… o, ¡espere! …, quizá esté en el hospital. Enviaré a un criado a caballo primero con una nota y yo me dirigiré a Stone Court.

Bulstrode escribió una rápida nota y salió para entregársela él mismo al criado. Cuando volvió, Caleb seguía de pie, con una mano sobre el respaldo de la silla y el sombrero en la otra. El principal pensamiento de Bulstrode era «Tal vez Raffles sólo le habló a Garth de su enfermedad. A Garth le sorprenderá, como la vez anterior, que este desharrapado afirme tener intimidad conmigo, pero seguramente no sabrá nada. Y está en buenas relaciones conmigo… puedo serle útil».

Ansiaba alguna confirmación de esta esperanzadora conjetura, pero el haber preguntado sobre lo que Raffles había hecho o dicho hubiera supuesto una manifestación de su temor.

—Le estoy muy agradecido, señor Garth —dijo con su habitual tono cortés—. El criado estará de vuelta en breve y entonces yo mismo iré a ver qué se puede hacer por esta infeliz criatura. ¿Tenía usted que hablarme de algún otro asunto? Si es así le ruego que tome asiento.

—Gracias —dijo Caleb, indicando con un gesto de la mano que declinaba la invitación—. Debo decirle, señor Bulstrode, que he de pedirle que ponga sus asuntos en otras manos. Le estoy muy agradecido por la generosidad con la que accedió al… arrendamiento de Stone Court y todos los demás asuntos. Pero debo dejarlo.

Una certeza atravesó el alma de Bulstrode como una cuchillada.

—Esto es muy repentino, señor Garth —fue todo lo que pudo decir de momento.

—Lo es —dijo Caleb—. Pero es definitivo. Debo dejarlo. Hablaba con una firmeza muy suave, pero pudo ver que Bulstrode parecía acobardarse ante aquella suavidad, que su rostro se apergaminaba y que desviaba la mirada de los ojos que descansaban sobre él. Caleb sintió por él una enorme lástima, pero no hubiera podido valerse de ningún pretexto para explicar su decisión, aunque hubiera servido de algo.

—Entiendo que se ha visto empujado a esto por algunas calumnias que sobre mí ha proferido ese infeliz —dijo Bulstrode, deseoso ahora de conocer toda la verdad.

—Así es. No puedo negar que obro de acuerdo con lo que le oí decir.

—Es usted un hombre consciente, señor Garth… un hombre, confío, que se siente responsable ante Dios. No querrá perjudicarme estando demasiado dispuesto a dar crédito a la calumnia —dijo Bulstrode intentando dar con algún razonamiento que se adaptara a la mentalidad de Caleb—. Es una razón muy pobre para romper una relación que creo podría ser mutuamente beneficiosa.

—No perjudicaría a nadie si pudiera evitarlo —dijo Caleb—, ni siquiera aunque pensara que Dios haría la vista gorda. Confío en que siempre me apiadaré de mi prójimo. Pero, señor…, me veo obligado a pensar que este Raffles no ha mentido. Y no sería feliz trabajando con usted o beneficiándome gracias a usted. Va en contra de todo lo que pienso. Debo rogarle que busque otro administrador.

—Está bien, señor Garth. Pero al menos tengo derecho a saber lo peor que ha dicho de mí. Debo saber la sórdida oratoria de la que puedo ser víctima —dijo Bulstrode, en quien la ira empezaba a mezclarse con la humillación ante este hombre tranquilo que renunciaba a beneficiarse.

—Es innecesario —dijo Caleb, con un gesto de la mano, inclinando un poco la cabeza y sin desviarse del tono que poseía la piadosa intención de no herir a aquel hombre digno de compasión—. Lo que me ha dicho jamás saldrá de mis labios, salvo que algo que ahora desconozco me obligara a ello. Si llevó usted una vida deshonrosa para lucrarse, y con el engaño privó a otros de sus derechos para enriquecerse aún más, me atrevo a afirmar que se arrepiente… le gustaría retroceder y no puede: eso debe ser muy duro —Caleb hizo una pausa y sacudió la cabeza—, no soy yo quien deba hacerle la vida aún más difícil.

—Pero lo hace… me la hace aún más difícil —dijo Bulstrode con un grito de súplica—. Me la hace más difícil al darme la espalda.

—No me queda otro remedio —dijo Caleb, con aún mayor suavidad y alzando la mano—. Lo lamento. No le juzgo diciendo «él es un malvado y yo un virtuoso». Dios me libre. No lo conozco todo. Un hombre puede hacer el mal y luego salirse de él a fuerza de voluntad, aunque no pueda limpiar su vida. Ese es un duro castigo. Si ese es su caso… lo siento mucho por usted. Pero tengo un sentimiento en mi interior que me impide seguir trabajando con usted. Eso es todo, señor Bulstrode. Todo lo demás está enterrado, por lo que a mí respecta. Buenos días.

—¡Un momento, señor Garth! —dijo Bulstrode precipitadamente—. ¿Puedo confiar entonces en su solemne promesa de que no repetirá a hombre o mujer…, aunque hubiera algo de verdad en ello… lo que de momento es una maligna representación?

Caleb sintió que le nacía la ira y dijo indignado:

—¿Por qué se lo iba a haber dicho si no pensara hacerlo? No le tengo miedo. Semejantes historias no tentarán jamás mi lengua.

—Discúlpeme… estoy nervioso… soy víctima de este hombre irrefrenado.

—¡Espere un momento! Tendrá que pensar si no contribuyó usted a empeorarle cuando se aprovechó de sus vicios.

—Comete conmigo una injusticia al creerle demasiado aprisa —dijo Bulstrode, abrumado, como en una pesadilla, por la incapacidad de negar rotundamente lo que Raffles hubiera podido decir, al tiempo que suponía para él un alivio el que Caleb no le exigiera una clara negativa.

—No —dijo Caleb, levantando la mano como disculpándose—, estoy dispuesto a rectificar mi opinión cuando se demuestre que es equivocada. No le privo de ninguna oportunidad. En cuanto a hablar, lo considero un crimen exponer el pecado de un hombre salvo que tenga claro que debe hacerse para salvar al inocente. Así es como pienso, señor Bulstrode, y lo que digo, no tengo que jurarlo. Muy buenos días.

Unas horas más tarde, cuando ya estaba en casa, Caleb le dijo como de pasada a su esposa que habían surgido unas pequeñas diferencias con Bulstrode y en consecuencia había descartado la idea de hacerse cargo de Stone Court, así como del resto de los asuntos del banquero.

—Quería intervenir demasiado, ¿no? —dijo la señora Garth suponiendo que a su marido le habían tocado su punto sensible y no se le permitió seguir su criterio respecto de materiales y formas de trabajo.

—Bueno… —dijo Caleb agachando la cabeza y moviendo gravemente la mano, y la señora Garth supo que era una indicación de que no pensaba hablar más del tema.

En cuanto a Bulstrode, cogió su caballo casi inmediatamente y partió hacia Stone Court, ansioso de llegar allí antes que Lydgate.

Tenía la mente llena de imágenes y conjeturas, que eran un lenguaje para sus miedos y esperanzas, del mismo modo que los demás oímos tonos en las vibraciones que sacuden todo nuestro sistema. La profunda humillación que le había supuesto el conocimiento de Caleb Garth sobre su pasado, así como el que rechazara su patronazgo, fluctuaba y casi daba paso a la sensación de seguridad ante el hecho de que fuera Garth y no otro hombre a quien se confiara Raffles. Se le antojó una especie de prueba de que la Providencia pretendía rescatarle de peores consecuencias, quedando así abierto el camino a la esperanza del secreto. Que Raffles estuviera enfermo, que le hubieran llevado a Stone Court y no a otro lugar… el corazón de Bulstrode palpitaba ante la visión de las probabilidades que estos sucesos provocaban. Si resultara que se liberaba del peligro de la deshonra… si pudiera respirar con entera libertad… consagraría su vida más que nunca.

Elevó mentalmente esta promesa como para suscitar el resultado deseado… intentó confiar en la fuerza de aquella resolución devota… su fuerza para provocar la muerte. Sabía que debía decir «Hágase tu voluntad», y lo dijo con frecuencia. Pero subsistía el intenso deseo de que la voluntad de Dios fuera que muriera aquel hombre odiado.

Sin embargo, al llegar a Stone Court no pudo contemplar el cambio en Raffles sin que le impactara. De no ser por su palidez y debilidad Bulstrode hubiera calificado el cambio de trastorno mental. En lugar del carácter fanfarrón y mortificador mostraba un vago e intenso terror y parecía querer aplacar la ira de Bulstrode por la desaparición del dinero… le habían robado…, le habían quitado la mitad. Sólo había ido allí porque estaba enfermo y alguien le perseguía… venían tras él: no le había dicho nada a nadie, había mantenido la boca cerrada. Bulstrode, desconociendo el significado de estos síntomas, interpretó esta nueva susceptibilidad nerviosa como un medio para obtener del atemorizado Raffles una confesión verdadera, y le acusó de mentir al afirmar que no había dicho nada, puesto que acababa de contárselo al hombre que le había traído a Stone Court en su calesín. Raffles negó esto con solemnes juramentos, siendo la verdad que tenía rotos los vínculos de la memoria y que su atemorizado y minucioso relato a Caleb Garth había sido fruto de un conjunto de impulsos visionarios que volvieron luego a sumirse en la oscuridad.

A Bulstrode se le volvió a encoger el corazón ante esta señal de que no podía imponerse a la mente de aquel desgraciado y que no podía confiar en ninguna palabra de Raffles respecto a lo que más ansiaba conocer, es decir, si era verdad que había guardado silencio con todo el mundo de los alrededores salvo Caleb Garth. El ama de llaves le había dicho claramente que desde que el señor Garth se marchara, Raffles había pedido cerveza, tras lo cual no había pronunciado palabra, dando la impresión de estar muy enfermo. Por ese lado se podía concluir que no existía ninguna revelación. La señora Abel, como los demás criados de The Shrubs, pensaba que el extraño ser pertenecía a la desagradable «parentela» que forman parte de los problemas de los ricos; en un primer momento atribuyó el parentesco al señor Rigg, y donde había bienes, la insistente presencia de moscones como éste parecía algo natural. Cómo podía ser, al tiempo, «parentela» de Bulstrode no estaba tan claro, pero la señora Abel coincidía con su marido en que «la saber», pensamiento que albergaba para ella un gran alimento mental de forma que con un movimiento de la cabeza despachó ulteriores especulaciones.

Lydgate llegó en menos de una hora. Bulstrode le recibió a la puerta del salón forrado de madera, donde se encontraba Raffles, y dijo:

—Le he llamado, señor Lydgate, para atender a un infeliz que hace muchos años estuvo a mi servicio. Después se marchó a América para regresar posteriormente a una vida de disipación y ocio. Al ser indigente, me siento obligado con él. Estaba lejanamente relacionado con Rigg, el dueño anterior de este lugar, y por ello llegó hasta aquí. Creo que está muy enfermo; parece tener la mente afectada, me siento obligado a hacer todo lo posible por él.

Lydgate, que tenía muy impreso el recuerdo de su última conversación con Bulstrode, no se sentía inclinado a proferir palabras innecesarias y se limitó a hacer un gesto con la cabeza como respuesta; pero en el momento de entrar a la habitación se volvió de forma espontánea y preguntó:

—¿Cómo se llama? —el conocer los nombres formaba tanta parte del bienhacer del médico como del político.

—Raffles, John Raffles —dijo Bulstrode, que esperaba que, fuere lo que fuese de Raffles, Lydgate no llegaría a saber más de él.

Cuando hubo examinado a fondo al paciente y considerado el caso, Lydgate ordenó que se le metiera en la cama y se le mantuviera allí en el mayor silencio posible, y a continuación pasó con Bulstrode a otra habitación.

—Veo que es un caso serio —dijo el banquero antes de que Lydgate comenzara a hablar.

—No…, y sí —dijo Lydgate algo dudoso—. Es difícil pronunciarse respecto a los posibles efectos de complicaciones que vienen de hace muchos años; pero es un hombre de constitución muy fuerte. Yo diría que este ataque no va a ser fatal, aunque su organismo está en una situación delicada, claro. Se le debe vigilar y atender bien.

—Me quedaré yo mismo —dijo Bulstrode—. La señora Abel y su marido no tienen experiencia. No me cuesta nada quedarme aquí esta noche si usted me hace el favor de llevarle una nota a la señora Bulstrode.

—No creo que sea necesario —dijo Lydgate—. Parece lo bastante dócil y asustado, aunque podría volverse menos manejable. Pero hay un hombre en la casa, ¿no?

—En más de una ocasión me he quedado aquí alguna noche para estar solo —dijo Bulstrode como con indiferencia—. Estoy dispuesto a hacerlo hoy. La señora Abel y su esposo me podrán ayudar si fuera preciso.

—Muy bien. En ese caso solamente le tengo que dar las indicaciones a usted —dijo Lydgate, sin que le sorprendieran las pequeñas manías de Bulstrode.

—Entonces, ¿cree usted que hay esperanzas? —dijo Bulstrode, cuando Lydgate terminó de dar las instrucciones.

—Sí, salvo que resultara que había otras complicaciones que de momento no he detectado —dijo Lydgate—. Puede pasar a una fase peor, pero no me sorprendería que mejorara en unos días si se sigue el tratamiento que he prescrito. Tiene que haber mucho rigor. Recuerde que no debe darle alcohol, aunque lo pida. Es mi opinión que a muchas personas en su estado les mata antes el remedio que la enfermedad. De todos modos, pueden surgir nuevos síntomas. Volveré mañana por la mañana.

Lydgate se marchó tras esperar la nota que debía entregar a la señora Bulstrode sin hacer, en principio, ninguna conjetura sobre la historia de Raffles, sino repasando la controversia recientemente renovada por la publicación de la abundante experiencia del doctor Ware en América respecto del método adecuado para tratar casos de envenenamiento por alcohol como el que tenía entre manos. A Lydgate ya le interesaba este tema desde su estancia en el extranjero y estaba muy en contra de la práctica extendida de permitir el alcohol y de administrar grandes dosis de opio, y había actuado con frecuencia y con éxito según su convicción.

—Está muy mal este hombre —pensó—, pero aún le quedan muchos arrestos. Debe ser un beneficiario de la caridad de Bulstrode. Es curiosa la dureza y la ternura que compone la forma de ser de las personas. Bulstrode parece el ser más incomprensivo del mundo con ciertas personas y sin embargo se ha tomado muchísimas molestias y gastado un montón de dinero en actos de caridad. Supongo que tendrá algún baremo mediante el cual descubre por quién se interesan los cielos… y ha decidido que no soy uno de ellos. Esta vena de amargura procedía de una fuente caudalosa y se fue ensanchando en la corriente de sus pensamientos a medida que se acercaba a Lowick Gate. No había vuelto desde su cita con Bulstrode por la mañana, pues el criado del banquero le encontró en el hospital y por primera vez regresaba a casa sin nada en la recámara que le permitiera mantener una esperanza de conseguir el suficiente dinero como para salvarle de la inminente desaparición de cuanto hacía tolerable su vida de casado… todo cuanto les salvaba a él y a Rosamond de ese árido aislamiento en el que se verían obligados a reconocer cuán poco consuelo eran el uno para el otro. Era más llevadero prescindir de recibir ternura que ver que la suya no podía compensarle a su mujer la falta de otras cosas. Los golpes a su orgullo procedentes de humillaciones pasadas y venideras eran muy intensos, pero apenas los diferenciaba del dolor más agudo aún que los dominaba: el dolor de prever que Rosamond llegaría a considerarle principalmente como la causa de su desencanto o infelicidad. Nunca le habían gustado las provisionalidades de la pobreza y jamás con anterioridad habían formado parte de sus perspectivas, pero empezaba ahora a imaginarse cómo dos criaturas que se amaban y poseían un arsenal de pensamientos en común, podrían reírse del mobiliario andrajoso y de los cálculos sobre si podían comprar mantequilla y huevos. Pero esa visión poética de la pobreza le parecía tan lejana como la despreocupación de la edad de oro; en la mente de la pobre Rosamond no había suficiente lugar para que el lujo le pareciera poco importante. Se bajó del caballo con tristeza y entró en la casa, sin esperar más alegría que la que le proporcionara la cena y pensando que antes de que terminara la velada sería conveniente contarle a Rosamond su petición y fracaso ante Bulstrode. Más valía no perder tiempo en prepararla para lo peor.

Pero la cena hubo de esperarle largo rato hasta que pudo tomársela. Al entrar descubrió que el agente de Dover ya había puesto un hombre en la casa y cuando preguntó por la señora Lydgate le dijeron que estaba en su habitación. Subió y la encontró tumbada en la cama, pálida y silenciosa, sin que ni un solo gesto respondiera a las palabras o miradas de su marido. Se sentó junto a la cama e inclinándose sobre ella dijo casi con un grito de súplica:

—¡Perdóname, mi pobre Rosamond, por este horror! Por lo menos, sigámonos queriéndonos.

Ella le miró en silencio, el rostro lleno de desesperación, pero las lágrimas empezaron a inundar sus ojos azules y los labios le temblaron. Aquel hombre fuerte había tenido que soportar demasiado aquel día. Apoyó la cabeza junto a la de su esposa y sollozó.

Lydgate no la impidió marcharse a casa de su padre temprano a la mañana siguiente… le parecía que ya no debía oponerse a sus inclinaciones. Volvió al cabo de media hora diciendo que papá y mamá deseaban que se quedara con ellos mientras las cosas siguieran en este calamitoso estado. Papá había dicho que no podía hacer nada respecto de la deuda… si pagaba ésta, llegarían media docena más. Sería mejor que volviera con sus padres hasta que Lydgate le hubiera encontrado una casa cómoda.

—¿Tienes alguna objeción, Tertius?

—Haz lo que quieras —dijo Lydgate—. Pero las cosas no harán crisis inmediatamente. No hay prisa.

—No me iré hasta mañana —dijo Rosamond—. Tengo que hacer el equipaje.

—Yo esperaría un poco más… nunca se sabe lo que puede ocurrir —dijo Lydgate con amargura—. Puede que me rompa el cuello y eso te facilitaría las cosas.

Era una desgracia para Lydgate, así como para Rosamond, que su ternura por ella, que era tanto un impulso emocional como una bien meditada decisión, se viera inevitablemente interrumpida por estos prontos de indignación sarcástica o recriminatoria. Ella los consideraba totalmente gratuitos y el rechazo que esta acusada severidad le suscitaba tenía el peligro de convertir en inaceptable la ternura más perseverante de su esposo.

—Veo que no deseas que me vaya —dijo con gélida docilidad—. ¿Por qué no lo dices sin esa agresividad? Me quedaré hasta que me digas lo contrario.

Lydgate no dijo más y salió a hacer la ronda de sus pacientes. Se sentía golpeado y hundido y había una oscura línea bajo sus ojos que Rosamond no había visto antes. No podía mirarle. Con esa forma que tenía Tertius de tomarse las cosas, no hacía sino ponérselo más difícil a ella.

CAPÍTULO OCHO

Lo primero que hizo Bulstrode cuando Lydgate se hubo marchado de Stone Court fue examinar los bolsillos de Raffles, que imaginaba contendrían de seguro señales en forma de factura de hotel de los lugares en los que se había detenido, caso de que hubiera mentido al decir que venía directamente desde Liverpool porque estaba enfermo y no tenía dinero. Encontró varias facturas en la cartera, pero ninguna con fecha posterior a las Navidades, salvo una datada aquella mañana. Esta estaba arrugada junto con un anuncio de feria de caballos en un bolsillo de la levita y reflejaba el coste de la estancia de tres días en una posada de Bilkley, donde se celebraba la feria, una ciudad por lo menos a cuarenta millas de Middlemarch. La factura era elevada y puesto que Raffles no llevaba equipaje, parecía probable que hubiera dejado el baúl como pago a fin de ahorrar dinero para el viaje pues el monedero estaba vacío y sólo tenía unas monedas sueltas en los bolsillos.

A Bulstrode le invadió una sensación de tranquilidad ante aquellas muestras de que Raffles efectivamente se había mantenido alejado de Middlemarch desde su memorable visita durante las Navidades. Lejos, y entre personas desconocidas para Bulstrode, ¿qué satisfacción podría obtener la vena crucificante y presuntuosa de Raffles al contar viejos escándalos de un banquero de Middlemarch? ¿Y qué daño le iba a ocasionar aunque hablara? Lo principal ahora era vigilarle mientras existiera el peligro de aquel delirar inteligible, aquel inexplicable impulso por hablar que parecía haberse puesto en marcha con Caleb Garth, y Bulstrode estaba muy inquieto no fuera a surgir un impulso semejante ante Lydgate. Se quedó en vela con él toda la noche, ordenándole al ama de llaves que se acostara vestida a fin de estar preparada cuando la llamara, aduciendo su propia incapacidad para conciliar el sueño, y su afán por llevar a cabo las instrucciones del médico. Y así lo hizo aunque Raffles pedía coñac incesantemente y declaraba que se hundía…, que la tierra se hundía debajo de sus pies. Estuvo inquieto e insomne pero seguía temeroso y manejable. Al ofrecérsele los alimentos que Lydgate dispusiera, que rechazó, y negársele otras cosas que pidió, pareció concentrar todo su terror en Bulstrode, suplicándole que depusiera su ira, su venganza matándole de hambre, y jurando que no le había dicho a ningún mortal ni una palabra en su contra. Bulstrode pensó que no hubiera querido que Lydgate oyera ni siquiera esto, pero una señal más alarmante de la alternancia irregular en su delirio fue que, al amanecer, Raffles pareció repentinamente imaginarse que había allí un médico, al cual se dirigía diciendo que Bulstrode quería matarle de inanición por venganza cuando él no había revelado nada.

A Bulstrode le sirvieron bien su sentido de la autoridad y su fuerza de voluntad. Este hombre de aspecto delicado, de trastornos nerviosos, encontró el estímulo preciso en aquellas agotadoras circunstancias y durante esa noche y mañana difíciles, al tiempo que ofrecía el aspecto de un cadáver animado a quien le había sido devuelto el movimiento pero sin calor vital, manteniendo el dominio por pura y gélida impasibilidad, su mente trabajaba intensamente pensando contra qué debía protegerse y qué le proporcionaría seguridad. Al margen de las oraciones que pudiera elevar, de las manifestaciones internas que se hiciera respecto de la condición espiritual de aquel desgraciado y de la obligación que él mismo tenía de someterse al castigo divino asignado y no desearle el mal al prójimo… traspasando todo este esfuerzo por condensar las palabras en un sólido estado mental, se imponían y extendían con irresistible realidad las imágenes de los sucesos que él deseaba. Y a la zaga de esas imágenes venía la disculpa. Bulstrode no podía sino desear la muerte de Raffles y ver en ella su propia liberación. ¿Qué importaba la muerte de este desdichado? Era impenitente… pero ¿acaso no eran impenitentes los delincuentes públicos? …, sin embargo la ley decidía su destino. Si la Providencia concediera la muerte en este caso, no existía pecado en contemplarla como un desenlace deseable…, si él no la apresuraba…, si hacía escrupulosamente lo que estaba mandado. Incluso aquí podría haber un error; las prescripciones humanas eran cosas falibles: Lydgate había dicho que en ocasiones un tratamiento había acelerado la muerte… por qué no iba a hacerlo su propio método. Pero claro, en cuestiones del bien y del mal, la intención lo era todo.

Y Bulstrode se dispuso a mantener separadas sus intenciones de sus deseos. Interiormente declaró que tenía la intención de obedecer las órdenes. ¿Por qué se le habría ocurrido preguntarse sobre la validez de estas órdenes? Era tan sólo una vulgar treta del deseo, que se aprovecha de cualquier escepticismo irrelevante, encontrando mayor amplitud en la incertidumbre de los efectos, en la oscuridad que parece una ausencia de la ley. No obstante, obedeció las órdenes.

Su angustia revertía constantemente a Lydgate, y el recuerdo de lo que ocurriera entre ellos la mañana anterior iba acompañado de sentimientos que no se habían visto suscitados durante la escena real. En aquel momento le importaron muy poco los dolidos comentarios de Lydgate respecto al sugerido cambio en el hospital o la actitud que pudiera provocar hacia él lo que el banquero entendía como una negativa justificada a una petición un tanto desorbitada. Consciente de que probablemente se había granjeado la enemistad de Lydgate, revivió ahora la escena con el deseo de conciliarse con él o, más bien, crear en el médico un fuerte sentimiento de obligación personal. Lamentó no haber hecho al momento un sacrificio económico incluso poco razonable. Pues en el caso de que se produjeran desagradables sospechas o si los delirios de Raffles proporcionaban alguna información, Bulstrode hubiera sentido que tenía el apoyo de Lydgate al haberle hecho un favor tan enorme. Pero las lamentaciones llegaban tal vez demasiado tarde.

Extraño y penoso conflicto el del alma de este hombre infeliz que durante años había deseado ser mejor de lo que era…, que había disciplinado sus egoístas pasiones vistiéndolas de severos ropajes, de modo que había caminado envuelto en ellas como si fueran un coro devoto, hasta que ahora el terror surgía entre ellas y las impedía cantar, extrayendo a vez gritos vulgares por salvarse.

Era casi mediodía cuando Lydgate llegó: era su intención haber ido antes pero dijo que le habían entretenido, y Bulstrode observó su aspecto abatido. Pero inmediatamente se dedicó al paciente y preguntó con detalle por cuanto había transcurrido. Raffles estaba peor, apenas ingería alimento alguno, pasaba casi todo el tiempo despierto y deliraba incesantemente, pero seguía sin mostrarse violento. Contrariamente a los temores de Bulstrode apenas hizo caso de la presencia de Lydgate, y continuó hablando o murmurando incoherentemente.

—¿Qué le parece? —preguntó Bulstrode en privado.

—Ha empeorado.

—¿Tiene menos esperanzas?

—No, sigo pensando que puede recuperarse. ¿Se va a quedar usted aquí? —dijo Lydgate mirando a Bulstrode con abrupta interrogación que intranquilizó al banquero, aunque en realidad no obedecía a ninguna clase de sospecha.

—Creo que sí —dijo Bulstrode controlándose y hablando con decisión—. La señora Bulstrode está al tanto de las razones que me retienen aquí. La señora Abel y su marido tienen poca experiencia como para dejarles solos y este tipo de responsabilidades no cae dentro de los servicios que deben prestarme. Supongo que tendrá nuevas instrucciones para mí.

La principal instrucción nueva de Lydgate era suministrar dosis de opio extremadamente moderadas caso de que el insomnio se prolongara durante muchas horas. Había tomado la precaución de traerse el opio y le dio a Bulstrode indicaciones minuciosas respecto a las dosis y el momento en el que debían cesar. Insistió en el riesgo de no pararlas a tiempo y repitió su orden de no darle alcohol al paciente.

—Por lo que veo —concluyó—, lo único que temería en este caso sería la narcotización. Puede salir adelante incluso sin tomar mucho alimento. Tiene todavía mucha fuerza.

—Usted también parece enfermo, señor Lydgate…, algo muy insólito, incluso sin precedentes en usted yo diría —observó Bulstrode mostrando una solicitud tan distinta de su desinterés del día anterior como diferente de su habitual angustia egolátrica era su actual despreocupación por el cansancio—. Me temo que esté apurado.

—Lo estoy —dijo Lydgate con brusquedad, el sombrero en la mano y dispuesto a marcharse.

—Algo nuevo, me temo —dijo inquisitivamente Bulstrode—. Siéntese, por favor.

—No, gracias —dijo Lydgate con altivez—. Ayer mencioné mi situación. No tengo nada que añadir salvo que desde entonces se ha llevado a cabo el embargo de mi casa. Una frase corta puede encerrar muchos problemas. Le deseo muy buenos días.

—Espere, señor Lydgate, espere —dijo Bulstrode—. He estado reconsiderando el tema. Ayer me cogió por sorpresa y lo enfoqué superficialmente. La señora Bulstrode está inquieta por su sobrina y yo mismo lamentaría un cambio calamitoso en su situación. Son muchas las peticiones que se me hacen, pero reconsiderando, pienso que es justo que incurra en algún pequeño sacrificio antes que dejarle a usted desasistido. Creo que dijo que mil libras le bastarían para librarle absolutamente de todas las cargas permitiéndole recuperarse ¿no?

—Sí —dijo Lydgate, imponiéndose a todo otro sentimiento una inmensa alegría interior—, eso saldaría todas mis deudas y me dejaría un remanente. Podría entonces ver la forma de economizar en nuestra manera de vivir. Y con el tiempo quizá la consulta se remonte.

—Si espera usted un momento, señor Lydgate, le firmaré un cheque por esa cantidad. Soy consciente de que la ayuda, para ser efectiva en estos casos, debe ser total.

Mientras Bulstrode escribía, Lydgate se volvió hacia la ventana pensando en su hogar… en la vida bien comenzada que se salvaba de la frustración, sus buenos propósitos aún enteros.

—Puede darme un recibo a mano por esto, señor Lydgate —dijo el banquero acercándosele con el cheque—. Y espero que con el tiempo esté en condiciones de írmelo devolviendo. Entretanto, me complace mucho pensar que estará usted libre de nuevas dificultades.

—Le estoy muy agradecido —dijo Lydgate—. Me ha devuelto la perspectiva de trabajar con alegría y la posibilidad de hacer el bien.

Le pareció un gesto natural en Bulstrode que hubiera reconsiderado su negativa, pues se correspondía con el lado más munífico de su carácter. Pero al poner al trote su jamelgo para llegar a casa cuanto antes y contarle la buena noticia a Rosamond y cobrar el cheque para pagar al agente de Dover, cruzó por su mente con una desagradable impresión como una negra bandada de mal augurio, el pensamiento del contraste que habían obrado en él unos meses… de que estuviera encantado de estar bajo una fuerte obligación personal… de estar encantado de obtener dinero de Bulstrode. El banquero sintió que había hecho algo para neutralizar una causa de desazón, pero no estaba mucho más tranquilo. No midió la cantidad de motivos envenenados que le habían hecho desear la buena voluntad de Lydgate, pero allí estaban, activamente presentes, como un agente irritante en la sangre. Un hombre jura, pero no desecha los medios para romper su juramento. ¿Acaso tiene clara intención de romperlo? En absoluto; pero los deseos que tienden a quebrantarlo obran opacamente en él, encontrando el camino hasta su imaginación, y relajan sus músculos justo en los momentos en los que se repite por enésima vez los motivos para haber jurado. Raffles recuperándose con rapidez, volviendo al uso libre de sus odiosos poderes… ¿cómo podía Bulstrode desear eso? Raffles muerto era la imagen que le producía una liberación y rezaba indirectamente por ese modo de escapar, suplicando que, de ser posible, los días que le quedaban aquí en la tierra estuvieran ausentes de la amenaza de una ignominia que le destrozaría completamente como instrumento al servicio de Dios. La opinión de

Lydgate no estaba del lado de que estas preces fueran atendidas y a medida que avanzaba el día, Bulstrode se iba sintiendo más irritado ante la persistencia de la vida de este hombre a quien hubiera deseado ver hundiéndose en el silencio de la muerte: la imperiosa voluntad despertó impulsos asesinos contra aquella vida bruta, sobre la que la voluntad, por sí sola, no tenía dominio. Se dijo interiormente que estaba demasiado cansado de modo que no se quedaría aquella noche con el enfermo sino que le dejaría con la señora Abel, quien, de ser necesario, avisaría a su marido.

A las seis, Raffles, tras escasos ratos de un sueño perturbado, de los cuales despertaba con renovada inquietud y constantes gritos de que se hundía, Bulstrode comenzó a administrarle el opio, siguiendo las indicaciones de Lydgate. Al cabo de media hora o más llamó a la señora Abel y le dijo que se sentía incapaz de seguir atendiendo al enfermo. Debía dejarle a su cuidado y procedió a repetirle las indicaciones de Lydgate respecto a la cantidad de las dosis. La señora Abel no había tenido conocimiento de las recetas de Lydgate, se había limitado a preparar y traer lo que Bulstrode pedía, haciendo lo que éste indicaba. Preguntó ahora qué más debía hacer aparte de administrar el opio.

—Nada por el momento, salvo ofrecerle sopa o agua de soda. Consúlteme si precisa nuevas instrucciones. Si no hay un cambio importante no vendré a la habitación durante el resto de la noche. Si lo necesita, llame a su marido. Debo irme a la cama.

—Buena falta le hace dormir, señor, ya lo creo —dijo la señora Abel— y tomarse algo más nutritivo de lo que ha comido hasta ahora.

Bulstrode se marchó no sin cierta inquietud respecto de lo que Raffles pudiera decir en su delirio, que había adquirido una incoherencia murmurante poco propicia a la credibilidad. En cualquier caso debía arriesgarse. Bajó primero al salón de madera, y empezó a considerar el mandar ensillar el caballo y regresar a casa a la luz de la luna, desentendiéndose de los asuntos terrenales. A continuación deseó haberle pedido a Lydgate que se pasara de nuevo esa noche. Tal vez diera una opinión diferente y pensara que Raffles entraba en una fase menos alentadora del optimismo. ¿Debía mandar llamar a Lydgate? Si de verdad Raffles estaba empeorando lentamente y se iba muriendo, Bulstrode pensaba que podía acostarse y dormirse dando gracias a la Providencia. Pero ¿estaba realmente peor? Lydgate podría venir y decir que simplemente evolucionaba como era de esperar y que poco a poco se quedaría dormido profundamente y mejoraría. ¿De qué servía mandarle llamar? A Bulstrode le horrorizaba pensar en aquel resultado. No había idea u opinión que le impidiera ver la probabilidad de que una vez se recuperara, Raffles continuaría siendo el mismo de antes, con un renovado vigor para mortificar, obligándole a llevarse a rastras a su mujer para que pasara el resto de su vida alejada de sus parientes y de su lugar natal y portando en su corazón una alienante sospecha contra él.

Llevaba hora y media de angustiado pensar ante el resplandor del fuego de la chimenea cuando un repentino pensamiento le hizo levantarse y encender la vela que había bajado consigo. El pensamiento era que no le había dicho a la señora Abel cuándo debían cesar las dosis de opio.

Cogió la vela pero se quedó inmóvil un largo rato. Tal vez le hubiera ya dado más de lo prescrito por Lydgate. Pero en el estado de cansancio actual era excusable que se hubiera olvidado una parte de las indicaciones. Subió las escaleras con la vela en la mano sin saber si debía ir directamente a su habitación y acostarse o entrar en la del enfermo y rectificar la omisión. Se detuvo en el pasillo, el rostro vuelto hacia el cuarto de Raffles y le oyó gemir y murmurar. Luego, no dormía. ¿Cómo saber si no sería mejor desobedecer las instrucciones de Lydgate puesto que Raffles aún no había conciliado el sueño?

Se dirigió a su habitación. Antes de que hubiera acabado de desvestirse, la señora Abel llamó a la puerta; la abrió unos centímetros para oírla hablar en voz baja.

—Perdone, señor, pero ¿no debería darme un poco de coñac o algo para ese pobre hombre? Siente que se va y no quiere tomar nada más… y de poco le serviría aunque lo hiciera…, sólo el opio. Y dice y repite que se va hundiendo.

Ante su sorpresa el señor Bulstrode no respondió. Libraba una pugna consigo mismo.

—Creo que se morirá por falta de sustento si sigue así. Cuando cuidé del pobre señor Robinson, tenía que darle oporto y coñac constantemente, y un buen vaso cada vez —añadió la señora Abel con un toque de admonición en la voz.

De nuevo el señor Bulstrode guardó silencio y ella continuó:

—No es momento de ahorrar cuando la persona está a las puertas de la muerte, y estoy segura de que usted no lo querría así, señor. De lo contrario le daría nuestra propia botella de ron que tenemos guardada. Pero habiéndole velado usted tanto y con todo lo que ha hecho por él…

Llegado este punto una llave asomó por la abertura de la puerta y el señor Bulstrode dijo con voz ronca:

—Esta es la llave del armario; allí encontrará suficiente coñac.

Muy temprano por la mañana…, alrededor de las seis…, el señor Bulstrode se levantó y pasó un tiempo rezando. ¿Hay alguien que suponga que las oraciones son necesariamente cándidas…, que van necesariamente a la raíz de las acciones? Las oraciones son palabras inaudibles, y las palabras son representativas: ¿quién se puede representar tal y como es, incluso en sus propias reflexiones? Bulstrode todavía no había desentrañado mentalmente las confusas inclinaciones de las últimas veinticuatro horas.

Escuchó en el pasillo y oyó una respiración estertorosa y difícil. Salió a pasear al jardín y observó la escarcha sobre la hierba y las tiernas hojas primaverales. Cuando regresó a la casa le sorprendió ver a la señora Abel.

—¿Cómo está su paciente? Dormido, ¿no? —dijo intentando dotar su voz de cierta animación.

—Está profundamente dormido señor —dijo la señora Abel—. Se fue durmiendo poco a poco entre las tres y las cuatro. ¿Haría el favor de ir a verle? No me ha parecido peligroso dejarle solo. Mi marido se ha ido al campo y la niña está en la cocina.

Bulstrode subió. A primera vista supo que Raffles no dormía el sueño de la reparación sino aquel que se hunde más y más en el abismo de la muerte.

Echó una ojeada a la habitación y vio una botella que aún contenía algo de alcohol y la ampolla de opio casi vacía. Escondió la ampolla y se llevó la botella de coñac que volvió a guardar en el armario.

Mientras desayunaba reflexionó si debía ir a Middlemarch de inmediato o esperar a que llegara Lydgate. Decidió esperar y le dijo a la señora Abel que prosiguiera con sus quehaceres… él velaría junto a la cama del enfermo.

Mientras velaba y contemplaba cómo el enemigo de su paz se hundía irrevocablemente en el silencio, se sintió más tranquilo que nunca durante los últimos meses. Tenía calmada la conciencia bajo el ala envolvente del secreto, que en ese momento parecía un ángel enviado a consolarle. Sacó su agenda para revisar varias notas respecto de los arreglos que había planeado y en parte llevado a cabo ante la perspectiva de marcharse de Middlemarch, y consideró en qué medida seguiría adelante con ellos o los revocaría, ahora que su ausencia sería breve. Quizá su temporal retirada de la dirección de algunos negocios resultaran una adecuada ocasión para llevar a cabo algunas economías que seguía considerando deseables, y confiaba en que la señora Casaubon continuara asumiendo gran parte de los gastos del hospital. Así fueron pasando los minutos, hasta que un cambio en el respirar estertoroso fue lo suficientemente marcado como para atraer su atención hacia la cama, obligándole a pensar en la vida que desaparecería y que en tiempos estuvo subordinada a la suya… que en tiempos fuera lo bastante rastrera como para actuar según él ordenara. Fue la alegría pasada lo que ahora le empujó a sentirse contento por que aquella vida acabara.

¿Y quién podría decir que la muerte de Raffles se había visto precipitada? ¿Quién sabía lo que le hubiera salvado? Lydgate llegó a las diez y media, a tiempo de contemplar el último aliento. Cuando entró en la habitación Bulstrode observó una repentina expresión en el rostro del médico que indicaba no tanto sorpresa cuanto el reconocimiento de no haber juzgado acertadamente. Permaneció un rato en silencio junto a la cama, su mirada fija sobre el moribundo, pero con esa aplacada actividad en el gesto que indicaba que estaba librando un debate interno.

—¿Cuándo se inició este cambio? —dijo, mirando a Bulstrode.

—No le velé anoche —dijo Bulstrode—. Estaba demasiado cansado y le dejé al cuidado de la señora Abel. Dijo que cayó dormido entre las tres y las cuatro. Cuando yo entré antes de las ocho estaba casi como ahora.

Lydgate no hizo más preguntas; observó en silencio hasta que dijo:

—Todo ha terminado.

Esa mañana Lydgate se encontraba en un estado de recuperada esperanza y libertad. Había emprendido su trabajo con su antigua animación, y se sentía con fuerzas para soportar todas las deficiencias de su vida matrimonial. Y era consciente de que Bulstrode había sido su benefactor. Pero este caso le inquietaba. No esperaba que terminara así. Y sin embargo no sabía cómo preguntarle a Bulstrode sin que pareciera que le ofendía. ¿Y si le preguntara al ama de llaves? Al fin y al cabo, el enfermo estaba muerto. No parecía ser de gran utilidad el insinuar que le había matado la imprudencia o la ignorancia de alguien. Y, al fin y al cabo, bien podía él estar equivocado.

Lydgate y Bulstrode regresaron juntos a Middlemarch, hablando de muchas cosas… principalmente el cólera y las probabilidades que tenía de aprobarse la ley de reforma en la Cámara de los Lores, así como de la firme decisión de las uniones políticas. No dijeron nada sobre Raffles, salvo que Bulstrode mencionó la necesidad de procurarle una tumba en el cementerio de Lowick, puesto que, por lo que se le alcanzaba, el pobre no tenía parientes a excepción de Rigg, el cual, había dicho, le era hostil.

Al regresar a casa Lydgate recibió la visita del señor Farebrother. El vicario no había estado en la ciudad el día antes pero la noticia de que había un embargo sobre la casa de Lydgate había llegado a Lowick por la tarde, siendo su portador el señor Spicer, zapatero y sacristán, quien a su vez la sabía por su hermano, el respetable campanero de Lowick Gate. Desde la noche en la que Lydgate bajara de los billares con Fred Vincy, el señor Farebrother había pensado en él con pesimismo. El jugar en el Dragón Verde una vez o incluso más podría ser una insignificancia en otro hombre, pero en Lydgate constituía una de las varias muestras de que se estaba convirtiendo en una persona distinta. Empezaba a hacer cosas por las que anteriormente había sentido un desprecio casi excesivo. Fuera lo que fuera lo que tuvieran que ver en este cambio ciertas insatisfacciones matrimoniales, que algunos tontos chismorreos le habían insinuado, el señor Farebrother creía que estaba relacionado principalmente con las deudas que cada vez más abiertamente se decía que tenía, y empezó a temer que fuera ilusoria cualquier idea respecto de que a Lydgate le respaldara ningún recurso o ningún pariente. El rechazo que encontró en su primer intento de granjearse la confianza de Lydgate le predisponía poco hacia un segundo acercamiento; pero esta noticia de que el embargo era un hecho le decidió a vencer ese recelo.

Lydgate acababa de despedir a un paciente indigente por el que se interesaba mucho y se adelantó con la mano extendida y una animación que sorprendió al señor Farebrother. ¿Sería ésta otra altiva negativa a su ayuda y comprensión? Daba igual: le ofrecería tanto una como otra.

—¿Cómo está Lydgate? He venido porque me dijeron algo que me inquietó sobre usted —dijo el vicario, en el tono de un buen hermano pero sin el mínimo toque de reproche. Ambos se hallaban ya sentados y Lydgate dijo inmediatamente:

—Creo que sé a lo que se refiere. Oyó decir que había un embargo sobre la casa, ¿no?

—Sí. ¿Es cierto?

—Lo era —dijo Lydgate con aire de liberación, como si no le importara hablar del tema ahora—. Pero ha pasado el peligro; la deuda está saldada. He superado mis dificultades: estaré libre de deudas y capaz, espero, de poder empezar de nuevo con mejores planes.

—Cuánto me alegra oír eso —dijo el vicario, echándose hacia atrás en la silla y hablando con la grave rapidez que a menudo sigue a la desaparición de una carga—. Me gusta más eso que todas las noticias que pueda traer el Times. Confieso que venía muy apesadumbrado.

—Le agradezco mucho que lo haya hecho —dijo Lydgate, con cordialidad—. Puedo disfrutar más de la amabilidad puesto que estoy más feliz. La verdad es que he estado muy abatido. Me temo que seguirán doliéndome los cardenales una buena temporada —añadió, sonriendo con cierta tristeza—, pero por el momento sólo noto el alivio de no estar con el agua al cuello.

El señor Farebrother guardó silencio un momento y dijo a continuación con seriedad:

—Mi querido amigo, permítame hacerle una pregunta. Discúlpeme si me tomo esa libertad.

—No creo que me vaya a preguntar nada que pueda ofenderme.

—Entonces…, lo necesito para quedarme del todo tranquilo…, ¿no habrá…, incurrido…, para pagar sus deudas…, en otra que le atormentará posteriormente?

—No —dijo Lydgate, ruborizándose levemente—. No hay razón para que no se lo diga…, puesto que es la verdad…, que es Bulstrode la persona con la que estoy en deuda. Me ha hecho un adelanto muy generoso…, mil libras…, y no le urge que se lo devuelva.

—Sí, es verdaderamente generoso —dijo el señor Farebrother, forzándose a elogiar al hombre que le disgustaba. Su delicadeza rehuyó incluso el pensamiento de que siempre le había advertido a Lydgate que evitara cualquier vinculación personal con Bulstrode, y añadió inmediatamente—: Y Bulstrode debe interesarse lógicamente por su bienestar después de que usted ha trabajado con él de un modo que probablemente haya menguado sus ingresos en lugar de incrementarlos. Me alegra pensar que ha actuado en consecuencia.

Lydgate se sintió incómodo ante estas amables inferencias. Acentuaban más la intranquilidad que había empezado a asomar débilmente tan sólo unas horas antes de que los motivos para la repentina generosidad de Bulstrode, tan a la zaga de la indiferencia más fría, pudieran ser fruto del mero egoísmo. Dejó pasar las amables suposiciones. No podía contar la historia del préstamo, pero la tenía más presente que en ningún otro momento, así como el dato que el vicario había ignorado con gran delicadeza; que esta relación de deuda personal con Bulstrode era lo que en otros tiempos había estado más decidido a evitar.

Y en lugar de responder empezó a hablar de su economía futura y de cómo consideraba ahora su vida desde un punto de vista distinto.

—Montaré un consultorio —dijo—. Creo que hice un esfuerzo equivocado en ese sentido. Y si a Rosamond no le importa cogeré un aprendiz. No me gustan estas cosas pero si las llevas a cabo noblemente no tienen por qué ser degradantes. Me he visto muy mortificado al empezar y eso hará que los pequeños coscorrones me parezcan cosa de nada.

¡Pobre Lydgate! El «Si a Rosamond no le importa» que había dicho involuntariamente como parte de su pensamiento, era una muestra significativa del yugo que soportaba. Pero el señor Farebrother, cuyas esperanzas entraban briosas en la misma corriente que las de Lydgate, y desconocía de él algo que pudiera suscitar un presentimiento melancólico, le dejó con una calurosa felicitación.

CAPÍTULO NUEVE

Cinco días tras la muerte de Raffles el señor Bambridge se encontraba de pie ocioso bajo el amplio arco que daba al patio del Dragón Verde. No le gustaba la contemplación en solitario, pero acababa de salir de la casa y cualquier persona que se colocara inactiva bajo la arcada a primera hora de la tarde atraería compañía con la misma certeza que una paloma que ha encontrado algo que merezca la pena picotear. En este caso no había nada material que llevarse a la boca pero el ojo de la razón atisbó la probabilidad de sustento mental en la forma de chismorreos. El señor Hopkins, el manso mercero de enfrente fue el primero en responder a esta visión interna, codiciando más la charla masculina dado que sus clientes eran principalmente mujeres. El señor Bambridge fue bastante cortante con el mercero, dando por sentado que era Hopkins el que quería hablar con él pero sin tener, por su parte, la intención de malgastar mucha conversación con el tendero. Sin embargo pronto se formó un pequeño grupo de oyentes más importantes, compuesto bien por transeúntes, bien por gente que se había acercado al lugar expresamente para ver si ocurría algo en el Dragón Verde; y el señor Bambridge iba encontrando rentable contar cosas impresionantes acerca de los hermosos sementales que había estado viendo y las compras que había hecho durante un viaje al norte del cual acababa de regresar. A los caballeros presentes se les aseguró que cuando pudieran mostrarle algo que mejorara una yegua de pura sangre, baya, de menos de cuatro años, que se encontraba en Doncaster si querían ir a verla, el señor Bambridge les gratificaría sirviendo de blanco para los tiros «desde aquí hasta Hereford». Asimismo, una pareja de caballos negros que iba a empezar a domar le recordaban vivamente un par que había vendido a Faulkner en el año diecinueve por cien guineas y que Faulkner vendió por ciento sesenta dos meses después… a cualquier agente que pudiera desmentir esta afirmación se le ofrecía el privilegio de llamar al señor Bambridge por un nombre muy feo hasta que el ejercicio le secara la garganta.

Cuando la conversación hubo alcanzado este animado punto llegó el señor Frank Hawley. No era hombre que comprometiera su dignidad remoloneando por el Dragón Verde pero al pasar casualmente por High Street y al ver a Bambridge al otro lado cruzó la calle de unas zancadas para preguntarle al tratante de caballos si había encontrado el caballo de primera que le había encargado para la calesa. Se le pidió al señor Hawley que esperara hasta haber visto un tordo elegido en Bilkley; si eso no era justamente lo que buscaba es que Bambridge no distinguía un caballo cuando lo tenía ante las narices, lo que parecía algo absolutamente inconcebible. El señor Hawley, de espaldas a la calle, estaba fijando la hora para ir a ver el tordo y probarlo, cuando pasó lentamente un jinete.

—¡Bulstrode! —dijeron al tiempo dos o tres voces, una de ellas, la del mercero, respetuosamente anteponiendo el «señor», pero sin que ninguno le diera más importancia al nombre que si hubieran dicho «¡la diligencia de Riverston!» al aparecer ésta en la lejanía. El señor Hawley echó una mirada distraída a la espalda de Bulstrode pero Bambridge, que seguía a la figura con la vista, hizo una mueca sarcástica.

—¡Hombre!, esto me recuerda… —empezó, bajando un poco la voz —. Me encontré con algo más en Bilkley aparte de su caballo, señor Hawley. Me encontré con una estupenda historia sobre Bulstrode. ¿Saben cómo hizo su fortuna? Le doy la información gratis a cualquier caballero que quiera una noticia curiosa. Si la gente recibiera su merecido, Bulstrode podría haber tenido que elevar sus oraciones desde un penal.

—¿Qué quiere decir? —dijo el señor Hawley, hundiendo las manos en los bolsillos y adelantándose un poco bajo la arcada. Si Bulstrode resultara ser un bandido, Frank Hawley tenía alma de profeta.

—Me lo contó uno que había sido el antiguo compinche de Bulstrode. Les diré dónde le encontré por primera vez —dijo Bambridge con un repentino gesto del dedo índice—. Estaba en la subasta de Larcher, pero no sabía nada de él entonces… se me escurrió de entre los dedos… iba buscando a Bulstrode, sin duda. Me ha dicho que puede exprimirle a Bulstrode cualquier cantidad, que conoce todos sus secretos. Se despachó a gusto conmigo en Bilkley: bebe bien. Que me cuelguen si era su intención hacer de testigo de cargo, pero es de esos tipos fanfarrones que se van animando hasta que fanfarronearía de que un espavarán da dinero. Un hombre debiera saber cuándo callarse —el señor Bambridge hizo este comentario con un gesto de repugnancia, satisfecho de que sus propias fanfarronadas demostraran un buen sentido de lo vendible.

—¿Cómo se llama ese hombre? ¿Dónde se le puede encontrar? —dijo el señor Hawley.

—Eso de que dónde se le puede encontrar… yo le dejé dándole a la bebida en el Saracen's Head. Pero se llama Raffles.

—¡Raffles! —exclamó el señor Hopkins—. Ayer vestí su funeral. Le enterraron en Lowick. El señor Bulstrode acompañó al féretro. Un funeral muy digno.

Una fuerte conmoción recorrió a los presentes. El señor Bambridge profirió en exclamaciones de entre las que «fuego del infierno» era la más suave y el señor Hawley, frunciendo el ceño y empujando el cuello hacia adelante preguntó:

—¿Qué…? ¿Dónde ha muerto este hombre?

—En Stone Court —dijo el mercero—. El ama de llaves dijo que era un pariente del dueño. Llegó allí el viernes enfermo.

—¡Pues el miércoles estaba yo tomando con él una copa! —intercaló Bambridge.

—¿Le atendió algún médico? —preguntó Hawley.

—Sí. El señor Lydgate. El señor Bulstrode le veló una noche. Murió el tercer día por la mañana.

—Siga, Bambridge —insistió el señor Hawley—. ¿Qué dijo de Bulstrode este tipo?

El grupo se había ido agrandando, siendo la presencia del secretario del ayuntamiento la garantía de que se estaba diciendo algo que merecía la pena escuchar, y el señor Bambridge hizo entrega a siete personas de su narración. Consistía principalmente en lo que conocemos, incluyendo lo relativo a Will Ladislaw, con el aderezo de ciertas circunstancias y colorido local; justo lo que Bulstrode había temido que se supiera y esperaba haber enterrado para siempre junto al cadáver de Raffles… ese fantasma amenazador de su vida pasada del que, al pasar ante la arcada del Dragón Verde, confiaba en que la Providencia le hubiera librado. Sí, la Providencia. Aún no se había confesado a sí mismo que hubiera participado de alguna forma en la consecución de este fin; había aceptado lo que parecía ofrecérsele. Era imposible probar que había hecho nada para acelerar la muerte de aquel hombre.

Pero este cotilleo sobre Bulstrode se extendió por Middlemarch como el olor a quemado. El señor Frank Hawley prosiguió la información enviando a un pasante de su confianza a Stone Court con el pretexto de preguntar por el heno, pero en realidad para averiguar por la señora Abel cuanto pudiera acerca de Raffles y su enfermedad. Así supo que el señor

Garth había llevado al hombre a Stone Court en su calesín; a continuación el señor Hawley buscó una oportunidad para ver a Caleb y fue a su oficina para preguntarle si tendría tiempo para hacerse cargo de un arbitraje caso de necesitarse, y preguntándole como por casualidad por Raffles. A Caleb no se le escapó ninguna palabra injuriosa respecto de Bulstrode pero hubo de admitir que había dejado de llevarle los negocios esa última semana. El señor Hawley sacó sus conclusiones, y, convencido de que Raffles le había contado su historia a Garth y que Garth había dejado los asuntos de Bulstrode como consecuencia, se lo dijo así horas más tarde al señor Toller. Esta narración fue pasando hasta perder totalmente el matiz de deducción, interpretándose como información directamente procedente de Garth, de forma que incluso un historiador diligente hubiera podido llegar a la conclusión de que Caleb era el editor principal de las maldades de Bulstrode.

El señor Hawley no tardó en percatarse de que no había soporte legal ni en las revelaciones de Raffles ni en las circunstancias de su muerte. El mismo se llegó hasta el pueblo de Lowick para examinar el registro y hablar del asunto con el señor Farebrother, que no se sorprendió más que el abogado de que un feo secreto relacionado con Bulstrode hubiera salido a la luz, si bien siempre había tenido el suficiente sentido de la justicia como para impedir que su antipatía se convirtiera en conclusiones. Pero mientras hablaba, otra combinación se abría paso silenciosamente en la mente del señor Farebrother, que anticipaba lo que pronto correría por Middlemarch en voz alta como el inevitable «dos más dos». Junto a las razones que hacían que Bulstrode temiera a Raffles surgió como un relámpago la idea de que ese miedo tuviera algo que ver con la generosidad mostrada hacia el médico, y aunque se resistía a la posibilidad de que hubiera aceptado la ayuda conscientemente como un soborno, tenía el presentimiento de que esta complicación de las cosas podría afectar malignamente la reputación de Lydgate. Se dio cuenta de que por el momento el señor Hawley desconocía su repentina liberación de las deudas y él mismo se cuidó mucho de apartarse de toda aproximación al tema.

—Bueno —dijo, aspirando profundamente y con ganas de poner fin a una interminable conversación sobre lo que podría haber sido aunque no se podía probar nada legalmente—, es una historia extraña. ¿De modo que nuestro mercúreo Ladislaw tiene una genealogía exótica? Una joven damisela con personalidad y un patriota polaco músico conforman unas raíces que le pegan, pero jamás hubiera deducido el injerto de prestamista judío. Pero nunca se pueden saber de antemano los resultados de una mezcla. Hay porquerías que sirven para clarificar.

—Es justo lo que hubiera imaginado —dijo el señor Hawley montándose en su caballo—. Cualquier maldita sangre extranjera, judía, corsa o gitana.

—Sé que es uno de sus garbanzos negros, Hawley. Pero la verdad es que Ladislaw es un tipo desinteresado y poco preocupado por las cosas mundanales —dijo el señor Farebrother sonriendo.

—Ya, ya, esas son sus revueltas liberales —dijo el señor Hawley, que con frecuencia había dicho como disculpándose que Farebrother era un tipo tan agradable y bondadoso que podía confundírsele con un conservador.

El señor Hawley se marchó a casa sin considerar la asistencia que Lydgate prestara a Raffles más que como una prueba a favor de Bulstrode. Pero la noticia de que Lydgate había podido repentinamente no sólo librarse del embargo sino pagar todas sus deudas en Middlemarch se extendía con rapidez abultándose con conjeturas y comentarios que le dieron mayor cuerpo e ímpetu, y no tardó en llegar a oídos de otros además del señor Hawley, que pronto vieron una significativa relación entre esta repentina disponibilidad de dinero y el deseo de Bulstrode por acallar el escándalo en torno a Raffles. Que el dinero procedía de Bulstrode se hubiera adivinado infaliblemente aún en el caso de no existir pruebas directas de ello, pues ya con anterioridad el cotilleo acerca de los asuntos de Lydgate afirmaba que ni su suegro ni su propia familia harían nada por él, y las pruebas directas las proporcionaron no sólo un empleado del banco sino la propia inocencia de la señora Bulstrode, que hizo mención del préstamo a la señora Plymdale, quien se lo mencionó a su nuera, hija de los Toller, que se lo dijo a todo el mundo. El asunto se consideró de índole tan pública e importante que precisó de cenas para nutrirlo, y fueron muchas las invitaciones que se cursaron y aceptaron con motivo del escándalo sobre Bulstrode y Lydgate; esposas, viudas y solteras, armadas de sus labores, salieron a tomar el té con mayor asiduidad, y la convivencia pública, desde la que se reunía en el Dragón Verde hasta la que frecuentaba Dollop's, adquirió una animación que no pudo suscitar la incógnita de si la Cámara de los Lores rechazaría la ley de reforma electoral.

Pues casi nadie dudaba de que algún motivo de escándalo subyacía en la generosidad de Bulstrode hacia Lydgate. Para empezar, el señor Hawley invitó a un grupo selecto, incluidos los dos doctores, junto con el señor Toller y el señor Wrench, a fin de mantener un minucioso debate respecto de la enfermedad de Raffles, informándoles de todos los detalles proporcionados por la señora Abel en relación con la certificación de Lydgate de que la muerte se debía a delirium tremens; y los médicos, que seguían impertérritos las antiguas sendas en cuanto a esta enfermedad, declararon que no veían nada en todo ello susceptible de transformarse en motivos reales de sospecha. Pero pervivían los motivos morales; las poderosas razones que Bulstrode claramente tenía para desear la desaparición de Raffles, y el hecho de haberle dado a Lydgate en este momento crítico la ayuda que hacía tiempo sabía que necesitaba; la disposición a creer que Bulstrode podía ser poco escrupuloso, y la ausencia de inclinación para pensar que Lydgate no se dejaría sobornar tan fácilmente como otros hombres altivos al verse faltos de dinero. Incluso en el caso de que el dinero le hubiera sido dado tan sólo para que guardara silencio sobre el escándalo en la vida pasada de Bulstrode, ello sumía a Lydgate, quien llevaba tiempo siendo despreciado por ponerse al servicio del banquero con el fin de lograr una situación de preponderancia, así como por desacreditar a sus compañeros de profesión de más edad, en una luz repugnante. Por tanto, pese a la ausencia de señales directas de culpabilidad, el grupo selecto del señor Hawley concluyó respecto de la muerte en Stone Court con la sensación de que el asunto tenía un aspecto feo.

Pero esta vaga convicción de una culpabilidad imprecisa, que bastaba para ocasionar mucho movimiento de cabeza y comentario sarcástico incluso entre los profesionales de más peso, tenía para el público la fuerza del misterio sobre la realidad. Todos preferían especular sobre cómo podía ser el asunto a conocerlo, pues la especulación pronto tuvo más confianza en sí misma que el conocimiento, y era mucho más flexible ante las incompatibilidades. Incluso el escándalo más concreto respecto del pasado de Bulstrode se fundió en algunas mentes con la masa del misterio convertido en burbujeante metal que verter en los diálogos adoptando las formas fantásticas que pluguiera al cielo.

Este era el tono principal ratificado por la señora Dollop, la briosa propietaria de La jarra en Slaughter Lane, que a menudo había de oponerse al superficial pragmatismo de clientes inclinados a pensar que sus noticias procedentes del mundo exterior tenían el mismo peso que lo que «se le había ocurrido» a ella. Cómo «se le había ocurrido» era algo que la señora Dollop ignoraba, pero allí estaba, tan claro como si lo hubiera escrito con tiza sobre la chimenea, «como diría Bulstrode, sus entrañas eran tan negras que si los pelos de su cabeza conocieran sus pensamientos, se los arrancaría de raíz».

—Qué gracioso —dijo el señor Limp, un zapatero meditativo de vista débil y voz aflautada—. Leí en el Trumpet que eso fue lo que dijo el duque de Wellington cuando cambió de chaqueta y se pasó a los romanos.

—Es probable —dijo la señora Dollop—, si un bribón lo dijo, mayor razón para que lo repita otro. Pero menudo hipócrita, dándose esos aires como si no hubiera en todo el país un rector lo bastante bueno para él… y ya ve… tuvo que acudir a Pedro Botero, que le ha ganado por la mano.

—Claro, claro; y ése es un cómplice que no puedes echar del país —dijo el señor Crabbe, el vidriero, que recababa muchas noticias y se movía a tientas entre ellas—. Por lo que he podido sacar, hay quien dice que Bulstrode quería largarse antes, por miedo a que lo descubrieran.

—Ya le echarán de aquí, lo quiera o no —dijo el señor Dill, el barbero, que acababa de entrar—. Afeité a Fletcher, el pasante de Hawley, tiene un dedo malo, y dice que todos están de acuerdo en deshacerse de Bulstrode. El señor Thesiger está en contra suya y quiere echarlo de la parroquia. Y hay señores en la ciudad que dicen que antes que con él cenarían con un preso. «Y lo mismo digo» —dice Fletcher—, «porque ¿qué hay peor para el estómago que un hombre que se alía mal con su religión y dice que los Diez Mandamientos no le bastan, mientras él es peor que la mitad de los hombres de la cárcel?». Eso dijo Fletcher.

—Pero será malo para la ciudad si sale de ella el dinero de Bulstrode —dijo el señor Limp, con voz temblorosa.

—Gente mejor se gasta peor el dinero —dijo un tintorero de voz firme cuyas manos rojizas desentonaban con su rostro bondadoso.

—Pero por lo que tengo entendido, no se va a quedar con el dinero —dijo el vidriero—. ¿No dicen que hay quien se lo puede quitar? Por lo que se me alcanza, podrían quitarle hasta el último céntimo si van por la ley.

—¡Nada de eso! —dijo el barbero que se consideraba superior a sus contertulios de Dollop's pero sin embargo disfrutaba yendo a la taberna—. Fletcher dice que no es así. Dice que pueden probar una y mil veces de quién era hijo este joven Ladislaw, y sería lo mismo que si probaran que yo nací de las hadas… no podría tocar un céntimo.

—¡Pero bueno! —dijo la señora Dollop con indignación—. Le agradezco al Señor que se llevara consigo a mis hijos si eso es cuanto la ley puede hacer por los huérfanos.

Por esa regla, no sirve de nada quiénes son tu padre y tu madre. Pero en cuanto a escuchar a un abogado sin preguntarle a otro… me sorprende usted, señor Dill, un hombre tan listo. Es bien sabido que siempre hay dos lados, si no más; de lo contrario, ¿quién iba a ir a los tribunales, digo yo? Pues vaya gracia, si con tanta ley como hay no sirviera de nada probar de quién eres hijo. Fletcher podrá decir lo que quiera pero yo digo «¡Esa no me la trago!».

El señor Dill fingió reírse aduladoramente con las palabras de la señora Dollop, como una mujer más que capaz de vérselas con los abogados, dispuesto como estaba a someterse a las chanzas de una tabernera que le fiaba a largo plazo.

—Si llegan a los tribunales y es verdad todo lo que cuentan, habrá cosas más importantes que el dinero —dijo el vidriero—. Está esta pobre criatura que ha muerto: por lo que he podido saber, había visto épocas en las que era mucho más caballero que Bulstrode.

—¡Mucho más! ¡Estoy convencida! —dijo la señora Dollop—. Y mucho más persona, por lo que tengo oído. Como le dije al señor Baldwin, el recaudador de impuestos, cuando vino y se quedó de pie ahí donde está usted sentado y dijo «Bulstrode obtuvo todo el dinero que trajo a esta ciudad robando y estafando», y yo le dije «No me cuenta nada nuevo, señor Baldwin; se me han puesto los pelos de punta cada vez que le miro desde el día que llegó aquí queriendo comprar la casa donde vivo; la gente no tiene aspecto de masa cruda y te miran como si quisieran verte el espinazo en balde». Eso fue lo que le dije, y el señor Baldwin es testigo.

—¡Y con toda la razón! —dijo el señor Crabbe—. Pues por lo que sé, este Raffles, como le llaman, era el hombre más vigoroso y saludable que se puedan imaginar, y muy ameno…, aunque ahora esté muerto y enterrado en Lowick; y por lo que se me alcanza, los hay que saben más de lo que debieran de cómo llegó allí.

—¡Me lo creo! —dijo la señora Dollop, con cierto toque de desprecio ante la aparente cortedad del señor Crabbe—. Cuando a un hombre le camelan para que vaya a una casa solitaria y hay quien pudiendo pagar los hospitales y enfermeras de medio condado se queda velándole día y noche, y sólo deja que se acerque un médico del que se sabe no respeta nada y más pobre que las ratas, y a renglón seguido le llueve tanto dinero que puede pagar al señor Byles el carnicero una cuenta de más de un año por los mejores filetes…, no necesito que venga nadie a decirme que han ocurrido cosas que no incluye el libro de oraciones… ni tengo que quedarme parada guiñando el ojo y parpadeando y pensando.

La señora Dollop echó una mirada a su alrededor con el aire de una tabernera acostumbrada a influir en sus clientes. Los más valientes profirieron en un coro de adhesión, pero el señor Limp, tras beberse un trago, juntó las manos y las apretó con fuerza entre las rodillas, observándolas con una mirada borrosa, como si la abrasadora fuerza de las palabras de la señora Dollop le hubieran secado y anulado la mente en tanto no la reavivara con más líquido.

—¿Por qué no desentierran a ese hombre y traen al forense? —dijo el tintorero—. Si hay algo sucio tal vez lo descubran.

—¡Ya, ya, señor Jonás! —dijo la señora Dollop recalcando las palabras —. Sé lo que son los médicos. Demasiado hábiles para que les descubran. Y este doctor Lydgate que quería trocear a todo el mundo antes de que dieran el último aliento… está muy claro lo que pretendía al ver las entrañas de la gente respetable. Puede estar seguro que conoce medicinas que no se pueden ni ver ni oler, ni antes ni después de tragártelas. Pero si yo misma he visto gotas que mandaba el doctor Gambit, el médico de nuestro club y una buena persona que ha traído más niños vivos al mundo que ningún otro en Middlemarch…, yo misma, digo, he visto gotas que daba igual que estuvieran dentro que fuera del vaso, y al día siguiente ya estabas con retortijones. Así que ¡juzgue usted mismo! ¡No me lo diga! Pero lo que digo yo es que fue una bendición que no cogieran a este doctor Lydgate en nuestro club. ¡Muchos hijos de vecino podrían lamentarlo!

Los titulares de esta discusión habían sido tema común entre todos los estamentos de la ciudad; habían llegado por un lado a la rectoría de Lowick y por otro a Tipton Grange, habían llegado plenamente a oídos de la familia Vincy, y comentados con referencias tristes a la «pobre Harriet» por las amistades de la señora Bulstrode antes de que Lydgate supiera claramente la razón de que la gente le mirara de forma extraña y antes de que el propio Bulstrode sospechara la divulgación de sus secretos. No estaba muy acostumbrado a relaciones demasiado cordiales con sus vecinos y por lo tanto no echaba de menos esos síntomas de simpatía; además, había realizado algunos viajes de negocios, habiendo decidido que ya no era preciso que se marchara de Middlemarch y pudiendo, en consecuencia decidir sobre temas que había dejado en suspenso.

—Haremos un viaje a Cheltenham dentro de uno o dos meses —le había dicho a su esposa—. Es una ciudad que proporciona muchas ventajas espirituales, además del aire y las aguas, y seis semanas allí nos resultarán muy refrescantes.

Creía de verdad en las ventajas espirituales, y tenía la intención de que en adelante su vida fuera más devota a consecuencia de esos pecados recientes que se decía a sí mismo eran hipotéticos, rezando hipotéticamente por el perdón: «si es que he transgredido».

En cuanto al hospital, evitó decirle nada más a Lydgate, temiendo manifestar un cambio de planes demasiado brusco a raíz de la muerte de Raffles, íntimamente creía que Lydgate sospechaba que sus órdenes se habían desobedecido deliberadamente, y si era así, también sospecharía que había un motivo para ello. Pero el médico no había llegado a conocer nada respecto de la historia de Raffles y Bulstrode tenía interés en no hacer nada que pudiera aumentar sus sospechas inconcretas. Y en cuanto a la certeza de que algún método de tratamiento en particular pudiera salvar o matar, el propio Lydgate argumentaba constantemente en contra de semejante dogmatismo; no tenía derecho a hablar y sí en cambio todos los motivos para callarse. Bulstrode se sentía providencialmente seguro. El único incidente que le había afectado poderosamente había sido un encuentro casual con Caleb Garth, quien, sin embargo, había levantado el sombrero para saludarle con serena gravedad.

Entretanto, un fuerte sentimiento en contra suya se iba fraguando entre los principales ciudadanos.

En el ayuntamiento se iba a celebrar una reunión sobre una cuestión sanitaria que había adquirido principal importancia por un caso de cólera producido en la ciudad. Desde que el Parlamento aprobara precipitadamente una ley autorizando la implantación de tributos para sufragar medidas sanitarias, se había nombrado en Middlemarch una comisión para supervisar tales medidas, y tanto liberales como conservadores habían acordado que se llevara a cabo una buena limpieza así como otros preparativos. La cuestión ahora consistía en decidir sí se debían adquirir para cementerio unos terrenos a las afueras de la ciudad vía impuestos o mediante suscripción privada. La reunión iba a ser pública y se esperaba que asistieran casi todas las personalidades importantes de la ciudad.

El señor Bulstrode era miembro de la junta y salió del banco justo antes de las doce con la intención de insistir en el plan de suscripción privada. Dadas las vacilaciones en sus proyectos, llevaba tiempo manteniéndose en un segundo plano y le parecía que esta mañana debía retomar su antigua posición como hombre influyente y de acción en los asuntos públicos de la ciudad en la que esperaba acabar sus días. Entre las diversas personas que llevaban su misma dirección vio a Lydgate; se reunieron, hablaron del tema de la convocatoria y entraron juntos.

Parecía como si todos los que hacían figura hubieran llegado antes que ellos. Pero aún quedaban sitios libres cerca de la cabecera de la amplia mesa central y allí se dirigieron. El señor Farebrother estaba enfrente, no lejos del señor Hawley; también estaban todos los hombres dedicados a la medicina; el señor Thesiger presidía y el señor Brooke de Tipton estaba a su derecha.

Lydgate observó un extraño intercambio de miradas cuando él y Bulstrode se sentaron.

Cuando el tema quedó abierto por el presidente, quien señaló las ventajas de adquirir mediante suscripción un terreno lo suficientemente grande como para que a la larga pudiera ser el cementerio principal, el señor Bulstrode, a cuyo verbo fácil y tono de voz un tanto agudo pero templado la ciudad estaba acostumbrada en reuniones de esta índole, se levantó y pidió permiso para dar su opinión. De nuevo Lydgate pudo ver el extraño intercambio de miradas antes de que el señor Hawley se levantara y dijera con su voz firme y resonante:

—Señor presidente, solicito que antes de que nadie dé su opinión sobre este tema me sea permitido hablar acerca de un asunto de sentimiento público, y que no sólo yo, sino muchos de los presentes, consideramos prioritario.

El modo de hablar del señor Hawley, incluso cuando el decoro público reprimía su «atroz lenguaje», era formidable por su seguridad y brevedad. El señor Thesiger accedió a la petición, el señor Bulstrode se sentó y el señor Hawley prosiguió:

—Lo que he de decir, señor presidente, lo digo no sólo en nombre propio sino con el beneplácito y por expresa petición de no menos que ocho conciudadanos sentados a nuestro alrededor. Es nuestro sentir unánime que al señor Bulstrode se le pida, y así lo hago ahora, que dimita de los cargos públicos que ostenta, no sólo como contribuyente sino como caballero entre caballeros. Existen prácticas y acciones que, debido a ciertas circunstancias, no caen dentro del ámbito de la ley, aunque pueden ser peores que muchas cosas que legalmente constituyen un delito. La gente honrada y los caballeros, si no desean la compañía de quienes llevan a cabo acciones semejantes, han de defenderse como mejor puedan, y eso es lo que yo y los amigos a quienes puedo llamar mis clientes en este asunto estamos decididos a hacer. No digo que el señor Bulstrode sea culpable de actos infames pero le pido que o bien públicamente niegue y refute las escandalosas afirmaciones contra él hechas por un hombre muerto que falleció en su casa… la afirmación de que durante muchos años estuvo involucrado en prácticas nefandas, y que obtuvo su fortuna con procedimientos deshonestos, o bien se retire de cargos que sólo le hubieran sido otorgados por considerarle un caballero entre caballeros.

Todas las miradas se volvieron hacia el señor Bulstrode, quien, desde que surgiera su nombre por primera vez se hallaba sumido en una crisis de sentimientos casi demasiado violenta para su delicada constitución. Lydgate, que asimismo sufría un impacto fruto de la terrible interpretación práctica de un ligero augurio, al ver el sufrimiento reflejado en el rostro lívido de Bulstrode, sintió, no obstante, cómo su odio resentido se veía refrenado por ese instinto curador que primero piensa en salvar o proporcionarle alivio al que sufre.

La pronta visión de que, después de todo, su vida era un fracaso, de que era un hombre deshonrado y debía temblar ante la mirada de aquellos hacia quienes normalmente había asumido la actitud de corrector, de que Dios le había repudiado ante los hombres, abandonándole desprotegido ante el triunfante desdén de quienes se alegraban de encontrar una justificación para su odio, la sensación de absoluta inutilidad en el equívoco con su conciencia al inmiscuirse en la vida de su cómplice, equívoco que ahora le atacaba venenosamente con el colmillo bien desarrollado de una mentira descubierta; todo ello le embargó como la agonía que no acababa de matar y deja aún abiertos los oídos para la nueva ola de execración. La repentina sensación de verse descubierto tras la reestablecida convicción de seguridad cayó no sobre la tosquedad de un criminal, sino sobre la susceptibilidad nerviosa de un hombre cuya esencia principal residía en esa susceptibilidad y predominio que las condiciones de su vida habían forjado para él.

Pero en esa esencia existía la fuerza de la reacción. Por su débil constitución corría una tenaz vena de ambiciosa voluntad de supervivencia, que continuamente había saltado como una llama, desbaratando todos los temores doctrinales, y que, incluso en aquel momento en que constituía el objeto de compasión de los misericordes, empezaba a removerse y a brillar bajo su tez cenicienta… Antes de que hubieran salido las últimas palabras de los labios del señor Hawley, Bulstrode supo que debía contestar y que su respuesta sería un ataque. No se atrevía a levantarse y decir «No soy culpable, toda la historia es falsa» … y aunque se hubiera atrevido, dada la aguda sensación de traición que sentía, le hubiera parecido tan fútil como, a fin de cubrir su desnudez, taparse con un trapo que se rasgaría al menor tirón.

Hubo unos momentos de absoluto silencio mientras todos en la habitación miraban a Bulstrode. El banquero permaneció inmóvil, apoyándose fuerte contra el respaldo de la silla; no osó levantarse y cuando empezó a hablar apretó las manos contra ambos lados de la silla. Pero su voz era perfectamente audible, si bien más ronca de lo habitual, y pronunció las palabras con nitidez, aunque se detenía entre frase y frase como falto de aliento. Volviéndose primero hacia el señor Thesiger y mirando luego al señor Hawley, dijo:

—Protesto ante usted, caballero, como ministro cristiano, por sancionar procedimientos contra mí que obedecen al odio más virulento. Aquellos que me son hostiles se avienen gustosos a creer cualquier calumnia que contra mi profiera un irresponsable. Y sus conciencias se vuelven severas contra mí. Dicen que las maledicencias de las que se me va a hacer víctima me acusan de prácticas inmorales —aquí la voz de Bulstrode se elevó y adquirió un tono más incisivo, hasta parecer un débil grito—, ¿quién me acusará? No serán aquellos cuyas propias vidas son anticristianas, incluso escandalosas… o aquellos que emplean instrumentos mezquinos para llevar a cabo sus propios fines…, cuya profesión es un tejido de trampas… que se han ido gastando sus ingresos en placeres sensuales, mientras yo he dedicado los míos al progreso de los objetivos más elevados respecto de esta vida y la próxima.

Tras la palabra «trampas» aumentó el ruido, mitad murmullos mitad siseos, mientras cuatro personas se pusieron en pie al tiempo, el señor Hawley, el señor Toller, el señor Chichely y el señor Hackbutt; pero la ira del señor Hawley fue instantánea y enmudeció a los demás.

—Si se refiere a mí, pongo a su disposición, y a la de todos los demás la inspección de mi vida profesional. En cuanto a cristiano o no cristiano, rechazo su cristianismo hipócrita y de boquilla; y en cuanto a cómo empleo mis ingresos no cae dentro de mis principios el mantener a ladrones y estafarles a los vástagos la herencia que les corresponde a fin de sostener la religión y erigirme yo como un devoto aguafiestas. No simulo finuras de conciencia…, aún no he hallado necesaria la finura para poder medir sus acciones. Y de nuevo le pido que explique satisfactoriamente los escándalos que circulan contra usted o dimita de aquellos puestos en los que, al menos nosotros, le rechazamos como colega. Repito, caballero, que nos negamos a colaborar con un hombre cuya reputación no está limpia de las infamias vertidas sobre ella, no sólo por informes sino por acciones recientes.

—Permítame, señor Hawley —dijo el presidente, y el señor Hawley, aún fuera de sí, accedió con un gesto de impaciencia y se sentó con las manos hundidas en los bolsillos.

—Señor Bulstrode, opino que no es deseable prolongar la presente discusión —dijo el señor Thesiger, volviéndose hacia el hombre pálido y tembloroso—, coincido lo bastante con el señor Hawley al expresar un sentimiento generalizado como para pensar que, según su fe cristiana, debe usted, a ser posible, liberarse de tristes inculpaciones. Por mi parte estaría dispuesto a brindarle la oportunidad y el público. Pero he de decir que su actitud presente resulta lastimosamente contradictoria con esos principios con los que usted se ha querido identificar, y por cuyo respeto yo he de velar. Como ministro suyo y como alguien que espera que recobre su anterior posición de respeto, le recomiendo que deje la sala y evite obstaculizar más el desarrollo de la sesión.

Tras un instante de duda Bulstrode cogió el sombrero del suelo y se puso lentamente en pie, pero asió la esquina de la silla con tal titubeo que Lydgate tuvo la certeza de que no le quedaba al banquero fuerza suficiente para caminar sin un apoyo. ¿Qué podía hacer? No podía ver que un hombre se hundía por falta de ayuda. Se levantó y le ofreció el brazo a Bulstrode, y así salieron de la sala; sin embargo este gesto que pudiera haber sido de delicada profesionalidad y pura compasión le resultó en aquel momento indescriptiblemente amargo. Parecía como si firmara una asociación entre él y Bulstrode y cuyo significado veía ahora tal y como debía presentarse ante otras mentes. Tenía la certeza de que este hombre que ahora se apoyaba tembloroso en su brazo, le había dado las mil libras como soborno, y que de alguna forma el tratamiento de Raffles había sido modificado por una malévola razón. Las deducciones estaban lo bastante ligadas: la ciudad conocía el asunto del préstamo, lo entendía como un soborno y creía que él lo había aceptado como tal.

Y el pobre Lydgate, mientras su mente luchaba con el peso terrible de esta revelación, se vio moralmente obligado a llevar al señor Bulstrode al banco, enviar a su hombre en busca del carruaje, y esperar para acompañarle a su casa.

Entretanto, se concluyó el asunto de la reunión y los distintos grupillos se afanaron en la discusión respecto del asunto de Bulstrode… y Lydgate.

El señor Brooke, que anteriormente sólo había recibido retazos incompletos y se encontraba muy inquieto por «haber ido demasiado lejos» en su apoyo a Bulstrode, se informó ahora detalladamente y sintió cierta benévola tristeza al hablar con el señor Farebrother de la fea situación en la que se encontraba Lydgate. El señor Farebrother tenía la intención de volverse a Lowick andando.

—Suba a mi coche —dijo el señor Brooke—. Voy a ver a la señora Casaubon. Llegaba anoche de Yorkshire, y querrá verme, ¿sabe?

Y así hicieron el camino, el señor Brooke parloteando afablemente con la esperanza de que no hubiera habido maldad en el comportamiento de Lydgate…, un joven que le había parecido muy por encima de la media normal cuando le trajo una carta de su tío, Sir Godwin. El señor Farebrother habló poco: se encontraba muy apesadumbrado y con un agudo conocimiento de las flaquezas humanas no podía estar seguro de que, presionado por necesidades humillantes, Lydgate no hubiera estado a su propia altura.

Cuando el carruaje llegó a la puerta de la casona, Dorothea estaba en el camino de gravilla y fue a recibirles.

—Bien, hija mía —dijo el señor Brooke— acabamos de estar en una reunión… una reunión de sanidad.

—¿Estaba allí el señor Lydgate? —preguntó Dorothea, pletórica de salud y de animación, con la cabeza descubierta bajo la brillante luz de abril —. Quiero verle y hablar largamente con él respecto del hospital. Me he comprometido a hacerlo con el señor Bulstrode.

—Bueno, hija… —dijo el señor Brooke— nos han estado dando malas noticias…, malas noticias, ¿sabes?

Cruzaron el jardín hacia la verja que daba al patio de la iglesia pues el señor Farebrother quería continuar hasta la rectoría, y Dorothea oyó la triste historia.

Escuchó con gran interés, y quiso oír dos veces los hechos e impresiones respecto de Lydgate. Tras un breve silencio, deteniéndose ante la verja y dirigiéndose al señor Farebrother dijo con decisión:

—¿No pensará usted que el señor Lydgate es culpable de ninguna vileza? Me niego a creerlo. ¡Tenemos que averiguar la verdad y limpiar su nombre!

LIBRO VIII

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

CAPÍTULO UNO

¿Ha visto usted mucho últimamente a Lydgate, su fénix científico? —dijo el señor Toller al señor Farebrother, que estaba a su derecha en una de sus cenas de Navidad.

—Siento tener que decir que no mucho —contestó el vicario, acostumbrado a parar las bromas del señor Toller acerca de su opinión sobre las nuevas luces de la medicina—. Vivo un poco lejos y él está demasiado ocupado.

—¿De veras? Me alegro de saberlo —dijo el doctor Minchin con una mezcla de amabilidad y sorpresa.

—Le dedica mucho tiempo al hospital nuevo —dijo el señor Farebrother, que tenía sus razones para proseguir el tema—; lo sé por mi vecina, la señora Casaubon que va allí a menudo. Dice que Lydgate es incansable y está convirtiendo la institución de Bulstrode en algo bueno. Está preparando una nueva sala por si el cólera llega hasta aquí.

—Y supongo que también estará preparando nuevas teorías sobre cómo tratar a los pacientes para poderlas ensayar —dijo el señor Toller.

—Vamos, Toller, sea usted sincero —dijo el señor Farebrother—. Es usted demasiado inteligente como para no ver lo positivo de una mente audaz y fresca en la medicina, así como en todo lo demás; y en cuanto al cólera, me imagino que ninguno de ustedes debe estar muy seguro de lo que hay que hacer. Si un hombre va demasiado lejos por un camino nuevo, suele dañarse más a sí mismo que a otros.

—Estoy seguro de que usted y Wrench deberían estarle agradecido —dijo el doctor Minchin mirando a Toller—, pues les ha enviado la flor y nata de los pacientes de Peacock.

—Lydgate lleva un ritmo de vida muy alto para ser un joven principiante —dijo el señor Harry Toller, el cervecero—. Supongo que tiene el respaldo de sus parientes del norte.

—Eso espero —dijo el señor Chichely—, de lo contrario no se debería haber casado con esa jovencita tan agradable de la que estábamos todos tan prendados. ¡Caray! se le coge manía al hombre que se hace con la joven más hermosa de la ciudad.

—¡Vaya que sí! y la mejor también —dijo el señor Standish.

—A mi amigo Vincy no le gustó demasiado esa boda, eso lo sé bien —dijo el señor Chichely—. Él no haría mucho por ellos. Lo que no sé es cómo habrán respondido los familiares del otro lado —había una recalcada reticencia en su forma de hablar.

—Bueno, yo diría que Lydgate no contó nunca con su clientela para ganarse la vida —dijo el señor Toller, con ligero sarcasmo, y ahí se cerró el tema.

No era ésta la primera vez que el señor Farebrother oía insinuaciones de este tipo respecto de que los gastos de Lydgate eran a todas luces demasiado elevados como para poderlos afrontar con la consulta, pero pensó que no era improbable que hubiera recursos o expectativas que disculparan el gran despliegue con motivo de su boda y que impidieran las nocivas consecuencias de una clientela exigua. Una noche, cuando se tomó la molestia de ir a Middlemarch para charlar con Lydgate como antaño, observó en él un aire de agitado esfuerzo muy diferente de su relajado modo habitual de guardar silencio o de romperlo bruscamente cuando tenía algo que decir. Lydgate habló incansablemente cuando se hallaban en su despacho, exponiendo argumentos en pro y en contra de la probabilidad de determinadas hipótesis biológicas: pero no aportó ni verbal ni experimentalmente esas cosas concretas que constituyen los mojones de una investigación paciente y sostenida, y que él mismo solía considerar imprescindibles, diciendo que «en toda investigación tiene que haber un sístole y un diástole», y que «la mente de un hombre debe estar en una continua expansión y contracción entre todo el horizonte humano y el horizonte del objetivo de un microscopio». Esa noche parecía estar hablando extensamente sin más motivo que el de evitar referencias personales, y al poco rato se dirigieron al salón donde Lydgate, tras pedirle a Rosamond que tocara para ellos, se hundió en su butaca con una luz extraña en los ojos. «Tal vez haya estado tomando algún opiato», fue el pensamiento que cruzó la mente del señor Farebrother…, «una neuralgia facial… o preocupaciones médicas».

No se le había ocurrido que el matrimonio de Lydgate no fuera maravilloso: creía, como todo el mundo, que Rosamond era una criatura amable y dócil si bien siempre la había considerado poco interesante… demasiado ajustada al modelo perfecto resultado de un internado para señoritas; y la señora Farebrother no perdonaba a Rosamond porque parecía obviar siempre la presencia de Henrietta Noble. «De todos modos, Lydgate se enamoró de ella», se dijo el vicario, «debe ser de su gusto».

El señor Farebrother sabía bien que Lydgate era hombre orgulloso, pero como poseía poca fibra de esa clase, y tal vez demasiada poca preocupación por la dignidad personal, salvo la de no ser mezquino o necio, difícilmente podía comprender la manera en que Lydgate rehuía como si le quemara, cualquier referencia a sus asuntos privados. Y poco después de aquella conversación en casa del señor Toller, el vicario conoció algo que le hizo estar más atento a una oportunidad para comunicarle a Lydgate indirectamente que si quería sincerarse sobre sus dificultades, un oído amigo estaba presto a escucharle.

La oportunidad se presentó en casa de los Vincy, donde el día de Año Nuevo se celebraba una fiesta a la que el señor Farebrother se vio obligado a asistir ante la súplica de que no debía abandonar a sus amigos el primer Año Nuevo de hombre importante, de rector además de vicario. Y esta fiesta resultó del todo acogedora: todas las damas de la familia Farebrother estaban presentes; todos los hijos de los Vincy cenaron en la mesa y Fred había convencido a su madre de que si no invitaba a Mary Garth, los Farebrother se lo tomarían como una ofensa personal, si bien el gozo en el triunfo de que su madre comprobara la importancia de Mary entre los principales invitados a la fiesta se vio muy teñido de celos cuando el señor Farebrother se sentó junto a ella. Fred solía estar mucho más tranquilo respecto de sus propias cualidades en los días en que aún no temía quedar desplazado por Farebrother y ese miedo aún no se había disipado. La señora Vincy, pletórica de esplendor matronil, contemplaba la figura pequeña de Mary, pelo áspero y rizado, y rostro carente de lirios y rosa y se admiraba, inútilmente, intentando imaginarse a sí misma preocupándose por el aspecto de Mary vestida de novia o complaciéndose en unos nietos «réplicas» de los Garth. De todos modos la fiesta fue muy alegre y Mary estuvo particularmente brillante y contenta por Fred de que su familia se fuera ablandando con ella y dispuesta también a que vieran cuánto la apreciaban quienes evidentemente debían ser los jueces.

El señor Farebrother observó que Lydgate parecía estar aburrido y que el señor Vincy habló lo indispensable con su yerno. Rosamond estuvo encantadora y serena y sólo una sutil observación, que ella no había suscitado en el vicario, hubiera delatado la total ausencia de interés por la presencia de su marido que una mujer amante siempre revela, aún cuando el protocolo la mantiene apartada de él. Cuando Lydgate tomaba parte en la conversación no le dirigía la mirada más que si hubiera sido ella una Psique esculpida para mirar en otra dirección; y después, cuando regresó a la habitación tras haberse tenido que ausentar durante un par de horas, pareció no darse cuenta de lo que dieciocho meses antes hubiera tenido el efecto de un numeral delante de los ceros. La verdad era que tenía muy presentes la voz y los movimientos de Lydgate y su aire de desenfadada inconsciencia era un estudiado castigo mediante el cual satisfacía su oposición interna a él sin renunciar a la cortesía. Cuando las damas se hallaban en el cuarto de estar después de que Lydgate se viera llamado durante el postre, la señora Farebrother le dijo a Rosamond cuando la tuvo a su lado:

—Debe tener que renunciar mucho a la compañía de su esposo, señora Lydgate.

—Sí, la vida de un médico es ardua, sobre todo cuando es tan vocacional como el señor Lydgate —dijo Rosamond, que estaba de pie y pudo alejarse fácilmente al finalizar esta correcta respuesta.

—Le resulta muy tedioso cuando no tiene invitados —dijo la señora Vincy, que se encontraba sentada junto a la anciana dama—. Al menos eso pensé cuando estuve cuidando a Rosamond durante su enfermedad. Hágase cargo, señora Farebrother, la nuestra es una casa alegre. Yo tengo un carácter alegre y al señor Vincy le gusta que haya actividad en casa. Eso es a lo que Rosamond ha estado acostumbrada. Muy distinto de un marido que sale a horas exóticas y no sabes nunca cuándo volverá, y, además tiene, a mi entender, una personalidad reservada y orgullosa —la indiscreta señora Vincy bajó la voz ligeramente durante este paréntesis—. Pero Rosamond siempre ha tenido un carácter angelical; a menudo la disgustaban sus hermanos pero nunca mostró mal humor; desde la cuna fue siempre buenísima y con un cutis incomparable. Pero gracias a Dios, todos mis hijos tienen buen carácter.

Esto no era difícil de creer para cualquiera que mirara a la señora Vincy echando hacia atrás las grandes cintas de su bonete y sonriendo a sus tres hijas pequeñas de entre siete y once años. Pero en esa mirada sonriente se vio obligada a incluir a Mary Garth, a quien las tres niñas se habían llevado a una esquina para que les contara cuentos. Mary concluía en ese momento el delicioso cuento del enano saltarín que se sabía de memoria porque Letty no se cansaba de leérselo a sus ignorantes mayores de un libro rojo predilecto. Louisa, el amor de su madre, llegaba ahora corriendo, presa de emoción y con los ojos muy abiertos, gritando.

—¡Mamá, mamá, el hombrecillo pateó con tanta fuerza que no pudo sacar la pierna del suelo!

—¡Bendita seas, ángel mío! —dijo su madre—, mañana me lo contarás todo. ¡Vete y escucha! —y al seguir a su hija con la mirada hasta el atractivo rincón pensó que si Fred quería que volviera a invitar a Mary no pondría pegas, viendo lo encantados que estaban los niños con ella.

Pero de pronto, la esquina se animó aún más pues entró el señor Farebrother quien, sentándose detrás de Louisa la puso sobre sus rodillas; las niñas insistieron en que debía oír el cuento y que Mary tenía que empezar de nuevo. Él también insistió y Mary, sin hacerse rogar, comenzó con su precisión habitual y las mismas palabras de antes. Fred, que también se había sentado cerca, hubiera experimentado un triunfo absoluto ante el éxito de Mary de no ser porque el señor Farebrother la observaba con evidente admiración, al tiempo que exteriorizaba un enorme interés por el cuento para complacer a las niñas.

—Ya no te interesará Loo, mi gigante con un solo ojo —dijo Fred al final.

—Sí, sí me interesará. Cuéntalo ahora —dijo Louisa.

—Pues no sé si estoy preparado. Pídeselo al señor Farebrother.

—Sí —añadió Mary—, pedidle al señor Farebrother que os cuente de las hormigas cuya preciosa casa fue destruida por un gigante llamado Tom que pensó que no les importaba porque no las oía llorar ni las veía usar sus pañuelos.

—Por favor —dijo Louisa, levantando la vista hacia el vicario.

—No, no, soy un rector viejo y serio. Si intento sacar de la bolsa un cuento me saldrá un sermón en vez. ¿Queréis que os dé un sermón? —dijo, calándose las gafas y frunciendo los labios.

—Sí —dijo Louisa titubeando.

—Veamos, pues; un sermón contra los pasteles. Cómo son algo malo, sobre todo si son dulces y tienen ciruelas. Louisa se tomó el asunto bastante en serio y se bajó de las rodillas del vicario para acercarse a Fred.

—Veo que no es cosa de predicar el día de Año Nuevo —dijo el señor Farebrother, levantándose y marchándose. Había descubierto recientemente que Fred sentía celos de él así como que él mismo no perdía la preferencia que sentía por Mary.

—Una joven encantadora, la señorita Garth —dijo la señora Farebrother, que había observado los movimientos de su hijo.

—Sí —dijo la señora Vincy, obligada a responder ante la mirada expectante de la anciana dama—. Es una pena que no sea más guapa.

—Yo no diría eso —dijo la señora Farebrother con firmeza—. Me gusta su expresión. No debemos pedir siempre belleza cuando al buen Dios le ha parecido oportuno crear una magnífica joven sin ella. Yo antepongo la buena educación a todo y la señorita Garth sabe comportarse en cualquier situación.

La anciana señora empleó un tono un poco afilado ya que tenía referencias de la posibilidad de que Mary se convirtiera en su nuera, pues al existir el problema de que no convenía hacer pública la posición de Mary con respecto a Fred, las tres damas de la rectoría de Lowick aún confiaban en que Camden escogiera a la señorita Garth.

Entraron nuevos invitados y el salón se inundó de música y juegos mientras en la tranquila habitación al otro lado del vestíbulo se preparaban las mesas de whist. El señor Farebrother jugó una partida para complacer a su madre que considerada su propio jugar ocasional una protesta contra el escándalo y las nuevas opiniones, a la luz de lo cual incluso una renuncia tenía su dignidad. Pero al final consiguió que el señor Chichely ocupara su lugar y abandonó la habitación. Al cruzar el vestíbulo Lydgate, que acababa de entrar, se estaba quitando el abrigo.

—Es usted el hombre a quien buscaba —dijo el vicario, y en lugar de entrar al salón caminaron por el vestíbulo hasta detenerse junto a la chimenea, donde al aire frío ayudaba a la formación de una nube resplandeciente—. Verá que puedo dejar la mesa de whist con toda facilidad —prosiguió sonriendo a Lydgate—, ahora que ya no juego por dinero. Dice la señora Casaubon que eso se lo debo a usted.

—¿Cómo es eso? —dijo Lydgate con frialdad.

—Ah, no quería usted que se supiera; a eso le llamo yo discreción poco generosa. Debería permitir que un hombre sintiera el placer de que le ha hecho un favor. No comparto el disgusto de algunos por sentirse en deuda, le puedo asegurar que prefiero estar en deuda con todo el mundo por portarse bien conmigo.

—No sé qué quiere decir —dijo Lydgate—, como no se refiera a que en una ocasión le hablé a la señora Casaubon. Pero no pensé que ella rompiera su promesa de no mencionarlo —Lydgate se apoyó contra una esquina de la repisa de la chimenea y mostró un rostro desanimado.

—Se le escapó a Brooke el otro día. Me hizo el cumplido de decirme que estaba muy contento de que el beneficio hubiera sido para mí aunque usted le había desbaratado sus maniobras, alabándome como un Ken y un Tillotson y todo eso hasta que la señora Casaubon no quiso ni oír hablar de nadie más.

—Bueno, Brooke es un botarate y un charlatán —dijo Lydgate con desdén.

—Pues yo me alegro de su charlatanería. No entiendo por qué usted no quiere que sepa que me ha hecho un favor, mi querido amigo. Me lo ha hecho y grande. Frena bastante la vanidad descubrir cuánto influye en nuestro bienhacer el no estar apremiado de dinero. Nadie que no precise de los servicios del diablo se verá tentado de decir el Padre Nuestro al revés para complacer al demonio. No necesito depender ahora de las sonrisas de la fortuna.

—No creo que se pueda ganar dinero sin ayuda de la fortuna —dijo Lydgate—: si alguien lo obtiene con su profesión, es muy probable que sea por casualidad.

El señor Farebrother creía poderse explicar aquellas palabras, que tanto contrastaban con la antigua forma de hablar de Lydgate, como la perversidad que a menudo surge del mal humor de un hombre poco a gusto con sus asuntos. Respondió en tono de admisión jovial:

—Hay que tener muchísima paciencia con el mundo. Pero resulta más fácil esperar pacientemente cuando se tienen amigos que le quieren a uno y no piden más que poder servir de ayuda si es que ésta está en su mano.

—Es cierto —dijo Lydgate en tono despreocupado, cambiando de postura y mirando el reloj—. La gente exagera sus dificultades más de lo necesario.

Sabía perfectamente que el señor Farebrother le estaba brindando su ayuda y no podía soportarlo. Tan extrañamente estamos configurados los mortales que, tras la gran satisfacción que sintió por haberle hecho un favor al vicario, la insinuación de que éste percibía la necesidad de Lydgate de un favor recíproco le sumía en un silencio invencible. Además, ¿qué vendría tras un ofrecimiento de ese tipo?… la obligación de «exponer su caso», de sugerir que necesitaba cosas concretas. En ese momento, el suicidio parecía más fácil.

El señor Farebrother era un hombre demasiado perceptivo como para no entender el significado de aquella respuesta, y la actitud y el tono de Lydgate encerraban cierta solidez muy en consonancia con su físico, que, si de principio rechazaba los ofrecimientos, parecía descartar totalmente cualquier estrategia de persuasión.

—¿Qué hora tiene? —dijo el vicario, devorándose sus sentimientos heridos.

—Las once pasadas —dijo Lydgate. Y entraron al salón.

CAPÍTULO DOS

Incluso aunque Lydgate se hubiera sentido inclinado a sincerarse acerca de su situación, sabía que el señor Farebrother apenas habría tenido en su mano la posibilidad de ofrecerle la ayuda que necesitaba de inmediato. Con las facturas anuales de los proveedores que empezaban a llegar, la amenaza de Dover sobre el mobiliario y contando con sólo el pequeño goteo de pagos de pacientes a quienes no se podía ofender como fuente de ingresos (los excelentes honorarios que recibiera de Freshitt Hall y Lowick Manor pronto quedaron absorbidos), nada inferior a mil libras le hubiera librado de su apuro, dejando un remanente que, según una frase predilecta en semejantes circunstancias, le hubiera dado holgura para «examinar su situación».

Lógicamente, la alegre Navidad había traído el feliz Año Nuevo, momento en el que los conciudadanos esperan el pago por el desvelo y las mercancías que sonrientemente han proporcionado a sus vecinos, lo que había de tal forma acrecentado la presión de sórdidas preocupaciones en la mente de Lydgate que apenas podía pensar ininterrumpidamente en otro tema, ni siquiera los más habituales y absorbentes. No era un hombre malhumorado; su actividad intelectual, la solícita bondad de su corazón así como su constitución fuerte, en condiciones relativamente tolerables, siempre le hubieran mantenido por encima de las susceptibilidades pequeñas e incontroladas que forjan un mal carácter. Pero ahora era presa de la peor de las irritabilidades, la que surge no ya de las molestias sino de una segunda conciencia que subyace en esas molestias, la de la energía desperdiciada y la preocupación degradante, que era lo inverso de sus anteriores metas. «Esto es lo que estoy pensando y aquello es en lo que pensaría» era el incesante y amargo murmullo interno, convirtiendo cada dificultad en una doble puya para la impaciencia.

Algunos caballeros han constituido una extraordinaria figura en la literatura haciendo de la disconformidad general con el universo una trampa de monotonía en la cual han caído sus grandes almas por error, pero la sensación de un espléndido yo y un mundo insignificante puede tener su consuelo. El descontento de Lydgate le resultaba mucho más difícil de sobrellevar: era la sensación de que a su alrededor había una gran existencia dedicada al pensamiento y a la acción efectiva mientras él se estaba reduciendo a un aislamiento miserable de miedos egoístas y vulgares angustias por sucesos que podrían apaciguar tales miedos. Tal vez sus preocupaciones parezcan terriblemente sórdidas e indignas de la atención de personas excelsas que nada pueden conocer de las deudas salvo a una escala soberbia. Indudablemente eran sórdidas, y la mayoría, que no es excelsa, no puede escapar de la sordidez salvo estando libre del ansia de dinero, con todas sus rastreras esperanzas y tentaciones, su atención a las muertes, sus insinuadas peticiones, su deseo de comerciante de caballos de dar malo por bueno, su búsqueda de funciones que debían ser para otros, su frecuente anhelar la Fortuna bajo la forma de una gran calamidad.

Era debido a que Lydgate se revolvía contra la idea de poner el cuello bajo este vil yugo el que hubiera caído en un estado de amargo mal humor que abría de continuo un distanciamiento con Rosamond. Tras la primera noticia del embargo, había hecho muchos esfuerzos para que su esposa colaborara con él acerca de las posibles maneras de reducir sus gastos, y con la amenazadora cercanía de las Navidades sus sugerencias se concretaban cada vez más. «Podemos arreglarnos con una sola criada, y mantenernos con muy poco» —dijo—, «y yo me apañaré con un caballo». Pues, como hemos visto, Lydgate había empezado a razonar con visión más lúcida sobre los gastos, y el orgullo que sintiera en las apariencias de ese tipo era ínfimo comparado con el orgullo que le hacía repudiar el verse expuesto como deudor, o pedir a otros ayuda económica.

—Claro que puedes despedir a los otros dos criados si quieres —dijo Rosamond—; pero yo diría que es perjudicial para tu profesión el que vivamos como pobretones. Disminuirá tu clientela.

—Mi querida Rosamond, no es problema de elección. Hemos empezado gastando demasiado. Sabes que Peacock vivía en una casa mucho más pequeña que ésta. Es culpa mía, debí tener más sentido común y me merezco un revolcón —si hubiera alguien con derecho a dármelo— por obligarte a vivir peor de lo que has estado acostumbrada. Pero supongo que nos casamos porque nos queríamos. Y eso nos ayudará a seguir adelante hasta que las cosas mejoren. Vamos, mi amor, deja la costura y ven aquí.

Lydgate estaba descorazonado respecto a Rosamond en aquel momento pero le horrorizaba un futuro sin afecto y estaba decidido a hacer frente a la separación que se avecinaba entre ellos. Rosamond le obedeció y él la sentó sobre sus rodillas pero en el fondo de su alma Rosamond se sentía muy distante. La pobre criatura sólo veía que el mundo no se adaptaba a sus gustos y Lydgate formaba parte de ese mundo. Pero su marido le rodeó la cintura con un brazo y puso la otra mano suavemente sobre las suyas pues este hombre un tanto brusco tenía mucha ternura en su trato con las mujeres, pareciendo tener siempre presente la debilidad de sus constituciones y el delicado equilibrio de su salud tanto corporal como mental. Y de nuevo empezó a hablar con persuasión.

—Ahora que me he metido un poco en las cosas, Rosy, descubro que es asombrosa la cantidad de dinero que se nos escapa en el manejo de la casa. Supongo que los criados son descuidados y ha venido a visitarnos mucha gente. Pero deben ser muchos los de nuestra misma posición que se apañan con menos; me imagino que se conforman con cosas más corrientes y están pendientes de las sobras. Y es como si el dinero tuviera poco que ver en estas cuestiones, pues Wrench lleva una vida muy modesta y tiene una consulta muy grande.

—Bueno, si quieres vivir como los Wrench… —dijo Rosamond girando el cuello levemente—. Pero he oído tus expresiones de desagrado ante esa manera de vivir.

—Sí, tienen muy mal gusto para todo… hacen que la economía resulte algo feo. Nosotros no tenemos por qué hacer lo mismo. Me refiero tan sólo a que ellos evitan los gastos aunque Wrench tiene una clientela magnífica.

—¿Y tú por qué no tienes una buena consulta, Tertius? El señor Peacock la tenía. Deberías tener más cuidado de no ofender a la gente, y deberías hacer lo mismo que los demás en cuanto a las medicinas. Yo diría que empezaste bien y tuviste varias familias buenas. No es bueno ser demasiado excéntrico; debieras pensar en lo que va a gustar a la mayoría —dijo Rosamond en tono suave pero de franca reprimenda.

Lydgate bullía de rabia; estaba dispuesto a mostrarse indulgente con la debilidad femenina pero no con la dictadura femenina. La frivolidad del alma de una ondina puede tener su encanto en tanto no se torna didáctica. Pero se controló y se limitó a decir, con un toque de despótica firmeza:

—Lo que yo hago en mi consulta, Rosy, lo decidiré yo. Ese no es el tema que tenemos que tratar tú y yo. Te basta con saber que es probable que nuestros ingresos sean muy exiguos… apenas cuatrocientas libras, tal vez incluso menos, durante mucho tiempo y debemos modificar nuestra vida de acuerdo con esa realidad.

Rosamond guardó silencio un par de minutos, mirando al frente y luego dijo:

—Mi tío Bulstrode debiera darte un suelo por el tiempo que le dedicas al hospital: no está bien que trabajes gratis.

—Quedó claro desde el principio que prestaría gratis mis servicios. Una vez más, eso no forma parte de nuestra discusión. Ya he señalado cuál es la única solución —dijo Lydgate con impaciencia. Luego, refrenándose, continuó más tranquilamente:

—Creo que veo un medio que nos sacaría bastante de las dificultades actuales. He oído que el joven Ned Plymdale se va a casar con la señorita Sophy Toller. Son ricos y no es frecuente que una buena casa quede vacía en Middlemarch. Estoy seguro de que estarían encantados de quedarse con ésta y con la mayoría de los muebles, y estarían dispuestos a pagar un buen alquiler. Puedo decirle a Trumbull que hable de ello con Plymdale.

Rosamond abandonó las rodillas de su esposo y caminó lentamente hasta el otro lado de la habitación: cuando se volvió y regresó hacia él era evidente que se mordía el labio y apretaba las manos para reprimir las lágrimas que asomaban a sus ojos. Lydgate se sintió desesperado, sacudido por la rabia y sin embargo considerando que sería una cobardía sucumbir a ella en ese momento.

—Lo siento mucho, Rosamond; sé que es muy doloroso. —Cuando consentí en que se devolviera la cubertería y que aquel hombre hiciera un inventario de los muebles, pensé… pensé que habría sido suficiente.

—Te lo expliqué en su momento, mi amor. Eso sólo era una garantía, y detrás de la garantía hay una deuda. Y esa deuda debe saldarse en los próximos meses, de lo contrario tendremos que vender los muebles. Si el joven Plymdale se queda con nuestra casa y la mayoría de los muebles, podremos pagar esa deuda y también alguna otra, y nos desharemos de un sitio demasiado caro para nosotros. Cogeremos una casa más pequeña: sé que Trumbull tiene una muy digna por treinta libras al año y ésta cuesta noventa.

Lydgate profirió este parlamento con el tono cortante y machacón con el que solemos emplear para que una mente dispersa entienda bien unos hechos incontrovertibles. Las lágrimas cayeron en silencio por las mejillas de Rosamond; tan sólo se las secó con el pañuelo, la mirada fija en el gran jarrón de la repisa. Era el momento más amargo que había vivido jamás. Finalmente dijo, sin prisa y con minuciosa precisión:

—Nunca hubiera pensado que podría gustarte comportarte así.

—¿Gustarme? —exclamó levantándose de la silla, hundiendo las manos en el bolsillo y alejándose a zancadas de la chimenea—; no se trata de gustos. Claro que no me gusta; es lo único que puedo hacer —giró en redondo y se volvió hacia ella.

—Yo hubiese pensado que cabían otros muchos medios —dijo Rosamond—. Montemos una subasta y marchémonos de Middlemarch.

—¿Para hacer qué? ¿De qué serviría que abandonara mi trabajo en Middlemarch para ir donde no lo tengo? Seríamos igual de pobres que aquí —dijo Lydgate aún más enfadado.

—Si llegamos a eso, será enteramente por tu culpa Tertius —dijo Rosamond volviéndose y hablando con gran convicción—. Te niegas a comportarte como es debido con tu propia familia. Ofendiste al capitán Lydgate. Sir Godwin fue muy amable conmigo cuando estuvimos en Quallingham y estoy convencida de que si demostraras el debido respeto y le explicaras tus problemas haría por ti cualquier cosa. Pero prefieres darle al señor Ned Plymdale nuestra casa y nuestros muebles.

Había algo parecido a la fiereza en los ojos de Lydgate cuando respondió con renovada agresividad.

—Bien, puesto que así lo quieres, de acuerdo, me gusta. Admito que lo prefiero a hacer el ridículo yendo a mendigar donde es inútil. Quede claro, pues, que eso es lo que me gusta hacer.

El tono de sus últimas palabras equivalía a la presión de su mano fuerte en el delicado brazo de Rosamond. Pero a pesar de ello su voluntad no era ni un ápice más fuerte que la de su esposa. Rosamond abandonó al instante la habitación en silencio pero decidida a impedir que se hiciera lo que Lydgate quería.

Lydgate salió de su casa pero a medida que se iba serenando sintió que el principal resultado de la discusión era un cúmulo de espanto en él ante la idea de abrir en el futuro con su esposa temas qué le impulsaran de nuevo al discurso violento. Era como si se hubiera iniciado una fractura en un cristal delicado y temía cualquier movimiento que resultara ser fatal. Su matrimonio se convertiría en una amarga ironía si no podían seguir queriéndose. Hacía tiempo que había aceptado lo que Lydgate llamaba el carácter negativo de su mujer, su falta de sensibilidad que se demostraba en su falta de consideración tanto de los deseos concretos de su esposo como de sus objetivos en general. Había aguantado el primer desengaño: hubo de renunciar a la tierna devoción y adoración de la mujer ideal, y aceptar la vida a un menor nivel de esperanza, como lo hacen quienes han perdido una extremidad. Pero la esposa real no sólo tenía sus exigencias sino que también retenía su corazón y era el ferviente deseo de Lydgate que aquel dominio continuara siendo fuerte. En el matrimonio, la certeza de que «Nunca me querrá demasiado», se soporta mejor que el miedo de que «Ya no la querré». Por lo tanto, tras aquel exabrupto, sus esfuerzos internos se encaminaban a disculpar a Rosamond y a culpar a las difíciles circunstancias que en parte eran responsabilidad de él. Esa noche, intentó curar las heridas abiertas esa mañana acariciándola, y no era el carácter de Rosamond el rechazar o mostrarse de malhumor; de hecho recibió con agrado las muestras de que su marido la amaba y estaba controlado. Pero esto era algo muy diferente de quererle a él.

Lydgate hubiera preferido no insistir en el plan de desprenderse de la casa: estaba decidido a ponerlo en práctica y hablar de él lo menos posible. Pero la propia Rosamond lo abordó durante el desayuno diciendo suavemente:

—¿Has hablado ya con Trumbull?

—No —dijo Lydgate—, pero pasaré a verle esta mañana.

Interpretó la pregunta de Rosamond como una señal de que le retiraba su oposición y besó la cabeza de su esposa cariñosamente al marcharse.

En cuanto fue lo bastante tarde para ir de visita, Rosamond fue a casa de la señora Plymdale, la madre de Ned, y con las felicitaciones a modo de introducción, abordó el tema de la próxima boda. El maternal punto de vista de la señora Plymdale era que tal vez ahora Rosamond vislumbrara retrospectivamente su propia necedad, y segura de que las ventajas caían de momento todas del lado de su hijo, era mujer demasiado bondadosa como para no portarse con amabilidad.

—Sí, tengo que decir que Ned está muy contento. Y Sophy Toller es cuanto pudiera desear de una nuera. Por supuesto que su padre puede permitirse el lujo de ser generoso con ella… es natural con una fábrica de cerveza como la que tiene. Y en cuanto a relaciones, es todo cuanto hubiéramos podido desear. Pero eso no es lo que me importa. Es una chica encantadora… sin aires de grandeza ni pretensiones aunque está a la altura de la mejor. No me refiero a la aristocracia con títulos. Veo poco de positivo en quienes aspiran a salirse de su propia esfera. Quiero decir que Sophy está a la altura de lo mejorcito de la ciudad y está satisfecha con eso.

—Siempre la he considerado una joven muy agradable —dijo Rosamond.

—Es como una recompensa para Ned, que nunca fue un presuntuoso, el que se haya vinculado a una de las mejores familias —continuó la señora Plymdale, suavizando su natural mordacidad con el ferviente convencimiento de que adoptaba un punto de vista adecuado—. Y siendo los Toller una gente tan especial, podían haber puesto pegas porque algunos de nuestros amigos no lo son de ellos. Es bien sabido que tu tía Bulstrode y yo somos íntimas desde la juventud y el señor Plymdale siempre ha estado de parte del señor Bulstrode. Y yo mismo prefiero la seriedad. Pero de todos modos los Toller han recibido encantados a Ned.

—Estoy segura de que es un joven muy digno y de excelentes principios —dijo Rosamond, con un pulcro aire patrocinador, respondiendo a las sanas puntualizaciones de la señora Plymdale.

—Bueno, no tiene el porte de un capitán del ejército ni el aire de estar por encima de todo el mundo, ni una vistosa forma de hablar y cantar ni gran capacidad intelectual. Pero doy gracias que así sea. Es una pobre preparación tanto para este mundo como para el más allá.

—Por supuesto que sí, las apariencias tienen muy poco que ver con la felicidad —dijo Rosamond—. Creo que tienen todas las probabilidades de ser una pareja feliz. ¿Dónde van a vivir?

—Bueno, tendrán que conformarse con lo que encuentren. Han estado viendo la casa de St. Peter's Place, al lado del señor Hackbutt; es suya y la está arreglando muy bien. No creo que sepan de otra mejor. Creo que Ned pensaba ultimar el asunto hoy.

—Debe ser una casa bonita; a mí me gusta St. Peter's Place.

—Bueno, está cerca de la iglesia y es una zona elegante. Pero las ventanas son muy estrechas y hay que subir y bajar mucho. ¿No sabrás de alguna otra que estuviera disponible? —dijo la señora Plymdale clavando sus ojos negros y redondos en Rosamond con la animación de un pensamiento repentino reflejado en ellos.

—Pues, no. Estoy muy poco al corriente de esas cosas. Rosamond no había previsto aquella pregunta y la respuesta al salir a hacer su visita: simplemente quería recabar cualquier información que la permitiera evitar dejar su casa en circunstancias que le resultaban sumamente desagradables. En cuanto a la no verdad de su respuesta, no lo pensó más de lo que había pensado en la falsedad de responder que las apariencias tenían poco que ver con la felicidad. Estaba convencida de que su objetivo era de todo punto justificable; eran las intenciones de Lydgate las que no tenían excusa y tenía un plan que, cuando lo hubiera ejecutado en su totalidad, probaría el mal paso que hubiera resultado para su marido descender de su posición.

De regreso a casa pasó por la oficina del señor Trumbull. Era la primera vez en su vida que Rosamond había pensado en hacer algo relacionado con los negocios, pero se sentía a la altura de la circunstancia. El que se viera obligada a hacer lo que aborrecía era una idea que convertía su pausada tenacidad en invención activa. Este era un caso en el que no podía bastar con simplemente desobedecer y mantener una serena terquedad: debía actuar según su criterio, y su criterio, se dijo, era el acertado, «de no serlo, no lo hubiera seguido».

El señor Trumbull estaba en la trastienda de su oficina y recibió a Rosamond con sus mejores modales, no sólo porque era sensible a sus encantos sino porque su fibra de bondad se veía conmovida ante la certeza de que Lydgate se encontraba en apuros y que esta mujer extraordinariamente bonita, esta joven dama de enormes atractivos personales, probablemente acusara el envite del infortunio y se encontrara envuelta en circunstancias que escapaban a su control. Le rogó que le hiciera el honor de sentarse y se quedó en pie ante ella, atusándose y comportándose con afanosa solicitud que en su mayor parte era benevolencia. La primera pregunta de Rosamond fue si su esposo había visitado al señor Trumbull esa mañana para hablar de dejar su casa.

—Sí, señora, sí, me ha hablado de ello —dijo el bueno del subastador intentando dotar de tranquilidad sus reiteraciones—. Estaba a punto de llevar a cabo su encargo esta tarde, si era posible. El señor Lydgate no quería que me demorara.

—He venido a decirle que no siga adelante con ello, señor Trumbull, y le ruego que no mencione lo dicho hasta ahora sobre el tema. ¿Podrá complacerme?

—Por supuesto, señora Lydgate, por supuesto. Las confidencias son algo sagrado para mí tanto en lo referente a los negocios como a cualquier otro tema. ¿Debo entonces entender que queda retirado el encargo? —dijo el señor Trumbull colocándose las puntas de su corbatín azul con ambas manos y mirando con deferencia a Rosamond.

—Sí, si me hace el favor. He sabido que el señor Ned Plymdale ha cogido la casa de St. Peter's Place, la de al lado del señor Hackbutt. Al señor Lydgate le molestaría que se llevaran a cabo sus órdenes inútilmente. Y además, existen otras circunstancias que hacen innecesaria la propuesta.

—Muy bien, señora Lydgate, muy bien. Estoy a sus órdenes, para lo que me necesite —dijo el señor Trumbull, que se alegraba de pensar que hubieran surgido nuevas soluciones—. Le ruego que confíe en mí. El asunto se parará aquí.

Esa noche Lydgate se sintió un tanto aliviado al ver que Rosamond estaba más animada de lo que se había venido mostrando últimamente e incluso parecía sentir interés por hacer lo que a él le agradaba sin necesidad de que se lo pidiera. Pensó «Si puede ser feliz y yo logro salir adelante, ¿qué importancia tiene todo esto? No es más que una angosta ciénaga que tenemos que cruzar en un largo viaje: Si consigo volver a tener la, mente despejada, todo saldrá bien».

Tan animado estaba que empezó a buscar una relación de experimentos que hacía tiempo tenía intención de comprobar y que había abandonado ante la insidiosa desesperación que llega en la estela de las ansiedades mezquinas. Volvió a sentir parte del antiguo y fascinador abstraimiento en la investigación profunda, mientras Rosamond tocaba al piano la dulce música que le ayudaba tanto en su meditación como el chapoteo de un remo en el lago al anochecer. Era bastante tarde, había retirado los libros y miraba el fuego con las manos asidas detrás de la cabeza, olvidado de todo salvo la construcción de un nuevo experimento controlador, cuando Rosamond que había dejado el piano y se encontraba reclinada en su butaca observándole dijo:

—Ned Plymdale ya tiene casa.

Lydgate, sorprendido y alterado, alzó la vista en silencio por un momento, como un hombre a quien le perturban el sueño. A continuación, y, sintiéndose enrojecer desagradablemente, dijo:

—¿Cómo lo sabes?

—Fui a ver a la señora Plymdale esta mañana y me dijo que había cogido la casa contigua a la del señor Hackbutt en St. Peter's Place.

Lydgate permaneció en silencio. Retiró las manos de detrás de la cabeza y se las apretó contra el pelo que, como era usual en él le caía, espeso, sobre la frente, mientras descansaba los codos en las rodillas. Sentía una acre desilusión, como si hubiera abierto la puerta de un lugar sofocante y encontrara una tapia, pero también estaba seguro de que Rosamond se complacía en la causa de su desencanto. Prefirió no mirarla ni hablar con ella hasta que no hubiera pasado el primer pronto de contrariedad. Después de todo, ¿qué le puede importar más a una mujer que la casa y los muebles?…, sin eso, un marido es un absurdo. Cuando alzó la vista y se apartó el pelo, sus ojos oscuros reflejaban el doloroso fruto de la incomprensión, pero sólo dijo con frialdad:

—Tal vez surja alguien más. Le dije a Trumbull que estuviera al tanto si fallaba Plymdale.

Rosamond no hizo comentario. Confió en que el azar mantuviera separados a su marido y al subastador hasta que algún acontecimiento justificara su intervención; en cualquier caso, había impedido lo que más temía de inmediato. Tras una pausa dijo:

—¿Cuánto dinero necesitan esas desagradables personas?

—¿Qué desagradables personas?

—Las que hicieron aquella lista… y los otros. Quiero decir, que cuánto les dejaría satisfechos para que no tuvieras que preocuparte.

Lydgate la observó un instante, como si buscara síntomas y luego dijo:

—Bueno, si hubiera obtenido seiscientas de Plymdale por los muebles y el traspaso, me hubiera podido arreglar. Hubiera pagado a Dover, y a los otros les hubiera dado lo suficiente a cuenta para hacerles esperar pacientemente…, si reducíamos gastos.

—Pero lo que digo es ¿cuánto necesitarías si nos quedáramos en esta casa?

—Más de lo que puedo conseguir en ninguna aparte —dijo Lydgate con sarcasmo en la voz. Le irritaba ver que la mente de Rosamond consideraba deseos ilusorios en lugar de enfrentarse con esfuerzos posibles.

—¿Por qué no dices la cantidad? —preguntó Rosamond con leve indicación de que la disgustaba su actitud.

—Bueno —dijo Lydgate, como calculando—, necesitaría al menos mil libras para estar tranquilo. Pero —añadió en tono incisivo—, he de pensar en lo que haré sin ellas, no con ellas.

Rosamond no dijo más.

Pero al día siguiente llevó a cabo su plan de escribir a Sir Godwin Lydgate. Desde la visita del capitán, había recibido una carta de él, así como una de la señora Mengan, su hermana casada, dándole el pésame por la pérdida del niño, y expresando vagamente el deseo de verla de nuevo en Quallingham. Lydgate le había dicho que esta cortesía no significaba nada, pero ella estaba íntimamente convencida de que cualquier reticencia de la familia de Lydgate se debía al comportamiento altivo y frío de su marido, y había contestado las cartas con todo su esmero y encanto, confiando en que llegaría una invitación concreta. Pero sólo llegó el silencio. Estaba claro que el capitán no era dado a escribir y Rosamond pensó que tal vez las hermanas estuvieran en el extranjero. Sin embargo, había llegado la época de pensar en los parientes que estaban en casa y al menos Sir Godwin, que le había acariciado la barbilla y dicho que se parecía a la señora Croly, la célebre beldad que le conquistara en 1790, se conmovería al ver que recurría a él y disfrutaría, por ella, comportándose como debía con su sobrino. Rosamond estaba ingenuamente convencida de lo que debía hacer un anciano caballero para impedir que ella sufriera malestar alguno. Y escribió lo que a su juicio era la carta más juiciosa, que sin duda le demostraría su excelente sentido común a Sir Godwin, señalando lo deseable de que Tertius abandonara un lugar como Middlemarch por uno más adecuado a su talento, cómo el carácter desagradable de los habitantes había impedido su éxito profesional, y cómo, consecuentemente, se encontraba en dificultades económicas, para salir de las cuales se precisarían mil libras. No mencionó que Tertius no estaba al corriente de la carta, pues creía que su supuesta objeción a la misma sería acorde con el grado de respeto que ella dijera que sentía su marido por el tío Godwin, de entre todos los familiares su mejor amigo. Esta era la fuerza de las tácticas de Rosamond que ahora aplicaba a los asuntos del mundo. Esto había tenido lugar antes de la fiesta del día de Año Nuevo, y aún no había llegado respuesta alguna de Sir Godwin. Pero aquel mismo día por la mañana Lydgate hubo de saber que Rosamond había revocado la orden que diera a Borthrop Trumbull. Pensando que sería conveniente que su esposa se fuera acostumbrando a la idea de dejar su casa de Lowick Gate, venció su aversión por hablar de nuevo del tema con ella y dijo durante el desayuno:

—Procuraré ver a Trumbull esta mañana para decirle que anuncie la casa en el Pioneer y el Trumpet. Si se anuncia, tal vez la coja alguien que de otro modo no hubiera pensado en cambiarse. En estos sitios de provincias muchas personas siguen en sus casas aún quedándoseles pequeñas por desconocimiento de cómo encontrar otra. Y no parece que Trumbull haya tenido mucho éxito.

Rosamond supo que había llegado el momento inevitable.

—Le dije a Trumbull que no prosiguiera con el tema —dijo con un deliberado sosiego que sin duda resultaba defensivo.

Lydgate la miró con mucho asombro. Hacía sólo media hora que la había estado sujetando las trenzas y dirigiéndole esas pequeñas frases de afecto, que Rosamond, aunque no devolviera, había aceptado como si fuera una hermosa y serena imagen que de vez en cuando sonreía milagrosamente a su adorador. Con estas sensaciones aún latentes, la sorpresa que recibió no pudo de momento ser de enfado claro: fue de dolor confuso. Dejó el cuchillo y el tenedor con que trinchaba la carne y echándose hacia atrás en la silla dijo finalmente con fría ironía en el tono:

—¿Puedo preguntar cuándo y por qué lo hiciste?

—Cuando supe que los Plymdale ya tenían casa, pasé a decirle que no les dijera nada de la nuestra; y al mismo tiempo le dije que parara el asunto. Sabía que sería muy nocivo para ti que se supiera que querías desprenderte de la casa y los muebles y yo me oponía mucho a ello. Creo que eran suficientes motivos.

—Carecía de importancia el que yo te hubiera dado razones imperativas de otra índole; carecía de importancia que yo hubiera llegado a una conclusión diferente y hubiera dado la orden pertinente, ¿verdad? —dijo Lydgate cáusticamente, acumulando truenos y centellas en los ojos y la frente. La cólera ajena siempre hacía que Rosamond se retrajera con fría repulsión, acentuando su corrección y su calma, decidida a no ser ella la que no se supiera comportar, hicieran lo que hicieran los demás.

—Creo —respondió— que tenía todo el derecho a hablar de un tema que me afecta a mí al menos tanto como a ti.

—Naturalmente…, tenías derecho a hablar, pero sólo conmigo. No tenías derecho a contravenir mis órdenes en secreto, y tratarme como si fuera un necio —dijo Lydgate en el mismo tono de antes…, para continuar con nuevo desdén—: ¿Será posible hacerte comprender las consecuencias? ¿Servirá de algo que te diga una vez más el por qué es necesario que intentemos desprendernos de la casa?

—No es necesario que me lo digas de nuevo —dijo Rosamond en un tono que cayó como frías gotas de agua—. Recuerdo lo que dijiste. Hablaste con la misma agresividad que ahora. Pero eso no varía mi opinión de que debías intentar cualquier otro medio antes de dar un paso tan doloroso para mí. En cuanto a lo de poner un anuncio de la casa, pienso que sería absolutamente degradante para ti.

—¿Y suponte que yo hago el mismo caso de tus opiniones que tú de las mías?

—Puedes hacerlo, naturalmente. Pero creo que debieras haberme dicho antes de casarnos que me pondrías en la peor de las situaciones antes que renunciar a tu opinión.

Lydgate guardó silencio, pero ladeó la cabeza y frunció con desesperación las comisuras de los labios. Rosamond, viendo que no la miraba, se levantó y puso ante él la taza de café; pero él no se fijó, y continuó con su drama interior y sus pensamientos, moviéndose de vez en cuando en la butaca, descansando un brazo sobre la mesa y mesándose el pelo con la mano. Experimentaba una mezcla de emociones y pensamientos que le impedían dar rienda suelta a su ira o perseverar en su decisión con simple rigidez. Rosamond se aprovechó de su silencio.

—Cuando nos casamos todos pensaron que tenías una alta situación. No me pude imaginar entonces que querrías vender nuestros muebles y vivir en Bride Street, donde las habitaciones de las casas son como jaulas. Si hemos de vivir así, al menos vayámonos de Middlemarch.

—Todo esto sería muy importante… —dijo Lydgate medio irónicamente (persistía el pálido ajamiento en sus labios mientras contemplaba el café sin tocarlo)—, sería muy importante si no diera la casualidad de que estoy endeudado.

—Muchas personas lo habrán estado igual que tú, pero si son respetables, la gente confía en ellas. Estoy segura de haber oído a papá hablar de que los Torbit tenían deudas y siguieron adelante perfectamente. No puede ser bueno actuar precipitadamente —dijo Rosamond con pacífica sabiduría.

A Lydgate le paralizaban impulsos contrarios: puesto que ningún razonamiento parecía poder conquistar el asentimiento de Rosamond, sentía deseos de destruir y triturar algún objeto en el que pudiera al menos producir alguna impresión, o decirle a su esposa brutalmente que él era el amo y ella debía obedecer. Pero no sólo le aterraba el efecto de una medida tan extrema sobre sus vidas sino que sentía un pánico creciente ante la terquedad tranquila e intangible de Rosamond, que no permitía que ninguna afirmación de poderío fuera decisiva; por otro lado Rosamond le había herido donde más le dolía al sugerir que se había casado con él engañada por una falsa visión de felicidad. En cuanto a decir que era el amo, no respondía a la realidad. La resolución impuesta por fuerza de la lógica y el sentido del honor empezaba a ceder ante el torpedeo de su esposa. Bebió media taza de café y se levantó para marcharse.

—Al menos podré pedir que no veas a Trumbull por ahora… hasta que se vea que no hay otros medios —dijo Rosamond. Aunque no era temerosa, pensó que no era momento para revelar que había escrito a Sir Godwin—. Prométeme que esperarás unas semanas, o que me lo dirás antes.

Lydgate lanzó una brusca carcajada.

—Creo que soy yo el que debiera exigirte la promesa de no hacer nada sin decírmelo —dijo, dirigiéndole una punzante mirada y encaminándose luego hacia la puerta.

—Recordarás que cenamos en casa de papá ¿no? —dijo Rosamond pretendiendo que su marido se volviera e hiciera una concesión más precisa —. Pero éste se limitó a contestar, «Sí», con impaciencia y salió.

A su mujer se le antojó que era muy odioso que su marido no considerara que bastaban las dolorosas proposiciones que había tenido que hacer sin necesidad de demostrar tan mal carácter. Era también muy cruel por su parte, que ante la modesta petición de que retrasara su visita a Trumbull, no la tranquilizara respecto a sus intenciones. Estaba convencida de haber actuado bien, y cada palabra encolerizada o hiriente de Lydgate sólo alargaba su registro mental de ofensas. Hacía meses que la pobre Rosamond había empezado a vincular a su marido con sentimientos de desencanto, y la relación terriblemente inflexible del matrimonio había perdido el encanto de fomentar sueños maravillosos. La había liberado de las cosas desagradables de la casa de su padre, pero su matrimonio no le había proporcionado todo cuanto había esperado y deseado. El Lydgate del que se había enamorado era un conjunto de condiciones abstractas, la mayoría de las cuales habían desaparecido, viéndose sustituidas por detalles cotidianos que había que vivir lentamente, hora a hora, en lugar de flotar fugazmente a través de ellos seleccionando los aspectos favorables. Los hábitos profesionales de Lydgate, su preocupación cuando estaba en casa por los temas científicos, que a ella se le antojaba como casi el gusto morboso de un vampiro, sus peculiares puntos de vista que jamás habían formado parte del lenguaje del noviazgo… todas estas influencias constantemente alienadoras, aún obviando el hecho de que se había colocado en una posición desventajosa en la ciudad y prescindiendo del sobresalto que le produjo la revelación sobre la deuda a Dover, hubieran bastado para que a Rosamond le aburriera la presencia de su esposo. Existía otra presencia que desde los primeros días de su matrimonio y hasta hacía cuatro meses, había resultado una animación agradable, pero había desaparecido: Rosamond se negaba a confesarse cuánto tenía que ver el vacío dejado con su tedio; y le parecía (tal vez estuviera en lo cierto) que una invitación a Quallingham y la posibilidad de que Lydgate se marchara de Middlemarch y se estableciera en otro lugar —Londres, o cualquier otro sitio libre de preocupaciones— le resultarían satisfactorias, reconciliándola con la ausencia de Will Ladislaw por quien sentía cierto resentimiento por sus alabanzas de la señora Casaubon.

Así estaban las cosas entre Lydgate y Rosamond aquel día de Año Nuevo cuando cenaron en casa del señor Vincy, ella mirándole con suave neutralidad en recuerdo de su comportamiento malhumorado del desayuno y él sufriendo una turbación mucho más honda fruto del conflicto interno en el cual la escena matutina era tan sólo una de sus muchas manifestaciones. Su acalorado esfuerzo al hablar con el señor Farebrother, sus esfuerzos por simular cínicamente que todas las formas de obtener dinero eran básicamente iguales, y que el azar posee un imperio que reduce la elección a la ilusión de un necio, no eran más que el síntoma de una resolución indecisa, una respuesta entumecida a los antiguos estímulos del entusiasmo.

¿Qué podía hacer? Veía con aún mayor nitidez que Rosamond la sordidez de llevársela a una casa pequeña de Bride Street, donde dispondría de pocos muebles a su alrededor y de su descontento interior; una vida de privaciones y una vida con Rosamond eran dos imágenes que se habían ido haciendo cada vez más irreconciliables desde que hiciera su aparición la amenaza de la carencia. Pero aunque sus decisiones hubieran obligado a la combinación de ambas imágenes, los preliminares útiles para cambio tan rudo no parecían estar a mano. Y pese a no haber otorgado la promesa que su esposa le requiriera, no volvió a la oficina de Trumbull. Incluso empezó a pensar en hacer un breve viaje al norte para ver a su tío Sir Godwin. Anteriormente había creído que nada le empujaría a pedirle dinero a su tío, pero desconocía entonces la presión tan absoluta de alternativas aún más desagradables. No podía confiar en el efecto de una carta; sólo en un encuentro personal, por incómodo que le resultara, podría ofrecer una explicación total y comprobar la efectividad del parentesco. No bien había empezado a considerar este paso como el más fácil que brotó en él una colérica reacción ante el hecho de que él, que hacía mucho tiempo decidiera vivir al margen de cálculos tan abyectos, de angustias egoístas acerca de las inclinaciones y los bolsillos de aquellos con quienes se enorgullecía de no tener objetivos en común, hubiera descendido no sólo a su mismo nivel, sino al de pedirles ayuda.

CAPÍTULO TRES

La inclinación de la naturaleza humana a ser tardía en la correspondencia triunfa incluso sobre la presente aceleración en el curso normal de las cosas: ¿cómo sorprendernos pues de que en 1832 el anciano Sir Godwin fuera tardo en escribir una carta de mayor importancia para otros que para él mismo? Habían transcurrido casi tres semanas del nuevo año y Rosamond, esperando una respuesta a su urgente petición, se veía desengañada a diario. Lydgate, ajeno por completo a las expectativas de su mujer veía llegar las facturas al tiempo que percibía como inminente el que Dover hiciera uso de su ventaja sobre otros acreedores. No le había mencionado nunca a Rosamond su pesarosa intención de ir a Quallignham; no quería admitir hasta el último momento lo que a ella le parecería una concesión a sus deseos tras una indignada negación, pero esperaba partir pronto. Un tramo concluido del ferrocarril le permitiría hacer el viaje de ida y vuelta en cuatro días.

Pero una mañana después de que Lydgate hubiera salido llegó una carta para él que Rosamond vio era de Sir Godwin y la llenó de esperanza. Tal vez dentro hubiera una nota para ella; pero, lógicamente era con Lydgate con quien había que tratar las cuestiones de dinero u otra ayuda y el hecho de que se le escribiera, aún más, el mismo retraso en la contestación, parecían garantizar que la respuesta sería afirmativa. Estas ideas la agitaron demasiado como para poder hacer más que pasar unos hilos en un cálido rincón del comedor, el sobre de aquella carta trascendental en la mesa a su lado. Alrededor de las doce oyó los pasos de su marido en el pasillo y corriendo a abrir la puerta, dijo en su tono más despreocupado:

—Tertius, ven… hay una carta para ti.

—¿Ah? —dijo sin quitarse el sombrero, pero pasando el brazo por el hombro de su mujer para girarla y que le acompañara hasta el lugar donde estaba la carta—. ¡Mi tío Godwin! —exclamó mientras Rosamond volvía a sentarse y le observaba al abrir la carta. Esperaba que se sorprendiera.

Así que Lydgate pasó la vista rápidamente por la breve carta, Rosamond vio que su rostro, normalmente de un moreno pálido, adquiría una seca blancura; temblándole los labios y las ventanillas de la nariz tiró ante ella la carta y dijo con violencia:

—Será imposible aguantar una vida contigo si insistes en actuar en secreto…, en actuar en contra mía y en ocultar tus acciones.

Lydgate se detuvo y le volvió la espalda… después giró en redondo, dio unos pasos, se sentó, y volvió a levantarse con desazón, asiendo fuertemente los objetos sólidos que llevaba en el fondo de los bolsillos. Temía decir algo irremediablemente cruel.

A Rosamond también se le había mudado el color a medida que leía. La carta decía así:

«Querido Tertius: No mandes que me escriba tu mujer cuando tengas algo que pedirme. Es una actitud cobista y sinuosa que no hubiera esperado de ti. Jamás he escrito a una mujer por asuntos de dinero. En cuanto a proporcionarte mil libras, o incluso la mitad de esa cantidad, me es imposible hacer nada por el estilo. Mi propia familia me esquilma hasta el último penique. Con dos hijos pequeños y tres hijas, es improbable que me sobre dinero. Pareces haberte liquidado tu propio capital con presteza y haber montado una buena donde estás; cuanto antes te vayas a otro sitio mejor. Pero no tengo ninguna relación con gente de tu profesión, y en ese punto no puedo ayudarte. Hice cuanto pude por ti como tutor, y te dejé que te salieras con la tuya y te dedicaras a la medicina. Podías haber entrado en el ejército o en la Iglesia. Tu dinero hubiera sido suficiente para esas profesiones y hubieras tenido ante ti una escalera más segura. Tu tío Charles siempre te ha tenido rencor por no haber seguido su profesión, pero yo no. Siempre te he querido bien, pero ahora debes considerarte independiente. Afectuosamente, tu tío GODWIN LYDGATE».

Cuando Rosamond hubo terminado la carta se quedó inmóvil, las manos cruzadas, frenando cualquier muestra del punzante desengaño y atrincherándose en una silenciosa pasividad ante la ira de su marido. Lydgate dejó de moverse, la miró de nuevo, y dijo con cáustica severidad:

¿Será esto suficiente para convencerte del daño que puedes hacer con tus artimañas a escondidas? ¿Posees el suficiente sentido común para reconocer tu incompetencia para juzgar y actuar por mí… para entrometerte con tu ignorancia en asuntos que me incumbe a mí decidir?

Eran palabras duras pero no era la primera vez que Rosamond le frustraba. Ella no le miró y no le respondió.

—Casi que me había decidido a ir a Quallingham. Me hubiera resultado harto penoso, pero tal vez hubiera surtido algún efecto. Pero de nada me ha servido devanarme los sesos. Siempre has estado maquinando en secreto. Me engañas con falsos asentimientos y luego estoy a merced de tus artimañas. Si tienes la intención de oponerte a todos mis deseos, dilo y desafíame. Al menos entonces sabré el terreno que piso.

Es un terrible momento en una vida joven cuando la proximidad del vínculo del amor adquiere esta capacidad para amargar. A pesar de su autodominio, a Rosamond le cayó una lágrima que rodó en silencio hasta los labios. Seguía sin decir nada, pero bajo esa quietud se escondía una intensa reacción: sentía tal aversión por su marido que deseaba no haberle visto nunca. La grosería de Sir Godwin hacia ella así como su ausencia total de sentimientos le alineaba con Dover y los demás acreedores… personas desagradables que sólo pensaban en sí mismas y a quienes no les importaba molestarla. Incluso su padre era despiadado y podía haber hecho más por ellos. En realidad sólo había una persona en el mundo a quien Rosamond no consideraba culpable y esa era la grácil criatura de rubias trenzas y manos pequeñas cruzadas ante ella que jamás había dicho palabras inconvenientes y que siempre había actuado con la mejor intención… siendo, naturalmente, la mejor intención aquella que ella prefería.

Lydgate, deteniéndose y mirándola de nuevo, empezó a sentir esa enloquecedora sensación de impotencia que cae sobre las personas apasionadas cuando su pasión se topa con un silencio inocente cuyo dócil aire de víctima les hace creerse equivocados, tiñendo incluso la indignación más justa con la duda de su rectitud. Precisaba recuperar la conciencia de estar en lo cierto moderando sus palabras.

—¿Es que no te das cuenta, Rosamond —comenzó de nuevo procurando conferir una seriedad sin amargura—, de que nada hay tan fatal como la falta de sinceridad y confianza entre nosotros? Ha ocurrido una y otra vez que yo manifieste un deseo decidido y que tú, tras un aparente asentimiento, me hayas desobedecido en secreto. Así, jamás puedo saber en qué creer. Tendríamos alguna esperanza si lo admitieras. ¿Es que soy un animal tan fiero e irrazonable? ¿Por qué no eres sincera conmigo?

Continuaba el silencio.

—¿No puedes decir al menos que te has equivocado y que puedo confiar en que en el futuro no obrarás en secreto? —dijo Lydgate con apremio, pero con algo de súplica en su tono que Rosamond captó con presteza. Su mujer hablo con frialdad.

—Me es imposible admitir o hacer promesa alguna en respuesta a las palabras que me has dirigido. No estoy acostumbrada a ese tipo de lenguaje.

Has hablado de mis «artimañas a escondidas», de mi «ignorante intromisión» y mi «falso asentimiento». Jamás te he hablado a ti de esa manera, y creo que debieras disculparte. Hablaste de la imposibilidad de vivir conmigo. La verdad es que no me has hecho la vida agradable últimamente. Creo que era lógico esperar de mí que intentara desviar algunas de las dificultades que me ha traído el matrimonio —otra lágrima rodó al dejar de hablar, y Rosamond se la seco con el mismo silencio que la primera.

Lydgate se derrumbó sobre una butaca, sintiéndose acorralado. ¿Tenía acaso cabida la advertencia en la mente de Rosamond? Se quitó el sombrero, reposó un brazo en el respaldo del sillón y bajó la vista unos momentos en silencio. Rosamond disfrutaba sobre él de la doble ventaja de ser insensible a lo que de justo tenían sus reproches al tiempo que percibía las innegables penalidades de su vida de casada. Aunque su duplicidad en el asunto de la casa rebasaba lo que Lydgate sabía, impidiendo en realidad que los Plymdale conocieran la disponibilidad de la misma, no tenía conciencia de que su conducta pudiera calificarse de falsa. No estamos más obligados a identificar nuestros propios actos de acuerdo con una clasificación estricta de lo que lo estamos a clasificar nuestras verduras o nuestras ropas. Rosamond se sentía ofendida, y esto era lo que Lydgate debía reconocer.

En cuanto a él, la necesidad de acoplarse a la naturaleza de su esposa, inflexible en igual proporción a su capacidad de refutación, le sujetaba como unas tenazas. Había empezado a tener una alarmante premonición del irrevocable desamor de su mujer, y la consiguiente tristeza de sus vidas. La presta intensidad de sus emociones hacía que este terror alternara rápidamente con los primeros prontos violentos. Vano alarde hubiera sido decir que era su amo.

«No me has hecho la vida agradable últimamente» …, «las dificultades que me ha traído el matrimonio» …, estas palabras ardían en su imaginación como el dolor que provoca pesadillas. ¿Acaso no sólo iba a descender de sus propósitos más elevados sino a hundirse también en el siniestro encarcelamiento del odio doméstico?

—Rosamond —dijo, mirándola con aire de infinita melancolía—, deberías disculpar las palabras de un hombre enfadado y desilusionado. Tú y yo no podemos tener intereses contrapuestos. No puedo separar mi felicidad de la tuya. Si estoy enfadado contigo es porque no pareces percatarte de cuánto nos separa cualquier ocultamiento. ¿Cómo iba yo a querer hacerte las cosas difíciles con mis palabras o mi conducta? Cuando te hago daño a ti, hiero parte de mí mismo. Nunca me enfadaría contigo si fueras absolutamente sincera conmigo.

—Sólo he querido impedir que nos precipitaras innecesariamente a la miseria —dijo Rosamond, rebrotándole las lágrimas ahora que su esposo se había suavizado—. Es tan duro vernos denigrados entre toda la gente que nos conoce y vivir tan miserablemente. ¿Por qué no me moriría con el niño?

Hablaba y lloraba con esa mansedumbre que convierte las palabras y las lágrimas en omnipotentes para un hombre de corazón afable. Lydgate acercó su butaca a la de su esposa y con mano fuerte y tierna le apretó la delicada cabeza contra su mejilla. Sólo la acarició; no dijo nada, pues ¿qué se podía decir? No podía prometer que la protegería de la temida miseria puesto que no veía medio seguro de hacerlo. Cuando la dejó para volver a salir se dijo a sí mismo que a ella le resultaba diez veces más arduo que a él; él tenía una vida fuera del hogar, constantes apelaciones a su actividad en favor de otros. Deseaba disculparla de todo lo posible… pero era inevitable que en ese estado de ánimo comprensivo pensara en ella como en un animalillo de especie diferente y más débil. Pero ella le había vencido.

CAPÍTULO CUATRO

Lydgate tenía ciertamente buenas razones para reflexionar sobre lo que le reportaba su profesión como contrapeso a sus cuitas personales. Ya no disponía de la suficiente energía para la investigación espontánea y el pensamiento especulativo, pero junto al lecho de sus pacientes los llamamientos directos a su criterio y a su comprensión aportaban el impulso necesario para sacarle de su ensimismamiento. No era simplemente ese arnés benéfico de la rutina que permite a los tontos vivir respetablemente y a los infelices vivir con tranquilidad; era una exigencia constante de nuevas e inmediatas aplicaciones del pensamiento, así como de tener en cuenta las necesidades y angustias de los demás. Muchos de nosotros, al echar la vista atrás, diríamos que el ser más amable que hemos conocido fue un médico, o tal vez aquel cirujano cuyo fino tacto, guiado por una bien informada percepción, nos socorrió con una caridad más sublime que la de los taumaturgos. Algo de esa caridad doblemente bendita seguía siempre a Lydgate en su trabajo en el hospital o en las casas particulares, sirviéndole mejor que cualquier opiato para tranquilizarle y sostenerle en sus ansiedades y su sensación de degeneración mental.

Sin embargo, la sospecha del señor Farebrother respecto del opiato era cierta. Bajo la primera amarga presión de dificultades previstas y la primera percepción de que su matrimonio, si no había de ser una soledad uncida, debía convertirse en un continuo esfuerzo por seguir amando sin que le inquietara demasiado el que le amaran, Lydgate había probado una o dos veces una dosis de opio. Pero carecía de un deseo hereditario por tan fugaces escapatorias de las guaridas de la miseria. Era fuerte, podía beber bien pero no le interesaba, y cuando los hombres a su alrededor bebían alcohol, él tomaba agua con azúcar, pues sentía una despectiva lástima por la agitación que producían incluso las primeras fases de la bebida. Lo mismo le ocurría con el juego. Había visto jugar mucho en París, observándolo como si fuera una epidemia, y no se sentía más tentado por ganancias así que por el alcohol. Se había dicho a sí mismo que las únicas ganancias que le interesaban debían obtenerse mediante un proceso consciente de elevadas y difíciles combinaciones que tendieran hacia un resultado positivo. El poder que codiciaba no se podía representar mediante unos dedos afanosos asiendo un montón de monedas, ni por el triunfo medio salvaje medio idiota en los ojos de quien abarca entre sus brazos las desventuras de veinte alicaídos compañeros.

Pero así como había probado el opio, empezó ahora a pensar en el juego no por afán de emociones sino por una especie de añoranza por una forma tan fácil de obtener dinero, que no conllevaba el pedir y no traía responsabilidades. De haber estado entonces en Londres o en París, es probable que tales pensamientos, secundados por la oportunidad, le hubieran llevado a una casa de juego, ya no para observar a los jugadores sino para observarles con consanguínea avaricia. La repugnancia se hubiera visto vencida por la perentoria necesidad de ganar, si la suerte era próvida y le dejaba. Un incidente que tuvo lugar no mucho después de que descartara la vaga noción de obtener ayuda de su tío fue una poderosa indicación del resultado que pudiera haber surtido cualquier oportunidad real de ganar.

El billar del Dragón Verde era el refugio constante de determinado grupo, la mayoría de cuyos componentes, como nuestro conocido señor Bambridge, eran tenidos por hombres disolutos. Era aquí donde el pobre Fred Vincy había contraído parte de su memorable deuda, al perder dinero en apuestas y verse obligado a pedirle dinero a su alegre acompañante. En Middlemarch se sabía abiertamente que de aquella forma se ganaba y se perdía mucho dinero; y la consiguiente fama del Dragón Verde como lugar de disipación naturalmente acrecentaba la tentación de visitarlo. Es probable que los asiduos, como los iniciados en la masonería, desearan que algo más emocionante se guareciera allí en secreto, pero no eran una comunidad cerrada y muchos ciudadanos respetables mayores, además de los jóvenes, se pasaban de vez en cuando por la sala de billar para ver lo que ocurría. Lydgate, que poseía la musculatura precisa además del gusto por el billar, había cogido el taco una o dos veces en el Dragón Verde en los primeros días de su llegada a Middlemarch; más adelante no dispuso ni del solaz para el juego ni de la inclinación por la clientela. Sin embargo, una noche hubo de buscar allí al señor Bambridge. El tratante se había comprometido a buscarle un comprador para el único caballo bueno que le quedaba, que Lydgate había decidido sustituir por un jamelgo barato esperando obtener veinte libras con este apeamiento, pues toda pequeña cantidad le interesaba ahora como ayuda para alimentar la paciencia de sus proveedores. Le ahorraría tiempo subir de pasada a la sala de billares.

El señor Bambridge aún no había llegado pero seguro que aparecería, le explicó su amigo el señor Horrock; y Lydgate se quedó, jugando una partida para pasar el tiempo. Esa noche tenía ese brillo especial en los ojos y la insólita vivacidad que una vez observara en él el señor Farebrother. El hecho excepcional de su presencia se comentó mucho en la sala, que estaba bastante llena y donde varios espectadores, así como algún jugador, apostaban animadamente. Lydgate estaba jugando bien y se sentía confiado; las apuestas continuaban a su alrededor y ante la rápida consideración de la probable ganancia que podría doblar la suma ahorrada con el caballo, empezó a apostar por su propio juego, ganando una y otra vez. El señor Bambridge ya había entrado pero Lydgate no se fijó en él. No sólo estaba exaltado con su juego sino que se empezaba a plantear el ir al día siguiente a Brassing, donde se jugaba a mayor escala y donde, con un poderoso zarpazo al cebo del diablo, podría llevárselo sin quedar atrapado en el anzuelo, comprando así su liberación de los requerimientos diarios.

Seguía ganando cuando entraron dos nuevas visitas. Una de ellas era un Hawley, joven recién llegado de estudiar Derecho en Londres, y el otro era Fred Vincy, que últimamente había pasado varias noches en este antiguo refugio suyo. El joven Hawley, un consumado jugador de billar, aportó frescura al taco. Pero Fred Vincy, sorprendido de ver a Lydgate y asombrándole el que apostara con aire exaltado, permaneció alejado del círculo en torno a la mesa.

Últimamente, Fred había estado recompensando su seriedad con un poco de relajamiento. Llevaba seis meses trabajando a fondo con el señor Garth en tareas al aire libre, y por mor de una severa disciplina casi había superado su defectuosa caligrafía, disciplina tal vez un poco menos rígida dado que con frecuencia se llevaba a cabo por las noches en casa del señor Garth bajo la mirada de Mary. Pero durante la última quincena, Mary se había quedado en la rectoría de Lowick con las señoras puesto que el señor Farebrother estaba en Middlemarch llevando a cabo unos planes parroquiales. Fred, a falta de cosas más agradables que hacer, había entrado en el Dragón Verde, en parte para jugar al billar, en parte para saborear de nuevo las antiguas conversaciones sobre caballos, deportes y otras generalidades, desde un punto de vista no del todo reglamentario. No había ido de caza ni una sola vez esta temporada, no poseía caballo propio, desplazándose principalmente con el señor Garth en su calesín, o sobre la sobria jaca que Caleb podía prestarle. Fred empezaba a pensar que era un poco demasiado esto de enderezarle con más rigidez que si hubiera sido un clérigo. «Te diré algo señorita Mary… va a resultar más arduo aprender agrimensura y a dibujar planos de lo que hubiera sido escribir sermones —la había dicho, queriendo que advirtiera lo que hacía por ella—; y respecto a Hércules y Teseo, a mi lado no fueron nada. Se divertían y jamás aprendieron una caligrafía de contable». Y ahora que Mary estaba fuera unos días, Fred, como cualquier otro perro fuerte que no puede deshacerse del collar, había arrancado la argolla de su cadena para hacer una pequeña escapada, sin intención de ir muy lejos ni muy rápido. No podía existir motivo para no jugar al billar, pero estaba decidido a no apostar. En cuanto al dinero, Fred tenía ahora el heroico propósito de ahorrar la mayor parte de las ochenta libras que el señor Garth le ofrecía, y devolverlas, lo cual podía hacer con facilidad renunciando a los gastos inútiles, puesto que tenía ropa en demasía y no tenía manutención que pagar. De esa forma podría, en un año, avanzar mucho en la devolución de las noventa libras de las que había privado a la señora Garth, desgraciadamente en un momento en el que le eran más necesarias que ahora. Sin embargo, hay que reconocer que esta noche, la quinta de sus recientes visitas a la sala de billar, Fred no tenía en el bolsillo pero sí en la mente las diez libras que pensaba quedarse del salario de medio año (teniendo por delante el placer de llevarle treinta libras a la señora Garth cuando Mary volviera a estar en casa) —diez libras en la mente como un fondo del cual poder arriesgar algo si surgía la oportunidad de una buena apuesta. ¿Y por qué? Pues porque ¿cuál era la razón para que no cogiera alguna moneda cuando éstas volaban a su alrededor? No volvería a caminar mucho por esa senda, pero a un hombre le gusta asegurarse, y a los libertinos aún más, de cuánta maldad podría hacer si quisiera, y de que si se abstiene de ponerse enfermo, o de convertirse en un mendigo, o de expresarse con la máxima libertad que los exiguos límites de la capacidad humana permiten, no es porque sea un tonto. Fred no entró en las razones formales, que son una manera muy artificial e inexacta de representarse la vuelta cosquilleante de un antiguo hábito, y los caprichos de la sangre joven; pero esa noche le rondaba una sensación profética de que cuando empezara a jugar empezaría también a apostar… de que bebería ponche y, en general, se prepararía para sentirse «algo mustio» por la mañana. Es en movimientos indefinibles como estos que a menudo comienza la acción.

Pero lo último que a Fred se le hubiera pasado por la imaginación era que vería a su cuñado Lydgate —acerca del cual no había descartado por completo su antigua opinión de que era un pedante muy consciente de su superioridad—, muy animado y apostando, tal y como podría haberlo hecho él mismo. A Fred le impactó más de lo debido el hecho de saber vagamente que Lydgate estaba endeudado y que su padre le había denegado su ayuda, y su propio impulso de sumarse a la partida se vio de pronto frenado. Fue una extraña inversión de actividades: el rostro claro y los ojos azules de Fred, normalmente vivos y despreocupados y dispuestos a atender cuanto encerrara una promesa de diversión, aparecían ahora involuntariamente serios y casi avergonzados, como ante la visión de algo inadecuado; mientras que Lydgate, que solía emanar un aire de fuerza serena y esconder cierta reflexividad tras incluso la más pendiente atención, actuaba, observaba, y hablaba con esa exaltada conciencia puntual que recuerda a un animal de fieros ojos y uñas retráctiles. Lydgate, apostando por sus propias jugadas, había ganado dieciséis libras, pero la llegada del joven Hawley había cambiado las tornas. Realizaba jugadas de primera calidad, y empezó a apostar contra Lydgate cuya tensión nerviosa se vio transferida de una simple confianza en sus propios movimientos a desafiar las dudas que sobre los mismos abrigaba otra persona. El desafío era más emocionante que la confianza pero menos seguro. Continuó apostando por su juego pero fallaba con frecuencia. No obstante siguió, pues tenía la mente tan encajonada en la profunda sima del juego como si hubiera sido el mirón más ignorante de la sala. Fred se dio cuenta de que Lydgate perdía con rapidez y se encontró en la situación desconocida de ingeniarse algo mediante lo cual, sin ser ofensivo, pudiera desviar la atención de Lydgate y tal vez sugerirle una razón para marcharse. Vio que otros observaban el inusitado comportamiento de su cuñado y se le ocurrió que tal vez el simple acto de tocarle el codo y llevárselo a un lado un minuto bastara para sacarle de su ensimismamiento. No se le ocurrió nada más brillante que la osada improbabilidad de decir que quería ver a Rosy y deseaba saber si se encontraba en casa, y se disponía a lanzarse a aquel desesperadamente ingenuo ardid cuando se le acercó un camarero con el mensaje de que el señor Farebrother estaba abajo y quería hablar con él.

A Fred le sorprendió y no del todo gratamente, pero enviando recado de que bajaría al momento, se acercó con renovado impulso a Lydgate y con un «¿Puedo hablar contigo un momento?» se lo llevó a un lado.

—Farebrother me acaba de mandar recado de que quiere hablar conmigo. Está abajo. Pensé que te gustaría saber que estaba aquí por si tenías algo que decirle.

Fred se había aferrado a aquel pretexto para hablar porque no podía decir «Estás perdiendo miserablemente y todo el mundo te está mirando; más vale que te vayas». Pero la inspiración no le hubiera servido mejor. Lydgate no había advertido la presencia de Fred hasta ese momento y su repentina aparición anunciándole al señor Farebrother tuvo el efecto de un golpe fuerte.

—No, no —dijo Lydgate—, no tengo nada especial que decirle. Pero… se acabó el juego… tengo que irme… sólo entré para ver a Bambridge.

—Bambridge está ahí pero está montando un cirio… no creo que sea momento para negocios. Baja conmigo a ver a Farebrother. Supongo que querrá armármela y tú me escudarás —dijo Fred con cierta diplomacia.

Lydgate se sentía avergonzado pero no podía dejarlo traslucir negándose a ver a Farebrother, de modo que bajó. Se limitaron a darse la mano y a hablar de la helada y cuando los tres hubieron alcanzado la calle, el vicario parecía bien dispuesto a despedirse de Lydgate. Claramente su propósito inmediato era hablar con Fred a solas y dijo con suavidad:

—Te interrumpí, joven, porque he de hablar contigo urgentemente. ¿Me acompañas andando hasta St. Botolph? Hacía una noche hermosa; el cielo estaba cuajado de estrellas y el señor Farebrother sugirió que dieran una vuelta para llegar hasta la vieja iglesia por la carretera de Londres. Lo siguiente que dijo fue:

—Creía que Lydgate nunca iba al Dragón Verde.

—Y yo también —dijo Fred—. Pero dijo que había ido a ver a Bambridge.

—Entonces, ¿no estaba jugando?

Fred no se había propuesto decirlo pero ahora se vio obligado a contestar:

—Sí. Pero supongo que sería algo accidental. No le había visto antes.

—¿Así que has estado frecuentando los billares últimamente?

—Bueno, he venido como unas cinco o seis veces. —Creí que tenías buenas razones para haber dejado ese hábito.

—Claro. Usted lo sabe —dijo Fred, a quien no le gustaba verse catequizado de aquella forma—. Se lo conté todo.

—Supongo que eso me autoriza a hablar del asunto. Existe entre nosotros una relación de amistad, ¿no?… yo te he escuchado a ti y tú estarás dispuesto a escucharme a mí. Ahora me toca a mí; ¿puedo hablar un poco de mí mismo?

—Estoy en deuda con usted, señor Farebrother —dijo Fred atenazado por incómodas conjeturas.

—No voy a negar que tienes cierta deuda conmigo. Pero te voy a confesar Fred, que he estado tentado de invertirla guardando silencio esta vez. Cuando alguien me dijo «El joven Vincy ha vuelto a la mesa de billar todas las noches… no aguantará mucho la brida», tuve tentaciones de hacer lo opuesto de lo que estoy haciendo… callarme y esperar a que rodaras de nuevo por la pendiente… primero apostando, y luego…

—No he hecho ninguna apuesta —dijo Fred precipitadamente.

—Me alegro de saberlo. Pero como te decía, mi inclinación era observar y verte coger el camino equivocado, colmar la paciencia de Garth, y perder la mejor oportunidad de tu vida… la oportunidad que hiciste esfuerzos difíciles por conseguir. Adivinarás el sentimiento que suscitó en mí esa tentación… estoy convencido de que lo conoces. Estoy seguro de que sabes que la satisfacción de tu afecto se interpone en la consecución del mío.

Hubo una pausa. El señor Farebrother parecía esperar un reconocimiento de aquel hecho, y la emoción que se filtraba en el tono de su hermosa voz dotaba de solemnidad a sus palabras. Pero ningún sentimiento podía acallar la alarma de Fred.

—No iba a renunciar a ella —dijo tras una ligera vacilación: no era momento de simular generosidad.

—Claro que no, cuando eras correspondido. Pero las relaciones de este tipo, aun cuando vienen de atrás, son siempre susceptibles de cambio. No me resulta difícil concebir que pudieras obrar de forma que aflojaras los lazos que la unen a ti… hay que recordar que sólo está ligada a ti condicionalmente… y que en ese caso, otro hombre, que puede enorgullecerse de tener cierto ascendiente sobre ella, podría granjearse el sólido lugar en su corazón, además de en su mente, que tú habías dejado escapar. No me resulta en absoluto difícil concebir tal resultado —repitió el señor Farebrother con insistencia—. Existe un compañerismo en la afinidad de gustos que pudiera imponerse incluso a la más larga de las asociaciones.

A Fred le pareció que el ataque del señor Farebrother no hubiera sido más cruel de haber poseído pico y garras en lugar de su hábil lengua. Tenía la terrible convicción de que tras esta hipótesis existía la certeza de algún cambio en los sentimientos de Mary.

—Claro que sé lo fácil que es que todo acabe —dijo con voz preocupada—. Si Mary compara… —se interrumpió, no queriendo desvelar todos sus sentimientos, y continuó con la ayuda de un poco de amargura—. Pero creía que era usted amigo mío.

—Y lo soy, por eso estamos aquí. Pero me he sentido muy inclinado a no serlo. Me he dicho a mí mismo, «si hay la probabilidad de que ese joven se perjudique, ¿por qué has de interferir? ¿Acaso no vales tanto como él? ¿Acaso los diecisiete años que le sacas, durante los que has ayunado mucho, no te dan más derecho que a él a satisfacer tus afectos? Si hay la posibilidad de que se eche a perder… pues déjale… tal vez tampoco pudieras impedírselo… y recoge el beneficio».

Hubo una pausa durante la cual a Fred le recorrió un incómodo escalofrío. ¿Qué vendría a continuación? Temía escuchar que Mary sabía algo… le parecía que estaba oyendo una amenaza más que una advertencia. Cuando el vicario habló de nuevo había un cambio en su voz, como una transición alentadora a un tono mayor.

—Pero anteriormente mis intenciones habían sido mejores, y finalmente las he retomado. Pensé que nada mejor para atarme a ellas, Fred, que el decirte lo que había estado pensando. Y ahora, ¿me entiendes? Quiero que la hagas feliz, y que tú también lo seas, y si existe la posibilidad de que una advertencia por mi parte pueda impedir el riesgo de lo contrario… pues ya la he hecho.

La voz del vicario decayó con sus últimas palabras. Hizo una pausa. Estaban en una esquina de césped donde la carretera se desviaba hacia St. Botolph y extendió la mano, como indicando que la conversación había terminado. Fred se conmovió de una forma desconocida. Alguien muy sensible a la contemplación de un acto hermoso ha dicho que produce en el cuerpo una especie de escalofrío regenerador, y le hace a uno sentirse dispuesto a empezar una vida nueva. Ese efecto inundó a Fred Vincy en buena medida.

—Intentaré ser merecedor de esto —dijo interrumpiéndose antes de poder añadir, «de usted tanto como ella». Entretanto el señor Farebrother había hecho acopio de impulso suficiente para agregar algo más.

—No debes figurarte Fred, que piense que por el momento haya disminuido su preferencia por ti. Tranquilízate; si sigues recto, lo demás no se desviará.

—Nunca olvidaré lo que ha hecho —respondió Fred—. No puedo decir nada que merezca la pena… sólo que procuraré que su bondad no se vea malgastada.

—Es bastante. Buenas noches, y Dios te bendiga.

Así se despidieron. Pero ambos deambularon mucho rato antes de abandonar el cielo estrellado. Gran parte de los pensamientos de Fred se podrían resumir en las palabras «Hubiera sido bueno para Mary casarse con Farebrother… pero ¿si me quiere más a mí y yo soy un buen marido?».

Tal vez los del señor Farebrother se pudieran concentrar en un único encogimiento de hombros y un pequeño párrafo, «¡Pensar en el papel que una pequeña mujer puede jugar en la vida de un hombre, de forma que renunciar a ella puede ser una muy buena imitación del heroísmo y conquistarla una disciplina!».

CAPÍTULO CINCO

Felizmente Lydgate había terminado perdiendo en los billares, saliendo sin ánimos de atacar de nuevo por sorpresa a la fortuna. Al contrario, se sintió molesto consigo mismo al día siguiente cuando hubo de pagar cuatro o cinco libras por encima de sus ganancias, y cargar con la desagradable visión de la imagen que había dado, no sólo codeándose con los hombres del Dragón Verde, sino comportándose igual que ellos. Un filósofo que apuesta apenas se distingue de un inculto en las mismas circunstancias: la diferencia provendrá principalmente de las reflexiones posteriores, y en ese sentido Lydgate rumió desagradablemente. Su razón le señaló cómo el asunto hubiera podido desembocar en la ruina por un leve cambio de escenario… de haber entrado en una casa de juego, donde la suerte se podía asir con ambas manos en lugar de cogerla con el índice y el pulgar. De todas formas, aunque la razón ahogaba el deseo de jugar, permaneció en él la sensación de que, de tener garantizada la suerte en la dosis requerida, le hubiera gustado jugar antes que aceptar la alternativa que empezaba a imponérsele como inevitable.

Esa alternativa era dirigirse al señor Bulstrode. Lydgate se había vanagloriado tantas veces ante sí mismo y ante otros de ser totalmente independiente de Bulstrode, a cuyos planes se había prestado exclusivamente porque le permitían llevar a cabo sus conceptos de labor profesional y de provecho público; tantas veces, en su relación personal, había mantenido su orgullo la sensación de que estaba poniendo a un buen uso social a aquel banquero prepotente, cuyas opiniones consideraba despreciables y cuyos motivos a menudo le parecían una absurda mezcla de impresiones contradictorias, que se había creado grandes obstáculos teóricos contra una petición considerable en beneficio propio.

No obstante, a principios de marzo sus asuntos se hallaban en ese punto en el que los hombres empiezan a decir que juraron desde la ignorancia y a percatarse de que la actuación que habían calificado de imposible en ellos se va convirtiendo en manifiestamente posible. Con la desagradable garantía de Dover a punto de vencer, los ingresos de la clientela absorbidos de inmediato por las deudas atrasadas, la posibilidad, si llegaba a saberse lo peor, de que les negaran los suministros diarios a cuenta, y sobre todo, la imagen de descontento de Rosamond persiguiéndole constantemente, Lydgate empezó a ver que debería rebajarse y pedirle ayuda a alguien. En un principio había considerado escribir al señor Vincy, pero preguntándole a Rosamond averiguó que, como sospechara, ella ya había acudido a su padre en dos ocasiones, la última después de la desilusión producida por Sir Godwin, y papá había dicho que Lydgate debía apañárselas. «Papá dijo que con un mal año tras otro, comerciaba cada vez más con capital prestado, y había tenido que renunciar a muchos caprichos: no podía prescindir ni de cien libras. Dijo: que se lo pida a Bulstrode: siempre han sido uña y carne».

Lo cierto era que el propio Lydgate había llegado a la conclusión de que si tenía que terminar por pedir un préstamo sin interés, su relación con Bulstrode, más que con cualquier otra persona, podría proporcionarle un derecho que no era estrictamente personal. Indirectamente Bulstrode había contribuido al fracaso de su consulta, y también se había sentido gratamente satisfecho de contar con un socio médico para sus planes: pero, ¿quién de nosotros se ha visto reducido a la dependencia de Lydgate sin intentar creer que tiene derechos que aminoran la humillación de pedir? Era cierto que últimamente parecía haber disminuido el interés de Bulstrode por el hospital; pero su salud había empeorado y mostraba síntomas de una afección nerviosa profunda. Por lo demás no presentaba cambios: siempre había sido extremadamente educado, pero Lydgate había observado en él desde el principio una marcada frialdad respecto de su matrimonio y otras circunstancias personales, una frialdad que prefería a cualquier familiaridad entre ellos. Retrasaba su intención día a día, debilitado su hábito de actuar de acuerdo con sus conclusiones por la repugnancia a cualquier conclusión posible y los actos que exigiera. Veía con frecuencia al señor Bulstrode pero no intentó aprovechar ninguna ocasión para sus motivos personales. En un momento pensó, «Escribiré una carta: lo prefiero a una tortuosa conversación»; en otro, pensó, «No, si hablara con él podría dar marcha atrás ante cualquier signo negativo».

Pasaban los días y la carta no se escribía ni se buscaba la entrevista. Al huir de la humillación de una actitud de dependencia hacia Bulstrode, su imaginación empezó a familiarizarse con otra medida aún menos parecida a su forma de ser. Empezó a considerar espontáneamente si sería posible llevar acabo la pueril idea de Rosamond que tantas veces le había enfadado, a saber, marcharse de Middlemarch sin pensar en lo que vendría después. Surgía la pregunta… «¿Habría alguien que me comprara la consulta, incluso ahora con lo poco que vale? Así, podría llevarse a cabo la subasta como preparación necesaria para marcharme».

Pero en contra de este paso, que seguía considerando un despreciable abandono de su trabajo actual, una desviación avergonzada de lo que era real y pudiera convertirse en un canal cada vez más ancho para una actividad digna, y todo ello para empezar de nuevo sin destino justificado, existía un obstáculo: que el comprador, caso de existir, podía tardar en presentarse. ¿Y después? Rosamond, en una vivienda humilde, aunque fuera en la mayor de las ciudades o la más lejana, no encontraría la vida que la salvara de la tristeza y le salvara a él del reproche de haber sumido en ella a su esposa. Pues cuando un hombre se encuentra al pie de la colina del éxito, puede quedarse allí mucho tiempo a pesar de su competencia profesional. En el clima británico, no hay incompatibilidad entre la intuición científica y una vivienda amueblada: la incompatibilidad se da principalmente entre la ambición científica y una esposa que rechaza esa clase de residencia.

Pero en medio de sus titubeos, la oportunidad vino a decidirle. Una nota del señor Bulstrode le pidió a Lydgate que fuera a verle al banco. Últimamente se había manifestado en el banquero una tendencia hipocondríaca, y la falta de sueño, que no era más que una ligera acentuación de un síntoma dispéptico habitual, se le había antojado como síntoma de una posible demencia. Quería consultar con Lydgate sin más tardanza esa misma mañana, aunque no podía añadir nada nuevo a lo que el médico ya sabía. Escuchó atentamente cuanto le dijo Lydgate para tranquilizarle, si bien esto también era mera repetición, y este momento en que Bulstrode recibía la opinión médica con un sentimiento de alivio parecía hacer más fácil de lo que Lydgate había pensado de antemano, el comunicarle una necesidad personal. Había estado insistiendo en lo bueno que le resultaría al señor Bulstrode desentenderse un poco de los negocios.

—Se ve que cualquier esfuerzo mental, por leve que sea, puede afectar a una constitución delicada —dijo Lydgate llegado el punto de la consulta en el que los comentarios suelen pasar de lo particular a lo general—, cuando observamos la profunda huella que deja la ansiedad durante un tiempo, incluso en los jóvenes y vigorosos. Yo soy muy fuerte por naturaleza y sin embargo me he visto muy afectado últimamente por una acumulación de problemas.

—Supongo que una constitución en el estado debilitado de la mía sería especialmente propensa a caer víctima del cólera, caso de que nos llegara al distrito. Y desde su aparición en Londres, haríamos bien en asediar el trono divino con peticiones de protección —dijo el señor Bulstrode, sin intención de soslayar la alusión de Lydgate, sino verdaderamente preocupado por sí mismo.

—En todo caso, usted ha asumido su parte de responsabilidad a la hora de tomar precauciones en la ciudad, y ese es el mejor modo de pedir protección —dijo Lydgate, resintiendo tanto más la metáfora incompleta y la lógica defectuosa de la religión del banquero por su aparente sordera ante los problemas ajenos. Pero su mente había recogido el movimiento largo tiempo gestado en busca de ayuda, y no pensaba interrumpirse. Añadió—: la ciudad ha hecho mucho respecto de la limpieza y la búsqueda de medios materiales, y creo que si nos llegara el cólera, incluso nuestros enemigos tendrán que admitir que la organización del hospital resultaría de utilidad pública.

—Cierto —dijo el señor Bulstrode con cierta frialdad—. Respecto de lo que usted dice, señor Lydgate, sobre que ceda un poco en mi ocupación mental, llevo algún tiempo pensando en algo… en algo muy concreto. Estoy considerando retirarme al menos temporalmente de la dirección de gran parte de mis negocios, sean de tipo benéfico o comercial. También pienso cambiar mi residencia durante un tiempo; probablemente cierre o alquile The Shrubs y me vaya a algún lugar cercano a la costa previa información acerca de la salubridad, por supuesto. ¿Aconsejaría usted esta medida?

—Por supuesto —dijo Lydgate recostándose en la silla con impaciencia mal disimulada ante los ojos pálidos y preocupados del banquero y su intensa alarma personal.

—Desde hace tiempo pienso que debería hablar este tema con usted en relación a nuestro hospital —continuó Bulstrode—. En las circunstancias que he expresado, debo, por supuesto, dejar toda participación personal en el funcionamiento, y va en contra de mi sentido de la responsabilidad continuar aportando una considerable cantidad a una institución que no puedo atender y, en cierta medida, dirigir. Por tanto, caso de que prospere mi decisión de abandonar Middlemarch, retiraré del nuevo hospital cualquier otra ayuda que la que se mantendrá por el hecho de haber sido yo quien corrió principalmente con los gastos de su edificación, aparte de haber contribuido a su funcionamiento con ulteriores cantidades importantes.

Cuando Bulstrode, según su costumbre, hizo una pausa, Lydgate pensó, «Debe tal vez haber perdido bastante dinero». Era la explicación más plausible al pequeño discurso que producía un cambio alarmante en sus esperanzas.

—Me temo que será difícil remediar la pérdida para el hospital —respondió.

—Pues sí —dijo Bulstrode, con el mismo tono suave y decidido—, excepto mediante algún cambio de planes. La única persona con quien se puede contar definitivamente para aumentar su contribución es la señora Casaubon. He hablado con ella del tema y le he indicado, como le indico a usted ahora, que será necesario lograr un apoyo más generalizado para el nuevo hospital, mediante un cambio de sistema.

Hubo otra pausa, pero Lydgate guardó silencio.

—El cambio al que me refiero es una fusión con la enfermería, de forma que el nuevo hospital se considere un anexo especial de la antigua institución, con el mismo consejo de administración. Asimismo, será preciso que se unifique la dirección médica. De esta forma se eliminará cualquier dificultad respecto del mantenimiento del nuevo establecimiento; los intereses benéficos de la ciudad dejarán de estar divididos.

El señor Bulstrode había bajado la vista desde el rostro de Lydgate a los botones de su levita e hizo una nueva pausa.

Sin duda es un buen plan respecto al mantenimiento del hospital —dijo Lydgate con un punto de ironía en su tono de voz—. Pero no creo que se pueda esperar de mí que me sienta entusiasmado con él puesto que uno de los primeros resultados será que los otros médicos trastornarán o interrumpirán mis métodos, aunque sólo sea porque son los míos.

—Personalmente, y como usted sabe, señor Lydgate, yo valoro enormemente la oportunidad de procedimientos nuevos e independientes que usted ha puesto diligentemente en práctica: el plan original, lo confieso, significaba mucho para mí, siempre sometido a la voluntad divina. Pero puesto que la providencia me exige una renuncia, así lo hago.

Bulstrode demostraba una habilidad bastante desesperante en su conversación. La metáfora incompleta y la lógica defectuosa que habían suscitado el desprecio de Lydgate eran muy consistentes con una forma de exponer los hechos que hacían que al médico le resultara difícil manifestar su indignación y desilusión. Tras una rápida reflexión, se limitó a preguntar:

—¿Qué dijo la señora Casaubon?

—Esa es la otra cosa que quería decirle —dijo Bulstrode que había preparado muy a fondo su explicación pastoral—. Como usted sabe, es una mujer de disposición sumamente generosa, y, afortunadamente en posesión… no diré de una gran fortuna, pero sí de fondos muy sobrados. Me ha informado que pese a que había destinado la mayor parte de esos fondos a otro menester, está dispuesta a considerar si no podría reemplazarme a mí respecto del hospital. Pero desea tiempo suficiente para madurar sus ideas sobre el tema y le he dicho que no hay prisa, que de hecho, mis planes aún no están totalmente decididos.

Lydgate estaba a punto de decir «Si la señora Casaubon le sustituye habría una ganancia y no una pérdida». Pero la losa que pesaba sobre su mente detuvo esa jovial ingenuidad y respondió:

—Entonces, entiendo que puedo tratar el tema con la señora Casaubon.

—Exactamente; ese es su deseo. Dice que su decisión dependerá en gran parte de lo que usted le diga. Pero no por el momento; tengo entendido que se dispone a salir de viaje. Tengo aquí su carta —dijo el señor Bulstrode sacándola y leyendo—: «De momento estoy ocupada. Voy a Yorkshire con Sir James y Lady Chettam y las conclusiones a las que llegue respecto de algunas tierras que he de ver allí pueden afectar mis posibilidades de contribuir al hospital». Por tanto, señor Lydgate, no hay ninguna premura en este asunto, pero quería advertirle de antemano de lo que pudiera suceder.

El señor Bulstrode volvió a guardar la carta en el bolsillo y cambió de actitud, como cerrando el asunto. Lydgate, cuya renacida esperanza respecto al hospital no hacía más que subrayar los hechos que la envenenaban, supo que, si había de buscar ayuda, debía hacerlo en ese momento y con decisión.

—Le quedo muy agradecido por ponerme tan al corriente —dijo con voz firme pero entrecortando las palabras lo que demostraba que le costaba pronunciarlas—. Mi profesión es lo más importante para mí, y había identificado el hospital con el mejor uso que de momento puedo hacer de mis conocimientos. Pero el mejor uso no coincide siempre con el éxito económico. Todo lo que ha hecho impopular al hospital ha contribuido, junto con otras causas —pienso que están todas relacionadas con mi celo profesional— a hacerme impopular como médico. Principalmente tengo pacientes que no pueden pagarme. Serían los que más me gustan si yo no tuviera que pagar a nadie.

—Lydgate esperó un poco pero Bulstrode se limitó a asentir mientras le miraba fijamente, y el médico continuó de la misma forma entrecortada como si mordiera algo a disgusto.

—He incurrido en dificultades económicas de las que no veo la manera de salir, salvo que alguien que confía en mí y en mi futuro me adelantara una cantidad sin otra garantía. Cuando llegué aquí me quedaba muy poca fortuna. No tengo perspectivas de dinero por parte de mi familia. Mis gastos, a consecuencia de mi matrimonio, han sido mucho más grandes de lo que esperaba. El resultado en este momento es que necesitaría mil libras para salir adelante. Me refiero para librarme del riesgo de tener que vender todos mis bienes como garantía de la deuda más importante… además de saldar otras deudas… y guardar un pequeño remanente que nos mantenga un poco por delante de nuestros exiguos ingresos. Es de todo punto imposible que el padre de mi esposa proporcione semejante adelanto. Esa es la razón de que mencione mi situación a… al único otro hombre que puede considerarse que tiene alguna relación personal con mi prosperidad o mi ruina.

A Lydgate le repelió oírse a sí mismo. Pero ya había hablado y lo había hecho de forma inequívocamente directa. El señor Bulstrode respondió sin premura pero también sin vacilar.

—Me apena, si bien no me sorprende esta información, señor Lydgate. Por mi parte, siento su vinculación a la familia de mi cuñado, que siempre ha sido de hábitos pródigos y que ya está muy en deuda conmigo por contribuir a mantenerles en su posición actual. Yo le aconsejaría, señor Lydgate, que en lugar de contraer nuevas obligaciones y continuar una lucha de dudoso resultado, simplemente se declarara en bancarrota.

—Eso no mejoraría mis perspectivas —dijo Lydgate levantándose y hablando con amargura—, aunque en sí fuera algo más agradable.

—Nos ponen a prueba constantemente —dijo el señor Bulstrode—, pero ése, señor mío, es nuestro sino aquí, y un correctivo necesario. Le recomiendo que sopese mi consejo.

—Muchas gracias —dijo Lydgate, sin saber muy bien lo que decía—. Le he entretenido demasiado. Buenos días.

CAPÍTULO SEIS

El cambio de planes y desplazamiento de interés que Bulstrode manifestó o delató en su conversación con Lydgate, le venía fijado por una cruda experiencia que había vivido desde la subasta de los bienes del señor Larcher, cuando Raffles reconoció a Will Ladislaw y cuando el banquero había intentado en vano un acto de restitución que impulsara a la divina providencia a detener consecuencias dolorosas.

Su certeza de que Raffles, salvo que estuviera muerto, regresaría a Middlemarch a no mucho tardar, se había visto justificada. Había reaparecido en The Shrubs el día de Nochebuena. Bulstrode estaba en casa para recibirle e impedir que se comunicara con el resto de la familia, pero no logró evitar que las circunstancias de la visita le comprometieran y alarmaran a su esposa. Raffles se mostró más indómito que en su anterior aparición pues su estado crónico de inestabilidad mental —efecto progresivo de su intemperancia habitual— borraba con presteza toda impresión que le producía cuanto se le dijera. Insistió en quedarse en la casa y Bulstrode, sopesando dos tipos de males, pensó que no sería ésta peor alternativa que la de que se marchara a la ciudad. Le mantuvo en su propia habitación toda la velada hasta que Raffles se fue a acostar, y todo el tiempo éste se estuvo divirtiendo con las molestias que le estaba ocasionando a este próspero y respetable compañero de pecados, diversión que dijo ser alegría por la satisfacción de su amigo al poder agasajar a quien le había sido de gran utilidad y no había sido debidamente recompensado. Bajo estas burdas bromas yacían unos cálculos muy astutos —una fría decisión de extraerle a Bulstrode una buena cantidad como pago por librarse de aquella nueva aplicación de la tortura. Pero su astucia se pasó un poco de la raya.

Bulstrode, de hecho, estaba aún más afligido de lo que la tosca alma de Raffles le permitía imaginarse. Le había dicho a su esposa que simplemente estaba cuidando de aquella desgraciada criatura, la víctima del vicio, que de otro modo podía incluso perjudicarse; insinuó, sin llegar a la mentira, que había un lazo familiar que le obligaba a ello, y que existían en Raffles síntomas de alineación mental que exigían cautela. El mismo se llevaría al desgraciado por la mañana. Consideraba que con estas insinuaciones proporcionaba a su esposa una adecuada información para sus hijas y el servicio, al tiempo que explicaba el que nadie salvo él entrara en la habitación, ni siquiera para llevarle algo de comer y beber. Pero vivió un infierno de terror por si le oían a Raffles las referencias directas y vociferantes a hechos pasados, por si la señora Bulstrode se sintiera tentada de escuchar detrás de la puerta. ¿Cómo impedírselo? ¿Cómo iba a delatar su terror abriendo la puerta para ver si estaba? Era una mujer de costumbres honradas y directas y era poco probable que empleara un método tan abyecto para llegar a una dolorosa información; pero el miedo era más fuerte que el cálculo de probabilidades.

Así, Raffles había abusado en su método de tortura, produciendo un resultado que no estaba en su plan. Al mostrarse imposiblemente indómito había obligado a Bulstrode a pensar que el único recurso que le quedaba era un abierto desafío. Tras acompañar a Raffles a la cama aquella noche, el banquero ordenó preparar el carruaje cerrado para las siete y media de la mañana. A las seis llevaba ya tiempo vestido, habiendo gastado parte de su angustia en rezar, exponiendo sus motivos para querer evitar lo peor si es que en algún momento había empleado la falsedad o faltado a la verdad ante Dios. Pues Bulstrode huía de la mentira directa con una intensidad desproporcionada al número de sus transgresiones indirectas. Pero muchas de éstas eran como los sutiles movimientos musculares que no se registran en la conciencia, si bien producen el fin que hemos decidido y deseamos. Y sólo es aquello que registramos vivamente lo que suponemos puede ser visto por la divina omnisciencia.

Bulstrode llevó su vela hasta la cabecera de Raffles, que parecía estar teniendo una pesadilla. Permaneció en silencio, confiando en que la presencia de la luz sirviera para despertar gradual y suavemente al que dormía, pues temía algún ruido como consecuencia de un despertar demasiado brusco. Llevaba un par de minutos o más observando los estremecimientos y los jadeos que parecía probable acabaran por despertarle cuando Raffles, con un gemido largo y medio ahogado se incorporó y miró aterrorizado a su alrededor, temblando y faltándole la respiración. Pero no hizo ningún otro ruido y Bulstrode, dejando la vela, esperó a que se repusiera.

Había pasado un cuarto de hora cuando Bulstrode, con una fría brusquedad que no había mostrado anteriormente dijo:

—He venido a llamarle tan pronto, señor Raffles, porque he ordenado que estuviera listo el carruaje a las siete y media; tengo la intención de acompañarle personalmente hasta Ilsely, donde podrá coger el tren o esperar la diligencia.

Raffles estaba a punto de hablar pero Bulstrode se le anticipó imperiosamente con las palabras:

—Guarde silencio y escuche lo que le voy a decir. Le proporcionaré dinero ahora y, de cuando en cuando, si me lo pide por carta, le daré una cantidad razonable; pero si vuelve a presentarse aquí, si viene otra vez a Middlemarch, si usa la lengua de forma injuriosa para mí, tendrá que vivir de los frutos que le proporcione su malicia, sin ninguna ayuda por mi parte. Nadie le va a pagar bien por criticarme: sé lo peor que puede hacer en contra de mí y me enfrentaré a ello si se atreve a imponérseme aquí de nuevo. Levántese y haga lo que le digo, sin ruido alguno, o llamaré a la policía para que le saquen de mi casa: podrá hacer circular sus historias por todas las tabernas de la ciudad pero no tendrá ni un céntimo mío para pagarse los gastos.

Pocas veces en su vida había hablado Bulstrode con tanta energía: había estado pensando este discurso y sus probables efectos durante una buena parte de la noche; y pese a que no confiaba en que le salvara a la postre de que Raffles regresara, había llegado a la conclusión de que era la mejor jugada de la que disponía. Dio resultado al obtener una sumisión de parte de un hombre exhausto aquella mañana: su organismo saturado se arredró ante la fría decisión de Bulstrode y se le sacó de la casa en silencio antes de la hora del desayuno familiar. Los criados se imaginaron que era un pariente pobre, y no les sorprendió que un hombre severo como su señor, que llevaba muy alta la cabeza en el mundo, se avergonzara de semejante primo y quisiera deshacerse de él. Las diez millas que recorrió el banquero con su odiado compañero fueron un triste comienzo del día de Navidad; pero a su término Raffles había recuperado el ánimo y se marchó con la satisfacción que le produjeron las cien libras que el banquero le había dado. Varios motivos indujeron a Bulstrode a esta generosidad, pero no se detuvo a examinarlos minuciosamente. Mientras observara a Raffles en su inquieto dormir, se le había cruzado por la mente el deterioro de este hombre desde que recibiera su último regalo de doscientas libras.

Se había encargado de repetir el incisivo propósito de no dejarse tomar más el pelo, y había intentado hacerle ver a Raffles que le había demostrado que los riesgos de comprar su silencio o desafiarle eran iguales. Pero, cuando libre de su repulsiva presencia, Bulstrode regresó a su tranquilo hogar, no tenía mucha confianza en haber logrado más que un respiro. Era como si hubiera tenido una repugnante pesadilla y no pudiera sacudirse de encima las imágenes con su odiosa hermandad de sensaciones… como si un reptil peligroso hubiera dejado su baboso rastro en todas las cosas agradables que rodeaban su vida.

¿Quién sabe qué parte de su vida interior está compuesta de los pensamientos que cree que otros tienen sobre él hasta que ese tejido de opinión se ve amenazado con la ruina? El hecho de que su mujer evitara cuidadosamente aludir a ello no hacía sino confirmar su idea de que la mente de la señora Bulstrode albergaba un depósito de presentimientos inquietantes. Había estado acostumbrado a degustar a diario el sabor de la supremacía y el tributo del más absoluto respeto; y la certeza de que le observaban o le calibraban con la oculta sospecha de que tenía algún secreto vergonzoso le hacía temblar la voz al hablar de edificación. Para personas de temperamento angustiado como el de Bulstrode, prever resultaba a menudo peor que ver, y su imaginación acrecentaba constantemente la angustia de una inminente deshonra. Inminente, sí; pues si su desafío a Raffles no conseguía mantenerle alejado, y aunque rezaba por ello apenas confiaba en este resultado, la deshonra era segura. En vano se decía que si ello acontecía, sería una manifestación divina, un castigo, una preparación; retrocedía de la quema imaginaria, y concluía que sería mejor para la gloria de Dios que escapara a la deshonra. Ese terror le había inducido finalmente a hacer preparativos para marcharse de Middlemarch. Si tenía que decirse la malvada verdad sobre él, al menos se encontraría a una distancia donde le llegara menos el desprecio de sus antiguos vecinos; y en un escenario nuevo, en el que su vida no habría adquirido aún la misma amplia sensibilidad, su atormentador, caso de perseguirle, sería menos formidable. Sabía que para su esposa sería muy doloroso abandonar Middlemarch para siempre, y por otras razones, Bulstrode también hubiera preferido quedarse donde había echado raíces. Por ello en un principio hizo los preparativos de forma condicional, deseando dejar abiertas todas las puertas para un regreso tras una breve ausencia, si una intervención favorable de la providencia disipara sus temores. Preparó la transferencia de la dirección del banco, así como su renuncia al control activo de otros asuntos comerciales en la zona argumentando su precaria salud, pero sin excluir una futura reanudación del trabajo. La medida le ocasionaría algún gasto más y cierta disminución de ingresos además de lo que ya había perdido por la crisis general del comercio, y el hospital se presentaba como un gasto principal que podía recortar con toda justificación:

Esta era la razón que le había decidido a hablar con Lydgate. Pero en ese momento sus preparativos estaban en su mayoría en una fase en la que podía revocarlos caso de resultar innecesarios. Posponía continuamente los últimos pasos, en medio de sus temores, como muchos hombres en peligro de naufragar o de verse lanzados fuera del carruaje por caballos desbocados, tenía la persistente impresión de que algo sucedería para evitar lo peor, y que estropear su vida por una mudanza tardía podría ser precipitado…, sobre todo porque era difícil razonarle satisfactoriamente a su esposa el proyecto de un exilio indefinido del único lugar donde ella quisiera vivir.

Entre los asuntos de los que Bulstrode tenía que encargarse estaba la administración de la granja de Stone Court en caso de ausentarse; y sobre éste, así como todos los demás asuntos relacionados con las casas y tierras que poseía en Middlemarch o en los alrededores, había consultado con Caleb Garth. Como todos cuantos tenían asuntos de esa índole, quería contar con el administrador que se preocupaba más por los intereses de su cliente que por los propios. Respecto a Stone Court, puesto que Bulstrode quería mantener el ganado y llegar a un acuerdo mediante el cual él mismo, caso de desearlo, pudiera retomar su distracción favorita de supervisión, Caleb le había aconsejado no confiar en un simple capataz, sino que arrendara la tierra, el ganado, y los utensilios por años, asignándose una parte proporcional de los beneficios.

—¿Puedo confiar en que usted me encontrará un arrendatario en estas condiciones, señor Garth? —dijo Bulstrode—. ¿Y querrá indicarme la cantidad anual que le compensaría adecuadamente por administrar estos asuntos de los que hemos hablado?

—Lo pensaré —dijo Caleb con su llaneza habitual—. Veré cómo puedo resolverlo.

De no ser porque debía tener en cuenta el futuro de Fred, al señor Garth probablemente no le hubiera complacido asumir más trabajo, pues su mujer siempre temía que le resultara excesivo a medida que se iba haciendo mayor. Pero al separarse de Bulstrode tras esa conversación, se le ocurrió una idea muy atractiva respecto al arriendo de Stone Court. ¿Qué pasaría si Bulstrode accediera a colocar allí a Fred Vincy con la condición de que él, Caleb Garth, se responsabilizara del funcionamiento? Sería un excelente entrenamiento para Fred, podría sacar unos ingresos modestos y aún le quedaría tiempo para seguir aprendiendo, ayudando en otros negocios. Le mencionó esta idea a la señora Garth con un placer tan evidente que ella no se atrevió a aguar su alegría expresando su temor constante de que asumía demasiada labor.

—El chico estaría más contento que la mar —dijo, recostándose en la butaca con aspecto radiante—, si pudiera decirle que todo está arreglado. ¡Imagínate, Susan! Llevaba años pensando en ese sitio antes de que muriera el viejo Featherstone. Y estaría bien que finalmente le resultara posible vivir en la finca trabajando a fondo en ella… tras haberse dedicado a los negocios. Pues es probable que Bulstrode le dejara seguir allí, y comprar gradualmente el ganado. Sé que todavía no ha decidido si instalarse en otro lugar o no. Nunca me ha satisfecho tanto una idea en mi vida. Y entonces, con el tiempo, los chicos podrían casarse, Susan.

—No le dirás nada a Fred de todo esto hasta que estés seguro de que Bulstrode aceptará el plan, ¿no? —dijo la señora Garth en tono de suave cautela—. En cuanto a la boda, Caleb, nosotros los viejos no tenemos por qué precipitarla.

—Pues no sé —dijo Caleb, moviendo la cabeza—. El matrimonio es algo que taima mucho. Fred necesitaría menos mi bocado y mi brida. De todos modos no diré nada hasta saber el terreno que piso. Hablaré de nuevo con Bulstrode.

Aprovechó la primera oportunidad que tuvo de hacerlo. Bulstrode no sentía gran afecto por su sobrino Fred Vincy pero tenía mucho interés por asegurarse los servicios del señor Garth en varios y diseminados asuntos en los que saldría perdiendo bastante si se ponían en manos de un administrador menos consciente. Por ello no puso pegas a la propuesta del señor Garth, aunque otro motivo contribuyó a que no lamentara dar su consentimiento a algo que beneficiara a la familia Vincy. Era que la señora Bulstrode, teniendo conocimiento de las deudas de Lydgate, se había interesado por saber si su marido no podía hacer algo por la pobre Rosamond, intranquilizándose mucho al decirle éste que los asuntos de Lydgate no tenían fácil solución y que lo más prudente era dejar que «siguieran su curso». Pero la señora Bulstrode había dicho entonces por primera vez.

—Creo que te muestras siempre un poco duro con mi familia, Nicholas. Y estoy segura de no tener razones para renegar de ninguno de mis familiares. Quizá sean demasiado mundanos pero nadie tuvo que decir jamás que no fueran respetables.

—Mi querida Harriet —dijo el señor Bulstrode, acusando la mirada de su esposa cuyos ojos se llenaban de lágrimas—, le he proporcionado a tu hermano grandes cantidades. No cabe esperar de mí que me haga cargo de sus hijos casados.

Aquello parecía cierto y la recriminación de la señora Bulstrode se tornó en lamentos por la pobre Rosamond, de cuya extravagante educación siempre había predicho los frutos.

Pero recordando ese diálogo, el señor Bulstrode pensó que cuando hubiera de hablar con su mujer detalladamente sobre sus planes para abandonar Middlemarch, se alegraría de poder decir que había dispuesto algo que podría ser beneficioso para su sobrino Fred. Por el momento sólo le había dicho que pensaba cerrar The Shrubs durante unos meses y coger una casa en la costa sur.

Por lo tanto, el señor Garth obtuvo la confirmación que deseaba, a saber, que en caso de que el señor Bulstrode se ausentara de Middlemarch por un tiempo indefinido, a Fred Vincy se le arrendaría Stone Court en los términos acordados.

Caleb estaba tan entusiasmado con este «buen giro» de las cosas que de no ser porque su dominio se vio reforzado por una afectuosa regañina de su mujer, se lo hubiera contado todo a Mary, con el deseo de «darle algún consuelo a la chica». No obstante, se reprimió y mantuvo a Fred en absoluta ignorancia respecto de ciertas visitas que hacía a Stone Court a fin de examinar más a fondo el estado de la tierra y del ganado y hacer una estimación previa. Mostraba más agilidad en estas visitas de lo que le exigirían la celeridad de los acontecimientos, pero le estimulaba la complacencia del padre al ocuparse de esta parcela de felicidad que guardaba como un regalo de cumpleaños bien escondido para Fred y Mary.

—Pero suponte que todo resultara ser un castillo de naipes —dijo la señora Garth.

—Bueno —respondió Caleb—, pues el castillo no se le caerá a nadie en la cabeza.

CAPÍTULO SIETE

El señor Bulstrode seguía sentado en su despacho del banco alrededor de las tres del mismo día en que recibiera allí a Lydgate cuando entró el empleado para decirle que tenía preparado el caballo y que el señor Garth estaba fuera y deseaba verle.

—Por supuesto —dijo Bulstrode, y Caleb entró—. Le ruego que se siente, señor Garth, —continuó el banquero con su voz más suave—. Me alegro de que haya llegado a tiempo de encontrarme aún aquí. Sé que usted valora hasta los minutos.

—Bueno —dijo Caleb afablemente, ladeando un poco la cabeza y dejando el sombrero en el suelo mientras se sentaba. Bajó la vista inclinándose un poco hacia adelante y descansando sus largas manos entre las piernas, mientras movía cada dedo sucesivamente como si compartieran algún pensamiento que llenaba su amplia y tranquila frente.

El señor Bulstrode, como todos cuantos conocían a Caleb, estaba habituado a su parsimonia cuando abordaba cualquier tema que consideraba importante y esperaba que se refiriera a la compra de algunas casas en Blindman's Court, para derribarlas, pues ese sacrificio de propiedades quedaría ampliamente recompensado con la entrada de aire y luz en aquel lugar. Eran las propuestas de este tipo lo que a veces hacía que Caleb resultara molesto para quienes le contrataban; pero normalmente había encontrado a Bulstrode favorable a sus proyectos de mejoras y se llevaban bien. Sin embargo, cuando volvió a hablar fue para decir con voz bastante baja:

—Vengo de Stone Court, señor Bulstrode.

—Espero que no haya encontrado nada raro —dijo el banquero—, yo mismo estuve allí ayer. Abel ha hecho rendir bien a los corderos este año.

—Pues sí —dijo Caleb levantando la vista con expresión seria—, sí hay algo raro… un forastero que está muy enfermo, a mi entender. Necesita un médico y por eso he venido. Se llama Raffles.

Vio el impacto que sus palabras causaban en Bulstrode. El banquero había pensado que sus temores le hacían estar excesivamente pendiente de este tema como para que le cogiera por sorpresa, pero se había equivocado.

—¡Pobrecillo! —dijo en tono compasivo, aunque los labios le temblaban ligeramente—. ¿Sabe cómo ha llegado hasta allí?

—Le llevé yo mismo —dijo Caleb quedamente—, le llevé en mi calesín. Se había bajado de la diligencia e iba por la curva de la barrera de peaje cuando le alcancé. Recordó que me había visto con usted en una ocasión en Stone Court, y me pidió que le llevara. Vi que estaba enfermo, y me parecía que era lo correcto, cobijarle bajo un techo. Y ahora creo que no debería perder usted tiempo en buscar quien le atienda —Caleb recogió el sombrero del suelo así que concluía y se levantó lentamente de la silla.

—Por supuesto —dijo Bulstrode, cuya mente se encontraba muy activa—. Tal vez me hiciera usted el favor, señor Garth de avisar al señor Lydgate al pasar… o, ¡espere! …, quizá esté en el hospital. Enviaré a un criado a caballo primero con una nota y yo me dirigiré a Stone Court.

Bulstrode escribió una rápida nota y salió para entregársela él mismo al criado. Cuando volvió, Caleb seguía de pie, con una mano sobre el respaldo de la silla y el sombrero en la otra. El principal pensamiento de Bulstrode era «Tal vez Raffles sólo le habló a Garth de su enfermedad. A Garth le sorprenderá, como la vez anterior, que este desharrapado afirme tener intimidad conmigo, pero seguramente no sabrá nada. Y está en buenas relaciones conmigo… puedo serle útil».

Ansiaba alguna confirmación de esta esperanzadora conjetura, pero el haber preguntado sobre lo que Raffles había hecho o dicho hubiera supuesto una manifestación de su temor.

—Le estoy muy agradecido, señor Garth —dijo con su habitual tono cortés—. El criado estará de vuelta en breve y entonces yo mismo iré a ver qué se puede hacer por esta infeliz criatura. ¿Tenía usted que hablarme de algún otro asunto? Si es así le ruego que tome asiento.

—Gracias —dijo Caleb, indicando con un gesto de la mano que declinaba la invitación—. Debo decirle, señor Bulstrode, que he de pedirle que ponga sus asuntos en otras manos. Le estoy muy agradecido por la generosidad con la que accedió al… arrendamiento de Stone Court y todos los demás asuntos. Pero debo dejarlo.

Una certeza atravesó el alma de Bulstrode como una cuchillada.

—Esto es muy repentino, señor Garth —fue todo lo que pudo decir de momento.

—Lo es —dijo Caleb—. Pero es definitivo. Debo dejarlo. Hablaba con una firmeza muy suave, pero pudo ver que Bulstrode parecía acobardarse ante aquella suavidad, que su rostro se apergaminaba y que desviaba la mirada de los ojos que descansaban sobre él. Caleb sintió por él una enorme lástima, pero no hubiera podido valerse de ningún pretexto para explicar su decisión, aunque hubiera servido de algo.

—Entiendo que se ha visto empujado a esto por algunas calumnias que sobre mí ha proferido ese infeliz —dijo Bulstrode, deseoso ahora de conocer toda la verdad.

—Así es. No puedo negar que obro de acuerdo con lo que le oí decir.

—Es usted un hombre consciente, señor Garth… un hombre, confío, que se siente responsable ante Dios. No querrá perjudicarme estando demasiado dispuesto a dar crédito a la calumnia —dijo Bulstrode intentando dar con algún razonamiento que se adaptara a la mentalidad de Caleb—. Es una razón muy pobre para romper una relación que creo podría ser mutuamente beneficiosa.

—No perjudicaría a nadie si pudiera evitarlo —dijo Caleb—, ni siquiera aunque pensara que Dios haría la vista gorda. Confío en que siempre me apiadaré de mi prójimo. Pero, señor…, me veo obligado a pensar que este Raffles no ha mentido. Y no sería feliz trabajando con usted o beneficiándome gracias a usted. Va en contra de todo lo que pienso. Debo rogarle que busque otro administrador.

—Está bien, señor Garth. Pero al menos tengo derecho a saber lo peor que ha dicho de mí. Debo saber la sórdida oratoria de la que puedo ser víctima —dijo Bulstrode, en quien la ira empezaba a mezclarse con la humillación ante este hombre tranquilo que renunciaba a beneficiarse.

—Es innecesario —dijo Caleb, con un gesto de la mano, inclinando un poco la cabeza y sin desviarse del tono que poseía la piadosa intención de no herir a aquel hombre digno de compasión—. Lo que me ha dicho jamás saldrá de mis labios, salvo que algo que ahora desconozco me obligara a ello. Si llevó usted una vida deshonrosa para lucrarse, y con el engaño privó a otros de sus derechos para enriquecerse aún más, me atrevo a afirmar que se arrepiente… le gustaría retroceder y no puede: eso debe ser muy duro —Caleb hizo una pausa y sacudió la cabeza—, no soy yo quien deba hacerle la vida aún más difícil.

—Pero lo hace… me la hace aún más difícil —dijo Bulstrode con un grito de súplica—. Me la hace más difícil al darme la espalda.

—No me queda otro remedio —dijo Caleb, con aún mayor suavidad y alzando la mano—. Lo lamento. No le juzgo diciendo «él es un malvado y yo un virtuoso». Dios me libre. No lo conozco todo. Un hombre puede hacer el mal y luego salirse de él a fuerza de voluntad, aunque no pueda limpiar su vida. Ese es un duro castigo. Si ese es su caso… lo siento mucho por usted. Pero tengo un sentimiento en mi interior que me impide seguir trabajando con usted. Eso es todo, señor Bulstrode. Todo lo demás está enterrado, por lo que a mí respecta. Buenos días.

—¡Un momento, señor Garth! —dijo Bulstrode precipitadamente—. ¿Puedo confiar entonces en su solemne promesa de que no repetirá a hombre o mujer…, aunque hubiera algo de verdad en ello… lo que de momento es una maligna representación?

Caleb sintió que le nacía la ira y dijo indignado:

—¿Por qué se lo iba a haber dicho si no pensara hacerlo? No le tengo miedo. Semejantes historias no tentarán jamás mi lengua.

—Discúlpeme… estoy nervioso… soy víctima de este hombre irrefrenado.

—¡Espere un momento! Tendrá que pensar si no contribuyó usted a empeorarle cuando se aprovechó de sus vicios.

—Comete conmigo una injusticia al creerle demasiado aprisa —dijo Bulstrode, abrumado, como en una pesadilla, por la incapacidad de negar rotundamente lo que Raffles hubiera podido decir, al tiempo que suponía para él un alivio el que Caleb no le exigiera una clara negativa.

—No —dijo Caleb, levantando la mano como disculpándose—, estoy dispuesto a rectificar mi opinión cuando se demuestre que es equivocada. No le privo de ninguna oportunidad. En cuanto a hablar, lo considero un crimen exponer el pecado de un hombre salvo que tenga claro que debe hacerse para salvar al inocente. Así es como pienso, señor Bulstrode, y lo que digo, no tengo que jurarlo. Muy buenos días.

Unas horas más tarde, cuando ya estaba en casa, Caleb le dijo como de pasada a su esposa que habían surgido unas pequeñas diferencias con Bulstrode y en consecuencia había descartado la idea de hacerse cargo de Stone Court, así como del resto de los asuntos del banquero.

—Quería intervenir demasiado, ¿no? —dijo la señora Garth suponiendo que a su marido le habían tocado su punto sensible y no se le permitió seguir su criterio respecto de materiales y formas de trabajo.

—Bueno… —dijo Caleb agachando la cabeza y moviendo gravemente la mano, y la señora Garth supo que era una indicación de que no pensaba hablar más del tema.

En cuanto a Bulstrode, cogió su caballo casi inmediatamente y partió hacia Stone Court, ansioso de llegar allí antes que Lydgate.

Tenía la mente llena de imágenes y conjeturas, que eran un lenguaje para sus miedos y esperanzas, del mismo modo que los demás oímos tonos en las vibraciones que sacuden todo nuestro sistema. La profunda humillación que le había supuesto el conocimiento de Caleb Garth sobre su pasado, así como el que rechazara su patronazgo, fluctuaba y casi daba paso a la sensación de seguridad ante el hecho de que fuera Garth y no otro hombre a quien se confiara Raffles. Se le antojó una especie de prueba de que la Providencia pretendía rescatarle de peores consecuencias, quedando así abierto el camino a la esperanza del secreto. Que Raffles estuviera enfermo, que le hubieran llevado a Stone Court y no a otro lugar… el corazón de Bulstrode palpitaba ante la visión de las probabilidades que estos sucesos provocaban. Si resultara que se liberaba del peligro de la deshonra… si pudiera respirar con entera libertad… consagraría su vida más que nunca.

Elevó mentalmente esta promesa como para suscitar el resultado deseado… intentó confiar en la fuerza de aquella resolución devota… su fuerza para provocar la muerte. Sabía que debía decir «Hágase tu voluntad», y lo dijo con frecuencia. Pero subsistía el intenso deseo de que la voluntad de Dios fuera que muriera aquel hombre odiado.

Sin embargo, al llegar a Stone Court no pudo contemplar el cambio en Raffles sin que le impactara. De no ser por su palidez y debilidad Bulstrode hubiera calificado el cambio de trastorno mental. En lugar del carácter fanfarrón y mortificador mostraba un vago e intenso terror y parecía querer aplacar la ira de Bulstrode por la desaparición del dinero… le habían robado…, le habían quitado la mitad. Sólo había ido allí porque estaba enfermo y alguien le perseguía… venían tras él: no le había dicho nada a nadie, había mantenido la boca cerrada. Bulstrode, desconociendo el significado de estos síntomas, interpretó esta nueva susceptibilidad nerviosa como un medio para obtener del atemorizado Raffles una confesión verdadera, y le acusó de mentir al afirmar que no había dicho nada, puesto que acababa de contárselo al hombre que le había traído a Stone Court en su calesín. Raffles negó esto con solemnes juramentos, siendo la verdad que tenía rotos los vínculos de la memoria y que su atemorizado y minucioso relato a Caleb Garth había sido fruto de un conjunto de impulsos visionarios que volvieron luego a sumirse en la oscuridad.

A Bulstrode se le volvió a encoger el corazón ante esta señal de que no podía imponerse a la mente de aquel desgraciado y que no podía confiar en ninguna palabra de Raffles respecto a lo que más ansiaba conocer, es decir, si era verdad que había guardado silencio con todo el mundo de los alrededores salvo Caleb Garth. El ama de llaves le había dicho claramente que desde que el señor Garth se marchara, Raffles había pedido cerveza, tras lo cual no había pronunciado palabra, dando la impresión de estar muy enfermo. Por ese lado se podía concluir que no existía ninguna revelación. La señora Abel, como los demás criados de The Shrubs, pensaba que el extraño ser pertenecía a la desagradable «parentela» que forman parte de los problemas de los ricos; en un primer momento atribuyó el parentesco al señor Rigg, y donde había bienes, la insistente presencia de moscones como éste parecía algo natural. Cómo podía ser, al tiempo, «parentela» de Bulstrode no estaba tan claro, pero la señora Abel coincidía con su marido en que «la saber», pensamiento que albergaba para ella un gran alimento mental de forma que con un movimiento de la cabeza despachó ulteriores especulaciones.

Lydgate llegó en menos de una hora. Bulstrode le recibió a la puerta del salón forrado de madera, donde se encontraba Raffles, y dijo:

—Le he llamado, señor Lydgate, para atender a un infeliz que hace muchos años estuvo a mi servicio. Después se marchó a América para regresar posteriormente a una vida de disipación y ocio. Al ser indigente, me siento obligado con él. Estaba lejanamente relacionado con Rigg, el dueño anterior de este lugar, y por ello llegó hasta aquí. Creo que está muy enfermo; parece tener la mente afectada, me siento obligado a hacer todo lo posible por él.

Lydgate, que tenía muy impreso el recuerdo de su última conversación con Bulstrode, no se sentía inclinado a proferir palabras innecesarias y se limitó a hacer un gesto con la cabeza como respuesta; pero en el momento de entrar a la habitación se volvió de forma espontánea y preguntó:

—¿Cómo se llama? —el conocer los nombres formaba tanta parte del bienhacer del médico como del político.

—Raffles, John Raffles —dijo Bulstrode, que esperaba que, fuere lo que fuese de Raffles, Lydgate no llegaría a saber más de él.

Cuando hubo examinado a fondo al paciente y considerado el caso, Lydgate ordenó que se le metiera en la cama y se le mantuviera allí en el mayor silencio posible, y a continuación pasó con Bulstrode a otra habitación.

—Veo que es un caso serio —dijo el banquero antes de que Lydgate comenzara a hablar.

—No…, y sí —dijo Lydgate algo dudoso—. Es difícil pronunciarse respecto a los posibles efectos de complicaciones que vienen de hace muchos años; pero es un hombre de constitución muy fuerte. Yo diría que este ataque no va a ser fatal, aunque su organismo está en una situación delicada, claro. Se le debe vigilar y atender bien.

—Me quedaré yo mismo —dijo Bulstrode—. La señora Abel y su marido no tienen experiencia. No me cuesta nada quedarme aquí esta noche si usted me hace el favor de llevarle una nota a la señora Bulstrode.

—No creo que sea necesario —dijo Lydgate—. Parece lo bastante dócil y asustado, aunque podría volverse menos manejable. Pero hay un hombre en la casa, ¿no?

—En más de una ocasión me he quedado aquí alguna noche para estar solo —dijo Bulstrode como con indiferencia—. Estoy dispuesto a hacerlo hoy. La señora Abel y su esposo me podrán ayudar si fuera preciso.

—Muy bien. En ese caso solamente le tengo que dar las indicaciones a usted —dijo Lydgate, sin que le sorprendieran las pequeñas manías de Bulstrode.

—Entonces, ¿cree usted que hay esperanzas? —dijo Bulstrode, cuando Lydgate terminó de dar las instrucciones.

—Sí, salvo que resultara que había otras complicaciones que de momento no he detectado —dijo Lydgate—. Puede pasar a una fase peor, pero no me sorprendería que mejorara en unos días si se sigue el tratamiento que he prescrito. Tiene que haber mucho rigor. Recuerde que no debe darle alcohol, aunque lo pida. Es mi opinión que a muchas personas en su estado les mata antes el remedio que la enfermedad. De todos modos, pueden surgir nuevos síntomas. Volveré mañana por la mañana.

Lydgate se marchó tras esperar la nota que debía entregar a la señora Bulstrode sin hacer, en principio, ninguna conjetura sobre la historia de Raffles, sino repasando la controversia recientemente renovada por la publicación de la abundante experiencia del doctor Ware en América respecto del método adecuado para tratar casos de envenenamiento por alcohol como el que tenía entre manos. A Lydgate ya le interesaba este tema desde su estancia en el extranjero y estaba muy en contra de la práctica extendida de permitir el alcohol y de administrar grandes dosis de opio, y había actuado con frecuencia y con éxito según su convicción.

—Está muy mal este hombre —pensó—, pero aún le quedan muchos arrestos. Debe ser un beneficiario de la caridad de Bulstrode. Es curiosa la dureza y la ternura que compone la forma de ser de las personas. Bulstrode parece el ser más incomprensivo del mundo con ciertas personas y sin embargo se ha tomado muchísimas molestias y gastado un montón de dinero en actos de caridad. Supongo que tendrá algún baremo mediante el cual descubre por quién se interesan los cielos… y ha decidido que no soy uno de ellos. Esta vena de amargura procedía de una fuente caudalosa y se fue ensanchando en la corriente de sus pensamientos a medida que se acercaba a Lowick Gate. No había vuelto desde su cita con Bulstrode por la mañana, pues el criado del banquero le encontró en el hospital y por primera vez regresaba a casa sin nada en la recámara que le permitiera mantener una esperanza de conseguir el suficiente dinero como para salvarle de la inminente desaparición de cuanto hacía tolerable su vida de casado… todo cuanto les salvaba a él y a Rosamond de ese árido aislamiento en el que se verían obligados a reconocer cuán poco consuelo eran el uno para el otro. Era más llevadero prescindir de recibir ternura que ver que la suya no podía compensarle a su mujer la falta de otras cosas. Los golpes a su orgullo procedentes de humillaciones pasadas y venideras eran muy intensos, pero apenas los diferenciaba del dolor más agudo aún que los dominaba: el dolor de prever que Rosamond llegaría a considerarle principalmente como la causa de su desencanto o infelicidad. Nunca le habían gustado las provisionalidades de la pobreza y jamás con anterioridad habían formado parte de sus perspectivas, pero empezaba ahora a imaginarse cómo dos criaturas que se amaban y poseían un arsenal de pensamientos en común, podrían reírse del mobiliario andrajoso y de los cálculos sobre si podían comprar mantequilla y huevos. Pero esa visión poética de la pobreza le parecía tan lejana como la despreocupación de la edad de oro; en la mente de la pobre Rosamond no había suficiente lugar para que el lujo le pareciera poco importante. Se bajó del caballo con tristeza y entró en la casa, sin esperar más alegría que la que le proporcionara la cena y pensando que antes de que terminara la velada sería conveniente contarle a Rosamond su petición y fracaso ante Bulstrode. Más valía no perder tiempo en prepararla para lo peor.

Pero la cena hubo de esperarle largo rato hasta que pudo tomársela. Al entrar descubrió que el agente de Dover ya había puesto un hombre en la casa y cuando preguntó por la señora Lydgate le dijeron que estaba en su habitación. Subió y la encontró tumbada en la cama, pálida y silenciosa, sin que ni un solo gesto respondiera a las palabras o miradas de su marido. Se sentó junto a la cama e inclinándose sobre ella dijo casi con un grito de súplica:

—¡Perdóname, mi pobre Rosamond, por este horror! Por lo menos, sigámonos queriéndonos.

Ella le miró en silencio, el rostro lleno de desesperación, pero las lágrimas empezaron a inundar sus ojos azules y los labios le temblaron. Aquel hombre fuerte había tenido que soportar demasiado aquel día. Apoyó la cabeza junto a la de su esposa y sollozó.

Lydgate no la impidió marcharse a casa de su padre temprano a la mañana siguiente… le parecía que ya no debía oponerse a sus inclinaciones. Volvió al cabo de media hora diciendo que papá y mamá deseaban que se quedara con ellos mientras las cosas siguieran en este calamitoso estado. Papá había dicho que no podía hacer nada respecto de la deuda… si pagaba ésta, llegarían media docena más. Sería mejor que volviera con sus padres hasta que Lydgate le hubiera encontrado una casa cómoda.

—¿Tienes alguna objeción, Tertius?

—Haz lo que quieras —dijo Lydgate—. Pero las cosas no harán crisis inmediatamente. No hay prisa.

—No me iré hasta mañana —dijo Rosamond—. Tengo que hacer el equipaje.

—Yo esperaría un poco más… nunca se sabe lo que puede ocurrir —dijo Lydgate con amargura—. Puede que me rompa el cuello y eso te facilitaría las cosas.

Era una desgracia para Lydgate, así como para Rosamond, que su ternura por ella, que era tanto un impulso emocional como una bien meditada decisión, se viera inevitablemente interrumpida por estos prontos de indignación sarcástica o recriminatoria. Ella los consideraba totalmente gratuitos y el rechazo que esta acusada severidad le suscitaba tenía el peligro de convertir en inaceptable la ternura más perseverante de su esposo.

—Veo que no deseas que me vaya —dijo con gélida docilidad—. ¿Por qué no lo dices sin esa agresividad? Me quedaré hasta que me digas lo contrario.

Lydgate no dijo más y salió a hacer la ronda de sus pacientes. Se sentía golpeado y hundido y había una oscura línea bajo sus ojos que Rosamond no había visto antes. No podía mirarle. Con esa forma que tenía Tertius de tomarse las cosas, no hacía sino ponérselo más difícil a ella.

CAPÍTULO OCHO

Lo primero que hizo Bulstrode cuando Lydgate se hubo marchado de Stone Court fue examinar los bolsillos de Raffles, que imaginaba contendrían de seguro señales en forma de factura de hotel de los lugares en los que se había detenido, caso de que hubiera mentido al decir que venía directamente desde Liverpool porque estaba enfermo y no tenía dinero. Encontró varias facturas en la cartera, pero ninguna con fecha posterior a las Navidades, salvo una datada aquella mañana. Esta estaba arrugada junto con un anuncio de feria de caballos en un bolsillo de la levita y reflejaba el coste de la estancia de tres días en una posada de Bilkley, donde se celebraba la feria, una ciudad por lo menos a cuarenta millas de Middlemarch. La factura era elevada y puesto que Raffles no llevaba equipaje, parecía probable que hubiera dejado el baúl como pago a fin de ahorrar dinero para el viaje pues el monedero estaba vacío y sólo tenía unas monedas sueltas en los bolsillos.

A Bulstrode le invadió una sensación de tranquilidad ante aquellas muestras de que Raffles efectivamente se había mantenido alejado de Middlemarch desde su memorable visita durante las Navidades. Lejos, y entre personas desconocidas para Bulstrode, ¿qué satisfacción podría obtener la vena crucificante y presuntuosa de Raffles al contar viejos escándalos de un banquero de Middlemarch? ¿Y qué daño le iba a ocasionar aunque hablara? Lo principal ahora era vigilarle mientras existiera el peligro de aquel delirar inteligible, aquel inexplicable impulso por hablar que parecía haberse puesto en marcha con Caleb Garth, y Bulstrode estaba muy inquieto no fuera a surgir un impulso semejante ante Lydgate. Se quedó en vela con él toda la noche, ordenándole al ama de llaves que se acostara vestida a fin de estar preparada cuando la llamara, aduciendo su propia incapacidad para conciliar el sueño, y su afán por llevar a cabo las instrucciones del médico. Y así lo hizo aunque Raffles pedía coñac incesantemente y declaraba que se hundía…, que la tierra se hundía debajo de sus pies. Estuvo inquieto e insomne pero seguía temeroso y manejable. Al ofrecérsele los alimentos que Lydgate dispusiera, que rechazó, y negársele otras cosas que pidió, pareció concentrar todo su terror en Bulstrode, suplicándole que depusiera su ira, su venganza matándole de hambre, y jurando que no le había dicho a ningún mortal ni una palabra en su contra. Bulstrode pensó que no hubiera querido que Lydgate oyera ni siquiera esto, pero una señal más alarmante de la alternancia irregular en su delirio fue que, al amanecer, Raffles pareció repentinamente imaginarse que había allí un médico, al cual se dirigía diciendo que Bulstrode quería matarle de inanición por venganza cuando él no había revelado nada.

A Bulstrode le sirvieron bien su sentido de la autoridad y su fuerza de voluntad. Este hombre de aspecto delicado, de trastornos nerviosos, encontró el estímulo preciso en aquellas agotadoras circunstancias y durante esa noche y mañana difíciles, al tiempo que ofrecía el aspecto de un cadáver animado a quien le había sido devuelto el movimiento pero sin calor vital, manteniendo el dominio por pura y gélida impasibilidad, su mente trabajaba intensamente pensando contra qué debía protegerse y qué le proporcionaría seguridad. Al margen de las oraciones que pudiera elevar, de las manifestaciones internas que se hiciera respecto de la condición espiritual de aquel desgraciado y de la obligación que él mismo tenía de someterse al castigo divino asignado y no desearle el mal al prójimo… traspasando todo este esfuerzo por condensar las palabras en un sólido estado mental, se imponían y extendían con irresistible realidad las imágenes de los sucesos que él deseaba. Y a la zaga de esas imágenes venía la disculpa. Bulstrode no podía sino desear la muerte de Raffles y ver en ella su propia liberación. ¿Qué importaba la muerte de este desdichado? Era impenitente… pero ¿acaso no eran impenitentes los delincuentes públicos? …, sin embargo la ley decidía su destino. Si la Providencia concediera la muerte en este caso, no existía pecado en contemplarla como un desenlace deseable…, si él no la apresuraba…, si hacía escrupulosamente lo que estaba mandado. Incluso aquí podría haber un error; las prescripciones humanas eran cosas falibles: Lydgate había dicho que en ocasiones un tratamiento había acelerado la muerte… por qué no iba a hacerlo su propio método. Pero claro, en cuestiones del bien y del mal, la intención lo era todo.

Y Bulstrode se dispuso a mantener separadas sus intenciones de sus deseos. Interiormente declaró que tenía la intención de obedecer las órdenes. ¿Por qué se le habría ocurrido preguntarse sobre la validez de estas órdenes? Era tan sólo una vulgar treta del deseo, que se aprovecha de cualquier escepticismo irrelevante, encontrando mayor amplitud en la incertidumbre de los efectos, en la oscuridad que parece una ausencia de la ley. No obstante, obedeció las órdenes.

Su angustia revertía constantemente a Lydgate, y el recuerdo de lo que ocurriera entre ellos la mañana anterior iba acompañado de sentimientos que no se habían visto suscitados durante la escena real. En aquel momento le importaron muy poco los dolidos comentarios de Lydgate respecto al sugerido cambio en el hospital o la actitud que pudiera provocar hacia él lo que el banquero entendía como una negativa justificada a una petición un tanto desorbitada. Consciente de que probablemente se había granjeado la enemistad de Lydgate, revivió ahora la escena con el deseo de conciliarse con él o, más bien, crear en el médico un fuerte sentimiento de obligación personal. Lamentó no haber hecho al momento un sacrificio económico incluso poco razonable. Pues en el caso de que se produjeran desagradables sospechas o si los delirios de Raffles proporcionaban alguna información, Bulstrode hubiera sentido que tenía el apoyo de Lydgate al haberle hecho un favor tan enorme. Pero las lamentaciones llegaban tal vez demasiado tarde.

Extraño y penoso conflicto el del alma de este hombre infeliz que durante años había deseado ser mejor de lo que era…, que había disciplinado sus egoístas pasiones vistiéndolas de severos ropajes, de modo que había caminado envuelto en ellas como si fueran un coro devoto, hasta que ahora el terror surgía entre ellas y las impedía cantar, extrayendo a vez gritos vulgares por salvarse.

Era casi mediodía cuando Lydgate llegó: era su intención haber ido antes pero dijo que le habían entretenido, y Bulstrode observó su aspecto abatido. Pero inmediatamente se dedicó al paciente y preguntó con detalle por cuanto había transcurrido. Raffles estaba peor, apenas ingería alimento alguno, pasaba casi todo el tiempo despierto y deliraba incesantemente, pero seguía sin mostrarse violento. Contrariamente a los temores de Bulstrode apenas hizo caso de la presencia de Lydgate, y continuó hablando o murmurando incoherentemente.

—¿Qué le parece? —preguntó Bulstrode en privado.

—Ha empeorado.

—¿Tiene menos esperanzas?

—No, sigo pensando que puede recuperarse. ¿Se va a quedar usted aquí? —dijo Lydgate mirando a Bulstrode con abrupta interrogación que intranquilizó al banquero, aunque en realidad no obedecía a ninguna clase de sospecha.

—Creo que sí —dijo Bulstrode controlándose y hablando con decisión—. La señora Bulstrode está al tanto de las razones que me retienen aquí. La señora Abel y su marido tienen poca experiencia como para dejarles solos y este tipo de responsabilidades no cae dentro de los servicios que deben prestarme. Supongo que tendrá nuevas instrucciones para mí.

La principal instrucción nueva de Lydgate era suministrar dosis de opio extremadamente moderadas caso de que el insomnio se prolongara durante muchas horas. Había tomado la precaución de traerse el opio y le dio a Bulstrode indicaciones minuciosas respecto a las dosis y el momento en el que debían cesar. Insistió en el riesgo de no pararlas a tiempo y repitió su orden de no darle alcohol al paciente.

—Por lo que veo —concluyó—, lo único que temería en este caso sería la narcotización. Puede salir adelante incluso sin tomar mucho alimento. Tiene todavía mucha fuerza.

—Usted también parece enfermo, señor Lydgate…, algo muy insólito, incluso sin precedentes en usted yo diría —observó Bulstrode mostrando una solicitud tan distinta de su desinterés del día anterior como diferente de su habitual angustia egolátrica era su actual despreocupación por el cansancio—. Me temo que esté apurado.

—Lo estoy —dijo Lydgate con brusquedad, el sombrero en la mano y dispuesto a marcharse.

—Algo nuevo, me temo —dijo inquisitivamente Bulstrode—. Siéntese, por favor.

—No, gracias —dijo Lydgate con altivez—. Ayer mencioné mi situación. No tengo nada que añadir salvo que desde entonces se ha llevado a cabo el embargo de mi casa. Una frase corta puede encerrar muchos problemas. Le deseo muy buenos días.

—Espere, señor Lydgate, espere —dijo Bulstrode—. He estado reconsiderando el tema. Ayer me cogió por sorpresa y lo enfoqué superficialmente. La señora Bulstrode está inquieta por su sobrina y yo mismo lamentaría un cambio calamitoso en su situación. Son muchas las peticiones que se me hacen, pero reconsiderando, pienso que es justo que incurra en algún pequeño sacrificio antes que dejarle a usted desasistido. Creo que dijo que mil libras le bastarían para librarle absolutamente de todas las cargas permitiéndole recuperarse ¿no?

—Sí —dijo Lydgate, imponiéndose a todo otro sentimiento una inmensa alegría interior—, eso saldaría todas mis deudas y me dejaría un remanente. Podría entonces ver la forma de economizar en nuestra manera de vivir. Y con el tiempo quizá la consulta se remonte.

—Si espera usted un momento, señor Lydgate, le firmaré un cheque por esa cantidad. Soy consciente de que la ayuda, para ser efectiva en estos casos, debe ser total.

Mientras Bulstrode escribía, Lydgate se volvió hacia la ventana pensando en su hogar… en la vida bien comenzada que se salvaba de la frustración, sus buenos propósitos aún enteros.

—Puede darme un recibo a mano por esto, señor Lydgate —dijo el banquero acercándosele con el cheque—. Y espero que con el tiempo esté en condiciones de írmelo devolviendo. Entretanto, me complace mucho pensar que estará usted libre de nuevas dificultades.

—Le estoy muy agradecido —dijo Lydgate—. Me ha devuelto la perspectiva de trabajar con alegría y la posibilidad de hacer el bien.

Le pareció un gesto natural en Bulstrode que hubiera reconsiderado su negativa, pues se correspondía con el lado más munífico de su carácter. Pero al poner al trote su jamelgo para llegar a casa cuanto antes y contarle la buena noticia a Rosamond y cobrar el cheque para pagar al agente de Dover, cruzó por su mente con una desagradable impresión como una negra bandada de mal augurio, el pensamiento del contraste que habían obrado en él unos meses… de que estuviera encantado de estar bajo una fuerte obligación personal… de estar encantado de obtener dinero de Bulstrode. El banquero sintió que había hecho algo para neutralizar una causa de desazón, pero no estaba mucho más tranquilo. No midió la cantidad de motivos envenenados que le habían hecho desear la buena voluntad de Lydgate, pero allí estaban, activamente presentes, como un agente irritante en la sangre. Un hombre jura, pero no desecha los medios para romper su juramento. ¿Acaso tiene clara intención de romperlo? En absoluto; pero los deseos que tienden a quebrantarlo obran opacamente en él, encontrando el camino hasta su imaginación, y relajan sus músculos justo en los momentos en los que se repite por enésima vez los motivos para haber jurado. Raffles recuperándose con rapidez, volviendo al uso libre de sus odiosos poderes… ¿cómo podía Bulstrode desear eso? Raffles muerto era la imagen que le producía una liberación y rezaba indirectamente por ese modo de escapar, suplicando que, de ser posible, los días que le quedaban aquí en la tierra estuvieran ausentes de la amenaza de una ignominia que le destrozaría completamente como instrumento al servicio de Dios. La opinión de

Lydgate no estaba del lado de que estas preces fueran atendidas y a medida que avanzaba el día, Bulstrode se iba sintiendo más irritado ante la persistencia de la vida de este hombre a quien hubiera deseado ver hundiéndose en el silencio de la muerte: la imperiosa voluntad despertó impulsos asesinos contra aquella vida bruta, sobre la que la voluntad, por sí sola, no tenía dominio. Se dijo interiormente que estaba demasiado cansado de modo que no se quedaría aquella noche con el enfermo sino que le dejaría con la señora Abel, quien, de ser necesario, avisaría a su marido.

A las seis, Raffles, tras escasos ratos de un sueño perturbado, de los cuales despertaba con renovada inquietud y constantes gritos de que se hundía, Bulstrode comenzó a administrarle el opio, siguiendo las indicaciones de Lydgate. Al cabo de media hora o más llamó a la señora Abel y le dijo que se sentía incapaz de seguir atendiendo al enfermo. Debía dejarle a su cuidado y procedió a repetirle las indicaciones de Lydgate respecto a la cantidad de las dosis. La señora Abel no había tenido conocimiento de las recetas de Lydgate, se había limitado a preparar y traer lo que Bulstrode pedía, haciendo lo que éste indicaba. Preguntó ahora qué más debía hacer aparte de administrar el opio.

—Nada por el momento, salvo ofrecerle sopa o agua de soda. Consúlteme si precisa nuevas instrucciones. Si no hay un cambio importante no vendré a la habitación durante el resto de la noche. Si lo necesita, llame a su marido. Debo irme a la cama.

—Buena falta le hace dormir, señor, ya lo creo —dijo la señora Abel— y tomarse algo más nutritivo de lo que ha comido hasta ahora.

Bulstrode se marchó no sin cierta inquietud respecto de lo que Raffles pudiera decir en su delirio, que había adquirido una incoherencia murmurante poco propicia a la credibilidad. En cualquier caso debía arriesgarse. Bajó primero al salón de madera, y empezó a considerar el mandar ensillar el caballo y regresar a casa a la luz de la luna, desentendiéndose de los asuntos terrenales. A continuación deseó haberle pedido a Lydgate que se pasara de nuevo esa noche. Tal vez diera una opinión diferente y pensara que Raffles entraba en una fase menos alentadora del optimismo. ¿Debía mandar llamar a Lydgate? Si de verdad Raffles estaba empeorando lentamente y se iba muriendo, Bulstrode pensaba que podía acostarse y dormirse dando gracias a la Providencia. Pero ¿estaba realmente peor? Lydgate podría venir y decir que simplemente evolucionaba como era de esperar y que poco a poco se quedaría dormido profundamente y mejoraría. ¿De qué servía mandarle llamar? A Bulstrode le horrorizaba pensar en aquel resultado. No había idea u opinión que le impidiera ver la probabilidad de que una vez se recuperara, Raffles continuaría siendo el mismo de antes, con un renovado vigor para mortificar, obligándole a llevarse a rastras a su mujer para que pasara el resto de su vida alejada de sus parientes y de su lugar natal y portando en su corazón una alienante sospecha contra él.

Llevaba hora y media de angustiado pensar ante el resplandor del fuego de la chimenea cuando un repentino pensamiento le hizo levantarse y encender la vela que había bajado consigo. El pensamiento era que no le había dicho a la señora Abel cuándo debían cesar las dosis de opio.

Cogió la vela pero se quedó inmóvil un largo rato. Tal vez le hubiera ya dado más de lo prescrito por Lydgate. Pero en el estado de cansancio actual era excusable que se hubiera olvidado una parte de las indicaciones. Subió las escaleras con la vela en la mano sin saber si debía ir directamente a su habitación y acostarse o entrar en la del enfermo y rectificar la omisión. Se detuvo en el pasillo, el rostro vuelto hacia el cuarto de Raffles y le oyó gemir y murmurar. Luego, no dormía. ¿Cómo saber si no sería mejor desobedecer las instrucciones de Lydgate puesto que Raffles aún no había conciliado el sueño?

Se dirigió a su habitación. Antes de que hubiera acabado de desvestirse, la señora Abel llamó a la puerta; la abrió unos centímetros para oírla hablar en voz baja.

—Perdone, señor, pero ¿no debería darme un poco de coñac o algo para ese pobre hombre? Siente que se va y no quiere tomar nada más… y de poco le serviría aunque lo hiciera…, sólo el opio. Y dice y repite que se va hundiendo.

Ante su sorpresa el señor Bulstrode no respondió. Libraba una pugna consigo mismo.

—Creo que se morirá por falta de sustento si sigue así. Cuando cuidé del pobre señor Robinson, tenía que darle oporto y coñac constantemente, y un buen vaso cada vez —añadió la señora Abel con un toque de admonición en la voz.

De nuevo el señor Bulstrode guardó silencio y ella continuó:

—No es momento de ahorrar cuando la persona está a las puertas de la muerte, y estoy segura de que usted no lo querría así, señor. De lo contrario le daría nuestra propia botella de ron que tenemos guardada. Pero habiéndole velado usted tanto y con todo lo que ha hecho por él…

Llegado este punto una llave asomó por la abertura de la puerta y el señor Bulstrode dijo con voz ronca:

—Esta es la llave del armario; allí encontrará suficiente coñac.

Muy temprano por la mañana…, alrededor de las seis…, el señor Bulstrode se levantó y pasó un tiempo rezando. ¿Hay alguien que suponga que las oraciones son necesariamente cándidas…, que van necesariamente a la raíz de las acciones? Las oraciones son palabras inaudibles, y las palabras son representativas: ¿quién se puede representar tal y como es, incluso en sus propias reflexiones? Bulstrode todavía no había desentrañado mentalmente las confusas inclinaciones de las últimas veinticuatro horas.

Escuchó en el pasillo y oyó una respiración estertorosa y difícil. Salió a pasear al jardín y observó la escarcha sobre la hierba y las tiernas hojas primaverales. Cuando regresó a la casa le sorprendió ver a la señora Abel.

—¿Cómo está su paciente? Dormido, ¿no? —dijo intentando dotar su voz de cierta animación.

—Está profundamente dormido señor —dijo la señora Abel—. Se fue durmiendo poco a poco entre las tres y las cuatro. ¿Haría el favor de ir a verle? No me ha parecido peligroso dejarle solo. Mi marido se ha ido al campo y la niña está en la cocina.

Bulstrode subió. A primera vista supo que Raffles no dormía el sueño de la reparación sino aquel que se hunde más y más en el abismo de la muerte.

Echó una ojeada a la habitación y vio una botella que aún contenía algo de alcohol y la ampolla de opio casi vacía. Escondió la ampolla y se llevó la botella de coñac que volvió a guardar en el armario.

Mientras desayunaba reflexionó si debía ir a Middlemarch de inmediato o esperar a que llegara Lydgate. Decidió esperar y le dijo a la señora Abel que prosiguiera con sus quehaceres… él velaría junto a la cama del enfermo.

Mientras velaba y contemplaba cómo el enemigo de su paz se hundía irrevocablemente en el silencio, se sintió más tranquilo que nunca durante los últimos meses. Tenía calmada la conciencia bajo el ala envolvente del secreto, que en ese momento parecía un ángel enviado a consolarle. Sacó su agenda para revisar varias notas respecto de los arreglos que había planeado y en parte llevado a cabo ante la perspectiva de marcharse de Middlemarch, y consideró en qué medida seguiría adelante con ellos o los revocaría, ahora que su ausencia sería breve. Quizá su temporal retirada de la dirección de algunos negocios resultaran una adecuada ocasión para llevar a cabo algunas economías que seguía considerando deseables, y confiaba en que la señora Casaubon continuara asumiendo gran parte de los gastos del hospital. Así fueron pasando los minutos, hasta que un cambio en el respirar estertoroso fue lo suficientemente marcado como para atraer su atención hacia la cama, obligándole a pensar en la vida que desaparecería y que en tiempos estuvo subordinada a la suya… que en tiempos fuera lo bastante rastrera como para actuar según él ordenara. Fue la alegría pasada lo que ahora le empujó a sentirse contento por que aquella vida acabara.

¿Y quién podría decir que la muerte de Raffles se había visto precipitada? ¿Quién sabía lo que le hubiera salvado? Lydgate llegó a las diez y media, a tiempo de contemplar el último aliento. Cuando entró en la habitación Bulstrode observó una repentina expresión en el rostro del médico que indicaba no tanto sorpresa cuanto el reconocimiento de no haber juzgado acertadamente. Permaneció un rato en silencio junto a la cama, su mirada fija sobre el moribundo, pero con esa aplacada actividad en el gesto que indicaba que estaba librando un debate interno.

—¿Cuándo se inició este cambio? —dijo, mirando a Bulstrode.

—No le velé anoche —dijo Bulstrode—. Estaba demasiado cansado y le dejé al cuidado de la señora Abel. Dijo que cayó dormido entre las tres y las cuatro. Cuando yo entré antes de las ocho estaba casi como ahora.

Lydgate no hizo más preguntas; observó en silencio hasta que dijo:

—Todo ha terminado.

Esa mañana Lydgate se encontraba en un estado de recuperada esperanza y libertad. Había emprendido su trabajo con su antigua animación, y se sentía con fuerzas para soportar todas las deficiencias de su vida matrimonial. Y era consciente de que Bulstrode había sido su benefactor. Pero este caso le inquietaba. No esperaba que terminara así. Y sin embargo no sabía cómo preguntarle a Bulstrode sin que pareciera que le ofendía. ¿Y si le preguntara al ama de llaves? Al fin y al cabo, el enfermo estaba muerto. No parecía ser de gran utilidad el insinuar que le había matado la imprudencia o la ignorancia de alguien. Y, al fin y al cabo, bien podía él estar equivocado.

Lydgate y Bulstrode regresaron juntos a Middlemarch, hablando de muchas cosas… principalmente el cólera y las probabilidades que tenía de aprobarse la ley de reforma en la Cámara de los Lores, así como de la firme decisión de las uniones políticas. No dijeron nada sobre Raffles, salvo que Bulstrode mencionó la necesidad de procurarle una tumba en el cementerio de Lowick, puesto que, por lo que se le alcanzaba, el pobre no tenía parientes a excepción de Rigg, el cual, había dicho, le era hostil.

Al regresar a casa Lydgate recibió la visita del señor Farebrother. El vicario no había estado en la ciudad el día antes pero la noticia de que había un embargo sobre la casa de Lydgate había llegado a Lowick por la tarde, siendo su portador el señor Spicer, zapatero y sacristán, quien a su vez la sabía por su hermano, el respetable campanero de Lowick Gate. Desde la noche en la que Lydgate bajara de los billares con Fred Vincy, el señor Farebrother había pensado en él con pesimismo. El jugar en el Dragón Verde una vez o incluso más podría ser una insignificancia en otro hombre, pero en Lydgate constituía una de las varias muestras de que se estaba convirtiendo en una persona distinta. Empezaba a hacer cosas por las que anteriormente había sentido un desprecio casi excesivo. Fuera lo que fuera lo que tuvieran que ver en este cambio ciertas insatisfacciones matrimoniales, que algunos tontos chismorreos le habían insinuado, el señor Farebrother creía que estaba relacionado principalmente con las deudas que cada vez más abiertamente se decía que tenía, y empezó a temer que fuera ilusoria cualquier idea respecto de que a Lydgate le respaldara ningún recurso o ningún pariente. El rechazo que encontró en su primer intento de granjearse la confianza de Lydgate le predisponía poco hacia un segundo acercamiento; pero esta noticia de que el embargo era un hecho le decidió a vencer ese recelo.

Lydgate acababa de despedir a un paciente indigente por el que se interesaba mucho y se adelantó con la mano extendida y una animación que sorprendió al señor Farebrother. ¿Sería ésta otra altiva negativa a su ayuda y comprensión? Daba igual: le ofrecería tanto una como otra.

—¿Cómo está Lydgate? He venido porque me dijeron algo que me inquietó sobre usted —dijo el vicario, en el tono de un buen hermano pero sin el mínimo toque de reproche. Ambos se hallaban ya sentados y Lydgate dijo inmediatamente:

—Creo que sé a lo que se refiere. Oyó decir que había un embargo sobre la casa, ¿no?

—Sí. ¿Es cierto?

—Lo era —dijo Lydgate con aire de liberación, como si no le importara hablar del tema ahora—. Pero ha pasado el peligro; la deuda está saldada. He superado mis dificultades: estaré libre de deudas y capaz, espero, de poder empezar de nuevo con mejores planes.

—Cuánto me alegra oír eso —dijo el vicario, echándose hacia atrás en la silla y hablando con la grave rapidez que a menudo sigue a la desaparición de una carga—. Me gusta más eso que todas las noticias que pueda traer el Times. Confieso que venía muy apesadumbrado.

—Le agradezco mucho que lo haya hecho —dijo Lydgate, con cordialidad—. Puedo disfrutar más de la amabilidad puesto que estoy más feliz. La verdad es que he estado muy abatido. Me temo que seguirán doliéndome los cardenales una buena temporada —añadió, sonriendo con cierta tristeza—, pero por el momento sólo noto el alivio de no estar con el agua al cuello.

El señor Farebrother guardó silencio un momento y dijo a continuación con seriedad:

—Mi querido amigo, permítame hacerle una pregunta. Discúlpeme si me tomo esa libertad.

—No creo que me vaya a preguntar nada que pueda ofenderme.

—Entonces…, lo necesito para quedarme del todo tranquilo…, ¿no habrá…, incurrido…, para pagar sus deudas…, en otra que le atormentará posteriormente?

—No —dijo Lydgate, ruborizándose levemente—. No hay razón para que no se lo diga…, puesto que es la verdad…, que es Bulstrode la persona con la que estoy en deuda. Me ha hecho un adelanto muy generoso…, mil libras…, y no le urge que se lo devuelva.

—Sí, es verdaderamente generoso —dijo el señor Farebrother, forzándose a elogiar al hombre que le disgustaba. Su delicadeza rehuyó incluso el pensamiento de que siempre le había advertido a Lydgate que evitara cualquier vinculación personal con Bulstrode, y añadió inmediatamente—: Y Bulstrode debe interesarse lógicamente por su bienestar después de que usted ha trabajado con él de un modo que probablemente haya menguado sus ingresos en lugar de incrementarlos. Me alegra pensar que ha actuado en consecuencia.

Lydgate se sintió incómodo ante estas amables inferencias. Acentuaban más la intranquilidad que había empezado a asomar débilmente tan sólo unas horas antes de que los motivos para la repentina generosidad de Bulstrode, tan a la zaga de la indiferencia más fría, pudieran ser fruto del mero egoísmo. Dejó pasar las amables suposiciones. No podía contar la historia del préstamo, pero la tenía más presente que en ningún otro momento, así como el dato que el vicario había ignorado con gran delicadeza; que esta relación de deuda personal con Bulstrode era lo que en otros tiempos había estado más decidido a evitar.

Y en lugar de responder empezó a hablar de su economía futura y de cómo consideraba ahora su vida desde un punto de vista distinto.

—Montaré un consultorio —dijo—. Creo que hice un esfuerzo equivocado en ese sentido. Y si a Rosamond no le importa cogeré un aprendiz. No me gustan estas cosas pero si las llevas a cabo noblemente no tienen por qué ser degradantes. Me he visto muy mortificado al empezar y eso hará que los pequeños coscorrones me parezcan cosa de nada.

¡Pobre Lydgate! El «Si a Rosamond no le importa» que había dicho involuntariamente como parte de su pensamiento, era una muestra significativa del yugo que soportaba. Pero el señor Farebrother, cuyas esperanzas entraban briosas en la misma corriente que las de Lydgate, y desconocía de él algo que pudiera suscitar un presentimiento melancólico, le dejó con una calurosa felicitación.

CAPÍTULO NUEVE

Cinco días tras la muerte de Raffles el señor Bambridge se encontraba de pie ocioso bajo el amplio arco que daba al patio del Dragón Verde. No le gustaba la contemplación en solitario, pero acababa de salir de la casa y cualquier persona que se colocara inactiva bajo la arcada a primera hora de la tarde atraería compañía con la misma certeza que una paloma que ha encontrado algo que merezca la pena picotear. En este caso no había nada material que llevarse a la boca pero el ojo de la razón atisbó la probabilidad de sustento mental en la forma de chismorreos. El señor Hopkins, el manso mercero de enfrente fue el primero en responder a esta visión interna, codiciando más la charla masculina dado que sus clientes eran principalmente mujeres. El señor Bambridge fue bastante cortante con el mercero, dando por sentado que era Hopkins el que quería hablar con él pero sin tener, por su parte, la intención de malgastar mucha conversación con el tendero. Sin embargo pronto se formó un pequeño grupo de oyentes más importantes, compuesto bien por transeúntes, bien por gente que se había acercado al lugar expresamente para ver si ocurría algo en el Dragón Verde; y el señor Bambridge iba encontrando rentable contar cosas impresionantes acerca de los hermosos sementales que había estado viendo y las compras que había hecho durante un viaje al norte del cual acababa de regresar. A los caballeros presentes se les aseguró que cuando pudieran mostrarle algo que mejorara una yegua de pura sangre, baya, de menos de cuatro años, que se encontraba en Doncaster si querían ir a verla, el señor Bambridge les gratificaría sirviendo de blanco para los tiros «desde aquí hasta Hereford». Asimismo, una pareja de caballos negros que iba a empezar a domar le recordaban vivamente un par que había vendido a Faulkner en el año diecinueve por cien guineas y que Faulkner vendió por ciento sesenta dos meses después… a cualquier agente que pudiera desmentir esta afirmación se le ofrecía el privilegio de llamar al señor Bambridge por un nombre muy feo hasta que el ejercicio le secara la garganta.

Cuando la conversación hubo alcanzado este animado punto llegó el señor Frank Hawley. No era hombre que comprometiera su dignidad remoloneando por el Dragón Verde pero al pasar casualmente por High Street y al ver a Bambridge al otro lado cruzó la calle de unas zancadas para preguntarle al tratante de caballos si había encontrado el caballo de primera que le había encargado para la calesa. Se le pidió al señor Hawley que esperara hasta haber visto un tordo elegido en Bilkley; si eso no era justamente lo que buscaba es que Bambridge no distinguía un caballo cuando lo tenía ante las narices, lo que parecía algo absolutamente inconcebible. El señor Hawley, de espaldas a la calle, estaba fijando la hora para ir a ver el tordo y probarlo, cuando pasó lentamente un jinete.

—¡Bulstrode! —dijeron al tiempo dos o tres voces, una de ellas, la del mercero, respetuosamente anteponiendo el «señor», pero sin que ninguno le diera más importancia al nombre que si hubieran dicho «¡la diligencia de Riverston!» al aparecer ésta en la lejanía. El señor Hawley echó una mirada distraída a la espalda de Bulstrode pero Bambridge, que seguía a la figura con la vista, hizo una mueca sarcástica.

—¡Hombre!, esto me recuerda… —empezó, bajando un poco la voz—. Me encontré con algo más en Bilkley aparte de su caballo, señor Hawley. Me encontré con una estupenda historia sobre Bulstrode. ¿Saben cómo hizo su fortuna? Le doy la información gratis a cualquier caballero que quiera una noticia curiosa. Si la gente recibiera su merecido, Bulstrode podría haber tenido que elevar sus oraciones desde un penal.

—¿Qué quiere decir? —dijo el señor Hawley, hundiendo las manos en los bolsillos y adelantándose un poco bajo la arcada. Si Bulstrode resultara ser un bandido, Frank Hawley tenía alma de profeta.

—Me lo contó uno que había sido el antiguo compinche de Bulstrode. Les diré dónde le encontré por primera vez —dijo Bambridge con un repentino gesto del dedo índice—. Estaba en la subasta de Larcher, pero no sabía nada de él entonces… se me escurrió de entre los dedos… iba buscando a Bulstrode, sin duda. Me ha dicho que puede exprimirle a Bulstrode cualquier cantidad, que conoce todos sus secretos. Se despachó a gusto conmigo en Bilkley: bebe bien. Que me cuelguen si era su intención hacer de testigo de cargo, pero es de esos tipos fanfarrones que se van animando hasta que fanfarronearía de que un espavarán da dinero. Un hombre debiera saber cuándo callarse —el señor Bambridge hizo este comentario con un gesto de repugnancia, satisfecho de que sus propias fanfarronadas demostraran un buen sentido de lo vendible.

—¿Cómo se llama ese hombre? ¿Dónde se le puede encontrar? —dijo el señor Hawley.

—Eso de que dónde se le puede encontrar… yo le dejé dándole a la bebida en el Saracen's Head. Pero se llama Raffles.

—¡Raffles! —exclamó el señor Hopkins—. Ayer vestí su funeral. Le enterraron en Lowick. El señor Bulstrode acompañó al féretro. Un funeral muy digno.

Una fuerte conmoción recorrió a los presentes. El señor Bambridge profirió en exclamaciones de entre las que «fuego del infierno» era la más suave y el señor Hawley, frunciendo el ceño y empujando el cuello hacia adelante preguntó:

—¿Qué…? ¿Dónde ha muerto este hombre?

—En Stone Court —dijo el mercero—. El ama de llaves dijo que era un pariente del dueño. Llegó allí el viernes enfermo.

—¡Pues el miércoles estaba yo tomando con él una copa! —intercaló Bambridge.

—¿Le atendió algún médico? —preguntó Hawley.

—Sí. El señor Lydgate. El señor Bulstrode le veló una noche. Murió el tercer día por la mañana.

—Siga, Bambridge —insistió el señor Hawley—. ¿Qué dijo de Bulstrode este tipo?

El grupo se había ido agrandando, siendo la presencia del secretario del ayuntamiento la garantía de que se estaba diciendo algo que merecía la pena escuchar, y el señor Bambridge hizo entrega a siete personas de su narración. Consistía principalmente en lo que conocemos, incluyendo lo relativo a Will Ladislaw, con el aderezo de ciertas circunstancias y colorido local; justo lo que Bulstrode había temido que se supiera y esperaba haber enterrado para siempre junto al cadáver de Raffles… ese fantasma amenazador de su vida pasada del que, al pasar ante la arcada del Dragón Verde, confiaba en que la Providencia le hubiera librado. Sí, la Providencia. Aún no se había confesado a sí mismo que hubiera participado de alguna forma en la consecución de este fin; había aceptado lo que parecía ofrecérsele. Era imposible probar que había hecho nada para acelerar la muerte de aquel hombre.

Pero este cotilleo sobre Bulstrode se extendió por Middlemarch como el olor a quemado. El señor Frank Hawley prosiguió la información enviando a un pasante de su confianza a Stone Court con el pretexto de preguntar por el heno, pero en realidad para averiguar por la señora Abel cuanto pudiera acerca de Raffles y su enfermedad. Así supo que el señor

Garth había llevado al hombre a Stone Court en su calesín; a continuación el señor Hawley buscó una oportunidad para ver a Caleb y fue a su oficina para preguntarle si tendría tiempo para hacerse cargo de un arbitraje caso de necesitarse, y preguntándole como por casualidad por Raffles. A Caleb no se le escapó ninguna palabra injuriosa respecto de Bulstrode pero hubo de admitir que había dejado de llevarle los negocios esa última semana. El señor Hawley sacó sus conclusiones, y, convencido de que Raffles le había contado su historia a Garth y que Garth había dejado los asuntos de Bulstrode como consecuencia, se lo dijo así horas más tarde al señor Toller. Esta narración fue pasando hasta perder totalmente el matiz de deducción, interpretándose como información directamente procedente de Garth, de forma que incluso un historiador diligente hubiera podido llegar a la conclusión de que Caleb era el editor principal de las maldades de Bulstrode.

El señor Hawley no tardó en percatarse de que no había soporte legal ni en las revelaciones de Raffles ni en las circunstancias de su muerte. El mismo se llegó hasta el pueblo de Lowick para examinar el registro y hablar del asunto con el señor Farebrother, que no se sorprendió más que el abogado de que un feo secreto relacionado con Bulstrode hubiera salido a la luz, si bien siempre había tenido el suficiente sentido de la justicia como para impedir que su antipatía se convirtiera en conclusiones. Pero mientras hablaba, otra combinación se abría paso silenciosamente en la mente del señor Farebrother, que anticipaba lo que pronto correría por Middlemarch en voz alta como el inevitable «dos más dos». Junto a las razones que hacían que Bulstrode temiera a Raffles surgió como un relámpago la idea de que ese miedo tuviera algo que ver con la generosidad mostrada hacia el médico, y aunque se resistía a la posibilidad de que hubiera aceptado la ayuda conscientemente como un soborno, tenía el presentimiento de que esta complicación de las cosas podría afectar malignamente la reputación de Lydgate. Se dio cuenta de que por el momento el señor Hawley desconocía su repentina liberación de las deudas y él mismo se cuidó mucho de apartarse de toda aproximación al tema.

—Bueno —dijo, aspirando profundamente y con ganas de poner fin a una interminable conversación sobre lo que podría haber sido aunque no se podía probar nada legalmente—, es una historia extraña. ¿De modo que nuestro mercúreo Ladislaw tiene una genealogía exótica? Una joven damisela con personalidad y un patriota polaco músico conforman unas raíces que le pegan, pero jamás hubiera deducido el injerto de prestamista judío. Pero nunca se pueden saber de antemano los resultados de una mezcla. Hay porquerías que sirven para clarificar.

—Es justo lo que hubiera imaginado —dijo el señor Hawley montándose en su caballo—. Cualquier maldita sangre extranjera, judía, corsa o gitana.

—Sé que es uno de sus garbanzos negros, Hawley. Pero la verdad es que Ladislaw es un tipo desinteresado y poco preocupado por las cosas mundanales —dijo el señor Farebrother sonriendo.

—Ya, ya, esas son sus revueltas liberales —dijo el señor Hawley, que con frecuencia había dicho como disculpándose que Farebrother era un tipo tan agradable y bondadoso que podía confundírsele con un conservador.

El señor Hawley se marchó a casa sin considerar la asistencia que Lydgate prestara a Raffles más que como una prueba a favor de Bulstrode. Pero la noticia de que Lydgate había podido repentinamente no sólo librarse del embargo sino pagar todas sus deudas en Middlemarch se extendía con rapidez abultándose con conjeturas y comentarios que le dieron mayor cuerpo e ímpetu, y no tardó en llegar a oídos de otros además del señor Hawley, que pronto vieron una significativa relación entre esta repentina disponibilidad de dinero y el deseo de Bulstrode por acallar el escándalo en torno a Raffles. Que el dinero procedía de Bulstrode se hubiera adivinado infaliblemente aún en el caso de no existir pruebas directas de ello, pues ya con anterioridad el cotilleo acerca de los asuntos de Lydgate afirmaba que ni su suegro ni su propia familia harían nada por él, y las pruebas directas las proporcionaron no sólo un empleado del banco sino la propia inocencia de la señora Bulstrode, que hizo mención del préstamo a la señora Plymdale, quien se lo mencionó a su nuera, hija de los Toller, que se lo dijo a todo el mundo. El asunto se consideró de índole tan pública e importante que precisó de cenas para nutrirlo, y fueron muchas las invitaciones que se cursaron y aceptaron con motivo del escándalo sobre Bulstrode y Lydgate; esposas, viudas y solteras, armadas de sus labores, salieron a tomar el té con mayor asiduidad, y la convivencia pública, desde la que se reunía en el Dragón Verde hasta la que frecuentaba Dollop's, adquirió una animación que no pudo suscitar la incógnita de si la Cámara de los Lores rechazaría la ley de reforma electoral.

Pues casi nadie dudaba de que algún motivo de escándalo subyacía en la generosidad de Bulstrode hacia Lydgate. Para empezar, el señor Hawley invitó a un grupo selecto, incluidos los dos doctores, junto con el señor Toller y el señor Wrench, a fin de mantener un minucioso debate respecto de la enfermedad de Raffles, informándoles de todos los detalles proporcionados por la señora Abel en relación con la certificación de Lydgate de que la muerte se debía a delirium tremens; y los médicos, que seguían impertérritos las antiguas sendas en cuanto a esta enfermedad, declararon que no veían nada en todo ello susceptible de transformarse en motivos reales de sospecha. Pero pervivían los motivos morales; las poderosas razones que Bulstrode claramente tenía para desear la desaparición de Raffles, y el hecho de haberle dado a Lydgate en este momento crítico la ayuda que hacía tiempo sabía que necesitaba; la disposición a creer que Bulstrode podía ser poco escrupuloso, y la ausencia de inclinación para pensar que Lydgate no se dejaría sobornar tan fácilmente como otros hombres altivos al verse faltos de dinero. Incluso en el caso de que el dinero le hubiera sido dado tan sólo para que guardara silencio sobre el escándalo en la vida pasada de Bulstrode, ello sumía a Lydgate, quien llevaba tiempo siendo despreciado por ponerse al servicio del banquero con el fin de lograr una situación de preponderancia, así como por desacreditar a sus compañeros de profesión de más edad, en una luz repugnante. Por tanto, pese a la ausencia de señales directas de culpabilidad, el grupo selecto del señor Hawley concluyó respecto de la muerte en Stone Court con la sensación de que el asunto tenía un aspecto feo.

Pero esta vaga convicción de una culpabilidad imprecisa, que bastaba para ocasionar mucho movimiento de cabeza y comentario sarcástico incluso entre los profesionales de más peso, tenía para el público la fuerza del misterio sobre la realidad. Todos preferían especular sobre cómo podía ser el asunto a conocerlo, pues la especulación pronto tuvo más confianza en sí misma que el conocimiento, y era mucho más flexible ante las incompatibilidades. Incluso el escándalo más concreto respecto del pasado de Bulstrode se fundió en algunas mentes con la masa del misterio convertido en burbujeante metal que verter en los diálogos adoptando las formas fantásticas que pluguiera al cielo.

Este era el tono principal ratificado por la señora Dollop, la briosa propietaria de La jarra en Slaughter Lane, que a menudo había de oponerse al superficial pragmatismo de clientes inclinados a pensar que sus noticias procedentes del mundo exterior tenían el mismo peso que lo que «se le había ocurrido» a ella. Cómo «se le había ocurrido» era algo que la señora Dollop ignoraba, pero allí estaba, tan claro como si lo hubiera escrito con tiza sobre la chimenea, «como diría Bulstrode, sus entrañas eran tan negras que si los pelos de su cabeza conocieran sus pensamientos, se los arrancaría de raíz».

—Qué gracioso —dijo el señor Limp, un zapatero meditativo de vista débil y voz aflautada—. Leí en el Trumpet que eso fue lo que dijo el duque de Wellington cuando cambió de chaqueta y se pasó a los romanos.

—Es probable —dijo la señora Dollop—, si un bribón lo dijo, mayor razón para que lo repita otro. Pero menudo hipócrita, dándose esos aires como si no hubiera en todo el país un rector lo bastante bueno para él… y ya ve… tuvo que acudir a Pedro Botero, que le ha ganado por la mano.

—Claro, claro; y ése es un cómplice que no puedes echar del país —dijo el señor Crabbe, el vidriero, que recababa muchas noticias y se movía a tientas entre ellas—. Por lo que he podido sacar, hay quien dice que Bulstrode quería largarse antes, por miedo a que lo descubrieran.

—Ya le echarán de aquí, lo quiera o no —dijo el señor Dill, el barbero, que acababa de entrar—. Afeité a Fletcher, el pasante de Hawley, tiene un dedo malo, y dice que todos están de acuerdo en deshacerse de Bulstrode. El señor Thesiger está en contra suya y quiere echarlo de la parroquia. Y hay señores en la ciudad que dicen que antes que con él cenarían con un preso. «Y lo mismo digo» —dice Fletcher—, «porque ¿qué hay peor para el estómago que un hombre que se alía mal con su religión y dice que los Diez Mandamientos no le bastan, mientras él es peor que la mitad de los hombres de la cárcel?». Eso dijo Fletcher.

—Pero será malo para la ciudad si sale de ella el dinero de Bulstrode —dijo el señor Limp, con voz temblorosa.

—Gente mejor se gasta peor el dinero —dijo un tintorero de voz firme cuyas manos rojizas desentonaban con su rostro bondadoso.

—Pero por lo que tengo entendido, no se va a quedar con el dinero —dijo el vidriero—. ¿No dicen que hay quien se lo puede quitar? Por lo que se me alcanza, podrían quitarle hasta el último céntimo si van por la ley.

—¡Nada de eso! —dijo el barbero que se consideraba superior a sus contertulios de Dollop's pero sin embargo disfrutaba yendo a la taberna—. Fletcher dice que no es así. Dice que pueden probar una y mil veces de quién era hijo este joven Ladislaw, y sería lo mismo que si probaran que yo nací de las hadas… no podría tocar un céntimo.

—¡Pero bueno! —dijo la señora Dollop con indignación—. Le agradezco al Señor que se llevara consigo a mis hijos si eso es cuanto la ley puede hacer por los huérfanos.

Por esa regla, no sirve de nada quiénes son tu padre y tu madre. Pero en cuanto a escuchar a un abogado sin preguntarle a otro… me sorprende usted, señor Dill, un hombre tan listo. Es bien sabido que siempre hay dos lados, si no más; de lo contrario, ¿quién iba a ir a los tribunales, digo yo? Pues vaya gracia, si con tanta ley como hay no sirviera de nada probar de quién eres hijo. Fletcher podrá decir lo que quiera pero yo digo «¡Esa no me la trago!».

El señor Dill fingió reírse aduladoramente con las palabras de la señora Dollop, como una mujer más que capaz de vérselas con los abogados, dispuesto como estaba a someterse a las chanzas de una tabernera que le fiaba a largo plazo.

—Si llegan a los tribunales y es verdad todo lo que cuentan, habrá cosas más importantes que el dinero —dijo el vidriero—. Está esta pobre criatura que ha muerto: por lo que he podido saber, había visto épocas en las que era mucho más caballero que Bulstrode.

—¡Mucho más! ¡Estoy convencida! —dijo la señora Dollop—. Y mucho más persona, por lo que tengo oído. Como le dije al señor Baldwin, el recaudador de impuestos, cuando vino y se quedó de pie ahí donde está usted sentado y dijo «Bulstrode obtuvo todo el dinero que trajo a esta ciudad robando y estafando», y yo le dije «No me cuenta nada nuevo, señor Baldwin; se me han puesto los pelos de punta cada vez que le miro desde el día que llegó aquí queriendo comprar la casa donde vivo; la gente no tiene aspecto de masa cruda y te miran como si quisieran verte el espinazo en balde». Eso fue lo que le dije, y el señor Baldwin es testigo.

—¡Y con toda la razón! —dijo el señor Crabbe—. Pues por lo que sé, este Raffles, como le llaman, era el hombre más vigoroso y saludable que se puedan imaginar, y muy ameno…, aunque ahora esté muerto y enterrado en Lowick; y por lo que se me alcanza, los hay que saben más de lo que debieran de cómo llegó allí.

—¡Me lo creo! —dijo la señora Dollop, con cierto toque de desprecio ante la aparente cortedad del señor Crabbe—. Cuando a un hombre le camelan para que vaya a una casa solitaria y hay quien pudiendo pagar los hospitales y enfermeras de medio condado se queda velándole día y noche, y sólo deja que se acerque un médico del que se sabe no respeta nada y más pobre que las ratas, y a renglón seguido le llueve tanto dinero que puede pagar al señor Byles el carnicero una cuenta de más de un año por los mejores filetes…, no necesito que venga nadie a decirme que han ocurrido cosas que no incluye el libro de oraciones… ni tengo que quedarme parada guiñando el ojo y parpadeando y pensando.

La señora Dollop echó una mirada a su alrededor con el aire de una tabernera acostumbrada a influir en sus clientes. Los más valientes profirieron en un coro de adhesión, pero el señor Limp, tras beberse un trago, juntó las manos y las apretó con fuerza entre las rodillas, observándolas con una mirada borrosa, como si la abrasadora fuerza de las palabras de la señora Dollop le hubieran secado y anulado la mente en tanto no la reavivara con más líquido.

—¿Por qué no desentierran a ese hombre y traen al forense? —dijo el tintorero—. Si hay algo sucio tal vez lo descubran.

—¡Ya, ya, señor Jonás! —dijo la señora Dollop recalcando las palabras—. Sé lo que son los médicos. Demasiado hábiles para que les descubran. Y este doctor Lydgate que quería trocear a todo el mundo antes de que dieran el último aliento… está muy claro lo que pretendía al ver las entrañas de la gente respetable. Puede estar seguro que conoce medicinas que no se pueden ni ver ni oler, ni antes ni después de tragártelas. Pero si yo misma he visto gotas que mandaba el doctor Gambit, el médico de nuestro club y una buena persona que ha traído más niños vivos al mundo que ningún otro en Middlemarch…, yo misma, digo, he visto gotas que daba igual que estuvieran dentro que fuera del vaso, y al día siguiente ya estabas con retortijones. Así que ¡juzgue usted mismo! ¡No me lo diga! Pero lo que digo yo es que fue una bendición que no cogieran a este doctor Lydgate en nuestro club. ¡Muchos hijos de vecino podrían lamentarlo!

Los titulares de esta discusión habían sido tema común entre todos los estamentos de la ciudad; habían llegado por un lado a la rectoría de Lowick y por otro a Tipton Grange, habían llegado plenamente a oídos de la familia Vincy, y comentados con referencias tristes a la «pobre Harriet» por las amistades de la señora Bulstrode antes de que Lydgate supiera claramente la razón de que la gente le mirara de forma extraña y antes de que el propio Bulstrode sospechara la divulgación de sus secretos. No estaba muy acostumbrado a relaciones demasiado cordiales con sus vecinos y por lo tanto no echaba de menos esos síntomas de simpatía; además, había realizado algunos viajes de negocios, habiendo decidido que ya no era preciso que se marchara de Middlemarch y pudiendo, en consecuencia decidir sobre temas que había dejado en suspenso.

—Haremos un viaje a Cheltenham dentro de uno o dos meses —le había dicho a su esposa—. Es una ciudad que proporciona muchas ventajas espirituales, además del aire y las aguas, y seis semanas allí nos resultarán muy refrescantes.

Creía de verdad en las ventajas espirituales, y tenía la intención de que en adelante su vida fuera más devota a consecuencia de esos pecados recientes que se decía a sí mismo eran hipotéticos, rezando hipotéticamente por el perdón: «si es que he transgredido».

En cuanto al hospital, evitó decirle nada más a Lydgate, temiendo manifestar un cambio de planes demasiado brusco a raíz de la muerte de Raffles, íntimamente creía que Lydgate sospechaba que sus órdenes se habían desobedecido deliberadamente, y si era así, también sospecharía que había un motivo para ello. Pero el médico no había llegado a conocer nada respecto de la historia de Raffles y Bulstrode tenía interés en no hacer nada que pudiera aumentar sus sospechas inconcretas. Y en cuanto a la certeza de que algún método de tratamiento en particular pudiera salvar o matar, el propio Lydgate argumentaba constantemente en contra de semejante dogmatismo; no tenía derecho a hablar y sí en cambio todos los motivos para callarse. Bulstrode se sentía providencialmente seguro. El único incidente que le había afectado poderosamente había sido un encuentro casual con Caleb Garth, quien, sin embargo, había levantado el sombrero para saludarle con serena gravedad.

Entretanto, un fuerte sentimiento en contra suya se iba fraguando entre los principales ciudadanos.

En el ayuntamiento se iba a celebrar una reunión sobre una cuestión sanitaria que había adquirido principal importancia por un caso de cólera producido en la ciudad. Desde que el Parlamento aprobara precipitadamente una ley autorizando la implantación de tributos para sufragar medidas sanitarias, se había nombrado en Middlemarch una comisión para supervisar tales medidas, y tanto liberales como conservadores habían acordado que se llevara a cabo una buena limpieza así como otros preparativos. La cuestión ahora consistía en decidir sí se debían adquirir para cementerio unos terrenos a las afueras de la ciudad vía impuestos o mediante suscripción privada. La reunión iba a ser pública y se esperaba que asistieran casi todas las personalidades importantes de la ciudad.

El señor Bulstrode era miembro de la junta y salió del banco justo antes de las doce con la intención de insistir en el plan de suscripción privada. Dadas las vacilaciones en sus proyectos, llevaba tiempo manteniéndose en un segundo plano y le parecía que esta mañana debía retomar su antigua posición como hombre influyente y de acción en los asuntos públicos de la ciudad en la que esperaba acabar sus días. Entre las diversas personas que llevaban su misma dirección vio a Lydgate; se reunieron, hablaron del tema de la convocatoria y entraron juntos.

Parecía como si todos los que hacían figura hubieran llegado antes que ellos. Pero aún quedaban sitios libres cerca de la cabecera de la amplia mesa central y allí se dirigieron. El señor Farebrother estaba enfrente, no lejos del señor Hawley; también estaban todos los hombres dedicados a la medicina; el señor Thesiger presidía y el señor Brooke de Tipton estaba a su derecha.

Lydgate observó un extraño intercambio de miradas cuando él y Bulstrode se sentaron.

Cuando el tema quedó abierto por el presidente, quien señaló las ventajas de adquirir mediante suscripción un terreno lo suficientemente grande como para que a la larga pudiera ser el cementerio principal, el señor Bulstrode, a cuyo verbo fácil y tono de voz un tanto agudo pero templado la ciudad estaba acostumbrada en reuniones de esta índole, se levantó y pidió permiso para dar su opinión. De nuevo Lydgate pudo ver el extraño intercambio de miradas antes de que el señor Hawley se levantara y dijera con su voz firme y resonante:

—Señor presidente, solicito que antes de que nadie dé su opinión sobre este tema me sea permitido hablar acerca de un asunto de sentimiento público, y que no sólo yo, sino muchos de los presentes, consideramos prioritario.

El modo de hablar del señor Hawley, incluso cuando el decoro público reprimía su «atroz lenguaje», era formidable por su seguridad y brevedad. El señor Thesiger accedió a la petición, el señor Bulstrode se sentó y el señor Hawley prosiguió:

—Lo que he de decir, señor presidente, lo digo no sólo en nombre propio sino con el beneplácito y por expresa petición de no menos que ocho conciudadanos sentados a nuestro alrededor. Es nuestro sentir unánime que al señor Bulstrode se le pida, y así lo hago ahora, que dimita de los cargos públicos que ostenta, no sólo como contribuyente sino como caballero entre caballeros. Existen prácticas y acciones que, debido a ciertas circunstancias, no caen dentro del ámbito de la ley, aunque pueden ser peores que muchas cosas que legalmente constituyen un delito. La gente honrada y los caballeros, si no desean la compañía de quienes llevan a cabo acciones semejantes, han de defenderse como mejor puedan, y eso es lo que yo y los amigos a quienes puedo llamar mis clientes en este asunto estamos decididos a hacer. No digo que el señor Bulstrode sea culpable de actos infames pero le pido que o bien públicamente niegue y refute las escandalosas afirmaciones contra él hechas por un hombre muerto que falleció en su casa… la afirmación de que durante muchos años estuvo involucrado en prácticas nefandas, y que obtuvo su fortuna con procedimientos deshonestos, o bien se retire de cargos que sólo le hubieran sido otorgados por considerarle un caballero entre caballeros.

Todas las miradas se volvieron hacia el señor Bulstrode, quien, desde que surgiera su nombre por primera vez se hallaba sumido en una crisis de sentimientos casi demasiado violenta para su delicada constitución. Lydgate, que asimismo sufría un impacto fruto de la terrible interpretación práctica de un ligero augurio, al ver el sufrimiento reflejado en el rostro lívido de Bulstrode, sintió, no obstante, cómo su odio resentido se veía refrenado por ese instinto curador que primero piensa en salvar o proporcionarle alivio al que sufre.

La pronta visión de que, después de todo, su vida era un fracaso, de que era un hombre deshonrado y debía temblar ante la mirada de aquellos hacia quienes normalmente había asumido la actitud de corrector, de que Dios le había repudiado ante los hombres, abandonándole desprotegido ante el triunfante desdén de quienes se alegraban de encontrar una justificación para su odio, la sensación de absoluta inutilidad en el equívoco con su conciencia al inmiscuirse en la vida de su cómplice, equívoco que ahora le atacaba venenosamente con el colmillo bien desarrollado de una mentira descubierta; todo ello le embargó como la agonía que no acababa de matar y deja aún abiertos los oídos para la nueva ola de execración. La repentina sensación de verse descubierto tras la reestablecida convicción de seguridad cayó no sobre la tosquedad de un criminal, sino sobre la susceptibilidad nerviosa de un hombre cuya esencia principal residía en esa susceptibilidad y predominio que las condiciones de su vida habían forjado para él.

Pero en esa esencia existía la fuerza de la reacción. Por su débil constitución corría una tenaz vena de ambiciosa voluntad de supervivencia, que continuamente había saltado como una llama, desbaratando todos los temores doctrinales, y que, incluso en aquel momento en que constituía el objeto de compasión de los misericordes, empezaba a removerse y a brillar bajo su tez cenicienta… Antes de que hubieran salido las últimas palabras de los labios del señor Hawley, Bulstrode supo que debía contestar y que su respuesta sería un ataque. No se atrevía a levantarse y decir «No soy culpable, toda la historia es falsa» … y aunque se hubiera atrevido, dada la aguda sensación de traición que sentía, le hubiera parecido tan fútil como, a fin de cubrir su desnudez, taparse con un trapo que se rasgaría al menor tirón.

Hubo unos momentos de absoluto silencio mientras todos en la habitación miraban a Bulstrode. El banquero permaneció inmóvil, apoyándose fuerte contra el respaldo de la silla; no osó levantarse y cuando empezó a hablar apretó las manos contra ambos lados de la silla. Pero su voz era perfectamente audible, si bien más ronca de lo habitual, y pronunció las palabras con nitidez, aunque se detenía entre frase y frase como falto de aliento. Volviéndose primero hacia el señor Thesiger y mirando luego al señor Hawley, dijo:

—Protesto ante usted, caballero, como ministro cristiano, por sancionar procedimientos contra mí que obedecen al odio más virulento. Aquellos que me son hostiles se avienen gustosos a creer cualquier calumnia que contra mi profiera un irresponsable. Y sus conciencias se vuelven severas contra mí. Dicen que las maledicencias de las que se me va a hacer víctima me acusan de prácticas inmorales —aquí la voz de Bulstrode se elevó y adquirió un tono más incisivo, hasta parecer un débil grito—, ¿quién me acusará? No serán aquellos cuyas propias vidas son anticristianas, incluso escandalosas… o aquellos que emplean instrumentos mezquinos para llevar a cabo sus propios fines…, cuya profesión es un tejido de trampas… que se han ido gastando sus ingresos en placeres sensuales, mientras yo he dedicado los míos al progreso de los objetivos más elevados respecto de esta vida y la próxima.

Tras la palabra «trampas» aumentó el ruido, mitad murmullos mitad siseos, mientras cuatro personas se pusieron en pie al tiempo, el señor Hawley, el señor Toller, el señor Chichely y el señor Hackbutt; pero la ira del señor Hawley fue instantánea y enmudeció a los demás.

—Si se refiere a mí, pongo a su disposición, y a la de todos los demás la inspección de mi vida profesional. En cuanto a cristiano o no cristiano, rechazo su cristianismo hipócrita y de boquilla; y en cuanto a cómo empleo mis ingresos no cae dentro de mis principios el mantener a ladrones y estafarles a los vástagos la herencia que les corresponde a fin de sostener la religión y erigirme yo como un devoto aguafiestas. No simulo finuras de conciencia…, aún no he hallado necesaria la finura para poder medir sus acciones. Y de nuevo le pido que explique satisfactoriamente los escándalos que circulan contra usted o dimita de aquellos puestos en los que, al menos nosotros, le rechazamos como colega. Repito, caballero, que nos negamos a colaborar con un hombre cuya reputación no está limpia de las infamias vertidas sobre ella, no sólo por informes sino por acciones recientes.

—Permítame, señor Hawley —dijo el presidente, y el señor Hawley, aún fuera de sí, accedió con un gesto de impaciencia y se sentó con las manos hundidas en los bolsillos.

—Señor Bulstrode, opino que no es deseable prolongar la presente discusión —dijo el señor Thesiger, volviéndose hacia el hombre pálido y tembloroso—, coincido lo bastante con el señor Hawley al expresar un sentimiento generalizado como para pensar que, según su fe cristiana, debe usted, a ser posible, liberarse de tristes inculpaciones. Por mi parte estaría dispuesto a brindarle la oportunidad y el público. Pero he de decir que su actitud presente resulta lastimosamente contradictoria con esos principios con los que usted se ha querido identificar, y por cuyo respeto yo he de velar. Como ministro suyo y como alguien que espera que recobre su anterior posición de respeto, le recomiendo que deje la sala y evite obstaculizar más el desarrollo de la sesión.

Tras un instante de duda Bulstrode cogió el sombrero del suelo y se puso lentamente en pie, pero asió la esquina de la silla con tal titubeo que Lydgate tuvo la certeza de que no le quedaba al banquero fuerza suficiente para caminar sin un apoyo. ¿Qué podía hacer? No podía ver que un hombre se hundía por falta de ayuda. Se levantó y le ofreció el brazo a Bulstrode, y así salieron de la sala; sin embargo este gesto que pudiera haber sido de delicada profesionalidad y pura compasión le resultó en aquel momento indescriptiblemente amargo. Parecía como si firmara una asociación entre él y Bulstrode y cuyo significado veía ahora tal y como debía presentarse ante otras mentes. Tenía la certeza de que este hombre que ahora se apoyaba tembloroso en su brazo, le había dado las mil libras como soborno, y que de alguna forma el tratamiento de Raffles había sido modificado por una malévola razón. Las deducciones estaban lo bastante ligadas: la ciudad conocía el asunto del préstamo, lo entendía como un soborno y creía que él lo había aceptado como tal.

Y el pobre Lydgate, mientras su mente luchaba con el peso terrible de esta revelación, se vio moralmente obligado a llevar al señor Bulstrode al banco, enviar a su hombre en busca del carruaje, y esperar para acompañarle a su casa.

Entretanto, se concluyó el asunto de la reunión y los distintos grupillos se afanaron en la discusión respecto del asunto de Bulstrode… y Lydgate.

El señor Brooke, que anteriormente sólo había recibido retazos incompletos y se encontraba muy inquieto por «haber ido demasiado lejos» en su apoyo a Bulstrode, se informó ahora detalladamente y sintió cierta benévola tristeza al hablar con el señor Farebrother de la fea situación en la que se encontraba Lydgate. El señor Farebrother tenía la intención de volverse a Lowick andando.

—Suba a mi coche —dijo el señor Brooke—. Voy a ver a la señora Casaubon. Llegaba anoche de Yorkshire, y querrá verme, ¿sabe?

Y así hicieron el camino, el señor Brooke parloteando afablemente con la esperanza de que no hubiera habido maldad en el comportamiento de Lydgate…, un joven que le había parecido muy por encima de la media normal cuando le trajo una carta de su tío, Sir Godwin. El señor Farebrother habló poco: se encontraba muy apesadumbrado y con un agudo conocimiento de las flaquezas humanas no podía estar seguro de que, presionado por necesidades humillantes, Lydgate no hubiera estado a su propia altura.

Cuando el carruaje llegó a la puerta de la casona, Dorothea estaba en el camino de gravilla y fue a recibirles.

—Bien, hija mía —dijo el señor Brooke— acabamos de estar en una reunión… una reunión de sanidad.

—¿Estaba allí el señor Lydgate? —preguntó Dorothea, pletórica de salud y de animación, con la cabeza descubierta bajo la brillante luz de abril —. Quiero verle y hablar largamente con él respecto del hospital. Me he comprometido a hacerlo con el señor Bulstrode.

—Bueno, hija… —dijo el señor Brooke— nos han estado dando malas noticias…, malas noticias, ¿sabes?

Cruzaron el jardín hacia la verja que daba al patio de la iglesia pues el señor Farebrother quería continuar hasta la rectoría, y Dorothea oyó la triste historia.

Escuchó con gran interés, y quiso oír dos veces los hechos e impresiones respecto de Lydgate. Tras un breve silencio, deteniéndose ante la verja y dirigiéndose al señor Farebrother dijo con decisión:

—¿No pensará usted que el señor Lydgate es culpable de ninguna vileza? Me niego a creerlo. ¡Tenemos que averiguar la verdad y limpiar su nombre!

LIBRO OCTAVO

OCASO Y AMANECER

CAPÍTULO DIEZ

La impetuosa generosidad de Dorothea, que hubiera saltado de inmediato para reivindicar a Lydgate de la sospecha de haber sido sobornado con dinero, sufrió un melancólico frenazo cuando se puso a considerar todas las circunstancias del caso a la luz de la experiencia del señor Farebrother.

—Es un asunto delicado de tocar —dijo el vicario—. ¿Cómo podemos empezar a investigarlo? Debe hacerse públicamente mediante el juez y el forense, o privadamente preguntándoselo a Lydgate. En cuanto al primer procedimiento no hay fundamento sólido para avanzar, de otro modo Hawley lo hubiera adoptado; y en cuanto a exponer el asunto a Lydgate, confieso que me retraigo. Seguramente se lo tomaría como un insulto fatal. Más de una vez he experimentado la dificultad de hablar con él sobre asuntos personales. Y uno debería conocer la verdad de su conducta de antemano para confiar en obtener un buen resultado.

—Estoy convencida de que su conducta no ha sido delictiva; yo creo que la gente suele ser mejor de lo que creen sus vecinos —dijo Dorothea. Algunas de sus más intensas experiencias de los dos últimos años habían predispuesto su pensamiento en contra de las desfavorables interpretaciones de los otros, y por primera vez se sintió algo descontenta con el señor Farebrother. Le disgustó esta cautelosa ponderación de las consecuencias, en vez de una fe ardiente en los esfuerzos de la justicia y la gracia, que triunfarían por su fuerza emotiva. Dos días después, él comía en la casona con su tío y los Chettam, y cuando procedían a tomar el postre, hubieron salido los criados del comedor, y el señor Brooke empezaba a dormitar, Dorothea volvió sobre el asunto con renovada vivacidad:

—El señor Lydgate entendería que si sus amigos oían una calumnia acerca de él su primer deseo fuera el de justificarle. ¿Para qué vivimos si no es para hacernos la vida más fácil los unos a los otros? Yo no puedo ser indiferente ante los apuros de un hombre que me ha aconsejado en mi aflicción y me ha atendido en mi enfermedad.

El tono y el estilo de Dorothea no eran menos enérgicos de lo que habían sido tres años antes cuando se hallara presidiendo la mesa de su tío, y desde entonces su experiencia le había proporcionado más derecho para expresar su decidida opinión. Pero Sir James Chettam ya no era el tímido y condescendiente pretendiente; era el ansioso cuñado, con una devota admiración por su hermana política, pero con una constante alarma a fin de que no cayera bajo alguna nueva ilusión casi tan mala como casarse con Casaubon. Sonreía mucho menos; cuando decía «en efecto», era más una introducción a una opinión disconforme de lo que había sido en aquellos sumisos días de soltería; y Dorothea halló para sorpresa suya que debía disponerse a no tenerle miedo, tanto más puesto que era su mejor amigo. Ahora no estaba de acuerdo con ella.

—Pero Dorothea —dijo en tono de protesta—, no puedes pretender organizar la vida de un hombre de este modo. Lydgate debe de saber… al menos pronto llegará a saber, a qué atenerse. Si se puede justificar, lo sabrá. Debe actuar por sí mismo.

—Creo que sus amigos deben aguardar hasta que encuentren una oportunidad —añadió el señor Farebrother—. Es posible, yo he sentido a menudo tanta debilidad en mí mismo que puedo concebir incluso en un hombre de una honrada disposición, como siempre he creído que es Lydgate, que sucumba a la tentación de aceptar un dinero que se le ofrecía más o menos indirectamente como soborno para asegurar su silencio sobre hechos escandalosos ocurridos hace tiempo. Digo que puedo concebir esto, en el caso de hallarse bajo apremiantes circunstancias… de haber sido acosado como estoy seguro de que Lydgate ha sido. No me creería nada peor de él excepto bajo una prueba rigurosa. Pero ahí está la terrible Némesis persiguiendo a algunos errores, de modo que es siempre posible para aquéllos que lo quieran, considerarlos como un delito: no hay prueba en favor del hombre fuera de su propia conciencia y aseveración.

—¡Qué cruel! —dijo Dorothea, cogiéndose las manos—. ¿Y no quisiera usted ser la persona que creyera en la inocencia de este hombre, aunque el resto del mundo lo desmintiera? Además, el carácter de un hombre habla por él de antemano.

—Pero, mi querida señora Casaubon —dijo el señor Farebrother sonriendo indulgentemente ante su ardor—, el carácter no está cortado en mármol; no es algo sólido e inalterable. Es algo vivo y cambiante, y puede contraer enfermedades como sucede con nuestros cuerpos.

—Entonces puede ser rescatado y curado —dijo Dorothea—. Yo no temería preguntarle al señor Lydgate por la verdad con el fin de ayudarle. ¿Por qué iba a tener miedo? Ahora que no voy a tener la tierra, James, podría hacer lo que el señor Bulstrode propuso, y ocupar su lugar sufragando los gastos del hospital; y debo consultar al señor Lydgate, para saber a ciencia cierta cuáles son las perspectivas para hacer el bien de acuerdo con los planes actuales. Es la mejor oportunidad del mundo para que le pida su confianza, y él podría decirme cosas que tal vez lo aclararían todo. Entonces todos podríamos ponernos a su lado y sacarle de la dificultad. Los hombres glorifican todo tipo de valentía menos la que pueden mostrar a favor de sus vecinos más cercanos —los ojos de Dorothea tenían una húmeda brillantez, y los cambiantes tonos de su voz despertaron a su tío, que empezó a escuchar.

—Es cierto que una mujer puede atreverse a expresar impulsos de simpatía que difícilmente tendrían aceptación si los expresáramos nosotros, los hombres —dijo el señor Farebrother, casi convertido por el ardor de Dorothea.

—Ciertamente, una mujer está obligada a ser cautelosa, y a escuchar a quienes conocen el mundo mejor que ella —dijo Sir James, frunciendo un poco el ceño—. Hagas lo que hagas al final, Dorothea, deberías refrenarte ahora, y no empeñarte en mezclarte en este asunto de Bulstrode. No sabemos todavía cómo puede terminar. ¿Está de acuerdo conmigo? —terminó, mirando al señor Farebrother.

—Creo que sería mejor esperar —contestó éste.

—Sí, sí, hija —dijo el señor Brooke, no sabiendo exactamente en qué punto de la conversación se había incorporado, pero aportando una opinión que fue generalmente aceptada—. Es fácil llegar demasiado lejos, ¿sabes? No debes dejar que tus ideales te avasallen. Y respecto a apresurarte a poner dinero en según qué planes…, esto no iría bien ¿sabes? Garth me ha apurado mucho con las reparaciones, desagües y estas cosas; con una cosa y otra estoy muy mal de dinero. Debo detenerme. En cuanto a usted, Chettam, se está gastando una fortuna con esas vallas de roble alrededor de su heredad.

Dorothea, sometiéndose con dificultad a este desaliento, se fue con Celia a la biblioteca, que era su usual sala de estar.

—Y ahora, Dodo, escucha lo que dice James —dijo Celia—, de otro modo te meterás en un lío. Siempre lo hiciste, y siempre lo harás, cuando te propones hacer lo que te place. Y pienso que es una bendición ahora que tengas a James para pensar por ti. Te deja hacer tus planes, sólo que impide que te engañen. Y ahí está la ventaja de tener un hermano en vez de un marido. Un marido no te dejaría hacer tus planes.

—¡Como si yo necesitara un marido! —dijo Dorothea—. Yo sólo quiero que no me refrenen los sentimientos en cada momento —la señora Casaubon todavía carecía de la disciplina de no romper en lágrimas de indignación.

—Vamos, vamos, Dodo —contestó Celia, con un acento gutural más pronunciado que de costumbre—, te contradices continuamente: primero dices una cosa y después otra. Solías someterte al señor Casaubon vergonzosamente; me figuro que hubieras dejado de venir aquí si te lo hubiera pedido.

—Claro que me sometía a él, porque era mi deber; era mi sentimiento hacia él —añadió Dorothea mirando por el prisma de sus lágrimas.

—¿Entonces por qué no puedes considerar que sea tu deber someterte un poco a lo que James desea? —dijo Celia con cierta severidad en su argumento—. Porque él sólo desea lo bueno para ti. Y los hombres siempre saben más acerca de todo, aparte de lo que saben mejor las mujeres.

Dorothea se rio y olvidó un poco sus lágrimas.

—Bueno, me refiero a los niños y esas cosas —agregó Celia—. Yo no cedería ante James cuando supiera que está equivocado como tú solías hacer con el señor Casaubon.

CAPÍTULO ONCE

Cuando Lydgate hubo apaciguado la ansiedad de la señora Bulstrode diciéndole que su marido había tenido un desfallecimiento durante la reunión, pero que confiaba en que pronto se restablecería y que pasaría al día siguiente, a menos que ella le enviara a buscar antes, se fue directamente a casa, cogió el caballo y se alejó tres millas del poblado con el fin de no estar al alcance de nadie.

Se empezaba a sentir violento y poco razonable como si rabiara bajo el dolor de una picadura y estaba dispuesto a maldecir el día que había llegado a Middlemarch. Todo lo que le había ocurrido allí parecía una mera preparación para esta odiosa fatalidad, que había caído como una roña sobre su honorable ambición, y podía hacer que incluso gentes que tenían sólo normas vulgares consideraran su reputación como irrevocablemente perjudicada. En estos momentos un hombre apenas puede evitar ser desagradable. Lydgate se consideraba damnificado y a los otros como agentes de su mala fortuna. Lo había planeado todo para que hubiera salido diferente; y los otros se habían metido en su vida desconcertando sus propósitos. Su matrimonio parecía una calamidad irremediable, y sentía temor de volver a Rosamond antes de haberse desahogado soltando en solitario su rabia, no fuera que su presencia le exasperara y le hiciera comportarse indisculpablemente. En la vida de muchos hombres hay episodios en los que sus mejores cualidades sólo pueden proyectar una sombra disuasiva sobre los objetos que llenan su visión interior; la cordialidad de Lydgate estaba presente entonces sólo como un temor a ofender, no como una emoción que le moviera a la ternura. Porque se sentía muy desgraciado. Sólo quienes conocen la supremacía de la vida intelectual —la vida que contiene la semilla de ennoblecer el pensamiento y su propósito— pueden entender el dolor de alguien que se desploma de la serena actividad y cae en el absorbente y devastador esfuerzo de las molestias mundanas.

¿Cómo iba a vivir sin reivindicarse ante la gente que sospechaba de su vileza? ¿Cómo podía irse calladamente de Middlemarch como si se retirara de una justa condena? Y sin embargo, ¿cómo podía intentar justificarse?

Porque esa escena en la reunión, de la que acababa de ser testigo, aunque no le había proporcionado detalles, había sido suficiente para exponerle su situación con absoluta claridad. Bulstrode había tenido miedo de escandalosas declaraciones por parte de Raffles; Lydgate podía ahora estructurar todas las posibilidades del caso. Tenía miedo de alguna traición cuando yo lo oyera: todo lo que quería era atarme a él con alguna obligación firme; eso fue lo que le hizo pasar súbitamente de la dureza a la liberalidad. Y puede que se entrometiera con el paciente; puede que desobedeciera mis órdenes. Me temo que sí. Pero si lo hizo o no, la gente cree que él, de una forma u otra, envenenó al hombre y que yo pasé por alto el delito, si no contribuí en él. Y, sin embargo, puede que no sea culpable de la última ofensa; y es posible incluso que el cambio hacia mí haya sido un genuino desenojo, el efecto de ulteriores pensamientos, tal como él alegó. Lo que llamamos «apenas posible» es a veces verdadero y la cosa que creemos más fácil de creer es absolutamente falsa. En sus últimos tratos con este hombre puede que Bulstrode mantuviera las manos limpias a pesar de mis sospechas de lo contrario.

Había una entumecedora crueldad en su posición. Incluso si renunciaba a toda consideración que no fuese la de justificarse a sí mismo… si se enfrentaba con el encogimiento de hombros, las miradas frías y el evitar su presencia como acusación, y hacía una manifestación pública de todos los hechos como él los conocía ¿quién se convencería? Sería representar el papel del tonto ofrecer el propio testimonio en favor de sí mismo, y decir: «Yo no acepté el dinero como un soborno». Las circunstancias todavía serían más fuertes que su aseveración. Y además, presentarse y decirlo todo de sí mismo debía incluir declaraciones acerca de Bulstrode que ensombrecerían las sospechas de otros contra él. Debía decir que desconocía la existencia de Raffles cuando mencionó a Bulstrode su penosa necesidad de dinero, y que lo aceptó inocentemente como resultado de esta comunicación, sin saber que se había producido un nuevo motivo para el préstamo al llamársele para que viera a este hombre. Y, a pesar de todo, la sospecha de los motivos de Bulstrode pudiera ser injusta.

Pero entonces vino la cuestión de si él hubiera actuado precisamente del mismo modo si no hubiera recibido el dinero. Ciertamente, si Raffles hubiera seguido vivo y susceptible de posterior tratamiento cuando llegó, y se hubiera imaginado entonces alguna desobediencia a sus órdenes por parte de Bulstrode, hubiera realizado una investigación estricta, y si su conjetura se hubiera verificado, habría abandonado el caso, a pesar de su reciente y pesada obligación. Pero si no hubiera recibido dinero alguno… si

Bulstrode no hubiese revocado su fría recomendación de bancarrota… ¿se hubiera abstenido él, Lydgate, de toda investigación, incluso al encontrar al hombre muerto? …, el hecho de evitarle un insulto a Bulstrode, la duda acerca de todo tratamiento médico, y el argumento de que el suyo propio pasaría por erróneo para la mayoría de los miembros de su profesión, ¿hubiera todo eso tenido precisamente la misma fuerza o significación para él?

Ese era el inquietante rincón de la conciencia de Lydgate mientras examinaba los hechos y se resistía a todo reproche. De haber sido independiente, este asunto del tratamiento de un paciente y la clara regla de que él debía hacer o debía ver cómo se hacía lo que mejor creía para la vida a él encomendada, hubiera sido el punto en el que hubiera estado más firme. Tal como estaban las cosas, se había aferrado a la consideración de que la desobediencia a sus órdenes, procediera de donde fuese, no podía tomarse como delito, que en la opinión dominante la obediencia a sus órdenes era también probable que fuera fatal, y que el asunto era simplemente cuestión de forma. Mientras que, una y otra vez, en su época de libertad, él había denunciado la tergiversación de la duda patológica en la duda moral y había dicho que… «el experimento más puro en el tratamiento puede todavía ser consciente: mi misión es cuidar de la vida, y hacer lo mejor que pueda por ella. La ciencia es, como es debido, más escrupulosa que el dogma. El dogma da patente de corso al error, pero el mismo aliento de la ciencia es un reto al error, y debe mantener la conciencia viva». ¡Horror!, la conciencia científica ha entrado en la degradada compañía de la obligación del dinero y los respetos egoístas.

«¿Hay en todo Middlemarch ningún médico que se examinaría a sí mismo como yo lo hago?», decía el desventurado Lydgate con una renovada explosión de rebeldía contra la opresión de su sino. «¡Y, sin embargo, todos se sentirán justificados en abrir un amplio espacio entre ellos y yo, como si fuera un leproso! Mi profesión y mi reputación están absolutamente condenadas, esto lo veo claro. Incluso si pudiera ser eximido mediante una demostración válida, poca diferencia habría para este bendito mundo. He sido acusado de corrompido y todos ellos me despreciarían igualmente».

Ya había habido suficientes indicios que le habían confundido; que cuando pagó sus deudas y se puso de nuevo en pie alegremente, los ciudadanos le esquivaran o le miraran de un modo extraño, y en dos casos se enteró de que dos pacientes suyos habían llamado a otro médico. Las razones estaban ahora claras. La exclusión general había empezado.

No es de extrañar que en la enérgica naturaleza de Lydgate el sentido de una desesperanzada mala interpretación se tornara fácilmente en una obstinada resistencia. El ceño que a veces aparecía en su frente cuadrada no era un accidente sin sentido. Cuando volvía a la ciudad después de haber dado su paseo en las primeras horas de la dolorosa pena, ya resolvía su mente permanecer en Middlemarch a pesar de lo peor que le pudieran hacer. No retrocedería ante la calumnia, como si se hubiera sometido a ella. Se enfrentaría cara a cara con ella, y ninguno de sus actos demostraría que sentía temor. La generosidad y la fuerza desafiadora de su naturaleza le impulsaron a no retraerse de mostrar claramente su sentido de obligación hacia Bulstrode. Era cierto que su asociación con este hombre había sido fatal para él…, cierto que si hubiera tenido todavía las mil libras en sus manos con todas las deudas impagadas, le hubiera devuelto el dinero a Bulstrode, dedicándose a la mendicidad antes que al rescate que había sido ensuciado con la sospecha de soborno (recuérdese que era uno de los hombres más orgullosos); no obstante, no quería abandonar a este aplastado mortal cuya ayuda había utilizado, haciendo un lastimoso esfuerzo para ser eximido él mientras aullaba contra otro. «Haré lo que creo que está bien, sin dar razones a nadie. Tratarán de echarme, matándome de hambre, pero…», seguía pensando con obstinada resolución; pero se acercaba a casa, y el pensamiento de Rosamond se adueñó de nuevo del lugar principal del cual había sido arrojado por las agónicas luchas del honor y el orgullo.

¿Cómo se lo tomaría todo Rosamond? He aquí otro peso de la cadena para arrastrar, y el pobre Lydgate estaba de mal humor para soportar la muda maestría de su esposa. No tenía ganas de comunicarle el infortunio que pronto sería común para ambos. Prefería esperar la revelación accidental que los hechos acarrearían pronto.

CAPÍTULO DOCE

En Middlemarch una mujer no podía permanecer mucho tiempo ignorante de la mala opinión que el pueblo tenía de su marido. Ninguna íntima amiga podía llevar tan lejos la amistad como para dar a la esposa una clara información del desagradable acontecimiento, conocido o creído, sobre su marido; pero cuando una mujer con los pensamientos muy desocupados los empleaba súbitamente en algo penosamente negativo hacia sus vecinos, entraban en juego varios impulsos morales que tendían a estimular la manifestación. La sinceridad era uno. Ser sincero, en la fraseología de Middlemarch, significaba valerse de la primera oportunidad para dar a conocer a tus amistades que no participabas de una optimista opinión de su capacidad, su conducta o su posición; y una sinceridad firme jamás esperaba que la consultaran. Después venía además, el amor a la verdad…, una amplia frase, pero que en este contexto significaba una viva objeción a ver que una mujer era más feliz de lo que justificaba la opinión que se tenía de su marido, o que manifestaba demasiada satisfacción en su suerte: la pobre debería ser advertida de que si conociese la verdad se complacería menos consigo misma, y con las cenas ligeras que daba para sus invitados. Por encima de todo existía la consideración para la mejora moral de una amiga, llamada a veces su alma, que probablemente se vería beneficiada por penosas advertencias, expresadas en compañía de miradas pensativas hacia los muebles y un tono que implicara que el que hablaba no quisiera decir lo que tenía en la mente, para no herir los sentimientos de la que escuchaba. En conjunto, se puede decir que una ardiente caridad estaba activa para que las conciencias virtuosas hicieran desdichada a su vecina, para bien suyo.

Apenas había mujeres en Middlemarch cuyos infortunios matrimoniales, en distintos sentidos, pudieran despertar más esta actividad moral que Rosamond y su tía Bulstrode. La señora Bulstrode no era objeto de antipatía, y nunca había injuriado a nadie conscientemente. Los hombres la habían considerado siempre como una mujer hermosa y agradable, y se tenía por uno de los signos de hipocresía de Bulstrode el hecho de que hubiera escogido a una vigorosa Vincy, en vez de una pálida y melancólica persona apropiada a su baja estimación del placer terrenal. Cuando se reveló el escándalo en torno a su marido, exclamaron: «¡Pobre mujer! Es tan honrada como el día… nunca sospechó nada malo de él, pueden estar seguras». Las mujeres que intimaban con ella hablaban mucho de «la pobre Harriet», se imaginaban cuáles serían sus sentimientos cuando lo llegara a saber todo, y se hacían conjeturas acerca de lo que ya sabría. No había ninguna disposición despectiva hacia ella; más bien era una activa benevolencia ansiosa de asegurar lo que sería bueno que ella sintiera en estas circunstancias, lo que naturalmente mantenía la imaginación ocupada en su reputación e historia desde la época en que era Harriet Vincy hasta ahora. Con el examen de la señora Bulstrode y su situación era inevitable asociar a Rosamond, cuyas perspectivas se hallaban en el mismo deterioro que el de su tía. Rosamond era más severamente criticada y menos compadecida, aunque a ella también, como miembro de la buena y antigua familia de los Vincy, que había sido siempre conocida en Middlemarch, se la consideraba como la víctima de un matrimonio con un intruso. Los Vincy tenían sus debilidades, pero eran superficiales: no había nunca en ellos nada que descubrir. La señora Bulstrode fue defendida de tener semejanza alguna con su marido. Las faltas de Harriet eran sólo suyas.

—Siempre ha sido vanidosa —dijo la señora Hackbutt, mientras preparaba el té para una pequeña concurrencia—, aunque se ha acostumbrado a meter la religión por delante, para concordar con su marido; se ha empeñado en levantar la cabeza por encima de Middlemarch dando a conocer que invita a los clérigos y sabe Dios quién de Riverston y esos lugares.

—Apenas podemos culparla por eso —dijo la señora Sprague—, porque pocas de las mejores gentes del pueblo se interesaban por relacionarse con Bulstrode, y tenía que tener a alguien que se sentara a su mesa.

—El señor Thesiger siempre lo apoyó —dijo la señora Hackbutt—. Me figuro que ahora se arrepentirá.

—Pero en el fondo nunca le apreció… todo el mundo sabe eso —añadió la señora Toller—. El señor Thesiger no exagera nunca. Se ajusta a la verdad del Evangelio. Sólo los clérigos como el señor Tyke, que quieren utilizar himnarios disidentes y defienden este aspecto bajo de la religión, han encontrado a Bulstrode aceptable.

—Creo que el señor Tyke está muy angustiado por él —dijo la señora Hackbutt.

—Y bien lo puede estar: dicen que los Bulstrode han mantenido casi absolutamente a la familia Tyke.

—Y naturalmente es un descrédito para su doctrina —dijo el señor Sprague, que era anciano y anticuado en sus opiniones—. La gente no se preciará de ser metodista en Middlemarch durante mucho tiempo.

—Yo opino que no debemos imputar a su religión las malas acciones de la gente —dijo la señora Plymdale, con su cara de halcón, que había permanecido escuchando hasta ahora.

—Claro, nos estamos olvidando —dijo la señora Sprague— que no debemos hablar de esto delante de usted.

—Estoy segura de que no tengo razones para ser parcial —dijo la señora Plymdale sonrojándose—. Es cierto que el señor Plymdale ha estado siempre en buenas relaciones con el señor Bulstrode, y que Harriet Vincy era amiga mía mucho antes de casarse con él. Pero siempre he mantenido mis opiniones y le he dicho en lo que se equivocaba, pobrecilla. No obstante, en cuanto a la religión, debo decir que el señor Bulstrode pudo haber hecho lo que ha hecho, y aún peor, sin ser un hombre de religión alguna. No digo que no haya habido demasiado de eso… a mí me gusta la moderación. Pero la verdad es la verdad. Los hombres que juzgan en las sesiones judiciales no son demasiado religiosos, supongo.

—Bien —dijo la señora Hackbutt, cambiando de tercio con habilidad —, lo que puedo decir es que creo que debería separarse de él.

—Yo no diría eso —contestó la señora Sprague—. Lo aceptó para lo bueno y para lo malo, ya se sabe.

—Pero «lo malo» nunca puede significar encontrarse con que tu marido merece ir a la cárcel —dijo la señora Hackbutt—. Imagínese vivir con un hombre así. Estaría convencida de que me iba a envenenar.

—Cierto. Yo pienso que es una invitación al delito que hombres así sean cuidados y atendidos por buenas mujeres —manifestó la señora de Tom Toller.

—Y la pobre Harriet ha sido una buena mujer —añadió la señora Plymdale—. Ella se figura que su esposo es el mejor de los hombres. Bien es verdad que nunca le ha negado nada.

—Bueno, ya veremos lo que hace —dijo la señora Hackbutt—. Supongo que la pobre criatura no sabe nada todavía. Espero y confío en que no la veré, porque me horrorizaría tener que decir algo de su marido. ¿Creen que le habrá llegado algún indicio?

—Yo diría que no —dijo la señora de Tom Toller—. Sabemos que está enfermo, y que no ha salido de casa desde la reunión del jueves; pero ella estuvo con sus hijas en la iglesia ayer, y estrenaban sombreros toscanos. El suyo con una pluma. Nunca he observado que su religión tuviera nada que ver con su indumentaria.

—Siempre lleva modelos muy pulcros —dijo la señora Plymdale, un poco picada—. Y esta pluma se la tiñó en espliego pálido para que estuviera a tono. Hay que admitir que a Harriet le gusta hacer las cosas bien.

—En cuanto a que sepa lo ocurrido, no podrá ignorarlo mucho tiempo —dijo la señora Hackbutt—. Los Vincy lo saben, pues el señor Vincy estuvo en la reunión. Será un serio golpe para él. Está su hija implicada además de su hermana.

—Sí, es verdad —comentó la señora Sprague—. Nadie supone que el señor Lydgate pueda seguir con la cabeza alta en Middlemarch; las cosas están feas con lo de las mil libras que recibió justo al morir ese hombre. Esto produce escalofríos.

—El orgullo siempre acaba derribado —añadió la señora Hackbutt.

—No lo siento tanto por la que era Rosamond Vincy como por su tía —dijo la señora Plymdale—. Esa chica se merecía una lección.

—Supongo que los Bulstrode se irán a vivir al extranjero —dijo la señora Sprague—. Es lo que se suele hacer cuando ocurre algo vergonzoso en una familia.

—Y buen golpe que será para Harriet —añadió la señora Plymdale—. Si alguna vez hemos visto a una mujer hundida, ésta será ella. Lo siento de corazón. Con todas sus faltas, hay pocas mujeres mejores. Desde niña ha tenido los más exquisitos modales; ha tenido siempre buen corazón, y es abierta como el día. Se pueden mirar sus cajones siempre que quieras… los tiene siempre igual de ordenados. Y así ha educado a Kate y a Ellen. Figúrense lo duro que será para ella ir a vivir entre forasteros.

—El doctor dice que eso es lo que les recomendaría a los Lydgate que hicieran —dijo la señora Sprague—. Dice que Lydgate debiera haberse quedado con los franceses.

—Eso es lo que le iría bien a Rosamond, diría yo —añadió la señora Plymdale—, tiene esa especie de ligereza. Le viene de su madre, no de su tía Bulstrode, que siempre le dio buenos consejos, y, por lo que se me alcanza, hubiera preferido que se hubiese casado con otro.

La señora Plymdale estaba en una situación que le causaba alguna complicación de sentimientos. No sólo existía su intimidad con la señora Bulstrode, sino también una provechosa relación comercial entre la gran tintorería Plymdale y el señor Bulstrode, que por un lado la hubiera inclinado a desear que la versión más amable sobre el banquero fuese la verdadera, pero por el otro, la hacía más temerosa de parecer que paliaba su culpabilidad. Además la reciente alianza de su familia con los Toller la había llevado a conectar con el mejor círculo, cosa que la complacía casi completamente salvo en la inclinación a aquellos serios aspectos que ella creía que eran los mejores en otro sentido.

La conciencia de la sagaz mujercita se veía algo perturbada en el ajuste de estos «mejores» opuestos, así como en sus aflicciones y satisfacciones por los últimos acontecimientos, que probablemente humillarían a los que necesitaban ser humillados, pero que también caerían pesadamente sobre su buena amiga cuyas faltas hubiera preferido ver en un trasfondo de prosperidad.

La pobre señora Bulstrode, mientras tanto, no se había visto más perturbada por la calamidad que se avecinaba que por la bulliciosa agitación de la secreta inquietud siempre presente en ella desde la última visita de Raffles a The Shrubs. Que ese odioso hombre hubiera llegado enfermo a Stone Court, y que su marido se hubiera decidido a permanecer allí y atenderle, se lo explicaba por el hecho de que a Raffles se le había empleado y ayudado en tiempos anteriores, y esto establecía un lazo de benevolencia hacia él en su degradada inasistencia; y desde entonces la señora Bulstrode se había sentido inocentemente animada por las esperanzadoras palabras de su marido acerca de su propia salud y capacidad para continuar atendiendo el negocio. La calma vino a perturbarse cuando Lydgate lo llevó enfermo a su casa desde la reunión, y a pesar de la consoladora seguridad de los días siguientes, la señora Bulstrode lloraba a solas por la convicción de que su marido no sufría sólo de enfermedad corporal, sino de algo que afligía su mente. No la dejaba que le leyese y apenas que se sentara con él, pretextando una susceptibilidad nerviosa a los ruidos y movimientos; no obstante sospechaba que al encerrarse solo en la habitación su esposo deseaba ocuparse de sus papeles. Estaba segura de que algo había ocurrido. Quizás alguna pérdida cuantiosa de dinero, de la cual la mantenía ignorante. No atreviéndose a preguntar a su esposo, se lo dijo a Lydgate, el quinto día después de la reunión, cuando no había salido de casa sino para ir a la iglesia.

—Señor Lydgate, séame franco: deseo saber la verdad. ¿Le ha sucedido algo al señor Bulstrode?

—Una especie de contusión nerviosa —dijo Lydgate con tono evasivo. Sentía que no le tocaba a él hacer la penosa revelación.

—Pero ¿qué la ha producido? —continuó la señora Bulstrode, mirándole directamente con sus ojos oscuros.

—A menudo existe un ambiente venenoso en los salones públicos —contestó Lydgate—. Los hombres fuertes pueden soportarlo, pero se manifiesta en las personas en proporción a la delicadeza de su constitución. Con frecuencia es imposible determinar el preciso momento de un ataque… o mejor, determinar por qué cede la energía en un momento particular.

La señora Bulstrode no quedó satisfecha con la respuesta. Permaneció en ella la creencia de que a su marido le había sucedido alguna desgracia de la cual ella debía permanecer ignorante; y su modo de ser se oponía firmemente a esta ocultación. Pidió a sus hijas que se quedaran con su padre y se fue a la ciudad a hacer algunas visitas, confiando en que si se sabía que algo malo había sucedido en los negocios del señor Bulstrode lo notaría o se enteraría de ello.

Fue a casa de la señora Thesiger, que no estaba, y entonces se dirigió a casa de la señora Hackbutt, al otro lado del cementerio. La señora Hackbutt la vio venir desde una ventana de arriba, y recordando su anterior alarma por el temor de encontrarse con la señora Bulstrode, se sintió casi obligada en consecuencia a mandar decir que no se hallaba en casa; pero en contra de eso sentía un fuerte deseo por la emoción de una entrevista en la que estaba decidida a no hacer la menor alusión a lo que tenía en el pensamiento.

Por ello, la mujer del banquero se vio acompañada a la sala de estar, y la señora Hackbutt se acercó a ella, con los labios más tirantes y frotándose las manos más de lo usual en ella, precauciones adoptadas en contra de una franqueza de expresión. Estaba dispuesta a no preguntar cómo se sentía el señor Bulstrode.

—Hace casi una semana que no he estado en ninguna parte salvo en la iglesia —empezó la señora Bulstrode después de unas frases introductorias—. Pero el señor Bulstrode se puso tan enfermo en la reunión del martes que no he querido salir de casa.

La señora Hackbutt se frotó el dorso de una mano con la palma de la otra que tenía sobre el pecho, y dejó que sus ojos divagaran por el dibujo de la alfombra.

—¿Estuvo el señor Hackbutt en esa reunión? —insistió la señora Bulstrode.

—Sí, sí —contestó la señora Hackbutt con la misma actitud—. Creo que la tierra se comprará por suscripción.

—Esperemos que no haya más casos de cólera para enterrar en ella —dijo la señora Bulstrode—. Es un castigo espantoso. Pero siempre pienso que Middlemarch es un lugar muy sano. Supongo que es la costumbre de vivir aquí desde la infancia, pero nunca he visto otra ciudad en la que me gustara más vivir, y especialmente morir.

—No le quepa duda de que me alegraría de que viviera siempre en Middlemarch, señora Bulstrode —dijo la señora Hackbutt con un ligero suspiro—. No obstante, debemos aprender a resignarnos respecto de la suerte que nos toca. Aunque estoy segura de que en esta ciudad siempre habrá gentes que la desearán bien.

La señora Hackbutt deseaba decir «si quiere mi consejo, sepárese de su esposo», pero parecía claro que la pobre mujer no sabía nada del trueno que estaba a punto de caer sobre su cabeza, y ella no podía hacer nada más que prepararla un poco. La señora Bulstrode se sintió de pronto helada y temblorosa; evidentemente había algo desusado detrás de este discurso de la señora Hackbutt; pero aunque había salido con el deseo de informarse a fondo, se encontró incapaz de proseguir con su valiente propósito, y desviando la conversación con una pregunta sobre los jóvenes Hackbutt pronto se despidió diciendo que iba a visitar a la señora Plymdale. En su camino hacia allí trató de imaginarse que pudo haber habido alguna infrecuente y calurosa contienda entre el señor Bulstrode y alguno de sus usuales oponentes…, acaso el señor Hackbutt fuera uno de ellos. Esto lo explicaría todo.

Pero mientras se hallaba conversando con la señora Plymdale esta consoladora explicación ya no parecía sostenible. «Selina» la recibió con tal patética afectividad y disposición para dar edificantes respuestas sobre los tópicos más comunes que ello apenas podía responder a una simple disputa, la consecuencia más importante de la cual había sido la perturbación de la salud del señor Bulstrode. Ya de antemano la señora Bulstrode había pensado que prefería consultar a la señora Plymdale antes que a ninguna otra persona; pero ante su sorpresa se encontró con que una antigua amiga no es siempre aquella a la cual es más fácil hacer confidencias; se alzaba la barrera de recordadas comunicaciones habidas en otras circunstancias… había la aprensión a ser compadecida e informada por quien hacía largo tiempo le había concedido la superioridad. Porque ciertas palabras misteriosamente apropiadas que la señora Plymdale dejó caer acerca de su resolución de no volver jamás la espalda a sus amistades convencieron a la señora Bulstrode de que lo que había sucedido debió de ser alguna calamidad, y en vez de sentirse dispuesta a decir con su natural franqueza «¿Qué es lo que tienes en el pensamiento?» se encontró ansiosa por irse antes de enterarse de algo más explícito. Empezó a tener una agitadora certeza de que el infortunio significaba algo más que una mera pérdida de dinero, siendo vivamente sensible al hecho de que Selina ahora, igual que la señora Hackbutt antes, evitó advertir lo que decía de su marido, igual que hubieran evitado advertir un defecto personal.

Se despidió con nerviosa precipitación y mandó al cochero que la llevara al almacén del señor Vincy. En este corto trayecto su temor se acumuló tanto debido a la sensación de oscuridad, que cuando entró en la oficina privada en donde su hermano estaba sentado ante la mesa de trabajo, le temblaban las rodillas y su rubicunda faz de siempre estaba mortalmente pálida. Parecido efecto causó en él la presencia de su hermana; se levantó del asiento para recibirla, la cogió de la mano, y dijo con su impulsiva brusquedad:

—¡Dios te ayude, Harriet! Lo sabes todo.

Este momento fue acaso peor que todos los siguientes. Contenía la concentrada experiencia que en las grandes crisis emocionales revela la tendencia de una naturaleza, y profetiza el último acto que pondrá fin a la lucha intermedia. Sin el recuerdo de Raffles, hubiera podido pensar tan sólo en una ruina monetaria, pero ahora, con el aspecto y las palabras de su hermano, se precipitó por su mente la idea de alguna culpabilidad de parte de su esposo; … entonces, bajo la presión del terror, le vino la imagen de su marido expuesto al infortunio; …y entonces, después de un instante de una abrasadora vergüenza en el que sólo sintió los ojos del mundo, con un salto del corazón se encontró al lado de su esposo, en una dolorosa pero no recriminante confraternidad con la vergüenza y el aislamiento. Todo esto sucedió en su interior en un instante… al tiempo que se hundía en la silla y levantaba los ojos hacia su hermano, que estaba de pie junto a ella.

—No sé nada, Walter. ¿De qué se trata? —dijo con desmayo.

Su hermano le contó todo con sinceridad y en frases cortas, advirtiéndole que el escándalo iba mucho más allá de las pruebas, especialmente con referencia a la muerte de Raffles.

—La gente siempre habla —dijo él—. Incluso si un hombre ha sido liberado por el jurado, la gente habla, y mueve la cabeza y guiña los ojos… y mientras el mundo sea mundo, a menudo da igual ser culpable o no. Es un golpe destructor y desacredita tanto a Lydgate como a Bulstrode. No pretendo decir cuál es la verdad. Sólo que ojalá no hubiéramos oído nunca los nombres de Bulstrode o de Lydgate. Mejor hubieras seguido siendo una Vincy toda la vida, y lo mismo Rosamond.

La señora Bulstrode no contestó.

—Pero debes soportarlo lo mejor que puedas, Harriet. La gente no te culpa a ti. Y yo permaneceré a tu lado sea lo que sea que decidas hacer —añadió su hermano con rudeza pero con bien intencionado afecto.

—Dame el brazo para acompañarme el coche, Walter —dijo la señora Bulstrode—. Me siento muy débil.

Y al llegar a casa se vio obligada a decirle a su hija:

—No me encuentro bien, cariño; voy a echarme. Ocúpate de tu padre. Déjame descansar. No cenaré.

Se encerró en la habitación. Necesitaba tiempo para acostumbrarse a su mutilada conciencia, su pobre y cercenada vida, antes de poder andar con firmeza por el lugar que le habían asignado. Una nueva luz inquisidora había caído sobre la reputación de su marido y no podía juzgarle con indulgencia: los veinte años en los que había creído en él y lo había venerado por razón de sus sigilos volvieron con detalles que los hicieron parecer odiosos engaños. Se había casado con ella ocultando esa pasada mala vida y a la señora Bulstrode no le quedaba fe para declararle inocente de lo peor que se le imputaba. Su honrada y ostentosa naturaleza convertían la participación de un merecido deshonor en algo tan amargo como podía ser para cualquier mortal.

Pero esta mujer defectuosamente educada, cuyas frases y hábitos eran un extraño amasijo, disponía de un espíritu leal. Al hombre cuya prosperidad había compartido durante casi media vida, y que invariablemente la había apreciado… ahora que el castigo había caído sobre él, no le era posible de ningún modo abandonarlo. Hay un abandono que se sienta en la misma mesa y se acuesta en la misma cama con el alma abandonada, marchitándola más con su desamorosa proximidad. La señora Bulstrode sabía, al cerrar la puerta, que la abriría presta a bajar hacia su desdichado marido y consolar su pena, y decir de su culpa que se lamentaría y que no le haría reproches. Pero necesitaba tiempo para cobrar fuerzas;

necesitaba sollozar su adiós a toda la alegría y orgullo de su vida. Cuando se decidió a bajar, se preparó con algunos pequeños actos que podían parecer bobos para un severo espectador; eran su forma de expresar a todas las personas visibles e invisibles que había empezado una nueva vida en la que aceptaba la humillación. Se quitó todos sus adornos y se puso un sencillo vestido negro, y en vez de llevar su suntuosa toca y sus largas lazadas de pelo, se peinó el cabello liso hacia abajo y se lo cubrió con un discreto gorrito, que la hizo parecer de pronto una antigua metodista.

Bulstrode, que sabía que su mujer había salido y había regresado diciendo que no se encontraba bien, pasó el tiempo en una agitación similar a la de ella. Había esperado ansiosamente que se enterara por otros de la verdad y había asentido a esta probabilidad como algo más fácil para él que una confesión. Pero ahora que imaginaba había llegado el momento de estar enterada, esperaba el resultado con angustia. Sus hijas se habían visto obligadas a dejarle solo, y aunque les había permitido prepararle algo de comer no lo había tocado. Se sentía perecer lentamente en una despiadada desventura. Acaso no vería ya jamás el rostro de su mujer con aspecto afectuoso. Y, si se volvía hacia Dios, no parecía haber otra contestación que la presión retributiva.

Eran las ocho de la tarde cuando la puerta se abrió y entró su esposa. No se atrevió a mirarla. Estaba sentado, con los ojos bajos, y cuando la señora Bulstrode se acercó hacia él le pareció más pequeño, tan marchito y encogido le encontró. Un movimiento de nueva compasión y vieja ternura pasó por ella como una gran ola, y poniendo una mano en la que él tenía en el brazo del sillón, y la otra sobre su hombro, dijo con gravedad pero con cariño:

—Mírame Nicholas.

Él levantó los ojos con un poco de sorpresa y la miró medio asombrado por un momento: su faz pálida, su distinto vestido de luto, el temblor en sus labios, todo decía «lo sé»; y sus manos y sus ojos permanecieron dulcemente sobre él. El rompió a llorar y ambos lloraron juntos, ella sentada a su lado. No podían hablarse todavía de la vergüenza que soportaba con él, o de los hechos que la habían traído sobre ambos. La confesión de Bulstrode fue silenciosa, y la promesa de fidelidad de su mujer también fue silenciosa. Abierta como era ella, sin embargo evadió las palabras que hubieran expresado su mutuo sentimiento del mismo modo que hubiera evadido las chispas de fuego. Ella no pudo decir «¿Cuántas cosas no son sino mentiras y falsas sospechas?», y él no dijo «Soy inocente».

CAPÍTULO TRECE

Rosamond tuvo un rayo de nueva alegría cuando la casa quedó libre de la amenazadora figura y cuando se hubo pagado a todos los desagradables acreedores. Pero no se sentía feliz: su vida matrimonial no había cumplido ninguna de sus esperanzas, y había sido estropeada frente a su imaginación. En este breve intervalo de calma, Lydgate, acordándose de que a menudo había sido tempestuoso en sus horas de perturbación y consciente del dolor que Rosamond había tenido que sobrellevar, era cuidadosamente cariñoso con ella; pero también él había perdido algo de su anterior espíritu, y todavía sentía la necesidad de referirse a un cambio económico en su forma de vida como cosa natural, tratando de reconciliarla gradualmente con ello, y reprimiendo su enojo cuando ella contestaba deseando que se fuera a vivir a Londres. Cuando no contestaba así, Rosamond escuchaba con languidez, y se preguntaba qué tenía para que valiese la pena vivir. Las duras y desdeñosas palabras que había pronunciado su marido en su cólera habían ofendido profundamente aquella vanidad que en un principio fuera para él motivo de vivo placer; y lo que ella consideraba el modo contumaz de su marido de ver las cosas alimentaba una secreta repulsión que la hacía recibir toda su ternura como un pobre sustituto de la felicidad que no había conseguido proporcionarla. Estaba en desventaja con sus vecinos y ya no había perspectiva alguna de Quallingham…, no había perspectiva alguna en ninguna parte excepto en una carta ocasional de Will Ladislaw. Se había sentido herida y contrariada por la resolución de Will de marcharse de Middlemarch, porque a pesar de lo que sabía y adivinaba de su admiración por Dorothea, acariciaba secretamente la creencia de que él tenía, o que necesariamente llegaría a tener, mucha más admiración por ella misma. Rosamond era una de esas mujeres que acarician mucho la idea de que todos los hombres que encontraban las hubieran preferido a ellas si la preferencia no hubiera sido imposible. La señora Casaubon era magnífica, pero el interés de Will por ella procedía de antes de conocer a la señora Lydgate. Rosamond interpretó el modo que Ladislaw tenía de hablar con ella —una mezcla de crítica juguetona e hiperbólica galantería— como el disfraz de un sentimiento más hondo; y en su presencia notaba ese agradable cosquilleo de la vanidad y sentido de drama romántico que la presencia de Lydgate carecía ya de magia para producir. Incluso se imaginaba —¿qué no se imaginarán los hombres y las mujeres en esta materia?— que Will exageraba su admiración por la señora Casaubon para irritarla a ella. De este modo se ocupaba la cabeza de la pobre Rosamond antes de la partida de Will. Pensaba que hubiera sido un marido más apropiado para ella que Lydgate. Ninguna opinión podría haber sido más falsa que ésta, porque el descontento de Rosamond en su matrimonio se debía a las condiciones del matrimonio mismo, a las demandas de represión individual y tolerancia, y no al modo de ser de su marido; pero el fácil concepto de una mejora irreal tenía un encanto sentimental que despejaba su monotonía. Se inventaba un pequeño romance que variaba la insipidez de su vida: Will Ladislaw sería siempre soltero y viviría cerca de ella, para estar siempre a sus órdenes, y tendría una entendida aunque nunca expresada pasión por ella, que desprendería radiantes llamaradas de vez en cuando en interesantes escenas. Su partida había sido un proporcional contratiempo, y había incrementado tristemente su aburrimiento en Middlemarch; pero al principio había tenido como repuesto un alternativo sueño de placer con previsible trato con la familia de Quallingham. Desde entonces, los sinsabores de su vida matrimonial se habían ahondado y la ausencia de otro consuelo despertaba su dolida consideración sobre aquel endeble romance que un día había alimentado. Los hombres y las mujeres cometen tristes equivocaciones sobre sus propios síntomas, y toman sus vagos e inquietos anhelos a veces por genio, a veces por religión, y más frecuentemente todavía por un inmenso amor. Will Ladislaw había escrito cartas parlanchinas, mitad para ella mitad para Lydgate, y ella las había contestado; suponía que su separación probablemente no fuera a ser definitiva, y el cambio que ahora deseaba más era que Lydgate se fuera a vivir a Londres: allí todo sería agradable, y ella se había empeñado con callada decisión en obtener este resultado cuando de pronto llegó una deliciosa promesa que la estimuló.

Llegó pocos días antes de la memorable reunión en el Ayuntamiento, y era nada menos que una carta de Will Ladislaw a Lydgate, que insistía sobre todo en su reciente interés en los planes de colonización, pero mencionaba incidentalmente que quizá necesitaría hacer una visita a Middlemarch en las próximas semanas…, una placentera necesidad, decía, casi tan anhelada como las vacaciones para un escolar. Confiaba en que siguiera allí su antiguo lugar en la alfombra y en poder disfrutar de mucha música. Pero no estaba nada seguro de cuándo iría. Mientras Lydgate le leía la carta a

Rosamond, su cara se animó como una flor que revivía, y apareció más bonita y más fresca. No había nada que no se pudiera soportar ahora: las deudas se habían pagado, el señor Ladislaw iba a venir, y Lydgate sería persuadido a abandonar Middlemarch y asentarse en Londres, cosa que era «muy distinta de una ciudad de provincias».

Este fue un pedazo brillante de mañana. Pero pronto el cielo se ensombreció sobre la pobre Rosamond. La presencia de una nueva lobreguez en su marido, respecto de la que él se mantenía completamente reservado hacia ella —porque temía demostrar sus lacerados sentimientos a su neutralidad y erróneo concepto—, pronto recibió una extraña explicación, ajena a todas sus previas nociones de lo que podía afectar a su felicidad. En su nueva elevación de ánimo, y creyendo que Lydgate tenía simplemente un ataque de irritación peor que lo normal, obligándole a dejar sus observaciones sin contestación, y a alejarse de ella todo lo posible, unos días después de la reunión, decidió, sin hablarle del asunto, enviar invitaciones para una pequeña velada, convencida de que ésta era una medida prudente, puesto que parecía que la gente se mantenía apartada de ellos y se precisara restablecer la antigua costumbre de las relaciones sociales. Cuando las invitaciones fueran aceptadas, se lo diría a Lydgate, y le daría una sabia lección de cómo un médico debía comportarse con sus vecinos; porque Rosamond tenía ideas muy concretas respecto de los deberes de los demás. Pero todas las invitaciones fueron recusadas y la última llegó a manos de Lydgate.

—Esta es la letruja de Chichely. ¿Para qué te escribe? —dijo Lydgate, sorprendido y pasándole la carta a su esposa. Rosamond se vio obligada a dejársela ver, y mirándola severamente, su esposo dijo:

—¿Por qué demonios has estado mandando invitaciones sin decírmelo, Rosamond? Te pido e insisto en que no invites a nadie a esta casa. Supongo que habrás invitado a otros, y que también se habrán excusado.

Ella no contestó.

—¿Me oyes? —tronó Lydgate.

—Sí, claro que te oigo —respondió Rosamond, volviendo la cabeza a un lado, con el movimiento de una graciosa ave de cuello largo.

Lydgate movió la suya sin gracia alguna y salió de la habitación, sintiéndose peligroso. El pensamiento de Rosamond fue que se estaba volviendo cada vez más insoportable…, no que hubiese ninguna nueva razón especial para esta perentoriedad. Su indisposición para explicarle algo que estaba seguro de antemano que a ella no le interesaba se volvía una costumbre irreflexiva, y Rosamond se hallaba en la ignorancia de todo lo referente a las mil libras excepto que el préstamo venía de su tío Bulstrode. Los odiosos humores de Lydgate y el aparente apartamiento de ellos por parte de los vecinos databan inexplicablemente desde su alivio de las dificultades monetarias. De haber sido aceptadas las invitaciones, hubiera invitado a su madre y los demás, a los cuales no había visto durante varios días; y ahora se puso el gorrito para ir a preguntar qué había sido de todos ellos, sintiendo de pronto como si hubiera una conspiración para dejarla sola con un marido dispuesto a ofender a todo el mundo. Era después de comer, y encontró a sus padres sentados juntos y solos en la sala de estar. La saludaron con mirada triste, diciendo «Hola, hija, ¿qué tal?» y nada más. Nunca había visto a su padre tan abatido y sentándose a su lado le preguntó:

—¿Ocurre algo, papá?

Él no contestó, pero la señora Vincy dijo.

—¿Es que no te has enterado de nada, hija? No tardará en llegarte la noticia.

—¿Se trata de algo referente a Tertius? —dijo Rosamond palideciendo. Relacionó enseguida la idea del infortunio con lo que para ella había sido inexplicable en él.

—¡Hija mía, sí! ¡Pensar que te has casado para tener estos problemas! Las deudas ya eran malas, pero esto será peor.

—Tranquilízate, Lucy, tranquilízate —dijo el señor Vincy—. ¿No has sabido nada de tu tío Bulstrode, Rosamond?

—No, papá —dijo la pobre, sintiendo como si la tribulación no fuera nada que le hubiera sucedido antes, sino algún invisible poder con zarpa de hierro que hacía que el alma se le desmayara en su interior.

Su padre se lo relató todo, diciendo al final:

—Es mejor que lo sepas, hija. Pienso que Lydgate debería marcharse de la ciudad. Las cosas se han puesto contra él. Yo diría que no pudo evitarlo. No le acuso de ningún perjuicio.

—Antes, el señor Vincy había estado siempre dispuesto a encontrarle las mayores faltas a Lydgate.

La sacudida que recibió Rosamond fue terrible. Le pareció que ningún sino podía ser más cruelmente duro que el suyo…; haberse casado con un hombre que era el centro de infamantes sospechas. En muchos casos es inevitable que la vergüenza sea la peor parte del delito, y hubiera requerido mucha reflexión esclarecedora, cosa que nunca había entrado en la vida de Rosamond, a fin de que ella en estos momentos sintiera que su infortunio era mejor que si hubiera sabido de cierto que su marido había cometido algo delictivo. Toda la vergüenza parecía estar allí. ¡Y ella se había casado inocentemente con este hombre con la creencia de que él y su familia serían su gloria! Mostró su reticencia natural hacia sus padres, y sólo dijo que si Lydgate hubiese hecho lo que ella deseaba, se hubiera ausentado de Middlemarch tiempo atrás.

—Lo lleva admirablemente —dijo su madre cuando se hubo marchado.

—¡Gracias a Dios! —contestó el señor Vincy muy abatido. Pero Rosamond se fue a casa con una justificada sensación de repugnancia hacia su marido. ¿Qué había hecho en realidad? ¿Cómo se había comportado? Lo ignoraba. ¿Por qué no se lo había contado todo? Lydgate no le habló del asunto y, por supuesto, ella no podía hablarle a él. Se le pasó por la mente una vez pedirle a su padre que la permitiera volver a su casa de nuevo, pero al recapacitar, esta perspectiva le pareció absolutamente funesta; una mujer casada que se volvía a vivir con sus padres…; la vida parecía carecer de significado para ella en esta situación: no se veía a sí misma en ella.

Los dos días siguientes Lydgate observó en ella un cambio, y supuso que se había enterado de las malas noticias. ¿Le hablaría de ello o continuaría para siempre en un silencio que parecía implicar que le creía culpable? Debemos recordar que Lydgate se hallaba en una morbosa situación mental, en la que todo contacto era penoso. Ciertamente que Rosamond en este caso tenía las mismas razones para quejarse de la reserva y falta de confianza por parte de él; pero en la amargura de su alma el médico se excusaba a sí mismo; ¿…no estaba justificado en rehuir el trabajo de decírselo, cuando ahora que ella sabía la verdad no se sentía impulsada a hablarle? Pero una más profunda conciencia de que él se hallaba en falta le inquietaba, y el silencio entre ambos se le hizo intolerable; era como si ambos se fueran a la deriva sobre un resto de naufragio evitando mirarse.

Lydgate pensaba. «Soy un imbécil. ¿No he dejado de esperar nada? Me he casado con los problemas, no con la ayuda». Y aquel anochecer le dijo:

—Rosamond, ¿te has enterado de algo que te intranquiliza?

—Sí —contestó, dejando la labor que estaba haciendo, con una languidez semiconsciente muy distinta de su habitual forma de ser.

—¿De qué te has enterado?

—De todo, supongo. Me lo ha dicho mi padre.

—¿Que la gente me cree deshonrado?

—Sí —dijo Rosamond con abatimiento, empezando a coser de nuevo automáticamente.

Hubo una pausa. Lydgate pensó, «Si tuviera alguna confianza en mí… alguna noción de lo que soy, debería hablar ahora y decir que no cree que haya merecido el deshonor».

Pero por su lado Rosamond continuó moviendo los dedos lánguidamente. Todo lo que debiera decirse sobre el caso esperaba que saliera de Tertius. ¿Qué sabía ella? Y si su marido era inocente de alguna ofensa, ¿por qué no hacía algo para limpiar su nombre?

Este silencio por parte de ella trajo un nuevo chorro de amargura a ese áspero humor que le hacía a Lydgate decirse a sí mismo que nadie creía en el… ni siquiera Farebrother había aparecido. Había empezado a preguntarle a su mujer con la intención de que su conversación deshiciera la helada niebla que los envolvía, pero sintió que su resolución se veía frenada por un desesperado resentimiento. Rosamond parecía considerar hasta este infortunio, como los demás, como si fuese sólo suyo. Siempre era para ella un ser aparte, que hacía lo que ella no quería. Se levantó de la silla con rabioso impulso y hundiendo las manos en los bolsillos, se paseó de un lado a otro de la habitación. Había una subyacente conciencia de que debía dominar este enfado y contárselo todo, convenciéndola de los hechos. Porque casi había aprendido la lección de que se debía amoldar a la naturaleza de ella, y puesto que a ella le faltaba comprensión, él tenía que poner más. Pronto recurrió a su intención de abrirse: no debía perder la ocasión. De conseguir llevarla a sentir con cierta gravedad que aquí había una calumnia con la que había que enfrentarse y de la que no se debía huir, y que todo el trastorno había ocurrido por su desesperada necesidad de dinero, sería el momento de urgirle con firmeza que deberían estar unidos en la resolución de seguir con el mínimo de dinero posible, a fin de que pudieran sortear el mal tiempo y mantenerse independientes. Mencionaría las medidas concretas que deseaba tomar, y la garantía hacia su dispuesto espíritu. Estaba obligado a hacer esto… ¿qué otra cosa podía hacer?

No sabía cuánto tiempo había caminado de acá para allá, pero Rosamond creía que hacía mucho, y deseaba que se sentara. Ella también había pensado que esta era la oportunidad de apremiar a Tertius en lo que debía hacer. Cualquiera que fuera la verdad de toda esta desgracia, había un temor que se afirmaba.

Por último Lydgate se sentó, no en su asiento de costumbre, sino en uno más cerca de Rosamond, inclinándose hacia ella y mirándola con gravedad antes de volver sobre el lamentable asunto. Él se había dominado a sí mismo hasta aquí, y se proponía hablar con serenidad, como si se tratara de una ocasión que no iba a repetirse. Incluso había abierto los labios cuando Rosamond, dejando caer las manos, le miró y dijo:

—Indudablemente, Tertius…

—¿Qué?

—Indudablemente ahora habrás abandonado por fin la idea de continuar en Middlemarch. Yo no puedo seguir viviendo aquí. Vayámonos a Londres. Papá y todo el mundo dicen que es mejor que te vayas. Cualquiera que sea el apuro que tenga que soportar será más llevadero fuera de aquí.

Lydgate se sintió dolorosamente herido. En vez de aquella crítica efusión para la que se había preparado con esfuerzo, de nuevo se iban a encontrar dándole vueltas a lo mismo. No podía soportarlo. Con una rápida alteración de su semblante se levantó y salió de la habitación.

Quizá, de haber sido lo suficientemente fuerte para insistir en su determinación de dar más talla puesto que Rosamond daba menos, esa noche hubiera tenido un mejor resultado. Si su energía hubiera vencido este enfrentamiento, todavía hubiera podido transformar la visión y la voluntad de Rosamond. No podemos estar seguros de que ciertas naturalezas, por inflexibles y peculiares que sean, resistan este efecto procedente de una personalidad más sólida que la suya. Pueden verse sorprendidas y convertirse momentáneamente, transformándose en parte del alma que las envuelve en el ardor de su movimiento. Pero el pobre Lydgate tenía una palpitante pena dentro de sí y su energía no había estado a la altura de la tarea.

El comienzo de un mutuo entendimiento y determinación parecía tan alejado como siempre; es más, parecía bloqueado por la sensación del fracasado esfuerzo. Siguieron viviendo día tras día con sus pensamientos todavía separados, y mientras Lydgate salía a realizar su trabajo en un humor desesperanzado, Rosamond sentía, con cierta justificación, que él se comportaba cruelmente. No servía de nada decirle algo a Tertius; pero cuando viniera Will Ladislaw le contaría todo. A pesar de su usual reticencia, necesitaba que alguien reconociera sus agravios.

CAPÍTULO CATORCE

Unos días después Lydgate cabalgaba hacia Lowick Manor, enviado a buscar por Dorothea. La llamada no era inesperada, ya que había llegado después de una carta del señor Bulstrode, en la que manifestaba que había reanudado sus preparativos para abandonar Middlemarch, y debía recordar a Lydgate sus previas conversaciones sobre el hospital, a cuyo contenido seguía adhiriéndose. Había sido deber suyo, antes de tomar posteriores medidas, presentarle de nuevo el asunto a la señora Casaubon, que deseaba ahora, como anteriormente, debatir el asunto con Lydgate. «Puede que las intenciones de usted hayan sufrido alguna alteración», escribía Bulstrode, «pero incluso de ser así, es conveniente que se las exponga a ella».

Dorothea aguardaba su llegada con vivo interés. Aunque por deferencia hacia sus consejeros masculinos se había contenido de lo que Sir James había calificado como «interferir en este asunto de Bulstrode», los apuros de la situación de Lydgate habían permanecido continuamente en su conciencia, y cuando Bulstrode se dirigió de nuevo a ella referente al hospital, sintió que le había llegado la oportunidad que se había visto obligada a posponer. En su lujosa mansión, paseando bajo las ramas de sus grandes árboles, su pensamiento se dirigía hacia la suerte de los demás, y sus emociones quedaban aprisionadas. La idea de dedicarse a hacer alguna buena actividad que estuviera a su alcance «la obsesionaba como una pasión», y una vez vista la necesidad de los otros con clara imagen, ansiaba proporcionarles alivio y su desahogo se convertía en algo insulso. Estaba llena de confiada esperanza en este encuentro con Lydgate, sin considerar lo que se decía de la personal reserva del médico, sin reparar en que ella era una mujer muy joven. Nada le hubiera podido parecer más irrelevante a Dorothea que su juventud y sexo cuando se sentía impulsada a mostrar confraternidad humana.

Mientras permanecía sentada esperando en la biblioteca, no podía hacer otra cosa sino vivir de nuevo todas las pasadas escenas que llevaban a Lydgate a su memoria. Todas debían su significado a su propio matrimonio y a sus sinsabores… pero no; había dos ocasiones en las que la imagen de Lydgate le había llegado penosamente relacionada con su mujer y con alguien más. El dolor se le había ido calmando a Dorothea, pero había dejado en ella una vigilante sospecha acerca de lo que el matrimonio de

Lydgate pudiera ser para él, una susceptibilidad respecto a la menor referencia a la señora Lydgate. Estos pensamientos eran como un drama para ella y le abrillantaban los ojos, y le producían una actividad de ansiedad en todo el cuerpo, aunque sólo miraba desde la lóbrega biblioteca al césped y los brillantes capullos verdes que destacaban contra los oscuros arbustos.

Cuando Lydgate entró, casi se sintió conmovida por el cambio que notó en su cara, sorprendentemente perceptible para ella que no le había visto durante dos meses. No era un cambio producido por la delgadez, sino ese efecto que incluso en las caras jóvenes aparece pronto por la constante presencia del resentimiento y la desesperación. Su mirada cordial, cuando ella le tendió la mano, suavizó la expresión del médico, pero sólo con melancolía.

—Hace mucho tiempo que deseaba verle, señor Lydgate —dijo Dorothea cuando se sentaron uno frente al otro—, pero fui aplazando el pedirle que viniera hasta que el señor Bulstrode se dirigiera de nuevo a mí acerca del hospital. Sé que la ventaja de mantener su dirección separada de la enfermería depende de usted, o, al menos, en el bien que usted está alentado a esperar teniéndolo bajo su control. Y estoy segura de que usted no se negará a decirme exactamente lo que piensa.

—Se refiere usted a si debe conceder una generosa ayuda al hospital —dijo Lydgate—. En conciencia no puedo aconsejarla a hacerlo dependiendo de alguna actividad mía. Puede que me vea obligado a abandonar la ciudad.

Habló tajantemente sintiendo el dolor de la desesperación respecto de poder llevar a cabo ningún propósito al cual se opusiera Rosamond.

—No será porque no haya nadie que crea en usted, ¿no? —dijo Dorothea, saliéndole del corazón las palabras con claridad—. Sé las desdichadas equivocaciones que corren respecto a usted. Supe desde el primer momento que eran equivocaciones. Usted no ha cometido jamás ninguna vileza. Usted no haría nada deshonroso.

Era la primera aseveración de creencia en él que había traspasado los oídos de Lydgate. Con un profundo suspiro exclamó:

—¡Gracias!

No pudo decir más; era algo muy nuevo y extraño en su vida el hecho de que estas palabras de una mujer significaran tanto para él.

—Le ruego que me cuente cómo sucedió todo —dijo Dorothea con intrepidez—. Estoy segura de que la verdad le justificará a usted.

Lydgate se levantó de la silla y se acercó a la ventana, olvidándose de dónde estaba. Le había pasado tan a menudo por la mente la posibilidad de explicarlo todo sin agravar las apariencias que, acaso injustamente, desfavorecían a Bulstrode, y tan a menudo las había rechazado…; se había dicho con tanta frecuencia a sí mismo que estas conversaciones no alterarían las impresiones de la gente, que las palabras de Dorothea le sonaron como una tentación de hacer algo que en su cordura había considerado irrazonable.

—Cuéntemelo, por favor —insistió Dorothea con sencilla ansiedad—; entonces podremos examinarlo juntos. No está bien dejar que la gente piense mal de uno cuando ello se puede evitar.

Lydgate se volvió, recordando dónde estaba, y vio el rostro de Dorothea mirándole con una dulce y confiada seriedad. La presencia de una naturaleza noble, generosa en sus deseos, ardiente en su caridad, cambia la luz para nosotros: empezamos a ver las cosas de nuevo en su aspecto más amplio, más sosegado, y a pensar que a nosotros también se nos puede ver y juzgar en la entereza de nuestro carácter.

Esta influencia empezaba a operar en Lydgate, que durante muchos días había visto la vida como si uno se viera arrastrado y batallando entre la multitud. Se sentó de nuevo, y sintió que estaba recobrándose a sí mismo, consciente de que se encontraba con una persona que creía en él.

—Yo no quiero —dijo—, hablar con dureza de Bulstrode, que me ha prestado un dinero que necesitaba… aunque ahora preferiría haber pasado sin él. Está acorralado y hundido, y sólo le queda un delgado hilo de vida. Pero se lo quisiera contar todo. Será un consuelo para mí hablar cuando la confianza ha ido por delante y cuando no va a parecer que ofrezco afirmaciones de mi honradez. Usted comprenderá lo que es justo para otro, igual que ha comprendido lo que es justo para mí.

—Confíe en mí —contestó Dorothea—; no repetiré nada sin su permiso. Pero por lo menos podré decir que usted me ha aclarado todas las circunstancias y que sé que usted no es culpable en modo alguno. El señor Farebrother me creerá, y mi tío, y Sir James Chettam. Es más, hay más personas en Middlemarch a las que me puedo dirigir; aunque no me conocen demasiado me creerán. Comprenderán que no me mueve otro motivo que la verdad y la justicia. Me tomaré todo el trabajo preciso para justificarle. No tengo mucho que hacer. No hay otra cosa mejor que pueda hacer en el mundo.

La voz de Dorothea cuando hacía esta inocente descripción de lo que se proponía, podía casi tomarse como una prueba de que en realidad lo iba a conseguir. La penetrante ternura de sus tonos femeninos parecía hecha para la defensa contra los prestos acusadores. Lydgate no se paró a pensar que Dorothea fuera quijotesca: se rindió, por primera vez en su vida, a la exquisita sensación de ceder enteramente ante la generosa comprensión, sin ningún reparo de orgullosa reserva. Y se lo contó todo, desde el tiempo en que, oprimido por sus dificultades, recurrió de mal grado por primera vez a Bulstrode; gradualmente, con el alivio de la conversación, entró en una explicación más completa de lo que llevaba en la mente…, adentrándose de lleno en el hecho de que su tratamiento del paciente se oponía a la práctica dominante, en sus dudas finales, su ideal del deber médico, y su inquieta conciencia de que la aceptación del dinero hubiera introducido alguna diferencia en sus inclinaciones privadas y su conducta profesional, aunque no en el cumplimiento de ninguna reconocida obligación pública.

—Desde entonces ha llegado a mi conocimiento —añadió— que Hawley envió a alguien a interrogar al ama de llaves de Stone Court, y ella dijo que le había dado al paciente todo el opio que había en el frasco que yo dejé, a la vez que mucho coñac. Pero esto no se habría opuesto a las prescripciones usuales, incluso de hombres de primera fila. Las sospechas contra mí carecían de motivación en este punto: se basan en el conocimiento de que acepté dinero, de que Bulstrode tenía muchas razones para desear que el hombre pereciera, y que él me dio el dinero como soborno para convenir en algún tratamiento nocivo o ilegal contra el paciente…; que en todo caso yo he aceptado el soborno para callarme. Son precisamente las sospechas a que se aferran de un modo más obstinado porque descansan en la inclinación de la gente y nunca se pueden refutar. Cómo se llegaron a desobedecer mis órdenes es una pregunta de la que ignoro la respuesta. Es todavía posible que Bulstrode fuera inocente de cualquier intención delictiva…, incluso es posible que no tuviera nada que ver con la desobediencia, y simplemente se abstuviera de mencionarla. Pero todo esto no tiene nada que ver con la creencia pública. Es uno de esos casos en los que un hombre es condenado en razón de su carácter…, se cree que ha cometido un delito de alguna forma indefinida, porque tenía motivos para hacerlo; y el modo de ser de Bulstrode me ha envuelto a mí, porque acepté su dinero. Estoy simplemente añublado —como una deteriorada espiga de trigo—, la cosa está hecha y no puede deshacerse.

—¡Qué duro! —exclamó Dorothea—. Comprendo la dificultad que existe para que usted pueda reivindicarse. Y que esto le haya sucedido a usted que se empeñaba en llevar una vida más elevada que lo común, y en encontrar nuevos caminos… no puedo soportar aceptarlo como irremediable. Sé que esas eran sus metas. Recuerdo lo que me dijo cuando me habló por primera vez en el hospital. No hay dolor en el que haya pensado más que en éste: querer lo que es grande, tratar de alcanzarlo, y sin embargo fracasar.

—Sí —dijo Lydgate, sintiendo que aquí había encontrado lugar para el completo significado de su aflicción—. Tenía ambiciones. Quería que todo fuese diferente para mí. Creía que tenía más fuerza y maestría. Pero los más tremendos obstáculos son los que nadie sino uno mismo puede ver.

—Supongamos —dijo Dorothea pensativa—, supongamos que mantenemos el hospital de acuerdo con el plan actual, y que usted permaneciera aquí aunque sólo sea con la amistad y el apoyo de unos pocos…, el sentimiento adverso hacia usted se iría apagando gradualmente; vendrían oportunidades en las que la gente se vería obligada a reconocer que habían sido injustos con usted, pues verían que sus propósitos eran puros. Puede usted todavía conseguir una gran fama, como la de Louis y Laennec, de quienes le he oído hablar, y todos estaremos orgullosos de usted —concluyó con una sonrisa.

—Esto podría ser si tuviera mi antigua confianza en mí mismo —dijo Lydgate con pesadumbre—. Nada me amarga más que la idea de volverme y huir frente a esta calumnia, dejándola detrás sin justificar. Sin embargo no puedo pedirle a nadie que aporte mucho dinero para un plan que depende de mí.

—A mí me valdría la pena —dijo Dorothea con sencillez—. Figúrese, yo me encuentro incómoda con mi dinero, porque me dicen que tengo muy poco para ningún proyecto grande de los que a mí me gustan, y, no obstante, tengo demasiado. No sé lo que hacer. Tengo setecientas libras anuales de mis propios bienes, y mil novecientas al año que me dejó el señor Casaubon, y entre tres o cuatro mil en mi cuenta en el banco. Yo deseaba un préstamo, e ir pagándolo gradualmente de los ingresos que no necesito, para comprar terreno y fundar una villa que fuese una escuela de formación; pero Sir James y mi tío me han convencido de que el riesgo sería demasiado grande. Así que ya ve que lo que más me alegraría sería hacer algo con mi dinero: me gustaría mejorar la vida de los demás con él. Me inquieta mucho que todo me venga a mí cuando no lo necesito.

Una sonrisa se dibujó en la triste faz de Lydgate. La ingenua y grave seriedad con la que Dorothea dijo todo esto era irresistible, y se mezclaba en un adorable conjunto con su fácil comprensión de la elevada experiencia. (De la experiencia inferior como la que actúa en gran parte en el mundo, la pobre señora Casaubon tenía un conocimiento borroso y miope, poco ayudado por su imaginación). Pero ella interpretó la sonrisa como un estímulo a su plan.

—Creo que ve usted ahora que hablo con demasiados escrúpulos —continuó en tono persuasivo—. El hospital sería una buena cosa, y hacer que su vida volviera a estar conjuntada y bien, también lo sería.

La sonrisa de Lydgate se extinguió.

—Usted tiene la bondad y el dinero para hacer todo eso, de poderse hacer —dijo el médico—. Pero…

Titubeó un poco mirando vagamente hacia la ventana y Dorothea permaneció en silenciosa expectación. Finalmente él se volvió hacia ella y dijo con impetuosidad:

—¿Por qué no se lo iba a decir?… usted sabe qué clase de lazo es el matrimonio. Usted lo entenderá todo. Dorothea sintió que su corazón empezaba a palpitar más rápidamente. ¿Sentía también él ese dolor? Pero temía decir palabra alguna, y el médico prosiguió inmediatamente. —Me es imposible hacer nada ahora… tomar ninguna decisión sin considerar la felicidad de mi mujer. Lo que a mí me hubiera gustado hacer si fuera soltero se ha vuelto una imposibilidad. No puedo verla desgraciada. Se casó conmigo sin saber en lo que se metía, y puede que hubiese sido mejor para ella de no haberse casado conmigo.

—Ya sé, ya sé… usted no podría causarle dolor si no estuviera obligado a ello —dijo Dorothea, con un nítido recuerdo de su propia vida.

—Y ella es contraria al hecho de quedarse. Quiere marcharse. Las tribulaciones que ha tenido aquí la han agotado —continuó Lydgate, callando de nuevo, no fuera a decir demasiado.

—Pero cuando viera el bien que pudiera resultar de quedarse… —dijo Dorothea, en son de reconvención, mirando a Lydgate como si él hubiera olvidado las razones que se acababan de considerar. Éste no habló inmediatamente.

—No lo vería —dijo por fin secamente, sintiendo de momento que esta afirmación bastaba sin explicaciones—. Y, en realidad, he perdido todas las ganas de continuar mi vida aquí.

Se detuvo un instante y después, sintiéndose impulsado a que Dorothea viera más profundamente la dificultad de su vida, dijo:

—El hecho es que este trastorno le ha llegado de un modo confuso. No hemos podido hablar de ello. No estoy seguro de lo que piensa de todo ello: puede que tema que he llevado a cabo una baja acción. Es culpa mía; debería ser más abierto. Pero he sufrido cruelmente.

—¿Puedo ir a verla? —dijo Dorothea con ardor—. ¿Aceptaría mi comprensión? Le diría que usted no ha sido culpable ante el juicio de nadie sino del de usted mismo. Le diría que usted será justificado por todas las personas de buena conciencia. Le levantaría la moral. ¿Quiere preguntarle si puedo ir a visitarla? La vi una vez.

—Estoy seguro de que puede —dijo Lydgate aceptando la proposición con alguna esperanza—. Ella se sentiría honrada… animada, creo, por la prueba de que usted al menos siente algún respeto hacia mí. No le diré nada de su visita… a fin de que no la relacione en absoluto con mis deseos. Sé muy bien que no debía haber dejado nada para que le dijeran los demás, pero…

Cortó y hubo un momento de silencio. Dorothea se abstuvo de decir lo que pensaba… lo bien que sabía que podía haber barreras invisibles para que marido y mujer hablaran.

Este era un punto en el que incluso la comprensión podría ocasionar una huida. Volvió al aspecto más externo de la situación de Lydgate, y dijo con alegría:

—Y si la señora Lydgate supiera que había amigos que creían en usted y le apoyaban, entonces estaría contenta de que usted permaneciera en su lugar y recobrara sus esperanzas… y que hiciera lo que se proponía hacer. Quizás entonces usted viera que era acertado lo que yo le proponía de continuar en el hospital. De seguro que usted se quedaría, si todavía tiene fe en ello como medio de que sus conocimientos resulten útiles.

Lydgate no contestó y Dorothea comprendió que se debatía consigo mismo.

—No es preciso que se decida inmediatamente —dijo ella con suavidad—. Aunque tarde unos días queda tiempo suficiente para que yo envíe mi respuesta al señor Bulstrode.

Lydgate aguardó todavía, pero al fin tomó la palabra con tono más decisivo.

—No; prefiero que no haya intervalo para titubear. Ya no estoy lo suficientemente seguro de mí mismo… quiero decir de lo que me sería posible hacer en las alteradas condiciones de mi vida. No sería honroso permitir que otros se comprometieran en algo serio que dependiera de mí. Puede que me vea obligado a marcharme después de todo: veo pocas probabilidades de nada más. Todo el asunto es demasiado problemático; no puedo consentir que se malogre la causa de su bondad. No… dejemos que el nuevo hospital se agregue a la antigua enfermería, y que todo vaya como pudiera haber ido si yo no hubiese venido jamás. He guardado un valioso registro desde que estoy aquí; se lo enviaré a un hombre que lo utilizará —terminó amargamente—. Durante mucho tiempo no puedo pensar en nada que no sea obtener unos ingresos.

—Me duele mucho oírle hablar con tal desesperanza —dijo Dorothea—. Sería causa de mucha alegría para sus amigos, que creen en su futuro, en su capacidad para realizar grandes cosas, si les dejara salvarle a usted de eso. Piense en el mucho dinero que yo tengo; se me quitaría un peso de encima si usted tomara una parte de él cada año hasta que se liberara de esta atenazadora necesidad de los ingresos. ¿Por qué no han de hacerse estas cosas? ¡Es tan difícil repartir con igualdad! Esta es una fórmula.

—¡Dios la bendiga, señora Casaubon! —exclamó Lydgate levantándose con el mismo impulso que ponía energía en sus palabras; y descansando el brazo sobre el respaldo del gran sillón de cuero en el que había estado sentado continuó:

—Es magnífico que usted tenga estos sentimientos. Pero no soy yo el hombre que se deba permitir beneficiarse de ellos. No he proporcionado suficientes garantías. Al menos no puedo hundirme en la degradación de aceptar una pensión por una labor que no he realizado nunca. Está claro para mí que no puedo contar con nada que no sea marcharme de Middlemarch tan pronto como pueda arreglarlo. Contando con mucha suerte, tardaría largo tiempo en obtener unos ingresos aquí, y… es más fácil hacer los cambios necesarios en un nuevo lugar. Debo hacer lo que hacen otros hombres, pensar en lo que le satisface al mundo y proporciona dinero; buscar una pequeña salida entre la multitud de Londres, y meterme en ella; instalarme en un balneario, o asentarme en una ciudad del sur donde hay muchos ingleses indolentes, y dejar que me aclamen…, esta es la clase de ostra en la que me debo meter para tratar de conservar en ella mi alma viva.

—Pero esto no es valor… —dijo Dorothea—, abandonar la lucha.

—No, no es valor —dijo Lydgate—, pero, ¿y si un hombre tiene miedo de la parálisis progresiva?

—Entonces, —cambiando de tono continuó—: Sin embargo usted le ha añadido algo importante a mi valor por el hecho de creer en mí. Todo me parece más llevadero después de hablar con usted; y si usted me puede justificar ante algunas otras personas, especialmente Farebrother, le estaré sumamente agradecido. El punto que desearía que no mencionara es la desobediencia a mis órdenes. Esto se podría distorsionar con facilidad. Después de todo, no hay prueba a mi favor aparte de la opinión que la gente tenía de mí de antemano. Usted sólo debe repetir la información que le he dado de mí mismo.

—El señor Farebrother creerá… otros creerán —dijo Dorothea—. Yo puedo decir de usted cosas que convertirían en una estupidez suponer que se le puede sobornar para cometer una iniquidad.

—No lo sé —respondió Lydgate con una especie de quejido en la voz —. No he aceptado todavía el soborno. Pero hay una pálida sombra de soborno que a veces se llama prosperidad. ¿Me hará usted otro gran favor, entonces, y pasará a visitar a mi mujer?

—Sí, lo haré. Me acuerdo de lo bonita que es —dijo Dorothea, en cuya mente se había fijado con firmeza cada impresión de Rosamond—. Espero gustarla.

A medida que regresaba a caballo, Lydgate pensó, «Esta criatura tiene un corazón tan grande como la Virgen María. Es evidente que no piensa nada en su futuro, y dispondría de la mitad de sus ingresos inmediatamente, como si no necesitara nada para sí sino una silla para sentarse y desde la cual mirar con esos ojos claros a los pobres mortales que la imploran. Parece que tiene lo que no he visto jamás en ninguna mujer… una fuente de amistad hacia los hombres… un hombre puede ser su amigo. ¡Casaubon debió inspirar en ella alguna heroica alucinación! Me pregunto si pudiera tener alguna otra pasión por un hombre. ¿Ladislaw?… es cierto que había un sentimiento especial entre ellos. Y Casaubon debió tener noción de ello. Bien… su amor podría ayudar a un hombre mejor que su dinero».

Dorothea por su lado había inmediatamente organizado un plan para descargar a Lydgate de sus obligaciones con Bulstrode, las cuales constituían una parte, bien que pequeña, de la irritante opresión que tenía que soportar.

Se sentó enseguida bajo la inspiración de su entrevista, y escribió una breve nota en la que alegaba tener más derecho que el señor Bulstrode a la satisfacción de proporcionar el dinero que le había sido útil a Lydgate…, que no estaría bien que Lydgate no le diera la oportunidad de ayudarle en este modesto asunto, cuando el favor se lo hacía a ella que tenía tan poco que se le exigiera hacer con el dinero que le sobraba. Podía llamarla acreedora u otro nombre cualquiera con tal que ello implicara que se avenía a su petición. Le incluía un cheque por mil libras, y decidió llevarse la carta consigo el día siguiente cuando fuese a visitar a Rosamond.

CAPÍTULO QUINCE

Al día siguiente Lydgate tuvo que ir a Brassing, y le dijo a Rosamond que estaría fuera hasta el anochecer. Últimamente su mujer no había salido de la casa y el jardín, excepto para ir a la iglesia, y una vez a ver a su padre, al que dijo: «Si Tertius se marcha, tú nos ayudarás a trasladarnos, ¿verdad papá? Supongo que tendremos muy poco dinero. Espero que alguien nos ayude». El señor Vincy había dicho: «Sí, hija, no me importan cien o doscientas libras. Es algo puntual, y lo puedo asumir».

Con estas excepciones había permanecido en casa en una lánguida melancolía e incertidumbre, fija su mente en la venida de Will Ladislaw como el único punto de esperanza e interés, y asociando esto a presionar de algún modo a Lydgate para que hiciera inmediatos preparativos para salir de Middlemarch y trasladarse a Londres, hasta que estuvo convencida de que la venida sería una poderosa causa de la marcha, sin ver claramente por qué. Esta forma de establecer consecuencias es demasiado común para considerarla como un peculiar desatino de Rosamond. Y es precisamente esta clase de ilación la que ocasiona la mayor sorpresa cuando se secciona; porque ver cómo se puede producir un efecto es a menudo ver sus posibles fallos y rechazos; pero no ver nada más que la causa deseada, y cerrarla con el deseado efecto, nos libra de dudas y proporciona a nuestras mentes una firme intuición. Este era el proceso que sufría la pobre Rosamond, mientras arreglaba todos los objetos que tenía a su alrededor con la pulcritud de siempre, aunque más lentamente… o permanecía sentada al piano, pensando tocar, y desistiendo, si bien seguía en el taburete con sus blancos dedos suspendidos en la tapa de madera, y mirando ante ella con soñador fastidio. Su melancolía se había vuelto tan insistente que Lydgate sentía ante ella una extraña timidez, como un constante y silencioso reproche, y aquel hombre fuerte, dominado por su aguda sensibilidad por esta frágil criatura cuya vida le parecía que había hasta cierto punto agostado, evitaba su mirada, y a veces se alarmaba cuando se le acercaba, el miedo de ella y el miedo por ella invadiéndole más fuertemente después de que hubiera sido expulsado un momento por la exasperación.

Pero esta mañana Rosamond bajó de su habitación —en la que a veces permanecía todo el día cuando Lydgate no estaba— preparada para dar un paseo por la ciudad. Llevaba una carta para el correo… una carta dirigida al señor Ladislaw y escrita con encantadora discreción, pero que contenía la intención de precipitar su llegada insinuando algún problema. La criada, la única mujer de servicio que tenían ahora, se dio cuenta de que bajaba vestida de calle, y pensó que «jamás nadie pareció tan bonita con su sombrerito, pobre criatura».

Mientras tanto, la cabeza de Dorothea bullía con su proyecto de ver a Rosamond, y con la multitud de pensamientos del pasado y del futuro que se acumulaban ante la idea de esta visita. Hasta ayer cuando Lydgate le había abierto un resquicio de algún trastorno en su vida matrimonial, la imagen de la señora Lydgate había estado siempre para ella asociada con la de Will Ladislaw. Incluso en sus momentos de mayor inquietud —incluso cuando se había visto agitada por el penoso relato de las murmuraciones de la señora Cadwallader— su esfuerzo, más aún, el más impulsivo dictado de su conciencia había sido en favor de la reivindicación de Will de toda manchada conjetura; y cuando, en su entrevista con él después, ella había interpretado sus palabras como una probable alusión a una inclinación hacia la señora Lydgate, que él estaba decidido a cortar, Dorothea había tenido la rápida, triste y exculpadora visión del encanto que pudiera haber en sus constantes oportunidades de compañía con esta bella criatura, que seguramente compartía sus otros gustos, como evidentemente pasaba con su deleite por la música. Pero entonces llegaron sus palabras de despedida… las pocas y apasionadas palabras con las que Will implicaba que ella misma era el objeto del cual su amor le mantenía temeroso, que era su amor por ella lo que él estaba resuelto a no declarar sino a llevarse al destierro. Desde la fecha de esta despedida, Dorothea, creyendo en el amor de Will por ella, creyendo con un noble deleite en su delicado sentido del honor y su determinación de que nadie podía acusarle con razón, sintió su corazón completamente en calma respecto a la estimación que Will pudiera tenerle a la señora Lydgate. Estaba segura de que aquella atención era intachable.

Hay naturalezas en las cuales, si nos aman, somos conscientes de tener una especie de bautismo por su pura creencia en nosotros; y nuestros pecados se convierten en la peor clase de sacrilegio que derrumba el invisible altar de la confianza. «Si tú no eres bueno, nadie es bueno…»; estas pocas palabras pueden prestar un horroroso sentido a la responsabilidad, pueden contener una intensidad de vitriolo para el remordimiento.

La naturaleza de Dorothea era de esta clase; sus apasionadas faltas estaban en los fáciles y abiertos canales de su ardiente carácter; y mientras se sentía llena de piedad por los visibles errores de los demás, no tenía todavía ningún material dentro de su experiencia para las sutiles maquinaciones y sospechas de la ofensa oculta. Pero esta sencillez suya, que levantaba un ideal para los otros según el concepto que tenía de ellos, era una de las grandes posibilidades de su feminidad. Y había operado intensamente desde el principio sobre Will Ladislaw. Al separarse de ella sintió que las breves palabras con las que había tratado de comunicarle el sentimiento que sentía hacia ella y la división que la fortuna de ella colocaba entre ellos, quedarían mejoradas por la brevedad cuando Dorothea las tuviera que interpretar: Will sintió que había hallado en ella su máxima estimación.

Y en esto tenía razón. En los meses desde que se separaran, Dorothea había sentido un delicioso y triste reposo en sus relaciones entre ambos, como algo interiormente complejo y sin mancilla. Tenía una activa fuerza antagónica dentro de sí misma cuando el antagonismo se manifestaba en defensa de sus planes o de personas en las cuales creía; y las injurias que pensaba que Will había recibido de su marido, y las condiciones externas que para otros eran motivos para soslayarle, todavía añadían más tenacidad a su afecto y a su admirativo juicio. Y ahora, con las revelaciones acerca de Bulstrode, había surgido otro hecho que afectaba la posición social de Will, cosa que levantó de nuevo la resistencia interior de Dorothea hacia lo que se decía de él en esta parte del mundo que permanecía entre las vallas del parque.

«El joven Ladislaw, el nieto de un avaro usurero judío» era la frase que se había pronunciado enfáticamente en los diálogos acerca del asunto de Bulstrode, en Lowick, Tipton y Freshitt, lo cual era un anuncio en la espalda del pobre Will peor que el de «italiano con ratones blancos». El honrado Sir James Chettam estaba convencido de que su propia satisfacción era adecuada cuando pensaba con cierta complacencia que con esto se añadía una legua más a la montañosa distancia que había entre Ladislaw y Dorothea, y esto le permitía dejar de lado por absurda toda ansiedad en este sentido. Y acaso había algo de regocijo en llamar la atención del señor Brooke hacia este desfavorable aspecto de la genealogía de Ladislaw, como si fuese una vela nueva a cuya luz viera su propia insensatez. Dorothea había observado la intención con la cual se había recordado más de una vez la actuación de Will en esa penosa historia; pero no había pronunciado palabra, sintiéndose impedida ahora, cosa que no era antes así al hablar de Will, por la conciencia de una revelación más profunda entre ellos que debía permanecer siempre en un sagrado secreto. Pero su silencio guarecía su resistente emoción con una luz más perfecta; y este infortunio de Will, que parecía que los otros deseaban colgarle a la espalda para oprobio, sólo proporcionaba a su insistente pensamiento algo más de entusiasmo.

No acariciaba el pensamiento de que alcanzaran nunca una más próxima unión, y sin embargo no había tomado una postura de renuncia. Había aceptado su entera relación con Will de un modo muy sencillo y como parte de sus sufrimientos matrimoniales, y le hubiera parecido que cometía un gran pecado al albergar una intensa queja de no ser completamente feliz. Podía soportar que los principales placeres de su ternura permanecieran en la memoria, y la idea del matrimonio se le presentaba sólo como una proposición repulsiva de algún pretendiente del cual ahora no sabía nada, pero cuyos méritos, vistos por los familiares de ella, constituirían una fuente de tormentos: «alguien que pueda cuidar de tu hacienda, hija», eran las atractivas sugerencias del señor Brooke acerca de las adecuadas características. «Me gustaría cuidarla yo misma, si supiera lo que tengo que hacer con ella», contestaba Dorothea. No…, ella se aferraba a la determinación de que no se casaría de nuevo, y en el largo valle de su vida, que parecía tan plano y vacío de señales, la orientación vendría a medida que anduviera por el camino y en el curso, viera a sus compañeros de viaje.

Este estado habitual de sentimiento con referencia a Will Ladislaw había sido intenso en ella en sus horas de vigilia desde que se propuso visitar a la señora Lydgate, y formaba una especie de telón de fondo contra el que veía la figura de Rosamond sin impedimentos para su interés y compasión. Evidentemente había una separación intelectual, una cierta barrera para la completa confianza, que se había levantado entre aquella esposa y el marido, que sin embargo había convertido en ley la felicidad de su mujer. Este era un problema que ninguna tercera persona debía tocar de un modo directo. Pero Dorothea pensaba con honda caridad en la soledad que había descendido sobre Rosamond debido a la sospecha arrojada contra su marido; y aquí seguramente que sería de ayuda la manifestación de respeto para Lydgate y de comprensión hacia ella.

«Le hablaré de su marido», pensó Dorothea cuando la llevaban a la ciudad. La clara mañana primaveral, el olor de la tierra mojada, las frescas hojas mostrando apenas la apretada riqueza de su verdor en sus vainas semiabiertas, parecía formar parte de la alegría que sentía después de la larga conversación con el señor Farebrother, que había aceptado gozosamente la justificante explicación de la conducta de Lydgate.

—Le llevaré noticias a la señora Lydgate y quizá querrá hablarme y ser mi amiga.

Dorothea tenía otro encargo en Lowick Gate: era acerca de una campana nueva y de sonido agradable para la escuela, y como tenía que apearse del carruaje muy cerca de la casa de Lydgate, se fue andando por la calle después de decirle al cochero que esperara algunos paquetes. La puerta de la calle estaba abierta, y una sirvienta observaba el coche que se detenía en frente, hasta el momento en que se dio cuenta de que la señora «que pertenecía al coche» venía hacia ella.

—¿Está la señora Lydgate en casa? —dijo Dorothea.

—No estoy segura; voy a ver, si hace el favor de entrar —dijo Martha, algo confundida a causa del delantal de cocina, pero suficientemente serena para estar segura de que «seña» no era el título apropiado para esta regia viudita del coche de caballos—. Sírvase entrar y pasaré a ver.

—Diga que soy la señora Casaubon —advirtió Dorothea, mientras Martha se adelantaba para pasarla al salón y después subir a ver si Rosamond había vuelto del paseo.

Cruzaron la parte más amplia del vestíbulo y cogieron el pasadizo que conducía al jardín. La puerta del salón no estaba cerrada, y Martha, empujándola sin mirar en la habitación, esperó a que la señora Casaubon entrara y entonces se volvió, habiéndose abierto y cerrado la puerta sin hacer ruido.

Dorothea tenía esta mañana menos visión externa que la habitual, encontrándose llena de las imágenes que habían existido y que iban a existir. Se encontró al otro lado de la puerta sin observar nada notable, pero inmediatamente oyó una voz que hablaba en un tono muy quedo, cosa que la sorprendió como si soñara en pleno día, y adelantándose inconscientemente uno o dos pasos más de la proyección de una estantería, vio en la tremenda iluminación de una certeza que llenaba todos los contornos, algo que la paralizó, dejándola sin presencia de ánimo para hablar.

Sentado de espaldas a ella en un sofá que estaba contra la pared, en la misma línea de la puerta por la que había entrado, vio a Will Ladislaw; junto a él y vuelta hacia él, y llena de lágrimas que daban una mayor brillantez a su cara, se hallaba sentada Rosamond, con su sombrero colgado hacia atrás, mientras Will, inclinado hacia ella le cogía las manos levantadas y le hablaba con fervorosa voz baja.

En su agitada absorción, Rosamond no se había dado cuenta de la silenciosa figura que se adelantaba: pero Dorothea, después del inconmensurable instante de esta visión, se hizo confusamente hacia atrás y se encontró impedida por un mueble; fue entonces cuando Rosamond se apercibió de su presencia, y con un movimiento de espasmo apartó con energía las manos y se levantó mirando a Dorothea que permanecía naturalmente reprimida. Will Ladislaw, levantándose también, se volvió, y viendo en los ojos de Dorothea una nueva luz, pareció quedarse de mármol. Pero ella, dirigiéndose inmediatamente hacia Rosamond, dijo con voz templada:

—Perdón, señora Lydgate, la sirvienta no sabía que usted estuviera aquí. Pasaba para entregar una carta importante para el señor Lydgate, que deseaba darle a usted en mano.

Dejó la carta sobre la mesita que la había estorbado al retirarse, y entonces, incluyendo a Rosamond y a Will en una mirada distante y una inclinación, salió con rapidez de la habitación, encontrando en el pasillo a la sorprendida Martha, que dijo que sentía que la señora no se hallaba en casa, y entonces acompañó a la extraña señora con la reflexión interna de que las personas importantes probablemente eran más impacientes que las demás.

Dorothea atravesó la calle con su paso más ágil y enseguida se encontró de nuevo en el coche.

—Vamos a Freshitt Hall —dijo al cochero, y cualquiera que la hubiese mirado hubiese pensado que aunque estaba más pálida que de costumbre, nunca estuvo animada por una energía más serena. Y esto era en realidad lo que sentía. Era como si hubiera tomado un gran sorbo de desprecio que la estimulaba contra la susceptibilidad de otros sentimientos. Había visto algo tan por debajo de su creencia, que sus emociones se precipitaron hacia atrás y formaron un excitado tropel carente de objeto. Necesitaba algo activo para ahuyentar su excitación. Y llevaría a cabo el propósito con el que se había levantado por la mañana, de ir a Freshitt y a Tipton para decirles a Sir James y a su tío lo que deseaba que supieran acerca de Lydgate, cuya soledad matrimonial en este trance se le presentaba a Dorothea ahora con un nuevo significado, y la volvía más ardiente y diligente para ser su defensora. Jamás había sentido algo parecido a este triunfante poder de indignación en el esfuerzo de su propia vida matrimonial, en la que siempre había habido un rápido y subyugado dolor; y lo tomó como señal de una nueva fuerza.

—¡Cuán brillantes tiene los ojos, Dodo! —le dijo Celia, cuando Sir James se hubo ido de la habitación—. Y no ves nada de lo que miras, ni a Arthur ni nada. Ya sé que vas a hacer algo desagradable. ¿Es todo ello acerca del señor Lydgate, o es que ha sucedido algo nuevo? —Celia estaba acostumbrada a vigilar a su hermana con expectación.

—Sí, cariño, han ocurrido muchas cosas —dijo Dodo en tono definitivo.

—¿Y cuáles son? —dijo Celia, cruzando los brazos cómodamente y apoyándose en ellos.

—Todos los problemas de toda la gente sobre la faz de la tierra —contestó Dorothea poniéndose los brazos detrás de la cabeza.

—¡Válgame Dios, Dodo!, ¿y vas a organizar un programa para ellos? —dijo Celia, un poco inquieta por este desvarío a lo Hamlet.

Pero Sir James volvió de nuevo, dispuesto a acompañar a Dorothea a Tipton Grange, y ella terminó bien su expedición sin titubear en su resolución hasta que llegó a la puerta de su casa.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Rosamond y Will permanecieron inmóviles —desconociendo cuánto tiempo—, él mirando hacia el lugar donde Dorothea había estado Y ella mirándole dubitativa. Le pareció a Rosamond un tiempo infinito, en la profundidad de cuya alma apenas había tanto enojo como complacencia por lo que había sucedido. Las naturalezas superficiales sueñan con un fácil dominio sobre las emociones de los demás, confiando implícitamente en su pequeña magia para mudar las más profundas corrientes, y seguras, con bonitos gestos y observaciones, de mostrar lo que no es como si fuera. Sabía que Will había recibido un severo golpe, pero estaba poco acostumbrada a imaginarse el estado de ánimo de la otra gente excepto como material para cortar a la medida de sus propios deseos; y creía en su poder de calmar o someter. Incluso Tertius, el más contumaz de los hombres, era siempre sometido a la postre: los acontecimientos habían sido obstinados, pero Rosamond hubiera dicho todavía ahora, igual que decía antes de su matrimonio, que ella no desistía jamás de hacer lo que tenía pensado.

Extendió el brazo y puso la punta de los dedos sobre la manga de Will.

—¡No me toque! —dijo, expulsando las palabras como latigazos, apartándose de ella, y enrojeciendo y palideciendo una y otra vez, como si todo su cuerpo sintiera la comezón del dolor de un aguijón. Se volvió hacia el otro lado de la habitación y permaneció frente a ella con la punta de los dedos en los bolsillos, la cabeza hacia atrás, mirando con violencia no a Rosamond, sino a un punto separado unas pulgadas de ella.

Rosamond se sintió muy ofendida, pero los síntomas que mostró sólo los sabía interpretar Lydgate. Se calmó súbitamente y se sentó, desatándose el sombrerito y dejándolo junto a la toquilla: Sus pequeñas manos, que tenía cogidas ante ella, estaban muy frías.

Hubiera sido mejor para Will haber cogido el sombrero y haberse ido enseguida; pero no se sintió impulsado a hacerlo; al contrario, tenía la horrorosa inclinación de permanecer y de despedazar a Rosamond con su furor. Parecía tan imposible soportar la fatalidad que ella había atraído sobre él sin desplegar su furia, como le sucedería a una pantera al tener que aguantar la herida de una jabalina sin saltar ni morder. Y, sin embargo… ¿cómo podía decirle a una mujer que estaba dispuesto a maldecirla? Estaba encolerizado por la represión de una ley que se sentía forzado a reconocer.

Se sentía en un peligroso equilibrio y la voz de Rosamond trajo ahora la vibración decisiva.

En tono sarcástico le dijo:

—Puede ir tranquilamente detrás de la señora Casaubon y explicarle sus preferencias.

—¡Ir detrás de ella! —estalló él, con un cortante filo en la voz—. ¿Cree usted que se volverá a mirarme, o a apreciar alguna palabra que le pueda decir jamás, con mayor interés de lo que se valora una pluma sucia?… ¡Explicar! ¡Cómo puede un hombre explicarse a expensas de una mujer!

—Puede decirle lo que le plazca —dijo Rosamond con más temblor.

—¿Supone que me apreciaría más por sacrificarla a usted? No es mujer que se envanezca porque me he hecho despreciable…; para creer que debo serle fiel a ella porque fui un cobarde para con usted.

Empezó a moverse con la inquietud de un animal salvaje que ve la presa pero no puede alcanzarla. De pronto estalló de nuevo…

—No tenía esperanzas antes —no muchas— de que pudiera suceder algo mejor. Pero tenía la certidumbre de que creía en mí. Sea lo que fuere que la gente me haya hecho o haya dicho de mí, ella me creía. ¡Esto se ha desvanecido! Ella nunca más me creerá sino una despreciable farsa… demasiado refinado para aceptar el cielo excepto con lisonjeras condiciones, y sin embargo vendiéndome a hurtadillas al diablo. Me tendrá como un encarnado insulto para ella, desde el primer momento en que nosotros…

Will se detuvo como si se hubiese encontrado cogiendo algo que no debe tirarse y destruirse. Encontró otra salida a su furor agarrándose de nuevo a las palabras de Rosamond como si fueran reptiles que debían estrangularse y arrojarse.

—¡Explicar! ¡Dígale a un hombre que explique cómo se fue al infierno! ¡Explicar mis preferencias! jamás he tenido más preferencias por ella de las que tengo por respirar. Ninguna otra mujer existe a su lado. Preferiría antes tocar su mano si ella hubiera muerto que la de ninguna otra mujer viva.

Mientras arrojaba contra ella estas armas emponzoñadas, Rosamond iba casi perdiendo el sentido de su identidad y le parecía que caminaba hacia una nueva y terrible existencia. No sentía un rechazo frío y resoluto, la reticente justificación de sí misma que había notado ante las tormentosas displicencias de Lydgate; toda su sensibilidad se convirtió en una desconcertante novedad de dolor; sintió un nuevo y aterrador receso bajo un látigo que jamás había experimentado antes. Lo que otra naturaleza sentía en oposición a la suya se estaba marcando en su conciencia a fuego y dentelladas. Cuando Will dejó de hablar Rosamond se había transformado en una imagen de doloroso sufrimiento; tenía los labios pálidos, y sus ojos ofrecían un desconsuelo sin lágrimas. De haber sido Tertius el que estaba frente a ella, esta mirada de desconsuelo le hubiera herido, y se hubiera hincado de rodillas a su lado para consolarla, con ese consuelo de sus fuertes brazos que tan a menudo había tenido en poco.

Perdonémosle a Will que no tuviera tal movimiento de piedad. No había sentido ningún lazo por esta mujer que había destrozado el tesoro ideal de su vida y se sentía inocente. Sabía que estaba siendo cruel, pero todavía no sentía en él enternecimiento alguno.

Después de haber hablado, todavía siguió moviéndose, como abstraído, y Rosamond permaneció sentada y absolutamente quieta. Por fin Will, recobrándose, tomó el sombrero y se quedó de pie irresoluto unos momentos. La había hablado de un modo que se le hacía difícil expresar cualquier frase de cortesía; y no obstante, ahora que había llegado el momento de separarse de ella sin más palabras, se retrajo como si se tratara de una brutalidad; se sintió reprimido y embotado en su ira. Se acercó hacia la repisa de la chimenea, puso su brazo encima y aguardó en silencio sin apenas saber el qué. El fuego vengativo todavía ardía dentro de él y no podía pronunciar una palabra de retractación; pero sin embargo aparecía en su mente el hecho de que habiendo venido a ese hogar en el que había gozado de una acariciadora amistad había encontrado la desgracia sentada en él…: de repente se le reveló un trasfondo que residía tanto fuera de la casa como dentro de ella. Y lo que parecía un presentimiento le oprimía como con lentas pinzas… que su vida pudiera quedar esclavizada por esta desamparada mujer que se había abandonado sobre él con la espantosa tristeza de su corazón. Pero se encontraba en hosca rebeldía contra el hecho que su rápida aprensión le había prefigurado, y cuando sus ojos se fijaron en la frustrada faz de Rosamond le pareció que él era el más digno de comprensión de los dos: porque el dolor debe entrar en la glorificada vida del recuerdo antes de que se vuelva compasión.

Y así permanecieron muchos minutos, uno frente al otro, separados, en silencio: el rostro de Will mostrando su mudo enojo y el de Rosamond su muda aflicción. La pobre no tenía fuerza para contestar con apasionamiento alguno; el tremendo colapso de la ilusión hacia lo que había forzado toda su esperanza la había conmovido profundamente, su pequeño mundo estaba en ruinas, y ella se encontraba tambaleando en medio como una conciencia desatinada.

Will deseaba que hablase y aportase alguna sombra suavizadora a su cruel discurso, que parecía estar mirándolos a los dos burlándose de cualquier intento de resucitar la amistad.

Pero ella no dijo nada, y al fin, haciendo un desesperado esfuerzo, le preguntó:

—¿Puedo pasar a ver a Lydgate esta tarde?

—Como le parezca —contestó Rosamond con voz apenas perceptible.

Y entonces Will se fue sin que Martha supiera nunca que había estado allí.

Después de haberse ido, Rosamond trató de incorporarse pero cayó sentada, de nuevo desfalleciendo. Al recobrarse se sintió demasiado mal para esforzarse en tocar la campanilla, y permaneció imposibilitada hasta que la chica, sorprendida por su larga ausencia, pensó por primera vez en buscarla en las habitaciones del piso bajo. Rosamond dijo que se había sentido súbitamente mal y mareada y deseaba que la ayudase a subir al piso superior. Allí se echó sobre la cama con la ropa puesta, y se quedó en un aparente letargo, como le había sucedido antes en un memorable día de dolor.

Lydgate volvió más pronto de lo que esperaba, hacia las cinco y media, y la encontró allí. El hecho de encontrarla enferma, desterró todos sus otros pensamientos. Cuando le tocó el pulso, los ojos de su mujer le miraron con más detención de lo que había hecho durante mucho tiempo, como sí sintiera alguna satisfacción de que estuviera allí. Él se dio cuenta de la diferencia en un movimiento, y sentándose a su lado la rodeó con su brazo cariñosamente, y acercándose le dijo:

—Pobre Rosamond, ¿es que algo te ha perturbado?

—Agarrada a él empezó a gemir y llorar histéricamente, y durante una hora no cesó de tranquilizarla y atenderla. Él se imaginó que Dorothea había ido a verla, y que todo este efecto sobre su sistema nervioso, que evidentemente implicaba algún acercamiento hacia él, era debido a las recientes impresiones que esa visita había despertado.

CAPÍTULO DIECISIETE

Cuando Rosamond se hubo tranquilizado, y Lydgate la dejó, esperando que pronto se durmiera bajo el efecto de un calmante, pasó al salón a recoger un libro que había dejado allí, pensando pasar la tarde en su estudio y vio sobre la mesa la carta que Dorothea había dejado para él. No se había atrevido a preguntar si la señora Casaubon había pasado, pero la lectura de la carta le aseguró del hecho, porque Dorothea mencionaba que la iba a llevar ella misma.

Cuando Will Ladislaw llegó algo más tarde, Lydgate le recibió con una sorpresa que ponía en claro que no se le había dicho nada de su anterior visita, y Will no podía decir, «¿No te ha dicho la señora Lydgate que vine esta mañana?».

—La pobre Rosamond está enferma —añadió inmediatamente después.

—No será cosa grave, espero —contestó Will.

—No… sólo una ligera conmoción nerviosa… el efecto de alguna emoción, últimamente ha estado muy sobrecargada. La verdad, Ladislaw, es que tengo muy mala suerte. Hemos atravesado varios círculos del purgatorio desde que te fuiste, y recientemente me he metido en el peor saliente de todos ellos. Supongo que acabas de llegar —pareces bastante abatido—; no debes de llevar suficiente tiempo en el pueblo para haberte enterado de nada, ¿no?

—He viajado toda la noche y a las ocho de la mañana he llegado al Ciervo Blanco. Luego me he quedado a descansar —dijo Will, sintiéndose ruin, pero no encontrando alternativa al disimulo.

Y entonces oyó el relato de Lydgate de los apuros que Rosamond que le había descrito a su manera. Ella no había mencionado que el nombre de Will estuviera relacionado con lo que decía la gente —este detalle no la afectaba directamente— y ahora lo oía por primera vez.

—Creo que es mejor que sepas que tu nombre se ha mezclado con las revelaciones —dijo Lydgate, que podía entender mejor que muchos hasta qué punto Ladislaw se sentiría herido por la declaración—. Puedes estar seguro de que lo oirás tan pronto como pongas los pies en la ciudad. Supongo que es verdad que Raffles habló contigo.

—Sí —contestó Will en tono sardónico—. Tendré suerte si el chismorreo no me convierte en la persona más deshonrosa de todo el asunto. Me figuro que la última versión será que me confabulé con Raffles para asesinar a Bulstrode, y me fugué de Middlemarch con esta intención.

Lo que pensaba era: «He aquí un nuevo tono en el sonido de mi nombre para recomendárselo a su oído; sin embargo… eso ¿qué más da ya?».

Pero no dijo nada del ofrecimiento que le hizo Bulstrode. Will era muy abierto y descuidado en asuntos personales, pero de los toques más exquisitos que tuvo la naturaleza al moderlarle, fue el que tuviera una delicada generosidad que aquí lo inclinó a la reticencia. Y se abstuvo de decir que él había rehusado el dinero de Bulstrode en el momento en que se enteraba que el infortunio de Lydgate era haberlo aceptado.

También Lydgate anduvo reticente en franqueza. No hizo alusión alguna a los sentimientos de Rosamond ante sus apuros, y de Dorothea simplemente dijo: «La señora Casaubon ha sido la única persona en dar la cara y decir que no creía ninguna de las sospechas contra mí». Observando una alteración en el rostro de Will, no hizo ya ninguna otra mención de ella, considerándose demasiado ignorante acerca de las relaciones de una y otro para no temer que sus palabras pudieran contener algún elemento ofensivo. Y se le ocurrió que Dorothea era la verdadera causa de su presencia en Middlemarch.

Los dos hombres se compadecían uno a otro, pero sólo Will adivinaba la magnitud del trastorno de su amigo. Cuando Lydgate habló con desesperada resignación de irse a establecer en Londres y dijo con una desmayada sonrisa, «Te tendremos de nuevo, viejo amigo», Will se sintió indeciblemente triste y no contestó. Rosamond le había pedido esa mañana que le apremiara a Lydgate a dar este paso; y le parecía como si estuviese observando en un panorama mágico un futuro en el que él mismo se estuviera deslizando hacia la insatisfecha cesión de las pequeñas solicitaciones de las circunstancias, que es una historia de perdición más frecuente que una sola transacción importante.

Nos hallamos sobre un peligroso margen cuando empezamos a contemplarnos pasivamente en el futuro, y vemos nuestras propias vidas llevadas con monótono consentimiento hacia el insípido malhacer y la ejecución chapucera. El pobre Lydgate estaba gimiendo interiormente sobre este margen, y Will se acercaba a él. Le parecía esta tarde como si la crueldad de su arrebato con Rosamond le estuviera obligando, y temía la obligación; temía la insospechada buena voluntad de Lydgate; temía su propio disgusto por su deteriorada vida, que le dejaría en una inmotivada levedad.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Cuando Dorothea viera al señor Farebrother por la mañana, le había prometido ir a cenar a la rectoría a su regreso de Freshitt. Había un frecuente intercambio de visitas entre ella y la familia Farebrother, que le permitían decir que no se encontraba de ningún modo solitaria en la casona, y evitar de momento la severa recomendación de una señora de compañía. Cuando llegó a casa y recordó su compromiso, se alegró de ello; y viendo que todavía le quedaba una hora antes de arreglarse para la cena, se fue derecha a la escuela y entró en conversación con el maestro y la maestra acerca de la nueva campana, prestando una viva atención a los pequeños detalles y repeticiones, y adquiriendo un sentido dramático de lo ocupada que era su vida. Se detuvo a su vuelta para hablar con el viejo Bunney, que estaba sembrando unas semillas en el huerto, y dialogó juiciosamente con este sabio rural acerca de las cosechas que rendirían más en una elevación del terreno y el resultado de sesenta años de experiencia en suelos… es decir, que si la tierra era esponjosa iría bien, pero si se humedecía y humedecía, y lo convertía en una pulpa, entonces qué…

Viendo que su espíritu social la había engañado llevándola a retrasarse, se vistió precipitadamente y se dirigió a la rectoría algo más temprano de lo que era necesario. Esta casa jamás era aburrida, ya que el señor Farebrother, como otro White de Selborne, tenía siempre algo nuevo que contar de sus huéspedes y protegidos incapaces de expresarse, a quienes enseñaba a los niños a no atormentar; acabada de destinar un par de estupendas cabras para distracción de la villa en general, y para que se pasearan por ella como animales sagrados. La tarde se deslizó alegremente hasta después del té, hablando Dorothea más de lo normal y extendiéndose con el señor Farebrother en las posibles historias de criaturas que conversan con sus antenas, y, por lo que sabemos, puede que sostengan parlamentos reformados, cuando de pronto se oyeron ciertos pequeños ruidos inarticulados que llamaron la atención de todos.

—Henrietta Noble —dijo, la señora Farebrother, viendo a su hermana pequeña andando acongojada entre las patas de los muebles—, ¿qué es lo que ocurre?

—He perdido mi caja de pastillas de concha. Me temo que el gatito la ha empujado —dijo la diminuta señora, continuando involuntariamente con sus sonidos de castor.

—¿Es un tesoro muy grande, tía? —dijo el señor Farebrother, poniéndose las gafas y mirando a la alfombra.

—Me la dio el señor Ladislaw —contestó la señorita Noble—. Una caja alemana… muy bonita: pero si se cae, siempre rueda tan lejos como puede.

—Bueno, claro, si es un regalo de Ladislaw… —dijo el señor Farebrother, con profundo tono de comprensión, levantándose y buscando.

La caja apareció por fin debajo de una vitrina, y la señorita Noble la cogió con deleite, diciendo:

—La última vez estaba debajo del guardafuegos de la chimenea.

—Esto es un asunto del corazón para mi tía —dijo el señor Farebrother, sonriendo a Dorothea y volviéndose a sentar.

—Cuando Henrietta Noble se encariña con alguien, señora Casaubon —dijo la madre del vicario, enfáticamente., es como un perro… tomaría sus zapatos por almohada y dormiría mejor.

—Bien quisiera, con los zapatos del señor Ladislaw —dijo Henrietta Noble.

Dorothea intentó sonreír a su vez. Estaba sorprendida y enojada al sentir que su corazón palpitaba violentamente y que era completamente inútil tratar de recobrar su anterior animación. Alarmada de sí misma, temiendo alguna traición posterior de un cambio tan marcado y atribuible, se levantó y dijo en voz baja, con una franca ansiedad.

—Debo irme; estoy agotada.

El señor Farebrother, rápido en percepción, se levantó y dijo:

—Es cierto; se habrá agotado hablando de Lydgate. Estas cosas le salen a uno después de que la emoción se ha disipado.

La acompañó del brazo hasta la casona, pero Dorothea no intentó hablar, ni incluso cuando le dio las buenas noches. Había alcanzado el límite de la resistencia, y Dorothea cayó en las garras de una angustia inevitable. Despidiendo a Tantripp con unas escasas y desmadejadas palabras, cerró la puerta, y dirigiéndose a su vacía habitación se apretó las manos contra la cabeza y lanzó un lamento…

—¡Sí, le quería!

Entonces vino el momento en que las olas del sufrimiento la conmovieron tan completamente que la dejaron sin poder pensar. Sólo conseguía llorar con sonoros suspiros, entre sollozo y sollozo, la pérdida de la creencia que había plantado y mantenido viva a partir de aquella menuda semilla de los días de Roma… llorar la alegría perdida de adherirse con silencioso amor y fe a un hombre que, menospreciado por los otros, era digno de su pensamiento… llorar la pérdida de su orgullo de mujer de reinar en la memoria de él…, llorar su dulce y velada perspectiva de esperanza, de que a lo largo de algún sendero se encontraría con invariable reconocimiento y recobrarían los años transcurridos como si fuera ayer.

En estas horas Dorothea repetía lo que los caritativos ojos de la soledad han contemplado durante siglos en los esfuerzos espirituales del hombre; imploró firmeza y frialdad y una dolorosa fatiga que le proporcionara alivio de la misteriosa e incorpórea fuerza de su angustia; se tendió en el desnudo suelo y dejó que la noche se enfriara a su alrededor, mientras su hermosa estructura de mujer se sacudía con los sollozos como si fuese una niña desesperada.

Había dos imágenes, dos formas vivas que le rompían el corazón en dos mitades, como si hubiese sido el corazón de una madre que parece ver a su hijo dividido por una espada, y oprime una mitad llena de sangre contra su pecho mientras su mirada observa con agonía la otra mitad que se lleva la engañosa mujer que no ha conocido nunca el dolor de una madre.

Aquí, con la ceremonia de una sonrisa correspondida, aquí, con el vibrante lazo del diálogo mutuo, estaba la radiante criatura en la que ella había confiado…, que le había llegado como el espíritu de la mañana que visitaba la opaca cúpula en la que se sentaba como si fuese la novia de una vida gastada; y ahora, con una conciencia plena que jamás había despertado antes, extendía los brazos hacia él y lloraba con amargos sollozos el que su cercanía fuese una visión divisoria: se descubría a sí misma su pasión en una tensa manifestación de desespero.

Y allí, apartado, pero persistentemente con ella, moviéndose hacia donde ella se movía, estaba el Will Ladislaw que era una creencia cambiada vacía de esperanza, una detectada ilusión…, no, un hombre vivo hacia el cual no podía todavía enfrentarse ningún gemido de dolorosa piedad, desde el desprecio, la indignación y el celoso orgullo ofendido. El fuego de la ira de Dorothea no se apagó fácilmente, y estuvo llameando en caprichosos reflejos de desdeñoso reproche. ¿Por qué había venido a introducir su vida en la de ella, en la suya que podía haber sido lo bastante entera sin él? ¿Por qué había traído su fácil consideración y sus palabras de dientes afuera para con ella que no tenía nada mezquino por entregar a cambio? Sabía que la engañaba… deseó, en aquel momento de despedida, hacerle creer que le entregaba a ella el precio de su corazón, sabiendo que él ya se había gastado antes la mitad. ¿Por qué no permaneció entre la multitud a la que ella no pedía nada… por la que sólo rezaba para que fuera menos odiosa?

Pero a la postre perdió energía incluso para sus lloros y lamentos suspirados en voz alta; fue calmándose con desesperados sollozos, y en el frío suelo se durmió sollozando.

En las frías horas del crepúsculo matutino, mientras todo permanecía oscuro a su alrededor, despertó…, no con ningún asombro respecto de dónde estaba o de lo que había sucedido, sino con la clarísima conciencia de que estaba mirando a los ojos del dolor. Se levantó, se envolvió en ropa de abrigo y se sentó en un sillón grande en el que a menudo había velado antes. Era lo bastante fuerte como para haber soportado aquella dura noche sin enfermar y sentir sólo cierto dolor y fatiga; pero había despertado a una nueva condición: se sentía como si el alma se hubiese liberado de un terrible conflicto; no luchaba ya contra su pena, sino que podía sentarse con ella como una fiel compañera y hacerla partícipe de sus pensamientos. Porque ahora los pensamientos venían en abundancia. No era natural en Dorothea, después de lo que duraba un paroxismo, permanecer en la estrecha celda de su calamidad, en la embrutecedora desdicha de una conciencia que sólo ve la suerte del otro como un accidente de suyo propio.

Empezó ahora a vivir esa mañana de ayer de nuevo deliberadamente, esforzándose en detenerse en cada detalle y en su posible significado. ¿Estaba sola en esta escena? ¿Fue sólo suyo aquel acontecimiento? Se esforzó en pensar en ello como ligado a la vida de otra mujer… de una mujer a la cual había estado decidida a llevar claridad y consuelo a su nublada juventud. En su primer golpe de celosa indignación y disgusto, al salir de la odiosa habitación, había arrojado fuera de sí toda la caridad con la que había emprendido la visita. Había envuelto a Will y Rosamond en su ardiente desprecio, y le parecía que Rosamond había desaparecido de su vista para siempre. Pero este bajo impulso, que hace que una mujer sea más cruel hacia su rival que hacia su infiel amante, no tenía la fuerza de retorno en Dorothea cuando el dominante espíritu de justicia que en ella residía hubiera vencido el tumulto y le hubiese mostrado la verdadera medida de las cosas. Todo el activo pensamiento con el que se había representado antes a sí misma los problemas de la suerte de Lydgate, y esta joven unión matrimonial, que, como la suya parecía tener sus ocultos y a la vez evidentes trastornos…, toda esta vivida y compadecida experiencia volvió a ella como un poder; se afirmó como se afirma un conocimiento adquirido y no nos deja ver como veíamos en los días de nuestra ignorancia. Le dijo a su irremediable dolor, que en vez de retirarla del esfuerzo, debería volverla más útil.

Y ¿qué clase de crisis no sería ésta en tres vidas cuyo contacto con la suya depositaban en ella una obligación como si hubiesen sido suplicantes que llevaban la rama sagrada? Los objetos de su redención no debía buscarlos su fantasía: le venían dados. Anhelaba alcanzar el Bien perfecto, a fin de que se entronizara en su interior y dirigiera su errabunda voluntad. «¿Qué debería hacer… cómo debería actuar ahora, en este mismo día si pudiese domar mi dolor, obligarlo al silencio, y a pensar en estos tres?».

Le costó mucho tiempo alcanzar esta conclusión, y la luz iba penetrando en su habitación. Abrió las cortinas y miró hacia el trozo de camino que quedaba a ja vista, con los campos al fondo, detrás de las verjas de la entrada. En el camino había un hombre con un fardo en la espalda y una mujer que llevaba un niño en brazos; en el campo podía ver figuras que se movían… acaso el pastor con el perro.

Lejos, en el curvado cielo había una luz de color perla; y sintió la grandeza del mundo y el múltiple despertar de los hombres hacia el trabajo y el esfuerzo. Ella era parte de esta vida involuntaria y palpitante, y ni podía mirarla desde su lujoso albergue como una mera expectadora, ni ocultar los ojos en un lamento egoísta.

Lo que se propondría llevar a cabo aquel día no parecía todavía demasiado claro, pero algo de lo que podía alcanzar la excitaba como un cercano rumor que pronto adquiriría precisión. Se quitó la ropa, que parecía contener parte de la pesadumbre de una dura vela, y empezó a arreglarse. Inmediatamente llamó a Tantripp, que entró todavía en bata.

—¡Cómo, señora, no se ha acostado en toda la santa noche! —dijo Tantripp, mirando primero a la cama y después a Dorothea, que a pesar de haberse bañado tenía las mejillas pálidas y los párpados rosados de una mater dolorosa—. ¡Se matará, se matará! Cualquiera pensaría que tiene usted derecho a regalarse un poco de comodidad.

—No te alarmes, Tantripp —dijo Dorothea sonriendo—. He dormido; no estoy enferma. Te agradeceré una taza de café en cuanto puedas. Y tráeme el vestido nuevo; y acaso precise hoy también el sombrero nuevo.

—Hace más de un mes que están preparados, señora, y bien agradecida que estaré de verla con varios metros menos de crespón —añadió Tantripp agachándose para encender el fuego—. Hay Una razón para el luto, como he dicho siempre, pero tres jaretas en el bajo de la falda, y un sencillo encañonado en el sombrerito…, y si alguien se parece a un ángel, es usted con una redecilla plisada…, es lo adecuado para el segundo año. Cuando menos así pienso yo —terminó Tantripp mirando ansiosamente al fuego—: y si alguien fuese a casarse conmigo contando que llevaría con él esos odiosos velos de viuda dos años, le estaría engañando su propia vanidad, eso es todo.

—El fuego está bien, mi buena Tan —dijo Dorothea, hablando como lo solía hacer en los días pasados en Lausana, aunque con voz muy baja—; tráeme el café.

Se encogió en el amplio sillón, y apoyó la cabeza en él con fatigado reposo mientras Tantripp se fue, sorprendida de este extraño comportamiento en su joven señora… que justamente la mañana en que tenía más cara de viuda que nunca, hubiese pedido el alivio de luto que anteriormente había rechazado. Tantripp jamás podría encontrar la solución a este misterio. Dorothea quería dejar sentado ante sí misma que no carecía de una vida activa porque hubiera enterrado un gozo personal y, rondándole la mente la costumbre de que los vestidos nuevos eran propios de los comienzos de las cosas, se acogió a esta ligera ayuda externa en su camino hacia una calmada resolución. Porque la resolución no era fácil. Sin embargo, a las once se estaba dirigiendo a Middlemarch habiendo tomado la decisión de que haría lo más sosegada e imperceptiblemente posible su segundo intento para ver y salvar a Rosamond.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Cuando Dorothea se hallaba de nuevo a la puerta de la casa de Lydgate hablando con Martha, él estaba en la habitación contigua a la puerta abierta, preparándose para salir. Oyó una voz y fue inmediatamente hacia ella.

—¿Cree usted que la señora Lydgate podrá recibirme esta mañana? —dijo ella habiendo reflexionado que sería mejor no hacer ninguna alusión a su anterior visita.

—No tengo duda alguna —contestó Lydgate, haciendo caso omiso de su pensamiento acerca del aspecto de Dorothea, que estaba tan alterado como el de Rosamond—, si tiene la bondad de pasar y de dejarme decirle que está usted aquí. No ha estado del todo bien desde que usted estuvo aquí ayer, pero se encuentra mejor esta mañana, y creo que es muy posible que se alegre de volverla a ver.

Estaba claro que Lydgate, como había esperado Dorothea, no sabía nada de las circunstancias de su visita de ayer: es más, perecía que se imaginaba que ella la había realizado de acuerdo con su intención. Había preparado una notita pidiéndole a Rosamond que la viese, nota que hubiera entregado a la sirvienta de no estar él ahí, pero ahora estaba muy nerviosa por el resultado de su aviso.

Después de acompañarla al salón Lydgate se detuvo a coger una carta de su bolsillo y la puso en sus manos, diciendo.

—La escribí anoche y se la iba a llevar a Lowick de paso. Cuando uno está agradecido por algo demasiado bueno para las simples gracias, escribir es menos insatisfactorio que hablar…, por lo menos uno no escucha lo inadecuadas que son las palabras.

El rostro de Dorothea se iluminó.

—Soy yo la que tengo que darle las gracias, ya que me ha dejado ocupar este lugar. ¿Ha aceptado usted? —dijo, dudando súbitamente.

—Sí, el cheque le llegará hoy a Bulstrode.

Lydgate no dijo más, pero subió adonde estaba Rosamond, que acababa de vestirse y se encontraba lánguidamente sentada preguntándose qué haría después, su habitual laboriosidad de las cosas pequeñas, incluso en los días de tristeza, animándola a emprender alguna clase de ocupación que arrastraba cansinamente o interrumpía por falta de interés. Tenía aspecto de enferma, pero había recobrado su habitual quietud en el hacer, y

Lydgate temía perturbarla con preguntas. Le había contado lo de la carta de Dorothea que contenía el cheque, y después le había dicho, «Ladislaw ha venido, Rosy; estuvo conmigo anoche; me figuro que volverá hoy. Me pareció que estaba como machacado y deprimido». Y Rosamond no contestó.

Ahora, cuando volvió a subir le dijo muy dulcemente. —Rosy, mi amor, la señora Casaubon ha venido a verte de nuevo; ¿te gustaría verla, verdad? —ella se ruborizó e hizo un movimiento de alteración, pero esto no le sorprendió a Lydgate después de la agitación producida por la entrevista del día anterior…, una agitación beneficiosa, pensó, ya que le pareció que la había acercado de nuevo hacia él. Rosamond no se atrevió a decir que no. No se atrevió en lo más mínimo a tocar el incidente de ayer. ¿Por qué había vuelto la señora Casaubon? La contestación era un enigma que Rosamond sólo podía llenar con miedo, porque las lacerantes palabras de Will Ladislaw habían convertido todo pensamiento de Dorothea en una nueva herida para ella. Sin embargo, en su actual y humillante incertidumbre no se atrevió a hacer nada sino acceder. No dijo que sí, pero se levantó y dejó que Lydgate le pusiera un ligero chal sobre los hombros, mientras decía, «salgo inmediatamente». Entonces algo se le ocurrió que le hizo decir a Rosamond.

—Ten la bondad de decirle a Martha que no pase a nadie más al salón —y Lydgate asintió, creyendo que había interpretado bien ese deseo. La acompañó a la entrada del salón, y allí se volvió, haciéndose la reflexión de que debía ser un marido bastante torpe si la confianza que su esposa le tenía dependía de la influencia de otra mujer.

Rosamond, al envolverse la pañoleta a su alrededor mientras caminaba hacia Dorothea, se estaba envolviendo interiormente el alma en una fría reserva. ¿Había venido la señora Casaubon a decirle algo sobre Will? De ser así, era una libertad que Rosamond resentía; y se preparaba para enfrentarse con cada palabra con cortés impasibilidad. Will había magullado su orgullo demasiado dolorosamente para sentir ninguna compasión por él y por Dorothea; su propia injuria parecía mucho más grande. Dorothea no era sólo la mujer preferida, sino que tenía la formidable ventaja de ser la bienhechora de Lydgate, y a la apenada y confusa visión de la pobre Rosamond la parecía que esta señora Casaubon —esta mujer que sobresalía en todas las cosas que se relacionaban con ella— vendría ahora con una sensación de ventaja, incitándole a usar la animosidad. En realidad, no sólo

Rosamond, sino cualquier otra persona, conocedora de los hechos externos del caso, y no la simple inspiración en la que Dorothea se basaba, se preguntaría por qué había venido.

Pareciendo el hermoso espíritu de sí misma y con su graciosa delgadez envuelta en su suave chal blanco, la boca redonda e infantil y las mejillas que sugerían inevitablemente dulzura e inocencia, Rosamond se detuvo a tres metros de su visita y se inclinó. Pero Dorothea, que se había quitado los guantes con un impulso que no podía nunca resistir cuando anhelaba libertad, se adelantó, y con la faz llena de una triste pero dulce franqueza, le tendió la mano. Rosamond no pudo evitar encontrarse con su mirada, no pudo evitar darle la mano a Dorothea, que la cogió con suavidad maternal; y enseguida empezó a sentir dentro de sí la duda de su predisposición. Rosamond era rápida para leer los rostros; vio que la faz de la señora Casaubon, que había palidecido y cambiado desde ayer, seguía amable, y parecida a la firme suavidad de su mano. Pero Dorothea había confiado demasiado en su propia fortaleza: la claridad y la intensidad de su actividad mental esta mañana eran la continuación de la exaltación nerviosa que hacía que su figura respondiera tan peligrosamente como una pieza de cristal de Venecia; y al mirar a Rosamond, se encontró que de pronto su corazón se dilataba, y que no podía hablar…, necesitó todo su esfuerzo para contener las lágrimas. Esto lo consiguió, y la emoción sólo pasó sobre su rostro como el espíritu de un sollozo; pero eso se añadió a la impresión de Rosamond de que el estado de ánimo de la señora Casaubon debía de ser diferente del que ella se había imaginado.

Así, se sentaron sin decir palabras de cumplido en dos sillas que estaban muy cercanas y quedaron muy juntas una de la otra, aunque la idea de Rosamond cuando la saludó era de que se mantendría apartada de la señora Casaubon. Pero cesó de pensar en cómo sucederían las cosas… pensando simplemente qué pasaría. Y Dorothea empezó a hablar con mucha sencillez, adquiriendo firmeza a medida que lo hacía.

—Traía ayer un recado que no terminé; he aquí la razón de venir de nuevo tan pronto. Espero que no me considere demasiado entrometida si le digo que he venido a hablarle a usted acerca de la injusticia que se le está haciendo al señor Lydgate. La alegrará, —¿verdad?— saber muchas cosas de él que a él no le gusta referir de sí mismo precisamente porque son para propia reivindicación y en favor de su honor. ¿Le gustaría saber que su marido tiene buenos amigos, que no han dejado de creer en su alta reputación? ¿Me permitirá usted hablar de esto sin pensar que me tomo libertades?

El tono cordial e implorante que parecía fluir con generosa inadvertencia sobre todos los acontecimientos que habían ocupado la mente de Rosamond como motivos de obstrucción y odio entre ella y esta mujer, llegaba suavemente como una tibia corriente sobre sus recelosos temores. Claro que la señora Casaubon tenía los hechos en la conciencia, pero no iba a decir nada que se relacionara con ellos. Este alivio era demasiado grande para que en ese momento Rosamond sintiera ninguna otra cosa. Y contestó graciosamente, con el nuevo desahogo de su alma…

—Sé que usted ha sido muy buena. Me gustará saber todo lo que quiera decirme de Tertius.

—Anteayer —dijo Dorothea—, cuando le pedí que se acercara a Lowick para darme su opinión acerca de los asuntos del hospital, me lo contó todo respecto de su conducta y sentimientos en este triste suceso que ha hecho que la gente ignorante sospechara de él. La razón de que me lo contara fue que yo se lo pregunté osadamente. Creía que él no había actuado jamás deshonrosamente, y le pedí que me relatara la historia. Me confesó que nunca la había contado antes, ni siquiera a usted, porque le disgustaba mucho decir «yo no era culpable», como si esto fuese una prueba cuando hay gente culpable que dice lo mismo. La verdad es que él no sabía nada de Raffles, o de si había algún secreto malo acerca de él; y pensó que el señor Bulstrode le había ofrecido el dinero porque se arrepintió bondadosamente de haber rehusado hacerlo antes. Toda esta ansiedad acerca de su paciente era por tratarlo bien, y él se sentía algo desconcertado de que el caso no terminara como había esperado; pero creía entonces, y todavía lo cree ahora que puede que no haya habido culpabilidad de parte de nadie. Y se lo he contado al señor Farebrother y al señor Brooke y a Sir James Chettam; todos creen en su marido. Esto la alegrará, ¿verdad? Esto le dará a usted ánimos.

La voz de Dorothea se había animado y al irradiar sobre Rosamond, muy cercana a ella, sintió una especie de vergonzosa timidez ante alguien superior, ante la presencia de este ardor que la hacía olvidar, y dijo, con ruboroso desconcierto.

—Gracias, es usted muy bondadosa.

—Y sintió que no había obrado bien al no contárselo a usted todo. Pero usted le perdonará. Obedece a que él se preocupa más de la felicidad de usted que de ninguna otra cosa…; siente su vida unida totalmente a la suya, y le duele más que nada que sus infortunios la dañen. Pudo hablar conmigo porque se trataba de una persona indiferente. Y entonces yo le pregunté si podía pasar a verla; porque sentía mucho su trastorno y el de usted. He aquí por qué vine ayer y por qué he vuelto hoy. La tribulación es tan dura de sobrellevar, ¿verdad? ¿Cómo podemos vivir y pensar que alguien sufre, sufre dolorosamente y que podríamos ayudarle y no lo hacemos?

Dorothea, completamente impulsada por el sentimiento que expresaba, lo olvidó todo menos que hablaba desde el corazón de su propia aflicción a la de Rosamond. La emoción se había entremezclado más y más en su expresión hasta que los tonos pudieron haber penetrado hasta el mismo tuétano como un débil quejido de algún ser que sufre en la oscuridad. Y de modo inconsciente había puesto la mano sobre la manita que estrechara antes.

Rosamond, con una angustia irrefrenable, como si le hubieran tentado una herida interna, estalló en un sollozo histérico como le sucediera el día antes cuando se asió a su marido. La pobre Dorothea sentía que una gran ola de su propio dolor se le venía encima… y su pensamiento se dirigía a la posible participación que Will Ladislaw pudiera tener en el torbellino mental de Rosamond. Empezaba a temer que no se podría dominar hasta el final de la entrevista, y mientras tenía la mano aún posada encima del regazo de Rosamond, aunque la mano de debajo se hubiera retirado, luchaba contra los propios sollozos que le sobrevenían. Trató de dominarse pensando que esto podría ser el punto culminante de tres vidas… no de la suya; no, ahí había sucedido lo irrevocable, pero sí de estas tres vidas que tocaban a la suya con la seriedad del peligro y la aflicción. La frágil criatura que lloraba a su lado… todavía podía haber tiempo de salvarla de la infelicidad de falsos lazos incompatibles; y este momento era excepcional: ella y Rosamond jamás se encontrarían con la misma conciencia estremecida del día anterior. Sintió que la relación que entre ellas existía era suficientemente peculiar para imprimir en Rosamond una especial influencia, aunque no tenía idea de que el mundo en que sus propios sentimientos estaban comprometidos fuera completamente conocido de la señora Lydgate.

Era la crisis más nueva en la experiencia de Rosamond de lo que ni siquiera Dorothea se podía imaginar: se hallaba bajo el primer gran encontronazo que había destrozado el mundo de los sueños en el que había confiado fácilmente en sí misma al tiempo que había sido crítica con los demás; y esta extraña e inesperada manifestación de sentimiento en una mujer a la que se había acercado con resistente aversión y temor, como a una que debía necesariamente guardarle un celoso rencor, hacía que su alma se tambaleara tanto más con la sensación de que había caminado por un mundo desconocido que acababa de abrírsele.

Cuando la convulsionada garganta de Rosamond se fue calmando, y retiró el pañuelo con que se cubría el rostro, sus ojos recurrieron a los de Dorothea tan desamparadamente como si fuesen flores azules. ¿De qué servía pensar en la conducta después de estos lloros? Y Dorothea parecía casi igual de niña, con el olvidado rastro de una silenciosa lágrima. El orgullo se había roto entre las dos.

—Estábamos hablando de su marido —dijo Dorothea con cierta timidez—. Pensé que su aspecto estaba tristemente alterado por el sufrimiento el otro día. No lo había visto desde hacía muchas semanas. Dijo que se había encontrado muy solo en este trance; pero creo que lo hubiera soportado mejor de haberse podido abrir totalmente ante usted.

—Tertius se enfada e impacienta si digo algo —contestó Rosamond, imaginándose que se había quejado de ella ante Dorothea—. No debería sorprenderse de que no me atreva a hablarle de asuntos penosos.

—Fue él mismo el que se acusó de no haber hablado —dijo Dorothea—. Lo que dijo de usted era que él no podía estar contento de hacer algo que a usted le desagradara…, que su matrimonio era naturalmente un compromiso que debe afectar su elección en todas las cosas; y por esta razón rehusó mi propósito de mantener su cargo en el hospital, porque ello le obligaba a permanecer en Middlemarch, y él no quería emprender nada que fuera penoso para usted. Me podía decir esto porque sabe que yo tuve muchas dificultades en mi matrimonio, con la enfermedad de mi marido, que impedía sus planes y le entristecía; y sabe que he sentido lo duro que es andar siempre con el miedo de herir a alguien que está atado a nosotros.

Dorothea esperó un poco, había notado un matiz de satisfacción que aparecía en el rostro de Rosamond. Pero no hubo respuesta, y continuó con recogido temor.

—El matrimonio es algo tan distinto de todo. Hay algo incluso espantoso en la cercanía que trae. Incluso si amásemos a alguien más que… que a aquellos con los que nos habíamos casado, no valdría para nada… —

la pobre Dorothea, en su palpitante ansiedad, sólo utilizaba un lenguaje inconexo…— quiero decir que el matrimonio seca todo poder de dar o de obtener ninguna bendición en esta clase de amor. Sé que puede ser muy profundo…, pero asesina nuestro matrimonio… y entonces el matrimonio permanece como un asesinato… y todo desaparece. Y entonces nuestro marido… si nos ha querido y ha confiado en nosotras, y no le hemos ayudado, sino que hemos hecho una calamidad de su vida…

Su voz se estaba apagando: tenía miedo de llegar demasiado lejos, y de hablar como si ella fuera la perfección amonestando al error. Estaba demasiado preocupada por su propia emoción para darse cuenta de que Rosamond también estaba temblando; y llena de la necesidad de expresar su piadosa amistad antes que reproche, puso sus manos sobre las de Rosamond, y le dijo con agitada rapidez:

—Sé que el sentimiento puede ser muy intenso —se ha apoderado de nosotros de improviso—, es tan entrañable que separarse de él puede parecer la muerte, y somos débiles… yo soy débil…

Las olas de su dolor, contra las que luchaba para salvar a otro, se abalanzaron sobre Dorothea con una fuerza abrumadora. Se detuvo en muda agitación, no llorando, sino sintiendo como si la atenazaran por dentro. Su rostro aparecía con palidez de muerta, los labios le temblaban, y oprimía las manos desesperadamente sobre las manos que había debajo de ellas.

Rosamond, oprimida por una emoción superior a la suya, precipitada en un nuevo movimiento que dio a las cosas un distinto, enorme e indefinido aspecto, no podía encontrar palabras, pero involuntariamente puso los labios en la frente de Dorothea, que estaba muy cerca de ella, y entonces durante un minuto las dos mujeres se abrazaron como si estuvieran en un naufragio.

—Usted está pensando lo que no es cierto —dijo Rosamond, en un medio suspiro de ansiedad, mientras todavía sentía los brazos de Dorothea a su alrededor, apremiada por una misteriosa necesidad de liberarse de algo que la oprimía como si fuera un delito de sangre.

Se separaron, mirándose una a otra.

—Cuando usted entró ayer… no era lo que usted creyó —dijo Rosamond en el mismo tono.

Hubo un momento de sorprendida atención en Dorothea. Aguardó una justificación de Rosamond.

—Me estaba diciendo cuánto amaba a otra mujer, con el fin de que yo supiera que no podía quererme nunca —dijo Rosamond, precipitándose más y más a medida que hablaba.

—Y ahora creo que me aborrece porque… porque usted se equivocó con él ayer. Dice que por culpa mía usted pensará mal de él… pensará que es una persona falsa. Pero esto no será por mí. Él nunca me ha querido —lo sé—, siempre le he parecido insignificante. Me dijo ayer que no existía para él otra mujer aparte de usted. La culpa de lo que sucedió fue enteramente mía. Me dijo que jamás podría explicarse ante usted por culpa mía. Dijo que usted nunca más pensaría bien de él. Pero ahora ya se lo he dicho a usted, y él ya no podrá reprocharme nada.

Rosamond había sometido su alma a unos impulsos que no había sentido jamás. Había empezado su confesión bajo la subyugadora influencia de Dorothea y a medida que avanzaba tuvo la sensación que estaba rechazando los reproches de Will, que tenía dentro de ella cómo navajazos.

La reacción de los sentimientos de Dorothea fue demasiado intensa para llamarla gozosa. Constituían un tumulto en el que la terrible tensión de la noche y de la mañana oponía un resistente dolor…; sólo podía percibir que ello se transformaría en gozo cuando hubiese recobrado el poder de sentirlo. Su inmediata reacción fue de un inmenso cariño: ahora se interesaba por Rosamond sin esfuerzo, y contestaba con fervor a sus últimas palabras:

—No, a usted ya no puede reprocharle nada.

Con su usual tendencia a sobrevalorar lo bueno de los demás, sintió que su corazón se le iba hacia Rosamond por el generoso esfuerzo que le había redimido de su sufrimiento, sin pensar que el esfuerzo era una proyección de su propia energía.

Después de que hubieran permanecido calladas un poquito, Dorothea continuó:

—¿No sentirá que haya venido esta mañana?

—No, se ha portado usted muy bien conmigo —contestó Rosamond—. No pensaba que fuera usted tan buena. Me sentía muy desdichada. Tampoco estoy contenta ahora. Todo es tan triste.

—Pero vendrán días mejores. Su marido será dignamente considerado. Y él cuenta con usted para su consuelo. Él la quiere más que a nada. La pérdida peor sería esa…, y usted no le ha permitido —dijo Dorothea.

Trató de arrojar de sí el poderoso pensamiento de su propio consuelo, no fuera que se perdiera algún indicio de que el afecto de Rosemond anhelaba volver hacia su marido.

—Entonces, ¿Tertius no encontró reparo en mí? —dijo Rosamond entendiendo ahora que Lydgate pudo haberle dicho todo a la señora Casaubon, y que ésta era de verdad diferente de las otras mujeres. Acaso había un ligero matiz de celos en la pregunta. Una sonrisa empezó a asomar en el rostro de Dorothea, y dijo…

—¡De ningún modo! ¿Cómo pudo usted imaginárselo? Pero aquí se abrió la puerta y apareció Lydgate.

—He vuelto en mi condición de médico —dijo—. Después de irme, estaba obsesionado por dos caras pálidas: la señora Casaubon parecía necesitar tanto cuidado como tú, Rosy. Y creí que no había cumplido con mi deber al dejaros juntas: así que, después de haber estado en casa de Coleman, vuelvo de nuevo. Me di cuenta de que usted vino andando, señora Casaubon, y de que el tiempo ha cambiado… puede que tengamos lluvia. ¿Puedo mandar a alguien para que le envíen el coche?

—¡Oh, no! Soy fuerte: necesito andar —dijo Dorothea, levantándose con animado semblante—. La señora Lydgate y yo hemos platicado mucho y ya es hora de que me vaya. Siempre se me ha acusado de falta de moderación y de hablar demasiado.

Le tendió la mano a Rosamond y se despidieron con un serio y tranquilo adiós, sin beso u otra señal de efusión: había habido entre ellas demasiada severa emoción para mostrarla con gestos de superficialidad.

Cuando Lydgate le acompañó a la puerta ella no le dijo nada de Rosamond, pero sí le contó que el señor Farebrother y otros amigos habían escuchado y creído en su relato.

Al volver con Rosamond, ésta se había echado en el sofá con resignado cansancio.

—Bien, Rosy —le dijo, de pie ante ella, y tocándole el pelo—, ¿qué piensas de la señora Casaubon ahora que has estado tanto rato con ella?

—Creo que debe ser la mejor persona del mundo; y es muy hermosa. Si hablas con ella tan a menudo estarás cada vez más descontento de mí.

Lydgate se rio del «tan a menudo».

—¿Es que te has vuelto algo menos descontenta conmigo?

—Creo que sí —dijo Rosamond, mirándole a la cara—. ¡Cuán apagados tienes los ojos, Tertius…!, y ponte el pelo hacia atrás —él levantó su mano grande y blanca para obedecerla, y se sintió agradecido por esta menuda señal de interés para con él. La vagabunda fantasía de la pobre Rosamond había regresado terriblemente maltratada…, suficientemente humilde para anidar bajo el despreciado albergue. Y el albergue estaba aquí: Lydgate había aceptado su menguada suerte con triste resignación. Había escogido esta criatura frágil y tomado la carga de su vida en sus brazos. Debía caminar como podía, caritativamente llevando esa carga.

CAPÍTULO VEINTE

Es evidente que los exiliados se nutren mucho de la esperanza, y no es probable que permanezcan en el destierro a menos que estén obligados a ello. Cuando Will Ladislaw se desterró de Middlemarch no había puesto mayor obstáculo a su regreso que su propia resolución, que no era una barrera de hierro, sino un simple estado de ánimo dispuesto a derretirse en un minuto con otros estados de ánimo y terminar inclinándose, sonriendo, y dejando paso con cortés facilidad. A medida que pasaban los meses, le parecía más difícil explicarse por qué no se precipitaba hacia Middlemarch… simplemente por el hecho de saber algo de Dorothea; y si en esta fugaz visita sucediera, por una extraña coincidencia, que se encontrara con ella, no había razón para avergonzarse de un inocente viaje que de antemano había supuesto que no debía realizar. Ya que se encontraba irremediablemente separado de ella, seguramente que se aventuraría a presentarse en su vecindario: y en cuanto a los sospechosos amigos que mantenían sobre ella una guardia de dragón… con el paso del tiempo sus opiniones parecían menos importantes.

Y apareció una razón que no tenía nada que ver con Dorothea, que hacía que el viaje a Middlemarch fuese una especie de deber filantrópico. Will había prestado una desinteresada atención por la posible instalación de un nuevo Plan de colonización del Lejano Oeste y la necesidad de fondos para realizar un buen diseño le había estimulado a debatir consigo mismo si no sería de utilidad hacer uso del ofrecimiento que Bulstrode, instándole que destinara aquel dinero que le había ofrecido para llevar a cabo un esquema que de seguro sería muy beneficioso. El asunto le parecía muy dudoso a Will, y su repugnancia a entrar de nuevo en relación con el banquero pudiera haber hecho que lo rechazara rápidamente, de no habérsele venido a la imaginación la probabilidad de que su proposición pudiera quedar mejor determinada con una visita a Middlemarch.

Este fue el objetivo que Will se planteó como razón para venir. Había pensado confiarse a Lydgate, y debatir con él la cuestión del dinero, y había pensado divertirse unas cuantas tardes durante su estancia con mucha música y cháchara con la bella Rosamond, sin olvidar a sus amigos de la rectoría de Lowick… si la rectoría estaba cerca de Lowick Manor no era culpa suya. Había desatendido a los Farebrother antes de marcharse, debido a la orgullosa resistencia a la posible acusación de buscar indirectamente alguna entrevista con Dorothea; pero el hambre nos amansa y Will había estado muy hambriento de la visión de cierta forma y el sonido de cierta voz. Nada le compensaba… ni la ópera, ni la conversación con entusiastas políticos o la aduladora recepción —en oscuros rincones— de su nueva mano en los artículos de fondo.

Así que había venido barruntando con confianza cómo estarían las cosas en su mundillo familiar, sospechando que no encontraría sorpresas en su visita. Sin embargo había hallado este mundo monótono en unas condiciones terriblemente dinámicas en el que incluso el chismorreo y el lirismo se habían vuelto explosivos; y el primer día de su visita se había convertido en el momento más fatal de su vida. La mañana siguiente se sintió tan acosado por la pesadilla de las consecuencias, temía tanto los resultados inmediatos que se le aparecían por delante… que al ver mientras desayunaba, la llegada del coche de Riverston, salió precipitadamente y tomó asiento, confiando evitar, al menos durante un día, la necesidad de hacer o decir algo en Middlemarch. Will Ladislaw se encontraba en una de esas confusas crisis que son más frecuentes de lo que uno puede imaginarse, según la superficial independencia de juicio de los hombres. Había encontrado a Lydgate, por quien sentía el más sincero respeto, en una situación que merecía su más franca y declarada comprensión; y la razón por la que, a pesar de este merecimiento, hubiera sido mejor para Will haber evitado una mayor intimidad, e incluso contacto con Lydgate, era precisamente de una clase que hacía que este camino pareciese imposible. Para una persona de un temperamento tan susceptible como Will, desprovisto por naturaleza de una región mental de indiferencia, presto a transformar todo lo que sucediera en un apasionado drama… la revelación de que Rosamond hubiera basado su felicidad en parte dependiendo de él establecía una dificultad que su explosión de ira para con ella había agravado enormemente. Odiaba su propia crueldad, y sin embargo temía mostrar su completo desenojo: debía volver a ella; la amistad no podía cortarse súbitamente; y su desdicha era una fuerza que él temía. Y por todo lo demás no quedaban más promesas de disfrute en la vida que tenía por delante que si le hubiesen cortado las piernas y tuviera que andar con muletas. Por la noche estuvo debatiendo acerca de coger la diligencia no hacia Riverstone, sino hacia Londres, dejando una nota a Lydgate en la que le daría una razón provisional de su huida. Pero había firmes cables que lo refrenaban de esta abrupta partida: la nublada felicidad al pensar en Dorothea, la destrucción de esta principal esperanza que había permanecido a pesar de la reconocida necesidad de renunciar, constituían para él una desgracia demasiado grande para resignarse a ella, yéndose enseguida a una distancia que implicaba también la desesperación.

Así pues no tomó una decisión más severa que la de coger el coche de Riverstone. Volvió de allí cuando todavía era de día, ya que se había decidido a ir a visitar a Lydgate este mismo atardecer. El Rubicón, sabemos, era una corriente muy insignificante de ver; su significación estaba por entero en ciertas condiciones invisibles; Will sintió como si se viera obligado a cruzar su pequeña zanja y confín, y lo que vio más allá no fue un imperio sino una descontenta sumisión.

Pero nos sucede a veces en nuestra vida ordinaria que somos testigos de la salvífica influencia de una naturaleza noble, de la divina eficacia redentora que puede ocultarse en un acto de amistad hacia los demás. Si Dorothea, después de su noche de angustia, no se hubiera dirigido a casa de Rosamond… acaso hubiera sido una mujer que hubiera ganado un alto prestigio por su discreción, pero no hubiera sido tan bueno para aquellos tres que estaban juntos ante el hogar de la casa de Lydgate a las siete y media de la tarde.

Rosamond estaba preparada para la vista de Will, y le recibió con una lánguida frialdad que Lydgate achacó a su agotamiento nervioso, y que no podía suponer que tuviera ninguna relación con Will. Y mientras estaba sentada en silencio inclinada sobre una labor, él la disculpó inocentemente, de un modo indirecto, pidiéndole que se recostara hacia atrás y descansara. Will se sentía incómodo con la necesidad de desempeñar el papel de amigo que aparecía como por primera vez y saludaba a Rosamond, mientras sus pensamientos se ocupaban en los sentimientos de ella desde aquella escena de ayer, que parecía todavía encerrarlos inexorablemente a ambos, como la penosa visión de la doble decencia. Ocurrió que Lydgate no tuvo que salir para nada de la habitación; pero cuando Rosamond sirvió el té, y Will se acercó para cogerlo, ella le puso un papelito doblado en el platito. Él lo vio y se hizo con él rápidamente, pero al dirigirse a la fonda no tenía ansiedad para desdoblarlo. Lo que Rosamond le había escrito probablemente profundizaría la dolorosa impresión de la tarde. Sin embargo, lo abrió y lo leyó a la luz de la vela de la cama. Sólo había estas pocas palabras, escritas con su letra precisa y fluida…:

«Se lo he dicho a la señora Casaubon. No guarda ya ninguna sospecha acerca de usted. Se lo dije porque vino a verme y estuvo muy amable. Ahora no tendrá usted nada que reprocharme. No le habré causado a usted ninguna contrariedad».

El efecto de estas palabras no fue completamente de gozo. A medida que Will se detenía en ellas con exaltada imaginación, sentía que las mejillas y las cejas le ardían al pensar en lo que había pasado entre Dorothea y Rosamond…; en la incertidumbre de hasta qué punto Dorothea podía sentir todavía ofendida su dignidad al habérsele ofrecido una explicación de la conducta de él. Todavía podía quedar en su conciencia una alterada relación con él que constituyera una irremediable diferencia…, un defecto duradero. Con la actividad de su fantasía se colocó en un estado de duda parecido al de un hombre que se ha escapado de la desgracia durante la noche y se encuentra en un terreno desconocido y en la oscuridad. Hasta ese desgraciado ayer —excepto aquel momento de vejación de tiempo atrás en la misma habitación y ante la misma presencia—, toda la visión de ellos, todo el pensamiento de ellos respecto de cada uno, había permanecido como en un mundo aparte, donde el sol caía sobre altos y blancos lirios, donde el diablo no espiaba, y ninguna otra alma entraba. Pero ahora… ¿querría Dorothea encontrarle de nuevo en ese mundo?

CAPÍTULO VEINTIUNO

La segunda mañana después de la visita de Dorothea a Rosamond, había dormido profundamente dos noches y había perdido no sólo todos los síntomas de fatiga, sino que se sentía como si tuviera una gran cantidad de fuerza superflua…, es decir, más fuerza de la que podía lograr concentrar en ocupación alguna. El día anterior había dado largos paseos por fuera de la finca, y había hecho dos visitas a la rectoría; pero jamás dijo a nadie la razón por la cual pasó el tiempo de modo tan infructuoso, y esta mañana se sentía bastante disgustada consigo misma por su infantil inquietud. Hoy lo pasaría de modo muy distinto. ¿Qué se podía hacer en la villa? ¡Pues nada! Todo el mundo estaba bien y tenía lo que deseaba; no se había muerto el cerdo de nadie; y era sábado por la mañana, momento en el que había una limpieza general de suelos y umbrales, y era inútil ir a la escuela. Pero había varios asuntos que Dorothea deseaba aclarar, y resolvió arrojarse enérgicamente contra el más grave. Se sentó en la biblioteca frente a su particular montoncito de libros de economía política y materias afines, de los cuales intentaba sacar luz acerca de la mejor manera de gastar el dinero sin molestar a sus vecinos —o, cosa que viene a ser lo mismo— ver la forma de hacerles el mayor bien. Ahí había un asunto importante, que, de poder hacerse con él, seguramente le mantendría equilibrada la cabeza. Infortunadamente su mente se le fue durante una hora: y al final se encontró leyendo frases por dos veces con una intensa conciencia de muchas cosas, pero no de ninguna que contuvieran los textos. Esto era desesperante. ¿Llamaría al coche y se iría a Tipton? No; por una u otra razón prefería quedarse en Lowick. Pero había que poner en orden su mente vagabunda: había un arte en la autodisciplina; y empezó a dar vueltas alrededor de la parda biblioteca considerando qué procedimiento podría detener sus dispersos pensamientos. Quizá una simple tarea fuera lo mejor… algo que pudiera hacerse con tenacidad. ¿No había allí una geografía de Asia Menor, de cuya ignorancia la había acusado frecuentemente el señor Casaubon? Acudió al armario de los mapas y desplegó uno: esta mañana se aseguraría de que Paflagonia no se hallaba en la costa levantina y precisaría firmemente su total oscuridad sobre los cálibes en las orillas del Euxino. Un mapa es una cosa estupenda para estudiar cuando uno está dispuesto a pensar en algo diferente, estando constituido por nombres que se convierten en cantinela cuando los repites. Dorothea se sentó con interés a la labor, inclinándose sobre el mapa, y pronunciando los nombres con voz alta, aunque sometida, que a menudo se transformaba en una cantinela. Resultaba divertidamente infantil después de toda su profunda experiencia… moviendo la cabeza y señalando los nombres con el dedo, frunciendo un poquito el labio, y, de vez en cuando, dejándolo para poner las manos en las mejillas y exclamar «¡vaya, vaya!».

No había más razón para que esto terminara que un tiovivo; pero al fin se interrumpió al abrirse la puerta para anunciar la visita de la señorita Noble.

La viejecita, cuyo sombrero apenas llegaba al hombro de Dorothea, fue cariñosamente recibida; pero mientras tenía la mano en la de Dorothea hizo algunos de sus ruidillos de castor, como si tuviera algo difícil que comunicar.

—Siéntese —dijo Dorothea, acercándole una butaca—. ¿Me necesitan para algo? Estaré muy contenta de poder hacerlo.

—No me voy a quedar —contestó la señorita Noble, poniendo la mano en su cestita, y cogiendo una cosa con nerviosismo—. He dejado a un amigo en la iglesia —volvió a sus ruidos inarticulados, y sacó inconscientemente la cosa que estaba manoseando. Era la caja de pastillas de concha, y Dorothea sintió que el color le subía a las mejillas.

—El señor Ladislaw —continuó la tímida mujercita— teme haberla ofendido y me ha pedido que le pregunte si usted quisiera verle durante unos minutos.

Dorothea no contestó de momento: le cruzó por la mente que no podía recibirle en la biblioteca, en la que parecía residir la prohibición de su marido. Miró por la ventana. ¿Podría salir y encontrarle en el jardín? El cielo se veía pesado, y los árboles habían empezado a temblar con amenazas de tormenta. Además se retraía de salir hacia él.

—Recíbalo, señora Casaubon —dijo la señorita Noble con ternura—; de otro modo tendré que volver a decirle que no, y esto le dolerá mucho.

—Sí, le veré —dijo Dorothea—. Tenga la bondad de decirle que venga.

¿Qué otra cosa podía hacer? No había nada que deseara más que ver a Will: la posibilidad de verle se había impuesto insistentemente entre ella y cualquier otra cosa; y sin embargo tenía una palpitante exaltación de alarma… una sensación de que por él estaba haciendo algo osado y desafiante.

Cuando la mujercita se hubo ido correteando a cumplir su misión, Dorothea permaneció en medio de la biblioteca, las manos asidas ante ella, sin intentar componerse en una actitud de inconsciente dignidad. De lo que era menos consciente era de su propio cuerpo: pensaba en lo que probablemente habría en la conciencia de Will, y en la ofensiva opinión que otros tenían de él. ¿Cómo podía deber alguno llevarla a la severidad? La resistencia a un injusto desprecio se había mezclado con sus sentimientos hacia él desde el primer momento, y ahora, ante la reacción de su corazón después de la angustia, la resistencia era más fuerte que nunca. «Si le quiero tanto es porque lo han tratado tan mal»: había una voz que decía esto en su interior a un público imaginario en la biblioteca, cuando la puerta se abrió y vio a Will delante de ella.

Dorothea no se movió, y él se acercó con más duda y timidez en el rostro de lo que había visto nunca. Se hallaba en un estado de incertidumbre que le hacía temer que cualquier mirada o palabra suyas lo condenaran a una nueva separación de ella; y Dorothea estaba temerosa de su propia emoción. Parecía como si estuviera encantada, y permanecía inmóvil y sin soltarse las manos, a la vez que un intenso y grave anhelo se aprisionaba en sus ojos. Viendo que no le tendía la mano como de costumbre, Will se detuvo a un metro de ella y dijo con turbación:

—Estoy muy agradecido de que me haya recibido.

—Quería verle —contestó Dorothea, no encontrando más palabras que decir. No se le ocurrió sentarse, y Will no dio una agradecida interpretación a este regio modo de recibirle, sino que siguió diciendo lo que tenía intención de decir.

—Me temo que considere una tontería y acaso un error el volver tan pronto. He sido castigado por mi impaciencia. Ya conoce… todo el mundo la conoce… la triste historia de mi parentesco. La sabía antes de irme, y siempre he querido contársela… de encontrarnos de nuevo.

Hubo un ligero movimiento de Dorothea, y ella separó las manos, pero inmediatamente las volvió a juntar.

—Pero el asunto es ahora materia de habladurías —continuó Will—. Quería que supiese que algo relacionado con ello… algo que sucedió antes de que me fuera… ha colaborado a traerme aquí de nuevo. Al menos me sirvió de excusa para venir. Fue la idea de solicitar de Bulstrode que aportara dinero para una causa pública… un dinero que él había pensado entregarme. Quizá esté en favor de Bulstrode el hecho de que me ofreciera una compensación por un antiguo agravio. Se prestó a concederme una buena renta para compensar; pero supongo que conoce la desagradable historia.

Will miró dudosamente a Dorothea, pero iba adquiriendo el agresivo valor con el que siempre pensaba en ese hecho de su destino. Y añadió:

—Debe saber lo doloroso que es para mí.

—Sí… sí… lo sé —dijo precipitadamente Dorothea.

—No quise aceptar ninguna renta de tal procedencia. Creí que no pensaría bien de mí de haberlo hecho —dijo Will. ¿Por qué le iba a importar decir nada de esto ahora…? Sabía que había confesado su amor por ella—. Sentía que… —no obstante, se interrumpió.

—Se comportó como yo había esperado que se comportara —dijo Dorothea, mientras la faz le resplandecía y la cabeza se le erguía un poco más sobre el hermoso cuello.

—No creía que ninguna circunstancia de mi nacimiento creara en usted ningún prejuicio contra mí, aunque seguramente lo haría en otros —dijo Will, sacudiendo la cabeza hacia atrás como de costumbre, y mirándola a los ojos con suplicante seriedad.

—Si se tratara de una nueva dificultad sería una nueva razón para adherirme a usted —exclamó fervientemente Dorothea—. Nada podía haberme cambiado, sino… —su corazón palpitaba y le era difícil continuar; hizo un gran esfuerzo para decir en voz baja y temblorosa—, sino pensar que era usted diferente… que no era tan bueno como yo creía.

—Puede estar segura de que me cree mejor de lo que soy en todo menos en una cosa —dijo Will, demostrando sus sentimientos ante la evidencia de los de ella—. Quiero decir en mi fidelidad a usted. Cuando pensé que dudaba de esto, no me importó nada lo demás. Pensé que todo había terminado para mí, y que no quedaba nada por intentar… sólo cosas que padecer.

—Ya no dudo de usted —contestó Dorothea, tendiéndole la mano; un vago temor por él la impulsaba con indescriptible cariño.

Le tomó la mano y se la llevó a los labios casi con un sollozo. Pero tenía el sombrero y los guantes en la otra mano hubiera podido pasar por el retrato de un monárquico. Con todo, se le hacía difícil soltar la mano, y

Dorothea, retirándola en una confusión que la perturbaba, le miró y se apartó.

—Mira lo oscuras que se han puesto las nubes y cómo se agitan los árboles —dijo Dorothea, acercándose a la ventana, y hablando y moviéndose en un confuso sentido de lo que hacía.

Will la siguió a cierta distancia y se apoyó en el alto respaldo del sillón de cuero, sobre el que ahora dejó el sombrero y los guantes, y se libró de la intolerable cautividad de la formalidad a la que por primera vez en presencia de Dorothea se había condenado. Hay que confesar que se sentía muy contento en este momento, apoyado en el sillón. Ahora ya no sentía mucho miedo de nada de lo que ella pudiera pensar.

Permanecieron en silencio, sin mirarse, sino viendo cómo los árboles eran sacudidos, y mostraban el pálido envés de sus hojas contra el ennegrecido firmamento, jamás Will había disfrutado tanto de la perspectiva de una tormenta: lo liberaba de la necesidad de marcharse. Las hojas y ramitas se veían arrebatadas y se acercaba el trueno. La luz era cada vez más opaca, pero apareció el brillo de un relámpago que les hizo estremecer, mirarse una a otro, y sonreír. Dorothea empezó a decir lo que había pensado.

—Fue una equivocación tuya decir que no te quedaba nada por intentar. Si nosotros hubiésemos perdido nuestro bien principal, hubiera quedado el bien de la otra gente, y en eso vale la pena empeñarse. Algunos pueden ser felices. Me pareció ver esto más claro que nunca, cuando me sentía más desdichada. No puedo decir apenas cómo hubiera soportado las tribulaciones, si este sentimiento no hubiera acudido a mí para darme fuerzas.

—Tú nunca has sentido la desgracia que he sentido yo —dijo Will—; la desgracia de que tú pudieras despreciarme.

—Pero he sentido lo peor… es peor pensar mal… —Dorothea había empezado con ímpetu, pero cortó.

Will se sonrojó. Tuvo la sensación de que cuanto decía Dorothea se manifestaba desde la visión de una fatalidad que les mantenía aparte. Permaneció callado un momento, y después dijo apasionadamente…

—Tenemos al menos el consuelo de hablarnos sin embozo. Ya que yo debo marcharme…, ya que debemos estar siempre separados…, puedes pensar de mí como una persona al borde de la tumba.

Mientras estaba hablando, un vívido relámpago los iluminó perfectamente a ambos…, y la luz pareció el terror de un desesperado amor. Dorothea se apartó instantáneamente de la ventana. Will la siguió, cogiéndola la mano con espasmo; y así estuvieron, cogidos de la mano, como dos niños, mirando la tormenta, mientras el trueno desataba su tremendo disparo y rodaba encima de ellos, y la lluvia empezaba a descender. Entonces se volvieron a mirarse, conservando en la memoria las palabras de él y sin soltarse las manos.

—No hay salvación para mí —exclamó Will—. Incluso si tú me quieres como yo te quiero… incluso aunque lo fuera todo para ti… yo seré probablemente siempre muy pobre: calculando con serenidad, no cuento con nada sino para ir tirando. Es imposible para nosotros que podamos pertenecernos uno al otro. Quizá fue ruin por mi parte haberte pedido que me alentaras. Quería haber desaparecido en silencio, pero no he sido capaz de hacer lo que me proponía.

—No te aflijas —contestó Dorothea con palabra clara y tierna—. Prefiero compartir la desgracia de nuestra separación.

Los labios de ella temblaron, y también los de él. Nunca se supo cuáles labios se acercaron primero a los del otro; pero se besaron temblando y después se separaron.

La lluvia se estrellaba contra los cristales como si contuviera un espíritu airado, y detrás de ella venía el gran soplo de viento: era uno de aquellos momentos en que tanto los activos como los pasivos se detenían con cierto temor.

Dorothea se sentó en el asiento que tenía más próximo, una otomana grande que había en el centro de la habitación y con las manos juntas en el regazo observaba el lúgubre mundo exterior. Will permaneció todavía mirándola un instante, y entonces se sentó a su lado y puso su mano encima de la suya, que Dorothea volvió para que cogiera. Continuaron sentados de este modo, sin mirarse, hasta que la lluvia se debilitó y empezó a caer silenciosamente. Ambos habían estado llenos de pensamientos que ninguno de ellos podía empezar a manifestar.

Pero cuando la lluvia paró, Dorothea se volvió para mirar a Will. Con una exclamación apasionada, como si una tortura le amenazara, Will se levantó y dijo:

—¡Es imposible!

Se fue a apoyar de nuevo en el respaldo de la silla, y pareció que estuviera luchando con su propia ira, mientras ella le miraba tristemente.

—Es tan fatal como un asesinato u otra cosa horrorosa que divide a la gente —estalló de nuevo—: es más intolerable… ver mutilada nuestra vida por meros accidentes.

—No…, no hables así… tu vida no debe ser mutilada —contestó Dorothea con cariño.

—Sí, debe serlo —dijo Will enfadado—. Es cruel por tu parte que hables así… como si hubiera un consuelo. Tú puedes ver más allá del infortunio, pero yo no. No está bien… es tirar mi amor por ti como si fuera una bagatela, hablar de ese modo en presencia de los hechos. No nos casaremos jamás.

—Un día… puede ser… —dijo Dorothea, con voz temblorosa.

—¿Cuándo? —preguntó Will amargamente—. ¿De qué sirve contar con algún éxito mío? Es dudoso que jamás haga otra cosa que mantenerme decentemente, a menos que decida venderme como escritor y portavoz. Lo veo con toda claridad. No me puedo ofrecer a ninguna mujer, aunque ella no tenga lujos a los que renunciar.

Se hizo el silencio. El corazón de Dorothea estaba lleno de algo que deseaba decir, y no obstante las palabras se hacían demasiado difíciles. Estaba absolutamente obsesionada por ellas: en este momento el debate estaba mudo en su interior. Y se le hacía penoso no poder decir lo que quería. Will seguía mirando airado por la ventana. Sí él la hubiera mirado y no se hubiese apartado de su lado, Dorothea creía que todo hubiese sido más fácil. Al final se volvió, apoyándose aún contra la butaca, y extendiendo automáticamente la mano hacia su sombrero, dijo con cierta exasperación.

—Adiós.

—No puedo… se me rompe el corazón —exclamó Dorothea, levantándose de su silla. El torrente de su joven pasión derribaba todas las obstrucciones que la habían mantenido callada… y al instante asomaron y cayeron las lágrimas—: No me importa la pobreza… odio mis bienes.

Al momento Will estaba junto a ella y la envolvía en sus brazos; pero ella echó la cabeza hacia atrás y lo apartó suavemente, para poder seguir hablando. Sus ojos llenos de lágrimas se miraban con franqueza en los de él, mientras decía sollozando inocentemente.

—Podemos vivir perfectamente bien con lo que tengo; es demasiado: setecientas libras al año, y necesito tan poco… no quiero vestidos nuevos… y aprenderé lo que vale todo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Fue justo después de que los Lores rechazaran la ley de reforma electoral; esto explica que el señor Cadwallader viniera paseando por el repecho del césped cercano al gran invernadero de Freshitt Hall, con el Times en las manos a su espalda, mientras hablaba con el desapasionamiento de un pescador de truchas sobre las perspectivas del país con Sir James Chettam. La señora Cadwallader, la viuda Lady Chettam y Celia se sentaban a ratos en sillas de jardín; a ratos andaban para recibir al pequeño Arthur, al que la niñera paseaba en un carrito, y, como correspondía a un Buda infantil, iba guarnecido por su sagrado paraguas de hermosa franja de seda.

Las señoras también hablaban de política, aunque más caprichosamente. La señora Cadwallader era firme en la proyectada creación de pares: sabía cierto por su primo que Truberry se había pasado al otro lado enteramente a instancias de su mujer, que había olido en el aire posibilidades políticas desde la primera introducción del asunto de la Reforma, y vendería su alma para tener primacía sobre su hermana menor que se había casado con un baronet. Lady Chettam creía que esta conducta era muy reprochable, y recordaba que la madre de la señora Truberry fue una Walshingham de Melsprine. Celia confesó que era más agradable ser «lady» que ser «señora» y que Dodo nunca se preocupaba acerca de la prioridad con tal de hacer lo que deseaba. La señora Cadwallader sostenía que era una triste satisfacción adoptar precedencia cuando todo el mundo sabía que uno no tenía en las venas ni una gota de sangre azul; y Celia, deteniéndose para mirar a Arthur, insistía, que «estaría muy bien, sin embargo, si él fuera vizconde… ¡y a punto de salirle el dientecito a su señoría! Podía haberlo sido si James hubiese sido conde».

—Querida Celia —dijo la señora viuda Chettam—, el título de James vale mucho más que el de ningún nuevo condado. Nunca quise que su padre fuese nada más que Sir James.

—Bueno, sólo me refería al dientecito de Arthur —dijo Celia con tranquilidad—. Pero, ahí llega mi tío.

Se encaminó a recibir a su tío, mientras Sir James y el señor Cadwallader pasaron a formar grupo con las señoras. Celia había metido el brazo por el de su tío y él le palmoteaba la mano con cierto melancólico, «¡Bien, hija!». A medida que se acercaban, era evidente que el señor

Brooke estaba desanimado, pero ello se explicaba por completo por la situación de la política; y mientras daba la mano a todos sin otro saludo que «Bien, estáis todos aquí», el rector dijo riendo:

—No se tome tan a pecho el rechazo de la Ley, Brooke; tiene toda la gentuza del condado de su lado.

—La ley, ¿eh? —exclamó el señor Brooke, con un amansado aturdimiento—. Rechazada, ya saben. Los Lores van demasiado lejos, sin embargo. Tendrán que refrenarse. Malas noticias, ¿saben? Me refiero que para nosotros hay malas noticias. Pero no debe culparme a mí, Chettam.

—¿Qué sucede? —dijo Sir James—. No será que han disparado a otro guardabosques, espero. Es lo que se puede esperar cuando un fulano como Trappins Bass queda en libertad tan fácilmente.

—¿Guardabosques? No. Entremos; lo contaré todo en la casa… en la casa —dijo el señor Brooke, haciendo señas a los Cadwallader para demostrarles que les incluía en su confianza—. En cuanto a cazadores furtivos como Trappins Bass, sabe, Chettam —continuó, mientras entraban—, cuando sea usted juez de paz no le resultará tan fácil condenar. La severidad está muy bien, pero resulta más fácil cuando se tiene a alguien que te la ejerza. Usted mismo tiene un punto débil en su corazón, ya lo sabe…, usted no es un Draco ni un Jeffreys, o este tipo de hombre.

El señor Brooke se hallaba en un estado de perturbación nerviosa. Cuando tenía algo penoso que contar, solía instalarlo entre un número de detalles desarticulados, como si fuera una medicina que obtendría mejor sabor al mezclarla. Continuó su plática con Sir James acerca de los cazadores furtivos hasta que todos se sentaron, y la señora Cadwallader impaciente con esta charlatanería, dijo:

—Me muero por saber la triste noticia. Al guardabosques no le han disparado: asunto resuelto. ¿Qué pasa, pues?

—Es una cosa muy penosa, saben —dijo el señor Brooke—. Me alegro de que usted y el rector estén aquí; es un asunto de familia…, pero usted nos ayudará a todos a soportarlo, Cadwallader. Tengo que decírtelo a ti, hija… —aquí el señor Brooke miró a Celia—; tú no tienes idea de lo que es ¿sabes?, y Chettam, a usted le enojará enormemente…, pero ya ve, usted no ha podido impedirlo más de lo que he podido yo. Ocurre algo singular en las cosas, y es que acaban sucediendo.

—Tiene que tratarse de Dodo —dijo Celia, que acostumbraba a pensar que su hermana era la parte peligrosa de la maquinaria de la familia. Se había sentado en un taburete bajo apoyada en la rodilla de su marido.

—¡Por amor de Dios, díganos ya qué es lo que sucede! —dijo Sir James.

—Bien, ya sabe, Chettam, no pude evitar el testamento de Casaubon, fue una especie de testamento para empeorar las cosas.

—En efecto —dijo Sir James precipitadamente—. Pero ¿qué es lo que empeoró?

—Dorothea se va a casar de nuevo, ¿saben? —dijo el señor Brooke, haciendo una señal con la cabeza a Celia, que inmediatamente miró a su marido con ojos espantados y le puso la mano en la rodilla.

Sir James se puso blanco de furor, pero no dijo nada.

—¡Santo cielo! —dijo la señora Cadwallader—. ¿No será con el joven Ladislaw?

El señor Brooke asintió con la cabeza, diciendo:

—Pues sí, con Ladislaw —y entonces adoptó un prudente silencio.

—¿Ves esto, Humphrey? —dijo la señora Cadwallader, moviendo la mano hacia su marido—. De nuevo tendrás que admitir que tengo cierta perspicacia; aunque seguirás contradiciéndome y continuarás tan ciego como siempre. Tú suponías que el joven se había marchado de la comarca.

—Esto pudo ser, y sin embargo haber vuelto —dijo el rector con tranquilidad.

—¿Cuándo lo ha sabido? —dijo Sir James, no queriendo que nadie más hablara, aunque encontrando difícil poder hablar él.

—Ayer —dijo el señor Brooke mansamente—. Fui a Lowick, Dorothea me llamó, ¿sabe? Todo sucedió muy rápidamente…, ninguno de ellos sabía nada hace dos días… ni idea, ¿saben? Hay algo singular en las cosas. Pero Dorothea está muy decidida…, no sirve de nada oponerse. Yo la advertí con firmeza. Cumplí con mi deber, Chettam. Pero puede hacer lo que quiera, ya saben.

—Habría sido mejor que le hubiese retado y le hubiese disparado un tiro hace un año —dijo Sir James, no porque pensara en sangre, sino porque tenía necesidad de decir algo gordo.

—Vamos, James, eso habría sido muy desagradable —contestó Celia.

—Sea razonable, Chettam. Considere el asunto más tranquilamente —dijo el señor Cadwallader, sintiendo ver a su amable amigo tan poseído por la ira.

—Esto no es nada fácil para un hombre de dignidad, con un sentido del deber, cuando el caso sucede en su propia familia —agregó Sir James, todavía blanco de indignación—. Es algo escandaloso. Si Ladislaw hubiera tenido una chispa de honor se hubiese ido inmediatamente del país para no aparecer aquí nunca jamás. No obstante, no me sorprende. El día después del funeral de Casaubon dije lo que se tenía que hacer. Pero nadie me hizo caso.

—Usted quería lo imposible, ya lo sabe, Chettam —dijo el señor Brooke—. Quería desterrarlo. Yo le dije que Ladislaw no era hombre que se dejara mandar, tenía sus ideas. Era un muchacho extraordinario…

—Sí —dijo Sir James, incapaz de reprimir la réplica.

—Es una pena que usted tenga formada esta alta opinión de él. A ello debemos el que se haya alojado en esta vecindad. A esto debemos el que tengamos que ver a una mujer como Dorothea degradándose para casarse con él.

Sir James se fue entrecortando entre frase y frase, pues las palabras no le salían con facilidad—. Un hombre tan señalado en el testamento de su marido, que la delicadeza debía haberla prohibido verlo de nuevo…, que la rebaja de su propio rango… hacia la pobreza…, tiene la mezquindad de aceptar tal sacrificio…, ha tenido siempre una posición criticable…, un origen ruin… y, creo, es un hombre de pocos principios y ligero carácter. Esa es mi opinión —terminó Sir James enfáticamente, volviéndose de lado y cruzando las piernas.

—Ya se lo advertí todo a ella —dijo el señor Brooke, disculpándose…, —. Me refiero a la pobreza y a abandonar su posición. Le dije: «Hija, no sabes lo que es vivir con setecientas libras al año, no tener coche, y todas estas cosas, y moverte entre la gente que no sabe quién eres». Se lo dije claramente. Pero yo le aconsejo que hable directamente con Dorothea. El hecho es que le desagrada la heredad que le ha dejado Casaubon. Ya verá lo que le dice.

—No, perdóneme, no lo veré —dijo Sir James más fríamente—. No podría soportar verla de nuevo; es demasiado penoso. Me duele demasiado que una mujer como Dorothea haya cometido esta equivocación.

—Sea justo, Chettam —dijo el sereno rector de grandes labios, que se oponía a esta innecesaria incomodidad—. La señora Casaubon puede estar actuando imprudentemente; se desprende de una fortuna por un hombre, y nosotros los hombres tenemos una opinión tan pobre los unos de los otros que difícilmente podemos llamar prudente a una mujer que obre así, en el sentido estricto de la palabra.

—Pues sí, yo sí —contestó Sir James—. Opino que Dorothea hace una cosa mala al casarse con Ladislaw.

—Querido amigo, estamos demasiado inclinados a considerar un acto malo porque no nos gusta —dijo el rector tranquilamente. Como muchos hombres que se toman la vida con facilidad, tenía la habilidad de decir una verdad común de cuando en cuando a aquellos que perdían virtuosamente el control de sí mismos. Sir James se sacó el pañuelo y empezó a mordisquear la esquina.

—Es espantoso por parte de Dodo —añadió Celia, queriendo justificar a su marido—. Había dicho que jamás se casaría de nuevo… con nadie.

—También yo se lo oí decir —dijo Lady Chettam mayestáticamente, como aportando una real afirmación.

—Bueno, suele haber una silenciosa excepción en tales casos —dijo la señora Cadwallader—. Lo único que me maravilla es que estén tan sorprendidos. No hicieron nada para impedirlo. Si hubiera traído a Lord Triton aquí para que la cortejara con su filantropía, acaso se la hubiese llevado antes de terminar el año. No había seguridad en ninguna otra cosa. El señor Casaubon lo había preparado todo lo mejor posible. Se hizo desagradable… o a Dios le plujo hacerlo así…, y entonces retó a Dorothea a contradecirle. Es el modo de hacer tentadora cualquier baratija, poniéndole un elevado precio.

—No sé lo que entiende usted por erróneo, Cadwallader —dijo Sir James, sintiéndose todavía algo herido, y volviéndose en la butaca hacia el rector—. No es un hombre que podamos admitir en la familia. Por lo menos, hablando por mí personalmente —continuó apartando cuidadosamente los ojos del señor Brooke.— Supongo que otros encontrarán su compañía lo bastante placentera para hacer caso omiso de la conveniencia del asunto.

—Bien, Chettam —contestó el señor Brooke con buen humor, acariciándose la pierna—, yo no puedo darle la espalda a Dorothea. Debo ser un padre para ella, hasta cierto punto. Le dije: «Hija, no me negaré a ser tu padrino». Le había hablado en serio antes. Pero puedo acortarle la herencia, saben. Costará dinero y será enojoso; pero puedo hacerlo, ¿saben?

El señor Brooke movió la cabeza afirmativamente en dirección a Sir James, y sintió que mostraba su capacidad de resolución a la vez que se conciliaba con la vejación del baronet. Había empleado un modo más ingenioso de parar el golpe del que pensara. Había tocado un motivo del que Sir James se avergonzaba. El grueso de sus sentimientos acerca del matrimonio de Dorothea con Ladislaw se debían en parte a excusables perjuicios, o incluso a una opinión justificable, y en parte a una celosa antipatía, apenas menor en el caso de Ladislaw que en el de Casaubon. Estaba convencido de que el matrimonio era fatal para Dorothea. Pero en medio de todo esto corría una vena que él era un hombre demasiado honorable para que le gustara confesársela a sí mismo: era innegable que la unión de las dos propiedades —Tipton y Freshitt—, que estaban situadas dentro de una misma linde, era una perspectiva que le halagaba para su hijo y heredero. He aquí que cuando el señor Brooke hizo mención a este punto, Sir James se sintió súbitamente incómodo: se la atragantó la garganta; incluso se ruborizó. Había encontrado más palabras de las usuales en el primer empujón de ira, pero la conciliación del señor Brooke era más entorpecedora para su lengua que la cáustica insinuación del señor Cadwallader.

Pero Celia se alegró de tener lugar para hablar después de la sugerencia de su tío sobre la ceremonia del matrimonio, y dijo, aunque con tan poca ansiedad como si la cuestión se refiriera a una invitación a cenar:

—¿Cree que Dodo se va a casar enseguida, tío?

—Dentro de tres semanas, ¿sabes? —dijo el señor Brooke en tono desvalido—. No puedo hacer nada para impedirlo, Cadwallader —añadió, volviéndose ligeramente hacia el rector, que dijo:

—Yo no me alarmaría por ella. Si prefiere ser pobre, esto es cosa suya. Nadie diría nada de que se casara con este joven si fuese rico. Muchos beneficiarios eclesiásticos son más pobres de lo que serán ellos. Ahí tienen a Elinor —continuó el provocador marido—; ella enojó a todas sus amistades para casarse conmigo: apenas tenía mil libras al año…, yo era un patán…, nadie podía ver nada en mí…, mis zapatos no tenían la hechura normal…, todos los hombres se asombraban de que pudiera gustar a una mujer. No, no tengo otro remedio que estar de parte de Ladislaw hasta que se digan más cosas malas de él.

—Humphrey, todo esto es retórica, y tú lo sabes —dijo su mujer—. Todo es una sola cosa contigo… ese es el principio y el final contigo. ¡Como si tú no hubieses sido un Cadwallader! ¿Es que alguien supone que yo hubiera aceptado un monstruo como tú con otro nombre?

—Y encima clérigo —observó Lady Chettam con aprobación—. No se puede decir que Elinor haya descendido de rango. Es difícil decir lo que es el señor Ladislaw, ¿verdad, James?

Sir James emitió un pequeño gruñido, menos respetuoso que su habitual forma de contestar a su madre. Celia lo miró como un gatito pensativo.

—Hay que admitir que su sangre es una espantosa mezcla —dijo la señora Cadwallader—. La sepiosa sangre Casaubon para empezar, y después un rebelde violinista polaco, o maestro de danza, ¿no es así?… Y después un viejo…

—Tonterías, Elinor —dijo el rector levantándose—. Es hora de que nos vayamos.

—Después de todo, es un guapo jovenzuelo —dijo la señora Cadwallader, levantándose también, y con ganas de rectificar—. Se parece a los hermosos retratos antiguos de Crichley antes de que llegaran los idiotas.

—Yo me iré con ustedes —dijo el señor Brooke, levantándose alegremente—. Mañana deben venir a cenar conmigo… ¿verdad, Celia, hija?

—Tú querrás, ¿no James? —dijo Celia, cogiéndole la mano a su marido.

—Naturalmente, si te parece —contestó Sir James, tirándose del chaleco, pero incapaz de poner buena cara aún—. Es decir, si no se trata de encontrarnos con nadie más.

—No, no, no —dijo el señor Brooke, comprendiendo la condición—. Dorothea no vendría, a menos que hubiera usted ido a verla.

Cuando Sir James y Celia estuvieron solos, ella dijo:

—¿Te importa que coja el coche para ir a Lowick, James?

—¿Cómo, ahora mismo? —preguntó él con sorpresa.

—Sí, es muy importante —contestó Celia.

—Recuerda, Celia, que yo no la puedo ver —dijo Sir james.

—¿Aunque decida no casarse?

—¿De qué sirve hablar así?… pero, me voy a la cuadra. Le diré a Briggs que se acerque con el coche.

Celia pensó que era muy conveniente hacer un viaje a Lowick, si no para hablarle de esto a su hermana, al menos para influir en el ánimo de Dorothea. Durante toda su niñez había notado que podía influir en ella con una palabra juiciosamente colocada… abriendo una ventanita para que la luz de su propio entendimiento entrara en las lámparas de extraños colores que Dodo habitualmente veía. Y Celia, la madre naturalmente, se sentía más capaz de aconsejar a su hermana sin hijos.

¿Quién podía comprender a Dodo tan bien como Celia, o quererla tan tiernamente?

Dorothea, ocupada en su gabinete, sintió un vivo placer ante la visita de su hermana tan pronto después de la revelación de su proyectado matrimonio. Se había imaginado, incluso con exageración, el disgusto de sus amistades, y aún había temido que Celia pudiera mantenerse apartada de ella.

—¡Oh, Kitty, estoy encantada de verte! —dijo Dorothea, poniendo las manos en los hombros de Celia y rebosante de alegría—. Casi pensaba que no vendrías a verme.

—No he traído a Arthur porque tenía prisa —dijo Celia, y se sentaron en dos sillitas una frente a la otra, con las rodillas tocándose.

—Sabes, Dodo, no está nada bien —empezó Celia, con su plácido acento gutural, apareciendo lo más alejada posible de la irritación—. Nos has defraudado a todos. Y no puedo pensar que llegue a suceder…, no puedes irte y vivir de esta forma. ¡Además, quedan todos tus planos! No debes haber reparado en eso. James se hubiera tomado todas las molestias por ti y tú hubieras podido seguir toda la vida haciendo lo que quisieras.

—Al contrario, querida —dijo Dorothea—, yo nunca pude hacer nada de lo que quise. No he realizado jamás plan alguno todavía.

—Porque has querido siempre cosas que no proceden. Pero otros planes hubieran venido. ¿Y cómo puedes casarte con el señor Ladislaw, con quien nadie de nosotros pensó nunca que pudieras casarte? A James le disgusta profundamente. Y después de todo, es tan distinto de lo que tú has sido siempre. Te empeñaste en el señor Casaubon porque tenía un alma tan grande, y era tan viejo, lúgubre y sabio; y pensar ahora en casarte con el señor Ladislaw, que no tiene propiedades ni nada… Supongo que es porque te propones estar incómoda de un modo u otro.

Dorothea se rio.

—Bueno, esto es muy serio, Dodo —dijo Celia poniéndose más solemne—. ¿Cómo vivirás? Y te irás con gente rara. Y ya no te veré más… y no te importará el pequeño Arthur…, y yo creía que sí te importaría siempre…

Las infrecuentes lágrimas de Celia asomaron en sus ojos y se le agitaron las comisuras de los labios.

—Querida Celia —respondió Dorothea con tierna gravedad—, si no me vas a ver nunca, no será culpa mía.

—Sí, lo será —dijo Celia con la misma emotiva distorsión en sus menudas facciones—. ¿Cómo puedo venir a ti o tenerte conmigo si James no puede soportarlo…?, porque no cree que esté bien… cree que estás muy equivocada. Pero tú siempre estuviste equivocada; sólo que no puedo evitar el quererte. Y nadie sabe en dónde vivirás: ¿dónde vas a ir?

—Me iré a Londres —dijo Dorothea.

—¿Cómo vas a poder vivir siempre en una calle? Y serás muy pobre. Te podría dar la mitad de mis cosas; pero ¿cómo voy a hacerlo, si nunca te veré?

—Dios te bendiga, Kitty —contestó Dorothea con un suave fervor—. Consuélate. Quizá James me perdonará algún día.

—Pero sería mucho mejor si no te casaras —insistió Celia, secándose los ojos, y volviendo a su argumento—; entonces no habría nada desagradable. Y tú no harías lo que nadie piensa que pudieras hacer. James siempre dice que tendrías que ser una reina; pero esto no es ser de ningún modo una reina. Sabes la cantidad de equivocaciones que siempre has cometido, Dodo, y ésta es otra. Nadie piensa que el señor Ladislaw sea el marido adecuado para ti. Y dijiste que no te volverías a casar nunca.

—Es muy cierto que podría ser una persona más prudente, Celia —dijo Dorothea—, y que podía haber hecho algo mejor, de haber sido mejor. Pero esto es lo que voy a hacer. He prometido casarme con el señor Ladislaw y me voy a casar con él.

El tono en que Dorothea dijo esto era una nota que Celia había aprendido a reconocer de tiempo. Callóse unos momentos, y después preguntó, como si abandonara la discusión.

—¿Te quiere mucho, Dodo?

—Confío en que sí. Yo lo quiero mucho.

—Pues es maravilloso —contestó Celia apaciblemente—. Sólo quisiera que tuvieras un marido corno James, en un lugar muy cercano, para que pudiera ir a verte.

Dorothea sonrió, y Celia puso un aspecto meditativo. De pronto añadió:

—No me puedo figurar cómo llegó a suceder —Celia pensó que sería agradable conocer la historia.

—Me lo figuro —dijo Dorothea, pellizcándole la mejilla—. Si supieras cómo sucedió, no te parecería nada maravilloso.

—¿No me lo puedes contar? —preguntó Celia, cruzando los brazos agradablemente.

—No, cariño, tendrías que sentirlo conmigo, de otro modo nunca lo comprenderías.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Cuando el inmortal Bunyan traza este cuadro de las pasiones persecutorias que proclaman el veredicto de culpabilidad, ¿quién se apiada del Fiel? Esta es una rara y bendita suerte que muchos grandísimos hombres no han alcanzado, el de saberse inocente ante una multitud condenatoria… estar seguros de que se nos acusa solamente de lo bueno que hay en nosotros. Lo lamentable es el destino del hombre qué no puede llamarse mártir, incluso aunque se persuada de que los hombres que lo apedrean no son más que bajas pasiones encarnadas… que sabe que es apedreado no por profesar el bien sino por no ser el hombre que pretendía ser.

Este es el estado de conciencia que marchitaba a Bulstrode mientras hacía los preparativos para marcharse de Middlemarch, e irse a terminar su golpeada vida en ese triste refugio, entre la indiferencia de caras nuevas. La delicada y caritativa circunstancia de su mujer lo había liberado de un temor, pero no podía ocultarle la presencia de ser todavía un tribunal ante el cual se retraía de la confesión y el deseado amparo. Las equivocaciones consigo mismo acerca de la muerte de Raffles habían mantenido el concepto de una Omnisciencia a la que él invocaba, sin embargo tenía un temor sobre sí que no se dejaba exponer a los juicios mediante una confesión completa a su mujer: los hechos que había lavado y diluido con argumentación y motivación interna, y por los cuales parecía comparativamente fácil alcanzar invisible perdón… ¿que nombre les daría ella? Que ella silenciosamente siempre llamaría a sus actos asesinato era lo que no podía soportar. Se encontraba protegido por su duda: encontraba fuerza para enfrentarse con ella por el hecho de que su mujer no tenía todavía seguridad para pronunciar sobre él esta peor condenación. Algún día, quizá cuando se estuviera muriendo, se lo contaría todo: en la profunda sombra de ese tiempo, cuando ella le cogiera la mano en la acogedora oscuridad, tal vez le escucharía sin retirarse de su tacto. Quizá: pero la ocultación había sido la costumbre de su vida, y esta ansia de confesión no tenía poder contra el temor de una más profunda humillación.

Estaba lleno de tímida solicitud por su mujer, no sólo porque él mereciera algún duro juicio por parte de ella, sino porque sentía una honda aflicción a la vista de su sufrimiento. La señora Bulstrode había mandado a sus hijas a un pensionado en la costa, a fin de que esta crisis les estuviese oculta lo más posible. Libre por su ausencia de la intolerable necesidad de justificar su pena o de observar la asombrosa sorpresa de las niñas, la señora Bulstrode podía vivir sin coacción con el dolor que cada día teñía su pelo de blanco y hacía languidecer sus párpados.

«Dime todo lo que quisieras que hiciese, Harriet», le había dicho Bulstrode; «quiero decir, con respecto a los arreglos de la propiedad. Tengo intención de no vender la tierra que tengo en esta vecindad, sino dejártela a ti como previsión para el futuro. Si tienes algún deseo en estos asuntos, no me lo ocultes».

Unos días después, al volver de una visita de casa de su hermano, empezó a hablarle a su marido de un asunto que había tenido hacía tiempo en el pensamiento.

—Me gustaría hacer algo por la familia de mi hermano, Nicholas; y creo que estamos obligados a compensar a Rosamond y su marido. Walter dice que el señor Lydgate debe irse de la ciudad, y que su clientela no le va a servir de casi nada, y les queda muy poco para asentarse en ninguna parte. Yo me pasaría sin algo para nosotros, con el fin de compensar a la pobre familia de mi hermano.

La señora Bulstrode no quiso acercarse más a los hechos que con la frase de hacer algo por, sabiendo que su marido la entendería. Él tenía una razón particular, de la que ella no estaba al corriente, para retroceder ante la sugerencia. El señor Bulstrode vaciló antes de decir.

—No es posible llevar a cabo tu deseo en la forma que tú propones, Harriet. El señor Lydgate ha rehusado virtualmente todo posterior servicio de mi parte. Me ha devuelto las mil libras que le presté. La señora Casaubon le ha adelantado la suma para este propósito. Aquí está la carta.

La carta pareció sorprender severamente a la señora Bulstrode. La mención del préstamo de la señora Casaubon pareció un reflejo de este sentimiento público que encontraba natural que todo el mundo evitara relacionarse con su marido. Se quedó callada por algún tiempo, y las lágrimas le cayeron una después de otra mientras la barbilla le temblaba al secárselas. Bulstrode, sentado delante de ella, estaba desconcertado a la vista de esta faz demacrada por el dolor, que dos meses antes aparecía lozana y floreciente. Se había envejecido para guardar una triste compañía con los rasgos marchitos de su marido. Impulsado a hacer un esfuerzo para consolarla, dijo:

—Hay otro modo, Harriet, de que pueda prestar un servicio a la familia de tu hermano, si tú quieres tomar parte en él, y me parece que sería beneficioso para ti: sería una forma ventajosa de cuidar la tierra que deseo que sea tuya.

La señora Bulstrode estaba atenta.

—Garth pensó una vez en emprender la administración de Stone Court para colocar ahí a tu sobrino Fred. El ganado iba a permanecer como está, e iban a pagar a una cierta participación de los beneficios en vez de una renta ordinaria. Esto sería un comienzo deseable para un joven, junto con su empleo a las órdenes de Garth. ¿Te satisface la idea?

—Sí me gustaría —dijo la señora Bulstrode con una nueva energía—. El pobre de Walter está tan hundido; haría lo que estuviese en mi mano para ayudarle antes de que me vaya. Hemos sido siempre muy buenos hermanos.

—Debes hacerle la proposición a Garth por ti misma, Harriet —dijo el señor Bulstrode, no gustándole lo que tenía que decir, pero deseando el fin que tenía a la vista, por otras razones además del consuelo para su mujer—, debes manifestarle que la tierra es virtualmente tuya, y que no necesita despachar conmigo. Las comunicaciones pueden hacerse mediante Standish. Digo esto, porque Garth dejó de ser mi agente. Puedo poner en tus manos un papel que él mismo redactó exponiendo las condiciones; y tú puedes proponer la renovación de las mismas. No creo que deje de aceptar cuando tú le propones el asunto para bien de tu sobrino.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Al oír a Caleb que entraba por el pasillo hacia la hora del té, la señora Garth abrió la puerta del salón y dijo:

—Ah, estás aquí, Caleb. ¿Has comido ya? (las comidas de la señora Garth estaban siempre muy supeditadas a los «negocios»).

—Sí, una buena comida…, cordero frío y algo más. ¿Dónde está Mary?

—En el huerto con Letty, me figuro.

—¿No ha vuelto todavía Fred?

—No, ¿vas a salir de nuevo sin tomar el té, Caleb? —dijo la señora Garth viendo que su distraído marido se ponía de nuevo el sombrero que acababa de quitarse.

—No, no; voy a ver un minuto a Mary.

Mary estaba en un hermoso rincón del huerto, en donde había un alto columpio colgado entre dos perales. Llevaba un pañuelo rosa atado a la cabeza, que le salía por delante para resguardarle los ojos del sol que declinaba, mientras columpiaba con fuerza a Letty, que reía y chillaba salvajemente.

Al ver a su padre Mary dejó el columpio y se fue hacia él, retirándose el pañuelo rosado y sonriéndole de lejos con la involuntaria sonrisa de amoroso placer.

—Vine a buscarte, Mary —dijo el señor Garth—. Vamos a dar una pequeña vuelta.

Mary sabía muy bien que su padre tenía algo particular para decirle: las cejas mostraban un ángulo patético; y su voz se puso tiernamente grave: estas cosas habían sido reales para ella desde que tenía la edad de Letty. Pasó su brazo por el de su padre y pasearon por la hilera de nogales.

—Tristemente, Mary, deberás esperar un tiempo para casarte, hija —dijo su padre sin mirarla a ella, sino a la punta del bastón que llevaba en la otra mano.

—No será triste, padre…, me propongo estar contenta —dijo Mary riendo—. He estado soltera y feliz durante veinticuatro años y más; me figuro que no me quedarán otros tantos más —entonces, después de una breve pausa, dijo con más seriedad, inclinando la cara hacia la de su padre—: ¿Está usted contento con Fred?

Caleb arrugó la boca y volvió prudentemente la cabeza.

—Vamos, padre, usted lo elogió el miércoles pasado. Dijo que tenía una notable noción del ganado y buen discernimiento de las cosas.

—¿Eso dije? —contestó Caleb, algo astutamente.

—Sí, lo escribió todo, con fecha Anno Domini, y todo —dijo Mary—. A usted le gustan las cosas bien consignadas. Y además, su comportamiento hacia usted, padre, es muy bueno; le tiene mucho respeto; y es imposible tener mejor temperamento que el que tiene Fred.

—Ya, ya; quieres engatusarme a pensar que es un buen partido.

—No, de verdad que no, padre. No le amo porque es un buen partido.

¿Entonces por qué?

—Pues, padre, porque siempre le he querido. Nunca podría reñir a nadie tan a gusto como a él; y este es un punto que hay que tener en cuenta en un marido.

—Entonces, ¿estás decidida, Mary? —dijo Caleb, volviendo a su tono primero—. ¿No se te ha metido otro deseo desde que las cosas han ido como lo hacen últimamente? —Caleb quería decir muchas cosas con esta frase—; porque mejor tarde que nunca. Una mujer no debe forzar su corazón…, con ello no le haría ningún bien a un hombre.

—Mis sentimientos no han cambiado, padre —dijo Mary con calma—. Yo le seré fiel a Fred mientras él me sea fiel a mí. No creo que ninguno de nosotros pudiera prescindir del otro, o querer más a otro, por mucho que le podamos admirar. Constituiría demasiada diferencia para nosotros…, sería como ver todos los antiguos lugares alterados y cambiar los nombres de todas las cosas. Tendremos que esperarnos mucho tiempo; pero Fred lo sabe.

En vez de hablar enseguida, Caleb se detuvo y hundió el bastón sobre el herboso camino. Entonces dijo con voz emocionada:

—Bueno, traigo noticias. ¿Que te parecería si Fred se fuese a vivir a Stone Court y cuidara de la tierra de allí?

—¿Cómo puede ser eso posible, padre? —dijo Mary asombrada.

—La administraría para su tía Bulstrode. La pobre mujer me ha venido a pedir y rogar. Quiere ayudar al chico, y puede ser una cosa estupenda para él. Ahorrando puede ir comprando el ganado y le tiene afición al campo.

—¡Que contento estará Fred! Es demasiado bueno para creerlo.

—Pero espera —dijo Caleb, volviendo la cabeza como con otra advertencia—, debo responsabilizarme yo y encargarme y cuidarme de todo y esto disgustará un poco a tu madre, aunque puede que no lo diga. Fred deberá tener cuidado.

—Acaso sea demasiado, padre —dijo Mary, refrenada en su dicha—. No habría felicidad trayéndole a usted nuevos trabajos.

—Deja, deja: el trabajo me encanta, hija, mientras no enoje a tu madre. Y entonces, tú y Fred podríais casaros —aquí la voz de Caleb tembló de modo perceptible—, él estará fijo y ahorrando; y tú tienes el talento de tu madre, y también el mío, adaptado a tu caso; y mantendrás a Fred en orden. Estará a punto de venir, y he querido decírtelo a ti primero, para que se lo dijeras a solas. Después lo comentaré todo con él, y podremos entrar en materia de detalle.

—¡Oh, padre, qué bueno es usted! —dijo Mary, poniendo las manos alrededor del cuello de Caleb, que bajaba plácidamente la cabeza, deseando ser acariciado—. ¡Dudo de que haya otra chica que crea que su padre es el mejor hombre del mundo!

—Tonterías, hija; mejor pensarás de tu marido.

—Imposible —contestó Mary, volviendo a su tono normal—: los maridos son una clase inferior de hombres que es preciso mantener en orden.

Cuando entraron en la casa con Letty, que había corrido a reunirse con ellos, Mary vio a Fred en la verja de la huerta, y se fue hacia él.

—¡Qué magnífico vestido llevas, joven extravagante! —dijo Mary, mientras Fred se detenía y se levantaba el sombrero con juguetona formalidad—, no aprendes a ahorrar.

—Esto es demasiado, Mary —dijo Fred—. Mira tan sólo los bordes de los puños. Es a costa de buenos cepillazos que aparezco en plan decente. Estoy guardando tres trajes…, uno para el de la boda.

—¡Qué gracioso vas a estar!… como un caballero en una anticuada revista de modas.

—En absoluto: durarán dos años.

—¡Dos años! Sé razonable, Fred —dijo Mary volviendo a caminar—. No alientes halagadoras esperanzas.

—¿Por qué no? Se vive mejor con ellas que con las que son pesimistas. Si no nos podemos casar en dos años, la verdad ya será harto mala cuando llegue el momento.

—Me contaron una historia de un joven caballero que una vez promovió halagadoras esperanzas y le causaron daño.

—Mary, si tienes algo descorazonador para decirme, me marcho; entro a casa con el señor Garth. Estoy deprimido. Mi padre está tan deshecho…, mi casa no es lo que era. Ya no puedo soportar más malas noticias.

—¿Considerarías que son malas noticias si te dijesen que ibas a vivir en Stone Court y organizar la hacienda y ser notoriamente prudente, y ahorrar dinero cada año hasta que todo el ganado y los muebles fueran tuyos, y fueras todo un señor agricultor, como dice el señor Borthrop Trumbull…, más bien fuerte, diría yo, y con el griego y el latín tristemente enmohecidos?

—No dices nada más que tonterías, Mary —dijo Fred, ruborizándose un poco, sin embargo.

—Esto es lo que mi padre me acaba de decir que puede ser que ocurra, y él nunca dice tonterías —contestó Mary mirando a Fred ahora, mientras él la cogía de la mano al andar, hasta que casi la hizo daño; pero ella no se quejó.

—Entonces sería un hombre formidablemente bueno, Mary, y nos podríamos casar inmediatamente.

—No tan rápidamente, caballero, ¿cómo sabes que no querría yo aplazar nuestro matrimonio durante unos años? Esto te daría tiempo para portarte mal y entonces si otro me gustara más, tendría una excusa para dejarte.

—Por favor, no hagas bromas, Mary —dijo Fred con emoción—. Dime con seriedad que todo esto es cierto, y que tú te alegras por ello… porque me quieres más que a nadie.

—Es verdad, Fred, y que me alegro por ello…, porque te quiero más que a nadie —añadió Mary en obediente tono de recitación.

Se entretuvieron ante el umbral, debajo del porche del inclinado techo, y Fred, casi con un suspiro, dijo:

—Cuando nos hicimos novios, con la anilla del paraguas, Mary, tú solías…

El espíritu de la alegría empezó a reír más decididamente en los ojos de Mary, pero el fatal Ben vino corriendo con Brownie ladrando detrás de él, y saltando contra ellos, dijo:

—¡Fred y Mary! ¿Vais a entrar de una vez… o puedo comerme vuestra tarta?

15. EL PARAÍSO PERDIDO (JOHN MILTON)

ÍNDICE

Primera Parte
Segunda Parte
Tercera Parte
Cuarta parte
Quinta Parte
Sexta Parte
Septima Parte
Octava Parte
Novena Parte
Decima Parte
Sin título
Undecima Parte
Duodecima Parte

PRIMERA PARTE

Este primer libro contiene, en breves palabras, la exposición o asunto de todo el Poema: La Desobediencia del Hombre; y como consecuencia de ella, la pérdida del Paraíso donde moraba. Indícase también que el primer móvil de su caída fue la Serpiente o más bien Satanás, personificado en ella; el cual, rebelándose contra Dios y atrayendo a su partido numerosas legiones de ángeles fue, por disposición divina, arrojado del cielo y precipitado con toda su hueste al profundo abismo.

Terminada esta exposición el poema prescinde de los demás antecedentes y representa a Satanás con sus ángeles sumidos ya en el infierno, que se describe aquí no como si estuviese situado en el centro del mundo (porque debe suponerse que ni el cielo ni la tierra existían aún y por tanto no podían ser mansión de réprobos) sino en un lugar de extrañas tinieblas, llamado más propiamente caos. Lanzado allí, Satanás con todos los suyos, en medio de un lago ardiente herido del rayo y anonadado vuelve por fin en sí como al despertar de un sueño, llama al que yace junto a él, que es su segundo en poder y jerarquía, y ambos discurren sobre su miserable estado. Evoca el príncipe infernal a todas sus legiones, hasta entonces tan abatidas como él.

Levantándose a su voz unas tras otras: su número, su orden de batalla y sus principales jefes, cuyos nombres son los de los ídolos conocidos después en Canaán y las comarcas circunvecinas. En un discurso que Satanás les dirige, los alienta con la esperanza de recobrar el cielo, anunciándoles por último la creación de un nuevo mundo y de un nuevo ser conforme a una antigua profecía o tradición que se conserva en el cielo, pues era opinión de algunos Santos Padres que los ángeles existían mucho tiempo antes que este mundo visible.

Para averiguar la verdad de esta profecía y lo que en su consecuencia debiera hacerse, junta en consejo a los principales. El Pandemonio palacio de Satanás construido de pronto, surge del abismo, y en él tienen su consejo los próceres infernales.

Canta celeste Musa la primera desobediencia del hombre. Y el fruto de aquel árbol prohibido cuyo funesto manjar trajo la muerte al mundo y todos nuestros males con la pérdida del Edén, hasta que un Hombre, más grande, reconquistó para nosotros la mansión bienaventurada. En la secreta cima del

Oreb o del Sinaí tú inspiraste a aquel pastor que fue el primero en enseñar a la escogida grey cómo en su principio salieron del caos los cielos y la tierra; y si te place más la colina de Sión o el arroyo de Siloé que se deslizaba rápido junto al oráculo de Dios, allí invocaré tu auxilio en favor de mi osado canto; que no con débil vuelo pretendo remontarme sobre el monte Aonio al empeñarme en un asunto que ni en prosa ni en verso nadie intentó jamás.

Y tú singularmente ¡Oh Espíritu! que prefieres a todos los templos un corazón recto y puro, inspírame tu sabiduría. Tú estabas presente desde el principio y desplegando como una paloma tus poderosas alas cubriste el vasto abismo haciéndolo fecundo, ilumina mi oscuridad; realza y alienta mi bajeza para que desde la altura de este gran propósito pueda glorificar a la Providencia eterna justificando las miras de Dios para con los hombres.

Di ante todo, ya que ni la celestial esfera ni la profunda extensión del infierno ocultan nada a tu vista, di qué causa movió a nuestros primeros padres, tan favorecidos del cielo en su feliz estado, a separarse de su Creador e incurrir en la única prohibición que les impuso siendo señores del mundo todo. ¿Quién fue el primero que los incitó a su infame rebelión? la infernal Serpiente. Ella con su malicia animada por la envidia y el deseo de venganza engañó a la Madre del género humano. Por su orgullo había sido arrojada del cielo con toda su hueste de ángeles rebeldes y con el auxilio de éstos, no bastándole eclipsar la gloria de sus próceres, confiaba en igualarse al Altísimo si el Altísimo se le oponía.

Para llevar a cabo su ambicioso intento contra el trono y la monarquía de Dios, movió en el cielo una guerra impía, una lucha temeraria que le fue inútil. El Todopoderoso lo arrojó de la etérea bóveda envuelto en abrasadoras llamas; y con horrendo estrépito y ardiendo cayó en el abismo de perdición, para vivir entre diamantinas cadenas y en fuego eterno, él que osó retar con sus armas al Omnipotente.

Nueve veces habían recorrido el día y la noche, el espacio que miden entre los hombres desde que fue vencido por su espantosa muchedumbre, revolcándose en medio del ardiente abismo aunque conservando su inmortalidad.

Condenado quedaba empero a mayor despecho, toda vez que habían de atormentarle el recuerdo de la felicidad perdida y el interminable dolor presente. Dirige en torno funestas miradas que revelan inmensa pena y profunda consternación, no menos que su tenaz orgullo y el odio más implacable; y abarcando cuanto a los ojos de los ángeles es posible contempla aquel lugar, desierto y sombrío, aquel antro horrible cerrado por todas partes y encendido como un gran horno. Pero sus llamas no prestan luz y las tinieblas ofrecen cuanto es bastante para descubrir cuadros de dolor, tristísimas regiones, lúgubre oscuridad, donde la paz y el reposo no pueden morar jamás, donde no llega ni aún la esperanza, que dondequiera existe. Allí no hay más que tormentos sin fin, y un diluvio de fuego alimentado por azufre, que arde sin consumirse.

Tal es el lugar que la Justicia eterna había preparado para aquellos rebeldes; y allí ordenó que estuviera su prisión en las más densas tinieblas, tres veces tan apartada de Dios y de la luz del cielo, cuanto lo está el centro del universo del más lejano polo. ¡Oh! ¡Qué diferencia entre esta morada y aquella de donde cayeron!

Presto divisa allí el Arcángel a los compañeros de su ruina envueltos entre las olas y torbellinos de una tempestad de fuego. Revolcábase también a su lado uno que era el más poderoso y criminal después de él, conocido mucho más tarde en Palestina con el nombre de Belcebú. El gran Enemigo en el cielo, rompiendo el hosco silencio, con arrogantes palabras comenzó a decir:

«Si tú eres aquel... pero ¡oh! ¡cuán abatido, cuán otro del que adornado de brillo deslumbrador en los felices reinos de la luz, sobrepujaba en esplendidez a millones de espíritus refulgentes...! Si tú eres aquel a quien una mutua alianza, un mismo pensamiento y resolución, e igual esperanza y audacia para la gloriosa empresa, unieron en otro tiempo conmigo como nos une ahora una misma ruina... mira desde qué altura y en qué abismo hemos caído por ser El mucho más prepotente con sus rayos. Pero, ¿quién había conocido hasta entonces la fuerza de sus terribles armas? Y a pesar de ellas a pesar de cuanto el Vencedor en su potente cólera pueda hacer aún contra mí, ni me arrepiento, ni he decaído, bien que menguada exteriormente mi brillantez, del firme ánimo, del desdén supremo propios del que ve su mérito vilipendiado y que me impulsaron a luchar contra el Omnipotente, llevando a la furiosa contienda innumerables fuerzas de espíritus armados, que osaron despreciar su dominación. Ellos me prefirieron oponiendo a su poder supremo otro contrario; y venidos a dudosa batalla en las llanuras del cielo, hicieron vacilar su trono.

«¿Qué importa perder el campo donde lidiamos? No se ha perdido todo. Con esta voluntad inflexible, este deseo de venganza, mi odio inmortal y un valor que no ha de someterse ni ceder jamás ¿cómo he de tenerme por subyugado? Ni su cólera ni su fuerza me arrebatarán nunca esta gloria: humillarme y pedir gracia doblada la rodilla y acatar un poder cuyo ascendiente ha puesto en duda, poco ha, mi terrible brazo. Y pues según ley del destino no pueden perecer la fuerza de los dioses ni la sustancia empírea, y por la experiencia de este gran acontecimiento vemos que nuestras armas no son peores, y que en previsión hemos ganado mucho, podremos resolvernos a empeñar con más esperanza de éxito, por la astucia o por la fuerza, una guerra eterna e irreconciliable contra nuestro gran enemigo triunfante ahora, y que en el colmo de su júbilo impera como absoluto ejerciendo en el cielo su tiranía.»

Así habló el Ángel apóstata, aunque acongojado por el dolor; así se jactaba en alta voz, más poseído de una desesperación profunda; y de este modo le contestó enseguida su arrogante compañero: «¡Oh príncipe! ¡Oh caudillo de tantos tronos, que bajo tu enseña condujiste a la guerra a los serafines en orden de batalla, y que mostrando tu valor en terribles trances pusiste en peligro al Rey perpetuo del cielo, contrastando su soberano poder, débase éste a la fuerza, al acaso o al destino! Harto bien veo y maldigo el fatal suceso de una triste y vergonzosa derrota que nos arrebató el cielo. Todo este poderoso ejército se halla en la más horrible postración, y destruido hasta el punto que pueden estarlo los dioses y las divinas esencias, pues el pensamiento y el espíritu permanecen invencibles y el vigor se restaura pronto, por más que esté amortiguada nuestra gloria y que nuestra dichosa condición haya venido al más miserable estado. Pero, ¿y si el vencedor (forzoso me es ahora creerlo todopoderoso, pues a no serlo no habría conseguido avasallarnos), nos conserva todo nuestro espíritu y fortaleza para que mejor podamos sufrir y soportar las penas, para aplacar su vengativa cólera, o prestarle un servicio más rudo en el corazón del infierno, trabajando en medio del fuego, o sirviéndole de mensajeros en el negro abismo? ¿De qué nos ha de servir entonces conocer que no ha disminuido nuestra fuerza, ni se ha menoscabado la eternidad de nuestro ser para sufrir un castigo eterno?»

A lo que con estas breves palabras replicó el gran Enemigo: «Humillado Querubín, vileza es mostrarse débil, bien en las obras, bien en el sufrimiento. Ten por seguro que nuestro fin no consistirá nunca en hacer el bien; el mal será nuestra única delicia, por ser lo que contraría la Suprema Voluntad a que resistimos. Si de nuestro mal procura su providencia sacar el bien debemos esforzarnos en malograr su empeño, buscando hasta en el bien los medios de hacer el mal; y esto fácilmente podremos conseguirlo, de suerte que alguna vez lo enojemos, si no me engaño, y nos sea posible torcer sus profundas miras del punto a que se dirigen. Pero mira irritado el vencedor, ha vuelto a convocar en las puertas del cielo a los ministros de su persecución y de su venganza. La lluvia de azufre que lanzó contra nosotros la tempestad, ha allanado la encrespada ola que desde el principio del cielo nos recibió al caer; el trueno, en alas de sus enrojecidos relámpagos y con su impetuosa furia, ha agotado quizá sus rayos, y no brama ya a través del insondable abismo. No dejemos escapar la ocasión que nos ofrece el descuido o el furor ya saciado de nuestro enemigo. ¿Ves aquella árida llanura, abandonada y agreste cercada de desolación sin más luz que la que debe al pálido y medroso resplandor de estas lívidas llamas? Salvémonos allí del embate de estas olas de fuego; reposemos en ella, si le es dado ofrecernos algún reposo, y reuniendo nuestras afligidas huestes, vemos cómo será posible hostigar en adelante a nuestro enemigo, cómo reparar nuestra pérdida sobreponiéndonos a tan espantosa calamidad, y qué ayuda podemos hallar en la esperanza, si no nos sugiere algún intento la desesperación.»

Así hablaba Satán a su más cercano compañero, con la cabeza fuera de las olas y los ojos centelleantes. De desmesurada anchura y longitud, las demás partes de su cuerpo, tendido sobre el lago, ocupaba un espacio de muchas varas. Era su estatura tan enorme, como la de aquel que por su gigantesca corpulencia se designa en las fábulas con el nombre de Titán, hijo de la Tierra, el cual hizo la guerra a Júpiter, y cual la de Briareo o Tifón, cuya caverna se hallaba cerca de la antigua Tarso; tan grande como el Leviatán, monstruo marino a quien Dios hizo el mayor de todos los seres que mandan en las corrientes del océano. Duerme tranquilo entre las espumosas olas de Noruega, y con frecuencia acaece, según dicen los marineros, que el piloto de alguna barca perdida lo torna por una isla, echa el ancla sobre su escamosa piel, amarra a su costado, mientras las tinieblas de la noche cubren el mar, retardando la ansiada aurora. No menos enorme y gigantesco yacía el gran Enemigo encadenado en el lago abrasador, y nunca hubiera podido levantar su cabeza, si por la voluntad y alta permisión del Regulador de los cielos, no hubiera quedado en libertad de llevar a cabo sus perversos designios, para que con sus repetidos crímenes atrajese sobre sí la condenación al fraguar el mal ajeno, y a fin de que en su impotente rabia viese que toda su malicia sólo había servido para que brillase más en el hombre a quien después sedujo, la infinita bondad, la gracia y la misericordia y en él resaltasen a la par su confusión, sus iras y su venganza.

Se enderezó de pronto sobre el lago, mostrando su poderoso cuerpo; rechaza con ambas manos las llamas que abren sus agudas puntas, y que rodando en forma de olas, dejan ver en el centro un horrendo valle; y desplegando entonces las alas dirige a lo alto su vuelo y se mece sobre el tenebroso aire, no acostumbrado a semejante peso, hasta que por fin desciende a una tierra árida, si tierra puede llamarse la que está siempre ardiendo con fuego compacto, como el lago con fuego líquido. Tal es el aspecto que presentan, cuando por la violencia de un torbellino subterráneo se desprende una colina arrancada del Perolo o de los costados del mugiente Etna, las combustibles e inflamadas entrañas que, preñadas de fuego, se lanzan al espacio por el violento choque de los minerales y con el auxilio de los vientos, dejando un ardiente vacío envuelto en humo y corrompidos vapores. Semejante era la tierra en que puso Satán las plantas de sus pies malditos. Síguele Belcebú, su compañero y ambos se vanaglorian de haber escapado de la Estigia por su virtud de dioses, y por haber recobrado sus propias fuerzas, no por la condescendencia del Poder supremo.

«¿Es ésta la región, dijo entonces el preciso Arcángel, éste el país, el clima y la morada que debemos cambiar por el cielo, y esta tétrica oscuridad por la luz celeste? Séalo, pues el que ahora es soberano, sólo puede disponer y ordenar es lo que justo se contempla; lo más preferible es lo que más nos aparte de él; que aunque la razón nos ha hecho iguales, él se nos ha sobrepuesto por la violencia. ¡Adiós, campos afortunados, donde reina la alegría perpetuamente! ¡Salud, mansión de horrores! ¡Salud, mundo infernal! Y tú, profundo Averno, recibe a tu nuevo señor, cuyo espíritu no cambiará nunca, ni con el tiempo, ni en lugar alguno. El espíritu vive en sí mismo, y en sí mismo puede hacer un cielo del infierno, o un infierno del cielo. ¿Qué importa el lugar donde yo resida, si soy el mismo que era, si lo soy todo, aunque inferior a aquel a quien el trueno ha hecho más poderoso? Aquí, al menos, seremos libres, pues no ha de haber hecho el Omnipotente este sitio para envidiárnoslo, ni querrá, por lo tanto, expulsarnos de él; aquí podremos reinar con seguridad, y para mí, reinar es ambición digna, aun cuando sea sobre el infierno, porque más vale reinar aquí, que servir en el cielo. Pero, ¿dejaremos a nuestros fieles amigos, a los partícipes y compañeros de nuestra ruina, yacer anonadados en el lago del olvido? ¿No hemos de invitarlos a que compartan con nosotros esta triste mansión, o intentar una vez más, con nuestras fuerzas reunidas, si hay todavía algo que recobrar en el cielo, o más que perder en el infierno?»

Así hablaba Satán; y Belcebú le respondió así: «¡Caudillo de los ínclitos ejércitos, que por nadie sino por el Todopoderoso podían ser vencidos! Si otra vez oyen esa voz, seguro vaticinio de su esperanza en medio de sus temores y peligros, esa voz que ha resonado con tanta frecuencia en los trances más apurados, ya en el crítico momento del combate, o cuando arreciaba la lucha, y que era en todos los conflictos la señal indudable de la victoria, recobrarán de pronto nuevo valor y vida, aunque ahora giman lánguidos y postrados en el lago de fuego, y tan aturdidos y estupefactos como ha poco lo estábamos nosotros. Ni esto es de extrañar, habiendo caído desde tan funesta altura.»

No bien había acabado de decir esto, cuando el réprobo Príncipe se dirigió hacia la orilla. Pesado escudo de etéreo temple, macizo y redondo, pendía de sus espaldas, cubriéndolas con su inmenso disco, semejante a la luna, cuya órbita observa por la noche a través de un cristal óptico el astrónomo toscano, desde la cima del Fiésole o en el valle del Amo, para descubrir nuevas tierras, ríos y montañas en su manchada esfera. La lanza de Satán, junto a la cual parecía una caña el más alto pino cortado en los montes de Noruega para convertirlo en mástil de un gran navío almirante, le ayuda a sostener sus inseguros pasos sobre la ardiente arena, pasos muy diferentes de aquellos con que recorría la azulada bóveda. Una zona tórrida, rodeada de fuego, lo martiriza con sus ardores; pero todo lo sufre, hasta que llega por fin a la orilla de aquel inflamado mar.

Desde allí llama a sus legiones, especie de ángeles degenerados, que yacen en espeso montón, como las hojas de otoño de que están cubiertos los arroyos de Valleumbrosa, donde los bosques de Etruria forman elevados arcos de ramaje; como los juncos flotan dispersos por el agua, cuando Orión, armado de impetuosos vientos, combate las costas del mar Rojo; del mar cuyas olas derribaron a Busiris y a la caballería de Menfis, que perseguía con pérfido encono a los moradores de Gessén, los cuales vieron desde la segura orilla cubiertas las aguas de enemigas aljabas y ruedas de sus destrozados carros. Así esparcidas, desalentadas y abyectas, llenaban el lago aquellas legiones asombradas al contemplar su horrible transformación.

Y Satán alzó su voz, de modo que resonó en todos los ámbitos del infierno: «¡Príncipes potentados, guerreros, esplendor del cielo que un día fue vuestro, y que habéis perdido! ¡Qué tal estupor se haya apoderado de unos espíritus eternos! ¿O es que habéis elegido este sitio después de las fatigas de la batalla para dar reposo a vuestro valor, porque tan dulce os es dormir aquí como en los valles del cielo? ¿Habéis jurado acaso adorar al vencedor en esa actitud humilde? El os contempla ahora, querubines y serafines, revolcándoos en el lago con las armas y banderas destrozadas; hasta que sus alados ministros observen desde las puertas del cielo su ventajosa posición, y bajen para afrentarnos, viéndonos tan amilanados, o para confundirnos con sus rayos en el fondo de este abismo. ¡Despertad: levantaos; o permaneced para siempre envilecidos!», y avergonzados se levantaron; apoyándose sobre un ala, como el centinela que debiendo velar, es sorprendido al dejarse vencer del sueño por su severo jefe, y, soñoliento aún, procura parecer despierto. No ignoraban cuán desgraciada era su situación, ni dejaban de experimentar acerba pena; pero todas aquellas innumerables falanges obedecen al punto a la voz de su general.

Así como, agitando al aire su poderosa vara el hijo de Amram, en días aciagos para Egipto, atrajo en alas del viento de oriente la negra nube de langostas, que cayendo como la noche sobre el reino del impío Faraón, ennegrecieron toda la tierra del Nilo; así en innumerable muchedumbre revoloteaban bajo la bóveda del infierno los ángeles protervos, cercados de llamas por todas partes hasta que, levantando su lanza el gran caudillo, como para señalarles el punto adonde habían de dirigir su vuelo, se precipitaron con movimiento uniforme sobre la tierra de endurecido azufre, y ocuparon la llanura toda.

No salió nunca multitud tan grande de entre los hielos del populoso Norte para cruzar el Rhin o el Danubio, al arrojarse sus bárbaros hijos como un diluvio sobre el Mediodía, y extenderse desde las costas de Gibraltar hasta los arenales de Libia.

De cada escuadrón y de cada hueste acuden al punto los guías y capitanes a donde se hallaba su supremo jefe. Asemejaban dioses por su estatura y sus formas, superiores a las humanas; príncipes reales; potestades que en otro tiempo ocupaban sus tronos en el cielo, aunque en los anales celestes no se conserve ahora memoria de sus nombres, borrados ya, por su rebelión, del libro de la vida. No habían adquirido aún denominación propia entre los hijos de Eva; pero cuando errantes sobre la tierra, con superior permiso de Dios para probar al hombre, corrompieron a la mayor parte del género humano a fuerza de imposturas, induciéndoles a que abandonaran a su Creador, a que venerasen a los demonios como deidades y a transformar con frecuencia la gloria invisible de aquel a quien debían el ser en la imagen de un bruto para tributar brillantes cultos de pomposa adoración y oro; entonces fueron conocidos con varios nombres y en el mundo pagano bajo las formas de varios ídolos.

Dime ¡oh Musa! cuáles eran; quién fue el primero, o quién el último que sacudió el sueño en aquel lago de fuego para acudir al llamamiento de su soberano; cómo los más cercanos a él en dignidad fueron presentándose en la desnuda playa, mientras la confusa multitud aún permanecía alejada.

Los principales eran aquellos que saliendo del abismo infernal para apoderarse en la tierra de su presa, tuvieron mucho después la audacia de fijar su residencia cerca de la de Dios y sus altares junto al suyo; dioses adorados entre las naciones vecinas que se atrevieron a disputar su imperio a Jehová, cuando fulminaba sus rayos desde Sión y asentaba su trono entre los querubines. Hasta en el mismo santuario llegaron no una vez sola a introducirse; y ¡oh abominación! profanaron con un culto maldito las ceremonias sagradas y las fiestas más solemnes y a la luz de la verdad osaron oponerse con sus tinieblas.

Primero Moloc, rey horrible, manchado con la sangre de los sacrificios humanos y destilando lágrimas paternales aunque con el estrépito de tambores y timbales, no fueron oídos los gritos de los hijos arrojados al fuego para ser después ofrecidos al execrable ídolo. Los Ammonitas lo adoraron en la húmeda llanura de Rabba, en Argob y en Basán hasta las extremas corrientes del Arnón; y no contento con tan dilatado imperio, indujo por medio de engaños al sabio Salomón a que le erigiera un templo frente al de Dios, en el monte del Oprobio, consagrándole luego un bosque en el risueño valle de Hinnón, llamado desde entonces Tophet y negro Gehenna, verdadero emblema del infierno.

A Moloc seguía Chamós, obsceno numen de los hijos de Moab, desde Aroax hasta Nebo y el desierto más meridional de Abarim; en Hesebón y Horonaim, reino de Seón; allende el floreciente valle de Sibma, tapizado de frondosas vides y en Elealé, hasta el Asfaltite. Llamábase también Péor, cuando en Sittim incitó a los israelitas que bajaban por el Nilo a que le hicieran lúbricas oblaciones, que tantas calamidades les produjeron. De allí propagó sus lascivas orgías hasta el monte del Escándalo, cercano al bosque del homicida Moloc, donde se unieron la disolución y el odio, hasta que el piadoso Josías los desterró al infierno.

Con estas divinidades llegaron aquellas que desde las orillas del antiguo Eúfrates hasta la corriente que separa a Egipto de las tierras sirias, son generalmente conocidas con los nombres de Baal y de Ascaro, varón el primero y la segunda hembra pues los espíritus se transforman a su antojo en uno u otro sexo, o se apropian ambos a la vez, porque su esencia es sencilla y pura, que no está enlazada ni sujeta con músculos ni nervios, ni se apoya en la frágil fuerza de los huesos como nuestra pesada carne, sino que toma la forma que más le place, ancha o estrecha, brillante u opaca, y así pueden realizar sus ilusiones y satisfacer sus afectos de amor o de odio. Por estas divinidades abandonaron a menudo los hijos de Israel a quien les daba vida, dejando de frecuentar su altar legítimo para prosternarse vilmente ante brutales dioses; y a esto se debió que, rendidos sus cuellos en lo más recio de las batallas, sirvieran de trofeo a la lanza del enemigo más despreciable.

Tras esta turba de divinidades apareció Astoret, a quien los Fenicios llaman Astarté reina del cielo, con una media luna por corona; a cuya brillante imagen rinden himnos y votos las vírgenes de Sidón, a la luz del astro de la noche. Los mismos cantos resonaban en Sión, donde se elevaba su templo en el monte de la iniquidad, templo que edificó el afeminado rey, cuyo corazón, aunque generoso, cedió a los halagos de idólatras hermosuras, e inclinó la frente ante su infame culto.

En seguida iba Tamuz, cuya herida, que se renueva anualmente, congrega en el Líbano a las jóvenes Sirias, para dolerse del infortunio del dios; las cuales durante todo un día de verano entonan plegarias amorosas, mientras el río Adonis deslizándose mansamente de su cautiva roca lleva al mar su purpúrea linfa, que se supone enrojecida con la sangre de Tamuz a consecuencia de su anual herida; amorosa fábula, que comunicó el mismo ardor a las hijas de Sión, cuyas lascivas pasiones condenó Ezequiel bajo el sagrado pórtico, al descubrir en una de sus visiones negras idolatrías de la infiel Judá.

Detrás estaba al que lloró amargamente cuando al pie del arca cautiva cayó su grosero ídolo mutilado, cortadas cabezas y manos, en el umbral de la puerta de su propio santuario, donde rodaron sus restos con mengua de sus adoradores. Dagón es su nombre, monstruo marino que tiene de hombre la mitad superior del cuerpo y de pescado la inferior; mas a pesar de ello ostentaba un alto templo en Azot, y era temido en toda la costa de Palestina, en Gata, en Ascalón y Ascarón y hasta en los límites de la frontera de Gaza,

Seguía Rimmón cuya deliciosa morada era la bella Damasco en las fértiles orillas del Ablana y del Farfar, apacibles y cristalinos ríos. También éste fue osado contra la casa de Dios; por el leproso que perdió una vez, se ganó un rey, a Acaz, su imbécil conquistador, a quien apartó del ara del Señor, poniendo en su lugar otra al estilo sirio, sobre la cual depositó Acaz sus impías ofrendas, adorando a los dioses a quienes había vencido.

Aparecieron después en numerosa cohorte aquellos que bajo nombres, un día famosos, Osiris, Isis, Oro y su séquito de monstruos y supersticiones, abusaron del fanático Egipto y de sus sacerdotes, los cuales se forjaron divinidades errantes, encubiertas bajo formas de irracionales, más bien que humanas. Ni se libró Israel de aquel contagio, cuando transformó en oro prestado el becerro de Oreb; crimen en que reincidió un rey rebelde en Bete y en Dan presentando bajo la apariencia de aquel pesado animal a su creador, Jehová, que al pasar una noche por Egipto aniquiló de un solo golpe a sus primogénitos y a sus rumiantes dioses.

El último fue Belial. Nunca cayó del cielo espíritu más impuro ni más torpemente inclinado al vicio por el vicio mismo. No se elevó en su honor templo alguno ni humeaba ningún altar; pero, ¿quién se halla con más frecuencia en los templos y los altares, cuando el sacerdote reniega de Dios, como renegaron los hijos de Elí, que mancharon la casa divina con sus violencias y prostituciones? Reina también en los palacios, en las cortes y en las corrompidas ciudades donde el escandaloso estruendo de ultrajes y de improperios se eleva sobre las más altas torres y cuando la noche tiende su manto por las calles, ve vagabundear por ellas a los hijos de Belial, repletos de insolencia y vino. Testigos las calles de Sodoma y la noche de Gabaa, cuando fue menester exponer en la puerta hospitalaria a una matrona para evitar rapto más odios.

Estos eran los principales en grado y poderío; los demás sería prolijo enumerarlos aunque muy célebres en lejanas regiones: dioses de Jonia a quienes la posteridad de Javán tuvo por tales, pero reconocidos como posteriores al cielo y a la tierra, padres de todos ellos. Titán, primer hijo del cielo con su numerosa prole y su derecho de primogenitura usurpado por Saturno, más joven que él; del mismo modo a éste se lo arrebató el poderoso Júpiter, su propio hijo y de Rhea, que fundó en tal usurpación su imperio. Estos dioses conocidos primero en Creta y en el monte Ida y después en la nevada cima del frío Olimpo, gobernaron en la región media del aire, su más elevado cielo o en las rocas de Delfos o en Dodona, y en toda la extensión de la tierra Dórica. Otro huyó con el viejo Saturno por el Adriático a los campos de Hesperia, y por el país de los celtas arribó a las más remotas islas.

Todos estos y más llegaron en tropel, pero con los ojos bajos y llorosos; aunque a vueltas de su sombrío ceño, se echaba de ver un destello de alegría; que no hallaban a su caudillo desesperado ni ellos se contemplaban aniquilados, en medio de toda aquella destrucción. Se notaba esperanza en el dudoso gesto de Satán, y recobrando de pronto su acostumbrado orgullo prorrumpió en recias voces, con entereza más simulada que verdadera y poco a poco reanimó el desfallecido aliento de los suyos disipando sus temores.

De repente ordena que al bélico son de trompetas y clarines se enarbole su poderoso estandarte; Azazel, gran querubín, reclama de derecho tan envidiable honor, y desenvuelve de la luciente asta la bandera imperial, que enarbolada y tendida al aire, brilla como un meteoro, con las perlas y preciosos metales que realzan las armas y trofeos de los serafines. Entretanto resuenan los ecos marciales del sonoro bronce, a los que responde el ejército todo con un grito atronador, que retumbado en las concavidades del infierno lleva el espanto más allá del imperio del caos y la antigua noche.

De repente aparecen en medio de las tinieblas diez mil banderas que ondean en los aires ostentando sus orientales colores, y en derredor de ellas un bosque inmenso de lanzas y apiñados cascos. Se oprimen los escudos en una línea de impenetrable espesor y a poco empiezan a moverse los guerreros, formando una perfecta falange, al compás del modo dórico, que resuena en flautas y suaves oboes. Tales eran los acentos que inspiraban a los antiguos héroes armados para el combate, en vez de furor, una noble calma, un valor sereno, que se sobreponía al temor, a la muerte y a la cobardía de la fuga o de una vergonzosa retirada; concierto que con sus acordes religiosos bastaba a tranquilizar el ánimo turbado, a desterrar la angustia, la duda, el temor y el pesar, y a mitigar el sobresalto del corazón así en los hombres como en los dioses.

Unidas así sus fuerzas y con un pensamiento fijo, marchaban silenciosos los ángeles caídos al son de los dulces instrumentos, que hacían menos dolorosos sus pasos sobre aquel suelo abrasador; y cuando hubieron avanzado todos hasta ponerse al alcance de la vista, se detuvieron, presentando su horrible frente, de espantosa longitud. Brillaban sus armas como las de los antiguos guerreros y alineados con sus escudos y lanzas, esperaban la orden que debía dictarles el soberano.

Fija Satán su experta vista en las compactas filas; de una ojeada recorre toda la hueste; ve el buen orden de los combatientes, sus semblantes, su estatura como la de los dioses y calcula por último su número. Dilátase entonces su corazón lleno de orgullo, y se vanagloria al verse tan poderoso, pues desde que fue creado el hombre, no se había reunido fuerza tan formidable. A su lado cualquiera otra sería tan despreciable como los pigmeos de la india que guerrean con las grullas aun cuando se agregase la raza gigantesca de Flegra con la heroica que luchó delante de Tebas y de Ilión, donde por una y otra parte se mezclaban dioses auxiliares; aunque se uniesen aquellos que celebran fábulas y leyendas al hablar del hijo de Utero, rodeado de caballeros de la Armórica y de Bretaña; aunque se juntaran, en fin, todos los que después, cristianos o infieles, lidiaron en Aspromonte o Montaubán, en Damasco, Marruecos o Traspisonda, o los que Biserta envió desde la playa africana cuando Carlomagno y sus pares fueron derrotados en Fuenterrabía.

Superior aquel ejército de espíritus a todos los de los mortales, observaba a su jefe, que superando a su vez a cuantos le rodeaban por su estatura y lo imperioso de su soberbio aspecto, se elevaba como una torre. No había perdido aún la primitiva belleza de sus formas, ni dejaba de parecer un arcángel destronado, en quien se traslucía aún la majestad de su pasada gloria; era comparable con el sol naciente cuando sus rayos atraviesan con dificultad la niebla, o cuando situado a espaldas de la luna en los sombríos eclipses difunde un crepúsculo funesto y atormenta a los reyes con el temor que inspiran sus revoluciones. Así oscurecido, brillaba más el arcángel que todos sus compañeros; pero surcaban su rastro profundas cicatrices causadas por el rayo, y en la inquietud que en sus demacradas mejillas y bajo sus cejas se retrataba, al par que en su intrepidez, e indomable orgullo, parecía anhelar el momento de la venganza. Cruel era su mirada, aunque en ella se descubrían indicios de remordimiento y de compasión al fijarla en sus cómplices, en sus secuaces más bien, tan distintos de lo que eran en la mansión bienaventurada, y a la sazón condenados para siempre a ser participes de su pena: millones de espíritus que por su falta se hallaban sometidos a los rigores del cielo, expulsados por su rebelión de los resplandores eternos, y que habían mancillado su gloria por permanecerle fieles. Asemejábanse a las encinas del bosque o a los pinos de la montaña, desnudos de su corteza por el fuego del cielo, pero cuyos majestuosos troncos, aunque destrozados, subsisten en pie sobre la abrasada tierra.

Prepárase a hablar Satán, y se inclinan de una a otra ala las dobles filas de sus guerreros, rodeándole en parte todos sus capitanes, a quienes la atención hace enmudecer. Tres veces intenta el Arcángel comenzar y otras tantas, con mengua de su orgullo, brotan de sus ojos lágrimas como las que pueden verter los ángeles; pero al fin se abren paso las palabras por en medio de sus suspiros.

«¡Legiones sin cuento de espíritus inmortales! ¡Dioses con quienes solo puede igualarse el Omnipotente! No dejó aquel combate de ser glorioso, por más que el resultado fuese funesto, como lo atestigua este lugar y este terrible cambio sobre el que es odioso discurrir. ¿Pero qué espíritu, por previsor que fuera, y por más que tuviera profundo conocimiento de lo pasado y de lo presente habría temido que la fuerza unida de tantos dioses, y dioses como éstos, llegaría a ser rechazada? ¿Quién podría creer aún después de nuestra derrota, que todas estas poderosas legiones cuyo destierro ha dejado desierto el cielo, no volverían en sí, levantándose a recobrar su primitiva morada? En cuanto a mí, todo el celeste ejército es testigo de que ni los pareceres al mío contrarios, ni los peligros en que me he visto han podido frustrar mis esperanzas; pero Aquel que reinando como monarca en el cielo, había estado hasta entonces seguro sobre su trono, sostenido por una antigua reputación, por el consentimiento o la costumbre, hacía ante nosotros ostentación de su pompa regia, mas nos ocultaba su fuerza, con lo que nos alentó a la empresa que ha sido causa de nuestra ruina. De hoy más sabemos cuál es su poder y cuál el nuestro, de suerte que si no provocamos, tampoco tememos que se nos declare una nueva guerra. El mejor partido que nos resta, es fomentar algún secreto designio para obtener por astucia o por artificio lo que no hemos conseguido por fuerza; para que al fin podamos probarle que el que vence por la fuerza, no triunfa sino a medias de su enemigo. Puede el espacio producir nuevos mundos; y sobre esto circulaba en el cielo ha tiempo un rumor, respecto a que el Omnipotente pensaba crear en breve una generación que sus predilectas miradas contemplarían como igual a la de los hijos del cielo. Contra este mundo intentaremos acaso nuestra primera agresión, siquiera sea por vía de ensayo; contra ése o cualquiera otro, porque este antro infernal no retendrá cautivos para siempre a los espíritus celestiales, ni estarán sumidos mucho tiempo en las tinieblas del abismo. Tales proyectos sin embargo deben madurarse en pleno consejo. Ya no queda esperanza de nada porque ¿quién pensaría en someterse? ¡Guerra pues! ¡Guerra franca o encubierta es lo que debemos determinar!»

Dijo, y en muestra de aprobación levantáronse en alto millones de flamígeras espadas que desenvainaron los poderosos querubines. Su repentino fulgor ilumina en torno el Infierno; lanzan los demonios gritos de rabia contra el Todopoderoso, y enfurecidos, y empuñando sus armas, golpean los escudos con belicoso estruendo, lanzando un reto a la bóveda celeste.

Elevábase a poca distancia una colina, cuya horrible cima exhalaba sin cesar fuego y columnas de humo, mientras lo restante de la eminencia brillaba con una capa lustrosa, señal indudable de que en sus entrañas se ocultaba una sustancia metálica, producida por el azufre. Por allí en alas del viento se precipitaba una numerosa falange, semejante a las escuadras de peones que armados de picos y azadas, se esparcen por los reales para construir una trinchera o levantar un parapeto. Mammón es quien la conduce; Mammón, el menos altivo de los espíritus caídos del cielo, pues aún en éste sus miradas y pensamientos se dirigían siempre hacia abajo, admirando más las riquezas del pavimento celestial, donde se pisa el oro, que cuantas cosas divinas o sagradas se gozan en la visión beatífica de la tierra, y con impías manos arrancaron a su madre las entrañas para apoderarse de tesoros que valdría más estuviesen para siempre ocultos. Abrió en breve la gente de Mammón una ancha brecha en la montaña, y extrajo de sus simas grandes porciones de oro. ¿Por qué hemos de admirarnos de que se reproduzcan las riquezas en el infierno, si sus senos son los más a propósito para tan precioso tósigo? Los que aquí se vanaglorian de las cosas mortales, y hablan maravillados de Babel y de las obras de los reyes de Menfis, sepan que los más célebres monumentos del poder y del arte humanos quedarían fácilmente eclipsados junto a los que los espíritus réprobos construyen. Ellos fabrican en una hora lo que los reyes, con incesantes trabajos e innumerables brazos, pueden acabar apenas. Cerca de allí, en la llanura, funden otros con arte maravilloso el mineral macizo en inmensos hornillos preparados al efecto, por debajo de los cuales pasa una corriente de fuego líquido que sale del lago y separa cada aspecto, sacando las escorias de entre los terrones de oro. Otros en fin forman con igual prontitud en la tierra diferentes moldes, y por medio de un admirable artificio llenan cada uno de aquellos profundos huecos con la materia de los ardientes crisoles, del mismo modo que en el órgano un solo soplo de viento, repartido entre varias series de tubos, produce todas sus armonías.

De repente al compás de una deliciosa música y dulces cantos, brota de la tierra como vaporosa llama un edificio inmenso, construido como un templo y rodeado de pilastras y columnas dóricas, coronadas por un arquitrabe de oro. No faltaban allí cornisas ni frisos con sus bajos relieves, y la techumbre era de oro cincelado. Ni Babilonia ni la grandiosa Menfis alcanzaron en sus días de gloria semejante magnificencia para honrar a sus dioses Belo o Serapis, o para entronizar a sus reyes cuando el Egipto y la Asiria rivalizaban en riquezas y ostentación.

Queda fija por fin la ascendente mole ostentando su majestuosa altura; y abriéndose de pronto las puertas de bronce, dejan ver interiormente su vasto espacio y toda la extensión de su pavimento terso y pulimentado. De la arqueada bóveda penden, por una sutil combinación mágica, varias filas de radiantes lámparas y esplendorosos fanales, que alimentados por la nafta y el asfalto difunden la luz como los astros de un firmamento. Penetra apresuradamente la multitud en aquel recinto, admirándolo todos, y unos ensalzan la obra y otros al arquitecto. Dióse a conocer su mano en el cielo por la construcción de varias elevadas torres, donde los ángeles que empuñaban cetro tenían su residencia y trono de príncipes. El supremo Soberano los elevó a tal poder encargándoles que gobernasen las celestiales milicias cada cual conforme a su jerarquía.

Ni fue el mismo arquitecto desconocido, ni careció de adoradores en la antigua Grecia; los hombres de Ausonia lo llamaron Múlciber. Contaba la fábula cómo fue arrojado por la ira de Júpiter, y por encima de los cristalinos muros del cielo, rodando todo un día de estío desde la mañana al mediodía y desde el mediodía hasta la noche, y al ponerse el sol cayó el cenit, como una estrella volante en Lemos, isla del mar Egeo.

Referíanlo así los hombres Y se equivocaban, pues la caída de Múlciber con su rebelde hueste tuvo lugar mucho tiempo antes. De nada le valió haber construido elevadas torres en el cielo ni se salvó a pesar de todas sus máquinas siendo arrojado de cabeza con su industriosa horda para que construyera en el infierno.

Entretanto los heraldos alados, por orden del soberano poder, con imponente aparato y a son de trompetas, proclaman en todo el ejército la convocación de un consejo solemne que debe reunirse inmediatamente en el «Pandemonium», capital de Satán y de sus magnates. Intiman el llamamiento a los más dignos por su clase, o por elección en cada hueste y legión regular, los cuales acuden al instante en grupos de ciento y de mil con su correspondiente séquito. Todas las avenidas están ocupadas, obstruidas las puertas, los espaciosos pórticos del templo y sobre todo el inmenso salón semejante a un campo cerrado, donde los bravos campeones acostumbran a cabalgar con todas sus armas ante el trono del sultán, retando a la caballería pagana a un combate a muerte o a romper lanzas.

Bulle apiñado el enjambre de espíritus, así en la tierra como en el aire, agitando sus ruidosas alas. Como en la primavera cuando se halla el sol en Tauro, hacen las abejas salir en grupos alrededor de la colmena a su populosa prole y revolotean acá y allá entre las flores húmedas de rocío o sobre la plancha unida que forma la explanada de su pajiza ciudadela, cubierta de reciente néctar y allí discuten y acuerdan sobre sus negocios de Estado, así revoloteaban y se comprimían aquellas numerosas legiones aéreas hasta el momento de darse la voz de alerta. Pero ¡oh maravilla!, los que antes semejaban superar en altura a los gigantes hijos de la Tierra, son ahora menores que los enanos más pequeños, amontonándose innumerables en un reducido espacio, parecidos a los pigmeos que se encuentran allende las montañas de la India, o a los duendes que el rezagado campesino ve o imagina ver en sus conciliábulos de medianoche, junto al lindero de un bosque o a la orilla de una fuente, mientras sobre su cabeza sigue tranquila la luna su pálido curso, acercándose más a la tierra, y los locuaces espíritus entregados a sus danzas y juegos halagan el oído del aldeano, cuyo corazón late a la vez de regocijo y miedo.

De este modo aquellos espíritus incorpóreos redujeron su inmensa estatura a las más diminutas formas, y casi todos se hallaron, aunque seguían siendo innumerables, en el salón de aquella corte infernal. Pero más allá, interiormente, en sus verdaderas proporciones y entre sí muy semejantes, hallábanse reunidos en un sitio retirado los grandes señores seráficos y los querubines; y mil semidioses, sentados en sillas de oro, constituían en secreto cónclave un consejo pleno, en que después de breve silencio, y leída la convocatoria, comenzó la solemne deliberación.

SEGUNDA PARTE

Congregado el Consejo, consúltale Satán sobre si deber aventurarse otra batalla para recobrar el cielo; algunos son de este parecer; mas no todos opinan lo mismo. Prefieren otro recurso indicado antes por Satán que consiste en averiguar la verdad de aquella profecía o tradición del cielo relativa a otro mundo y otra especie de criaturas, iguales, o no muy inferiores a los ángeles, y que debían crearse por aquel tiempo. Dudan respecto a quién se encargará de tan difícil empresa; pero Satán se ofrece a hacer solo el viaje, y prorrumpen todos en demostraciones de aplauso y júbilo. Terminado así el Consejo, retíranse los espíritus por diferentes caminos, para dedicarse a ocupaciones diversas, según las aficiones de cada cual, y para dar tiempo a que vuelva Satanás. Llega éste entretanto a las puertas del infierno que encuentra cerradas. Refiérese a quiénes estaban allí para guardarlas, y cómo abriéndoselas al fin le muestran el gran abismo que hay entre el infierno y el cielo. Atraviésalo con gran dificultad, guiado por el Caos, soberano de aquel lugar, hasta que llega a la vista del muevo mundo que buscaba.

En un trono de excelsa majestad, muy superior en esplendidez a todas las riquezas de Ormuz y de la India, y de las regiones en que el suntuoso Oriente vierte con opulenta mano sobre sus reyes bárbaros perlas y oro, encúmbrase Satán, exaltado por sus méritos a tan impía eminencia; y aunque la desesperación lo ha puesto en dignidad tal como no podía esperar, todavía ambiciona mayor altura; y tenaz en su inútil guerra contra los cielos no escarmentado por el desastre, da rienda así a su altiva imaginación: «¡Potestades y dominaciones, númenes celestiales! Pues no hay abismo que pueda sujetar en sus antros vigor tan inmortal como el nuestro, aunque oprimido y postrado ahora no doy por perdido el cielo. Después de esta humillación, se levantarán las virtudes celestes más gloriosas y formidables que antes de su caída, y se asegurarán por sí mismas del temor de una segunda catástrofe. Aunque la justicia de mi cerebro y las leyes constantes del cielo me designaron desde luego como vuestro caudillo, lo soy también por vuestra libre elección, y por los méritos que haya podido contraer en el consejo o en el combate; de modo que nuestra pérdida se ha reparado, en gran parte al menos, dado que me coloca en un trono más seguro, no envidiado y cedido con pleno consentimiento. En el cielo el que más feliz es por su elevación y su dignidad, puede excitar la envidia de un inferior cualquiera; pero aquí, ¿quién ha de envidiar al que, ocupando el lugar más alto, se halla más expuesto, por ser vuestro antemural a los tiros del Tonante, y condenado a sufrir lo más duro de estos tormentos interminables? Donde no hay ningún bien que disputar, no puede alzarse en guerra facción alguna, pues nadie reclamará, seguramente, el bienestar del infierno; nadie tiene escasa participación en la pena actual, para codiciar por espíritu de ambición, otra más grande. Con esta ventaja, pues, para nuestra unión, esta fe ciega e indisoluble concordia, que no se conocerán mayores en el cielo, venimos ya a reclamar nuestra antigua herencia, más seguros de triunfar que si nos lo asegurase el triunfo mismo. Pero cuál sea el medio mejor, si la guerra abierta o la guerra oculta, ahora lo examinaremos; hable quien se sienta capaz de dar consejo.»

Calló Satán y hallándose inmediato Moloch, rey que empuñaba cetro, se puso en pie. Era el más denodado y soberbio de todos los espíritus que combatieron en el cielo, y su desesperación le comunicaba ahora mayor fiereza. Pretendía ser igual en poderío al Eterno, y antes que reputarse inferior, dejar de existir porque sin este cuidado nada tenía que lo intimidase. Menospreciaba a Dios y al infierno y cuanto hubiese más horroroso que éste; y así prorrumpió en los siguientes términos: «¡Guerra abierta! Este es mi parecer. No soy experto en ardides, ni me vanaglorio de tal. Conspiren los que lo necesiten, mas cuando sea necesario no ahora. Pues qué, mientras ellos sosegadamente urden sus tramas ¿han de permanecer en pie y armados millones de espíritus que, ansiando la señal de desplegar sus alas, yacen aquí expatriados del cielo, sin más morada que esta sombría caverna, destierro infame y prisión de un tirano que reina por nuestra apatía? No; prefiramos armarnos del furor y las llamas del infierno; abrámonos todos a la vez sobre las elevadas torres del cielo, un camino en que no pueda oponernos resistencia, transformando nuestros tormentos en horribles armas contra el verdugo; que al estrépito de sus poderosos rayos responda nuestro infernal trueno, y vea los relámpagos convertidos en negra y horrorosa llama lanzada con igual rabia contra sus ángeles, y hasta su mismo trono envuelto entre el azufre del Tártaro y el extraño fuego que inventó para atormentarnos. Parecerá acaso difícil y escarpado el camino para escalar con seguro vuelo la altura de enemigo tan poderoso; pero recuerden los que esto crean, si no están aletargados aún con el soñoliento vapor de este lago del olvido que por nuestro propio impulso nos elevamos a nuestra primitiva morada, y que el bajar y caer son contra nuestra naturaleza; pues cuando últimamente el fiero Enemigo daba sobre nuestra destrozada retaguardia, insultándonos y persiguiéndonos a través del abismo ¿quién no sintió cuán pesado era nuestro vuelo al sumirnos en este precipicio? El ascender, pues, nos será muy fácil.

«Témese el resultado de provocar a quien es tan fuerte para que imagine en su cólera algún recurso que acabe de aniquilarnos, si es dable en este lugar mayor anonadamiento; pero, ¿qué mal más grande que existir aquí privados de todo bien, y condenados a eterna maldición en este antro odioso, donde nos abrasa inextinguible fuego, sin esperanza de ver el fin, esclavos de sus iras y a merced del látigo inexorable cuando llega la hora de los tormentos? Mayor castigo que el presente sería un extremo tal, que feneceríamos. Pues, ¿qué tememos? ¿Por qué vacilamos en excitar su furor postrero, que siendo más violento nos consumirá del todo, reduciendo a la nada nuestra existencia? Preferible es esto a vivir miserables perpetuamente. Y si nuestra naturaleza es en realidad divina y no puede dejar de serlo, nos hallamos en peor condición que si nada fuésemos, y tenemos la prueba de que nuestro poder basta para trastornar el cielo, alarmando con incesantes asaltos aquel trono fatal aunque inaccesible; lo cual, ya que no victoria, por lo menos será venganza.»

No dijo más; y frunciendo el ceño brillaron sus ojos en sed de inextinguible venganza y tremenda lid peligrosa para todos los seres inferiores a los dioses. Del lado opuesto se levantó Belial, en ademán más gracioso y menos fiero.

Jamás se vieron privados los cielos de tan hermosa criatura; parecía estar predestinado a las dignidades y a los grandes hechos, pero todo era en él afición y vanidad, por más que destilase maná su lengua y diera apariencias de cuerdos a los más falsos razonamientos, torciendo y frustrando los consejos más acertados. Era de pensamientos humildes, ingenioso para el vicio, tímido y lento para toda acción generosa; pero sabía halagar los oídos y con persuasivo acento comenzó así: «Desde luego ¡oh príncipes!, estaría yo por la guerra a muerte, que en aborrecimiento no cedo a nadie, si lo que se alega como suprema razón para resolvernos a una guerra inmediata no me disuadiera más, y no me pareciese en último resultado de siniestro agüero. El que más se distingue como guerrero, desconfiando de su consejo y de su propia fuerza, funda todo su valor en la desesperación, y prefiere un completo aniquilamiento; pero ante todo,

¿cómo nos vengaremos? Las torres del cielo están llenas de centinelas armados que hacen imposible todo acceso, y con frecuencia acampan sus legiones al borde del abismo, o con sombrío vuelo exploran por doquiera los reinos de la noche sin temor a sorpresa alguna; y aun cuando nos abriéramos un camino por la fuerza, aunque todo el infierno se arrojara tras nosotros para oscurecer con sus tinieblas la purísima luz del cielo, permanecería nuestro Enemigo incorruptible sobre su incólume trono, y la sustancia etérea libre de toda mancha rechazaría en breve la agresión, sirviendo nuestro fuego para alumbrar su triunfo.

«Una vez repelidos, nuestra última esperanza será el colmo de la desesperación. Y, ¿hemos de excitar al poderoso Vencedor a que apure su cólera y acabe con nosotros? ¿Ha de ser el dejar de existir nuestro solo anhelo? ¡Triste remedio! porque ¿quién querría perder, a pesar de cuanto padecemos, este ser inteligente, este pensamiento que abarca toda la eternidad para perecer sepultados y perdidos en las profundas entrañas de perpetua noche insensibles a todo y gimiendo en completa inercia? Y, ¿quién sabe, dado que esto nos conviniera, si nuestro airado Enemigo podrá y querrá concedernos semejante muerte? Que pueda es dudoso; que no lo consentirá jamás es seguro. Siendo tan previsor, ¿cómo ha de resolverse a deponer de pronto su ira, simulando impotencia o descuido, para conceder a sus enemigos lo que desean o aniquilar en su cólera a aquellos a quienes preserva su cólera mismo a fin de castigarnos eternamente?

«¿Por qué, pues vacilamos?, dicen los que aconsejan la guerra: estamos condenados, proscritos, destinados a una eterna desgracia. Como quiera que procedamos ¿qué más podemos sufrir, qué castigo habrá mayor que éste? ¿Tan extremo infortunio es por ventura hallarnos aquí sentados y deliberando armados? ¡Ah! Cuando huíamos atropelladamente, perseguidos y abrasados por el tremendo rayo del cielo, y suplicábamos al abismo que nos acogiese, parecíanos este infierno un consuelo para nuestras heridas; y cuando nos hallábamos encadenados en el hirviente lago, ¿no era seguramente peor nuestra situación? ¿Qué sería si se reanimase el hálito que encendió aquel funesto fuego, comunicándole una intensidad siete veces mayor, y de nuevo nos sumergiese dentro de las llamas, o si la interrumpida venganza del Dominador supremo armase otra vez su encendida diestra para atormentarnos? ¿Qué, si se abriesen los diques de su cólera y si el firmamento que se extiende sobre el infierno vertiera sobre nuestras cabezas el fuego de sus cataratas y cuantos horrores nos amenazaban un día con su espantoso castigo? Mientras proyectamos ahora o aconsejamos una gloriosa guerra, quizá se está formando abrasadora tempestad, en que nos veremos envueltos y clavados sobre las rocas para ser juguete y presa de furiosos torbellinos, o sepultados para siempre y cargados de cadenas en este abrasado océano. ¡A solas entonces con nuestros incesantes gemidos, sin tregua ni reposo ni compasión, durante siglos que no es de esperar acaben, cuánta mayor será nuestra desventura! Debo, pues, disuadiros de la guerra, así franca como encubierta porque, ¿de qué servirán ni astucia ni fuerza ni semejante empeño? ¿Quién burlará la perspicacia de Aquél cuyos ojos lo abarcan todo de una sola mirada? Contemplándonos está desde la altura de los cielos, y menosprecia nuestras inútiles tentativas, dado que su poder es tan omnipotente para resistir a nuestras fuerzas como para destruir todas nuestras tramas y conatos.

«¿Luego viviremos envilecidos, y aunque hijos del cielo, arrojados de esta suerte y condenados a destierro, y a sufrir en él estas cadenas y tormentos? Preferible es en mi juicio a otro mal más grande pues el hado y sus decretos irrevocables nos meten a la voluntad del Vencedor. Fuerza tenemos para sufrir lo mismo que para obrar; la ley que lo ha ordenado así, es injusta, y esto hubiéramos debido comprender desde el principio, y ser cautos, antes que mover guerra a Enemigo tan poderoso y cuando su resultado era tan incierto.

«Ríome de los que tan audaces y hábiles son en manejar la lanza, y cuando ésta les falta se amilanan y temen que sobrevenga lo que saben que ha de sobrevenir: destierro, ignominia, cadenas y castigos, sujeción a que los somete su Vencedor. Tal es ahora nuestra suerte, y si a ella nos sometiésemos resignados, lograríamos quizá desarmar en cierto modo la cólera de nuestro supremo Enemigo; y tal vez hallándonos tan lejos de su presencia e inofensivos se olvidará de nosotros, ya satisfecho de su justicia; y si su aliento no lo incita se templará el voraz fuego que nos consume; y purificada nuestra esencia, no participará de este vapor mefítico, se habituará a él para no sentirlo, o finalmente modificada y atemperándose a su intensidad y naturaleza, de tal manera se identificará con él, que no experimente dolor alguno convirtiéndose los tormentos en placeres y la oscuridad en luz. ¿Por qué no hemos de esperar en lo que el interminable curso de los días futuros pueda traernos, ni en las alteraciones y cambios en que debemos poner nuestra confianza, pues que nuestra suerte actual, si contraria, no es del todo infeliz, no llegará al extremo con tal que no nos hagamos merecedores de mayor desventura nosotros mismos?»

Así Belial, con palabras disfrazadas de razones, aconseja un proceder indigno, una vil inacción, pero no la paz. Después de él habló Mammón de esta suerte: «Moveremos guerra si la guerra es el mejor consejo, o para destronar al Rey del cielo o para recobrar nuestros perdidos derechos. Destronarlo no lo esperemos, mientras el eterno destino no ceda al inconstante acaso y sea el caos árbitro de nuestra lucha. Si vana es la esperanza de lo uno, no lo será menor la de lo otro; pues de no expulsar al supremo Rey del cielo, ¿qué espacio quedará en éste para nosotros? Demos que calmada su ira, y a condición de someternos de nuevo, perdone a todos: ¿con qué ojos lo contemplaremos cuando humillados en su presencia, hayamos de recibir sus imperiosas órdenes, glorificar su majestad murmurando himnos, y violentarnos cantando en loor suyo «¡aleluya!», mientras él, envidiado soberano, hará ostentación de su regia pompa, y su altar exhalará perfumes de ambrosia y de flores, serviles ofrendas de nuestro culto? Tal será nuestro oficio en el cielo, tales nuestros placeres. ¡Oh! ¡Cuán dura será una eternidad empleada en adorar a quien tanto odiamos!

«Rechacemos, pues, ese espléndido vasallaje que no es dado obtener por fuerza, que aun concedido sería afrentoso por más que pertenezca al cielo, y busquemos nuestro bien en nosotros mismos, viviendo por nosotros y para nosotros, libres, en estos vastos subterráneos, sin depender de voluntad alguna, y prefiriendo tan dura libertad al blando yugo de una pomposa servidumbre. Brillará más radiante nuestro esplendor, si sabemos convertir lo pequeño en grande, lo nocivo en útil, la desgracia en prosperidad, y si doquiera luchando con el anal, trocamos en bienestar el dolor por medio del trabajo y de la paciencia.

«¿Por qué temer estos tenebrosos antros? ¿No se envuelve a veces el omnipotente Señor del cielo entre negras y espesas nubes, sin que por eso eclipsen su gloria, y vela su trono con la grandeza de las tinieblas, de que encendido en furor se lanza el pavoroso trueno, de modo que se asemeja al infierno el cielo? ¿Imita él nuestra oscuridad, y no hemos de poder nosotros cuando nos plazca imitar su luz? No carece este ingrato suelo de ocultos tesoros, de diamantes y oro, ni nosotros de arte para aprovecharnos de su magnificencia: ¿qué tenemos, pues, que envidiar al cielo? Podrán un tiempo estos mismos suplicios llegar a hacerse nuestro elemento; llegar esas penetrantes llamas a sernos tan benignas como hoy son crueles, y trocarse nuestra naturaleza en la propia de ellas; y esto necesariamente pondrá término a nuestros dolores. Todo, pues, nos invita a preferir pacíficos consejos y establecer un ordenado régimen, adoptando los remedios que más eficaces sean para nuestros presentes males; y en atención a lo que somos y al lugar en que nos hallamos, renunciar por completo a todo intento de guerra. Este es mi parecer.»

No bien acabó de hablar, se suscitó en la asamblea un rumor semejante al que encerrados entre las cóncavas rocas hacen los furiosos vientos, cuando después de combatir el mar talo una noche, adormecen con su ronca cadencia a los marineros, extenuados de cansancio, pero que logran anclar su batea en una bahía pedregosa pasada la tempestad. Resonaban así los murmullos de aprobación dados a Mammón cuando finalizó su razonamiento aconsejando la paz, porque cualquiera batalla que se empeñase les infundía más espanto que el mismo infierno: tal era el estrago que el rayo y la espada de Miguel habían causado en ellos; deseando no menos fundar aquel otro imperio, que la política y el largo transcurso del tiempo elevarían hasta hacerlo competir con el de los cielos.

Esto observado por Belcebú, que después de Satán ocupaba el más alto puesto, levantóse con gravedad, y al levantarse, mostraba bien que era una columna de aquel estado. Grabada llevaba en su frente la meditación que requieren los cargos públicos, y en su majestuoso semblante la sabiduría de un príncipe, por más que hubiese decaído tanto. Severo y enhiesto, ostentaba sus atlánticos hombros, capaces de sostener el peso de las más poderosas monarquías; su mirada imponía atención al auditorio, que permanecía tranquilo, como la noche, o en la estación estival el viento del Mediodía. Y arengóles de esta suerte:

«¡Tronos y potestades imperiales. Virtudes etéreas, celestial Estirpe! ¿Será que renunciemos a estos títulos, trocándolos por el de príncipes del infierno? Sin duda, pues el voto popular se inclina a que permanezcamos aquí para fundar un creciente imperio. ¡Oh desvarío! ¿Podemos ignorar que el Rey del Empíreo nos ha sumido en estos lóbregos calabozos, no para preservarnos de su poderoso brazo, ni para vivir libres de la alta jurisdicción del cielo, en nueva liga contra su trono, sino para mantenernos en la más dura estrechez, aunque alejados de él, y bajo el inevitable yugo que reserva a toda esta cautiva muchedumbre? Porque habéis de tener por cierto que él imperará como primero, como último y único rey, lo mismo en la altura de los cielos que en la profundidad del abismo, dado que nuestra rebelión no ha mermado parte alguna de su soberanía; pero asentará su imperio en el infierno y nos regirá con cetro de hierro, como rige los cielos con cetro de oro.

«¿A qué, pues, deliberamos sobre la paz ni sobre la guerra? Resolvímonos por ésta y fuimos vencidos con irreparables pérdidas. Nadie ha ofrecido ni puesto condiciones de paz: ¿qué paz ha de concederse a los esclavos, más que una dura prisión y los rigores y castigos que arbitrariamente se nos impongan? ¿Qué paz hemos de ofrecer, sino la que podemos dar, agresiones, odio, invencible aversión y tardía venganza, conspirando siempre para hacer menos glorioso su triunfo al Vencedor y para acibararle en lo posible la satisfacción que en nuestros tormentos experimenta? Ocasión no ha de faltarnos y no necesitaremos emprender peligrosas expediciones para invadir el cielo, cuyas altas murallas no temen asedios ni asaltos ni celada alguna en nuestra parte.

«Empresa más fácil podemos acometer. Una región hay, si no miente antigua y profética tradición del cielo, hay un mundo, dichosa mansión de un ser nuevo llamado Hombre, que por este tiempo ha debido ser criado semejante a nosotros, inferior en poderío y excelencia, pero más favorecido del Hacedor supremo. Declaró su voluntad a los demás dioses, y quedó cumplida en virtud de un juramento que hizo retemblar en torno las bóvedas celestiales. Encaminemos a este fin todos nuestros proyectos; sepamos qué seres habitan ese mundo, cuál es su forma, su naturaleza, su fuerza o debilidad, cuáles sus dotes, y si contra ellos hemos de emplear la astucia o la violencia. Cerrados están los Cielos; domina allí su excelso Arbitro en la seguridad de su propia fuerza; pero acaso se halle situada esa mansión en los postreros límites de su reino; acaso esté confiada su defensa exclusivamente a sus moradores; en cuyo caso podemos intentar con fruto un repentino golpe, ya asolando aquellos lugares con el fuego de nuestro infierno, ya enseñoreándonos de todos como de cosa propia y expulsando a los débiles que los ocupan como se nos expulsó a nosotros; y cuando no expulsarlos, atraerlos a nuestro partido, de modo que su Dios los mire como enemigos, y arrepentido de ella, destruya su propia obra. Sería esto más que una vulgar venganza; sería amenguar el placer que le ha causado nuestra derrota; contrariedad tan ingrata para él cuanto satisfactoria para nosotros, porque sus queridos hijos, partícipes de nuestra suerte, maldecirán su frágil origen y lo efímero de su dicha. Ved si es para intentado proyecto tal, o si debemos permanecer aquí sumidos en las tinieblas y forjándonos a nuestro gusto quiméricas soberanías.»

Tal fue el diabólico consejo de Belcebú imaginado primeramente y en parte propuesto por Satanás; pues ¿de quién sino del autor de todo mal podía nacer propósito tan malvado y la idea de pervertir en su raíz a la raza humana confundiendo la tierra con el infierno en odio de su supremo Autor? Pero este mismo odio había de servir para más realzar su gloria.

Complació sobremanera a las infernales potencias el audaz Proyecto; y aprobado qué fue por su voto unánime., brillando en los ojos de todos la alegría, renovó Belcebú su discurso en estos términos: «¡Bien habéis calculado, prudentes dioses, digno fin habéis puesto a tan prolija consulta! Grande como vosotros es vuestra resolución, la cual nos sublimará al más alto punto acercándonos de nuevo, y a despecho de los hados, a nuestras antiguas sedes desde estos profundísimos abismos. A la vista de aquellas espléndidas regiones, no lejos de nuestras armas y en una ocasión propicia, quizá logremos recobrar el Empíreo, o cuando menos habitar en una templada zona, donde no huya de nosotros la hermosa luz de los cielos. Los rayos del fúlgido Oriente nos librarán de esta oscuridad, y al exhalar su embalsamado perfume el aura apacible y pura, cicatrizará acaso las llagas causadas por este fuego devorador. Ahora bien: ¿a quién enviaremos en busca de esa nueva región? ¿A quién juzgaremos digno de tamaña empresa? ¿Quién aventurará sus vacilantes pasos por tan lóbrego, inmenso e insondable abismo, y hallará la ignorada senda a través de palpables sombras? ¿Quién, sin que se rindan sus alas sostendrá el vuelo aéreo en los ilimitados espacios del vacío hasta llegar a la afortunada isla? ¿Qué arte, qué fuerza le bastará, ni cómo le será posible salvar con seguridad los apiñados centinelas y las múltiples falanges de ángeles que vigilan en derredor? Necesitará de gran prudencia, y no menos nosotros para elegirlo, pues en él recaerá todo el peso, todo el éxito de nuestras últimas esperanzas.»

Concluye así, siéntase, y los oyentes, con atentos ojos, esperan se presente alguno para secundar, contradecir o emprender la peligrosa aventura; todos permanecen quietos y mudos, calculando el riesgo en la profundidad de su pensamiento, y cada cual descubre asombrado su propia desconfianza en el semblante de los demás. Entre los más heroicos campeones que combatieron contra el cielo, no se encontraba ninguno bastante osado que se ofreciera a emprender por sí tan terrible expedición;

hasta que Satán, a quien un glorioso renombre encumbrara sobre todos sus compañeros con la altivez de monarca y el convencimiento de su gran superioridad, reposadamente les habló así: «¡Oh celestial progenie, tronos empíreos! Con razón guardamos silencio y permanecemos dudosos, aunque no intimidados. Largo y penoso es el camino que desde el infierno conduce a la luz; fuerte es nuestra prisión; nueve veces nos rodea esta inmensa bóveda de fuego violento y destructor, y las encendidas puertas de diamante, que nos oponen tantos estorbos, nos vedan salir de aquí. Salvadas una vez éstas, se da en el profundo vacío de informe noche, que amenaza con la total destrucción de su ser al que se sumerja en aquel horroroso abismo. Si se penetra al fin en otro mundo cualquiera, o en una región desconocida, ¿qué quedan más que ignorados peligros y la casi imposibilidad de evadirse? No sería yo, sin embargo, digno de este trono ¡oh espíritus!, ni de esta imperial soberanía ornada de tanto esplendor y armada de tal poder, si las dificultades o peligros de lo que se propone y juzga importante a todos, pudieran retractarme de emprenderlo. ¿Por qué asumir la dignidad regia, y no rehusar el cetro, si me negase a aceptar en los riesgos la parte proporcionada a los honores, la cual se debe al que reina con tanta mayor razón, cuanto que ocupa más alto grado sobre los otros? Id, pues, espíritus poderosos, que aunque caídos, seguís siendo el terror del cielo; id a ver si en nuestra morada, mientras nos veamos reducidos a ella, hay algo que pueda atenuar nuestra miserable suerte y hacer menos odioso el infierno; si existe algún arbitrio o algún encanto para suspender, frustrar o mitigar los tormentos de esta detestable mansión. No os abandonéis al sueño ante un enemigo que está siempre vigilante; y yo entretanto lejos de vosotros, y atravesando un mundo de sombría desolación, procuraré la libertad de todos. En esta empresa no me acompañará nadie.»

Así diciendo, se levantó el monarca, con lo cual prevenía cualquiera réplica; su sagacidad le sugería el temor de que animados otros jefes con su resolución, fuesen a ofrecer entonces, seguros de una negativa, lo que antes los arredraba, pues de este modo, llegarían a hacerse rivales suyos en la opinión pública, logrando a poca costa la gran celebridad que él debía adquirir en cambio de infinitos riesgos.

Pero aquellos rebeldes temían tanto el empeño como la voz, que se lo prohibía; abandonaron, como él su asiento; y el ruido que hicieron al levantarse todos a la vez, se asemejaba al de un trueno lejano. Inclináronse ante Satán con respetuosa veneración y lo ensalzaron como a un dios igual al Altísimo del cielo. Ni dejaron de encarecer cuán digno era de alabanza el que por la salvación general despreciaba la suya propia, aunque espíritus réprobos, no habían perdido enteramente su virtud como los malvados que en la tierra se jactan de acciones especiosas fundadas en vanagloria, o de una ambición que encubren con cierto color de celo.

Así terminaron sus tristes y dudosos razonamientos, con las esperanzas que les infundía caudillo tan incomparable; al modo que adormecidos los vientos del norte al extenderse desde la cima de las montañas las nubes tenebrosas y cubrir la risueña faz del cielo, derraman éstas sobre los oscuros campos nieve o torrentes de agua; y si el fulgente sol envía sus destellos desde el ocaso, como una dulce despedida, reviven los campos, renuevan las aves sus gorjeos y prorrumpen las ovejas en alegres balidos que suenen por valles y colinas. ¡Qué baldón para la humanidad! Unese el demonio en inalterable concordia con su infernal compañero, y entre todos los seres racionales sólo los hombres se desavienen entre sí, a pesar de la esperanza que debieran tener en la divina gracia. Dios proclama la paz, y ellos viven, no obstante, dominados por el odio y la enemistad y en perpetua lucha; se mueven crueles guerras y devastan la tierra para destruirse unos a otros, como si no tuvieran, y en esto deberían cifrar su unión, sobrados enemigos en el infierno que día y noche conspiran para su ruina.

Disuelto así el consejo, ordenadamente, se retiraron los magnates infernales. Iba en medio el altivo soberano, que parecía por sí solo competidor del cielo, así como en su suprema pompa y majestad, remedo de la de Dios, se mostraba temido emperador del Orco. Rodeábale una cohorte de serafines de fuego que lo conducían entre blasonados estandartes y tremendas armas. Mándase pregonar entonces al son de las trompetas reales la decisión del gran senado, y volviéndose prontamente a los cuatro vientos otros tantos querubines, acercan a sus labios los sonoros tubos, a cuyas voces responden los heraldos. Resuenan unas y otras por los más lejanos ámbitos; del abismo, y toda la hueste del infierno acompaña con atronadores gritos sus fervientes exclamaciones.

Ya con mayor sosiego, y en cierto modo reanimada por una esperanza tan falaz como presuntuosa, disuélvese toda aquella multitud, y cada cual sigue diverso rumbo, conforme a su inclinación o a su melancólica incertidumbre, buscando una distracción a sus desesperados pensamientos, a fin de entretener las enojosas horas hasta el regreso de su ídolo. Unos, corriendo en veloz carrera por la llanura, otros elevándose en sus alas por los aires, compiten entre sí en los juegos Olímpicos, o en los campos Píticos; aros, refrenando sus fogosos corceles, procuran salvar la meta en sus raudos carros, o forman alineados escuadrones para escarmiento de las ciudades belicosas, se representan simulados combates en la revuelta extensión del lo, creyendo verse en las nubes ejércitos que se precipitan a entrar en batalla; y de cada parte se adelantan, lanza ésa ristre, caballeros aéreos, hasta que cierran una con otra ambas legiones, y al choque de sus armas parece arder de a otro extremo el horizonte. Otros, poseídos de más implacable rabia que Tifeo, arrancan peñascos y montañas, se lanzan por los aires cual torbellinos; apenas puede el yerno resistir tan violento ímpetu. No de otro modo Acides, al volver de Ecalia, coronado por la victoria, y al vatir la envenenada túnica, desarraigaba a impulsos de su paso los pinos de Tesalia y de la cima del Ete, arrojando a Feas al mar de Eubea. Más pacíficos otros, retirados a un muelle silencioso, cantan al compás de sus arpas, con acentos angelicales, su heroica lid y la desgracia a que les trajo la fe de las armas, lamentando que el destino triunfe del imo denodado por la fuerza o por la fortuna. Arrogantes se mostraban en sus loores, pero su armonía (¿cómo no si al Viera de espíritus inmortales?) tenía embebecido al infierno y extática a la muchedumbre que le escuchaba.

Con discursos más dulces, todavía, pues la elocuencia deleita el alma y la música los sentidos, retraídos algunos en un monte solitario, se entregan a más sublimes pensamientos y a profundos raciocinios sobre la providencia, la ciencia, la voluntad y el destino; por qué es inmutable, y libre la voluntad y absoluta la presencia; mas no daban solución alguna, perdidos en tan intrincados laberintos. Discuten prolijamente acerca del bien y del mal, la bienaventuranza y la última pena, la pasión y la apatía, y la abyección: todo ciencia vana, todo falsa filosofía, y sin embargo, comunicaban seductor encanto, aunque ajeno, a su dolor y angustia, infundíanles engañosas esperanzas, o fortificaban, con pertinaz paciencia, como confiada cota, sus corazones endurecidos.

Hay asimismo algunos que, congregados en numerosas bandas, se atreven a explorar la dilatada extensión de aquel siniestro mundo, en busca de otro clima que pueda ofrecerles mansión más grata. Dirigen a este fin su vuelo por cuatro puntos distintos, siguiendo las márgenes de los cuatro ríos infernales que vierten sus lúgubres aguas en el inflamado lago: la aborrecida Estigia, de donde el odio mortal procede; el negro y profundo Aqueronte, con su tristeza; el Cocito, así llamado por los lamentos que se oyen en lo interior de sus doloridas ondas, y el feroz Flegeton, que en torrentes de fuego exhala su encendida rabia. A larga distancia de éstos fluye lento y silencioso el Leteo, río del olvido, que arrastra su tortuosa corriente, y al que bebe de sus aguas hace olvidar al punto su primitivo estado, y con él la alegría y el pesar, los placeres y los dolores.

Pasado el Leteo, extiéndese un continente helado, sombrío y tenebroso, combatido de perpetuas tempestades, huracanes y asolador granizo, que no se liquida en la dura tierra sino que amontonándose en grandes moles, semeja ruinas de antigua fábrica. Allí cubierta de nieve y hielo, se abre una profunda sima parecida al lago Serbonio, entre Damieta y el monte Casio, donde fueron sepultados ejércitos enteros, donde la crudeza del aire abrasa, y el frío produce igual efecto que el fuego. Allí las furias armadas de garras, cual las arpías, arrastran en sazón oportuna a todos aquellos réprobos, que alternativamente experimentan la dura transición de cruelísimos contrastes, tanto más sensibles cuanto que se suceden uno a otro. Desde el voraz fuego en que yacen, son transportados a una atmósfera glacial en que se extingue su dulce calor etéreo, y en la que permanecen algún tiempo inmóviles, ateridos de sus miembros todos, para sufrir después nuevo y abrasador tormento. Cruzan yendo y viniendo el estrecho del Leteo, y cada vez se aumenta más su suplicio y son mayores sus ansias; anhelan tocar con sus labios aquella agua que los incita: una sola gota les daría instantáneamente el dulce olvido de todas sus penas y desventuras; y ¡con cuánta facilidad, teniéndola tan cerca!, pero el destino no lo consiente, y para imposibilitar su deseo, les sale al paso Medusa, con su terrible aspecto de Gorgona. El agua huye por sí misma de toda boca viviente, como huyó algún día de los sedientos labios de Tántalo.

Divagando así perdidas entre y mil confusiones, con mortal sobresalto y los ojos desencajados, veían por vez primera las desbandadas legiones su triste suerte, y no les era dable reposo alguno. Salvan oscuros y desiertos valles, regiones donde el dolor impera, montañas alpestres de hielo y fuego, rocas, cavernas, lagos, abismos, tinieblas mortíferas, todo un mundo de destrucción que Dios, maldiciéndolo, creó malo y únicamente bueno para el mal; mundo en que toda vida muere, en que toda muerte vive, y en que la perversa naturaleza engendra seres monstruosos, prodigios abominables, indefinibles, más repugnantes que los que la fábula inventó o concibió el temor; Gorgonas, Hidras y Quimeras espantosas.

Entretanto, Satán, el enemigo de Dios y el Hombre, llena su mente de ambiciosas imaginaciones, extiende su raudo vuelo y explora el solitario camino que conduce a las puertas del infierno. Toma unas veces la derecha, otras la opuesta mano; ya se desliza con iguales alas por la superficie del abismo, ya se eleva cual torre aérea hacia la ardiente concavidad del firmamento; y como se descubre en lontananza, surcando el mar y suspendida al parecer de las nubes, una flota que, a favor de los vientos del equinoccio, se ha dado a la vela en Bengala o en las islas de Ternate y de Tidod, de donde los mercaderes extraen sus drogas, y por el rumbo que marca el tráfico cruza el inmenso Océano desde Etiopía hasta el Cabo, enderezando las proas al polo a pesar de las marejadas y de la noche; tal, contemplado de lejos, parecía el alígero explorador.

Divísanse por fin las murallas del infierno, que se elevan hasta sus horribles bóvedas, y las tres triplicadas puertas, formadas por tres planchas de bronce, tres de hierro y tres de diamantina roca, todas impenetrables, todas rodeadas de un valladar de inextinguible fuego. Delante de ellas, a uno y otro lado, estaban sentadas dos formidables figuras; una, de la cabeza a la cintura, tenía apariencia de mujer, y mujer bellísima; pero su asqueroso cuerpo era el de una serpiente armada de aguijón mortal y cubierta de anchos y escamosos pliegues. Rodeábanla por la mitad multitud de rabiosos perros que despidiendo de sus anchas fauces de Cerbero incesantes aullidos, producían horrendo estrépito. Si alguna vez se veían obligados a ocultarse, iban introduciéndose sin dificultad en las entrañas del monstruo, donde tenían seguro asilo, e invisibles allí, proseguían ladrando. Menos aborrecibles eran los que atormentaban a Scila mientras se bañaba en el mar que separa al Calabrés de las mugientes costas de Trinacria; ni ofrecía tan horrible aspecto el séquito que acompañaba a la nocturna maga, cuando cabalgando por los aires, y atraída por el secreto olor de la sangre de algún niño, acudía a los bailes de las brujas de la Laponia, y eclipsaba el resplandor de la luna con la fuerza de sus encantos.

La otra figura, si darse puede este nombre a lo que no tenía forma distinta de miembros, ni articulaciones, o si puede llamarse sustancia a lo que se asemejaba a una sombra, que ambas cosas parecía, negra como la noche, feroz como diez furias, terrible como el infierno, blandía un terrible dardo, y en lo que aparentaba cabeza, tenía algo que representaba como una corona real. Al ir a acercársele Satán, levantóse el monstruo de su asiento, avanzó presuroso hacia él, y el infierno retembló con sus pasos.

Contemplólo con asombro el impávido Enemigo, y se admiró, mas sin arredrarse, porque excepto a Dios y su Hijo, ni respetaba ni temía a ningún ser creado; y con desdeñosa mirada, se anticipó a hablar, diciendo: «¿De dónde vienes tú? ¿Quién eres, monstruo execrable, que temerario y terrible, osas con tu deforme aspecto oponerte a mi paso en estas puertas? Resuelto estoy a franquearlas y ten por seguro que no te pediré permiso; retírate o pagarás cara tu insensatez hijo del infierno, y aprenderás por experiencia a no competir con los espíritus celestiales.»

A lo que replicó el espectro encendido en cólera: «¿Eres tú aquel ángel traidor, el primero que infringió la paz y la fe del cielo, respetadas hasta entonces, y el que en su orgullosa rebelión arrastró consigo a la tercera parte de los espíritus celestes conjurados contra el Altísimo? Tú y ellos, desechados de Dios, ¿no estáis condenados por ese crimen a subsistir aquí por toda una eternidad envilecidos y entre tormentos? ¿Te cuentas tú entre los espíritus del cielo, réprobo del infierno? ¿Y prorrumpes en altiveces y arranques de menosprecio aquí, donde impero como soberano, y donde para mayor confusión tuya, soy tu señor y rey? ¡Atrás fugitivo impostor, a tus mazmorras! Y pon nuevas alas a tu ligereza, no sea que un látigo de escorpiones avive tu lentitud, o que al menor impulso de ese dardo te sientas sobrecogido de extraño horror y de angustias que todavía no has experimentado.»

Dijo así el pálido terror, y así hablando y amenazando, adquirió un aspecto diez veces más repulsivo y espantoso. Por su parte Satán, ardiendo en ira, no daba muestras de temor alguno, semejante a un ardiente cometa que inflama el espacio ocupado por el enorme Serpentario en el cielo ártico, destilando de su horrida cabellera pestilencia y guerras. Dirígense ambos combatientes un golpe mortal a la cabeza, contando con que no han de tener que repetirlo sus fatales manos, y se provocan con sus miradas; como cuando cargadas con la artillería del cielo, avanzan dos nubes lóbregas y mugiendo sobre el mar Caspio, y se colocan frente a frente hasta que un soplo de viento les da la señal de romper en medio de los aires el cruel combate. Contémplanse los esforzados campeones con ojos tan sombríos, que al fruncir de sus cejas se oscureció el infierno; que tal era su denuedo; pero ni uno ni otro habían de hallar sino una sola vez enemigo más temible. Hubieran llevado a cabo inauditos hechos, con terror del infierno todo, si la del medio cuerpo de serpiente, que estaba sentada junto a la puerta y guardaba la fatal llave, no se hubiera arrojado entre los combatientes, lanzando un espantoso grito. «¡Oh padre!», exclamó «¿qué intentan tus manos contra tu único hijo? ¿Qué furor, ¡oh hijo!, te impulsa a dirigir tu dardo mortal contra la cabeza de tu padre? ¿Sabes a quién obedeces? A aquel que sentado en su supremo trono se ríe de ti, porque eres esclavo suyo, porque ejecutarás débilmente cuanto te ordene en su cólera que él llama justicia; su cólera, que algún día os desoirá a los dos.»

Dijo, y a su voz se detuvo el infernal fantasma, y Satán le respondió de este modo: «Con tu extraño grito y tus palabras no menos extrañas te has interpuesto aquí de manera que al suspender su repentino golpe mi brazo no renuncia a poner por obra lo que ha resuelto. Pero antes deseo saber de ti quién eres, que reúnes esas dos formas y por qué al encontrarme por primera vez en este valle infernal, me has llamado padre y dices que es hijo mío ese espectro. Ni te conozco, ni he visto Jamás seres tan detestables como sois ambos.»

«Luego, ¿ya me has olvidado?», replicó ella.

«¿Tan horrible parezco ahora a tus ojos cuando en el cielo me tuviste por tan hermosa?

En medio y a la vista de todos los serafines coligados contigo en su atrevida rebelión contra el Rey del cielo, te sobrecogió de pronto un dolor cruel; anublados y desvanecidos tus ojos se perdieron en las tinieblas, mientras que brotando de tu cabeza una tras otra apiñadas llamas, se abrió profundamente por el lado izquierdo, y semejante a ti en la forma y esplendor, y animada de celestial hermosura salí de ella en figura de diosa armada.

Retrocedieron llenos de admiración todos los espíritus y me llamaron Pecado, considerándome como un presagio siniestro; pero familiarizados después conmigo, los prende de suerte que mis gracias seductoras rindieron a los que me miraban con más desvío.

Fuiste el primero tú, que contemplando a menudo en mí tu perfecta imagen, te enamoraste de ella, y a solas conmigo gozabas los inefables deleites que engendraron en mis entrañas un nuevo ser.

En tanto estalló la guerra: combatióse en los campos del cielo; nuestro poderoso Enemigo alcanzó inmarcesible triunfo (¿qué había de acontecer?), y nuestro partido quedó derrotado en todo el Empíreo.

Cayeron nuestras legiones, precipitadas desde las alturas del cielo hasta el fondo de este abismo, y envuelta en su ruina, caí yo también.

Entonces me fue entregada esta llave poderosa, con orden de mantener estas puertas cerradas para siempre, para que nadie pueda traspasarlas, si no las abro.

Pensativa y sola me senté aquí; duróme poco el sosiego, pues fecundado por ti mi vientre, y cercano ya el trance extremo, experimentó movimientos prodigiosos y dolores insoportables.

Por fin ese aborrecible vástago que ves, hechura tuya, abriéndose paso violentamente, desgarró mis entrañas, y retorciéndose éstas por el miedo y las convulsiones, quedó toda la parte inferior de mi cuerpo desfigurada.

Nació ese enemigo mío, nació de mí blandiendo su fatal dardo, que lo destruye todo; y yo huí gritando: «¡Muerte!» Estremecióse el infierno, al oír este horrible nombre, y en lo más hondo de las cavernas se oyó un suspiro que repetía «¡Muerte!» Y yo seguía huyendo, y el espectro corría tras mí, aunque al parecer no tanto encendido en rabia, cuanto en lujuria; y como más ligero que yo, me alcanzó por fin; y sin respeto a mi horror de madre, entre impuros y violentos abrazos engendró conmigo en aquel rapto estos monstruos ladradores, que lanzando continuos aullidos me acosan como ves, y de nuevo los concibo a todas horas, y a todas horas me hacen sentir los dolores de su acerbo parto, porque vuelven a entrar en mi seno cuando les place, y aullando y royendo mis entrañas, que son su alimento, salen de pronto, y me causan tan profundo terror que no hallo un instante de tregua ni reposo.

«Sentada ante mis ojos, y siempre enfrente de mí, mi hija y enemiga, la horrible Muerte, azuza a esos perros, y ya me hubiera devorado, a falta de otra presa, aunque soy su madre, si no supiera que su fin va unido al mío, que yo, en tal caso, sería para ella un bocado amargo, un letal veneno, porque el destino lo ha dispuesto así. Pero te prevengo, padre, que evites la herida de su flecha, y no te lisonjees de que te haga invulnerable esa brillante armadura, por más que sea de etéreo temple, pues nadie, excepto aquel que reina allá arriba, puede despuntar arma tan mortífera.»

Así dijo, y aprovechando el sagaz Enemigo la advertencia blanda y pausadamente repuso: «Hija querida, pues me reconoces por tu señor y me muestras a mi bello hijo (prenda amada de los placeres que gozamos allá en el cielo, placeres tan dulces entonces como hoy de triste recuerdo, por la cruel desventura en que impensadamente hemos caído), sabe que no vengo como enemigo, sino para libertaros de esta sombría y horrible mansión de dolor a ti y a él y a toda la hueste de espíritus celestiales que por nuestras justas pretensiones quedaron envueltos en nuestra ruina. Enviado por ellos, emprendo solo este arriesgado viaje y solo me arriesgo por todos. Voy a recorrer con solitarios pasos el insondable abismo; en mi errante peregrinación a través del espacio inmenso, voy en busca de un lugar cuya existencia se ha predicho, y que a juzgar por varias señales, debe haberse creado ya, siendo redondo y vasto. Es una mansión deleitosa, situada en los confines del cielo, y donde habitan tres seres de reciente origen, destinados acaso a ocupar nuestros asientos vacantes, bien que se los mantenga ahora alejados de ellos por temor de que sobrecargados con una poderosa multitud, ocurran en el cielo nuevas perturbaciones. A averiguar si ésta es la causa, u otra más oculta, voy apresuradamente; y una vez sabido el secreto, volveré en breve para trasladaros, a ti y a la Muerte, a una morada donde viviréis entre placeres, donde discurriréis con libre vuelo, invisibles, y respirando los suavísimos vapores del embalsamado ambiente. Allí, para que saciéis sin tasa vuestro apetito, todo será presa vuestra.»

Calló Satán, porque los dos monstruos dieron muestras de suma satisfacción, y la Muerte gesticuló con espantosa sonrisa al saber que aplacaría su hambre regocijándose de la dichosa ocasión que se la preparaba; y no menos complacida su proterva madre, prosiguió diciendo: «Guardo la llave de este abismo infernal, porque tal es mi privilegio y el mandato del omnipotente Señor del cielo que me ha prohibido abrir estas puertas de diamante. La Muerte está determinada a rechazar toda violencia, segura de no ser vencida por ningún poder viviente; pero ¿debo yo obedecer las órdenes de un tirano que me odia y que me ha sumido en la lobreguez del profundo Tártaro, para desempeñar tan detestable oficio, y he de estar yo, hija del cielo, condenada a perpetua angustia y pena, y a oír aterrada el incesante clamoreo de mis hijos, que se alimentan de mis entrañas? Tú eres mi padre, el autor de mi existencia; tú me has dado el ser: ¿a quién, pues debo obedecer ni seguir sino a ti? Llévame pronto a ese nuevo mundo de claridad y de ventura, donde en compañía de dioses que gozaban tan dulce vida en voluptuosa paz y sentada a tu derecha, cual conviene a tu hija y favorita, reine por toda una eternidad.»

Esto diciendo, sacó de su cintura la llave fatal, triste instrumento de todos nuestros males, y arrastrando su monstruoso cuerpo hasta la puerta, alzó sin dilación el enorme rastrillo que sólo ella podía levantar, y que no hubieran movido todas las fuerzas del infierno juntas; hizo girar en la cerradura las complicadas guardas de la llave y descorrió fácilmente las barras y cerrojos de hierro macizo y de pura piedra. Abrense de improviso las puertas con impetuosa violencia y resonante estrépito, y al rechinar sus goznes produjeron un bronco trueno que retumbó en las más profundas concavidades del Averno.

Abrió las puertas; no estaba en su mano cerrarlas y quedaron abiertas para siempre. Eran tan anchas, que desplegadas sus alas y banderas con sus caballos y carros en buen orden. Hubiera podido pasar holgadamente todo un ejército por ellas; y como la boca de un horno encendido vomitaban rojizas llamas y espeso humo.

De repente aparecen ante los ojos de Satán y los dos espectros los secretos del antiguo abismo, sombrío e inmenso océano, sin límites ni dimensiones, donde se pierden la extensión, la profundidad, el tiempo y el espacio; donde la primitiva Noche y el Caos, progenitores de la Naturaleza viven en eterna discordia, entre el rumor de perpetuas guerras, y sostenidos sólo por sus perturbaciones. El calor, el frío, la humedad y la sequía, terribles campeones, se disputan la preferencia, lanzan al combate sus átomos embrionarios los cuales agrupados en diversas tribus alrededor de la bandera de sus legiones, pesada o ligeramente armados, agudos, redondos, rápidos o lentos, pululan en número infinito como las arenas de Barca o del ardiente suelo de Cirene, y van arrebatados a tomar parte en la lucha de los vientos o a servir de contrapeso a sus raudas alas. El que lleva en pos mayor número de átomos, domina por un momento; el Caos impera como árbitro; sus mandatos aumentan más el desorden que le da el cetro, y a falta de él lo gobierna todo el Acaso como ministro supremo. En aquel horrido abismo, cuna de la Naturaleza y tal vez su tumba, que no es ni mar ni tierra, ni aire, ni fuego, sino mezcla de todos los elementos, los cuales confundidos en sus fecundos gérmenes deben luchar así perpetuamente, a no ser que el Creador Supremo destine sus impuros materiales a la formación de nuevos mundos; en aquel horrido abismo, al borde del infierno, se detuvo el cauteloso Satán, y lo contempló algún tiempo reflexionando en su viaje, pues no era un pequeño estrecho el que tenía que atravesar. Atruenan sus oídos estrepitosos rumores, no menos violentos, comparando cosas grandes con pequeñas, que los de las tempestades de Belona cuando pone en juego sus destructoras máquinas para arrasar una ciudad fortísima; menor sería el estruendo si se desplomase la celeste bóveda, y los elementos desencadenados arrancaran de su eje a la tierra inmóvil. Satán despliega por fin sus alas, semejantes a dos anchas velas, para emprender su vuelo, y estriba con el pie en la tierra, elevándose entre torbellinos de humo.

Llevado como en un carro de nubes, sigue subiendo audaz por espacio de muchas leguas, pero faltándole de pronto el apoyo, encuentra un inmenso vacío, y sorprendido y agitando en vano sus alas, cae como un plomo a diez mil brazas de profundidad. Aún estaría cayendo, si por una desgraciada casualidad no lo hubiera lanzado a otras tantas millas de altura la fuerte explosión de una tempestuosa nube, impregnada de fuego y nitro. Apagóse su furor en una sirte esponjosa que no era ni mar ni tierra, y Satán casi sumergido, atravesó el movedizo promontorio, tan presto a pie como volando. Tuvo entonces que emplear remos y velas; y semejante al grifo que en su alada carrera persigue por desiertos montañas y valles al arimaspe, que ha sustraído sutilmente el oro confiado a su vigilante guarda, así continúa Satán ardorosamente su camino a través de pantanos, precipicios y estrechos, de vapores densos, o enrarecidos; y con la cabeza, manos, alas y pies, nada, se sumerge, fluctúa, se arrastra y vuela.

Llega, por fin, a sus oídos con sin igual fragor, un extraño y universal clamoreo de sordos sonidos y confusas voces, pero igualmente intrépido, se dirige hacia aquel lado para dar con el poder o espíritu del profundo abismo que reside allí, y preguntarle en qué punto se halla el límite de las tinieblas más próximo a la luz. De repente aparece el trono del Caos, desplegándose su negro e inmenso pabellón sobre un despeñadero de ruinas. La Noche, cubierta de negro manto, se ve asimismo sentada en su trono, al lado del Caos; y como anterior a todos los seres, comparte con él el cetro. A su lado se hallan Orco y Ades, y Demogorgón, de terrible renombre; después el Rumor y el Acaso, el Tumulto y la Confusión monstruosa, y por último, la Discordia con sus mil voces distintas. Satán se dirige osado al Caos y le dice: «Potestades y espíritus de este profundo abismo, Caos y antigua Noche: sabed que no vengo aquí como espía, con objeto de explorar o sorprender los secretos de vuestro reino; obligado a pasar por este sombrío desierto a través de vuestro vasto imperio, porque me encamino hacia la luz, solo, sin guía y casi perdido, busco el rumbo más breve para llegar al punto donde vuestras oscuras fronteras se tocan con el cielo. Y si algún otro lugar de vuestro dominio ha sido invadido y ocupado últimamente por el Rey etéreo, salvando estas profundidades allí intentaré llegar. Dirigid mis pasos que bien encaminados, no será escasa la recompensa que logréis en beneficio de vuestros intereses; no lo será, si arrojado el usurpador de la región perdida, consigo volverla a sus primitivas tinieblas y a vuestro dominio. Este es el objeto de mi presente viaje, y enarbolar de nuevo el estandarte de la antigua Noche. Para vosotros todas las ventajas; yo me contento sólo con vengarme.»

Así dijo Satán, y con voz temblorosa y descompuesto semblante le contestó el viejo Anarca: «Te conozco, extranjero; tú eres el poderoso jefe de los ángeles que últimamente se rebelaron contra el Rey del cielo, y que fuiste derrotado. Yo lo vi y lo oí, pues tan numerosa milicia no pudo huir en silencio a través del aterrado abismo, yendo destrozada, perseguida, y más confundida que la misma confusión, mientras las puertas del cielo daban paso a millones de sus huestes victoriosas. Yo he venido a residir en mis fronteras, donde todo mi poder apenas basta para salvar lo poco que me resta, pues también se experimentan aquí vuestras divisiones intestinas, que van mermando los antiguos dominios de la Noche; además de que por una parte del infierno, donde tenéis vuestras prisiones, se ha dilatado en torno bajo mis pies; por otro ese Paraíso, ese nuevo mundo, están suspendidos sobre mi reino y unidos por una cadena de oro al punto del cielo de donde cayeron precipitadas vuestras legiones. Si queréis encaminaros hacia ese lado, no estáis distante; más cerca os hallaréis del peligro. Id, pues: apresurad la marcha; los despojos, la ruina y el exterminio son mi alimento.»

No dijo más ni Satán se detuvo a replicar, sino que gozoso de tener próxima una playa en aquel Océano, lánzase con nuevo ardor y con nueva fuerza por el inmenso espacio, como una pirámide de fuego. Pugnando con los desencadenados elementos que lo rodean por todas partes, prosigue su camino más estrecho, más peligroso que el del navío Argos al cruzar el Bósforo, con mayores riesgos que Ulises cuando al evitar por un lado a Caribdis, vio amenazada su inexperiencia con otro escollo.

Así avanza Satán difícil y penosamente; pero una vez que forzó el paso, y más adelante cuando cayó el Hombre (¡extraña novedad!), el Pecado y la Muerte, que seguían las huellas del infernal enemigo, pues tal fue la voluntad del cielo, abrieron ancho camino por el sombrío abismo, cuyo hirviente seno consintió que se echara un puente de asombrosa longitud desde el infierno hasta el orbe exterior de este frágil globo. Por medio de esta fácil comunicación, van y vienen los espíritus perversos, excepto los mortales, para tentar o castigar a aquellos a quienes Dios y los santos ángeles guardan por gracia particular.

Pero ya por fin comienza a sentirse la influencia sagrada de la luz, y el alba luminosa envía desde las murallas del cielo un destello al tenebroso seno de la oscura Noche. Aquí tienen principio los más lejanos límites de la naturaleza; retrocede el Caos y se retira de sus defensas como enemigo vencido, con menos estrépito y resistencia, mientras Satán, tranquila y holgadamente, se desliza por las apacibles hondas, guiado de incierta luz, a la manera de un buque combatido por las tempestades, que entra alegremente en el puerto, aunque con sus jarcias y velas despedazadas. Parecido al aire, tiende sus alas a la inmensidad del vacío, contemplando desde lejos y enajenado el empíreo cielo, cuya extensión es tal, que no acierta a distinguir si es cuadrada o circular. Descubre las torres de ópalo; las almenas de brillantes zafiros donde fue un tiempo su patria; ve también junto a la luna, sujeto al extremo de una cadena de oro, aquel mundo suspendido, igual a una estrella de la más pequeña magnitud; desde allí, animado por inicua sed de venganza, maldito él, y en maldita hora, aceleró su vuelo.

TERCERA PARTE

Sentado Dios en su trono, ve a Satán que vuela hacia el mundo nuevamente creado, y mostrándole a su Hijo, que reside a su diestra, le predice cómo intentará y logrará aquél pervertir al género humano. Pone a salvo de toda imputación su injusticia y sabiduría, dado que ha hecho al Hombre libre y capaz de resistir a las tentaciones de su enemigo; y anuncia su designio de perdonarle, atendiendo a que no se dejará llevar de su propia perversidad, como Satán, sino de la seducción de éste. El Hijo glorifica al Padre por su bondad, pero Dios declara al propio tiempo que no podrá conceder su gracia al Hombre sin que la justicia divina quede satisfecha, porque al atentar contra su poder, aspirando a la divinidad, se ha hecho reo de muerte con toda su descendencia, y debe morir, a no ser que haya alguien capaz de reparar su culpa, sufriendo el castigo de ella. El Hijo de Dios se ofrece entonces voluntariamente a rescatar al Hombre; acepta el Padre la oferta, ordena su encarnación, y dispone que sea exaltado sobre todo cuanto existe en el cielo y en la tierra. Manda fuego a todos sus ángeles que le adoren; obedécenle ellos, y al compás de sus arpas entonan himnos de gloria en loor del Omnipotente y de su Hijo. Entretanto, desciende Satán a la superficie exterior del globo terráqueo, y divagando por uno y otro punto llega a un lugar llamado posteriormente el Limbo de la Vanidad. Qué seres y qué cosas se dirigen volando hacia el mismo sitio. Acércase después a las puertas del cielo, y se describen las gradas por donde se sube a él, así como las aguas que corren por encima del firmamento. Pasa Satán a la órbita del Sol, y encuentra a Uriel, rector de aquella esfera; pero antes toma la forma de un ángel inferior, y pretextando un religioso deseo de contemplar el mundo nuevamente creado y al Hombre colocado por Dios en él, procura averiguar cuál es su morada. Indícasela Uriel, y Satán dirige a ella su vuelo, deteniéndose primeramente en la cima del Mates.

¡Salve sagrada luz hija primogénita del cielo oh destello inmortal del eterno Ser! ¿Por qué no he de llamarte así, cuando Dios es luz, y cuando en inaccesible y perpetua luz tiene su morada, y por consiguiente en ti, resplandeciente efluvio de su increada esencia? Y si prefieres el nombre de puro raudal de éter, ¿quién dirá cuál es tu origen, dado que fuiste antes que el sol, antes que los cielos, cubriendo a la voz de Dios, como con un manto, el mundo que salía de entre las profundas y tenebrosas hondas, arrancado al vacío informe e, inconmensurable?

Vuelvo ahora a ti nuevamente con más atrevidas alas, dejando el Estigio lago, en cuya negra mansión he permanecido sobrado tiempo. Mientras volaba cruzando tenebrosas regiones y no menos sombríos ámbitos, canté el Caos y la eterna Noche en tonos desconocidos a la cítara de Orfeo. Guiado por una musa celestial, osé descender a las profundas tinieblas, y remontarme de nuevo; arduo y penoso empeño. Seguro ya, vuelvo a ti, siendo tu influencia vivificadora; pero tú no iluminas estos ojos que en vano buscan tu penetrante rayo sin descubrir claridad alguna: a tal punto ha consumido sus órbitas invencible mal, o se hallan cubiertas de espeso velo. Más alentado por el amor que me inspiran sagrados cantos, recorro sin cesar los sitios frecuentados por las Musas, las claras fuentes los umbríos bosques, las colinas que dora el sol; y a ti sobre todo, ¡oh Sión!, a ti, y a los floridos arroyos que bañan tus santos pies y se deslizan con suave murmullo, me dirijo durante la noche. Ni olvido tampoco a aquellos dos, iguales a mí en desgracia (¡así los igualará en gloria!), el ciego Tamiris y el ciego Meónides, ni a los antiguos profetas Tiresias y Fineo, deleitándome entonces con los pensamientos que inspiran de suyo armoniosos metros, como el ave vigilante que canta en la oscura sombra, y oculta entre el espeso follaje hace oír sus nocturnos trinos.

Así con el progreso del año vuelven las estaciones; mas para mí no vuelve jamás el día: no veo los dulces albores de la mañana, ni el crepúsculo de la tarde, y ni la flor de la primavera, ni la rosa del estío, ni los rebaños de los prados, ni la faz divina del Hombre. Sumido entre tinieblas y eternas nubes, apartado de las gratas sendas de la vida humana, no me ofrece el libro cuyo estudio es tan interesante, más que una inmensa página en blanco, donde están borradas para mí las obras de la naturaleza, y la sabiduría halla cerrada en uno de mis sentidos la puerta que más fácil entrada le dejaría. Brilla, pues, dentro de mí con más esplendor, ¡oh celeste luz! Ilumina con tus rayos las potencias todas de mi alma; pon ojos en ella; purifica y presérvala de las sombras que la envuelven, para que pueda ver y narrar cosas invisibles a la vista de los mortales.

Desde las cumbres del puro empíreo, donde ocupando su trono domina sobre las mayores eminencias, inclinó una mirada el omnipotente Padre para contemplar a la vez sus obras y las obras de sus criaturas. Agrupábanse en torno suyo todas las santidades del cielo, como otras tantas estrellas, y se gozaban de su vista con indecible bienaventuranza: a su diestra tenía asiento su único Hijo, radiante imagen de su gloria. Dirigió su vista a la Tierra, fijándola en nuestros dos primeros padres, únicos seres de la especie humana, que colocados en un jardín delicioso saboreaban inmortales frutos de paz y amor, inalterable paz, amor sin igual en aquella soledad dichosa. Miró después al infierno y al abismo que lo separa del mundo, y vio a Satán volando por la tenebrosa atmósfera, en torno de los límites del cielo y hacia la región de la Noche, inclinado a posar sus fatigadas alas y su pie impaciente en la árida superficie de este mundo, que le parecía un globo sólido y sin firmamento. Dudaba si era océano o aire aquel espacio; y observándolo Dios con la profunda mirada que penetra en el presente, el pasado y el porvenir, dirigió a su Unigénito estas proféticas Palabras: «¿Ves Hijo mío el furor de que está poseído nuestro adversario? Ni la estrechez en que se halla, ni las barreras del terno, ni las cadenas de que está cargado, ni aun el vacío inmenso del abismo bastan para contenerlo; tanto lo ciega la desesperación de una venganza que recaerá sobre su rebelde meza. Rotos ahora los lazos que le oprimían, se acerca al cielo, a la región de la luz, dirigiéndose al mundo nuevamente creado, con el intento de destruir por la fuerza al Hombre mora allí, o lo que es peor, pervertirlo con algún artificioso engaño. Y lo conseguirá; porque atento el Hombre a falaces lisonjas, y quebrantando fácilmente mi único Mandato, la única prueba, que exijo de su obediencia, caerá no sólo él, sino toda su infeliz progenie.

«¿A quién podrá culpar, a quién más que a sí propio? ¡Ingrato! Le concedí cuanto podía anhelar; le inspiré la justicia, la rectitud, la fuerza para sostenerse, aunque con la libertad para caer; del propio modo creé a todas las potestades y espíritus etéreos, así a los que permanecieron fieles, como a los que se rebelaron, pues libres fueron los unos para sostenerse, los otros para caer. Sin esta libertad, ¿qué prueba sincera hubieran podido dar de verdadera obediencia, de constante fe ni de amor, obrando sólo por necesidad, no voluntariamente? ¿De qué alabanza se hubieran hecho merecedores? ¿Qué satisfacción había de causarme semejante obediencia, cuando la voluntad y la razón (que en la razón también hay albedrío), tan vana la una como la otra, privadas ambas de libertad y ambas pasivas, cedieran a la necesidad no a mi precepto?

«Así creados, y conforme al derecho de que disfrutan, no pueden en justicia acusar a su Hacedor, ni a su naturaleza, ni a su destino, cual si éste avasallase su voluntad o dispusiera de ellos por un decreto absoluto o una prevención suprema. Ellos mismos han decidido su rebelión, no yo; yo la tenía prevista, más semejante prevención no redunda en disculpa suya, que no por haber dejado de preverla hubiese sido menos segura. Así, pues, sin que los impulsase nadie, sin poder achacarlo al destino, ni a una predestinación inmutable por parte mía, ellos son los que pecan. Ellos los autores de su mal, en que caen deliberadamente o por su elección. Libres los he formado; libres deben permanecer hasta que ellos mismos vengan a esclavizarse, pues de otra suerte me sería forzoso cambiar su naturaleza, revocando el supremo decreto, inmutable y eterno, por el cual les fue otorgada su libertad. Ellos sólo son la causa de su caída.

«Los primeros culpables cayeron instigados, tentados por sí mismos, y por su propia depravación: el Hombre cae engañado por aquellos rebeldes, y por lo mismo obtendrá gracia; los otros no. Por la misericordia y la justicia triunfará mi gloria así en el cielo como en la tierra; mas la misericordia, desde el principio al fin, será la que resplandezca más.»

Mientras hablaba así Dios, se difundía por todo el cielo un aroma de perfumada ambrosia que comunicaba a los elegidos espíritus de los bienaventurados el inefable gozo de un nuevo júbilo. Mostraba el Hijo de Dios la expresión de una gloria sin igual; veíase en él sustancialmente reproducido su Padre en toda su plenitud; y en su rostro aparecían visibles una divina compasión, un amor infinito y una inefable gracia, que le movieron a dirigirse a su Padre, diciendo así: «¡Oh Padre mío! ¡Cuán misericordiosa es la sentencia que como supremo juez has pronunciado! ¡Que el Hombre obtendrá perdón! Por ella publicarán cielo y tierra tus alabanzas en innumerables himnos y sagrados cánticos, que resonando alrededor de tu trono para siempre te bendigan. Pero, ¿será que el Hombre perezca al fin? ¿Que la última y más amada de tus criaturas, el más joven de tus hijos sea víctima de un engaño aunque su propia demencia contribuya a él? Lejos de ti rigor tanto, lejos de ti, Padre mío, que juzgas, y siempre equitativamente, de cuanto has hecho. ¿Conseguirá así sus fines nuestro adversario, frustrando los tuyos y sobreponiéndose su malicia a tus bondades? ¿Verá satisfecho su orgullo, aunque sujeto a más duras penas, y lograr saciar su venganza arrastrando consigo al infierno, después de haberla corrompido, a toda la raza humana? ¿Has de destruir tú mismo tu creación, y deshacer por ese enemigo lo que has hecho para tu gloria? Pondríanse entonces en duda tu bondad y tu grandeza, y se negarían una y otra, sin que fuera posible defenderlas.»

«¡Oh Hijo mío en quien tanto se goza mi alma», le replicó el Sumo Hacedor, «Hijo de mi seno, mi único Verbo, mi sabiduría y mi más eficaz poder! Conformes están tus palabras con mis pensamientos y con lo que mi eterno designio ha decretado; no perecerá enteramente el Hombre: salvaráse el que lo desee, mas no por su voluntad propia sino por mi gracia libremente concedida. Restableceré de nuevo su degenerada condición, aunque sujeta por el pecado a impuros y violentos deseos y con mi ayuda podrá otra vez resistir a su mortal enemigo; pero esta ayuda ha de servirle para que sepa a qué extremo ha llegado la degradación, y para que a mí. exclusivamente a mí, sea deudor de su libertad.

«Ya entre todos ellos he escogido a algunos, dignos de mi predilección, porque tal ha sido mi voluntad: los demás oirán mi llamamiento y serán con frecuencia amonestados para que, reconociendo su iniquidad, se apresuren a aplacar mi indignación y aprovecharse de la gracia con que les brindo. Yo iluminaré cuanto sea necesario la ofuscación de sus sentidos, y ablandaré sus endurecidos corazones para que puedan orar, arrepentirse y prestarme la debida obediencia. A sus ruegos, a su arrepentimiento y sumisión, cuando procedan de un ánimo sincero, ni mis oídos ni mis ojos permanecerán cerrados; les daré por guía y árbitro la conciencia; y si la escuchan y la emplean bien, cada vez alcanzarán más luz, y perseverando hasta el fin, tendrán segura su salvación. Pero nunca disfrutarán de mi inagotable indulgencia ni de mi gracia los que la olviden y menosprecien, sino que se aumentarán en el endurecido su dureza y en el ciego su ceguedad para que tropiecen y caigan en mayor abismo; y sólo a éstos excluiré de mi misericordia.

«Resta todavía que hacer, desobediente y rebelde, el Hombre ha quebrantado su fe, y pecado contra la alta majestad del cielo: ha aspirado a la divinidad y perdídolo así todo, sin reservar nada con que expiar su crimen; por lo que amenazado de destrucción, debe perecer con toda su posteridad. Preciso es, pues, que él o la justicia dejen de existir, a no ser que en su lugar se ofrezca voluntariamente alguno capaz de dar completa satisfacción, es decir, muerte por muerte. Ahora bien, decidme, celestes potestades: ¿dónde hallar semejante abnegación? ¿Quién de vosotros para redimir el crimen del Hombre se hará mortal? ¿Qué justo salvará al injusto? ¿Existe en todo él cielo tan sublime amor?»

A esta pregunta enmudecieron los coros allí presentes, y el cielo todo quedó en silencio. No se presentó en favor del Hombre patrono ni intercesor alguno, ni menos quien osara atraer sobre su cabeza el mortífero castigo, ofreciéndose como precio de aquel rescate; y hubiérase perdido toda la especie humana sin tener quien la redimiese, entregada por un terrible decreto a la muerte y al infierno, si el Hijo de Dios, en quien reside la plenitud del amor divino, no hubiese interpuesto de nuevo su poderosa mediación, diciendo:

«Ya, Padre mío, has pronunciado su sentencia: el Hombre obtendrá perdón. Mas este perdón en que está cifrada la mayor eficacia de tu bondad, que acude a todas tus criaturas, y a todas llega sin que se prevea ni implore, ni solicite ¿ha de haberse otorgado en vano? ¡Feliz el hombre que así lo alcanza. pero que una vez perdido y muerto por el pecado, no podrá recurrir a él, en la incapacidad de ofrecer por sí holocausto ni expiación alguna!

«Heme aquí, pues: yo me ofrezco por él; yo ofrezco mi vida por la suya. Caiga sobre mí tu cólera; mírame como a un hombre. Por su amor me separaré de ti, me desposeeré voluntariamente de esta gloria que contigo comparto; por él moriré contento. Descargue en mí la Muerte sus furores; no permaneceré sumido mucho tiempo en su tenebroso imperio. Tú me has concedido vivir por mí propio y perpetuamente; y por ti viviré, aunque ahora me someta a la Muerte, y le entregue cuanto haya en mí de perecedero.

«Pero una vez satisfecha esta deuda, no me dejarás yacer en el horror del sepulcro, ni consentirás que mi alma inmaculada esté para siempre sujeta a la corrupción, sino que resucitaré victorioso, subyugando a mi vencedor, a quien arrancaré los despojos de que se muestra tan envanecido. Será este golpe funesto para la Muerte, que al contemplar su humillación, quebrará su letal saeta; y encumbrándome yo por el dilatado espacio del aire en medio de mi triunfo, llevaré cautivo al infierno a pesar suyo, dejando aherrojadas las potestades de las tinieblas. Y tú te deleitarás en este espectáculo, y dirigirás desde el cielo una mirada, y sonreirás amorosamente; y con tu ayuda, confundiré a todos mis enemigos, como a la Muerte, el postrero de ellos, cuyo esqueleto henchirá el sepulcro. Cercado entonces de la muchedumbre redimida por mí, tornaré al cielo tras larga ausencia; tornaré, Padre mío, a contemplar tu rostro, en que no se descubrirá ya sombra alguna de indignación, sino anuncios de ventura y paz; porque dando al olvido tu cólera, se gozará en tu reino de inefable júbilo.»

Estas fueron sus últimas palabras. Calló; mas parecía seguir hablando con una expresión de dulzura tal, que revelaba su infinito amor hacia los mortales, amor que sólo era comparable a su obediencia filial. Ofrecido a sí propio como víctima, esperaba que el augusto Padre manifestase su voluntad. El cielo estaba mudo de asombro, sin comprender la significación de aquel misterio ni el fin a que se encaminaba; cuando el Omnipotente exclamo así: «¡Oh tú, en la tierra y en el cielo única prenda de paz para el género humano, bastante a aplacar mi cólera, y único objeto de mi complacencia! Bien sabes cuán queridas me son todas mis obras, y cuánto lo es el Hombre, última de las que han salido de mis manos, pues por él te separaré de mi seno Y de mi diestra, para salvar, privado de ti algún tiempo, a toda esa raza de perdición. Y dado que tú solo puedes redimirla, une a la tuya la naturaleza humana, y baja a ser hombre entre los hombres de la tierra; hazte carne, cumplido que fuere el tiempo, saliendo del seno de una virgen y naciendo milagrosamente. Sé padre del género humano en lugar de Adán, aunque hijo de éste; y ya que en él perecen todos los hombres, de ti, como de una segunda raíz, nacerán los que sean dignos de esta gracia, pero sin ti no se salvará nadie. El crimen de Adán hace culpables a todos sus hijos; por tu mérito, que les será traspasado, quedarán absueltos los que renunciando a sus propias acciones, justas o injustas, vivan regenerados en ti, recibiendo de ti nueva existencia. El Hombre, pues, como es justo satisfará la pena que debe el Hombre; será juzgado, morirá; y al dejar de existir, volverá a levantarse, y con él se levantarán todos sus hermanos, redimidos con su preciosa sangre. Así el amor celestial vencerá el odio del infierno, entregándose a la muerte y muriendo para redimir a tanta costa lo que el odio infernal ha destruido tan fácilmente, y lo que destruirá todavía en aquellos que aun pudiendo, no acepten la gracia con que se les brinda.

«Al descender hasta la humana naturaleza, no humillas ni degradas la tuya; porque sentado en el trono de Dios, igualándolo en grandeza y gozando como él de la mayor bienaventuranza, a todo has renunciado para preservar a un mundo de su completa ruina; porque tu mérito, más bien que tu divino origen, te ha hecho doblemente digno de ser el Hijo de Dios, mostrándote antes bueno que grande y poderoso; y porque en ti abunda el amor más que el deseo de gloria. Por medio de tu sublime humillación, elevarás contigo hasta este trono tu humanidad, y aquí encarnado reinarás a la vez como Dios y como Hombre, como Hijo de Dios y del Hombre, quedando consagrado por Rey del universo. Todo este poder te concedo:

reina perpetuamente, y goza de tu virtud. Imperarás como señor supremo, sobre tronos principados potestades y dominaciones; y todos se prosternarán ante ti en el cielo, en la tierra y en las profundidades del infierno. Cuando asociada a tu gloria la corte celestial, aparezcas en la cumbre del firmamento; cuando, sirviéndote los arcángeles de heraldos, convoquen a las naciones ante tu tribunal terrible, y, acudan a su voz los vivientes de todas las partes del mundo, y los muertos de todas las pasadas edades, y al estrépito producido por la ruina de la naturaleza, despierten de su sueño, y corran presurosos a oír tu irrevocable fallo, entonces juzgarás en presencia de los santos todos, a los hombres y a los ángeles perversos, y convencidos de su iniquidad se humillarán ante tu sentencia, y su innumerable multitud llenará el infierno, que quedará para siempre cerrado desde aquel día. El mundo se reducirá a cenizas, pero de entre ellas saldrán un nuevo cielo y una nueva tierra, que será morada de los justos; los cuales tras largas tribulaciones, conocerán una edad de oro, fecunda en grandiosos hechos y embellecida por el placer, el triunfo del amor y la hermosura de la verdad. Entonces desceñirás tus regias vestiduras, no teniendo para qué empuñar el cetro de tu soberanía, porque Dios será todo para todos. Adorad, pues, angélicas potestades, al que muere para que se cumplan todas estas maravillas; adorad a mi Hijo, y honradlo como a mí propio.»

Esto dijo el Todopoderoso, y la innumerable multitud de ángeles prorrumpieron en ruidosas aclamaciones, cuya armonía, como producida por voces celestiales, era intérprete de su júbilo. Al compás de los himnos y «hosannas» que resonaban por las eternas regiones del Empíreo, inclinábanse reverentemente los ángeles ante ambos tronos, y en muestra de adoración, cubrieron las gradas con coronas, entretejidas de amaranto y oro; de amaranto inmortal, flor que brilló primero junto al árbol de la Vida, en el Paraíso, pero que luego, por el pecado del hombre, de nuevo se trasladó al cielo, su patria, y allí prospera y florece aún, prestando dulce sombra a la fuente de la vida y a las márgenes del dichoso río, cuyas ondas de ámbar se deslizan por entre las flores del Elíseo.

Con guirnaldas formadas de estas perpetuas flores, entrelazan y sostienen los espíritus bienaventurados sus resplandecientes cabelleras; de las que desprendiéndose después, se esparcen sobre el luciente pavimento; que brilla como un mar de jaspe, matizado de celestiales rosas. Cíñenselas los ángeles de nuevo; prepara cada cual su arpa de oro, siempre templada, y como un carcaj suspendida a su costado; y preludiando una suavísima sinfonía entonan sagrado cántico, que arrebata el alma de entusiasmo. No hay voz allí que permanezca silenciosa, no hay voz que niegue el encanto de su melodía: tan acorde se ve todo en el cielo.

Cantáronte a ti primero, ¡oh Padre omnipotente, inmutable, inmortal, infinito, que has de reinar por siempre! A ti, creador de todas las cosas, fuente de luz invisible entre los gloriosos fulgores del altísimo trono donde te sientas, que aun templando la fuerza de tus rayos, y envuelto en la nube que como radiante tabernáculo te rodea, dejas ver los bordes de tu manto oscurecidos por tan excesivo brillo. El cielo entretanto aparece deslumbrado, y los más lucientes serafines no se acercan a ti sino cubriéndose los ojos con ambas alas.

Ensalzáronte después a ti, que precediste a toda la creación, Hijo engendrado, Divina Imagen, en cuya hermosa faz resplandece el Padre Omnipotente, para ti visible, sin nube alguna, pero invisible a las demás criaturas. En ti el esplendor de su gloria se reproduce impreso; y transfundido en ti se anima su inmenso espíritu. Por ti creó el cielo de los cielos, y todas las potestades que en él se encierran; por ti precipitó en el abismo a las ambiciosas dominaciones. No dejaste aquel día vagar al terrible rayo de tu Padre, ni detuviste las ruedas de tu flamígero carro, que estremecían la eterna bóveda del cielo al pasar sobre los rebelados ángeles rebeldes. Tornaste triunfante de aquella lid, y tus potestades te exaltaron con inmensas aclamaciones, a ti, Hijo único de la omnipotencia de tu Padre, ejecutor de la terrible venganza que tomaba en sus enemigos. No así con el Hombre: vencido por la malicia de aquellos, no le hiciste blanco de tus rigores, sino que lo miraste con piedad, ¡oh Padre de gracia y misericordia! Sabedor tu amado y único Hijo de que no era tu propósito castigar la fragilidad del hombre, y de la compasión que por él sentías, para apaciguar tu cólera, poniendo término a la lucha entre la misericordia y la justicia, que revelaba tu semblante, ofrecióse El mismo al sacrificio para redimir al Hombre, renunciando a la felicidad de que junto a ti gozaba. ¡Oh amor sin ejemplo, amor que no podía nacer sino en el espíritu divino! ¡Salve, Hijo de Dios, redentor de la Humanidad! ¡Tu nombre será de hoy más el sublime asunto de mi canto; mi cítara celebrará sin cesar tus alabanzas, al par de las de tu Padre!

En tan gozosos afectos y loores empleaban sus bienhadadas horas los ángeles que pueblan la región de las estrellas; mientras Satán, descendiendo al sólido y opaco globo de este mundo esférico, comenzaba a recorrer la primera convexidad, que envolviendo los orbes luminosos inferiores, los separa del Caos y del dominio de la antigua Noche. De lejos parecíale un globo aquella convexidad; de cerca un continente sin límites, sombrío, estéril y salvaje, triste como una noche sin estrellas, y expuesto a las tempestades siempre amenazadoras del Caos, que muge a su alrededor; cielo inclemente, excepto por la parte de los muros del Empíreo, que aunque lejanos reflejaban un destello de claridad en medio de las tinieblas procelosas.

Recorría el enemigo a pasos agigantados aquel anchuroso campo, semejante al buitre que nacido en el Imaus, cuya nevada cima cubre el Tártaro vagabundo, abandona la región falta de caza para cebarse en la carne de los corderos o cabritillos que pastan en las colinas, y dirige después su vuelo hacia las corrientes del Ganges o del Hydaspe, ríos de la India, bajando de paso a las áridas llanuras de Sericana, por donde, a favor de la brisa y de las velas, caminan los chinos en sus ligeros esquifes de caña. Marchaba así el Enemigo por aquel mar de tierra que azotaba el viento, buscando por todas partes su presa; marchaba solo, porque en aquel lugar no se encontraba aún ningún ser vivo ni muerto; pero más tarde, cuando malogró el pecado las obras de los hombres, subieron allí desde la tierra, como un vapor aéreo, las vanidades de los mortales, las almas de los que cifran en ellas sus quiméricas esperanzas de gloria, de fama duradera o de felicidad, así en ésta como en la otra vida. Todos aquellos que en la tierra aspiran al fruto de una lastimosa superstición o de un desmedido celo, y no ambicionan más que las alabanzas de los hombres, encuentran allí recompensa proporcionada a sus merecimientos, vana como sus obras. Todos los seres imperfectos, verdaderos abortos y monstruos, que salen extrañamente amalgamados de manos de la naturaleza, se refugian en aquella región desde la tierra en que se evaporan y vagan inútilmente por ella hasta la disolución del mundo, y no residen en la vecina luna, como algunos han soñado; pues los argentados campos de este astro sirven más bien de morada a otras almas justas, a espíritus que participan a la vez de la naturaleza angélica y humana.

Desde el antiguo mundo fueron trasladados al principio a aquellas tristes regiones los hijos de fementidos enlaces: los gigantes que llevaron a cabo inútiles proezas, entonces muy celebradas; posteriormente los que edificaron a Babel en la llanura de Sennaar, que sin desistir de su frustrado intento, seguirían construyendo nuevas torres si tuviesen medios con que efectuarlo. Uno tras otro llegaron luego muchos más, entre ellos Empédocles, que para ser tenido por Dios, se lanzó voluntariamente a los abismos del Etna; y Cleombroto, que para gozar del Elíseo de Platón, se sumergió en el mar. Empeño interminable sería mencionar a otros, hipócritas o dementes, anacoretas y frailes blancos, negros y grises, con todos sus embelecos. Por allí vagabundean los peregrinos que tan largo viaje arriesgaron buscando muerto en el Gólgota al que vive en el cielo; y los que para ganar el Paraíso, visten al morir el hábito franciscano o dominico, imaginando que este disfraz les allanará la entrada. Cruzan todos ellos los siete planetas, las estrellas fijas, la esfera cristalina, cuyo balanceo produce la trepidación, objeto de tantas controversias, y la esfera que se puso en movimiento antes que ninguna otra. En la puerta del cielo parece aguardarlos San Pedro con sus llaves: tocan ya en el umbral; y cuando levantan el pie para penetrar en él, a impulsos de un furioso viento que en encontradas direcciones los combate, son lanzados a diez mil leguas de distancia en la inmensidad del aire. ¡Qué de cogullas, tocas y hábitos se ven entonces revueltos y despedazados como los que con ellos se cubren, y qué de reliquias, escapularios, indulgencias, dispensas, bulas y absoluciones, que vienen a ser ludibrio de los vientos! Revolotea todo ello por los espacios ilimitados, sobre el mundo, y en el vastísimo limbo llamado después «Paraíso de los locos», que si andando el tiempo fue de pocos desconocido, hallábase despoblado entonces y nadie penetraba en él.

Encontró a su paso el infernal Enemigo aquel tenebroso globo, y anduvo recorriéndolo largo tiempo, hasta que el resplandor de la escasa luz le atrajo hacia el sitio de donde salía. Pudo entonces descubrir a lo lejos un magnífico edificio que en anchurosa gradería se alzaba hasta la muralla del cielo, y al terminar aquélla, una construcción más suntuosa aún, semejante a la puerta de regio alcázar, coronada con un frontispicio de diamante y oro. Brillantes perlas orientales adornaban el pórtico, que ni pincel humano ni modelo alguno aceptarían a imitar en la tierra; sus escalones eran como aquellos por donde vio Jacob subir y bajar a las celestiales cohortes de los ángeles, cuando huyendo de Esaú, camino de PadanAram, y entregado de noche al sueño en los campos de Luza, bajo el estrellado firmamento, exclamó al despertar. «¡Esa es la puerta del cielo!»

Cada uno de aquellos escalones contenía un misterio, mas no siempre estaba allí fija la escala, que a veces se ocultaba en el cielo y se hacía invisible. Fluía por debajo de ella un mar brillante de jaspe y de perlas líquidas, que surcaban los que habían subido de la tierra en alas de los ángeles, o arrebatados en un carro por corceles de raudo fuego. Mostrábase entonces la escala en toda su extensión, ya para alucinar al Enemigo con la facilidad de la subida, ya para acrecentarle la pena con que había de verse excluido de la mansión bienaventurada.

Enfrente de aquellas puertas, y precisamente encima de la risueña morada del Paraíso, abríase un camino que conducía a la tierra, camino mucho más ancho que fue en los venideros tiempos el espacioso que llegaba hasta el monte Sión y la Tierra prometida, predilecta del Señor. Recorrían incesantemente aquel camino los ángeles que comunicaban las órdenes supremas a las dichosas tribus, y el Altísimo dirigía miradas bondadosas a las que habitaban desde Paneas, manantial de las aguas del Jordán hasta Bersabé, donde la Tierra Santa confina con el Egipto y las playas de la Arabia. Tan vasto era aquel camino, que sus límites se perdían en las tinieblas, como las profundidades del Océano. Desde allí, llegado que hubo al escalón inferior de las gradas de oro que conducen a la puerta del cielo, Satán inclinó su vista y quedó maravillado al descubrir repentinamente todo aquel mundo. Como el espía que caminando toda la noche por peligrosos y desiertos sitios, llega por fin al despuntar la risueña aurora, a la cumbre de empinada altura, y ve de pronto la agradable perspectiva de tierra extraña, que con asombro contempla por primera vez, o de metrópoli famosa, embellecida con pirámides brillantes torres que iluminan los dorados rayos del sol naciente, así el espíritu maligno quedó embargado de asombro; aun con haber visto en otro tiempo las maravillas del Cielo; mas el aspecto de aquel mundo que tan hermoso parecía, todavía le inspiró mayor envidia que admiración.

Dominando desde aquella elevación la inmensa sombra de la noche, recorrió con la vista desde el punto oriental de la Libia hasta el signo que toma el nombre del animal que condujo a Andromeda más allá del horizonte del mar Atlántico. Vio luego la extensión que media entre los dos polos, y sin más detención dirigió el raudo vuelo hacia la primera región del mundo, y fácilmente torció el rumbo a través del puro y marmóreo aire, entre innumerables estrellas que brillaban desde lejos como astros, pero que de cerca parecían otros tantos mundos; y lo serán acaso, o bien islas afortunadas como los jardines de las Hespérides, tan celebrados en la antigüedad. Campos de bienandanza, bosques y valles floridos, islas tres veces felices ¿quién tenía la dicha de habitarlos? Satán no se detuvo a averiguarlo.

Atrae sobre todo sus miradas el áureo sol, resplandeciente como el Empíreo, y hacia él dirige su vuelo atravesando el sereno firmamento; pero en qué dirección y hasta qué punto más o menos del centro, difícil es discurrirlo; encaminose a la región desde donde el fulgente astro comunica su luz a las vulgares constelaciones que se mantienen a distancia proporcionada, y que en su sucesiva evolución regulan el cómputo de los días, los meses y los años, ya acercándose en sus varios movimientos al astro vivificante ya suspendiéndolos en virtud de la influencia de sus magnéticos rayos, que templan con dulce calor el universo, y, aunque invisibles, penetran con benigna eficacia en todas partes hasta en lo más profundo de los abismos; tan maravillosamente está situado. Detúvose allí el Impío; y acaso ningún astrónomo descubrió jamás con el auxilio de su cristal óptico semejante mancha en el disco del astro luminoso.

Parecióle aquel lugar a Satanás espléndido sobre todo encarecimiento, superior a cuanto como metal o piedra puede existir en la tierra. No eran todas sus partes semejantes entre sí, pero en todas penetraba por igual una luz radiante como penetra el fuego el interior del hierro. Si eran metales una parte parecía oro y la otra plata finísima; si piedras, debían componerse de carbunclos o crisolitos rubíes o topacios, semejantes a las doce que brillaban en el pecho de Aarón o a aquella más imaginada que conocida que los filósofos de este mundo han buscado tanto tiempo inútilmente aunque con su arte poderoso hayan sujetado al volátil Hermes y extraído del mar bajo sus diferentes formas al antiguo Proteo, hasta reducirlo por medio del alambique a la primitiva.

¿Cómo, pues, maravillarse de que aquellos campos y regiones exhalen elixir tan puro, y de que corra el oro potable por los ríos, cuando a pesar de la distancia a que se halla de nosotros, a su solo contacto produce el sol, incomparable alquimista en medio de la oscuridad y combinando entre sí las sustancias terrestres, riquezas tales de colores tan vivos y de efectos tan extraordinarios?

Lejos de quedar deslumbrado, contempla fijamente Satán todos aquellos objetos; ninguno está fuera del alcance de su vista que como no se opone obstáculo ni sombra alguna el sol lo esclarece todo. Así, cuando al mediodía lanza éste sus rayos verticales desde el ecuador, cayendo directamente en ningún punto de alrededor puede proyectarse la sombra de un cuerpo opaco. Aquel aire puro cual ningún otro contribuía a que la mirada de Satán penetrase hasta los objetos más lejanos y así descubrió claramente un hermoso ángel que estaba en pie y era el mismo que Juan el apóstol percibió en el sol. Aunque vuelto de espaldas no se ocultaba su glorioso aspecto: coronaba su frente una tiara de oro formada por los rayos de aquel astro, y su cabellera, no menos brillante, ondeaba suelta sobre sus alas. Parecía ocupado en un grave cargo o sumido en meditación profunda; pero el Espíritu impuro se llenó de alegría con la esperanza de tener en él un guía que dirigiese su vuelo errante hacia el Paraíso terrestre, feliz morada del Hombre, donde debía terminar su viaje y principiar nuestra desventura.

Para evitar sin embargo todo peligro o contrariedad, ideó el medio de desfigurarse tomando la forma de un querubín adolescente, si no de los de primer orden, tal que llevase pintada en su rostro la inmortal juventud del cielo y la hermosura de la gracia en todo su continente; que tan diestro era en aquellas artes. Sujetaba una diadema sus cabellos, rizados por el aliento del céfiro, sus alas, compuestas de plumas de varios colores estaban salpicadas de oro; la túnica recogida que le cubría daba mayor desembarazo a sus movimientos, y parecía medir sus pasos al compás del tirso de plata en que se apoyaba.

No pudo acercarse sin ser oído, y al sentir el ruido de sus pasos volvió el Angel su radiante rostro. Reconoció entonces Satán a Uriel, uno de los siete arcángeles que en presencia de Dios y como más próximos a su trono son los ejecutores de sus mandatos; son sus ojos que recorren ya los cielos, ya el globo terrestre, llevando instantáneamente su palabra, así a las regiones acuosas, como a las secas, así a las tierras, como a los mares. Acércase Satán a Uriel, y le dice: Uriel, pues eres uno de los siete espíritus que asisten ante el glorioso y brillante trono del Señor, y el primero que sueles interpretar su voluntad suprema transmitiéndola al más elevado cielo donde la están esperando todas sus criaturas, no dudo que tus soberanos decretos te otorguen aquí igual honor, y que por lo mismo, y siendo uno de los ojos del Eterno, visitarás con frecuencia el mundo nuevamente creado. El ardiente deseo de ver y conocer las admirables obras de Dios, y particularmente al Hombre, objeto principal de sus delicias y favores, por quien todas esas obras tan maravillosas ha creado, me ha inducido a separarme de los coros de querubines y a discurrir solo por estos sitios. Dime, pues, hermosísimo serafín, dime en cuál de esos orbes esplendorosos tiene el Hombre su residencia fija, o si no la tiene y puede habitar indistintamente en todos ellos. Dime dónde podré hallar, dónde contemplar con mudo asombro, o mostrando francamente mi admiración, a ese ser a quien el Criador da tantos mundos, derramando sobre él tal copia de perfecciones. Así podremos ambos no sólo por el hombre, sino por todas las demás cosas glorificar al universal Hacedor, cuya justicia precipitó en lo más profundo del infierno a sus rebeldes enemigos, y que para reparar esta pérdida, y para gloria mayor suya, ha creado esta dichosa raza. En todo es sabia su providencia.»

Así habló el falso Enemigo, encubriendo su astucia, pues ni hombres ni ángeles pueden discernir la hipocresía, vicio invisible en cielo y tierra, excepto para Dios que lo consiente; que aun cuando la Sabiduría vigila, la Desconfianza duerme a su puerta, o cede el puesto a la Sencillez; y la Bondad no ve mal alguno donde claramente no se descubre. Esto fue lo que entonces engañó a Uriel, aunque como director del sol, era tenido por el espíritu más perspicaz del cielo; por lo que con natural sinceridad contestó así al pérfido impostor: «Ángel hermoso: tu deseo de conocer las obras de Dios para glorificar a su Autor supremo, nada tiene de vituperable, antes la vehemencia misma de ese anhelo es de mayor alabanza merecedora, pues desde su empírea mansión te trae solo hasta aquí, queriendo asegurarte por tus propios ojos lo que quizá en el cielo se contentan algunos con saber de oídas. Maravillosas en verdad son las obras del Altísimo, todas dignas de conocerse y recordarse siempre con delicia. Pero ¿cuál de los espíritus creados podrá calcular su número o comprender la infinita sabiduría que las produjo aunque sin manifestar lo recóndito de sus causas?

«Yo vi cuando a su voz se juntó la informe masa de la materia, embrión ya de ese mundo: oyóla el caos; la revuelta confusión adquirió forma y la infinita inmensidad se redujo a límites. Pronunció otra palabra, y las tinieblas se disiparon; brilló la luz, nació el orden del desorden y al punto se repartieron según su gravedad respectiva los elementos corpóreos, la tierra, el agua, el aire y el fuego. Voló a la región aérea la quinta esencia del cielo y animándose según sus diferentes disposiciones, y girando a modo de esfera, se convirtió en esas innumerables estrellas que estás viendo. Cada cual ocupó distinto lugar conforme su movimiento; cada cual sigue su curso; y lo demás circuye como una muralla el Universo.

«¿Ves allá abajo aquel globo, uno de cuyos lados brilla con la luz reflejada que de aquí recibe? Pues aquélla es la Tierra; allí habita el Hombre; esta luz es su día, y sin ella cubriría la noche todo el globo terrestre, como sucede en el hemisferio opuesto. Pero la proximidad de la Luna, que así se llama aquel hermoso planeta que está enfrente, le presta oportuno auxilio; describe su círculo mensual, y acabado, vuelve a recorrerlo incesantemente en medio del cielo, iluminándose su triforme faz con el resplandor que recibe y que a su vez comunica a la tierra, y con su pálida influencia ahuyenta la oscuridad de la noche. Ese punto adonde señalo, es el Paraíso, mansión de Adán, y la sombra que en medio de él se dilata, su vivienda. No puedes equivocar el camino; a mí me incumben otros cuidados.»

Volvió el rostro al decir esto, y Satán se inclinó profundamente ante aquel espíritu superior, como es costumbre en el cielo, donde nadie rehúsa tributar el respeto y honor debidos; y despidiéndose de Uriel, se lanzó a la costa inferior de la tierra desde la Eclíptica. Cobrando entonces mayor agilidad con la esperanza de obtener un feliz éxito, desciende perpendicularmente, gira como una rueda, atravesando la región del Eter, y no se detiene hasta llegar a la cima de Nifates.

CUARTA PARTE

A la vista va del Edén y, cercano al lugar en que se propone llevar por sí solo a efecto su atrevida resolución contra Dios y el Hombre, comienza a dudar Satán fluctuando entre sus temores, su envidia y desesperación. Por último triunfa en él la perversidad, y se acerca al Paraíso, cuya situación y aspecto exterior se describe; penetra en él; pósase, tomando la forma de un buitre, sobre el árbol de la vida, que es el más elevado de cuantos se ven allí, y contempla detenidamente el sitio en que se halla. Hácese una pintura de todo él, y aparecen Adán y Eva: la admiración que su belleza y su dichoso estado producen en Satán no lo retrae de su mal propósito; antes de oír cómo discurren entre sí, y al saber que les estaba prohibido, so pena de muerte, comer el fruto del árbol de la ciencia, por este lado piensa tentarlos, induciéndolos a la desobediencia; y poco después se aleja de ellos para averiguar por otros medios algo más respecto a su situación. Entretanto desciende Uriel en un rayo de sol, y previene a Gabriel, encargado de guardar la puerta del Paraíso, que un espíritu infernal se ha escapado de aquel abismo y cruzando a Mediodía por su esfera hacia el Paraíso en figura de ángel bueno, acababa de ser descubierto por sus furiosos ademanes en la montaña. Gabriel promete que le encontrará antes de rayar el alba. Entrada la noche tratan Adán y Eva de retirarse a descansar. Descripción de su gruta. Su oración nocturna. Prepara Gabriel su legión de vigilantes para que ronden en torno del Paraíso, y envía dos ángeles vigorosos a la gruta de Adán, recelando que el Espíritu maligno intentase hacer algún daño a los dos esposos mientras dormían; y en efecto, le hallan puesto junto al oído de Eva, a quien sugiere su tentación durante el sueño. Condúcenle a la fuerza adonde está Gabriel. Interrógale éste; él contesta con altivez; mas atemorizado por una demostración del cielo, huye del Paraíso.

¡Oh!, que no se hubiera oído entonces la protectora voz que escuchó en el cielo el autor del Apocalipsis, cuando derribado por segunda vez el Dragón, se levantó furioso para vengarse del Hombre! ¡Ay, desdichados habitantes de la tierra! Si nuestros primeros padres hubiesen estado prevenidos contra su oculto enemigo, cuando todavía era tiempo, se hubieran preservado quizá de sus mortíferas acechanzas; no así ahora, que encendido en furor, comenzando por tentar al Hombre para poder después acusarlo, baja Satán por vez primera a la Tierra, y quiere vengarse en su inocente y débil morador de la pérdida de aquella batalla que sostuvo y de la fuga que emprendió al infernal abismo. En medio de su audacia e impavidez, no se muestra satisfecho de su raudo vuelo, ni halla motivo bastante para envanecerse, sino que próxima a estallar su implacable cólera, la siente hervir en su proceloso pecho, y cual máquina atronadora, retrocede sobre sí mismo. Asaltan su turbado pensamiento el horror y la incertidumbre; sublévase en su interior el infierno todo, porque en sí y alrededor de sí lleva el infierno. Ni un solo paso puede dar para alejarse de él, como no se aleja de su ser por cambiar de puesto. Despierta su adormecido despecho al grito de su conciencia; despierta en él el amargo recuerdo de lo que fue, de lo que es, de lo que será, cuando con mayor malicia incurra en mayor castigo. A veces fija tristemente su dolorida mirada en el Edén, que tan risueño se le manifiesta; a veces en el cielo, y en la esplendidez del sol, que brilla a la sazón con toda la pompa del mediodía; y combatido por tan encontrados pensamientos, exclama suspirando: «¡Oh tú, que coronado de suprema gloria, contemplas al igual de Dios este nuevo mundo desde tu solitario imperio; tú, ante quien palidecen todos los demás astros, a ti invoco, mas no con voz lisonjera, que si pronuncio tu nombre, ¡oh Sol! es para decir cuán aborrecidos me son tus rayos! Y, ¿qué mucho, cuando me traen a la memoria el bien de que gocé, yo que me vi encumbrado sobre tu soberana esfera? Perdiéronme el orgullo y la más inicua ambición, al mover en el cielo guerra contra el monarca sin par que domina en el. ¡Áh!, ¿por qué fui tan insensato? ¿Debía yo corresponder así a quien me puso en tan sublime altura, a quien jamás me echó en cara sus beneficios? ¿Tan dura era su servidumbre? ¿Qué menos podía yo hacer que tributarle alabanzas siendo tan merecidas y mostrarle una gratitud, que tan justa era? «¡Ah que todas estas bondades fueron en daño mío, y no sirvieron más que para dar pábulo a mi malicia! Al verme en tanta supremacía creíme exento de sumisión; creí que dando un paso más, de tal manera me sobrepondría a todo, que me hallaría en el mismo instante libre de la inmensa deuda que para siempre tenía empeñado mi reconocimiento. Pesada es la obligación que aun pagada nunca se satisface; pero yo olvidaba cuanto incesantemente recibía, sin comprender que un pecho agradecido no debe por ser deudor, y que continuamente está pagando, porque a la vez que contrae la obligación, pone el desquite. ¿Qué violencia, pues, tenía que soportar?

«¡Oh, si su poderosa voluntad hubiera hecho de mí un ángel de ínfima condición! No habría aún dejado de ser feliz, porque no me hubieran desvanecido tanto mis quiméricas esperanzas. ¿Y por qué no? Cualquiera otra de las grandes Potestades hubiera aspirado a la misma soberanía y arrastrándome a mí por humilde tras su partido. Sin embargo, ninguno de los demás cayeron; todos opusieron resistencia a la tentación, armándose por dentro como por fuera. Y ¿no tenías tú la misma voluntad, el mismo poder para resistir? Sí que tenías. ¿De quién pues, te quejas? ¿A quién acusas, más que a ese libre amor, don de los cielos, que arde igualmente en todos los corazones?

«¡Maldecido amor, o maldecido odio, que tanto valen para mí uno como otro, dado que es eterna mi desventura! Aunque el maldito eres tú, tú mismo, que siendo árbitro de tu voluntad, voluntariamente elegiste lo que hoy motiva tu justo arrepentimiento. ¡Ah miserable! ¿Por dónde huiré de aquella cólera sin fin, o de esta también infinita desesperación? Todos los caminos me llevan al infierno. Pero ¡si el infierno soy yo! ¡Si por profundo que sea su abismo, tengo dentro de mí otro más horrible, más implacable, que a todas horas me amenaza con devorarme! Comparado con él, este en que padezco me parece un cielo.

«¡Ah!, demos tregua al orgullo. ¿No habrá medio de arrepentirse, medio de ser perdonado? Lo hay en la sumisión; mas ¿cómo consentirá mi altivez que me humille así en presencia de mis inferiores, de los mismos a quienes seduje, prometiéndoles que lejos de someterme jamás subyugaría al Omnipotente? ¡Ay de mí! ¡Cuán ajenos están de figurarse lo cara que pago mi jactanciosa temeridad y los tormentos que interiormente me aquejan mientras ellos adoran mi infernal trono! Esta diadema, este cetro que tanto me han encumbrado, sólo sirven para hacer más ignominiosa mi caída; sólo en ser más miserable consistirá mi supremacía, que no otro será el triunfo de mi ambición.

«Y aun cuando fuera posible mi arrepentimiento, y que perdonado ya, pudiera recobrar mi primer estado ¡qué de elevados designios no volvería a sugerirme mi elevación! ¡qué tardaría mi hipócrita humildad en faltar a sus juramentos contemplándolos nulos, como impuestos por el dolor y arrancados por la violencia! Ni, ¿qué sincera reconciliación ha de caber donde un odio mortal ha abierto tan profunda herida? En reincidencia, por el contrario, me precipitaría en mayor mismo; pagaría cara esta breve tregua a costa de redoblar mis méritos; y como nada de esto se oculta al que me condena, tan lejos está él de perdonarme, cuanto yo de solicitar su misericordia. Así que ninguna esperanza resta: en lugar de nosotros, expulsados de nuestra patria, ha creado al Hombre, en quien tiene puestas sus delicias, y para el Hombre este mundo. Renuncio, pues, a la esperanza, y con ella al temor, al remordimiento. No hay ya para mi bien posible; tú ¡oh mal! serás ido mi bien en lo sucesivo; por ti a lo menos reinaré conjuntamente con el Señor del Cielo, y quizás me quepa por reino la tetad del Universo, como el Hombre y ese nuevo mundo lo Cimentarán en breve.»

Mientras hablaba así, cruzaban sombrías pasiones por su semblante: tres veces lo alteraron la cólera, la envidia y la desesperación, que sucesivamente lo fueron desfigurando; y a pesar de las apariencias con que se disfrazaba, se le hubiera conocido a la simple vista; porque jamás empaña nube alguna la radiante faz de los bienaventurados. Pero él, que se observó al punto, cambió en tranquilo exterior todos sus afectos, y tan diestro en ardides, que no tenía igual en dar a la falsedad el aspecto de la virtud, encubrió la malicia con que preparaba su venganza, aunque no lo bastante para engañar al, que estaba ya prevenido. Había el Arcángel seguido inmediatamente todos sus pasos; lo había visto en el monte Asirio consumido de una inquietud poco propia de los espíritus celestes pues creyendo que nadie lo veía ni vigilaba en sus demostraciones y en sus descompuestos ademanes claramente mostrada la exaltación que dominaba su amo.

Siguió pues su camino acercándose a los términos del Edén, donde se descubre el verde valladar, con que, a semejanza de cerca campestre corona el delicioso Paraíso, próximo ya, la solitaria eminencia de una escabrosa colina y su áspera pendiente rodeada de enmarañados y espesos bosques, que la hacen inaccesible. Sobre su cumbre se elevan a desmedrada altura multitud de cedros, pinos, abetos y pomposas palmeras, vergel agreste, donde el ramaje entrelazado, multiplicando las sombras, forma un vistoso y magnífico anfiteatro. Dominando las copas de los árboles, alzaba sus verdes muros el Paraíso, desde el cual se ofrecía a nuestro común padre la inmensa perspectiva que al pie y en torno de sus risueños dominios se dilataba; y sobre los muros, en línea circular, se ostentaban los más hermosos árboles, cargados de las más exquisitas frutas; y frutas y flores brillaban a la vez con los reflejos del oro y de los encendidos colores que las esmaltaban; mientras el sol posaba en ellas sus rayos, más complacido que en las bellas nubes del

Ocaso o en el arco que nace de la lluvia, enviada por Dios a refrigerar la tierra.

Tan encantador le parecía aquel sitio a Satán. Purificábase doblemente el aire a medida que se acercaba a él, hinchándole el corazón de deleite, de aquel gratísimo bienestar con que la primavera ahuyenta toda tristeza, como no sea la de la desesperación. Agitando sus fragantes alas, esparcían los vientos los perfumes que naturalmente atesoran, y revelaban en su murmullo dónde habían adquirido las balsámicas esencias que prodigaban; y como el navegante que traspone el cabo de Buena Esperanza, y al dejar atrás a Mozambique siente el dulce halago de los vientos del nordeste, y los aromas de Saba que le envía la Arabia feliz desde sus odoríferas riberas, y se complace enajenado en caminar más lentamente, para recibir el suave aliento que sonriendo exhala de lejos el Océano, así aspiraba el pérfido Enemigo el delicioso ambiente que iba determinado a emponzoñar, aunque gozándose en él más que Asmodeo con el maligno vapor que lo alejó, enamorado, y todo de la esposa del hijo de Tobías, huyendo a impulsos de su venganza desde la Media a Egipto, para quedar allí rigurosamente aprisionado.

Iba pues pensativo y lentamente subiendo Satán por la empinada y áspera colina, sin hallar camino alguno entre los enmarañados zarzales y malezas que estorbaban el paso a hombres y animales. Una sola puerta tenía el Paraíso, y miraba a oriente, hacia el lado opuesto; lo cual, advertido por el príncipe infernal, sin hacer caso de ella y como por menosprecio, salvó de un ligero salto el valladar de la colina y su mayor altura, y cayó en el fondo interiormente. A la manera que un lobo rapaz obligado por el hambre a rastrear una nueva presa, acecha los lugares del campo en que los pastores encierran por la noche sus ganados, creyéndolos seguros, y salta por encima del redil, cayendo en medio del rebaño, o como el ladrón que para dar con el escondido tesoro de un rico ciudadano, preservado de todo asalto dobladas puertas, hierros y cerrojos, se desliza furtivamente por las ventanas o por las techumbres; tal se introdujo en el campo de Dios aquel malvado, como se introdujeron después mercenarios viles en su templo. Vuela de allí al árbol de la vida, que estaba en medio y sobresalía entre todos los demás, y pósase en él transformado en buitre; y no para procurarse nueva vida, sino para idear la muerte de los que vivían; no para aprovecharse de la virtud de aquel árbol, sino de su fruto, que no abusando de él, era prenda segura de inmortalidad; tan cierto es que sólo Dios conoce el justo valor del bien presente, y que por el abuso o el mal empleo se pervierten las mejores cosas. Inclina luego al suelo sus miradas, y contempla las nuevas maravillas, los tesoros con que la naturaleza brinda a los sentidos del hombre en aquel estrecho recinto, en aquella tierra, que más bien es abreviado cielo.

Jardín de Dios era en efecto el bellísimo Paraíso, puesto al oriente de Edén, que se extendía desde Aurán, hasta las soberbias torres de la gran Seleucia, construidas por los reyes griegos y hasta Talasar, que sirvió mucho antes de morada a los hijos de Edén. En aquel delicioso país estableció Dios su jardín, haciéndolo más encantador aún y extrayendo del fértil seno de la tierra los árboles más agradables a la vista, al olfato y al paladar, entre los cuales sobresalía por su altura el árbol de la vida y ostentaba sus frutos de ambrosía y oro vegetal. No lejos se veía el árbol de la ciencia, nuestra muerte, de la ciencia del bien, que tan caro nos costó, dándonos a conocer el mal.

Al mediodía, y atravesando el Edén, bajaba un anchuroso río, que sin torcer su corriente, pasaba, sumergiéndose, por debajo del agreste monte, colocado allí por Dios y levantado sobre las raudas ondas como término del Paraíso. Incitada de dulce sed la esponjosa tierra, absorbía por sus venas las aguas hasta la cumbre de donde manaba una fuente cristalina que esparcía por todas partes multitud de arroyos; juntos los cuales, se precipitaban desde una altura, y acrecentando el río que salía de su tenebroso cauce, dividíalo en cuatro corrientes principales que con diverso rumbo recorrían vastas comarcas, celebérrimos imperios de que no es menester hacer mención. Preferible sería pintar, si el arte llegase a tanto, cómo los bullidores arroyos que nacían de aquella fuente de zafiro, saltando entre orientales perlas y arenas de oro, a la sombra de los árboles que sobre ellos se inclinaban, difundían el néctar de sus aguas y acariciaban todas aquellas plantas, y nutrían flores dignas del Paraíso; flores que un arte sutil no había dispuesto en regulares líneas ni en vistosos ramos; la espléndida naturaleza las prodigaba por colinas y valles y llanuras, unas abriéndose a los primeros rayos del sol, otras resguardadas en impenetrable sombra para mejor preservarse del resistero del mediodía.

Tal era aquel delicioso sitio, mansión campestre y encantadora, de rico y variado aspecto, de bosques cuyos árboles destilaban balsámicas y olorosas gomas, o de los que pendían frutos esmaltados de luciente oro, y exquisitos por su labor; que no en otra parte debió existir el jardín de las

Hespérides, si su fábula fuese cierta. A trechos se descubrían mesetas de verdes prados, con rebaños que pastaban la verde hierba, colinas cubiertas de palmeras, valles cuya fertilidad aumentaban las corrientes de agua; flores de todos matices rosas que no conocían espinas. Por otro lado grutas umbrías y cavernas de sin igual frescura que ocultaban entre sus pámpanos la risueña vid cargada de purpúreos racimos y trepando a lo alto para lucir su gentil y fecunda gala; y al propio tiempo parleras cascadas que de las empinadas cumbres se desprendían, esparciendo unas veces y juntando otras sus aguas en transparente lago donde como en su espejo se retrataban coronadas de mirtos sus ondulantes márgenes. Las aves prorrumpían a una en sus gorjeos, y las primaverales brisas difundiendo la fragancia de los campos y los bosques asociaban sus murmullos al del trémulo ramaje, mientras ejercitaba sus danzas festivas Pan, numen universal, rodeado de las Gracias y las Horas, y seguido de una perpetua primavera. No era tan delicioso el Enna por donde Proserpina iba cogiendo flores, cuando ella, flor más hermosa aún, fue arrebatada por el tenebroso Plutón y ocasionó a su madre el dolor de buscarla por el mundo todo. Ni era tan apacible la floresta de Dafne, junto al Oronte; ni la que bañaba la inspiradora fuente de Castalia; ni la isla Nisea, cercada del río Tritón donde el viejo Cam, a quien los gentiles llaman Ammón y los de la Libia Júpiter, ocultó a Amaltea y a su sonrosado hijo, el niño Baco, de la vista de su madrastra Rhea. El mismo monte Amara, en que los reyes de Abisinia guardaban a sus hijos, tenido por algunos como el verdadero paraíso, situado en la Etiopía, cabe las fuentes del Nilo, aquel escarpado monte, puesto entre rocas de alabastro, que no podía subirse en todo un día, en manera alguna podía compararse con este jardín de Asiria, donde el príncipe infernal vio con desplacer tantos placeres juntos y tantas especies de vivientes seres, nuevas para él y desconocidas.

Dos de ellos de más noble figura, de cuerpo recto y elevado, recto como el de los dioses, ostentando una dignidad natural y una desnudez majestuosa, parecían los señores de aquel imperio, y se mostraban dignos de serlo. En sus celestiales miradas resplandecía la imagen de su Creador, la verdad, la inteligencia, la santidad pura y severa, que no excluía la verdadera libertad filial, de que procede la autoridad humana. No eran iguales ambos ni parecían de un mismo sexo: él, nacido para la reflexión y el valor; ella para la dulzura y la gracia seductora; él, sólo para Dios, ella para Dios y para él. La frente hermosa y ancha del uno y su sublime mirada indican su autoridad suprema; sus cabellos de color de jacinto, partidos por mitad caen en varoniles bucles sobre sus hombros, pero sin pasar de ellos; la cabellera de la otra, de largas hebras doradas, extendida como un velo, desciende ondulando hasta su delicado talle, y se recoge en multitud de anillos, como se enredan los de las vides, emblema de dependencia, impuesta con el más tierno ascendiente, otorgada por ella, recibida por él y consagrada con actos de espontánea sumisión, de modesta resistencia y de esquivez tan dulce como amorosa. No había entonces en ellos parte alguna velada ni secreta; no conocían el falso pudor, ni la vergüenza que mancillaba las obras de la naturaleza. Infame vergüenza, hija del pecado; ¡qué de zozobras causaste a la humanidad con esa mentida apariencia de pureza, privándonos de la mayor ventura de la vida, la sinceridad del corazón, la paz inmaculada de la inocencia!

Iban así ambos mostrando su desnudez, y como ignorantes del mal, sin ocultarse de las miradas de Dios ni las de los ángeles. Iban asidos de las manos, como dos almas las más enamoradas que unió jamás en sus vínculos amor: Adán el más bello de los hombres que fueron sus hijos, y Eva la más hermosa de las mujeres. Sentáronse en el mullido césped, a la sombra de una espesura que exhalaba perfumadas auras, y cerca de una cristalina fuente. Habíanse ejercitado en el cultivo de su querido jardín cuanto bastaba a hacerles después grata la fresca impresión del céfiro, y más dulce el reposo y más refrigerante la satisfacción de la sed y el hambre. Sirviéronse de los frutos que eran su comida, frutos sabrosísimos que doblándose las ramas les ofrecían, y descansaban recostados sobre el blando musgo, tapizado de brillantes flores. De la corteza de los frutos que habían gustado, hacían vasos para apagar la sed con el agua del arroyo que rebosaba; y no faltaban en aquel banquete dulces requiebros ni cariñosas sonrisas, naturales en esposos dichosamente unidos por el vínculo nupcial y que se veían a solas.

Alrededor de ellos jugueteaban todos los animales terrestres, que por su ferocidad fueron después perseguidos en bosques y desiertos, en montes y cavernas. Allí triscaba el león, meciendo suavemente entre sus garras al corderillo; osos, tigres, panteras y leopardos retozaban alegres en su presencia. Para divertirlos, desplegaba allí el monstruoso elefante todas sus fuerzas, retorciendo a uno y otro lado su flexible trompa; deslizábase hacia ellos la lisonjera serpiente, enroscando en complicados nudos sus escamas, y dando ya indicios de su fatal malicia, no conocida aún; y otros animales yacían sobre la hierba, unos que habiendo acabado de pastar fijaban los ojos con mirada inmóvil, otros que estaban rumiando y adormecidos; porque ya el sol iba declinando y apresurando el fin de su curso hacia las islas del Océano, y los astros precursores de la noche subían por la ascendente escala del cielo, a tiempo que Satán, dominado del mismo asombro que al principio y sin poder apenas recobrar su desfallecida voz exclamaba así: «¡Oh Infierno! ¡Qué triste espectáculo se ofrece ante mis ojos! ¿Posible es que ocupen nuestro dichoso lugar y tan bienaventurados sean esos seres de otra especie, nacidos quizá de la tierra, que no son espíritus, y sin embargo tan poco se diferencian de los brillantes espíritus celestiales? No puedo contemplarlos sin asombro, y aun creo que podría amarlos; tan perfecta es su semejanza con la divinidad, y tal gracia ha comunicado a sus formas la mano de que han salido. ¡Oh, bellísimas criaturas! No podéis figuraros el cambio a que estáis ya expuestos, y cuán pronto se trocará en desdicha vuestro bienestar; desdicha tanto mayor, cuanto más felices os juzgáis ahora. Bienaventurados sois; pero poca defensa tiene vuestra bienaventuranza para que dure mucho; y esa mansión sublime, vuestro cielo, no tiene toda la fortaleza que necesita un cielo para resistir al enemigo que ahora penetra en él. Yo no soy enemigo vuestro, antes bien os compadezco al veros así abandonados y a pesar de la ninguna compasión que conmigo se ha tenido. Quiero formar alianza con vosotros, contraer una amistad tan íntima y tan estrecha, que en lo sucesivo viva yo con vosotros, o vosotros viváis conmigo. No os parecerá mi mansión tan agradable como este risueño Paraíso; pero la aceptaréis, porque al fin es obra de vuestro Hacedor; él me la cedió a mí, y con igual generosidad os la cedo yo a vosotros. El infierno abrirá de par en par sus puertas para recibiros, y a recibiros saldrán también todos sus magnates. No os veréis allí reducidos a tan estrechos límites como estos, y tendréis suficiente espacio para vuestra innumerable descendencia. Si el lugar no es más delicioso, quejaos del que me obliga a tomar venganza de sus ofensas en vosotros, que no me habéis ofendido; y aunque vuestra cándida inocencia me inspire piedad, como en efecto me inspira, el público bien, que es preferible, y el honor de un imperio que, gracias a mi venganza, ensanchará sus límites con la conquista de un nuevo mundo, me obligan a hacer lo que de otra suerte, aun estando condenado, me repugnaría.»

Así discurría Satán, excusando con la necesidad, que es la razón de los tiranos, sus diabólicos proyectos; y descendiendo de la alta cima del árbol en que se había colocado, se introduce entre la bulliciosa turba de los cuadrúpedos, toma ya una, ya otra de sus formas, según convenía mejor a sus designios; Observa de cerca su presa sin ser notado, y presta atención a sus palabras, y espía sus acciones para averiguar cuanto deseaba saber sobre su estado. Tan pronto como león de fiero aspecto, da vueltas alrededor de ellos; o como tigre que descubre casualmente a orillas de un bosque dos tiernos cervatillos retozando, se agacha contra la tierra y luego se levanta, y se mueve inquieto, a semejanza del enemigo que busca dónde mejor emboscarse, y por fin se lanza sobre ellos para asirlos a la vez, a cada uno con una garra. En esto Adán, el primer hombre, dirigiendo la palabra a Eva, la mujer primera, hizo que Satán se volviese todo oídos para escuchar aquel lenguaje para él tan nuevo.

«¡Oh mi única compañera, que eres parte de mi ser y el más querido de todos cuantos me rodean! ¡Cuán infinitamente bueno es ese nuestro Hacedor, que además ha hecho todo este vasto mundo para nosotros, y que se muestra tan liberal de sus bondades como poderoso e infinito en su grandeza! Nos ha sacado del polvo y puesto aquí, en medio de tanta felicidad, cuando nada merecíamos de su mano, cuando nada podemos hacer que él necesite; y en cambio sólo un precepto nos impone, sólo un deber fácil de cumplir: de todos los árboles de este Paraíso, que tan varios y deliciosos frutos nos ofrecen, únicamente nos prohíbe gustar del árbol de la ciencia, plantado junto al árbol de la vida. Cerca, pues, de la vida está la muerte; y que ésta sea cosa terrible, no admite duda, pues sabes bien cómo el Señor ha dicho que el fruto de ese árbol es la muerte; única prohibición que ha impuesto a nuestra obediencia, en medio de tantos dones como nos ha otorgado, y de tan gran poder y supremacía como nos concede sobre todas las criaturas que pueblan la tierra, los aires y los mares. No nos parezca, por lo tanto, penosa semejante privación, teniendo, cual tenemos, libertad para gozar de todo lo demás y para escoger entre tantos y tan varios deleites el que prefiramos; y así alabemos al Señor y agradezcámosle sus bondades, prosiguiendo en la grata ocupación de podar estos tiernos árboles, y cultivar estas flores, trabajo que aun cuando fuera más penoso, a tu lado sería muy dulce.»

Y Eva le replicó de este modo: «¡Oh tú, de quien soy y para quien he sido formada, carne de tu carne, único objeto de mi existencia, que eres mi guía y mi superior! Justo y razonable es cuanto has dicho, pues debemos al Señor incesantes alabanzas y agradecimiento; y yo más particularmente, porque gozo de mayor suma de felicidad al gozarte a ti, cuya supremacía es de tal naturaleza, que no hallarás cosa que se te iguale. Acuérdome a cada instante de aquel día en que despertando del sueño por primera vez me vi reclinada en una umbría sobre las flores, admirada de mí, sin saber quién era, ni dónde estaba, ni de dónde o cómo había venido. No lejos de allí, de lo interior de una gruta, nacía murmurando un arroyuelo, que esparciendo su líquida corriente quedaba después inmóvil y tan puro como la bóveda del cielo. Dirigíme a él con toda la irreflexión de mi inexperiencia, y me tendí en su verde orilla para contemplar aquel terso y brillante lago, que se asemejaba a otro firmamento; mas al inclinarme sobre él, vi que de pronto enfrente de mí dentro del agua, aparecía una figura que también se inclinaba para mirarme. Retrocedí asustada; ella retrocedió asimismo; plúgome acercarme de nuevo; plúgole a ella acercarse igualmente y dirigirme también sus miradas con el mismo interés y amor. Hasta ahora la hubiera estado contemplando, llevada de una vana afición, si no hubiera sonado una voz que me dijo: «Eso que ves, eso que estás contemplando, hermosa criatura, eres tú misma; como tú aparece y desaparece; pero ven, y te llevaré adonde no sea una sombra el ser que anhela gozar de tu vista y de tus dulces brazos, el ser cuya imagen eres y de quien gozarás también en inseparable unión. Tú le darás una multitud de criaturas parecidas a ti, por lo que serás llamada madre de la especie humana.» ¿Qué había yo de hacer sino seguir ciegamente al que sin ser visto me atraía de aquella suerte? Di algunos pasos, y te descubrí, tan bello y esbelto como eres, debajo de un plátano, aunque debo confesarte que no me pareció al pronto su belleza tan dulce, tan seductora como la del lago. Traté de huir, pero tu me seguiste, gritando: «Vuelve acá, hermosa Eva. ¿De quién huyes? ¿Huyes de mí, siendo mía, siendo mi carne, mis propios huesos? Para darte la existencia, he cedido una parte de mí mismo; de lo más próximo a mi corazón ha salido la sustancia de tu vida; y para tenerte siempre a mi lado, dulce consuelo mío, mitad de mi alma, te estoy buscando; que sin ti, mi ser se vería incompleto.» Y tu cariñosa mano asió la mía, y cedí a tu anhelo, y comprendí desde entonces cuánto la gracia varonil excede a la de la belleza, cuán superior es la inteligencia a toda otra hermosura.»

Así habló nuestra primera madre. y con miradas de casta seducción conyugal, y con el más tierno abandono, medio abrazándolo se apoya en nuestro primer padre, a quien hizo sentir la leve presión de su turgente seno, velado en parte por las rizadas ondas de su áurea caballera. Enajenado él a la vista de tal beldad y de tan dóciles encantos, sonreíase henchido de amor como sonríe Júpiter a Juno cuando fecundiza las nubes que siembran las flores de Mayo sobre la tierra; y selló los labios de Eva con un ósculo purísimo. Apartó Satán la vista lleno de envidia; y dirigiéndoles de soslayo una mirada maligna y rencorosa exclamó interiormente así: «¿Hay espectáculo más odioso e insufrible? ¿Han de gozar encantados éstos, uno en brazos de otro, de delicias superiores a las del Edén, y han de disfrutar tal cúmulo de venturas mientras yo vivo sumido en el infierno, donde no existe placer ni amor, sino un violentísimo deseo, que no es por cierto el menor de nuestros tormentos, deseo que no pueden consumar ni satisfacer tantas penas y martirios? Mas no debo echar en olvido lo que he llegado a saber de sus propios labios: no pueden disponer de todo a su voluntad; hay aquí un árbol fatal, llamado de la ciencia, cuyo fruto se les prohíbe. Estáles, pues, vedada la ciencia, lo cual es sospechoso y contrario a la razón. ¿Por qué su Señor les evita esa ciencia? ¿Si será un delito el saber, si será la muerte? ¿Si toda su existencia se cifrará en su ignorancia y su dicha en esta prueba de obediencia y de fidelidad? ¡Oh!, ¡qué bello descubrimiento para fraguar su ruina! Encenderé en su ánimo un vivo deseo de saber, de infringir ese envidioso mandamiento, inventado sin duda para mantener en la humillación a unos seres cuya inteligencia los sublimaría al igual de los dioses. Pues bien: aspirando a esta gloria gustarán de ese fruto, y morirán. ¿No es probable que suceda así? Pero antes es menester examinar muy prolijamente este jardín y recorrer hasta sus últimos escondrijos. Una casualidad, una dichosa casualidad puede conducirme al sitio donde halle, bien a orillas de una fuente, bien al abrigo de una sombría espesura, alguno de esos espíritus celestiales que me ilustre respecto a lo que falta averiguar. Vivid pues, felices amantes, mientras podáis; gozad durante mi ausencia de esos breves placeres, a los que sobrevendrán largas desventuras.»

Acabado de decir esto, se puso en marcha con arrogante y desdeñoso paso, aunque con astuta precaución, recorriendo bosques, colinas, valles y llanuras. Descendía entretanto lentamente el Sol hacia el punto extremo en que el cielo parece tocar con el mar y con la tierra, y sus rayos, extendiéndose hasta el ocaso, reflejaban en la puerta oriental del Paraíso. Era ésta una roca de alabastro, que se alzaba hasta las nubes y que a larga distancia se descubría, accesible del lado de la tierra por medio de una subida que conducía a su alta entrada: el resto lo formaba un escarpado risco, imposible de superar. Entre ambas pilastras de la roca se hallaba sentado Gabriel, caudillo de las guardas angelicales, esperando la llegada de la noche; y alrededor se ejercitaba en heroicos juegos la joven milicia del cielo desarmada, pero conservando a mano sus escudos, yelmos y lanzas, pendientes en pabellones y ostentando el brillo deslumbrador de sus diamantes y oro. De repente, envuelto en un rayo de sol y atravesando la claridad del crepúsculo, aparece Uriel, rápido como una estrella que se desliza en otoño durante la noche, cuando henchidos los aires de inflamados vapores, muestran al navegante el punto desde donde se lanzarán contra él los vientos desencadenados; y apresuradamente empezó a decir: «Gabriel, pues tienes a tu cargo la guarda y vigilancia de esta mansión venturosa, para impedir que nada malo se acerque aquí ni penetre en ella, sabe que hoy mismo, en la mitad del día, llegó a mi espera un espíritu, deseoso al parecer de contemplar las maravillas más admirables del Omnipotente, y sobre todo al Hombre, última criatura hecha a su imagen. Le indiqué el camino que con mayor rapidez podía seguir; observé la dirección de su vuelo, y al verlo detenerse en la montaña que cae al norte del Edén, noté que sus miradas eran poco propias del cielo y que había en ellas algo de sombrío. Lo seguí con la vista, pero lo he perdido entre estas espesuras; y temo no sea alguno de los espíritus rebeldes, que salido del abismo, venga a suscitar aquí nuevas perturbaciones: tú cuidarás de descubrir dónde se oculte.»

Y el alado guerrero le respondió: «No me admira, Uriel, que residiendo tú en la brillante esfera del sol, abarques con tu penetrante mirada inmensas distancias y profundidades. Nadie puede burlar la vigilancia que aquí se ejerce, pasando por esta puerta, sino quien conocidamente proceda del cielo; y del mediodía hasta ahora no se ha presentado ser alguno celestial. Si otro de diferente naturaleza, como el que tú has descrito, ha traspasado estos límites terrestres con algún designio, ya conoces cuán difícil es oponer obstáculos materiales a una sustancia divina; mas cualquiera que sea la forma con que se encubra ese que dices, si se ha introducido dentro del recinto de estos muros, lo hallaré mañana al rayar el día.» Con esta promesa volvió Uriel a su región, llevado por el mismo rayo luminoso cuyo más elevado extremo le hizo descender con mayor rapidez al sol, que en aquella hora llegaba debajo de las Azores, fuese porque a impulso de una increíble velocidad hubiera ya terminado su diario curso, fuese porque la tierra, girando menos acelerada y abreviando su curso hacia el Oriente, dejase a aquel astro iluminar con sus purpúreos y áureos fulgores las nubes que rodean su trono en el Ocaso.

Llegó por fin la tranquila Noche, y el pardo Crepúsculo cubrió el mundo con su triste manto. Seguíalo el Silencio y animales y aves se retiraban, ellos a sus guaridas, éstas a sus nidos, todos enmudecieron, menos el vigilante ruiseñor que empleaba la noche en ensayar sus amorosos e incesantes trinos. ¡Qué encanto tenía el silencio! Poblábase de resplandecientes zafiros la bóveda del firmamento; y Héspero, caudillo de la estrellada hueste, se distinguía por lo luminoso, hasta que apareciendo la luna, reina de pálida majestad, ostentó su incomparable brillo y ahuyentó las tinieblas con su planeta luz. A este tiempo Adán conversaba así con Eva: «Querida esposa mía: esta hora de la noche y los seres todos que se entregan al descanso, nos brindan con igual reposo. Para el hombre ha establecido Dios el trabajo y el descanso, como la alternativa del día y de la noche; y el rocío del sueño, que tan oportunamente hace sentir ahora su dulce peso a nuestros ojos, viene a cerrar nuestros párpados. Las demás criaturas que durante el día vagan ociosas y sin cuidado, tienen menos necesidad de reposo, menos que el hombre, que da ocupación diaria a su cuerpo e inteligencia en lo cual prueba su dignidad, y el galardón con que recompensa el cielo sus acciones, porque los otros animales no ejercitan así su actividad, ni Dios toma en cuenta lo que ejecutan. Mañana, antes que la fresca aurora anuncie en el oriente la proximidad del día, deberemos levantarnos, y volver a nuestro agradable trabajo, aclarando aquella enramada, y más allá desembarazando las verdes calles por donde pasearemos al mediodía, pues nos estorba la espesura del ramaje que esteriliza todas nuestras faenas, y que requiere más número de manos, si ha de atajarse su desmedida exuberancia; al paso que debemos también limpiar la tierra de las flores caídas y de las gomas que han destilado sobre ella, porque únicamente sirven para afearla y obstruirla impidiéndonos caminar con facilidad. Entretanto la naturaleza quiere y la noche manda que descansemos.»

A lo cual Eva, hermosísima criatura, respondió: «Dueño mío, de quien procedo: lo que tú mandes obedeceré sumisa; Dios lo ha dispuesto así; Dios es tu ley, tú la mía y en no excederse de ella consiste toda la ciencia todo el mérito de la mujer. Embelésanme tus palabras hasta el punto de hacerme olvidar el tiempo, sus mudanzas y el transcurso del día, porque contigo todo es igualmente agradable para mí. Agradable es el ambiente de la mañana, dulces sus labores y los primeros cánticos de las aves; hermoso el sol cuando en este amenísimo jardín derrama sus orientales destellos sobre el césped, los árboles, los frutos y las flores esmaltadas por el rocío; exhala aromas la tierra, fecundada por mansas lloviznas, y es encantadora la paz de la tarde, como el silencio de la noche en que sólo se oye la voz solemne de su cantor, y como la belleza de la luna y todas esas esmeraldas del cielo que forman su luminosa corte. Pero ni el fresco ambiente de la mañana, ni los primeros cantos de las aves ni el sol que inunda este jardín ameno, ni los céspedes, frutos y flores esmaltadas por el rocío, ni el perfume que tras mansa llovizna embalsama la tierra, ni la apacible tarde y la deliciosa noche con su cantor solemne, ni el pasear a la luz de la luna o a la trémula claridad de las estrellas, nada hay para mí tan dulce como tú mismo. Mas ¿por qué esos astros están luciendo toda la noche? ¿Para quién es ese magnífico espectáculo si tiene cerrado el sueño todos los ojos?»

«Hija de Dios y el Hombre, Eva hermosa, replicó nuestro primer padre; esos astros que giran alrededor de la tierra llevan de una en otra región su luz que ha de alumbrar aún a naciones que todavía no existen, y que brilla apareciendo y ocultándose para evitar que la noche, envolviéndolo todo en su oscuridad, recobre su antiguo imperio y prive de la vida a toda la naturaleza. Y no sólo esparcen claridad esos templados astros, sino que con su benigno calor diferentemente graduado lo vivifican, calientan, templan y mantienen todo, o comunican parte de su virtud interior a los demás seres a todas las producciones de la tierra, disponiéndolas a recibir del sol con mayor eficacia su cabal acrecentamiento. Y aunque en la profunda noche falte quien los contemple, no por eso resplandecen en vano; porque no pienses que aun dado que el hombre no existiera, dejaría ese cielo de tener admiradores, ni Dios quien le tributase alabanzas; que mientras velamos, mientras dormimos recorren invisibles la tierra millones de criaturas espirituales, y día y noche alaban sin cesar y contemplan las obras del Creador. ¡Cuántas veces desde la cumbre de la sonora montaña o de lo interior de los bosques llegan a nosotros voces celestiales a la mitad de la noche, que ya solas, ya respondiéndose unas a otras, ensalzan al Omnipotente! Con frecuencia se oyen sus coros y nocturnas veladas, y al divino son de los instrumentos que acompañan sus melodías, media la noche su espacio, y se elevan al cielo nuestros pensamientos.»

Así iban los dos discurriendo, y asidos uno a otro de la mano, entran solos en su deliciosa gruta. Era un sitio elegido por el soberano Señor, y dispuesto de manera, que nada echase allí de menos el Hombre de cuanto pudiera deleitarlo. Formaban el laurel y mirto entrelazados una tupida bóveda de fuertes y olorosas hojas; el acanto y toda especie de arbustos aromáticos, un verde muro por uno y otro lado, que adornaban como rico mosaico mil y mil flores brillantes, el iris con sus tornasoladas tintas, las rosas y el jazmín unidas a sus esbeltos tallos. Los pies descansaban sobre un lecho de violetas, de azafrán y de jacintos, que cubriendo el suelo como vistoso pavimento, hacían resaltar sus colores, más vivos que los de las piedras más preciosas. Ninguna otra criatura, aves, cuadrúpedos ni reptiles, osaba acercarse allí: tal era el respeto que inspiraba el Hombre; y jamás se ideó mansión tan umbría, sagrada y solitaria que sirviese de templo al dios Pan o a Silvano, ni a las Ninfas y Faunos, númenes de las selvas.

Allí, en aquel apartado retiro, entre flores, guirnaldas y perfumadas yerbas, se desposó Eva embelleciendo su lecho nupcial por primera vez; y los coros celestiales cantaron su himeneo el día en que su ángel tutelar la entregó a nuestro primer padre, más ataviada, más encantadora en medio de su desnudez que Pandora, en quien los dioses apuraron todos sus dones, cuando, ¡oh, fatal semejanza en la desventurada!, cuando llevada por Hermes al insensato hijo de Jafet, sedujo con sus dulces miradas al género humano para vengarse del que había robado el primitivo fuego de Jove.

Llegado, pues, que hubieron a su umbrosa gruta, se detuvieron ambos, y volviendo los ojos al firmamento, adoraron al Dios que hizo la tierra, el aire, el cielo que estaban contemplando, el luciente globo de la luna y las estrellas que poblaban la azulada bóveda.

«Obra tuya es también la noche, Omnipotente Hacedor, y obra tuya el día que acaba de expirar y que hemos empleado en el trabajo que nos está prescrito, con la dicha de auxiliarnos y amarnos mutuamente, colmo de todos los bienes que nos otorgas. Este delicioso lugar es sobrado extenso para nosotros, y su abundancia tal, que no hay quien participe de ella ni quien recoja cuanto su suelo da de sí; pero tú has prometido que de nosotros dos nacerá una raza que ha de llenar la tierra, y glorificar como nosotros tu infinita bondad, lo mismo cuando despertamos a la luz del día, que cuando, como ahora, aspiramos a gozar del sueño.»

Estas alabanzas pronunciaron los dos con unánime afecto, sin observar otro rito que una pura adoración, que para Dios es el más agradable; y enlazadas las manos, entraron en su gruta, y se retiraron a lo más apartado de ella. No tuvieron que despojarse del molesto disfraz que nosotros vestimos, sino que yaciendo uno al lado de otro, Adán estrechó a su hermosa Eva, y ésta aceptó los misteriosos deberes que su santo vínculo le imponía. Dejemos que austeros hipócritas encarezcan las perfecciones de la castidad, el respeto a los lugares sagrados y a la inocencia, y que condenen como impuro lo que Dios ha purificado, lo que prescribe a unos y lo que concede a la libertad de todos. El Señor manda que nos multipliquemos, ¿y quién sino el autor de nuestra ruina, el enemigo de Dios y el Hombre, puede obligarnos a lo contrario?

¡Salve, amor conyugal, misteriosa ley, origen verdadero de la vida humana, único don propio del Paraíso, en que todas las cosas eran comunes! Por ti se ven libres los hombres del adúltero furor que los iguala con los brutos; por ti fueron engendrados los dulces afectos que el cariño, la fidelidad, la injusticia y la pureza establecieron por primera vez, y los sagrados vínculos de padre, hijo y hermano. ¿Cómo he de ver yo en ti nada de criminal ni vituperable, nada que sea indigno de la más santa morada, cuando eres fuente perpetua de doméstica ventura, tálamo candoroso y casto, en estos como en los pasados tiempos, y cuando gozaron de ti los santos y los patriarcas? En ti logra amor el acierto de sus doradas flechas; en ti luce su inextinguible antorcha y posa sus purpúreas alas; y en ti se ven cifrados sus encantos todos, no en las improvisadas caricias, en la sonrisa venal de falsas, insípidas e impúdicas mercenarias, ni en los cortesanos galanteos, festejos, mascaradas, músicas y bailes con que antojadizos amantes hacen gala de una pasión que más bien es digna de menosprecio. Estrechamente enlazados sus desnudos miembros, duermen ambos esposos al compás de los cantos con que les regalan los ruiseñores, y coronados por la lluvia de rosas que les renuevan los primeros albores de la mañana. Gozad de ese sueño, felices consortes, doblemente venturosos, si no aspiráis a mayor ventura, ni a saber mas de lo que sabéis.

Ya la noche había recorrido la mitad de su órbita sublunar, y el cono que su sombra forma llegaba a la mayor altura de la anchurosa bóveda celeste; y ya saliendo por la puerta de marfil, a la hora y con las armas que acostumbraban, se disponían los querubines a su nocturna ronda, desplegando aparato bélico, cuando dijo Gabriel al que más se acercaba a él en autoridad: «Llévate en pos, Uziel, la mitad de esa legión y recorre en torno la parte del mediodía con la mas cuidadosa vigilancia; que la otra mitad se dirija al norte, y dando nosotros la vuelta, nos reuniremos en el occidente». Divídense con la rapidez de la llama, unos hacia el lado del escudo, otros hacia el de la lanza; y llamando el mismo Gabriel a dos ángeles que estaban a su lado y se distinguían por su denuedo y sagacidad, les dio la siguiente orden: «Id, Ituriel y Zefón, id a recorrer el Edén con toda la presteza que os sea posible; no dejéis de explorar rincón alguno, y sobre todo la mansión de aquellas dos bellísimas criaturas, que quizás en estos momentos están durmiendo, sin recelar de ningún peligro. Esta tarde, al declinar el sol, vino un Ángel a participarme que había visto un espíritu infernal (¿quién había de sospecharlo?) que escapándose del infierno se encaminaba a este Paraíso, sin duda con algún propósito siniestro; y así donde quiera que lo halléis apoderaos de él y traedlo a mi presencia.»

No dijo más, y se puso delante de su brillante hueste, que eclipsaba el resplandor de la luna mientras los dos ángeles se encaminaban directamente al sitio en que podían hallar a su Enemigo; y allí en efecto lo encontraron bajo la forma de un sapo inmundo, agachado junto al oído de Eva. Por medio de esta diabólica astucia procuraba insinuarse en los órganos de su imaginación y sugerirle a su antojo mil ilusiones, sueños y devaneos, o inspirándole su ponzoñoso aliento, inficionar sus espíritus vitales, nacidos de lo más puro de la sangre, como los vapores que exhala arroyuelo cristalino, y suscitar en su mente insensatos y desasosegados pensamientos, esperanzas vanas, propósitos ambiciosos, deseos inmoderados, henchidos de altivos conceptos que dan origen a la soberbia.

Al descubrirlo así Ituriel, tocólo ligeramente con el cabo de su lanza. No puede la impostura resistir el contacto de un arma celestial y por fuerza tiene que recobrar su propia forma: como le aconteció a Satán, que se estremeció todo al verse descubierto y sorprendido; y a la manera que prende una chispa en el montón de pólvora acopiada para el almacén que se forma al menor indicio de guerra, y encendido el negro grano, estalla de repente e inflama el aire, no menos pronto se levantó el odioso Enemigo en su natural figura. Dieron un paso atrás los ángeles al presentárseles tan súbitamente transformado el terrible rey; pero ajenos a todo temor, se acercaron a él, diciéndole: «¿Cuál eres tú de los espíritus rebeldes precipitados en el infierno? ¿Cómo te has evadido de allí, y por qué estás en acecho, obrando traidoramente junto a la cabeza de los que duermen?»

«¡Ah! ¿No me conocéis? replicó Satán con desdeñoso tono. ¿No sabéis quién soy? Pues bien me conocísteis en otra tiempo cuando, en vez de igualaros conmigo, reinaba yo allí adonde no osabais encumbrar el vuelo. Desconocerme ahora vale tanto como desconoceros a vosotros mismos, que sois sin duda los últimos de vuestras filas. Y si no ignoráis quién soy, ¿a quién preguntarlo, comenzando vuestro mensaje tan inútilmente como habéis de concluirlo?»

A lo que Zefón, devolviendo desprecio por desprecio, le contestó: «No juzgue espíritu rebelde, que esa forma, en que tan menguado aparece tu esplendor, pueda darte a conocer, pues no brillas ya en el Cielo inocente y puro, y estás muy distante de aquella gloria que ostentabas cuando eras fiel; ahora llevas impreso el crimen en tu semblante, y en la frente la lúgubre oscuridad de tu morada. Pero ven con nosotros, y no dudes de que tendrás que dar cuenta al que nos envía, a cuyo cargo está la custodia de este lugar inviolable y la incolumidad de esos dos seres que están durmiendo.»

De este modo habló el Querubín, y su grave y severa reprensión añadió invencible gracia a su juvenil belleza. Quedó confuso Satán; comprendió cuán incontrastable es el proceder recto, cuán amable en sí misma la virtud, y no pudo menos de dolerse de su pérdida, aunque más se dolió todavía de que tan visible fuese la decadencia de su esplendor; y sin embargo, no quiso mostrar apocamiento. «Si he de combatir dijo será como superior con el que manda, no con el que es mandado o con todos a la vez; que en esto me cabrá más gloria o por lo menos no perderé tanto.» A lo que con valentía replicó Zefón: «El miedo de que estás poseído nos ahorrará de un empeño que el último de nosotros bastará a realizar contra ti, perverso, y contra tu impotente debilidad.»

Enmudeció el infernal príncipe al oír esto, devorando interiormente su rabia, como soberbio corcel, que al sentir el freno, salta irguiendo la cabeza y tascando el férreo bocado. Tan inútil le parecía la fuga como el combate; embargábale el corazón un temor que procedía de poder más alto, cuando nada le había hasta entonces intimidado. Iban acercándose al punto del occidente en que, terminada ya su excursión, volvían los ángeles y se congregaban para recibir nuevas órdenes; al frente de los cuales puesto Gabriel, su caudillo, con voz sonora les dijo así: «Por esta parte amigos, oigo pasos acelerados y descubro a Ituriel y Zefón en medio de la oscuridad. Con ellos viene otro de soberana apariencia pero muy decaído de su brillantez que por su arrogante ademán parece el príncipe del Infierno. Determinado se muestra, según su aspecto, a no salir de aquí sin empeñar combate. Preparaos, pues; en su hosco ceño trae pintada la provocación.»

No había acabado de decir esto cuando acercándose los dos ángeles le refieren sucintamente quién es aquél; dónde lo habían hallado, cuál era su ocupación, y, en qué forma y actitud había tratado de ocultarse; Y dirigiéndole Gabriel una penetrante mirada: «¿Por qué le preguntó has traspasado los límites a que te ves reducido por tu crimen? ¿Por qué vienes a perturbar en su ministerio a los que no se han dejado llevar de tu detestable ejemplo y tienen por lo mismo derecho y facultad para impedir tu temerario acceso a estos lugares? ¿No hay más que violar la tranquila morada de los que Dios ha establecido aquí y colmado de bendiciones?»

Y con sonrisa de menosprecio le respondió Satán: «Gabriel en el Cielo tenías fama de perspicaz y como tal te contemplaba yo; pero esas preguntas me hacen dudar de tu buen acuerdo. ¿Hay alguien que viva contento entre suplicios? ¿Hay quién, pudiendo, no anhele evadirse del infierno, aunque esté condenado a vivir en él? Por cierto debes tener que a estarlo tú, lo desearías, y atropellarías por todo con tal de hallar sitio, por lejano que fuese, libre de tanta penalidad donde esperases trocar el dolor en alegría y en presto alivio, y los tormentos en bienestar. Esto es lo que aquí busco, y lo que tú, que nunca has experimentado males, sino venturas, no acertarías a comprender. ¿A qué me pones por delante la voluntad del que nos aprisiona? Que refuerce con más seguros reparos sus puertas de hierro si ha de tenernos sumidos en sus lóbregos calabozos. Esto es cuanto tengo que responderte: por lo demás, la verdad fe han referido; como ésos te han dicho me hallaron; lo cual, sin embargo, no implica violencia ni exceso alguno.»

A estas palabras, dichas en tono desdeñoso, contestó el Ángel guerrero no menos intencionadamente: «¡Oh! ¡qué dechado tan cabal de cordura se perdió el cielo el día que Satán fue arrojado de él! Fue arrojado de él por su insensatez; y llega ahora aquí el fugitivo de su prisión y abrigando la grave duda de si debe o no tenerse por perspicaz al que le califica de temerario en invadir esta región, y traspasar los límites de aquélla a que está condenado en el infierno; tan natural contempla el evadirse de sus tormentos y su castigo. Sigue en su presunción, soberbio, hasta que la cólera que nuevamente suscitas con tu fuga descargue en ti siete veces, hasta que el azote que te haga volver a tus cadenas persuada a tu gran prudencia de que no hay castigo proporcionado a la infinita indignación que semejante culpa provoca. Pero, ¿por qué vienes solo? ¿Por qué no te siguen tus huestes infernales? ¿Son los tormentos más llevaderos para ellos que para ti, y por esto no tratan de evitarlos? ¿O es que no cuentas tú con tanto valor para resistirlos? Pues, intrépido caudillo, que has sido el primero en librarte de tus tormentos: si hubieras manifestado a tus secuaces la causa de tu evasión al abandonarlos, seguramente no te hubieran dejado venir solo ni fugitivo.»

No pudo ya Satán reprimir su ira y exclamó: «Valor más que nadie tengo, ángel insolente, para soportar mis penas. Sobrado sabes que fui yo tu más terrible enemigo en aquella lid en que la fulminante furia del trueno vino tan presto en auxilio tuyo, en auxilio de tu lanza, que por sí no inspiraba temor alguno. Pero tus palabras, tan irreflexivas como siempre, muestran la inexperiencia en que estás de lo que debe hacer un caudillo fiel a su deber y aleccionado por los malos sucesos de su fortuna, que es no exponerlo todo a peligrosos trances, sino experimentarlos primero él mismo. Por esto he cruzado yo solo estos desiertos espacios, y venido a reconocer este mundo nuevamente creado, cuya fama no ha podido menos de llegar hasta los infiernos. Espero encontrar aquí morada mas venturosa, y establecer en la tierra o en las regiones aéreas mis potestades proscritas, aunque para conquista tal fuese menester embestir otra vez contra ti y tus bienhadadas legiones; que más fácilmente os acomodáis a la servidumbre del Señor entronizado en los cielos, a entonar himnos en su alabanza y a incensarle de lejos, que a la dureza de los combates.»

Lo cual, oído por Gabriel, prosiguió en estos términos: «Decir y desdecirse, encarecer primero el mérito de la fuga y desempeñar después el oficio de espía, no es propio de un caudillo, sino de un embaucador. ¿Cómo te atreves a suponerte fiel a tu deber? ¡Que así profanes el nombre, el sagrado nombre de tu fidelidad! Y, ¿a quién eres fiel? ¿A tu rebelde muchedumbre? ¿A ese tropel de réprobos, dignos de ser mandados por tan digno jefe? ¿Consistía vuestra disciplina, la fe que jurasteis y vuestra obediencia militar en alzaros desleales contra el Poder supremo? Y por otra parte, falso hipócrita, que ahora te vendes por paladín de la libertad, ¿quién más lisonjero, más humilde y servil adorador que lo fuiste tú un día del invencible Rey de los cielos, sin duda con la esperanza de destronarlo así mejor y empuñar su cetro? Pues oye, y haz lo que te prevengo; sal de aquí, y huye al lugar de donde has salido; que si subsistes un momento más en estos sagrados confines, arrastrando y cargado de hierros te volveré a tu infernal mazmorra, quedarás enclavado allí, de suerte, que no te burles otra vez de las fáciles puertas del infierno, ya que tan débiles te parecen.»

Amenazolo así; pero Satán lo oía con indiferencia, y encendido en nuevo furor, repuso: «Cuando sea tu cautivo, querubín orgulloso, háblame de cadenas; ahora disponte a sentir el peso de mi poderoso brazo. Jamás te abrumó otro tal, ni aun cuando el Soberano celeste cabalgaba sobre tus alas, y uncido con otro como tú, acostumbrados al mismo yugo, tirabais de su carro triunfal, y andabais por los caminos del cielo empedrados de estrellas.»

Mientras esto decía, ardían en enrojecido fuego los angélicos escuadrones, y desplegando en circular ala sus falanges, lo rodeaban, apuntándole con sus lanzas; como cuando en los campos de Ceres, maduras para la siega, se mecen las apiñadas espigas, inclinándose a uno y otro lado, según de donde se agita el viento, y el labrador las contempla con inquietud, temiendo que todos aquellos haces en que cifra su mayor logro, no vengan a convertirse en inútil paja.

Alarmado Satán en vista de aquella actitud, hizo sobre sí un esfuerzo, y dilató sus miembros hasta adquirir las desmedidas proporciones y fortaleza del Atlas o el Tenerife. Toca su cabeza en el firmamento y lleva en su casco el Horror por penacho de su cimera; ni carece tampoco de armas, dado que empuña una lanza y un escudo. Tremenda lid se hubiera suscitado entonces, que no sólo el Paraíso sino la celeste bóveda hubiera conmovido en torno, y aun, puesto en grave conflicto todos los elementos a impulsos de choque tan irresistible, si previendo aquella catástrofe no hubiera el Omnipotente suspendido en el cielo su balanza de oro, que desde entonces vemos brillar entre Astrea y el Escorpión. En aquella balanza había pesado Dios todo lo creado; la tierra esférica en equilibrio con el aire; y ahora pesa del mismo modo los acontecimientos, la suerte de las batallas y de los imperios. Puso a la sazón en contrapeso el resultado de la fuga y el del combate, y el segundo subió rápidamente hasta dar en el fiel que lo señalaba; y entonces dijo Gabriel a su Enemigo: «Conozco, Satán, tus fuerzas como tú dices conoces las mías: ni unas ni otras nos pertenecen; Dios nos las ha prestado. ¡Qué insensatez jactarnos de lo que han de hacer nuestras armas, cuando no hemos de llegar sino a lo que permita el Cielo! Tu poder es el que El consiente; el mío a la sazón doble, para que yazgas a mis pies, como cieno que eres. Y si de ello quieres una prueba, mira allá arriba y leerás tu suerte en el celeste signo donde se pesa, donde se muestra cuán liviana y débil sería la resistencia.»

Miró en efecto Satán, y vio cuán desfavorable le era el movimiento de la balanza. No esperó más; huyó lanzando denuestos, y en pos de él huyeron las nocturnas sombras.

QUINTA PARTE

Comienza a rayar el día, y Eva refiere a Adán su agitado sueño, que él oye con disgusto; pero hace por consolarla, y salen ambos a su trabajo cotidiano, dirigiendo antes a Dios su plegaria de la mañana. Para que el hombre no pueda alegar disculpa alguna, envía Dios a Rafael que le recuerde su obediencia, que le manifieste el uso que ha de hacer de su libertad, la proximidad de su enemigo, quién es éste y cuál la causa de su enemistad con todo lo demás que a Adán le importa saber. Baja pues Rafael al Paraíso; pintase su celestial hermosura. Al descubrirle Adán, sale a recibirle, le conduce a su albergue, y le regala con las frutas más sabrosas, que al efecto ha cogido Eva por su mano. Conversan amigablemente entre sí, y Rafael desempeña su comisión hablando a Adán de su estado, de la condición de su enemigo; y satisfaciendo a sus preguntas, le declara quién sea éste y lo que lo induce a obrar así, empezando su relato por la primera rebelión de Satán en el Cielo, el origen de ella, cómo se retrajo a las partes del Norte con sus legiones, y las incitó a rebelarse contra Dios, logrando que le siguiesen todos, excepto el serafín Abdiel que contradice sus razones, y se opone a él, y por último le abandona.

Ya la aurora dirigía sus pasos a la región de Levante, dejando en el cielo impresas sus sonrosadas huellas, y sembrando la tierra de orientales perlas, cuando, como lo tenía de costumbre, despertó Adán, cuyo sueño ligero como el aire, favorecido por una pura digestión y por dulces y suaves vapores, fácilmente se disipaba al menor ruido de las hojas de los brumosos arroyuelos a que da movimiento el alba, y de las aves vocingleras que revoloteaban entre los árboles. Pero se sorprendió por lo mismo de hallar a Eva adormecida aún, el cabello descompuesto y encendidas sus mejillas, como por efecto de un sueño desasosegado; e incorporándose medio apoyado sobre su costado, para mejor fijar su amorosísima mirada en aquella hermosura que, dormida o despierta, así le enajenaba con sus encantos, blandamente estrechó su mano; y con una voz tan dulce como la de Céfiro cuando acaricia a Flora, murmuró a su oído estas palabras: «Despierta, hermosa, alma mía, supremo bien que me otorga el cielo, delicia de mi corazón; despierta: mira que alumbra ya por la mañana, que la frescura del campo nos está llamando, y que desperdiciamos estas primicias del día, y no vemos cómo crecen nuestras tiernas plantas, cómo se abren las flores de los naranjos, y la mirra destila su licor, y su bálsamo la caña, mientras la naturaleza se reviste de sus colores, y la abeja extrae de los pétalos sus almibarados jugos.»

Despierta Eva al oír esto, mira con asombro a Adán, y apretándolo entre sus brazos dice: «¿Eres tú, consuelo mío, colmo de mi ventura, único ser en quien se recrea mi pensamiento? ¡Con qué placer vuelvo a verte y vuelvo a gozar del día! Porque has de saber que esta noche (noche igual no he pasado hasta ahora) he tenido un sueño, si sueño puede llamarse, porque no he pensado en ti como pienso siempre, ni en nuestras faenas últimas, ni en las próximas, sino en ofensas y cuidados que hasta esta penosa noche no había sentido mi ánimo; he tenido un sueño en que me parecía que introduciéndose en mi oído, una voz afectuosa me invitaba a pasearme. La tomé al pronto por la tuya: «¿Por qué duermes, Eva?» me decía. Esta es la hora del placer, de la frescura y del silencio, silencio solamente interrumpido por el canoro pájaro de la noche, que la pasa en vela modulando sus amorosos trinos; ésta es, la hora en que la luna completamente redondeada y en la plenitud de su dulce caridad, ahuyenta la sombra que lo encubre todo; inútiles encantos, si la vista no goza de ellos. El cielo vela también y tiene abiertos sus ojos; ¿sabes para qué? Para contemplarte a ti, prodigio de la naturaleza, a ti cuya presencia alegra, y cuya beldad no puede menos de embelesar a cuantos la ven. «Me levanté, creyendo que eras tú el que me hablaba, mas no te vi; eché a andar deseosa de encontrarte, y atravesé, o tal por lo menos me pareció, multitud de caminos, hasta que de repente me hallé junto al árbol de la ciencia prohibida que se me presentó hermosísimo, más hermoso que durante el día. Mirándolo estaba maravillada, cuando a su lado noté que había una figura con alas, como las que a menudo vemos bajar del cielo; sus húmedos cabellos estaban rociados de ambrosía. Contemplaba también el árbol, y exclamó: «¡Oh, preciosa planta! ¡Que tan cargada te veas de fruto y nadie, ni Dios, ni hombre, quiera aliviarte de él ni gustar de su dulzura? ¿Tan despreciable es la ciencia? Si no es por envidia, ¿qué otra causa puede haber para esta prohibición? Prohíbalo quien quiera, nadie me impedirá a mí privarme más tiempo de este placer. De otra suerte, ¿por qué estás aquí?» Esto dijo, y sin más, vacilar, con mano atrevida cogió y gustó. Quedé horrorizada al oír estas palabras, y mucho más viendo la temeraria acción que las acompañaba; pero él, arrebatado de entusiasmo. «¡Oh divino fruto! siguió diciendo ¡dulce por extremo y más dulce todavía por ser vedado! Niégasete, sin duda, para que seas alimento exclusivo de los dioses, pues si lo fueras de los hombres los convertirías en divinidades. Y, ¿por qué no han de aspirar a ser dioses los humanos? ¿No se acrecienta el bien a medida que se comunica? Lejos de perder en ello su autor, sería objeto de nuevas adoraciones. Ven pues, felicísima criatura, Eva, hermosa y angelical; gusta como yo de este fruto, que si hoy eres feliz llegarás doblemente a serlo; gusta de él y serás una nueva deidad entre los dioses y tu imperio no se limitará a la tierra, sino que tendrás por mansión el aire, como nosotros, o podrás remontarte por tu propia virtud al cielo, y verás la vida que viven los dioses y tú vivirás como ellos. Y hablando de esta suerte, se acercó a mí, y llevó a mis labios parte del fruto que había arrancado. Su dulce y sabrosa fragancia excitó de tal modo mi apetito que no pude menos de probarlo; y al punto sentí que nos trasladábamos ambos a la región de las nubes, desde donde vi extenderse a mis pies la inmensidad de la tierra, magnífico y variado espectáculo; y admirada de mi vuelo, me asombré no menos del cambio que había experimentado y de la incalculable altura a que me hallaba; cuando repentinamente desapareció mi guía, y a mí se me figuró que caía precipitada a la tierra y que llegaba a ella adormecida. ¡Con qué júbilo he despertado y visto que todo ha sido la ilusión de un sueño!»

Refirió así Eva el que había tenido durante la noche; y contristado Adán al oírlo, le respondió: «Perfecta imagen y amada mitad de mi mismo; ese desasosiego que ha agitado esta noche tu mente mientras dormías, también ahora me aflige a mí. No sé por qué recelo que ese sueño extraordinario traiga algún mal consigo; pero, ¿de dónde provendrá ese mal? En ti, que tan pura eres ni sombra de él puede darse; pero oye lo que voy a decirte. Hay en el alma varias facultades inferiores sometidas a la Razón como a su soberana. Entre ellas ejerce el principal oficio la Imaginación que de todos los objetos exteriores que perciben los sentidos cuando están despiertos, forma quimeras y visiones aéreas, las cuales agrupa o desvanece la Razón, produciendo así todo cuanto afirmamos o negamos, todo aquello que distinguimos con el nombre de ciencia o de opinión. Cuando la naturaleza se entrega al reposo, la Razón se retrae también a su más oculto seno; y acontece con frecuencia, que aprovechándose la Imaginación de este retraimiento, como continuamente está en vela, procura imitarla forjándose allí mil trazas y desvaríos; pero ordenando mal los objetos especialmente durante el sueño sólo produce pensamientos inconexos, y confunde los hechos presentes con los pasados y los remotos.

«Así en este sueño que me refieres, juzgo descubrir cierta semejanza con los asuntos de que tratarnos en nuestra última conversación, bien que revestidos de extraños accidentes; por lo que no debe esto causarte sobresalto alguno. Puede introducirse un mal pensamiento en el ánimo tanto del hombre como de los espíritus celestiales, indeliberadamente, y sin que llegue a contaminarlo; y esto me inspira la confianza de que ese sueño que tal aversión te ha inspirado mientras dormías, no consentirás nunca que despierta se realice. Aleja, pues, de ti toda tristeza; que no empañe nube alguna la claridad de esos ojos, más brillante y serena que la que en su primera sonrisa envía al mundo la aurora. Levantémonos, y volvamos nuevamente a nuestras dulces faenas, nuestros bosques y fuentes, y al cuidado de las flores que entreabren ahora sus cálices, y exhala los suavísimos aromas que han guardado durante la noche, para que te goces mejor en ellos.»

Así consoló Adán a su bella esposa, y ella en efecto quedó consolada; pero en medio de su silencio se deslizó de sus ojos una dulce lágrima que enjugó con sus cabellos; y al ver que asomaban otras a sus cristalinas fuentes, las atajó Adán con un beso, correspondiendo de este modo a aquella tímida demostración de un remordimiento que se alarmaba, con la sola idea de la culpa sin ser culpable.

Dando, pues al olvido sus temores, se apresuraron a salir al campo; y apenas traspusieron el umbral de su mansión, a la que servían de techumbre espesos y copudos árboles, y se hallaron al aire libre a la luz del día y del sol, que al aparecer en su carro tocaba con las ruedas la superficie del Océano, y cuyos rayos impregnados de rocío y paralelos a la tierra, doraban la vasta región oriental del Paraíso y los fértiles llanos del Edén, se postraron humildemente para adorar a su Criador, comenzando la acostumbrada plegaria que todas las mañanas le dirigían de varios modos, sin que sus himnos careciesen jamás de variedad ni de santo entusiasmo, bien fuesen recitados, bien cantados de improviso; pues en sonora prosa o numeroso ritmo fluía de sus labios una elocuencia tan natural, que no necesitaba de los dulces acordes del arpa ni del laúd; y dieron así principio: «Estas Padre del bien Omnipotente Señor, son tus gloriosas obras. Obra es de tus manos esta fábrica del Universo, tan maravillosamente bella; y tú mismo ¡cuán admirable eres! Tu inefable grandeza se encumbra sobre esos cielos invisible para nosotros, confusamente vislumbrada en tus más pequeñas obras en las cuales, sin embargo, se descubre tu bondad superior a toda idea, y tu poder divino. Celebradlo vosotros, que podéis hacerlo más dignamente espíritus angélicos, hijos de la luz; vosotros, que lo contempláis de cerca, y que en torno de su trono en la eternidad de un día sin noche, y en concertados coros eleváis cánticos de alegría; vosotros que estáis en el cielo. Unid también vuestras alabanzas, criaturas de la tierra, en torno del que es principio y postre y centro y ser al propio tiempo infinito. Y tú la más brillante de las estrellas, última que recorres la vía nocturna si no perteneces más bien al alba precursora del día que con tu fulgente diadema coronas la risueña frente de la mañana: ensálzalo asimismo en tu luminosa esfera a la hora apacible en que asoma la luz de Oriente.

«Sol, vista y alma de este anchuroso mundo, ríndele homenaje como superior a ti, y en tu incesante giro proclama sus loores, cuando apareces en el cielo, cuando te ostentas en tu apogeo y cuando te ocultas a nuestros ojos. Luna, que acompañas unas veces al Sol en su oriente y otras te apartas de él, huyendo con las estrellas fijas en su movible órbita; y vosotros planetas errantes en número de cinco, que al compás de armónicos sonidos os movéis en misteriosa danza: publicad la gloria de aquel que de las tinieblas sacó la luz. Aire y los demás elementos que fuisteis los primeros que engendró en su seno Naturaleza; pues vuestra cuádruple virtud recorre bajo innumerables formas un círculo perpetuo, e influís e inspiráis la vida en todo, que vuestro continuo movimiento sirva para tributar al Supremo Hacedor himnos cada vez más nuevos y más variados. Y vosotras nieblas y exhalaciones, que surgís de las montañas o de los vaporosos lagos, negras o cenicientas, hasta que el sol dora con sus rayos la fimbria de vuestros ropajes: surgid para honrar el nombre del magnífico autor del mundo; y ya tapicéis de nubes el incoloro espacio del firmamento, o derraméis vuestra fecunda lluvia en la sedienta tierra, que en vuestra ascensión o vuestro descenso proclaméis siempre sus alabanzas. Alabadlo también con manso murmullo o rugiendo impetuosamente, oh vientos que sopláis de los cuatro ángulos de la tierra; y vosotros excelsos pinos, árboles y plantas de toda especie, inclinad vuestras cabezas y agitad vuestras ramas en señal de adoración. Loadlo asimismo al son susurrante de vuestras aguas, fuentes y líquidos arroyuelos. Unid a las demás vuestras voces, criaturas todas vivientes. Aves que cantando os remontáis hasta las puertas del cielo, sublimad su gloria en vuestras melodías, y llevada por vuestras alas; y los que os deslizáis por entre las olas, y los que vagáis por la tierra, ya hollándola majestuosa, ya arrastrando humildemente, sed testigos de que mi lengua no enmudece ni por el día ni por la noche, y de que mi voz resuena en las colinas, en los valles, en las fuentes y en la fresca sombra de las enramadas que de mí aprenden sus alabanzas. ¡Bendito seas Señor del Universo! Que tu bondad, como hasta aquí nos dispense únicamente bienes; y si la noche ha producido o encubierto algún mal, ahuyéntalo como la luz ahuyenta las tinieblas en este instante.»

Expresión de su inocencia era plegaria tan fervorosa, terminada la cual recobraron sus ánimos la profunda paz y la acostumbrada calma. Apresuráronse a volver a sus faenas campestres de la mañana, por entre prados cubiertos de rocío y de árboles frutales que por su excesivo crecimiento extendían su espeso ramaje más de lo conveniente, y necesitaban que una mano experta reformase su estéril pompa. Acercan también la vid al olmo para unirlos entre sí; la cual, como amante esposa lo ciñe con sus flexibles brazos, y le ofrece en dote sus racimos, y embellece con ellos su inútil hojarasca.

Viéndolos ocupados de esta suerte el supremo Rey del cielo, se apiadó de ellos, y llamando a Rafael el espíritu amigable que se digno de viajar con Tobías, y favoreció su matrimonio con la doncella siete veces casada: «Rafael», le dijo, «ya sabes la perturbación que, fugándose del infierno y atravesando el tenebroso abismo, ha movido Satán en el Paraíso terrestre, y la iniquidad que ha causado esta noche a los dos humanos que allí viven, proponiéndose con la ruina de ellos, labrar a la vez, la de su descendencia. Ve, pues allá: emplea el resto del día en conversar con Adán, como entre sí conversan los amigos. Lo encontrarás en un sitio sombrío y retirado que le preserva del calor del mediodía, y donde con el alimento y el descanso repara las fuerzas gastadas en sus diarias fatigas. Háblale de modo que le hagas comprender su dichoso estado; que de su voluntad depende su dicha, de su voluntad, que aunque libre, es también mudable, por lo que debe andar precavido y desconfiado, no llegue a perderse por exceso de confianza en su seguridad. Háblale asimismo de los riesgos a que está expuesto, de quién debe recelar, y del Enemigo que por haber sido expulsado poco ha del cielo, procura que los demás se hagan también indignos de tal ventura, no empleando a este fin la violencia que le sería perjudicial, sino el engaño y la seducción. Prevenlo, en suma, de cuanto debe hacer, no sea que, delinquiendo voluntariamente, alegue después que ha obrado por sorpresa, por falta de consejo y de previsión.»

Esto ordenó el Padre Eterno con lo que dejó enteramente satisfecha su justicia. No demoró un punto el alado Ministro el cumplimiento de aquel mandato, y de entre la innumerable multitud de serafines en que estaba cubierto por sus grandiosas alas, alzó el rápido vuelo y cruzó por en medio del firmamento. Apártanse a uno y otro lado las angélicas legiones para abrirle paso a través del camino del Empíreo, hasta llegar a las puertas del cielo, las cuales se abren de par en par por sí solas, girando sobre sus goznes de oro, que con tan divino arte el sabio Autor de todo las había dispuesto. Desde allí, ni nubes ni astro alguno se interponen a sus miradas, y ve la tierra pequeña como en sí es y semejante a los demás globos luminosos, y ve el jardín de Dios coronado de cedros por encima de las más altas montañas. Así aunque menos distintamente, contempla el observador durante la noche por medio de los cristales de Galileo, tierras y regiones imaginarias en lo interior de la luna; y así descubre el piloto como una mancha nebulosa al aparecérsele, las islas de Delos y Sarnos entre las Cícladas.

Prosigue el Ángel bajando con acelerado vuelo, y cruza la inmensidad del espacio aéreo, y surca mundos y mundos, seguro de sus fuertes alas, ora impelido por los vientos del polo, ora sacudiendo velozmente el movible aire; hasta que llegando al límite a que pueden las águilas remontarse, mirábanlo todas las aves asombradas como al fénix único en su especie, cuando para depositar sus preciosas cenizas en el fulgente templo del Sol, encaminaba su vuelo a la egipcia Tebas. Descendiendo después sobre la cumbre oriental del Paraíso, recobra su aspecto de alado serafín. Seis alas velan sus divinas formas: las dos que cubren sus anchos hombros, le caen sobre el pecho como un magnífico manto real; las dos de en medio ciñen su talle como una estrellada zona, v orlan sus riñones y cintura con menudas plumas de oro y tornasoles copiados de los del cielo; y las otras dos resguardan sus pies, adheridas a sus talones, con plumas esmaltadas del color del firmamento. Mostrábase semejante al hijo de Maya, y al sacudir sus plumas, llenaba de celestial fragancia el anchuroso espacio que en torno lo circuía.

Reconociéronlo al punto las legiones de ángeles que custodiaban el Edén, y lo recibieron con el honor debido no sólo a su dignidad, sino a su misión sublime, porque desde luego adivinaron toda la importancia de la que iba a desempeñar. Pasó por delante de sus esplendentes tiendas, y entró en el bienaventurado campo atravesando odoríferas florestas de mirra y casia, de nardos y de bálsamos que sobrepujaban en dulzura a todo encarecimiento; porque exuberante allí y risueña como en su primavera, la naturaleza desplegaba todos sus encantos juveniles y vertía a manos llenas sus más gratos tesoros, en medio de aquel silvestre espectáculo superior a toda perfección artística.

Sentado a la entrada de su fresca gruta, lo vio Adán según iba adelantándose por en medio de la aromática floresta. Desde su mayor elevación lanzaba directamente el Sol sus encendidos rayos hasta lo más profundo de la tierra, calor excesivo para Adán; y Eva estaba en lo interior de su albergue, a la hora en que solía, preparando para su comida los sabrosos frutos, que con sólo ser gustados eran deleite del apetito, y al propio tiempo, despertaban la sed del néctar que la leche, el jugo de ciertas frutas, o los racimos de la vid les suministraban. Llamó pues, Adán a su esposa, diciendo: «Ven Eva, corre, verás un objeto digno de contemplarse: a la parte de oriente, entre los árboles, y caminando en esta dirección, viene una figura ¡oh, qué radiante! Parece una segunda aurora que brilla en mitad del día. Algún mandato del cielo nos trae quizá, y se dignará de ser hoy nuestro huésped. Apresúrate a ofrecerle las mejores provisiones que guardes; no escasees prodigalidad alguna y recíbela con todo el honor debido a un mensajero celeste. A nuestros bienhechores debemos corresponder con sus propios dones, y mostrarnos liberales de lo que tan liberalmente se nos concede, ya que la naturaleza multiplica aquí sus inagotables tesoros, y que al desprenderse de ellos para hacerse más fecunda, nos enseña a no ser avaros.»

A esto replicó Eva: «Adán mío, a quien Dios ha consagrado como modelo de la tierra que animó El mismo; el cuidado de guardar lo que ha de servirnos para alimento, es inútil aquí donde las estaciones se encargan de proveernos de todo, a no ser aquellos frutos que mejoran reservándose, porque pierden así su humedad superflua. Pero no omitiré solicitud alguna, y juntaré de cada planta, de cada árbol, de cada sabroso fruto, lo que más digno me parezca para agasajar a ese angelical huésped, el cual sin convencer, de que Dios ha derramado sus beneficios en la tierra como en el cielo.»

Y sin perder más tiempo, se dispone a proceder con la mayor diligencia y a desempeñar sus quehaceres hospitalarios, pensando en cómo escoger lo más delicado, lo que más se acomodase al gusto, sin mezclar cosas extrañas ni de mal aspecto, sino de una agradable variedad que contribuyese a aumentar su agrado. Discurre de un lado a otro, y de los más tiernos tallos arranca cuanto la tierra, madre universal, produce en la India oriental y en la de Occidente, en las orillas del Ponto, en las costas de África o en el país en que reinó Alción; frutos de toda especie, de dura cáscara, de blanda piel, unos lisos, vellosos otros. De ellos hace largo acopio que amontona con mano pródiga; exprime los dorados racimos que le dan un licor inofensivo y grato y de simientes y dulces almendras que tritura, saca almibarada crema. No carece de vasos puros que contengan una y otra bebida; y por fin cubre el suelo de rosas y arbustos olorosos que para serlo no había menester de fuego.

Entretanto se adelanta nuestro primitivo padre a recibir a su divino huésped, sin más séquito que sus cabales perfecciones, que constituían toda su grandeza incomparablemente mayor que la enojosa pompa que arrastran en pos los príncipes, con tantos corceles ricamente enjaezados y tantos palafreneros cuajados de oro que deslumbran a la multitud dejándola estupefacta. Llegó, pues, Adán a su presencia, y no embarazado de temor, sino con la sumisión y afable respeto que a su superior naturaleza se debía, profundamente, inclinándose, le dijo: «Espíritu celestial, pues no es posible que hermosura tanta provenga más que del cielo; ya que descendiendo de los supremos tronos, te dignas de abandonar por breve tiempo aquellas mansiones venturosas para honrar estas otras con tu presencia, haznos a los dos que aquí vivimos, a quienes el Soberano del mundo ha otorgado la posesión de la morada tan espaciosa, haznos la merced de reposar en este umbrío albergue tomando asiento y gustando los más sazonados frutos de este jardín, hasta que ceda el calor del mediodía, y más benigno el sol vaya declinando.»

Y el Ángel con la mayor dulzura le respondió: «A esto he venido Adán. Tal como has sido creado, y dueño de una mansión como la presente, bien puedes invitar aun a los mismos espíritus celestiales a que con frecuencia te visiten. Llévame pues a ese apartado recinto cubierto de sombra; tengo para estar contigo desde esta hora del mediodía hasta que comience la noche. «Y se encaminaron ambos a la campestre vivienda, que como el asilo de Pomona se cobijaba entre fragantes flores. Allí estaba Eva, sin otra gala ni adorno que ella propia, más encantadora que la Ninfa de los bosques y que la más bella de aquellas tres diosas que en el monte Ida sostuvieron desnudas la competencia de su hermosura; estaba para servir al divino huésped, y no necesitaba de otro velo ni defensa que su virtud, sin que ningún pensamiento impuro alterase la calma de su semblante. «¡Salve!», le dijo el Ángel, empleando la santa salutación que después se dirigió a la benditísima María, segunda Eva. «¡Salve, madre del género humano! Tu fecundo seno dará al mundo más hijos que los frutos con que los árboles del Señor colman esa mesa.» La mesa era un alto y espeso césped cercado de asientos de muelle musgo y sobre su ancha y cuadrada superficie se extendían las producciones todas del otoño, aunque allí otoño y primavera se daban la mano. Entablaron los comensales su plática reposadamente, sin temor de que se les enfriasen los manjares; y nuestro padre empezó diciendo: «Plázcate divino extranjero, gustar de estos regalos, que nuestro Hacedor, de quien sin tasa ni medida procede todo perfecto bien, ha mandado a la tierra que nos ceda para nuestro alimento y nuestro placer; manjares insípidos quizá para naturalezas espirituales; mas yo únicamente sé que el Padre celeste alimenta a todos.»

A esto replicó el Ángel: «Pues lo que El, alabado sea perpetuamente, lo que El da al Hombre, que en parte es también espiritual, bien puede ser manjar agradable para los espíritus más puros; que la inteligencia de éstos necesita de alimento como vuestra razón, pues una y otra llevan en sí las facultades subalternas de los espíritus, como son oír, ver, oler, tocar y gustar; y el gusto depura. digiere y asimila las sustancias convirtiendo las corpóreas en incorpóreas. Ello es indudable que todo lo creado ha menester de alimento con que sostenerse y repararse: entre los elementos, el más grosero mantiene siempre al más puro, la tierra al agua, la tierra y el agua al aire, y el aire a los etéreos fuegos, empezando por la luna, que como más vecina de la tierra, presenta en su redonda faz esas manchas que son vapores todavía impuros que no se han transformado en sustancias; mas no por eso deja la luna de desprender de su húmedo continente alimento para otras esferas superiores. El sol, que comunica su luz a todos los astros, recibe de ellos sus acuosas exhalaciones y absorbe durante la noche el licor del Océano. Aunque los árboles de vida que tenemos en el cielo nos den frutos de ambrosía, y las vides destilen néctar, y aunque al amanecer extraigamos melifluo rocío de entre las hojas, y el suelo ofrezca granos de perlas a nuestras plantas, de tal manera ha prodigado aquí Dios sus bondades en la variedad de los placeres de que gozáis, que bien puede esta mansión compararse con el cielo; y así no creas que deje de quedar mi gusto satisfecho.»

Sentáronse, pues, y fueron comiendo de las viandas, y el Ángel no en la apariencia ni figuradamente, como es común opinión de los teólogos, sino con todo el incentivo de un verdadero apetito; así que el calor digestivo transformó los manjares en su sustancia angélica, y la parte redundante salió a través de la espiritual por medio de la transpiración. Ni esto debe causar asombro, cuando por medio del carbón ardiente, trueca o cree posible trocar el empírico alquimista la escoria más vil en el oro más puro cual si saliese de la mina. Desnuda Eva, hacía oficios de sirviente y. apuradas las copas las coronaba de nuevo con licores a cuál más grato. ¡Oh inocencia digna del Paraíso! Nunca como entonces hubieran tenido disculpa los hijos de Dios en enamorarse de la hermosura; pero en aquellos corazones no cabía el amor impúdico ni se comprendían los celos, infierno de los amantes ofendidos.

Una vez satisfecha mas no ahíta, tanto en manjares como en bebidas, la necesidad de la naturaleza, concibió de pronto Adán el deseo de no perder la ocasión que con tan importante conferencia le brindaba para saber qué más había en el mundo superior al suyo, qué seres poblaban el cielo cuya existencia tanto sobre la suya se distinguía, cuyas esplendentes formas eran una emanación de la Divinidad y cuyo envidiable poder en tanto grado excedía al del Hombre; y con respetuosa prudencia se insinuó así: «Veo, conciudadano de Dios hasta dónde llega tu bondad por el honor que nos has dispensado, dignándote de visitar nuestra humilde morada y de probar los frutos de la tierra, que no son manjar digno de los ángeles; mas los has aceptado de tal modo, que no parece puedas mostrarte más complacido al tomar parte en el celestial banquete; y sin embargo ¡qué comparación cabe!»

Y el divino Mensajero repuso: «Hay, Adán, un Ser Omnipotente de quien proceden todas las cosas, y en quien refluye todo aquello que no viene a estado de depravación. Todo lo creó perfecto en su origen, con variedad de formas, con diversos grados de sustancia y vida en los vivientes; pero todo se completa y espiritualiza y depura a medida que más se aproxima a El o a aquella esfera de acción que a cada cosa está designada, hasta que los cuerpos llegan a espíritus en la proporción debida a cada especie. Así, de la raíz de una planta nace esbelto su verde tallo, y de éste las hojas más delicadas, y de las hojas, en fin, la flor primorosamente esmaltada que exhala aromáticas esencias. Y así las plantas y los frutos que dan alimento al Hombre, siguiendo una escala gradual, se transforman en espíritus vitales, o animales, o intelectuales, que armonizados entre sí, producen la vida, el sentimiento, la imaginación, y la inteligencia de donde el alma adquiere la razón; la razón que constituye su esencia ya proceda discursivamente, ya por medio de la intuición. El discurso suele ser más propio de vosotros, los humanos; la intuición, de nosotros los celestiales; diferimos en el grado de razón, mas no en cuanto a su naturaleza, que es siempre idéntica. No te admires, pues, de que yo haya aceptado los alimentos que Dios ha hecho a propósito para ti, porque, como tú en la tuya, los convierto yo en mi, sustancia propia. Tiempo vendrá quizás en que los hombres lleguen a participar de la dignidad angélica, y que gusten del manjar celestial juzgándolo adecuado a su subsistencia; en que vuestros cuerpos, así sustentados, se despojen un día de todo lo que no es espiritual y se remonten alados a la región etérea como nosotros, y puedan habitar libremente aquí o en la celestial morada, si dais entonces muestras de ser obedientes y conserváis entero, inalterable y fiel el amor que debéis al que os ha hecho progenie suya. Entretanto gozad de cuantos dones os concede vuestro dichoso estado; que por ahora en vano aspiraríais a más.»

«¡Cuán bien generoso espíritu y benigno huésped», repuso el patriarca de la raza humana, «cuán bien nos has trazado el camino que puede conducirnos a nuestra enseñanza, y la escala de la naturaleza que recorre desde el centro a la circunferencia, y cómo la contemplación de los cosas creadas basta para elevarnos de una en otra hasta la majestad de su Creador! Pero dime: ¿qué has querido dar a entender con lo de «si dais muestras de ser obedientes»? ¿Es posible que no lo seamos, que nos olvidemos del amor a Aquel que nos ha sacado del polvo, estableciéndonos aquí y colmándonos de cuantos bienes puede concebir o apetecer el anhelo humano?»

Y el Angel le replicó: «Hijo del Cielo y de la Tierra, escucha. A Dios eres deudor de toda tu felicidad, pero el proseguir disfrutando de ella, de ti depende, es decir, de tu obediencia en la cual debes mantenerte fiel, porque es la prenda de tu ventura; tenlo presente. Dios te ha hecho perfecto, pero no inmutable; te ha hecho bueno pero te deja árbitro de perseverar o no en esta bondad; te ha dotado de un albedrío libre por su naturaleza, no sujeto al misterioso hado ni a la inflexible necesidad. Por eso el homenaje que exige es voluntario y no forzoso, pues de ser arrancado por la fuerza ni lo aceptaría, ni sería homenaje. ¿Cómo un corazón esclavizado ha de mostrar que se somete voluntariamente a su servidumbre, si cohibido por el destino, carece de toda elección posible? Nosotros también y cuantas angélicas legiones asisten al trono de Dios ciframos nuestro estado de bienaventuranza como vosotros el vuestro en la obediencia; que no tenemos otra seguridad. Libremente servimos, porque libremente amamos; de nuestra voluntad depende el amar o no, y en ella por consiguiente estriba nuestra elevación o nuestra ruina. Por incurrir en la desobediencia cayeron algunos desde los cielos al profundo abismo. ¡Oh!, ¡Y qué caída! ¡En qué miserable extremo, y desde qué gloria tan sublime!»

A lo cual respondió nuestro primer padre: «Con la mayor atención he escuchado tus palabras, divino maestro, y me han deleitado más que los armónicos acentos de los vecinos montes, cuando repiten por la noche los cantos de los querubines. Ni se me oculta que hemos sido creados libres, tanto para querer como para obrar; y no olvidaremos nunca el amor que debemos a nuestro Hacedor y la obediencia a su único mandamiento, que tan justo es en efecto, pues así me lo persuado y ha persuadido siempre mi reflexión. Pero lo que dices que ha ocurrido en el cielo me hace dudar de mí mismo y me inspira el deseo de oír, si te dignas de referirlo, la relación completa del caso que debe ser muy extraño y digno de escucharse con religioso silencio. Aún tenemos día sobrado; que apenas ha llegado el sol a la mitad de su carrera, y comenzado la otra mitad en el ancho círculo del cielo.»

A este ruego de Adán condescendió Rafael, después de una breve pausa diciendo: «En arduo empeño me pones, padre de los hombres, arduo y triste a la vez; porque ¿cómo representar al sentido humano las invisibles hazañas de los espíritus guerreros, y cómo referir sin pena la ruina de tantos gloriosos seres, y tan perfectos mientras guardaron fidelidad? ¿Cómo, por fin revelar los secretos de un mundo que quizá no es lícito descubrir? Mas por tu bien debe permitirse todo. Pondré al alcance de tu comprensión lo que es superior a ella, dando a lo espiritual formas corpóreas por donde mejor se entienda; pues si la tierra es una sombra del cielo ¿qué extraño que se asemejen más de lo que es posible imaginar las cosas de acá abajo a las celestiales?

«No existía este mundo aún, y reinaba el lóbrego caos donde hoy giran las célicas esferas, donde la tierra se asienta ahora equilibrada sobre su centro, cuando un día (porque el tiempo, no obstante, la eternidad, aplicado al movimiento mide cuanto es capaz de duración por medio de lo presente lo pasado y lo futuro), cuando un día, digo, de los que completan el grande año celeste, fueron por mandato supremo convocadas todas las angélicas legiones, y acudiendo desde los más apartados ámbitos del Empíreo rodearon el trono del Omnipotente, presididas por sus gloriosos capitanes. Enarbolábanse allí mil y mil enseñas, banderas y estandartes, que entre las primeras filas y la retaguardia ondeaban al aire, sirviendo para distinguir las diferentes jerarquías, órdenes y grados, o para ostentar en los blasones de sus brillantes campos sagrados recuerdos y memorables hechos de virtud y amor. Y cuando acabaron de formar un círculo de inconmensurable extensión, incluyéndose una rueda en otra, el Infinito Padre, a cuyo lado se sentaba el Hijo en el seno de su bienaventuranza, cual desde una montaña de ardiente fuego que no deja ver su cima por la excesiva claridad que luce en ella pronunció estas palabras: «Oíd todos vosotros, ángeles, hijos de la luz, tronos, dominaciones, principados, virtudes y potestades; oíd mi decreto que ha de ser para siempre irrevocable.» En este día he engendrado al que declaro mi único Hijo, y sobre este santo monte acabo de consagrarlo. A mi diestra lo tengo; vedlo. Desde hoy será, vuestro superior pues por mí mismo he jurado que todas las rodillas se doblarán en el cielo ante El, y que lo reconocerán todos por soberano. Vivid unidos, como una sola alma bajo el imperio de este representante de mi grandeza, y sed perpetuamente dichosos; que el que lo desobedezca, me desobedecerá a mí, romperá los vínculos que nos unen, y desde aquel día, apartado de Dios y de su visión beatífica caerá en las más hondas tinieblas en el profundo abismo, donde tiene reservado un lugar que ocupará sin fin y sin esperanza de redención.

«Así habló el Señor Todopoderoso, y todos parecieron acoger dócilmente sus palabras, aunque en realidad no todos sentían lo mismo. Aquel día, como uno de los más solemnes, se pasó en cánticos y danzas en torno del sagrado monte; místicas danzas, que la estrellada esfera de los planetas y los astros fijos imita antes que otra alguna en sus intrincados, excéntricos y revueltos laberintos, tanto más regulares, sin embargo, cuanto mayor es su irregularidad en la apariencia; y de sus movimientos procede armonía tan divina y tan dulce en sus mágicos acordes, que el mismo Dios los escucha embelesado.

«Acercábase entretanto la noche (que también nosotros tenemos mañana y tarde, no porque nos sean necesarias, sino porque su variedad es más agradable), y terminadas las danzas, sentimos el deseo de regalarnos con dulcísimos manjares; y puestos en círculos como estábamos, aparecieron las mesas llenas de angélicos alimentos, de líquidos rubíes y néctar, fruto de las deliciosas vides que cultiva el cielo, rebosando en vasos de perlas, diamantes y macizo oro. Recostados sobre flores y coronados de guirnaldas comían allí y bebían, y en dulce consorcio se henchían de inmortalidad y júbilo, mas sin llegar a hastiarse, porque la plenitud es allí el límite del exceso, hallándose en Presencia del Bondadosísimo Señor, que al otorgarles tantos dones a manos llenas toma parte en su regocijo. Entretanto la ambrosía de la noche, exhalándose entre nubes desde el alto monte de Dios, fuente de la luz como de la sombra, había trocado la faz del fulgente cielo en un crepúsculo agradable, pues nunca extiende allí la noche más tenebroso velo, y un blando rocío iba adormeciendo todos los ojos excepto los de Dios, siempre vigilantes. Diseminados poco después los ejércitos angelicales por la llanura del cielo, mucho más extensa que la de la tierra, si aplanase su superficie, que tales son los divinos atrios, se dispersaron en legiones y curias, acampando a orillas de arroyos cristalinos y entre árboles de vida; y bajo innumerables e improvisados pabellones como en otros tantos tabernáculos, gozaban los celestiales espíritus del sueño, arrullados por los frescos céfiros; gozaban del sueño todos, menos los que durante el transcurso de la noche se empleaban en cantar melodiosos himnos alrededor del trono del Señor.

«Pero no velaba con este objeto Satán, que así se llama ahora, porque su primitivo nombre no se oye en el cielo. Satán, uno de los primeros, si no el más distinguido de los arcángeles, grande por su poder, su favor y su dignidad, que envidioso del puesto a que el Padre Omnipotente elevaba aquel día a su Hijo, proclamándole por Mesías y ungiéndolo por Rey, no podía reprimir su orgullo indignado de que así se le postergase. Cediendo pues a su malevolencia y a su soberbia, no bien, mediada la noche, llegó la hora en que la oscuridad era mayor y en que por lo mismo brindaba más al sueño y al recogimiento, determinó alejarse con todas sus legiones, dando aquella muestra de menosprecio a la supremacía de Dios, de cuyo culto y obediencia se separaba desde aquel momento; y despertando al que lo seguía en autoridad, llevolo aparte y le dijo así: «¿Tú también compañero mío, estás durmiendo? ¿Es posible que pueda el sueño cerrar tus párpados? ¿No te acuerdas ya de lo que se decretó ayer, el decreto que hace tan poco pronunciaron los labios del señor del Cielo? Tú tienes por costumbre no ocultarme ninguno de tus pensamientos, como acostumbro yo a confiarte también los míos. Y si despiertos tú y yo somos uno mismo, ¿por qué el sueño ha de hacer que nos desunamos? Ves que se nos imponen nuevas leyes; dictadas éstas por un poder soberano, pueden producir en nosotros sus vasallos, nuevos propósitos, nuevos consejos para tratar de eventualidades que acaso sobrevendrán; pero no es conveniente discurrir aquí más sobre este punto. Congrega a los jefes de los millares de huestes que acaudillamos; diles que por superior mandato antes que la oscura noche haya retirado sus sombrías nubes, debo, juntamente con los que tremolan sus banderas bajo mis órdenes, encaminarme con apresurado vuelo a las regiones que poseemos en el norte, y disponer allí lo necesario para recibir dignamente a nuestro Rey, el gran Mesías, y ejecutar lo que tenga a bien mandarnos, porque en breve aparecerá triunfante, en medio de todas las jerarquías celestes, a las cuales impondrá sus leyes.

«Mientras el pérfido arcángel hablaba así, iba inspirando malignas prevenciones en el incauto ánimo de su compañero, que conforme le había prescrito, llamó a la vez, a unos tras otros, a los principales a quienes mandaba; indicoles que se le había ordenado trasladar a otro punto el gran pendón que los distinguía, antes de que la sombría noche abandonase el cielo; y para tomar el tiento a su lealtad, les insinuó el motivo de aquella marcha con ciertas vaguedades y reticencias, propias para agriar y torcer sus ánimos. Obedecieron todos, como lo tenían de costumbre, la señal y superior mandato de su gran adalid, que bien merecía el nombre de grande siendo tanta en el cielo su dignidad; seducíalos su esplendor, como seduce a los astros que lo siguen el de la estrella de la montaña, y la impostura de que se había valido arrastró en pos de sí a la tercera parte de las celestiales huestes.

«Entretanto los ojos del Eterno, cuya mirada penetra los más recónditos designios, descubrieron desde la cima del santo monte, alumbrado de noche por las lámparas de oro que arden en su presencia, pero, sin necesitar de luz, la rebelión que se preparaba; vieron cómo iba cundiendo entre aquellas lúcidas cohortes, y la resistencia que su innumerable muchedumbre se aprestaba a hacer a su voluntad suprema; y sonriendo, dirigió a su único Hijo estas palabras: «¡Hijo mío, en quien veo resplandecer la plenitud de mi gloria, heredero de mi omnipotencia! Pues se va a atentar contra ésta, impórtanos pensar cómo defenderla y con qué armas hemos de sostener el derecho que poseemos a la divinidad y al imperio de todo lo creado. Un enemigo se alza, que pretende erigir un trono igual al nuestro, allá en las vastas regiones del Septentrión; y no contento con esto, medita cómo aventurar al trance de una batalla nuestro poder y nuestro derecho. Preparémonos, pues, y en tan temeroso riesgo armémonos prontamente de cuantas fuerzas podamos disponer, empleándolas en defendernos, no sea que por desprevenidos caigamos de nuestra sublime altura de nuestro santuario de la cima de nuestro monte.

«A lo que con reposado, puro, inefable y sereno aspecto radiante de divinidad, respondió el Hijo: «Omnipotente Padre que con razón haces desprecio de tus enemigos, y que contemplándote seguro, te burlas de sus vanos intentos y de su inútil cuanto tumultuosa audacia, con esto acrecentarán mi gloria; su odio redundará en loor mío, cuando vean que el soberano poder que se me ha otorgado aniquila todo su orgullo, y experimenten la habilidad de mi brazo en subyugar a los que se rebelan; y entonces dirán si debo ser considerado como el último de los cielos.»

«Mientras hablaba así el Hijo, caminaba Satán en apresurado vuelo con sus secuaces; ejército más innumerable que las estrellas de la noche o las matutinas gotas de rocío que, como relucientes perlas engasta el sol en las plantas y las flores. Atraviesan una y otra región, los poderosos reinos de los serafines de las potestades y de los tronos en sus triples grados; comparados tus dominios, Adán, con aquellas regiones, serían lo que tu jardín con respecto a toda la tierra a los mares todos al globo entero, desplegado en toda su longitud. De esta suerte llegan por fin a las extremas partes del norte, y Satán a su mansión regia, fabricada en lo más alto de un monte, que se divisaba a lo lejos como una montaña sobrepuesta a otra, con pirámides y torres hechas de agramilado diamante y de rocas de oro; que era el palacio del célebre Lucifer, según en su lenguaje llaman los hombres a esta clase de construcciones; pues para afectar mayor igualdad con Dios, imitando el nombre de la montaña en que acababa de proclamarse al Mesías rey de los cielos, él llamó a la suya montaña de la Alianza. Y convocando en torno de ella a todos sus secuaces con pretexto de que así se le ordenaba para consultarlos sobre el ostentoso recibimiento que habían de hacer a su Soberano luego que se presentase, y valiéndose del arte con que sabía fingir el acento de la verdad cautivó su atención diciéndoles:

«Tronos, dominaciones, principados, virtudes y potestades, títulos magníficos, si no son vanos desde el momento en que por un decreto se ha concedido a otro tan gran poder, que nos eclipsa a todos al ser consagrado por rey supremo. El es la causa de la atropellada marcha que esta noche hemos traído; él la de que aquí estemos congregados de improviso, con el único objeto de acordar cómo más dignamente hemos de recibir y qué honores nuevos hemos de rendir al que viene a imponernos un tributo de genuflexión, una humillación servil, que hasta ahora no se nos había exigido. Postrarnos ante uno, era demasiado: ¡cuán duro no debe sernos este doble culto ofrecido no sólo al que es superior, sino al que se nos dice ahora que es su imagen! Y, ¿qué acontecería si despertasen nuestros ánimos a mejor acuerdo, y se determinasen a sacudir tal yugo? ¿Humillaréis las frentes, y doblaréis temblando vuestras rodillas? No tal: creo conoceros bien; y asimismo os reconoceréis vosotros como naturales e hijos de este cielo, que antes no ha poseído nadie; y si no todos somos iguales, todos somos libres, igualmente libres, porque la diferencia de clases y dignidades no se opone a la libertad. que, por el contrario se concilia con ellas. ¿Quién, pues, ni razonable ni justamente podrá alzarse con la monarquía sobre los que de derecho son iguales suyos, si no en poder y esplendor al menos en libertad? ¿Quién se atrevería a dictarnos leyes ni mandamientos, cuando por estar exentos de crimen, no necesitamos de ley alguna? Y menos debiera atreverse a hacerlo el que no puede ser nuestro soberano ni exigir que lo adoremos sin vilipendiar la regia dignidad en virtud de la cual estamos destinados a gobernar, y no a ser siervos.»

«Escuchaban todos su audaz discurso sin contradecirlo, cuando levantándose el serafín Abdiel, celosísimo adorador de la divinidad y dócil cual ningún otro a sus mandatos inflamado en santa indignación, atajó así aquel furioso torrente:

«¡Oh blasfemo insolente y falso! No era de esperar que se oyesen semejantes palabras en el cielo y menos proferidas por ti, ingrato, que tan encumbrado te hallas sobre tus iguales. ¿Cómo puede tu sacrílega astucia condenar ese justo decreto promulgado y jurado por el Señor? Ordena que ante su único Hijo, que por derecho propio empuña el cetro regio, doblen todos los que habitan el cielo la rodilla, y honrándolo como es debido, lo confiesen por legítimo Soberano; y, ¿esto dices que es injusto, porque no es reducir con leyes a los libres, y lo es que uno solo impere sobre sus iguales y obtenga un poder que nadie puede heredar después? ¿Pretendes dictar leyes a Dios? ¿Vas a disputar sobre los fueros de la libertad con el mismo que te ha hecho lo que eres, y que al crear conforme a su voluntad las potestades celestes ha imitado las condiciones de su existencia? Harto experimentada tenemos su bondad; harto sabemos con cuánta solicitud procura nuestra dicha y nuestra grandeza, y que lejos de empequeñecernos, quiere, por el contrario, sublimar nuestro venturoso estado uniéndonos más estrechamente bajo una misma cabeza. Y, puesto que, como afirmas, fuera injusto que el que es igual reine como monarca sobre sus iguales, ¿osas tú por grande y glorioso que seas y aunque cifrases en ti solo el esplendor de las angélicas naturalezas, igualarte a ese unigénito Hijo, por quien, como Verbo suyo, el Padre Omnipotente lo creó todo, y te creó a ti mismo, y a todos esos espíritus celestes, coronados de gloria en diferentes grados y glorificados con los nombres de tronos, dominaciones, principados, virtudes y potestades, potestades que constituyen nuestra esencia? No nos humillará su reinado, antes acrecerá nuestro lustre, porque siendo nuestro príncipe, no podrá menos de identificarse con nosotros; sus leyes serán las nuestras, y cuantos honores le tributemos vendrán a recaer en nosotros mismos. Desiste pues, de tu insensato encono; no perviertas a los que te escuchan, y apresúrate a calmar la cólera del Padre y la cólera del Hijo, que no es difícil obtener el perdón cuando se implora a tiempo».

...Con este fervor se expresaba el Ángel, mas era inútil su celo, que se tenía por extemporáneo, por poco digno y propio de espíritus apocados; de lo que lisonjeándose el Apóstata más ensoberbecido que antes, le replicó:

«¿Que fuimos creados dices, y que como producto de segunda mano, el Padre transfirió este cuidado a su Hijo? ¡Idea peregrina y nueva! Bueno fuera saber de quién has aprendido esta doctrina. ¿Cuándo se efectuó esta creación? ¿Recuerdas tú cuándo saliste de la nada, y cómo te dio el ser ese tu Hacedor? Porque nosotros no conocemos tiempo alguno en que no hayamos sido lo que somos, ni nada que nos haya precedido. Engendrados fuimos por nosotros mismos y elevados por nuestra propia virtud vivificadora, cuando llegado el momento fatal, adquirieron las cosas su complemento, y nosotros, frutos ya sazonados tuvimos por patria al cielo. Nuestro poder de nosotros únicamente procede, y nuestro brazo ejecutará tales empresas que muestre bien si hay otro que se le iguale. Entonces verás si tenemos necesidad de recurrir a súplicas, y si rodeamos el trono del Omnipotente como adoradores o como agresores. Y ahora lleva, refiere estas nuevas a tu ungido Príncipe; y apresura el vuelo antes que un funesto obstáculo te lo impida».

...Dijo, y aquellas innumerables huestes aplaudieron sus palabras con un ronco murmullo, parecido al que en el hondo mar forman las olas; mas no por eso perdió su intrepidez el flamígero Serafín, pues aunque solo y cercado de enemigos, se sintió con sobrado aliento para añadir:

«¡Oh espíritu apartado de Dios, espíritu maldito, contrario a toda virtud! Veo inminente tu perdición, y veo a tu desventurada grey, envuelta en tus pérfidos amaños participar a un mismo tiempo de tu crimen y tu castigo. No, no te inquiete ya el deseo de sacudir el yugo del Divino Mesías; no abrigues más confianza en las leyes de la indulgencia; otras serán las que contra ti se lancen, y leyes irrevocables. Ese cetro de oro a que pretendes sustraerte se trocará en azote de hierro que quebrante y reduzca a la nada tu inobediencia. Seguiré el consejo que me has dado mas no por temor a tus advertencias y amenazas, sino para huir de estas inicuas tiendas, que la inminente cólera del Señor abrasará en repentino incendio, sin distinguir de inocentes ni de culpables. Teme tú el trueno que va a estallar sobre tu cabeza, y el rayo devorador que te consuma. Gimiendo entonces conocerás al que te ha creado, porque no podrás menos de conocer al que te aniquile».

...Estas palabras pronunció el serafín Abdiel, único dechado de fidelidad entre aquella multitud de infieles, único que conservaba su fe, su amor y su celo, y que se mostraba firme, resuelto, inaccesible a toda seducción y a todo temor contra la rebeldía que se fraguaba. Ni el número ni el ejemplo fueron poderosos a hacerlo abjurar de la verdad, ni aun viéndose solo, a que decayera su constante ánimo. Largo trecho anduvo entre las legiones, sufriendo los improperios con que al paso lo zaherían; pero sobreponiéndose a sus insultos y menospreciando sus amenazas, abandonó con desdeñosa indiferencia aquellas altivas torres que en breve habían de derrumbarse.»

SEXTA PARTE

Prosigue Rafael su narración, y refiere cómo fueron enviados Miguel y Gabriel a combatir contra Satán y sus ángeles. Descríbese la primera batalla, de resultas de la cual, y a favor de la noche se retira Satán con los suyos; convoca un consejo, e inventa unas máquinas infernales, con que en nuevo combate empeñado al siguiente día, consigue introducir algún desorden en las legiones de Miguel; pero éstas, por fin arrancando de su asiento montes enteros, sepultan bajo ellos a las huestes satánicas y sus máquinas. No logran sin embargo acabar con la rebelión y al tercer día envía Dios al Mesías, su Hijo, a quien había reservado la gloria de aquel triunfo. Preséntase éste en la plenitud del poder que le ha concedido su Padre, y ordenando a sus legiones que se mantengan inmóviles a sus lados, lánzase con su carro, fulminando rayos en medio de sus enemigos que incapaces de resistirlo se ven perseguidos hasta los postreros atrincheramientos del cielo; abierto el cual, caen precipitados con estrepitosa confusión al abismo, que de antemano estaba preparado para servirles de castigo; con lo que el Mesías vuelve victorioso al seno de su Padre.

«Continuó el Ángel intrépido caminando toda la noche; sin que nadie lo persiguiese y atravesando los vastos campos del cielo, hasta que despertada la Aurora por las Horas que marchan circularmente, abrió con sus rosadas manos las puertas de la luz.

«Hay en lo interior de la montaña santa y próxima al trono de Dios, una gruta que en perpetua alternativa ocupan la luz y las tinieblas, cuya agradable sucesión forma lo que puede llamarse el día y la noche del cielo. Auséntase la luz, y por la puerta opuesta entra mansamente la oscuridad, hasta que el momento de extenderse por los celestes ámbitos, bien que su mayor sombra pudiera tenerse aquí meramente por un crepúsculo. Ahora se acercaba la mañana circuida del empíreo esplendor con que brilla en la región suprema, y la Noche huía ante ella acosada por los rayos que despedía el Oriente; cuando a los ojos de Abdiel apareció la inmensa llanura cubierta de fúlgidos escuadrones agrupados en orden de batalla, de carros, de armas resplandecientes, de fogosos bridones que reflejaban su brillo unos en otros; señales todas de guerra pero de guerra que iba a estallar en breve porque todos sabían ya las nuevas que él pensaba comunicarles.

«Introdújose gozoso entre aquellas amigas falanges que lo recibieron con júbilo y ruidosas aclamaciones, como al único de tan inmensa muchedumbre de criminales que se había preservado de su perdición; y conduciéndolo al compás de sus aplausos a la santa montaña, lo presentaron ante el supremo trono de donde, y de lo interior de una nube de oro, salió una voz que pronunció estas dulces palabras:

«Siervo de Dios, has obrado bien; bien has combatido por la más noble causa defendiendo la de la verdad solo contra multitud tanta de rebeldes, y haciéndote más temible con tus palabras que lo son todos ellos con sus armas. Para dar testimonio de la verdad, has menospreciado el baldón universal, más difícil de sobrellevar que todas las violencias, cuidando sólo de hacerte grato a los ojos de Dios, y sin temor a que te calificasen de perverso. Fácil es ya el empeño en que vas a verte auxiliado de toda una hueste amiga, y habiéndote con contrarios a cuya presencia volverás con tanta mayor gloria, cuanto más te vilipendiaron al separarte de ellos. Someterás por la fuerza a los que no quieren admitir la razón por ley, siendo como es tan justa, ni al Mesías por soberano, cuando reina por el derecho de sus propios méritos. Apréstate, Miguel, príncipe de los ejércitos celestiales, y tú Gabriel, que lo igualas con ardor bélico; guiad uno y otro al combate mis invencibles legiones; poneos al frente de mis ejércitos santos. Que congregados por millares y por millones, lleguen a competir en número con los de esa muchedumbre rebelde y falta de Dios. Aprestad fuego y armas mortíferas: dad sin temor en ellos; y persiguiéndolos hasta la extremidad del Empíreo, arrojadlos de la presencia de Dios, de la mansión bienaventurada al lugar de su tormento, a los abismos del Tártaro, que abren ya su inflamado caos para que en él acabe su ruina».

«Esto dijo la soberana voz, y al punto empezaron las nubes a agolparse sobre la montaña, y la espesa humareda con cuyos lóbregos remolinos luchaban furiosas llamas, anunciaba la ira que iba a estallar en breve. Con estruendo no menos espantoso resonó en la cumbre el penetrante acento de la trompeta aérea, que apenas oída de las celestes potestades, se agruparon en irresistible masa moviéndose silenciosas aquellas brillantes legiones al compás de armónicos instrumentos, poseídas de heroico ardor, digno de un alto empeño, y siguiendo a los inmortales caudillos que defendían la causa de Dios y de su Mesías. Marchan con inquebrantable firmeza, sin que basten a desordenar sus filas angostos valles, empinadas lomas, bosques, ni ríos; que no es el suelo obstáculo a sus plantas, y los aires parecen ayudar a su veloz ímpetu. Y como cuando las aves de todo género cruzaban sucesivamente el aire y posaban su vuelo sobre el Edén, para que a cada cual impusieses tú su nombre, así iban atravesando los varios espacios del cielo y una y otra región diez veces más anchurosas que la tierra toda.

«Por fin, al término del horizonte y a la parte del septentrión, se descubrió en todo su extenso ámbito una lengua de fuego que semejaba un ejército en orden de batalla, y a menor distancia un bosque erizado de enhiestas lanzas, cubierto de yelmos y escudos varios, en que se veían pintados emblemas ostentosos. Eran los escuadrones de Satán, que se movían con precipitada furia, imaginándose que aquel día, bien por fuerza de armas, bien por sorpresa, habían de enseñorearse de la montaña del Eterno y sentar en su trono al soberbio competidor, envidioso de su grandeza. Mas el resultado mostró cuán insensatos y vanos eran sus propósitos.

«Extraño nos pareció al principio que unos ángeles moviesen guerra a los otros, y que, viniesen a descomunal batalla los mismos que asociados de continuo en unánime concierto de paz y amor, como hijos de un mismo y augusto Padre. entonaban loores al Rey Eterno; pero sonó el grito de guerra y el rumor fragoroso de la lid ahuyentando todo otro pacífico pensamiento.

«Descollando sobre todos los suyos y exaltado como un dios, mostrábase el Apóstata en su refulgente carro aparentando majestad divina, cercado de ardientes querubines y escudos de oro. Bajó de su pomposo trono, a tiempo que entre una y otra hueste mediaba ya limitado trecho, tan limitado como terrible, y que puestas frente a frente, se dilataban en formidable línea, prontas a acometerse; mas antes de llegar a este trance, adelantase Satán con resueltos e inmensos pasos a su sombría vanguardia, alto como una torre, y ciñendo su armadura de diamante y oro. No pudo verlo Abdiel sin indignación: estaba entre los campeones más insignes, determinado a los más valerosos hechos; y alentóse a sí propio exclamando:

«¡Oh cielo! ¡Qué tal semejanza guarde aún con el Altísimo quien no conserva ya ni fe ni respeto alguno! ¿Por qué donde falta la virtud, no han de faltar asimismo la fuerza y el ardimiento, y por qué el más audaz bien que parezca invencible no ha de ser también el más débil? Confiado en la ayuda del Omnipotente, he de poner a prueba la fuerza de ese cuya insensatez y falacia he probado ya, porque justo es que el que con la verdad ha triunfado, con las armas triunfe del mismo modo venciendo en ambos combates; que cuando la razón lucha con la fuerza, por más que sea empresa ardua y temeraria, la victoria debe estar de parte de la razón.»

«Así discurriendo, sale de entre sus compañeros armados, se encuentran a pocos pasos con su altivo enemigo, a quien aquella demostración enfurece más y lo provoca resueltamente diciéndole:

«Temerario, aquí te esperamos. ¿Presumías llegar a la eminencia a que aspiras sin que nadie se te opusiese? Presumías hallar indefenso el trono de Dios, y que lo hubiéramos abandonado temerosos de tu poder o aterrados por tus amenazas? ¡Insensato! No conoces cuán vano empeño es armarse contra un Señor Todopoderoso, que del más leve grano puede a cada momento sacar innumerables ejércitos, que destruyan tus maquinaciones, y que con sólo extender su mano a inconmensurables límites lograría, sin otro auxilio, al menor impulso, anonadarte a ti y confundir en tenebrosos abismos a tus legiones. Ya ves que no todos siguen tu ejemplo, y que todavía hay quien abrigue fe y amor en su Dios, lo cual no veías cuando en medio de los tuyos, fascinados por su error, era yo el único que disentía de todos. Contempla ahora si tengo imitadores, y aunque tarde, convéncete de que son pocos los que aciertan y muchos los que desvarían.»

«A quien el protervo Enemigo, lanzando una mirada desdeñosa contestó de este modo: «En mal hora para ti, en buena para mi sed de venganza, eres el primero a quien encuentro después que huiste de mi presencia, ángel sedicioso. Vienes así a pagar tu merecido, a sufrir el rigor de la cólera que has provocado, porque tu lengua fue la primera que por espíritu de contradicción se desató en injurias contra la tercera parte de los dioses congregados para defender sus derechos, que no cederán a nadie por grande que sea su omnipotencia, mientras se sientan animados de su virtud divina. Te has adelantado sin duda a tus compañeros, ambicioso de obtener alguna ventaja sobre mí, para que este triunfo les hiciese confiar en mi vencimiento. He suspendido mi venganza, porque en no replicarte, parecería que me obligabas a guardar silencio, y porque es bien te convenzas de que para mí libertad y cielo son una misma cosa, tratándose de espíritus celestiales, no de los que se avienen mejor con la servidumbre, espíritus abyectos entretenidos en cánticos y festines. Estos son los que tú has armado, mercenarios del cielo, que siendo esclavos, intentan pelear contra la libertad; pero hoy han de ponerse en parangón los hechos de los unos con los de otros.»

«Y Abdiel le replicó con entereza estas breves palabras: «¡Apóstata! No desistes de tu error, ni te verás libre de él, porque cada vez se alejan más tus pasos de la verdad. En vano infamas con el nombre de servidumbre el homenaje que prescriben Dios o la Naturaleza, pues Dios y la Naturaleza mandan que impere el que sea más digno, el superior a aquellos a quienes gobierna. Servidumbre es obedecer a un insensato, al que se rebela contra quien tanto puede, como es la de los tuyos al obedecerte. Ni tú mismo eres libre, sino esclavo de ti propio, y nada importa que lleves tu insolencia hasta el punto de escarnecer nuestra sumisión. Reina pues, en los infiernos, que serán tus dominios, mientras yo sirvo en el cielo al Señor, por siempre bendito, y obedezco sus supremos mandatos, como deben todos obedecerlos. Pero en el infierno te aguardan no coronas, sino cadenas; y ya que según has dicho, he venido huyendo hasta aquí, reciba tu arrogancia estas albricias con que te saludo.»

«Y al decir esto, había ya descargado un vigoroso golpe, que no quedó en amago, sino que cayó de pronto como una tempestad sobre la orgullosa frente de Satán, el cual ni con la vista, ni con la rapidez del pensamiento, ni menos aún con su broquel, pudo repararlo, antes le obligó a retroceder diez largos pasos y a doblar una rodilla sosteniéndose apenas en su robusta lanza; al modo que los vientos subterráneos o las desbordadas aguas arrancan de su asiento una montaña y la dejan medio inclinada con los pinos que cubren su superficie. Asombrados, o más bien furiosos, vieron los rebeldes tronos aquella humillación del que creían tan invencible; al paso que los nuestros prorrumpieron en un grito de alegría, presagio de su victoria e indicio del anhelo con que ansiaban el combate. Al punto ordena Miguel que suene la trompeta del arcángel, y pueblan sus ecos la vasta extensión del cielo, y el ejército fiel entona el Hosanna al Omnipotente.

«Mas no se contentaron las huestes contrarias con permanecer en inacción, sino que se precipitaron furiosas a la lid. Levantóse horrendo clamoreo, cual nunca se había oído en el cielo hasta el presente, formando asperísima discordancia el choque de las armas y las armaduras, y el crujir de los carros de bronce y los ardientes ejes de sus ruedas. ¿Quién podrá describir el tremendo choque? Volaban las flechas encendidas, silbando horriblemente sobre nuestras cabezas, y cubriendo ambos ejércitos con una bóveda de fuego, y bajo ella se lanzaba uno contra otro con fragoroso ímpetu e inextinguible rabia. Tronaba el cielo todo, y de haber existido la tierra, entonces se hubiera conmovido hasta sus últimos cimientos. Mas,

¿qué mucho si de una y otra parte batallaban millones de ángeles denodados, de los cuales el más débil hubiera bastado por sí solo a conturbar los elementos, y a armarse de la fuerza con que prevalecen en sus regiones? ¿Qué poder les estaba negado a aquellas falanges innumerables que entre sí luchaban, para llevar por dondequiera el espanto y la asolación de la guerra? Hubieran trastornado, ya que no destruido, hasta su mansión nativa, si el Eterno y omnipotente Rey desde sus altos alcázares del cielo no hubiera puesto freno y límites a sus fuerzas. Cada legión de por sí equivalía a un numeroso ejército; cada guerrero representaba en fuerza una legión; y en tan atroz refriega el caudillo era soldado, el soldado capaz de alzarse a caudillo; que cada cual sabía bien cuando había de avanzar, cuando mantenerse a pie firme, o cambiar de batalla; o abrir y estrechar las temerosas filas sin que en ninguno cupiese la resolución de la fuga o la retirada, ni demostración alguna por donde parecer medroso, sino que cada uno confiaba en sí propio, cual si él solo dispusiese de la victoria.

«Y ¡qué de hazañas dignas de eterno nombre se consumaron! Por ser tantas no son para referidas. Ocupaba el combate infinito espacio, variando en cada momento en multitud de trances; y tan pronto luchaban los invictos guerreros en terreno firme, como alzaban el vuelo y se acometían suspendidos de los contrastados aires, que semejaban voraz hoguera. Mantúvose largo tiempo indecisa la batalla, hasta que Satán, que aquel día desplegó una fuerza maravillosa, no hallando quien pudiera contrarrestarlo, y desbaratando las filas de los serafines, revueltos en lo más enconado de la pelea, divisó por fin la espada de Miguel, que deshacía, segaba escuadrones enteros de un solo golpe.

«Asía el Arcángel su terrible arma con ambas manos, blandiéndola a todas partes con incontrastable fuerza: donde asestaba su filo todo era devastación y ruina. Salióle Satán al paso para poner coto a tan grande estragó, y se cubrió con el vastísimo círculo de su escudo reforzado hasta por diez láminas de diamante. Al verlo, el insigne Arcángel suspendió el belicoso empeño, y lleno de júbilo, como quien esperaba terminar la guerra con la derrota de su Enemigo y encadenarlo a sus plantas, el rostro encendido y con airado ceño, empezó dirigiéndole estas palabras:

«Recréate en el mal de que eres autor y a que has dado origen con tu rebeldía, pues hasta su nombre era en el cielo desconocido, y míralo propagarse aquí gracias a una guerra que si a todos es odiosa, será funesta para ti y para tus secuaces. ¿Qué has hecho de aquella bendita paz de que gozábamos, trocando nuestro estado natural en este tan miserable, producido por tu criminal soberbia? Y ¡que así hayas contaminado a tantos millones de ángeles, tan puros y fieles en otro tiempo y hoy tan henchidos de envidia y deslealtad! Pero no creas turbar la paz de esta mansión dichosa: el cielo te arrojará lejos de sus dominios, que como reino que es de bienaventuranza no tienen cabida en él los malévolos ni los perturbadores. Huye, pues, y en pos de ti vaya el mal que has abortado; y tú y tus perversas falanges sumíos en el infierno, que es vuestra funesta morada y da allí rienda suelta a tus furores, sin aguardar a que mi vengadora espada anticipe tu castigo, ni a que más ejecutiva aún la cólera del Señor, apresure los horrores de tu suplicio.»

«Y a esto respondió Satán: «No con vanas amenazas pretendas intimidar a quien no has podido. ¿Quién de los míos ha huido de tu presencia? Y si a tus golpes ha caído alguno, ¿no se ha recobrado al punto sin darse por vencido? Pues, ¿cómo se promete tu arrogancia triunfar más fácilmente de mí, y que yo abandone esta empresa? No desvaríes, porque no ha de terminar así un empeño que tú llamas criminal y que nosotros contemplamos como glorioso. Venceremos sí o convertiremos este cielo en el infierno que tú has inventado; y si no reinamos aquí, seremos siquiera libres. Esto te digo; y que no he de huir de ti aunque apuradas tus fuerzas, venga en auxilio tuyo ese que se apellida Omnipotente. De lejos o de cerca quiero pelear contigo.»

«Ambos enmudecieron; ambos se aprestaron a un combate indescriptible. ¿Cómo referirlo, ni aun con la lengua de los ángeles? ¿Con qué compararlo de lo que conocemos en la tierra? ¿Qué imaginación humana podrá encumbrarse hasta las maravillas del poder divino? Porque dioses parecían; y en sus movimientos, en su reposo, en figura, en acciones y el manejo de sus armas, dignos de conquistar el imperio de todo el cielo. Giraban sus fulminantes espadas en el aire describiendo tremendos círculos y sus escudos, uno enfrente de otro, relumbraban como dos grandes soles. Todo permanecía en expectativa, todo embargado de espanto. Apartáronse a entrambos lados los ejércitos angélicos dejando libre el espacio en que antes medían sus armas, porque hasta la conmoción que los combatientes imprimían al aire era peligrosa. Tal (valiéndome de imágenes pequeñas para pintar cosas sublimes) tal, una vez trastornada la armonía de la naturaleza y puestas en guerra las constelaciones, veríamos dos planetas de siniestro aspecto lanzarse uno contra otro y chocar furiosos en medio del firmamento, confundiendo en una sus enemigas esferas.

«Levantaban a la vez ambos campeones sus temibles brazos, cuya fuerza era sólo comparable a la del Omnipotente, y ambos ideaban asestar un golpe que fuese el postrero y pusiera término a la lid. Competían en vigor, en destreza y agilidad, mas la espada de Miguel, sacada de la armería de Dios, era de tan acerado temple, que nada podía resistir a su cortante filo. Paró con ella un furioso tajo de la de Satán rompiéndola en dos partes; y no bastando esto, tiróle una estocada, que penetrándole en el costado derecho, le abrió una enorme herida. Por primera vez sintió Satán el dolor, y comenzó a agitarse en horribles contorsiones, que el acero le destrozaba las entrañas; pero su etérea contextura no daba lugar a mayor estrago y se repuso en su ser, saliendo de la herida copiosos borbotones de licor purpúreo de sangre, tal como puede animar los espíritus celestiales, que manchó toda su armadura, poco ha tan resplandeciente.

«De todas partes acudieron a socorrerlo sus más denodados ángeles, poniéndose en su defensa, mientras otros lo trasladaban en los paveses hasta su carro distante un buen trecho del campo de batalla. En él lo depositaron haciendo extremos de dolor y rabia, avergonzados de ver que no era tan invencible como creían, postrada su soberbia con tal desastre, y desvanecida la confianza en que estaban de que su poder era igual al poder divino. Sanó empero muy pronto, porque los espíritus, en quienes todo es vida, existen por completo en cada una de sus partes, no como el frágil hombre en el conjunto, de sus entrañas, de su corazón, o su cabeza, del hígado o los riñones; no pueden morir sin reducirse a la nada; no es posible que el líquido de sus tejidos reciba una herida mortal como no es posible que la reciba la fluidez del aire; con todo corazón, todo cabeza, y ojos y oídos y sentidos e inteligencia; y a medida de su voluntad mudan de miembros, de color, de formas y de apariencia reduciéndose o dilatándose, según conviene mejor a sus deseos.

«Llevábanse al propio tiempo a cabo memorables hechos por el lado en que combatía Gabriel, el cual con sus brillantes enseñas, se entraba resueltamente por las espesas legiones que acaudillaba Moloc. En vano lo perseguía este soberbio príncipe, jurando que había de arrastrarlo encadenado a las ruedas de su carro, y, blasfemando con impía lengua de la sacrosanta divinidad de Dios: quedó hendido de un mandoble desde la cabeza a la cintura, y lanzando rabiosos ayes, desapareció con su destrozada hueste. Otro tanto acaecía en los dos extremos de la batalla, donde Uriel y Rafael triunfaban de sus orgullosos enemigos, Adramalec y Asmodeo a pesar de sus gigantescas fuerzas y sus diamantinas armaduras, viéndose ambos tronos castigados cuando más prepotentes se creían, y caídos de su altivez, sin que sus armas y defensas los . preservaran de huir cubiertos de horribles heridas. Ni se mostró Abdiel más remiso en escarmentar a la descreída muchedumbre, cayendo a impulsos de sus repetidos golpes Ariel y Arioc y Ramiel, que se distinguían por su violenta ferocidad. «Pudiera referirte las proezas de muchos millares de ángeles para perpetuar en la tierra la memoria de sus nombres; mas estos bienaventurados se contentan con la gloria que disfrutan en el cielo, y no han menester las alabanzas de los hombres. Y en cuanto a los adversarios bien que no les neguemos su poder y esfuerzo bélico, ni la fama que ambicionaban merecedores como se hicieron de la maldición que el cielo echó sobre ellos, dejémoslos yacer entre las tinieblas del olvido; porque la fuerza que se aparta de la verdad y de la justicia no es digna de estimación y loa, sino de reprobación y de menosprecio; aspira a la gloria por medio de un vano orgullo, y a la reputación valiéndose de la infamia: quede pues condenada a silencio eterno.

«Rendidos los principales caudillos, comenzó el combate a declinar, multiplicándose los desastres, y comenzaron la derrota y la confusión. Veíanse aquellos llanos cubiertos de despojos y armas despedazadas; los carros hechos trizas, los conductores y los caballos amontonados y envueltos en humo y en vivas llamas. Los pocos que subsistían en pie retrocedían azorados y comunicaban su desaliento a los ejércitos de Satán, que apenas acertaban a defenderse, que por primera vez sentían la debilidad del temor y los dolores del sufrimiento y que huían ignominiosamente, avergonzados de verse reducidos a tal extremo por mal de su pecado y su rebeldía. Hasta entonces ignoraban lo que era miedo y cobardía y angustia.

«¡En cuán diferente situación se hallaban los santos inviolables! ¡Cuán firme, cuán entera avanzaba su falange igual en sus filas, indestructibles, segura de su victoria! Debía esta ventaja a su inocencia, que tan superior la hacía a sus enemigos. No había incurrido en el pecado de desobediencia y se mantenía animosa en la confianza de quedar incólume aun cuando la violencia de la refriega turbase a veces el orden de sus legiones.

«La noche entretanto comenzó su curso, y esparciendo su oscuridad por el cielo, dio tregua e impuso silencio al odioso estrépito de la guerra.

Vencidos y vencedores se guarecieron bajo su tenebroso manto; Miguel y sus ángeles permanecieron en el campo de batalla, en torno del cual velaban multitud de querubines con antorchas encendidas; en la parte más lejana Satán, rodeado de sus rebeldes huestes y oculto entre profundas tinieblas; y no pudiendo reposar un punto, luego que entró la noche, convocó a consejo a sus potentados y sin muestra alguna de desaliento les habló así:

«Los peligros que habéis arrostrado, queridos compañeros, la destreza de que habéis dado pruebas sin ser vencidos, os hacen merecedores, no ya de la libertad que es galardón mezquino, sino de bienes que tenemos en más estima del honor, el dominio, la gloria y el renombre. Todo un día habéis estado sosteniendo un combate dudoso; y lo que en un día habéis hecho ¿por qué no poder hacerlo durante una eternidad? Ha echado el Señor del cielo de cuanto poder disponía contra vosotros; de su mismo trono ha sacado las fuerzas que creyó suficientes para someteros a su voluntad; pero ¿lo han conseguido? No; y en esto debemos hallar la prueba de que no es tan previsor de lo futuro ni tan omnisciente como lo creíamos. Cierto que la inferioridad de nuestras armas nos ha perjudicado en parte, y ocasionándonos dolores que antes no conocíamos; pero una vez conocidos, los hemos menospreciado. Tenemos ya el convencimiento de que nuestra naturaleza empírea no está sujeta a trance mortal alguno, de que es imperecedera, pues aún debilitada por las heridas sana muy pronto de ellas, y vuelve a cobrar su vigor nativo. A tan leve mal, fácil es aplicar remedio. Con más poderosas armas, con instrumentos más impetuosos que para la lid próxima dispongamos, mejoraremos de fortuna y empeoraremos la de los enemigos o por lo menos se igualará la disparidad que seguramente no ha puesto entre ellos y nosotros la naturaleza. Y si otra causa ignorada les ha concedido esa superioridad, pues conservamos enteros nuestros ánimos y cabal nuestra inteligencia, veamos, e investiguemos los medios de descubrirla.

«Dijo y se sentó. Próximo a él estaba en la asamblea Nisroc, cabeza de los Principados que había salido del combate acribillado de heridas y con las armas abolladas y hechas pedazos. Mostraba gesto sombrío, y le respondió:

«Tú que nos libras de nueva servidumbre para procurarnos el pacífico goce de los derechos que como dioses nos son debidos, no dejas de comprender que siendo tales hemos de lamentar doblemente el vernos expuestos a dolorosas heridas, y forzados a pelear con desiguales armas contra un enemigo impasible e invulnerable. De esta contrariedad necesariamente ha de provenir nuestra ruina; porque ¿de qué nos sirve el valor, ni de qué esta fuerza tan vigorosa, si uno y otra ceden al dolor, que lo rinde todo y deja desmayado al más poderoso brazo? Podríamos muy bien renunciar quizás al goce de todo placer, y no prorrumpir en quejas, y vivir tranquilos que es la más dulce de las vidas; pero el dolor es el colmo de la miseria, el peor de los males, y cuando se hace excesivo, no hay paciencia que baste a soportarlo. Si alguno de nosotros acierta a inventar una arma que produzca dolorosa lesión en nuestros enemigos, invulnerables todavía, o una defensa tan eficaz como lo es la suya, nos prestará un servicio no menos digno de gratitud que el que debemos al que nos procura la libertad.»

«A lo que con estudiada compostura respondió Satán: «Pues ese invento desconocido aún, y que con razón estimas tan importante para nuestro triunfo, lo tengo ya. ¿Quién de nosotros, al contemplar la brillante superficie de este mundo celeste en que moramos, de este vastísimo continente; ornado de plantas, de frutos, de flores que exhalan ambrosía, de perlas y oro, puede ver con indiferencia maravillas tantas, y no conocer que nacen allí en lo interior de profundos senos, entre negras y crudas masas, de una espuma espirituosa e ígnea, hasta que tocadas y vivificadas por un rayo del cielo, se animan de pronto y exponen sus encantos a la influencia de la luz? Pues esos mismos gérmenes nos ofrecerá el abismo en su natural inercia y provistos de una llama infernal; los cuales, comprimidos en tubos huecos redondos y prolongados, con sólo aplicarles fuego por una de sus extremidades, se dilatarán ardiendo, y estallarán por fin con el estruendo del trueno, esparciendo entre nuestros enemigos tal estrago, que despedazándolos y destruyendo cuanto a su furor traten de oponer, temerán que hemos desarmado al Tonante de sus rayos, única arma terrible para nosotros. No será larga nuestra faena, y antes que asome el día veremos cumplidos nuestros deseos. ¡Animo, pues, nada temáis! Considerad que la habilidad y la fuerza reunidas no hallan cosa difícil, y menos cosa de qué desesperar.»

«No bien pronunció estas palabras, reanimáronse los semblantes y se abrieron los corazones a la esperanza. Admiración causó en todos semejante invento, extrañado cada cual que no se le hubiese ocurrido a él: tan fácil parece una vez descubierto lo que antes de descubrirse se hubiera tenido por imposible. Quizás en los futuros siglos, si la perversidad de tu raza llega a tanto, no faltará alguno de tus descendientes, que con ánimo dañino o por sugestión diabólica fragüe una máquina parecida, y en castigo de sus crímenes destruya a los hijos de los hombres al moverse guerra y atentar mutuamente contra sus vidas.

«Terminado el consejo, aprestáronse los rebeldes a la obra sin más tardanza. Nadie opuso reparo alguno, y todos dieron ocupación a sus manos. En un momento levantan la superficie del celeste suelo, descubren debajo las materias elementales de la naturaleza en su primitivo origen, hallan la espuma sulfurosa y nítrica, mezclan ambas entre sí y calcinándolas diestramente, las reducen a negros y menudos gramos, de que hacen provisión copiosa. Rompen unos las ocultas venas de los minerales y de las rocas, que existen en el cielo semejantes a las de la tierra, y forjan tubos y balas que llevan consigo la destrucción; otros fabrican dardos incendiarios, que abrasan instantáneamente cuanto tocan; y antes que se acerque el día, durante el secreto de la noche, dan cima a sus trabajos, y con gran previsión disponen todo lo necesario a su disimulada empresa.

«Apareció por fin en el oriente del cielo la risueña aurora, y se levantaron los ángeles vencedores al toque de la trompeta que los llamaba a las armas, formándose en breve las espléndidas falanges, que ostentaban el áureo fulgor de sus brillantes cotas. Desde las colinas que recibían los primeros rayos del sol, espiaban algunos el espacio que en torno se dilataba, mientras, desempeñados otros el oficio de exploradores, recorrían ligeramente armados todos los puntos, para averiguar a qué distancia se hallaba el enemigo, dónde estaba acampado, si había emprendido la fuga, si se ponía en movimiento o se conservaba inmóvil y apercibido para el combate. Descubriósele por fin ya cercano que avanzaba a paso lento, pero resueltamente formando una sola y espesa haz y desplegando al viento sus estandartes; a tiempo que Zofiel el más veloz de los alados querubines, retrocedía a toda prisa, gritando desde lo alto de los aires: «¡A las armas guerreros! ¡A las armas, y a combatir! ¡Ahí tenéis al enemigo! Los que creíamos que se habían fugado vienen a evitarnos la molestia de perseguirlos. No temáis que por fin se salven. Una nube parece su espesa multitud, y que caminan animados de funesta resolución y de confianza. Que cada cual ciña su cota de diamantes, y ajuste bien su casco y embrace fuertemente su ancho escudo para poder manejarlo como convenga, pues a mi juicio no va a ser hoy día de menuda lluvia, sino de gran tormenta, que fulminará rayos abrasadores.»

«De esta suerte preparó a los que estaban ya prevenidos; y puestos en orden, desembarazados de impedimentos, y viendo tranquilos que se acercaba el instante de pelear, se movieron resueltamente. Ya se avista el enemigo. Avanzaba con largos y lentos pasos, formando un inmenso cuadro, dentro del cual llevaba sus infernales máquinas rodeadas de apiñados escuadrones que impedían se descubriese el engaño. Al divisarse, se detuvieron los dos ejércitos; mas de repente apareció Satán al frente de los suyos y en altas voces se expresó así:

«¡Vanguardia! ¡A derecha e izquierda! Desplegad de frente, para que cuantos nos odian puedan ver cómo ofrecemos paz y buena avenencia, y con qué sinceridad de corazón estamos dispuestos a recibirlos si aceptan nuestra propuesta y no nos vuelven la espalda por pura perversidad, que es lo que sospecho. Pero pongo al cielo por testigo... Ya ves, ¡oh cielo! con qué lealtad obramos. ¡Ea, pues! Los que al efecto estáis destinados, desempeñad vuestro oficio, haced lo que dejo indicado, y bien recio para que todos puedan oírlo.»

Al oír estas palabras falaces y sarcásticas, los que formaban el frente se dividieron a derecha e izquierda, retirándose por ambos flancos, y descubrieron nuestros ojos un espectáculo no menos nuevo sobre ruedas y hechas de bronce, de hierro o piedra que extraño: una triple fila de columnas tendidas (que en efecto columnas parecían, o más bien troncos huecos de encina u otros árboles despojados de sus ramas y cortados en los montes), pero horadadas en toda su longitud, ofrecían sus bocas algo de siniestro, que revelaba insidiosos planes. Al lado de cada columna veíase un serafín, cuya mano blandía una pequeña vara que despedía fuego. Esto notábamos, y no sin sorpresa, perdiéndonos todos en conjeturas; mas no duró mucho la incertidumbre, porque apenas aplicaron ligeramente y todos a la vez las varas a unos agujeros imperceptibles de las columnas, iluminó de pronto el cielo una explosión de fuego, vomitaron las cavernosas máquinas torrentes de humo, y con horrible estruendo que ensordeció los aires, desgarrando sus entrañas, lanzaron la infernal, indigesta masa que contenían, con fragorosos truenos y una abrasadora lluvia de ardientes globos. Iban asestados contra las filas del ejército vencedor, y era tal su furioso ímpetu que dando en medio de ellas, no pudieron resistir su golpe los que se mantenían como firmes rocas, y cayeron ángeles y arcángeles a millares revueltos entre sí y en el mayor desorden. Ni sus armas les fueron de provecho alguno; que a no serles más bien embarazosas, fácilmente hubieran podido, como espíritus que eran, condensarse o esparcirse, y ponerse en salvo; pero ya sólo les quedaba la mengua de su derrota y total dispersión, tanto más segura, cuando más extendían sus filas. ¿Qué remedio intentar? Si avanzaban se exponían a ser rechazados de nuevo y más vergonzosamente, añadiéndose al desastre el mayor ludibrio de los enemigos, que ya se preparaban a descargar sus máquinas segunda vez: huir amedrentados era indigna resolución.

«Veíalos Satán lleno de regocijo en aquel trance y burlándose de ellos, decía a los suyos: «¿Qué es eso? ¿Por qué no se acercan más vuestros animosos vencedores? ¿Qué se ha hecho del denuedo con que acometían? Pues, ¿no les ofrecemos recibirlos con los brazos y el corazón abiertos? (¿puede hacerse más?) Y les proponemos términos de avenencia, y ellos, cambiando de opinión, toman el portante y nos hacen ridículas contorsiones, como si se propusieran armar una danza. Aunque para danzar creo que se muestran un tanto atolondrados y bulliciosos; bien que será la alegría que les han causado nuestros pacíficos ofrecimientos; de modo que si se los repetimos podemos prometernos completo éxito»

«Y en tono no menos burlón añadió Belial: «Los términos caudillo nuestro, en que se los hemos hecho son de tanto peso y tan difíciles de entender, y con tan irresistible fuerza de raciocinio los hemos expuesto, que no es mucho estén todos esos guerreros algo pensativos y desconcertados. No es posible enterarse bien de ellos, sin que le ocupen a uno de pies a cabeza; y por lo menos esta ocupación tiene la ventaja de indicarnos que no andan muy derechos nuestros enemigos.»

«Con semejantes chanzonetas los denostaban, creyéndose en su desvanecimiento superiores a todas las veleidades de la victoria. Estimábanse ya con su invención iguales en poderío al Eterno, y se burlaban de sus rayos y de sus legiones los breves momentos que duró su estrago, que no se prolongaron mucho, porque, encendida en ira la divina hueste, echó mano de armas que bastasen a desbaratar el infernal invento. Y fue así que de pronto (admira el vigor la fuerza maravillosa que Dios ha puesto en sus fieles ángeles) arrojan las armas, vuelan a las alturas, que con mil deliciosos valles alternan en el cielo como en la tierra, y raudos cual otros tantos rayos asen de las montañas, las mueven y desarraigan de sus cimientos con todo el peso de sus rocas y bosques, y torrentes, y cogiéndolas por sus cimas, las voltean entre sus manos.

«Hubieras entonces presenciado el asombro y terror que se apoderó de los rebeldes, viendo que las montañas, invertida su base se les venían encima, y que bajo ellas quedaban aplastadas con su triple fila las maldecidas máquinas, y todas sus esperanzas sepultadas entre tan inmensas moles. Sobre ellos al propio tiempo llovían peñascos y promontorios enteros, que al caer oscurecían la luz, y entre cuyos escombros desaparecían legiones, armas y defensas; y las armas eran ya instrumentos de nuevo daño, porque al romperse herían a los que las empuñaban, ocasionándoles acerbos dolores e imponderables tormentos: y sólo se oían desesperados ayes y horrorosos gritos, pugnando cada cual por librarse de la estrecha prisión que le sujetaba, pues el pecado privaba a aquellos espíritus de la sutil fluidez y esencia, que poco antes constituían su ser.

«Pero los que quedaban ilesos se aprovecharon del ejemplo, y apelando al mismo recurso arrancaron los montes circunvecinos. Comenzaron pues a volar por los aires, chocando unos con otros. Jamás pudo preverse lucha tan espantosa. ¡Con qué infernal rabia se combatía en los estrechos huecos que quedaban, y a pesar del pavor que aquellas tinieblas infundían! Las más cruentas guerras comparadas con la presente hubieran parecido un mero entretenimiento. El estruendo engendraba nueva confusión; la confusión producía mayor frenesí y estrago. Amenazaba desquiciarse el cielo, y seguramente se hubiera consumado aquel día su ruina si el Padre Omnipotente, cercado de esplendor en el incontrastable trono de su celestial santuario, pesando los acontecimientos y previendo aquella iniquidad, no la hubiera permitido para realizar sus inescrutables fines de glorificar a su consagrado Hijo, vengándolo de sus enemigos y declarar que transfería en él su omnipotencia; por lo que, como asesor que era suyo, le dijo así:

«Destello de mi gloria, Hijo amado, Hijo en cuya faz aparece visible lo invisible que como Dios yo tengo: tu mano, partícipe de mi omnipotencia, realizará lo que tengo decretado. Dos días han transcurrido, dos días según en el cielo los computamos, desde que Miguel y sus Potestades han ido a subyugar a esos rebeldes. Tremendo ha sido el combate como no podía menos de serlo armándose uno contra otro semejantes enemigos. Yo los he dejado entregados a sí propios; y ya sabes que al crearlos los hice iguales, y que no hay entre ellos más desigualdad que la del pecado, bien que ésta no se haya hecho sensible, porque no he fulminado aún mi condenación; de suerte que se perpetuaría esa lucha encarnizada, sin que llegara a decirse su resultado. La guerra fatigosa ha dado ya de sí cuanto puede dar; se ha soltado el freno a la más desesperada contienda; se han empleado los montes como armas arrojadizas, cosa ingrata para el cielo y perjudicial a la naturaleza. Dos días pues han transcurrido; el tercero te pertenece a ti porque a ti lo he destinado. Todo lo he consentido para que tuvieses tú la gloria de dar fin a esta cruda guerra, que nadie más que tú puede terminar. Yo he infundido en ti tal virtud y gracia tan eficaz, que los cielos y el infierno se prosternarán ante tu poder incomparable. Tú has de sujetar esa perversa rebelión de modo que todos confiesen ser tú el más digno de entrar en la herencia universal, en la herencia que de derecho te corresponde como Rey que has recibido la unción sagrada. Ve, pues, tú, poseedor del mayor poder de tu poderoso Padre; asciende a mi carro; guía sus rápidas ruedas de suerte que hagan temblar el cielo hasta sus cimientos; lleva mis armas todas, mi arco, mi irresistible trueno; suspende mi espada de tu cintura augusta, para que persiguiendo a esos hijos de las tinieblas, los arrojes de todos los límites del cielo a los más hondos abismos; y allí podrán menospreciar según les plazca a su Dios, y al Mesías; su ungido Rey.»

Al pronunciar estas palabras inundó completamente en rayos de luz a su Hijo, cuya inefable faz recibió toda la efusión del Padre; y lleno de su filial divinidad le respondió:

«Padre mío, superior a todos los celestes tronos, el primero, el más alto, el más santo y el mejor por excelencia: tu designio constante es glorificar a tu Hijo, como yo te glorifico también a ti según es justo. Toda mi gloria y grandeza, toda mi felicidad consisten en que complaciéndote en mí, veas satisfecha tu voluntad, y yo cifraré en cumplirla el colmo de mi ventura. Acepto como dones tuyos tu cetro y tu poder, de que haré dejación mucho más complacido cuando vengan los tiempos en que todo tú estés en todo, y yo en ti para siempre, y en mí todos aquellos que te sean amados. Pero yo odio a los que tú odias, y puedo armarme de tu terror como me armo de tus misericordias, dado que soy tu imagen en todo. Ministro de tu poder, libraré en breve a los cielos de esos rebeldes, que caerán precipitados en la lóbrega mansión donde los aguardan cadenas, tinieblas y perpetuos remordimientos; porque ellos renegaron de la obediencia que te es debida, cuando el obedecerte a ti es la felicidad suprema. Separados entonces tus inmaculados santos de los ángeles impuros, y rodeando tu montaña santa, y yo su caudillo, entonaremos sinceros cánticos, himnos de la más alta alabanza.»

«Dijo, e inclinándose sobre su cetro, se levantó del asiento de gloria que ocupaba a la diestra del Señor, al tiempo que la tercera aurora sagrada comenzaba a esparcir por el cielo sus resplandores. De repente, y con un ruido semejante al fragor impetuoso del huracán, se lanzó el Carro de Dios Padre fulminando espesas llamas. Tenía sus ruedas unas dentro de otras, y no se movía por impulso ajeno, sino por el instinto de su propio espíritu, yendo escoltado por cuatro custodios con aspecto de querubines. Cada uno de éstos mostraba cuatro rostros maravillosos, y sus cuerpos y alas estaban sembrados de innumerables ojos, refulgentes como estrellas; ojos que asimismo brillaban en las ruedas, las cuales despedían centellas; y sobre sus cabezas se alzaba un firmamento de cristal en que se veía un trono de zafiro matizado de purísimo ámbar y de los colores del arco iris.

«Cubierto con la celeste armadura del radiante Urim, obra divinamente labrada, ocupa el Mesías su carro. A su derecha lleva la Victoria que extiende sus alas de águila, y al costado del arco el carcaj divino lleno de rayos de triples puntas. Envuélvenlo en torno airados torbellinos de humo, de entre los cuales brotan las llamas ardientes exhalaciones. Diez mil millares de ángeles lo acompañan y lo rodean veinte mil carros de Dios (yo mismo oí contarlos), que anuncian desde lejos su llegada. Sublimado sobre el firmamento de cristal y sostenido en alas de los querubines, veíase en su trono de zafiro; mas los suyos los descubrieron los primeros y se sintieron henchidos de inefable júbilo al divisar ondeante en los aires y tremolado por ángeles el estandarte del Mesías, que era la enseña del cielo. Bajo él congregó Miguel al punto sus legiones, extendidas en dos alas, que en breve rodearon al supremo caudillo formando un solo cuerpo.

«Ya el divino poder le había preparado el camino del triunfo: a su mandato, retiráronse las montañas a su primitivo asiento; oyeron su voz y le obedecieron; el cielo recobró su serena faz; los valles y las colinas se cubrieron de nuevas flores. Y vieron todos estos prodigios, sus desventurados enemigos, y persistieron en su obstinación reuniendo sus huestes para empeñar otro combate. ¡Insensatos, que de la desesperación sacaban su confianza! ¡Que tal perversidad quepa en ánimos celestiales! Pero ¿hay prodigios que basten a humillar a los soberbios, ni fuerza que pueda ablandar sus corazones endurecidos? Lo que más debiera convencerlos aumenta su pertinacia; enfurécense doblemente al ver la gloria del Unigénito y su magnificencia despierta en ellos mayor envidia. Su única aspiración es adquirir tanta grandeza, y vuelven a colocarse en orden de batalla, confiados en triunfar por la fuerza o por la astucia, y en vencer finalmente a Dios y su Mesías; y cuando no, hundirse para siempre en universal ruina; que no es dado a su altivez huir ni retirarse ignominiosamente, sino provocar el postrer combate. Por lo que el Hijo de Dios, dirigiendo su voz a uno y otro lado, habló así a sus cohortes:

«Permaneced, ¡oh santos!, en vuestra gloriosa actitud, y vosotros, ángeles, continuad armados; hoy descansaréis de vuestras fatigas. Habéis probado ya vuestra fidelidad y mostrados adeptos a Dios, defendiendo su justa causa y ostentando a fuer de invencibles los dones que habéis recibido de él. Pero el castigo de esa maldecida grey queda reservado a otro brazo, porque la venganza corresponde al Señor o a aquel a quien la confía. Lo que hoy ha de suceder no será obra que lleven a cabo el número ni la muchedumbre; y si estáis atentos, contemplaréis cómo me hago yo ministro de la indignación divina contra esos impíos; que no os han ofendido a vosotros, sino a mí haciéndome objeto de su envidia. En mí tienen puesto su encono, porque el sumo Hacedor, de quien es el poder y la gloria de este imperio, me ha elevado a esta grandeza por efecto de su voluntad; y a mí, por lo tanto, me ha encomendado su castigo. Desean que cada cual probemos en nueva batalla nuestro poder, ellos contra mí solo, y yo solo contra todos ellos; y pues la fuerza es su único recurso, y no ambicionan otro timbre ni reconocen mayor virtud, sea la fuerza la que decida.»

«Al acabar de decir esto, revistióse su faz de un aire tan sombrío, que infundía terror, y dando rienda suelta a su cólera, se precipitó sobre sus enemigos. Cubriéndolo al mismo tiempo con sus alas incrustadas de estrellas, que hacían más pavorosas las tinieblas de alrededor, los cuatro querubines que sostenían su carro. Ya giran las ruedas de éste con un estruendo parecido al de un torrente de un ejército numeroso, y arrebatado de su ardiente ímpetu, y formidable como la noche, vuela hacia sus contrarios. Conmovíase a su paso el tranquilo Empíreo de uno a otro extremo, y todo retemblaba y vacilaba, excepto el trono de Dios. Presto se vio entre ellos, y empuñando en su mano diez mil rayos que arrojó delante de sí, quedaron acribillados de heridas los rebeldes. Llenáronse de pavor; perdieron todo aliento, toda esperanza de resistencia; cayéronseles las armas de las manos. Alfombra de sus plantas fueron los escudos y yelmos y aceradas frentes de todos aquellos tronos, potestades y serafines que derribadas ahora de su soberbia, hubieran deseado ver otra vez sobre sí el peso de las montañas, para no ser blanco de tan implacable encono.

«De los ojos de los cuatro querubines y de los innumerables, que cubrían también las animadas ruedas, salían por todas partes rayos abrasadores. Un mismo espíritu los dirigía; cada uno de aquellos ojos era un horno encendido que fulminaba fuego contra los malvados, los cuales faltos ya de fuerzas y del vigor que antes los animaba, caían vencidos, medrosos, confusos y aniquilados. Y sin embargo, no apuró el Hijo de Dios su rigor con ellos, contentándose con desatar a medias el trueno de su venganza, dado que no se había propuesto destruirlos, sino expulsarlos de la celestial morada; y así les permitió reponerse de su postración y los ahuyentó como un rebaño de tímidas ovejas reunidas por el miedo. El terror y las furias los aguijaban; y al llegar a la muralla de cristal, que formaba los límites del cielo, abrióse éste de par en par, y puso ante su vista la inmensa sima del infinito abismo que los aguardaba.

«¡Qué espectáculo tan espantoso! El horror los hizo retroceder pero mayor era aún el que los impelía hacia adelante. Ellos mismos iban precipitándose al llegar al borde de la celestial orilla, y la maldición eterna los empujaba para más apresurar su ruina. Oyó el infierno aquel fragoroso estrépito, como si se derrumbase el cielo del cielo mismo, y hubiera huido amedrentado, si el inflexible Destino no hubiera ahondado bien sus negros cimientos, ligándolos con cadenas indestructibles.

«Nueve días estuvieron cayendo. Rugió trastornado el Caos y sintió diez veces doblada su confusión con el estridente tumulto de aquel estrago, que acumuló tantas ruinas y destrozos. Por fin abrió el infierno su boca, los tragó a todos, y volvió a cerrarla; el infierno, propia morada suya, lugar de dolores y penas, sembrado de inextinguible fuego. Y el cielo se regocijó, ya pacificado, y unió de nuevo sus muros reduciéndolos a sus límites.

«Quedando vencedor por sí solo con la expulsión de sus enemigos, retiró el Mesías su carro triunfal; y enajenados de júbilo salieron a su encuentro todos los santos, que hasta entonces habían contemplado silenciosos e inmóviles sus admirables hechos. Marchaban rodeándolo con ramos de palmas, y cada una de aquellas brillantes jerarquías entonaba cánticos de triunfo, cánticos al Rey victorioso, al Hijo, al heredero del Padre, al Señor cuyo dominio acataban al más digno de poseerlo. Al compás de estas aclamaciones, atravesó por en medio del cielo hasta el palacio y templo de su omnipotente Padre, sublimado sobre su trono, que lo recibió en el esplendor de su gloria, donde está hoy sentado a su diestra, en inmortal bienaventuranza. He aquí cómo asemejando las cosas del cielo a las de la tierra, para satisfacer tus deseos, y a fin de que puedas aprovecharte de las lecciones de lo pasado, acabo de revelarte lo que en otro caso quizás hubiera ignorado para siempre la raza humana: la discordia y guerra que se suscitó en los cielos entre las angélicas potestades, y la eterna ruina de los que llevados de una desmedida ambición, se asociaron con Satán en su rebeldía. Envidioso de tu felicidad, anhela hoy éste apartarte asimismo de la obediencia a tu Creador, para que desheredado como él de tu dichoso estado, vengas a merecer su castigo y caigas en su perpetua miseria. Su mayor venganza, su único consuelo sería poder ultrajar al Altísimo, haciéndote a ti partícipe de su error y de su pena. No des jamás oído a sus tentaciones; prevén esto mismo a tu compañera; ten presente el terrible ejemplo que has oído, el castigo en que incurren los inobedientes. Ellos hubieran podido ser siempre venturosos, y se perdieron. No te olvides de esto, y teme ser contado entre los rebeldes.»

SEPTIMA PARTE

Accediendo a los ruegos de Adán, cuéntale Rafael cómo y por qué fue creado este mundo; que habiendo Dios expulsado del cielo a Satán y a sus ángeles, declaró que le placía crear otro mundo y otras criaturas que habitasen en él; y así envía a su Hijo circundado de gloria y acompañado de angélicos coros, para que en el espacio de seis días realice la obra de la creación. Al compás de sus himnos celebran los ángeles esta nueva maravilla, y la reascensión del Hijo a los cielos.

Desciende del cielo, Urania, si es bien que te invoque con este nombre. Siguiendo tu voz divina me remonto más allá del Olimpo, sobreponiéndome al cuello de las alas del Pegaso. No me contento empero con invocar tu nombre: invoco tu inspiración, porque ni tú te cuentas entre las nueve Musas, ni moras en la cumbre del antiguo Olimpo. Nacida en el cielo, antes que apareciesen los montes, antes que brotaran las fuentes de sus manantiales, tú conversabas con tu hermana, la divina Sabiduría y con ella te recreabas en presencia del Omnipotente Padre, que se complacía en oír tus celestiales cánticos. Transportado por ti, aunque habitador terrestre, al cielo de los cielos, he respirado el aire empíreo que para mí templabas. Sosténme también ahora, y vuélveme a mi nativo elemento, no sea que al ímpetu de este desenfrenado bridón en que cabalgo, caiga, como Belerofonte un día, bien que él no penetrase en región tan alta, y dé conmigo en los campos aleyos, para vagar allí desamparado y en completo olvido.

Estoy aún a la mitad de mi canto pero reducido ya a límites más estrechos, cuales son los de una divina y visible esfera. He descendido a la tierra, abandonando las regiones allende el polo, y cantaré más seguro y con voz humana, sin temor de que enronquezca ni quede muda, a pesar de habérseme deparado tan aciagos días. ¡Oh!, y ¡qué aciagos, viéndome rodeado de dañinas lenguas, de tinieblas, de peligros y de soledad! Pero no, no estoy solo, que tú me asistes, cuando por la noche cierra mis párpados el sueño, y cuando la mañana ilumina el sonrosado Oriente. Dirige pues mi canto sublime, Urania; dame un auditorio propicio, aunque escaso en número, y aleja al propio tiempo de mí la bárbara disonancia de Baco y su turbulento séquito, raza de aquella salvaje horda que en el Ródope despedazó al barco de Tracia, cuando sin respeto al que era encanto de los bosques y de las rocas, ahogó con su feroz griterío los ecos de su voz y de su cítara. No pudo Calíope salvar a su hijo, pero tú, Urania, no abandonarás al que implora tus favores porque ella inspiraba vanos sueños, y tú celestial aliento.

Di, ¡oh diosa!, lo que sucedió luego que Rafael, el afable arcángel, previno a Adán que aleccionado por el ejemplo de los apóstatas del cielo, no incurriese en su infidelidad, pues él y su descendencia, a quienes se había mandado que no tocasen al árbol prohibido, se verían sometidos a igual castigo en el Paraíso, si menospreciaban e infringían aquel único precepto, tan fácil de cumplir, en medio de la infinita multitud de objetos que se brindaban allí a sus gustos, por extraños que fuesen y caprichosos.

Con profunda atención escucharon Adán y su consorte Eva aquel relato, y quedaron admirados y profundamente pensativos al oír cosas tan grandes y tan extrañas, cosas de que no tenían la menor idea, que en el cielo se conociesen odios, y que con semejante confusión anduviesen allí mezcladas la guerra y la paz divina; pero el mal había venido a recaer por fin como desatado torrente sobre sus autores, privándolos para siempre de la bienaventuranza. Disipáronse en Adán las dudas que abrigaba su corazón, y nació en él sin otra intención, el deseo de averiguar lo que más inmediatamente le interesaba: cómo se produjeron el cielo y la tierra, todo este mundo visible; cuándo y de qué fueron creados, y por qué causa; y qué era el Edén y cuanto fuera de él existía antes de la época a que alcanzaba su memoria; semejante a aquel que ha saciado su sed del todo, y que sigue con la vista al arroyuelo que se desliza murmurando, y despierta en él nueva sed con el susurro de su corriente. Dirigióse, pues, a su celeste huésped en estos términos:

«Admirables cosas que no pueden menos de maravillar por lo diferentes que son de las de este mundo, nos has revelado, divino intérprete. Dios nos ha favorecido enviándote desde el Empíreo para advertimos a tiempo de lo que hubiera podido causar nuestra perdición; riesgo que no conocíamos, porque no está al alcance de la inteligencia humana. Por ello debemos gratitud eterna a la infinita bondad, recibiendo sus avisos con el solemne propósito de cumplir siempre su voluntad soberana, único fin con que aquí existimos. Pero ya que para nuestro aprovechamiento has tenido la dignación de descubrirnos cosas tan superiores a la comprensión terrestre pero, que nos conviene conocer como lo ha dispuesto la suprema sabiduría, ten la bondad asimismo de descender más hasta nosotros y de instruirnos en lo que ha de sernos no menos útil, diciéndonos cómo se formó ese cielo que vemos a tan lejana altura, ornado de los innumerables astros que lo recorren, y eso que llena el espacio, todo ese difuso ambiente que abarca la órbita de la florida tierra; qué causa movió al Creador, en medio del santo reposo de que gozaba, por toda una eternidad, a sacar tan tarde su obra del Caos, y cómo una vez empezada, se terminó en tan breve tiempo. A consentírtelo el Señor, manifiéstanos lo que tanto anhelamos averiguar, no para inquirir los secretos de su eterno imperio, sino para más glorificar sus obras. Réstale aún a la gran lumbrera del día, largo espacio de su curso, aunque va declinando ya; pero suspendiéndolo al oírte, al oír tu poderosa voz, te prestará atención, y retrasará su marcha para escuchar cómo refieres su nacimiento, y cómo el de la Naturaleza, al salir por primera vez del oculto abismo; y mientras la estrella y el astro de la noche se apresuran para oír tu narración, la Noche traerá consigo el silencio; el sueño se pondrá en vela con igual intento, o nosotros le ahuyentaremos hasta que termine tu canto, y podamos despedirte antes que nos sorprenda el brillo de la mañana.»

Esta súplica hizo Adán a su ilustre huésped; y el Ángel divino le contestó con estas dulces palabras: «A tan comedido ruego, justo será acceder, pero, ¿qué encarecimiento, qué lengua seráfica bastará a referir las obras del Omnipotente, ni qué espíritu humano a comprenderlas? Lo que sí puedes conseguir, lo que no será negado a tus oídos, es lo que mejor conduzca a glorificar al Hacedor y más contribuya a labrar tu felicidad. Yo he recibido del cielo el encargo de satisfacer tus deseos, como no pasen de ciertos límites; fuera de ellos no indagues más; no desvanes con la esperanza de profundizar misterios ocultos, que el invisible Rey, único que lo sabe todo, ha rodeado de tinieblas tan impenetrables a los que viven en la tierra como en el cielo; y harto te queda en todo lo demás que estudiar y que conocer. Porque el saber es como el alimento; se requiere no menos templanza en la satisfacción del apetito, que en la medida a que debe el espíritu ajustarse, pues la excesiva ciencia embaraza con su demasía y convierte la sabiduría en locura, como el exceso de alimento se trueca en vapor inútil.

«Ahora bien, ten por cierto que apenas cayó Lucifer (a quien se daba este nombre porque resplandecía entre los ángeles mas que la estrella así llamada entre las estrellas), apenas cayó con sus malditas legiones en medio del abismo que les estaba preparado y volvió vencedor el augusto Hijo con el séquito de sus Santos, contempló el Eterno Omnipotente Padre toda aquella muchedumbre desde su trono, y habló así a su Hijo:

«Engañóse por fin nuestro envidioso Enemigo, creyendo que todos habían de seguirlo en su rebeldía y que con su auxilio nos arrancaría la posesión de esta altísima e inaccesible fortaleza, asiento de la suprema Divinidad. Perdióle su confianza, y arrastró en su catástrofe a muchos que han desaparecido fieles en su puesto, que el cielo está todavía poblado, y que cuenta con suficiente número de habitantes para llenar sus reinos, vastísimos como son, y para desempeñar los sagrados ministerios y solemnes ritos de este sublime templo.

«Mas, para que su soberbia no se lisonjee de haber logrado esta ventaja, de haber despoblado el cielo y locamente presuma del detrimento que me ha causado, he de reparar la pérdida, si como tal puede considerarse el perderse uno a sí mismo. Crearé al punto otro mundo, y de un hombre produciré una raza de hombres innumerables, que habitarán allí, no en este reino, hasta que elevándose gradualmente por sus méritos se abran y ganen al final esta morada, purificados largo tiempo por medio de su obediencia. La tierra entonces se convertirá en cielo, y el cielo en tierra, porque uno y otra formarán un solo imperio donde reinen alegría y unión perpetuas. Entretanto, celestes potestades, gozad de esta mansión con gran holgura. Y tú Verbo mío, hijo por mí engendrado, por ti se cumple todo esto: habla, y quedará hecho. Contigo envío mi Espíritu, que lo llena todo, contigo mi poder. Parte, pues; manda al abismo que forme el cielo y la tierra dentro de ciertos limites. El abismo no los tiene, porque yo soy quien lleno lo infinito y el espacio no está vacío. Y aunque Yo no reconozco límites en mí mismo, y reduzco y no llevo a todas partes mi bondad, que es libre de obrar o no, ni la necesidad ni el destino influyen nada en mis actos: el hado consiste en lo que yo quiero.»

«Estas palabras dijo el Omnipotente y su Verbo, su filial Divinidad las realizó al punto. Los actos de Dios son inmediatos, más rápidos que el tiempo y el movimiento, y para hacerlos comprensibles al sentido humano, hay que valerse de la sucesión de las palabras, de la lentitud con que procede la terrestre inteligencia. Grande fue el triunfo, extremado el júbilo del cielo, al anunciarse así la voluntad divina. «¡Gloria al Altísimo, decían, y, buena voluntad y paz en la tierra a los futuros hombres! Gloria a Aquél cuya justicia y vengadora cólera ha arrojado a los impíos de su presencia y de la morada de los justos! ¡Gloria y alabanza al Señor, cuya sabiduría ha hecho del mal el bien, y ha destinado a una raza mejor el lugar que ocupaban los espíritus malignos, y difundirá su eterna bondad en los mundos y siglos venideros!»

«Prorrumpieron en este himno las celestes jerarquías, y apareció el Hijo, dispuesto a su grande obra, revestido de la Omnipotencia, ciñendo la corona de la Majestad divina. La sabiduría, el amor inmenso, su Padre todo reflejaba en él. Asistían en torno de su carro innumerables querubines serafines, potestades, tronos y virtudes, espíritus alados, carros asimismo con alas, sacados del arsenal de Dios, donde existen millares de siglos ha, entre dos montañas de bronce, preparados para los días solemnes; carrozas celestiales, prontas siempre a volar y que ahora se ofrecían espontáneamente, porque estaban animadas de espíritu vital, atentas al mandato de su Señor. El cielo abrió de par en par sus eternas puertas, que al girar sobre los goznes de oro, produjeron un armonioso sonido, para dar paso al Rey de la Gloria, al Verbo poderoso, al espíritu creador de nuevos mundos.

«Detuviéronse en el continente del cielo, y desde sus orillas divisaron el vastísimo inconmensurable abismo, tempestuoso como un océano, lóbrego, horrible, impenetrable, agitado de arriba abajo por furiosos vientos y encrespadas olas, que como montañas se elevaban para escalar los cielos y confundir el centro con los polos.

«¡Basta, revueltas olas! ¡Y tú, abismo, sosiégate; cesen vuestros furores!», exclamó el Verbo creador. Y no se detuvo más; sino que arrebatado en alas de los querubines, se remontó a la gloria paterna por en medio del Caos y del mundo que todavía no era, porque el Caos oyó su voz. Seguíalo su brillante comitiva para presenciar la obra de la creación y las maravillas de su poder; y paró de pronto las ardientes ruedas de su carro, y tomó en la mano el compás de oro, guardado, en los eternos tesoros de Dios, para trazar el círculo de este universo y cuantas cosas habían de existir en él; y fijando uno de sus extremos en el centro y volviendo el otro alrededor de la vasta profundidad de las tinieblas: «Aquí, dijo, llegarás, y éstos, ¡oh mundo!, serán tus límites.»

«Así creó Dios el cielo y así la tierra, materia informe y vacía. Cubrían el abismo profundas tinieblas, pero desplegando sus alas paternales sobre las tranquilas aguas el Espíritu de Dios, infundió en ellas la virtud y el calor vital a través de la masa fluida; arrojó a lo más profundo las negras y frías heces infernales, contrarias a la vida; aunó y condensó cuantas cosas se asimilan entre sí; y apartando las demás a diferentes lugares, e introduciendo el aire entre unas y otras, apareció la tierra equilibrándose sobre su centro.

«¡Hágase la luz!», dijo, y la luz fue hecha. Brotó súbitamente del hondo abismo la luz etérea, lo primero de todo, la esencia más pura de las cosas, y desde su nativo oriente comenzó a esparcirse por entre las sombras aéreas, ciñéndola una nube esférica y radiante, porque el sol no existía aún; y, en este nebuloso tabernáculo permaneció algún tiempo. Vio Dios que la luz era buena, y la separó de las tinieblas por medio del hemisferio. Y llamó a la luz día, y a las tinieblas noche; y del espacio que entre uno y otro componen, formó el día primero. El cual no pasó sin ser grandemente festejado y cantado por los coros angelicales; pues, cuando percibieron la primera luz que asomaba por oriente, rompiendo las tinieblas, en aquel natalicio del cielo y de la tierra, llenaron de vivas y aclamaciones la vasta concavidad del universo, y al compás de sus arpas de oro y sus acordados himnos, ensalzaron a Dios juntamente con sus obras proclamándolo Creador cuando llegó la primera noche y cuando rayó la primera aurora.

«Y dijo Dios en seguida: «Que en medio de las ondas se ponga el firmamento y que divida unas aguas de otras.» Y Dios hizo el firmamento, dilatación de un aire fluido, puro, transparente, elemental, que se extiende en redondo hasta la mayor convexidad de aquel anchísimo orbe, división inmutable y segura que separa las aguas de la región inferior y las superiores. Porque así como la tierra, estableció Dios el mundo sobre reposadas aguas, en medio de un vasto océano de cristal, y alejó de él la tumultuosa irregularidad del Caos, para que el contacto de sus violentas extremidades no alterase su estructura. Y dio el nombre de cielo al firmamento; y los coros nocturnos y matutinos cantaron el día segundo.

«La tierra estaba formada, pero sumergida como rudo embrión en el seno de las aguas aún no se descubría. Inundaba toda su superficie el grande Océano, y no en balde, porque se infiltraba en todo su globo un templado y fecundo humor que hacía fermentar y concebir a la madre universal, fertilizada por una humedad vivificadora, cuando dijo Dios: «Aguas que os derramáis por los cielos, congregaos en un lugar y aparezca el continente enjuto.» Y salieron de pronto las enormes montañas, que elevando sus cimas hasta las nubes, tocaban con las estrellas. Y tanto como sus hinchadas moles subían, tanto se ahuecaban y hundían sus cóncavos senos para dejar anchos y profundos lechos por donde las aguas se dilatasen. Y por ellos corrían con bulliciosa rapidez sus turgentes ondas, como inflamadas gotas que ruedan sobre el polvo árido. Unas se elevan cual murallas de cristal, otras saltan por encima formando puntiagudos montes; que tan raudo movimiento imprimió el imperioso mandato a sus corrientes. Como en los ejércitos de que ya tienes una idea, acuden a sus filas los soldados al oír el llamamiento de la trompeta, así se precipitan una tras otra las olas por donde más fácil camino encuentran, impetuoso torrente en los despeñaderos, mansas y apacibles en las llanuras. Ni les son de obstáculo alguno las rocas o las montañas; hallan siempre salida, ya introduciéndose subterráneas, ya serpenteando por mil rodeos y abriéndose profundos canales en aquellos terrenos, cenagosos que fácilmente se descomponían antes que Dios les mandase quedar secos y endurecidos, menos los destinados a recibir los ríos, que llevan en pos húmedos despojos perpetuamente. A la parte árida llamó el mismo Señor tierra; al ancho receptáculo en que las aguas se acumulaban, mar. Y vio que aquello era bueno; y dijo: «Que la tierra se vista de verde hierba, de plantas que den simiente, y de árboles con frutos de especies varias, que lleven entre sí su propia semilla, para reproducirse sobre la tierra.»

«No bien dijo estas palabras, cuando de aquella misma tierra, que hasta entonces se mostraba rasa, árida, desierta, desagradable sin ornato alguno brotó delicado césped con cuyo verdor, se atavió toda su superficie, luciendo en torno su vistoso esmalte. Viéronse allí las plantas, con su infinita variedad de hojas, florecer de improviso, arrebolarse de mil colores y embalsamar el seno de la madre tierra con los aromas dulcísimos que exhalaban. Apenas abrían sus cálices, provocaba la floreciente viña con sus apretados racimos; redondeábase en sus rastreros tallos la calabaza; mecíanse en sus haces formadas en espesas legiones las huecas cañas, y el humilde arbusto y la punzante zarza enlazaban sus enmarañadas cabelleras. Alzábanse por fin los arrogantes árboles, moviéndose acompasadamente y dilatando sus ramas, unas cubiertas de copiosos frutos, otras matizadas de flores. Erguíanse sobre las colinas gigantescos bosques, y espesas arboledas sobre las cañadas, a las márgenes de las fuentes y en las orillas de los ríos. ¿Qué le faltaba a la tierra para asemejarse al cielo? Bien podían morar en ella los dioses; y recorrerla embelesados, y reposar al amor de sus umbrías sagradas. Dios no le había enviado aún lluvia que la regase, ni formado al Hombre que había de cultivarla; pero de sus nuevas entrañas fluía un jugoso vapor que abonaba el suelo y alimentaba las plantas antes de que brotasen, y la menuda hierba antes de verdeguear sus tallos. Y vio Dios que esto era bueno; y la mañana y la noche renovaron los cantos del tercer día.

Y volvió a hablar el Altísimo. «Que luzcan astros en el espacio de los cielos para distinguir los días de las noches, y para que marquen las estaciones y los días y el transcurso de los años; y mando que su oficio sea servir de luminares en el cielo y de antorcha para la tierra.» Y así fue hecho. Y puso Dios dos grandes astros, grandes por lo que habían de servir al Hombre, los cuales alternasen, el mayor en presidir al día, y el más pequeño a la noche. Y también hizo las estrellas, poniéndolas en el firmamento de los cielos a fin de que iluminasen la tierra, y regulasen las vicisitudes de los días y de las noches, y diferenciasen la luz de las tinieblas. Y paróse a contemplar su grande obra, y le pareció bien. Porque el primero de aquellos astros fue el sol, cuya inmensa esfera careció en un principio de luz, aunque era de sustancia etérea; y luego formó el globo de la luna y las varias magnitudes de las estrellas, y las sembró por el cielo como en un campo. Y tomando una gran parte de luz de su nebuloso tabernáculo, la trasladó al orbe solar que por sus poros recibe y aspira el brillante líquido, y que con su fuerza retiene la plenitud de sus rayos, siendo a la sazón el gran palacio de la luz. De él, como de su manantial, se mantienen los demás astros, depositando aquella misma luz en sus urnas de oro, y allí abrillanta sus cuernos el planeta de la mañana; mientras ellos iluminados por reflejo acrecientan el fulgor escaso que les es propio, aunque a la vista humana aparezcan tan diminutos por la mucha distancia a que los contempla.

«Por vez primera apareció en su oriente el glorioso astro, regulador del día, que derramó sus espléndidos rayos por todo el horizonte, ufano al verse recorriendo el sublime cielo en toda su longitud, yendo precedido de la aurora y de las pléyades, que en festivas danzas difundían anticipada su benéfica influencia.

«Menos brillante que él, en la parte opuesta del occidente y a igual altura, alzábase la luna, que recibía de lleno su claridad, reflejándola como un espejo, no necesitando otra luz en aquella posición y manteniéndose a igual distancia hasta que llego la noche. Asomó entonces por el oriente para dar la vuelta en torno del eje de los cielos, y dividió su imperio con mil astros menores, con mil y mil estrellas que alumbraban a la vez, tachonando la celeste bóveda; con lo que también, por vez primera ornaron el hemisferio, ascendiendo y declinando sucesivamente y coronaron con los encantos de la noche y de la mañana el cuarto día.

«Y dijo el Señor: «Que las aguas produzcan reptiles seres vivientes de fecundos gérmenes; y que las aves vuelen sobre la tierra, desplegando sus alas en el libre firmamento de los cielos.» Y creó las ballenas enormes, y todos los seres que viven y nadan, y producen abundantemente las aguas en todas sus especies, y todas las especies también de pájaros alados. Y vio que esto era bueno y los bendijo a todos diciendo: «Creced y multiplicaos, y llenad las aguas de los mares, de los lagos y de los ríos; y vosotras, aves, multiplicaos sobre la tierra.» Y por golfos y mares y calas y bahías bullen al punto cardúmenes innumerables, millones de peces que con sus aletas y escamas relucientes se deslizan entre las verdosas ondas, en muchedumbre tal, que forman a veces inmensos bancos en medio del Océano. Solitarios o en compañía, pacen unos las ovas de que se sustentan, y se pierden entre los enmarañados bosques de coral, o serpentean con la velocidad de un relámpago, luciendo a la luz del sol sus tornasoladas mallas con recamos de oro; otros, reposando tranquilos entre sus conchas de nácar, saborean su líquido alimento; otros, en fin, cubiertos de fuertes armaduras, acechan su presa bajo las rocas. Triscan en tanto sobre la tranquila llanura del mar, las focas y los combados delfines; otros, de prodigioso volumen, moviéndose pesadamente, revuelven el Océano como una tempestad; mientras el leviatán, mayor que ningún otro viviente, tendido como un promontorio sobre aquel abismo, dormita o nada y se asemeja a una flotante playa sorbiendo y arrojando alternativamente todo un mar por sus agallas.

«En las cálidas grutas, en los pantanos y orillas de las aguas, salen al propio tiempo numerosas bandadas de las infinitas crías encerradas en los huevos, que rompiéndose al ser sazón dan a luz sus desnudas avecillas; las cuales tardan poco en vestirse de plumas y en ensayar su vuelo, y se remontan a lo más encumbrado del aire, y cantan su triunfo desdeñándose de la tierra, que cubren con su sombra como una nube. Allí, en la cima de las rocas y de los cedros, labran sus nidos las águilas y las cigüeñas. Aves hay que se mecen solas en la región aérea; más cautas otras, viajan unidamente en formación regular y teniendo en cuenta las estaciones, y dirigen sus caravanas por encima de los mares y de las tierras, prestándose mutua ayuda para facilitar su vuelo. Estribando así en los vientos, emprende su viaje anual, la prudente grulla, moviendo y azotando el aire al pasar con sus pobladas alas. Saltando de rama en rama, alegran las arboledas con sus gorjeos los pajarillos, y ejercitan sus pintadas alas durante el día; mas no porque se acerque la noche deja el ruiseñor su solemne canto, antes la emplea toda en exhalar sus sentidos ayes. En los argentados lagos, como en los ríos, bañan otros el delicado vello de sus gargantas; el cisne enarca su cuello entre las blancas alas, majestuosamente tendidas; luce su pompa haciendo de sus pies remos y cuando abandona el húmedo elemento se lanza en medio de la región del aire; al paso que otros caminan con pie seguro, como el crestudo gallo, que con su clarín anuncia las silenciosas horas, y el que se gallardea con su rica cola sembrada de los colores del iris y estrellados ojos. Así las aguas se poblaron de peces y el aire de aves; y la noche y la mañana solemnizaron el quinto día.

«El sexto y último de la creación comenzó al son de las arpas nocturnas y matinales; a tiempo que el Señor dijo: «Que la tierra produzca las especies de animales vivientes, los que andan en rebaños, y los reptiles, y las bestias de la tierra, cada uno según su especie.» Y obedeció la tierra, y abrió de pronto sus fecundos senos y dio de una vez a luz innumerables criaturas vivientes, perfectas en sus formas y en sus miembros completamente organizadas. Y como de sus madrigueras, salieron de las entrañas de la tierra las fieras salvajes, y ganaron los bosques, los matorrales, las espesuras y las cavernas, estableciéndose y viviendo en parejas entre los árboles; y los ganados discurrieron por los campos y verdosas praderas, éstos en corto número y solitarios; aquellos, en grandes rebaños brotando todos de una vez y pastando juntos. Aquí, de entre el tupido césped nacía la terneruela; allí asomaba el flaco león y se asía de sus garras para dejar libre el resto de su cuerpo, saltando cual si hubiese roto sus ligaduras, y sacudiendo su áspera melena; y la onza, el leopardo, el tigre, levantaban la tierra, como el topo escarbando a su alrededor y formando montecillos. El ágil ciervo sacaba de debajo del suelo la enramada de su cabeza y Behemot, el más voluminoso engendro de la tierra, podía apenas desembarazar de la que lo cubría su pesada mole. Balando y vestidas de sus vellones, despuntaban, a manera de plantas, las ovejas; y entre el agua y la tierra se mostraban indecisos el caballo acuático y el escamoso cocodrilo.

«Bullía a la vez todo cuanto se arrastra por la tierra, insectos o gusanillos, los unos agitando los flexibles abanicos de sus alas y decorando sus diminutos contornos con los pomposos blasones del estío, esmaltados de oro y de púrpura de verde azul; los otros, prolongando como una línea de estrecho cuerpo, y marcando en la tierra su sinuosa huella; y no son éstos los seres más pequeños de la naturaleza. Algunos, de la especie de las serpientes, prodigiosos por su longitud y corpulencia, enroscan sus pliegues anulosos y se añaden alas. Es la primera, la económica hormiga próvida de lo futuro, que en un pequeñísimo pecho encierra un gran corazón, modelo quizá de la perfecta igualdad de algún día y que logra establecer en común sus populares tribus. Aparece en seguida el enjambre de la abeja hembra, que alimentando con delicioso manjar a su holgazán esposo, construye de cera sus celdillas y deposita la miel en ellas. Los demás son innumerables. Conoces la naturaleza de cada uno, los nombres que tú mismo les has dado, y no tengo necesidad de repetírtelos. Conoces asimismo a la serpiente, el animal más astuto de cuantos se crían en los campos, de desmedida longitud a veces, con sus ojos de bronce y la terrible cresta que lleva por cabellera, aunque lejos de serte a ti nociva, se somete dócilmente a tu voluntad.

«Mostrábanse ya en la plenitud de su esplendor los cielos y giraban movidos por el impulso que les comunicó al principio la mano de su gran Motor; ricamente ataviada se sonreía la tierra contemplándose ya perfecta; veíanse poblados el aire, el agua, la tierna, por las aves, peces y animales, que volaban, nadaban y caminaban; y sin embargo, no estaba aún completo el sexto día. Faltaba la obra maestra, el ser para quien todo aquello se había creado, la criatura que sin encorvarse, sin ser bruta como las demás, dotada de la santidad de la razón, pudiese erguir su cuerpo, alzar su frente serena, avasallarlo todo y conocerse a sí mismo; pudiese elevarse magnánimo para desde aquí comunicar con el cielo sus pensamientos, y lleno de gratitud, reconocer la fuente de donde todo su bien emana, y con espíritu devoto dirigir su corazón, su voz, y sus miradas, adorando y tributando culto al Supremo Dios que hizo de él la primera de sus obras. Por lo que el Omnipotente y Eterno Padre (que, ¿dónde deja de estar presente?) habló así a su Hijo, siendo oído de todo el mundo:

«Hagamos ahora al hombre a nuestra imagen y semejanza; y que reine sobre los peces del mar y los pájaros del aire, sobre las bestias del campo, sobre la tierra, en fin, y los reptiles que se arrastran por el suelo.»

«Y esto dicho, te formó a ti Adán, a ti Hombre, polvo de la tierra, e inspiró en tu aliento el soplo de la vida, y te creó a su propia imagen, a imagen del mismo Dios, y quedaste hecho alma viviente. Te creó varón, y para perpetuar tu raza creó hembra a tu compañera. Y bendijo al género humano diciendo: «Creced, multiplicaos y llenad la tierra. Dominadla y extended vuestro dominio sobre los peces del mar y los pájaros del aire, y sobre todos los seres vivientes que se mueven sobre la tierra, dondequiera que hayan sido creados, pues no se ha dado aún nombre a región alguna.» En seguida, como sabes, te trasladó a esta deliciosa morada, a este jardín plantado con los árboles de Dios, no menos gratos a la vista que al paladar, y liberalmente te concedió todos sus sabrosos frutos por alimento. Aquí están reunidas, en infinita variedad, cuantas especies hay de ellos sobre la tierra; pero del árbol cuyo fruto lleva en sí el conocimiento del bien y del mal debes abstenerte, porque el día que comas de él, morirás; la pena que tienes impuesta es la muerte.

Sé cauto y refrena cuidadosamente tu apetito, para que no te sorprenda el pecado, ni su negra compañera, la muerte. «Aquí terminó Dios su obra, y contempló todo lo que había hecho, y vio que todo era perfectamente bueno; y así la noche y la mañana completaron el sexto día; y el Creador, que cesó en su obra no porque estuviese cansado, regresó a su mansión sublime, al cielo de los cielos, a lo más alto, para ver desde allí aquel mundo nuevamente creado, aditamento de su imperio, y qué aspecto ofrecía desde su trono, y cómo en bondad y en hermosura correspondía todo a su grandiosa idea. Y se remontó entre universales aclamaciones al sonoro compás de diez mil arpas que rompieron en angélicas armonías: la tierra y los aires las repitieron (y tú las recordarás, pues las escuchaste); los cielos y las constelaciones todas se hicieron sus ecos, y los planetas detuvieron su curso para oírlas, mientras la brillante pompa seguía ascendiendo, extática de júbilo.

«¡Abríos eternales puertas!», iban cantando. «¡Cielos, abrid vuestras vivientes puertas, y entrar el Creador glorioso que vuelve terminada ya su obra magnífica, su obra de seis días, el Mundo! Abríos de hoy más con frecuencia; que Dios se dignará de visitar a menudo la morada de los hombres justos, y se complacerá en ello, y enviará a ella, con repetidos mensajes a sus alados nuncios, portadores de su suprema gracia.»

«Así en su ascensión cantaba el glorioso séquito; y atravesando los cielos, que abrían de par en par sus refulgentes puertas, caminaba el Creador derechamente a la eterna mansión de Dios; suntuoso y ancho camino, en que el polvo es oro y la calzada de estrellas, como las aves en la galaxia o vía láctea que descubres por la noche, a la manera de una zona tachonada de estrellas.

«Extendíase entonces por la tierra del Edén la noche séptima, pues el Sol estaba en su ocaso, y asomaba por oriente el crepúsculo precursor de la oscuridad, cuando llegó a la santa montaña, suprema cumbre del cielo, trono imperial de la Divinidad, por siempre firme e incontrastable, el poderoso Hijo, y tomó asiento con su augusto Padre. El también había asistido invisible, aunque sin moverse (que tal es el privilegio de la Omnipotencia) a la ordenada obra, como principio y fin de todas las cosas; y reposando del trabajo, bendijo y santificó el día séptimo, como quien en él descansaba de todo lo hecho; pero no lo santificó en silencio: el arpa cumplió su oficio, y no suspendió sus sones; el tubo dulce y solemne, el órgano con todas sus armonías, con cuantos sonidos salen de la vibrante cuerda o el hilo de oro, acordaron sus suaves tonos, acompañados de voces ya unísonas, ya contrapunteadas; y las nubes de incienso que se desprendían de los áureos incensarios, velaban la montaña toda. Celebraban la Creación y la obra de seis días.

«¡Grandes, ¡oh Jehová!, son tus obras y tu poder infinito! ¿Qué pensamiento puede comprenderte ni qué lengua expresar tu grandeza? Con más gloria vuelves ahora que cuando volviste vencedor de los ángeles gigantes. Tus truenos aquel día mostraron tu poder; pero hoy eres Creador, y el crear es más que destruir lo creado. ¿Quién puede igualarse a ti, Omnipotente Rey, ni poner límites a tu imperio? Fácilmente desvelaste la soberbia de los espíritus apóstatas, y aniquilaste su vano empeño: presumieron los impíos amenguar tu fuerza y apartar de ti los innumerables adoradores; pero el que intenta contrariar tu poder, labra su propia ruina, y sólo consigue realzarlo más; que con sus mismas armas lo castigas, y del exceso del mal haces un bien mayor. Testimonio es de todo, ese mundo, recién formado, ese otro cielo, no distante de las celestiales puertas, fundado a nuestra vista sobre el claro cristal, sobre el transparente mar, de extensión casi infinita, poblado de multitud de estrellas cada una, de las cuales sea quizás un mundo dispuesto para habitarse, aunque tú solo sepas en qué sazón. En medio se halla la mansión de los hombres, la tierra, con el Océano inferior que la circuye, morada llena de encantos. ¡Dichosos una y mil veces los hombres, y los hijos de los hombres, a quienes Dios tanto ha privilegiado, creándolos a su imagen, para que habiten en esos lugares, le rindan culto, y en recompensa, dominen sobre todas sus obras, sobre la tierra, la mar y el aire, y multipliquen la raza de sus santos y justos adoradores! ¡Mil veces dichosos si comprenden su ventura y perseveran en la virtud!»

«Esto cantaban, resonando por todo el Empíreo las voces de ¡aleluya! Y así fue solemnizado el sábado.

«Creo haberte satisfecho ya en lo que deseabas. Sabes cómo empezó este mundo, el origen de cuanto en él existe, y lo que desde el principio se hizo anterior a tu memoria, para que la posteridad, informada por ti, tenga de todo conocimiento. Si más pretendes saber, con tal que no exceda a la humana capacidad, manifiéstalo.»

OCTAVA PARTE

Adán hace algunas preguntas sobre los movimientos celestes, a las que contesta el Ángel con palabras dudosas, aconsejándole que procure informarse de cosas más dignas de saberse. Persuádese de ello Adán; pero deseoso de tener a Rafael más tiempo consigo, le refiere todo lo que recuerda su memoria desde que fue creado, y cómo entró en el Paraíso; su conferencia con Dios respecto a la soledad y, a la compañía que pudiera convenirle; su primer encuentro y su desposorio con Eva; y prosigue discurriendo sobre este punto con el Angel, que después de hacerle algunas amonestaciones, regresa al cielo.

Suspendió el Ángel su relato, y tan dulce impresión dejaron sus palabras en los oídos de Adán que, por algún tiempo, creyendo estarlo oyendo todavía, permanecía inmóvil y atento; hasta que por fin, como quien de pronto vuelve en sí, le dijo en tono de agradecido:

«¿Cómo podré mostrar el debido reconocimiento ni corresponder a la merced que me has dispensado, divino historiador, satisfaciendo cumplidamente el anhelo que tenía de instruirme, y llevando tu amistosa condescendencia hasta el punto de revelarme cosas que jamás hubiera podido adivinar? Con asombro, pero con gran deleite, las he escuchado, y atribuyo al Sumo Hacedor toda su gloria, como es debido. Quédanme, sin embargo, algunas dudas que únicamente tú puedes resolver; porque cuando contemplo esta admirable fábrica, este mundo compuesto de cielo y tierra, y calculo su magnitud, la tierra me parece un grano de arena, un átomo, comparada con el firmamento y todos sus numerosos astros, y que éstos recorren espacios incomprensibles, de lo cual son prueba su distancia y su breve reaparición diurna. Pero, ¿es posible que no tenga otro oficio que difundir la luz alrededor de esta opaca tierra, de este diminuto globo, formando el día y la noche, y que su vasta carrera atienda a objeto tan poco útil? Cuando en esto pienso me maravillo de que la Naturaleza, tan próvida y sabia, incurra en semejantes desproporciones; que con tan pródiga mano haya creado y multiplicado esos sublimes cuerpos, sin otro fin al parecer, y que les imponga tan incesante revolución, que se repite día por día; mientras la sedentaria tierra, que hubiera podido moverse en círculo más estrecho, servida por seres más nobles que ella, realiza su destino sin tanta agitación, y recibe el calor y la luz como un tributo que le presta el incalculable curso de una velocidad que no puede apreciarse, ni hay números que puedan expresarla.»

Habló nuestro padre así, y en su aspecto indicaba estar entregado a profundas reflexiones; lo cual advertido por Eva, que aunque un tanto apartada, se hallaba allí presente, se levantó de su asiento con humilde majestad y con una gracia que inspiraba al que la veía deseos de que permaneciese en aquel lugar, y se dirigió a visitar los frutos y las flores para ver cómo prosperaban sus tiernas y pomposas plantas; y ellas se abrieron al sentir que se acercaba, y crecieron regocijadas al contacto de su hermosa mano. Mas no se retiró disgustada del discurso que había escuchado, ni porque su inteligencia fuese inferior a tan sublimes cosas, sino por reservarse el placer de que Adán se las repitiese, y de ser ella su solo oyente. Prefería oírlas de boca de su esposo más que de la del Ángel, y dirigirle a él sus preguntas, porque estaba segura de que éste añadiría interesantes digresiones, y de que sus conyugales caricias allanarían cuantas dificultades se les ocurrieran; que de sus labios salía otro encanto tan dulce como el de sus palabras. ¡Oh!, ¿dónde hallaríamos hoy semejante consorcio, unido por el amor y el recíproco respeto? Retiróse pues con la dignidad de una diosa, y no sin el correspondiente séquito; que en su compañía iban las gracias seductoras rodeándola como a una reina, brotando en torno y de todos los ojos destellos del deseo que de continuo incitaba a complacerla.

A las dudas propuestas por Adán, respondió Rafael con ingenua benevolencia: «No censuro tu anhelo de saber que el cielo es como el libro de Dios, abierto ante tus ojos, en el cual puedes leer sus obras maravillosas, y aprender a distinguir estaciones, horas, días, meses y años. Que sea el cielo el que se mueve, o la tierra, te importa poco, con tal que tus cálculos sean exactos; lo demás, sabiamente ha hecho el supremo Artífice en encubrirlo tanto al hombre como al ángel, no divulgando secretos que son para admirarlos más bien que para escudriñarse. A los que gustan de desvanecerse en conjeturas, deja Dios que se pierdan en fútiles cuestiones sobre la máquina de los cielos, quizá para burlarse de sus vanas sutilezas; y cuando pretendan estudiar el cielo, y someter a cálculo las estrellas, ¡qué no inventarán para ajustarlo todo a una forma! Construyendo unas veces, y destruyendo otras, se esforzarán en salvar las apariencias, y rodearán la esfera de curvas concéntricas con sus ciclos y epiciclos, y sus orbes colocados unos dentro de otros. Esto he colegido yo de tus razonamientos, y en esto te seguirán tus descendientes. Supones que los cuerpos mayores y más luminosos no pueden estar subordinados a los más pequeños y opacos, ni los cielos girar en tan inmenso espacio mientras la tierra tranquilamente asentada es la única que goza de su tributo; mas considera, en primer lugar, que ni la magnitud, ni la lucidez son indicios de excelencia, porque si bien en comparación del cielo es la tierra tan pequeña, y no ostenta fulgor alguno, puede poseer riquezas de más cuantía y más preciadas que el Sol, el cual brilla, pero estéril, y cuya virtud es tan ineficaz para él cuanto fructuosa para la tierra. Ella es la primera que recibe sus rayos, que de otra suerte serían inútiles, la que se alimenta de su vigor; y todas esas espléndidas luminarias no se han hecho para la tierra, sino para ti, morador terrestre. En cuanto a la vasta redondez del cielo, sobrado alto, proclama la magnificencia del Hacedor, que ensanchó tanto su recinto, para que el Hombre comprenda que no habita en mansión propia edificio por demás anchuroso para él, del cual sólo ocupa una pequeña parte, y el resto está destinado a usos que únicamente el Señor conoce. La rapidez de esos círculos, por más que sean innumerables, debes atribuirla a su omnipotencia, que añade a sus sustancias corpóreas una actividad casi espiritual. ¿Qué te diré yo de la velocidad con que camino? Partí del cielo en que Dios reside al rayar el alba, antes de mediodía, he llegado al Edén salvando una distancia que no hay guarismos conocidos con que se indique. Discurro de este modo, admitiendo el movimiento de los cielos, para mostrarte cuán débiles son los fundamentos de tus dudas; pero no lo afirmo, aunque desde la tierra en que vives parezca así. Dios ha puesto los cielos tan distantes de la tierra para que no penetre en sus vías el sentido humano, y para que si los ojos terrestres pretenden alzarse tanto, se pierdan en inútiles esfuerzos por aquellas altas regiones.

«Mas ¿y si el sol es el centro del Universo, y otros astros incitados por su fuerza atractiva y la suya propia, giran en torno de él describiendo varios círculos? Seis de ellos te lo hacen ver en su curso errante, elevándose unas veces, descendiendo otras, adelantándose, retrocediendo, o permaneciendo. ¿Y si el séptimo de esos planetas, la tierra, que aparece estable, participase a la vez de tres movimientos imperceptibles, que por otra parte, debieran atribuirse a diferentes esferas obrando en sentido contrario y cruzándose oblicuamente? O eximes de semejante faena al Sol, o supones inalterable a ese veloz rumbo que no ves de día ni de noche, que haces superior a todas las estrellas y semejante a una rueda que gira sin cesar; creencia de que puedes prescindir, si la tierra, industriosa de suyo, busca el día encaminándose al oriente, y si por la parte privada de los rayos del sol halla la noche, reflejando la claridad de la luz en su hemisferio opuesto. ¿Y qué diremos si esa misma luz enviada por la tierra a través de la atmósfera transparente, fuese como la de un astro para el globo terrestre de la luna, que la iluminase de día, y a su vez fuese iluminada por ella durante la noche? La influencia sería totalmente recíproca siendo cierto que la luna contenga campos y aun habitantes; las manchas que ves en ella semejan nubes; las nubes pueden resolverse en lluvia y ésta producir en su jugoso suelo frutos que den alimento a los seres allí nacidos. Un día quizás descubrirás nuevos soles que lleven en pos sus lunas, y se transmitan su luz masculina y femenina; sexos ambos, que animan el universo, y que pueden difundir la vida en cada uno de los orbes donde residen. Que esparcidos por el vasto imperio de la naturaleza, privados de seres vivientes, yermos y desiertos, están limitados estos cuerpos a ostentar su luz, y apenas envíen un destello de ella a los demás orbes, atraídos desde tan lejos hacia la región habitable, que recibe de los mismos su esplendor, será asunto de eterna controversia. Pero que estas opiniones sean o no fundadas; que el Sol predominante en los cielos influya sobre la tierra, o la tierra sobre el Sol; que él dé en el oriente principio a su inflamado curso, o ella emprenda su silencioso camino desde el occidente, adelantando lenta sus inofensivos pasos, y gire sobre sú fácil eje conduciéndote sin sentir con su apacible aire; ideas son con que no debes atormentar tu pensamiento: deja estos secretos a la sabiduría de Dios; pon tu celo en servirle y en temerle. Que disponga El de sus criaturas, dondequiera que estén, según le plazca; y tú goza de los bienes que te ha otorgado, de este Paraíso y tu hermosa Eva. El Cielo está muy sobre ti para que puedas averiguar lo que acaece en él. Sé humilde en tu ciencia; cuida solamente de ti y de lo que te concierne; no sueñes en otros mundos, ni en las criaturas que puedan morar en ellos, o en su estado, condición y clase; y conténtate con cuanto te ha sido revelado, no sólo respecto a la tierra, sino al más elevado cielo.»

A lo que aclaradas ya sus dudas respondió Adán: «Me has satisfecho plenamente, ¡oh pura inteligencia del Cielo, benigno Angel! Me has librado de incertidumbres, mostrándome el camino más llano de la vida, y enseñándome a no acibarar las dulzuras de mi existencia, que Dios ha preservado de angustiosos cuidados y pesares, siempre que nosotros renunciemos a quiméricos pensamientos y nociones vanas. Pero el espíritu o la imaginación propenden a lanzarse libres de todo freno en errores interminables, hasta que desengañados o aleccionados por la experiencia, se persuaden de que no consiste el verdadero saber en el profundo conocimiento de cosas inútiles, abstractas e incomprensibles, sino el de todo aquello que está a nuestros alcances y de que hacemos uso todos los días de nuestra vida: lo demás es humo, vanidad, locura, que hace impracticable, que frustra lo que más debe interesarnos, y que empeña más y más nuestra ansiosa solicitud. Descendamos, pues de la altura en que nos hallábamos y tratemos de asuntos tan humildes y provechosos; así tendré ocasión de acertar a dirigirte preguntas que no te parezcan inoportunas, y a que te dignarás replicar benévolamente favoreciéndome como hasta ahora.

«Te he oído referir todo lo que es anterior a mis recuerdos; permíteme que a mi vez te refiera yo mi historia que tal vez te sea desconocida. El día no declina aún, y aprovecharé como ves lo que resta en idear algún recurso con que entretenerme, invitándote a que oigas mi narración. Sería una insensatez el creer que no he de merecerte respuesta alguna, porque mientras estoy a tu lado me parece hallarme en el cielo. Tus palabras son a mis oídos más dulces que grato es el fruto de la palmera para aplacar el hambre y la sed, a la hora de la comida, después del trabajo; que aquél, aunque sabroso, al fin llega a cansar y produce hartura; pero tus palabras, dictadas por la divina gracia, jamás hastían.»

Y le contestó Rafael con celestial agrado: «Tampoco tus labios, padre de los hombres carecen de gracia, ni tu lengua de elocuencia. Dios te ha prodigado, interior y exteriormente, sus dones haciéndote imagen suya, y bien hablando bien permaneciendo en silencio, muestras esa gentileza y bella disposición que acompaña a todas tus palabras, y movimientos. En el cielo te consideramos como nuestro compañero de servicio en la tierra, y nos complacemos en observar las miras de Dios con respecto al Hombre, porque vemos cuánto te ha honrado igualándote en el amor con que nos mira a nosotros. Di, pues, cuanto te plazca. Sucedió que aquel día estaba yo ausente, ocupado en un viaje arduo y penoso; para hacer una larga excursión a las puertas del infierno. Iba una legión numerosa según se nos había mandado, con el fin de vigilar todos los pasos e impedir que saliesen espías de los enemigos, mientras el Señor estaba en su obra, no fuese que indignado de tal temeridad destruyese lo que había creado; pues bien que nada pudiesen ellos intentar sin su consentimiento, quiso el supremo monarca enviarnos a cumplir sus altos mandatos y probar la prontitud de nuestra obediencia. Llegamos en breve; encontramos cerradas y fuertemente barreadas las pavorosas puertas; pero antes de aproximarnos oímos dentro un rumor que en nada se parecía a los armónicos sones de los cánticos, ni las danzas, sino a los gritos de los tormentos de las lamentaciones y de la furiosa rabia. Volvímonos alegres a las colinas limítrofes de la luz antes que anocheciese el sábado, así como se nos había ordenado. Pero comienza ya tu relato, el cual escucharé con el mismo gusto que tú has escuchado el mío.»

Esto dijo el divino Nuncio; y prosiguió así nuestro primer padre: «Difícil le es al Hombre decir cómo empezó su vida porque, ¿quién conoce su verdadero origen? Pero el deseo de seguir conversando contigo me animará a hacerlo. Cual si nuevamente despertase del más profundo sueño, me hallé muellemente recostado sobre la florida hierba; y cubierto de un balsámico sudor, que tardaron poco en enjugar los rayos del Sol, absorbí aquellos húmedos vapores. Volví en seguida hacia el cielo mis ojos asombrados y estuve un rato contemplando el espacioso firmamento; hasta que levantándome de pronto, por un movimiento instintivo, salté como esforzándome en llegar a él, y me hallé derecho sobre mis pies que me sostenían. Alrededor vi colinas y valles, umbrosos bosques, llanuras bañadas de sol, líquidos arroyuelos, que murmurando se deslizaban, y por doquiera criaturas que vivían y se movían, que andaban o volaban, y aves que gorjeaban entre el ramaje. Todo se mostraba risueño y mi corazón estaba inundado en fragancia y en alegría.

«Reparé entonces en mí mismo, examiné todos mis miembros, di algunos pasos, y me determiné a correr, valiéndome de mis sueltas articulaciones, e impelido por la vigorosa fuerza que en mí sentía; pero ¿quién era yo, dónde estaba, por qué existía? De nada tenía noticia. Probé a hablar, y hablé sin dificultad prestándose a ello mi lengua, y poniendo nombre a cuanto veía; y exclamé: «¡Oh Sol, claridad hermosa, y tú Tierra, que recibes su luz, y que tan lozana te ostentas y tan risueña; montes y valles, ríos, bosques y llanuras; y vosotros, los que gozáis de vida y movimiento, bellísimas criaturas! Decidme, decidme si lo sabéis, de dónde procedo y cómo me encuentro aquí. No procedo de mí mismo sino seguramente de un gran Hacedor, tan grande por su bondad como por su poder. Decidme cómo he de conocerlo, cómo podré adorarlo, pues por él gozo de movimiento y vida y me siento más feliz de lo que yo mismo puedo comprender.»

«Y mientras hablaba así, me encaminé sin saber adónde, lejos del sitio donde por vez primera respiré el aire y contemplé esa encantadora luz; y como nadie me respondiese, me senté pensativo en un verde y sombrío ribazo, bordado todo de flores. Por primera vez también me asaltó el delicioso sueño, que con dulce opresión y sin alarmarme embargó mis sentidos, bien que temí volver a la insensibilidad de mi primer estado, y disolverme repentinamente. Mas en el mismo punto se apoderó de mi mente un sueño, cuya agradable representación vino a hacerme creer que gozaba aún de mi ser, que vivía aún; y figuróseme que llegaba allí alguien de divino aspecto y que me decía: «Adán tu mansión te llama; levántate, Hombre, destinado a ser el primer padre de innumerables hombres. Vengo, llamado por ti, para conducirte al delicioso jardín donde tienes dispuesta tu morada.» Esto diciendo, me asió de la mano, y deslizando por el aire sin dar paso alguno, me transportó por encima de los campos y de las aguas a una selvosa montaña, cuya cima era una llanura, ancho recinto cercado de hermosísimos árboles, de calles y de bosques; que de cuanto hasta entonces había visto en la tierra, nada apenas me parecía tan agradable. Los frutos, que en extremada abundancia, pendían de cada árbol, incitaban primero a los ojos y encendían después el apetito en deseo de cogerlos y de gustarlos; y en esto desperté, y vi que era realidad lo que con tal viveza el sueño me había pintado. De nuevo hubiera emprendido mi carrera, a no habérseme aparecido entre los árboles la divina presencia del que en aquel lugar me servía de guía; y lleno de júbilo, pero con respetuoso temor, me prosterné ante sus plantas para adorarle.

«Hízome levantar, y con la mayor dulzura me dijo: «Yo soy el mismo que buscas, el autor de cuanto ves encima, debajo y alrededor de ti. Te hago dueño de este Paraíso; tenlo por tuyo para cultivarlo, guardarlo y sustentarte de sus frutos. De todos los árboles que en este jardín crecen come libremente y con corazón alegre; no padezcas necesidad; pero del que lleva en sí el conocimiento del bien y del mal, que he plantado en medio del jardín, junto al árbol de la vida, y para prueba de tu obediencia y fidelidad (no olvides jamás este precepto) guárdate de gustar, y evita sus funestas consecuencias. Sabe que el día que comas de él, y quebrantes el único mandato que te impongo, morirás infaliblemente, serás mortal desde entonces, perderás tu presente fidelidad, y expulsado de aquí irás a un mundo de desdichas y penalidades.»

«El severo tono con que pronunció esta rigurosa prohibición resuena aún con terrible eco en mis oídos, dado que está en mi mano no incurrir en semejante pena; mas en seguida cobró su risueño aspecto y prosiguió hablándome en estos afectuosos términos: «No sólo este encantador recinto, sino la tierra toda, te doy a ti y a tu descendencia. Poseedla como dueños, con todo lo que vive en ella, en el agua y en el aire, animales, peces y aves; en testimonio de lo cual, he ahí a los pájaros y cuadrúpedos, según la especie de cada uno: te los presento para que les impongas sus nombres; y para que con la más sumisa obediencia te rindan homenaje; y lo propio has de entender de los peces, que residen dentro del agua y no comparecen aquí porque no pueden abandonar su elemento, ni respirar este aire, sutil para ellos en demasía.» Y mientras así se expresaba, fueron de dos en dos acercándose a mí las aves y los animales, postrándoseme éstos con mansos halagos, y aquéllas descendiendo sostenidas en sus alas. Ibales dando nombre a medida que pasaban e instruyéndome en su naturaleza, que de tal penetración me había dotado Dios en aquel momento; pero en ninguna de aquellas criaturas hallaba lo que parecía aún faltarme; y así me atreví a preguntar a la celeste visión:

«Y a ti, ¿cómo te llamaré? Porque tú eres superior a todos estos, superior al Hombre, a todo lo que es más que el Hombre, y a cuanto pudiera yo nombrar. ¿Cómo podré adorarte, autor de este Universo y de todo lo que es un bien para el Hombre, cuya felicidad has labrado tan sin medida, disponiéndolo todo para este fin? Pero nadie participa conmigo de tan gran ventura. ¿Qué dicha hay en la soledad? ¿Qué goce es el que se disfruta a solas? Y aun gozando así de todo, ¿cómo puede uno satisfacerse?»

«La presuntuosa resolución con que dije esto sugirió a mi celeste visión una sonrisa que realzó su majestad, y añadió: «¿Qué entiendes por soledad? ¿No están la tierra y el aire poblados de criaturas vivientes, que dóciles a tu voluntad, se muestran contentos con tu presencia? ¿No comprendes su lenguaje y sus instintos? También alcanzan ellos una inteligencia y una razón que no son de despreciar. Recréate con ellos, trátalos como soberano dueño de un vasto imperio.»

«Estas palabras del universal Señor me parecieron un mandato; y en tono suplicante, como quien demanda indulgencia, repuse: «¡Que no te ofendan mis palabras, Señor Omnipotente y Hacedor mío! ¡Préstame benignos oídos! ¿No te has dignado hacerme aquí tu representante, y disponer que sean inferiores a mí todas esas criaturas? Pues, ¿qué sociedad, qué armonía, qué verdadero placer, puede ser común a los que no se consideran entre sí iguales? No hay mutualidad de afecto si no se da y se recibe en la proporción debida, porque en la desigualdad que eleva a unos y rebaja a otros, no puede existir perfecto acuerdo y se establece pronto recíproco desvío. Hablo de la sociedad tal como yo la desearía, en que los placeres razonables han de ser comunes, y no pueden serlo en el consorcio del bruto con el hombre. Cada cual busca solaz en los de su especie, como el león en la compañía de la leona, y por eso tú mismo los has unido en parejas; que no sólo es imposible que se entiendan el pájaro y la fiera, o el pez y el ave, mas ni siquiera el simio con el buey, y menos el hombre con el bruto, por ser esto lo más difícil.»

«A lo cual, sin manifestar desagrado, respondió el Todopoderoso: «Veo, Adán, que quieres procurarte una felicidad perfecta y pura en la elección de tus asociados, y que no hallarás placer con encontrarte rodeado de tantos goces, viéndote solitario. ¿Qué juzgas de mí y de mi actual estado? ¿Crees que yo soy completamente feliz o no? Solo estoy toda una eternidad; no reconozco segundo, ni semejante, y mucho menos igual; ¿con quién pues he de comunicarme, sino con los que son hechura mía; inferiores a mí, e infinitamente inferiores a lo que respecto a ti son las demás criaturas?»

«A esta pregunta respondí humildemente: «Soberano del mundo, para concebir la alteza o profundidad de tus eternos designios, ¡qué limitado es el alcance humano! Tú eres perfecto por ti mismo y en ti no cabe la menor falta. No es así el Hombre, que se perfecciona gradualmente con el deseo de asociarse a sus semejantes, para hacer más llevaderos, o mejorar sus defectos. Ni en ti hay la necesidad de reproducirte siendo infinito como eres, y, aunque uno cabal en número. El número es lo que manifiesta en el Hombre su imperfección individual, y así debe producir el semejante de su semejante, y para multiplicar su imagen, imperfecta en la unidad, necesita de un amor mutuo, de una compañía querida, pero tú, aunque solo en tu recóndito alcázar, no has menester mejor acompañamiento que tú mismo; no buscas otra sociedad; y si tal quisieses, sublimarías a una de tus criaturas hasta unirla o ponerla en comunicación contigo, hasta divinizarla; mientras que yo no puedo levantar al que se arrastra por la tierra para conversar con él, ni hallar en su trato complacencia alguna.»

«Alentado por su bondad, habléle así valiéndome del permiso que me otorgaba; El acogió mi indicación, replicando con su graciosa y divina voz:

«Me he complacido hasta ahora en probarte, Adán; y advierto que no sólo conoces a los animales, pues has dado a cada cual adecuado nombre, sino que te conoces a ti mismo. Bien descubres el libre espíritu que en tu interior he puesto, la imagen mía, que no he concedido a los brutos, por lo cual no puedes igualarte a ellos. Razón tienes en considerar extraña su sociedad, y piensa siempre del mismo modo. Antes de oírte sabía que no era conveniente al hombre la soledad; mas la compañía que entonces viste no es la que te destino; te la mostré únicamente para probar si juzgabas bien de tu conveniencia y de lo que es justo. La que ahora te presentaré ha de agradarte seguramente; será una semejanza tuya, un sostén a propósito para ti, un segundo tú, exactamente igual a lo que anhela tu corazón.»

«Calló al decir esto, o yo no le oí decir más, porque rendida mi naturaleza terrestre a aquella virtud divina, que por tanto tiempo me había tenido remontado a la excelsa altura de su celestial coloquio, como deslumbrado y oprimido por una fuerza que embarga los sentidos, no pudiendo vencer mi languidez, recurrí al alivio del sueño, y éste acudió al instante, traído en mi auxilio por la naturaleza, y cerró mis párpados, pero dejó clara mi vista interior, la luz de mi fantasía; y arrebatado como en un éxtasis, me pareció percibir, aunque dormido, el mismo glorioso ser que había tenido despierto ante mis ojos; y vi que descendía hasta mí, y que me abría el costado izquierdo y sacaba de él una costilla teñida toda en sangre del corazón, principio y savia de la existencia. La herida era profunda, mas de carne nueva y quedó sanada.

«Dispuso la visión creadora y modeló la costilla con sus manos y de ellas salió una criatura semejante al Hombre, diferente sexo, y tan en extremo hermosa que cuanto en el mundo me había parecido bello, dejó de serlo tal desde aquel instante, o más bien lo contemplé cifrado en ella y en el encanto de sus ojos; los cuales llenaron mi corazón de un suave deleite que antes no había sentido, y esparcieron en todo cuanto la rodeaba el espíritu del amor y el más delicioso anhelo. A poco desapareció, privándome de su luz, y desperté y corrí en su busca, resuelto a hallarla o a lamentar su pérdida para siempre y renunciar a toda otra felicidad. Y cuando menor era mi esperanza, hela nuevamente a corto trecho de allí, conforme se me había en el sueño aparecido, revestida de todas las seducciones que tierra y cielo podían juntar para hacer su beldad más interesante. Llegóse a mí llevada por su creador celestial, que aunque invisible, con su voz, la dirigía habiéndola impuesto ya en los deberes de la santidad nupcial y en los ritos del matrimonio. La gracia acompañaba sus pasos, y el cielo reverberaba en sus ojos, y la dignidad y el amor presidían a todos sus movimientos. Enajenado de júbilo no pude menos de exclamar así:

«Esta vez colmas mis deseos. Cumpliste ya tu promesa, bondadoso Señor, dispensador de todos los bienes, y de éste en especial, el mayor don que has podido hacerme. ¿Cómo no me lo envidias? Ya veo el hueso de mis huesos, la carne de mi carne: en ella me veo a mí. Mujer es su nombre; del Hombre ha sido sacada; y por esta causa, el Hombre, dejará a su padre y a su madre para unirse con su mujer; y ambos serán una misma carne, un mismo corazón y una sola alma.»

«Ella me oyó; y aunque impulsada hacia mí por una fuerza divina, la inocencia, el pudor virginal, su virtud, la conciencia de su dignidad, que ha de ser requerida antes de conquistada, que no es fácil ni espontánea, sino retraída y cauta, para que su incentivo sea mayor, en suma, la naturaleza, bien que exenta de todo pensamiento pecaminoso, tan poderosamente obró en ella, que al verme se retiró. Yo la seguí; ella, poseída del sentimiento del honor, con majestuosa condescendencia, aprobó la demostración de mi solicitud; y la conduje al lecho nupcial, arrebolado su rostro con el carmín de la aurora. Los cielos todos, las favorables constelaciones, marcaron aquella hora con su más benigna influencia; congratulóse la tierra; estremeciéronse de gozo sus colinas; las aves gorjearon alborozadas, y el fresco ambiente, y los bullidores céfiros difundieron la nueva entre los bosques, derramando sus alas las rosas y perfumes que habían libado en las aromáticas florestas; hasta que la enamorada avecilla de la noche cantó aquel himeneo, y dio prisa a la estrella de la tarde, para que iluminando la cima de su colina, encendiese la nupcial antorcha.

«Te he dicho, pues, lo que pasó por mí; mi historia te hará ver la felicidad terrestre de que disfruto. Confeso que todo me causa placer aquí, pero un placer que, anhelado o involuntario, ni excita en mí cambio alguno, ni produce mayor deseo, como me sucede con la delicada sensación que comunican a mi paladar, a mi vista, y a mi olfato los frutos, las plantas, y las flores, y lo agradables que me son el paseo y el melodioso cántico de las aves. Enajenado con cuanto veo, enajenado con cuanto toco, nada es sin embargo comparable con la pasión que experimenté por primera vez. ¡Qué conmoción tan extraña! En todos los demás goces me reconozco superior dueño de mí mismo; en éste solamente, en el poder fascinador que sobre mí ejerce el encanto de la belleza, cedo a la debilidad; y bien porque mi naturaleza no sea bastante fuerte para oponer resistencia a su seducción, bien porque en la merma de mi costado haya perdido más de lo necesario, es lo cierto que esa belleza tiene en sí demasiados atractivos, siendo en su exterioridad tan perfecta, aunque interiormente no lo sea tanto. No se me oculta, que atendido el fin primordial de la Naturaleza, la excelencia del espíritu y de las facultades internas es evidente su inferioridad, y que aun considerada en sus formas, se asemeja menos a la imagen del Creador que nos hizo a entrambos, y no corresponde al sello de predominio que llevamos sobre las demás criaturas; pero cuando contemplo de cerca su beldad, me parece tan seductora, tan acabada en sí misma, que su menor deseo, su menor palabra, juzgo que es lo más cuerdo, lo más virtuoso, lo más discreto, y lo mejor que ocurrirse puede. La ciencia más sublime se da ante ella por vencida; el menor razonamiento al lado suyo queda desconcertado y acaba por parecerme un desvarío; síguenla ciegamente la autoridad y la razón, como si hubiera sido ella formada la primera, y no después que yo y accidentalmente: en suma, y para decirlo de una vez, en ella moran y ejercen su supremo imperio la majestad del alma y la nobleza, que la rodean con la aureola del respeto, como custodios angelicales.»

A esto con severo semblante replicó el Ángel: «No acuses a la Naturaleza, que ha hecho cuanto en su mano estaba. Haz tú lo propio, y no desconfíes de la sabiduría que no ha de abandonarte mientras tú no te apartes de ella en el momento de necesitarla más, y mientras no des exagerada importancia a lo que la merece menos, como por ti mismo lo puedes ver porque ¿qué es lo que tanto admiras?; ¿qué es lo que de tal modo te enajena? La belleza es sin duda digna de tu afecto, de tu respeto y de tu amor, mas no de rendimiento tan absoluto. Compárate con ella, y estímate en lo que vales, que a veces nada es tan provechoso como esa estimación de sí mismo bien entendida y puesta en sus justos y razonables límites. Cuanto más procures conocerte a ti, más se persuadirá ella de tu superioridad, y menos se sobrepondrán a la realidad las apariencias. Dios la hizo seductora para que te inspirase mayor agrado, y al propio tiempo majestuosa para que la honrases con tu amor, que si no procede con cordura tardará poco ella en comprenderlo. Pero cuando el deleite de los sentidos, que sirve para la propagación de la especie, absorbe todos los demás placeres, debe reflexionarse que ese mismo deleite se ha concedido a los irracionales, los cuales no participarían de él si fuese digno de avasallar el alma humana y de que preponderase en ella esta pasión. Sigue amando los encantos, la ternura, la discreción que hallas en tu compañera; ámala en este sentido, pero no con pasión, porque no consiste en ella el verdadero amor. El amor purifica el pensamiento y engrandece el corazón; lleva a la razón por guía: précíate de juicioso; sirve de escala para remontarse hasta el amor celeste, y no se mancha con el deleite de la carne; por esto no ha sido sacada tu compañera de entre las bestias irracionales. Al oír esto, repuso Adán medio avergonzado: «No es su extrema belleza, aun siendo tan seductora, ni el deseo de la procreación, común a todos los seres (pues tengo más alta idea del lecho nupcial, que miro con misterioso respeto) lo que me enamora en ella, sino la gracia impresa en todas sus acciones, los mil y mil donaires con que acompaña cuanto dice y cuanto hace, y su amorosa y dulce condescendencia; señales, evidentes todas, de la unión que reina en nuestras almas hasta hacer una sola de ambas, y de la armonía en que vivimos los dos esposos, más agradable que la del más armonioso son a nuestros oídos. No es esto lo que me subyuga (nada te oculto de lo que pasa en mí); no estoy ofuscado, porque mis sentidos perciben los objetos conforme a su variedad y a la influencia que ejerce cada uno; me conservo libre para dar la preferencia a lo mejor y para decidirme por lo que prefiero. Tú no me vedas que ame; al contrario, me dices que el amor nos sublima al cielo, y que es quien allá nos encamina y guía. Pues bien, permíteme que te pregunte ahora: ¿no aman los espíritus celestiales? Y, ¿cómo expresan su amor? ¿Contemplándose únicamente o por medio de una irradiación mutua, o de un contacto, bien sea virtual, bien inmediato?»

A lo que con celestial semblante, que animaba el sonrosado carmín propio del amor, contestó sonriendo el Ángel: «Bástete saber que somos felices, y que sin amor no hay felicidad. Ese puro, aunque corpóreo deleite de que disfrutas, porque tú has sido creado puro, nosotros lo gozamos en sumo grado; no hallamos embarazo alguno en las partes de nuestro cuerpo. Si los espíritus se acercan, se confunden totalmente, más que el aire con el aire, aunándose la pureza de sus esencias, y no viéndose en la precisión de juntar la carne con la carne y el alma con el alma. Y ya no puedo retrasarme más: el sol se aleja, trasponiendo el Cabo Verde de la tierra y las islas Hespérides, que es la señal de mi partida. Persevera en el bien, sé feliz y ama; ama sobre todo a Aquel que cifra el amor en la obediencia, y no olvides su mandamiento. Cuida que la pasión no extravíe tu juicio, ni te induzca a hacer nada de lo que repugna a una voluntad libre. En tu mano tienes tu felicidad o desgracia y la de tus hijos; y así procede con gran cautela. En tu perseverancia nos complaceremos no sólo yo sino todos los bienaventurados. Mantente firme; que de conservarte en tu actual estado o para siempre perderlo, tú eres exclusivamente árbitro y responsable; y pues Dios te ha hecho perfecto cuanto es menester para que no necesites de ayuda extraña, rechaza toda tentación que te aleje de tu obediencia.»

Levantóse el Angel al decir esto, y Adán lo despidió mostrándole su gratitud en estos términos: «Pues ya es forzosa tu ausencia, ve en paz, huésped celestial, divino nuncio de Aquel cuya soberana bondad adoro. ¡Cuán complaciente, cuán amoroso has estado para conmigo! El honor que me has dispensado te agradecerá siempre mi memoria. Sigue siendo el protector y amigo del género humano y visítame con frecuencia.»

Y de esta suerte se separaron en la umbría floresta el Angel volviendo al cielo, y Adán entrándose en su morada.

NOVENA PARTE

Después de explorar Satán la tierra con la más maligna intención, vuelve de noche al Paraíso introduciéndose en forma de vapor acuoso en el cuerpo de la Serpiente que yacía dormida. Salen Adán y Eva al amanecer para continuar su trabajo, el cual propone Eva que se divida dirigiéndose cada cual a distinto punto; mas Adán no lo aprueba, alegando el peligro que podían correr, y temeroso de que el enemigo contra quien ya estaban prevenidos, no sedujese a Eva al hallarla sola. Picada ella de que no la creyese bastante cuerda o bastante fuerte, insiste en que se separen, deseando además dar pruebas de su firmeza. Cede por fin Adán; la Serpiente halla sola a su Esposa; acércase cautamente; empieza por contemplarla; le dirige la palabra, y con lisonjeros encarecimientos la declara muy superior a todas las demás criaturas. Admirada Eva de oír hablar a la Serpiente le pregunta cómo ha adquirido aquella facultad humana, y la inteligencia de que carecía antes; la Serpiente responde que habiendo probado el fruto de cierto árbol que allí existía, ha adquirido a un mismo tiempo la palabra y la razón, de que hasta entonces no había gozado. Ruégale Eva que la conduzca adonde está el árbol, y al verlo reconoce que es el de la ciencia prohibida; pero más alentada ya la Serpiente, la induce con mil instancias y artificios a que pruebe el fruto, y hallándolo de un sabor delicioso, reflexiona un momento si debe o no participárselo a Adán; pero al cabo va a presentárselo y le refiere lo que la ha decidido a comer de él. Queda al pronto consternado Adán; pero considerando que su esposa está perdida, resuelve, llevado de su vehemente amor, perecer con ella, y atenuando su falta, come también del mismo fruto. Efectos que ambos experimentan. Procuran encubrir su desnudez, y acaban por reconvenirse y acusarse mutuamente.

Cesen ya las pláticas que Dios o un ángel, huésped del Hombre, sostenían familiarmente con él, como con un amigo, dignándose de sentarse a su lado, de compartir con él su campestre mesa, y de permitirle discurrir sencillamente sin mostrarse con él severo. Una trágica catástrofe sucederá a esta escena: insensata desconfianza, monstruosa infidelidad, desobediencia y rebelión por parte del Hombre; por parte de Dios, de tal manera olvidado, desvío y profundo disgusto, indignación, justísimo rigor y terrible sentencia, que trajo sobre el mundo un cúmulo de males, el pecado y la muerte que le acompaña, y la miseria precursora de la muerte; enojoso empeño, pero asunto no menos sublime y más heroico que la cólera del inexorable Aquiles persiguiendo a su enemigo tres veces fugitivo alrededor de las murallas de Troya, y que el furor de Turno al verse privado de Lavinia, su prometida esposa, y la ira de Neptuno y de Juno, tan pertinaz contra los griegos y contra el hijo de Citerea. Y no me será difícil remontar mi canto a tal altura, si logro el auxilio de mi celeste protectora, que sin ser llamada acude a mí todas las noches, y me dicta entre sueños, o me inspira fáciles rimas en que yo no había pensado.

Largo tiempo ha que por vez primera elegí este asunto para un canto heroico, pero comencé ya tarde. La naturaleza no me ha dado facilidad para pintar guerras que hasta aquí se han contemplado como el único argumento para la poesía heroica: ¡sublime aspiración realzar a fuerza de largos y repugnantes desastres, hazañas de fabulosos caballeros en batallas también supuestas, y no consagrar un solo canto a la verdadera fortaleza, a la paciencia y heroicidad de los mártires; describir evoluciones y juegos, vistosas empalizadas, escudos relumbrantes de empresas, y blasones bridones encubertados, arneses bordados de oro, y arrogantes jinetes entrando en las justas y en los torneos; y luego la suntuosidad de los banquetes servidos en magníficos salones por numerosos pajes y escuderos; primores artificiosos y rutinarios, que no pueden dar justo y heroico renombre ni al autor ni a su poema! Pero a mí, que no he puesto mi arte en el estudio, en estas cosas se me ofrece argumento más sublime, bastante por sí solo a granjearme alta reputación, a no ser que la tardanza del tiempo, el hielo del clima o el de mis años entorpezca mis ya rendidas alas; y no podría menos de suceder así, si esta obra fuese exclusivamente mía y del nocturno numen, que sugiere sus cantos a mis oídos.

Hundíase el Sol en el Océano, y con él desaparecía la estrella de Héspero, cuyo oficio es llevar el crepúsculo a la tierra, sirviendo de medianera entre el día y la noche. Del uno al otro extremo del hemisferio extendía ésta su velo en torno del horizonte, a tiempo que Satán, a quién Gabriel había intimidado con sus amenazas y expulsado del Edén, más diestro ahora en su falacia y malignidad, y más ansioso de la perdición del Hombre, a pesar de que él también a mayor castigo, sin temor se exponía alguno, resolvió penetrar de nuevo en aquellas regiones. Era de noche cuando emprendió el vuelo; a la mitad de ella había acabado de dar la vuelta a la tierra, porque evitaba el día desde que Uriel, que regulaba el movimiento del Sol, lo descubrió al entrar en el Edén, y previno contra sus intentos a los querubines que lo aguardaban. Así expulsado y poseído de mortal angustia, siete noches consecutivas anduvo rodando entre las tinieblas: tres veces recorrió la línea equinoccial, y cuatro, atravesando los coluros, cruzó por el carro de la noche de polo a polo. A la octava noche volvió al Paraíso, y en la parte opuesta a la que guardaban los querubines, descubrió una entrada furtiva, que ellos no conocían, Había allí un lugar (ya no existe, y de esta novedad no fue causa el tiempo, sino el pecado), donde el Tigris se precipita en una profunda sima al pie del Paraíso, refluyendo parte de sus aguas hasta formar una fuente junto al árbol de la vida. En aquel precipicio se arrojó Satán, arrastrado por el río, y entre el salto que sus aguas daban subió al jardín, envuelto en su densa niebla Allí buscó un sitio donde ocultarse. Había recorrido mares y tierras del Edén al Ponto Euxino y la laguna Meótides, y más allá de las riberas del Obi, y descendió al polo Antártico, cruzando al Occidente, desde el Orontes al Océano que se ve atajado por el istmo de Darién, y luego a las regiones bañadas por el Ganges y por el Indo. Al escudriñar así toda la tierra con minucioso examen y contemplar con profunda atención todas las criaturas, para elegir la que mejor se prestase a sus intentos, halló que la más astuta era la serpiente, y después de prolijas dudas y reflexiones, se convenció de que en ninguna como en ella podría injertar su insidioso espíritu, y en ninguna encubrir mejor sus siniestros odios a la más penetrante vista; porque en la falsedad de la serpiente no había ardid que pareciese impropio, ni cabía sospechar de su natural sutileza y malignidad, al paso que en los demás animales cualquier acto superior a su rudo instinto hubiera podido parecer influencia y sugestión diabólica. Esta fue al cabo su resolución; pero tales y tan desesperados combates traía en su interior que prorrumpió en doloridos ayes, discurriendo así: «¡Oh Tierra! ¡Cuán semejante eres al Cielo, por no decir superior y morada más digna de los dioses, dado que has sido producto de una segunda creación, con la cual se perfeccionó la antigua! Porque ¿hubiera Dios después de hacer una obra perfecta, creado otra peor? ¡Oh terrestre cielo alrededor del cual giran otros que brillan únicamente para comunicarte sus resplandores! Sólo para ti existen al parecer, uno y otro astro, y en ti concentran los preciosos detalles de su sagrada influencia. Así como en el cielo Dios es el centro que se difunde por dondequiera así lo eres tú también con respecto a los demás orbes, que tienes por tributarios. En ti que no en ellos aparecen todas las virtudes conocidas, que producen las yerbas y las plantas, y la estirpe más noble de los seres animados de vida gradual se crecen, sienten y raciocinan, dones todos cifrados en el Hombre. ¡Con qué placer, si de algún placer fuese yo capaz, recorrería tus campos contemplando esa deliciosa alternativa de colinas y valles, ríos, bosques y llanuras; tan pronto tierras, tan pronto mares; aquí una ribera al pie de una selva, allá enormes rocas y grutas y cavernas! Pero ninguno de esos lugares me ofrece mansión ni asilo, y cuanto mayores son los encantos que me rodean, más grande es el tormento que llevo dentro de mí, como si fuese yo el odioso objeto de sentimientos tan encontrados. Toda dulzura se convierte para mí en veneno, y hasta en el cielo mi suerte sería tristísima. Y no es que yo quiera vivir aquí, ni aun en el cielo, de no imperar en él como soberano; porque no es la esperanza de llegar a condición menos miserable la que me anima ahora, sino el deseo de hacer a otros tan desdichados como lo soy yo, aunque redunde en mayor desventura mía; que lo que únicamente halaga mi desasosegado anhelar es la destrucción. Si en efecto, logro destruir, o que él propio labre su total perdición, al hombre para quien todo se ha creado, todo ello lo acompañará en su ruina, como identificado que está en su prosperidad o su infortunio. ¡Sea con su infortunio! ¡Perezca cuanto aquí existe! De todas las potestades infernales, yo seré el único a quien quepa la gloria de haber aniquilado en un día lo que El, el que se llama Omnipotente, ha empleado en crear seis días y seis noches sin interrupción; y ¿quién sabe cuánto tiempo empleara antes en concebirlo? Quizá no tuvo tal pensamiento hasta que yo, en una sola noche, libré de oprobiosa servidumbre casi a la mitad de los que llevan el nombre de ángeles, reduciendo en proporción la multitud de sus adoradores. En venganza de esto, sin duda, y para reponer sus legiones así mermadas, fuese por haber desmerecido de aquella antigua virtud que poseyó al crear los ángeles si fueron creación suya, fuese para humillarnos más, determinó suplir nuestra falta con un ser formado de tierra, elevándole desde tan vil extracción hasta el punto de concederle nuestra dignidad celeste. Como lo resolvió, lo llevó a cabo; y formó al Hombre, y para él labró todo este magnífico mundo, y le dio por mansión la tierra, proclamándolo rey de ella; y ¡oh indignidad! puso a su servicio las alas de los serafines, y por custodios suyos espíritus de fuego, obligados a desempeñar este terrestre ministerio.

«Temeroso de su vigilancia, y con el fin de eludirla, me he envuelto en los nebulosos vapores de la noche, y deslizándome cautelosamente entre estos matorrales, buscando una serpiente adormecida para introducirme entre sus escamas, y ocultarme, y ocultar mis tenebrosos planes. ¡Oh indigna degradación! ¡Yo, que he lidiado contra los dioses, queriendo sublimarme sobre todos ellos, verme obligado ahora a transformarme en un reptil, a identificarme con su asqueroso cieno, y embrutecer así la pura esencia que aspiraba al más excelso grado de la divinidad! Pero ¿a qué extremo no son capaces de descender la ambición y la venganza? El ambicioso, para lograr su fin, debe rebajarse tanto como ha pretendido elevar sus miras, y por encumbrado que esté, humillarse hasta los mas viles empleos. La venganza tan dulce a primera vista, ¡qué amarga es al fin, pues que recae en el vengativo! Pero no importa: recaiga en mí, con tal que descargue el golpe donde lo asesto; y ya que no puede alcanzar al que está más alto, hiera al menos al que provoca más inmediatamente mi envidia, a ese nuevo favorito del cielo, al Hombre formado de barro, hijo del despecho, a quien, para mayor afrenta nuestra, sacó su Hacedor del lodo. No haya más: a ese ensañamiento se responde con la misma saña.»

Esto dijo; y rastreando por entre la maleza ya húmeda, ya árida, en forma de negro vapor, prosiguió su nocturna excursión por los sitios donde más fácilmente diera con la serpiente, hasta que la descubrió adormecida, enroscada en la multitud de sus complicados pliegues, y en medio su cabeza llena de astutas maquinaciones. No estaba oculta en la siniestra sombra de horrible caverna, sino durmiendo tranquila, ni temerosa, ni terrible, sobre la espesa hierba. Introdújose el demonio por su boca, y apoderándose de su brutal instinto, de su corazón, de su cabeza, impregnó en todo su ser su activa inteligencia, mas sin turbar su sueño, y esperando la llegada de la mañana.

Cuando la sagrada luz comenzó a alborear en el Edén, sobre las húmedas flores, y a exhalar éstas su matinal incienso, cuando todos los seres que respiran elevan al Criador su silencioso homenaje, desde el grande altar de la tierra, con el aroma que le es tan grato, salieron de su mansión nuestros primeros padres y unieron la plegaria de sus labios al coro de las criaturas que carecían de voz; y terminada su oración, recreándose unos instantes con la dulzura del ambiente que el aire les enviaba, acordaron el medio de adelantar en sus incesantes trabajos, los cuales requerían mucho más de lo que ellos dos podían hacer en tan vasto terreno; y así ocurriósele a Eva decir a su esposo:

«Adán, no debemos aflojar en el cultivo de este jardín, sino cuidar de sus plantas, yerbas y flores, que es la agradable tarea que se nos ha impuesto; pero hasta que vengan más brazos en nuestra ayuda, la obra será menor que el trabajo, y cada vez más desproporcionada a la exuberancia con que crece todo. Las ramas que podamos por superfluas, que enderezamos o sujetamos durante el día, en una o dos noches brotan de nuevo y frustran todos nuestros afanes. Quisiera, pues, que para remediarlo, me dieses algún consejo, u oye el que de pronto se ocurre a mi imaginación. Dividamos nuestro trabajo; elige tú el sitio que mejor te parezca, o dedícate a lo que más urgente contemples, ya cubriendo de madreselva esta enramada, ya dirigiendo la yedra a las plantas con que deba unirse, mientras yo, alejándome por aquel lado, iré enderezando los tallos de las rosas mezcladas con los mirtos, en lo cual me ocuparé hasta el mediodía. Porque si seguimos corno hasta aquí, trabajando siempre uno al lado del otro, ¿cómo hemos de evitar, viéndonos juntos, que la distracción de una mirada, de una sonrisa, de la conversación a que da lugar un objeto nuevo, interrumpa nuestra ocupación a cada paso y la haga cundir tan poco, que aunque comenzada muy de mañana, esté sin terminar a la hora de la comida?»

A lo que con cariñosas palabras replicó Adán: «¡Eva mía, mi única compañera de todas las criaturas vivientes, la que más amo, sin comparación alguna! Bueno es tu intento; acertadamente discurres sobre lo que debemos hacer para el mejor desempeño de la tarea que nos ha impuesto el Señor aquí; y no puedo menos de alabar tu celo, porque nada más recomendable en la mujer que el estudio que pone en sus quehaceres y en procurar que su esposo trabaje también con fruto. Pero el mandato de Dios no es tan riguroso que nos vede el descanso indispensable, ora se invierta en alimentar el cuerpo o en pláticas sabrosas, que son el alimento del espíritu, o en la dulce distracción de una mirada, de una sonrisa, placeres concedidos a nuestra razón y negados a los brutos, porque son la expresión de nuestro amor, que no debe considerarse como el fin menos noble de nuestra vida; así que, no nos ha destinado Dios a un trabajo penoso, sino al que puede proporcionarnos aquel gusto que es inseparable de la razón. Unidas nuestras manos, no dudes que dejarán fácilmente expeditas las enramadas y veredas que frecuentamos en nuestros paseos, hasta que dentro de poco tengamos otros brazos más jóvenes que nos ayuden. Si, después de todo, te molesta el conversar tanto conmigo, consentiré en ausentarme por breve tiempo, que la soledad es a veces, la compañía más agradable y una separación, aunque corta, hace más dulce el placer de volver a verse. Un recelo, sin embargo, me trae inquieto, el riesgo que puedes correr lejos de mí: porque ya sabes lo que se nos ha advertido: sabes que envidioso de nuestra felicidad y desesperando de la suya, un enemigo perverso está acechándonos para consumar nuestra perdición y mengua, y que vigila no lejos de aquí, tal vez ansioso de realizar su anhelo y aprovechar la ventaja de tenernos separados. Mientras estemos juntos no se atreverá a acercarse, dado que en caso necesario, fácilmente nos podremos prestar auxilio bien intente apartarnos de nuestra obediencia a Dios, bien perturbar nuestro conyugal amor, que de todas nuestras venturas es quizá la que más envidia. Sea pues éste su intento, sea que abrigue otro mas funesto, no te alejes de quien te ha dado la vida, de quien te ampara y protege aún. La mujer que se ve amenazada de algún peligro o de algún menoscabo en su honra, halla su segura confianza en el esposo, que la defiende y se hace participante de todas sus desgracias y sinsabores.»

Eva con inocente dignidad, mas con severa dulzura, propia de quien ama y se siente contrariado, prosiguió así: «¡Hijo del cielo y de la tierra, señor de la tierra toda! Bien sé que tenemos un enemigo que solicita nuestra ruina. Ya me has informado de esto, y lo he oído además de boca del Angel al despedirse, desde la sombría estancia en que me oculté, regresando precisamente a la caída de la tarde, cuando se cierran los cálices de las flores. Pero ¡sospechar de mi fidelidad para con Dios y para contigo, sólo porque un enemigo intenta ponerla a prueba! Nunca supuse en ti semejante duda. ¿Por qué temer tanto su violencia, si inaccesibles a la muerte y a las penalidades, hemos al cabo de preservarnos de ellas, y aun rechazarlas cuando necesario fuere? Y si lo que verdaderamente temes es su astucia, ¿qué recelo tienes de que venza ni seduzca mi inquebrantable fidelidad ni mi amor sincero? ¿Cómo han podido albergarse en tu corazón tales sentimientos? ¿Cómo pensar tan desfavorablemente de la que tanto amas?»

A lo cual, tratando de persuadirla, contestó así:

«Hija de Dios y el Hombre, inmortal Eva, porque tal eres, pura de todo pecado y mancha: si pretendo persuadirte a que no te alejes de mi vista, no es por desconfianza que de ti tenga, sino para evitar las asechanzas con que nos persigue nuestro enemigo, porque el seductor, aunque trabaje en vano, siempre deja alguna mancha en aquel a quien solicita, dando a entender que su entereza no es tal que pueda resistir a la tentación. Tú misma te enojarías y mostrarías tu indignación contra semejante ultraje, aunque resultase sin efecto; y así no interpretes mal el deseo que tengo de preservarte a ti sola de esta ofensa, pues contra los dos a la vez, bien que su audacia sea grande, no la dirigiría; y si a tanto se atreviese, a mí me acometería primero. Ni son para menospreciadas su astucia y perversidad, que poderosas deben ser cuando logró seducir a los ángeles. No juzgues pues inútil mi auxilio. Al influjo de tus miradas, crecerán en mí todas las virtudes; tu presencia me inspirará más cordura, más previsión, más fuerza, si fuese preciso recurrir a ésta, porque la humillación de verme ante ti vencido redoblaría mi vigor al más indecible extremo. ¿Por qué mi presencia no ha de producir en ti un sentimiento igual, ni qué testigo mejor de esta prueba de entereza a que estás resuelta y del triunfo de tu virtud?»

Celoso de lo que tanto le interesaba, expresaba así Adán su conyugal amor; pero atribuyéndolo Eva a desconfianza de su firmeza, le replicó de nuevo, dulcificando su voz: «Si nuestro estado es tal, que hemos de vivir incesantemente estrechados por un enemigo violento o pérfido, y si estando separados no hemos de ser cada cual bastante a defendemos, ¿qué tranquilidad nos espera en medio de tan continuo sobresalto? El castigo no puede preceder al pecado: al tentarnos ese enemigo, nos ultraja ciertamente poniendo en duda nuestra integridad, pero de la duda no resulta infamia para nosotros, sino descrédito para él. ¿Por qué pues temerle y huirle tanto? Doble honor será, por el contrario, para nosotros desbaratar sus maquinaciones, y granjearnos así nuestra paz interior, y juntamente el favor del cielo, testigo de nuestra resistencia. ¿Será bien culpar a nuestro sabio Creador de habernos hecho felices tan a medias, que ni juntos ni separados contemos con seguridad alguna? Poco apetecible sería ventura semejante; y, de estar expuestos a un peligro como éste, no merece nuestro Edén tal nombre.»

A lo que con mayor vehemencia contradijo Adán en estos términos: «Mujer, Dios lo hizo todo perfecto, que así lo dispuso su voluntad. Nada salió imperfecto ni defectuoso de sus manos creadoras, y mucho menos el hombre y cuanto puede asegurar su felicidad, preservándolo de toda fuerza exterior, pues aunque lleva consigo el peligro, lleva también los medios de evitarlo. Contra su voluntad ningún mal puede inferírsele, y esta voluntad es libre, como lo es cuanto obedece a la razón. Esta razón, por otra parte obra con rectitud, pero Dios la manda que esté siempre vigilante y sobre sí, para que no dejándose deslumbrar por una engañosa apariencia de bien se incline al error, y extravíe a la voluntad de manera que ésta incurra en lo que Dios expresamente tiene prohibido. No es, pues, la desconfianza sino es ternura del amor la que nos prescribe a mí que vele por ti, y a ti que veles por mí igualmente. A vueltas de toda muestra firmeza posible es que nos perdamos, porque no es imposible que cegándonos nuestro enemigo con engaños artificiosos, se olvide la razón de la vigilancia a que está obligada y nos induzca en inadvertido yerro. No te expongas a la tentación; vale más evitaría, lo cual más fácilmente conseguirás si no te apartas de mí; pero el peligro vierte sin ser buscado. Pretendes dar pruebas de tu constancia: dalas antes de tu obediencia. ¿Quién testificará de tu triunfo si no ha presenciado nadie tu combate? Pero si presumes que en el imprevisto trance saldremos más airosos de lo que parece estando unidos, ya vas advertida; aléjate, porque permanecer aquí a la fuerza sería tanto como estar ausente. Aléjate con tu nativa inocencia y cobra fuerzas de tu virtud; empléala toda; y pues Dios ha hecho con respecto a ti lo que debía, haz tú también lo que debes.

A estas razones del patriarca del género humano, insistió Eva en replicar; y aunque sumisa, dijo por fin: «Iré, pues, con tu permiso, y sobre todo alentada por la razón que has indicado últimamente; que en un trance imprevisto, quizá nos hallaríamos menos preparados estando juntos. Iré ya más animosa, y sin el recelo de que tan fiero enemigo comience desde su agresión por la parte más débil; y si tal intentase, sería doblemente vergonzoso su vencimiento.»

Y diciendo esto, retiró suavemente su mano de entre las de su esposo, y como una ninfa de las selvas o dríada, o del séquito de Diana, se encaminó con ligera planta hacia el bosque, sobrepujando en gentileza y gracia a la misma diosa de Delos, bien que no fuese como ella armada de arcos ni flechas, sino de instrumentos apropiados al cultivo de los jardines no pulidos aún por el arte ni por la acción del fuego, y tales como los ángeles se los habían suministrado. Asemejábase en su atavío a Pales o Pomona, a Pomona huyendo de Vertumno y a Ceres, virgen aún antes de tener fruto de Júpiter en Proserpina. Veíala Adán alejarse contemplándola encantado, y fija su ardiente mirada en ella; hubiera sin embargo preferido tenerla a su lado. Una y otra vez la advirtió que regresase en breve, y otras tantas prometió ella volver a su morada al acercarse el mediodía, para disponer lo conveniente a la comida de aquella hora y entregarse luego al reposo.

¡Oh desdichada Eva! ¡Qué amargo desengaño, qué humillación te espera antes de tu imaginado regreso! ¡Oh infame crimen! Desde este momento no hallarás ya en el paraíso ni dulces manjares ni grata tranquilidad. Un lazo te está aguardando oculto entre esas risueñas flores y entre esas sombras, donde el odio infernal se prepara a interceptarte el camino y arrebatarte tu inocencia, tu ventura y tu fidelidad.

Y era así, que desde los primeros albores de la mañana había salido el Enemigo de su escondrijo, disfrazado bajo la apariencia de una serpiente, y con la esperanza más que probable de hallar a los dos únicos representantes del género humano, que en realidad equivalían a todo éste; y eran el anhelado objeto de su venganza. Recorre florestas y descampados, todos los lugares en que el ramaje forma alguna espesura y ofrece sitios más deliciosos y retirados; los busca en las márgenes de las fuentes y en la frescura de los arroyos y las umbrías, pero desea sobre todo hallar a Eva separada de su esposo, aunque no abrigaba la menor esperanza de conseguir tanta ventura; cuando de pronto, realizándose una y otra, la descubre completamente sola, velada por una fragante nube. Divisábasela a medias entre el espeso valladar de encendidas rosas, que en torno la rodeaban, ocupándose en enderezar los delgados tallos de las flores, que aunque ostentaban en toda su viveza brillantes colores de púrpura y azul matizados de oro, se inclinaban lánguidas bajo su peso; y ella las sostenía graciosamente enlazándolas con mirto, descuidada a la sazón de sí misma, flor más delicada y bella que todas las otras, necesitada también de su natural apoyo, del cual estaba tan lejos, cuando cercana la tempestad que la amenazaba. Allí, a poca distancia, por entre las sombrías calles que formaban los más empinados árboles, los cedros, los pinos y las palmeras, la acechabil la Serpiente ya acercándose resueltamente a ella, ya ocultándose y volviendo a aparecer, resguardada por la frondosidad del ramaje y las flores que había Eva plantado por su propia mano: pensil más encantador que los fabulosos jardines del resucitado Adonis, o los del famoso Alción, huésped del hijo del viejo Laertes, y más delicioso que los no fingidos, sino verdaderos, donde el rey, sabio por excelencia, se solazaba con la bella esposa que debía al Egipto.

Admirado contemplaba Satán aquel lugar, y mucho más la persona de Eva. Hallábase como el que encerrado largo tiempo en una ciudad populosa, cuyas apiñadas chimeneas y fétidos vapores vician el aire, sale una mañana de estío a respirar ambiente más puro en una granja campestre, halagado por el olor de las mieses, de las eras y de los establos, y por el aspecto y bullicio de los campos; y si por dicha acierta a pasar una beldad virginal, graciosa como una ninfa, todo lo que le rodea adquiera por ella mayor encanto, como si en sus ojos se cifrase todo aquello que lo enajena. Este mismo placer experimentó la Serpiente al contemplar aquel florido vergel, dulce retiro de Eva en medio de la soledad de la mañana. Su celestial belleza es la de un ángel aunque, más delicada como de mujer al fin; su graciosa inocencia, cada ademán y hasta el menor de sus movimientos desconciertan la infernal malicia, y como que la arrebatan algo de la feroz intención que antes la animaba. Así permaneció el malvado unos momentos enajenado del mal que era su esencia y estúpidamente entregado al bien que por entonces le libraba de su enemistad y perfidia, de su odio, de su envidia y de su venganza; mas el fuego del infierno, que interiormente le abrasaba como le hubiera abrasado aun en el cielo, le sacó en breve de su delicioso éxtasis, atormentándole tanto más, cuanto mayor era la felicidad que allí se respiraba, y de que él estaba privado para siempre; lo que renovándose su furioso encono, y entregándose de nuevo a su perversa intención, se complacía en discurrir así:

«¿Adónde me llevas pensamiento? ¿Qué dulce impulso es éste con que me enajenas, hasta el punto de hacerme olvidar el fin con que aquí he venido? No ha sido el amor, sino el odio; no la esperanza de trocar el Infierno en Paraíso, ni la de gozar de ningún placer, sino la de destruir todo goce, excepto el que consiste en la destrucción, pues los demás son para mí extraños. No he de malograr pues la ocasión que ahora me sonríe. Encuentro sola a la mujer, que será dócil a mis sugestiones; mis ojos, de tanta penetración dotados, no alcanzan a ver a su esposo, de cuya superior inteligencia es bien que me recate, porque su fuerza, su altivo denuedo y sus heroicos miembros, aunque formados de deleznable tierra, le hacen un competidor temible. El además es invulnerable, y yo no; que a tal bajeza me ha traído el infierno, y tanto me han hecho mis dolores desmerecer de lo que era en el cielo. Y ¡qué hermosa, qué divina creación es la mujer! ¡Cuán digna es del amor de los dioses, y cuán poco terrible; por más que sean terribles el amor y la hermosura cuando no son objeto de un odio más poderoso aún, doblemente poderoso si sabe encubrirse con la máscara del amor! Esto, que ha de perderla, voy a intentar ahora.»

Y con esta resolución, el enemigo del género humano introducido en el cuerpo de la serpiente (¡fatal consorcio!), se dirigió hacia Eva, no arrastrándose por tierra y enroscándose en sí misma, como después lo hizo, sino enhiesta sobre su cola, base circular de múltiples anillos que se elevaban unos sobre otros, y que creciendo cada vez más, formaban con sus escamosos pliegues un confuso laberinto. Erguía su cabeza coronada por una cresta; brillaban sus ojos como dos carbunclos; y alzando entre espirales círculos su cuello con mil vistosos cambiantes de verde y oro, mecíase el resto de su cuerpo sobre la hierba. Nada más bella y graciosa que su figura. Jamás se conocieron serpientes tan seductoras, ni las que en lliria transformaron a Hermione y Cadmo, ni aquella en que se convirtió el dios adorado de Epidauro, ni las que dieron su forma a Júpiter, Ammón o a Júpiter Capitolino, unida la una a Olimpia, la otra a la que fue madre de Escipión, gloria de Roma.

Movióse primero torcidamente, como el que acercándose a otro por temor de importunarle, se vale de rodeos; como el diestro piloto que al llegar con su nave a la corriente de un promontorio, inclina a un lado y otro el timón, y cambia las velas según el viento. Así variaba la Serpiente de dirección, y con sus tortuosas posturas y estudiados ademanes procuraba atraerse las miradas de Eva. pero distraída ésta en su quehacer, aunque oía el movimiento de las hojas, no prestaba atención al ruido, acostumbrada como estaba al jugueteo que por el campo traían en su presencia todos los animales más dóciles a su mandato que a la voz de Circe su rebaño transfigurado.

Más confiada ya la Serpiente, púsose delante de ella, sin esperar a que la llamase, y quedó inmóvil de admiración; inclinó repetidas veces su prominente cresta y su esmaltado y brillante cuello con sumisión cariñosa, lamiendo la tierra en que había fijado Eva su planta, hasta que tantas mudas demostraciones consiguieron por fin su efecto; y satisfecho Satán de haber llamado su atención, valiéndose de la lengua de la serpiente, o por un mero impulso del aire en que iba envuelta su voz, comenzó con insinuante astucia a tentarla así:

«No te maravilles de mí, reina del universo, cuando tú eres aquí la única maravilla. No me rechacen con desdén esos ojos, que son todo un cielo de dulzura, ni te ofendas de que yo me acerque a ti y no me sacie de contemplarte, que yo solo soy, yo solo, el que no se ha dejado intimidar por tu majestuoso aspecto, más majestuoso ahora en la soledad. ¡Oh imagen, la más perfecta de tu perfecto Hacedor! Todos los seres vivientes se recrean en ti, gloríanse de ser tuyos, y adoran enajenados tu celestial hermosura, cuyo poder es mayor a medida que es objeto de admiración más universal. Y, ¡estar encerrada aquí en este recinto agreste, en medio de salvajes brutos incapaces de contemplarte, incapaces de apreciar todo lo bella que eres, a excepción de un hombre que te acompaña! Y, ¿por qué ha de ser uno solo, cuando merecerías ser tenida por diosa entre los dioses y adorada y servida por multitud de ángeles que a todas horas te rodeasen?»

Con tan lisonjeras palabras dio principio a su discurso el Tentador, y halló desde luego cabida en Eva; que aunque en extremo admirada de oír su voz, manifestó su asombro diciendo así:

«¿Qué es esto? ¡El lenguaje del hombre y el pensamiento humano expresados por la lengua de un bruto! Creía yo que a lo menos del primero estaban privados los irracionales, habiéndolos Dios creado mudos e incapaces de articular todo sonido; en cuanto al segundo, ya abrigaba yo dudas al notar que hay mucho de discernimiento en sus miradas y en sus acciones. No ignoraba que tú, Serpiente, eres el más sagaz de todos los animales campestres, más no sabía que estuvieses dotada del habla humana. Repite, pues este milagro, y dime cómo siendo muda has podido adquirir la palabra, y cómo de todas las criaturas que diariamente se ofrecen a mi vista, eres la que conmigo te muestras más afectuosa. Esto deseo saber, que bien lo merece semejante maravilla.»

«¡Reina de este hermoso mundo contestó el pérfido seductor, encantadora Eva! Fácil me es hacer lo que ordenas, y justo que en todo seas obedecida. Era yo al principio como los demás animales que pacen la hierba que van pisando; eran mis instintos tan viles y terrestres como mi alimento, y fuera de éste o de la diferencia de sexo, nada sabía discernir, ninguna cosa más alta se me alcanzaba. Pero vagando acaso un día por el campo, acerté a descubrir a lo lejos un hermosísimo árbol cargado de frutos, que resaltaban extraordinariamente por sus colores de carmín y oro. Acerquéme para mejor contemplarlo, y sentí que de sus ramas salía un delicioso perfume que excitaba el apetito, mas sabroso al olfato que el olor del más dulce hinojo, o el de las ubres de la oveja y la cabra, llenas a la caída de la tarde, de leche que no han mamado aún el cordero ni el cabritillo, distraídos en su retozo. Con la impaciencia de satisfacer el ansia que en mí se despertó, resolví gustar aquel bello fruto; estimulábanme el hambre y la sed, poderosos incentivos, a comer una de aquellas manzanas, cuyo aroma me incitaba tanto. Enrosqué mi cuerpo alrededor del musgoso tronco, pues para alcanzar a sus ramas desde la tierra, es menester tu elevada estatura, o la de Adán. Viéronme con envidia, poseídos de igual deseo, los animales que me rodeaban, imposibilitados de hacer lo mismo; y llegado que hube a la mitad del árbol, del que tan cercana pendía la seductora abundancia de aquella fruta, arranqué, comí hasta la saciedad, y experimenté un placer que jamás había hallado ni en las más gustosas plantas ni en las más cristalinas fuentes. Satisfecho por fin, experimenté en mí un extraño cambio; iluminó la razón mis facultades interiores; tardé poco en adquirir el habla, aunque conservando esta misma forma; y desde entonces se elevó mi pensamiento a profundas y sublimes meditaciones, y mi espíritu fue capaz de considerar todo lo que hay visible en el cielo, en la tierra y en el aire, todo lo bello y bueno que en el mundo existe. Pero todo lo bueno y lo bello está cifrado en tu divina imagen, junto todo en el celestial destello de tu hermosura, a la cual nada hay que pueda igualarse ni compararse. Ella es la que, aun a riesgo de serte importuno, me ha obligado a venir aquí para contemplar y adorar a la que con tan justo derecho está proclamada como soberana de las criaturas y señora del universo.»

Así habló la Serpiente poseída del maligno espíritu; y doblemente admirada y sin cautela alguna, Eva le replicó así: «Serpiente, tus excesivas alabanzas me hacen dudar de la virtud de ese fruto que has sido la primera en probar, mas dime: ¿dónde crece ese árbol? ¿Está muy lejos de aquí? ¡Hay tantos y tan diferentes árboles puestos por Dios en el Paraíso que nos son todavía desconocidos! Con tal abundancia se brindan a nuestra elección, que existen multitud de frutas que no hemos tocado aún y que penden incorruptibles de sus ramas hasta que nazcan otros hombres que se aprovechen de ellas, y otras manos que nos ayuden a aligerar a la naturaleza de tanta fecundidad.»

Lo cual oído por la astuta Serpiente, se apresuró, llena de júbilo a responder. «El camino, gran señora es fácil y nada largo. Al otro lado de una calle de mirtos, en una plazoleta y junto a una fuente, pasado un bosquecillo de balsámica mirra lo encontraremos; por lo que si aceptas mi compañía, te conduciré en seguida». «Condúceme», dijo Eva. Y sin más tardanza se aprestó a hacerlo la Serpiente, arrastrándose con tal rapidez, que su encorvado cuerpo parecía derecho: tan pronta estaba para la maldad. Incítala la esperanza, y brilla su cresta de alegría; como el fuego errante, formado de untuosos vapores, que condensa la noche y sostiene el frío, que con el movimiento, produce llama y que animado, según dicen, por un espíritu maligno, girando y despidiendo falaces fuegos, engaña y extravía al caminante nocturno, llevándolo por bosques y pantanos, hasta que tal vez lo precipita en un lago, donde se ahoga privado de todo auxilio. Así brillaba el traidor enemigo, conduciendo engañoso a Eva, nuestra crédula madre, hacia el árbol prohibido, origen de todos nuestros males, la cual así que lo vio, dijo a su guía:

«Serpiente, hubiéramos podido ahorrarnos de venir hasta aquí, diligencia para mí infructuosa, bien que sea tal la abundancia de estos frutos. Admirable es sin duda y si tales efectos producen, guarda su virtud para ti, que nosotros no podemos gustar de ellos, ni tocar a ese árbol. Dios nos lo ha prohibido, único mandamiento que ha salido de sus labios por lo demás, vivimos siendo ley de nosotros mismos: nuestra ley es nuestra razón.»

«¿Eso dices? replicó astutamente el Seductor. ¡Dios ha mandado que no comáis de todos los frutos de estos árboles, y os ha hecho señores de cuanto hay en la tierra y en los aires!»

Y Eva que todavía no había pecado, contestó: «Podemos comer de los frutos que llevan todos los árboles de este jardín, pero del que da ese hermoso árbol, plantado en medio del Paraíso, ha dicho Dios: «No comeréis, ni llegaréis a él, porque será vuestra muerte».

Y apenas oyó el Seductor esta breve respuesta, fingiendo gran celo y amor por el Hombre, y profunda indignación por el agravio que se le hacía, apeló a un nuevo recurso, y como luchando con el sentimiento que le agitaba, tomó al fin una actitud tranquila, y el aire estudiado de quien se preparaba a tratar de un asunto grave. Como cuando en Atenas, en la libre Roma, en tiempo en que florecía aquella elocuencia que no ha vuelto a oírse, se presentaba un orador famoso, encargado de una gran causa, y concentrándose en sí mismo, cautivaba antes de hablar con sus movimientos y gestos al auditorio, y otras veces, para no entretenerse en el exordio, prorrumpía desde luego en altos conceptos, arrebatado por la fuerza de su razón o de la justicia; no de otro modo irguiéndose, agitándose y levantándose a su mayor altura, con toda la vehemencia de su pasión, exclamó el falso Tentador:

«¡Oh sagrada y sabia planta, dispensadora de la sabiduría y madre de la ciencia! En mí siento ya la eficacia de tu poder, que ilumina mi mente, y no sólo me permite discernir las cosas en sus primeras causas, sino los medios de que se valen los agentes superiores, a pesar de su profunda sabiduría. Y tú, reina de este universo no creas en esa terrible amenaza de muerte, que seguramente no se realizará. ¿Quién ha de haceros morir? ¿El fruto de ese árbol, cuando con él se adquiere la vida de la ciencia? ¿El que ha fulminado esa amenaza? Pites, ¿no me veis a mí, a mí que he tocado y gustado ese fruto que se os veda? Y no solamente vivo, sino que gozo de una vida más perfecta que la que el destino me había otorgado, gracias al propósito que formé de sobreponerme a mi condición. ¿Ha de cerrarse para el Hombre el camino que tienen abierto los irracionales? ¿Ha de encenderse la ira de Dios por tan pequeña falta? ¿No aplaudirá más bien vuestro intrépido valor, al ver que ni el temor de la muerte que os pone delante, sea la muerte lo que quiera, os retrae de un empeño que puede proporcionaros vida más venturosa, el conocimiento del bien y el mal? ¡El bien! ¿Hay nada más justo? ¡El mal! Pues si el mal existe, ¿por qué no conocerlo, y así se evitará mejor? Dios no puede castigaros siendo justo, y si no es justo no es Dios, y dejando de ser Dios no hay para qué temerle ni obedecerle. El mismo temor de la muerte debe induciros a no temerla. Y, ¿por qué os ha impuesto esa prohibición sino para intimidaros, para manteneros en vuestra baja servidumbre, en vuestra ignorancia, y que no dejéis de ser sus adoradores? Sabe bien que el día en que comáis de ese fruto. vuestros ojos, que tan claros parecen ahora, y que sin embargo están rodeados de oscuridad, se abrirán completamente a la luz, y seréis lo que son los dioses, y comprenderéis el bien y el mal como lo comprenden ellos. Llegaréis a ser dioses, como yo he llegado a ser hombre, que hombre soy interiormente, pues tal es la proporción establecida: el bruto pasa a ser hombre, y el hombre dios. Quizá la muerte consista en esto, en trocar la naturaleza humana por la divina, y si con tal trueque se os amenaza, y es lo peor que puede aconteceros, el morir, ¿no es apetecible? ¿Qué dignidad es la de los dioses, que el Hombre no puede aspirar a ella ni aun participando del alimento divino? Han existido primero, y de esta ventaja se prevalen para hacernos creer que todo procede de ellos, lo cual es muy dudoso al ver esta bellísima tierra caldeada por el sol, tan fecunda de todo mientras ellos nada producen. Si ellos lo han hecho todo, ¿por qué han puesto en este árbol la ciencia del bien y del mal, para que quien quiera que guste de sus frutos obtenga a pesar suyo la sabiduría? Y al adquirir ésta, ¿en qué puede el Hombre ofender a Dios, ni en qué vuestro saber perjudicar al suyo? Y si todo depende de él, ¿cómo este árbol produce una cosa contraria a su voluntad? ¿Será su móvil la envidia? Pero, ¿cabe esta pasión en ánimos celestiales? Estas, éstas razones y otras muchas, os inducen a no privaros de tan precioso fruto. Arráncalo, pues, diosa humana, y come de él sin recelo alguno.»

Concluyó así su razonamiento, y sus pérfidas sugestiones hallaron fácil acogida en el corazón de la incauta Eva. Tenía sus ojos fijos en aquellos frutos, cuyo aspecto era por sí solo harto tentador; resonaba en sus oídos el eco de aquel lenguaje, que a ella le parecía tan persuasivo, tan convincente por su razón y por su verdad. Acercábase por otra parte la hora del mediodía, y despertaba en ella un apetito tanto mayor, cuanto más incitativa era la fragancia de aquella fruta, que un irresistible deseo estimulaba a su vista a coger y saborear, pero se detuvo un momento, haciéndose a sí propia estas reflexiones:

«Grandes son sin duda tus virtudes, ¡oh el más excelente de los frutos! y aunque vedado al Hombre, digno de la mayor admiración, cuando por tanto tiempo menospreciado, es tu primer efecto dar elocuencia a un mudo y hacer que una lengua incapaz de hablar prorrumpa de este modo en tus alabanzas; alabanzas que no omitió ni aun el mismo por quien nos estás prohibido, en el hecho de llamarte árbol de la ciencia, del bien y del mal. Védanos que te probemos, pero su mandato te hace doblemente apetecible porque, manifiesta el bien que de ti resulta y la necesidad que tenemos de él. El bien que no se conoce, no es tal bien, y el poseer lo que no se aprecia es como si no se poseyese. En suma, ¿qué nos prohíbe? El saber, es decir, nuestro bien; nos prohíbe adquirir la sabiduría; pero semejante prohibición no puede obligarnos a nosotros. Y si la muerte ha de venir después a esclavizarnos, ¿dé qué nos sirve esa libertad concedida a nuestra naturaleza? El día que comamos de ese fruto es el de nuestra perdición; ¡moriremos! Pero, ¿ha muerto la serpiente? ¿No ha comido de él, y sin embargo vive, y conoce, y habla, y discurre, y raciocina, cuando antes estaba privada de razón? ¿O es que la muerte se ha inventado sólo para nosotros, y que se nos niega el alimento intelectual concedido a los irracionales? Pues si únicamente se concede a éstos, ¿cómo el primero que ha gustado de él, lejos de mostrarse avaro de tal bien, lo ofrece tan espontáneamente, sin interés alguno, por amistad hacia el Hombre, ajeno a toda especulación y engaño? ¿Qué tengo, pues, que temer, o más bien, por qué abrigo temor alguno en la ignorancia en que estoy del bien y el mal, de Dios y de la muerte, de la ley y del castigo? Remedio da para todo este divino fruto, tan hermoso a la vista, tan grato al paladar, con su virtud de infundir la ciencia. ¿Quién me impide cogerlo y alimentar con él mi cuerpo y mi espíritu a la vez?»

En mal hora discurrió así; que acabando de decir esto, alargó su temeraria mano, cogió el fruto, y comió de él. En el mismo momento la tierra se sintió herida; la naturaleza toda, estremecida hasta en sus últimos cimientos, y exhalando un quejido de cada una de sus obras, anunció con dolorosas angustias que todo se había perdido. Ocultóse el perverso reptil en la espesura del bosque, y pudo hacerlo sin que lo advirtiese Eva, que totalmente entregada a la satisfacción de su apetito, a nada más atendía. No había al parecer experimentado hasta entonces placer igual en ningún otro fruto, fuese que realmente lo sintiese así, o que la ilusión de la ciencia que iba a adquirir se lo imaginaba. No se apartaba de su pensamiento la idea de su divinidad; devoraba el fruto con ansioso afán sin conocer que comía su muerte. Y luego que se hubo saciado, cual si estuviese exaltada de embriaguez, dando rienda suelta a su júbilo, lo expresó así:

«Oh, árbol soberano, en quien tan alta virtud reside el más precioso de todos los del Paraíso! ¡Que siendo tu bendito fruto la sabiduría, haya estado hasta hoy oscurecido, menospreciado, pendiente de ti y creado sin utilidad alguna! Tú serás mi primer cuidado en lo sucesivo. Al compás de mis cánticos, consagrados, como es justo, a tus alabanzas, todos los días, al venir la aurora, te visitaré, y aligeraré tus ramas del fértil peso de que están cargadas y con que brindas a todos tan liberalmente; hasta que alimentada por ti, adquiera suficiente caudal de ciencia para igualarme a los dioses, a esos dioses dotados del conocimiento de todo, y que envidian a los demás lo que ellos no pueden concederles; que si fuesen suyos los dones que tú das, seguramente no brillarías aquí. Y, ¡cuán reconocida, oh, experiencia no debo estarte desde que eres mi mejor guía! Por no seguirte he estado hasta hoy sumida en la ignorancia; mas ya me abres el camino de la ciencia, y me introduces en el asilo más recóndito en que se oculta. Yo quizá estoy oculta también: el cielo está tan alto, que desde su remota esfera no se perciben distintamente las cosas de acá abajo, y tal vez, distraído en otros cuidados, nuestro gran Legislador confía su continua vigilancia a los ministros que lo rodean.

«Pero, ¿cómo compareceré ahora yo en presencia de Adán? ¿Le daré conocimiento de la mudanza que hay en mí, lo haré partícipe de toda mi felicidad, o me reservaré la ciencia que he adquirido sin comunicársela? Esto postrero añadirá a mi sexo lo que le falta, acrecentará su amor, y me hará igual a él, y acaso superior, que sin duda es preferible, porque mientras sea inferior ¿qué libertad disfruto? Esto es lo que conviene. Mas, ¿y si me ha visto Dios? ¿Y si me aguarda la muerte? ¡Quedar privada de la existencia! Adán entonces se unirá a otra Eva, y faltando yo, sería feliz con ella. De sólo pensarlo me siento ya morir. No; llevaré a cabo mi resolución. Adán me acompañará en la prosperidad o en el infortunio. Lo amo con tal ternura que arrostraré con él todas las muertes, porque vivir sin él no sería vida.»

Y diciendo esto se apartó del árbol para alejarse, pero antes hizo una profunda reverencia al poderoso ser que residía en él y le infundía la savia de la ciencia, de que manaba el néctar, alimento de los dioses.

Adán, en tanto que impaciente esperaba su vuelta, de las más selectas flores había tejido una guirnalda para adornar los cabellos de la que merecía ver coronadas sus tareas campestres, como cuando los labradores ofrecen una corona a la reina de sus sembrados. Recreábase en mil alegres pensamientos y en el placer con que volvería a verla después de tan larga ausencia y, sin embargo, algo de funesto presentía a veces su corazón en los desiguales latidos con que palpitaba; y así se adelantó a aguardarla, siguiendo el camino que había tomado al separarse de él. Conducía éste al árbol de la ciencia, y la encontró a poco de haberlo ella dejado, Vio que llevaba en la mano una rama llena de hermosos frutos cubiertos de brillante vello y que difundían en torno la fragancia de la ambrosía. Apresurose Eva a llegar; antes de hablar, expresaba en el rostro su disculpa y la defensa de su tardanza, y con las cariñosas palabras de que sabía usar, le dijo de esta manera:

«Adán, ¿has extrañado mi larga ausencia? ¡Cuánto te he echado de menos!, y separada de ti, ¡qué lento me ha parecido el tiempo! Agonía de amor semejante, no la he experimentado nunca, ni la experimentaré otra vez, porque no volveré a exponer mi inexperiencia y temeridad al tormento que he sentido en estar lejos de ti; pero el motivo ha sido tal, que te admirarás de oírlo.

«Este árbol no es, como nos habían dicho, peligroso por sus frutos, ni son éstos origen de males desconocidos; todo lo contrario; producen un divino efecto, abren los ojos a una nueva luz y se convierten en dioses los que los prueban, como he tenido ocasión de verlo. La sabia serpiente no está sometida al precepto que nosotros, o no se ha sometido a él: ha comido de este fruto, y en vez de hallar la muerte que a nosotros nos amenaza, ha adquirido desde luego el habla humana, el discurso humano y raciocina que es un asombro. Sus persuasiones me han convencido de suerte, que yo también he comido y he experimentado, cuán verdaderos son los efectos: se han abierto mis ojos, cerrados antes; se ha engrandecido mi espíritu, ensanchado mi corazón, y yo elevándome a la divinidad; divinidad que anhelo principalmente para ti, y que sin ti no apetecería; porque la ventura, si tú no participas de ella, no me haría a mí venturosa, y el disfrutarla sin ti engendraría en mí hastío y aborrecimiento. Gusta, pues de este fruto para que permanezcamos los dos unidos, y sea igual nuestra suerte, igual nuestro gozo y nuestro amor igual. Si no lo haces, nuestra condición no sería la misma; nos veremos separados, y aunque yo renuncie por ti a la divinidad quizá sea tan tarde que el destino no lo consienta ya.»

Con tan lisonjeras expresiones refería Eva lo acaecido, pero en sus mejillas se notaba cierto tinte de rubor. Adán, por su parte, al oír tan funesta declaración, quedó sorprendido y anonadado; helósele la sangre en las venas, y corrió por todos sus miembros un estremecimiento. Sus manos privadas de acción dejaron caer la guirnalda que tenía preparada para Eva, cuyas flores esparcidas por el suelo se marchitaron. Permaneció algún tiempo confuso y mudo, hasta que por fin rompió el silencio empezando por decirse a sí mismo:

«¡Oh, hermoso ser, obra la mas acabada y perfecta de la creación, criatura en quien Dios apuró para deleite de los ojos y el pensamiento cuanto hay de santo y divino, de bueno, de afectuoso y de encantador! ¡Que así te hayas perdido! ¡Que en un instante te veas en tan miserable estado, postrada, envilecida y condenada a muerte! ¿Cómo has podido resolverte a infringir tan estrecho mandamiento, y a tocar con sacrílega mano el fruto prohibido? Algún falaz artificio de un enemigo a quien no conocías te ha seducido y causado tu perdición y la mía, porque yo estoy resuelto a morir contigo. Privado de ti, ¿cómo he de vivir? ¿Cómo renunciar a tu dulce compañía, al amor que tan estrechamente nos une, ni sobrevivirte en la soledad de estos salvajes bosques? Porque aunque Dios crease otra Eva, producida nuevamente de mi costado, jamás te apartarías tú de mi corazón. No, no; la naturaleza me encadena a ti con indisoluble lazo. Eres la carne de mi carne, el hueso de mis huesos, y en la prosperidad como en el infortunio, mi suerte será siempre la tuya.»

Y profiriendo estas palabras, como quien recobrado de un profundo desmayo, y después de luchar con mil opuestos sentimientos, se somete a lo que parece irremediable, así, con tranquilo ánimo se volvió a Eva, añadiendo:

¡Qué acción tan temeraria has cometido, irreflexiva Eva, y qué peligro tan grande has arrostrado, no sólo al poner tus ojos en el fruto prohibido, prohibido tan terminantemente, sino lo que es mucho más, en gustar de él cuando nos estaba vedado hasta tocarlo! Pero ¿quién puede anular lo pasado, y no hacer lo que ya se hecho? Ni Dios con todo su poder, ni aun el mismo Hado. Quizá no morirás por esto; quizá tu acción sea menos vituperable por haber gustado antes y profanado ese fruto la serpiente, haciéndolo común a los demás y privándole de su carácter sagrado. Y si para ella no ha sido mortal, sino que vive, y vive, según dices, adquiriendo la vida del Hombre, indicio es muy favorable para nosotros, que con este alimento podemos obtener una superioridad proporcionada a nuestra naturaleza, que necesariamente será de dioses, de ángeles o de semidioses. Ni me resuelvo yo a creer que Dios, sabio Creador, aunque nos haya amenazado con la muerte, quiere destruimos tan pronto, siendo sus criaturas predilectas y habiéndonos elevado a tanta dignidad sobre todas sus demás obras; las cuales, después de haber sido hechas para nosotros, perecerían, porque dependen de nuestra suerte. ¿Ha de ponerse Dios en contradicción consigo mismo, deshaciendo hoy lo que ayer hizo, y perdiendo el fruto de sus trabajos? ¿Puede concebirse, aunque en su mano esté repetir su obra, que así quiera aniquilarnos? Daría lugar al triunfo de su adversario, y a que dijese éste: «Efímera es la condición de los que más han merecido el favor divino. ¿Quién está seguro de disfrutarlo largo tiempo? Primero me destruyó a mí: ahora a la raza humana; ¿a quién le tocará luego?» Ocasión que no debe darse nunca a un enemigo para que así se mofe. Mi suerte pues está identificada con la tuya; la misma sentencia ha de alcanzar a ambos: si muero contigo, será, para mí la muerte como la vida. Tan fuertes son los lazos con que la Naturaleza ha unido los sentimientos de mi corazón a mi existencia propia; mi existencia eres tú, porque mío es cuanto tú eres; nuestra condición no puede ser distinta; los dos somos uno solo, una sola carne; perderte a ti será como perderme yo a mí mismo,»

Y a este razonamiento, respondió así Eva: «¡Oh, prueba insigne de un extremado amor, testimonio ilustre, y sublime ejemplo, que me obliga a imitarte! Destituida de tu perfección ¿cómo he de lograrlo, Adán? Yo que me envanezco de haber salido de tu costado, ¿cómo no he de regocijarme al oírte hablar así de nuestra unión, y al ver que formamos ambos un solo corazón, un alma sola? Bien lo muestras en este día al declarar que antes que la muerte, o cosa más temible que la muerte, pueda separarnos, estás resuelto, llevado de tu entrañable amor, a seguirme en mi falta, y aun en mi crimen; si crimen hay en gustar de este hermoso fruto, cuya virtud, (pues el bien procede siempre del bien, sea directa, sea accidentalmente) me ha suministrado esta preciosa prueba de tu amor, que sin ella quizá no hubiera llegado a manifestárseme tan inmenso. Y si yo hubiera creído que la muerte con que se nos amenaza había de ser la consecuencia de mi temerario intento, yo sola hubiera arrostrado este castigo, sin tratar de exponerte a él; porque antes morir abandonada que obligarte a una acción contraria a tu sosiego, sobre todo después de la completa seguridad que tengo de un cariño tan verdadero, tan profundo, tan incomparable. Yo siento en mí efectos muy distintos; no la muerte, sino una vida más grande, una vista más perspicaz, otras esperanzas, otros goces, y un deleite tal, que cuantos placeres han halagado hasta ahora mis sentidos, me parecen insípidos y hasta ingratos. Come pues siguiendo mi ejemplo, Adán, sin reparo alguno, y da al viento esos mortales temores.»

Estas palabras acompañó con un estrecho abrazo, e inundados sus ojos en lágrimas de alegría. No podía ser mayor su satisfacción, viéndose objeto de un amor que arrostraba por ella la divina cólera o la muerte; y en recompensa (porque a complacencia tal era lo que correspondía) presentó con pródiga mano a Adán los apetitosos frutos pendientes de su rama, que él no tuvo escrúpulo en comer, contra lo que su razón le sugería, porque no obraba ofuscado, sino seducido por una mujer encantadora.

La tierra temblaba en tanto, alterada hasta, en sus más profundos senos, como acometida de un nuevo vértigo, y la Naturaleza prorrumpió en un segundo gemido. Oscurecióse el firmamento, rugió sordamente el trueno, y el cielo vertió algunas tristes lágrimas al consumarse aquel pecado, que en su origen llevaba ya la muerte; mas nada de esto advirtió Adán, embebido en saborear el funesto fruto. Ni Eva temió reincidir en su atrevimiento, doblemente animada por la complicidad de su compañero; así que embriagados ambos como con un vino nuevo, se entregaron al más frenético regocijo, imaginándose sentir ya en sus pechos el aliento de la divinidad, que los levantaba sobre la despreciable tierra. Pero aquel fruto engañoso comenzó a despertar en ellos por vez primera otros afectos, encendiéndolos en lúbricos deseos: Adán miró a Eva con lascivos ojos; ella le correspondió con voluptuoso agrado, y en ambos prendió el fuego de la lujuria. El empezó a provocarla así:

«Ahora descubro, Eva, de cuán delicado gusto, de qué gentileza estás dotada, que no es pequeña parte de la sabiduría, pues ahora distinguimos de sabores, y tenemos un buen juez en el paladar. Pero a ti es debida toda la gloria que me has proporcionado en semejante día. ¡Oh! ¡qué de placeres hemos perdido absteniéndonos de este delicioso fruto! Hasta hoy no sabíamos lo que es verdadero gusto; y si tal deleite tienen en sí las cosas que se nos prohíben, debiéramos desear que la prohibición se extendiera a diez árboles en vez de uno. Ven, pues; gocemos, ya que es nuestro tanto bien, el inefable placer que este nuevo alimento nos promete. Jamás, desde que te vi por primera vez y me desposé contigo, me ha parecido tu hermosura ornada de tanto encanto, ni he sentido deseos tan vehementes de gozar de tu belleza, que me enamora como nunca: influencia sin duda de la virtud de ese árbol.»

Añadió a estas palabras acciones y miradas que indicaban la impaciencia de su amor. No era menor la de Eva, cuyos ojos despedían el fuego que la devoraba. Asióla él de la mano, y sin resistencia alguna la condujo a un verde ribazo cubierto por una espesa enramada que daba sombra a un lecho de flores, pensamientos, violetas, gamones y jacintos, el más fresco y muelle regazo de la tierra. Apuraron allí sin tasa sus amorosas ansias y delicias, sellando su mutuo crimen y desquitándose de su pecado, hasta que vencidos por el estupor del sueño, hubieron de renunciar a sus voluptuosos goces.

Luego que fue perdiendo aquel falso fruto la virtud con que sus suaves y penetrantes aromas habían embriagado sus espíritus y pervertido sus más íntimas facultades, desvaneciéndose el impuro letargo de un sueño que les había representado a lo vivo la enormidad de su falta, se levantaron desasosegados, se miraron uno a otro, y vieron cuán distinto se ofrecía todo a sus ojos, y cuán oscura niebla cubría sus corazones. Había huido de ellos la inocencia, que los preservaba del conocimiento del mal, ocultándoselo como con un velo; la confianza sincera, la rectitud natural y el honor, lejos ya de su lado, dejaban expuesta su desnudez a la criminal vergüenza que los cubría; pero al que la vergüenza cubre con su máscara, le descubre más. Como el valeroso Danita, el hercúleo Sansón, que al desasirse de los torpes brazos de la filistea Dalila, despertó ya privado de su fuerza, volvieron ellos en sí destituidos de todas sus virtudes; y confusos y silenciosos permanecieron sentados, contemplándose largo tiempo, sin atreverse a proferir palabra; hasta que Adán, aunque tan abatido como Eva, prorrumpió al fin en sentidas quejas diciendo:

«¡Oh, Eva! ¡En mal hora diste oídos a aquel falso reptil, que nunca hubiera aprendido a remedar la voz humana! Veraz habría sido en pronosticar nuestra desgracia, no en prometernos una mentida elevación, porque si se han abierto nuestros ojos y sabemos discernir ya lo bueno de lo malo, hemos perdido el bien, y sólo nos queda el mal. ¡Funesto fruto de la ciencia, si consiste en conocer esto, en dejarnos así desnudos privados de nuestro honor, de la inocencia, de la fe y de la pureza, que eran nuestro mejor ornato, ahora manchadas y envilecidas! En nuestros rostros aparecen evidentes las huellas de la insensata concupiscencia, origen de nuestros males y de nuestra vergüenza, que es el mayor de todos; que en cuanto a la pérdida del bien, no debe quedarte la menor duda. Y, ¿cómo osaré yo ahora ponerme en presencia de Dios o de los ángeles, a quienes veía antes con tanto júbilo y enajenamiento? Sus celestiales figuras anonadarán con su irresistible esplendor esta materia terrestre. ¡Oh! ¡Si pudiera ocultar mi salvaje existencia en la soledad, en el más oscuro rincón, al abrigo de árboles gigantes, impenetrables a la luz del sol y de los astros, y entre las tinieblas de una oscuridad más profunda que la de la noche! ¡Encubridme vosotros, pinos; tapadme, ¡oh cedros!, con vuestras innumerables ramas, donde jamás vuelva a ser visto! Pero, no: en tan miserable estado pensemos qué arbitrio será el mejor por de pronto para ocultar uno a los ojos de otro lo que nos causa mayor vergüenza, lo que más repugnante es a nuestra vista. Busquemos un árbol cuyas anchas y flexibles hojas unidas entre sí y rodeadas a nuestra cintura, nos preserven de esta vergüenza que en lo sucesivo ha de acompañarnos siempre, para que no nos dé continuamente en el rostro con nuestra impureza.»

Y practicando el consejo, internáronse ambos en lo más espeso del bosque, y eligieron al efecto la higuera; mas no la que nosotros apreciamos con este nombre y por su celebrado fruto, sino la conocida hoy entre los indios, en la costa de Malabar, o en el Decán, de ramas tan anchas y dilatadas, que colgando hasta el suelo y prendiendo en él, como hijas que crecen alrededor de su madre, forman pilares, bóvedas y muros, dentro de los cuales resuena el eco; donde el pastor indio, huyendo del sol, busca la fresca sombra, y por entre los claros del ramaje vigila a su ganado mientras está pastando.

Cogieron aquellas hojas, anchas como el escudo de una amazona, y con el arte que ya sabían, las juntaron y ciñeron a sus riñones: inútil precaución, si así querían ocultar su crimen y librarse de la vergüenza que los acosaba. ¡Oh!, ¡cuán menguado reparo, en comparación con su primitiva y gloriosa desnudez! Tales halló en los últimos tiempos Colón a los americanos, cubiertos con una faja de plumas, desnudo lo restante del cuerpo, y viviendo como salvajes en sus islas y entre los bosques de sus playas.

Así disfrazados, y creyendo encubrir parte de su vergüenza, mas no por eso más tranquilos, ni consolados interiormente, se sentaron para desahogarse en llanto; y no sólo acudieron las lágrimas a sus ojos, sino que se desencadenó una tempestad furiosa en el fondo de sus corazones; lucha de violentos afectos, de ira, odios, desconfianzas, sospechas y discordias, todos perturbando a la vez lo más íntimo de sus ánimos, en otro tiempo morada pacífica y apacible, y al presente llena de agitaciones y sobresaltos. No les servía ya de guía la inteligencia, ni la voluntad se prestaba a sus persuasiones; eran esclavos del apetito sensual, que usurpándoles, a pesar de su inferioridad, la soberanía de la razón, se alzaba con su dominio. En este estado de excitación, torva la mirada y temblorosa la voz, dirigió de nuevo Adán la palabra a Eva:

«¡Oh! ¡Si hubieras dado oído a mis palabras y permanecido a mi lado como te lo rogué, en la infausta hora que te asaltó el necio afán de vagar por esos campos, sugerido no sé por quién! Eramos hasta entonces dichosos; no nos veíamos, como ahora, imposibilitados de todo bien, infamados, desnudos, miserables... Que de hoy más nadie pretenda con frívolos pretextos poner a prueba su fidelidad; quien con tal empeño solicita verse en semejante trance muy expuesto está a perecer en él.»

Y sentida Eva de esta reconvención, le replicó: «¿Qué severidad de lenguaje estás empleando Adán? ¿A mi insensatez, o al capricho de vagar por esos campos, como dices atribuyes nuestro infortunio? ¿Quién sabe lo que hubiera acontecido aun estando tú presente, y lo que hubieras tú mismo hecho? Aquí, de igual suerte que allí, no hubieras sospechado la falacia de la Serpiente, al oírla hablar como hablaba, mucho más no mediando entre nosotros y ella motivo alguno de enemistad, ni temor de que quisiese hacerme mal o idease cómo perdernos. ¡Que no debía separarme de tu lado! ¡Bueno sería yacer siempre inerte como una costilla inanimada! Siendo así, ¿por qué tú, que eres mi superior, no me prohibiste terminantemente el alejarme., dado que me exponía al riesgo que encareces tanto? Lejos de contrariarme, no opusiste dificultad, despidiéndote de mí cariñosamente. Si te hubieras mantenido firme y resuelto en tu negativa, ni yo hubiera faltado a mi deber, ni tú ahora serías mi cómplice.»

Adán, irritado por vez primera: «¡Eva ingrata!», exclamó: «¿Este es tu amor? ¿Así correspondes al mío, que has visto inalterable cuando tú estabas perdida, y yo a salvo aún? ¿No he podido yo vivir y gozar de inmortal ventura, sin arrostrar contigo la muerte voluntariamente? ¿Y me acusas de ser la causa de tu culpa, y crees que no fui bastante severo en lo que te permití? Te advertí, te aconsejé, te predije el riesgo a que te exponías, y que un enemigo oculto estaba acechando para tender sus lazos. Llevar más allá mi celo, hubiera sido violentarte, y emplear la violencia contra el que es libre es un proceder indigno. La confianza es la que te ha cegado, la seguridad que abrigabas o de que no corrías peligro alguno, o de que saldrías triunfante de cualquier empeño. Acaso yo erré también cuando admirando más de lo justo lo que me parecía en ti tan perfecto, imaginé que ningún mal se atrevería a llegar hasta ti. Bien pago mi error ahora, que se ha convertido. ¿Y tú eres mi acusadora? Este castigo merece quien por confiar demasiado en la excelencia de la mujer, la deja ejercer imperio; que contrariada, romperá en freno, y entregada a su albedrío, cuando algún daño le sobrevenga, su primer impulso será acusar al hombre de débil e indulgente.»

Así pasaban infructuosamente el tiempo en mutuas reconvenciones; ninguno de los dos se culpaba a sí propio, pareciendo interminables sus estériles altercados.

DECIMA PARTE

Sabida la desobediencia del Hombre, abandonan los ángeles custodios el Paraíso, y vuelven al cielo para justificar su vigilancia, de la cual se demuestra Dios satisfecho, declarando que no han podido evitar la entrada de Satanás en aquel lugar. Envía en seguida a su Hijo para que juzgue a los culpables, el cual lo verifica, y pronuncia la debida sentencia. Compadecido de ellos, cubre su desnudez y asciende de nuevo al cielo. El Pecado y la Muerte, que hasta entonces habían permanecido a la puerta del infierno, presintiendo por una maravillosa simpatía el triunfo de Satanás en aquel mundo nuevo, y el pecado cometido por el Hombre, resuelven no estar más tiempo confinados en aquel lugar, sino seguir a Satanás, su señor, a la morada del Hombre, y para facilitar el tránsito desde el infierno al mundo, abren un anchó camino o un elevado puente sobre el Caos, según el designio primeramente concebido por Satanás; y cuando se disponen a dirigirse a la tierra, se encuentran con él, que envanecido de su triunfo vuelve al infierno. Congratúlanse mutuamente. Llega Satanás al Pandemonio, y en plena asamblea refiere pomposamente el triunfo que ha conseguido sobre el Hombre; pero en vez de aplausos, oye sólo un silbido universal de su auditorio, convertido como él en serpientes, conforme a la sentencia dada en el Paraíso. Engañados por la apariencia del árbol prohibido que se ofrece a su vista, quieren todos ellos probar el fruto, y no comen más que polvo y amarga ceniza. Resolución que forman el Pecado y la Muerte. Dios predice la completa victoria de su Hijo y la regeneración de todas las cosas, pero ordena a sus ángeles que hagan algunas alteraciones en los cielos y en los elementos. Convencido Adán cada vez más de su desgraciada condición, se lamenta tristemente, y rechaza los consuelos de Eva; mas ella insiste, y por fin logra tranquilizarlo. Creyendo evitar la maldición que ha de caer sobre su posteridad, propone varios medios violentos que desaprueba Adán, porque esperando en la promesa que se les había hecho, de que la raza humana se vengaría de la Serpiente, la exhorta a intentar por medio de la oración y el arrepentimiento la reconciliación con el Señor, tan justamente ofendido.

Súpose al punto en el cielo el acto de odio y desesperación consumado por Satán en el Paraíso, y cómo, disfrazado de serpiente había seducido a Eva, y ésta a su marido, para comer el funesto fruto, pues, ¿qué cosa puede ocultarse a la vigilancia de Dios que lo ve todo, ni engañar su previsión que a todo alcanza? Sabio y justo el Señor en cuanto dispone, no había impedido a Satán que tentase el ánimo del Hombre, a quien dotó de suficiente fuerza y entera libertad para descubrir y rechazar las astucias de un enemigo o de un falso amigo. Que bien conocían nuestros primeros padres, y no debieron olvidar jamás la suprema prohibición de no tocar a aquel fruto, por más que a ello los incitaran, pues por desobedecer este mandato, incurrieron en tal pena (¿qué menor podían esperarla?) y su crimen, por suponer otros varios, bien merecía tan triste suerte.

Silenciosos y compadecidos del Hombre, se apresuraron a ascender desde el Paraíso al Cielo los ángeles custodios. De aquel suceso colegían lo desventurado que iba a ser, y se maravillaban de la sutileza de un enemigo que así les había ocultado sus furtivos pasos.

Luego que tan funestas nuevas llegaron a las puertas del cielo desde la tierra, contristaron a cuantos las oyeron. Pintóse esta vez en los semblantes celestiales cierta sombría tristeza, que mezclada con un sentimiento de piedad, no bastaba, sin embargo, a turbar su bienaventuranza. Rodearon los eternos moradores a los recién llegados en innumerable multitud, para oír y saber todo lo acaecido; y ellos se dirigieron al punto hacia el supremo trono, como responsables del hecho, a fin de alegar justos descargos en favor de su extremada vigilancia, que fácilmente podían probar; cuando el Omnipotente y eterno Padre, desde lo interior de su misteriosa nube, y entre truenos hizo así resonar su voz:

«Ángeles aquí reunidos, y vosotros Potestades que volvéis de vuestra infructuosa misión, no os aflijáis ni turbéis por esas novedades de la tierra, que aun con el más sincero celo, no habéis podido precaver ya os predije no ha mucho tiempo lo que acaba de suceder; cuando por primera vez, salido del infierno, el Tentador atravesó el abismo. Entonces os anuncié que prevalecerían sus intentos; que en breve realizaría su odiosa empresa; que el Hombre sería seducido y se perdería, dando oídos a la lisonja y crédito a la impostura contra su Hacedor. Ninguno de mis decretos ha concurrido a la necesidad de su caída; no he comunicado el más leve impulso al albedrío de su voluntad, que siempre he dejado libre y puesta en el fiel de su balanza. Pero al fin ha caído. ¿Qué resta hacer más que dictar la mortal sentencia que su trasgresión merece, la muerte a que queda sujeto desde este día? Presume que la amenaza será vana e ilusoria, porque no ha sentido ya el golpe inmediatamente como temía; pero en breve verá que el aplazamiento no es perdón, lo cual experimentará hoy mismo. No ha de quedar burlada mi justicia como lo ha quedado mi bondad. Pero ¿a quién enviaré por juez? ¿A quién, sino a ti, Hijo mío, que en mi lugar riges el universo, a ti que ejerces, transmitido por mí, todo juicio en los cielos, en la tierra y en los infiernos? Con esto se persuadirán de que procuro conciliar la misericordia con la justicia al enviarte a ti, amigo del Hombre, mediador suyo, designado para servirle de rescate y ser voluntariamente su Redentor, como estás destinado a convertirte en hombre y a ser juez de su humillación.»

Así habló el Padre; e inclinando a la derecha el esplendor de su gloria, inundó al Hijo con los rayos de su clara divinidad. El reflejó toda la refulgente majestad de su Padre y respondió con inefable dulzura de este modo:

«Eterno Padre: tuyo es el mandato, mío el obedecer tu suprema voluntad en el cielo como en la tierra, porque tú te complaces en mí; que soy siempre tu Hijo por extremo amado. Voy a juzgar en la tierra a los que te han desobedecido; pero tú sabes que cualquiera que sea la sentencia, sobre mí recaerá el mayor castigo cuando se hayan cumplido los tiempos; que ante ti me impuse este sacrificio, y no estoy arrepentido de él, porque así tendré el derecho de mitigar la pena, que ha de refluir en mí. Templaré de tal modo la justicia con la misericordia, que realzadas así una y otra; ambas queden satisfechas, y tú desagraviado. Y no he menester para esto de séquito ni aparato alguno: en este juicio sólo han de intervenir el juez y los dos culpables; el tercero está condenado por ausente con más rigor; está convicto de su crimen y de su rebeldía a todas las leyes, que en la serpiente no ha podido obrar convicción alguna.»

Pronunciadas estas palabras, se levantó de su radiante trono, con todo el esplendor de su gloria colateral, y rodeándole los Tronos, las Potestades, los Principados y las Dominaciones, lo acompañaron hasta las celestiales puertas, desde donde se descubre la perspectiva del Edén y de sus confines todos. Rápidamente hizo su descenso, que no hay tiempo que mida la velocidad de los dioses, por más que vuele en alas de los más raudos minutos. Inclinándose a su ocaso, alejábase ya el sol del mediodía, y esparcíanse por la tierra a su hora acostumbrada los blandos céfiros, anunciando la proximidad de la húmeda noche; cuando más tranquilo aún, en medio de su indignación, se acercaba el que como juez e intercesor a un tiempo iba a sentenciar al Hombre. Oyeron los culpables la voz de Dios, que al declinar de la tarde resonaba por el Paraíso llevada a sus oídos por el hálito de los vientos; oyéronla, y Hombre y Mujer huyeron de su presencia, ocultándose entre los árboles más sombríos; pero Dios se acercó, y llamó en alta voz a Adán.

«¿Dónde estás, Adán, que no vienes alegre como acostumbrabas a recibirme así que me veías de lejos? Me disgusta que te ausentes de aquí, y que te entretengas en la soledad, cuando un solícito deber te hacía presentarte antes sin ser buscado. ¿Vengo yo con menos esplendor? ¿Qué novedad te tiene ausente? ¿Qué causa tu detención? Ven al punto.»

Presentóse, y Eva con él, pero más medrosa, a pesar de haber delinquido primero, y ambos confusos y desconcertados. No brillaba ya en sus miradas el amor ni para con Dios, ni el del uno al otro; no se revelaba en sus semblantes sino el crimen, la vergüenza, la turbación, el despecho, la ira, la obstinación, el odio y la hipocresía. Pero al fin, después de muchas vacilaciones respondió Adán:

«Os vi en el jardín, pero, atemorizado a vuestra voz, como estaba desnudo, me oculté.»

Y el divino Juez, sin reconvenirle contestó: «Pues muchas veces has oído mi voz, que no te infundía temor, antes bien te regocijaba. ¿Cómo es que ahora te causa espanto? ¡Que estás desnudo! Y, ¿quién te lo ha hecho advertir? ¿Has comido acaso el fruto del árbol que te prohibí gustases?»

A lo que acosado de remordimientos, replicó Adán: «¡Oh cielo! ¡En qué trance tan penoso me veo hoy ante mi Juez! O echo sobre mí todo el delito, o tengo que acusar a la que es como yo mismo, a la compañera de mi existencia, cuya falta, dado que no ha querido ofenderme a mí, debiera yo encubrir, y no dar lugar con mis quejas a su castigo. Pero no puedo menos de sucumbir a la dura necesidad, a un imperioso deber, para que no recaigan en mí el pecado y la pena a un tiempo, que para mí solo, serían insoportables. Ni, ¿de qué me serviría obrar de otro modo, si está patente a tus ojos cuanto tratara yo de ocultarte? Esta mujer, a quien tú creaste para descanso mío, que me concediste como el más completo de tus dones, tan buena, tan hermosa, tan encantadora, tan divina, de quien yo no recelaba mal alguno, que en cuanto hacía parecía llevar la justificación de su proceder, me dio a comer del fruto vedado, y comí.»

Y el Supremo Señor repuso: «¿Era tu Dios, para que así la obedecieses antes que a mí? ¿Fue creada para ser tu guía, ni superior, ni aun igual a ti, que así has abdicado en ella de tu dignidad de hombre, y de la superioridad que respecto a ella debías tener? De ti la formó Dios y para ti, que realmente la aventajas en todo género de excelencias y perfecciones; porque si bien está adornada de belleza y encantos, que la hacen amable y digna de tu amor, no por eso había de avasallarte; que sus cualidades son para obedecer, no para ejercer el mando. Este a ti te correspondía, si tú hubieras sabido conducirte.»

Y en seguida se volvió a Eva sólo para preguntarle: «Y tú, dime, mujer, ¿qué has hecho?»

Anonadada por la vergüenza, sin poder ocultar su crimen, y no atreviéndose a hablar apenas delante de su Juez, llena de confusión respondió Eva: «Me engañó la serpiente, me engañó y comí.»

Lo cual oído por el Señor, procedió sin más dilación a sentenciar a la serpiente, a quien se acusaba, bien que fuese un bruto, incapaz de achacar el crimen a quien lo había hecho instrumento de él, e infamándole, apartándolo del fin de su creación; de manera que con razón fue maldito, como pervertido en su naturaleza. No le importaba entonces saber más al Hombre, ni supo más, porque esto no aminoraba su delito; y así Dios fulminó su sentencia contra Satán, el primero que había delinquido, aunque en términos misteriosos, que juzgó ser los que convenían, haciendo recaer su maldición sobre la serpiente. «Pues tal maldad has cometido, maldita seas entre todos los animales que pueblan la tierra. Caminarás arrastrando sobre tu vientre; comerás polvo todos los días de tu vida. Interpondré la enemistad entre ti y la mujer, entre su generación y la tuya. Su planta quebrantará tu cabeza, y tú morderás su planta.»

Así habló el oráculo, y así se verificó cuando Jesús, hijo de María, segunda Eva, vio a Satán, príncipe del aire, caer del cielo, como un relámpago; y cuando levantándose de su sepulcro, despojó de su poder a aquellos principados y potestades, y triunfó de ellos con excelsa pompa; y luego en su ascensión brillante; llevóse cautivo por los aires el cautiverio, el imperio mismo de Satán, usurpado por tanto tiempo; de Satán, a quien por fin pondrá bajo nuestros pies el que aquel día predijo su fatal quebranto.

Y dirigiéndose a la Mujer, pronunció así su sentencia: «Yo multiplicaré tus angustias cuando conciba tu seno, y parirás tus hijos entre dolores, y quedarás sometida a la voluntad de tu marido, y él te dominará.»

Y últimamente condenó a Adán en estos términos: «Por haber escuchado las palabras de tu mujer, y comido del árbol que te había vedado, diciendo: «De ese árbol no comerás», la tierra será maldita a causa de tu pecado; sacarás tu alimento de ella con penoso afán durante tu vida; te producirá por sí cardos y espinas; comerás hierba de los campos, y ganarás el pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas al seno de la tierra de que has de saber, saliste; porque polvo eres, y en polvo te volverás.»

Así juzgó Dios al Hombre, siendo a la vez su Juez y su Salvador, y en aquel instante apartó de él el golpe mortal que en el mismo día le amenazaba; y viéndolo desnudo, expuesto a la inclemencia del aire, que había de sufrir grandes alteraciones, se compadeció de él, y no se desdeñó de hacer desde entonces oficio de sirviente suyo, como cuando lavó los pies de los que le servían; y desde luego, con el amor de un padre de familia, cubrió su desnudez con pieles de animales, unos muertos, otros que, como la culebra, se despojaban de la suya por otra nueva. No se desdeñó tampoco de vestir a sus enemigos; que no sólo cubrió de pieles su desnudez exterior, sino que echó sobre la interior, aún más ignominiosa, el manto de su justicia, defendiéndolos de las miradas de su Padre. Y con rápida ascensión volvió a su bendito seno, y a la plenitud de su gloria, como estaba antes, y refirióle cuanto había pasado con el Hombre, aunque su Padre nada ignoraba, y aplacó su cólera por medio de su amorosa intercesión.

Entretanto, y cuando en la tierra no se había delinquido aún, ni pronunciándose la terrible sentencia, estaban sentados el Pecado y la Muerte dentro de las puertas del infierno, y uno frontero a otro. Hallábanse abiertas las puertas, y de lo interior salían llamas devoradoras que se extendían por el Caos. Habíalas franqueado el Pecado para dar paso a Satán, y ahora decía a la Muerte:

«¿Qué hacemos aquí, hija mía, ociosos y contemplándonos uno a otro, mientras Satán, nuestro gran autor, triunfa en otros mundos y nos procura mansión más venturosa para nosotros, querido linaje suyo? Ni es posible que haya dejado de salir airoso de su empresa, pues de otra suerte ya hubiera vuelto aquí acosado por el furor de sus perseguidores, porque ningún sitio más a propósito que éste para su castigo ni para vengarse de él. Yo siento en mí una nueva fuerza, como si me nacieran alas, y que me esperan dominios más extensos fuera de estos abismos: siéntome atraído, sea por simpatía, sea por cierta fuerza connatural, poderosa para unir entre sí a larga distancia con secretos vínculos y por las más ignoradas vías, cosas que se asemejaban. Tú, sombra inseparable mía, debes seguirme, porque no hay poder que pueda divorciar a la Muerte del Pecado; y por si la dificultad de salvar este ciego. e insondable abismo entorpece el regreso de nuestro padre, acometamos una atrevida empresa, que no es superior a tu fuerza ni a la mía; echemos un puente desde el infierno a ese nuevo mundo en que impera Satán ahora; monumento que nos granjeará alto concepto entre toda la infernal hueste, pues facilitará su salida de aquí a sus marchas y transmigraciones, dondequiera que la suerte los encamine. Ni puedo yo equivocarme en el plan que trace, dado que tan certera es la atracción, el instinto que me dirige.»

SIN TÍTULO

A lo que contestó el descarnado Esqueleto: «Ve adonde el Hado y tu irresistible impulsión te lleven: yo no he de quedarme atrás ni errar el camino, teniéndote a ti por guía. ¡Qué olor a carne y a innumerables víctimas percibo! ¡Cómo saboreo ya el gusto de la muerte que exhala cuanto en ese mundo vive! No dejaré de ayudar al intento que te propones: cuenta con mi cooperación.»

Y al decir esto, aspiraba con deleite el olor de la mortal descomposición que se efectuaba en la tierra. Como cuando una bandada de carnívoras aves acuden afanosas desde larguísimas distancias la víspera de un combate al campo en que se establecen dos ejércitos enemigos, llevadas por el olor de los cadáveres vivientes que una sangrienta batalla ha de entregar a la muerte el siguiente día: así el repugnante monstruo venteaba su presa, alzando la cóncava nariz, para llenarla de infestado aire y olfatear desde más lejos. Atravesando las puertas del infierno, lanzáronse ambos a la inmensidad y confusión del sombrío Caos, siguiendo distintas direcciones: y haciendo uso de su poder, que era muy grande, se posaron sobre las aguas y juntaron en una masa cuanto en ellas había de sólido o flutinoso, revolviéndolo hacia arriba y hacia abajo, como en proceloso mar, cada cual por su lado, hasta arrojarlo junto a la boca del infierno: no de otro modo que dos vientos polares, cayendo encontrados sobre el mar Cronio, aglomeran las montañas de hielo que forman hacia el Oriente y mas allá de Petzora, el camino que debe conducir a las opulentas costas del Catay.

Valiéndose la muerte de su pesada, dura y fría maza, como de un tridente, golpeó la amontonada tierra, dejándola tan firme como la isla de Delos, flotante en otro tiempo, y endureció la materia restante con su mirada, cual si tuviese la propiedad de la de la Gorgona. Trabaron con betún del Asfaltite la ya trazada vía, ancha como las puertas, y profunda como los cimientos del infierno; y levantando sobre el espumoso abismo, en figura de elevados arcos, una inmensa mole, fabricaron un puente de prodigiosa longitud que se apoyaba en la inmóvil muralla de este mundo, abierto y entregado ya a la muerte, y que daba paso ancho, llano, fácil y seguro a los abismos infernales. Si las cosas grandes pueden compararse con las pequeñas, así Jerjes salió de Susa con ánimo de subyugar la Grecia, y desde el palacio de Memnón se encaminó al mar, y echando un puente sobre el

Helesponto, juntó a Europa con el Asia, y azotó con repetidos golpes las indignadas olas.

Prosiguieron, pues, la fábrica de su puente con maravilloso arte, extendiendo una larga cadena de rocas sobre el perturbado abismo, y siguiendo la huella de Satán, hasta el punto mismo en que, parando su vuelo, se vio libre del Caos, y puso su planta en la árida superficie de este mundo esférico; y con diamantinos clavos y cadenas aseguraron (¡oh funesta seguridad!) su perdurable obra. Y divididos por breve trecho, vieron los confines del Cielo Empíreo y de este mundo, dejando a la izquierda el infierno separado por su anchuroso abismo, con los diferentes caminos que guiaban a cada una de aquellas tres legiones. Tomaron sin vacilar el de la tierra, y dirigieron sus primeros pasos al Paraíso.

En breve descubrieron a Satán bajo la forma de un luminoso ángel, que se remontaba al cenit entre el Centauro y el Escorpión, mientras el Sol se levantaba en Aries. Iba así disfrazado, mas no bastaba disfraz alguno para que los hijos desconociesen a su padre. Después de haber seducido a Eva, se alejó, sin ser percibido, por el bosque: cambió de figura para mejor observar los efectos de su crimen; vio que Eva insistía en él, y que, aunque exenta de malicia, había logrado lo mismo de su esposo; observó la vergüenza que los obligaba a cubrirse de un velo inútil; pero al descender el Hijo de Dios a juzgarlos, huyó aterrado, no porque esperase librarse del castigo, sino para diferirlo algún tiempo más. Temía el malvado el que desde luego pudiera imponerle la divina cólera; más no sucediendo así volvió por la noche al sitio en que sentados los desventurado cónyuges discurrían sobre su triste suerte. A vueltas de sus quejas, oyó su propia sentencia, y al saber que no se ejecutaría inmediatamente, sino pasado algún tiempo, voló henchido de júbilo al infierno con aquellas nuevas. Al llegar a la entrada del Caos, junto al extremo del nuevo y admirable puente, encontró de improviso a sus amados hijos, que le buscaban, y los recibió con grande alegría, la cual se acrecentó al ver la estupenda fábrica. Largo rato le duró el asombro, hasta que su digno y encantador hijo, el Pecado, rompió el silencio en estos términos:

«¡Oh padre! Tuya es esta magnífica obra, tuyo este trofeo, que contemplas cual si no se te debiese a ti. Tú eres su autor, su primer arquitecto; porque no bien adivinó mi corazón (que por una secreta armonía se mueve a compás del tuyo, como unidos ambos en íntimo consorcio), no bien adivinó que habías triunfado en la tierra, de lo cual me dan ahora tus ojos evidente indicio, cuando, a pesar de los mundos que nos separaban me sentí atraído hacia ti, juntamente con ésta, hija tuya también, que tal es la fatal unión en que los tres vivimos. No podía ya el infierno tenernos más tiempo sujetos en su recinto, ni su lóbrego e intransitable seno impedirnos que siguiésemos tus gloriosas huellas. De cautivos, que hasta ahora hemos estado en lo interior del Orco, nos has sacado a la libertad, y dádonos fuerza para llegar hasta aquí y echar sobre el tenebroso abismo este enorme puente. Todo este mundo es ya tuyo. Tu valor ha conseguido lo que tus manos no habían logrado ejecutar, y tu previsión ganado con creces cuanto con la guerra habías perdido. Ya estás vengado del desastre que en el cielo experimentamos. Aquí remas ya como monarca, que allí no podías serlo. Que domine el otro donde la victoria le concedió su imperio, mas que renuncie a este mundo de que su propia sentencia le ha desposeído, y que de hoy más entre conmigo a la parte en la universal soberanía, cuyos límites los formará el Empíreo, siendo ahora suyo el mundo cuadrado, y el mundo circular tuyo. Que se atreva ahora contigo, que tan peligroso eres para su trono.»

A lo que placentero repuso el príncipe de las tinieblas: «Hija querida, y tú, que eres a la vez hijo y nieto mío: bien demostráis ahora que sois de la estirpe de Satán, nombre de que me glorío, por ser el antagonista del Omnipotente Rey de los Cielos; bien merecéis mi gratitud y la del infierno todo, pues con triunfador empeño habéis erigido este monumento triunfal cabe las puertas del mismo cielo, y hecho mía vuestra gloriosa empresa. Habéis convertido el cielo y este mundo en un solo imperio, en un imperio y un continente de fácil comunicación; y así, mientras que a través de las tinieblas y a favor del nuevo camino que habéis abierto, descendiendo a dar cuenta a los campeones que siguen mis banderas de todos estos triunfos y a celebrarlos en su compañía, cruzad vosotros esos innumerables orbes, vuestros ya todos, y encaminaos al Paraíso. Fijad en él vuestra mansión, vuestro venturoso reino; ejerced vuestro dominio sobre la tierra, sobre los aires, y especialmente sobre el Hombre, único señor de tan vasto imperio. Hacedlo desde luego vuestro esclavo, hasta que por fin acabéis con su existencia. Yo delego en vosotros mis poderes, y os nombro mis representantes en la tierra con toda la autoridad que de mí procede. De vuestras fuerzas ahora unidas depende la conservación de este nuevo imperio, que gracias a mí, el Pecado entrega a la muerte. Si juntos lográis vencer, ningún detrimento en su bien tendrá ya que temer el infierno. Id, pues, y desplegad todo vuestro poder.»

Despidiólos así; y ellos, atravesando velozmente la región de los astros, fueron por todas partes derramando su veneno. Emponzoñadas las estrellas, perdieron su lucidez, y hasta los planetas se vieron totalmente eclipsados. Satán, que tomó otro rumbo, se dirigió por la nueva vía a las puertas del infierno. Gemía el Caos sintiéndose aprisionado y hendido por uno y otro lado, y al rebotar de sus olas, golpeaba la maciza fábrica en la que no hacían mella alguna sus furores. Entró en su retiro el príncipe de las tinieblas, hallando las puertas de par en par, sin nadie que las guardase, y todo en la más tétrica soledad, porque los que estaban allí para custodiarlas, abandonando su puesto, habían levantado su vuelo a la más alta esfera, y los demás retirándose al interior, al abrigo de los muros del Pandemonio, ciudad y magnífica residencia de Lucifer, que así se llamaba aludiendo a la brillante estrella comparable con Satanás. Vigilaban allí en continua guardia las legiones, mientras los próceres celebraban un consejo ansioso de saber qué causa podría diferir el regreso de su soberano; por lo demás, observaban fielmente las órdenes que al partir les había dictado. A tal manera que el Tártaro se retira de Astracán a sus nevadas llanuras, huyendo de los rusos, sus enemigos, o que el Sofi bactriano retrocede ante la enseña de la turquesa media luna, llevando la devastación hasta más allá del reino de Aladule y se refugia en la ciudad de Tauris o en la del Casbín; veíanse las huestes recién lanzadas del cielo dejar desiertas las inmensas regiones que forman los límites infernales, y acogerse con cuidadosa vigilancia a los muros de su metrópoli, aguardando de hora en hora a su aventurero caudillo, que había partido en busca de ignorados mundos. Llegó; atravesó por en medio de ellas sin darse a conocer, bajo la apariencia de un ángel de ínfimo orden entre la milicia plebeya, y penetrando invisible en el regio salón plutónico, ocupó su elevado trono, suntuosamente erigido en el extremo opuesto bajo un dosel de riquísimo brocado. Sentóse un instante; dirigió en torno una mirada, todavía encubierto, hasta que de repente, como saliendo de una nube, apareció su fúlgido semblante, con todo el brillo de una estrella, o más esplendoroso aún, y rodeado de aquella gloriosa aureola, pero sólo aparente, que le era permitido ostentar después de su caída. Admirados de tan súbito fulgor los moradores de la Estigia, vuelven los rostros y descubren su anhelado caudillo, que estaba ya entre ellos; con lo que prorrumpieron en ruidosas aclamaciones. Levantáronse apresuradamente de su tenebroso estrado de próceres del consejo, y con general alegría se acercaron a felicitarlo. Impúsoles silencio con la mano, y se captó su atención diciendo:

«Tronos, Dominaciones, Principados, Virtudes y Potestades, títulos de que os declaro nuevamente en posesión, a más de que de derecho os corresponden: el feliz éxito de mi empresa ha sobrepujado a mis esperanzas. Aquí vuelvo para sacaros triunfantes de esta sentina infernal, abominable, maldita, asilo de la miseria, y prisión de nuestro tirano. Ya poseéis como señores un espacioso mundo, apenas inferior al cielo en que nacisteis, mundo que os he conquistado con mi esfuerzo, a costa de indecibles riesgos. Sería largo empeño referiros todo lo que he hecho, lo que he sufrido, los obstáculos que he hallado en mi viaje por esos inmensos abismos en que nada hay real, y en que la más horrible confusión domina. Sobre ellos han labrado el Pecado y la Muerte un ancho camino para facilitar vuestra gloriosa marcha; pero, ¡qué de penalidades me ha costado esa vía por nadie transitada aún, viéndome obligado a luchar con un insondable vacío, y sumergirme en el seno de la Noche primitiva y del fiero Caos! Celosos ambos de sus secretos, se oponían a mi extraño viaje, y con espantosos bramidos protestaban de mi audacia ante el supremo Hado. Llegué por fin a ese mundo nuevamente creado, cuya fama tanto se ha celebrado en el cielo. ¡Oh!, ¡qué fábrica tan maravillosa y tan perfecta! Allí tenía situado su paraíso el Hombre, que era feliz a consecuencia de nuestro destierro. Ya no lo es: mi astucia le ha seducido, le ha divorciado de su Creador, y lo que más debe admiraros, valiéndome para esto no más que de una manzana; de cuya ofensa en castigo (cosa es que os moverá a risa) Dios ha condenado a su querido Hombre, y juntamente con él a todo el mundo, a ser víctimas del Pecado y de la Muerte, es decir, de nosotros, que hemos adquirido este poder sin esfuerzo, ni peligro, ni contratiempo alguno. Allí vamos a trasladarnos, allí nos estableceremos, y mandaremos en el Hombre como mandaba él en todas las cosas. Verdad es que también Dios me ha condenado a mí, o más bien que a mí, a la serpiente en cuyo cuerpo me introduje para engañar al Hombre: la parte que a mí me alcanza de esa sentencia es la enemistad que ha de mediar entre mí y el género humano. Yo morderé sus plantas, y su descendencia hollará mi cabeza, aunque ignoro cuándo; pero en cambio, de la adquisición de un mundo, ¿quién teme tan leve pena ni otra más rigurosa? Ya sabéis, pues, lo que he hecho; ¿qué os resta a vosotros hacer, ¡oh dioses!, más que lanzaros a la posesión de bien tan incomparable?»

Así dio fin a su arenga, y permaneció algún tiempo inmóvil, esperando que atronasen sus oídos universales aclamaciones y aplausos estrepitosos; mas, en su lugar, sólo resonaron siniestros silbidos, lanzados por todas partes, de aquellas innumerables lenguas, que era demostración harto clara de público menosprecio. Maravillóse de esto, mas no le duró mucho el asombro, que mayor era el que de sí mismo concibió al sentir que su rostro se adelgazaba prolongándose, que los brazos se le adherían a las costillas, que sus piernas se enlazaban una a otra, hasta que faltándole el apoyo, cayó convertido en monstruosa serpiente, arrastrándose sobre su vientre, y luchando consigo en vano, porque un poder superior lo sujetaba, condenándolo a tomar la figura en que había pecado, y según la sentencia que se le había impuesto. Quiso hablar, y su arponada lengua sólo acertó a contestar con silbidos a todas las demás lenguas arponadas como la suya; que todos cual él, quedaron transformados en serpientes, dado que eran cómplices de su inicuo crimen. Horrible fue la silba que se desató por todos los ámbitos del salón; arrastrábanse por él un enjambre de monstruos, revueltos entre sí colas con cabezas, escorpiones, áspides, crueles anfisbenas, comudas cerastes, hidras temibles, élopes y dipsas, que nunca se multiplicaron muchedumbre tan grande de serpientes ni en la tierra empapada con sangre de la Gorgona, ni en las playas de la isla Ofrusa.

En medio de todos, sobresalía Satán por su magnitud de enorme dragón, más grande que el inmenso Pitón engendrado por el Sol en el cieno del valle Pitio, de suerte que aun así conservaba su superioridad sobre los demás. Todos lo siguieron atropelladamente hasta la llanura en que estaba el rebelde ejército preciso, formado en orden de batalla y con el sublime anhelo de ver llegar en son de triunfo a su glorioso adalid; y vieron en efecto, ¡qué espectáculo tan inesperado!, un tropel de asquerosísimas serpientes. El horror que al principio sintieron acabó por trocarse en no menos horrible simpatía, porque ellos también se convirtieron en aquello mismo que a su vista se presentaba, cayéndoseles de las manos armas, lanzas y broqueles, dando en tierra con sus cuerpos, prorrumpiendo en agudos silbidos, y desapareciendo bajo aquella forma de que habían sido contagiados; que a crimen igual, correspondía también igual castigo. Así, el aplauso con que contaban, se volvió atronadora silba, y el triunfo en ignominia que lanzaban sobre sí por sus propias bocas. No lejos de allí se extendía un bosque, nacido en el momento de su metamorfosis, y que el Supremo Señor había dispuesto para más agravar su pena, cuyos árboles se veían cargados de hermosos frutos, parecidos a aquellos del Paraíso, con qué el enemigo infernal había seducido a Eva. En aquella extraña novedad se fijaron sus ávidas miradas, figurándose que en vez del árbol vedado, se les ofrecían otros muchos que aumentasen sus tormentos y su vergüenza; pero devorados por una sed ardiente y por una hambre rabiosa que Dios les envió a fin de incitarlos más, no pudieron resistir, y enredándose unos en otros, se precipitaron y encaramaron a los árboles, formando madejas más enmarañadas que las de los cabellos de Megera. Abalanzáronse ansiosamente a los frutos, bellísimos a la vista, tan bellos como los que se producían a orillas del bituminoso lago en que ardió Sodoma; frutos que no engañaban el tacto, pero sí el gusto, y de que procuraron saciarse para satisfacer el hambre; mas, en vez de manjar sabroso, comían sólo amarga ceniza, que arrojaban al punto de sus contrariadas bocas entre repugnantes náuseas. Apretados del hambre y de la sed, renovaban frecuentemente su embestida, y siempre experimentaban el mismo sabor asqueroso que les desquiciaba las quijadas, llenas de hollín y ceniza, cayendo repetidas veces en el propio engaño, mientras el Hombre de quien habían triunfado, sólo una había incurrido en su error. Así permanecieron largo tiempo devorados por el hambre y atormentados por la incesante furia de los silbidos, hasta que les fue dado recobrar su perdida forma; y así quedaron condenados a sufrir todos los años, por cierto número de días, aquella misma humillación, en pena del orgullo y regocijo que habían sentido al seducir al Hombre. Ellos, sin embargo, difundieron entre los paganos una tradición, inventando la fábula de una serpiente, que llamaron Ofión, la cual, juntamente con Eurínome (quizá la dominadora Eva), se alzó en un principio con el imperio del alto Olimpo, de donde fueron ambos expulsados por Saturno y Rhea, antes que naciese Júpiter Dicteo.

Entretanto llegaba al Paraíso la infernal pareja, y ¡ojalá no hubiese llegado! El Pecado, que primero influía allí con su poder y posteriormente con su acción, ahora se establecía corporalmente para residir en él como constante habitador. Seguíalo en pos y paso a paso la Muerte, que no cabalgaba aún en su pálido caballo; a la cual se dirigió el Pecado diciendo:

«Segundo fruto de Satán, Muerte, que has de avasallarlo todo: ¿qué juzgas ahora de nuestro imperio? Con penosa dificultad hemos llegado a él; pero, ¿no es preferible a aquel umbral tenebroso del infierno, donde estábamos sentados, siempre vigilando, siempre ignorados y envilecidos, y tú medio extenuado de hambre?»

Y el Monstruo nacido del Pecado le respondió así: «A mí, víctima de un hambre eterna, tanto me da el Infierno, como el Cielo o el Paraíso. Allí me encontraré mejor donde más tenga que devorar; y esto, aunque tanta abundancia ofrece, paréceme sobrado pequeño para llenar este estómago y este anchuroso cuerpo.»

A lo cual repuso el incestuoso Padre: «Pues desde luego puedes alimentarte de todas estas yerbas, frutos y flores, y no perdonar ni una bestia, ni un pescado, ni un ave, que no es pasto poco apetitoso, y saciarte de cuantas cosas ha de destruir al seguir del Tiempo, hasta que apoderado yo del Hombre y de su raza, pervierta sus pensamientos, sus miradas, sus palabras y sus acciones, y le prepare para ser tu postrera y más agradable presa.»

Dicho esto, se separaron, tomando cada cual diverso camino, ambos con el propósito de destruir y hacer perecedero todo lo criado, y de disponerlo a la devastación que tarde o temprano había de verificarse: viendo lo cual, el Omnipotente, desde el sublime trono que ocupa rodeado de sus Santos, habló así a todas aquellas esplendorosas jerarquías:

«Ved con qué rabia se apresuran esos monstruos del infierno a perturbar y destruir ese nuevo mundo que yo he creado tan bello y tan perfecto; y que se mantendría en el mismo estado si la insensatez del Hombre no hubiera dado entrada en él a esas destructoras furias que me califican de demente; y esto suponen el príncipe del Infierno y sus secuaces, porque cuando les concedo tan llano acceso a ese lugar celestial y consiento que se enseñoreen de él, piensan que condesciendo con las miras de tan menguados enemigos, y se lisonjean de que mi pasión me ciega en términos de abandonarlo todo y entregar el universo a su desconcierto. No conocen esos abortos del infierno que me he valido de ellos y los mantengo esclavizados allí, para que absorban toda la escoria e inmundicia con que la impura desobediencia del Hombre ha manchado lo que tan inmaculado era en su origen, hasta que rebosando y ahítos de ese letal veneno, llegue un día en que victorioso brazo, dulcísimo Hijo mío, hunda para siempre en el Caos al Pecado y a la Muerte con su voraz sepulcro, y quede cerrada la boca del infierno, y sus mandíbulas ociosas. Regenerados entonces el cielo y la tierra, se purificarán para santificar lo que no podría ya mancillarse nunca; pero entretanto la maldición que he pronunciado tiene que cumplirse.»

Dijo; y resonando como las olas del mar, prorrumpieron los celestiales coros en cánticos de «aleluya»; y entre innumerables himnos repetían: «Justos son tus designios, justos tus decretos en cuanto obras. ¿Quién puede destruirte?» Y celebraban después al Hijo Redentor del género humano, por quien los siglos verán nacer o descender de los cielos un nuevo cielo, una nueva tierra.

Esto cantaban; y el Creador llamó por su nombre a sus principales ángeles, y les encargó de diferentes ministerios, conforme la actual sazón de las cosas lo requería. El primero fue el Sol, a quien prescribió que alterase su movimiento y enviase su luz a la tierra haciendo que alternasen en ella el calor y el frío, hasta el punto de ser casi intolerables ambos; que llevase del Norte al decrépito invierno, y del Mediodía los rigores del abrasado solsticio. A la pálida luna le ordenaron también su curso: a los otros cinco planetas su movimiento y sus varios aspectos, el sextil, el cuadrado, el trino y el opuesto, todos ellos tan nocivos y tan funestos en su conjunción; enseñando a las estrellas fijas a ejercer asimismo su maligna influencia y suscitar tempestades, ya al ascender cuando el sol, ya al declinar con él. A los vientos señalaron sus lugares respectivos. Y cuando enfurecidos debían introducir la confusión en el aire, en el mar y a lo largo de sus playas; al trueno, en fin, el tiempo en que había de aterrar los tenebrosos palacios aéreos con su horrido estampido.

Dicen algunos que el Señor mandó a los ángeles apartar más de dos veces diez grados los polos de la tierra del eje del Sol, y que no sin gran trabajo pudieron poner oblicuo aquel globo central. Otros pretenden que se ordenó al Sol llevar sus riendas a igual distancia de la línea equinoccial por uno y otro lado, pasando por el Tauro, las siete Hermanas Atlánticas y los Gemelos de Esparta, subiendo hasta el trópico de Cáncer, y bajando después por Leo, Virgo y Libra hasta Capricornio, para proporcionar en su curso a cada clima, la variedad de las estaciones. De esta suerte, ornada la tierra de flores inmarcesibles, hubiera gozado de una perpetua primavera, y de igual duración en los días y en las noches, excepto en los puntos situados más allá de los círculos polares, donde hubiera brillado el día sin noche alguna, mientras que el Sol, para resarcirlos de su alejamiento, girando visible siempre a sus ojos en torno del horizonte, no les hubiera dejado conocer el Oriente ni el Ocaso, ni se hubieran visto envueltos en nieve el yerto Estotiland y los países australes que se extienden más allá del de Magallanes.

Al presenciar la desobediencia de nuestros primeros padres, el Sol retrocedió en su curso como en el festín de Atreo: ¿quién sabe si antes de su pecado se hubiera visto la tierra expuesta, cual hoy, al penetrante frío y a los rigurosísimos calores? Estas vicisitudes de los cielos produjeron, aunque lentamente, iguales efectos en los mares y en la tierra, la influencia de los astros esparció por todas partes vapores, nieblas, ardientes emanaciones, corruptas y pestilenciales; desde el norte de Norumbeca y las playas de Samoyeda, rompiendo sus prisiones de bronce, y lanzándose armados dé hielo, nieve y granizo, de huracanes y torbellinos, los furiosos Bóreas y Cecias, Argeste y Tracias, arrasan las selvas y trastornan los mares; saliendo de Sierra Leona con encontrado ímpetu el Africo y el Noto, impelen las negras nubes preñadas de truenos; y a través de ellos, no menos airados, se precipitan de levante a occidente, el Euro y el Céfiro con sus fragorosos colaterales el Siroco y el Libequio. Empezó pues la desolación por las cosas inanimadas. La discordia, hija del Pecado, fue la primera que introdujo la muerte entre los irracionales por medio de una feroz antipatía, y se encendió la guerra entre bruto y bruto, entre ave y ave, entre pescado y pescado, devorándose unos a otros, olvidados de su pasto, y perdido el temor al Hombre, de quien huían, o a quien con gesto amenazador veían pasar, clavando en él aviesas miradas.

Así tuvieron exteriormente principio nuestros males, que Adán pudo ya presenciar en parte, aunque acongojado por la mano, se ocultó en la más retirada oscuridad; pero otros mayores sentía dentro de sí; y en la lucha que traía con sus pasiones, procuraba desahogarse, exclamando:

«¡Qué desventura la mía después de tanta felicidad! Este fin ha tenido para mi ese nuevo y glorioso mundo. ¡Y yo, que era la gloria de su gloria, y que gozaba de tal bienaventuranza, ahora me veo maldito! ¡Que tenga que huir de la presencia de Dios, cuando su vista era en otro tiempo mi mayor delicia! Y, ¡si al menos fuera éste él término de mis males! Merecidos los tengo, y justo es que pague lo que merezco; pero no sucederá así, que cuanto coma, cuanto beba, cuanto proceda de mí, sólo servirá para perpetuar mi maldición. ¡Oh! Aquellas palabras que antes tanto me deleitaban, aquel «creced y multiplicaos» equivaldrá para mí a una sentencia de muerte. Porque, ¿qué puedo yo multiplicar más que la maldición que llevo sobre mi cabeza? Y de los que en las futuras edades sean mis sucesores, ¿quién al considerar los males que de mí heredan, no execrará mi memoria? «¡Maldito seas impuro progenitor! ¡Agradecidos debemos estarte Adán!» Y sus gracias serán otras tantas imprecaciones. A la maldición, pues, que sobre mí llevo, deberán agregarse las que por una violenta reacción me alcancen, que hallarán en mí su centro, y aunque estén en su esfera, me abrumarán con su pesadumbre. ¡Oh malogradas dulzuras del Paraíso! ¡Cuán caras me costáis adquiridas a precio de tantos males!

«Pero después de todo, ¿te exigí yo, Creador Omnipotente, que me convirtieses de tierra en Hombre? ¿Te solicité para que me sacases de las tinieblas, o para que me colocases en este jardín delicioso? Pues si mi voluntad no tuvo parte en mi existencia, lo justo y equitativo sería que me restituyeses a la nada, mayormente cuando mi deseo es resignar y devolver todo lo que he recibido, y cuando es tal mi incapacidad para cumplir con las duras condiciones que se me han impuesto a fin de conservar un bien que no he pretendido. ¿No es suficiente pena la pérdida de este bien? ¿Por qué has de añadir el sentimiento de una desventura eterna? Es, pues, inexplicable tu justicia, aunque a decir verdad, demasiado tarde para prorrumpir en estas quejas. Hubiera debido rehusar tales condiciones, en el momento en que se me propusieron; pero ¡desdichado!, si las aceptaste, ¿cómo quieres gozar del bien y cuestionar sobre ellas? Dices que Dios te ha creado sin tu consentimiento, y si un hijo desobediente, a quien tú reconvinieses te replicara: «Y, ¿por qué me has dado la existencia cuando yo no te la pedía?» ¿aceptarías tú el menosprecio que hacía de ti y su insolente disculpa? No fue ciertamente creado por tu elección, sino por una necesidad de la naturaleza. Dios te creó por su voluntad y con el fin de que le sirvieses; la recompensa que te otorgaba era una pura gracia; tu castigo el que a su justicia plugo imponerte. Pues bien sometido estoy; su sentencia es equitativa. Polvo soy, y en polvo he de convertirme. ¡Oh felicidad, cuando quiera que acontezca! Mas, ¿por qué esta dilación en ejecutar la pena el mismo día que se ha dictado? ¿Por qué he de sobrevivirme? ¿Por qué ha de burlarse de mí amenazándome con la muerte, y reservandome un castigo perpetuo? ¡Con qué placer cumpliría yo mi sentencia de muerte y me trocaría en tierra insensible, descansando en ella como en el seno de mi madre! Hallaría allí mi reposo, y dormiría tranquilo; no atronaría más que mis oídos aquella tremenda voz; no abrigaría el temor de mayor desdicha, ni me atormentaría esta expectativa cruel de mi posteridad. Pero una duda me asalta aún. ¿Si será que no muera del todo, y que este puro aliento vital, este espíritu del Hombre, que Dios le ha inspirado, no llegue a perecer con el barro de su cuerpo? Y entonces ¿quién sabe si yaceré en el sepulcro o, en otro lugar no menos terrible, y si mi suerte será todavía una especie de vida. Pero, ¿cómo ha de serlo? Si lo que en mí pecó fue ese hálito vital, eso que vive y ha pecado será lo que haya de morir; pero verdaderamente el cuerpo no tiene parte en la vida ni en el pecado. Todo, pues, morirá en mí; resuélvase así esta duda, quedando tranquilo, dado que no llega a tanto el alcance humano.

«Y porque el Señor sea infinito en todo, ¿ha de serlo también en sus rigores? Aun cuando así sea, el Hombre no lo es, y por lo tanto ha de ser mortal, pues de otra suerte, ¿cómo Dios ha de hacer objeto de su cólera infinita al Hombre, cuyo fin es la muerte? ¿Ha de ser ésta inmortal? Sería una contradicción tan extraña, que no es posible, en el mismo Dios, porque argüiría, no poder, sino debilidad. Y por satisfacer su ira, al castigar al Hombre, ¿había de llevar lo finito hasta lo infinito, pretendiendo saciar un rigor que nunca se saciaría? Valdría esto tanto como hacer extensiva su sentencia hasta más allá del polvo, de la nada y de las leyes de la Naturaleza, la cual mide las causas por la energía de la acción que imprimen, no por el círculo de su propia esfera. Mas si la muerte no acabase de un golpe con todo lo que es sentir, como suponía yo, y fuese desde ahora para siempre un mal interminable, mal que empiezo a experimentar en mí, fuera de mí, y por toda una eternidad... ¡oh desdichado! Vuelve a espantarme este temor, y de nuevo combate con tempestuosos vértigos mi indefensa fantasía. Sí; la muerte y yo somos incorpóreos: no sólo a mí, sino a toda mi posteridad alcanza la maldición. ¡Envidiable patrimonio os lego, hijos míos! ¡Oh! ¡Si me fuese dado consumirlo todo, y no dejaros la menor parte! ¡Cómo me bendeciríais por esta pérdida en vez de maldecirme! ¿Acaso el Hombre no lo es, y por lo tanto ha de condenarse a todo el género humano, siendo inocente, por la falta de un solo hombre? ¡Inocente! ¿Lo es, cuando de mi nada puede salir que no sea corrupción, y espíritu y voluntad tan depravados, que no solamente estén dispuestos a hacer, sino a desear lo que yo he hecho? ¿Qué descargo han de ofrecer cuando comparezcan ante el Señor? Después de todo, yo no puedo menos de absolverlos; todo este laberinto de vanos subterfugios y razonamientos en que me pierdo, me trae otra vez a mi convicción. El primero y el último a quien debe acriminarse, soy yo, sólo yo, raíz y origen de toda corrupción, y sobre mí debe recaer todo el castigo. ¡Ojalá que así sea! ¡Insensato anhelo! ¿Podrías tú soportar esta carga más pesada que la tierra, más pesada que el mundo todo, aun cuando te ayudase a sobrellevarla aquella Mujer infame? De suerte que lo que deseas y lo que temes te da el mismo resultado; viene a destruir todas tus esperanzas de consuelo, y a demostrarte que eres un miserable sin ejemplo en lo pasado ni en lo futuro, comparable sólo a Satán en el crimen y en el castigo. ¡Oh conciencia! ¡En qué abismo de sobresaltos y horrores me has sumergido! No encuentro camino alguno que me ponga a salvo, y de un precipicio doy en otro más insondable.»

De este modo se lamentaba Adán consigo mismo en medio de la soledad de la noche. No era ya ésta, como antes de la caída del Hombre, templada, agradable y serena, sino húmeda, nebulosa y encapotada, que representaba doblemente terribles los objetos a la conciencia del criminal. Tendido en tierra, en la yerta tierra, maldecía mil veces la hora en que fue criado, y mil veces también acusaba a la muerte de lenta, desde que sabía que era la consecuencia de su culpa. «Muerte, ¿por que no vienes, decía, con triplicado rigor a acabar conmigo? ¿Faltará la verdad a su promesa, y no se apresurará a ser justa la Divina Justicia? No acude la Muerte a mi llamamiento, y la Justicia Divina no acelera sus tardíos pasos, a pesar de mis súplicas y clamores. Bosques, fuentes, colinas, valles y arboledas: un eco de mi voz bastaba otro tiempo para que vuestros sombríos recintos me respondiesen. ¡De cuán diferente modo entonces resonábais!»

Al verlo tan afligido, la triste Eva, desde el sitio en que su pena la tenía postrada, se acercó a él, y procuró con dulces palabras calmar su arrebatada furia; mas Adán la rechazó con aspereza, diciendo:

«¡Apártate de mí, malvada serpiente, que este nombre es el que te conviene como cómplice suya, no menos falsa y odiosa que ella! Nada más te falta que su figura y color para descubrir tu traidora índole, para que en lo sucesivo se guarden de ti todas las criaturas, y no se dejen deslumbrar de tu celestial apariencia, que oculta la malicia del infierno. ¡Ah!, que sin ti yo hubiera seguido siendo dichoso, a no haber tu soberbia e inquieta vanidad despreciado mis consejos cuando mayor era el peligro y empeñándote en no creerme. Anhelabas ser vista del Demonio; te prometías vencerle; te engañó y se burló de ti, y yo engañado a mi vez, permitiendo que te alejaras de mi lado, creyéndote prudente, constante, experta y prevenida contra todo género de asechanzas, no conocí que tu virtud, lejos de verdadera, era aparente, y que la naturaleza te formó de una costilla corva, torcida, según veo ahora, hacia el lado siniestro mío, de que saliste. ¡Si al menos me hubiera visto privado de ella porque sobraba entre las restantes!.

«¡Oh! ¿Por qué Dios, sabio Hacedor, que pobló los altos cielos de espíritus varoniles, introdujo en la tierra este ser nuevo, este bello defecto de la naturaleza, y no llenó el mundo de hombres, como lo está el cielo de ángeles, sin necesidad de mujer alguna? ¿Por qué no halló otro medio de perpetuar la raza humana? No hubiera dado lugar a esta desventura, ni a las muchas que de ella han de originarse; que la tierra experimentará innumerables males por los artificios de la mujer, y por la íntima unión con su sexo; pues o no hallará el hombre ninguna que le convenga, sino la que más desdichas y desaciertos le ocasione, o la que desee, le pagará en ingratitudes, entregándose a otro peor que él, y si le ama, se verá contrariada por sus padres, o el logro de su mejor elección resultará tardío, y cuando quede unido con el vínculo que anhelaba, lo estará a una pérfida enemiga que sólo le proporcione aborrecimiento y mengua; de donde infinitas calamidades para la vida humana, y disturbios sin cuento, en lugar de la paz doméstica.»

Nada más dijo Adán, y se apartó de ella; pero sin mostrarse Eva ofendida bañado el rostro en lágrimas que sin cesar corrían por sus mejillas y suelto y desgreñado el cabello, postrose humilde a sus pies y abrazada a ellos, imploró perdón, exclamando:

«No así me abandones, Adán: el cielo es testigo del sincero amor y respeto que te profesa mi corazón, y de que te he ofendido involuntariamente, por efecto de mi desdicha y del engaño que padecí. Apiádate de mis ruegos; abrazada estoy a tus rodillas; no me prives de lo único que es mi vida, de tus miradas, de tu protección, de tus consejos; que en el colmo de desventura en que me veo, no cuento con otra fuerza ni con otro apoyo. Si tú me abandonas, ¿de quién he de esperar auxilio; ni dónde podré vivir? El tiempo que nos dure la vida. que quizá sean breves momentos, haya al menos paz entre nosotros. Partícipes ambos de esta común afrenta unámonos también en el odio contra el enemigo que nos ha impuesto nuestra sentencia contra esa cruel serpiente. ¡No me hagas objeto de tu aborrecimiento por una desgracia tan imprevista, cuando ya es segura mi perdición, y cuando soy más miserable que tú mismo! Los dos hemos pecado, tú sólo contra Dios, y yo contra Dios y contra ti. Volveré al lugar en que fui condenada; desde allí importunaré al cielo con mis lamentos; le rogaré que aparte de ti el castigo, y que caiga sobre mí sola, sobre mí, única causa de todos tus males, objeto único de su cólera.»

No la dejaron proseguir sus sollozos; permaneció inmóvil en su humilde actitud, hasta que el perdón que demandaba por una falta así confesada y de que estaba tan arrepentida, movió a compasión a su esposo, el cual sintió al punto inclinarse su corazón hacia lo que ha poco era su vida, su mayor delicia, y ahora estaba a sus pies sumisa y acongojada; bellísima criatura, que imploraba la indulgencia, el consejo, la ayuda del mismo a quien había desagradado. El, como quien se encuentra desarmado, no teniendo en qué emplear su cólera, la levantó y consoló con estas afectuosas palabras:

«¡Imprudente! ¡Conque otra vez, como antes, vuelves a desear que el castigo caiga sobre ti sola! ¡Ah!, ¿sufrirás el que se te imponga, puesto que no eres capaz de sobrellevar la ira que has experimentado no más que una pequeña parte, y que tan insoportable te parece hasta mi disgusto? Si mis ruegos alcanzasen a atenuar el rigor de lo que está ya decretado, yo me apresuraría a adelantarme a ti yendo a aquel lugar, y levantando cuanto me fuera posible la voz para que cayese toda la maldición sobre mi frente, para que fuese perdonada la fragilidad de tu débil sexo, que me estaba confiado y de que cuidé tan mal. Pero levanta: no disputemos más; no nos acriminemos uno a otro, que harto acriminados estamos ya. Procuremos con el auxilio de un mutuo amor y ayudándonos uno a otro, aligerar el peso de la desgracia que nos abruma. Porque el día de nuestra muerte que se nos ha anunciado, o mi previsión es falsa, o no llegará tan pronto, sino que será un mal lento, un morir prolongado, que haga mayor nuestra pena, y que trascienda a toda nuestra raza. ¡Oh, raza desventurada!»

Y Eva, para inspirarle ánimo, replicó: «Sé, Adán, por una triste experiencia, cuán ineficaces son mis palabras para contigo, y cuán destituidas las juzgas de razón. ¡Oh! ¡Y si lo acaecido poco ha, no las hubiera hecho además funestas! Sin embargo, a pesar de mi indignidad, alentada por ti, restablecida nuevamente en tu gracia y en la esperanza de recobrar tu amor, único consuelo de mi alma, que viva o muerta, no quiero ocultarte los pensamientos que la inquietud de mi ánimo me suscita, y que pueden aliviar nuestros males o darles fin. Violentos y tristes son, pero tolerables, dada la extremidad en que nos vemos, y sobre todo, están más en nuestra mano. Si tanto nos angustia la pena de nuestros descendientes, condenados a una maldición infalible, víctimas al fin de la Muerte (que en efecto, terrible es ser causa de la infelicidad ajena, de la infelicidad de nuestros propios hijos, y lanzar de nuestro propio seno a ese maldito mundo una desdichada raza, para que después de una vida de tormentos sea presa de tan repugnante monstruo), de ti depende, ya que aún no se halla en su estado de concepción, evitar que esa raza no bendecida llegue a ser engendrada. Sin hijos estás; sin hijos puedes quedarte. Así la Muerte será burlada, y habrá de saciar en nosotros dos su ansia devoradora. Pero si crees que es duro y dificultoso hablándose, mirándose, amándose, renunciar al sagrado débito del amor, a las dulzuras de los abrazos nupciales, y ahogar sin esperanza alguna el deseo, teniendo a la vista un objeto que arde en el mismo anhelo, tormento no menos irresistible que el que causa nuestros temores, entonces, para librarnos a nosotros, y librar al propio tiempo a los nuestros del mal que nos amenaza, tomemos más pronta resolución y entreguémonos a la Muerte; y si no damos con ella, hagamos en nosotros su oficio con nuestras manos. ¿A qué seguir viviendo con un temor que no promete más término que la Muerte, cuando podemos abreviar el plazo de nuestros días, y destruyéndonos, anticipar nuestra destrucción?»

Esto dijo, añadió otras palabras que indicaban bien su desesperación; y tanto había discurrido sobre la muerte, que llevaba impresa su palidez en el semblante. No así Adán, que poco convencido de su consejo, y entregado con afán a otras esperanzas, contestó a Eva:

«El menosprecio que haces de la vida y del placer parece indicar que hay en ti algo más sublime y excelente que lo que con tal indignación rechazas; pero desde el momento en que recurres a la destrucción de tu existencia, tú misma desmientes semejante indicio, porque manifiestas, no desprecio, sino angustia y pena por la pérdida de una vida y un placer que prefieres a todos los demás bienes. Engañaste si deseas la muerte como término de tus males y creyendo evadirte así de la pena a que estás condenada, porque Dios no se ha armado tan vigorosamente de su vengadora ira para que se frustre; más temería yo que esa muerte anticipada no nos preservase del castigo que nos aguarda, y que semejante obstinación empeñaste al Altísimo en perpetuar la muerte en nuestra vida. Adoptemos, pues, resolución más eficaz: yo creo acertar con ella reflexionando atentamente en aquella profecía de nuestra sentencia: «Tu raza hollará la cabeza de la serpiente»; lo cual sería bien fútil reparación, si como presumo, no aludiese a nuestro enemigo Satán, que se valió de este engaño contra nosotros. Hollar su cabeza sería en efecto nuestra mejor venganza, que sin duda malograríamos dándonos nosotros mismos la muerte, o resolviéndonos a hacer estériles nuestros días como propones; con lo que nuestro enemigo se libraría del castigo que se le ha impuesto, y nosotros sólo conseguiríamos doblar el nuestro. Renunciemos, pues, a toda violencia contra nosotros mismos, o a una infecundidad voluntaria que nos privaría de toda esperanza y no argüiría en nosotros más que rencor, orgullo, impaciencia, despecho y rebeldía contra Dios, que tan justo es imponiéndonos este yugo. Recuerda con qué benignidad y agrado nos escuchó, y cómo pronunció su sentencia sin cólera alguna, sin hacernos reconvenciones. Temíamos una disolución inmediata, y pensábamos que laamenaza y la muerte tendrían lugar en el mismo día; y ¿a qué se ha reducido? A anunciarnos, a ti, lo penoso que ha de serte llevar en tu seno y dar a luz el fruto de tus entrañas, pena que se compensará con la alegría de verte reproducida, y a mí, la maldición, que de rechazo alcanza a la tierra, de que ganaré mi sustento trabajando: ¡como si fuese esto tan gran desgracia! Mayor lo sería la ociosidad, porque al fin viviré de mi trabajo; y para que el frío y el calor se nos hiciesen más soportables, sus próvidos cuidados atendieron a nuestra necesidad sin que lo solicitásemos, y mientras nos juzgaba, se complacía de nosotros, indignos de su protección, y sus manos nos proporcionaban con qué vestirnos. Pues si le dirigimos nuestras súplicas, ¿cómo ha de cerrar el oído a ellas, ni negar su corazón a la piedad? ¿Cómo dejará de enseñarnos por qué medios hemos de evitar la inclemencia de las estaciones, la lluvia, el hielo, la nieve y el granizo? Ya el cielo con demudada faz empieza a amenazar desde esa montaña con todas estas contrariedades, y los vientos, con su soplo húmedo y destructor, arrancan el follaje de esos hermosos y copudos árboles. Esto nos obliga a procuramos mejor auxilio y algún calor más con que templar nuestros ateridos miembros; y antes que al astro del día reemplace la frialdad de la noche, veamos cómo reflejando junto sus rayos, pueden inflamar la materia seca, o cómo por el frote de dos cuerpos llega a encenderse el aire; a la manera de las nubes, que luchando entre sí hace poco, e impelidas por el aire, con su violento choque, han engendrado el rayo, y precipitándose éste con su sesga llama, ha prendido en la resinosa corteza del pino y del abeto, y esparcido en derredor un calor agradable, que puede suplir al sol. Dios nos instruirá en el uso que hemos de hacer de ese fuego, y en todo lo demás que sirva de alivio o preservativo a los males que nuestras culpas han producido; y nos enseñará a orar e implorar su gracia. Auxiliados y alentados por El, no tendremos que temer las incomodidades de la vida, hasta que nos convirtamos por fin en el polvo, última y natural morada nuestra. ¿Qué cosa podemos hacer mejor que volver al lugar en que hemos sido juzgados, postrarnos devotamente ante El, confesar con humildad nuestras culpas y pedirle perdón, regando el suelo con nuestras lágrimas, y exhalando profundos sollozos salidos de nuestros contritos corazones, en señal de sincero arrepentimiento y abnegación completa? Mitigará su rigor sin duda y dará al olvido su desagrado; ¿pues cuando más indignado y justiciero parecía, no brillaba en sus tranquilas miradas el afecto, la gracia y la compasión?»

Así habló nuestro arrepentido padre, y Eva no manifestaba menores remordimientos. Encamináronse sin más tardanza al lugar en que habían sido juzgados, y se prosternaron reverentemente en su presencia. Allí confesaron con humildad sus culpas, imploraron perdón, bañaron con sus lágrimas la tierra, y prorrumpieron en profundos sollozos con corazones contritos, en señal de sincero arrepentimiento y de la más completa sumisión.

UNDECIMA PARTE

Transmite el Hijo de Dios a su Padre las súplicas de los dos esposos, ya arrepentidos de su culpa, e intercede por ellos. Acepta Dios sus ruegos, pero declara que no pueden permanecer más tiempo en el Paraíso, y envía a Miguel con algunos querubines para que los expulsen de aquella mansión, y sobre todo, para que revele a Adán los acontecimientos futuros. Llega Miguel a la tierra. Adán muestra a Eva ciertos signos siniestros; observa la llegada de Miguel, y le sale al encuentro. Anúnciale el Angel su partida. Desconsuelo de Eva; Adán suplica y acaba por obedecer. Condúcelo el Angel a la cima de una alta colina, y en una visión le representa lo que ha de suceder hasta el Diluvio.

En esta humilde actitud permanecieron arrepentidos y orando, porque descendiendo del trono de Dios misericordioso la gracia justificante, arrancó el endurecimiento de sus corazones y puso en ellos una nueva carne regeneradora, que prorrumpía en ayes inexplicables, y que inspirada por el espíritu de la oración, se remontaba al cielo con vuelo más veloz que el de la elocuencia más sublime. No era, sin embargo, su aspecto de míseros suplicantes, ni parecía su ruego de menos interés que el de aquellos vetustos cónyuges de las antiguas fábulas, menos antiguas sin embargo, que esta historia Deucalión y la casta Pirra, cuando para reponer la anegada raza humana, se prosternaban devotos ante el santuario de Temis.

Remontáronse al cielo las súplicas de Adán y Eva, sin que los envidiosos vientos las apartaran o privaran de su camino; penetraron por las celestes puertas, como espirituales que eran; y cubriéndolas el gran intercesor con la nube de incienso que humeaba ante el altar de oro, llegaron ante el trono del Padre, donde las presentó el Hijo radiante de júbilo, dando principio a su intercesión en estos términos:

«Mira, Padre mío, los primeros frutos que en la tierra ha producido la gracia con que has animado al Hombre; los sollozos y ruegos que envueltos entre incienso te ofrezco en este incensario de oro, como sacerdote que soy tuyo; frutos cuya semilla echaste en el corazón de Adán a la par que el arrepentimiento, y de más grato sabor que los que sus manos cultivaban, que los que hubieran producido todos los árboles del Paraíso antes de quedar privado aquél de su inocencia. Presta ahora oídos a sus súplicas, y atiende, aunque mudos a sus suspiros; y pues ignora, al dirigirte su oración, de qué palabras ha de valerse, permíteme ser su intérprete, ya que soy su abogado y su víctima expiatoria. Refunde en mí sus obras buenas o malas, que mis méritos perfeccionarán las primeras, y con mi muerte redimiré las otras. Acéptame a mí, y recibe de esos desgraciados, cual si fuese mío, el anhelo de paz para la raza humana. Que por lo menos viva, reconciliado contigo el Hombre, los tristes días que le has concedido, hasta que la muerte a que está condenado, y que yo pido que se difiera, no que se revoque, lo conduzca a mejor vida, en que todos los redimidos por mí participen de esta paz y bienaventuranza, identificados conmigo, como yo lo estoy contigo.»

A quien el Padre, no velado por nube alguna, respondió sereno:

«Todas tus peticiones acepto, amado Hijo, que todas eran otros tantos decretos míos; pero permanecer más tiempo en el Paraíso, no lo consiente la ley que he impuesto a la naturaleza. Esos puros e inmortales elementos, extraños a toda combinación grosera, a toda mezcla inarmónica e impura, rechazan al Hombre manchado ahora, y se apartan de él como de materia corrompida, para que según su nueva naturaleza se procure un alimento mortal y más propio de la disolución a que lo ha traído su pecado, a consecuencia del cual se pervirtió desde luego todo, y se corrompió lo que de suyo era incorruptible. Creé al Hombre dotándole de dos dones perfectísimos, la felicidad y la inmortalidad; pero el insensato perdió la una, y la otra sólo serviría para perpetuar sus males; por lo que recurrí a la muerte. La muerte, pues viene a ser su postrer remedio, y después de una vida meritoria a fuerza de penosas tribulaciones, purificada por la fe y por los actos de la misma fe, resucitará el día de la renovación del justo a una nueva vida, elevándose triunfante al renovarse los cielos y la tierra. Convoquemos ahora el sínodo de todos los bienaventurados en los vastos términos del cielo. No quiero ocultarles mis juicios, sino que vean cómo procedo con el género humano, pues que vieron como procedí con los ángeles rebeldes; y así, aunque se conservan firmes, se afirmarán todavía más en su fidelidad.»

Calló y a la señal que hizo el Hijo al brillante ministro que esperaba sus órdenes, éste tocó su trompeta, la misma quizá que se oyó después en el Oreb cuando descendía Dios, y quizá también la misma que volverá a oírse en el juicio universal. Oyóse al punto la voz del Angel en todas las regiones, y desde sus venturosas moradas cubiertas de amaranto, desde sus fuentes y manantiales de vida, desde todos los puntos en que reposaban en un goce común, se apresuraron los hijos de la luz a acudir al supremo llamamiento; y todos ocuparon sus sedes, hasta que desde lo alto de su encumbrado trono manifestó así su soberana voluntad el Omnipotente:

«Hijos míos: el Hombre se ha hecho semejante a uno de nosotros y conocedor del bien y el mal desde que probó el fruto prohibido, pero ese conocimiento se limita al bien que ha perdido y al mal que se ha procurado. ¡Qué dichoso sería si se hubiera contentado con conocer el bien por sí mismo, y no tener del mal la menor idea! Al presente se aflige, se arrepiente y ora contrito; yo dirijo sus movimientos; pero más que estos movimientos conozco cuán variable y vano es su corazón entregado a sí mismo. Recelando, pues, que más adelante vuelva a llegar con mano aún más osada al árbol de la vida, y coma su fruto, y viva perpetuamente, o crea por lo menos que su vida ha de ser interminable, he resuelto sacarlo del Paraíso y conducirlo a lugar más a propósito, donde labre la tierra de que fue extraído.

«Miguel, tú quedas encargado de mi mandato. Elige de entre los querubines flamígeros guerreros que llevar contigo, no sea que en favor del Hombre o para asaltar la mansión que queda deshabitada, introduzca el Enemigo alguna nueva perturbación. Apresúrate, pues, y expulsa del divino Edén a los esposos pecadores; lanza a los profanos de aquel santo lugar y anúnciales a ellos y a toda su descendencia su perpetuo destierro. Mas para que puedan soportar el peso de su rigurosa sentencia, una vez que se muestran humildes y que lloran compungidos su falta, que el terror no los amilane. Si obedecen resignados tu intimación, no des lugar a que partan desconsolados; revela a Adán lo que sucederá en los tiempos futuros conforme a las advertencias que yo te inspire, y mezcla tus palabras, los consuelos de mi nueva alianza con la regenerada estirpe de la Mujer; de modo que se despidan tristes, pero tranquilos; Para defender la parte del Edén que más fácil entrada ofrece, pon por la parte de Oriente una guardia de querubines; vibre a larga distancia la llama de una espada que infunda espanto a todo el que trate de aproximarse, y cierra enteramente el paso hacia el árbol de la vida, no sea que, convertido el Paraíso en guarida de espíritus malévolos, inficionen todos aquellos árboles y vuelvan a seducir al Hombre con sus usurpados frutos.»

Apenas dejó de hablar, se preparó a descender prontamente el poderoso Angel, y con él la esplendente legión de los vigilantes querubines. Semejante a un doble Jano, cada uno tenía cuatro rostros; cada cual llevaba cubierto el cuerpo de ojos más numerosos que los de Argos, y vigilantes hasta el punto de no dejarse adormecer ni por la flauta arcadia, ni por el caramillo pastoril o la soporífera varilla de Mermes.

Despertaba al propio tiempo Leucothea para alegrar de nuevo al mundo con su sagrada luz, y embalsamaba con un fresco rocío la tierra, cuando Adán y nuestra primera madre Eva concluían sus oraciones, y hallaban en sí una fuerza que procedía del cielo. De su misma desesperación sacaban cierta esperanza, cierta tranquilidad que no alejaba, sin embargo, todos sus temores; y Adán repetía así a Eva sus benévolos consuelos:

«Eva, fácilmente admite la fe que todo el bien que disfrutamos procede del cielo; pero que de nosotros ascienda al cielo algo que prevalezca para con el espíritu de un Dios que es el colmo de toda dicha, o que baste a captarse su voluntad, no parece igualmente creíble; y con todo, esta ferviente oración, estos anhelantes suspiros que nacen de nuestro pecho, llegan hasta el trono del Señor, y desde el momento en que con mis ruegos he procurado aplacar su ofendida divinidad, y postrado ante ella he humillado mi corazón, paréceme que, propicio y afable, inclina hacia mí su oído, y hasta llego a persuadirme de que me oye con favorable disposición. Ello es que mi ánimo recobra su calma, y que acude a mi memoria aquella promesa de que tu raza hollará la cabeza de nuestro enemigo; promesa que no había vuelto a recordar en medio de mi turbación, y que ahora me infunde la esperanza de que ha pasado ya la amargura de la muerte, y de que seguiremos viviendo. Regocíjate, pues, Eva, con razón apellidada madre del género humano, madre de cuanto vive, pues que por ti vivirá el Hombre, y para el Hombre vivirá todo.»

Pero con rostro afectuoso a la vez y triste, le replicó así Eva: «No es digna de ese glorioso título una pecadora, que destinada a ser tu ayuda, se convirtió en tu asechanza: improperios, aversión y toda especie de oprobio es lo que merezco; y sin embargo, la misericordia de mi juez es infinita. Yo, que he dado la muerte a todos, vengo a ser por su gracia fuente de vida; y tú, generoso a tu vez también me juzgas digna de tan alto título, cuando yo soy únicamente de otro. Pero ya el campo nos llama al trabajo, que ahora ha de costarnos sudor después de una noche de insomnio. Mas, ¿no ves? Mira cómo la mañana, indiferente a nuestro cansancio, vuelve a emprender risueña su rosada vía. Marchemos, pues: no me apartaré más de tu lado, cualquiera que sea el sitio a que nos conduzca nuestra cotidiana faena, que ha de sernos penosa en lo sucesivo, pues ha de durar lo que dure el día;

bien, ¿qué trabajo ha de parecernos duro en medio de estos bellos pensiles? Vivamos en ellos y viviremos contentos, aunque hayamos descendido tanto de nuestro estado.»

Así discurría, a medida de sus deseos, profundamente humillada Eva; mas otra era la decisión del Hado, y la Naturaleza tardó poco en manifestarla por medio de las aves, de los brutos y del aire, porque éste eclipsó de repente el purpúreo brillo de la mañana. A su vista, el ave de Júpiter, desde lo más alto de su vuelo, cayó sobre dos pájaros de bellísima pluma a quienes perseguía, y el animal que reina en los bosques, y que por primera vez se hizo entonces cazador, bajando de una colina, se lanzó contra un ciervo y su compañera, la más hermosa pareja de aquellos montes. Huían hacia la puerta oriental del Paraíso; observábalo Adán, y siguiéndolos con sus miradas, dijo conmovido a Eva:

«¡Ay, Eva! Algún próximo contratiempo nos amenaza, cuando por medio de esos mudos indicios de la Naturaleza nos presagia el cielo sus designios o cuando menos nos da a entender que confiamos demasiado en la remisión de nuestro castigo, porque nuestra muerte se ha diferido algunos días. ¿Quién sabe lo que durarán, ni lo que hasta entonces será nuestra existencia, ni si lo más que averiguaremos es que somos polvo, que polvo volveremos a ser, y que acabaremos? ¿A qué, si no, ponernos delante de ese doble espectáculo, esa súbita persecución en el aire y en la tierra, ambas en la misma dirección y en el mismo instante? ¿Por qué esa oscuridad del lado de Oriente antes de mediar el día, y ese fulgor matutino, mas vivo que el de la aurora, que ostenta aquella nube hacia el Occidente, esparciendo destellos por el firmamento azul, y descendiendo lentamente cual si trajese una misión del cielo?»

Y no era ofuscación suya; que de aquella parte, reflejando en el Paraíso un resplandor marmóreo y posándose sobre una colina, anunciaba una aparición gloriosa, de que no hubiera dudado Adán, si el humano temor no hubiera puesto en sus ojos sombras. No aparecieron más esplendentes los ángeles cuando se mostraron a Jacob en Mahanain, viéndose cubierto el campo con las tiendas de sus fúlgidas cohortes, ni cuando en Dothán se descubrió flamígera montaña hecho un campo de fuego y amenazando al monarca sirio, que para sorprender a un solo hombre y obrando como asesino, suscitó una guerra sin proclamarla.

Señaló el príncipe de las celestes jerarquías los puestos que habían de ocupar sus brillantes potestades para apoderarse del jardín, y él se adelantó solo, buscando el sitio en que se había refugiado Adán. No se le ocultó a éste, y mientras se acercaba el supremo mensajero, dijo a su esposa: «Disponte ya, Eva, a alguna gran novedad, que quizá ha de cambiar nuestra suerte o imponernos nuevas leyes a que tendremos de someternos, porque veo a lo lejos descender de la fulminante nube que envuelve la colina un guerrero de la legión celeste, y según su apariencia, no de los inferiores. Será algún gran Potentado, alguno de los supremos Tronos; que tal es la majestad que lo rodea. No me inspira temor por su terrible aspecto, ni tiene la benigna dulzura de Rafael, que tanta confianza infunde, sino una presencia tan solemne como sublime; y para no ofenderlo, retírate tú; yo con la mayor reverencia le saldré al encuentro.»

Y apenas dijo esto, se le acercó el Arcángel apresuradamente, no en su figura celestial, sino ataviado como un hombre que ha de entenderse con otro hombre. Sobre sus resplandecientes armas flotaba una veste marcial de púrpura, más viva de color que la Melibea, o que la grana de Sarra con que en los tiempos de treguas se ornaban los reyes y antiguos héroes. Isis tejió sus matices; su estrellado yelmo con la visera alzada dejaba ver un rostro en las primicias de la virilidad que acaba de salir de la juventud; a un lado, como un radiante zodíaco, llevaba pendiente la espada, terrible espanto de Satanás, y en su mano empuñaba la lanza. Adán se inclinó profundamente; el Arcángel se mantuvo erguido, y con majestuosa dignidad le dio así cuenta de su mensaje:

«Adán, el supremo mandato del cielo no ha menester exordios: baste decirte que tus ruegos han sido oídos, y que la muerte a que estabas sentenciado desde el momento de tu trasgresión retrasará su golpe los largos días que te están concedidos para dar lugar a tu arrepentimiento, y a que borres tu criminal acción con tus buenas obras. Entonces tal vez, desenojado tu Señor, te redimirá enteramente de la instancia con que la muerte te reclama; pero no te es permitido morar más tiempo en el Paraíso, y yo he venido para sacarte de él y enviarte fuera del Edén a labrar la tierra de que fuiste formado, y a cuyo seno es bien que vuelvas.»

No dijo más; porque al oír Adán estas palabras, sintió sobrecogido su corazón y embargados sus sentidos por el hielo del más acerbo dolor, mas Eva, que aunque oculta, todo lo había escuchado, se denunció a sí misma, prorrumpiendo en gritos y agudos lamentos:

«¡Oh inesperado golpe, más terrible que el de la muerte! ¡Salir de este dulce Paraíso, dejar mi suelo natal y estos dichosos y umbríos vergeles, morada digna de dioses! ¡Y yo que esperaba subsistir aquí tranquila en medio de mi tristeza, hasta que llegase el día mortífero para ambos! Flores amadas que no hallaré en ningún otro clima, las primeras a quienes visitaba por la mañana, las últimas de quienes por la tarde me despedía; flores que tanto cuidaba mi cariñosa mano desde que os abríais, y a todas las cuales he dado nombre: ¿quién os enderezará hacia el Sol ahora, y os ordenará por tribus, y os regará con la ambrosía de estos puros manantiales? Y tú, por fin, nupcial gruta, que yo me complacía en embellecer con cuanto puede ser agradable a la vista y al olfato, ¿cómo me alejaré de ti para andar vagando por un mundo inferior, que comparado con éste será salvaje y sombrío? ¿Cómo vivir en un aire menos puro, acostumbrada a estos frutos inmortales?»

Al oír esto el Angel, la interrumpió dulcemente: «No así te lamentes Eva; renuncia con resignación a lo que justamente has perdido; no te apasiones con tanta vehemencia de lo que no es tuyo. Al salir de aquí no vas sola; va contigo tu esposo, a quien estás obligada a seguir, porque donde él habite será tu tierra natal.»

Entonces Adán, volviendo en sí de su repentino e inerte anonadamiento y recobrando el ánimo, dirigió a Miguel estas humildes palabras: «Espíritu celestial, bien seas uno de los Tronos, bien lleves el nombre de superior entre ellos, porque tu majestad puede ser propia de un príncipe que impera sobre otros príncipes: bondadosamente nos has comunicado tu mensaje, que a hacerlo de otro modo, no hubiéramos resistido a tan duro golpe; mas todo el dolor, todo el abatimiento y desesperación que puede resistir nuestra flaqueza, en tus palabras están cifrados al anunciarnos el destierro de esta feliz morada, que era nuestro dulce asilo, el único consuelo que a nuestras almas estaban acostumbradas. Cualquiera otro lugar nos parecerá inhospitalario y yermo; nos desconocerá a nosotros y será para nosotros desconocido. ¡Ah! Si a fuerza de incesantes ruegos lograse apiadar la voluntad de Aquel que lo puede todo, no cesaría un momento de importunarle con continuos clamores; pero pedirle lo que se opone a su absoluto decreto, sería tan inútil como querer contrarrestar con nuestro hálito la fuerza del viento, que rechaza sofocante sobre nosotros al exhalarlo. Me someto pues, a su soberano mandato: sólo me aflige la idea de que al partir de aquí, no volveré a ver su rostro, no contaré más que con su bendito auxilio. Aquí hubiera yo recorrido de uno en otro, adorándolos, todos los sitios en que se dignó consolarme con su divina presencia; y hubiera dicho a mis hijos: «En este monte se me apareció; bajo este árbol se me hizo visible; entre estos pinos oí su voz; aquí orillas de esta fuente conversé con El.» En muestra de reconocimiento, le hubiera erigido altares de césped, y hubiera acumulado lustrosas piedras de los arroyos en memoria y monumento para las futuras edades, y derramado sobre ellas el dulce perfume de odoríferas gomas, de los frutos y de las flores. Pero en ese otro ínfimo mundo, ¿dónde hallaré sus brillantes apariciones, ni siquiera señal de la huella de sus plantas? Porque, aunque yo huya de su cólera, una vez recobrada la vida, y prolongada su duración y legada a la posteridad que se me promete, no me queda otro consuelo que alcanzar a ver los destellos últimos de su gloria y adorar de lejos los más leves vestigios de sus pasos.»

«No ignoras, Adán», le replicó Miguel con afectuoso semblante, «que suyo es el cielo, suya la tierra toda, no esta roca solamente que llena con su presencia la tierra, el mar, el aire; todo cuanto vive alentado por el calor de su virtual omnipotencia. Te ha concedido el dominio de la tierra toda para que la poseas y la gobiernes, don que no debes menospreciar; y así, no creas que su presencia está reducida a los estrechos límites del Paraíso o del Edén. Este hubiera sido quizá la cabeza de tu imperio, de donde hubieran salido todas las generaciones, y adonde hubieran vuelto también de todos los confines de la tierra para ensalzarte y reverenciarte a ti, su ilustre progenitor; pero tú has perdido esta preeminencia, decayendo hasta el punto de tener que morar en el mismo suelo que tus hijos. No dudes, pues, de que tan presente como aquí, está Dios en los valles y en las llanuras, de que lo hallarás en todas partes, y de que por donde quiera te seguirán las pruebas de su presencia, y te verás circuido de su bondad y paternal amor, de su verdadera imagen y de las divinas huellas de sus pasos. Y para que puedas creer y asegurarte en esto, antes que de aquí salgas, has de saber que soy enviado para revelarte lo que en los futuros siglos te acontecerá a ti y acontecerá a tu descendencia. Prepárate a presenciar bienes y males, la pugna que se empeñará entre la divina gracia y la perversidad del hombre. Así aprenderás la verdadera resignación, y a moderar la alegría con el temor y un piadoso recogimiento, de modo que te mantengas igualmente sereno en la fortuna y en la adversidad, para que puedas arrostrar más a salvo los trances de la vida, y disponerte mejor al de la muerte cuando sobreviniere. Sube ahora conmigo a esta eminencia; deja aquí a Eva, a quien ya he tranquilizado, entregada al sueño, mientras tú, despierto, contemplas el porvenir, como en otro tiempo dormías tú también cuando ella vino a la vida.»

A cuyas palabras agradecido, contestó Adán: «Sube en buena hora, que yo te seguiré como a seguro guía por el camino que me conduzcas; sumiso estoy a la voluntad del cielo en medio de mi castigo. Opondré dócil pecho a todos los males, y me armaré para hacerme superior a todos los sufrimientos y conseguir desde luego la tranquilidad por medio del trabajo, si así puedo merecerla.»

Y ascendieron ambos a la visión divina. Era aquella montaña la más alta del Paraíso, y desde su cima se descubría claramente el hemisferio de la tierra, que se dilataba hasta donde podía alcanzar la vista. No era más elevada ni en torno se extendía más la montaña a donde por diferente causa llevó el Tentador, hallándose en el desierto, al segundo Adán, para mostrarle todos los reinos de la tierra y las grandezas de cada uno.

Desde allí pudo contemplar en su propio asiento las ciudades de antigua o reciente fama, las que eran cabeza de los más insignes imperios, desde los muros destinados a Cambalu, silla del Kan del Caita, y desde Camarcanda, orillas del Oxo y trono de Temir, hasta Pequín, donde reinan los reyes de la China. De aquí corrió su vista hasta Agra y Lahor, propias del gran Mogol, y hasta el Quersoneso Aureo, o hacia Ecbatana la de Persia, después Hispahán, o a Moscú, donde es soberano el zar de Rusia, y a Bizancio, dominada por el Sultán, que nació en el Turquestá. Pudo luego fijar sus ojos en el reino de Nego y su puerto más lejano, Erecco, y los pequeños estados marítimos de Montzaba, Quiloa, Melinde y Sofala, que algunos creen Ofir, hasta los reinos de Congo y Angola más al Mediodía; y trasladándose del río Niger al monte Atlas, los imperios de Almanzor, de Fez, de Sus, de Marruecos, de Argel y Tremecén. Y desde allí contempló a Europa, y el lugar en que Roma había de dominar al mundo. Y allá en su imaginación quizá descubrió la opulenta Méjico, imperio de Motezuma, y el de Cuzco en el Perú, espléndido trono de Atabalipa y la Guyana no despojada aún, a cuya principal ciudad llamaron El Dorado los hijos de Gerión.

Mas para disponerlo a representaciones más sublimes, Miguel levantó de los ojos de Adán el velo que había puesto sobre ellos el falso fruto de que se prometió vista más perspicaz; y luego le purificó el nervio visual con eufrasia y ruda, porque tenía mucho que ver, y le introdujo en él tres gotas de agua sacadas de la fuente de la vida. La virtud de aquellas yerbas penetró de tal manera hasta lo íntimo de la vista intelectual. que precisado Adán a cerrar los ojos, cayó enajenado, cayendo todos sus espíritus en un éxtasis; por lo que el bello Angel le asió de la mano y le hizo al punto volver en sí diciéndole:

«Adán, abre ahora los ojos, y contempla en primer lugar los efectos que tu crimen original ha producido en algunos de los que nacerán de ti; los cuales sin embargo, no han tocado jamás al árbol prohibido, ni conspirado con la serpiente, ni delinquido con tu pecado; pero, a pesar de ello, de ese mismo pecado, heredan la corrupción que ha de precipitarlos en acciones más violentas.»

Abrió los ojos Adán, y vio un campo que, labrado en parte, estaba lleno de haces de paja recién segada; el resto quedaba para pasto y rediles de los ganados. En medio, como marcando un límite, se alzaba un altar rústico, hecho de hierba, al cual llegaba de pronto un segador sudoroso, que depositaba en él las primicias de sus frutos, espigas verdes aún y tostados haces, pero revueltos, y según más a mano los había hallado. Inmediato a él se veía un pastor en actitud más humilde, cargado con los recentales más escogidos y mejores de su rebaño, y después de sacrificarlos, extendía las entrañas y la grasa sobre la leña ya preparada, rociándolas con incienso, y practicando todos los demás ritos debidos. De repente bajó del cielo un fuego propicio sobre su ofrenda, y la consumió con presta llama, esparciendo alrededor un grato aroma; pero la ofrenda del otro no se consumió, porque no era sincera; lo cual lo encendió en ira, y según estaba hablando con el pastor, le lanzó en medio del pecho una piedra que le dejó sin vida. Cayó, y cubierto de mortal palidez exhaló el alma entre torrentes de sangre. Sobrecogido con aquel espectáculo el corazón de Adán, exclamó:

«Maestro mío ¿por qué ha sucedido tan gran desdicha a ese hombre humilde que tan bien ha hecho su sacrificio? ¿Este premio reciben la piedad y una devoción tan pura?»

Y Miguel le respondió conmovido: «Esos dos son hermanos, Adán, y nacerán de ti. El injusto ha matado al justo, por envidia de que el cielo haya aceptado la ofrenda de su hermano; pero esa acción sanguinaria será vengada, y, como tan meritoria, la fe del otro no quedará sin recompensa, aunque lo ves morir aquí cubierto de polvo y sangre.»

«¡Ay!», dijo nuestro padre. «¡Por esa acción y por esa causa! ¿Conque lo que he visto es la muerte? ¡Y por este medio volveré yo a la tierra nativa!

¡Oh espectáculo terrible, que no puede contemplarse sin repugnancia y asombro, ni considerarse sin horror, ni sentirse sin espanto!»

A lo que contestó Miguel: «Ya has visto en el hombre la primera forma de la muerte; pero ¡cuán varias; son las que toma y cuántos los caminos que conducen a su hórrida caverna, y todos ellos tristes! Es sin embargo más pavorosa para los sentidos a la entrada que interiormente. Unos, como acabas de ver, morirán por un golpe violento, otros por el fuego, el agua y el hambre, y muchos por la intemperancia en los manjares y en las bebidas. Ella propagará por la tierra crueles enfermedades, que en monstruosa multitud se ofrecerán a tu vista para que comprendas cuántas miserias ha acarreado a la humanidad el liviano apetito de Eva.»

Al punto apareció a su vista una mansión triste, repugnante, sombría, parecida a un lazareto, en la cual se veían amontonados gran número de pacientes, porque allí se juntaban todas las enfermedades: el horroroso espasmo, los agudos tormentos, el agonizante desmayo del corazón, toda especie de fiebres, las convulsiones, las epilepsias, los rigurosos catarros, la piedra intestina y las úlceras, los cólicos rabiosos, el infernal frenesí, la siniestra melancolía, la lunática demencia, la lánguida atrofia, con el marasmo, la hidropesía y la peste devastadora, y las dopsias, el asma y el reuma que destroza la trabazón de los miembros. Las toses eran crueles, amarguísimos los suspiros; la desesperación corría de lecho en lecho, acosando a los enfermos, y sobre ellos blandía su dardo la muerte triunfante, pero retardando sus golpes, a pesar de que a todas horas la invocaban con afán, como el supremo bien y la última esperanza.

¿Quién, ni aun el corazón más endurecido, hubiera contemplado, con ojos enjutos espectáculo tan tremendo? A Adán no le era posible, y lloró a pesar de no haber nacido de mujer; predominó la compasión en lo más perfecto del Hombre, y por algún tiempo se entregó al llanto, aunque acudiendo a su mente, más graves pensamientos, moderó su exceso, y así que recobró la palabra, volvió a sus exclamaciones:

«¡Oh miserable especie humana! ¡A qué degradación has llegado! ¡Qué condición tan infeliz te está reservada! Más te valiera no haber nacido. ¿Por qué se nos ha impuesto? Si el que la recibe la conociese, ¿cómo había de aceptar semejante oferta y no rechazarla desde luego, prefiriendo quedar en un pacífico olvido? ¿ Es posible que siendo el Hombre imagen de Dios, y habiendo sido formado tan bueno, tan preeminente, aunque después se haya hecho criminal, tenga que pasar por sufrimientos tan terribles a la vista y al ánimo tan intolerables? ¿Por qué, conservando aún el Hombre parte de la semejanza divina, no había de estar libre de semejantes imperfecciones, preservándolo de ellas el mismo respeto que se debe a la imagen de su Creador?»

«La imagen de su Creador», replicó Miguel, «se apartó de ellos desde el momento en que se envilecieron al entregarse a sus apetitos desordenados; desde aquel punto se trocaron en la imagen de aquel a quien servían, del vicio brutal que indujo a pecar, sobre todo a Eva, y que los rebajó hasta el punto de hacerlos dignos de su castigo. Porque no es la imagen de Dios la que han afeado, sino la suya propia, y si alguien ha desvanecido esta semejanza, han sido ellos; y al convertir las saludables leyes de la pura naturaleza en horribles enfermedades, ellos se imponen un castigo justo, por no haber respetado la imagen de Dios que llevaban en sí mismos.»

«Reconozco esa justicia», dijo Adán, «y me someto a ella; pero, ¿no hay otro medio menos doloroso que estos, para llegar a la muerte y confundirnos con nuestro ordinario polvo?»

«Uno hay», respondió Miguel, «que consiste en observar la regla de «No excederse», de guardar templanza en lo que se come y bebe, procurándose el alimento preciso, no los deleites de la glotonería; con lo que pasarán multitud de atos sobre tu cabeza. Así podrás vivir hasta que, como el fruto maduro, vuelvas al seno de tu madre; y no serás arrancado violentamente, sino que te desprenderás con facilidad cuando estés sazonado para la muerte, es decir, en tu ancianidad; y entonces sobreviviendo a tu juventud y a tu robustez, se convertirá en débil y caduca y encanecerá tu belleza; y torpes ya tus sentidos, quedarán yertos para el gusto que ahora sientes en los placeres; y en lugar de ese espíritu juvenil, confiado y vivaz, se inyectará en tu sangre un humor melancólico, frío y estéril, que amenguará tu vigor y acabará por consumir todo el bálsamo de tu vida.»

A lo que repuso nuestro primer padre:

«Pues bien: no esquivaré ya la muerte; no deseo prolongar mucho la vida; dispuesto estoy, por el contrario, a dejar cuan dulce y fácilmente me sea posible esta pesada carga, que debo tener sobre mí hasta que llegue el día designado para librarme de ella; y esperaré tranquilamente mi disolución.

Y añadió Miguel: «No ames ni aborrezcas la vida, pero mientras te dure, esfuérzate en vivir bien. Si será larga o breve, el cielo ha de decirlo. Y ahora prepárate a presenciar otro espectáculo.»

Miró, y vio una espaciosa llanura llena de tiendas de varios colores: junto a unas pastaban rebaños de ganados; de otras salían voces de instrumentos que por sus acordes melodías indicaban ser órganos y arpas; y se descubría el que movía las teclas y pulsaba las cuerdas, cuya ligera mano recorría todos los sonidos desde el más bajo al más alto, produciendo resonantes fugas. En otro lado estaba un hombre trabajando en una fragua con dos pedazos de hierro y cobre que había derretido, y encontrado antes, ya porque un incendio casual abrasando algún bosque en cualquier montaña o valle; y penetrando por las venas de la tierra, hubiese arrojado el ardiente metal por la boca de una concavidad, ya porque algún torrente hubiese expelido aquellas materias de las profundidades en que se hallaban. Con sólo derramar el líquido en unos moldes que tenía ya preparados, forjó primero sus propias herramientas, y luego las que podían servir para liquidar o labrar los metales mismos.

Después de éstos, aunque no a mucha distancia, bajaron la llanura desde la cima de los altos montes en que moraban, otros hombres de diferente raza. Indicaban en su apariencia ser hombres justos, que ponían su estudio en adorar sinceramente a Dios, y en cuidarse de todo aquello que puede proporcionar a los hombres libertad y paz. Y no habían discurrido largo tiempo por la llanura cuando de pronto salen de las tiendas un tropel de mujeres bellísimas, ricamente ataviadas de joyas y galas seductoras, cantando al compás de las arpas dulces y amorosos cánticos y tejiendo vistosas danzas. Aquellos hombres que permanecían graves, las miraron, fijaron en ellas sus ojos sin temor alguno, hasta que prendidos por fin en sus halagüeñas redes, cedieron a su encanto, y cada cual eligió la que le agradaba más; y en amantes coloquios se entretuvieron, hasta que apareció, precursora del amor, la estrella de la noche; y ardiendo entonces en fuego que los devoraba, encendieron las antorchas nupciales, y mandaron que se invocase el himeneo, que por primera vez se invocó en los ritos del matrimonio; y las tiendas todas resonaron en fiestas y ruidosas músicas.

Aquellos inefables coloquios y deleitosos arrobamientos del amor y de la juventud, que no malograban un solo instante aquellos cantos y lazos de flores y dulcísimas armonías, de tal modo interesaban el corazón de Adán, de suyo inclinado al placer, irresistible propensión de la naturaleza, que exclamó así:

«Verdaderamente me has abierto los ojos, ¡oh tú el primero de los ángeles benditos! Más grata me parece esta visión, y más esperanzas de pacíficos días me ofrece, que las dos pasadas. En ellas todo era estrago y muerte y tormentos aún más terribles; en ésta la naturaleza parece realizar todos sus designios.»

«No juzgues», le advirtió Miguel, «que lo más placentero es lo mejor, por más que parezca satisfacer a la naturaleza, y menos debes juzgarlo tú, creado para fin más noble más santo y puro, y más conforme con la divinidad. Esas tiendas que tan agradables te parecen, son el albergue de la perversidad, y en ellas habitará la raza de aquel que mató a su hermano. Parecen cultivar con afán las artes que embellecen la vida de las que son raros inventores, pero se olvidan de su Creador, cuyo espíritu los ilumina, y no reconocen ninguno de sus beneficios. Nacerá de ellos, sin embargo, una generación hermosa, porque esa turba de mujeres tan bellas que acabas de ver, diosas en la apariencia, amables, alegres, encantadoras, carecen de la bondad que consiste en la honra doméstica, el principal timbre de una mujer. Destinadas y aderezadas sólo a los apetitos lascivos, servirán no más que para cantar y danzar, y lucir galas, y ejercitar la lengua, y flechar los ojos; y esa sobria raza de hombres cuyas vidas religiosas les hacían dignos del título de hijos de Dios, sacrificarán bajamente toda su virtud, toda su fama a las seducciones y sonrisas de esas bellas artes ateas. Ahora nadan en placeres; nadarán luego en un profundo abismo; y ríen, pero en breve, el mundo se convertirá para ellos en un mundo de lágrimas.»

Frustrada con esto la breve alegría de Adán: «¡Qué lástima y qué vergüenza», exclamó, que los que con tan buenos auspicios entran en la vida, tan fácilmente se aparten de su sendero tomando otros extraviados, o desfallezcan a la mitad del camino! Y lo que veo es que siempre los males del hombre tienen un mismo origen, todos provienen de la mujer.»

«Provienen» repuso el Angel, «de la afeminada flaqueza del hombre, que debería conservar más cuerdamente su dignidad, ya que ha recibido dones tan superiores. Pero vas a ser testigo de otra escena.»

Miró, y descubrió un vasto país que delante de él se dilataba, ocupado por pueblos y edificios rurales, y más lejos por ciudades populosas, con sus puertas y fuertes torres y una muchedumbre armada, en cuyos feroces semblantes se retrataba la guerra, gigantes de inmensos cuerpos y osados en sus empresas. Unos blandían sus armas, otros aguijaban a sus fogosos bridones, y así jinetes como infantes, ya diseminados, ya en orden de batalla, no desempeñaban allí un ministerio ocioso. Apostados en un camino los escogidos para este fin, acopiaban forraje y recogían gran número de hermosos bueyes y no menos hermosas vacas, que arrebataban a sus suculentos pastos, y rebaños enteros de lanudas ovejas y balantes corderillos, rico botín de todos aquellos llanos: apenas si lograban escapar con vida los pastores que pedían socorro a gritos. De repente se traba un sangriento combate: chocan entre sí y con cruel furia los escuadrones, y en el sitio mismo en que poco antes yacían los ganados, yacen multitud de cadáveres y armas destrozadas, y la tierra sangrienta se trueca en un desierto. Acampados otros, asedian una población fuerte y la hostilizan con baterías, con minas, con escalas, mientras los sitiados se defienden desde lo alto de las murallas con flechas, jabalinas, piedras y ardiente azufre: horrible mortandad y gigantescas proezas por ambos lados. Más allá los heraldos con sus cetros llaman a consejo en las puertas de la ciudad, y al punto se reúnen varios hombres de cabellos blancos y grave aspecto, mezclándose con los guerreros; hácense oír arengas elocuentes, pero suscítase de pronto una oposición facciosa, hasta que por fin se levanta un personaje de mediana edad; distinguido por su prudencia, que discurre largamente sobre el derecho y la sinrazón, la justicia, la religión, la verdad, la paz y el juicio de Dios. Vitupéranlo mozos y viejos, y hubieran puesto sus manos violentamente en él, a no bajar una nube que lo arrebató, desapareciendo a los ojos de aquella multitud. De esta suerte procedían allí la violencia, la tiranía, la luz de la fuerza, y no era dable sosiego alguno en aquella tierra.

Lloraba Adán amargamente, y volviéndose a su guía le preguntó sollozando: «¿Qué gente es ésa, ministros de la Muerte, no hombres, que así se la dan a sus semejantes, y que multiplican diez mil veces el homicidio de su hermano? Porque hermanos suyos son esos a quienes degüellan, hombres que asesinan a otros hombres. Y ese justo, que a pesar de su virtud hubiera perecido, a no haberlo salvado el cielo, ¿quién era?»

«Esos», replicó Miguel, «son los resultados de los torpes matrimonios que has visto. Desde el punto en que se unen el bien y el mal, que recíprocamente se aborrecen, la imprudencia de tal unión produce monstruosos engendros de cuerpo y alma. Tales serán esos gigantes, hombres de encumbrada fama, porque en semejantes tiempos sólo se admirará la fuerza, que se llamará valor y virtud heroica. Vencer en las batallas, subyugar naciones, volver uno cargado de los despojos de infinitas víctimas inmoladas, se considerará como el más sublime grado de la gloria humana; que todo esto se hará por la gloria del triunfo, para alcanzar el nombre de grandes conquistadores, bienhechores de la humanidad, dioses, hijos de los dioses, cuando más bien debieran llamarse destructores y plagas de la especie humana. Así se adquirirá en la tierra fama y nombradía, y el verdadero mérito se dará al olvido. Ese, que ha de ser el séptimo de tus descendientes, único justo de esa generación perversa, ya has visto que lo odiaban por eso mismo, y cuán expuesto estuvo entre tantos enemigos, porque se atrevió a ser el único virtuoso y a anunciarles la ingrata verdad de que Dios, rodeado de sus santos, vendría a juzgarlos. Pero el Señor Omnipotente lo ocultó en una nube de perfumes, y sus alados corceles le arrebataron, como has visto, y Dios lo ha recibido en su seno para que goce con él de la salvación en el reino de la bienaventuranza, exento de toda muerte; lo cual te dará a entender el premio reservado para los buenos, y el castigo que a los demás aguarda; y en prueba de ello, dirige allí tus miradas y considera bien lo que vas a ver.»

Y en efecto miró, y vio que todo había variado de aspecto. La boca de bronce de la guerra había cesado de rugir; todo a la sazón respiraba contento y júbilo, lujuria y disolución; todo era fiestas y danzas, matrimonios o prostituciones, según mejor parecía, raptos o adulterios, y por dondequiera que pasaba una mujer hermosa, arrastraba tras sí a los hombres. De las copas del deleite salían las discordias civiles. Por último llegó un venerable patriarca, y se mostró indignado con sus vicios, protestando contra su conducta. Frecuentaba sus reuniones en que sólo veía triunfos y fiestas, y les predicaba conversión y arrepentimiento, como a almas que gemían encarceladas y en breve habían de sufrir una sentencia terrible. Todo fue en vano; y cuando sintió que se acercaba la hora, renunció a sus consejos, y mudó lejos de allí sus tiendas.

En seguida, cortando altos troncos de la montaña, comenzó a construir una nave de extraordinarias dimensiones; calculó los codos que había de tener en longitud, en anchura y elevación; cubrióla en derredor de betún; abrió una puerta en uno de sus costados, la llenó de abundantes provisiones para hombres y animales, y ¡oh singular prodigio!, de cada especie de animales, aves y pequeños insectos, entraron en ella a setenas y a pares, obedeciendo al precepto que se les había impuesto, y los últimos de todos, el padre, sus tres hijos y sus cuatro mujeres; después de lo cual cerró Dios la puerta.

Al propio tiempo se levantó el viento del Mediodía y desplegando sus inmensas y negras alas, acumuló las nubes que se extendían bajo el cielo, las cuales se aumentaron con todos los vapores, con todas las húmedas y sombrías exhalaciones que inmediatamente les enviaron las montañas. Cerróse el denso firmamento como una lóbrega techumbre, y se desgajó una impetuosa lluvia, que prosiguió cayendo hasta que la tierra se ocultó a la vista. Sobrenadaba el bajel en medio de las aguas y con su enristrada proa se abría seguro paso; las olas habían sepultado ya las demás viviendas, que con todas sus pompas rodaban por el profundo abismo; el mar inundaba al mar, dejándole sin términos y sin playas, y en los palacios que tal magnificencia ostentaban antes, se guarecían y propagaban los monstruos marinos. De todo el género humano, ha poco tan numeroso, no quedaba más que lo que iba nadando en aquella frágil embarcación.

¡Qué pena sentiste entonces, Adán, al ver el fin de tu descendencia, fin tan triste, y al considerar tan completa despoblación! Tú también te hallaste sumido en otro diluvio de lágrimas y pesares, anegado y ahogado como tus hijos, hasta que blandamente sostenido por el Angel, pudiste permanecer en pie, bien que inconsolable, como un padre que llora a sus hijos, muertos todos a un tiempo ante sus ojos; tanto, que apenas te quedó fuerza para manifestar así tu dolor al Angel.

«¡Oh visiones en mal hora tenidas! Más dichoso hubiera vivido ignorante del porvenir. Hubiera yo solo participado de tantos males; que la carga diaria se lleva difícilmente. Estas penas que se reparten en varios siglos y que caen de una vez sobre mí, mi previsión las anticipa y me atormentan con la idea de lo que han de ser antes de que existan. Que ningún hombre pretenda jamás averiguar la suerte que le ha de caber a él y a sus hijos en lo futuro: adquirirá la seguridad de males que su previsión no podrá evitar, y que sólo temerlos serán para él no menos insoportables que si realmente le aconteciesen. Pero ya de esto no debo cuidarme: inútil es en el hombre esa prevención, dado que los pocos que sobrevivan perecerán al cabo, de hambrientos y acongojados, a fuerza de vagar por esos líquidos desiertos. ¡Insensato! Llegué a esperar, al ver que la violencia y la guerra desaparecían de la tierra, que todo sería ventura, y que la paz vendría a coronar a la raza humana con largos días de prosperidad; pero, ¡qué grande fue mi error! Ahora conozco que tanto como corrompe la paz, devasta la guerra. ¿Por qué ha de ser así? Explícamelo, mensajero celestial, y dime si la raza humana perecerá aquí.»

Y Miguel replicó de nuevo: «Esos que ha poco has visto tan triunfantes y tan viciosamente opulentos, son los mismos que viste al principio llevar a cabo eminentes hechos y grandes proezas, pero sin el mérito de la verdadera virtud. Los cuales después de haber vertido torrentes de sangre, trocado en ruinas las naciones que han sometido y granjeándose por tanto en el mundo fama, insignes títulos y grandes riquezas, han cifrado su bienestar en los placeres, la molicie, la ociosidad, la crápula y la concupiscencia, hasta que sus torpezas y su soberbia, de la intimidad en que con él vivían y de su pacífica situación, han extraído sus hostiles hechos. De la propia suerte, los vencidos y los esclavizados por la guerra han perdido, al tiempo que su libertad, toda virtud y el temor de Dios; y aunque con fingida piedad le imploren en el trance de las batallas, no los ayudará el Señor contra los invasores. Tibios así en su celo, procurarán en lo sucesivo vivir tranquilos, licenciosa ~y mundanalmente, poseyendo lo que les dejen gozar sus dueños, porque la tierra producirá siempre más que lo que la templanza exija. Todo, pues, degenerará, llegará a pervertirse todo; yacerán en el olvido la Justicia, la moderación, la verdad, la fe. Un solo hombre quedará exceptuando, único hijo de la luz en un siglo de tinieblas, bueno a pesar de los malos ejemplos de las seducciones, de las costumbres y de un mundo perverso; que superior al temor de los vituperios, de los sarcasmos y de las violencias, los amonestará para que se aparten de sus inicuas vías; que abrirá ante sus pasos las sendas de la rectitud, mucho más seguras y pacíficas; que les anunciará la cólera que amenaza a su impenitencia, y se apartará de ellos porque la escarnecen; Dios lo contemplará como el único justo entre los vivientes; y él, obediente a su mandato, construirá esa arca maravillosa que has visto, para librarse en ella él y su familia de un mundo condenado a universal naufragio.

«No bien, acompañado de los hombres y animales elegidos para transmitir la vida, entre y se guarezca en el arca, cuando instantáneamente se abrirán todas las cataratas del cielo, que noche y día derramarán torrentes de agua sobre la tierra; saldrán de madre las fuentes más profundas; reventará el Océano, cubriendo todas sus playas, hasta que la inundación sobrepuje a los más encumbrados montes. Este del Paraíso, impelido por la fuerza de las olas, y asaltado a la vez por los dos brazos de la corriente, perderá su asiento, y despojado de toda su pompa, arrastrados sus árboles por las aguas, se precipitará por el gran río hasta la boca del golfo, donde se detendrá convertido en isla salada y árida, refugio de focas, orcas y gaviotas de graznido desapacible. Todo lo cual te enseñará que Dios no vincula en lugar alguno la santidad, si no va con los hombres que lo frecuentan o en él habitan. Y ahora presta atención a lo que sigue.»

Miró y vio el arca nadando sobre el agua, que a la sazón iba descendiendo, porque las nubes se alejaban empujadas por el viento sutil del norte, cuyo duro soplo rizaba la líquida superficie a medida que decrecía. Un sol radiante reflejaba en las cristalinas ondas, y como tras larga sed se saciaba en ellas ansioso de su frescura; y en breve toda aquella inundación, formando un tranquilo lago, fue disminuyendo y estrechándose más y más, y se retiró por fin al profundo abismo, que había ya abierto sus diques a tiempo que el cielo cerró sus cataratas. Ya no sobrenada el arca, sino que parece afirmada en tierra, y fija en la cima de alguna alta montaña; y ya se descubrían como otras tantas rocas las cumbres de las colinas. Las rápidas corrientes sepultan rugiendo sus airadas olas en el mar, que se retira. Sale un cuervo volando del arca; tras él, un mensajero más seguro, una paloma enviada primera y segunda vez en busca de un árbol verde o de terreno donde pudiera asentar sus ligeros pies. Vuelve al segundo viaje, trayendo en el pico una rama de olivo, señal de paz; y al punto aparece seca la tierra; y baja del arca el venerable anciano con toda su familia, y levantando sus manos y sus piadosos ojos al cielo en muestra de gratitud, ve sobre su cabeza una nube de rocío, y en medio de ella un arco formado con tres brillantes fajas de varios colores, que indicaban la paz de Dios y una era de nueva alianza: con lo que el corazón de Adán, antes tan triste, se regocijó sobremanera, y expresó su júbilo en estos términos:

«¡Oh tú que puedes representar como presentes las cosas futuras, celestial maestro! Ya con este último espectáculo me reanimo, seguro como estoy de que vivirá el Hombre y de que subsistirán con sus razas todas las criaturas. Al presente me lamento menos de la destrucción de todo un mundo de hijos criminales, cuanto me regocijo de haber hallado un solo hombre tan perfecto y tan justo, que Dios se haya dignado de hacerle principio de otro mundo, y de dar su cólera al olvido. Mas dime: ¿qué significan esas fajas de color que se enarcan en el cielo, como si el ceño de Dios se hubiese ya apaciguado? ¿Sirven, como una margen florida para detener la fluctuación de esa acuátil nube, por temor de que vuelva a disolverse y anegue otra vez la tierra?»

Y le respondió el Arcángel: «Has acertado en tu conjetura, que Dios ha tenido la benevolencia de redimir sus iras, aunque tan arrepentido estaba últimamente de haber creado al Hombre capaz de depravación. Sintióse apesadumbrado cuando al declinar al mundo su mirada, vio llena la tierra toda de violencias, y que la carne corrompía sus obras. Pero excluidos aquellos impíos, tal gracia ha merecido a sus ojos un hombre justo, que se ha apiadado y no eliminará de la tierra a la raza humana. Consiente en no aniquilar ya el mundo con un nuevo diluvio, en no permitir que el mar traspase sus límites, ni la lluvia sumerja a hombres y animales. Siempre que tienda una nube sobre la tierra, desplegará su arco, y seguirán su invariable curso el día y la noche, la estación de la siembra y de la cosecha, del calor y de los blancos hielos, hasta que el fuego purifique todas las cosas nuevas, y así el cielo como la tierra, donde ha de morar el justo.»

DUODECIMA PARTE

Prosigue el Angel Miguel refiriendo lo que acontecerá después del Diluvio. Al hacer mención a Abraham, recorre sucesivamente la escala de los siglos hasta venir a explicar quién será el fruto nacido de la Mujer que se había prometido a Adán y Eva culpables ya; su encarnación, muerte, resurrección y ascensión; y el estado de la Iglesia hasta su segunda venida. Completamente satisfecho Adán y tranquilizado con aquellos anuncios y promesas, baja de la montaña con Miguel. Despierta a Eva, que había estado durmiendo todo aquel tiempo, y cuyos agradables sueños la habían predispuesto a la tranquilidad de ánimo y a la obediencia. Miguel, llevándolos de la mano, los conduce a ambos fuera del Paraíso, y fulmina su ardiente espada, mientras los querubines se colocan en sus respectivos puestos según les había ordenado.

Como el viajero que precisado a caminar de prisa interrumpe, sin embargo, su marcha al mediodía, suspendió aquí el Arcángel su narración, quedando entre el mundo destruido y el mundo restaurado, por si Adán quería además discurrir sobre lo que había oído; pero a poco, valiéndose de una sencilla transición, prosiguió de nuevo, diciendo:

«Has visto pues, el principio y el fin de un mundo; has visto renacer al Hombre de un tronco; y aún tienes más que ver, pero conozco que tu vista mortal se debilita: estos objetos divinos no pueden menos de deslumbrar y fatigar los sentidos humanos. Lo que ha de acontecer después es mejor que te lo refiera; y así oye y estáme atento.

«Mientras esta segunda generación de hombres se reduzca a corto número, y mientras en sus ánimos subsista el recuerdo de la terrible sentencia que se dictó, vivirán temerosos de Dios, procederán justa y rectamente, y se multiplicarán en breve. La tierra, cultivada por ellos, les dará colmadas cosechas de trigo, vino y aceite; sacrificarán a menudo lo más selecto de sus rebaños, el toro, el cabrito, el cordero, prodigando con afectuosa mano sus libaciones; e instituyendo fiestas sagradas, transcurrirán sus días en inocente júbilo, en paz segura, divididos en tribus y familias bajo el mando de paternal autoridad, hasta que se levante un hombre altivo y ambicioso, que enemigo de igualdad tan bella y de tal feliz estado, se arrogue un injusto dominio sobre sus hermanos y ahuyente de la tierra toda concordia, toda ley natural. Empleará sus armas, y no contra las fieras, sino contra los hombres, en guerras y hostiles asechanzas, y cuantos se nieguen a obedecer su tirano imperio; y por esto se apellidará el gran cazador, a despecho del Señor; a despecho también del cielo, pretenderá derivar del mismo su transmitida soberanía, y su nombre equivaldrá al de rebelión, aunque acuse de rebeldes a los demás.

«Acompañado o seguido de una multitud tan ambiciosa como él y no menos propensa a la tiranía, marchando desde el Edén hacia el Occidente, encontrarán una gran llanura, donde de las entrañas de la tierra, verdadera boca del infierno, brotará un betún negro e hirviente, y con él y con ladrillos labrados al intento, procurarán fabricar una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo. Esta torre tendrá Babel por nombre, no sea que diseminados alguna vez por extrañas tierras, su memoria se dé al olvido, aunque por lo demás no se cuiden de que sea buena o mala esta memoria.

«Pero Dios, que sin ser visto desciende muchas veces a visitar a los hombres, y entra en sus moradas para investigar sus obras, fijó en ellos sus miradas y bajó a aquella ciudad antes de que su torre ocultase las torres del cielo; y burlándose de ellos, puso en sus lenguas espíritus diversos, que alterando por completo su nativo idioma, lo convirtieron en un ruido disonante de palabras desconocidas. Pronto se suscitó un confuso y estrepitoso clamoreo entre los constructores; llamábanse unos a otros, pero nadie se entendía, de suerte que redoblando sus gritos enfurecidos, y creyéndose mutuamente injuriados, trabaron entre sí descomunal pelea. ¡Oh!, ¡qué de risas produjo en el cielo aquel espectáculo, con su extraño azoramiento y su horrenda vocería! Cayó así en ridículo y concluyó la soberbia fábrica, que por esta causa fue llamada «Confusión».

Viendo lo cual Adán, exclamó con paternal enojo: «¡Hijo execrable, que así aspira a avasallar a sus hermanos, apoderándose de una autoridad usurpada que no ha concedido Dios! Sólo nos ha dado dominio absoluto sobre las bestias, los peces y las aves; este derecho tenemos, debido a su bondad; pero no ha hecho al hombre señor de los demás hombres, sino que reservándose este título para sí, dejó a la humanidad libre de toda servidumbre humana. Y ese usurpador no se contenta con someter a su orgullo al hombre, porque con su torre pretende asaltar y desafiar al cielo. ¡Miserable! ¿Qué alimentos pensará transportar allá arriba para atender a su subsistencia y a la de su temerario ejercito, cuando el aire sutil que reina sobre las nubes seque sus groseras entrañas, y lo prive de respiración ya que no esté privado de sustento?»

A lo que contestó Miguel: «Con razón te indignas contra ese mal hijo que tal perturbación produce en la tranquila existencia humana, empeñándose en subyugar la libertad, hija de la razón; pero no olvides sin embargo, que desde tu culpa original la verdadera libertad se ha perdido, la libertad gemela de la recta razón, y por consiguiente partícipe con la de su mismo ser. Una vez oscurecida u olvidada en el hombre la razón, nacen en él los deseos inmoderados, las pasiones violentas que lo privan del imperio que sobre él ejercen aquéllas, y de libre que era, lo reducen a esclavitud. Por lo mismo, desde el momento en que consiente que un poder ominoso avasalle el albedrío de su razón, Dios le impone el justo castigo de someterlo exteriormente a violentos opresores, que por lo común tiranizan con no menos injusticia su libertad externa; y es bien que exista la tiranía, aunque no por eso sea el tirano disculpable. A veces las naciones decaerán de la virtud, que es la razón, de tal manera que, no la iniquidad, sino la justicia, o la maldición que sobre ellas caiga, las privará de su libertad externa y aun de la que interiormente disfruten. Testigo el hijo irrespetuoso de aquel que fabricó el arca. que a consecuencia de la afrenta con que infamó a su padre, oyó fulminar contra su viciosa raza esta maldición terrible: «Serás esclavo de los esclavos».

«Caerá, pues, este último mundo como el primero, de un mal en otro peor, hasta que cansado Dios de tantas maldades, retire su presencia de entre los hombres y aparte de ellos sus santas miradas, resuelto a abandonarlos en sus caminos de perdición, y a elegir entre todas las naciones una sola, que sea la que lo invoque, una nación que proceda del único hombre fiel, el cual mire de la parte de acá del Eúfrates, aunque haya sido criado en el seno de la idolatría.

«¿Podrás creer que esos hombres sean estúpidos, hasta el punto de abandonar al Dios vivo, aun en vida del patriarca preservado del diluvio, y de adorar las obras salidas de sus propias manos, los leños y las piedras, como si fueran dioses? Pues a pesar de esto, el Altísimo Señor se dignará, por medio de una visión, alejar a ese hombre de la casa de su padre, de entre los suyos y del culto de sus falsos dioses, enviándolo a una tierra que le mostrará; y hará que sea principio de una nación poderosa, a la cual colmará de bendiciones, de suerte que todas las demás naciones de su raza lleguen a ser igualmente benditas. Y ese hombre obedece al punto; no conoce la tierra adonde va, pero abriga una fe ciega; yo estoy viéndolo, aunque tú no puedas verlo; veo la fe con que deja sus dioses, sus amigos, su suelo natal la ciudad Ur de Caldea, pasando el vado para ir a Harán, y llevando en pos un séquito embarazoso de ganados y de sirvientes. No camina pobre, mas confía todas sus riquezas a Dios, que lo llama a una tierra desconocida; y llega a Canaán, donde descubro sus tiendas colocadas alrededor de Siquén y en la llanura próxima a Moreh; y allí se le promete para su descendencia la donación de toda aquella tierra, desde Hamath, por la parte del norte, hasta el Desierto, a la del mediodía (distingo los lugares por sus nombres, aunque estos nombres no existan ya), y desde el monte Hermón hasta el anchuroso mar occidental. A este lado Hermón; en el otro el mar. Mira en perspectiva estos puntos según los voy mencionando: en la costa el monte Carmelo; aquí la corriente del Jordán con los manantiales que la alimentan, verdadero límite hacia el Oriente; pero sus hijos se establecerán en Senir, en aquella larga cadena de colinas. Considera bien esto, que todas las naciones de la tierra serán benditas en la descendencia de ese hombre, y que en su descendencia está incluido tu gran Libertador, el destinado a hollar la cabeza de la Serpiente; lo cual en breve te será más claramente revelado.

«Este bendito patriarca, que a su tiempo tendrá el nombre de fiel Abraham, dejará un hijo, y este hijo un nieto, igual a él en fe, en sabiduría y en fama, el cual acompañado de sus doce hijos, partirá de Canaán para una tierra más adelante llamada Egipto, fertilizada y dividida por el río Nilo. Mira por dónde corre éste, y como desagua en el mar por medio de siete bocas. Invitado por el más joven de sus hijos, viene a residir en esta tierra en tiempo de carestía. Ilústrase este hijo por sus hechos, que lo elevan a ser el segundo en el imperio de los Faraones, y muere allí dejando una posteridad que muy pronto llega a ser una nación; la cual, creciendo de día en día, se hace sospechosa a uno de los reyes sucesivos, y éste procura atajar el incremento de aquella gente extraña tan numerosa, convirtiéndola de huéspedes en esclavos, y en vez de hospitalidad dando muerte a todos los hijos varones; pero por último nacen dos hermanos, llamados Moisés y Aarón, enviados por Dios para redimir a su pueblo de la esclavitud que regresan llenos de gloria y de despojos a la tierra de promisión.

«Ya antes de esto el pérfido tirano, que renegaba de su Dios y menospreciaba su mensaje, ha de verse amenazado de señales y anuncios terribles: los ríos se teñirán de sangre, aunque no lleven ninguna; invadirán su palacio las ranas, los piojos y las moscas, y lo inundarán todo, y plagarán toda aquella tierra; sus ganados morirán de morriña y peste; su cuerpo y los cuerpos de todos sus súbditos se cubrirán de úlceras y tumores. Mezclado el trueno con el granizo y el granizo con el rayo, despedazarán el cielo de Egipto, devorando la tierra por donde pasen; y lo que no devoren de yerbas, frutos o granos, quedará envuelto en una negra nube de langostas, que formando un inmenso enjambre, consumirán hasta el más pequeño resto de verdura. Veránse sumidos en tinieblas todos sus reinos; tinieblas palpables que suprimirán tres días; y finalmente, en una misma noche y de un solo golpe morirán todos los recién nacidos de Egipto. Traspasado de diez heridas el dragón del río, consentirá entonces en la partida de sus huéspedes, y con frecuencia humillará su empedernido corazón; mas como el hielo que se endurece de nuevo después de la blandura, sintiéndose poseído de mayor ira, perseguirá a los que ya había dejado libres, y elmar lo tragará con su hueste, dejando pasar a los viajeros a pie enjuto, entre dos muros cristalinos; y la vara de Moisés tendrá separadas las olas, hasta que el pueblo del Señor llegue a su segura playa.

«Tal es el milagroso poder que Dios concederá a su profeta; y Dios estará presente en su Angel, que caminará delante de ellos en una nube y en una columna de fuego, de día en la nube de noche en la columna, para guiarlos en su camino o ponerse a sus espaldas cuando los persiga el obstinado rey. Y los perseguirá, en efecto, toda una noche; pero se interpondrá la oscuridad para defenderlos hasta que se aproxime el alba; y entonces Dios, dirigiendo sus miradas a través de la columna y de la nube, confundirá a las impías legiones, y hará polvo las ruedas de sus carros, y por su mandato segunda vez tenderá Moisés su poderosa vara sobre la mar, y la mar, obediente a ella, volverá sus olas sobre los ordenados escuadrones, y dejará allí sepultados a sus guerreros. En salvo ya el pueblo escogido, camina desde la playa a Canaán, atravesando el áspero Desierto, pero no directamente por temor de que alarmados, los Canaanitas no susciten una guerra que amedrente a gente inexperta en ella, y el miedo la obligue a retroceder a Egipto, prefiriendo la vida menguada de la esclavitud; porque para los nobles como para los que no lo son, la vida más dulce es la más extraña a las armas, cuando no se acude a ellas por un impulso de desesperación.

«La permanencia en el Desierto les será además provechosa, dado que podrán fundar un gobierno, y entre sus doce elegir un gran senado que ejerza su autoridad conforme a ordenadas leyes. Descenderá Dios al monte Sinaí, cuya nebulosa cima lo recibirá temblando, y desde allí entre truenos y relámpagos y estruendoso tañido de trompetas les dictará sus leyes, unas referentes a la justicia civil, otras a los ritos religiosos de los sacrificios, anunciándoles por medio de imágenes y sombras al que está destinado a hollar la cabeza de la Serpiente y el modo con que proveerá a la salvación del género humano. Pero la voz de Dios es temerosa al oído humano, y así le pedirán que les manifieste su voluntad por boca de Moisés, poniendo término a su temor, y Dios accederá a su ruego, una vez persuadidos de que no podrán acercarse a El sin mediador, sublime oficio que desempeña Moisés ahora en figura, para introducir otro gran mediador, cuyo tiempo predecirá; y todos los profetas cantarán sucesivamente el advenimiento del gran Mesías.

«Establecidos estos ritos y estas leyes, de tal manera se mostrará Dios complaciente con los hombres dóciles a su voluntad, que se dignará de poner su tabernáculo en medio de ellos para que el Unido Santo habite entre los mortales. Al tenor de lo que ha prescrito, se, fabrica un santuario de cedro cubierto de oro, y dentro de él un arca en que se conservarán los testimonios y recuerdos de su alianza; encima se eleva el trono de la misericordia, resguardado por las alas de dos fulgentes querubines. Arden delante de este trono siete lámparas que como en un zodíaco, representan las antorchas celestiales; y sobre la tienda permanecerá de día una nube, de noche un flamígero destello, excepto los días en que las tribus estén caminando; las cuales, conducidas por el Angel del Señor, llegarán por fin a la tierra prometida a Abraham y su descendencia.

«Sería muy prolijo referirte todo lo demás, el número de batallas empeñadas, de reyes destronados, de reinos que han de conquistarse; cómo el Sol quedará inmóvil todo un día en el cielo, retrasándose el acostumbrado curso de la noche, y esto a la voz de un hombre que gritara «¡Oh Sol! Párate sobre el Gibeón, y tú, luna, en el valle de Ajalón hasta que Israel haya vencido», que así se llaman e! tercer hijo de Abraham, hijo de Isaac, nombre que se transmitirá a su posteridad vencedora de los pueblos de Canaán.»

Al llegar aquí lo interrumpió Adán diciendo:

«¡Oh mensajero del cielo, luz de mis tinieblas! ¡Qué de cosas favorables me has revelado, sobre todo en lo que concierne a Abraham y su descendencia! Por primera vez siento ahora verdaderamente abiertos mis ojos, y menos angustiado mi corazón: hasta el presente todos mis pensamientos eran vacilaciones respecto a la suerte que me estaba reservada, y no sólo a mi, sino a todo el género humano: pero ya veo el día en que serán bendecidas todas las naciones; merced que yo no merezco, por haber buscado la ciencia prohibida por medios también ilícitos. No acabo de comprender sin embargo, por qué se imponen tantas y tan diversas leyes a aquellos entre quienes se dignará Dios de residir en la tierra. Esta multitud de leyes supone igual multitud de culpas. ¿Cómo Dios puede habitar entre tales Nombres?»

Respondiole Miguel: «No dudes que entre ellos reinará el pecado que has engendrado tú. La ley se les impone únicamente para evidenciar su natural perversidad, que sin cesar está incitando al pecado a rebelarse contra aquélla; y cuando vean que dicha ley puede poner de manifiesto el pecado, y no borrarlo, excepto por débiles apariencias de expiación, como la sangre de toro o de macho cabrío, deducirán que para satisfacer la deuda del Hombre es menester sangre más preciosa, la del justo por el injusto, a fin de que en esta justicia que ha de imputárseles por la fe, puedan hallar su justificación para con Dios y la paz de su conciencia, que no bastarían a procurar todas las ceremonias de la ley, cuya parte moral no puede cumplir el Hombre, y no cumpliéndola, no puede vivir. La ley pues, parece imperfecta y únicamente dictada con el objeto de someter a los hombres en la plenitud de los tiempos a una alianza más íntima, y disciplinados ya, hacerlos pasar de las figuras aparentes a la realidad, de la carne al espíritu, de la imposición de una ley estrecha a que libremente acepten una amplia gracia, del temor servil al respeto filial, y de las obras de la ley a las obras de la fe. Así que no ser Moisés, aunque tan amado del Señor, pero sólo ministro de la ley, quien conduzca a su pueblo a Canaán, sino Josué, llamado Jesús por los gentiles, y encargado con este nombre de ser quien doblegue a la Serpiente y conduzca con toda seguridad al Hombre, completamente perdido en los desiertos del mundo, al eterno descanso del Paraíso.

«Entretanto, establecidos aquellos en el Canaán terrestre, morarán y prosperarán allí por largo tiempo; mas cuando sus pecados lleguen a perturbar el sosiego público, provocarán a Dios a que les suscite nuevos enemigos, de los cuales se verán libres luego que den muestras de arrepentimiento; y esta libertad les procurarán primero los jueces. y después los reyes. El segundo de éstos, célebre por su piedad, sus gloriosos hechos, obtendrá la irrevocable promesa de que su regio trono ha de subsistir perpetuamente: todas las profecías referirán también que del real trono de

David. nombre propio de este rey procederá un Hijo, nacido de la Mujer, el mismo que te ha predicho, predicho igualmente a Abraham, como aquel en quien tendrán su esperanza todas las naciones, predicho a los reyes y que será el postrero de éstos, porque su reino no tendrá fin.

«Pero a El ha de preceder una larga sucesión de reyes. El primero, hijo de David, famoso por sus riquezas y sabiduría, colocará en un suntuoso templo rodeado de una nube, el arca del Señor, que hasta entonces habrá andado vagando con sus tiendas. De los demás que han de seguirlo, unos se contarán en el número de los buenos, otros en el de los malos reyes. Los malos formarán más larga serie, y sus torpes idolatrías y todos sus otros crímenes añadidos a la perversidad del pueblo, de tal manera irritarán a Dios, que se apartará de ellos y abandonará su tierra, sus habitaciones, su templo, su santa arca y sus reliquias más sagradas a la befa y rapacidad de la ciudad, cuyos muros has visto entregados a la confusión, de donde le vino el nombre de Babilonia. Allí los dejará en cautiverio por espacio de sesenta años y por fin los sacará de él, recordando su misericordia y la alianza jurada a David, inalterable como los días del cielo. Vueltos de Babilonia, por disposición de los reyes sus señores, que Dios les inspirará, reedificarán ante todo la casa del mismo Dios, y vivirán algún tiempo moderada y regularmente, hasta que creciendo en opulencia y número, degeneren en facciosos. Las primeras discordias nacerán de los sacerdotes, hombres queconsagrados a los altares, deberían no pensar más que en la paz; sus rencillas llegarán hasta profanar el mismo templo, acabando por arrebatar el cetro, sin hacer caso de ninguno de los hijos de David, y por último lo perderán. Y pasar a manos de extranjeros, para que el verdadero ungido, el Mesías, nazca privado de sus derechos.

«Nace este rey, sin embargo, y una estrella hasta entonces oculta en los cielos, anuncia su venida y sirve de guía a los sabios de Oriente que lo buscan para ofrecerle incienso, mirra y oro. Un ángel, nuncio de paz, enseña el lugar de su nacimiento á unos sencillos pastores que velaban durante la noche, los cuales acuden transportados de júbilo y oyen los coros de innumerables ángeles que entonan cantos al recién nacido. Su madre es una Virgen; su padre el Altísimo Omnipotente. Subirá al trono hereditario, y se extenderá su reino a los confines más apartados de la tierra, como su gloria a todos los ámbitos de los cielos.»

Calló Miguel al notar en el semblante de Adán una alegría tan viva, que asemejándose al dolor, le hacía verter abundoso llanto y no poder proferir una palabra; mas al fin pronunció las siguientes:

«¡Oh, profeta de faustas nuevas! Has colmado mis mayores esperanzas. Claramente comprendo ahora lo que en mis más profundas meditaciones buscaba en vano: por qué el que con tanta ansia esperamos, debe llamarse fruto de la Mujer. ¡Salve Virgen Madre, que tan encumbrada estás en el amor del cielo! Sin embargo, de mi carne nacerás, y de tu vientre nacerá el Hijo de Dios Altísimo. Así se unirá Dios con el Hombre. Forzoso es que la serpiente aguarde, con mortal angustia, el quebrantamiento de su cabeza. Mas dime: ¿dónde y cuándo será el combate? ¿Qué golpe herirá la planta del vencedor?»

«No te figures», respondió Miguel, «que el combate vaya a ser un duelo, ni que se produzcan realmente las heridas en la planta o en la cabeza: el Hijo no une la humanidad a la divinidad para postrar con más fuerza a tu enemigo; ni quedará así aniquilado Satán, cuando un escarmiento más terrible, su caída del cielo, no le imposibilitó para hacerte a ti una mortal herida. El Mesías, tu Salvador, no te curará destruyendo a Satán, sino destruyendo en ti y en tu raza las obras de éste, lo cual no puede efectuarse sino perfeccionando lo que a ti te falta, la obediencia a la ley de Dios, impuesta bajo pena de muerte y padeciendo esta muerte que ha merecido tu desobediencia y la de aquellos que de ti desciendan. Sólo así puede satisfacerse la Suprema Justicia. El cumplirá exactamente la ley de Dios por obediencia y por amor, aunque sólo el amor baste al cumplimiento de esta ley. Sufrirá tu castigo exponiéndose en la carne a una vida perseguida y a una abominable muerte. Prometerá la vida a los que crean en su redención y en que por medio de la fe se les imputará su obediencia, y los méritos para salvarse, no por sus propias obras, aunque se ajusten a la ley. Vivirá en la tierra odiado, blasfemado, prendido por fuerza, juzgado y condenado a muerte, infamado, maldito, enclavado en la cruz por su propia nación, y muerto por haber dispensado la vida.

Pero en su cruz quedarán clavados tus enemigos; con El serán crucificados el castigo que se te ha impuesto, y los pecados de todo el género humano, y ningún daño experimentarán después los que confíen plenamente en su satisfacción. Así morirá, pero resucitando en breve. La muerte no tendrá sobre El poder muy duradero, pues antes de que vuelva a lucir la tercera aurora, le verán los astros de la mañana alzarse de su sepulcro, puro como la naciente luz; y entonces quedará satisfecho el rescate que redime al Hombre de la muerte, y su muerte salvará al Hombre, siempre que no menosprecie una vida así ofrecida, y que contraiga el mérito de la fe acompañada de buenas obras. Este divino acto anula tu sentencia, la muerte que hubieras debido sufrir, envuelto como estabas en el pecado, y eliminado para siempre de la vida; este acto quebrantará la cabeza de Satán y rendirá su fuerza, una vez derrotados el pecado y la muerte, sus dos principales armas, cuyo aguijón se clavará más hondamente en su cabeza que la herida que haga la muerte temporal en la planta del vencedor o de sus rescatados, porque esta muerte es como un sueño de que dulcemente se despierta para pasar a la vida de la inmortalidad.

«Después de su resurrección solo se detendrá en la tierra el tiempo preciso para aparecerse alguna vez a sus discípulos, hombres que durante su vida lo siguieron siempre; y a ellos les encargará que anuncien a las naciones lo que de El y de la salvación humana han aprendido, bautizando en agua corriente a los que crean, señal que purgándolos de la mancha del pecado para la pureza de su vida, los preparará también en espíritu, si fuere menester, para una muerte semejante a la del Redentor. Enseñarán por consiguiente a todas las naciones, porque desde aquél día predicarán la salvación no sólo a los hijos nacidos del seno de Abraham, sino a los que profesen la fe de Abraham, cualquiera que sea el lugar del mundo donde se hallen; y así en su raza serán bendecidas todas las naciones.

«En seguida ascenderá el Salvador al cielo de los cielos, llevando en pos la victoria, triunfante de sus enemigos y de los tuyos, en su ascensión sorprenderá a la Serpiente, como que es del aire, y arrastrándola encadenada por todo su imperio, la dejará por último confundida. Entrará luego en su gloria, y recobrará su trono a la derecha de Dios, magníficamente exaltado sobre todas las dignidades del cielo; desde donde, cuando ese mundo esté preparado para su disolución, volverá en toda su gloria y majestad a juzgar ä los vivos y a los muertos; juzgará a los muertos apartados de la fe, y recompensará a los fieles recibiéndolos en su bienaventuranza, y así en el cielo como en la tierra, porque toda la tierra será entonces Paraíso, lugar más bienhadado que este Edén, y días aquellos venturosísimos.»

Así habló el arcángel Miguel; y nuestro primer padre, lleno de júbilo y admiración, exclamó: «¡Oh bondad infinita, bondad inmensa, que hasta del mal haces nacer todo este bien, trocando en bienes los males, maravilla más grande que la de la creación al salir la luz de las tinieblas! Cercado me veo ahora de incertidumbres: no sé si arrepentirme del pecado en que he incurrido y a qué he dado ocasión, o si más bien regocijarme, porque de él ha resultado mayor bien, gloria más grande a Dios, a los hombres más benévola protección del cielo, y que a la cólera haya sustituido la gracia. Pero dime, si nuestro Libertador torna a los cielos, ¿qué ser, de ese escaso número de fieles, abandonados en medio de ese rebaño impío de tantos enemigos de la verdad? ¿ Quién guiará a su pueblo, quién lo defenderá? ¿No serán sus discípulos víctimas de más sañudo rigor que el que con El han empleado?»

«Seguro puedes estar», replicó el Angel, «de que así ha de suceder; pero desde el cielo enviará a los suyos un consolador, el prometido de su Padre, su espíritu, que residirá en ellos, y grabará en sus corazones la ley de la fe por medio del amor, para guiarles con toda verdad; y les infundirá amor espiritual con que puedan resistir las tentaciones de Satán y despuntar sus envenenados dardos. Nada de lo que pueda intentar el hombre contra ellos los intimidará, ni aun la misma muerte, pues recibirán en sus inferiores consuelos la compensación de todas sus crueldades. Su inquebrantable firmeza desarmará a menudo a sus más tenaces perseguidores, porque el Espíritu comunicado primero a los apóstoles, que han de predicar a las naciones el Evangelio, y después a cuantos reciban la gracia del bautismo, infundirá en aquéllos el portentoso don de hablar todas las lenguas y de renovar todos los milagros que antes de ellos hizo su Maestro; y así en cada nación persuadirán a una inmensa muchedumbre a oír embelesada las nuevas venidas del cielo; y finalmente cumplido su ministerio y terminada gloriosamente su carrera, morirán dejando escritas su historia y su doctrina.

«Pero, según lo habían predicho, en lugar de ellos, sucederán los lobos a los pastores; lobos crueles, que emplearán los sagrados misterios del cielo en saciar su vil ansia de ambición y lucro, y que corromperán con supersticiones y falsas tradiciones la verdad, que sólo se conserva en las puras palabras de la Escritura, y sólo es comprensible para el espíritu. Entonces procurarán valerse de nombres, dignidades y títulos, y unir el poder secular a estos, aunque fingiendo que únicamente aspiran al espiritual, con lo que se apropiarán el espíritu de Dios prometido y otorgado por igual a todos los creyentes. A favor de tal ficción impondrán leyes espirituales por medio del poder humano a cada conciencia; leyes que nadie hallará escritas en los libros santos, ni entre las que el Espíritu grabó tan profundamente en los corazones. ¿Qué pretenden, pues, más que violentar el espíritu de la Gracia, y esclavizar a su compañera la libertad? ¿Qué otra cosa que destruir los templos vivos edificados por la fe, por su propia fe, y no por ninguna extraña?. Porque, ¿quién puede ser infalible en la tierra, obrando contra la fe y contra la conciencia? Muchos se gloriarán de serlo, y de esta variedad nacerá una rigurosa persecución contra los perseverantes adoradores en espíritu y en verdad. El resto, que será el mayor número, creerán cumplir con la religión apelando a demostraciones exteriores y a especiosas formalidades. Hostigada por los dardos de la calumnia, huirá la verdad. y se hallará rara vez la práctica de la fe. De esta suerte el mundo llegará a ser funesto para los buenos, halagüeño para los malos, y se sentirá abrumado bajo su propia pesadumbre, hasta que luzca el día de descanso para el justo, de venganza para el malvado, que será el del advenimiento del Defensor que recientemente se te ha prometido, fruto de una Mujer, vagamente anunciado y a quien no puedes ya menos de conocer como tu Salvador y tu Soberano. Cercado de brillantes nubes, se revelará, por fin, en el cielo, partícipe de la gloria de su Padre, y vendrá a aniquilar a Satán con todo su perverso mundo; y de esta masa candente, purificada por el fuego, sacará nuevos cielos, una nueva tierra, y creará siglos interminables, fundados en la justicia, en la paz y en el amor, que darán frutos de colmado bien y perpetua felicidad.»

Terminó con estas palabras, y Adán también, añadiendo:

«¡Cuán pronto, celestial profeta, has recorrido este mundo transitorio y la serie de los tiempos hasta que lleguen a fijarse estables! Más allá todo es un abismo, todo una eternidad, cuyo fin no puede alcanzar la vista. Saldré de aquí perfectamente instruido y en paz con mis pensamientos; llevo cuanto puede contener este pequeño vaso, y mi locura fue aspirar a llenarlo más. Sé para en adelante que lo mejor es obedecer solamente a Dios; amarlo y temerlo a un tiempo; proceder cual si estuviese siempre delante de El; no desconfiar jamás de su Providencia; entregarse del todo a El, que misericordioso en todas sus obras, hace que el bien triunfe del mal, y convierte las cosas más pequeñas en las más grandes, y anonada con el impulso que se cree mas ineficaz los mayores poderes de la tierra, y toda la ciencia mundana con la más humilde sencillez. Sé que el que padece por la verdad adquiere valor bastante para lograr, el supremo triunfo, y que para el fiel, la muerte no es más que la puerta de la vida. Esto he aprendido con el ejemplo de Aquel a quien reconozco ya como mi Redentor siempre bendito.»

Y el Angel por última vez repuso: «Pues sabiendo esto has llegado a la cumbre de la sabiduría y no esperes alcanzarla mayor, aunque conocieses todas las estrellas por su nombre, y todos los poderes etéreos, y los secretos del abismo, y las obras todas de la Naturaleza, y las de Dios en el cielo, en el aire, en la tierra y en los mares; aunque disfrutases de todas las riquezas de este mundo y lo redujeses todo a tu solo imperio. Añade a tu saber acciones que sean dignas de él; añade la fe, la virtud, la paciencia y la templanza; añade el amor, que algún día será llamado caridad, y que es el alma de todo lo demás; y entonces sentirás menos abandonar este Paraíso, porque dentro de ti hallarás otro mucho más venturoso y bello.

«Pero bajemos ya de esta altura de contemplación, que ha llegado la hora precisa en que es fuerza partir de aquí, y esos vigilantes que ves colocados por mí en aquel collado, aguardan para marcharse. Flamígera espada, signo de proscripción, vibra furiosamente delante de ellos: no podemos permanecer más tiempo. Ve despierta a Eva: también la he tranquilizado a ella con agradables sueños, nuncios consoladores y predispuesto su ánimo a una sumisa resignación.

En ocasión oportuna, tú la harás partícipe de cuanto has oído, y principalmente de lo que le conviene a su fe saber, de la gran redención que su descendencia, la descendencia de la Mujer, traerá a todo el género humano para que podáis vivir, ya que serán largos vuestros días, unidos en una sola fe, bien que tristes, y no sin causa, al recordar los males pasados pero contentos, sin embargo, considerando vuestro dichoso fin.»

Dijo, y bajaron ambos de la colina; y apenas se vio al pie de ella, corrió Adán al lecho en que había dejado a Eva durmiendo, y la encontró despierta y oyó que lo recibía con estas palabras, nada melancólicas por cierto:

«Ya sé de dónde vienes y adónde has ido, porque Dios también nos asiste cuando estamos dormidos y en los sueños se aprende algo, y los que me ha sugerido han sido muy agradables y predíchome grandes bienes, apenas abrumada de pesar y con el corazón tan angustiado, cerré los ojos. Sé tú ahora mi guía: no me detendré un momento: ir contigo vale tanto como permanecer aquí; quedarme sin ti sería alejarme contra mi voluntad, porque tú eres para mi cuanto existe bajo el cielo, y contigo estaré en todos los lugares, contigo, a quien mi crimen voluntario expulsa de esta mansión. Al salir de aquí llevo, sin embargo, el consuelo que más puede tranquilizarme; que aunque por mí se ha perdido todo, y aunque no merezco favor tan grande, de mí nacerá la prometida estirpe por quien todo ha de restaurarse.»

Así habló nuestra madre Eva; Adán la escuchaba complacido, pero nada le respondió, porque a su lado estaba el Arcángel. De la otra colina, donde estaban colocados, con paso majestuoso descendían los querubines; deslizábanse al andar como fingidos meteoros, cual la niebla de la tarde, que levantándose del río, pasa rozando la superficie de los pantanos, y avanza presurosa hurtando el suelo a las pisadas del labrador, que regresa a su alquería. Levantada delante de ellos, fulguraba la espada del Señor, despidiendo airados resplandores, como un cometa, y su ardiente fuego y los vapores que exhalaba iban acalorando el templado clima del Paraíso, cual el adusto aire de la Libia. El Ángel entonces, asiendo de las manos a nuestros padres, y apresurando sus lentos pasos, los condujo directamente a la puerta oriental, y desde ella con la misma prontitud hasta el pie de' la roca, donde se extendía la llanura Inferior, y desapareció.

Volvieron ellos la vista atrás, y descubrieron toda la parte oriental del Paraíso, venturosa morada suya en otro tiempo, que ondulaba al trémulo movimiento de la fulminante espada, y agrupadas a la puerta figuras de terrible aspecto y relumbrantes armas. Como era natural, arrasáronsele en lágrimas los ojos, que se enjugaron pronto. Delante tenían todo un mundo, donde podían elegir el lugar que más les pluguiera para su reposo, y por guía la Providencia; y estrechándose uno a otro la mano, prosiguieron por en medio del Edén su solitario camino con lentos e inciertos pasos.

16. EL PRÍNCIPE (NICOLÁS MAQUIAVELO)

ÍNDICE

1. De las distintas clases de principados y de la forma en que se adquieren
2. De los principados hereditarios
3. De los principados mixtos
4. Por qué el reino de Darío, ocupado por Alejandro, no se sublevó contra los sucesores de éste, después de su muerte
5. De que modo hay que gobernar las ciudades o principados que, antes de ser ocupados, se regían por sus propias leyes
6. De los principados nuevos que se adquieren con las armas propias y el talento personal
7. De los principados nuevos que se adquieren con armas y fortuna de otros
8. De los que llegaron al principado mediante crímenes
9. Del principado civil
10. Como deben medirse las fuerzas de todos los principados
11. De los principados eclesiásticos
12. De las distintas clases de milicias y de los soldados mercenarios
13. De los soldados auxiliares, mixtos y propios
14. De los deberes de un príncipe para con la milicia
15. De aquellas cosas por las cuales los hombres y especialmente los príncipes, son alabados o censurados
16. De la prodigalidad y de la avaricia
17. De la crueldad y la clemencia; y si es mejor ser amado que temido,
18. De que modo los príncipes deben cumplir sus promesas
19. De que modo debe evitarse ser despreciado y odiado
20. Si las fortalezas, y muchas otras cosas que los príncipes
21. Como debe comportarse un príncipe para ser estimado
22. De los secretarios del príncipe
23. Como huir de los aduladores
24. Por que los príncipes de Italia perdieron sus estados
25. Del poder de la fortuna de las cosas humanas y de los medios para oponérsele
26. Exhortación a liberar a Italia de los bárbaros

Capítulo 27

Los que desean congraciarse con un príncipe suelen presentársele con aquello que reputan por más precioso entre lo que poseen, o con lo que juzgan más ha de agradarle; de ahí que se vea que muchas veces le son regalados caballos, armas, telas de oro, piedras preciosas y parecidos adornos dignos de su grandeza. Deseando, pues, presentarme ante Vuestra Magnificencia con algún testimonio de mi sometimiento, no he encontrado entre lo poco que poseo nada que me sea más caro o que tanto estime como el conocimiento de las acciones de los hombres, adquirido gracias a una larga experiencia de las cosas modernas y a un incesante estudio de las antiguas. Acciones que, luego de examinar y meditar durante mucho tiempo y con gran seriedad, he encerrado en un corto volumen, que os dirijo.

Y aunque juzgo esta obra indigna de Vuestra Magnificencia, no por eso confío menos en que sabréis aceptarla, considerando que no puedo haceros mejor regalo que poneros en condición de poder entender, en brevísimo tiempo, todo cuanto he aprendido en muchos años y a costa de tantos sinsabores y peligros. No he adornado ni hinchado esta obra con cláusulas interminables, ni con palabras ampulosas y magníficas, ni con cualesquier atractivos o adornos extrínsecos, cual muchos suelen hacer con sus cosas, porque he querido, o que nada la honre, o que sólo la variedad de la materia y la gravedad del tema la hagan grata. No quiero que se mire como presunción el que un hombre de humilde cuna se atreva a examinar y criticar el gobierno de los príncipes. Porque así como aquellos que dibujan un paisaje se colocan en el llano para apreciar mejor los montes y los lugares altos, y para apreciar mejor el llano escalan los montes, así para conocer bien la naturaleza de los pueblos hay que ser príncipe, y para conocer la de los príncipes hay que pertenecer al pueblo.

Acoja, pues, Vuestra Magnificencia este modesto obsequio con el mismo ánimo con que yo lo hago; si lo lee y medita con atención, descubrirá en él *un vivísimo deseo mío: el de que Vuestra Magnificencia llegue a la grandeza que el destino y sus virtudes le auguran. Y si Vuestra Magnificencia, desde la cúspide de su altura, vuelve alguna vez la vista hacia este llano, comprenderá cuán inmerecidamente soporto una grande y constante malignidad de la suerte.*

Capítulo Uno

DE LAS DISTINTAS CLASES DE PRINCIPADOS Y DE LA FORMA EN QUE SE ADQUIEREN

Todos los Estados, todas las dominaciones que han ejercido y ejercen soberanía sobre los hombres, han sido y son repúblicas o principados. Los principados son, o hereditarios, cuando una misma familia ha reinado en ellos largo tiempo, o nuevos. Los nuevos, o lo son del todo, como lo fue Milán bajo Francisco Sforza, o son como miembros agregados al Estado hereditario del príncipe que los adquiere, como es el reino de Nápoles para el rey de España. Los dominios así adquiridos están acostumbrados a vivir bajo un príncipe o a ser libres; y se adquieren por las armas propias o por las ajenas, por la suerte o por la virtud.

Capítulo Dos

DE LOS PRINCIPADOS HEREDITARIOS

Dejaré a un lado el discurrir sobre las repúblicas porque ya en otra ocasión lo he hecho extensamente. Me dedicaré sólo a los principados, para ir tejiendo la urdimbre de mis opiniones y establecer como pueden gobernarse y conservarse tales principados. En primer lugar, me parece que es mas fácil conservar un Estado hereditario, acostumbrado a una dinastía, que uno nuevo, ya que basta con no alterar el orden establecido por los príncipes anteriores, y contemporizar después con los cambios que puedan producirse. De tal modo que, si el príncipe es de mediana inteligencia, se mantendrá siempre en su Estado, a menos que una fuerza arrolladora lo arroje de él; y aunque así sucediese, sólo tendría que esperar, para reconquistarlo, a que el usurpador sufriera el primer tropiezo.

Tenemos en Italia, por ejemplo, al duque de Ferrara, que no resistió los asaltos de los venecianos en el 1484 ni los del papa julio en el 1510, por motivos distintos de la antigüedad de su soberanía en el dominio.

Porque el príncipe natural tiene menos razones y menor necesidad de ofender: de donde es lógico que sea más amado; y a menos que vicios excesivos le atraigan el odio, es razonable que le quieran con naturalidad los suyos. Y en la antigüedad y continuidad de la dinastía se borran los recuerdos y los motivos que la trajeron, pues un cambio deja siempre la piedra angular para la edificación de otro.

Capítulo Tres

DE LOS PRINCIPADOS MIXTOS

Pero las dificultades existen en los principados nuevos. Y si no es nuevo del todo, sino como miembro agregado a un conjunto anterior, que puede llamarse así mixto, sus incertidumbres nacen en primer lugar de una natural dificultad que se encuentra en todos los principados nuevos. Dificultad que estriba en que los hombres cambian con gusto de señor, creyendo mejorar; y esta creencia los impulsa a tomar las armas contra él; en lo cual se engañan, pues luego la experiencia les enseña que han empeorado. Esto resulta de otra necesidad natural y común que hace que el príncipe se vea obligado a ofender a sus nuevos súbditos, con tropas o con mil vejaciones que el acto de la conquista lleva consigo. De modo que tienes por enemigos a todos los que has ofendido al ocupar el principado, y no puedes conservar como amigos a los que te han ayudado a conquistarlo, porque no puedes satisfacerlos como ellos esperaban, y puesto que les estás obligado, tampoco puedes emplear medicinas fuertes contra ellos; porque siempre, aunque se descanse en ejércitos poderosísimos, se tiene necesidad de la colaboración de los «provincianos» para entrar en una provincia. Por estas razones, Luis XII, rey de Francia, ocupó rápidamente a Milán, y rápidamente lo perdió; y bastaron la primera vez para arrebatársele las mismas fuerzas de Ludovico; porque los pueblos que le habían abierto las puertas, al verse defraudados en las esperanzas que sobre el bien futuro habían abrigado no podían soportar con resignación las imposiciones del nuevo príncipe.

Bien es cierto que los territorios rebelados se pierden con más dificultad cuando se conquistan por segunda vez, porque el señor, aprovechándose de la rebelión, vacila menos en asegurar su poder castigando a los delincuentes, vigilando a los sospechosos y reforzando las partes más débiles. De modo que, si para hacer perder Milán a Francia bastó la primera vez con duque Ludovico que hiciese un poco de ruido en las fronteras, para hacérselo perder la segunda se necesitó que todo el mundo se concertase en su contra, y que sus ejércitos fuesen aniquilados y arrojados de Italia, lo cual se explica por las razones antedichas.

Desde luego, Francia perdió a Milán tanto la primera como la segunda vez. Las razones generales de la primera ya han sido discurridas; quedan ahora las de la segunda, y queda el ver los medios de que disponía o de que hubiese podido disponer alguien que se encontrara en el lugar de Luis XII para conservar la conquista mejor que él.

Estos Estados, que al adquirirse se agregan a uno más antiguo, o son de la misma provincia y de la misma lengua, o no lo son. Cuando lo son, es muy fácil conservarlos, sobre todo cuando no están acostumbrados a vivir libres; y para afianzarse en el poder, basta con haber borrado la línea del príncipe que los gobernaba, porque, por lo demás, y siempre que se respeten sus costumbres y las ventajas de que gozaban, los hombres permanecen sosegados, como se ha visto en el caso de Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía, que están unidas a Francia desde hace tanto tiempo; y aun cuando hay alguna diferencia de idioma, sus costumbres son parecidas y pueden convivir en buena armonía. Y quien los adquiera, si desea conservarlos, debe tener dos cuidados: primero que la descendencia del anterior príncipe desaparezca; después, que ni sus leyes ni sus tributos sean alterados. Y se verá que en brevísimo tiempo el principado adquirido pasa a constituir un solo y mismo cuerpo con el principado conquistador.

Pero cuando se adquieren Estados en una provincia con idioma, costumbres y organización diferentes, surgen entonces las dificultades y se hace precisa mucha suerte y mucha habilidad para conservarlos; y uno de los mejores y más eficaces remedios sería que la persona que los adquiriera fuese a vivir en ellos. Esto haría más segura y más duradera la posesión. Como ha hecho el Turco con Grecia; ya que, a despecho de todas las disposiciones tomadas para conservar aquel Estado, no habría conseguido retenerlo si no hubiese ido a establecerse allí. Porque, de esta manera, ven nacer los desórdenes y se los puede reprimir con prontitud; pero, residiendo en otra parte, se entera uno cuando ya son grandes y no tienen remedio. Además, los representantes del príncipe no pueden saquear la provincia, y los súbditos están más satisfechos porque pueden recurrir a él fácilmente y tienen más oportunidades para amarlo, si quieren ser buenos, y para temerlo, si quieren proceder de otra manera. Los extranjeros que desearan apoderarse del Estado tendrían más respeto; de modo que, habitando en él, sólo con muchísima dificultad podrá perderlo.

Otro buen remedio es mandar colonias a uno o dos lugares que sean como llaves de aquel Estado; porque es preciso hacer esto o mantener numerosa tropas. En las colonias no se gasta mucho, y con esos pocos gastos se las gobierna y conserva, y sólo se perjudica a aquellos a quienes se arrebatan los campos y las casas para darlos a los nuevos habitantes, que forman una mínima parte de aquel Estado. Y como los damnificados son pobres y andan dispersos, jamás pueden significar peligro;y en cuanto a los demás, como por una parte no tienen motivos para considerarse perjudicados, y por la otra temen incurrir en falta y exponerse a que les suceda lo que a los despojados, se quedan tranquilos. Concluyo que las colonias no cuestan, que son más fieles y entrañan menos peligro; y que los damnificados no pueden causar molestias, porque son pobres y están aislados, como ya he dicho.

Ha de notarse, pues, que a los hombres hay que conquistarlos o eliminarlos, porque si se vengan de las ofensas leves, de las graves no pueden; así que la ofensa que se haga al hombre debe ser tal, que le resulte imposible vengarse.

Si en vez de las colonias se emplea la ocupación militar, el gasto es mucho mayor, porque el mantenimiento de la guardia absorbe las rentas del Estado y la adquisición se convierte en pérdida, y, además, se perjudica e incomoda a todos con el frecuente cambio del alojamiento de las tropas. Incomodidad y perjuicio que todos sufren, y por los cuales todos se vuelven enemigos; y son enemigos que deben temerse, aun cuando permanezcan encerrados en sus casas. La ocupación militar es, pues, desde cualquier punto de vista, tan inútil como útiles son las colonias.

El príncipe que anexe una provincia de costumbres, lengua y organización distintas a las de la suya, debe también convertirse en paladín y defensor de los vecinos menos poderosos, ingeniarse para debilitar a los de mayor poderío y cuidarse de que, bajo ningún pre- texto, entre en su Estado un extranjero tan poderoso como él. Porque siempre sucede que el recién llegado se pone de parte de aquellos que, por ambición o por miedo, están descontentos de su gobierno; como ya se vio cuando los etolios llamaron a los romanos a Grecia: los invasores entraron en las demás provincias llamados por sus propios habitantes. Lo que ocurre comúnmente es que, no bien un extranjero poderoso entra en una provincia, se le adhieren todos los que sienten envidia del que es más fuerte entre ellos; de modo que el extranjero no necesita gran fatiga para ganarlos a su causa, ya que enseguida y de buena gana forman un bloque con el Estado invasor. Sólo tiene que preocuparse de que después sus aliados no adquieran demasiada fuerza y autoridad, cosa que puede hacer fácilmente con sus tropas, que abatirán a los poderosos y lo dejarán árbitro único de la provincia. El que, en lo que a esta parte se refiere, no gobierne bien perderá muy pronto lo que hubiere conquistado, y aun cuando lo conserve, tropezará con infinitas dificultades y obstáculos.

Los romanos, en las provincias de las cuales se hicieron dueños, observaron perfectamente estas reglas. Establecieron colonias, respetaron a los menos poderosos sin aumentar su poder, avasallaron a los poderosos y no permitieron adquirir influencia en el país a los extranjeros poderosos. Y quiero que me baste lo sucedido en la provincia de Grecia como ejemplo. Fueron respetados acayos y etolios, fue so- metido el reino de los macedonios, fue expulsado Antíoco, y nunca los méritos que hicieronacayos o etolios los llevaron a permitirles expansión alguna ni las palabras de Filipo los indujeron a tenerlo corno amigo sin someterlo, ni el poder de Antíoco pudo hacer que consintiesen en darle ningún Estado en la provincia. Los romanos hicieron en estos casos lo que todo príncipe prudente debe hacer, lo cual no consiste simplemente en preocuparse de los desórdenes presentes, sino también de los futuros, y de evitar los primeros a cualquier precio. Porque previniéndolos a tiempo se pueden remediar con facilidad; pero si se espera que progresen, la medicina llega a deshora, pues la enfermedad se ha vuelto incurable. Sucede lo que los médicos dicen del tísico: que al principio su mal es difícil reconocer, pero fácil de curar, mientras que, con el transcurso del tiempo, al no haber sido conocido ni atajado, se vuelve fácil de conocer, pero difícil de curar. Así pasa en las cosas del Estado: los males que nacen en él, cuando se los descubre a tiempo, lo que sólo es dado al hombre sagaz, se los cura pronto; pero ya no tienen remedio cuando, por no haberlos advertido, se los deja crecer hasta el punto de que todo el mundo los ve.

Pero como los romanos vieron con tiempo los inconvenientes, los remediaron siempre, y jamás les dejaron seguir su curso por evitar una guerra, porque sabían que una guerra no se evita, sino que se difiere para provecho ajeno. La declararon, pues, a Filipo y a Antíoco en Grecia, para no verse obligados a sostenerla en Italia; y aunque entonces podían evitarla tanto en una como en otra parte, no lo quisieron. Nunca fueron partidarios de ese consejo, que está en boca de todos los sabios de nuestra época: «hay que esperarlo todo del tiempo»; prefirieron confiar en su prudencia y en su valor, no ignorando que el tiempo puede traer cualquier cosa consigo,y que puede engendrar tanto el bien como el mal, y tanto el mal como el bien.

Pero volvamos a Francia y examinemos si se ha hecho algo de lo dicho. Hablaré, no de Carlos, sino de Luis, es decir, de aquel que, por haber dominado más tiempo en Italia, nos ha permitido apreciar mejor su conducta.

Y se verá como ha hecho lo contrario de lo que debe hacerse para conservar un estado de distinta nacionalidad.

El rey Luis fue llevado a Italia por la ambición de los venecianos, que querían, gracias a su intervención, conquistar la mitad de Lombardía. Yo no pretendo censurar la decisión por el rey, porque si tenía el propósito de empezar a introducirse en Italia, y carecía de amigos, y todas las puertas se le cerraban a causa de los desmanes del rey Carlos, no podía menos que aceptar las amistades que se le ofrecían. Y habría triunfado en su designio si no hubiera cometido error alguno en sus medidas posteriores. Conquistada, pues, la Lombardía, el rey pronto recobró para Francia la reputación que Carlos le había hecho perder. Génova cedió; los florentinos le brindaron su amistad; el marqués de Mantua, el duque de Ferrara, los Bentivoglio, la señora de Forli, los señores de Faenza de Pésaro, de Rímini, de Camerino y de Piombino, los luqueses, los pisanos y los sieneses, todos trataron de convertirse en sus amigos. Y entonces pudieron comprender los venecianos la temeridad de su ocurrencia: para apoderarse de dos ciudades de Lombardía, hicieron el rey dueño de las dos terceras partes de Italia.

Considérese ahora con qué facilidad el rey podía conservar su influencia en Italia, con tal de haber observado las reglas enunciadas y defendido a sus amigos, que, por ser numerosos y débiles, y temer unos a los venecianos y otros a la Iglesia, estaban siempre necesitados de su apoyo; y por medio de ellos contener sin dificultad a los pocos enemigos grandes que quedaban. Pero pronto obró al revés en Milán, al ayudar al papa Alejandro para que ocupase la Romaña. No advirtió de que con esta medida perdía a sus amigos y a los que se habían puesto bajo su protección, y al par que debilitaba sus propias fuerzas, engrandecía a la Iglesia, añadiendo tanto poder temporal al espiritual, que ya bastante autoridad le daba. Y cometido un primer error, hubo que seguir por el mismo camino; y para poner fin a la ambición de Alejandro e impedir que se convirtiese en señor de Toscana, se vio obligado a volver a Italia. No le bastó haber engrandecido a la Iglesia y perdido a sus amigos, sino que, para gozar tranquilo del reino de Nápoles, lo compartió con el rey de España; y donde él era antes árbitro único, puso un compañero para que los ambiciosos y descontentos de la provincia tuviesen a quien recurrir; y donde podía haber dejado a un rey tributario llamó a alguien que podía echarlo a él.

El ansia de conquista es, sin duda, un sentimiento muy natural y común, y siempre que lo hagan los que pueden, antes serán alabados que censurados; pero cuando intentan hacerlo a toda costa los que no pueden, la censura es lícita. Si Francia podía, pues, con sus fuerzas apoderarse de Nápoles, debía hacerlo; y si no podía, no debía dividirlo. Si el reparto que hizo de Lombardía con los venecianos era excusable porque le permitió entrar en Italia, lo otro, que no estaba justificado por ninguna necesidad, es reprobable. Luis cometió, pues, cinco faltas: aniquiló a los débiles, aumentó el poder de un poderoso de Italia, introdujo en ella a un extranjero más poderoso aún, no se estableció en el territorio conquistado y no fundó colonias. Y, sin embargo, estas faltas, por lo menos en vida de él, podían no haber traído consecuencias desastrosas si no hubiese cometido la sexta, la de despojar de su Estado a los venecianos. Porque, en vez de hacer fuerte a la Iglesia y de poner a España en Italia, era muy razonable y hasta necesario que los sometiese; pero cometido el error, nunca debió consentir en la ruina de los venecianos, pues poderosos como eran, habrían mantenido a los otros siempre distantes de toda acción contra Lombardía, ya porque no lo hubiesen permitido sino para ser ellos mismos los dueños, ya porque los otros no hubiesen querido arrebatársela a Francia para dársela a los venecianos, y para atacar a ambos a la vez les hubiera faltado audacia. Y si alguien dijese que el rey Luis cedió la Romaña a Alejandro y el Reino a España para evitar la guerra, contestaría con las razones arriba enunciadas: que para evitar una guerra nunca se debe dejar que sin desorden siga su curso, porque no se la evita, sino se la posterga en perjuicio propio. Y si otros alegasen que el rey había prometido al papa ejecutar la empresa en su favor para obtener la disolución de su matrimonio y el capelo de Ruán, respondería con lo que más adelante se dirá acerca de la fe de los príncipes y del modo de observarla.

El rey Luis ha perdido, pues, la Lombardía por no haber seguido ninguna de las normas que siguieron los que conquistaron provincias y quisieron conservarlas. No se trata de milagro alguno, sino de un hecho muy natural y lógico. Así se lo dije en Nantes al cardenal de Ruán llamado «el Valentino» como era llamado por el pueblo César Borgia, hijo del papa Alejandro, ocupaba la Romaña. Como me dijera el cardenal de Ruán que los italianos no entendían nada de las cosas de la guerra, yo tuve que contestarle que los franceses entendían menos de las que se refieren al Estado, porque de lo contrario no hubiesen dejado que la Iglesia adquiriese tanta influencia. Y ya se ha visto cómo, después de haber contribuído a crear la grandeza de la Iglesia y de España en Italia, Francia fue arruinada por ellas. De lo cual se infiere una regla general que rara vez o nunca falla: que el que ayuda a otro a hacerse poderoso causa su propiaruina. Porque es natural que el que se ha vuelto poderoso recele de la misma astucia o de la misma fuerza gracias a las cuales se lo ha ayudado.

Capítulo Cuatro

POR QUÉ EL REINO DE DARÍO, OCUPADO POR ALEJANDRO, NO SE SUBLEVÓ CONTRA LOS SUCESORES DE ÉSTE, DESPUÉS DE SU MUERTE

Consideradas las dificultades que encierra el conservar un Estado recientemente adquirido, alguien podría preguntarse con asombro a qué se debe que, hecho Alejandro Magno dueño de Asia en pocos años y muerto apenas ocupada, sus sucesores, en circunstancias en que hubiese sido muy natural que el Estado se rebelase, lo retuvieron en sus manos sin otros obstáculos que los que por ambición surgieron entre ellos. Contesto que todos los principados de que se guarda memoria han sido gobernados de dos modos distintos: o por un príncipe que elige de entre sus siervos, que lo son todos, los ministros que lo ayudarán a gobernar, o por un príncipe asistido por nobles que, no a la gracia del señor, sino a la antigüedad de su linaje, deben la posición que ocupan. Estos nobles tienen Estados y súbditos propios, que los reconocen por señores y les tienen natural afección. Mientras que, en los Estados gobernados por un príncipe asistido por siervos, el príncipe goza de mayor autoridad: porque en toda la provincia no se reconoce soberano sino a él, y si se obedece a otro, a quien además no se tiene particular amor, sólo se lo hace por tratarse de un ministro y magistrado del príncipe. Los ejemplos de estas dos clases de gobierno se hallan hoy en el Turco y en el rey de Francia. Toda Turquía está gobernada por un solo señor, del cual los demás habitantes son siervos; un señor que divide su reino en sanjacados, nombra sus administradores y los cambia y reemplaza a su antojo. En cambio, el rey de Francia está rodeado por una multitud de antiguos nobles que tienen sus prerrogativas, que son reconocidos y amados por sus súbditos y que son dueños de un Estado que el rey no puede arrebatarles sin exponerse. Así, si se examina uno y otro gobierno, se verá que hay, en efecto, dificultad para conquistar el Estado del Turco, pero que, una vez conquistado, es muy fácil conservarlo. Las razones de la dificultad para apoderarse del reino del Turco residen en que no se puede esperar ser llamado por los príncipes del Estado, ni confiar en que su rebelión facilitará la empresa. Porque, siendo esclavos y deudores del príncipe, no es nada fácil sobornarlos; y aunque se lo consiguiese, de poca utilidad sería, ya que, por las razones enumeradas, los traidores no podrían arrastrar consigo al pueblo. De donde quien piense en atacar al Turco reflexione antes en que hallará el Estado unido, y confíe más en sus propias fuerzas que en las intrigas ajenas. Pero una vez vencido y derrotado en campo abierto de manera que no pueda rehacer sus ejércitos, ya no hay que temer sino a la familia del príncipe; y extinguida ésta, no queda nadie que signifique peligro, pues nadie goza decrédito en el pueblo; y como antes de la victoria el vencedor no podía esperar nada de los ministros del príncipe, nada debe temer después de ella.

Lo contrario sucede en los reinos organizados como el de Francia, donde, si te traes a algunos de los nobles, que siempre existen descontentos y amigos de las mudanzas, fácil te será entrar. Estos, por las razones ya dichas, pueden abrirte el camino y facilitarte la conquista; pero si quieres mantenerla, tropezarás después con infinitas dificultades y tendrás que luchar contra los que te han ayudado y contra los que has oprimido.No bastará que extermines la raza del príncipe: quedarán los nobles, que se harán cabecillas de los nuevos movimientos, y como no podrás conformarlos ni matarlos a todos perderás el Estado en la primera oportunidad que se les presente.

Ahora, si se medita sobre la naturaleza del gobierno de Darío, se advertirá que se parecía mucho al del Turco. Por eso fue preciso que Alejandro lo derrotará completamente y le cortara la campaña. Después de la victoria, y muerto Darío, Alejandro quedó dueño tranquilo del Estado, por las razones discurridas. Y si los sucesores hubiesen permanecido unidos, habrían podido gozar en paz de la conquista, porque no hubo en el reino otros tumultos que los que ellos mismos suscitaron. Pero es imposible conservar con tanta seguridad un Estado organizado como el de Francia. Por ejemplo, los numerosos principados que había en España, Italia y Grecia explican las recuentes revueltas contra los romanos y mientras perduró el recuerdo de su existencia, los romanos nunca estuvieron seguros de su conquista; pero una vez el recuerdo borrado, se convirtieron, gracias a la duración y al poder del imperio, en sus seguros dominadores. Y así después pudieron, peleándose entre sí, sacar la parte que les fue posible en aquellas provincias, de acuerdo con la autoridad que tenían en ellas; porque, habiéndose extinguido la familia de sus antiguos señores, no se reconocían otros dueños que los romanos. Considerando, pues, estas cosas, no se asombrará nadie de la facilidad con que Alejandro conservó el Estado de Asia, y de la dificultad con que los otros conservaron lo adquirido como Pirro y muchos otros. Lo que no depende de la poca o mucha virtud del conquistador, sino de la naturaleza de lo conquistado.

Capítulo Cinco

DE QUE MODO HAY QUE GOBERNAR LAS CIUDADES O PRINCIPADOS QUE, ANTES DE SER OCUPADOS, SE REGÍAN POR SUS PROPIAS LEYES

Hay tres modos de conservar un Estado que, antes de ser adquirido, estaba acostumbrado a regirse por sus propias leyes y a vivir en libertad: primero, destruirlo; después, radicarse en él; por último, dejarlo regir por sus leyes, obligarlo a pagar un tributo y establecer un gobierno compuesto por un corto número de personas, para que se encargue de velar por la conquista. Como ese gobierno sabe que nada puede sin la amistad y poder del príncipe, no ha de reparar en medios para conservarle el Estado. Porque nada hay mejor para conservar -si se la quiere conservar- una ciudad acostumbrada a vivir libre que hacerla gobernar por sus mismos ciudadanos.

Ahí están los espartanos y romanos como ejemplo de ello. Los espartanos ocuparon a Atenas y Tebas, dejaron en ambas ciudades un gobierno oligárquico, y, sin embargo, las perdieron. Los romanos, para conservar a Capua, Cartago y Numancia, las arrasaron, y no las perdieron. Quisieron conservar a Grecia como lo habían hecho los espartanos, dejándole sus leyes y su libertad, y no tuvieron éxito: de modo que se vieron obligados a destruir muchas ciudades de aquella provincia para no perderla. Porque, en verdad, el único medio seguro de dominar una ciudad acostumbrada a vivir libre es destruirla. Quien se haga dueño de una ciudad así y no la aplaste, espere a ser aplastado por ella. Sus rebeliones siempre tendrán por baluarte el nombre de libertad y sus antiguos estatutos, cuyo hábito nunca podrá hacerle perder el tiempo ni los beneficios. Por mucho que se haga y se prevea, si los habitantes no se separan ni se dispersan, nadie se olvida de aquel nombre ni de aquellos estatutos, y a ellos inmediatamente recurren en cualquier contingencias, como hizo Pisa luego de estar un siglo bajo el yugo florentino. Pero cuando las ciudades o provincias están acostumbradas a vivir bajo un príncipe, y por la extinción de éste y su linaje queda vacante el gobierno, como por un lado los habitantes están habituados a obedecer y por otro no tienen a quién, y no se ponen de acuerdo para elegir a uno de entre ellos, ni saben vivir en libertad, y por último tampoco se deciden a tomar las armas contra el invasor, un príncipe puede fácilmente conquistarlas y retenerlas. En las repúblicas, en cambio, hay más vida, más odio, más ansias de venganza. El recuerdo de su antigua libertad no les concede, no puede concederles un solo momento de reposo. Hasta tal punto que el mejor camino es destruirlas o radicarse en ellas.

Capítulo Seis

DE LOS PRINCIPADOS NUEVOS QUE SE ADQUIEREN CON LAS ARMAS PROPIAS Y EL TALENTO PERSONAL

Nadie se asombre de que, al hablar de los principados de nueva creación y de aquellos en los que sólo es nuevo el príncipe, traiga yo a colación ejemplos ilustres. Los hombres siguen casi siempre el camino abierto por otros y se empeñan en imitar las acciones de los demás. Y aunque no es posible seguir exactamente el mismo camino ni alcanzar la perfección del modelo, todo hombre prudente debe entrar en el camino seguido por los grandes e imitar a los que han sido excelsos, para que, si no los iguala en virtud, por lo menos se les acerque; y hacer como los arqueros experimentados, que, cuando tienen que dar en blanco muy lejano, y dado que conocen el alcance de su arma, apuntan por sobre él, no para llegar a tanta altura, sino para acertar donde se lo proponían con la ayuda de mira tan elevada.

Los principados de nueva creación, donde hay un príncipe nuevo, son más o menos difíciles de conservar según que sea más o menos hábil el príncipe que los adquiere. Y dado que el hecho de que un hombre se convierta de la nada en príncipe presupone necesariamente talento o suerte, es de creer que una u otra de estas dos cosas allana, en parte, muchas dificultades. Sin embargo, el que menos ha confiado en el azar es siempre el que más tiempo se ha conservado en su conquista. También facilita enormemente las cosas el que un príncipe, al no poseer otros Estados, se vea obligado a establecerse en el que ha adquirido. Pero quiero referirme a aquellos que no se convirtieron en príncipes por el azar, sino por sus virtudes. Y digo entonces que, entre ellos, loa más ilustres han sido Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo y otros no menos grandes. Y aunque Moisés sólo fue un simple agente de la voluntad de Dios, merece, sin embargo, nuestra admiración, siquiera sea por la gracia que lo hacia digno de hablar con Dios. Pero también son admirables Ciro y todos los demás que han adquirido o fundado reinos; y si juzgamos sus hechos y su gobierno, hallaremos que no deslucen ante los de Moisés, que tuvo tan gran preceptor. Y si nos detenemos a estudiar su vida y sus obras, descubriremos que no deben a la fortuna sino el haberles proporcionado la ocasión propicia, que fue el material al que ellos dieron la forma conveniente. Verdad es que, sin esa ocasión, sus méritos de nada hubieran valido; pero también es cierto que, sin sus méritos, era inútil que la ocasión se presentara. Fue, pues,. necesario que Moisés hallara al pueblo de Israel esclavo y oprimido por los egipcios para que ese pueblo, ansioso de salir de su sojuzgamiento, se dispusiera a seguirlo. Se hizo menester que Rómulo no pudiese vivir en Alba y estuviera expuesto desde su nacimiento, para que llegase a ser rey de Roma y fundador de su patria. Ciro tuvo que ver a los persas descontentos de la dominación de los medas, y a los medas flojos e indolentes como consecuencia de una larga paz. No habría podido Teseo poner de manifiesto sus virtudes si no hubiese sido testigo de la dispersión de los atenienses. Por lo tanto, estas ocasiones permitieron que estos hombres realizaran felizmente sus designios, y, por otro lado, sus méritos permitieron que las ocasiones rindieran provecho, con lo cual llenaron de gloria y de dicha a sus patrias.

Los que, por caminos semejantes a los de aquéllos, se convierten en príncipes adquieren el principado con dificultades, pero lo conservan sin sobresaltos. Las dificultades nacen en parte de las nuevas leyes y costumbres que se ven obligados a implantar para fundar el Estado y proveer a su seguridad. Pues debe considerarse que no hay nada más difícil de emprender, ni más dudoso de hacer triunfar, ni más peligroso de manejar, que el introducir nuevas leyes. Se explica: el innovador se transforma en enemigo de todos los que se beneficiaban con las leyes antiguas, y no se granjea sino la amistad tibia de los que se beneficiarán con las nuevas. Tibieza en éstos, cuyo origen es, por un lado, el temor a los que tienen de su parte a la legislación antigua, y por otro, la incredulidad de los hombres, que nunca fían en las cosas nuevas hasta que ven sus frutos. De donde resulta que, cada vez que los que son enemigos tienen oportunidad para atacar, lo hacen enérgicamente, y aquellos otros asumen la defensa con tibieza, de modo que se expone uno a caer con ellos. Por consiguiente, si se quiere analizar bien esta parte, es preciso ver si esos innovadores lo son por si mismos, o si dependen de otros; es decir, si necesitan recurrir a la súplica para realizar su obra, o si pueden imponerla por la fuerza. En el primer caso, fracasan siempre, y nada queda de sus intenciones, pero cuando sólo dependen de sí mismos y pueden actuar con la ayuda de la fuerza, entonces rara vez dejan de conseguir sus propósitos. De donde se explica que todos los profetas armados hayan triunfado, y fracasado todos los que no tenían armas. Hay que agregar, además, que los pueblos son tornadizos; y que, si es fácil convencerlos de algo, es difícil mantenerlos fieles a esa convicción, por lo cual conviene estar preparados de tal manera, que, cuando ya no crean, se les pueda hacer creer por la fuerza. Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer respetar sus estatutos durante mucho tiempo si hubiesen estado desarmados. Como sucedió en nuestros a Fray Jerónimo Savonarola, que fracasó en sus innovaciones en cuanto la gente empezó a no creer en ellas, pues se encontró con que carecía de medios tanto para mantener fieles en su creencia a los que habían creído como para hacer creer a los incrédulos. Hay que reconocer que estos revolucionarios tropiezan con serias dificultades, que todos los peligros surgen en su camino y que sólo con gran valor pueden superarlos; pero vencidos los obstáculos, y una vez que han hecho desaparecer a los que tenían envidia de sus virtudes, viven poderosos, seguros, honrados y felices.

A tan excelsos ejemplos hay que agregar otro de menor jerarquía, pero que guarda cierta proporción con aquéllos y que servirá para todos los de igual clase. Es el de Hierón de Siracusa, que de simple ciudadano llegó a ser príncipe sin tener otra deuda con el azar que la ocasión; pues los siracusanos, oprimidos, lo nombraron su capitán, y fue entonces cuando hizo méritos suficientes para que lo eligieran príncipe. Y a pesar de no ser noble, dio pruebas de tantas virtudes, que quien ha escrito de él ha dicho: "quod nihil illi deerat ad regnandum praeter regnum". Licenció el antiguo ejército y creó uno nuevo; dejó las amistades viejas y se hizo de otras; y así, rodeado por soldados y amigos adictos, pudo construir sobre tales cimientos cuanto edificio quiso; y lo que tanto le había costado adquirir, poco le costó conservar.

Capítulo Siete

DE LOS PRINCIPADOS NUEVOS QUE SE ADQUIEREN CON ARMAS Y FORTUNA DE OTROS

Los que sólo por la suerte se convierten en príncipes poco esfuerzo necesitan para llegar a serlo, pero no se mantienen sino con muchísimo. Las dificultades no surgen en su camino, porque tales hombres vuelan, pero se presentan una vez instalados. Me refiero a los que compran un Estado o a los que lo obtienen como regalo, tal cual sucedió a muchos en Grecia, en las ciudades de Jonia y del Helesponto, donde fueron hechos príncipes por Darío a fin de que le conservasen dichas ciudades para su seguridad y gloria; y como sucedió a muchos emperadores que llegaban al trono corrompiendo los soldados. Estos príncipes no se sostienen sino por la voluntad y la fortuna --cosas ambas mudables e inseguras-- de quienes los elevaron; y no saben ni pueden conservar aquella dignidad. No saben porque, si no son hombres de talento y virtudes superiores, no es presumible que conozcan el arte del mando, ya que han vivido siempre como simples ciudadanos; no pueden porque carecen de fuerzas que puedan serles adictas y fieles. Por otra parte, los Estados que nacen de pronto, como todas las cosas de la naturaleza que brotan y crecen precozmente, no pueden tener raíces ni sostenes que los defiendan del tiempo adverso; salvo que quienes se han convertido en forma tan súbita en príncipes se pongan a la altura de lo que la fortuna ha depositado en sus manos, y sepan prepararse inmediatamente para conservarlo, y echen los cimientos que cualquier otro echa antes de llegar al principado.

Acerca de estos dos modos de llegar a ser príncipe -por méritos o por suerte-, quiero citar dos ejemplos que perduran en nuestra memoria: el de Francisco Sforza y el de César Borgia. Francisco, con los medios que correspondían y con un gran talento, de la nada se convirtió en duque de Milán, y conservó con poca fatiga lo que con mil afanes había conquistado. En el campo opuesto, César Borgia, llamado duque Valentino por el vulgo, adquirió el Estado con la fortuna de su padre, y con la de éste lo perdió, a pesar de haber empleado todos los medios imaginables y de haber hecho todo lo que un hombre prudente y hábil debe hacer para arraigar en un

Estado que se ha obtenido con armas y apoyo ajenos. Porque, como ya he dicho, el que no coloca los cimientos con anticipación podría colocarlos luego si tiene talento, aun con riesgo de disgustar al arquitecto y de hacer peligrar el edificio. Si se examinan los progresos del duque, se verá que ya había echado las bases para su futura grandeza; y creo que no es superfluo hablar de ello, porque no sabría qué mejores consejos dar a un príncipe nuevo que el ejemplo de las medidas tomadas por él. Que si no le dieron el resultado apetecido, no fue culpa suya, sino producto de un extraordinario y extremado rigor de la suerte.

Para hacer poderoso al duque, su hijo, tenía Alejandro VI que luchar contra grandes dificultades presentes y futuras. En primer lugar, no veía manera de hacerlo señor de algún Estado que no fuese de la Iglesia; y sabía, por otra parte, que ni el duque de Milán ni los venecianos le consentirían que desmembrase los territorios de la Iglesia, porque ya Faenza y Rímini estaban bajo la protección de los venecianos. Y después veía que los ejércitos de Italia, y especialmente aquellos de los que hubiera podido servirse, estaban en manos de quienes debían temer el engrandecimiento del papa; y mal podía fiarse de tropas mandadas por los Orsini, los Colonna y sus aliados. Era, pues, necesario remover aquel estado de cosas y desorganizar aquellos territorios para apoderarse sin riesgos de una parte de ellos. Lo que le fue fácil, porque los venecianos, movidos por otras razones, habían invitado a los franceses a volver a Italia; lo cual no sólo no impidió, sino facilitó con la disolución del primer matrimonio del rey Luis. De suerte que el rey entró en Italia con la ayuda de los venecianos y el consentimiento de Alejandro. Y no había llegado aún a Milán cuando el papa obtuvo tropas de aquél para la empresa de la Romaña, a la que nadie se opuso gracias a la autoridad del rey. Adquirida, pues, la Romaña por el duque, y derrotados los Colonna, se presentaban dos obstáculos que impedían conservarla y seguir adelante. uno, sus tropas, que no le parecían adictas; el otro, la voluntad de Francia. Temía que las tropas de los Orsini, de las cuales se había valido, le faltasen en el momento preciso, y no sólo le impidiesen conquistar más, sino que le arrebatasen lo conquistado; y otro tanto temía del rey. Tuvo una prueba de lo que sospechaba de los Orsini cuando, después de la toma de Faenza, asaltó a Bolonia, en cuyas circunstancias los vio batirse con frialdad. En lo que respecta al rey, descubrió sus intenciones cuando, ya dueño del ducado de Urbino, se vio obligado a renunciar a la conquista de Toscana por su intervención. Y entonces decidió no depender más de la fortuna y las armas ajenas. Lo primero que hizo fue debilitar a los Orsini y a los Colonna en Roma, ganándose a su causa a cuantos nobles les eran adictos, a los cuales señaló crecidos sueldos y honró de acuerdo con sus méritos con mandos y administraciones, de modo que en pocos meses el afecto que tenían por aquéllos se volvió por entero hacia el duque. Después de lo cual, y dispersado que, hubo a los Colonna, esperó la ocasión de terminar con los Orsini. Oportunidad que se presentó bien y que él aprovechó mejor. Los Orsini, que muy tarde habían comprendido que la grandeza del duque y de la Iglesia generaba su ruina, celebraron una reunión en Magione, en el territorio de Perusa, de la que nacieron la rebelión de Urbino, los tumultos de Romaña y los infinitos peligros por los cuales atravesó el duque; pero éste supo conjurar todo con la ayuda de los franceses. Y restaurada su autoridad, el duque, que no podía fiarse do los franceses ni de los demás fuerzas extranjeras, y que no se atrevía a desafiarlas, recurrió a la astucia; y supo disimular tan bien sus propósitos, que los Orsini, por intermedio del señor Paulo -a quien el duque colmó de favores para conquistarlo, sin escatimarle dinero, trajes ni caballos-, se reconciliaron inmediatamente, hasta tal punto, que su candidez los llevó a caer en sus manos en Sinigaglia. Exterminados, pues, estos jefes y convertidos los partidarios de ellos en amigos suyos, el duque tenia construidos sólidos cimientos para su poder futuro, máxime cuando poseía toda la Romaña y el ducado de Urbino y cuando se había ganado la buena voluntad de esos pueblos, a los cuales empezaba a gustar el bienestar de su gobierno.

Y porque esta parte es digna de mención y de ser imitada por otros, conviene no pasarla por alto. Cuando el duque se encontró con que la Romaña conquistada estaba bajo el mando de señores ineptos que antes despojaban a sus súbditos que los gobernaban, y que más les daban motivos de desunión que de unión, por lo cual se sucedían continuamente los robos, las riñas y toda clase de desórdenes, juzgó necesario, si se quería pacificarla y volverla dócil a la voluntad del príncipe, dotarla de un gobierno severo. Eligió para esta misión a Ramiro de Orco, hombre cruel y expeditivo, a quien dio plenos poderes. En poco tiempo impuso éste su autoridad, restableciendo la paz y la unión. Juzgó entonces el duque innecesaria tan excesiva autoridad, que podía hacerse odiosa, y creó en el centro de la provincia, bajo la presidencia de un hombre virtuosísimo, un tribunal civil en el cual cada ciudadano tenia su abogado. Y como sabía que los rigores pasados habían engendrado algún odio contra su persona, quiso demostrar, para aplacar la animosidad de sus súbditos y atraérselos, que, si algún acto de crueldad se había cometido, no es debía a él, sino a la salvaje naturaleza del ministro. Y llegada la ocasión, una mañana lo hizo exponer en la plaza de Cesena, dividido en dos pedazos clavados en un palo y con un cuchillo cubierto de sangre al lado. La ferocidad de semejante espectáculo dejó al pueblo a la vez satisfecho y estupefacto. Pero volvamos al punto de partida. Encontrábase el duque bastante poderoso y a cubierto en parte de todo peligro presente, luego de haberse armado en la necesaria medida y de haber aniquilado los ejércitos que encerraban peligro inmediato, pero le faltaba, si quería continuar sus conquistas, obtener el respeto del rey de Francia, pues sabía que el rey, aunque advertido tarde de su error, trataría de subsanarlo. Empezó por ello a buscarse amistades nuevas, y a mostrarse indeciso con los franceses cuando estos se dirigieron al reino de Nápoles para luchar contra los españoles que sitiaban a Gaeta. Y si Alejandro hubiese vivido aún, su propósito de verse libre de ellos no habría tardado en cumplirse. Este fue su comportamiento en lo que se refiere a los hechos presentes. En cuanto a los futuros, tenía sobre todo que evitar que el nuevo sucesor en el Papado fuese enemigo suyo y le quitase lo que Alejandro le había dado. Y pensó hacerlo por cuatro medios distintos: primero, exterminando a todos los descendientes de los señores a quienes había despojado, para que el papa no tuviera oportunidad de restablecerlos. Segundo, atrayéndose a todos los nobles de Roma, para oponerse, con su ayuda, a los designios del papa. Tercero, reduciendo el Colegio a su voluntad, hasta donde pudiese. Cuarto, adquiriendo tanto poder, antes que el papa muriese, que pudiera por sí mismo resistir un primer ataque. De estas cuatro cosas, ya había realizado tres a la muerte de Alejandro, la cuarta estaba concluida. Porque señores despojados mató a cuantos pudo alcanzar, y muy pocos se salvaron; y contaba con nobles romanos ganados a su causa; y en el Colegio gozaba de gran influencia. Y por lo que toca a las nuevas conquistas, tramaba apoderarse de Toscana, de la cual ya poseía a Perusa y Piombino, aparte de Pisa, que se había puesto bajo su protección. Y en cuanto no tuviese que guardar mis miramientos con los franceses (que de hecho no tenia por qué guardárselos, puesto que ya los franceses habían sido despojados del Reino por los españoles, y que unos y otros necesitaban comprar su amistad), se echaría sobre Pisa. Después de lo cual Luca y Siena no tardarían en ceder, primero por odio contra los florentinos, y después por miedo al duque; y los florentinos nada podrían hacer. Si hubiese logrado esto (aunque fuera el mismo año de la muerte de Alejandro), habría adquirido tanto poder y tanta autoridad, que se hubiera sostenido por sí solo, y no habría dependido más de la fortuna ni de las fuerzas ajenas, sino de su poder y de sus méritos.

Pero Alejandro murió cinco años después de que el hijo empezara a desenvainar la espada. Lo dejaban con tan sólo un Estado afianzado: el de Romaña, y con todos los demás en el aire, entre dos poderosos ejércitos enemigos, y enfermo de muerte. Pero había en el duque tanto vigor de alma y de cuerpo, tan bien sabía cómo se gana y se pierde a los hombres, y los cimientos que echara en tan poco tiempo eran tan sólidos, que, a no haber tenido dos ejércitos que lo rodeaban, o simplemente a haber estado sano, se hubiese sostenido contra todas las dificultades. Y si los cimientos de su poder eran seguros o no, se vio en seguida, pues la Romaña lo esperó más de un mes: y, aunque estaba medio muerto, nada se intentó contra él, a pesar de que los Baglioni, los Vitelli y los Orsini habían ido allí con ese propósito; y si no hizo papa a quien quería, obtuvo por lo menos que no lo fuera quien él no quería que lo fuese. Pero todo le hubiese sido fácil a no haber estado enfermo a la muerte de Alejandro. El mismo me dijo, el día en que elegido Julio II, que había previsto todo lo que podía suceder a la muerte de su padre, y para todo preparado remedio; pero que nunca había pensado que en semejante circunstancia él mismo podía hallarse moribundo.

No puedo, pues, censurar ninguno de los actos del duque; por el contrario, me parece que deben imitarlos todos aquellos que llegan al trono mediante la fortuna y las armas ajenas. Porque no es posible conducirse de otro modo cuando se tienen tanto valor y tanta ambición. Y si sus propósitos no se realizaron, tan sólo fue por su enfermedad y por la brevedad de la vida de Alejandro. El príncipe nuevo que crea necesario defenderse de enemigos, conquistar amigos, vencer por la fuerza o por el fraude, hacerse amar o temer de los habitantes, respetar y obedecer por los soldados, matar a los que puedan perjudicarlo, reemplazar con nuevas las leyes antiguas, ser severo y amable, magnánimo y liberal, disolver las milicias infieles, crear nuevas, conservar la amistad de reyes y príncipes de modo que lo favorezcan de buen grado o lo ataquen con recelos; el que juzgue indispensable hacer todo esto, digo, no puede hallar ejemplos más recientes que los actos del duque. Sólo se lo puede criticar en lo que respecta a la elección del nuevo pontífice, porque, si bien no podía hacer nombrar a un papa adicto, podía impedir que lo fuese este o aquel de los cardenales, y nunca debió consentir en que fuera elevado al Pontificado alguno de los cardenales a quienes había ofendido o de aquellos que, una vez papas, tuviesen que temerle. Pues los hombres ofenden por miedo o por odio. Aquellos a quienes había ofendido eran, entre otros, el cardenal de San Pedro, Advíncula, Colonna, San Jorge y Ascanio; todos los demás, si llegados al solio, debían temerle, salvo el cardenal de Amboise dado su poder, que nacía del de Francia, y los españoles ligados a él por alianza y obligaciones reciprocas. Por consiguiente, el duque debía tratar ante todo de ungir papa a un español, y, a no serle posible, aceptar al cardenal de Arnboise antes que el de San Pedro Advíncula. Pues se engaña quien cree que entre personas eminentes los beneficios nuevos hacen olvidar las ofensas antiguas. Se equivocó el duque en esta elección, causa última de su definitiva ruina.

Capítulo Ocho

DE LOS QUE LLEGARON AL PRINCIPADO MEDIANTE CRÍMENES

Pero puesto que hay otros dos modos de llegar a príncipe que no se pueden atribuir enteramente a la fortuna o a la virtud, corresponde no pasarlos por alto, aunque sobre ellos se discurra con más detenimiento donde se trata de las repúblicas. Me refiero, primero, al caso en que se asciende al principado por un camino de perversidades y delitos; y después, al caso en que se llega a ser príncipe por el favor de los conciudadanos. Con dos ejemplos, uno antiguo y otro contemporáneo, ilustraron el primero de estos modos, sin entrar a profundizar demasiado en la cuestión, porque creo que bastan para los que se hallan en la necesidad de imitarlos.

El siciliano Agátocles, hombre no sólo de condición oscura, sino baja y abyecta, se convirtió en rey de Siracusa. Hijo de un alfarero, llevó una conducta reprochable en todos los períodos de su vida; sin embargo, acompañó siempre sus maldades con tanto ánimo y tanto vigor físico que entrado en la milicia llegó a ser, ascendiendo grado por grado, pretor de Siracusa. Una vez elevado a esta dignidad, quiso ser príncipe y obtener por la violencia, sin debérselo a nadie, lo que de buen grado le hubiera sido concedido. Se puso de acuerdo con el cartaginés Amílcar, que se hallaba con sus ejércitos en Sicilia, y una mañana reunió al pueblo y al Senado, como si tuviese que deliberar sobre cosas relacionadas con la república, y a una señal convenida sus soldados mataron a todos los senadores y a los ciudadanos mis ricos de Siracusa. Ocupó entonces y supo conservar como príncipe aquella ciudad, sin que se encendiera ninguna guerra civil por su causa. Y aunque los cartagineses lo sitiaron dos veces y lo derrotaron por último, no sólo pudo defender la ciudad, sino que, dejando parte de sus tropas para que contuvieran a los sitiadores, con el resto invadió el áfrica; y en poco tiempo levantó el sitio de Siracusa y puso a los cartagineses en tales aprietos, que se vieron obligados a pactar con él, a conformarse con sus posesiones del áfrica y a dejarle la Sicilia. Quien estudie, pues, las acciones de Agátocles y juzgue sus méritos muy poco o nada encontrará que pueda atribuir a la suerte; no adquirió la soberanía por el favor de nadie, como he dicho más arriba, sino merced a sus grados militares, que se había ganado a costa de mil sacrificios y peligros; y se mantuvo en mérito a sus enérgicas y temerarias medidas. Verdad que no se puede llamar virtud el matar a los conciudadanos, el traicionar a los amigos y el carecer de fe, de piedad y de religión, con cuyos medios se puede adquirir poder, pero no gloria. Pero si se examinan el valor de Agátocles al arrastrar y salir triunfante de los peligros y su grandeza de alma para soportar y vencer los acontecimientos adversos, no se explica uno por qué tiene que ser considerado inferior a los capitanes más famosos. Sin embargo, su falta de humanidad, sus crueldades y maldades sin número, no consienten que se lo coloque entre los hombres ilustres. No se puede, pues, atribuir a la fortuna o a la virtud lo que consiguió sin la ayuda de una ni de la otra.

En nuestros tiempos, bajo el papa Alejandro VI, Oliverotto da Fermo, huérfano desde corta edad, fue educado por uno de sus tios maternos, llamado Juan Fogliani, y confiado después, en su primera juventud, a Pablo Vitelli, a fin de que llegase, gracias a sus enseñanzas, a ocupar un grado elevado en las armas. Muerto Pablo, pasó a militar bajo Vitellozzo, su hermano., y en poco tiempo, como era inteligente y de espíritu y cuerpo gallardos, se convirtió en el primer hombre de su ejército. Pero como le pareció indigno servir a los demás, pensó apoderarse de Fermo con el consentimiento de Vitellozzo y la ayuda de algunos habitantes de la ciudad a quienes era más cara la esclavitud que la libertad de su patria. Escribió a Juan Fogliani diciéndole que, luego de tantos años de ausencia, deseaba ver de nuevo a su patria y a él, y, en parte, también conocer el estado de su patrimonio; y que, como no se había fatigado sino por conquistar gloria, quería, para demostrar a sus compatriotas que no había perdido el tiempo, entrar con todos los honores y acompañado por cien caballeros, amigos y servidores suyos. Rogábale, pues, que tratase de que los ciudadanos de Fermo lo acogiesen de un modo honroso, que con ello no sólo lo honraba a él, sino que se honraba a sí mismo, ya que había sido su maestro. No olvidó Juan ninguno de los honores debidos a su sobrino, y lo hizo recibir dignamente por los ciudadanos de Fermo, en cuyas casas se alojó con su comitiva. Transcurridos algunos días, y preparado todo cuanto era necesario para su premeditado crimen, Oliverotto dio un banquete solemne al que invitó a Juan Fogliani y a los principales hombres de Ferno. Después de consumir los manjares y de concluir con los entretenimientos que son de use en tales ocasiones, Oliverotto, deliberadamente, hizo recaer la conversación, dando ciertos peligrosos argumentos, sobre la grandeza y los actos del papa Alejandro y de César, su hijo; y come a esos argumentos contestaron Juan y los otros, se levantó de pronto diciendo que convenía hablar de semejantes temas en lugar más seguro, y se retiró a una habitación a la cual lo siguieron Juan y los demás ciudadanos. Y aún éstos no habían tomado asiento cuando de algunos escondrijos salieron soldados que dieron muerte a Juan y a todos los demás. Consumado el crimen, montó Oliverotto a caballo, atravesó la ciudad y sitió en su palacio al magistrado supremo. Los ciudadanos no tuvieron entonces más remedio que someterse y constituir un gobierno del cual Oliverotto se hizo nombrar jefe. Muertos todos los que hubieran podido significar un peligro para él, se preocupó por reforzar su poder con nuevas leyes civiles y militares, de manera que, durante el año que gobernó, no sólo estuvo seguro en Fermo, sino que se hizo temer por todos los vecinos. Y habría sido tan difícil de derrocar como Agátocles si no se hubiese dejado engañar por César Borgia y prender, junto con los Orsini y los Vitelli, en Sinigaglia, donde, un año después de su parricidio, fue estrangulado en compañía de Vitellozzo, su maestro en hazañas y crimenes.

Podría alguien preguntarse a qué se debe que, mientras Agátocles y otros de su calaña, a pesar de sus traiciones y rigores sin número, pudieron vivir durante mucho tiempo y a cubierto de su patria, sin temer conspiraciones, y pudieron a la vez defenderse de los enemigos de afuera, otros, en cambio, no sólo mediante medidas tan extremas no lograron conservar su Estado en épocas dudosas de guerra, sino tampoco en tiempos de paz. Creo que depende del bueno o mal uso que se hace de la crueldad. Llamaría bien empleadas a las crueldades (si a lo malo se lo puede llamar bueno) cuando se aplican de una sola vez por absoluta necesidad de asegurarse, y cuando no se insiste en ellas, sino, por el contrario, se trata de que las primeras se vuelvan todo lo beneficiosas posible para los súbditos. Mal empleadas son las que, aunque poco graves al principio, con el tiempo antes crecen que se extinguen. Los que observan el primero de estos procedimientos pueden, como Agátocles, con]a ayuda de Dios y de los hombres, poner, algún remedio a su situación, los otros es imposible que se conserven en sus Estados. De donde se concluye que, al apoderarse de un Estado, todo usurpador debe reflexionar sobre los crímenes que le es preciso cometer, y ejecutarlos todos a la vez, para que no tenga que renovarlos día a día y, al no verse en esa necesidad, pueda conquistar a los hombres a fuerza de beneficios. Quien procede de otra manera, por timidez o por haber sido mal aconsejado, se ve siempre obligado a estar con el cuchillo en la mano, y mal puede contar con súbditos a quienes sus ofensas continuas y todavía recientes llenan de desconfianza. Porque las ofensas deben inferirse de una sola vez para que, durando menos, hieran menos; mientras que los beneficios deben proporcionarse poco a poco, a fin de que se saboreen mejor. Y, sobre todas las cosas, un príncipe vivirá con sus súbditos de manera tal, que ningún acontecimiento, favorable o adverso, lo haga variar; pues la necesidad que se presenta en los tiempos difíciles y que no se ha previsto, tú no puedes remediarla; y el bien que tú hagas ahora de nada sirve ni nadie te lo agradece, porque se considera hecho a la fuerza.

Capítulo Nueve

DEL PRINCIPADO CIVIL

Trataremos ahora del segundo caso: aquel en que un ciudadano no por crímenes ni violencia; sino gracias al favor de sus compatriotas, se convierte en príncipe. El Estado así constituido puede llamarse principado civil. El llegar a él no depende por completo de los méritos o de la suerte; depende, más bien, de una cierta habilidad propiciada por la fortuna, y que necesita, o bien del apoyo del pueblo, o bien del de los nobles. Porque en toda ciudad se encuentran estas dos fuerzas contrarias, una de las cuales lucha por mandar y oprimir a la otra, que no quiere ser mandada ni oprimida. Y del choque de las dos corrientes surge uno de estos tres efectos: o principado, o libertad, o licencia.

El principado pueden implantarlo tanto el pueblo como los nobles, según que la ocasión se presente a uno o a otros. Los nobles, cuando comprueban que no pueden resistir al pueblo, concentran toda la autoridad en uno de ellos y lo hacen príncipe, para poder, a su sombra, dar rienda suelta a sus apetitos. El pueblo, cuando a su vez comprueba que no puede hacer frente a los grandes, cede su autoridad a uno y lo hace príncipe para que lo defienda. Pero el que llega al principado con la ayuda de los nobles se mantiene con más dificultad que el que ha llegado mediante el apoyo del pueblo, porque los que lo rodean se consideran sus iguales, y en tal caso se le hace difícil mandarlos y manejarlos como quisiera. Mientras que el que llega por el favor popular es única autoridad, y no tiene en derredor a nadie o casi nadie que no esté dispuesto a obedecer. Por otra parte, no puede honradamente satisfacer a los grandes sin lesionar a los demás; pero, en cambio, puede satisfacer al pueblo, porque la la finalidad del pueblo es más honesta que la de los grandes, queriendo éstos oprimir, y aquél no ser oprimido.

Agréguese a esto que un príncipe jamás podrá dominar a un pueblo cuando lo tenga por enemigo, porque son muchos los que lo forman; a los nobles, como se trata de pocos, le será fácil. Lo peor que un príncipe puede esperar de un pueblo que no lo ame es el ser abandonado por él; de los nobles, si los tiene por enemigos, no sólo debe temer que lo abandonen, sino que se rebelen contra él; pues, más astutos y clarividentes, siempre están a tiempo para ponerse en salvo, a la vez que no dejan nunca de congratularse con el que esperan resultará vencedor. Por último, es una necesidad para el príncipe vivir siempre con el mismo pueblo, pero no con los mismos nobles, supuesto que puede crear nuevos o deshacerse de los que tenía, y quitarles o concederles autoridad a capricho.

Para aclarar mejor esta parte en lo que se refiere a los grandes, digo que se deben considerar en dos aspectos principales: o proceden de tal manera que se unen por completo a su suerte, o no. A aquellos que se unen y no son rapaces, se les debe honrar y amar; a aquellos que no se unen, se les tiene que considerar de dos maneras: si hacen esto por pusilanimidad y defecto natural del ánimo, entonces tú debes servirte en especial de aquellos que son de buen criterio, porque en la prosperidad te honrarán y en la adversidad no son de temer, pero cuando no se unen sino por cálculo y por ambición, es señal de que piensan más en sí mismos que en ti, y de ellos se debe cuidar cl príncipe y temerles como si se tratase de enemigos declarados, porque esperarán la adversidad para contribuir a su ruina.

El que llegue a príncipe mediante el favor del pueblo debe esforzarse en conservar su afecto, cosa fácil, pues el pueblo sólo pide no ser oprimido. Pero el que se convierta en príncipe por el favor do los nobles y contra el pueblo procederá bien si so empeña ante todo en conquistarlo, lo que sólo le será fácil si lo toma bajo su protección. Y dado que los hombres se sienten más agradecidos cuando reciben bien de quien sólo esperaban mal, se somete el pueblo más a su bienhechor que si lo hubiese conducido al principado por su voluntad. El príncipe puede ganarse a su pueblo do muchas maneras, que no mencionaré porque es imposible dar reglas fijas sobre algo que varía tanto según las circunstancias. Insistiré tan sólo en que un príncipe necesita contar con la amistad del pueblo, pues de lo contrario no tiene remedio en la adversidad.

Nabis, príncipe de los espartanos, resistió el ataque de toda Grecia y de un ejército romano invicto, y le bastó, surgido el peligro, asegurarse de muy pocos para defender contra aquéllos su patria y su Estado, que si hubiese tenido por enemigo al pueblo, no le bastara. Y que no so pretenda desmentir mi opinión con el gastado proverbio de que quien confía en el pueblo edifica sobre arena; porque el proverbio sólo es verdadero cuando se trata do un simple ciudadano que confía en cl pueblo como si el pueblo tuviese el deber de liberarlo cuando los enemigos o las autoridades lo oprimen. Quien así lo interpretara se engañaría a menudo, como los Gracos en Roma y Jorge Scali en Florencia. Pero si es un príncipe quien confía en él, y un príncipe valiente que sabe mandar, que no se acobarda en la adversidad y mantiene con su ánimo y sus medidas el ánimo de todo su pueblo, no só1o no se verá nunca defraudado, sino que se felicitará de haber depositado en él su confianza.

Estos principados peligran, por lo general, cuando quieren pasar de principado civil a principado absoluto; pues estos príncipes gobiernan por sí mismos o por intermedio de magistrados. En el último caso, su permanencia es más insegura y peligrosa, porque depende de la voluntad de los ciudadanos que ocupan el cargo de magistrados, los cuales, y sobre todo en, épocas adversas, pueden arrebatarle muy fácilmente el poder, ya dejando de obedecerle, ya sublevando al pueblo contra ellos. Y el príncipe, rodeado de peligros, no tiene tiempo para asumir la autoridad absoluta, ya que los ciudadanos y los súbditos, acostumbrados a recibir órdenes nada más que de los magistrados, no están en semejantes trances dispuestos a obedecer las suyas. Y no encontrará nunca, en los tiempos dudosos, gentes en quien poder confiar, puesto que tales príncipes no pueden tomar como ejemplo lo que sucede en tiempos normales, cuando los ciudadanos tienen necesidad del Estado, y corren y prometen y quieren morir por él, porque la muerte está lejana; pero en los tiempos adversos, cuando el Estado tiene necesidad de los ciudadanos, hay pocos que quieran acudir en su ayuda. Y esta experiencia es tanto más peligrosa cuanto que no puede intentarse sino una vez. Por ello, un príncipe hábil debe hallar una manera por la cual sus ciudadanos siempre y en toda ocasión tengan necesidad del Estado y de él. Y así le serán siempre fieles.

Capítulo Diez

COMO DEBEN MEDIRSE LAS FUERZAS DE TODOS LOS PRINCIPADOS

Conviene, al examinar la naturaleza de estos principados, hacer una consideración más, a saber; si un príncipe posee un Estado tal que pueda, en caso necesario, sostenerse por sí mismo, o sí tiene, en tal caso, que recurrir a la ayuda de otros. Y para aclarar mejor este punto, digo que considero capaces de poder sostenerse por sí mismos a los que, o por abundancia de hombres o de dinero, pueden levantar un ejército respetable y presentar batalla a quien quiera que se atreva a atacarlos; y considero que tienen siempre necesidad de otros a los que no pueden presentar batalla al enemigo en campo abierto, sino que se ven obligados a refugiarse dentro de sus muros para defenderlos. Del primer caso ya se ha hablado, y se agregará más adelante lo que sea oportuno. Del segundo caso no se puede decir nada, salvo aconsejar a los príncipes que fortifiquen y abastezcan la ciudad en que residen y que se despreocupen de la campaña. Quien tenga bien fortificada su ciudad, y con respecto a sus súbditos se haya conducido de acuerdo con lo ya expuesto y con lo que expondré más adelante, difícilmente será asaltado; porque los hombres son enemigos de las empresas demasiado arriesgadas, y no puede reputarse por fácil el asalto a alguien que tiene su ciudad bien fortificada y no es odiado por el pueblo. Las ciudades de Alemania son libérrimas; tienen poca campaña, y obedecen al emperador cuando les place, pues no le temen, así como no temen a ninguno de los poderosos que las rodean. La razón es simple: están tan bien fortificadas que no puede menos de pensarse que el asedio sería arduo y prolongado. Tienen muros y fosos adecuados, tanta artillería como necesitan, y guardan en sus almacenes lo necesario para beber, comer y encender fuego durante un año; aparte de lo cual, y para poder mantener a los obreros sin que ello sea una carga para el erario público, disponen siempre de trabajo para un año en esas obras que son el nervio y la vida de la ciudad. Por último, tienen en alta estima los ejercicios militares, que reglamentan con infinidad de ordenanzas.

Un príncipe, pues, que gobierne una plaza fuerte, y a quien el pueblo no odie, no puede ser atacado; pero si lo fuese, el atacante se vería obligado a retirarse sin gloria, porque son tan variables las cosas de este mundo que es imposible que alguien permanezca con sus ejércitos un año sitiando ociosamente una ciudad. Y al que me pregunte si el pueblo tendrá paciencia, y el largo asedio y su propio interés no le harán olvidar al príncipe, contesto que un príncipe poderoso y valiente superará siempre estas dificultades, ya dando esperanzas a sus súbditos de que el mal no durará mucho, ya infundiéndoles terror con la amenaza de las vejaciones del enemigo, o ya asegurándose diestramente de los que le parezcan demasiado osados. Añadiremos a esto que es muy probable que el enemigo devaste y saquee la comarca a su llegada, que es cuando los ánimos están mis caldeados y más dispuestos a la defensa; momento propicio para imponerse, porque, pasados algunos días, cuando los ánimos se hayan enfriado, los daños estarán hechos, las desgracias se habrán sufrido y no quedará ya remedio alguno. Los súbditos so unen por ello más estrechamente a su príncipe, como si el haber sido incendiadas sus casas y devastadas sus posesiones en defensa del señor obligará a éste a protegerlos. Está en la naturaleza de los hombres el quedar reconocidos lo mismo por los beneficios que hacen que por los que reciben. De donde, si se considera bien todo, no será difícil a un príncipe sabio mantener firme el ánimo de sus ciudadanos durante el asedio, siempre y cuando no carezcan de víveres ni de medios de la defensa.

Capítulo Once

DE LOS PRINCIPADOS ECLESIÁSTICOS

Sólo nos resta discurrir sobre los principados eclesiásticos, respecto a los cuales todas las dificultades existen antes de poseerlos, pues se adquieren o por valor o por suerte, y se conservan sin el uno ni la otra, dado que se apoyan en antiguas instituciones religiosas que son tan potentes y de tal calidad, que mantienen a sus príncipes en el poder sea cual fuere el modo en que éstos procedan y vivan.

Estos son los únicos que tienen Estados y no los defienden; súbditos, y no los gobiernan. Y los Estados, a pesar de hallarse indefensos, no les son arrebatados, y los súbditos, a pasar de carecer de gobierno, no se preocupan, ni piensan, ni podrían sustraerse a su soberanía. Son, por consiguiente, los únicos principados seguros y felices. Pero como están regidos por leyes superiores, inasequibles a la mente humana, y como han sido inspirados por el Señor, sería oficio de hombre presuntuoso y temerario el pretender hablar de ellos. Sin embargo, si alguien me preguntase a qué se debe que la Iglesia haya llegado a adquirir tanto poder temporal, ya que antes de Alejandro, no só1o las potencias italianas, sino hasta los nobles y señores de menor importancia respetaban muy poco su fuerza temporal, mientras que ahora ha hecho temblar a un rey de Francia y aun pudo arrojarlo de Italia, y ha arruinado a los venecianos, no consideraría inútil recordar las circunstancias, aunque sean bastante conocidas.

Antes que Carlos, rey de Francia, entrase en Italia, esta provincia estaba bajo la dominación del papa, de los venecianos, del rey de Nápoles, del duque de Milán y de los florentinos. Estas potencias debían tener dos cuidados principales: evitar que un ejército extranjero invadiese a Italia y procurar que ninguna de ellas preponderara. Los que despertaban más recelos eran los venecianos y el papa. Para contener a aquéllos era necesaria una coalición de todas las demás potencias, como se hizo para la defensa de Ferrara. Para contener al papa, bastaban los nobles romanos, que, divididos en dos facciones, los Orsini y los Colonna, disputaban continuamente y acudían a las armas a la vista misma del pontífice, con lo cual la Santa Sede estaba siempre débil y vacilante. Y aunque alguna vez surgiese un papa enérgico, como lo fue Sixto, ni la suerte ni la experiencia pudieron servirle jamás de manera decisiva, a causa de la brevedad de su vida, pues los diez años que, como término medio, vive un papa bastaban apenas para debilitar una de las facciones. Y si, por ejemplo, un papa había casi conseguido exterminar a los Colonna, resurgían éstos bajo otro enemigo de los Orsini, a quienes tampoco había tiempo para hacer desaparecer por completo; por todo lo cual las fuerzas temporales del papa eran poco temidas en Italia. Vino por fin Alejandro VI y probó, como nunca lo había probado ningún pontífice, de cuánto era capaz un papa con fuerzas y dinero; pues tomando al duque Valentino por instrumento, y la llegada de los franceses como motivo, hizo todas esas cosas que he contado al hablar sobre las actividades del duque. Y aunque su propósito no fue engrandecer a la Iglesia, sino al duque, no es menos cierto que lo que realizó redundó en beneficio de la Iglesia, la cual, después de su muerte y de la del duque, fue heredera de sus fatigas. Lo sucedió el papa Julio, quien, con una Iglesia engrandecida y dueña de toda la Romaña, con los nobles romanos dispersos por las persecuciones de Alejandro, y abierto el camino para procurarse dinero, cosa que nunca había ocurrido antes de Alejandro, no sólo mantuvo las conquistas de su predecesor, sino que las acrecentó; y después de proponerse la adquisición de Bolonia, la ruina de los venecianos y la expulsión de los franceses de Italia. lo llevó a cabo con tanta más gloria cuando que lo hizo para engrandecer la Iglesia y no a ningún hombre. Dejó las facciones Orsini y Colonna en el mismo estado en que las encontró., y aunque ambas tuvieron jefes capaces de rebelarse, se quedaron quietas por dos razones: primero, por la grandeza de la Iglesia, que los atemorizaba, y después, por carecer de cardenales que perteneciesen a sus partidos, origen siempre de discordia entre ellos. Que de nuevo se repetirán toda vez que tengan cardenales que los representen, pues éstos fomentan dentro y fuera de Roma la creación de partidos que los nobles de una y otra familia se ven obligados a apoyar. Por lo cual cabe decir que las disensiones y disputas entre los nobles son originadas por la ambición de los prelados. Ha hallado, pues, Su Santidad el papa León una Iglesia potentísima; y se puede esperar que asi como aquéllos la hicieron grande por las armas, éste la hará aún más poderosa y venerable por su bondad y sus mil otras virtudes.

Capítulo Doce

DE LAS DISTINTAS CLASES DE MILICIAS Y DE LOS SOLDADOS MERCENARIOS

Después de haber discurrido detalladamente sobre la naturaleza de los principados de los cuales me había propuesto tratar, y de haber señalado en parte las causas de su prosperidad o ruina y los medios con que muchos quisieron adquirirlos y conservarlos, réstame ahora hablar de las formas de ataque y defensa que pueden ser necesarias en cada uno de los Estados a que me he referido.

Ya he explicado antes cómo es preciso que un príncipe eche los cimientos de su poder, porque, de lo contrario, fracasaría inevitablemente. Y los cimientos indispensables a todos los Estados, nuevos, antiguos o mixtos, son las buenas leyes y las buenas tropas; y come aquéllas nada pueden donde faltan éstas, y come allí donde hay buenas tropas por fuerza ha de haber buenas leyes, pasaré por alto las leyes y hablaré de las tropas.

Digo, pues, que las tropas con que un príncipe defiende sus Estados son propias, mercenarias, auxiliares o mixtas. Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas; y el príncipe cuyo gobierno descanse en soldados mercenarios no estará nunca seguro ni tranquilo, porque están desunidos, porque son ambiciosos, desleales, valientes entre los amigos, pero cobardes cuando se encuentran frente a los enemigos; porque no tienen disciplina, como tienen temor de Dios ni buena fe con los hombres; de modo que no se difiere la ruina sino mientras se difiere la ruptura; y ya durante la paz despojan a su príncipe tanto como los enemigos durante la guerra, pues no tienen otro amor ni otro motivo que los lleve a la batalla que la paga del príncipe, la cual, por otra parte, no es suficiente para que deseen morir por él. Quieren ser sus soldados mientras el príncipe no hace la guerra; pero en cuanto la guerra sobreviene, o huyen o piden la baja. Poco me costaría probar esto, pues la ruina actual de Italia no ha sido causada sino por la confianza depositada durante muchos años en las tropas mercenarias, que hicieron al principio, y gracias a ciertos jefes, algunos progresos que les dieron fama de bravas; pero que demostraron lo que valían en cuanto aparecieron a la vista ejércitos extranjeros. De tal suerte que Carlos, rey de

Francia, se apoderó de Italia con un trozo de tiza. Y los que afirman que la culpa la tenían nuestros pecados, decían la verdad, aunque no se trataba de los pecados que imaginaban, sino de los que he expuesto. Y como estos pecados los cometieron los príncipes, sobre ellos recayó el castigo.

Quiero dejar mejor demostrada la ineficacia de estos ejércitos. Los capitanes mercenarios o son hombres de mérito o no lo son; no se puede confiar en ellos si lo son porque aspirarán siempre a forjar su propia grandeza, ya tratando de someter al príncipe su señor, ya tratando de oprimir a otros al margen de los designios del príncipe; y mucho menos si no lo son, pues con toda seguridad llevarán al príncipe a la ruina Y a quien objetara que esto podría hacerlo cualquiera, mercenario o no, replicaría con lo siguiente: que un principado o una república deben tener sus milicias propias; que, en un principado. el príncipe debe dirigir las milicias en persona y hacer el oficio de capitán; y en las repúblicas, un ciudadano; y si el ciudadano nombrado no es apto, se lo debe cambiar; y si es capaz para el puesto, sujetarlo por medio de leyes. La experiencia enseña que sólo los príncipes y repúblicas armadas pueden hacer grandes progresos, y que las armas mercenarias sólo acarrean daños. Y es mas difícil que un ciudadano someta a una república que está armada con armas propias que una armada con armas extranjeras.

Roma y Esparta se conservaron libres durante muchos siglos porque estaban armadas. Los suizos son muy libres porque disponen de armas propias. De las armas mercenarias de la antigüedad son un ejemplo los cartagineses, los cuales estuvieron a punto de ser sometidos por sus tropas mercenarias, después de la primera guerra con los romanos, a pesar de que los cartagineses tenían por jefes a sus mismos conciudadanos. Filipo de Macedonia, nombrado capitán de los tebanos a la muerte de Epaminondas, les quitó la libertad después de la victoria. Los milaneses, muerto el duque Felipe, tomaron a sueldo a Francisco Sforza para combatir a los venecianos; y Sforza venció al enemigo en Caravaggio y se alió después con él para sojuzgar a los milaneses, sus amos. El padre de Francisco Sforza, estando al servicio de la reina Juana de Nápoles, la abandonó inesperadamente; y ella, al quedar sin tropas que la defendiesen, se vio obligada, para no perder el reino, a entregarse en manos del rey de Aragón. Y si los florentinos y venecianos extendieron sus dominios gracias a esas milicias, y si sus capitanes los defendieron en vez de someterlos, se debe exclusivamente a la suerte; porque de aquellos capitanes a los que podían temer, unos no vencieron nunca, otros encontraron oposición y los últimos orientaron sus ambiciones hacia otra parte. En el número de los primeros se contó Juan Aucut, cuya fidelidad mal podía conocerse cuando nunca obtuvo una victoria., pero nadie dejará de reconocer que, si hubiese triunfado, quedaban los florentinos librados a su discreción. Francisco Sforza tuvo siempre por adversario a los Bracceschi, y se vigilaron mutuamente; al fin, Francisco volvió sus miras hacia la Lombardía, y Braccio hacia la Iglesia y el reino de Nápoles.

Pero atendamos a lo que ha sucedido hace poco tiempo. Los florentinos nombraron capitán de sus milicias a Pablo Vitelli, varón muy prudente que, de condición modesta, había llegado a adquirir gran fama. A haber tomado a Pisa, los florentinos se hubiesen visto obligados a sostenerlo, porque estaban perdidos si se pasaba a los enemigos, y si hubieran querido que se quedara, habrían debido obedecerle. Si se consideran los procedimientos de los venecianos, se verá que obraron con seguridad y gloria mientras hicieron la guerra con sus propios soldados, lo que sucedió antes que tentaran la suerte en tierra firme, cuando contaban con nobles y plebeyos que defendían lo suyo; pero bastó que empezaran a combatir en tierra firme para que dejaran aquella virtud y adoptaran las costumbres del resto de Italia. Al principio de sus empresas por tierra firme, nada tenían que temer de sus capitanes, así por lo reducido del Estado como por la gran reputación de que gozaban; pero cuando bajo Carmagnola el territorio se fue ensanchando, notaron el error en que habían caído. Porque viendo que aquel hombre, cuya capacidad conocían después de haber derrotado al duque de Milán, hacia la guerra con tanta tibieza, comprendieron que ya nada podía esperarse de él, puesto que no lo quería; y dado que no podían licenciarlo, pues perdían lo que habían conquistado, no les quedaba otro recurso, para vivir seguros, que matarlo. Tuvieron luego por capitanes a Bartolomé de Bérgamo, a Roberto de San Severino, al conde de Pitigliano y a otros de quienes no tenían que temer las victorias, sino las derrotas, como les sucedió luego en Vaili, donde en un día perdieron lo que con tanto esfuerzo habían conquistado en ochocientos años. Porque estas milicias, o traen lentas, tardías y mezquinas adquisiciones, o súbitas y fabulosas pérdidas.

Y ya que estos ejemplos me han conducido a referirme a Italia, estudiemos la historia de las tropas mercenarias que durante tantos años la gobernaron, y remontándonos a los tiempos más antiguos, para que, vistos su origen y sus progresos, puedan corregirse mejor los errores.

Es de saber que, en épocas no recientes, cuando el emperador empezó a ser arrojado de Italia y el poder temporal del papa acrecentarse, Italia se dividió en gran número de Estados; porque muchas de las grandes ciudades tomaron las armas contra sus señores, que, favorecidos antes por el emperador, las tenían avasalladas; y el papa, para beneficiarse, ayudó en cuanto pudo a esas rebeliones. De donde Italia pasó casi por entero a las manos de la Iglesia y de varias repúblicas -pues algunas de las ciudades habían nombrado príncipes a sus ciudadanos--; y como estos sacerdotes y estos ciudadanos no conocían el arte de la guerra, empezaron a tomar extranjeros a sueldo. El primero que dio reputación a estas milicias fue Alberico de Conio, de la Romaña, a cuya escuela pertenecen, entre otros, Braccio y Sforza, que en sus tiempos fueron árbitros de Italia. Tras ellos vinieron todos los que hasta nuestros tiempos han dirigido esas tropas. Y el resultado de su virtud lo hallamos en esto: que Italia fue recorrida libremente por Carlos, saqueada por Luis, violada por Fernando e insultada por los suizos. El. método que estos capitanes siguieron para adquirir reputación fue primero el de quitarle importancia a la infantería. Y lo hicieron porque, no poseyendo tierras y teniendo que vivir de su industria, con pocos infantes no pedían imponerse y les era imposible alimentar a muchos, mientras que, con un número reducido de jinetes, se veían honrados sin que fuese un problema el proveer a su sustentación. Las cosas habían llegado a tal extremo, que en un ejército de veinte mil hombres no había dos mil infantes. Por otra parte, se habían ingeniado para ahorrarse y ahorrar a sus soldados la fatiga y el miedo con la consigna de no matar en las refriegas, sino tomar prisioneros, sin degollarlos. No asaltaban de noche las ciudades, ni los campesinos atacaban las tiendas; no levantaban empalizadas ni abrían fosos alrededor del campamento, ni vivían en él durante el invierno. Todas estas cosas, permitidas por sus códigos militares, las inventaron ellos, como he dicho, para evitarse fatigas y peligros. Y con ellas condujeron a Italia a la esclavitud y a la deshonra.

Capítulo Trece

DE LOS SOLDADOS AUXILIARES, MIXTOS Y PROPIOS

Las tropas auxiliares, otras de las tropas inútiles de que he hablado, son aquellas que se piden a un príncipe poderoso para que nos socorra y defienda, tal como hizo en estos últimos tiempos el papa Julio, cuando, a raíz del pobre papel que le tocó representar con sus tropas mercenarias en la empresa de Ferrara, tuvo que acudir a las auxiliares y convenir con Fernando, rey de España, que éste iría en su ayuda con sus ejércitos. Estas tropas pueden ser útiles y buenas para sus amos, pero para quien las llama son casi siempre funestas; pues si pierden, queda derrotado, y si gana, se convierte en su prisionero. Y aunque las historias antiguas están llenas de estos ejemplos, quiero, sin embargo, detenerme en el caso reciente de Julio II, que no pudo haber cometido imprudencia mayor para conquistar a Ferrera que el entregarse por completo en manos de un extranjero. Pero su buena estrella hizo surgir una tercera causa, que, de lo contrario, hubiera pagado las consecuencias de su mala elección. Porque derrotados sus auxiliares en Ravena, aparecieron los suizos, que, contra la opinión de todo el mundo, incluso la suya, pusieron en fuga a los vencedores, de modo que no quedó prisionero de los enemigos, que habían huido, ni de los auxiliares, ya que había triunfado con otras tropas. Los florentinos, que carecían de ejércitos propios, trajeron diez mil franceses para conquistar a Pisa; y esta resolución les hizo correr más peligros de los que corrieran nunca en ninguna época. El emperador de Constantinopla, para ayudar a sus vecinos, puso en Grecia diez mil turcos, los cuales, una vez concluida la guerra, se negaron a volver a su patria; de donde empezó la servidumbre de Grecia bajo el yugo de los infieles.

Se concluye de esto que todo el que no quiera vencer no tiene más que servirse de esas tropas, muchísimo más peligrosas que las mercenarias, porque están perfectamente unidas y obedecen ciegamente a sus jefes, con lo cual la ruina es inmediata; mientras que las mercenarias, para someter al príncipe, una vez que han triunfado, necesitan esperar tiempo y ocasión, pues no constituyen un cuerpo unido y, por añadidura, están a sueldo del príncipe. En ellas, un tercero a quien el príncipe haya hecho jefe no puede cobrar en seguida tanta autoridad como para perjudicarlo. En suma, en las tropas mercenarias hay que temer sobre todo las derrotas; en las auxiliares, los triunfos.

Por ello, todo príncipe prudente ha desechado estas tropas y se ha refugiado en las propias, y ha preferido perder con las suyas a vencer con las otras, considerando que no es victoria verdadera la que se obtiene con armas ajenas. No me cansaré nunca de elogiar a César Borgia y su conducta. Empezó el duque por invadir la Romaña con tropas auxiliares, todos soldados franceses, y con ellas tomó a Imola y Forli. Pero no pareciéndoles seguras, se volvió a las mercenarias, según él menos peligrosas; y tomó a sueldo a los Orsini y los Vitelli. Por último, al notar que también éstas eran inseguras, infieles y peligrosas, las disolvió y recurrió a las propias. Y de la diferencia que hay entre esas distintas milicias se puede formar una idea considerando la autoridad que tenía el duque cuando sólo contaba con los franceses y cuando se apoyaba en los Orsini y Vitelli, y la que tuvo cuando se quedó con sus soldados y descansó en sí mismo: que era, sin duda alguna, mucho mayor, porque nunca fue tan respetado como cuando se vio que era el único amo de sus tropas.

Me había propuesto no salir de los ejemplos italianos y recientes; pero no quiero olvidarme de Hierón de Siracusa, ya que en otra parte lo he citado. Convertido, como expliqué, en jefe de los ejércitos de Siracusa, advirtió en seguida de la inutilidad de las milicias mercenarias, cuyos jefes tenían los mismos defectos que nuestros italianos; y como no creía conveniente conservarlas ni licenciarlas, eliminó a sus jefes. E hizo la guerra con sus tropas y no con las ajenas. Quiero también recordar un episodio del Viejo Testamento que viene muy al caso. Ofreciéndose David a Saúl para combatir a Goliat, provocador filisteo, Saúl, para darle valor, lo armó con sus armas; pero una vez que se vio cargado con éstas, David las rechazó, diciendo que con ellas no podría sacar partido de sí mismo y que prefería ir al encuentro del enemigo con su honda y su cuchillo.

En fin, sucede siempre que las armas ajenas o se caen de los hombros del príncipe, o le pesan, o le oprimen. Carlos VII, padre del rey Luis XI, una vez que con su fortuna y valor liberó a Francia de los ingleses, conoció esta necesidad de armarse con sus propias armas y ordenó en su reino la creación de milicias de caballería e infantería. Después, el rey Luis, su hijo, disolvió las de infantería y empezó a tomar a sueldo a suizos, error que, renovado por otros, es, como ahora se ve, el motivo de los males de aquel reino. Porque al acreditar a los suizos, desacreditó todas sus armas, ya que hizo desaparecer la infantería y depender la caballería de las tropas ajenas. Acostumbrada ésta a ir a la guerra en compañía de los suizos, no cree poder vencer sin ellos. Lo cual explica que los franceses no puedan contra los suizos, y que sin los suizos no se atrevan a enfrentar a otros. Los ejércitos de Francia son, pues, mixtos, dado que se componen de tropas mercenarias y propias; y, en su conjunto, son mucho mejores que las milicias exclusivamente mercenarias o exclusivamente auxiliares, pero muy inferiores a las propias. Bastará el ejemplo citado para hacer comprender que el reino de Francia sería hoy invencible si se hubiese respetado la disposición de Carlos; pero la escasa perspicacia de los hombres hace que comiencen algo que parece bueno por el hecho de que no manifiesta el veneno que esconde debajo, como he dicho que sucede con la tisis.

Por lo tanto, aquel que en un principado no descubre los males sino una vez nacidos, no es verdaderamente sabio; pero ésta es virtud que tienen pocos. Si se examinan las causas de la decadencia del Imperio Romano, se advierte que la principal estribó en empezar a tomar a sueldo a los godos, pues desde entonces las fuerzas del imperio fueron debilitándose, y toda la virtud que ellas perdían la adquirían los otros.

Concluyo, pues, que sin milicias propias no hay principado seguro; más aún: está por completo en manos del azar, al carecer de medios de defensa contra la adversidad. Que fue siempre opinión y creencia de los hombres prudentes "quod nihil sit tam infirmum aut instabile, quam: fama potentiae non sua vi nixa" Y milicias propias son las compuestas, o por súbditos, o por ciudadanos, o por servidores del príncipe. Y no será difícil rodearse de ellas si se siguen los ejemplos de los cuatro a quienes he citado, y se examina la forma en que Filipo, padre de Alejandro Magno, y muchas repúblicas y príncipes organizaron sus tropas. Conducta a la cual me remito por entero.

Capítulo Catorce

DE LOS DEBERES DE UN PRÍNCIPE PARA CON LA MILICIA

Un príncipe no debe tener otro objeto ni pensamiento ni preocuparse de cosa alguna fuera del arte de la guerra y lo que a su orden y disciplina corresponde, pues es lo único que compete a quien manda. Y su virtud es tanta, que no sólo conserva en su puesto a los que han nacido príncipes, sino que muchas veces eleva a esta dignidad a hombres de condición modesta; mientras que, por el contrario ha, hecho perder el Estado a príncipes que han pensado más en las diversiones que en las armas. Pues la razón principal de la pérdida de un Estado se halla siempre en el olvido de este arte, en tanto que la condición primera para adquirirlo es la de ser experto en él.

Francisco Sforza, por medio de las armas, llegó a ser duque de Milán, de simple ciudadano que era; y sus hijos, por escapar a las incomodidades de las armas, de duques pasaron a ser simples ciudadanos. Aparte de otros males que trae, el estar desarmado hace despreciable, vergüenza que debe evitarse por lo que luego explicaré. Porque entre uno armado y otro desarmado no hay comparación posible, y no es razonable que quien esté armado obedezca de buen grado a quien no lo está, y que el príncipe desarmado se sienta seguro entre servidores armados, porque, desdeñoso uno y desconfiado el otro, no es posible que marchen de acuerdo. Por todo ello, un príncipe que, aparte de otras desgracias, no entienda de cosas militares, no puede ser estimado por sus soldados ni puede confiar en ellos.

En consecuencia, un príncipe jamás debe dejar de ocuparse del arte militar, y durante los tiempos de paz debe ejercitarse más que en los de guerra; lo cual puede hacer de dos modos: con la acción y con el estudio. En lo que atañe a la acción, debe, además de ejercitar y tener bien organizadas sus tropas, dedicarse constantemente a la caza con el doble objeto de acostumbrar el cuerpo a las fatigas y de conocer la naturaleza de los terrenos, la altitud de las montañas, la entrada de les valles, la situación de las llanuras, el curso de los ríos y la extensión de los pantanos. En esto último pondrá muchísima seriedad, pues tal estudio presta dos utilidades: primero, se aprende a conocer la región donde se vive y a defenderla mejor; después, en virtud del conocimiento práctico de una comarca, se hace más fácil el conocimiento de otra donde sea necesario actuar, porque las colinas, los valles, las llanuras, los ríos y los pantanos que hay, por ejemplo, en Toscana, tienen cierta similitud con los de las otras provincias, de manera que el conocimiento de los terrenos de una provincia sirve para el de las otras. El príncipe que carezca de esta pericia carece de la primera cualidad que distingue a un capitán, pues tal condición es la que enseña a dar con el enemigo, a tomar los alojamientos, a conducir los ejércitos, a preparar un plan de batalla y a atacar con ventaja.

Filopémenes, príncipe de los aqueos, tenía, entre otros méritos que los historiadores le concedieron, el de que en los tiempos de paz no pensaba sino en las cosas que incumben a la guerra; y cuando iba de paseo por la campaña, a menudo se detenía y discurría así con los amigo "Si el enemigo estuviese en aquella colina y nosotros nos encontráremos aquí con nuestro ejército, ¿de quién sería la ventaja? ¿Cómo podríamos ir a su encuentro, conservando el orden? Si quisiéramos retirarnos, ¿cómo deberíamos proceder? ¿Y cómo los perseguiríamos, si los que se retirasen fueran ellos?" Y les proponía, mientras caminaba, todos los casos que pueden presentársele a un ejército; escuchaba sus opiniones, emitía la suya y la justificaba. Y gracias a este continuo razonar, nunca, mientras guió sus ejércitos, pudo surgir accidente alguno para el que no tuviese remedio previsto.

En cuanto al ejercicio de la mente, el príncipe debe estudiar la Historia, examinar las acciones de los hombres ilustres, ver cómo se han conducido en la guerra, analizar el por qué de sus victorias y derrotas para evitar éstas y tratar de lograr aquéllas; y sobre todo hacer lo que han hecho en el pasado algunos hombres egregios que, tomando a los otros por modelos, tenían siempre presentes sus hechos más celebrados. Corno se dice que Alejandro Magno hacia con Aquiles, César con Alejandro, Escipión con Ciro. Quien lea la vida do Ciro, escrita por Jenofonte, reconocerá en la vida de Escipión la gloria que le reportó el imitarlo, y cómo, en lo que se refiere a castidad, afabilidad, clemencia y liberalidad, Escipión se ciñó por completo a lo que Jenofonte escribió de Ciro. Esta es la conducta que debe observar un príncipe prudente: no permanecer inactivo nunca en los tiempos de paz, sino, por cl contrario, hacer acopio de enseñanzas para valerse de ellas en la adversidad, a fin de que, si la fortuna cambia, lo halle preparado para resistirle.

Capítulo Quince

DE AQUELLAS COSAS POR LAS CUALES LOS HOMBRES Y ESPECIALMENTE LOS PRÍNCIPES, SON ALABADOS O CENSURADOS

Queda ahora por analizar cómo debe comportarse un príncipe en el trato con súbditos y amigos. Y porque sé que muchos han escrito sobre el tema, me pregunto, al escribir ahora yo, si no seré tachado de presuntuoso, sobre todo al comprobar que en esta materia me aparto de sus opiniones. Pero siendo mi propósito escribir cosa útil para quien la entiende, me ha parecido más conveniente ir tras la verdad efectiva de la cosa que tras su apariencia. Porque muchos se han imaginado como existentes de veras a repúblicas y principados que nunca han sido vistos ni conocidos; porque hay tanta diferencia entre cómo se vive y cómo se debería vivir, que aquel que deja lo que se hace por lo que debería hacerse marcha a su ruina en vez de beneficiarse., pues un hombre que en todas partes quiera hacer profesión de bueno es inevitable que se pierda entre tantos que no lo son. Por lo cual es necesario que todo príncipe que quiera mantenerse aprenda a no ser bueno, y a practicarlo o no de acuerdo con la necesidad.

Dejando, pues, a un lado las fantasías, y preocupándonos sólo de las cosas reales, digo que todos los hombres, cuando se habla de ellos, y en particular los príncipes, por ocupar posiciones más elevadas, son juzgados por algunas de estas cualidades que les valen o censura o elogio. Uno es llamado pródigo, otro tacaño (y empleo un término toscano, porque "avaro", en nuestra lengua, es también el que tiende a enriquecerse por medio de la rapiña, mientras que llamamos "tacaño" al que se abstiene demasiado de gastar lo suyo); uno es considerado dadivoso, otro rapaz; uno cruel, otro clemente; uno traidor, otro leal; uno afeminado y pusilánime, otro decidido y animoso; uno humano, otro soberbio; uno lascivo, otro casto; uno sincero, otro astuto; uno duro, otro débil; uno grave, otro. frívolo; uno religioso, otro incrédulo, y así sucesivamente. Sé que no habría nadie que no opinase que sería cosa muy loable que, de entre todas las cualidades nombradas, un príncipe poseyese las que son consideradas buenas; pero como no es posible poseerlas todas, ni observarlas siempre, porque la naturaleza humana no lo consiente, le es preciso ser tan cuerdo que sepa evitar la vergüenza de aquellas que le significarían la pérdida del Estado, y, sí puede, aun de las que no se lo harían perder; pero si no puede no debe preocuparse gran cosa, y mucho menos de incurrir en la infamia de vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el Estado, porque si consideramos esto con frialdad, hallaremos que, a veces, lo que parece virtud es causa de ruina, y lo que parece vicio sólo acaba por traer el bienestar y la seguridad.

Capítulo Dieciséis

DE LA PRODIGALIDAD Y DE LA AVARICIA

Empezando por las primeras de las cualidades nombradas, digo que estaría bien ser tenido por pródigo. Sin embargo, la prodigalidad, practicada de manera que se sepa que uno es pródigo, perjudica; y por otra parte, si se la practica virtuosamente y tal como se la debe practicar, la prodigalidad no será conocida y se creerá que existe el vicio contrario. Pero como el que quiere conseguir fama de pródigo entre los hombres no puede pasar por alto ninguna clase de lujos, sucederá siempre que un príncipe así acostumbrado a proceder consumirá en tales obras todas sus riquezas y se verá obligado, a la postre, si desea conservar su reputación, a imponer excesivos tributos, a ser riguroso en el cobro y a hacer todas las cosas que hay que hacer para procurarse dinero. Lo cual empezará a tornarle odioso a los ojos de sus súbditos, y nadie lo estimará, ya que se habrá vuelto pobre. Y como con su prodigalidad ha perjudicado a muchos y beneficiado a pocos, se resentirá al primer inconveniente y peligrará al menor riesgo. Y si entonces advierte su falla y quiere cambiar de conducta, será tachado de tacaño.

Ya que un príncipe no puede practicar públicamente esta virtud sin que se perjudique, convendrá, si es sensato, que no se preocupe si es tildado de tacaño; porque, con el tiempo, al ver que con su avaricia le bastan las entradas para defenderse de quien le hace la guerra, y puede acometer nuevas empresas sin gravar al pueblo, será tenido siempre por más pródigo, pues practica la generosidad con todos aquellos a quienes no quita, que son innumerables, y la avaricia con todos aquellos a quienes no da, que son pocos.

En nuestros tiempos sólo hemos visto hacer grandes cosas a los hombres considerados tacaños; los demás siempre han fracasado. El papa Julio II, después de servirse del nombre do pródigo para llegar al Pontificado, no se cuidó a fin de poder hacer la guerra, de conservar semejante fama. El actual rey de Francia ha sostenido tantas guerras sin imponer tributos extraordinarios a sus súbditos porque, con su extremada economía, proveyó a los superfluos. El actual rey España, si hubiera sido espléndido, no habría realizado ni vencido en tantas empresas.

En consecuencia, un príncipe debe reparar poco -con tal de que ello le permita defenderse, no robar a los súbditos, no volverse pobre y despreciable, no mostrarse expoliador- en incurrir en el vicio de tacaño; porque éste es uno de los vicios que hacen posible reinar. Y si alguien dijese: "Gracias a su prodigalidad, César llegó al imperio, y muchos otros, por haber sido y haberse ganado fama de pródigos, escalaron altísimas posiciones", contestaría: "O ya eres príncipe, o estas en camino de serlo; en el primer caso, la liberalidad es perniciosa; en el segundo, necesaria. Y César era uno do los que querían llegar al principado de Roma; pero si después de lograrlo hubiese sobrevivido y no se hubiera moderado en los gastos, habría llevado el imperio a la ruina". Y si alguien replicase: "Ha habido muchos príncipes, reputados por liberalísimos, que hicieron grandes cosas con las armas" diría yo: "O el príncipe gasta lo suyo y lo de los súbditos, o gasta lo ajeno; en el primer caso debe ser medido, en el otro, no debe cuidarse del despilfarro. Porque el príncipe que va con sus ejércitos y que vive del botín, de los saqueos y de las contribuciones, necesita esa esplendidez a costa de los enemigos, ya que de otra manera los soldados no lo seguirían. Con aquello que no es del príncipe ni de sus súbditos se puede ser extremadamente generoso, como lo fueron Ciro, César y Alejandro; porque el derrochar lo ajeno, antes concede que quita reputación; sólo el gastar lo de uno perjudica. No hay cosa que se consuma tanto a sí misma como la prodigalidad, pues cuanto más se la practica más se pierde la facultad de practicarla; y se vuelve el príncipe pobre y despreciable, o, si quiere escapar de la pobreza, expoliador y odioso. Y si hay algo que deba evitarse, es el ser despreciado y odioso, y a ambas cosa conduce la prodigalidad. Por lo tanto, es más prudente contentarse con el tilde de tacaño que implica una vergüenza sin odio, que, por ganar fama de pródigo, incurrir en el de expoliador, que implica una vergüenza con odio.

Capítulo Diecisiete

DE LA CRUELDAD Y LA CLEMENCIA; Y SI ES MEJOR SER AMADO QUE TEMIDO,

o ser temido que amado

Paso a las otras cualidades ya cimentadas y declaro que todos los príncipes deben desear ser tenidos por clementes y no por crueles. Y, sin embargo, deben cuidarse de emplear mal esta clemencia, César Borgia era considerado cruel, pese a lo cual fue su crueldad la que impuso el orden en la Romaña, la que logró su unión y la que la volvió a la paz y a la fe. Que, si se examina bien, se verá que Borgia fue mucho más clemente que el pueblo florentino, que para evitar ser tachado de cruel, dejó destruir a Pistoya. Por lo tanto, un príncipe no debe preocuparse porque lo acusen de cruel, siempre y cuando su crueldad tenga por objeto el mantener unidos y fieles a los súbditos; porque con pocos castigos ejemplares será más clemente que aquellos que, por excesiva clemencia, dejan multiplicar los desórdenes, causas de matanzas y saqueos que perjudican a toda una población, mientras que las medidas extremas adoptadas por el príncipe sólo van en contra de uno. Y es sobre todo un príncipe nuevo el que no debe evitar los actos de crueldad, pues toda nueva dominación trae consigo infinidad de peligros. Así se explica que Virgilio ponga en boca de Dido:

Res dura et regni novitas me talia cogunt
Moliri, et late fines custode tueri.

Sin embargo, debe ser cauto en el creer y el obrar, no tener miedo de sí mismo y proceder con moderación, prudencia y humanidad, de modo que una excesiva confianza no lo vuelva imprudente, y una desconfianza exagerada, intolerable.

Surge de esto una cuestión: si vale más ser amado que temido, o temido que amado. Nada mejor que ser ambas cosas a la vez; pero puesto que es difícil reunirlas y que siempre ha de faltar una, declaro que es más seguro ser temido que amado. Porque de la generalidad de los hombres se puede decir esto: que son ingratos, volubles, simuladores, cobardes ante el peligro y ávidos de lucro. Mientras les haces bien, son completamente tuyos: te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, pues —como antes expliqué— ninguna necesidad tienes de ello; pero cuando la necesidad se presenta se rebelan. Y el príncipe que ha descansado por entero en su palabra va a la ruina al no haber tomado otras providencias; porque las amistades que se adquieren con el dinero y no con la altura y nobleza de almas son amistades merecidas, pero de las cuales no se dispone, y llegada la oportunidad no se las puede utilizar. Y los hombres tienen menos cuidado en ofender a uno que se haga amar que a uno que se haga temer; porque el amor es un vínculo de gratitud que los hombres, perversos por naturaleza, rompen cada vez que pueden beneficiarse; pero el temor es miedo al castigo que no se pierde nunca. No obstante lo cual, el príncipe debe hacerse temer de modo que, si no se granjea el amor, evite el odio, pues no es imposible ser a la vez temido y no odiado; y para ello bastará que se abstenga de apoderarse de los bienes y de las mujeres de sus ciudadanos y súbditos, y que no proceda contra la vida de alguien sino cuando hay justificación conveniente y motivo manifiesto; pero sobre todo abstenerse de los bienes ajenos, porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio. Luego, nunca faltan excusas para despojar a los demás de sus bienes, y el que empieza a vivir de la rapiña siempre encuentra pretextos para apoderarse de lo ajeno, y, por el contrario, para quitar la vida, son más raros y desaparezcan con más rapidez.

Pero cuando el príncipe está al frente de sus ejércitos y tiene que gobernar a miles de soldados, es absolutamente necesario que no se preocupe si merece fama de cruel, porque sin esta fama jamás podrá tenerse ejército alguno unido y dispuesto a la lucha. Entre las infinitas cosas admirables de Aníbal se cita la de que, aunque contaba con un ejército grandísimo, formado por hombres de todas las razas a los que llevó a combatir en tierras extranjeras, jamás surgió discordia alguna entre ellos ni contra el príncipe, así en la mala como en la buena fortuna. Y esto no podía deberse sino a su crueldad inhumana, que, unida a sus muchas otras virtudes, lo hacía venerable y terrible en el concepto de los soldados; que, sin aquélla, todas las demás no le habrían bastado para ganarse este respeto. Los historiadores poco reflexivos admiran, por una parte, semejante orden, y, por la otra, censuran su razón principal. Que si es verdad o no que las demás virtudes no le habrían bastado puede verse en Escipión —hombre de condiciones poco comunes, no sólo dentro de su boca, sino dentro de toda la historia de la humanidad—, cuyos ejércitos se rebelaron en España. Lo cual se produjo por culpa de su excesiva clemencia, que había dado a sus soldados más licencia de la que a la disciplina militar convenía. Falta que Fabio Máxirno le reprochó en el Senado, llamándolo corruptor de la milicia romana. Los locrios, habiendo sido ultrajados por un enviado de Escipión, no fueron desagraviados por éste ni la insolencia del primero fue castigada naciendo todo de aquel su blando carácter. Y a tal extremo, que alguien que lo quiso justificar ante el Senado dijo que pertenecía a la clase de hombres que saben mejor no equivocarse que enmendar las equivocaciones ajenas. Este carácter, con el tiempo habría acabado por empañar su fama y su honor, a haber llegado Escipión al mando absoluto; pero como estaba bajo las órdenes del Senado, no sólo quedó escondida esta mala cualidad suya, sino que se convirtió en su gloria.

Volviendo a la cuestión de ser amado o temido, concluyo que, como el amar depende de la voluntad de los hombres y el temer de la voluntad del príncipe, un príncipe prudente debe apoyarse en lo suyo y no en lo ajeno, pero, como he dicho, tratando siempre de evitar el odio.

Capítulo Dieciocho

DE QUE MODO LOS PRÍNCIPES DEBEN CUMPLIR SUS PROMESAS

Nadie deja de comprender cuán digno de alabanza es el príncipe que cumple la palabra dada, que obra con rectitud y no con doblez; pero la experiencia nos demuestra, por lo que sucede en nuestros tiempos, que son precisamente los príncipes que han hecho menos caso de la fe jurada, envuelto a los demás con su astucia y reído de los que han confiado en su lealtad, los únicos que han realizado grandes empresas.

Digamos primero que hay dos maneras de combatir: una, con las leyes; otra, con la fuerza. La primera es distintiva del hombre; la segunda, de la bestia. Pero como a menudo la primera no basta, es forzoso recurrir a la segunda. Un príncipe debe saber entonces comportarse como bestia y como hombre. Esto es lo que los antiguos escritores enseñaron a los príncipes de un modo velado cuando dijeron que Aquiles y muchos otros de los príncipes antiguos fueron confiados al centauro Quirón para que los criara y educase. Lo cual significa que, como el preceptor es mitad bestia y mitad hombre, un príncipe debe saber emplear las cualidades de ambas naturalezas, y que una no puede durar mucho tiempo sin la otra.

De manera que, ya que se ve obligado a comportarse como bestia, conviene que el príncipe se transforma en zorro y en león, porque el 1eón no sabe protegerse de las trampas ni el zorro protegerse de los lobos. Hay, pues, que ser zorro para conocer las trampas y 1eón para espantar a los lobos. Los que sólo se sirven de las cualidades del 1eón demuestran poca experiencia. Por lo tanto, un príncipe prudente no debe observar la fe jurada cuando semejante observancia vaya en contra de sus intereses y cuando hayan desaparecido las razones que le hicieron prometer. Si los hombres fuesen todos buenos, este precepto no sería bueno; pero como son perversos, y no la observarían contigo, tampoco tú debes observarla con ellos. Nunca faltaron a un príncipe razones legitimas para disfrazar la inobservancia. Se podrían citar innumerables ejemplos modernos de tratados de paz y promesas vueltos inútiles por la infidelidad de los príncipes. Que el que mejor ha sabido ser zorro, ése ha triunfado. Pero hay que saber disfrazarse bien y ser hábil en fingir y en disimular. Los hombres son tan simples y de tal manera obedecen a las necesidades del momento, que aquel que engaña encontrará siempre quien se deje engañar.

No quiero callar uno de los ejemplos contemporáneos. Alejandro VI nunca hizo ni pensó en otra cosa que en engañar a los hombres, y siempre halló oportunidad para hacerlo. Jamás hubo hombre que prometiese con mis desparpajo ni que hiciera tantos juramentos sin cumplir ninguno; y, sin embargo, los engaños siempre le salieron a pedir de boca, porque conocía bien esta parte del mundo.

No es preciso que un príncipe posea todas las virtudes citadas, pero es indispensable que aparente poseerlas. Y hasta me atreveré a decir esto: que el tenerlas y practicarlas siempre es perjudicial, y el aparentar tenerlas, útil. Está bien mostrarse piadoso, fiel, humano, recto y religioso, y asimismo serlo efectivamente; pero se debe estar dispuesto a irse al otro extremo si ello fuera necesario. Y ha de tenerse presente que un príncipe, y sobre todo un príncipe nuevo, no puede observar todas las cosas gracias a las cuales los hombres son considerados buenos, porque, a menudo, para conservarse en el poder, se ve arrastrado a obrar contra la fe, la caridad, la humanidad y la religión. Es preciso, pues, que tenga una inteligencia capaz de adaptarse a todas las circunstancias, y que, como he dicho antes, no se aparte del bien mientras pueda, pero que, en caso de necesidad, no titubee en entrar en el mal.

Por todo esto un príncipe debe tener muchísimo cuidado de que no le brote nunca de los labios algo que no esté empapado de las cinco virtudes citadas, y de que, al verlo y oírlo, parezca la clemencia, la fe, la rectitud y la religión mismas, sobre todo esta última. Pues los hombres, en general, juzgan más con los ojos que con las manos, porque todos pueden ver, pero pocos tocar. Todos ven lo que pareces ser, mas pocos saben lo que eres; y estos pocos no se atreven a oponerse a la opinión de la mayoría, que se escuda detrás de la majestad del Estado. Y en las acciones de los hombres, y particularmente de los príncipes, donde no hay apelación posible, se atiende a los resultados. Trate, pues, un príncipe de vencer y conservar el Estado, que los medios siempre serán honorables y loados por todos; porque el vulgo se deja engañar por las apariencias y por el éxito; y en el mundo sólo hay vulgo, ya que las minorías no cuentan sino cuando las mayorías no tienen donde apoyarse. Un príncipe de estos tiempos, a quien no es oportuno nombrar, jamás predica otra cosa que concordia y buena fe;

y es enemigo acérrimo de ambas, ya que, si las hubiese observado, habría perdido más de una vez la fama y las tierras.

Capítulo Diecinueve

DE QUE MODO DEBE EVITARSE SER DESPRECIADO Y ODIADO

Como de entre las cualidades mencionadas ya hablé de las mis importantes, quiero ahora, bajo este titulo general, referirme brevemente a las otras. Trate el príncipe de huir de las cosas que lo hagan odioso o despreciable, y una vez logrado, habrá cumplido con su deber y no tendrá nada que temer de los otros vicios. Hace odioso, sobre todo, como ya he dicho antes, el ser expoliador y el apoderarse de los bienes y de las mujeres de los súbditos, de todo lo cual convendrá abstenerse. Porque la mayoría de los hombres, mientras no se ven privados de sus bienes y de su honor, viven contentos; y el príncipe queda libre para combatir la ambición de los menos que puede cortar fácilmente y de mil maneras distintas. Hace despreciable el ser considerado voluble, frívolo, afeminado, pusilánime e irresoluto, defectos de los cuales debe alejarse como una nave de un escollo, e ingeniarse para que en sus actos se reconozca grandeza, valentía, seriedad y fuerza. Y con respecto a los asuntos privados de los súbditos, debe procurar que sus fallos sean irrevocables y empeñarse en adquirir tal autoridad que nadie piense en engañarlo ni envolverlo con intrigas.

El príncipe que conquista semejante autoridad es siempre respetado, pues difícilmente se conspira contra quien, por ser respetado, tiene necesariamente ser bueno y querido por los suyos. Y un príncipe debe temer dos cosas: en el interior, que se le subleven los súbditos; en el exterior, que le ataquen. Las potencias extranjeras. De éstas se, defenderá con buenas armas y buenas alianzas, y siempre tendrá buenas alianzas el que tenga buenas armas, así como siempre en el interior estarán seguras las cosas cuando lo estén en el exterior, a menos que no hubiesen sido previamente perturbadas por una conspiración. Y aún cuando los enemigos de afuera amenazasen, si ha vivido como he aconsejado y no pierda la presencia de espíritu resistirá todos los ataques, como he aconsejado que hizo el espartano Nabis. En lo que se refiere a los súbditos, y a pesar de que no exista amenaza extranjera alguna, ha de cuidar que no conspiren secretamente; pero de este peligro puede asegurarse evitando que lo odien o lo desprecien y, como ya antes he repetido, empeñándose por todos los medios en tener satisfecho al pueblo. Porque el no ser odiado por el pueblo es uno de los remedios más eficaces de que dispone un príncipe contra las conjuraciones. El conspirador siempre cree que el pueblo quedará contento con la muerte del príncipe, y jamás, si sospecha que se producirá el efecto contrario, se decide a tomar semejante partido, pues son infinitos los peligros que corre el que conspira. La experiencia nos demuestra que hubo muchísimas conspiraciones y que muy pocas tuvieron éxito. Porque el que conspira no puede obrar solo ni buscar la complicidad de los que no cree descontentos; y no hay descontento que no se regocije en cuanto le hayas confesado tus propósitos, porque de la revelación de tu secreto puede esperar toda clase de beneficios; es preciso que, sea muy amigo tuyo o enconado enemigo del príncipe para que, al hallar en una parte ganancias seguras y en la otra dudosas y llenas de peligro, te sea, leal. Y para reducir el problema a, sus últimos términos, declaro que de parte del conspirador sólo hay recelos, sospechas y temor al castigo, mientras que el príncipe cuenta con la majestad del principado, con las leyes y con la ayuda de los amigos, de tal manera que, si se ha granjeado la simpatía popular, es imposible que haya alguien que sea tan temerario como para conspirar. Pues si un conspirador está por lo común rodeado de peligros antes de consumar el hecho, lo estará aún más después de ejecutarlo, porque no encontrará amparo en ninguna parte.

Sobre este particular podrían citarse innumerables ejemplos; pero me daré por satisfecho con mencionar uno que pertenece a la época de nuestros padres. Micer Aníbal Bentivoglio, abuelo del actual micer Aníbal, que era príncipe de Bolonia, fue asesinado por los Canneschi, que se había conjurado contra él, no quedando de los suyos más que micer Juan, que era una criatura. Inmediatamente después de semejante crimen so sublevó el pueblo y exterminó a todos los Canneschi. Esto nace de la simpatía, popular que la casa de los Bentivoglio tenía en aquellos tiempos, y que fue tan grande que, no quedando de ella nadie en Bolonia que pudiese, muerto Aníbal, regir el Estado, y habiendo inicios de que en Florencia existía un descendiente de los Bentivoglio, que se consideraba hasta entonces hijo de cerrajero, vinieron los boloñeses en su busca a Florencia y le entregaron el gobierno de aquella ciudad la que fue gobernada por él hasta que micer Juan hubo llegado a una edad adecuada para asumir el mando.

Llego, pues, a la conclusión de que un príncipe, cuando es apreciado por el pueblo, debe cuidarse muy poco de las conspiraciones; pero que debe temer todo y a todos cuando lo tienen por enemigo y es aborrecido por él.

Los Estados bien organizados y los príncipes sabios siempre han procurado no exasperar a los nobles y, a la vez, tener satisfecho y contento al pueblo. Es éste uno de los puntos a que más debe atender un príncipe.

En la actualidad, entre los reinos bien organizados, cabe nombrar el de Francia, que cuenta con muchas instituciones buenas que están al servicio de la libertad y de la seguridad del rey, de las cuales la primera es el Parlamento. Como el que organizó este reino conocía, por una parte, la ambición y la violencia de los poderosos y la necesidad de tenerlos como de una brida para corregirlos y, por la otra, el odio a los nobles que el temor hacía nacer en el pueblo -temor que había que hacer desaparecer-, dispuso que no fuese cuidado exclusivo del rey esa tarea, para evitarle los inconvenientes que tendría con los nobles si favorecía al pueblo y los que tendría con el pueblo si favorecía a los nobles. Creó entonces un tercer poder que, sin responsabilidades para el rey, castigase a los nobles y beneficiase al pueblo. No podía tomarse medida mejor ni más juiciosa, ni que tanto proveyese a la seguridad del rey y del reino. De donde puede extraerse esta consecuencia digna de mención: que los príncipes deben encomendar a los demás las tareas gravosas y reservarse las agradables. Y vuelvo a repetir que un príncipe debe estimar a los nobles, pero sin hacerse odiar por el pueblo.

Acaso podrá parecer a muchos que el ejemplo de la vida y muerte de ciertos emperadores romanos contradice mis opiniones, porque hubo quienes, a pesar de haberse conducido siempre virtuosamente y de poseer grandes cualidades, perdieron el imperio o, peor aún, fueron asesinados por sus mismos súbditos, conjurados en su contra. Para contestar a estas objeciones examinaré el comportamiento de algunos emperadores y demostraré que las causas de su ruina no difieren de las que he expuesto, y mientras tanto, recordaré los hechos más salientes de la Historia de aquellos tiempos. Me limitaré a tomar a los emperadores que se sucedieron desde Marco el Filósofo hasta Maximino: Marco, su hijo Cómodo, Pertinax, Juliano, Severo, su hijo Antonio Caracalla, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino. Pero antes conviene hacer notar que, mientras los príncipes de hoy sólo tienen que luchar contra la ambición de los nobles y la violencia de los pueblos, los emperadores romanos tenían que hacer frente a una tercera dificultad: la codicia y la crueldad de sus soldados, motivo de la ruina de muchos. Porque era difícil dejar a la vez satisfechos a los soldados y al pueblo, pues en tanto que el pueblo amaba la paz y a los príncipes sosegados, las tropas preferían a los príncipes belicosos, violentos, crueles y rapaces, y mucho más si lo eran contra el pueblo, ya que así duplicaban la ganancia y tenían ocasión de deshogar su codicia y su perversidad. Esto explica por qué los emperadores que carecían de autoridad suficiente para contener a unos y a los otros siempre fracasaban; y explica también por qué la mayoría, y sobre todo los que subían al trono por herencia, una vez conocida la imposibilidad de dejar satisfechas a ambas partes, se decidían por los soldados, sin importarles pisotear al pueblo. Era el partido lógico: cuando el príncipe no puede evitar ser odiado por una de las dos partes, debe inclinarse hacia el grupo más numeroso, y cuando esto no es posible, inclinarse hacia el más fuerte. De ahí que los emperadores -que al serlo por razones ajenas al derecho tenían necesidad de apoyos extraordinarios buscasen contentar a los soldados antes que al pueblo; lo cual, sin embargo, podía resultarles ventajoso o no según que supiesen o no ganarse y conservar su respeto. Por tales motivos, Marco, Pertinax y Alejandro, a pesar de su vida moderada, a pesar de ser amantes de la justicia, enemigos de, la crueldad, humanitarios y benévolos, tuvieron todos, salvo Marco, triste fin. Y Marco vivió y murió amado gracias a que llegó al trono por derecho de herencia, sin debérselo al pueblo ni a los soldados., y a que, como estaba adornado de muchas virtudes que lo hacían venerable, tuvo siempre, mientras vivió, sometidos a unos y a otros a su voluntad, y nunca fue odiado ni despreciado. Pero Pertinax fue hecho emperador contra el parecer de los soldados, que, acostumbrados a vivir en la mayor licencia bajo Cómodo, no podían tolerar la vida virtuosa que aquél pretendía imponerles; y por esto fue odiado. Y como al odio se agregó al desprecio que inspiraba su vejez, pereció en los comienzos mismos de su reinado.

Y aquí se debe señalar que el odio se gana tanto con las buenas acciones como con las perversas, por cuyo motivo, como dije antes, un príncipe que quiere conservar el poder es a menudo forzado a no ser bueno, porque cuando aquel grupo, ya sea pueblo, soldados o nobles, del que tú juzgas tener necesidad para mantenerte, está corrompido, te conviene seguir su capricho para satisfacerlo, pues entonces las buenas acciones serían tus enemigas.

Detengámonos ahora en Alejandro, hombre de tanta bondad que, entre los elogios que se le tributaron, figura el de que en catorce años que reinó no hizo matar a nadie sin juicio previo; pero su fama de persona débil y que se dejaba gobernar por su madre le acarreó el desprecio de los soldados, que se sublevaron y lo mataron.

Por el contrario, Cómodo, Severo, Antonio Caracalla y Maximino fueron ejemplos de crueldad y despotismo llevados al extremo. Para congraciarse con los soldados, no ahorraron ultrajes al pueblo. Y todos, a excepción de Severo, acabaron mal. Severo, aunque oprimió al pueblo, pudo reinar felizmente en mérito al apoyo de los soldados y a sus grandes cualidades, que lo hacían tan admirable a los ojos del pueblo y del ejército que éste quedaba reverente y satisfecho, y aquél, atemorizado y estupefacto. Y como sus acciones fueron notables para un príncipe nuevo, quiero explicar brevemente lo bien que supo proceder como zorro y como león, cuyas cualidades, como ya he dicho, deben ser imitadas por todos los príncipes.

Enterado de que el emperador Juliano era un cobarde, Severo convencía al ejército que estaba bajo su mando en Esclavonia de que era necesario ir a Roma para vengar la muerte de Pertinax, a quien los pretorianos habían asesinado. Y con este pretexto, sin dar a conocer sus aspiraciones al imperio, condujo al ejército contra Roma y estuvo en Italia antes que se hubiese tenido noticia de su partida. Una vez en Roma, dio muerte a Juliano; y el Senado, lleno de espanto, lo eligió emperador. Pero para adueñarse del Estado quedaban aún a Severo dos dificultades. la primera en Oriente, donde Níger, jefe de los ejércitos asiáticos, se habla hecho proclamar emperador; la segunda en Occidente, donde se hallaba Albino, quien también tenía pretensiones al imperio. Y como juzgaba peligroso declararse a la vez enemigo de los dos, resolvió atacar a Níger y engañar a Albino, para lo cual escribió a éste que, elegido emperador por el Senado, quería compartir el trono con él; le mandó el título de césar y, por acuerdo del Senado, lo convirtió en su colega, distinción que Albino aceptó sin vacilar. Pero una vez que hubo vencido y muerto a Níger, y pacificadas las cosas en Oriente, volvió a Roma y se quejó al Senado de que Albino, olvidándose de los beneficios que le debía, había tratado vilmente de matarlo, por lo cual era preciso que castigara su ingratitud. Fue entonces a buscarlo a las Galias y le quitó la vida y el Estado.

Quien examine, pues, detenidamente las acciones de Severo, verá que fue un feroz león y un zorro muy astuto, y advertirá que todos le temieron y respetaron y que el ejército no lo odió; y no se asombrará de que él, príncipe nuevo, haya podido ser amo de un imperio tan vasto, porque su ilimitada autoridad lo protegió siempre del odio que sus depredaciones podían haber hecho nacer en el pueblo.

Pero Antonino, su hijo, también fue hombre, de cualidades que lo hacían admirable en el concepto del pueblo y grato en el de los soldados. Varón de genio guerrero, durísimo a la fatiga, enemigo de la molicie y de los placeres de la mesa, no podía menos de ser querido por todos los soldados. Sin embargo, su ferocidad era tan grande e inaudita que, después de innumerables asesinatos aislados, exterminó a gran parte del pueblo de Roma y a todo el de Alejandría. Por este motivo se hizo odioso a todo el mundo, empezó a ser temido por los mismos que lo rodeaban y a la postre fue muerto por un centurión en presencia de todo el ejército. Conviene notar al respecto no está en manos de ningún príncipe evitar esta clase de atentados, producto de la firme decisión de un hombre de carácter, porque al que no le importa morir no le asusta quitar la vida a otro., pero no los tema el príncipe, pues son rarísimos, y preocúpese, en cambio, por no inferir ofensas graves a nadie que esté junto a él para el servicio del Estado. Es lo que no hizo Antonino, ya que, a pesar de haber asesinado en forma ignominiosa a un hermano del centurión, y de amenazar a éste diariamente con lo mismo, lo conservaba en su guardia particular: tranquilidad temeraria que tenía que traerle la muerte, y se la trajo.

Pasemos a Cómodo, a quien, por ser hijo de Marco y haber recibido el imperio en herencia, fácil le hubiera sido conservarlo, dado que con sólo seguir las huellas de su padre hubiese tenido satisfecho a pueblo y ejército. Pero fue un hombre cruel y brutal que, para desahogar su ansia de rapiña contra el pueblo, trató de captarse la benevolencia de las tropas permitiéndoles toda clase de licencias; por otra parte, olvidado de la dignidad que investía, bajo muchas veces a la arena para combatir con los gladiadores y cometió vilezas incompatibles con la majestad imperial, con lo cual se acarreó el desprecio de los soldados. De modo que, odiado por un grupo y aborrecido por el otro, fue asesinado a consecuencia de una conspiración.

Nos quedan por examinar las cualidades de Maximino. Fastidiadas las tropas por la inactividad de Alejandro, de quien ya he hablado, elevaron al imperio, una vez muerto éste, a Maximano, hombre de espíritu extraordinariamente belicoso, que no se conservó en el poder mucho tiempo porque hubo dos cosas que lo hicieron odioso y despreciable: la primera, su baja condición, pues nadie ignoraba que había sido pastor en Tracia, y esto producía universal disgusto; la otra, su fama de sanguinario; había diferido su marcha a Roma para tomar posesión del mando, y en el intervalo, había cometido, en Roma y en todas partes del imperio, por intermedio de sus prefectos, un sin fin de depredaciones. Menospreciado por la bajeza de su origen y odiado por el temor a su ferocidad, era natural que todo el mundo se sintiese inquieto y, en consecuencia, que el áfrica se rebelase y que el Senado y luego el pueblo de Roma y toda Italia conspirasen contra él. Su propio ejército, mientras sitiaba a Aquilea sin poder tomarla, cansado de sus crueldades y temiéndolo menos al verlo rodeado de tantos enemigos, se plegó al movimiento y lo mató.

No quiero referirme a Heliogábalo, Macrino y Juliano. que, por ser harto despreciables, tuvieron pronto fin, y atenderé a las conclusiones de este discurso. Los príncipes actuales no se encuentran ante la dificultad de tener que satisfacer en forma desmedida a los soldados; pues aunque haya que tratarlos con consideración, el caso es menos grave dado que estos príncipes no tienen ejércitos propios, vinculados estrechamente con los gobiernos y las administraciones provinciales, como estaban los ejércitos del Imperio Romano. Y si entonces había que inclinarse a satisfacer a los soldados antes que al pueblo, se explica, porque los soldados eran más poderosos que el pueblo; mientras que ahora todos los príncipes, salvo el Turco y el Sultán. tienen que satisfacer antes al pueblo que a los soldados, porque aquél puede más que éstos. Excepto al Turco, que, por estar siempre rodeado por doce mil infantes y quince mil jinetes, de los cuales dependen la seguridad y la fuerza del reino, necesita posponer toda otra preocupación a la de conservar la amistad de las tropas. Del mismo modo, conviene que el Sultán, cuyo reino está por completo en manos del ejército, conserve las simpatías de éste sin tener consideraciones para con el pueblo. Y adviértase que este Estado del Sultán es muy distinto de todos los principados y sólo parecido al pontificado cristiano, al que no puede llamársele principado hereditario ni principado nuevo, porque no son los hijos del príncipe viejo los herederos y futuros príncipes, sino el elegido para ese puesto por los que tienen autoridad.. Y como se trata de una institución antigua, no le corresponde el nombre de principado nuevo, aparte de que no se encuentran en él los obstáculos que existen en los nuevos, pues si bien el príncipe es nuevo, la constitución del Estado es antigua y el gobernante recibido como quien lo es por derecho hereditario.

Pero volvamos a nuestro asunto. Cualquiera que meditase este discurso hallaría que la causa de la ruina de los emperadores citados ha sido el odio o el desprecio, y descubriría a qué se debe que, mientras parte de ellos procedieron de un modo y parte de otro, en ambos modos hubo dichosos y desgraciados. Pertinax y Alejandro fracasaron porque, siendo príncipes nuevos, quisieron imitar a Marco, que había llegado al imperio por derecho de sucesión; y lo mismo le sucedió a Caracalla, Cómodo y Maximino al intentar seguir]as huellas de Severo cuando carecían de sus cualidades. Se concluye de esto que un príncipe nuevo en un principado nuevo no puede imitar la conducta de Marco ni tampoco seguir los pasos de Severo, sino que debe tomar de éste las cualidades necesarias para fundar un Estado, y, una vez establecido y firme, las cualidades de aquél que mejor tiendan a conservarlo.

Capítulo Veinte

SI LAS FORTALEZAS, Y MUCHAS OTRAS COSAS QUE LOS PRÍNCIPES

hacen con frecuencia son útiles o no

Hubo príncipes que, para conservar sin inquietudes el Estado, desarmaron a sus súbditos; príncipes que dividieron los territorios conquistados; príncipes que favorecieron a sus mismos enemigos; príncipes que se esforzaron por atraerse a aquellos que les inspiraban recelos al comienzo de su gobierno; príncipes, en fin, que construyeron fortalezas, y príncipes que las arrasaron. Y aunque sobre todas estas cosas no se pueda dictar sentencia sin conocer las características del Estado donde habría de tomarse semejante resolución, hablaré, sin embargo, del modo más amplio que la materia permita.

Nunca sucedió que un príncipe nuevo desarmase a sus súbditos; por el contrario, los armó cada vez que los encontró desarmados. De este modo, las armas del pueblo se convirtieron en las del príncipe, los que recelaban se hicieron fieles, los fieles continuaron siéndolo y los súbditos se hicieron partidarios. Pero como no es posible armar a todos los súbditos, resultan favorecidos aquellos a quienes el príncipe arma, y se puede vivir más tranquilo con respecto a los demás; por esta distinción, de que se reconocen deudores al príncipe, los primeros se consideran más obligados a él, y los otros lo disculpan comprendiendo que es preciso que gocen de más beneficios los que tienen más deberes y se exponen a más peligros. Pero cuando se los desarma, se empieza por ofenderlos, puesto que se les demuestra que, por cobardía o desconfianza, se tiene poca fe en su lealtad; y cualquiera de estas dos opiniones engendra odio contra el príncipe. Y como el príncipe no puede quedar desarmado, es forzoso que recurra a las milicias mercenarias, de cuyos defectos ya he hablado; pero aun cuando sólo tuviesen virtudes, no pueden ser tantas como para defenderlo de los enemigos poderosos y de los súbditos descontentos. Por eso, como he dicho, un príncipe nuevo en un principado nuevo no ha dejado nunca de organizar su ejército según lo prueban los ejemplos de que está llena la Historia. Ahora bien: cuando un príncipe adquiera un Estado nuevo que añade al que ya poseía, entonces sí que conviene que desarme a sus nuevos súbditos, excepción hecha de aquellos que se declararon partidarios suyos durante la conquista; y aun a éstos, con el transcurso del tiempo y aprovechando las ocasiones que se le brinden, es preciso debilitarlos y reducirlos a la inactividad y arreglarse de modo que el ejército del Estado se componga de los soldados que rodeaban al príncipe en el Estado antiguo.

Nuestros antepasados, y particularmente los que tenían fama de sabios, solían decir que para conservar a Pistoya bastaban las disensiones, y para conservar a Pisa, las fortalezas; por tal motivo, y para gobernarlas más fácilmente, fomentaban la discordia en las tierras sometidas, medida muy lógica en una época en que las fuerzas de Italia estaban equilibradas., pero no me parece que pueda darse hoy por precepto, porque no creo que las divisiones traigan beneficio alguno; al contrario, juzgo inevitable que las ciudades enemigas se pierdan en cuanto el enemigo se aproxime, pues siempre el partido más débil se unirá a las fuerzas externas, y el otro no podrá resistir.

Movidos por estas razones, según creo, los venecianos fomentaban en las ciudades conquistadas la creación de guelfos y gibelinos., y aunque no los dejaban llegar al derramamiento de sangre, alimentaban, sin embargo, estas discordias entre ellos, a fin de que, ocupados en sus diferencias, no se uniesen contra el enemigo común. Pero, como hemos visto, este proceder se volvió en su contra. pues, derrotados en Vailá, uno de los partidos cobró valor y les arrebató todo el Estado. Semejantes recursos inducen a sospechar la existencia de alguna debilidad en el príncipe, porque un príncipe fuerte jamás tolerará tales divisiones, que podrán serle útiles en tiempos de paz, cuando, gracias a ellas, manejará más fácilmente a sus súbditos, pero que mostrarán su ineficacia en cuando sobrevenga la guerra.

Indudablemente, los príncipes son grandes cuando superan las dificultades y la oposición que se les hace. Por esta razón, y sobre todo cuando quiere hacer grande a un príncipe nuevo, a quien le es más necesario adquirir fama que a uno hereditario, la fortuna le suscita enemigos y guerras en su contra para darle oportunidad de que las supere y pueda, sirviéndose de la escala que los enemigos le han traído, elevarse a mayor altura. Y hasta hay quienes afirman que un príncipe hábil debe fomentar con astucia ciertas resistencia para que, al aplastarlas, se acreciente su gloria.

Los príncipes, sobre todo los nuevos, han hallado más consecuencia y más utilidad en aquellos que al principio de su gobierno les eran sospechosos que en aquellos en quienes confiaban. Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, gobernaba su Estado más con los que le habían sido sospechosos que con los otros. Pero de este punto no se pueden extraer conclusiones generales porque varían según el caso. Sólo diré esto: que los hombres que al principio de un reinado han sido enemigos, si su carácter es tal que para continuar la lucha necesitan apoyo ajeno, el príncipe podrá siempre y muy fácilmente conquistarlos a su causa; y lo servirán con tanta más fidelidad cuanto que saben que les es preciso borrar con buenas obras la mala opinión en que se los tenía; y así el príncipe saca de ellos más provecho que de los que, por serle demasiado fieles, descuidan sus obligaciones.

Y puesto que el tema lo exige, no dejaré de recordar al príncipe que adquiera un Estado nuevo mediante la ayuda de los ciudadanos que examine bien el motivo que impulsó a éstos a favorecerlo, porque si no so trata de afecto natural, sino de descontento con la situación anterior del Estado, difícil y fatigosamente podrá conservar su amistad, pues tampoco él podrá contentarlos. Con los ejemplos que los hechos antiguos y modernos proporcionan, medítese serenamente en la razón de todo esto, y se verá que es más fácil conquistar la amistad de los enemigos, que lo son porque estaban satisfechos con el gobierno anterior, que 1a de los que, por estar descontentos, se hicieron amigos del nuevo príncipe y lo ayudaron a conquistar el Estado.

Los príncipes, para conservarse más seguramente en el poder, acostumbraron construir fortalezas que fuesen rienda y freno para quienes se atreviesen a obrar en su contra, y refugio seguro para ellos en caso de un ataque imprevisto. Alabo esta costumbre de los antiguos. Pero repárese en que en estos tiempos se ha visto a Nicolás Vitelli arrasar dos fortalezas en Cittá di Castello para conservar la plaza. Guido Ubaldo, duque de Urbino, al volver a sus Estados de donde lo arrojó César Borgia, destruyó hasta los cimientos todas las fortalezas de aquella provincia, convencido de que sin ellas sería más difícil arrebatarle el Estado. Lo mismo hicieron los Bentivoglio al volver a Bolonia. Por consiguiente, las fortalezas pueden ser útiles o no según los casos, pues si en unas ocasiones favorecen, en otras perjudican. Podría resolverse la cuestión de esta manera: el príncipe que teme más al pueblo que a los extranjeros debe construir fortalezas; pero el que teme más a los extranjeros que al pueblo debe pasarse sin ellas. El castillo levantado por Francisco Sforza en Milán ha traído y traerá más sinsabores a la casa Sforza que todas las revueltas que se produzcan en el Estado. Pero, en definitiva, no hay mejor fortaleza que el no ser odiado por el pueblo, porque si el pueblo aborrece al príncipe, no lo salvarán todas las fortalezas que posea, pues nunca faltan al pueblo, una vez que ha empuñado las armas, extranjeros que lo socorran.

En nuestros tiempos no se ha visto que hayan favorecido a ningún príncipe, salvo a la condesa de Forli, después de la muerte del conde Jerónimo, su marido; porque gracias a ellas pudo escapar al furor popular, esperar el socorro de Milán y recuperar el Estado. Pero entonces las circunstancias eran tales que los extranjeros no podían auxiliar al pueblo. Y después su fortaleza de nada le sirvió, cuando César Borgia la asaltó y el pueblo se plegó a él por odio a la condesa. Por lo tanto, mucho más seguro le hubiera sido, entonces y siempre, no ser odiada por el pueblo que tener fortalezas.

Consideradas, pues, estas cosas, elogiaré tanto a quien construya fortalezas como a quien no las construya, pero censuraré a todo el que, confiando en las fortalezas, tenga en poco el ser odiado por el pueblo.

Capítulo Veintiuno

COMO DEBE COMPORTARSE UN PRÍNCIPE PARA SER ESTIMADO

Nada hace tan estimable a un príncipe como las grandes empresas y el ejemplo de raras virtudes. Prueba de ello es Fernando de Aragón, actual rey de España, a quien casi puede llamarse príncipe nuevo, pues de rey sin importancia se ha convertido en el primer monarca de la cristiandad. Sus obras, como puede comprobarlo quien las examine, han sido todas grandes, y algunas extraordinarias. En los comienzos de su reinado tomó por asalto a Granada, punto de partida de sus conquistas. Hizo la guerra cuando estaba en paz con los vecinos, y, sabiendo que nadie se opondría, distrajo con ella la atención de los nobles de Castilla, que, pensando en esa guerra, no pensaban en cambios políticos, y por este medio adquirió autoridad y reputación sobre ellos y sin que ellos se diesen cuenta. Con dinero del pueblo y de la Iglesia pudo mantener sus ejércitos, a los que templó en aquella larga guerra y que tanto lo honraron después. Más tarde, para poder iniciar empresas de mayor envergadura, se entregó, sirviéndose siempre de la iglesia, a una piadosa persecución y despojó y expulsó de su reino a los "marranos". No puede haber ejemplo más admirable y maravilloso. Con el mismo pretexto invadió el áfrica, llevó a cabo la campaña de Italia y últimamente atacó a Francia, porque siempre meditó y realizó hazañas extraordinarias que provocaron el constante estupor de los súbditos y mantuvieron su pensamiento ocupado por entero en el éxito de sus aventuras. Y estas acciones suyas nacieron de tal modo una tras otra que no dio tiempo a los hombres para poder preparar con tranquilidad algo en su perjuicio.

También concurre en beneficio del príncipe el hallar medidas sorprendentes en lo que se refiere a la administración, como se cuenta que las hallaba Bernabó de Milán. Y cuando cualquier súbdito hace algo notable, bueno o malo, en la vida civil, hay que descubrir un modo de recompensarlo o castigarlo que dé amplio tema de conversación a la gente. Y, por encima de todo, el príncipe debe ingeniarse por parecer grande e ilustre en cada uno de sus actos.

Asimismo se estima al príncipe capaz de ser amigo o enemigo franco, es decir, al que, sin temores de ninguna índole, sabe declararse abiertamente en favor de uno y en contra de otro. El abrazar un partido es siempre más conveniente que el permanecer neutral. Porque si dos vecinos poderosos se declaran la guerra, el príncipe puede encontrarse en uno de esos casos: que, por ser adversarios fuertes, tenga que temer a cualquier cosa de los dos que gane la guerra, o que no; en uno o en otro caso siempre le será más útil decidirse por una de las partes y hacer la guerra. Pues, en el primer caso, si no se define, será presa del vencedor, con placer y satisfacción del vencido; y no hallará compasión en aquél ni asilo en éste, porque el que vence no quiere amigos sospechosos y que no le ayuden en la adversidad, y el que pierde no puede ofrecer ayuda a quien no quiso empuñar las armas y arriesgarse en su favor.

Antíoco, llamado a Grecia por los etoilos para arrojar de allí a los romanos, mandó embajadores a los acayos, que eran amigos de los romanos, para convencerlos de que permaneciesen neutrales. Los romanos por el contrario, les pedían que tomaran armas a su favor. Se debatió el asunto en el consejo de los acayos, y cuando el enviado de Antíoco solicitó neutralidad, el representante romano replicó "Quod autem isti dicunt non interponendi vos bello, nihil magis alienum rebus vestris est, sine gratia, sine dignitate, praemium victoris eritis".

Y siempre verás que aquel que no es tu amigo te exigirá la neutralidad, y aquel que es amigo tuyo te exigirá que demuestres tus sentimientos con las armas. Los príncipes irresolutos, para evitar los peligros presentes, siguen la más de las veces el camino de la neutralidad, y las más de las veces fracasan. Pero cuando el príncipe se declara valientemente por una de las partes, si triunfa aquella a la que se une, aunque sea poderosa y él quede a su discreción, estarán unidos por un vinculo de reconocimiento y de afecto; y los hombres nunca son tan malvados que dando prueba de tamaña ingratitud, lo sojuzguen. Al margen de esto, las victorias nunca son tan decisivas como para que el vencedor no tenga que guardar algún miramiento, sobre todo con respecto a la justicia. Y si el aliado pierde, el príncipe será amparado, ayudado por él en]a medida de lo posible y se hará compañero de una fortuna que puede resurgir. En el segundo caso, cuando los que combaten entre sí no pueden inspirar ningún temor, mayor es, la necesidad de definirse, pues no hacerlo significa la ruina de uno de ellos, al que el príncipe, si fuese prudente, debería salvar, porque si vence queda a su discreción, y es imposible que con su ayuda no venza.

Conviene advertir que un príncipe nunca debe aliarse con otro más poderoso para atacar a terceros, sino, de acuerdo con lo dicho, cuando las circunstancias lo obligan, porque si venciera queda en su poder, y los príncipes deben hacer lo posible por no quedar a disposición de otros. Los venecianos, que, pudiendo abstenerse de intervenir, se aliaron con los franceses contra el duque de Milán, labraron su propia ruina. Pero cuando no se puede evitar, como sucedió a los florentinos en oportunidad del ataque de los ejércitos del papa y de España contra la Lombardía, entonces, y por las mismas razones expuestas, el príncipe debe someterse a los acontecimientos. Y que no se crea que los Estados pueden inclinarse siempre por partidos seguros; por el contrario, piénsese que todos son dudosos; porque acontece en el orden de las cosas que, cuando se quiere evitar un inconveniente, se incurre en otro. Pero la prudencia estriba en saber conocer la naturaleza de los inconvenientes y aceptar el menos malo por bueno.

El príncipe también se mostrará amante de la virtud y honrará a los que se distingan en las artes. Asimismo, dará seguridades a los ciudadanos para que puedan dedicarse tranquilamente a sus profesiones, al comercio, a la agricultura y a cualquier otra actividad; y que unos no se abstengan de embellecer sus posesiones por temor a que se las quiten, y otros de abrir una tienda por miedo a los impuestos. Lejos de esto, instituirá premios para recompensar a quienes lo hagan y a quienes traten, por cualquier medio, de engrandecer la ciudad o el Estado. Todas las ciudades están divididas en gremios o corporaciones a las cuales conviene que el príncipe conceda su atención. Reúnase de vez en vez con ellos y dé pruebas de sencillez y generosidad, sin olvidarse, no obstante, de la dignidad que inviste, que no debe faltarle en, ninguna ocasión.

Capítulo Veintidós

DE LOS SECRETARIOS DEL PRÍNCIPE

No es punto carente de importancia la elección de los ministros, que será buena o mala según la cordura del príncipe. La primera opinión que se tiene del juicio de un príncipe se funda en los hombres que lo rodean: si son capaces y fieles, podrá reputárselo por sabio, pues supo hallarlos capaces y mantenerlos fieles; pero cuando no lo son, no podrá considerarse prudente a un príncipe que el primer error que comete lo comete en esta elección.

No había nadie que, al saber que Antonio da Venafro era ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, no juzgase hombre muy inteligente a Pandolfo por tener por ministro a quien tenía. Pues hay tres clases de cerebros: el primero discierne por sí; el segundo entiende lo que los otros disciernen, y el tercero no discierne ni entiende lo que los otros disciernen. El primero es excelente, el segundo bueno y el tercero inútil. Era, pues, absolutamente indispensable que, si Pandolfo no se hallaba en el primer caso, se hallase en el segundo. Porque con tal que un príncipe tenga el suficiente discernimiento para darse cuenta de lo bueno o malo que hace y dice, reconocerá, aunque de por sí no las descubra, cuáles son las obras buenas y cuáles las malas de un ministro, y podrá corregir éstas y elogiar las otras; y el ministro, que no podrá confiar en engañarlo, se conservará honesto y fiel.

Para conocer a un ministro hay un modo que no falla nunca. Cuando se ve que un ministro piensa más en él que en uno y que en todo no busca sino su provecho, estamos en presencia de un ministro que nunca será bueno y en quien el príncipe nunca podrá confiar. Porque el que tiene en sus manos el Estado de otro jamás debe pensar en sí mismo, sino en el príncipe, y no recordarle sino las cosas que pertenezcan a él. Por su parte, el príncipe, para mantenerlo constante en su fidelidad, debe pensar en el ministro. Debe honrarlo, enriquecerlo y colmarlo de cargos, de manera que comprenda que no puede estar sin él, y que los muchos honores no le hagan desear más honores, las muchas riquezas no le hagan ansiar más riquezas y los muchos cargos le hagan temer los cambios políticos. Cuando los ministros, y los príncipes con respecto a los ministros, proceden así, pueden confiar unos en otros; pero cuando proceden de otro modo, las consecuencias son perjudiciales tanto para unos como para otros.

Capítulo Veintitrés

COMO HUIR DE LOS ADULADORES

No quiero pasar por alto un asunto importante, y es la falta en que con facilidad caen los príncipes si no son muy prudentes o no saben elegir bien. Me refiero a los aduladores, que abundan en todas las cortes. Porque los hombres se complacen tanto en sus propias obras, de tal modo se engañan, que no atinan a defenderse de aquella calamidad; y cuando quieren defenderse, se exponen al peligro de hacerse despreciables. Pues no hay otra manera de evitar la adulación que el hacer comprender a los hombres que no ofenden al decir la verdad; y resulta que, cuando todos pueden decir la verdad, faltan al respeto. Por lo tanto, un príncipe prudente debe preferir un tercer modo: rodearse de los hombres de buen juicio de su Estado, únicos a los que dará libertad para decirle la verdad, aunque en las cosas sobre las cuales sean interrogados y sólo en ellas. Pero debe interrogarlos sobre todos los tópicos, escuchar sus opiniones con paciencia y después resolver por si y a su albedrío. Y con estos consejeros comportarse de tal manera que nadie ignore que será tanto más estimado cuanto más libremente hable. Fuera de ellos, no escuchar a ningún otro, poner en seguida en práctica lo resuelto y ser obstinado en su cumplimiento. Quien no procede así se pierde por culpa de los aduladores o, si cambia a menudo de parecer, es tenido en menos.

Quiero a este propósito citar un ejemplo moderno, Fray Lucas Rinaldi, embajador ante el actual emperador Maximiliano, decía, hablando de Su Majestad, que no pedía consejos a nadie y que, sin embargo, nunca hacía lo que quería. Y esto precisamente por proceder en forma contraria a la aconsejada. Porque el emperador es un hombre reservado que no comunica a nadie sus pensamientos ni pide pareceres; pero como, al querer ponerlos en práctica, empiezan a conocerse y descubrirse, y los que los rodean opinan en contra, fácilmente desiste de ellos. De donde resulta que lo que hace hoy lo deshace mañana, que no se entiende nunca lo que desea o intenta hacer y que no se puede confiar en sus determinaciones.

Por este motivo, un príncipe debe pedir consejo siempre, pero cuando él lo considere conveniente y no cuando lo consideren conveniente los demás, por lo cual debe evitar que nadie emita pareceres mientras no sea interrogado. Debe preguntar a menudo, escuchar con paciencia la verdad acerca de las cosas sobre las cuales ha interrogado y ofenderse cuando entera de que alguien no se la ha dicho por temor. Se engañan los que creen que un príncipe es juzgado sensato gracias a los buenos consejeros que tiene en derredor y no gracias a sus propias cualidades. Porque ésta es una regla general que no falla nunca un príncipe que no es sabio no puede ser bien aconsejado y, por ende, no puede gobernar, a menos que se ponga bajo la tutela de un hombre muy prudente que lo guíe en todo. Y aun en este caso, duraría poco en el poder, pues el ministro no tardaría en despojarlo del Estado. Y si pide consejo a más de uno, los consejos serán siempre distintos, y un príncipe que no sea sabio no podrá conciliarlos. Cada uno de los consejeros pensará en lo suyo, y él no podrá saberlo ni corregirlo. Y es imposible hallar otra clase de consejeros, porque los hombres se comportarán siempre mal mientras la necesidad no los obligue a lo contrario. De esto se concluye que es conveniente que los buenos consejos, vengan de quien vinieren, nazcan de la prudencia del príncipe y no la prudencia del príncipe de los buenos consejos.

Capítulo Veinticuatro

POR QUE LOS PRÍNCIPES DE ITALIA PERDIERON SUS ESTADOS

Las reglas que acabo de exponer, llevadas a la práctica con prudencia, hacen parecer antiguo a un príncipe nuevo y lo consolidan y afianzan en seguida en el Estado como si fuese un príncipe hereditario. Por la razón de que se observa mucho más celosamente la conducta de un príncipe nuevo que la de uno hereditario, si los hombres la encuentran virtuosa, se sienten más agradecidos y se apegan más a él que a uno de linaje antiguo. Porque los hombres se ganan mucho mejor con las cosas presentes que con las pasadas, y cuando en las presentes hallan provecho, las gozan sin inquirir nada; y mientras el príncipe no se desmerezca en las otras cosas, estarán siempre dispuestos a defenderlo. Así, el príncipe tendrá la doble gloria de haber creado un principado nuevo y de haberlo mejorado y fortificado con buenas leyes, buenas armas, buenos amigos y buenos ejemplos. Del mismo modo que será doble la deshonra del que, habiendo nacido príncipe, pierde el trono por su falta de prudencia.

Si se examina el comportamiento de los príncipes de Italia que en nuestros tiempos perdieron sus Estados, como el rey de Nápoles, el duque de Milán y algunos otros, se advertirá, en primer lugar, en lo que se refiere a las armas, una falta común a todos: la de haberse apartado de las reglas antes expuestas. Después se verá que unos tuvieron al pueblo por enemigo, y que el que lo tuvo por amigo no supo asegurarse de los nobles. Porque sin estas faltas no se pierden los Estados que tienen recursos suficientes para permitir levantar un ejército de campaña.

Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro, sino el que fue vencido por Tito Quincio, disponía de un ejército reducido en comparación con el de los griegos y los romanos, que lo atacaron juntos; sin embargo, como era guerrero y había sabido congraciarse con el pueblo y contener a los nobles, pudo resistir una lucha de muchos años; y si al fin perdió algunas ciudades, conservó, en cambio el reino.

Por consiguiente, estos príncipes nuestros que ocupaban el poder desde hacía muchos años no acusen a la fortuna por haberlo perdido, sino a su ineptitud. Como en épocas de paz nunca pensaron que podrían cambiar las cosas (es defecto común de los hombres no preocuparse por la tempestad durante la bonanza), cuando se presentaron tiempos adversos, atinaron a huir y no a defenderse, y esperaron que el pueblo, cansado de los ultrajes de los vencedores, volviese a llamarlos. Partido que es bueno cuando no hay otros; pero está muy mal dejar los otros por ése, pues no debernos dejarnos caer por el simple hecho de creer que habrá alguien que nos recoja. Porque no lo hay; y si lo hay y acude, no es para salvación nuestra, dado que la defensa ha sido indigna y no ha dependido de nosotros. Y las únicas defensas buenas, seguras y durables son las que dependen de uno mismo y de sus virtudes.

Capítulo Veinticinco

DEL PODER DE LA FORTUNA DE LAS COSAS HUMANAS Y DE LOS MEDIOS PARA OPONÉRSELE

No ignoro que muchos creen y han creído que las cosas del mundo están regidas por la fortuna y por Dios, de tal modo que los hombres más prudentes no pueden modificarlas; y, más aún, que no tienen remedio alguno contra ellas. De lo cual podrían deducir que no vale la pena fatigarse mucho en las cosas, y que es mejor dejarse gobernar por la suerte. Esta opinión ha gozado de mayor crédito en nuestros tiempos por los cambios extraordinarios, fuera de toda conjetura humana, que se han visto y se ven todos los días.

Y yo, pensando alguna vez en ello, me he sentido algo inclinado a compartir el mismo parecer. Sin embargo, y a fin de que no se desvanezca nuestro libre albedrío, acepto por cierto que la fortuna sea juez de la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja gobernar la otra mitad, o poco menos. Y la comparo con uno de esos ríos antiguos que cuando se embravecen, inundan las llanuras, derriban los árboles y las casas y arrastran la tierra de un sitio para llevarla a otro; todo el mundo huye delante de ellos, todo el mundo cede a su furor. Y aunque esto sea inevitable, no obsta para que los hombres, en las épocas en que no hay nada que temer, tomen sus precauciones con diques y reparos, de manera que si el río crece otra vez, o tenga que deslizarse por un canal o su fuerza no sea tan desenfrenada ni tan perjudicial. Así sucede con la fortuna, que se manifiesta con todo su poder allí donde no hay virtud preparada para resistirle y dirige sus ímpetus allí donde sabe que no se han hecho diques ni reparos para contenerla. Y si ahora contemplamos a Italia, teatro de estos cambios y punto que los ha engendrado, veremos que es una llanura sin diques ni reparos de ninguna clase; y que si hubiese estado defendida por la virtud necesaria, como lo están Alemania, España y Francia, o esta inundación no habría provocado las grandes transformaciones que ha provocado, o no se habría producido. Y que lo dicho sea suficiente sobre la necesidad general de oponerse a la fortuna.

Pero ciñéndome más a los detalles me pregunto por qué un príncipe que hoy vive en la prosperidad, mañana se encuentra en la desgracia, sin que se haya operado ningún cambio en su carácter ni en su conducta. A mi juicio, esto se debe, en primer lugar, a las razones que expuse con detenimiento en otra parte, es decir, a que el príncipe que confía ciegamente en la fortuna perece en cuanto en cuanto ella cambia. Creo también que es feliz el que concilia su manera de obrar con la índole de las circunstancias, y que del mismo modo es desdichado el que no logra armonizar una cosa con la otra. Pues se ve que los hombres, para llegar al fin que se proponen, esto es, a la gloria y las riquezas, proceden en forma distinta: uno con cautela, el otro con ímpetu; uno por la violencia, el otro por]a astucia; uno con paciencia, el otro con su contrario; y todos pueden triunfar por medios tan dispares. Se observa también que, de dos hombres cautos, el uno consigue su propósito y el otro no, y que tienen igual fortuna dos que han seguido caminos encontrados, procediendo el uno con cautela y el otro con ímpetu: lo cual no se debe sino a la índole de las circunstancias, que concilia o no con la forma de comportarse. De aquí resulta lo que he dicho: que dos que actúan de distinta manera obtienen el mismo resultado; y que de dos que actúan de igual manera, uno alcanza su objeto y el otro no. De esto depende asimismo el éxito, pues si las circunstancias y los acontecimientos se presentan de tal modo que el príncipe que es cauto y paciente se ve favorecido, su gobierno será bueno y él será feliz; mas si cambian, está perdido, porque no cambia al mismo tiempo su proceder. Pero no existe hombre lo suficientemente dúctil como para adaptarse a todas las circunstancias, ya porque no puede desviarse de aquello a lo que la naturaleza lo inclina, ya porque no puede resignarse a abandonar un camino que siempre le ha sido próspero. El hombre cauto fracasa cada vez que es preciso ser impetuoso. Que si cambiase de conducta junto con las circunstancias, no cambiaría su fortuna.

El papa Julio II se condujo impetuosamente en todas sus acciones, y las circunstancias se presentaron tan de acuerdo con su modo de obrar que siempre tuvo éxito. Considérese su primera empresa contra Bolonia, cuando aun vivía Juan Bentivoglio. Los venecianos lo veían con desagrado, y el rey de España deliberaba con el de Francia sobre las medidas por tomar; pero Julio II, llevado por su ardor y su ímpetu, inició la expedición poniéndose él mismo al frente de las tropas. Semejante paso dejó suspensos a España y a los venecianos; y éstos por miedo, y aquélla con la esperanza de recobrar todo el reino de Nápoles, no se movieron; por otra parte, el rey de Francia se puso de su lado, pues al ver que Julio II había iniciado la campaña, y como quería ganarse su amistad para humillar a los venecianos, juzgó no poder negarle sus tropas sin ofenderlo en forma manifiesta. Así, pues, Julio II, con su impetuoso ataque, hizo lo que ningún pontífice hubiera logrado con toda la prudencia humana; porque si él hubiera esperado para partir de Roma a tener todas las precauciones tomadas y ultimados todos los detalles, como cualquier otro pontífice hubiese hecho, jamás habría triunfado, porque el rey de Francia hubiera tenido mil pretextos y los otros amenazado con mil represalias. Prefiero pasar por alto sus demás acciones, todas iguales a aquélla y todas premiadas por el éxito, pues la brevedad de su vida no le permitió conocer lo contrario. Que, a sobrevenir circunstancias en las que fuera preciso conducirse con prudencia, corriera a su ruina, pues nunca se hubiese apartado de aquel modo de obrar al cual lo inclinaba su naturaleza.

Se concluye entonces que, como la fortuna varía y los hombres se obstinan en proceder de un mismo modo, serán felices mientras vayan de acuerdo con la suerte e infelices cuando estén en desacuerdo con ella. Sin embargo, considero que es preferible ser impetuoso y no cauto, porque la fortuna es mujer y se hace preciso, si se la quiere tener sumisa, golpearla y zaherirla. Y se ve que se deja dominar por éstos antes que por los que actúan con tibieza. Y, como mujer, es amiga de los jóvenes, porque son menos prudentes y más fogosos y se imponen con más audacia.

Capítulo Veintiséis

EXHORTACIÓN A LIBERAR A ITALIA DE LOS BÁRBAROS

Después de meditar en todo lo expuesto, me preguntaba si en Italia, en la actualidad, las circunstancias son propicias para que un nuevo príncipe pueda adquirir gloría, esto es necesario a un hombre prudente y virtuoso para instaurar una nueva forma de gobierno, por la cual, honrándose a sí mismo, hiciera la felicidad de los italianos. Y no puede menos que responderme que eran tantas las circunstancias que concurrían en favor de un príncipe nuevo, que difícilmente podría hallarse momento más adecuado. Y si, como he dicho, fue preciso para que Moisés pusiera de manifiesto sus virtudes que el pueblo de Israel estuviese esclavizado en Egipto, y para conocer la grandeza de Ciro que los persas fuesen oprimidos por los medas, y la excelencia de Teseo que los atenienses se dispersaran, del mismo modo, para conocer la virtud de un espíritu italiano, era necesario que Italia se viese llevada al extremo en que yace hoy, y que estuviese más esclavizada que los hebreos, más oprimida que los persas y más desorganizada que los atenienses; que careciera de jefe y de leyes, que se viera castigada, despojada, escarnecida e invadida, y que soportara toda clase de vejaciones. Y aunque hasta ahora se haya notado en este o en aquel hombre algún destello de genio como para creer que había sido enviado por Dios para redimir estas tierras, no tardó en advertirse que la fortuna lo abandonaba en lo más alto de su carrera. De modo que, casi sin un soplo de vida, espera Italia al que debe curarla de sus heridas, poner fin a los saqueos de Lombardia y a las contribuciones del Reame y de Toscana y cauterizar sus llagas desde tanto tiempo gangrenadas.

Vedla cómo ruega a Dios que le envíe a alguien que la redima de esa crueldad e insolencia de los bárbaros. Vedla pronta y dispuesta a seguir una bandera mientras haya quien la empuña. Y no se ve en la actualidad en quien uno pueda confiar más que en vuestra ilustre casa, para que con su fortuna y virtud, preferida de Dios y de la Iglesia, de la cual es ahora príncipe, pueda hacerse jefe de esta redención. Y esto no os parecerá difícil si tenéis presentes la vida y acciones de los príncipes mencionados. Y aunque aquéllos fueron hombres raros y maravillosos, no dejaron de ser hombres; y no tuvo ninguno ocasión tan favorable como la presente; porque sus empresas no fueron más justas ni más fáciles que ésta, ni Dios les fue más benigno de lo que lo es con vos. Que es justicia grande: iustum enim est bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est. Aqui hay disposición favorable; y donde hay disposición favorable no puede haber grandes dificultades, y sólo falta que vuestra casa se inspire en los ejemplos de los hombres que he propuesto por modelos. Además, se ven aquí acontecimientos extraordinarios, sin precedentes, ejecutados por voluntad divina: las aguas del mar se han separado, una nube os ha mostrado el camino, ha brotado agua de la piedra y ha llovido maná; todo concurre a vuestro engrandecimiento. A vos os toca lo demás. Dios no quiere hacerlo todo para no quitarnos el libre albedrío ni la parte de gloria que nos corresponde.

No es asombroso que ninguno de los italianos a quien he citado haya podido hacer lo que es de esperar que haga vuestra ilustre casa, ni es extraño que después de tantas revoluciones y revueltas guerreras parezca extinguido el valor militar de nuestros compatriotas. Pero se debe a que la antigua organización militar no era buena y a que nadie ha sabido modificarla. Nada honra tanto a un hombre que se acaba de elevar al poder como las nuevas leyes y las nuevas instituciones ideadas por él, que si están bien cimentadas y llevan algo grande en sí mismas,, lo hacen digno de respeto y admiración. E Italia no carece de arcilla modelable. Que si falta valor en los jefes, sóbrales a los soldados. Fijaos en los duelos y en las riñas, y advertid cuán superiores son los italianos en fuerza, destreza y astucia. Pero en las batallas, y por culpa exclusive de la debilidad de los jefes, su papel no es nada brillante; porque los capaces no son obedecidos; y todos se creen capaces, pero hasta ahora no hubo nadie que supiese imponerse por su valor y su fortuna, y que hiciese ceder a les demás. A esto hay que atribuir el que, en tantas guerras habidas durante los últimos veinte años, los ejércitos italianos siempre hayan fracasado, como lo demuestran Taro, Alejandría, Capua, Génova, Vailá, Bolonia y Mestri.

Si vuestra ilustre casa quiere emular a aquellos eminentes varones que libertaron a sus países, es preciso, ante todo, y como preparativo indispensable a toda empresa, que se rodee de armas propias; porque no puede haber soldados más fieles, sinceros y mejores que los de uno. Y si cada uno de ellos es bueno, todos juntos, cuando vean que quien los dirige, los honra y los trata paternalmente es un príncipe en persona, serán mejores. Es, pues, necesario organizar estas tropas para defenderse, con el valor italiano, de los extranjeros. Y aunque las infanterías suiza y española tienen fama de temibles, ambas adolecen de defectos, de manera que un tercer orden podría no sólo contenerlas, sino vencerlas. Porque los españoles no resisten a la caballería, y los suizos tienen miedo de la infantería que se muestra tan porfiada como ellos en la batalla. De aquí que se haya visto y volverá a verse que los españoles no pueden hacer frente a la caballería francesa, y que los suizos se desmoronan ante la infantería española. Y por más que de esto último no tengamos una prueba definitiva, podemos darnos una idea por lo sucedido en la batalla de Ravena, donde la infantería española dio la cara a los batallones alemanes, que siguen la misma táctica que los suizos; pues los españoles, ágiles de cuerpo, con la ayuda de sus broqueles habían penetrado por entre las picas de los alemanes y los acuchillaban sin riesgo y sin que éstos tuviesen defensa, y a no haber embestido la caballería, no hubiese quedado alemán con vida. Por lo tanto, conociendo los defectos de una y otra infantería, es posible crear una tercera que resista a la caballería y a la que no asusten los soldados de a pie, lo cual puede conseguirse con nuevas armas y nueva disposición de los combatientes. Y no ha de olvidarse que son estas cosas las que dan autoridad y gloria a un príncipe nuevo.

No se debe, pues, dejar pasar esta ocasión para que Italia, después de tanto tiempo, vea por fin a su redentor. No puedo expresar con cuánto amor, con cuánta sed de venganza, con cuanta obstinada fe, con cuanta ternura, con cuántas lágrimas, sería recibido en todas las provincias que han sufrido el aluvión de los extranjeros. ¿Qué puertas se le cerrarían? ¿Qué pueblos negaríanle obediencia? ¿Qué envidias se le opondrían? ¿Qué italiano le rehusaría su homenaje? A todos repugna esta dominación de los bárbaros. Abrace, pues, vuestra ilustre familia esta causa con el ardor y la esperanza con que se abrazan las causas justas, a, fin de que bajo su enseña la patria se ennoblezca y bajo sus auspicios se realice la aspiración de Petrarca:

La virtud tomará las armas contra el atropello,
el combate será breve,
puesto que el antiguo valor
en los corazones italianos aún no ha muerto.

CAPÍTULO VEINTISIETE

17. EL SEGUNDO LIBRO DE LA SELVA (RUDYARD KIPLING)

ÍNDICE

De Cómo Llegó El Miedo
La Ley De La Jungla
El Milagro De Purun Bhagat
Una Canción De Kabir
La Selva Invasora
La Canción De Mowgli Contra La Gente
Los Enterradores
Canción De La Onda
El Ankus Del Rey
La Canción Del Pequeño Cazador
Quiquern
Angutivaun Taina
Los Perros Jaros
La Canción De Chil
Correteos Primaverales
Canción De Despedida

DE CÓMO LLEGÓ EL MIEDO

Poca agua lleva el río, el estanque se ha secado,
y nosotros, tú y yo, somos camaradas.
Con fiebre en las quijadas, el flanco lleno de polvo,
nos empujamos siguiendo la ribera.
El miedo a padecer sed nos inmoviliza,
nadie piensa ya en cazar y matar.
Ahora puede ver el cervatillo
que la Manada de Lobos tiene miedo como él,
mientras el majestuoso gamo ve sin inmutarse
los colmillos que a su padre degollaron.
Poca agua en los estanques, los ríos se han secado,
y nosotros, tú y yo, seremos compañeros de juego,
hasta que aquella nube (¡Buena caza!) descargue
la lluvia que rompa nuestra Tregua del Agua.

La Ley de la Jungla, que es con mucho la más antigua de las leyes del mundo, tiene previstos casi todos los accidentes que puede sufrir el Pueblo de la Jungla, por lo que actualmente su código es tan perfecto como puedan haberlo hecho el tiempo y la costumbre. Recordaréis que Mowgli pasó gran parte de su vida con la Manada de Lobos de Seeonee, aprendiendo la Ley con Baloo, el Oso Pardo. Y fue Baloo quien le dijo, al ver que el chico se impacientaba al recibir órdenes constantemente, que la ley era como la liana gigante, ya que caía sobre las espaldas de todo el mundo, sin que nadie pudiera zafarse.

—Cuando hayas vivido tanto como yo, Hermanito, verás que toda la jungla obedece por lo menos a una ley. Y no será ese un espectáculo agradable —dijo Baloo.

Estas palabras le entraron por una oreja y le salieron por la otra, ya que un muchacho que se pasa la vida comiendo y durmiendo no se preocupa por nada hasta que se encuentra las cosas delante de sus narices. Pero llegó un año en que las palabras de Baloo cobraron realidad y Mowgli vio cómo toda la Jungla se hallaba sometida a la ley.

Todo comenzó cuando las lluvias del invierno faltaron en su casi totalidad e Ikki, el Puerco Espín, al encontrarse con Mowgli en un bosquecillo de bambúes, le dijo que los ñames silvestres se estaban secando. Ahora bien, todo el mundo sabe que Ikki se muestra ridículamente remilgado cuando se trata de comida y que se niega a comer de todo salvo de lo mejor y más maduro. Así, pues, Mowgli se rio y dijo:

—¿Y eso a mí qué?

—Pues nada… de momento —dijo Ikki, haciendo sonar sus púas con gesto altivo y poco natural—. Pero más adelante, ya veremos. ¿Sigues con las zambullidas en el estanque profundo que hay debajo de las Rocas de las Abejas, Hermanito?

—No. El agua es tonta y se está retirando, y yo no tengo ganas de romperme la cabeza —respondió Mowgli, que por aquellos tiempos estaba convencido de saber tanto como cinco representantes del Pueblo de la Jungla juntos.

—Tú te lo pierdes. Puede que te hicieras una grieta pequeña y que por ella te entrase en la mollera un poquito de sabiduría.

Ikki se apartó rápidamente para que Mowgli no pudiera arrancarle las púas del hocico y Mowgli se fue a contarle a Baloo lo que Ikki le había dicho. Baloo, tras escucharle, puso una cara muy seria y musitó:

—Si estuviera solo, cambiaría inmediatamente de cazadero antes de que los demás empezasen a reflexionar… Pero eso de cazar entre extraños termina siempre en riñas y peleas y Cachorro de Hombre podría resultar herido. Tendremos que esperar a ver qué tal florece el mohwa.

Aquella primavera, el mohwa, árbol que a Baloo tanto le gustaba, no llegó a florecer. El calor mató sus capullos verdosos y delicados antes de que pudieran florecer y cuando Baloo, alzándose sobre los cuartos traseros, sacudió el árbol, solo unos cuantos pétalos pestilentes cayeron al suelo. Después el implacable calor fue adentrándose en la jungla, milímetro a milímetro, hasta llegar a lo más profundo de ella, haciendo que la vegetación se tornase primero amarilla, después parda y finalmente negra. Se quemaron los arbustos que crecían a la vera de las quebradas, quedando solamente una masa de tallos rotos y hojas retorcidas. Los estanques ocultos entre la espesura se secaron y dejaron al descubierto el barro reseco y cuarteado del fondo, mostrando en sus orillas, como hechas con un molde de hierro, las más leves pisadas. Las jugosas lianas se despegaron de los árboles y cayeron muertas a los pies de los mismos. Los bambúes se marchitaron y el viento abrasador, al acariciarlos, producía un ruido que parecía el cloqueo de las gallinas, mientras que, en el corazón de la jungla, el musgo se desprendía de las rocas, dejándolas peladas y calientes como los guijarros azules que se estremecían en el lecho del río.

Los pájaros y el Pueblo de los Monos emprendieron viaje hacia el norte a principios de año, pues sabían qué era lo que se avecinaba. Los venados y los cerdos salvajes huyeron a los campos desolados próximos a los poblados, muriendo a veces ante los ojos de unos hombres demasiado desfallecidos para darles muerte con sus propias manos. Chil, el Milano, se quedó en la jungla y engordó notablemente, ya que abundaba la carroña y cada tarde, al regresar de sus correrías, los demás animales, demasiado débiles para partir en busca de nuevos cazaderos, le oían decir que el sol estaba matando a la jungla en toda la zona que podía recorrerse en tres días de vuelo, sin importar la dirección que se tomase.

Mowgli, que jamás había conocido lo que era verdadera hambre, tuvo que alimentarse de miel rancia, de tres años antes, que extraía de rocas que antes hicieran las veces de panal y ahora estaban abandonadas. Era una miel negra como un endrino y cubierta con el polvo del azúcar reseco. Buscaba también las larvas que abrían profundas galerías en la corteza de los árboles y tampoco les hacía ascos a las crías de las avispas. Toda la caza que había en la jungla no era más que huesos y pellejo, y Bagheera podía matar tres animales en una sola noche sin que con ello pudiera llenarse la panza. Pero la falta de agua era lo peor, pues, aunque beba muy de vez en cuando, el Pueblo de la Jungla necesita beber largos tragos de una vez.

Y el calor seguía y seguía, absorbiendo toda la humedad, hasta que, finalmente, el curso principal del Waingunga fue el único lugar por donde discurría un chorrito de agua entre sus secas márgenes. Y cuando Hathi, el elefante salvaje, capaz de vivir cien años o más, vio que en el mismo centro del río aparecía una delgada línea de roca azul, comprendió que lo que estaban contemplando sus ojos era la Roca de la Paz y allí mismo, sin aguardar más, alzó la trompa y proclamó la Tregua del Agua, como su padre la había proclamado cincuenta años antes. Los venados, cerdos salvajes y búfalos secundaron la llamada con sus toscas voces, mientras Chil, el Milano, empezaba a describir amplios círculos y con silbidos y graznidos propagaba la noticia.

Según la Ley de la Jungla, se castiga con la muerte a quien mate en algún abrevadero una vez ha sido proclamada la Tregua del Agua. Eso se debe a que beber tiene prioridad ante comer. Todos los habitantes de la jungla son capaces de ir tirando cuando la única escasez es la caza, pero el agua es el agua y cuando solo se la encuentra en un sitio, toda cacería se suspende mientras el Pueblo de la Jungla acude a satisfacer sus necesidades. En los buenos tiempos, cuando el agua era abundante, los que acudían a beber en el Waingunga (o en cualquier otra parte, a decir verdad) lo hacían arriesgando sus propias vidas, y ese riesgo aportaba no poco interés a las correrías nocturnas. Bajar hasta la orilla con tanta astucia que ni una hoja se moviera, meterse en el agua hasta las rodillas mientras el clamor de la corriente impedía oír lo que había detrás de uno, beber y al mismo tiempo mirar por encima del hombro, tensos todos los músculos en espera de saltar desesperadamente, empujado por el terror, revolcarse en la arena de la orilla y luego, con el hocico mojado, rebosando satisfacción y orgullo, volver junto a la manada que de lejos contemplaba admirada el espectáculo… todas estas cosas tenían un gran atractivo para los jóvenes venados de gran cornamenta, precisamente porque sabían que en cualquier momento Bagheera o Shere Khan podían saltarles encima y derribarlos. Pero ahora se había acabado este jugar con la vida y la muerte y el Pueblo de la Jungla, famélico y cansado, acudía a lo poco que quedaba del río y todos juntos, el tigre, el oso, el ciervo, el búfalo y el cerdo, bebían de las sucias aguas y después, demasiado exhaustos para alejarse, se quedaban con la cabeza colgando sobre ellas.

El ciervo y el cerdo se habían pasado el día entero vagabundeando, buscando algo más apetitoso que la corteza reseca y las hojas marchitas. Los búfalos no habían encontrado ninguna charca en la que pudieran refrescarse, ninguna cosecha aún verde que pudieran robar. Las serpientes habían abandonado la jungla para bajar al río, con la esperanza de atrapar alguna rana perdida. Enroscadas en las rocas húmedas, no hacían el menor gesto agresivo cuando algún cerdo las hacía salir de allí empujándolas con el hocico. Hacía ya tiempo que las tortugas de río habían perecido por obra de Bagheera, el más astuto de los cazadores, y que los peces se habían enterrado en lo más profundo del barro seco. Solo la Roca de la Paz se extendía como una larga serpiente que cruzase las aguas poco profundas, y las leves y cansadas olas silbaban al evaporarse sobre su ardiente costado.

Era aquí donde acudía Mowgli cada noche en busca de frescor y compañía. Ni al más hambriento de sus enemigos le habría apetecido el pequeño en aquellos momentos. Su piel desnuda hacía que pareciera más magro y desnutrido que cualquiera de sus compañeros. Los rayos del sol habían aclarado su pelo, que ahora tenía el color de la estopa. Sus costillas se veían claramente a través de la piel, como las varillas de un abanico; y, como a veces andaba a cuatro patas, sus abultados codos y rodillas daban a las flacas extremidades el aspecto de nudosos tallos de hierba. Pero su mirada, medio oculta por el pelo enmarañado, seguía mostrando tranquilidad, pues Bagheera era su consejera en aquellos tiempos de penalidades y le había dicho que caminase y cazase tranquilamente, sin prisas, y que jamás, por ningún motivo se encolerizase.

—Malos tiempos los que corren —dijo Bagheera, la Pantera Negra, una tarde calurosa como un horno—. Pero, si vivimos lo suficiente, ya verás como las cosas cambian. ¿Tienes el estómago lleno, Cachorro de Hombre?

—Algo he metido en él, pero no me siento satisfecho. ¿Tú crees, Bagheera, que las lluvias se han olvidado de nosotros y nunca volverán a visitarnos?

—¡Qué va! Aún veremos de nuevo el mohwa en flor y los cervatillos con la panza llena de jugosa hierba. Bajemos a la Roca de la Paz y veremos qué noticias hay. Súbete a mi lomo, Hermanito.

—No estás tú como para transportar pesos. Todavía me tengo en pie, pero… la verdad es que ni tú ni yo nos parecemos a un buey bien cebado.

Bagheera echó una mirada a sus magros y polvorientos flancos y susurró:

—Anoche maté un buey uncido. Me sentía tan desfallecida que creo que, de estar suelto el buey, no me habría atrevido a saltarle encima. Wou!

Mowgli soltó una carcajada.

—Sí, estamos hechos unos grandes cazadores —dijo—. Yo me atrevo con todo… hasta con las larvas que me como.

Y los dos echaron a andar entre la crujiente maleza, camino de la orilla del río y del sitio donde los bajíos de arena formaban una especie de encaje que se extendía en todas direcciones.

—El agua no puede durar mucho —dijo Baloo, uniéndose a ellos—. Mirad allá abajo. Mirad aquellas sendas: hay tantas pisadas que parecen los caminos que hace el hombre.

En el terreno llano de la otra orilla la hierba de la jungla se había muerto de pie, quedando momificada. El rastro de los venados y cerdos al dirigirse hacia el río había trazado en aquel terreno incoloro una serie de surcos polvorientos entre la hierba de tres metros de alto y, aunque era temprano, cada una de aquellas largas avenidas estaba llena de seres presurosos por llegar al agua. Se oía toser a los gamos y cervatillos mientras con sus patas levantaban aquel polvo picante como el rapé.

Río arriba, en el recodo del indolente estanque que rodeaba la Roca de la Paz y Guardiana de la Tregua del Agua, se encontraba Hathi, el elefante salvaje, con sus hijos, flacos y grises bajo la luz de la luna, meciéndose de aquí allá… siempre meciéndose. A sus pies, un poco más allá, estaba la vanguardia de los ciervos y a los pies de estos, un poco más abajo, los cerdos y búfalos salvajes. Y en la otra orilla, allí donde los altos árboles llegaban hasta el borde del agua, se encontraba el lugar reservado para los Comedores de Carne: el tigre, los lobos, la pantera, el oso y los demás.

—En verdad que estamos todos bajo la misma ley —dijo Bagheera, metiéndose en el agua y mirando hacia el otro lado, donde se oía el entrechocar de cornamentas y se veían brillar numerosos ojos desorbitados al empujarse los ciervos y los cerdos en su afán de llegar al agua.

—¡Buena caza a todos los de mi sangre! —agregó, tendiéndose cuan larga era, con uno de sus flancos fuera del agua, y después, entre dientes—: Y en verdad que, si no fuera por la ley, buena sería la caza.

Las atentas orejas de los ciervos captaron esa última frase y un susurro temeroso recorrió las filas:

—¡La tregua! ¡Recordad la tregua!

—¡Paz, paz! —exclamó con voz gutural Hathi, el elefante salvaje—. La tregua sigue vigente, Bagheera. No es este momento de hablar de caza.

—¿Quién mejor que yo para saberlo? —respondió Bagheera, volviendo sus ojos amarillos río arriba—. Soy comedora de tortugas y pescadora de ranas. Ngaayah! ¡Ojalá me bastase con mascar ramas!

—Lo mismo decimos nosotros —baló un cervatillo que había nacido aquella misma primavera y no sentía ninguna simpatía por Bagheera.

Pese a lo desgraciado que se sentía todo el Pueblo de la Jungla, ni siquiera Hathi pudo reprimir una risita burlona, mientras Mowgli, tumbado en el agua y apoyado en los codos, soltó una fuerte carcajada y empezó a lanzar salpicaduras con los pies.

—Bien dicho, pimpollo de ciervo —ronroneó Bagheera—. Cuando la tregua termine, me acordaré de lo que has dicho y lo consideraré como un punto a tu favor.

Forzó la vista para ver en la oscuridad y asegurarse de que reconocería al cervatillo cuando volviese a verlo.

Poco a poco la conversación fue extendiéndose por todo el abrevadero. Se oían los ásperos resoplidos del cerdo pidiendo más sitio, los gruñidos de los búfalos que se empujaban en los bancos de arena, y las tristes historias que contaban los ciervos sobre sus largos recorridos por la selva en busca de algo que comer. De vez en cuando hacían alguna pregunta a los Comedores de Carne de la otra orilla, pero todas las noticias eran malas y el viento abrasador y furioso de la jungla iba y venía entre las rocas y las resecas ramas, arrojando ramitas y polvo al agua.

—También los hombres lo pasan mal. Los he visto caer muertos junto a su arado —dijo un joven sambhur—. Pasé junto a tres desde el amanecer hasta la noche. Yacían muy quietos en el suelo, y sus bueyes con ellos. También nosotros yaceremos muy quietos dentro de poco.

—El río ha bajado desde anoche —dijo Baloo—. Oh, Hathi, ¿has visto alguna vez una sequía semejante?

—Ya pasará, ya pasará —dijo Hathi, rociándose de agua el lomo y los costados.

—Aquí tenemos a uno que no podrá soportarlo mucho más —dijo Baloo, mirando al muchacho al que tanto quería.

—¿Yo? —preguntó Mowgli con acento indignado y sentándose en el agua—. No tengo los huesos cubiertos de pelo como vosotros, pero… pero, si a ti te quitasen el pellejo, Baloo…

Hathi se estremeció con solo pensarlo y Baloo dijo severamente:

—Esas no son cosas de decirle a un Profesor de Leyes, Cachorro de Hombre. A mí nunca se me ha visto sin mi pellejo.

—No quería ofenderte, Baloo. Solo quería decir que tú eres como el coco que hay dentro de la cáscara, mientras que yo soy el mismo coco, pero pelado. Así que si esa cáscara parda que llevas…

Mowgli se hallaba sentado con las piernas cruzadas y, como de costumbre, explicaba lo que quería decir valiéndose del dedo índice, cuando de pronto Bagheera extendió una de sus patas y lo hizo caer de espaldas en el agua.

—Peor que peor —dijo la Pantera Negra, mientras el chico se incorporaba chorreando agua—. Primero dices que hay que despellejar a Baloo y ahora resulta que es un coco. Anda con cuidado, no vaya a hacer lo mismo que los cocos maduros.

—¿Y qué hacen los cocos maduros? —preguntó Mowgli, dejándose pillar por aquel truco que era uno de los más viejos de la jungla.

—Romper cabezas —contestó tranquilamente Bagheera, volviendo a empujarlo hacia atrás.

—No está bien hacer bromas a costa de tu profesor —dijo el oso, después de que Mowgli se viera zambullido por tercera vez.

—¡Que no está bien! Entonces ¿qué quieres? Esa cosa desnuda que corretea por todas partes se burla a sus anchas de todos los que alguna vez han sido buenos cazadores y se divierte tirando de los bigotes a los mejores de nosotros —dijo Shere Khan, el Tigre Cojo, caminando trabajosamente hacia la orilla.

Hizo una pausa para disfrutar de la sensación que su presencia causaba entre los ciervos de la otra margen. Luego bajó su cabeza cuadrada y peluda y dijo con un gruñido:

—La jungla se ha convertido en un vivero de cachorros desnudos hoy en día. ¡Mírame, Cachorro de Hombre!

Mowgli lo miró, mejor dicho, clavó los ojos en él con tanta insolencia como era capaz de poner en su mirada y, al cabo de un minuto, Shere Khan, confuso, volvió la cara hacia otro lado.

—Que si Cachorro de Hombre eso, que si Cachorro de Hombre aquello —rezongó sin dejar de beber—. Ese cachorro no es ni cachorro ni hombre, pues, si lo fuera, se habría asustado. La próxima temporada incluso tendré que pedirle permiso para beber. ¡Augrh!

—Puede que también eso suceda —dijo Bagheera, clavando con firmeza su mirada entre los ojos de Shere Khan—. Puede que sí… ¡Puaf, Shere Khan! ¿Qué nueva vergüenza te trae por aquí?

El Tigre Cojo había hundido la barbilla y las quijadas en el agua y unas manchas oscuras y viscosas flotaban corriente abajo desde donde estaba él.

—¡El hombre! —dijo tranquilamente Shere Khan—. Maté uno hace una hora.

Siguió ronroneando y gruñendo para sus adentros.

La línea de animales se estremeció y empezó a moverse inquietamente de un lado para otro, mientras de ella surgía un susurro que fue creciendo en intensidad hasta convertirse en una exclamación:

—¡El hombre! ¡El hombre! ¡Ha matado al hombre!

Luego todos miraron a Hathi, el elefante salvaje, pero este parecía no haber oído nada. Hathi nunca hace algo hasta que llega el momento oportuno y esa es una de las razones por las que vive tantos años.

—¡Matar al hombre en una temporada como la que estamos padeciendo! ¿Es que no había caza de otra clase? —preguntó Bagheera con acento desdeñoso, saliendo del agua teñida por la sangre y sacudiendo las patas igual que un gato.

—Maté porque sí y no para comer.

El susurro de horror empezó de nuevo y los ojillos atentos de Hathi se volvieron hacia Shere Khan.

—Porque sí —repitió Shere Khan, arrastrando las sílabas—. Y ahora he venido a beber y a asearme. ¿Alguno de vosotros me lo va a prohibir?

El lomo de Bagheera empezó a curvarse como un bambú en pleno vendaval, pero Hathi alzó la trompa y se puso a hablar serenamente:

—¿Conque has matado por gusto? —preguntó, y cuando Hathi preguntaba algo era mejor contestarle.

—Aunque así fuera. El derecho y la noche eran mías. Bien lo sabes tú, Hathi.

La voz de Shere Khan era casi cortés.

—Sí, lo sé —contestó Hathi y, tras una breve pausa, agregó—: ¿Has bebido lo suficiente ya?

—Por esta noche, sí.

—Entonces vete. El río es para beber y no para ensuciarlo. Nadie salvo el Tigre Cojo se habría atrevido a fanfarronear sobre sus derechos en una temporada como esta, cuando… cuando todos sufrimos juntos… el hombre y el Pueblo de la Jungla por un igual. Estés limpio o sucio, ¡vete a tu guarida, Shere Khan!

Las últimas palabras sonaron como las notas de unas trompetas de plata y, aunque no había ninguna necesidad de hacerlo, los tres hijos de Hathi dieron medio paso al frente. Shere Khan se escabulló, sin osar siquiera gruñir, pues sabía lo que sabían todos los demás: que, a fin de cuentas, Hathi es el Amo de la Jungla.

—¿Qué derecho es ese del que habla Shere Khan? —susurró Mowgli al oído de Bagheera—. Matar al hombre es siempre una vergüenza. Así lo dice la ley. Y, pese a ello, Hathi dice…

—Pregúntale a él. Yo no lo sé, Hermanito. Con derecho o sin él, de no haber hablado Hathi, le habría dado una lección a ese carnicero cojo. Mira que presentarse en la Roca de la Paz después de haber matado al hombre… y encima alardear de ello. ¡Eso es propio de chacales! Además, nos ha ensuciado el agua.

Mowgli permaneció callado un minuto, haciendo acopio de valor, ya que nadie se atrevía a dirigirse directamente a Hathi, y luego preguntó:

—Oh, Hathi, ¿qué derecho es ese que Shere Khan dice poseer?

Sus palabras encontraron eco en ambas orillas, pues todos los que forman el Pueblo de la Jungla son tremendamente curiosos y acababan de ver algo que nadie salvo Baloo, que estaba muy pensativo, parecía haber entendido.

—Es una vieja historia —dijo Hathi—. Una historia más vieja que la misma jungla. Silencio en las orillas, si queréis que os la cuente.

Durante uno o dos minutos todo fueron empujones y codazos entre los cerdos y los búfalos. Luego los jefes de los rebaños contestaron con un gruñido, uno tras otro:

—Te escuchamos.

Hathi se adelantó hasta que el agua le llegó a las rodillas y se detuvo junto a la Roca de la Paz. A pesar de su delgadez, de las arrugas que surcaban su piel y del color amarillento de sus colmillos, parecía lo que todos sabían que era en realidad: su amo.

—Ya sabéis todos, hijos míos —empezó—, que, entre todas las cosas, al hombre es a la que más teméis.

Se oyeron murmullos de asentimiento.

—Esta historia te concierne a ti, Hermanito —le dijo Bagheera a Mowgli.

—¿A mí? Yo soy de la Manada… un cazador más entre el Pueblo Libre —contestó Mowgli—. ¿Qué tengo yo que ver con el hombre?

—¿Y no sabéis por qué teméis al hombre? —prosiguió Hathi—. Pues ahora os lo voy a decir. Al principio de la jungla, cosa que nadie sabe cuándo fue, nosotros los habitantes de la jungla caminábamos unos al lado de otros, sin temernos. En aquellos días no había sequía y en un mismo árbol crecían hojas, flores y fruta y nosotros no comíamos nada más que hojas, flores, hierba, fruta y corteza.

—Qué contenta estoy de no haber nacido entonces —dijo Bagheera—. La corteza solo es buena para afilarse las garras.

—Y el Señor de la Jungla era Tha, el Primer Elefante. Con la trompa extrajo la jungla de las aguas profundas que la cubrían, y cuando con los colmillos abría surcos en el suelo, por ellos fluían los ríos, y allí donde daba una patada en el suelo, surgían estanques de agua cristalina para beber. Y cuando soplaba con la trompa… así… derribaba árboles. Así fue como Tha hizo la jungla, y así es como me contaron la historia a mí.

—Pues no ha perdido nada al pasar de boca en boca —susurró Bagheera y Mowgli se tapó la boca con la mano para que no lo vieran reír.

—En aquellos días no había maíz, ni melones, ni pimienta, ni caña de azúcar. Tampoco había chozas pequeñas como las que todos habéis visto, y el Pueblo de la Jungla nada sabía del hombre. Vivían todos juntos en la jungla, formando un solo pueblo. Sin embargo, al cabo de un tiempo empezaron las disputas por la comida, aunque había pastos suficientes para todos. Eran unos perezosos. Todos querían comer sin tener que levantarse, igual que a veces hacemos nosotros cuando las lluvias de primavera son buenas. Tha, el Primer Elefante, andaba atareado, haciendo junglas nuevas y guiando los ríos por sus cauces. No podía estar en todas partes a la vez, así que dio al Primer Tigre el cargo de Amo y Juez de la Jungla, ante el cual el Pueblo de la Jungla debía acudir con sus pleitos. En aquellos días el Primer Tigre comía fruta y hierba como los demás animales. Era tan grande como yo y muy bello, todo él del color de los capullos de las lianas amarillas. En aquellos tiempos felices, cuando esta jungla era aún nueva, en su piel no había rayas ni nada parecido. Todo el Pueblo de la Jungla acudía a él sin temor y su palabra era la Ley de la Jungla entera. Entonces, no lo olvidéis, éramos un solo pueblo.

»Pero una noche se produjo una disputa entre dos gamos, una de esas querellas por cuestión de pastos como las que actualmente dirimís con los cuernos y las patas delanteras, y se dice que, mientras los dos querellantes hablaban ante el Primer Tigre, que estaba tumbado entre las flores, uno de los gamos le asestó una cornada y el Primer Tigre, olvidándose de que él era el Amo y Juez de la Jungla, saltó sobre él y le rompió el cuello.

»Hasta aquella noche nunca había muerto ninguno de nosotros y el Primer Tigre, al ver lo que había hecho, enloquecido por el olor de la sangre, huyó hacia los marjales del norte y nosotros, el Pueblo de la Jungla, al quedarnos sin juez, empezamos a pelearnos. Tha oyó el ruido de nuestras luchas y regresó. Entonces unos decíamos que si esto, mientras otros decían que si aquello, pero Tha, viendo el gamo que yacía muerto entre las flores, preguntó quién lo había matado y nosotros no queríamos decírselo porque el olor de la sangre nos enloquecía. Corríamos en círculo, brincando, gritando y meneando la cabeza. Entonces Tha ordenó a los árboles de copa baja y a las lianas de la jungla que marcasen al que había matado al gamo para que él, Tha, lo reconociese cuando volviera a verlo, y seguidamente dijo: “¿Quién será ahora el Amo de la Jungla, pueblo?”. Entonces se levantó el Mono Gris que vive en las ramas y dijo: “Yo seré ahora el Amo de la Jungla”. Al oírlo, Tha se echó a reír y dijo: “Así sea”, y se marchó muy enfadado.

»Hijos míos, ya conocéis al Mono Gris. Por aquel entonces ya era igual que ahora. Al principio se las daba de sabio y juicioso, pero poco tardó en rascarse y pegar botes por todas partes y cuando Tha regresó, se lo encontró colgando cabeza abajo de una rama, burlándose de los que estaban debajo, que a su vez se burlaban de él. La jungla, por lo tanto, estaba sin ley y en ella no se oía más que conversaciones tontas y palabras sin sentido.

»Entonces Tha nos convocó a todos y dijo: “El primero de vuestros amos ha traído la Muerte a la jungla, y el segundo ha traído la Vergüenza. Ya es hora de que tengáis una ley, una ley que todos tengáis que cumplir. Ahora conoceréis lo que es el Miedo y, cuando lo hayáis conocido, sabréis que él es vuestro amo y todo lo demás se os dará por añadidura”. Nosotros los de la Jungla le dijimos: “¿Qué es el Miedo?”. Y Tha nos contestó: “Buscad hasta que lo averigüéis”. De manera que nos pusimos a recorrer la jungla de arriba abajo en busca del Miedo y, al cabo de un tiempo, los búfalos…

—¡Uf! —exclamó Mysa, el jefe de los búfalos, desde el banco de arena donde estaban todos ellos.

—Sí, Mysa, fueron los búfalos. Volvieron con la noticia de que el Miedo se encontraba sentado en una cueva de la jungla, que no tenía pelo y caminaba sobre sus patas traseras. Entonces todos los habitantes de la jungla seguimos al rebaño hasta llegar a esa cueva. El Miedo se hallaba de pie en la entrada y, tal como habían dicho los búfalos, no tenía pelo y caminaba sobre las patas traseras. Al vernos, soltó un grito y su voz nos llenó de miedo, el mismo que ahora sentimos al oír esa voz. Salimos corriendo de allí, empujándonos y tropezando unos con otros porque estábamos asustados. Aquella noche, según me contaron, los de la jungla no nos echamos a dormir todos juntos, como solíamos hacer hasta entonces, sino que cada tribu se fue por su lado: el cerdo con el cerdo, el ciervo con el ciervo, cuernos con cuernos, cascos con cascos, cada cual con sus semejantes, y así se echaron en la jungla, temblando de miedo.

»El Primer Tigre era el único que no estaba con nosotros, pues seguía escondido en los marjales del norte, y, cuando le hablaron de la Cosa que habíamos visto en la cueva, dijo: “Buscaré esa Cosa y le romperé el cuello”. Y se pasó la noche entera corriendo hasta que llegó a la cueva, pero los árboles y las lianas que encontraba a su paso se acordaban de la orden de Tha y, bajando las ramas, iban señalándolo mientras corría, cruzándole con los dedos el lomo, los flancos, la frente y las mandíbulas. Dondequiera que lo tocasen, quedaba una raya dibujada en su piel amarilla. ¡Y esas son las rayas que sus hijos llevan aún! Cuando llegó a la cueva, el Miedo, es decir, el Pelón, extendió una mano y lo llamó “ese Rayado que viene de noche”, y he aquí que el Primer Tigre sintió miedo del Pelón y huyó, corriendo y aullando, a sus marjales.

Mowgli se rio un poco sin hacer ruido, con la barbilla sumergida en el agua.

—Tan fuertes eran sus aullidos que Tha lo oyó y le preguntó: «¿Qué es lo que tanto te aflige?». Y el Primer Tigre, alzando el hocico hacia aquel cielo recién creado y que ahora es ya tan viejo, dijo: «Devuélveme mi poder, oh Tha. Se me ha avergonzado ante toda la jungla y he huido del Pelón, que me ha bautizado con un nombre vergonzoso». «¿Y eso por qué?», dijo Tha. «Porque estoy sucio a causa del barro de los marjales», repuso el Primer Tigre. «Entonces, nada un poco y revuélcate sobre la hierba húmeda y, si de barro se trata, se irá por sí solo», dijo Tha. Y el Primer Tigre nadó un poco y luego se revolcó una y otra vez sobre la hierba, hasta que la jungla empezó a dar vueltas ante sus ojos, pero sin que cambiase siquiera una de las rayitas de su piel, mientras Tha, que lo estaba contemplando, se reía a mandíbula batiente. Entonces el Primer Tigre dijo: «¿Qué he hecho yo para merecer esto?». Tha le respondió: «Has matado el gamo y has dejado la Muerte suelta por la jungla, y con la Muerte ha venido el Miedo, de tal manera que los habitantes de la jungla se temen unos a otros, del mismo modo que tú temes al Pelón». Y el Primer Tigre dijo: «Nunca tendrán miedo de mí, pues los conozco de toda la vida». «Vete a comprobarlo por ti mismo», le dijo Tha. Y el Primer Tigre se puso a correr por la jungla, llamando en voz alta a los ciervos, a los cerdos, al sambhur, al puerco espín y, en resumen, a todo el Pueblo de la Jungla, y todos huían de aquel que había sido su juez, porque tenían miedo.

»Entonces el Primer Tigre regresó con el orgullo hecho pedazos y, golpeándose la cabeza contra el suelo, levantando la tierra con sus garras, dijo: “Recuerda que una vez fui el Amo de la Jungla. ¡No te olvides de mí, Tha! ¡Haz que mis hijos recuerden que una vez estuve libre de vergüenza y de temor!”. Y Tha dijo: “En eso te complaceré, pues juntos vimos nacer la jungla. Cada año, durante una sola noche, todo será igual que era antes de que matases al gamo… para ti y para tus hijos. Y en esa noche, si te encuentras con el Pelón, cuyo verdadero nombre es Hombre, no sentirás miedo de él, sino que será él quien te tendrá miedo, como si tú y tus hijos fueseis los jueces de la jungla y los amos de todas las cosas. Sé misericordioso con él en esa noche en que esté asustado, pues tú también habrás conocido el Miedo”.

»Entonces el Primer Tigre respondió: “Estoy contento”. Mas, cuando por primera vez se acercó al río para beber, vio reflejadas en el agua las rayas negras que llevaba en los flancos y, acordándose del nombre que le había dado el Pelón, se puso furioso. Durante un año vivió en los marjales, aguardando a que Tha cumpliera su promesa. Y una noche, cuando el Chacal de la Luna (la Estrella Vespertina) dejó ver su brillo sobre la jungla, creyó que había llegado su Noche y se fue a aquella cueva con la intención de reunirse con el Pelón. Y entonces sucedió lo prometido por Tha, pues el Pelón cayó al suelo ante él y quedó tendido cuan largo era, y el Primer Tigre le asestó un zarpazo y le rompió el espinazo, pues creía que en la jungla no había más que una Cosa como aquella y, por lo tanto, había matado al Miedo. Después, mientras olfateaba el cadáver, oyó que Tha se acercaba procedente de los bosques del norte y al poco la voz del Primer Elefante, que es la que estamos oyendo ahora mismo…

Los truenos retumbaban sobre las resecas montañas, pero sin traer lluvia, produciendo solamente relámpagos de calor que iluminaban fugazmente las cumbres. Hathi prosiguió su relato:

—Esa fue la voz que oyó. «¿Esta es tu misericordia?», le preguntó. El Primer Tigre se pasó la lengua por los labios y contestó: «¿Qué importa? He matado al Miedo». Y Tha le dijo: «¡Qué ciego y loco eres! Has desatado los pies de la Muerte y seguirá tu rastro hasta el fin de tus días. ¡Has enseñado al Hombre el arte de matar!».

»Irguiéndose al lado del cadáver, el Primer Tigre dijo: “Está igual que el gamo. Ya no existe el Miedo. Ahora volveré a ser el juez del Pueblo de la Jungla”.

»Y Tha repuso: “Nunca jamás acudirá a ti el Pueblo de la Jungla. Nunca se cruzará en tu camino, ni dormirá cerca de ti, ni te seguirá, ni curioseará en tu guarida. Solo el Miedo te seguirá y con unos golpes que tú no podrás ver te hará ir por donde le plazca. Hará que el suelo se abra a tus pies, que las lianas se enrosquen a tu cuello, que a tu alrededor los árboles crezcan hasta donde tú no puedas llegar con tus saltos y, finalmente, te quitará el pellejo para proteger del frío a sus cachorros. Tú no has tenido piedad con él, así que él tampoco la tendrá contigo”.

»El Primer Tigre se sentía muy valiente, pues seguía estando al amparo de su Noche, y dijo: “La Promesa de Tha es la Promesa de Tha. ¿No irá a despojarme de mi Noche?”. Y Tha le contestó: “Esta Noche, y solo esta, es tuya, como te dije, pero deberás pagar un precio por ella. Le has enseñado al Hombre el arte de matar, y el Hombre no es de los que tardan en aprender las cosas”.

»El Primer Tigre dijo: “Lo tengo aquí, debajo de mis patas, con el espinazo quebrado. Haz que la jungla sepa que he matado al Miedo”.

»Tha se echó a reír y dijo: “Has matado solo a uno de los muchos que hay. Tú mismo debes decírselo a la jungla, pues tu Noche ha terminado”.

»Se estaba haciendo de día y por la entrada de la cueva salió otro Pelón y, al ver el muerto tendido en el suelo y al Primer Tigre encima del cadáver, cogió un palo puntiagudo…

—Ahora arrojan una cosa que corta —dijo Ikki, haciendo sonar las púas mientras bajaba hacia la orilla, pues Ikki era tenido por un bocado exquisito por los gonds, que lo llamaban Ho-Igoo, y, por consiguiente, algo sabía de la mortífera y pequeña hacha que volaba por los aires con la velocidad de una libélula.

—Era un palo puntiagudo como los que ponen en el fondo de las trampas —dijo Hathi—. Lo arrojó desde donde estaba y el palo se clavó profundamente en el costado del Primer Tigre. Y he aquí que sucedió lo que Tha había dicho, pues el Primer Tigre empezó a correr y aullar por toda la jungla hasta que consiguió arrancarse el palo, y toda la jungla se enteró de que el Pelón era capaz de herir desde lejos, por lo que su miedo fue aún más grande. Así fue cómo el Primer Tigre enseñó al Pelón el arte de matar, y todos sabéis el daño que eso nos ha hecho desde entonces. Le enseñó a matar por medio de lazos, hoyos disimulados, trampas ocultas, palos voladores y esas moscas que pinchan y surgen del humo blanco —dijo Hathi refiriéndose al rifle—, así como la Flor Roja que nos empuja a salir a campo abierto. Con todo, durante una noche cada año, el Pelón teme al Tigre, como Tha prometió, y el Tigre nunca le ha dado motivos para que su temor menguase. Allí donde lo encuentra, le da muerte, pues se acuerda de la vergüenza que tuvo que pasar el Primer Tigre. En cuanto al resto, el Miedo se pasea por la Jungla sin parar, de día y de noche.

—Ahi! Aoo! —exclamaron los ciervos, pensando en lo que todo aquello significaba para ellos.

—Y solo hay un Miedo grande que se impone a todo lo demás, como sucede ahora, solo entonces los habitantes de la jungla podemos dejar a un lado nuestros pequeños temores y reunimos todos en un lugar como este donde estamos ahora.

—¿Y el Hombre solo teme al Tigre durante una noche? —preguntó Mowgli.

—Durante una sola noche —repuso Hathi.

—Pero yo… pero nosotros… pero ¡si toda la jungla sabe que Shere Khan mata al Hombre dos y hasta tres veces en una sola noche!

—Aunque así sea. Es que cuando lo hace, salta sobre el Hombre por la espalda y vuelve la cabeza al descargar sus zarpazos, pues está lleno de temor. Si el Hombre se volviera para mirarlo, huiría corriendo. Pero, cuando llega su Noche, baja hasta el poblado sin ningún disimulo. Camina entre las casas y asoma la cabeza por las puertas, los hombres caen boca abajo y entonces él mata a uno. Mata uno solo esa Noche.

—¡Oh! —exclamó Mowgli en voz baja, revolcándose en el agua—. ¡Ahora comprendo por qué Shere Khan quería que lo mirase! No le ha servido de nada, pues ha sido incapaz de sostener la mirada y… y yo ciertamente no he caído a sus pies. Aunque, claro, yo no soy ningún hombre, sino que pertenezco al Pueblo Libre.

—¡Hum! —salió de lo más profundo de la peluda garganta de Bagheera—. ¿Y el Tigre sabe cuándo ha llegado su Noche?

—Solo cuando el Chacal de la Luna surge de entre la neblina de la anochecida. A veces cae durante el verano seco y a veces en la época de las lluvias… esta Noche del Tigre. De no haber sido por el Primer Tigre, ninguno de nosotros sabría qué es el miedo.

Los ciervos gruñeron lastimeramente, mientras los labios de Bagheera se curvaban en una malévola sonrisa.

—¿Conocen los hombres esta… historia? —preguntó.

—Nadie la conoce a excepción de los tigres y nosotros, los elefantes… los hijos de Tha. Ahora también la conocéis vosotros, los que estáis aquí en los estanques. Nada más tengo que deciros.

Hathi hundió la trompa en el agua para indicar que no deseaba seguir hablando.

—Pe… pe… pero —dijo Mowgli, mirando a Baloo— ¿por qué el Primer Tigre no siguió comiendo hierba, hojas y árboles? No hizo más que romperle el pescuezo al gamo. No se lo comió. ¿Qué fue lo que lo empujó a comer carne caliente?

—Los árboles y las lianas lo marcaron, Hermanito, y lo transformaron en esa cosa rayada que vemos, por lo que nunca más quiso comer sus frutos y desde entonces se vengó en los ciervos y los demás: los Comedores de Hierba —dijo Baloo.

—Entonces también tú conocías la historia, ¿verdad? ¿Por qué no me la habías contado nunca?

—Porque la jungla está llena de historias semejantes. Si me pusiera a contarlas, nunca acabaría. Suéltame la oreja, Hermanito.

LA LEY DE LA JUNGLA

(Con el único propósito de daros una idea de la inmensa variedad de la Ley de la Jungla, he traducido en verso, pues Baloo las recitaba siempre con una especie de sonsonete, unas cuantas leyes referentes a los lobos. Hay, por supuesto, centenares y centenares más, pero las que escribiré a continuación servirán como muestra de las más sencillas.)

He aquí la Ley de la Jungla, tan antigua y tan cierta como el firmamento.

Y el lobo que la respete prosperará, más el lobo que la infrinja por fuerza morirá.

Al igual que la liana que ciñe el tronco del árbol, la ley va y viene, viene y va.

Pues la fuerza de la Manada está en el Lobo, y la fuerza del Lobo está en la Manada.

Lávate todos los días de la punta del hocico a la punta de la cola, y bebe mucho, pero nunca demasiado.

Y recuerda que la noche se ha hecho para cazar, y no olvides que el día se ha hecho para dormir.

El Chacal puede andar detrás del Tigre, pero, Cachorro, cuando te hayan salido los bigotes, recuerda que el Lobo es cazador y sal en busca de tu propio alimento.

Vive en paz con los Señores de la Jungla: el Tigre, la Pantera, el Oso, y no molestes a Hathi el Silencioso, y no te burles del Jabalí en su guarida.

Cuando una manada con otra manada se encuentre en la jungla, y ninguna de las dos quiera echarse a un lado, échate hasta que los jefes hayan hablado, pues puede que las palabras sensatas prevalezcan.

Cuando luches con un Lobo de la Manada, debes combatirlo solo y lejos de la Manada, no fuera el caso que los demás tomaran parte en la lucha y la guerra mermase la Manada.

La Guarida del Lobo es su refugio, el lugar que él ha convertido en su hogar, ni siquiera el Lobo Jefe puede entrar en ella, ni el Consejo visitarla.

La Guarida del Lobo es su refugio, pero si no es lo bastante profunda, el Consejo le enviará un presidente y tendrá que buscar otra.

Si matas antes de medianoche, hazlo en silencio y no despiertes los bosques con tus ladridos, no fueras a asustar a los ciervos y tus manos se quedasen con la panza vacía.

Podéis matar para vosotros mismos, vuestras parejas y vuestros cachorros, según sus necesidades y vuestra capacidad, pero no matéis por el placer de matar, y siete veces nunca matéis al Hombre.

Si arrebatáis la Presa de un lobo más débil, no dejéis que el orgullo os impulse a devorarla toda.

El Derecho de la Manada es el derecho de los más pobres. Dejadle, pues la cabeza y el pellejo.

La Presa de la Manada es la carne de la Manada. Debéis comerla donde la encontréis, y nadie puede llevarse parte de esa carne a su guarida, pues, si lo hace, morirá.

La Presa del Lobo es la carne del Lobo. Puede hacer con ella lo que quiera.

Mas, hasta que él dé permiso, la Manada no puede comer de esa Presa.

El Derecho del Cachorro dura hasta que cumpla un año.

Todos los de su Manada deben ayudarlo, y darle de comer cuando ellos hayan comido, sin que nadie pueda negarle el alimento.

El Derecho de Guarida es el derecho de la Madre. De todos los de su edad puede reclamar un anca de cada presa para su camada, sin que nadie pueda negársela.

El Derecho de Cueva es el derecho del Padre: para cazar solo para los suyos:

libre está de la llamada de la Manada y solo el Consejo puede juzgarlo.

Por su edad y por su astucia, por sus colmillos y sus garras, allí donde la ley nada diga, ley será la palabra del Lobo Jefe.

He aquí las Leyes de la Jungla, que muchas y poderosas son, mas la cabeza y la pata y las ancas y el lomo de la ley son: ¡Obedecedla!

EL MILAGRO DE PURUN BHAGAT

La noche que creímos que la tierra iba a moverse
salimos llevándolo de la mano,
pues lo amábamos con ese amor
que sabe, mas no puede comprender.
Y cuando la rugiente ladera reventó,
y nuestro mundo todo con la lluvia cayó,
la vida le salvamos, nosotros los pequeñines,
mas, ¡ay!, nunca más ha vuelto.
Lloremos ahora: lo salvamos en nombre de
el pobre amor que sentimos los salvajes.
¡Llorad! Nuestro hermano no despertará,
y los suyos de nuestra casa nos echarán.
Canto fúnebre de los langurs

Érase una vez en la India un hombre que era el primer ministro de uno de los estados semiindependientes que había en el noroeste del país. Era un brahmín, de tan alta casta que las castas nada significaban para él, y su padre había sido un importante funcionario entre la pintoresca chusma que formaba una anticuada corte hindú. Pero a medida que fue haciéndose mayor, Purun Dass empezó a pensar que el viejo estado de cosas estaba cambiando y que, si alguien deseaba prosperar en el mundo, debía congraciarse con los ingleses e imitar todo lo que ellos creían que era bueno. Al mismo tiempo, con todo, un funcionario nativo necesitaba conservar el favor de su amo. El juego era difícil, pero el silencioso y joven brahmín, con la ayuda de una buena educación inglesa adquirida en la Universidad de Bombay, jugó sus bazas serenamente y fue subiendo paso a paso hasta llegar a ser primer ministro del Reino. Es decir, su poder real era mayor que el de su amo el maharajá.

Cuando el anciano rey, que sospechaba de los ingleses y de sus ferrocarriles y telégrafos, murió, Purun Dass gozaba de excelentes relaciones con el joven sucesor, que había sido instruido por un preceptor inglés y entre los dos, aunque él cuidó siempre de que la gloria recayera sobre su amo, fundaron escuelas para niñas pequeñas, construyeron carreteras, inauguraron una red de dispensarios estatales y diversas exposiciones de utensilios agrícolas. Asimismo, cada año publicaban un libro azul sobre «el progreso moral y material del Estado». El Ministerio de Asuntos Exteriores británico y el gobierno de la India estaban encantados. Pocos Estados Nativos adoptan el progreso inglés, pues no acaban de creer, a diferencia de Purun Dass, que lo que es bueno para un inglés forzosamente lo es por partida doble para un asiático. El primer ministro se convirtió en gran amigo de los virreyes, gobernadores generales y gobernadores provinciales, así como de misioneros, tanto médicos como del tipo corriente, oficiales ingleses aficionados a los caballos, que acudían a cazar en las reservas del Estado, y de toda una hueste de turistas que se pasaban el invierno viajando por toda la India y dando lecciones de cómo debían hacerse las cosas. En sus ratos libres creaba becas para el estudio de la medicina y de las manufacturas ejecutadas siguiendo escrupulosamente las normas inglesas. También escribía cartas a El Pionero, el más importante de los diarios de la India, explicando las intenciones y los objetivos de su amo.

Por fin hizo una visita a Inglaterra y, al volver, tuvo que pagar enormes sumas a los sacerdotes, ya que incluso un brahmín de casta tan elevada como la de Purun Dass perdía parte de su casta al cruzar el negro mar. En Londres fue presentado a todas las personas a las que valía la pena conocer: hombres cuyos nombres eran conocidos en todo el mundo. Y vio mucho más de lo que habló. Ilustres universidades le confirieron títulos honoríficos y él pronunció conferencias en las que habló de la reforma social hindú ante damas inglesas vestidas de noche, hasta que todo Londres se decía: «Es el hombre más fascinador que jamás hayamos encontrado en una cena desde que existen los manteles».

Cuando regresó a la India, su gloria era ya esplendorosa, pues el virrey en persona hizo un viaje especial para conferir al maharajá la Gran Cruz de la Estrella de la India, toda ella diamantes, cintas y esmalte. En la misma ceremonia, mientras tronaban los cañones, Purun Dass fue nombrado Caballero Comendador de la Orden del Imperio Indio, con lo que su nombre quedó en sir Purun Dass, K.C.I.E.

Aquella noche, durante la cena que se celebró en la espaciosa tienda virreinal, nuestro héroe, luciendo sobre el pecho el distintivo y el collar de la orden, se levantó y, correspondiendo al brindis hecho por la salud de su amo, pronunció un discurso que muy pocos ingleses habrían podido superar.

Al mes siguiente, una vez la ciudad hubo recobrado su tranquilidad cocida por el sol, hizo una cosa que ningún inglés habría siquiera soñado hacer, pues, en lo que se refería a los asuntos mundanos, nuestro hombre murió. La enjoyada insignia de su título de caballero fue devuelta al gobierno indio y se nombró un nuevo primer ministro para que se encargase de los asuntos del Estado, al tiempo que se iniciaba una gran partida de juegos de azar para hacerse con alguno de los cargos inferiores. Lo que había sucedido lo sabían los sacerdotes y se lo figuraba el pueblo, pero la India es el único lugar del mundo donde un hombre puede hacer lo que le parezca sin que nadie le pregunte el porqué, y el hecho de que Dewan Sir Purun Dass, K.C.I.E. hubiese dimitido de su cargo, renunciando a su palacio y a su poder, para coger el cuenco de mendigo y vestirse con las ocres vestiduras de un sunnyasi u hombre santo, no fue considerado algo extraordinario. Siguiendo las recomendaciones de la Vieja Ley, había sido veinte años joven, luchador durante otros veinte años (aunque jamás en la vida hubiese llevado encima un arma) y cabeza de familia por espacio de veinte años más. Había utilizado su riqueza y su poder en favor de causas de cuya bondad no tenía ninguna duda. Había aceptado los honores que le rendían sin que él los hubiera pedido. Había visto hombres y ciudades cerca y lejos de su patria, y hombres y ciudades se habían puesto en pie para honrarlo. Ahora iba a desprenderse de todas esas cosas, del mismo modo que otro hombre se hubiese desprendido de una capa que ya no necesitase.

A sus espaldas, mientras salía por las puertas de la ciudad, llevando bajo el brazo una piel de antílope y una muleta con asa de latón, y llevando en la mano el cuenco de mendigo de coco de mar pulido, descalzos los pies, solo y con los ojos vueltos hacia el suelo… a sus espaldas sonaban en los bastiones las salvas en honor de su feliz sucesor. Purun Dass movió la cabeza en señal de asentimiento. Para él ya había terminado aquella clase de vida y no sentía más inquina ni mayor buena voluntad de las que cualquier hombre hubiese sentido para con un vulgar sueño. Era un sunnyasi, un mendigo errabundo y sin casa cuyo pan de cada día dependía de la benevolencia de sus semejantes; y en la India, mientras haya un mendrugo que pueda compartirse, ningún sacerdote y ningún mendigo perece de hambre. Jamás en toda su vida había probado la carne, y raras veces había comido pescado. Con un billete de cinco libras habrían quedado cubiertos sus gastos personales en el capítulo de alimentación en cualquiera de los muchos años durante los cuales había sido dueño absoluto de millones y millones de rupias. Incluso en Londres, mientras era objeto de un sinfín de agasajos, había acariciado en todo momento su sueño de paz y tranquilidad: el largo camino indio, blanco y polvoriento, señalado todo él por las pisadas de pies desnudos, el incesante y lento ir y venir, el penetrante olor de madera quemada y del humo que se enroscaba hacia arriba bajo las higueras, al caer la noche y buscar los caminantes un sitio para cenar.

Cuando llegó el momento de convertir ese sueño en realidad, el primer ministro dio los pasos necesarios y, al cabo de tres días, os hubiese resultado más fácil encontrar una burbuja en la inmensidad acuática del Atlántico que localizar a Purun Dass entre los errantes millones de hombres de la India, que ora se juntaban y al poco se separaban de nuevo.

Al llegar la noche extendía su piel de antílope allí donde la oscuridad lo encontrase: a veces en un monasterio sunnyasi a la vera del camino; otras veces en una capillita de barro erigida en honor de Kala Pir, donde los yogis, que constituyen otra imperceptible división de los hombres santos, lo recibían igual que a aquellos que conocen el valor de las castas y divisiones; otras veces en los alrededores de algún poblado hindú, donde los niños se le acercaban temerosamente para ofrecerle los alimentos que habían preparado sus padres; y a veces en medio de peladas tierras de pastos, donde los camellos soñolientos se sobresaltaban al ver las llamaradas de la hoguera que encendía con ramitas. Todo le daba lo mismo a Purun Dass, o a Purun Bhagat, que era el nombre que utilizaba ahora. La tierra, la gente y la comida formaban un único todo. Pero, inconscientemente, los pies lo llevaban hacia el norte y el este, del sur a Rohtak, de Rohtak a Kurnool, de Kurnool al ruinoso Samanah, y luego, siguiendo río arriba el reseco lecho del Gugger, que solo se llena cuando llueve en las montañas, hasta que un día vio la lejana línea del gran Himalaya.

Entonces Purun Bhagat sonrió, pues recordó que, por nacimiento, su madre era una brahmín Rajput, de la parte de Kulu, una montañesa que se pasaba la vida añorando las nieves, y que bastaba una gota de sangre montañesa en las venas para que un hombre acabase sintiéndose atraído hacia su verdadera patria.

—Allá arriba —dijo Purun Bhagat, iniciando el ascenso de las faldas de los Sewaliks, donde los cactus se alzan cual candelabros de siete brazos —, allá arriba me sentaré y adquiriré sabiduría.

El frío viento del Himalaya silbaba alrededor de sus orejas al emprender el camino que llevaba a Simia.

Su último viaje por aquellos parajes lo había llevado a cabo rodeado de gran pompa, escoltado por un nutrido escuadrón de caballería, con el fin de visitar al más amable y bondadoso de los virreyes, y los dos habían pasado una hora conversando sobre amigos comunes que tenían en Londres, y sobre lo que el pueblo llano de la India opinaba realmente de esto y de aquello y de lo otro. Esta vez Purun Bhagat no visitó a nadie, sino que se apoyó en una barandilla del paseo y contempló el glorioso espectáculo de las llanuras que se extendían a cuarenta millas por debajo de sus pies, hasta que un policía nativo y mahometano le dijo que estaba obstaculizando el tráfico y Purun Bhagat hizo una respetuosa reverencia ante la Ley, pues conocía el valor de esta y él mismo andaba buscando una ley propia. Después reanudó la marcha y aquella noche durmió en una choza abandonada que encontró en Chota Simia, que parece el último confín de la tierra, pero no era más que el principio de su viaje.

Siguió la ruta del Himalaya que llevaba hasta el Tíbet, aquel sendero de tres metros de ancho abierto con barrenos en la roca sólida. A veces tenía que cruzar frágiles puentecillos de madera sobre pavorosos abismos. Ora el sendero bajaba hacia valles cálidos y húmedos, ora trepaba por las laderas rocosas y sin más vegetación que la hierba, donde el sol quemaba como si entre él y el caminante alguien hubiese colocado una lupa. Ora se adentraba en selvas tenebrosas y empapadas donde los helechos cubrían los árboles de la copa a las raíces y se oía el graznido del faisán llamando a su pareja. Se cruzó con pastores tibetanos con sus perros y ovejas, cada una de las cuales llevaba una bolsita de bórax sobre el lomo, y con leñadores errantes y con lamas del Tíbet que, envueltos en sus mantos y capas, llegaban en peregrinación a la India. También se cruzaron en su camino emisarios de recónditos estados de las montañas, que cabalgaban furiosamente a lomos de caballitos píos y de piel listada como las cebras, o con la cabalgata de algún rajá que iba de visita. Otras veces recorría largos trechos sin ver nada más que algún oso negro que gruñía y buscaba raíces en el fondo de un valle. Al ponerse en marcha, seguía resonando en sus oídos el barullo del mundo que acababa de abandonar, del mismo modo que el estruendo de un tren al cruzar un túnel sigue oyéndose cuando el túnel ha quedado muy atrás ya. Pero, una vez hubo dejado a sus espaldas el Paso de Mutteeanee, todo aquello terminó y Purun Bhagat se encontró a solas consigo mismo, caminando, pensando y preguntándose cosas en silencio, con los ojos clavados en el suelo y los pensamientos entre las nubes.

Una tarde atravesó el puerto más alto que había encontrado hasta entonces (para alcanzarlo tuvo que escalar durante dos días) y salió ante una línea de picos nevados que abarcaba todo el horizonte: montañas de cinco a seis mil metros de altura, que parecían estar a solo un tiro de piedra de donde él se encontraba, aunque en realidad distaban cincuenta o sesenta millas. El puerto se hallaba coronado por un bosque espeso y oscuro de cedros deodaras, nogales, cerezos, olivos y perales silvestres, aunque predominaban los cedros deodaras, que no son otra cosa que el cedro del Himalaya. A la sombra de los cedros se alzaba una capilla abandonada dedicada a Kali, que es Durga, que a su vez es Sitala, al que a veces se rinde culto para protegerse de las viruelas.

Purun Dass barrió el suelo de piedra hasta dejarlo limpio, sonrió a la también sonriente estatua, se construyó un pequeño hogar de barro detrás de la capilla, extendió su piel de antílope sobre un lecho de pinocha fresca, se metió el bairagi (la muleta con asa de latón) debajo del brazo y se sentó a descansar.

Directamente a sus pies la ladera, limpia y pelada, descendía hasta unos quinientos metros, donde un pueblecito de casas con paredes de piedra y techo de tierra batida se aferraba a la pronunciada pendiente. Alrededor del pueblecito se extendían un sinfín de campos escalonados que, como un delantal de retazos, cubrían las rodillas de la montaña, al tiempo que unas vacas que a causa de la distancia no parecían mayores que cucarachas pacían entre los círculos de piedra de las eras. Al mirar hacia el otro lado del valle, la vista se veía inducida a engaño por el tamaño de las cosas, ya que lo que a primera vista parecía matorrales era en realidad un bosque de pinos de treinta metros de alto que cubrían la ladera de la montaña opuesta. Purun Bhagat vio un águila que cruzaba majestuosamente el gigantesco hueco del valle. El enorme pájaro quedó reducido a un puntito antes de haber recorrido la mitad de la distancia. Varios grupos de nubes surcaban el cielo por encima del valle, enganchándose a veces en un pico o remontándose y esfumándose al llegar al nivel de los picos que coronaban el puerto.

—Aquí encontraré la paz —dijo Purun Bhagat.

Ahora bien, para un montañés, varias decenas de metros más arriba o más abajo no significan nada, así que, en cuanto los habitantes del pueblecito vieron humo en la capilla abandonada, el sacerdote del lugar subió por la ladera escalonada con el propósito de dar la bienvenida al forastero. Al cruzarse su mirada con los ojos de Purun Bhagat, unos ojos de hombre acostumbrado a controlar millares de personas, el sacerdote se inclinó hasta rozar el suelo con la frente, recogió el cuenco del mendigo sin decir palabra y regresó al pueblecito, donde dijo al llegar:

—Por fin tenemos un hombre santo entre nosotros. Nunca había visto uno de ellos. Viene de las llanuras, pero su piel es clara, pues es un brahmín de pura cepa.

—¿Crees que se quedará con nosotros? —le preguntaron todas las comadres del pueblo, mientras cada una se esforzaba en preparar para Bhagat manjares más exquisitos que los de las demás.

La comida de las gentes de las montañas es muy sencilla, pero con un poco de alforfón y maíz, arroz y pimienta roja, un puñado de pescaditos sacados del arroyo del valle, un poco de miel de los panales que había en las paredes (y que parecían chimeneas), unos cuantos albaricoques secos, todo ello aderezado con un poquitín de cúrcuma y jengibre silvestre y acompañado con unas hogazas de pan de harina hecho en casa, cualquiera de aquellas devotas mujeres podía preparar un plato apetitoso, por lo que el sacerdote regresó junto a Bhagat con el cuenco bien repleto de alimentos.

¿Pensaba quedarse?, se preguntó el sacerdote. ¿Necesitaría un chela (discípulo) que pidiera limosna en su nombre? ¿Tenía una manta para protegerse del frío? ¿Estaba buena la comida?

Purun Bhagat comió y dio las gracias al sacerdote. Tenía intención de quedarse. El sacerdote dijo que con eso le bastaba y agregó que colocase el cuenco en un hueco que dos raíces retorcidas formaban fuera de la capilla y ningún día le faltaría alimento al Bhagat, pues el pueblo se sentía muy honrado por el hecho de que un hombre como él (hizo una pausa y miró tímidamente el rostro del Bhagat) se quedase entre ellos.

Aquel día señaló el final del vagabundear de Purun Bhagat. Había llegado al lugar que tenía asignado para gozar del silencio y del espacio. El tiempo se detuvo para él, que, sentado ante la puerta de la capillita, no habría podido deciros si estaba vivo o muerto, si era un hombre capaz de dominar sus extremidades o bien formaba parte de las montañas, las nubes, la lluvia y el sol. Suavemente, hablando para sus adentros, repetía un nombre centenares de veces hasta que, cada vez que lo repetía, tenía la sensación de alejarse más y más de su cuerpo, para acercarse a las puertas de algún portentoso descubrimiento. Pero, justo en el momento en que las puertas empezaban a abrirse, el cuerpo volvía a tirar de él y Bhagat, con el corazón apesadumbrado, volvía a sentirse encerrado en la carne y los huesos de Purun Bhagat.

Cada mañana el cuenco lleno de comida era depositado entre las raíces fuera de la capilla. A veces era el sacerdote el que lo llevaba hasta allí, otras veces era un mercader de Ladakhi que, habiendo llegado al pueblo y deseoso de hacer méritos, subía trabajosamente el sendero que llevaba a la capillita. Pero lo más frecuente era que la comida la subiese la misma mujer que se había pasado la noche preparándola y que, sin pararse a recobrar el aliento, solía decir:

—Intercede por mí ante los dioses, Bhagat. Intercede por Tal, esposa de Cual.

De vez en cuando a algún chiquillo se le concedía el honor de subir la comida del hombre santo y Purun Bhagat le oía depositar rápidamente el cuenco en el sitio de costumbre y emprender veloz huida inmediatamente, corriendo todo lo que sus piernecitas le permitían. Pero Bhagat nunca bajaba al poblado, que se extendía a sus pies como un mapa. Desde arriba podía ver las reuniones que al caer la noche se celebraban en las eras, ya que estas eran los únicos espacios que no formaban pendientes. Podía ver el maravilloso color verde del arroz tierno, los azules índigos del maíz, los cultivos del alforfón, que parecían diques, y, cuando llegaba la época, los rojos capullos del amaranto, cuyas diminutas semillas, que no eran ni grano ni legumbre, servían para preparar un alimento que los hindúes podían comer sin faltar a la ley del tiempo de ayuno.

Al acercarse las postrimerías del año, los tejados de las chozas parecían pequeños cuadrados del más puro oro, ya que era allí donde ponían a secar las mazorcas de maíz.

La cría de las abejas y la recolección del grano, la siembra del arroz y luego su tría, todo pasaba ante sus ojos, como escenas bordadas en el tapiz de retazos que adornaba la ladera de la montaña, haciéndole meditar y preguntarse adónde llevaría en definitiva toda aquella actividad.

Incluso en las zonas pobladas de la India un hombre no puede permanecer sentado tranquilamente un día entero sin que los animales salvajes le pasen por encima, como si de una roca se tratase. Y en aquellos desolados parajes, los animales salvajes, que conocían muy bien la capilla de Kali, regresaron para ver quién era el intruso. Los langurs, esos corpulentos monos de grises bigotes que habitan en el Himalaya, fueron, naturalmente, los primeros en llegar, pues se morían de curiosidad y, una vez hubieron volcado el cuenco de mendigo, haciéndolo rodar por los suelos, y hubieron hincado el diente en el asa de latón de la muleta y hecho muecas ante la piel de antílope, decidieron que aquel ser humano que se hallaba sentado sin moverse lo más mínimo era inofensivo. Al caer la noche, saltaban al suelo desde la copa de los pinos y con las manos hacían gestos suplicando que les diera de comer. Después se marchaban columpiándose graciosamente en los árboles. También les gustaba el calor del fuego y se acurrucaban alrededor de la hoguera hasta que Purun Bhagat se veía obligado a empujarlos a un lado para poder echar más leña entre las llamas. Y al día siguiente, lo más probable era que se encontrase con que un peludo mono había compartido su manta durante la noche. Durante todo el santo día uno u otro miembro de la tribu permanecía sentado a su lado, mirando fijamente las nieves, tarareando alguna cancioncilla y mostrando una expresión de indecible sabiduría y dolor.

Después de los monos llegó el barasingh, ese ciervo de gran tamaño que es igual que el ciervo común que conocemos nosotros, solo que tiene más fuerza. Llegó con el deseo de quitarse el vello que cubría su cornamenta frotándola contra la fría piedra de la estatua de Kali y golpeó el suelo con las patas al ver al hombre que ocupaba la capilla. Purun Bhagat, sin embargo, no hizo el menor movimiento y poco a poco el majestuoso animal se acercó a él y acabó por husmearle la espalda. Purun Bhagat acarició con una de sus frías manos los ardientes cuernos del ciervo, que se calmó al sentir la caricia e inclinó la cabeza, mientras Purun Bhagat le quitaba con mucha suavidad el vello de la cornamenta. Después, el barasingh acudió en compañía de su hembra y sus cervatillos, encantadores pequeñuelos que escondieron el hocico en la manta del hombre santo. Otras veces llegaba él solo, de noche, con los verdes ojos brillando en el resplandor de la hoguera, para recoger su ración de nueces recién arrancadas. Finalmente, el almizclero, el más tímido y casi el más pequeño de los ciervos, llegó también a la capilla, erguidas sus grandes orejas de conejo. Incluso la silenciosa y rayada mushick-nabba sintió el deseo apremiante de averiguar a qué se debía la luz que brillaba en la capilla y apoyó su hocico de anta en el regazo de Purun Bhagat, yendo y viniendo con las sombras de la hoguera. Purun Bhagat llamaba «hermanos míos» a todos ellos y con su dulce llamada de Bhai! Bhai! los hacía salir del bosque, al mediodía, si se hallaban lo bastante cerca para oírla. El oso negro del Himalaya, caprichoso y suspicaz (Sona, que tiene debajo de la barbilla una mancha blanca en forma de «V»), pasó por allí en más de una ocasión y, como Bhagat no dio muestras de sentir temor, Sona no las dio de estar furioso. Se limitó a observarlo, acercándose después a reclamar su ración de caricias y un pedazo de pan o un puñado de bayas silvestres. A menudo, durante el silencioso amanecer, cuando el Bhagat subía hasta la cima del collado para ver cómo el rojo día paseaba por los nevados picos de las montañas, se encontraba con que Sona lo seguía gruñendo y arrastrando las patas, metiendo curiosamente una de sus patas delanteras debajo de los troncos caídos y sacándola después con un ¡uuuf! de impaciencia. Otras veces sus pisadas despertaban a Sona, que dormía acurrucado en algún rincón cercano, y la enorme bestia, irguiéndose, empezaba a pensar en entablar batalla hasta que, al oír la voz del Bhagat, reconocía a su mejor amigo.

Casi todos los eremitas y hombres santos que viven lejos de las grandes ciudades gozan de la reputación de saber hacer milagros con los animales salvajes, pero el supuesto milagro se reduce sencillamente a permanecer inmóviles, sin hacer ningún movimiento precipitado, y, al menos durante un buen rato, a no mirar jamás directamente al visitante. Los habitantes del pueblo vieron la majestuosa silueta del barasingh avanzando como un fantasma a través del sombrío bosque que había detrás de la capilla. Vieron al minaul, el faisán del Himalaya, luciendo sus esplendorosos colores ante la estatua de Kali. Vieron también cómo los langurs, sentados dentro de la capilla, jugaban con las cáscaras de nuez. Algunos chiquillos, además, oyeron cómo Sona canturreaba, como suelen hacer los osos, detrás de unos peñascos. Todo ello hizo que la reputación de milagrero que tenía el Bhagat se hiciese aún más sólida.

Y, pese a ello, nada era más ajeno a sus pensamientos que el hacer milagros. Él creía que todas las cosas formaban parte de un grande y único Milagro; y con saber esto, un hombre ya sabe lo suficiente. Sabía a punto fijo que en este mundo no hay nada grande ni nada pequeño y día y noche bregaba en busca del camino que lo llevase al corazón de las cosas, que le permitiese regresar al lugar de donde había surgido su alma.

Entregado a semejantes meditaciones, dejó que el pelo le fuese creciendo hasta los hombros, mientras que la punta de su muleta hacía un agujerito en la losa que tenía al lado de la piel de antílope y se hundía el lugar donde el cuenco de mendigo descansaba día tras día y aparecía un hoyo de paredes tan lisas como las del mismo cuenco.

Y cada animal conocía exactamente qué lugar le correspondía junto a la hoguera. Los campos iban mudando de color según las estaciones, las eras se llenaban y vaciaban, volvían a llenarse y de nuevo se vaciaban, y una vez tras otra, al llegar el invierno, retozaban los langurs entre las ramas cubiertas por una leve capa de nieve hasta que, junto con la primavera, llegaban del valle las mamás monas con sus pequeñuelos de mirada triste. Pocos eran los cambios sufridos por el poblado. El sacerdote era más viejo y muchos de los chiquillos que solían llevar la comida a la capilla mandaban ahora a sus propios hijos. Y cuando preguntaban a los habitantes del poblado cuánto tiempo había vivido su hombre santo en la capilla de Kali que había en lo alto del collado, invariablemente contestaban:

—Siempre ha vivido allí.

Y luego vinieron unas lluvias de verano como hacía muchas estaciones que no se habían visto en las montañas. Durante sus buenos tres meses el valle permaneció envuelto en nubes y nieblas empapadas, al tiempo que la lluvia pertinaz e implacable paraba solamente para dar vía libre a un chaparrón con gran acompañamiento de truenos tras otro. Durante la mayor parte del tiempo, la capilla de Kali se hallaba más arriba que las nubes y durante todo un mes el Bhagat no vio el poblado ni una sola vez. Las casas se hallaban ocultas bajo un blanco techo de nubes que se movía sobre sí mismo, hinchándose hacia arriba, pero sin que jamás se soltase de sus amarras: las inundadas laderas del valle.

Durante todo aquel tiempo no oyó nada más que el millón de corrientes de agua que chorreaban de la copa de los árboles y discurrían bajo sus pies, empapando la pinocha, goteando por el extremo de los helechos, abriendo canales en el barro para deslizarse ladera abajo. Después salió el sol y con él el delicioso aroma de los cedros deodaras y de los rododendros, así como aquel olor lejano y limpio que la gente de las montañas llama «el olor de las nieves». Durante una semana el sol brilló sin cesar y luego las lluvias juntaron sus fuerzas para despedirse con un torrencial aguacero y cayeron verdaderas cortinas de agua que levantaban la piel del suelo y rebotaban convertidas en barro. Aquella noche Purun Bhagat puso mucha leña en la hoguera, pues estaba seguro de que sus hermanos necesitarían calentarse. Pero ninguna bestia acudió a la capilla, aunque él las llamó una y otra vez hasta que se durmió preguntándose qué habría ocurrido en los bosques.

Fue cuando la noche era más negra, mientras la lluvia sonaba como el redoble de un millar de tambores, que Purun Bhagat se despertó al sentir que tiraban de su manta y, al desperezarse, la manita de un langur se posó en su brazo.

—Se está mejor aquí que entre los árboles —dijo con voz soñolienta, mientras alisaba una arruga de la manta—. Tápate y entrarás en calor.

El mono le cogió la mano y se puso a tirar con fuerza.

—¿Es comida lo que quieres, entonces? —preguntó Purun Bhagat—. Espera un poco y te prepararé algo de comer.

Al arrodillarse para echar leña al fuego, el langur corrió hacia la entrada de la capilla, canturreó, regresó corriendo al lado del Bhagat y le tiró de la rodilla.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre, hermano? —preguntó Purun Bhagat, pues los ojos del langur reflejaban un millar de cosas que no acertaba a descifrar—. A no ser que alguno de los de tu casta haya caído en una trampa, y por aquí no hay nadie que coloque trampas, no pienso salir con este tiempo. ¡Mira, hermano! ¡Hasta el barasingh viene a cobijarse!

Al entrar a grandes zancadas en la capilla, los cuernos del ciervo chocaron con la sonriente estatua de Kali. El animal bajó la cornamenta en dirección a Purun Bhagat y empezó a dar nerviosas patadas en el suelo, mientras resoplaba por sus ollares medio cerrados.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó el Bhagat, chasqueando los dedos—. ¿Es así como me pagas el alojamiento por una noche?

Pero el ciervo se puso a empujarlo hacia la puerta y, mientras tanto, Purun Bhagat oyó que algo se abría con un crujido y vio que dos de las baldosas del suelo se separaban y debajo de ellas la tierra pegajosa se lamía los labios.

—Ahora lo entiendo —dijo Purun Bhagat—. No puedo criticar a mis hermanos por el hecho de que no hayan venido a sentarse alrededor del fuego esta noche. La montaña se está desmoronando. Y, pese a ello… ¿por qué iba a marcharme de aquí?

Sus ojos se posaron casualmente en el cuenco de mendigo y, al ver que estaba vacío, la expresión de su cara se transformó.

—Me han dado de comer cada día desde… desde que llegué aquí y, si no me doy prisa, mañana no quedará una sola boca en el valle. A decir verdad, debo bajar al poblado y prevenirlos. ¡Échate atrás, hermano! ¡Déjame acercarme a la hoguera!

El barasingh retrocedió de mala gana mientras Purun Bhagat metía entre las llamas una tea de pino, dándole vueltas hasta que estuvo bien encendida.

—¡Ah! De manera que has venido a avisarme —dijo, levantándose—. Nosotros haremos algo mejor, mucho mejor. Ahora sal de aquí y préstame tu cuello, hermano, pues yo no tengo más que dos pies.

Con la mano derecha se aferró a la hirsuta cruz del barasingh y, sosteniendo la tea encendida con la izquierda, procurando no quemarse ni quemar al animal, salió de la capilla y se adentró en la tormentosa noche. No había ni un soplo de viento, pero la lluvia estuvo en un tris de apagar la tea mientras el gran ciervo bajaba apresuradamente la ladera, deslizándose sobre las ancas. Tan pronto hubieron dejado atrás el bosque, se unieron a ellos otros hermanos del Bhagat. Aunque no podía verlos, oyó a los langurs apretujándose a su alrededor, mientras detrás de estos se oía el uuuh! uuuh! de Sona. La lluvia le empapó el pelo, que le colgaba sobre los hombros igual que gruesas sogas mojadas por el mar. Sus pies desnudos chapoteaban en el agua y la túnica amarilla se pegaba a su cuerpo frágil y viejo, pero él seguía bajando sin detenerse, apoyándose en el barasingh. Ya no era un hombre santo, sino que era sir Purun Dass, K.C.I.E., primer ministro de un estado que nada tenía de pequeño, un hombre acostumbrado a mandar y que ahora se dirigía a salvar vidas. Bajaron en tropel por el escarpado y empantanado sendero, todos juntos, el Bhagat y sus hermanos, bajando y bajando hasta que las patas del ciervo resonaron al tropezar con la pared de una de las eras y el animal resopló al olfatear al hombre. Se encontraban en el extremo superior de la única y tortuosa calle del poblado y el Bhagat empezó a golpear con la muleta los barrotes de las ventanas de la casa del herrero, mientras las llamas de la tea crecían de nuevo al encontrarse resguardadas por el alero del tejado.

—¡Levantaos y salid corriendo! —gritó Purun Bhagat, sin reconocer su propia voz, dado que hacía muchos años desde la última vez que había hablado en voz alta con un hombre—. ¡La montaña se viene abajo! ¡La montaña se os viene encima! ¡Eh, los de dentro! ¡Levantaos y huid!

—Es nuestro Bhagat el que grita —dijo la esposa del herrero—. Lo acompañan sus bestias. Reúne a los pequeños y da la señal de alarma.

La alarma fue extendiéndose de casa en casa, mientras las bestias, apretujadas en la angosta calleja, se agitaban y amontonaban alrededor del Bhagat y Sona resoplaba con impaciencia.

La gente salió corriendo a la calle, no habría más de setenta almas en total, y a la luz de las antorchas y teas vieron a su Bhagat sujetando al aterrorizado barasingh, mientras los monos tiraban desesperadamente de la túnica del hombre y Sona, sentándose sobre las patas traseras, lanzaba rugidos.

—¡Cruzad el valle y subid por la ladera opuesta! —gritó Purun Bhagat —. ¡Que nadie se rezague! ¡Nosotros os seguiremos!

Entonces la gente se puso a correr como sólo los habitantes de la montaña son capaces de correr, pues sabían que, al producirse un corrimiento de tierras, había que trepar hasta llegar al punto más alto del otro lado del valle. Huyeron despavoridos y cruzaron con gran chapoteo el riachuelo que corría por el fondo del valle y, jadeando, empezaron a escalar los campos escalonados del otro lado, mientras el Bhagat y sus hermanos les seguían los pasos. Trepaban y trepaban por la ladera de la montaña opuesta, llamándose unos a otros por sus nombres (igual que hacían al pasar lista en el poblado), mientras detrás de ellos el corpulento barasingh, soportando el peso del medio desfallecido Purun Bhagat, hacía un tremendo esfuerzo por no quedarse atrás. Por fin se detuvo el ciervo al llegar a un denso y oscuro bosque de pinos, ciento cincuenta metros ladera arriba. Su instinto, el mismo que le había advenido de la inminencia del corrimiento, le decía ahora que en aquel lugar estaría a salvo.

Purun Bhagat, a punto de desmayarse, se dejó caer al suelo junto al ciervo. La fría lluvia y la penosa escalada lo estaban matando, pero, antes de desplomarse, llamó hacia las antorchas que se veían desperdigadas por delante de donde estaban ellos dos:

—¡Deteneos y pasad lista! —Y seguidamente, al ver cómo las luces se arracimaban, susurró al oído del ciervo—: ¡Quédate a mi lado, hermano! ¡Quédate… hasta que… me vaya!

Se oyó en el aire un suspiro que se convirtió en un murmullo, un murmullo que creció hasta transformarse en un rugido y un rugido que era más fuerte de lo que el oído humano es capaz de resistir y la ladera donde se encontraban los habitantes del poblado recibió un fuerte golpe que la hizo estremecerse en la oscuridad. Luego una nota sostenida, grave y clara como el do de un órgano, ahogó todos los demás ruidos durante unos cinco minutos, haciendo que las mismísimas raíces de los pinos temblasen al oírla. Después se apagó y el sonido de la lluvia cayendo sobre millas y millas de terreno endurecido y hierba dejó paso al apagado tamborileó de las gotas de agua al chocar con la blanda tierra. Las explicaciones estaban de sobra.

Ninguno de los habitantes del poblado, ni siquiera el sacerdote, se sintió lo bastante valiente para hablar con el Bhagat que les había salvado la vida a todos. Se agacharon al amparo de los pinos y se dispusieron a esperar que se hiciese de día. Cuando hubo suficiente luz, miraron hacia el otro lado del valle y vieron que lo que antes fuera un bosque, unos campos escalonados y unos pastizales cruzados por una red de senderos era ahora una mancha roja y sangrante, en forma de abanico, de la que colgaban unos cuantos árboles cabeza abajo. El mismo color rojo llegaba hasta muy alto en la ladera donde habían hallado refugio, alzando una especie de presa en el curso del riachuelo, cuyas aguas empezaban a formar un lago de aguas color ladrillo. No había ni rastro del poblado, de la carretera que llevaba a la capilla y del bosque que se alzaba antes detrás de esta. En una milla de ancho y más de seiscientos metros de fondo, formando una escarpada pared, la ladera de la montaña se había despegado materialmente del resto de esta, como arrancada de cuajo.

Y los del poblado, uno tras otro, cruzaron el bosque penosamente para rezar ante su Bhagat. Vieron al barasingh de pie al lado del hombre santo y el ciervo huyó al acercarse ellos. Oyeron el quejido de los langurs en las ramas de los árboles y a Sona lamentándose más arriba de la ladera. Pero su Bhagat estaba muerto, sentado con las piernas cruzadas y la espalda contra un árbol, la muleta bajo el brazo y el rostro vuelto hacia el nordeste.

—Ved aquí un milagro tras otro —dijo el sacerdote—. ¡Pues es precisamente en esta postura como deben enterrarse todos los sunnyasis! Así, pues, aquí mismo donde está levantaremos el templo en memoria de nuestro hombre santo.

El templo, una capillita de piedra y tierra, quedó terminado antes de que hubiese transcurrido un año y dieron a la montaña el nombre de la montaña del Bhagat y allí siguen acudiendo en nuestros días con luces, flores y ofrendas. Pero no saben que el santo al que rinden culto es el difunto sir Purun Dass, K.C.I.E., D.C.L., Ph. D., el que otrora fuera primer ministro del progresista e ilustrado Estado de Mohiniwala, así como miembro honorífico o correspondiente de más sociedades ilustres y científicas de las que jamás harán algún bien en este mundo o en el otro.

UNA CANCIÓN DE KABIR

¡Oh, ligero era el mundo que con sus manos sopesaba!
¡Oh, y pesada la cuenta de sus feudos y sus tierras!
Se ha marchado del guddee y ha vestido la mortaja,
partiendo disfrazado de bairagi confesado.
Ahora el blanco camino de Delhi es alfombra de sus pies,
del calor le protegen en el sal y el kikar.
Su hogar está en el campamento, el erial, la multitud,
y cual bairagi confesado va buscando su camino.
Ha contemplado al Hombre y sus ojos están limpios
(«Había Uno, hay Uno, y solo Uno», dijo Kabir).
La Roja Niebla de los Hechos en nube se ha quedado
y ha emprendido el camino del bairagi confesado.
Para aprender de su docta hermana tierra,
de su hermano el bruto y de su hermano el Dios,
del consejo se ha marchado vistiendo la mortaja
(«¿Podéis oírme?», dijo Kabir), bairagi confesado.

LA SELVA INVASORA

Ponedles un velo, cubridlos, emparedadlos,
flor y liana y hierbajo.
Olvidemos cómo son y cuál es su ruido,
y el olor y el toque de esa raza.
Gruesas cenizas negras junto a la piedra del altar,
he aquí la blanca pisada de la lluvia,
y dé a luz la cierva en los campos sin cultivos,
y que nadie vuelva a tener miedo,
y las ciegas paredes se desploman ignoradas,
y nadie volverá a vivir entre ellas.

Recordaréis que, después de haber clavado la piel de Shere Khan en la Roca del Consejo, Mowgli dijo a los supervivientes de la Manada de Seeonee que a partir de aquel momento quería cazar a solas en la jungla y que los cuatro hijos de Padre Lobo y Madre Loba dijeron que querían acompañarlo en sus cacerías. Pero no resulta fácil cambiar en un minuto vuestra forma de vivir, especialmente en la jungla. La primera cosa que Mowgli hizo, una vez se hubo retirado la desordenada Manada, fue irse a su cueva-hogar y pasarse durmiendo todo un día con su noche. Luego, al despertar, les contó a Madre Loba y a Padre Lobo sus aventuras entre los hombres, al menos la parte de las mismas que ellos eran capaces de comprender y, cuando el chico hizo que el sol de la mañana reluciera sobre la hoja de su cuchillo, el mismo con el que había despellejado a Shere Khan, los dos dijeron que algo había aprendido Mowgli. Luego Akela y Hermano Gris tuvieron que explicar su participación en la gran hazaña de los búfalos en el barranco, y Baloo subió cansinamente la colina para oírlo, y Bagheera se rascó todo el cuerpo de puro gozo ante la maestría con que Mowgli había llevado sus operaciones bélicas.

Había transcurrido ya mucho tiempo desde el amanecer, pero nadie soñaba siquiera en acostarse y de vez en cuando, mientras conversaban, Madre Loba alzaba súbitamente la cabeza y olfateaba con satisfacción el olor de la piel de tigre que el viento traía desde la Roca del Consejo.

—De no ser por Akela y Hermano Gris, aquí presentes —dijo Mowgli al terminar—, nada podría haber hecho yo. ¡Oh, madre, madre! ¡Si hubieses visto cómo los bueyes negros cargaron por el barranco o cruzaron corriendo las puertas del poblado cuando la Manada Humana me estaba arrojando piedras…!

—Me alegro de no haber visto eso último —dijo seriamente Madre Loba—. Yo no tengo por costumbre dejar que mis cachorros sean ahuyentados de un lado a otro como si fueran chacales. Lo que es yo, me habría cobrado un precio a la Manada Humana, aunque habría respetado a la mujer que te dio leche. Sí, solo a ella habría respetado.

—¡Calma, calma, Raksha! —dijo perezosamente Padre Lobo—. Nuestra Rana ha vuelto a casa… y tan sabia que su propio padre debe lamerle los pies; y ¿qué más da un corte más o menos en la cabeza? Deja en paz a los hombres.

—Deja en paz a los hombres —repitieron a coro Baloo y Bagheera.

Mowgli, la cabeza apoyada en el costado de Madre Loba, sonrió lleno de satisfacción y dijo que, por su parte, no tenía ningún deseo de volver a ver, oír u olfatear al hombre, jamás.

—Pero… —dijo Akela, alzando una oreja— pero ¿qué pasará si los hombres no te dejan en paz a ti, Hermanito?

—Nosotros somos cinco —dijo Hermano Gris, mirando a su alrededor y cerrando con fuerza las fauces tras pronunciar la última palabra.

—También nosotros podríamos tomar parte en esa cacería —dijo Bagheera, meneando levemente la cola y mirando a Baloo—. Pero ¿por qué piensas ahora en los hombres, Akela?

—Pues por esta razón —contestó Lobo Solitario—: cuando la piel de aquel ladrón amarillo quedó colgada en la roca, regresé al poblado por donde habíamos venido, pisando las huellas que yo mismo había dejado, echándome de costado y dando media vuelta de vez en cuando, para mezclar el rastro por si alguien nos seguía. Pero, cuando hube ensuciado el rastro hasta el punto de que ni yo mismo lo reconocía apenas, Mang, el Murciélago, se acercó volando entre los árboles y se detuvo en el aire sobre mi cabeza. Y me dijo Mang: «En el pueblo de la Manada Humana, allí de donde han expulsado al cachorro de hombre, hay más ajetreo que en un nido de avispas».

—Es que era una piedra grande la que les arrojé —dijo Mowgli con una risita burlona, pues a menudo, para divertirse, había arrojado una papaya madura contra un nido de avispas y, antes de que estas salieran en su persecución, corría a echarse de cabeza al estanque más cercano.

—Pregunté a Mang qué era lo que había visto. Me dijo que la Flor Roja había florecido en la entrada del poblado y a su alrededor había sentados unos hombres que llevaban fusiles. Y yo os digo, pues tengo motivos para saberlo —dijo Akela, echando una mirada a las viejas cicatrices que tenía en los costados—, que los hombres no llevan fusiles solo por el gusto de llevarlos. Tarde o temprano, Hermanito, uno de esos hombres armados de fusiles seguirá nuestro rastro… si es que no lo está siguiendo ya ahora.

—Pero ¿por qué iba a hacerlo? Los hombres me han expulsado. ¿Qué más necesitan? —preguntó Mowgli, lleno de enojo.

—Tú eres un hombre, Hermanito —repuso Akela—. No somos nosotros, los Cazadores Libres, quienes tenemos que decirte a ti lo que hacen tus hermanos, o por qué lo hacen.

Tuvo el tiempo justo de alzar la pata antes de que el cuchillo de despellejar se hundiera en el sitio donde hasta entonces la tenía apoyada. Mowgli descargaba las cuchilladas con mayor rapidez de la que podían captar los ojos de un ser humano normal, pero Akela era un lobo; y hasta un perro, que tan poco tiene que ver con el lobo salvaje, su antepasado, es capaz de despertarse, por muy profundamente que duerma, al sentir el roce de una rueda en su flanco y es capaz, además, de saltar ileso antes de que la rueda termine de dar toda la vuelta.

—Otra vez —dijo tranquilamente Mowgli, enfundando nuevamente el cuchillo—, no hables de la Manada Humana y de Mowgli como si fueran la misma cosa, pues no lo son.

—¡Puaf! Tienes un diente muy afilado —dijo Akela, olfateando el agujero que la hoja había abierto en el suelo—, pero el vivir con la Manada Humana te ha estropeado la vista, Hermanito. En el tiempo que has tardado en asestar la puñalada, yo habría podido matar un gamo.

Bagheera se levantó de un brinco, alzó la cabeza hasta donde le era posible hacerlo, olfateó el aire y tensó todas las curvas de su cuerpo. Hermano Gris se apresuró a imitarla, echándose un poco hacia la izquierda para recibir en el hocico el viento que llegaba por la derecha, mientras Akela avanzaba saltando unos cincuenta metros en la misma dirección que el viento y, medio agachándose, tensaba también el cuerpo. Mowgli contemplaba la escena con ojos cargados de envidia. Podía olfatear las cosas como pocos seres humanos eran capaces de hacerlo, pero jamás había alcanzado la extrema sensibilidad de un hocico de la jungla, y los tres meses que había pasado rodeado por el humo del poblado le habían hecho perder gran parte de sus facultades. No obstante, se humedeció un dedo, se frotó con él la nariz y enderezó el cuerpo para captar el olor que flotaba en lo alto, el cual, aunque es el más débil, es también el más fidedigno.

—¡El hombre! —gruñó Akela, sentándose sobre las ancas.

—¡Buldeo! —exclamó Mowgli, sentándose—. Anda siguiendo nuestro rastro y allá abajo se ve el reflejo del sol sobre su fusil. ¡Mirad!

Fue únicamente el brillo fugaz de las piezas de latón del viejo mosquete al caer sobre ellas la luz del sol, pero no hay nada en la jungla que brille con la misma luz, salvo en las ocasiones en que las nubes cruzan raudas el cielo y un pedacito de mica, o un diminuto charco de agua, o incluso una hoja muy pulida, emiten un destello como el de las señales hechas con un heliógrafo. Pero aquel día el cielo estaba despejado y no soplaba ni pizca de viento.

—Ya sabía que los hombres nos seguirían —dijo Akela con expresión triunfante—. No por nada he sido el Jefe de la Manada.

Los cuatro cachorros no dijeron ni pío y se limitaron a bajar corriendo por la colina, arrastrando el vientre, confundiéndose con los espinos y los matorrales de la misma manera que el topo se confunde con el césped.

—¿Adónde vais vosotros, así, sin decir nada? —gritó Mowgli.

—¡Chist! Antes del mediodía haremos rodar su cráneo por aquí —dijo Hermano Gris.

—¡Atrás! ¡Volved y esperad! ¡El hombre no se come al hombre! —chilló Mowgli.

—¿Quién era lobo hace apenas unos instantes? ¿Quién me asestó una cuchillada por pensar yo que tal vez era un Hombre? —dijo Akela, al mismo tiempo que los cuatro cachorros regresaban cariacontecidos y se echaban en el suelo.

—¿Debo dar explicaciones sobre por qué hago esto o aquello? —preguntó Mowgli, enfurecido.

—¡He aquí al hombre! ¡Así es como habla el hombre! —farfulló Bagheera—. Así mismo es como hablaban ante las jaulas del rey en Oodeypore. Nosotros los de la jungla sabemos que el hombre es el más sabio de todos los seres. Pero, si hiciéramos caso de nuestros oídos, sabríamos que de todos los seres él es el más tonto.

Alzando la voz, añadió:

—En esto tiene razón el Cachorro de Hombre. Los hombres cazan en manadas. Matar a uno de ellos, a menos que se sepa lo que van a hacer los otros, no es buena manera de cazar. Venid conmigo y veremos qué intenciones alberga ese hombre.

—No queremos ir contigo —gruñó Hermano Gris—. Vete a cazar tú solo, Hermanito. Nosotros sabemos lo que queremos. A estas alturas ya tendríamos el cráneo para jugar.

Durante la conversación Mowgli había estado mirando a sus amigos, primero a uno, después al otro y así sucesivamente, con el pecho agitado y los ojos llenos de lágrimas. Dio una zancada hacia los lobos y, doblando una rodilla, dijo:

—¿Acaso yo no lo sé? ¡Miradme!

Lo miraron con expresión embarazada y, al apartar los ojos, Mowgli les ordenó una y otra vez que lo mirasen y así siguieron hasta que todo el pelo se les erizó y se echaron a temblar como hojas, mientras Mowgli mantenía los ojos firmemente clavados en ellos.

—Ahora —dijo—, de nosotros cinco, ¿quién es el jefe?

—El jefe eres tú, Hermanito —repuso Hermano Gris, lamiendo los pies de Mowgli.

—Seguidme, pues —dijo Mowgli.

Y los cuatro echaron a andar tras él, con el rabo entre las piernas.

—Eso pasa cuando se vive con la Manada Humana —dijo Bagheera, siguiéndolos también—. Ahora en la jungla, Baloo, hay algo más que la Ley de la Jungla.

El anciano oso no dijo nada, pero pensó muchas cosas.

Sin hacer ruido, Mowgli tomó un atajo para cruzar la jungla en ángulo recto con el sendero por el que avanzaba Buldeo. Al cabo de un rato, tras apartar unos matorrales que crecían ante él, vio al viejo que, con el mosquete al hombro, seguía el rastro de la noche anterior trotando como un perro.

Recordaréis que Mowgli había abandonado el poblado llevando sobre sus espaldas la pesada piel de Shere Khan, mientras tras él trotaban Akela y Hermano Gris, por lo que ese rastro triple había quedado claramente dibujado en el suelo. Al poco Buldeo llegó al lugar donde, como sabéis, había retrocedido con el propósito de embarullar las huellas, y se sentó, gruñendo y tosiendo. De vez en cuando se levantaba y daba una vueltecita por la jungla para volver a encontrar el rastro, pasando tan cerca de donde

Mowgli y sus amigos se hallaban escondidos, que habría podido alcanzarlos con una pedrada. Nadie es capaz de estar tan callado como un lobo empeñado en que no se lo oiga y Mowgli, aunque los lobos opinaban que se movía muy torpemente, sabía ir y venir como si fuera una sombra. Rodearon al viejo del mismo modo que los delfines rodean un vapor que navega a toda máquina y, mientras lo rodeaban, hablaban sin tomar ninguna precaución, ya que sus voces empezaban más abajo de la escala de sonidos que el oído humano es capaz de captará (En el otro extremo se halla el agudo chillido de Mang, el Murciélago, que muchísimas personas no pueden oír. Y es a partir de esas notas como se desarrolla la conversación de todos los pájaros, murciélagos e insectos).

—Esto es mejor que ir de caza —dijo Hermano Gris, al ver cómo Buldeo, resoplando, se agachaba para examinar minuciosamente el suelo—. Parece un cerdo que se haya extraviado en las junglas próximas al río. ¿Qué dice ahora?

Buldeo mascullaba coléricamente, y Mowgli tradujo sus palabras:

—Dice que a mi alrededor debieron de bailar manadas enteras de lobos. Dice que en toda su vida jamás había visto un rastro semejante. Dice que está cansado.

—Estará descansado cuando logre localizarlo otra vez —dijo tranquilamente Bagheera, surgiendo de detrás de un árbol, ya que era como si estuvieran jugando a la gallina ciega—. ¿Y ahora, qué hace esa cosa delgaducha?

—Come o echa humo por la boca. Los hombres siempre andan jugando con sus bocas —dijo Mowgli.

Y los silenciosos rastreadores vieron cómo el viejo cargaba, encendía y chupaba una pipa de agua, y tomaron buena nota del olor del tabaco, pues querían asegurarse de que, si hacía falta, reconocerían a Buldeo en la más negra de las noches.

Entonces apareció por el sendero un grupito de carboneros que, naturalmente, se detuvieron para hablar con Buldeo, cuya fama de cazador llegaba por lo menos hasta veinte millas a la redonda. Se sentaron todos y se pusieron a fumar. Bagheera y los demás se acercaron y contemplaron la escena, mientras Buldeo empezaba a contar la historia de Mowgli, el hijo del diablo. La contó de cabo a rabo, añadiendo muchas cosas de su propia cosecha: cómo él mismo había matado a Shere Khan, cómo Mowgli se había transformado en lobo, luchando con él durante toda la tarde y convirtiéndose de nuevo en muchacho y hechizando el rifle de Buldeo, de tal forma que las balas dieron media vuelta cuando disparó contra Mowgli y mataron a uno de los búfalos de Buldeo. Les contó también cómo el poblado, sabiendo que él era el más bravo de los cazadores de Seeonee, le había encomendado la misión de dar muerte al hijo del diablo. Mientras tanto, sin embargo, la gente del lugar había apresado a Messua y al marido de esta, ya que sin duda eran los padres de aquella criatura diabólica, encerrándolos en su propia choza, con la intención de, más tarde, torturarlos para hacerles confesar que eran brujos, tras lo cual morirían en la hoguera.

—¿Cuándo será eso? —preguntaron los carboneros, ya que les hacía mucha ilusión estar presentes en la ceremonia.

Buldeo dijo que no harían nada hasta su regreso, ya que los del poblado deseaban que antes diera él muerte al Niño de la Jungla. Una vez hecho esto, darían buena cuenta de Messua y de su marido, cuyas tierras y búfalos serían repartidos entre los demás habitantes. El marido de Messua era dueño de unos cuantos búfalos notablemente magníficos. Era una acción excelente destruir a los brujos, pensaba Buldeo y, sin lugar a duda, la gente que agasajaba a los niños lobo salidos de la jungla pertenecía a la peor especie de brujos.

—Pero —dijeron los carboneros— ¿qué sucedería si los ingleses se enteraran de lo sucedido?

Los ingleses, según habían oído decir, estaban locos de remate y no habrían permitido que unos honrados campesinos matasen en paz a los brujos.

Buldeo les dijo que no se preocupasen, pues el jefe del poblado les diría que Messua y su marido habían muerto a causa de las picaduras de una serpiente. Eso ya estaba arreglado, así que lo único que había que hacer ahora era matar al niño lobo. ¿Por casualidad no habrían visto a esa criatura los carboneros?

Los carboneros miraron temerosamente a su alrededor y dieron gracias a su buena estrella por no haberlo visto, aunque no les cabía ninguna duda de que un hombre tan valiente como Buldeo daría con él mejor que cualquier otro. El sol empezaba a ponerse y dijeron que tenían ganas de proseguir su viaje para dejarse caer por la aldea de Buldeo y ver a la perversa bruja. Buldeo respondió que, si bien su deber era matar al hijo del diablo, en modo alguno podía permitir que un grupo de hombres desarmados cruzase la jungla, pues el lobo diabólico podía surgir en cualquier momento, a menos que él les diese escolta. Así, pues, se proponía acompañarlos y si se presentaba el hijo de la bruja… bueno, les demostraría de qué forma solventaba aquella clase de asuntos el mejor de los cazadores de Seeonee. Agregó que el brahmín le había entregado un amuleto que los protegería contra los ataques de aquel ser del averno.

—¿Qué dice? ¿Qué dice? ¿Qué dice? —repetían los lobos cada dos por tres.

Mowgli les iba traduciendo las palabras de Buldeo hasta que surgió en la historia la parte referente a la bruja, que estaba más allá de su comprensión, por lo que se limitó a decir que el hombre y la mujer que tan buenos habían sido con él estaban atrapados.

—¿Es que el hombre atrapa al hombre? —preguntó Bagheera.

—Eso es lo que dice. Pero no lo comprendo. Están todos locos. ¿Qué relación tendrán conmigo Messua y su hombre para que los demás los tengan encerrados? ¿Y qué será todo eso que dice sobre la Flor Roja? Tengo que averiguarlo. Sea lo que sea lo que piensen hacerle a Messua, no lo harán hasta que regrese Buldeo. Así que…

Mowgli se puso a reflexionar seriamente, acariciando con los dedos el mango del cuchillo de despellejar, mientras Buldeo y los carboneros se alejaban valientemente en fila india.

—Me vuelvo corriendo con la Manada Humana —dijo Mowgli por fin.

—¿Y esos? —preguntó Hermano Gris, mirando como si tuviera hambre las morenas espaldas de los carboneros.

—Cántales un poco mientras se dirigen al poblado —dijo Mowgli, haciendo una mueca—. No quiero que lleguen allí antes de que se haga de noche. ¿Podrás entretenerlos?

Hermano Gris mostró los colmillos desdeñosamente.

—O no conozco bien al hombre, o podemos hacerles dar vueltas y más vueltas como si fuesen cabras atadas a una noria.

—Eso no hace falta. Cántales un poquito para que no se sientan solos durante el camino y tampoco hace falta que la canción, Hermano Gris, sea de las más dulces. Ve con ellos, Bagheera, y ayúdales a cantar. Después del anochecer, os reunís conmigo cerca del poblado… Hermano Gris conoce el lugar.

—No es cosa descansada trabajar para Cachorro de Hombre. ¿Cuándo voy a dormir? —dijo Bagheera, bostezando, aunque en sus ojos se leía el entusiasmo que en ella despertaba aquel juego—. ¡Mira que tener que cantarles a unos hombres desnudos! De todos modos, probaremos.

Bajó la cabeza para que el sonido llegase bien lejos y soltó un prolongado grito de ¡Buena caza!, un grito propio de la medianoche que ella profirió en plena tarde, lo cual ya resultaba espantoso de por sí. Mowgli oyó cómo el grito retumbaba en la lejanía, levantándose, bajando y apagándose lastimeramente a sus espaldas, y se echó a reír, al mismo tiempo que se adentraba corriendo en la jungla. Vio a los carboneros apretujados unos contra otros, mientras, temblando como una hoja de palmera, el cañón del mosquete del viejo Buldeo intentaba apuntar de golpe a todos los puntos cardinales. Hermano Gris lanzó entonces el Ya-la-hi! Yalaha! que la Manada profería cuando acosaba a los gamos y a nilghai, la gran vaca azul, y el grito parecía salir de los confines de la tierra, acercándose poco a poco hasta transformarse en un agudo chillido y cesar de pronto. Los otros tres contestaron y el mismo Mowgli habría jurado que toda la Manada andaba de caza. Después entonaron la magnífica Canción matutina de la jungla, adornándola con todas las florituras que un lobo de la Manada sabe hacer con su profunda garganta. He aquí una pobre interpretación de dicho canto, por lo que tendréis que esforzaros e imaginar cómo suena cuando rasga el silencio que después del mediodía reina en la jungla:

Hace un momento nuestros cuerpos
no dejaban sombra en la llanura,
mas ahora, clara y negra, nos sigue,
mientras a casa regresamos.
En el silencio de la mañana
la roca y el arbusto firmes se alzan,
gritad entonces: «¡Buen reposo a todos,
los que servís la Ley de la Jungla!».
Ahora nuestra gente se reúne,
buscando la sombra del refugio,
ahora, quietos y agazapados, en la cueva y la montaña,
los Barones de la Jungla acechan.
Ahora se acercan los bueyes del hombre,
uncidos al nuevo arado.
Luce ya el rojo y temeroso amanecer,
sobre el talao encendido.
¡Eh! ¡A casa! El sol arde ya

detrás de la hierba que respira,
y agitando los tiernos bambúes,
flota en el aire el aviso susurrado.
Los bosques, que el día hace extraños,
con los ojos escudriñamos,
mientras bajo el cielo el pato grita:
«¡El día! ¡Hombres, ya es de día!».
Se ha secado ya el rocío que la piel nos empapaba,
o que nuestras huellas en el camino lavaba,
y allí donde bebimos, el fango de la orilla
bajo el sol a secarse empieza.
Traidora, la oscuridad se retira y deja ver
las señales de nuestras garras.
Oíd entonces la llamada: «¡Buen reposo a todos,
los que servís la Ley de la Jungla!».

Pero ninguna traducción puede reflejar fielmente el efecto que produce, ni el desdén que los cuatro cantantes pusieron en cada una de las palabras al oír cómo crujían los árboles al encaramarse precipitadamente a ellos los carboneros y Buldeo empezaba a pronunciar sortilegios y conjuros. Después se tumbaron a dormir, pues, al igual que todos los que viven de su propio trabajo, eran muy metódicos y sabían que nadie trabaja bien sin haber dormido.

Mientras tanto, Mowgli iba dejando millas a sus espaldas, nueve por hora, mientras avanzaba encantado al verse en tan buena forma tras tantos meses de encierro entre los hombres. Una sola idea bullía en su cabeza: sacar de la trampa a Messua y su marido, fuese cual fuese la trampa, por la que sentía una desconfianza instintiva. Se prometió a sí mismo que más adelante ajustaría cuentas con todos los del poblado.

Era ya tarde cuando divisó los conocidos pastizales y el árbol de la especie que llamaban dhâk, junto al que Hermano Gris lo había esperado la mañana en que él mató a Shere Khan. Pese a lo furioso que estaba con toda la raza del hombre, algo se le subió a la garganta y le hizo contener el aliento cuando vio los tejados del poblado. Observó que todos habían regresado de los campos de labranza a una hora desacostumbrada por lo temprana y que, en vez de dedicarse a preparar la cena, se hallaban reunidos todos bajo el árbol del poblado, charlando y gritando.

—Si no están preparando trampas para sus semejantes, los hombres nunca están contentos —dijo Mowgli—. Anoche, aunque parece que haya llovido ya mucho desde entonces, la trampa era para Mowgli. Esta noche es para Messua y su hombre. Mañana y durante muchas otras noches después volverá a tocarle el turno a Mowgli.

Se arrastró sigilosamente a lo largo del muro hasta que llegó a la choza de Messua y miró al interior de la misma por la ventana. Messua yacía en el suelo, atada y amordazada, respirando trabajosamente y quejándose. Su marido estaba atado a la cama, pintada de alegres colores. La puerta de la choza que daba a la calle se encontraba bien cerrada y había tres o cuatro personas sentadas de espaldas a ella.

Mowgli conocía las costumbres de los habitantes del poblado. Se dijo que, mientras pudieran comer, charlar y fumar, no harían nada más, pero, en cuanto tuvieran la panza llena, volverían a ser peligrosos. Buldeo regresaría dentro de poco y, si la escolta que Mowgli le había asignado había cumplido su deber, tendría algo muy interesante que contar. Se coló por la ventana y, acercándose al hombre y a la mujer, cortó las correas con que estaban atados, les quitó las mordazas y miró a su alrededor en busca de un poco de leche.

Messua se encontraba medio loca de dolor y de miedo (se habían pasado la mañana entera apaleándola y tirándole piedras), y Mowgli le tapó la boca con la mano justo a tiempo para evitar que gritase. El marido únicamente estaba desconcertado y furioso y se quedó sentado, limpiándose la barba de polvo y briznas de paja.

—Lo sabía… Sabía que vendrías —dijo por fin Messua entre sollozos —. ¡Ahora sé en verdad que es mi hijo! —agregó, apretando a Mowgli contra su corazón.

Hasta aquel instante Mowgli se había mostrado totalmente sereno, pero ahora se puso a temblar de pies a cabeza, y eso lo sorprendió inmensamente.

—¿Para qué son estas correas? ¿Por qué te han atado? —preguntó tras una pausa.

—¿Para qué iban a ser? —dijo el hombre hoscamente—. Para matarnos por haberte convertido en nuestro hijo. ¡Mira cómo sangro!

Messua no dijo nada, pero fueron sus heridas las que miró Mowgli, rechinando los dientes al ver la sangre.

—¿Quién ha sido? —dijo—. Lo pagará caro.

—Es obra de todo el poblado. Yo era demasiado rico. Poseía demasiadas cabezas de ganado. Por consiguiente, ella y yo somos brujos, porque te cobijamos en nuestra casa.

—No lo entiendo. Deja que Messua me lo explique.

—Yo te di leche, Nathoo… ¿Te acuerdas? —dijo Messua tímidamente —. Lo hice porque eras mi hijo, el que el tigre se había llevado, y porque te quería mucho. Dijeron que era tu madre, la madre de un diablo y, por lo tanto, me merecía la muerte.

—¿Y qué es un diablo? —preguntó Mowgli—. La muerte ya la he visto.

El hombre alzó los ojos tristemente, pero Messua se echó a reír.

—¡Ya lo ves! —dijo a su marido—. Lo sabía… Ya te dije que no era ningún brujo. Es mi hijo… ¡mi hijo!

—Hijo o brujo, ¿de qué nos servirá a nosotros? —respondió el hombre —. Ya podemos darnos por muertos.

—Ahí está el camino que lleva a la jungla —dijo Mowgli, señalando por la ventana—. Tenéis libres las manos y los pies. Idos ahora mismo.

—No conocemos la jungla, hijo mío, como… como la conoces tú — empezó a decir Messua—. No creo que pudiera llegar muy lejos.

—Y entonces los hombres y las mujeres se nos echarían encima y nos traerían a rastras aquí —dijo el marido.

—¡Hum! —exclamó Mowgli, haciéndose cosquillas en la palma de la mano con la punta de su cuchillo—. No tengo deseos de hacer daño a ninguno de los de este poblado… todavía. Pero no creo que os detengan. Dentro de poco tendrán muchas cosas en que pensar. ¡Ah! —Alzó la cabeza y se puso a escuchar los gritos y pisadas que se oían fuera de la choza—. ¿Conque por fin han dejado que Buldeo volviera?

—Salió esta mañana con el encargo de matarte —dijo Messua, llorando—. ¿Te cruzaste con él?

—Sí… nos… me crucé con él. Tiene algo que contar y, mientras lo hace, nos queda tiempo para hacer muchas cosas. Ante todo, empero, averiguaré lo que se proponen hacer. Pensad adónde queréis ir y cuando regrese me lo decís.

Saltó por la ventana y de nuevo corrió a lo largo del muro del poblado hasta que llegó a un sitio desde el que oía lo que decía la multitud congregada alrededor del árbol comunal. Buldeo yacía en el suelo, tosiendo y gruñendo, y todos le estaban haciendo preguntas. El pelo le caía sobre los hombros, se había despellejado las manos y las piernas al trepar a los árboles y apenas podía hablar, pero era muy consciente de la importancia de su posición. De vez en cuando decía algo sobre diablos que cantaban y encantamientos mágicos, solamente para que la multitud hiciera boca en espera de lo que pensaba contarles enseguida. Luego pidió agua.

—¡Bah! —dijo Mowgli—. ¡Palabras y nada más! ¡Mucho ruido y pocas nueces! Los hombres son hermanos de sangre de los Bandar-log. Ahora tiene que limpiarse la boca con agua, después echará humo por ella y cuando haya terminado todo esto, aún le quedará la historia por contar. Son muy sabios… los hombres. No pondrán ningún guardián ante la choza de Messua hasta que la historia de Buldeo les salga ya por las orejas. Y yo… ¡me estoy volviendo igual de perezoso que ellos!

Se desperezó y regresó rápidamente a la choza. Justo en el instante en que llegaba a la ventana, sintió que le tocaban un pie.

—Madre —dijo, pues conocía muy bien la lengua que lo estaba lamiendo—. ¿Qué haces tú aquí?

—Oí cantar a mis hijos en el bosque y seguí al que más quiero, Ranita. Tengo deseos de ver a la mujer que te dio leche —dijo Madre Loba, que estaba completamente empapada por el rocío.

—La ataron y se proponen matarla. Yo he cortado las ligaduras y ahora se irá con su hombre a través de la jungla.

—También yo los seguiré. Soy vieja, pero aún conservo los colmillos.

Madre Loba se alzó sobre las patas traseras y se asomó por la ventana clavando los ojos en la penumbra del interior.

Al cabo de un minuto bajó sin hacer ruido y no dijo nada más que:

—Yo te di la primera leche, pero Bagheera dice la verdad: el hombre acaba por volver con el hombre.

—Puede ser —dijo Mowgli, con una expresión muy desagradable en la cara—, pero esta noche me encuentro muy lejos de hacerlo. Espérame aquí, pero no dejes que te vean.

—Tú nunca me has tenido miedo, Ranita —dijo Madre Loba, retrocediendo y ocultándose como ella sabía entre la hierba alta.

—Y ahora —dijo alegremente Mowgli, volviendo a meterse en la choza—, están todos sentados alrededor de Buldeo, que les está contando lo que nunca sucedió. Cuando haya terminado su narración, dicen que vendrán aquí con la Flor… con el fuego y os quemarán. ¿Y entonces qué?

—Ya he hablado con mi hombre —dijo Messua—. Khanhiwara está a treinta millas de aquí, pero puede que allí encontremos a los ingleses y…

—¿Y de qué Manada son esos? —preguntó Mowgli.

—No lo sé. Son blancos y se dice que gobiernan todo el país y no toleran que las gentes se quemen y peguen unos a otros sin testigos. Si logramos llegar allí esta noche, viviremos. De lo contrario, pereceremos.

—Vivid, pues. Ningún hombre cruzará las puertas del poblado esta noche. Pero ¿qué hace él?

El marido de Messua estaba a gatas en el suelo, excavando en un rincón de la choza.

—Busca su dinero —dijo Messua—. No podemos llevarnos nada más.

—Ah, sí. Esa cosa que pasa de mano en mano sin calentarse nunca. ¿También hace falta fuera de este lugar? —dijo Mowgli.

El hombre lo miró con cara de pocos amigos.

—Es un imbécil, no un diablo —musitó—. Con el dinero puedo comprar un caballo. Estamos demasiado maltrechos para caminar y dentro de una hora la gente saldrá tras de nosotros.

—Ya os he dicho que no os seguirán mientras yo no lo quiera. Pero lo del caballo está bien pensado, pues Messua está cansada.

El marido se puso en pie y acabó de ocultar la última rupia en la faja que le ceñía la cintura. Mowgli ayudó a Messua a salir por la ventana y el aire fresco de la noche la reanimó, aunque, a la luz de las estrellas, la jungla se veía muy sombría y terrible.

—¿Conocéis el camino de Khanhiwara? —susurró Mowgli.

Movieron la cabeza afirmativamente.

—Muy bien. Recordad que no debéis tener miedo y que no hay necesidad de correr. Solo que puede que oigáis algunas cancioncillas en la jungla, delante y detrás de vosotros.

—¿Crees que nos habríamos arriesgado a pasar una noche en la jungla por algo que no fuera el miedo a perecer en la hoguera? Es mejor morir a manos de las bestias que en las de los hombres —dijo el marido de Messua, que miró a Mowgli y sonrió.

—Como os digo —prosiguió Mowgli como si fuese Baloo y por centésima vez le estuviera repitiendo una vieja Ley de la Jungla a un cachorro poco aplicado—. Os digo que nadie en la jungla sacará los colmillos contra vosotros, ni una sola garra se alzará para haceros daño.

Ningún hombre o bestia os detendrá hasta que lleguéis a la vista de Khanhiwara. Pero alguien montará guardia en torno vuestro.

Se volvió rápidamente hacia Messua y dijo:

—Ya veo que él no me cree, pero ¿me crees tú?

—Claro que sí, hijo mío. Seas hombre, fantasma o lobo de la jungla, te creo.

—Él se asustará cuando oiga cantar a mi gente. Pero tú sabrás de qué va y comprenderás. Idos ahora, y despacito, pues no hace falta darse prisa. Las puertas están cerradas.

Messua se arrojó llorando a los pies de Mowgli, pero él, estremeciéndose, la obligó a levantarse enseguida. Entonces la mujer se le colgó del cuello y le dedicó todas las bendiciones que se le ocurrieron, pero su marido, que miraba con envidia hacia el otro lado de sus campos, dijo:

—Si llegamos a Khanhiwara y los ingleses me escuchan, les pondré al brahmín, a Buldeo y a los demás un pleito tal que tendrán que comerse el poblado sin dejar una sola piedra. Les haré pagar el doble de lo que valen mis cosechas abandonadas y mis búfalos sin alimentar. Ya cuidaré yo de que se haga justicia.

Mowgli se echó a reír y dijo:

—No sé qué es la justicia, pero… vuelve aquí cuando vengan las lluvias y verás lo que queda.

El hombre y la mujer empezaron a caminar hacia la jungla, al tiempo que Madre Loba salía corriendo de su escondite.

—¡Síguelos! —exclamó Mowgli—. Y cuida de que la jungla entera sepa que a estos dos no hay que hacerles ningún daño. Haz que corra la voz. Yo que tú llamaría a Bagheera.

El largo y grave aullido se alzó y luego fue apagándose, y Mowgli vio cómo el marido de Messua se detenía, daba media vuelta y casi echaba a correr hacia la choza.

—¡Adelante! —exclamó Mowgli alegremente—. Ya os dije que tal vez oiríais cantar un poco. Esa llamada os acompañará hasta Khanhiwara. Es la Amistad de la Jungla.

Messua apremió a su marido para que siguiera caminando y a los pocos instantes la oscuridad los envolvió a los dos y a Madre Loba, mientras Bagheera surgía casi a los pies de Mowgli, temblando con esa delicia de la noche que enloquece al Pueblo de la Jungla.

—Me siento avergonzada de tus hermanos —dijo, ronroneando.

—¿Qué? ¿No fue dulce la canción que cantaron a Buldeo? —preguntó Mowgli.

—¡Demasiado! ¡Demasiado! Hicieron que hasta yo me olvidase de mi orgullo y, ¡por el Candado Roto que me liberó!, me puse a cantar por toda la jungla como si fuese primavera y estuviera enamorada. ¿No nos oíste?

—Estaba ocupado con otra pieza. Pregúntale a Buldeo si le gustó la canción. Pero ¿dónde están los Cuatro? Quiero que ninguno de los de la Manada Humana salga del poblado esta noche.

—Entonces ¿para qué necesitas a los Cuatro? —dijo Bagheera, moviendo ora una pata, ora otra, con los ojos llameando y ronroneando más fuerte que nunca—. Yo me cuidaré de ellos. ¿Hay que matar a alguien? El canto y el espectáculo de los hombres encaramándose a los árboles me han despertado las ganas. ¿Qué es el hombre para que le tengamos respeto…? Ese cavador moreno y desnudo, sin pelo y sin colmillos, que come tierra. Lo he estado siguiendo todo el día, bajo la luz blanca de la tarde. Lo he acosado como los lobos acosan a los gamos. ¡Soy Bagheera! ¡Bagheera! ¡Bagheera! Del mismo modo que bailo con mi sombra, bailé con esos hombres. ¡Mira!

La gran pantera saltó como salta un gatito para coger una hoja muerta que da vueltas en el aire, dando zarpazos a diestro y siniestro, haciendo cantar el aire al darlos, dejándose caer silenciosamente y volviendo a saltar una y otra vez, mientras profería una mezcla de ronroneo y gruñido que iba cobrando intensidad como el ruido del vapor en una caldera.

—Soy Bagheera… en la jungla… de noche, y mi fuerza reside en mí misma. ¿Quién es capaz de detener mi zarpazo? Cachorro de Hombre, con un solo zarpazo podría aplastarte la cabeza y dejártela tan lisa como una rana muerta en verano.

—¡Pega, pues! —exclamó Mowgli en el dialecto del poblado y no en el idioma de la jungla.

Las palabras humanas hicieron que Bagheera se detuviese en seco, alzándose sobre sus temblorosas ancas, con la cabeza a la altura de la de Mowgli. De nuevo el pequeño, como antes hiciera con los cachorros rebeldes, clavó la mirada en los verdes ojos de la Pantera hasta que el rojo resplandor que brillaba detrás del verde se apagó como la luz de un faro veinte millas más allá de las aguas y el animal bajó la mirada hacia el suelo, y con ella su enorme cabeza fue inclinándose más y más, mientras su roja y rugosa lengua lamía los tobillos de Mowgli.

—¡Hermana! ¡Hermana! ¡Hermana! —susurró el pequeño, acariciando a la Pantera desde el cuello hasta el extremo de su agitado lomo—. ¡Estate quieta! ¡Estate quieta! La culpa es de la noche, no tuya.

—Ha sido el olor de la noche —dijo Bagheera con expresión arrepentida—. Este aire parece llamarme en voz alta. Pero ¿cómo lo sabes tú?

Por supuesto que, alrededor de un poblado indio, el aire está lleno de olores de toda clase y, para cualquier ser que piense casi exclusivamente a través de la nariz, los olores resultan tan enloquecedores como la música y las drogas lo son para los seres humanos. Mowgli permaneció unos minutos más calmando a la Pantera, que se echó al lado de la hoguera como si fuera un gatito, con las garras ocultas bajo el cuerpo y los ojos semicerrados.

—Tú eres de la jungla y no eres de la jungla —dijo finalmente—. Y yo no soy más que una pantera negra. Pero te quiero, Hermanito.

—Me parece que dura mucho esa charla debajo del árbol —dijo Mowgli, sin reparar en la última frase de Bagheera—. Buldeo debe de haberles contado un sinfín de historias. No tardarán en venir para llevarse a la mujer y su hombre a rastras y echarlos en la Flor Roja. Se encontrarán con que la caza ha volado. ¡Jo, jo!

—¡Escúchame! —dijo Bagheera—. La fiebre ya se ha esfumado de mi sangre. ¡Déjame ir allí para que me encuentren a mí! Pocos serán los que se atrevan a salir de sus casas después de encontrarme allí. No es la primera vez que habré estado en una jaula, y no creo que quieran atarme con cuerdas.

—Bueno, pero ándate con cuidado —repuso Mowgli, riendo, pues empezaba a sentirse tan temerario como la Pantera, que ya se había metido en la choza.

—¡Bah! —gruñó Bagheera—. Esto huele a hombre, pero hay un lecho como el que tenía en las jaulas del rey en Oodeypore. Ahora me acostaré.

Mowgli oyó crujir las cuerdas de la hamaca bajo el enorme peso de la fiera.

—¡Por el Candado Roto que me liberó! ¡Creerán que han atrapado una buena pieza! ¡Ven y siéntate a mi lado, Hermanito! ¡Entre los dos les daremos «buena caza»!

—No. Tengo otra cosa metida en la cabeza. La Manada Humana no sabrá cuál ha sido mi parte en este juego. Caza tú sola, yo no quiero verlos.

—Sea —dijo Bagheera—. ¡Ah, ya vienen!

La conferencia que se estaba celebrando bajo el árbol comunal era cada vez más ruidosa y se oía desde el otro extremo del poblado. De repente estalló un gran griterío y una multitud de hombres y mujeres echó a correr calle arriba, blandiendo garrotes, bambúes, hoces y cuchillos. Buldeo y el brahmín marchaban a la cabeza, pero la chusma les pisaba los talones, exclamando:

—¡A por los brujos! ¡Veamos si el fuego los hace confesar! ¡Pegad fuego a la choza con ellos dentro! ¡Ya les enseñaremos a dar cobijo a lobos diabólicos! ¡No, primero démosles una paliza! ¡Antorchas! ¡Traed más antorchas! ¡Pon al rojo el cañón de tu mosquete, Buldeo!

Les costó un poco abrir el pestillo de la puerta, pero la echaron abajo a la fuerza y la luz de las antorchas irrumpió en la estancia, donde, tendida cuan larga era sobre el catre, con las garras cruzadas y colgando levemente por un extremo, negra como un pozo y terrible como un demonio, se encontraba Bagheera. Durante medio minuto reinó un silencio mortal, mientras los de las primeras filas empujaban y arañaban a los de detrás, para retroceder hasta el umbral, y durante ese espacio de tiempo Bagheera alzó la cabeza y bostezó de forma premeditada, cuidadosa y ostentosa, como habría bostezado para insultar a uno de sus congéneres. Su arrugado hocico se abría y cerraba, dejando ver su lengua, roja y enroscada, mientras la quijada inferior bajaba más y más, dejando al descubierto su cálida garganta, y sus gigantescos colmillos se destacaban de las encías, hasta que los de arriba chocaron con los de abajo con el ruido metálico de unas barras de acero cerrándose alrededor de una caja fuerte. En pocos segundos la calle quedó vacía y Bagheera, tras saltar por la ventana, quedó de pie al lado de Mowgli, mientras un torrente de hombres y mujeres corrían chillando y tropezando, presas del pánico, tratando de encerrarse en sus chozas.

—No se moverán hasta que se haga de día —dijo tranquilamente Bagheera—. ¿Ahora qué?

Parecía que el silencio de la hora de la siesta se hubiese apoderado del pueblo, pero, al aguzar el oído, oyeron cómo arrastraban las gruesas cajas donde guardaban el grano y atrancaban las puertas con ellas. Bagheera estaba en lo cierto: los del poblado no se moverían hasta que se hiciera de día. Sentándose en el suelo, completamente inmóvil, Mowgli se puso a reflexionar y su expresión fue haciéndose más y más sombría.

—¿Qué es lo que he hecho? —preguntó finalmente Bagheera, acercándose a los pies del muchacho.

—Nada que no haya estado muy bien. Vigílalos hasta que nazca el día. Yo me voy a dormir.

Mowgli se adentró corriendo en la jungla, se desplomó como un muerto sobre una roca y durmió todo el día y la noche siguiente.

Al despertar, Bagheera se hallaba a su lado y a sus pies había un gamo recién cazado. Bagheera contempló con ojos curiosos cómo Mowgli se ponía a trabajar con su cuchillo de despellejar, comía, bebía y daba media vuelta sobre sí mismo con el mentón apoyado en la mano.

—El hombre y la mujer están ya a salvo, a la vista de Khanhiwara —dijo Bagheera—. Tu madre de la Manada envió recado por medio de Chil, el Milano. La misma noche que los liberamos, antes de las doce, encontraron un caballo y el resto del viaje lo hicieron muy aprisa. ¿No te parece buena la noticia?

—Sí, me lo parece —repuso Mowgli.

—Y tu Manada Humana del poblado no se movió hasta esta mañana, cuando el sol ya estaba muy alto. Entonces comieron lo que tenían y regresaron apresuradamente a sus casas.

—¿Te han visto, por casualidad?

—Puede que sí. Al amanecer me estuve revolcando un poco por el suelo, delante de las puertas del poblado, y puede que también entonase una cancioncilla. Ahora, Hermanito, ya no queda nada más por hacer. Ven a cazar conmigo y con Baloo. Quiere enseñarte unos panales nuevos y todos deseamos que vuelvas a ser el de antes. ¡Borra ya esa expresión de tus ojos! ¡Hasta a mí me da miedo! Al hombre y a la mujer ya no los arrojarán a la Flor Roja y todo va bien en la jungla. ¿No es cierto? Olvidémonos de la Manada Humana.

—Caerán en el olvido dentro de poco. ¿Dónde comerá Hathi esta noche?

—Donde le apetezca. ¿Quién puede responder por el Silencioso? Pero ¿por qué lo preguntas? ¿Qué puede hacer Hathi que no podamos hacer nosotros?

—Ve a decirle que venga aquí con sus tres hijos.

—Pero, de veras te lo digo, Hermanito, no… no está bien irle con órdenes a Hathi. Recuerda que él es el Amo de la Jungla y, antes de que la

Manada Humana hiciera cambiar la expresión de tu cara, Hathi te enseñó las Palabras Maestras de la Jungla.

—Da igual. Ahora soy yo quien tiene que enseñarle una Palabra Maestra. Dile que se presente a Mowgli, la Rana, y, si al principio no te hace caso, dile que venga en nombre del Saqueo de los Campos de Bhurtpore.

—El Saqueo de los Campos de Bhurtpore —repitió dos o tres veces Bagheera, para asegurarse—. Ahora voy. En el peor de los casos, lo más que puede hacer Hathi es enfadarse, y daría una noche de cacería por oír una Palabra Maestra capaz de obligar al Silencioso.

Se alejó, dejando a Mowgli asestando furiosas cuchilladas en el suelo. Jamás había visto Mowgli sangre humana hasta que olfateó la que manchaba las correas con que estaba atada Messua, y esa sangre le había afectado más de lo que lo habría hecho cualquier otra. Messua había sido buena con él y Mowgli, hasta donde pudiera llegar su amor, la quería con tanta intensidad como odiaba al resto de la humanidad. Pero, por mucho que odiase a los hombres, sus palabras, su crueldad y su cobardía, nada podía ofrecerle la jungla que lo incitase a dar fin a una vida humana y volver a sentir en su nariz el terrible olor de la sangre. Su plan era más sencillo, pero mucho más completo también y se rio al pensar que la idea se le había ocurrido al oír una de las historias contadas por Buldeo bajo el árbol comunal.

—Tenías razón: era una Palabra Maestra —le susurró al oído Bagheera—. Estaban comiendo en la orilla del río y me obedecieron como si fueran bueyes en lugar de elefantes. ¡Mira! ¡Ahí vienen!

Hathi y sus tres hijos acababan de llegar sin hacer un solo ruido, como tenían por costumbre. El barro del río seguía fresco en sus flancos y Hathi mascaba pensativamente el tronco de un arbolillo que había arrancado con sus colmillos. Pero cada una de las líneas de su enorme cuerpo indicó a Bagheera, que sabía interpretar las cosas que veía, que esta vez no era el Amo de la Jungla hablándole a Cachorro de Hombre lo que tenía ante ella, sino que era el espectáculo de alguien que estaba asustado compareciendo ante alguien que no lo estaba. Los tres hijos de Hathi seguían a su padre, uno al lado de otro.

Mowgli apenas levantó la cabeza al oír el «Buena caza» que le deseó Hathi. Dejó que el animal se meciera y moviera las patas nerviosamente antes de hablar, y, al abrir la boca, lo hizo para dirigirse a Bagheera y no a los elefantes.

—Voy a contarte una historia que me contó el cazador al que tú has estado cazando hoy —dijo Mowgli—. Se refiere a un elefante, sabio y viejo, que cayó en una trampa y la estaca afilada que había en el foso le hizo un rasguño desde un poco más arriba de uno de los talones hasta lo más alto de la espalda, dejándole una señal blanca.

Mowgli hizo un gesto con la mano y Hathi dio media vuelta, obedeciendo a su señal. Al hacerlo, la luz de la luna cayó sobre una cicatriz blanca y alargada que surcaba la rugosa piel del elefante, como si lo hubiesen azotado con un látigo al rojo vivo.

—Llegaron los hombres para sacarlo de la trampa —prosiguió Mowgli —, pero él rompió las ligaduras, pues era muy fuerte, huyó y estuvo escondido hasta que sanó su herida. Después, lleno de cólera, se presentó una noche en los campos de aquellos cazadores. Y ahora recuerdo que tenía tres hijos. Estas cosas sucedieron hace muchas, muchas lluvias, y muy lejos de aquí… en los campos de Bhurtpore. ¿Qué les sucedió a aquellos campos cuando llegó la época de la siega, Hathi?

—Que fueron segados por mí y mis tres hijos —contestó Hathi.

—¿Y a la labranza que se hace después de la siega? —preguntó Mowgli.

—Que no hubo tal labranza —dijo Hathi.

—¿Y a los hombres que viven de los verdes cultivos de la tierra? —dijo Mowgli.

—Que se marcharon.

—¿Y a las chozas donde dormían los hombres? —dijo Mowgli.

—Hicimos pedazos los techos y la jungla engulló las paredes —dijo Hathi.

—¿Y qué más? —dijo Mowgli.

—La jungla invadió todo el terreno que yo puedo recorrer en dos noches de este a oeste y de norte a sur. Dejamos que la jungla invadiese cinco poblados y en esos poblados, así como en sus pastizales y cultivos, no hay actualmente ningún hombre que se alimente del producto de la tierra. Eso fue el Saqueo de los Campos de Bhurtpore. Lo hicimos yo y mis tres hijos. Y ahora, Cachorro de Hombre, quisiera saber cómo lo has sabido —dijo Hathi.

—Me lo dijo un hombre, y ahora me doy cuenta de que hasta Buldeo es capaz de decir la verdad. Hiciste bien, Hathi, pero la próxima vez lo harás mejor, pues un hombre te guiará. ¿Conoces aquel poblado de la Manada Humana del que fui expulsado? Está lleno de hombres vagos, insensatos y crueles que hablan por hablar y no matan a los más débiles para alimentarse, sino que lo hacen para divertirse. Cuando están saciados, serían capaces de arrojar sus propios hijos a la Flor Roja. Yo lo he visto. No está bien que sigan viviendo aquí. ¡Los odio!

—Entonces, mátalos —dijo el más joven de los tres hijos de Hathi, recogiendo un puñado de hierba, frotándoselo en las patas delanteras para quitarse la tierra y arrojándolo luego, mientras sus ojillos rojos miraban furtivamente de un lado a otro.

—¿De qué me sirven los huesos blancos? —contestó Mowgli con voz colérica—. ¿Acaso soy el cachorro de un lobo para jugar bajo el sol con una cabeza cercenada? He matado a Shere Khan, cuya piel se está pudriendo en la Roca del Consejo, pero… pero no sé adónde ha ido Shere Khan y mi estómago sigue vacío. Ahora quiero algo que pueda ver y tocar. ¡Haz que la jungla invada ese poblado, Hathi!

Bagheera se estremeció de miedo. Comprendía, si las cosas iban de mal en peor, una rápida incursión por la calle del poblado, dando zarpazos a diestro y siniestro contra la multitud, o saltar sobre uno de los hombres que labraban los campos al atardecer, pero le asustaba la idea de hacer desaparecer por completo un poblado entero, quitándolo de la vista de hombres y bestias por un igual. Empezaba a comprender por qué Mowgli la había mandado a buscar a Hathi. Nadie salvo el elefante, cuya vida era tan larga, podía planear y llevar a término semejante guerra.

—Haz que huyan corriendo como hicieron los hombres de Bhurtpore, hasta que el único surco que quede sea el que abran las aguas de la lluvia y el ruido de esta al caer sobre las hojas sustituya el ruido de sus husos… hasta que Bagheera y yo convirtamos la casa del brahmín en nuestra guarida y el ciervo beba en el depósito que hay detrás del templo. ¡Haz que la jungla lo invada todo, Hathi!

—Pero yo… pero nosotros no tenemos ninguna cuenta pendiente con ellos y hace falta sentir la furia ciega que ocasiona un tremendo dolor para echar abajo los lugares donde duermen los hombres —dijo Hathi sin acabar de estar convencido.

—¿Es que sois vosotros los únicos Comedores de Hierba que hay en la jungla? Trae a todas tus gentes. Haz que los ciervos, cerdos y nilghais se encarguen de hacerlo. En cuanto a vosotros, no hace falta que se os vea ni pizca de piel hasta que los campos estén pelados. ¡Haz que la jungla invada el poblado, Hathi!

—¿No habrá muertes? Mis colmillos quedaron teñidos de rojo durante el Saqueo de los Campos de Bhurtpore y no quisiera volver a sentir aquel olor.

—Tampoco yo. Ni siquiera deseo que sus huesos queden esparcidos sobre la tierra arrasada. Dejadles que se vayan en busca de una nueva guarida. Pero aquí no pueden quedarse. He visto y olido la sangre de la mujer que me dio de comer, la mujer a la que habrían dado muerte de no ser por mí. Solo la fragancia de la hierba fresca que crezca en el umbral de sus casas puede borrar el olor de la sangre. Siento que me está quemando la boca. ¡Haz que la jungla lo invada, Hathi!

—¡Ah! —exclamó Hathi—. De igual modo la cicatriz de la estaca me estuvo abrasando la piel hasta que vi cómo el verdor de la primavera cubría los poblados de los hombres, haciéndolos desaparecer. Ahora lo entiendo. Tu guerra será nuestra guerra. ¡Haremos que la jungla invada el poblado!

Temblando de pies a cabeza a causa del odio y la rabia, a Mowgli apenas le quedó tiempo de recobrar el aliento antes de que el lugar donde estaban los elefantes quedase vacío, mientras Bagheera lo miraba con ojos llenos de terror.

—¡Por el Candado Roto que me liberó! —exclamó por fin la Pantera Negra—. ¿Tú eres aquel ser desnudo e indefenso en cuyo favor hablé a la Manada cuando todos éramos jóvenes? Amo de la Jungla, habla por mí cuando me fallen las fuerzas, habla por Baloo, ¡habla por todos nosotros! ¡A tu lado somos unos cachorros! ¡Ramitas que se quiebran al ser pisoteadas! ¡Cervatillos que han perdido a su madre!

La idea de que Bagheera fuese un cervatillo perdido llenó de desconcierto a Mowgli, que contuvo el aliento y se echó a reír, luego a sollozar y de nuevo a reír, hasta que se vio forzado a echarse de cabeza a un estanque para calmarse. Luego empezó a nadar en círculos, sumergiéndose y volviendo a aparecer bajo los rayos de luna, igual que la rana, su tocaya.

Mientras tanto, Hathi y sus tres hijos se habían separado, dirigiéndose cada uno de ellos a uno de los cuatro puntos cardinales, y bajaban silenciosamente a los valles, a una milla de allí. Siguieron caminando sin parar durante dos días, es decir, recorrieron sus buenas sesenta millas a través de la jungla. Cada paso que daban, cada movimiento que hacían con la trompa, era observado y comentado por Mang, Chil y el Pueblo de los Monos, así como por todos los demás pájaros. Luego se pusieron a comer y durante una semana siguieron haciéndolo tranquilamente. Hathi y sus hijos son iguales que Kaa, la Pitón de la Roca: nunca se dan prisa mientras no sea necesario.

Transcurrido ese tiempo, sin que nadie supiera cómo había empezado, se extendió por la jungla el rumor de que en tal y cual valle se encontraba mejor comida y mejor agua. Los cerdos, que, por supuesto, son capaces de trasladarse a los confines de la tierra para llenarse la panza, fueron los primeros en ponerse en marcha en grupos numerosos que se empujaban unos a otros por las rocas. Los siguieron los ciervos, a los que acompañaban los zorros salvajes que viven de los muertos y moribundos de los rebaños. Después iban los nalghais con sus espaldas cargadas, avanzando paralelamente a los ciervos, seguidos a su vez por los búfalos salvajes de los pantanos. Cualquier insignificancia habría bastado para asustar a los grupos dispersos que pacían, se hacían el remolón, bebían y volvían a pacer, pero, siempre que surgía la alarma entre ellos, alguien cuidaba de calmarlos. A veces era Ikki, el Puerco Espín, que les traía abundantes noticias de los pastos apetitosos que les aguardaban a poca distancia. Otras veces era Mang, que, graznando alegremente, se metía volando en un claro de la espesura para demostrarles que estaba vacío, o Baloo, que, con la boca llena de raíces, se acercaba a las líneas medio deshechas de la columna y entre sustos y bromas los obligaba a proseguir su camino. Eran muy numerosos los animales que quedaban rezagados, se echaban atrás o perdían interés por el asunto, pero no menos numerosos eran los que seguían adelante. Al cabo de unos diez días más, la situación era la siguiente: los ciervos, cerdos y nilghais daban vueltas y más vueltas en un círculo de ocho o diez millas de radio, mientras los Comedores de Carne libraban escaramuzas a lo largo del borde del círculo, en cuyo centro se hallaba el poblado. Alrededor del poblado, las cosechas iban madurando en los campos, en el centro de los cuales unos hombres se hallaban sentados en lo que llamaban machans (plataformas parecidas a palomares, hechas con palos instalados en lo alto de cuatro postes) para ahuyentar a los pájaros y demás ladrones. Luego dejaron de andarse con halagos para que los ciervos caminasen. Los

Comedores de Carne los acosaban desde cerca, obligándolos a seguir avanzando en dirección al centro del círculo.

Fue durante una noche oscura cuando Hathi y sus tres hijos salieron sigilosamente de la jungla y a golpes de trompa rompieron los postes de los machans, que se partieron como el tallo de la cicuta en flor, mientras, al caer, los hombres oían el grito gutural de los elefantes. Entonces las vanguardias de los perplejos ejércitos de ciervos invadieron los pastizales del poblado y los campos de labranza, al tiempo que los afilados cascos de los cerdos salvajes daban cuenta de lo que dejaban los ciervos. De vez en cuando, los aullidos de los lobos daban la alarma y los ciervos empezaban a correr asustados de un lado para otro, pisoteando la cebada tierna y aplanando las orillas de los canales de riego. Antes de que despuntase el alba, cedió por un punto la presión que desde fuera sufría el círculo. Los Comedores de Carne se habían retirado, dejando abierto un sendero que se dirigía hacia el sur y por el que huyeron los ciervos, una manada tras otra. Otros, más osados, se tumbaron en los bosquecillos con la intención de apurar el festín la noche siguiente.

El trabajo, sin embargo, estaba prácticamente terminado. Cuando por la mañana acudieron los del poblado, se encontraron con que habían perdido sus cosechas, lo cual significaba la muerte a menos que abandonasen el lugar, ya que año tras año vivían tan cerca de la muerte por inanición como cerca de ellos se hallaba la jungla. Cuando llevaron los búfalos a pacer, los hambrientos animales se encontraron con que los ciervos habían arrasado los pastizales, de manera que se adentraron en la jungla mezclándose con sus compañeros salvajes. Al ponerse el sol, los tres o cuatro caballitos propiedad del poblado yacían en sus establos con la cabeza aplastada a golpes. Solo Bagheera podía ser la autora de semejantes golpes y solo a Bagheera podía habérsele ocurrido la insolencia de arrastrar los cadáveres hasta mitad de la calle.

Aquella noche, los habitantes del poblado no se atrevieron a encender hogueras en los campos, de modo que Hathi y sus tres hijos se dedicaron a despachar lo poco que quedaba, y cuando Hathi hace esto, es inútil seguirlo con la esperanza de encontrar algo. Los hombres decidieron vivir de sus reservas de maíz para sembrar hasta después de las lluvias y después buscar trabajo de sirvientes hasta que pudieran recuperar las pérdidas de aquel año. Pero, mientras el comerciante en granos pensaba en sus repletos depósitos de maíz, así como en los precios que pensaba cobrar por su venta, los puntiagudos colmillos de Hathi iban derribando una de las esquinas de su choza de barro, tras lo cual reventó el enorme cesto de mimbre, oculto debajo de un montón de estiércol de vaca, donde guardaba el precioso grano.

Al descubrirse esta última pérdida, le tocó el turno de hablar al brahmín, que había estado rogando a sus dioses sin obtener respuesta. Dijo que tal vez ello se debía a que, sin darse cuenta, el poblado había ofendido a alguno de los Dioses de la Jungla, pues, no cabía la menor duda de que la jungla se había vuelto contra ellos. Así, pues, mandaron a por el cabecilla de la más cercana tribu de gonds errantes (los gonds son unos cazadores menudos, sabios y muy negros que viven en lo más profundo de la jungla y son descendientes de la más antigua raza de la India), los propietarios aborígenes de aquellas tierras. Hicieron un gran recibimiento al gond, ofreciéndole lo poco que les quedaba, y el hombrecillo, sosteniéndose sobre una sola pierna, con el arco en la mano y dos o tres flechas envenenadas atravesándole el moño que coronaba su cabeza, se quedó contemplando, medio asustado y medio desdeñoso, a los angustiados lugareños y sus campos devastados. Querían saber si sus dioses, los Antiguos Dioses, estaban furiosos con ellos y qué sacrificios debían ofrecerles. El gond no dijo nada, limitándose a recoger unos sarmientos de karela (la cepa que produce amargas calabazas silvestres) y los enlazó en la puerta del templo, ante la roja imagen hindú. Luego con la mano hizo como si empujase el aire en dirección al camino de Khanhiwara, regresó a su jungla y se quedó contemplando cómo el Pueblo de la Jungla recorría la espesura. Sabía que cuando la jungla echaba a andar únicamente el hombre blanco podía albergar la esperanza de desviarla de su camino.

No hubo necesidad de preguntarle qué quería decir. Las calabazas silvestres crecerían allí donde hasta entonces habían adorado a su dios y, cuanto antes se pusieran a salvo, tanto mejor para ellos.

Pero es difícil arrancar a un lugareño del sitio donde ha echado raíces. Se quedaron mientras les quedó algo de comida y trataron de recoger nueces en la jungla, pero negras sombras de ojos llameantes los observaban y se movían ante ellos incluso en pleno mediodía. Cuando, presas de pánico, corrían a refugiarse tras los muros, se encontraban con que los troncos de los árboles que al pasar habían visto hacía menos de cinco minutos estaban ahora desprovistos de corteza y mostraban las señales de tremendos zarpazos. Cuanto más tiempo permanecían en el poblado, más osados se volvían los seres salvajes que retozaban y rugían en los pastizales próximos al Waingunga. No les quedaba tiempo para reparar las paredes posteriores de los establos vacíos, las que daban a la jungla. Los cerdos salvajes volvían a echarlas abajo y las cepas de nudosas raíces se apresuraban a ocupar el terreno recién conquistado, mientras la hierba silvestre se alzaba detrás de las cepas como las lanzas de un ejército de duendes persiguiendo a un enemigo en retirada. Los hombres solteros fueron los primeros en huir, haciendo correr la voz de que el pueblo estaba embrujado. ¿Quién podía luchar, decían, contra la jungla o los Dioses de la Jungla, cuando hasta la cobra del poblado había abandonado su agujero en la plataforma de debajo del árbol comunal? Así, pues, el exiguo comercio del poblado con el mundo exterior fue encogiéndose aún más a medida que iban disminuyendo los senderos de los campos y los que quedaban iban perdiéndose bajo la vegetación. Por fin dejaron de inquietarlos los poderosos berridos de Hathi y sus tres hijos, pues ya no les quedaba nada que pudieran robarles. La cosecha y las simientes ya habían desaparecido y empezaban también a desvanecerse los campos de labranza próximos al poblado. Era ya hora de acogerse a la caridad de los ingleses de Khanhiwara.

Como nativos que eran, iban retrasando la partida de un día para otro hasta que las primeras lluvias se les vinieron encima y el agua se filtró por los maltrechos tejados de las chozas e inundó los antiguos pastizales, y toda la vida volvió con nuevos ímpetus después del calor del verano. Entonces todos, hombres, mujeres y niños, echaron a andar bajo la ardiente y cegadora lluvia veraniega, pero, naturalmente, se detuvieron para echar una última mirada a sus hogares.

En el momento en que la última familia, cargada con sus enseres y bienes, cruzaba las puertas del poblado, se oyó el estrépito de vigas y techumbre de paja que se venía abajo. Vieron una trompa reluciente y negra como una serpiente alzarse fugazmente y esparcir paja mojada por doquier. Luego desapareció, se oyó un nuevo estrépito y después un chillido. Hathi estaba arrancando los tejados de las chozas como quien arrancase nenúfares y una de las vigas, al rebotar, lo había pinchado. Solo le hacía falta esto para desencadenar todas sus fuerzas, pues de todos los seres que hay en la jungla ninguno es tan destructor como el elefante enfurecido. Con las patas de atrás empezó a dar golpes contra una pared de barro que se vino abajo y se convirtió en un barro líquido y amarillento a causa de la lluvia torrencial.

Luego giró, soltó un chillido y echó a correr por las angostas calles, apoyándose en las chozas de los dos lados, haciendo temblar las desvencijadas puertas y derribando los aleros de los tejados, mientras sus tres hijos lo seguían llenos de rabia como la que habían sentido durante el Saqueo de los Campos de Bhurtpore.

—La jungla se tragará estas cáscaras —dijo una voz tranquila en medio de las ruinas—. Es el muro exterior el que hay que echar abajo.

Mowgli, con la lluvia deslizándose por sus hombros y brazos desnudos, saltó de lo alto de una pared que se tumbaba como un búfalo cansado.

—En buena hora llegas —dijo Hathi, jadeando—. ¡Oh! Pero en Bhurtpore mis colmillos estaban enrojecidos. ¡Hacia el muro exterior, hijos míos! ¡Duro con la cabeza! ¡Todos juntos! ¡Ahora!

Los cuatro, uno al lado de otro, empezaron a empujar. El muro exterior se curvó, luego se hendió y finalmente se vino abajo, y los del poblado, aturdidos por el horror, vieron aparecer por la brecha las cabezas manchadas de barro de los demoledores. Entonces huyeron valle abajo, sin casa y sin comida, dejando atrás las ruinas de su poblado.

Al cabo de un mes, el lugar donde antes se alzara el poblado era un montículo cubierto de verde y suave vegetación que, al finalizar la estación de las lluvias, dio paso a la jungla exuberante que invadió los campos que apenas seis meses antes se hallaban sometidos al arado.

LA CANCIÓN DE MOWGLI CONTRA LA GENTE

Soltaré contra vosotros las cepas de pies ligeros.
Ordenaré a la jungla que borre vuestras líneas.
Los tejados desaparecerán entre el verdor,
se hundirán las vigas de las casas,
y la karela, la amarga karela,
lo cubrirá todo.
Ante las puertas de vuestros consejos
cantará mi gente,
a las puertas de vuestros graneros
se aferrarán los murciélagos,
y la serpiente será vuestro vigilante,
junto al hogar sin barrer,
pues la karela, la amarga karela,
florecerá donde dormíais.
No veréis a mis huestes, solo las oiréis.
De noche, antes de que salga la luna, mandaré a
por mi tributo,
y el lobo será vuestro pastor,
donde antes había un hito,
pues la karela, la amarga karela,
nacerá donde amabais.
Mis huestes segarán vuestros campos,
y vosotros buscaréis entre los restos el pan

que habréis perdido.
Y los ciervos serán vuestros bueyes,
en el campo sin labrar,
pues la karela, la amarga karela,
brotará en lo que ahora es vuestro hogar.
Contra vosotros he lanzado las cepas arrolladoras,
la jungla para que arrase vuestras líneas.

Los árboles… los árboles os atacan,
caerán las vigas de las casas,
y la karela, la amarga karela,
os cubrirá a todos.

LOS ENTERRADORES

Cuando digas a Tabaqui: «¡Hermano mío!» cuando la Hiena llames a comer,

podrás invocar la Tregua Plena con Jacala (el Vientre que corre sobre cuatro patas).

Ley de la Jungla

—¡Respetad a los viejos!

Era una voz ronca, una voz fangosa que os habría hecho estremecer, una voz como el ruido de algo blando al partirse en dos. Había en ella un trémolo mezcla de graznido y gimoteo.

—¡Respetad a los viejos! ¡Compañeros del Río, respetad a los viejos!

Nada podía verse en la amplia extensión del río salvo una flotilla de barcas de vela cuadrada, cargadas todas ellas de piedra para la construcción, que acababan de pasar por debajo del puente del ferrocarril y seguían navegando corriente abajo. Movieron los toscos timones para evitar el banco de arena que había formado el agua al rozar los pilares del puente y, al pasar por allí, de tres en fondo, la horrible voz se oyó de nuevo.

—¡Oh, brahmines del Río! ¡Respetad a los viejos y a los débiles!

Uno de los barqueros, que estaba sentado en la borda, se volvió, alzó una mano, dijo algo que no era ninguna bendición y las barcas siguieron avanzando y crujiendo bajo la luz del crepúsculo. El ancho río indio, que, más que una corriente de agua, parecía una cadena de lagos pequeños, tenía la superficie lisa como el cristal y en medio de ella se reflejaba el cielo rojizo, aunque aparecía moteado de amarillo y púrpura oscuro cerca y debajo de las orillas. Durante la estación de las lluvias, desembocaban en el río diversos riachuelos cuyas bocas secas se veían ahora por encima del nivel de las aguas. En la orilla izquierda, casi debajo del puente del ferrocarril, se alzaba un poblado de casas construidas de barro, ladrillos, paja y palos, cuya calle mayor, llena de ganado que volvía a sus establos, llegaba hasta el río y terminaba en un tosco embarcadero de ladrillo, donde la gente que quería lavarse podía meterse en el río bajando los peldaños uno a uno: era el Ghaut del poblado de Mugger-Ghat.

La noche caía velozmente sobre los cultivos de lentejas, arroz y algodón que cubrían las tierras bajas que cada año eran inundadas por el río y sobre los cañizales que crecían en las orillas del meandro, detrás de los cuales crecía la espesa vegetación que bordeaba los pastizales. Los loros y los grajos, tras charlar y gritar mientras bebían en el río, habían alzado el vuelo para pasar la noche en sus nidos, cruzándose por el camino con los batallones de murciélagos que se dirigían hacia el río, mientras una bandada tras otra de pájaros acuáticos silbaba y graznaba camino de los cañizales. Había gansos, de negras plumas y cabeza de tonel, trullos, patos silvestres de diversas especies, así como cuervos marinos, zarapitos y algún que otro flamenco.

Un pesado marabú cerraba la marcha, volando como si cada golpe de ala que daba fuese el último de su vida.

—¡Respetad a los viejos! ¡Respetad a los viejos, brahmines del Río!

El Marabú volvió la cabeza, se desvió ligeramente hacia el sitio donde se oía la voz y aterrizó en el banco de arena que había debajo del puente. Entonces se vio claramente la bestia grosera que en realidad era. Visto desde atrás, parecía un pájaro sumamente respetable, pues medía casi un metro ochenta de alto y tenía aspecto de pastor protestante, con su calva y su aire de persona de bien. Visto por delante, sin embargo, la cosa cambiaba, pues su cabeza de Ally Sloper y su cuello estaban enteramente desprovistos de plumas y en el pescuezo, debajo del pico, tenía una horrible bolsa de piel desnuda: una especie de cesto donde guardaba todo cuanto robaba con su pico. Sus patas eran largas y delgadas, descarnadas, pero las movía con delicadeza y se las miraba con orgullo cuando se limpiaba y arreglaba las plumas color ceniza de su cola, mirando por encima de su espalda y cuadrándose como un soldado al recibir la voz de «¡Firmes!».

Un chacal sarnoso y pequeño, que estaba ladrando de hambre encima de unas rocas, alzó las orejas y la cola y cruzó velozmente las aguas poco profundas para reunirse con el Marabú.

Pertenecía a lo más bajo de su casta, sin que quiera decir con eso que los mejores chacales valgan mucho. Pero lo cierto es que este era especialmente mezquino, mitad mendigo y mitad criminal, merodeador de estercoleros, ora desesperadamente tímido o salvajemente osado, siempre hambriento y rebosando una astucia que jamás le hacía bien alguno.

—¡Uf! —dijo, sacudiéndose el agua de encima al llegar donde estaba el Marabú—. ¡Ojalá la sarna roja acabe con los perros de este poblado! He recibido tres mordiscos por cada pulga que llevo encima y todo por mirar, solo mirar, fíjate bien, un zapato viejo que había en un establo de vacas. ¿Qué voy a comer, pues? ¿Barro?

Se rascó debajo de la oreja izquierda.

—He oído decir —dijo el Marabú con una voz que parecía una sierra roma cortando una gruesa tabla de madera—, he oído decir que dentro de ese zapato había un perrito recién nacido.

—Lo que se oye decir es una cosa, y lo que se sabe es otra muy distinta —dijo el Chacal, que conocía muy bien los proverbios, pues los había aprendido escuchando a los hombres que hablaban de noche alrededor de las hogueras de los poblados.

—Muy cierto. Así que, para estar seguro, estuve cuidando del perrito de marras mientras los perros andaban ocupados en otra parte.

—En verdad que andaban muy ocupados —dijo el Chacal—. Bueno, tendré que pasarme una temporada sin rebuscar en los estercoleros del poblado. ¿Y dices que verdaderamente había un perrito ciego dentro de aquel zapato?

—Ahora está aquí —repuso el Marabú, mirando de soslayo su repleta bolsa—. Es una cosa pequeñita, pero algo es algo en estos tiempos en que se ha perdido la caridad en el mundo.

—¡Ay! El mundo se ha vuelto de hierro en estos tiempos que corren —se lamentó el Chacal.

Sus ojos inquietos captaron una onda apenas perceptible en el agua y se apresuró a decir:

—La vida es dura para todos nosotros y no dudo que incluso nuestro excelente señor, el Orgullo del Ghaut y la Envidia del Río…

—Un mentiroso, un adulador y un chacal salieron del mismo huevo —dijo el Marabú, sin dirigirse a nadie en particular, pues él mismo estaba hecho un buen mentiroso: bastaba con que quisiera tomarse la molestia de serlo.

—Sí, la Envidia del Río —repitió el chacal, alzando la voz—. Incluso él, no me cabe ninguna duda, se encuentra con que la buena comida escasea desde que construyeron el puente. Aunque, por otro lado, y pese a que no lo diría ante su noble presencia, él es tan sabio y tan virtuoso… como, ¡ay!, yo no soy…

—Cuando el Chacal reconoce que es gris, ¡qué negro debe de ser el Chacal! —musitó el Marabú, que no veía lo que se avecinaba.

—Que a él nunca le falta que comer y, por consiguiente…

Se oyó un leve ruido rasposo, como el de una barca rozando el fondo con su quilla. El Chacal se volvió raudamente y se quedó mirando de frente (siempre es mejor mirar de frente) a la criatura de la que estaba hablando desde hacía un rato. Era un cocodrilo de más de siete metros, envuelto en algo que semejaba una plancha de hierro remachada por partida triple, claveteada, carenada y coronada por una cresta, con las puntas amarillentas de sus dientes superiores asomando por encima de su quijada inferior, bellamente acanalada. Era el Mugger de Mugger-Ghaut, más viejo que cualquiera de los habitantes del poblado, el que había sido el demonio del río antes de que construyeran el puente del ferrocarril: asesino, devorador de hombres y fetiche local todo a la vez. Yacía con la barbilla sumergida en las aguas poco profundas, manteniéndose a flote mediante un movimiento apenas visible de su cola, y bien sabía el Chacal que con un simple coletazo el Mugger habría subido orilla arriba con la velocidad de una locomotora de vapor.

—¡Dichosos los ojos, Protector de los Pobres! —exclamó zalameramente, sin dejar de retroceder un poco a cada palabra—. Oímos una voz deliciosa y vinimos aquí con la esperanza de disfrutar de un poco de dulce conversación. Mi desorbitada presunción me indujo, mientras aquí esperábamos, a hablar de ti. Confío en que ninguna de mis palabras se oyera.

El Chacal había hablado únicamente para que lo escuchasen, pues sabía que la adulación era la mejor manera de ganarse algo que llevarse a la boca, y el Mugger, por su parte, sabía que el Chacal había hablado con tal fin, y el Chacal sabía que el Mugger lo sabía, y el Mugger sabía que el Chacal sabía que el Mugger sabía, y por eso se sentían todos contentísimos de estar juntos.

El viejo bruto avanzó orilla arriba, jadeando, gruñendo y farfullando:

—¡Respetad a los viejos y a los débiles!

Sus ojillos ardían como carbones encendidos debajo de sus párpados gruesos y escamosos en lo alto de su cabeza triangular, mientras con sus patas, como si fueran muletas, impulsaba su corpachón, hinchado y con forma de barril. Luego se acomodó en un sitio y el Chacal, a pesar de lo acostumbrado que estaba a verlo, se sobresaltó por centésima vez al ver con qué perfección el Mugger imitaba un tronco que el agua hubiese depositado sobre el banco de arena. Incluso se había tomado la molestia de colocarse en el ángulo exacto en que habría quedado un tronco embarrancado en relación con el agua, teniendo presentes las corrientes del río en aquella época y lugar. Todo esto, por supuesto, era una simple cuestión de hábito, ya que el Mugger había echado pies a tierra por simple placer. De todos modos, un cocodrilo nunca está saciado del todo, y si el Chacal se hubiese dejado engañar por el parecido con un tronco, no habría vivido para filosofar sobre ello.

—Nada he oído, hijo mío —dijo el Mugger, cerrando un ojo—. El agua me llenaba los oídos y, además, me sentía medio desfallecido por el hambre. Desde que construyeron el puente para el ferrocarril, la gente de mi poblado ya no me quiere, y eso me está destrozando el corazón.

—¡Ay! ¡Qué vergüenza! —exclamó el Chacal—. ¡Un corazón tan noble! Pero los hombres son todos iguales por lo que veo.

—No, no, hay diferencias muy grandes entre ellos —repuso amablemente el Mugger—. Algunos están flacos como pértigas de barquero. Otros, en cambio, están gordos como cachorros de cha… de perro. Nunca querría criticarlos sin motivo. Los hay de toda laya, pero mis largos años de vida me han enseñado que, entre una cosa y otra, son muy buenos. Hombres, mujeres y niños… no les encuentro ningún defecto. Y recuerda, hijo, que quien reprende al mundo es reprendido por el mundo.

—La adulación es peor que llevar en la panza una lata vacía. Pero las palabras que acabamos de oír están llenas de sabiduría —dijo el Marabú, bajando una de sus patas.

—Sin embargo, piensa en la ingratitud que han demostrado para con el excelente personaje aquí presente —empezó a decir el Chacal con acento de ternura.

—¡No, no, nada de ingratitud! —exclamó el Mugger—. Es solo que no piensan en los demás. Pero me he fijado, desde mi guarida cerca de la orilla, me he fijado, digo, en que la escalera del nuevo puente resulta muy difícil de subir para los viejos y los niños pequeños. A decir verdad, los viejos no merecen tanta consideración, pero me duele… me duele sinceramente ver lo que les pasa a los niños que están gordos. De todos modos, me parece que dentro de poco, cuando el puente haya perdido el encanto de la novedad, veremos las piernas desnudas y morenas de mi gente chapoteando bravamente al cruzar el río, como hacían antes. Entonces el viejo Mugger volverá a recibir los honores que le son propios.

—Pero si este mediodía, sin ir más lejos, he visto coronas de caléndulas flotando por el río desde el Ghaut —dijo el Marabú.

Las coronas de caléndulas son signo de reverencia en toda la India.

—Fue un error… un simple error de la esposa del vendedor de dulces. Va perdiendo la vista año tras año y ya no puede distinguir entre un tronco y yo… el Mugger del Ghaut. Yo vi cómo se equivocaba al lanzar la guirnalda al agua, ya que me encontraba tumbado al pie del Ghaut y, de haber dado ella un paso más hacia delante, le habría demostrado la diferencia. Con todo, lo hizo con buena intención y hay que tener en consideración el espíritu que la llevó a hacer la ofrenda.

—¿De qué sirven las coronas de caléndulas cuando uno se encuentra en el estercolero? —preguntó el Chacal, que estaba cazando pulgas, aunque vigilando prudentemente con un ojo a su Protector de los Pobres.

—Cierto, pero todavía no han empezado a hacer el estercolero adonde deba ir a parar yo. Cinco veces he presenciado cómo el río se retiraba del poblado, dejando nuevos terrenos en el extremo de la calle. Cinco veces he visto cómo volvían a edificar el poblado junto a la orilla, y volveré a verlo cinco veces más. No soy ningún gavial descreído y cazador de peces, que hoy está en Kasi y mañana en Prayag, como reza el dicho, sino que soy el vigilante constante y seguro del vado. No es por nada, hijo, que el poblado lleva mi nombre, y «el que mucho vigila», según el proverbio, «al fin consigue su recompensa».

—Pues lo que es yo, he vigilado mucho… muchísimo… casi toda mi vida y la única recompensa que he recibido son mordiscos y golpes —dijo el Chacal.

—¡Jo, jo, jo! —se rio estruendosamente el Marabú.

En agosto nació el Chacal,
y fue en septiembre cuando llovió,
y dice: «De tan gran chaparrón
no me acuerdo yo».

Tiene una peculiaridad muy desagradable el Marabú. De vez en cuando, pero jamás en la misma época, sufre agudos ataques de cosquilleo o rampa en las patas y, aunque su aspecto es más virtuoso que el de las demás grullas, que se muestran siempre sumamente respetables, echa a volar y baila una especie de danza guerrera, abriendo las alas a medias y subiendo y bajando su pelada cabeza, mientras que, por razones que él sabrá, cuida mucho de que sus peores ataques coincidan con sus comentarios más agrios. Una vez pronunciada la última palabra de su canción, se colocó nuevamente en posición de firmes, diez veces más Marabú que antes.

El Chacal se acobardó, pese a que tenía sus buenos tres años cumplidos, pero no se puede tomar en serio el insulto de alguien que tiene un pico de casi un metro de largo y sabe utilizarlo como si fuera una jabalina. El Marabú era un cobarde de campeonato, pero el Chacal era aún peor.

—Hay que vivir para aprender —dijo el Mugger— y voy a decirte una cosa: chacales pequeños los hay a montones, hijo, pero muggers como yo hay muy pocos. A pesar de ello, no soy orgulloso, pues el orgullo es la destrucción. De todos modos, toma nota de que es el Destino, y contra el Destino nada puede decir ningún ser que nade, camine o corra. Yo me siento satisfecho de mi Destino. Con un poco de buena suerte, de buena vista y la costumbre de considerar si un arroyo o remanso tienen salida, antes de meterse en ellos, es mucho lo que se puede hacer.

—Una vez oí decir que hasta el Protector de los Pobres se equivocó —dijo el Chacal malévolamente.

—Cierto, pero mi Destino me ayudó. Sucedió antes de que hubiese crecido del todo… tres hambres antes de la última. ¡Qué llenas estaban en aquellos días las corrientes que había a derecha e izquierda del Gunga! Sí, era joven e irreflexivo y cuando vino la crecida de las aguas, ¿quién se sintió más contento que yo? Por aquel entonces me contentaba con muy poco. El poblado quedó bajo las aguas, nadé por encima del Ghaut y me adentré en el interior, hasta los arrozales, en los que había abundancia de buen fango. Me acuerdo también de un par de ajorcas que encontré aquella tarde. Eran de cristal y no pocas molestias me ocasionaron. Sí, ajorcas de cristal y, si la memoria no me falla, un zapato. Debía de haberme sacudido de encima ambos zapatos, pero tenía hambre. Más adelante aprendí la lección. Sí. Así que comí y me puse a descansar. Pero cuando estuve listo para volver al río, las aguas ya habían bajado y tuve que andar por el barro que cubría la calle mayor. ¿Quién si no yo lo habría hecho? De las casas salió toda mi gente: sacerdotes, mujeres y niños, y yo los miré con benevolencia. El barro no es buen sitio para luchar. Uno de los barqueros dijo: «Traed hachas y lo mataremos, porque es el Mugger del vado». «Nada de eso», dijo el brahmín. «Mirad, se lleva la inundación por delante. Es el dios del poblado». Entonces empezaron a arrojarme flores y uno de ellos tuvo la feliz ocurrencia de colocar una cabra en mi camino.

—¡Qué buenas! ¡Qué buenísimas son las cabras! —exclamó el Chacal.

—Peludas… demasiado peludas. Y cuando las encuentras en el agua, lo más probable es que oculto en ellas haya un garfio cruzado. Pero aquella cabra la acepté y bajé hasta el Ghaut rodeado de grandes honores. Más tarde, el Destino me envió al barquero que había querido cortarme la cola a hachazos. Se le encalló la barca en un bajío que había entonces y del que vosotros no os podéis acordar.

—¡Cuidado, que no todos somos chacales los que estamos aquí! —exclamó el Marabú—. ¿Te refieres al bajío que se formó allí donde se hundieron las barcas que transportaban piedra, el año de la gran sequía…, un bajío muy largo que resistió tres inundaciones?

—Había dos —dijo el Mugger—, uno en la parte de arriba y otro en la de abajo.

—¡Ay! Lo había olvidado. Los dividía un canal y más adelante se volvió a secar —dijo el Marabú, que se sentía muy orgulloso de su memoria.

—La barca del que tanto bien me deseaba se había encallado en el de abajo. Él estaba durmiendo en la proa y, sin haberse despertado del todo, saltó al agua, que le cubrió hasta la cintura… no, solo hasta las rodillas… para empujar la embarcación. Su barca vacía se fue río abajo y volvió a encallarse en el siguiente recodo que hacía el río por aquel entonces. Yo la seguí, pues sabía que los hombres vendrían para sacarla del agua.

—¿Y vinieron? —dijo el Chacal, un poco sobrecogido, pues aquello era cazar a gran escala y se sentía impresionado.

—Sí, y más abajo también. Yo no fui más allá, pero me hice con tres en un solo día: manjis (barqueros) bien alimentados. Ninguno de ellos, salvo el último (en aquellos tiempos yo era muy descuidado) gritó para avisar a los demás.

—¡Qué noble juego! Pero ¡qué inteligencia y qué capacidad de juicio requiere! —exclamó el Chacal.

—Nada de inteligencia, hijo: solo hace falta pensar. En la vida pensar un poquito es como echar sal al arroz, como dicen los barqueros, y yo siempre he pensado mucho. El gavial, mi primo, el comedor de peces, me ha hablado de lo difícil que le resulta seguir a sus peces y de lo distintos que son unos de otros. Él tiene que conocerlos todos, tanto cuando van juntos como cuando están separados. Y digo yo que esto es tener sabiduría, aunque, por otro lado, mi primo vive entre su gente. Mi gente no nada en grupos, con la boca fuera del agua, como hace Rewa. Ni están siempre subiendo hasta la superficie del agua y volviéndose de lado, como hacen Mohoo y el pequeño Chapta, y tampoco se agrupan en bancos después de la inundación, como Batchua y Chilwa.

—Todos son muy buenos para comer —dijo el Marabú, haciendo sonar el pico.

—Eso dice mi primo, y hay que ver la importancia que le da al hecho de atraparlos. Aunque ellos no se suben a la orilla para huir de su hocico. Mi gente es de otra manera. La vida la hacen en tierra, en las casas y entre el ganado. Yo debo estar enterado de lo que hacen y de lo que se disponen a hacer y, juntando la cola con la trompa, como suele decirse, me hago el elefante entero. ¿Hay una rama verde y una anilla de hierro colgadas en el dintel de una puerta? El viejo Mugger sabe que en aquella casa ha nacido un niño y que algún día este bajará a jugar en el Ghaut. ¿Va a casarse una doncella? El viejo Mugger lo sabe, pues ve a los hombres ir y venir con regalos, y sabe también que la doncella bajará hasta el Ghaut para bañarse antes de la boda y… allí la espera. ¿El río ha cambiado su curso dejando tierras nuevas donde antes solo había arena? El Mugger lo sabe.

—Bueno, pero ¿de qué te sirve saber todo esto? —dijo el Chacal—. El río ha cambiado su curso incluso durante mi corta vida.

Los ríos de la India jamás se están quietos en su lecho y suelen cambiar de curso, a veces hasta dos o tres millas en una sola estación, anegando los campos de una orilla y esparciendo buenos sedimentos en la otra.

—Nada es tan útil como saberlo —repuso el Mugger—, ya que, a tierras nuevas, disputas nuevas. El Mugger lo sabe. ¡Vaya si lo sabe! En cuando el agua se ha evaporado o filtrado en la tierra, se mete por riachuelos que, según creen los hombres, no ocultarían ni a un perro, y allí se queda esperando. Al poco aparece un labriego diciendo que allí plantará pepinos, más allá melones, aprovechando la tierra nueva que el río le ha regalado. Va descalzo y con los dedos de los pies palpa el buen barro. Después se presenta otro y dice que plantará cebollas, zanahorias y caña de azúcar en tal o cual lugar. Se encuentran del mismo modo que antes o después se encuentran las barcas que flotan a la deriva y se miran suspicazmente. Mientras, el viejo Mugger lo va viendo y observando todo. Se llaman «hermano» el uno al otro y se disponen a trazar los límites de la tierra nueva. El Mugger los sigue rápidamente de un lugar a otro, arrastrándose medio cubierto por el barro. ¡Ahora empiezan a pelearse! ¡Ya se dicen palabras gruesas! ¡Ahora se quitan los turbantes! Ahora alzan los lathis (mazos) y, ¡por fin!, uno de ellos cae de espaldas sobre el fango, mientras el otro huye corriendo. Cuando regresa, la disputa ya está solventada, como atestigua el bambú con refuerzos de hierro del vencido. Pese a ello, nunca se lo agradecen al Mugger. No, en vez de hacerlo se ponen a gritar: «¡Asesino!», y sus familias, veinte personas por bando, empiezan a luchar a estacazos. Mi gente es buena gente: Jats de las tierras altas, Malwais de Bêt. No se pegan por el simple gusto de pegarse, sino que, al terminar la refriega, el viejo Mugger está esperando un poco más abajo, en el río, allí donde no pueden verlo desde el poblado, detrás de los matorrales de kikar que veis allí. Entonces empiezan a bajar, mis Jats de anchos hombros, ocho o nueve caminando juntos bajo las estrellas, transportando el muerto en un catre. Son ancianos de barbas grises y voz tan grave como la mía. Encienden una pequeña hoguera… ¡Ah, qué bien conozco esas hogueras! Mascan tabaco y, formando un corro, mueven la cabeza en señal de asentimiento y de vez en cuando señalan con ella al muerto, que yace en la orilla. Dicen que, a causa de lo que han hecho, la Ley inglesa vendrá a buscarlos con una soga y que la familia de tal o cual hombre se verá cubierta de vergüenza, porque a tal o cual hombre lo ahorcarán en el gran patio de la prisión. «¡Que lo cuelguen!», gritan los amigos del muerto, y la discusión vuelve a comenzar desde el principio. Y así una, dos, veinte veces durante la larga noche. Al fin uno de ellos dice: «La pelea fue limpia. Aceptemos una compensación en dinero, un poco más de lo que ofrece el que lo ha matado, y no volveremos a hablar del asunto». Entonces se ponen a regatear sobre la suma pues el muerto era un hombre fuerte y ha dejado muchos huérfanos. Pero antes del amratvela (el amanecer) acercan un poco de fuego, según la costumbre, y el muerto viene a mí y él sí que no dice nada del asunto. ¡Ajá, hijos míos! ¡El Mugger lo sabe… lo sabe! ¡Mis Malwais Jats son buena gente!

—Son demasiado agarrados… tienen el puño demasiado cerrado para mi gusto —graznó el Marabú—. No gastan betún con los cuernos de la vaca, como dice el refrán. Además, ¿quién encuentra algo que llevarse al pico allí por donde hayan pasado los Malwais?

—Ah, a mí me basta con hincarles el diente a ellos —dijo el Mugger.

—Ahora bien, en los viejos tiempos, allá en el sur, en Calcuta —prosiguió el Marabú—, todo lo echaban a la calle. No teníamos más que escoger lo que nos apeteciese. Aquellos eran buenos tiempos. Pero hoy día tienen las calles tan limpias como la cáscara de un huevo y mi gente se va volando a otras tierras. Una cosa es ser limpio y otra es quitar el polvo, barrer y regar siete veces al día. Eso cansa hasta a los mismos dioses.

—Un hermano mío me contó que, según le había dicho un chacal del sur, allá en Calcuta todos los chacales estaban tan gordos como las nutrias en época de lluvias —dijo el Chacal, al que la boca se le hacía agua con solo pensarlo.

—Sí, pero es que allí están los caras blancas, los ingleses, y traen perros en barco de no sé qué lugar río abajo…, unos perros grandes y gordos que se cuidan de que los chacales de que nos hablas estén bien flacos —dijo el Marabú.

—¿Así que tienen el corazón tan duro como la gente de aquí? Debí suponerlo. Ni la tierra, ni el cielo, ni el agua se muestran caritativas con un chacal. La temporada pasada vi las tiendas de un cara blanca, después de las lluvias, y, además, cogí unas bridas amarillas y nuevas y me las comí. Los caras blancas no saben curtir bien sus pieles. Me puse muy malo a causa de lo que me comí.

—Peor fue mi caso —dijo el Marabú—. Cuando tenía solo tres temporadas y era un pájaro joven y atrevido, una vez bajé hasta esa parte del río donde atracan las grandes barcas. Las barcas de los ingleses son grandes como tres poblados juntos.

—En sus viajes ha llegado hasta Delhi y dice que allí toda la gente camina sobre la cabeza —murmuró el Chacal.

El Mugger abrió el ojo izquierdo y miró atentamente al Marabú.

—Es cierto —insistió el gran pájaro—. Un mentiroso solo miente cuando espera que le crean. Nadie que no hubiese visto esas barcas podría creer esta verdad.

—Eso es más razonable —dijo el Mugger—. ¿Y después?

—De las entrañas de una de las barcazas estaban sacando grandes trozos de una cosa blanca que en pocos instantes se convertía en agua. Grandes pedazos se desprendían del resto y caían en la playa, y lo que quedaba se apresuraban a meterlo en una casa de gruesas paredes. Pero un barquero, uno que estaba riendo, cogió un trozo no mayor que un perro pequeño y me lo arrojó. Yo… toda mi gente… nos tragamos las cosas sin pensarlo dos veces, de modo que, siguiendo la costumbre, me tragué aquel pedazo. Inmediatamente empecé a sentir un frío tremendo que, empezando por el buche, me recorría el cuerpo hasta la punta de las patas, dejándome sin habla. Mientras, los barqueros se reían de mí. Jamás he padecido un frío semejante. Presa del dolor y el pasmo, estuve bailando hasta que recobré el aliento y entonces me puse a bailar y a gritar contra la falsedad de este mundo mientras los barqueros se tronchaban de risa. Lo más maravilloso del asunto, dejando aparte aquella prodigiosa sensación de frío, fue que, cuando dejé de lamentarme ¡no había absolutamente nada en mi buche!

El Marabú había tratado de describir lo mejor posible las sensaciones que experimentó después de tragarse un trozo de hielo, de siete libras de peso, transportado desde el lago Wenham por un buque frigorífico americano, en los días anteriores a la instalación en Calcuta de maquinaria para fabricar hielo. Pero como él no sabía qué era el hielo, y menos aún lo sabían el Mugger y el Chacal, al cuento le faltó emoción.

—Cualquier cosa —dijo el Mugger, volviendo a cerrar el ojo izquierdo—, cualquier cosa es posible si sale de una barca grande como tres veces el poblado de Mugger-Ghaut. Mi poblado no es de los pequeños.

En lo alto del puente se oyó un silbido y el correo de Delhi pasó rápidamente por encima de sus cabezas, brillantemente iluminados todos los vagones y seguido fielmente por las sombras del río. Luego el traqueteo se perdió en la oscuridad y el silencio volvió a reinar en el lugar. El Mugger y el Chacal, sin embargo, estaban tan acostumbrados que ni siquiera volvieron la cabeza para ver pasar el tren.

—¿Eso os parece menos maravilloso que una barca grande como tres veces Mugger-Ghaut? —preguntó el pájaro, alzando la cabeza.

—Eso vi cómo lo edificaban, hijo —dijo el Mugger—. Vi crecer los pilares del puente piedra a piedra, y cuando los hombres caían al río (se sostenían la mar de bien allí arriba, pero a veces alguno perdía pie y se caía) yo estaba dispuesto. Cuando terminaron el primer pilar, no se les ocurrió buscar el cadáver en el río para incinerarlo. Como veis, también en este caso les ahorré muchas complicaciones. No tuvo nada extraño la construcción del puente.

—Pero ¿y eso que lo cruza arrastrando unos carros con tejado? ¡Eso sí que es extraño! —repitió el Marabú.

—Se trata de alguna nueva raza de buey, sin ninguna duda. Algún día no podrá sostenerse allí arriba y caerá como caían los hombres. El viejo Mugger lo estará esperando.

El Chacal miró al Marabú, y el Marabú miró al Chacal. Si de algo estaban más seguros que de cualquier otra cosa, ese algo era que la locomotora podía serlo todo menos un buey. Una y otra vez la había observado el Chacal desde las matas de áloe que crecían a ambos lados de la vía férrea, a la vez que el Marabú llevaba viendo aquella clase de máquinas desde la llegada de la primera locomotora a la India. Pero el Mugger solo había visto aquella cosa desde abajo, creyendo que la pequeña cúpula de bronce era la joroba de un buey.

—¡Hum…! Sí, una nueva especie de buey —repitió el Mugger con voz grave, para acabar de convencerse a sí mismo.

—A punto fijo que es un buey —dijo el Chacal.

—Aunque bien podría ser… —empezó a decir el Mugger con acento áspero.

—Cierto, muy cierto —dijo el Chacal, sin esperar a que el otro terminase.

—¿Qué? —dijo el Mugger con cara de pocos amigos, pues tenía la sensación de que los otros dos sabían más que él—. ¿Qué podría ser? Yo no he terminado de decirlo y vosotros habéis dicho que era un buey.

—Es cualquier cosa que el Protector de los Pobres tenga a bien que sea. Yo soy su servidor, y no el servidor de esa cosa que cruza el río.

—Sea lo que sea, es obra de los caras blancas —dijo el Marabú—. Yo por mi parte no me pondría en un sitio tan cercano al puente como este banco de arena.

—Tú no conoces a los ingleses tan bien como yo —dijo el Mugger—. Había un cara blanca aquí, cuando estaban construyendo el puente, que por la tarde solía coger una barca y, golpeando con los pies las tablas del fondo, susurraba: «¿Está aquí? ¿Lo habéis visto? Traedme el fusil». Yo podía oírlo antes de verlo… Lo oía todo: el crujido de la barca, la respiración del hombre, los golpes del fusil, mientras iba arriba y abajo por el río. Tan cierto como que había recogido a uno de sus trabajadores, ahorrándoles así la leña de la pira funeraria, era que acababa por bajar hasta el Ghaut y una vez allí, empezaba a proclamar en voz alta que me cazaría y libraría el río de mi presencia, de mí ¡el Mugger de Mugger-Ghaut! ¡Imaginaos! Hijos míos, me pasaba horas y más horas nadando por debajo de su barca y oyéndole disparar contra los troncos que flotaban en el río. Cuando estaba seguro de que ya no podía más de cansancio, salía a la superficie y cerraba mis fauces a poca distancia de sus narices. Cuando terminaron el puente, el cara blanca se marchó. Todos los ingleses cazan de esta manera, salvo cuando los cazados son ellos.

—¿Quién caza a los caras blancas? —preguntó el Chacal, presa de excitación.

—Ahora nadie, pero en mis tiempos yo lo cazaba.

—Recuerdo un poco esas cacerías. Yo era muy joven por aquel entonces —dijo el Marabú, haciendo un ruido muy significativo con el pico.

—Me encontraba muy bien instalado aquí. Recuerdo que estaban construyendo por tercera vez mi poblado cuando mi primo, el gavial, me trajo noticias de las ricas aguas que había más arriba de Benarés. Al principio no quería irme, pues mi primo, que es un comedor de peces, no siempre sabe distinguir lo bueno de lo malo. Pero oí que mi gente hablaba de ello durante las veladas y lo que decían me sacó de dudas.

—¿Y qué es lo que decían? —preguntó el Chacal.

—Lo que dijeron fue suficiente para que yo, el Mugger de Mugger-Ghaut, saliera del agua y me pusiera a caminar. Viajaba de noche, aprovechando los riachuelos que encontraba a mi paso, pero, como estábamos a principios de la estación calurosa, todos los ríos llevaban poco caudal. Crucé caminos polvorientos, me metía en campos de espesa hierba y de noche escalaba montañas a la luz de la luna. Incluso trepaba por las rocas, hijos míos: tenedlo en cuenta. Atravesé la cola del Sirhin, el que no lleva agua, antes de encontrar aquella serie de riachuelos que desembocan en el Gunga. Transcurrió todo un mes desde que salí de donde se hallaban mi gente y el río que conocía. ¡Fue maravilloso!

—¿Cómo te alimentaste por el camino? —preguntó el Chacal, que tenía el alma en el estómago y no se sentía impresionado por las caminatas del Mugger.

—Comía lo que encontraba… primo —repuso el Mugger, pronunciando despacio cada una de las palabras.

Ahora bien, en la India no se llama «primo» a un hombre a no ser que el que así lo llame crea posible establecer algún vínculo de sangre con él, y, como es solo en los viejos cuentos de hadas que un mugger se casa con algún chacal, el Chacal comprendió enseguida por qué razón acababa de verse elevado al círculo familiar del Mugger. De haber estado los dos solos, no le habría importado, pero los ojos del Marabú relucieron de hilaridad al oír la fea broma.

—Por supuesto, padre. Debí imaginármelo —dijo el Chacal.

Al mugger no le hace ninguna gracia que lo llamen padre de chacales y así lo dijo el Mugger de Mugger-Ghaut. Dijo muchas más cosas, también, pero no viene al caso repetirlas aquí.

—El Protector de los Pobres ha declarado nuestro parentesco. ¿Cómo voy a recordar exactamente qué grado de parentesco nos une? Además, los dos comemos lo mismo. Él mismo lo ha dicho —replicó el Chacal.

Eso empeoró las cosas aún más, pues lo que el Chacal insinuaba era que el Mugger, durante su marcha por tierra, debió comer lo que encontraba el mismo día, es decir, comida fresca en vez de guardarla hasta que se hallase en condiciones de ser ingerida, como hacen todo mugger que se precie y la mayor parte de las bestias salvajes cuando pueden. De hecho, uno de los peores insultos que se conocen a lo largo del curso del río es el de «comedor de carne fresca». Se considera casi tan grave como tachar de caníbal a un hombre.

—Ese alimento lo comiste hace treinta estaciones —dijo el Marabú con calma—. Aunque nos pasemos hablando otras treinta estaciones, nunca volverá. Así que, dinos qué sucedió cuando llegaste a las aguas buenas después de tu maravilloso y portentoso viaje por tierra. Si prestáramos atención a los aullidos de todos los chacales, los asuntos de la ciudad quedarían paralizados, como dice el refrán.

Seguramente el Mugger se sentía agradecido por la interrupción, ya que se apresuró a proseguir con su historia:

—¡Por la orilla izquierda y derecha del Gunga! ¡Cuando llegué no vi por ninguna parte las aguas de que me habían hablado!

—Entonces ¿es que eran mejores que la gran inundación de la última estación? —dijo el Chacal.

—¡Mejores! La de la pasada estación no fue mayor que la que se produce cada cinco años: se ahogan un puñado de forasteros, algunas gallinas y en las aguas fangosas y revueltas flota un buey muerto. Pero la estación en que estoy pensando… el río llevaba poco caudal y estaba calmado, y, como me había dicho el gavial, los ingleses muertos bajaban por las aguas, uno tras otro, casi tocándose. Me puse que daba gloria verme… ¡Cómo me puse! Desde Agrá, pasando por Etawah y las aguas caudalosas cerca de Allahabad…

—¡Ay, el remolino que se formó al pie de las murallas del fuerte de Allahabad! —exclamó el Marabú—. Había tantos como patos silvestres en los cañaverales, y daban vueltas y más vueltas… ¡Así!

De nuevo se puso a bailar su horrible danza, mientras el Chacal lo contemplaba con ojos cargados de envidia. Él, naturalmente, no podía recordar el terrible año del motín de que estaban hablando. El Mugger prosiguió:

—Sí, allí en Allahabad uno se quedaba quieto en las aguas tranquilas y dejaba que pasaran una veintena antes de decidirse por uno. Y sobre todo, los ingleses no iban cargados de joyas ni llevaban anillos en la nariz o en los tobillos como llevan hoy las mujeres de mi gente. Deleitarse con los ornamentos, como reza el dicho, es acabar con una soga a guisa de collar. Aquel año engordaron todos los muggers de todos los ríos, pero fue mi Destino que engordase más que todos los otros. Según las noticias, estaban persiguiendo a los ingleses hacia los ríos. ¡Por las orillas del Gunga! Nosotros nos las creímos. Seguí creyéndomelas mientras me dirigí hacia el sur, y bajé hasta Monghyr y las tumbas que dominan el río.

—Conozco ese lugar —dijo el Marabú—. Desde entonces Monghyr es una ciudad muerta. Ahora solo viven en ella unos cuantos hombres.

—Después me puse a nadar río arriba, despacio, con mucha pereza, y un poco más arriba de Monghyr vi bajar una barca llena de caras blancas… ¡Vivas! Recuerdo que eran mujeres y estaban echadas debajo de una sábana sostenida por cuatro palos. Se las oía llorar. En ningún momento nos dispararon a nosotros, que en aquellos días éramos los vigilantes de los vados. Todos los fusiles tenían trabajo en otras partes. Día y noche llegaba desde tierra adentro el ruido de las detonaciones, que el viento nos acercaba y luego se llevaba otra vez. Surgí a la superficie delante de la barca, ya que nunca había visto caras blancas vivas, aunque las conocía, bueno… de otra forma. Una criatura blanca y desnuda se arrodilló junto a la borda y se agachó sobre las aguas, y se le ocurrió meter las manos en ellas para dejar una estela detrás.

Es bonito ver lo mucho que les gusta a los niños el agua corriente. Yo ya había comido aquel día, pero aún me quedaba un rinconcito vacío en el estómago. De todos modos, no fue para comer, sino para divertirme que saqué la cabeza a poca distancia de las manos de la criatura. Eran un blanco tan visible que ni siquiera miré al cerrar las quijadas. Pero eran también tan diminutas que, aunque estoy seguro de que las atrapé, la criatura las apartó rápidamente sin sufrir el menor daño. Debieron de pasar entre mis dientes, aquellas manitas blancas. Hubiese debido atraparle de lado, por los codos, pero, como he dicho, lo hice únicamente por deporte y para ver algo que era nuevo para mí. Las mujeres de la barca se pusieron a gritar, una tras otra, y al poco salí de nuevo para verlas. La barca era demasiado pesada para volcarla. A bordo solo había mujeres, pero, como dice el refrán, «el que se fía de las mujeres es como si no viese las plantas que ocultan un pantano».

—Una vez una mujer me dio pieles de pescado secas —dijo el Chacal—. Yo albergaba la esperanza de arrebatarle su bebé, pero comer pienso de caballos es preferible a recibir una coz de los mismos, según el dicho. ¿Qué hizo tu mujer?

—Me disparó con un fusil corto de un tipo que no había visto ni he vuelto a ver desde entonces. Cinco veces, una tras otra —dijo el Mugger; debió de encontrarse con un revólver anticuado—, y yo me quedé boquiabierto, mirándola con la cabeza envuelta en humo. Jamás he visto nada semejante. Cinco tiros, tan rápidos como los golpes que doy con la cola… ¡Así!

El Chacal, cuyo interés por la historia crecía de segundo en segundo, tuvo el tiempo justo de saltar hacia atrás antes de que la enorme cola pasara volando como la hoz de un segador.

—Hizo fuego cinco veces —prosiguió el Mugger, como si jamás hubiese soñado siquiera con dejar atontado de un coletazo a uno de sus oyentes—, cinco veces antes de que me sumergiera. Luego volví a salir y tuve el tiempo justo de oír cómo un barquero les decía a todas aquellas mujeres blancas que sin ninguna duda yo estaba muerto. Una de las balas se me había metido debajo de una placa del cuello. No sé si aún está allí, porque no puedo volver la cabeza. Mira a ver, hijo. Demostrará que mi historia es cierta.

—¿Yo? —dijo el Chacal—. ¿Acaso un comedor de zapatos viejos, un quebrantahuesos, tiene derecho a dudar de la palabra de quien es la Envidia del Río? ¡Que me arranquen la cola a mordiscos unos perritos ciegos si alguna vez la sombra de semejante pensamiento ha cruzado mi humilde cerebro! El Protector de los Pobres ha condescendido a informarme a mí, su esclavo, que una vez en la vida fue herido por una mujer. Eso me basta. Lo contaré a todos mis hijos, sin jamás pedir pruebas.

—A veces el exceso de cortesía no es mejor que el de grosería, ya que, como dice el refrán, a fuerza de darle requesón uno puede ahogar a su invitado. Lo que es yo, no tengo el menor deseo de que tus hijos lleguen a saber que el Mugger de Mugger-Ghaut recibió su única herida de una mujer. ¡Bastantes cosas en que pensar tendrán, si tienen que ganarse el sustento de forma tan miserable como su padre!

—¡Hace tiempo que cayó en el olvido! ¡Jamás se dijo! ¡Jamás existió una mujer blanca! ¡No había ninguna barca! Nada de todo eso sucedió.

El Chacal meneó la cola para demostrar cuán concienzudamente lo había borrado todo de su memoria y luego se sentó, dándose aires de ser muy importante.

—En verdad que sucedieron muchas cosas —dijo el Mugger, viendo por segunda vez cómo echaban por tierra el intento de vencer a su amigo. (Sin embargo, ninguno de los dos albergaba malas intenciones. Comer y ser comido era cosa de ley en el río, y el Chacal acudía siempre en busca de su parte cuando el Mugger terminaba de comer)—. Dejé en paz aquella barca y seguí río arriba y, al llegar a Arrah y a las aguas remansadas que hay detrás, ya no encontré más ingleses muertos. Durante un trecho el río estaba vacío. Luego bajaron uno o dos muertos. Llevaban guerreras rojas. No eran iguales que las de los ingleses, pero sí iguales unas a otras… hindúes o purbeeahs. Luego empezaron a bajar de cinco en cinco, de seis en seis y finalmente, desde Arrah hasta el norte, más allá de Agra, parecía que poblados enteros se hubiesen metido en el agua. Salían de los riachuelos, uno tras otro, igual que los troncos cuando vienen las lluvias. Cuando crecían las aguas, subían también ellos desde los bajíos donde estaban descansando. Y cuando las aguas bajaban los arrastraban por los pelos a través de campos y de la jungla. Durante toda la noche, además, mientras me dirigía hacia el norte, oí disparos y de día oía el ruido de botas al cruzar los vados, así como ese ruido que hacen las pesadas ruedas de carro al aplastar la arena del fondo. Cada onda traía más muertos. Al final hasta yo me asusté, pues me dije: «Si eso les pasa a los hombres, ¿cómo va a escapar el Mugger de Mugger-Ghaut?». También había barcas que subían por el río sin velas, ardiendo todo el rato, pues echaban humo como los barcos del algodón. Y, pese a ello, no se hundían.

—¡Ah! —exclamó el Marabú—. Barcas como las que tú dices las he visto llegar a Calcuta, en el sur. Son altas y negras, y con la cola van azotando el agua y…

—Son grandes como tres veces mi poblado. Las mías eran bajas y blancas y azotaban el agua por los dos costados, y no eran más grandes de lo que deben ser las barcas de quien diga la verdad. Me asusté mucho al verlas, así que salí del agua y regresé a este río, que es el mío. Me escondía durante el día y viajaba por la noche, caminando cuando no encontraba ningún arroyuelo. Finalmente llegué a mi poblado, aunque no esperaba ver a mi gente en él. No obstante, allí estaban: arando, sembrando y recogiendo la cosecha, yendo de un lado para otro por sus campos, tan tranquilos como sus vacas.

—Y en el río, ¿seguías encontrando buena comida? —preguntó el Chacal.

—Más de la que quería. Incluso yo… y eso que no como fango… incluso yo me sentía cansado y recuerdo que un poco asustado ante semejante ir y venir de aquella gente silenciosa. Oí decir a la gente de mi poblado que todos los ingleses estaban muertos, pero los que la corriente arrastraba boca abajo por el río no eran ingleses, como mi gente podía ver muy bien. Luego mi gente dijo que era mejor no decir ni pío y seguir pagando el impuesto y arando la tierra. Al cabo de mucho tiempo, el río quedó limpio y resultaba fácil ver que los que viajaban flotando por él se habían ahogado en las inundaciones. Pude verlo muy bien y me alegré de ello, aunque se hizo más difícil encontrar comida. Que me maten un poquito aquí y allá no está mal, pero hasta el Mugger se da a veces por satisfecho, como dice el refrán.

—¡Maravilloso! ¡Realmente maravilloso! —exclamó el Chacal—. He engordado con solo oír hablar tanto de buena comida. Y, si se me permite la pregunta, ¿qué hizo después el Protector de los Pobres?

—Me dije a mí mismo, ¡y por las orillas del Gunga que sellé mi juramento cerrando las quijadas!, que nunca más me dedicaría a vagabundear. Así que me quedé a vivir en el Ghaut, muy cerca de mi propia gente, a la que vigilé año tras año. Y ellos me querían tanto que me arrojaban coronas de caléndulas cuando veían surgir mi cabeza del agua. Sí, y el Destino ha sido muy bueno conmigo, y el río es lo bastante considerado para respetar mi pobre y débil presencia, solo que…

—Nadie es feliz desde el pico hasta la cola —dijo el Marabú comprensivamente—. ¿Qué más necesita el Mugger de Mugger-Ghaut?

—Aquella criaturita blanca que no pude atrapar —dijo el Mugger, suspirando hondamente—. Era muy pequeña, pero no la he olvidado. Ya soy viejo, pero antes de morir desearía probar algo nuevo. Es cierto que son torpes al andar, ruidosos y estúpidos, y la diversión sería poca, pero me acuerdo de los viejos tiempos allá en Benarés y, si todavía vive, la criatura también se acordará. Puede que suba y baje por la orilla de algún río, contando cómo una vez pasó las manos entre los dientes del Mugger de Mugger-Ghaut y vivió para contarlo. El Destino ha sido muy bueno conmigo, pero algo me atormenta a veces en mis sueños: el recuerdo de aquella criatura en la proa de la barca.

Bostezó y después cerró las quijadas.

—Y ahora voy a descansar y pensar. Guardad silencio, hijos míos, y respetad a los viejos.

Se volvió pesadamente y arrastró el cuerpo hasta la cima del banco de arena, mientras el Chacal y el Marabú se cobijaban debajo de un árbol solitario que había en el extremo más cercano al puente del ferrocarril.

—Provechosa y agradable vida la suya —dijo el Chacal, alzando los ojos con expresión inquisitiva hacia el pájaro—. Y ni una sola vez, repito, ni una sola vez se ha dignado decirme en qué parte de la orilla podría encontrar un buen bocado. Yo, en cambio, le he dicho centenares de veces que algo bueno bajaba por el río. Cuán cierto es el dicho de que «nadie se acuerda del chacal y del barbero una vez conocida la noticia». ¡Ahora se va a dormir! ¡Arrh!

—¿Cómo puede un chacal cazar con un Mugger? —preguntó fríamente el Marabú—. Ladrón grande y ladrón pequeño: es fácil adivinar quién se lleva la mejor parte.

El Chacal se volvió, aullando con impaciencia, e iba a acurrucarse debajo del árbol cuando de pronto retrocedió asustado y miró entre las ramas del árbol hacia el puente, que colgaba casi encima mismo de su cabeza.

—¿Qué pasa ahora? —dijo el Marabú, desplegando las alas con gesto de inquietud.

—Espera a que lo veamos. El viento sopla desde donde estamos hacia ellos, aunque no nos están buscando… esos dos hombres.

—Hombres, ¿eh? Mi cargo me protege. Toda la India sabe que soy sagrado.

Como es un barrendero de primera, al Marabú se le permite ir y venir a su antojo, por lo que el compañero del Chacal no dejó entrever la menor señal de querer huir de allí.

—Yo no valgo lo suficiente para recibir puntapiés dados con algo mejor que un zapato viejo —dijo el Chacal, volviendo a aguzar el oído—. ¡Más pisadas! —agregó—. Eso no son sandalias de campesino, sino botas de cara blanca. ¡Escucha! ¡Ahí se oye entrechocar de hierros! ¡Llevan fusiles! Amigo mío, esos ingleses torpes y estúpidos vienen a hablar con el Mugger.

—Avísalo, pues. Hace apenas un ratito alguien que no era muy distinto de un chacal famélico lo llamó Protector de los Pobres.

—Deja que mi primo cuide de su propio pellejo. Una y otra vez me ha dicho que no hay nada que temer de los caras blancas. Y esos que se acercan tienen que ser caras blancas, pues ningún habitante de Mugger-Ghaut se atrevería a venir por él. Fuera del agua no oye muy bien, y… ¡esta vez no es una mujer!

El reluciente cañón de un fusil lanzó un fugaz destello bajo la luz de la luna, entre la espesura. El Mugger seguía tumbado en el banco de arena, inmóvil como su propia sombra, con las patas delanteras algo separadas y la cabeza entre ellas, roncando como… un mugger.

En lo alto del puente una voz susurró:

—Es un blanco extraño… casi en perpendicular, pero no corremos ningún peligro aquí arriba. Prueba a darle detrás del cuello. ¡Atiza! ¡Qué bestia! Los del pueblo se pondrán furiosos si le pegamos un tiro, de todos modos. Es el deota (diosecillo) de estos andurriales.

—Me importa un bledo —respondió otra voz—. Se llevó quince de mis mejores peones indios mientras construíamos el puente. Ya es hora de que alguien acabe con él. Llevo semanas recorriendo el río en bote intentando dar con él. Ten el rifle Martini preparado para cuando le haya descargado los dos cañones del mío.

—Ojo con el retroceso, que un disparo doble con un fusil del cuatro no es cosa de broma.

—Eso es él quien debe decirlo. ¡Ahí va!

Se oyó un estampido como el de un cañón pequeño (el calibre más grande de rifle para matar elefantes no difiere en mucho de algunas piezas de artillería), una doble llamarada rasgó la oscuridad y en el acto se oyó la seca detonación de un Martini, cuyas alargadas balas atraviesan como si nada las placas de un cocodrilo. Pero fueron las balas explosivas las que hicieron la tarea. Una de ellas se alojó justo detrás del cuello, a menos de un palmo a la izquierda del espinazo, al tiempo que la otra estallaba un poco más abajo, en el nacimiento de la cola. En noventa y nueve casos de cada cien un cocodrilo mortalmente herido consigue arrastrarse hasta llegar a aguas profundas y huir, pero el Mugger de Mugger-Ghaut quedó literalmente partido en tres trozos. Apenas si movió la cabeza antes de que la vida lo abandonase y quedara tendido en el suelo, tan liso como el Chacal.

—¡Rayos y truenos! ¡Truenos y rayos! —exclamó la pobre bestezuela—. ¿Es que lo que arrastra los carros cubiertos por el puente ha caído por fin al río?

—No es más que un fusil —dijo el Marabú, aunque le temblaban hasta las plumas de la cola—. Nada más que un fusil. Está bien muerto. Ahí vienen los caras blancas.

Los dos ingleses acababan de bajar corriendo del puente y cruzaron el banco de arena, donde se detuvieron contemplando admirados la longitud del Mugger. Luego un nativo llegó con un hacha y cortó la enorme cabeza y otros cuatro hombres se la llevaron a rastras por el banco de arena.

—La última vez que metí la mano en la boca de un Mugger —dijo uno de los ingleses, agachándose (se trataba del hombre que había construido el puente)—, fue cuando tendría yo unos cinco años, yendo río abajo hacia Monghyr, en un bote. Fui uno de los Bebés del Motín, como nos llama la gente. La pobre mamá iba también en el bote, y a menudo me contaba cómo había hecho fuego contra la cabeza de la bestia con la vieja pistola de papá.

—Bueno, no puede negarse que te has tomado tu venganza en el jefe de la tribu… aunque te sangre la nariz por culpa del retroceso de la culata. ¡Eh, barqueros! Arrastrad la cabeza hasta la orilla y la herviremos para sacarle el cráneo. La piel está demasiado maltrecha para conservarla. Vámonos ya a acostarnos. Ha valido la pena pasarse la noche en blanco, ¿verdad?

Resulta curioso, pero el Chacal y el Marabú hicieron exactamente el mismo comentario transcurridos apenas tres minutos después de que los hombres se hubieran marchado.

CANCIÓN DE LA ONDA

Llegó una vez una onda a tierra,
ardiendo bajo el sol de la tarde,
y tocó la mano de una doncella
que por el vado a casa regresaba.
Finos pies y dulce seno,
van a casa a descansar.
«¡Espera!», dijo la onda.
«¡Espera, pues la Muerte soy!».
A donde me llama mi amor voy,
malo sería despreciarlo.
Fue un pez lo que se movió,
nadando raudamente.
Finos pies, corazón tierno,
aguarda el transbordador.
«¡Espera!», dijo la onda.
«¡Espera, pues la Muerte soy!».
Cuando mi amor llama, me apresuro,
pues no se casó la Desdeñosa.
Y onda tras onda en la corriente
su cintura abrazó.
Corazón loco y mano fiel,
piececitos en el agua,
lejos huyó la onda, lejos,
lejos y encarnada.

EL ANKUS DEL REY

He aquí los cuatro que jamás están contentos,
que jamás han tenido la panza llena desde el primer rocío:
la boca de Jacala, el buche del Milano,
las manos del Mono y los ojos del Hombre.

Refrán de la jungla

Kaa, la gran Pitón de la Roca, habría cambiado de piel unas doscientas veces tal vez desde su nacimiento y Mowgli, que jamás olvidaba que le debía la vida a Kaa y al trabajo que esta realizara una noche en los Cubiles Fríos (como quizá recordaréis), fue a felicitarla. Los cambios de piel siempre dejan a la serpiente un tanto melancólica y deprimida hasta que la nueva piel empieza a relucir y ser bonita. Kaa ya nunca se burlaba de Mowgli, sino que lo aceptaba, del mismo modo que lo aceptaban los otros Pueblos de la Jungla, y lo consideraba el Amo de la Jungla. Siempre le trasmitía las noticias que llegaban a oídos de una gran pitón como ella. Lo que Kaa no conociera sobre la Jungla Media (así llamaban a la vida que transcurre cerca o debajo de tierra, entre los peñascos, nidos y troncos de los árboles) podrían haberlo escrito en la más diminuta de sus escamas.

Aquella tarde se encontraba Mowgli sentado en el círculo que formaban los grandes anillos de Kaa, manoseando la piel vieja y reseca que yacía retorcida entre las rocas, tal como Kaa la había dejado. Muy cortésmente, Kaa se había enroscado debajo de los amplios y desnudos hombros de Mowgli, de tal manera que el muchacho descansaba en realidad sobre un butacón viviente.

—Hasta las escamas de los ojos son perfectas —dijo Mowgli en voz baja, jugueteando con la piel vieja—. ¡Qué extraño es ver la envoltura de la cabeza a tus pies!

—¡Ay! Yo no tengo pies —dijo Kaa—, y como esta es la costumbre de todos los míos, no me parece extraña. ¿Es que a ti nunca se te seca y envejece la piel?

—Sí, pero entonces voy y me la lavo, Cabeza Plana. Pero tienes razón: a veces, cuando el calor aprieta, he deseado desprenderme de la piel sin dolor y correr por ahí despellejado.

—Yo me lavo y, además, me quito la piel. ¿Qué te parece la nueva?

—La tortuga tiene el lomo duro, pero no tan vistoso como el tuyo. Es muy bonita. Se parece a las manchitas que hay en la boca de un lirio.

—Le hace falta un poco de agua. Una piel nueva nunca adquiere todo su color antes del primer baño. Vamos a bañarnos.

—Te llevaré en brazos —dijo Mowgli.

Se agachó riendo para levantar por el medio el enorme cuerpo de Kaa, asiéndola por su parte más gruesa. Habría sido lo mismo tratar de levantar a pulso una cañería de agua de sesenta centímetros de diámetro. Kaa siguió en el suelo, resoplando quedamente de alegría. Comenzó entonces el juego de todas las tardes: el muchacho, con la cara enrojecida por el tremendo esfuerzo, y la pitón, luciendo su nueva piel, enfrentándose en un combate de lucha libre, a ver cuál de los dos tenía más fuerza y la vista más penetrante. Ni que decir tiene que Kaa habría podido aplastar a una docena de Mowglis de haber querido hacerlo, pero jugaba con mucha prudencia, sin recurrir en ningún momento a más de una décima parte de su poder. Desde que Mowgli se había hecho lo bastante fuerte para resistir algún que otro golpe, Kaa le había enseñado aquel juego, gracias al cual las extremidades del pequeño adquirían una flexibilidad que no habría podido conseguir de ninguna otra forma. A veces Mowgli se quedaba envuelto hasta el cuello en los movedizos anillos de Kaa, tratando de soltarse un brazo para agarrarla por la garganta. Entonces Kaa cedía y Mowgli, moviendo rápidamente ambos pies, trataba de sujetar con ellos la enorme cola que retrocedía palpando el suelo en busca de una roca o un tocón. Mirándose a los ojos, esperando la ocasión, rodaban por el suelo hasta que el hermoso grupo escultórico se deshacía en un torbellino de anillos negros y amarillos y brazos y piernas que forcejeaban sin cesar.

—¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora! —decía Kaa, lanzando con la cabeza unas fintas que ni las ágiles manos de Mowgli podían parar—. ¡Mira! ¡Voy a tocarte ahí, Hermanito! ¡Aquí y aquí! ¿Tienes las manos dormidas? ¡Pues ahora vuelvo a tocarte!

El juego terminaba siempre de la misma forma: con un fuerte golpe de cabeza que dejaba al chico tendido en el suelo. Mowgli jamás aprendió a resguardarse de aquella embestida veloz como un relámpago y, como decía Kaa, tampoco valía la pena que se esforzase en aprenderlo.

—¡Buena caza! —gruñó finalmente Kaa, y Mowgli, como de costumbre, salió disparado media docena de metros más allá, dando respingos y riendo.

Se levantó con los dedos llenos de hierba y siguió a Kaa hasta el lugar donde solía bañarse la sabia serpiente: un estanque profundo, negro como la pez y rodeado de rocas, al que daban interés los tocones sumergidos. El muchacho se metió en el agua sin hacer el menor ruido, como se acostumbra a hacer en la jungla, y se zambulló saliendo silenciosamente por el otro lado. Luego se tumbó de cara arriba, con los brazos detrás de la cabeza, contemplando cómo salía la luna por encima de las rocas y quebrando con los dedos de los pies su reflejo sobre el agua. La cabeza en forma de diamante de Kaa hendió las aguas como una navaja y fue a posarse en los hombros de Mowgli. Así se quedaron los dos, quietos, empapándose a placer en las frescas aguas.

—¡Qué bien se está así! —dijo por fin Mowgli con voz soñolienta—. A esta hora recuerdo que en la Manada Humana se tumbaban sobre trozos de madera dura en el interior de las trampas de barro, después de obturar meticulosamente todos los agujeros por donde podía entrar el viento limpio, se tapaban la cabezota con trapos y entonaban unas canciones feísimas por la nariz. Se está mejor en la jungla.

Una cobra se deslizó velozmente por una roca, bebió un trago y desapareció tras desearles «¡Buena caza!».

—¡Síií! —exclamó Kaa como si acabase de recordar algo de repente —. ¿Así que en la jungla encuentras todo lo que deseas, Hermanito?

—No todo —dijo Mowgli, echándose a reír—. Si así fuese, de vez en cuando podría matar a un nuevo y fuerte Shere Khan. Podría matarlo con mis propias manos, sin tener que pedir ayuda a los búfalos. También he deseado a veces que el sol brillase en medio de las lluvias y que estas cubrieran el sol en pleno verano, y nunca he ido con el estómago vacío sin desear haber matado una cabra. Y siempre que he matado una cabra, habría preferido que fuera un gamo, y un nilghai cuando lo que había matado era un gamo. Pero eso nos pasa a todos nosotros.

—¿No tienes ningún otro deseo? —preguntó la gran serpiente.

—¿Qué más puedo desear? ¡Tengo la jungla y la Amistad de la Jungla! ¿Hay algo más en alguna parte, entre el amanecer y el crepúsculo?

—Pues, la Cobra dijo… —empezó a decir Kaa.

—¿Qué cobra? La que acaba de irse no dijo nada. Iba de caza.

—Me refiero a otra.

—¿Tienes mucho trato con el Pueblo Venenoso? Yo siempre dejo que siga su camino. Llevan la muerte en los colmillos delanteros, y eso no es bueno, porque son tan pequeños. Pero ¿qué encapuchada es esa con la que dices que hablaste?

Kaa se movió en el agua como un vapor en mar de través.

—Hace unas tres o cuatro lunas —dijo—, estuve cazando en los Cubiles Fríos, lugar del que no te habrás olvidado. Y lo que andaba cazando pasó chillando junto a los depósitos y se metió en aquella casa cuya pared derribé una vez para ayudarte y luego se escondió bajo tierra.

—Pero la gente de los Cubiles Fríos no vive en madrigueras.

Mowgli sabía que Kaa se estaba refiriendo al Pueblo de los Monos.

—Lo que yo estaba cazando no vivía, sino que trataba de salvar la vida metiéndose allí —replicó Kaa con un temblor de lengua—. Se metió en una madriguera muy profunda. Fui detrás y, después de haberlo matado, me dormí. Al despertar, seguí avanzando.

—¿Bajo tierra?

—Así es, y al final me crucé con una Capucha Blanca (una cobra blanca), que me habló de cosas que no comprendí y me mostró muchas cosas que jamás había visto antes.

—¿Caza nueva? ¿Tuviste buena caza?

Mowgli se volvió rápidamente sobre un costado.

—No se trataba de caza y me habría roto todos los dientes, pero Capucha Blanca dijo que un hombre… (y hablaba como si conociese bien esa especie) que un hombre habría dado gustosamente la vida solo por ver una vez aquellas cosas.

—Iremos a verlas —dijo Mowgli—. Ahora recuerdo que una vez fui hombre.

—Despacio… despacio. Fue la prisa lo que mató a la Serpiente Amarilla que se comió al sol. Nos pusimos a hablar bajo tierra y yo le hablé de ti, diciéndole que eras un hombre. Dijo Serpiente Blanca (que es realmente tan vieja como la jungla misma): «Hace mucho tiempo que no he visto ningún hombre. Hazlo venir y verá todas estas cosas, por la más insignificante de las cuales muchos hombres morirían».

—Por fuerza hablas de caza nueva. Aunque el Pueblo Venenoso no nos avisa cuando hay caza por los alrededores. Son una gente muy poco amable.

—Te digo que no se trata de caza. Es… es… no puedo decirte qué es.

—Iremos a verlo. Nunca he visto una Capucha Blanca y, además, tengo ganas de ver las otras cosas. ¿Ella las mató?

—Ya lo estaban. Dice que es la encargada de vigilarlas.

—¡Ah! Del mismo modo que el lobo vigila la carne que ha llevado a su propio cubil. Vámonos.

Mowgli nadó hasta la orilla, se revolcó en la hierba para secarse y los dos emprendieron la marcha hacia los Cubiles Fríos, la ciudad abandonada de la que puede que hayáis oído hablar. En aquellos tiempos Mowgli ya no les tenía ni pizca de miedo a los que formaban el Pueblo de los Monos, pero ellos sentían verdadero terror de él. De todos modos, sus tribus estaban cazando en la jungla, por lo que los Cubiles Fríos se hallaban vacíos y silenciosos bajo la luz de la luna. Kaa se encaminó hacia las ruinas de la glorieta de la reina que había en la terraza, se deslizó por encima de los cascotes y bajó por la escalinata medio enterrada que partía del centro de la glorieta. Mowgli pronunció la Llamada de la Serpiente:

—Vosotras y yo somos de la misma sangre.

Y acto seguido empezó a gatear detrás de Kaa. Recorrieron un largo trecho por un pasadizo que formaba pendiente y daba varias vueltas y al final llegaron a un lugar donde las raíces de un gran árbol que crecía nueve metros por encima de sus cabezas habían arrancado una de las sólidas piedras que formaban la pared. Se colaron por el hueco y fueron a parar a una espaciosa cripta, cuyo techo en forma de cúpula también había sido perforado por las raíces de los árboles, de modo que varios rayos de luz penetraban por los agujeros y se hundían en las tinieblas del lugar.

—Buen escondite —dijo Mowgli, levantándose—, aunque está demasiado lejos para visitarlo cada día. ¿Y qué vemos ahora?

—¿Es que yo no soy nada? —dijo una voz en medio de la cripta.

Mowgli vio algo blanco que se movía hacia ellos, poco a poco, hasta que se encontró ante la mayor cobra que habían visto sus ojos: una criatura de casi dos metros y medio de longitud, descolorida por permanecer tanto tiempo en la oscuridad, hasta adquirir un color de marfil antiguo. Incluso las señales (parecidas a unas gafas) que llevaba en su capucha extendida habían perdido su color y eran ahora amarillentas. Los ojos eran rojos como rubíes y, en conjunto, era un animal verdaderamente prodigioso.

—¡Buena caza! —dijo Mowgli, que llevaba los buenos modales siempre consigo, del mismo modo que llevaba el cuchillo.

—¿Qué hay de nuevo en la ciudad? —dijo la Cobra Blanca, sin corresponder al saludo—. ¿Qué me decís de la gran ciudad amurallada, la ciudad donde viven cien elefantes, veinte mil caballos y vacas y bueyes sin cuento, la ciudad del Rey de Veinte Reyes? Me estoy volviendo sorda en este lugar y hace mucho tiempo que no oigo los gongs de guerra.

—La jungla se halla sobre nuestras cabezas —dijo Mowgli—. No conozco más elefantes que Hathi y sus hijos. Bagheera ha matado todos los caballos de un poblado y… ¿qué es un rey?

—Te lo dije —dijo Kaa a la Cobra, hablando en voz baja—. Hace cuatro lunas que te dije que tu ciudad ya no existe.

—La ciudad… la gran ciudad de la selva cuyas puertas guardan las torres del rey… jamás puede morir. La construyeron antes de que el padre de mi padre saliera del huevo y seguirá existiendo cuando los hijos de mis hijos sean tan blancos como yo. Salomdhi, hijo de Chandrabija, hijo de Viyeja, hijo de Yegasuri, la levantó en tiempos de Bappa Rawal. ¿De quién sois vosotros?

—Se me escapa el rastro —dijo Mowgli, volviéndose hacia Kaa—. No entiendo lo que dice.

—Tampoco yo. Es muy vieja. Madre de las Cobras, aquí no hay nada más que la jungla, como ha estado desde el principio.

—Entonces ¿quién es ese —dijo la Cobra Blanca— que se sienta ante mí sin miedo, que no conoce el nombre del rey, que habla nuestra lengua con sus labios de hombre? ¿Quién es ese que lleva cuchillo y tiene lengua de serpiente?

—Mowgli me llaman —fue la respuesta—. Soy de la jungla. Los lobos son mi pueblo y Kaa es mi hermana. ¿Quién eres tú, Madre de las Cobras?

—Soy la Guardiana del Tesoro del Rey. Kurrun Raja colocó la piedra que hay sobre mi cabeza, cuando mi piel era oscura, para que enseñase qué es la muerte a los que vinieran a robar. Luego bajaron el tesoro y oí el canto de los brahmines, mis amos.

—¡Hum! —exclamó Mowgli para sí—. Ya he tenido que vérmelas con un brahmín, cuando estuve con la Manada Humana, y… sé lo que sé. El mal no tardará en presentarse aquí.

—Cinco veces levantaron la piedra desde que estoy aquí, pero siempre para bajar más cosas, en lugar de sacar las que había dentro. No hay riquezas como estas: los tesoros de un centenar de reyes. Pero hace mucho, mucho tiempo desde que levantaron la piedra por última vez, y me temo que los de mi ciudad me han olvidado.

—No hay ninguna ciudad. Levanta la mirada y verás las raíces de los grandes árboles separando unas piedras de otras. Los árboles y los hombres no crecen juntos —insistió Kaa.

—Dos y tres veces han logrado los hombres llegar hasta aquí —respondió la Cobra enfurecida—. Pero no dijeron nada hasta que caí sobre ellos mientras andaban a tientas en la oscuridad, y entonces solo gritaron un poco. Pero ahora venís con mentiras los dos, hombre y serpiente, y pretendéis hacerme creer que la ciudad ya no existe y que mi misión de vigilancia toca a su fin. ¡Qué poco cambian los hombres con el paso de los años! ¡Pero yo no he cambiado nada! Hasta que levanten la piedra y bajen los brahmines cantando las canciones que yo conozco, y me den leche caliente y vuelvan a sacarme a la luz, yo… ¡yo y nadie más seré la Guardiana del Tesoro del Rey! ¿Decís que la ciudad ha muerto y las raíces de los árboles penetran aquí? Agachaos, pues, y coged lo que queráis. La tierra no esconde otro tesoro como estos. Si eres capaz de salir vivo por el mismo camino que has empleado para entrar, hombre con lengua de serpiente, ¡los reyezuelos serán tus sirvientes!

—Ya he vuelto a perder el rastro —dijo Mowgli tranquilamente—. ¿Será posible que algún chacal haya llegado hasta aquí y mordido a Capucha Blanca? No hay duda de que está loca. No veo aquí nada que pueda llevarme, Madre de las Cobras.

—¡Por los Dioses del Sol y de la Luna! ¡La locura de la muerte se ha adueñado de ese muchacho! —silbó la Cobra—. Antes de que tus ojos se cierren para siempre, te concederé un favor. ¡Mira a tu alrededor y verás lo que ningún hombre ha visto jamás!

—Mal les va, allá en la jungla, a los que hablan de hacer favores a Mowgli —dijo el chico entre dientes—. Pero ya sé que la oscuridad lo cambia todo. Miraré, si eso te hace feliz.

Forzando la vista, Mowgli recorrió la cripta con los ojos y luego recogió del suelo un puñado de cosas relucientes.

—¡Ajá! —dijo—. Esto es como aquello que emplean para jugar los de la Manada Humana, solo que esto es amarillo y lo otro es marrón.

Dejó caer al suelo las monedas de oro y dio unos pasos adelante. El suelo de la cripta se hallaba cubierto por una capa de casi metro y medio de monedas de oro y plata que habían caído allí al reventar los sacos donde estaban guardadas y, a lo largo de los muchos años transcurridos, el metal se había hecho compacto, como ocurre con la arena al retirarse la marea. Sobre y dentro de aquella masa, surgiendo de ella igual que surgen de la arena los restos de los naufragios, había castillos de elefante, hechos de plata y adornados con joyas y planchas de oro repujado, granates y turquesas. Había palanquines y literas para transportar reinas, con marcos y correas de plata y esmalte, brazos con asa de jade y anillos de ámbar en las cortinas. Había candelabros de oro de los que colgaban esmeraldas perforadas, temblando en cada uno de sus brazos; adornadas imágenes de dioses ya olvidados, de metro y medio de alto, de plata y con joyas a guisa de ojos; cotas de malla de acero con incrustaciones de oro y flecos de diminutas perlas, ennegrecidas ya por el paso del tiempo. Había también cascos con cresta de rubíes; escudos de laca, concha de tortuga o piel de rinoceronte, con franjas de oro y esmeraldas en los bordes; haces de espadas, dagas y cuchillos de monte, todo ello con empuñadura de diamantes; cuencos y cucharas de oro para los sacrificios, así como altares portátiles de una clase que jamás se ve a la luz del día; copas y brazaletes de jade; quemadores de incienso, peines y frascos para perfumes, henna y polvo para los ojos, todos ellos con incrustaciones de oro. Había anillas para la nariz y los brazos, cintas para la cabeza, anillos para los dedos y fajas sin cuento, así como cinturones muy anchos hechos con diamantes tallados y rubíes, estuches de madera con triple cierre de hierro cuya madera, al convertirse en polvo, dejaba ver montones de piedras preciosas en bruto: zafiros de diversas clases, ópalos, ojos de gato, rubíes, diamantes, esmeraldas y granates.

La Cobra Blanca tenía razón. No había suficiente dinero siquiera para empezar a pagar el valor de aquel tesoro, producto escogido de siglos y más siglos de guerras, saqueos, operaciones comerciales y tributos. Las monedas solas valían más de lo que podía calcularse, y eso dejando a un lado las piedras preciosas. Solo el peso muerto del oro y la plata debía de ser de doscientas o trescientas toneladas. Cada uno de los gobernantes que hay en la India de nuestros días, por pobre que sea, posee un tesoro escondido que constantemente va incrementando, y, aunque muy de vez en cuando puede que algún príncipe ilustrado cambie cuarenta o cincuenta carretas de plata por bonos del Gobierno, la mayoría de ellos guardan muy celosamente sus tesoros y el secreto de donde los tienen escondidos.

Pero Mowgli, naturalmente, no comprendía el significado de todas aquellas cosas. Los cuchillos despertaron un poco su interés, pero, como no estaban tan bien equilibrados como el suyo, los dejó en el suelo. Por fin encontró algo que era realmente fascinante y que estaba colocado en un castillo de elefante medio enterrado entre las monedas. Se trataba de un ankus de noventa centímetros, es decir, una aguijada de las que emplean los conductores de elefantes y que es un objeto parecido a un pequeño bichero. El extremo superior lo formaba un rubí redondo, reluciente. Había después unos veinte centímetros de turquesas incrustadas que constituían un mango muy fácil de manejar. Debajo había un círculo de jade, con adornos florales, que daban toda la vuelta, solo que las hojas eran esmeraldas y los capullos consistían en rubíes incrustados en la verde piedra. El resto del mango era de marfil puro, mientras que la punta (tanto la púa como el gancho) era de acero con incrustaciones de oro que representaban escenas de la caza de elefantes. Estas escenas interesaron a Mowgli, pues comprendió que tenían algo que ver con su amigo Hathi el Silencioso.

La Cobra Blanca lo había estado siguiendo de muy cerca.

—¿No vale la pena morir con tal de contemplar esto? —dijo—. ¿No te he hecho un gran favor?

—No lo entiendo —dijo Mowgli—. Estas cosas son duras, frías y no son buenas para comer. Pero esto… —Levantó el ankus—. Deseo llevármelo, para verlo bajo el sol. ¿Dices que todas son tuyas? Si me lo das, te traeré ranas para que te las comas.

La Cobra Blanca se estremeció de malévola alegría.

—Claro que te lo daré —dijo—. Todo lo que hay aquí te lo doy… hasta que te marches.

—Pero si me voy ahora mismo. Este lugar es oscuro y frío y quiero llevarme a la jungla esa cosa con punta de espina.

—¡Mira a tus pies! ¿Qué es eso que hay en el suelo?

Mowgli recogió una cosa blanca y lisa.

—Es el cráneo de un hombre —dijo tranquilamente—. Y aquí hay dos más.

—Vinieron para llevarse el tesoro, hace ya muchos años. Les hablé en la oscuridad y se tumbaron en el suelo, inmóviles.

—Pero ¿qué falta me hace a mí nada de eso que llamas tesoro? Si dejas que me lleve el ankus, me doy por satisfecho. Si dices que no, da igual, también me sentiré satisfecho. Yo nunca lucho con el Pueblo Venenoso. Además, me enseñaron la Palabra Maestra de tu tribu.

—Aquí no hay más que una Palabra Maestra: ¡la mía!

Kaa saltó hacia delante con los ojos llameantes.

—¿Quién me mandaría traer aquí al hombre? —silbó.

—Yo, ¿quién si no? —repuso la Cobra—. Hacía mucho tiempo que no había visto al hombre y este que ha venido contigo habla nuestra lengua.

—Pero nada se dijo de matar. ¿Cómo puedo regresar a la jungla y decir que lo he conducido a la muerte? —dijo Kaa.

—No hablo de matar hasta que llegue la hora. En cuanto a irte o no irte, ahí en la pared tienes un agujero. ¡Silencio ya, devoradora de monos! Me bastaría tocarte el cuello para que la jungla no volviera a verte. Nunca ha salido vivo de aquí un hombre. ¡Soy la Guardiana del Tesoro de la Ciudad del Rey!

—¡Pues te digo, gusano blanco de las tinieblas, que ya no hay ni rey ni ciudad! ¡Solo la jungla nos rodea! —exclamó Kaa.

—Pero aún existe el tesoro. Espera un poco, Kaa de las Rocas, y verás cómo corre el muchacho. Aquí hay mucho espacio para jugar. La vida es buena. ¡Corre un poquito por aquí, muchacho! ¡Verás qué divertido!

Sin alterarse, Mowgli apoyó la mano en la cabeza de Kaa.

—Hasta ahora esa cosa blanca solo se ha enfrentado a hombres de la Manada Humana. No sabe quién soy yo —susurró—. Ella ha pedido esta cacería; pues se la daremos.

Mowgli estaba de pie, empuñando el ankus con la punta dirigida hacia abajo. De pronto lo arrojó y fue a hundirse justo detrás de la capucha de la enorme serpiente, clavándola en el suelo. Rápida como una centella, Kaa saltó sobre el cuerpo que se retorcía en el suelo, paralizándolo de la cabeza a la cola con su enorme peso. Los ojos de la Cobra despedían llamaradas, mientras los trece centímetros de cabeza que le quedaban libres lanzaban furiosas acometidas a diestro y siniestro.

—¡Mátala! —gritó Kaa, viendo que la mano de Mowgli se acercaba al cuchillo.

—No —dijo el muchacho, desenvainando el arma—. Nunca volveré a matar a menos que sea para comer. Pero ¡mira esto, Kaa!

Cogió la serpiente por detrás de la capucha, la obligó a abrir la boca con el cuchillo y dejó al descubierto los temibles colmillos venenosos de la quijada de arriba, negros y consumidos en las encías. La Cobra Blanca había sobrevivido a su veneno, como sucede con las serpientes.

—Thuu (está seco) —dijo Mowgli.

Hizo señas a Kaa para que se apartase y recogió el ankus, dejando libre a la Cobra Blanca.

—El Tesoro del Rey necesita un nuevo guardián —dijo gravemente—. Thuu, no lo has hecho bien. ¡Corre un poquito, Thuu! ¡Verás qué divertido!

—Estoy avergonzada. ¡Mátame! —silbó la Cobra Blanca.

—Ya se ha hablado demasiado de matar. Ahora nos iremos. Me llevo esta cosa con punta de espino, Thuu, porque he luchado y te he vencido.

—Procura, entonces, que esa cosa no te mate a ti. ¡Es la Muerte! ¡Recuérdalo: es la Muerte! En ella hay lo suficiente para matar a los hombres de mi ciudad entera. No la empuñarás mucho tiempo, Hombre de la Jungla, y tampoco quien te la arrebate. ¡Por ella matarán, matarán, matarán! Mi fuerza se ha agotado, pero el ankus hará mi trabajo. ¡Es la Muerte! ¡Es la Muerte! ¡Es la Muerte!

Mowgli gateó por el agujero hasta salir de nuevo al pasadizo y lo último que vieron sus ojos fue a la Cobra Blanca que con sus colmillos inofensivos golpeaba furiosamente las impasibles caras de oro de los dioses que yacían en el suelo, al tiempo que silbaba:

—¡Es la Muerte!

Se alegraron de volver a encontrarse bajo la luz del día. Cuando llegaron a su propia jungla, Mowgli hizo que el ankus reluciera bajo la luz de la mañana. Se sentía casi tan contento como si hubiese encontrado un ramillete de flores nuevas para adornarse el pelo.

—Brilla más que los ojos de Bagheera —dijo entusiasmado, haciendo girar el rubí—. Se lo enseñaré. Pero ¿qué querría decir Thuu al hablar de muerte?

—No sabría decírtelo. Me duele hasta la cola que no le dieses a probar tu cuchillo. El mal siempre está presente en los Cubiles Fríos… ya sea bajo tierra o encima de ella. Pero ya empiezo a tener hambre. ¿Cazarás conmigo este amanecer? —dijo Kaa.

—No. Bagheera tiene que ver esta cosa. ¡Buena caza!

Mowgli se alejó bailando y blandiendo el voluminoso ankus, deteniéndose de vez en cuando para admirarlo, hasta que llegó a la parte de la jungla que más frecuentaba Bagheera, a la que encontró bebiendo después de haber dado muerte a una presa difícil. Mowgli le contó sus aventuras de cabo a rabo, y Bagheera aprovechaba las pausas para husmear el ankus. Al llegar Mowgli a las últimas palabras de la Cobra Blanca, la Pantera profirió un ronroneo de aprobación.

—Entonces ¿es que Capucha Blanca dijo la verdad? —se apresuró a preguntar Mowgli.

—Nací en las jaulas del rey en Oodeypore, y tengo para mí que algo sé sobre el hombre. Muchos, muchísimos hombres serían capaces de matar tres veces solo por apoderarse de esa enorme piedra roja.

—¡Pero si la piedra pesa mucho en la mano! Mi pequeño cuchillo es mejor y… ¡Mira! La piedra roja no es buena para comer. Entonces ¿por qué matarían a alguien?

—Vete a dormir, Mowgli. Tú que has vivido entre los hombres…

—Ya me acuerdo. Los hombres matan porque no cazan… solo para divertirse o porque no tienen nada más que hacer. Despierta, Bagheera. ¿Para qué se hizo esta cosa con punta de espino?

Bagheera abrió los ojos a medias, pues tenía mucho sueño, y apareció en ellos un brillo malicioso.

—La hicieron los hombres para clavarla en la cabeza de los hijos de Hathi, para que brotara la sangre. He visto otras parecidas en la calle de Oodeypore, delante de nuestras jaulas. Esa cosa ha probado la sangre de muchos semejantes de Hathi.

—Pero ¿por qué la clavan en la cabeza de los elefantes?

—Para enseñarles la Ley del Hombre. Como no tienen garras ni colmillos, los hombres hacen cosas como esta… y peores.

—Sangre, siempre sangre cuando me acerco a la verdad, incluso en las cosas hechas por la Manada Humana —dijo Mowgli con voz contrariada. Empezaba a cansarse del peso del ankus—. De haberlo sabido, no me la habría llevado. Primero fue la sangre de Messua en las correas, ahora es la de Hathi. No volveré a usarla. ¡Mira!

El ankus brilló al surcar el aire y fue a clavarse unos treinta metros más allá, entre los árboles.

—Así mis manos quedarán limpias de Muerte —dijo Mowgli, frotando las palmas en la tierra húmeda—. Thuu dijo que la Muerte me seguiría. Es vieja, blanca y está loca.

—Blanca o negra, muerte o vida, yo me voy a dormir, Hermanito. No puedo pasarme la noche entera cazando y aullar luego durante todo el día, como hacen algunos que yo me sé.

Bagheera se fue a dormir en una guarida que ella conocía, a unas dos millas de allí. Mowgli trepó tranquilamente a un árbol, anudó tres o cuatro lianas y en un santiamén se encontró columpiándose en una hamaca a quince metros sobre el suelo. Aunque no tenía ningún reparo especial en contra de la luz diurna, Mowgli, siguiendo la misma costumbre que sus amigos, la utilizaba tan poco como le era posible. Cuando despertó en medio de la algarabía propia de los habitantes de los árboles, anochecía de nuevo. Había estado soñando con los bellos guijarros que había tirado.

—Al menos echaré otro vistazo a esa cosa —dijo, deslizándose por una liana hasta el suelo.

Pero Bagheera se le había adelantado. Mowgli la oyó olfatear en la semipenumbra.

—¿Dónde está la cosa con punta de espino? —exclamó Mowgli.

—Un hombre se la llevó. Aquí está su rastro.

—Ahora veremos si Thuu dijo la verdad. Si la cosa puntiaguda significa la Muerte, el hombre que la ha cogido morirá. Sigámosle.

—Cacemos antes —dijo Bagheera—. La vista no está clara cuando se tiene el estómago vacío. Los hombres son muy lentos y la jungla está tan mojada que hasta el más leve rastro quedará marcado.

Mataron una pieza en cuanto encontraron una, pero transcurrieron tres horas antes de que, tras despachar la carne y beber, se pusieran de nuevo a seguir el rastro. El Pueblo de la Jungla sabe que nada hay que justifique el darse prisa en comer.

—¿Crees que la cosa puntiaguda se volverá contra el hombre y lo matará? —preguntó Mowgli—. Thuu dijo que era la Muerte.

—Ya lo veremos cuando demos con él —respondió Bagheera, trotando con la cabeza baja—. Solo hay un pie —dijo, refiriéndose a que seguían a un hombre solo— y el peso de la cosa le ha hecho hincar los talones en el suelo.

—Hai! Está tan claro como un relámpago de verano —repuso Mowgli, mientras los dos iniciaban el trote propio de los rastreadores consumados, siguiendo las pisadas de los dos pies desnudos por aquella especie de tablero de ajedrez hecho de sombras y rayos de luna.

—Ahora se ha puesto a correr —dijo Mowgli—. Los dedos de los pies están más separados. Caramba, ¿por qué se habrá desviado aquí? —agregó instantes después, cuando cruzaban una extensión de terreno húmedo.

—¡Espera! —exclamó Bagheera, al tiempo que saltaba hacia delante con soberbia agilidad.

Lo primero que hay que hacer cuando un rastro deja de explicarse por sí mismo es avanzar procurando que tus propias pisadas no se confundan con las otras. Al aterrizar, Bagheera se volvió de cara a Mowgli y dijo:

—Aquí hay otro rastro que se junta con el suyo. Es un pie más pequeño, el del segundo rastro, y los dedos están vueltos hacia dentro.

Mowgli se acercó corriendo y examinó las pisadas.

—Es pie de un cazador gond —dijo—. ¡Mira! Aquí ha arrastrado su arco por la hierba. Por esto el primer rastro se desvió tan súbitamente. Pie Grande se escondía de Pie Pequeño.

—Es cierto —dijo Bagheera—. Vamos a ver, que cada cual siga un rastro, no fuéramos a borrar las huellas de esos dos. Yo el de Pie Grande, Hermanito. Tú sigue a Pie Pequeño, el gond.

De un salto hacia atrás Bagheera regresó al primer rastro, dejando a Mowgli agachado ante el curioso y estrecho rastro dejado por el pequeño salvaje de los bosques.

—Veamos —dijo Bagheera, siguiendo paso a paso la cadena de pisadas—. Yo, Pie Grande, me desvío aquí. Ahora me escondo detrás de una roca y me quedo quieto, sin atreverme a mover los pies. Recita lo que hagas tú, Hermanito.

—Pues yo, Pie Pequeño, llego a la roca —dijo Mowgli, siguiendo su rastro—. Ahora me siento al pie de la roca, apoyándome en la mano derecha y dejando el arco sobre las puntas de los pies. Espero mucho rato, pues aquí la huella de mis pies es muy profunda.

—Yo también —dijo Bagheera, desde detrás de la roca—. Espero, con el extremo de la cosa con punta de espino apoyado en la piedra. Me resbala, pues veo un arañazo en la piedra. Sigue tú, Hermanito.

—Una, dos ramitas y una rama grande están tronchadas aquí —dijo Mowgli en voz baja—. ¿Cómo me las arreglo para recitar esta parte? ¡Ah! Ya lo entiendo: yo, Pie Pequeño, me alejo haciendo ruido para que Pie Grande me oiga.

Se apartó de la roca pasito a pasito, moviéndose entre los árboles y alzando la voz a medida que iba acercándose a una pequeña cascada.

—Me… voy… lejos… a donde… el ruido… del agua… que cae… ahoga el que… hago… yo… Y aquí… me quedo… esperando. ¡Sigue tú ahora, Pie Grande!

La Pantera llevaba un rato husmeando en todas direcciones para ver por dónde el rastro de Pie Grande se alejaba de la roca.

—Salgo de rodillas de detrás de la roca —dijo por fin—, arrastrando la cosa con punta de espino. Al no ver a nadie, echo a correr. Yo, Pie Grande, corro muy aprisa. El rastro es claro. Que cada cual siga el suyo. ¡Corro!

Bagheera echó a correr siguiendo el rastro, que era muy visible, mientras Mowgli seguía las pisadas del gond. Durante un rato el silencio reinó en la jungla.

—¿Dónde estás, Hermanito? —exclamó Bagheera.

La voz de Mowgli le contestó desde apenas cincuenta metros a la derecha.

—¡Hum! —exclamó la Pantera, tosiendo con fuerza—. Corren uno al lado del otro, ¡acercándose cada vez más!

Corrieron media milla más, manteniendo siempre la misma distancia más o menos, hasta que Mowgli, cuya cabeza no estaba tan cerca del suelo como la de Bagheera, exclamó:

—¡Se han encontrado! ¡Buena caza! ¡Mira! Aquí estuvo Pie Pequeño, con la rodilla sobre una roca… ¡Y allí está Pie Grande en persona!

Apenas a diez metros por delante de donde se encontraban, tendido sobre un montón de rocas hechas pedazos, yacía el cuerpo de un habitante de la región, con el pecho atravesado por una flecha de los gond, larga y con plumas pequeñas.

—¿Sigue pareciéndote tan vieja y loca Thuu, Hermanito? —preguntó Bagheera con acento amable—. Aquí tienes una muerte, como mínimo.

—Sigamos adelante. Pero ¿dónde está la bebedora de sangre de elefante… la espina de ojo rojo?

—La tiene Pie Pequeño… quizá. Ahora vuelve a haber un solo rastro.

El rastro único de un hombre ligero que corría velozmente y llevaba un peso sobre el hombro izquierdo daba la vuelta a una franja baja y larga de hierba seca, donde, a los ojos de los dos rastreadores, cada pisada parecía estar hecha con un hierro candente.

Ninguno de los dos dijo nada hasta que el rastro los llevó a las cenizas de una hoguera de campamento ocultas en un barranco.

—¡Otra vez! —gritó Bhageera, parándose en seco, como si se hubiese convertido en piedra.

El cuerpo de un gond de pequeña estatura y magro cuerpo yacía con los pies en las cenizas. Bagheera dirigió a Mowgli una mirada de interrogación.

—Ha sido con un bambú —dijo el muchacho, tras echar una ojeada—. Yo mismo lo usaba con los búfalos cuando estaba en la Manada Humana. La Madre de las Cobras… Lamento haberme burlado de ella. Debí darme cuenta de que sabía bien lo que decía. ¿No dije yo que los hombres matan porque sí?

—A decir verdad —contestó Bagheera—, han matado por las piedras rojas y azules. Recuerda que estuve en las jaulas del rey, en Oodeypore.

—Uno, dos, tres, cuatro rastros —dijo Mowgli, inclinándose sobre las cenizas—. Cuatro rastros de hombres con los pies descalzos. No corren tanto como los gond. ¿Qué mal les habría hecho el pequeño hombre del bosque? Mira, estuvieron hablando, los cinco, aquí, antes de que lo matasen. Regresemos, Bagheera. Siento un peso en el estómago y, pese a ello, noto que me sube y baja como el nido de un oriol en el extremo de una rama.

—No es de buen cazador dejar que la caza se escape. ¡Sigamos! —dijo la Pantera—. Estos ocho pies calzados no han ido muy lejos.

Durante una hora más no dijeron nada mientras seguían el ancho rastro de los cuatro hombres que llevaban zapatos.

Era ya de día y hacía calor.

—Huele a humo —dijo Bagheera.

—Los hombres siempre prefieren comer a correr —respondió Mowgli, entrando y saliendo al trote de entre los matorrales de la nueva jungla que estaba explorando. Bagheera, que estaba un poco a su izquierda, hizo un ruido indescifrable con la garganta.

—Uno de ellos ha terminado de comer aquí —dijo.

Debajo de un arbusto yacía un bulto vestido con ropas multicolores. A su alrededor el suelo estaba manchado de harina.

—Otra vez lo han hecho con un bambú —dijo Mowgli—. ¡Mira! Ese polvo blanco es lo que comen los hombres. Le han quitado la presa a este, que transportaba la comida, y lo han dejado como comida para Chil, el Milano.

—Es el tercero ya —dijo Bagheera.

—Cogeré ranas bien gordas y se las llevaré a la Madre de las Cobras, para que se dé un banquete —dijo Mowgli, hablando para sí—. La bebedora de sangre de elefante es la misma Muerte… ¡pero sigo sin entenderlo!

—¡Sigamos! —dijo Bagheera.

Apenas habían recorrido media milla más cuando oyeron a Ko, el Cuervo, que cantaba la Canción de la Muerte en la copa de un tamarisco, a la sombra del cual yacían tres hombres. En el centro del claro, el humo salía de una hoguera medio apagada que habían encendido debajo de una plancha de hierro. Sobre la plancha había una torta de harina sin levadura, ennegrecida y medio quemada. Cerca de la hoguera, llameando bajo la luz del sol, estaba en el suelo el ankus de rubíes y turquesas.

—Esta cosa trabaja deprisa: todo ha terminado aquí —dijo Bagheera —. ¿Cómo murieron estos, Mowgli? No veo señales en ninguno de ellos.

Gracias a la experiencia, quien vive en la jungla llega a saber más que varios doctores juntos acerca de plantas y bayas venenosas.

Mowgli olfateó el humo que salía de la hoguera, rompió un pedazo de la ennegrecida torta, lo probó e inmediatamente lo escupió.

—La Manzana de la Muerte —dijo, tosiendo—. El primero la metería en la comida para estos, quienes lo mataron, tras haber dado muerte primero al gond.

—¡Buena caza en verdad! Las piezas caen una tras otra —dijo Bagheera.

«La Manzana de la Muerte» es el nombre que en la jungla dan al fruto del espino o dhatura, el veneno más abundante que hay en la India.

—¿Ahora qué? —dijo la Pantera—. ¿Tenemos que matarnos tú y yo por ese asesino de ojo rojo que hay tirado ahí?

—¿Sabe hablar? —preguntó Mowgli en voz baja—. ¿Lo ofendí cuando lo tiré lejos de mí? A ti y a mí no nos puede causar ningún daño, pues no deseamos lo que desean los hombres. Si lo dejáramos aquí, seguiría matando hombres, uno tras otro, tan seguro como que las nueces caen de los árboles cuando sopla el viento con fuerza. No es que les tenga afecto a los hombres, pero ni siquiera yo desearía que muriesen seis de ellos en una sola noche.

—¿Qué más da? No son más que hombres. Se matan unos a otros sin pensárselo dos veces —dijo Bagheera—. El pequeño hombre del bosque ese era un buen cazador.

—Así y todo, son unos cachorros, y ya sabes que un cachorro es capaz de perecer ahogado al tratar de morder la luz de la luna reflejada en el agua. La culpa ha sido mía —dijo Mowgli, que hablaba como si poseyera una sabiduría inmensa—. Nunca más volveré a traer cosas extrañas a la jungla, aunque sean bellas como las flores. Esto… —Cogió el ankus con gesto de repugnancia—. Debe volver a la Madre de las Cobras. Pero antes tenemos que dormir y no podemos hacerlo cerca de donde ya hay unos que duermen.

Además, tenemos que enterrar esto, no fuera a escaparse y matar a otros seis. Cávame un agujero debajo de aquel árbol.

—Pero, Hermanito —dijo Bagheera, encaminándose hacia el punto señalado—, la culpa no ha sido de la bebedora de sangre. La culpa la tienen los hombres.

—Es lo mismo —repuso Mowgli—. Haz un agujero bien hondo. Cuando hayamos dormido lo sacaré de allí y lo devolveré.

Dos noches más tarde, estando la Cobra Blanca sentada en la oscuridad, lamentándose y sintiéndose avergonzada, robada y sola, el ankus de turquesas cruzó volando el agujero de la pared y fue a estrellarse contra el suelo cubierto de monedas.

—Madre de las Cobras —dijo Mowgli, que prudentemente se mantuvo al otro lado de la pared—, busca un jovencito de tu pueblo para que te ayude a guardar el Tesoro del Rey y ningún otro hombre vuelva a salir vivo de aquí.

—¡Ajá! Conque por fin has vuelto. Ya dije que esta cosa era la Muerte. ¿Cómo es que tú sigues con vida? —musitó la vieja Cobra, enroscándose amorosamente en el ankus.

—¡Por el buey con que me compraron! ¡No lo sé! Esa cosa ha matado seis veces en una noche. No dejes que vuelva a salir.

LA CANCIÓN DEL PEQUEÑO CAZADOR

Antes de que mueva las alas Mao, el Pavo Real,
antes de que grite el Pueblo de los Monos,
antes de que Chil, el Milano, vuele raudo desde el cielo,
sigilosamente cruzan la jungla una sombra y un suspiro.
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!
Cruza veloz el claro una sombra que acecha y vigila,
y el murmullo se extiende por doquier,
y el sudor cubre tu frente, pues ya pasa por tu lado.
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!
Antes de que la luna llegue a la cumbre de la montaña y
con su luz envuelva las rocas,
cuando los senderos son oscuros y húmedos,
cruza la noche tras de ti una respiración entrecortada.
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!
Hinca las rodillas, tensa el arco y dispara la flecha,
la lanza clava en la vacía espesura que de ti se ríe.
Pero tus manos están débiles, la sangre ha huido de tu cara.
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!
Cuando la nube caliente absorbe la tempestad
y los pinos caen astillados,
cuando surcan el aire nubes cargadas de lluvia cegadora,
sobre el tambor de guerra de los truenos
se oye una voz más fuerte:
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!
Ya la riada todo lo cubre, mientras brincan los peñascos,
ya los rayos iluminan los nervios de las hojitas,
pero tu garganta está cerrada y seca y el corazón golpea tu costado.
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

QUIQUERN

La Gente de los Hielos de Levante se funde como la nieve,
mendigando café y azúcar, yendo a donde van los blancos.
La Gente de los Hielos de Poniente aprende a robar y luchar:
venden sus pieles en la factoría y sus almas a los blancos.
La Gente de los Hielos del Sur trafica con los balleneros,
sus mujeres se adornan con cintas,
pero sus tiendas están rotas y son pocas.
Pero la Gente de los Hielos Antiguos,
fuera del alcance de los blancos,
hacen sus lanzas con hueso de narval
¡y son los últimos Hombres de la Tierra!

—Ha abierto los ojos. ¡Mira!

—Ponlo otra vez en la piel. Será un perro fuerte. Cuando tenga cuatro meses le pondremos nombre.

—¿El nombre de quién? —preguntó Amoraq.

Kadlu recorrió con la vista las pieles que forraban las paredes del iglú hasta detenerse en Kotuko, el chico de catorce años que se hallaba sentado en el banco que servía también para dormir y se entretenía fabricando un botón con el colmillo de una morsa.

—Ponle mi nombre —dijo Kotuko, haciendo una mueca—. Algún día lo necesitaré.

Kadlu le devolvió la mueca hasta que sus ojos quedaron casi ocultos por sus gruesas mejillas. Con un gesto de la cabeza señaló a Amoraq, mientras la furiosa madre del cachorro gruñía al ver a su bebé jugueteando fuera de su alcance, dentro de la pequeña bolsa de piel de foca, colgada al calor de la lámpara de grasa de ballena. Kotuko siguió tallando el colmillo y Kadlu arrojó unos arneses de perro al interior de una pequeña estancia cuya puerta se hallaba en una de las paredes laterales del iglú. Luego se despojó de su pesado traje de cazador, hecho con piel de ciervo, y lo colgó de unos huesos de ballena debajo de los cuales ardía otra lámpara y se dejó caer sobre el banco, empezando a cortar un trozo de carne de foca congelada hasta que Amoraq, su esposa, les sirviera la cena de costumbre: carne hervida y sopa de sangre. Había salido de madrugada hacia los agujeros donde se escondían las focas, a ocho millas de allí, regresando luego con tres focas grandes. En mitad del pasadizo largo y bajo, hecho de nieve, que partía de la puerta interior del iglú se oían los ladridos de los perros que tiraban de su trineo, que, terminada ya la jornada, se peleaban en busca de un rincón caliente.

Cuando los ladridos se hicieron demasiado fuertes, Kotuko se levantó perezosamente del banco y cogió un látigo hecho de hueso de ballena, flexible y con un mango de casi cincuenta centímetros, del que salía una recia correa de cerca de ocho metros de longitud. Agachándose, penetró en el pasadizo y a los pocos instantes se oyó tal algarabía que parecía como si los perros se lo estuvieran comiendo vivo. Pero no era más que su forma acostumbrada de dar las gracias por los alimentos que iban a recibir. Al salir gateando por el otro extremo, media docena de peludas cabezas lo siguieron con los ojos hasta una especie de cadalso, construido con quijadas de ballena, del que colgaba la carne para los perros. Cortó la carne congelada en grandes pedazos, valiéndose de una lanza de ancha punta, y luego se volvió hacia el iglú, con el látigo en una mano y la carne en la otra. Fue llamando por su nombre a los perros, uno a uno, empezando por los más débiles, y ¡pobre del que tratase de saltarse su turno!, pues el látigo cortaba el aire como un relámpago y arrancaba un buen trozo de piel y pelo. Uno tras otro los animales gruñeron mientras daban dentelladas y se atragantaban con su porción de carne, corriendo luego a cobijarse de nuevo en el pasadizo, al tiempo que el muchacho seguía de pie sobre la nieve, administrando justicia bajo la luz de la aurora boreal. El último en ser servido fue el negro perrazo que dirigía a los demás y mantenía el orden cuando se hallaban enganchados al trineo y a este Kotuko le dio doble ración de carne, así como un latigazo de más.

—¡Ah! —exclamó Kotuko, enrollando el látigo—. Ahí dentro, sobre la lámpara, tengo un pequeñín que también aullará lo suyo. Sarpok! ¡Adentro!

Volvió a meterse en el pasadizo, pasó gateando por encima de los perros que estaban acurrucados dentro, se sacudió la nieve de encima con el hueso de ballena que Amoraq guardaba al lado de la puerta, dio unos golpecitos en el techo del iglú para hacer caer los carámbanos que se hubiesen desprendido de la cúpula de nieve y se acurrucó en el banco. Los perros del pasadizo roncaban y gemían mientras dormían; dentro de la capucha forrada de Amoraq daba pataditas y balbucía el más pequeñín de sus hijos y la madre del cachorro recién bautizado se tumbó al lado de

Kotuko, con los ojos fijos en la bolsa de piel de foca, cálida y segura, que colgaba más arriba de la llama ancha y amarilla de la lámpara.

Y todo esto sucedía muy lejos, hacia el norte, más allá del Labrador, más allá del estrecho de Hudson, donde las grandes corrientes empujaban el hielo de un lado a otro, al norte de la península de Melville, incluso más al norte de los estrechos de Fury y Hecla, en la orilla norte de la Tierra de Baffin, donde la isla de Bylot se alza sobre el hielo del estrecho de Láncaster como el molde de un budín puesto al revés. Al norte del estrecho de Láncaster poco hay de lo que sepamos algo, salvo North Devon y la Tierra de Ellesmere. Pero incluso en aquellos parajes vive un puñado de gente esparcida por tan inmensas soledades, a las puertas, por así decirlo, del mismísimo Polo.

Kadlu era un inuit, un esquimal, como diríais vosotros, y su tribu (unas treinta personas en total) pertenecía a los tununirmiut, es decir, «la tierra que se extiende más allá de algo». En los mapas, aquellas desoladas costas figuran con el nombre de bahía de la Junta de la Armada, pero los inuit le dan un nombre mejor, ya que el país se extiende realmente más allá del resto del mundo. Durante nueve meses del año solo hay allí hielos y nieve, una galerna tras otra, con un frío del que nadie puede hacerse una idea a menos que haya visto el termómetro muy por debajo de cero. Durante seis de esos nueve meses reina la oscuridad, y es eso lo que los hace tan horribles. Durante los tres meses que dura el verano solo hiela de vez en cuando de día, aparte de cada noche, y luego la nieve empieza a desaparecer de la vertiente sur de las montañas, unos cuantos sauces bajos sacan sus peludos capullos y alguna que otra siempreviva hace como si fuera a florecer, mientras playas de grava fina y cantos rodados descienden hasta el mar y bruñidos peñascos y rocas veteadas asoman la cabeza por encima de la nieve granulada. Pero todo eso desaparece en unas cuantas semanas y el salvaje invierno vuelve a caer sobre aquellas tierras, mientras en el mar el hielo sube y baja, chocan y chocan sus pedazos, partiéndose y desmenuzándose, volviendo a agruparse y romperse, hasta que por fin se une formando una capa congelada de tres metros de espesor que se extiende desde la costa hasta alta mar.

En verano Kadlu solía seguir a las focas hasta el borde de la capa de hielo, para matarlas con su lanza cuando salían del agua para respirar. La foca necesita aguas despejadas para vivir y pescar y a veces, en pleno invierno, el hielo se extendía en una zona de ochenta millas mar adentro, sin ninguna grieta, sin ningún agujero. Al llegar la primavera, Kadlu y su gente se retiraban de la masa de hielo flotante y se dirigían hacia las rocas que constituían tierra firme, donde alzaban sus tiendas de pieles y tendían trampas a las aves marinas o cazaban a lanzazos las jóvenes focas que tomaban el sol en las playas. Más tarde se dirigían al sur, hacia la Tierra de Baffin, persiguiendo a los renos y en busca de su provisión anual de salmones que pescaban en los centenares de riachuelos y lagos del interior, regresando luego al norte, en septiembre u octubre, para dedicarse a cazar carneros almizcleros y focas. Este ir y venir se hacía por medio de trineos tirados por perros, a razón de veinte o treinta millas diarias, o bien seguían la costa a bordo de grandes embarcaciones hechas de piel curtida que ellos llamaban «barcas de mujeres». Los perros y los niños pequeños yacían entre los pies de los remeros y las mujeres cantaban mientras de un cabo a otro las barcas se deslizaban sobre las aguas frías y vidriosas. Todos los lujos que los tununirmiut conocían procedían del sur: madera flotante para los patines de los trineos, varillas de hierro para hacer púas de arpón, cuchillos de acero, ollas de estaño que cocían la comida mucho mejor que los viejos cacharros de esteatita, eslabones, pedernales, e incluso cerillas, además de cintas de color para el pelo de las mujeres, espejitos baratos, paño rojo para adornar las chaquetas de piel de venado. Kadlu comerciaba con los ricos cuernos de narval, retorcidos y de color cremoso, así como con los dientes del carnero almizclero (que son tan valiosos como las perlas), vendiéndolos a los inuit del sur, quienes, a su vez, los vendían o cambiaban con los balleneros y misioneros de Exeter y Cumberland, y así seguía la cadena de trueques e intercambios, hasta que la olla que el cocinero de un barco se agenciara en el bazar de Bhendy tal vez terminaba sus días colgada sobre una lámpara de grasa de ballena en algún frío paraje del Círculo Polar Ártico.

Como era buen cazador, Kadlu poseía abundancia de arpones de hierro, cuchillos para cortar la nieve, dardos para cazar pájaros y todas las demás cosas que ayudan a que la vida resulte más fácil allá arriba, en las regiones frías. Además, era el jefe de la tribu o, como decían ellos, «el hombre que por la práctica lo sabía todo». Esto no le confería ninguna autoridad, salvando el que de vez en cuando aconsejara a sus amigos que se marchasen a cazar a otra parte, pero Kotuko se aprovechaba un poco para dominar a los demás pequeños cuando de noche salían a jugar a la pelota, a la luz de la luna, o cantar la Canción de los niños para la aurora boreal.

Pero a los catorce años un inuit se considera ya todo un hombre y Kotuko estaba cansado de hacer trampas para cazar pájaros silvestres y zorrillos y, sobre todo, estaba ya harto de ayudar a las mujeres a mascar las pieles de ciervo y de foca (eso las ablanda mejor que cualquier otro procedimiento) durante todo el santo día, mientras los hombres salían a cazar. Deseaba entrar en el quaggi, la Casa del Canto, cuando los cazadores se reunían allí para celebrar sus misterios y el angekok, el hechicero, los deleitaba con sus sustos una vez apagadas las lámparas, cuando podían oírse sobre el tejado las pisadas del Espíritu de los Renos y, si se arrojaba una lanza a la noche oscura, volvía llena de sangre caliente. Anhelaba despojarse de sus pesadas botas y arrojarlas a un rincón con el aire cansado de un cabeza de familia, y jugar con los cazadores cuando alguna tarde se dejaban caer por el iglú para echar una especie de partida de ruleta casera con una olla de estaño y un clavo. Había cientos de cosas que deseaba hacer, pero los hombres mayores se reían de él y decían:

—Espera a que hayas «estado en la hebilla», Kotuko. La caza no consiste solamente en atrapar animales.

Sin embargo, ahora que su padre había dado su nombre a un perrito, las cosas brillaban de otra manera. Un inuit no desperdicia uno de sus perros entregándolo a su hijo, a menos que este sepa ya algo sobre cómo se dirigen los perros, y Kotuko estaba convencido de saberlo todo y algo más incluso.

De no haber tenido una constitución de hierro, el perrito habría muerto de tanto comer y recibir mimos. Kotuko le construyó un pequeño arnés con tirantes y lo arrastraba por todo el iglú gritando:

—Aua! Ja aua! (¡A la derecha!). Choiachoi! Ja choiachoi! (¡A la izquierda!). Ohaha! (¡Alto!).

Al perrito no le hacía ni pizca de gracia, pero verse pescado de aquel modo, como si fuera un pez, era pura delicia comparado con sentirse enganchado a un trineo por primera vez. Se sentó en la nieve y se puso a jugar con el tirante de piel de foca que iba desde su arnés hasta el pitu, la enorme correa instalada en la parte delantera del trineo. Luego los demás perros del tiro echaron a andar y el perrito se encontró con que el pesado trineo de tres metros de largo le pasaba por encima y lo arrastraba por la nieve, mientras Kotuko reía hasta saltársele las lágrimas. Luego durante días y más días sintió el látigo cruel que silbaba como el viento al azotar el hielo, y sus compañeros lo mordían porque no hacía bien su trabajo, y el arnés le irritaba la piel y ya no le permitían dormir con Kotuko, sino que tenía que acostarse en el rincón más frío del pasadizo. Fueron tiempos tristes para el cachorro.

También el muchacho aprendía tan aprisa como el perro, aunque resultaba difícil gobernar un trineo tirado por perros. Cada uno de los animales lleva un arnés (los más débiles son los que están más cerca del conductor) y lleva un tirante que pasa por la pata delantera de la izquierda y va a parar a la correa principal, a la que está unido por una especie de botón con un cordoncillo que puede soltarse mediante un simple movimiento de la muñeca, lo que permite dejar sueltos los perros uno a uno. Esto es muy necesario, ya que a los perros jóvenes a menudo se les enreda el tirante entre las patas traseras y les produce cortes muy profundos. Y, mientras corren, todos sin excepción sienten ganas de ir a visitar a sus amigos, por lo que no paran de dar saltos de un lado a otro. Luego se pelean y el resultado es un embrollo peor que el que se le arma a un pescador si deja el sedal mojado hasta la mañana siguiente de haber pescado con él. Utilizando el látigo científicamente se pueden evitar muchas complicaciones. Todo muchacho inuit se enorgullece de su maestría con el látigo largo, pero, si bien resulta fácil golpear un blanco en el suelo, no lo es tanto inclinarse hacia delante, mientras el trineo corre a toda velocidad, y golpear en el punto exacto al perro que se hace el remolón. Si por casualidad se riñe a un perro pero se golpea a otro, los dos se pelean en el acto y hacen que los demás se detengan. Asimismo, si se viaja con un acompañante y se habla con él, o si uno habla solo o canta, los perros se paran, se vuelven y escuchan lo que uno dice. Una o dos veces Kotuko se encontró abandonado, sin trineo, por haberse olvidado de frenarlo al pararlo, y estropeó muchos látigos y correas antes de que pudieran confiarle un tiro completo de ocho perros y un trineo ligero. Entonces se consideró todo un personaje, y sobre el hielo liso y oscuro, con el corazón animoso y los brazos ágiles, recorría las llanuras con la velocidad de una manada en plena caza. Recorría diez millas para llegar a las guaridas de las focas, y cuando estaba en los terrenos de caza, soltaba uno de los tirantes del pitu y dejaba en libertad al negro perrazo que mandaba a los demás y que era el animal más inteligente de todos. En cuanto el perro olfateaba uno de los agujeros que las focas empleaban para respirar, Kotuko volcaba el trineo y hundía en la nieve un par de cuernos de reno (que sobresalían del respaldo como el asa que se emplea para empujar un cochecito de niños), con lo que evitaba que los perros se le escaparan. Luego gateaba centímetro a centímetro y se quedaba acechando hasta que la foca salía a respirar. Entonces, rápidamente, le clavaba su lanza, a la que estaba atada una cuerda, y al final izaba al animal hasta el borde del hielo, mientras el perrazo negro acudía a su lado y le ayudaba a arrastrar el cadáver por la nieve hasta el trineo. Ese era el momento en que los demás perros empezaban a aullar y echar espuma por la boca a causa de la excitación, y Kotuko tenía que emplearse a fondo con el látigo, azotándolos hasta que la foca muerta quedaba rígida debido a la congelación. El regreso a casa era lo más pesado. Había que guiar con cuidado el cargado trineo a través de las irregularidades del terreno helado y los perros, por su parte, se sentaban a contemplar la foca con ojos hambrientos en vez de tirar del vehículo. Por fin daban con el sendero abierto por el paso de numerosos trineos y que llegaba hasta el poblado, y los perros rompían a trotar con la cabeza gacha y la cola alzada, mientras Kotuko entonaba la Angutivaun taina tau-na-ne taina (la Canción del cazador que regresa) y de cada casa surgían voces que lo saludaban bajo el cielo estrellado.

También Kotuko, el perro, se divirtió una vez hubo crecido. Paso a paso, pelea a pelea, fue progresando entre sus compañeros, hasta que una tarde se encaró con el jefe del tiro por una cuestión de comida (Kotuko, el muchacho, cuidó de que la pelea fuese limpia) y lo degradó a segundo perro. De esta manera se vio ascendido y se hizo cargo de la larga correa que correspondía al jefe, que corría a cosa de metro y medio por delante de todos los demás, pues era su obligación sofocar todas las peleas, ya estuvieran los perros sueltos o llevasen el arnés, y lucía un collar de alambre de cobre, muy grueso y pesado. En ocasiones especiales comía alimentos guisados en el interior del iglú, y a veces le permitían dormir en el banco con Kotuko. Era un buen perro para cazar focas y sabía tener a raya a un carnero almizclero corriendo a su alrededor y mordiéndole las patas. Incluso plantaba cara (cosa que constituye la última prueba de valor para un perro de trineo) al descarnado lobo del Ártico, al que, por regla general, temen todos los perros del norte más de lo que temen a cualquier otra cosa que camine por la nieve. Él y su amo (los demás perros no eran considerados compañeros) cazaban juntos, día tras día y noche tras noche, los dos envueltos en pieles, igual el chico como el animal amarillo y salvaje, de pelo largo, ojos pequeños y colmillos blancos. El trabajo de un inuit se reduce a procurarse alimento y pieles, para él y su familia. Las mujeres convierten las pieles en prendas de vestir y de vez en cuando ayudan a atrapar caza menor, pero el grueso de la comida (y comen a dos carrillos) deben encontrarlo los hombres. Si el aprovisionamiento les falla, no hay en aquellos parajes nadie que pueda dárselo, ya sea comprándolo, mendigándolo o tomándolo de prestado: la gente muere inevitablemente.

Un inuit no piensa en semejante eventualidad en tanto no se vea forzado a hacerlo. Kadlu, Kotuko, Amoraq y el bebé (que se pasaba el día entero en la capucha forrada de Amoraq, dando coces y masticando grasa de ballena) se sentían tan felices juntos como cualquier otra familia del mundo. Venían de una raza muy bondadosa (raras veces un inuit monta en cólera y casi nunca pega a un niño) que no sabía exactamente qué significaba mentir, y mucho menos robar. Se contentaban con sacar con sus lanzas el sustento del corazón de aquella región inhóspita y fría, sonreír untuosamente y contar historias de hadas y extraños fantasmas para pasar las veladas, así como comer hasta no poder más y cantar la inacabable letanía de las mujeres: Amna aya, aya amna, ah! ah!, durante los largos días pasados a la luz de las lámparas, remendando sus vestidos y los aparejos de caza.

Pero un terrible invierno todo los traicionó. Los tununirmiut regresaron de la pesca anual del salmón y construyeron sus iglúes con los primeros hielos del norte de la isla de Bylot, dispuestos a emprender la caza de la foca en cuanto el mar se congelase. Pero el otoño se adelantó y resultó muy duro. Durante todo septiembre se sucedieron las galernas, que rompieron el hielo liso favorito de las focas cuando solo tenía un metro o un metro y medio de espesor, empujándolo hacia el interior y levantando, a lo largo de unas veinte millas, una gran barrera de grandes y cortantes pedazos de hielo que era imposible cruzar con los trineos de perros. El borde del hielo flotante, que era donde las focas solían pescar en invierno, quedaba a unas veinte millas más allá de la barrera, en un punto que resultaba inalcanzable para los tununirmiut. Pese a todo, se las habrían arreglado para ir tirando durante el invierno gracias a la provisión de salmón y grasa de ballena que tenían almacenada, así como a lo que cazasen con las trampas, pero en diciembre uno de los cazadores encontró una tupik (tienda de pieles) en cuyo interior había tres mujeres y una muchacha medio muertas, cuyos hombres, al regresar del lejano norte, habían perecido aplastados en su botecillo de pieles mientras pescaban el narval de cuernos largos. Kadlu, naturalmente, no podían hacer otra cosa que distribuir a las mujeres entre los iglúes del campamento invernal, pues ningún inuit se atrevería a negarle un bocado a un forastero: jamás sabe cuándo puede verse él en la necesidad de mendigar la comida. Amoraq acogió a la muchacha, que tendría unos catorce años, en su propio iglú como una especie de sirvienta. A juzgar por la forma de su capucha puntiaguda y las figuras de diamante alargadas que adornaban sus polainas de piel de ciervo, supusieron que procedía de la Tierra de Ellesmere. Jamás habían visto cacharros de cocina hechos de estaño, ni trineos con patines de madera, pero Kotuko, el muchacho, y Kotuko, el perro, le tomaron afecto.

Luego todos los zorros se fueron hacia el sur y ni siquiera el glotón americano, ese ladronzuelo gruñón que vive en las nieves, se molestaba ya en seguir las trampas vacías que Kotuko iba colocando. La tribu perdió un par de sus mejores cazadores, que resultaron malheridos al luchar contra un carnero almizclero, y eso hizo que fueran menos a repartir el trabajo. Día tras día Kotuko montaba en un trineo ligero, tirado por seis o siete perros escogidos entre los más fuertes, y buscaba y rebuscaba, hasta que le dolían los ojos, algún sitio donde el hielo fuese lo bastante liso para que una foca hubiese abierto su respiradero. Kotuko, el perro, hacía largas batidas y, en medio de la quietud absoluta de los campos de hielo, Kotuko, el chico, oía sus aullidos excitados ante el agujero de una foca, a tres millas de donde se hallaba el muchacho, pese a que parecían salir de allí mismo. Cuando el perro encontraba un agujero, el muchacho se construía una pared de nieve para resguardarse un poco del gélido viento, y allí se quedaba esperando diez, doce, veinte horas, por si salía la foca, con los ojos pegados a la diminuta señal que hacía encima del agujero para hacer blanco con el arpón, los pies sobre una esterilla de piel de foca y las dos piernas atadas en el tutareang (la hebilla de que le habían hablado los cazadores viejos cuando él era aún pequeño). Esta hebilla ayuda a evitar que al cazador se le muevan las piernas mientras pasa horas y más horas esperando la salida de la foca, que tiene el oído muy agudo. Aunque no haya ninguna emoción en ello, podéis figuraros fácilmente que el más penoso de los trabajos de un inuit es el de permanecer inmóvil en el tutareang cuando el termómetro señala quizá cuarenta grados bajo cero. Cuando atrapaba una foca, Kotuko, el perro, daba un salto hacia delante, arrastrando el tirante, y ayudaba a tirar del cadáver hasta el trineo, junto al cual, resguardados apenas por los trozos de hielo, cansados y hambrientos, yacían esperando los demás perros.

Una foca no daba para mucho, ya que todas las bocas del pequeño poblado tenían derecho a ser alimentadas y ni los huesos, ni la piel, ni los tendones se desperdiciaban. La carne que antes daban a los perros iba ahora destinada a las personas, y a los animales Amoraq les daba de comer trozos de piel de la que en verano usaban para construir las tiendas y que sacaba de debajo del banco de dormir. Los perros aullaban y aullaban y de noche se despertaban para aullar de nuevo, acuciados por el hambre. Por las lámparas de esteatita que ardían en los iglúes se adivinaba que poco faltaba para que el hambre azotase el poblado. En las temporadas buenas, cuando abundaba la grasa de ballena, aquellas lámparas, que tenían forma de barca, despedían una llama de casi sesenta centímetros, una llama alegre, aceitosa, amarilla. Ahora, en cambio, apenas tendría quince centímetros de altura, pues Amoraq bajaba cuidadosamente la mecha de musgo cuando, al distraerse ella, la llamita se hacía más grande.

Los ojos de toda la familia seguían los movimientos de su mano durante la operación. El horror de perecer de hambre en medio de un frío atroz no lo inspira tanto el morir en sí como el hecho de morir en las tinieblas. Todos los inuit temen a la oscuridad que cada año, sin interrupción, los envuelve durante seis meses seguidos y cuando las lámparas de un iglú empiezan a perder luz, las mentes de las personas se ponen a temblar y a ser presas de la confusión.

Pero aún faltaba algo peor.

Los perros, acuciados por el hambre, gruñían y mordían en los pasadizos, mirando fieramente las frías estrellas, olfateando el gélido viento noche tras noche. Cuando dejaban de aullar, el silencio caía de nuevo, sólido y pesado como la nieve que el viento arroja contra una puerta, y los hombres sentían batir la sangre en los estrechos conductos de las orejas y los latidos de sus corazones, que sonaban fuertes como los tambores que los hechiceros tocan sobre la nieve. Una noche Kotuko, el perro, que mientras llevaba el arnés se había mostrado desacostumbradamente hosco, se levantó de un brinco y apretó la cabeza contra la rodilla de Kotuko. El muchacho le dio unas palmaditas cariñosas, pero el perro siguió apretando ciegamente el hocico contra su pierna, meneando la cola. Entonces Kadlu se despertó, sujetó con las dos manos la gruesa cabeza lobuna del perro y miró fijamente los ojos vidriosos del animal. El perro gemía y temblaba entre las rodillas de Kadlu. Se le erizó el pelo del cuello y empezó a gruñir como si hubiese un extraño en la puerta, luego se puso a ladrar alegremente y a revolcarse por el suelo, mordiendo como un perrito las botas de Kotuko.

—¿Qué pasa? —dijo Kotuko, que comenzaba a sentir miedo.

—El mal —respondió Kadlu—. Es el mal de los perros.

Kotuko, el perro, levantó el hocico y se puso a lanzar un aullido tras otro.

—Nunca lo había visto así —dijo Kotuko—. ¿Qué va a hacer?

Kadlu se encogió levemente de hombros y cruzó la estancia en busca de su arpón más corto. El perrazo lo miró, aulló de nuevo y se metió en el pasadizo. Los demás perros se apartaron para dejarle sitio. Al salir, ladró con furia, como si acabase de encontrar el rastro de un carnero almizclero y se perdió de vista sin dejar de ladrar y brincar. Su mal no era la hidrofobia, sino, sencillamente, la locura. El frío y el hambre, y, sobre todo, la oscuridad, le habían trastocado la cabeza, y cuando el temible mal de los perros hace presa en uno de los que forman el tiro de un trineo, se extiende como el fuego en el bosque. Al siguiente día de caza, otro perro enfermó de igual manera y Kotuko lo mató allí mismo, mientras mordía y luchaba con los tirantes y las correas. Luego el perro negro, el que antes había sido el jefe de los demás, se puso a ladrar inesperadamente ante un imaginario rastro de renos y, al soltarlo del pitu, saltó sobre un montón de hielo y huyó como antes lo hiciera su jefe, llevándose el arnés consigo. Después de eso nadie quería salir con los perros. Los necesitaban para otra cosa, y los perros lo sabían y, aunque estaban atados y les daban de comer con la mano, sus ojos reflejaban miedo y desesperación. Para empeorar las cosas, las mujeres empezaron a contar historias de fantasmas y a decir que se les habían aparecido los espíritus de los cazadores muertos o desaparecidos aquel otoño, profetizándoles toda suerte de cosas horribles.

A Kotuko le dolía más que nada la pérdida de su perro, pues, aunque un inuit come muchísimo, también sabe pasar hambre. Pero el hambre, la oscuridad, el frío y las inclemencias del tiempo dejaron sentir sus efectos en él y empezó a oír voces dentro de la cabeza, a ver gente cuando estaba solo y miraba de reojo. Una noche, tras haberse pasado diez horas acechando en vano ante el agujero de una foca, que resultó ser de los que llamaban ciegos, se soltó la hebilla y, cansado y medio desfallecido, se dirigió de regreso al poblado. Por el camino se detuvo y recostó la espalda en un peñasco que descansaba sobre un saliente de hielo. Su peso rompió el equilibrio del peñasco, que cayó rodando pesadamente y, mientras Kotuko saltaba a un lado para esquivarlo, resbaló tras de él, silbando y chirriando por la pendiente de hielo.

Eso le bastó a Kotuko. Lo habían educado en la creencia de que todas las rocas y los peñascos tenían su propietario (su inua), que por lo general era una especie de mujer con un solo ojo, llamada tornaq, y cuando una tornaq se proponía ayudar a un hombre rodaba tras él dentro de su casa de piedra, preguntándole si quería tomarla por espíritu guardián. (En verano, al producirse el deshielo, rocas y peñascos ruedan por todas partes, por lo que resulta fácil comprender de dónde había salido la idea de las piedras vivientes). Kotuko sintió que la sangre le golpeaba las sienes, como la había sentido todo el día, pero pensó que era la tornaq de la piedra que le estaba hablando. Al llegar a casa, hacía ya rato que estaba convencido de haber sostenido una larga conversación con el espíritu y, como toda su gente creía que esto era posible, nadie le contradijo.

—Me ha dicho: «Salto, salto desde mi lugar en la nieve» —dijo Kotuko, inclinándose con los ojos hundidos en la semipenumbra del iglú—. Me ha dicho: «Seré tu guía y te llevaré a donde se esconden las focas». Mañana saldré a cazar y la tornaq me guiará.

Entró entonces el angekok, el hechicero del poblado, y Kotuko repitió su historia ante él, sin olvidarse de un solo detalle.

—Sigue a los tornait (los espíritus de las piedras) y ellos nos volverán a dar de comer —dijo el angekok.

La muchacha del norte llevaba varios días acostada al lado de la lámpara, comiendo muy poco y hablando menos aún, pero, cuando al día siguiente, Amoraq y Kadlu prepararon un pequeño trineo de mano para Kotuko, cargándolo con sus perros de caza y toda la grasa de ballena y carne congelada de foca que pudieron separar para él, la muchacha cogió la cuerda que servía para tirar del trineo y se colocó al lado de Kotuko con ademán resuelto.

—Tu casa es mi casa —dijo, mientras el pequeño trineo con patines de hueso chirriaba y se tambaleaba tras ellos en medio de la temible noche ártica.

—Mi casa es tu casa —repuso Kotuko—, pero me parece que los dos iremos juntos a Sedna.

Sedna es la Señora del Bajo Mundo y los inuit creen que, al morir, todo el mundo debe pasar un año en el horrible país de Sedna antes de ir a

Quadliparmiut, el Lugar Feliz, donde nunca hiela y basta una llamada para que acudan a tu lado rollizos renos.

Por todo el poblado la gente gritaba:

—¡Los tornait han hablado a Kotuko! ¡Le enseñarán el hielo libre y nos traerá carne de foca!

Las voces no tardaron en perderse en las frías tinieblas y Kotuko y la muchacha, muy juntos el uno del otro, siguieron tirando del trineo, sorteando las irregularidades del hielo, avanzando hacia el mar Polar. Kotuko insistió en que la tornaq de la piedra le había dicho que se dirigiese hacia el norte, y hacia el norte se dirigieron bajo Tuktuqdjung el Reno, que no es otra que la constelación que nosotros llamamos la Osa Mayor.

Ningún europeo habría podido hacer cinco millas diarias sobre aquel terreno cubierto de hielo desmenuzado y afiladas aristas, pero los dos jóvenes conocían muy bien el leve movimiento de la muñeca que permite desviar el trineo para que no choque con un montículo de hielo, el tirón que lo saca de una grieta, la fuerza precisa que hay que aplicar para, con unos cuantos golpes de arpón, abrirse paso cuando todo parece perdido.

La muchacha caminaba sin decir nada, con la cabeza gacha, mientras los largos flecos de su capucha de armiño le caían sobre la cara, ancha y atezada. Sobre sus cabezas el cielo era un vasto manto de terciopelo negro, rasgado por franjas de almagre en el horizonte, donde las grandes estrellas ardían como los faroles de una calle. De vez en cuando una verdosa oleada de la aurora boreal cruzaba el inmenso vacío del firmamento, ondeando como una bandera y desapareciendo a los pocos instantes, o un meteoro cruzaba velozmente de la oscuridad a la oscuridad, dejando un rastro de chispas detrás. Entonces podían ver la superficie ondulante y surcada del hielo, adornada con trazos de extraños colores: rojo, cobrizo, azulado. Pero todo se volvía gris, helado, bajo la luz normal de las estrellas. La gran masa de hielo flotante, como recordaréis, había sido azotada y atormentada por las galernas del otoño, hasta quedar como una superficie helada después de un terremoto. Había barrancas y grietas, y agujeros como cascajales, en medio del hielo, así como trozos grandes y pequeños desparramados sobre la superficie. Aquí y allá surgían las negras manchas de hielos viejos que alguna galerna había enterrado y ahora volvían a emerger, junto con redondos peñascos de hielo, crestas como dientes de sierra labradas por la nieve a impulsos del viento y grandes hondonadas que se extendían a varios metros por debajo del nivel de la masa helada. Desde lejos habría sido fácil confundir los peñascos por focas o morsas, trineos volcados u hombres en plena cacería, o incluso con el gran Espíritu del Oso Blanco, con sus diez patas. Pero, a pesar de todas estas formas fantásticas, que parecían a punto de cobrar vida, no se oía ningún ruido, ni el menor eco de un lejano murmullo. Y a través de semejante silencio, a través de aquella desolación iluminada de vez en cuando por un fugaz destello de luz, siguió avanzando el trineo y los dos jóvenes que de él tiraban, arrastrándose cual extraños seres de pesadilla, una pesadilla del fin del mundo en el confín de la tierra.

Cuando se cansaban, Kotuko construía lo que los cazadores llamaban una media casa y que era un pequeño iglú de nieve, dentro del cual se acurrucaban los dos, tratando de descongelar la carne de foca con el calor de la lámpara de viaje. Después de dormir un poco, reanudaban la marcha: treinta millas al día para no acercarse más de diez millas al norte. La muchacha estaba siempre muy callada, pero Kotuko murmuraba palabras para sus adentros y de vez en cuando entonaba alguna de las canciones que había aprendido en la Casa del Canto: canciones que hablaban del verano, de los renos y los salmones, y que parecían horriblemente fuera de lugar en aquella estación del año. A veces decía que la tornaq le estaba hablando y subía corriendo un montículo de hielo, agitando los brazos y profiriendo gritos amenazadores. A decir verdad, Kotuko era presa de una especie de locura pasajera, pero la muchacha estaba segura de que su compañero avanzaba guiado por su espíritu guardián y que, por lo tanto, todo saldría bien. Por esto no se sorprendió cuando, al finalizar el cuarto día de marcha, Kotuko, cuyos ojos parecían arder como bolas de fuego, le dijo que su tornaq los iba siguiendo por la nieve bajo la forma de un perro de dos cabezas. La muchacha miró hacia el lugar que Kotuko le señalaba y le pareció ver algo que se escondía apresuradamente en un barranco. Ciertamente no era un ser humano, pero, como sabía todo el mundo, los tornait preferían aparecerse bajo la forma de oso, foca o algo parecido.

Quizá era el mismísimo Espíritu del Oso Blanco, con sus diez patas, aunque podía haber sido cualquier cosa, ya que Kotuko y la muchacha estaban tan desfallecidos por falta de alimento que no podían fiarse de sus ojos. No habían cazado nada desde su salida del poblado, y tampoco habían visto ningún rastro de animales. Apenas les quedaban provisiones para una semana más y se avecinaba una galerna. En el Polo las tormentas duran a veces diez días seguidos, durante los cuales permanecer a la intemperie es exponerse a una muerte segura. Kotuko construyó un iglú lo bastante grande para que en él cupiera el trineo (jamás hay que separarse de la provisión de carne) y mientras daba forma al último bloque irregular de hielo, para completar con él el tejado, vio una Cosa que lo estaba mirando desde lo alto de un montículo de hielo, a media milla de distancia. Flotaba una neblina en el aire y aquella Cosa parecía tener doce metros de largo y tres de alto, con una cola de seis metros y un perfil que se estremecía continuamente. La muchacha la vio también, pero, en vez de gritar de terror, dijo tranquilamente:

—¿Aquello es Quiquern? ¿Qué pasará?

—Que me hablará —dijo Kotuko.

Sin embargo, al decirlo le temblaba la mano que sostenía el cuchillo, ya que, aunque un hombre crea ser amigo de los espíritus extraños y feos, raras veces le gusta ver cómo se confirman sus creencias. Quiquern, además, es el fantasma de un perro gigantesco, desdentado y sin pizca de pelo, que se supone que vive en las remotas regiones del norte, por las que se lo ve vagar cuando va a suceder algo. Puede que lo que vaya a suceder sea bueno o malo, pero ni siquiera a los brujos les hace gracia hablar de Quiquern. Los perros enloquecen por su culpa. AI igual que el Espíritu del Oso, posee varios pares de patas de más, unos seis u ocho, y aquella Cosa que estaba observando a Kotuko, dando brincos en medio de la neblina, tenía más patas de las que le hacían falta a un perro de verdad. Kotuko y la muchacha se apresuraron a entrar en el iglú. Claro que, de haber querido atraparlos, Quiquern habría hecho saltar el iglú en pedazos, pero a los dos les tranquilizaba saber que entre ellos y la malvada oscuridad había una pared de hielo de treinta centímetros de espesor. Estalló la galerna con un chillido del viento que parecía el silbido de un tren y no amainó ni un instante a lo largo de tres días y tres noches, sin un minuto de respiro. Kotuko y la muchacha procuraban que no se apagase la lámpara, que sostenían entre las rodillas y mordisqueaban la tibia carne de foca, contemplando cómo el hollín negro iba acumulándose en el techo durante setenta y dos largas horas. La muchacha hizo recuento de la comida que había en el trineo: no quedaban provisiones para más de dos días, y Kotuko se puso a repasar las puntas de hierro y las ligaduras, hechas con nervios y tendones de ciervo, de su arpón, su lanza y el dardo de cazar pájaros. No podían hacer nada más.

—Pronto, muy pronto iremos a Sedna —susurró la muchacha—. Dentro de tres días nos quedaremos tendidos aquí y partiremos para Sedna.

¿Tu tornaq no va a hacer nada? Cántale una canción de angekok para que venga.

Kotuko empezó a cantar con el tono agudo y plañidero de las canciones mágicas y la galerna comenzó a aminorar poco a poco. De pronto la muchacha se sobresaltó y apoyó en el hielo del suelo del iglú primero una mano enmitonada y luego la cabeza. Kotuko siguió su ejemplo y los dos se arrodillaron, mirándose fijamente a los ojos y aguzando el oído. De una trampa para cazar pájaros que había en el trineo Kotuko arrancó una astilla de hueso de ballena y, enderezándola, la colocó verticalmente en un pequeño agujero del hielo, sosteniéndola con la mano. La astilla quedó ajustada tan delicadamente como la aguja de una brújula y los dos jóvenes, en vez de escuchar, se pusieron a contemplarla. La delgada varilla se estremeció un poco, de forma a duras penas perceptible, luego vibró claramente durante unos segundos, se paró y volvió a vibrar, esta vez señalando hacia otro punto de aquella especie de brújula.

—¡Demasiado pronto! —exclamó Kotuko—. Algún trozo grande de la masa de hielo se ha desgajado, lejos de aquí.

La muchacha señaló la varilla, al tiempo que meneaba la cabeza.

—Es la gran desgajadura —dijo—. Escucha el hielo del suelo: se oyen como unos golpes.

Volvieron a arrodillarse y esta vez oyeron unos extraños gruñidos y golpes amortiguados, que parecían proceder de debajo mismo de sus pies. A veces semejaban los chillidos de un perrito ciego que se hubiese quemado con la lámpara, luego como si alguien afilase una piedra contra el hielo y después como el redoble de un tambor enfundado, pero todos los sonidos eran alargados y lejanos, como si, tras ser emitidos por un pequeño cuerno, llegasen hasta ellos atravesando una larga distancia.

—No iremos a Sedna tendidos en el suelo —dijo Kotuko—. El hielo se está agrietando. La tornaq nos ha engañado. Moriremos.

Puede que todo esto os parezca absurdo, pero los dos se enfrentaban a un peligro muy real. La galerna de tres días había empujado las aguas profundas de la bahía de Baffin hacia el sur, acumulándolas sobre el borde de la amplia extensión de hielo que desde la isla de Bylot apunta hacia el oeste. Además, la fuerte corriente que desde el estrecho de Láncaster se dirige hacia el este arrastraba millas y millas de lo que llaman «hielo en paquetes», es decir, trozos de hielo que no se han unido para formar una extensión plana, una especie de campo helado, y este hielo estaba bombardeando la masa de hielo flotante al mismo tiempo que esta se veía atacada por debajo por el mar de fondo. Lo que acababan de oír Kotuko y la muchacha era el débil eco de la pelea que se desarrollaba a treinta o cuarenta millas de distancia y que hacía estremecerse la varilla de un modo harto significativo.

Como dicen los inuit, cuando el hielo despierta después de su largo sueño invernal, no hay forma de saber qué puede ocurrir, ya que la masa sólida de hielo flotante cambia de forma casi con la misma rapidez con que lo hacen las nubes. No había duda de que la galerna que habían sufrido era una tormenta de primavera que se había desencadenado intempestivamente, por lo que cualquier cosa era posible.

Sin embargo, los dos jóvenes se sentían más tranquilos que antes. Si el hielo flotante saltaba en pedazos, terminaría su espera y su sufrimiento. Los espíritus, los duendecillos y los demás seres de brujería andaban sueltos por el hielo y podía suceder que al penetrar en el país de Sedna lo hicieran en compañía de toda suerte de extraños seres de cara enrojecida aún por la exaltación. Cuando, al apagarse la galerna, salieron de su refugio, el ruido aumentaba en intensidad allá en el horizonte y a su alrededor el hielo compacto gemía y zumbaba sin parar.

—Sigue esperando —dijo Kotuko.

En la cima de un montículo, sentada o agazapada, se hallaba aquella Cosa de ocho patas que habían visto tres días antes… y aullaba horriblemente.

—Sigámosla —dijo la muchacha—. Puede que conozca algún camino que nos lleve a Sedna.

Pero, al tratar de tirar del trineo, se tambaleó de agotamiento. La Cosa se movió lentamente y con torpes movimientos empezó a avanzar, cruzando las barreras de hielo en dirección hacia el oeste, es decir, hacia tierra firme. Los dos siguieron sus pasos, mientras a sus espaldas iba acercándose a ellos el atronador gruñido del hielo que se agrietaba. En el borde del hielo se abrían ya grietas en todas las direcciones, en un espacio de tres o cuatro millas tierra adentro, al tiempo que trozos de tres metros de espesor, unos de escasos metros cuadrados y otros de varias hectáreas, se hundían, volvían a salir a la superficie y chocaban unos con otros, así como contra la masa de hielo que aún no se había agrietado, zarandeados por las olas que lanzaban surtidores de espuma entre ellos. Aquella especie de ariete de hielo era, por así decirlo, las tropas de choque que el mar lanzaba contra la costa helada.

El incesante estruendo que armaban estos trozos al chocar casi ahogaba el ruido de los trozos más pequeños que se veían empujados por debajo de la capa flotante, como si fueran naipes que alguien escondiera debajo de un mantel. En los sitios donde la profundidad era escasa, los trozos más pequeños se amontonaban unos sobre otros hasta que el de abajo tocaba el fango del fondo a quince metros por debajo de la superficie y entonces el mar descolorido formaba como un dique detrás de esta barrera hasta que la presión de las aguas volvía a empujarlo todo hacia delante. Además de la gran capa de hielo flotante y de los trozos más pequeños, la galerna y las corrientes hacían bajar verdaderos icebergs, montañas de hielo flotante arrancadas de las costas de Groenlandia o de la playa norte de la bahía de Melville. Llegaban flotando pesadamente, envueltos por la blanca espuma de las olas que rompían sobre ellos, avanzando hacia la gran masa de hielo igual que una flota antigua navegando con todas las velas desplegadas. A veces un iceberg que parecía capaz de llevarse el mundo entero por delante embarrancaba irremisiblemente en las aguas profundas, se tambaleaba y acababa por hundirse en medio de una montaña de espuma, barro y heladas salpicaduras, mientras que otro mucho más pequeño cortaba como un cuchillo el hielo flotante, arrojando toneladas del mismo a uno y otro lado y abriendo una grieta de más de media milla antes de quedar detenido. Algunos caían como espadas, abriendo canales de bordes irregulares y otros saltaban en pedazos y lanzaban una lluvia de bloques que pesaban toneladas cada uno que giraban vertiginosamente entre los montículos. Otros, al embarrancar, surgían completamente del agua, se contorsionaban como si sufrieran dolor y caían pesadamente de costado, mientras el mar les azotaba la espalda. Aquel espectáculo de masas de hielo que chocaban unas con otras, amontonándose, doblándose, combándose y arqueándose, adquiriendo todas las formas posibles, se estaba desarrollando a lo largo de toda la extensión que abarcaban los ojos, siguiendo el borde septentrional de la gran masa. Desde el lugar en que se encontraban Kotuko y la muchacha, toda aquella confusión no parecía ser mayor que un leve temblor allá en el horizonte, pero se acercaba a ellos por momentos, al mismo tiempo que desde el lado de tierra firme llegaba a sus oídos un lejano tronar, como el estampido de los cañones en medio de la niebla. Era el ruido que producía la gran masa flotante al chocar con los férreos acantilados de la isla de Bylot, la tierra que había hacia el sur, detrás de ellos.

—Esto no había sucedido jamás —dijo Kotuko, contemplando el espectáculo con ojos estupefactos—. No es tiempo de que suceda. ¿Cómo puede romperse el hielo ahora?

—¡Sigamos aquello! —exclamó la muchacha, señalando la Cosa, que, medio cojeando, medio corriendo, se alejaba de ellos.

La siguieron, tirando del trineo de mano, mientras el rugido del hielo se oía cada vez más cerca de ellos. Finalmente, los campos que los rodeaban crujieron y se agrietaron en todas las direcciones. Las grietas se abrían y cerraban como las fauces de los lobos. Pero allí donde estaba la Cosa (en un montículo de viejos bloques de hielo esparcidos, de unos quince metros de altura) no se advertía ningún movimiento. Kotuko avanzaba dando saltos, frenéticamente, arrastrando a la muchacha y por fin llegaron a los pies del montículo. Alrededor de ellos la voz del hielo era cada vez más atronadora, pero el montículo permanecía firme. Al mirar a Kotuko, la muchacha vio que con el codo del brazo derecho le hacía una señal, un gesto hacia arriba y hacia fuera a la vez: era la señal que emplean los inuit para indicar que han encontrado tierra firme y que esta es una isla. Y tierra firme era el lugar adonde los había conducido aquella renqueante Cosa de ocho patas: una pequeña isla de base granítica y playas arenosas, a poca distancia de la costa y envuelta de tal modo por el hielo que ningún hombre habría podido distinguirla del resto de la masa flotante. Pero debajo del hielo había tierra, ¡tierra firme! La lluvia de astillas de hielo que saltaba por los aires al entrechocar los grandes bloques marcaba los límites de la isla, mientras que un banco de arena protectora se extendía hacia el norte, desviando la furiosa acometida de los grandes bloques de hielo, del mismo modo que el arado levanta la marga y la echa a un lado. Existía el peligro, desde luego, de que la tremenda presión que sufrían los campos de hielo los echara sobre la playa y cubrieran la totalidad de la pequeña isla, pero Kotuko y la muchacha no se preocuparon y construyeron un iglú. Luego se refugiaron en él y se pusieron a comer mientras escuchaban el estruendo que les llegaba desde la playa. La Cosa había desaparecido y Kotuko hablaba excitadamente acerca de su poder sobre los espíritus. Acurrucado cerca de la lámpara, seguía dando rienda suelta a sus alocadas fantasías cuando la muchacha se echó a reír y empezó a balancear el cuerpo hacia delante y hacia atrás.

Detrás de ella, arrastrándose centímetro a centímetro hacia el interior del iglú, acababan de aparecer dos cabezas, una amarilla y la otra negra, que pertenecían a dos de los perros más compungidos y avergonzados que jamás se hayan visto. Uno de ellos era Kotuko, el perro, y el otro era el negro animal que había sido el jefe de los que tiraban del trineo. Los dos estaban gordos, tenían buen aspecto y daban la impresión de haber recobrado el juicio, pero estaban unidos de forma harto extraordinaria. Como recordaréis, al huir el perro negro se llevó consigo el arnés. Seguramente se había cruzado con Kotuko, el perro, y los dos se habrían puesto a jugar o a pelearse, ya que la correa que el primero llevaba sobre el lomo se había enganchado con el collar de Kotuko, quedando los dos tan trabados que ninguno de ellos había podido soltar a mordiscos el tirante de cuero, por lo que se habían quedado fuertemente sujetos uno al otro por el cuello. Eso, junto con la libertad para cazar por su propia cuenta, los habría ayudado a librarse de la locura, pues ambos se mostraban muy serenos.

La muchacha empujó a los dos avergonzados animales hacia Kotuko y, partiéndose de risa, exclamó:

—¡Aquí tienes a Quiquern, el que nos ha conducido a lugar seguro! ¡Mira las ocho patas y las dos cabezas!

Kotuko puso a los perros en libertad y los dos animales saltaron a sus brazos, el amarillo y el negro a la vez, tratando de explicarle de qué forma habían recobrado el juicio. Kotuko pasó una mano por los costados de los perros y notó que los tenían bien cubiertos de carne.

—Han encontrado algo que comer —dijo, sonriendo—. No creo que tengamos que ir tan pronto a Sedna. Mi tornaq nos los ha enviado. Se han librado del mal de los perros.

En cuanto hubieron saludado a Kotuko, los dos animales, que durante varias semanas se habían visto obligados a dormir, comer y cazar juntos, saltaron uno sobre el otro y entablaron una reñida batalla dentro del iglú.

—Los perros no luchan cuando tienen el estómago vacío —dijo Kotuko—. Este par han encontrado focas. Ahora durmamos y luego buscaremos comida.

Cuando despertaron las aguas del norte de la isla estaban ya libres y todo el hielo suelto había sido arrojado a tierra. El ruido de las olas al romper en la playa es uno de los más gratos al oído del inuit, pues significa que la primavera está cerca. Kotuko y la muchacha se cogieron de las manos y sonrieron, pues el sonido claro y fuerte de las olas entre el hielo les recordó que se acercaba la época del salmón y el reno y casi creyeron aspirar el aroma de los sauces al florecer. Mientras miraban, sin embargo, el mar empezó a espesarse entre los grandes trozos de hielo flotante, pues el frío era intensísimo, pero ya se veía en el horizonte un inmenso resplandor rojizo que no era otra cosa que la luz del sol que pronto se remontaría en el firmamento. Fue más como oírlo bostezar mientras dormía que verlo levantándose, y el resplandor duró solo unos minutos, pero era la señal de que se avecinaba el cambio de estación. Sabían muy bien que nada podía evitarlo.

Kotuko encontró a los dos perros peleándose por una foca que acababan de matar mientras seguía a los peces, siempre inquietos después de una galerna. Aquella foca era la primera de las veinte o treinta que llegaron a la isla durante el día. Hasta que el mar volvió a helarse, se veían cientos de cabezas negras que asomaban a la superficie y flotaban alegremente entre los témpanos de hielo.

Resultó agradable volver a comer hígado de foca, llenar de grasa las lámparas sin temor a que se agotase el combustible y ver cómo la llama se alzaba hasta casi un metro de altura. Pero tan pronto la superficie del mar estuvo lo bastante endurecida, Kotuko y la muchacha cargaron el trineo e hicieron que los dos perros tirasen de él como jamás habían tirado en la vida. Temían que alguna terrible desgracia hubiese caído sobre el poblado.

El tiempo se mostraba tan cruel como siempre, pero resultaba más fácil arrastrar un trineo cargado de comida que cazar con el estómago vacío. Dejaron veinticinco focas muertas enterradas en el hielo de la playa por si las necesitaban más adelante y partieron rápidamente a reunirse con su gente. Los perros les mostraron el camino cuando Kotuko los puso al corriente de lo que esperaba de ellos y, aunque no se veía ninguna señal que les indicase la ruta que debían seguir, en dos días llegaron ante el iglú de Kadlu. Solamente tres perros contestaron a su llamada: a los demás se los habían comido. La oscuridad reinaba en el poblado. Pero cuando Kotuko gritó: «Ojo!» (carne hervida), unas voces débiles le contestaron desde el interior de los iglúes y luego, al pasar lista a los habitantes del poblado, comprobó que no faltaba nadie.

Una hora después brillaban las lámparas en el iglú de Kadlu, el agua de nieve se estaba calentando, las ollas empezaban a hervir y del techo caían gotas de nieve fundida, mientras Amoraq preparaba comida para todo el poblado y el bebé que llevaba en la capucha masticaba una tira de rica grasa de foca y los cazadores, lenta pero metódicamente, se atiborraban de carne de foca. Kotuko y la muchacha contaron sus aventuras. Los dos perros se sentaron en medio de los jóvenes y cuando oían pronunciar sus nombres alzaban una oreja y parecían avergonzarse de sí mismos. El perro que, tras haber enloquecido, recobra el juicio queda inmunizado para siempre, según dicen los inuit.

—Así que la tornaq no se olvidó de nosotros —dijo Kotuko—. Sopló la tempestad, el hielo se partió y la foca vino nadando tras los peces asustados por el temporal. Las nuevas guaridas de las focas están a menos de dos días de aquí. Los cazadores pueden salir mañana en busca de las que he matado con mi lanza. He dejado veinticinco enterradas en el hielo. Cuando nos las hayamos comido, seguiremos a las otras por el hielo.

—¿Qué haréis vosotros? —dijo el hechicero con el mismo tono de voz que empleaba para dirigirse a Kadlu, que era el más rico de los tununirmiut.

Kotuko miró a la muchacha del norte y dijo tranquilamente:

—Nosotros vamos a construir un iglú.

Con una mano señaló el lado noroeste del iglú de Kadlu, pues ese es el lado donde erige siempre su vivienda el hijo o hija que se casa.

La muchacha volvió la palma de las manos hacia arriba e hizo un leve gesto de desánimo con la cabeza. Era una extranjera a la que habían recogido medio muerta de hambre y no podía aportar ninguna dote al casarse.

Amortaq se levantó de un salto del banco en que estaba sentada y se puso a llenar de cosas el regazo de la muchacha: lámparas de esteatita, raspadores de hierro, ollas de estaño, pieles de ciervo adornadas con dientes de carnero almizclero y verdaderas agujas de las que usan los marineros para remendar velas, la mejor dote, en suma, que jamás se haya dado en los confines del Círculo Polar Ártico y que la muchacha del norte recibió inclinándose hasta rozar el suelo con la cabeza.

—¡Y estos también! —dijo Kotuko, riendo y señalando los perros, que frotaron sus fríos hocicos en el rostro de la muchacha.

—¡Ah! —carraspeó el angekok para darse importancia, como si hubiese estado reflexionando sobre todo ello—. En cuanto Kotuko se marchó del poblado, fui a la Casa del Canto y entoné los cantos mágicos. Estuve cantando todas las noches, invocando al Espíritu del Reno. Mis cánticos hicieron que se desencadenase la tormenta que rompió el hielo y empujó a los dos perros hacia donde estaba Kotuko, a punto de perecer aplastado por el hielo. Mis cánticos llevaron la foca hacia la playa. Mi cuerpo se hallaba inmóvil en el quaggi, pero mi espíritu corría por el hielo, guiando a Kotuko y a los perros en todo cuanto hacían. Todo ha sido obra mía.

Todos estaban repletos de comida y amodorrados, por lo que nadie le llevó la contraria y el angekok, en virtud de su cargo, se sirvió otro pedazo de carne hervida y luego se tumbó como los demás para dormir arropado por el calor y la luz que había dentro de la estancia perfumada por el aceite.

Kotuko, que dibujaba muy bien al estilo de los inuit, labró escenas de sus aventuras en un trozo de marfil largo y liso, en un extremo del cual había un agujero. Cuando él y la muchacha se fueron al norte, a la Tierra de Ellesmere, aquel año que llamaron del Invierno Maravilloso, dejó a Kadlu la historia en imágenes. Pero Kadlu la perdió entre los guijarros cuando un verano se le estropeó el trineo en la orilla del lago Netilling, en Nikosiring, y allí lo encontró un inuit de la región la siguiente primavera y la vendió a un hombre de Imigen que hacía de intérprete en una ballenera del estrecho de Cumberland, que luego se la vendió a Hans Olsen, que más adelante embarcaría como contramaestre en un gran vapor que llevaba turistas al cabo Norte, en Noruega. Al terminar la temporada turística, el vapor hacía la ruta de Londres a Australia, con escala en Ceilán, donde Olsen vendió el marfil a un joyero cingalés a cambio de dos zafiros de imitación. Yo lo encontré entre unos trastos viejos en una casa de Colombo y lo he traducido de cabo a rabo.

ANGUTIVAUN TAINA

(He aquí una traducción muy libre de la «Canción del cazador que regresa», tal como la cantaban los hombres después de cazar focas con sus lanzas. Los inuit siempre repiten las cosas una y otra vez.)

Nuestros guantes están rígidos,
pues la sangre ya se ha helado,
la nieve cubre nuestras pieles,
mientras volvemos con las focas… ¡las focas!
tras cazar entre los hielos.
Au jana! Aua! Oha! Haq!
Corren y ladran los perros,
restallan los largos látigos y los hombres vuelven,
vuelven de los hielos.
Seguimos el rastro hasta el escondite
oímos a la foca escarbar el hielo,
y nos quedamos acechando, acechando,
tumbados en el hielo.
Alzamos la lanza cuando salió a respirar,
descargamos luego el golpe… ¡así!
así con ella jugamos y luego la matamos,
allá entre los hielos.
La sangre congelada endurece nuestros guantes,
la nieve ciega nuestros ojos,
pero regresamos a nuestras esposas,
regresamos de entre los hielos.
Au jana! Aua! Oha! Haq!
Raudos avanzan los cargados trineos,
y las mujeres oyen cómo sus hombres regresan,
regresan de entre los hielos.

LOS PERROS JAROS

Por nuestras noches luminosas y excelentes,
por las noches de veloz correr,
siguiendo el rastro, observando, cazando con astucia.
Por el aroma del alba pura, antes de que se esfume el rocío.
Por el correr entre la niebla tras la presa enloquecida.
Por el grito de nuestros compañeros
cuando el sambhur les planta cara,
por el riesgo y la lucha en plena noche,
por el dormir de día ante la guarida,
por todo ello vamos a la lucha.
¡Ladrad! ¡Ladrad!

Fue después de la invasión de la jungla cuando comenzó la parte más agradable de la vida de Mowgli. Tenía la conciencia tranquila propia de cuando se han pagado las deudas y toda la jungla era su amiga, y, además, le tenía un poquito de miedo. Con las cosas que hacía, veía y oía en sus vagabundeos por la jungla, visitando a unos y a otros, habría tema para muchas, muchísimas historias, cada una de ellas tan larga como esta. Así, pues, nunca se os contará cómo conoció al Elefante Loco de Mandla, el que mató a veintidós bueyes que tiraban de once carros cargados de plata acuñada con destino a la Tesorería del Gobierno, esparciendo luego por el suelo las brillantes rupias; ni cómo luchó con Jacala, el Cocodrilo, durante toda una noche, en los Pantanos del Norte, rompiendo su cuchillo de despellejar sobre las escamas que cubrían el lomo de la bestia. Tampoco se os contará cómo encontró un cuchillo nuevo, y más largo, que colgaba del cuello de un hombre al que había matado un jabalí, ni cómo siguió el rastro del animal y lo mató en pago del cuchillo; ni cómo una vez, durante la gran plaga de hambre, estuvo a punto de morir aplastado bajo las patas de los rebaños de ciervos que buscaban comida; ni cómo salvó a Hathi, el Silencioso, que estaba a punto de caer otra vez en una trampa en cuyo fondo había una afilada estaca, para, al día siguiente, ser él mismo el que cayó en una astuta trampa para cazar leopardos, de la que Hathi lo libró haciendo saltar en pedazos los barrotes de madera; ni cómo ordeñó a los búfalos salvajes del pantano, y cómo…

Pero no os lo puedo contar todo a la vez: hay que hacerlo cosa por cosa. Murieron Padre Lobo y Madre Loba, y Mowgli, tras tapar la entrada de la cueva con un gran peñasco, lloró y entonó la Canción Fúnebre por ellos. Baloo se hizo muy viejo y cada vez le resultaba más difícil moverse, y hasta Bagheera, que tenía nervios de acero y músculos de hierro, se volvió algo más lenta de lo que era cuando iba a cazar. A Akela el pelo, de puro viejo, se le transformó de gris en blanco como la leche, las costillas se le marcaban en los costados, caminaba como si estuviera hecho de madera y Mowgli tenía que cazar para él. Pero los lobos jóvenes, los hijos de la dispersada Manada de Seeonee, crecieron y se hicieron fuertes y cuando sumaban ya cuarenta ejemplares de cinco años, sin amo, de recia voz y ágiles patas, Akela les dijo que debían agruparse y seguir la ley, y estar bajo la dirección de un jefe, como correspondía al Pueblo Libre.

No era esa cuestión en la que Mowgli quisiera entrometerse, ya que, según él mismo dijo, había comido frutas verdes y sabía de qué árbol colgaban. Pero cuando Phao, hijo de Phaona (su padre fue el Rastreador Gris en los días en que Akela era el jefe), luchó hasta conquistar el liderazgo de la Manada, como establecía la Ley de la Jungla, y de nuevo empezaron a sonar las viejas llamadas y canciones, Mowgli acudió a la Roca del Consejo, aunque solo fuese para recordar viejos tiempos. Al tomar él la palabra, la Manada le escuchó en silencio hasta que terminó y, además, se sentó al lado de Akela en la roca, más arriba de donde estaba Phao. Corrían buenos tiempos, la caza abundaba y se dormía bien. A ningún extraño se le ocurría meterse en las junglas que pertenecían al Pueblo de Mowgli, pues así llamaban por entonces a la Manada, de manera que los lobos pequeños engordaron sin ningún contratiempo y cada vez eran más los cachorros que había que llevar a la Roca del Consejo para que la Manada los inspeccionase. Mowgli asistía siempre a estas ceremonias de inspección, pues recordaba aquella noche en que una pantera negra había comprado para la Manada un cachorro moreno y desnudo, y la vieja llamada de «¡Fijaos, fijaos bien, oh lobos!» le estremecía el corazón. De no ser por eso, se habría quedado en la jungla con sus cuatro hermanos, probando, tocando y viendo cosas nuevas.

Un atardecer, cuando trotaba tranquilamente por los bosques para llevar a Akela la mitad de un gamo que había matado, seguido por los Cuatro, que retozaban y daban volteretas detrás de él, de pura alegría por estar vivos, oyó un grito que jamás había vuelto a oírse desde los infaustos tiempos en que Shere Khan aún vivía. Era lo que en la jungla llamaban el pheeal: un desagradable aullido que el chacal lanza cuando va de caza detrás del tigre o cuando va detrás de caza mayor. Si sois capaces de imaginaros una mezcla de odio, triunfo, temor y desespero, aderezado todo ello por una especie de tono malévolo, tendréis una idea de cómo era aquel pheeal que se alzaba y volvía a bajar, vibrando y temblando al otro lado del Waingunga, lejos de donde Mowgli se encontraba. Los Cuatro se detuvieron en el acto, con el pelo erizado y gruñendo. La mano de Mowgli se acercó al cuchillo y se detuvo, con el rostro enrojecido y el ceño fruncido.

—No hay ningún Rayado que se atreva a matar por aquí —dijo.

—Ese no es el grito del Heraldo —repuso Hermano Gris—. Es una gran cacería. ¡Escuchad!

De nuevo se oyó el grito, mitad sollozo y mitad risita burlona, como si el chacal tuviera labios suaves como los seres humanos. Mowgli aspiró una larga bocanada de aire y echó a correr hacia la Roca del Consejo, adelantándose a otros lobos de la Manada que se dirigían apresuradamente al mismo sitio. Phao y Akela ya se encontraban juntos en la roca y a sus pies, con los nervios de punta, se hallaban sentados los demás. Las madres y los cachorros regresaban rápidamente a las guaridas, pues cuando se oye el pheeal no conviene que los débiles anden por ahí, fuera de casa.

No se oía nada más que el Waingunga corriendo y murmurando en la oscuridad, así como las suaves brisas del atardecer acariciando la copa de los árboles, pero de pronto, desde el otro lado del río, les llegó la llamada de un lobo. No era uno de los de la Manada, pues estos estaban reunidos en la roca sin que faltase uno solo. La llamada se prolongó hasta convertirse en un largo ladrido de desesperación:

—Dhole! Dhole! Dhole! Dhole!

Se oyeron unas pisadas cansinas sobre las rocas y apareció un lobo descarnado, con rayas rojas en los flancos, maltrecha una de sus patas delanteras, las fauces llenas de blanca espuma, que entró en el círculo y se tendió jadeando a los pies de Mowgli.

—¡Buena caza! ¿Quién es tu jefe? —dijo Phao con voz grave.

—¡Buena caza! Soy Won-tolla —contestó el recién llegado.

Quería decir que era un lobo solitario, que cuidaba de sí mismo, así como de su pareja y sus cachorros, y que vivía en alguna guarida apartada, como suelen hacer muchos lobos del sur. Won-tolla significa «el que vive fuera de cualquier manada». Después de hablar, el lobo redobló sus jadeos y observaron cómo todo él se estremecía con los latidos de su corazón.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó Phao, pues eso es lo que quiere saber toda la jungla después de oírse el pheeal.

—Los dholes, los dholes de Dekkan… ¡Perro Rojo, el Asesino! Han venido al norte desde el sur diciendo que el Dekkan estaba vacío y matando por el camino. Cuando esta luna era nueva los míos eran cuatro: mi pareja y tres cachorros. Ella les enseñaba a matar en las llanuras cubiertas de hierba, escondiéndose al ahuyentar a los gamos, como hacemos los que no vivimos en la selva. A medianoche los oí gritar a todos siguiendo el rastro. Al amanecer encontré sus cuerpos rígidos sobre la hierba… los cuatro, todos del Pueblo Libre, los cuatro eran míos cuando esta luna era nueva. Entonces me valí de mi Derecho de Sangre y busqué a los dholes.

—¿Cuántos eran? —se apresuró a preguntar Mowgli, mientras la Manada empezaba a gruñir.

—No lo sé. Tres de ellos no volverán a matar, pero al final me persiguieron como a un ciervo y tuve que correr cuanto pude con mis tres patas. ¡Mirad, Pueblo Libre!

Les mostró su maltrecha pata delantera, oscura a causa de la sangre seca. También los costados y la garganta los tenía llenos de crueles mordiscos.

—Come —dijo Akela, apartándose de la carne que Mowgli le había traído.

El forastero se arrojó vorazmente sobre ella.

—Eso no se habrá perdido —dijo humildemente en cuanto hubo aplacado un poco las acometidas del hambre—. Dejad que me reponga un poco, Pueblo Libre, y también yo mataré. Mi guarida estaba llena, pero ahora está vacía y aún no me he cobrado la Deuda de Sangre.

Phao oyó los dientes del forastero cerrándose con fuerza sobre un hueso y gruñó en señal de aprobación.

—Nos harán falta esas fauces —dijo—. ¿Había cachorros entre los dholes?

—No, no. Todos eran Cazadores Rojos, perros ya mayores, fuertes y gruesos a pesar de que en el Dekkan se alimentan de lagartos.

Lo que Won-tolla había dicho significaba que el dhole, el perro rojo y cazador del Dekkan, rondaba con ganas de matar, y la Manada sabía muy bien que hasta el tigre cedía una presa recién muerta cuando de los dholes se trataba, pues recorren la jungla en línea recta, derribando y despedazando cuanto encuentran a su paso. Aunque no son tan grandes como los lobos, ni la mitad de astutos que estos, son muy fuertes y numerosos. Los dholes, por ejemplo, no se consideran manada si su número es inferior a cien, mientras que bastan cuarenta lobos para formar una manada en toda la regla. En el transcurso de sus viajes, Mowgli había llegado hasta los límites de las llanuras cubiertas de hierba alta que hay en el Dekkan, y había visto a los atrevidos dholes durmiendo, jugando y rascándose en las pequeñas hondonadas y macizos de hierba espesa que utilizan a guisa de guarida. Los despreciaba y odiaba, ya que su olor no se parecía al del Pueblo Libre debido a que no vivían en cuevas y, sobre todo, debido a que el vello les crecía entre los dedos de las patas, mientras que no era así en el caso de Mowgli y sus amigos. Pero sabía, puesto que Hathi se lo había contado, lo terribles que eran los dholes cuando iban de caza. Incluso Hathi se echa a un lado para que pase la interminable hilera que no se detiene hasta que los maten o la caza empiece a escasear.

También Akela sabía algo acerca de los dholes, pues le dijo a Mowgli en voz baja:

—Es mejor morir con toda la Manada que solo y sin jefe. Esta va a ser una buena cacería…, la última para mí. Pero sabiendo lo que viven los hombres, a ti te quedan aún por ver muchos días y muchas noches, Hermanito. Vete al norte y descansa. Si queda alguien vivo cuando hayan pasado los dholes, te llevará noticias de la lucha.

—Ah —repuso Mowgli con la cara muy seria—. ¿Debo irme a los pantanos, a pescar pececillos y dormir en los árboles, o a cascar nueces con los Bandar-log, mientras la Manada lucha aquí abajo?

—La lucha será a muerte —dijo Akela—. Nunca te has enfrentado con los dholes… el Asesino Rojo. Ni siquiera el Rayado…

—Aowa! Aowa! —dijo Mowgli ásperamente—. Yo he matado un mono rayado y estoy seguro de que Shere Khan habría abandonado a su pareja para que se la comieran los dholes, de haber olfateado la presencia de una manada por los alrededores. Ahora escuchadme: había un lobo que era mi padre y una loba que era mi madre y otro lobo viejo y gris (que no era muy sabio y ahora se ha vuelto blanco) que era mi padre y mi madre. Por lo tanto, os digo… —alzó la voz— que cuando vengan los dholes, si vienen, Mowgli luchará al lado del Pueblo Libre, pues es uno de ellos y os digo, ¡por el buey con que me compraron! ¡Por el buey que Bagheera pagó por mí en aquellos viejos tiempos de los que la Manada ya no se acuerda!, os digo, y que los árboles y el río me lo echen en cara si lo olvido, que mi cuchillo será un colmillo más de la Manada… y me parece que más afilado todavía. Esta es mi palabra.

—No conoces a los dholes, hombre con lengua de lobo —dijo Won-tolla—. Yo solo aspiro a cobrarme la Deuda de Sangre antes de que me despedacen. Viajan despacio, matando sobre la marcha, pero en un par de días recobraré un poco mis fuerzas y volveré a cobrarme la Deuda de Sangre. Pero en lo que respecta a vosotros, Pueblo Libre, mi consejo es que os marchéis al norte y comáis poco hasta que los dholes se hayan ido. No va a haber carne en esta cacería.

—¡Oíd al forastero! —exclamó Mowgli, soltando una carcajada—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer, Pueblo Libre: ir al norte y cazar lagartos y ratas en la orilla del río, no fuera el caso que os encontraseis con los dholes. Hay que dejarles que cacen a sus anchas en nuestro territorio mientras nosotros nos escondemos hasta que les plazca devolvernos lo que es nuestro. No son más que perros, cachorros de perros, rojos, con el vientre amarillo, sin guarida y con pelo entre los dedos de las patas. Cada vez que crían tienen seis u ocho cachorros, igual que Chikai, la ratita saltarina. Está bien claro que debemos huir corriendo, Pueblo Libre, y suplicar a los pueblos del norte que nos dejen comer los restos de las reses que maten ellos. Ya conocéis el refrán: «En el norte están las sabandijas y en el sur los piojos». ¡Nosotros somos la jungla! ¡Escoged, pues, escoged! ¡Será una buena cacería! Por la Manada… por toda la Manada. Por las guaridas y las crías. Por lo que se mata dentro y lo que se mata fuera. Por la compañera que persigue al ciervo y cuida del cachorro en la guarida. ¡Jurad que lucharéis! ¡Juradlo! ¡Juradlo!

La Manada contestó con un ladrido profundo y atronador que se oyó en la noche como el ruido de un corpulento árbol al venirse abajo.

—¡Lo juramos!

—Quedaos con estos —dijo Mowgli a los Cuatro—. Nos harán falta todos los colmillos. Phao y Akela deben aprestarse para la batalla. Yo voy a contar cuántos perros son.

—¡Eso es la muerte! —exclamó Won-tolla, incorporándose a medias —. ¿Qué puede hacer un sin pelo como tú contra los perros rojos? Recuerda que hasta el Rayado…

—¡En verdad que eres un forastero! —le respondió Mowgli—. Pero ya hablaremos cuando los dholes hayan muerto. ¡Buena caza a todos!

Se adentró rápidamente en la oscuridad, presa de la excitación, sin apenas fijarse dónde ponía los pies y, como era de esperar, cayó cuan largo era sobre los anillos de Kaa, que estaba acechando un sendero por el que los ciervos bajaban a beber en el río.

—Kssha! —exclamó Kaa, enojada—. ¿Es esta forma de andar por la jungla, corriendo y haciendo tanto ruido que la caza se asusta?

—Ha sido culpa mía —dijo Mowgli, levantándose—. La verdad es que te andaba buscando, Cabeza Plana. Pero cada vez que te encuentro has crecido tanto como largo es mi brazo. No hay nadie como tú en la jungla, sabia, vieja, fuerte y bellísima Kaa.

—¿Adónde irá a parar este rastro? —dijo Kaa con voz más amable—. Aún no hace una luna desde el día en que un hombrecillo armado con un cuchillo me tiró piedras a la cabeza y me insultó porque me encontraba durmiendo al aire libre.

—Sí, y asustabas todos los ciervos a los cuatro vientos, y Mowgli estaba cazando y esta misma Cabeza Plana era demasiado sorda para oír sus silbidos y dejar libre el paso para los ciervos —repuso Mowgli sosegadamente, sentándose entre los pintados anillos de Kaa.

—Y ahora el mismo hombrecillo se presenta con palabras suaves y zalameras a la misma Cabeza Plana y le dice que es sabia, fuerte y bella, y esa misma Cabeza Plana se lo cree y le hace sitio al mismo hombrecillo que le tiraba piedras y… ¿Estás cómodo? ¿Acaso Bagheera podría proporcionarte tan buen lugar para reposar?

Kaa, como de costumbre, había hecho de su cuerpo una especie de hamaca para que en ella se tumbase Mowgli. El muchacho tanteó la oscuridad y buscó acomodo en el flexible cuello de Kaa, cuya cabeza se apoyó en su hombro, y entonces le contó a la serpiente todo cuanto había sucedido aquella noche en la jungla.

—Sabia puede que lo sea —dijo Kaa al terminar la narración—, pero de que soy sorda estoy segura. De lo contrario habría oído el pheeal. No es raro que los Comedores de Hierba anden inquietos. ¿Cuántos son los dholes?

—Aún no los he visto. Vine corriendo a buscarte. Tú eres más vieja que Hathi, pero, oh Kaa… —Al llegar aquí Mowgli se puso a temblar de puro gozo—. Será una buena cacería. Pocos seremos los que vuelvan a ver la luna.

—¿Tú también te has metido en esto? Recuerda que eres un hombre y que la Manada te expulsó de su seno. Deja que los lobos se las entiendan con los perros. Tú eres un hombre.

—Las nueces del año pasado son la tierra negra de este año —dijo Mowgli—. Cierto es que soy un hombre, pero el estómago me dice esta noche que soy un lobo. Lo dije ante los árboles y el río, para que me lo echasen en cara si lo olvidaba. Seré del Pueblo Libre, Kaa, hasta que los dholes se hayan ido.

—¡El Pueblo Libre! —gruñó Kaa—. ¡Los ladrones libres! ¿Y te has atado a ellos con el nudo de la muerte en recuerdo de los lobos que murieron? Esto no es cazar bien.

—He dado mi palabra. Los árboles lo saben, y el río también. Hasta que los dholes se hayan marchado no se me devolverá mi palabra.

—Ngssa! Esto lo cambia todo. Pensaba llevarte conmigo a los Pantanos del Norte, pero la palabra, incluso la palabra de un hombrecillo desnudo y sin pelo, es la palabra. Pues ahora, yo Kaa, te digo…

—Piénsalo bien, Cabeza Plana, o tú misma te atarás con el nudo de la muerte. No necesito tu palabra, pues sé muy bien…

—Así sea, pues —dijo Kaa—. No daré mi palabra, pero ¿qué piensas hacer cuando vengan los dholes?

—Tienen que cruzar el Waingunga a nado. Pensaba aguardarlos en los bajíos, con el cuchillo y la Manada a mis espaldas, y desviarlos río abajo a cuchilladas y mordiscos, o refrescarles la garganta.

—Los dholes no se desvían jamás y siempre tienen la garganta caliente —dijo Kaa—. Cuando termine esa cacería no quedará vivo ningún hombrecillo ni ningún cachorro de lobo: solo habrá un montón de huesos pelados.

—Alala! Si hay que morir, moriremos. Será una cacería muy buena. Pero soy joven y no he visto muchas lluvias. No soy sabio ni fuerte. ¿Tienes tú un plan mejor, Kaa?

—He visto cientos y cientos de lluvias. Antes de que a Hathi se le cayeran los colmillos de leche yo ya dejaba un ancho rastro tras de mí. ¡Por el Primer Huevo! Soy más vieja que muchos árboles y he visto todo lo que ha hecho la jungla.

—Pero esta cacería es nueva —dijo Mowgli—. Los dholes nunca se habían cruzado en nuestro camino.

—Lo que es ya ha sido antes. Lo que será no es más que un año ya olvidado que ahora vuelve. No te muevas mientras cuento mis años.

Durante una hora larga Mowgli permaneció tendido entre los anillos mientras Kaa, con la cabeza inmóvil, apoyada en el suelo, repasaba todo lo que había visto y conocido desde el día en que saliera del huevo. La luz pareció esfumarse de sus ojos y dejarlos como ópalos gastados. De vez en cuando movía la cabeza ligeramente, a uno y otro lado, como si cazase en sueños. Mowgli aprovechó para descabezar un sueñecito, pues sabía que no hay nada como dormir un poco antes de cazar y le habían enseñado a aprovechar cualquier momento del día o de la noche para dormir un poco.

Luego sintió que el lomo de Kaa se ensanchaba debajo de él, mientras la enorme pitón resoplaba y silbaba con un ruido que recordaba el de una espada al salir de una vaina de acero.

—He visto todas las estaciones muertas —dijo por fin Kaa—, y los grandes árboles, los viejos elefantes y las rocas que estaban desnudas y afiladas antes de que el musgo las cubriera. ¿Sigues vivo, hombrecillo?

—Hace solo unos instantes que se ha puesto la luna —dijo Mowgli—. No entiendo…

—Hssh! Ya vuelvo a ser Kaa. Sabía que solo había pasado un momentito. Ahora iremos al río y te mostraré lo que hay que hacer contra los dholes.

Se dirigió como una flecha hacia el curso principal del Waingunga y se zambulló en el agua un poco más arriba del estanque que ocultaba a la Roca de la Paz, llevando a Mowgli a su lado.

—No hace falta que nades. Yo soy rápida. Cógete a mi espalda, Hermanito.

Mowgli pasó el brazo izquierdo por el cuello de Kaa, dejó caer el derecho a su costado y estiró bien los pies. Entonces Kaa arrostró la corriente como solo ella era capaz de hacer, mientras la leve ondulación del agua rodeaba el cuello de Mowgli, cuyos pies oscilaban de un lado a otro a causa de los bandazos que daba la pitón al surcar el agua. Una o dos millas más arriba de la Roca de la Paz el Waingunga se hace más estrecho al cruzar una garganta de rocas de mármol de veinticinco o treinta metros de altura y la corriente se desliza como por el canal de un molino entre y por encima de un amenazador pedregal. Pero Mowgli no se preocupó por el agua: pocas aguas hay en el mundo que pudieran haberle asustado. Iba mirando las dos paredes de la garganta y olfateando el aire con inquietud, pues percibía un olor entre dulce y agrio que le hizo pensar en el que salía de los hormigueros cuando hacía calor. Instintivamente se sumergió en las aguas, sacando solo de vez en cuando la cabeza para respirar, hasta que Kaa ancló en una roca que rodeó dos veces con su cola, sosteniendo a Mowgli en el hueco de uno de sus anillos, mientras las aguas pasaban velozmente por su lado.

—Este es el Lugar de la Muerte —dijo el muchacho—. ¿Por qué hemos venido aquí?

—Duermen —dijo Kaa—. Hathi no se aparta de su camino para dejar paso al Rayado. Pero tanto Hathi como el Rayado se apartan para que pasen los dholes, y estos no se apartan por nadie. Y, pese a todo, ¿por quién se aparta de su camino el Pueblo Pequeño de las Rocas? Dime, Amo de la Jungla, ¿quién es el Amo de la Jungla?

—Estas —susurró Mowgli—. Estamos en el Lugar de la Muerte. Vámonos de aquí.

—No. Observa atentamente, porque están durmiendo. Todo está igual que cuando yo era más corta que tu brazo.

Las rocas agrietadas y erosionadas de la garganta del Waingunga venían siendo utilizadas, desde el principio de la jungla, por el Pequeño Pueblo de las Rocas: las hacendosas, furiosas y negras abejas silvestres de la India. Y, como muy bien sabía Mowgli, todos los rastros cambiaban de dirección media milla antes de llegar a la garganta. Desde hacía siglos el Pueblo Pequeño construía sus panales y volaba en enjambres de roca en roca, manchando el mármol blanco con miel rancia, levantando altos avisperos en la oscuridad de las cuevas, donde ni hombres ni bestias, ni el fuego ni el agua jamás las habían molestado. De un extremo a otro de las dos paredes de la garganta colgaban espesas y relucientes cortinas de terciopelo negro. Mowgli se hundió en el agua al verlas, pues aquellas cortinas las formaban millones y millones de abejas dormidas. Se veían otros bultos y colgajos y cosas que parecían troncos podridos pegados en la pared de roca: eran los avisperos abandonados años atrás o nuevas ciudades construidas a la sombra de aquella garganta por donde no soplaba el viento, mientras que enormes masas de desperdicios esponjosos y podridos se habían desprendido, rodando por la pared hasta quedar enganchadas entre los árboles y las lianas que se aferraban a la roca. Al aguzar el oído oyó más de una vez el zumbido de un panal atiborrado de miel que se desplomaba en alguna parte de las tenebrosas galerías. Se escuchaba luego el estruendo de alas que volaban furiosamente y el sordo gotear de la miel que se perdía y formaba regueros que finalmente llegaban a una de las cornisas del exterior y empezaban a gotear lentamente sobre los árboles que había más abajo. En una de las orillas había una minúscula playa, de apenas metro y medio de ancho, en la que se amontonaban los desperdicios de años y más años: abejas y zánganos muertos, porquerías, panales podridos, alas de polillas que se habían extraviado al volar en pos de la miel, todo ello formando montículos de finísimo polvo negro. El penetrante olor que de allí salía bastaba para asustar a cualquier ser que no tuviera alas y supiera quiénes eran el Pueblo Pequeño.

Kaa volvió a remontar la corriente y finalmente llegaron a un banco de arena que había en el extremo superior de la garganta.

—He aquí la caza de esta temporada —dijo—. ¡Mira!

Sobre la arena yacían los esqueletos de un par de ciervos jóvenes y de un búfalo. Mowgli pudo ver que ni los lobos ni los chacales habían tocado aquellos huesos, que yacían en el suelo tal como habían quedado.

—Cruzaron los límites —murmuró Mowgli—. No conocían la ley y el Pueblo Pequeño los mató. Vámonos antes de que se despierten.

—No lo harán antes del amanecer —dijo Kaa—. Ahora voy a contarte una cosa. Hace muchas, muchas lluvias, un gamo del sur, al verse acosado, llegó aquí. No conocía la jungla y tras él corría una manada. Ciego de terror, saltó desde lo alto mientras su manada se quedaba mirándolo desde arriba. El sol estaba muy alto y el Pueblo Pequeño era numeroso y se sentía furioso. También muchos de su manada saltaron al Waingunga, pero murieron antes de llegar al agua. Los que no saltaron murieron también, en las rocas de arriba. Pero el gamo sobrevivió.

—¿Cómo?

—Porque fue el primero en llegar, corriendo para salvar la vida, y saltó antes de que el Pueblo Pequeño se diera cuenta de su presencia y ya estaba en el río cuando se reunieron en enjambre para matar. Su manada, al hacerlo más tarde, pereció bajo el peso del Pueblo Pequeño.

—¿El gamo siguió con vida? —dijo Mowgli lentamente.

—Al menos no murió entonces, aunque no lo aguardaba abajo nadie que tuviera fuerza suficiente para evitar que pereciese en el agua, como haría cierta Cabeza Plana, gorda, vieja y sorda, que esperaría a un hombrecillo que yo conozco, aunque todos los dholes del Dekkan fuesen tras él. ¿Qué estás pensando?

La cabeza de Kaa estaba muy cerca de la oreja de Mowgli, pero transcurrieron unos instantes antes de que el muchacho contestara.

—Eso es como tirar de los mismísimos bigotes de la Muerte, pero… Kaa, en verdad que eres la más sabia de toda la jungla.

—Así lo han dicho muchos. Mira, si los dholes te siguen…

—Como sin duda harán. ¡Jo, jo! Tengo muchas espinitas debajo de la lengua para pincharles el pellejo.

—Si te siguen ciegos de furia, sin ver nada más que tu espalda, los que no mueran allá arriba caerán al agua aquí o un poco más abajo, pues el Pueblo Pequeño se lanzará sobre ellos. Ahora bien, el Waingunga es un río hambriento y no habrá en él ninguna Kaa que los espere para que la corriente no se los lleve. Las aguas arrastrarán a los que sobrevivan hasta los bancos de arena que hay cerca de las Guaridas de Seeonee y allí la Manada los estará esperando para saltarles a la garganta.

—Ahai! Eowawa! No puede haber cosa mejor mientras las lluvias no caigan en la estación seca. Solo queda un detallito por resolver: el del correr y el saltar. Haré que los dholes me vean, para que me persigan de cerca.

—¿Has visto las rocas que hay allí arriba, desde el lado de tierra?

—Es verdad. No las he visto. Se me había olvidado.

—Pues ve a echarles un vistazo. Todo el terreno está podrido, lleno de gritas y agujeros. Bastaría que uno de tus torpes pies se metiera sin querer en un agujero para que la cacería terminase. Mira, voy a dejarte aquí, y solo por tratarse de ti, iré a avisar a la Manada, para que sepan por dónde deben buscar a los dholes. Pero ten bien presente que no soy de la misma piel que ninguna especie de lobo.

Cuando a Kaa no le caía simpático alguien, sabía ser más desagradable que cualquier otro miembro del Pueblo de la Jungla, con la posible excepción de Bagheera. Se marchó nadando río abajo y, al llegar a la roca, se encontró con Phao y Akela, que estaban escuchando los ruidos de la noche.

—Hssh! Perros —dijo alegremente—. Los dholes vendrán por el río. Si no tenéis miedo, podréis matarlos en los bancos de arena.

—¿Cuándo llegarán? —dijo Phao—. ¿Y dónde está mi Cachorro de Hombre? —dijo Akela.

—Llegarán cuando lleguen —repuso Kaa—. Esperad y ya los veréis. En cuanto a tu Cachorro de Hombre, al que le has tomado la palabra, dejándolo así expuesto a la Muerte, tu Cachorro de Hombre está conmigo, y si a estas horas no ha muerto, no será por culpa tuya, ¡perro descolorido! Tú quédate aquí, esperando a los dholes, y alégrate de que el Cachorro de Hombre y yo estemos de tu parte.

Kaa regresó rápidamente a la garganta y se detuvo en medio de ella, mirando hacia lo alto del precipicio. Al poco vio la cabeza de Mowgli recortándose sobre el cielo estrellado, luego se oyó un silbido en el aire y el chapoteo de un cuerpo al caer de pies en el agua, y en cuestión de unos instantes el muchacho volvía a reposar apoyado en el cuerpo de Kaa.

—Es un salto insignificante si se hace de noche —dijo Mowgli tranquilamente—. Ya he saltado dos veces solo para divertirme, pero arriba es muy mal lugar. Está lleno de arbustos y de grietas muy profundas, ocupadas todas ellas por el Pueblo Pequeño. Al borde de las grietas he colocado piedras grandes, una encima de otra. Al correr, las echaré abajo con los pies y el Pueblo Pequeño se levantará detrás de mí, muy enfadado.

—Esa forma de hablar y esa astucia son propias del hombre —dijo Kaa—. Eres sabio, pero el Pueblo Pequeño siempre está enfadado.

—No. Al caer la noche todas las alas descansan, cerca y lejos de aquí. Entonces podré burlarme de los dholes, ya que ellos cazan mejor de día. A estas horas estarán siguiendo el rastro de sangre que ha dejado Won-tolla.

—Chil nunca abandona un buey muerto y los dholes nunca abandonan un rastro de sangre —dijo Kaa.

—Pues yo les haré un nuevo rastro con su propia sangre, si puedo, y les haré comer tierra. ¿Te quedarás aquí, Kaa, hasta que regrese con mis dholes?

—Sí, pero ¿y si te matan en la jungla o el Pueblo Pequeño acaba contigo antes de que puedas saltar al río?

—Cuando llegue mañana, cazaremos para mañana —dijo Mowgli, citando un refrán de la jungla y añadiendo seguidamente—: Cuando me muera será el momento de cantar la Canción Fúnebre. ¡Buena caza, Kaa!

Soltó el cuello de Kaa y se fue garganta abajo como un tronco flotando en la riada, nadando hacia la orilla más alejada, donde el río formaba un remanso, y soltando carcajadas de pura felicidad. Nada le gustaba más a Mowgli que, como él decía, «tirar a la Muerte de los bigotes» y demostrar a la jungla que él era su jefe supremo. A menudo, con la ayuda de Baloo, había robado nidos de abeja en árboles solitarios y sabía que el Pueblo Pequeño detestaba el olor de los ajos silvestres. Por lo tanto, cogió un ramillete, lo ató con fibra de corteza y se puso a seguir el rastro de sangre de Won-tolla, que desde las guaridas se dirigía hacia el sur. Lo siguió durante unas cinco millas, mirando a los árboles con la cabeza ladeada y riéndose burlonamente.

—Mowgli la Rana he sido —decía para sí—. Mowgli el Lobo he dicho que soy. Ahora debo ser Mowgli el Mono antes de convertirme en Mowgli el Gamo. Al final seré Mowgli el Hombre. ¡Ja!

Pasó el dedo pulgar por los cuarenta y cinco centímetros que medía la hoja de su cuchillo.

El rastro de Won-tolla, que era una línea de oscuras manchas de sangre, corría por un bosque de espesos árboles que crecían muy juntos unos de otros y se extendían hacia el nordeste, disminuyendo gradualmente su número hasta llegar a unas dos millas de las Rocas de las Abejas. Desde el último árbol hasta la zona de monte bajo que había en las Rocas de las Abejas era necesario cruzar un trecho al descubierto, donde apenas podía ocultarse un lobo. Mowgli siguió avanzando a buen paso al amparo de los árboles, calculando las distancias entre una rama y otra, subiendo de vez en cuando a un árbol y haciendo la prueba de saltar hasta el siguiente, hasta que finalmente llegó al espacio despejado, que estuvo estudiando cuidadosamente durante una hora. Luego dio media vuelta, volvió al punto por donde había abandonado el rastro de Won-tolla, se acomodó en un árbol que tenía una rama muy saliente, a cosa de un metro y medio del suelo, y se quedó sentado, afilando el cuchillo en la planta de uno de sus pies y cantando para sí.

Poco antes del mediodía, cuando el sol calentaba mucho, oyó un ruido de pisadas y olfateó el abominable olor de la manada de dholes que seguía implacablemente el rastro de Won-tolla. Visto desde arriba, el dhole rojo no parece ni la mitad de grande que un lobo, pero Mowgli sabía muy bien lo fuertes que son sus patas y fauces. Observó la cabeza puntiaguda del jefe de la manada, que estaba husmeando el rastro, y dijo:

—¡Buena caza!

La bestia levantó la vista, al tiempo que sus compañeros se detenían detrás de él. Había veintenas y más veintenas de perros rojos de cola colgante, gruesas espaldas, débiles cuartos traseros y boca sanguinaria. Por lo general, los dholes son seres muy silenciosos y no tienen modales ni siquiera en su propia jungla. Habría por lo menos doscientos ejemplares agrupados a sus pies, pero pudo ver que los jefes seguían husmeando ávidamente el rastro de Won-tolla, tratando de que la manada los siguiera. Había que evitarlo, pues hubieran llegado a las guaridas en plena luz del día. Mowgli se propuso entretenerlos a los pies de su árbol hasta el atardecer.

—¿Quién os ha dado permiso para venir aquí? —preguntó Mowgli.

—Todas las junglas son nuestra jungla —le replicó un dhole, enseñándole sus blancos dientes.

Mowgli miró hacia abajo, sonrió e hizo una imitación perfecta del parloteo de Chikai, la rata saltarina del Dekkan, con lo que quería que los dholes comprendieran que no los consideraba mejores que Chikai. La manada se apretujó alrededor del árbol y el jefe de la misma se puso a ladrar salvajemente, calificando a Mowgli de mono de los árboles. Por toda respuesta, Mowgli extendió una de sus desnudas piernas y movió los dedos de los pies a poca distancia por encima de la cabeza del jefe. Eso bastó de sobras para que la manada fuese presa de estúpida rabia. A los que les crece el pelo entre los dedos de los pies no les gusta que se lo recuerden. Mowgli apartó el pie en el instante en que el jefe daba un salto para atrapárselo y con voz dulce dijo:

—¡Perro, perro rojo! Vuelve al Dekkan a comer lagartos. Vuelve con Chikai, tu hermano… Perro, perro… ¡perro rojo, rojo! ¡Tienes pelo entre los dedos de los pies!

Por segunda vez movió los suyos.

—¡Baja antes de que te obliguemos a rendirte por hambre, mono pelado! —gritó la manada.

Era exactamente lo que Mowgli deseaba. Se tumbó cuan largo era sobre la rama, con la mejilla apoyada en la corteza y el brazo derecho libre, y en esta postura le dijo a la manada lo que pensaba y sabía de ella, de sus modales y costumbres, de sus compañeras y de sus cachorros. No hay en el mundo lenguaje más rencoroso y mortificante como el que emplea el Pueblo de la Jungla para expresar su desprecio y su desdén. Si os paráis a pensarlo, os daréis cuenta de cuán cierto es esto. Como Mowgli le había dicho a Kaa, tenía muchas espinitas debajo de la lengua y lentamente, premeditadamente, hizo que del silencio los dholes pasaran a los gruñidos, de los gruñidos a los alaridos y de los alaridos a un verdadero delirio de broncos ladridos. Intentaron responder a sus pullas, pero igual éxito habría tenido un cachorro enfrentándose con la furia de Kaa. Y mientras hacía todo esto, la mano derecha de Mowgli permanecía encorvada a un lado, lista para entrar en acción, los pies aferrándose a la rama. El jefe de la manada ya había dado muchos saltos en el aire, pero Mowgli no se atrevía a correr el riesgo de descargar un golpe en falso. Finalmente, el perro, impulsado por la furia que lo cegaba, saltó casi dos metros y al instante la mano de Mowgli, rápida como una serpiente, lo asió por el cuello, mientras el peso del animal hacía temblar la rama, casi haciendo caer a Mowgli. Pero el muchacho no perdió el equilibrio y poco a poco fue izando a la bestia, que parecía un chacal ahogado, hasta la rama. Con la mano izquierda cogió el cuchillo y cortó la cola roja y peluda, arrojando luego el dhole al suelo. No necesitaba hacer más. La manada no seguiría el rastro de Won-tolla hasta haber dado muerte a Mowgli o hasta que Mowgli los hubiese matado a ellos. Vio que se sentaban en círculos y que las ancas les temblaban de un modo que indicaba su intención de quedarse, por lo que el muchacho trepó un poco más arriba, se sentó en la bifurcación de dos ramas, apoyó la espalda cómodamente y se durmió.

Al cabo de tres o cuatro horas despertó y pasó revista a la manada. Estaban todos silenciosos, hoscos, adustos, con ojos de acero. El sol comenzaba a ponerse. Faltaba media hora para que el Pueblo Pequeño de las Rocas diera por finalizadas las labores del día y, como sabéis, el crepúsculo no es el momento del día en que el dhole lucha mejor.

—No necesitaba tan fieles guardianes —dijo cortésmente, poniéndose de pie en una rama—, pero me acordaré de esto. Sois verdaderos dholes, pero, a mi modo de ver, os parecéis demasiado. Por esto no le devuelvo la cola a ese grandullón comedor de lagartos que hay ahí abajo. ¿No estás contento, Perro Rojo?

—¡Yo mismo te arrancaré el estómago! —gritó el jefe, arañando la base del árbol.

—¡No! Piensa un poco, rata sabia del Dekkan. Ahora nacerán muchos perritos rojos sin cola, con un muñón en carne viva que les dará picor cuando la arena esté caliente. Vete a casa, Perro Rojo, y di que esto te lo ha hecho un mono. ¿No quieres irte? Entonces ven, ven conmigo y yo te enseñaré.

Saltó como un Bandar-log al árbol más cercano y luego al siguiente y al otro, seguido por la manada que alzaba hacia él sus fauces hambrientas. De vez en cuando fingía perder el equilibrio y, en su afán por darle muerte al caer al suelo, los perros chocaban unos con otros. Era un curioso espectáculo: el muchacho del cuchillo que relucía a la mortecina luz del sol al moverse por las ramas más altas y la silenciosa manada con sus chaquetas rojas, encendidas, siguiéndolo desde abajo en medio de una gran confusión. Al llegar al último árbol, cogió el ajo silvestre y se frotó cuidadosamente todo el cuerpo con él, mientras los dholes aullaban desdeñosamente:

—¿Crees que podrás disimular tu olor, mono con lengua de lobo? Te seguiremos hasta matarte.

—Ahí tienes tu cola —dijo Mowgli, arrojándola por donde había venido.

Instintivamente, la manada se abalanzó sobre la cola.

—Y ahora seguidme… hasta la muerte.

Tras deslizarse hasta el suelo por el tronco del árbol, echó a correr como el viento hacia las Rocas de las Abejas antes de que los dholes se percatasen de lo que iba a hacer.

Profirieron un largo y lúgubre aullido y seguidamente empezaron a correr con ese medio galope persistente que es capaz de agotar al más pintado de los perseguidos. Mowgli sabía que cuando corrían todos a la vez lo hacían mucho más despacio que los lobos, ya que, de lo contrario, no se le habría ocurrido arriesgarse a correr dos millas a campo abierto. Los dholes estaban seguros de que acabarían por atrapar al muchacho, tanto como él lo estaba de que podía hacer lo que quisiera con ellos. Lo único que debía procurar era que lo siguieran de cerca, lo suficiente para que no pudieran dar media vuelta demasiado pronto. Corría limpiamente, sin variar el ritmo, con ágiles movimientos. El jefe sin cola lo seguía a menos de cinco metros y detrás de este iba el resto de la manada, que cubriría casi un cuarto de milla de tan larga como era. Corrían ciegamente, enfurecidos por el deseo de matar. Mowgli se fiaba de sus oídos para mantener la distancia que le separaba de los dholes, reservando el último esfuerzo para la carrera que tendría que hacer a través de las Rocas de las Abejas.

El Pueblo Pequeño se había acostado al empezar a ponerse el sol, pues no estaban en la estación en que las flores se abren tarde. Pero cuando sus primeras pisadas resonaron en el terreno hueco, Mowgli oyó un zumbido como si la tierra entera se pusiera en marcha. Entonces empezó a correr como jamás lo había hecho, al tiempo que lanzaba uno, dos, tres montones de piedras al interior de las grietas oscuras de donde surgía un dulce olor. Se oyó un rugido igual que el del mar irrumpiendo en una gruta y por el rabillo del ojo vio que el aire se volvía oscuro a sus espaldas, mientras que a sus pies aparecía la corriente del Waingunga, por cuya superficie asomaba una cabeza plana, con forma de diamante. Mowgli saltó con todas sus fuerzas, con el dhole sin cola tratando de clavarle los colmillos en la espalda, y fue a parar con los pies por delante al refugio que el río le ofrecía, sin respiración y con aire triunfante. Ni una sola picada había sufrido, ya que el olor a ajo había contenido al Pueblo Pequeño durante los escasos segundos de su permanencia entre ellos. Cuando surgió a la superficie, los anillos de Kaa le facilitaron un punto de apoyo. De lo alto del precipicio caían cosas al agua: grandes racimos de abejas, al parecer, que caían como plomos. Pero antes de que cualquiera de ellos tocase el agua, las abejas volaban hacia arriba y el cuerpo de un dhole era arrastrado río abajo por la corriente. De lo alto llegaban aullidos breves y furiosos que quedaban ahogados por un rugido parecido al de las olas al romper sobre la playa: era el rugido de las alas del Pueblo Pequeño de las Rocas. Algunos dholes, además, habían caído a las grietas que comunicaban con las cuevas subterráneas, donde, medio asfixiados, se debatían desesperadamente, lanzando mordiscos al aire entre los panales derribados, hasta que por fin eran levantados, incluso cuando ya habían muerto, por las alas de las abejas y salían disparados por el agujero que había en la pared de la garganta, desde el cual iban a parar rodando a los montones de negros desperdicios. Algunos perros, al saltar, quedaban detenidos por los árboles del precipicio, acosados por una nube de abejas que impedía distinguirlos claramente. Pero la mayoría, enloquecidos por los aguijonazos, había saltado al río y, como dijera Kaa, el Waingunga era un río hambriento.

Kaa sujetó fuertemente a Mowgli hasta que el pequeño recobró el aliento.

—No podemos quedamos aquí —dijo—. El Pueblo Pequeño está furioso de verdad. ¡Vamos!

Nadando con la cabeza baja, sumergiéndose de vez en cuando, Mowgli se fue río abajo, con el cuchillo en la mano.

—Despacio, despacio —dijo Kaa—. Un colmillo no mata cien presas a menos que sea el de una cobra, y muchos de los dholes se arrojaron rápidamente al río en cuanto vieron alzarse al Pueblo Pequeño.

—Pues trabajo de más para mi cuchillo. Phai! ¡Cómo nos sigue el Pueblo Pequeño!

Mowgli se zambulló otra vez. La superficie del agua estaba cubierta de abejas enfurecidas que zumbaban amenazadoramente y picaban cuanto había a su alcance.

—Nunca se ha perdido nada por culpa del silencio —dijo Kaa, cuyas escamas ningún aguijón podía atravesar— y te queda toda la larga noche para cazar. ¡Escucha cómo aúllan!

Casi la mitad de la manada, al ver la trampa en que habían caído sus compañeros, había vuelto grupas para arrojarse al río allí donde la garganta formaba una especie de empinadas márgenes. Los gritos de rabia y las amenazas que proferían contra el «mono» causante de semejante vergüenza se mezclaban con los alaridos y gruñidos de los que eran castigados por el Pueblo Pequeño. Quedarse en tierra significaba morir, y cada uno de los dholes lo sabía. La manada fue barrida por la corriente hasta llegar a las aguas profundas del Estanque de la Paz, pero incluso hasta allí los seguía el enfurecido Pueblo Pequeño, obligándolos a seguir nadando. Mowgli pudo oír la voz del jefe sin cola que instaba a su gente a resistir y matar a todos los lobos de Seeonee. Pero no perdió el tiempo quedándose a escuchar.

—¡Alguien nos sigue en la oscuridad para matarnos! —exclamó un dhole—. ¡La sangre tiñe el agua!

Mowgli se había zambullido como una nutria, tirando de las patas a un dhole que luchaba con la corriente y haciendo que se hundiese antes de que pudiera abrir la boca. Unos círculos oscuros subieron a la superficie con el cuerpo del perro, que, al llegar arriba, quedó flotando de costado. Los dholes trataron de volverse contra él, pero la corriente se lo impidió y el Pueblo Pequeño se lanzó como una flecha contra sus cabezas y orejas, mientras en la oscuridad sonaban cada vez más fuertes los gruñidos de la Manada de Seeonee. De nuevo se zambulló Mowgli y de nuevo un dhole se hundió en el agua, emergiendo luego su cadáver, mientras un nuevo clamor estallaba entre los que formaban la retaguardia. Unos aullaban que era mejor echar pie a tierra, otros pedían a su jefe que los llevase de vuelta al Dekkan, y algunos retaban a Mowgli para que se dejase ver y así poder matarlo.

—Acuden a luchar sin saber qué quieren y hablando todos a la vez —dijo Kaa—. El resto lo harán tus hermanos, allá abajo. El Pueblo Pequeño se vuelve a dormir. No seguirán persiguiéndonos. También yo me vuelvo, pues no somos de la misma piel los lobos y yo. Buena caza, Hermanito, y recuerda que los dholes dan mordiscos bajos.

Llegó un lobo corriendo con tres patas por la orilla, ora saltando, ora ladeando la cabeza y acercándola al suelo, ora arqueando el lomo y dando un brinco en el aire como si estuviera jugando con sus cachorros. Era Won-tolla, el Forastero, que, sin decir una sola palabra, siguió con su horrible juego al lado de los dholes. Estos llevaban ya mucho rato en el agua y nadaban cansinamente, el cuerpo pesado a causa del agua que les empapaba el pelo, arrastrando la cola como una esponja, tan cansados y aturdidos que también ellos guardaban silencio, observando el par de ojos llameantes que corría a su lado.

—Esto no es cazar bien —dijo uno de ellos entre jadeos.

—¡Buena caza! —dijo Mowgli, surgiendo del agua al lado del animal y clavando su largo cuchillo en el lomo, empujando con fuerza para evitar el mordisco agónico de la bestia.

—¿Estás ahí, Cachorro de Hombre? —preguntó Won-tolla desde la orilla.

—Pregúntaselo a los muertos, Forastero —repuso Mowgli—. ¿No has visto ninguno bajando por el río? Les he hecho morder el polvo a estos perros. Los he burlado en plena luz del día y a su jefe le falta la cola, pero aún me quedan algunos para ti. ¿Adónde quieres que los lleve?

—Esperaré —dijo Won-tolla—. Tengo toda la noche por delante.

Cada vez sonaban más próximos los ladridos de los lobos de Seeonee.

—¡Lo hemos jurado por la Manada, por toda la Manada!

Entonces se dieron cuenta de su equivocación. Deberían haber salido del agua media milla más arriba, para atacar a los lobos en terreno seco. Ahora era ya demasiado tarde. La orilla estaba llena de ojos llameantes y la jungla se hallaba sumida en un silencio total, con la excepción del horrible pheeal, que no había cesado un solo instante desde el anochecer. Parecía como si Won-tolla los estuviera engatusando para que salieran a la orilla.

—¡Media vuelta y adelante! —gritó el jefe de los dholes.

La manada entera se lanzó hacia la orilla, chapoteando en el agua poco profunda, hasta que la superficie del Waingunga se cubrió de blanca espuma y grandes olas la surcaban de orilla a orilla, como si una embarcación de gran calado navegase por el centro de la corriente. Mowgli corrió tras los dholes descargando cuchilladas a diestro y siniestro sobre los perros, que, apretándose unos contra otros, cruzaron la playa en una sola oleada.

Entonces comenzó la gran batalla y fue extendiéndose, estrechándose, amontonándose y volviendo a dispersarse a lo largo de la arena roja y húmeda, pasando por encima de las retorcidas raíces de los árboles, adentrándose y saliendo de los matorrales, hundiéndose en los macizos de espesa hierba, pues incluso ahora había dos dholes por cada lobo. Pero se enfrentaban a unos lobos que luchaban por todo lo que constituía la Manada y que no eran solamente los cazadores de colmillos blancos y patas cortas, sino que entre ellos estaban también las lahinis de mirada angustiada (las «lobas de la guarida», como se las llama), que luchaban por sus pequeños, así como algún que otro lobo de un año, cubierto el cuerpo con su primer pelaje, que parecía de lana, y que atacaba los flancos del enemigo. Debéis saber que un lobo o bien se lanza a la garganta del contrario o trata de morderle los flancos, mientras que un dhole prefiere apuntar sus mordiscos al vientre, por lo que los dholes, al salir trabajosamente del agua, se veían forzados a levantar la cabeza y ofrecían un blanco seguro a los lobos. En terreno seco, los lobos llevaban las de perder, pero en el agua o en la orilla, el cuchillo de Mowgli iba y venía sin cesar. Los Cuatro se habían abierto camino hasta su lado. Hermano Gris, agazapado entre las rodillas de Mowgli, le protegía el estómago, al tiempo que los otros tres le cubrían la espalda y los costados, o lo cubrían con sus cuerpos cuando caía al suelo debido al tremendo encontronazo de un dhole que saltaba sobre la firme hoja del cuchillo, aullando al lanzarse al ataque. En cuanto al resto, era una masa confusa de cuerpos entrelazados que se desplazaba de un lado a otro por la orilla, girando y girando lentamente sobre sí misma. Aquí había un montón que se agitaba y estallaba luego como una burbuja al borde de un remolino, despidiendo hacia fuera cuatro o cinco perros malheridos que se esforzaban por entrar de nuevo en el centro de la pelea. Más allá, un lobo solitario, atacado por dos o tres dholes, trataba desesperadamente de librarse de sus enemigos, cayendo al suelo cada dos por tres. Un poco más allá, un lobo joven se mantenía en pie a causa de la presión de la masa, pese a que hacía ya rato que estaba muerto, mientras su madre, enloquecida por el dolor y la furia, se revolcaba en el suelo, lanzando mordiscos por doquier, al mismo tiempo que, en lo más denso de la refriega, un lobo y un dhole, olvidándose de todo lo demás, maniobraban para acometerse hasta que se veían separados por una súbita oleada de furiosos combatientes. Una vez Mowgli pasó cerca de Akela, que tenía un dhole a cada lado mientras sus mandíbulas prácticamente desdentadas apretaban con fuerza los ijares de un tercero, y en otro momento vio a Phao, que, con los colmillos hundidos en la garganta de un dhole, tiraba de este hacia el sitio donde los lobos jóvenes lo rematarían. Pero el centro de la batalla no era más que una ciega y enfurecida confusión en las tinieblas, una sucesión de golpes, tropezones, caídas, ladridos, gruñidos y mordiscos que rodeaba a Mowgli por todas partes. A medida que avanzaba la noche, iba en aumento el vertiginoso movimiento circular de la masa combatiente. Los dholes tenían miedo de atacar a los lobos más fuertes, pero todavía no se atrevían a huir corriendo. Mowgli sintió que la lucha iba a terminar pronto y se contentó con descargar cuchilladas solamente para malherir a sus enemigos. Los lobos jóvenes se mostraban más osados minuto a minuto, por lo que de vez en cuando Mowgli podía tomarse unos instantes de descanso para recobrar el aliento y cambiar unas palabras con alguno de sus amigos. Por otra parte, a veces bastaba un breve movimiento de la mano que empuñaba el cuchillo para ahuyentar a alguno de los perros.

—Nos vamos acercando al hueso —ladró Hermano Gris, que sangraba abundantemente por numerosas heridas.

—Pero aún no lo hemos partido —dijo Mowgli—. Eowawa! ¡Así las gastamos en la jungla!

La hoja ensangrentada se hundía como un rayo en el costado de un dhole cuyos cuartos traseros quedaban ocultos bajo el cuerpo de un lobo que se aferraba a ellos.

—¡Es mi presa! —gritaba el lobo, arrugando el hocico—. ¡Déjamela a mí!

—¿Aún tienes el estómago vacío, Forastero? —dijo Mowgli.

Won-tolla, pese a estar muy malherido, tenía paralizado con las zarpas a un dhole, que no podía volverse para alcanzarlo con sus mordiscos.

—¡Por el buey con que me compraron! —exclamó Mowgli, soltando una amarga carcajada—. ¡Es el sin cola!

Y efectivamente, era el jefe de los dholes.

—No es aconsejable matar cachorros y lahinis —prosiguió filosóficamente Mowgli, enjugándose la sangre que le cubría los ojos—, a no ser que antes se haya matado también al Forastero. Y me parece que será Won-tolla quien te mate a ti.

Un dhole acudió saltando en ayuda de su jefe, pero, antes de que sus colmillos encontrasen el flanco de Won-tolla, el cuchillo de Mowgli se clavó en su garganta y Hermano Gris se encargó del resto.

—Así es como las gastamos en la jungla —repitió Mowgli.

Won-tolla no dijo palabra, limitándose a cerrar más y más las mandíbulas sobre el espinazo del dhole, mientras su propia vida se le iba escapando. El dhole se estremeció, dobló la cabeza y quedó tendido en el suelo, inmóvil. Won-tolla se desplomó sobre él.

—Huh! La Deuda de Sangre está saldada —dijo Mowgli—. Canta la canción, Won-tolla.

—Nunca volverá a cazar —dijo Hermano Gris—. También Akela está callado desde hace mucho rato.

—¡Ya está partido el hueso! —rugió Phao, hijo de Phaona—. ¡Huyen! ¡Matad, matad, cazadores del Pueblo Libre!

Uno tras otro los dholes huían de las oscuras y ensangrentadas arenas del río, adentrándose en la espesura, río arriba o río abajo, según donde el camino estuviera libre.

—¡La deuda! ¡La deuda! —gritó Mowgli—. ¡Pagad la deuda! ¡Han matado a Lobo Solitario! ¡No dejéis que escape un solo perro!

Cuchillo en mano, volaba hacia el río, para cortarle el paso a cualquier dhole que osara echarse al agua, cuando por debajo de nueve cadáveres amontonados surgieron la cabeza y las patas delanteras de Akela. Mowgli cayó de rodillas al lado de Lobo Solitario.

—¿No te dije que sería mi última batalla? —dijo Akela con voz entrecortada—. Ha sido una buena cacería. ¿Y tú, Hermanito?

—Yo vivo, y he matado a muchos.

—Me alegro. Me muero y quisiera… quisiera morir a tu lado, Hermanito.

Mowgli recostó en sus rodillas la cabeza de Akela, que mostraba terribles heridas, y con los brazos le rodeó el cuello, igualmente malherido.

—Mucho tiempo ha pasado ya desde los días de Shere Khan y de un cachorro de hombre que se revolcaba desnudo por el polvo.

—No, no. Yo soy un lobo. ¡Soy de la misma piel que el Pueblo Libre! —exclamó Mowgli—. No quiero ser hombre.

—Pues hombre eres, Hermanito, lobito que una vez tuve a mi cuidado. Eres un hombre, pues, de lo contrario, la Manada habría huido ante los dholes. Mi vida te debo y hoy has salvado a la Manada como una vez me salvaste a mí. ¿Lo has olvidado? Todas las deudas están saldadas ya. Vete con tu propia gente. Te repito, luz de mis ojos, que esta cacería ha terminado. Vete con tu gente.

—Nunca iré. Cazaré solo en la jungla. Ya lo he dicho antes.

—Después del verano vienen las lluvias y después de las lluvias viene la primavera. Regresa antes de que te obliguen.

—¿Quién me obligará?

—Mowgli obligará al mismo Mowgli. Regresa con tu gente. Vete con el hombre.

—Lo haré cuando Mowgli obligue al mismo Mowgli —contestó el muchacho.

—Nada queda por decir —dijo Akela—. ¿Podrás ayudarme a levantarme, Hermanito? También yo fui jefe del Pueblo Libre.

Suavemente, con mucho cuidado, Mowgli apartó los cadáveres y ayudó a Akela a ponerse en pie, rodeándolo con los dos brazos, mientras Lobo Solitario, tras aspirar una larga bocanada de aire, entonaba la Canción Fúnebre que debe cantar el Jefe de la Manada cuando agoniza. A medida que cantaba, su voz iba cobrando fuerza, elevándose en el aire y resonando a lo lejos, más allá del río, hasta que llegó al último «¡Buena caza!». Entonces Akela, sacudiéndose de encima los brazos de Mowgli, dio un salto en el aire y cayó muerto de espaldas, sobre el cuerpo del último y más terrible de sus enemigos.

Mowgli se sentó con la cabeza entre las rodillas, indiferente a cuanto lo rodeaba, mientras los últimos dholes fugitivos eran alcanzados y aniquilados por las despiadadas lahinis. Poco a poco fueron apagándose los gritos y empezaron a regresar los lobos, cojeando (pues las heridas empezaban a dolerles), disponiéndose a contar sus bajas. Quince miembros de la Manada, así como media docena de lahinis, yacían muertos en la orilla del río, a la vez que ninguno de los demás había salido ileso de la batalla. Y Mowgli siguió allí sentado hasta el frío amanecer, momento en que sintió que en su mano se apoyaba el hocico rojo y húmedo de Phao. Mowgli se apartó para que el otro viera el descarnado cuerpo de Akela.

—¡Buena caza! —dijo Phao, como si Akela siguiera vivo y seguidamente, dirigiéndose a los demás por encima del hombro, agregó—: ¡Aullad, perros! ¡Un lobo ha muerto esta noche!

Pero de toda aquella manada de doscientos dholes luchadores, que se jactaban de que todas las junglas eran su jungla, de que ningún ser vivo podía plantarles cara, ni uno regresó al Dekkan con el mensaje de Phao.

LA CANCIÓN DE CHIL

(He aquí la canción que cantó Chil cuando los milanos, después de la gran batalla, bajaron uno tras otro al lecho del río. Chil es muy amigo de todo el mundo, pero tiene el corazón frío, pues sabe que, a la larga, casi todos los que viven en la jungla van a parar a él.)

Estos eran mis compañeros, saliendo en la negra noche.
(¡Chil! ¡Buscad a Chil!)
Ahora con mi silbido les diré que la lucha ha terminado.
(¡Chil! ¡Vanguardias de Chil!)
De lo alto me avisaron que en tierra había presas.
A los de abajo avisé yo que por el llano corría el gamo.
Aquí terminan todos los rastros…
¡Jamás volverán a hablar!
Los que lanzaban el grito de caza y corrían raudamente.
(¡Chil! ¡Buscad a Chil!)
Los que ahuyentaban al sambhur o saltaban sobre él.
(¡Chil! ¡Vanguardias de Chil!)
Los que seguían el rastro… los que de ellos huían.
Los que esquivaban los cuernos de la presa que atrapaban.
Aquí terminan todos los rastros…
Nunca más los seguirán.
Estos eran mis compañeros. ¡Lástima que hayan muerto!
(¡Chil! ¡Buscad a Chil!)
Ahora vengo a consolar a los que en sus buenos tiempos
los conocieron.
(¡Chil! ¡Vanguardias de Chil!)
Desgarrados los flancos, hundidos los ojos,
abierta la roja boca.
Abrazados, flácidos y solos yacen, muerto sobre muerto.
Aquí terminan todos los rastros…
Y aquí se alimentan mis huestes.

CORRETEOS PRIMAVERALES

¡El hombre vuelve con el hombre! ¡Avisad a la jungla entera!

Se marcha el que era nuestro hermano.

Oye y dime, Pueblo de la Jungla, contéstame:

¿quién lo hará volver atrás? ¿Quién le hará quedarse?

¡El hombre vuelve con el hombre! Llorando está en la jungla: triste está el que era nuestro hermano.

¡El hombre vuelve con el hombre! (¡Cómo lo quería la jungla!)

Se va por el camino del hombre y no podemos seguirlo.

Al cumplirse los dos años de la gran batalla contra Perro Rojo y de la muerte de Akela, Mowgli debía de tener ya casi diecisiete años. Parecía mayor a causa del duro ejercicio, de la excelente alimentación y de bañarse en cuanto sentía un poco de calor o le parecía estar sucio, todo lo cual le había hecho crecer y le había dado una fuerza superior a la que por la edad le correspondía. Era capaz de columpiarse durante media hora seguida, colgado de una rama alta y sosteniéndose con una sola mano, cuando quería observar los caminos de los árboles. Podía parar un gamo joven que se le acercase a galope tendido y desviarlo a un lado cogiéndolo por la cabeza. Podía incluso derribar a los grandes jabalíes azules que vivían en los marjales del norte. El Pueblo de la Jungla, que antes le temía por su ingenio, ahora le tenía miedo por su fuerza, y cuando caminaba tranquilamente, ocupado en sus propios asuntos, el más leve aviso de su proximidad bastaba para que los senderos del bosque quedasen despejados. Pese a todo, sus ojos mostraban siempre una expresión bondadosa. Ni siquiera en plena lucha brillaban sus ojos como los de Bagheera. Lo único que hacían era volverse más atentos y penetrantes, y esa era una de las cosas que la misma Bagheera no entendía.

Preguntó a Mowgli sobre ello y el muchacho se rio y dijo:

—Cuando se me escapa la presa me enfado. Cuando debo pasarme dos días con el estómago vacío me enfado muchísimo. ¿No se me nota en los ojos entonces?

—La boca tendrá hambre —dijo Bagheera—, pero los ojos no dicen nada. Cazando, comiendo o nadando… siempre están igual, como una piedra, tanto si llueve como si no.

Mowgli la miró perezosamente a través de sus largas pestañas y, como de costumbre, la pantera bajó la cabeza. Bagheera conocía a su amo.

Estaban tendidos cerca de la cumbre de una colina desde la que se dominaba el Waingunga y las neblinas matutinas que flotaban a sus pies en forma de franjas blancas y verdes. A medida que el sol fue subiendo, la neblina se transformó en burbujeantes mares de oro rojo que aquí y allá dejaban paso a los rayos más bajos, que dibujaban rayas de luz en la hierba seca sobre la que estaban descansando Mowgli y Bagheera. Tocaba ya a su fin la estación fría, las hojas y los árboles parecían gastados y descoloridos y, al soplar el viento, se escuchaba por doquier un crujido seco. Una hojita golpeaba furiosamente una rama pequeña, como suelen hacer las hojas sueltas azotadas por una corriente de aire. El ruido despabiló a Bagheera, que olfateó el aire de la mañana con un ronquido grave y hueco, se echó panza arriba y con las patas delanteras intentó atrapar la hojita.

—Se acerca el cambio de estación —dijo—. La jungla sigue su marcha. Ya está próxima la época del Habla Nueva. Esa hojita lo sabe. ¡Qué bien!

—La hierba está seca —replicó Mowgli, arrancando un puñado—. Incluso Ojo de la Primavera… —añadió refiriéndose a una florecilla roja en forma de trompetilla que crece entre la hierba—. Incluso Ojo de la Primavera está cerrado y… Bagheera, ¿está bien que la Pantera Negra se tumbe panza arriba y dé zarpazos al aire como si fuese una gineta?

—¡Aouch! —dijo Bagheera, que parecía estar pensando en otras cosas.

—Decía si está bien que la Pantera Negra, ronque, aúlle y se revuelque de esa forma. Recuerda que somos los amos de la jungla, tú y yo.

—Sí, es verdad. Ya te oigo, Cachorro de Hombre.

Bagheera dio rápidamente una vuelta y se sentó. El polvo cubría sus flancos negros y andrajosos. (Justamente estaba mudando el pelaje del invierno).

—¡Claro que somos los amos de la jungla! ¿Quién es capaz de igualarse a Mowgli en fuerza? ¿Quién es tan sabio como él?

Había un tono extraño en su voz, una forma de arrastrar las palabras que impulsó a Mowgli a volverse para ver si por casualidad la Pantera Negra se estaba burlando de él, pues la jungla está llena de palabras que suenan de un modo, pero significan algo muy distinto.

—Decía que sin ningún género de duda somos los amos de la jungla —repitió Bagheera—. ¿He hecho mal? No sabía que Cachorro de Hombre ya no estaba tumbado sobre la hierba. ¿Acaso vuela, entonces?

Mowgli se hallaba sentado con los codos apoyados en las rodillas y los ojos clavados en la luz que bañaba el otro lado del valle. En alguna parte de los bosques que se extendían a sus pies un pájaro de voz ronca y aguda ensayaba una y otra vez las primeras notas de su canción primaveral. No era más que una sombra del sonido puro y retozón que más adelante emitiría, pero Bagheera lo oyó de todos modos.

—Decía que ya se acerca la época del Habla Nueva —gruñó la Pantera, meneando la cola.

—Ya te he oído —contestó Mowgli—. ¿Por qué tiemblas tanto, Bagheera? Hace calor al sol.

—Ese es Ferao, el picamaderos escarlata —dijo Bagheera—. Lo que es él, no se ha olvidado. Ahora me toca a mí acordarme de mi canción.

Y se puso a ronronear y canturrear por lo bajo, volviendo a empezar una y otra vez, pues no se daba por satisfecha con el resultado.

—No hay caza por aquí —dijo Mowgli.

—Hermanito, ¿es que tienes ambos oídos obstruidos? Esa no es la llamada de caza, sino mi canción, que estoy ensayando para cuando la necesite.

—Se me había olvidado. Me daré cuenta de que ha llegado la época del Habla Nueva cuando tú y los de más os marchéis corriendo y me dejéis solo.

Mowgli hablaba con cierta aspereza.

—Pero, Hermanito, no siempre… —empezó a decir Bagheera.

—Es verdad lo que digo —contestó Mowgli, señalándola con el dedo índice—. Os marcháis corriendo y yo, que soy el Amo de la Jungla, tengo que pasear solo. ¿Qué pasó la última temporada, cuando quise recolectar caña de azúcar en los campos de la Manada Humana? Mandé un mensajero, ¡te mandé a ti!, en busca de Hathi para que viniera y con la trompa me ayudase a recoger la hierba dulce.

—¡Pero si solo llegó con dos noches de retraso —dijo Bagheera, un tanto cohibida—, y de esa hierba larga y dulce que tanto te gusta recogió más de la que cualquier cachorro de hombre podría comer en todas las noches de la estación de las lluvias! No fue mía la culpa.

—No se presentó la noche que yo indiqué en mi recado. No. Estaba demasiado ocupado berreando, corriendo y bramando por los valles a la luz de la luna. Dejaba un rastro como el de tres elefantes, pues rehusaba ocultarse entre los árboles. Bailaba a la luz de la luna ante las casas de la Manada Humana. Yo lo vi y, pese a todo, no quiso venir conmigo, ¡y eso que soy el Amo de la Jungla!

—Era la época del Habla Nueva —dijo la Pantera con mucha humildad—. Tal vez, Hermanito, aquella vez no lo llamaste con una Palabra Maestra. ¡Escucha a Ferao y alégrate!

El malhumor de Mowgli parecía haberse esfumado por propia iniciativa. El muchacho volvió a tumbarse, con las manos debajo de la cabeza y los ojos cerrados.

—No lo sé… ni me importa —dijo con voz soñolienta—. Vamos a dormir, Bagheera. Tengo un peso en el estómago. Déjame descansar la cabeza sobre ti.

La Pantera volvió a tumbarse soltando un suspiro, ya que podía oír cómo Ferao practicaba una y otra vez con vistas a la próxima llegada de la primavera, del Habla Nueva, como dicen ellos.

En las junglas de la India las estaciones se turnan unas a otras sin que apenas se note. Parece que haya solamente dos: la lluviosa y la seca. Pero si miráis atentamente debajo de los torrentes de lluvia y las nubes de polvo y ceniza, veréis que las cuatro, sin excepción, siguen su marcha regular. La primavera es la más maravillosa, ya que no tiene que cubrir con hojas y flores nuevas un campo limpio y desnudo, sino que barre a su paso los restos de cosas medio verdes que el suave invierno ha respetado y hace que la tierra medio vestida y cansada se sienta nueva y joven una vez más. Y lo hace tan bien que no hay en el mundo otra primavera como la de la jungla.

Llega un día en que todas las cosas están cansadas; en que incluso los olores, al flotar en el pesado aire, están viejos y gastados. Uno no puede explicarlo, pero es algo que se siente. Entonces llega otro día y, sin que aparentemente haya cambiado nada, todos los olores son nuevos y deliciosos, los bigotes del Pueblo de la Jungla se estremecen hasta las raíces y el pelaje invernal se desprende en grandes mechones de sus flancos. Entonces quizá llueva un poquito y todos los árboles, los matorrales, los bambúes, los musgos y las plantas de hojas jugosas despiertan y casi se puede oír el ruido que hacen al crecer, y debajo de ese ruido, noche y día, se oye un sordo zumbido. Ese es el ruido de la primavera, un zumbido vibrante que no son las abejas, ni las cascadas, ni el viento entre la copa de los árboles, sino el ronroneo del mundo, feliz al sentir la caricia del calor.

Hasta aquel año Mowgli siempre había recibido entusiasmado el cambio de las estaciones. Generalmente él era el primero en ver el Ojo de la Primavera medio escondido entre la hierba, así como el primer montón de nubes primaverales, que no tienen comparación en la jungla. Su voz sonaba en toda clase de lugares húmedos, bajo la luz de las estrellas, donde algo estuviera floreciendo, ora uniendo su voz al coro de las ranas, ora burlándose de los pequeños mochuelos que colgaban cabeza abajo de las ramas de los árboles y dejaban oír su grito en las noches claras. Al igual que toda su gente, la primavera era la estación que escogía él para sus paseos y viajes, moviéndose por el simple placer de notar el aire cálido, recorriendo treinta, cuarenta, cincuenta millas entre el crepúsculo y la aparición de la estrella matutina, regresando luego jadeando y riendo, luciendo guirnaldas de flores exóticas. Los Cuatro no le acompañaban en este alocado deambular por la jungla, sino que se iban a cantar canciones con los otros lobos. El Pueblo de la Jungla anda muy atareado en primavera y Mowgli los oía gruñir, chillar o silbar, según cual fuese su especie. Sus voces son distintas entonces a las que tienen en otras épocas del año, y esa es una de las razones por las que la primavera en la jungla recibe el nombre de época del Habla Nueva.

Pero aquella primavera, como le había dicho a Bagheera, algo había cambiado: notaba un peso en el estómago y no sabía a qué era debido. Desde el momento en que los retoños de bambú se habían vuelto de color marrón llevaba esperando con ilusión la mañana en que los olores serían distintos. Pero cuando por fin llegó esa mañana y Mao, el Pavo Real, envuelto en su llameante manto bronce, azul y dorado, proclamó la buena nueva a lo largo y ancho de la jungla neblinosa, y Mowgli abrió la boca para repetir el anuncio, las palabras se le encallaron entre los dientes y notó en todo el cuerpo una sensación que nació en los dedos de los pies y fue a morir en sus cabellos, una sensación de tristeza tan grande que se miró con mucha atención para estar seguro de que no se había clavado una espina. Mao anunció la llegada de los nuevos olores, los demás pájaros recogieron la llamada y de las rocas que se alzaban al lado del Waingunga surgió el ronco grito de Bagheera, algo que estaba entre el chillido de un águila y el relincho de un caballo. En lo alto de los árboles, entre las ramas reverdecidas, se oyeron los chillidos y el ir y venir de los Bandar-log, pero Mowgli, hinchado el pecho para contestar a Mao, se quedó mudo, respirando entrecortadamente como si la tristeza le hubiese quitado el aliento.

Miró atentamente a su alrededor, pero no pudo ver más que los burlones Bandar-log, que se escurrían entre los árboles, y Mao, con la cola desplegada en todo su esplendor, que bailaba más abajo, por las pendientes.

—¡Los olores han cambiado! —gritó Mao—. ¡Buena caza, Hermanito! ¿Dónde está tu respuesta?

—¡Hermanito, buena caza! —silbó Chil, el Milano, volando hacia abajo con su compañera.

Pasaron volando tan cerca de la nariz de Mowgli que unas cuantas plumas blancas se desprendieron al rozársela.

Un leve aguacero primaveral (lluvia de elefante, la llaman ellos) cruzó la jungla en una franja de media milla de ancho, mojando las hojas que acababan de brotar, y luego, con un leve redoble de truenos, desapareció para dejar paso a un doble arco iris. El zumbido de la primavera se oyó durante un minuto y luego se apagó, pero parecía que todo el Pueblo de la Jungla gritase a la vez. Todos menos Mowgli.

«He comido buena comida —dijo para sus adentros—. He bebido agua buena. La garganta no me arde ni se me hace pequeña como sucedió cuando mordí aquella raíz con manchas azules que Oo, la Tortuga, me dijo que era comestible. Pero siento un peso en el estómago y he tenido palabras muy agrias para Bagheera y otros, que son de la jungla y de los míos. Además, tan pronto tengo calor como frío y luego no tengo calor ni frío, sino que me siento enfadado con algo que no alcanzo a ver. Huhu! ¡Ha llegado la hora de emprender correrías! Esta noche cruzaré la cordillera, sí, emprenderé una correría de primavera hasta los marjales del norte y luego regresaré. Llevo demasiado tiempo cazando con demasiada felicidad. Los Cuatro vendrán conmigo, ya que se están poniendo gordos como cerditos».

Los llamó, pero ni uno solo de los Cuatro contestó a su llamada. Estaban lejos de allí y no podían oírle, pues estaban con los lobos de la Manada cantando una y otra vez las canciones de primavera: las Canciones de la Luna y del Sambhur, ya que en primavera el Pueblo de la Jungla apenas hace diferencia entre el día y la noche. Los llamó con ladridos agudos e insistentes, pero no recibió más respuesta que el burlón ¡miauuu! de la gineta que buscaba nidos de pájaro entre las ramas de los árboles. Al oírla, se estremeció de rabia y estuvo a punto de sacar el cuchillo. Luego, aunque nadie podía verlo, adoptó un aire muy altivo y echó a andar ladera abajo, con el mentón alzado y las cejas fruncidas. Pero ni uno solo de sus amigos le hizo pregunta alguna, ya que todos estaban demasiado ocupados en sus propios asuntos.

—Sí —dijo Mowgli en voz baja, aunque en el fondo sabía que no tenía razón—. Que venga Perro Rojo del Dekkan, que la Flor Roja se ponga a bailar entre los bambúes y la jungla entera acuda llorando a Mowgli, alabándolo como si fuera un elefante. Pero ahora, porque los Ojos de la Primavera están rojos y a Mao le apetece mostrar sus patas desnudas bailando alguna danza primaveral, la jungla se vuelve loca como Tabaqui… ¡Por el buey con que me compraron! ¿Soy o no soy el Amo de la Jungla? ¡Silencio! ¿Qué hacéis aquí?

Un par de jóvenes lobos de la Manada se acercaban corriendo por un sendero, buscando un claro donde pudieran luchar. (Recordaréis que la Ley de la Jungla prohíbe luchar en un sitio donde la Manada pueda verlo). Tenían el pelaje del cuello erizado y rígido como alambres y ladraban furiosamente, al tiempo que se agachaban dispuestos a acometerse. Mowgli dio un salto hacia delante y echó mano a la garganta de los dos animales con el propósito de empujarlos hacia atrás como tantas veces había hecho al jugar o cazar con la Manada. Pero aquella era la primera vez que se entrometía en una pelea de primavera. Los dos lobos saltaron sobre él, lo echaron a un lado y, sin perder tiempo en palabras, empezaron a revolcarse por el suelo, enzarzados en reñido combate.

Casi antes de caer al suelo, Mowgli volvió a encontrarse de pie con el cuchillo en la mano y enseñando los dientes. En aquellos momentos habría matado a ambos lobos por la sencilla razón de que estaban peleándose cuando él quería que se estuvieran quietos, aunque todo lobo tiene derecho a luchar al amparo de la ley. Se puso a dar vueltas alrededor de ellos, con el cuerpo inclinado hacia delante y las manos temblorosas, dispuesto a asestar un doble golpe en cuanto hubiese pasado la primera furia del ataque, pero, mientras esperaba, le pareció que las fuerzas lo abandonaban, la punta del cuchillo fue bajando poco a poco y finalmente lo guardó en la funda. Se quedó mirando a los dos animales.

—No hay duda de que me habré comido algún veneno —dijo por fin, soltando un suspiro—. Desde que disolví el Consejo con la Flor Roja, desde que maté a Shere Khan, ninguno de los de la Manada ha podido echarme a un lado. ¡Y este par no son más que los últimos de la Manada! ¡Cazadores de poca monta! He perdido la fuerza y no tardaré en morir. Oh, Mowgli, ¿por qué no matas a los dos?

La pelea prosiguió hasta que uno de los lobos huyó corriendo y Mowgli se quedó solo sobre la tierra removida y ensangrentada, mirando ora el cuchillo, ora sus brazos y piernas, mientras una sensación de tristeza como jamás había conocido iba cubriéndolo del mismo modo que el agua cubre un tronco que flota en el río.

A primera hora de la noche cazó y comió un poco, lo justo para estar fuerte y poder emprender sus correrías de primavera. Y comió solo, ya que todo el Pueblo de la Jungla se había marchado a cantar o pelear. La noche era perfectamente clara y parecía como si toda la vegetación hubiese experimentado el crecimiento de un mes desde aquella misma mañana. La rama que el día antes se hallaba cubierta de hojas amarillas derramó savia al partirla Mowgli. El musgo se enroscaba en sus pies, cálido y espeso, la hierba tierna carecía de aristas cortantes y todas las voces de la jungla sonaban como una cuerda de arpa pulsada por la luna: la luna del Habla Nueva, que derramaba raudales de luz sobre rocas y estanques, deslizándose entre troncos y lianas, tamizándola a través de un millón de hojas. Olvidándose de su pesar, Mowgli se puso a cantar de gozo cuando emprendió la marcha. Más que andar o correr, parecía que volase, ya que había elegido la larga pendiente que bajaba hasta los marjales del norte a través de lo más espeso de la jungla, donde el suelo esponjoso amortiguaba el ruido de sus pisadas. Un hombre criado por los hombres habría avanzado siguiendo la engañosa luz de la luna y tropezando cada dos por tres, pero los músculos de Mowgli, entrenados durante muchos años de experiencia, lo transportaban como si de una pluma se tratase. Cuando a sus pies surgía un tronco podrido o una piedra medio enterrada, sorteaba el obstáculo sin esfuerzo y sin preocuparse, sin aminorar el paso. Cuando se cansaba de caminar, se asía como un mono a la primera liana que encontraba y parecía flotar más que trepar hasta las ramas delgadas, desde las que tomaba alguno de los caminos de los árboles y por él seguía hasta que se cansaba y saltaba al suelo describiendo una larga curva entre el follaje. Había hondonadas cálidas y húmedas, rodeadas de rocas, en las que apenas podía respirar a causa de los intensos perfumes de las flores nocturnas y de los capullos que cubrían las lianas, tenebrosas sendas en las que los rayos de luna dibujaban franjas tan regulares como las baldosas de mármol en la nave de una iglesia, sotos espesos donde la húmeda vegetación le llegaba hasta el pecho y le enlazaba la cintura con sus brazos, colinas coronadas por peñascos rotos en las que saltaba de piedra en piedra por encima de las guaridas de zorros pequeños y atemorizados. Se oía débilmente, a lo lejos, el chug-drug de algún jabalí que afilaba sus colmillos frotándolos contra el tronco de un árbol y con el que Mowgli se cruzaría más adelante, completamente solo, mientras el animal, con la boca llena de espuma y lanzando llamaradas por los ojos, arañaba y despedazaba la corteza de algún árbol alto. Otras veces se desviaba un poco de su camino al oír el entrechocar de cuernos y los sibilantes gruñidos de un par de furiosos sambhurs que se acometían con la testuz inclinada, el cuerpo manchado de sangre que a la luz de la luna parecía negra. De vez en cuando, al vadear algún río de crecido caudal, oía a Jacal, el Cocodrilo, mugiendo como un toro, o tropezaba con algún ovillo que formaban los del Pueblo Venenoso, aunque, antes de que pudieran atacarle, Mowgli ya estaba lejos de allí, adentrándose de nuevo en la jungla tras cruzar los relucientes guijarros.

Y así siguió corriendo, a veces cantando y a veces gritando, convertido en el más feliz de los pobladores de la jungla aquella noche, hasta que el aroma de las flores le avisó de que los marjales estaban cerca y, por consiguiente, se encontraba ya muy lejos de los parajes por donde solía cazar.

También aquí un hombre criado por los hombres se habría hundido en un marjal en cuestión de tres zancadas, pero Mowgli tenía ojos en los pies y fue pasando de un macizo de hierba a otro, de matorral a matorral, sin tener que pedir ayuda a los ojos de la cara. Corrió hasta alcanzar la mitad de la marisma, asustando a los patos al pasar, y se sentó en un tronco cubierto de musgo que yacía en las negras aguas. A su alrededor, los marjales estaban llenos de vida, ya que durante la primavera el Pueblo de los Pájaros tiene el sueño muy ligero y grandes bandadas se pasaron toda la noche yendo y viniendo. Pero nadie hizo caso de Mowgli, que, sentado entre las altas cañas, tarareaba canciones sin palabras mientras se examinaba las plantas de los pies, morenos y endurecidos, por si tenía alguna espina clavada en ellas. Tenía la sensación de haber dejado a su espalda, en su propia jungla, toda su tristeza, pero en el instante en que rompía a cantar a pleno pulmón, la tristeza volvió a apoderarse de él… diez veces peor que antes.

Esta vez Mowgli se asustó.

—¡También está aquí! —dijo casi en voz alta—. Me ha seguido.

Miró por encima del hombro para ver si la tenía detrás de él y dijo:

—Aquí no hay nadie.

Siguieron oyéndose los ruidos nocturnos del pantano, pero ningún pájaro, ninguna bestezuela le dirigió la palabra y la renacida sensación de infelicidad fue creciendo más y más.

—No hay duda de que he comido algo venenoso —dijo con voz sobrecogida—. Sin darme cuenta debo de haberme tragado algo venenoso y empiezan a fallarme las fuerzas. Sentí miedo y, sin embargo, yo no estaba asustado. Era Mowgli el que sentía miedo mientras los dos lobos luchaban. Akela, el mismo Phao incluso, los habrían hecho callar, pero Mowgli estaba asustado. Eso es una señal clara de que he comido algo venenoso… Pero ¿qué les importa a los de la jungla? Cantan, aúllan, luchan, corren en grupos bajo la luz de la luna y yo… Hai-mai…! yo estoy muriendo aquí en los marjales por culpa de ese veneno que me he comido.

Sentía tanta lástima de sí mismo que casi rompió a llorar.

—Después —prosiguió— me encontrarán flotando en las aguas negras, muerto. No, regresaré a mi propia jungla y moriré en la Roca del Consejo, y mi querida Bagheera, si no está demasiado ocupada gritando en el valle, quizá vele mis restos durante un rato, para que Chil no repita conmigo lo que hizo con Akela.

Una enorme y caliente lágrima cayó sobre su rodilla y, a pesar de su aflicción, Mowgli se sintió feliz de estar tan triste, si es que sois capaces de comprender ese sentimiento de felicidad al revés.

—Lo que Chil, el Milano, hizo con Akela —repitió— la noche que salvé a la Manada de perecer entre las garras de Perro Rojo.

Permaneció callado un rato, pensando en las últimas palabras de Lobo Solitario que, por supuesto, recordaréis vosotros.

—Akela me dijo muchas tonterías antes de morir, ya que lo que llevamos dentro cambia cuando nos morimos. Dijo que… Da igual, ¡dijera lo que dijera, yo soy de la jungla!

Dejándose llevar por la excitación al recordar la batalla en las márgenes del Waingunga, las últimas palabras las pronunció gritando y la hembra de un búfalo salvaje, que estaba entre las cañas, se levantó de un salto y dijo con un resoplido:

—¡El hombre!

—Hu! —exclamó Mysa, el Búfalo Salvaje (al que Mowgli oyó moverse en el fango)—. Ese no es el hombre. No es más que el lobo pelado de la Manada de Seeonee. En las noches como esta corre de un lado a otro.

—Hu! —contestó la hembra, volviendo a bajar la cabeza para seguir paciendo—. Creí que se trataba del hombre.

—Te digo que no lo es. Eh, Mowgli, ¿estás en peligro? —mugió Mysa.

—Eh, Mowgli, ¿estás en peligro? —repitió Mowgli en plan de mola—. Eso es todo lo que es capaz de pensar Mysa: si hay peligro. Pero ¿qué le importa Mowgli a él? ¿Qué le importa ese Mowgli que se pasa la noche corriendo por la jungla, observándolo todo?

—¡Cómo grita! —dijo la hembra.

—Así lo hacen siempre —contestó Mysa desdeñosamente— esos que, después de arrancar la hierba, no saben cómo comérsela.

—Por menos que eso —gruñó Mowgli para sí—, por menos que eso, las pasadas lluvias sin ir más lejos, habría obligado a Mysa a salir del fango y habría cabalgado por el pantano montado en él, azuzándolo con un junco.

Alargó una mano para arrancar una de esas frágiles cañas, pero la retiró enseguida, soltando un suspiro. Mysa siguió mascando tranquilamente, al tiempo que se oía el ruido que hacía la hembra al morder las hierbas altas.

—¡No voy a morir aquí! —gritó Mowgli, encolerizándose—. Aquí me vería Mysa, que es de la misma sangre que Jacala y el cerdo. Nos iremos más allá del pantano y veremos qué pasa. Jamás me había pasado esto en mis correrías de primavera: tengo frío y calor al mismo tiempo. ¡Arriba, Mowgli!

No pudo resistir la tentación de arrastrarse sigilosamente por entre las cañas hasta donde se hallaba Mysa y pincharlo con la punta del cuchillo. El enorme búfalo, chorreando agua y fango, salió disparado como un obús, mientras Mowgli se reía tanto que tuvo que sentarse para no caerse al suelo.

—Ahora podrás decir que una vez el lobo pelado de la Manada de Seeonee fue tu pastor, Mysa.

—¡Lobo! ¿Tú? —resopló el búfalo, chapoteando en el barro—. Toda la jungla sabe que una vez fuiste pastor de reses mansas, un mocoso como esos que gritan allá abajo donde están los sembrados. ¿Tú uno de la jungla? ¿Qué cazador se habría arrastrado como una serpiente entre las sanguijuelas para gastarme una broma semejante, una broma digna de un chacal, para ponerme en ridículo delante de mi hembra? Sal a tierra firme y te… te…

Mysa echaba espuma por la boca, ya que de todos los animales de la jungla Mysa es el que peor genio tiene. Sin inmutarse, Mowgli se quedó mirando cómo el búfalo jadeaba y resoplaba. Cuando por fin creyó que podría hacerse oír en medio del chapoteo y los mugidos, dijo:

—¿Qué Manada Humana hay por aquí, cerca de los marjales, Mysa? Esta jungla es nueva para mí.

—Entonces vete al norte —rugió el enojado búfalo, pues Mowgli le había dado un buen pinchazo—. Me has gastado una broma digna de uno de esos pastores desnudos. Ve y cuéntaselo a los del poblado que hay al otro lado del pantano.

—A la Manada Humana no le gustan los cuentos de la jungla. Y tampoco me parece a mí que un rasguño más o menos en tu pellejo sea motivo para convocar un consejo, Mysa. Pero iré a dar un vistazo a ese poblado. Sí, eso haré. Y ahora a callar, que el Amo de la Jungla no viene todas las noches a cuidarte mientras paces.

Saltó sobre la tierra movediza que bordeaba el pantano, bien a sabiendas de que eso impediría a Mysa cargar contra él, y se marchó corriendo, riendo al pensar en el enfado del búfalo.

—Aún no he perdido todas mis fuerzas —dijo—. A lo mejor el veneno no me ha llegado hasta los huesos. Allí veo una estrella que se está poniendo —agregó, observándola entre los dedos de las manos—. ¡Por el buey con que me compraron! ¡Es la Flor Roja! La misma Flor Roja junto a la cual solía acostarme antes… antes de que me uniera a la primera Manada de Seeonee. Ahora que ya la he visto, terminaré mi correría.

El pantano terminaba en una amplia llanura en la que parpadeaba una luz. Hacía ya mucho tiempo que Mowgli no se interesaba por las cosas de los hombres, pero aquella noche se sintió atraído hacia la Flor Roja.

—Echaré una ojeada —dijo—, como solía hacer en los viejos tiempos, y veré hasta qué punto ha cambiado la Manada Humana.

Olvidándose de que ya no se encontraba en su propia jungla, donde podía hacer cuanto se le antojase, echó a andar por la hierba empapada de rocío, sin tomar ninguna precaución, hasta que llegó a la choza donde brillaba la luz. Tres o cuatro perros empezaron a ladrar, pues se encontraba en los alrededores de un poblado.

—¡Ah! —exclamó Mowgli, sentándose sin hacer ruido después de contestar a los perros con un aullido de lobo que los dejó mudos—. Lo que sea será. ¿Qué se te ha perdido esta vez en las guaridas de la Manada Humana, Mowgli?

Se frotó la boca, recordando que en ella había recibido una pedrada años atrás, al ser expulsado del seno de otra Manada Humana.

Se abrió la puerta de la choza y una mujer se quedó en la puerta observando atentamente las tinieblas. Un niño pequeño rompió a llorar y la mujer, mirando por encima del hombro, dijo:

—Duerme. No era más que un chacal que ha despertado a los perros. Falta muy poco para que amanezca.

Mowgli empezó a temblar entre la hierba como si tuviera fiebre. Conocía de sobras aquella voz, pero, para asegurarse, gritó suavemente, sorprendiéndose al ver que volvía a ser capaz de hablar como los hombres:

—¡Messua! ¡Messua!

—¿Quién llama? —repuso la mujer con voz trémula.

—¿Lo has olvidado? —dijo Mowgli, que al hablar sentía la garganta seca.

—Si eres tú, dime: ¿qué nombre te puse? ¡Contesta!

La mujer había entornado la puerta y se apretaba el pecho con una mano crispada.

—¡Nathoo! ¡Ohé, Nathoo! —replicó Mowgli, pues, como recordaréis, ese era el nombre que le puso Messua cuando por primera vez se presentó a la Manada Humana.

—¡Ven, hijo mío!

Mowgli avanzó hacia la luz y se quedó mirando a Messua, la mujer que había sido buena con él, la misma que, hacía muchos años, él había salvado de perecer a manos de la Manada Humana. Había envejecido y tenía el pelo gris, pero los ojos y la voz no habían cambiado. Como era propio de una mujer, esperaba encontrar a Mowgli tal como lo había visto por última vez y con ojos perplejos miraba el pecho y la cabeza que rozaba el dintel de la puerta.

—Hijo mío —tartamudeó y luego, postrándose a los pies de Mowgli, añadió—: Pero ya no es mi hijo. Es un Diosecillo de los Bosques. Ahai!

Allí de pie bajo el rojo resplandor de la lámpara de aceite, fuerte, alto y bello, con sus largos cabellos negros cayéndole sobre la espalda, el cuchillo colgado al cuello, meciéndose, y la cabeza adornada con una guirnalda de jazmín, fácilmente se le habría podido confundir con un legendario Dios de la Jungla. El niño, medio dormido en su cuna, se incorporó bruscamente y se puso a chillar de terror. Messua se volvió para calmarlo, mientras Mowgli se quedaba quieto, contemplando las jarras de agua, los cacharros de cocina, el recipiente donde guardaban el grano y todos los demás utensilios humanos que tan bien recordaba.

—¿Qué te apetece comer o beber? —murmuró Messua—. Todo lo que hay aquí es tuyo. A ti te debemos la vida. Pero ¿eres tú aquel al que llamaba Nathoo o eres un diosecillo?

—Soy Nathoo —replicó Mowgli—. Me he alejado mucho de mis lares. Vi luz aquí y me acerqué. No sabía que tú estabas aquí.

—Cuando llegamos a Khanhiwara —dijo tímidamente Messua—, los ingleses nos quisieron ayudar contra aquella gente que quería quemarnos. ¿Te acuerdas?

—En verdad que sí. No lo he olvidado.

—Pero cuando la Ley inglesa estuvo a punto y fuimos al poblado de aquella gente mala, no lo encontramos por ninguna parte.

—También de eso me acuerdo —dijo Mowgli, sintiendo que se le estremecían las ventanas de la nariz.

—Entonces mi hombre buscó trabajo en los campos de labranza y por fin, como era un hombre fuerte, logramos tener un poco de tierra propia. No es tan rica como la del otro poblado, pero no necesitamos mucho… los dos.

—¿Dónde está él… aquel hombre que se puso a excavar la tierra aquella noche, cuando estaba asustado?

—Murió… hace un año.

—¿Y él? —dijo Mowgli, señalando al pequeño.

—Es mi hijo. Nació hace dos lluvias. Si eres un diosecillo, concédele la Protección de la Jungla, para que no corra peligro entre tu… tu gente, como no lo corrimos nosotros aquella noche.

Alzó al pequeño en el aire y la criatura, olvidándose del miedo, alargó las manitas para jugar con el cuchillo que colgaba sobre el pecho de Mowgli, que con mucha delicadeza apartó del arma los deditos que intentaban cogerla.

—Y, si tú eres el Nathoo que el tigre se llevó —prosiguió Messua con voz entrecortada—, entonces él es tu hermano menor. Dale la bendición de un hermano mayor.

—Hai-mai! ¿Qué sé yo de esa cosa que llamas bendición? No soy un diosecillo, ni tampoco soy su hermano y… Oh, madre, madre, cómo me pesa el corazón.

Sintió un escalofrío mientras se inclinaba para depositar al pequeño en la cuna.

—No me extraña —dijo Messua, afanándose con los cacharros de cocina—. Esto te pasa por pasarte la noche corriendo por los pantanos. Lo sé muy bien: la fiebre te ha penetrado hasta la médula.

Mowgli sonrió levemente al pensar en la posibilidad de que hubiera algo en la jungla que pudiera hacerle daño.

—Encenderé una hoguera y beberás un poco de leche caliente. Quítate esa guirnalda de jazmín, que huele demasiado fuerte en este lugar tan pequeño.

Mowgli se sentó, murmurando palabras ininteligibles y tapándose la cara con las manos. Se sentía inundado de toda clase de sentimientos que jamás había conocido, exactamente igual que si lo hubieran envenenado. La cabeza le daba vueltas y se sentía algo mareado. Bebió a grandes sorbos la leche caliente, mientras Messua le daba alguna que otra palmadita en la espalda, aún no segura del todo de si el muchacho era su Nathoo o si en realidad se trataba de algún portentoso ser de la jungla, aunque se sentía contenta al comprobar que, al menos, era de carne y hueso.

—Hijo —dijo finalmente con los ojos llenos de orgullo—, ¿te han dicho alguna vez que eres más bello que el resto de los hombres?

—¿Qué? —dijo Mowgli, que; naturalmente, jamás había oído nada semejante.

La expresión de su cara le bastó a Messua, que rio de felicidad.

—Entonces ¿soy yo la primera que te lo dice? Aunque suceda pocas veces, está bien que sea, una madre la que le diga estas cosas agradables a su hijo. Eres muy bello. Nunca había visto un hombre como tú.

Mowgli volvió la cabeza y trató de mirarse por encima de su propio hombro. Messua se echó a reír de nuevo, con tantas ganas que Mowgli, sin saber por qué, no pudo resistirlo y se echó a reír también, mientras el pequeño corría del uno al otro, riendo igualmente.

—No, no debes burlarte de tu hermano —dijo Messua, estrechando a la criatura contra su pecho—. Cuando tú seas la mitad de guapo que él, te casaremos con la más joven de las hijas de un rey y viajarás a lomos de grandes elefantes.

Mowgli no alcanzaba a comprender siquiera una de cada tres de las palabras que decía Messua. Después de su larga carrera, la leche caliente comenzaba a surtir efecto, por lo que se acurrucó en un rincón y en menos de un minuto se durmió profundamente. Messua le apartó el pelo de los ojos, lo tapó con una manta y se sintió feliz. Al estilo de la jungla, durmió el resto de la noche y todo el día siguiente, pues sus instintos, que nunca quedaban totalmente dormidos, lo avisaron de que no había nada que temer. Por fin despertó dando un salto que hizo temblar toda la choza, ya que la manta que le tapaba la cara le hizo soñar que había caído en una trampa. Se quedó de pie, empuñando el cuchillo, con los párpados pesados a causa del sueño y dispuesto a luchar contra lo que fuera.

Messua se rio y le puso la cena en la mesa. Había solamente unas cuantas tortas sencillas, cocinadas sobre la humeante hoguera, un poco de arroz y una ración de conserva de fruta de tamarindo: lo suficiente para ir tirando hasta la hora de cazar como todas las noches. El olor del rocío en los pantanos le despertó el hambre y lo llenó de desasosiego. Tenía ganas de terminar su correría de primavera, pero el pequeñín insistió en sentarse en sus brazos y, por si fuera poco, Messua se empeñó en peinarle los largos cabellos, de un negro azulado. Mientras lo peinaba cantaba cancioncillas tontas de esas que se cantan a los bebés. Tan pronto llamaba hijo a Mowgli como le suplicaba que diera al pequeño un poco de sus poderes de la jungla. La puerta de la choza estaba cerrada, pero Mowgli oyó un sonido que conocía muy bien y vio cómo Messua abría la boca, horrorizada al observar una enorme pata gris que se metía por debajo de la puerta, mientras en el exterior, Hermano Gris profería un sofocado aullido en el que se reflejaban la angustia y el miedo.

—¡Quédate fuera y espera! No pudiste venir cuando te llamé —dijo Mowgli en el idioma de la jungla, sin volver la cabeza.

La pata gris desapareció.

—No… no traigas tus… tus sirvientes aquí —dijo Messua—. Yo… nosotros siempre hemos vivido en paz con la jungla.

—Viene en son de paz —dijo Mowgli, levantándose—. Piensa en aquella noche que pasasteis camino de Khanhiwara. Delante y detrás de vosotros había muchísimos como él. Pero ya veo que ni siquiera en primavera el Pueblo de la Jungla se olvida de uno. Me voy, madre.

Messua se hizo a un lado, humildemente, pensando que en verdad Mowgli era un Dios de los Bosques, pero, al ver que la mano del muchacho se apoyaba en la puerta para abrirla, la madre que llevaba dentro la impulsó a abrazarse una y otra vez al cuello de Mowgli.

—¡Vuelve! —susurró—. Seas o no mi hijo, vuelve conmigo, porque te quiero. Mira, también él está triste.

El pequeñín lloraba al ver que el hombre del cuchillo reluciente se iba.

—Vuelve —repitió Messua—. De noche o de día, esta puerta nunca estará cerrada para ti.

Mowgli sintió como si le estuvieran tirando de las cuerdas de la garganta y, al contestar, le pareció como si la voz tuviera que hacer un gran esfuerzo por salir.

—Volveré, puedes estar segura. Y ahora —agregó, dirigiéndose al lobo, cuya cabeza asomaba por la puerta— tengo una pequeña queja contra ti, Hermano Gris. ¿Por qué no vinisteis los Cuatro cuando os llamé hace ya unos días?

—¿Unos días? ¡Si fue anoche…! Yo… nosotros estábamos cantando en la jungla, las nuevas canciones. Estamos en la época del Habla Nueva. ¿No te acuerdas?

—Sí, es verdad.

—Y en cuanto terminamos de cantarlas —prosiguió Lobo Gris con acento sincero—, me puse a seguir tu rastro. Me separé de los demás y no he parado de buscarte. Pero, Hermanito, ¿qué has hecho? ¿Has comido y dormido con la Manada Humana?

—Si hubieras venido cuando te llamé, esto no habría sucedido nunca —dijo Mowgli, corriendo más que el lobo.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó Hermano Gris.

Mowgli iba a contestar cuando vio que por un sendero que salía de los alrededores del poblado se acercaba una muchacha vestida de blanco. Hermano Gris se escondió inmediatamente, mientras Mowgli, sin hacer ruido, retrocedía hasta meterse en un sembrado de altas mieses. Casi habría podido tocarla con la mano cuando los cálidos y verdes tallos se cerraron ante su cara y desapareció igual que un fantasma. La muchacha chilló, pues creía haber visto un espíritu. Luego soltó un hondo suspiro. Mowgli apartó los tallos con las manos y se quedó contemplándola hasta que se perdió de vista.

—Ahora, no lo sé —dijo, suspirando a su vez—. ¿Por qué no viniste cuando te llamé?

—Te seguimos… te seguimos —murmuró Hermano Gris, lamiendo los pies de Mowgli—. Siempre te seguimos, salvo en la época del Habla Nueva.

—¿Y me seguirías hasta donde está la Manada Humana? —susurró Mowgli.

—¿Acaso no te seguí la noche en que nuestra vieja Manada te expulsó? ¿Quién te despertó cuando dormías en los campos de labranza?

—Sí, pero ¿volverías a hacerlo?

—¿Acaso no te he seguido esta noche?

—Sí, pero ¿y otra vez, y otra y puede que otra más, Hermano Gris?

Hermano Gris guardó silencio. Cuando habló lo hizo dirigiéndose a sí mismo, gruñendo:

—La Negra dijo la verdad.

—¿Cuándo dijo qué?

—Que el hombre acaba por volver con el hombre. Raksha, nuestra madre, dijo…

—Y también lo dijo Akela la noche de Perro Rojo —musitó Mowgli.

—Y lo mismo dice Kaa, que es más sabia que todos nosotros.

—¿Y tú que dices, Hermano Gris?

—Te expulsaron una vez, colmándote de insultos. Te hirieron en la boca a pedradas. Mandaron a Buldeo que te matase. Te habrían arrojado a la Flor Roja. Fuiste tú, y no yo, quien dijo una vez que eran malos e insensatos. Tú, y no yo, pues yo no hago más que seguir a mi propio pueblo, quien hizo que la jungla los invadiera. Tú, y no yo, hiciste contra ellos una canción todavía más amarga que la que cantamos nosotros contra Perro Rojo.

—Lo que te pregunto es qué dices tú.

Hablaban mientras corrían. Hermano Gris siguió trotando durante un rato sin decir nada y luego dijo, entre salto y salto:

—Cachorro de Hombre… Amo de la Jungla… Hijo de Raksha, hermano de guarida…, aunque en primavera se me olvide durante unos días, tu rastro es mi rastro, tu guarida es mi guarida, tu presa es mi presa y tu lucha a muerte es mi lucha a muerte. Hablo en nombre de los Tres. Pero ¿qué le dirás a la jungla?

—Bien pensado. No está bien esperar un rato antes de matar a la presa que se ha visto. Adelántate y convócalos a todos en la Roca del Consejo y entonces les diré lo que me bulle en la cabeza. Pero puede que no acudan… puede que, siendo la época del Habla Nueva, se olviden de mí.

—Entonces ¿es que tú no te has olvidado de nada? —ladró Hermano Gris por encima del hombro, mientras iniciaba un galope tendido y Mowgli, pensativo, lo seguía.

En cualquier otra estación la noticia habría atraído a todos los de la jungla, con el pelo del cuello erizado, pero en aquellos momentos estaban ocupados cazando y luchando, matando y cantando. Hermano Gris iba corriendo de uno a otro, gritando:

—¡El Amo de la Jungla se vuelve con el hombre! ¡Venid a la Roca del Consejo!

Pero el Pueblo de la Jungla, feliz y afanoso, se limitaba a contestar:

—Volverá a nosotros con los calores del verano. Las lluvias le harán buscar la guarida. Ven a correr y cantar con nosotros, Hermano Gris.

—¡Pero si el Amo de la Jungla se vuelve con el hombre! —repetía Hermano Gris.

—Eee Yoawa? ¿Y eso hace que la época del Habla Nueva sea menos dulce? —le contestaban ellos.

Así que cuando Mowgli, con el corazón apesadumbrado, cruzó los roquedales que tan bien conocía y llegó al lugar donde había comparecido ante el Consejo, se encontró solamente con los Cuatro, Baloo, que de tan viejo se había vuelto casi ciego, y Kaa, la gruesa pitón de sangre fría, que estaba enroscada en el asiento vacío que antes ocupara Akela.

—¿Así que el rastro termina aquí, Cachorro de Hombre? —dijo Kaa, al ver que Mowgli se arrojaba al suelo con el rostro entre las manos—. Lanza la llamada: «Somos de la misma sangre, tú y yo… hombre y serpiente juntos».

—¿Por qué no moriría bajo las zarpas de Perro Rojo? —se quejó el muchacho—. He perdido la fuerza y no ha sido a causa de ningún veneno. De noche y de día oigo pisadas que siguen mi rastro. Cuando vuelvo la cabeza es como si alguien acabase de ocultarse para que yo no lo viera. Miro detrás de los árboles, pero no está allí. Llamo y nadie me responde, pero tengo la sensación de que alguien me está escuchando y no quiere responderme. Me acuesto en el suelo, pero no descanso. Emprendo mi correría de primavera, pero no encuentro sosiego. Me baño, pero no me siento refrescado. La caza me repugna, pero no me siento con ánimos para luchar a menos que sea matando. La Flor Roja se me ha metido en el cuerpo, mis huesos se han convertido en agua… y… no sé qué es lo que sé.

—¿Qué falta nos hace hablar? —dijo lentamente Baloo, volviendo la cabeza hacia el lugar donde yacía Mowgli—. Akela, allá en el río, ya lo dijo: Mowgli haría que Mowgli regresara con la Manada Humana. También yo lo dije. Pero ¿quién hace caso ahora de lo que dice Baloo? Bagheera… ¿Dónde se ha metido Bagheera esta noche? Ella lo sabe también. Es la ley.

—Cuando nos encontramos en los Cubiles Fríos, Cachorro de Hombre, yo ya lo sabía —dijo Kaa, moviendo levemente sus poderosos anillos—: El hombre acaba por volver con el hombre, aunque la jungla no lo expulse de su seno.

Perplejos, pero obedientes, los Cuatro se miraron unos a otros y luego a Mowgli.

—Entonces ¿la jungla no me expulsa? —dijo Mowgli con voz entrecortada.

Hermano Lobo y los Tres empezaron a gruñir furiosamente, diciendo:

—Mientras nosotros estemos vivos nadie se atreverá a…

Pero Baloo los hizo callar.

—Yo te enseñé la ley. Tengo, pues, derecho a hablar —dijo—. Aunque ya no veo las rocas que hay ante mí, sí puedo ver el futuro. Sigue tu camino, Ranita. Funda tu guarida entre los de tu propia manada, entre el pueblo que lleva tu sangre. Pero, recuerda: cuando te hagan falta unas patas ligeras, unos colmillos afilados o unos ojos penetrantes, o cuando necesites mandar un recado urgente de noche, Amo de la Jungla, la jungla estará a tu disposición.

—La Jungla Media también es tuya —dijo Kaa—. De la gente pequeña, empero, no digo nada.

—¡Hai-mai, hermanos míos! —exclamó Mowgli, alzando los brazos al cielo y sollozando—. ¡No sé qué es lo que sé! No quisiera irme, pero los dos pies tiran de mí. ¿Cómo podré abandonar estas noches?

—Ea, ea, levanta la mirada, Hermanito —dijo Baloo—. No tienes nada de que avergonzarte. Cuando nos hemos comido la miel, dejamos el panal abandonado.

—Una vez se ha cambiado de piel —dijo Kaa—, no es posible volver a ponerse la vieja. Así es la ley.

—Escucha, Hermanito…, el más querido para mí entre todos los que viven en la jungla —dijo Baloo—. Nadie desea impedirte que te vayas. ¡Arriba esa cabeza! ¿Quién se atreverá a hacerle preguntas al Amo de la Jungla? Yo te vi jugar con los guijarros blancos allá abajo, cuando eras una ranita y Bagheera, que te compró pagando con un buey joven recién muerto, también te vio. De los que entonces te vimos solo quedamos dos, pues Raksha, tu madre, murió, como también murió tu padre. Ya hace tiempo que no queda ninguno de los que formaban la vieja Manada de Lobos. Ya sabes adónde fue a parar Shere Khan. Y Akela murió entre los dholes, allí donde, de no haber sido por tu sabiduría y fuerza, también la segunda Manada de Seeonee habría perdido la vida. Ya no queda nada salvo huesos viejos. No es el Cachorro de Hombre el que pide permiso a la Manada, sino que es el Amo de la Jungla quien ha decidido encaminar sus pasos por otro sendero. ¿Quién podrá pedirle al hombre que dé explicaciones por lo que se propone hacer?

—¡Por Bagheera y el buey con que me compró! —dijo Mowgli—. No quisiera…

Sus palabras quedaron cortadas en seco por un rugido que resonó en la espesura, a los pies de la Roca del Consejo, y Bagheera, ágil, fuerte y terrible como siempre, se plantó ante él.

—Por esto —dijo Bagheera, extendiendo una pata de la que chorreaba sangre—, no he venido antes. Ha sido una larga cacería, pero ahora yace muerto allí abajo, entre los arbustos… un buey de dos años: el buey que te devuelve la libertad, Hermanito. Todas las deudas han sido saldadas ya. Por lo demás, mi palabra es la palabra de Baloo.

Lamió los pies de Mowgli y, dando un salto, desapareció, al tiempo que exclamaba:

—¡Recuerda que Bagheera te quería!

Al llegar al pie de la montaña volvió a gritar:

—¡Buena caza en tu nuevo sendero, Amo de la Jungla! ¡No olvides que Bagheera te quería!

—Ya lo has oído —dijo Baloo—. Nada más queda por decir. Ahora vete, pero antes acércate. ¡Acércate, Ranita sabia!

—Es difícil cambiar de piel —dijo Kaa, mientras Mowgli sollozaba desconsoladamente, con el rostro apoyado en el costado del oso ciego y rodeándole el cuello con los brazos, al tiempo que Baloo, débilmente, trataba de lamerle los pies.

—Las estrellas se apagan —dijo Hermano Gris, olfateando el aire del amanecer—. ¿Dónde nos cobijaremos hoy? Porque, de ahora en adelante, seguiremos nuevos rastros.

Y esta es la última de las historias de Mowgli.

CANCIÓN DE DESPEDIDA

(He aquí la canción que Mowgli oyó cantar en la jungla mientras regresaba a casa de Messua.)

BALOO
Por amor al que a una Rana sabia enseñó
los senderos de la jungla,
respeta la Ley de la Manada Humana.
¡Por amor al viejo y ciego Baloo!
Limpio o sucio, nuevo o viejo,
síguela como si fuera la nuestra,
de día y de noche, síguela,
sin torcer jamás a diestra o siniestra.
Por el amor del que te quiere
más que a cualquier otro de la jungla,
cuando tu Manada te haga daño,
di: «Otra vez canta Tabaqui».
Cuando tu Manada te mate a trabajar,
di: «Aún vive Shere Khan».
Cuando matar quiera el cuchillo,
respeta la ley y sigue tu camino.
(Raíz y miel, palma y espata,
¡proteged del mal a este cachorro!)
Bosque y agua, viento y árbol,
¡vaya contigo el Amparo de la Jungla!
KAA
De la ira nace el Miedo
y solo los ojos atentos ven el peligro.
Guárdate del veneno de la Cobra.
No hagas caso de sus palabras.
Sé franco y ganarás Fuerza y Cortesía.
No emprendas lo que acabar no puedas,
no caigas en ningún engaño.
Caza lo que necesites para comer,
mas nunca por el placer de hacer daño.

Has comido, ¿tienes sueño?
Busca un rincón bien abrigado,
no diera contigo, por descuido,
algún enemigo ya olvidado.
Este y oeste, norte y sur,
lávate el cuerpo, cierra la boca.
(Allá por donde vaya: llano o risco,
río o lago, ¡Jungla Media, a ti
te lo encomiendo!)
Bosque y agua, viento y árbol,
¡vaya contigo el Amparo de la Jungla!
BAGHEERA
En la jaula empezó mi vida,
bien conozco, pues, al hombre.
¡Por el Candado Roto que me liberó!
¡Guárdate de los tuyos, Cachorrillo!
No dejes que el perfume del rocío
y la luz de las estrellas,
embriagándote, te extravíen.
En manada o consejo, de caza o en reposo,
no pidas tregua al Chacal Humano.
Responde con tu silencio si te dicen:
«¡Ven, por aquí más fácil es el camino!».
No hagas caso cuando tu ayuda busquen
para hacer daño al débil.
De tu pericia no hagas alarde
como los vanidosos Bandar-log.
Caza, sí, pero en silencio.
Que ningún canto, llamada o señal
te aparten de tu rastro.
(Niebla matutina y crepúsculo claro,
¡guardadlo como guardáis al ciervo!)
Bosque y agua, viento y árbol,
¡vaya contigo el Amparo de la Jungla!
LOS TRES
Por el sendero que ahora recorres,
camino de las temibles chozas

donde anida la Flor Roja.
De noche, cuando en tu lecho,
apartado de nuestra madre el cielo,
a nosotros, tus hermanos, oigas;
cuando con el día te levantes,
y a tus duras labores te encamines,
lleno de añoranza por la jungla:
bosque y agua, viento y árbol,
Sabiduría, Fuerza y Cortesía,
¡vaya contigo el Amparo de la Jungla!

18. ESPADAS DE MARTE (EDGAR RICE BURROUGHS)

ÍNDICE

Prólogo
1. Rapas, el Ulsio
2. Fal Silvas
3. Atrapado
4. Muerte en la noche
5. El cerebro
6. La nave
7. El rostro en el umbral
8. Sospecha
9. En el balcón
10. Jat Or
11. En casa de Gar Nal
12. ¡Ambos debemos morir!
13. Perseguido
14. Hacia Thuria
15. Thuria
16. Enemigos invisibles
17. El hombre gato
18. Condenado a muerte
19. Qzara
20. Intentamos la fuga
21. En la torre de los diamantes
22. En el sombrío calabozo
23. La puerta secreta
24. De vuelta a Barsoom

PRÓLOGO

La luna había aparecido por encima del borde del cañón cercano a las fuentes del Pequeño Colorado. Bañaba con una luz tenue los cauces que bordeaban la ribera del pequeño torrente de la montaña y los álamos, bajo los cuales se encontraba la pequeña cabaña donde yo llevaba varias semanas acampado en las Montañas Blancas de Arizona.

Me encontraba en el porche de la pequeña cabaña, disfrutando de la suave belleza de la noche de Arizona y, al contemplar la paz y serenidad de la escena, me parecía imposible que sólo unos pocos años atrás el fiero y temible Jerónimo hubiera estado en este mismo lugar, delante de esta misma cabaña, o que, generaciones atrás, una raza ahora extinguida hubiese poblado aquel cañón aparentemente desierto.

Había buscado en sus ciudades en ruinas el secreto de su origen y el aún más extraño secreto de su extinción. ¡Cómo me gustaría que aquellos desmoronados acantilados de lava pudieran hablar y contarme todo lo que habían presenciado desde que brotaron como arroyos incandescentes de los fríos y silenciosos cráteres que salpicaban la meseta que se alzaba más allá del cañón!

Mis pensamientos volvieron de nuevo a Jerónimo y a sus feroces guerreros, y estas erráticas cavilaciones me hicieron recordar al capitán John Carter de Virginia, cuyo cuerpo inerte había descansado durante diez largos años en una cueva olvidada de unas montañas situadas no muy lejos de aquí, hacia el sur…, la cueva donde se había escondido de sus perseguidores apaches.

Siguiendo la senda de mis pensamientos, escudriñé los cielos con la mirada hasta descubrir el ojo encarnado de Marte brillando en el vacío negro azulado; así pues, Marte estaba presente en mis pensamientos cuando volví a mi cabaña a prepararme para una buena noche de descanso bajo las susurrantes hojas de los álamos, cuya suave e hipnótica nana se entremezclaba con el gorgoteante murmullo de las aguas del Pequeño Colorado.

No tenía sueño, de modo que, una vez desvestido, coloqué una lámpara de petróleo junto a la cabecera de mi camastro y me dispuse a disfrutar de una novela policiaca de asesinatos y secuestros.

Mi cabaña consiste en dos habitaciones. La trasera, más pequeña, es mi dormitorio. La habitación más grande sirve para todo lo demás; es a la vez comedor, cocina y sala de estar. Desde mi camastro no la puedo divisar directamente. Un tabique endeble separa el dormitorio del salón.

No sé si me sugestiono con más facilidad que el resto de la gente; pero el caso es que las historias de misterio, asesinatos y delincuentes siempre me parecen más intensas cuando las leo solo en la tranquila vigilia nocturna.

Acababa de llegar al momento de la historia en que un asesino se arrastraba hacia la víctima de un secuestro, cuando oí que la puerta de entrada se abría y se cerraba, así como el inconfundible golpeteo del metal contra el metal.

Ahora bien, por lo que sabía, nadie acampaba en las fuentes del Pequeño Colorado; y, ciertamente, nadie tenía derecho a entrar en mi cabaña sin llamar antes.

Me senté en mi camastro, y busqué a tientas el Colt 45 automático que guardaba debajo de la almohada.

La lámpara de petróleo iluminaba tenuemente mi dormitorio, pero la mayor parte de su luz se concentraba en mi persona. La habitación exterior se hallaba a oscuras, como pude ver desde mi lecho, inclinándome hacia la puerta.

—¿Quién anda ahí? —pregunté imperativamente, mientras quitaba el seguro de mi automática y deslizaba los pies hacia el suelo. Apagué la lámpara sin esperar la respuesta.

Una tenue risa llegó desde la habitación vecina.

—Es una suerte que tus paredes estén llena de rendijas —dijo una voz grave—, porque, de no haber sido así, podría haberme metido en problemas. Esa pistola que vi antes de que apagaras la luz resultaba bastante amenazadora.

La voz me resultaba familiar, pero no podía acabar de identificarla.

—¿Quién eres? —quise saber.

—Enciende la lámpara y entraré —contestó mi visitante nocturno—. Si estás nervioso puedes apuntar la pistola hacia la puerta, pero haz el favor de no apretar el gatillo antes de tener la oportunidad de reconocerme.

—¡Maldita sea! —exclamé sin aliento al comenzar a encender otra vez la lámpara.

—¿Aún está caliente el tubo? —inquirió la voz grave desde la otra habitación.

—Muy caliente —contesté cuando al fin logré reemplazar el tubo y encenderla mecha—. ¡Entre!

Permanecí sentado en el borde de mi cama, cubriendo la puerta con mi pistola. De nuevo escuché aquel tintineo metálico, y un hombre apareció en la luz vacilante de mi lámpara, deteniéndose en el umbral. Era un hombre alto, que aparentaba entre veinticinco y treinta años de edad, de ojos grises y pelo negro. Estaba desnudo, excepto por unos arreos de cuero que sostenían armas de apariencia extraterrestre: una espada corta, una espada larga, una daga y una pistola, pero mis ojos no necesitaron inventariar todos estos detalles para reconocerlo. En cuanto lo vi, arrojé a un lado mi pistola y me puse en pie.

—¡John Carter! —exclamé.

—En persona —replicó él, con una de sus extrañas sonrisas.

Nos estrechamos la mano.

—No has cambiado demasiado —dijo él.

—Ni tú tampoco.

Suspiró, y luego sonrió de nuevo.

—Sólo Dios sabe lo viejo que soy. No recuerdo infancia alguna, ni haber tenido nunca otra apariencia que ésta; pero ven —añadió— no debes de quedarte ahí descalzo. Métete otra vez en la cama. Estas noches de Arizona no son nada tibias.

Alcanzó una silla y se sentó.

—¿Qué lees? —preguntó al recoger la revista que había caído al suelo y ver sus ilustraciones—. Parece un relato espeluznante.

—Sólo es una novelita de asesinatos para coger el sueño —expliqué.

—¿No tienen ya bastante de esto en la Tierra, que necesitan leer más para entretenerse? —preguntó—. En Marte nos basta con los de verdad.

—Es una expresión del interés generalizado por lo morboso y lo terrible. En realidad, no encuentro justificación, pero el caso es que estos cuentos me gustan. Sin embargo, acabo de perder todo interés en éste. Quiero que me hables de Dejah Thoris, de Carthoris y de lo que te ha traído aquí. Hace años que no venías. Había perdido toda esperanza de volverte a ver.

Asintió con la cabeza, creo que con algo de melancolía.

—Es una larga historia, una historia de amor y de lealtades, de odio y de crímenes, una historia de espadas ensangrentadas, de extraños lugares y pueblos, en un mundo extraño. Vivirla podía haber enloquecido a un hombre más débil que yo, ¡que a uno le despojen de su amor sin que pueda saber qué ha sido de ella!

No necesitaba preguntar a quién se refería. Sólo podía ser la incomparable Dejah Thoris, princesa de Helium y consorte de John Carter, Señor de la Guerra de Marte. La mujer por cuya belleza inmortal un millón de espadas habían teñido de rojo el planeta moribundo.

Durante largo tiempo, John Carter permaneció sentado en silencio contemplando el suelo. Yo sabía que sus pensamientos estaban a cuarenta y tres millones de millas de distancia, y no pensaba interrumpirlos.

—La naturaleza humana es similar en todas partes —dijo finalmente, señalando la revista que se encontraba sobre mi camastro—. Creemos que nos gusta olvidar las tragedias de la vida, pero no es así. Si por un momento nos evitan y nos dejan en paz, siempre intentamos invocarlas de nuevo, ya en nuestros pensamientos, ya a través de medios como éste que has adoptado tú. De la misma forma que tú encuentras un placer macabro al leer esto, yo encuentro un placer macabro acordándome de lo que pasó.

«Pero mis recuerdos de aquella gran tragedia no son todos tristes. Hubo muchas aventuras, muchos nobles combates y, finalmente… pero quizás te guste escuchar la historia».

Respondí afirmativamente, y así fue cómo me contó la historia que he escrito a continuación con sus propias palabras, con toda la fidelidad que mi memoria me permite.

Capítulo Uno

RAPAS, EL ULSIO

A más de mil novecientas millas al este de las Ciudades Gemelas de Helium, aproximadamente 30 grados de latitud sur y 172 grados de longitud este, se encuentra Zodanga. Siempre ha sido un semillero de sedición desde el día en que conduje contra ella a las feroces hordas verdes de Thark, reduciéndola e incorporándola al Imperio de Helium.

En el interior de sus amenazadoras murallas viven muchos zodanganos, quienes no sienten ninguna lealtad hacia Helium, e, igualmente, se han ido reuniendo allí muchos descontentos de todo el gran imperio gobernado por Tardos Mors, Jeddak de Helium. A Zodanga han emigrado no pocos de los enemigos personales y políticos de la casa de Tardos Mors y de su yerno John Carter, príncipe de Helium.

Visito la ciudad con la menor frecuencia posible, ya que no siento simpatía alguna ni por ella ni por sus habitantes, pero mis obligaciones me llevan allí de vez en cuando, principalmente porque es el cuartel general de uno de los gremios de asesinos más poderosos de Marte.

Mi tierra de nacimiento ha sido maldecida con sus malhechores, sus asesinos y sus secuestradores, mas éstos constituyen tan solo una ligera amenaza en comparación con las eficientísimas organizaciones que florecen en Marte. Aquí el asesinato es una profesión, el secuestro, una de las bellas artes. Cada uno tiene sus gremios, sus costumbres y sus códigos de ética; y sus ramificaciones se han extendido de tal forma que, actualmente, parecen arraigadas en toda la vida social y política del planeta.

Durante años he intentado extirpar este nocivo organismo pero el trabajo parece ser ingrato y sin esperanzas. Atrincherados tras unas antiquísimas murallas de tradición y hábito, ocupan una posición en la conciencia pública que les otorga cierta aureola de romanticismo y honor.

Los secuestradores no tienen muy buena fama, pero entre los más notorios asesinos hay hombres que gozan de la misma posición en la estima de las masas que nuestros héroes del ring o del béisbol.

Además, en la guerra que lucho contra ellos me encuentro en desventaja, dado que tengo que luchar casi solo, ya que incluso aquellos hombres rojos que piensan como yo al respecto, también están convencidos de que luchar a mi lado contra los asesinos no es sino una forma de suicidarse. No obstante, tengo la seguridad de que esto no los detendría si creyeran que existe siquiera alguna esperanza de éxito.

El que yo haya escapado durante tanto tiempo a las afiladas hojas de los asesinos les parece poco menos que un milagro, y supongo que sólo mi extremada confianza en mi capacidad para defenderme por mí mismo, me impide compartir su punto de vista.

A menudo, Dejah Thoris y Carthoris, mi hijo, me aconsejan que abandone la lucha; pero durante toda mi vida he sido reacio a admitir la derrota, y jamás renuncio de buena gana a un combate.

En Marte ciertos tipos de homicidio se castigan con la muerte, y la mayoría de los realizados por los asesinos entran dentro de estas categorías. Hasta la fecha, ésta ha sido el único arma que he podido utilizar contra ellos, y no siempre con éxito, puesto que normalmente es difícil probar sus crímenes, dado que incluso los testigos presenciales temen testificar en contra suya.

Pero, gradualmente, he desarrollado y organizado otro medio de combatirlos. Éste consiste en una organización secreta de superasesinos. En otras palabras, he decidido combatir al fuego con fuego.

Cuando se sabe de algún asesino, mi organización actúa como una agencia de detectives para descubrirlo. Luego actúa como juez y jurado y, eventualmente, como verdugo. Cada uno de sus movimientos se realizan en secreto, mas se marca una equis con la punta de una daga sobre el corazón de todas sus víctimas.

Si podemos golpear, lo solemos hacer con rapidez; y el público y los asesinos no han tardado en identificar esta equis sobre el corazón como la marca del brazo de la justicia sobre el culpable, y sé que en algunas de las mayores ciudades de Helium el índice de muerte por asesinato ha decrecido significativamente. Por lo demás, sin embargo, estamos tan lejos del éxito como al principio.

En Zodanga hemos obtenido nuestros peores resultados, y los asesinos de la ciudad se jactan abiertamente de ser demasiado inteligentes para mí, porque, aunque no están completamente seguros, intuyen que las equis sobre los pechos de sus camaradas muertos, son obra de una organización dirigida por mí.

Espero no haberte aburrido con esta exposición de hechos desnudos, pero me pareció necesario hacerla como introducción a las aventuras que me sucedieron, conduciéndome a un extraño mundo en un intento de derrotar a las malignas fuerzas que habían ensombrecido mi vida.

En mi lucha contra los asesinos de Barsoom, nunca he podido reclutar a muchos agentes para servir en Zodanga: y aquellos que operan allí lo hacen con poco entusiasmo, de forma que nuestros enemigos tienen buenas razones para burlarse de nuestros fracasos.

Decir que esta situación me fastidia, sería un eufemismo, y por lo tanto, decidí acudir en persona a Zodanga, no sólo para efectuar una concienzuda investigación, sino para dar tal lección a sus asesinos que se les quitasen las ganas de reír.

Decidí ir de incógnito y disfrazado, ya que si aparecía allí como John Carter, Señor de la Guerra de Marte, no averiguaría nada más de lo que ya sabía.

Disfrazarme es para mí una cuestión relativamente sencilla. Mi piel blanca y mi negro pelo me convierten en un hombre marcado en Marte, donde sólo los lotharianos de pelo castaño y los totalmente calvos therns, tienen la piel tan clara como la mía.

Aunque tengo plena confianza en la lealtad de mis sirvientes, uno nunca sabe si un espía ha logrado infiltrarse en la organización más cuidadosamente seleccionada. Por esta razón, mantuve mis planes y preparativos en secreto, incluso a los hombres de más confianza de los que me rodean.

En los hangares del techo de mi Palacio dispongo de aeronaves de distintos modelos, y de entre ellas seleccioné una de exploración de una sola arma, de la cual borré subrepticiamente la insignia de mi casa. Tras encontrar un pretexto para alejar a los guardianes del hangar, una tarde, introduje disimuladamente a bordo de la nave aquellos artículos que necesitaba para procurarme un disfraz satisfactorio. En adición a un pigmento rojo para mi propia piel y pinturas para el casco de la nave, incluí un juego completo de correajes, metales y armas zodanganas.

Esa noche la pasé a solas con Dejah Thoris, y aproximadamente a la octava zode y veinticinco xats, medianoche en hora terrestre, me puse un correaje de cuero sin insignias y me preparé para emprender mi aventura.

—Desearía que no te fueras, príncipe mío, tengo el presentimiento de que…, bueno…, de que ambos vamos a lamentarlo —dijo ella.

—Los asesinos deben de recibir una lección —contesté—, o nadie vivirá seguro en Barsoom. Sus actos constituyen un claro desafío; y no puedo permitirme ignorarlo.

—Supongo que no —contestó ella—. Ganaste tu alta posición con la espada, y supongo que debes mantenerla con ella; pero desearía que no fuera así.

La tomé en mis brazos y la besé, y le dije que no se preocupara, que no tardaría en volver. Luego subí al hangar de la azotea.

Los guardianes del hangar pueden haber pensado que era una hora inusual para que yo me embarcara, pero no podían tener la más mínima sospecha de cuál era mi destino. Despegué hacia el oeste, e inmediatamente me encontré surcando el aire poco denso de Marte, bajo las innumerables estrellas y los dos magníficos satélites del planeta rojo.

Las lunas de Marte siempre me han intrigado; y, de noche, cuando las contemplo, me siento atraído por el misterio que las rodea. Thuria, la más cercana, conocida en la Tierra como Phobos, es la más grande; orbita en tomo a Barsoom a solo 5.800 millas y ofrece una vista espléndida. Cluros, la más alejada, aunque su diámetro sólo es un poco más pequeño que el de Thuria, parece mucho más pequeña debido a su mayor distancia del planeta, estando como está a 14.500 millas.

Durante largo tiempo se dio crédito a una leyenda que afirmaba que la raza negra de Barsoom, los llamados «primeros nacidos», habitaban en Thuria, la luna más cercana; pero cuando desacredité a los falsos dioses de Marte, demostré a la vez de forma concluyente, que la raza negra vivía en el valle del Dor, cercano al polo sur del planeta.

Colgando sobre mí, Thuria presentaba una apariencia maravillosa, aún más destacable por el hecho de que daba la impresión de desplazarse de oeste a este, debido a que su órbita es tan cercana al planeta que efectúa una revolución en torno a él, en menos de un tercio, que la rotación diurna de Marte. Cuando la observaba ensoñadoramente fascinado aquella noche, lejos estaba de adivinar el papel que pronto había de representar en las escalofriantes aventuras y en la gran tragedia que me aguardaba tras el horizonte.

Cuando me hube alejado lo suficiente de las Ciudades Gemelas de Helium, desconecté mis luces de navegación y viré hacia el sur, orientándome gradualmente hacia el oeste, hasta tomar el rumbo de Zodanga. Una vez fijado el compás de destino, pude dedicar mi atención a otros menesteres, sabiendo que este ingenioso aparato me conduciría a donde deseaba sin problema.

Mi primera ocupación fue repintar el casco de la aeronave; amarré con unas cuerdas mi correaje a los anillos de la borda de la nave y luego, dejándome caer por los costados, procedí a realizar mi labor. Fue un trabajo lento, ya que después de pintar en todas direcciones hasta donde llegaba, tenía que volver a cubierta para cambiar la posición de las correas, de forma que pudiera cubrir otra sección del casco. Pero hacia el amanecer estuvo concluido, aunque no puedo decir que me enorgulleciera del resultado, desde un punto de vista artístico. Sin embargo, había logrado cubrir totalmente la pintura vieja, disfrazando así la nave, al menos en lo que a su color concernía. Una vez conseguido esto, arrojé por la borda la brocha y el resto de la pintura, seguidos por el correaje de cuero que había llevado hasta entonces.

Como me había pintado a mí mismo casi tanto como el casco de la nave, me llevó algún tiempo hacer desaparecer de mi persona el último vestigio de esta evidencia, que podría revelar a un observador atento que acababa de repintar mi nave.

Acto seguido, apliqué uniformemente el pigmento rojo sobre cada pulgada de mi cuerpo desnudo, de tal forma que cuando hube terminado, en cualquier lugar de Marte, me hubieran tomado por un miembro de la raza dominante de marcianos rojos; una vez que me puse el correaje, las insignias y las armas zodanganas, sentí que mi disfraz estaba completo.

Era ya media mañana y, después de comer, me acosté para dormir unas pocas horas.

Entrar en una ciudad marciana después de que haya oscurecido, puede ser muy embarazoso para alguien que no pueda explicar con claridad lo que se propone hacer. Por supuesto, es posible deslizarse dentro sin luces; pero las posibilidades de detención por alguna de las numerosas naves de patrulla son demasiado grandes; y como yo no podía explicar mi misión ni revelar mi identidad, probablemente me hubieran enviado a los pozos y, sin duda, hubiera recibido el castigo reservado a los espías: una larga reclusión, seguida por la muerte en la arena.

Si entraba con las luces encendidas, me detendrían con toda seguridad; y como no podría responder satisfactoriamente a las preguntas que me hicieran, y nadie saldría fiador por mí, mis apuros serían igualmente difíciles; así pues, cuando me acerqué a la ciudad antes del amanecer del segundo día, apagué el motor y me dejé llevar a la deriva bien lejos de los reflectores de las naves de patrulla.

Incluso cuando se hizo de día, no me aproximé a la ciudad hasta media mañana, cuando otras naves iban y venían libremente sobre las murallas.

Durante el día, a menos que una ciudad esté en guerra abierta, se ponen pocas restricciones a las idas y venidas de las naves pequeñas. Las naves de patrullas detienen y examinan ocasionalmente a algunas y, como las multas por volar sin licencia son muy altas, el gobierno mantiene una apariencia de control.

En mi caso, no se trataba de una cuestión de permiso de vuelo sino de mi derecho a estar en Zodanga; así que mi aproximación a la ciudad no dejó de tener su sabor aventurero.

Al fin los muros de la ciudad se encontraron directamente debajo de mí y me felicité por mi buena suerte, ya que no había ningún patrullero a la vista; pero me había felicitado demasiado pronto, pues casi inmediatamente un ágil crucero de los usados comúnmente en todas las ciudades marcianas para misiones de patrulla, surgió detrás de una elevada torre, directamente hacia mí.

Yo me moví con lentitud, para no llamar la atención; pero puedo asegurar que mi mente trabajaba con rapidez. La nave de una sola plaza que yo pilotaba era muy rápida y podía haber esquivado al patrullero con facilidad; sin embargo, este plan tenía dos importantes defectos.

Uno de ellos era que, en tal caso, el patrullero abriría sin duda fuego sobre mí, y con elevadas posibilidades de derribarme. Y el otro era que, aunque lograra escapar, sería prácticamente imposible para mí entrar otra vez de esta forma en la ciudad, ya que mi nave quedaría marcada y todo el servicio de patrulleros estarían esperándola.

El crucero se me aproximaba decididamente y yo me preparaba a intentar salir del paso con el cuento chino de que había estado ausente largo tiempo de Zodanga y había perdido todos mis documentos durante mi ausencia. El mejor resultado que podría esperar de aquello era que simplemente me multaran por pilotar sin permiso, y como yo estaba bien provisto de dinero, tal solución hubiera sido muy satisfactoria.

Esta, sin embargo, era una esperanza muy leve, ya que su consecuencia inmediata sería que insistirían en saber quién sería mi fiador mientras se extendían los nuevos documentos; y, sin un fiador, mi posición sería bastante mala.

Precisamente cuando el patrullero se encontraba a la distancia adecuada para ordenarme detenerme, y cuando esperaba que lo hiciera de un momento a otro, oí un gran choque encima de mí, y al mirar hacia arriba vi cómo colisionaban dos pequeñas naves. Podía distinguir claramente al oficial que mandaba el patrullero y, cuando lo contemplé, lo vi igualmente mirando hacia arriba. Gritó una breve orden y el morro de su aparato se alzó, tomando altura rápidamente; una cuestión de mayor importancia había atraído su atención. Mientras se ocupaba de ello, yo me deslicé tranquilamente hacia la ciudad de Zodanga.

Cuando, muchos años atrás, las hordas verdes de Thark saquearon Zodanga, ésta quedó casi completamente arrasada. Era con la vieja ciudad con la que yo estaba familiarizado, y desde entonces sólo había visitado la reconstruida Zodanga, en una o dos ocasiones.

Volando al azar, encontré finalmente lo que buscaba: un hangar público sin pretensiones, sito en un barrio de mala muerte. En todas las ciudades que conozco hay barrios por donde uno puede andar sin ser objeto de la curiosidad general, al menos mientras no vayas corriendo delante de la policía. Aquel hangar y aquel barrio me parecieron uno de tales lugares.

El hangar se encontraba en el techo de un viejísimo edificio que, evidentemente, había sobrevivido a los estragos de Thark. La pista de aterrizaje era pequeña, y los hangares en sí sucios y descuidados.

Cuando mi aparato se posó en el techo, un hombre gordo muy manchado de aceite, apareció de debajo de una nave, cuyo motor debía de estar reparando.

Me miró interrogativamente, con una expresión nada amistosa.

—¿Qué quieres? —preguntó imperativamente.

—¿Este hangar es público?

—Sí.

—Quiero un aparcamiento para mi nave.

—¿Tienes dinero?

—Algo. Te pagaré un mes por anticipado.

Su expresión ceñuda desapareció.

—Ese hangar de ahí está vacío —dijo señalando—. Mételo allí.

Una vez que hube aparcado mi nave y cerrado con llave los mandos, volví junto al hombre y le pagué.

—¿Hay algún lugar donde hospedarme cerca de aquí? —pregunté—. Un sitio barato y no muy sucio.

—Hay uno en este mismo edificio, tan bueno como el mejor que encontrará por estos alrededores.

Aquello me convenía mucho, ya que cuando uno se mete en una aventura como ésta nunca se sabe con qué rapidez va a necesitar un volador, ni cuándo va a ser lo único que pueda salvarlo de la muerte.

Dejando al malhumorado propietario del hangar, descendí por la rampa abierta en el tejado.

Los ascensores estaban situados en el piso bajo el tejado, y allí encontré uno esperando con la puerta abierta. El ascensorista era un joven de apariencia disipada y con un andrajoso correaje.

—¿Planta baja? —preguntó.

—Busco alojamiento —contesté—. Quiero ir a la recepción de la casa de huéspedes que hay en este edificio.

El asintió, y el ascensor comenzó a descender. Visto desde dentro, el edificio parecía aún más viejo y decrépito que desde fuera; las plantas superiores aparentaban estar prácticamente en ruinas.

—Hemos llegado —dijo al poco el ascensorista, deteniendo su máquina y abriendo la puerta.

En las ciudades marcianas, las casas de huéspedes como aquella son meramente lugares donde dormir. Las habitaciones privadas son escasas e infrecuentes, si es que las hay. A lo largo de las paredes laterales de largos salones, se alinean bajas plataformas donde cada huésped coloca sus sedas y pieles de dormir en el espacio numerado que se le asigna.

Debido a la frecuencia de los asesinatos, guardias armados contratados por el propietario patrullan por estas habitaciones día y noche, y sobre todo por esta razón la demanda de habitaciones privadas es tan baja. En las casas que admiten mujeres, los pabellones de éstas se encuentran separados, y hay más habitaciones privadas; no se sitúan guardianes, dado que los hombres de Barsoom rara vez matan a mujeres o, para ser más exactos, no suelen emplear asesinos para hacerlo.

La casa de huéspedes a la que el destino me había conducido sólo admitía hombres. No se hallaba en ella ninguna mujer.

El propietario, un hombre fornido del cual supe posteriormente que había sido un famoso panthan —soldado de fortuna—, me asignó un lugar para dormir. Después de cobrarme un día de alojamiento y de indicarme, a petición mía, un sitio donde poder comer, me dejó.

Pocos de los restantes huéspedes se encontraban en la casa a aquellas horas del día. Sus pertenencias personales, sus sedas y pieles de dormir, se hallaban en sus lugares correspondientes, y, aunque no había ningún guardia vigilando la habitación, no corrían ningún peligro, ya que el robo es prácticamente desconocido en Marte.

Yo había traído conmigo algunas sedas y pieles de dormir viejas y baratas. Las deposité sobre mi plataforma. Un individuo malencarado de ojos astutos estaba tumbado en la plataforma adjunta. Yo me había dado cuenta de que me había observado subrepticiamente desde mi entrada. Finalmente, me habló:

—¡Kaor! —dijo, utilizando el familiar saludo marciano.

Yo asentí, y contesté de la misma forma.

—Vamos a ser vecinos —se aventuró a decir.

—Así parece —contesté.

—Evidentemente, eres forastero, al menos en esta parte de la ciudad —continuó—. Te oí preguntarle al dueño por un lugar donde comer. El que te recomendó él no es tan bueno como donde suelo ir yo. Ahora voy para allí; si quieres acompañarme, me gustaría llevarte.

Había un aire furtivo en aquel hombre que, sumado a su rostro depravado, lo delataban como un miembro del hampa, y como era entre el hampa donde me interesaba operar, su sugerencia encajaba a la perfección con mis planes, así que acepté con rapidez.

—Mi nombre es Rapas —dijo él—, y me llaman Rapas, el Ulsio —añadió, no sin cierto orgullo.

Ahora estaba seguro de que había juzgado correctamente, pues ulsio quiere decir rata.

—Mi nombre es Vandor —le comuniqué, recurriendo al nombre falso que había elegido para aquella aventura.

—Veo por tu metal que eres zodangano —me dijo mientras nos dirigíamos a los ascensores.

—Sí, pero he estado ausente de la ciudad durante años. En realidad, no he estado aquí desde que Thark quemó la ciudad. Ha habido tantos cambios que es como llegar a una ciudad desconocida.

—Por tu apariencia, se diría que eres un soldado profesional —sugirió. Yo asentí.

—Soy un panthan. Serví durante años en otro país, pero maté a un hombre y tuve que marcharme.

Yo sabía que si, como yo había supuesto, él era un criminal, esta admisión de un asesinato por mi parte le haría cogerme más confianza.

Sus ojos astutos me echaron una breve mirada; vi que mi confesión lo había impresionado de una forma u otra. Durante el resto del camino al restaurante, que se encontraba en una avenida a corta distancia de la casa de huéspedes, mantuvimos una charla intranscendente.

Una vez nos sentamos a la mesa. Rapas pidió bebidas e, inmediatamente después de vaciar la primera, su lengua se aflojó.

—¿Piensas quedarte en Zodanga? —me preguntó.

—Eso depende de si puedo encontrar un empleo aquí —contesté—. Mi dinero no durará mucho tiempo y, por supuesto, dadas las circunstancias en que dejé a mi último patrón, no tengo ningún documento; así es que puedo tener dificultades en encontrar donde quedarme.

Mientras comíamos, Rapas continuó bebiendo; y, cuanto más bebía, más parlanchín se volvía.

—Me has caído simpático, Vandor—no tardó en anunciar—, y si eres el tipo de persona que creo, puedo encontrarte un trabajo —Finalmente, se inclinó sobre mí y me susurró en el oído—: Soy un gorthan.

Era una suerte increíble. Yo intentaba ponerme en contacto con los asesinos y el primer hombre que conocía admitía ser uno de ellos. Yo me encogí de hombros despreciativamente.

—No hay mucho dinero en eso.

—Si estás bien relacionado, sí lo hay —me aseguró.

—Pero yo no estoy bien relacionado, al menos aquí en Zodanga —dije—. No pertenezco al gremio de Zodanga y, como ya te conté, tuve que huir abandonando mis documentos.

Echó una furtiva mirada en torno suyo para comprobar si había alguien lo suficientemente cerca para oírlo.

—El gremio no es imprescindible —susurró—; no todos pertenecemos al gremio.

—Una buena forma de suicidio —sugerí yo.

—No si uno tiene una buena cabeza. Mírame, yo soy un asesino, y no pertenezco al gremio. Gano mi buen dinero y no tengo que repartirlo con nadie —Se echó un trago—. No hay muchas cabezas tan buenas como la de Rapas, el Ulsio.

Se inclinó más cerca de mí.

—Me gustas, Vandor. Eres un buen tipo —La bebida espesaba su voz —. Tengo un cliente muy rico; tiene mucho trabajo y paga bien. Puedo conseguirte algún que otro trabajo para él. Quizás un empleo fijo. ¿Te interesa?

Me encogí de hombros.

—Un hombre tiene que vivir, no puede ser muy exigente al escoger su trabajo si no tiene dinero.

—Muy bien. Ven conmigo. Voy a ir allí esta noche. Cuando Fal Silvas hable contigo, le diré que eres justamente el hombre que necesita.

—Pero…, ¿qué hay de ti? Es tu trabajo; ningún hombre necesita dos asesinos.

—No te preocupes por mí. Tengo otras ideas en la cabeza.

Entonces se detuvo de repente y me miró suspicazmente. Era como si lo que había dicho lo hubiese hecho serenarse. Agitó la cabeza, evidentemente intentando aclararla.

—¿Qué fue lo que dije? —quiso saber—. Debo de estar medio borracho.

—Dijiste que tenías otros planes. Supongo que querías decir que tienes en mente un trabajo mejor.

—¿Eso fue todo lo que dije?

—Dijiste que me llevarías junto a un hombre llamado Fal Silvas, quien me daría trabajo.

Rapas pareció aliviado.

—Sí, te llevaré a verlo esta noche.

Capítulo Dos

FAL SILVAS

Rapas durmió durante el resto del día, mientras yo ocupaba mi tiempo efectuando reparaciones sin importancia en mi nave, en el hangar de la azotea de la hostería. Éste era un lugar mucho más aislado que el dormitorio público o que las calles de la ciudad, donde cualquier accidente podía estropear mi disfraz y revelar mi identidad.

Mientras trabajaba en el motor, recordé el súbito temor de Rapas de haberme revelado algo mientras estaba borracho, y traté de imaginarme qué podía ser. Había seguido a su afirmación de que tenía otros planes. ¿Qué planes? Cualesquiera que fuesen, debían de ser infames, pues de lo contrario no se hubiera preocupado tanto al temer habérmelos revelado.

Mi breve relación con Rapas me había convencido de que mi primera opinión sobre su carácter había sido correcta, y que su sobrenombre de rata era bien merecido.

La forzada inactividad del día me irritó, mas al fin llegó la noche y Rapas el Ulsio y yo abandonamos nuestros alojamientos y nos dirigimos, una vez más, a la casa de comidas.

Rapas estaba sobrio, y no tomó un solo trago con la comida.

—Uno tiene que tener la cabeza despejada cuando habla con el viejo Fal Silvas —dijo—. Por mi primer antepasado, jamás ha salido de un huevo un cerebro más sagaz.

Tras terminar nuestra comida, nos adentramos en la noche. Rapas me condujo a través de anchas avenidas y estrechos callejones hasta llegar a un edificio cercano a la muralla oriental de Zodanga.

Era una mole oscura y sombría, y la avenida que conducía a ella carecía de iluminación. Se encontraba en un distrito lleno de almacenes y a aquella hora de la noche sus alrededores estaban desiertos.

Rapas se aproximó a una pequeña puerta semioculta en el ángulo de un contrafuerte. Lo vi tantear a un lado de la puerta, tras lo cual se retiró y esperó.

—No todo el mundo puede entrar en la casa de Fal Silvas —observó con un tinte de jactancia en su voz—. Uno tiene que conocer la señal correcta que significa que uno goza de la confianza del viejo.

Esperamos en silencio durante quizás dos o tres minutos. Ningún sonido llegó del interior, mas, finalmente, se abrió una pequeña mirilla redonda en la superficie de la puerta. Y, a la borrosa luz de la luna, divisé un ojo observándonos con desconfianza. Luego habló una voz:

—¡Ah, el noble Rapas! —las palabras fueron susurradas y, acto seguido, la puerta se abrió.

El pasillo que arrancaba del portal era estrecho, y el hombre que había abierto la puerta se aplastó contra la pared para que pudiésemos pasar. Luego cerró la puerta y nos siguió a lo largo de un oscuro corredor que finalmente desembocaba en una pequeña habitación tenuemente iluminada.

Allí nuestro guía se detuvo.

—El amo no me dijo que ibas a traer compañía —le dijo a Rapas.

—No lo sabe —le contestó Rapas—. De hecho, yo no lo sabía hasta hoy mismo, pero no hay peligro. Tu amo se alegrará de recibirlo cuando le haya explicado porqué le traje aquí.

—Eso es una cuestión que Fal Silvas tendrá que decidir por sí mismo —respondió el esclavo—. Quizás sea mejor que vayas tú a explicárselo y que dejes al extraño aquí conmigo.

—Muy bien —convino mi compañero—. Espera aquí hasta que yo vuelva, Vandor.

El esclavo abrió con una llave la puerta del otro extremo de la antesala y, una vez que Rapas hubo pasado, lo siguió cerrando la puerta.

Se me ocurrió entonces que esta acción era un poco extraña, ya que acababa de oír que iba a quedarse conmigo, pero no hubiera pensado más en ello de no experimentar la muy definida sensación de estar siendo observado.

No puedo explicar estas sensaciones que experimento ocasionalmente. Los terrestres que las conocen aseguran que esta forma de telepatía es científicamente imposible; sin embargo, la mayor parte de las veces que he presentido esta vigilancia secreta, he descubierto posteriormente que efectivamente estaba siendo espiado.

Conforme mi mirada vagaba al azar por la sala, acabó por posarse sobre la puerta por la que habían desaparecido Rapas y el esclavo. Allí se detuvo, momentáneamente, en un pequeño agujero redondo en el panel, donde brillaba algo que muy bien podía ser un ojo. Yo sabía que era un ojo.

Desconocía la razón por la que me espiaban, pero si mi observador esperaba descubrir algo sospechoso en mí, estaba muy equivocado, puesto que me senté en un banco a un lado de la habitación en cuanto me di cuenta de que me observaban, decidiendo al punto no mostrar la más ligera curiosidad respecto a lo que me rodeaba.

Tal vigilancia probablemente significaba poco en sí misma, pero si se añadía a la apariencia sombría y adusta del edificio y a la gran cautela y secreto con las que había sido admitido en el mismo, cristalizó en una opinión poco favorable sobre el lugar y su propietario que empezó a formarse en mi mente.

Ningún sonido llegaba de más allá de los muros de la pequeña antesala, ni tampoco penetraban en ella ninguno de los ruidos nocturnos de la ciudad. Permanecí sentado en completo silencio durante unos diez minutos. Luego la puerta se abrió y el mismo esclavo me hizo una seña.

—Sígueme —dijo—. El amo quiere verte. Te llevaré a su presencia.

Lo seguí a lo largo de un sombrío corredor, y ascendimos por una rampa que conducía al siguiente piso del edificio. Un momento después me introdujo en una habitación iluminada tenuemente, amueblada con lujo sibarítico, donde vi a Rapas de pie junto a un diván donde otro hombre estaba reclinado o, mejor dicho, encogido. Algo en él me hizo pensar en un gran gato observando a su presa, dispuesto a saltar.

—Este es Vandor, Fal Silvas —dijo Rapas como presentación.

Yo saludé con la cabeza y permanecí ante el hombre, esperando.

—Rapas me ha hablado de ti —dijo Fal Silvas—. ¿De dónde eres?

—De Zodanga. Pero hace muchos años que salí, antes del saqueo.

—¿Y dónde has estado desde entonces? ¿A quién has servido?

—Eso es algo que no importa a nadie salvo a mí mismo. Basta saber que no he estado en Zodanga y que no puedo volver al país del que acabo de huir.

—Así pues, ¿no tienes amigos ni parientes en Zodanga?

—Ni unos ni otros.

—Quizás seas el hombre que necesito. Rapas está convencido, pero yo nunca estoy seguro de nada. Ningún hombre es de confianza.

—Pero amo —interrumpió Rapas—, ¿no te he servido siempre bien y fielmente?

Juraría que vi una ligera sonrisa irónica en los labios de Fal Silvas.

—Es que tú eres único, Rapas. Un dechado de honor.

Rapas se hinchó de orgullo. Era demasiado egoísta para captar el sarcasmo de las palabras de Fal Silvas.

—¿Entonces puedo considerarme empleado? —pregunté yo.

—¿Has comprendido que se puede requerir de ti que uses la daga más a menudo que la espada, y que prefieras los venenos a las pistolas?

—He comprendido.

Me miró atentamente.

—Puede llegar un momento —prosiguió—, en que tengas que desenvainar tu espada, larga o corta, en mi defensa. ¿Eres un buen esgrimista?

—Soy un panthan —repliqué—. Y, como panthan, vivo de mi espada, el mero hecho de que esté aquí responde a tu pregunta.

—No del todo. Necesito un maestro de la esgrima. Rapas, aquí presente, se las arregla bastante bien con la espada corta. Veamos qué puedes hacer contra él.

—¿A muerte? —pregunté.

Rapas se rio abiertamente.

—No te he traído aquí para matarte —dijo.

—No, a muerte no, por supuesto —dijo Fal Silvas—. Sólo un corto asalto. Veamos quién araña primero al otro.

No me gustaba la idea. Normalmente no desenvaino mi espada a menos que piense matar, pero me daba cuenta de que estaba representando un papel y de que tendría que hacer muchas cosas que no aprobaba antes de terminar mi misión, así que asentí y esperé a que Rapas desenvainara. Su espada corta surgió relampagueando de la vaina.

—No te haré mucho daño, Vandor. Me caes simpático.

Se lo agradecí, y desenvainé mi propia arma.

Rapas avanzó hacia mí con una sonrisa de confianza en sus labios. En un instante, su arma voló a través de la habitación. Lo había desarmado y estaba a mi merced. Volvió atrás con una sonrisa forzada. Fal Silvas rompió a reír.

—Fue un accidente —dijo—. No estaba listo.

—Lo siento —le dije yo—. Recoge tu arma.

Él así lo hizo y volvió, esta vez abalanzándose sobre mí violentamente. No hubiera sido precisamente un arañazo lo que me habría hecho si su estocada hubiera alcanzado su objetivo. Me hubiera atravesado de parte a parte. Yo paré el golpe y, contraatacando, envié de nuevo su espada volando por los aires hasta golpear con la pared de enfrente. Fal Silvas rio estrepitosamente. Rapas estaba furioso.

—Ya basta —dijo el primero—. Envaina tu espada.

Yo sabía que había convertido a Rapas en mi enemigo; pero ello no me preocupaba demasiado, puesto que, estando sobre aviso, siempre podía cuidarme de él. De cualquier modo, nunca le había tenido confianza.

—¿Estás preparado para entrar a mi servicio inmediatamente? —preguntó Fal Silvas.

—Ya estoy a tu servicio.

Él sonrió.

—Creo que voy a sacar provecho de ti. Rapas quiere ausentarse algún tiempo para atender ciertos negocios suyos. Mientras esté fuera, permanecerás junto a mí como guardaespaldas. El hecho de que seas desconocido en Zodanga puede serme muy valioso —se volvió hacia Rapas—. Ya puedes irte. Rapas. Mientras estés fuera, podrías tomar algunas lecciones de esgrima.

Fal Silvas dijo esto sonriendo, pero Rapas no lo imitó. Parecía muy amargado, y no me dijo adiós cuando abandonó la sala.

—Me temo que has ofendido su dignidad —dijo Fal Silvas cuando la puerta se hubo cerrado tras el asesino.

—No me quita el sueño —contesté— y, de todas formas, no es culpa mía, sino suya.

—¿Qué quieres decir?

—Rapas no es un buen espadachín.

—Se le considera excelente —me aseguró Fal Silvas.

—Me imagino que, como asesino, es más adepto a la daga y al veneno.

—¿Y qué hay de ti?

—Naturalmente, como soldado, prefiero la espada.

Fal Silvas se encogió de hombros.

—No es cuestión que me preocupa. Si prefieres matar a mis enemigos con una espada, usa la espada. Todo lo que yo quiero es que los mates.

—¿Tienes muchos enemigos?

—Hay muchos a los que les gustaría quitarme de en medio. Soy inventor, y están los que roban mis inventos. He tenido que acabar con muchos de éstos. Los suyos sospechan de mí y quieren vengarse, pero hay uno que quiere acabar conmigo más que todos los demás. Es también inventor, y ha contratado a un agente del gremio de asesinos para matarme.

«Este gremio está dirigido por Ur Jan, quien también ha amenazado mi vida por haber empleado para mis trabajos a un asesino ajeno al gremio».

Charlamos durante algún tiempo, y luego Fal Silvas llamó a un esclavo para que me mostrara mis alojamientos.

—Están debajo de los míos —dijo—. Si te llamo, sube inmediatamente. Buenas noches.

El esclavo me condujo a otra habitación en la misma planta, en realidad un pequeño apartamento de tres habitaciones. Estaban amuebladas sin lujo, pero cómodamente.

—¿Necesita algo, señor? —preguntó el esclavo, mientras se volvía para salir.

—Nada —le respondí.

—Mañana se le asignará un esclavo para que le sirva.

Dicho esto, me dejó. Permanecí atento para verificar si cerraba la puerta con llave, pero no lo hizo pese a que no me hubiese sorprendido, así de siniestro y hermético me parecía el lugar.

Me ocupé durante unos momentos en inspeccionarlas. Consistían en una sala de estar, dos pequeños dormitorios y un baño. Una sola puerta comunicaba la sala de estar con el pasillo. Ninguna de las habitaciones tenía ventanas. Suelos y techos estaban provistos de pequeños ventiladores, y las corrientes de aire procedentes de los primeros, indicaban que el apartamento era ventilado mecánicamente. Las habitaciones estaban iluminadas por pequeñas bombillas de radio similares a las utilizadas generalmente en todo Marte.

La sala de estar se hallaba provista de una mesa, un banco, varias sillas y una estantería con algunos libros. Repasando éstos, descubrí que todos eran libros científicos. Había libros de medicina, cirugía, química, mecánica y electricidad.

De vez en cuando, escuché lo que parecían ser ruidos furtivos en el pasillo, pero no curioseé, ya que quería ganarme la confianza de Fal Silvas y los suyos antes de averiguar algo más de lo que ellos deseaban que yo supiera. Además, yo no estaba seguro de querer saber más cosas acerca de Fal Silvas, porque, después de todo, lo que yo había venido a hacer a Zodanga no tenía nada que ver con él.

Yo intentaba minar y, a ser posible, destruir el poder de Ur Jan y su gremio de asesinos, y todo lo que necesitaba era una base desde la cual poder operar. De hecho, resultaba un poco decepcionante que el destino me hubiera conducido junto a los que se oponían a Ur Jan. Yo hubiera preferido y, en realidad, había deseado poder unirme a la organización de Ur Jan, ya que presentía que podría obtener mucho más desde dentro que desde fuera.

Si hubiese podido unirme al gremio, hubiese conocido a sus miembros principales sin tardar mucho, lo cual era, por encima de todo, lo que yo deseaba puesto que me permitiría entregarlos a la justicia, o grabar una cruz sobre sus corazones con la punta de mi propia espada.

Ocupado con estos pensamientos, me disponía a despojarme de mi correaje y a meterme bajo mis ropas de dormir cuando escuché un alboroto que bien podía ser producido por una pelea, y después un golpe como el de un cuerpo al caer al suelo.

El anterior silencio casi sobrenatural de la casa acentuó el efecto de aquellos ruidos, otorgándoles un misterio que, me daba cuenta, podía no guardar proporción con su verdadera importancia. Sonreí al meditar sobre los efectos que el entorno estaba causando en mis nervios, ordinariamente templados, y reemprendí mis preparativos para pasar la noche cuando un estridente alarido resonó en todo el edificio.

Me detuve de nuevo y presté atención, y ahora distinguí claramente el sonido de unos pies corriendo con rapidez. Parecía que se estaba aproximando, y supuse que bajaba por la rampa desde el piso superior a mis habitaciones.

Puede que lo que sucediera en casa de Fal Silvas no fuese asunto mío, pero nunca he oído el grito de una mujer sin investigar, así que me dirigí hacia la puerta y la abrí, y al hacerlo divisé a una chica que corría rápidamente en mi dirección. Llevaba el pelo suelto y sus ojos muy abiertos, asustados, lanzaban frecuentes miradas por encima de sus hombros.

Estaba casi encima de mí cuando me descubrió, y cuando lo hizo se detuvo, con una expresión no sé si de asombro o de terror, luego me esquivó y se abalanzó hacia la puerta abierta de mi sala de estar.

—Cierra la puerta —susurró ella con la voz tensa de la emoción contenida—. ¡No dejes que me atrapen! ¡No dejes que me encuentren!

Nadie parecía estar persiguiéndola, pero cerré la puerta como me pedía y me volví hacia ella para pedirle explicaciones.

—¿Qué ocurre? —quise saber—. ¿De quién huyes?

—De él —se estremeció—. ¡Oh, es horrible! ¡Por favor, escóndeme! ¡No permitas que me encuentre!

—¿A quién te refieres? ¿Quién es horrible?

Ella permaneció allí temblando, contemplando la puerta con los ojos a puntos de salírsele de las órbitas, enloquecida de terror.

—Él —musitó ella—. ¿Quién otro podría ser?

—¿Quieres decir…?

Ella se acercó a mí para hablarme, mas luego vaciló.

—Pero, ¿por qué confiar en ti? Eres uno de los suyos. Todos están de acuerdo en este horrible lugar.

Estaba muy cerca de mí, temblando como una hoja.

—¡No puedo soportarlo! ¡No se lo permitiré! —gritó, y con tal rapidez que no pude evitarlo, me arrebató la daga del correaje y la volvió contra sí misma.

Pero entonces fui demasiado rápido para ella, aferrándola por la muñeca antes de que lograra llevar a cabo sus propósitos.

Su fuerza contradecía su apariencia delicada, pero me costó poco trabajo desarmarla. Luego la empujé hacia el banco y la hice sentarse en él.

—Cálmate —le dije—, no tienes nada que temer de mí…, ni de nadie más mientras yo esté contigo. Cuéntame lo que te ha pasado. Dime de qué tienes miedo.

Ella permaneció sentada mirándome a los ojos durante largo rato; comenzó a recuperar el control de sí misma.

—Sí —dijo al fin—, quizás pueda confiar en ti. Tu voz y tu apariencia así me lo hacen sentir…

Coloqué mi mano sobre su hombro, como para tranquilizar a un niño asustado.

—No tengas miedo: cuéntame algo de ti. ¿Cómo te llamas?

—Zanda —contestó ella —. ¿Vives aquí?

—Soy una esclava, una prisionera.

—¿Fuiste tú la que gritaste?

—No, fue otra. Intentó atraparme, pero me zafé de él y tuvo que coger a otra. Pero ya llegará mi turno. A todas nos tocará.

—¿Quién? ¿De quién hablas?

—De Fal Silvas —dijo ella con tono horrorizado, estremeciéndose.

Me senté en el banco junto a ella y le cogí la mano.

—Tranquilízate y cuéntame lo que sepas. Soy un extraño aquí. Acabo de entrar esta misma noche al servicio de Fal Silvas.

—Entonces, ¿no sabes nada de Fal Silvas?

—Sólo que es un rico inventor que teme por su vida.

—Sí, es rico, y es un inventor: pero no es tan gran inventor como ladrón y asesino. Roba sus ideas a otros inventores y luego los hace asesinar para salvaguardar sus robos; quienes averiguan demasiado acerca de sus inventos, mueren.

«Nunca logran abandonar la casa. Siempre tiene un asesino listo para cumplir sus órdenes, a veces aquí, a veces en la ciudad; y siempre teme por su vida.

«Rapas el Ulsio es ahora su asesino, y ambos tienen miedo a Ur Jan, el jefe del gremio de asesinos, porque Ur Jan ha sabido que Rapas mata para Fal Silvas a un precio muy inferior al que cobra el gremio».

—¿Pero cuáles son esos maravillosos inventos en los que trabaja Fal Silvas? —pregunté yo.

—No sé qué hace, pero tiene que ver con una nave. Sería una nave fantástica si no hubiera nacido de la sangre y la traición.

—¿Qué clase de nave?

—Una nave capaz de viajar a través del espacio interplanetario. Dice que dentro de poco viajaremos de planeta en planeta tan fácilmente como hoy viajamos de ciudad en ciudad.

—Muy interesante…, y nada horrible, por lo que puedo ver.

—Pero él trabaja en otras cosas… en cosas horribles. Una de ellas es un cerebro mecánico.

—¿Un cerebro mecánico?

—Sí pero, por supuesto, no puedo explicar cómo funciona. He oído hablar de él a menudo, pero no he entendido nada.

«Dice que la vida…, que todas las cosas son el resultado de acciones mecánicas, no de acciones químicas. Sostiene que toda acción química es mecánica.

«Oh, probablemente no lo esté explicando bien. Todo me parece muy confuso, porque no lo entiendo. Pero, de cualquier modo, está trabajando en un cerebro mecánico, un cerebro capaz de pensar con claridad y lógica, sin ser influido por el medio ambiente ajeno a sus razonamientos, como el juicio humano».

—Me parece una idea un tanto fantástica, pero no puedo ver nada horrible en ella —objeté yo.

—No es la idea lo que es horrible —repuso ella—, sino el método que emplea para perfeccionar su invento. Para poder duplicar el cerebro humano, se ve obligado a estudiarlo. Por esta razón necesita muchos esclavos. Compra algunos, pero hace secuestrar a la mayoría.

Ella comenzó a temblar, y dijo con voz entrecortada:

—No lo sé con certeza, no lo he visto. Pero dicen que sujeta a sus víctimas de forma que no puedan moverse y entonces las despoja del cráneo hasta dejar expuesto el cerebro y así, por medio de rayos capaces de penetrar los tejidos, observa las funciones cerebrales.

—Pero nadie lo soporta mucho tiempo —aventuré yo—, pierden el sentido y mueren con rapidez.

Ella negó con la cabeza.

—No. Ha perfeccionado drogas que inyecta en sus venas para que permanezcan con vida y conscientes mucho tiempo. Durante largas horas les aplica diversos estímulos y estudia sus reacciones. Imagínate, si eres capaz, el sufrimiento de las víctimas.

«Trae muchos esclavos a este lugar, pero no se quedan mucho tiempo. El edificio sólo tiene dos puertas, y ventanas que dan al exterior. Los esclavos que desaparecen no lo hacen por ninguna de las dos puertas. Los vi ayer, mañana se habrán ido a través de la puerta que conduce a la cámara del horror, junto a las habitaciones de Fal Silvas.

«Esta noche Fa] Silvas mandó llamar a dos de nosotros, a otra muchacha y a mí. Se proponía utilizar solamente a una. Siempre examina a una de la pareja y escoge a la que considera el mejor ejemplar, pero su selección no está determinada completamente por motivos científicos. Siempre elige a la más atractiva de las chicas que convoca.

«Nos examinó, y finalmente me eligió. Yo me aterroricé. Intenté escapar. El me persiguió por toda la habitación hasta que acabó por resbalar y caerse; yo abrí la puerta y escapé antes de que pudiera reincorporarse. Luego oí gritar a la otra chica y comprendí que la había cogido a ella, pero solamente he logrado un aplazamiento. Me atrapará: no hay escape posible. Ni tú ni yo abandonaremos jamás este lugar con vida».

—¿Qué te hace creer eso? —inquirí yo.

—Nadie lo hace.

—¿Y qué hay de Rapas? Aparentemente, va y viene según le place.

—Sí, Rapas va y viene. Es el asesino de Fal Silvas. También coopera en el secuestro de nuevas víctimas. Por ello, goza de libertad para abandonar el edificio, También la tienen algunos viejos criados de confianza, en realidad cómplices, cuya vida cuida especialmente Fal Silvas:

pero puedes tener la seguridad de que ninguno de ellos sabe mucho de sus inventos. En el momento en que uno obtiene la confianza de Fal Silvas, tiene los días contados.

«Parece sufrir de la manía de hablar de sus inventos. Tiene que explicárselo a alguien. Creo que es culpa de su egotismo desmedido. Adora presumir. Por eso te he dicho que quienes conocen demasiado su trabajo están condenados. Puedes estar seguro de que Rapas no sabe nada de importancia. De hecho, oí decir una vez a Fal Silvas que una de las razones por las que aprecia al asesino, es por su absoluta estupidez. Fal Silvas dice que aunque le explicara todos los detalles de un invento, Rapas no tendría la inteligencia suficiente para comprenderlo».

Por aquel entonces, la chica ya había recuperado el autocontrol, y, cuando terminó de hablar, se dirigió hacia la puerta.

—Muchas gracias por dejarme entrar —dijo—. Es muy probable que no te vuelva a ver, pero me gustaría saber quién me ha ayudado.

—Me llamo Vandor. Pero, ¿qué te hace pensar que no nos volveremos a ver? ¿Y a dónde vas ahora?

—Vuelvo a mi habitación a esperar la próxima convocatoria. Quizás sea mañana.

—Vas a quedarte aquí —contesté yo—, aún podemos encontrar la forma de sacarte de aquí.

Ella me miró sorprendida e iba a replicar cuando súbitamente ladeó la cabeza para escuchar.

—Alguien se acerca —dijo—, me están buscando.

Yo la cogí por la mano y tiré de ella hacia la puerta de mi dormitorio.

—Entra aquí. Veamos si es posible esconderte.

—No, no —objetó ella—. Entonces nos matará a los dos si me encuentran. Has sido amable conmigo, y no quiero que te maten.

—No te preocupes por mí. Sé cuidar de mí mismo. Haz lo que te digo.

La conduje a mi cuarto y la hice acostarse en la pequeña plataforma que sirve como lecho en Barsoom. Luego apilé encima de ella las sedas y pieles de dormir en un confuso montón. Sólo mediante un examen concienzudo podía descubrir que su pequeño cuerpo descansaba bajo ellas.

Volviéndome a la sala de estar, cogí al azar un libro del estante, me senté en una silla y lo abrí. Apenas lo había hecho, escuché un golpe en la puerta que conducía al pasillo..

—Adelante —invité.

La puerta se abrió, y Fal Silvas entró en la habitación.

Capítulo Tres

ATRAPADO

Bajando el libro, contemplé la entrada de Fal Silvas. Echó una ojeada rápida y suspicaz al apartamento. Yo había dejado la puerta del dormitorio abierta a propósito, para no despertar sospechas. Las puertas del otro dormitorio y del baño estaban también abiertas. Fal Silvas se dio cuenta del libro que estaba leyendo.

—¿No es una lectura un poco difícil para un panthan? —observó.

Yo sonreí.

—He leído hace poco su Mecánica Teórica. Esta debe ser una obra anterior, y no es tan autorizada. Simplemente la estaba hojeando.

Fal Silvas me estudió atentamente durante un momento.

—¿No eres demasiado educado para tu oficio? —preguntó.

—Nunca se puede saber demasiado.

—Aquí sí se puede saber demasiado —dijo él, recordándome lo que me había contado la chica—. Vine a comprobar si todo anda bien, si estás cómodo —dijo, cambiando el tono de voz.

—Mucho.

—¿No te han molestado? ¿No ha venido nadie?

—La casa parece muy tranquila —contesté—. Oí a alguien reírse hace un rato, pero eso fue todo. No me molestó.

—¿Ha entrado alguien en tus habitaciones?

—¿Por qué lo dices? ¿Se supone que debía haber venido alguien?

—Nadie, por supuesto —respondió rápidamente, y acto seguido comenzó a hacerme preguntas, en un esfuerzo evidente por valorar la extensión de mis conocimientos de mecánica y química.

—En realidad, sé poco de esas ciencias —le aseguré—. Soy un soldado profesional, no un científico. Aunque, por supuesto, la familiaridad con las naves aéreas lleva aparejada ciertos conocimientos técnicos; pero, después de todo, sólo soy un aprendiz.

Él me estudiaba con curiosidad.

—Desearía conocerte mejor —dijo al fin—. Desearía saber si puedo confiar en ti. Eres un hombre inteligente. En cuestiones de intelecto, estoy totalmente solo aquí. Necesito un ayudante. Necesito un hombre como tú —negó con la cabeza, algo disgustado—. Pero, ¿para qué? No puedo confiar en nadie.

—Me empleaste como guardaespaldas. Para ese trabajo sí soy apropiado. Dejémoslo así.

—Tienes razón. El tiempo dirá para qué más cosas eres apropiado.

—Si voy a protegerte —continué—, debo saber más acerca de tus enemigos. Debo saber quiénes son, y conocer sus planes.

—Hay muchos a los que les gustaría verme muerto, pero a uno de ellos le beneficiaría mi muerte más que a los demás. Se trata de Gar Nal, el inventor —me miró interrogativamente.

—Nunca he oído hablar de él. Recuerda que he estado muchos años ausente de Zodanga.

Él asintió.

—Estoy perfeccionando una nave capaz de atravesar el espacio. Gar Nal también. A él le gustaría no sólo matarme, sino robarme los secretos de mi invención que le permitan perfeccionar su nave. Pero es a Ur Jan a quien debo temer, porque Gar Nal lo ha contratado para matarme.

—Soy desconocido en Zodanga. Encontraré a ese Ur Jan y veré qué puedo descubrir.

Había una cosa que quería averiguar cuanto antes, y era si Fal Silvas me permitiría abandonar su casa con cualquier pretexto.

—No descubrirás nada —dijo—, sus reuniones son secretas. Aunque consiguieras introducirte en una de ellas, lo cual es dudoso, te matarían antes de que pudieras salir.

—Quizás no, y, de todas formas, vale la pena intentarlo. ¿Sabes dónde celebran sus reuniones?

—Sí, pero si pretendes intentarlo, será mejor que Rapas te guíe hasta allí.

—Si voy, no quiero que Rapas sepa nada de ello.

—¿Por qué? —quiso saber Fal Silvas.

—Porque no confío en él. No confiaría en nadie que conociera mis planes.

—Tienes razón. Cuando estés preparado para partir, te daré las instrucciones necesarias para que encuentres el lugar tú solo.

—Iré mañana cuando haya oscurecido.

Él aprobó con un gesto. Se encontraba en un punto desde el que divisaba directamente el dormitorio donde estaba escondida la chica.

—¿Tienes bastantes sedas y pieles de dormir? —preguntó. —Sí, pero de todas formas mañana traeré las mías.

—No será necesario. Yo te proveeré de todo lo que necesites —aún permanecía contemplando la otra habitación.

Temía que hubiese adivinado la verdad, o que la chica se hubiera movido, o que su respiración se notara bajo el montón que la ocultaba.

No me atreví a volverme para mirar, porque temía aumentar sus sospechas. Me limité a permanecer sentado, esperando, con la diestra cerca de la empuñadura de mi espada corta. Quizás la chica estaba a punto de ser descubierta, mas si era así, también Fal Silvas estaba a punto de morir.

Pero finalmente éste se dirigió hacia la puerta de salida.

—Mañana te daré instrucciones para que puedas llegar al cuartel de los gorthanos; y también te enviaré un esclavo. ¿Prefieres a un hombre o a una mujer?

Yo prefería un hombre, pero intuí en ello una posibilidad de proteger a la chica.

—Una mujer —dije. Él sonrió.

—Y bonita, ¿no?

—Me gustaría elegirla yo mismo…, si es posible.

—Como quieras —contestó él—. Mañana te dejaré que les eches un vistazo. Que duermas bien.

Abandonó la habitación y cerró la puerta tras de sí; pero yo sabía que permanecería fuera un rato, escuchando.

Recogí el libro y comencé a leer una vez más. Pero ni una sola palabra quedó registrada en mi cerebro, puesto que todos mis sentidos estaban concentrados en escuchar.

Después de lo que me pareció un largo tiempo, le oí marcharse, y poco después oí cerrarse una puerta en el piso de arriba. Hasta aquel momento no me había movido, pero entonces me incorporé y me acerqué a la puerta. Estaba equipada con un pesado cerrojo en su interior, y lo cerré silenciosamente.

Crucé la habitación, entré en la cámara donde se hallaba la chica y retiré las ropas que la cubrían. No se había movido. Cuando me miró me puse un dedo en los labios.

—¿Has oído? —pregunté en un suave susurro.

Ella asintió.

—Mañana te voy a elegir como esclava. Quizás después pueda encontrar la forma de liberarte.

—Eres muy amable —dijo ella.

La cogí por un brazo.

—Ve a la otra habitación. Esta noche puedes dormir allí segura, y por la mañana ya idearemos cómo realizar el resto de nuestro plan.

—No creo que sea difícil —opinó ella—. Por la mañana temprano todo el mundo, menos Fal Silvas, acude a un gran comedor situado en este piso. Muchos de ellos pasan por este pasillo. Puedo deslizarme fuera sin que me vean y mezclarme entre ellos. Durante el desayuno tú tendrías la oportunidad de ver a todas las esclavas. Entonces podrías elegirme si todavía deseas hacerlo.

Había sedas y mantas de dormir en la habitación que le había asignado, así que, sabiendo que estaría cómoda, la dejé y volví a mi propia habitación a completar mis preparativos para pasar la noche, que habían sido tan extrañamente interrumpidos.

Zanda me despertó temprano por la mañana.

—Pronto será la hora del desayuno —me dijo—. Debes salir antes que yo y dejar la puerta abierta. Yo me deslizaré fuera cuando no haya nadie en el pasillo.

Cuando salí de mi alojamiento, vi dos o tres tipos por el pasillo en la dirección en la que Zanda me había dicho que se encontraba el comedor y, siguiéndolos, fui a parar finalmente a una gran sala donde había una mesa con capacidad para unos veinte comensales. Ya se hallaba medio llena. La mayor parte de los esclavos eran mujeres…, mujeres jóvenes y, en su mayoría, muy hermosas.

Con la excepción de dos hombres, sentados en ambos extremos de la mesa, todos los ocupantes de la habitación estaban desarmados.

El hombre sentado a la cabecera de la mesa era el mismo que nos había recibido a Rapas y a mí la noche anterior. Después supe que su nombre era Harnas, y que era el mayordomo del establecimiento.

El otro hombre armado se llamaba Phystal, y era el encargado de los esclavos. Asimismo, supe después que también colaboraba en la obtención de muchos de ellos, normalmente mediante soborno o secuestro.

Harnas me descubrió en cuanto entré en la habitación y me hizo señas para que me acercara.

—Siéntate aquí, junto a mí, Vandor —me dijo.

No pude dejar de notar la diferencia de sus maneras respecto a las de la noche anterior, en la que se había comportado como un esclavo más o menos obsequioso. Supuse que representaba dos papeles con un solo propósito conocido por él o por su amo. En su papel actual era obviamente una persona de importancia.

—¿Dormiste bien? —me preguntó.

—Bastante. La casa parece muy tranquila y pacífica de noche.

Él gruñó.

—Si escuchases algún sonido fuera de lo corriente durante la noche —me dijo—, no debes investigar, a menos que el amo o yo te llamemos —y después, pensando que debía explicarme algo, añadió—: Fal Silvas a veces trabaja en sus experimentos hasta bien entrada la noche. No debes molestar oigas lo que oigas.

Algunos esclavos más entraron en la sala en aquel momento, y tras ellos apareció Zanda. Yo observé a Harnas y vi estrecharse sus ojos al descubrirla.

—¡Aquí está, Phystal! —dijo.

El hombre del otro lado de la mesa se volvió en su asiento y miró a la muchacha, que se aproximaba detrás de mí. Tenía el ceño fruncido airadamente.

—¿Donde estuviste anoche, Zanda? —le preguntó imperiosamente cuando llegó a la mesa.

—Estaba asustada y me escondí —contestó ella.

—¿Dónde te escondiste?

—Pregúntale a Hamas.

Phystal miró a Hamas.

—¿Cómo podría yo saber dónde te escondiste? —preguntó el último. Zanda alzó sus arqueadas cejas.

—Oh, lo siento —exclamó—, no sabía que no querías que se supiese.

Hamas frunció el entrecejo, enfadado.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Adónde quieres ir a parar?

—Oh, no tengo nada que decir sobre ello, salvo que, por supuesto, creía que Fal Silvas estaba al corriente.

Phystal estudiaba suspicazmente a Hamas. Todos los esclavos lo miraban también, y se podía leer en sus rostros lo que pensaban. Hamas estaba furioso, Phystal sospechaba; y la chica permanecía ante ellos con la expresión más inocente y angelical que pudiera concebirse.

—¿Qué te propones al decir estas cosas? —preguntó Hamas.

—¿Qué he dicho? —preguntó ella inocentemente.

—Dijiste… dijiste…

—Solamente dije: «pregúntale a Hamas». ¿Hay algo malo en ello?

—¿Pero por qué he de saberlo yo?

Zanda encogió sus esbeltos hombros.

—No voy a decir nada más, no quiero meterte en problemas.

—Quizás cuanto menos hables sea mejor—dijo Phystal.

Hamas comenzó a hablar, pero, evidentemente, se lo pensó mejor. Le lanzó una mirada furiosa a Zanda y devolvió su atención al desayuno. Cuando estábamos terminando de comer, le dije a Hamas que Fal Silvas me había indicado que escogiera un esclavo.

—Sí, ya me lo dijo —contestó el mayordomo—. Díselo a Phystal; es el encargado de los esclavos.

—¿Pero sabe él que Fal Silvas me ha dado permiso para elegir el que yo quiera?

—Se lo diré.

Un momento después terminó su desayuno y, cuando abandonaba el comedor, se detuvo para hablar con Phystal. Viendo que Phystal también se disponía a irse, me senté junto a él y le dije que me gustaría elegir un esclavo.

—¿Cuál de ellos quieres? —preguntó.

Yo eché una ojeada en torno a la mesa, aparentando examinar cuidadosamente a cada una de las esclavas hasta que mis ojos se posaron sobre Zanda.

—Me quedaré con aquella —dije.

Las cejas de Phystal se contrajeron, y pareció dudar.

—Fal Silvas me dijo que podía elegir la que quisiera —le recordé.

—Pero, ¿por qué quieres esa?

—Parece inteligente, y es atractiva —contesté—. Me servirá tan bien como cualquier otra hasta que esté mejor relacionado aquí.

Y de esta forma me asignó a Zanda a mi servicio. Sus deberes consistían en mantener limpio mi apartamento, hacer mis recados, pulir mi cinto, sacarle brillo a mi metal, afilar mis espadas y dagas, y en suma, hacerse útil de todas las formas posibles.

Me hubiera gustado mucho más tener como esclavo a un hombre, pero los acontecimientos se habían encadenado de tal forma que me habían obligado a asumir el papel de protector de la chica, y aquello parecía ser la única forma de conseguir algo en este sentido; pero yo desconocía si Fal

Silvas me permitiría quedarme con ella. Esta era una duda que resolvería el futuro.

Conduje a Zanda de nuevo a mis habitaciones y, mientras se ocupaba allí de sus deberes, recibí una llamada de Fal Silvas.

Un esclavo me condujo a la misma habitación en la que Fal Silvas nos había recibido a Rapas y a mí la noche anterior; el viejo inventor me saludó con un movimiento de cabeza cuando entré. Yo esperaba ser interrogado inmediatamente acerca de Zanda, ya que tanto Hamas como Phystal estaban con él. Y, sin duda, debían haberle informado de lo que había sucedido durante el desayuno.

Sin embargo, fui agradablemente defraudado, puesto que ni siquiera mencionó el incidente, limitándose a darme las instrucciones referente a mis deberes.

Debía permanecer de guardia ante su puerta, en el pasillo, y acompañarlo cuando abandonara la habitación. No debía permitir que nadie, salvo Hamas y Phystal, entrase sin permiso de Fal Silvas. No debía subir al piso de arriba bajo ninguna circunstancia, excepto con su permiso o por órdenes expresas suyas. Insistió mucho en grabar este punto en mi mente, y, aunque no soy excesivamente curioso, debo admitir que la prohibición me despertó unas grandes ganas de hacerlo.

—Cuando lleves más tiempo a mi servicio y te conozca mejor —explicó Fal Silvas—, espero poder confiar en ti; pero de momento estás a prueba.

Aquel fue el día más largo de mi vida; lo pasé parado delante de la puerta sin hacer nada, pero finalmente llegó a su término, y cuando tuve ocasión le recordé a Fal Silvas que había prometido facilitarme la dirección del cuartel general de Ur Jan para que pudiese intentar penetrar en él aquella noche. Me dio la dirección de un edificio situado en otro barrio de la ciudad.

—Puedes partir cuando quieras —concluyó—, le he comunicado a Hamas que puedes ir y venir como te plazca. Te proporcionará una contraseña para que puedas volver a entrar en la casa. Te deseo buena suerte, pero creo que lo único que conseguirás será una estocada en el corazón. Te vas a enfrentar con la banda más feroz y menos escrupulosa de toda Zodanga.

—Es un riesgo que tengo que afrontar —dije yo—. Buenas noches.

Fui a mis habitaciones, le dije a Zanda que se encerrara con llave en cuanto me marchara y que sólo abriera la puerta en respuesta a cierta señal que le enseñé.

No puso objeciones a mis órdenes.

Cuando estuve listo para partir, Hamas me condujo a la puerta de salida. Allí me enseñó un botón en la mampostería y me explicó cómo usarlo para anunciar mi llegada.

Apenas había salido de la casa de Fal Silvas, cuando me tropecé con Rapas, el Ulsio. Parecía haber olvidado su enfado conmigo, o estaba disimulando pues me saludó cordialmente.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—A pasar la noche fuera.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a ir a la casa de huéspedes a recoger mis cosas y guardarlas, y después iré a divertirme un poco.

—¿Qué tal si nos vemos más tarde? —sugirió. —Muy bien, ¿dónde y cuándo?

—Estaré ocupado con mis asuntos hasta después de la octava zode y media. ¿Qué tal si nos encontramos en la casa de comidas donde te llevé ayer?

—De acuerdo; pero no me esperes mucho tiempo. Puedo aburrirme y volver a mi alojamiento mucho antes.

Tras dejar a Rapas, acudí a la casa de huéspedes donde había dejado mis pertenencias, las cogí todas y las llevé al tejado para guardarlas en mi nave. Una vez hecho esto, volví a la calle y me dirigí a la dirección que me había dado Fal Silvas.

Mi camino me condujo, a través de un distrito comercial brillantemente iluminado, hacia una sombría zona de la ciudad. Era un barrio residencial, pero de la más baja estofa.

Algunas casas aún descansaban sobre el suelo, pero la mayoría se alzaban sobre sus fustes a veinte o treinta pies por encima del pavimento.

Escuché risas y canciones, y de vez en cuando pendencias…; los sonidos nocturnos de cualquier gran ciudad marciana. Después me adentré en otro sector aparentemente desierto.

Me aproximaba al cuartel general de los asesinos. Me mantenía oculto al amparo de las sombras de los edificios, y evitaba a la poca gente que encontraba por la avenida, deslizándome en los portales y callejones. No deseaba que me viera nadie capaz de reconocerme posteriormente. Estaba jugando con la muerte, y no deseaba darle ninguna ventaja.

Cuando alcancé finalmente el edificio que andaba buscando, localicé un portal, en el lado de la avenida, desde el cual podía observar mi objetivo sin ser visto.

La luna más lejana arrojaba una débil luz sobre el edificio sin revelarme nada de importancia.

Al principio no pude discernir luz alguna en él, pero después de una cuidadosa observación advertí un vago reflejo tras las ventanas de la planta superior. Aquél era, sin duda, el lugar de reunión; ¿Pero cómo llegar a él?

Parecía fuera de toda discusión que todas las puertas del edificio estarían cerradas con llaves y que todos los accesos al lugar de reunión estarían bien guardados.

Algunas ventanas de diversos pisos estaban provistas de balcones, me di cuenta que había tres en el piso superior. Aquellos balcones me ofrecían un medio de acceso si podía arreglármelas para llegar hasta ellos.

La gran fuerza y agilidad que la débil gravedad de Marte proporciona a mis músculos terrestres podían haberme permitido escalar el exterior del edificio, de no haber sido por el hecho de que éste no presentaba ningún lugar donde apoyar los pies hasta la quinta planta, donde daba comienzo su esculpida ornamentación.

Comencé a estudiar mentalmente cada posibilidad y, por eliminación, resolví que el mejor lugar para aproximarme era el tejado.

Sin embargo, decidí investigar las posibilidades de la entrada principal de la planta baja; me disponía a cruzar la avenida con este propósito cuando descubrí a dos hombres que se acercaban. Volviendo a las sombras de mi escondite, esperé a que pasaran, pero en vez de hacerlo se detuvieron ante la puerta del edificio que yo observaba. La puerta sólo tardó un momento en abrirse y ambos fueron admitidos en el interior.

Este incidente me convenció de que la entrada principal estaba vigilada, y que era inútil intentar entrar por allí.

Sólo me quedaba el tejado como lugar por donde penetrar en el edificio, y rápidamente tracé un plan para hacerlo.

Abandonando mi escondite, volví sobre mis pasos hasta la casa de huéspedes donde me había alojado y subí inmediatamente al hangar del tejado.

El lugar estaba desierto y pronto me encontré a los mandos de mi nave. Ahora tendría que arriesgarme a que alguna nave patrullera me detuviese, pero era una contingencia más que remota, puesto que, salvo en casos de emergencia pública, por lo general se solía prestar poca atención a los voladores privados dentro de las murallas de la ciudad.

Pese a todo, para aminorar aún más el riesgo, volé muy bajo, por avenidas sin iluminación y debajo del nivel de los tejados; no tardé en alcanzar las cercanías del edificio que era mi objetivo.

Una vez allí, me elevé por encima del nivel de los tejados y, tras localizar el edificio, me posé suavemente en su azotea.

No se había preparado el edificio para ello, y no encontré hangares ni bitas de amarre, pero rara vez hay viento fuerte en Marte, y aquella era una noche particularmente calmada.

Bajando de la nave, busqué en el tejado algún medio de acceso al edificio. Encontré únicamente una pequeña escotilla, pero estaba firmemente asegurada desde el interior para poder forzarla…, al menos sin hacer demasiado ruido.

Asomándome por el borde de la azotea, descubrí directamente debajo de mí uno de los balcones. Yo podía haberme colgado del alero con las manos y dejarme caer sobre él, pero de nuevo me enfrentaba al riesgo de llamar la atención de alguien con el ruido de mi aterrizaje.

Estudié el frontis del edificio y descubrí que, como tantas otras construcciones marcianas, los adornos esculpidos me ofrecían todos los puntos de apoyo para manos y pies que pudiera desear.

Deslizándome silenciosamente por el alero, tanteé con mis pies hasta encontrar un saliente capaz de soportar mi peso. Luego, soltando una mano, busqué un nuevo soporte: y así, muy lenta y cuidadosamente, descendí hacia el balcón.

Yo había elegido el lugar de mi descenso de forma que fuera a dar a una ventana no iluminada. Durante un momento permanecí quieto, escuchando. Percibí algunas voces apagadas procedentes de algún lugar del interior. Entonces franqueé el alféizar y penetré en el oscuro apartamento que se hallaba tras éste.

Lentamente avancé a ciegas hasta topar con la pared, y luego la seguí hasta llegar a la puerta de la habitación situada frente a la ventana. Furtivamente tanteé en busca del pestillo y lo levanté. Empujé suavemente la puerta que no estaba cerrada con la llave; giró hacia mí sin hacer ruido.

Más allá de la puerta corría un pasillo muy tenuemente iluminado, como si reflejara la luz de una puerta abierta en otro pasillo. El sonido de las voces era ahora más claro. Silenciosamente me dirigí hacia el lugar de donde provenían.

No tardé en llegar a otro pasillo que formaba un ángulo recto con el que había seguido hasta entonces. La luz era más fuerte allí, y vi que surgía de una puerta abierta situada en el mismo pasillo. Sin embargo, yo estaba seguro de que las voces, aunque sonaban mucho más altas, no provenían de aquella habitación.

Mi situación era precaria. No conocía el menor detalle de la disposición interior del edificio. No sabía a lo largo de qué corredores podían ir y venir sus inquilinos. Si me aproximaba a la puerta abierta, podía colocarme en una posición donde no tardarían en descubrirme.

Sabía que estaba tratando con asesinos, todos ellos espadachines avezados, no intentaba engañarme a mí mismo diciéndome que podía enfrentarme con una docena o más de ellos.

Sin embargo, los hombres que vivimos de la espada estamos acostumbrados a correr riesgos, riesgos a veces más desesperados que los que nuestra misión parece justificar.

Quizás este era el caso entonces, porque yo había venido a Zodanga para averiguar todo lo que pudiera sobre el gremio de asesinos, dirigido por el infame Ur Jan; y ahora la fortuna me había colocado en un lugar donde podía obtener gran cantidad de informaciones muy valiosas, y no tenía la intención de retirarme sólo porque hubiera algo de riesgo.

Me deslicé furtivamente hacia adelante, y al fin alcancé la puerta. Con suma cautela, inspeccioné el interior de la habitación mientras cruzaba el umbral pulgada a pulgada.

Era una habitación pequeña, sin duda una antesala, y estaba desierta. No carecía de mobiliario: una mesa, varios bancos y, en especial, me fijé particularmente en un anticuado aparador colocado transversalmente en una esquina de la habitación, encontrándome uno de sus lados a un pie de la pared.

Desde el umbral donde me encontraba, podía oír mucho mejor el ruido de las voces, confié en que los hombres que buscaba se encontraran en la habitación contigua.

Me aproximé sigilosamente a la puerta de enfrente. Justo a la izquierda de la puerta se hallaba el aparador que ya he mencionado.

Pegué la oreja al panel de la puerta, tratando de oír lo que se decía en la otra habitación, pero las palabras me llegaban amortiguadas e inarticuladas. Nunca debería haber hecho aquello. En aquellas condiciones no podía ni ver ni oír nada que me fuera de utilidad.

Decidí que debía buscar otra forma de espiar, y ya me disponía a abandonar la habitación cuando escuché unas pisadas acercándose por el pasillo. ¡Estaba atrapado!

Capítulo Cuatro

MUERTE EN LA NOCHE

En más de una ocasión a lo largo de mi vida me había visto en situaciones apuradas, pero me pareció entonces que rara vez me había metido en una trampa semejante. Las pisadas se acercaban rápidamente por el pasillo. Su sonido indicaba que eran producidas por más de una persona.

Si eran sólo dos hombres, podría abrirme paso entre ellos luchando; pero el ruido del encuentro atraería a los que se encontraban en la habitación vecina, y con certeza cualquier lucha, por breve que fuera, me retrasaría el tiempo suficiente para que me alcanzaran antes de que escapase.

¡Escapar! ¿Cómo podría escapar si era descubierto? Aunque alcanzara el balcón, ellos irían pegados a mis talones, y no podría ascender por el frontis con la velocidad necesaria para ponerme fuera del alcance de sus manos.

Mi posición parecía desesperada, y precisamente entonces mi mirada se posó en el aparador de la esquina, y reparé en la separación de un pie de ancho que había entre mi persona y la pared.

Los pasos sonaban casi junto a la puerta. No había tiempo que perder. Rápidamente, me deslicé detrás del aparador y esperé.

Justo a tiempo. Los hombres del pasillo entraron en la habitación casi inmediatamente, tan de inmediato que pareció que tenían que haberme visto, pero, al parecer, no fue así, ya que se dirigieron sin detenerse a la puerta de la otra cámara, que abrió uno de ellos.

Desde mi escondite, oculto por la sombra del aparador, podía distinguir claramente a este hombre al igual que la otra habitación.

Lo que vi más allá de la puerta me dio bastante que pensar. Se trataba de una estancia espaciosa, en cuyo centro se hallaba una gran mesa. En torno a la misma se sentaban al menos cincuenta hombres, los cincuenta individuos de apariencia más endurecida que yo había visto juntos. En la cabecera de la mesa se sentaba un hombre enorme al que reconocí de inmediato como Ur Jan. Era un hombre muy grande pero bien proporcionado, de una mirada se apreciaba que era un luchador formidable.

Podía ver al hombre que mantenía abierta la puerta, pero no a su acompañante o acompañantes, ya que el aparador me lo ocultaba.

Ur Jan levantó la vista al abrirse la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó conminativamente—. ¿A quién has traído contigo? —y luego añadió—: Ah, ya lo reconozco.

—Tiene un mensaje para ti, Ur Jan —dijo el hombre de la puerta—. Dice que es muy urgente, de lo contrario no lo hubiera traído aquí.

—Déjalo entrar —dijo Ur Jan—, y veamos qué quiere; tú puedes retornar a tu puesto.

—Entra —dijo el hombre a su acompañante—. Y ruega a tu primer antepasado que tu mensaje interese a Ur Jan, pues de lo contrario no saldrás de esta sala por tu propio pie.

Se hizo a un lado, y vi a un hombre pasar y entrar en la habitación. Era Rapas, el Ulsio.

Con sólo ver su espalda, mientras se aproximaba a Ur Jan, supe que estaba nervioso y que tenía miedo. Traté de imaginarme qué podría haberlo llevado allí, evidentemente, no pertenecía al gremio. La misma cuestión como revelaron sus siguientes palabras, también intrigaba a Ur Jan.

—¿Qué buscas aquí Rapas, el Ulsio?

—He venido como amigo —contestó Rapas—. Le traigo a Ur Jan unas noticias que hace mucho tiempo que desea oír.

—La mejor noticia que podías haberme traído es que alguien te cortó tu asquerosa garganta.

Rapas se rio…, con una risa nerviosa y forzada.

—El gran Ur Jan tiene un gran sentido del humor —masculló Rapas con tono servil.

El bruto sentado a la cabecera de la mesa se puso en pie de un salto y golpeó fuertemente la sólida tabla de madera, de sorapo, con su poderoso puño.

—¿Qué te hace creer que bromeo, miserable garganta cortada? Pero será mejor que rías mientras puedas, porque si no tienes nada importante que decirme, si has entrado en este lugar prohibido, interrumpiendo nuestra asamblea sin una buena razón, te abriré una nueva boca en la garganta, pero te aseguro que no podrás reírte por ella.

—Sólo quiero hacerte un favor —suplicó Rapas—. Estoy seguro de que la información que traigo te interesará, si no, no hubiera venido.

—Muy bien, ¡rápido! Desembucha. ¿De qué se trata?

—Sé quién es el asesino de Fal Silvas.

Ur Jan se rio; era la suya una risa un tanto repulsiva.

—También yo —rugió—, es Rapas, el Ulsio.

—No, no, Ur Jan —lloriqueó Rapas—, te equivocas conmigo. Escucha.

—Has sido visto entrando y saliendo de la casa de Fal Silvas —acusó el jefe de los asesinos—. Eres empleado suyo; ¿y para qué emplearía a un tipo como tú salvo para cometer sus asesinatos?

—Sí, es verdad que voy a menudo a la casa de Fal Silvas. Me ha empleado como guardaespaldas, pero sólo acepté el cargo para poder espiarlo. Ahora que sé lo que quería, he acudido directamente a ti.

—Muy bien, ¿qué es lo que has sabido?

—Ya te lo he dicho. Sé quién es su asesino.

—Bueno…, si no eres tú, ¿quién es?

—Ha contratado a un extranjero…, a un panthan llamado Vandor. Ese hombre es el que comete sus asesinatos.

No pude reprimir una sonrisa. Todo hombre cree que es un gran juez de caracteres, y cuando, como entonces, ve cumplidas sus suposiciones, tiene razones para sentirse satisfecho; y mucho más porque, en realidad, pocos son capaces de juzgar acertadamente a los demás, y por ello muy raro que alguien pueda congratularse de sus éxitos en este campo.

Nunca había confiado en Rapas, y desde el principio lo había catalogado como una serpiente y un traidor. Ahora no cabía duda de que lo era.

Ur Jan lo contempló con escepticismo.

—¿Y por qué me traes esta información? No eres amigo mío y, por lo que sé, tampoco eres amigo de ninguno de mis hombres.

—Pero deseo serlo —mendigó Rapas—. Arriesgué mi vida para obtener esta información para ti, porque deseo unirme al gremio y servir a las órdenes del gran Ur Jan. Si tal cosa sucediera, sería el día más feliz de mi vida. Ur Jan es el hombre más grande de Zodanga… es el hombre más grande de todo Barsoom. Quiero servirle, y le serviré fielmente.

Todos los hombres son susceptibles a los halagos, y a menudo, cuanto más ignorantes, tanto más susceptibles son. Ur Jan no era una excepción. Uno casi podía verlo pavonearse. Alzó sus grandes hombros e infló el pecho.

—Bien —dijo en un tono de voz más suave—, nos lo pensaremos. Quizás podamos utilizarte, primero tendrás que arreglártelas para que podamos disponer de Vandor —echó una rápida mirada en torno a la mesa—. ¿Alguno de vosotros lo conoce?

Un coro de negativas fue la respuesta, nadie admitió conocerme. —Yo puedo enseñártelo —dijo Rapas, el Ulsio—. Puedo conducirte junto a él esta misma noche.

—¿Qué te hace creerlo así? —preguntó Ur Jan.

—Tengo una cita con él más tarde en una casa de comidas que frecuenta.

—No es mala idea. ¿A qué hora es la cita? —A la octava zode y media.

Ur Jan recorrió la mesa con la vista.

—Uldak—eligió al fin—, irás con Rapas; y no vuelvas mientras Vandor siga vivo.

Logré echarle una buena mirada a Uldak cuando Ur Jan lo señaló y, mientras salía con Rapas para matarme, fijé en mi mente cada detalle de su apariencia, incluyendo su forma de andar y, aunque sólo lo vi durante un momento, sabía que nunca la olvidaría.

Mientras ambos hombres salían de la gran cámara y cruzaban la antesala en la que yo me ocultaba, Rapas le explicó a su compañero el plan que tenía en mente.

—Te enseñaré la situación de la casa de comidas donde voy a encontrarme con él. Así podrás volver más tarde, y sabrás que el hombre que esté conmigo es el hombre que buscas.

No pude sino sonreír cuando los dos desaparecieron por el pasillo, alejándose del alcance de mi oído. ¿Qué hubieran pensado de saber que su objetivo estaba a sólo unas pocas yardas?

Yo quería seguir a Rapas y a Uldak, porque tenía un plan muy divertido; pero no podía salir de detrás del aparador sin pasar por delante de la puerta abierta de la sala donde se encontraban Ur Jan y sus cincuenta asesinos.

Parecía como si tuviera que esperar a que la reunión terminara y la compañía se dispersara antes de poder abrirme paso hacia el techo y mi volador.

Aunque tengo inclinación a irritarme ante la inactividad forzosa, aproveché la ocasión para familiarizarme con los rostros de todos los asesinos que podía ver. Algunos de ellos me daban la espalda, pero incluso éstos ocasionalmente me permitían vislumbrar su perfil.

Tuve suerte en empezar a memorizar sus rostros desde el principio, porque un momento después de la marcha de Rapas y Uldak, Ur Jan se dio cuenta de que la puerta estaba abierta y ordenó a uno de sus asesinos que la cerrara.

Apenas había corrido el cerrojo, yo salí de detrás del aparador y pasé al corredor.

No vi ni oí a nadie en la dirección que los asesinos habían empleado al ir y venir de la antesala, y como mi camino me conducía en la dirección opuesta, poco tenía que temer. Me dirigí rápidamente hacia la habitación por la que había entrado, ya que el éxito del plan que tenía en mente dependía de que llegara a la casa de comidas antes de Rapas y Uldak.

Alcancé el balcón y trepé sin problema hasta el techo. Poco después metí mi nave en el hangar que tenía alquilado en el tejado de la casa pública. Bajé a la calle, y marché hacia la casa de comidas a la que Rapas conducía a Uldak con la razonable certeza de que llegaría antes que la encantadora parejita.

Encontré un lugar desde el que podía vigilar la entrada y aguardé. La espera no fue larga, pues al poco tiempo descubrí acercarse a ambos. Se detuvieron a poca distancia del lugar, en la intersección de dos avenidas y, una vez que Rapas se la hubo señalado a Uldak, se separaron, continuando Rapas hacia la casa de comidas mientras que Uldak se volvía por donde había venido.

Todavía faltaba media zode para la cita con Rapas, y por el momento no me preocupé por él… Uldak me interesaba más.

Apenas Rapas hubo pasado ante mí, por la acera de enfrente, salí de mi escondite y caminé rápidamente en la misma dirección que Uldak.

Cuando alcancé la intersección, vi al asesino a poca distancia. Caminaba con lentitud, sin duda limitándose a matar el tiempo hasta la hora en la que debía verse con Rapas en la casa de comidas.

Manteniéndose en el lado opuesto de la calle, lo seguí durante una distancia considerable hasta que entró en un barrio que parecía desierto; yo no deseaba audiencia para lo que pensaba hacer.

Cruzando la avenida, incrementé mi paso; la distancia entre los dos se acortó rápidamente, hasta que estuve a sólo unos pasos detrás de él. Yo me había movido muy lentamente y no se percató de que alguien se le acercaba.

—¿Me estás buscando? —pregunté.

Él se volvió instantáneamente, y su mano derecha voló hacia la empuñadura de su espada. Me miró fijamente.

—¿Quién eres? —me ordenó que le dijera. —Quizás me equivoque, ¿no eres tú Uldak? —¿Y qué?

Yo me encogí de hombros.

—Nada, excepto que tenía entendido que te habían enviado a matarme. Me llamo Vandor.

Según dejaba de hablar, tiré de mi espada. Él pareció completamente atónito cuando le revelé mi identidad, pero no había nada que pudiese hacer salvo defenderse, y mientras desenvainaba su espada soltó una desagradable risita.

—Debes de ser un idiota. Cualquiera que no fuera tonto correría a esconderse al saber que Uldak lo buscaba.

Evidentemente se consideraba un gran espadachín. Yo podía haberle confundido revelándole mi identidad, porque cualquier guerrero Barsoomiano se desmoralizaría al saber que se enfrentaba a John Carter, pero no se lo dije. Me limité a la lucha, tanteándolo para averiguar si era capaz de cumplir su fanfarronada.

Era, en verdad, un excelente espadachín y, tal como había esperado, tramposo y sin escrúpulos. La mayoría de los asesinos carecen del menor vestigio de honor; son simplemente carniceros.

Al principio luchó con bastante limpieza, pues pensó que podía superarme fácilmente, pero cuando vio que no era así, echó mano de varios recursos turbios y, finalmente, intentó lo imperdonable: sacar su pistola.

Conociendo a los de su calaña, me esperaba algo similar; y en cuanto sus dedos se cerraron en tomo a la culata del arma, aparté a un lado su espada y dejé caer la mía pesadamente sobre su muñeca izquierda, casi cortándole la mano. Él retrocedió con un aullido de ira y dolor; yo no le concedí tregua. Entonces imploró clemencia, gritando que no era Uldak, que yo me había equivocado, suplicándome que lo dejara ir. Luego aquel cobarde se dio la vuelta para huir, obligándome a hacer algo que no me gustaba; pero para realizar mi plan no podía dejarlo con vida. Así que salté tras de él y lo traspasé de parte a parte por la espalda. Uldak cayó muerto boca abajo.

Mientras retiraba mi espada de su cuerpo, mire alrededor de mí. No había nadie a la vista. Di la vuelta al cadáver y dibujé una cruz con mi espada sobre el corazón.

Capítulo Cinco

EL CEREBRO

Rapas me estaba esperando cuando entré en la casa de comidas. Parecía muy contento y satisfecho de sí mismo.

—Llegaste justo a tiempo —me dijo—, ¿te ha gustado la vida nocturna de Zodanga?

—Sí —le aseguré—. He disfrutado inmensamente. ¿Y tú?

—Ha sido una noche muy provechosa. He realizado excelentes contactos y, mi querido Vandor, no te he olvidado.

—¡Qué amable de tu parte!

—Sí. Tendrás razones para recordar esta noche mientras vivas —exclamó, rompiendo a reír.

—Cuéntame.

—No, ahora no —contestó él—. Debo guardar el secreto durante algún tiempo. Pronto lo sabrás, comamos ahora. Yo invito esta noche. Ahora que casi se consideraba miembro de pleno derecho del gremio de asesinos de Ur Jan, aquella miserable rata se daba importancia.

—Muy bien, tú invitas —concedí yo, pensando que sería mucho más divertido dejar que el pobre diablo pagara la cuenta, sobre todo si encargaba los platos más caros de la carta.

Cuando entré en la casa de comidas, Rapas ya estaba sentado de cara a la entrada, y ahora la miraba continuamente. Cada vez que entraba alguien, podía ver la expresión de ansiedad de su cara transformarse en otra de decepción.

Hablamos de cosas sin importancia mientras comíamos, y mientras progresaba la cena no pude dejar de notar su creciente impaciencia y preocupación.

—¿Qué te pasa, Rapas? —inquirí al fin—. Pareces nervioso. Estás mirando a la puerta continuamente. ¿Acaso esperas a alguien?

El recuperó la compostura con rapidez y me miró inquisitivamente.

—No, no, no espero a nadie, pero tengo enemigos. Siempre es preciso mantenerse en guardia.

Su explicación era bastante plausible, pero, por supuesto, yo sabía que no era cierta. Podía haberle revelado entonces que el hombre que esperaba nunca vendría, pero no lo hice.

Rapas hizo durar la comida tanto como pudo, y cuanto más tiempo pasaba, más nervioso se ponía y más a menudo miraba la puerta. Finalmente, hice un amago de levantarme, pero él me detuvo.

—Quedémonos aquí un poco más. No tendrás prisa, ¿no?

—Tengo que volver —contesté yo—. Fal Silvas puede necesitarme.

—No, nunca antes de la mañana.

—Pero tengo que dormir algo —insistí.

—Ya dormirás todo lo que quieras, no te preocupes.

—Si voy a dormir, será mejor que empiece ya —repliqué yo, incorporándome.

Él intentó convencerme de que me quedara, pero yo ya había gozado todo el placer de la situación e insistí en marcharme. Él se levantó de la mesa con reluctancia.

—Te acompañaré un trecho.

Nos acercamos a la puerta de salida cuando entraron dos hombres. Discutían algo excitadamente cuando saludaron al propietario.

—Los agentes del Señor de la Guerra están en activo otra vez —anunció uno de ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el propietario.

—Acaban de encontrar el cadáver de uno de los asesinos de Ur Jan en la Avenida de la Garganta Verde, tenía grabada la cruz del Señor de la Guerra sobre su corazón.

—¡Gloria al Señor de la Guerra! —dijo el propietario—. Zodanga sería un lugar mucho mejor si nos viéramos libres de todos ellos.

—¿Cómo se llamaba el muerto? —preguntó Rapas, más preocupado de lo que quería mostrar.

—Un hombre de la multitud dijo que creía que su nombre era Uldak —respondió uno de los que habían traído la noticia.

Rapas palideció.

—¿Era amigo tuyo, Rapas? —pregunté.

—Oh, no. No lo conozco. Será mejor que nos vayamos.

Salimos juntos a la avenida y tomamos la dirección de la casa de Fal Silvas. Caminamos hombro con hombro por el distrito iluminado cercano a la casa de comidas. Rapas andaba muy callado y parecía nervioso. Lo observé con el rabillo del ojo e intenté leer su mente, pero estaba en guardia y me la había cerrado.

A menudo disfruto de la ventaja sobre el resto de los marcianos de que yo puedo leer sus mentes, mientras ninguno de ellos es capaz de leer la mía. La razón de esto la desconozco. La lectura de mentes es algo muy común en Marte, mas para salvaguardarse de sus peligros, todos los marcianos cultivaban la habilidad de cerrar sus mentes a otros cuando lo desean, este mecanismo de defensa está tan extendido que ha llegado a ser casi una característica universal; así que sólo en raras ocasiones se les puede sorprender con la guardia baja.

Cuando entramos en las avenidas más oscuras, se hizo evidente que Rapas intentaba rezagarse de mí, y entonces no tuve que leer su mente para saber lo que había en ella: Uldak había fallado, y ahora el rata tenía la oportunidad de cubrirse de gloria y de ganar la estima de Ur Jan cumpliendo su misión.

Para un hombre con sentido del humor, una situación como aquella puede ser muy divertida, tal como, en efecto, lo era para mí. Aquí estaba yo caminando a lo largo de una sombría avenida con un hombre que intentaba matarme a la primera oportunidad, y me era necesario frustrar sus planes sin que supiera que sospechaba de él, pues yo no quería matar a Rapas, el Ulsio. Al menos no todavía. Presentía que podía hacer uso de él de una forma u otra sin que sospechara jamás que me estaba ayudando.

—Vamos —dije al fin—, ¿por qué te retrasas? ¿Estás cansado? —y cogiéndolo por la diestra, seguimos hacia la casa de Fal Silvas.

Tras recorrer una corta distancia, Rapas se soltó.

—Te dejo aquí —me dijo—, esta noche no voy a ir a la casa de Fal Silvas.

—Muy bien, amigo mío. Pero espero volver a verte pronto.

—Sí, pronto nos veremos.

—Quizás mañana por la noche —sugerí yo—; o si no, pasado mañana.

En cuanto tenga una noche libre, te buscaré en la casa de comidas.

—Muy bien —dijo él—. Ceno allí todas las noches.

—Que duermas bien, Rapas.

—Que duermas bien, Vandor.

Tomé la avenida de la izquierda y proseguí mi camino. Pensé que quizás me siguiera, pero no lo hizo, y finalmente llegué a la casa de Fal Silvas.

Hamas me dejó entrar y, después de intercambiar algunas palabras con él, fui directamente a mis habitaciones, donde Zanda me abrió la puerta en respuesta a mi señal.

La joven me dijo que la casa había estado muy tranquila toda la noche y que nadie la había molestado ni intentado entrar en nuestro apartamento. Tenía preparadas mis sedas y pieles de dormir y, como yo estaba más bien cansado, no tardé en usarlas.

La mañana siguiente, inmediatamente después del desayuno me presenté en mi puesto ante la puerta del estudio de Fal Silvas. Llevaba poco tiempo allí cuando me mandó llamar.

—¿Qué ocurrió anoche? ¿Tuviste suerte? Veo que estás vivo, así que supongo que no lograste alcanzar el lugar de reunión de los asesinos.

—Al contrario —le contesté—, llegué a la habitación de al lado y los vi a todos.

—¿Qué averiguaste?

—No mucho. No pude oír nada mientras la puerta estuvo cerrada, y sólo permaneció abierta unos instantes.

—¿Y qué oíste mientras estuvo abierta? —preguntó.

—Saben que me has empleado como guardaespaldas.

—¡Qué! ¿Cómo pueden haberlo sabido?

Yo moví la cabeza.

—Debe de haber alguna filtración —opiné.

—¡Un traidor! —exclamó él.

No le dije nada acerca de Rapas. Temía que lo mandase matar, y no quería verlo muerto mientras me fuese de utilidad.

—¿Qué más oíste? —quiso saber.

—Ur Jan ordenó que me mataran.

—Debes de andar con cuidado Quizás sea mejor que no salgas esta noche.

—Puedo cuidar de mí mismo —repliqué—, y puedo ser más útil saliendo por la noche y hablando con la gente de fuera que quedándome aquí encerrado en mis horas libres.

El asintió.

—Supongo que tienes razón —dijo—, y durante un rato permaneció sumido en profundas reflexiones, luego alzó la cabeza—. ¡Lo tengo! —exclamó—. Sé quién es el traidor.

—¿Quién? —pregunté yo cortésmente.

—Rapas el Ulsio ¡Ulsio! Lo bautizaron bien.

—¿Estás seguro?

—No puede ser otro —contestó con énfasis Fal Silvas—. Ningún otro ha abandonado el edificio desde que viniste, excepto tú. Pero daremos término a la cuestión en cuanto regrese. Cuando vuelva, acabarás con él. ¿Has comprendido?

Yo asentí.

—Es una orden, asegúrate que se cumpla.

Durante algún tiempo se sentó en silencio, y pude ver que me estaba estudiando concienzudamente.

—He deducido por tu interés en los libros de tu apartamento que tienes nociones científicas —dijo al fin.

—Tan sólo ligeras nociones —le aseguré.

—Necesitaría a un hombre como tú…, si es que fuera de confianza. Pero, ¿en quién se puede confiar? —Daba la impresión de estar pensando en voz alta—. Rara vez me equivoco—continuó meditativamente—. Leía en Rapas como en un libro abierto. Sabía que era ruin e ignorante, y un traidor en potencia.

Se volvió hacia mí repentinamente.

—Pero tú eres diferente. Creo que puedo arriesgarme a confiar en ti, pero si me fallas… —Se incorporó, encarándoseme, con la expresión más malévola que yo había visto en mi vida—. Si me fallas, Vandor, morirás de la forma más horrible que la mente de Fal Silvas pueda concebir.

No pude evitar una sonrisa.

—Sólo puedo morir una vez.

—Pero tu muerte puede ser muy larga, si se hace de un modo científico.

Por entonces se había relajado y el tono de voz era un poco burlón. Pude imaginarme lo que Fal Silvas disfrutaría viendo morir a un enemigo suyo de forma horrible.

—Voy a confiar en ti… un poco, sólo un poco.

—Recuerda que no te lo he pedido —contesté yo—, que no he buscado conocer tu secreto.

—El riesgo será mutuo: tu vida contra mis secretos. Ven, tengo algo que enseñarte.

Me condujo fuera de la habitación, a lo largo del pasillo donde se encontraban mis habitaciones y por una rampa que llevaba al prohibido piso superior. Allí pasamos por una serie de habitaciones magníficamente amuebladas y, acto seguido, a través de una puertilla oculta tras unos cortinajes, entramos en un enorme estudio cuyo techo coincidía con el del edificio, varios pisos por encima de nosotros.

Soportada por un andamiaje y ocupando casi toda la longitud de la enorme cámara, se hallaba la nave de apariencia más extraña que yo había visto. Su morro era elipsoidal y, desde el punto de mayor diámetro, situado justo detrás del morro, disminuía gradualmente de ancho hasta acabar en punta en la popa.

—Aquí está —dijo orgullosamente Fal Silvas—. El trabajo de una vida, ya casi terminado.

—Es un tipo de nave totalmente nuevo —comenté yo—. ¿En qué aspecto es superior a las actuales?

—Se ha construido para desarrollar prestaciones que ninguna otra nave puede alcanzar —contestó Fal Silvas—. La he diseñado para obtener una velocidad inimaginable por el hombre. Viajará por rutas por las que ninguna nave ni hombre jamás ha viajado antes.

«En esta nave, Vandor, puedo visitar Thuria y Cluros. Puedo viajar por el espacio y visitar otros planetas.

—Maravilloso —dije yo.

—Pero esto no es todo. Ya ves que está construida para desarrollar grandes velocidades. Puedo asegurarme igualmente que también soportará las presiones más terribles y que está aislada contra el frío y el calor. Quizás, Vandor, otros inventores pueden construir otra similar. De hecho, creo que Gar Nal ya lo ha hecho; pero sólo hay un hombre en Barsoom, en todo el sistema solar, capaz de conseguir lo que yo he conseguido. Le he proporcionado a este mecanismo aparentemente insensato un cerebro con el que pensar. He perfeccionado mi cerebro mecánico, Vandor, de forma que en poquísimo tiempo, en cuanto haya realizado unos leves ajustes, podré enviar esta nave al espacio, y ella irá a donde yo quiera que vaya y volverá cuando yo quiera que vuelva. Sin duda, crees que es imposible. Crees que Fal Silvas está loco; pero mira, observa atentamente.

Miró fijamente al morro de la extraña nave y, acto seguido, la vi levantarse lentamente de su andamiaje hasta unos diez pies de altura y quedarse allí inmovilizada en el aire. Luego elevó el morro algunos pies más, luego la cola, para por fin descender lentamente y quedar apoyada en sus andamios.

Yo estaba totalmente asombrado. En mi vida había visto algo tan maravilloso, y no intenté disimular mi admiración.

—Fíjate —dijo Fal Silvas—, ni siquiera tengo que hablarle. La mente mecánica que le he instalado responde a ondas mentales. Simplemente tengo que impartirle el impulso del pensamiento que quiero que realice. El cerebro mecánico funciona entonces tal como lo hace mi cerebro, y dirige el mecanismo que opera la nave de la misma forma que el cerebro del piloto dirigiría sus miembros para mover palancas, apretar botones y abrir o cerrar reguladores.

«Vandor, ha sido una larga y terrible batalla la que he tenido que librar para perfeccionar este mecanismo. Me he visto obligado a hacer cosas que escandalizarían a la humanidad, pero creo que ha valido la pena. Creo que mi gran obra justifica todo lo que ha costado en vidas y sufrimientos.

«Yo también he pagado un precio. Algo que nunca se podrá reemplazar ha desaparecido en mí. Creo, Vandor, que me he despojado de todos mis instintos humanos. Excepto en que soy mortal, me he convertido en una máquina tan fría como ésta que está detrás de ti. A veces la odio por esta causa; pero, pese a todo, moriría por ella. Vería a otros morir por su causa sin inmutarme, como ya he hecho en el pasado. Debe vivir. Es el mayor logro de la humanidad».

Capítulo Seis

LA NAVE

Todo el mundo, creo yo, posee dos personalidades. A menudo son tan semejantes que esta dualidad no se advierte, pero a veces la divergencia es tan grande que nos encontramos con el fenómeno del Dr. Jeckyll y Mr. Hyde en un solo individuo. La breve y significativa confidencia de Fal Silvas sugería que era un ejemplo de tal divergencia.

El pareció arrepentirse inmediatamente de su arrebato emocional y prosiguió con las explicaciones sobre su invento.

—¿Te gustaría ver su interior? —me preguntó.

—Mucho —respondí yo.

Él concentró de nuevo su atención en el morro de la nave y una entrada se abrió en su costado, de la cual descendió una escalera de cuerda hasta el suelo de la habitación. Era algo casi sobrenatural, como si manos fantasmales hubieran realizado el trabajo.

Fal Silvas me indicó que lo precediera escalera arriba. Este hábito de no dejar nunca nadie a su espalda revelaba claramente la tensión nerviosa en la que vivía, en perpetuo temor de ser asesinado.

La entrada conducía a un pequeño y cómodo camarote, amueblado incluso con cierto lujo.

—La popa está dedicada a pañoles para almacenar comida durante viajes largos —explicó Fal Silvas—. En la zona trasera también se encuentran los motores, los generadores de oxígeno y agua y la planta de regulación de temperatura. Delante de ésta se encuentra la sala de mandos. Creo que te interesará —y me indicó que lo precediera a través de una puerta.

El interior de la sala de mandos, que ocupaba todo el morro de la nave, era una masa de intrincados aparatos mecánicos y eléctricos.

A cada lado del morro se abrían dos grandes lumbreras redondas, ocupadas por sendos gruesos paneles de cristales Desde el exterior de la nave, aquellas dos lumbreras parecían los enormes ojos de un monstruo gigantesco; y, en realidad, esa era su función.

Fal Silvas llamó mi atención hacia un pequeño objeto redondo del tamaño de un pomelo grande, fijado sólidamente en la pared, en el centro justo entre los dos ojos. De él partía un cable grueso compuesto de gran número de cables eléctricos más delgados. Advertí que algunos de estos cables estaban conectados con los múltiples aparatos de la sala de mandos, y que otros se dirigían hacia la popa de la nave.

Fal Silvas tocó casi afectivamente el citado objeto esférico.

—Este es el cerebro —dijo, y luego llamó mi atención hacia dos puntos situados en el centro exacto de los cristales delanteros—. Estas lentes se comunican con esta apertura en la parte inferior del cerebro, y pueden transmitir lo que ven los ojos de la nave. El cerebro funciona entonces mecánicamente igual que el cerebro humano, sólo que con mayor exactitud.

—¡Es increíble! —exclamé yo.

—Por supuesto —replicó él—. Sin embargo, en un aspecto el cerebro carece de humanidad. Es incapaz de originar pensamientos por sí mismo. Aunque quizás esto sea una ventaja, porque, de lo contrario, podría liberarse de mi control y caer sobre Barsoom como un monstruo terrible, capaz de causar incalculables estragos antes de ser destruido, porque esta nave está equipada con artillería de radio de gran potencia que el cerebro puede dirigir con una puntería muy superior a la alcanzada por el hombre.

—No he visto ningún arma.

—Están empotradas en las mamparas, y no son visibles salvo por unos pequeños orificios en el casco de la nave. Mas, como te decía, la única debilidad del cerebro mecánico es precisamente lo que lo hace tan efectivo para su uso por el hombre. Para que pueda funcionar, debe recibir previamente ondas mentales humanas. En otras palabras, debo proyectar en su interior pensamientos originales, que son algo así como su alimento.

«Por ejemplo, antes le implanté el pensamiento de que se levantara diez pies y se detuviera allí un par de segundos y que volviera a su andamiaje.

«Poniendo un ejemplo menos simple, puedo ordenarle que viaje a Thuria, que busque un lugar de aterrizaje apropiado y que aterrice. Puedo incluso llevar más allá esta idea, avisándole que si es atacado, responda a sus enemigos con fuego de fusil y que maniobre para no ser alcanzado, retornando inmediatamente a Barsoom para evitar su destrucción.

«Además, está equipado con cámaras con las que puedo tomar fotos mientras esté en la superficie de Thuria».

—¿Y crees tú que hará todas esas cosas, Fal Silvas? —le pregunté.

Me gruñó impacientemente.

—Claro que sí. En sólo unos cuantos días acabaré de perfeccionar los últimos detalles. Sólo me queda una pequeña cuestión en la planta motriz con la que no estoy muy satisfecho.

—Tal vez yo pueda ayudarte —le comuniqué—. Durante mi larga experiencia como piloto he aprendido bastante de motores.

Él se interesó de inmediato y me indicó que bajara al suelo del hangar. Me siguió, y en poco tiempo estuvimos discutiendo sobre los planos de su motor.

No tardé en descubrir qué era lo que andaba mal y cómo podría mejorarse. Fal Silvas quedó encantado. Reconoció al instante el valor de mis observaciones.

—Ven conmigo —me dijo—; empezaremos a trabajar en estos cambios inmediatamente.

Me condujo hacia una puerta a un extremo del hangar, abriéndola, me llevó a la estancia vecina.

Allí, en una serie de salas contiguas, vi los talleres eléctricos y mecánicos más maravillosamente equipados que había visto en mi vida, y vi algo más, algo que me hizo estremecer al considerar la anormal obsesión de aquel hombre por el secreto de sus investigaciones.

Los talleres estaban atendidos por gran número de mecánicos, y cada uno de ellos estaba en su taburete o en su máquina. Sus rostros estaban pálidos, debido al largo confinamiento, y en sus ojos se leía la más absoluta desesperanza. Fal Silvas debió de advertir mi expresión, porque se justificó con rapidez.

—Tengo que hacerlo, Vandor; no puedo arriesgarme a que uno de ellos escape y revele mis secretos al mundo antes de que yo esté preparado.

—¿Y cuándo será eso?

—Nunca —gruñó él—. Cuando Fal Silvas muera, sus secretos morirán con él. Y mientras viva, lo convertirán en el hombre más poderoso del universo. Incluso John Carter, Señor de la Guerra de Barsoom, tendrá que doblegarse ante Fal Silvas.

—¿Y entonces estos pobres diablos permanecerán aquí el resto de sus vidas?

—Deberán alegrarse y enorgullecerse. ¿Acaso no están dedicados a la empresa más gloriosa que la mente humana ha concebido jamás?

—No hay nada más glorioso que la libertad, Fal Silvas.

—Guárdate para ti tu estúpido sentimentalismo —replicó con brusquedad—. No hay sitio para él en la casa de Fal Silvas. Si quieres trabajar conmigo, piensa sólo en el objetivo y olvida los medios utilizados para conseguirlo.

Bien, visto que nada podría conseguir oponiéndome a él, cedí con un encogimiento de hombros.

—Supongo que tienes razón.

—Eso está mejor —dijo él, y llamó a un capataz para explicarle los cambios que debían realizarse en el motor.

Cuando nos volvíamos para abandonar la cámara, Fai Silvas suspiró.

—Ah, si pudiera producir en serie mi cerebro mecánico…, podría prescindir de estos estúpidos humanos. Un cerebro en cada taller realizaría todas las operaciones que ahora requieren entre cinco y veinte hombres…, y mucho mejor.

Fal Silvas acudió entonces a su laboratorio, del mismo piso, y me comunicó que no necesitaría de mí durante algún tiempo, pero que permaneciera en mis habitaciones con la puerta abierta para cuidar de que nadie pasara sin autorización por el pasillo que conducía a él. Cuando llegué a mis habitaciones, encontré a Zanda bruñendo un juego extra de correajes que, según me dijo, Fal Silvas me había enviado.

—Estuve hablando con la esclava de Hamas hace poco —comentó ella apenas llegué—. Dice que Hamas está preocupado por tu causa.

—¿Y por qué?

—Cree que el amo te ha cogido cariño y teme por su propia autoridad. Durante muchos años ha sido aquí un hombre muy poderoso. Me reí.

—No aspiro a sus laureles.

—Pero él no lo sabe, y, aunque se lo dijeras, no te creería. Es tu enemigo, y un enemigo muy poderoso. Simplemente quería avisarte.

—Gracias, Zanda. Me cuidaré de él, pero tengo ya tantos grandes enemigos, y estoy tan acostumbrado a tenerlos, que uno más o uno menos no me preocupa.

—Hamas puede darte bastantes preocupaciones —respondió ella—. Es la oreja de Fal Silvas. Estoy tan inquieta por ti, Vandor…

—No te preocupes; y, si te hace sentir mejor, no olvides que tú posees la oreja de Hamas por medio de su esclava. Puedes hacerle saber que yo no ambiciono desplazar a Harnas.

—Es una buena idea, pero me temo que no consiga mucho. Si estuviera en tu lugar, la próxima vez que saliera del edificio, no volvería. Saliste ayer, así que supongo que tienes libertad para ir y venir.

—Sí, la tengo.

—Mientras Fal Silvas no te lleve arriba y te revele alguno de sus secretos, probablemente te seguirán dejando salir, a menos que Hamas se empeñe en que Fal Silvas te retire el privilegio.

—Ya he estado en el piso de arriba, y he visto muchas de las maravillas que ha inventado Fal Silvas.

Ella profirió un pequeño grito de alarma.

—¡Oh, Vandor, estás perdido! —exclamó—. Ahora nunca abandonarás este terrible lugar.

—Al contrario, esta misma noche saldré. Fal Silvas está de acuerdo.

Ella negó con la cabeza.

—No lo comprendo, y no lo creeré hasta que lo vea.

Aquella noche Fal Silvas me mandó llamar. Me dijo que quería hablarme acerca de algunos nuevos cambios en el engranaje del motor, y por lo tanto no salí, y al día siguiente me tuvo en los talleres dirigiendo a los mecánicos que trabajaban en el nuevo equipo, y de nuevo me fue imposible abandonar el edificio.

De una forma u otra, evitó mi salida noche tras noche, y, aunque en realidad nunca me rehusó el permiso, empecé a considerarme prisionero.

Sin embargo, me interesaba demasiado el trabajo en los talleres como para que me preocupase si salía o no.

Desde el momento en que vi la maravillosa nave de Fal Silvas y escuché sus explicaciones sobre el fantástico cerebro mecánico que la dirigía, ambos no se habían apartado de mis pensamientos. Consideré todas las posibilidades de poder para el bien y para el mal que Fal Silvas había previsto, y me intrigaba la idea de lo que podía conseguir el hombre que controlase tal mecanismo.

Si tuviera el bien de la humanidad en el pensamiento, el invento podía ser una bendición sin precio para Barsoom; pero yo temía que Fal Silvas fuese demasiado egoísta y hambriento de poder para utilizar su invención exclusivamente en pro del bien público.

Estas meditaciones me llevaron a la cuestión de si otra persona podría controlar el cerebro. La especulación me intrigaba, y determiné comprobar si el cerebro obedecía mis órdenes en la primera ocasión.

Aquella noche Fal Silvas la pasó en su laboratorio, y yo estuve trabajando en los talleres con los pobres obreros encadenados. La gran nave se encontraba en la sala contigua. Ahora, pensé, era el momento adecuado para efectuar mi experimento.

Las criaturas que me acompañaban eran todos esclavos y, de cualquier modo, odiaban a Fal Silvas, así que poco les importaba lo que yo pudiese hacer.

Yo había sido amable con ellos, e incluso había tratado de avivar sus esperanzas, aunque ellos dudaban que hubiese esperanza alguna. Habían visto a muchos de ellos morir en sus cadenas para poder permitirse pensamientos de huida. Eran totalmente apáticos, y dudo que siquiera alguno de ellos se diese cuenta de que yo había abandonado el taller y entrado en el hangar donde la nave reposaba en sus andamios.

Cerrando la puerta tras de mí, me aproximé al morro de la nave y concentré mis pensamientos en el cerebro de su interior. Le impartí la idea de que se levantara de sus andamios y que volviera a descansar en ellos, tal como había visto hacer a Fal Silvas. Pensaba que si podía inducirle a que hiciera esto, podría lograr que hiciera cualquier otra cosa.

No me excito con facilidad, pero debo de reconocer que tenía todos mis nervios en tensión mientras observaba aquella gran Masa, preguntándome si respondería a las invisibles ondas mentales que le enviaba.

Concentrarme en esto, por supuesto, recortaba las otras actividades de mi mente, pero incluso así tuve maravillosas visiones de lo que podría conseguir si mi experimento tenía éxito.

Presumo que sólo estuve allí un momento, pero me pareció un intervalo larguísimo, y entonces, lentamente, la gran nave se levantó como empujada por una mano inasible. Durante un instante se cernió a diez pies de altura, y luego descendió de nuevo a sus andamios. Cuando lo hubo hecho, escuché un ruido detrás de mí y, volviéndome rápidamente, vi a Fal Silvas en la puerta del hangar.

Capítulo Siete

EL ROSTRO EN EL UMBRAL

La sangre fría es un corolario del aplomo. Di gracias porque el don del aplomo de algún antiguo antepasado hubiera pervivido en su descendencia hasta llegar a mí. Desconocía si Fal Silvas había entrado antes o después de que la nave se posara en su andamiaje. Si no era así, se lo había perdido por una fracción de segundos. Mi mejor defensa sin embargo era actuar según la suposición de que había llegado después, y me determiné a actuar en consecuencia. El viejo inventor me miraba duramente desde el umbral.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó imperativamente.

—Este invento me fascina; excita mi imaginación —contesté yo—. Vine del taller a echarle otra mirada. No me prohibiste hacerlo.

El arqueó las cejas, pensativo.

—Quizás no lo hiciera—dijo al fin—, pero lo hago ahora. Nadie debe entrar en esta habitación salvo por orden expresa mía.

—Lo tendré en cuenta.

—Será mucho mejor que lo hagas, Vandor.

Me dirigí entonces hacia la puerta donde se encontraba, con la intención de volver al taller; pero Fal Silvas me cortó el paso.

—Espera un momento —me dijo—. Tal vez te has estado preguntando si el cerebro responde a tus ondas mentales.

—Pues, francamente, sí.

Traté de imaginarme lo que sabía, lo que había visto. Quizás estuviera jugando conmigo, o quizás sólo sospechase algo y tratara de confirmar sus sospechas. Sea lo que fuera, yo no estaba dispuesto a apartarme de mi presunción de que ni sabía nada ni había visto nada.

—¿No estarías, por casualidad, intentando comprobar si te respondía?

—¿A quién, salvo a un idiota, dejaría de ocurrírsele esa idea después de haber visto el invento?

—Claro, claro; pero…, ¿tuviste éxito?

Las pupilas de sus ojos se contrajeron, y los párpados se cerraron hasta quedar reducidos a dos estrechas líneas. Parecía querer penetrar en mi alma e, incuestionablemente, intentaba leer en mi mente; pero esto no lo iba a conseguir.

Agité la mano en la dirección de la nave.

—¿Acaso se ha movido? —pregunté sonriente.

Creí descubrir entonces un matiz de alivio en su expresión, y me sentí seguro de que no había visto nada.

—Sin embargo —dijo—, sería interesante saber si la mente de otro hombre puede controlar el mecanismo. ¿Qué tal si lo intentas?

—Sería un experimento muy interesante. Me gustaría hacerlo. ¿Qué debo intentar que haga?

—Tiene que ser una idea tuya original, porque si yo te la sugiero, no podremos estar seguros de si el impulso que obedeció fue el tuyo o el mío.

—¿No hay peligro de que pueda dañarlo sin querer?

—Creo que no. Claro, es difícil para ti darte cuenta cómo ve y razona la nave, por supuesto. Sus funciones visuales y mentales son puramente mecánicas, mas no por ello menos precisas. En realidad, debería decir que son más precisas por esa razón. Tú puedes intentar que la nave abandone la habitación, mas ella no podría hacerlo, puesto que las puertas por las que tendría que pasar están cerradas. Podrá aproximarse a la pared del edificio, pero sus ojos verán que no puede atravesarla sin dañarse, o, más bien, los ojos verán el obstáculo, transmitirán su impresión al cerebro, y éste deducirá la consecuencia lógica. Por lo tanto, detendrá a la nave o, más probablemente, la hará girar para que los ojos busquen un lugar seguro por el que salir. Pero veamos qué es lo que puedes hacer.

Yo no tenía la menor intención de dejar que Fal Silvas supiese que podía dirigir su invento, si es que ya no lo sabía; así—que intenté mantener mis pensamientos tan lejos de éste como me fue posible. Comencé a pensar en partidos de fútbol que había visto, en un circo de cinco pistas, y en el Congreso de Misses de la Feria Mundial de Chicago de 1893. En resumen, intenté pensar en todo menos en Fal Silvas y su cerebro mecánico. Finalmente, me volví hacia él con expresión resignada.

—No pasa nada —dije. Pareció muy aliviado.

—Eres un hombre inteligente —comentó—. Si no te obedece, es razonable suponer que no obedecerá a nadie más que a mí.

Durante algunos instantes se sumió en sus pensamientos; luego se estiró y me miró. Sus ojos ardían con un fuego demoníaco.

—Puedo ser el amo del mundo; quizás incluso el amo del universo.

—¿Con esto? —pregunté, señalando la nave con un movimiento de mi cabeza.

—Con la idea que simboliza; con la idea de un objeto inanimado propulsado por medios científicos y motivados por un cerebro mecánico. Si dispusiera de los medios y de la fortuna suficiente, podría manufacturar este cerebro en grandes cantidades, e instalarlos en pequeños voladores de menos peso que un hombre. Podría dotarlos de medios de locomoción por tierra y aire. Podría equiparlos de armas. Podría enviarlos en grandes hordas a conquistar el mundo, incluso a otros planetas. No conocerían el miedo. No tendrían esperanzas ni ambiciones que pudieran apartarlos de mi servicio. Serían criaturas obedientes tan sólo a mi voluntad, que persistirían en hacer lo que les ordenase hasta su destrucción.

«Pero a mis enemigos no les serviría de nada destruirlas, porque por muchas que destruyeran, mis grandes fábricas construirían aún más.

«¿Te imaginas cómo lo haría? —Se acercó a mí y prosiguió hablando en susurros—. Al primero de estos hombres mecánicos lo construiría con mis propias manos, y cuando lo hubiera terminado, le ordenaría que construyese otros iguales a él. Se convertirían en mis mecánicos, y en los obreros de mis fábricas, y trabajarían día y noche sin descanso, sin parar de hacer otros de su misma clase».

Pensé en ello. Las posibilidades me aturdían.

—Para este plan requerirían una enorme fortuna —observé.

—Sí, una enorme fortuna —repitió él—; y es para conseguir esa enorme fortuna por lo que he construido esta nave.

—¿Pretendes saquear los tesoros de las grandes ciudades de Barsoom?

—De ninguna manera. Tesoros mucho más ricos se hallan a disposición del hombre que controle esta nave. ¿Acaso no sabes lo que revela el espectroscopio sobre las riquezas de Thuria?

—He oído hablar de ello, pero nunca le he hecho caso. La historia es demasiado fabulosa.

—Pues es cierta. Hay montañas de oro y de platino en Thuria, y vastas llanuras alfombradas de piedras preciosas.

Era una empresa atrevida, pero después de haber visto la nave, y conocido el notable genio de Fal Silvas, albergaba pocas dudas sobre su factibilidad.

Repentinamente, él pareció lamentar haberme hecho aquellas confidencias y me ordenó bruscamente que volviera al taller.

El viejo me había revelado tantas cosas que, naturalmente, comencé a preguntarme si consideraría seguro dejarme con vida, y me dispuse a estar constantemente en guardia. Parecía muy improbable que consintiera ahora en que yo abandonase el edificio, pero me decidí a aclarar la cuestión con la mayor brevedad posible, porque quería ver a Rapas antes de a acabar con él.

Día tras día, Fal Silvas había evitado que yo abandonara la casa, aunque haciéndolo tan hábilmente que, en apariencia, nunca se había negado.

Aquella noche, cuando hube acabado mis deberes, le comuniqué que pensaba salir para localizar a Rapas y para intentar entrar en contacto de nuevo con los asesinos de Ur Jan.

Vaciló tanto antes de responderme que pensé que iba a prohibirme la salida, pero al fin me dio su conformidad.

—Tal vez sea lo más adecuado —me dijo—. Rapas no aparecerá más por aquí, y sabe demasiado para andar suelto no estando a mi servicio ni siéndome leal. Si tengo que confiar en uno de los dos, prefiero hacerlo en ti en vez de en Rapas.

No acudí a cenar con los demás, ya que me proponía comer en el lugar frecuentado por Rapas, donde nos habíamos citado para cuando yo saliera.

Era preciso poner a Hamas al corriente de mi salida, ya que era el único que podía abrirme la puerta de la calle. Sus maneras conmigo no fueron tan hoscas como durante los últimos días. En realidad, estuvo casi afable; este cambio de actitud me puso aún más en guardia, pues presentí que no presagiaba nada bueno para mí… No había razón alguna para que Hamas me quisiera aquel día más que el anterior. Si yo le provocaba pensamientos agradables debía ser porque sabía que algo nada lisonjero me aguardaba en el futuro.

Fui directamente de casa de Fal Silvas al hostal, y le pregunté al propietario por Rapas.

—Viene todas las noches —me informó—. Suele llegar más o menos a esta hora, y vuelve de nuevo a eso de la octava zode y media, y siempre me pregunta por ti.

—Lo esperaré —le dije, y fui a la mesa que solíamos ocupar el Rata y yo. Apenas me había sentado cuando entró Rapas. Vino directamente hacia la mesa y se sentó ante mí.

—¿Dónde te habías metido? —me preguntó—. Empezaba a creer que el viejo Fal Silvas se había librado de ti o que te tenía prisionero en su casa. Estaba dispuesto a ir esta noche a enterarme de lo que te había pasado.

—Por eso salí esta noche, antes de que tú vinieras.

—¿Por qué?

—Porque no es seguro para ti presentarte en casa de Fal Silvas. Si valoras en algo tu vida, no vuelvas a aparecer por allí.

—¿Por qué razón?

—No puedo decírtelo, pero acepta mi palabra y mantente lejos.

No quería que supiese que me habían encargado matarlo. Podía volverse tan suspicaz y receloso que no me sería ya de utilidad en el futuro.

—¡Qué raro! —dijo él—. Fai Silvas se llevaba bastante bien conmigo antes de que te lo presentara.

Me di cuenta de que empezaba a germinar en su cerebro la idea de que, por alguna razón, yo quería mantenerlo lejos de Fal Silvas, y no podía contarle nada, de modo que cambié de tema.

—¿Te ha ido bien desde la última vez que nos vimos, Rapas?

—Sí, bastante bien.

—¿Cómo andan las cosas en la ciudad? No he salido desde entonces, y, por supuesto, en casa de Fal Silvas no me he enterado de casi nada.

—Dicen que el Señor de la Guerra está en Zodanga —me informó Rapas—. A Uldak, uno de los hombres de Ur Jan, lo mataron la última noche en que nos vimos, como debes recordar. Se halló sobre su corazón la marca de los agentes del señor de la Guerra, pero Ur Jan cree que ningún espadachín ordinario pudo haberlo vencido. Y su agente en Helium le informó de que John Carter no está allí, así que, sumando los dos hechos, Ur Jan está convencido de que debe de estar en Zodanga.

—¡Qué interesante! —comenté yo—. ¿Y qué piensa hacer Ur Jan al respecto?

—Oh, se vengará de un modo u otro. Ya está haciendo sus planes, y cuando actúe, John Carter sentirá no haberse ocupado de sus propios asuntos y haber dejado tranquilo a Ur Jan.

Poco antes de que termináramos nuestra cena, un cliente entró en el local y se sentó solo en una mesa. Pude verlo bien en un espejo situado delante de mí. Lo descubrí echando una mirada en nuestra dirección, y miré rápidamente a Rapas, percibiendo cómo sus ojos relampagueaban con un mensaje a la vez que asentía muy levemente con la cabeza, pero, sin necesidad de ello, hubiera sabido quién era aquel hombre y qué hacía allí, porque lo había reconocido como uno de los asesinos presente en el consejo de Ur Jan. Simulé no darme cuenta de nada, y mi mirada vagó ociosamente en dirección a la puerta, atraída por dos clientes que abandonaban la casa.

Entonces descubrí algo igualmente interesante…, de un interés vital. Cuando la puerta se abrió, divisé fuera a un hombre mirando hacia el interior. Este hombre era Hamas.

El asesino de la otra mesa pidió sólo un vaso de vino y, cuando lo hubo bebido, se levantó y se fue. Poco después de su partida, Rapas se incorporó.

—Debo irme —me dijo—, tengo una cita importante. ¿Te veré mañana por la noche?

Noté cómo intentaba reprimir una sonrisa.

—Aquí estaré.

Salimos a la avenida y Rapas me dejó, mientras tanto yo dirigía mis pasos hacia la casa de Fal Silvas. Mientras recorriera los distritos iluminados, no tenía que preocuparme demasiado, mas desde que penetré en las zonas más oscuras, me puse en guardia. No tardé en descubrir una figura en un oscuro zaguán. Era el asesino esperándome para matarme.

Capítulo Ocho

SOSPECHA

Clorus, la luna más lejana, recorría los cielos a gran altura, iluminando tenuemente las calles de Zodanga como si fuera una bombilla polvorienta colocada a demasiada altura; pero no necesitaba más luz para percibir la horrible forma del emboscado acechándome.

Sabía exactamente lo que él tenía en la cabeza, y debí haber sonreído. Creía que yo me acercaba en la más absoluta ignorancia de su presencia y del hecho de que alguien pensara asesinarme aquella noche. Se decía a sí mismo que, en cuanto yo hubiera pasado, saldría de un salto de su escondite y me atravesaría por la espalda, sería muy sencillo; luego sólo tendría que ir a informar a Ur Jan.

Mientras me aproximaba al zaguán, me detuve y eché una rápida mirada hacia atrás. Quería asegurarme, si era posible, de que Rapas no me había seguido. Si mataba a aquel hombre, no quería que Rapas supiera que había sido yo.

Continué mi marcha, manteniéndome a algunos pasos del edificio para no encontrarme cerca del asesino cuando pasara delante de él. Al llegar a su altura, me volví de repente y le planté cara.

—Sal de ahí, idiota —lo increpé en voz baja.

Durante un momento, el hombre no se movió. Estaba totalmente anonadado por mis palabras y porque lo hubiera descubierto.

—Tú y Rapas creíais poder engañarme, ¿no? ¡Tú, Rapas y Ur Jan! Bien, voy a contarte un secreto…, algo que Rapas y Ur Jan ni siquiera han soñado. No has empleado conmigo el método correcto porque te has confundido de hombre. Creías estar intentando matar a Vandor, pero no es así. No existe ningún Vandor. El hombre que tienes delante es John Carter. Señor de la Guerra de Marte —tiré de mi espada—. Y si ahora estás preparado, puedes salir a que te mate.

Él salió lentamente, espada en mano. Sus ojos reflejaban su asombro, al igual que su voz, cuando murmuró:

—¡John Carter!

No parecía asustado, de lo cual me alegré, porque no me gusta luchar contra alguien que me tema, ya que comienza a luchar con una terrible desventaja que nunca logra superar.

—¡Así que tú eres John Carter! —dijo él cuando salió al aire libre, y comenzó a reírse—. ¿Acaso crees que puedes asustarme? Eres un embustero de primera, Vandor; pero aunque fueras todos los embusteros de Barsoom en uno, no lograrás asustar a Povak.

Por lo visto, no me creía, y me alegré, porque ello le daba nuevos alicientes al combate, dado que podría irle revelando gradualmente a mi antagonista que se enfrentaba a un maestro de la esgrima.

En cuanto cruzamos las espadas descubrí que, aunque no era un mal espadachín ni mucho menos, no era tan diestro como el finado Uldak. Me hubiera gustado jugar un rato con él, pero no podía arriesgarme a que nos descubrieran.

Mi ataque fue tan violento que no tardé en acorralarlo contra la pared del edificio. No pudo hacer otra cosa que defenderse, y ahora lo tenía absolutamente a mi merced.

Podía haberlo atravesado entonces, pero tan sólo le hice un corto arañazo en el pecho, y luego otro perpendicular al primero. Me hice hacia atrás y bajé mi acero.

—Mira a tu pecho, Povak. ¿Qué ves en él?

Él se contempló la herida, lo vi estremecerse.

—La marca del Señor de la Guerra —dijo entrecortadamente—. Ten piedad de mí; no sabía quién eras.

—Te lo dije, pero no me creíste; y si me hubieras creído, hubieras estado más ansioso por matarme. Ur Jan te hubiera recompensado generosamente.

—Déjame ir —suplicó—. Perdóname la vida y seré tu esclavo.

Vi que era un asqueroso cobarde y no sentí piedad alguna, sino sólo desprecio.

—Levanta tu espada y defiéndete —lo increpé—, o te atravesaré a sangre fría.

Repentinamente, con la muerte reflejada en su rostro, pareció volverse loco. Se abalanzó sobre mí con la furia de un maníaco, y el ímpetu de su ataque me hizo retroceder algunos pasos, desvié entonces una estocada terrorífica y le atravesé el corazón.

Vi cómo se acercaban algunas gentes atraídas por el ruido de nuestros aceros. Unos pocos pasos me permitieron alcanzar un callejón, por el cual me eché a correr y, dando un rodeo, continué mi camino hacia la casa de Fal Silvas.

Hamas me admitió. Se mostró muy cordial. En realidad, demasiado cordial. Estuve a punto de reírme en su cara, porque sabía que él no sabía lo que yo sabía, pero le devolví educadamente sus saludos y me dirigí a mis habitaciones. Zanda me estaba esperando. Yo me quité la espada y se la entregué.

—¿Rapas? —preguntó ella, yo le había contado que Fal Silvas me había ordenado que lo matara.

—No, Rapas no. Otro de los hombres de Ur Jan.

—Ya van dos.

—Sí —contesté—, pero recuerda que no debes contarle a nadie que los he matado yo.

—No se lo contaré a nadie, mi amo. Siempre podrás confiar en Zanda.

Limpió la sangre de la hoja y luego la secó y le dio brillo. Yo la observé mientras trabajaba y noté las perfectas proporciones de sus manos y la gracia de sus dedos. Nunca le había prestado mucha atención hasta entonces. Por supuesto, había notado que era joven, bien formada y de agradable presencia; pero repentinamente me impresioné al darme cuenta de que era muy hermosa y que con los adornos, las joyas y el peinado de una gran dama, no pasaría desapercibida en compañía de nadie.

—Zanda —dije al fin—, tú no naciste esclava, ¿no?

—No, amo.

—¿Fal Silvas te compró o te secuestró?

—Phystal y otros dos esclavos me atraparon cuando paseaba por una avenida con un guardaespaldas. Lo mataron y me trajeron aquí.

—¿Aún vive tu familia?

—No. Mi padre era un oficial de la antigua Armada Zodangana. Pertenecía a la pequeña nobleza. Murió cuando John Carter condujo a las hordas verdes de Thark contra la ciudad. Desesperada, mi madre emprendió el último viaje hacia el seno del sagrado Iss, en el Valle de Dor y el Mar Perdido de Korus.

«John Carter —dijo ella pensativamente, con la voz cargada de odio—. Es el culpable de todas mis penas, de todo mi infortunio. Si John Carter no me hubiera despojado de mis padres, yo no estaría aquí, pues ellos me hubieran protegido de todo peligro».

—Odias a John Cárter, ¿no?

—Lo odio.

—Me imagino que te gustaría verlo muerto.

—Sí.

—Supongo que sabrás que Ur Jan ha jurado acabar con él.

—Sí, lo sé —respondió ella—; y rezo constantemente para que tenga éxito. Si yo fuera un hombre, me alistaría bajo la bandera de Ur Jan. Sería un asesino, y buscaría yo misma a John Carter.

—Dicen que es un formidable luchador.

—Ya encontraría alguna forma de matarlo, aunque tuviera que recurrir a la daga o al veneno.

Yo me reí.

—Espero que, por su bien, no lo reconozcas cuando te encuentres con él.

—Lo reconoceré enseguida —aseguró ella—. Su piel blanca lo delatará.

—Bien, confiemos en que se te escape —dije yo riéndome y, dándole las buenas noches, me fui a dormir.

A la mañana siguiente, en cuanto hube desayunado, Fal Silvas me mandó llamar. Cuando entré en su estudio, vi a Hamas y a otros dos esclavos de pie, a su lado.

Fal Silvas me miró desde debajo de sus cejas fruncidas. No me saludó educadamente como era su costumbre.

—¿Y bien? —me increpó—, ¿acabaste con Rapas anoche? —No, no lo hice.

—¿Lo viste?

—Sí, lo vi y hablé con él. De hecho, cenamos juntos.

Mi confesión sorprendió tanto a Fal Silvas como a Hamas. Era evidente que había trastornado sus cálculos, porque creo que esperaban que yo negase haber visto a Rapas, que es lo que habría hecho, de no ser por la afortunada circunstancia que me había permitido descubrir a Hamas espiándome.

—¿Y por qué no lo mataste? —quiso saber Fal Silvas—. ¿Acaso no te lo había ordenado?

—Me contrataste para que te protegiera, Fal Silvas, y pienso seguir mi propio criterio y hacerlo a mi manera. No soy ni un niño ni un esclavo. Creo que Rapas está en contacto con personas mucho más peligrosas para ti que el propio Rapas, y, dejándolo con vida, y manteniéndome en contacto con él puedo descubrir muchas cosas que nunca descubriría si lo matara. Si no estás satisfecho con mis métodos, encarga a otro que te proteja; y si has decidido matarme, te sugiero que contrates a algunos guerreros. Estos esclavos no son rivales para mí.

Pude ver a Hamas temblar de ira contenida ante mis palabras, pero no osó decir ni hacer nada sin órdenes de Fal Silvas. Se limitó a permanecer con la mano en la empuñadura de su espada, mirando a Fal Silvas como si esperase una señal.

Pero Fal Silvas no le hizo señal alguna. En vez de ello, el viejo inventor me estudió atentamente durante varios minutos. Finalmente, suspiró y agitó la cabeza.

—Eres un hombre muy valiente, Vandor —dijo—, pero quizás demasiado arrogante e insensato. Nadie le habla así a Fal Silvas. Todos me tienen miedo. ¿No te das cuenta de que te puedo matar en cualquier momento?

—Si fueras tonto, Fal Silvas, esperaría que me matases ahora; pero tú no lo eres. Sabes que puedo serte más útil vivo que muerto, y quizás también sospeches lo mismo que yo…, que si yo muriera, no moriría solo. Tú vendrías conmigo.

Hamas me miró horrorizado y apretó con fuerza la empuñadura de su espada, como si pensara desenvainarla; pero Fal Silvas se recostó en su silla y sonrió.

—Tienes bastante razón. Vandor, y puedes estar seguro de que si algún día decido acabar contigo, no me encontraré al alcance de tu espada cuando ese triste suceso tenga lugar. Y ahora cuéntame qué es lo que esperas averiguar por medio de Rapas y qué te hace creer que posee información de valor.

—Eso es sólo para tus oídos, Fal Silvas —dije yo, mirando a Hamas y a los dos esclavos.

Fal Silvas les hizo una señal con la cabeza.

—Podéis iros —les ordenó.

—Pero amo —objetó Hamas—, te quedarás solo con este hombre. Puede matarte.

—No estaría más a salvo de su espada si tú estuvieras presente, Hamas —respondió el amo—. Ambos hemos visto con qué destreza la usa. La roja piel de Hamas se oscureció al oír aquello, y abandonó la habitación sin pronunciar palabra, seguido por los esclavos.

—Y ahora cuéntame qué has averiguado o qué sospechas —me dijo Fal Silvas.

—Tengo razones para creer que Rapas se ha puesto en contacto con Ur Jan. A Ur Jan, según me contaste, lo ha contratado Gar Nal para asesinarte. Manteniéndome en contacto con Rapas, es posible conocer algo de los planes de Ur Jan. No estoy seguro de ello, pero es el único contacto que tengo con los asesinos y sería mala estrategia romperlo.

—Tienes toda la razón, Vandor. Comunícate con Rapas tan a menudo como puedas, y no lo mates hasta que deje de sernos útil. Entonces… — su rostro se contrajo en una mueca diabólica.

—Sabía que estarías de acuerdo conmigo —dije yo—. Me interesa mucho volver a ver a Rapas esta noche.

—Muy bien. Y ahora vayamos al taller. El trabajo en el motor va progresando muy bien, pero quiero que revises lo que se ha hecho hasta ahora.

Fuimos juntos al taller y, tras inspeccionarlo todo, le dije a Fal Silvas que quería ver el compartimento del motor en la nave para tomar unas medidas.

El me acompañó y penetramos junto n el casco. Cuando hube terminado mi investigación, busqué una excusa para quedarme más tiempo en el hangar, ya que tenía medio urdido un plan para cuya realización necesitaba un conocimiento más íntimo de aquella sala.

Simulando admirar la nave, caminé en torno a ella, observándola desde todos sus ángulos y, al mismo tiempo, observando el hangar desde todos sus puntos. Mi atención se concentró particularmente en el gran portalón a través del cual la nave debía abandonar en su momento el edificio.

Observé la construcción de las puertas y de sus cierres. Cuando lo hube hecho, perdí todo interés en la nave…, al menos por el momento.

Pasé el resto del día en el taller con los mecánicos, y la noche me sorprendió de nuevo en la casa de comidas de la Avenida de los Guerreros.

Rapas no se encontraba allí. Ordené mi cena y comencé a comer muy despacio, casi la había terminado sin que apareciera. Me dediqué a perder el tiempo, porque tenía muchas ganas de verlo aquella noche.

Al fin, cuando casi me había dado por vencido, llegó. Era evidente que estaba muy nervioso, y parecía más furtivo y sigiloso que de ordinario.

—¡Kaor! —lo saludé cuando se acercó a la mesa—, llegas tarde esta noche.

—Sí, me entretuve.

Pidió su cena. Parecía que no se podía estar quieto.

—¿Llegaste anoche a casa sin novedad? —me preguntó.

—Sí, por supuesto, ¿por qué?

—Estaba un poco preocupado por ti. Oí decir que habían asesinado a un hombre en una avenida por la que tuviste que pasar.

—¿Sí? —exclamé—. Debe haber sucedido después de que pasara yo.
—Es muy extraño, era uno de los asesinos de Ur Jan, y de nuevo tenía la marca de John Carter en el pecho.

Me miraba recelosamente, pero noté que temía decir en voz alta lo que sospechaba.

—Ur Jan está seguro ahora de que John Carter está en la ciudad.

—Bueno —repliqué yo—, ¿por qué preocuparnos de ese asunto? Estoy seguro de que no nos concierne ni a ti ni a mí.

Capítulo Nueve

EN EL BALCÓN

Los ojos dicen la verdad más a menudo que los labios. Los ojos de Rapas el Ulsio me comunicaron que no estaba de acuerdo conmigo en que la muerte del asesino de Ur Jan no nos concerniese a ninguno de los dos, pero sus labios dijeron lo contrario.

—Por supuesto, no es cosa mía, pero Ur Jan está furioso. Ha ofrecido una enorme recompensa por la identidad del hombre que mató a Uldak y Povak. Esta noche se reúne con sus principales lugartenientes para concretar los detalles de un plan que, cree él, terminará de una vez por todas con las actividades de John Carter contra el gremio de asesinos. Ellos piensan…

Se detuvo repentinamente, con una mezcla de sospecha y terror en la mirada. Creo que durante un instante, su estúpida mente había olvidado sus sospechas de que yo era John Carter y luego, después de revelarme algunos de los secretos de su amo, las había recordado de pronto, aterrorizándose.

—Pareces saber muchas cosas de Ur Jan —comenté yo casualmente —. Uno creería que eres miembro de pleno derecho de su gremio.

Permaneció confuso durante algún tiempo. Se aclaró la garganta varias veces como si fuera a hablar, pero sin duda no se le ocurrió nada que decir: sus ojos no pudieron sostener mi mirada. Yo disfruté mucho con su embarazo.

—No —rechazó él, al fin—, nada de eso. Son meramente habladurías que he oído por la calle. Puro chismorreo. No es nada raro que se lo repita a un amigo, ¿no?

¡A un amigo! La idea era muy divertida. Sabía que Rapas era un hombre de Ur Jan y que, al igual que sus compañeros, había recibido la orden de matarme, y Fal Silvas me había ordenado que lo matara a él; y, a pesar de todo, allí estábamos cenando y chismorreando juntos. Era una situación de lo más graciosa.

Cuando concluyó nuestra cena, dos malencarados individuos entraron en el local y se sentaron a la mesa. No intercambiaron ningún signo con Rapas, pero yo reconocí a ambos y supe a qué habían venido. Los había visto en la asamblea de asesinos, y rara vez olvido una cara. Su presencia allí era todo un cumplido hacia mí, pues significaba que Ur Jan reconocía que hacía falta más de un espadachín para acabar conmigo.

Me hubiera gustado mucho grabar mi marca sobre sus pechos, pero sabía que si los mataba, las sospechas de Ur Jan respecto a que yo era John Carter se verían definitivamente confirmadas. La muerte de Uldak y de Povak y el hallazgo de la marca del señor de la Guerra en sus pechos podía ser una coincidencia; pero si dos hombres más, que fueron enviados para acabar conmigo, encontraban un destino similar…, incluso a un estúpido no le quedarían dudas de que los cuatro habían encontrado su fin a manos del propio John Carter. Los asesinos apenas se habían sentado cuando yo me levanté.

—Debo marcharme, Rapas. Tengo un trabajo importante esta noche. Espero que me perdones que te deje así, quizás nos veamos mañana por la noche.

Rapas intentó detenerme.

—No tengas tanta prisa —exclamó—, espera un momento. Deseo comentarte cierto asunto.

—Tendrá que esperar hasta mañana. Que duermas bien, Rapas —y, diciendo esto, me di la vuelta y abandoné el edificio.

Recorrí tan solo una corta distancia por la avenida, en dirección opuesta a la casa de Fal Silvas. Luego me oculté en las sombras de un zaguán y aguardé, aunque no tuve que esperar demasiado para ver a los dos asesinos salir y tomar apresuradamente, la dirección por la que suponían que yo me había ido. Un minuto o dos más tarde, Rapas salió del edificio. Dudó un instante, y luego siguió lentamente la avenida tomada por los asesinos.

Cuando los tres estuvieron fuera de mi vista, salí de mi escondite y me dirigí, una vez más, al edificio en lo alto del cual guardaba mi nave.

El propietario estaba ocupado en trabajos de poca importancia cuando aparecí en la azotea. Me hubiera gustado más que estuviera en cualquier otra parte ya que no quería que nadie supiera de mis idas y venidas.

—No se le ve mucho —me dijo.

—No —contesté—, he estado muy ocupado.

Continué mi camino hacia el hangar de mi nave.

—¿Va a sacar su vehículo esta noche?

—Sí.

—Tenga cuidado con las patrulleras si está metido en algún negocio que no quiera que conozcan las autoridades. Han estado terriblemente ocupadas el último par de noches.

No sabía si se limitaba a darme un consejo amistoso o si pretendía obtener información de mí. Muchas organizaciones, el gobierno entre ellas, empleaban agentes secretos. Por lo que yo sabía, aquel tipo muy bien podía pertenecer al gremio de asesinos.

—Bueno —dije yo—, espero que la policía no me siga esta noche —él aguzó el oído—. No necesito ninguna ayuda y, a propósito, ella es muy guapa —le guiñé un ojo y le di un codazo, al pasar, de una forma que sabía que comprendería.

Lo hizo.

Se rio y me dio una palmada en la espalda.

—Me imagino que te preocupará más su padre que la policía —dijo él, y cuando subí al vehículo añadió—: Dime, ¿no tendrá alguna hermana?

Mientras me alzaba silenciosamente sobre la ciudad, escuché al hombre del hangar riéndose de su propia ocurrencia; estaba seguro de que si tenía alguna sospecha, había desaparecido.

Estaba bastante oscuro; ninguna luna aparecía en el cielo; pero este mismo hecho me haría más visible a las naves de patrulla que volaran por encima de mí cuando yo sobrevolara las zonas más brillantemente iluminadas de la ciudad, así que busqué rápidamente avenidas oscuras y volé bajo entre las densas sombras de los edificios.

Fue sólo cuestión de minutos que alcanzara mi destino y posara suavemente mi volador sobre el tejado del edificio que albergaba el cuartel general del gremio de asesinos de Zodanga.

La afirmación de Rapas de que Ur Jan y sus lugartenientes estaban perfeccionando un plan dirigido contra mis actividades era el imán que me había atraído allí esta noche.

Había decidido no utilizar otra vez la antesala de su estancia de reunión, ya que no sólo el camino hasta ella estaba plagado de peligros, sino que, aunque alcanzara el escondite de detrás del aparador, sería incapaz de oír nada de lo que maquinaran a través de la puerta cerrada. Tenía otro plan, y lo puse en ejecución sin tardanza. Hice posar mi nave al borde del tejado, directamente encima de la sala donde se reunían los asesinos. Luego amarré una cuerda a una de las anillas de su borde.

Acostado boca abajo, me asomé por el borde del tejado para asegurar mi posición, y descubrí que la había calculado perfectamente. Justo debajo de mí se encontraba el balcón que daba a la ventana iluminada. Mi cuerpo colgaba ligeramente a un lado de la ventana, de modo que no era visible desde el interior de la sala.

Ajusté cuidadosamente los mandos de mi volador, y luego até el cabo de una cuerda delgada a la palanca de puesta en marcha. Una vez atendidas estas cuestiones, agarré la cuerda y me deslicé por el alero del tejado, llevando la cuerda delgada en una mano.

Descendí silenciosamente, ya que había dejado mis armas en el volador para que no fueran a chocar unas contra otras o arañar la pared del edificio mientras descendía, atrayendo la atención sobre mí.

Al llegar ante la ventana, comprobé que podía alcanzar la barandilla del balcón con una mano. Me acerqué a ella silenciosamente, colocándome en una posición desde la cual pudiera ponerme de pie con seguridad.

Había oído voces a poco de descolgarme del tejado, y ahora que estaba junto a la ventana descubrí encantado que estaba abierta y que podía escuchar, con bastante claridad, todo lo que sucedía dentro de la sala. Reconocí la voz de Ur Jan. Estaba hablando cuando me acerqué a la ventana.

—Incluso si lo capturamos esta noche —decía—, y es el hombre que yo creo, aún podremos obtener un rescate del padre o del abuelo de la chica.

—Y un buen rescate —apostilló otra voz.

—Todo lo que una nave grande pueda transportar —contestó Ur Jan—, además de una promesa de inmunidad para todos los asesinos de Zodanga y la renuncia a perseguirnos más.

Yo no podía sino tratar de imaginarme contra quién estaban conspirando, quizás contra algún noble viejo y rico; pero no podía comprender la conexión que podía haber entre mi muerte y el secuestro de aquella chica, a menos que no hablaran de mí, sino de otro.

En aquel momento, oí unos golpes secos, y la voz de Ur Jan que dijo:

—Pase.

Oí abrirse una puerta, y el sonido de hombres entrar en la sala.

—¡Ah! —exclamó Ur Jan, dando una palmada—. ¡Lo cazasteis! ¡Dos de vosotros fue demasiado para él!

—No lo cazamos —contestó una voz malhumorada.

—¿Qué? ¿Acaso no acudió esta noche a la casa de comidas?

—Estuvo allí —dijo otra voz, que reconocí al instante como la de Rapas—. Lo llevé allí, tal como había prometido.

—Muy bien, ¿y por qué no lo matasteis? —preguntó airadamente Ur Jan.

—Cuando salió de la casa de comidas —explicó uno de los otros—, lo seguimos rápidamente, pero había desaparecido cuando llegamos a la avenida. No se le veía por ninguna parte, y aunque recorrimos aprisa todo el camino hasta la casa de Fal Silvas, no le vimos.

—¿Sospechaba algo? —preguntó Ur Jan—. ¿Crees que adivinó para qué estabais allí?

—No, estoy seguro de que no. No se fijó en nosotros. Ni siquiera nos miró.

—No puedo entender cómo desapareció tan rápidamente —indicó Rapas—. Pero lo cogeremos mañana por la noche. Me prometió encontrarse conmigo de nuevo.

—Escuchad —dijo Ur Jan—, no me falléis mañana. Estoy convencido de que ese hombre es John Carter. Después de todo me alegro de que no lo mataran. Acaba de ocurrírseme un plan mejor. Mañana por la noche enviaré a cuatro de vosotros a esperarlo cerca de la casa de Fal Silvas. Quiero que lo capturéis vivo y que me lo traigáis. Con él vivo, podremos pedir dos naves cargadas de tesoros por su princesa.

—Y después tendremos que ocultarnos en las minas de Zodanga el resto de nuestras vidas —objetó uno de los asesinos.

Ur Jan se rio.

—Una vez que hayamos reunido el rescate, John Carter nunca nos molestará más.

—¿Quieres decir que…?

—Soy un asesino, ¿no? —preguntó Ur Jan—. ¿Crees que un asesino puede dejar con vida a un enemigo peligroso?

Ahora comprendía la conexión entre mi muerte y el secuestro de la joven que habían mencionado. Esta no era otra que mi divina princesa Dejah Thoris. Aquellos canallas esperaban obtener dos naves llenas por el rescate de Mors Kajak, Tardos Mors y de mí mismo; y ellos sabían, y yo también, que no habían calculado mal. Cualquiera de los tres daría gustoso muchas naves cargadas de tesoros a cambio de la seguridad de la incomparable princesa de Helium.

Me di cuenta, entonces, de que tenía que volver de inmediato a Helium para asegurarme de la integridad de mi princesa, pero me demoré un momento en el balcón para oír los planes de los conspiradores.

—Pero —repuso uno de los lugartenientes de Ur Jan—, aunque logres raptar a Dejah Thoris…

—No hay «aunque» alguno que considerar —replicó Ur Jan—. Es como si ya estuviera hecho. He preparado el golpe largo tiempo. Lo he hecho con el máximo secreto, para que no hubiera ninguna filtración; pero ahora que estoy listo para actuar, no importa que lo sepan. Puedo revelarte que dos de mis hombres son guardianes del palacio de la princesa Dejah Thoris.

—Bien, concedamos que la raptarás —prosiguió el otro escépticamente—. Pero, ¿dónde piensas ocultarla? ¿En qué lugar de Barsoom podrás esconder a la princesa de Helium del Gran Tardos Mors, aunque logres quitar del medio a John Carter?

—No pienso esconderla en Barsoom.

—¿Cómo? ¿No piensas esconderla en Barsoom? ¿En dónde entonces?

—En Thuria —anunció Ur Jan.

—¡En Thuria! —exclamó riéndose su interlocutor—. Piensas ocultarla en la luna más cercana. Vale. Ur Jan. Será un espléndido escondrijo…, si consigues llevarla allí.

—Puedo llevarla allí sin problema. No me he asociado con Gar Nal para nada.

—¿Quieres decir que esa estúpida nave suya funciona? ¿Esa con la que espera visitar todo el planeta? No creo que ese chisme funcione, aunque lo termine…, si es que la termina alguna vez.

—Está terminado, y volará a Thuria.

—Bueno, aunque sea así, no sabemos cómo pilotarla.

—Gar Nal la conducirá para nosotros. Necesita una gran cantidad de dinero para construir otras naves, y está de acuerdo en pilotar la nave a cambio de una parte del rescate.

En aquel momento, en realidad, aprecié por completo lo minuciosamente que Ur Jan había trazado sus planes y lo grande que era el peligro para mi princesa. Cualquier día podían intentar el secuestro de Dejah Thoris, y yo sabía que, con dos traidores en su guardia, no era imposible que tuviesen éxito.

Decidí que no podía perder más tiempo. Debía marchar a Helium inmediatamente; entonces jugó su parte el destino y casi puso término a mi vida.

Cuando comencé a escalar la cuerda, una parte de mi correaje se trabó con uno de los ornamentos de hierro de la pared y, cuando intenté soltarla, el hierro se rompió y cayó sobre el balcón.

—¿Qué ha sido eso? —oí preguntar a Ur Jan, y luego escuché unos pasos acercándose a la ventana rápidamente. En un instante, la figura de Ur Jan asomó debajo de mí—. ¡Un espía! —vociferó, saliendo al balcón de un salto.

Capítulo Diez

JAT OR

Cuando intento buscar excusas para justificar las desgracias que me sucedieron, suelo preguntarme por qué el Destino se mostró en aquel momento favorable a esos indeseables y adverso a mí. Sin duda, mi causa es una causa justa, sin embargo el insignificante hecho de que un adorno metálico de un balcón de la ciudad de Zodanga estuviera flojo y que mi correaje se trabara en él accidentalmente, me colocó en una situación de la cual no parecía probable que escapara con vida.

Sin embargo, todavía no estaba muerto; y no tenía intención de resignarme sin combatir a los dictados de un Destino cruel e injusto. Y además, como dicen los aficionados a cierto famoso juego de cartas americano, aún tenía un as en la manga.

Mientras Ur Jan saltaba al balcón, yo me alejé de él aferrado a la cuerda atada a mi nave y, simultáneamente, comencé a escalarla.

Me balanceé como un péndulo, y, cuando alcancé el límite de mi arco de giro, volví directamente hacía los brazos de Ur Jan.

Todo sucedió muy rápidamente, mucho más rápido de lo que puedo contarlo. Ur Jan echó mano a su espada, yo flexioné mis rodillas contra el cuerpo, dirigiéndome hacia él; luego, cuando casi estaba encima de él, lo golpeé con ambos pies, en el pecho, con toda mi fuerza.

Ur Jan retrocedió vacilante contra el asesino que lo seguía, y ambos cayeron en un montón.

Simultáneamente, tiré de la cuerda delgada que había atado a la palanca de puesta en marcha de mi nave. En consecuencia, ésta se elevó y me arrastró con ella, colgado de la cuerda.

Mi situación era todo menos envidiable. Por supuesto, no podía guiar la nave, y si ésta no se elevaba con la suficiente rapidez, tenía una excelente oportunidad de morir aplastado contra algún edificio, mientras me arrastraba por la ciudad, pero incluso esta amenaza no era la más grande que tenía que afrontar, porque entonces oí un disparo, y una bala pasó silbando junto a mí… Los asesinos intentaban abatirme a tiros.

Subí por la cuerda lo más rápido que pude, pero la ascensión por una cuerda pendiente de una aeronave en movimiento no es nada fácil, aun sin añadirle el peligro de ser blanco de los disparos de una banda de asesinos.

La nave me conducía diagonalmente a través de la avenida donde se encontraba el edificio que albergaba a la banda de Ur Jan. Pensé que iba a estrellarme contra el edificio de enfrente y, créeme, puse toda mi fuerza y agilidad en escalar la cuerda mientras la nave cruzaba rápidamente la avenida.

En esta ocasión, sin embargo, el destino me favoreció, y pasé rozando el tejado del edificio.

Los asesinos aún continuaban disparándome, pero me imagino que la mayor parte de sus éxitos, en el pasado, los habían conseguido con la daga o el veneno, porque en puntería tenían mucho que desear.

Finalmente, mis dedos se cerraron en tomo a la barandilla de la nave, y un momento después me encontré en cubierta. Lanzándome hacia los mandos, di toda la velocidad y orienté el rumbo hacia Helium.

Quizás fui imprudente, puesto que ignoré la amenaza de las patrulleras y no hice esfuerzo alguno para escapar a su vigilancia. Nada me importaba entonces salvo alcanzar Helium a tiempo para salvar a mi princesa.

¡Cómo sabían mis enemigos golpearme donde más me dolía! ¡Cómo conocían mis partes vulnerables! Sabían que no les negaría nada, incluso mi propia vida, con tal de salvar a Dejah Thoris. Y debían saber, igualmente, el precio que tendrían que pagar si la hacían algún daño, y esto los convertía en hombres desesperados. Yo había amenazado su seguridad y sus vidas, y se lo habían jugado todo a una carta intentando derrotarme.

Traté de adivinar si alguno de ellos me había reconocido. No había visto a Rapas en la ventana, y parecía poco probable que, en la oscuridad de la noche, los otros dos asesinos, que sólo me habían visto un instante en la casa de comidas, pudieran estar seguros de que era yo quien colgaba de la cuerda. Presentí que podían sospechar que yo era Vandor, pero confiaba que ninguno estuviese seguro de que fuera John Carter.

Mi veloz nave atravesaba rápidamente Zodanga, y ya creía que iba a escapar sin dificultades cuando escuché, de pronto, a una patrulla darme el alto.

Estaba a una altura considerablemente mayor que la mía, ligeramente adelantada y hacia estribor. Mi acelerador estaba apretado a fondo, y mi nave surcaba el aire poco denso del moribundo planeta a toda velocidad.

La patrullera debió darse cuenta instantáneamente de que yo no tenía intención de detenerme, puesto que se lanzó hacia adelante, aumentando la velocidad, y picó hacia mí. La velocidad que obtuvo de aquel largo picado fue enorme, y aunque normalmente no era una nave tan rápida como la mía, su terrorífica velocidad en picado era mayor que la que mi nave podía desarrollar.

Yo volaba demasiado bajo para poder ganar velocidad picando, pero ni aunque hubiera podido hacerlo hubiese logrado igualar la velocidad de aquella nave, cuyo mayor peso multiplicaba su aceleración.

Bajaba directamente hacia mí, acortando distancia rápidamente, y acercándose diagonalmente desde estribor.

Parecía imposible que pudiera escapar y, cuando abrió fuego sobre mí con sus cañones de proa, acaricié la idea de rendirme, porque así al menos salvaría la vida. De lo contrario, moriría, y muerto no le sería de ninguna ayuda a Dejah Thoris. Pero me enfrentaba con el hecho de que me retrasaría, de que quizás no pudiera llegar a tiempo a Helium. Me arrestarían con toda seguridad, y casi con certeza encarcelado por intentar huir de la patrullera. Carecía de documentación, lo cual me lo haría todo aún más difícil. Tenía bastantes posibilidades de que me esclavizasen, o me arrojasen a la mina de la ciudad en espera de los próximos juegos. El riesgo era demasiado grande. Debía alcanzar Helium sin demora. Repentinamente, empujé el timón hacia la derecha, y la pequeña nave respondió a mis deseos con tal prontitud que casi fui catapultado a la cubierta cuando giró bruscamente.

Me dirigí directamente hacia el casco de la patrullera mientras ésta se lanzaba sobre mi antigua trayectoria, de tal forma que no pudiera dispararme, al estar yo oculto por su propio casco.

Ahora su mayor peso y su velocidad de picado obraban en mi favor. No podía reducir la velocidad y cambiar de rumbo con la facilidad con que yo había maniobrado mi ligera nave monoplaza.

El resultado fue que, antes de que lograra lanzarse en mi persecución de nuevo, yo ya había cruzado las murallas de Zodanga y volaba sin luces. No fue capaz de descubrirme.

Divisé sus luces durante un rato y advertí que no seguía el rumbo correcto y entonces, con un suspiro de alivio, me dispuse a emprender el largo viaje hacia Helium.

Mientras volaba a toda velocidad a través de la atmósfera del moribundo Marte, Thuria asomó por el horizonte al oeste, delante de mí, inundando con su brillante luz la vasta extensión de fondos de mares secos donde una vez ondearon poderosos océanos, albergando en sus senos a las grandes naves de la gloriosa raza que por aquel entonces dominaba el joven planeta.

Sobrevolé las arruinadas ciudades sitas en las riberas de aquellos mares muertos, y mi imaginación las pobló de muchedumbres felices y despreocupadas. Allí estaban de nuevo los grandes Jeddaks que las gobernaban y los clanes guerreros que las defendían. Ahora todo había desaparecido, y sin duda los oscuros nichos de sus majestuosos edificios albergaban a algunas salvajes tribus de crueles y tristes hombres verdes.

Y de esta forma sobrevolé las vastas extensiones de tierras yermas hacia las Ciudades Gemelas de Helium y la mujer que amaba: Dejah Thoris, cuya inmortal belleza era el honor de un mundo.

Había graduado mi compás de destino en mi objetivo, y me recosté en la cubierta de la nave para dormir.

El trayecto de Zodanga a Helium es largo y solitario, y aquella vez me pareció que se prolongaba interminablemente a causa de mi ansiedad por mi princesa; pero al fin llegó a su término, y divisé la torre escarlata de Helium Mayor perfilándose ante mí.

Mientras me aproximaba a la ciudad, una patrullera me detuvo y me ordenó que me colocara a su costado.

Yo me había despojado del pigmento rojo durante el día, y el oficial me reconoció antes de que le diera mi nombre.

Noté una cierta reserva y embarazo en sus maneras, pero no hizo otra cosa que saludarme y preguntarme respetuosamente si podía darme escolta hasta mi palacio.

Yo se lo agradecí y se lo rogué para que no fuera detenido por otras patrulleras. Cuando llegué sin novedad ante mis hangares, saludó con la proa y se marchó.

Mientras yo descendía de la nave, la guardia del hangar se adelantó para hacerse cargo de ella y meterla en el hangar.

Aquellos hombres eran servidores leales y veteranos que llevaban años a mis servicios. Ordinariamente, me saludaban con entusiasmo cuando regresaba de una ausencia, comportándose conmigo más como viejos criados que como una escolta militar: sin embargo, aquella noche me saludaron sin mirarme a la cara y con apariencia incómoda.

No les pregunté nada, aunque intuí que algo no iba bien. En vez de hacerlo, descendí apresuradamente por la rampa que conducía a mi palacio y me dirigí sin demora a las habitaciones de mi princesa.

Mientras me aproximaba a ellas, me encontré con un joven oficial de su guardia personal que, al verme, se me acercó rápidamente. Su rostro estaba blanco como la cal, y su expresión era de agobio, que luchaba para contener sus emociones.

—¿Qué es lo que anda mal, Jat Or? —quise saber—, primero el comandante de la patrullera, luego la guardia del hangar y ahora tú, parecéis haber acabado de perder a vuestro último amigo.

—Hemos perdido a nuestro mejor amigo —contestó él.

Sabía a qué se refería, pero vacilé en exigirle una explicación directa. No quería oírla. Si escuchaba lo que tenía que contarme, me hundiría como no me había hundido en mi vida, ni siquiera ante una cita con la muerte.

Pero Jat Or era un soldado; también yo lo era, y un soldado debe enfrentarse a su deber sin importarle lo horrible que éste pueda ser.

—¿Cuándo se la llevaron? —pregunté—. Por eso vine apresuradamente de Zodanga, para prevenirla; y he llegado tarde, Jat Or, ¿verdad? —Asintió con la cabeza—. Cuéntamelo —le dije.

—Sucedió anoche, mi príncipe, no sabemos a qué hora exactamente. Dos hombres estaban de guardia ante su puerta. Eran hombres nuevos, pero habían pasado con éxito las investigaciones que deben superar todos aquellos que entran a vuestros servicios, señor. Esta mañana dos esclavas fueron a relevar a las que habían estado de servicio por la noche con la princesa, encontraron que éstos habían desaparecido. Las dos esclavas yacían muertas entre sus pieles y sedas de dormir; habían sido asesinadas mientras dormían. Los dos guardianes habían desaparecido. No. estamos seguros, pero por supuesto creemos que fueron ellos los que se llevaron a la princesa.

—Así fue. Eran agentes de Ur Jan, el asesino de Zodanga. ¿Qué se ha hecho hasta ahora?

—Tardos Mors, el Jeddak, su abuelo, y Mors Kajak, su padre, han despachado un millar de naves en su busca.

—Es extraño. No he visto una sola nave en todo el viaje desde Zodanga.

—Pues las enviaron, mi príncipe —insistió Jat Or—. Lo sé porque pedí permiso para viajar en una de ellas; me siento responsable, como si de alguna forma el secuestro fuera culpa mía.

—Donde quiera que la busquen, están perdiendo el tiempo. Comunícaselo así a Tardos Mors. Dile que llame a sus naves. Sólo hay una nave capaz de seguirlos al lugar donde la han llevado, y sólo hay dos hombres en el mundo capaces de conducirla. Uno de ellos es un enemigo: el otro soy yo. Por eso debo volver de inmediato a Zodanga. No hay tiempo que perder. Si no fuera así, yo mismo iría a ver al jeddak antes de partir.

—¿Pero no hay nada que podamos hacer aquí? ¿No hay nada que yo pueda hacer? Si hubiera estado en guardia, esto no hubiera sucedido. Debería haber dormido ante la puerta de mi princesa. Déjeme ir con usted. Tengo una buena espada, y puede llegar un momento en que incluso el Señor de la Guerra se alegre de disponer de ella en su apoyo.

Yo consideré su petición durante un momento. ¿Por qué no llevarlo conmigo? A fuerza de tener que depender exclusivamente de mis propios recursos, a lo largo de mi dilatada existencia, he llegado a acostumbrarme a contar sólo con ellos. Pero en aquellas ocasiones en que he luchado con buenos hombres a mi lado, gentes como Carthoris, Kantor Kan y Tars Tarkas, me he alegrado de que estuvieran allí. Sabía que aquel joven padwar era diestro con la espada e igualmente sabía que era leal a mí y a mi princesa. Al menos, aunque no fuera una ayuda, no sería un estorbo.

—Muy bien, Jat Or. Ponte un correaje sin insignias. Ya no eres un padwar de la armada de Helium, sino un panthan sin patria, al servicio de quien quiera contratarte. Pídele al oficial de la Guardia que venga inmediatamente a mis habitaciones, y ven tú también en cuanto te hayas cambiado. No tardes.

El oficial de la Guardia llegó a mis habitaciones poco después que yo. Le comuniqué que iba a partir en busca de Dejah Thoris y que quedaba al mando del Palacio hasta mi regreso.

—Mientras espero a Jat Or, deseo que subas a la pista de aterrizaje y que llames a una patrullera. Quiero que me escolte hasta las murallas de la ciudad para no sufrir retrasos.

El saludó y se marchó, y cuando hubo salido le escribí una breve nota a Tardos Mors, a Mors Kajak y a Carthoris.

Jat Or entró cuando terminaba la última. Era un guerrero pulcro y de aspecto eficiente, y me gustó su aspecto. Aunque llevaba algún tiempo a nuestro servicio, no lo había tratado con anterioridad, al ser sólo un padwar, sin importancia asignado a la escolta de Dejah Thoris. A propósito, el rango de padwar corresponde casi exactamente con el de teniente en la organización militar terrestre.

Indiqué a Jat Or que me siguiese, y ambos subimos a la pista de aterrizaje. Allí elegí una nave rápida biplaza, y mientras la sacaba del hangar, la patrullera convocada por el oficial de la Guardia descendía hacia la pista. Un momento después nos dirigimos hacia las murallas exteriores de Helium escoltados por la patrullera, cuando la hubimos sobrepasado, nos saludamos el uno al otro inclinando nuestras respectivas proas; después, orienté el morro de mi volador hacia Zodanga y apreté el acelerador al máximo, mientras la patrullera volaba hacia la ciudad.

El viaje de retorno a Zodanga transcurrió sin incidentes. Aproveché el tiempo del que disponía, para poner al corriente a Jat Or de todo cuanto me había sucedido en Zodanga, y de lo que había averiguado allí, de modo que estuviera bien preparado en previsión de cualquier emergencia que pudiese sobrevenir. También me embadurné otra vez más con el pigmento rojo que constituía mi único disfraz.

Naturalmente, estaba muy preocupado por lo que pudiese haberle sucedido a Dejah Thoris, y dediqué mucho tiempo a inútiles conjeturas respecto al lugar donde la habían conducido sus secuestradores.

No podía creer que la nave interplanetaria de Gar Nal hubiera podido aproximarse a Helium sin ser descubierta. Por lo tanto, parecía mucho más razonable suponer que Dejah Thoris había sido conducida a Zodanga y que desde allí intentarían transportarla a Thuria.

Mi estado mental durante aquel largo viaje era indescriptible. Me imaginé a mí princesa en manos de los rufianes de Ur Jan, y me imaginé los sufrimientos internos que debía estar padeciendo, aunque exteriormente no se mostrara más que inmutable ante sus raptores. Tales pensamientos azotaban mi cerebro, y la sed de sangre del asesino me dominó completamente, así que me temo que fui un compañero de viaje muy hosco y poco comunicativo para con Jat Or. Pero finalmente alcanzamos Zodanga. Era otra vez de noche. Podía haber sido más seguro esperar a la luz del día para entrar en la ciudad, como había hecho la ocasión anterior; pero el tiempo era ahora un factor importante.

Sin encender ninguna luz, descendimos lentamente hacia las murallas de la ciudad y, manteniéndonos en constante alerta, por si aparecía alguna patrullera, franqueamos el muro exterior y nos adentramos en una oscura avenida situada detrás de éste. Desplazándonos siempre por vías poco iluminadas, llegamos al fin sin novedad al hangar público del cual era yo cliente.

Habíamos dado el primer paso en la búsqueda de Dejah Thoris.

Capítulo Once

EN CASA DE GAR NAL

Ocasionalmente, la ignorancia y la estupidez revelan tales ventajas que las elevan a la categoría de virtudes. El ignorante y el estúpido rara vez poseen la suficiente imaginación para ser curiosos.

El hombre del hangar me había visto partir solo en un monoplaza. Ahora me veía retomar en un biplaza y con acompañante. No obstante, no mostró ninguna curiosidad embarazosa por la cuestión.

Una vez estacionada nuestra nave en el hangar e instruido el propietario para que permitiera a uno cualquiera de nosotros que la usara cuando quisiese, conduje a Jat Or a la casa de huéspedes del mismo edificio; después de presentárselo al encargado, lo dejé, puesto que la investigación que pretendía realizar la llevaría mejor a cabo un sólo hombre que dos.

Mi primer objetivo era averiguar si la nave de Gar Nal había abandonado Zodanga. Desgraciadamente, desconocía la situación del hangar en el que Gar Nal la había construido. Estaba seguro de que no podría obtener aquella información de Rapas, puesto que sospechaba de mí, y por lo tanto mi única esperanza era Fal Silvas. Estaba convencido de que él debía saberlo, ya que diversas observaciones que le había oído, me habían hecho pensar que ambos investigadores se espiaban constantemente, y por tanto me dirigí a casa de Fal Silvas, después de indicar a Jat Or que permaneciera en la casa de huéspedes, donde podría encontrarlo si lo necesitaba.

La noche no estaba muy entrada cuando llegué a la casa del viejo inventor. A mi señal, Hamas me admitió. Pareció un poco sorprendido, y no de muy buen humor, al reconocerme.

—Creíamos que Ur Jan había logrado, al fin, acabar contigo —me dijo.

—No tuvo esa suerte, Harnas. ¿Dónde está Fal Silvas?

—En el laboratorio del piso de arriba. No sé si querrá que lo molesten, aunque creo que está ansioso por verte.

Añadió esto último con una inflexión desagradable que no me gustó. —Subiré a sus habitaciones inmediatamente. —No. Espera aquí. Iré a preguntarle al amo lo que desea hacer. Me abrí paso hacia el pasillo.

—Puedes venir conmigo si quieres, Hamas; pero tanto si vienes como si no, tengo que ver a Fal Silvas sin más dilación.

Él refunfuñó ante aquella falta de consideración a su autoridad, y se esforzó en adelantarme uno o dos pasos.

Cuando pasamos ante mis habitaciones, me di cuenta que la puerta estaba abierta; pero aunque no vi a Zanda, en el interior, no me preocupé por ello.

Subimos la rampa que conducía al piso de arriba, y una vez allí Hamas tocó a la puerta del apartamento de Fal Silvas.

Nadie respondió, y ya me disponía a entrar en la habitación cuando oí la voz de Fal Silvas preguntando quejumbrosamente:

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, Hamas, y Vandor que ha vuelto.

—Déjalo entrar—indicó Fal Silvas.

Según Harnas abría la puerta, yo entré, apartándole a un lado y, volviéndome, lo empujé al pasillo.

—Ha dicho que me dejes entrar —le dije, cerrándole la puerta en las narices.

Sin duda, Fal Silvas había salido de otra de las habitaciones de su apartamento, en respuesta a nuestra llamada, puesto que aún agarraba el pomo de la puerta de enfrente, con una mano; su ceño estaba fruncido malhumoradamente.

—¿Dónde has estado? —me preguntó imperiosamente. Naturalmente, no estaba acostumbrado a que me interpelasen en el tono que Fal Silvas había adoptado; y no me gustó. Soy un guerrero, no un actor, y durante un momento se me hizo difícil recordar que estaba representando un papel.

Incluso avancé algunos pasos hacia Fal Silvas con la intención de agarrarlo por el cuello y zarandearlo un poco para enseñarle buenos modales, pero me contuve a tiempo; no pude evitar una sonrisa al detenerme.

—¿Por qué no me contestas? —gritó Fal Silvas—. Te estás riendo, ¿cómo te atreves a reírte delante de mí?

—¿Por qué no he de reírme de mi propia estupidez?

—¿De tu propia estupidez? No te entiendo, ¿qué quieres decir?

—Te tomaba por un hombre inteligente, Fal Silvas, y ahora he descubierto que estaba equivocado. Por eso me río.

Creí que iba a explotar, pero logró controlarse.

—¿Qué es lo que quieres decir? —exigió saber airadamente.

—Quiero decir que ningún hombre inteligente hablaría a uno de sus lugartenientes en el tono de voz que acabas de emplear tú, por mucho que sospeche de él, hasta que hubiera verificado cuidadosamente sus sospechas. Probablemente has escuchado a Hamas durante mi ausencia, así que naturalmente estoy condenado antes de hablar.

Parpadeó, y añadió en un tono de voz más civilizado:

—Muy bien, adelante, explícame dónde has estado y qué has hecho.

—He estado investigando algunas de las actividades de Ur Jan, pero ahora no tengo tiempo de contarte todo al detalle. Lo importante para mí ahora es ir al hangar de Gar Nal; no sé dónde está. He venido aquí para que me proporciones esta información.

—¿Por qué quieres ir al hangar de Gar Nal?

—Porque he sabido que la nave de Gar Nal ha abandonado Zodanga, en una misión en la que están asociados él y Ur Jan.

Esta noticia puso a Fal Silvas en un estado de excitación próximo a la apoplejía.

—¡El muy calot! —exclamó—. ¡Ladrón, canalla!, ha robado todas mis ideas, y ahora lanza su nave antes que yo… yo…

—Cálmate, Fal Silvas —le urgí—. Todavía no estamos seguros de si la nave ha salido o no. Dime dónde la estaba construyendo e iré a investigar.

—Sí, sí, inmediatamente; pero, Vandor, ¿sabes a dónde piensa ir Gar Nal? ¿Lo has descubierto?

—Creo que a Thuria.

Entonces Fal Silvas literalmente se convulsionó de ira. En comparación con aquello, su primer estallido podría tomarse como una muestra de entusiástica aprobación, por los laureles inventivos de su competidor.

Insultó a Gar Nal de todas las formas que su lengua conocía, y también a todos sus antepasados hasta remontarse al Árbol de Vida Original, del cual se supone que descienden todos los marcianos.

—¡Va a Thuria a por el tesoro! —vociferó como colofón—. ¡Hasta esa idea me ha robado!

—No hay tiempo para lamentaciones, Fal Silvas —lo increpé—. Así no llegamos a ninguna parte. Dime dónde está el taller de Gar Nal, para que pueda cerciorarme de si ya ha partido o no.

El recuperó el control de sí mismo, con cierto esfuerzo, y me dio completas instrucciones para encontrar el taller de Gar Nal, e incluso me indicó cómo penetrar en él, mostrando una familiaridad con el baluarte de su enemigo que revelaba que sus propios espías no habían permanecido ociosos.

Mientras Fal Silvas concluía sus instrucciones, creí oír unos ruidos provenientes de la habitación trasera; sonidos amortiguados, jadeos o quizá suspiros, no podría decirlo. Eran muy débiles; podían haber sido casi cualquier cosa, y entonces Fal Silvas cruzó la habitación y me acompañó hasta el pasillo, diría yo que con cierta prisa. Me pregunté si también él había oído los ruidos.

—Será mejor que te marches ya —me indicó—, vuelve a informarme en cuanto descubras la verdad.

En el camino de vuelta, desde las habitaciones de Fal Silvas, me detuve en las mías para hablar con Zanda, pero no la encontré allí, y continué hacia la pequeña puerta por la que se entraba y salía de casa de Fal Silvas. Hamas estaba en el recibidor. Pareció decepcionado al verme.

—¿Vas a salir? —me preguntó.

—Sí.

—¿Piensas volver esta noche?

—Así lo espero; y a propósito, Hamas, ¿dónde está Zanda? No estaba en mis habitaciones cuando pasé por ellas.

—Creíamos que no ibas a volver —explicó el mayordomo—, y Fal Silvas encontró otras ocupaciones para ella. Mañana haré que Phystal te proporcione otra esclava.

—Quiero otra vez a Zanda. Realiza sus deberes satisfactoriamente y la prefiero a ella.

—Eso es algo que deberías discutir con Fal Silvas.

Salí entonces a la oscuridad de la noche y ya no me preocupé más por la cuestión, estando mi mente ocupada en consideraciones mucho más importantes.

Mi camino me condujo hacia otro barrio de la ciudad, más allá de la casa de huéspedes donde había dejado a Jat Or. No me resultó difícil localizar el edificio que Fal Silvas me había descrito.

A un lado de éste se abría un estrecho callejón oscuro. Penetré en él y avancé a tientas hasta el extremo opuesto, donde encontré un muro bajo, tal como Fal Silvas me había dicho.

Me detuve allí un instante, y escuché atentamente. Ningún sonido llegó del interior del edificio. Entonces salté al muro con facilidad, y de allí al tejado de una dependencia del edificio. Era el tejado del taller donde Gar Nal había construido su nave. Lo reconocí por las dos grandes puertas abiertas en su suelo.

Fal Silvas me había contado que se podía ver el interior del hangar por la abertura entre las dos puertas, siendo fácil comprobar si la nave aún estaba allí. Pero no había ninguna luz en el interior; el taller estaba completamente a oscuras, y no podía ver nada, aunque pegara los ojos a la rendija.

Intenté mover las puertas, pero estaban firmemente aseguradas. Entonces me moví cautelosamente a lo largo del muro, en busca de otra abertura.

A unos cuarenta pies a la derecha de las puertas, descubrí una pequeña ventana situada a unos diez pies de altura, sobre el tejado donde me encontraba. Salté hasta ella, cogiéndome al alféizar y subiendo a él, con la esperanza de ver algo desde aquel punto elevado.

Sorprendido y encantado, encontré la ventana abierta. El hangar estaba en silencio…, tan tranquilo y silencioso como el Erebo.

Sentándome en el alféizar, pasé las piernas por la ventana, me di la vuelta, colocándome boca abajo, me deslicé hasta quedar colgado de las manos y, por último, me dejé caer al suelo.

Tal maniobra, por supuesto, era arriesgadísima, puesto que uno nunca sabe adónde puede ir a parar.

Yo aterricé encima de un banco lleno de herramientas y piezas metálicas. Mi peso lo volcó, desparramándose su contenido con un estrépito terrorífico.

Incorporándome como pude, permanecí inmóvil en la oscuridad, escuchando. Si había alguien en el edificio, tal como yo pensaba, parecía muy improbable que aquel escándalo pasase inadvertido; y no lo pasó.

No tardé en oír pasos. Parecían muy lejanos, pero se iban aproximando, primero con rapidez, luego más lentamente. Quienquiera que se acercase, su cautela aumentaba con la cercanía.

Una puerta se abrió en el otro extremo del hangar, y divisé las siluetas de dos hombres recortándose contra la luz de vano.

La luz que entraba por la puerta no era muy brillante, mas bastaba para disipar, en parte, la penumbra del cavernoso interior del hangar y revelar que no había ninguna nave allí. ¡Gar Nal había partido!

Evidentemente, mis esperanzas eran remotas, sin embargo el descubrimiento me aturdió: Gar Nal se había ido y, sin duda alguna, Dejah Thoris estaba con él.

Los dos hombres avanzaban con cautela por el hangar.

—¿Ves a alguien? —oí preguntar al más retrasado.

—No —contestó el otro, añadiendo en voz alta—: ¿Quién anda ahí?

El suelo del hangar estaba de lo más desordenado. Barriles, cajones, bombonas, herramientas y piezas de recambio se hallaban tiradas por todas partes. Quizás esto fuese bueno para mí, porque, entre tantas cosas, sería difícil descubrirme, a menos que me moviera o que se tropezaran directamente conmigo.

Yo estaba arrodillado tras un cajón, planeando qué hacer en caso de que me descubriesen.

Los dos hombres llegaron frente a mi escondite y lo sobrepasaron. Yo le eché una mirada a la puerta por la que habían entrado. No parecía haber nadie allí; sin duda aquellos dos hombres estaban de guardia y eran los únicos que habían oído el estrépito.

De repente, un plan relampagueó en mi mente. Salí de mi escondite y me coloqué entre los hombres y la puerta. Me moví tan sigilosamente que no me oyeron.

—Quedaos quietos —dije entonces—, y no os pasará nada.

Se detuvieron como si les hubiesen pegado un tiro, luego se dieron la vuelta.

—No os mováis —ordené.

—¿Quién eres tú? —preguntó uno de los hombres.

—No te preocupes de quién soy. Responde a mis preguntas y no te pasará nada.

Uno de ellos se echó a reír.

—No nos va a pasar nada —afirmó—. Nosotros somos dos y tú uno solo. ¡Vamos! —dijo a su compañero, y ambos desenvainaron sus espadas y vinieron a por mí.

—¡Esperad! —grité—. No quiero mataron. Escuchadme. Sólo quiero obtener información de vosotros. Luego me iré.

—¡Oh, oh! No quiere matamos. Vamos, tú por la izquierda y yo por la derecha. De modo que no quieres matarnos…

A veces siento que merezco poca gloria por mis incontables éxitos en los combates a muerte. En todas las ocasiones, mi relampagueante acero parece un ser vivo, inspirado por un poder superior al de un hombre mortal, o al menos esa impresión me da a mí, y creo que también debe de darle a mis enemigos. Así sucedió aquella noche.

Cuando los dos hombres cargaron sobre mí, desde direcciones opuestas, mi espada relampagueó en tan rápida sucesión de paradas, estocadas y tajos, que juraría que mis rivales no pudieron seguirlos con la vista.

El primero de ellos cayó con el cráneo hendido, apenas se puso al alcance de mi hoja, y casi simultáneamente, le atravesé el hombro a su compañero. Entonces di un paso atrás.

No podía utilizar su diestra: le colgaba paralizada del hombro. No podía escapar, yo estaba entre él y la puerta. Y allí se quedó, aguardando a que le atravesara el corazón.

—No deseo matarte —le dije—. Si respondes, de verdad, a mis preguntas, te dejaré vivir.

—¿Quién eres y qué quieres saber? —dijo él de mala gana.

—No te importa quién soy. Responde a mis preguntas, y di la verdad. ¿Cuánto hace que partió la nave de Gar Nal?

—Dos noches.

—¿Quiénes iban a bordo?

—Gar Nal y Ur Jan.

—¿Nadie más?

—No.

—¿Adónde fueron?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Será mejor para ti que lo sepas. Vamos, dime adónde fueron, y a quién pensaban llevar con ellos.

—Iban a encontrarse con otra nave cerca de Helium, para transbordar a alguien cuyo nombre nunca oí mencionar.

—¿Pensaban secuestrar a alguien para obtener rescate?

Él asintió.

—Supongo que sí.

—¿Y no sabes quién era?

—No.

—¿Dónde pensaban ocultar a esa persona?

—En un sitio donde nadie podrá encontrarla.

—¿Qué sitio es ese?

—Oí decir a Gar Nal que tenía intención de ir a Thuria.

Ya había obtenido toda la información de valor que aquel hombre podía darme, así que hice que me condujera a una puerta que diese al tejado por donde yo había entrado al hangar. Salí y esperé a que cerrara la puerta; luego crucé el tejado y me dejé caer sobre el muro de abajo, y de allí al callejón.

Mientras me dirigía a la casa de Fal Silvas, iba haciendo planes rápidamente. Me daba cuenta de que tenía que afrontar riesgos desesperados, y de que, cualquiera que fuese el resultado de mi aventura, su éxito o fracaso dependía totalmente de mí.

Me detuve en la casa de hospedaje donde había dejado a Jat Or. Lo encontré esperando ansiosamente mi regreso.

El lugar estaba lleno de huéspedes, de modo que no pudimos hablar en privado, así que lo llevé a la casa de comidas que Rapas y yo solíamos frecuentar. Allí encontramos una mesa libre y le conté todo lo que había sucedido desde que lo dejara al llegar a Zodanga.

—Y ahora —le dije—, espero poder partir hacia Thuria esta noche. Cuando nos separemos, vete al hangar y saca la nave. Ten cuidado con las patrulleras. Si logras abandonar la ciudad sin problemas, dirígete directamente hacia el oeste, a lo largo del decimotercer paralelo durante cien haads y espérame allí. Si no aparezco en dos días, eres libre de actuar según tu criterio.

Capítulo Doce

¡AMBOS DEBEMOS MORIR!

¡Thuria! Siempre había excitado mi imaginación, y en aquel momento, al verla mecerse en los cielos, encima de mí, dominó todo mi ser.

En algún lugar entre aquel resplandeciente orbe y Marte, una nave extraña conducía a mi amor perdido hacia un destino incierto.

¡Qué desesperada encontraría su situación, imaginándose que ninguno de los suyos tendría la más vaga idea de dónde se encontraba, ni a dónde la conducían sus secuestradores! Era posible que incluso ella misma no lo supiera. ¡Cómo deseé poder transmitirle un mensaje de esperanza!

Tales pensamientos ocupaban mi mente mientras me dirigía hacia la casa de Fal Silvas, pero aunque andaba así de ensimismado, mis facultades, habituadas a largos años de peligros, permanecían completamente alerta, de forma que unas pisadas procedentes de una avenida que acababa de cruzar, no me pasaron inadvertidas. No tardé en darme cuenta de que las pisadas habían tomado la misma avenida que yo y que me estaban siguiendo, mas no di muestra alguna de haberlas oído hasta que se hizo evidente que me iban a alcanzar.

Me volví entonces con la mano en la empuñadura de mi espada, y el hombre que me seguía me dirigió la palabra.

—Pensé que eras tú —dijo—, pero no estaba seguro.

—Soy yo, Rapas —contesté.

—¿Dónde te habías metido? Te he buscado continuamente los últimos dos días.

—¿Sí? ¿Qué quieres de mí? Tendrás que ser breve, Rapas. Tengo prisa.

Él vaciló. Percibí que estaba nervioso. Actuaba como si tuviese algo que decir y no supiera cómo empezar, o como si temiese sacar el tema a colación.

—Bueno, verás —comenzó, con poca convicción—, hace días que no nos tropezamos, y sólo quería verte… Sólo para chismorrear un poco, ya sabes. Volvamos atrás y tomemos un bocado juntos.

—Acabo de comer.

—¿Cómo anda el viejo Fal Silvas? ¿Has sabido algo nuevo?

—Nada —mentí—. ¿Y tú?

—Oh, sólo habladurías. Dicen que Ur Jan ha secuestrado a la princesa de Helium.

Noté que me observaba atentamente para captar mi reacción.

—¿De verdad? No me gustaría estar en la piel de Ur Jan, cuando los hombres de Helium lo atrapen.

—No lo atraparán —aseguró Rapas—. La han llevado a un lugar donde nadie la encontrará.

—Espero que reciba lo que se merece, si le hacen daño.

Me volví como si fuera a irme.

—Ur Jan no la hará daño si pagan el rescate.

—¿Rescate? ¿Y cuánto considera que vale la princesa de Helium?

—Ur Jan lo ha puesto fácil —informó Rapas—. Tan sólo pide dos naves cargadas de tesoros… Todo el oro, el platino y las joyas que puedan transportar dos naves grandes.

—¿Le han notificado sus demandas al pueblo de Helium?

—Un amigo mío conoce a un hombre que está relacionado con uno de los asesinos de Ur Jan —explicó Rapas—, por medio de él podría establecerse contactos con los asesinos.

Así que al fin había revelado sus intenciones. Me hubiera reído de no estar tan preocupado por Dejah Thoris. La situación se explicaba por sí sola. Tanto Ur Jan como Rapas confiaban en que yo fuese John Carter o uno de sus agentes, y Rapas había sido delegado para actuar como intermediario entre los secuestradores y yo.

—Muy interesante —dije—, pero, por supuesto, es algo que no me concierne. Tengo que irme. Que duermas bien, Rapas.

Me atrevería a decir que dejé a Rapas hecho un mar de dudas cuando me volví sobre mis talones, y continué mi camino hacia la casa de Fal Silvas. Me imagino que ya no estaría tan seguro, como antes, de que yo era John Carter, o incluso de que yo era un agente del Señor de la Guerra; porque, tanto en un caso como en el otro, yo debería haber evidenciado un interés, por la información, mucho mayor que el que había mostrado. Por supuesto, él no me había contado nada que yo no supiese y, por lo tanto, no pude ni sorprenderme ni excitarme.

Quizás no tuviera importancia que Rapas supiese o no que yo era John Carter, pero, luchando contra aquellos hombres, me gustaba tenerlos engañados y saber siempre un poco más que ellos.

Una vez más, Hamas me dejó pasar cuando llegué a la sombría mole que era la casa de Fal Silvas; y me siguió cuando tomé la rampa que conducía a las habitaciones de Fal Silvas, en el piso superior.

—¿Adónde vas? —me preguntó—. ¿A tus habitaciones?

—No, voy a las de Fal Silvas.

—Está muy ocupado. No se le puede molestar.

—Tengo una información para él.

—Tendrás que esperar hasta mañana por la mañana.

Me volví y lo miré.

—Me estás molestando, Hamas. Lárgate y ocúpate de tus asuntos.

Se enfureció y me agarró del brazo.

—Soy el mayordomo y debes obedecerme —gritó—. Eres sólo un… un…

—Un asesino —lo incité, acariciando significativamente la empuñadura de mi espada. Él retrocedió.

—No te atreverías… ¡No te atreverías!

—¿Que no lo haría? Tú no me conoces, Hamas. Fal Silvas me ha contratado, y cuando un hombre me contrata, lo obedezco. Él mismo me indicó que me presentara a informar en cuanto volviera. Si tengo que matarte para hacerlo, te mataré.

Su actitud se alteró, y noté que tenía miedo.

—Sólo te avisaba por tu propio bien —se disculpó—. Fal Silvas está en el laboratorio. Si lo interrumpes en la mitad del trabajo que está haciendo, se pondrá furioso… Puede matarte él mismo. Si eres prudente, espera hasta que te mande llamar.

—Gracias, Hamas. Veré a Fal Silvas ahora. Que duermas bien —y continué mi camino rampa arriba. No me siguió.

Me dirigí directamente a las habitaciones de Fal Silvas, llamé a la puerta y la abrí. Fal Silvas no se encontraba en ella, pero escuché su voz a través de la pequeña puerta del otro lado de la cámara.

—¿Quién anda ahí? ¿Qué quieres? Vete y no me molestes.

—Soy yo, Vandor. Tengo que verte inmediatamente.

—No, no, vete, te veré por la mañana.

—Me verás ahora: voy a entrar.

Ya había cruzado media habitación, cuando la puerta se abrió y Fal Silvas, lívido de ira, salió y la cerró tras de sí.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves?

—La nave de Gar Nal no está en su hangar.

Aquello pareció hacerle entrar en razón, pero no disminuyó su ira, simplemente la dirigió en otro sentido.

—¡El muy calot! —exclamó—. ¡El hijo de un millón de calots! Me ha vencido. Irá a Thuria. Con las grandes riquezas que obtenga, logrará todo lo que yo había esperado conseguir.

—Sí —le dije—. Ur Jan está con él. El poder de una alianza, entre Ur Jan y un gran científico sin escrúpulos, es incalculable; pero tú también tienes una nave, Fal Silvas, y está lista. Tú y yo podemos ir a Thuria. Ellos no sospechan que podamos seguirlos. Todas las ventajas están de nuestra parte. Podremos destruir a Gar Nal y a su nave, y entonces tú serás el amo.

Palideció.

—No. No, no puedo hacerlo.

—¿Por qué no? —inquirí.

—Thuria está muy lejos. Nadie sabe lo que podría suceder. Quizás la nave sufra una avería. Puede que en la práctica no funcione tal y como habíamos pensado teóricamente. Quizás haya extrañas bestias y hombres terribles en Thuria.

—Pero construiste esa nave para ir a Thuria. Tú mismo me lo dijiste.

—Fue un sueño —masculló él— siempre estoy soñando, porque en los sueños nada malo puede sucederme; pero Thuria… está tan lejos de Barsoom. ¿Y si me pasara algo?

Entonces lo comprendí todo. Aquel hombre era un cobarde redomado. Estaba dejando que el sueño de toda su vida se desmoronase sobre su cabeza porque carecía del coraje necesario para afrontar la aventura. ¿Qué debía hacer ahora? Contaba con Fal Silvas y éste me había fallado.

—No puedo comprenderte —le dije—, con tus propios argumentos, me convenciste de que era muy sencillo ir a Thuria en tu nave. ¿Qué peligro puede acecharnos allí que no seamos capaces de sortear? Seremos verdaderos gigantes en Thuria. Ninguna criatura viviente podrá oponerse a nosotros. Podremos aplastar a las mayores bestias de Thuria de un pisotón.

Yo había considerado bastante esta cuestión, mucho antes de que mi viaje a Thuria pareciera probable. No soy científico, y mis cálculos pueden no ser exactos, pero se aproximan a la verdad.

El diámetro de Thuria es de unas siete millas, así que su volumen, comparado con el de la Tierra, para que ustedes puedan hacerse una idea, no puede sobrepasar el dos por ciento.

Yo estimaba que, si había seres humanos en Thuria y estaban adaptados a su ambiente, tal como lo está el hombre terrestre, debería medir unas nueve pulgadas de altura y pesar entre cuatro y cinco libras; y que un terrícola transportado a Thuria, sería capaz de saltar a 100 metros de altura, y a unos 200 metros de longitud, sin tomar carrerilla, y a 400 metros si la tomara, y que un hombre fuerte podría levantar una masa equivalente a cuatro toneladas terrestres. Contra tal titán, las pequeñas criaturas de Thuria se encontrarán absolutamente inermes… Suponiendo, claro está, que Thuria estuviese habitada.

Le argumenté todo esto a Fal Silvas, pero el negó con la cabeza, impaciente.

—Hay algo que tú no sabes —me dijo—. Quizás ni el propio Gar Nal lo sepa. Existe una peculiar relación entre Barsoom y sus lunas, que no se da en ningún otro planeta del Sistema Solar. Un antiguo científico de hace millares de años lo sugirió, pero sus hallazgos cayeron en el olvido. Yo los descubrí en un viejo manuscrito que llegó a mi poder por casualidad. Era el manuscrito original del propio inventor, y puede que, después de todo, nunca se hiciera público.

«Sin embargo, la idea me intrigaba, y durante veinte años intenté comprobarla o refutarla. Eventualmente, logré probarla de forma definitiva».

—¿Y cuál es esa idea?

—Que existe entre Barsoom y sus lunas una relación peculiar a la que he llamado ajuste compensatorio de masas. Por ejemplo, consideremos una masa que viajó de Barsoom a Thuria. Según se aproxima a la Luna, esta masa variará a la vez que se modifiquen las influencias relativas que ejercen sobre ella el planeta y el satélite. La relación de la masa respecto a la masa de Barsoom, en la superficie de éste será, por lo tanto, la misma que la relación de la masa respecto a la masa de Thuria en la superficie de Thuria.

«Tienes razón al suponer que los habitantes de Thuria, si existen, medirán unos ocho Bofes de altura; y, consecuentemente, si tú viajas de Barsoom a Thuria, medirás ocho Bofes de altura cuando llegues a la superficie del satélite».

—¡Es ridículo! —exclamé.

Enfadado, se ruborizó.

—¡No eres nada más que un asesino ignorante! ¿Cómo te atreves a cuestionar la sabiduría de Fal Silvas?

—Voy a ir a Thuria —manifesté—, y si no quieres venir conmigo, iré solo.

Se dio la vuelta para entrar en su despacho, mas yo lo seguí.

—Vete de aquí —me ordenó—. Lárgate o te haré matar.

Sólo entonces percibí un lamento proveniente de la habitación posterior, y la voz de una mujer diciendo:

—¡Vandor! ¡Sálvame, Vandor!

Fal Silvas palideció e intentó entrar de golpe y cerrarme la puerta en las narices, pero fui demasiado rápido para él. Salté hacia la puerta y, apartándole a un lado, entré.

Una terrible visión aguardaba a mis ojos. Varias mujeres se encontraban atadas fuertemente sobre losas de mármol, situadas a un metro del suelo, de tal forma que ninguna de ellas podían mover un miembro ni alzar la cabeza. Eran cuatro. Tres de ellas habían sido despojadas de parte de sus cráneos, pero todavía permanecían conscientes. Pude ver sus ojos horrorizados volverse hacia nosotros.

Me encaré con Fal Silvas.

—¿Qué significa esto? —lo increpé—. ¿En qué infernal experimento estás metido?

—¡Sal de aquí! ¡Sal de aquí! —vociferó—. ¿Cómo te atreves a invadir los sagrados recintos de la Ciencia? ¿Quién eres tú, calot, gusano, para juzgar las obras de Fal Silvas, para interferir en el trabajo de un cerebro cuya magnitud no se puede concebir? ¡Sal de aquí! ¡Sal de aquí o haré que te maten!

—¿Y quién me matará? —pregunté yo—. Libera a estas pobres criaturas de su sufrimiento y te obedeceré.

Tan grande era su ira o su terror, o ambas cosas a la vez, que temblaba como un hombre aquejado de un ataque de epilepsia y entonces, antes de que pudiese detenerlo, dio media vuelta y salió disparado de la habitación.

Yo sabía que iba a por ayuda, así que no tardaría en tener encima de mí a todos los inquilinos de su infernal residencia.

Podía haberlo perseguido, pero temía que algo pudiera suceder en el laboratorio mientras estuviera fuera, así que me dirigí hacia la joven que se encontraba en la cuarta losa. Era Zanda.

Me detuve a su lado y comprobé que aún no había sido sometida a la horrorosa operación de Fal Silvas, así que, desenvainando mi daga, corté las cuerdas que la ataban. Ella descendió de la mesa y enlazó sus brazos en torno a mi cuello.

—Oh, Vandor, Vandor —sollozó—, ahora ambos debemos morir. ¡Ya los oigo llegar!

Capítulo Trece

PERSEGUIDO

El tintineo metálico preludiaba la llegada de hombres armados. Ignoraba cuántos eran, pero allí estaba de espaldas a una pared y con solo mi espada entre la muerte y yo.

Zanda no tenía esperanzas de salvarse, pero permanecía serena, sin perder el control de sí misma. En aquellos breves momentos pude apreciar que era una mujer valiente.

—Dame una espada, Vandor —me pidió.

—¿Para qué?

—A ti te matarán, pero Fal Silvas me torturará más a mí, más que a ninguna de las otras.

—Todavía no estoy muerto —le contesté.

—No me mataré hasta que tú hayas muerto, mas para ellas ya no hay esperanza alguna. Rezan por una muerte misericordiosa. Déjame liberarlas de sus padecimientos.

Vacilé ante la idea, pero sabía que ella tenía razón y le entregué mi daga. Era algo que tenía que haber hecho yo mismo. Requería mucho más valor que enfrentarse a hombres armados, y me alegré de verme libre de aquel espantoso deber.

Zanda estaba detrás de mí. No pude ver lo que hizo, y nunca le pregunté nada sobre ello.

Nuestros enemigos se habían detenido en la habitación adyacente. Podía oírlos cuchichear entre ellos. Luego Fal Silvas alzó la voz y me conminó así:

—¡Sal de ahí y entrégate o entraremos a matarte!

No contesté, limitándome a esperar. Zanda se me acercó entonces y me susurró:

—Hay una puerta al otro lado de la habitación, oculta detrás de una cortina. Si te quedas aquí, Fal Silvas enviará a algunos hombres por allí y te atacará a la vez de frente y por la espalda.

—Entonces no me quedaré aquí —dije yo, dirigiéndome hacia la puerta que conducía a la habitación donde había escuchado a mis enemigos.

Zanda me agarró por el brazo.

—Espera un momento, Vandor. Quédate donde estás, de cara a la puerta, y yo iré y la abriré de repente. Así no podrán cogerte por sorpresa, como harían si abrieses la puerta tú mismo.

La puerta se abría hacia dentro, de forma que la joven estaría protegida. Zanda se adelantó y agarró el picaporte, mientras yo me colocaba frente a ella, a unos pasos de distancia, espada larga en mano.

En cuanto se abrió la puerta, una espada relampagueó hacia dentro, en un terrorífico tajo, que me hubiera partido el cráneo si lo hubiera tenido allí.

El hombre que empuñaba la espada era Hamas. Detrás de él vi a Phystal y a otro hombre armado, y en retaguardia a Fal Silvas.

El viejo inventor comenzó a ordenarles a gritos que avanzaran, pero ellos no se movieron, puesto que sólo un hombre podía pasar por la puerta cada vez, y a ninguno de ellos parecía gustarle la idea de ser el primero en cruzarla. De hecho, Hamas había saltado hacia atrás apenas lanzó su tajo, y ahora su voz se unió a la de Fal Silvas, en exhortar a los otros dos, a que entraran en el laboratorio y acabaran conmigo.

—¡Adelante! —gritaba Hamas—. Nosotros somos tres y él uno sólo. ¡Tú mismo, Phystal! ¡Entra y mata al calot!

—Después de ti, Hamas —gruñó Phystal.

—¡Entrad! ¡Entrad y capturarlo! —aullaba Fal Silvas—. ¡Entrad, cobardes!

Pero ninguno de ellos entró; se limitaban a quedarse allí, incitándose el uno al otro a ser el primero.

A mí me disgustaba aquella pérdida de tiempo por dos razones. En primer lugar, no podía desechar la idea de que la más pequeña demora retrasaría mi búsqueda de Dejah Thoris. Y, en segundo lugar, siempre había el riesgo de que acudiesen refuerzos. Por lo tanto, ya que mis enemigos no se decidían a entrar, tendría que salir yo a por ellos.

Y salí, y con tal rapidez, que sembré la confusión entre ellos. Hamas y Phystal, al intentar evitarme, cayeron sobre el hombre de atrás. Era sólo un esclavo, pero era un hombre valiente… El más valiente de los cuatro.

Empujó bruscamente a un lado a Hamas y a Phystal, y se encaró conmigo espada larga en mano. Fal Silvas le dirigió gritos de ánimo.

—¡Mátalo, Wolak! —vociferó—. ¡Mátalo y serás libre!

Al oír aquello, Wolak se abalanzó resueltamente hacia mí. Yo luchaba por mi vida, pero él luchaba por ella y además por algo más valioso incluso que la propia vida. Entre tanto, Hamas y Phystal se fueron deslizando hacia mí como dos chacales cobardes, al acecho de la ocasión de poder herirme sin riesgo.

—¡Si lo matas te daré tu peso en oro, Wolak! —gritó Fal Silvas.

¡Libertad y riquezas! ¡Ahora sí que mi oponente parecía inspirado! ¡Qué principesca recompensa por la que luchar! Pero yo también luchaba por un tesoro que no tenía precio: mi incomparable Dejah Thoris.

El ímpetu del ataque de aquel hombre me había hecho retroceder un par de pasos, así que me encontraba de nuevo en el umbral de la puerta, que era en realidad una posición muy ventajosa, ya que impedía que Hamas o Phystal me atacasen por un flanco.

Justo detrás de mí se hallaba Zanda, espoleándome con palabras de ánimo; yo las agradecía, pero no las necesitaba. Ya me había decidido a zanjar el asunto con la mayor brevedad posible.

El filo de una espada larga marciana es tan delgado como el de una hoja de afeitar, y su punta tan semejante, en agudeza, a un alfiler. Un truco muy corriente es proteger este filo parando los golpes del adversario con el lomo, y yo me enorgullecía de mi habilidad en hacerlo, reservando el filo de mi espada para la finalidad a la que está destinado. Entonces necesitaba una hoja muy afilada, pues pensaba emplear un pequeño truco al que ya había recurrido muchas veces en el pasado.

Mi adversario era un buen esgrimista, excepcionalmente hábil a la defensiva de forma que, usando la esgrima corriente, el duelo se podría haber prolongado un tiempo considerable. Pero eso no me interesaba. Deseaba acabar sin más demora.

Le hice retroceder como preparación, y, acto seguido, lancé una estocada a su rostro. Hizo exactamente lo que yo esperaba que hiciera; involuntariamente, echó la cabeza hacia atrás para esquivar mi punta; y, de esa forma, levantó la barbilla, exponiendo su garganta. Con mi acero, aún extendido, lancé rápidamente un tajo de izquierda a derecha. El extremo de mi espada sólo se movió unas pocas pulgadas, pero su agudo filo le abrió la garganta, casi de oreja a oreja.

Nunca olvidaré su mirada de horror mientras retrocedía, vacilando, y caía desplomado.

Dirigí entonces mi atención hacia Hamas y Phystal. Cada uno de ellos quería que el otro tuviera el honor de enfrentarse conmigo el primero. Mientras se retiraban, efectuaban fútiles amagos hacia mí con sus espadas; los estaba acorralando, sin dificultad, contra una esquina, cuando Fal Silvas metió mano en el asunto.

Hasta el momento se había limitado a darles órdenes y gritos de ánimos a sus hombres, pero entonces cogió un jarrón y me lo tiró a la cabeza.

Lo vi venir por casualidad y lo esquivé, rompiéndose en mil pedazos contra la pared. Acto seguido tomó otra cosa y me la arrojó, y esta vez me dio en la mano derecha, y Phystal casi me alcanzó con su estocada.

Mientras yo saltaba hacia atrás para esquivarla, Fal Silvas lanzó otros pequeños objetos y vi, por el rabillo del ojo, cómo Zanda lo atrapaba.

Ni Hamas ni Phystal eran buenos espadachines, y yo podía haberlos superado a ambos fácilmente en una lucha limpia, pero aquella nueva táctica de Fal Silvas podía ser mi perdición. Si me revolvía contra él, quedarían los otros a mi espalda. ¡Y cómo sabrían aprovechar aquella oportunidad dorada!

Intenté empujarlos hacia una posición que los colocara entre Fal Silvas y yo. De esta forma, ellos mismos me escudarían de sus proyectiles; pero esto era más fácil de decir que de hacer, sobre todo si se está luchando contra dos hombres en una habitación relativamente pequeña, en donde me encontraba en una terrible desventaja al tener que cuidarme de tres hombres, y entonces, a la vez que hacía retroceder a Hamas de un tajo, eché un rápido vistazo en la dirección de Fal Silvas y, mientras lo hacía, vi cómo un proyectil lo alcanzaba entre las cejas. Se desplomó sobre el suelo como un tronco. Zanda le había dado una dosis de su propia medicina.

No pude reprimir una sonrisa, cuando me volví de nuevo hacia Hamas y Phystal.

Mientras los empujaba contra la esquina, Hamas me sorprendió tirando su espada y cayendo de rodillas.

—¡No me mates! ¡No me mates, Vandor! —suplicó—. Yo no quería atacarte. Fal Silvas me obligó.

Y entonces también Phystal se desprendió de su arma, postrándose ante mí. Era la más repugnante exhibición de cobardía que yo había presenciado jamás. Me hubiera gustado atravesarlos de parte a parte, pero no quería mancillar mi acero con su sangre pútrida.

—Mátalos —me aconsejó Zanda—. No puedes confiar en ninguno de los dos.

Yo negué con la cabeza.

—No puedo matar a hombres desarmados, a sangre fría.

—Si no lo haces, no podremos escapar. Hay más en el piso de abajo.

—Tengo un plan mejor, Zanda —repuse yo y, sin tardanza, comencé a atar a Hamas y Phystal con sus propios correajes, y luego hice lo mismo con Fal Silvas, quien no estaba muerto, sino sólo aturdido. Igualmente, lo amordacé para que no pudiera gritar.

Una vez hecho esto, ordené a Zanda que me siguiera y me dirigí de inmediato al hangar, donde la nave descansaba en su andamiaje.

—¿A qué venimos aquí? —me preguntó Zanda—. Tenemos que salir del edificio con la mayor rapidez posible… Vas a llevarme contigo, ¿verdad, Vandor?

—Claro que sí, y vamos a salir muy pronto de aquí. Ven, a lo mejor necesito que me ayudes con las puertas.

La guie hacia las dos grandes puertas del fondo del hangar Sin embargo, estaban bien engrasadas y, una vez levantado el picaporte, se corrieron con facilidad a ambos lados del vano.

Zanda se acercó al umbral y miró hacia fuera.

—No podemos escapar por aquí —declaró—: hay sesenta pies hasta el suelo, y no tenemos escaleras de cuerdas, ni ningún otro medio para descender.

—Pues a pesar de todo, vamos a escapar por ahí —le informé, divertido por su desconocimiento—. Tú ven conmigo y verás cómo vamos a hacerlo.

Retornamos al costado de la nave, y debo decir que, mientras concentraba mis pensamientos en la pequeña esfera metálica, que contenía el cerebro mecánico, estaba muy lejos de poseer la seguridad que mi éxito aparentaba.

Creo que mi corazón dejó de latir mientras esperaba, y luego una gran oleada de alivio conmovió todo mi ser: la puerta se había abierto y la escalerilla descendió hacia nosotros. Zanda me miró con los ojos abiertos de asombro.

—¿Quién está ahí dentro? —preguntó, excitada.

—Nadie. Y ahora, sube. No tenemos tiempo que perder aquí. No había duda de que tenía miedo, pero me obedeció como un buen soldado, y yo la seguí escaleras arriba, hacia el camarote. En cuanto llegamos arriba, indiqué al cerebro mecánico que recogiera la escalerilla y cerrara la puerta, y me dirigí a la sala de mandos, acompañado por la muchacha.

Una vez allí, concentré de nuevo mis pensamientos en el cerebro mecánico situado encima de mi cabeza. Aun con la demostración que acababa de presenciar, no podía acabar de creerme lo que pasaba. Parecía imposible que aquel objeto inanimado pudiese levantar a la nave de su andamiaje, y conducirla con seguridad a través de las puertas, mas apenas lo había motivado para que así lo hiciese, cuando la nave se levantó algunos pies y se movió, casi en silencio, hacia la apertura.

Mientras penetramos en la tranquilidad de la noche, Zanda me echó los brazos en torno al cuello.

—¡Oh, Vandor, Vandor! —gritó histéricamente—. Me has salvado de las garras de esa horrible criatura. ¡Soy libre! ¡Soy libre otra vez! Oh, Vandor, soy tuya. Seré siempre tu esclava. Haz conmigo lo que te apetezca.

—Estás demasiado excitada, Zanda—dije yo, tranquilizándola—. No me debes nada. Eres una mujer libre. No eres esclava mía…, ni de ningún otro hombre.

—Yo quiero ser tu esclava, Vandor —repuso ella, añadiendo en voz muy baja—: Te amo.

Suavemente, solté sus brazos de mi cuello.

—No sabes lo que dices, Zanda, llevas tu gratitud demasiado lejos. No debes amarme, mi corazón pertenece a otra persona, y todavía hay otra razón por la que no debes amarme… Una razón que sabrás pronto o más tarde, y cuando la sepas preferirás haberte quedado muda antes de decirme que me amabas.

Yo pensaba en su odio a John Carter y en su declarada intención de matarlo.

—No sé a qué te refieres, pero si tú me ordenas que no te ame, intentaré obedecerte, porque, pese a lo que tú digas, soy tu esclava. Te debo mi vida y siempre seré tu esclava.

—Ya hablaremos de esto en alguna otra ocasión; ahora tengo que decirte algo que quizás te haga desear haberte quedado en casa de Fal Silvas.

Ella arqueó las cejas y me miró interrogativamente.

—¿Otro misterio? ¿De nuevo hablas con acertijos?

—Hemos emprendido un viaje largo y peligroso en esta nave, Zanda. Me veo obligado a llevarte conmigo porque no puedo correr el riesgo de que me detengan, si paro a dejarte en algún lugar de Zodanga; y, por supuesto, si te dejase fuera de las murallas sería tu sentencia de muerte.

—No quiero que me dejes, ni en Zodanga ni fuera de ella. Quiero ir contigo a donde quiera que vayas. Algún día puedes necesitarme, Vandor, y entonces te alegrarás de tenerme junto a ti.

—¿Sabes a dónde vamos, Zanda? —pregunté.

—No, y no me importa. Me daría lo mismo aunque fuésemos a Thuria.

Yo sonreí y dirigí, de nuevo, mi atención al cerebro mecánico, indicándole que nos condujera al lugar donde me aguardaba Jat Or; y precisamente entonces oí la señal ululante de una patrulla, encima de nosotros.

Capítulo Catorce

HACIA THURIA

Aunque yo había considerado la posibilidad de que nuestro extraño aparato llamara la atención de alguna patrulla, confiaba en poder escapar de la ciudad sin problema. Sabía que abriría fuego si no obedecía sus órdenes, y un solo impacto podría poner término a todos mis planes de alcanzar Thuria y salvar a Dejah Thoris.

El armamento de la nave, tal como lo había descrito Fal Silvas, le concedía una superioridad abrumadora frente a cualquier patrullera, mas yo temía enzarzarme en un combate, puesto que un tiro de suerte del enemigo podría ocasionar alguna avería.

Fal Silvas había presumido de la alta velocidad de su obra; así que decidí que, por mucho que me disgustase, huir era el curso de acción más seguro.

Zanda tenía la cara pegada a uno de los numerosos ojos de buey de la nave. El lamento de la sirena de la patrulla era ahora continuo… Una voz horripilante y amenazadora traspasó la noche como una afilada daga.

—Nos están alcanzando, Vandor; y le piden ayuda a otras patrulleras. Probablemente se han fijado en las extrañas líneas de esta nave, y no sólo se ha despertado su curiosidad, sino también su suspicacia.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó la joven.

—Vamos a poner a prueba la potencia del motor de Fal Silvas.

Miré a la inerme esfera de metal situada encima de mi cabeza. ¡Date prisa! ¡Más rápido! ¡Escapa a la persecución de la patrulla!, le comuniqué mentalmente; luego esperé.

No tuve que aguardar mucho. Apenas el mecanismo sensitivo se impregnó de mis pensamientos, percibí el casi inaudito zumbido de los motores al acelerar; mis instrucciones habían sido obedecidas.

—Ya no nos da alcance —gritó excitadamente Zanda—. La estamos dejando atrás.

El rápido ruido de una serie de explosiones llegó a nuestros oídos. Nuestros enemigos habían abierto fuego sobre nosotros y, casi simultáneamente, mezclados con los disparos, oímos a distancia el sonido de otra sirena, avisando que los refuerzos del enemigo se acercaban.

El sonoro choque del aire poco denso de Marte contra las paredes de nuestra nave atestiguaba nuestra terrorífica velocidad. Las luces de la ciudad se desvanecieron rápidamente detrás de nosotros. Los proyectores de las patrulleras se convirtieron en bandas de luces en el cielo estrellado.

Yo desconocía nuestra velocidad, pero probablemente sería de unos 1.350 haads por hora.

Volamos a baja altura sobre el antiguo fondo marino que se extiende al oeste de Zodanga, y después, en cuestión de cinco minutos, no pudieron ser muchos más, nuestra velocidad decreció bruscamente, y divisé a un pequeño volador flotando ociosamente, en el aire, justo delante de nosotros.

Sabía que era la nave en la que me esperaba Jat Or, e indiqué al cerebro que nos colocase a su lado y que se detuviese.

La respuesta de la nave al menor de mis deseos era sobrecogedora; y cuando llegamos a la altura del aparato de Jat Or, y la puerta lateral se abrió, aparentemente por medios sobrenaturales, experimenté una breve sensación de terror, pensando que nos encontrábamos en manos de un Frankenstein sin alma. Y esto a pesar de que todos los movimientos de la nave habían respondido a órdenes mías.

Jat Or se encontraba sobre la estrecha cubierta de su volador, contemplando la extraña nave que se había colocado a su lado.

—No me esperaba esto —reconoció—. Estuve a punto de huir hacia Helium como un rayo. Esos grandes ojos le dan la apariencia de un monstruo inmundo.

—La impresión aumentará cuando lleves algún tiempo a bordo de la nave. Es muy inmunda en bastantes aspectos.

—¿Subo?

—En cuanto hayamos dispuesto de tu nave.

—¿Qué hacemos con ella? ¿Abandonarla?

—Gradúa su compás de destino hacia Helium y pon la nave a velocidad de crucero. Cuando estés en camino, te alcanzaré y podrás hacer trasbordo a esta nave. Alguna patrullera de Helium la encontrará y la llevará a mi hangar.

Hizo lo que le había pedido, y yo le indiqué al cerebro que se colocase de nuevo a su borda. Un momento después, entraba en el camarote de la nave de Fal Silvas.

—Muy cómodo —comentó—. El viejo debe de ser todo un sibarita.

—Le gustan las comodidades —comenté—, pero el amor al lujo ha debilitado su fibra, de tal manera, que no se atrevió subir a bordo de esta nave después de haberla completado.

Jat Or se dio una vuelta para admirar el camarote, y dio la casualidad que sus ojos miraban hacia la puerta exterior cuando ordené que se cerrara. Lanzó una exclamación de asombro.

—¡En el nombre de mi primer antepasado! —exclamó—. ¿Quién cerró la puerta? No vi que nadie lo hiciera, y nadie ha tocado nada desde que subí a bordo.

—Sígueme a la sala de mandos y verás a toda la tripulación de esta nave…, dentro de un recipiente de metal no mucho mayor que tu puño.

Cuando entramos en la sala de mandos, Jat Or vio a Zanda por primera vez. Pude ver la sorpresa reflejarse en sus ojos, pero estaba demasiado bien educado para hacer comentario alguno.

—Esta es Zanda, Jat Or. Fal Silvas se disponía a abrirle la tapa del cráneo en interés de la ciencia, cuando lo interrumpí esta tarde. La pobre chica se vio obligada a elegir entre el menor de dos males, y aquí está.

—Esa afirmación es un poco engañosa —dijo Zanda—. Aunque no hubiera conocido el peligro en toda mi vida y siempre hubiese estado rodeada de todo tipo de lujos y seguridades, aun así hubiera elegido ir con Vandor, aunque fuera al otro extremo del Universo.—Ya ves, Jat Or —observé yo con una sonrisa—, que la joven dama no me conoce muy bien. Cuando lo haga, probablemente cambiará de idea.

—Nunca —aseguró Zanda.

—Ya veremos.

Durante nuestro viaje de Helium a Zodanga, le había hablado a Jat Or del maravilloso mecanismo, que Fal Silvas llamaba cerebro mecánico, y observé que el joven padwar recorría con la mirada este maravilloso invento por toda la sala de mandos.

—Es esto —le comuniqué yo, señalando la pequeña esfera metálica situada en el morro de la nave.

—¿Y esa cosita mueve la nave y abre las puertas?

—Los motores son los que mueven la nave, Jat Or, y uno de ellos abre las puertas y realiza otras funciones mecánicas en su interior. El cerebro se limita a hacerlos funcionar, tal como nuestro cerebro indica a nuestras manos que realicen una labor u otra.—¿Y ese objeto piensa?

—A todos los efectos funciona igual que un cerebro humano, sólo que no puede pensar por su cuenta.

El padwar permaneció contemplando el objeto, en silencio, durante un rato.

—Me produce un sentimiento extraño —comentó al fin—, un sentimiento de impotencia, como si me encontrara en poder de una criatura omnipotente, que fuera incapaz de razonar.

—También yo me siento así, y no puedo hacer otra cosa que especular sobre lo que haría si fuese capaz de razonar.

—Yo también tiemblo al pensar en ello —intervino Zanda—. Fal Silvas le habrá contagiado algo de la implacabilidad de su alma. —Es su criatura —le recordé.

—Entonces esperemos que nunca pueda pensar por su cuenta —deseó Jat Or.

—Eso, por supuesto, es imposible —aseguré yo.

—Yo no diría tanto —replicó Zanda—. Fal Silvas tenía algo de eso en mente. De hecho, estaba trabajando en ello; pero ignoro si tuvo éxito o no. Por lo que yo sé, no sólo esperaba conseguirlo, sino también dotar a este horrible invento de la capacidad de hablar.

—¿Por qué le llamas horrible? —preguntó Jat Or.

—Porque es inhumano y antinatural. Nada bueno puede salir del cerebro de Fal Silvas Esto que ves fue creado por la avaricia, el odio y la lujuria. Ningún pensamiento noble ni elevado participó en su creación, y ninguno podría emanar de él si poseyese el poder de pensar por sí mismo.

—Pero nuestros propósitos son elevados y honorables —recordé yo—, y si la máquina sirve para conseguirlos, habrá hecho un bien.

—Pese a ello, la temo —repuso Zanda—. La odio porque me recuerda a Fal Silvas.

—Espero que no esté meditando sobre tus amables afirmaciones —comentó Jat Or.

Zanda se tapó los labios, con los ojos abiertos de terror.

—No se me había ocurrido —susurró—. Quizás ahora mismo esté ya planeando su venganza.

Nunca pude dejar de reírme ante sus temores.

—Si el cerebro te hace algún daño, Zanda, puedes echarme a mí la culpa; porque mientras esta nave permanezca en mi poder, son mis pensamientos los únicos que obedece.

—Espero que tengas razón deseó ella—, y que esta nave nos lleve sanos y salvos a donde quiera que vayas.

—¿Y supones que llegaremos vivos a Thuria? —intervino Jat Oí—. Desde que revelaste que ese era nuestro destino, he meditado bastante sobre la cuestión, tratando de imaginar cómo nos irá en ese pequeño satélite. Nuestro tamaño estará fuera de proporción con cualquier cosa que podamos hallar allí.

—Tal vez no sea así —repuse yo, y pasé a exponerle la teoría del ajuste compensatorio de masas, tal como Fal Silvas me la había explicado.

—Suena increíble —opinó Jat Or.

Me encogí de hombros.

—A mí también me lo parece, pero por mucho que aborrezcamos el carácter de Fal Silvas, no podemos negar que es un científico de primera, y, por lo tanto, me reservaré mi opinión hasta que alcancemos la superficie de Thuria.

—Por lo menos, sean cuales sean las condiciones allí, si encontramos a los secuestradores, no tendrán ninguna ventaja sobre nosotros —aventuró Jat Or.

—¿Dudas de que los encontremos?

—De una forma u otra, es solo cuestión de conjeturas, pero me parece poco probable que dos inventores, trabajando independientemente, puedan haber concebido y construido sendas naves idénticas, capaces de cruzar el espacio vacío que hay entre Barsoom y Thuria, bajo guía de dos cerebros mecánicos.

—Pero, por lo que yo sé, el aparato de Gar Nal, no funciona de esa forma. Fal Silvas no pensaba que Gar Nal hubiera producido otro cerebro. Ni siquiera creía que se le hubiera ocurrido la idea, por lo tanto podemos suponer que la nave de Gar Nal es conducida por el propio Gar Nal, o al menos que esté operada por medios humanos.

—Entonces, ¿qué nave tiene más posibilidades de alcanzar Thuria? —preguntó Jat Or.

—Según Fal Silvas, no puede haber duda alguna a ese respecto. Su cerebro mecánico no puede cometer errores.

—Si aceptamos eso, también debemos aceptar, la posibilidad, de que el cerebro humano de Gar Nal se equivoque en algunos de sus cálculos. —¿A qué te refieres?

—Se me acaba de ocurrir que si Gar Nal yerra en sus cálculos, puede no llegar nunca a Thuria, mientras que nosotros, conducidos por un cerebro incapaz de equivocarse, lo haremos con toda probabilidad.

—No había pensado en eso —admití yo—. Estamos tan obsesionados por la idea de que Gar Nal y Ur Jan pensaban llevar a su víctima a Thuria, que ni siquiera consideré la posibilidad de que no llegaran a ella.

Aquella idea me angustió, porque me di cuenta de lo absurda que sería mi búsqueda si al llegar a Thuria descubríamos que Dejah Thoris no estaba en ella. ¿Dónde podríamos buscarla? ¿En qué lugar, de las ilimitadas profundidades del espacio, podríamos encontrarla? Pronto deseché estos pensamientos, porque la preocupación es una fuerza destructiva a la que siempre he intentado eliminar de mi filosofía de la vida. Zanda me miraba con expresión perpleja.

—¿Es verdad que vamos a ir a Thuria? —preguntó—. No comprendo por qué alguien puede desear ir, pero si tú vas, me alegro de acompañarte. ¿Cuándo partimos, Vandor?

—Ya estamos en camino. En cuanto Jat Or subió a bordo, le ordené al cerebro que nos llevara a Thuria a toda velocidad.

Capítulo Quince

THURIA

Posteriormente, mientras nos precipitamos hacia las frías y oscuras profundidades del espacio, urgí a Zanda y a Jat Or, a que se retiraran a descansar.

Aunque carecíamos de sedas y pieles de dormir, eso no suponía un impedimento, puesto que la temperatura del camarote era templada, tal como yo le había instruido al cerebro que cuidara, a la vez que controlaba, el suministro de oxígeno, en cuanto abandonamos la superficie de Barsoom.

Habíamos dejado Barsoom hacia la mitad de la octava zode, que viene a ser el equivalente de la media noche terrestre. Una estimación, no muy exacta, de la distancia que teníamos que recorrer y de nuestra velocidad, indicaba que podríamos llegar a Thuria, más o menos, al mediodía del día siguiente.

Jat Or pretendía permanecer de guardia continuamente, mas yo insistí en que debíamos dormir algo, así que, contando con mi promesa de que lo despertaría a las cinco horas, se acostó.

Mientras mis dos compañeros dormían, efectué un examen mucho más minucioso del interior de la nave del que había podido hacer en compañía de Fal Silvas. La encontré bien provista de alimentos, y en un cofre también descubrí sedas y pieles de dormir; pero, por supuesto, lo que me interesaba más eran las armas. Descubrí espadas largas, espadas cortas y dagas, así como algunos de los notables rifles y pistolas de radio de Barsoom, junto con considerable cantidad de munición.

Fal Silvas parecía no haberse olvidado de nada, aunque toda su previsión y eficiencia no le hubiera servido para nada, ya que nunca hubiera sido capaz de embarcarse. Su propia cobardía le hubiera impedido usarlo, y, por supuesto, nunca le hubiera permitido a otro que lo hiciera, aunque hubiera sabido que otra mente podía controlar el cerebro mecánico, cosa que él creía imposible.

Una vez terminada mi inspección, me dirigí a la sala de mandos y miré a través de uno de los grandes ojos. El cielo era un vacío negro, herido por el frío y relucientes puntos de luz. ¡Qué diferentes parecen las estrellas en cuanto uno abandona la atmósfera!

Busqué a Thuria con la mirada. No aparecía por parte alguna. Tal descubrimiento me agitó profundamente. ¿Nos había fallado el cerebro mecánico? ¿Nos había estado llevando hacia algún remoto confín del espacio, mientras yo inspeccionaba la nave?

No suelo perder la cabeza y ponerme histérico cuando me enfrento con alguna emergencia, ni soy dado a juicios apresurados; normalmente me inclino más a meditar cuidadosamente las cosas, así que me senté en un banco de la sala de mandos para cavilar sobre el problema. Justo entonces apareció Jat Or.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—No mucho. Será mejor que vuelvas a acostarte y descanses todo lo que puedas.

—No tengo sueño. Es bastante difícil conciliarlo en medio de una aventura tan excitante. Mi príncipe, pienso en que… —Vandor —le recordé.

—A veces lo olvido; pero, como iba diciendo, pienso en las tremendas posibilidades de esta aventura. Piensa en nuestra situación.

—He pensado en ella —contesté yo, un tanto sombríamente.

—Dentro de pocas horas estaremos en un lugar donde ningún barsoomiano ha puesto nunca los pies…, en Thuria.

—Yo no estaría tan seguro de eso.

—¿Qué quieres decir?

—Mira hacia adelante. ¿Ves Thuria por alguna parte?

Él miró por una de las lunetas y luego por la otra.

—No la veo.

—Ni yo. ¿Te das cuenta de lo que significa?

El pareció aturdido durante algunos instantes.

—¿Quieres decir que no nos dirigimos hacia Thuria…, que el cerebro se ha equivocado?

—No lo sé —contesté yo. —¿A qué distancia está Thuria de Barsoom?

—A poco más de 15.700 haads. Calculaba que haríamos el viaje en unas cinco zodes.

Justo en aquel momento, Thuria apareció, a la vista, a nuestra derecha, y Jat Or lanzó una exclamación de alivio.

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué? —le espeté yo.

—Ese cerebro mecánico funciona mejor que el nuestro. Durante los diez zodes del día barsoomiano, Thuria efectúa más de tres revoluciones completas en tomo a nuestro planeta, así que mientras nosotros nos dirigimos hacia su órbita, ella dará vuelta y media, alrededor de Barsoom.

—¿Y crees tú que el cerebro mecánico ha seguido ese razonamiento?

—Sin duda alguna —aseguró él—, cuando lleguemos a la órbita, encontraremos al satélite en nuestro camino.

Yo me rasqué la cabeza.

—Esto nos lleva a otro interrogante que no se me había ocurrido antes.

—¿Y cuál es? —se interesó Jat Or.

—La velocidad de nuestra nave es de unos 3.200 haads por minutos, mientras el satélite se mueve a más de 206.250 haads.

Jat Or lanzó un silbido.

—¡A más de doce veces y media nuestra velocidad! En nombre de nuestro primer antepasado, ¿cómo vamos a alcanzarla?

Hice un gesto de resignación.

—Me imagino que tendremos que dejarle eso al cerebro.

—Espero que no nos coloque en el camino de esa arrolladora masa de destrucción.

—¿Cómo aterrizarías tú si condujeras la nave? —pregunté.

—Tendríamos que tener en cuenta la fuerza de la gravedad de Thuria…

—Ahí está el detalle —remarqué—. En cuanto entremos en su espacio de influencia, seremos arrastrados por ella a su misma velocidad, y entonces podremos realizar un aterrizaje normal.

Jat Or miraba al gran satélite de Thuria, a nuestra derecha.

—¡Qué absolutamente tremendo parece! No parece posible, que nos hayamos acercado lo bastante, para verla tan grande.

—Te olvidas de que, según nos aproximamos a ella, comenzamos a reducirnos de tamaño, para guardar la proporción de nuestra masa. Cuando hayamos llegado a su superficie, si es que lo hacemos alguna vez, nos parecerá tan grande como Barsoom.

—Todo eso me suena como un sueño loco —confesó Jat Or.

—Estamos totalmente de acuerdo contigo, pero tendrás que admitir que va a ser un sueño muy interesante.

Mientras nosotros recorríamos el espacio, Thuria fue pasando velozmente ante nuestra proa, y acabó por desaparecer por el horizonte oriental del planeta que habíamos dejado tan atrás. Sin duda, cuando hubiese completado su próxima revolución estaríamos dentro de su espacio de influencia. Sólo entonces, y no antes, conoceríamos el resultado de aquella fase de nuestra aventura.

Insistí entonces en que Jat Or volviera al camarote y durmiera algunas horas, porque ninguno de nosotros sabía qué nos esperaba en el futuro, ni hasta que punto podríamos necesitar de todos nuestros recursos, tanto físicos como mentales.

Posteriormente, desperté a Jat Or y me acosté yo. Zanda durmió pacíficamente toda la noche; ni siquiera se despertó cuando me levanté y volví a la sala de mandos.

Jat Or estaba sentado frente a la luneta de estribor, con los ojos pegados al cristal. Aunque sin duda me oyó entrar, no volvió la vista hacia atrás.

—Se acerca —susurró tensamente—. ¡Por Issus! ¡Qué vista tan magnífica y sugestiva!

Me acerqué y miré por encima de su hombro. Ante mí se hallaba un gran mundo, con una de sus caras iluminada, en cuarto creciente, por la luz del sol. Vagamente creí distinguir contornos de montañas, valles y extensiones más claras que podían ser desiertos de arena o fondos de mares muertos, y oscuras masas que podían ser forestas. ¡Un nuevo mundo que ningún terrícola ni ningún barsoomiano habían visitado jamás!

La idea de las aventuras que me aguardaban allí, podía haberme excitado de no haber estado mi mente tan nublada por mis temores por Dejah Thoris. Esta preocupación dominaba mis pensamientos, pero no hasta el punto de privarme de la sensación de sublime misterio, que despertaba la vista de aquel mundo.

Zanda se nos unió en aquel momento y profirió, una leve y excitada exclamación de asombro al ver a Thuria surgir ante nosotros.

—Estamos muy cerca —se admiró.

Yo asentí.

—No tardaremos mucho en conocer nuestro destino. ¿Tienes miedo?

—Mientras estés conmigo, no —respondió ella con naturalidad. No tardé en darme cuenta de que nuestro rumbo había cambiado. Thuria aparecía ahora debajo de nosotros y no delante. Habíamos entrado en su espacio de influencia, y nos arrastraba a través del espacio a su propia tremenda velocidad. Acto seguido, comenzamos a descender en espiral, el cerebro funcionaba a la perfección.

—No me gusta la idea de aterrizar de noche en ese extraño mundo —manifestó Jat Or.

—A mí tampoco me entusiasma —reconocí—. Será mejor que aguardemos hasta mañana.

Indiqué entonces, al cerebro, que estabilizara la nave a doscientos haads de la superficie y que tomara entonces la dirección del amanecer.

—Y ahora, ¿qué tal si comemos algo en tanto esperamos que salga la luz del día? —sugerí.

—¿Hay comida a bordo, amo? —inquirió Zanda.

—En efecto. La encontrarás en el pañol del camarote de popa.

—Yo la prepararé, amo y la serviré en el camarote.

Los ojos de Jat Or la siguieron cuando abandonó la habitación.

—No parece una esclava —dijo—, pero no obstante te trata como si lo fuese.

—Ya le he comunicado que no lo es, pero insiste en mantener esa actitud. Era una de las prisioneras de Fal Silvas, y me la asignó como esclava. En realidad es hija de un miembro de la pequeña nobleza…, una chica bien educada, inteligente y culta.

—Y muy hermosa. Creo que está enamorada de ti, mi príncipe.

—Creo que me ama, pero sólo en gratitud. Y si supiera quién soy, incluso la gratitud se convertiría en odio. Ha Jurado matar a John Carter. —¿Pero por qué?

—Porque conquisté Zodanga, y porque todas sus desgracias resultaron de la caída de la ciudad. Su padre murió y su madre, desesperada, emprendió el último viaje hacia el seno del Iss; así que ya ves que tiene buenas razones para odiar a John Carter, o al menos eso cree ella.

Zanda nos llamó en aquel momento. Acudimos al camarote, y había dispuesto todo un banquete sobre una mesa plegable. Ella permaneció de pie mirándonos, pero yo insistí en que se sentara.

—No está bien que una esclava se siente con su amo —declaró ella.

—Una vez más te digo que no eres mi esclava, Zanda. Si insistes en mantener esa ridícula actitud, tendré que librarme de ti. Quizás te regale a Jat Or. ¿Qué te parece eso?

Ella contempló al atractivo y joven padwar sentado enfrente.

—Quizás sería un buen amo, pero yo no seré esclava de nadie más que de Vandor.

—¿Y cómo te las arreglarías si te regalo a él?

—Mataría a Jat Or o me mataría a mí misma.

Yo me eché a reír y le di una palmada en la mano.

—No te regalaría aunque pudiera —le aseguré.

—¿Aunque pudieras? ¿Qué te impide hacerlo? —quiso saber ella.

—No puedo regalar a una mujer libre. Te dije una vez que eras libre, y ahora te lo repito en presencia de un testigo. Ya conoces las costumbres de Barsoom. Zanda. Ahora eres libre, quieras o no.

—Yo no quiero ser libre, pero si ese es tu deseo, Vandor, lo seré —ella permaneció en silencio durante unos instantes, y luego me miró y preguntó —: Si no soy tu esclava, ¿qué soy?

—En este momento, una compañera de aventura igual a nosotros, que compartirá las alegrías y las penas que puedan sobrevenimos.

—Me temo que seré más una molestia que una ayuda, pero, por supuesto, puedo cocinar para vosotros y atenderos. Al menos podré hacer las cosas que son incumbencia de las mujeres.

—Entonces será más una ayuda que una molestia. Y puedes estar segura de que no nos separaremos de ti. A partir de ahora nombro a Jat Or, protector tuyo. Él será responsable de tu seguridad.

Noté que aquello agradaba a Jat Or, pero no podía decir lo mismo de Zanda. Creo que pareció un poco dolida, mas no tardó en deslumbrar al joven padwar con una dulce mirada, temiendo que éste pudiera adivinar su decepción y sentirse ofendido.

Mientras sobrevolamos Thuria, contemplé selvas bajo nosotros, y delgadas líneas tortuosas que tomé por ríos o arroyos; a lo lejos se alzaban algunas montañas. Parecía ser el planeta más hermoso e intrigante del Universo.

No estaba seguro acerca de los ríos, porque en Barsoom existe la creencia generalizada de que sus satélites carecen prácticamente de humedad. Sin embargo, he conocido a científicos que se han equivocado.

Me estaba impacientando. Parecía que la luz no llegaría nunca, pero al fin el primer sonrosado resplandor surgió sobre las cimas de las montañas, delante de nosotros, y, lentamente, los detalles de aquel extraño mundo fueron formando, tal como la escena de una fotografía toma forma mágicamente bajo el revelador.

Sobrevolamos un valle arbolado, más allá del cual se alzaban bajas estribaciones, recubiertas de exuberante vegetación, que subían hacia las distantes montañas más elevadas.

Los colores eran similares a los de Barsoom; hierbas escarlatas, impresionantes árboles de extraños matices: mas no descubrimos ser vivo alguno hasta donde nuestra vista alcanzaba.

—Aquí debe haber vida —dijo Zanda, cuando Jat Or comentó este hecho—. Tiene que haber ojos que admiren toda esta belleza.

—¿Vamos a aterrizar? —preguntó Jat Or.

—Vinimos aquí para buscar la nave de Gar Nal, y eso es lo primero que haremos.

—Será como buscar una aguja entre la hierba de un mar seco —dijo Jat Or.

Yo asentí.

—Me temo que sea así, pero hemos venido para eso y sólo para eso.

—¡Mirad! —exclamó Zanda—. Allí delante… ¿Qué es eso?

Capítulo Dieciséis

ENEMIGOS INVISIBLES

Mirando en la dirección indicada por Zanda, descubrí lo que parecía ser un gran edificio ribereño a un río. Su estructura descansaba en un claro del bosque, y sus torres devolvían centelleantes rayos multicolores cuando las hería la luz del sol.

Una parte del edificio daba a lo que parecía ser un patio amurallado, un objeto que vimos en este patio fue lo que despertó nuestra curiosidad y nos excitó mucho más que el edificio en sí.

—¿Qué crees que es eso, Zanda? —le pregunté, ya que era ella quien lo había descubierto.

—Me parece que es la nave de Gar Nal.

—¿Qué te lo hace pensar?

—Se parece mucho a nuestra nave. Tanto Gar Nal como Fal Silvas, se robaban las ideas, el uno al otro, cuantas veces podían, y me extrañaría mucho que sus naves no fueran prácticamente idénticas.

—Creo que tienes razón —convine yo—. No es razonable suponer que los habitantes de Thuria hayan construido, por una coincidencia milagrosa, una nave tan similar a la de Fal Silvas. Y la posibilidad de que una tercera nave barsoomiana haya aterrizado en el satélite es igualmente remota.

Indiqué al cerebro que descendiera en espiral, y no tardamos en encontrarnos a una altura, desde la que se podían observar con claridad los detalles del edificio y sus alrededores.

Cuanto más nos aproximábamos a la nave del patio, más seguros estábamos de que era la de Gar Nal, pero no distinguimos traza alguna de éste, de Ur Jan ni de Dejah Thoris; en realidad, no distinguimos ningún signo de vida, ni en el edificio ni en sus contornos. Aquel lugar podía muy bien ser la residencia de un muerto.

—Voy a aterrizar al lado de la nave de Gar Nal —anuncié—. Prepara tus armas, Jat Or.

—Están listas, mi… Vandor.

—Desconozco cuántos guerreros puede haber a bordo de la nave —continué yo—. Quizás estén sólo Gar Nal y Ur Jan, o puede que haya más. Si la lucha se decanta en nuestro favor, no debemos matarlos a todos hasta estar seguros de que la princesa está con ellos.

«Partieron de Barsoom un día antes que nosotros y, aunque sólo sea una pequeña posibilidad, puede que hayan tomado medidas respecto a su prisionera. Por lo tanto tenemos que dejar, al menos, a uno de ellos con vida, para que pueda guiamos hasta ella».

Descendimos lentamente. Todos nuestros sentidos estaban alerta. Zanda había salido de la sala de mandos, un poco antes, y la vimos retornar entonces con un correaje, de guerrero barsoomiano, ceñido a su esbelta figura.

—¿Y esto? —pregunté.

—Puedes necesitar una espada más. No sabes contra cuántos enemigos te vas a enfrentar.

—Llévala si así te place, pero quédate en la nave, donde estarás segura. Jat Or y yo nos ocuparemos de la lucha.

—Iré contigo y lucharé contigo —respondió ella, sin alzar la voz, pero con énfasis.

Yo negué con la cabeza.

—No, haz lo que te digo y quédate en la nave.

Ella me miró fijamente a los ojos.

—Insististe en hacerme una mujer libre en contra de mis deseos —me recordó—. Ahora actúo como una mujer libre, no como una esclava. Haré lo que me plazca.

No pude dejar de sonreír ante sus palabras.

—Muy bien, pero si vienes con nosotros, tendrás que asumir tus propios riesgos, como cualquier otro guerrero: Jat Or y yo, estaremos muy ocupados, con nuestros propios antagonistas, para poder protegerte.

—Puedo cuidar de mí misma —se limitó a responder ella.

—Por favor, quédate a bordo —rogó, solícitamente, Jat Or; mas Zanda se negó con un gesto.

Nuestra nave se había posado, suavemente, junto a la de Gar Nal. Hice que se abriera la puerta de babor y que descendiera la escalerilla. Aun entonces no descubrimos ningún signo de vida en la otra nave ni en el castillo. Un silencio mortal pendía sobre la escena, como un pesado telón. Yo me asomé al umbral y descendí, seguido por Jat Or y Zanda. Ante nosotros se alzaba el castillo, una fantástica construcción de extraña arquitectura, un edificio de muchas torres de diversos tipos, algunas de ellas solitarias y otras formando grupos.

Verificando, parcialmente, la teoría de Fal Silvas sobre la tremenda riqueza minera del satélite, los muros de aquella estructura estaban construidos con bloques de piedras preciosas, dispuestos de tal forma, que sus magníficos reflejos se mezclaban y armonizaban en una masa de color que desafiaba toda descripción.

En aquel momento, sin embargo, sólo le dediqué al edificio una atención marginal, estando mis sentidos orientados hacia la nave de Gar Nal. Una puerta en su costado, similar a la de nuestra nave, se encontraba abierta, y de ella, hasta el suelo, colgaba una escalerilla.

Sabía que sí ascendía por la escalerilla y me atacaban desde arriba, me encontraría en notable desventaja; pero no tenía alternativa. Tenía que descubrir si había alguien a bordo.

Le pedí a Zanda que se colocase cerca, de forma que pudiese ver el interior de la nave, y avisarme si asomaba algún enemigo. Luego subí rápidamente. Como la nave se hallaba posada sobre el suelo, sólo tuve que subir unos cuantos peldaños antes de que mis ojos estuvieran al nivel del piso del camarote. Una rápida mirada me reveló que no había nadie a la vista, y un instante después me encontraba en el interior de la nave de Gar Nal.

Su disposición interior era ligeramente diferente a la de Fal Silvas, y el camarote no estaba amueblado con tanto lujo.

Pasé del camarote a la sala de mandos. No había nadie allí. Luego busqué hacia popa. La nave estaba desierta.

Volviendo afuera, informé de mis descubrimientos a Jat Or y a Zanda.

—Es extraño —comentó Jat Or—, que nadie parezca haberse dado cuenta de nuestra presencia. ¿Puede ser posible que el castillo esté desierto?

—Hay algo misterioso en este lugar —dijo Zanda en un tono bajo y tenso—. Incluso el silencio parece estar cargado de sonidos reprimidos. No se ve a nadie, no se oye a nadie, sin embargo siento… no sé qué.

—Es misterioso —concedí—. El castillo parece desierto, pero los campos están bien cuidados. Si no hay nadie aquí, no hace mucho que se fueron.

—Tengo el presentimiento que no están abandonados —manifestó Jat Or—. Siento la presencia de alguien alrededor de nosotros. Juraría que nos están mirando…, que muchos ojos espían todos nuestros movimientos.

Yo mismo experimentaba una sensación parecida. Miré hacia el castillo, esperando ver ojos acechantes, pero en ninguna de las muchas ventanas había signo de vida. Entonces voceé el saludo de paz común a todo Barsoom.

—¡Kaor! —grité en un tono que podía oírse por todo aquel lado del castillo—. Somos viajeros de Barsoom. Deseamos hablar con el señor de este castillo.

El silencio fue la única respuesta.

—¡Qué extraño! —se quejó Zanda—. ¿Por qué no nos responden? Debe haber alguien aquí; HAY alguien aquí. ¡Lo sé! No puedo verlos, pero hay gentes. Están alrededor de nosotros.

—Me parece que estás en lo cierto, Zanda —dije yo—. Tiene que haber alguien en ese castillo, y voy a echarle una mirada por dentro. Jat Or, ¡quédate aquí con Zanda!

—Creo que deberíamos ir todos —dijo Zanda.

—Sí —convino Jat Or—. Será mejor que no nos separemos. No encontré ninguna objeción al plan, así que asentí, y me acerqué a una puerta cerrada, en las murallas del castillo. Zanda y Jat Or fueron detrás de mí.

Habíamos recorrido la mitad de la distancia hacia la puerta, cuando, súbitamente y de una forma sobrecogedora, una voz aterrorizada rompió el silencio; al parecer, procedía de una de las altas torres que dominaban el patio.

—¡Escapa, mi cacique! —gritó la voz—. ¡Escapa de este horrible lugar mientras puedas!

Me detuve, momentáneamente estupefacto…, era la voz de Dejah Thons.

—¡La princesa! —exclamó Jat Or.

Sí, la princesa. ¡Ven! —y comencé a correr hacia la puerta del castillo; pero apenas había dado una docena de pasos cuando oí detrás de mí, a Zanda proferir un agudo grito de terror.

Me volví, instantáneamente, para ver qué peligro la amenazaba. Ella se agitaba como presa de convulsiones. Su cara estaba contraída de terror; su mirada era despavorida, los movimientos de sus brazos y piernas eran los propios de una lucha cuerpo a cuerpo, pero ella estaba sola. No había nadie a su lado.

Jat Or y yo nos abalanzamos en su dirección, mas ella se alejó rápidamente sin cesar de debatirse. Retrocediendo hacia nuestra derecha y luego, cambiando de dirección, se iba desplazando hacia la puerta del castillo.

No parecía moverse por el esfuerzo de sus propios músculos, sino más bien la arrastraban, aunque no se viera a nadie junto a ella.

Todo esto, que tanto tiempo me ha llevado contar, ocurrió en unos breves segundos… los segundos que transcurrieron hasta que logré alcanzarla. Jat Or estaba más cerca, y casi la había alcanzado, cuando lo oí gritar:

—¡Por Issus! ¡También me tienen!

Y cayó al suelo como si se hubiera desvanecido, pero agitándose al igual que Zanda: como alguien en plena lucha.

Desenvainé mi espada mientras corría detrás de Zanda, aunque no veía ningún enemigo de cuya sangre pudiera beber mi acero.

Raras veces en mi vida me había sentido tan inútil, tan impotente. Allí estaba yo, el mejor espadachín de dos mundos, incapaz de ayudar a mis amigos porque no podía ver a sus atacantes.

¿En manos de qué maligno poder podían hallarse? ¿De un poder capaz de atraparlos y moverlos a su antojo, mientras permanecía oculto impunemente en algún sitio lejano?

Nuestra indefensión se vio aumentada por el efecto psicológico causado por aquel misterioso y horripilante ataque.

Mis músculos terrestres me condujeron sin demora junto a Zanda. Cuando intentaba cogerla para detener su avance hacia la puerta del castillo, alguien me agarró por uno de mis tobillos, y perdí el equilibrio. Sentí entonces muchas manos encima de mí. Me arrebataron la espada de la mano y me despojaron de mis restantes armas.

Luché como quizás no había luchado en mi vida. Sentí los cuerpos de mis antagonistas presionando contra mí. Sentí sus manos agarrándome y los golpes de sus puños, pero, aunque mis golpes caían sobre carne sólida, no vi a nadie. No obstante, había algo que me dio un mayor sentimiento de igualdad, respecto a ellos. Aunque no podía entender por qué, pese a no poder ver a aquellas criaturas, podía sentirlas al tacto.

Al fin me explicaba las acciones de Zanda. Sus aparentes convulsiones habían sido resistencia a aquellos ataques invisibles. Ahora la llevaban hacia la puerta y mientras me batía fútilmente contra la multitud de mis enemigos, la vi desaparecer dentro del castillo.

Entonces aquellos seres, fueran lo que fuesen, lograron dominarme dada su superioridad numérica. Sabía que eran muy numerosos, porque eran muchas las manos que notaba sobre mí.

Me ataron las muñecas a la espalda y me incorporaron de un tirón. No puedo describir mis sentimientos con fidelidad. La irrealidad de lo sucedido me tenía atontado y confuso. Por una vez en mi vida, parecía hallarme desprovisto de la capacidad de razonar, posiblemente por ser la causa de mi apuro tan absolutamente ajena a todo lo que había experimentado previamente. Ni siquiera los arqueros fantasmas de Lothar podían haber dado lugar a una situación tan extraordinaria, puesto que eran visibles cuando atacaban.

Mientras me levantaban, miré alrededor y vi a Jat Or a mi lado, igualmente maniatado.

Entonces sentí cómo me empujaban hacia la entrada, a través de la cual había desaparecido Zanda. Jat Or se movía cerca de mí, en la misma dirección.

—¿Puedes ver a alguien, mi príncipe? —me preguntó.

—Sólo a ti.

—¿Qué fuerza diabólica se ha apoderado de nosotros?

—Lo ignoro —respondí—, pero siento el tacto de manos sobre mí, y el calor de cuerpos próximos.

—Me imagino que estamos condenados, mi príncipe.

—¿Condenados? ¡Todavía estamos vivos!

—No. No me refiero a eso. Quiero decir que podemos abandonar toda esperanza en lo que concierne a volver a Barsoom. Tienen nuestra nave. ¿Crees que, aunque logremos escapar, podremos recuperarla alguna vez? No, en lo que se refiere a Barsoom, es como si estuviésemos muertos.

¡La nave! Con la excitación de lo sucedido, la había olvidado momentáneamente. Miré hacia ella. Me pareció ver la escalerilla de cuerda moverse, como si un cuerpo invisible ascendiese por ella.

Era nuestra única posibilidad de volver alguna vez a Barsoom, y estaba en manos de nuestros misteriosos e invisibles enemigos. Tenía que salvarla.

¡Había una forma de hacerlo! Concentré mis pensamientos en el cerebro mecánico, indicándole que despegara y se mantuviera encima del castillo, fuera del peligro, hasta que le ordenara otra cosa.

Entonces el poder invisible me arrastró, a través del umbral, dentro del castillo. No pude comprobar si el cerebro había obedecido mis órdenes.

¿Lo sabría alguna vez?

Capítulo Diecisiete

EL HOMBRE GATO

Mis pensamientos aún estaban concentrados en el cerebro del morro de la nave de Fal Silvas, mientras me conducían por el ancho pasillo del castillo. Me deprimía el temor de que, a lo peor, no había podido impartir mis instrucciones debido a la gran distancia, o a que mi mente se hallaba presa de la excitación del momento. Tanto significaba la nave para todos nosotros, y tan imprescindible era para el rescate de Dejah Thoris, que su pérdida era un golpe demoledor; no obstante, no tardé en darme cuenta de que preocuparme por ella no me servía de nada, y expulsé aquellos pensamientos de mi mente.

Alzando la mirada, vi a Jat Or avanzar por el pasillo a mi lado. Cuando se percibió de mí, agitó la cabeza y sonrió tristemente.

—Parece como si nuestra aventura en Thuria fuese a ser muy corta —comentó.

Asentí.

—El futuro no parece muy brillante. Nunca me he visto antes en una situación parecida, donde no puedo ni ver a mis enemigos ni comunicarme con ellos.

—Ni oírlos —añadió Jat Or—. Excepto porque noto sus manos sobre mis brazos y porque alguien me arrastra, por el pasillo, no percibo la presencia de nadie salvo nosotros dos. Me siento absolutamente inútil.

—Pero quizás logremos encontrar a alguien a quien podamos ver y contra el cual podamos enfrentar nuestra inteligencia y nuestra pericia guerrera en una base más igualada, porque lo que hemos visto de este castillo indica la presencia de criaturas no muy distintas de nosotros. Fíjate, por ejemplo, en los bancos y divanes que hay a lo largo de las paredes del castillo. Han sido diseñados para criaturas como nosotros. Los hermosos mosaicos que decoran las paredes, las magníficas alfombras y pieles que cubren los suelos…, todo ello está aquí para satisfacer un amor a la belleza, que es atributo de la mente humana, y no pueden haber sido concebidos ni producidos más que por manos humanas, o bajo la guía de cerebros humanos.

—Tus deducciones son irreprochables —replicó Jat Or—¿Pero dónde está la mente?

—Ahí está el misterio. Ten por seguro que nuestro futuro depende de la respuesta de esa pregunta.

—Aunque me preocupan todas estas cuestiones —dijo entonces Jat Or —, estoy más inquieto por la suerte de Zanda. Me pregunto qué habrán hecho con ella.

Por supuesto, yo no podía responder a aquello, aunque el hecho de que la hubieran separado de nosotros me ocasionaba no pocas preocupaciones.

Al término del pasillo, subimos por una amplia y ornamentada escalera hacia el siguiente piso del castillo, donde fuimos conducidos a una gran sala: una vasta cámara en cuyo extremo divisamos una solitaria figura.

Era Zanda. Estaba de pie ante una tarima sobre la que estaban colocados dos grandes y lujosos tronos.

La cámara era espléndida, siendo su ornamentación casi bárbara. Paredes y suelos eran de oro incrustado de piedras preciosas. Habían sido labradas en un diseño fantástico por algún artífice que había dispuesto de rarísimas gemas qué yo no había visto nunca en la Tierra ni en Barsoom.

La fuerza invisible que nos había traído hasta allí, nos condujo junto a Zanda, y allí nos quedamos los tres, de cara a la tarima y a los tronos vacíos.

Mas yo me preguntaba si realmente estarían vacíos. Experimentaba la misma extraña sensación que había en el patio, la de estar rodeado por una multitud, la de ser blanco de muchas miradas; mas no vi a nadie ni percibí sonido alguno.

Permanecimos varios minutos ante la tarima, y luego fuimos empujados, otra vez, fuera de la habitación, y conducidos por otro pasillo; un pasillo más estrecho, y por una escalera de caracol que Jat Or tuvo algunas dificultades en subir. Tales artefactos eran nuevos para él, puesto que en Marte se usan rampas para pasar de un piso a otro.

Yo intenté, en cierta ocasión, sustituir por escaleras las rampas de mi palacio, pero tantos criados y amigos míos estuvieron a punto de romperse la crisma que acabé por reinstalar las rampas.

Después de ascender varios pisos, Zanda fue separada de nosotros y conducida por un pasillo divergente; y, en el piso de arriba, también Jat Or se separó de mí.

Ninguno de nosotros había hablado desde nuestra entrada al gran salón del trono y creo que, cuando nos separaron, las palabras eran totalmente inadecuadas dado lo desesperado de nuestra situación.

Ahora estaba solo, pero todavía subí y subí, guiado por aquellas manos invisibles. ¿Adónde me llevaban? ¿Cuál había sido el destino de mis compañeros? En algún lugar de aquel castillo se hallaba la princesa por cuyo rescate había cruzado el vacío, pero nunca me había parecido tan lejano como en aquel instante; nunca nuestra separación se me había antojado tan absolutamente completa y definitiva.

Ignoro por qué experimentaba estos sentimientos, a menos que fuera por la impresión causada en mí por aquel misterio, aparentemente insondable, que me rodeaba.

Subimos tanto que estuve casi seguro de dirigirme a una de las altísimas torres que había visto desde el patio. Algo en este hecho, y en el que nos hubiesen separado, sugería que el poder que nos había capturado, sea cual fuera, no estaba completamente seguro de sí mismo, pues la necesidad de separarnos sólo podía indicar el temor de que escapáramos, o de que, reunidos, pudiésemos causarle algún mal. Mas, fueran o no mis presunciones correctas, eran sólo conjeturas. Únicamente el tiempo podía resolver el misterio y contestar las numerosas preguntas que tenía en mente.

Estas ideas me rondaban en la cabeza cuando me hicieron detenerme ante una puerta. Ésta tenía un peculiar pestillo que me llamó la atención, y mientras lo estudiaba, lo vi moverse como empujado por una mano; acto seguido se abrió la puerta y me empujaron dentro de la habitación a la cual daba.

Una vez en el interior me cortaron las ligaduras de las muñecas. Me volví rápidamente, intentando abalanzarme sobre la puerta, pero me dieron con ella en las narices. Intenté abrirla, pero estaba bien cerrada y, disgustado, renuncié.

Al volverme para inspeccionar mi prisión, mi mirada se posó sobre una figura sentada sobre un banco, al otro lado de la habitación.

A falta de mejor palabra, no me queda más remedio que llamar hombre a lo que vi. ¡Pero qué hombre!

Aquel ser estaba desnudo salvo por un faldellín de cuero, ceñido a sus caderas por un ancho cinturón provisto de una enorme hebilla de oro, decorada con piedras preciosas.

Estaba sentado sobre un taburete rojo y permanecía apoyado contra una pared gris. Su piel era exactamente del mismo color que la pared, excepto aquella parte de sus piernas que tocaban el taburete, que eran rojas.

La forma de su cráneo era similar a la de un ser humano, pero sus facciones eran inhumanas en su mayor parte. En el centro de su frente brillaba un enorme ojo único, de unas tres pulgadas de diámetro: su pupila era una raya vertical, como la pupila de un gato. Permaneció allí sentado mirándome, estudiándome al parecer con su gran ojo, de la misma forma en que yo lo estudiaba a él; no pude dejar de preguntarme si yo le parecía tan extraño como él me lo parecía a mí.

Durante el breve instante que permanecimos inmóviles, contemplándonos mutuamente, tomé apresuradamente nota de algunas otras de sus extrañas características físicas.

Los dedos de sus pies y manos eran mucho más largos que los de la raza humana, mientras que sus pulgares eran, considerablemente, más pequeños que el resto de sus dígitos y se extendían, lateralmente, formando ángulo recto con los demás.

Este hecho y la pupila vertical de su único ojo, acaso sugirieran que se trataba de un ser totalmente arbóreo, o al menos acostumbrado a buscar su comida o su presa entre los árboles.

Pero quizás la característica más sobresaliente de su monstruoso semblante eran sus bocas. Tenía dos, una encima de la otra. La más baja, que era la de mayor tamaño, carecía de labios, siendo la propia piel de su cara la que formaba las encías, en las que se encajaban sus dientes, como el resultado de que su poderosa y blanca dentadura estaba siempre visible en una mueca repelente y tétrica.

La boca superior era redonda, de labios ligeramente prominentes, controlados por un músculo esfinteriano. Esta boca estaba desprovista de dientes.

Su nariz era ancha y chata. Al principio no advertí oreja alguna, pero posteriormente descubrí que dos pequeños orificios, situados a ambos lados de su cabeza, cerca de la coronilla, le servían de pabellones auditivos.

Naciendo, casi encima de su ojo, una erecta cresta amarillenta de unas dos pulgadas de anchuras, corría a lo largo de su cráneo.

En resumen, era el espectáculo más desgarbado que pudiera concebirse, y su poderosa dentadura, sumada a su muy notable desarrollo muscular, sugería que podía ser un antagonista nada desdeñable.

Me pregunté si sería tan feroz como aparentaba, y se me ocurrió que tal vez me hubiesen encerrado con aquel ser para que me destruyera. Incluso parecía probable que yo fuera su comida.

Desde mi entrada, aquella criatura no había despegado su único ojo de mí, y tampoco yo había mirado en otra dirección que la suya; pero entonces, habiendo satisfecho, en parte, mi curiosidad, dejé que mi mirada vagara por la habitación.

Era circular, y evidentemente ocupaba todo el área del piso superior de una torre. Las paredes estaban revestidas de paneles de distintos colores, e incluso en aquella elevada celda se evidenciaba la sensibilidad artística del constructor del castillo, porque la habitación era en verdad extrañamente hermosa.

La pared circular se hallaba perforada por media docena de altas y estrechas ventanas. Carecían de cristales pero no de barrotes.

Sobre el suelo, pegado a la pared, vi un montón de pieles y alfombras…, probablemente el lecho de aquella criatura.

Me acerqué a una de las ventanas para asomarme, y, cuando lo hice, aquella criatura se levantó del banco y se dirigió a la parte de la habitación más alejada de mí. Se movía sin hacer ruido, con el paso furtivo de un gato, sin dejar de traspasarme con aquel terrible ojo sin párpado.

Su silencio, su furtividad, y su apariencia horrible me hicieron precaverme, no fuera a saltar sobre mi espalda, si le quitaba la vista de encima. Sin embargo, lancé un rápido vistazo por la ventana, vislumbrando unas colinas distantes y, debajo de mí, más allá de las murallas del castillo, un río y un frondoso bosque que nacía en su ribera.

Lo poco que vi me indicó que la torre no daba al patio en que se hallaba la nave, y yo estaba ansioso por divisar esa parte de los terrenos del castillo, para comprobar si había tenido éxito cuando ordené al cerebro que colocara la nave en un lugar seguro.

Pensé que quizá podría descubrirlo desde una de las ventanas del otro lado de la torre y, sin apartar la vista de mi compañero de celda, crucé la cámara; mientras lo hacía, él cambió rápidamente de posición, manteniéndose tan lejos de mí como pudo.

Traté de adivinar si me tenía miedo o si, como un auténtico gato, sólo esperaba la oportunidad de atacarme cuando estuviera desprevenido.

Alcancé la ventana opuesta y miré por ella, mas no pude ver nada del patio, puesto que algunas de las numerosas torres que poseía el castillo me tapaban la vista. De hecho, otra torre más alta se alzaba directamente delante de mí, en aquella dirección, a no más de diez o quince pies de la ventana.

De forma similar fui, de ventana en ventana, buscando en vano vislumbrar un trozo del patio, y siempre mi extraordinario compañero de celda se mantenía a la misma distancia.

Habiendo llegado a la conclusión de que no podría ver el patio ni averiguar qué había sido de la nave, volví de nuevo mi atención a mi acompañante.

Me pareció que debía averiguar cuál podía ser su actitud hacia mí, si iba a ser un peligro, tenía que averiguarlo antes de que cayera la noche, porque algo me decía que aquel gran ojo podía ver en la oscuridad, y dado que yo no podría permanecer despierto eternamente, sería una presa fácil si sus intenciones eran letales.

Cuando lo miré de nuevo, observé una sorprendente apariencia. Su piel ya no era gris, sino de un amarillo vivo. Y entonces advertí que se encontraba delante de un panel amarillo. Aquello era en extremo interesante.

Me acerqué hacia él, y otra vez cambió su posición. Esta vez se situó de espaldas a un panel azul y contemplé cómo el tono amarillo de su piel se apagaba y se volvía azul.

En Barsoom hay un pequeño reptil llamado Darseen que cambia de color en armonía con su contorno, al igual que los camaleones terrestres; pero jamás había visto a una criatura remotamente humana dotada de esta facultad de coloración protectora. Aquella era realmente la más fantástica de todas las criaturas que yo había visto.

Me pregunté si podría hablar, así que lo interpelé. «iKaor!» dije, «seamos amigos», y alcé la diestra por encima de mi cabeza, con la palma hacia fuera, para indicar mis intenciones amistosas.

Me miró durante un instante, y después su boca superior emitió unos extraños sonidos, semejantes a los ronroneos y maullidos de un gato.

Intentaba hablarme, pero yo no era más capaz de entenderlo que él de entenderme a mí.

¿Cómo iba averiguar sus intenciones antes de que cayera la noche? Parecía no haber forma, y me decidí a aguardar, con compostura, lo que pudiera suceder. Por tanto, resolví ignorar la presencia de la criatura, en tanto éste no efectuase algún avance, ya hostil, ya amistoso. Así que me senté en el banco que había abandonado.

De inmediato ocupó una nueva posición, lo más lejos de mí que le era posible, esta vez ante un panel verde, y su color cambió a verde. No pude dejar de pensar en el caleidoscopio que resultaría si me perseguía alrededor de aquel apartamento multicolor. La idea me hizo sonreír, y al hacerlo vi que mi compañero reaccionaba inmediatamente emitiendo un extraño sonido ronroneante y extendió lateralmente su boca superior, en lo que podía tomarse por una sonrisa de respuesta. Al mismo tiempo, se frotó las manos contra los muslos.

Se me ocurrió que la mueca y el frotarse los muslos podían constituir la expresión externa de un estado de ánimo, y estar destinada a comunicar su actitud hacia mí pero no podía saber si esta actitud era amigable u hostil. Quizás mi sonrisa había significado, para la criatura, algo totalmente distinto a lo que la sonrisa indica para los habitantes humanos de la Tierra y Marte.

Recordé que había descubierto que tal cosa podía suceder entre los hombres verdes de Barsoom, que más alto se reían cuanto más diabólicas eran las torturas que infligían a sus víctimas, aunque este ejemplo apenas es válido, puesto que el caso de los marcianos verdes es el resultado de una perversión altamente especializada del sentido del humor.

Quizás, por el contrario, la mueca y los gestos de la criatura constituían un desafío. Si era así efectivamente, cuanto antes me cerciorara, mejor. De hecho, cada vez era más urgente saber la verdad sin demora, pues la noche se acercaba.

Se me ocurrió que tal vez pudiera obtener algún conocimiento de sus intenciones repitiendo sus gestos, así que le sonreí y me froté los muslos, arriba y abajo, con las palmas de las manos.

Su reacción fue inmediata. Su boca superior se extendió, lateralmente, y se acercó a mí. Me incorporé mientras se aproximaba, y él, deteniéndose ante mí, alargó la mano y me dio un' golpe en el brazo.

No pude sino suponer que aquello era una propuesta de amistad, y le golpeé, similarmente, en uno de sus brazos.

El resultado me dejó estupefacto. La criatura saltó hacia atrás, emitiendo aquel extraño ronroneo, y, con salto de gato, brincó y retozó por toda la habitación en salvaje abandono. Por muy repelente y grotesca que fuera su apariencia física, no pude dejar de impresionarme ante la consumada gracia de todos sus movimientos.

Dio tres vueltas a la habitación, mientras yo lo admiraba sentado en el banco, luego, una vez concluida su danza, se sentó a mi lado.

Una vez más ronroneó y maulló, en un intento evidente de comunicarse conmigo, mas yo sólo pude agitar la cabeza para indicarle que no le entendía, y le hablé en la lengua de Barsoom.

Él cesó de maullar inmediatamente y me interpeló en una lengua que parecía mucho más humana, una lengua que empleaba casi las mismas vocales y consonantes que las lenguas a las que estoy acostumbrado.

Allí, al fin, detecté un terreno común en el que podíamos intentar entendernos mutuamente.

Era obvio que la criatura no podía comprender ninguna de las lenguas que yo hablaba, y que no me serviría de nada enseñárselas; pero si aprendía la suya, podría comunicarme con algunos de los habitantes de Thuria; y si, como las de Marte, las criaturas de Thuria tenían, un lenguaje común, entonces mi existencia en aquel planeta sería mucho menos difícil.

Mas, ¿cómo aprender su idioma? Aquel era el dilema. Mis captores podían no dejarme vivir el tiempo suficiente para que aprendiera algo, pero si aceptaba esta suposición como definitiva, no tenía por qué preocuparme de escapar ni de mejorar mis condiciones de vida. Por lo tanto, debía suponer que tenía todo el tiempo del mundo para aprender el idioma de Thuria, así que me puse a hacerlo sin demora.

Comencé de la manera usual. Señalé varios objetos de la habitación y varias partes de nuestro cuerpo, repitiendo sus nombres en mi propia lengua. Mi compañero pareció entenderme de inmediato lo que yo intentaba hacer y, señalando las mismas cosas, repitió sus nombres en la más humana de las lenguas que dominaba, si es que sus maullidos podían considerarse un lenguaje, cuestión a la que en aquel momento no hubiera sabido responder.

Estábamos ocupados con aquello cuando se abrió la puerta y varios recipientes parecieron entrar flotando y posarse en el suelo delante de la puerta, que se cerró acto seguido.

Mi compañero corrió hacia ellos ronroneando excitadamente, retornando con una jarra de agua y una escudilla de comida que colocó en el banco a mi lado. Señaló hacia la comida y luego hacia mí, indicando que era mía.

Cruzando la habitación una vez más, volvió con otra jarra de agua y con una jaula que contenía a un pájaro de extraña apariencia.

Lo llamo pájaro porque tenía alas, pero en cuanto a la familia a la que pertenecía, tus suposiciones son tan buenas como las mías. Tenía cuatro patas y escamas de pez, pero su pico y su cresta le daban apariencia de pájaro.

La comida de mi escudilla era una mezcla de verdura, frutas y carne. Me imagino que debían de ser muy nutritivas y tenían un buen sabor.

Mientras saciaba mi sed, con la jarra, y probaba la comida que me habían traído, observé a mi compañero. Durante un momento, jugueteó con el pájaro de la jaula. Metía un dedo entre los barrotes, ante lo cual la criatura agitaba las alas, profería horribles aullidos e intentaba pillarle el dedo con su pico. Sin embargo, nunca lo logró, pues mi compañero de celda siempre conseguía retirar el dedo a tiempo. Parecía hallar gran placer en aquello, pues ronroneaba continuamente.

Finalmente, abrió la puerta de la jaula y liberó al cautivo. La criatura revoloteó por toda la habitación, intentando escapar a través de las ventanas, pero los barrotes estaban demasiados juntos. Entonces mi compañero comenzó a seguirle los pasos, y juro que de la misma forma que un gato acecharía a su presa. Al notar que el ser estaba deslumbrado, se deslizó furtivamente hacia él y, cuando estuvo lo bastante cerca, le saltó encima. Durante algún tiempo, el pájaro logró eludirlo, mas al fin fue alcanzado, cayendo al suelo medio aturdido. Entonces mi compañero comenzó a jugar con él, tocándolo con la mano. En ocasiones lo dejaba alejarse más y más por la habitación, simulando que no lo veía. Acto seguido simulaba que lo había descubierto de nuevo, y se lanzaba a por él.

Al fin, como un espantoso rugido expectorante, que resonó como el rugido de un león, saltó ferozmente sobre él y le arrancó la cabeza de un solo mordisco de sus poderosas mandíbulas. Inmediatamente transfirió el cuello a su boca superior y sorbió la sangre del cuerpo. No fue un espectáculo agradable.

Una vez apurada la sangre, devoró su presa con las mandíbulas inferiores. Mientras lo desgarraba, gruñía como un león al alimentarse.

Yo terminé mi propia comida lentamente, mientras al otro lado de la habitación mi compañero de celda desgarraba el cuerpo de su víctima, engulléndola en grandes bocados hasta que no quedó vestigio de ella.

Completa su pitanza, se dirigió al banco y apuró su jarra de agua, bebiéndola por su boca superior.

No me prestó la menor atención durante todo el proceso, y entonces, ronroneando perezosamente, caminó hasta el montón de pieles y paños, que había en el suelo, y tendiéndose encima de él, se acurrucó para dormir.

Capítulo Dieciocho

CONDENADO A MUERTE

Los jóvenes se adaptan fácilmente a las nuevas condiciones de vida y aprenden con rapidez, y aunque sólo el Creador sabe lo viejo que soy, todavía retengo las características de la juventud. Ayudado por este hecho, así como por un sincero deseo de servirme de todos los medios de autodefensa a mi disposición, aprendí el lenguaje de mi compañero, con facilidad y rapidez.

De esta forma rompí la monotonía de los días que siguieron a mi captura, y el tiempo no se me hizo tan pesado como hubiera sido de otra forma.

Nunca olvidaré el júbilo que experimenté cuando me di cuenta de que mi camarada y yo éramos al fin capaces de comunicarnos nuestros pensamientos, el uno al otro, pero mucho antes cada uno de nosotros conocía ya el nombre del otro. El suyo era Umka.

El mismo día que descubrí que podía expresarme lo suficiente para ser comprendido, le pregunté que quién nos tenía prisioneros.

—Los táridas —me respondió.

—¿Quiénes son? ¿A qué se parecen? ¿Por qué nunca los vemos?

—Yo los veo —contestó él—. ¿Tú no?

—No. ¿A qué se parecen?

—Son muy similares a ti o por lo menos, pertenecen al mismo tipo de criaturas. Tienen una nariz, dos ojos y sólo una boca, y sus orejas son grandes y salientes como las tuyas. No son hermosos como nosotros, los masenas.

—¿Pero por qué no los veo?

—No sabes cómo hacerlo. Si conocieras la forma de hacerlo, los verías tan claramente como yo.

—Me gustaría mucho verlos —le dije—¿Puedes enseñarme cómo hacerlo?

—Yo puedo enseñarte, pero eso no significa que tú seas capaz de verlos. El que lo hagas o no, depende de tu propia habilidad mental. Si no los ves es porque el poder de sus mentes te impiden hacerlo. Si logras liberarte de esa inhibición, podrás verlos con la misma claridad con que me ves a mí.

—Pero no sé cómo comenzar.

—Tienes que dirigir tu mente hacia ellos, esforzándote en superar su poder con el tuyo. Ellos desean que no los veas. Tú debes desear verlos. No tuvieron problema contigo porque no te esperabas nada semejante, y tu mente no disponía de ningún mecanismo defensivo contra ellos. Ahora la ventaja está de tu parte, puesto que ellos desean algo antinatural, mientras que tu deseo tendrá la fuerza de la naturaleza a tu favor, contra la cual no podrán alzar barrera mental si tu mente es lo bastante poderosa.

Bien, sonaba bastante simple, mas no soy ningún hipnotizador y, naturalmente, tenía considerables dudas respecto a mis habilidades en aquellas cuestiones.

Cuando le expuse mis recelos a Umka, éste gruñó con impaciencia.

—Nunca tendrás éxito si albergas tales dudas. Déjalas a un lado. Ten fe en el éxito y tendrás muchas posibilidades de obtenerlo.

—¿Pero, cómo puedo conseguir algo si no los veo? —argumenté—. Y aunque pudiera verlos, excepto en el breve momento en que la puerta se abre, para entrar la comida, no tendré oportunidad de intentarlo.

—Eso no es necesario —replicó él—. Tú piensas en tus amigos, ¿no?, aunque no puedes verlos.

—Sí, por supuesto, pienso en ellos, ¿pero que tiene que ver?

—Sencillamente demuestra que tus pensamientos pueden ir a cualquier parte. Por lo tanto, dirígelos hacia los táridas. Sabes que el castillo se encuentra lleno de ellos, puesto que así te lo he dicho. Limítate a concentrar tu mente sobre los habitantes del castillo, y tus pensamientos los alcanzarán aunque no se den cuenta.

—Muy bien, vamos allá. Deséame suerte.

—Puede llevarte algún tiempo —me explicó—. Yo tardé bastante en superar su invisibilidad después de saber su secreto.

Instigué a mi mente hacia la labor que se abría delante de mí, y la mantuve allí cuando no tenía otra cosa en qué ocuparla, pero Umka era una criatura locuaz y, habiendo carecido de oportunidades de conversar en mucho tiempo, buscaba recuperar el tiempo perdido.

Me hizo numerosas preguntas respecto a mí y al mundo del que provenía, y pareció muy sorprendido al saber que había criaturas vivientes en el gran planeta que veía flotar en el cielo de la noche.

Me contó que su pueblo, los masenas, vivían en los bosques, en casas construidas entre los árboles. No era un pueblo numeroso, así que intentaban habitar en distritos alejados de los restantes pueblos de Thuria.

Los táridas, me explicó, habían sido una vez un pueblo poderoso, mas habían sido vencidos y casi exterminados en una guerra con otra nación.

Sus enemigos no cesaron de acosarlos, y hubieran acabado con todos ellos, tiempo atrás, de no haber sido porque uno de sus hombres más sabios había desarrollado y difundido, entre ellos, los poderes hipnóticos que posibilitaban que a sus enemigos les parecieran invisibles.

—Todos los táridas supervivientes viven en este castillo. Aproximadamente, son un millar entre hombres, mujeres y niños.

«Ocultos en este remoto rincón del mundo, intentando escapar de sus enemigos, creen que todas las demás criaturas son sus enemigos. Todo aquel que llega al castillo de los táridas es destruido».

—¿Crees que nos mataran? —pregunté.

—Con toda seguridad.

—¿Pero cuándo? ¿Y cómo?

—Están gobernados por una extraña creencia —indicó Umka—. No la comprendo, pero regula todos los actos importantes de su vida. Afirman que el sol, la luna y las estrellas los gobiernan.

«Parece una tontería, pero no nos matarán hasta que el sol se lo ordene, y no lo harán por su propio placer, sino porque creen que así contentan a su dios».

—¿Crees entonces que mis amigos están sanos y salvos?

—No lo sé, pero supongo que sí. El hecho de que tú estés vivo indica que aún no han sacrificado a los demás, pues por lo que sé, su costumbre es conservar sus cautivos y matarlos a todos en una sola ceremonia.

—¿Y a ti te matarán en la misma ceremonia?

—Me imagino que sí.

—¿Y estás resignado a tu suerte, o escaparías si pudieras?

—Claro que escaparía si tuviera la oportunidad —contestó él—, pero no la tendré, ni tú tampoco.

—Si pudiera ver a esa gente y hablar con ellos, podría encontrar el medio de escapar. Incluso quizá podría convencerlos de que mis amigos y yo no somos enemigos suyos, y persuadirlos de que nos traten amistosamente. ¿Pero qué puedo hacer? No puedo verlos y, aunque pudiera, no podría oírlos. Los obstáculos parecen casi insuperables.

—Si logras vencer la sugestión de invisibilidad que han implantado en tu mente, igualmente vencerás las otras sujeciones que los hacen inaudibles para ti. ¿Has hecho algún esfuerzo en ese sentido?

—Sí, intento liberarme de su sortilegio hipnótico casi constantemente.

Cada día nos servían una única comida antes del mediodía. Siempre consistía en lo mismo. Cada uno recibía una gran jarra de agua, yo una escudilla de comida y Umka una jaula con uno de los extraños animales de apariencia pajaril, que, al aparecer, constituía toda su dieta.

Una vez que Umka me hubo explicado cómo superar el sortilegio hipnótico del que era presa, y de esta forma ver y oír a mis captores, me había colocado diariamente en una posición desde la cual podía descubrir, al abrir la puerta, si el tárida que nos traía la comida me era visible o no.

Era frustrante y descorazonador ver como cada día los receptáculos del agua y la comida eran colocados en el suelo por manos invisibles.

Mas, por muy desesperados que parecieran mis esfuerzos, no cejé en ellos, porfiando tozudamente contra toda esperanza.

Me encontré un día sentado, meditando sobre lo desesperada que era la situación de Dejah Thoris, cuando escuché ruidos de pisadas en el pasillo que conducía a nuestra celda, y un sonido metálico, tal como el del metal de un guerrero al rozar contra las hebillas de un arnés y sus otras armas.

Aquellos eran los primeros sonidos que oía, exceptuando los realizados por Umka y por mí mismo…, las primeras señales de vida del castillo de los táridas desde que estamos aquí. Las deducciones que se inferían de aquellos sonidos eran tan trascendentales que apenas pude respirar mientras esperaba que se abriera la puerta.

Me hallaba, en un lugar, desde donde podía mirar directamente el pasillo cuando la puerta estuviera abierta.

Oí el clic del cerrojo. La puerta giró lentamente sobre sus goznes; y allí, completamente visibles, estaban dos hombres de carne y hueso. Su conformación era bastante humana. Su piel era blanca y bastante agradable, contrastando extrañamente con su cabello y cejas azules. Vestían faldellines de pesado hilo de oro cortos y ceñidos, y peto similarmente fabricado en oro. Cada uno iba armado de una espada y una daga. Sus figuras eran fuertes, sus expresiones severas y, en cierto sentido, impresionantes.

Tomé nota de todo esto durante el breve momento en que la puerta permanecía abierta. Vi a ambos hombres mirándonos a Umka y a mí, y estoy bastante seguro de que ninguno de ellos se percató de que me eran visibles. De haberse dado cuenta, estoy seguro de que la expresión de sus caras los habría delatado.

Me encantó sobremanera descubrir que había sido capaz de liberarme del extraño sortilegio, y apenas se fueron le conté a Umka que los había visto y oído.

Él me pidió que se los describiera, y cuando lo hice reconoció que le había dicho la verdad.

—A veces las gentes se imaginan cosas —me dijo, disculpando su incredulidad.

Al día siguiente, a media mañana, escuché una considerable conmoción en el pasillo y en las escaleras que subían a nuestra prisión. Acto seguido, la puerta se abrió y veinticinco hombres entraron en la celda.

Al verlos, se me ocurrió un plan que posiblemente podría darme algunas ventajas sobre aquellas gentes si posteriormente se me presentaba la ocasión de poder escapar, y simulé no haberlos visto Al mirar en su dirección, enfoqué mis ojos detrás de ellos, mas para aminorar la dificultad del papel, intenté concentrar la atención en Umka, que ellos sabían que me era visible.

Lamenté que no se me hubiera ocurrido antes, a tiempo para explicárselo a Umka, porque era muy posible que ahora revelase, inadvertidamente, el hecho de que los táridas ya no me eran invisibles.

Doce de ellos se me acercaron. Un hombre permaneció junto a la puerta, dando órdenes; los demás se aproximaron a Umka y le conminaron a que pusiera las manos a la espalda.

Umka retrocedió y me miró interrogativamente. Noté que pensaba si aquel no sería un buen momento para intentar escapar.

Intenté dar la impresión de que no había advertido la presencia de los guerreros. No deseaba que supieran que podía verlos. Mirando inexpresivamente a través de ellos, me di la vuelta, con indiferencia, hasta darles la espalda y le guiñé el ojo a Umka.

Rogué a Dios que si no sabía lo que significaba el guiño, algún milagro lo iluminara. Como precaución extra, me toqué los labios con un dedo, indicando silencio.

Umka pareció quedarse sin habla, y afortunadamente permaneció así.

—La mitad de vosotros coged al masena —ordenó el oficial que mandaba el destacamento—, el resto encargaos del otro. Como veis, no sabe que estamos en la celda, así que puede sorprenderse y luchar cuando lo toquéis. Agarradlo firmemente.

Supongo que Umka debió pensar que yo me encontraba de nuevo bajo la influencia del sortilegio hipnótico, pues me miraba inexpresivamente cuando los guerreros lo rodearon y atraparon.

Entonces doce de ellos saltaron encima de mí. Podía haber luchado, mas no vi qué ventaja podía ganar con ello. En realidad, estaba ansioso por abandonar la celda. Mientras permaneciera en ella, no podría conseguir nada; mas, una vez fuera, algún capricho del Destino podría brindarme alguna oportunidad; así que no me resistí mucho, pretendiendo estar estupefacto por mi captura.

Nos condujeron fuera de la celda, bajando las escaleras que habíamos subido semanas atrás, y finalmente llegamos al mismo gran salón del trono al que Zanda, Jat Or y yo habíamos sido llevados la mañana de nuestra captura. ¡Pero qué diferente escena ofrecía ahora que me había liberado del sortilegio hipnótico que me dominaba en aquella ocasión!

La gran sala ya no estaba vacía, los tronos ya no estaban desocupados; todo lo contrario, la cámara de audiencia era una masa de luz, de color, de humanidad.

Hombres, mujeres y niños bordeaban el ancho pasillo por el que Umka y yo fuimos escoltados hacia la tarima donde se alzaban los dos tronos. Entre densas filas de guerreros resplandecientes en maravillosos atavíos, nuestra escolta marchó hacia un pequeño espacio ante el trono.

Congregados allí, con las manos atadas y bajo vigilancia, estaban Jat Or, Zanda, Ur Jan, otro hombre que supuse debía ser Gar Nal y mi amada princesa Dejah Thoris.

—¡Señor mío! —exclamó ella—. El destino ha sido amable conmigo al permitirme verte otra vez antes de que muramos.

—Todavía estamos vivos —le recordé yo, y ella sonrió al reconocer mi viejo desafío a todo peligro que me amenazase.

La expresión de Ur Jan reveló sorpresa cuando sus ojos cayeron sobre mí.

—¡Tú! —exclamó.

—Sí, Ur Jan.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Nuestros captores me van a privar de unos de los placeres del viaje.

—¿A qué te refieres?

—Al placer de matarte, Ur Jan.

Él asintió con una seca sonrisa.

Mi atención se vio entonces atraída por el hombre del trono. Estaba ordenando silencio.

Era un hombre muy gordo, de expresión arrogante, y noté en él aquellos signos de vejez, rara vez aparentes entre los hombres rojos de Barsoom. También había advertido similares señales de envejecimiento en algunos miembros de la multitud que abarrotaba la cámara de audiencia, un hecho que indicaba que aquellas gentes no disfrutaban de la casi perpetua juventud de los marcianos.

Ocupaba el trono anexo, una mujer joven y muy hermosa. Me estaba mirando soñadoramente a través de las espesas pestañas de sus párpados semicerrados. Sólo podía suponer que la atención de la joven estaba fija en mí porque mi piel difería en color de la de mis compañeros, puesto que, después de dejar Zodanga, me había lavado el pigmento que me servía de disfraz.

—¡Espléndido! —musitó ella, lánguidamente.

—¿Qué? —quiso saber el hombre—. ¿Qué es espléndido?

Ella lo miró sobresaltada, como si acabara de despertar de un sueño.

—¡Oh! —exclamó con nerviosismo—, decía que sería espléndido si lograras que se mantuvieran callados: pero, como eres invisible e inaudible para ellos, no podrás hacerlo a menos que uses la espada —Y se encogió de hombros.

—Ya sabes, Qzara —objetó el hombre—, que los reservamos para el Dios Fuego… No podemos matarlos todavía.

La mujer se encogió de hombros.

—¿Por qué matarlos a todos? —preguntó—. Parecen criaturas inteligentes. Podría ser interesante preservarlos.

Yo me volví hacia mis compañeros y les pregunté:

—¿Algunos de vosotros puede ver y oír lo que pasa en esta habitación?

—Excepto a nosotros, no puedo ver ni oír a nadie —contestó Gar Nal, y los demás respondieron de forma parecida.

—Somos víctimas de una forma de hipnosis —les comuniqué—, que hace imposible que veamos ni oigamos a nuestros captores. Ejercitando los poderes de vuestras mentes, podréis liberaros de ella. No es difícil. Yo logré hacerlo. Si todos vosotros lo lográis también y se presenta alguna oportunidad de escapar, nuestras posibilidades de lograrlo serán mucho más grandes. Como creen que no los vemos, no estarán en guardia contra nosotros. De hecho, en este momento podría arrebatarle la espada al que tengo al lado y matar al Jeddak y a su Jeddara, antes de que pudiesen impedírmelo.

—No podremos trabajar juntos —opinó Gar Nal—, mientras la mitad de nosotros desea matar a la otra mitad.

—Entonces, establezcamos una tregua entre nosotros hasta que hayamos escapados de estas gentes —propuse.

—Es justo —dijo Gar Nal.

—¿Estás de acuerdo? —le pregunté.

—Sí.

—¿Y tú, Ur Jan?

—Me conviene —dijo el asesino de Zodanga.

—¿Y tú? —demandó Gar Nal, mirando a Jat Or.

—Sea lo que sea que… Vandor ordene, lo haré —replicó el padwar. Ur Jan me dedicó una mirada de súbita comprensión.

—Ah, así que también eres Vandor. Ahora comprendo muchas cosas que no comprendía. ¿Lo sabe esa rata de Rapas?

Yo ignoré su pregunta y proseguí diciendo:

—Y ahora, alcemos las manos y juremos cumplir esta tregua hasta que todos hayamos escapado de los táridas y, más aun, hacer todo lo que esté en nuestras manos para salvar a los demás.

—Gar Nal, Ur Jan, Jat Or y yo levantamos nuestras manos para jurar.
—Las mujeres también —exigió Ur Jan.

Dejah Thoris y Zanda alzaron así mismo sus diestras, y los seis juramos luchar los unos por los otros hasta la muerte o hasta vemos libres de aquellos enemigos.

Era una situación delirante, puesto que yo había recibido la orden de matar a Gar Nal. Ur Jan había jurado matarme, a la vez que yo me proponía matarlo a él; Zanda, que los odiaba a ambos, sólo esperaría la primera ocasión para matarme en cuanto conociera mi identidad.

—Vamos, vamos ——exclamó irritadamente el gordo del trono—, ¿qué farfullan en esa extraña lengua? Debemos hacer que se callen; no los hemos traído aquí para escucharlos.

—Retírales el sortilegio —sugirió la chica a la que había llamado Qzara—. Dejemos que nos vean. Sólo cuatro de ellos son hombres. No pueden hacemos daño.

—Nos verán y nos oirán cuando sean conducidos a la muerte —replicó el gordo—, y no antes.

—Me parece que el de la piel clara puede vernos y oímos ya —manifestó la chica.

—¿Qué te lo hace creer?

—La sensación de que su mirada se posó antes sobre mí —contestó ella, soñadoramente—. Y también, Ul Vas, que cuando hablaste después, sus ojos apuntaron a tu cara. Y cuando hablé yo, volvieron hacia mí.

Yo la había estado mirando mientras hablaba, y me di cuenta entonces de que mi engaño podía ser más difícil de lo que creía, pero esta vez, cuando el hombre llamado Ul Vas le contestó, dirigí la mirada detrás de la chica y no le presté atención.

—Es imposible —afirmó el obeso Ul Vas—. No puede vemos ni oírnos. Interpeló entonces al oficial que mandaba el destacamento que nos había conducido al salón del trono, desde nuestras celdas.

—¿Qué crees tú, Zamak? ¿Puede vemos esta criatura?

—Pienso que no, Altísimo. Cuando fuimos por él, preguntó a este masena, que estaba encerrado con él, si había alguien en la celda, mientras que veinticinco de nosotros los rodeábamos.

—Creo que te equivocas —dijo Ul Vas a su jeddara—, siempre te estás imaginando cosas.

La joven encogió sus bien formados hombros y se volvió con un bostezo de aburrimiento, mas su mirada no tardó en volver a mí, y, aunque intenté no mirarla directamente más durante el resto del tiempo que pasamos en el salón del trono, me di cuenta de que no me quitaba ojo.

—Procedamos —dijo Ul Vas.

Un anciano se adelantó y se situó directamente delante del trono.

—Altísimo —entonó con voz cantarina—, el día es bueno, la ocasión es propicia, la hora ha llegado. Traemos ante ti, augustísimo hijo del Dios Fuego, siete enemigos de los táridas. Tu padre habla a través de ti comunicando sus deseos a su pueblo. Has hablado con tu padre, el Dios Fuego. Dinos, Altísimo: ¿estas ofrendas han complacido sus ojos? Haznos saber sus deseos, Todopoderoso.

Desde nuestra entrada en el salón, Ul Vas nos había estado inspeccionando cuidadosamente, centrando especialmente su atención en Dejah Thoris y Zanda. Entonces se aclaró la garganta.

—Mi padre, el Dios Fuego, desea saber quiénes son estos enemigos.

—Uno de ellos —comentó el anciano que había hablado antes, al cual tomé como un sacerdote—, es un masena que tus guerreros aprehendieron cuando cazaba ante nuestras murallas. Los otros seis, son criaturas extranjeras. No sabemos de dónde vienen. Llegaron en dos aparatos nunca vistos, que se movían por el aire, como pájaros, pese a no tener alas. En cada uno de ellos llegó una mujer y dos hombres. Se posaron dentro de nuestras murallas; mas no sabemos de dónde venían, aunque sin duda su intención era causarnos algún mal, ya que esta es la intención de todos los que vienen al castillo de los táridas. Como habrás notado, Altísimo, cinco de ellos son de piel roja, mientras que el sexto tiene la piel sólo un poco más oscura que la nuestra. Parece ser de una raza diferente, con esa piel blanca, ese pelo negro y esos ojos grises. Estas cosas sabemos de ellos y nada más. Aguardamos los deseos del Dios Fuego en los labios de su hijo Ul Vas.

El hombre del trono apretó los labios, sumido en sus pensamientos, mientras su mirada se desplazaba a lo largo de la línea de prisioneros, demorándose en Dejah Thoris y Zanda. Acto seguido, habló:

—Mi padre el Dios Fuego demanda que el masena y los cuatro hombres extraños sean sacrificados en su honor a la misma hora, una vez que Él haya orbitado, siete veces, alrededor de Ladan.

Siguieron unos breves momentos de expectante silencio, una vez que hubo terminado de hablar… El silencio fue roto finalmente por el viejo sacerdote.

—¿Y las mujeres, Altísimo? ¿Cuáles son los deseos del Dios Fuego, vuestro Padre, en relación a ellas?

—El Dios Fuego, para mostrarle su gran amor —anunció el Jeddak—, le ha regalado las dos mujeres a su hijo Ul Vas, para que éste haga con ellas lo que le plazca.

Capítulo Diecinueve

QZARA

La vida es dulce y, cuando escuché las palabras de perdición de labios del jeddak Ul Vas, las palabras que condenaban a cinco de nosotros a morir al séptimo día, debí sentir alguna reacción depresiva; pero no la percibí, dada la mayor perturbación mental que me había causado saber que el destino de Dejah Thoris iba a ser mucho peor que la muerte.

Me alegré de que ella estuviera misteriosamente sorda a lo que yo había oído. Conocer la suerte que le estaba reservada, no la ayudaría en nada, y saber que yo había sido condenado a muerte, sólo podría proporcionarle una angustia innecesaria.

Mis compañeros, ignorándolo todo, permanecían como ganado ante el trono de su cruel juez. Para ellos era sólo una silla vacía; para mí asentaba a una criatura de carne y hueso… Un mortal cuyos órganos vitales podían ser alcanzados por la punta de una espada afilada. Ul Vas habló de nuevo.

—Lleváoslos de aquí ya —ordenó—. Confinad a los hombres en la Torre de las Turquesas, y llevad a las mujeres a la Torre de los Diamantes.

Pensé entonces en saltar sobre él y estrangularlo con mis desnudas manos, pero lo pensé mejor y vi que así no salvaría a Dejah Thoris del destino que le habían reservado. El único resultado seguro sería mi propia muerte, que llevaría aparejada la desaparición de su mayor, quizás su única, esperanza de socorro, así que salí tranquilamente cuando, con los demás, me condujeron afuera; mi último recuerdo del salón del trono fue la velada mirada de Qzara, jeddara de los táridas.

Umka y yo no fuimos de nuevo a la celda que habíamos ocupado previamente, sino que nos llevaron a una gran sala de la torre de las Turquesas, junto a Jat Or, Gar Nal y Ur Jan.

No pronunciamos ni una palabra hasta que la puerta se hubo cerrado detrás de la escolta, invisible para todos menos para mí. Los demás estaban desconcertados, tal como revelaba la expresión perpleja de sus rostros.

—¿Qué ha pasado, Vandor? —preguntó imperiosamente Jat Or—, ¿por qué hemos permanecido en silencio en aquel salón desierto ante dos tronos vacíos?

—No hubo ningún silencio —respondí—, y el salón estaba abarrotado. El jeddak y su jeddara se sentaban en los tronos que parecían vacíos, y el jeddak dictó sentencia de muerte para todos nosotros… Moriremos el séptimo día.

—¿La princesa y Zanda también? —quiso saber él.

Yo negué con un gesto.

—No, desgraciadamente no.

—¿Por qué dices que desgraciadamente? —inquirió él, asombrado.

—Porque ellas preferirían morir antes de afrontar el destino que las han reservado. El jeddak, Ul Vas, se las ha guardado para sí.

Jat Or frunció el entrecejo.

—Debemos hacer algo. Tenemos que salvarlas.

—Ya lo sé —repuse yo—. ¿Pero cómo?

—¿Has abandonado toda esperanza? —me increpó el padwar— ¿Irás tranquilo a la muerte sabiendo lo que les espera a ellas?

—Me conoces lo bastante bien como para saber que no, Jat Or. Espero que suceda algo que nos sugiera un plan de rescate y, aunque ahora mismo no veo ninguna posibilidad, no estoy desesperado. Y si no se presenta ninguna oportunidad, al menos las vengaré en el último momento si no puedo salvarlas, puesto que tengo una ventaja sobre estas gentes que ellos ignoran que yo poseo.

—¿Cuál es?

—Que puedo verlos y oírlos.

Jat Or asintió.

—Sí, lo había olvidado, pero me parece imposible que puedas ver y oír algo donde no hay nada que pueda ser visto ni oído.

—¿Y por qué van a matamos? —preguntó Gar Nal, que había estado oyendo mi conversación con Jat Or.

—Vamos a ser ofrecidos, en sacrificio, al Dios Fuego, al cual adoran.

—¿El Dios Fuego? —exclamó Ur Jan—. ¿Quién es?

—El Sol —expliqué.

—¿Pero cómo puedes entender su lengua? —añadió Gar Nal—. No creo que hablen la misma lengua que se habla en Barsoom.

—No, no lo hacen; pero Umka, con el que he estado encerrado desde mi captura, me ha enseñado la lengua de los táridas.

—¿Quiénes son los táridas? —interrogó Jat Or.

—Es el nombre del pueblo en cuyo poder nos hallamos.

—¿Cómo llaman a Thuria? —se interesó Gar Nal.

—No estoy seguro, pero se lo pregunté a Umka y me dijo en su propia lengua la palabra de Ladan. ¿Qué significa la palabra Ladan?

—Es el nombre del mundo en que vivimos. Ya oíste decir a Ul Vas que nosotros moriríamos cuando el Dios Fuego hubiera dado siete vueltas alrededor de Ladan.

Tras esto, los barsoomianos se enredaron en una conversación general, y tuve la oportunidad de estudiar más cuidadosamente a Gar Nal y a Ur Jan.

El primero era, como la mayor parte de los marcianos, de edad indeterminada. Gar Nal podía tener cualquier edad entre cien y mil años. Tenía la frente despejada y un pelo un tanto sutil para un marciano; sus facciones no tenían nada de particular, salvo sus ojos. No me gustaron: eran astutos y crueles.

Ur Jan, al cual, por supuesto, ya conocía, era justamente lo que se podía esperar: un luchador fornido y brutal, de la más baja estofa, pero creo que de los dos hubiera confiado más en él que en Gar Nal.

Parecía extraño encontrarme, allí confinado, con dos enemigos tan irreconciliables; mas me daba cuenta, como ellos también debían dársela, de que en aquellas circunstancias no nos beneficiaría nada dirimir nuestras diferencias, mientras que se presentaba una oportunidad de escapar. Cuatro hombres capaces de empuñar una espada tendrían muchas más posibilidades de obtener la libertad que dos. Digo dos porque, si nos empecinábamos en continuar con nuestras luchas, al menos dos de nosotros, y posiblemente tres, tendríamos que morir antes de que se hiciera la paz.

Umka, parecía más bien abandonado mientras, nosotros cuatro, conversábamos en nuestro propio idioma. Él y yo, nos habíamos hecho muy amigos, y contaba con él para que nos ayudase, si se presentaba alguna posibilidad de escapar. Por lo tanto, estaba particularmente interesado en conservar su amistad, así que lo introduje, ocasionalmente, en la conversación, actuando como intérprete.

Día tras día, durante largo tiempo, yo había presenciado los juegos de Umka con las infelices criaturas que le traían como alimento, así que ya estaba acostumbrado y no me afectaba verlo, pero cuando aquel día nos trajeron la comida, los barsoomianos observaron al masena con fascinado horror; noté que Gar Nal llegó a temerlo.

Poco después de que hubiésemos concluido nuestra comida, la puerta se abrió de nuevo, dando paso a algunos guerreros. De nuevo eran mandados por Zamak, el oficial que nos había conducido, a Umka y a mí, al salón del trono.

Sólo Umka y yo pudimos advertir que alguien había entrado en la habitación; y yo, con cierta dificultad, simulé no haberme dado cuenta.

—Ahí está —dijo Zamak, señalándome—; traedlo aquí.

Los soldados se me aproximaron y, asiéndome por ambos brazos, me arrastraron hacia la puerta.

—¿Qué pasa? —gritó Jat Or—. ¿Qué te sucede? ¿Adónde vas?

La puerta aún estaba abierta, y pude ver que me dirigía hacia ella.

—No sé adónde voy —dije yo—. Me llevan de nuevo.

—Mi príncipe, mi príncipe —gritó él, lanzándose detrás de mí, para tirar hacia adentro, pero los soldados me arrastraron fuera y le cerraron la puerta en las narices.

—Es buena cosa que estos tipos no puedan vernos —comentó uno de los soldados que me daban escolta—. Me parece que hubiéramos tenido toda una escaramuza ahora si hubiese sido así.

—Creo que éste daría mucha guerra —observó uno de los que me empujaban—; los músculos de sus brazos son como correas de plata.

—Incluso el mejor luchador no puede combatir contra enemigos que no pueda ver —opinó otro.

—Éste se las apañó bastante bien el día que lo capturamos en el patio. Dejó contusionado a muchos de los guardianes del jeddak…, y mató a dos.

Aquel era el primer indicio de que yo había tenido algún éxito en aquella lucha y me gustó sobremanera. Pude imaginarme cómo se sentirían si supieran que yo no sólo podía verlos y oírlos, sino también entenderlos.

Creían estar tan seguros, e iban tan completamente negligentes, que podía haber despojado de sus armas a cualquiera de ellos; yo sabía que de esta forma podría dar buena cuenta de mí mismo, pero no vi cómo podría ayudarme, ni a mí ni a los demás prisioneros.

Me condujeron a una sección del palacio completamente diferente a cualquiera de las zonas que había visto hasta la fecha. Su decoración lujosa y abundante así como el mobiliario eran incluso más espléndidos que los del salón del trono.

Finalmente llegamos ante una puerta, junto a la cual montaban guardia varios soldados.

—Tal como se nos ordenó, hemos venido con el prisionero de la piel blanca —dijo Zamak.

—Te esperábamos —dijo uno de los guardias, que precedió a abrir la gran doble puerta—. Podéis entrar.

Más allá de la puerta, se hallaba un apartamento de tal exquisita belleza y suntuosidad que, en mi pobre vocabulario, no encontraba palabras para describirlo. Colgantes de colores desconocidos en la Tierra, resaltaban sobre paredes que parecían de puro marfil, siendo el material de que estaban hechas, absolutamente nuevo para mí. Era la riqueza de su decoración lo que la hacía tan hermosa porque, después de todo, al empezar a rememorarla, descubro que la simplicidad era su nota dominante.

No había nadie allí cuando entré. Mis guardias me condujeron al centro de la habitación y se detuvieron.

Una puerta se abrió frente a nosotros, y por ella apareció una mujer. Era una joven de muy buen ver. Posteriormente sabría que era una esclava.

—Espera en el pasillo, Zamak —dijo ella—, el prisionero debe seguirme.

—¿Cómo? ¿Sin escolta? —exigió saber Zamak, sorprendido.

—Esas son mis órdenes.

—Pero ¿cómo podrá seguirte si no puede verte ni oírte, y aunque pudiera hacerlo, no te entendería?

—Yo lo conduciré.

Al acercárseme, los soldados me soltaron los brazos, y ella me condujo hacia la puerta, cogiéndome la mano.

La habitación a la que me guio, aunque ligeramente más pequeña que la otra, era mucho más hermosa. Pese a ello, no me percaté de esto en seguida, al estar mi atención atraída y absorbida por un único ocupante.

No me sorprendo con facilidad, pero en esta ocasión tengo que confesar que lo hice, cuando reconocí a la mujer que, reclinada sobre el diván, me miraba intensamente a través de sus largas pestañas: era Qzara, jeddara de los táridas.

La esclava me condujo al centro de la habitación y se detuvo, mirando interrogativamente a la jeddara mientras yo, recordando que se suponía que estaba ciego y sordo, intenté dirigir mi mirada más allá de la bella emperatriz, cuyos ojos parecían estar leyendo en mi alma.

—Puedes retirarte, Ulaho —dijo ella entonces.

La esclava hizo una profunda reverencia y salió de la habitación, caminando de espalda.

Durante un largo rato, después de su partida, nada turbó el silencio de la habitación, aunque no dejé de notar los ojos de Qzara fijados en mi persona.

Entonces ella se rio, con una risa musical y argentina. —¿Cómo te llamas? —quiso saber.

Yo pretendí no haberla oído, mientras, ocupaba mi atención en admirar las bellezas de la cámara. Parecía el gabinete de una emperatriz; y proporcionaba un entorno admirable a su adorable propietaria.

—Escucha —dijo ella, acto seguido—, engañaste a Ul Vas, a Zamak, al Gran Sacerdote y a todos los demás, pero no me engañaste a mí. Debo admitir que posees un espléndido autocontrol, pero tus ojos te traicionaron. Te delataron en el salón del trono y te han vuelto a traicionar ahora, cuando entraste en la habitación, como yo sabía que lo harían. Mostraron sorpresa al mirarme, y eso sólo puede significar una cosa: que me viste y me reconociste.

«En el salón del trono supe también que comprendiste todo lo que se dijo. Eres una criatura muy inteligente, la luz cambiante de tus ojos reflejó tus reacciones a lo que se decía allí.

«Seamos honestos el uno con el otro, tú y yo, pues tenemos en común más de lo que te imaginas. No soy tu enemiga. Comprendo por qué crees que te será ventajoso ocultar el hecho de que puedes vemos y oírnos; pero puedo asegurarte que tu situación no empeorará si confías en mí, puesto que yo ya sé que no somos ni invisibles ni inaudibles para ti».

No pude comprender a qué se refería al decir que teníamos mucho en común, a menos que fuera una añagaza para hacerme admitir que podía ver y oír a su gente; mas también había que tener en cuenta que no me imaginaba de qué forma podría beneficiarles este conocimiento. Estaba absolutamente en su poder, y aparentemente había poca diferencia para ellos, en si los veía, oía o si no. Más aún, estaba convencido de que aquella mujer era extremadamente lista y que no podría engañarla haciéndola creer que me era invisible. En resumen, no encontré razones para proseguir con la farsa con ella, así que la miré directamente a los ojos y sonreí.

—La amistad de la jeddara Qzara me proporcionará mucho honor —dije.

—¡Conque sí! —exclamó ella—. ¡Sabía que tenía razón!

—De modo que te quedaban algunas dudas.

—Si las tenía es porque eres un auténtico maestro en el arte de la simulación.

—Presentía que la libertad y las vidas de mis compañeros y de mí mismo, dependía de mi habilidad para evitar que tu pueblo se diera cuenta de que podía verlos y comprenderlos…

—No hablas muy bien nuestra lengua. ¿Cómo la aprendiste?

—El masena, que estaba encerrado conmigo, me la enseñó.

—Háblame de ti; dime tu nombre, el de tu país; háblame de los extraños aparatos en que llegaste al último reducto de los táridas, de tus razones para venir.

—Me llamo John Carter, príncipe de la Casa de Tardos Mors, jeddak de Helium.

—¿Helium? ¿Dónde está Helium? Nunca he oído hablar de él.

—Está en otro mundo, en Barsoom, el gran planeta al que vosotros llamáis vuestra luna mayor.

—¿Entonces eres un príncipe en tu país? No me extraña. Las dos mujeres y uno de los hombres que te acompañan son personas muy educadas, los otros dos no lo son —continuó ella—. Uno de ellos, sin embargo, posee un cerebro brillante, mientras que el otro es un simple patán, un bruto.

No pude dejar de sonreír ante su exacto juicio sobre mis compañeros. Tenía ante mí a una mujer realmente brillante. Si de verdad quería ser mi amiga, presentí que podríamos conseguir mucho por medio de ella; mas no dejé que mis pensamientos se elevaran demasiado, porque después de todo se trataba de la compañera de UI Vas, el hombre que nos había condenado a muerte.

—Has leído en ellos como en un libro abierto, jeddara.

—Tú —prosiguió—, eres un gran hombre en tu mundo. Serías un gran hombre en cualquier mundo, pero no me has dicho por qué viniste a nuestro país.

—Los dos hombres que describiste en último lugar, secuestraron a una princesa de la casa real de mi patria.

—Debe ser la que es muy hermosa —dijo Qzara con gesto pensativo.

—En efecto. Los perseguí con el otro hombre y la chica, en otra nave. A poco de alcanzar Ladan, descubrimos su nave en el patio de tu castillo. Aterrizamos junto a ella, para rescatar a la princesa, y castigar a sus secuestradores. Fue entonces cuando los tuyos nos capturaron.

—¿No viniste para hacernos daño?

—Claro que no. Ni siquiera sabíamos de vuestra existencia. Ella asintió.

—Estaba casi segura de que no pretendías hacemos ningún mal, ya que ningún enemigo se hubiera colocado tan absolutamente en nuestro poder; pero no pude convencer a Ul Vas y a los otros.

—Aprecio tu fe en mí; pero no puedo comprender la causa de que te hayas interesado tanto en mi persona, siendo yo un forastero y un extraño. Ella me contempló, en silencio, durante un momento, con ojos soñadores.

—Quizás haya sido porque tenemos muchas cosas en común, o quizás por la fuerza más poderosa que existe, la fuerza que nos domina sin remedio.

Hizo una pausa y me contempló intensamente, agitando después la cabeza con impaciencia.

—La cosa que tenemos en común es que ambos somos prisioneros en el castillo de Ul Vas. Y la razón por la que me he interesado tanto por ti, la comprenderás si eres la décima parte de inteligente de lo que yo creo.

Capítulo Veinte

INTENTAMOS LA FUGA

Qzara podía haber sobrestimado mi inteligencia, pero había subestimado mi cautela. No podía permitirme el lujo de admitir que había entendido la interferencia que, en teoría, tenía que deducir de su indirecta. De hecho, esta implicación era tan ridícula, que al principio me sentí inclinado a creer que se trataba de algún tipo de ardid destinado a hacerme admitir, después de haber ganado mi confianza, que albergaba planes ocultos con relación a su pueblo; así que intenté ignorar la posible confesión en su segunda afirmación, aparentando estar sin hablar a causa de la primera, que constituía en verdad una sorpresa para mí.

—¿Tú una prisionera? Creía que eras la jeddara de los táridas.

—Lo soy, pero no por eso menos prisionera.

—¿Pero no es éste tu pueblo?

—No. Yo soy domniana. Mi país, Domnia, se encuentra lejos de aquí, detrás de las montañas que hay más allá del bosque que nos rodea.

—¿Y tu pueblo te casó con Ul Vas, jeddak de los táridas?

—No —respondió ella—. Ul Vas me raptó de entre los míos. Mi pueblo ignora qué ha sido de mí. Nunca me hubiera enviado de buena gana a la corte de Ul Vas, ni yo permanecería aquí si pudiese escapar. Ul Vas es un bestia. Cambia a menudo de jeddara. Sus agentes recorren otros países sin descanso en busca de jóvenes atractivas. Cuando encuentre a una más hermosa que yo, seguiré el camino de mis predecesoras: pero creo que Ul Vas ya ha encontrado una de su gusto, así que mis días están contados.

—¿Crees que sus agentes han encontrado otra más hermosa que tú? Parece increíble.

—Gracias por el cumplido, pero no han sido sus agentes los que la han encontrado, sino el propio Ul Vas. ¿No te fijaste, en el salón del trono, en cómo miraba a tu bella compatriota? Apenas si apartaba la vista de ella, y recordarás que le perdonó la vida.—También hizo lo propio con la joven llamada Zanda —le recordé—. ¿También va a hacerla su jeddara?

—No, sólo puede tener una jeddara a la vez. La chica, a la que llamas Zanda, será para el Gran Sacerdote. De esta forma aplaca Ul Vas a los dioses.

—Si toma a esa otra mujer, ella lo matará.

—Pero eso a mí no me sirve de nada.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque mientras una jeddara viva, él no puede tomar otra. —¿Acabará contigo?

—Desapareceré —explicó ella—. En el castillo de Ul Vas suceden cosas extrañas, extrañas y terribles.

—Comienzo a entender porqué me mandaste llamar: quieres escapar, y piensas que si nos ayudamos a hacerlo, te llevaremos con nosotros.

—Comienzas a entender, al menos, una parte de mis razones. Ya me cuidaré de que entiendas las restantes, a su debido tiempo.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de escapar?

—Existe una remota posibilidad y, como de una forma u otra vamos a morir, no podemos despreciarla.

—¿Tienes algún plan?

—Podemos escapar en la nave que queda en el patio. Ahora sí que estaba yo interesado.

—¿Una de las naves está aún en el patio? ¿Acaso no las han destruido?

—Pensaban destruirlas, pero les tienen miedo; temen acercarse a ellas. El día que te capturaron, dos guerreros subieron a una de las naves, y ésta se echó a volar, inmediatamente, con ellos a bordo. No emprendió el vuelo hasta después que el primero, que subió, le gritó a su compañero que estaba desierta. Ahora creen que estas naves son presas de algún sortilegio mágico, y no se acercan a la que queda en el patio.

—¿Sabes qué fue de la otra nave? —pregunté yo.

—Está en el cielo, encima del castillo. Flota allí, como si esperase algo… algo que nadie sabe qué es. UI Vas la teme. Por eso aún no ha acabado con vosotros. Espera a ver qué hace la nave, a la vez que trata de reunir el coraje para mandaros matar, pues Ul Vas es un grandísimo cobarde.

—¿Entonces crees que existe alguna posibilidad de que alcancemos la nave?

—La hay —opinó ella—. Puedo ocultarte en mis aposentos hasta que caiga la noche y todos duerman en el castillo. Si entonces logramos sortear a la guardia de la puerta de la salida exterior y alcanzar el patio, lo lograremos. Vale la pena intentarlo, pero puede que tengamos que abrirnos paso luchando con los guardias. ¿Eres bueno con la espada?

—Creo que me defiendo bastante bien. ¿Pero cómo nos las arreglaremos para que el resto de mis amigos alcancen el patio?

—Sólo nos iremos tú y yo.

Yo negué con la cabeza.

—No puedo irme, a menos que mi gente venga conmigo.

Ella me miró con repentina sospecha.

—¿Por qué no? —exigió saber—¡Estás enamorado de una de esas mujeres! No te irás con ella.

Su voz estaba teñida de resentimiento; eran las palabras de una mujer celosa.

Para lograr que los demás escaparan, en especial Dejah Thoris, no podría dejarle saber la verdad, así que pensé con rapidez, y se me ocurrieron dos razones por la que no podíamos partir solos.

—En el país del que vengo, es un punto de honor que ningún hombre abandone nunca a sus camaradas —le contesté—. Además, hay una razón más poderosa todavía.

—¿Cuál es?

—La nave que está en el patio, pertenece a mis enemigos, a los dos hombres que secuestraron a la princesa de mi país. Mi nave es la que flota sobre el castillo. No sé nada del mecanismo de la otra nave. Aunque lográsemos llegar hasta ella, no sabría cómo conducirla.

Ella consideró el problema un momento y luego me miró.

—¿Me estás diciendo la verdad? —me preguntó.

—Tu vida depende de la fe que tengas en mí, al igual que la mía y la de todos mis compañeros.

Ella estudió la cuestión, en silencio, y me dijo al fin, con un gesto de impaciencia:

—No se me ocurre cómo llevar a tus amigos al patio.

—Creo que sé cómo podremos escapar si tú nos ayudas. —¿Cómo? —quiso saber ella.

—Si pudieras proporcionarme herramientas con las que cortar los barrotes de las celdas, y me describes, exactamente, dónde se encuentra el lugar en que están encarceladas las mujeres, estoy seguro de que lo lograré.

—Si hago todas esas cosas, escaparás sin mí —dijo ella suspicazmente.

—Te doy mi palabra, Qzara, de que si haces todo lo que te pido, no me marcharé sin ti.

—¿Qué más quieres que haga?

—¿Podrías entrar en la estancia donde están la princesa y Zanda?

—Sí, creo que puedo hacerlo, a menos que Ul Vas se dé cuenta de que sospecho de sus intenciones y recele que mi intención es matarla, pero no estoy segura de poder conseguirte las herramientas para que cortes los barrotes de tu prisión. Bueno, puedo conseguirlas —corrigió—, pero no se me ocurre cómo hacértelas llegar.

—Si me enviases comida, podrías esconder una lima o una sierra en el recipiente —sugerí.

—¡Claro! —exclamó ella—. Puedo enviar a Ulah con comida para ti.

—¿Y qué hay de los barrotes de la celda de las mujeres?

—Están en las Torres de los Diamantes —contestó Qzara—, a mucha altura. En sus celdas no hay barrotes porque nadie puede escapar de la Torre de los Diamantes por una ventana. Siempre hay guardianes en su base, pues es la Torre en que se hallan las habitaciones del jeddak; así que si estás planeando que tus mujeres escapen de esa forma, ya puedes ir abandonando la idea.

—Creo que no —repliqué—. Si mi plan funciona, podrán escapar de la Torre de los Diamantes con mucha mayor facilidad que del patio.

—¿Y tú y el resto de los hombres de tu grupo? Aunque logréis descolgaron desde la ventana de vuestra celda, nunca podréis alcanzar la Torre de los Diamantes sin arruinar la fuga.

—Déjame eso a mí: ten confianza y, si haces tu parte, creo que lograremos escapar.

—¿Esta noche? —preguntó ella.

—No, será mejor esperar hasta mañana por la noche, pues no sé cuánto tiempo nos llevará cortar los barrotes de nuestra celda. Quizás sea mejor que me envíes de vuelta a la celda y que me hagas llegar las herramientas lo más pronto que puedas.

Ella asintió.

—Tienes razón.

—Espera un momento —dije yo—. ¿Cómo encontraré la Torre de los Diamantes?

Ella pareció desconcertada.

—Es la torre central del castillo, y la más alta, pero no sé cómo podrás llegar a ella sin un guía y muchos hombres armados.

—Déjame eso a mí, pero debes ayudarme a encontrar la habitación en que están encerradas las mujeres.

—¿Cómo puedo hacerlo?

—Cuando llegues a su habitación, cuelga un pañuelo de color de su ventana… Un pañuelo rojo.

—¿Y cómo podrás verlo desde el interior del castillo?

—No te preocupes, si mi plan funciona, lo encontraré. Y ahora, por favor envíame a la celda.

Qzara golpeó un gong que tenía a su lado y la esclava Ulah entró en la habitación.

—Llévale el prisionero a Zamak —le ordenó—, para que lo devuelva a su celda.

Ulah me cogió de la mano y me condujo, de nuevo, al pasillo que llevaba a las habitaciones de la jeddara, donde me esperaba Zamak y los guardianes de la Torre de las Turquesas, donde estaban encerrados mis compañeros.

Jat Or profirió una exclamación de alivio cuando vio que entraba en la celda.

—Cuando te llevaron, mi príncipe, pensé que ya no te vería más; pero ahora el destino se porta mejor conmigo. Me acaba de dar dos pruebas de su favor: has vuelto y, cuando la puerta se abrió, logré ver a los táridas que te traían.

—¿Pudiste verlos? —exclamé yo.

—Pude verlos y oírlos.

—Y yo también —afirmó Gar Nal.

—¿Y tú, Ur Jan? —pregunté, puesto que, cuantos más de nosotros los viéramos, mayor serían nuestras posibilidades de éxito, en caso de que se produjera alguna lucha, durante nuestro intento de rescate a las mujeres y escapar.

Ur Jan sacudió la cabeza tristemente.

—Ni los vi ni los escuché.

—No te desanimes —lo alenté—. Tienes que verlos. Persevera y lo conseguirás. Y ahora —proseguí, dirigiéndome a Gar Nal—, tengo algunas buenas noticias. Nuestras naves están a salvo; la tuya aún está en el patio. Les da miedo acercarse a ella.

—¿Y la tuya?

—Flota en el cielo, por encima del castillo.

—¿Trajiste a más gentes contigo de Barsoom? —preguntó Gar Nal. —No.

—Pero debe haber alguien a bordo de la nave, o no podría haber despegado y permanecer bajo control.

—Hay alguien a bordo.

Él pareció perplejo.

—Pues acabas de afirmar que no trajiste a nadie contigo —repuso él, desafiantemente.

—Hay dos guerreros táridas a bordo de ella.

—¿Pero cómo pueden controlarla? ¿Qué pueden saber del intrincado mecanismo de la nave de Fal Silvas?

—No saben nada de él, y no pueden controlarla.

—Entonces, en el nombre de Issus, ¿cómo subió allí?

—Eso es algo que no necesitas saber, Gar Nal. El hecho es que allí está.

—¿Y de qué nos sirve que esté allí, colgada del cielo?

—Creo que puedo recobrarla a su debido tiempo —afirmé, aunque no estaba nada seguro de poder controlarla a tan gran distancia—. No estoy tan preocupado por mi nave, Gar Nal, como por la tuya. Tenemos que recuperarla, porque nuestra tregua expira en cuanto abandonemos el castillo, y no creo que sea bueno, para nosotros, viajar en la misma nave.

Él mostró su aprobación con un gesto, pero vi sus ojos estrecharse astutamente. Traté de adivinar si aquella expresión reflejaría algún pensamiento traicionero, más abandoné la idea con un encogimiento de hombros mental, ya que en realidad no importaba mucho lo que pensara hacer Gar Nal, mientras yo no le quitase los ojos de encima hasta tener a Dejah Thoris a salvo a bordo de mi propia nave.

Ur Jan estaba sentado en un taburete contemplando el vacío, presumí que concentraba su estúpido cerebro en liberarse del hechizo hipnótico tárida, del cual era presa. Umka estaba hecho un ovillo sobre una alfombra, ronroneando de satisfacción. Jat Or miraba por una de las ventanas.

La puerta se abrió, y todos nos volvimos hacia ella. Ulah, la esclava de la jeddara, entró con una gran vasija de barro y, dejándola en el suelo, retrocedió hacia el pasillo y cerró la puerta con llave.

Yo me dirigí con presteza hacia la vasija y la cogí; al volverme hacia los demás, vi a Ur Jan de pie contemplando la puerta, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué te pasa, Ur Jan? —le pregunté—. Parece como si hubieras visto un fantasma.

—¡La vi! —exclamó él—. ¡La vi! ¡Fantasma o no fantasma, la vi!

—¡Bravo! —aulló Jat Or—. Ahora todos estamos libres de ese maldito sortilegio.

—Dadme una buena espada y pronto estaremos libres —gruñó Ur Jan.

—Primero tendremos que salir de esta habitación —le recordó Gar Nal.

—Creo que en esta vasija encontraremos los medios de escapar —les informé—. Vamos, demos buena cuenta de la comida y ya veremos qué encontramos en el fondo de la jarra.

Todos se congregaron en torno a mí, y comenzamos a vaciar la vasija de la forma más agradable; no habíamos profundizado mucho cuando descubrí tres limas, con las que nos dedicamos, de inmediato, a trabajar en los barrotes de una de las ventanas.

—No los cortéis todos —advertí—. Sólo debilitad tres, de forma que podamos apartarlos cuando llegue la ocasión.

Los barrotes estaban forjados con un metal desconocido, tanto en la Tierra como en Barsoom, o una aleación igualmente misteriosa. Era muy duro. De hecho, al principio parecía ser casi tan duro como nuestras limas; mas finalmente comenzaron a penetrar en él, pese a lo cual nos apercibimos de que iba a ser un trabajo largo y difícil.

Limamos los barrotes toda aquella noche y todo el día siguiente.

Cuando los esclavos nos trajeron comida, dos de nosotros permanecimos mirando por la ventana, asiendo los barrotes, para ocultar la evidencia de nuestra labor; de esta forma logramos terminar sin ser sorprendidos.

Cayó la noche. Se aproximaba la hora en que debía poner a prueba la fase de mi plan que era la clave de la que dependía el éxito o el fracaso de nuestra aventura. Si fallaba, todos nuestros esfuerzos no habrían servido para nada, todas nuestras esperanzas de escapar se desvanecerían. No les había contado a los demás lo que me proponía hacer, y ahora tampoco les puse al corriente de las dudas y temores que me asediaban. Ur Jan miraba por la ventana.

—Podemos apartar estos barrotes en cuanto queramos, pero no veo de qué nos servirá. Aunque atáramos todos nuestros correajes, no alcanzaríamos el tejado del castillo. Me parece que hemos trabajado para nada.

—Apártate y siéntate —le indiqué—, y mantente callado. Guardad silencio todos; no habléis ni os mováis hasta que yo lo diga.

De todos ellos, solamente Jat Or podía adivinar lo que me proponía, no obstante, todos hicieron lo que les pedía.

Acudieron a la ventana, recorrí el cielo con la vista, pero no vi nada de nuestra nave. Pese a ello, intenté concentrar mis pensamientos en el cerebro mecánico, estuviera donde estuviera. Le ordené que descendiera y se aproximara a la ventana de la torre donde me encontraba. Nunca con anterioridad, en toda mi vida, me había concentrado tanto en una idea. Sentí una reacción tan definida como si hubiese tensado un músculo. Mi frente se perló de gotas de sudor frío.

Detrás de mí, la habitación estaba silenciosa como una tumba; y tampoco a través de la ventana llegaba sonido alguno del durmiente castillo.

Los segundos se fueron arrastrando perezosamente, convirtiéndose en lo que parecía ser una eternidad. ¿Podía haberse salido el cerebro de mi zona de control? ¿Estaba la nave perdida para siempre? Estos temores me acosaron a la vez que mi poder de concentración iba disminuyendo. Mi mente se convirtió en un loco tumulto de esperanzas y dudas contrapuestas, de recelos y de repentinas confianzas en el éxito que se desvanecieron en el desánimo tan rápidamente como habían surgido de la nada.

Y entonces, a través del cielo, vi un gran casco negro surgir de la noche y avanzar hacia mí.

Durante un instante la reacción me dejó debilitado, pero apenas recuperé el control de mí mismo, separé a un lado los tres barrotes que habíamos limado.

Los demás, que sin duda habían estado mirando por la ventana desde el lugar donde se encontraban, avanzaron entonces. Pude oír reprimidas exclamaciones de sorpresa, de alivio y de asombro. Volviéndome rápidamente, les avisé que guardaran silencio.

Indiqué al cerebro que acercara la nave a la ventana y me volví de nuevo hacia mis compañeros.

—Hay dos guerreros táridas a bordo. Si encontraron el agua y las provisiones, aún estarán con vida, y no hay razón para que dos hombres hambrientos no lo encontraran. Por lo tanto, debemos prepararnos para la lucha. Cada uno de esos hombres, sin duda, está armado con una espada larga y una daga. Nosotros estamos desarmados. Tendremos que vencerlos con las manos desnudas.

Me volví hacia Ur Jan.

—Cuando se abra la puerta, dos de nosotros debemos saltar, simultáneamente al camarote, para ver si podemos cogerlos por sorpresa. ¿Saltarás primero conmigo, Ur Jan?

Él asintió, y una tortuosa sonrisa curvó sus labios.

—Sí —dijo—, y será una extraño espectáculo ver a Ur Jan y a John Carter luchando uno al lado del otro.

—Al menos libraremos una buena lucha —dije yo.

—Es una pena —suspiró él—, que esos dos táridas nunca tengan el honor de saber quién los mató.

—Jat Or, tú y Gar Nal seguidnos inmediatamente —e indiqué a Umka, en su propia lengua, que abordara la nave detrás de Jat Or y de Gar Nal, aconsejándole—: Y si la lucha no ha terminado, ya sabrás lo que hacer cuando veas a los dos táridas.

Su boca superior se extendió de una de sus extrañas sonrisas y ronroneó de satisfacción.

Subí al alféizar de la ventana y Ur Jan me imitó. El casco de la nave casi rozaba la pared del edificio; la puerta estaba a solo un pie de nosotros.

—Listos —susurré a Ur Jan, indicando al cerebro, acto seguido, que abriera la puerta con la mayor rapidez posible.

Casi simultáneamente, la puerta quedó abierta, y en el mismo instante, Ur Jan y yo, saltamos dentro del camarote, seguidos por nuestros tres compañeros. En la penumbra del interior, distinguí a dos hombres frente a nosotros y, sin aguardar ni darle tiempo de desenvainar las espadas, me arrojé a los pies del primero, que se estrelló contra el piso. Antes de que pudiera echar mano a su daga, lo así por ambas muñecas y se la fijé contra la espalda.

No presencié cómo se las había arreglado Ur Jan, pero un momento después, con la ayuda de Jat Or y de Umka, ambos táridas estaban desarmados.

Ur Jan y Gar Nal querían matarlos sin más dilación, pero no les presté oído. Puedo matar a un hombre en una lucha justa sin el menor remordimiento de conciencia, pero soy incapaz de matar a sangre fría a un hombre indefenso, aunque éste sea enemigo mío.

Como medida de precaución, los atamos y los amordazamos.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Gar Nal—. ¿Cómo vamos a rescatar a las mujeres?

—En primer lugar, voy a intentar recuperar tu nave —respondí yo—, porque aunque prorroguemos nuestra tregua, tendremos más posibilidades de volver a Barsoom si disponemos de las dos naves, ya que algo podría pasarle a una de ellas.

—Tienes razón —dijo él—, y, además, odiaría perder mi nave. Es el fruto de una vida de estudio y trabajo.

Motivé entonces a la nave para que se elevara y se alejara del castillo hasta perderlo de vista. Había adoptado este rumbo como estrategia para despistar a los táridas, por si algún guardián hubiera visto a la nave maniobrar entre las torres, en cuanto nos hubimos alejado algo, descendí y me aproximé de nuevo al castillo, volando a baja cota hacia el patio donde se encontraba la nave de Gar Nal.

Me mantuve muy bajo, sobre las copas de los árboles, avanzando sin luces y muy despacio. Apenas sobrepasé las murallas, detuve la nave y examiné el patio que se hallaba debajo de nosotros.

Distinguí claramente las líneas de la nave de Gar Nal, pero no había nadie de guardia, a la vista, en aquella parte del castillo.

Parecía demasiado bonito para ser verdad, y le pregunté a Umka si podía ser posible que el castillo estuviera sin vigilancia durante la noche.

—Hay guardias dentro del castillo toda la noche —me dijo—; y también en el exterior de la Torre de los Diamantes, pero son para guardar a Ul Val de su propio pueblo. No temen que ningún enemigo llegue de más allá de las murallas durante la noche, puesto que nunca han sido atacados salvo de día. Los bosques de Landan están llenos de fieras salvajes, y si un grupo de hombres entran en ellos, de noche, las bestias armarían tal escándalo de rugidos y aullidos que los táridas serían avisados con tiempo de sobra para preparar su defensa, así que, ya ves…, las bestias del bosque son todos los centinelas nocturnos que precisan.

Así, en cuanto me hube cerciorado de que no había nadie en el patio, hice descender la nave junto a la de Gar Nal.

Rápidamente impartí mis instrucciones para lo que iba a seguir.

—Gar Nal, sube a bordo de tu nave y pilótala detrás de mí. Nos dirigimos a la ventana de la habitación donde están confinadas las mujeres. Cuando me detenga al lado del alféizar, abriré ambas puertas de mi nave. Tú abre la puerta de estribor, y sitúala al lado de la mía de forma que, de ser preciso, puedas pasar a través de ella para entrar en la celda de las mujeres.

Si están bien custodiadas, podemos necesitar de todas las fuerzas de que disponemos.

Capítulo Veintiuno

EN LA TORRE DE LOS DIAMANTES

Vagas sospechas me asediaron cuando vi a Gar Nal entrar en su nave. Parecía presagiar un desastre, una tragedia; mas me daba cuenta de que no se basaba en nada más sustancial que en mi antipatía hacia aquel hombre, así que intenté apartarlas a un lado y dedicar mis pensamientos a la misión que tenía entre manos.

La noche era oscura. Ni Marte ni Duros habían salido. De hecho, había escogido aquella hora para intentar el rescate de Dejah Thoris y su compañera porque sabía que no iban a estar en el cielo.

No tardé en oír los motores de la nave de Gar Nal, que era la señal que habíamos convenido para partir. Despegué del suelo, abandonando el patio, y franqueé los muros, tomando un rumbo que nos alejó de la ciudad. Lo mantuve hasta estar seguro de encontrarme fuera de la vista de cualquier fortuito observador que pudiera habernos descubierto. El negro casco de la nave de Gar Nal avanzaba detrás de nosotros.

Tomé altura, en una amplia espiral, cambiando de rumbo hacia el otro lado del castillo, y luego, al acercarme más, distinguí la alta Torre de los Diamantes.

En algún lugar de aquella destelleante aguja se hallaba Dejah Thoris y Zanda; y, si Qzara no me había traicionado y ningún imprevisto había trastornado sus planes, la jeddara de los táridas las acompañaría.

La honestidad y lealtad de Qzara me preocupaba en algunos momentos. Si me había contado la verdad, tenía todas las razones del mundo para querer escapar de las garras de Ul Vas. Sin embargo, podía no estar tan entusiasmada con la fuga de Dejah Thoris y Zanda.

Confieso que no entiendo a las mujeres. Algunas de las cosas que hacen, sus procesos mentales, son a menudo inexplicables para mí. Sí, soy un tonto al respecto; pero no tan estúpido como para no haber notado la actitud de Qzara hacia mí, en el mero hecho de que me hubiera mandado llamar, algo que podía ser contrario a los intereses de la Princesa de Helium.

Qzara, jeddara de los táridas, no era sin embargo, el único factor dudoso en el problema que tenía que afrontar. No me fiaba de Gar Nal. Dudo que cualquiera que le haya mirado alguna vez a los ojos pueda confiar en él. Ur Jan era mi enemigo declarado. Sus intereses demandaban que acabara conmigo o que me traicionara.

Zanda ya debía de haber sabido, por medio de Dejah Thoris, que yo era John Carter, Príncipe de Helium. Este conocimiento la liberaría, sin duda, de todo sentimiento de obligación hacia mí; y no podía olvidar que ella había jurado matar a John Carter en la primera oportunidad que se le presentase. Esto me dejaba sólo con Jat Or y Umka, en quienes sí poder confiar; y, en realidad, no confiaba demasiado en Unika. Sus intenciones podían ser buenas, mas, ignorando su coraje y habilidad en el combate, no podía estar seguro de que el hombre—gato de Ladan fuera un aliado digno de tener en cuenta. Mientras estas deprimentes ideas revoloteaban por mi cerebro, hice que la nave descendiera lentamente hacia la Torre de los Diamantes y la rodeara; no tardé en ver un pañuelo rojo colgado del alféizar de una de las iluminadas ventanas.

La nave se acercó silenciosamente. Las puertas de ambos lados del camarote estaban abiertas para permitir a Gar Nal cruzar hacia las ventanas de la torre.

Me situé en el umbral de la salida de estribor, listo para saltar por la ventana en cuanto la nave estuviera lo bastante cerca.

El interior de la habitación no estaba bien iluminada, mas a la débil luz, distinguí las figuras de tres mujeres, y mi corazón latió con renovados bríos.

El descubrimiento del pañuelo rojo no me había acabado de satisfacer, ya que pensaba que podía ser una trampa: pero la presencia de las tres mujeres en la cámara, parecía ser una evidencia razonable de que Qzara había desempeñado lealmente su parte en el trato.

Según la nave se acercaba al alféizar, me preparé para saltar a la habitación, y, apenas había saltado, escuché una voz de alarma debajo de mí, en la base de la torre. Habíamos sido descubiertos.

Cuando toqué el suelo de la cámara, Dejah Thoris lanzó una exclamación de alegría:

—¡Mi señor! Sabía que vendrías. Sabía que me seguirías a cualquier lugar que me llevasen.

—Hasta el fin del universo, mi princesa —contesté.

Aquel grito de aviso que indicaba que habíamos sido descubiertos no dejaba tiempo para saludos ni explicaciones, y tampoco Dejah Thoris ni yo revelaríamos ante extraños los sentimientos que anidaban en nuestros pechos. Hubiera querido acercarla a mi corazón, estrechar su hermoso cuerpo contra el mío, cubrir sus labios de besos; mas en vez de ello me limité a decir:

—Ven, debemos abordar la nave de inmediato. La guardia ha dado la alarma.

Zanda se me acercó y me agarró el brazo.

—Sabía que vendrías, Vandor —me dijo.

No pude comprender por qué utilizaba aquel nombre. ¿Acaso Dejah Thoris no le había dicho cómo me llamaba? Qzara también conocía mi nombre. Parecía increíble que no lo hubiera mencionado, al contar a las dos mujeres, el rescate planeado y quién iba a ejecutarlo.

La jeddara de los táridas no me saludó. Me contempló escrutadoramente, con los párpados semicerrados, a través del sedoso fleco de sus largas pestañas, y cuando mi mirada se tropezó con la suya, creí reconocer en ella una pizca de malicia: pero quizás fueron sólo imaginaciones mías y, ciertamente, no tenía tiempo para analizar sus emociones.

Al volverme hacia la ventana con Dejah Thoris, me quedé de una pieza. ¡Las naves se habían ido!

Corriendo hacia el vano, me asomé para mirar; las vi a ambas a mi izquierda, avanzando en la noche.

¿Qué había hecho fracasar mis planes en el mismo instante del éxito? Las tres mujeres compartían mi consternación.

—¡La nave! —exclamó Dejab Thoris.

—¿Adónde se ha ido? —gritó Qzara.

—Estamos perdidos —afirmó Zanda, escuetamente—. Oigo gente subiendo por la escalera.

Repentinamente, me di cuenta de lo que había sucedido. Había ordenado al cerebro que se acercara a la ventana, pero no le había indicado que se detuviese. Al saltar yo, la nave se había alejado antes de que mis compañeros pudieran seguirme; y Gar Nal, desconociendo lo ocurrido, había continuado siguiéndola tal como yo le había ordenado.

Al instante, centré mis pensamientos en el cerebro mecánico, indicándole que llevara a la nave de vuelta a la ventana y que la detuviera allí. Los reproches ya no servían de nada, pero no podía dejar de ser consciente de que mi negligencia había comprometido la seguridad de mi princesa y de todos a los que habían contado conmigo para que los protegiera.

Podía oír claramente a los guerreros acercarse. Subían con rapidez. Desde la ventana vi a ambas naves dar la vuelta. ¿Llegarían antes de que fuese demasiado tarde? Ordené al cerebro que se acercara, con seguridad, a la mayor velocidad posible. La nave saltó adelante en respuesta a mis deseos. Los guerreros estaban ya muy cerca. Estimé que debían de estar a punto de llegar al piso de abajo. Un momento más y alcanzarían la puerta.

Yo llevaba la espada larga de uno de los guerreros táridas que habíamos capturado en el camarote de la nave, pero ¿podría una simple espada prevalecer mucho tiempo contra la multitud que estaba subiendo?

Las naves se acercaron más, estando la de Gar Nal casi a mi altura. Vi a Jat Or y a Ur Jan de pie en la puerta de la nave de Fal Silvas.

—Se ha dado la alarma y los guerreros están casi en la puerta —les comuniqué—. Intentaré contenerlos mientras vosotros subís a las mujeres a bordo.

Mientras hablaba, escuché al enemigo al otro la de la puerta de la cámara.

—Acercaos a la ventana —ordené a las tres mujeres—, y subid a la nave en cuanto toque el alféizar, —y crucé rápidamente la habitación, espada larga en mano.

Apenas habíamos llegado ante la puerta, cuando ésta se abrió; una docena de guerreros se agolparon en el pasillo. El primero que saltó dentro de la habitación se ensartó limpiamente en mi espada. Murió con un único y penetrante aullido y, cuando retiré mi acero de su corazón, cayó muerto a mis pies.

En el breve instante en que mi arma estuvo así ocupada, tres hombres más se abrieron paso, empujados por los de atrás.

Uno me lanzó una estocada, al tiempo que otro lanzaba un terrorífico tajo contra mi cabeza. Yo paré la estocada y esquivé el tajo, y acto seguido mi hoja le hendió en el cráneo a uno de ellos.

Durante un momento, con la alegría de la batalla, olvidé todo lo demás. Sentí mis labios tensos en la sonrisa de combate famosa en dos mundos. Una vez más, como en muchas otras batallas, mi acero parecía inspirado; pero los táridas no eran malos espadachines, ni cobardes. Se abrieron paso en la habitación por encima de los cadáveres de sus compañeros.

Con tan fiero entusiasmo luchaba en defensa de mi princesa, que creo que podía haber dado cuenta de ellos sin muchas dificultades: pero, rampa abajo, escuché las pisadas de muchos pies y el ruido de muchos aceros. ¡Llegaban refuerzos!

Hasta entonces, había sido un combate glorioso. Seis enemigos muertos yacían en torno a mí; pero ahora los otros seis habían logrado entrar todos en la habitación, cosa que no me habría afectado lo más mínimo de no estar oyendo el estruendoso retumbo de todos aquellos pies subiendo rápidamente.

Me enfrentaba a un fornido enemigo, que procuraba hacerme retroceder, cuando uno de sus compañeros intentó colocarse a mi costado y distraer mi atención, mientras otro se deslizaba hacia el flanco opuesto.

Mi situación era, como poco, apurada, porque el tipo que tenía delante no era sólo un fortachón, sino también un espléndido esgrimista; y entonces vi una espada relampaguear a mi derecha y otra a mi izquierda. Dos de mis adversarios pasaron a mejor vida, y un rápido vistazo me mostró que Ur Jan y Jat Or luchaban a mi lado.

Mientras los tres táridas supervivientes se adelantaron bravamente para ocupar los puestos de sus camaradas caídos, llegó la vanguardia de sus refuerzos; una perfecta avalancha de guerreros vociferantes penetró en la habitación.

Cuando al fin logré librarme de mi antagonista, tuve una oportunidad para mirar detrás de mí.

Vi a las tres mujeres y a Umka en la habitación y a Gar Nal de pie sobre el alféizar de la ventana.

—¡Rápido, Gar Nal! —grité—. ¡Sube a las mujeres bordo!

Durante los minutos siguientes estuve tan ocupado como no recuerdo haberlo estado en toda mi vida. Los táridas habían logrado rodeamos por todas partes. Me enfrentaba, constantemente, a dos o tres guerreros a la vez. No pude ver lo que pasaba en el resto de la habitación, pero mis pensamientos estuvieron constantemente con Dejah Thoris y su seguridad; y, repentinamente se me ocurrió que si todos los que estábamos luchando allí resultábamos muertos, ella quedaría indefensa en poder de Gar Nal. Jat Or combatía a mi lado.

—¡La princesa! —le grité—; está sola en la nave con Gar Nal. Si nos matan a los dos, está perdida. Ve con ella en seguida.

—¿Abandonándote a ti, mi príncipe? —dijo vacilante él.

—No es una petición, Jat Or; es una orden.

—Sí, mi príncipe —contestó él, abriéndose camino hacia la ventana.

—Ayúdale, Ur Jan —ordené.

Los tres logramos abrir un pasillo, para que Jat Or pudiera alcanzar la ventana y, mientras nos defendíamos de espalda a ella, vi algo que me llenó de consternación. A un lado, forcejeando en brazos de dos guerreros, se hallaba Qzara, la Jeddara de los táridas.

—Sálvame, John Carter —gritó ella—. Sálvame o me matarán.

No podía hacer otra cosa. Ningún otro comportamiento hubiera sido honorable. Qzara había hecho posible nuestra fuga. Quizá gracias a ella, Dejah Thoris se había salvado. Era mi propia estupidez la que nos había colocado en aquella posición, que ahora podía constituir una amenaza definitiva para la vida de la Jeddara.

Jat Or, Ur Jan y yo habíamos logrado acabar a cuchilladas, con los guerreros que nos enfrentábamos directamente, y los demás, probablemente los menos valientes del grupo, parecían vacilar en atacarnos inmediatamente.

Me volví hacia mis compañeros.

—Subid a bordo, rápido, y defended la puerta de la nave hasta que traiga a la Jeddara.

Mientras, me dirigí hacia los guerreros que tenían presa a Qzara, vi a Umka a mi lado. Se había desenvuelto muy bien en el combate, pese a no llevar espada, cosa que, al principio, no comprendí, ya que había un montón de espadas de repuesto a bordo de la nave; mas posteriormente averigüé que no es costumbre de los masenas luchar con espadas y dagas, con cuyo uso no están familiarizados.

En aquel encuentro había visto cómo combatía, dándome cuenta de que sus poderosos músculos y las terribles mandíbulas, de su boca inferior, eran armas más que adecuadas contra espadachines, ayudada por la felina agilidad del masena.

Umka había sufrido varias heridas, y sangraba profundamente como, de hecho, sangrábamos todos nosotros, pero pensé que ya había sufrido bastante y le ordené que volviera a la nave. Puso objeciones, al principio, mas al fin se fue, y quedé solo en la habitación con los táridas restantes.

Sabía que mi posición era desesperada, pero no podía dejar morir a aquella mujer que me había ayudado.

Mientras saltaba hacia delante, para enfrentarme a sus captores, vi a otro contingente de refuerzos irrumpir en la habitación.

Ahora sí estaba perdido.

Los recién llegados no me prestaron atención, sino que se abalanzaron directamente hacia la ventana, donde estaba la nave. Si lograban alcanzarla, la suerte de Dejah Thoris estaba echada.

Sólo había una forma de evitar sus designios, aunque significaba mi perdición.

Los dos hombres que sostenían a Qzara estaban esperando mi ataque, mas yo me detuve el tiempo suficiente para lanzarle una orden al cerebro mecánico de la nave de Fal Silvas.

Eché un rápido vistazo hacia la nave. Ur Jan y Umka, se encontraban en el umbral de la entrada: Jat Or no estaba allí, pero en el mismo instante en que la nave comenzó a moverse, en respuesta a mi orden, el joven Padwar apareció a la vista.

—¡Mi príncipe! —gritó—, hemos sido traicionados. Gar Nal ha huido con Dejah Thoris en su propia nave.

Entonces los táridas cayeron sobre mí. Un golpe en la cabeza me proporcionó una misericordiosa inconsciencia.

Capítulo Veintidós

EN EL SOMBRÍO CALABOZO

Envuelto por la oscuridad, rodeado por un silencio sepulcral, recuperé la consciencia. Estaba tumbado sobre un frío suelo de piedra. Me dolía la cabeza; cuando me la palpé con las manos, encontré mi pelo enmarañado y rígido por la sangre seca.

Mareado, me senté trabajosamente y luego me incorporé. En ese momento, me di cuenta de que no debía estar herido seriamente, y comencé a reconocer mi entorno.

Moviéndome con cautela, avanzando a ciegas por la oscuridad, con las manos extendidas ante mí, pronto alcancé una pared de piedra. La seguí durante una breve distancia hasta descubrir una puerta. Era toda una señora puerta, sólidamente afianzada a sus goznes.

Seguí moviéndome, di la vuelta a la habitación y llegué de nuevo a la puerta. Mi nueva celda era muy pequeña. No tenía nada que ofrecer, ni a mis ojos ni a mis oídos. Comencé a darme cuenta en qué clase de mundo viven los ciegos y los sordos.

Sólo me quedaban los sentidos del gusto, el olfato y el tacto. El primero, por supuesto, no me servía de nada en aquellas circunstancias; mi nariz identificó un olor ácido y mohoso, pero no tardé en acostumbrarme a él y dejé de reaccionar a sus estímulos. Entonces me restaba únicamente el tacto. Una pared de piedra rota por una puerta de madera… tal era mi mundo.

Me pregunté cuánto tiempo llevaría allí. Era como estar enterrado vivo. Sabía que tenía que fortalecer mi voluntad contra aquella horrible monotonía, con la pared, la puerta y mis pensamientos, como único horizonte.

¡Mis pensamientos! No eran agradables. Pensé en Dejah Thoris, sola en poder de Gar Nal; pensé en el pobre Jat Or, prisionero en una nave que no sabía conducir, en compañía de Ur Jan, el brutal asesino de Zodanga. Sabía lo que debía estar pensando, sin saber nada de mí, y sintiendo que sólo a él le competía ahora la seguridad de Dejah Thoris, a quien se vería incapaz, tanto de proteger como de vengar.

Pensé en la pobre Zanda, con la cual el destino había sido tan cruel, condenada a una muerte casi segura sobre aquel distante satélite. Y Umka.

Bueno, Umka esperaba morir de todas formas, así que el conocerme no había empeorado su suerte.

Pero el pensamiento más amargo, de todos, era que mi propio descuido había provocado el desastre sobre todos los que confiaban en mí, para que los protegiera.

Así, estúpidamente, añadí torturas mentales a la monotonía de aquellas horas interminables.

El fúnebre agujero en el que estaba encarcelado era frío y húmedo. Supuse que me habían colocado, en un pozo subterráneo, que ninguna nave podría alcanzar. Mis músculos estaban tensos; la sangre corría lentamente por mis venas; me hundí en la desesperación.

Mas no tardé en darme cuenta de que si me abandonaba a mis mórbidas reflexiones, estaba perdido de verdad. Una y otra vez me recordé a mí mismo, que aún seguía con vida. Me dije que la vida era dulce, que mientras sobreviviera, siempre me restaría alguna posibilidad de redimirme y volver al mundo una vez más para servir a mi princesa.

Comencé a dar vueltas por mi celda, recorriéndola varias veces, hasta familiarizarme con sus dimensiones; y después corrí a un lado y a otro, de frente y de espalda; y, como un boxeador haciendo sombra, amagué, finté y paré, hasta sentir de nuevo el pulso de mi sangre, el calor de la vida renovando mi vitalidad y lavando, de mi cerebro, los sedimentos de mis tontas preocupaciones.

No podía hacer aquello constantemente, así que intenté encontrar otras diversiones, contando los ladrillos de mi celda. Comencé, por la puerta y seguí hacia la derecha. No era el pasatiempo más apasionado al que me había dedicado, pero al menos la idea de que pudiera encontrar alguna piedra suelta cubriendo la salida a otra cámara y a la libertad, le añadía una pizca de excitación. De esta forma me ayudaba mi imaginación a aliviar los horrores de la oscuridad y del silencio.

Por supuesto, era incapaz de medir el tiempo, ignoraba cuánto llevaba encerrado. Finalmente me entró sueño. Me eché sobre el húmedo y frío suelo.

Cuando desperté, no sabía cuántas horas había dormido, pero como me encontraba mucho más fresco, deduje que había dormido el mismo tiempo que solía hacer cada noche.

Una vez más, sentí la humedad y el frío, y de nuevo me dediqué a hacer ejercicio para restablecer mi circulación sanguínea; en ello estaba cuando oí ruidos tras la puerta de mi celda.

Me detuve y escuché por si se acercaba alguien. Aguardé, mirando en la dirección que sabía estaba la puerta; no tardó en abrirse y en brillar una luz.

Era una luz cegadora para unos ojos acostumbrados a la oscuridad total de la celda. Tuve que volver la cabeza y cubrirme los ojos con la mano.

Cuando pude mirar otra vez, vi a un único guerrero que llevaba una antorcha, un cuenco con comida y una jarra de agua.

Había abierto la puerta lo suficiente para permitirle entrar los receptáculos y colocarlos en el suelo de la celda. Me fijé en que una gruesa cadena impedía que la puerta se abriese más, a la vez que evitaba que yo atacara a mi carcelero y escapase.

El tipo levantó la antorcha sobre su cabeza y me miró; al meter la antorcha por la rendija, la luz iluminó el interior de la celda, o al menos hasta unas vigas gruesas de madera tendidas de lado a lado de la celda, a unos veinte pies de altura.

—Así que después de todo no estás muerto —comentó el guerrero.

—Eso es bastante más de lo que puede decirse de muchos de los que lucharon conmigo en la Torre de los Diamantes —repliqué—, ¿o no fue anoche?

—No, fue anteanoche. Debe haber sido una buena lid. No estuve allí, pero todo el castillo no ha parado de comentarlo desde entonces. Los que lucharon contra ti dicen que eres el mejor espadachín que ha existido nunca. Les gustaría que te quedases aquí y lucharas a favor de nosotros, en vez de en contra nuestra, pero el viejo Ul Vas está tan furioso que no le satisfará otra cosa que tu muerte.

—Ya me imagino que no le debo caer muy simpático —convine.

—No, por mi vida que no. Ya es bastante malo que te escaparas con todos los prisioneros, pero intentar llevarte contigo a la Jeddara… ¡fíu!, voto a tal que ésta si que estuvo bien. Dicen que el motivo por el que aún estás vivo, es porque aún no se le ha ocurrido un suplicio adecuado para tu crimen.

—¿Y la Jeddara? ¿Qué ha sido de ella?

—La ha hecho encerrar; también ella morirá. Me imagino que planea ejecutaros a ambos al mismo tiempo, y, probablemente, de la misma manera. Es una pena acabar con un espadachín tan bueno como tú, pero te aseguro que va a ser interesante. Espero que tenga yo la suerte de presenciarlo.

—Sí, y yo espero que lo disfrutes.

—Todo el mundo lo disfrutará, salvo Qzara y tú —dijo él amablemente, y retiró la antorcha y cerró la puerta; escuché sus pasos alejarse.

Busqué a tientas la comida y el agua, puesto que estaba tan hambriento como sediento; y, mientras comía y bebía, especulé sobre lo que me había contado y sobre lo que había visto a la luz de la antorcha.

Las vigas, a veinte pies del suelo, me intrigaban. Encima de ellas no parecía haber nada, salvo un oscuro vacío, como si el techo de la celda estuviera mucho más alto.

Al terminar mi comida, me decidí a investigar qué había encima de aquellas vigas. En Marte, mis músculos terrestres me permiten saltar alturas extraordinarias. Recordé, según mis cálculos, que un terrestre de una buena altura en Thuria, podría alcanzar, saltando, una altura de 70 metros. Me daba cuenta, por supuesto, de que mi tamaño se había reducido de forma que, en proporción a Thuria, yo era más grande de lo que había sido en Barsoom: más aún así estaba seguro de poder saltar con mis músculos terrestres a más altura que cualquier habitante de Landan.

Mientras me disponía a poner en práctica mi plan, me apercibí del muy serio obstáculo que la total oscuridad presentaba a su realización. Era incapaz de ver las vigas. Si saltaba hacia ellas, podía bien darme de cabeza contra ellas, con resultado muy doloroso, si no fatal.

Cuando uno no ve, es difícil darse cuenta de lo alto que salta, pero yo no tenía ni luz ni medio alguno de procurármelo, así que todo lo que podía hacer era tener cuidado y confiar en la suerte.

Intenté saltar cada vez un poco más alto, con las manos extendidas sobre la cabeza, este método mostró ser eficaz, puesto que eventualmente golpeé la viga.

Salté de nuevo para comprobar su posición y, finalmente, di un salto y la así con ambas manos. Subiéndome a pulso, avancé a tientas hasta la pared. Allí me puse de pie y tanteé por encima de mí, sin tocar nada.

Luego acudí al otro lado de la viga, y tampoco encontré nada que me diera un rayo de esperanza.

Hubiera sido suicida proseguir la investigación, saltando hacia arriba, desde la viga, así que me dejé caer, de nuevo, al suelo. Acto seguido me subí a otra viga y efectué una investigación similar, con los mismos resultados.

Así, de viga en viga, exploré el vacío hasta donde pude alcanzar, pero el resultado fue siempre el mismo.

Mi decepción era inmensa. En una situación como la mía, uno se aferra a cualquier oportunidad por los pelos. En ella pone todas sus esperanzas, su futuro y su propia vida. Y cuando comprueba que era inadecuado para soportar el peso de tanta responsabilidad, uno se hunde en las más negras profundidades de la desesperación.

Pero no debía admitir la derrota. Las vigas estaban allí, y parecía que la providencia las había colocado allí para que yo las usara de una forma u otra.

Me estrujé el cerebro en busca de algún plan para escapar. Me sentía como una rata acorralada en una trampa, y mi mente comenzó a funcionar con toda la astucia de una bestia salvaje que intenta escapar de una celda.

Pronto se me ocurrió una idea. Me pareció enviada por el Cielo, pero esto se debió probablemente más a que fue el único plan que se me ocurrió, que a su mérito intrínseco. Era un plan salvaje, atolondrado, que dependía de muchos factores que yo no podía controlar. El destino tenía que ser muy benigno conmigo para que tuviera éxito.

Vino a mí mientras estaba desconsolado, a horcajadas sobre la última viga que investigué. Inmediatamente me dejé caer al suelo y, pegándome a la puerta me puse a escuchar.

Desconozco cuánto tiempo pasé allí. Cuando la fatiga me dominó, me tumbé en el suelo y dormí con una oreja junto a la puerta. No abandoné aquel lugar. Realicé mis ejercicios, botando sobre el mismo punto, junto aquella vital puerta.

Finalmente, mis oídos recibieron la recompensa que había estado esperando: oyeron acercarse unos pasos. Unos pies se arrastraban a lo lejos; pude oír así mismo el ruido del metal contra metal. Los sonidos fueron incrementándose en volumen. Un guerrero se aproximaba.

Salté a la viga más cercana a la puerta y, aguardé allí, acuclillado como un animal de presa.

Las pisadas se detuvieron ante mi celda. Escuché cómo las barras se deslizaron fuera de sus pestillos que aseguraban la puerta, y acto seguido la puerta se abrió y apareció una luz. Vi un brazo extenderse y depositar una jarra de comida y agua en el suelo. Luego apareció una antorcha encendida, seguida por la cabeza de un hombre. El tipo miró por la celda.

—¡Eh! —gritó—. ¿Dónde te has metido?

No era la voz del hombre que me había traído la comida la vez anterior. Yo no contesté.

—¡Por la corona del Jeddak! —musitó él—. ¿Se habrá escapado?

Lo oí trajinar en la cadena que evitaba que la puerta se abriera más de unas pulgadas, y mi corazón dejó de latir. ¿Podría ser que mis locas esperanzas fueran a realizarse? De aquella descabellada posibilidad dependían todos mis restantes proyectos.

La puerta acabó de abrirse, y el hombre penetró cautelosamente en la celda. Era un guerrero robusto. Llevaba la antorcha en la mano izquierda, y con la diestra empuñaba una afilada espada larga. Avanzó con precaución, mirando a su alrededor a cada paso. Aún estaba demasiado cerca de la puerta. Atravesó mi celda muy lentamente, mascullando para sí, y lo seguí por la viga como una pantera seguiría a su presa en la oscuridad del techo. Comenzó a retroceder, farfullando todavía exclamaciones de asombro, cuando pasó por debajo de mí, me lancé sobre él.

Capítulo Veintitrés

LA PUERTA SECRETA

Al abalanzarme sobre el guerrero y derribarlo, sus gritos resonaron por toda la celda y el pasillo, pareciéndome más que suficientes para atraer sobre mí a todos los hombres del castillo.

La luz de la antorcha se extinguió al caer el hombre al suelo, luchamos en la mayor oscuridad. Mi primera intención era acallar sus gritos, y lo logré en cuanto mis dedos encontraron su garganta.

Parecía casi milagroso que mis sueños se estuvieran verificando casi paso a paso, prácticamente tal como los había concebido; esta idea me otorgó confianza en que quizá la buena fortuna continuaría amparándome hasta que me encontrara a salvo de las garras de Ul Vas.

El guerrero con el que pugnaba sobre el suelo de piedra de aquella oscura celda del castillo de los táridas, era un hombre de fuerza física corriente, así que no tardé en derrotarlo.

Probablemente conseguí hacerlo antes de lo que hubiera tardado normalmente debido a que, apenas le aferré la garganta, le prometí que no lo mataría si dejaba de resistirse y de gritar.

El tiempo era un factor decisivo porque, aunque el aullido de aquel hombre no hubiese sido advertido por sus camaradas escalera arriba, mandarían a alguien a investigar casi con toda seguridad, si no volvía a cumplir sus restantes obligaciones en un tiempo razonable. Para lograr escapar, tenía que salir de allí de inmediato; así que, una vez que le hice mi oferta al guerrero y éste dejó de forcejear, aflojé mi presa en su garganta, para que pudiera aceptar o rehusar mi proposición.

Era un hombre razonable y aceptó.

Lo até inmediatamente con su propio arnés y, como precaución adicional, le introduje una mordaza en la boca. Acto seguido, lo liberé del peso de su daga y, tanteando en el suelo, encontré la espada larga que había dejado caer cuando lo ataqué.

—Y ahora adiós, amigo mío —le dije—. No te sientas humillado por tu derrota. Hombres mucho mejores que tú han caído ante John Carter, príncipe de Helium —y salí, cerrando la puerta detrás de mí.

El pasillo estaba muy oscuro. Yo apenas sí había vislumbrado, brevemente, un trozo cuando me habían traído la comida el otro día.

Me había parecido que el pasillo corría perpendicular a la puerta de mi celda, y anduve a tientas en esa dirección para abrirme paso. Debería haber avanzado lentamente por aquel pasadizo desconocido, mas no lo hice, pues sabía que si habían oído los gritos del guerrero en el castillo, no tardarían en enviar a alguien a investigar y, sin duda alguna, no quería encontrarme con el grupo de hombres armados en aquel callejón sin salida.

Guiándome por la pared con una mano, avancé con rapidez; había progresado unas cien yardas cuando vi una vaga luz. No me pareció la luz amarillenta de una antorcha sino la luz del día, aunque muy difusa.

La claridad de la luz iba aumentando según me aproximaba, y no tardé en llegar al pie de la escalera de lo alto de la cual procedía.

Hasta ese momento, no había oído nada que me indicara que alguien venía a investigar, así que subí las escaleras con un sentimiento de cierta seguridad.

Entré en el piso superior con la máxima precaución. Estaba mucho más iluminado. Era un corto pasillo con una puerta a cada lado y una salida en cada extremo. La salida opuesta a mí daba a otro pasillo transversal. Me dirigí hacia ella velozmente, puesto que ya podía ver mi camino con bastante claridad, dado que el pasillo, aunque sombrío, estaba mucho mejor iluminado que aquel del cual yo provenía.

Me felicitaba por mi buena suerte e iba a doblar la esquina cuando me tropecé de lleno con una figura.

Era una mujer. Probablemente se había asustado más que yo, y empezó a gritar.

Yo sabía que, por encima de todo, tenía que evitar que diera la alarma y la agarré, tapándole la boca con la mano.

En el momento en que topé con ella acababa de doblar la esquina del otro pasillo, siéndome visible en toda la longitud, y, mientras la silenciaba, vi a dos guerreros aparecer por el otro extremo. Venían en mi dirección. Evidentemente, me había congratulado demasiado pronto.

De no ser por el estorbo de mi cautiva, podría haber encontrado un escondite o, de no ser así, haberles tendido una emboscada, en el pasillo más oscuro, y matarlos antes de que pudieran dar la alarma: pero allí me encontraba con ambas manos ocupadas, una de ella sujetando a la forcejeante muchacha y la otra impidiéndole gritar.

No podía matarla, y si la soltaba tendría todo el castillo encima de mí en un instante. Mi situación parecía totalmente desesperada, pero no por ello dejé de tener confianza. Había llegado hasta allí; no podía, no debía admitir la derrota.

Entonces recordé las dos puertas que había visto en el pasillo anterior. Una de ellas estaba sólo a unos pasos detrás de mí.

—Mantente callada y no te haré daño —le susurré, arrastrándola a lo largo del pasillo hacia la puerta más cercana.

Afortunadamente, no estaba cerrada con llave, pero desconocía lo que hallaría al otro lado. Tenía que pensar rápidamente, y decidir qué hacer si estaba ocupada. Una sola cosa parecía factible: empujar dentro a la mujer y correr hacia atrás para enfrentarme a los dos guerreros que había visto acercarse. En otras palabras, abrirme paso fuera del castillo de Ul Vas luchando… Un plan loco, con medio millar de guerreros dispuestos a cortarme el paso.

Mas la habitación no estaba ocupada, como pude ver en cuanto entré, ya que estaba bien iluminada por varias ventanas.

Cerrando la puerta permanecí, con mi espada en mano, pegada a ella, escuchando. No miré a la mujer que tenía en mis brazos; estaba demasiado concentrado intentando percibir el avance de los dos guerreros que había visto. ¿Tomarían aquel pasillo? ¿Vendrían a aquella misma habitación?

Debí haber aflojado inconscientemente mi presión sobre los brazos de la muchacha, puesto que, antes de que pudiera evitarlo, apartó mi mano y habló.

—¡John Carter! —exclamó en voz baja.

La miré sorprendido y la reconocí. Era Ulah, la esclava de Qzara, la Jeddara de los táridas.

—Ulah —dije ansiosamente—, por favor, no me obligues a hacerte daño. No deseo dañar a nadie del castillo, sólo quiero escapar. Mucho más que mi vida depende de ello, tanto depende que, si fuera necesario, para mis propósitos, quebrantar la ley no escrita que prohíbe a los miembros de mi casta matar a una mujer, lo haría.

—No tienes por qué temerme, no te traicionaré.

—Eres una mujer prudente. Has comprado tu vida muy barata.

—No es por salvar mi vida por lo que lo he prometido. No te traicionaré de todas formas.

—¿Por qué? No me debes nada.

—Quiero a mi señora Qzara —dijo ella simplemente.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—No perjudicaré a nadie a quien mi señora ame.

Por supuesto, yo sabía que Ulah estaba fantaseando, dejando volar su imaginación más de la cuenta, mas como no importaba lo que creyese, en tanto que sus creencias me ayudase a escapar, no la contradije.

—¿Dónde está ahora tu ama?

—En esta misma torre. Está encerrada en una habitación directamente encima de ésta, en el piso de arriba. Ul Vas la guarda ahí hasta que esté preparado para acabar con ella. ¡Oh, sálvala, John Carter, sálvala!

—¿Cómo sabes mi nombre, Ulah?

—La Jeddara me lo dijo. Hablaba constantemente de ti.

—Tú estás más familiarizada con el castillo que yo, Ulah. ¿Existe algún camino por el que pueda llegar hasta la Jeddara? ¿Puedes enviarle un mensaje? ¿Podemos sacarla de su celda?

—No. La puerta está cerrada con llave y hay dos guerreros de guardia día y noche.

Me acerqué a la ventana y miré por ella. No parecía haber nadie a la vista. Me asomé todo lo que pude y miré hacia arriba. Vi otra ventana, a unos quince pies, por encima de mí. Volví con Ulah.

—¿Estás segura de que la Jeddara está en la habitación de arriba?

—Lo sé —respondió ella.

—¿Y quieres ayudarla a escapar?

—Sí, no hay nada que no hiciera para servirla.

—¿Para qué se usa esta habitación?

—Ahora para nada. Puedes ver que todo está cubierto de polvo. Hace mucho tiempo que no se utiliza.

—¿Crees que es posible que vengan aquí? ¿Crees que estaré seguro escondido aquí hasta que se haga de noche?

—Estoy segura de que estarás perfectamente a salvo. No se me ocurre por qué razón podría entrar alguien aquí.

—¡Bravo! ¿De verdad quieres ayudar a escapar a tu ama?

—De todo corazón. No soportaría verla morir.

—Entonces, puedes ayudarla.

—¿Cómo?

—Trayéndome una cuerda y un gancho fuerte. ¿Crees que puedes hacerlo?

—¿De qué largo quieres la cuerda?

—De unos veinte metros.

—¿Cuándo la necesitas?

—En cualquier momento en que puedas traerla sin peligro, antes de medianoche.

—Puedo conseguirla. Iré inmediatamente.

Tenía que fiarme de ella, no me quedaba más remedio, de modo que la dejé marchar.

Después de que se hubo marchado y hube cerrado la puerta detrás de ella, encontré un sólido pestillo en su interior, y la cerré para que nadie pudiera entrar inesperadamente en la habitación y tomarme por sorpresa. Y me senté a esperar.

Fueron aquellas unas horas muy largas. No podía dejar de preguntarme si había hecho bien al confiar en la esclava. ¿Qué sabía de ella? ¿Qué lealtad la ataba a mí, salvo el tenue lazo engendrado por su estúpida imaginación? Quizás ya hubiera dispuesto mi captura. No sería nada sorprendente que algún guerrero fuera su amante, ya que era bastante hermosa. ¿De qué mejor forma podría servirle que comunicando el lugar de mi escondite, proporcionándole la ocasión de capturarme y tal vez, con ello, la de ganar un ascenso?

Hacia el fin de la tarde, cuando escuché unas pisadas acercarse por el pasillo hacia mi escondite, los primeros sonidos que había oído desde la partida de Ulah, estuve seguro de que eran guerreros que venían a atraparme. Me determiné a vender cara mi vida, y me coloqué ante la puerta con mi espada larga dispuesta en la mano. Pero los pasos me sobrepasaron. Se movían en dirección a la escalera por la que yo había venido desde mi celda.

No mucho después, los oí retornar. Varios hombres hablaban excitadamente, pero no pude captar sus palabras a través de la gruesa puerta. Respiré de alivio cuando dejé de oírlos; mi confianza en Ulah comenzó a aumentar.

Anocheció. Comenzaron a brillar luces en muchas de las ventanas visibles desde la habitación en que me hallaba.

¿Por qué no volvía Ulah? ¿No había encontrado una cuerda y un gancho? ¿Qué o quién la detenía? ¡Qué absurdas preguntas se hace uno al borde de la desesperación!

De pronto, escuché un ruido ante la puerta. No había oído aproximarse a nadie pero alguien empujaba la puerta, intentando entrar. Me acerqué y pegué mi oreja al panel.

—Abre, soy Ulah —oí entonces.

Sentí gran alivio al descorrer el pestillo y admitir a la esclava. La habitación estaba bastante oscura, tanto que no podíamos vernos el uno al otro.

—¿Creíste que no iba a volver, John Carter? —preguntó ella.

—Comenzaba a tener mis dudas. ¿Conseguiste las cosas que te pedí?

—Sí, aquí están —dijo ella, y sentí una cuerda y un gancho entre mis manos.

—¡Muy bien! —exclamé—. ¿Has sabido algo que pueda ser de ayuda para mí o a la Jeddara mientras estabas fuera?

—No, nada que pueda servirte de ayuda, pero sí algo que te hará aún más difícil abandonar el castillo, si es que ello es posible, cosa que dudo.

—¿A qué te refieres?

—Han descubierto tu fuga de la celda. El guerrero que enviaron con la comida no volvió, y cuando enviaron a otros guerreros a investigar, lo encontraron atado y amordazado en la celda donde deberías haber estado tú.

—Deben haber sido los que oí pasar esta tarde. Es raro que no hayan buscado aquí.

—Creen que seguiste otra dirección —me explicó ella—. Están registrando otra parte del castillo.

—Pero buscarán aquí, ¿no?

—Sí, acabarán por registrar todas las habitaciones del castillo, pero les llevará bastante tiempo.

—Te has portado muy bien, Ulah. Lamento no poder ofrecerte a cambio otra cosa que mi agradecimiento.

—Me gustaría hacer más aún; no hay nada que no haría por ayudarte a ti y a la Jeddara.

—Ya no puedes hacer nada más; será mejor que te vayas, no sea que te vayan a encontrar aquí conmigo.

—¿Estás seguro de que no hay nada más que pueda hacer?

—No nada, Ulah —abrí la puerta y ella salió.

—Adiós y buena suerte, John Carter —me susurró mientras cerraba la puerta.

Una vez echado el pestillo, acudí inmediatamente a la ventana. Afuera estaba muy oscuro. Hubiera preferido esperar hasta después de la medianoche para intentar poner en práctica el plan que había ideado para rescatar a Qzara, pero el conocimiento de que estaban registrando el castillo me obligaba a abandonar toda consideración salvo la prisa.

Até cuidadosamente un cabo de la cuerda al gancho que me había traído Ulah. Luego me senté en el alféizar de la ventana y me incliné hacia afuera.

Até un extremo al marco de la ventana, y sostuve el gancho en mi mano derecha, dejando resbalar el resto de la cuerda pared abajo.

Calibré la distancia hasta el alféizar de la ventana de encima. Me pareció demasiado lejana para alcanzarla desde la posición en que me hallaba, así que me incorporé poniéndome de pie sobre el alféizar. Esto me acercó algunos pies a mi objetivo y también me proporcionó mayor libertad de movimiento.

Tenía muchas ansias de acertar a la primera, pues temía que, si fallaba, el golpe del gancho de metal contra la pared de la torre, pudiese llamar la atención.

Permanecí varios minutos calculando y ensayando todos los movimientos que tenía que hacer para lanzar el gancho, salvo el de soltarlo.

Cuando me pareció que había calibrado la coordinación y la distancia, lo mejor que me era posible, volteé el gancho y lo arrojé.

Una tenue luz que surgía de la ventana alumbraba el objetivo. Vi el gancho girar en esta zona iluminada; lo escuché golpear el alféizar con un ruido metálico; entonces tiré de la cuerda.

¡Se había enganchado! Volví a tirar con una fuerza considerable y aguantó también. Aguardé un momento para ver si el ruido había llamado la atención de Qzara o de cualquier otra persona que pudiera hallarse en la habitación con ella.

Ningún signo llegó desde arriba, y dejé que mi cuerpo pendiera de la cuerda.

Tenía que ascender muy cuidadosamente, puesto que desconocía la firmeza con que había prendido el gancho.

La distancia a recorrer no era muy grande, pero sí me pareció que había transcurrido una eternidad antes de que mis manos tocaran el alféizar.

Primero se cerraron sobre él los dedos de una mano; luego subí lo suficiente para agarrarlo con la otra, con gran esfuerzo, me alcé hasta que mis ojos pudieron ver la habitación. Ante ellos se hallaba una cámara difusamente iluminada y aparentemente vacía.

Con suma precaución, para no soltar el gancho, puse una rodilla sobre el alféizar.

Cuando al fin mi posición fue segura, penetré en la habitación, llevando conmigo el gancho, no fuese a deslizarse y caer al pie de la torre.

Entonces vi que la habitación estaba ocupada. Una mujer se levantó de su cama, en el otro extremo. Me miraba con ojos abiertos y aterrorizada. Era Qzara. Pensé que iba a gritar.

Me acerqué a ella, llevándome un dedo a los labios.

—No hagas ruido, Qzara —susurré—, he venido a salvarte.

—¡John Carter!

Pronunció el nombre en un tono tan bajo que no pudo oírse a través de la puerta. A la vez que hablaba, se acercó a mí y me enlazó los brazo en torno al cuello.

—Ven —dije—, tenemos que salir de aquí de inmediato. No hables, pueden oírnos.

Conduciéndola a la ventana, recogí la cuerda y anudé su cabo libre en torno a su cintura.

—Voy a bajarte hasta la ventana de la habitación de abajo,—musité—, tan pronto como estés a salvo dentro, desata la cuerda y déjala colgar libre para que pueda izarla.

Ella asintió y la hice bajar. La cuerda no tardó en quedar flácida, y supe que había alcanzado la ventana de abajo. Esperé a que la desatara de su cuerpo, y aseguré de nuevo el gancho en el alféizar, en el cual me hallaba sentado, descendiendo rápidamente a la habitación inferior.

No deseaba dejar el gancho donde estaba, puesto que si alguien entraba en la celda de Qzara, tal evidencia señalaría inmediatamente a la habitación de abajo; y no sabía cuánto tiempo tendría que permanecer en ella.

Tan suavemente como pude, fui aflojando el gancho, y tuve la suerte de cogerlo mientras caía, antes de que tocara la pared de la torre.

Cuando entré en la habitación, Qzara se acercó a mí y me colocó sus manos en el pecho. Estaba temblando, y su voz también temblaba cuando habló:

—Me sorprendió tanto verte, John Carter. Creía que estabas muerto. Te vi caer, y Ul Vas me dijo que te habían matado. ¡Qué terrible herida! No sé cómo te has recuperado. Cuando te vi entrar en la habitación con toda esa sangre seca en tu piel y tu pelo, pensé que eras un cadáver que había vuelto a la vida.

—Había olvidado el aspecto que debo ofrecer. No he tenido ocasión de limpiarme la sangre desde que me hirieron. La escasa agua que me proporcionaron, apenas si me dio para apagar la sed. Pero, en lo que se refiere a la herida, no me molesta. Estoy completamente recuperado; sólo fue un arañazo.

—Estaba tan asustada… pensando que habías afrontado aquel riesgo por mí, cuándo podías haber escapado con tus amigos.

—¿Crees que escaparon sin problemas? —pregunté.

—Sí, y Ul Vas está muy furioso. Nos lo hará pagar a nosotros dos si no logramos escapar.

—¿Conoces algún camino por el que podamos huir del castillo?

—Hay una puerta secreta que sólo conoce Ul Vas y dos de sus más fieles esclavos. Al menos, UI Vas piensa que sólo ellos tres la conocen; pero yo también sé de ella. Conduce a la ribera del río, allí donde el agua toca las murallas del castillo.

«El pueblo no quiere a Ul Vas. Hay complots e intrigas en el castillo. Existen facciones que luchan para destronarle y nombrar un nuevo Jeddak. Algunos de sus enemigos son tan poderosos que Ul Vas no se atreve a destruirlos abiertamente. A éstos los hace asesinar furtivamente, y él y dos fieles esclavos conducen los cuerpos por este pasadizo secreto y los arrojan al río.

«Una vez, sospechando algo así, lo seguí, pensando que podría descubrir alguna forma de escapar y volver a mi propio pueblo de Domnia, pero cuando vi a donde llevaba el pasadizo, me asusté. No me atreví a saltar al río y, aunque me atreviese, más allá del río hay una terrible selva. No sé si será mejor quedarnos aquí que enfrentarnos al río y a la selva, John Carter».

—Si nos quedásemos aquí, Qzara —repliqué—, sabemos que nos espera la muerte y que no hay escapatoria. En el río o en la selva, tendremos al menos una oportunidad, a menudo las bestias salvajes son menos crueles que los hombres.

—Ya he pensado en ello también. Pero en esa selva también hay hombres, hombres terribles.

—Pese a ello, me arriesgaré. Qzara. ¿Vendrás conmigo?

—A donde quiera que me lleves, John Carter, pase lo que pase, seré feliz mientras esté contigo. Me enfadé mucho cuando supe que amabas a aquella mujer de Barsoom, pero ahora que se ha ido, te tendré todo para mí.

—Es mi esposa, Qzara.

—¿La amas? —exigió saber.

—Por supuesto.

—Eso está muy bien, pero ahora ella se ha ido y tú eres sólo mío.

No tenía tiempo que perder discutiendo aquellas cuestiones. Era obvio que la chica era obstinada, que siempre quería salirse con la suya, tener todo lo que deseaba, y que no podía aguantar que le llevasen la contraria, sin importarle lo estúpidos que pudieran ser sus caprichos. En otra ocasión, si sobreviviéramos, podría hacerle entrar en razón; pero, de momento, debía concentrar todos mis sentidos en escapar.

—¿Cómo podremos alcanzar ese pasadizo secreto? ¿Conoces el camino para llegar a él desde aquí?

—Sí, ven conmigo.

Cruzamos la habitación y salimos al pasillo. Estaba muy oscuro, pero nos orientamos a tientas hacia la escalera que yo había subido tras escapar del calabozo por la mañana. Cuando ella la contempló, le pregunté:

—¿Estás segura que éste es el camino? Por aquí se va a la celda donde estuve encerrado.

—Quizás sea así, pero también se va a una parte distante del castillo, cercana al río, donde encontraremos el pasadizo que buscamos.

Confié en que supiera de lo que estaba hablando y la seguí escaleras abajo, hacia la estigia oscuridad del pasillo inferior.

La otra vez que lo había recorrido, me había guiado, tocando con la mano derecha, la pared de ese lado. Ahora Qzara siguió el lado opuesto y, cuando habíamos avanzado una breve distancia, tomó un pasillo a nuestra derecha, junto al que yo había pasado, sin fijarme, por seguir la pared opuesta, ni tampoco poder verlo dado que allí reinaba la absoluta oscuridad.

Seguimos este nuevo pasillo durante mucho tiempo hasta que alcanzamos finalmente una rampa de caracol, por la que ascendimos al piso de arriba.

Allí fuimos a dar a un corredor iluminado.

—Si podemos alcanzar el otro extremo sin ser descubiertos —me susurró Qzara—, estaremos a salvo. Allí se abre la falsa puerta que da paso al pasadizo secreto que lleva al río.

Ambos escuchamos atentamente.

—No oigo a nadie —dijo ella.

—Ni yo.

Cuando avanzamos por el largo corredor, vi que había varias puertas a ambos lados, según íbamos llegando a cada una de ellas, yo lanzaba un suspiro de alivio al ver que estaban cerradas.

Habríamos cubierto quizás la mitad de la longitud del corredor, cuando un ligero ruido detrás de nosotros me llamó la atención, y, volviéndome, vi a dos hombres salir de la habitación que acabamos de sobrepasar. Se alejaban de nosotros, y me disponía a emitir un suspiro de alivio cuando un tercer hombre salió de la habitación. Y éste, debido a alguna perversidad del destino, miró en nuestra dirección, lanzando inmediatamente una exclamación de sorpresa y de alerta.

—¡La Jeddara! —aulló—. ¡Y el moreno!

Instantáneamente, los tres volvieron corriendo hacia nosotros. Estábamos aproximadamente a mitad de camino, entre ellos y la puerta, que conducía al pasillo secreto, que era nuestro objetivo.

Huir ante el enemigo es algo que no le sienta bien a mi estómago, pero en aquella ocasión no había alternativa, puesto que quedarnos a luchar hubiera sido buscamos un completo desastre; así que Qzara y yo huimos.

Los tres hombres que nos perseguían gritaban todo lo que podían, con la evidente intención de llamar la atención de otros para que los ayudasen.

Algo me impulsó a desenvainar mi espada larga mientras corría, y fue una fortuna que lo hiciera, puesto que un guerrero apareció en una puerta, a nuestra izquierda, alertado por los ruidos del pasillo. Qzara lo esquivó mientras él desenfundaba su espada. Ni siquiera disminuí mi velocidad, sino que le abrí el cráneo cuando pasé a su lado.

Llegamos a la puerta, y Qzara comenzó a buscar el mecanismo secreto de apertura. Los tres hombres se acercaron rápidamente.

—Tómatelo con calma, Qzara —la avisé, porque sabía que con las prisas del nerviosismo, sus dedos podían equivocarse, demorándonos aún más.

—Estoy temblando —dijo ella—. Nos alcanzarán antes de que pueda abrirla.

—No te preocupes por ellos. Los mantendré a raya el tiempo que sea necesario.

Los tres hombres llegaron ante mí. Los reconocí como oficiales de la guardia del jeddak, puesto que sus atavíos eran los mismos que los llevados por Zamak. Supuse, y correctamente, que debían ser buenos espadachines.

El que iba en cabeza era demasiado impetuoso. Se abalanzó sobre mí como si creyese poder abrirme en canal con su primer tajo, lo cual no era nada razonable. Le traspasé el corazón.

Mientras caía, los otros me atacaron, pero con más cautela. Pese a ello, no dejaban de ser dos, y sus aceros estuvieron constantemente sobre mí, intentando alcanzarme con sus estocadas y mandobles. Pero mi espada, moviéndose a la velocidad del pensamiento, tejió una red defensiva de acero en torno mío.

Pero mantenerme a la defensiva no me servía de nada, porque ellos podían aguantar hasta que llegaran refuerzos y yo reducido por la superioridad numérica.

En un momento dado, la punta de mi acero salió disparada y atravesó a uno de mis enemigos por encima del corazón. Involuntariamente, retrocedió, y yo me volví hacia su compañero y le herí el pecho.

Ninguna de las heridas era mortal, pero debilitaron a mis adversarios. Qzara todavía estaba trajinando con la puerta. Nuestra situación no iba a ser muy agradable si no lograba abrirla, pues vi un destacamento de guerreros corriendo hacia nosotros, en el otro extremo del corredor; pero no la urgía a que se apresurara, temiendo que, en su nerviosismo, fuera incapaz de lograrlo.

Los dos heridos me atacaban de nuevo con renovados bríos. Eran bravos guerreros y dignos enemigos. Es un placer enfrentarse a tales hombres, aunque uno siempre lo siente cuando se ve obligado a matarlos. Sin embargo, no tenía elección, puesto que oí un súbito grito de alegría de Qzara.

—¡Está abierta, John Carter! ¡Ven, aprisa!

Pero los dos guerreros me atacaron tan fieramente que no pude sino trabar combate con ellos.

Mas sólo me detuvieron un instante. Los ataqué con una explosión de fiereza y velocidad, tal como me imagino que no habían presenciado otra en su vida. Un violento tajo derribó a uno y, a la vez que caía, le atravesé el pecho al otro.

Los refuerzos que llegaban hacia nosotros habían recorrido, más o menos, la mitad del pasillo cuando entré precisamente en el pasadizo, tras

Qzara, y cerré la puerta detrás de mí.

De nuevo nos hallamos en la más completa oscuridad.

—¡Rápido! —gritó Qzara—. El pasadizo es recto y llano todo el camino hasta la puerta.

Corrimos a través de la oscuridad. Oí cómo abrían los hombres que nos perseguían, y supe que habían penetrado en el pasadizo en pos de nosotros; rondarían la veintena.

Repentinamente, me tropecé con Qzara. Habíamos alcanzado el final del pasadizo, y se hallaba junto a la puerta. Ésta se abrió con más facilidad, y cuando giró sobre sus goznes vi el río fluyendo bajo nosotros. En la ribera opuesta se adivinaba la sombría linde de un bosque.

¡Qué misterioso y gélido parecía aquel extraño río! ¿Cuántos misterios, peligros y horrores nos aguardaban en el siniestro bosque que se extendía más allá del río?

Pero apenas era consciente de tales pensamientos. Los guerreros que se proponían atraparnos y conducirnos de nuevo a la muerte, estaban casi encima cuando tomé a Qzara en mis brazos y salté al agua.

Capítulo Veinticuatro

DE VUELTA A BARSOOM

Oscuras e inhóspitas aguas se cerraron sobre nuestras cabezas, formando remolinos a nuestro alrededor, mientras emergíamos a la superficie, e igualmente oscuro e inhóspito, el bosque que nos miró ceñudamente. Incluso el gemido del viento al azotar los árboles parecía una advertencia horripilante, prohibitiva, amenazadora. Detrás de nosotros, los guerreros que seguían nos lanzaron maldiciones desde la salida del pasadizo.

Comencé a nadar hacia la otra orilla, sosteniendo a Qzara con una mano, procurando mantener su boca y nariz sobre el nivel del agua. Su cuerpo estaba tan fláccido que pensé que se había desmayado, lo que no me sorprendió, ya que incluso una mujer de la fibra más resistente puede dar muestra de debilidad si tiene que aguantar lo que ella había soportado aquellos últimos dos días.

Pero cuando alcanzamos la ribera, ella se aferró a la tierra firme, en plena posesión de sus facultades.

—Creí que te habías desvanecido —le dije—, estabas tan…

—No sé, nadar —contestó ella—, y sabía que si me resistía sólo serviría de molestia.

La antigua Jeddara de los táridas era mucho más mujer de lo que me había imaginado.

—¿Qué vamos a hacer ahora, John Carter? —preguntó ella, mientras sus dientes castañeteaban de frío o de miedo, y parecía muy poca cosa.

—Tienes frío, si puedo encontrar algo lo bastante seco para arder, encenderé fuego.

La muchacha se acercó a mí. Pude sentir su cuerpo temblando contra el mío.

—Tengo un poco de frío —confesó ella—, pero no importa; estoy terriblemente asustada.

—¿De qué tienes miedo, Qzara? ¿Temes que Ul Vas envíe a alguien en nuestra persecución?

—No, no es eso. No podrá conseguir que nadie entre en este bosque de noche, e incluso de día la gente vacila en aventurarse por esta zona del río. Y mañana sabe que será inútil enviar a buscarnos, porque estaremos muertos.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Las bestias que cazan en el bosque durante toda la noche; no podremos escapar de ellas.

—A pesar de ello, aceptaste venir aquí.

—Ul Vas nos hubiera hecho torturar; las bestias serán más misericordiosas. ¡Escucha! Ya se las oye.

En la distancia oí extraños gruñidos, y luego un ruido pavorosamente próximo.

—No están cerca —dije.

—Ya llegarán.

—Entonces será mejor que encienda el fuego; eso los mantendrá alejados.

—¿Crees que sí?

—Así lo espero.

Sabía que en todo bosque hay ramas secas caídas, aunque estaba totalmente oscuro, comencé a buscarlas; pronto hube reunido un buen montón, junto con hojas secas.

Los táridas no me habían despojado de mi pequeño morral, y allí guardaba los útiles marcianos corrientes para encender fuego.

—Dijiste que los táridas vacilarían en entrar en esta zona del río, incluso de día —comenté, mientras prendía fuego a las hojas secas con las que esperaba encender la hoguera—. ¿Por qué?

—A causa de los masenas. A menudo merodean por el río en gran número, cazando táridas; y desgraciado el que encuentren fuera de las murallas del castillo. Sin embargo, rara vez pasan a la otra orilla.

—¿Por qué cazan táridas? ¿Para qué los quieren?

—Como comida.

—¿No querrás decir que los masenas comen carne humana?

Ella asintió.

—Sí, son muy aficionados a ella.

Yo había logrado prender fuego a las hojas, y estaba ocupado en colocar ramitas sobre mi recién nacida hoguera para convertirla en algo digno de tal nombre.

—Pero yo estuve encarcelado mucho tiempo, con uno de ellos, y parecía muy amistoso —le recordé.

—Bajo aquellas circunstancias, claro que no podía intentar comerte. Incluso podía ser muy amigable; pero si te lo encuentras aquí, en el bosque, con su propio pueblo, sería muy diferente. Son bestias tan depredadoras como las otras criaturas que habitan en el bosque.

Mi fuego creció hasta alcanzar un tamaño respetable. Iluminaba la maleza y la superficie del río, y también el castillo de la orilla opuesta.

Cuando su brillo nos hizo visibles, los táridas comenzaron a increparnos, profetizando nuestra próxima muerte.

El calor del fuego era agradable después de nuestra inmersión en el agua fría y nuestra exposición al relente de la noche. Qzara se acercó, estirando su cuerpo joven y flexible ante él. Las llamas amarillas iluminaron su blanca piel, impartiendo un tono verdoso a sus cabellos azules, despertando el fuego dormido en sus lánguidos ojos.

Repentinamente, se puso en tensión, abriendo los ojos de terror.

—¡Mira! —susurró, señalando con una mano.

Me volví en la dirección que indicaba. En las densas sombras de la noche brillaban dos ojos encendidos.

—Han venido a por nosotros —dijo Qzara.

Cogí una tea de la hoguera y se la arrojé al intruso. Se oyó un horripilante aullido a la vez que los ojos desaparecían.

La muchacha estaba temblando de nuevo. Lanzaba miradas aterrorizadas en todas direcciones.

—Allí hay otro —exclamó acto seguido—, y allí, y allí…

Vislumbré un gran cuerpo escabulléndose entre las sombras y, al volverme, vi ojos incandescentes rodeándonos por todas partes. Arrojé algunas teas más, pero los ojos desaparecían sólo unos segundos para volver casi instantáneamente, y cada vez parecían estar más cerca. Desde que había lanzado la primera, las bestias rugían, gruñían y aullaban continuamente, en un verdadero diapasón de horror.

Me di cuenta de que mi fuego no duraría demasiado si continuaba echándoselo a las bestias, ya que no tendría madera suficiente para mantenerlo encendido.

Tenía que hacer algo. Desesperado, miré en torno mío, buscando alguna vía de escape y descubrí un árbol cercano que parecía poderse escalar con facilidad. Sólo un árbol como aquel podía sernos de utilidad, ya que, sin duda, las bestias se abalanzarían sobre nosotros en cuanto empezáramos la escalada.

Recogí dos teas del fuego y se las pasé a Qzara, seleccionando luego otras dos para mí.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó ella.

—Vamos a intentar escalar ese árbol. Quizás algunos de esos brutos también sepan escalar, pero tendremos que arriesgarnos. Los que he visto me parecen demasiado grandes y pesados para ser escaladores.

«Caminemos lentamente hacia el pie del árbol. Cuando lleguemos allí, tírales las teas a las bestias que tengas más cerca y comienza a escalar. Cuando estés a salvo, fuera de su alcance, te seguiré».

Cruzamos lentamente de la hoguera al árbol, agitando las ramas encendidas alrededor de nosotros.

Qzara hizo entonces lo que le había pedido, y cuando estuvo en lo alto, mantuve una de las teas en la boca, lancé la otra, y comencé a subir.

Las bestias cargaron casi instantáneamente, pero alcancé un punto seguro antes de que pudieran atraparme, tuve suerte de lograr subir algo, pues el humo de la tea hería mis ojos y la brasa mi piel desnuda; pero me pareció que necesitaríamos su luz, ya que ignorábamos qué enemigos arbóreos podrían estar al acecho entre las ramas.

Examiné de inmediato el árbol, ascendiendo a las ramas más altas, capaces de aguantar mi peso. Con la ayuda de la tea, descubrí que no había en él ninguna criatura, salvo Qzara y yo; y entre las ramas más altas realicé un feliz descubrimiento: un enorme nido cuidadosamente tejido y forrado con hierbas verdes.

Me disponía a llamar a Qzara para que subiera cuando la vi ascendiendo por debajo de mí.

Cuando vio el nido, me manifestó que era probablemente uno de los que construían los masenas, para el uso temporal, durante sus incursiones en aquella parte del bosque. Era un hallazgo providencial, ya que nos proporcionaba un lugar cómodo en el que pasar el resto de la noche.

Transcurrió algún tiempo, antes de que nos acostumbráramos a los ruidos de las bestias debajo de nosotros, pero al fin nos dormimos. Cuando nos despertamos por la mañana, habían partido y el bosque estaba en silencio.

Qzara me había contado que encontraría su país, Domnia, detrás de las montañas que se alzaban más allá del bosque, y que podríamos alcanzarlo siguiendo primero río abajo durante una considerable distancia, hasta más allá de la sierra, donde podríamos seguir el curso de otro río que fluía hacia Domnia.

Las características más destacables de los dos días siguientes fue el hecho de que sobreviviéramos. Encontramos comida en abundancia y, como nunca nos alejamos del río, no sufrimos carencia de agua, pero días y noche estuvimos en constante peligro de que los depredadores carnívoros nos atacasen.

Siempre intentamos salvarnos encaramándonos a los árboles, pero en tres ocasiones nos sorprendieron, y me vi obligado a recurrir a mi espada, que hasta la fecha había considerado como un arma nada adecuada para defenderse de las bestias salvajes.

Sin embargo, en las tres ocasiones logré matar a nuestros atacantes, aunque debo confesar que me pareció entonces, y aún me parece, una cuestión de pura suerte el que lo lograra.

Por aquel entonces, Qzara se encontraba en un estado de ánimo más optimista. Habiendo logrado sobrevivir hasta entonces, le parecía que era factible que sobreviviéramos hasta alcanzar Domnia, aunque al principio estaba convencida de que pereceríamos a lo largo de nuestra primera noche en los bosques.

A menudo se encontraba bastante alegre, y era en realidad una compañía muy agradable. Esto fue especialmente cierto en la mañana del tercer día, mientras progresábamos a buen ritmo hacia nuestro distante objetivo.

La floresta parecía estar inusualmente tranquila y no vimos bestias peligrosas en todo el día, cuando un repentino coro de espantosos ruidos se levantó en torno nuestro y, simultáneamente, una veintena o más de criaturas, se dejaron caer alrededor de nosotros, desde sus escondrijos en el follaje de los árboles.

La alegre charla de Qzara murió en sus labios.

—¡Los masenas! —chilló.

En tanto nos rodeaban y comenzaban a acercársenos, cesaron de rugir, empezaron a maullar y a ronronear. Mientras se aproximaban, decidí hacerle pagar cara nuestra captura, aunque tenía la certeza de que acabarían por atraparnos. Había visto luchar a Umka y sabía lo que nos esperaba.

Aunque se me acercaron no parecían ansiosos por entablar combate. Amagando por un lado y luego por el otro, cediendo terreno, aquí y luego allí, me obligaron a moverme considerablemente; pero hasta que fue demasiado tarde, no me di cuenta que me movía en la dirección en que ellos deseaban y de acuerdo con sus designios.

No tardaron en tenerme donde me querían, bajo las ramas de un frondoso árbol, e inmediatamente un masena saltó sobre mis hombros y me derribó al suelo. Simultáneamente, la mayoría de los otros se abalanzaron sobre mí, mientras unos cuantos atrapaban a Qzara; de esta forma me desarmaron antes de que pudiera dar un solo golpe.

Después de esto, se levantó un gran coro de maullidos, como si mantuvieran algún tipo de discusión, pero como la sostuvieron en su propia lengua, no la comprendí. Sin embargo, poco después partieron río abajo, llevándonos con ellos.

Aproximadamente una hora más tarde, llegamos a una zona del bosque que había sido despejada de toda maleza. El terreno entre los árboles era casi un campo de césped. Las ramas habían sido podadas hasta una distancia considerable del suelo.

Cuando alcanzábamos el límite de esta zona ajardinada, nuestros captores la emprendieron a rugidos, que fueron contestados, acto seguido desde los árboles, a los cuales nos acercábamos.

Nos condujeron hasta el pie de un árbol enorme, al cual varios de nuestros guardianes escalaron como un enjambre de gatos.

Ahora el problema era aupamos a nosotros. Noté que eso desconcertaba a los masena, lo cual no me extraña. El diámetro del tronco del árbol era tan grande que ningún hombre podría escalarlo, y habían cortado todas las ramas hasta una altura superior a la que un hombre normal pudiera saltar. Yo podría haberlo hecho fácilmente, pero me lo callé. Qzara, sin embargo, nunca lo hubiera logrado sola.

En aquel momento, después de considerables maullidos, ronroneos y no pocos gruñidos, algunos de los que estaban en lo alto del árbol dejaron caer una liana flexible. Uno de los masenas que se encontraban abajo, cogió a Qzara por la cintura con una mano y a la liana con su otra mano libre y ambos pies. Entonces los de arriba izaron aquel rudimentario montacargas hasta que pudo encaramarse en las ramas con su pasajera.

Me izaron de igual modo hasta las primeras ramas, desde las cuales la ascensión era sencilla.

Sin embargo, subimos sólo unos pocos pies antes de llegar a una tosca plataforma sobre la que se hallaba construida una de las extrañas casas arbóreas de los masenas.

Entonces, en todas direcciones, pude ver casas similares hasta donde mis ojos podían penetrar, a través del follaje. Advertí que en algunos lugares habían cortado ramas, tendiéndolas de árbol a árbol. En otros puntos había solamente lianas para que los masenas pudieran pasar de un árbol al próximo.

La casa a la que nos condujeron era bastante grande, y podía acomodar fácilmente, no sólo a los veintitantos miembros del grupo que nos habían capturado, sino a los más de cincuenta que pronto se congregaron en ella.

Los masenas se pusieron en cuclillas de cara al otro extremo de la habitación donde se sentaba solo un macho, al que tomé por su rey.

Maullaron y ronronearon mucho tiempo, mientras discutían sobre nosotros, en su lengua, y finalmente me emocioné recordando que Umka había dominado la lengua de los táridas, pensé que no era nada improbable que algunos de éstos otros la hablara, así que los interpelé ese idioma.

—¿Por qué nos habéis capturado? —exigí saber—. No somos enemigos vuestros. Estamos huyendo de los táridas, que sí lo son vuestros. Nos habían encarcelado y se disponían a matamos. ¿Algunos de vosotros comprende mis palabras?

—Yo te entiendo —contestó la criatura a la cual yo había tomado por el rey—. Comprendo tus palabras, pero tus argumentos carecen de sentido. Cuando abandonamos nuestras casas y bajamos al bosque, aunque no nos propongamos hacer daño a ninguna criatura, eso no nos protege de las bestias de presa que se alimentan con la carne de sus víctimas. Hay pocos argumentos capaces de convencer a un estómago hambriento.

—¿Quieres decir que vais a devoramos?

—En efecto.

Qzara se encogió más cerca de mí.

—Así que este es el fin —dijo—: ¡y qué horrible fin! De nada nos sirvió escapar de Ul Vas.

—Gozamos de tres días de libertad, de los que en caso contrario, no hubiéramos dispuesto —le recordé—, y, de cualquier forma, alguna vez teníamos que morir.

El rey de los masenas habló a su pueblo, en su propia lengua, y de inmediato prorrumpieron en maullidos y ronroneos, y, con gruñidos salvajes, unos cuantos nos agarraron a Qzara y a mí, y comenzaron a arrastramos hacia la entrada.

Casi habíamos alcanzado el umbral, cuando un masena entró y se detuvo ante nosotros.

—¡Umka! —grité.

—¡John Carter! —exclamó él—. ¿Qué estás haciendo aquí con la Jeddara de los táridas?

—Logramos escapar de Ul Vas, y ahora nos vamos a convertir en alimento para los tuyos.

Unika se dirigió a los hombres que nos arrastraban, quienes vacilaron un momento, pero luego nos condujeron de nuevo ante el rey de los masenas, con el cual habló Umka durante varios minutos.

Una vez que concluyó su alegato, el rey y algunos de los allí presentes entablaron lo que parecía ser una acalorada discusión. Cuando hubieron terminado, Unika se volvió hacia mí.

—Os van a liberar —me comunicó—, en pago por cuanto hiciste por mí. Pero debéis abandonar mi país de inmediato.

—Nada nos complacería más.

—Algunos de nosotros te acompañaremos para cuidar que ningún masena os ataque mientras permanezcáis en nuestro territorio.

Una vez que partimos con nuestra pintoresca escolta, pedí a Unika que me contara lo que sabía de mis amigos.

—Cuando dejamos el castillo —relató—, volamos a la deriva durante largo tiempo. Ellos querían seguir al hombre que se había llevado a la mujer en la otra nave, mas no sabían dónde buscar. Esta mañana miré hacia abajo y, al ver que sobrevolábamos Masena les pedí que me dejaran en tierra. Así lo hicieron y, por lo que sé, aún se encuentran allí, ya que pensaban recoger agua fresca y cazar algo de carne.

Resultó ser que el aterrizaje no había tenido lugar muy lejos de donde nos hallábamos, y Umka nos condujo allí a petición mía.

Mientras nos acercábamos, los corazones de dos de los miembros del grupo casi dejaron de latir, tan grande era la expectación. Para Qzara y para mí, podía significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Entonces la vimos, la extraña nave descansaba en un pequeño claro entre los árboles.

Umka pensó que sería mejor para él y sus amigos no acercarse a la nave, ya que quizás él no fuera capaz de contenerlos ante la presencia de otras criaturas a las que no se habían comprometido a respetar, de modo que le dimos las gracias y nos despedimos. Él y sus fantásticos compañeros desaparecieron entre la vegetación.

Ninguno de los tres que se encontraban en la nave se había percatado de nuestra presencia, y pudimos acercarnos bastante antes de ser descubiertos. Nos saludamos efusivamente, como si de dos resucitados se tratara. Incluso Ur Jan se alegró sinceramente cuando me vio.

El asesino de Zodanga estaba furioso con Gar Nal, porque éste había quebrantado su juramento y, ante mi sorpresa, arrojó su espada a mis pies y me juró eterna fidelidad.

—En toda mi vida —dijo— he luchado hombro con hombro junto a un espadachín de tu calibre, y nunca se dirá que he desenvainado mi espada contra él.

Acepté sus servicios, y luego les pregunté cómo habían podido conducir la nave hasta aquel lugar.

—Zanda era la única que sabía algo del mecanismo de control —me explicó Jat Or—, y después de algunos experimentos, descubrió que podía controlarla.

La contemplé orgullosamente, y leí mucho en la mirada que ambos intercambiamos.

—No parece que hayas salido malparada de tus experiencias, Zanda —indiqué—. De hecho, pareces muy feliz.

—Soy feliz, Vandor —contestó ella—, más feliz de lo que nunca hubiera soñado ser.

Ella hizo énfasis en la palabra Vandor, y creí detectar una sonrisa maliciosa agazapada en el fondo de sus ojos.

—¿Es tan grande tu felicidad que te ha hecho olvidar tu voto de matar a John Carter?

Ella me devolvió mi burla, replicando:

—No conozco a nadie que se llame John Carter.

Jat Or y Ur Jan se rieron, pero noté que Qzara no entendía nada.

—Por su bien, espero que nunca se encuentre contigo, Zanda, porque me cae bastante bien y no me gustaría verlo muerto.

—Y a mí no me gustaría tenerlo que matar, puesto que ahora sé que es el hombre más valiente y el amigo más fiel del mundo… con una excepción posible —añadió ella, dirigiendo una mirada furtiva hacia Jat Or.

Discutimos largo y tendido acerca de nuestra situación, intentando trazar planes para el futuro; al final decidimos, a sugerencia de Qzara, ir a Domnia para pedirle ayuda a su padre. Desde allí, pensaba ella, podríamos efectuar la búsqueda de Gar Nal y Dejah Thoris con mayor facilidad.

No malgastaré tu tiempo con una relación de nuestro viaje al país de Qzara, de la bienvenida que recibimos allí, a manos de su padre y de las extrañas vistas que admiramos en aquella ciudad thuriana.

El padre de Qzara era el Jeddak de Domnia. Es un hombre poderoso, con conexiones políticas en otras ciudades de la luna más cercana de Barsoom. Disponía de gente en todos los lugares con cuyos pueblos mantiene relaciones su país, ya amistosas o de otro tipo, y no pasó mucho tiempo antes de que recibieran noticias de que un extraño objeto que flotaba en el aire, había tenido un accidente y había sido capturado en el país de Ombra. Viajaban en él un hombre y una mujer.

Los domnianos nos dieron instrucciones detalladas para alcanzar Ombra y, después de hacernos prometer que volveríamos a visitarlos una vez concluida nuestra aventura, nos dijeron adiós.

Mi despedida de Qzara fue más bien embarazosa. Me confesó francamente que me amaba, pero que se había resignado al hecho de que mi corazón perteneciera a otra. Demostró una espléndida fortaleza de ánimo que yo no había sospechado que poseyese, y cuando se despidió fue con el deseo de que encontrara a mi princesa y gozara de la felicidad que merecía.

Cuando nuestra nave se elevó por encima de Domnia, mi corazón estaba henchido de júbilo, tan seguro estaba en reunirme pronto con la incomparable Dejah Thoris. Mi confianza en nuestro éxito se debía a lo que el padre de Qzara me había contado del carácter del Jeddak de Ombra. Este era un redomado cobarde que a la menor demostración de fuerza, se pondría a nuestros pies, suplicando la paz.

Nosotros teníamos los medios para efectuar una demostración tal como los ombranos no habían presenciado jamás, porque al igual que los demás habitantes de Thuria, que habíamos conocido hasta la fecha, desconocían completamente las armas de fuego.

Mi intención era volar a baja cota sobre la ciudad, y efectuar mi demanda para que nos entregaran a Gar Nal y a Dejah Thoris, sin ponerme en manos de los ombranos.

Si rehusaban, lo cual era casi seguro, me proponía ofrecerles una demostración de la eficacia de las armas de fuego de Barsoom, representadas por los cañones de la nave que ya he descrito anteriormente. Confiaba en que esto bastaría para hacer más razonable al Jeddak sin necesidad de recurrir a un innecesario derramamiento de sangre.

Todos íbamos bastante alegres en nuestro viaje hacia Ombra, Jat Or y Zanda hacían planes sobre el hogar que pensaban establecer en Helium, y

Ur Jan soñaba con una alta posición entre los guerreros de mi mesnada, y una vida de honor y respetabilidad.

En un momento dado, Zanda me llamó la atención sobre el hecho de que estábamos tomando excesiva altura, quejándose de mareo. Casi al mismo tiempo, me sentí poseído por cierto malestar, y Ur Jan se desvaneció simultáneamente.

Seguido por Jat Or, acudí fatigosamente a la sala de mando, donde una mirada al altímetro, me reveló que habíamos alcanzado una cota peligrosa. Instantáneamente, indiqué al cerebro que regulara el suministro de oxígeno en el interior de la nave y que redujera la altura.

El cerebro obedeció mis instrucciones, en lo que concernía al suministro de oxígeno, pero continuó ascendiendo hasta una altura superior a la que podía registrar el altímetro.

Mientras Thuria disminuía de tamaño, detrás de nosotros, me di cuenta de que estábamos volando a una velocidad tremenda, a una velocidad mucho mayor de la que yo había ordenado.

Era evidente que el cerebro se encontraba completamente fuera de mi control. No había nada que yo pudiera hacer, así que retorné al camarote. Allí encontré que, tanto Zanda como Ur Jan, se habían recuperado, ahora que el suministro de oxígeno era regular. Les comuniqué que la nave corría fuera de control por el espacio y que intentar averiguar nuestro destino era perder el tiempo especulando…, ellos sabían tanto como yo.

Mis esperanzas, que habían estado tan altas, se veían ahora completamente defraudadas y, cuanto mayor era la distancia que nos separaban de Thuria, tanto más grande era mi agonía, aunque oculté mis sentimientos personales a mis compañeros.

Hasta que no estuvimos seguros de dirigirnos hacía Barsoom, no se reavivaron las expectativas de supervivencia en el corazón de ninguno de nosotros.

Mientras nos acercábamos a la superficie del planeta, se hizo evidente que la nave estaba completamente bajo control; me pregunté si la máquina habría descubierto cómo pensar por sí misma, puesto que sabía que ni yo ni ninguno de mis compañeros la estaba controlando.

Era de noche, una noche muy oscura. La nave se aproximaba a una gran ciudad. Pude ver sus luces ante nosotros y cuando nos acercamos más reconocí que era Zodanga.

Como si manos y pensamientos humanos nos guiasen, la nave se deslizó silenciosamente por encima de la muralla oriental de la gran ciudad, hundiéndose en la sombra de una oscura avenida y avanzando decididamente hacia su desconocido destino.

Pero su destino no fue desconocido por mucho tiempo. Aquel barrio no tardó en resultarnos familiar. Avanzábamos muy lentamente. Zanda estaba conmigo en la sala de mando, escudriñando a través de una de las lumbreras de proa.

—¡La casa de Fal Silvas! —exclamó.

También yo la reconocí, y entonces vi ante nosotros las puertas abiertas del gran hangar del que habíamos robado la nave.

Con absoluta precisión, la nave giró lentamente hasta que su cola apuntó hacia la entrada del hangar. Entonces retrocedió y se apoyó sobre su andamiaje.

Siguiendo mis órdenes, las puertas se abrieron y la escalerilla descendió hasta el suelo, un momento después, me hallaba buscando a Fal Silvas, para exigirle una explicación. Ur Jan y Jat Or me acompañaban con las espadas largas desenvainadas, y Zanda nos seguía pegada a nosotros.

Acudí de inmediato a los alojamientos de Fal Silvas. Estaban vacíos, mas cuando salía de ellos descubrí una nota fijada detrás de la puerta. Estaba dirigida a mí. La abrí y leí su contenido:

De FAL SILVAS, de Zodanga, a JOHN CARTER, de Helium.

Que sea sabido:

Me traicionaste. Me robaste mi nave. Creíste que tu insignificante cerebro podía superar al gran FAL SILVAS.

Muy bien, John Carter, será un duelo de cerebros: el mío contra el tuyo. Veamos quién gana. Voy a llamar a la nave.

Voy a ordenarle que vuelva, a toda velocidad, de donde quiera que esté, sin permitir que ningún otro cerebro altere su rumbo. Voy a ordenarle que regrese a su hangar y que permanezca allí para siempre, a menos que reciba instrucciones en sentido contrario de mi cerebro.

Sabrás entonces, John Carter, cuando leas esta nota, que yo, Fal Silvas, he ganado; y que en tanto yo permanezca con vida, ningún otro cerebro que no sea el mío conseguirá que mi nave se mueva de donde está.

Podía haber hecho pedazos la nave contra el suelo, destruyéndote, pero entonces no podía haberme recreado contigo tal como hago ahora. No me busques. Estoy oculto donde nunca podrás encontrarme. He escrito. Esto es todo.

En aquella nota había una inflexible determinación, una cierta autoridad que parecía excluir incluso la más leve esperanza. Yo estaba abrumado. En silencio, se la tendí a Jat Or y le pedí que la leyera en voz alta a los demás. Cuando hubo terminado, Ur Jan desenvainó su espada corta y me la ofreció por la empuñadura.

—Yo soy la causa de tus pesares —afirmó—. Mi vida te pertenece. Te la ofrezco ahora en reparación.

Yo me negué con la cabeza y aparté su mano.

—No sabes lo que estás diciendo, Ur Jan.

—Quizás éste no sea el final —apuntó Zanda—. ¿Dónde puede esconderse Fal Silvas, que hombres decididos no puedan encontrarlo?

—Dediquemos nuestras vidas a esa empresa —propuso Jat Or; y allí, en la habitación de Fal Silvas, los cuatro juramos dar con él.

Cuando salimos al pasillo, vi acercarse a un hombre. Avanzaba furtivamente de puntillas en nuestra dirección. No me vio a la vez que yo a él, porque miraba aprensivamente por encima de su hombro, como si temiera que lo descubrieran desde esa dirección.

Al encararse conmigo, ambos quedamos sorprendidos: era Rapas, el Ulsio.

Ante la visión de Ur Jan y mía, hombro con hombro, frente a él, el rata se volvió de un color gris ceniza. Comenzó a girarse, como si pensara escapar, pero evidentemente se lo pensó mejor, puesto que inmediatamente nos dio la cara, contemplándonos como fascinado. Mientras nos acercábamos a él, adoptó una sonrisa de circunstancias.

—Vaya, Vandor, qué sorpresa. Me alegro de verte.

—Sí, así debe ser —repliqué yo—. ¿Qué haces por aquí?

—Vine a ver a Fal Silvas.

—¿Esperabas encontrarlo aquí? —preguntó, imperiosamente, Ur Jan.

—Sí —respondió Rapas.

—¿Entonces por qué andas a hurtadillas? —inquirió el asesino—. Estás mintiendo, Rapas. Sabes que Fal Silvas no está aquí. Si hubieras creído que Fal Silvas estaba aquí, no te hubieras atrevido a venir, ya que sabes perfectamente que él está al corriente de que trabajas para mí.

Ur Jan dio un paso adelante y aferró a Rapas por la garganta.

—Escúchame. Rapas —gruñó—; tú sabes dónde está Fal Silvas. Dímelo o te partiré el cuello.

El pobre hombre comenzó a humillarse y a gimotear.

—¡No! ¡No! ¡Me estás haciendo daño! ¡Me vas a matar!

—Al menos has dicho la verdad por una vez —rugió el asesino—. Rápido, escúpelo, ¿dónde está Fal Silvas?

—Sí te lo digo…, ¿prometes no matarme?

—Te prometo eso y más —intervine yo—. Dinos dónde está Fal Silvas y te daré tu peso en oro.

—¡Habla! —vociferó Ur Jan, agitando al pobre hombre.

—Fal Silvas está en la casa de Gar Nal —susurró Rapas—; pero no le digas que yo os lo he contado o me matará de alguna forma horrible.

No me atreví a soltar a Rapas, por el temor de que pudiera traicionarnos, y le hice prometer que nos introduciría en la casa de Gar Nal y nos guiaría hasta la habitación donde encontraríamos a Fal Silvas.

No podía imaginarme qué hacía Fal Silvas en casa de Gar Nal, a menos que hubiera ido allí, en ausencia de Gar Nal, para robarle alguno de sus secretos. No me molesté en preguntárselo a Rapas, ya que no me parecía una cuestión de mucha importancia. Ya era bastante que estuviera allí y que pudiéramos encontrarlo.

Era aproximadamente la octava zode y media, medianoche hora terrestre, cuando alcanzamos la casa de. Gar Nal. Rapas nos franqueó la entrada y nos condujo al tercer piso, subiendo por estrechas rampas en la parte de atrás del edificio, donde no vimos a nadie. Avanzábamos silenciosamente sin hablar, y finalmente nuestro guía se detuvo ante una puerta.

—Aquí está —musitó.

—Abre la puerta —dije yo.

Él lo intentó, pero estaba cerrada con llave. Ur Jan lo empujó a un lado y lanzó su enorme masa contra la puerta y la echó abajo, astillando el panel de la madera. Crucé el umbral de un salto y allí, sentado ante una mesa, vi a Fal Silvas y a Gar Nal… Gar Nal, el hombre al que creíamos encarcelado en la ciudad de Ombra, en unos de los satélites de Barsoom.

Ambos se pusieron en pie de un brinco al reconocerme; sus malvados rostros eran un retrato de sorpresa y de terror.

Salté adelante y agarré a Gar Nal, antes de que pudiera desenvainar su espada, mientras que Ur Jan caía sobre Fal Silvas. Lo hubiera matado sin más contemplaciones, pero se lo prohibí. Todo lo que quería era saber qué había de Dejah Thoris, y uno de estos hombres debía saberlo. No podían morir ante de comunicármelo.

—¿Qué estás haciendo aquí, Gar Nal? —exigí saber—. Creíamos que estabas prisionero en Ombra.

—Escapé —contestó él.

—¿Sabes dónde está mi princesa?

—Sí.

—¿Dónde?

Su mirada adoptó una expresión astuta.

—Te gustaría saberlo, ¿no? —preguntó con una sonrisa de desprecio —. Pero, ¿crees que Gar Nal es lo bastante tonto como para decírtelo? No señor; mientras yo lo sepa y tú no, no te atreverás a matarme.

—Yo le sacaré la verdad —gruñó Ur Jan—. Rápido, Rapas, caliéntame una daga y ponla al rojo vivo.

Mas cuando miró alrededor, Rapas no estaba allí. Se había escabullido cuando entramos en la habitación.

—Bueno, puedo calentarla yo mismo; pero primero déjame matar a Fal Silvas.

—No, no —vociferó el viejo inventor—. Yo no rapté a la princesa de Helium, fue Gar Nal.

Y acto seguido, los dos comenzaron a acusarse el uno al otro, y no tardé en descubrir que aquellos dos magistrales inventores y redomados bribones, habían acordado una tregua y unido fuerzas, obligados por su mutuo temor hacia mí. Gar Nal ocultaría a Fal Silvas y, en compensación, éste le revelaría los secretos de su cerebro mecánico.

Ambos estaban seguros de que la casa de Gar Nal sería el último lugar del mundo donde yo buscaría a Fal Silvas. Gar Nal había ordenado a sus criados que dijeran que nunca había vuelto de su viaje con Ur Jan, dando la impresión de que todavía estaba en Thuria; planeaba partir aquella misma noche hacia un distante escondrijo.

Pero todo aquello me fastidiaba. Ni ellos ni sus planes me interesaban lo más mínimo. Yo sólo quería saber una cosa, y era qué había sido de Dejah Thoris.

—¿Dónde está mi princesa, Gar Nal? Dímelo y te perdono la vida.

—Aún está en Ombra.

Me volví hacia Fal Silvas.

—Esta es tu sentencia de muerte, Fal Silvas —le anuncié.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Tú impides que yo controle el cerebro que dirige tu nave, que es el único medio que tengo para alcanzar Ombra.

Ur Jan alzó su espada para abrirle el cráneo a Fai Silvas, pero aquel cobarde se arrojó ante mí, suplicando por su vida.

—No me mates —gritó—, y te devolveré la nave y dejaré que controles el cerebro.

—No puedo fiarme de ti —dije yo.

—Llévame contigo —mendigó—, será preferible a la muerte.

—Muy bien. Pero si te interfieres en mis planes o intentas traicionarme, lo pagarás con tu vida.

Me volví hacia la puerta.

—Voy a volver a Thuria esta noche —dije a mis compañeros—. Me llevaré a Fal Silvas conmigo, y cuando vuelva con mi princesa, y no volveré sin ella, espero poder recompensaros materialmente a todos, por vuestra espléndida lealtad.

—Yo voy contigo, mí príncipe—dijo Jat Or—, y no quiero recompensa alguna.

—Yo también iré —manifestó Zanda.

—Y yo —gruñó Ur Jan—. Pero primero, mí príncipe, déjame por favor que le atraviese el corazón a ese canalla —y mientras hablaba, comenzó a avanzar hacia Gar Nal—. Debe morir por lo que ha hecho. Dio su palabra y la rompió.

Yo negué con la cabeza.

—No, Ur Jan. Me dijo dónde puedo encontrar a mi princesa, y he garantizado su vida a cambio.

Refunfuñando, Ur Jan envainó la espada, y los cuatro, en compañía de Fal Silvas, nos dirigimos hacia la puerta. Los demás me precedían. Yo iba a ser el último en salir al pasillo, y justo cuando me disponía a hacerlo, oí abrirse una puerta, en el otro extremo de la habitación que iba abandonar. Me volví para echar una mirada, y allí, en el umbral de enfrente, se encontraba Dejah Thoris.

Vino hacia mí, con los brazos extendidos, mientras que yo corría hacia ella.

Respiraba entrecortadamente y temblaba cuando la tomé en mis brazos.

—Oh, mi príncipe —gritó—, creí que no lo lograría a tiempo. Escuché todo lo que se dijo en esta habitación, pero estaba atada y amordazada, y no podía avisarte de que Gar Nal te estaba engañando. Sólo ahora he logrado liberarme.

Mi exclamación de sorpresa, al verla, había atraído la atención de mis compañeros, y todos volvieron a la habitación, y mientras estrechaba a la princesa entre mis brazos, Ur Jan saltó junto a mí y traspasó con su espada el pútrido corazón de Gar Nal.

19. LAS MIL Y UNA NOCHES
(ANÓNIMO)

ÍNDICE

¡Aquello Que Quiera Alah!
Primera Noche
Cuento del primer Jeque
Pero Cuando Llegó La Segunda Noche
Cuento del segundo jeque
Cuento del tercer jeque
Pero Cuando Llegó La Tercera Noche
Historia del pescador y el efrit
Pero Cuando Llegó La Cuarta Noche
Pero Cuando Llegó La Quinta Noche
El halcón del rey Sindabad
Historia del príncipe y la vampiro
Pero Cuando Llegó La Sexta Noche
Pero Cuando Llegó La Séptima Noche
Pero Cuando Llegó La Octava Noche
Pero Cuando Llegó La Novena Noche
Historia del mandadero y las tres doncellas
Pero Cuando Llegó La 10ª Noche
Pero Cuando Llegó La 11ª Noche
Historia del primer saaluk
Pero Cuando Llegó La 12ª Noche
Historia del segundo saaluk
Pero Cuando Llegó La 13ª Noche
Pero Cuando Llegó La 14ª Noche
Historia del tercer saaluk
Pero Cuando Llegó La 15ª Noche
Pero Cuando Llegó La 16ª Noche
Pero Cuando Llegó La 17ª Noche
Historia de Amina, la segunda joven
Y Cuando Llegó La 18ª Noche
Pero Cuando Llegó La 19ª Noche
Pero Cuando Llegó La 20ª Noche
Pero Cuando Llegó La 21ª Noche
PERO CUANDO LLEGÓ LA 22ª NOCHE
Pero Cuando Llegó La 23ª Noche
Y Era La 24ª Noche

Y Cuando Llegó La 25ª Noche
Relato del corredor nazareno
Pero Cuando Llegó La 26ª Noche
Pero Cuando Llegó La 27ª Noche
Relato del médico judío
Pero Cuando Llegó La 28ª Noche
Relato del sastre
Pero Cuando Llegó La 29ª Noche
Pero Cuando Llegó La 30ª Noche
Historia del barbero
Historia de Bacbuk, primer hermano del barbero
Historia de El-Haddar, segundo hermano del barbero
Pero Cuando Llegó La 31ª Noche
Historia de Bacbac, tercer hermano del barbero
Historia de El-Kuz, cuarto hermano del barbero
Historia de El-Archar, quinto hermano del barbero
Pero Cuando Llegó La 32ª Noche
Historia de Schakalik, sexto hermano del barbero
Historia de Dulce-Amiga
Pero Cuando Llegó La 33ª Noche
Pero Cuando Llegó La 34ª Noche
Pero Cuando Llegó La 35ª Noche
Pero Cuando Llegó La 36ª Noche
Al Llegar La 37ª Noche
Al Llegar La 38ª Noche
Historia del negro Sauab, primer eunuco sudanés
Historia del negro Kafur, segundo eunuco sudanés
Pero Cuando Llegó La 39ª Noche
Historia del negro Bakhita, tercer eunuco sudanés
Pero Cuando Llegó La 40ª Noche
Pero Cuando Llegó La 41ª Noche
Pero Cuando Llegó La 42ª Noche
Pero Cuando Llegó La 43ª Noche
Pero Cuando Llegó La 44ª Noche
Pero Cuando Llegó La 45ª Noche
Pero Cuando Llegó La 46ª Noche
Pero Cuando Llegó La 47ª Noche
Pero Cuando Llegó La 48ª Noche
Pero Cuando Llegó La 49ª Noche
Pero Cuando Llegó La 50ª Noche
Pero Cuando Llegó La 51ª Noche
Pero Cuando Llegó La 52ª Noche
Pero Cuando Llegó La 53ª Noche
Pero Cuando Llegó La 54ª Noche

Pero Cuando Llegó La 55ª Noche
Pero Cuando Llegó La 56ª Noche
Pero Cuando Llegó La 57ª Noche
Pero Cuando Llegó La 58ª Noche
Pero Cuando Llegó La 59ª Noche
Pero Cuando Llegó La 60ª Noche
Palabras sobre las tres puertas
Pero Cuando Llegó A La 61ª Noche
Pero Cuando Llegó A La 62ª Noche
Pero Cuando Llegó A La 63ª Noche
Pero Cuando Llegó A La 64ª Noche
Pero Cuando Llegó A La 65ª Noche
Pero Cuando Llegó A La 66ª Noche
Pero Cuando Llegó La 67ª Noche
Pero Cuando Llegó La 68ª Noche
Pero Cuando Llegó La 69ª Noche
Pero Cuando Llegó La 70ª Noche
Pero Cuando Llegó La 71ª Noche
Pero Cuando Llegó La 72ª Noche
Pero Cuando Llegó La 73ª Noche
Pero Cuando Llegó La 74ª Noche
Pero Cuando Llegó La 75ª Noche
Pero Cuando Llegó La 76ª Noche
Pero Cuando Llegó La 77ª Noche
Pero Cuando Llegó La 78ª Noche
Y Cuando Llegó La 79ª Noche
Palabras de la primera joven
Y Cuando Llegó La 80ª Noche
Y Cuando Llegó La 81ª Noche
Palabras de la tercera joven
Palabras de la cuarta joven
Pero Cuando Llegó La 82ª Noche
Palabras de la quinta joven
Y Cuando Llegó La 83ª Noche
Palabras de la anciana
Y Cuando Llegó La 84ª Noche
Y Cuando Llegó La 85ª Noche
Y Cuando Llegó La 86ª Noche
Y Cuando Llegó La 87ª Noche
Y Cuando Llegó La 88ª Noche
Y Cuando Llegó La 89ª Noche
Pero Cuando Llegó La 90ª Noche
Y Cuando Llego La 91ª Noche
Pero Cuando Llegó La 92ª Noche

Pero Cuando Llegó La 93ª Noche
Pero Cuando Llegó La 94ª Noche
Pero Cuando Llegó La 95ª Noche
Historia del Monasterio
Y Cuando Llegó La 96ª Noche
Y Cuando Llegó La 97ª Noche
Y Cuando Llegó La 98ª Noche
Y Cuando Llegó La 99ª Noche
Y Cuando Llegó La 100ª Noche
Pero Cuando Llegó La 101ª Noche
Pero Cuando Llegó La 102ª Noche
Y Cuando Llegó 103ª Noche
Pero Cuando Llegó La 104ª Noche
Pero Cuando Llegó La 105ª Noche
Pero Cuando Llegó La 106ª Noche
Pero Cuando Llegó La 107ª Noche
Pero Cuando Llegó 108ª Noche
Y Cuando Llegó La 109ª Noche
Pero Cuando Llegó La 110ª Noche
Y Cuando Llegó La 111ª Noche
Pero Cuando Llegó La 112ª Noche
Pero Cuando Llegó La 113ª Noche
Pero Cuando Llegó La 114ª Noche
Pero Cuando Llegó La 115ª Noche
Y Cuando Llegó La 116ª Noche
Y Cuando Llegó La 117ª Noche
Pero Cuando Llegó La 118ª Noche
Y Cuando Llegó La 119ª Noche
Pero Cuando Llegó La 120ª Noche
Y Cuando Llegó La 121ª Noche
Pero Cuando Llegó La 122ª Noche
Pero Cuando Llegó La 123ª Noche
Cuando Llegó La 124ª Noche
Pero Cuando Llegó La 125ª Noche
Y Cuando Llegó La 126ª Noche
Pero Cuando Llegó La 127ª Noche
Y Cuando Llegó La 128ª Noche
Y Cuando Llegó La 129ª Noche
Y Cuando Llegó La 130ª Noche
Y Cuando Llegó La 131ª Noche
Y Cuando Llegó La 132ª Noche
Pero Cuando Llegó La 133ª Noche
Y Cuando Llegó La 134ª Noche
Y Cuando Llegó La 135ª Noche

Y Cuando Llegó La 136ª Noche
Y Cuando Llegó La 137ª Noche
Pero Cuando Llegó La 138ª Noche
Aventuras del joven Kanmakán, hijo de Daul'Makan
Pero Cuando Llegó La 139ª Noche
Pero Cuando Llegó La 140ª Noche
Pero Cuando Llegó La 141ª Noche
Pero Cuando Llegó La 142ª Noche
Pero Cuando Llegó La 143ª Noche
Pero Cuando Llegó La 144ª Noche
Pero Cuando Llegó La 145ª Noche
Y Cuando Llegó La 146ª Noche
Y Cuando Llegó La 147ª Noche
El pastor y la joven
Y Cuando Llegó 148ª Noche
Cuento del lobo y el zorro
Historia del médico
Pero Cuando Llegó La 150ª Noche
Cuento del ratón y la comadreja
Cuento del cuervo y el zorro
Y Cuando Llegó La 151ª Noche
Y Cuando Llegó La 153ª Noche
Y Cuando Llegó La 154ª Noche
Pero Cuando Llegó La 155ª Noche
Pero Cuando Llegó La 156ª Noche
Y Cuando Llegó La 157ª Noche
Y Cuando Llegó La 158ª Noche
Y Cuando Llegó La 159ª Noche
Y Cuando Llegó La 160ª Noche
Pero Cuando Llegó La 161ª Noche
Y Cuando Llegó La 162ª Noche
Y Cuando Llegó La 163ª Noche
Pero Cuando Llegó La 164ª Noche
Pero Cuando Llegó La 165ª Noche
Pero Cuando Llegó La 166ª Noche
Y Cuando Llegó La 167ª Noche
Y Cuando Llegó La 168ª Noche
Pero Cuando Llegó La 169ª Noche
Pero Cuando Llegó La 171ª Noche
Pero Cuando Llegó La 172ª Noche
Cuando Llegó La 176ª Noche
Y Cuando Llegó La 179ª Noche
Y Cuando Llegó La 180ª Noche
Y Cuando Llegó La 182ª Noche

Y Cuando Llegó La 183ª Noche
Y Cuando Llegó La 184ª Noche
Pero Cuando Llegó La 185ª Noche
Y Cuando Llegó La 186ª Noche
Pero Cuando Llegó La 187ª Noche
Y Cuando Llegó La 188ª Noche
Y Cuando Llegó La 191° Noche
Pero Cuando Llegó La 193ª Noche
Pero Cuando Llegó La 194ª Noche
Y Cuando Llegó La 196ª Noche
Y Cuando Llegó La 199ª Noche
Pero Cuando Llegó La 200ª Noche
Pero Cuando Llegó La 204ª Noche
Y Cuando Llegó La 206ª Noche
Pero Cuando Llegó La 207ª Noche
Y Cuando Llegó La 208ª Noche
Y Cuando Llegó La 209ª Noche
Y Cuando Llegó La 210ª Noche
Y Cuando Llegó La 211ª Noche
Pero Cuando Llegó La 212ª Noche
Y Cuando Llegó La 216ª Noche
Pero Cuando Llegó La 219ª Noche
Y Cuando Llegó La 222ª Noche
Y Cuando Llegó La 225ª Noche
Pero Cuando Llegó La 228ª Noche
Y Cuando Llegó La 230ª Noche
Y Cuando Llegó La 232ª Noche
Y Cuando Llegó La 234ª Noche
Pero Cuando Llegó La 235ª Noche
Historia de Feliz-Bello y Feliz-Bella
Y Cuando Llegó La 238ª Noche
Y Cuando Llegó La 239ª Noche
Y Cuando Llegó La 240ª Noche
Y Cuando Llegó La 241ª Noche
Y Cuando Llegó La 242ª Noche
Y Cuando Llegó La 243ª Noche
Y Cuando Llegó La 244ª Noche
Y Cuando Llegó La 245ª Noche
Y Cuando Llegó La 246ª Noche
Y Cuando Llegó La 247ª Noche
Pero Cuando Llegó La 248ª Noche
Historia del Gano-del-Belleza
Pero Cuando Llegó La 251ª Noche
Pero Cuando Llegó La 252ª Noche

Pero Cuando Llegó La 253ª Noche
Pero Cuando Llegó La 254ª Noche
PERO CUANDO LLEGÓ LA 255ª NOCHE
Y Cuando Llegó La 256ª Noche
Y Cuando Llegó La 257ª Noche
Pero Cuando Llegó La 258ª Noche
Pero Cuando Llegó La 259ª Noche
Y Cuando Llegó La 260ª Noche
Pero Cuando Llegó La 261ª Noche
Pero Cuando Llegó La 262ª Noche
Pero Cuando Llegó La 263ª Noche
Pero Cuando Llegó La 264ª Noche
Y Cuando Llegó La 265ª Noche
Y Cuando Llegó La 266ª Noche
Pero Cuando Llegó La 267ª Noche
Pero Cuando Llegó La 268ª Noche
Pero Cuando Llegó La 269ª Noche
Pero Cuando Llegó La 270ª Noche
Historia de la docta Simpatía
Y Cuando Llegó La 272ª Noche
Y Cuando Llegó La 274ª Noche
Y Cuando Llegó La 275ª Noche
Pero Cuando Llegó La 277ª Noche
Y Cuando Llegó La 278ª Noche
Pero Cuando Llegó La 279ª Noche
Y Cuando Llegó La 280ª Noche
Pero Cuando Llegó La 282ª Noche
Pero Cuando Llegó La 284ª Noche
Pero Cuando Llegó La 286ª Noche
Y Cuando Llegó La 287ª Noche
Aventuras del poeta Abu-Nowas
Pero Cuando Llegó La 288ª Noche
Y Cuando Llegó La 290ª Noche
Historia de Sindbad el marino
Y Cuando Llegó La 291ª Noche
Pero Cuando Llegó La 292ª Noche
Y Cuando Llegó La 293ª Noche
Pero Cuando Llegó La 294ª Noche
Y Cuando Llegó La 295ª Noche
Pero Cuando Llegó La 296ª Noche
Y Cuando Llegó La 297ª Noche
Pero Cuando Llegó La 298ª Noche
Pero Cuando Llegó La 299ª Noche
Pero Cuando Llegó La 300ª Noche

Pero Cuando Llegó La 301ª Noche
Y Cuando Llegó La 302ª Noche
Pero Cuando Llegó La 303ª Noche
Pero Cuando Llegó La 304ª Noche
Y Cuando Llegó La 306ª Noche
Y Cuando Llegó La 307ª Noche
Y Cuando Llegó La 308ª Noche
Y Cuando Llegó La 309ª Noche
Pero Cuando Llegó La 310ª Noche
Pero Cuando Llegó La 311ª Noche
Y Cuando Llegó La 312ª Noche
Pero Cuando Llegó La 313ª Noche
Pero Cuando Llegó La 314ª Noche
Pero Cuando Llegó La 315ª Noche
Pero Cuando Llegó La 316ª Noche
Pero Cuando Llegó La 317ª Noche
Pero Cuando Llegó La 319ª Noche
Pero Cuando Llegó La 320ª Noche
Pero Cuando Llegó La 321ª Noche
Y Cuando Llegó La 322ª Noche
Pero Cuando Llegó La 323ª Noche
Y Cuando Llegó La 324ª Noche
Pero Cuando Llegó La 325ª Noche
Y Cuando Llegó La 326ª Noche
Pero Cuando Llegó La 327ª Noche
Y Cuando Llegó La 328ª Noche
Y Cuando Llegó La 329ª Noche
Pero Cuando Llegó La 330ª Noche
Pero Cuando Llegó La 331ª Noche
Y Cuando Llegó La 332ª Noche
Y Cuando Llegó La 333ª Noche
Pero Cuando Llegó La 334ª Noche
Y Cuando Llegó La 335ª Noche
Y Cuando Llegó La 336ª Noche
Pero Cuando Llegó La 337ª Noche
Y Cuando Llegó La 338ª Noche
Historia prodigiosa de la ciudad de bronce
Y Cuando Llegó La 340ª Noche
Pero Cuando Llegó La 341ª Noche
Y Cuando Llegó La 342ª Noche
Pero Cuando Llegó La 343ª Noche
Y Cuando Llegó La 344ª Noche
Y Cuando Llegó La 345ª Noche
Pero Cuando Llegó La 346ª Noche

Y Cuando Llegó La 347ª Noche
Y Cuando Llegó La 348ª Noche
Pero Cuando Llegó La 350ª Noche
Pero Cuando Llegó La 351ª Noche
Y Cuando Llegó La 352ª Noche
Pero Cuando Llegó La 353ª Noche
Pero Cuando Llegó La 354ª Noche
Y Cuando Llegó La 355ª Noche
Historia de la reina Yamlika, princesa subterránea
Y Cuando Llegó La 356ª Noche
Historia de Belukia
Pero Cuando Llegó La 358ª Noche
Y Cuando Llegó La 359ª Noche
Pero Cuando Llegó La 360ª Noche
Pero Cuando Llegó La 361ª Noche
Pero Cuando Llegó La 362ª Noche
Y Cuando Llegó La 363ª Noche
Historia del hermoso joven triste
Pero Cuando Llegó La 364ª Noche
Pero Cuando Llegó La 365ª Noche
Pero Cuando Llegó La 366ª Noche
Y Cuando Llegó La 367ª Noche
Pero Cuando Llegó La 368ª Noche
Pero Cuando Llegó La 369ª Noche
Pero Cuando Llegó La 370ª Noche
Pero Cuando Llegó La 371ª Noche
Y Cuando Llegó La 372ª Noche
Pero Cuando Llegó La 373ª Noche
Y Cuando Llegó La 375ª Noche
El saco prodigioso
Y Cuando Llegó La 376ª Noche
Al-Raschid, justiciero de amor
Pero Cuando Llegó La 377ª Noche
El precio de los cohombros
Cabellos blancos
Pero Cuando Llegó La 378ª Noche
La cuestión zanjada
Abú-Nowas y el baño de Sett Zobeida
Y Cuando Llegó La 379ª Noche
Abu-Nowas improvisa
El asno
Y Cuando Llegó La 380ª Noche
El flagrante delito de Sett Zobeida
Pero Cuando Llegó La 381ª Noche

¿Macho o hembra?
Pero Cuando Llegó La 382ª Noche
El reparto
El maestro de escuela
Y Cuando Llegó La 383ª Noche
La inscripción de una camisa
La inscripción de una copa
Pero Cuando Llegó La 384ª Noche
El califa en el cesto
Pero Cuando Llegó La 385ª Noche
Pero Cuando Llegó La 386ª Noche
El mondonguero
Y Cuando Llegó La 387ª Noche
Pero Cuando Llegó La 388ª Noche
Y Cuando Llegó La 389ª Noche
La joven Frescura-de-los-ojos
Pero Cuando Llegó La 390ª Noche
¿Mujeres o jovenzuelos?
Y Cuando Llegó La 391ª Noche
Pero Cuando Llegó La 392ª Noche
Cuando Llegó La 393ª Noche
El falso califa
Y Cuando Llegó La 394ª Noche
Pero Cuando Llegó La 395ª Noche
Pero Cuando Llegó La 396ª Noche
Pero Cuando Llegó La 397ª Noche
Cuando Llegó La 398ª Noche
Y Cuando Llegó La 399ª Noche
Historia de Rosa-en-el-cáliz y de Delicia-del-mundo
Pero Cuando Llegó La 400ª Noche
Cuando Llegó La 401ª Noche
Pero Cuando Llegó La 402ª Noche
Y Cuando Llegó La 403ª Noche
Y Cuando Llegó La 404ª Noche
Pero Cuando Llegó La 405ª Noche
Y Cuando Llegó La 406ª Noche
Y Cuando Llegó La 407ª Noche
Y Cuando Llegó La 408ª Noche
Cuando Llegó La 409ª Noche
Pero Cuando Llegó La 410ª Noche
Y Cuando Llegó La 411ª Noche
Y Cuando Llegó La 412ª Noche
Y Cuando Llegó La 413ª Noche
Pero Cuando Llegó La 414ª Noche

Historia mágica del caballo de ébano
Pero Cuando Llegó La 416ª Noche
Pero Cuando Llegó La 417ª Noche
Y Cuando Llegó La 418ª Noche
Y Cuando Llegó La 419ª Noche
Y Cuando Llegó La 420ª Noche
Y Cuando Llegó La 421ª Noche
Pero Cuando Llegó La 422ª Noche
Y Cuando Llegó La 423ª Noche
Y Cuando Llegó La 424ª Noche
Pero Cuando Llegó La 425ª Noche
Pero Cuando Llegó La 426ª Noche
Pero Cuando Llegó La 427ª Noche
Pero Cuando Llegó La 428ª Noche
Pero Cuando Llegó La 429ª Noche
Y Cuando Llegó La 430ª Noche
Y Cuando Llegó La 432ª Noche
Y Cuando Llegó La 433ª Noche
Pero Cuando Llegó La 434ª Noche
Pero Cuando Llegó La 435ª Noche
Pero Cuando Llegó La 436ª Noche
Y Cuando Llegó La 437ª Noche
Pero Cuando Llegó La 438ª Noche
Pero Cuando Llegó La 439ª Noche
Pero Cuando Llegó La 441ª Noche
Y Cuando Llegó La 442ª Noche
Y Cuando Llegó La 443ª Noche
Y Cuando Llegó La 444ª Noche
Y Cuando Llegó La 445ª Noche
Pero Cuando Llegó La 446ª Noche
Pero Cuando Llegó La 447ª Noche
Pero Cuando Llegó La 448ª Noche
Pero Cuando Llegó La 449ª Noche
Pero Cuando Llegó La 450ª Noche
Y Cuando Llegó La 451ª Noche
Y Cuando Llegó La 452ª Noche
Y Cuando Llegó La 453ª Noche
Y Cuando Llegó La 454ª Noche
Y Cuando Llegó La 455ª Noche
Pero Cuando Llegó La 456ª Noche
Pero Cuando Llegó La 457ª Noche
Y Cuando Llegó La 458ª Noche
Y Cuando Llegó La 459ª Noche
Y Cuando Llegó La 460ª Noche

Pero Cuando Llegó La 461ª Noche
Y Cuando Llegó La 462ª Noche
Y Cuando Llegó La 463ª Noche
Pero Cuando Llegó La 464ª Noche
Pero Cuando Llegó La 465ª Noche
Y Cuando Llegó La 466ª Noche
Y Cuando Llegó La 467ª Noche
Pero Cuando Llegó La 468ª Noche
Cuando Llegó La 469ª Noche
Pero Cuando Llegó La 470ª Noche
Pero Cuando Llegó La 471ª Noche
Y Cuando Llegó La 472ª Noche
Pero Cuando Llegó La 473ª Noche
Y CUANDO LLEGÓ LA 474ª NOCHE
Pero Cuando Llegó La 475ª Noche
Pero Cuando Llegó La 476ª Noche
Pero Cuando Llegó La 477ª Noche
Y Cuando Llegó La 478ª Noche
Y Cuando Llegó La 479ª Noche
Y Cuando Llegó La 480ª Noche
Pero Cuando Llegó La 481ª Noche
Pero Cuando Llegó La 482ª Noche
Y Cuando Llegó La 483ª Noche
Y Cuando Llegó La 484ª Noche
Y Cuando Llegó La 485ª Noche
Y Cuando Llegó La 486ª Noche
Y Cuando Llegó La 487ª Noche
Historia de Abu-Kir y de Abu-Sir
Pero Cuando Llegó La 488ª Noche
Y Cuando Llegó La 489ª Noche
Y Cuando Llegó La 490ª Noche
Y Cuando Llegó La 491ª Noche
Y Cuando Llegó La 492ª Noche
Y Cuando Llegó La 493ª Noche
Y Cuando Llegó La 494ª Noche
Y Cuando Llegó La 495ª Noche
Y Cuando Llegó La 496ª Noche
Pero Cuando Llegó La 497ª Noche
Y Cuando Llegó La 498ª Noche
Y Cuando Llegó La 499ª Noche
Pero Cuando Llegó La 500ª Noche
Y Cuando Llegó La 501ª Noche
Anécdotas morales del jardín perfumado
Los tres deseos

El mozalbete y el masajista del hammam
Y Cuando Llegó La 503ª Noche
Y Cuando Llegó La 504ª Noche
Hay líquidos y líquidos
Pero Cuando Llegó La 505ª Noche
Y Cuando Llegó La 506ª Noche
Y Cuando Llegó La 507ª Noche
Pero Cuando Llegó La 508ª Noche
Y Cuando Llegó La 509ª Noche
Pero Cuando Llegó La 510ª Noche
Pero Cuando Llegó La 511ª Noche
Y Cuando Llegó La 512ª Noche
Pero Cuando Llegó La 513ª Noche
Pero Cuando Llegó La 514ª Noche
Y Cuando Llegó La 515ª Noche
Historia del joven amarillo
Pero Cuando Llegó La 516ª Noche
Pero Cuando Llegó La 517ª Noche
Pero Cuando Llegó La 518ª Noche
Y Cuando Llegó La 519ª Noche
Y Cuando Llegó La 520ª Noche
Pero Cuando Llegó La 521ª Noche
Y Cuando Llegó La 522ª Noche
Y Cuando Llegó La 523ª Noche
Y Cuando Llegó La 524ª Noche
Pero Cuando Llegó La 525ª Noche
Y Cuando Llegó La 526ª Noche
Historia de Flor-de-Granada y de Sonrisa-de-Luna
Y Cuando Llegó La 527ª Noche
Y Cuando Llegó La 528ª Noche
Pero Cuando Llegó La 529ª Noche
Y Cuando Llegó La 530ª Noche
Y Cuando Llegó La 531ª Noche
Pero Cuando Llegó La 532ª Noche
Y Cuando Llegó La 533ª Noche
Pero Cuando Llegó La 534ª Noche
Y Cuando Llegó La 535ª Noche
Pero Cuando Llegó La 536ª Noche
Pero Cuando Llegó La 537ª Noche
Pero Cuando Llegó La 538ª Noche
Y Cuando Llegó La 539ª Noche
Y Cuando Llegó La 540ª Noche
Pero Cuando Llegó La 541ª Noche
Y Cuando Llegó La 542ª Noche

Y Cuando Llegó La 543ª Noche
Pero Cuando Llegó La 544ª Noche
Y Cuando Llegó La 545ª Noche
Y Cuando Llegó La 546ª Noche
Y Cuando Llegó La 547ª Noche
Y Cuando Llegó La 548ª Noche
Y Cuando Llegó La 549ª Noche
Pero Cuando Llegó La 550ª Noche
Y Cuando Llegó La 551ª Noche
Y Cuando Llegó La 552ª Noche
Y Cuando Llegó La 553ª Noche
Y Cuando Llegó La 554ª Noche
Historia de Califa y del califa
Pero Cuando Llegó La 555ª Noche
Pero Cuando Llegó La 556ª Noche
Y Cuando Llegó La 557ª Noche
Y Cuando Llegó La 558ª Noche
Pero Cuando Llegó La 559ª Noche
Pero Cuando Llegó La 560ª Noche
Y Cuando Llegó La 561ª Noche
Pero Cuando Llegó La 562ª Noche
Y Cuando Llegó La 563ª Noche
Pero Cuando Llegó La 564ª Noche
Y Cuando Llegó La 565ª Noche
Y Cuando Llegó La 566ª Noche
Y Cuando Llegó La 567ª Noche
Y Cuando Llegó La 568ª Noche
Y Cuando Llegó La 569ª Noche
Y Cuando Llegó La 570ª Noche
Y Cuando Llegó La 571ª Noche
Y Cuando Llegó La 572ª Noche
Y Cuando Llegó La 573ª Noche
Pero Cuando Llegó La 574ª Noche
Y Cuando Llegó La 575ª Noche
Y Cuando Llegó La 576ª Noche
Las aventuras de Hassan Al-Bassri
Pero Cuando Llegó La 577ª Noche
Y Cuando Llegó La 578ª Noche
Y Cuando Llegó La 579ª Noche
Pero Cuando Llegó La 580ª Noche
Pero Cuando Llegó La 581ª Noche
Pero Cuando Llegó La 582ª Noche
Y Cuando Llegó La 583ª Noche
Pero Cuando Llegó La 584ª Noche

Y Cuando Llegó La 585ª Noche
Y Cuando Llegó La 586ª Noche
Y Cuando Llegó La 587ª Noche
Y Cuando Llegó La 588ª Noche
Pero Cuando Llegó La 589ª Noche
Y Cuando Llegó La 590ª Noche
Y Cuando Llegó La 591ª Noche
Y Cuando Llegó La 592ª Noche
Y Cuando Llegó La 593ª Noche
Pero Cuando Llegó La 594ª Noche
Pero Cuando Llegó La 595ª Noche
Y Cuando Llegó La 596ª Noche
Y Cuando Llegó La 597ª Noche
Y Cuando Llegó La 598ª Noche
Pero Cuando Llegó La 599ª Noche
Y Cuando Llegó La 600ª Noche
Pero Cuando Llegó La 601ª Noche
Pero Cuando Llegó La 602ª Noche
Y Cuando Llegó La 603ª Noche
Y Cuando Llegó La 604ª Noche
Pero Cuando Llegó La 605ª Noche
Pero Cuando Llegó La 606ª Noche
Y Cuando Llegó La 607ª Noche
Pero Cuando Llegó La 608ª Noche
Pero Cuando Llegó La 609ª Noche
Y Cuando Llegó La 610ª Noche
Pero Cuando Llegó La 611ª Noche
Pero Cuando Llegó La 612ª Noche
Y Cuando Llegó La 613ª Noche
Y Cuando Llegó La 614ª Noche
Y Cuando Llegó La 615ª Noche
Y Cuando Llegó La 616ª Noche
Los dos chistosos
Pero Cuando Llegó La 618ª Noche
Ardid de mujer
Pero Cuando Llegó La 620ª Noche
Y Cuando Llegó La 622ª Noche
Historia del dormido despierto
Pero Cuando Llegó La 624ª Noche
Y Cuando Llegó La 625ª Noche
Pero Cuando Llegó La 627ª Noche
Y Cuando Llegó La 629ª Noche
Pero Cuando Llegó La 630ª Noche
Pero Cuando Llegó La 632ª Noche

Pero Cuando Llegó La 634ª Noche
Y Cuando Llegó La 636ª Noche
Pero Cuando Llegó La 637ª Noche
Pero Cuando Llegó La 639ª Noche
Pero Cuando Llegó La 640ª Noche
Y Cuando Llegó La 642ª Noche
Y Cuando Llegó La 643ª Noche
Y Cuando Llegó La 644ª Noche
Pero Cuando Llegó La 645ª Noche
Pero Cuando Llegó La 647ª Noche
Pero Cuando Llegó La 648ª Noche
Pero Cuando Llegó La 649ª Noche
Y Cuando Llegó La 650ª Noche
Pero Cuando Llegó La 651ª Noche
Pero Cuando Llegó La 652ª Noche
Y Cuando Llegó La 653ª Noche
Los amores de Zein Al-Mawassif
Pero Cuando Llegó La 655ª Noche
Y Cuando Llegó La 656ª Noche
Pero Cuando Llegó La 658ª Noche
Y Cuando Llegó La 659ª Noche
Y Cuando Llegó La 660ª Noche
Pero Cuando Llegó La 662ª Noche
Pero Cuando Llegó La 663ª Noche
Pero Cuando Llegó La 665ª Noche
Y Cuando Llegó La 666ª Noche
Historia del joven holgazán
Y Cuando Llegó La 667ª Noche
Y Cuando Llegó La 668ª Noche
Pero Cuando Llegó La 669ª Noche
Pero Cuando Llegó La 670ª Noche
Y Cuando Llegó La 671ª Noche
Y Cuando Llegó La 672ª Noche
Y Cuando Llegó La 673ª Noche
Pero Cuando Llegó La 674ª Noche
Pero Cuando Llegó La 675ª Noche
Pero Cuando Llegó La 676ª Noche
Pero Cuando Llegó La 677ª Noche
Pero Cuando Llegó La 678ª Noche
Y Cuando Llegó La 679ª Noche
Pero Cuando Llegó La 700ª Noche
Pero Cuando Llegó La 701ª Noche
Y Cuando Llegó La 702ª Noche
Y Cuando Llegó La 703ª Noche

Pero Cuando Llegó La 704ª Noche
Y Cuando Llegó La 705ª Noche
Y Cuando Llegó La 706ª Noche
Y Cuando Llegó La 707ª Noche
Pero Cuando Llegó La 708ª Noche
Y Cuando Llegó La 709ª Noche
Pero Cuando Llegó La 710ª Noche
Y Cuando Llegó La 711ª Noche
Pero Cuando Llegó La 712ª Noche
Pero Cuando Llegó La 713ª Noche
Pero Cuando Llegó La 714ª Noche
Pero Cuando Llegó La 715ª Noche
La tumba de los amantes
Y Cuando Llegó La 717ª Noche
Y Cuando Llegó La 718ª Noche
Pero Cuando Llegó La 719ª Noche
El divorcio de Hind
Pero Cuando Llegó La 720ª Noche
Historia maravillosa del espejo de las vírgenes
Y Cuando Llegó La 721ª Noche
Pero Cuando Llegó La 722ª Noche
Y CUANDO LLEGÓ LA 723ª NOCHE
Pero Cuando Llegó La 724ª Noche
Pero Cuando Llegó La 725ª Noche
Pero Cuando Llegó La 726ª Noche
Y Cuando Llegó La 727ª Noche
Y Cuando Llegó La 728ª Noche
Pero Cuando Llegó La 729ª Noche
Pero Cuando Llegó La 730ª Noche
Y Cuando Llegó La 731ª Noche
Pero Cuando Llegó La 732ª Noche
Pero Cuando Llegó La 733ª Noche
Pero Cuando Llegó La 734ª Noche
Pero Cuando Llegó La 735ª Noche
Pero Cuando Llegó La 736ª Noche
Y Cuando Llegó La 738ª Noche
Y Cuando Llegó La 739ª Noche
Pero Cuando Llegó La 740ª Noche
Pero Cuando Llegó La 741ª Noche
Pero Cuando Llegó La 742ª Noche
Y Cuando Llegó La 743ª Noche
Y Cuando Llegó La 744ª Noche
Pero Cuando Llegó La 745ª Noche
Pero Cuando Llegó La 746ª Noche

Pero Cuando Llegó La 749ª Noche
Pero Cuando Llegó La 750ª Noche
Y Cuando Llegó La 751ª Noche
Y Cuando Llegó La 752ª Noche
Pero Cuando Llegó La 753ª Noche
Pero Cuando Llegó La 754ª Noche
Pero Cuando La 755ª Noche
Pero Cuando Llegó La 756ª Noche
Pero Cuando Llegó La 757ª Noche
Pero Cuando Llegó La 759ª Noche
Pero Cuando Llegó La 760ª Noche
Y Cuando Llegó La 761ª Noche
Y Cuando Llegó La 762ª Noche
Y Cuando Llegó La 763ª Noche
Pero Cuando Llegó La 764ª Noche
Pero Cuando Llegó La 765ª Noche
Pero Cuando Llegó La 766ª Noche
Pero Cuando Llegó La 767ª Noche
Pero Cuando Llegó La 768ª Noche
Pero Cuando Llegó La 769ª Noche
Pero Cuando Llegó La 770ª Noche
Y Cuando Llegó La 771ª Noche
Pero Cuando Llegó La 772ª Noche
Y Cuando Llegó La 773ª Noche
Pero Cuando Llegó La 774ª Noche
Farizada la de sonrisa de rosa
Y Cuando Llegó La 775ª Noche
Y Cuando Llegó La 776ª Noche
Y Cuando Llegó La 777ª Noche
Y Cuando Llegó La 779ª Noche
Y Cuando Llegó La 780ª Noche
Y Cuando Llegó La 781ª Noche
Pero Cuando Llegó La 782ª Noche
Y Cuando Llegó La 783ª Noche
Y Cuando Llegó La 784ª Noche
Y Cuando Llegó La 785ª Noche
Y Cuando Llegó La 786ª Noche
Pero Cuando Llegó La 787ª Noche
Historia de la pierna de carnero
Y Cuando Llegó La 788ª Noche
Las llaves del destino
Pero Cuando Llegó La 789ª Noche
Pero Cuando Llegó La 790ª Noche
Pero Cuando Llegó La 791ª Noche

Pero Cuando Llegó La 792ª Noche
Y Cuando Llegó La 793ª Noche
Y Cuando Llegó La 794ª Noche
Pero Cuando Llegó La 795ª Noche
Bahlul, bufón de Al-Raschid
La invitación a la paz universal
Pero Cuando Llegó La 796ª Noche
Las agujetas
Pero Cuando Llegó La 797ª Noche
Historia de los dos tragadores de haschisch
Y Cuando Llegó La 798ª Noche
Historia del kadí Padre-del-Cuesco
Y Cuando Llegó La 799ª Noche
Y Cuando Llegó La 800ª Noche
El pollino kadí
Pero Cuando Llegó La 801ª Noche
Pero Cuando Llegó La 802ª Noche
El kadí y el buche
Y Cuando Llegó La 803ª Noche
El kadí avisado
Pero Cuando Llegó La 804ª Noche
La lección del conocedor de mujeres
Pero Cuando Llegó La 805ª Noche
Y Cuando Llegó La 806ª Noche
La sentencia del tragador de haschisch
Pero Cuando Llegó La 807ª Noche
Y Cuando Llegó La 808ª Noche
Y Cuando Llegó La 809ª Noche
Pero Cuando Llegó La 810ª Noche
Pero Cuando Llegó La 811ª Noche
Y Cuando Llegó La 812ª Noche
Y Cuando Llegó La 813ª Noche
Y Cuando Llegó La 814ª Noche
Historia de Sarta-de-Perlas
Y Cuando Llegó La 815ª Noche
Y Cuando Llegó La 816ª Noche
Pero Cuando Llegó La 817ª Noche
Y Cuando Llegó La 818ª Noche
Pero Cuando Llegó La 819ª Noche
Y Cuando Llegó La 820ª Noche
Y Cuando Llegó La 821ª Noche
El tesoro sin fondo
Pero Cuando Llegó La 822ª Noche
Pero Cuando Llegó La 823ª Noche

Y Cuando Llegó La 824ª Noche
Y Cuando Llegó La 825ª Noche
Pero Cuando Llegó La 826ª Noche
Historia complicada del adulterino simpático
Pero Cuando Llegó La 827ª Noche
Y Cuando Llegó La 828ª Noche
Y Cuando Llegó La 829ª Noche
Pero Cuando Llegó La 830ª Noche
Y Cuando Llegó La 831ª Noche
Historia del mono jovenzuelo
Y Cuando Llegó La 832ª Noche
Pero Cuando Llegó La 833ª Noche
Pero Cuando Llegó La 834ª Noche
Historia del primer loco
Y Cuando Llegó La 835ª Noche
Pero Cuando Llegó La 836ª Noche
Y Cuando Llegó La 837ª Noche
Historia del segundo loco
Pero Cuando Llegó La 838ª Noche
Y Cuando Llegó La 839ª Noche
Pero Cuando Llegó La 840ª Noche
Y Cuando Llegó La 841ª Noche
Pero Cuando Llegó La 842ª Noche
Historia del tercer loco
Y Cuando Llegó La 843ª Noche
Pero Cuando Llegó La 844ª Noche
Y Cuando Llegó La 845ª Noche
Y Cuando Llegó La 846ª Noche
Pero Cuando Llegó La 847ª Noche
La malicia de las esposas
Pero Cuando Llegó La 848ª Noche
Historia contada por el pastelero
Pero Cuando Llegó La 849ª Noche
Historia contada por el verdulero
Pero Cuando Llegó La 850ª Noche
Historia contada por el carnicero
Pero Cuando Llegó La 851ª Noche
Historia contada por el clarinete mayor
Y Cuando Llegó La 852ª Noche
Y Cuando Llegó La 853ª Noche
Pero Cuando Llegó La 854ª Noche
Pero Cuando Llegó La 855ª Noche
Y Cuando Llegó La 856ª Noche
Y Cuando Llegó La 857ª Noche

Pero Cuando Llegó La 858ª Noche
Sin título
Y Cuando Llegó La 859ª Noche
Pero Cuando Llegó La 860ª Noche
Pero Cuando Llegó La 861ª Noche
Pero Cuando Llegó La 862ª Noche
Pero Cuando Llegó La 863ª Noche
Y Cuando Llegó La 864ª Noche
Y Cuando Llegó La 865ª Noche
Y Cuando Llegó La 866ª Noche
Pero Cuando Llegó La 867ª Noche
Pero Cuando Llegó La 868ª Noche
Historia del jeique de mano generosa
Y Cuando Llegó La 869ª Noche
Pero Cuando Llegó La 870ª Noche
Y Cuando Llegó La 871ª Noche
Pero Cuando Llegó La 872ª Noche
Y Cuando Llegó La 873ª Noche
Pero Cuando Llegó La 874ª Noche
Pero Cuando Llegó La 875ª Noche
Pero Cuando Llegó La 876ª Noche
Historia de la princesa Suleika
Pero Cuando Llegó La 877ª Noche
Pero Cuando Llegó La 878ª Noche
Y Cuando Llegó La 879ª Noche
Pero Cuando Llegó La 880ª Noche
Pero Cuando Llegó La 881ª Noche
Los ocios encantadores de la adolescencia desocupada
Pero Cuando Llegó La 882ª Noche
La pulsera de tobillo
Y Cuando Llegó La 883ª Noche
Y Cuando Llegó La 884ª Noche
Y Cuando Llegó La 885ª Noche
Y CUANDO LLEGÓ LA 886ª NOCHE
Pero Cuando Llegó La 887ª Noche
Pero Cuando Llegó La 888ª Noche
La hija del vendedor de garbanzos
Y Cuando Llegó La 889ª Noche
El desligador
Y Cuando Llegó La 890ª Noche
El capitán de policía
Y Cuando Llegó La 891ª Noche
¿Cuál es el más generoso?
Pero Cuando Llegó La 892ª Noche

El barbero emasculado
Pero Cuando Llegó La 893ª Noche
Fairuz y su esposa
Pero Cuando Llegó La 894ª Noche
El nacimiento y el ingenio
Y Cuando Llegó La 895ª Noche
Historia del libro mágico
Y Cuando Llegó La 896ª Noche
Pero Cuando Llegó La 897ª Noche
Pero Cuando Llegó La 898ª Noche
Y Cuando Llegó La 899ª Noche
Pero Cuando Llegó La 900ª Noche
Y Cuando Llegó La 901ª Noche
Pero Cuando Llegó La 902ª Noche
Pero Cuando Llegó La 903ª Noche
Pero Cuando Llegó La 904ª Noche
Historia espléndida del príncipe Diamante
Pero Cuando Llegó La 905ª Noche
Y Cuando Llegó La 906ª Noche
Y Cuando Llegó La 907ª Noche
Pero Cuando Llegó La 908ª Noche
Pero Cuando Llegó La 909ª Noche
Pero Cuando Llegó La 910ª Noche
Y Cuando Llegó La 911ª Noche
Y CUANDO LLEGÓ LA 912ª NOCHE
Y Cuando Llegó La 913ª Noche
Y Cuando Llegó La 914ª Noche
Y Cuando Llegó La 915ª Noche
Y Cuando Llegó La 916ª Noche
Pero Cuando Llegó La 917ª Noche
Pero Cuando Llegó La 918ª Noche
Pero Cuando Llegó La 919ª Noche
Y Cuando Llegó La 920ª Noche
Pero Cuando Llegó La 921ª Noche
Pero Cuando Llegó La 922ª Noche
Y Cuando Llegó La 923ª Noche
Pero Cuando Llegó La 924ª Noche
Y Cuando Llegó La 925ª Noche
Y Cuando Llegó La 926ª Noche
Pero Cuando Llegó La 927ª Noche
Pero Cuando Llegó La 928ª Noche
Pero Cuando Llegó La 929ª Noche
Pero Cuando Llegó La 930ª Noche
Y Cuando Llegó La 931ª Noche

Y Cuando Llegó La 932ª Noche
Pero Cuando Llegó La 933ª Noche
Pero Cuando Llegó La 934ª Noche
Y Cuando Llegó La 935ª Noche
Y Cuando Llegó La 936ª Noche
Y Cuando Llegó La 937ª Noche
Pero Cuando Llegó La 938ª Noche
Pero Cuando Llegó La 939ª Noche
Y Cuando Llegó La 940ª Noche
Y Cuando Llegó La 941ª Noche
Pero Cuando Llegó La 942ª Noche
Pero Cuando Llegó La 943ª Noche
Y Cuando Llegó La 944ª Noche
Y Cuando Llegó La 945ª Noche
Pero Cuando Llegó La 946ª Noche
Pero Cuando Llegó La 947ª Noche
Pero Cuando Llegó La 948ª Noche
Y Cuando Llegó La 949ª Noche
Y Cuando Llegó La 950ª Noche
Y Cuando Llegó La 951ª Noche
Y Cuando Llegó La 952ª Noche
Pero Cuando Llegó La 953ª Noche
Pero Cuando Llegó La 954ª Noche
Pero Cuando Llegó La 955ª Noche
Pero Cuando Llegó La 956ª Noche
Pero Cuando Llegó La 957ª Noche
Pero Cuando Llegó La 958ª Noche
Pero Cuando Llegó La 959ª Noche
Y Cuando Llegó La 960ª Noche
Pero Cuando Llegó La 961ª Noche
Pero Cuando Llegó La 962ª Noche
Pero Cuando Llegó La 963ª Noche
Pero Cuando Llegó La 964ª Noche
Y Cuando Llegó La 965ª Noche
Pero Cuando Llegó La 966ª Noche
Pero Cuando Llegó La 967ª Noche
Pero Cuando Llegó La 968ª Noche
Pero Cuando Llegó La 969ª Noche
Pero Cuando Llegó La 970ª Noche
Y Cuando Llegó La 971ª Noche
Pero Cuando Llegó La 972ª Noche
Y Cuando Llegó La 973ª Noche
Y Cuando Llegó La 974ª Noche
Y Cuando Llegó La 975ª Noche

Pero Cuando Llegó La 976ª Noche
La venganza del rey Hojjr
Pero Cuando Llegó La 977ª Noche
Pero Cuando Llegó La 978ª Noche
Omar el separador
Pero Cuando Llegó La 979ª Noche
Y Cuando Llegó La 980ª Noche
La cantarina Salamah la azul
Y Cuando Llegó La 981ª Noche
El parásito
Pero Cuando Llegó La 982ª Noche
La favorita del destino
Pero Cuando Llegó La 983ª Noche
Y Cuando Llegó La 984ª Noche
El collar fúnebre
Pero Cuando Llegó La 985ª Noche
Y Cuando Llegó La 986ª Noche
Ishak de Mossul y el aire nuevo
Pero Cuando Llegó La 987ª Noche
Pero Cuando Llegó La 988ª Noche
Las dos danzarinas
Pero Cuando Llegó La 989ª Noche
Pero Cuando Llegó La 990ª Noche
Pero Cuando Llegó La 991ª Noche
La joven árabe de la fuente
Pero Cuando Llegó La 992ª Noche
Pero Cuando Llegó La 993ª Noche
El inconveniente de la insistencia
Y Cuando Llegó La 994ª Noche
Y Cuando Llegó La 995ª Noche
Pero Cuando Llegó La 996ª Noche
Pero Cuando Llegó La 997ª Noche
Pero Cuando Llegó La 998ª Noche
Y Cuando Llegó La 999ª Noche
Y Cuando Llegó La 1000ª Noche
Pero Cuando Llegó La 1001ª Noche
Conclusión

Capítulo 1

¡AQUELLO QUE QUIERA ALAH!

¡EN EL NOMBRE DE ALAH
EL CLEMENTE,
EL MISERICORDIOSO!

¡La alabanza a Alah, amo del Universo! ¡Y la plegaria y la paz para el príncipe de los enviados, nuestro señor y soberano Mohamed! Y, para todos los tuyos, la plegaria y la paz siempre unidas esencialmente hasta el día de la recompensa.

¡Y después...! que las leyendas de los antiguos sean una lección para los modernos, a fin de que el hombre aprenda en los sucesos que ocurren a otros que no son él. Entonces respetará y comparará con atención las palabras de los pueblos pasados y lo que a él le ocurra y se reprimirá.

Por esto ¡gloria a quien guarda los relatos de los primeros como lección dedicada a los últimos!

De estas lecciones han sido entresacados los cuentos que se llaman «Mil y una noches», y todo lo que hay en ellos de cosas extraordinarias y de máximas.

Historia del rey Schahriar y su hermano el rey Schahzaman

Cuéntase —pero Alah es más sabio, más prudente más poderoso y más benéfico— que en lo que transcurrió en la antigüedad del tiempo y en lo pasado de la edad, hubo un rey entre los reyes de Sassan, en las islas de la India y de la China. Era dueño de ejércitos y señor de auxiliares, de servidores y de un séquito numeroso. Tenía dos hijos, y ambos eran heroicos jinetes, pero el mayor valía más aún que el menor. El mayor reinó en los países, gobernó con justicia entre los hombres y por eso le querían los habitantes del país y del reino. Llamábase el rey Schahriar. Su hermano, llamado Schahzaman, era el rey de Salamarcanda Al-Ajam.

Siguiendo las cosas el mismo curso, residieron cada uno en su país, y gobernaron con justicia a sus ovejas durante veinte años. Y llegaron ambos hasta el límite del desarrollo y el florecimiento.

No dejaron de ser así, hasta que el mayor sintió vehementes deseos de ver a su hermano. Entonces ordenó a su visir que partiese y volviese con él. El visir contestó: «Escucho y obedezco».

Partió, pues, y llegó felizmente por la gracia de Alah; entró en casa de Schahzaman, le transmitió la paz, le dijo que el rey Schahriar deseaba ardientemente verle, y que el objeto de su viaje era invitar a su hermano. El rey Schahzaman contestó: «Escucho y obedezco». Dispuso los preparativos de la partida, mandando sacar sus tiendas, sus camellos y sus mulos, y que saliesen sus servidores y auxiliares. Nombró a su visir gobernador del reino, y salió en demanda de las comarcas de su hermano.

Pero a medianoche recordó una cosa que había olvidado; volvió a su palacio apresuradamente, y encontró a su esposa tendida en el lecho abrazada con un negro, esclavo entre los esclavos. Al ver tal cosa, el mundo se oscureció ante sus ojos. Y se dijo: «Si ha sobrevenido tal aventura cuando apenas acabo de dejar la ciudad, ¿cuál sería la conducta de esta libertina si me ausentase algún tiempo para estar con mi hermano?» Desenvainó inmediatamente su alfanje, y acometiendo a ambos, los dejó muertos sobre los tapices del lecho. Volvió a salir sin perder una hora ni un instante, y ordenó la marcha de la comitiva. Y viajó de noche, hasta avistar la ciudad de su hermano.

Entonces éste se alegró de su proximidad, salió a su encuentro, y al recibirlo, le deseó la paz. Se regocijó hasta los mayores límites del contento, mandó adornar en honor suyo la ciudad, y se puso a hablarle lleno de efusión. Pero el rey Schahzaman recordaba la aventura de su esposa, y una nube de tristeza le velaba la faz. Su tez se había puesto pálida y su cuerpo se había debilitado. Al verle de tal modo, el rey Schahriar creyó en su alma que aquello se debía a haberse alejado de su reino y de su país, y lo dejaba estar sin preguntarle nada. Al fin, un día, le dijo: «Hermano, tu cuerpo enflaquece y tu cara amarillea». Y el otro respondió: «¡Ay, hermano, tengo en mi interior como una llaga en carne viva!» Pero no le reveló lo que le había ocurrido con su esposa. El rey Schahriar le dijo: «Quisiera que me acompañes a cazar a pie y a caballo, pues así tal vez se esparciera tu espíritu». El rey Schahzaman no quiso aceptar, y su hermano se fue solo a la cacería.

Había en el palacio unas ventanas que daban al jardín, y habiéndose asomado a una de ellas el rey Schahzaman, vio cómo se abría una puerta para dar salida a veinte esclavas y veinte esclavos, entre los cuales avanzaba la mujer del rey Schahriar en todo el esplendor de su belleza. Llegados a un estanque, se desnudaron y se mezclaron todos. Y súbitamente la mujer del rey gritó: «¡Oh, Massaud!» Y enseguida acudió hacia ella un robusto esclavo negro, que la abrazó. Ella se abrazó también a él, y entonces el negro la echó al suelo, boca arriba, y la gozó. A tal señal, todos los demás esclavos hicieron lo mismo con las mujeres. Y así siguieron largo tiempo, sin acabar con sus besos, abrazos, copulaciones y cosas semejantes hasta cerca del amanecer.

Al ver aquello, pensó el hermano del rey: «¡Por Alah! Más ligera es mi calamidad que esta otra». Inmediatamente, dejando que se desvaneciese su aflicción, se dijo: «¡En verdad, esto es más enorme que cuanto me ocurrió a mí!» Y desde aquel momento volvió a comer y beber cuanto pudo.

A todo esto, el rey, su hermano, volvió de su excursión, y ambos se desearon la paz íntimamente. Luego el rey Schahriar observó que su hermano el rey Schahzaman acababa de recobrar el buen color, pues su semblante había adquirido nueva vida, y advirtió también que comía con toda su alma después de haberse alimentado parcamente en los primeros días. Se asombró de ello, y dijo: «Hermano, poco ha te veía amarillo de tez y ahora has recuperado los colores. Cuéntame qué te pasa». El rey le dijo: «Te contaré la causa de mi anterior palidez, pero dispénsame de referirte el motivo de haber recobrado los colores». El rey replicó: «Para entendernos, relata primeramente la causa de tu pérdida de color y tu debilidad». Y se explicó de este modo: «Sabrás hermano, que cuando enviaste tu visir para requerir mi presencia, hice mis preparativos de marcha, y salí de la ciudad. Pero después me acordé de la joya que te destinaba y que te di al llegar a tu palacio. Volví, pues, y encontré a mi mujer acostada con un esclavo negro, durmiendo en los tapices de mi cama. Los maté a los dos, y vine hacia ti, muy atormentado por el recuerdo de tal aventura. Este fue el motivo de mi primera palidez y de mi enflaquecimiento. En cuanto a la causa de haber recobrado mi buen color, dispénsame de mencionarla».

Cuando su hermano oyó estas palabras, le dijo: «Por Alah, te conjuro a que me cuentes la causa de haber recobrado tus colores». Entonces el rey Schahzaman le refirió cuanto había visto. Y el rey Schahriar dijo: «Ante todo, es necesario que mis ojos vean semejante cosa». Su hermano le respondió: «Finge que vas de caza, pero escóndete en mis aposentos, y serás testigo del espectáculo: tus ojos lo comprobarán».

Inmediatamente, el rey mandó que el pregonero divulgase la orden de marcha. Los soldados salieron con sus tiendas fuera de la ciudad. El rey marchó también, se ocultó en su tienda y dijo a sus jóvenes esclavos: «¡Que nadie entre!» Luego se disfrazó, salió a hurtadillas y se dirigió al palacio. Llegó a los aposentos de su hermano, y se asomó a la ventana que daba al jardín. Apenas había pasado una hora, cuando salieron las esclavas, rodeando a su señora, y tras ellas los esclavos. E hicieron cuanto había contado Schahzaman, pasando en tales juegos hasta el asr.

Cuando vio estas cosas el rey Schahriar, la razón se ausentó de su cabeza, y dijo a su hermano: «Marchemos para saber cuál es nuestro destino en el camino de Alah, porque nada de común debemos tener con la realeza hasta encontrar a alguien que haya sufrido una aventura semejante a la nuestra. Si no, la muerte sería preferible a nuestra vida». Su hermano le contestó lo que era apropiado, y ambos salieron por una puerta secreta del palacio. Y no cesaron de caminar día y noche, hasta que por fin llegaron a un árbol, en medio de una solitaria pradera, junto a la mar salada. En aquella pradera había un manantial de agua dulce. Bebieron de ella y se sentaron a descansar.

Apenas había transcurrido una hora del día, cuando el mar empezó a agitarse. De pronto brotó de él una negra columna de humo, que llegó hasta el cielo y se dirigió después hacia la pradera. Los reyes, asustados, se subieron a la cima del árbol, que era muy alto, y se pusieron a mirar lo que tal cosa pudiera ser. Y he aquí que la columna de humo se convirtió en un efrit de elevada estatura, poderoso de hombros y robusto de pecho. Llevaba un arca sobre la cabeza. Puso el pie en el suelo, y se dirigió hacia el árbol y se sentó debajo de él. Levantó entonces la tapa del arca, sacó de ella una caja, la abrió, y apareció enseguida una encantadora joven, de espléndida hermosura, luminosa lo mismo que el sol, como dijo el poeta:

¡Antorcha en las tinieblas, ella aparece y es el día! ¡Ella aparece y con su luz se iluminan las auroras!

¡Los soles irradian con su claridad y las lunas con las sonrisas de sus ojos!

¡Que los velos de su misterio se rasguen, e inmediatamente las criaturas se prosternan encantados a sus pies!

¡Y ante los dulces relámpagos de su mirada, el rocío de las lágrimas de pasión humedece todos los párpados!

Después que el efrit hubo contemplado a la hermosa joven, le dijo: «¡Oh soberana de las sederías! ¡Oh tú, a quien rapté el mismo día de tu boda! Quisiera dormir un poco». Y el efrit colocó la cabeza en las rodillas de la joven y se durmió.

Entonces la joven levantó la cabeza hacia la copa del árbol y vio ocultos en las ramas a los dos reyes. Enseguida apartó de sus rodillas la cabeza del efrit, la puso en el suelo, y les dijo por señas: «Bajad, y no tengáis miedo de este efrit». Por señas, le respondieron: «¡Por Alah sobre ti! ¡Dispénsanos de lance tan peligroso!» Ella les dijo: «¡Por Alah sobre vosotros! Bajad enseguida, si no queréis que avise al efrit, que os dará la peor muerte». Entonces, asustados, bajaron hasta donde estaba ella, que se levantó para decirles: «Traspasadme con vuestra lanza de un golpe duro y violento; si no, avisaré al efrit». Schahriar, movido de espanto, dijo a Schahzaman: «Hermano, sé el primero en hacer lo que ésta manda». El otro repuso: «No lo haré sin que antes me des el ejemplo tú, que eres mayor». Y ambos empezaron a invitarse mutuamente, haciéndose con los ojos señas de copulación. Pero ella les dijo: «¿Para qué tanto guiñar los ojos? Si no venís y me obedecéis, llamo inmediatamente al efrit». Entonces, por miedo al efrit hicieron con ella lo que les había pedido. Cuando los hubo agotado, les dijo: «¡Qué expertos sois los dos!» Sacó del bolsillo un saquito y del saquito un collar compuesto de quinientas setenta sortijas con sellos, y les preguntó: «¿Sabéis lo que es esto?» Ellos contestaron: «No lo sabemos». Entonces les explicó la joven: «Los dueños de estos anillos me han poseído todos junto a los cuernos insensibles de este efrit. De suerte que me vais a dar vuestros anillos». Lo hicieron así, sacándoselos de los dedos, y ella entonces les dijo: «Sabed que este efrit me robó la noche de mi boda; me encerró en esa caja, metió la caja en el arca, le echó siete candados y la arrastró al fondo del mar, allí donde se combaten las olas. Pero no sabía que cuando desea alguna cosa una mujer no hay quien la venza. Ya lo dijo el poeta:

¡Amigo: no te fíes de la mujer; ríete de sus promesas! ¡Su buen o mal humor depende de los caprichos de su vulva!

¡Prodigan amor falso cuando la perfidia las llena y forma como la trama de sus vestidos!

¡Recuerda respetuosamente las Palabras de Yusuf! ¡Y no olvides que Eblis hizo que expulsaran a Adán por causa de la Mujer!

¡No te confíes, amigo! ¡Es inútil! ¡Mañana, en aquella que creas más segura, sucederá al amor puro una pasión loca!

Y no digas: “¡Si me enamoro, evitaré las locuras de los enamorados!” ¡No lo digas! ¡Sería verdaderamente un prodigio único ver salir a un hombre sano y salvo de la seducción de las mujeres!»

Los dos hermanos, al oír estas palabras, se maravillaron hasta más no poder, y se dijeron uno a otro: «Si éste es un efrit, y a pesar de su poderío le han ocurrido cosas más enormes que a nosotros, esta aventura debe consolarnos». Inmediatamente se despidieron de la joven y regresaron cada uno a su ciudad.

En cuanto el rey Schahriar entró en su palacio, mandó degollar a su esposa, así como a los esclavos y esclavas. Después ordenó a su visir que cada noche le llevase una joven que fuese virgen. Y cada noche arrebataba a una su virginidad. Y cuando la noche había transcurrido mandaba que la matasen. Así estuvo haciendo durante tres años, y todo eran lamentos y voces de horror. Los hombres huían con las hijas que les quedaban. En la ciudad no había ya ninguna doncella que pudiese servir para los asaltos de este cabalgador.

En esta situación, el rey mandó al visir que, como de costumbre, le trajese una joven. El visir, por más que buscó, no pudo encontrar ninguna, y regresó muy triste a su casa, con el alma transida de miedo ante el furor del rey. Pero este visir tenía dos hijas de gran hermosura, que poseían todos los encantos, todas las perfecciones y eran de una delicadeza exquisita. La mayor se llamaba Schehrazada, y el nombre de la menor era Doniazada.

La mayor, Schehrazada, había leído los libros, los anales, las leyendas de los reyes antiguos y las historias de los pueblos pasados. Dicen que poseía también mil libros de crónicas referentes a los pueblos de las edades remotas, a los reyes de la antigüedad y sus poetas. Y era muy elocuente y daba gusto oírla.

Al ver a su padre, le habló así: «¿Por qué te veo tan cambiado, soportando un peso abrumador de pesadumbres y aflicciones?... Sabe, padre, que el poeta dice: “¡Oh tú que te apenas, consuélate!... Nada es duradero, toda alegría se desvanece y todo pesar se olvida”».

Cuando oyó estas palabras el visir, contó a su hija cuanto había ocurrido, desde el principio al fin, concerniente al rey. Entonces le dijo Schehrazada: «Por Alah, padre, cásame con el rey, porque si no me mata, seré la causa del rescate de las hijas de los muslemine y podré salvarlas de entre las manos del rey». Entonces el visir contestó: «¡Por Alah sobre ti! No te expongas nunca a tal peligro». Pero Schehrazada repuso: «Es imprescindible que así lo haga». Entonces le dijo su padre: «Cuidado no te ocurra lo que les ocurrió al asno y al buey con el labrador. Escucha su historia:

Fábulas del asno, el buey y el labrador

«Has de saber, hija mía, que hubo un comerciante dueño de grandes riquezas y de mucho ganado. Estaba casado y con hijos. Alah, el Altísimo, le dio igualmente el conocimiento de los lenguajes de los animales y el canto de los pájaros. Habitaba este comerciante en un país fértil, a orillas de un río. En su morada había un asno y un buey.

»Cierto día llegó el buey al lugar ocupado por el asno y vio aquel sitio barrido y regado. En el pesebre había cebada y paja bien cribadas, y el jumento estaba echado, descansando. Cuando el amo lo montaba, era sólo para algún trayecto corto y por asunto urgente, y el asno volvía pronto a descansar. Ese día el comerciante oyó que el buey decía al pollino: “Come a gusto y que te sea sano, de provecho y de buena digestión. ¡Yo estoy rendido y tú descansado, después de comer cebada bien cribada! Si el amo te monta alguna que otra vez, pronto vuelve a traerte. En cambio, yo me reviento arando y con el trabajo del molino”. El asno le aconsejó: “Cuando salgas al campo y te echen el yugo, túmbate y no te menees aunque te den de palos. Y si te levantan, vuélvete a echar otra vez. Y si entonces te vuelven al establo y te ponen habas, no las comas, fíngete enfermo. Haz por no comer ni beber en unos días, y de ese modo descansarás de la fatiga del trabajo”.

»Pero el comerciante seguía presente, oyendo todo lo que hablaban.

»Se acercó el mayor al buey para darle forraje y le vio comer muy poca cosa. Por la mañana, al llevarlo al trabajo, lo encontró enfermo. Entonces el amo dijo al mayoral: “Coge al asno y que are todo el día en lugar del buey”. Y el hombre unció al asno en vez del buey y le hizo arar todo el día.

»Al anochecer, cuando el asno regresó al establo, el buey le dio las gracias por sus bondades, que le habían proporcionado el descanso de todo el día; pero el asno no le contestó. Estaba muy arrepentido.

»Al otro día el asno estuvo arando también durante toda la jornada y regresó con el pescuezo desollado, rendido de fatiga. El buey, al verle en tal estado, le dio las gracias de nuevo y lo colmó de alabanzas. El asno le dijo: “Bien tranquilo estaba yo antes. Ya ves cómo me ha perjudicado el hacer beneficio a los demás”. Y enseguida añadió: “Voy a darte un buen consejo de todos modos. He oído decir al amo que te entregarán al matarife si no te levantas, y harán una cubierta para la mesa con tu piel. Te lo digo para que te salves, pues sentiría que te ocurriese algo”.

»El buey, cuando oyó estas palabras del asno, le dio las gracias nuevamente, y le dijo: “Mañana reanudaré mi trabajo”. Y se puso a comer, se tragó todo el forraje y hasta lamió el recipiente con su lengua.

»Pero el amo les había oído hablar.

»En cuanto amaneció, fue con su esposa hacia el establo de los bueyes y las vacas, y se sentaron a la puerta. Vino el mayoral y sacó al buey, que en cuanto vio a su amo empezó a menear la cola, a ventosear ruidosamente y a galopar en todas direcciones como si estuviese loco. Entonces le entró tal risa al comerciante, que se cayó de espaldas. Su mujer le preguntó: “¿De qué te ríes?” Y él dijo: “De una cosa que he visto y oído; pero no la puedo descubrir porque me va en ello la vida”. La mujer insistió: “Pues has de contármela, aunque te cueste morir”. Y él dijo: “Me callo, porque temo a la muerte”. Ella repuso: “Entonces es que te ríes de mí”. Y desde aquel día no dejó de hostigarle tenazmente, hasta que le puso en una gran perplejidad. Entonces el comerciante mandó llamar a sus hijos, y así como al kadí y a unos testigos. Quiso hacer testamento antes de revelar el secreto a su mujer, pues amaba a su esposa entrañablemente porque era la hija de su tío paterno, madre de sus hijos, y había vivido con ella ciento veinte años de su edad. Hizo llamar también a todos los parientes de su esposa y a los habitantes del barrio y refirió a todos lo ocurrido, diciendo que moriría en cuanto revelase el secreto. Entonces toda la gente dijo a la mujer: “¡Por Alah sobre ti! No te ocupes más del asunto, pues va a perecer tu marido, el padre de tus hijos”. Pero ella replicó: “Aunque le cueste la vida, no le dejaré en paz hasta que me haya dicho su secreto”. Entonces ya no le rogaron más. El comerciante se apartó de ellos y se dirigió al estanque de la huerta para hacer sus abluciones y volver inmediatamente a revelar su secreto y morir.

»Pero había un gallo lleno de vigor, capaz de dejar satisfechas a cincuenta gallinas, y junto a él hallábase un perro. Y el comerciante oyó que el perro increpaba al gallo de este modo: “¿No te avergüenza el estar tan alegre cuando va a morir nuestro amo?” Y el gallo preguntó: “¿Por qué causa va a morir?”

»Entonces el perro contó toda la historia, y el gallo repuso: “¡Por Alah! Poco talento tiene nuestro amo. Cincuenta esposas tengo yo, y a todas sé manejármelas perfectamente, regañando a unas y contentando a otras. ¡En cambio, él sólo tiene una y no sabe entenderse con ella! El medio es bien sencillo: bastaría con cortar unas cuantas varas de morera, entrar en el camarín de su esposa y darle hasta que sucumbiera o se arrepintiese. No volvería a importunarle con preguntas”. Así dijo el gallo, y cuando el comerciante oyó sus palabras se iluminó su razón, y resolvió dar una paliza a su mujer».

El visir interrumpió aquí su relato para decir a su hija Schehrazada: «Acaso el rey haga contigo lo que el comerciante con su mujer». Y Schehrazada preguntó: «¿Pero qué hizo?» Entonces el visir prosiguió de este modo:

«Entró el comerciante llevando ocultas las varas de morera que acababa de cortar, y llamó aparte a su esposa: “Ven a nuestro gabinete para que te diga mi secreto”. La mujer le siguió; el comerciante se encerró con ella y empezó a sacudirla varazos, hasta que ella acabó por decir: “¡Me arrepiento, me arrepiento!” Y besaba las manos y los pies de su marido. Estaba arrepentida de veras. Salieron entonces, y la concurrencia se alegró muchísimo, regocijándose también los parientes. Y todos vivieron muy felices hasta la muerte».

Dijo. Y cuando Schehrazada, hija del visir, hubo oído este relato, insistió nuevamente en su ruego: «Padre, de todos modos, quiero que hagas lo que te he pedido». Entonces el visir, sin replicar nada, mandó que preparasen el ajuar de su hija, y marchó a comunicar la nueva al rey Schahriar.

Mientras tanto, Schehrazada decía a su hermana Doniazada: «Te mandaré llamar cuando esté en el palacio, y así que llegues y veas que el rey ha terminado su cosa conmigo, me dirás: “Hermana, cuenta alguna historia maravillosa que nos haga pasar la noche”. Entonces yo narraré cuentos que, si quiere Alah, serán la causa de la emancipación de las hijas de los musulmanes».

Fue a buscarla después el visir, y se dirigió con ella hacia la morada del rey. El rey se alegró muchísimo al ver a Schehrazada, y preguntó a su padre: «¿Es ésta lo que yo necesito?» Y el visir dijo respetuosamente: «Sí, lo es».

Pero cuando el rey quiso acercarse a la joven, ésta se echó a llorar. Y el rey le dijo: «¿Qué te pasa?» Y ella contestó «¡Oh rey poderoso, tengo una hermanita, de la cual quisiera despedirme!» El rey mandó buscar a la hermana, y apenas vino se abrazó a Schehrazada, y acabó por acomodarse cerca del lecho.

Entonces el rey se levantó, y cogiendo a Schehrazada, le arrebató la virginidad.

Después empezaron a conversar.

Doniazada dijo entonces a Schehrazada: «¡Hermana, por Alah sobre ti!, cuéntanos una historia que nos haga pasar la noche». Y Schehrazada contestó: «De buena gana, y como un debido homenaje, si es que me lo permite este rey tan generoso, dotado de tan buenas maneras». El rey, al oír estas palabras, como no tuviese ningún sueño, se prestó de buen grado a escuchar la narración de Schehrazada.

Y Schehrazada, aquella primera noche, empezó su relato con la historia que sigue:

PRIMERA NOCHE

Historia del mercader y el efrit

Schehrazada dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que hubo un mercader entre los mercaderes, dueño de numerosas riquezas y de negocios comerciales en todos los países. Un día montó a caballo y salió para ciertas comarcas a las cuales le llamaban sus negocios. Como el calor era sofocante, se sentó debajo de un árbol, y echando mano al saco de provisiones, sacó unos dátiles, y cuando los hubo comido tiró a lo lejos los huesos. Pero de pronto se le apareció un efrit de enorme estatura, que, blandiendo una espada, llegó hasta el mercader y le dijo: «Levántate, para que yo te mate como has matado a mi hijo». El mercader repuso: «Pero ¿cómo he matado yo a tu hijo?» Y contestó el efrit: «Al arrojar los huesos, dieron en el pecho a mi hijo y lo mataron». Entonces dijo el mercader: «Considera ¡oh gran efrit! que no puedo mentir, siendo, como soy, un creyente. Tengo muchas riquezas, tengo hijos y esposa, y además guardo en mi casa depósitos que me confiaron. Permíteme volver para repartir lo de cada uno, y te vendré a buscar en cuanto lo haga. Tienes mi promesa y mi juramento de que volveré enseguida a tu lado. Y tú entonces harás de mí lo que quieras. Alah es fiador de mis palabras».

El efrit, teniendo confianza en él, dejó partir al mercader.

Y el mercader volvió a su tierra, arregló sus asuntos, y dio a cada cual lo que le correspondía. Después contó a su mujer y a sus hijos lo que le había ocurrido, y se echaron todos a llorar: los parientes, las mujeres, los hijos. Después el mercader hizo testamento y estuvo con su familia hasta el fin del año. Al llegar este término se resolvió a partir, y tomando su sudario bajo el sobaco, dijo adiós a sus parientes y vecinos, y se fue muy contra su gusto. Los suyos se lamentaban, dando gritos de dolor.

En cuanto al mercader, siguió su camino hasta que llegó al jardín en cuestión, y el día en que llegó era el primer día del año nuevo. Y mientras estaba sentado, llorando su desgracia, he aquí que un jeque se dirigió hacia él, llevando una gacela encadenada. Saludó al mercader, le deseó una vida próspera, y le dijo: «¿Por qué razón estás parado y solo en este lugar tan frecuentado por los efrits?»

Entonces le contó el mercader lo que le había ocurrido con el efrit y la causa de haberse detenido en aquel sitio. Y el jeque dueño de la gacela se asombró grandemente, y dijo: «¡Por Alah! ¡oh hermano! tu fe es una gran fe, y tu historia es tan prodigiosa, que si se escribiera con una aguja en el ángulo interior de un ojo, sería motivo de reflexión para el que sabe reflexionar respetuosamente». Después, sentándose a su lado, prosiguió: «¡Por Alah! ¡oh mi hermano! no te dejaré hasta que veamos lo que te ocurre con el efrit». Y allí se quedó, efectivamente, conversando con él, y hasta pudo ayudarle cuando se desmayó de terror, presa de una aflicción muy honda y de crueles pensamientos. Seguía allí el dueño de la gacela, cuando llegó un segundo jeque, que se dirigió a ellos con dos lebreles negros. Se acercó, les deseó la paz y les preguntó la causa de haberse parado en aquel lugar frecuentado por los efrits. Entonces ellos le refirieron la historia desde el principio hasta el fin. Y apenas se había sentado, cuando un tercer jeque se dirigió hacia ellos, llevando una mula de color de estornino. Les deseó la paz y les preguntó por qué estaban sentados en aquel sitio. Y los otros le contaron la historia desde el principio hasta el fin. Pero no es de ninguna utilidad el repetirla.

A todo esto, se levantó un violento torbellino de polvo en el centro de aquella pradera. Descargó una tormenta, se disipó después el polvo y apareció el efrit con un alfanje muy afilado en una mano y brotándole chispas de los ojos. Se acercó al grupo, y dijo cogiendo al mercader: «Ven para que yo te mate como mataste a aquel hijo mío, que era el aliento de mi vida y el fuego de mi corazón». Entonces se echó a llorar el mercader, y los tres jeques empezaron también a llorar, a gemir y a suspirar.

Pero el primero de ellos, el dueño de la gacela, acabó por tomar ánimos, y besando la mano del efrit, le dijo: «¡Oh efrit, jefe de los efrits y de su corona! Si te cuento lo que me ocurrió con esta gacela y te maravilla mi historia, ¿me recompensarás con el tercio de la sangre de este mercader?» Y el efrit dijo: «Verdaderamente que sí, venerable jeque. Si me cuentas la historia y yo la encuentro extraordinaria, te concederé el tercio de esa sangre».

CUENTO DEL PRIMER JEQUE

El primer jeque dijo:

«Sabe, ¡oh gran efrit! que esta gacela era la hija de mi tío carne de mi carne y sangre de mi sangre. Cuando esta mujer era todavía joven, nos casamos y vivimos juntos cerca de treinta años. Pero Alah no me concedió tener de ella ningún hijo. Por esto tomé una concubina, que, gracias a Alah, me dio un hijo varón, más hermoso que la luna cuando sale. Tenía unos ojos magníficos, sus cejas se juntaban y sus miembros eran perfectos. Creció poco a poco, hasta llegar a los quince años. En aquella época tuve que marchar a una población lejana, donde reclamaba mi presencia un gran negocio de comercio.

»La hija de mi tío, o sea esta gacela, estaba iniciada desde su infancia en la brujería y el arte de los encantamientos. Con la ciencia de su magia transformó a mi hijo en ternerillo, y a su madre, la esclava, en una vaca, y los entregó al mayoral de nuestro ganado.

»Después de bastante tiempo, regresé del viaje; pregunté por mi hijo y por mi esclava, y la hija de mi tío me dijo: “Tu esclava ha muerto, y tu hijo se escapó y no sabemos de él”. Entonces, durante un año estuve bajo el peso de la aflicción de mi corazón y el llanto de mis ojos.

»Llegada la fiesta anual del día de los Sacrificios, ordené al mayoral que me reservara una de las mejores vacas, y me trajo la más gorda de todas, que era mi esclava encantada por esta gacela. Remangado mi brazo, levanté los faldones de la túnica, y ya me disponía al sacrificio, cuchillo en mano, cuando de pronto la vaca prorrumpió en lamentos y derramaba lágrimas abundantes. Entonces me detuve, y la entregué al mayoral para que la sacrificase; pero al desollarla no se le encontró ni carne ni grasa, pues sólo tenía los huesos y el pellejo. Me arrepentí de haberla matado, pero ¿de qué servía ya el arrepentimiento? Se la di al mayoral, y le dije: “Tráeme un becerro bien gordo”. Y me trajo a mi hijo convertido en ternero.

»Cuando el ternero me vio, rompió la cuerda, se me acercó corriendo, y se revolcó a mis pies, pero ¡con qué lamentos! ¡con qué llantos! Entonces tuve piedad de él, y le dije al mayoral: “Tráeme otra vaca, y deja con vida a este ternero”.»

En este punto de su narración, vio Schehrazada que iba a amanecer, y se calló discretamente, sin aprovecharse más del permiso. Entonces su hermana Doniazada le dijo: «¡Oh hermana mía! ¡Cuán dulces y cuán sabrosas son tus palabras llenas de delicia!» Schehrazada contestó: «Pues nada son comparadas con lo que os podría contar la noche próxima, si vivo todavía y el rey quiere conservarme». Y el rey dijo para sí: «¡Por Alah! No la mataré hasta que haya oído la continuación de su historia».

Después, el rey y Schehrazada pasaron toda la noche abrazados. Luego marchó el rey a presidir su tribunal. Y vio llegar al visir, que llevaba debajo del brazo un sudario para Schehrazada, a la cual creía muerta. Pero nada le dijo de esto el rey, y siguió administrando justicia, designando a unos para los empleos, destituyendo a otros, hasta que acabó el día. Y el visir se fue perplejo, en el colmo del asombro, al saber que su hija vivía.

Cuando hubo terminado el diván, el rey Schahriar volvió a su palacio.

PERO CUANDO LLEGÓ LA SEGUNDA NOCHE

Doniazada dijo a su hermana Schehrazada: «¡Oh hermana mía! Te ruego que acabes la historia del mercader y el efrit». Y Schehrazada respondió: «De todo corazón y como debido homenaje, siempre que el rey me lo permita». Y el rey ordenó: «Puedes hablar».

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado, dotado de ideas justas y rectas! que cuando el mercader vio llorar al ternero, se enterneció su corazón, y dijo al mayoral: «Deja ese ternero con el ganado».

Y a todo esto, el efrit se asombraba prodigiosamente de esta historia asombrosa. Y el jeque dueño de la gacela prosiguió de este modo:

«¡Oh señor de los reyes de los efrits! todo esto aconteció. La hija de mi tío, esta gacela, hallábase allí mirando, y decía: “Debemos sacrificar ese ternero tan gordo”. Pero yo, por lástima, no podía decidirme, y mandé al mayoral que de nuevo se lo llevara, obedeciéndome él.

»Al segundo día, estaba yo sentado, cuando se me acercó el pastor y me dijo: “¡Oh amo mío! Voy a enterarte de algo que te alegrará. Esta buena nueva bien merece una gratificación”. Y yo le contesté: “Cuenta con ella”. Y me dijo: “¡Oh mercader ilustre! Mi hija es bruja, pues aprendió la brujería de una vieja que vivía con nosotros. Ayer, cuando me diste el ternero, entré con él en la habitación de mi hija, y ella, apenas lo vio, cubrióse con el velo la cara, echándose a llorar, y después a reír. Luego me dijo: ‘Padre, ¿tan poco valgo para ti que dejas entrar hombres en mi aposento?’ Yo repuse: ‘Pero ¿dónde están esos hombres? ¿Y por qué lloras y ríes así?’ Y ella me dijo: ‘El ternero que traes contigo es hijo de nuestro amo el mercader, pero está encantado. Y es su madrastra la que lo ha encantado, y a su madre con él. Me he reído al verle bajo esa forma de becerro. Y si he llorado es a causa de la madre del becerro, que fue sacrificada por el padre’. Estas palabras de mi hija me sorprendieron mucho, y aguardé con impaciencia que volviese la mañana para venir a enterarte de todo”.

»Cuando oí, ¡oh poderoso efrit! —prosiguió el jeque— lo que me decía el mayoral, salí con él a toda prisa, y sin haber bebido vino creíame embriagado por el inmenso júbilo y por la gran felicidad que sentía al recobrar a mi hijo. Cuando llegué a casa del mayoral, la joven me deseó la paz y me besó la mano, y luego se me acercó el ternero, revolcándose a mis pies. Pregunté entonces a la hija del mayoral: “¿Es cierto lo que afirmas de este ternero?” Y ella dijo: “Cierto, sin duda alguna. Es tu hijo, la llama de tu corazón”. Y le supliqué: “¡Oh gentil y caritativa joven! si desencantas a mi hijo, te daré cuantos ganados y fincas tengo al cuidado de tu padre”. Sonrió al oír estas palabras, y me dijo: “Sólo aceptaré la riqueza con dos condiciones: la primera, que me casaré con tu hijo, y la segunda, que me dejarás encantar y aprisionar a quien yo desee. De lo contrario, no respondo de mi eficacia contra las perfidias de tu mujer”.

»Cuando yo oí, ¡oh poderoso efrit! las palabras de la hija del mayoral, le dije: “Sea, y por añadidura tendrás las riquezas que tu padre me administra. En cuanto a la hija de mi tío, te permito que dispongas de su sangre”.

»Apenas escuchó ella mis palabras, cogió una cacerola de cobre, llenándola de agua y pronunciando sus conjuros mágicos. Después roció con el líquido al ternero, y le dijo: “Si Alah te creó ternero, sigue ternero, sin cambiar de forma; pero si estás encantado, recobra tu figura primera con el permiso de Alah el Altísimo”.

»E inmediatamente el ternero empezó a agitarse y volvió a adquirir la forma humana. Entonces, arrojándose en sus brazos, le besé. Y luego le dije: “¡Por Alah sobre ti! Cuéntame lo que la hija de mi tío hizo contigo y con tu madre”. Y me contó cuanto les había ocurrido. Y yo dije entonces: “¡Ah hijo mío! Alah, dueño de los destinos, reservaba a alguien para salvarte y salvar tus derechos”.

»Después de esto, ¡oh buen efrit! casé a mi hijo con la hija del mayoral. Y ella, merced a su ciencia de brujería, encantó a la hija de mi tío, transformándola en esta gacela que tú ves. Al pasar por aquí encontréme con estas buenas gentes, les pregunté qué hacían, y por ellos supe lo ocurrido a este mercader, y hube de sentarme para ver lo que pudiese sobrevenir. Y esta es mi historia».

Entonces exclamó el efrit: «Historia realmente muy asombrosa. Por eso te concedo como gracia el tercio de la sangre que pides».

En este momento se acercó el segundo jeque, el de los lebreles negros, y dijo:

CUENTO DEL SEGUNDO JEQUE

«Sabe, ¡oh señor de los reyes de los efrits! que estos dos perros son mis hermanos mayores y yo soy el tercero. Al morir nuestro padre, nos dejó en herencia tres mil dinares. Yo, con mi parte, abrí una tienda y me puse a vender y comprar. Uno de mis hermanos, comerciante también, se dedicó a viajar con las caravanas, y estuvo ausente un año. Cuando regresó no le quedaba nada de su herencia. Entonces le dije: “¡Oh hermano mío! ¿no te había aconsejado que no viajaras?” Y echándose a llorar, me contestó: “Hermano, Alah, que es grande y poderoso, lo dispuso así. No pueden serme de provecho ya tus palabras, puesto que nada tengo ahora”. Le llevé conmigo a la tienda, lo acompañé luego al hammam y le regalé un magnífico traje de la mejor clase. Después nos sentamos a comer, y le dije: “Hermano, voy a hacer la cuenta de lo que produce mi tienda en un año, sin tocar al capital, y nos partiremos las ganancias”. Y, efectivamente, hice la cuenta, y hallé un beneficio anual de mil dinares. Entonces di gracias a Alah, que es poderoso y grande, y dividí la ganancia luego entre mi hermano y yo. Y así vivimos juntos días y días.

»Pero de nuevo mis hermanos desearon marcharse, y pretendían que yo les acompañase. No acepté y les dije: “¿Qué habéis ganado con viajar, para que así pueda yo tentarme de imitaros?” Entonces empezaron a dirigirme reconvenciones, pero sin ningún fruto, pues no les hice caso, y seguimos comerciando en nuestras tiendas otro año. Otra vez volvieron a proponerme el viaje, oponiéndome yo también, y así pasaron seis años más. Al fin acabaron por convencerme, y les dije: “Hermanos, contemos el dinero que tenemos”. Contamos, y dimos con un total de seis mil dinares. Entonces les dije: “Enterremos la mitad, para poder utilizar si nos ocurriese una desgracia, y tomemos mil dinares cada uno para comerciar al por menor”. Y contestaron: “¡Alah favorezca la idea!” Cogí el dinero y lo dividí en dos partes iguales; enterré tres mil dinares y los otros tres mil los repartí juiciosamente entre nosotros tres. Después compramos varias mercaderías, fletamos un barco, llevamos a él todos nuestros efectos, y partimos.

»Duró un mes entero el viaje, y llegamos a una ciudad, donde vendimos las mercaderías con una ganancia de diez dinares por dinar. Luego abandonamos la plaza.

»Al llegar a orillas del mar encontramos a una mujer pobremente vestida, con ropas viejas y raídas. Se me acercó, me besó la mano, y me dijo: “Señor, ¿me puedes socorrer? ¿Quieres favorecerme? Yo, en cambio, sabré agradecer tus bondades”. Y le dije: “Te socorreré; mas no te creas obligada a la gratitud”. Y ella me respondió: “Señor, entonces cásate conmigo, llévame a tu país y te consagraré mi alma. Favoréceme, que yo soy de las que saben el valor de un beneficio. No te avergüences de mi humilde condición”. Al oír estas palabras, sentí piedad hacia ella, pues nada hay que no se haga mediante la voluntad de Alah, que es grande y poderoso. Me la llevé, la vestí con ricos trajes, hice tender magníficas alfombras en el barco para ella y le dispensé una hospitalaria acogida llena de cordialidad. Después zarpamos.

»Mi corazón llegó a amarla con un gran amor, y no la abandoné de día ni de noche. Y como de los tres hermanos era yo el único que podía gozarla, estos hermanos míos sintieron celos, además de envidiarme por mis riquezas y por la calidad de mis mercaderías. Dirigían ávidas miradas sobre cuanto poseía yo, y se concertaron para matarme y repartirse mi dinero, porque el Cheitan sin duda les hizo ver su mala acción con los más bellos colores.

»Un día, cuando estaba yo durmiendo con mi esposa, llegaron hasta nosotros y nos cogieron, echándonos al mar. Mi esposa se despertó en el agua, y de súbito cambió de forma, convirtiéndose en efrita. Me tomó sobre sus hombros y me depositó sobre una isla. Después desapareció durante toda la noche, regresando al amanecer, y me dijo: “¿No reconoces a tu esposa? Te he salvado de la muerte con ayuda del Altísimo. Porque has de saber que soy una efrita. Y desde el instante en que te vi, te amó mi corazón, simplemente porque Alah lo ha querido, y yo soy una creyente en Alah y en su Profeta, al cual Alah bendiga y preserve. Cuando yo me he acercado a ti en la pobre condición en que me hallaba, tú te aviniste de todos modos a casarte conmigo. Y yo, en justa gratitud, he impedido que perezcas ahogado. En cuanto a tus hermanos, siento el mayor furor contra ellos y es preciso que los mate”.

»Asombrado de sus palabras, le di las gracias por su acción, y le dije: “No puedo consentir la pérdida de mis hermanos”. Luego le conté todo lo ocurrido con ellos, desde el principio hasta el fin, y me dijo entonces: “Esta noche volaré hacia la nave que los conduce, y la haré zozobrar para que sucumban”. Yo repliqué: “¡Por Alah sobre ti! No hagas eso, recuerda que el

Maestro de los Proverbios dice: ‘¡Oh tú, compasivo del delincuente! Piensa que para el criminal es bastante castigo su mismo crimen’, y además considera que son mis hermanos”. Pero ella insistió: “Tengo que matarlos sin remedio”. Y en vano imploré su indulgencia. Después se echó a volar llevándome en sus hombros, y me dejó en la azotea de mi casa.

»Abrí entonces las puertas y saqué los tres mil dinares del escondrijo. Luego abrí mi tienda, y después de hacer las visitas necesarias y los saludos de costumbre, compré nuevos géneros.

»Llegada la noche, cerré la tienda, y al entrar en mis habitaciones encontré estos dos lebreles que estaban atados en un rincón. Al verme se levantaron, rompieron a llorar y se agarraron a mis ropas. Entonces acudió mi mujer y me dijo: “Son tus hermanos”. Y yo le dije: “¿Quién los ha puesto en esta forma?” Y ella contestó: “Yo misma. He rogado a mi hermana, más versada que yo en artes de encantamiento, que los pusiera en ese estado. Diez años permanecerán así”.

«Por eso, ¡oh efrit poderoso! me ves aquí, pues voy en busca de mi cuñada, a la que deseo suplicar los desencante, porque van ya transcurridos los diez años. Al llegar me encontré con este buen hombre, y cuando supe su aventura, no quise marcharme hasta averiguar lo que sobreviniese entre tú y él. Y este es mi cuento».

El efrit dijo: «Es realmente un cuento asombroso, por lo que te concedo otro tercio de la sangre destinada a rescatar el crimen».

Entonces se adelantó el tercer jeque, dueño de la mula, y dijo al efrit: «Te contaré una historia más maravillosa que las de estos dos. Y tú me recompensarás con el resto de la sangre». El efrit contestó: «Que así sea».

Y el tercer jeque dijo:

CUENTO DEL TERCER JEQUE

«¡Oh sultán, jefe de los efrits! Esta mula que ves aquí era mi esposa. Una vez salí de viaje y estuve ausente todo un año. Terminados mis negocios, volví de noche, y al entrar en el cuarto de mi mujer, la encontré acostada sobre los tapices de la cama con un esclavo negro. Estaban conversando, y se besaban, haciéndose zalamerías, riendo y excitándose con juegos. Al verme ella, se levantó súbitamente y se abalanzó a mí con una vasija de agua en la mano; murmuró algunas palabras luego, y me dijo arrojándome el agua: “¡Sal de tu propia forma y reviste la de un perro!” Inmediatamente me convertí en perro, y mi esposa me echó de casa. Anduve vagando, hasta llegar a una carnicería, donde me puse a roer huesos. Al verme el carnicero, me cogió y me llevó con él.

»Apenas penetramos en el cuarto de su hija, ésta se cubrió con el velo y recriminó a su padre: “¿Te parece bien lo que has hecho? Traes a un hombre y lo entras en mi habitación”. Y repuso el padre: “¿Pero dónde está ese hombre?” Ella contestó: “Ese perro es un hombre. Lo ha encantado una mujer; pero yo soy capaz de desencantarlo”. Y su padre le dijo: “¡Por Alah sobre ti! Devuélvele su forma, hija mía”. Ella cogió una vasija con agua, y después de murmurar un conjuro, me echó unas gotas y dijo: “¡Sal de esa forma y recobra la primitiva!” Entonces volví a mi forma humana, besé la mano de la joven, y le dije: “Quisiera que encantases a mi mujer, como ella me encantó”. Me dio entonces un frasco con agua, y me dijo: “Si encuentras dormida a tu mujer rocíale con esta agua y se convertirá en lo que quieras”. Efectivamente, la encontré dormida, le eché el agua, y dije: “¡Sal de esa forma y toma la de una mula!” Y al instante se transformó en una mula, y es la misma que aquí ves, sultán de reyes de los efrits».

El efrit se volvió entonces hacia la mula, y le dijo: «¿Es verdad todo eso?» Y la mula movió la cabeza como afirmando: «Sí, sí; todo es verdad».

Esta historia consiguió satisfacer al efrit, que, lleno de emoción y de placer, hizo gracia al anciano del último tercio de la sangre.

En aquel momento Schehrazada vio aparecer la mañana, y discretamente dejó de hablar, sin aprovecharse más del permiso. Entonces su hermana Doniazada dijo: «¡Ah, hermana mía! ¡Cuán dulces, cuán amables y cuán deliciosas son en su frescura tus palabras!» Y Schehrazada contestó: «Nada es eso comparado con lo que te contaré la noche próxima, si vivo aún y el rey quiere conservarme». Y el rey se dijo: «¡Por Alah! No la mataré hasta que le haya oído la continuación de su relato, que es asombroso».

Después el rey y Schehrazada pasaron enlazados la noche hasta por la mañana. Entonces el rey marchó a la sala de justicia. Entraron el visir y los oficiales y se llenó el diván de gente. Y el rey juzgó, nombró, destituyó, despachó sus asuntos y dio órdenes hasta el fin del día. Luego se levantó el diván y el rey volvió a palacio.

PERO CUANDO LLEGÓ LA TERCERA NOCHE

Doniazada dijo: «Hermana mía, te suplico que termines tu relato». Y Schehrazada contestó: «Con toda la generosidad y simpatía de mi corazón». Y prosiguió después:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que cuando el tercer jeque contó al efrit el más asombroso de los tres cuentos, el efrit se maravilló mucho, y emocionado y placentero, dijo: «Concedo el resto de la sangre por que había de redimirse el crimen, y dejo en libertad al mercader».

Entonces el mercader, contentísimo, salió al encuentro de los jeques y les dio miles de gracias. Ellos, a su vez, le felicitaron por el indulto.

Y cada cual regresó a su país.

«Pero —añadió Schehrazada— es más asombrosa la historia del pescador».

Y el rey dijo a Schehrazada: «¿Qué historia del pescador es esa?»

Y Schehrazada dijo:

HISTORIA DEL PESCADOR Y EL EFRIT

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que había un pescador, hombre de edad avanzada, casado, con tres hijos y muy pobre.

Tenía por costumbre echar las redes sólo cuatro veces al día y nada más. Un día entre los días a las doce de la mañana, a las doce de la mañana, fue a orillas del mar, dejó en el suelo la cesta, echó la red, y estuvo esperando hasta que llegara al fondo. Entonces juntó las cuerdas y notó que la red pesaba mucho y no podía con ella. Llevó el cabo a tierra y lo ató a un poste. Después se desnudó y entró en el mar, maniobrando en torno de la red, y no paró hasta que la hubo sacado. Vistióse entonces muy alegre, y acercándose a la red, encontró un borrico muerto. Al verlo, exclamó desconsolado: «¡Todo el poder y la fuerza están en Alah, el Altísimo y el Omnipotente!» Luego dijo: «En verdad que este donativo de Alah es asombroso». Y recitó los siguientes versos:

¡Oh buzo, que giras ciegamente en las tinieblas de la noche y de la perdición! ¡Abandona esos penosos trabajos; la fortuna no gusta del movimiento!

Sacó la red, exprimiéndole el agua, y cuando hubo acabado de exprimirla, la tendió de nuevo. Después, internándose en el agua, exclamó: «¡En el nombre de Alah!» Y arrojó la red de nuevo, aguardando que llegara al fondo. Quiso entonces sacarla, pero notó que pesaba más que antes y que estaba más adherida, por lo cual la creyó repleta de una buena pesca; y arrojándose otra vez al agua, la sacó al fin con gran trabajo, llevándola a la orilla, y encontró una tinaja enorme, llena de arena y de barro. Al verla se lamentó mucho y recitó estos versos:

¡Cesad, vicisitudes de la suerte, y apiadaos de los hombres!

¡Qué tristeza! ¡Sobre la tierra ninguna recompensa es igual al mérito, ni digna del esfuerzo realizado por alcanzarla!

¡Salgo de casa a veces para buscar candorosamente la fortuna, y me enteran de que la fortuna hace mucho tiempo que murió!

¿Es así, ¡oh fortuna! como dejas a los sabios en la sombra, para que los necios gobiernen el mundo?

Y luego, arrojando la tinaja lejos de él, pidió perdón a Alah por su momento de rebeldía y lanzó la red por tercera vez, y al sacarla la encontró llena de trozos de cacharros y vidrios. Al ver esto, recitó todavía unos versos de un poeta:

¡Oh poeta! ¡Nunca soplará hacia ti el viento de la fortuna! ¿Ignoras, hombre ingenuo, que ni tu pluma de caña ni las líneas armoniosas de la escritura han de enriquecerte jamás?

Y alzando la frente al cielo, exclamó: «¡Alah! ¡Tú sabes que yo no echo la red más que cuatro veces por día, y ya van tres!» Después invocó nuevamente el nombre de Alah y lanzó la red, aguardando que tocase al fondo. Esta vez, a pesar de todos sus esfuerzos, tampoco conseguía sacarla, pues a cada tirón se enganchaba más en las rocas del fondo. Entonces dijo: «¡No hay fuerza ni poder más que en Alah!» Se desnudó, metiéndose en el agua y maniobrando alrededor de la red, hasta que la desprendió y la llevó a tierra. Al abrirla encontró un enorme jarrón de cobre dorado, lleno e intacto. La boca estaba cerrada con un plomo que ostentaba el sello de nuestro señor Soleimán, hijo de Daud. El pescador se puso muy alegre al verlo, y se dijo: «He aquí un objeto que venderé en el zoco de los caldereros, porque bien vale sus diez dinares de oro». Intentó mover el jarrón, pero hallándolo muy pesado, se dijo para sí: «Tengo que abrirlo sin remedio; meteré en el saco lo que contenga y luego lo venderé en el zoco de los caldereros». Sacó el cuchillo y empezó a maniobrar, hasta que levantó el plomo. Entonces sacudió el jarrón, queriendo inclinarlo para verter el contenido en el suelo. Pero nada salió del vaso, aparte de una humareda que subió hasta lo azul del cielo y se extendió por la superficie de la tierra. Y el pescador no volvía de su asombro. Una vez que hubo salido todo el humo, comenzó a condensarse en torbellinos, y al fin se convirtió en un efrit cuya frente llegaba a las nubes, mientras sus pies se hundían en el polvo. La cabeza del efrit era como una cúpula; sus manos semejaban rastrillos; sus piernas eran mástiles; su boca, una caverna; sus dientes, piedras; su nariz, una alcarraza; sus ojos, dos antorchas, y su cabellera aparecía revuelta y empolvada. Al ver a este efrit, el pescador quedó mudo de espanto, temblándole las carnes, encajados los dientes, la boca seca, y los ojos se le cegaron a la luz.

Cuando vio al pescador, el efrit dijo: «¡No hay más Dios que Alah, y Soleimán es el profeta de Alah!» Y dirigiéndose hacia el pescador, prosiguió de este modo: «¡Oh tú, gran Soleimán, profeta de Alah, no me mates; te obedeceré siempre, y nunca me rebelaré contra tus mandatos!»

Entonces exclamó el pescador: «¡Oh gigante audaz y rebelde, tú te atreves a decir que Soleimán es el profeta de Alah! Soleimán murió hace mil ochocientos años, y nosotros estamos al fin de los tiempos. Pero ¿qué historia vienes a contarme? ¿Cuál es el motivo de que estuvieras en este jarrón?»

Entonces el efrit dijo: «No hay más Dios que Alah. Pero permite, ¡oh pescador! que te anuncie una buena noticia». Y el pescador repuso: «¿Qué noticia es esa?» Y contestó el efrit: «Tu muerte. Vas a morir ahora mismo, y de la manera más terrible». Y replicó el pescador: «¡Oh jefe de los efrits! ¡mereces por esa noticia que el cielo te retire su ayuda! ¡Pueda él alejarte de nosotros! Pero ¿por qué deseas mi muerte? ¿qué hice para merecerla? Te he sacado de esa vasija, te he salvado de una larga permanencia en el mar, y te he traído a la tierra». Entonces el efrit dijo: «Piensa y elige la especie de muerte que prefieras; morirás del modo que gustes». Y el pescador dijo: «¿Cuál es mi crimen para merecer tal castigo?» Y respondió el efrit: «Oye mi historia, pescador». Y el pescador dijo: «Habla y abrevia tu relato, porque de impaciente que se halla mi alma, se me está saliendo por el pie». Y dijo el efrit:

«Sabe que yo soy un efrit rebelde. Me rebelé contra Soleimán, hijo de Daud. Mi nombre es Sakhr El-Genni. Y Soleimán envió hacia mí a su visir Assef, hijo de Barkhia, que me cogió a pesar de mi resistencia y me llevó a manos de Soleimán. Y mi nariz en aquel momento se puso bien humilde. Al verme Soleimán hizo su conjuro a Alah y me mandó que abrazase su religión y me sometiese a su obediencia. Pero yo me negué. Entonces mandó traer ese jarrón, me aprisionó en él y lo selló con plomo, imprimiendo el nombre del Altísimo. Después ordenó a los efrits fieles que me llevaran en hombros y me arrojasen en medio del mar. Permanecí cien años en el fondo del agua, y decía de todo corazón: “Enriqueceré eternamente al que logre libertarme”. Pero pasaron los cien años y nadie me libertó. Durante los otros cien años me decía: “Descubriré y daré los tesoros de la tierra a quien me liberte”. Pero nadie me libró. Y pasaron cuatrocientos años, y me dije: “Concederé tres cosas a quien me liberte”. Y nadie me libró tampoco. Entonces, terriblemente encolerizado, dije con toda el alma: “Ahora mataré a quien me libre, pero le dejaré antes elegir, concediéndole la clase de muerte que prefiera”. Entonces tú, ¡oh pescador! viniste a librarme, y por eso te permito que escojas la clase de muerte».

El pescador, al oír estas palabras del efrit, dijo: «¡Por Alah que la oportunidad es prodigiosa! ¡Y había de ser yo quien te libertase! ¡Indúltame, efrit, que Alah te recompensará! En cambio, si me matas, buscará quien te haga perecer». Entonces el efrit le dijo: «¡Pero si yo quiero matarte es precisamente porque me has libertado!» Y el pescador le contestó: «¡Oh jeque de los efrits, así es como devuelves el mal por el bien! ¡A fe que no miente el proverbio!» Y recitó estos versos:

¿Quieres probar la amargura de las cosas? ¡Sé bueno y servicial!

¡Los malvados desconocen la gratitud!

¡Pruébalo, si quieres, y tu suerte será la de la pobre Magir, madre de Amer!

Pero el efrit le dijo: «Ya hemos hablado bastante. Sabe que sin remedio te he de matar». Entonces pensó el pescador: «Yo no soy más que un hombre y él un efrit, pero Alah me ha dado una razón bien despierta. Acudiré a una astucia para perderlo. Veré hasta dónde llega su malicia». Y entonces dijo al efrit: «¿Has decidido realmente mi muerte?» Y el efrit contestó: «No lo dudes». Entonces dijo: «Por el nombre del Altísimo, que está grabado en sello de Soleimán, te conjuro a que respondas con verdad a mi pregunta». Cuando el efrit oyó el nombre del Altísimo, respondió muy conmovido: «Pregunta, que yo contestaré la verdad». Entonces dijo el pescador: «¿Cómo has podido entrar por entero en este jarrón donde apenas cabe tu pie o tu mano?» El efrit dijo: «¿Dudas acaso de ello?» El pescador respondió: «Efectivamente, no lo creeré jamás mientras no vea con mis propios ojos que te metes en él».

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA CUARTA NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que cuando el pescador dijo al efrit que no le creería como no lo viese con sus propios ojos, el efrit comenzó a agitarse, convirtiéndose nuevamente en humareda que subía hasta el firmamento. Después se condensó, y empezó a entrar en el jarrón poco a poco, hasta el fin. Entonces el pescador cogió rápidamente la tapadera de plomo con el sello de Soleimán, y obstruyó la boca del jarrón. Después, llamando al efrit, le dijo: «Elige y pesa la clase de muerte que más te convenga; si no, te echaré al mar, y me haré una casa junto a la orilla, e impediré a todo el mundo que pesque, diciendo: “Allí hay un efrit, y si lo libran quiere matar a los que le liberten”. Luego enumeró todas las variedades de muertes para facilitar la elección. Al oírle, el efrit intentó salir, pero no pudo, y vio que estaba encarcelado y tenía encima el sello de Soleimán, convenciéndose entonces de que el pescador le había encerrado en un calabozo contra el cual no pueden prevalecer ni los más débiles ni los más fuertes de los efrits. Y comprendiendo que el pescador le llevaría hacia el mar, suplicó: «¡No me lleves! ¡no me lleves!» Y el pescador dijo: «No hay remedio». Entonces, dulcificando su lenguaje, exclamó el efrit: «¡Ah pescador! ¿Qué vas a hacer conmigo?» El otro dijo: «Echarte al mar, que si has estado en él mil ochocientos años, no saldrás esta vez hasta el día del Juicio. ¿No te rogué yo que me dejaras la vida para que Alah la conservase a ti y no me mataras para que Alah no te matase? Obrando infamemente, rechazaste mi plegaria. Por eso Alah te ha puesto en mis manos, y no me remuerde el haberte engañado». Entonces dijo el efrit: «Ábreme el jarrón y te colmaré de beneficios». El pescador respondió: «Mientes, ¡oh maldito! Entre tú y yo pasa exactamente lo que ocurrió entre el visir del rey Yunán y el médico Ruyán».

Y el efrit dijo: «¿Quiénes eran el visir del rey Yunán y el médico Ruyán?... ¿Qué historia es ésa?»

Historia del visir del rey Yunan y el medico Ruyan

El pescador dijo:

«Sabrás, ¡oh, efrit! que, en la antigüedad del tiempo y en lo pasado de la edad, hubo en la ciudad de Fars, en el país de los rumán, un rey llamado Yunán. Era rico y poderoso, señor de ejércitos, dueño de fuerzas considerables y de aliados de todas las especies de hombres. Pero su cuerpo padecía una lepra que desesperaba a los médicos y a los sabios. Ni drogas, ni píldoras, ni pomadas le hacían efecto alguno, y ningún sabio pudo encontrar un eficaz remedio para la espantosa dolencia. Pero cierto día llegó a la capital del rey Yunán un médico anciano, de renombre, llamado Ruyán. Había estudiado los libros griegos, persas, romanos, árabes y sirios, así como la medicina y la astronomía, cuyos principios y reglas no ignoraba, así como sus buenos y malos efectos. Conocía las virtudes de las plantas grasas y secas, y también sus buenos y malos efectos. Por último, había profundizado la filosofía y todas las ciencias médicas y otras muchas además. Cuando este médico llegó a la ciudad y permaneció en ella algunos días, supo la historia del rey y de la lepra que le martirizaba por la voluntad de Alah, enterándose del fracaso absoluto de todos los médicos y sabios. Al tener de ello noticia, pasó muy preocupado la noche. Pero no bien despertó por la mañana (al brillar la luz del día y saludar el sol al mundo, magnífica decoración del Optimo) se puso su mejor traje y fue a ver al rey Yunán. Besó la tierra entre las manos del rey e hizo votos por la duración eterna de su poderío y de las gracias de Alah y de todas las mejores cosas. Después le enteró de quién era, y le dijo: «He averiguado la enfermedad que atormenta tu cuerpo y he sabido que un gran número de médicos no ha podido encontrar el medio de curarla. Voy, ¡oh rey! a aplicarte mi tratamiento, sin hacerte beber medicinas ni untarte con pomadas». Al oírlo, el rey Yunán se asombró mucho, y le dijo: «¡Por Alah! que si me curas te enriqueceré hasta los hijos de tus hijos, te concederé todos tus deseos y serás mi compañero y amigo». Enseguida le dio un hermoso traje y otros presentes, y añadió: «¿Es cierto que me curarás de esta enfermedad sin medicamentos ni pomadas?» Y respondió el otro: «Sí, ciertamente. Te curaré sin fatiga ni pena para tu cuerpo». El rey le dijo, cada vez más asombrado: «¡Oh gran médico! ¿Qué día y qué momento verán realizarse lo que acabas de prometer? Apresúrate a hacerlo, hijo mío». Y el médico contestó: «Escucho y obedezco».

Entonces salió del palacio y alquiló una casa, donde instaló sus libros, sus remedios y sus plantas aromáticas. Después hizo extractos de sus medicamentos y de sus simples, y con estos extractos construyó un mazo corto y encorvado, cuyo mango horadó, y también hizo una pelota, todo esto lo mejor que pudo. Terminado completamente su trabajo, al segundo día fue a palacio, entró en la cámara del rey y besó la tierra entre sus manos. Después le prescribió que fuera a caballo al meidán y jugara con la bola y el mazo.

Acompañaron al rey sus emires, sus chambelanes, sus visires y los jefes del reino. Apenas había llegado al meidán, se le acercó el médico y le entregó el mazo, diciéndole: «Empúñalo de este modo y da con toda tu fuerza en la pelota. Y haz de modo que llegues a sudar. De ese modo el remedio penetrará en la palma de la mano y circulará por todo tu cuerpo. Cuando transpires y el remedio haya tenido tiempo de obrar, regresa a tu palacio, ve enseguida a bañarte al hammam y quedarás curado. Ahora, la paz sea contigo».

El rey Yunán cogió el mazo que le alargaba el médico, empuñándolo con fuerza. Intrépidos jinetes montaron a caballo y le echaron la pelota. Entonces empezó a galopar detrás de ella para alcanzarla y golpearla, siempre con el mazo bien cogido. Y no dejó de golpear hasta que transpiró bien por la palma de la mano y por todo el cuerpo, dando lugar a que la medicina obrase sobre el organismo. Cuando el médico Ruyán vio que el remedio había circulado suficientemente, mandó al rey que volviera a palacio para bañarse en el hammam. Y el rey marchó enseguida y dispuso que le prepararan el hammam. Se lo prepararon con gran prisa, y los esclavos apresuráronse también a disponerle la ropa. Entonces el rey entró en el hammam y tomó el baño, se vistió de nuevo y salió del hammam para montar a caballo, volver a palacio y echarse a dormir.

Y hasta aquí lo referente al rey Yunán. En cuanto al médico Ruyán, éste regresó a su casa, se acostó, y al despertar por la mañana fue a palacio, pidió permiso al rey para entrar, lo que éste le concedió, entró, besó la tierra entre sus manos y empezó por declamar gravemente algunas estrofas:

¡Si la elocuencia te eligiese como padre, reflorecería! ¡Y no sabría elegir ya a otro más que a ti!

¡Oh rostro radiante, cuya claridad borraría la llama de un tizón encendido!

¡Ojalá ese glorioso semblante siga con la luz de su frescura y alcance a ver cómo las arrugas surcan la cara del tiempo!

¡Me has cubierto con los beneficios de tu generosidad, como la nube bienhechora cubre la colina!

¡Tus altas hazañas te han hecho alcanzar las cimas de la gloria y eres el amado del Destino, que ya no puede negarte nada!

Recitados los versos, el rey se puso de pie, y cordialmente tendió sus brazos al médico. Luego le sentó a su lado, y le regaló magníficos trajes de honor.

Porque, efectivamente, al salir del hammam, el rey se había mirado el cuerpo, sin encontrar rastro de lepra, y vio su piel tan pura como la plata virgen. Entonces se dilató con gran júbilo su pecho. Y al otro día, al levantarse el rey por la mañana, entró en el diván, se sentó en el trono y comparecieron los chambelanes y grandes del reino, así como el médico Ruyán. Por esto, al verle, el rey se levantó apresuradamente y le hizo sentar a su lado. Sirvieron a ambos manjares y bebidas durante todo el día. Y al anochecer, el rey entregó al médico dos mil dinares, sin contar los trajes de honor y magníficos presentes, y le hizo montar su propio corcel. Y entonces el médico se despidió y regresó a su casa.

El rey no dejaba de admirar el arte del médico ni de decir: «Me ha curado por el exterior de mi cuerpo sin untarme con pomadas. ¡Oh Alah! ¡Qué ciencia tan sublime! Fuerza es colmar de beneficios a este hombre y tenerle para siempre como compañero y amigo afectuoso». Y el rey Yunán se acostó, muy alegre de verse con el cuerpo sano y libre de su enfermedad.

Cuando al otro día se levantó el rey y se sentó en el trono, los jefes de la nación pusiéronse de pie, y los emires y visires se sentaron a su derecha y a su izquierda. Entonces mandó llamar al médico Ruyán, que acudió y besó la tierra entre sus manos. El rey se levantó en honor suyo, le hizo sentar a su lado, comió en su compañía, le deseó larga vida y le dio magníficas telas y otros presentes, sin dejar de conversar con él hasta el anochecer, y mandó le entregaran a modo de remuneración cinco trajes de honor y mil dinares. Y así regresó el médico a su casa, haciendo votos por el rey.

Al levantarse por la mañana, salió el rey y entró en el diván, donde le rodearon los emires, los visires y los chambelanes. Y entre los visires uno de cara siniestra, repulsiva, terrible, sórdidamente avaro, envidioso y saturado de celos y de odio. Cuando este visir vio que el rey colocaba a su lado al médico Ruyán y le otorgaba tantos beneficios, le tuvo envidia y resolvió secretamente perderlo. El proverbio lo dice: «El envidioso ataca a todo el mundo. En el corazón del envidioso está emboscada la persecución, y la desarrolla si dispone de fuerza o la conserva latente la debilidad». El visir se acercó al rey Yunán, besó la tierra entre sus manos, y dijo: «¡Oh rey del siglo y del tiempo, que envuelves a los hombres en tus beneficios! Tengo para ti un consejo de gran importancia, que no podría ocultarte sin ser un mal hijo. Si me mandas que te lo revele, yo te lo revelaré». Turbado entonces el rey por las palabras del visir, le dijo: «¿Qué consejo es el tuyo?» El otro respondió: «¡Oh rey glorioso! los antiguos han dicho: “Quien no mire el fin y las consecuencias, no tendrá a la Fortuna por amiga”, y justamente acabo de ver al rey obrar con poco juicio otorgando sus bondades a su enemigo, al que desea el aniquilamiento de su reino, colmándole de favores, abrumándole con generosidades. Y yo, por esta causa, siento grandes temores por el rey». Al oír esto, el rey se turbó extremadamente, cambió de color, y dijo: «¿Quién es el que supones enemigo mío y colmado por mí de favores?» Y el visir respondió: «¡Oh rey! Si estás dormido, despierta, porque aludo al médico Ruyán». El rey dijo: «Ese es buen amigo mío, y para mí el más querido de los hombres, pues me ha curado con una cosa que yo he tenido en la mano y me ha librado de mi enfermedad, que había desesperado a los médicos. Ciertamente que no hay otro como él en este siglo, en el mundo entero, lo mismo en Occidente que en Oriente. ¿Cómo te atreves a hablarme así de él? Desde ahora le voy a señalar un sueldo de mil dinares al mes. Y aunque le diera la mitad de mi reino, poco sería para lo que merece. Creo que me dices todo eso por envidia, como se cuenta en la historia, que he sabido, del rey Sindabad».

En aquel momento la aurora sorprendió a Schehrazada, que interrumpió su narración.

Entonces Doniazada le dijo: «¡Ah, hermana mía! ¡Cuán dulces, cuán puras, cuán deliciosas son tus palabras!» Y Schehrazada dijo: «¿Qué es eso comparado con lo que os contaré la noche próxima, si vivo todavía y el rey tiene a bien conservarme?» Entonces el rey dijo para sí: «¡Por Alah! No la mataré sin haber oído la continuación de su historia, que es verdaderamente maravillosa».

Luego pasaron ambos la noche enlazados hasta por la mañana. Y el rey fue al diván, y juzgó, otorgó empleos, destituyó y despachó los asuntos pendientes hasta acabarse el día. Después se levantó el diván y el rey entró en su palacio. Y cuando se aproximó la noche hizo su cosa acostumbrada con Schehrazada, la hija del visir.

PERO CUANDO LLEGÓ LA QUINTA NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el rey Yunán dijo a su visir: «Visir, has dejado entrar en ti la envidia contra el médico, y quieres que yo lo mate para que luego me arrepienta, como se arrepintió el rey Sindabad después de haber matado al halcón». El visir preguntó: «¿Y cómo ocurrió eso?»

Entonces el rey Yunán contó:

EL HALCÓN DEL REY SINDABAD

«Dicen que entre los reyes de Fars hubo uno muy aficionado a diversiones, a paseos por los jardines y a toda especie de cacerías. Tenía un halcón adiestrado por él mismo, y no lo dejaba de día ni de noche, pues hasta por la noche lo tenía sujeto al puño. Cuando iba de caza lo llevaba consigo, y le había colgado del cuello un vasito de oro, en el cual le daba de beber. Un día estaba el rey sentado en su palacio, y vio de pronto venir al wekil que estaba encargado de las aves de caza, y le dijo: «¡Oh rey de los siglos! Llegó la época de ir de caza». Entonces el rey hizo sus preparativos y se puso el halcón en el puño. Salieron después y llegaron a un valle, donde armaron las redes de caza. Y de pronto cayó una gacela en las redes. Entonces dijo el rey: «Mataré a aquel por cuyo lado pase la gacela». Empezaron a estrechar la red en torno de la gacela, que se aproximó al rey y se enderezó sobre las patas como si quisiera besar la tierra delante del rey. Entonces el rey comenzó a dar palmaditas para hacer huir a la gacela, pero ésta brincó y pasó por encima de su cabeza y se internó tierra adentro. El rey se volvió entonces hacia los guardias, y vio que guiñaban los ojos maliciosamente. Al presenciar tal cosa, le dijo al visir: «¿Por qué se hacen esas señas mis soldados?» Y el visir contestó: «Dicen que has jurado matar a aquel por cuya proximidad pasase la gacela». Y el rey exclamó: «¡Por mi vida! ¡Hay que perseguir y alcanzar a esa gacela!» Y se puso a galopar, siguiendo el rastro, y pudo alcanzarla. El halcón le dio con el pico en los ojos de tal manera, que la cegó y la hizo sentir vértigos. Entonces el rey empuñó su maza, golpeando con ella a la gacela hasta hacerla caer desplomada. Enseguida descabalgó, degollándola y desollándola, y colgó del arzón de la silla los despojos. Hacía bastante calor, y aquel lugar era desierto, árido, y carecía de agua. El rey tenía sed y también el caballo. Y el rey se volvió y vio un árbol del cual brotaba agua como manteca. El rey llevaba la mano cubierta con un guante de piel; cogió el vasito del cuello del halcón, lo llenó de aquella agua, y lo colocó delante del ave, pero ésta dio con la pata al vaso y lo volcó. El rey cogió el vaso por segunda vez, lo llenó, y como seguía creyendo que el halcón tenía sed, se lo puso delante, pero el halcón le dio con la pata por segunda vez y lo volcó. Y el rey se encolerizó contra el halcón, y cogió por tercera vez el vaso, pero se lo presentó al caballo, y el halcón derribó el vaso con el ala. Entonces dijo el rey: «¡Alah te sepulte, oh la más nefasta de las aves de mal agüero! No me has dejado beber, ni has bebido tú, ni has dejado que beba el caballo». Y dio con su espada al halcón y le cortó las alas. Entonces el halcón, irguiendo la cabeza, le dijo por señas: «Mira lo que hay en el árbol». Y el rey levantó los ojos y vio en el árbol una serpiente, y el líquido que corría era su veneno. Entonces el rey se arrepintió de haberle cortado las alas al halcón. Después se levantó, montó a caballo, se fue, llevándose la gacela, y llegó a su palacio. Le dio la gacela al cocinero, y le dijo: «Tómala y guísala». Luego se sentó en su trono, sin soltar al halcón. Pero el halcón, tras una especie de estertor, murió. El rey, al ver esto, prorrumpió en gritos de dolor y amargura por haber matado al halcón que le había salvado de la muerte.

¡Tal es la historia del rey Sindabad!»

Cuando el visir hubo oído el relato del rey Yunán, le dijo: «¡Oh gran rey lleno de dignidad! ¿qué daño he hecho yo cuyos funestos efectos hayas tú podido ver? Obro así por compasión hacia tu persona. Y ya verás cómo digo la verdad. Si me haces caso podrás salvarte, y si no, perecerás como pereció un visir astuto que engañó al hijo de un rey entre los reyes.

HISTORIA DEL PRÍNCIPE Y LA VAMPIRO

«El rey de que se trata tenía un hijo aficionadísimo a la caza con galgos, y tenía también un visir. El rey mandó al visir que acompañara a su hijo allá donde fuese. Un día entre los días, el hijo salió a cazar con galgos, y con él salió el visir. Y ambos vieron un animal monstruoso. Y el visir dijo al hijo del rey: "¡Anda contra esa fiera! ¡Persíguela!" Y el príncipe se puso a perseguir a la fiera, hasta que todos le perdieron de vista. Y de pronto la fiera desapareció del desierto. Y el príncipe permanecía perplejo, sin saber hacia dónde ir, cuando vio en lo más alto del camino una joven esclava que estaba llorando. El príncipe le preguntó: "¿Quién eres?" Y ella respondió: "Soy la hija de un rey de reyes de la India. Iba con la caravana por el desierto, sentí ganas de dormir, y me caí de la cabalgadura sin darme cuenta. Entonces me encontré sola y abandonada". A estas palabras, sintió lástima el príncipe y emprendió la marcha con la joven, llevándola a la grupa de su mismo caballo. Al pasar frente a un bosquecillo, la esclava le dijo: "¡Oh señor, desearía evacuar una necesidad!" Entonces el príncipe la desmontó junto al bosquecillo, y viendo que tardaba mucho, marchó detrás de ella sin que la esclava pudiera enterarse. La esclava era un vampiro, y estaba diciendo a sus hijos: "¡Hijos míos, os traigo un joven muy robusto!" Y ellos dijeron: "¡Tráenoslo, madre, para que lo devoremos!" Cuando lo oyó el príncipe, ya no pudo dudar de su próxima muerte, y las carnes le temblaban de terror mientras volvía al camino. Cuando salió la vampiro de su cubil, al ver al príncipe temblar como un cobarde, le preguntó: "¿Por qué tienes miedo?" Y él dijo: "Hay un enemigo que me inspira temor". Y prosiguió la vampiro: "Me has dicho que eres un príncipe...". Y respondió él: "Así es la verdad". Y ella le dijo: "Entonces, ¿por qué no das algún dinero a tu enemigo para satisfacerle?" El príncipe replicó: "No se satisface con dinero. Sólo se contenta con el alma. Por eso tengo miedo, como víctima de una injusticia". Y la vampiro le dijo: "Si te persiguen, como afirmas, pide contra tu enemigo la ayuda de Alah, y Él te librará de sus maleficios y de los maleficio de aquellos de quienes tienes miedo". Entonces el príncipe levantó la cabeza al cielo y dijo: "¡Oh tú, que atiendes al oprimido que te implora, hazme triunfar de mi enemigo, y aléjale de mí, pues tienes poder para cuanto deseas!” Cuando la vampiro oyó estas palabras, desapareció. Y el príncipe pudo regresar al lado de su padre, y le dio cuenta del mal consejo del visir. Y el rey mandó matar al visir».

Enseguida el visir del rey Yunán prosiguió de este modo:

«¡Y tú, oh rey, si te fías de ese médico, cuenta que te matará con la peor de las muertes! Aunque le hayas colmado de favores y le hayas hecho tu amigo, está preparando tu muerte. ¿Sabes por qué te curó de tu enfermedad por el exterior de tu cuerpo, mediante una cosa que tuviste en la mano? ¿No crees que es sencillamente para causar tu pérdida con una segunda cosa que te mandará también coger?» Entonces el rey Yunán dijo: «Dices la verdad. Hágase según tu opinión, ¡oh visir bien aconsejado! Porque es muy probable que ese médico haya venido ocultamente como un espía para ser mi perdición. Si me ha curado con una cosa que he tenido en la mano, muy bien podría perderme con otra que, por ejemplo, me diera a oler». Y luego el rey Yunán dijo a su visir: «¡Oh visir! ¿qué debemos hacer con él?» Y el visir respondió: «Hay que mandar inmediatamente que le traigan, y cuando se presente aquí degollarlo, y así te librarás de sus maleficios, y quedarás desahogado y tranquilo. Hazle traición antes que él te la haga a ti». Y el rey Yunán dijo: «Verdad dices, ¡oh visir!» Después el rey mandó llamar al médico, que se presentó alegre, ignorando lo que había resuelto el Clemente. El poeta lo dice en sus versos:

¡Oh tú que temes los embates del Destino, tranquilízate! ¿No sabes que todo está en las manos de Aquel que ha formado la tierra?

¡Porque lo que está escrito, escrito está y no se borra nunca! ¡Y lo que no está escrito no hay por qué temerlo!

¡Y tú, Señor! ¿Podré dejar pasar un día sin cantar tus alabanzas? ¿Para quién reservaría, si no, el don maravilloso de mi estilo rimado y mi lengua de Poeta?

¡Cada nuevo don que recibo de tus manos ¡oh Señor! es más hermoso que el precedente, y se anticipa a mis deseos!

Por eso, ¿cómo no cantar tu gloria, toda tu gloria, y alabarte en mi alma y en público?

¡Pero he de confesar que nunca tendrán mis labios elocuencia bastante ni mi pecho fuerza suficiente para cantar y para llevar los beneficios de que me has colmado!

¡Oh tú que dudas, confía tus asuntos a las manos de Alah, el único Sabio! ¡Y así que lo hagas, tu corazón nada tendrá que temer por parte de los hombres!

¡Sabe también que nada se puede hacer por tu voluntad, sino por la voluntad del Sabio de los Sabios!

¡No desesperes, pues, nunca, y olvida todas las tristezas y todas las zozobras! ¿No sabes que las zozobras destruyen el corazón más firme y más fuerte?

¡Abandónaselo todo! ¡Nuestros proyectos no son más que proyectos de esclavos impotentes ante el único Ordenador! ¡Déjate llevar! ¡Así disfrutarás de una paz duradera!

Cuando se presentó el médico Ruyán, el rey le dijo: «¿Sabes por qué te he hecho venir a mi presencia?» Y el médico contestó: «Nadie sabe lo desconocido, más que Alah el Altísimo». Y el rey le dijo: «Te he mandado llamar para matarte y arrancarte el alma». Y el médico Ruyán, al oír estas palabras, se sintió asombrado, con el más prodigioso asombro, y dijo: «¡Oh rey! ¿por qué me has de matar? ¿Qué falta he cometido?» Y el rey contestó: «Dicen que eres un espía y que viniste para matarme. Por eso te voy a matar, antes de que me mates». Después el rey llamó al portaalfanje y le dijo: «¡Corta la cabeza a ese traidor y líbranos de sus maleficios!» Y el médico le dijo: «Consérvame la vida, y Alah te la conservará. No me mates, si no, Alah te matará también».

Después reiteró la súplica, como yo lo hice dirigiéndome a ti, ¡oh efrit! sin que me hicieras caso, pues, por el contrario, persististe en desear mi muerte.

Y enseguida el rey Yunán dijo al médico: «No podré vivir confiado ni estar tranquilo como no te mate. Porque si me has curado con una cosa que tuve en la mano, creo que me matarás con otra cosa que me des a oler o de cualquier modo». Y dijo el médico: «¡Oh rey! ¿es ésta tu recompensa? ¿así devuelves mal por bien?» Pero el rey insistió: «No hay más remedio que darte la muerte sin demora». Y cuando el médico se convenció de que el rey quería matarle sin remedio, lloró y se afligió al recordar los favores que había hecho a quienes no los merecían. Ya lo dice el poeta:

¡La joven y loca Moimuna es verdaderamente bien pobre de espíritu! ¡Pero su padre, en cambio, es un hombre de gran corazón y considerado entre los mejores!

¡Miradle, pues! ¡Nunca anda sin su farol en la mano, y así evita el lodo de los caminos, el polvo de las carreteras y los resbalones peligrosos...!

Enseguida se adelantó el portaalfanje, vendó los ojos del médico, y sacando la espada, dijo al rey: «Con tu venia». Pero el médico seguía llorando y suplicando al rey: «Consérvame la vida, y Alah te la conservará. No me mates, o Alah te matará a ti». recitó estos versos de un poeta:

¡Mis consejos no tuvieron ningún éxito, mientras que los consejos de los ignorantes conseguían su propósito! ¡No recogí más que desprecios!

¡Por esto, si logro vivir, me guardaré mucho de aconsejar! ¡Y si muero, mi ejemplo servirá a los demás para que enmudezca su lengua!

Y dijo después al rey: «¿Es ésta tu recompensa? He aquí que me tratas como hizo un cocodrilo». Entonces preguntó el rey: «¿Qué historia es esa de un cocodrilo?» Y el médico dijo: «¡Oh señor! No es posible contarla en este estado. ¡Por Alah sobre ti! Consérvame la vida, y Alah te la conservará» Y después comenzó a derramar copiosas lágrimas. Entonces algunos de los favoritos del rey se levantaron y dijeron: «¡Oh rey! Concédenos la sangre de este médico, pues nunca le hemos visto obrar en contra tuya; al contrario, le vimos librarte de aquella enfermedad que había resistido a los médicos y a los sabios». El rey les contestó: «Ignoráis la causa de que mate a este médico; si lo dejo con vida, mi perdición es segura, porque si me curó de la enfermedad con una cosa que tuve en la mano, muy bien podría matarme dándome a oler cualquier otra. Tengo mucho miedo de que me asesine para cobrar el precio de mi muerte, pues debe ser un espía que ha venido a matarme. Su muerte es necesaria; sólo así podré perder mis temores». Entonces el médico imploró otra vez: «Consérvame la vida, para que Alah te la conserve; y no me mates, para que no te mate Alah».

Pero ¡oh efrit! cuando el médico se convenció de que el rey lo iba a hacer matar sin remedio, dijo: «¡Oh rey! Si mi muerte es realmente necesaria, déjame ir a casa para despachar mis asuntos, encargar a mis parientes y vecinos que cuiden de enterrarme, y sobre todo para regalar mis libros de medicina. A fe que tengo un libro que es verdaderamente el extracto de los extractos y la rareza de las rarezas, que quiero legarte como un obsequio para que lo conserves cuidadosamente en tu armario». Entonces el rey preguntó al médico: «¿Qué libro es ese?» Y contestó el médico: «Contiene cosas inestimables; el menor de los secretos que revela es el siguiente: Cuando me corten la cabeza, abre el libro, cuenta tres hojas y vuélvelas; lee enseguida tres renglones de la página de la izquierda; y entonces la cabeza cortada te hablará y contestará a todas las preguntas que le dirijas». Al oír estas palabras, el rey se asombró hasta el límite del asombro, y estremeciéndose de alegría y de emoción, dijo: «¡Oh médico! ¿Hasta cortándote la cabeza hablarás?» Y el médico respondió: «Sí, en verdad, ¡oh rey! Es, efectivamente, una cosa prodigiosa». Entonces el rey le permitió que saliera, aunque escoltado por guardianes, y el médico llegó a su casa, y despachó sus asuntos aquel día, y al siguiente día también. Y el rey subió al diván, y acudieron los emires, los visires, los chambelanes, los nawabs y todos los jefes del reino, y el diván parecía un jardín lleno de flores. Entonces entró el médico en el diván y se colocó de pie ante el rey, con un libro muy viejo y una cajita de colirio llena de unos polvos. Después se sentó y dijo: «Que me traigan una bandeja». Le llevaron una bandeja, y vertió los polvos, y los extendió por la superficie. Y dijo entonces: «¡Oh rey! coge ese libro, pero no lo abras antes de cortarme la cabeza. Cuando la hayas cortado colócala en la bandeja y manda que la aprieten bien contra los polvos para restañar la sangre. Después abrirás el libro». Pero el rey, lleno de impaciencia, no le escuchaba ya; cogió el libro y lo abrió, pero encontró las hojas pegadas unas a otras. Entonces, metiendo su dedo en la boca, lo mojó con su saliva y logró despegar la primera hoja. Lo mismo tuvo que hacer con la segunda y la tercera hoja, y cada vez se abrían las hojas con más dificultad. De ese modo abrió el rey seis hojas, y trató de leerlas, pero no pudo encontrar ninguna clase de escritura. Y el rey dijo: «¡Oh médico, no hay nada escrito!» Y el médico respondió: «Sigue volviendo más hojas del mismo modo». Y el rey siguió volviendo más hojas.

Pero apenas habían pasado algunos instantes, circuló el veneno por el organismo del rey en el momento y en la hora misma, pues el libro estaba envenenado. Y entonces sufrió el rey horribles convulsiones, y exclamó: «¡El veneno circula!» Y después el médico Ruyán comenzó a improvisar versos, diciendo:

¡Esos jueces! ¡Han juzgado, pero excediéndose en sus derechos y contra toda justicia! ¡Y sin embargo, ¡oh Señor! la justicia existe!

¡A su vez fueron juzgados! ¡Si hubieran sido íntegros y buenos, se les habría perdonado! Pero oprimieron, y la suerte los ha oprimido y les ha abrumado con las peores tribulaciones!

¡Ahora son motivo de burla y de piedad para el transeúnte! ¡Esa es la ley! ¡Esto a cambio de aquello! ¡Y el Destino se ha cumplido con toda lógica!

Cuando Ruyán el médico acababa su recitado, cayó muerto el rey.

Sabe ahora, ¡oh efrit!, que si el rey Yunán hubiera conservado al médico Ruyán, Alah a su vez le habría conservado. Pero al negarse, decidió su propia muerte.

Y si tú, ¡oh efrit!, hubieses querido conservarme, Alah te habría conservado».

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente. Y su hermana Doniazada le dijo: «¡Qué deliciosas son tus palabras!» Y Schehrazada contestó: «Nada es eso comparado con lo que os contaré la noche próxima, si vivo todavía y el rey tiene a bien conservarme». Y pasaron aquella noche en la dicha completa y en la felicidad hasta por la mañana. Después el rey se dirigió al diván. Y cuando terminó el diván, volvió a su palacio y se reunió con los suyos.

PERO CUANDO LLEGÓ LA SEXTA NOCHE

Schehrazada dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que cuando el pescador dijo al efrit: «Si me hubieras conservado, yo te habría conservado, pero no has querido más que mi muerte, y te haré morir prisionero en este jarrón y te arrojaré a ese mar», entonces el efrit clamó y dijo: «¡Por Alah sobre ti! ¡oh pescador, no lo hagas! y consérvame generosamente, sin reconvenirme por mi acción, pues si yo fui criminal, tú debes ser benéfico, y los proverbios conocidos dicen: “¡Oh tú que haces bien a quien mal hizo, perdona sin restricciones el crimen del malhechor!” Y tú, ¡oh pescador! no hagas conmigo lo que hizo Umama con Atica». El pescador dijo: «¿Y qué caso fue ese?» Y respondió el efrit: «No es ocasión para contarlo estando encarcelado. Cuando tú me dejes salir, yo te contaré ese caso». Pero el pescador dijo: «¡Oh, eso nunca! Es absolutamente necesario que yo te eche al mar, sin que tengas medio de salir. Cuando yo supliqué y te imploraba, tú deseabas mi muerte, sin que hubiera cometido ninguna falta contra ti, ni bajeza alguna, sino únicamente favorecerte, sacándote de ese calabozo. He comprendido, por tu conducta conmigo, que eres de mala raza. Pero has de saber que voy a echarte al mar, y enteraré de lo ocurrido a todos los que intenten sacarte, y así te arrojarán de nuevo, y entonces permanecerás en ese mar hasta el fin de los tiempos para disfrutar todos los suplicios». El efrit le contestó: «Suéltame, que ha llegado el momento de contarte la historia. Además, te prometo no hacerte jamás ningún daño, y te seré muy útil en un asunto que te enriquecerá para siempre». Entonces el pescador se fijó bien en esta promesa de que, si libertaba al efrit, no sólo no le haría jamás daño, sino que le favorecería en un buen negocio. Y cuando se aseguró firmemente de su fe y de su promesa, y le tomó juramento por el nombre de Alah Todopoderoso, el pescador abrió el jarrón. Entonces el humo empezó a subir, hasta que salió completamente, y se convirtió en un efrit, cuyo rostro era espantosamente horrible. El efrit dio un puntapié al jarrón y lo tiró al mar. Cuando el pescador vio que el jarrón iba camino del mar, dio por segura su propia perdición, y orinándose encima, dijo: «Verdaderamente, no es esto una buena señal». Después intentó tranquilizarse y dijo: «¡Oh efrit! Alah Todopoderoso ha dicho: “Hay que cumplir los juramentos, porque se os exigirá cuenta de ellos”. Y tú prometiste y juraste que no me harías traición. Y si me la hicieses, Alah te castigará, porque es celoso, es paciente y no olvida. Y yo te digo lo que el médico Ruyán al rey Yunán: Consérvame, y Alah te conservará». Al oír estas palabras, el efrit rompió a reír, y echando a andar delante de él, dijo: «¡Oh pescador, sígueme!» Y el pescador echó a andar detrás de él, aunque sin mucha confianza en su salvación. Y así salieron completamente de la ciudad, y se perdieron de vista, y subieron a una montaña, y bajaron a una vasta llanura, en medio de la cual había un lago. Entonces el efrit se detuvo, y mandó al pescador que echara la red y pescase. Y el pescador miró a través del agua, y vio peces blancos y peces rojos, azules y amarillos. Al verlos se maravilló el pescador; después echó su red, y cuando la hubo sacado encontró en ella cuatro peces, cada uno de color distinto. Y se alegró mucho, y el efrit le dijo: «Ve con esos peces al palacio del sultán, ofrécelos y te dará con qué enriquecerte. Y, mientras tanto, ¡por Alah!, discúlpame mis rudezas, pues olvidé los buenos modales con mi larga estancia en el fondo del mar, donde me he pasado mil ochocientos años sin ver el mundo ni la superficie de la tierra. En cuanto a ti, vendrás todos los días a pescar a este sitio, pero nada más que una vez. Y ahora, que Alah te guarde con su protección». Y el efrit golpeó con sus dos pies en tierra, y la tierra se abrió y le tragó.

Entonces el pescador volvió a la ciudad, muy maravillado de lo que le había ocurrido con el efrit. Después cogió los peces y los llevó a su casa, y enseguida, cogiendo una olla de barro, la llenó de agua y colocó en ella los peces, que comenzaron a nadar en el agua contenida en la olla. Después se puso esta olla en la cabeza y se encaminó al palacio del rey, según el efrit le había encargado. Cuando el pescador se presentó al rey y le ofreció los peces, el rey se asombró hasta el límite del asombro al ver aquellos peces que le ofrecía el pescador, porque nunca los había visto en su vida, ni de aquella especie ni de aquella calidad, y dispuso: «Que entreguen esos peces a nuestra cocinera negra». Porque esta esclava se la había regalado, hacía tres días solamente, el rey de los Rum, y aun no había tenido ocasión de lucirse en su arte de la cocina. Así es que el visir le mandó que friera los peces, y le dijo: «¡Oh buena negra! Me encarga el rey que te diga: “Si te guardo como un tesoro, ¡oh gota de mis ojos! es porque te reservo para el día del ataque. De modo que demuéstranos hoy tu arte de cocinera y lo bueno de tus platos”.» Dicho esto, volvió el visir después de hacer sus encargos, y el rey ordenó que diera al pescador cuatrocientos dinares. Habiéndoselos dado el visir, los guardó el pescador en un halda de su túnica, y volvió a su casa, cerca de su esposa, lleno de alegría y de expansión. Después compró a sus hijos todo lo que podían necesitar. Y hasta aquí es lo que le ocurrió al pescador.

En cuanto a la negra, cogió los peces, los limpió y los puso en la sartén. Después dejó que se frieran bien por un lado y los volvió enseguida del otro. Pero entonces, súbitamente, se abrió la pared de la cocina, y por allí se filtró en la cocina una joven de esbelto talle, mejillas redondas y tersas, párpados pintados con kohl negro, rostro gentil y cuerpo graciosamente inclinado. Llevaba en la cabeza un velo de seda azul, pendientes en las orejas, brazaletes en las muñecas, y en los dedos sortijas con piedras preciosas. Tenía en la mano una varita de bambú. Se acercó, y metiendo la varita en la sartén, dijo: «¡Oh peces! ¿seguís sosteniendo vuestra promesa?» Al ver aquello, la esclava se desmayó, y la joven repitió su pregunta por segunda y tercera vez. Entonces todos los peces levantaron la cabeza desde el fondo de la sartén, y dijeron: «¡Oh, sí!... ¡Oh, sí!..». Y entonaron a coro la siguiente estrofa:

¡Si tú vuelves sobre tus pasos, nosotros te imitaremos! ¡Si tú cumples tu promesa, nosotros cumpliremos la nuestra! ¡Pero si quisieras escaparte, no hemos de cejar hasta que te declares vencida!

Al oír estas palabras, la joven derribó la sartén y salió por el mismo sitio por donde había entrado, y el muro de la cocina se cerró de nuevo.

Cuando la esclava volvió de su desmayo, vio que se habían quemado los cuatro peces y estaban negros como el carbón. Y comenzó a decir: «¡Pobres pescados! ¡Pobres pescados!» Y mientras seguía la mentándose, he aquí que se presentó el visir, asomándose por detrás de su cabeza, y le dijo: «Llévale los pescados al sultán». Y la esclava se echó a llorar, y le contó al visir la historia de lo que había ocurrido, y el visir se quedó muy maravillado, y dijo: «Eso es verdaderamente una historia muy rara». Y mandó buscar al pescador, y en cuanto se presentó el pescador, le dijo: «Es absolutamente indispensable que vuelvas con cuatro peces como los que trajiste la primera vez». Y el pescador se dirigió hacia el lago, echó su red y la sacó conteniendo cuatro peces, que cogió y llevó al visir. Y el visir fue a entregárselos a la negra, y le dijo: «¡Levántate! ¡Vas a freírlos en mi presencia, para que yo vea qué asunto es éste!» Y la negra se levantó, preparó los peces, y los puso al fuego en la sartén. Y apenas habían pasado unos minutos, he aquí que se hendió la pared, y apareció la joven, vestida siempre con las mismas vestiduras y llevando siempre la varita en la mano. Metió la varita en la sartén, y dijo: «¡Oh peces! ¡oh peces! ¿seguís cumpliendo vuestra antigua promesa?». Y los peces levantaron la cabeza, y cantaron a coro esta estrofa:

¡Si tú vuelves sobre tus pasos, nosotros te imitaremos! ¡Si tú cumples tu juramento, nosotros cumpliremos el nuestro! ¡Pero si reniegas de tus compromisos, gritaremos de tal modo que nos resarciremos!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA SÉPTIMA NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado!, que cuando los peces empezaron a hablar, la joven volcó la sartén con la varita, y salió por donde había entrado, cerrándose la pared de nuevo. Entonces el visir se levantó y dijo: «Es esta una cosa que verdaderamente no podría ocultar al rey». Después se marchó en busca del rey y le refirió lo que había pasado en su presencia. Y el rey dijo: «Tengo que ver eso con mis propios ojos». Y mandó llamar al pescador y le ordenó que volviera con cuatro peces iguales a los primeros, para lo cual le dio tres días de plazo. Pero el pescador marchó enseguida al lago, y trajo inmediatamente los cuatro peces. Entonces el rey dispuso que le dieran cuatrocientos dinares, y volviéndose hacia el visir, le dijo: «Prepara tú mismo delante de mí esos pescados». Y el visir contestó: «Escucho y obedezco». Y entonces mandó llevar la sartén delante del rey, y se puso a freír los peces, después de haberlos limpiado bien, y en cuanto estuvieron fritos, por un lado, los volvió del otro. Y de pronto se abrió la pared de la cocina y salió un negro semejante a un búfalo entre los búfalos, o a un gigante de la tribu de Had, y llevaba en la mano una rama verde, y dijo con voz clara y terrible: «¡Oh peces! ¡oh peces! ¿Seguís sosteniendo vuestra antigua promesa?» Y los peces levantaron la cabeza desde el fondo de la sartén, y dijeron: «Cierto que sí, cierto que sí». Y declamaron a coro estos versos:

¡Si tú vuelves hacia atrás, nosotros volveremos! ¡Si tú cumples tu promesa, nosotros cumpliremos la nuestra! ¡Pero si te resistes, gritaremos tanto que acabarás por ceder!

Después el negro se acercó a la sartén, la volcó con la rama, y los peces se abrasaron, convirtiéndose en carbón. El negro se fue entonces por el mismo sitio por donde había entrado. Y cuando hubo desaparecido de la vista de todos, dijo el rey: «Es éste un asunto sobre el cual, verdaderamente, no podríamos guardar silencio. Además, no hay duda que estos peces deben tener una historia muy extraña». Y entonces mandó llamar al pescador, y cuando se presentó el pescador, le dijo: «¿De dónde proceden estos peces?» El pescador contestó: «De un estanque situado entre cuatro colinas, detrás de la montaña que domina tu ciudad». Y el rey, volviéndose hacia el pescador, le dijo: «¿Cuántos días se tarda en llegar a ese sitio?» Y dijo el pescador: «¡Oh sultán, señor nuestro! Basta con media hora». El sultán quedó sorprendidísimo, y mandó a sus soldados que marchasen inmediatamente con el pescador. Y el pescador iba muy contrariado, maldiciendo en secreto al efrit. Y el rey y todos partieron y subieron a una montaña, y bajaron hasta una vasta llanura que en su vida habían visto anteriormente. Y el sultán y los soldados se asombraron de esta extensión desierta, situada entre cuatro montañas, y de aquel estanque en que jugaban peces de cuatro colores: rojos, blancos, azules y amarillos. Y el rey se detuvo y preguntó a los soldados y a cuantos estaban presentes: «¿Hay alguno de vosotros que haya visto anteriormente ese lago en este lugar?» Y todos respondieron: «¡Oh, no!» Y el rey dijo: «¡Por Alah! No volveré jamás a mi capital ni me sentaré en el trono de mi reino sin averiguar la verdad sobre este lago y los peces que encierra». Y mandó a los soldados que cercaran las montañas, y los soldados así lo hicieron. Entonces el rey llamó a su visir. Porque este visir era hombre sabio, elocuente, versado en todas las ciencias. Cuando se presentó ante el rey, éste le dijo: «Tengo intención de hacer una cosa, y voy a enterarte de ella. Deseo aislarme completamente esta noche y marchar yo solo a descubrir el misterio de este lago y sus peces. Por consiguiente, te quedarás a la puerta de mi tienda, y dirás a los emires, visires y chambelanes: “El sultán está indispuesto y me ha mandado que no deje pasar a nadie”. Y a ninguno revelarás mi intención». De este modo el visir no podía desobedecer. Entonces el rey se disfrazó, y ciñéndose su espada, se escabulló de entre su gente sin que nadie lo viese. Y estuvo andando toda la noche sin detenerse hasta la mañana, en que el calor, demasiado excesivo, le obligó a descansar. Después anduvo durante todo el resto del día y durante la segunda noche hasta la mañana siguiente. Y he aquí que vio a lo lejos una cosa negra, y se alegró de ello y dijo: «Es probable que encuentre allí a alguien que me contará la historia del lago y sus peces». Y al acercarse a esta cosa negra vio que aquello era un palacio enteramente construido con piedras negras, reforzado con grandes chapas de hierro, y que una de las hojas de la puerta estaba abierta y la otra cerrada. Entonces se alegró mucho, y parándose ante la puerta, llamó suavemente; pero como no le contestasen, llamó por segunda y por tercera vez. Después, y como seguían sin contestar, llamó por cuarta vez, pero con gran violencia, y nadie contestó tampoco. Entonces se dijo: «No hay duda, este palacio está desierto». Y enseguida, tomando ánimos, penetró por la puerta del palacio y llegó a un pasillo, y allí dijo en alta voz: «¡Ah del palacio! Soy un extranjero, un caminante, que pide provisiones para continuar su viaje». Después reiteró su demanda por segunda y tercera vez, y como no le contestasen, afirmó su corazón y fortificó su alma, y siguió por aquel corredor hasta el centro del palacio. Y no encontró a nadie. Pero vio que todo el palacio estaba suntuosamente revestido de tapices y que en el centro de un patio interior había un estanque coronado por cuatro leones de oro rojo, de cuyas fauces brotaba un chorro de agua que semejaba perlas y pedrería. En torno veíanse numerosos pájaros, pero no podían volar fuera del palacio por impedírselo una gran red tendida por encima de todo. Y el rey se maravilló al ver aquellas cosas, aunque afligiéndose por no encontrar a alguien que le pudiese revelar el enigma del lago, de los peces, de las montañas y del palacio. Después se sentó entre dos puertas, y meditó profundamente. Pero de pronto oyó una queja muy débil que parecía brotar de un corazón dolorido, y oyó una voz dulce que cantaba quedamente estos versos:

¡Mis sufrimientos ¡ay! no he podido ocultarlos, y mi mal de amores fue revelado!... ¡Y ahora el sueño se aparta de mis ojos para convertirse en insomnio constante!

¡Oh amor! ¡Viniste al oír mi voz, pero cuánta tortura dejaste mis pensamientos

¡Ten piedad de mí! ¡Déjame gustar del reposo! ¡Y sobre todo, no vayáis a visitar a Aquella que es toda mi alma, para hacerla padecer! ¡Porque Ella es mi consuelo en las penas y peligros!

Cuando el rey oyó estas quejas amargas, se levantó y se dirigió hacia el lugar de donde procedían. Llegó hasta una puerta cubierta por un tapiz. Levantó el tapiz, y en un gran salón vio un joven que estaba reclinado en un gran lecho. Este joven era muy hermoso; su frente parecía una flor, sus mejillas igual que la rosa, y en medio de una de ellas tenía un lunar como una gota de ámbar negro. Ya lo dijo el poeta:

¡El joven es esbelto y gentil! ¡Sus cabellos de tinieblas son tan negros que forman la noche! ¡Su frente es tan blanca que ilumina la noche! ¡Nunca los ojos de los hombres presenciaron una fiesta como el espectáculo de sus gracias!

¡Le conocerás entre todos los jóvenes por el lunar que tiene en la rosa de su mejilla, precisamente debajo de uno de sus ojos!

Al verle, el rey, muy complacido, le dijo: «¡La paz sea contigo!». Y el joven siguió echado en la cama, vistiendo un traje de seda bordado de oro. Con un acento de tristeza que parecía extenderse por toda su persona, devolvió el saludo del rey y dijo: «¡Oh señor! ¡Perdona que no me pueda levantar!». Pero el rey contestó: «¡Oh joven! Entérame de la historia de ese lago y de sus peces de colores, así como del misterio de este palacio y de la causa de su soledad y de tus lágrimas». Al oírlo, el joven derramó nuevas lágrimas, que corrían a lo largo de sus mejillas, y el rey se asombró y le dijo: «¡Oh joven! ¿qué es lo que te hace llorar?» Y el joven respondió: «¿Cómo no he de llorar, si me veo en este estado?» Y el joven, alargando las manos hacia el borde de su túnica, la levantó. Y entonces el rey vio que toda la mitad inferior del joven era de mármol, y la otra mitad, desde el ombligo hasta el cabello de la cabeza, era de un hombre. Y el joven dijo al rey: «Sabe ¡oh señor! que la historia de los peces es una cosa tan extraordinaria, que si se escribiera con una aguja en el ángulo interior del ojo, a fin de que todo el mundo la viera, sería una gran lección para el observador cuidadoso».

Y el joven contó la historia que sigue:

Historia del joven encantado y de los peces

«Sabe, ¡oh señor! que mi padre era rey de esta ciudad. Se llamaba Mahmud, y era rey de las Islas Negras y de estas cuatro montañas. Mi padre reinó setenta años, y después se extinguió en la misericordia del Retribuidor. Después de su muerte, fui yo sultán y me casé con la hija de mi tía. Me quería con amor tan poderoso, que si por casualidad tenía que separarme de ella, no comía ni bebía hasta mi regreso. Y así siguió bajo mi protección durante cinco años, hasta que fue un día al hammam, después de haber mandado al cocinero que preparase los manjares para nuestra cena. Entré en el palacio, y reclinándome en el lugar de costumbre, mandé a dos esclavas que me hicieran aire con los abanicos. Una se puso a mi cabeza y otra a mis pies. Pero pensando en la ausencia de mi esposa, se apoderó de mí el insomnio, y no pude conciliar el sueño, porque ¡si mis ojos se cerraban, mi alma permanecía en vela! Oí entonces a la esclava que estaba detrás de mi cabeza hablar de este modo a la que estaba a mis pies: “¡Oh

Masauda! ¡Qué desventurada juventud la de nuestro dueño! ¡Qué tristeza para él tener una esposa como nuestra ama, tan pérfida y tan criminal!”. Y la otra respondió: “¡Maldiga Alah a las mujeres adúlteras! Porque esa infame nunca podrá tener un hombre mejor que nuestro dueño, y sin embargo se pasa las noches en el lecho de unos y otros”. Y la primera esclava dijo: “Nuestro dueño debe de ser muy impasible cuando no hace caso de las acciones de esa mujer”. Y repuso la otra: “Pero ¿qué dices? ¿Puede sospechar siquiera nuestro amo lo que hace ella? ¿Crees que la dejaría en libertad de obrar así? Has de saber que esa pérfida pone siempre algo en la copa en que bebe nuestro amo todas las noches antes de acostarse. Le echa banj y le hace dormir con eso. En tal estado, no puede saber lo que ocurre, ni adonde va ella, ni lo qué hace. Entonces, después de darle a beber el banj, se viste y se va, dejándole solo, y no vuelve hasta el amanecer. Cuando regresa, le quema una cosa debajo de la nariz para que la huela, y así despierta nuestro amo de su sueño”.

»En el momento que oí, ¡oh señor! lo que decían las esclavas, se cambió en tinieblas la luz de mis ojos. Y deseaba ardientemente que viniera la noche para encontrarme de nuevo con la hija de mi tío. Por fin volvió del hammam. Y entonces se puso la mesa, y estuvimos comiendo durante una hora, dándonos mutuamente de beber, como de costumbre. Después pedí el vino que solía beber todas las noches antes de acostarme, y ella me acercó la copa. Pero yo me guardé muy bien de beber, y fingí que la llevaba a los labios, como de costumbre, pero la derramé rápidamente por la abertura de mi túnica, y en la misma hora y en el mismo instante me eché en la cama, haciéndome el dormido. Y ella dijo entonces: “¡Duerme! ¡Y así no te despiertes nunca más! ¡Por Alah, te detesto! Y detesto hasta tu imagen, y mi alma está harta de tu trato”. Después se levantó, se puso su mejor vestido, se perfumó, se ciñó una espada, y abriendo la puerta del palacio se marchó. Enseguida me levanté yo también, y la fui siguiendo hasta que hubo salido del palacio. Y atravesó todos los zocos, y llegó por fin hasta las puertas de la ciudad, que estaban cerradas. Entonces habló a las puertas en un lenguaje que no entendí, y los cerrojos cayeron y las puertas se abrieron, y ella salió. Y yo eché a andar detrás de ella, sin que lo notase, hasta que llegó a unas colinas formadas por los amontonamientos de escombros, y a una torre coronada por una cúpula y construida de ladrillos. Ella entró por la puerta, y yo me subí a lo alto de la cúpula, donde había una terraza, y desde allí me puse a vigilarla. Y he aquí que ella entró en la habitación de un negro muy negro. Este negro era horrible, tenía el labio superior como la tapadera de una marmita, y el inferior como la marmita misma, ambos tan colgantes, que podían escoger los guijarros entre la arena. Estaba podrido de enfermedades y tendido sobre un montón de cañas de azúcar. Al verle, la hija de mi tío besó la tierra entre sus manos, y él levantó la cabeza hacia ella, y le dijo: “¡Desdichas sobre ti! ¿Cómo has tardado tanto? He convidado a los negros, que se han bebido el vino y se han entrelazado ya con sus queridas. Y yo no he querido beber por causa tuya”. Ella contestó: “¡Oh dueño mío, querido de mi corazón! ¿no sabes que estoy casada con el hijo de mi tío, que detesto hasta su imagen y que me horroriza estar con él? Si no fuese por el temor de hacerte daño, hace tiempo que habría derruido toda la ciudad, en la que sólo se oiría la voz de la corneja y el mochuelo, y además habría transportado las ruinas al otro lado del Cáucaso”. Y contestó el negro: “¡Mientes, infame! Juro por el honor y por las cualidades viriles de los negros, y por nuestra infinita superioridad sobre los blancos, que como vuelvas a retrasarte otra vez, a partir de este día, repudiaré tu trato y no pondré mi cuerpo encima del tuyo. ¡Oh pérfida traidora! De seguro que te has retrasado para saciar en otra parte tus deseos de hembra. ¡Qué basura! ¡Eres la más despreciable de las mujeres blancas!” Después la cogió debajo de él. Y llegó entre ellos aquello que llegó».

Así narraba el príncipe dirigiéndose al rey. Y prosiguió de este modo:

«Cuando oí toda aquella conversación y vi con mis propios ojos eso que siguió entre ambos, el mundo se convirtió en tinieblas para mí y no supe ni dónde estaba. Enseguida la hija de mi tío rompió a llorar y a lamentarse humildemente entre las manos del negro, y le decía: “¡Oh, amante mío, orgullo de mi corazón! ¡No tengo a nadie más que a ti! ¡Si me despidieses me moriría! ¡Oh, amor mío! ¡Luz de mis ojos!”. Y no cesó en su llanto ni en sus súplicas hasta que la hubo perdonado. Entonces, llena de alegría, se levantó, se quitó todos los vestidos, incluso el calzón, y se quedó completamente desnuda. Y dijo después: “Amo mío, ¿tienes con qué alimentar a tu esclava?” Y contestó el negro: “Levanta la tapadera de la cacerola, allí encontrarás un guisado de huesos de ratones, que ha de satisfacerte. En este jarro que ves ahí hay buza y la puedes beber”. Y ella comió y bebió, y fue a lavarse las manos. Después se acostó sobre el montón de cañas, y completamente desnuda se acurrucó contra el negro, cubriéndose con unos harapos infectos.

»Al ver todas estas cosas que hacía la hija de mi tío, no pude contenerme más, y bajando de la cúpula y precipitándome en la habitación, cogí la espada que llevaba la hija de mi tío, resuelto a matar a ambos. Y comencé por herir primeramente al negro, dándole un tajo en el cuello, y creí que había perecido...».

En este momento de su narración, Schehrazada vio aproximarse la mañana, y se calló discretamente. Y cuando lució la mañana, Schahriar entró en la sala de justicia, y el diván estuvo lleno hasta el fin del día. Después el rey volvió a palacio, y Doniazada dijo a su hermana: «Te ruego que prosigas tu relato». Y ella respondió: «De todo corazón, y como homenaje debido».

PERO CUANDO LLEGÓ LA OCTAVA NOCHE

Schehrazada dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el joven encantado dijo al rey:

«Al herir al negro para cortarle la cabeza, corté efectivamente su piel y su carne, y creí que lo había matado, porque lanzó un estertor horrible. Y a partir de ese momento, nada sé sobre lo que ocurrió. Pero al día siguiente vi que la hija de mi tío se había cortado el pelo y se había vestido de luto. Después me dijo: “¡Oh hijo de mi tío! No censures lo que hago, porque acabo de saber que se ha muerto mi madre, que a mi padre lo han matado en la guerra santa, que uno de mis hermanos ha fallecido de picadura de escorpión y que el otro ha quedado enterrado bajo las ruinas de un edificio; de modo que tengo motivos para llorar y afligirme”. Fingiendo que la creía, le dije: “Haz lo que creas conveniente, pues no he de prohibírtelo”. Y permaneció encerrada con su luto, con sus lágrimas y sus accesos de dolor durante todo un año, desde su comienzo hasta el otro comienzo. Y transcurrido el año, me dijo: “Deseo construir para mí una tumba en este palacio; allí podré aislarme con mi soledad y mis lágrimas, y la llamaré la Casa de los Duelos”. Yo le dije: “Haz lo que tengas por conveniente”. Y se mandó construir esta Casa de los Duelos, coronada por una cúpula, y conteniendo un subterráneo como una tumba. Después transportó allí al negro, que no había muerto, pues sólo había quedado muy enfermo y muy débil, aunque en realidad ya no le podía servir de nada a la hija de mi tío. Pero esto no le impedía estar bebiendo a todas horas vino y buza. Y desde el día en que le herí no podía hablar y seguía viviendo, pues no le había llegado todavía su hora. Ella iba a verlo todos los días, entrando en la cúpula, y sentía a su lado accesos de llanto y de locura, y le daba bebidas y condimentos. Así hizo, por la mañana y por la noche, durante todo otro año. Yo tuve paciencia durante este tiempo; pero un día, entrando de improviso en su habitación, la oí llorar y arañarse la cara, y decir amargamente estos versos:

¡Partiste, ¡oh muy amado mío! y he abandonado a los hombres y vivo en la soledad, porque mi corazón no puede amar nada desde que partiste,

¡oh muy amado mío!

¡Si vuelves a pasar cerca de tu muy amada, recoge por favor sus despojos mortales, en recuerdo de su vida terrena, y dales el reposo en la tumba donde tú quieras, pero cerca de ti, si vuelves a pasar cerca de tu muy amada!

¡Que tu voz se acuerde de mi nombre de otro tiempo para hablarme en la tumba! ¡Oh, pero en mi tumba sólo oirás el triste sonido de mis huesos al chocar unos con otros!

»Cuando hubo terminado su lamentación, desenvainé la espada, y le dije: “¡Oh traidora! sólo hablan así las infames que reniegan de sus amores y pisotean el cariño”. Y levantando el brazo, me disponía a herirla, cuando ella, descubriendo entonces que había sido yo quien hirió al negro, se puso de pie, pronunciando unas palabras misteriosas, y dijo: “Por la virtud de mi magia, que Alah te convierta mitad piedra y mitad hombre". E inmediatamente, señor, quedé como me ves. Y ya no puedo valerme ni hacer un movimiento, de suerte que no estoy ni muerto ni vivo. Después de ponerme en tal estado, encantó las cuatro islas de mi reino, convirtiéndolas en montañas, con ese lago en medio de ellas, y a mis súbditos los transformó en peces. Pero hay más. Todos los días me tortura azotándome con una correa, dándome cien latigazos, hasta que me hace sangrar. Y después me pone sobre las carnes una camisa de crin, cubriéndola con la ropa».

El joven se echó entonces a llorar y recitó estos versos:

¡Aguardando tu sentencia y tu justicia, ¡oh mi Señor, sufro pacientemente, pues tal es tu voluntad!

¡Pero me ahogan mis desgracias! ¡Y sólo puedo recurrir a ti, ¡oh Señor! ¡Oh Alah, adorado por nuestro bendito Profeta!

El rey dijo entonces al joven: «Has añadido una pena a mis penas; pero dime: ¿dónde está esa mujer?» Y respondió el mancebo: «En la tumba, donde está el negro, debajo de la cúpula. Todos los días viene a esta habitación, me desnuda, y me da cien latigazos, y yo lloro y grito, sin poder hacer un movimiento para defenderme. Después de martirizarme, se va junto al negro, llevándole vinos y licores hervidos». Entonces exclamó el rey: «¡Oh excelente joven! ¡Por Alah! voy a hacerte un favor tan memorable, que después de mi muerte pasará al dominio de la Historia». Y ya no añadió más, y siguió la conversación hasta que se acercó la noche. Después se levantó el rey y aguardó que llegase la hora nocturna de las brujas. Entonces se desnudó, volvió a ceñirse la espada, y se fue hacia el sitio donde se encontraba el negro. Había allí velas y farolillos colgados, y también perfumes, incienso y distintas pomadas. Se fue derechamente al negro, le hirió, le atravesó, y le hizo vomitar el alma. Enseguida se lo echó a los hombros, y lo arrojó al fondo de un pozo que había en el jardín. Después volvió a la cúpula, se vistió con las ropas del negro, y se paseó durante un instante a todo lo largo del subterráneo, tremolando en su mano la espada completamente desnuda.

Transcurrida una hora, la desvergonzada bruja llegó a la habitación del joven. Apenas hubo entrado, desnudó al hijo de su tío, cogió el látigo y empezó a pegarle. Entonces él gritaba: «¡No me hagas sufrir más! ¡Bastante terrible es mi desgracia! ¡Ten piedad de mí!» Ella respondió: «¿La tuviste de mí? ¿Respetaste a mi amante? Así, pues, ¡toma, toma!». Después le puso la túnica de crin, colocándole la otra ropa por encima, e inmediatamente marchó al aposento del negro, llevándose la copa de vino y la taza de plantas hervidas. Y al entrar debajo de la cúpula, se puso a llorar e imploró: «¡Oh, dueño mío, háblame, hazme oír tu voz!» Y recitó dolorosamente estos versos:

¡Oh corazón mío! ¿ha de durar mucho esta separación tan angustiosa? ¡El amor con que me traspasaste es un tormento que supera mis fuerzas! ¿Hasta cuándo seguirás huyendo de mí? ¡Si sólo querías mi dolor y mi amargura, ya serás feliz, pues bien se han cumplido tus deseos!

Después rompió en sollozos y volvió a implorar: «¡Oh dueño mío! Háblame, que yo te oiga». Entonces el supuesto negro torció la lengua y empezó a imitar el habla de los negros: «¡No hay fuerza ni poder sin la ayuda de Alah!» La bruja, al oír hablar al negro después de tanto tiempo, dio un grito de júbilo y cayó desvanecida, pero pronto volvió en sí, y dijo: «¿Es que mi dueño está curado?» Entonces el rey, fingiendo la voz y haciéndola muy débil, dijo: «¡Oh miserable libertina! No mereces que te hable». Y ella dijo: «Pero ¿por qué?» Y él contestó: «Porque siempre estás castigando a tu marido, y él da voces, y esto me quita el sueño toda la noche hasta la mañana. De otro modo, ya habría yo recobrado las fuerzas. Eso precisamente me impide contestarte». Y ella dijo: «Pues ya que tú me lo mandas, lo libraré del estado en que se encuentra». Y él contestó: «Sí, líbralo, y recobraremos la tranquilidad». Y dijo la bruja: «Escucho y obedezco». Después salió de la cúpula, marchó al palacio, cogió una taza de cobre llena de agua, pronunció unas palabras mágicas, y el agua empezó a hervir como hierve en la marmita. Entonces echó un poco de esta agua al joven, y dijo: «¡Por la fuerza de mi conjuro, te mando que salgas de esa forma y recuperes la primitiva!» Y el joven se sacudió todo él, se puso de pie, y exclamó muy dichoso al verse libre: «¡No hay más Dios que Alah, y Mohamed es el Profeta de Alah! ¡Sean con Él la bendición y la paz de Alah!» Y ella dijo: «¡Vete, y no vuelvas por aquí, porque te mataré!» Y se lo gritó en la cara. Entonces el joven se fue de entre sus manos. Y he aquí todo lo referente a él.

En cuanto a la bruja, volvió enseguida a la cúpula, descendió al subterráneo y dijo: «¡Oh dueño mío! levántate, que te vea yo». Y el rey contestó muy débilmente: «Aún no has hecho nada. Queda otra cosa para que recobre la tranquilidad. No has suprimido la causa principal de mis males». Y ella dijo: «¡Oh amado mío! ¿cuál es esa causa principal?» Y el rey contestó: «Esos peces del lago, los habitantes de la antigua ciudad y de las cuatro islas, no dejan de sacar la cabeza del agua, a medianoche, para lanzar imprecaciones contra ti y contra mí. Y este es el motivo de que no recobre yo las fuerzas. Libértalos, pues. Entonces podrás venir a darme la mano y ayudarme a levantar, porque seguramente habré vuelto a la salud».

Cuando la bruja oyó estas palabras, que creía del negro, exclamó muy alegre: «¡Oh, dueño mío! pongo tu voluntad sobre mi cabeza y sobre mis ojos». E invocando el nombre de Bismillah, se levantó muy dichosa, echó a correr, llegó al lago, cogió un poco de agua, y...

En ese momento de la narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA NOVENA NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que cuando la bruja cogió un poco de agua y pronunció unas palabras misteriosas, los peces empezaron a agitarse, irguiendo la cabeza, y acabaron por convertirse en hijos de Adán, y en la hora y en el instante se desató la magia que sujetaba a los habitantes de la ciudad. Y la ciudad se convirtió en una población floreciente, con magníficos zocos bien construidos, y cada habitante se puso a ejercer su oficio. Y las montañas volvieron a ser islas como en otro tiempo. Y hete aquí todo lo que hubo respecto a esto. Por lo que se refiere a la bruja, ésta volvió junto al rey, y como le seguía tomando por el negro, le dijo: «¡Oh querido mío! Dame tu mano generosa para besarla». Y el rey le respondió en voz baja: «Acércate más a mí». Y ella se aproximó. Y el rey cogió de pronto su buena espada, y le atravesó el pecho con tal fuerza, que la punta le salió por la espalda. Después, dando un tajo, la partió en dos mitades.

Hecho esto, salió en busca del joven encantado, que le esperaba de pie. Entonces le felicitó por su desencantamiento, y el joven le besó la mano y le dio efusivamente las gracias. Y le dijo el rey: «¿Quieres marchar a tu ciudad, o acompañarme a la mía?» Y el joven contestó: «¡Oh rey de los tiempos! ¿sabes cuánta distancia hay de aquí a tu ciudad?» Y dijo el rey: «Dos días y medio». Entonces le dijo el joven: «¡Oh rey! si estás durmiendo, despierta. Para ir a tu capital emplearás, con la voluntad de Alah, todo un año. Si llegaste aquí en dos días y medio, fue porque esta población estaba encantada. Y cuenta, ¡oh rey! que no he de apartarme de ti ni siquiera el instante que dura un parpadeo». El rey se alegró al oírlo, y dijo: «¡Bendigamos a Alah, que ha dispuesto te encontrase en mi camino! Desde hoy serás mi hijo, ya que Alah no me los ha querido dar hasta ahora». Y se echaron uno en brazos del otro, y se alegraron hasta el límite de la alegría.

Dirigiéronse entonces al palacio del rey que había estado encantado. Y el joven anunció a los notables de su reino que iba a partir para la santa peregrinación a la Meca. Y hechos los preparativos necesarios, partieron él y el rey, cuyo corazón anhelaba el regreso a su país, del que estaba ausente hacía un año. Marcharon, pues, llevando cincuenta mamalik cargados de regalos. Y no dejaron de viajar día y noche durante un año entero, hasta que avistaron la ciudad. El visir salió con los soldados al encuentro del rey, muy satisfecho de su regreso, pues había llegado a temer no verle más. Y los soldados se acercaron, y besaron la tierra entre sus manos, y le desearon la bienvenida. Y entró en el palacio y se sentó en su trono. Después llamó al visir y le puso al corriente de cuanto le había ocurrido. Cuando el visir supo la historia del joven, le dio la enhorabuena por su desencantamiento y su salvación.

Mientras tanto, el rey gratificó a muchas personas, y después dijo al visir: «Que venga aquel pescador que en otro tiempo me trajo los peces». Y el visir mandó llamar al pescador que había sido causa del desencantamiento de los habitantes de la ciudad. Y cuando se presentó le ordenó el rey que se acercase, y le regaló trajes de honor, preguntándole acerca de su manera de vivir y si tenía hijos. Y el pescador dijo que tenía un hijo y dos hijas. Entonces el rey se casó con una de sus hijas, y el joven se casó con la otra. Después el rey conservó al pescador a su lado y le nombró tesorero general. Enseguida envió a su visir a la ciudad del joven, situada en las Islas Negras, y le nombró sultán de aquellas islas, escoltándole los cincuenta mamalik con numerosos trajes de honor para todos aquellos emires. El visir, al despedirse, besó ambas manos del sultán y salió para su destino. Y el rey y el joven siguieron juntos, muy felices con sus esposas, las dos hijas del pescador, gozando una vida de venturosa tranquilidad y cordial esparcimiento. En cuanto al pescador, nombrado tesorero general, se enriqueció mucho y llegó a ser el hombre más rico de su tiempo. Y todos los días veía a sus hijas, que eran esposas de reyes. ¡Y en tal estado, después de numerosos años completos, fue a visitarles la Separadora de los amigos, la Inevitable, la Silenciosa, la Inexorable! ¡Y ellos murieron!

Pero no creáis que esta historia —prosiguió Schehrazada— sea más maravillosa que la del mandadero.

HISTORIA DEL MANDADERO Y LAS TRES DONCELLAS

Había en la ciudad de Bagdad un hombre que era soltero y además mozo de cordel.

Un día entre los días, mientras estaba en el zoco, indolentemente apoyado en su espuerta, se paró delante de él una mujer con un ancho manto de tela de Mosul, en seda sembrada de lentejuelas de oro y forro de brocado. Levantó un poco el velillo de la cara y aparecieron por debajo dos ojos negros, con largas pestañas, y ¡qué párpados! Era esbelta, sus manos y sus pies muy pequeños, y reunía, en fin, un conjunto de perfectas cualidades. Y dijo con su voz llena de dulzura: «¡Oh mandadero! coge la espuerta y sígueme». Y el mandadero, sorprendidísimo, no supo si había oído bien, pero cogió la espuerta y siguió a la joven, hasta que se detuvo a la puerta de una casa. Llamó y salió un nusraní, que por un dinar le dio una medida de aceitunas, y ella las puso en la espuerta, diciendo al mozo: «Lleva eso y sígueme». Y el mandadero exclamó: «¡Por Alah! ¡Bendito día!» Y cogió otra vez la espuerta y siguió a la joven. Y he aquí que se paró ésta en la frutería y compró manzanas de Siria, membrillos osmani, melocotones de Omán, jazmines de Alepo, nenúfares de Damasco, cohombros del Nilo, limones de Egipto, cidras sultaní, bayas de mirto, flores de alheña, anémonas rojas de color de sangre, violetas, flores de granado y narcisos. Y lo metió todo en la espuerta del mandadero, y le dijo: «Llévalo». Y él lo llevó y la siguió, hasta que llegaron a la carnicería, donde dijo la joven: «Corta diez artal de carne». Y el carnicero cortó los diez artal, y ella los envolvió en hojas de banano, los metió en la espuerta, y dijo: «Llévalo, ¡oh mandadero!» Y él lo llevó así y la siguió, hasta encontrar un vendedor de almendras, al cual compró la joven toda clase de almendras, diciendo al mozo: «Llévalo y sígueme». Y cargó otra vez con la espuerta y la siguió, hasta llegar a la tienda de un confitero, y allí compró ella una bandeja y la cubrió de cuanto había en la confitería: enrejados de azúcar con manteca, pastas aterciopeladas perfumadas con almizcle y deliciosamente rellenas, bizcochos llamados sabun, pastelillos, tortas de limón, confituras sabrosas, dulces llamados muchabac, bocadillos huecos llamados lucmet-el-kadí, otros cuyo nombre es assabihzeinab, hechos con manteca, miel y leche. Después colocó todas aquellas golosinas en la bandeja, y la bandeja encima de la espuerta. Entonces el mandadero dijo: «Si me hubieras avisado, habría alquilado una mula para cargar tanta cosa». Y la joven sonrió al oírlo. Después se detuvo en casa de un destilador y compró diez clases de aguas: de rosas, de azahar y otras muchas, y varias bebidas embriagadoras, como asimismo un hisopo para aspersiones de agua de rosas almizclada, granos de incienso macho, palo de áloe, ámbar gris y almizcle, y finalmente velas de cera de Alejandría. Todo lo metió en la espuerta, y dijo al mozo: «Lleva la espuerta y sígueme». Y el mozo la siguió, llevando siempre la espuerta, hasta que la joven llegó a un palacio, todo de mármol, con un gran patio que daba al jardín de atrás. Todo era muy lujoso, y el pórtico tenía dos hojas de ébano adornadas con chapas de oro rojo.

La joven llamó, y las dos hojas de la puerta se abrieron. El mandadero vio entonces que había abierto la puerta otra joven, cuyo talle, elegante y gracioso, era un verdadero modelo, especialmente por sus pechos redondos y salientes, su gentil apostura, su belleza, y todas las perfecciones de su talle y de todo lo demás. Su frente era blanca como la primera luz de la luna nueva, sus ojos como los ojos de las gacelas, sus cejas como la luna creciente del Ramadán, sus mejillas como anémonas, su boca como el sello de Soleimán, su rostro como la luna llena al salir, sus dos pechos como granadas gemelas. En cuanto a su vientre juvenil, elástico y flexible, se ocultaba bajo la ropa como una carta preciada bajo el rollo que la envuelve.

Por eso, a su vista, notó el mozo que se le iba el juicio y que la espuerta se le venía al suelo. Y dijo para sí: «¡Por Alah! ¡En mi vida he tenido un día tan bendito como el de hoy!»

Entonces esta joven tan admirable dijo a su hermana la proveedora y al mandadero: «¡Entrad, y que la acogida aquí sea para vosotros tan amplia como agradable!»

Y entraron, y acabaron por llegar a una sala espaciosa que daba al patio, adornada con brocados de seda y oro, llena de lujosos muebles con incrustaciones de oro, jarrones, asientos esculpidos, cortinas y unos roperos cuidadosamente cerrados. En medio de la sala había un lecho de mármol incrustado con perlas y esplendorosa pedrería, cubierto con un dosel de raso rojo. Sobre él estaba extendido un mosquitero de fina gasa, también roja, y en el lecho había una joven de maravillosa hermosura, con ojos babilónicos, un talle esbelto como la letra aleph, y un rostro tan bello, que podía envidiarlo el sol luminoso. Era una estrella brillante, una noble hermosura de Arabia, como dijo el poeta:

¡El que mida tu talle, ¡oh joven! y lo compare por su esbeltez con la delicadeza de una rama flexible, juzga con error a pesar de su talento! ¡Porque tu talle no tiene igual, ni tu cuerpo un hermano!

¡Porque la rama sólo es linda en el árbol y estando desnuda! ¡Mientras que tú eres hermosa de todos modos, y las ropas que te cubren son únicamente una delicia más!

Entonces la joven se levantó, y llegando junto a sus hermanas, les dijo: «¿Por qué permanecéis quietas? Quitad la carga de la cabeza de ese hombre». Entonces entre las tres le aliviaron del peso. Vaciaron la espuerta, pusieron cada cosa en su sitio, y entregando dos dinares al mandadero, le dijeron: «¡Oh mandadero! vuelve la cara y vete inmediatamente». Pero el mozo miraba a las jóvenes, encantado de tanta belleza y tanta perfección, y pensaba que en su vida había visto nada semejante. Sin embargo, chocábale que no hubiese ningún hombre en la casa. Enseguida se fijó en lo que allí había de bebidas, frutas, flores olorosas y otras cosas buenas, y admirado hasta el límite de la admiración, no tenía maldita la gana de marcharse.

Entonces la mayor de las doncellas le dijo: «¿Por qué no te vas? ¿Es que te parece poco el salario?» Y se volvió hacia su hermana, la que había hecho las compras, y le dijo: «Dale otro dinar». Pero el mandadero replicó: «¡Por Alah, señoras mías! Mi salario suele ser la centésima parte de un dinar, por lo cual no me ha parecido escasa la paga. Pero mi corazón está pendiente de vosotras. Y me pregunto cuál puede ser vuestra vida, ya que vivís en esta soledad y no hay hombre que os haga compañía. ¿No sabéis que un minarete sólo vale algo con la condición de ser uno de los cuatro de la mezquita? Pero ¡oh señoras mías! no sois más que tres, y os falta el cuarto. Ya sabéis que la dicha de las mujeres nunca es perfecta si no se unen con los hombres. Y, como dice el poeta, un acorde no será jamás armonioso como no reúnan cuatro instrumentos: el arpa, el laúd, la cítara y la flauta. Vosotras, ¡oh señoras mías! sólo sois tres, y os falta el cuarto instrumento: la flauta. ¡Yo seré la flauta, y me conduciré como hombre prudente, lleno de sagacidad e inteligencia, artista hábil que sabe guardar un secreto!»

Y las jóvenes le dijeron: «¡Oh mandadero! ¿no sabes tú que somos vírgenes? Por eso tenemos miedo de fiarnos de algo. Porque hemos leído lo que dicen los poetas: “Desconfía de toda confidencia, pues un secreto revelado es secreto perdido”.»

Pero el mandadero exclamó: «¡Juro por vuestra vida, ¡oh señoras mías! que yo soy un hombre prudente, seguro y leal! He leído libros y he estudiado crónicas. Sólo cuento cosas agradables, callándome cuidadosamente las cosas tristes. Obro en toda ocasión según dice el poeta:

¡Sólo el hombre bien dotado sabe callar el secreto! ¡Sólo los mejores entre los hombres saben cumplir sus promesas!

¡Yo encierro los secretos en una casa de sólidos candados, donde la llave se ha perdido y la puerta está sellada!»

Y escuchando los versos del mandadero, muchas otras estrofas que recitó y sus improvisaciones rimadas, las tres jóvenes se tranquilizaron; pero para no ceder enseguida, le dijeron: «Sabe, ¡oh mandadero! que en este palacio hemos gastado el dinero en enormes cantidades. ¿Llevas tú encima con qué indemnizarnos? Sólo te podremos invitar con la condición de que gastes mucho oro. ¿Acaso no es tu deseo permanecer con nosotras, acompañarnos a beber, y singularmente hacernos velar toda la noche, hasta que la aurora bañe nuestros rostros?» Y la mayor de las doncellas añadió: «Amor sin dinero no puede servir de buen contrapeso en el platillo de la balanza». Y la que había abierto la puerta dijo: «Si no tienes nada, vete sin nada». Pero en aquel momento intervino la proveedora, y dijo: «¡Oh hermanas mías! Dejemos eso, ¡por Alah! pues este muchacho en nada ha de amenguarnos el día. Además, cualquier otro hombre no habría tenido con nosotras tanto comedimiento. Y cuanto le toque pagar a él, yo lo abonaré en su lugar».

Entonces el mandadero se regocijó en extremo, y dijo a la que le había defendido: «¡Por Alah! A ti te debo la primera ganancia del día». Y dijeron las tres: «Quédate, ¡oh buen mandadero! y te tendremos sobre nuestra cabeza y nuestros ojos». Y enseguida la proveedora se levantó y se ajustó el cinturón. Luego dispuso los frascos, clasificó el vino por decantación, preparó el lugar en que habían de reunirse cerca del estanque, y llevó allí cuanto podían necesitar. Después ofreció el vino y todo el mundo se sentó, y el mandadero en medio de ellas, en el vértigo, pues se figuraba estar soñando.

Y he aquí que la proveedora ofreció la vasija del vino y llenaron la copa y la bebieron, y así por segunda y por tercera vez. Después la proveedora la llenó de nuevo y la presentó a sus hermanas, y luego al mandadero. Y el mandadero, extasiado, improvisó esta composición rimada:

¡Bebe este vino! ¡Él es la causa de toda nuestra alegría! ¡Él da al que lo bebe fuerzas y salud! ¡Él es el único remedio que cura todos los males!

¡Nadie bebe el vino, origen de toda alegría, sin sentir las emociones más gratas! ¡La embriaguez es lo único que puede saturarnos de voluptuosidad!

Después besó las manos a las tres doncellas, y vació la copa. Enseguida, aproximándose a la mayor, dijo: «¡Oh señora mía! ¡Soy tu esclavo, tu cosa y tu propiedad!» Y recitó estas estrofas. en honor suyo:

¡A tu puerta espera de pie un esclavo de tus ojos, acaso el más humilde de tus esclavos!

¡Pero conoce a su dueña! ¡Él sabe cuánta es su generosidad y sus beneficios! ¡Y sobre todo, sabe cómo se lo ha de agradecer!

Entonces ella le dijo, ofreciéndole la copa: «Bebe, ¡oh amigo mío! y que la bebida te aproveche y la digieras bien. Que ella te dé fuerzas para el camino de la verdadera salud».

Y el mandadero cogió la copa, besó la mano a la joven, y con una voz dulce y modulada cantó quedamente estos versos:

¡Yo ofrezco a mi amiga un vino resplandeciente como sus mejillas, mejillas tan luminosas, que sólo la caridad de una llama podría compararse con su espléndida vida!

Ella se digna aceptarlo, pero me dice, muy risueña: «¿Cómo quieres que beba mis propias mejillas?» Y yo le digo: «¡Bebe, oh llama de mi corazón! ¡Este licor son mis lágrimas, su color rojo, mi sangre, y su mezcla en la copa, es toda mi alma!»

Entonces la joven cogió la copa de manos del mandadero, se la llevó a los labios y después fue a sentarse junto a sus hermanas. Y todos empezaron a cantar, a danzar y a jugar con las flores exquisitas. Y mientras tanto, el mozo las abrazaba y las besaba. Y una le dirigía chanzas, otra lo atraía hacia ella, y la otra le golpeaba con las flores. Y siguieron bebiendo, hasta que el vino se les subió a la cabeza. Cuando el vino reinó por completo, la joven que había abierto la puerta se levantó, se quitó toda la ropa y se quedó desnuda. Y de un salto echó su alma en el estanque, se puso a jugar con el agua, se llenó de ella la boca y roció ruidosamente al mandadero. Esto no le estorbaba para que el agua corriese por todos sus miembros y por entre sus muslos juveniles. Después salió del estanque, se echó sobre el pecho del mandadero, y extendiéndose luego boca arriba, dijo señalando a la cosa situada entre sus muslos:

«¡Oh mi querido! ¿Sabes cómo se llama esto?» Y contestó el mozo: «¡Ah!... ¡ah!... Ordinariamente, suele llamarse la casa de la misericordia". Pero ella exclamó: «¡Yu! ¡yu! ¿No te da vergüenza tu ignorancia?» Y le cogió del pescuezo y empezó a darle golpes. Entonces dijo él: «¡Basta! ¡basta! Se llama la vulva». Y repitió ella: «Tampoco es así». Y el mandadero dijo: «Pues tu pedazo de atrás». Y ella repitió: «Otra cosa». Y dijo él: «Es tu zángano». Pero ella, al oírlo, golpeó al joven con tal fuerza, que le arañó la piel. Y entonces él dijo: «Pues dime cómo se llama». Y ella contestó: «La albahaca de los puentes». Y exclamó el mozo: «¡Ya era hora! ¡Alabado sea Alah! y él te guarde, ¡oh mi albahaca de los puentes!»

Después volvió a circular la copa y la subcopa. Enseguida la segunda joven se desnudó y se metió en el estanque, e hizo lo mismo que su hermana. Salió después, se echó en el regazo del mozo, y señalando con el dedo hacia sus muslos y a la cosa situada entre los muslos, preguntó: «¿Cuál es el nombre de esto, luz de mis ojos?» Y él dijo: «Tu grieta». Pero ella exclamó: «¡Qué palabras tan abominables dice este hombre!» Y le abofeteó con tal furia, que retembló toda la sala. Y después dijo él: «Entonces será la albahaca de los puentes». Pero ella replicó: «¡No es eso, no es eso!» Y volvió a darle golpes. Entonces preguntó el mozo: «¿Pues cuál es su nombre?» Y contestó ella: «El sésamo descortezado». Y él exclamó: «¡Para ti sean, ¡oh el más descortezado entre los sésamos! las mejores bendiciones!»

Después se levantó la tercera joven, se desnudó y se metió en el estanque, donde hizo como sus hermanas, y luego se vistió, y fue a tenderse entre las piernas del mandadero, y le dijo, señalando hacia sus partes delicadas: «Adivina su nombre». Entonces él le dijo: «Se llama, esto, se llama lo otro». Y numerando con los dedos, decía: «El estornino mudo, el conejo sin orejas, el polluelo sin voz, el padre de la blancura, la fuente de las gracias». Y por fin, en vista de sus protestas, acabó por preguntarle, para que no le pegara más: «¿Pues cuál es su nombre?» Y ella contestó: «El khan de Aby-Mansur».

Entonces el mandadero se levantó, se despojó de sus vestiduras y se metió en el agua. ¡Y su espalda sobrenadaba majestuosa en la superficie! Se lavó todo el cuerpo, como se habían lavado las doncellas, y después salió del baño y fue a echarse en el regazo de la más joven, apoyó los pies en el regazo de la otra hermana, y señalando a su virilidad, preguntó a la mayor de todas: «¿Sabes ¡oh soberana mía! cuál es su nombre?» Al oír estas palabras, las tres se echaron a reír tan a gusto, que cayeron sobre sus posaderas, y exclamaron: «¡Tu zib!» Y él dijo: «No es eso, no es eso». Y les dio a cada una un mordisco. Entonces dijeron: «¡Tu herramienta!» Y él contestó: «Tampoco es eso». Y a cada una les dio un pellizco en un seno. Y ellas, asombradas, replicaron: «Sí que es tu herramienta, porque está ardiente; sí que es tu zib, porque se mueve». Y el mozo seguía negando con un movimiento de cabeza, y luego las besaba, las mordía, las pellizcaba y las abrazaba, y ellas reían a más no poder, hasta que acabaron por decirle: «¿Cómo se llama, pues?» Entonces él meditó un momento, se miró entre los muslos, guiñó los ojos, y señalando a su zib, dijo: «¡Oh señoras mías! vais a oír lo que acaba de decirme este niño: “Me llaman el macho poderoso y sin castrar, que pace la albahaca de los puentes, se deleita con raciones de sésamo descortezado y se alberga en la posada de Aby-Mansur”».

Y se rieron las tres tan descompasadamente al oírle, que de nuevo doblaron sobre sus partes traseras. Después siguieron bebiendo en la misma copa hasta que comenzó a anochecer. Las jóvenes dijeron al mandadero: «Ahora vuelve la cara y vete, y así veremos la anchura de tus hombros». Pero el mozo exclamó: «¡Por Alah, señoras mías! ¡Más fácil sería a mi alma salir del cuerpo, que a mí dejar esta casa! ¡Juntemos esta noche con el día, y mañana podrá cada uno ir en busca de su destino por el camino de Alah!» Entonces intervino nuevamente la joven proveedora: «Hermanas, por vuestra vida, invitémosle a pasar la noche con nosotras y nos reiremos mucho con él, porque es una mala persona sin pudor, y además muy gracioso». Y dijeron entonces al mandadero: «Puedes pasar aquí la noche, con la condición de estar bajo nuestro dominio y no pedir ninguna explicación sobre lo que veas ni sobre cuanto ocurra». Y él respondió: «Así sea, ¡oh señoras mías!» Y ellas añadieron: «Levántate y lee lo que está escrito encima de la puerta». Y él se levantó, y encima de la puerta vio las siguientes palabras, escritas con letras de oro: No hables nunca de lo que no te importe, si no, oirás cosas que no te gusten.

Y el mandadero dijo: «¡Oh señoras mías!, os pongo por testigo de que no he de hablar de lo que no me importe».

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 10ª NOCHE

Doniazada dijo: «¡Oh hermana mía, acaba la relación!» Y Schehrazada contestó: «Con mucho agrado, y como un deber de generosidad». Y prosiguió:

He llegado a saber, ¡oh rey poderoso! que cuando el mandadero hizo su promesa a las jóvenes, se levantó la proveedora, colocó los manjares delante de los comensales, y todos comieron muy regaladamente. Después de esto encendieron las velas, quemaron maderas olorosas e incienso, y volvieron a beber y comer todas las golosinas compradas en el zoco, sobre todo el mandadero, que al mismo tiempo decía versos, cerrando los ojos mientras recitaba y moviendo la cabeza. Y de pronto se oyeron fuertes golpes en la puerta, lo que no les perturbó en sus placeres, pero al fin la menor de las jóvenes se levantó, fue a la puerta, y luego volvió y dijo: «Bien llena va a estar nuestra mesa esta noche, pues acabo de encontrar junto a la puerta a tres ahjam con las barbas afeitadas y tuertos del ojo izquierdo. Es una coincidencia asombrosa. He visto inmediatamente que eran extranjeros, y deben venir del país de los Rum. Cada uno es diferente, pero los tres son tan ridículos de fisonomía, que hacen reír. Si los hiciésemos entrar nos divertiríamos con ellos». Y sus hermanas aceptaron. «Diles que pueden entrar, pero entérales de que no deben hablar de lo que no les importe, si no quieren oír cosas desagradables». Y la joven corrió a la puerta, muy alegre, y volvió trayendo a los tres tuertos. Llevaban las mejillas afeitadas, con unos bigotes retorcidos y tiesos, y todo indicaba que pertenecían a la cofradía de mendicantes llamados saalik.

Apenas entraron, desearon la paz a la concurrencia, y las jóvenes se quedaron de pie y los invitaron a sentarse. Una vez sentados, los saalik miraron al mandadero, y suponiendo que pertenecía a su cofradía, dijeron: «Es un saaluk como nosotros, y podrá hacernos amistosa compañía». Pero el mozo, que los había oído, se levantó de súbito, los miró airadamente y exclamó: «Dejadme en paz, que para nada necesito vuestro afecto. Y empezad por cumplir lo que veréis escrito encima de esa puerta». Las doncellas estallaron de risa al oír estas palabras, y se decían: «Vamos a divertirnos con este mozo y los saalik». Después ofrecieron manjares a los saalik, que los comieron muy gustosamente. Y la más joven les ofreció de beber, y los saalik bebieron uno tras otro. Y cuando la copa estuvo en circulación, dijo el mandadero: «Hermanos nuestros, ¿lleváis en el saco alguna historia o alguna maravillosa aventura con qué divertirnos?» Estas palabras los estimularon, y pidieron que les trajesen instrumentos. Y entonces la más joven les trajo inmediatamente un pandero de Mosul adornado con cascabeles, un laúd de Irak y una flauta de Persia. Y los tres saalik se pusieron de pie, y uno cogió el pandero, otro el laúd y el tercero la flauta. Y los tres empezaron a tocar, y las doncellas los acompañaban con sus cantos. Y el mandadero se moría de gusto, admirando la hermosa voz de aquellas mujeres.

En este momento volvieron a llamar a la puerta. Y como de costumbre, acudió a abrir la más joven de las tres doncellas.

Y he aquí el motivo de que hubiesen llamado:

Aquella noche, el califa Harún al-Rashid había salido a recorrer la ciudad, para ver y escuchar por sí mismo cuanto ocurriese. Le acompañaba su visir Giafar al-Barmaki y el portaalfanje Masrur, ejecutor de sus justicias. El califa, en estos casos, acostumbraba disfrazarse de mercader.

Y paseando por las calles había llegado frente a aquella casa y había oído los instrumentos y los ecos de la fiesta. Y el califa dijo al visir Giafar: «Quiero que entremos en esta casa, para saber qué son esas voces». Y el visir Giafar replicó: «Acaso sea un hatajo de borrachos, y convendría precavernos por si nos hiciesen alguna mala partida». Pero el califa dijo: «Es mi voluntad entrar ahí. Quiero que busques la forma de entrar y sorprenderlos». Al oír esta orden, el visir contestó: «Escucho y obedezco». Y Giafar avanzó y llamó a la puerta. Y al momento fue a abrir la más joven de las tres hermanas.

Cuando la joven hubo abierto la puerta, el visir le dijo: «¡Oh señora mía! somos mercaderes de Tabaria. Hace diez días llegamos a Bagdad con nuestros géneros, y habitamos en el khan de los mercaderes. Uno de los comerciantes del khan nos ha convidado a su casa y nos ha dado de comer. Después de la comida, que ha durado una hora, nos ha dejado en libertad de marcharnos. Hemos salido, pero ya era de noche, y como somos extranjeros, hemos perdido el camino del khan, y ahora nos dirigimos fervorosamente a vuestra generosidad para que nos permitáis entrar y pasar la noche aquí. Y ¡Alah os tendrá en cuenta esta buena obra!»

Entonces la joven los miró, le pareció que en efecto tenían maneras de mercaderes y un aspecto muy respetable, por lo cual fue a buscar a sus dos hermanas para pedirles parecer. Y ellas le dijeron: «Déjales entrar». Entonces fue a abrirles la puerta, y le preguntaron: «¿Podemos entrar, con vuestro permiso?» Y ella contestó: «Entrad». Y entraron el califa, el visir y el portaalfanje, y al verlos, las jóvenes se pusieron de pie y les dijeron: «¡Sed bien venidos, y que la acogida en esta casa os sea tan amplia como amistosa! Sentaos, ¡oh huéspedes nuestros! Sólo tenemos que imponeros una condición: No habléis de lo que no os importa, si no queréis oír cosas que no os gusten». Y ellos respondieron: «Ciertamente que sí». Y se sentaron, y fueron invitados a beber y a que circulase entre ellos la copa. Después el califa miró a los tres saalik, y se asombró mucho al ver que los tres estaban tuertos del ojo izquierdo. Y miró enseguida a las jóvenes, y al advertir su hermosura y su gracia, quedó aún más perplejo y sorprendido. Las doncellas siguieron conversando con los convidados, invitándoles a beber con ellas, y luego presentaron un vino exquisito al califa, pero éste lo rechazó, diciendo: «Soy un buen hadj». Entonces la más joven se levantó y colocó delante de él una mesita con incrustaciones finas, encima de la cual puso una taza de porcelana de China, y echó en ella agua de la fuente, que enfrió con un pedazo de hielo, y lo mezcló todo con azúcar y agua de rosas, y después se lo presentó al califa. Y él aceptó, y le dio las gracias, diciendo para sí: «Mañana tengo que recompensarla por su acción y por todo el bien que hace».

Las doncellas siguieron cumpliendo sus deberes de hospitalidad y sirviendo de beber. Pero cuando el vino produjo sus efectos, la mayor de las tres hermanas se levantó, cogió de la mano a la proveedora, y le dijo: «¡Oh hermana mía! levántate y cumplamos nuestro deber». Y su hermana le contestó: «Me tienes a tus órdenes». Entonces la más pequeña se levantó también, y dijo a los saalik que se apartaran del centro de la sala y que fuesen a colocarse junto a las puertas. Quitó cuanto había en medio del salón y lo limpió. Las otras dos hermanas llamaron al mandadero, y le dijeron: «¡Por Alah! ¡Cuán poco nos ayudas! Cuenta que no eres un extraño, sino de la casa». Y entonces el mozo se levantó, se remangó la túnica, y apretándose el cinturón, dijo: «Mandad y obedeceré». Y ellas contestaron: «Aguarda en tu sitio». Y a los pocos momentos le dijo la proveedora: «Sígueme, que podrás ayudarme».

Y la siguió fuera de la sala, y vio dos perras de la especie de las perras negras, que llevaban cadenas al cuello. El mandadero las cogió y las llevó al centro de la sala. Entonces la mayor de las hermanas se remangó el brazo, cogió un látigo, y dijo al mozo: «Trae aquí una de esas perras». Y el mandadero, tirando de la cadena del animal, le obligó a acercarse, y la perra se echó a llorar y levantó la cabeza hacia la joven. Pero ésta, sin cuidarse de ello, la tumbó a sus pies y empezó a darle latigazos en la cabeza, y la perra chillaba y lloraba, y la joven no la dejó de azotar hasta que se le cansó el brazo. Entonces tiró el látigo, cogió a la perra en brazos, la estrechó contra su pecho, le secó las lágrimas y la besó en la cabeza, que la tenía cogida entre sus manos. Después dijo al mandadero: «Llévatela y tráeme la otra». Y el mandadero trajo la otra, y la joven la trató lo mismo que a la primera.

Entonces el califa sintió que sus ojos se llenaban de lástima y que el pecho se le oprimía de tristeza, y guiñó el ojo al visir Giafar para que interrogase sobre aquello a la joven, pero el visir le respondió por señas que lo mejor era callarse.

Enseguida la mayor de las doncellas se dirigió a sus hermanas y les dijo: «Hagamos lo que es nuestra costumbre». Y las otras contestaron: «Obedecemos». Y entonces se subió al lecho, chapeado de plata y de oro, y dijo a las otras dos: «Veamos ahora lo que sabéis». Y la más pequeña se subió al lecho, mientras que la otra se marchó a sus habitaciones y volvió trayendo una bolsa de raso con flecos de seda verde; se detuvo delante de las jóvenes, abrió la bolsa y extrajo de ella un laúd. Después se lo entregó a su hermana pequeña, que lo templó y se puso a tañerlo, cantando estas estrofas con una voz sollozante y conmovida:

¡Por piedad ¡Devolved a mis párpados el sueño que de ellos ha huido! ¡Decidme donde ha ido a parar mi razón!

¡Cuando permití que el amor penetrase en mi morada, se enojó conmigo el sueño y me abandonó!

Y me preguntaban: «¿Qué has hecho para verte así, tú que eres de los que recorren el camino recto y seguro? ¡Dinos quién te ha extraviado de ese modo!»

Y les dije: «¡No seré yo, sino ella, quien os responda! ¡Yo sólo puedo deciros que mi sangre, toda mi sangre, le pertenece! ¡Y siempre he de preferir verterla por ella a conservarla torpemente en mí!

»¡He elegido una mujer para poner en ella mis pensamientos, mis pensamientos que reflejan su imagen! ¡Si expulsara esa imagen, se consumirían mis entrañas con un fuego devorador!

»¡Si la vierais, me disculparíais! ¡Porque el mismo Alah cinceló esa joya con el licor de la vida; y con lo que quedó de ese licor fabricó la granada y las perlas!»

Y me dicen: «¿Pero encuentras en el objeto amado otra cosa que lágrimas, penas y escasos placeres?

»¿No sabes que al mirarte en el agua límpida sólo verás tu sombra? ¡Bebes de un manantial cuya agua sacia antes de ser saboreada!»

Y yo contesto: «¡No creáis que bebiendo se ha apoderado de mí la embriaguez, sino sólo mirando! ¡No fue preciso más; esto bastó para que el sueño huyera por siempre de mis ojos!

»¡Y no son las cosas pasadas las que me consumen, sino solamente el pasado de ella! ¡No son las cosas amadas de que me separé las que me han puesto en este estado, sino solamente la separación de ella!

»¿Podría volver mis miradas hacia otra, cuando toda mi alma está unida a su cuerpo perfumado, a sus aromas de ámbar y almizcle?»

Cuando acabó de cantar, su hermana le dijo: «¡Ojalá te consuele Alah, hermana mía!» Pero tal aflicción se apoderó de la joven portera, que se desgarró las vestiduras, y cayó desmayada en el suelo.

Pero al caer, como una parte de su cuerpo quedó descubierta, el califa vio en él huellas de latigazos y varazos, y se asombró hasta el límite del asombro. La proveedora roció la cara de su hermana, y luego que recobró el sentido, le trajo un vestido nuevo y se lo puso.

Entonces el califa dijo a Giafar: «¿No te conmueven estas cosas? ¿No has visto señales de golpes en el cuerpo de esa mujer? Yo no puedo callarme, y no descansaré hasta descubrir la verdad de todo esto, y sobre todo, esa aventura de las dos perras». Y el visir contestó: «¡Oh mi señor, corona de mi cabeza! recuerda la condición que nos impusieron: No hables de lo que no te importe, si no quieres oír cosas que no te gusten».

Y mientras tanto, la proveedora se levantó, cogió el laúd, lo apoyó en su redondo seno, y se puso a cantar:

¿Qué responderíamos si vinieran a darnos quejas de amor? ¿Qué haríamos si el amor nos dañara?

¡Si confiáramos a un intérprete que respondiese en nuestro nombre, este intérprete no sabría traducir todas las quejas de un corazón enamorado!

¡Y si sufrimos con paciencia y en silencio la ausencia del amado, pronto nos pondrá el dolor a las puertas de la muerte!

¡Oh dolor! ¡Para nosotros sólo hay penas y duelo: las lágrimas resbalan por las mejillas!

Y tú, querido ausente, que has huido de las miradas de mis ojos cortando los lazos que te unían a mis entrañas.

Di, ¿conservas algún recuerdo de nuestro amor pasado, una huella pequeña que dure a pesar del tiempo?

¿O has olvidado, con la ausencia, el amor que agotó mi espíritu y me puso en tal estado de aniquilamiento y postración?

¡Si mi sino es vivir desterrada, algún día pediré cuentas de estos sufrimientos a Alah, nuestro Señor!

Al oír este canto tan triste, la mayor de las doncellas se desgarró las vestiduras, y cayó desmayada. Y la proveedora se levantó y le puso un vestido nuevo, después de haber cuidado de rociarle la cara con agua para que volviese de su desmayo. Entonces, algo repuesta, se sentó la joven en el lecho, y dijo a su hermana: «Te ruego que cantes más, para que podamos pagar nuestras deudas. ¡Aunque sólo sea una vez!» Y la proveedora templó de nuevo el laúd y cantó las siguientes estrofas:

¿Hasta cuando durarán esta separación y este abandono tan cruel? ¿No sabes que a mis ojos ya no les quedan lágrimas?

¡Me abandonas! ¿Pero no crees que rompes así la antigua amistad? ¡Oh! ¡si tu objeto era despertar mis celos, lo has logrado!

¡Si el maldito Destino siempre ayudase a los hombres amorosos, las pobres mujeres no tendrían tiempo para dirigir reconvenciones a los amantes infieles!

¿A quién me quejaré para desahogar un poco mis desdichas, las desdichas causadas por tu mano, asesino de mi corazón?... ¡Ay de mí! ¿Qué recurso le queda al que perdió la garantía de su crédito? ¿Cómo cobrar la deuda?

¡Y la tristeza de mi corazón dolorido crece con la locura de mi deseo hacia ti! ¡Te busco! ¡Tengo tus promesas! Pero tú ¿dónde estás?

¡Oh hermanos! ¡os lego la obligación de vengarme del infiel! ¡Que sufra padecimientos como los míos! ¡Que apenas vaya a cerrar los ojos para el sueño, se los abra enseguida el insomnio largamente!

¡Por tu amor he sufrido las peores humillaciones! ¡Deseo, pues, que otro en mi lugar goce las mayores satisfacciones a costa tuya!

¡Hasta hoy me ha tocado padecer por su amor! ¡Pero a él, que de mí se burla, le tocará sufrir mañana!

Al oír esto, cayó desmayada otra vez la más joven de las hermanas, y su cuerpo apareció señalado por el látigo.

Entonces dijeron los tres saalik: «Más nos habría valido no entrar en esta casa, aunque hubiéramos pasado la noche sobre un montón de escombros, porque este espectáculo nos apena de tal modo, que acabará por destruirnos la espina dorsal». Entonces el califa, volviéndose hacia ellos, les dijo: «¿Y por qué es eso?» Y contestaron: «Porque nos ha emocionado mucho lo que acaba de ocurrir». Y el califa les preguntó: «¿De modo, que no sois de casa?» Y contestaron: «Nada de eso. El que parece serlo es ese que está a tu lado». Entonces exclamó el mandadero: «¡Por Alah! Esta noche he entrado en esta casa por primera vez, y mejor habría sido dormir sobre un montón de piedras».

Entonces dijeron: «Somos siete hombres, y ellas sólo son tres mujeres. Preguntemos la explicación de lo ocurrido, y si no quieren contestarnos de grado, que lo hagan a la fuerza». Y todos se concertaron para obrar de ese modo, menos el visir, que les dijo: «¿Creéis que vuestro propósito es justo y honrado? Pensad que somos sus huéspedes, nos han impuesto condiciones y debemos cumplirlas. Además, he aquí que se acaba la noche, y pronto irá cada uno a buscar su suerte por el camino de Alah». Después guiñó el ojo al califa, y llevándole aparte, le dijo: «Sólo nos queda que permanecer aquí una hora. Te prometo que mañana pondré entre tus manos a estas jóvenes, y entonces les podrás preguntar su historia». Pero el califa rehusó y dijo: «No tengo paciencia para aguardar a mañana». Y siguieron hablando todos, hasta que acabaron por preguntarse: «¿Cuál de nosotros les dirigirá la pregunta?» Y algunos opinaran que eso le correspondía al mandadero.

A todo esto, las jóvenes les preguntaron: «¿De qué habláis, buena gente?» Entonces el mandadero se levantó, se puso delante de la mayor de las tres hermanas, y le dijo: «¡Oh soberana mía! En nombre de Alah te pido y te conjuro, de parte de todos los convidados, que nos cuentes la historia de esas dos perras negras, y por qué las has castigado tanto, para llorar después y besarlas. Y dinos también, para que nos enteremos, la causa de esas huellas de latigazos que se ven en el cuerpo de tu hermana. Tal es nuestra petición. Y ahora, ¡que la paz sea contigo!»

Entonces la joven les preguntó a todos: «¿Es cierto lo que dice este mandadero en vuestro nombre?» Y todos, excepto el visir, contestaron: «Cierto es». Y el visir no dijo ni una palabra.

Entonces la joven, al oír su respuesta, les dijo: «¡Por Alah, huéspedes míos! Acabáis de ofendernos de la peor manera. Ya se os advirtió oportunamente que si alguien hablaba de lo que no le importase, oiría lo que no le había de gustar. ¿No os ha bastado entrar en esta casa y comeros nuestras provisiones? Pero no tenéis vosotros la culpa, sino nuestra hermana, por haberos traído».

Y dicho esto, se remangó el brazo, dio tres veces con el pie en el suelo, y gritó: «¡Hola! ¡Venid enseguida!» E inmediatamente se abrió uno de los roperos cubiertos por cortinajes, y aparecieron siete negros, altos y robustos, que blandían agudos alfanjes. Y la dueña les dijo: «Atad los brazos a esa gente de lengua larga, y amarradlos unos a otros». Y ejecutada la orden, dijeron los negros: «¡Oh señora nuestra! ¡Oh flor oculta a las miradas de los hombres! ¿nos permites que les cortemos la cabeza?» Y ella contestó: «Aguardad una hora, porque antes de degollarlos los he de interrogar para saber quiénes son».

Entonces exclamó el mandadero: «¡Por Alah, oh señora mía! no me mates por el crimen de estos hombres. Todos han faltado y todos han cometido un acto criminal, pero yo no. ¡Por Alah! ¡Qué noche tan dichosa y tan agradable habríamos pasado si no hubiésemos visto a estos malditos saalik! Porque estos saalik de mal agüero son capaces de destruir la más floreciente de las ciudades sólo con entrar en ella».

Y enseguida recito esta estrofa:

¡Qué hermoso es el perdón del fuerte! ¡Y sobre todo, qué hermoso cuando se otorga al indefenso!

¡Yo te conjuro por la inviolable amistad que existe entre los dos: no mates al inocente por causa del culpable!

Cuando el mandadero acabó de recitar, la joven se echó a reír.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aproximarse la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 11ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que cuando la joven se echó a reír, después de haberse indignado, se acercó a los concurrentes, y dijo: «Contadme cuanto tengáis que contar, pues sólo os queda una hora de vida. Y si tengo tanta paciencia, es porque sois gente humilde, que si fueseis de los notables, o de los grandes de vuestra tribu, o si fueseis de los que gobiernan, ya os habría castigado».

Entonces el califa dijo al visir: «¡Desdichados de nosotros, oh Giafar! Revélale quiénes somos, si no, va a matarnos». Y el visir contestó: «Bien merecido nos está». Pero el califa dijo: «No es ocasión oportuna para bromas; el caso es muy serio, y cada cosa en su tiempo».

Entonces la joven se acercó a los saalik, y les dijo: «¿Sois hermanos?» Y contestaron ellos: «¡No, por Alah! Somos los más pobres de los pobres, y vivimos de nuestro oficio, haciendo escarificaciones y poniendo ventosas». Entonces fue preguntando a cada uno: «¿Naciste tuerto, tal como ahora estás?» Y el primero de ellos contestó: «¡No, por Alah! Pero la historia de mi desgracia es tan asombrosa, que si escribiera con una aguja en el ángulo interior de un ojo, sería una lección para quien la leyera con respeto». Y los otros dos contestaron lo mismo, y luego dijeron los tres: «Cada uno de nosotros es de un país distinto, pero nuestras historias no pueden ser más maravillosas, ni nuestras aventuras más prodigiosamente extrañas». Entonces dijo la joven: «Que cada cual cuente su historia, y después se lleve la mano a la frente para darnos las gracias y se vaya en busca de su destino».

El mandadero fue el primero que se adelantó, y dijo: «¡Oh señora mía! Yo soy sencillamente un mandadero, y nada más. Vuestra hermana me hizo cargar con muchas cosas y venir aquí. Me ha ocurrido con vosotras lo que sabéis muy bien, y no he de repetirlo ahora, por razones que se os alcanzan. Y tal es toda mi historia. Y nada podré añadir a ella, sino que os deseo la paz».

Entonces la joven le dijo: «¡Vaya! llévate la mano a la cabeza, para ver si está todavía en su sitio, arréglate el pelo y márchate». Pero replicó el mozo: «¡Oh! ¡No, por Alah! No me he de ir hasta que oiga el relato de mis compañeros».

Entonces el primer saaluk entre los saalik avanzó para contar su historia, y dijo:

HISTORIA DEL PRIMER SAALUK

«Voy a contarte, ¡oh mi señora! el motivo de que me afeitara las barbas y de haber perdido un ojo.

»Sabe, pues, que mi padre era rey, tenía un hermano, y ese hermano era rey en otra ciudad. Y ocurrió la coincidencia de que el mismo día que mi madre me parió nació también mi primo.

»Después pasaron los años, y después de los años y los días, mi primo y yo crecimos. He de decirte que, con intervalos de algunos años, iba a visitar a mi tío y a pasar con él algunos meses. La última vez que le visité me dispensó mi primo una acogida de las más amplias y más generosas, y mandó degollar varios carneros en mi honor y clarificar numerosos vinos. Luego empezamos a beber, hasta que el vino pudo más que nosotros. Entonces mi primo me dijo: “¡Oh primo mío! Ya sabes que te quiero extremadamente, y te he de pedir una cosa importante. No quisiera que me la negases ni que me impidieses hacer lo que he resuelto”. Y yo le contesté: “Así sea, con toda la simpatía y generosidad de mi corazón”. Y para fiar más en mí, me hizo prestar el más sagrado de los juramentos, haciéndome jurar sobre el Libro Noble. Y enseguida se levantó, se ausentó unos instantes, y después volvió con una mujer ricamente vestida y perfumada, con un atavío tan fastuoso, que suponía una gran riqueza. Y volviéndose hacia mí, con la mujer detrás de él, me dijo: “Toma esta mujer y acompáñala al sitio que voy a indicarte”. Y me señaló el sitio, explicándolo tan detalladamente que lo comprendí muy bien. Luego añadió: “Allí encontrarás una tumba entre las otras tumbas, y en ella me aguardarás”. Yo no me pude negar a ello, porque había jurado con la mano derecha. Y cogí a la mujer, y marchamos al sitio que me había indicado, y nos sentamos allí para esperar a mi primo, que no tardó en presentarse, llevando una vasija llena de agua, un saco con yeso y una piqueta. Y lo dejó todo en el suelo, conservando en la mano nada más que la piqueta, y marchó hacia la tumba, quitó una por una las piedras y las puso aparte. Después cavó con la piqueta hasta descubrir una gran losa. La levantó, y apareció una escalera abovedada. Se volvió entonces hacia la mujer y le dijo: “Ahora puedes elegir”. Y la mujer bajó enseguida la escalera y desapareció. Entonces él se volvió hacia mí y me dijo: “¡Oh primo mío! te ruego que acabes de completar este favor, y que, cuando haya bajado, eches la losa y la cubras con tierra, como estaba. Y así completarás este favor que me has hecho. En cuanto al yeso que hay en el saco y en cuanto al agua de la vasija, los mezclarás bien, y después pondrás las piedras como antes, y con la mezcla llenarás las junturas de modo que nadie pueda adivinar que es obra reciente. Porque hace un año que estoy haciendo este trabajo, y sólo Alah lo sabe”. Y luego añadió: “Y ahora ruega a Alah que no me abrume de tristeza por estar lejos de ti, primo mío”. Enseguida bajó la escalera, y desapareció en la tumba. Cuando hubo desaparecido de mi vista, me levanté, volví a poner la losa, e hice todo lo demás que me había mandado, de modo que la tumba quedó como antes estaba.

»Regresé al palacio, pero mi tío se había ido de caza, y entonces decidí acostarme aquella noche. Después, cuando vino la mañana, comencé a reflexionar sobre todas las cosas de la noche anterior, y singularmente sobre lo que me había ocurrido con mi primo, y me arrepentí de cuanto había hecho. ¡Pero con el arrepentimiento no remediaba nada! Entonces volví hacia las tumbas y busqué, sin poder encontrarla, aquella en que se había encerrado mi primo. Y seguí buscando hasta cerca del anochecer, sin hallar ningún rastro. Regresé entonces al palacio, y no podía beber, ni comer, ni apartar el recuerdo de lo que me había ocurrido con mi primo, sin poder descubrir qué era de él. Y me afligí con una aflicción tan considerable, que toda la noche la pasé muy apenado hasta la mañana. Marché enseguida otra vez al cementerio, y volví a buscar la tumba entre todas las demás, pero sin ningún resultado. Y continué mis pesquisas durante siete días más, sin encontrar el verdadero camino. Por lo cual aumentaron de tal modo mis temores, que creí volverme loco.

»Decidí viajar, en busca de remedio para mi aflicción, y regresé al país de mi padre. Pero al llegar a las puertas de la ciudad salió un grupo de hombres, se echaron sobre mí y me ataron los brazos. Entonces me quedé completamente asombrado, puesto que yo era el hijo del sultán y aquéllos los servidores de mi padre y también mis esclavos. Y me entró un miedo muy grande, y pensaba: “¿Quién sabe lo que le habrá podido ocurrir a mi padre?” Y pregunté a los que me habían atado los brazos, y no quisieron contestarme. Pero poco después, uno de ellos, esclavo mío, me dijo: “La suerte no se ha mostrado propicia con tu padre. Los soldados le han hecho traición y el visir lo ha mandado matar. Nosotros estábamos emboscados, aguardando que cayeses en nuestras manos”.

»Luego me condujeron a viva fuerza. Yo no sabía lo que me pasaba, pues la muerte de mi padre me había llenado de dolor. Y me entregaron entre las manos del visir que había matado a mi padre. Pero entre este visir y yo existía un odio muy antiguo. Y la causa de este odio consistía en que yo, de joven, fui muy aficionado al tiro de ballesta, y ocurrió la desgracia de que un día entre los días me hallaba en la azotea del palacio de mi padre, cuando un gran pájaro descendió sobre la azotea del palacio del visir, el cual estaba en ella. Quise matar al pájaro con la ballesta, pero la ballesta erró al pájaro, hirió en un ojo al visir y se lo hundió, por voluntad y juicio escrito de Alah. Ya lo dijo el poeta:

¡Deja que se cumplan los destinos; no quieras desviar el fallo de los jueces de la tierra!

¡No sientas alegría ni aflicción por ninguna cosa, pues las cosas no son eternas!

¡Se ha cumplido nuestro destino; hemos seguido con toda fidelidad los renglones escritos por la Suerte; porque aquel para quien la Suerte escribió un renglón, no tiene más remedio que seguirlo!»

Y el saaluk prosiguió de este modo:

«Cuando dejé tuerto al visir, no se atrevió a reclamar en contra mía, porque mi padre era el rey del país. Pero esta era la causa de su odio.

»Y cuando me presentaron a él con los brazos atados, dispuso que me cortaran la cabeza. Entonces le dije: “¿Por qué me matas si no he cometido ningún crimen?” Y contestó: “¿Qué mayor crimen que éste?” Y señalaba su ojo tuerto. Y yo dije: “Eso lo hice contra mi voluntad”. Pero él replicó: “Si lo hiciste contra tu voluntad, yo voy a hacerlo contra la mía”. Y dispuso: “¡Traedlo a mis manos!” Y me llevaron entre sus manos.

»Entonces extendió la mano, clavó su dedo en mi ojo izquierdo y lo hundió completamente.

»¡Y desde entonces estoy tuerto, como todos veis!

»Hecho esto, ordenó que me matasen y me metiesen en un cajón. Después llamó al verdugo y le dijo: “Te lo entrego. Desenvaina tu alfanje y lleva a este hombre fuera de la ciudad; lo matas y le dejas allí para que se lo coman las fieras”.

»Entonces el verdugo me llevó fuera de la ciudad. Y me sacó de la caja con las manos atadas y los pies encadenados, y me quiso vendar los ojos antes de matarme. Pero entonces rompí a llorar y recité estas estrofas:

¡Te elegí como firme coraza para librarme de mis enemigos, y eres la lanza y el agudo hierro con que me atraviesan!

¡Cuando disponía del poder, mi mano derecha, la que debía castigar, se abstenía, pasando el arma a mi mano izquierda, que no la sabía esgrimir! ¡Así obraba yo!

¡No insistáis, os lo ruego, en vuestros reproches crueles; dejad que sólo los enemigos me arrojen las flechas dolorosas!

¡Conceded a mi pobre alma, torturada por los enemigos, el don del silencio; no la oprimáis más con la dureza y el peso de vuestras palabras!

¡Confié en mis amigos para que me sirviesen de sólidas corazas; y así lo hicieron, pero en manos de los enemigos y contra mí!

¡Los elegí para que me sirviesen de flechas mortales; y lo fueron, pero contra mi corazón!

¡Cultivé sus corazones para hacerlos fieles; y fueron fieles, pero a otros amores!

¡Los cuidé fervorosamente para que fuesen constantes; y lo fueron, pero en la traición!

»Cuando el verdugo oyó estos versos, recordó que había servido a mi padre y que yo le había colmado de beneficios, y me dijo: “¿Cómo iba yo a matarte, si soy tu esclavo?” Y añadió: “Escápate. ¡Te salvo la vida! Pero no vuelvas a esta comarca, porque perecerías y me harías perecer contigo, según dice el poeta:

¡Anda! ¡Libértate, amigo, y salva a tu alma de la tiranía! ¡Deja que las casas sirvan de tumba a quienes las han construido!

¡Anda! ¡Podrás encontrar otras tierras que las tuyas, otros países distintos de tu país, pero nunca hallarás más alma que tu alma!

¡Piensa que es muy insensato vivir en un país de humillaciones, cuando la tierra de Alah es ancha hasta infinito!

¡Sin embargo... está escrito! ¡Está escrito que el hombre destinado a morir en un país no podrá morir más que en el país de su destino! Pero ¿sabes tú cuál es el país de tu destino?...

¡Y sobre todo, no olvides nunca que el cuello del león no llega a su desarrollo hasta que su alma se ha desarrollado con toda libertad!

»Cuando acabó de recitar estos versos, le besé las manos, y mientras no me vi lejos de aquellos lugares no pude creer en mi salvación.

»Pensando que había salvado la vida pude consolarme de haber perdido un ojo, y seguí caminando, hasta llegar a la ciudad de mi tío. Entré en su palacio y le referí todo lo que le había ocurrido a mi padre y todo lo que me había ocurrido a mí. Entonces derramó muchas lágrimas, y exclamó: “¡Oh sobrino mío! vienes a añadir una aflicción a mis aflicciones y un dolor a mis dolores. Porque has de saber que el hijo de tu pobre tío ha desaparecido hace muchos días y nadie sabe dónde está”. Y rompió a llorar tanto, que se desmayó. Cuando volvió en sí, me dijo: “Estaba afligidísimo por tu primo, y ahora se aumenta mi dolor con lo ocurrido a ti y a tu padre. En cuanto a ti, ¡oh hijo mío! más vale haber perdido un ojo que la vida”.

»Al oírle hablar de este modo, no pude callar por más tiempo lo que le había ocurrido a mi primo, y le revelé toda la verdad. Mi tío, al saberla, se alegró hasta el límite de la alegría, y me dijo: “Llévame enseguida a esa tumba”. Y contesté: “¡Por Alah! no sé dónde está esa tumba. He ido muchas veces a buscarla, sin poder dar con ella”.

»Entonces nos fuimos al cementerio, y al fin, después de buscar en todos sentidos, acabé por encontrarla. Y yo y mi tío llegamos al límite de la alegría, y entramos en la bóveda, quitamos la tierra, apartamos la losa y descendimos los cincuenta peldaños que tenía la escalera. Al llegar abajo, subió hacia nosotros una humareda que nos cegaba. Pero enseguida mi tío pronunció la Palabra que libra de todo temor a quien la dice, y es ésta: “¡No hay poder ni fuerza más que en Alah, el Altísimo, el Omnipotente!”

»Después seguimos andando, hasta llegar a un gran salón que estaba lleno de harina y de grano de todas las especies, de manjares de todas clases y de otras muchas cosas. Y vimos en medio del salón un lecho cubierto por unas cortinas. Mi tío miró hacia el interior del lecho, y vio a su hijo en brazos de aquella mujer que le había acompañado, pero ambos estaban totalmente convertidos en carbón, como si los hubieran echado en un horno.

»Al verlos, escupió mi tío en la cara a su hijo y exclamó: “Mereces el suplicio de este bajo mundo que ahora sufres, pero aun te falta el del otro, que es más terrible y más duradero”. Y después de haberle escupido, se descalzó una babucha y con la suela le dio en la cara».

En este momento de su narración, Schehrazada vio aproximarse la mañana, y discretamente no quiso abusar del permiso que se le había concedido.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 12ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el saaluk, mientras la concurrencia escuchaba su relato, prosiguió diciendo a la joven:

«Después que mi tío dio con la babucha en la cara de su hijo, que estaba allí tendido y hecho carbón, me quedé prodigiosamente sorprendido ante aquel golpe. Y me afligió mucho ver a mi primo convertido en carbón; ¡tan joven como era! Y enseguida exclamé: “¡Por Alah! ¡oh tío mío! Alivia un poco los pesares de tu corazón. Porque yo sufro mucho con lo que ha ocurrido a tu hijo. Y sobre todo, me aflige verlo convertido en carbón, lo mismo que a esa joven, y que tú, no contento con esto, le pegues con la suela de tu babucha”. Entonces mi tío me contó lo siguiente:

“¡Oh sobrino mío! Sabe que este joven, que es mi hijo, ardió en amores por su hermana desde la niñez. Y yo siempre le alejaba de ella y me decía: ‘Debo estar tranquilo, porque aun son muy jóvenes’. ¡Pero no fue así! Apenas llegados a la pubertad, cometieron la mala acción, y aunque lo averigüé, no podía creerlo del todo. Sin embargo, eché a mi hijo una reprimenda terrible, y le dije: ‘¡Cuidado con esas indignas acciones, que nadie ha cometido hasta ahora ni nadie cometerá después! ¡Cuenta que no habría reyes que tuvieran que arrastrar tanta vergüenza ni tanta ignominia como nosotros! ¡Y los correos propagarían a caballo nuestro escándalo por todo el mundo! ¡Guárdate, pues, si no quieres que te maldiga y te mate!’ Después cuidé de separarla a ella y de separarle a él. Pero indudablemente esta malvada le quería con un amor grandísimo, porque el Cheitán consolidó su obra en ellos.

”Así, pues, cuando mi hijo vio que le había separado de su hermana, debió fabricar este asilo subterráneo sin que nadie lo supiera; y como ves, trajo a él manjares y otras cosas; y se aprovechó de mi ausencia, cuando yo estaba en la cacería, para venir aquí con su hermana.

”Con esto provocaron la justicia del Altísimo y Muy Glorioso. Y él los abrasó aquí a los dos. Pero el suplicio del mundo futuro es más terrible todavía y más duradero”.

»Entonces mi tío se echó a llorar, y yo lloré con él. Y después exclamó: “¡Desde ahora serás mi hijo en vez de ese otro!”

»Pero yo me puse a meditar durante una hora sobre los hechos de este mundo y en otras cosas: en la muerte de mi padre por orden del visir, en su trono usurpado, en mi ojo hundido, ¡que todos veis! y en todas estas cosas tan extraordinarias que le habían ocurrido a mi primo, y no pude menos de llorar otra vez.

»Luego salimos de la tumba, echamos la losa, la cubrimos con tierra, y dejándolo todo como estaba antes, volvimos a palacio.

»Apenas llegamos, oímos sonar instrumentos de guerra, trompetas y tambores, y vimos que corrían los guerreros. Y toda la ciudad se llenó de ruidos, del estrépito y del polvo que levantaban los cascos de los caballos. Nuestro espíritu se hallaba en una gran perplejidad, no acertando la causa de todo aquello. Pero por fin mi tío acabó por preguntar la razón de estas cosas, y le dijeron: “Tu hermano ha sido muerto por el visir, que se ha apresurado a reunir sus tropas y a venir súbitamente al asalto de la ciudad. Y los habitantes han visto que no podían ofrecer resistencia, y han rendido la ciudad a discreción”.

»Al oír todo aquello, me dije: “¡Seguramente me matará si caigo en sus manos!” Y de nuevo se amontonaron en mi alma las penas y las zozobras, y empecé a recordar las desgracias ocurridas a mi padre y a mi madre. Y no sabía qué hacer, pues si me veían los soldados estaba perdido. Y no hallé otro recurso que afeitarme la barba. Así es que me afeité la barba, me disfracé como pude, y me escapé de la ciudad. Y me dirigí hacia esta ciudad de Bagdad, donde esperaba llegar sin contratiempo y encontrar alguien que me guiase al palacio del Emir de los Creyentes, Harún al-Rashid, el califa del Amo del Universo, a quien quería contar mi historia y mis aventuras.

»Llegué a Bagdad esta misma noche, y como no sabía dónde ir, me quedé muy perplejo. Pero de pronto me encontré cara a cara con este saaluk, y le deseé la paz y le dije: “Soy extranjero”. Y él me contestó: “Yo también lo soy”. Y estábamos hablando, cuando vimos acercarse a este tercer saaluk, que nos deseó la paz y nos dijo: “Soy extranjero”. Y le contestamos: “También lo somos nosotros”. Y anduvimos juntos hasta que nos sorprendieron las tinieblas. Entonces el Destino nos guio felizmente a esta casa, cerca de vosotras, señoras mías.

Tal es la causa de que me veáis afeitado y tenga un ojo hueco».

Cuando hubo acabado de hablar, le dijo la mayor de las tres doncellas: «Está bien; acaríciate la cabeza y vete».

Pero el primer saaluk contestó: «No me iré hasta que haya oído los relatos de los demás».

Y todos estaban maravillados de aquella historia tan prodigiosa, y el califa dijo al visir: «En mi vida he oído aventura semejante a la de este saaluk».

Entonces el primer saaluk fue a sentarse en el suelo, con las piernas cruzadas, y el otro dio un paso, besó la tierra entre las manos de la joven, y refirió lo que sigue:

HISTORIA DEL SEGUNDO SAALUK

«La verdad es, ¡oh señora mía! que yo no nací tuerto. Pero la historia que voy a contarte es tan asombrosa, que si se escribiese con la aguja en el ángulo interior del ojo, serviría de lección a quien fuese capaz de instruirse.

»Aquí donde me ves, soy rey, hijo de un rey. También sabrás que no soy ningún ignorante. He leído el Corán, las siete narraciones, los libros capitales, los libros esenciales de los maestros de la ciencia. Y aprendí también la ciencia de los astros y las palabras de los poetas. Y de tal modo me entregué al estudio de todas las ciencias, que pude superar a todos los vivientes de mi siglo.

»Además, mi nombre sobresalió entre todos los escritores. Mi fama se extendió por el mundo, y todos los reyes supieron mi valía. Fue entonces cuando oyó hablar de ella el rey de la India, y mandó un mensaje a mi padre rogándole que me enviara a su corte, y acompañó a este mensaje espléndidos regalos, dignos de un rey. Mi padre consintió, hizo preparar seis naves llenas de todas las cosas, y partí con mi servidumbre.

»Nuestra travesía duró todo un mes. Al llegar a tierra desembarcamos los caballos y los camellos, y cargamos diez de éstos con los presentes destinados al rey de la India. Pero apenas nos habíamos puesto en marcha, se levantó una nube de polvo, que cubría todas las regiones del cielo y de la tierra, y así duró una hora. Se disipó después, y salieron de ella hasta sesenta jinetes que parecían leones enfurecidos. Eran árabes del desierto, salteadores de caravanas, y cuando intentamos huir, corrieron a rienda suelta detrás de nosotros y no tardaron en darnos alcance. Entonces, haciéndoles señas con las manos, les dijimos: “No nos hagáis daño, pues somos una embajada que lleva estos presentes al poderoso rey de la India”. Y contestaron ellos: “No estamos en sus dominios ni dependemos de ese rey”. Y enseguida mataron a varios de mis servidores, mientras que huíamos los demás. Yo había recibido una herida enorme, pero, afortunadamente, los árabes sólo se cuidaron de apoderarse de las riquezas que llevaban los camellos.

»No sabía yo dónde estaba ni qué había de hacer, pues me afligía pensar que poco antes era muy poderoso y ahora me veía en la pobreza y en la miseria. Seguí huyendo, hasta encontrarme en la cima de una montaña, donde había una gruta, y allí al fin pude descansar y pasar la noche.

»A la mañana siguiente salí de la gruta, proseguí mi camino, y así llegué a una ciudad espléndida, de clima tan maravilloso, que el invierno nunca la visitó y la primavera la cubría constantemente con sus rosas. Me alegré mucho al entrar en aquella ciudad, donde encontraría, seguramente, descanso a mis fatigas y sosiego a mis inquietudes.

»No sabía a quién dirigirme, pero al pasar junto a la tienda de un sastre que estaba allí cosiendo, le deseé la paz, y el buen hombre, después de devolverme el saludo, me abrazó, me invitó cordialmente a sentarme, y lleno de bondad me interrogó acerca de los motivos que me habían alejado de mi país. Le referí entonces cuanto me había ocurrido, desde el principio hasta el fin, y el sastre me compadeció mucho y me dijo: “¡Oh tierno joven, no cuentes eso a nadie! Teme al rey de esta ciudad, que es el mayor enemigo de los tuyos y quiere vengarse de tu padre desde hace muchos años”.

»Después me dio de comer y beber, y comimos y bebimos en la mejor compañía. Y pasamos parte de la noche conversando, y luego me cedió un rincón de la tienda para que pudiese dormir, y me trajo un colchón y una manta, y cuanto podía necesitar.

»Así permanecí en su tienda tres días, y transcurridos que fueron, me preguntó: “¿Sabes algún oficio para ganarte la vida?” Y yo contesté: “¡Ya lo creo! Soy un gran jurisconsulto, un maestro reconocido en ciencias, y además sé leer y contar”. Pero él replicó: “Hijo mío, nada de eso es oficio. Es decir, no digo que no sea oficio —pues me vio muy afligido—, pero no encontrarás parroquianos en nuestra ciudad. Aquí nadie sabe estudiar, ni leer, ni escribir, ni contar. No saben más que ganarse la vida”. Entonces me puse muy triste y comencé a lamentarme: “¡Por Alah! Sólo sé hacer lo que acabo de decirte”. Y él me dijo: “¡Vamos, hijo mío, no hay que afligirse de ese modo! Coge una cuerda y un hacha y trabaja de leñador, hasta que Alah te depare mejor suerte. Pero sobre todo, oculta tu verdadera condición, pues te matarían”. Y fue a comprarme el hacha y la cuerda, y me mandó con los leñadores, después de recomendarme a ellos.

»Marché entonces con los leñadores, y terminado mi trabajo, me eché al hombro una carga de leña, la llevé a la ciudad y la vendí por medio dinar. Compré con unos pocos cuartos mi comida, guardé cuidadosamente el resto de las monedas, y durante un año seguí trabajando de este modo. Todos los días iba a la tienda del sastre, donde descansaba unas horas sentado en el suelo con las piernas cruzadas.

»Un día, al salir al campo con mi hacha, llegué hasta un bosque muy frondoso que me ofrecía una buena provisión de leña. Escogí un gran tronco seco, me puse a escarbar alrededor de las raíces, y de pronto el hacha se quedó sujeta en una argolla de cobre. Vacié la tierra y descubrí una trampa a la cual estaba prendida la argolla, y al levantarla, apareció una escalera que me condujo hasta una puerta. Abrí la puerta y me encontré en un salón de un palacio maravilloso. Allí estaba una joven hermosísima, perla inestimable, cuyos encantos me hicieron olvidar mis desdichas y mis temores. Y mirándola, me incliné ante el Creador, que la había dotado de tanta perfección y tanta hermosura.

»Entonces ella me miró y me dijo: “¿Eres un ser humano o un efrit?” Y contesté: “Soy un hombre”. Ella volvió a preguntar: “¿Cómo pudiste venir hasta este sitio donde estoy encerrada hace veinte años?” Y al oír estas palabras, que me parecieron llenas de delicia y de dulzura, le dije: “¡Oh señora mía! Alah me ha traído a tu morada para que olvide mis dolores y mis penas”. Y le conté cuanto me había ocurrido, desde el principio hasta el fin, produciéndole tal lástima, que se puso a llorar, y me dijo: “Yo también te voy a contar mi historia:

”Sabe que soy hija del rey Aknamus, el último rey de la India, señor de la Isla de Ébano. Me casé con el hijo de mi tío. Pero la misma noche de mi boda, antes de perder mi virginidad, me raptó un efrit llamado Georgirus, hijo de Rajmus y nieto del propio Eblis, y me condujo volando hasta este sitio, al que había traído dulces, golosinas, telas preciosas, muebles, víveres y bebidas. Desde entonces viene a verme cada diez días; se acuesta esa noche conmigo y se va por la mañana. Si necesitase llamarlo durante los diez días de su ausencia, no tendría más que tocar esos dos renglones escritos en la bóveda, e inmediatamente se presentaría. Como vino hace cuatro días, no volverá pasados otros seis, de modo que puedes estar conmigo cinco días, para irte uno antes de su llegada”.

»Y yo le contesté: “Desde luego he de permanecer aquí todo ese tiempo”. Entonces, ella, mostrando una gran satisfacción, se levantó enseguida, me cogió de la mano, me llevó por unas galerías y llegamos por fin al hammam, cómodo y agradable con su atmósfera tibia. Inmediatamente me desnudé, ella se despojó también de sus vestidos, quedando toda desnuda, y los dos entramos en el baño. Después de bañarnos, nos sentamos en la tarima del hammam, uno al lado del otro, y me dio de beber sorbetes de almizcle y a comer pasteles deliciosos. Y seguimos hablando cariñosamente mientras nos comíamos las golosinas del raptor.

»Enseguida me dijo: “Esta noche vas a dormir y a descansar de tus fatigas, para que mañana estés bien dispuesto”.

»Y yo, ¡oh señora mía! me avine a dormir, después de darle mil gracias. Y olvidé realmente todos mis pesares.

»Al despertar, la encontré sentada a mi lado, frotando con un delicioso masaje mis miembros y mis pies. Y entonces invoqué sobre ella todas las bendiciones de Alah, y estuvimos hablando durante una hora cosas muy agradables. Y ella me dijo: “¡Por Alah! Antes de que vinieses vivía sola en este subterráneo, y estaba muy triste, sin nadie con quien hablar, y esto durante veinte años. Por eso bendigo a Alah, que te ha guiado junto a mí”.

»Después, con voz llena de dulzura, cantó esta estrofa:

¡Si de tu venida
Nos hubiesen avisado anticipadamente,
Habríamos tendido como alfombra para tus pies
La sangre pura de nuestros corazones y el negro terciopelo de nuestros ojos!
¡Habríamos tendido la frescura de nuestras mejillas
Y la carne juvenil de nuestros muslos sedosos
Para tu lecho, ¡oh, viajero de la noche!
¡Porque tu sitio está encima de nuestros párpados!

»Al oír estos versos le di las gracias con la mano sobre el corazón, y sentí que su amor se apoderaba de todo mi ser, haciendo que tendieran el vuelo mis dolores y mis penas. Enseguida nos pusimos a beber en la misma copa, hasta que se ausentó el día. Y aquella noche me acosté con ella, para gozar de la mayor felicidad. ¡Y jamás en mi vida he pasado una noche semejante! Por eso cuando llegó la mañana nos levantamos muy satisfechos uno de otro y realmente poseídos de una dicha sin límites.

»Entonces, más enamorado que nunca, temiendo que se acabase nuestra felicidad, le dije: “¿Quieres que te saque de este subterráneo y que te libre del efrit?” Pero ella se echó a reír y me dijo: “¡Calla y conténtate con lo que tienes! Ese pobre efrit solo vendrá una vez cada diez días, y todos los demás serán para ti”. Pero exaltado por mi pasión, me excedí demasiado en mis deseos, pues repuse: “Voy a destruir esas inscripciones mágicas, y en cuanto se presente el efrit, lo mataré. Para mí es un juego exterminar a esos efrits, ya sean de encima o de debajo de la tierra”.

»Y la joven, queriendo calmarme, recitó estos versos:

¡Oh tú, que pides un plazo antes de la separación y que encuentras dura la ausencia! ¿no sabes que es el medio de no encadenarse? ¿no sabes que es sencillamente el medio de amar?

¿Ignoras que el cansancio es la regla de todas las relaciones, y que la ruptura es la conclusión de todas las amistades?...

»Pero yo, sin hacer caso de estos versos que ella me recitaba, di un violento puntapié en la bóveda...».

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 13ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el segundo saaluk prosiguió su relato de este modo:

«¡Oh señora mía! cuando di en la bóveda tan violento puntapié, la joven me dijo: “¡He ahí el efrit! ¡Ya viene contra nosotros! ¡Por Alah! ¡Me has perdido! Tiende a tu salvación y sal por donde entraste”.

»Entonces me precipité hacia la escalera. Pero desgraciadamente, a causa de mi gran terror había olvidado las sandalias y el hacha. Por eso, como había ya subido algunos peldaños, volví un poco la cabeza para dirigir la última mirada a las sandalias y al hacha que había sido mi felicidad; pero en el mismo instante vi abrirse la tierra y aparecer un efrit enorme, horriblemente feo, que preguntó a la joven: “¿A qué obedece esa llamada tan terrible con la que acabas de asustarme? ¿Qué desgracia te amenaza?”. Ella contestó: “Ninguna desgracia. Sentí una opresión en el pecho, a causa de mi soledad, y al levantarme en busca de alguna bebida refrescante que reconfortara mi ánimo, lo hice tan bruscamente, que resbalé y fui a dar contra la cúpula”. Pero el efrit dijo: “¡Cómo sabes mentir, desvergonzada libertina!” Después empezó a registrar el palacio por todos lados, hasta encontrar mis babuchas y el hacha. Y entonces gritó: “¿Qué significan estas prendas? ¿Cómo han podido llegar aquí?” Y ella contestó: “Ahora las veo por primera vez. Acaso las llevarías tú colgando a la espalda, y así las has traído”. El efrit, en el colmo del furor, dijo entonces: “Todo eso son palabras absurdas, torpes y falsas. Y no han de servirte conmigo, mala mujer”.

»Enseguida la desnudó completamente, la puso sobre cuatro estacas clavadas en el suelo, y empezó a atormentarla, insistiendo en sus preguntas sobre lo que había ocurrido. Pero yo no pude resistir más aquella escena, ni escuchar su llanto, y subí rápidamente los peldaños, trémulo de terror. Una vez en el bosque, puse la trampa como la había encontrado, y la oculté a las miradas cubriéndola con tierra. Y me arrepentí de mi acción hasta el límite del arrepentimiento. Y me puse a pensar en la joven, en su hermosura y en los tormentos que le hacía sufrir aquel miserable después de poseerla veinte años. Y aun me dolía más que la atormentase por causa mía. Y en ese momento me puse a pensar también en mi padre, en su reino y en mi triste condición de leñador. ¡Esto fue todo!

»Después seguí caminando, hasta llegar a la casa de mi amigo el sastre. Y lo encontré muy impaciente a causa de mi ausencia, pues se hallaba sentado y parecía que lo estuviesen friendo al fuego en una sartén. Y me dijo: “Como no viniste ayer, pasé toda la noche muy intranquilo. Y temí que te hubiese devorado alguna fiera o te hubiera pasado algo semejante en el bosque; pero, ¡alabado sea Alah que te guardó!” Entonces le di las gracias por su bondad, entré en la tienda, y sentado en mi rincón, empecé a pensar en mi desventura y a reconvenirme por aquel puntapié tan imprudente que había dado en la bóveda. De pronto mi amigo el sastre entró y me dijo: “En la puerta de la tienda hay un hombre, una especie de persa, que pregunta por ti y lleva en la mano tu hacha y tus babuchas. Las ha presentado a todos los sastres de esta calle, y les ha dicho: ‘Al ir esta mañana a la oración, llamado por el muecín, me he encontrado en el camino estas prendas y no sé a quién pertenecen. ¿Me lo podríais decir vosotros?’ Entonces los sastres reconocieron tu hacha y tus sandalias y lo han encaminado hacia aquí. Y ahí está aguardándote en la puerta de la tienda. Sal, dale las gracias, y recoge el hacha y las sandalias”. Pero al oír todo aquello me puse muy pálido y creí desmayarme de terror. Y hallándome en este trance, se abrió de pronto la tierra y apareció el persa. ¡Era el efrit! Había sometido a la joven al tormento, ¡y qué tormento! Pero ella nada había declarado, y entonces él, cogiendo el hacha y las babuchas, le dijo: “Ahora verás si no soy Georgirus, descendiente de Eblis. ¡Vas a ver si puedo traer o no al amo de estas cosas!”

»Y había empleado en las casas de los sastres la estratagema de que he hablado.

»Se me apareció, pues, bruscamente, brotando del suelo, y sin perder un instante me cogió en brazos, se elevó conmigo por los aires, y descendió después para hundirme con él en la tierra. Yo había perdido por completo el conocimiento. Me llevó al palacio subterráneo en que había sido tan feliz, y allí vi desnuda a la joven, cuya sangre corría por su cuerpo. Mis ojos se habían llenado de lágrimas. Entonces el efrit se dirigió a ella y le dijo: “Aquí tienes a tu amante”. Y la joven me miró y dijo: “No sé quién puede ser este hombre. No le he visto hasta ahora”. Y replicó el efrit: “¿Cómo es eso? ¿Te presento la prueba del delito y no confiesas?” Y ella, resueltamente, insistió: “He dicho que no le conozco”. Entonces dijo el efrit: “Si es verdad que no lo conoces, coge ese alfanje y córtale la cabeza”. Y ella cogió el alfanje, avanzó muy decidida y se detuvo delante de mí. Y yo, pálido de terror, le pedía por señas que me perdonase, y las lágrimas corrían por mis mejillas. Y ella me hizo también una seña con los ojos, mientras decía en alta voz: “¡Tú eres la causa de mis desgracias!” Y yo contesté a esta seña con una contracción de mis ojos, y recité estos versos de doble sentido, que el efrit no podía entender:

¡Mis ojos saben hablarte suficientemente para que la lengua sea inútil! ¡Sólo mis ojos te revelan los secretos ocultos de mi corazón!

¡Cuando te apareciste, corrieron por mi rostro dulces lágrimas, y me quedé mudo, pues mis ojos te decían lo necesario!

¡Los párpados saben expresar también los sentimientos! ¡El entendido no necesita utilizar los dedos!

¡Nuestras cejas pueden suplir a las palabras! ¡Silencio, pues! ¡Dejemos que hable el amor!

»Y entonces la joven, habiendo entendido mis súplicas, soltó el alfanje. Lo recogió el efrit, y entregándomelo, dijo señalando a la joven: “Córtale la cabeza y quedarás en libertad; te prometo no causarte ningún daño”. Y yo contesté “¡Así sea!” Y cogí el alfanje y avancé resueltamente con el brazo levantado. Pero ella me imploraba, haciéndome señas con los ojos, como diciendo: “¿Qué daño te hice?” Y entonces se me llenaron los ojos de lágrimas, y arrojando el alfanje, dije al efrit: “¡Oh poderoso efrit! ¡Oh héroe robusto e invencible! Si esta mujer fuese tan mala como crees, no habría dudado en salvarse a costa de mi vida. Y en cambio ya has visto que ha arrojado el alfanje. ¿Cómo he de cortarle yo la cabeza, si además no conozco a esta joven? Así me dieses a beber la copa de la mala muerte, no había de prestarme a esa villanía”. Y el efrit contestó a estas palabras: “¡Basta ya! Acabo de sorprender que os amáis. He podido comprobarlo”.

»Y entonces, ¡oh señora mía! cogió el alfanje y cortó una mano de la joven y después la otra mano, y luego el pie derecho y después el izquierdo. De cuatro golpes sajó las cuatro extremidades. Y yo, al ver aquello con mis propios ojos, creí que me moría.

»En ese momento la joven, guiñándose un ojo, me hizo disimuladamente una seña. Pero ¡ay de mí! el efrit la sorprendió, y dijo: “¡Oh hija de puta! Acabas de cometer adulterio con tu ojo”. Y entonces de un tajo le cortó la cabeza. Después, volviéndose hacia mí, exclamó: “Sabe,

¡oh tú, ser humano! que nuestra ley nos permite a los efrits matar a la esposa adúltera, y hasta lo encuentra lícito y recomendable. Sabe que yo robé a esta joven la noche de su boda, cuando aun no tenía doce años y antes de que nadie se acostara con ella. Y la traje aquí, y cada diez días venía a verla, y pasábamos juntos la noche, y copulaba con ella bajo el aspecto de un persa; pero hoy, al saber que me engañaba, la he matado. Sólo me ha engañado con un ojo, con el que te guiñó al mirarte. En cuanto a ti, como no he podido comprobar si fornicaste con ella, no te mataré; pero de todos modos, algo he de hacerte para que no te rías a mis espaldas y para humillar tu vanidad. Te permito elegir el mal que quieras que te cause”.

»Entonces, ¡oh señora mía! al verme libre de la muerte, me regocijé hasta el límite del regocijo, y confiando en obtener toda su gracia, le dije: “Realmente, no sé cuál elegir de entre todos los males; pero no prefiero ninguno”. Y el efrit, más irritado que nunca, golpeó con el pie en el suelo, y exclamó: “¡Te mando que elijas! A ver, ¿bajo qué forma quieres que te encante? ¿Prefieres la de un borrico? ¿La de un mulo? ¿La de un cuervo? ¿La de un perro? ¿La de un mono?” Entonces yo, con la esperanza de un indulto completo y abusando de su buena disposición, le respondí: “¡Oh, mi señor Georgirus, descendiente del poderoso Eblis! Si me perdonas, Alah te perdonará también, pues tendrá en cuenta tu clemencia con un buen musulmán que nunca te hizo daño”. Y seguí suplicando hasta el límite de la súplica, postrándome humildemente entre sus manos, y le decía: “No me condenes injustamente”. Pero él replicó: “No hables más si no quieres morir. Es inútil que abuses de mi bondad, pues tengo que encantarte necesariamente”.

»Y dicho esto, me cogió, hendió la cúpula, atravesó la tierra y voló conmigo a tal altura, que el mundo me parecía una escudilla de agua. Descendió después hasta la cima de un monte, y allí me soltó; cogió luego un puñado de tierra, refunfuñó algo como un gruñido, pronunció enseguida unas palabras misteriosas, y arrojándome la tierra, dijo: “¡Sal de tu forma y toma la de un mono!” Y al momento, ¡oh señora mía! quedé convertido en mono. ¡Pero qué mono! ¡Viejo, de más de cien años y de una fealdad excesiva! Cuando me vi tan horrible, me desesperé y me puse a brincar, y brincaba realmente. Y como aquello no me servía de remedio, rompí a llorar a causa de mis desventuras. Y el efrit se reía de un modo que daba miedo, hasta que por último desapareció.

»Y medité entonces sobre las injusticias de la suerte, habiendo aprendido a costa mía que la suerte no depende de la criatura.

»Después descendí al pie de la montaña, hasta llegar a lo más bajo de todo. Y empecé a viajar, y por las noches me subía para dormir a la copa de los árboles. Así fui caminando durante un mes, hasta encontrarme a orillas del mar. Y allí me detuve como una hora, y acabé por ver una nave, en medio del mar, que era impulsada hacia la costa por un viento favorable. Entonces me escondí detrás de unas rocas, y allí aguardé. Cuando la embarcación ancló y sus tripulantes comenzaron a desembarcar, me tranquilicé un tanto, saltando finalmente a la nave. Y uno de aquellos hombres gritó al verme: "¡Echad de aquí pronto a ese bicho de mal agüero!". Otro dijo: "¡Mejor sería matarlo!" Y un tercero repuso: "Sí, matémoslo con este sable". Entonces me eché a llorar y detuve con una mano el arma, y mis lágrimas corrían abundantes.

»Y enseguida el capitán, compadeciéndose de mí, exclamó: "¡Oh mercaderes! este mono acaba de implorarme, y queda bajo mi protección. Y os prohíbo echarle, pegarle u hostigarle". Luego hubo de dirigirme benévolas palabras, y yo las entendía todas. Entonces acabó por tomarme en calidad de criado, y yo hacía todas sus cosas y le servía en la nave.

»Y al cabo de cincuenta días, durante los cuales nos fue el viento propicio, arribamos a una ciudad enorme y tan llena de habitantes, que sólo Alah podría contar su número.

»Cuando llegamos, acercáronse a nuestra nave los mamalik enviados por el rey de la ciudad. Y llegaron para saludarnos y dar la bienvenida a los mercaderes, diciéndoles: "El rey nos manda que os felicitemos por vuestra feliz llegada, y nos ha entregado este rollo de pergamino para que cada uno de vosotros escriba en él una línea con su mejor letra".

»Entonces yo, que no había perdido aún mi forma de mono, les arranqué de la mano el pergamino, alejándome con mi presa. Y temerosos sin duda de que lo rompiese o lo tirase al mar, me llamaron a gritos y me amenazaron; pero les hice seña de que sabía y quería escribir; y el capitán repuso: "Dejadle. Si vemos que lo emborrona, le impediremos que continúe; pero si escribe bien de veras, le adoptaré por hijo, pues en mi vida he visto un mono más inteligente".

»Cogí entonces el cálamo, lo mojé, extendiendo bien la tinta por sus dos caras, y comencé a escribir. Y escribí cuatro estrofas, cada una con una letra diferente, e improvisadas en distinto estilo: la primera al modo Rikaa, la segunda al modo Rihani, la tercera al modo Sulci y la cuarta al modo Muchik:

a) ¡El tiempo ha descrito ya los beneficios y los dones de los hombres generosos, pero desespera de poder enumerar jamás los tuyos!

¡Después de Alah, el género humano no puede recurrir más que a ti, porque eres realmente el padre de todos los beneficios!

b) Os hablaré de su pluma:

¡Es la primera, y el origen mismo de las plumas! ¡Su poderío es sorprendente! ¡Y ella es la que le ha colocado entre los sabios más notables!

¡De esa pluma, cogida con las yemas de sus cinco dedos, han brotado y corren por el mundo cinco ríos de elocuencia y poesía!

c) Os hablaré de su inmortalidad:

¡No hay escritor que no muera; pero el tiempo eterniza lo escrito por sus manos!

¡Así, pues, no dejes escribir a tu pluma más que aquello de que puedas enorgullecerte el día de la Resurrección!

d) ¡Si abres el tintero, utilízalo solamente para trazar renglones que beneficien a toda criatura generosa!

¡Pero si no has de usarlo para hacer donaciones, procura, al menos, producir belleza! ¡Y serás así uno de aquellos a quienes se cuenta entre los escritores más grandes!

»Cuando acabé de escribir les entregué el rollo de pergamino. Y todos los que lo vieron se quedaron muy admirados. Después cada cual escribió una línea con su mejor letra.

»Luego de esto se fueron los esclavos para llevar el rollo al rey. Y cuando el rey hubo examinado lo escrito por cada uno de nosotros, no quedó satisfecho más que de lo mío, que estaba hecho de cuatro maneras diferentes, pues mi letra me había dado reputación universal cuando yo era todavía príncipe.

»Y el rey dijo a sus amigos que estaban presentes y a los esclavos: “Id enseguida a ver al que ha hecho esta hermosa letra, dadle este traje de honor para que se lo vista, y traedle en triunfo sobre mi mejor mula al son de los instrumentos”.

»Al oírlo, todos empezaron a sonreír. Y el rey, al notarlo, se enojó mucho, y dijo: “¡Cómo! ¿Os doy una orden y os reís de mí?” Y contestaron: “¡Oh rey del siglo! En verdad que nos guardaríamos de reírnos de tus palabras; pero has de saber que el que ha hecho esa letra tan hermosa no es hijo de Adán, sino un mono que pertenece al capitán de la nave”. Estas palabras sorprendieron mucho al rey, y luego, convulso de alegría y estallando de risa, dijo: “Deseo comprar ese mono”. Y ordenó inmediatamente a las personas de su corte que cogiesen la mula y el traje de honor y se fuesen a la nave a buscar al mono, y les dijo: “De todas maneras, le vestiréis con ese traje de honor y le traeréis montado en la mula”.

»Llegados a la nave, me compraron a un precio elevado, aunque al principio el capitán se resistía a venderme, comprendiendo, por las señas que le hice, que me era muy doloroso separarme de él. Después los otros me vistieron con el traje de honor, montáronme en la mula y salimos al son de los instrumentos más armoniosos que se tocaban en la ciudad. Y todos los habitantes y las criaturas humanas de la población se quedaron asombrados, mirando con interés enorme un espectáculo tan extraordinario y prodigioso.

»Cuando me llevaron ante el rey lo vi, besé la tierra entre sus manos tres veces, permaneciendo luego inmóvil. Entonces el monarca me invitó a sentarme, y yo me postré de hinojos. Y todos los concurrentes se quedaron maravillados de mi buena crianza y mi admirable cortesía; pero el más profundamente maravillado fue el rey. Y cuando me postré de hinojos, el rey dispuso que todo el mundo se fuese, y todo el mundo se marchó. No quedamos más que el rey, el jefe de los eunucos, un joven esclavo favorito y yo, señora mía.

»Entonces ordenó el rey que trajesen algunas vituallas. Y colocaron sobre un mantel cuantos manjares puede el alma anhelar y cuantas excelencias son la delicia de los ojos. Y el rey me invitó luego a servirme, y levantándome y besando la tierra entre sus manos siete veces, me senté sobre mi trasero de mono y me puse a comer muy pulcramente, recordando en todo mi educación pasada.

»Cuando levantaron el mantel, me levanté yo también para lavarme las manos. Volví después de lavármelas, cogí el tintero, la pluma y una hoja de pergamino, y escribí lentamente estas dos estrofas ensalzando las excelencias de la pastelería árabe:

¡Oh pasteles! ¡dulces, finos y sublimes pasteles, enrollados con los dedos! ¡Vosotros sois la triaca, el antídoto de cualquier veneno! ¡Nada me gusta tanto, y constituís mi única esperanza, toda mi pasión!

¡El corazón se me estremece al ver un mantel bien extendido, en cuyo centro se aromatiza una kenafa nadando sobre la manteca y la miel en una gran bandeja!

¡Oh kenafa! ¡kenafa fina y sedosa como cabellera! ¡Mi deseo por saborearte, ¡oh kenafa! llega a la exageración! ¡Y me pondría en peligro de muerte el pasar un día sin que estuvieses en mi mesa! ¡Oh kenafa!

¡Y tú, jarabe! ¡adorable y delicioso jarabe! ¡Aunque lo estuviera comiendo y bebiendo día y noche, volvería a desearlo en la vida futura!

»Después de esto dejé la pluma y el tintero, y me senté respetuosamente a alguna distancia. Y no bien leyó el rey lo que yo había escrito, se maravilló asombrosamente, y exclamó: “¿Es posible que un mono posea tanta elocuencia, y sobre todo una letra tan magnífica? ¡Por Alah!... ¡Es el prodigio de los prodigios!”

»En aquel instante trajeron un juego de ajedrez, y el rey me preguntó por señas si sabía jugar, contestándole yo que sí con la cabeza. Y me acerqué, coloqué las piezas, y me puse a jugar con el rey. Y le di mate dos veces. Y el rey no supo entonces qué pensar, quedándose perplejo, y dijo: “¡Si éste fuera un hijo de Adán, habría superado a todos los vivientes de su siglo!”

»Y ordenó luego al eunuco: “Ve a las habitaciones de tu dueña, mi hija, y dile: ‘¡Oh mi señora! Venid inmediatamente junto al rey’, pues quiero que disfrute de este espectáculo y vea un mono tan maravilloso”.

»Entonces fue el eunuco, y no tardó en volver con su dueña, la hija del rey, que en cuanto me divisó se cubrió la cara con el velo, y dijo: “¡Padre mío! ¿Cómo me mandas llamar ante hombres extraños?” Y el rey dijo: “Hija mía, ¿por quién te tapas la cara, si no hay aquí nadie más que nosotros?” Entonces contestó la joven: “Sabe, ¡oh padre mío! que ese mono es hijo de un rey llamado Amarus, y dueño de un lejano país. Este mono está encantado por el efrit Georgirus, descendiente de Eblis, después de haber matado a su esposa, hija del rey Aknamus, señor de las Islas de Ébano. Este mono, al cual crees mono de veras, es un hombre, pero un hombre sabio, instruido y prudente”.

»Sorprendido al oír estas palabras, me preguntó el rey: “¿Es verdad lo que dice de ti mi hija?” Y yo, con la cabeza, le indiqué como era cierto, y rompí a llorar. Entonces el rey le preguntó a su hija: “¿Por qué sabes que está encantado?” Y la princesa contestó: “¡Oh padre mío! Siendo yo pequeña, la vieja que había en casa de mi madre era una bruja muy versada en la magia y me enseñó este arte. Más tarde me perfeccioné en él, y aprendí más de ciento setenta artículos mágicos, de los cuales el más insignificante me permitiría transportar tu palacio con todas sus piedras y la ciudad entera detrás del Cáucaso, y convertir en mar esta comarca y en peces a cuantos la habitan”.

»Y el padre exclamó: “¡Por el verdadero nombre de Alah sobre ti, ¡oh hija mía! desencanta a ese hombre, para que yo le nombre mi visir! Pero ¿es posible que tú poseas ese talento tan enorme y que yo lo ignorase? Desancanta inmediatamente a ese mono, pues debe ser un joven muy inteligente y agradable”. Y la princesa respondió: “De buena gana y como homenaje debido”.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 14ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el segundo saaluk dijo a la dueña de la casa:

«¡Oh mi señora! Al oír la princesa el ruego de su padre, cogió un cuchillo que tenía unas inscripciones en lengua hebrea, trazó con él un círculo en el suelo, escribió allí varios renglones talismánicos, y después se colocó en medio del círculo, murmuró algunas palabras mágicas, leyó en un libro antiquísimo unas cosas que nadie entendía, y así permaneció breves instantes. Y he aquí que de pronto nos cubrieron unas tinieblas tan espesas, que nos creíamos enterrados bajo las ruinas del mundo. Y súbitamente apareció el efrit Georgirus bajo el aspecto más horrible, las manos como rastrillos, las piernas como mástiles y los ojos como tizones encendidos. Entonces nos aterrorizamos todos, pero la hija del rey le dijo: “¡Oh efrit! No puedo darte la bienvenida ni acogerte con cordialidad”. Y contestó el efrit: “¿Por qué no cumples tus promesas? ¿No juraste respetar nuestro acuerdo de no combatirnos ni mezclarte en nuestros asuntos? Mereces el castigo que voy a imponerte. ¡Ahora verás, traidora!” E inmediatamente el efrit se convirtió en un león espantoso, el cual, abriendo la boca en toda su extensión, se abalanzó sobre la joven. Pero ella, rápidamente, se arrancó un cabello, se lo acercó a los labios, murmuró algunas palabras mágicas, y enseguida el cabello se convirtió en un sable afiladísimo. Y dio con él tal tajo al león, que lo abrió en dos mitades. Pero inmediatamente la cabeza del león se transformó en un escorpión horrible, que se arrastraba hacia el talón de la joven para morderla, y la princesa se convirtió enseguida en una serpiente enorme, que se precipitó sobre el maldito escorpión, imagen del efrit, y ambos trabaron descomunal batalla. De pronto, el escorpión se convirtió en un buitre y la serpiente en un águila, que se cernió sobre el buitre, y ya iba a alcanzarlo, después de una hora de persecución, cuando el buitre se transformó en un enorme gato negro, y la princesa en lobo. Gato y lobo se batieron a través del palacio, hasta que el gato, al verse vencido, se convirtió en una inmensa granada roja y se dejó caer en un estanque que había en el patio. El lobo se echó entonces al agua, y la granada, cuando iba a cogerla, se elevó por los aires, pero como era tan enorme cayó pesadamente sobre el mármol y se reventó. Los granos, desprendiéndose uno a uno, cubrieron todo el suelo. El lobo se transformó entonces en gallo, empezó a devorarlos, y ya no quedaba más que uno, pero al ir a tragárselo se le cayó del pico, pues así lo había dispuesto la fatalidad, y fue a esconderse en un intersticio de las losas, cerca del estanque. Entonces el gallo empezó a chillar, a sacudir las alas y a hacernos señas con el pico, pero no entendíamos su lenguaje, y como no podíamos comprenderle, lanzó un grito tan terrible, que nos pareció que el palacio se nos venía encima. Después empezó a dar vueltas por el patio, hasta que vio el grano y se precipitó a cogerlo, pero el grano cayó en el agua y se convirtió en un pez. El gallo se transformó entonces en una ballena enorme, que se hundió en el agua persiguiendo al pez, y desapareció de nuestra vista durante una hora. Después oímos unos gritos tremendos y nos estremecimos de terror. Y enseguida apareció el efrit en su propia y horrible figura, pero ardiendo como una ascua, pues de su boca, de sus ojos y de su nariz salían llamas y humo; y detrás de él surgió la princesa en su propia forma, pero ardiendo también como metal en fusión, y persiguiendo al efrit, que ya nos iba a alcanzar. Entonces, temiendo que nos abrasase, quisimos echarnos al agua, pero el efrit nos detuvo dando un grito espantoso, y empezó a resollar fuego contra todos. La princesa lanzaba fuego contra él, y fue el caso que nos alcanzó el fuego de los dos, y el de ella no nos hizo daño, pero el del efrit sí que nos lo produjo, pues una chispa me dio en este ojo y me lo saltó; otra dio al rey en la cara, y le abrasó la barbilla y la boca, arrancándole parte de la dentadura y otra chispa prendió en el pecho del eunuco y le hizo perecer abrasado.

»Mientras tanto, la princesa perseguía al efrit, lanzándole fuego encima, hasta que oímos decir: “¡Alah es el único grande! ¡Alah es el único poderoso! ¡Aplasta al que reniega de la fe de Mohamed, señor de los hombres!” Esta voz era de la princesa, que nos mostraba al efrit enteramente convertido en un montón de cenizas. Después llegó hasta nosotros y dijo: “Aprisa, dadme una taza con agua”. Se la trajeron, pronunció la princesa unas palabras incomprensibles, me roció con el agua, y dijo: “¡Queda desencantado en nombre del único Verdadero! ¡Por el poderoso nombre de Alah, vuelve a tu primitiva forma!”

»Entonces volví a ser hombre, pero me quedé tuerto. Y la princesa, queriendo consolarme, me dijo: “¡El fuego siempre es fuego, hijo mío!” Y lo mismo dijo a su padre por sus barbas chamuscadas y sus dientes rotos. Después exclamó: “¡Oh padre mío! Necesariamente he de morir, pues está escrita mi muerte. Si este efrit hubiese sido una simple criatura humana, lo habría aniquilado enseguida. Pero lo que más me hizo sufrir fue que, al dispersarse los granos de la granada, no acerté a devorar el grano principal, el único que contenía el alma del efrit; pues si hubiera podido tragármelo, habría perecido inmediatamente. Pero ¡ay de mí! tardé mucho en verlo. Así lo quiso la fatalidad del Destino. Por eso he tenido que combatir tan terriblemente contra el efrit debajo de tierra, en el aire y en el agua. Y cada vez que él abría una puerta de salvación, le abría yo otra de perdición, hasta que abrió por fin la más fatal de todas, la puerta del fuego, y yo tuve que hacer lo mismo. Y después de abierta la puerta del fuego, hay que morir necesariamente. Sin embargo, el Destino me permitió quemar al efrit antes de perecer yo abrasada. Y antes de matarle, quise que abrazara nuestra fe, que es la santa religión del Islam, pero se negó, y entonces lo quemé. Alah ocupará mi lugar cerca de vosotros, y esto podrá serviros de consuelo”.

»Después de estas palabras empezó a implorar al fuego, hasta que al fin brotaron unas chispas negras que subieron hacia su pecho. Y cuando el fuego le llegó a la cara, lloró y luego dijo: “¡Afirmo que no hay más Dios que Alah, y que Mohamed es su profeta!” No bien había pronunciado estas palabras, la vimos convertirse en un montón de ceniza, próximo al otro montón que formaba el efrit.

»Entonces nos afligimos profundamente. Gustoso habría yo ocupado su lugar, antes de ver bajo tan mísero aspecto a aquella joven de radiante hermosura que tanto quiso favorecerme; pero los designios de Alah son inapelables.

»Al advertir el rey la transformación sufrida por su hija, lloró por ella, mesándose las barbas que le quedaban, abofeteándose y desgarrándose las ropas. Y lo propio hice yo. Y los dos lloramos sobre ella. Enseguida llegaron los chambelanes, y los jefes del gobierno hallaron al sultán llorando aniquilado ante los dos montones de ceniza. Y se asombraron muchísimo, y comenzaron a dar vueltas a su alrededor, sin atreverse a hablarle. Al cabo de una hora se repuso algo el rey, y les contó lo ocurrido entre la princesa y el efrit. Y todos gritaron: “¡Alah! ¡Alah! ¡Qué gran desdicha! ¡Qué tremenda desventura!”

»Enseguida llegaron todas las damas de palacio con sus esclavas, y durante siete días se cumplieron todas las ceremonias de duelo y de pésame.

»Luego dispuso el rey la construcción de un gran sarcófago para las cenizas de su hija, y que se encendiesen velas, faroles y linternas día y noche. En cuanto a las cenizas del efrit, fueron aventadas bajo la maldición de Alah.

»La tristeza acarreó al sultán una enfermedad que le tuvo a la muerte. Esta enfermedad le duró un mes entero. Y cuando hubo recobrado algún vigor, me llamó a su presencia y me dijo: “¡Oh, joven! Antes de que vinieses vivíamos aquí nuestra vida en la más perfecta dicha, libres de los sinsabores de la suerte. Ha sido necesario que tú vinieses y que viéramos tu hermosa letra para que cayesen sobre nosotros todas las aflicciones. ¡Ojalá no te hubiésemos visto nunca a ti, ni a tu cara de mal agüero, ni a tu maldita escritura! Porque primeramente ocasionaste la pérdida de mi hija, la cual, sin duda, valía más que cien hombres. Después, por causa tuya, me quemé lo que tú sabes, y he perdido la mitad de mis dientes, y la otra mitad casi ha volado también. Y por último, ha perecido mi pobre eunuco, aquel buen servidor que fue ayo de mi hija. Pero tú no tuviste la culpa, y mal podrías remediarlo ahora. Todo nos ha ocurrido a nosotros y a ti por voluntad de Alah. ¡Alabado sea, por permitir que mi hija te desencantara, aunque ella pereciese! ¡Es el Destino! Ahora, hijo mío, debes abandonar este país, porque ya tenemos bastante con lo que por tu causa nos ha pasado. ¡Alah es quien todo lo decreta! ¡Sal, pues, y vete en paz!”

»Entonces, ¡oh mi señora! abandoné el palacio del rey, sin fiar mucho en mi salvación. No sabía adónde ir. Y recordé entonces todo cuanto me había sucedido, desde el principio hasta el fin, cómo me habían dejado sano y salvo los árabes del desierto, mi viaje y mis fatigas de un mes, mi entrada en la ciudad como extranjero, el encuentro con el sastre, la entrevista e intimidad tan deliciosa con la joven del subterráneo, el modo de escaparme de las manos del efrit que me quería matar, todo, en fin, sin olvidar mi transformación en mono al servicio después del capitán mercante, mi compra a elevado precio por el rey a consecuencia de mi hermosa letra, mi desencanto, ¡en fin, todo! Pero más que nada, ¡ay de mí! el último incidente, que me hizo perder un ojo. Pero di gracias a Alah, y dije: “¡Más vale perder un ojo que la vida!” Después de esto, fui al hammam a tomar un baño antes de salir de la ciudad. Entonces, ¡oh señora mía! me afeité la barba para poder viajar seguro en calidad de saaluk. Desde aquella fecha no he dejado ni un día de llorar pensando en las desgracias que sobre mí han caído, y sobre todo en la pérdida de mi ojo izquierdo. Y cada vez que esto me viene a la memoria, el ojo derecho se me llena de lágrimas, que no me dejan ver, aunque nunca me impedirán pensar en estos versos del poeta:

¿Conoce Alah misericordioso mi aflicción? ¡Las desdichas pesan sobre mí, y me he dado cuenta de ellas demasiado tarde!

¡Pero haré acopio de paciencia frente a mis grandes desventuras, para que el mundo no ignore que he tomado con paciencia algo que es más amargo que la misma paciencia!

¡Porque la paciencia tiene su belleza, sobre todo cuando es el hombre piadoso quien la practica! ¡De todos modos, ha de ocurrir lo que haya decidido Alah respecto a cada criatura!

¡Mi misteriosa amada conoce los secretos de mi lecho, y ninguno, aunque sea el secreto de los secretos, puede ocultársele!

¡Al que diga que hay delicias en este mundo, contestadle que pronto conocerá días más amargos que el jugo de la mirra!

»Entonces salí de la ciudad aquella, viajé por varios países, atravesé sus capitales, y luego me dirigí a Bagdad, la morada de paz, donde espero llegar a ver al Emir de los Creyentes para contarle cuanto me ha ocurrido.

»Después de muchos días de viaje, he llegado esta misma noche a Bagdad, y encontré muy perplejo al hermano que está ahí, al primer saaluk, y le dije: “¡La paz sea contigo!” Y él me contestó: “¡Y contigo la paz, y la misericordia de Alah, y todas sus bendiciones!”

»Entonces empecé a conversar con él, y se nos acercó el otro hermano, el tercer saaluk, quien después de desearnos la paz, nos dijo que era extranjero. Y nosotros le dijimos: “También somos extranjeros, y hemos llegado hoy a esta ciudad bendita”. Y echamos a andar juntos, sin que ninguno supiera la historia de sus compañeros. Y la suerte y el Destino nos guiaron hasta esta puerta, y entramos en vuestra casa.

»He aquí, ¡oh mi señora! los motivos de que me veas tuerto y con la barba afeitada».

Entonces la dueña de casa dijo al segundo saaluk: «Tu historia es realmente extraordinaria. Ahora alísate un poco el pelo sobre la cabeza y ve a buscar tu destino por la ruta de Alah».

Pero él respondió: «En verdad que no saldré de aquí sin haber oído el relato de mi tercer compañero».

Entonces el tercer saaluk dio un paso y dijo:

HISTORIA DEL TERCER SAALUK

«¡Oh gloriosa señora! no crea que mi historia encierra menos maravillas que las de mis compañeros. Porque mi historia es infinitamente más asombrosa aún.

»Si sobre estos dos compañeros míos pesaron las desgracias, motivadas por el Destino y la fatalidad, otra cosa fue respecto a mí. Si estoy afeitado y tuerto, yo tengo la culpa, pues me atraje la fatalidad y llené mi corazón de penas y zozobras.

»Helo aquí. Soy rey, hijo de rey. Mi padre se llamaba Kassib y yo era su único hijo. Cuando murió el rey, mi padre, heredé su reino, y reiné y goberné con justicia, haciendo mucho bien entre mis súbditos.

»Pero tenía gran afición a los viajes por mar. Y no me privaba de ellos, porque la capital de mi reino estaba junto al mar, y en una gran extensión marítima pertenecíanme numerosas islas fortificadas. Una vez quise ir a visitarlas todas, y mandé preparar diez naves grandes y llenarlas de provisiones para un mes, dándome a la vela. Esta visita duró veinte días, al cabo de los cuales, una noche se desencadenó contra nosotros un viento contrario, que se prolongó hasta al amanecer. Entonces, calmado un poco el viento y suavizado el mar, al salir el sol vimos una isla en la que podíamos detenernos. Fuimos a tierra, hicimos algo de comer, y descansamos dos días en espera de que la tempestad terminara, y luego zarpamos. El viaje duró otros veinte días, hasta que en uno de tantos perdimos el derrotero, pues las aguas en que navegábamos eran tan desconocidas para nosotros como para el capitán. Porque el capitán, realmente, no conocía este mar. Entonces le dijimos al vigía: “Mira con atención el mar”. Y el vigía subió al palo, descendió después y nos dijo al capitán y a mí: “A la derecha he visto peces en la superficie del agua, y muy lejos, en medio de las olas, una cosa que unas veces parecía blanca y otras negra”.

»Al oír estas palabras del vigía, el capitán sufrió un cambio muy notable de color, tiró el turbante al suelo, se mesó la barba, y nos dijo: “¡Os anuncio nuestra total pérdida! ¡No ha de salvarse ni uno!” Luego se echó a llorar, y con él lloramos todos. Yo le pregunté entonces: “¡Oh capitán! ¿Quieres explicarnos las palabras del vigía?” Y contestó: “¡Oh mi señor! Sabe que desde el día que sopló el viento contrario perdimos el derrotero, y hace de ello once días, sin que haya un viento favorable que nos permita volver al buen camino. Sabe, pues, el significado de esa cosa negra y blanca y de esos peces que sobrenadan cerca de nosotros: mañana llegaremos a una montaña de rocas negras que se llama la Montaña del Imán, y hacia ella han de llevarnos a la fuerza las aguas. Y nuestra nave se despedazará, porque volarán todos sus clavos, atraídos por la montaña y adhiriéndose a sus laderas, pues Alah el Altísimo dotó a la Montaña del Imán de una secreta virtud que le permite atraer todos los objetos de hierro. Y no puedes imaginarte la enorme cantidad de cosas de hierro que se ha acumulado y colgado de dicha montaña desde que atrae a los navíos. ¡Sólo Alah sabe su número! Desde el mar se ve relucir en la cima de esa montaña una cúpula de cobre amarillo sostenida por diez columnas, y encima hay un jinete en un caballo de bronce, y el jinete tiene en la mano una lanza de cobre, y le pende del pecho una chapa de plomo grabada con palabras talismánicas desconocidas. Sabe, ¡oh rey! que mientras el jinete permanezca sobre su caballo, quedarán destrozados todos los barcos que naveguen en torno suyo, y todos los pasajeros se perderán sin remedio, y todos los hierros de las naves se irán a pegar a la montaña. ¡No habrá salvación posible mientras no se precipite el jinete al mar!”

»Dicho esto, ¡oh señora mía! el capitán continuó derramando abundantes lágrimas, y juzgamos segura e irremediable nuestra pérdida, despidiéndose cada cual de sus amigos.

»Y así fue; porque apenas amaneció, nos vimos próximos a la montaña de rocas negras imantadas, y las aguas nos empujaban violentamente hacia ella. Y cuando las diez naves llegaron al pie de la montaña, los clavos se desprendieron de pronto y comenzaron a volar por millares, lo mismo que todos los hierros, y todos fueron a adherirse a la montaña. Y nuestros barcos se abrieron, siendo precipitados al mar todos nosotros.

»Pasamos el día entero a merced de las olas, ahogándose la mayoría y salvándonos otros, sin que los que no perecimos pudiéramos volver a encontrarnos, pues las corrientes terribles y los vientos contrarios nos dispersaron por todas partes.

»Y Alah el Altísimo, ¡oh señora mía! me quiso salvar para reservarme nuevas penas, grandes padecimientos y enormes desventuras. Pude agarrarme a uno de los tablones que sobrenadaban, y las olas y el viento me arrojaron a la costa, al pie de la Montaña del Imán.

»Allí encontré un camino que conducía a la cumbre, y estaba todo él hecho de escalones tallados en la roca. Enseguida invoqué el nombre de

Alah el Altísimo, y...».

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 15ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el tercer saaluk, mientras permanecían sentados y cruzados de brazos los demás, vigilados por los siete negros, que tenían en la mano el alfanje desnudo, prosiguió, dirigiéndose a la dueña de la casa:

«Invoqué, pues, el nombre de Alah, le imploré, y me absorbí en el éxtasis de la plegaria. Y cuando el viento cambió, por orden del Altísimo, logré subir a lo más alto de la montaña, agarrándome como pude a las rocas y excavaciones. Y mi alegría por hallarme en salvo llegó hasta el límite de la alegría. Ya sólo me faltaba llegar a la cúpula; lo conseguí al fin, y pude penetrar en ella. Entonces me hinqué de rodillas y di gracias a Alah por haberme salvado.

»Pero estaba tan rendido, que me eché en el suelo y me dormí. Y durante mi sueño oí que una voz me decía: “¡Oh hijo de Kassib! cuando te despiertes cava a tus pies, y encontrarás un arco de cobre y tres flechas de plomo, en las cuales hay grabados talismanes. Coge el arco y dispara contra el jinete que está en la cúpula, y así podrás devolver la tranquilidad a los humanos, librándoles de tan terrible plaga. Cuando hieras al jinete, este jinete caerá al mar y el arco se escapará de tus manos al suelo. Le cogerás entonces y lo enterrarás en el mismo sitio en que haya caído. Y mientras tanto, el mar empezará a hervir, creciendo hasta llegar a la cumbre en que te encuentras. Y verás en el mar una barca, y en la barca a una persona distinta del jinete arrojado al abismo. Esa persona se te acercará con un remo en la mano. Puedes entrar sin temor en la barca. Pero guárdate bien de pronunciar el santo nombre de Alah, y no olvides esto por nada del mundo. Una vez en la barca, te guiará ese hombre, haciéndote navegar por espacio de diez días, hasta que llegues al Mar de Salvación. Y cuando llegues a este mar encontrarás a alguien que ha de llevarte a tu tierra. Pero no olvides que para que todo eso ocurra no debes pronunciar nunca el nombre de Alah”.

»Entonces, ¡oh señora mía! desperté y me dispuse animoso a ejecutar las órdenes de aquella voz. Con el arco y las flechas encontradas disparé contra el jinete, lo derribé, y lo vi hundirse en el mar. El arco se me escapó de la mano, y lo enterré en el mismo sitio en que había caído. Enseguida el mar se agitó, hirvió y se desbordó, llegando hasta la cumbre en que yo me hallaba. Y a los pocos instantes vi en medio del mar una barca que se dirigía hacia la costa. Entonces di gracias a Alah el Altísimo. Y al aproximarse la barca advertí en ella a un hombre de bronce que llevaba en el pecho una chapa de plomo con nombres y talismanes grabados. Y cuando la barca llegó, entré en ella, pero sin decir palabra. Y el hombre de bronce me condujo durante un día, durante dos, durante tres, y así sucesivamente, hasta diez días. Entonces vi unas islas a lo lejos. ¡Aquello era la salvación! Y me alegré hasta el límite de la alegría; pero tanta era la plenitud de mi emoción y de mi gratitud hacia el Altísimo, que pronuncié el nombre de Alah y lo glorifiqué, exclamando: “¡Alahu akbar! ¡Alahu akbar!”

»Pero apenas dije tan sagradas palabras, el hombre de bronce se apoderó de mí, me arrojó al mar, y hundiéndose a lo lejos, desapareció.

»Estuve nadando hasta el anochecer, en que mis brazos quedaron extenuados y rendido todo mi cuerpo. Entonces, viendo aproximarse la muerte, dije la schehada, mi profesión de fe, y me dispuse a morir. Pero en aquel momento una ola más enorme que las otras vino desde la lejanía como una torre gigantesca y me despidió con tal empuje, que me encontré junto a unas islas que había divisado en lontananza. ¡Así lo quiso Alah!

»Entonces trepé a la orilla, retorcí mi ropa, tendiéndola en el suelo para que se secase, y me eché a dormir, sin despertar hasta por la mañana. Me puse mis vestidos secos, me levanté buscando dónde ir, y me interné en un pequeño valle fértil, recorriéndolo en todas direcciones, y así di una vuelta entera al lugar en que me encontraba, viendo que me rodeaba el mar por todas partes. Y me dije: “¡Qué fatalidad la mía! ¡Siempre que me libro de una desgracia caigo en otra peor!”

»Mientras me absorbían tan tristes pensamientos, divisé que venía por el mar una barca con gente. Entonces, temeroso de que me ocurriera algo desagradable, me levanté y me encaramé a un árbol para esperar los acontecimientos. Al arribar la barca salieron de ella diez esclavos con una pala cada uno. Anduvieron hasta llegar al centro de la isla, y allí empezaron a cavar la tierra, dejando al descubierto una trampa. La levantaron, y abrieron una puerta que apareció debajo. Hecho esto, volvieron a la barca, descargando de su interior y echándose a hombros gran cantidad de efectos: pan, harina, miel, manteca, carneros, sacos llenos y otras muchas cosas; todo, en fin, lo que pueda desear quien vive en una casa. Los esclavos siguieron yendo y viniendo del subterráneo a la barca y de la barca a la trampa, hasta vaciar completamente aquélla, sacando luego trajes suntuosos y magníficos, que se echaron al brazo; y entonces vi salir de la barca, en medio de los esclavos, a un anciano venerable, tan flaco y encorvado por los años y las vicisitudes, que apenas tenía apariencia humana. Este jeque llevaba de la mano a un joven hermosísimo, moldeado realmente en el molde de la perfección, rama tierna y flexible, cuyo aspecto hubo de cautivar mi corazón y conmover la pulpa de mi carne.

»Llegaron hasta la puerta, la franquearon y desaparecieron ante mis ojos. Pero pasados unos instantes, subieron todos menos el joven; entraron otra vez en la barca y se alejaron por el mar.

»Cuando los hube perdido de vista, salté del árbol, corrí hacia el sitio donde estaba la trampa, que habían cubierto otra vez de tierra, y la quité de nuevo. Entonces descubrí la trampa, que era de madera y del tamaño de una piedra de molino, la levanté con ayuda de Alah, y vi que arrancaba de ella una escalera abovedada. Descendí, poseído de asombro, sus peldaños de piedra, y me encontré al fin en un espacioso salón revestido de tapices magníficos y colgaduras de seda y terciopelo. En un diván, entre bujías encendidas, jarrones con flores y tarros llenos de frutas y de dulces, aparecía sentado el joven, que estaba haciéndose aire con un abanico. Al verme se asustó mucho, pero yo le dije con mi más armoniosa voz: “¡La paz sea contigo!” Y él contestó, tranquilizándose: “¡Y contigo sea la paz, la misericordia de Alah y sus bendiciones!” Yo le dije: “¡Oh mi señor! Que tu corazón no se alarme. Aquí donde me ves, soy rey e hijo de un rey. Alah me ha guiado hasta ti para sacarte de este subterráneo, al cual sin duda te trajeron para que murieses. Pero yo te libertaré. Y serás mi amigo, pues me bastó verte para estar predispuesto a tu favor”.

»Entonces el joven, dibujando una sonrisa en sus labios, me invitó a que me sentase junto a él en el diván, y me dijo: “Sabe, ¡oh señor mío! que no me trajeron a este lugar para que muriese, sino para librarme de la muerte. Sabe también que soy hijo de un gran joyero, conocido en todo el mundo por sus riquezas y la cuantía de sus tesoros. Las caravanas que van por cuenta suya a lejanos países para vender su pedrería a los reyes y emires de la tierra han extendido su reputación por todas partes. Al nacer yo, siendo ya él de edad madura, le anunciaron los maestros de la adivinación que su hijo había de morir antes que su padre y su madre; y mi padre, aquel día, a pesar del regocijo que le había causado mi nacimiento y la felicidad de mi madre, que me dio al mundo después del término de nueve meses, por voluntad de Alah, experimentó un dolor muy grande, sobre todo cuando los sabios que habían leído en los astros mi suerte le dijeron: ‘Matará a tu hijo un rey, hijo de otro rey, llamado Kassib, cuarenta días después de que aquél haya arrojado al mar al jinete de bronce de la montaña magnética’. Y mi padre el joyero quedó afligidísimo. Y cuidó de mí, educándome con mucho esmero, hasta que hube cumplido los quince años. Pero entonces supo que el jinete había sido echado al mar, y la noticia le apenó y le hizo llorar tanto, que en poco tiempo palideció su cara, enflaqueció su cuerpo y toda su persona adquirió la apariencia de un hombre decrépito, rendido por los años y las desventuras. Entonces me trajo a esta morada subterránea, la cual mandó construir para sustraerme a la busca del rey que había de matarme cuando cumpliera yo los quince años, y yo y mi padre estamos seguros de que el hijo de Kassib no podrá dar conmigo en esta isla desconocida. Tal es la causa de mi estancia en este sitio”.

»Entonces pensé yo: “¿Cómo podrán equivocarse así los sabios que leen en los astros? Porque, ¡por Alah! este joven es la llama de mi corazón, y más fácil que matarlo me sería matarme”. Y luego le dije: “¡Oh hijo mío! Alah Todopoderoso no consentirá nunca que se quiebre flor tan hermosa. Estoy dispuesto a defenderte y a seguir aquí contigo toda la vida”. Y él me contestó: “Pasados cuarenta días vendrá a buscarme mi padre, pues ya no habrá peligro”. Y yo le dije: “¡Por Alah! que permaneceré en tu compañía esos cuarenta días, y después le diré a tu padre que te deje ir a mi reino, donde serás mi amigo y heredero del trono”.

»Entonces el mancebo me dio las gracias con palabras cariñosas, y comprendí que era en extremo cortés y correspondía a la inclinación que a él me arrastraba. Y empezamos a conversar amistosamente regalándonos con las vituallas deliciosas de sus provisiones, que podían bastar para un año a cien comensales.

»Después de haber comido, pude comprobar nuevamente cuán subyugado estaba mi corazón por sus encantos, y luego nos tendimos y dormimos juntos toda la noche.

»Al aproximarse el día me desperté y me lavé, llevando al joven la palangana llena de agua perfumada para que asimismo se lavase, y preparé los alimentos y comimos juntos, hablando, jugando y riendo luego hasta la noche. Y entonces pusimos la mesa y cenamos un carnero relleno de almendras, pasas, nuez moscada, clavo y pimienta. Y bebimos agua dulce y fresca, y tomamos también sandía, melón, tortas y pastelillos tan finos y leves como una cabellera, en los cuales no se había escatimado la manteca, la miel, las almendras ni la canela. Y como la noche anterior, nos acostamos, y pude darme cuenta de cuán grande era nuestra amistad. Y así dejamos transcurrir, tranquilos y felices, hasta el día cuadragésimo. Este último día, como tenía que venir su padre, el joven quiso darse un buen baño, y puse a calentar agua en el caldero, vertiéndola después en la tina de cobre y añadiéndole agua fría para hacerla más agradable. El joven entró en el baño, y lo lavé, y lo froté, y le di masaje, perfumándole y transportándole a la cama, donde le cubrí con la colcha y le envolví la cabeza en un pedazo de seda bordada de plata, obsequiándole con un sorbete delicioso, y se durmió.

»Al despertarse quiso comer algo, y eligiendo la sandía más hermosa y colocándola en una bandeja, y la bandeja en un tapiz, me subí a la cama para coger el cuchillo grande, que pendía de la pared sobre la cabeza del mancebo. Y he aquí que el joven, por divertirse, me hizo de pronto cosquillas en una pierna, produciéndome tal efecto, que caí encima de él sin querer y le clavé el cuchillo en el corazón. Y expiró enseguida.

»Al ver aquello, ¡oh señora mía! empecé a golpearme, y a gritar, y a gemir, y me desgarré las ropas, arrojándome desesperado al suelo. Pero mi amigo muerto estaba, cumpliéndose el Destino para que no mintieran las predicciones de los astrólogos. Alcé los ojos y las manos hacia el Altísimo, y repuse: “¡Oh Señor del universo! Si he cometido un crimen, dispuesto estoy a que me castigue tu justicia”. En este momento sentíame animoso ante la muerte. Pero ¡oh señora mía! nuestros anhelos nunca se satisfacen ni para el bien ni para el mal.

»Entonces, no siéndome posible soportar la estancia en aquel sitio, y además, como sabía que el joyero no tardaría en comparecer, subí la escalera, salí y cerré la trampa, cubriéndola de tierra, como estaba antes.

»Cuando me vi fuera, me dije: “Voy a observar ahora lo que ocurra; pero ocultándome, porque si no, los esclavos me matarían con la peor muerte”. Y entonces me subí a un árbol copudo que estaba cerca de la trampa, y allí quedé en acecho. Una hora más tarde apareció la barca con el anciano y los esclavos. Desembarcaron todos, llegaron apresuradamente junto al árbol, y al advertir la tierra recientemente removida, atemorizáronse, quedando abatidísimo el viejo. Los esclavos cavaron apresuradamente, y levantando la trampa, bajaron con el pobre padre. Este empezó a llamar a gritos a su hijo, sin que el muchacho respondiera, y le buscaron por todas partes, hallándolo por fin tendido en el lecho con el corazón atravesado.

»Al verle, sintió el anciano que se le partía el alma, y cayó desmayado. Los esclavos, mientras tanto, se lamentaban y afligían; después subieron en hombros al joyero. Sepultaron el cadáver del joven envuelto en un sudario, transportaron al padre dentro de la barca con todas las riquezas y provisiones que quedaban aún, y desaparecieron en la lejanía sobre el mar.

»Entonces, apenadísimo, bajé del árbol, medité en aquella desgracia, lloré mucho, y anduve desolado todo el día y toda la noche. De repente noté que iba menguando el agua, quedando seco el espacio entre la isla y la tierra firme de enfrente. Di gracias a Alah, que quería librarme de seguir en aquel paraje maldito, y empecé a caminar por la arena invocando su santo nombre. Llegó en esto la hora de ponerse el sol. Vi de pronto aparecer muy a lo lejos como una gran hoguera, y me dirigí hacia aquel sitio, sospechando que estarían cociendo algún carnero; pero al acercarme advertí que lo que hube tomado por hoguera era un vasto palacio de cobre que se diría incendiado por el sol poniente.

»Llegué hasta el límite del asombro ante aquel palacio magnífico, todo de cobre. Y estaba admirando su sólida construcción, cuando súbitamente vi salir por la puerta principal a diez jóvenes de buena estatura, y cuyas caras eran una alabanza al Creador por haberlas hecho tan hermosas. Pero aquellos diez jóvenes eran todos tuertos del ojo izquierdo, y sólo no lo era un anciano alto y venerable, que hacía el número once.

»Al verlos exclamé: “¡Por Alah, que es extraña coincidencia! ¿Cómo estarán juntos diez tuertos, y del ojo izquierdo precisamente?”. Mientras me absorbía en estas reflexiones, los diez jóvenes se acercaron, y me dijeron: “¡La paz sea contigo!”. Y yo les devolví el saludo de paz, y hube de referirles mi historia, desde el principio hasta el fin, que no creo necesario repetirte, ¡oh señora mía!

»Al oírla, llegaron aquellos jóvenes al colmo de la admiración, y me dijeron: “¡Oh señor! Entra en esta morada, donde serás bien acogido”. Entré con ellos, y atravesamos muchas salas revestidas con telas de raso. En el centro de la última, que era la más hermosa y espaciosa de todas, había diez lechos magníficos formados con alfombras y colchones, y entre aquellos otra alfombra, pero sin colchón, y tan rica como las demás. Y el anciano se sentó en ésta, y cada uno de los diez jóvenes en la suya, y me dijeron: “¡Oh señor! Siéntate en el testero de la sala, y no nos preguntes acerca de lo que aquí veas”.

»A los pocos momentos se levantó el viejo, salió y volvió varias veces, llevando manjares y bebidas, de lo cual comimos y bebimos todos.

»Después recogió las sobras el anciano, y se sentó de nuevo. Y los jóvenes le preguntaron: “¿Cómo te sientas sin traernos lo necesario para cumplir nuestros deberes?” Y el anciano, sin replicar palabra, se levantó y salió diez veces, trayendo cada vez sobre la cabeza una palangana cubierta con un paño de raso y en la mano un farol, que fue colocando delante de cada joven. Y a mí no me dio nada, lo cual hubo de contrariarme.

»Pero cuando levantaron las telas de raso, vi que las jofainas sólo contenían ceniza, polvo de carbón y kohl. Se echaron la ceniza en la cabeza, el carbón en la cara y el kohl en el ojo derecho, y empezaron a lamentarse y a llorar, mientras decían: “¡Sufrimos lo que merecemos por nuestras culpas y nuestra desobediencia!” Y aquella lamentación prosiguió hasta cerca del amanecer. Entonces se lavaron en nuevas palanganas que les llevó el viejo, se pusieron otros trajes, y quedaron como antes de la extraña ceremonia.

»Por más que aquello, ¡oh señora mía! me asombrase con el más considerable asombro, no me atreví a preguntar nada, pues así me lo habían ordenado. Y a la noche siguiente hicieron lo mismo que la primera, y lo mismo a la tercera y a la cuarta. Entonces ya no pude callar más, y exclamé: “¡Oh mis señores! Os ruego que me digáis por qué sois todos tuertos y a qué obedece el que os echéis por la cabeza ceniza, carbón y kohl, pues, ¡por Alah! prefiero la muerte a la incertidumbre en que me habéis sumido”. Entonces ellos replicaron: “¿Sabes que lo que pides es tu perdición?” Y yo contesté: “Venga mi perdición, antes que la duda”. Pero ellos me dijeron: “¡Cuidado con tu ojo izquierdo!” Y yo respondí: “No necesito el ojo izquierdo si he de seguir en esta perplejidad”. Y por fin exclamaron: “¡Cúmplase tu destino! Te sucederá lo que nos sucedió; mas no te quejes, que la culpa es tuya. Y después de perdido el ojo izquierdo, no podrás venir con nosotros, porque ya somos diez y no hay sitio para el undécimo”.

»Dicho esto, el anciano trajo un carnero vivo. Lo degollaron, le arrancaron la piel, y después de limpiarla cuidadosamente, me dijeron: “Vamos a coserte dentro de esa piel, y te colocaremos en la azotea del palacio. El enorme buitre llamado Roc, capaz de arrebatar un elefante, te levantará hasta las nubes, tomándote por un carnero de veras, y para devorarte te llevará a la cumbre de una montaña muy alta, inaccesible a todos los seres humanos. Entonces con este cuchillo, de que puedes armarte, rasgarás la piel de carnero, saldrás de ella, y el terrible Roc, que no ataca a los hombres, desaparecerá de tu vista. Echa después a andar, hasta que encuentres un palacio diez veces mayor que el nuestro y mil veces más suntuoso. Está revestido de chapas de oro, sus muros se cubren de pedrería, especialmente de perlas y esmeraldas. Entra por una puerta abierta a todas horas, como nosotros entramos una vez, y ya verás lo que vieres. Allí nos dejamos todos el ojo izquierdo. Desde entonces soportamos el castigo merecido y expiamos nuestra culpa haciendo todas las noches lo que viste. Esa es, en resumen, nuestra historia, que más detallada llenaría todas las páginas de un gran libro cuadrado. Y ahora, ¡cúmplase tu destino!”.

»Y como persistiera en mi resolución, diéronme el cuchillo, me cosieron dentro de la piel del carnero, me colocaron en la azotea y se marcharon. Y de pronto noté que cargaba conmigo el terrible Roc, remontando el vuelo, y en cuanto comprendí que me había depositado en la cumbre de la montaña, rasgué con el cuchillo la piel que me cubría, y salí de debajo de ella dando gritos para asustar al terrible Roc. Y se alejó volando pesadamente, y vi que era todo blanco, tan ancho como diez elefantes y más largo que veinte camellos.

»Entonces eché a andar muy de prisa, pues me torturaba la impaciencia por llegar al palacio. Al verlo, a pesar de la descripción hecha por los diez jóvenes, me quedé admirado hasta el límite de la admiración. Era mucho más suntuoso de lo que me habían dicho. La puerta principal, toda de oro, por la cual entré, tenía a los lados noventa y nueve puertas de maderas preciosas, de áloe y de sándalo. Las puertas de las salas eran de ébano con incrustaciones de oro y de diamantes. Y estas puertas conducían a los salones y a los jardines, donde se acumulaban todas las riquezas de la tierra y del mar.

»No bien llegué a la primera habitación, me vi rodeado de cuarenta jóvenes, de una belleza tan asombrosa, que perdí la noción de mí mismo, y mis ojos no sabían a cuál dirigirse con preferencia a las demás, y me entró tal admiración, que hube de detenerme, sintiendo que me daba vueltas la cabeza.

»Entonces todas se lmantaron al verme, y con voz armoniosa me dijeron: “¡Que nuestra casa sea la tuya, ¡oh convidado nuestro! ¡Tu sitio está sobre nuestras cabezas y en nuestros ojos!” Y me ofrecieron asiento en un estrado magnífico, sentándose ellas más abajo en las alfombras, y me dijeron: “¡Oh señor, somos tus esclavas, tu cosa, y tú eres nuestro dueño y la corona de nuestras cabezas!”

»Luego todas se pusieron a servirme: una trajo agua caliente y toallas, y me lavó los pies; otra me echó en las manos agua perfumada, que vertía de un jarro de oro; la tercera me vistió un traje de seda con cinturón bordado de oro y plata, y la cuarta me presentó una copa llena de exquisita bebida aromada con flores. Y ésta me miraba, aquélla me sonreía, la de aquí me guiñaba los ojos, la de más allá me recitaba versos, otra abría los brazos, extendiéndolos perezosamente delante de mí, y aquella otra hacía ondular su talle sobre sus muslos. Y la una suspiraba: “¡Ay!”, y la otra: “¡Huy!”, y ésta me decía: “¡Ojos míos!”, la de más allá: “¡Oh alma mía!”, la otra: “¡Entraña de mi vida!”, y la otra: “¡Oh llama de mi corazón!”

»Después se me acercaron todas, y comenzaron a acariciarme, y me dijeron: “¡Oh convidado nuestro, cuéntanos tu historia, porque estamos sin ningún hombre hace tiempo, y nuestra dicha será ahora completa!” Entonces hube de tranquilizarme, y les conté una parte de mi historia, hasta que empezó a anochecer.

»Inmediatamente encendieron numerosas bujías, y la sala quedó iluminada como por el más espléndido sol. Luego pusieron los manteles, sirvieron los manjares más exquisitos y las bebidas más embriagadoras, y unas tañían instrumentos melodiosos, cantando con encantadora voz, otras bailaban, y yo seguía comiendo.

»Después de estas diversiones, me dijeron: “¡Oh querido de nuestros ojos, llegó la hora de la cama y del placer positivo! Escoge entre nosotras la que quieras, y no temas ofendernos, pues a cada una le tocará a la vez una noche. Somos cuarenta hermanas, y cada una volverá después a jugar contigo todas las noches en el lecho”.

»Yo, señora mía, no sabía cuál elegir, pues todas eran igualmente deseables. A ciegas alargué los brazos y cogí a una; ¡pero al abrir los ojos, los volví a cerrar, deslumbrado por su hermosura! Entonces aquella joven me asió de la mano y me llevó a la cama. Y pasé con ella toda la noche. Le di cuarenta asaltos de verdadero asaltador y correspondió a ellos, y cada vez me decía: “¡Ay, ojos míos! ¡Ay, alma mía!” Y me acariciaba, y la mordía yo, y ella me pellizcaba, y así durante toda la noche.

»Las siguientes, ¡oh señora mía! se deslizaron de la misma manera, cada noche con una de las hermanas, y no se pasó ninguna noche sin que no hubiese numerosos asaltos por parte de los dos. Un año completo duró esta felicidad. Y cada mañana se me acercaba la joven de la noche próxima, y llevándome al hammam, me lavaba todo, me daba un enérgico masaje y perfumaba mi cuerpo con cuantos perfumes otorgó Alah a sus servidores.

»Llegó el final del año. La mañana del último día vi a todas las jóvenes al pie de mi cama, sueltas las cabelleras, llorando amargamente, poseídas de un gran dolor, y me dijeron: "Sabe, ¡oh luz de nuestros ojos! que hemos de abandonarte, como abandonamos a otros antes que a ti, pues te consta que no eres el primero, y que anteriormente otros muchos nos cabalgaron y nos hicieron lo que tú. Pero tú eres verdaderamente el cabalgador más rico en corvetas y en medida de largo y grueso. Eres, en realidad, el más libertino y agradable de todos. Por este motivo, no podremos vivir sin ti". Y yo les dije: "¿Y por qué habéis de abandonarme? Porque yo tampoco quiero perder la alegría de mi vida, que está en vosotras". Ellas contestaron: "Sabe que somos todas hijas de un rey, pero de madre distinta. Desde nuestra pubertad vivimos en este palacio, y cada año pone Alah en nuestro camino un cabalgador que nos satisface, como nosotras a él. Pero cada año hemos de ausentarnos cuarenta días para visitar a nuestro padre y a nuestras madres. Y hoy es el día de la marcha". Entonces dije: "Pero delicias mías, yo me quedaré en este palacio alabando a Alah hasta vuestro regreso". Y ellas contestaron: "Cúmplase tu deseo. Aquí tienes todas las llaves del palacio, que abren todas las puertas. Él ha de servirte de morada, puesto que eres su dueño; pero guárdate muy bien de abrir la puerta de bronce que está en el fondo del jardín, porque no volverías a vernos y te ocurriría una gran desgracia. ¡Cuida, pues, de no abrir esa puerta!" Dicho esto, me abrazaron y besaron todas, una tras otra, llorando y diciéndome: "¡Alah sea contigo!" Y partieron, sin dejar de mirarme a través de sus lágrimas.

»Entonces, ¡oh señora mía! salí del salón en que me hallaba, y con las llaves en la mano empecé a recorrer aquel palacio, que aún no había tenido tiempo de ver, pues mi cuerpo y mi alma habían estado encadenados en el lecho entre los brazos de las jóvenes. Y abrí con la primera llave la primera puerta.

»Me vi entonces en un gran huerto rebosante de árboles frutales, tan frondosos, que en mi vida los había conocido iguales en el mundo. Canalillos llenos de agua los regaban tan a conciencia, que las frutas eran de un tamaño y una hermosura indecibles. Comí de ellas, especialmente bananas, y también dátiles, que eran largos como los dedos de un árabe noble, y granadas, manzanas y melocotones. Cuando acabé de comer di gracias por su magnanimidad a Alah, y abrí la segunda puerta con la segunda llave.

»Cuando abrí esta puerta, mis ojos y mi olfato quedaron subyugados por una inmensidad de flores que llenaban un gran jardín regado por arroyos numerosos. Había allí cuantas flores pueden criarse en los jardines de los emires de la tierra: jazmines, narcisos, rosas, violetas, jacintos, anémonas, claveles, tulipanes, ranúnculos y todas las flores de todas las estaciones. Cuando hube aspirado la fragancia de todas las flores, cogí un jazmín, guardándolo dentro de mi nariz para gozar su aroma, y di las gracias a Alah el Altísimo por sus bondades.

»Abrí enseguida la tercera puerta, y mis oídos quedaron encantados con las voces de numerosas aves de todos los colores y de todas las especies de la tierra. Estaban en una pajarera construida con varillas de áloe y sándalo. Los bebederos eran de jaspe fino y los comederos de oro. El suelo aparecía barrido y regado. Y las aves bendecían al Creador. Estuve oyéndolas cantar, y cuando anocheció me retiré.

»Al día siguiente me levanté temprano, y abrí la cuarta puerta con la cuarta llave. Y entonces, ¡oh señora mía! vi cosas que ni en sueños podría ver un ser humano. En medio de un gran patio había una cúpula de maravillosa construcción, con escaleras de pórfido que ascendían hasta cuarenta puertas de ébano, labradas con oro y plata. Se encontraban abiertas y permitían ver aposentos espaciosos, cada uno de los cuales contenía un tesoro diferente, y valía cada tesoro más que todo mi reino. La primera sala estaba atestada de enormes montones de perlas, grandes y pequeñas, abundando las grandes, que tenían el tamaño de un huevo de paloma y brillaban como la luna llena. La segunda sala superaba en riqueza a la primera, y aparecía repleta de diamantes, rubíes rojos, rubíes azules y carbunclos. En la tercera había esmeraldas solamente; en la cuarta montones de oro en bruto; en la quinta, monedas de oro de todas las naciones; en la sexta, plata virgen; en la séptima, monedas de plata de todas las naciones. Las demás salas estaban llenas de cuantas pedrerías hay en el seno de la tierra y del mar: topacios, turquesas, jacintos, piedras del Yemen, cornalinas de los más variados colores, jarrones de jade, collares, brazaletes, cinturones y todas las preseas, en fin, usadas en las cortes de reyes y de emires.

»Y yo, ¡oh señora mía! levanté las manos y los ojos y di gracias a Alah el Altísimo por sus beneficios. Y así seguí cada día abriendo una o dos o tres puertas, hasta el cuadragésimo, creciendo diariamente mi asombro, y ya no me quedaba más que la llave de la puerta de bronce. Y pensé en las cuarenta jóvenes, y me sentí sumido en la mayor felicidad pensando en ellas, en la dulzura de sus ademanes, en la frescura de sus carnes, en la dureza de sus muslos, en la estrechez de sus vulvas, en la redondez y volumen de sus nalgas, y en sus gritos cuando me decían: “¡Ay, ojos míos! ¡Ay, alma mía!” Y exclamé: “¡Por Alah! ¡Nuestra noche va ser una noche blanca y bendita!”.

»Pero el Maligno hacíame pensar en la llave de la puerta de bronce, tentándome continuamente, y la tentación pudo más que yo, y abrí la puerta. Nada vieron mis ojos, mi olfato notó un olor muy fuerte y hostil a los sentidos, y me desmayé, cayendo por la parte de fuera de la entrada y cerrándose inmediatamente la puerta delante de mí. Cuando me repuse, persistí en la resolución inspirada por el Cheitán, y volví a abrir, aguardando a que el olor fuese menos penetrante.

»Entré por fin, y me encontré en una espaciosa sala, con el suelo cubierto de azafrán y alumbrada por bujías perfumadas de ámbar gris e incienso y por magníficas lámparas de plata y oro llenas de aceite aromático, que al arder exhalaba aquel olor tan fuerte. Y entre lámparas y candelabros vi un maravilloso caballo negro con una estrella blanca en la frente, y la pata delantera derecha y trasera izquierda tenían asimismo manchas blancas en los extremos. La silla era de brocado y la brida una cadena de oro; el pesebre estaba lleno de sésamo y cebada bien cribada; el abrevadero contenía agua fresca perfumada con rosas.

»Entonces, ¡oh señora mía! como mi pasión mayor eran los buenos caballos, y yo el jinete más ilustre de mi reino, me agradó mucho aquel corcel, y cogiéndole de la brida le saqué al jardín y lo monté; pero no se movió. Entonces le di en el cuello con la cadena de oro. Y de pronto, ¡oh señora mía! abrió el caballo dos grandes alas negras, que yo no había visto, relinchó de un modo espantoso, dio tres veces con los cascos en el suelo, y voló conmigo por los aires.

»Enseguida, ¡oh señora mía! empezó todo a dar vueltas a mi alrededor; pero apreté los muslos y me sostuve como buen jinete. Y he aquí que el caballo descendió y se detuvo en la azotea del palacio donde había yo encontrado a los diez tuertos. Y entonces se encabritó terriblemente y logró derribarme. Luego se acercó a mí, y metiéndome la punta de una de sus alas en el ojo izquierdo, me lo vació, sin que pudiera yo impedirlo. Y emprendió el vuelo otra vez, desapareciendo en los aires.

»Me tapé con la mano el ojo huero, y anduve en todos sentidos por la azotea, lamentándome a impulsos del dolor. Y de pronto vi delante de mí a los diez mancebos, que decían: “¡No quisiste atendernos! ¡Ahí tienes el fruto de tu funesta terquedad! Y no puedes quedarte entre nosotros, porque ya somos diez. Pero te indicaremos el camino para que marches a Bagdad, capital del Emir de los Creyentes Harún al-Rashid, cuya fama ha llegado a nuestros oídos, y tu destino quedará entre sus manos”.

»Partí, después de haberme afeitado y puesto este traje de saaluk, para no tener que soportar otras desgracias, y viajé día y noche, no parando hasta llegar a Bagdad, morada de paz, donde encontré a estos dos tuertos, y saludándoles, les dije: “Soy extranjero”. Y ellos me contestaron: “También lo somos nosotros”. Y así llegamos los tres a esta bendita casa, ¡oh señora mía!

»¡Y tal es la causa de mi ojo huero y de mis barbas afeitadas!»

Después de oír tan extraordinaria historia, la mayor de las tres doncellas dijo al tercer saaluk: «Te perdono. Acaríciate un poco la cabeza y vete».

Pero el tercer saaluk contestó: «¡Por Alah! No he de irme sin oír las historias de los otros».

Entonces la joven, volviéndose hacia el califa, hacia el visir Giafar y hacia el portaalfanje, les dijo: «Contad vuestra historia».

Y Giafar se le acercó, y repitió el relato que ya había contado a la joven portera al entrar en la casa. Y después de haber oído a Giafar, la dueña de la morada les dijo:

«Os perdono a todos, a los unos y a los otros. ¡Pero marchaos enseguida!»

Y todos salieron a la calle. Entonces el califa dijo a los saalik: «Compañeros, ¿adónde vais?» Y éstos contestaron: «No sabemos dónde ir». Y el califa les dijo: «Venid a pasar la noche con nosotros». Y ordenó a Giafar: «Llévalos a tu casa y mañana me los traes, que ya veremos lo que se hace». Y Giafar ejecutó estas órdenes.

Entonces entró en su palacio el califa, pero no pudo dormir en toda la noche. Por la mañana se sentó en el trono, mandó entrar a los jefes de su Imperio, y cuando hubo despachado los asuntos y se hubieron marchado, volvióse hacia Giafar y le dijo: «Tráeme las tres jóvenes, las dos perras y los tres saalik». Y Giafar salió enseguida, y los puso a todos entre las manos del califa. Las jóvenes se presentaron ante él cubiertas con sus velos. Y Giafar les dijo: «No se os castigará, porque sin conocernos nos habéis perdonado y favorecido. Pero ahora estáis en manos del quinto descendiente de Abbas, el califa Harún Al-Rashid. De modo que tenéis que contarle la verdad».

Cuando las jóvenes oyeron las palabras de Giafar, que hablaba en nombre del Príncipe de los Creyentes, dio un paso la mayor, y dijo: «¡Oh Emir de los Creyentes! Mi historia es tan prodigiosa, que si se escribiese con una aguja en el ángulo interior de un ojo, sería una lección para quien la leyese con respeto».

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 16ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que la mayor de las jóvenes se puso entre las manos del Emir de los Creyentes, y contó su historia del siguiente modo:

Historia de Zobeida, la mayor de las jóvenes

«¡Oh Príncipe de los Creyentes! Sabe que me llamo Zobeida; mi hermana, la que abrió la puerta, se llama Amina, y la más joven de todas, Fahima. Las tres somos hijas del mismo padre, pero no de la misma madre. Estas dos perras son otras dos hermanas mías, de padre y madre.

»Al morir nuestro padre nos dejó cinco mil dinares, que se repartieron por igual entre nosotras. Entonces mis hermanas Amina y Fahima se separaron de mí para irse con su madre, y yo y las otras dos hermanas, estas dos perras que aquí ves, nos quedamos juntas. Soy la más joven de las tres, pero mayor que Amina y Fahima, que están entre tus manos.

»Al poco tiempo de morir nuestro padre, mis dos hermanas mayores se casaron y estuvieron algún tiempo conmigo en la misma casa. Pero sus maridos no tardaron en prepararse a un viaje comercial; cogieron los mil dinares de sus mujeres para comprar mercaderías, y se marcharon todos juntos, dejándome completamente sola.

»Estuvieron ausentes cuatro años, durante los cuales se arruinaron mis cuñados, y después de perder sus mercancías, desaparecieron, abandonando en país extranjero a sus mujeres.

»Y mis hermanas pasaron toda clase de miserias y acabaron por llegar a mi casa como unas mendigas. Al ver aquellas dos mendigas, no pude pensar que fuesen mis hermanas, y me alejé de ellas; pero entonces me hablaron, y reconociéndolas, les dije: “¿Qué os ha ocurrido? ¿Cómo os veo en tal estado?” Y respondieron: “¡Oh hermana! Las palabras ya nada remediarían, pues el cálamo corrió por lo que había mandado Alah”.

Oyéndolas se conmovió de lástima mi corazón, y las llevé al hammam, poniendo a cada una un traje nuevo, y les dije: “Hermanas mías, sois mayores que yo, y creo justo que ocupéis el lugar de mis padres. Y como la herencia que me tocó, igual que a vosotras, ha sido bendecida por Alah y se ha acrecentado considerablemente, comeréis sus frutos conmigo, nuestra vida será respetable y honrosa, y ya no nos separaremos”. Y las retuve en mi casa y en mi corazón.

»Y he aquí que las colmé de beneficios, y estuvieron en mi casa durante un año completo, y mis bienes eran sus bienes. Pero un día me dijeron: “Realmente, preferimos el matrimonio, y no podemos pasarnos sin él, pues se ha agotado nuestra paciencia al vernos tan solas”. Yo les contesté: “¡Oh hermanas! Nada bueno podréis encontrar en el matrimonio, pues escasean los hombres honrados. ¿No probasteis el matrimonio ya? ¿Olvidáis lo que os ha proporcionado?”.

»Pero no me hicieron caso, y se empeñaron en casarse sin mi consentimiento. Entonces les di el dinero para las bodas y les regalé los equipos necesarios. Después se fueron con sus maridos a probar fortuna.

»Pero no haría mucho que se habían ido, cuando sus esposos se burlaron de ellas, quitándolas cuanto yo les di y abandonándolas. De nuevo regresaron ambas desnudas a mi casa, y me pidieron mil perdones, diciéndome: “¡No nos regañes, hermana! Cierto que eres la de menos edad de las tres, pero nos aventajas a todas en razón. Te prometemos no volver a pronunciar nunca la palabra ‘casamiento’”. Entonces les dije: “¡Oh hermanas mías! Que la acogida en mi casa os sea hospitalaria. A nadie quiero como a vosotras”. Y les di muchos besos, y las traté con mayor generosidad que la primera vez.

»Así transcurrió otro año entero, y al terminar éste, pensé fletar una nave cargada de mercancías y marcharme a comerciar a Basrah. Y efectivamente, dispuse un barco, y lo cargué de mercancías y géneros y de cuanto pudiera necesitarse durante la travesía, y dije a mis hermanas: “¡Oh hermanas! ¿Preferís quedaros en mi casa mientras dure el viaje hasta mi regreso, o viajar conmigo?” Y me contestaron: “Viajaremos contigo, pues no podríamos soportar tu ausencia”. Entonces las llevé conmigo y partimos todas juntas.

»Pero antes de zarpar había cuidado yo de dividir mi dinero en dos partes; cogí la mitad, y la otra la escondí, diciéndome: “Es posible que nos ocurra alguna desgracia en el barco, y si logramos salvar la vida, al regresar, si es que regresamos, encontraremos aquí algo útil”.

»Y viajamos día y noche; pero por desgracia, el capitán equivocó la ruta. La corriente nos llevó hasta una mar distinta por completo a la que nos dirigíamos. Y nos impulsó un viento muy fuerte, que duró días. Entonces divisamos una ciudad en lontananza, y le preguntamos al capitán: “¿Cuál es el nombre de esa ciudad adonde vamos?” Y contestó: “¡Por Alah que no lo sé! Nunca la he visto, pues en mi vida había entrado en este mar. Pero, en fin, lo importante es que estamos por fortuna fuera de peligro. Ahora sólo os queda bajar a la ciudad y exponer vuestras mercancías. Y si podéis venderlas, os aconsejo que las vendáis”.

»Una hora después volvió a acercársenos, y nos dijo: “¡Apresuraos a desembarcar, para ver en esa población las maravillas del Altísimo!”

»Entonces desembarcamos, pero apenas hubimos entrado en la ciudad, nos quedamos asombradas. Todos los habitantes estaban convertidos en estatuas de piedra negra. Y sólo ellos habían sufrido esta petrificación, pues en los zocos y en las tiendas aparecían las mercancías en su estado normal, lo mismo que las cosas de oro y de plata. Al ver aquello llegamos al límite de la admiración, y nos dijimos: “En verdad que la causa de todo esto debe ser rarísima”.

»Y nos separamos, para recorrer cada cual a su gusto las calles de la ciudad, y recoger por su cuenta cuanto oro, plata y telas preciosas pudiese llevar consigo.

»Yo subí a la ciudadela, y vi que allí estaba el palacio del rey. Entré en el palacio por una gran puerta de oro macizo, levanté un gran cortinaje de terciopelo, y advertí que todos los muebles y objetos eran de plata y oro. Y en el patio y en los aposentos, los guardias y chambelanes estaban de pie o sentados, pero petrificados en vida. Y en la última sala, llena de chambelanes, tenientes y visires, vi al rey sentado en su trono, con un traje tan suntuoso y tan rico, que desconcertaba, y aparecía rodeado de cincuenta mamalik con trajes de seda y en la mano los alfanjes desnudos. El trono estaba incrustado de perlas y pedrería, y cada perla brillaba como una estrella. Os aseguro que me faltó poco para volverme loca.

»Seguí andando, no obstante, y llegué a la sala del harén, que hubo de parecerme más maravillosa todavía, pues era toda de oro, hasta las celosías de las ventanas. Las paredes estaban forradas de tapices de seda. En las puertas y en las ventanas pendían cortinajes de raso y terciopelo. Y vi por fin, en medio de las esclavas petrificadas, a la misma reina, con un vestido sembrado de perlas deslumbrantes, enriquecida su corona por toda clase de piedras finas, ostentando collares y redecillas de oro admirablemente cincelados. Y se hallaba también convertida en una estatua de piedra negra.

»Seguí andando, y encontré abierta una puerta, cuyas hojas eran de plata virgen, y más allá una escalera de pórfido de siete peldaños, y al subir esta escalera y llegar arriba, me hallé en un salón de mármol blanco, cubierto de alfombras tejidas de oro, y en el centro, entre grandes candelabros de oro, una tarima también de oro salpicada de esmeraldas y turquesas, y sobre la tarima un lecho incrustado de perlas y pedrería, cubierto con telas preciosas. Y en el fondo de la sala advertí una gran luz, pero al acercarme me enteré de que era un brillante enorme, como un huevo de avestruz, cuyas facetas despedían tanta claridad, que bastaba su luz para alumbrar todo el aposento.

»Los candelabros ardían vergonzosamente ante el esplendor de aquella maravilla, y yo pensé: “Cuando estos candelabros arden, alguien los ha encendido”.

»Continué andando, y hube de penetrar asombrada en otros aposentos, sin hallar a ningún ser viviente. Y tanto me absorbía esto, que me olvidé de mi persona, de mi viaje, de mi nave y de mis hermanas. Y todavía seguía maravillada, cuando la noche se echó encima. Entonces quise salir del palacio; pero no di con la salida, y acabé por llegar a la sala donde estaba el magnífico lecho y el brillante y los candelabros encendidos. Me senté en el lecho, cubriéndome con la colcha de raso azul bordada de plata y de perlas, y cogí el Libro Noble, nuestro Corán, que estaba escrito en magníficos caracteres de oro y bermellón, e iluminado con delicadas tintas, y me puse a leer algunos versículos para santificarme, y dar gracias a Alah, y reprenderme; y cuando hube meditado en las palabras del Profeta (¡Alah le bendiga!) me tendí para conciliar el sueño, pero no pude lograrlo. Y el insomnio me tuvo despierta hasta medianoche.

»En aquel momento oí una voz dulce y simpática que recitaba el Corán. Entonces me levanté y me dirigí hacia el sitio de donde provenía aquella voz. Y acabé por llegar a un aposento cuya puerta aparecía abierta. Entré con mucho cuidado, poniendo a la parte de afuera la antorcha que me había alumbrado en el camino, y vi que aquello era un oratorio. Estaba iluminado por lámparas de cristal verde que colgaban del techo, y en el centro había un tapiz de oraciones extendido hacia Oriente, y allí estaba sentado un hermoso joven que leía el Corán en alta voz, acompasadamente.

»Me sorprendió mucho, y no acertaba a comprender cómo había podido librarse de la suerte de todos los otros. Entonces avancé un paso y le dirigí mi saludo de paz, y él, volviéndose hacia mí y mirándome fijamente, correspondió a mi saludo. Luego le dije: “¡Por la santa verdad de los versículos del Corán que recitas, te conjuro a que contestes a mi pregunta!”.

»Entonces, tranquilo y sonriendo con dulzura, me contestó: “Cuando expliques quién eres, responderé a tus preguntas”. Le referí mi historia, que le interesó mucho, y luego le interrogué por las extraordinarias circunstancias que atravesaba la ciudad. Y él me dijo: “Espera un momento”. Y cerró el Libro Noble, lo guardó en una bolsa de seda y me hizo sentar a su lado. Entonces le miré atentamente, y vi que era hermoso como la luna llena; sus mejillas parecían de cristal; su cara tenía el color de los dátiles frescos, y estaba adornado de perfecciones, cual si fuese aquel de quien habla el poeta en sus estrofas:

¡El que lee en los astros contemplaba la noche! ¡Y de pronto surgió ante su mirada la esbeltez del apuesto mancebo! Y pensó:

¡Es el mismo Zohal, que dio a este astro la negra cabellera destrenzada, semejante a un cometa!

¡En cuanto al carmesí de sus mejillas, Mirrikh fue el encargado de extenderlo! ¡Los rayos penetrantes de sus ojos son las flechas mismas del Arquero de las siete estrellas!

¡Y Hutared le otorgó su maravillosa sagacidad y Abylssuha su valor de oro!

¡Y el astrólogo no supo qué pensar al verle, y se quedó perplejo! ¡Entonces, inclinándose hacia él, sonrió el astro!

»Al mirarle, experimentaba una profunda turbación de mis sentidos, lamentando no haberle conocido antes, y en mi corazón se encendían como ascuas. Y le dije: “¡Oh dueño y soberano mío, atiende a mi pregunta!” Y él me contestó: “Escucho y obedezco”. Y me contó lo siguiente:

“Sabe, ¡oh mi honorable señora! que esta ciudad era de mi padre. Y la habitaban todos sus parientes y súbditos. Mi padre es el rey que habrás visto en su trono, transformado en estatua de piedra. Y la reina, que también habrás visto, es mi madre. Ambos profesaban la religión de los magos adoradores del terrible Nardún. Juraban por el fuego y la luz, por la sombra y el calor, y por los astros que giran.

”Mi padre estuvo mucho tiempo sin hijos. Yo nací a fines de su vida, cuando traspuso ya el umbral de la vejez. Y fui criado por él con mucho esmero, y cuando fui creciendo se me eligió para la verdadera felicidad.

”Había en nuestro palacio una anciana musulmana que creía en Alah y en su Enviado, pero ocultaba sus creencias y aparentaba estar conforme con las de mis padres. Mi padre tenía en ella gran confianza, y muy generoso con ella, la colmaba de su generosidad, creyendo que compartía su fe y su religión. Me confió a ella, y le dijo: ‘Encárgate de su cuidado; enséñale las leyes de nuestra religión del Fuego y dale una educación excelente, atendiéndole en todo’.

”Y la vieja se encargó de mí; pero me enseñó la religión del Islam, desde los deberes de la purificación y de las abluciones, hasta las santas fórmulas de la plegaria. Y me enseñó y explicó el Corán en la lengua del Profeta. Y cuando hubo terminado de instruirme, me dijo: ‘¡Oh hijo mío! Tienes que ocultar estas creencias a tu padre, profesándolas en secreto, porque si no, te mataría’.

”Callé, en efecto; y no hacía mucho que había terminado mi instrucción, cuando falleció la santa anciana, repitiéndome su recomendación por última vez. Y seguí en secreto siendo un creyente de Alah y de su Profeta. Pero los habitantes de esta ciudad, obcecados por su rebelión y su ceguera, persistían en la incredulidad. Y un día la voz de un muecín invisible retumbó como el trueno, llegando a los oídos más distantes: ‘¡Oh vosotros los que habitáis esta ciudad! ¡Renunciad a la adoración del fuego y de Nardún, y adorad al Rey Único y Poderoso!’

”Al oír aquello se sobrecogieron todos y acudieron al palacio del rey, exclamando: ‘¿Qué voz aterradora es esa que hemos oído? ¡Su amenaza nos asusta!’ Pero el rey les dijo: ‘No os aterréis y seguid firmemente vuestras antiguas creencias’.

”Entonces sus corazones se inclinaron a las palabras de mi padre, y no dejaron de profesar la adoración del Fuego. Y siguieron en su error hasta que llegó el aniversario del día en que habían oído la voz por primera vez. Y la voz se hizo oír por segunda vez, y luego por tercera vez, durante tres años seguidos. Pero a pesar de ello, no cesaron en su extravío. Y una mañana, cuando apuntaba el día, la desdicha y la maldición cayeron del cielo y los convirtió en estatuas de piedra negra, corriendo la misma suerte sus caballos y sus mulos, sus camellos y sus ganados. Y de todos sus habitantes fui el único que se salvó de esta desgracia. Porque era el único creyente.

”Desde aquel día me consagro a la oración, al ayuno y a la lectura del Corán.

”Pero he de confesarte, ¡oh mi honorable dama llena de perfecciones! que ya estoy cansado de esta soledad en que me encuentro, y quisiera tener junto a mí a alguien que me acompañase”.

»Entonces le dije:

“¡Oh joven dotado de cualidades! ¿Por qué no vienes conmigo a la ciudad de Bagdad? Allí encontrarás sabios y venerables jeques versados en las leyes y en la religión. En su compañía aumentarás tu ciencia y tus conocimientos de derecho divino, y yo, a pesar de mi rango, seré tu esclava y tu cosa. Poseo numerosa servidumbre, y mía es la nave que hay ahora en el puerto abarrotada de mercancías. El Destino nos arrojó a estas costas para que conociésemos la población y ocasionarnos la presente aventura. La suerte, pues, quiso reunirnos”.

»Y no dejé de instarle a marchar conmigo, hasta que aceptó mi ruego...».

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 17ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que la joven Zobeida no dejó de instar al mancebo, y de inspirarle el deseo de seguirla, hasta que éste consintió.

Y ambos no cesaron de conversar, hasta que el sueño cayó sobre ellos. Y la joven Zobeida se acostó entonces y durmió a los pies del príncipe. ¡Y sentía una alegría y una felicidad inmensas!

Después Zobeida prosiguió de este modo su relato ante el califa Harún Al-Rashid, Gaifar y los tres saalik:

«Cuando brilló la mañana nos levantamos, y fuimos a revisar los tesoros, cogiendo los de menos peso, que podían llevarse más fácilmente y tenían más valor. Salimos de la ciudadela y descendimos hacia la ciudad, donde encontramos al capitán y a mis esclavos, que me buscaban desde el día antes. Y se regocijaron mucho al verme, preguntándome el motivo de mi ausencia. Entonces les conté lo que había visto, la historia del joven y la causa de la metamorfosis de los habitantes de la ciudad, con todos sus detalles. Y mi relato los sorprendió mucho.

»En cuanto a mis hermanas, apenas me vieron en compañía de aquel joven tan hermoso, envidiaron mi suerte, y llenas de celos, maquinaron secretamente la perfidia contra mí.

»Regresamos al barco, y yo era muy feliz, pues mi dicha la aumentaba el cariño del príncipe. Esperamos a que nos fuera propicio el viento, desplegamos las velas y partimos. Y mis hermanas me dijeron un día: “¡Oh hermana! ¿qué te propones con tu amor por ese joven tan hermoso?” Y les contesté: “Mi propósito es que nos casemos”. Y acercándome a él, le declaré: “¡Oh dueño mío! mi deseo es convertirme en cosa tuya. Te ruego que no me rechaces”. Y entonces me respondió: “Escucho y obedezco”. Al oírlo, me volví hacia mis hermanas y les dije: “No quiero más bienes que a este hombre. Desde ahora todas mis riquezas pasan a ser de vuestra propiedad”. Y me contestaron: “Tu voluntad es nuestro gusto”. Pero se reservaban la traición y el daño.

»Continuamos bogando con viento favorable, y salimos del mar del Terror, entrando en el de la Seguridad. Aun navegamos por él algunos días, hasta llegar cerca de la ciudad de Basrah, cuyos edificios se divisaban a lo lejos. Pero nos sorprendió la noche, hubimos de parar la nave y no tardamos en dormirnos.

»Durante nuestro sueño se levantaron mis hermanas, y cogiéndonos a mí y al joven, nos echaron al agua. Y el mancebo, como no sabía nadar, se ahogó, pues estaba escrito por Alah que figuraría en el número de los mártires. En cuanto a mí, estaba escrito que me salvaría, pues en cuanto caí al agua, Alah me benefició con un madero, en el cual cabalgué, y con el cual me arrastró el oleaje hasta la playa de una isla próxima. Puse a secar mis vestiduras, pasé allí la noche, y no bien amaneció, eché a andar en busca de un camino. Y encontré un camino en el cual había huellas de pasos de seres humanos, hijos de Adán. Este camino comenzaba en la playa y se internaba en la isla. Entonces, después de ponerme los vestidos ya secos, lo seguí hasta llegar a la orilla opuesta, desde la que se veía en lontananza la ciudad de Basrah. Y de pronto advertí una culebra que corría hacia mí, y en pos de ella otra serpiente gorda y grande que quería matarla. Estaba la culebra tan rendida, que la lengua le colgaba fuera de la boca. Compadecida de ella, tiré una piedra enorme a la cabeza de la serpiente, y la dejé sin vida. Mas de improviso, la culebra desplegó dos alas, y volando, desapareció por los aires. Y yo llegué al límite del asombro.

»Pero como estaba muy cansada, me tendí en aquel mismo sitio y dormí aproximadamente una hora. Y he aquí que al despertar vi sentada a mis plantas a una negra joven y hermosa, que me estaba acariciando los pies. Entonces, llena de vergüenza, hube de apartarlos enseguida, pues ignoraba lo que la negra pretendía de mí. Y le pregunté: “¿Quién eres y qué quieres?” Y me contestó: “Me he apresurado a venir a tu lado, porque me has hecho un gran favor matando a mi enemigo. Soy la culebra a quien libraste de la serpiente. Yo soy una efrita. Aquella serpiente era un efrit enemigo mío, que deseaba violarme y matarme. Y tú me has librado de sus manos. Por eso, en cuanto estuve libre, volé con el viento y me dirigí hacia la nave de la cual te arrojaron tus hermanas. Las he encantado en forma de perras negras, y te las he traído”. Entonces vi las dos perras atadas a un árbol detrás de mí. Luego, la efrita prosiguió: “Enseguida llevé a tu casa de Bagdad todas las riquezas que había en la nave, y después que las hube dejado, eché la nave a pique. En cuanto al joven que se ahogó, nada puedo hacer contra la muerte. ¡Porque Alah es el único Resucitador!”.

»Dicho esto, me cogió en brazos, desató a mis hermanas, las cogió también, y volando nos transportó a las tres, sanas y salvas, a la azotea de mi casa de Bagdad, o sea aquí mismo.

»Y encontré perfectamente instaladas todas las riquezas y todas las cosas que había en la nave. Y nada se había perdido ni estropeado.

»Después me dijo la efrita: “¡Por la inscripción santa del sello de Soleimán, te conjuro a que todos los días pegues a cada perra trescientos azotes! Y si un solo día se te olvida cumplir esta orden, te convertiré también en perra”.

»Y yo tuve que contestarle: “Escucho y obedezco”. Y desde entonces, ¡oh Príncipe de los Creyentes! las empecé a azotar, para besarlas después llena de dolor por tener que castigarlas.

»Y tal es mi historia. Pero he aquí, ¡oh Príncipe de los Creyentes! que mi hermana Amina te va a contar la suya, que es aún más sorprendente que la mía».

Ante este relato, el califa Harún Al-Rashid llegó hasta el límite más extremo del asombro. Pero quiso satisfacer del todo su curiosidad, y por eso se volvió hacia Amina, que era quien le había abierto la puerta la noche anterior, y le dijo: «Sepamos, ¡oh lindísima joven! cuál es la causa de esos golpes con que lastimaron tu cuerpo».

HISTORIA DE AMINA, LA SEGUNDA JOVEN

Al oír estas palabras del califa, la joven Amina avanzó un paso, y llena de timidez ante las miradas impacientes, dijo así:

«¡Oh Emir de los Creyentes! No te repetiré las palabras de Zobeida acerca de nuestros padres. Sabe, pues, que cuando nuestro padre murió, yo y Fahima, la hermana más pequeña de las cinco, nos fuimos a vivir solas con nuestra madre, mientras mi hermana Zobeida y las otras dos marcharon con la suya.

»Poco después mi madre me casó con un anciano, que era el más rico de la ciudad y de su tiempo. Al año siguiente murió en la paz de Alah mi viejo esposo, dejándome como parte legal de herencia, según ordena nuestro código oficial, ochenta mil dinares en oro. Me apresuré a comprarme con ellos diez magníficos vestidos, cada uno de mil dinares. Y no hube de carecer absolutamente de nada.

»Un día entre los días, hallándome cómodamente sentada, vino a visitarme una vieja. Nunca la había visto. Esta vieja era horrible: su cara era más fea que el trasero de un viejo; tenía la nariz aplastada, peladas las cejas, los dientes rotos, el pescuezo torcido, y le goteaba la nariz. Bien la describió el poeta:

¡Vieja de mal agüero! ¡Si la viese Eblis, le enseñaría todos los fraudes sin tener que hablar, pues bastaría con el silencio únicamente! ¡Podría desenredar a mil mulos que se hubieran enredado en una telaraña, y no rompería la tela!

¡Sabe echar sortilegios y cometer todos los horrores: le ha hecho cosquillas en el ano a una niña; cohabitó con una adolescente; ha fornicado con una mujer madura, y excitó hasta lo increíble a una anciana!

»La vieja me saludó y me dijo: “¡Oh señora llena de gracias y cualidades! Tengo en mi casa a una joven huérfana que se casa esta noche. Y vengo a rogarte (¡Alah otorgará la recompensa a tu bondad!) que te dignes honrarnos asistiendo a la boda de esta pobre doncella tan afligida y tan humilde, que no conoce a nadie en esta ciudad y sólo cuenta con la protección del Altísimo”. Y después la vieja se echó a llorar y comenzó a besarme los pies. Yo, que no conocía su perfidia, sentí lástima de ella, y le dije: “Escucho y obedezco”. Entonces dijo: “Ahora me ausento, con tu venia, y entretanto vístete, pues al anochecer volveré a buscarte”. Y besándome la mano, se marchó.

»Fui entonces al hammam y me perfumé; después elegí el más hermoso de mis diez trajes nuevos, me adorné con mi hermoso collar de perlas, mis brazaletes, mis ajorcas y todas mis joyas, y me puse un gran velo azul de seda y oro, el cinturón de brocado y el velillo para la cara, luego de prolongarme los ojos con kohl. Y he aquí que volvió la vieja y me dijo: “¡Oh señora mía! ya está la casa llena de damas, parientes del esposo, que son las más linajudas de la ciudad. Les avisé de tu segura llegada, se alegraron mucho, y te esperan con impaciencia”. Llevé conmigo algunas de mis esclavas, y salimos todas, andando hasta llegar a una calle ancha y bien regada, en la que soplaba fresca brisa. Y vimos un gran pórtico de mármol con una cúpula monumental de mármol y sostenida por arcadas. Y desde aquel pórtico vimos el interior de un palacio tan alto, que parecía tocar las nubes. Penetramos, y llegadas a la puerta, la vieja llamó y nos abrieron. Y a la entrada encontramos un corredor revestido de tapices y colgantes. Colgaban del artesonado lámparas de colores encendidas, y en las paredes había candelabros encendidos también y objetos de oro y plata, joyas y armas de metales preciosos. Atravesamos este corredor, y llegamos a una sala tan maravillosa, que sería inútil describirla.

»En medio de la sala, que estaba tapizada con sedas, aparecía un lecho de mármol incrustado de perlas y cubierto con un mosquitero de raso.

»Entonces vimos salir del lecho una joven tan bella como la luna. Y me dijo: “¡Marhaba! ¡Ahlan! ¡Ua sahlan! ¡Oh hermana mía, nos haces el mayor honor humano! ¡Anastina! ¡Eres nuestro dulce consuelo, nuestro orgullo!” Y para honrarme, recitó estos versos del poeta:

¡Si las piedras de la casa hubiesen sabido la visita de huésped tan encantador, se habrían alegrado en extremo, inclinándose ante la huella de tus pasos para anunciarse la buena nueva!

¡Y exclamarían en su lengua: “¡Ahlan! ¡Ua sahlan! ¡Honor a las personas adornadas de grandeza y de generosidad!”

»Luego se sentó, y me dijo: “¡Oh hermana mía! He de anunciarte que tengo un hermano, que te vio cierto día en una boda. Y este joven es muy gentil y mucho más hermoso que yo. Y desde aquella noche te ama con todos los impulsos de un corazón enamorado y ardiente. Y él es quien ha dado dinero a la vieja para que fuese a tu casa y te trajese aquí con el pretexto que ha inventado. Y ha hecho todo esto para encontrarte en mi casa, pues mi hermano no tiene otro deseo que casarse contigo este año bendecido por Alah y por su Enviado. Y no debe avergonzarse de estas cosas, porque son lícitas”.

»Cuando oí tales palabras y me vi conocida y estimada en aquella mansión, le dije a la joven: “Escucho y obedezco”. Entonces, mostrando una gran alegría, dio varias palmadas. Y a esta señal, se abrió una puerta y entró un joven como la luna, según dijo el poeta:

¡Ha llegado a tal grado de hermosura, que se ha convertido en obra verdaderamente digna del Creador! ¡Una joya que es realmente la gloria del orfebre que hubo de cincelarla!

¡Ha llegado a la misma perfección de la belleza! ¡No te asombres si enloquece de amor a todos los humanos!

¡Su hermosura resplandece a la vista, por estar inscripta en sus facciones! ¡Juro que no hay nadie más bello que él!

»Al verle, se predispuso mi corazón en favor suyo. Entonces el joven avanzó y fue a sentarse junto a su hermana, y enseguida entró el kadí con cuatro testigos, que saludaron y se sentaron. Después el kadí escribió mi contrato de matrimonio con aquel joven, los testigos estamparon sus sellos y se fueron todos.

»Entonces el joven se me acercó, y me dijo: “¡Sea nuestra noche una noche bendita!” Y luego añadió: “¡Oh señora mía! quisiera imponerte una condición”. Yo le contesté: “Habla, dueño mío. ¿Qué condición es esa?” Entonces se incorporó, trajo el Libro Sagrado, y me dijo: “Vas a jurar por el Corán que nunca elegirás a otro más que a mí, ni sentirás inclinación hacia otro”. Y yo juré observar la condición aquella. Al oírme mostróse muy contento, me echó al cuello los brazos, y sentí que su amor me penetraba en las entrañas y hasta el fondo de mi corazón.

»Enseguida los esclavos pusieron la mesa, y comimos y bebimos hasta la saciedad. Y llegada la noche, me cogió y se tendió conmigo en el lecho. Y pasamos entrelazados la noche, uno en brazos de otro, hasta que fue de día.

»Vivimos durante un mes en la alegría y en la felicidad. Y al concluir este mes, pedí permiso a mi marido para ir al zoco y comprar algunas telas. Me concedió este permiso. Entonces me vestí y llevé conmigo a la vieja, que se había quedado en la casa, y nos fuimos al zoco. Me paré a la puerta de un joven mercader de sedas que la vieja me recomendó mucho por la buena calidad de sus géneros y a quien conocía de muy antiguo. Y añadió: “Es un muchacho que heredó mucho dinero y riquezas al morir su padre”. Después, volviéndose hacia el mercader, le dijo: “Saca lo mejor y más caro que tengas en tejidos, que son para esta hermosa dama”. Y dijo él: “Escucho y obedezco”. Y la vieja, mientras el mercader desplegaba las telas, seguía elogiándolo y haciéndome observar sus cualidades, y yo le dije: “Nada me importan sus cualidades ni los elogios que le diriges, pues no hemos venido más que a comprar lo que necesito, para volvernos luego a casa”.

»Y cuando hubimos escogido la tela, ofrecimos al mercader el dinero de su importe. Pero éste se negó a tomar el dinero, y nos dijo: “Hoy no os cobraré dinero alguno; eso es un regalo por el placer y por el honor que recibo al veros en mi tienda”. Entonces le dije a la vieja: “Si no quiere aceptar el dinero, devuélvele la tela”. Y exclamó: “¡Por Alah! No quiero tomar nada de vosotras. Todo eso os lo regalo. En cambio, ¡oh hermosa joven! concédeme un beso, sólo un beso. Porque yo doy más valor a ese beso que a todas las mercancías de mi tienda”. Y la vieja le dijo, riéndose: “¡Oh guapo mozo! Locura es considerar un beso como cosa tan inestimable”. Y a mí me dijo: “¡Oh hija mía! ¿has oído lo que dice este joven mercader? No tengas cuidado, que nada malo ha de pasar porque te dé un beso únicamente, y en cambio, podrás escoger y tomar lo que más te plazca de todas estas telas preciosas”. Entonces contesté: “¿No sabes que estoy ligada por un juramento?” Y la vieja replicó: “Déjale que te bese, que con que tú no hables ni te muevas, nada tendrás que echarte en cara. Y además, recogerás el dinero, que es tuyo, y la tela también”. Y tanto siguió encareciéndolo la vieja, que hube de consentir. Y para ello, me tapé los ojos y extendí el velo, a fin de que no vieran nada los transeúntes. Entonces el joven mercader ocultó la cabeza debajo de mi velo, acercó sus labios a mi mejilla y me besó. Pero a la vez me mordió tan bárbaramente, que me rasgó la carne. Y me desmayé de dolor y de emoción.

»Cuando volví en mí, me encontré echada en las rodillas de la vieja, que parecía muy afligida. En cuanto a la tienda, estaba cerrada y el joven mercader había desaparecido. Entonces la vieja me dijo: “¡Alah sea loado, por librarnos de mayor desdicha!” Y luego añadió: “Ahora tenemos que volver a casa. Tú fingirás estar indispuesta, y yo te traeré un remedio que te curará la mordedura inmediatamente”. Entonces me levanté, y sin poder dominar mis pensamientos y mi terror por las consecuencias eché a andar hacia mi casa, y mi espanto iba creciendo según nos acercábamos. Al llegar, entré en mi aposento y me fingí enferma.

»A poco entró mi marido y me preguntó muy preocupado: “¡Oh dueña mía! ¿qué desgracia te ocurrió cuando saliste?” Yo le contesté: “Nada. Estoy bien”. Entonces me miró con atención, y dijo: “Pero ¿qué herida es esa que tienes en la mejilla, precisamente en el sitio más fino y suave?” Y yo le dije entonces: “Cuando salí hoy con tu permiso a comprar esas telas, un camello cargado de leña ha tropezado conmigo en una calle llena de gente, me ha roto el velo y me ha desgarrado la mejilla, según ves. ¡Oh, qué calles tan estrechas las de Bagdad!” Entonces se llenó de ira, y dijo: “¡Mañana mismo iré a ver al gobernador para reclamar contra los camelleros y leñadores, y el gobernador los mandará ahorcar a todos!” Al oírle, repliqué compasiva: “¡Por Alah sobre ti! ¡No te cargues con pecados ajenos! Además, yo he tenido la culpa, por haber montado en un borrico que empezó a galopar y cocear. Caí al suelo, y por desgracia había allí un pedazo de madera que me ha desollado la cara, haciéndome esta herida en la mejilla”. Entonces exclamó él: “¡Mañana iré a ver a Giafar al-Barmaki, y le contaré esta historia, para que maten a todos los arrieros de la ciudad!”. Y yo repuse: “Pero ¿vas a matar a todo el mundo por causa mía? Sabes que esto ha ocurrido sencillamente por voluntad de Alah, y por el Destino, a quien gobierna”. Al oírme, mi esposo no pudo contener su furia y gritó: “¡Oh pérfida! ¡Basta de mentiras! ¡Vas a sufrir el castigo de tu crimen!” Y me trató con las palabras más duras, y a una llamada suya se abrió la puerta y entraron siete negros terribles, que me sacaron de la cama y me tendieron en el centro del patio. Entonces mi esposo mandó a uno de estos negros que me sujetara por los hombros y se sentara sobre mí y a otro negro que se apoyase en mis rodillas para sujetarme las piernas. Y enseguida avanzó un tercer negro con una espada en la mano, y dijo: “¡Oh mi señor! la asestaré un golpe que la partirá en dos mitades”. Y otro negro añadió: “Y cada uno de nosotros cortará un buen pedazo de carne y se lo echará a los peces del río de la Dejla, pues así debe castigarse a quien hace traición al juramento y al cariño”. Y en apoyo de lo que decía, recitó estos versos:

¡Si supiese que otro participa del cariño de la que amo, mi alma se rebelaría hasta arrancar de ella tal amor de perdición! Y le diría a mi alma: ¡Mejor será que sucumbamos nobles! ¡Porque no alcanzará la dicha el que ponga su amor en un pecho enemigo!

»Entonces mi esposo dijo al negro que empuñaba la espada: “¡Oh valiente Saad! ¡Hiere a esa pérfida!” Y Saad levantó el acero. Y mi esposo me dijo: “Ahora di en alta voz tu acto de fe y recuerda las cosas y trajes y efectos que te pertenecen para que hagas testamento, porque ha llegado el fin de tu vida”. Entonces le dije: “¡Oh servidor de Alah el Optimo! dame nada más el tiempo necesario para hacer mi acto de fe y mi testamento”. Después levanté al cielo la mirada, la volví a bajar y reflexioné acerca del estado mísero e ignominioso en que me veía, arrasándome en lágrimas los ojos, y recité llorando estas estrofas:

¡Encendiste en mis entrañas la pasión, para enfriarte después! ¡Hiciste que mis ojos velaran largas noches, para dormirte luego!

¡Pero yo te reservé un sitio entre mi corazón y mis ojos! ¿Cómo te ha de olvidar mi corazón, ni han de cesar de llorarte mis ojos?

¡Me habías jurado una constancia sin límite, y apenas tuviste mi corazón, me dejaste!

¡Y ahora no quieres tener piedad de ese corazón ni compadecerte de mi tristeza! ¿Es que no naciste más que para ser causa de mi desdicha y de la de toda mi juventud?

¡Oh amigos míos! Os conjuro por Alah para que cuando yo muera escribáis en la losa de mi tumba: “¡Aquí yace un gran culpable! ¡Uno que amó!”

¡Y el afligido caminante que conozca los sufrimientos del amor dirigirá a mi tumba una mirada compasiva!

»Terminados los versos, seguía llorando, y al oírme y ver mis lágrimas, mi esposo se excitó y enfureció más todavía, y dijo estas estrofas:

¡Si así dejé a la que mi corazón amaba, no ha sido por hastío ni cansancio! ¡Ha cometido una falta que merece el abandono!

¡Ha querido asociar a otro a nuestra ventura, cuando ni mi corazón, ni mi razón, ni mis sentidos pueden tolerar sociedad semejante!

»Y cuando acabó sus versos yo lloraba aún, con la intención de conmoverle, y dije para mí: “Me tornaré sumisa y humilde. Y acaso me indulte de la muerte, aunque se apodere de todas mis riquezas”. Y le dirigí mis súplicas, y recité con gentileza estas estrofas:

¡En verdad te juro que, si quisieras ser justo, no mandarías que me matasen! ¡Pero es sabido que el que ha juzgado inevitable la separación nunca supo ser justo!

¡Me cargaste con todo el peso de las consecuencias del amor, cuando mis hombros apenas podían soportar el peso de la túnica más fina o algún otro todavía más ligero!

¡Y sin embargo, no es mi muerte lo que me asombra, sino que mi cuerpo, después de la ruptura, siga deseándote!

»Terminados los versos, mis sollozos continuaban. Y entonces me miró, me rechazó con ademán violento, me llenó de injurias, y me recitó estos otros:

¡Atendiste a un cariño que no era el mío, y me has hecho sentir todo tu abandono!

¡Pero yo te abandonaré, como tú me has abandonado, desdeñando mi deseo! ¡Y tendré contigo la misma consideración que conmigo tuviste!

¡Y me apasionaré por otra, ya que a otro te inclinaste! ¡Y de la ruptura eterna entre nosotros no tendré yo la culpa, sino tú solamente!

»Y al concluir estos versos, dijo al negro: “¡Córtala en dos mitades! ¡Ya no es nada mío!”

»Cuando el negro dio un paso hacia mí, desesperé de salvarme, y viendo ya segura mi muerte, me confié a Alah Todopoderoso. Y en aquel momento vi entrar a la vieja, que se arrojó a los pies del joven, se puso a besarlos, y le dijo: “¡Oh hijo mío! como nodriza tuya, te conjuro, por los cuidados que tuve contigo, a que perdones a esta criatura, pues no cometió falta que merezca tal castigo. Además, eres joven todavía, y temo que sus maldiciones caigan sobre ti”. Y luego rompió a llorar, y continuó en sus súplicas para convencerle, hasta que él dijo: “¡Basta! Gracias a ti no la mato; pero la he de señalar de tal modo, que conserve las huellas todo el resto de su vida”.

»Entonces ordenó algo a los negros, e inmediatamente me quitaron la ropa, dejándome toda desnuda. Y él con una rama de membrillo me fustigó toda, con preferencia el pecho, la espalda y las caderas, tan recia y furiosamente, que hube de desmayarme, perdida ya toda esperanza de sobrevivir a tales golpes. Entonces cesó de pegarme, y se fue, dejándome tendida en el suelo, mandando a los esclavos que me abandonasen en aquel estado hasta la noche, para transportarme después a mi antigua casa, a favor de la oscuridad. Y los esclavos lo hicieron así, llevándome a mi antigua casa, como les había ordenado su amo.

»Al volver en mí, estuve mucho tiempo sin poder moverme, a causa de la paliza; luego me aplicaron varios medicamentos, y poco a poco acabé por curar; pero las cicatrices de los golpes no se borraron de mis miembros ni de mis carnes, como azotadas por correas y látigos. ¡Todos habéis visto sus huellas!

»Cuando hube curado, después de cuatro meses de tratamiento, quise ver el palacio en que fui víctima de tanta violencia; pero se hallaba completamente derruido, lo mismo que la calle donde estuvo, desde uno hasta el otro extremo. Y en lugar de todas aquellas maravillas no había más que montones de basura acumulados por las barreduras de la ciudad. Y a pesar de todas mis tentativas, no conseguí noticias de mi esposo.

»Entonces regresé al lado de Fahima, que seguía soltera, y ambas fuimos a visitar a Zobeida, nuestra hermanastra, que te ha contado su historia y la de sus hermanas convertidas en perras. Y ella me contó su historia y yo le conté la mía, después de los acostumbrados saludos. Y mi hermana Zobeida me dijo: “¡Oh hermana mía! nadie está libre de las desgracias de la suerte. ¡Pero gracias a Alah, ambas vivimos aún! ¡Permanezcamos juntas desde ahora! ¡Y sobre todo, que no se pronuncie siquiera la palabra ‘matrimonio’!”.

»Y nuestra hermana Fahima vive con nosotras. Tiene el cargo de proveedora, y baja al zoco todos los días para comprar cuanto necesitamos; yo tengo la misión de abrir la puerta a los que llaman y de recibir a nuestros convidados, y Zobeida, nuestra hermana mayor, corre con el peso de la casa.

»Y así hemos vivido muy a gusto, sin hombres, hasta que Fahima nos trajo el mandadero cargado con una gran cantidad de cosas, y le invitamos a descansar en casa un momento. Y entonces entraron los tres saalik, que nos contaron sus historias, y enseguida vosotros, vestidos de mercaderes. Ya sabes, pues, lo que ocurrió y cómo nos han traído a tu poder, ¡oh Príncipe de los Creyentes!

»¡Esta es mi historia!»

Entonces el califa quedó profundamente maravillado, y...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 18ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el califa Harún al-Rashid quedó maravilladísimo al oír las historias de las dos jóvenes Zobeida y Amina, que estaban ante él con su hermana Fahima, las dos perras y los tres saalik, y dispuso que ambas historias, así como las de los tres saalik, fuesen escritas por los escribas de palacio con buena y esmerada letra, para conservar los manuscritos en sus archivos.

Enseguida dijo a la joven Zobeida: «Y después, ¡oh mi noble señora! ¿no has vuelto a saber nada de la efrita que encantó a tus hermanas bajo la forma de estas dos perras?» Y Zobeida repuso: «Podría saberlo, ¡oh Emir de los Creyentes! pues me entregó un mechón de sus cabellos, y me dijo: “Cuando me necesites, quema un cabello de éstos y me presentaré, por muy lejos que me halle, aunque estuviese detrás del Cáucaso”.» Entonces el califa le dijo: «¡Dame uno de esos cabellos!» Y Zobeida le entregó el mechón, y el califa cogió un cabello v lo quemó. Y apenas hubo de notarse el olor a pelo chamuscado, se estremeció todo el palacio con una violenta sacudida, y la efrita surgió de pronto en forma de mujer ricamente vestida. Y como era musulmana, no dejó de decir al califa: «La paz sea contigo, ¡oh Vicario de Alah!» Y el califa contestó: «¡Y desciendan sobre ti la paz, la misericordia de Alah y sus bendiciones!» Entonces ella le dijo: «Sabe, ¡oh Príncipe de los Creyentes! que esta joven, que me ha llamado por deseo tuyo, me hizo un gran favor, y la semilla que en mí sembró siempre germinará, porque jamás he de agradecerle bastante los beneficios que le debo. A sus hermanas las convertí en perras, y no las maté para no ocasionarle a ella mayor sentimiento. Ahora, si tú, ¡oh Príncipe de los Creyentes! deseas que las desencante, lo haré por consideración a ambos, pues no has de olvidar que soy musulmana». Entonces el califa dijo: «En verdad que deseo las liberes, y luego estudiaremos el caso de la joven azotada, y si compruebo la certeza de su narración, tomaré su defensa y la vengaré de quien la ha castigado con tanta injusticia». Entonces la efrita dijo: «¡Oh Emir de los Creyentes! dentro de un instante te indicaré quién trató así a la joven Amina, quedándose con sus riquezas. Pero sabe que es el más cercano a ti entre los humanos».

Y la efrita cogió una vasija de agua, e hizo sobre ella sus conjuros, rociando después a las dos perras y diciéndoles: «¡Recobrad inmediatamente vuestra primitiva forma humana!» Y al momento se transformaron las dos perras en dos jóvenes tan hermosas que honraban a quien las creó.

Luego, la efrita, volviéndose hacia el califa, le dijo: «El autor de los malos tratos contra la joven Amina es tu propio hijo El-Amín». Y le refirió la historia, en cuya veracidad creyó el califa por venir de labios de una segunda persona, no humana, sino efrita. Y el califa se quedó muy asombrado, pero dijo: «¡Loor a Alah porque intervine en el desencanto de las dos perras!» Después mandó llamar a su hijo El-Amín, le pidió explicaciones, y El-Amín respondió con la verdad. Y entonces el califa ordenó que se reuniesen los kadíes y testigos en la misma sala en donde estaban los tres saalik, hijos de reyes, y las tres jóvenes, con sus dos hermanas desencantadas recientemente.

Y con auxilio de kadíes y testigos, casó de nuevo a su hijo El-Amín con la joven Amina; a Zobeida con el primer saaluk, hijo de rey; a las otras dos jóvenes con los otros dos saalik, hijos de reyes; y por último mandó extender su propio contrato de casamiento con la más joven de las cinco hermanas, la virgen Fahima, ¡la proveedora agradable y dulce!

Y mandó edificar un palacio para cada pareja, enriqueciéndoles para que pudiesen vivir felices. Y en cuanto anocheció fue a tenderse entre los brazos de la joven Fahima, con la cual hubo de pasar una noche de las más gratas.

«Pero —dijo Schehrazada dirigiéndose al rey Schahriar— no creas, ¡oh rey afortunado! que esta historia sea más prodigiosa que la que ahora sigue».

Historia de la mujer despedazada, de las tres manzanas y del negro rihan

Schehrazada dijo:

Una noche entre las noches, el califa Harún al-Rashid dijo a Giafar al-Barmaki: «Quiero que recorramos la ciudad, para enterarnos de lo que hacen los gobernadores y kadíes. Estoy resuelto a destituir a aquellos de quienes me den quejas». Y Giafar respondió: «Escucho y obedezco».

Y el califa, y Giafar, y Massrur el portaalfanje salieron disfrazados por las calles de Bagdad; y he aquí que en una calleja vieron a un anciano decrépito que en la cabeza llevaba una banasta y una red de pescar, y en la mano un palo; y andaba pausadamente, canturreando estas estrofas:

Me dijeron: «¡Por tu ciencia, ¡oh sabio! eres entre los humanos como la luna en la noche!»

Yo les contesté: «¡Os ruego que no habléis de ese modo! ¡No hay más ciencia que la del Destino!»

¡Porque yo, con toda mi ciencia, mis manuscritos, mis libros y mi tintero, no puedo desviar la fuerza del Destino ni un solo día! ¡Y los que apostasen por mí perderían su apuesta!

¡Nada, en efecto, hay más desolador que el pobre, el estado del pobre y el pan y la vida del pobre!

¡En verano, se le agotan las fuerzas! ¡En invierno, no dispone de abrigo!

¡Si se para, le acosarán los perros para que se aleje! ¡Cuán mísero es! ¡Ved cómo para él son todas las ofensas y todas las burlas! ¿Quién es más desdichado?

¡Y si no clama ante los hombres, si no pregona su miseria, ¿quién lo compadecerá?

¡Oh! Si tal es la vida del pobre, ¿no ha de preferir la tumba?

Al oír estos versos tan tristes, el califa dijo a Giafar: «Los versos y el aspecto de este pobre hombre indican una gran miseria». Después se aproximó al viejo y le dijo: «¡Oh jeque! ¿cuál es tu oficio?» Y él respondió: «¡Oh señor mío! Soy pescador. ¡Y muy pobre! ¡Y con familia! Y desde el mediodía estoy fuera de casa trabajando, ¡y Alah no me concedió aún el pan que ha de alimentar a mis hijos! Estoy, pues, cansado de mi persona y de la vida, y no anhelo más que morir». Entonces el califa le dijo: «¿Quieres venir con nosotros hasta el río, y echar la red en mi nombre, para ver qué tal suerte tengo? Lo que saques del agua te lo compraré y te daré por ello cien dinares». Y el viejo se regocijó al oírle, y contestó: «¡Acepto cuanto acabas de ofrecerme y lo pongo sobre mi cabeza!»

Y el pescador volvió con ellos hacia el Tigris, y arrojando la red, quedó en acecho; después tiró de la cuerda de la red, y la red salió. El viejo pescador encontró en la red un cajón que estaba cerrado y que pesaba mucho. Intentó levantarlo el califa y lo encontró también muy pesado. Pero se apresuró a entregar los cien dinares al pescador, que se alejó muy contento.

Entonces Giafar y Massrur cargaron con el cajón y lo llevaron al palacio. Y el califa dispuso que se encendiesen las antorchas, y Giafar y Massrur se abalanzaron sobre el cajón y lo rompieron. Y dentro de él hallaron una enorme banasta de hojas de palmera cosida con lana roja. Cortaron el cosido, y en la banasta había un tapiz; apartaron el tapiz y encontraron debajo un gran velo blanco de mujer; levantaron el velo y apareció, blanca como la plata virgen, una joven muerta y despedazada.

Ante aquel espectáculo, las lágrimas corrieron por las mejillas del califa, y después, muy enfurecido, encarándose con Giafar, exclamó: «¡Oh perro visir! ¡Ya ves cómo, durante mi reinado, se asesina a las gentes y se arroja a las víctimas al agua! ¡Y su sangre caerá sobre mí el día del Juicio y pesará eternamente sobre mi conciencia! Pero ¡por Alah! que he de usar de represalias con el asesino, y no descansaré hasta que lo mate. En cuanto a ti, ¡juro por la verdad de mi descendencia directa de los califas Bani-Abbas, que si no me presentas al matador de esta mujer, a la que quiero vengar, mandaré que te crucifiquen a la puerta de mi palacio en compañía de cuarenta de tus primos los Baramka!» Y como el califa estaba lleno de cólera, y Giafar dijo: «Concédeme para ello no más que un plazo de tres días». Y el califa respondió: «Te lo otorgo».

Entonces Giafar salió del palacio, muy afligido, y anduvo por la ciudad, pensando: «¿Cómo voy a saber quién ha matado a esa joven, ni dónde he de buscarlo para presentárselo al califa? Si le llevase a otro que pereciese en vez del asesino, esta mala acción pesaría sobre mi conciencia. Por lo tanto, no sé qué hacer». Y Giafar llegó a su casa, y allí estuvo desesperado los tres días del plazo. Y al cuarto día el califa le mandó llamar. Y cuando se presentó entre sus manos, el califa le dijo: «¿Dónde está el asesino de la joven?» Giafar respondió: «No poseo la ciencia de adivinar lo invisible y lo oculto, para que pueda conocer en medio de una gran ciudad al asesino». Entonces el califa se enfureció mucho, y ordenó que crucificasen a Giafar a la puerta de palacio, encargando a los pregoneros que lo anunciasen por la ciudad y sus alrededores de esta manera:

«Quién desee asistir a la crucifixión de Giafar al-Barmaki, visir del califato, y a la crucifixión de cuarenta Baramka, parientes suyos, vengan a la puerta de palacio para presenciarlo».

Y todos los habitantes de Bagdad afluían por las calles para presenciar la crucifixión de Giafar y sus primos, sin que nadie supiese la causa; y todo el mundo se condolía y se lamentaba de aquel castigo, pues el visir y los Baramka eran muy apreciados por su generosidad y sus buenas obras.

Cuando se hubo levantado el patíbulo, llevaron al pie de él a los sentenciados y se aguardó la venia del califa para la ejecución. De pronto, mientras lloraba la gente, un apuesto y bien portado joven hendió con rapidez la muchedumbre, y llegando entre las manos de Giafar, le dijo: «¡Que te liberten, ¡oh dueño y señor de los señores más altos, asilo de los menesterosos! Yo fui quien asesinó a la joven despedazada y la metí en la caja que pescasteis en el Tigris. ¡Mátame, pues, en cambio, y usa las represalias conmigo!»

Cuando escuchó Giafar las palabras del joven, se alegró por sí propio, pero compadecióse del mancebo. Y hubo de pedirle explicaciones más detalladas; pero de súbito un anciano venerable separó a la gente, se acercó muy de prisa a Giafar y al joven, les saludó, y les dijo: «¡Oh visir! no hagas caso de las palabras de este mozo, pues yo soy el único asesino de la joven, y en mi sólo tienes que vengarla». Pero el joven repuso: «¡Oh visir! este viejo jeque no sabe lo que dice. Te repito que yo soy quien la mató, debiendo ser, por tanto, el único a quien se castigue». Entonces el jeque exclamó: «Oh hijo mío! todavía eres joven y debes vivir; pero yo, que soy viejo y estoy cansado del mundo, te serviré de rescate a ti, al visir y a sus primos. Repito que el asesino soy yo. Y conmigo se debe usar de represalias».

Entonces, Giafar, con el consentimiento del capitán de guardias, se llevó al joven y al anciano, y subió con ellos al aposento del califa. Y le dijo: «¡Oh Emir de los Creyentes! aquí tienes al asesino de la joven». Y el califa preguntó: «¿En dónde está?» Giafar dijo: «Este joven afirma que es el matador, pero este anciano lo desmiente y asegura que el asesino es él». Entonces el califa contempló al jeque y al mozo, y les dijo: «¿Cuál de vosotros dos ha matado a la joven?» Y el mancebo respondió: «¡Fui yo!» Y el jeque dijo: «¡No; fui yo solo!» El califa, sin preguntar más, dijo a Giafar entonces: «Llévate a los dos y crucifícalos». Pero Giafar hubo de replicarle: «Si sólo uno es el criminal, castigar al otro constituye una gran injusticia». Y entonces el joven exclamó: «¡Juro por Aquel que levantó los cielos hasta la altura que están y extendió la tierra en la profundidad que ocupa, que soy el único que asesinó a la joven! Oid las pruebas». Y describió el hallazgo, conocido sólo por el califa, Giafar y Massrur. Y con esto el califa se convenció de la culpabilidad del joven, y llegando al límite del asombro, le dijo: «¿Y por qué has cometido esa muerte? ¿Por qué la confiesas antes de que te obliguen a hacerlo a palos? ¿Por qué pides de este modo el castigo?» Entonces dijo el mancebo:

«Sabe, ¡oh Príncipe de los Creyentes! que esa joven era mi esposa, hija de este jeque, que es mi suegro. Me casé siendo ella todavía virgen, y Alah me ha concedido tres hijos varones. Y mi mujer me amó y me sirvió siempre, sin que tuviese yo que motejarla nada reprensible.

»Pero a principios de este mes cayó gravemente enferma, y llamé enseguida a los médicos más sabios, que no tardaron en curarla, con ayuda de Alah. Y como desde el comienzo de su enfermedad no me había acostado con ella, y lo deseaba en aquel instante, quise que primero se diera un baño. Pero ella dijo: “Antes de entrar en el hammam, desearía satisfacer un antojo”. Y le pregunté: “¿Qué antojo es ese?” Y me contestó: “Tengo ganas de una manzana para olerla y darle un bocado”. Inmediatamente me fui a la calle a comprar la manzana, aunque me costara un dinar de oro. Y recorrí todas las fruterías, pero en ninguna había manzanas. Y regresé a casa muy triste, sin atreverme a ver a mi mujer, y pasé toda la noche pensando en la manera de lograr una manzana. Al amanecer salí de nuevo de mi casa y recorrí todos los huertos, uno por uno, y árbol por árbol, sin hallar nada. Y he aquí que en el camino me encontré con un jardinero, hombre de edad, al que le consulté sobre lo de las manzanas. Y me dijo: “¡Oh hijo mío! Es una cosa difícil de encontrar, porque ahora no las hay en ninguna parte como no sea en Basrah, en el huerto del Comendador de los Creyentes. Y aun allí no te será fácil conseguirlas, pues el jardinero las reserva cuidadosamente para uso del califa”.

»Entonces volví junto a mi esposa, contándoselo todo; pero el amor que le profesaba me movió a preparar el viaje. Y salí, y empleé quince días completos, noche y día, para ir a Basrah y regresar favorecido por la suerte, pues volví al lado de mi esposa con tres manzanas compradas al jardinero del huerto de Basrah por tres dinares.

»Entré, pues, muy contento, y se las ofrecí a mi esposa; pero al verlas ni dio muestras de alegría ni las probó, dejándolas, indiferente, a un lado. Observé entonces que durante mi ausencia la calentura se había vuelto a cebar en mi mujer muy violentamente y seguía atormentándola; y estuvo enferma diez días más, durante los cuales no me separé de ella un momento. Pero gracias a Alah, recobró la salud, y entonces pude salir y marchar a mi tienda para comprar y vender.

»Pero he aquí que una tarde estaba yo sentado a la puerta de mi tienda, cuando pasó por allí un negro, que llevaba en la mano una manzana. Y le dije: “¡Eh, buen amigo! ¿de dónde has sacado esa manzana, para que yo pueda comprar otras iguales?” Y el negro se echó a reír y me contestó: “Me la ha regalado mi amante. He ido a su casa, después de algún tiempo que no la había visto, y la he encontrado enferma, y tenía al lado tres manzanas, y al interrogarla, me ha dicho: ‘Figúrate, ¡oh querido mío! que el pobre cornudo de mi esposo ha ido a Basrah expresamente a comprármelas, y le han costado tres dinares de oro’. Y enseguida me dio esta que llevo en la mano”.

»Al oír tales palabras del negro, ¡oh Príncipe de los Creyentes! mis ojos vieron que el mundo se oscurecía; cerré la tienda a toda prisa y entré en mi casa, después de haber perdido en el camino toda la razón, por la fuerza explosiva de mi furia. Dirigí una mirada al lecho, y, efectivamente, la tercera manzana no estaba ya allí. Y pregunté a mi esposa: “¿En dónde está la otra manzana?” Y me contestó: “No sé qué ha sido de ella”. Esto era una comprobación de las palabras del negro. Entonces me abalancé sobre ella cuchillo en mano, y apoyando en su vientre mis rodillas, la cosí a cuchilladas. Después le corté la cabeza y los miembros, lo metí todo apresuradamente en la banasta, cubriéndolo con el velo y el tapiz, y guardándolo en el cajón, que clavé yo mismo. Y cargué el cajón en mi mula, y enseguida lo arrojé en el Tigris con mis propias manos.

»¡Por eso, ¡oh Emir de los Creyentes! te suplico que apresures mi muerte, en castigo a mi crimen, pues me aterra tener que dar cuenta de él el día de la Resurrección!

»La arrojé al Tigris, como he dicho, y como nadie me vio, pude volver a casa. Y encontré a mi hijo mayor llorando, y aunque estaba seguro de que ignoraba la muerte de su madre, le pregunté: “¿Por qué lloras?” Y él me contestó: “Porque he cogido una de las manzanas que tenía mi madre, y al bajar a jugar con mis hermanos, en la calle, ha pasado un negro muy grande y me la quitó, diciendo: ‘¿De dónde has sacado esta manzana?’ Y le contesté: ‘Es de mi padre, que se fue y se la trajo a mi madre con otras dos, compradas por tres dinares en Basrah. Porque mi madre está enferma’. Y a pesar de ello, no me la devolvió, sino que me dio un golpe y se fue con ella. ¡Y ahora tengo miedo de que mi madre me pegue por lo de la manzana!”

»Al oír estas palabras del niño, comprendí que el negro había mentido respecto a la hija de mi tío, y por lo tanto, ¡que yo había matado a mi esposa injustamente!

»Entonces empecé a derramar abundantes lágrimas, y entró mi suegro, el venerable jeque que está aquí conmigo. Y le conté la triste historia. Entonces se sentó a mi lado, y se puso a llorar. Y no cesamos de llorar juntos hasta medianoche. E hicimos que duraran cinco días las ceremonias fúnebres. Y aun hoy seguimos lamentando esa muerte.

»Así, pues, te conjuro ¡oh Emir de los Creyentes! por la memoria sagrada de tus antepasados, a que apresures mi suplicio y vengues en mi persona aquella muerte».

Entonces el califa, profundamente maravillado, exclamó: «¡Por Alah que no he de matar más que a ese negro pérfido!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 19ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el califa juró que no mataría más que al negro, puesto que el joven tenía una disculpa. Después, volviéndose hacia Giafar, le dijo: «¡Trae a mi presencia al pérfido negro que ha sido la causa de esta muerte! Y si no puedes dar con él, perecerás en su lugar».

Y Giafar salió llorando y diciéndose: «¿Dónde lo podré hallar para traerlo a su presencia? Si es extraordinario que no se rompa un cántaro al caer, no lo ha sido menos el que yo haya podido escapar de la muerte. Pero ¿y ahora?... ¡Indudablemente, Él, que me ha salvado la primera vez, me salvará, si quiere, la segunda! Así, pues, me encerraré en mi casa los tres días del plazo. Porque ¿para qué voy a emprender pesquisas inútiles? ¡Confío en la voluntad del Altísimo!».

Y en efecto, Giafar no se movió de su casa en los tres días del plazo. Y al cuarto día mandó llamar al kadí e hizo testamento ante él, y se despidió de sus hijos llorando. Después llegó el enviado del califa, para decirle que el sultán seguía dispuesto a matarle si no aparecía el negro. Y Giafar lloró más todavía, y sus hijos con él. Después quiso besar por última vez a la más pequeña de sus hijas, que era la preferida entre todas, y la apretó contra su pecho, derramando muchas lágrimas por tener que separarse de ella. Pero al estrecharla contra él, notó algo redondo en el bolsillo de la niña, y le preguntó: «¿Qué llevas ahí?» Y la niña contestó: «¡Oh padre! una manzana. Me la ha dado nuestro negro Rihán. Hace cuatro días que la tengo. Pero para que me la diese tuve que pagar a Rihán dos dinares».

Al oír las palabras «negro» y «manzana», Giafar sintió un gran júbilo, y exclamó: «¡Oh Libertador!» Y enseguida mandó llamar al negro Rihán. Y Rihán llegó, y Giafar le dijo: «¿De dónde has sacado esta manzana?» Y contestó el negro: «¡Oh mi señor! hace cinco días que, andando por la ciudad, entré en una calleja, y vi jugar a unos niños, uno de los cuales tenía esa manzana en la mano. Se la quité y le di un golpe, mientras el niño me decía llorando: “Es dé mi madre, que está enferma. Se le antojó una manzana, y mi padre ha ido a buscarla a Basrah, y esa y otras dos le han costado tres dinares de oro. Y yo he cogido esa para jugar”. Y siguió llorando. Pero yo, sin hacer caso de sus lágrimas, vine con la manzana a casa, y se la he dado por dos dinares a mi ama más pequeña».

Y Giafar se asombró de este relato, viendo sobrevenir tantas peripecias y la muerte de una mujer por culpa de su negro Rihán. Por lo tanto, dispuso que lo encerrasen enseguida en un calabozo. Y después, muy contento por haberse librado de la muerte, recitó estas dos estrofas:

Si tu esclavo tiene la culpa de tus desdichas, ¿por qué no piensas en deshacerte de él?

¿Ignoras que abundan los esclavos, y que sólo tienes un alma, sin que puedas sustituirla?

Pero luego pensó otra cosa, y cogió al negro y lo llevó ante el califa, a quien contó la historia.

Y el califa Harún al-Rashid se maravilló tanto, que dispuso se escribiese tal historia en los anales para que sirviera de lección a los humanos.

Entonces Giafar le dijo: «No tienes para qué maravillarte tanto de esa historia, ¡oh Comendador de los Creyentes! pues no puede igualarse a la del visir Nureddin y su hermano Chamseddin».

Y el califa exclamó: «¿Y qué historia es esa, más asombrosa que la que acabamos de oír?» Y Giafar dijo: «¡Oh Príncipe de los Creyentes! no te la contaré sino a cambio de que perdones su irreflexión a mi negro Rihán». Y el califa respondió: «¡Así sea! Te hago gracia de su sangre».

Historia del visir Nureddin, de su hermano el visir Chamseddin y de Hassan Badreddin

Entonces, Giafar Al-Barmaki, dijo:

«Sabe, ¡oh Comendador de los Creyentes! que había en el país de Mesr un sultán justo y benéfico. Este sultán tenía un visir sabio y prudente, versado en las ciencias y las letras. Y este visir, que era muy viejo, tenía dos hijos que parecían dos lunas. El mayor se llamaba Chamseddin y el menor Nureddin; pero Nureddin, el más pequeño, era ciertamente más guapo y mejor formado que Chamseddin, el cual, por otra parte, era perfecto. Pero nadie igualaba en todo el mundo a Nureddin. Era tan admirable, que en ninguna comarca se ignoraba su hermosura, y muchos viajeros iban a Egipto, desde los países más remotos, sólo por el gusto de contemplar su perfección y las facciones de su rostro.

Pero quiso el Destino que falleciera su padre el visir. Y el sultán se condolió mucho. Enseguida mandó llamar a los dos jóvenes, hizo que se aproximaran a él, les regaló trajes de honor, y les dijo: «Desde ahora desempeñaréis junto a mí el cargo de vuestro padre». Entonces ellos se alegraron, y besaron la tierra entre las manos del sultán. Después hicieron que duraran todo un mes las exequias fúnebres de su padre, y enseguida empezaron a desempeñar su nuevo cargo de visires, y cada uno ejercía durante una semana las funciones del visirato. Y cuando el sultán salía de viaje, sólo llevaba consigo a uno de los dos hermanos.

Y una noche entre las noches, ocurrió que el sultán tenía que salir a la mañana siguiente, y habiéndole tocado el cargo de visir aquella semana a Chamseddin, el mayor, los dos hermanos departían sobre asuntos diversos para entretener la velada. En el transcurso de la conversación, el mayor dijo al menor: «¡Oh hermano mío! creo que debemos pensar en casarnos, y mi intención es que nos casemos la misma noche». Y Nureddin contestó: «Hágase según tu voluntad, ¡oh hermano mío! pues estoy de acuerdo contigo en ésta y en todas las cosas». Y convenido ya entre los dos este primer punto, Chamseddin dijo a Nureddin: «Cuando, gracias a Alah, nos hayamos unido con dos jóvenes, y la misma noche nos acostemos con ellas, y hayan parido el mismo día, y (¡si Alah lo quiere!) tu esposa dé a luz un niño y la mía una niña, tendremos que casar uno con otro a los dos primos». Y Nureddin repuso: «¡Oh hermano mío! ¿y qué piensas pedir entonces como dote a mi hijo para darle a tu hija?» Y Chamseddin dijo: «Pediré a tu hijo, como precio de mi hija, tres mil dinares de oro, tres huertos y tres de los mejores pueblos de Egipto. Y realmente esto será bien poca cosa, comparado con mi hija. Y si tu hijo no quiere aceptar ese contrato, no habrá nada de lo dicho». Al oírlo, respondió Nureddin: «Pero ¿estás soñando? ¿Qué dote quieres pedirle a mi hijo? ¿Has olvidado que somos dos hermanos, y hasta dos visires en uno solo? En vez de esas exigencias, deberías ofrecer como presente tu hija a mi hijo, sin pensar en pedirle ninguna dote. Además, ¿no sabes que el varón vale siempre más que la hembra? Y he aquí que el varón es mi hijo, ¿y aun aspiras a que lleve la dote, cuando es tu hija quien debiera traerla? Obras como aquel comerciante que no quiere vender su mercancía, y para asustar al parroquiano empieza por pedirle cuatro veces su precio». Entonces dijo Chamseddin: «Sin duda te figuras que tu hijo es más noble que mi hija, lo cual demuestra que careces en absoluto de razón y sentido común, y sobre todo de agradecimiento. Porque al hablar del visirato, olvidas que tan altas funciones me las debes a mí solo, y si te asocié conmigo, fue por lástima únicamente, para que pudieses ayudarme en mi labor. ¡Pero, en fin, ya está dicho! Puedes creer lo que gustes; porque yo, desde el momento en que piensas así, ¡ya no quiero casar a mi hija con tu hijo ni aun a peso de oro!» Mucho le dolieron estas palabras a Nureddin, que contestó: «¡Tampoco yo quiero casar a mi hijo con tu hija!» Y Chamseddin replicó entonces: «Pues no hay para qué hablar más del asunto. Y como mañana tengo que marchar con el sultán, no dispongo de tiempo para que comprendas lo inconveniente de tus palabras. Pero después, ¡ya verás! ¡Cuando regrese, si Alah lo permite, sucederá lo que ha de suceder!»

Entonces Nureddin se alejó, muy apenado por esta escena, y se fue a dormir solo, con sus tristes pensamientos.

A la mañana siguiente salió de viaje el sultán, acompañado del visir Chamseddin, y se dirigió hacia la ribera del Nilo, lo atravesó en barca para llegar a Guesirah, y desde allí hasta las Pirámides.

En cuanto a Nureddin, después de haber pasado aquella noche contrariadísimo por el modo de proceder de su hermano, se levantó casi al amanecer, hizo sus abluciones, dijo la primera oración matinal, y después se dirigió a su armario, del cual sacó una alforja, y la llenó de oro, pensando siempre en las palabras despectivas de Chamseddin y en la humillación sufrida. Y entonces recitó estas estrofas:

¡Marcha, amigo mío! ¡Abandónalo todo, y marcha! ¡Otros amigos encontrarás en vez de los que dejas! ¡Marcha! ¡Deja la ciudad y arma tu tienda de campaña! ¡Y vive en ella! ¡Allí, y nada más que allí, encontrarás las delicias de la vida!

¡En las moradas civilizadas y estables, no hay fervor ni hay amistad! ¡Créeme! ¡Huye de tu patria! ¡Arráncate del suelo de tu patria! ¡Intérnate en países extranjeros!

¡Escucha! ¡He comprobado que el agua que se estanca se corrompe; podría librarse de su podredumbre corriendo nuevamente! ¡Pero de otro modo es incurable!

¡He observado también la luna llena, y pude averiguar el número de sus ojos, de sus ojos de luz! ¡Pero si no hubiese seguido sus revoluciones en el espacio, no habría podido conocer los ojos de cada cuarto de luna, los ojos que me miraban!

¿Y el león? ¿Sería posible cazar al león si no hubiera salido del espeso bosque?... ¿Y la flecha? ¿Mataría la flecha si no escapara violentamente del arco tenso?

¿Y el oro y la plata? ¿No serían polvo vil si no hubiesen salido de sus yacimientos? ¿Y el armonioso laúd? ¡Ya sabes! ¡Sólo sería un pedazo de leño si el obrero no lo arrancase de la tierra para darle forma!

¡Expátriate y alcanzarás las cumbres! ¡Si permaneces adherido a tu suelo, jamás escalarás la altura!

Cuando acabó de recitar estos versos, mandó a uno de sus esclavos que le ensillase una mula torda, poderosa y rápida para la marcha. Y el esclavo preparó la mejor de todas las mulas, le puso una silla guarnecida de brocado y de oro, con estribos indios y una gualdrapa de terciopelo de Ispahán. Y lo hizo tan bien, que la mula parecía una recién casada con su traje nuevo y brillante. Después todavía dispuso Nureddin que le echasen encima de todo un tapiz grande de seda y otro más pequeño de raso, terminado lo cual, colocó entre los dos tapices la alforja llena de oro y de alhajas.

Enseguida dijo a este esclavo y a todos los demás: «Me voy a dar una vuelta por fuera de la ciudad, hacia la parte de Kaliubia, donde pienso pasar tres noches. Siento una opresión en el pecho, y voy a dilatar mis pulmones respirando el aire libre. Pero prohíbo a todo el mundo que me siga».

Y provisto de víveres para el camino, montó en la mula y se alejó rápidamente. No bien salió de El Cairo, anduvo tan ligero, que al mediodía llegó a Belbeis, donde se detuvo. Bajó de la mula para descansar y dejarla descansar, comió algo, compró en Belbeis cuanto podía necesitar para él y para la mula, y reanudó el viaje. Dos días después, precisamente al mediodía, merced al paso de su mula, entró en Jerusalén, la ciudad santa. Allí se apeó de la mula, descansó y la dejó reposar, extrajo del saco algo de comida, y después de alimentarse colocó el saco en el suelo para que le sirviese de almohada, luego de haber extendido el tapiz grande de seda, y se durmió, pensando siempre con indignación en la conducta de su hermano.

Al otro día, al amanecer, montó de nuevo y no dejó de caminar a buen paso, hasta llegar a la ciudad de Alepo. Allí se hospedó en uno de los khanes de la ciudad y dejó transcurrir tranquilamente tres días, descansando y dejando descansar a la mula, y cuando hubo respirado bien el aire puro de Alepo, pensó en continuar el viaje. Y al efecto, montó otra vez en la mula, después de haber comprado los maravillosos dulces que se hacen en Alepo, rellenos de piñones y almendras, cubiertos de azúcar, y que le gustaban mucho desde la niñez.

Y dejó que la mula se encaminase por donde quisiese, pues al salir de Alepo ya no sabía adónde dirigirse. Y cabalgó día y noche, hasta que una tarde, después de puesto el sol, se encontró en la ciudad de Basrah, pero no sabía que aquella ciudad fuese Basrah. Y no supo su nombre hasta después de llegado al khan, donde se lo dijeron. Se apeó entonces de la mula, la descargó de los dos tapices, de las provisiones y de la alforja, y encargó al portero del khan que la paseara un poco, para que no se enfriase por descansar enseguida. Y en cuanto a Nureddin, él mismo tendió su tapiz, y se sentó en el khan para reposar.

El portero del khan cogió la mula de la brida, y se fue con ella. Pero ocurrió la coincidencia de que precisamente entonces el visir de Basrah hallábase sentado a la ventana de su palacio, contemplando la calle. Y al divisar una mula tan hermosa, con sus magníficos jaeces de gran valor, sospechó que esta mula pertenecía indudablemente a algún visir entre los visires extranjeros, o acaso a algún rey entre los reyes. Y se puso a mirarla, sintiendo una gran perplejidad. Y después ordenó a uno de sus esclavos que le trajese enseguida al portero que paseaba a la mula. Y el esclavo corrió en busca del portero y lo llevó ante el visir. Entonces el portero avanzó un paso y besó la tierra entre las manos del visir, que era un anciano de mucha edad y muy respetable. Y el visir dijo al portero: «¿Quién es el amo de esta mula, y qué posición tiene?» El portero contestó: «¡Oh mi señor! el amo de esta mula es un joven muy hermoso, lleno de seducciones, ricamente vestido, como hijo de algún gran mercader, y todo su aspecto impone el respeto y la admiración».

Al oírle, el visir se puso de pie, montó a caballo, y marchando apresuradamente al khan, entró en el patio. Cuando lo vio Nureddin, corrió a su encuentro y le ayudó a apearse del caballo. Entonces el visir le dirigió el saludo acostumbrado, y Nureddin se lo devolvió y lo recibió muy cordialmente. Y el visir se sentó a su lado, y le dijo: «¡Oh hijo mío! ¿de dónde vienes y por qué estás en Basrah?» Y Nureddin contestó: «¡Oh mi señor! vengo de El Cairo, mi ciudad natal. Mi padre era visir del sultán de Egipto, pero murió al ser llamado a la misericordia de Alah». Después contó toda su historia, desde el principio hasta el fin. Y luego añadió: «No he de volver a Egipto hasta después de haber recorrido el mundo, visitando todas las ciudades y todas las comarcas».

Y el visir contestó a Nureddin: «Hijo mío, prescinde de esas ideas de continuo viaje, porque causarán tu perdición. Sabe que el viajar por países extranjeros es la ruina y lo último de lo último. Atiende esta advertencia, pues temo que te perjudiquen los percances de la vida y del tiempo».

Después el visir ordenó a sus esclavos que desensillaran la mula y le quitasen los tapices y las sedas, y se llevó consigo a Nureddin, alojándole en su casa, y lo dejó descansar, luego de haberle proporcionado todo lo que necesitaba.

Nureddin permaneció algún tiempo en casa del visir, y el visir le veía diariamente y le colmaba de consideraciones y favores. Y acabó por estimarle enormemente, hasta el punto de que un día le dijo: «Hijo mío, ya soy muy viejo, y no tengo ningún hijo varón. Pero Alah me ha concedido una hija que te iguala en belleza y perfecciones. Y hasta ahora se la he negado a cuantos me la pidieron en matrimonio. Pero a ti, a quien quiero con todo el cariño de mi corazón, he de preguntarte si consientes en aceptarla como esclava tuya. Porque yo deseo fervientemente que seas el esposo de mi hija. Y si quieres aceptar, marcharé en busca del sultán y le diré que eres un sobrino mío, recién llegado de Egipto, y que has venido a Basrah expresamente para pretender a mi hija en matrimonio. Y el sultán, por cariño a mí, te dará el visirato, porque yo ya estoy muy viejo y necesito descansar. Y así podré encerrarme muy a gusto en mi casa para no salir de ella».

Al oír esta proposición, bajó los ojos Nureddin, y después dijo: «Escucho y obedezco».

Entonces el visir llegó al colmo de la alegría, e inmediatamente ordenó a sus esclavos que preparasen el festín y adornasen e iluminasen la sala de recepción, la más espaciosa de todas, reservada especialmente al más grande entre los emires.

Después reunió a todos sus amigos, e invitó a todos los nobles del reino y a todos los mercaderes de Basrah, y todos acudieron a presentarse entre sus manos. Entonces, el visir, para explicarles el haber elegido a Nureddin con preferencia a todos los demás, les dijo: «Yo tenía un hermano que era visir en Egipto, y Alah le había favorecido con dos hijos, como a mí me favoreció con una hija, según sabéis. Mi hermano, poco antes de morir, me encargó que casara a mi hija con uno de sus hijos, y yo se lo prometí. Y precisamente este joven a quien veis es uno de los dos hijos de mi hermano el visir de Egipto. Ha venido a Basrah con tal objeto. ¡Y mi mayor anhelo es que se escriba su contrato con mi hija, y que viva con ella en mi casa!»

Entonces contestaron todos: «¡Sea como dices! ¡Ponemos sobre nuestra cabeza cuanto hagas!»

Y todos tomaron parte en el gran festín, bebieron toda clase de vinos, y comieron una cantidad prodigiosa de pasteles y confituras. Y después, rociada la sala con agua de rosas, según costumbre, se despidieron del visir y de Nureddin.

Entonces el visir mandó a sus esclavos que llevasen a Nureddin al hammam y le diesen un buen baño. Y el visir le regaló uno de sus mejores trajes entre sus trajes, y después le envió toallas, palanganas de cobre, pebeteros y todas las demás cosas necesarias para el baño. Y Nureddin se bañó y salió del hammam con su traje nuevo, y estaba más hermoso que la luna llena en la más bella de las noches. Después Nureddin cabalgó en su mula torda, encaminándose hacia el palacio del visir, y al pasar por las calles le admiraban todos, elogiando su hermosura y la obra de Alah. Y descendió de la mula, entró en casa del visir y le besó la mano. Entonces el visir...».

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 20ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que entonces el visir se levantó, acogiendo con júbilo al hermoso Nureddin y diciéndole: «Entra, ¡oh hijo mío! en la cámara de tu esposa, y sé dichoso. Mañana te llevaré a ver al sultán. Y ahora sólo me resta implorar de Alah que te conceda todos sus favores y todos sus bienes».

Entonces Nureddin besó otra vez la mano del visir su suegro, y entró en el aposento de la doncella. ¡Y sucedió lo que había de suceder!

¡Y esto fue referente a Nureddin!

En cuanto a Chamseddin su hermano... he aquí lo que ocurrió. Terminada la expedición que hizo con el sultán de Egipto, hacia el lado de las Pirámides, regresó inmediatamente a su casa. Y se inquietó mucho al no encontrar a su hermano Nureddin. Y preguntó por él a sus esclavos, que le respondieron: «Nuestro amo Nureddin, el mismo día que te fuiste con el sultán, montó en una mula enjaezada con gran lujo, como en los días solemnes, y nos dijo: “Me voy hacia la parte de Kaliubia, estaré fuera unos días, pues noto opresión en el pecho y necesito aire libre; pero que no me siga nadie”. Y desde entonces no hemos vuelto a tener noticias suyas».

Entonces Chamseddin deploró mucho la ausencia de su hermano, y fue aumentando su dolor de día en día, hasta que acabó por convertirse en una aflicción inmensa. Y pensaba: «Seguramente, el motivo de que se haya marchado no es otro que aquellas palabras tan duras que le dije la víspera de mi viaje con el sultán. Y esto y no otra cosa le ha obligado a huir. Pero es preciso que repare la falta cometida contra él y que disponga que lo busquen».

Y Chamseddin fue inmediatamente a ver al sultán, y le refirió lo que ocurría. Y el sultán mandó escribir mensajes autorizados con su sello y los envió con emisarios de a caballo en todas direcciones a todos sus lugartenientes de todas las comarcas, y les decía en estos pliegos que Nureddin había desaparecido y que precisaba buscarle fuese donde fuese.

Pero transcurrido algún tiempo, todos los correos regresaron sin ninguna noticia, porque ni uno solo había ido a Basrah, donde estaba

Nureddin. Entonces Chamseddin, lamentándose hasta el límite de las lamentaciones, exclamó: «¡Mía es toda la culpa! ¡Todo esto me ocurre por mi poco tacto y mi falta de discreción!»

Pero como todo tiene su término, Chamseddin acabó por consolarse, y un día pidió en matrimonio a la hija de un gran comerciante de El Cairo, hizo su contrato con ella y con ella se casó. ¡Y sucedió lo que había de suceder!

Y se dio la coincidencia de que la misma noche que penetró Chamseddin en la cámara nupcial, fue justamente la misma en que Nureddin penetró en el aposento de la hija del visir de Basrah. Y permitió Alah esta coincidencia del matrimonio de los dos hermanos en la misma noche, para demostrar que manda en el destino de las criaturas.

Y todo se verificó además según lo habían combinado los dos hermanos antes de su querella, pues las dos esposas quedaron preñadas la misma noche: parieron el mismo día y a la misma hora, y la de Chamseddin, visir de Egipto, parió una niña cuya hermosura no tuvo igual en todo el país, y la de Nureddin, de Basrah, dio a luz un niño tan hermoso que no había otro como él en todo el mundo. Ya lo dijo el poeta:

¡El niño!... ¡Cuán delicado es!... ¡Y qué gentil! ¡Y qué gracioso!... ¡Beber su boca! ¡Beber esta boca hace olvidar las copas llenas y los vasos desbordantes!

¡Beber en sus labios, apagar la sed en la frescura de sus mejillas y mirarse en el manantial de sus ojos, es olvidar la púrpura de los vinos, sus aromas, su sabor y toda su embriaguez!

¡Si viniese la misma Belleza a compararse con este niño, bajaría humillada la cabeza!

Y si le preguntaseis: «¡Oh Belleza! ¿Qué te parece? ¿Viste jamás nada semejante?» Ella contestaría: «¡Como él, verdaderamente, ninguno!»

Al hijo de Nureddin se le llamó Hassán Badreddin, a causa de su hermosura.

Su nacimiento motivó grandes regocijos públicos. Y el séptimo día se dieron fiestas y banquetes dignos de príncipes.

Terminados los festejos, el visir de Basrah fue con Nureddin a ver al sultán. Entonces Nureddin besó la tierra entre las manos del sultán, y como estaba dotado de una gran elocuencia y era muy versado en las bellezas literarias, le recitó estos versos del poeta:

¡Ante él se inclina y se eclipsa el mayor de los bienhechores; pues ha conquistado el corazón de todos los seres elegidos!

¡Canto sus obras, aunque no son sus obras, sino cosas tan bellas que debería formarse con ellas un collar que adornara su cuello!

¡Y si beso la plata de tus dedos, es porque no son dedos, sino la llave de todos los beneficios!

Tanto gustaron al sultán estos versos, que obsequió espléndidamente a Nureddin y a su suegro el visir, ignorando aún lo del matrimonio y cuanto se relacionaba con su existencia, por lo cual preguntó al visir después de haber felicitado a Nureddin: «¿Quién es este joven tan hermoso y tan elocuente?»

Entonces el visir contó al sultán toda la historia, desde el principio al fin, y le dijo: «Este joven es sobrino mío». Y el sultán exclamó: «¿Y cómo no había yo oído hablar de él?» Y el visir dijo: «¡Oh mi soberano y señor! Sabe que un hermano mío era visir de Egipto. Al morir dejó dos hijos, el mayor de los cuales heredó el cargo, y el otro, que es éste, ha venido a buscarme, pues prometí y juré a mi hermano que casaría a mi hija con uno de mis sobrinos. Así es que apenas llegó lo casé con mi hija. Este sobrino mío es joven, como ves, y yo ya soy demasiado viejo y estoy sordo y no puedo atender a los negocios del reino. Por eso vengo a pedir a mi soberano el sultán que se digne nombrar a mi sobrino, que es también mi yerno, para el cargo de visir. Y puedo asegurarte que merece este cargo, pues es hombre de buen consejo, pródigo en ideas excelentes y muy ducho en el modo de despachar los asuntos».

Entonces el sultán miró con más detenimiento a Nureddin, y quedó encantado de este examen, aceptó el consejo de su anciano visir y nombró para el cargo a Nureddin en lugar de su suegro, y le regaló un magnífico traje de honor, el mejor de todos los que pudo encontrar, y una mula de sus propias caballerizas, y le señaló sus guardias y sus chambelanes.

Nureddin besó entonces la mano del sultán, y salió con su suegro, y ambos regresaron a su casa en el colmo de la alegría y besaron al recién nacido Hassán Badreddin y dijeron: «El nacimiento de esta criatura nos trajo buena suerte».

Al día siguiente, Nureddin fue a palacio a desempeñar sus nuevas funciones, y al llegar besó la tierra entre las manos del sultán, y recitó estas dos estrofas:

¡Para ti sean nuevas las felicidades todos los días, y las prosperidades también! ¡Y que el envidioso se consuma de despecho!

¡Ojalá sean blancos para ti todos los días, y negros los días de todos los envidiosos!

Entonces el sultán le permitió que se sentara en el diván del visirato, y Nureddin se sentó en el diván del visirato. Y empezó a desempeñar su cargo, despachando los asuntos pendientes y administrando justicia como si llevara muchos años de visir, y lo hizo tan a conciencia ante el sultán, que se maravilló de su inteligencia, de su comprensión para aquellos asuntos y de su admirable manera de administrar justicia, y le distinguió más aún, entrando en gran intimidad con él.

Y Nureddin siguió desempeñando a maravilla sus elevadas funciones; pero no por eso olvidó la educación de su hijo Hassán Badreddin, a pesar de todos los asuntos del reino. Porque Nureddin era cada día más poderoso y más favorecido del sultán, que aumentó el número de sus chambelanes, servidores, guardias y correos. Y llegó a ser tan rico, que pudo dedicarse al comercio en gran escala, fletando naves mercantes que recorrían todo el mundo; construyendo molinos y ruedas elevadoras de agua y plantando magníficos huertos y jardines. Y todo esto antes de que su hijo cumpliera los cuatro años.

Falleció entonces el anciano visir, suegro de Nureddin, y éste le hizo un entierro solemne, al cual asistieron él y todos los grandes del reino.

Y desde entonces Nureddin se consagró exclusivamente a la educación de su hijo. Y lo confió al sabio más versado en leves religiosas y civiles. Este sabio venerable iba todos los días a dar lecciones de lectura al niño Hassán Badreddin, y poco a poco, con método, le inició en la interpretación del Corán, que acabó por aprenderse de memoria, y después el sabio siguió años y años enseñando a su discípulo todos los conocimientos útiles. Y Hassán no dejaba de crecer en hermosura, gracia y perfección, como dice el poeta:

¡Este joven! ¡Es la luna, y, como ella, resplandece de hermosura, aunque el sol tome el esplendor de sus rayos de las anémonas de sus mejillas!

¡Es el rey de la hermosura por su distinción sin igual! ¡Y habrá que suponer que prestó su lozanía a las flores y las praderas!

Durante todo aquel tiempo, el joven Hassán Badreddin no abandonó un instante el palacio de su padre Nureddin, pues el sabio le exigía una gran atención a sus lecciones. Pero cuando Hassán cumplió los quince años y ya no tuvo que aprender nada más del viejo maestro, su padre le llamó, le puso el traje más lujoso que encontró entre los suyos, le hizo que montara en la mejor de sus mulas y se dirigió con él al palacio del sultán, atravesando con numeroso séquito las calles de Basrah. Y todos los habitantes, al ver al joven Hassán Badreddin, prorrumpían en gritos de admiración, por su hermosura, la esbeltez de su talle, su gracia y sus modales encantadores. Y exclamaban: «¡Por Alah! ¡Es hermoso como la luna! ¡Que Alah lo libre del mal de ojo!» Y aquello duró hasta la llegada de Badreddin y su padre al palacio, y entonces comprendió la gente el sentido de las estrofas del poeta.

Cuando el sultán vio la hermosura del joven Hassán Badreddin, quedó tan sorprendido, que perdió la respiración y se olvidó de respirar durante un buen rato. Y le mandó acercarse, y le estimó mucho, le hizo su favorito, colmándole de regalos, y dijo a su padre Nureddin: «Visir, es absolutamente indispensable que me lo envíes todos los días, pues comprendo que no podría pasarme sin él». Y el visir Nureddin tuvo que contestar: «Escucho y obedezco».

Cuando Hassán Badreddin hubo llegado a ser amigo y favorito del sultán, su padre Nureddin cayó gravemente enfermo, y sospechando que no tardaría Alah en llamarle a Su misericordia, mandó a buscar a su hijo y le dirigió las últimas advertencias, diciéndole: «Sabe, ¡oh hijo mío! que este mundo es para nosotros una morada pasajera, porque el mundo futuro es eterno. Por eso antes de morir quiero darte algunas instrucciones; óyelas bien y ábreles tu corazón». Y Nureddin explicó a su hijo Hassán las mejores normas para conducirse como es debido con sus semejantes y guiarse en la vida.

Luego se acordó Nureddin de su hermano Chamseddin, el visir de Egipto, y de su país y de sus parientes y de todos sus amigos de El Cairo, y al recordarlos no pudo dejar de llorar por no haberlos vuelto a ver. Pero enseguida se acordó de que tenía que aconsejarle algo más a Hassán, y le dijo: «Hijo mío, conserva en tu memoria las palabras que voy a decirte, porque son muy importantes. Sabe que tengo en El Cairo un hermano llamado Chamseddin, que es tío tuyo, y además visir de Egipto. Hace tiempo que nos separamos algo disgustados, y yo estoy aquí, en Basrah, sin licencia suya. Voy, pues, a dictarte mis últimas disposiciones sobre esto. Toma un papel y un cálamo y escribe lo que dicte».

Entonces Hassán Badreddin cogió una hoja de papel, extrajo el tintero del cinturón, sacó del estuche el mejor cálamo, que era el que estaba mejor cortado, lo mojó en la estopa empapada en tinta que estaba dentro del tintero, se sentó, dobló el pliego de papel sobre la mano izquierda, y cogiendo el cálamo con la derecha, le dijo a Nureddin: «¡Oh padre mío, escucho tus palabras!» Y Nureddin empezó a dictar: «En nombre de Alah el Clemente, el Misericordioso..». Y continuó dictando enseguida a su hijo toda su historia, desde el principio hasta el fin, y además le dictó la fecha de su llegada a Basrah, y de su casamiento con la hija del viejo visir, y le dictó su genealogía completa, sus ascendientes directos e indirectos, con sus nombres; el nombre de su padre y de su abuelo, su origen, su grado de nobleza personal adquirida, y en fin, todo su linaje paterno y materno.

Después le dijo: «Conserva cuidadosamente ese pliego de papel. Y si por mandato del Destino te ocurriese alguna desgracia en tu vida, regresa al país de origen de tu padre, en donde nací yo, o sea El Cairo, la ciudad próspera; pregunta allí por tu tío el visir, que vive en nuestra casa, y salúdale de mi parte, deseándole la paz, y dile que he muerto afligido por morir en el extranjero, lejos de él, y que antes de morir no tenía más deseo que verle. He aquí, ¡oh mi hijo Hassán! los consejos que quería darte. ¡Te conjuro a que no los olvides!»

Entonces Hassán Badreddin dobló cuidadosamente el papel, después de echarle arenilla, secarlo y sellarlo con el sello de su padre el visir, y luego lo colocó en el forro de su turbante, y lo cosió allí, habiéndolo envuelto en un pedazo de hule para preservarlo de la humedad.

Hecho esto, no pensó más que en llorar, besando la mano de su padre Nureddin y afligiéndose al comprender que se quedaba solo, siendo tan joven, y privado de la compañía de su padre. Y Nureddin no dejó de dar consejos a su hijo Hassán Badreddin hasta que entregó el alma.

Entonces Hassán Badreddin sintió un pesar grandísimo, así como el sultán y todos los emires, y los grandes y los humildes. Y enterraron a Nureddin según su rango.

Hassán Badreddin hizo durar dos meses las ceremonias del luto, y durante todo este tiempo no salió un instante de su casa y hasta olvidó la visita a palacio para saludar al sultán, según costumbre.

Y el sultán no comprendió que era la aflicción la que retenía al hermoso Hassán Badreddin lejos de él, sino que pensó que Hassán lo abandonaba y lo menospreciaba. Y entonces se indignó mucho, y en vez de nombrar a Hassán sucesor de su padre el visir Nureddin, nombró a otro para este cargo, haciendo privado suyo a un joven chambelán.

No contento con esto, hizo más el sultán contra Hassán Badreddin. Mandó sellar y confiscar todos sus bienes, todas sus casas y todas sus propiedades, y después dispuso que prendiesen a Hassán Badreddin y se lo llevasen encadenado. Y enseguida el nuevo visir, en compañía de varios chambelanes, se dirigió a la casa del joven Hassán, que no podía sospechar la desgracia que le amenazaba.

Pero afortunadamente, había entre los esclavos de su palacio un joven mameluco que quería mucho a Hassán Badreddin. En cuanto supo lo que pasaba, echó a correr, y llegó a casa del joven Hassán, al cual halló muy triste, con la cabeza baja y el corazón dolorido, sin dejar de pensar en la muerte de su padre. Y el esclavo le enteró entonces lo que ocurría. Y Hassán le preguntó: «¿Pero no tendré tiempo para coger algo con que subsistir durante mi huida al extranjero?» Y el mameluco le dijo: «El tiempo urge. No pienses más que en salvar tu persona».

Al oírle, el joven Hassán, vestido tal como estaba, y sin llevar nada consigo, salió apresuradamente, después de echarse la orla de su túnica por encima de la cabeza para que no lo conociesen. Y siguió caminando hasta que se vio fuera de la ciudad.

Al saber los habitantes de Basrah que se había intentado prender a Hassán Badreddin, hijo del difunto visir Nureddin, y la confiscación de sus bienes y su probable sentencia de muerte, se afligieron en extremo y exclamaron: «¡Qué lástima de hermosura y de joven tan agradable!» Y Hassán, al recorrer las calles sin que le conociesen, oía estos lamentos y exclamaciones. Pero aún se apresuró más, y siguió andando, hasta que la suerte y el destino hicieron que precisamente pasase por el cementerio donde estaba la turbeh de su padre. Entonces entró en el cementerio, y caminando por entre las tumbas llegó a la turbeh de su padre. Y se quitó la ropa que le cubría la cabeza, entró bajo la cúpula de la turbeh, y resolvió pasar allí la noche.

Pero mientras permanecía sentado y sumido en sus pensamientos, vio que se le acercaba un judío de Basrah, mercader conocidísimo en la ciudad. Este mercader judío regresaba de un pueblo cercano, encaminándose a Basrah. Y al pasar cerca de la turbeh de Nureddin, miró hacia el interior, y vio al joven Hassán Badreddin, a quien conoció enseguida. Entonces entró, se acercó a él respetuosamente y le dijo: «¡Oh mi señor! ¡qué mal semblante tienes y qué desmejorado estás, siendo tan hermoso! ¿Te ha ocurrido alguna nueva desgracia además del fallecimiento de tu padre el visir Nureddin, a quien respeté, y que tanto me quería y estimaba? ¡Téngale Alah en Su misericordia!» Pero Hassán Badreddin no quiso revelarle el verdadero motivo de su trastorno, y le contestó: «Esta tarde, mientras estaba durmiendo, se me presentó mi difunto padre, y me ha reconvenido porque no visitaba su turbeh. De pronto me desperté, lleno de terror y remordimiento, y me vine aquí enseguida. Y aun estoy bajo aquella impresión tan penosa».

Entonces el judío le dijo: «¡Oh mi señor! Hace tiempo que pensaba ir en tu busca para hablarte de un asunto, y ahora me favorece la casualidad, puesto que te encuentro. Sabes, pues, ¡oh mi joven señor! que tu padre el visir, con quien estaba yo en relaciones mercantiles, había fletado naves que ahora vuelven cargadas de mercancías. Estas naves vienen consignadas a él. Si quisieras cederme su carga, te ofrecería mil dinares por cada una, y te pagaría al contado».

Y el judío sacó de su bolsillo un monedero lleno de oro, contó mil dinares, y se los ofreció enseguida a Hassán, que no dejó de aceptar este ofrecimiento, ordenado por Alah para sacarlo del apuro en que se hallaba. Y el judío añadió: «Ahora, ¡oh mi señor! ponme el recibo, provisto de tu sello». Y Hassán Badreddin cogió el papel que le alargaba el judío, así como el cálamo, mojó éste en el tintero de cobre, y escribió en el papel:

«Declaro que quien ha escrito este papel es Hassán Badreddin, hijo del difunto visir Nureddin (¡Alah lo haya acogido en su misericordia!), y que ha vendido al judío N., hijo de N., mercader de Basrah, el cargamento de la primera nave que llegue a la ciudad de Basrah y forme parte de las pertenecientes a mi padre Nureddin. Y vendo esto por mil dinares, y nada más». Luego puso su sello en la parte inferior de la hoja, y se la entregó al judío, que lo saludó respetuosamente, y se fue.

Entonces Hassán rompió a llorar, pensando en su padre, en su posición pasada y en su suerte presente; pero como ya se había hecho de noche, le venció el sueño y se quedó dormido en la turbeh. Y así siguió hasta que salió la luna, y como en aquel momento se le había escurrido la cabeza encima de la piedra de la turbeh, hubo de dar una vuelta completa, echándose de espaldas, y la luna iluminó por completo su rostro, que resplandecía con toda su belleza.

Aquel cementerio era frecuentado por efrits de la buena especie, efrits musulmanes y creyentes. Y por casualidad, aquella noche, una encantadora efrita volaba por allí, tomando el fresco, y vio a la luz de la luna al joven Hassán que estaba durmiendo, y observó su belleza y sus hermosas proporciones, y quedándose maravillada, dijo: «¡Gloria a Alah! ¡Oh, qué hermoso joven! ¡Cómo me enamoran sus hermosos ojos, que me figuro muy negros y de una blancura...!» Pero después pensó: «Mientras se despierta, voy a seguir mi paseo por los aires». Y echó a volar, subió muy arriba buscando el fresco, y se encontró en lo más alto con uno de sus compañeros, un efrit también musulmán. Le saludó muy gentilmente y él le devolvió el saludo con mucha deferencia. Entonces ella le preguntó: «¿De dónde vienes, compañero?» Y él le contestó: «De El Cairo». Y la efrita volvió a preguntar: «¿Les va bien a los buenos creyentes de El Cairo?» Y el efrit contestó: «Gracias a Alah, les va bien». Entonces la efrita le dijo: «Compañero, ¿quieres venir conmigo para admirar la hermosura de un joven que está durmiendo en el cementerio de Basrah?» Y el efrit dijo: «Estoy a tus órdenes». Entonces se cogieron de la mano, descendieron juntos al cementerio, y se pararon delante de Hassán, dormido. Y la efrita dijo al efrit, guiñándole el ojo: «¿Eh? ¿Tenía yo razón?» Y el efrit, asombrado por la maravillosa hermosura de Hassán Badreddin, exclamó: «¡Por Alah! ¡No he visto cosa parecida! ¡Ha sido creado para poner en combustión todas las vulvas!» Después reflexionó un momento, y dijo: «Sin embargo, hermana mía, he de decirte que he visto a otra persona que puede compararse con este joven tan hermoso.« Y la efrita exclamó: «¡No es posible!» Y dijo el efrit: «¡Por Alah, que la he visto! Ha sido bajo el clima de Egipto, en El Cairo, y es la hija del visir Chamseddin». La efrita dijo: «Pues no la conozco». Y el efrit le replicó: «Escucha. He aquí la historia de esa joven:

»Su padre, el visir Chamseddin, ha caído en desgracia por causa de ella. Habiendo oído el sultán de Egipto hablar a sus mujeres de la belleza extraordinaria de la hija del visir, se la pidió en matrimonio a su padre. Pero el visir Chamseddin, que había pensado otra cosa para su hija, se vio en una gran confusión, y dijo al sultán: “¡Oh mi señor y soberano! Ten la bondad de permitirme que me excuse, y perdóname por ello. Ya sabes la historia de mi pobre hermano Nureddin, que era visir conmigo. Ya sabes que desapareció un día, sin que hayamos vuelto a saber de él. Y el motivo de su marcha no pudo ser más leve”. Y contó al sultán detalladamente este motivo. Y después añadió: “He jurado ante Alah, el día que nació mi hija, que, ocurriera lo que ocurriera, no la casaría más que con el hijo de mi hermano Nureddin. Y han transcurrido desde entonces dieciocho años. Pero afortunadamente, he sabido hace pocos días que mi hermano Nureddin se había casado con la hija del visir de Basrah, y que había tenido un hijo. Por lo tanto, mi hija, nacida de mis obras con su madre, está destinada y escriturada a su primo, el hijo de mi hermano Nureddin. En cuanto a ti, ¡oh mi señor y soberano! puedes elegir otra joven. El Egipto está lleno de ellas. ¡Y muchas son bocado de rey!”

»Pero el sultán, al oírle, se enfureció mucho, y gritó: “¿Qué has dicho, miserable visir? Te quise honrar descendiendo hasta ti para casarme con tu hija, ¿y aún te atreves a negármela, alegando ese pretexto tan estúpido? ¡Está muy bien! Pero ¡juro por mi cabeza que te obligaré a casarla, a despecho de tu nariz, con el último de mis servidores!” Y el sultán tenía un palafrenero contrahecho y jorobado, con una joroba delante y otra joroba detrás, y le mandó llamar enseguida y dispuso que se escribiese su contrato de matrimonio con la hija del visir Chamseddin, a pesar de las súplicas del padre. Y ordenó al jorobado que se acostara aquella misma noche con la joven. Además, mandó que la boda se celebrase lujosamente y con música.

»Así los he dejado, ¡oh hermana mía! en el momento en que los esclavos de palacio rodeaban al jorobado y le dirigían bromas egipcias muy graciosas, llevando cada uno en la mano las velas de la boda para acompañar al novio. Y éste tomaba el baño en el hammam, entre las risas y las burlas de los esclavos, que decían: “¡Mejor quisiéramos tener la herramienta pelada de un borrico, que el asqueroso zib de este jorobeta!” Y efectivamente, hermana mía, el jorobado es muy feo y repulsivo». Y el efrit, al recordarle, escupió en el suelo con un gesto de repugnancia. Después dijo: «En cuanto a la joven, es la criatura más bella que he visto en mi vida. Puedo asegurarte que es todavía más hermosa que este mancebo. La llaman Sett El-Hosn, y se merece el nombre. Ha quedado llorando amargamente, alejada de su padre, al cual se le ha prohibido asistir a la ceremonia. Y está sola, en medio de los festejos, entre los músicos, danzarinas y cantadoras. Y el repugnante palafrenero no tardará en salir del hammam, y le aguardan para empezar la fiesta.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 21ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el efrit terminó su relato con estas palabras: «Y no esperan otra cosa sino que el jorobado salga del hammam». Y la efrita repuso: «Se me figura, ¡oh compañero! que te equivocas al afirmar que Sett El-Hosn es más hermosa que este joven. No es posible. Es indudablemente el más hermoso de su tiempo». Pero el efrit respondió: «¡Por Alah, hermana mía! te aseguro que aquella joven es más bella todavía. No tienes más que venir conmigo, para que a su vista te convenzas. Bien fácil te ha de ser esto. Además, podríamos aprovechar la ocasión para burlar al maldito jorobado aquella maravilla hecha carne. Porque los dos jóvenes son dignos el uno del otro, y tanto se parecen, que diríase que son hermanos, o primos por lo menos. Y sería una lástima que el jorobado copulase a Sett El-Hosn».

Entonces contestó la efrita: «Razón tienes, hermano mío. Llevemos en brazos a ese mancebo dormido y juntémoslo con la joven de quien hablas. Así haremos una buena obra, y veremos además cuál es más hermoso de los dos». Y el efrit dijo: «¡Escucho y obedezco! Tus palabras están llenas de rectitud y justicia. ¡Vamos, pues!» Y entonces el efrit se echó a cuestas al joven y comenzó a volar, seguido de cerca por la efrita, que le ayudaba para llegar antes, y ambos, de este modo, llegaron cargados a El Cairo con toda rapidez. Y allí soltaron al hermoso Hassán, dejándole dormido sobre el banco de una calle próxima al palacio, que rebosaba de gente. Y entonces le despertaron.

Hassan se despertó, y quedó en la más extrema perplejidad al no verse en Basrah, en la turbeh de su padre. Y miró a la derecha. Y miró a la izquierda. Y no conocía nada de aquello. Pues aquello era una ciudad, pero una ciudad muy distinta a la de Basrah. Tan sorprendido quedó, que abrió la boca para gritar; pero enseguida vio delante de sí a un hombre gigantesco y barbudo, que le guiñó el ojo para indicarle que no gritase. Y Hassán se contuvo. Y aquel hombre, que era el efrit, le presentó una vela encendida, y le mandó que se uniera a las muchas personas que llevaban velas encendidas para acompañar a la boda, y le dijo: «¡Sabe que soy un efrit, pero creyente! Te transporté aquí durante tu sueño. Esta ciudad es El Cairo. Te he traído porque te quiero y deseo favorecerte sin ningún interés, sólo por amor a Alah y por tu hermosura. Toma esta vela encendida, intérnate entre la muchedumbre y marcha con ella hasta ese hammam que allí ves. De él ha de salir una especie de jorobado a quien llevarán triunfalmente. ¡Síguele! Ve siempre a su lado, pues es el novio. Entrarás en el palacio con él, y al llegar a la gran sala de recepciones te colocarás a su derecha, como si fueses de la casa. Y cada vez que veas llegar ante vosotros un músico, una cantora o una danzarina, métete la mano en el bolsillo, que ya cuidaré yo que siempre esté lleno de oro, y cógelo a puñados sin vacilación alguna y arrójaselo a todos. Y no temas que se te acabe, que eso es cuenta mía. Obsequia, pues, con puñados de oro a cuantos se te acerquen. Aventúrate y no te detengas ante nada. Confía en Alah que te creó tan hermoso y en mí que te estimo. Además, todo lo que te suceda, te sucederá por la voluntad y el poder del Altísimo». Y dichas estas palabras, el efrit desapareció.

Entonces Hassán Badreddin de Basrah dijo para sí: «¿Qué querrá decir todo esto? ¿De qué favores me ha hablado este asombroso efrit?» Pero sin perder más tiempo en estas preguntas, echó a andar, encendió su vela en la de un invitado, y llegó al hammam cuando el jorobado había acabado de bañarse y salía a caballo con un traje magnífico.

Hassán Badreddin se internó entonces entre la muchedumbre, dándose tanta maña, que llegó a la cabeza de la comitiva, junto al jorobado. Y entonces brilló en todo su esplendor la maravillosa hermosura de Hassán. Iba vestido con el más suntuoso de sus trajes de Basrah, llevaba un manto de seda tejido con hilo de oro, y en la cabeza un birrete rodeado de un magnífico turbante bordado en oro y plata, puesto a la usanza de Basrah. Y todo ello realzaba su apuesto continente y su hermosura.

Durante la marcha del cortejo, cada vez que una cantora o una danzarina se separaba del grupo de los músicos y se acercaba a él para llegar frente al jorobado, Hassán Badreddin se echaba mano al bolsillo, y sacándola llena de oro, lo derramaba a puñados a su alrededor, y echaba más en la pandereta de la danzarina o de la cantora, llenándola de oro, con ademanes de sin igual donosura.

Y por eso todas estas mujeres, lo mismo que la muchedumbre, quedaron asombradas de aquella esplendidez, admirando la belleza y los encantos de Hassán.

La comitiva acabó por llegar al palacio. Entonces los chambelanes detuvieron la multitud, y sólo dejaron entrar detrás del jorobado a los músicos, las danzarinas y las cantoras.

Pero las cantoras y las danzarinas interpelaron unánimemente a los chambelanes, y les dijeron: «¡Por Alah! Hacéis bien en impedir a esos hombres que entren con nosotras en el harén para presenciar cómo se viste la novia. Pero por nuestra parte, nos negaremos a entrar si no nos acompaña este joven que nos ha colmado de beneficios. Y no hemos de festejar a la novia como no sea en presencia de este joven, amigo nuestro».

Entonces las mujeres se apoderaron a la fuerza del joven Hassán y lo llevaron con ellas al harén, en medio de la gran sala de fiestas. Y fue el único hombre que estuvo en el harén a despecho de la nariz del jorobado, que no pudo impedirlo. Allí se halaban reunidas todas las damas de palacio, las esposas de los emires, visires y chambelanes. Y se alineaban en dos filas, sosteniendo cada una en la mano un gran cirio; y todas tenían la cara cubierta con el velillo de seda blanca, a causa de la presencia de aquellos dos hombres. Y Hassán y el jorobado pasaron por entre las dos hileras y fueron a sentarse en una tarima alta, teniendo que atravesar las dos filas de mujeres, que se prolongaban desde la sala de festejos hasta la cámara nupcial, de donde había de salir la novia para la boda.

Al ver a Hassán Badreddin y advertir su hermosura, sus encantos y su rostro luminoso cual la luna creciente, las mujeres se emocionaron hasta casi quedarse sin aliento y perder la razón. Y ardía cada cual en deseos de abrazar a aquel joven maravilloso, y traerle a su regazo, permaneciendo unidos un año, o un mes, o siquiera una hora, solamente el tiempo preciso para que la asaltase una vez y sentirlo dentro de ella.

Y en un momento dado, todas estas mujeres, no pudiendo resistir por más tiempo, se descubrieron el rostro, levantando el velillo. ¡Y se mostraron sin pudor, olvidando la presencia del jorobado! Y todas se acercaron a Hassán Badreddin para admirarle más de cerca y decirle palabras de amor, o siquiera guiñarle un ojo para que pudiese comprender cuánto le deseaban. Y además las danzarinas y las cantoras ponderaban la generosidad de Hassán, alentando a las damas a que le sirviesen lo mejor posible. Y las damas decían: «¡Por Alah! ¡He aquí un hermoso joven! ¡Este sí que puede dormir con Sett El-Hosn! ¡Nacieron el uno para el otro! ¡Confunda, pues, Alah a ese maldito jorobado!»

Y mientras las damas seguían alabando a Hassán y lanzando imprecaciones contra el jorobado, las tañedoras de instrumentos rompieron a tocar, se abrió la puerta de la cámara nupcial y la novia Sett El-Hosn entró en la sala de festejos rodeada de eunucos y doncellas.

Sett El-Hosn, hija del visir Chamseddin, apareció en medio de su servidumbre, y brillaba como una hurí. Las otras, comparadas con ella, no eran más que unos astros que formaron su cortejo, como estrellas que rodean a la luna al salir de una nube. Se había perfumado con ámbar, almizcle y rosa, y su peinada cabellera brillaba bajo la seda que la cubría. Sus hombros admirables marcábanse a través de su traje suntuoso. Iba de un modo regio: entre otras galas, llevaba un vestido bordado de oro rojo, con dibujos de pájaros y flores. Y esto era el traje exterior, pues los interiores sólo Alah sería capaz de conocerlos y estimarlos en su verdadero mérito. En la garganta lucía un collar que suponía incalculables millares de dinares. Y cada una de sus piedras era de tal valor, que ningún mortal, ni el rey en persona, las había visto iguales.

En una palabra, Sett El-Hosn aparecía tan hermosa como la luna llena en la decimocuarta noche.

Y Hassán Badreddin seguía sentado entre el grupo de damas, causando la admiración de todas. Y la novia avanzó con un gracioso movimiento, dirigiéndose hacia el estrado. Entonces el jorobado se levantó y quiso besarla. Pero ella, horrorizada, lo rechazó y fue a colocarse rápidamente al lado del hermoso Hassán. ¡Y pensar que era su primo, y ella no lo sabía, lo mismo que él!

Y todas las damas se echaron a reír, principalmente cuando la novia se detuvo ante el hermoso Hassán, por el cual se sintió al instante abrasada en deseos, y exclamó, levantando al cielo las manos: «¡Alahumma! ¡Haz que este hermoso joven sea mi marido, y líbrame de ese palafrenero jorobado!»

Entonces, Hassán Badreddin, siguiendo las instrucciones del efrit, metió la mano en su bolsillo y la sacó llena de oro, echándoselo a puñados a las servidoras de Sett El-Hosn y a las cantoras y danzarinas, que exclamaron: «¡Ojalá poseas a la novia!» Y Badreddin correspondió con una gentil sonrisa a este deseo y a estas felicitaciones.

Y el jorobado se veía, durante esta escena, abandonado de todos, y hallábase solo, más feo que un mico. Y todas las personas que por casualidad se le acercaban, al pasar junto a él apagaban la vela en señal de burla. Y así permaneció algún tiempo, aburriéndose y poniéndose cada vez de peor humor. Y todas las damas se reían al mirarle, y le dirigían bromas escandalosas. Una le decía: «¡Mico, ya podrás masturbarte en seco y copular en el aire!» Otra le increpaba: «¡Mira! ¡Apenas abultas lo que el zib de nuestro buen amo! ¡Y tus dos jorobas son la medida exacta de sus compañones!» Y decía una tercera: «Si te diese un golpe con su zib, irías a caer de trasero en la cuadra». Y todo el mundo se reía.

La novia dio la vuelta al salón siete veces consecutivas, vestida cada una de diferente modo, y seguida por todas las damas, y se paraba a cada vuelta delante de Hassán Badreddin El-Bassrauí. Y cada traje nuevo era mucho más hermoso que el anterior, y cada aderezo infinitamente superior a los otros aderezos. Y mientras avanzaba lentamente la novia, las tañedoras hacían maravillas y las cantoras decían las canciones más apasionadamente amorosas y excitantes, y las danzarinas, acompañándose con las panderetas, saltaban como pájaros. Y Hassán Badreddin El-Bassrauí no dejaba de lanzar puñados de oro, esparciéndolo por todo el salón, y las mujeres se precipitaban a recogerlo para tocar algo que hubiera pasado por la mano del joven. Y hasta hubo algunas que, aprovechándose de la hilaridad y la excitación generales, del sonar de los instrumentos y de la embriaguez de las canciones, se tumbaron en tierra, una encima de otra, para simular una copulación, contemplando a Hassán, que desde su asiento sonreía. Y el jorobado presenciaba todo esto muy desolado. Y su desolación aumentaba cada vez que veía a una de las mujeres volverse hacia Hassán, y con la mano tendida y bajada bruscamente, ofrecerle, por señas, la vulva; o a otra agitar el dedo del corazón, guiñando el ojo; o a otra menear las caderas retorciéndose, y dando con la mano derecha abierta en la izquierda cerrada; o a otra, con ademán más lúbrico, golpearse las nalgas, y decirle al jorobado: «¡Lo catarás en tiempo de los albaricoques!» Y todo el mundo se reía.

Terminada la séptima vuelta, se acabó la boda, que había durado gran parte de la noche. Y las tañedoras dejaron de pulsar los instrumentos, las danzarinas y las cantoras se detuvieron, pasando con todas las damas por delante de Hassán, besándole la mano o tocándole la orla del traje. Y todo el mundo le miraba al salir, haciéndole entender que no se moviera de aquel sitio. Y en efecto, sólo quedaron en el salón el joven Hassán, el jorobado y la novia con su servidumbre. Entonces las doncellas se llevaron a Sett El-Hosn a la estancia destinada a desnudarse, quitándole uno por uno los vestidos, diciendo al caer cada prenda: «¡En nombre de Alah!» para librarla del mal de ojo. Y después se fueron, dejándola sola con su vieja nodriza, que antes de conducirla a la cámara nupcial tenía que aguardar que entrase primero el novio jorobado.

Y el jorobado se levantó entonces de la tarima, y advirtiendo que Hassán no se movía de su asiento, le dijo secamente: «En verdad, señor, que nos honraste mucho con tu presencia, colmándonos de beneficios esta noche. Pero ahora, para salir, no esperarás que te echen». Entonces, el joven, que ignoraba lo que tenía que hacer, contestó: «¡En nombre de Alah!» Y levantándose salió. Pero apenas había franqueado los umbrales de la sala, se le apareció el efrit y le dijo: «¿Adónde vas, Badreddin? Detente y oye mis instrucciones. El jorobado acaba de marchar al retrete. Allí se las entenderá conmigo. Tú encamínate a la cámara nupcial, y cuando veas entrar a la novia, le dices: “Tu verdadero marido soy yo. El sultán, de acuerdo con tu padre, ha empleado esta estratagema por temor al mal de ojo. Y en cuanto al palafrenero, que es el más miserable de los palafreneros, para indemnizarle le están preparando en la caballeriza un buen jarro de leche cuajada para que refresque a tu salud”. Luego te acercarás a ella, y quitándole el velo, harás con su persona lo que debes hacer». Y dicho esto, desapareció el efrit.

El jorobado había ido, efectivamente, al retrete para descargarse antes de entrar en la cámara dé la novia. Y poniéndose de cuclillas sobre el mármol, comenzó su obra. Pero súbitamente el efrit tomó la forma de una rata y salió del agujero del retrete, dando gritos de rata: «¡Sik! ¡sik!» Y el jorobado dio una palmada para que huyese, y le chilló: «¡Hesch! ¡hesch!» Pero la rata empezó a crecer y se convirtió en un enorme gato de ojos feroces y brillantes, que rompió a maullar muy enfurecido. Después, como el jorobado prosiguiese en su operación, el gato fue creciendo, y se convirtió en un perro enorme, que se puso a ladrar: «¡Guau! ¡guau!» Entonces el jorobado comenzó a asustarse, y le dijo: «¡Marcha de ahí, monstruo!» Pero el perro, creciendo siempre, se convirtió en un borrico, que se puso a rebuznar en la misma cara del jorobado y a ventosear con un estrépito terrible. Y el jorobado, lleno de terror, sintió que todo su vientre se deshacía en diarrea, y apenas si pudo gritar: «¡Socorro! ¡socorro!» Y enseguida el borrico creció aún más y se transformó en un búfalo monstruoso, que obstruyó por completo la puerta del retrete para que no se le escapase, y el búfalo, esta vez, habló con voz de hombre, y dijo: «¡Caiga la desgracia sobre ti, jorobeta de mi trasero! ¡Eres el palafrenero más inmundo!» Al oír estas palabras, sintió el jorobado que le invadía el frío de la muerte, y resbaló a medio vestir hasta el pavimento, y las mandíbulas se le entrechocaron, acabando el espanto por soldárselas. Entonces el búfalo gritó: «¡Jorobado de betún! ¿No has podido buscar otra mujer más que a mi querida para atacarla con tu innoble herramienta?» Y el palafrenero, lleno de terror, no pudo articular palabra. Y el efrit le dijo: «¡Responde, o te haré morder tus excrementos!» Entonces el jorobado, todo tembloroso por esta terrible amenaza, pudo decir: «¡Por Alah! ¡Yo no tengo la culpa, pues sabe que me han obligado! Y además, ¡oh poderoso soberano de los búfalos! yo no iba a adivinar que la joven tuviese un búfalo por amante. Pero juro que me arrepiento y que pido perdón a Alah y a ti». Entonces el efrit le dijo: «Vas a jurar por Alah que obedecerás mis órdenes». Y el jorobado se apresuró a jurar, y el efrit le dijo: «Pasarás aquí la noche, hasta que salga el sol, y no te marcharás hasta esa hora. Pero sobre todo, no digas una palabra de esto, si no quieres que te rompa la cabeza en mil pedazos. Y no vuelvas a poner los pies en esta parte del palacio, ni a acercarte al harén, porque te repito que he de aplastarte la cabeza y hundirte en el pozo negro». Y luego añadió: «Ahora voy a ponerte en una postura, y no te moverás hasta el amanecer». Entonces el búfalo agarró con los dientes al palafrenero y lo metió de cabeza en el agujero del retrete, sin dejarle fuera más que los pies. Y le repitió: «¡Mucho cuidado con hacer ni un movimiento!» Y desapareció enseguida.

Y esto es todo lo que le acaeció al jorobado.

Por su parte, Hassán Badreddin El- Bassrauí, dejando que se las entendiesen el efrit y el jorobado, atravesó los aposentos particulares y entró en la cámara nupcial, yendo a sentarse en el testero. Y apenas había llegado, apareció la recién casada apoyada en su nodriza, que se detuvo a la puerta, dejando entrar sólo a Sett El-Hosn. Y sin ver bien al que estaba en el testero, y creyendo hablar con el jorobado, le dijo la vieja: «¡Levántate, héroe valiente, coge a tu esposa y pórtate de una manera brillante! ¡Y ahora, hijos míos, Alah sea con vosotros!» Y la vieja se retiró.

Entonces entró muy desesperada Sett El-Hosn, y se decía: «¡Es preferible la muerte, antes que este jorobado inmundo!» Pero apenas hubo reconocido al maravilloso Badreddin, dio un grito de felicidad, y dijo: «¡Oh querido mío! ¡Qué amable fuiste aguardándome tanto tiempo! Pero ¿estás solo? ¡Oh, qué dicha tan grande! Te confieso que al verte en la sala junto a ese odioso jorobado, creí que os habíais asociado los dos para poseerme». Y

Badreddin contestó: «¡Oh mi señora! ¡qué pensaste! ¿Es posible que te toque ese maldito jorobado? Y ¿cómo íbamos a asociarnos para tal cosa?» Entonces Sett El-Hosn preguntó: «Pero en fin, ¿quién de los dos es mi marido: él o tú?» Y Badreddin repuso: «¡Soy yo, querida mía! Se ha inventado esta farsa del jorobado para hacernos reír, y también para librarnos del mal de ojo; pues todas las damas han oído hablar de tu hermosura sin igual, y tu padre alquiló a ese palafrenero para que conjurase el mal de ojo, gratificándole con diez dinares. Y ahora está en la caballeriza a punto de tragarse a nuestra salud un jarro de leche fresca bien cuajada».

Al oír a Badreddin, Sétt El-Hosn llegó al colmo de la alegría, y sonrió gentilmente y rompió a reír más gentilmente aún. Y luego, sin poder contenerse más, exclamó: «¡Por Alah, querido mío! ¡Poséeme! ¡Apriétame bien! ¡Ven enseguida a mi regazo!» Y como Sett El-Hosn se había despojado de las ropas interiores y estaba toda desnuda, sólo cubierta por una falda, cuando dijo: «¡Ven enseguida a mi regazo!», la levantó rápidamente hasta la altura de la vulva, mostrando en toda su magnificencia sus muslos y sus nalgas de jazmín. Y a la vista de los encantos de aquella carne de hurí, Badreddin sintió que el deseo recorría todo su cuerpo y despertaba al niño dormido. Y levantándose apresuradamente se desnudó, despojándose del calzón de innumerables pliegues y de la bolsa que contenía los mil dinares que le había dado el judío de Basrah, y la colocó en el diván, junto a los calzones, y luego se quitó el hermoso turbante y lo puso en una silla, cubriéndose con otro ligero de dormir que habían dejado allí para el jorobado, y sólo se quedó con la fina camisa de muselina de seda bordada de oro y con el ancho calzoncillo de seda azul, sujeto a la cintura por un cordones con borlas de oro.

Y soltando estos cordones, abrazó a Sett El-Hosn, que le ofrecía todo su cuerpo. La levantó en alto, la tendió en la cama, y se echó sobre ella. Y agachado, abiertas las piernas, cogió los muslos de Sett El-Hosn, los atrajo hacia él y los separó. Enseguida apuntó contra la ciudadela su ariete, que estaba ya dispuesto. Empujó este ariete poderoso, hundiéndolo en la brecha, y la brecha cedió. Y Badreddin pudo entusiasmarse al comprobar que la perla no estaba perforada y no había penetrado en ella más ariete que el suyo, ni la habían toca siquiera con la punta de la nariz. Y comprobó también que aquel trasero bendito nunca había resistido el peso de un cabalgador.

Y en el colmo de la dicha, le arrebató la virginidad y se deleitó a su gusto con el sabor de aquella juventud. Y ataque tras ataque, el ariete funcionó quince veces seguidas, entrando y saliendo sin interrumpirse. Y todas ellas le parecieron deliciosas.

Y desde aquel instante, sin género de duda, quedó preñada Sett El-Hosn, según verás en lo que sigue, ¡oh Emir de los Creyentes!

Y cuando Badreddin acabó de hincar los quince clavos, dijo para sí: «¡Me parece que es bastante por ahora!» Y se tendió al lado de Sett El-Hosn, pasándole con suavidad la mano por debajo de la cabeza, y ella le rodeó también con su brazo, enlazándose ambos estrechamente, y antes de dormirse se recitaron estas estrofas admirables:

¡No temas nada! ¡Penetra tu lanza en el objeto de tu amor! ¡Y no hagas caso de los consejos del envidioso, pues no será el envidioso quien sirva a tus amores!

¡Piensa que el Clemente no creó más hermoso espectáculo que el de dos amantes entrelazados en la cama!

¡Míralos! ¡Ahí están, pegados uno a otro, cubiertos de bendiciones! ¡Sus manos y sus brazos les sirven de almohadas!

¡Cuando el mundo ve a dos corazones unidos por ardiente pasión, trata de herirlos con el acero frío!

¡Pero tú no hagas caso! ¡Cuando el Destino pone una beldad a tu paso, es para que la ames y para que con ella únicamente vivas!

Y esto es todo lo que acaeció a Hassan Badreddin y a Sett El-Hosn, la hija de su tío.

El efrit, por su parte, se apresuró a ir en busca de su compañera la efrita, y uno y otra admiraron a los dos jóvenes dormidos, asistiendo antes a sus juegos y contando los ataques del ariete. Luego el efrit dijo a la efrita: «Habrás visto, hermana, que tenía yo razón. Ahora debes cargar con el joven y llevarlo al mismo sitio de donde lo cogí, al cementerio de Basrah, en la turbeh de su padre Nureddin. Y hazlo pronto, que yo te ayudaré, pues ya apunta el día y no es posible que dejemos así las cosas». Entonces la efrita levantó al joven Hassan dormido, se lo echó a cuestas, sin más ropa que la camisa, porque el calzoncillo se le había caído en uno de sus embates, y voló con él, seguida de cerca por el efrit. De improviso, durante esta carrera por el aire, al efrit le asaltaron ideas lúbricas respecto a la efrita, y quiso violarla yendo cargada con el hermoso Hassán. Y la efrita no se hubiese opuesto en otra ocasión, pero ahora temía por el joven. Además intervino, afortunadamente, Alah, enviando contra el efrit a unos ángeles, que le echaron encima una columna de fuego y lo abrasaron. Y la efrita y Hassán se vieron libres del terrible efrit, que acaso los hubiese desplomado desde aquella altura. ¡Porque el efrit es terrible en su copulación! Entonces la efrita descendió al suelo, hacia el mismo sitio donde había caído el efrit, con el cual habría copulado de no llevar a Hassán, por el que temía mucho la efrita.

Pero había escrito el Destino que el lugar donde la efrita depositara a Hassán Badreddin (por no atreverse a transportarlo ella sola más lejos) estaría muy próximo a la ciudad de Damasco, en el país de Scham. Y entonces la efrita llevó a Hassán muy cerca de una de las puertas de la ciudad, lo dejó suavemente en tierra y echó a volar otra vez.

Cuando llegó la aurora, abriéronse las puertas de la ciudad, y los que salieron de ella se asombraron ante aquel maravilloso joven dormido, sin más ropa que la camisa y con un gorro de dormir en la cabeza en vez de turbante. Y se decían unos a otros: «¡Es asombroso! ¡Mucho habrá tenido que velar para estar ahora dormido tan profundamente!» Y otros dijeron: «¡Alah, Alah! ¡Hermoso joven! ¡Dichosa y afortunada la mujer que con él se ha acostado! Pero ¿por qué estará completamente desnudo?» Otros contestaron: «Probablemente, este pobre joven habrá pasado en la taberna más tiempo del preciso, y habrá bebido más de lo que pueda resistir. Y al regresar de noche, habrá encontrado cerradas las puertas, decidiéndose a dormir en el suelo».

Pero mientras conversaban de este modo, se levantó la brisa matinal, y acariciando al hermoso joven, le alzó la camisa. ¡Y entonces se vio aparecer un vientre, un ombligo, unas piernas y unos muslos como de cristal! Y un zib y unos compañones muy bien proporcionados. Y este espectáculo maravilló a las gentes, que admiraban todo aquello.

Despertó entonces Badreddin, y hallándose tumbado cerca de aquella puerta desconocida y rodeado por tantas personas, se sorprendió mucho, y exclamó: «¿Dónde estoy buena gente? Os ruego que lo digáis. ¿Y por qué me rodeáis así? ¿Qué es lo que ocurre?» Y le contestaron: «Nos hemos detenido por el gusto de verte. Pero ¿no sabes que te hallas a las puertas de Damasco? ¿En dónde has pasado la noche, para estar completamente en cueros?» Y Hassan replicó: «¡Por Alah, buena gente! ¿qué me decís? He pasado la noche en El Cairo. ¿Y me decís que estoy en Damasco?» Entonces se echaron a reír todos, y uno de ellos dijo: «¡Ah, gran tragador de haschich!» Y dijeron otros: «Está loco, sin remedio. ¡Lástima que esté demente un joven tan hermoso!» Y otros añadieron: «Pero en fin, ¿qué historia es esa con que has querido engañarnos?» Entonces Hassán Badreddin contestó: «¡Por Alah! ¡buena gente, yo no miento nunca! Os afirmo y repito que esta noche la he pasado en El Cairo, y la anterior en mi pueblo, que es Basrah». Al oírle, uno gritó: «¡Qué cosa más sorprendente!» Otro dijo: «¡Está loco!» Y algunos se desternillaban de risa, dando palmadas. Y otros dijeron: «¿No es una verdadera lástima que un joven tan admirable haya perdido la razón? ¡Qué loco tan singular!» Y otro, más prudente, le dijo: «Hijo mío, vuelve en ti y no digas semejantes extravagancias». Entonces Hassán contestó: «Sé muy bien lo que digo. Además, habéis de saber que anoche, en El Cairo, pasé una noche muy agradable como recién casado». Entonces todos se convencieron de su locura. Y uno de ellos exclamó riéndose: «Ya veis que este pobre joven se ha casado en sueños. ¿Y qué tal es ese matrimonio? ¿Cuántos cayeron? ¿Era una hurí o una ramera?» Pero Badreddin empezaba a enfadarse, y les dijo: «Pues sí que era una hurí, y no he copulado en sueños, sino quince veces entre sus muslos, y he ocupado el lugar de un asqueroso jorobado, y me he puesto su gorro de dormir, que es éste». Luego recapacitó un momento, y dijo: «Pero ¡por Alah! buena gente, ¿en donde está mi turbante, y mis calzoncillos, y mi ropón, y mis calzones? Y sobre todo, ¿en dónde está mi bolsillo?»

Y Hassán se levantó y buscó su traje a su alrededor. Y entonces todos empezaron a guiñarse el ojo y hacerse señas de que el joven estaba loco de remate.

Entonces el pobre Hassan se decidió a entrar en la ciudad tal como estaba, y tuvo que atravesar las calles y los zocos en medio de un gran cortejo de niños y de mayores, que gritaban: «¡Es un loco! ¡un loco!» Y el pobre Hassán ya no sabía qué hacer, cuando Alah, temiendo que al hermoso joven le ocurriese algo, le hizo pasar por junto a una pastelería que acababa de abrirse. Y Hassán se refugió en la tienda, y como el pastelero era un hombre de puños, cuyas hazañas eran muy conocidas en la ciudad, la gente tuvo miedo y se retiró, dejando en paz al joven.

Cuando el pastelero, que se llamaba El- Hadj Abdalá, vio al joven Hassán Badreddin y pudo examinarle a su gusto, le maravilló su hermosura, sus encantos y sus dones naturales, y rebosante de cariño el corazón, le dijo: «¡Oh, gentil mancebo! dime de dónde vienes. Nada temas; pero refiéreme tu historia, pues ya te quiero más que a mí misma vida». Y Hassán contó entonces toda su historia al pastelero Hadj Abdalá, desde el principio hasta el fin.

Y el pastelero, profundamente maravillado, dijo a Hassán: «¡Oh mi joven Badreddin! En verdad que esa historia es muy sorprendente y muy extraordinario tu relato. Pero te aconsejo, hijo mío, que a nadie se lo cuentes, pues es peligroso hacer confidencias. Te ofrezco mi tienda, y vivirás conmigo hasta que Alah se digne dar término a las desgracias que te afligen. Además, yo no tengo hijos, y me darás mucho gusto si quieres aceptarme por padre. Yo te adoptaría como hijo». Y Hassán respondió: «¡Aceptado! ¡sea según tu deseo!»

Enseguida fue al zoco el pastelero, y compró trajes magníficos con que vestir al joven, y lo llevó a casa del kadí, y ante testigos prohijó a Hassán Badreddin.

Y Hassán permaneció en la pastelería como hijo del amo, y cobraba el dinero de los parroquianos, y les vendía pasteles, tarros de dulce, fuentes llenas de crema y toda la confitería famosa de Damasco, y aprendió enseguida el oficio de pastelero, que le gustaba mucho, por las lecciones recibidas de su madre, la mujer del visir Nureddin, que preparaba pasteles y dulces delante de él cuando era niño.

Y como en toda la ciudad de Damasco fue elogiada la hermosura de Hassán, el gallardo joven de Basrah, hijo adoptivo del pastelero, la tienda de Hadj Abdalá llegó a ser la más frecuentada de todas las pastelerías de Damasco.

¡Y esto fue todo lo de Hassán Badreddin!

En cuanto a la recién casada Sett El-Hosn, hija del visir Chamseddin, he aquí lo que hubo de ocurrirle:

Cuando se despertó Sett El-Hosn, la mañana siguiente a la noche de sus bodas, no encontró a su lado al hermoso Hassán; pero figurándose que habría ido al retrete, le aguardó muy tranquila.

En aquel momento se presentó a saber de ella su padre el visir Chamseddin. Llegaba muy inquieto. Estaba poseído de indignación por la injusticia del sultán obligándole a casar a la hermosa Sett El-Hosn con el palafrenero jorobado. Y al entrar en las habitaciones de su hija, se dijo: «Como sepa que se ha entregado a ese inmundo jorobado, la mato».

Golpeó en la puerta de la cámara nupcial y llamó: «¡Sett El-Hosn!» Y desde dentro ella contestó: «¡Ya voy a abrir, padre mío!» Y levantándose enseguida, abrió la puerta. Parecía más hermosa que de costumbre, y mostraba resplandeciente el rostro y el alma, satisfecha por haber sentido las briosas caricias de aquel hermoso ciervo. E inclinándose ante su padre con coquetería, le besó las manos. Pero su padre, al verla tan contenta, en lugar de encontrarla afligida por su unión con el jorobado, le dijo: «¡Ah, desvergonzada! ¿Cómo te atreves a mostrarte con esa cara de alegría, después de haber dormido con el horrendo jorobado?» Y Sett El-Hosn, al oírlo, se echó a reír, y exclamó: «¡Por Alah, padre mío, dejémonos de bromas! Bastante tengo con haber sido la irrisión de todos los invitados, a causa de mi supuesto marido, ese jorobado que no vale ni la cortadura de una uña de mi verdadero esposo de esta noche. ¡Oh, qué noche! ¡Cuán llena de delicias junto a mi amado! Basta, pues, de bromas, padre mío. No me hables más del jorobado». El visir temblaba de coraje escuchando a su hija, y sus ojos estaban azules de furor, y dijo: «¿Qué dices, desdichada? ¿No pasaste aquí la noche con el jorobado?» Y ella contestó: «Por Alah sobre ti, ¡oh padre mío! No me hables más del jorobado. ¡Confúndalo Alah, a él, a su padre, a su madre y a toda su familia! Sabe de una vez que estoy enterada de la superchería que inventaste para defenderme del mal de ojo». Y dio a su padre todos los pormenores de la boda y de cuanto le había ocurrido aquella noche, añadiendo: «¡Qué bien lo pasé sintiendo en mi regazo a mi adorado esposo, el hermoso joven de exquisitas maneras y espléndidos negros ojos y de arqueadas cejas!»

Oído esto, gritó el visir: «Pero hija, ¿estás loca? ¿sabes lo que dices? ¿Dónde se halla el joven a quien llamas tu esposo?» Y Sett El-Hosn respondió: «Ha ido al retrete». Entonces, el visir, muy alarmado, se precipitó afuera de la habitación, y corriendo hacia el retrete, se encontró al jorobado que seguía inmóvil, con los pies hacia arriba y la cabeza dentro del agujero. Estupefacto hasta más no poder, exclamó el visir: «¿Qué veo? ¿Eres tú, jorobeta?» Y como no le contestase, repitió esta pregunta en voz más alta. Pero el jorobado tampoco quiso contestar, porque seguía aterrado, creyendo que quien le hablaba era el efrit...

PERO CUANDO LLEGÓ LA 22ª NOCHE

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que Giafar prosiguió así la historia al califa Harún Al-Rashid:

«El cobarde jorobeta, creyendo que le hablaba el efrit, tenía un miedo horrible, y no se atrevía a contestar. Entonces, muy enfurecido, el visir le increpó: «¡Respóndeme, jorobado maldito, o te atravieso con este alfanje!» Y entonces el jorobado, sin sacar del agujero la cabeza, contestó desde dentro: «¡Por Alah! ¡Oh jefe de los efrits, tenme compasión! Te juro que te he obedecido, sin moverme de aquí en toda la noche». Al oírle, el visir ya no supo qué pensar, y exclamó: «Pero ¿qué estás diciendo? No soy ningún efrit, sino el padre de la novia». Y el jorobado, dando un gran suspiro, contestó entonces: «Pues márchate de aquí, que nada tengo que ver contigo. Y vete antes de que aparezca el terrible efrit, arrebatador de almas. Además, te odio, porque tú tienes la culpa de todas mis desdichas, al casarme con la querida de los búfalos, los asnos y los efrits. ¡Malditos seáis tú, tu hija y todos los que obran tan mal como vosotros!» Y el visir le dijo: «Pero ¿estás loco? Sal de ahí, para que escuche bien eso que acabas de contar». Entonces el jorobado replicó: «Acaso esté loco; pero no lo estaré hasta el punto de moverme de este sitio sin permiso del terrible efrit. Porque me ha prohibido salir del agujero antes de que amanezca. Así, pues, vete y déjame en paz. Pero antes dime: ¿falta mucho para que salga el sol?» Y el visir, cada vez más perplejo, contestó: «¿Pero qué efrit es ese del cual hablas?» Y entonces el jorobado le contó su historia, su ida al retrete para hacer sus necesidades antes de entrar en el cuarto de la desposada, la aparición del efrit bajo las diversas formas de rata, gato, perro, asno y búfalo, y por fin la prohibición hecha y el trato sufrido. Y terminado el relato, rompió a llorar.

Entonces el visir se acercó al jorobado, y tirándole de los pies le sacó del agujero. Y el jorobado, con la faz lastimosamente embadurnada de amarillo, gritó al visir: «¡Maldito seas tú, y maldita tu hija, la amante de los búfalos!» Y por temor de que se le apareciese de nuevo el efrit, echó a correr con todas sus fuerzas, dando alaridos y sin atreverse a volver la cara. Y llegó al palacio, y fue a ver al sultán, y le explicó su aventura con el efrit.

En cuanto al visir Chamseddin, regresó como loco al aposento de su hija Sett El-Hosn, y le dijo: «Hija mía, noto que pierdo la razón. Aclárame lo sucedido». Entonces, Sett El-Hosn le dijo: «Sabe, ¡oh padre mío! que el joven encantador que logró los honores de la boda durmió toda la noche conmigo, gozando mis primicias; y tendré un hijo seguramente. Y en prueba de lo que hablo, ahí en la silla tienes su turbante, sus calzones en el diván, y su calzoncillo en mi cama. Además, en sus calzones encontrarás algo que ha escondido y que yo no pude adivinar». A estas palabras, se dirigió el visir hacia la silla, cogió el turbante, y le dio vueltas en todos sentidos para examinarlo bien, y luego exclamó: «¡Es un turbante como el de los visires de Basrah y de Mosul!» Después desenrolló la tela, y encontró un pliego que allí estaba cosido, y se apresuró a guardarlo, y examinó luego los calzones, encontrando en ellos el bolsillo con los mil dinares que el judío había dado a Hassán Badreddin. Y en el bolsillo había un papel, donde el judío había escrito lo siguiente: «Yo, comerciante de Basrah, declaro haber entregado la cantidad de mil dinares al joven Hassán Badreddin, hijo del visir Nureddin (a quien Alah haya recibido en Su misericordia), por el cargamento de la primera nave que arribe a Basrah». Al leer el papel, el visir Chamseddin lanzó un grito y quedó desmayado. Cuando volvió en sí, se apresuró a abrir el pliego que había encontrado en el turbante, e inmediatamente conoció la letra de su hermano Nureddin. Y entonces empezó a llorar y a lamentarse, diciendo: «¡Pobre hermano mío! ¡pobre hermano mío!»

Y cuando se hubo calmado un poco, exclamó: «¡Alah es Todopoderoso!» Y dijo a Sett El-Hosn: «¡Oh hija mía! ¿sabes el nombre de aquel a quien te has entregado esta noche? Pues es Hassán Badreddin, mi sobrino, el hijo de tu tío Nureddin. Y esos mil dinares son tu dote. ¡Alah sea loado!» Después recitó estas dos estrofas:

¡Vuelvo a encontrar sus huellas, y al instante me domina el deseo! ¡Y al recordar la mansión de la dicha, derramo todas las lágrimas de mis ojos!

Y pregunto y grito, sin lograr respuesta: «¿Quién me ha arrancado lejos de él? ¡Oh! ¡tenga piedad de mí el autor de mis desventuras, y permítame que vuelva!»

Enseguida leyó cuidadosamente la Memoria de su hermano, y encontró relatada toda la vida de Nureddin y el nacimiento de su hijo Badreddin. Y quedó muy maravillado, sobre todo cuando contrastó las fechas anotadas por su hermano con las de su propio casamiento en El Cairo, y del nacimiento de Sett El-Hosn. Y vio que estas fechas concordaban perfectamente.

Y tanto hubo de asombrarse, que se apresuró a ir en busca del sultán para contarle la historia y mostrarle aquellos papeles. Y el sultán se asombró también de tal modo, que mandó a los escribas de palacio redactasen tan admirable historia para conservarla escrupulosamente en el archivo.

En cuanto al visir Chamseddin, marchó a su casa y esperó en compañía de su hija el regreso de su sobrino Hassán Badreddin. Pero acabó por darse cuenta de que Hassán había desaparecido. Y no pudiendo explicarse la causa, se dijo: «¡Por Alah! ¡Qué aventura tan extraordinaria es esta aventura! No he conocido otra semejante..».

Al llegar a este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discreta, interrumpió su relato, para no cansar al sultán Schahriar, rey de las islas de la India y de la China.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 23ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que Giafar al-Barmakí, visir del rey Harún al-Rashid, prosiguió de este modo la historia que contaba al califa:

«Cuando el visir Chamseddin se convenció de que su sobrino Hassán Badreddin había desaparecido, se dijo: «Puesto que el mundo está hecho de vida y de muerte, nada tan oportuno como que procure que mi sobrino Hassán encuentre a su regreso esta vivienda igual que la ha dejado». Y el visir Chamseddin cogió un tintero, un cálamo y un pliego de papel, y anotó uno por uno todos los muebles y enseres de la casa, en esta forma: «Tal armario está en tal sitio; tal cortina en tal otro», y así sucesivamente. Cuando terminó, selló el papel después de leérselo a su hija Sett El-Hosn, y lo guardó con mucho cuidado en la caja de los papeles. Después recogió el turbante, el gorro, los calzones, el ropón y el bolsillo, e hizo con todo ello un paquete, que guardó con el mismo esmero.

En cuanto a Sett El-Hosn, la hija del visir, quedó preñada efectivamente la primera noche de bodas, y a los nueve meses cumplidos parió un hijo tan hermoso como la luna y que se parecía a su padre en todo, en lo bello, lo gentil y lo perfecto. Enseguida que nació lo lavaron las mujeres y le ennegrecieron los ojos con kohl. Después le cortaron el cordón umbilical, y lo confiaron a las criadas y a la nodriza. Y por su hermosura sorprendente se le llamó Agib.

Pero cuando el admirable Agib llegó, día por día, mes por mes y año por año, a cumplir los siete de su edad, su abuelo el visir Chamseddin le mandó a la escuela de un maestro muy famoso, recomendándoselo mucho a este maestro. Y Agib, acompañado diariamente del esclavo negro Said, eunuco de su padre, iba a la escuela para regresar a su casa al mediodía y al anochecer. Y así fue a la escuela durante cinco años, hasta cumplir los doce. Pero a todo esto los demás niños de la escuela no podían soportar a Agib, que les pegaba y les insultaba y les decía: «¿Cuál de vosotros puede compararse conmigo? Mi padre es el visir de Egipto». Al fin se reunieron los niños y fueron a quejarse al maestro contra la conducta de Agib. Y el maestro, al ver que sus exhortaciones al hijo del visir no daban resultado, sin atreverse a despedirle, por ser quien era, dijo a los otros niños: «Os voy a indicar una cosa que en cuanto se la digáis le impedirá volver a la escuela. Mañana a la hora del recreo os reuniréis todos en torno a Agib y os diréis los unos a los otros: “¡Por Alah! ¡Vamos a jugar a un juego maravilloso! Pero para jugarlo es preciso que diga en alta voz cada uno su nombre, y el nombre de su padre y de su madre. Pues el que no pueda decir el nombre de su padre y de su madre será considerado como hijo adulterino y no jugará con nosotros”.»

Y aquella mañana, cuando Agib hubo llegado a la escuela, todos los niños se reunieron a su alrededor, y uno de ellos dijo: «¡Vamos a jugar a un juego maravilloso! Pero nadie podrá jugar sino con la condición de decir su nombre y los de sus padres. ¡Empecemos, uno a uno!» Y les guiñó el ojo.

Entonces avanzó uno de los niños, y dijo: «Me llamo Nahib, mi madre se llama Nahiba y mi padre Izeddin». Y otro dijo: «Yo me llamo Naguib, mi madre se llama Gamila y mi padre se llama Mustafá». Y el tercero y el cuarto y los otros se expresaron en la misma forma. Cuando le tocó el turno a Agib, dijo orgullosamente: «Yo soy Agib, mi madre se llama Sett El-Hosn y mi padre se llama Chamseddin, visir de Egipto».

Pero todos los niños replicaron: «¡No, por Alah! ¡El visir no es tu padre!» Y Agib gritó enfurecido: «¡Alah os confunda! ¡El visir es mi padre!» Pero los niños comenzaron a reírse y a palmotear, y le volvieron la espalda, gritando: «¡Vete, vete! ¡No sabes cómo se llama tu padre! ¡Chamseddin no es tu padre, sino tu abuelo, el padre de tu madre! ¡No jugarás con nosotros!» Y los niños se desbandaron, riendo a carcajadas.

Entonces Agib sintió que se le oprimía el pecho y le ahogaban los sollozos. Y enseguida se le acercó el maestro, y le dijo: «Pero ¡cómo, Agib! ¿no sabías que el visir no es tu padre, sino tu abuelo, el padre de tu madre Sett El-Hosn? A tu padre, ni tú, ni nosotros, ni nadie le conoce. Porque el sultán había casado a Sett El-Hosn con un palafrenero jorobado, pero el tal no pudo acostarse con ella, y ha ido contando por toda la ciudad que la noche de su boda los efrits le habían encerrado a él, para dormir ellos con Sett El-Hosn. Y ha contado también historias asombrosas de búfalos, perros, borricos y otros seres semejantes. De modo, ¡oh mi querido Agib! que nadie sabe el nombre de tu padre. Sé, pues, humilde ante Alah y con tus compañeros, que te miran como a hijo adulterino. Considera que te hallas en la misma situación que un niño vendido en el mercado y que ignora quién es su padre. Sabe, pues, que el visir Chamseddin no es más que tu abuelo, y que a tu padre nadie lo conoce. Y en adelante procura ser modesto».

Después de oír al maestro de escuela, Agib salió corriendo a casa de su madre Sett El-Hosn, llorando tanto, que no pudo al principio articular palabra. Entonces su madre empezó a consolarle, y viéndole tan conmovido, se le llenó el corazón de lástima, y le dijo: «¡Hijo mío, cuéntale a tu madre la causa de tu pena!» Y le besó y le acarició. Entonces el pequeño le dijo: «Díme, madre, ¿quién es mi padre?» Y Sett El-Hosn, muy asombrada, dijo: «¡Pues el visir!» Y Agib le contestó, ahogado por el llanto: «¡No; ese no es mi padre! ¡No me ocultes la verdad! ¡El visir es tu padre, pero no el mío! Si no me dices la verdad, con este puñal me mataré ahora mismo». Y Agib le repitió a su madre las palabras del maestro de escuela.

Entonces, al recordar a su primo y marido, la hermosa Sett El-Hosn recordó también su primera noche de bodas y la belleza y encantos del maravilloso Hassán Badreddin El-Bassrauí, y lloró muy emocionada, suspirando estas estrofas:

¡Encendió el deseo en mi corazón, y se ausentó muy lejos! ¡Y se ausentó hacia lo más distante de nuestra morada!

¡Mi pobre razón no he de recobrarla hasta que él vuelva! ¡Y aguardándole, he perdido asimismo el sueño reparador y toda la paciencia!

¡Me abandonó, y con él me abandonó la dicha, arrebatándome la tranquilidad! ¡Y desde entonces perdí todo reposo!

¡Me dejó, y las lágrimas de mis ojos lloran su ausencia, y al correr, sus arroyos llenan los mares;

Que no pasa un día que mi deseo me empuje hacia él y palpite mi corazón con el dolor de su ausencia;

Por eso su imagen se alza frente a mí, y al mirarla, aumentan mi cariño, mi anhelo y mis recuerdos!

¡Oh! ¡Su imagen amada es siempre lo primero que se presenta a mis ojos en la primera hora de la mañana! ¡Y así ha de ser siempre, pues no tengo otro pensamiento ni otros amores!

Después prosiguió en sus sollozos. Y Agib, viendo llorar a su madre, se echó a llorar también. Y mientras los dos estaban llorando, entró en la habitación el visir Chamseddin, que había oído los llantos y las voces. Y al ver cómo lloraban, se le oprimió el corazón, y dijo muy alarmado: «Hijos míos, ¿por qué lloráis así?» Entonces Sett El-Hosn le refirió la aventura de

Agib con los chicos de la escuela. Y el visir, al oírla, se acordó de todas las desventuras pasadas, las que le habían ocurrido a él, a su hermano Nureddin, a su sobrino Hassán Badreddin, y por último a su nieto Agib, y al reunir todos estos recuerdos no pudo menos de llorar también. Y se fue muy desesperado en busca del emir, y le contó lo que pasaba, diciéndole que aquella situación no podía durar, ni por su buen nombre ni por el de sus hijos; y le pidió su venia para partir hacia los países de Levante, y llegar a la ciudad de Basrah, en donde pensaba encontrar a su sobrino Hassán Badreddin. Rogó asimismo que el sultán le escribiera unos decretos que le permitiesen realizar por los países las gestiones necesarias para encontrar y traerse a su sobrino. Y como no cesaba en su amargo llanto, se enterneció el sultán y le concedió los decretos. Y después de darle gracias mil veces y hacer votos por su engrandecimiento, prosternándose ante él y besando la tierra entre sus manos, el visir se despidió. Inmediatamente hizo los preparativos para la marcha y partió con su hija Sett El-Hosn y con Agib.

Anduvieron el primer día y el segundo y el tercero, y así sucesivamente, en dirección a Damasco, y por fin llegaron sin dificultades a Damasco. Y se detuvieron cerca de las puertas, en el Meidán de Hasba, donde armaron sus tiendas para descansar dos días antes de seguir el camino. Y les pareció Damasco una ciudad admirable, llena de árboles y aguas corrientes, siendo en realidad como la cantó el poeta:

¡He pasado un día y una noche en Damasco! ¡Damasco! ¡Su creador juró no hacer en adelante nada parecido!

¡La noche cubre amorosamente a Damasco con sus alas! ¡Y cuando llega el día, tiende por encima la sombra de sus árboles frondosos!

¡El rocío en las ramas de estos árboles no es rocío, sino perlas, perlas que caen como copos de nieve a merced de la brisa que las empuja!

¡En sus bosques luce la Naturaleza todas sus galas: el ave da su lectura matutina; el agua es como una página blanca abierta; la brisa responde y escribe lo que dicta el ave, y las blancas nubes derraman gotas para la escritura!

La servidumbre del visir fue a visitar la ciudad y sus zocos para comprar lo que necesitaban y vender las cosas traídas de Egipto. Y no dejaron de bañarse en los hammams famosos, y entraron en la mezquita de los Bani-Ommiah, situada en el centro de la población, y que no tiene igual en todo el mundo.

Agib marchó también a la ciudad para distraerse, acompañado de su fiel eunuco Said. Y el eunuco le seguía muy próximo y llevaba en la mano un látigo capaz de matar a un camello, pues sabía la fama que tienen los habitantes de Damasco, y con aquel látigo quería impedirles acercarse a su amo el hermoso Agib. Y efectivamente, no se engañaba, pues apenas hubieron visto al hermoso Agib, los habitantes de Damasco se percataron de lo encantador y gracioso que era, hallándole más suave que la brisa del Norte, más delicioso que el agua fresca para el paladar del sediento y más grato que la salud para el convaleciente. Y enseguida la gente de la calle, de las casas y de las tiendas siguieron a Agib, sin dejarle, a pesar del látigo del eunuco. Y otros corrían para adelantarse y se sentaban en el suelo, a su paso, para contemplarle más tiempo y mejor. Al fin, por voluntad del Destino, Agib y el eunuco llegaron a una pastelería, donde se detuvieron para escapar de tan indiscreta muchedumbre.

Y precisamente aquella pastelería era la de Hassán Badreddin, padre de Agib. Había muerto el anciano pastelero que adoptó a Hassán, y éste había heredado la tienda. Y aquel día Hassán estaba ocupado en preparar un plato delicioso con granos de granada y otras cosas azucaradas y sabrosas. Y cuando vio pararse a Agib y al eunuco, quedó encantado con la hermosura de Agib, y no solamente encantado, sino conmovido con una emoción cordial y extraordinaria, que le hizo exclamar lleno de cariño: «¡Oh mi joven señor! Acabas de conquistar mi corazón y reinas para siempre en lo íntimo de mi ser, sintiéndome atraído hacia ti desde el fondo de mis entrañas. ¿Quieres honrarme entrando en mi tienda? ¿Quieres hacerme la merced de probar mis dulces, sencillamente por piedad?» Y Hassán, al decir esto, sentía que, sin poder remediarlo, sus ojos se arrasaban en lágrimas, y lloró mucho al recordar entonces su pasado y su situación presente.

Y cuando Agib oyó las palabras de su padre, se le enterneció también el corazón, y volviéndose hacia el esclavo, le dijo: «¡Said! Este pastelero me ha enternecido. Se me figura que ha de tener algún hijo ausente y que yo le recuerdo este hijo. Entremos, pues, en su tienda para complacerte, y probemos lo que nos ofrece. Y si aliviamos con esto su pena, es probable que Alah se apiade a su vez de nosotros y haga que logren buen éxito las pesquisas para encontrar a mi padre».

Pero Said, al oír a Agib, exclamó: «¡Oh mi señor, no hagamos eso! ¡Por Alah! ¡De ningún modo! No es propio del hijo de un visir entrar en una pastelería del zoco, y menos todavía comer públicamente en ella. ¡Oh! ¡No puede ser! Si lo haces por temor a estas gentes que te siguen, y por eso quieres entrar en esa tienda, ya sabré yo espantarlas y defenderte con mi látigo. ¡Pero lo que es entrar en la pastelería, en modo alguno!»

Y Hassán Badreddin se afectó muchísimo al oír al eunuco. Y luego, volviéndose hacia él, con los ojos llenos de lágrimas, le dijo: «¡Oh eunuco! ¿Por qué no quieres apiadarte y darme el gusto de entrar en mi tienda? ¡Porque tú, como la castaña, eres negro por fuera, pero por dentro blanco! Y te han elogiado todos nuestros poetas en versos admirables, hasta el punto de que puedo revelarte el secreto de que aparezcas tan blanco por fuera como por dentro lo eres». Entonces el buen eunuco se echó a reír a carcajadas, y exclamó: «¿Es de verdad? ¿Puedes hacerlo así? ¡Por Alah, apresúrate a decírmelo!» Enseguida Hassán le recitó estos versos admirables en loor de los eunucos:

¡Su cortesía exquisita, la dulzura de sus modales y su noble apostura han hecho de él el guardián respetado de las casas de los reyes!

¡Y para el harén, qué servidor tan incomparable! ¡Tal es su gentileza, que los ángeles del cielo bajan a su vez para servirle!

Estos versos eran, efectivamente, tan maravillosos y tan oportunos, y fueron tan admirablemente recitados por Hassán, que el eunuco se conmovió y se sintió halagadísimo, hasta el punto de que, cogiendo de la mano a Agib, entró con él en la tienda.

Entonces Hassán Badreddin llegó al colmo de la alegría y se apresuró a hacer cuanto pudo para honrarlos. Cogió un tazón de porcelana de los más ricos, lo llenó de granos de granada preparados con azúcar y almendras mondadas, perfumado todo deliciosamente y muy en su punto, y lo presentó sobre la más suntuosa de sus bandejas de cobre repujado. Y al verlos comer con manifiesta satisfacción, se sintió muy halagado y muy complacido, y exclamó: «¡Oh, qué honor para mí! ¡Qué fortuna la mía! ¡Que os sea tan agradable como provechoso!»

Agib, después de probar los primeros bocados, invitó a sentarse al pastelero, y le dijo: «Puedes quedarte con nosotros y comer con nosotros. Porque Alah lo tendrá en cuenta, haciendo que encontremos al que buscamos». Y Hassán Badreddin se apresuró a replicar: «Pero ¡cómo, hijo mío! ¿Acaso lamentas ya, siendo tan joven, la pérdida de un ser querido?» Y Agib contestó: «¡Oh buen hombre! ¡La ausencia de un ser querido ha destrozado ya mi corazón! ¡Y ese ser por quien lloro es nada menos que mi padre! Porque mi abuelo y yo hemos abandonado nuestro país para recorrer todas las comarcas en su busca». Y Agib, al recordar su desgracia, rompió a llorar, mientras que Badreddin, emocionado por aquel dolor, lloraba también. Y hasta el eunuco inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Sin embargo, hicieron los honores al magnífico tazón de granada perfumada, dispuesta con tanto arte. Y comieron hasta la saciedad, pues tan exquisita estaba.

Pero como apremiaba el tiempo, Hassán no pudo saber más, porque el eunuco hizo que Agib partiese con él hacia las tiendas del visir.

Y apenas se hubo marchado Agib, Hassán sintió que su alma se iba con él, y no pudo sustraerse al deseo de seguirle. Cerró enseguida su tienda, y sin sospechar que Agib era su hijo, marchó a buen paso, para alcanzarles antes de que hubiesen traspuesto la puerta principal de la ciudad.

Entonces el eunuco se apercibió de que el pastelero les seguía, y volviéndose hacia él, le dijo: «Pastelero, ¿por qué nos sigues?» Y Badreddin respondió: «Tengo que despachar un asunto fuera de la ciudad, y he querido alcanzaros para que vayamos juntos y regresar después enseguida. Además, vuestra partida me ha arrancado el alma del cuerpo».

Estas palabras indignaron profundamente al eunuco, que exclamó: «¡Parece que va a salirnos muy caro el dichoso dulce! ¡Qué maldito tazón! ¡Este hombre nos lo va a amargar! ¡Y he aquí que ahora nos seguirá a todas partes!» Entonces, Agib, al volverse y ver al pastelero, se puso muy colorado, y balbuceó: «¡Déjalo, Said, que el camino de Alah es libre para todos los musulmanes!» Y añadió después: «Si viene hasta las tiendas, ya no habrá duda de que nos persigue, y entonces lo echaremos». Y dicho esto, Agib bajó la cabeza y continuó andando, y el eunuco marchaba a pocos pasos detrás de él.

En cuanto a Hassán, no dejó de seguirles hasta el Meidán de Hasba, donde estaban las tiendas. Y entonces Agib y el eunuco se volvieron, viéndole a pocos pasos detrás de ambos. Y esta vez acabó por enfadarse Agib, temiendo que el eunuco se lo contase todo a su abuelo: ¡que Agib había entrado en una pastelería y que el pastelero había seguido a Agib! Y asustado de que esto ocurriese, cogió una piedra y volvió a mirar a Hassán, que seguía inmóvil, contemplándole siempre con una extraña luz en los ojos. Y Agib, sospechando que esta llama de los ojos del pastelero era una llama equívoca, se puso aún más furioso y lanzó con toda su fuerza la piedra contra él, hiriéndole de gravedad en la frente. Después, Agib y el eunuco huyeron hacia las tiendas. En cuanto a Hassán Badreddin, cayó al suelo, desmayado y con la cara cubierta de sangre. Pero afortunadamente no tardó en volver en sí, se restañó la sangre, y con un trozo de su turbante se vendó la herida. Después comenzó a reconvenirse de este modo: «¡Verdaderamente, toda la culpa la tengo yo! He procedido muy mal al cerrar la tienda y seguir a ese hermoso muchacho, haciéndole creer que le acosaba con fines sospechosos». Y suspiró después: «¡Alah karim!». Luego regresó a la ciudad, abrió la tienda y siguió preparando sus pasteles y vendiéndolos como antes hacía, pensando siempre, lleno de dolor, en su pobre madre, que en la ciudad de Basrah le había enseñado desde muy niño las primeras lecciones del arte de la pastelería. Y se puso a llorar, y para consolarse, recitó esta estrofa:

¡No pidas justicia al infortunio! ¡Sólo hallarás el desengaño! ¡Porque el infortunio jamás te hará justicia!

En cuanto al visir Chamseddin, tío del pastelero Hassán Badreddin, transcurridos los tres días de descanso en Damasco, dispuso que levantasen el campamento del meidán, y continuando su viaje a Basrah, siguió el camino de Homs, luego el de Hama y por fin el de Alepo. Y en todas partes hacía investigaciones. De Alepo marchó a Mardin, después a Mosúl y luego a Diarbekir. Y llegó por último a la ciudad de Basrah.

Entonces, apenas hubo descansado, se apresuró a presentarse al sultán de Basrah, que le recibió con mucha amabilidad, preguntándole el motivo de su viaje. Y Chamseddin le relató toda la historia, y le dijo que era hermano de su antiguo visir Nureddin. Al oír el nombre de Nureddin exclamó el sultán: «¡Alah lo tenga en su gracia!» Y añadió: «Efectivamente, Nureddin fue mi visir, y lo quise mucho, y murió hace quince años. Y dejó un hijo llamado Hassán Badreddin, que era mi favorito predilecto; mas un día desapareció, y no hemos vuelto a saber de él. Pero en Basrah está todavía su madre, la esposa de tu hermano, e hija de mi antiguo visir, el antecesor de Nureddin».

Esta noticia colmó de alegría a Chamseddin, que dijo: «¡Oh rey! ¡Quisiera ver a mi cuñada!» Y el rey lo consintió.

Chamseddin corrió a casa de su difunto hermano inmediatamente después de haber averiguado las señas. Y no tardó en llegar, pensando todo el camino en Nureddin, muerto lejos de él, con la tristeza de no poder abrazarle. Y llorando, recitó estas dos estrofas:

¡Oh! ¡Vuelva yo a la morada de mis antiguas noches! ¡Logre yo besar sus paredes!

¡Pero no es el amor a estos muros de la casa querida el que me ha herido en mitad del corazón, sino el amor al que en ella vivía!

Atravesó Chamseddin la puerta principal, llegando a un gran patio, en cuyo fondo se alzaba la morada. La puerta era una maravilla de arcadas de granito, embellecida con mármoles de todos los colores. En el umbral, sobre una magnífica losa de mármol, vio el nombre de su hermano Nureddin grabado con letras de oro. Se inclinó para besar aquel nombre, y se afectó mucho, recitando estas estrofas:

¡Todas las mañanas pido noticias suyas al sol que sale! ¡Y todas las noches se las pido al relámpago que brilla!

¡Cuando duermo, hasta cuando duermo, el deseo, el aguijón del deseo, el peso del deseo, la sierra afilada del deseo, trabaja en mí! ¡Y nunca calma estos dolores!

¡Oh dulce amigo! ¡No prolongues más la dura ausencia! ¡Mi corazón está destrozado, cortado en pedazos, por el dolor de esta ausencia!

¡Oh! ¡Qué día bendito, qué día tan incomparable sería aquel en que al fin pudiéramos reunirnos!

¡Pero no temas que por tu ausencia se haya llenado mi corazón con el amor de otro! ¡Mi corazón no es bastante grande para encerrar otro amor!

Después entró Chamseddin en la casa y atravesó varios aposentos, hasta llegar a aquel en que estaba generalmente su cuñada, la madre de Hassán Badreddin El-Bassrauí.

Desde la desaparición de su hijo, se había encerrado en aquella estancia, y allí pasaba días y noches en continuo llanto. Y había mandado construir en medio de la habitación un pequeño edificio con su cúpula, para que figurase la tumba de su pobre hijo, al cual creía muerto desde mucho tiempo atrás. Y allí dejaba transcurrir entre lágrimas su vida, y allí, extenuada por el dolor, abatía la cabeza aguardando la muerte.

Al llegar junto a la puerta, Chamseddin oyó a su cuñada, que con voz doliente recitaba estos versos:

¡Oh tumba! ¡Dime, por Alah, si han desaparecido la hermosura y los encantos de mi amigo! ¿Se desvaneció para siempre el magnífico espectáculo de su belleza?

¡Oh tumba! No eres seguramente el jardín de las delicias ni el elevado cielo; pero dime, ¿cómo veo resplandecer dentro de ti la luna y florecer el ramo?

Entonces entró el visir Chamseddin, saludó a su cuñada con el mayor respeto, y la enteró de que era el hermano de su esposo Nureddin. Después le refirió toda la historia, haciéndole saber que Hassán, su hijo, se había acostado una noche con su hija Sett El-Hosn y había desaparecido por la mañana, y Sett El-Hosn quedó preñada y parió a Agib. Después añadió: «Agib ha venido conmigo. Es tu hijo, por ser el hijo de tu hijo y mi hija».

La viuda, que hasta aquel momento había estado sentada, como una mujer de riguroso luto que renuncia a los usos sociales, al saber que vivía su hijo y que su nieto estaba allí y tenía delante a su cuñado el visir de Egipto, se levantó apresuradamente y se echó a los pies de Chamseddin, besándole, y recitó en honor suyo estas estrofas:

¡Por Alah! ¡Colma de beneficios a aquel que acaba de anunciarme esta nueva feliz, pues para mí es la noticia más dichosa y mejor de cuantas pueden oírse!

¡Y si le agradan los regalos, puedo hacerle el de un corazón desgarrado por las ausencias!

El visir ordenó que buscasen enseguida a Agib, y cuando éste se presentó, su abuela se abrazó a él llorando. Y Chamseddin le dijo: «¡Oh mi señora! No es el momento de llorar, sino de que prepares tu viaje a Egipto en compañía de nosotros. ¡Y quiera Alah reunirnos con tu hijo y sobrino mío Hassán!» Y la abuela de Agib respondió: «Escucho y obedezco». Y en el mismo instante fue a disponer todas las cosas necesarias, y los víveres, y toda su servidumbre, no tardando en hallarse dispuesta.

Entonces el visir Chamseddin fue a despedirse del sultán de Basrah. Y el sultán le entregó muchos regalos para él y para el sultán de Egipto. Después, Chamseddin, las dos damas y Agib emprendieron la marcha acompañados de todo su séquito.

Y no se detuvieron hasta llegar nuevamente a Damasco. Hicieron alto en la plaza de Kânun, armaron las tiendas, y el visir dijo: «Ahora nos detendremos en Damasco toda una semana, para tener tiempo de comprar regalos como se los merece el sultán de Egipto».

Y mientras el visir recibía a los ricos mercaderes que habían acudido para ofrecerles sus géneros, Agib dijo al eunuco: «Baba Said, tengo ganas de distraerme un rato. Vámonos al zoco para saber qué novedades hay y qué le ocurrió a aquel pastelero cuyos dulces nos comimos, y teniendo que agradecerle su hospitalidad le pagamos partiéndole la cabeza de una pedrada. Realmente, le volvimos mal por bien». Y el eunuco respondió: «Escucho y obedezco».

Entonces Agib y el eunuco abandonaron el campamento, porque Agib obraba con un ciego impulso, como movido por un cariño filial inconsciente. Llegados a la ciudad, anduvieron por todos los zocos hasta que encontraron la pastelería. Y era la hora en que los creyentes marchaban a la mezquita de los Baní-Ommiah para la oración del asr.

Y precisamente en dicho momento estaba Hassán Badreddin en su tienda, ocupado en confeccionar el mismo plato delicioso de la otra vez: granos de granada con almendras, azúcar y perfumes en su punto. Y entonces Agib pudo observar al pastelero, y ver en su frente la cicatriz de la pedrada con que le había herido. Y se le enterneció más el corazón, y le dijo: «¡Oh pastelero, la paz sea contigo! El interés que me inspiras hace venir a saber de ti. ¿No me recuerdas?» Y apenas lo vio Hassán, se le conmovieron las entrañas, le palpitó el corazón desordenadamente, abatió la cabeza hacia el suelo, y su lengua, pegada al paladar, le impedía decir palabra. Por fin hubo de levantar la vista hacia el muchacho, y sumisa y humildemente recitó estas estrofas:

¡Pensé reconvenir a mi amante, pero en cuanto le vi lo olvidé todo, y no pude dominar mi lengua ni mis ojos!

¡He callado y bajé los ojos ante su apostura imponente y altiva, y quise disimular lo que sentía, pero no lo pude conseguir!

¡He aquí cómo, después de haber escrito pliegos y pliegos de reconvenciones, al hallarle ante mí me fue imposible leer ni una palabra!

Luego añadió: «¡Oh mis señores! ¿Queréis entrar sólo por condescendencia y probar este plato? Porque, ¡por Alah! apenas te he visto, ¡oh lindo muchacho! mi corazón se ha inclinado hacia tu persona, como la otra vez. Y me arrepiento de haber cometido la locura de seguirte». Y Agib contestó: «¡Por Alah, que eres un amigo peligroso! Por unos dulces que nos diste, estuvo en poco que nos comprometieras. Pero ahora no entraré, ni comeré nada en tu casa, como no jures que no saldrás detrás de nosotros como la otra vez. Y sabe que de otra manera nunca volveremos aquí, porque vamos a pasar toda la semana en Damasco, a fin de que mi abuelo pueda comprar regalos para el sultán». Entonces Badreddin exclamó: «¡Lo juro ante vosotros!» Y enseguida Agib y el eunuco entraron en la tienda, y Badreddin les ofreció enseguida una terrina de granos de granada, su deliciosa especialidad. Y Agib le dijo: «Ven, y come con nosotros. Y así puede que Alah conceda el éxito a nuestras pesquisas». Y Hassán se sintió muy feliz al sentarse frente a ellos. Pero no dejaba ni un instante de contemplar a Agib. Y lo miraba de un modo tan extraño y persistente, que Agib, cohibido, le dijo: «¡Por Alah! ¡Qué enamorado tan pesado y tan molesto eres! Ya te lo dije la otra vez. No me mires de esa manera, pues parece que quisieras devorar mi cara con tus ojos». Y a sus frases respondió Badreddin con estas estrofas:

¡En lo más profundo de mi corazón hay para ti un secreto que no puedo revelar, un pensamiento íntimo y oculto que nunca traduciré en palabras!

¡Oh tú, que humillas a la brillante luna, orgullosa de su belleza! ¡oh tú, rostro radiante, que avergüenzas a la mañana y a la resplandeciente aurora!

¡Te he consagrado un culto mudo; te dediqué, ¡oh vaso selecto! un signo mortal y unos votos que de continuo se acrecientan y embellecen!

¡Y ahora ardo y me derrito por completo! ¡Tu rostro es mi paraíso! ¡Estoy seguro de morir de esta sed abrasadora! ¡Y sin embargo, tus labios podrían apagarla y refrescarme con su miel!

Terminadas estas estrofas, recitó otras no menos admirables, pero en otro sentido, dirigidas al eunuco. Y así estuvo diciendo versos durante una hora, tan pronto dedicados a Agib como al esclavo. Y luego que sus huéspedes se hubieron saciado, Hassán se levantó a fin de traerles lo indispensable para que se lavasen. Y al efecto les presentó un hermoso jarro de cobre muy limpio; les echó agua perfumada en las manos y se las limpió después con una hermosa toalla de seda que le pendía de la cintura. Y enseguida les roció con agua de rosas, sirviéndose de un aspersorio de plata que guardaba cuidadosamente en el estante más alto de su tienda, sacándolo nada más que en las ocasiones solemnes. Y no contento aún, salió un instante para volver enseguida, trayendo en la mano dos alcarrazas llenas de sorbete de agua de rosas, y les ofreció una a cada uno, diciendo: «Aceptadlo y coronad así vuestra condescendencia». Entonces Agib cogió una alcarraza y bebió, y luego se la entregó al eunuco, que bebió y se la entregó otra vez a Agib, que bebió y se la volvió a entregar al esclavo, y así sucesivamente, hasta que llenaron bien el vientre y se vieron hartos como nunca lo habían estado en su vida. Y por último, dieron las gracias al pastelero, y se retiraron muy de prisa para llegar al campamento antes de que se pusiese el sol.

Y llegados a las tiendas, Agib se apresuró a besar la mano de su abuela y a su madre Sett El-Hosn. Y la abuela le dio otro beso, acordándose de su hijo Badreddin, y hubo de suspirar y llorar mucho. Y después recitó estas dos estrofas:

¡Si no tuviese la esperanza de que los objetos separados han de reunirse algún día, nada habría aguardado yo desde que te fuiste!

¡Pero hice el juramento de que no entraría en mi corazón más amor que el tuyo! ¡Y Alah mi señor, que conoce todos los secretos, puede atestiguar que lo he cumplido!

Después le dijo a Agib: «Hijo mío, ¿por dónde estuviste?» Y él contestó: «Por los zocos de Damasco». Y ella dijo: «Ya debes temer mucho apetito». Y se levantó y le trajo una terrina llena del famoso dulce de granada, deliciosa especialidad en que era muy diestra, y cuyas primeras nociones había dado a su hijo Badreddin siendo él muy niño.

Y ordenó al eunuco: «Puedes comer con tu amo Agib». Y el eunuco, haciendo muecas, se decía: «¡Por Alah! ¡Maldito el apetito que tengo! ¡No podré comer ni un bocado!» Pero fue a sentarse junto a su señor.

Y Agib, que se había sentado también, se encontraba con el estómago lleno de cuanto había comido y bebido en la pastelería. Sin embargo, tomó un poco de aquel dulce, pero no pudo tragarlo por lo harto que estaba. Además le pareció muy poco azucarado. Y en realidad no era así ni mucho menos. Porque la culpa era de él, pues no podía estar más ahíto de lo que estaba. Así es que, haciendo un gesto de repugnancia, dijo a su abuela: «¡Oh abuela! Este dulce no está bien hecho». Y la abuela, despechada, exclamó: «¿Cómo te atreves a decir que no están bien hechos mis dulces? ¿Ignoras que no hay en el mundo quien me iguale en el arte de la repostería y la confitería, como no sea tu padre Hassán Badreddin, y eso porque yo le enseñé?» Pero Agib repuso: «¡Por Alah, abuela, que a este plato le falta algo de azúcar! No se lo digas a mi madre ni a mi abuelo; pero sabe que acabamos de comer en el zoco, donde nos ha obsequiado un pastelero, ofreciéndonos este mismo plato. ¡Ah! ¡sólo su perfume ensanchaba el corazón! Y su sabor delicioso habría despertado el apetito de un enfermo. Y realmente, este plato preparado por ti no se le puede comparar ni con mucho, abuela mía».

Y la abuela, enfurecida al oír estas palabras, lanzó una terrible mirada al eunuco Said y le dijo..».

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Entonces, su hermana, la joven Doniazada, le dijo: «¡Oh hermana mía! ¡Cuán dulces y agradables son tus palabras, y cuán delicioso y encantador ese cuento!»

Y Schehrazada sonrió y dijo: «Sí, hermana mía; pero nada vale comparado con lo que os contaré la próxima noche, si vivo aún, por merced de Alah y gusto del rey».

Y el rey dijo para sí: «¡Por Alah! No la mataré antes de oír la continuación de su historia, pues realmente es una historia en extremo asombrosa y extraordinaria».

Después el rey Schahriar y Schehrazada pasaron enlazados el resto de la noche, hasta que salió el sol.

Inmediatamente el rey Schahriar fue a la sala de sus justicias, y se llenó el diván con la multitud de visires, chambelanes, guardias y gente de palacio. Y el rey juzgó y dispuso nombramientos y destituciones, y gobernó y despachó los asuntos pendientes, hasta que hubo acabado el día.

Luego se levantó el diván, regresó el rey al palacio, y cuando llegó la noche fue a buscar a Schehrazada, la hija del visir, y no dejó de hacer con ella su cosa acostumbrada.

Y ERA LA 24ª NOCHE

La joven Doniazada, en cuanto se hubo terminado la cosa, se apresuró a levantarse del tapiz y dijo a Schehrazada:

«¡Oh hermana mía! Te suplico que termines ese cuento tan hermoso de la historia del bello Hassán Badreddin y de su mujer, la hija de su tío Chamseddin. Estabas precisamente en estas palabras: “La abuela lanzó una terrible mirada al eunuco Said, y le dijo..”. ¿Qué le dijo?»

Y Schehrazada, sonriendo a su hermana, repuso: «La proseguiré de todo corazón y buena voluntad, pero no sin que este rey tan bien educado me lo permita».

Entonces, el rey, que aguardaba impaciente el final del relato, dijo a Schehrazada: «Puedes continuar».

Y Schehrazada dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que la abuela de Agib se encolerizó mucho, miró al esclavo de una manera terrible, y le dijo: «Pero ¡desdichado! ¡Así has pervertido a este niño! ¿Cómo te atreviste a hacerle entrar en tiendas de cocineros o pasteleros?» A estas palabras de la abuela de Agib, el eunuco, muy asustado, se apresuró a negar, y dijo: «No hemos entrado en ninguna pastelería; no hicimos más que pasar por delante». Pero Agib insistió tenazmente: «¡Por Alah! Hemos entrado y hemos comido muy bien». Y maliciosamente añadió: «Y te repito, abuela, que aquel dulce estaba mucho mejor que este que nos ofreces».

Entonces la abuela se marchó indignada en busca del visir para enterarle de aquel «terrible delito del eunuco de alquitrán». Y de tal modo excitó al visir contra el esclavo, que Chamseddin, hombre de mal genio, que solía desahogarse a gritos contra la servidumbre, se apresuró a marchar con su cuñada en busca de Agib y el eunuco. Y exclamó: «¡Said! ¿Es cierto que entraste con Agib en una pastelería?» Y el eunuco, aterrado, dijo: «No es cierto, no hemos entrado». Pero Agib, maliciosamente, repuso: «¡Sí que hemos entrado! ¡Y además, cuánto hemos comido! ¡Ay, abuela! Tan rico estaba, que nos hartamos hasta la nariz. Y luego hemos tomado un sorbete delicioso, con nieve, de lo más exquisito. Y el complaciente pastelero no economizó en nada el azúcar, como la abuela». Entonces aumentó la ira del visir, y volvió a preguntar al eunuco, pero éste seguía negando. Enseguida el visir le dijo: «¡Said! Eres un embustero. Has tenido la audacia de desmentir a este niño, que dice la verdad, y sólo podría creerte si te comieras toda esta terrina preparada por mi cuñada. Así me demostrarías que te hallas en ayunas».

Entonces Said, aunque ahíto por la comilona en casa de Badreddin, quiso someterse a la prueba. Y se sentó frente a la terrina, dispuesto a empezar; pero hubo de dejarlo al primer bocado, pues estaba hasta la garganta. Y tuvo que arrojar el bocado que tomó, apresurándose a decir que la víspera había comido tanto en el pabellón con los demás esclavos, que había cogido una indigestión. Pero el visir comprendió enseguida que el eunuco había entrado realmente aquel día en la tienda del pastelero. Y ordenó que los otros esclavos lo tendiesen en tierra, y él mismo, con toda su fuerza, le propinó una gran paliza. Y el eunuco, lleno de golpes, pedía piedad, pero seguía gritando: «¡Oh mi señor, es cierto que cogí una indigestión!» Y como el visir ya se cansaba de pegarle, se detuvo y le dijo: «¡Vamos! ¡Confiesa la verdad!» Entonces el eunuco se decidió y dijo: «Sí, mi señor, es verdad. Hemos entrado en una pastelería en el zoco. Y lo que se nos dio allí de comer era tan rico, que en mi vida probé una cosa semejante. ¡No como este plato horrible y detestable! ¡Por Alah! ¡Qué malo es!»

Entonces el visir se echó a reír de muy buena gana; pero la abuela no pudo dominar su despecho, y dijo: «¡Calla, embustero! ¿A que no traes un plato como éste? Todo eso que has dicho no es más que una invención tuya. Ve, si no, a buscar una terrina de ese mismo dulce. Y si la traes, podremos comparar mi trabajo y el de ese pastelero. Mi cuñado será quien juzgue». Y el eunuco contestó: «No hay inconveniente». Entonces la abuela le dio medio dinar y una terrina de porcelana, vacía.

Y el eunuco salió, marchando a la pastelería, donde dijo al pastelero: «He aquí que acabamos de apostar en favor de ese plato de granada, que sabes hacer, contra otro que han preparado los criados. Aquí tienes medio dinar, pero preséntalo con toda tu pericia, pues si no, me apalearán de nuevo. Todavía me duelen las costillas». Entonces Hassán se echó a reír y le dijo: «No tengas cuidado; sólo hay en el mundo una persona que sepa hacer este dulce, y es mi madre. ¡Pero está en un país muy lejano!»

Después Badreddin llenó muy cuidadosamente la terrina, y aun hubo de mejorarla añadiéndole un poco de almizcle y de agua de rosas. Y el eunuco regresó a toda prisa al campamento. Entonces la abuela de Agib tomó la terrina y se apresuró a probar el dulce, para darse cuenta de su calidad y su sabor. Y apenas lo llevó a sus labios, exhaló un grito y cayó de espaldas.

Y el visir y todos los demás no salían de su asombro, y se apresuraron a rociar con agua de rosas la cara de la abuela, que al cabo de una hora pudo volver en sí. Y dijo: «¡Por Alah! ¡El autor de este plato de granada no puede ser más que mi hijo Hassán Badreddin, y no otro alguno! ¡Estoy segura de ello! ¡Soy la única que sabe prepararlo de esta manera, y sólo se lo enseñé a mi hijo Hassán!»

Y al oírla, el visir llegó al límite de la alegría y de la impaciencia, y exclamó: «¡Alah va a permitir por fin que nos reunamos!» Enseguida llamó a sus servidores, y después de meditar unos momentos, concibió un plan, y les dijo: «Id veinte de vosotros inmediatamente a la pastelería de ese Hassán, conocido en el zoco por Hassán El-Bassrauí, y haced pedazos cuanto haya en la tienda. Amarrad al pastelero con la tela de su turbante y traédmelo aquí, pero sin hacerle daño alguno».

Luego montó a caballo, y provisto de las cartas oficiales, se fue a la casa del gobierno para ver al lugarteniente que representaba en Damasco a su señor el sultán de Egipto. Y mostró las cartas del sultán al lugarteniente gobernador, que se inclinó al leerlas, besándolas respetuosamente y poniéndoselas sobre la cabeza con veneración. Después, volviéndose al visir, le dijo: «Estoy a tus órdenes. ¿De quién quieres apoderarte?» Y el visir le contestó: «Solamente de un pastelero del zoco». Y el gobernador dijo: «Pues es muy fácil». Y mandó a sus guardias que fuesen a prestar auxilio a los servidores del visir. Y después de despedirse del gobernador, volvió el visir a sus tiendas.

Por su parte, Hassán Badreddin vio llegar gente armada con palos, piquetas y hachas, que invadieron súbitamente la pastelería, haciéndolo pedazos todo, tirando por los suelos los dulces y pasteles, y destruyendo, en fin, la tienda entera. Después, apoderándose del espantadísimo pastelero, le ataron con la tela de su turbante, sin decir palabra. Y Hassán pensaba: «¡Por Alah! La causa de todo esto debe haber sido esa maldita terrina. ¿Qué habrán encontrado en ella?»

Y acabaron por llevarle al campamento, a presencia del visir. Y Hassán Badreddin, muy asustado, exclamó: «¡Señor! ¿Qué crimen he cometido?» Y el visir le dijo: «¿Eres tú quien ha preparado ese dulce de granada?» Y Hassán repuso: «¡Oh mi señor! ¿Has encontrado en él algo por lo cual deban cortarme la cabeza?» Y el visir replicó severamente: «¿Cortarte la cabeza? Eso sería un castigo demasiado suave. Algo peor te ha de pasar, como irás viendo».

Porque el visir había encargado a las dos damas que le dejasen a su gusto, pues no quería darles cuenta de sus investigaciones hasta su llegada a El Cairo.

Llamó, pues, a sus esclavos, y les dijo: «Que se me presente uno de nuestros camelleros. Y traed un cajón grande de madera». Y los esclavos obedecieron enseguida. Después, por orden del visir, se apoderaron del atemorizado Hassán y le hicieron entrar en el cajón, que cerraron cuidadosamente. Enseguida lo cargaron en el camello, levantaron las tiendas, y la comitiva se puso en marcha. Y así caminaron hasta la noche. Entonces se detuvieron para comer, y a fin de que Hassán también comiese, le dejaron salir unos instantes, encerrándole después de nuevo. Y de este modo prosiguieron el viaje. De cuando en cuando se detenían, y se hacía salir a Hassán para encerrarle luego de ser sometido a un interrogatorio del visir, que le preguntaba cada vez: «¿Eres tú el que preparó el dulce de granada?» Y Hassán contestaba siempre: «¡Oh mi señor! Así es, en verdad». Y el visir exclamaba: «¡Atad a ese hombre y encerradle en el cajón!»

Y de este modo llegaron a El Cairo. Pero antes de entrar en la ciudad, el visir hizo que sacaran a Hassán del cajón y se lo presentasen. Y entonces dispuso: «¡Que venga enseguida un carpintero!» Y el carpintero compareció, y el visir le dijo: «Toma las medidas de alto y de ancho para construir una picota que le vaya bien a este hombre, y adáptala a un carretón, que arrastrará una pareja de búfalos». Y Hassán, espantado, exclamó: «¡Señor! ¿Qué vas a hacer conmigo?» Y el visir dijo: «Clavarte en la picota y llevarte por la ciudad para que todos te vean». Y Hassán repuso: «Pero ¿cuál es mi crimen, para que me castigues de este modo?» Entonces el visir Chamseddin le dijo: «¡La negligencia con que preparaste el plato de granada! Le faltaban condimento y aroma». Y al oírlo Hassán se aporreó con las manos la cabeza, y dijo: «¡Por Alah! ¡Todo eso es mi crimen! ¿Y no es otra la causa de este suplicio del viaje, y de que sólo me hayas dado de comer una vez al día, y pienses, por añadidura, clavarme en la picota?» Y el visir respondió: «Ciertamente, esa es toda la causa; ¡por la falta de condimento!»

Entonces Hassan llegó al límite del asombro, y levantando los brazos al cielo se puso a reflexionar profundamente. Y el visir le dijo: «¿En qué piensas?» Y Hassán respondió: «¡Por Alah! Pienso en que hay muchos locos en este mundo. Porque si tú no fueses el más loco de todos los locos, no me hubieras tratado así porque falte un poco de aroma en un plato de granada». Y el visir dijo: «He de enseñarte a que no reincidas, y no veo otro medio». Pero Hassán exclamó: «¡Pues tu manera de proceder es un crimen muchísimo mayor que el mío, y debías empezar por castigarte!» Entonces el visir contestó: «¡No te preocupes! ¡La picota es lo que más te conviene!»

Y mientras tanto, el carpintero seguía preparando allí mismo el poste del suplicio, y de cuando en cuando dirigía miradas a Hassán, como queriéndole decir: «¡Por Alah, que has de estar muy a tu gusto!»

Pero a todo esto se hizo de noche. Y se apoderaron de Hassán y nuevamente lo encerraron en el cajón. Y su tío le dijo: «¡Mañana te crucificaremos!» Después aguardó a que Hassán se hubiese dormido dentro de su cárcel. Entonces dispuso que cargasen la caja en un camello y dio la orden de partir, no deteniéndose hasta llegar al palacio.

Y fue entonces cuando quiso revelárselo todo a su hija y a su cuñada. Y dijo a su hija Sett El-Hosn: «¡Loado sea Alah que nos ha permitido encontrar a tu primo Hassán Badreddin! ¡Ahí lo tienes! ¡Marcha, hija mía, y sé feliz! Y procura colocar los muebles, los tapices y todo lo de la casa y de la cámara nupcial exactamente lo mismo que estaban la noche de tus bodas». Y Sett El-Hosn, casi en el límite de la emoción, dio al momento las órdenes necesarias, y sus siervas se levantaron enseguida, y pusieron manos a la obra, encendiendo los candelabros. Y el visir les dijo: «Voy a auxiliar vuestra memoria». Y abrió un armario, y sacó el papel con la lista de los muebles y de todos los objetos, con la indicación de los sitios que ocupaban. Y fue leyendo muy detenidamente esta lista, cuidando que cada cosa se pusiera en su lugar. Y tan a maravilla se hizo todo, que el observador más inteligente se habría creído aún en la noche de boda de Sett El-Hosn con el jorobado.

Enseguida el visir colocó con sus propias manos las ropas de Hassán donde éste las dejó: el turbante en la silla, el calzoncillo en el lecho, los calzones y el ropón en el diván, con la bolsa de los mil dinares y el contrato del judío, volviendo a coser en el turbante el pedazo de hule con los papeles que contenía.

Después recomendó a Sett el-Hosn que se vistiese como la primera noche, disponiéndose a recibir a su primo y esposo Hassán Badreddin, y que cuando éste entrase, le dijera: «¡Oh, cuánto tiempo has estado en el retrete! ¡Por Alah! Si estás indispuesto, ¿por qué no lo dices? ¿Acaso no soy yo tu esclava?» Y le recomendó también, aunque en realidad Sett El-Hosn no necesitaba esta advertencia, que se mostrase muy cariñosa con su primo y le hiciese pasar la noche lo más agradablemente posible.

Y luego el visir apuntó la fecha de este día bendito. Y fue al aposento donde estaba Hassán encerrado en el cajón. Lo mandó sacar mientras dormía, le desató las piernas, lo desnudó y no le dejó más que una camisa fina y un gorro en la cabeza, lo mismo que la noche de la boda. Después se escabulló, abriendo las puertas que conducían a la cámara nupcial, para que Hassán se despertase solo.

Y Hassán no tardó en despertarse, y atónito al verse casi desnudo en aquel corredor tan maravillosamente alumbrado, y que no se le hacía desconocido, dijo: «¡Por Alah! ¿estaré despierto o soñando?»

Pasados los primeros instantes de sorpresa, se arriesgó a levantarse y a mirar a través de una de las puertas que se abrían en el pasillo. Y en el acto perdió la respiración. Acababa de reconocer la sala donde se había celebrado la fiesta en honor suyo y con tal detrimento para el jorobado. Y al mirar por la puerta que conducía a la cámara nupcial, vio su turbante encima de una silla y en el diván su ropón y sus calzones. Entonces, llena de sudor la frente, se dijo: «¿Estaré despierto? ¿Estaré soñando? ¿Estaré loco?» Y quiso avanzar, pero adelantaba un paso y retrocedía otro, limpiándose a cada momento la frente, bañada de un sudor frío. Y al fin exclamó: «¡Por Alah! No es posible dudarlo. ¡Esto es un sueño! Pero ¿no estaba yo amarrado y metido en un cajón? ¡No; esto es un sueño!» Y así llegó hasta la entrada de la cámara nupcial, y cautelosamente avanzó la cabeza.

Y he aquí que Sett El-Hosn, tendida en el lecho, en toda su hermosura, levantó gentilmente una de las puntas del mosquitero de seda azul y dijo: «¡Oh dueño querido! ¡Cuánto tiempo has estado en el retrete! ¡Ven enseguida!»

Entonces el pobre Hassán se echó a reír a carcajadas, como un tragador de haschich o un fumador de opio, y gritaba: «¡Oh, qué sueño tan asombroso! ¡Qué sueño tan embrollado!» Y avanzó con infinitas precauciones, como si pisara serpientes, agarrando con una mano el faldón de la camisa y tentando en el aire con la otra, como un ciego o como un borracho.

Después, sin poder resistir la emoción, se sentó en la alfombra y empezó a reflexionar profundamente. Y es el caso que veía allí mismo, delante de él, sus calzones tal como eran, abombados y con sus pliegues bien hechos, su turbante de Basrah, su ropón, y colgando, los cordones de la bolsa.

Y nuevamente le habló Sett El-Hosn desde el interior del lecho y le dijo: «¿Qué haces, mi querido? ¡Te veo perplejo y tembloroso! ¡Ah! ¡No estabas así al principio!»

Entonces, Badreddin, sin levantarse y apretándose la frente con las manos, empezó a abrir y a cerrar la boca, con una risa de loco, y al fin pudo decir: «¿Qué principio? ¿Y de qué noche? ¡Por Alah! ¡Si hace años y años que me ausenté!»

Entonces Sett El-Hosn le dijo: «¡Oh querido mío! ¡Tranquilízate! ¡Por el nombre de Alah sobre ti y en torno de ti! ¡Tranquilízate! Hablo de esta noche que acabas de pasar en mis brazos, ¡la noche del poderoso ariete! Saliste un instante y has tardado cerca de una hora. Pero ya veo que no te encuentras bien. ¡Ven, ojos míos, a que te dé calor; ven, alma mía!»

Pero Badreddin siguió riendo como un loco, y dijo: «¡Puede que digas la verdad! ¡Es posible que me haya dormido en el retrete y que haya soñado!» Después añadió: «¡Pero qué sueño tan desagradable! Figúrate que he soñado que era algo así como cocinero o pastelero de la ciudad de Damasco, en Siria, muy lejos de aquí, y que vivía diez años en ese oficio. He soñado también con un muchacho, seguramente hijo de noble, al que acompañaba un eunuco. Y me ocurrió con él tal aventura..». Y el pobre Hassán, notando que el sudor le bañaba la frente, fue a enjugarla, pero entonces tentó la huella de la piedra que le había herido, y dio un salto y dijo: «¡Por Alah! ¡Esta es la cicatriz de la pedrada que me tiró aquel muchacho!» Después reflexionó un instante, y añadió: «¡Es efectivamente un sueño! Este golpe es posible que me lo hayas dado tú hace un momento, en uno de nuestros transportes». Y luego dijo: «Sigo contándote mi sueño. Llegué a Damasco, pero no sé cómo. Era una mañana, y yo iba como ahora me ves, en camisa y con un gorro blanco: el gorro del jorobado. Y los habitantes no sé qué querían hacer conmigo. Heredé la tienda de un pastelero, un viejecillo muy amable. ¡Pero claro, esto no ha sido un sueño! Porque he preparado un plato de granada que no tenía bastante aroma... ¿Y después?... ¿Pero he soñado todo esto o ha sido realidad?..».

Entonces Sett El-Hosn exclamó: «¡Querido mío, realmente has soñado cosas muy extrañas! ¡Por favor, prosigue hasta el final!»

Y Hassán Badreddin, interrumpiéndose de cuando de cuando para lanzar exclamaciones, refirió a Sett El-Hosn toda la historia, real o soñada, desde el principio hasta el fin. Y luego añadió: «¡Cuando pienso que por poco me crucifican! ¡Y me hubiesen crucificado si no se disipa oportunamente el sueño! ¡Por Alah! ¡Todavía sudo al acordarme del cajón!»

Y Sett El-Hosn le preguntó: «¿Y por qué te querían crucificar?» Y él contestó: «Por haber aromatizado poco el dulce de granada. ¡Oh! Me esperaba la terrible picota con un carretón arrastrado por dos búfalos del Nilo. Pero gracias a Alah, todo ha sido un sueño... Y a fe que la pérdida de mi pastelería, destruida por completo, me dio mucha pena».

Entonces Sett El-Hosn, que ya no podía más, saltó de la cama, se echó en brazos de Hassán Badreddin, y estrechándole contra su pecho empezó a besarle todo. Pero él no se movía. Y de pronto dijo: «¡No, no! ¡Esto es un sueño! ¡Por Alah! ¿dónde estoy? ¿dónde está la verdad?»

Y el pobre Hassán, llevado suavemente al lecho en brazos de Sett El-Hosn, se tendió extenuado y cayó en un sueño profundo, velado por su esposa, que de cuando en cuando le oía murmurar: «¡Es la realidad! ¡No! ¡Es un sueño!»

Con la mañana volvió la calma al espíritu de Hassán Badreddin, que al despertarse se encontró en brazos de Sett El-Hosn, viendo al pie del lecho a su tío el visir Chamseddin, que enseguida le deseó la paz. Y Badreddin le dijo: «¡Por Alah! ¿No has sido tú quien mandó que me atasen los brazos y has dispuesto la destrucción de mi tienda? ¡Y todo ello por estar poco aromatizado el dulce de granada!»

Entonces, el visir Chamseddin, como ya no había razón para callar, le dijo:

«¡Oh hijo mío! Sabe que eres Hassán Badreddin, hijo de mi difunto hermano Nureddin, visir de Basrah. Y si te he hecho sufrir tales tratos ha sido para tener una nueva prueba con qué identificarte y saber que eras tú, y no otro, el que entró en la casa de mi hija la noche de la boda. Y esa prueba la he tenido al ver que conocías (pues yo estaba escondido detrás de ti) la casa y los muebles, y después tu turbante, tus calzones y tu bolsillo, y sobre todo, la etiqueta de esta bolsa y el pliego sellado del turbante, que contiene las instrucciones de tu padre Nureddin. Dispénsame, pues, hijo mío; porque no tenía otro medio de conocerte, ya que no te hube visto nunca, pues naciste en Basrah. ¡Oh hijo mío! Todo esto se debe a una divergencia que surgió hace muchos años entre tu padre Nureddin y yo, que soy tu tío».

Y el visir le contó toda la historia, y después le dijo: «¡Oh hijo mío! En cuanto a tu madre, la he traído de Basrah, y la vas a ver, lo mismo que a tu hijo Agib, fruto de tu primera noche de bodas con tu prima». Y el visir corrió a llamarlos.

El primero en llegar fue Agib, que esta vez se echó en brazos de su padre, y Badreddin, lleno de alegría, recitó estos versos:

¡Cuando te fuiste, me puse a llorar, y las lágrimas se desbordaban de mis párpados!

¡Y juré que si Alah reunía alguna vez a los amantes, afligidos por su separación, mis labios no volverían a hablar de la pasada ausencia.

¡La felicidad ha cumplido lo que ofreció y ha pagado su deuda! ¡Y mi amigo ha vuelto! ¡Levántate hacia aquel que trajo la dicha y recógete los faldones de tu ropón para servirle!

Apenas concluyó de recitar, cuando llegó sollozando la abuela de Agib, madre de Badreddin, y se precipitó en los brazos de su hijo, casi desmayada de júbilo.

Y a la vuelta de grandes expansiones y lágrimas de alegría, se contaron mutuamente sus historias y sus penas y todos sus padecimientos.

Dieron después gracias a Alah por haberlos unido sanos y salvos, y volvieron a vivir en la felicidad y entre puras delicias y sin privarse de nada, ¡hasta que les visitó la Separadora de los amigos, la Destructora de la felicidad, la Irreparable, la Inevitable!»

Y esta es, ¡oh rey afortunado! —dijo Schehrazada al rey Schahriar— la historia maravillosa que el visir Giafar Al-Barmakí refirió al califa Harún al-Rashid, Emir de los Creyentes de la ciudad de Bagdad. Y son estas también las aventuras del visir Chamseddin, de su hermano el visir Nureddin y de Hassán Badreddin, hijo de Nureddin.

Y el califa Harún Al-Rashid dijo: «¡Por Alah, que todo esto es verdaderamente asombroso!» Y admirado hasta el límite de la admiración, sonrió agradecido a su visir Giafar, y ordenó a los escribas de palacio que escribiesen con oro y con su más bella letra esta maravillosa historia y que la conservasen cuidadosamente en el armario de los papeles, para que sirviese de lección a los hijos de los hijos.

Y la discreta y sagaz Schehrazada, dirigiéndose al rey Schahriar, sultán de la India y de la China, prosiguió de este modo: «Pero no creas, ¡oh rey afortunado! que esta historia sea tan admirable como la que ahora te contaré si no estás cansado!» Y el rey Schahriar le preguntó: «¿Qué historia es esa?» Y Schehrazada dijo: «Es mucho más admirable que todas las otras». Y Schahriar preguntó: «Pero ¿cómo se llama?» Y ella dijo:

«Es la historia del sastre, el jorobado, el judío, el nazareno y el Barbero de Bagdad».

Entonces el rey exclamó: «¡Te lo concedo! ¡Puedes contarla!»

Historia del jorobado con el sastre, el corredor nazareno, el intendente y el médico judío; lo que resultó, y sus aventuras sucesivamente referidas

Entonces Schehrazada dijo al rey Schahriar:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que en la antigüedad del tiempo y en lo pasado de las edades y de los siglos, hubo en una ciudad de la China un hombre que era sastre y estaba muy satisfecho de su condición. Amaba las distracciones apacibles y tranquilas y de cuando en cuando acostumbraba salir con su mujer, para pasearse y recrear la vista con el espectáculo de las calles y los jardines. Pero cierto día que ambos habían pasado fuera de casa, al regresar a ella, al anochecer, encontraron en el camino a un jorobado de tan grotesca facha, que era antídoto de toda melancolía y haría reír al hombre más triste, disipando todo pesar y toda aflicción. Inmediatamente se le acercaron el sastre y su mujer, divirtiéndose tanto con sus chanzas, que le convidaron a pasar la noche en su compañía. El jorobado hubo de responder a esta oferta como era debido, uniéndose a ellos, y llegaron juntos a la casa. Entonces el sastre se apartó un momento para ir al zoco antes de que los comerciantes cerrasen su tienda, pues quería comprar provisiones con que obsequiar al huésped. Compró pescado frito, pan fresco, limones, y un gran pedazo de halaua para postre. Después volvió, puso todas estas cosas delante del jorobado, y todos se sentaron a comer.

Mientras comían alegremente, la mujer del sastre tomó con los dedos un gran trozo de pescado y lo metió por broma todo entero en la boca del jorobado, tapándosela con la mano para que no escupiera el pedazo, y dijo:

«¡Por Alah! Tienes que tragarte ese bocado de una vez sin remedio, o si no, no te suelto».

Entonces, el jorobado, tras de muchos esfuerzos, acabó por tragarse el pedazo entero. Pero desgraciadamente para él, había decretado el Destino que en aquel bocado hubiese una enorme espina. Y esta espina se le atravesó en la garganta, ocasionándole en el acto la muerte.

Al llegar a este punto de su relato, vio Schehrazada, hija del visir, que se acercaba la mañana, y con su habitual discreción no quiso proseguir la historia, para no abusar del permiso concedido por el rey Schahriar.

Entonces, su hermana la joven Doniazada le dijo: «¡Oh hermana mía! ¡Cuán gentiles, cuán dulces y cuán sabrosas son tus palabras!» Y Schehrazada respondió: «¿Pues qué dirás la noche próxima, cuando oigas la continuación, si es que vivo aún, porque así lo disponga la voluntad de este rey lleno de buenas maneras y de cortesía?»

Y el rey Schahriar dijo para sí: «¡Por Alah! No la mataré hasta no oír lo que falta de esta historia, que es muy sorprendente».

Después el rey Schahriar cogió a Schehrazada entre sus brazos, y pasaron enlazados el resto de la noche, hasta que llegó la mañana. Entonces el rey se levantó y se fue a la sala de justicia. Y enseguida entró el visir, y entraron asimismo los emires, los chambelanes y los guardias, y el diván se llenó de gente. Y el rey empezó a juzgar y a despachar asuntos, dando un cargo a éste, destituyendo a aquél, sentenciando en los pleitos pendientes, y ocupando su tiempo de este modo hasta acabar el día. Terminado el diván, el rey volvió a sus aposentos y fue en busca de Schehrazada.

Y CUANDO LLEGÓ LA 25ª NOCHE

Doniazada dijo a Schehrazada: «¡Oh hermana mía! Te ruego que nos cuentes la continuación de esa historia del jorobado, con el sastre y su mujer». Y Schehrazada repuso: «¡De todo corazón y como debido homenaje! Pero no sé si lo consentirá el rey». Entonces el rey se apresuró a decir: «Puedes contarla». Y Schehrazada dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que cuando el sastre vio morir de aquella manera al jorobado, exclamó: «¡Sólo Alah el Altísimo y Omnipotente posee la fuerza y el poder! ¡Qué desdicha que este pobre hombre haya venido a morir precisamente entre nuestras manos!» Pero la mujer replicó: «¿Y qué piensas hacer ahora? ¿No conoces estos versos del poeta?

¡Oh alma mía! ¿por qué te sumerges en lo absurdo hasta enfermar? ¿Por qué te preocupas con aquello que te acarreará la pena y la zozobra?

¿No temes al fuego, puesto que vas a sentarte en él? ¿No sabes que quien se acerca al fuego se expone a abrasarse?»

Entonces su marido le dijo: «No sé, en verdad, qué hacer». Y la mujer respondió: «Levántate, que entre los dos lo llevaremos, tapándole con una colcha de seda, y lo sacaremos ahora mismo de aquí, yendo tú detrás y yo delante. Y por todo el camino irás diciendo en alta voz: “¡Es mi hijo, y ésta es su madre! Vamos buscando a un médico que lo cure. ¿En dónde hay un médico?”»

Al oír el sastre estas palabras se levantó, cogió al jorobado en brazos, y salió de la casa en seguimiento de su esposa. Y la mujer empezó a clamar: «¡Oh mi pobre hijo! ¿Podremos verte sano y salvo? ¡Dime! ¿Sufres mucho? ¡Oh maldita viruela! ¿En qué parte del cuerpo te ha brotado la erupción?» Y al oírlos, decían los transeúntes: «Son un padre y una madre que llevan a un niño enfermo de viruelas». Y se apresuraban a alejarse.

Así siguieron andando el sastre y su mujer, preguntando por la casa de un médico, hasta que lo llevaron a la de un médico judío. Llamaron entonces, y enseguida bajó una negra, abrió la puerta, y vio a aquel hombre que llevaba un niño en brazos, y a la madre que lo acompañaba. Y ésta le dijo: «Traemos un niño para que lo vea el médico. Toma este dinero, un cuarto de dinar, y dáselo adelantado a tu amo, rogándole que baje a ver al niño, porque está muy enfermo».

Volvió a subir entonces la criada, y enseguida la mujer del sastre traspuso el umbral de la casa, hizo entrar a su marido, y le dijo: «Deja enseguida ahí el cadáver del jorobado. Y vámonos a escape». Y el sastre soltó el cadáver del jorobado, dejándolo arrimado al muro, sobre un peldaño de la escalera, y se apresuró a marcharse, seguido por su mujer.

En cuanto a la negra, entró en la casa de su amo el médico judío, y le dijo: «Ahí abajo queda un enfermo, acompañado de un hombre y una mujer, que me han dado para ti este cuarto de dinar para que recetes algo que le alivie». Y cuando el médico judío vio el cuarto de dinar, se alegró mucho y se apresuró a levantarse; pero con la prisa no se acordó de coger la luz para bajar. Y por esto tropezó con el jorobado, derribándole. Y muy asustado, al ver rodar a un hombre, le examinó enseguida, y al comprobar que estaba muerto, se creyó causante de su muerte. Gritó entonces: «¡Oh Señor! ¡Oh Alah justiciero! ¡Por las diez palabras santas!» Y siguió invocando a Harún, a Yuschach, hijo de Nun, y a los demás. Y dijo: «He aquí que acabo de tropezar con este enfermo, y le he tirado rodando por la escalera. Pero ¿cómo salgo yo ahora de casa con un cadáver?» De todos modos, acabó por cogerlo y llevarlo desde el patio a su habitación, donde lo mostró a su mujer, contando todo lo ocurrido. Y ella exclamó aterrorizada: «¡No, aquí no lo podemos tener! ¡Sácalo de casa cuanto antes! Como continúe con nosotros hasta la salida del sol, estamos perdidos sin remedio. Vamos a llevarlo entre los dos a la azotea y desde allí lo echaremos a la casa de nuestro vecino el musulmán. Ya sabes que nuestro vecino es el intendente proveedor de la cocina del rey, y su casa está infestada de ratas, perros y gatos, que bajan por la azotea para comerse las provisiones de aceite, manteca y harina. Por lo tanto, esos bichos no dejarán de comerse este cadáver, y lo harán desaparecer».

Entonces el médico judío y su mujer cogieron al jorobado y lo llevaron a la azotea, y desde allí lo hicieron descender pausadamente hasta la casa del mayordomo, dejándolo de pie contra la pared de la cocina. Después se alejaron, descendiendo a su casa tranquilamente.

Pero haría pocos momentos que el jorobado se hallaba contra la pared, cuando el intendente, que estaba ausente, regresó a su casa, abrió la puerta, encendió una vela, y entró. Y encontró a un hijo de Adán de pie en un rincón, junto a la pared de la cocina. Y el intendente, sorprendidísimo, exclamó: «¿Qué es eso? ¡Por Alah! He aquí que el ladrón que acostumbraba a robar mis provisiones no era un bicho, sino un ser humano. Este es el que me roba la carne y la manteca, a pesar de que las guardo cuidadosamente por temor a los gatos y a los perros. Bien inútil habría sido matar a todos los perros y gatos del barrio, como pensé hacer, puesto que este individuo es el que bajaba por la azotea». Y enseguida agarró el intendente una enorme estaca, yéndose hacia el hombre, y le dio de garrotazos, y aunque le vio caer, le siguió apaleando. Pero como el hombre no se movía, el intendente advirtió que estaba muerto, y entonces dijo desolado: «¡Sólo Alah el Altísimo y Omnipotente posee la fuerza y el poder!» Después añadió: «¡Malditas sean la manteca y la carne, y maldita esta noche! Se necesita tener toda la mala suerte que yo tengo para haber matado así a este hombre. Y no sé qué hacer con él». Después lo miró con mayor atención, comprobando que era jorobado. Y le dijo: «¿No te bastaba con ser jorobeta? ¿Querías también ser ladrón y robarme la carne y la manteca de mis provisiones? ¡Oh Dios protector, ampárame con el velo de tu poder!» Y como la noche se acababa, el intendente se echó a cuestas al jorobado, salió de su casa y anduvo cargado con él, hasta que llegó a la entrada del zoco. Paróse entonces, colocó de pie al jorobado junto a una tienda, en la esquina de una bocacalle, y se fue.

Al poco tiempo de estar allí el cadáver del jorobado, acertó a pasar un nazareno. Era el corredor de comercio del sultán. Y aquella noche estaba beodo. Y en tal estado iba al hammam a bañarse. Su borrachera le incitaba a las cosas más curiosas, y se decía: «¡Vamos, que eres casi como el Mesías!» Y marchaba haciendo eses y tambaleándose, y acabó por llegar adonde estaba el jorobado. Y entonces quiso orinar. Pero de pronto vio al jorobado delante de él, apoyado contra la pared. Y al encontrarse con aquel hombre, que seguía inmóvil, se le figuró que era un ladrón y que acaso fuese quien le había robado el turbante, pues el corredor nazareno iba sin nada a la cabeza. Entonces se abalanzó contra aquel hombre, y le dio un golpe tan violento en la nuca, que lo hizo caer al suelo. Y enseguida empezó a dar gritos llamando al guarda del zoco. Y con la excitación de su embriaguez, siguió golpeando al jorobado y quiso estrangularlo, apretándole la garganta con ambas manos. En este momento llegó el guarda del zoco, y vio al nazareno encima del musulmán, dándole golpes y a punto de ahogarlo. Y el guarda dijo: «¡Deja a ese hombre y levántate!» Y el cristiano se levantó.

Entonces el guarda del zoco se acercó al jorobado, que se hallaba tendido en el suelo, lo examinó, y vio que estaba muerto. Y gritó entonces: «¿Cuándo se ha visto que un nazareno tenga la audacia de tocar a un musulmán y matarlo?» Y el guarda se apoderó del nazareno, le ató las manos a la espalda y le llevó a casa del walí. Y el nazareno se lamentaba y decía: «¡Oh Mesías, oh Virgen! ¿Cómo habré podido matar a ese hombre? ¡Y qué pronto ha muerto, sólo de un puñetazo! Se me pasó la borrachera, y ahora viene la reflexión».

Llegados a casa del walí, el nazareno y el cadáver del jorobado quedaron encerrados toda la noche, hasta que el walí se despertó por la mañana. Entonces el walí interrogó al nazareno, que no pudo negar los hechos referidos por el guarda del zoco. Y el walí no pudo hacer otra cosa que condenar a muerte a aquel nazareno que había matado a un musulmán. Y ordenó que el portaalfanje pregonara por toda la ciudad la sentencia de muerte del corredor nazareno. Luego mandó que levantasen la horca y que llevasen a ella al sentenciado.

Entonces se acercó el portaalfanje y preparó la cuerda, hizo el nudo corredizo, se lo pasó al nazareno por el cuello, y ya iba a tirar de él, cuando de pronto el proveedor del sultán hendió la muchedumbre y abriéndose camino hasta el nazareno, que estaba de pie junto a la horca, dijo al portaalfanje: «¡Detente! ¡Yo soy quien ha matado a ese hombre!» Entonces el walí le preguntó: «¿Y por qué le mataste?» Y el intendente dijo: «Vas a saberlo. Esta noche, al entrar en mi casa, advertí que se había metido en ella descolgándose por la terraza, para robarme las provisiones. Y le di un golpe en el pecho con un palo, y enseguida le vi caer muerto. Entonces le cogí a cuestas y le traje al zoco, dejándole de pie arrimado contra una tienda en tal sitio y en tal esquina. Y he aquí que ahora, con mi silencio, iba a ser causa de que matasen a este nazareno, después de haber sido yo quien mató a un musulmán. ¡A mí, pues, hay que ahorcarme!»

Cuando el walí hubo oído las palabras del proveedor, dispuso que soltasen al nazareno, y dijo al portaalfanje: «Ahora mismo ahorcarás a este hombre, que acaba de confesar su delito».

Entonces el portaalfanje cogió la cuerda que había pasado por el cuello del cristiano y rodeó con ella el cuello del proveedor, lo llevó junto al patíbulo, y lo iba a levantar en el aire, cuando de pronto el médico judío atravesó la muchedumbre, y dijo a voces al portaalfanje: «¡Aguarda! ¡El único culpable soy yo!» Y después contó así la cosa: «Sabed todos que este hombre me vino a buscar para consultarme, a fin de que lo curara. Y cuando yo bajaba la escalera para verle, como era de noche, tropecé con él y rodó hasta lo último de la escalera, convirtiéndose en un cuerpo sin alma. De modo que no deben matar al proveedor, sino a mí solamente».

Entonces el walí dispuso la muerte del médico judío. Y el portaalfanje quitó la cuerda del cuello del proveedor y la echó al cuello del médico judío, cuando se vio llegar al sastre, que, atropellando a todo el mundo, dijo: «¡Detente! Yo soy quien lo maté. Y he aquí lo que ocurrió. Salí ayer de paseo y regresaba a mi casa al anochecer. En el camino encontré a este jorobado, que estaba borracho y muy divertido, pues llevaba en la mano una pandereta y se acompañaba con ella cantando de una manera chistosísima. Me detuve para contemplarle y divertirme, y tanto me regocijó, que lo convidé a comer en mi casa. Y compré pescado entre otras cosas, y cuando estábamos comiendo, tomó mi mujer un trozo de pescado, que colocó en otro de pan, y se lo metió todo en la boca a este hombre, y el bocado le ahogó, muriendo en el acto. Entonces lo cogimos entre mi mujer y yo y lo llevamos a casa del médico judío. Bajó a abrirnos una negra, y yo le dije lo que le dije. Después le di un cuarto de dinar para su amo. Y mientras ella subía, agarré enseguida al jorobado y lo puse de pie contra el muro de la escalera, y yo y mi mujer nos fuimos a escape. Entretanto, bajó el médico judío para ver al enfermo; pero tropezó con el jorobado, que cayó en tierra, y el judío creyó que lo había matado él».

En este momento, el sastre se volvió hacia el médico judío y le dijo: «¿No fue así?» El médico repuso: «¡Esa es la verdad!» Entonces, el sastre, dirigiéndose al walí, exclamó: «¡Hay, pues, que soltar al judío y ahorcarme a mí!»

El walí, prodigiosamente asombrado, dijo entonces: «En verdad que esta historia merece escribirse en los anales y en los libros». Después mandó al portaalfanje que soltase al judío y ahorcase al sastre, que se había declarado culpable. Entonces el portaalfanje llevó al sastre junto a la horca, le echó la soga al cuello, y dijo: «¡Esta vez va de veras! ¡Ya no habrá ningún otro cambio!» Y agarró la cuerda.

¡He aquí todo por el momento!

En cuanto al jorobado, no era otro que el bufón del sultán, que ni una hora podía separarse de él. Y el jorobado, después de emborracharse aquella noche, se escapó de palacio, permaneciendo ausente toda la noche. Y al otro día, cuando el sultán preguntó por él, le dijeron: «¡Oh señor, el walí te dirá que el jorobado ha muerto, y que su matador iba a ser ahorcado! Por eso el walí había mandado ahorcar al matador, y el verdugo se preparaba a ejecutarle; pero entonces se presentó un segundo individuo, y luego un tercero, diciendo todos: “¡Yo soy el único que ha matado al jorobado!” Y cada cual contó al walí la causa de la muerte».

El sultán, sin querer escuchar más, llamó a un chambelán y le dijo: «Baja enseguida en busca del walí y ordénale que traiga a toda esa gente que está junto a la horca».

Y el chambelán bajó, y llegó junto al patíbulo, precisamente cuando el verdugo iba a ejecutar al sastre. Y el chambelán gritó: «¡Detente!» Y enseguida le contó al walí que esta historia del jorobado había llegado a oídos del rey. Y se lo llevó, y se llevó también al sastre, al médico judío, al corredor nazareno y al proveedor, mandando transportar también el cuerpo del jorobado, y con todos ellos marchó en busca del sultán.

Cuando el walí se presentó entre las manos del rey, se inclinó y besó la tierra, y refirió toda la historia del jorobado, con todos sus pormenores, desde el principio hasta el fin. Pero es inútil repetirla.

El sultán, al oír tal historia, se maravilló mucho y llegó al límite más extremo de la hilaridad. Después mandó a los escribas de palacio que escribieran esta historia con agua de oro. Y luego preguntó a todos los presentes: «¿Habéis oído alguna vez historia semejante a la del jorobado?»

Entonces el corredor nazareno avanzó un paso, besó la tierra entre las manos del rey, y dijo: «¡Oh rey de los siglos y del tiempo! Sé una historia mucho más asombrosa que nuestra aventura con el jorobado. La referiré, si me das tu venia, porque es mucho más sorprendente, más extraña y más deliciosa que la del jorobado».

Y dijo el rey: «¡Ciertamente! Desembucha lo que hayas de decir para que lo oigamos».

Entonces, el corredor nazareno dijo:

RELATO DEL CORREDOR NAZARENO

«Sabe, ¡oh rey del tiempo! que vine a este país para un asunto comercial. Soy un extranjero a quien el Destino encaminó a tu reino. Porque yo nací en la ciudad de El Cairo y soy copto entre los coptos. Y es igualmente cierto que me crie en El Cairo, y en aquella ciudad fue corredor mi padre antes que yo.

»Cuando murió mi padre ya había llegado yo a la edad de hombre. Y por eso fui corredor como él, pues contaba con toda clase de cualidades para este oficio, que es la especialidad entre nosotros los coptos.

»Pero un día entre los días, estaba yo sentado a la puerta del khan de los acreedores de granos, y vi pasar a un joven, hermoso como la luna llena, vestido con el más suntuoso traje y montado en un borrico blanco ensillado con una silla roja. Cuando me vio este joven me saludó, y yo me levanté por consideración hacia él. Sacó entonces un pañuelo que contenía una muestra de sésamo, y me preguntó: “¿Cuánto vale el ardeb de esta clase de sésamo?” Y yo le dije: “Vale cien dracmas”. Entonces me contestó: “Avisa a los medidores de granos y ve con ellos al khan Al-Gaonalí, en el barrio de Bab Al-Nassr; allí me encontrarás”. Y se alejó, después de darme el pañuelo que contenía la muestra de sésamo.

»Entonces me dirigí a todos los mercaderes de granos y les enseñé la muestra que yo había justipreciado en cien dracmas. Y los mercaderes la tasaron en ciento veinte dracmas por ardeb. Entonces me alegré sobremanera, y haciéndome acompañar de cuatro medidores, fui en busca del joven, que, efectivamente, me aguardaba en el khan. Y al verme, corrió a mi encuentro y me condujo a un almacén donde estaba el grano, y los medidores llenaron sus sacos, y lo pesaron todo, que ascendió en total a cincuenta medidas en ardebs. Y el joven me dijo: “Te corresponden por comisión diez dracmas por cada arbed que se venda a cien dracmas. Pero has de cobrar en mi nombre todo el dinero, y lo guardarás cuidadosamente en tu casa, hasta que lo reclame. Como su precio total es cinco mil dracmas, te quedarás con quinientos, guardando para mí cuatro mil quinientos. En cuanto despache mis negocios, iré a buscarte para recoger esa cantidad”.

Entonces yo le contesté: “Escucho y obedezco”. Después le besé las manos y me fui.

»Y efectivamente, aquel día gané mil dracmas de corretaje, quinientos del vendedor y quinientos de los compradores, de modo que me correspondió el veinte por ciento, según la costumbre de los corredores egipcios.

»En cuanto al joven, después de un mes de ausencia, vino a verme y me dijo: “¿Dónde están los dracmas?” Y le contesté enseguida: “A tu disposición; helos aquí metidos en ese saco”. Pero él me dijo: “Sigue guardándolos algún tiempo, hasta que yo venga a buscarlos”. Y se fue y estuvo ausente otro mes, y regresó y me dijo “¿Dónde están los dracmas?” Entonces yo me levanté, le saludé y le dije: “Aquí están a tu disposición. Helos aquí”. Después añadí: “¿Y ahora quieres honrar mi casa viniendo a comer conmigo un plato o dos, o tres o cuatro?” Pero se negó y me dijo: “Sigue guardando el dinero, hasta que venga a reclamártelo, después de haber despachado algunos negocios urgentes”. Y se marchó. Y yo guardé cuidadosamente el dinero que le pertenecía, y esperé su regreso.

»Volvió al cabo de un mes, y me dijo: “Esta noche pasaré por aquí y recogeré el dinero”. Y le preparé los fondos; pero aunque le estuve aguardando toda la noche y varios días consecutivos, no volvió hasta pasado un mes, mientras yo decía para mí: “¡Qué confiado es ese joven! En toda mi vida, desde que soy corredor en los khanes y los zocos, he visto confianza como esta”. Se me acercó y le vi, como siempre, en su borrico, con suntuoso traje; y era tan hermoso como la luna llena, y tenía el rostro brillante y fresco como si saliese del hammam, y sonrosadas mejillas y la frente como una flor lozana, y en un extremo del labio un lunar, como gota de ámbar negro, según dice el poeta:

¡La luna llena se encontró con el sol en lo alto de una torre, ambos en todo el esplendor de su belleza!

¡Tales eran los dos amantes! ¡Y cuantos los veían, tenían que admirarlos y desearles completa felicidad!

¡Y ahora son tan hermosos, que cautivan el alma!

¡Gloria, pues, a Alah, que realiza tales prodigios y forma sus criaturas a sus deseos!

»Y al verle, le besé las manos e invoqué para él todas las bendiciones de Alah, y le dije: “¡Oh mi señor! Supongo que ahora recogerás tu dinero”. Y me contestó: “Ten todavía un poco de paciencia; pues en cuanto acabe de despachar mis asuntos vendré a recogerlo”. Y me volvió la espalda y se fue. Y yo supuse que tardaría en volver, y saqué el dinero y lo coloqué con un interés de veinte por ciento, obteniendo de él cuantiosa ganancia. Y dije para mí: “¡Por Alah! Cuando vuelva, le rogaré que acepte mi invitación, y le trataré con toda largueza, pues me aprovecho de sus fondos y me estoy haciendo muy rico”.

»Y transcurrió un año, al cabo del cual regresó, y le vi vestido con ropas más lujosas que antes, y siempre montado en su borrico blanco, de buena raza.

»Entonces le supliqué fervorosamente que aceptase mi invitación y comiera en mi casa, a lo cual me contestó: “No tengo inconveniente, pero con la condición de que el dinero para los gastos no lo saques de los fondos que me pertenecen y están en tu casa”. Y se echó a reír. Y yo hice lo mismo. Y le dije: “Así sea, y de muy buena gana”. Y le llevé a casa, y le rogué que se sentase, y corrí al zoco a comprar toda clase de víveres, bebidas y cosas semejantes, y lo puse todo en el mantel entre sus manos, y le invité a empezar, diciendo: “¡Bismilah!” Entonces se acercó a los manjares, pero alargó la mano izquierda, y se puso a comer con esta mano izquierda. Y yo me quedé sorprendidísimo, y no supe qué pensar. Terminada la comida, se lavó la mano izquierda sin auxilio de la derecha, y yo le alargué la toalla para que se secase, y después nos sentamos a conversar.

»Entonces le dije: “¡Oh mi generoso señor! Líbrame de un peso que me abruma y de una tristeza que me aflige. ¿Por qué has comido con la mano izquierda? ¿Sufres alguna enfermedad en tu mano derecha?” Y al oírlo el mancebo, me miró y recitó estas estrofas:

¡No preguntes por los sufrimientos y dolores de mi alma! ¡Conocerías mi mal!

¡Y sobre todo, no preguntes si soy feliz! ¡Lo fui! ¡Pero hace tanto tiempo! ¡Desde entonces, todo ha cambiado! ¡Y contra lo inevitable no hay más que invocar la cordura!

»Después sacó el brazo derecho de la manga del ropón, y vi que la mano estaba cortada, pues aquel brazo terminaba en un muñón. Y me quedé asombrado profundamente. Pero él me dijo: “¡No te asombres tanto! Y sobre todo, no creas que he comido con la mano izquierda por falta de consideración a tu persona, pues ya ves que ha sido por tener cortada la derecha. Y el motivo de ello no puede ser más sorprendente”. Entonces le pregunté: “¿Y cuál fue la causa?” Y el joven suspiró, se le llenaron de lágrimas los ojos, y dijo:

“Sabe que yo soy de Bagdad. Mi padre era uno de los principales personajes entre los personajes. Y yo, hasta llegar a la edad de hombre, pude oír los relatos de los viajeros, peregrinos y mercaderes que en casa de mi padre nos contaban las maravillas de los países egipcios. Y retuve en la memoria todos esos relatos, admirándolos en secreto, hasta que falleció mi padre. Entonces cogí cuantas riquezas pude reunir, y mucho dinero, y compré gran cantidad de mercancías en telas de Bagdad y de Mossul, y otras muchas de alto precio y excelente clase; lo empaqueté todo y salí de Bagdad. Y como estaba escrito por Alah que había de llegar sano y salvo al término de mi viaje, no tardé en hallarme en esta ciudad de El Cairo, que es tu ciudad”.

»Pero en este momento el joven se echó a llorar y recitó estas estrofas:

¡A veces, el ciego, el ciego de nacimiento, sabe sortear la zanja donde cae el que tiene buenos ojos!

¡A veces, el insensato sabe callar las palabras que, pronunciadas por el sabio, son la perdición del sabio!

¡A veces, el hombre piadoso y creyente sufre desventuras, mientras que el loco, el impío, alcanza la felicidad!

¡Así, pues, conozca el hombre su impotencia! ¡La fatalidad es la única reina del mundo!

»Terminados los versos, siguió en esta forma su relación:

“Entré, pues, en El Cairo, y fui al khan Serur, deshice mis paquetes, descargué mis camellos y puse las mercancías en un local que alquilé para almacenarlas. Después di dinero a mi criado para que comprase comida, dormí enseguida un rato, y al despertarme salí a dar una vuelta por Bain Al-Kasrein, regresando después al khan Serur, en donde pasé la noche.

”Cuando me desperté por la mañana, dije para mí, desliando un paquete de telas: ‘Voy a llevar esta tela al zoco y a enterarme de cómo van las compras’. Cargué las telas en los hombros de un criado, y me dirigí al zoco, para llegar al centro de los negocios, un gran edificio rodeado de pórticos y de tiendas de todas clases y de fuentes. Ya sabes que allí suelen estar los corredores, y que aquel sitio se llama la kaisariat Guergués.

”Cuando llegué, todos los corredores, avisados de mi viaje, me rodearon, y yo les di las telas, y salieron en todas direcciones a ofrecer mis géneros a los principales compradores de los zocos. Pero al volver me dijeron que el precio ofrecido por mis mercaderías no alcanzaba al que yo había pagado por ellas ni a los gastos desde Bagdad hasta El Cairo. Y como no sabía qué hacer, el jeque principal de los corredores me dijo: ‘Yo sé el medio de que debes valerte para que ganes algo. Es sencillamente que hagas lo que hacen todos los mercaderes. Vender al por menor tus mercaderías a los comerciantes con tienda abierta, por tiempo determinado, ante testigos y por escrito, que firmaréis ambos, con intervención de un cambiante. Y así, todos los lunes y todos los jueves cobrarás el dinero que te corresponda. Y de este modo, cada dracma te producirá dos dracmas y a veces más. Y durante este tiempo tendrás ocasión de visitar El Cairo y de admirar el Nilo’.

”Al oír estas palabras, dije: ‘Es en verdad una idea excelente’. Y enseguida reuní a los pregoneros y corredores y marché con ellos al khan Serur y les di todas las mercaderías, que llevaron a la kaisariat. Y lo vendí todo al por menor a los mercaderes, después que se escribieron las cláusulas de una y otra parte, ante testigos, con intervención de un cambista de la kaisariat.

”Despachado este asunto, volví al khan, permaneciendo allí tranquilo, sin privarme de ningún placer ni escatimar ningún gasto. Todos los días comía magníficamente, siempre con la copa de vino encima del mantel. Y nunca faltaba en mi mesa buena carne de carnero, dulces y confituras de todas clases. Y así seguí, hasta que llegó el mes en que debía cobrar con regularidad mis ganancias. En efecto, desde la primera semana de aquel mes, cobré como es debido mi dinero. Y los jueves y los lunes me iba a sentar en la tienda de alguno de los deudores míos, y el cambista y el escribano público recorrían cada una de las tiendas, recogían el dinero y me lo entregaban.

”Y fue en mí una costumbre el ir a sentarme, ya en una tienda, ya en otra. Pero un día, después de salir del hammam, descansé un rato, almorcé un pollo, bebí algunas copas de vino, me lavé enseguida las manos, me perfumé con esencias aromáticas y me fui al barrio de la kaisariat Guergués, para sentarme en la tienda de un vendedor de telas llamado Badreddin Al-Bostaní. Cuando me hubo visto me recibió con gran consideración y cordialidad, y estuvimos hablando una hora.

”Pero mientras conversábamos vimos llegar una mujer con un largo velo de seda azul. Y entró en la tienda para comprar géneros, y se sentó a mi lado en un taburete. Y el velo, que le cubría la cabeza y le tapaba ligeramente el rostro, estaba echado a un lado, y exhalaba delicados aromas y perfumes. Y la negrura de sus pupilas, bajo el velo, asesinaba las almas y arrebataba la razón. Se sentó y saludó a Badreddin, que después de corresponder a su salutación de paz, se quedó de pie ante ella, y empezó a hablar, mostrándole telas de varias clases. Y yo, al oír la voz de la dama, tan llena de encanto y tan dulce, sentí que el amor apuñalaba mi hígado.

”Pero la dama, después de examinar algunas telas, que no le parecieron bastante lujosas, dijo a Badreddin: ‘¿No tendrías por casualidad una pieza de seda blanca tejida con hilos de oro puro?’ Y Badreddin fue al fondo de la tienda, abrió un armario pequeño, y de un montón de varias piezas de tela sacó una de seda blanca tejida con hilos de oro puro, y luego la desdobló delante de la joven. Y ella la encontró muy a su gusto y a su conveniencia, y le dijo al mercader: ‘Como no llevo dinero encima, creo que me la podré llevar, como otras veces, y en cuanto llegue a casa te enviaré el importe’. Pero el mercader le dijo: ‘¡Oh mi señora! No es posible por esta vez, porque esa tela no es mía, sino del comerciante que está ahí sentado, y me he comprometido a pagarle hoy mismo’. Entonces sus ojos lanzaron miradas de indignación, y dijo: ‘Pero desgraciado, ¿no sabes que tengo la costumbre de comprarte las telas más caras y pagarte más de lo que me pides? ¿No sabes que nunca he dejado de enviarte su importe inmediatamente?’ Y el mercader contestó: ‘Ciertamente, ¡oh mi señora! Pero hoy tengo que pagar ese dinero enseguida’. Y entonces la dama cogió la pieza de tela, se la tiró a la cara al mercader, y le dijo: ‘¡Todos sois lo mismo en tu maldita corporación!’ Y levantándose airada, volvió la espalda para salir.

”Pero yo comprendí que mi alma se iba con ella, me levanté apresuradamente, y le dije: ‘¡Oh mi señora! Concédeme la gracia de volverte un poco hacia mí y desandar generosamente tus pasos’. Entonces ella volvió su rostro hacia donde yo estaba, sonrió discretamente, y me dijo: ‘Consiento en pisar otra vez esta tienda, pero es sólo en obsequio tuyo’. Y se sentó en la tienda frente a mí. Entonces, volviéndome hacia Badreddin, le dije: ‘¿Cuál es el precio de esta tela?’ Badreddin contestó: ‘Mil cien dracmas’. Y yo repuse: ‘Está bien. Te pagaré además cien dracmas de ganancia. Trae un papel para que te dé el precio por escrito’. Y cogí la pieza de seda tejida con oro, y a cambio le di el precio por escrito, y luego entregué la tela a la dama, diciéndole: ‘Tómala, y puedes irte sin que te preocupe el precio, pues ya me lo pagarás cuando gustes. Y para esto te bastará venir un día entre los días a buscarme en el zoco, donde siempre estoy sentado en una o en otra tienda. Y si quieres honrarme aceptándola como homenaje mío, te pertenece desde ahora’. Entonces me contestó: ‘¡Alah te lo premie con toda clase de favores! ¡Ojalá alcances todas las riquezas que me pertenecen, convirtiéndote en mi dueño y en corona de mi cabeza! ¡Así oiga Alah mi ruego!’ Y yo le repliqué: ‘¡Oh señora mía, acepta, pues, esta pieza de seda! ¡Y que no sea esta sola! Pero te ruego que me otorgues el favor de que admire un instante el rostro que me ocultas’. Entonces se levantó el finísimo velo que le cubría la parte inferior de la cara y no dejaba ver más que los ojos.

”Vi aquel rostro de bendición, y esta sola mirada bastó para aturdirme, avivar el amor en mi alma y arrebatarme la razón. Pero ella se apresuró a bajar el velo, cogió la tela, y me dijo: ‘¡Oh dueño mío, que no dure mucho tu ausencia, o moriré desolada!’ Y después se marchó. Y yo me quedé solo con el mercader, hasta la puesta de sol.

”Y me hallaba como si hubiese perdido la razón y el sentido, dominado en absoluto por la locura de aquella pasión tan repentina. Y la violencia de este sentimiento hizo que me arriesgase a preguntar al mercader respecto a aquella dama. Y antes de levantarme para irme, le dije: ‘¿Sabes quién es esa dama?’ Y me contestó: ‘Claro que sí. Es una dama muy rica. Su padre fue un emir ilustre, que murió, dejándole muchos bienes y riquezas’.

”Entonces me despedí del mercader y me marché, para volver al khan Serur, donde me alojaba. Y mis criados me sirvieron de comer; pero yo pensaba en ella, y no pude probar bocado. Me eché a dormir; pero el sueño huía de mi persona, y pasé toda la noche en vela, hasta por la mañana.

”Entonces me levanté, me puse un traje más lujoso todavía que el de la víspera, bebí una copa de vino, me desayuné con un buen plato, y volví a la tienda del mercader, a quien hube de saludar, sentándome en el sitio de costumbre. Y apenas había tomado asiento, vi llegar a la joven, acompañada de una esclava. Entró, se sentó y me saludó, sin dirigir el menor saludo de paz a Badreddin. Y con su voz tan dulce y su incomparable modo de hablar, me dijo: ‘Esperaba que hubieses enviado a alguien a mi casa para cobrar los mil doscientos dracmas que importa la pieza de seda’. A lo cual contesté: ‘¿Por qué tanta prisa, si a mí no me corre ninguna?’ Y ella me dijo: ‘Eres muy generoso; pero yo no quiero que por mí pierdas nada’. Y acabó por dejar en mi mano el importe de la tela, no obstante mi oposición. Y empezamos a hablar. Y de pronto me decidí a expresarle por señas la intensidad de mi sentimiento. Pero inmediatamente se levantó y se alejó a buen paso, despidiéndose por pura cortesía. Y sin poder sostenerme, abandoné la tienda, y la fui siguiendo hasta que salimos del zoco. Y la perdí de vista; pero se me acercó una muchacha, cuyo velo no me permitía adivinar quién fuese, y me dijo: '¡Oh mi señor! Ven a ver a mi señora, que quiere hablarte'. Entonces, muy sorprendido, le dije: '¡Pero si aquí nadie me conoce!' Y la muchacha replicó: '¡Oh cuán escasa es tu memoria! ¿No recuerdas a la sierva que has visto ahora mismo en el zoco, con su señora, en la tienda de Badreddin?' Entonces eché a andar detrás de ella, hasta que vi a su señora en una esquina de la calle de los Cambios.

”Cuando ella me vio, se acercó a mí rápidamente, y llevándome a un rincón de la calle, me dijo: '¡Ojo de mi vida! Sabe que con tu amor llenas todo mi pensamiento y mi alma. Y desde la hora que te vi, ni disfruto del sueño reparador, ni como, ni bebo'. Y yo le contesté: 'A mí me pasa igual; pero la dicha que ahora gozo me impide quejarme'. Y ella dijo: '¡Ojo de mi vida! ¿Vas a venir a mi casa, o iré yo a la tuya?' Yo repuse: 'Soy forastero y no dispongo de otro lugar que el khan, en donde hay demasiada gente. Por tanto, si tienes bastante confianza en mi cariño para recibirme en tu casa, colmarás mi felicidad'. Y ella respondió: 'Cierto que sí, pero esta noche es la noche del viernes y no puedo recibirte... Pero mañana, después de la oración del mediodía, monta en tu borrico, y pregunta por el barrio de Habbania, y cuando llegues a él, averigua la casa de Barakat, el que fue gobernador, conocido por Aby-Schama. Allí vivo yo. Y no dejes de ir, que te estaré esperando'.

”Yo estaba loco de alegría; después nos separamos. Volví al khan Serur, en donde habitaba, y no pude dormir en toda la noche. Pero al amanecer me apresuré a levantarme, y me puse un traje nuevo, perfumándome con los más suaves aromas, y me proveí de cincuenta dinares de oro, que guardé en un pañuelo. Salí del khan Serur, y me dirigí hacia el lugar llamado Bab-Zauilat, alquilando allí un borrico, y le dije al burrero: 'Vamos al barrio de Habbania'. Y me llevó en muy escaso tiempo, llegando a una calle llamada Darb Al-Monkari, y dije al burrero: 'Pregunta en esta calle por la casa del nakib Aby-Schama'. El burrero se fue, y volvió a los pocos momentos con las señas pedidas, y me dijo: 'Puedes apearte'. Entonces eché pie a tierra, y le dije: 'Ve adelante para enseñarme el camino'. Y me llevó a la casa, y entonces le ordené: 'Mañana por la mañana volverás aquí para llevarme de nuevo al khan'. Y el hombre me contestó que así lo haría. Entonces le di un cuarto de dinar de oro, y cogiéndolo, se lo llevó a los labios y después a la frente, para darme las gracias, marchándose enseguida.

”Llamé entonces a la puerta de la casa. Me abrieron dos jovencitas, dos vírgenes de pechos firmes y blancos, redondos como lunas, y me dijeron: ‘Entra, ¡oh señor! nuestra ama te aguarda impaciente. No duerme por las noches a causa de la pasión que le inspiras’.

”Entré en un patio, y vi un soberbio edificio con siete puertas; y aparecía toda la fachada llena de ventanas, que daban a un inmenso jardín. Este jardín encerraba todas las maravillas de árboles frutales y de flores; lo regaban arroyos y lo encantaba el gorjeo de las aves. La casa era toda de mármol blanco, tan diáfano y pulimentado, que reflejaba la imagen de quien lo miraba, y los artesonados interiores estaban cubiertos de oro y rodeados de inscripciones y dibujos de distintas formas. Todo su pavimento era de mármol muy rico y de fresco mosaico. En medio de la sala hallábase una fuente incrustada de perlas y pedrería. Alfombras de seda cubrían los suelos, tapices admirables colgaban de los muros, y en cuanto a los muebles, el lenguaje y la escritura más elocuentes no podrían describirlos.

”A los pocos momentos de entrar y sentarme...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 26ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el mercader prosiguió así su historia al corredor copto de El Cairo, el cual se la contaba al sultán de aquella ciudad de la China:

”Vi que se me acercaba la joven, adornada con perlas y pedrería, luminosa la cara y asesinos los negros ojos. Me sonrió, me cogió entre sus brazos, y me estrechó contra ella. Enseguida juntó sus labios con los míos, y gustó de mi lengua con la suya. Y yo hice lo propio. Y ella me dijo: ‘¿Es cierto que te tengo aquí, o es un sueño?’. Yo respondí: ‘¡Soy tu esclavo!’. Y ella dijo: ‘¡Hoy es un día de bendición! ¡Por Alah! ¡Ya no vivía, ni podía disfrutar comiendo y bebiendo!’. Yo contesté: ‘Y yo igualmente’. Luego nos sentamos, y yo, confundido por aquel modo de recibirme, no levantaba la cabeza.

”Pero pusieron el mantel y nos presentaron platos exquisitos: carnes asadas, pollos rellenos y pasteles de todas clases. Y ambos comimos hasta saciarnos, y ella me ponía los manjares en la boca, invitándome cada vez con dulces palabras y miradas insinuantes. Después me presentaron el jarro y la palangana de cobre, y me lavé las manos, y ella también, y nos perfumamos con agua de rosas y almizcle, y nos sentamos para departir.

”Entonces ella empezó a contarme sus penas, y yo hice lo mismo. Y con esto me enamoré todavía más. Y enseguida empezamos con mimos y juegos, y nos estuvimos besando y haciéndonos mil caricias, hasta que anocheció. Pero no sería de ninguna utilidad detallarlos. Después nos fuimos al lecho, y permanecimos enlazados hasta la mañana. Y lo demás, con sus pormenores, pertenece al misterio.

”A la mañana siguiente me levanté, puse disimuladamente debajo de la almohada el bolsillo con los cincuenta dinares de oro, me despedí de la joven y me dispuse a salir. Pero ella se echó a llorar, y me dijo: ‘¡Oh dueño mío! ¿cuándo volveré a ver tu hermoso rostro?’ Y yo le dije: ‘Volveré esta misma noche’.

”Y al salir encontré a la puerta al borrico que me condujo la víspera, y allí estaba también el burrero esperándome. Monté en el burro, y llegué al khan Serur, donde hube de apearme, y dando medio dinar de oro al burrero, le dije: ‘Vuelve aquí al anochecer’. Y me contestó: ‘Tus órdenes están sobre mi cabeza’. Entré entonces en el khan y almorcé. Después salí para recoger de casa de los mercaderes el importe de mis géneros. Cobré las cantidades, regresé a casa, dispuse que preparasen un carnero asado, compré dulces, y llamé a un mandadero, al cual di las señas de la casa de la joven, pagándole por adelantado y ordenándole que llevara todas aquellas cosas. Y yo seguí ocupado en mis negocios hasta la noche, y cuando vino a buscarme el burrero, cogí cincuenta dinares de oro, que guardé en un pañuelo, y salí.

”Al entrar en la casa pude ver que todo lo habían limpiado, lavado el suelo, brillante la batería de cocina, preparados los candelabros, encendidos los faroles, prontos los manjares y escanciados los vinos y demás bebidas. Y ella, al verme, se echó en mis brazos, y acariciándome me dijo: ‘¡Por Alah! ¡Cuánto te deseo!’ Y después nos pusimos a comer avellanas y nueces hasta media noche. Entonces nos enlazamos hasta por la mañana. Y me levanté, puse los cincuenta dinares de oro en el sitio de costumbre, y me fui.

”Monté en el borrico, me dirigí al khan, y allí estuve durmiendo. Al anochecer me levanté y dispuse que el cocinero del khan preparase la comida: un plato de arroz saltado con manteca y aderezado con nueces y almendras, y otro plato de cotufas fritas, con varias cosas más. Luego compré flores, frutas y varias clases de almendras, y las envié a casa de mi amada. Y cogiendo cincuenta dinares de oro, los puse en un pañuelo y salí. Y aquella noche me sucedió con la joven lo que estaba escrito que sucediese.

”Y siguiendo de este modo, acabé por arruinarme en absoluto, y ya no poseía un dinar, ni siquiera un dracma. Entonces dije para mí que todo ello había sido obra del Cheitán. Y recité las siguientes estrofas:

¡Si la fortuna abandonase al rico, lo veréis empobrecerse y extinguirse sin gloria, como el sol que amarillea al ponerse!

¡Y al desaparecer, su recuerdo se borra para siempre de todas las memorias! ¡Y si vuelve algún día, la suerte no le sonreirá nunca!

¡Ha de darle vergüenza presentarse en las calles! ¡Y a solas consigo mismo, derramará todas las lágrimas de sus ojos!

¡Oh, Alah! ¡El hombre nada puede esperar de sus amigos, porque si cae en la miseria, hasta sus parientes renegarán de él!

”Y no sabiendo qué hacer, dominado por tristes pensamientos, salí del khan para pasear un poco, y llegué a la plaza de Bain Al-Kasrain, cerca de la puerta de Zauilat. Allí vi un gentío enorme que llenaba toda la plaza, por ser día de fiesta y de feria. Me confundí entre la muchedumbre, y por decreto del Destino hallé a mi lado un jinete muy bien vestido. Como la gente aumentaba, me apretaron contra él, y precisamente mi mano se encontró pegada a su bolsillo, y noté que el bolsillo contenía un paquetito redondo. Entonces metí rápidamente la mano y saqué el paquetito; pero no tuve bastante destreza para que él no lo notase. Porque el jinete comprobó por la disminución de peso que le habían vaciado el bolsillo. Volvióse iracundo, blandiendo la maza de armas, y me asestó un golpazo en la cabeza. Caí al suelo, y me rodeó un corro de personas, algunas de las cuales impidieron que se repitiera la agresión cogiendo al caballo de la brida y diciendo al jinete: ‘¿No te da vergüenza aprovecharte de las apreturas para pegar a un hombre indefenso?’ Pero él dijo: ‘¡Sabed todos que ese individuo es un ladrón!’

”En aquel momento volví en mí del desmayo en que me encontraba, y oí que la gente decía: ‘¡No puede ser! Este joven tiene sobrada distinción para dedicarse al robo’. Y todos discutían si yo habría o no robado, y cada vez era mayor la disputa. Hube de verme al fin arrastrado por la muchedumbre, y quizá habría podido escapar de aquel jinete, que no quería soltarme, cuando, por decreto del Destino, acertaron a pasar por allí el walí y su guardia, que atravesando la puerta de Zauilat, se aproximaron al grupo en que nos encontrábamos. Y el walí preguntó: ‘¿Qué es lo que pasa?’ Y contestó el jinete: ‘¡Por Alah! ¡Oh Emir! He aquí a un ladrón. Llevaba yo un bolsillo azul con veinte dinares de oro, y entre las apreturas ha encontrado manera de quitármelo’. Y el walí preguntó al jinete: ‘¿Tienes algún testigo?’ Y el jinete contestó: ‘No tengo ninguno’. Entonces el walí llamó al mokadem, jefe de policía, y le dijo: ‘Apodérate de ese hombre y regístralo’. Y el mokadem me echó mano, porque ya no me protegía Alah, y me despojó de toda la ropa, acabando por encontrar el bolsillo, que era efectivamente de seda azul. El walí lo cogió y contó el dinero, resultando que contenía exactamente los veinte dinares de oro, según el jinete había afirmado.

”Entonces el walí llamó a sus guardias, y les dijo: ‘Traed acá a ese hombre’. Y me pusieron en sus manos, y me dijo: ‘Es necesario declarar la verdad. Dime si confiesas haber robado este bolsillo’. Y yo, avergonzado, bajé la cabeza y reflexioné un momento, diciendo entre mí: ‘Si digo que no he sido yo, no me creerán, pues acaban de encontrarme el bolsillo encima, y si digo que lo he robado, me pierdo’. Pero acabé por decidirme, y contesté: ‘Sí, lo he robado’.

”Al oírme quedó sorprendido el walí, y llamó a los testigos, para que oyesen mis palabras, mandándome que las repitiese ante ellos. Y ocurrió todo aquello en la Bab-Zauilat.

”El walí mandó entonces al portaalfanje que me cortase la mano, según la ley contra los ladrones. Y el portaalfanje me cortó inmediatamente la mano derecha. Y el jinete se compadeció de mí e intercedió con el walí para que no me cortasen la otra mano. Y el walí le concedió esa gracia y se alejó. Y la gente me tuvo lástima, y me dieron un vaso de vino para infundirme alientos, pues había perdido mucha sangre, y me hallaba muy débil. En cuanto al jinete, se acercó a mí, me alargó el bolsillo y me lo puso en la mano, diciendo: ‘Eres un joven bien educado y no se hizo para ti el oficio de ladrón’. Y dicho esto se alejó, después de haberme obligado a aceptar el bolsillo. Y yo me marché también, envolviéndome el brazo con un pañuelo y tapándolo con la manga del ropón. Y me había quedado muy pálido y muy triste a consecuencia de lo ocurrido.

”Sin darme cuenta, me fui hacia la casa de mi amiga. Y al llegar, me tendí extenuado en el lecho. Pero ella, al ver mi palidez y mi decaimiento, me dijo: ‘¿Qué te pasa? ¿Cómo estás tan pálido?’ Y yo contesté: ‘Me duele mucho la cabeza; no me encuentro bien’. Entonces, muy entristecida, me dijo: ‘¡Oh dueño mío, no me abrases el corazón! Levanta un poco la cabeza hacia mí, te lo ruego, ¡ojo de mi vida! y dime lo que te ha ocurrido. Porque adivino en tu rostro muchas cosas’. Pero yo dije: ‘¡Por favor! Ahórrame la pena de contestarte’. Y ella, echándose a llorar, replicó: ‘¡Ya veo que te cansaste de mí, pues no estás conmigo, como de costumbre!’. Y derramó abundantes lágrimas mezcladas con suspiros, y de cuando en cuando interrumpía sus lamentos para dirigirme preguntas, que quedaban sin respuesta; y así estuvimos hasta la noche. Entonces nos trajeron de comer y nos presentaron los manjares, como solían. Pero yo guardé bien de aceptar, pues me habría avergonzado coger los alimentos con la mano izquierda, y temía que me preguntase el motivo de ello. Y por lo tanto, exclamé: ‘No tengo ningún apetito ahora’. Y ella dijo: ‘Ya ves como tenía razón. Entérame de lo que te ha pasado, y por qué estás tan afligido y con luto en el alma y en el corazón’. Entonces acabé por decirle: ‘Te lo contaré todo, pero poco a poco, por partes’. Y ella, alargándome una copa de vino, repuso: ‘¡Vamos, hijo mío! Déjate de pensamientos tristes. Con esto se cura la melancolía. Bebe este vino, y confíame la causa de tus penas’. Y yo le dije: ‘Si te empeñas, dame tú misma de beber con tu mano’. Y ella acercó la copa a mis labios, inclinándola con suavidad, y me dio de beber. Después la llenó de nuevo, y me la acercó otra vez. Hice un esfuerzo, tendí la mano izquierda y cogí la copa. Pero no pude contener las lágrimas y rompí a llorar.

”Y cuando ella me vio llorar, tampoco pudo contenerse, me cogió la cabeza con ambas manos, y dijo: ‘¡Oh, por favor! ¡Dime el motivo de tu llanto! ¡Me estás abrasando el corazón! Dime también por qué tomaste la copa con la mano izquierda’. Y yo le contesté: ‘Tengo un tumor en la derecha’. Y ella replicó: ‘Enséñamelo; lo sajaremos, y te aliviarás’. Y yo respondí: ‘No es el momento oportuno para tal operación. No insistas, porque estoy resuelto a no sacar la mano’. Vacié por completo la copa, y seguí bebiendo cada vez que ella me la ofrecía, hasta que me poseyó la embriaguez, madre del olvido. Y tendiéndome en el mismo sitio en que me hallaba, me dormí.

”Al día siguiente, cuando me desperté, vi que me había preparado el almuerzo: cuatro pollos cocinados, caldo de gallina y vino abundante. De todo me ofreció, y comí y bebí, y después quise despedirme y marcharme. Pero ella me dijo: ‘¿Adónde piensas ir?’. Y yo contesté: ‘A cualquier sitio en que pueda distraerme y olvidar las penas que me oprimen el corazón’. Y ella me dijo: ‘¡Oh, no te vayas! ¡Quédate un poco más!’. Y yo me senté, y ella me dirigió una intensa mirada, y me dijo: ‘Ojo de mi vida, ¿qué locura te aqueja? Por mi amor te has arruinado. Además, adivino que tengo también la culpa de que hayas perdido la mano derecha. Tu sueño me ha hecho descubrir tu desgracia. Pero ¡por Alah! jamás me separaré de ti. Y quiero casarme contigo legalmente’.

”Y mandó llamar a los testigos, y les dijo: ‘Sed testigos de mi casamiento con este joven. Vais a redactar el contrato de matrimonio, haciendo constar que me ha entregado la dote’.

”Los testigos redactaron nuestro contrato de matrimonio. Y ella les dijo: ‘Sed testigos asimismo de que todas las riquezas que me pertenecen, y que están en esa arca que veis, así como cuanto poseo, es desde ahora propiedad de este joven’. Y los testigos lo hicieron constar, y levantaron un acta de su declaración, así como de que yo aceptaba, y se fueron después de haber cobrado sus honorarios.

”Entonces la joven me cogió de la mano, y me llevó frente a un armario, lo abrió y me enseñó un gran cajón, que abrió también, y me dijo: ‘Mira lo que hay en esa caja’. Y al examinarla, vi que estaba llena de pañuelos, cada uno de los cuales formaba un paquetito. Y me dijo: ‘Todo esto son los bienes que durante el transcurso del tiempo fui aceptando de ti. Cada vez que me dabas un pañuelo con cincuenta dinares de oro, tenía yo buen cuidado de guardarlo muy oculto en esa caja. Ahora recobra lo tuyo. Alah te lo tenía reservado y lo había escrito en tu Destino. Hoy te protege Alah, y me eligió para realizar lo que él había escrito. Pero por causa mía perdiste la mano derecha, y no puedo corresponder como es debido a tu amor ni a tu adhesión a mi persona, pues no bastaría aunque para ello sacrificase mi alma’. Y añadió: ‘Toma posesión de tus bienes’. Y yo mandé fabricar una nueva caja, en la cual metí uno por uno los paquetes que iba sacando del armario de la joven.

”Me levanté entonces y la estreché en mis brazos. Y siguió diciéndome las palabras más gratas y lamentando lo poco que podía hacer por mí en comparación de lo que yo había hecho por ella. Después, queriendo colmar cuanto había hecho, se levantó e inscribió a mi nombre todas las alhajas y ropas de lujo que poseía, así como sus valores, terrenos y fincas, certificándolo con su sello y ante testigos.

”Y aquella noche, a pesar de los transportes de amor a que nos entregamos, se durmió muy entristecida por la desgracia que me había ocurrido por su causa.

”Y desde aquel momento no dejó de lamentarse y afligirse de tal modo, que al cabo de un mes se apoderó de ella un decaimiento, que se fue acentuando y se agravó, hasta el punto de que murió a los cincuenta días.

”Entonces dispuse todos los preparativos de los funerales, y yo mismo la deposité en la sepultura y mandé verificar cuantas ceremonias preceden al entierro. Al regresar del cementerio entré en la casa y examiné todos sus legados y donaciones, y vi que entre otras cosas me había dejado grandes almacenes llenos de sésamo. Precisamente de este sésamo cuya venta te encargué, ¡oh mi señor! por lo cual te aviniste a aceptar un escaso corretaje, muy inferior a tus méritos.

”Y esos viajes que he realizado y que te asombraban eran indispensables para liquidar cuanto ella me ha dejado, y ahora mismo acabo de cobrar todo el dinero y arreglar otras cosas.

”Te ruego, pues, que no rechaces la gratificación que quiero ofrecerte, ¡oh tú que me das hospitalidad en tu casa y me invitas a compartir tus manjares! Me harás un favor aceptando todo el dinero que has guardado y que cobraste por la venta del sésamo.

”Y tal es mi historia y la causa de que coma siempre con la mano izquierda”.

»Entonces, yo, ¡oh poderoso rey! dijo al joven: “En verdad que me colmas de favores y beneficios”. Y me contestó: “Eso no vale nada. ¿Quieres ahora, ¡oh excelente corredor! acompañarme a mi tierra, que, como sabes, es Bagdad? Acabo de hacer importantes compras de géneros en El Cairo, y pienso venderlos con mucha ganancia en Bagdad. ¿Quieres ser mi compañero de viaje y mi socio en las ganancias?”. Y contesté: “Pongo tus deseos sobre mis ojos”. Y determinamos que partiríamos a fin de mes.

»Mientras tanto, me ocupé en vender sin pérdida ninguna todo lo que poseía, y con el dinero que aquello me produjo compré también muchos géneros. Y partí con el joven hacia Bagdad, y desde allí, después de obtener ganancias cuantiosas y comprar otras mercancías, nos encaminamos a este país que gobiernas, ¡Oh rey de los siglos!

»Y el joven vendió aquí todos sus géneros y ha marchado de nuevo a Egipto, y me disponía a reunirme con él, cuando me ha ocurrido esta aventura con el jorobado, debida a mi desconocimiento del país, pues soy un extranjero que viaja para realizar sus negocios.

»Tal es, ¡oh rey de los siglos! la historia, que juzgo más extraordinaria que la del jorobado».

Pero el rey contestó: «Pues a mí no me lo parece. Y voy a mandar que os ahorquen a todos, para que paguéis el crimen cometido en la persona de mi bufón, este pobre jorobado a quien matasteis».

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 27ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que cuando el rey de la China dijo: «Voy a mandar que os ahorquen a todos», el intendente dio un paso, prosternándose ante el rey, y dijo: «Si me lo permites, te contaré una historia que ha ocurrido hace pocos días, y que es más sorprendente y maravillosa que la del jorobado. Si así lo crees después de haberla oído, nos indultarás a todos». El rey de la China dijo: «¡Así sea!». Y el intendente contó lo que sigue:

Relato del intendente del rey de la China

«Sabe, ¡oh rey de los siglos y del tiempo! que la noche última me convidaron a una comida de boda, a la cual asistían los sabios versados en el Libro de la Nobleza. Terminada la lectura del Corán, se tendió el mantel, se colocaron los manjares y se trató todo lo necesario para el festín. Pero entre otros comestibles, había un plato de arroz preparado con ajos, que se llama rozbaja, y que es delicioso si está en su punto el arroz y se han dosificado bien los ajos y especias que lo sazonan. Todos empezamos a comerlo con gran apetito, excepto uno de los convidados, que se negó rotundamente a tocar este plato de rozbaja. Y como le instábamos a que lo probase, juró que no haría tal cosa. Entonces repetimos nuestro ruego, pero él nos dijo: "Por favor, no me apremiéis de ese modo. Bastante lo pagué una vez que tuve la desgracia de probarlo". Y recitó esta estrofa:

¡Si no quieres tratarte con el que fue tu amigo y deseas evitar su saludo, no pierdas el tiempo en inventar estratagemas: huye de él!

»Entonces no quisimos insistir más. Pero le preguntamos: "¡Por Alah! ¿Cuál es la causa que te impide probar este delicioso plato de rozbaja?" Y contestó: "He jurado no comer rozbaja sin haberme lavado las manos cuarenta veces seguidas con sosa, otras cuarenta con potasa y otras cuarenta con jabón, o sea ciento veinte veces".

»Y el dueño de la casa mandó a los criados que trajesen inmediatamente agua y las demás cosas que había pedido el convidado. Y después de lavarse se sentó de nuevo el convidado, y aunque no muy a gusto, tendió la mano hacia el plato en que todos comíamos, y trémulo y vacilante empezó a comer. Mucho nos sorprendió aquello, pero más nos sorprendimos cuando al mirar su mano vimos que sólo tenía cuatro dedos, pues carecía del pulgar. Y el convidado no comía más que con cuatro dedos. Entonces le dijimos: “¡Por Alah sobre ti! Dinos por qué no tienes pulgar. ¿Es una deformidad de nacimiento, obra de Alah, o has sido víctima de algún accidente?”

»Y entonces contestó: “Hermanos, aun no lo habéis visto todo. No me falta un pulgar, sino los dos, pues tampoco le tengo en la mano izquierda. Y además, en cada pie me falta otro dedo. Ahora lo vais a ver”. Y nos enseñó la otra mano, y descubrió ambos pies, y vimos que, efectivamente, no tenía más que cuatro dedos en cada uno. Entonces aumentó nuestro asombro, y le dijimos: “Hemos llegado al límite de la impaciencia, y deseamos averiguar la causa de que perdieras los dos pulgares y esos otros dos dedos de los pies, así como el motivo de que te hayas lavado las manos ciento veinte veces seguidas”. Entonces nos refirió lo siguiente:

“Sabed, ¡oh todos vosotros! que mi padre era un mercader entre los grandes mercaderes, el principal de los mercaderes de la ciudad de Bagdad en tiempo del califa Harún al-Rashid. Y eran sus delicias el vino en las copas, los perfumes de las flores, las flores en su tallo, cantoras y danzarinas, los ojos negros y las propietarias de estos ojos. Así es que cuando murió no me dejó dinero, porque todo lo había gastado. Pero como era mi padre, le hice un entierro según su rango, di festines fúnebres en honor suyo, y le llevé luto días y noches. Después fui a la tienda que había sido suya, la abrí, y no hallé nada que tuviese valor; al contrario, supe que dejaba muchas deudas. Entonces fui a buscar a los acreedores de mi padre, rogándoles que tuviesen paciencia, y los tranquilicé lo mejor que pude. Después me puse a vender y comprar, y a pagar las deudas, semana por semana, conforme a mis ganancias. Y no dejé de proceder del mismo modo hasta que pagué todas las deudas y acrecenté mi capital primitivo con mis legítimas ganancias.

”Pero un día que estaba yo sentado en mi tienda, vi avanzar montada en una mula torda, un milagro entre los milagros, una joven deslumbrante de hermosura. Delante de ella iba un eunuco y otro detrás. Paró la mula, y a la entrada del zoco se apeó, y penetró en el mercado, seguida de uno de los dos eunucos. Y éste le dijo: '¡Oh mi señora! Por favor, no te dejes ver de los transeúntes. Vas a atraer contra nosotros alguna calamidad. Vámonos de aquí'. Y el eunuco quiso llevársela. Pero ella no hizo caso de sus palabras, y estuvo examinando todas las tiendas del zoco, una tras otra, sin que viera ninguna más lujosa ni mejor presentada que la mía. Entonces se dirigió hacia mí, siempre seguida por el eunuco, se sentó en mi tienda y me deseó la paz. Y en mi vida había oído voz más suave ni palabras más deliciosas. Y la miré, y sólo con verla me sentí turbadísimo, con el corazón arrebatado. Y no pude apartar mis miradas de su semblante, y recité estas dos estrofas:

¡Di a la hermosa del velo suave, tan suave como el ala de un palomo!

¡Dile que al pensar en lo que padezco, creo que la muerte me aliviaría!

¡Dile que sea buena un poco nada más! ¡Por ella, para acercarme a sus alas, he renunciado a mi tranquilidad!

Cuando oyó mis versos, me correspondió con los siguientes:

¡He gastado mi corazón amándote! ¡Y este corazón rechaza otros amores!

¡Y si mis ojos viesen alguna vez otra beldad, ya no podrían alegrarse!

¡Juré no arrancar nunca tu amor de mi corazón! ¡Y sin embargo, mi corazón está triste y sediento de tu amor!

¡He bebido en una copa en la cual encontré el amor puro! ¿Por qué no han humedecido tus labios esa copa en que encontré el amor?...

”Después me dijo: '¡Oh joven mercader! ¿tienes telas buenas que enseñarme?' A lo cual contesté: '¡Oh mi señora! Tu esclavo es un pobre mercader, y no posee nada digno de ti. Ten, pues, paciencia, porque como todavía es muy temprano, aun no han abierto las tiendas los demás mercaderes. Y en cuanto abran, iré a comprarles yo mismo los géneros que buscas'. Luego estuve conversando con ella, sintiéndome cada vez más enamorado.

”Pero cuando los mercaderes abrieron sus establecimientos, me levanté y salí a comprar lo que me había encargado, y el total de las compras, que tomé por mi cuenta, ascendía a cinco mil dracmas. Y todo se lo entregué al eunuco. Y enseguida la joven partió con él, dirigiéndose al sitio donde la esperaba el otro esclavo con la mula. Y yo entré en mi casa embriagado de amor. Me trajeron la comida y no pude comer, pensando siempre en la hermosa joven. Y cuando quise dormir huyó de mí el sueño.

”De este modo transcurrió una semana, y los mercaderes me reclamaron el dinero; pero como no volví a saber de la joven, les rogué que tuviesen un poco de paciencia, pidiéndoles otra semana de plazo. Y ellos se avinieron. Y efectivamente, al cabo de la semana vi llegar a la joven, montada en su mula y acompañada por un servidor y los dos eunucos. Y la joven me saludó y me dijo: ‘¡Oh mi señor! Perdóname que hayamos tardado tanto en pagarte. Pero ahí tienes el dinero. Manda venir a un cambista, para que vea estas monedas de oro’. Mandé llamar un cambista, y enseguida uno de los eunucos le entregó el dinero, lo examinó y lo encontró de ley. Entonces tomé el dinero, y estuve hablando con la joven hasta que se abrió el zoco y llegaron los mercaderes a sus tiendas. Y ella me dijo: ‘Ahora necesito éstas y aquellas cosas. Ve a comprármelas’. Y compré por mi cuenta cuanto me había encargado, entregándoselo todo. Y ella lo tomó, como la primera vez, y se fue enseguida. Y cuando la vi alejarse, dije para mí: ‘No entiendo esta amistad que me tiene. Me trae cuatrocientos dinares y se lleva géneros que valen mil. Y se marcha sin decirme siquiera dónde vive. ¡Pero solamente Alah sabe lo que se oculta en un corazón!’

”Y así transcurrió todo un mes, cada día más atormentado mi espíritu por estas reflexiones. Y los mercaderes vinieron a reclamarme su dinero en forma tan apremiante, que para tranquilizarlos hube de decirles que iba a vender mi tienda con todos los géneros, y mi casa y todos mis bienes. Me hallé, pues, próximo a la ruina, y estaba muy afligido, cuando vi a la joven que entraba en el zoco y se dirigía a mi tienda. Y al verla se desvanecieron todas mis zozobras, y hasta olvidé la triste situación en que me había encontrado durante su ausencia. Y ella se me acercó, y con voz llena de dulzura me dijo: ‘Saca la balanza, para pesar el dinero que te traigo’. Y me dio, en efecto, cuanto me debía y algo más, en pago de las compras que para ella había hecho.

”Enseguida se sentó a mi lado y me habló con gran afabilidad, y yo desfallecía de ventura. Y acabó por decirme: ‘¿Eres soltero o tienes esposa?’ Y yo dije: ‘¡Por Alah! No tengo ni mujer legítima ni concubina’. Y al decirlo, me eché a llorar. Entonces ella me preguntó: ‘¿Por qué lloras?’ Y yo respondí: ‘Por nada; es que me ha pasado una cosa por la mente’. Luego me acerqué a su criado, le di algunos dinares de oro y le rogué que sirviese de mediador entre ella y mi persona para lo que yo deseaba. Y él se echó a reír, y me dijo: ‘Sabe que mi señora está enamorada de ti. Pues ninguna necesidad tenía de comprar telas, y sólo las ha comprado para poder hablar contigo y darte a conocer su pasión. Puedes, por tanto, dirigirte a ella, seguro de que no te reñirá ni ha de contrariarte’.

”Y cuando ella iba a despedirse, me vio entregar el dinero al servidor que la acompañaba. Y entonces volvió a sentarse y me sonrió. Y yo le dije: ‘Otorga a tu esclavo la merced que desea solicitar de ti y perdónale anticipadamente lo que va a decirte’. Después le hablé de lo que tenía en mi corazón. Y vi que le agradaba, pues me dijo: ‘Este esclavo te traerá mi respuesta y te señalará mi voluntad. Haz cuanto te diga que hagas’. Después se levantó y se fue.

”Entonces fui a entregar a los mercaderes su dinero con los intereses que les correspondían. En cuanto a mí, desde el instante que dejé de verla perdí todo mi sueño durante todas mis noches. Pero en fin, pasados algunos días, vi llegar al esclavo y lo recibí con solicitud y generosidad, rogándole que me diese noticias. Y él me dijo: "Ha estado enferma estos días". Y yo insistí: "Dame algunos pormenores acerca de ella". Y él respondió: "Esta joven ha sido educada por nuestra ama Zobeida, esposa favorita de Harún al-Rashid, y ha entrado en su servidumbre. Y nuestra ama Zobeida la quiere como si fuese hija suya, y no le niega nada. Pero el otro día le pidió permiso para salir, diciéndole: ‘Mi alma desea pasearse un poco y volver enseguida a palacio’. Y se le concedió permiso. Y desde aquel día no dejó de salir y de volver a palacio, con tal frecuencia, que acabó por ser peritísima en compras, y se convirtió en la proveedora de nuestra ama Zobeida. Entonces te vio, y le habló de ti a nuestra ama, rogándole que la casase contigo. Y nuestra ama le contestó: ‘Nada puedo decirte sin conocer a ese joven. Si me convenzo de que te iguala en cualidades, te uniré con él’. Pero ahora vengo a decirte que nuestro propósito es que entres en palacio. Y si logramos hacerte entrar sin que nadie se entere, puedes estar seguro de casarte, pero si se descubre te cortarán la cabeza. ¿Qué dices a esto?" Yo respondí: "Que iré contigo". Entonces me dijo: "Apenas llegue la noche, dirígete a la mezquita que Sett-Zobeida ha mandado edificar junto al Tigris. Entra, haz tu oración, y aguárdame". Y yo respondí: "Obedezco, amo, y honro".

”Y cuando vino la noche fui a la mezquita, entré, me puse a rezar, y pasé allí toda la noche. Pero al amanecer vi, por una de las ventanas que dan al río, que llegaban en una barca unos esclavos llevando dos cajas vacías. Las metieron en la mezquita y se volvieron a su barca. Pero uno de ellos, que se había quedado detrás de los otros, era el que me había servido de mediador. Y a los pocos momentos vi llegar a la mezquita a mi amada, la dama de Sett-Zobeida. Y corrí a su encuentro, queriendo estrecharla entre mis brazos. Pero ella huyó hacia donde estaban las cajas vacías e hizo una seña al eunuco, que me cogió, y antes de que pudiese defenderme me encerró en una de aquellas cajas. Y en el tiempo que se tarda en abrir un ojo y cerrar el otro, me llevaron al palacio del califa. Y me sacaron de la caja. Me entregaron trajes y efectos que valdrían lo menos cincuenta mil dracmas. Después vi a otras veinte esclavas blancas, todas con pechos de vírgenes. Y en medio de ellas estaba Sett-Zobeida, que no podía moverse de tantos esplendores como llevaba a partir del ombligo.

”Y las damas formaban dos filas frente a la sultana. Yo di un paso y besé la tierra entre sus manos. Entonces me hizo seña de que me sentase, y me senté entre sus manos. Enseguida me interrogó acerca de mis negocios, mi parentela y mi linaje, contestándole yo a cuanto me preguntaba. Y pareció muy satisfecha, y dijo: ‘¡Alah! ¡Yo veo que no he perdido el tiempo criando a esta joven, pues le encuentro un esposo cual éste!’ Y añadió: ‘¡Sabe que la considero como si fuese mi propia hija, y será para ti una esposa sumisa y dulce ante Alah y ante ti!’. Y entonces me incliné, besé la tierra y consentí en casarme.

”Y Sett-Zobeida me invitó a pasar en el palacio diez días. Y allí permanecí estos diez días, pero sin saber nada de la joven. Y eran otras jóvenes las que me traían el almuerzo y la comida y servían a la mesa.

”Transcurrido el plazo indispensable para los preparativos de la boda, Sett-Zobeida rogó al emir de los Creyentes el permiso para la boda. Y el califa, después de dar su venia, regaló a la joven diez mil dinares de oro. Y Sett-Zobeida mandó a buscar al kadí y a los testigos, que escribieron el contrato de matrimonio. Después empezó la fiesta. Se prepararon dulces de todas clases y los manjares de costumbre. Comimos, bebimos y se repartieron platos de comida por toda la ciudad, durando el festín diez días completos. Después llevaron a la joven al hammam para prepararla, según es uso.

”Y durante este tiempo se puso la mesa para mí y mis convidados, y se trajeron platos exquisitos, y entre otras cosas, en medio de pollos asados, pasteles de todas clases, rellenos deliciosos y dulces perfumados con almizcle y agua de rosas, había un plato de rozbaja capaz de volver loco al espíritu más equilibrado. Y yo, ¡por Alah! en cuanto me senté a la mesa, no pude menos de precipitarme sobre este plato de rozbaja y hartarme de él. Después me sequé las manos.

”Y así estuve tranquilo hasta la noche. Pero se encendieron las antorchas y llegaron las cantoras y tañedoras de instrumentos. Después se procedió a vestir a la desposada. Y la vistieron siete veces con trajes diferentes, en medio de los cantos y del sonar de los instrumentos. En cuanto al palacio, estaba lleno completamente por una muchedumbre de convidados. Y yo, cuando hubo terminado la ceremonia, entré en el aposento reservado, y me trajeron a la novia, procediendo su servidumbre a despojarla de todos los vestidos, retirándose después.

”Cuando la vi toda desnuda y estuvimos solos en nuestro lecho, la cogí entre mis brazos; y tal era mi ventura, que me parecía mentira el poseerla. Pero en este momento notó el olor de mi mano con la cual había comido la rozbaja, y apenas lo notó lanzó un agudo chillido.

”Inmediatamente acudieron por todas partes las damas de palacio, mientras que yo, trémulo de emoción, no me daba cuenta de la causa de todo aquello. Y le dijeron: ‘¡Oh hermana nuestra! ¿qué te ocurre?’ Y ella contestó: ‘¡Por Alah sobre vosotras! ¡Libradme al instante de este estúpido, al cual creí hombre de buenas maneras!’ Y yo le pregunté: ‘¿Y por qué me juzgas estúpido o loco?’ Y ella dijo: ‘¡Insensato! ¡Ya no te quiero, por tu poco juicio y tu mala acción!’. Y cogió un látigo que estaba cerca de ella, y me azotó con tan fuertes golpes, que perdí el conocimiento. Entonces ella se detuvo, y dijo a las doncellas: ‘Cogedlo y llevádselo al gobernador de la ciudad, para que le corten la mano con que comió los ajos’. Pero ya había yo recobrado el conocimiento, y al oír aquellas palabras, exclamé: ‘¡No hay poder y fuerza más que en Alah Todopoderoso! ¿Pero por haber comido ajos me han de cortar una mano? ¿Quién ha visto nunca semejante cosa?’ Entonces las doncellas empezaron a interceder en mi favor, y le dijeron: ‘¡Oh hermana, no le castigues esta vez! ¡Concédenos la gracia de perdonarle!’. Entonces ella dijo: ‘Os concedo lo que pedís; no le cortarán la mano, pero de todos modos algo he de cortarle de sus extremidades’. Después se fue y me dejó solo.

”En cuanto a mí, estuve diez días completamente solo y sin verla. Pero pasados los diez días, vino a buscarme y me dijo: ‘¡Oh tú, el de la cara ennegrecida! ¿Tan poca cosa soy para ti, que comiste ajo la noche de la boda?’ Después llamó a sus siervas y les dijo: ‘¡Atadle los brazos y las piernas!’ Y entonces me ataron los brazos y las piernas, y ella cogió una cuchilla de afeitar bien afilada y me cortó los dos pulgares de las manos y los dedos gordos de ambos pies. Y por eso, ¡oh todos vosotros! me veis sin pulgares en las manos ni en los pies.

”En cuanto a mí, caí desmayado. Entonces ella echó en mis heridas polvos de una raíz aromática, y así restañó la sangre. Y yo dije, primero entre mí y luego en alta voz: ‘¡No volveré a comer rozbaja sin lavarme después las manos cuarenta veces con potasa, cuarenta con sosa y cuarenta con jabón!’ Y al oírme, me hizo jurar que cumpliría esta promesa, y que no comería rozbaja sin cumplir con exactitud lo que acababa de decir.

”Por eso, cuando me apremiabais todos los aquí reunidos a comer de ese plato de rozbaja que hay en la mesa, he palidecido y me he dicho: ‘He aquí la rozbaja que me costó perder los pulgares’. Y al empeñaros en que la comiera, me vi obligado por mi juramento de hacer lo que vísteis”.

»Entonces, ¡oh rey de los siglos! —dijo el intendente continuando la historia, mientras los demás circunstantes estaban escuchando— pregunté al joven mercader de Bagdad: “¿Y qué te ocurrió luego con tu esposa?” Y él me contestó:

“Cuando hice aquel juramento ante ella, se tranquilizó su corazón, y acabó por perdonarme. Entonces la cogí y me acosté con ella. Y ¡por Alah! recuperé bien el tiempo perdido y olvidé mis pesares. Y permanecimos unidos largo tiempo de aquel modo. Después ella me dijo: ‘Has de saber que nadie de la corte del califa sabe lo que ha pasado entre nosotros. Eres el único que logró introducirse en este palacio. Y has entrado gracias al apoyo de El-Sayedat Zobeida’. Después me entregó diez mil dinares de oro, diciéndome: ‘Toma este dinero y ve a comprar una buena casa en que podamos vivir los dos’.

”Entonces salí, y compré una casa magnífica. Y allí transporté las riquezas de mi esposa y cuantos regalos le habían hecho, los objetos preciosos, telas, muebles y demás cosas bellas. Y todo lo puse en aquella casa que había comprado. Y vivimos juntos hasta el límite de los placeres y de la expansión.

”Pero al cabo de un año, por voluntad de Alah, murió mi mujer. Y no busqué otra esposa, pues quise viajar. Salí entonces de Bagdad, después de haber vendido todos mis bienes, y cogí todo mi dinero y emprendí el viaje, hasta que llegué a esta ciudad.”

»Y tal es, ¡oh rey del tiempo! —prosiguió el intendente— la historia que me refirió el joven mercader de Bagdad. Entonces todos los invitados seguimos comiendo, y después nos fuimos.

»Pero al salir me ocurrió la aventura con el jorobado. Y entonces sucedió lo que sucedió.

»Esta es la historia. Estoy convencido de que es más sorprendente que nuestra aventura con el jorobado. ¡Uasalam!».

Entonces dijo el rey de la China: «Pues te equivocas. No es más maravillosa que la aventura del jorobado. Porque la aventura del jorobado es mucho más sorprendente. Y por eso van a crucificaros a todos, desde el primero hasta el último».

Pero en este momento avanzó el médico judío, besó la tierra entre las manos del sultán, y dijo: «¡Oh rey del tiempo! Te voy a contar una historia que es seguramente más extraordinaria que todo cuanto oíste, y que la misma aventura del jorobado».

Entonces dijo el rey de la China: «Cuéntala pronto, porque no puedo aguardar más».

Y el médico judío dijo:

RELATO DEL MÉDICO JUDÍO

«La cosa más extraordinaria que me ocurrió en mi juventud es precisamente esta que vais a oír, ¡oh mis señores llenos de cualidades!

»Estudiaba entonces medicina y ciencias en la ciudad de Damasco. Y cuando tuve bien aprendida mi profesión, empecé a ejercerla y a ganarme la vida.

»Pero un día entre los días, cierto esclavo del gobernador de Damasco vino a mi casa, y diciéndome que le acompañase, me llevó al palacio del gobernador. Y allí, en medio de una gran sala, vi un lecho de mármol chapeado de oro. En este lecho estaba echado y enfermo un hijo de Adán. Era un joven tan hermoso, que no se habría encontrado otro como él entre todos los de su tiempo. Me acerqué a su cabecera, y le deseé pronta curación y completa salud. Pero él sólo me contestó haciéndome una seña con los ojos. Y yo le dije: “¡Oh mi señor, dame la mano!” Y él me alargó la mano izquierda, lo cual me asombró mucho, haciéndome pensar: “¡Por Alah! ¡Qué cosa tan sorprendente! He aquí un joven de buena apariencia y de elevada condición, y que está sin embargo muy mal educado”. No por eso dejé de tomarle el pulso, y receté un medicamento a base de agua de rosas. Y le seguí visitando, hasta que, pasados diez días, recuperó las fuerzas y pudo levantarse como de costumbre. Entonces le aconsejé que fuese al hammam y que después volviese a descansar.

»El gobernador de Damasco me demostró su gratitud regalándome un magnífico ropón de honor y nombrándome, no sólo médico suyo, sino también del hospital de Damasco. En cuanto al joven, que durante su enfermedad había seguido alargándome la mano izquierda, me rogó que le acompañase al hammam, que se había reservado para él solo, prohibiendo entrar a los demás clientes. Y cuando llegamos al hammam se acercaron los criados del joven, le ayudaron a desnudarse, cogiendo su ropa y dándole otra, limpia y nueva. Y al ver desnudo al joven, noté que carecía de mano derecha. Y me sorprendió y apenó grandemente el descubrimiento. Y aumentó mi asombro cuando vi huellas de varazos en todo su cuerpo. Entonces el joven se volvió hacia mí, y me dijo: “¡Oh médico del siglo! No te asombre el verme como me ves, pues voy a contarte el motivo, y oirás una relación muy extraordinaria. Pero tenemos que aguardar a estar fuera del hammam”.

»Después de salir del hammam llegamos al palacio, y nos sentamos para descansar y comer luego. Pero el joven me dijo: “¿No prefieres que subamos a la sala alta?” Y yo le contesté que sí, y entonces mandó a los criados que asaran un carnero y lo subieran a la sala alta, a la cual nos encaminamos. Y los esclavos no tardaron en subir el carnero asado y toda clase de frutas. Y nos pusimos a comer, y él siempre se servía de la mano izquierda. Entonces yo le dije: “Cuéntame ahora esa historia”. Y él contestó: “¡Oh médico del siglo, te la voy a contar! Escucha, pues.

”Sabe que nací en la ciudad de Mossul, donde mi familia figuraba entre las más principales. Mi padre era el mayor de los diez vástagos que dejó mi abuelo al morir, y cuando esto ocurrió, mi padre estaba ya casado, como todos mis tíos. Pero él era el único que tuvo un hijo, que fui yo, pues ninguno de mis tíos los tuvo. Por eso fui creciendo entre las simpatías de todos mis tíos, que me querían muchísimo y se alegraban mirándome.

”Un día que estaba con mi padre en la gran mezquita de Mossul para rezar la oración del viernes, vi que después de la plegaria todo el mundo se había marchado, menos mi padre y mis tíos. Se sentaron todos en la gran estera, y yo me senté con ellos. Y se pusieron a hablar, versando la conversación sobre los viajes y las maravillas de los países extranjeros y de las grandes ciudades lejanas. Pero sobre todo hablaron de Egipto y de El Cairo. Y mis tíos repitieron los relatos admirables de los viajeros que habían estado en Egipto, y decían que no había en la tierra país más bello ni río más maravilloso que el Nilo. Por eso los poetas han hecho muy bien en cantar ese país y su Nilo, y dice la verdad el poeta cuando dice:

¡Por Alah! ¡Te conjuro que digas al río de mi país, al Nilo de mi país, que aquí no puedo extinguir la sed, que el Éufrates no puede apagar la sed que me atormenta!

”Mis tíos empezaron a enumerar las maravillas de Egipto y de su río, con tal elocuencia y tanto calor, que cuando dejaron de hablar y se fue cada cual a su casa, quedé muy pensativo y preocupado, y no podía apartarse de mi espíritu el grato recuerdo de todas aquellas cosas que acababa de oír con motivo de aquel país tan admirable. Y cuando volví a casa, no pude pegar los ojos en toda la noche, y perdí el apetito.

”Averigüé a los pocos días que mis tíos estaban preparando un viaje a Egipto, y rogué con tanto ardor a mi padre, y tanto laboré para que me dejase ir con ellos, que me lo permitió y hasta me compró mercaderías muy estimables. Y encargó a mis tíos que no me llevasen con ellos a Egipto, sino que me dejasen en Damasco, donde debía yo ganar dinero con los géneros que llevaba. Me despedí de mi padre, me junté con mis tíos, y salimos de Mossul.

”Así viajamos hasta Alepo, donde nos detuvimos algunos días, y desde allí reanudamos el viaje hacia Damasco, adonde no tardamos en llegar.

”Y vimos que Damasco es una hermosa ciudad, entre jardines, arroyos, árboles, frutas y pájaros. Nos albergamos en uno de los khanes, mis tíos se quedaron en Damasco hasta que vendieron sus mercaderías de Mossul, comprando otras en Damasco para despacharlas en El Cairo, y vendieron también mis géneros tan ventajosamente, que cada dracma de mercadería me valió cinco dracmas de plata. Después mis tíos me dejaron solo en Damasco y prosiguieron su viaje a Egipto.

”En cuanto a mí, continué viviendo en Damasco, en donde alquilé una casa maravillosa, cuyas bellezas no puede enumerar la lengua humana. Me costaba dos dinares de oro al mes. Pero no me contenté con esto. Empecé a hacer grandes gastos, satisfaciendo todos mis caprichos, sin privarme de ninguna clase de manjares ni bebidas. Y esta vida duró hasta que hube gastado el dinero con que contaba.

”Y por entonces, estando sentado un día a la puerta de mi casa para tomar el fresco, vi acercarse a mí, viniendo no sé de dónde, a una joven ricamente vestida, sobrepasando en elegancia a todo cuanto yo había visto en mi vida. Me levanté súbitamente y la invité a que honrase mi casa con su presencia. No hizo ningún reparo, sino que traspuso el umbral y penetró en la casa gentilmente. Cerré entonces la puerta detrás de nosotros, y lleno de júbilo la cogí en brazos y la transporté al salón. Allí se descubrió, se quitó el velo, y se me apareció en toda su hermosura. Y tan hechicera la encontré, que me sentí completamente dominado por su amor.

”Salí enseguida en busca del mantel, lo cubrí con manjares suculentos y frutas exquisitas y cuanto era de mi obligación en aquellas circunstancias. Y nos pusimos a comer y a jugar, y luego a beber, y de tal manera lo hicimos, que nos emborrachamos por completo. La poseí entonces. Y la noche que pasé con ella hasta la mañana se contará entre las más benditas.

”Al día siguiente creí que hacía bien las cosas ofreciéndole diez dinares de oro. Pero los rechazó y dijo que nunca aceptaría nada de mí. Después me dijo: ‘Y ahora, ¡oh querido mío! sabe que volveré a verte dentro de tres días, al anochecer. Aguárdame, porque no he de faltar. Y como yo misma me convido, no quiero ocasionarte gastos; de modo que te voy a dar dinero para que prepares otro festín como el de hoy’. Y me entregó diez dinares de oro que me obligó a aceptar, y se despidió, llevándose tras ella toda mi alma.

”Pero, como me había prometido, volvió a los tres días, más ricamente vestida que la primera vez. Por mi parte, había preparado todo lo indispensable, y en realidad no había escatimado nada. Y comimos y bebimos como la otra vez, y no dejamos de hacer juntos aquello que hicimos hasta que brilló la mañana. Entonces me dijo: ‘¡Oh mi dueño amado! ¿de veras me encuentras hermosa?’ Yo le contesté: ‘¡Por Alah! Ya lo creo’. Y ella me dijo: ‘Si es así, puedo pedirte permiso para traer a una muchacha más hermosa y más joven que yo, a fin de que se divierta con nosotros y podamos reírnos y jugar juntos, pues me ha rogado que la saque conmigo, para regocijarnos y hacer locuras los tres’. Acepté de buena gana, y dándome entonces veinte dinares de oro, me encargó que no economizase nada para preparar lo necesario y recibirlas dignamente en cuanto llegasen ella y la otra joven. Después se despidió y se fue.

”Al cuarto día me dediqué, como de costumbre, a prepararlo todo, con la largueza de siempre, y aun más todavía, por tener que recibir a una persona extraña. Y apenas puesto el sol, vi llegar a mi amiga acompañada por otra joven que venía envuelta en un velo muy grande. Entraron y se sentaron. Y yo, lleno de alegría, me levanté, encendí los candelabros y me puse enteramente a su disposición. Ellas se quitaron entonces sus velos, y pude contemplar a la otra joven. ¡Alah, Alah! Parecía la luna llena. Me apresuré a servirlas, y les presenté las bandejas repletas de manjares y bebidas, y empezaron a comer y beber. Y yo, entretanto, besaba a la joven desconocida, y le llenaba la copa y bebía con ella. Pero esto acabó por encender los celos de la otra, que supo disimularlos, y hasta me dijo: ‘¡Por Alah! ¡Cuán deliciosa es esta joven! ¿No te parece más hermosa que yo?’ Y yo respondí ingenuamente: ‘Es verdad; razón tienes’. Y ella dijo: ‘Pues cógela y ve a dormir con ella. Así me complacerás’. Yo respondí: ‘Respeto tus órdenes y las pongo sobre mi cabeza y mis ojos’. Ella se levantó entonces, y nos preparó el lecho, invitándonos a ocuparlo. Y después me tendí junto a mi nueva amiga, y la poseí hasta por la mañana.

”Pero he aquí que al despertarme me encontré la mano llena de sangre, y vi que no era sueño, sino realidad. Como ya era día claro, quise despertar a mi compañera, dormida aún, y le toqué ligeramente la cabeza. Y la cabeza se separó inmediatamente del cuerpo y cayó al suelo.

”En cuanto a mi primera amiga, no había de ella ni rastro ni olor.

”Sin saber qué hacer, estuve una hora recapacitando, y por fin me decidí a levantarme, para abrir una huesa en aquella misma sala. Levanté las losas de mármol, empecé a cavar, e hice una hoya lo bastante grande para que cupiese el cadáver, y lo enterré inmediatamente. Cegué luego el agujero y puse las cosas lo mismo que antes estaban.

”Hecho esto fui a vestirme, cogí el dinero que me quedaba, salí en busca del amo de la casa, y pagándole el importe de otro año de alquiler, le dije: ‘Tengo que ir a Egipto, donde mis tíos me esperan’. Y me fui, precediendo mi cabeza a mis pies.

”Al llegar a El Cairo encontré a mis tíos, que se alegraron mucho al verme, y me preguntaron la causa de aquel viaje. Y yo les dije: ‘Pues únicamente el deseo de volveros a ver y el temor de gastarme en Damasco el dinero que me quedaba’. Me invitaron a vivir con ellos, y acepté. Y permanecí en su compañía todo un año, divirtiéndome, comiendo, bebiendo, visitando las cosas interesantes de la ciudad, admirando el Nilo y distrayéndome de mil maneras. Desgraciadamente, al cabo del año, como mis tíos habían realizado buenas ganancias vendiendo sus géneros, pensaron en volver a Mossul; pero como yo no quería acompañarlos, desaparecí para librarme de ellos, y se marcharon solos, pensando que yo habría ido a Damasco para prepararles alojamiento, puesto que conocía bien esta ciudad. Después seguí gastando, y permanecí allí otros tres años, y cada año mandaba el precio del alquiler al casero de Damasco. Transcurridos los tres años, como apenas me quedaba dinero para el viaje y estaba aburrido de la ociosidad, decidí volver a Damasco.

”Y apenas llegué, me dirigí a mi casa, y fui recibido con gran alegría por mi casero, que me dio la bienvenida, y me entregó las llaves, enseñándome la cerradura, intacta y provista de mi sello. Y efectivamente, entré y vi que todo estaba como lo había dejado.

”Lo primero que hice fue lavar el entarimado, para que desapareciese toda huella de sangre de la joven asesinada, y cuando me quedé tranquilo fui al lecho, para descansar de las fatigas del viaje. Y al levantar la almohada para ponerla bien, encontré debajo un collar de oro con tres filas de perlas nobles. Era precisamente el collar de mi amada, y lo había puesto allí la noche de nuestra dicha. Y ante este recuerdo derramé lágrimas de pesar y deploré la muerte de aquella joven. Oculté cuidadosamente el collar en el interior de mi ropón.

”Pasados tres días de descanso en mi casa, pensé ir al zoco, para buscar ocupación y ver a mis amigos. Llegué al zoco, pero estaba escrito por acuerdo del Destino que había de tentarme el Cheitán y yo había de sucumbir a su tentación, porque el Destino tiene que cumplirse. Y efectivamente, me dio la tentación de deshacerme de aquel collar de oro y de perlas. Lo saqué del interior del ropón, y se lo presenté al corredor más hábil del zoco. Éste me invitó a sentarme en su tienda, y en cuanto se animó el mercado, cogió el collar, me rogó que le esperase, y se fue a someterlo a las ofertas de mercaderes y parroquianos. Y al cabo de una hora volvió y me dijo: ‘Creí a primera vista que este collar era de oro de ley y perlas finas, y valdría lo menos mil dinares de oro; pero me equivoqué: es falso. Está hecho según los artificios de los francos, que saben imitar el oro, las perlas y las piedras preciosas; de modo que no me ofrecen por él más que mil dracmas, en vez de mil dinares’. Y contesté: ‘Verdaderamente, tienes razón. Este collar es falso. Lo mandé construir para burlarme de una amiga, a quien se lo regalé. Y ahora esta mujer ha muerto y le ha dejado el collar a la mía; de modo que hemos decidido venderlo por lo que den. Tómalo, véndelo en ese precio y tráeme los mil dracmas’. Y el astuto corredor se fue con el collar, pero después de haberme mirado con el ojo izquierdo”.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 28ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el médico judío continuó de este modo la historia del joven:

“El corredor, al ver que el joven no conocía el valor del collar, y se explicaba de aquel modo, comprendió enseguida que lo había robado o se lo había encontrado, cosa que debía aclararse. Cogió, pues, el collar, y se lo llevó al jefe de los corredores del zoco, que se hizo cargo de él enseguida, y fue en busca del walí de la ciudad, a quien dijo: ‘Me habían robado este collar, y ahora hemos dado con el ladrón, que es un joven vestido como los hijos de los mercaderes, y está en tal parte, en casa de tal corredor’.

”Y mientras yo aguardaba al corredor con el dinero, me vi rodeado y apresado por los guardias, que me llevaron a la fuerza a casa del walí. Y el walí me hizo preguntas acerca del collar, y yo le conté la misma historia que al corredor. Entonces el walí se echó a reír, y me dijo: ‘Ahora te enseñaré el precio de ese collar’. E hizo una seña a sus guardias, que me agarraron, me desnudaron, y me dieron tal cantidad de palos y latigazos, que me ensangrentaron todo el cuerpo. Entonces, lleno de dolor, les dije: ‘¡Os diré la verdad! ¡Ese collar lo he robado!’ Me pareció que esto era preferible a declarar la terrible verdad del asesinato de la joven, pues me habrían sentenciado a muerte, y me habrían ejecutado, para castigar el crimen.

”Y apenas me había acusado de tal robo, me asieron del brazo y me cortaron la mano derecha, como a los ladrones, y me cocieron el brazo en aceite hirviendo para cicatrizar la herida. Y caí desmayado de dolor. Y me dieron de beber una cosa que me hizo recobrar los sentidos. Entonces cogí mi mano cortada y regresé a mi casa.

”Pero al llegar a ella, el propietario, que se había enterado de todo, me dijo: ‘Desde el momento que te has declarado culpable de robo y de hechos indignos, no puedes seguir viviendo en mi casa. Recoge, pues, lo tuyo y ve a buscar otro alojamiento’. Yo contesté: ‘Señor, dame dos o tres días de plazo para que pueda buscar casa’. Y él me dijo: ‘Me avengo a otorgarte ese plazo’. Y dejándome, se fue.

”En cuanto a mí, me eché al suelo, me puse a llorar, y decía: ‘¡Cómo he de volver a Mossul, mi país natal; cómo he de atreverme a mirar a mi familia, después de que me han cortado una mano!... Nadie me creerá cuando diga que soy inocente. No puedo hacer más que entregarme a la voluntad de Alah, que es el único que puede procurarme un medio de salvación’.

”Los pesares y la tristeza me pusieron enfermo, y no pude ocuparme en buscar hospedaje. Y al tercer día, estando en el lecho, vi invadida mi habitación por los soldados del gobernador de Damasco, que venían con el amo de la casa y el jefe de los corredores. Y entonces el amo de la casa me dijo: ‘Sabe que el walí ha comunicado al gobernador general lo del robo del collar. Y ahora resulta que el collar no es de este jefe de corredores, sino del mismo gobernador general, o mejor dicho, de una hija suya, que desapareció también hace tres años. Y vienen para prenderte’.

”Al oír esto, empezaron a temblar todos mis miembros y coyunturas, y me dije: ‘Ahora sí que me condenan a muerte sin remisión. Más me vale declarárselo todo al gobernador general. Él será el único juez de mi vida o de mi muerte’. Pero ya me habían cogido y atado, y me llevaban con una cadena al cuello a presencia del gobernador general. Y nos pusieron entre sus manos a mí y al jefe de los corredores. Y el gobernador, mirándome, dijo a los suyos: ‘Este joven que me traéis no es un ladrón, y le han cortado la mano injustamente. Estoy seguro de ello. En cuanto al jefe de los corredores, es un embustero y un calumniador. ¡Apoderaos de él y metedlo en un calabozo!’. Después el gobernador dijo al jefe de los corredores: ‘Vas a indemnizar enseguida a este joven por haberle cortado la mano; si no, mandaré que te ahorquen y confiscaré todos tus bienes, corredor maldito’. Y añadió, dirigiéndose a los guardias: ‘¡Quitádmelo de delante, y salid todos!’ Entonces el gobernador y yo nos quedamos solos. Pero ya me habían libertado de la argolla del cuello, y tenía también los brazos libres.

”Cuando todos se marcharon, el gobernador me miró con mucha lástima y me dijo: ‘¡Oh, hijo mío! Ahora vas a hablarme con franqueza, diciéndome toda la verdad, sin ocultarme nada. Cuéntame, pues, cómo llegó este collar a tus manos’. Yo le contesté: ‘¡Oh mi señor y soberano! Te diré la verdad’. Y le referí cuanto me había ocurrido con la primera joven, cómo ésta me había proporcionado y traído a casa a la segunda joven, y cómo, por último, llevada de los celos, había sacrificado a su compañera. Y se lo conté con todos los pormenores. Pero no es de ninguna utilidad repetirlos.

”El gobernador, en cuanto lo hubo oído, inclinó la cabeza, lleno de dolor y de amargura, y se cubrió la cara con el pañuelo. Y así estuvo durante una hora, y su pecho se desgarraba en sollozos. Después se acercó a mí, y me dijo:

"Sabe, ¡oh, hijo mío! que la primera joven es mi hija mayor. Fue desde su infancia muy perversa, y por este motivo hube de criarla muy severamente. Pero apenas llegó a la pubertad, me apresuré a casarla, y con tal fin la envié a El Cairo, a casa de un tío suyo, para unirla con uno de mis sobrinos, y por lo tanto, primo suyo. Se casó con él, pero su esposo murió al poco tiempo, y entonces ella volvió a mi casa. Y no había dejado de aprovechar su estancia en Egipto para aprender todo género de libertinaje. Y tú, que estuviste en Egipto, ya sabes cuán expertas son en esto aquellas mujeres. No les basta con los hombres, y se aman y se mezclan unas con otras, y se embriagan y se pierden. Por eso, apenas estuvo de regreso mi hija, te encontró y se entregó a ti, y te fue a buscar cuatro veces seguidas. Pero con esto no le bastaba. Como ya había tenido tiempo para pervertir a su hermana, mi segunda hija, hasta el punto de inspirarle un amor apasionado, no le costó trabajo llevarla a tu casa, después de contarle cuanto hacía contigo. Y mi segunda hija me pidió permiso para acompañar a su hermana al zoco, y yo se lo concedí. ¡Y sucedió lo que sucedió!

"Pero cuando mi hija mayor regresó sola, le pregunté dónde estaba su hermana. Y me contestó llorando, y acabó por decirme, sin cesar en sus lágrimas: ‘Se me ha perdido en el zoco, y no he podido averiguar qué ha sido de ella’. Eso fue lo que me dijo a mí. Pero no tardó en confiarse a su madre, y acabó por decirle en secreto la muerte de su hermana, asesinada en tu lecho por sus propias manos. Y desde entonces no cesa de llorar, y no deja de repetir día y noche: ‘¡Tengo que llorar hasta que me muera!’. Y tus palabras, ¡oh, hijo mío! no han hecho más que confirmar lo que yo sabía, probando que mi hija había dicho la verdad. ¡Ya ves, hijo mío, cuán desventurado soy! De modo que he de expresarte un deseo y pedirte un favor, que confío no has de rehusarme. Deseo ardientemente que entres en mi familia, y quisiera darte por esposa a mi tercera hija, que es una joven buena, ingenua y virgen, y no tiene ninguno de los vicios de sus hermanas. Y no te pediré dote para este casamiento, sino que, al contrario, te remuneraré con largueza, y te quedarás en mi casa como un hijo".

”Entonces le contesté: ‘Hágase tu voluntad, ¡oh mi señor! Pero antes, como acabo de saber que mi padre ha muerto, quisiera mandar recoger su herencia’.

”Enseguida el gobernador envió un propio a Mossul, mi ciudad natal, para que en mi nombre recogiese la herencia dejada por mi padre. Y efectivamente, me casé con la hija del gobernador, y desde aquel día todos vivimos aquí la vida más próspera y dulce.

”Y tú mismo, ¡oh médico! has podido comprobar con tus propios ojos cuán amado y honrado soy en esta casa. ¡Y no tendrás en cuenta la descortesía que he cometido contigo durante toda mi enfermedad tendiéndote la mano izquierda, puesto que me cortaron la derecha!”

»En cuanto a mí —prosiguió el médico judío—, mucho me maravilló esta historia, y felicité al joven por haber salido de aquel modo de tal aventura. Y él me colmó de presentes y me tuvo consigo tres días en palacio, y me despidió cargado de riquezas y bienes.

»Entonces me dediqué a viajar y a recorrer el mundo, para perfeccionarme en mi arte. Y he aquí que llegué a tu Imperio, ¡oh rey espléndido y poderoso! Y entonces fue cuando la noche pasada me ocurrió la desagradable aventura con el jorobado. ¡Tal es mi historia!»

Entonces el rey de la China dijo: «Esa historia, aunque logró interesarme, te equivocas, ¡oh médico!, porque no es tan maravillosa ni sorprendente como la aventura del jorobado; de modo que no me queda más que mandaros ahorcar a los cuatro, y principalmente a ese maldito sastre, que es causa y principio de vuestro crimen».

Oídas tales palabras, el sastre se adelantó entre las manos del rey de la China, y dijo: «¡Oh rey lleno de gloria! Antes de mandarnos ahorcar, permíteme hablar a mí también, y te referiré una historia que encierra cosas más extraordinarias que todas las demás historias juntas, y es más prodigiosa que la historia misma del jorobado».

Y el rey de la China dijo: «Si dices la verdad, os perdonaré a todos. Pero ¡desdichado de ti si me cuentas una historia poco interesante y desprovista de cosas sublimes! Porque no vacilaré entonces en empalaros a ti y a tus tres compañeros, haciendo que os atraviesen de parte a parte, desde la base hasta la cima».

Entonces el sastre dijo:

RELATO DEL SASTRE

«Sabe, pues, ¡oh rey del tiempo! que antes de mi aventura con el jorobado me habían convidado en una casa donde se daba un festín a los principales miembros de los gremios de nuestra ciudad: sastres, zapateros, lenceros, barberos, carpinteros y otros.

»Y era muy de mañana. Por eso, desde el amanecer, estábamos todos sentados en coro para desayunarnos, y no aguardábamos más que al amo de la casa, cuando le vimos entrar acompañado de un joven forastero, hermoso, bien formado, gentil y vestido a la moda de Bagdad. Y era todo lo hermoso que se podía desear, y estaba tan bien vestido como pudiera imaginarse. Pero era ostensiblemente cojo. Luego que entró adonde estábamos, nos deseó la paz, y nos levantamos todos para devolverle su saludo. Después íbamos a sentarnos, y él con nosotros, cuando súbitamente le vimos cambiar de color y disponerse a salir. Entonces hicimos mil esfuerzos para detenerle entre nosotros. Y el amo de la casa insistió mucho y le dijo: “En verdad, no entendemos nada de esto. Te ruego que nos digas qué motivo te impulsa a dejarnos”.

»Entonces el joven respondió: “¡Por Alah te suplico, ¡oh mi señor! que no insistas en retenerme! Porque hay aquí una persona que me obliga a retirarme, y es ese barbero que está sentado en medio de vosotros”.

»Estas palabras sorprendieron extraordinariamente al amo de la casa, y nos dijo: “¿Cómo es posible que a este joven, que acaba de llegar de Bagdad, le moleste la presencia de ese barbero que está aquí?”. Entonces todos los convidados nos dirigimos al joven, y le dijimos: “Cuéntanos, por favor, el motivo de tu repulsión hacia ese barbero”. Y él contestó: “Señores, ese barbero de cara de alquitrán y alma de betún fue la causa de una aventura extraordinaria que me sucedió en Bagdad, mi ciudad, y ese maldito tiene también la culpa de que yo esté cojo. Así es que he jurado no vivir nunca en la ciudad en que él viva, ni sentarme en sitio en donde él se sentara. Y por eso me vi obligado a salir de Bagdad, mi ciudad, para venir a este país lejano. Pero ahora me lo encuentro aquí. Y por eso me marcho ahora mismo, y esta noche estaré lejos de esta ciudad, para no ver ese hombre de mal agüero”.

»Y al oírlo, el barbero se puso pálido, bajó los ojos y no pronunció palabra. Entonces insistimos tanto con el joven, que se avino a contarnos de este modo su aventura con el barbero.

Historia del joven cojo con el barbero de Bagdad
(Contada por el cojo y repetida por el sastre)

“Sabed, ¡oh todos los aquí presentes! que mi padre era uno de los principales mercaderes de Bagdad, y por voluntad de Alah fui su único hijo. Mi padre, aunque muy rico y estimado por toda la población, llevaba en su casa una vida pacífica, tranquila y llena de reposo. Y en ella me educó, y cuando llegué a la edad de hombre me dejó todas sus riquezas, puso bajo mi mando a todos sus servidores y a toda la familia, y murió en la misericordia de Alah, a quien fue a dar cuenta de la deuda de su vida. Yo seguí, como antes, viviendo con holgura, poniéndome los trajes más suntuosos y comiendo los manjares más exquisitos. Pero he de deciros que Alah, Omnipotente y Gloriosísimo, había infundido en mi corazón el horror a la mujer y a todas las mujeres, de tal modo, que sólo verlas me producía sufrimiento y agravio. Vivía, pues, sin ocuparme de ellas, pero muy feliz y sin desear nada más.

”Un día entre los días, iba yo por una de las calles de Bagdad, cuando vi venir hacia mí un grupo numeroso de mujeres. Enseguida, para librarme de ellas, emprendí rápidamente la fuga y me metí en una calleja sin salida. Y en el fondo de esta calle había un banco, en el cual me senté a descansar.

”Y cuando estaba sentado se abrió frente a mí una celosía, y apareció en ella una joven con una regadera en la mano, y se puso a regar las flores de unas macetas que había en el alféizar de la ventana.

”¡Oh, mis señores! He de deciros que al ver a esta joven sentí nacer en mí algo que en mi vida había sentido. Así es que en aquel mismo instante mi corazón quedó hechizado y completamente cautivo, mi cabeza y mis pensamientos no se ocuparon más que de aquella joven, y todo mi pasado horror a las mujeres se transformó en un deseo abrasador. Pero ella, en cuanto hubo regado las plantas, miró distraídamente a la izquierda y luego a la derecha, y al verme me dirigió una larga mirada que me sacó por completo el alma del cuerpo. Después cerró la celosía y desapareció. Y por más que la estuve esperando hasta la puesta del sol, no volvió a aparecer. Y yo parecía un sonámbulo o un ser que ya no pertenece a este mundo.

”Mientras seguía sentado de tal suerte, he aquí que llegó y bajó de su mula, a la puerta de la casa, el kadí de la ciudad, precedido de sus negros y seguido de sus criados. El kadí entró en la misma casa en cuya ventana había yo visto a la joven, y comprendí que debía ser su padre.

”Entonces volví a mi casa en un estado deplorable, lleno de pesar y zozobra, y me dejé caer en el lecho. Y enseguida se me acercaron todas las mujeres de la casa, mis parientes y servidores, y se sentaron a mi alrededor y empezaron a importunarme acerca de la causa de mi mal. Y como nada quería decirles sobre aquel asunto, no les contesté palabra. Pero de tal modo fue aumentando mi pena de día en día, que caí gravemente enfermo y me vi muy atendido y muy visitado por mis amigos y parientes.

”Y he aquí que uno de los días vi entrar en mi casa a una vieja, que en vez de gemir y compadecerse, se sentó a la cabecera del lecho y empezó a decirme palabras cariñosas para calmarme. Después me miró, me examinó atentamente, y pidió a mi servidumbre que me dejaran solo con ella. Entonces me dijo: ‘Hijo mío, sé la causa de tu enfermedad, pero necesito que me des pormenores’. Y yo le comuniqué en confianza todas las particularidades del asunto, y me contestó: ‘Efectivamente, hijo mío, esa es la hija del kadí de Bagdad y aquella casa es ciertamente su casa. Pero sabe que el kadí no vive en el mismo piso que su hija, sino en el de abajo. Y de todos modos, aunque la joven vive sola, está vigiladísima y bien guardada. Pero sabe también que yo voy mucho a esa casa, pues soy amiga de esa joven, y puedes estar seguro de que no has de lograr lo que deseas más que por mi mediación. ¡Anímate, pues, y ten alientos!’

”Estas palabras me armaron de firmeza, y enseguida me levanté y me sentí el cuerpo ágil y recuperada la salud. Y al ver esto, se alegraron todos mis parientes. Y entonces la anciana se marchó, prometiéndome volver al día siguiente para darme cuenta de la entrevista que iba a tener con la hija del kadí de Bagdad.

”Y en efecto, volvió al día siguiente. Pero apenas le vi la cara, comprendí que no traía buenas noticias. Y la vieja me dijo: "Hijo mío, no me preguntes lo que acaba de suceder. Todavía estoy trastornada. Figúrate que en cuanto le dije al oído el objeto de mi visita, se puso de pie y me replicó muy airada: ‘Malhadada vieja, si no te callas en el acto y no desistes de tus vergonzosas proposiciones, te mandaré castigar como mereces’. Entonces, hijo mío, ya no dije nada; pero me propongo intentarlo por segunda vez. No se dirá que he fracasado en estos empeños, en los que soy más experta que nadie". Después me dejó y se fue.

”Pero yo volví a caer enfermo con mayor gravedad, y dejé de comer y beber.

”Sin embargo, la vieja, como me había ofrecido, volvió a mi casa a los pocos días, y su cara resplandecía, y me dijo sonriendo: ‘Vamos, hijo, ¡dame albricias por las buenas nuevas que te traigo!’. Y al oírla, sentí tal alegría, que me volvió el alma al cuerpo, y le dije enseguida a la anciana: ‘Ciertamente, buena madre, te deberé el mayor beneficio’. Entonces ella me dijo: "Volví ayer a casa de la joven. Y cuando me vio muy triste y abatida y con los ojos arrasados en lágrimas, me preguntó: ‘¡Oh, mísera! ¿por qué está tan oprimido tu pecho? ¿Qué te pasa?’ Entonces se aumentó mi llanto, y le dije: ‘¡Oh hija mía y señora! ¿no recuerdas que vine a hablarte de un joven apasionadamente prendado de tus encantos? Pues bien: hoy está por morirse por culpa tuya’. Y ella, con el corazón lleno de lástima, y muy enternecida, preguntó: ‘¿Pero quién es ese joven de quien me hablas?’ Y yo le dije: ‘Es mi propio hijo, el fruto de mis entrañas. Te vio hace algunos días, cuando estabas regando las flores, y pudo admirar un momento los encantos de tu cara, y él, que hasta ese momento no quería ver a ninguna mujer y se horrorizaba de tratar con ellas, está loco de amor por ti. Por eso, cuando le conté la mala acogida que me hiciste, recayó gravemente en su enfermedad. Y ahora acabo de dejarle tendido en los almohadones de su lecho, a punto de rendir el último suspiro al Creador. Y me temo que no haya esperanza de salvación para él’. A estas palabras palideció la joven, y me dijo: ‘¿Y todo eso por causa mía?’ Yo le contesté: ‘¡Por Alah, que así es! ¿Pero qué piensas hacer ahora? Soy tu sierva, y pondré tus órdenes sobre mi cabeza y sobre mis ojos’. Y la muchacha dijo: ‘Ve enseguida a su casa, y transmítele de mi parte el saludo, y dile que me causa mucho dolor su pena. Y enseguida le dirás que mañana viernes, antes de la plegaria, le aguardo aquí. Que venga a casa, y yo diré a mi gente que le abran la puerta, le haré subir a mi aposento, y pasaremos juntos toda una hora. Pero tendrá que marcharse antes que mi padre vuelva de la oración’".

”Oídas las palabras de la anciana, sentí que recobraba las fuerzas y que se desvanecían todos mis padecimientos y descansaba mi corazón. Y saqué del ropón una bolsa repleta de dinares y rogué a la anciana que la aceptase. Y la vieja me dijo: ‘Ahora reanima tu corazón y ponte alegre’. Y yo le contesté: ‘En verdad que se acabó mi mal’. Y en efecto, mis parientes notaron bien pronto mi curación, y llegaron al colmo de la alegría, lo mismo que mis amigos.

”Aguardé, pues, de este modo hasta el viernes, y entonces vi llegar a la vieja. Y enseguida me levanté, me puse mi mejor traje, me perfumé con esencia de rosas, e iba a correr a casa de la joven, cuando la anciana me dijo: ‘Todavía queda mucho tiempo. Más vale que entretanto vayas al hammam a tomar un buen baño y que te den masaje, que te afeiten y depilen, puesto que ahora sales de una enfermedad. Verás qué bien te sienta’. Y yo respondí: ‘Verdaderamente, es una idea acertada. Pero mejor será llamar a un barbero, para que me afeite la cabeza, y después iré a bañarme al hammam’.

”Mandé entonces a un sirviente que fuese a buscar a un barbero, y le dije: ‘Ve enseguida al zoco y busca un barbero que tenga la mano ligera, pero sobre todo que sea prudente y discreto, sobrio en palabras y nada curioso, que no me rompa la cabeza con su charla, como hacen en su mayor parte los de su profesión’. Y mi servidor salió a escape y me trajo un barbero viejo.

”Y el barbero era ese maldito que veis delante de vosotros, ¡oh mis señores!

”Cuando entró, me deseó la paz, y yo correspondí a su saludo de paz. Y me dijo: ‘¡Que Alah aparte de ti toda desventura, pena, zozobra, dolor y adversidad!’. Y contesté: ‘¡Ojalá atienda Alah tus buenos deseos!’. Y prosiguió: "He aquí que te anuncio la buena nueva, ¡oh mi señor! y la renovación de tus fuerzas y tu salud. ¿Y qué he de hacer ahora? ¿Afeitarte o sangrarte? Pues no ignoras que nuestro gran Ibn-Abbas dijo: ‘El que se corta el pelo el día del viernes alcanza el favor de Alah, pues aparta de él setenta clases de calamidades’. Y el mismo Ibn-Abbas ha dicho: ‘Pero el que se sangra en viernes o hace que le apliquen ese mismo día ventosas escarificadas, se expone a perder la vista y corre el riesgo de coger todas las enfermedades’". Entonces le contesté: ‘¡Oh, jeque! basta ya de chanzas; levántate enseguida para afeitarme la cabeza, y hazlo pronto, porque estoy débil y no puedo hablar, ni aguardar mucho’.

”Entonces se levantó y cogió un paquete cubierto con un pañuelo, en que debía llevar la bacía, las navajas y las tijeras; lo abrió y sacó, no la navaja, sino un astrolabio de siete facetas. Lo cogió, se salió al medio del patio de mi casa, levantó gravemente la cara hacia el sol, lo miró atentamente, examinó el astrolabio, volvió, y me dijo: ‘Has de saber que este viernes es el décimo día del mes de Safar del año 763 de la hégira de nuestro Santo Profeta; ¡vayan a él la paz y las mejores bendiciones! Y lo sé por la ciencia de los números, la cual me dice que este viernes coincide con el preciso momento en que se verifica la conjunción del planeta Mirrikh con el planeta Hutared, por siete grados y seis minutos. Y esto viene a demostrar que el afeitarse hoy la cabeza es una acción fausta y de todo punto admirable. Y claramente me indica también que tienes la intención de celebrar una entrevista con una persona cuya suerte se me muestra como muy afortunada. Y aun podría contarte más cosas que te han de suceder, pero son cosas que debo callarlas’.

”Yo contesté: ‘¡Por Alah! Me ahogas con tanto discurso y me arrancas el alma. Parece también que no sabes más que vaticinar cosas desagradables. Y yo sólo te he llamado para que me afeites la cabeza. Levántate, pues, y aféitame sin más discursos’. Y el barbero replicó: ‘¡Por Alah! Si supieses la verdad de las cosas, me pedirías más pormenores y más pruebas. De todos modos, sabe que, aunque soy barbero, soy algo más que barbero. Pues además de ser el barbero más reputado de Bagdad, conozco admirablemente, aparte del arte de la medicina, las plantas y los medicamentos, la ciencia de los astros, las reglas de nuestro idioma, el arte de las estrofas y de los versos, la elocuencia, la ciencia de los números, la geometría, el álgebra, la filosofía, la arquitectura, la historia y las tradiciones de todos los pueblos de la tierra. Por eso tengo mis motivos para aconsejarte, ¡oh mi señor! que hagas exactamente lo que dispone el horóscopo que acabo de obtener gracias a mi ciencia y al examen de los cálculos astrales. Y da gracias a Alah, que me ha traído a tu casa, y no me desobedezcas, porque sólo te aconsejo tu bien por el interés que me inspiras. Ten en cuenta que no te pido más que servirte un año entero sin ningún salario. Pero no hay que dejar de reconocer, a pesar de todo, que soy un hombre de bastante mérito y que me merezco esta justicia’.

”A estas palabras le respondí: ‘Eres un verdadero asesino, que te has propuesto volverme loco y matarme de impaciencia’.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 29ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que cuando el joven dijo al barbero: ‘Vas a volverme loco y a matarme de impaciencia’, el barbero respondió:

‘Sabe, sin embargo, ¡oh mi señor! que soy un hombre a quien todo el mundo llama el Silencioso, a causa de mi poca locuacidad. De modo que no me haces justicia creyéndome un charlatán, sobre todo si te tomas la molestia de compararme, siquiera sea por un momento, con mis hermanos. Porque sabe que tengo seis hermanos que ciertamente son muy charlatanes, y para que los conozcas te voy a decir sus nombres: el mayor se llama El-Bacbuk, o sea el que al hablar hace un ruido como un cántaro cuando se vacía; el segundo, El-Haddar, o el que muge repetidas veces como un camello; el tercero, Bacbac, o el Cacareador hinchado; el cuarto, El-Kuz El-Assuaní, o el Botijo irrompible de Assuan; el quinto, El-Aschâ, o la Camella preñada, o el Gran Caldero; el sexto, Schakalik, o el Tarro hendido, y el séptimo, El Samet, o el Silencioso; y este silencioso es tu servidor’.

”Cuando oí este flujo de palabras, sentí que la impaciencia me reventaba la vejiga de la hiel, y exclamé dirigiéndome a mis criados: ‘¡Dadle enseguida un cuarto de dinar a este hombre y que se largue de aquí! Porque renuncio en absoluto a afeitarme’. Pero el barbero, apenas oyó esta orden, dijo: "¡Oh, mi señor! ¡qué palabras tan duras acabo de escuchar de tus labios! Porque ¡por Alah! sabe que quiero tener el honor de servirte sin ninguna retribución, y he de servirte sin remedio, pues considero un deber el ponerme a tus órdenes y ejecutar tu voluntad. Y me creería deshonrado para toda mi vida si aceptara lo que quieres darme tan generosamente. Porque sabe que si tú no tienes idea alguna de mi valía, yo, en cambio, estimo en mucho la tuya. Y estoy seguro de que eres digno hijo de tu difunto padre. (¡Alah lo haya recibido en Su misericordia!) Pues tu padre era acreedor mío por todos los beneficios de que me colmaba. Y era un hombre lleno de generosidad y de grandeza, y me tenía gran estimación, hasta el punto de que un día me mandó llamar, y era un día bendito como éste; y cuando llegué a su casa le encontré rodeado de muchos amigos, y a todos los dejó para venir a mi encuentro, y me dijo: ‘Te ruego que me sangres’. Entonces saqué el astrolabio, medí la altura del sol, examiné escrupulosamente los cálculos, y descubrí que la hora era nefasta y que aquel día era muy peligrosa la operación de sangrar. Y enseguida comuniqué mis temores a tu difunto padre, y tu padre se sometió dócilmente a mis palabras, y tuvo paciencia hasta que llegó la hora fausta y propicia para la operación. Entonces le hice una buena sangría, y se la dejó hacer con la mayor docilidad, y me dio las gracias más expresivas, y por si no fuese bastante, me las dieron también todos los presentes. Y para remunerarme por la sangría, me dio en el acto tu difunto padre cien dinares de oro".

”Yo, al oír estas palabras, le dije: ‘¡Ojalá no haya tenido Alah compasión de mi difunto padre, por lo ciego que estuvo al recurrir a un barbero como tú!’. Y el barbero, al oírme, se echó a reír, meneando la cabeza, y exclamó: "¡No hay más Dios que Alah, y Mahoma es el enviado de Alah! ¡Bendito sea el nombre de Aquel que se transforma y no se transforma! Ahora bien, ¡oh joven! yo te creía dotado de razón, pero estoy viendo que la enfermedad que tuviste te ha perturbado por completo el juicio y te hace divagar. Por esto no me asombra, pues conozco las palabras santas dichas por Alah en nuestro Santo y Precioso Libro, en el versículo que empieza de este modo: ‘Los que reprimen su ira y perdonan a los hombres culpables...’ De modo, que me avengo a olvidar tu sinrazón para conmigo y olvidó también tus agravios, y de todo ello te disculpo. Pero, en realidad, he de confesarte que no comprendo tu impaciencia ni me explico su causa. ¿No sabes que tu padre no emprendía nunca nada sin consultar antes mi opinión? Y a fe que en esto seguía el proverbio que dice: ‘¡El hombre que pide consejo se resguarda!’. Y yo, está seguro de ello, soy un hombre de valía, y no encontrarás nunca tan buen consejero como este tu servidor, ni persona más versada en los preceptos de la sabiduría y en el arte de dirigir hábilmente los negocios. Heme, pues, aquí, plantado sobre mis dos pies, aguardando tus órdenes y dispuesto por completo a servirte. Pero dime, ¿cómo es que tú no me aburres y en cambio te veo fastidiado y tan furioso? Verdad es que si tengo tanta paciencia contigo es sólo por respeto a la memoria de tu padre, a quien soy deudor de muchos beneficios". Entonces le repliqué: ‘¡Por Alah! ¡Ya es demasiado! Me estás matando con tu charla. Te repito que sólo te he mandado llamar para que me afeites la cabeza y te marches enseguida’.

”Y diciendo esto, me levanté muy furioso, y quise echarle y alejarle de allí, a pesar de tener ya mojado y jabonado el cráneo. Entonces, sin alterarse, prosiguió: ‘En verdad que acabo de comprobar que te fastidio sobremanera. Pero no por eso te tengo mala voluntad, pues comprendo que tu inteligencia no es muy poderosa, y que además eres todavía demasiado joven. Pues no hace mucho tiempo que aun te llevaba yo a caballo sobre mis espaldas, para conducirte de este modo a la escuela, a la cual no querías ir’. Y le contesté: ‘¡Vamos, hermano, te conjuro por Alah y por su verdad santa, que te vayas de aquí y me dejes dedicarme a mis ocupaciones! ¡Vete por tu camino!’. Y al pronunciar estas palabras, me dio tal ataque de impaciencia, que me desgarré las vestiduras y empecé a dar gritos inarticulados, como un loco.

”Y cuando el barbero me vio en aquel estado, se decidió a coger la navaja y a pasarla por la correa que llevaba a la cintura. Pero gastó tanto tiempo en pasar y repasar el acero por el cuero, que estuve a punto de que me saliese el alma del cuerpo. Pero, al fin, acabó por acercarse a mi cabeza, y empezó a afeitarme por un lado, y, efectivamente, iban desapareciendo algunos pelos. Después se detuvo, levantó la mano, y me dijo: ‘¡Oh, joven dueño mío! Los arrebatos son tentaciones del Cheitán’. Y me recitó estas estrofas:

¡Oh sabio! ¡Medita mucho tiempo tus propósitos, y no tomes nunca resoluciones precipitadas, sobre todo cuando te elijan para ser juez en la tierra!

¡Oh juez! ¡Nunca juzgues con dureza, y encontrarás misericordia cuando te toque el turno fatal!

¡Y no olvides jamás que no hay en la tierra mano tan poderosa que no pueda ser humillada por la mano de Alah, que la domina!

¡Y tampoco olvides que el tirano ha de encontrar siempre otro tirano que le oprimirá!

”Después me dijo: ‘¡Oh mi señor! Ya veo sobradamente que no te merecen ninguna consideración mis méritos ni mi talento. Y sin embargo, esta misma mano que hoy te afeita es la misma mano que toca y acaricia la cabeza de los reyes, emires, visires y gobernadores; en una palabra, la cabeza de toda la gente ilustre y noble. Y debía referirse a mí o a alguien que se me pareciese el poeta que habló de este modo:

¡Considero todos los oficios como collares preciosos, pero el barbero es la perla más hermosa del collar!

¡Supera en sabiduría y grandeza de alma a los más sabios y a los más ilustres, y su mano domina la cabeza de los reyes!’

”Y replicando a tanta palabrería, le dije: ‘¿Quieres ocuparte en tu oficio, sí o no? Has conseguido destrozarme el corazón y hundirme el cerebro’. Y entonces exclamó: ‘Voy sospechando que tienes prisa de que acabe’. Y le dije: ‘¡Sí que la tengo! ¡Sí que la tengo! ¡Sí que la tengo!’. Y él insistió: "Que aprenda tu alma un poco de paciencia y de moderación. Porque sabe, ¡oh mi joven amo! que el apresuramiento es una mala sugestión del Tentador, y sólo trae consigo el arrepentimiento y el fracaso. Además, nuestro soberano Mohamed (¡sean con él las bendiciones y la paz!) ha dicho: ‘Lo más hermoso del mundo es lo que se hace con lentitud y madurez’. Pero lo que acabas de decirme excita grandemente mi curiosidad, y te ruego que me expliques el motivo de tanta impaciencia, pues nada perderás con decirme qué es lo que te obliga a apresurarte de este modo. Confío, en mi buen deseo hacia ti, que será una causa agradable, pues me causaría mucho sentimiento que fuese de otra clase. Pero ahora tengo que interrumpir por un momento mi tarea, pues como quedan pocas horas de sol, necesito aprovecharlas". Entonces soltó la navaja, cogió el astrolabio, y salió en busca de los rayos del sol, y estuvo mucho tiempo en el patio. Y midió la altura del sol, pero todo esto sin perderme de vista y haciéndome preguntas. Después, volviéndose hacia mí, me dijo: ‘Si tu impaciencia es sólo por asistir a la oración, puedes aguardar tranquilamente, pues sabe que en realidad aun nos quedan tres horas, ni más ni menos. Nunca me equivoco en mis cálculos’. Y yo contesté: ‘¡Por Alah! ¡Ahórrame estos discursos, pues me tienes con el hígado hecho trizas!’

”Entonces cogió la navaja y volvió a suavizarla, como lo había hecho antes, y reanudó la operación de afeitarme muy poco a poco; pero no podía dejar de hablar, y prosiguió: ‘Mucho siento tu impaciencia, y si quisieras revelarme su causa, sería bueno y provechoso para ti. Pues ya te dije que tu difunto padre me profesaba gran estimación, y nunca emprendía nada sin oír mi parecer’. Entonces hube de convencerme que para librarme del barbero no me quedaba otro recurso que inventar algo para justificar mi impaciencia, pues pensé: ‘He aquí que se aproxima la hora de la plegaria, y si no me apresuro a marchar a casa de la joven, se me hará tarde, pues la gente saldrá de las mezquitas, y entonces todo lo habré perdido’. Dije, pues, al barbero: ‘Abrevia de una vez y déjate de palabras ociosas y de curiosidades indiscretas. Y ya que te empeñas en saberlo, te diré que tengo que ir a casa de un amigo que acaba de enviarme una invitación urgente convidándome a un festín’.

”Pero cuando oyó hablar de convite y festín, el barbero dijo: ‘¡Que Alah te bendiga y te llene de prosperidades! Porque precisamente me haces recordar que he convidado a comer en mi casa a varios amigos y se me ha olvidado prepararles comida. Y me acuerdo ahora, cuando ya es demasiado tarde’. Entonces le dije: ‘No te preocupe ese retraso, que lo voy a remediar enseguida. Ya que no como en mi casa, por haberme convidado a un festín, quiero darte cuantos manjares y bebidas tenía dispuestos, pero con la condición de que termines enseguida tu negocio y acabes a escape de afeitarme la cabeza’. Y el barbero contestó: ‘¡Ojalá Alah te colme de sus dones y te lo pague en bendiciones en su día! Pero ¡oh mi señor! ten la bondad de enumerar, aunque sea muy suscintamente, las cosas con que va a obsequiarme tu generoso desprendimiento, para que yo las conozca’. Y le dije: ‘Tengo a tu disposición cinco marmitas llenas de cosas excelentes: berenjenas y calabacines rellenos, hojas de parra sazonadas con limón, albondiguillas con trigo partido y carne mechada, arroz con tomate y filetes de carnero, guisado con cebolletas. Además, diez pollos asados y un carnero a la parrilla. Después, dos grandes bandejas: una de kenafa y la otra de pasteles, quesos, dulces y miel. Y frutas de todas clases: pepinos, melones, manzanas, limones, dátiles frescos y otras muchas más’. Entonces me dijo: ‘Manda traer todo eso aquí, para verlo’. Y yo mandé que lo trajesen, y lo fue examinando y lo probó todo, y me dijo: ‘¡Grande es tu generosidad, pero faltan las bebidas!’ Y yo contesté: ‘También las tengo’. Y replicó: ‘Di que las traigan’. Y mandé traer seis vasijas, llenas de seis clases de bebidas, y las probó una por una, y me dijo: ‘¡Alah te provea de todas sus gracias! ¡Cuán generoso es tu corazón! Pero ahora falta el incienso, y el benjuí, y los perfumes para quemar en la sala, y el agua de rosas y la de azahar para rociar a mis huéspedes’. Entonces mandé traer un cofrecillo lleno de ámbar gris, madera de áloe, nadd, almizcle, incienso y benjuí, que valía más de cincuenta dinares de oro, y no se me olvidaron las esencias aromáticas ni los hisopos de plata con agua de olor. Y como el tiempo se acortaba tanto como se me oprimía el corazón, dije al barbero: ‘Toma todo esto, pero acaba de afeitarme la cabeza, por la vida de Mohamed (¡sean con Él la oración y la paz de Alah!)’. Y el barbero dijo entonces: ‘¡Por Alah! No cogeré este cofrecillo sin haberlo abierto, a fin de saber su contenido’. Y no hubo más remedio que llamar a un criado para que abriese el cofrecillo. Y entonces el barbero soltó el astrolabio, se sentó en el suelo, y empezó a sacar todos los perfumes, incienso, benjuí, almizcle, ámbar gris, áloe, y los olfateó uno tras otro con tanta lentitud y tanta parsimonia, que se me figuró otra vez que el alma se me salía del cuerpo. Después se levantó, me dio las gracias, cogió la navaja, y volvió a reanudar la operación de afeitarme la cabeza. Pero apenas había empezado, se detuvo de nuevo y me dijo:

‘¡Por Alah, ¡oh hijo de mi vida! no sé a cuál de los dos alabar y bendecir hoy más extremadamente, si a ti o a tu difunto padre! Porque, en realidad, el festín que voy a dar en mi casa se debe por completo a tu iniciativa generosa y a tus magnánimos donativos. Pero, ¿te lo diré? Permíteme que te haga esta confianza. Mis convidados son personas poco dignas de tan suntuoso festín. Son, como yo, gente de diversos oficios, pero resultan deliciosos. Y para que te convenzas, nada mejor que los enumere: en primer lugar, el admirable Zeitún, el que da masajes en el hammam; el alegre y bromista Salih, que vende torrados; Haukal, vendedor de habas cocidas; Hakraschat, verdulero; Hamid, basurero, y finalmente, Hakaresch, vendedor de leche cuajada.

’Todos estos amigos a quienes he invitado, no son, ni con mucho, de esos charlatanes, curiosos e indiscretos, sino gente muy festiva, a cuyo lado no puede haber tristeza. El que menos, vale más en mi opinión que el rey más poderoso. Pues sabe que cada uno de ellos tiene fama en toda la ciudad por un baile y una canción diferentes. Y por si te agradase alguna, voy a bailar y cantar cada danza y cada canción.

’Fíjate bien: he aquí la danza de mi amigo Zeitún, el del hammam... ¿Qué te ha parecido? Y en cuanto a su canción, es ésta:

¡Mi amiga es tan gentil, que el cordero más dulce no la iguala en dulzura! ¡La quiero apasionadamente, y ella me ama lo mismo! ¡Y me quiere tanto, que apenas me alejo un instante la veo acudir y echarse en mi cama!

¡Mi amiga es tan gentil, que el cordero más dulce no la iguala en dulzura!

’Pero ¡oh hijo de mi vida! —prosiguió el barbero— he aquí ahora la danza de mi amigo el basurero Hamid. ¡Observa cuán sugestiva es, cuánta es su alegría y cuánta es su ciencia!... Y escucha la canción:

¡Mi mujer es avara, y si le hiciese caso me moriría de hambre!

¡Mi mujer es fea, y si le hiciese caso estaría siempre encerrado en mi casa!

¡Mi mujer esconde el pan en la alacena! ¡Pero si no como pan y sigue siendo tan fea que haría correr a un negro de narices aplastadas, tendré que acabar por castrarme!’

”Después, el barbero, sin darme tiempo ni para hacer una seña de protesta, imitó todas las danzas de sus amigos y entonó todas sus canciones. Y luego me dijo: ‘Eso es lo que saben hacer mis amigos. De modo que si quieres reírte de veras, he de aconsejarte, por interés tuyo y placer para todos, que vengas a mi casa, para estar en nuestra compañía, y dejes a esos amigos a quienes me has dicho que tenías intención de ver. Porque observo aún en tu cara huellas de fatiga, y además de esto, como acabas de salir de una enfermedad, convendría que te precavieses, pues es muy posible que haya entre esos amigos alguna persona indiscreta, de esas aficionadas a la palabrería, o cualquier charlatán sempiterno, curioso e inoportuno, que te haga recaer en tu enfermedad de modo más grave que la primera vez’.

”Entonces dije: ‘Hoy no me es posible aceptar tu invitación; otro día será’. Y él contestó: ‘Lo más ventajoso para ti es que apresures el momento de venir a mi casa, para que disfrutes de toda la urbanidad de mis amigos y te aproveches de sus admirables cualidades. Así, obrarás según dice el poeta:

¡Amigo, no difieras nunca el aprovecharte del goce que se te ofrece! ¡No dejes nunca para otro día la voluptuosidad que pasa! ¡Porque la voluptuosidad no pasa todos los días, ni el goce ofrece diariamente sus labios a tus labios! ¡Sabe que la fortuna es mujer, y como la mujer, mudable!

”Entonces, con tanta arenga y tanta habladuría, hube de echarme a reír, pero con el corazón lleno de rabia. Y después dije al barbero: ‘Ahora te mando que acabes de afeitarme y me dejes ir por el camino de Alah, bajo su santa protección, y por tu parte, ve a buscar a tus amigos, que a estas horas te estarán aguardando’. Y el barbero repuso: ‘Pero, ¿por qué te niegas? Realmente, no es que te pida una gran cosa. Fíjate bien: que vengas a conocer a mis amigos, que son unos compañeros deliciosos y que nada tienen de indiscretos ni de importunos. Y aun podría decirte que, en cuanto los veas una vez nada más, no querrás tener trato con otros, y abandonarás para siempre a tus actuales amigos’. Y yo dije: ‘¡Aumente Alah la satisfacción que su amistad te causa! Algún día los convidaré a un banquete que daré para ellos’.

”Entonces este maldito barbero me dijo: ‘Ya veo que de todos modos prefieres el festín de tus amigos y su compañía a la compañía de los míos; pero te ruego que tengas un poco de paciencia y que aguardes a que lleve a mi casa estas provisiones que debo a tu generosidad. Las pondré en el mantel, delante de mis convidados, y como mis amigos no cometerán la majadería de molestarme si los dejo solos para que honren mi mesa, les diré que hoy no cuenten conmigo ni guarden mi regreso. Y enseguida vendré a buscarte, para ir contigo adonde quieras ir’. Entonces exclamé: ‘¡Oh! ¡Sólo hay fuerzas y recursos en Alah Altísimo y Omnipotente! Pero tú ¡oh ser humano! vete a buscar a tus amigos, diviértete con ellos cuanto quieras, y déjame marchar en busca de los míos, que a esta hora precisamente esperan mi llegada’. Y el barbero dijo: ‘¡Eso nunca! De ningún modo consentiré en dejarte solo’. Y yo, haciendo mil esfuerzos para no insultarle, le dije: ‘Sabe, en fin, que al sitio donde voy no puedo ir más que solo’. Y él dijo: ‘¡Entonces ya comprendo! Es que tienes cita con una mujer, pues si no, me llevarías contigo. Y sin embargo, sabe que no hay en el mundo quien merezca ese honor como yo, y sabe además que podría ayudarte mucho en cuanto quisieras hacer. Pero ahora se me ocurre que acaso esa mujer sea una forastera embaucadora. Y si es así, ¡desdichado de ti si vas solo! ¡Allí perderás el alma seguramente! Porque esta ciudad de Bagdad no se presta a esa clase de citas. ¡Oh, nada de eso! Sobre todo, desde que tenemos este nuevo gobernador, cuya severidad es tremenda para estas cosas. Y dicen que no tiene zib ni compañones, y por odio y por envidia castiga con tal crueldad esa clase de aventuras’.

”Entonces, no pudiendo reprimirme, exclamé violentamente: ‘¡Oh tú el más maldito de los verdugos! ¿Vas a acabar de una vez con esa infame manía de hablar?’. Y el barbero consintió en callar un rato, cogió de nuevo la navaja, y por fin acabó de afeitarme la cabeza. Y a todo esto, ya hacía rato que había llegado la hora de la plegaria. Y para que el barbero se marchase, le dije: ‘Ve a casa de tus amigos a llevarles esos manjares y bebidas, que yo te prometo aguardar tu vuelta para que puedas acompañarme a esa cita’. E insistí mucho, a fin de convencerle. Y entonces me dijo: ‘Ya veo que quieres engañarme para deshacerte de mí y marcharte solo. Pero sabe que te atraerás una serie de calamidades de las que no podrás salir ni librarte. Te conjuro, pues, por interés tuyo, a que no te vayas hasta que yo vuelva, para acompañarte y saber en qué para tu aventura’. Yo le dije: ‘Sí, pero ¡por Alah! no tardes mucho en volver’.

”Entonces el barbero me rogó que le ayudara a echarse a cuesta todo lo que le había regalado, y a ponerse encima de la cabeza las dos grandes bandejas de dulces, y salió cargado de este modo. Pero apenas se vio fuera el maldito, cuando llamó a dos ganapanes, les entregó la carga, les mandó que la llevasen a su casa, y se emboscó en una calleja, acechando mi salida.

”En cuanto a mí, apenas desapareció el barbero, me lavé lo más de prisa posible, me puse la mejor ropa, y salí de mi casa. E inmediatamente oí la voz de los muezines, que llamaban a los creyentes a la oración aquel santo día de viernes:

¡Bismillahi'rramani'rrahim! ¡En nombre de Alah, el Clemente sin límites, el Misericordioso!

¡Loor a Alah, Señor de los hombres, Clemente y Misericordioso!

¡Supremo soberano, Arbitro absoluto el día de la Retribución!

¡A ti adoramos, tu socorro imploramos!

¡Dirígenos por el camino recto,

por el camino de aquello a quienes colmaste de beneficios,

y no por el camino de aquellos que incurrieron en tu cólera, ni de los que se han extraviado!

”Al verme fuera de casa, me dirigí apresuradamente a la de la joven. Y cuando llegué a la puerta del kadí, instintivamente volví la cabeza y vi al maldito barbero a la entrada del callejón. Pero como la puerta estaba entornada, esperando que yo llegase, me precipité dentro y la cerré enseguida. Y vi en el patio a la vieja, que me guio al piso alto, donde estaba la joven.

”Pero apenas había entrado, oímos gente que venía por la calle. Era el kadí, que, con su séquito, volvía de la oración. Y vi en la esquina barbero, que seguía aguardándome. En cuanto al kadí, me tranquilizó la joven, diciéndome que la visitaba pocas veces, y que además siempre se encontraría medio de ocultarme.

”Pero, por mi desgracia, había dispuesto Alah que ocurriera un incidente, cuyas consecuencias no pudieron serme más fatales. Se dio la coincidencia de que precisamente aquel día una de las esclavas del kadí hubiese merecido un castigo. Y el kadí, en cuanto entró, se puso apalearla, y debía pegarle muy recio, porque la esclava empezó a dar alaridos. Y entonces uno de los negros de la casa intercedió por ella; pero, enfurecido el kadí, le dio también de palos, y el negro empezó gritar. Y se armó tal tumulto, que alborotó toda la calle, y el maldito barbero creyó que me habían sorprendido y que era yo quien chillaba. Entonces comenzó a lamentarse, y se desgarró la ropa, se cubrió de polvo la cabeza y pedía socorro a los transeúntes que empezaban a reunirse a su alrededor. Y llorando decía: '¡Acaban de asesinar a mi amo en la casa del kadí!'. Después, siempre chillando, corrió a mi casa seguido de la multitud, y avisó a mis criados, que enseguida se armaron de garrotes y corrieron hacia la casa del kadí, vociferando y alentándose mutuamente. Y llegaron todos, con el barbero a la cabeza. Y el barbero seguía destrozándose la ropa y gritando a voz en cuello delante de la puerta del kadí, junto adonde yo estaba.

"Y cuando el kadí oyó este tumulto, miró por una ventana y vio a todos aquellos energúmenos que golpeaban su puerta con los palos. Entonces, juzgando que la cosa era bastante grave, bajó, abrió la puerta y preguntó: '¿Qué pasa, buena gente?'. Y mis criados le dijeron: '¿Eres tú quien ha matado a nuestro amo?'. Y él repuso: '¿Pero quién es vuestro amo, y qué ha hecho para que yo lo mate?...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 30ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el kadí, sorprendido, les dijo: ‘¿Qué ha hecho vuestro amo para que yo lo mate? ¿Y por qué está entre vosotros ese barbero que chilla y se revuelve como un asno?’ Entonces el barbero exclamó: ‘Tú eres quien ha matado a palos a mi amo, pues yo estaba en la calle y oí sus gritos’. Y el kadí contestó: ‘¿Pero quién es tu amo? ¿De dónde viene? ¿Adónde va? ¿Quién lo ha traído aquí?’ Y el barbero dijo: ‘Malhadado kadí, no te hagas el tonto, pues sé toda la historia, la entrada de mi amo en tu casa y todos los demás pormenores. Sé, y ahora quiero que todo el mundo lo sepa, que tu hija está prendada de mi amo, y mi amo la corresponde. Y le he acompañado hasta aquí. Y tú lo has sorprendido en la cama con tu hija, y lo has matado a palos, sin ayuda de tu servidumbre. Y yo te voy a obligar ahora mismo a que vengas conmigo al palacio de nuestro único juez, el califa, como no prefieras devolvernos inmediatamente a nuestro amo, indemnizarle de los malos tratos que le has hecho sufrir y entregárnoslo sano y salvo, a mí y a sus parientes. Si no, me obligarás a entrar a viva fuerza en tu casa para libertarlo. Apresúrate, pues, a entregárnoslo’.

”Al oír estas palabras, el kadí quedó cortado y lleno de confusión y de vergüenza ante toda aquella gente que estaba escuchando. Pero de todos modos, volviéndose hacia el barbero, le dijo: ‘Si no eres un embaucador, te autorizo para que entres en mi casa y busques a tu amo por donde quieras, y lo libertes’. Entonces el barbero se precipitó dentro de la casa.

”Y yo, que asistía a todo esto detrás de una celosía, cuando vi que el barbero había entrado en la casa, quise huir inmediatamente. Pero por más que buscaba escaparme, no hallé ninguna salida que no pudiese ser vista por la gente de la casa o no la pudiese utilizar el barbero. Sin embargo, en una de las habitaciones encontré un cofre enorme que estaba vacío, y me apresuré a esconderme en él, dejando caer la tapa. Y allí me quedé bien quieto, conteniendo la respiración.

”Pero el barbero, después de rebuscar por toda la casa, entró en aquel cuarto, y debió mirar a derecha e izquierda y ver el cofre. Entonces, el maldito comprendió que yo estaba dentro, y sin decir nada, lo cogió, se lo puso a la cabeza y buscó a escape la salida, mientras que yo me moría de miedo. Pero dispuso la fatalidad que el populacho se empeñase en ver lo que había en el cofre, y de pronto levantaron la tapa. Y yo, no pudiendo soportar aquella vergüenza, me levanté súbitamente y me tiré al suelo, pero con tal precipitación, que me rompí una pierna, y desde entonces estoy cojo. Y luego sólo pensé en escapar y esconderme, y como me vi entre una muchedumbre tan extraordinaria, me puse a echar puñados de monedas, y mientras se detuvieron a recoger el oro, me escurrí y escapé lo más aprisa que pude. Y así recorrí las calles más oscuras y más apartadas. Pero juzgad cuál sería mi temor cuando de pronto vi al barbero detrás de mí. Y decía a gritos: '¡Oh buenas gentes! ¡Gracias a Alah que he encontrado a mi amo!'. Después, sin dejar de correr detrás de mí, me dijo: '¡Oh mi señor! Ya ves ahora cuán mal hiciste en obrar con impaciencia y sin atender a mis consejos, porque, según has podido comprobar, no eres hombre de muchas luces, pues eres muy arrebatado y hasta algo simple. Pero señor, ¿adónde corres así? ¡Aguárdame!'. Y yo, que no sabía ya cómo deshacerme de aquella calamidad a no ser por la muerte, me paré y le dije: '¡Oh barbero! ¿No te basta con haberme puesto en el estado en que me ves? ¿Quieres, pues, mi muerte?'

”Pero al acabar de hablar vi abierta delante de mí la tienda de un mercader amigo mío. Me precipité dentro y supliqué al mercader que le impidiera entrar detrás de mí a ese maldito. Y pudo lograrlo con la amenaza de un garrote enorme y echándole miradas terribles. Pero el barbero no se fue sin maldecir al mercader y también al padre y al abuelo del mercader, vomitando insultos, injurias y maldiciones tanto contra mí como contra el mercader. Y yo di gracias al Recompensador por aquella liberación que no esperaba nunca.

”El mercader me interrogó entonces, y le conté mi historia con este barbero, y le rogué que me dejara en su tienda hasta mi curación, pues no quería volver a mi casa por miedo a que me persiguiese otra vez ese barbero de betún.

”Pero por la gracia de Alah, mi pierna acabó de curarse. Entonces cogí todo el dinero que me quedaba, mandé llamar testigos y escribí un testamento, en virtud del cual legaba a mis parientes el resto de mi fortuna, mis bienes y mis propiedades después de mi muerte, y elegí a una persona de confianza para que administrase todo aquello, encargándole que tratase bien a todos los míos, grandes y pequeños. Y para perder de vista definitivamente a este barbero maldito, decidí salir de Bagdad y marcharme a cualquier otra parte, donde no corriese el riesgo de encontrarme cara a cara con mi enemigo.

”Salí, pues, de Bagdad, y no dejé de viajar día y noche hasta que llegué a este país, donde creía haberme librado de mi perseguidor. Pero ya veis que todo fue trabajo perdido, ¡oh mis señores! pues me lo acabo de encontrar entre vosotros, en este banquete a que me habéis invitado.

”Por eso os explicaréis que no pueda tener tranquilidad mientras no huya de este país, como del otro, ¡y todo por culpa de ese malvado, de esa calamidad con cara de piojo, de ese barbero asesino, a quien Alah confunda, a él, a su familia y a toda su descendencia!”

»Cuando aquel joven —prosiguió el sastre, hablando al rey de la China — acabó de pronunciar estas palabras, se levantó con el rostro muy pálido, nos deseó la paz, y salió sin que nadie pudiera impedírselo.

»En cuanto a nosotros, una vez que oímos esta historia tan sorprendente, miramos al barbero, que estaba callado y con los ojos bajos, y le dijimos: “¿Es verdad lo que ha contado ese joven? Y en tal caso, ¿por qué procediste de ese modo, causándole tanta desgracia?”. Entonces el barbero levantó la frente, y nos dijo: “¡Por Alah! Bien sabía yo lo que me hacía al obrar así, y lo hice para ahorrarle mayores calamidades. Pues a no ser por mí, estaba perdido sin remedio. Y tiene que dar gracias a Alah y dármelas a mí por no haber perdido más que una pierna en vez de perderse por completo. En cuanto a vosotros, ¡oh mis señores! para probaros que no soy ningún charlatán, ni un indiscreto, ni en nada semejante a ninguno de mis seis hermanos, y para demostraros también que soy un hombre listo y de buen criterio, y sobre todo muy callado, os voy a contar mi historia, y juzgaréis”.

»Después de estas palabras, todos nosotros —continuó el sastre— nos dispusimos a escuchar en silencio aquella historia, que juzgábamos había de ser extraordinaria.

Historias del barbero de Bagdad y de sus seis hermanos

(Contadas por el barbero y repetidas por el sastre)

HISTORIA DEL BARBERO

El barbero dijo:

“Sabed, pues, ¡oh mis señores! que yo viví en Bagdad durante el reinado del Emir de los Creyentes El-Montasser Billah. Y bajo su gobierno vivíamos, porque amaba a los pobres y a los humildes, y gustaba de la compañía de los sabios y poetas.

”Pero un día entre los días, el califa tuvo motivos de queja contra diez individuos que habitaban no lejos de la ciudad, y mandó al gobernador-lugarteniente que trajese entre sus manos a estos diez individuos. Y quiso el Destino que precisamente cuando les hacían atravesar el Tigris en una barca, estuviese yo en la orilla del río. Y vi a aquellos hombres en la barca, y dije para mí: ‘Seguramente esos hombres se han dado cita en esa barca para pasarse en diversiones todo el día, comiendo y bebiendo. Así es que necesariamente me tengo que convidar para tomar parte en el festín’.

”Me aproximé a la orilla, y sin decir palabra, que por algo soy el Silencioso, salté a la barca y me mezclé con todos ellos. Pero de pronto vi llegar a los guardias del walí, que se apoderaron de todos, les echaron a cada uno una argolla al cuello y cadenas a las manos, y acabaron por cogerme a mí también y ponerme asimismo la argolla al cuello, y las cadenas a las manos. Y yo no dije palabra, lo cual os demostrará ¡oh mis señores! mi firmeza de carácter y mi poca locuacidad. Me aguanté, pues, sin protestar, y me vi llevado con los diez individuos a la presencia del Emir de los Creyentes, el califa Montasser Billah.

”Y en cuanto nos vio, el califa llamó al portaalfanje, y le dijo: ‘¡Corta inmediatamente la cabeza a esos diez malvados!’. Y el verdugo nos puso en fila en el patio, a la vista del califa, y empuñando el alfanje, hirió la primera cabeza y la hizo saltar, y la segunda, y la tercera, hasta la décima. Pero cuando llegó a mí, el número de cabezas cortadas era precisamente el de diez, y no tenía orden de cortar ni una más. Se detuvo, por lo tanto, y dijo al califa que sus órdenes estaban ya cumplidas. Pero entonces volvió la cara el califa, y viéndome todavía en pie, exclamó: ‘¡Oh mi portaalfanje! ¡Te he mandado cortar la cabeza a los diez malvados! ¿Cómo es que perdonaste al décimo?’. Y el portaalfanje repuso: ‘¡Por la gracia de Alah sobre ti y por la tuya sobre nosotros! He cortado diez cabezas’. Y el califa dijo: ‘Vamos a ver; cuéntalas delante de mí’. Las contó, y efectivamente, resultaron diez cabezas. Y entonces el califa me miró y me dijo: '¿Pero tú quién eres? ¿Y qué haces ahí entre esos bandidos, derramadores de sangre?'. Entonces, ¡oh mis señores! y sólo entonces, al ser interrogado por el Emir de los Creyentes, me resolví a hablar. Y dije: '¡Oh Emir de los Creyentes! Soy el jeque a quien llaman El-Samed, a causa de mi poca locuacidad. En punto a prudencia, tengo un buen acopio en mi persona, y en cuanto a la rectitud de mi juicio, la gravedad de mis palabras, lo excelente de mi razón, lo agudo de mi inteligencia y mi ninguna verbosidad, nada he de decirte, pues tales cualidades son en mí infinitas. Mi oficio es el de afeitar cabezas y barbas, escarificar piernas y pantorrillas y aplicar ventosas y sanguijuelas. Y soy uno de los siete hijos de mi padre, y mis seis hermanos están vivos.

'Pero he aquí la aventura. Esta misma mañana me paseaba yo a lo largo del Tigris, cuando vi a esos diez individuos que saltaban a una barca, y me junté con ellos, y con ellos me embarqué, creyendo que estaban convidados a algún banquete en el río. Pero he aquí que, apenas llegamos a la otra orilla, adiviné que me encontraba entre criminales, y me di cuenta de esto al ver a tus guardias que se nos echaban encima y nos ponían la argolla al cuello. Y aunque nada tenía yo que ver con esa gente, no quise hablar ni una palabra ni protestar de ningún modo, obligándome a ello mi excesiva firmeza de carácter y mi ninguna locuacidad. Y mezclado con estos hombres fui conducido entre tus manos, ¡oh Emir de los Creyentes! Y mandaste que cortasen la cabeza a esos diez bandidos, y fui el único que quedó entre las manos de tu portaalfanje, y a pesar de todo, no dije tan siquiera ni una palabra. Creo, pues, que esto es una buena prueba de valor y de firmeza muy considerable. Y además, el sólo hecho de unirme con esos diez desconocidos es por sí mismo la mayor demostración de valentía que yo sepa. Pero no te asombre mi acción, ¡oh Emir de los Creyentes! pues toda mi vida he procedido del mismo modo, queriendo favorecer a los extraños'.

"Cuando el califa oyó mis palabras, y advirtió en ellas que en mí era nativo el valor y la virilidad, y amor al silencio y a la compostura, y mi odio a la indiscreción y a la impertinencia, a pesar de lo que diga ese joven cojo que estaba ahí hace un momento, y a quien salvé de toda clase de calamidades, el Emir dijo: '¡Oh venerable jeque, barbero espiritual e ingenio lleno de gravedad y de sabiduría! Dime: ¿y tus seis hermanos son como tú? ¿Te igualan en prudencia, talento y discreción?'. Y yo respondí: "¡Alah me libre de ellos! ¡Cuán poco se asemejan a mí, oh Emir de los

Creyentes! ¡Acabas de afligirme con tu censura al compararme con esos seis locos que nada tienen de común conmigo, ni de cerca ni de lejos! Pues por su verbosidad impertinente, por su indiscreción y por su cobardía, se han buscado mil disgustos, y cada cual tiene una deformidad física, mientras que yo estoy sano y completo de cuerpo y espíritu. Porque, efectivamente, el mayor de mis hermanos es cojo; el segundo, tuerto; el tercero, mellado; el cuarto, ciego; el quinto, no tiene narices ni orejas, porque se las cortaron, y al sexto le han rajado los labios.

"Pero ¡oh Emir de los Creyentes! no creas que exagero con esto mis cualidades, ni aumento los defectos de mis hermanos. Pues si te contase su historia, verías cuán diferente soy de todos ellos. Y como su historia es infinitamente interesante y sabrosa, te la voy a contar sin más dilaciones.

HISTORIA DE BACBUK, PRIMER HERMANO DEL BARBERO

"Así, sabe, ¡oh Emir de los Creyentes! que el mayor de mis hermanos, el que quedó cojo, se llama El-Bacbuk, porque cuando se pone a charlar, parece oírse el ruido que hace un cántaro al vaciarse. Su oficio ha sido el de sastre en Bagdad.

"Ejercía su oficio de sastre en una tiendecilla cuyo propietario era un hombre cuajado de dinero y de riquezas. Este hombre habitaba en lo alto de la misma casa en que estaba situada la tienda de mi hermano Bacbuk. Y además, en el subterráneo de la casa había un molino, donde vivían un molinero y el buey del molinero.

"Pero un día que mi hermano Bacbuk estaba cosiendo, sentado en su tienda, teniendo debajo de él al molinero y al buey del molinero, y encima al enriquecido propietario, he aquí que mi hermano Bacbuk levantó de pronto la cabeza, y vio asomada en una de las ventanas altas a una hermosa mujer como la luna saliente, que se distraía mirando a los transeúntes. Y esta mujer era la esposa del propietario de la casa.

"Al verla mi hermano Bacbuk, sintió que su corazón se prendaba apasionadamente de ella, y le fue imposible coser ni hacer otra cosa que mirar a la ventana. Y se pasó todo el día como aturdido y en contemplación hasta por la noche. Y al día siguiente, en cuanto amaneció, se sentó en su sitio de costumbre, y mientras cosía, muy poco a poco, levantaba a cada momento la cabeza para mirar a la ventana. Y a cada puntada que daba con la aguja se pinchaba los dedos, pues tenía los ojos en la ventana constantemente. Y así estuvo varios días, durante los cuales apenas si trabajó ni su labor valió más de un dracma.

"En cuanto a la joven, comprendió enseguida los sentimientos de mi hermano Bacbuk. Y se propuso sacarles todo el partido posible y divertirse a su costa. Y un día que estaba mi hermano más entontecido que de costumbre, la joven le dirigió una mirada asesina, que se clavó inmediatamente en el corazón de Bacbuk. Y Bacbuk miró enseguida a la joven, pero de un modo tan ridículo, que ella se quitó de la ventana para reírse a su gusto, y fue tal su explosión de risa, que se cayó de trasero sobre el piso. Pero el infeliz de Bacbuk llegó al límite de la alegría pensando que la joven le había mirado cariñosamente.

"Así es que al día siguiente no se asombró, ni con mucho, mi hermano Bacbuk cuando vio entrar en su tienda al propietario de la casa, que llevaba debajo del brazo una hermosa pieza de hilo envuelta en un pañuelo de seda, y le dijo: ‘Te traigo esta pieza de tela para que me cortes unas camisas’. Entonces Bacbuk no dudó que aquel hombre estaba allí enviado por su mujer, y contestó: ‘¡Sobre mis ojos y sobre mi cabeza! Esta misma noche estarán acabadas tus camisas’. Y efectivamente, mi hermano se puso a trabajar con tal ahínco, privándose hasta de comer, que por la noche, cuando llegó el propietario de la casa, ya tenía las veinte camisas cortadas, cosidas y empaquetadas en el pañuelo de seda. Y el propietario de la casa le preguntó: ‘¿Qué te debo?’. Pero precisamente en aquel instante se presentó furtivamente en la ventana la joven, y dirigió una mirada a Bacbuk, haciéndole una seña con los ojos, como indicándole que no aceptase nada. Y mi hermano no quiso cobrarle nada al propietario de la casa, por más que en aquella ocasión estuviese muy apurado y cualquier dinero habría sido para él una gran ayuda. Pero se consideró dichoso con trabajar para el marido y favorecerle por amor a la linda cara de la mujer.

"Y al día siguiente al amanecer se presentó el propietario de la casa con otra pieza de tela debajo del brazo, y le dijo a mi hermano Bacbuk: ‘He aquí que acaban de advertirme en mi casa que necesito también calzoncillos nuevos para ponérmelos con las camisas nuevas. Y te traigo esta otra pieza de tela para que me hagas calzoncillos. Pero que sean muy anchos. Y no escatimes para nada los pliegues ni la tela’. Mi hermano contestó: ‘Escucho y obedezco’. Y se estuvo tres días completos cose que te cose, sin tomar otro alimento que el estrictamente necesario, pues no quería perder tiempo, y además no tenía ni un dracma para comprar comida.

"Y cuando hubo terminado los calzoncillos, los envolvió en el pañuelo, y muy contento, fue a llevárselos él mismo al propietario de la casa.

"No es necesario decir, ¡oh Emir de los Creyentes! que la joven se había puesto de acuerdo con su marido para burlarse del infeliz de mi hermano y hacerle las más sorprendentes jugarretas. Porque cuando mi hermano le presentó los calzoncillos al propietario de la casa, éste hizo como que iba a pagarle, pero inmediatamente apareció en la puerta la linda cara de la mujer, sonriéndole con los ojos y haciéndole señas con las cejas para que no cobrase. Y Bacbuk se negó en redondo a recibir nada del marido. Entonces el marido se ausentó un instante para hablar con su esposa, que había desaparecido también, y volvió enseguida junto a mi hermano y le dijo: ‘Para agradecer tus favores, hemos resuelto mi mujer y yo casarte con nuestra esclava blanca, que es muy hermosa y muy gentil, y de tal suerte serás de nuestra casa’. Y Bacbuk se figuró enseguida que era una excelente astucia de la mujer para que él pudiera entrar con libertad en la casa. Y aceptó en el acto. Y al momento mandaron llamar a la esclava, y la casaron con mi hermano Bacbuk.

"Pero cuando llegó la noche, quiso acercarse Bacbuk a la esclava blanca, y ésta le dijo: ‘¡No, no! ¡Esta noche no!’. Y por mucho que lo deseara Bacbuk, no pudo darle ni siquiera un beso.

"Además, el propietario de la casa había dicho a mi hermano Bacbuk que aquella noche, en lugar de dormir en la tienda, durmiese en el molino que había en el sótano de la casa, a fin de que estuviesen más anchos él y su mujer. Y como la esclava, después de resistirse a la copulación, se subió a casa de su señora, Bacbuk tuvo que acostarse solo. Y al amanecer aun dormía Bacbuk, cuando entró el molinero y dijo en alta voz: ‘Ya ha descansado bastante este buey. Voy a engancharlo al molino para moler todo ese trigo que se me está amontonando en cantidad considerable’. Y se acercó entonces a mi hermano, fingiendo confundirle con el buey, y le dijo: ‘¡Vaya, arriba, holgazán, que tengo que engancharte!’. Y mi hermano Bacbuk no quiso hablar, tal era su estupidez, y se dejó enganchar al molino. Y el molinero lo ató por la cintura al cilindro del molino, y dándole un fuerte latigazo, exclamó: ‘¡Yallah!’. Y cuando Bacbuk recibió aquel golpe, no pudo menos que mugir como un buey. Y el molinero siguió dándole fuertes latigazos y haciéndole dar vueltas al molino durante mucho tiempo. Y mi hermano mugía absolutamente como un buey, y resoplaba al recibir los estacazos.

"Y no tardó en llegar el propietario de la casa, que, al verle en tal estado, dando vueltas y recibiendo golpes, fue enseguida a avisar a su mujer, y ésta envió a la esclava blanca, que desató a mi hermano y le dijo muy compasivamente: ‘Mi señora acaba de saber el mal trato que te han hecho sufrir, y lo siente muchísimo. Todos lamentamos tus sufrimientos’. Pero el infeliz Bacbuk había recibido tanto palo y estaba tan molido, que no pudo contestar palabra.

"Hallándose en tal estado, se presentó el jeque que había escrito su contrato de matrimonio con la esclava blanca. Y le deseó la paz, y le dijo:

‘¡Concédate Alah larga vida! ¡Así sea bendito tu matrimonio! Estoy seguro de que acabas de pasar una noche feliz y que has gozado los transportes más dulces y más íntimos, abrazos, besos y copulaciones desde la noche hasta la mañana’. Y mi hermano Bacbuk le contestó: ‘¡Alah confunda a los embaucadores y a los pérfidos de tu clase, traidor a la milésima potencia! Tú me metiste en todo esto para que diese vueltas al molino en lugar del buey del molinero, y eso hasta la mañana’. Entonces el jeque le invitó a que se lo contase todo, y mi hermano se lo contó. Y entonces el jeque le dijo: ‘Todo eso está muy claro. No es otra cosa sino que tu estrella no concuerda con la estrella de la joven’. Y Bacbuk le replicó: ‘¡Ah, maldito! Anda a ver si puedes inventar más perfidias’. Después mi hermano se fue y volvió a meterse en su tienda, con el fin de aguardar algún trabajo que le permitiese ganar el pan, ya que tanto había trabajado sin cobrar.

"Y mientras estaba sentado, hete aquí que se presentó la esclava blanca, y le dijo: ‘Mi ama te quiere muchísimo, y me encarga que te diga que acaba de subir a la azotea para tener el gusto de contemplarte desde el tragaluz’. Y efectivamente, mi hermano vio aparecer en el tragaluz a la joven, deshecha en lágrimas, y se lamentaba y decía: ‘¡Oh querido mío! ¿por qué me pones tan mala cara y estás tan enfadado que ni siquiera me miras? Te juro por tu vida que cuanto te ha pasado en el molino se ha hecho a espaldas mías. En cuanto a esa esclava loca, no quiero que la mires siquiera. En adelante, yo sola seré tuya’. Y mi hermano Bacbuk levantó entonces la cabeza y miró a la joven. Y esto le bastó para olvidar todas las tribulaciones pasadas y para hartar sus ojos contemplando aquella hermosura. Después se puso a hablarle por señas, y ella con él, hasta que Bacbuk se convenció de que todas sus desgracias no le habían pasado a él, sino a otro cualquiera.

"Y con la esperanza de ver a la joven, siguió cortando y cosiendo camisas, calzoncillos, ropa interior y ropa exterior, hasta que un día fue a buscarle la esclava blanca, y le dijo: ‘Mi señora te saluda. Y como mi amo y esposo suyo se marcha esta noche a un banquete que le dan sus amigos, y no volverá hasta la mañana, te aguardará impaciente mi señora para pasar contigo esta noche entre delicias y lo que sabes’. Y el infeliz de Bacbuk estuvo a punto de volverse loco al oír tal noticia.

"Porque la astuta casada había combinado un último plan, de acuerdo con su marido, para deshacerse de mi hermano, y verse libres, ella y él, de pagarle toda la ropa que le habían encargado. Y el propietario de la casa había dicho a su mujer: ‘¿Cómo haríamos para que entrase en tu aposento para sorprenderle y llevarle a casa del walí?’. Y la mujer contestó: ‘Déjame obrar a mi gusto, y lo engañaré con tal engaño y lo comprometeré en tal compromiso, que toda la ciudad se ha de burlar de él’.

"Bacbuk no se figuraba nada de esto, pues desconocía en absoluto todas las astucias y todas las emboscadas de que son capaces las mujeres. Así es que, llegada la noche, fue a buscarle la esclava, y lo llevó a las habitaciones de su señora, que enseguida se levantó, le sonrió, y dijo: ‘¡Por Alah! ¡Dueño mío, qué ansias tenía de verte junto a mí!’. Y Bacbuk contestó: ‘¡Y yo también! ¡Pero démonos prisa, y ante todo, un beso! Y enseguida...’. Pero aun no había acabado de hablar, cuando se abrió la puerta y entró el marido con dos esclavos negros, que se precipitaron sobre mi hermano Bacbuk, lo ataron, le arrojaron al suelo y empezaron por acariciarle la espalda con sus látigos. Después se lo echaron a cuestas para llevarle a casa del walí. Y el walí le condenó a que le diesen doscientos azotes, y después le montaron en un camello y le pasearon por todas las calles de Bagdad. Y un pregonero iba gritando: ‘¡De esta manera se castigará a todo cabalgador que asalte a la mujer del prójimo!’.

"Pero mientras así paseaban a mi hermano Bacbuk, se enfureció de pronto el camello y empezó a dar grandes corcovos. Y Bacbuk, como no podía valerse, cayó al suelo y se rompió una pierna, quedando cojo desde entonces. Y Bacbuk, con su pata rota, salió de la ciudad. Pero me avisaron de todo ello a tiempo, ¡oh Príncipe de los Creyentes! y corrí detrás de él, y le traje aquí en secreto, he de confesarlo, y me encargué de su curación, de sus gastos y de todas sus necesidades. Y así seguimos."

”Y cuando hube contado esta historia de Bacbuk, ¡oh mis señores! el califa Montasser-Billah se echó a reír a carcajadas, y dijo: ‘¡Qué bien la contaste! ¡Qué divertido relato!’. Y yo repuse: ‘En verdad que no merezco aún tanta alabanza tuya. Porque entonces, ¿qué dirás cuando hayas oído la historia de cada uno de mis otros hermanos? Pero temo que me tomes por un charlatán indiscreto’. Y el califa contestó: ‘¡Al contrario, barbero sobrenatural! Apresúrate a contarme lo que ocurrió a tus hermanos, para adornar mis oídos con esas historias que son pendientes de oro, y no temas entrar en pormenores, pues juzgo que tu historia ha de tener tantas delicias como sabor’. Y entonces dije:

HISTORIA DE EL-HADDAR, SEGUNDO HERMANO DEL BARBERO

"Sabed, pues, ¡oh Emir de los Creyentes! que mi segundo hermano se llama El-Haddar, porque muge como un camello. Y además está mellado. Como oficio no tiene ninguno, pero en cambio me da muchos disgustos. Juzgad con vuestro entendimiento al oír esta aventura.

"Un día que vagaba sin rumbo por las calles de Bagdad, se le acercó una vieja y le dijo en voz baja: ‘Escucha, ¡oh ser humano! Te voy a hacer una proposición, que puedes aceptar o rechazar, según te plazca’. Y mi hermano se detuvo, y dijo: ‘Ya te escucho’. Y la vieja prosiguió: ‘Pero antes de ofrecerte esa cosa, me has de asegurar que no eres un charlatán indiscreto’. Y mi hermano respondió: ‘Puedes decir lo que quieras’. Y ella le dijo: ‘¿Qué te parecería un hermoso palacio, con arroyos y árboles frutales, en el cual corriese el vino en las copas nunca vacías, en donde vieras caras arrebatadoras, besaras mejillas suaves, poseyeras cuerpos flexibles y disfrutaras de otras cosas por el estilo, gozando desde la noche hasta la mañana? Y para disfrutar de todo eso, no necesitarás más que avenirte a una condición’. Mi hermano El-Haddar replicó a estas palabras de la vieja: ‘Pero ¡oh señora mía! ¿cómo es que vienes a hacerme precisamente a mí esa proposición, excluyendo a otro cualquiera entre las criaturas de Alah? ¿Qué has encontrado en mí para preferirme?’. Y la vieja contestó: ‘Ya te he dicho que ahorres palabras, que sepas callar, y conducirte en silencio. Sígueme, pues, y no hables más’. Después se alejó precipitadamente. Y mi hermano, con la esperanza de todo lo prometido, echó a andar detrás de ella, hasta que llegaron a un palacio magnífico, en el cual entró la vieja e hizo entrar a mi hermano Haddar. Y mi hermano vio que el interior del palacio era muy bello, pero que era más bello aún lo que encerraba. Porque se encontró en medio de cuatro muchachas como lunas. Y estas jóvenes estaban tendidas sobre riquísimos tapices y entonaban con una voz deliciosa canciones de amor.

"Después de las zalemas acostumbradas, una de ellas se levantó, llenó una copa y la bebió. Y mi hermano Haddar le dijo: ‘Que te sea sano y delicioso y aumente tus fuerzas’. Y se aproximó a la joven, para tomar la copa vacía y ponerse a sus órdenes. Pero ella llenó inmediatamente la copa y se la ofreció. Y Haddar, cogiendo la copa, se puso a beber. Y mientras él bebía, la joven empezó a acariciarle la nuca; pero de pronto le golpeó con tal saña, que mi hermano acabó por enfadarse. Y se levantó para irse, olvidando su promesa de soportarlo todo sin protestar. Y entonces se acercó la vieja y le guiñó el ojo, como diciéndole: ‘¡No hagas eso! Quédate y aguarda hasta el fin’. Y mi hermano obedeció, y hubo de soportar pacientemente todos los caprichos de la joven. Y las otras tres porfiaron en darle bromas no menos pesadas: una le tiraba de las orejas como para arrancárselas, otra le daba capirotazos en la nariz, y la tercera le pellizcaba con las uñas. Y mi hermano lo tomaba con mucha resignación, porque la vieja le seguía haciendo señas de que callase. Por fin, para premiar su paciencia, se levantó la joven más hermosa y le dijo que se desnudase. Y mi hermano obedeció sin protestar. Y entonces la joven cogió un hisopo, le roció con agua de rosas, y le dijo: ‘Me gustas mucho, ¡ojo de mi vida! Pero me fastidian las barbas y los bigotes, que pinchan la piel. De modo que, si quieres de mí lo que tú sabes, te has de afeitar la cara’. Y mi hermano contestó: ‘Pues eso no puede ser, porque sería la mayor vergüenza que me podría ocurrir’. Y ella dijo: ‘Pues no podré amarte de otro modo. No hay más remedio’. Y entonces mi hermano dejó que la vieja le llevase a una habitación contigua, donde le cortó la barba y se la afeitó, y después los bigotes y las cejas. Y luego le embadurnó la cara con coloretes y polvos, y lo condujo a la sala donde estaban las jóvenes. Y al verle les entró tal risa, que se doblaron sobre sus posaderas.

"Después se le acercó la más hermosa de aquellas jóvenes y le dijo: ‘¡Oh dueño mío! Tus encantos acaban de conquistar mi alma. Y sólo he de pedirte un favor, y es que así, desnudo como estás y tan lindo, ejecutes delante de nosotras una danza que sea graciosa y sugestiva’. Y como El-Haddar no pareciese muy dispuesto, prosiguió la joven: ‘Te conjuro por mi vida a que lo hagas. Y después lograrás de mí lo que tú sabes’. Entonces, al son de la darabuka, manejada por la vieja, mi hermano se ató a la cintura un pañuelo de seda y se puso a bailar en medio de la sala.

"Pero tales eran sus gestos y sus piruetas, que las jóvenes se desternillaban de risa, y empezaron a tirarle cuanto vieron a mano: los almohadones, las frutas, las bebidas y hasta las botellas. Y la más bella de todas se levantó entonces y fue adoptando toda clase de posturas, mirando a mi hermano con ojos como entornados por el deseo, y después se fue despojando de todas sus ropas, hasta quedarse sólo con la finísima camisa y el amplio calzón de seda. Y El-Haddar, que había interrumpido el baile tan pronto como vio a la joven desnuda, llegó al límite más extremo de la excitación.

"Pero entonces se le acercó la vieja y le dijo: ‘Ahora te toca correr detrás de ella. Porque cuando se excita con la bebida y con la danza, acostumbra desnudarse por completo, pero no se entrega a ningún amante sin haber examinado su cuerpo desnudo, su zib en erección y su ligereza para correr, juzgándole entonces digno de ella. De modo que la vas a perseguir por todas partes, de habitación en habitación, hasta que la puedas atrapar. Y sólo entonces consentirá que la cabalgues’.

"Y mi hermano, al oír aquello, se quitó el cinturón de seda y se dispuso a correr. Y la joven se despojó de la camisa y de lo demás, y apareció toda desnuda, cimbreándose como una palmera nueva. Y echó a correr, riéndose a carcajadas y dando dos vueltas al salón. Y mi hermano la perseguía con su zib erguido".

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 31ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el barbero prosiguió su relato en esta forma:

"Mi hermano Haddar, con su zib erguido, empezó a perseguir a la joven, que, ligera, huía de él y se reía. Y las otras jóvenes y la vieja, al ver correr a aquel hombre con su rostro pintarrajeado, sin barbas, ni bigotes, ni cejas, y erguido su zib hasta no poder más, se morían de risa y palmoteaban y golpeaban el suelo con los pies.

"Y la joven, después de dar dos vueltas a la sala, se metió por un pasillo muy largo, y luego cruzó dos habitaciones, una tras otra, siempre perseguida por mi hermano, completamente loco. Y ella, sin dejar de correr, reía con toda su alma, moviendo las caderas.

"Pero de pronto desapareció en un recodo, y mi hermano fue a abrir una puerta por la cual creía que había salido la joven, y se encontró en medio de una calle. Y esta calle era la calle en que vivían los curtidores de Bagdad. Y todos los curtidores vieron a El-Haddar afeitado de barbas, sin bigotes, las cejas rapadas y pintado el rostro como una ramera. Y escandalizados, se pusieron a darle correazos, hasta que perdió el conocimiento. Y después le montaron en un burro, poniéndole al revés, de cara al rabo, y le hicieron dar la vuelta a todos los zocos, hasta que lo llevaron al walí, que les preguntó: '¿Quién es ese hombre?'. Y ellos contestaron: 'Es un desconocido que salió súbitamente de casa del gran visir. Y lo hemos hallado en este estado'. Entonces el walí mandó que le diesen cien latigazos en la planta de los pies, y lo desterró de la ciudad. Y yo ¡oh Emir de los Creyentes! corrí en busca de mi hermano, me lo traje secretamente y le di hospedaje. Y ahora lo sostengo a mi costa. Comprenderás que si yo no fuera un hombre lleno de entereza y de cualidades, no habría podido soportar a semejante necio.

"Pero en lo que se refiere a mi tercer hermano, ya es otra cosa, como vas a ver.

HISTORIA DE BACBAC, TERCER HERMANO DEL BARBERO

"Bacbac el ciego, por otro nombre el Cacareador hinchado, es mi tercer hermano. Era mendigo de oficio, y uno de los principales de la cofradía de los pordioseros de Bagdad, nuestra ciudad.

Cierto día, la voluntad de Alah y el Destino permitieron que mi hermano llegase a mendigar a la puerta de una casa. Y mi hermano Bacbac, sin prescindir de sus acostumbradas invocaciones para pedir limosna: "¡Oh donador, oh generoso!", dio con el palo en la puerta. Pero conviene que sepas, ¡oh Comendador de los Creyentes! que mi hermano Bacbac, igual que los más astutos de su cofradía, no contestaba cuando, al llamar a la puerta de una casa, le decían: "¿Quién es?"

Y se callaba para obligar a que abriesen la puerta, pues de otro modo, en lugar de abrir, se contentaban con responder desde adentro: "¡Alah te ampare!" Que es el modo de despedir a los mendigos.

De modo que aquel día, por más que desde la casa preguntasen "¿Quién es?", mi hermano callaba. Y acabó por oír pasos que se acercaban, y que se abría la puerta. Y se presentó un hombre al cual Bacbac, si no hubiera estado ciego, no habría pedido limosna seguramente.

Pero aquel era su Destino. Y cada hombre lleva su Destino atado al cuello. Y el hombre le preguntó: "¿Qué deseas?" Y mi hermano Bacbac respondió: "Que me des una limosna, por Alah el Altísimo". El hombre volvió a preguntar: "¿Eres ciego?" Y Bacbac dijo, "Sí, mi amo, y muy pobre". Y el otro repuso: "En ese caso, dame la mano para que te guíe". Y le dio la mano, y el hombre lo metió en la casa, y lo hizo subir escalones y más escalones, hasta que lo llevó a la azotea, que estaba muy alta. Y mi hermano, sin aliento, se decía: "Seguramente, me va a dar las sobras de algún festín".

Y cuando hubieron llegado a la azotea, el hombre volvió a preguntar: "¿Qué quieres, ciego?" Y mi hermano, bastante asombrado, respondió: "Una limosna, por Alah". Y el otro replicó: "Que Alah te abra el día en otra parte". Entonces Bacbac le dijo: "¡Oh tú, un tal! ¿no podías haberme contestado así cuando estábamos abajo? A lo cual replicó el otro: "¡Oh tú, que vales menos que mi trasero! ¿por qué no me contestaste cuando yo preguntaba desde dentro: "¿Quién es? ¿Quién está a la puerta? ¡Conque lárgate de aquí enseguida, o te haré rodar como una bola, asqueroso mendigo de mal agüero!" Y Bacbac tuvo que bajar más que de prisa la escalera completamente solo.

Pero cuando le quedaban unos veinte escalones dio un mal paso, y fue rodando hasta la puerta. Y al caer se hizo una gran contusión en la cabeza, y caminaba gimiendo por la calle. Entonces varios de sus compañeros, mendigos y ciegos como él, al oírle gemir le preguntaron la causa, y Bacbac les refirió su desventura. Y después les dijo: "Ahora tendréis que acompañarme a casa para coger dinero con qué comprar comida para este día infructuoso y maldito. Y habrá que recurrir a nuestros ahorros, que, como sabéis, son importantes, y cuyo depósito me habéis confiado".

Pero el hombre de la azotea había bajado detrás de él y le había seguido. Y echó a andar detrás de mi hermano y los otros dos ciegos, sin que nadie se apercibiese, y allí llegaron todos a casa de Bacbac. Entraron, y el hombre se deslizó rápidamente antes de que hubiesen cerrado la puerta. Y Bacbac dijo a los dos ciegos: "Ante todo, registremos la habitación por si hay algún extraño escondido".

Y aquel hombre, que era todo un ladrón de los más hábiles entre los ladrones, vio una cuerda que pendía del techo, se agarró de ella, y silenciosamente trepó hasta una viga, donde se sentó con la mayor tranquilidad. Y los dos ciegos comenzaron a buscar por toda la habitación, insistiendo en sus pesquisas varias veces, tentando los rincones con los palos. Y hecho esto, se reunieron con mi hermano, que sacó entonces del escondite todo el dinero de que era depositario, y lo contó con sus dos compañeros, resultando que tenían diez mil dracmas juntos.

Después, cada cual cogió dos o tres dracmas, volvieron a meter todo el dinero en los sacos, y los guardaron en el escondite. Y uno de los tres ciegos marchó a comprar provisiones y volvió enseguida, sacando de la alforja tres panes, tres cebollas y algunos dátiles. Y los tres compañeros se sentaron en corro y se pusieron a comer.

Entonces el ladrón se deslizó silenciosamente a lo largo de la cuerda, se acurrucó junto a los tres mendigos y se puso a comer con ellos. Y se había colocado al lado de Bacbac, que tenía un oído excelente. Y Bacbac, oyendo el ruido de sus mandíbulas al comer, exclamó: "¡Hay un extraño entre nosotros!" Y alargó rápidamente la mano hacia donde oía el ruido de las mandíbulas, y su mano cayó precisamente sobre el brazo del ladrón.

Entonces Bacbac y los dos mendigos se precipitaron encima de él, y empezaron a gritar y a golpearle con sus palos; ciegos como estaban, y pedían auxilio a los vecinos, chillando: "¡Oh musulmanes, acudid a socorrernos! ¡Aquí hay un ladrón! ¡Quiere robarnos el poquísimo dinero de nuestros ahorros!" Y acudiendo los vecinos, vieron a Bacbac, que, auxiliado por los otros dos mendigos, tenía bien sujeto al ladrón, que intentaba defenderse y escapar. Pero el ladrón, cuando llegaron los vecinos, se fingió también ciego, y cerrando los ojos, exclamó: "¡Por Alah! ¡Oh musulmanes! Soy ciego y socio de estos tres, que me niegan lo que me corresponde de los diez mil dracmas de ahorros que poseemos en comunidad. Os lo juro por Alah el Altísimo, por el sultán, por el emir. Y os pido que me llevéis a presencia del walí, donde se comprobará todo". Entonces llegaron los guardias del walí, se apoderaron de los cuatro hombres y los llevaron entre las manos de walí.

Y el walí preguntó: "¿Quiénes son esos hombres?" Y el ladrón exclamó: "Escucha mis palabras, ¡oh walí justo y perspicaz! y sabrás lo que debes saber. Y si no quisieras creerme, manda que nos den tormento, a mí primero, para obligarnos a confesar la verdad. Y somete enseguida al mismo tormento a estos hombres para poner en claro este asunto". Y el walí dispuso: "¡Coged a ese hombre, echadlo en el suelo, y apaleadle hasta que confiese!" Entonces los guardias agarraron al ciego fingido, y uno le sujetaba los pies, y los demás principiaron a darle de palos en ellos. A los diez palos, el supuesto ciego empezó a dar gritos y abrió un ojo, pues hasta entonces los había tenido cerrados. Y después de recibir otros cuantos palos, no muchos, abrió ostensiblemente el otro ojo.

Y el walí, enfurecido, le dijo: "¿Qué farsa es ésta, miserable embustero?" Y el ladrón contestó: "Que suspendan la paliza y lo explicaré todo". Y el walí mandó suspender el tormento, y el ladrón dijo: "Somos cuatro ciegos fingidos, que engañamos a la gente para que nos dé limosna. Pero además simulamos nuestra ceguera para poder entrar fácilmente en las casas, ver las mujeres con la cara descubierta, seducirlas, cabalgarlas y al mismo tiempo examinar el interior de las viviendas y preparar los robos sobre seguro. Y como hace bastante tiempo que ejercemos este oficio tan lucrativo, hemos logrado juntar entre todos hasta diez mil dracmas. Y al reclamar mi parte a estos hombres, no sólo se negaron a dármela, sino que me apalearon, v me habrían matado a golpes si los guardias no me hubiesen sacado de entre sus manos. Esta es la verdad, ¡oh walí! Pero ahora, para que confiesen mis compañeros, tendrás que recurrir al látigo, como hiciste conmigo. Y así hablarán.

Pero que les den de firme, porque de lo contrario no confesarán nada. Y hasta verás cómo se obstinan en no abrir los ojos, como yo hice".

Entonces el walí mandó a azotar a mi hermano el primero de todos. Y por más que protestó y dijo que era ciego de nacimiento, le siguieron azotando hasta que se desmayó. Y como al volver en sí tampoco abrió los ojos, mandó el walí que le dieran otros trescientos palos, y luego trescientos más, y lo mismo hizo con los otros dos ciegos, que tampoco los pudieron abrir, a pesar de los golpes y a pesar de los consejos que les dirigía el ciego fingido, su compañero improvisado.

Y enseguida el walí encargó a este ciego fingido que fuese casa de mi hermano Bacbac y trajese el dinero. Y entonces dio a este ladrón dos mil quinientos dracmas, o sea la cuarta parte del dinero, y se quedó con lo demás.

En cuanto a mi hermano y los otros dos ciegos, el walí les dijo: "¡Miserables hipócritas! ¿Conque coméis el pan que os concede la gracia de Alah, y luego juráis en su nombre que sois ciegos? Salid de aquí y que no se os vuelva a ver en Bagdad ni un solo día".

Y yo, ¡Oh Emir de los Creyentes! en cuanto supe todo esto salí en busca de mi hermano, lo encontré, lo traje secretamente a Bagdad, lo metí en mi casa, y me encargué de darle de comer y vestirlo mientras viva.

Y tal es la historia de mi tercer hermano, Bacbac el ciego.

Y al oírla el califa Montasser Billah, dijo: "Que den una gratificación a este barbero, y que se vaya enseguida". Pero yo, ¡oh mis señores! contesté: "¡Por Alah! ¡Oh Príncipe de los Creyentes! No puedo aceptar nada sin referirte lo que les ocurrió a mis otros tres hermanos".

Y concedida la autorización, dije:

HISTORIA DE EL-KUZ, CUARTO HERMANO DEL BARBERO

Mi cuarto hermano, el tuerto El-Kuz, El Assuaní, o el botijo irrompible, ejercía en Bagdad el oficio de carnicero. Sobresalía en la venta de carne y picadillo, y nadie le aventajaba en criar y engordar carneros de larga cola. Y sabía a quién vender la carne buena y a quién despachar la mala. Así es que los mercaderes más ricos y los principales de la ciudad sólo se abastecían en su casa y no compraban más carne que la de sus carneros; de modo que en poco tiempo llegó a ser muy rico y propietario de grandes rebaños y hermosas fincas.

Y seguía prosperando mi hermano El-Kuz, cuando cierto día entre los días, que estaba sentado en su establecimiento, entró un jeique de larga barba blanca, que le dio dinero y le dijo: "¡Corta carne buena!" Y mi hermano le dio de la mejor carne, cogió el dinero y devolvió el saludo al anciano, que se fue.

Entonces mi hermano examinó las monedas de plata que le había entregado el desconocido, y vio que eran nuevas, de una blancura deslumbradora. Y se apresuró a guardarlas aparte en una caja especial, pensando: "He aquí unas monedas que me van a dar buena sombra".

Y durante cinco meses seguidos el viejo jeique de larga barba blanca fue todos los días a casa de mi hermano, entregándole monedas de plata completamente nuevas a cambio de carne fresca y de buena calidad. Y todos los días mi hermano cuidaba de guardar aparte aquel dinero. Pero un día mi hermano El-Kuz quiso contar la cantidad que había reunido de este modo, a fin de comprar unos hermosos carneros, y especialmente unos cuantos moruecos para enseñarles a luchar unos con otros, ejercicio muy gustado en Bagdad, mi ciudad. Y apenas había abierto la caja en que guardaba el dinero del jeique de la barba blanca, vio que allí no había ninguna moneda, sino redondeles de papel blanco. Entonces empezó a darse puñetazos en la cara y en la cabeza, y a lamentarse a gritos. Y enseguida le rodeó un gran grupo de transeúntes, a quienes contó su desventura, sin que nadie pudiera explicarse la desaparición de aquel dinero. Y El-Kuz seguía gritando y diciendo: "¡Haga Alah que vuelva ahora ese maldito jeique para que le pueda arrancar las barbas y el turbante con mis propias, manos!"

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando apareció el jeique. Y el jeique -atravesó por entre el gentío, y llegó hasta mi hermano para entregarle, como de costumbre, el dinero. Enseguida mi hermano se lanzó contra él, y sujetándole por un brazo, dijo: "¡Oh musulmanes! ¡Acudid en mi socorro! ¡He aquí al infame ladrón!" Pero el jeique no se inmutó para nada, pues inclinándose hacia mi hermano le dijo de modo que sólo pudiera oírle él: "¿Qué prefieres, callar o que te comprometa delante de todos? Y te advierto que tu afrenta ha de ser más terrible que la que quieres causarme".

Pero El-Kuz contestó: "¿Qué afrenta puedes hacerme, maldito viejo de betún? ¿De qué modo me vas a comprometer?" Y el jeique dijo: "Demostraré que vendes carne humana en vez de carnero". Y mi hermano repuso: "¡Mientes, oh mil veces embustero y mil veces maldito!" Y el jeique dijo: "El embustero y el maldito es quien tiene colgando del gancho de su carnicería un cadáver en vez de un carnero".

Mi hermano protestó violentamente, y dijo: "¡Perro, hijo de perro! Si pruebas semejante cosa, te entregaré mi sangre y mis bienes". Y entonces el jeique se volvió hacia la muchedumbre y dijo a voces: "¡Oh vosotros todos, amigos míos! ¿veis a este carnicero? Pues hasta hoy nos ha estado engañando a todos, infringiendo los preceptos de nuestro Libro. Porque en vez de matar carneros degüella cada día a un hijo de Adán y nos vende su carne por carne de carnero, Y para convenceros de que digo la verdad, entrad a registrar la tienda".

Entonces surgió un clamor, y la muchedumbre se precipitó en la tienda de mi hermano El-Kuz, tomándola por asalto. Y a la vista de todos apareció colgado de un gancho el cadáver de un hombre, desollado, preparado y destripado. Y en el tablón de las cabezas de carnero había tres cabezas humanas, desolladas, limpias, y cocidas al horno, para la venta.

Al ver esto, todos los presentes se lanzaron sobre mi hermano, gritando: "¡Impío, sacrílego, asesino!" Y la emprendieron con él a palos y latigazos. Y los más encarnizados contra él y los que más cruelmente le pegaban eran sus parroquianos más antiguos y sus mejores amigos. Y el viejo jeique le dio tan violento puñetazo en un ojo, que se lo saltó sin remedio.

Después cogieron el supuesto cadáver degollado, ataron a mi hermano El-Kuz, y todo el mundo, precedido del jeique, se presentó delante del ejecutor de la ley. Y el jeique le dijo: "¡Oh Emir! He aquí que te traemos, para que pague sus crímenes, a este hombre que desde hace mucho tiempo degüella a sus semejantes y vende su carne como si fuese de carnero.

No tienes más que dictar sentencia y dar cumplimiento a la justicia de Alah, pues he aquí a todos los testigos". Y esto fue todo lo que pasó. Porque el jeique de la blanca barba era un brujo que tenía el poder de aparentar cosas que no lo eran realmente.

En cuanto a mi hermano El-Kuz, por más que se defendió, no quiso oírle el juez, y lo sentenció a recibir quinientos palos. Y le confiscaron todos sus bienes y propiedades, no siendo poca su suerte con ser tan rico, pues de otro modo le habrían condenado a muerte sin remedio. Y además le condenaron a ser desterrado.

Así, mi hermano, con un ojo menos, con la espalda llena de golpes y medio muerto, salió de Bagdad camino adelante y sin saber adónde dirigirse, hasta que llegó a una ciudad lejana, desconocida para él, y allí se detuvo, decidido a establecerse en aquella ciudad y ejercer el oficio de remendón, que apenas si necesita otro capital que unas manos hábiles.

Fijó, pues, su puesto en un esquinazo de dos calles, y se puso a trabajar para ganarse la vida. Pero un día que estaba poniendo una pieza nueva a una babucha vieja oyó relinchos de caballos y el estrépito de una carrera de jinetes. Y preguntó el motivo de aquel tumulto, y le dijeron: "Es el rey, que sale de caza con galgos, acompañado de toda la corte".

Entonces mi hermano El-Kuz dejó un momento la aguja y el martillo y se levantó para ver cómo pasaba la comitiva regia. Y mientras estaba de pie, meditando sobre su pasado y su presente y sobre las circunstancias que le habían convertido de famoso carnicero en el último de los remendones, pasó el rey al frente de su maravilloso séquito, y dio la casualidad que la mirada del rey se fijase en el ojo hueco de mi hermano El-Kuz.

Al verlo, el rey palideció, y dijo: "¡Guárdeme Alah de las desgracias de este día maldito y de mal agüero!" Y dio vuelta inmediatamente a las bridas de su yegua y desanduvo el camino, acompañado de su séquito y de sus soldados. Pero al mismo tiempo mandó a sus siervos que se apoderaran de mi hermano y le administrasen el consabido castigo. Y los esclavos, precipitándose sobre mi hermano El-Kuz, le dieron tan tremenda paliza, que lo dejaron por muerto en medio de la calle.

Cuando se marcharon se levantó El-Kuz y se volvió penosamente a su puesto debajo del toldo que le resguardaba, y allí se echó completamente molido. Pero entonces pasó un individuo del séquito del rey que venía rezagado. Y mi hermano El-Kuz le rogó que se detuviese, le contó el trato que acababa de sufrir y le pidió que le dijera el motivo. El hombre se echó a reír a carcajadas, y le contestó: "Sabe, hermano, que nuestro rey no puede tolerar ningún tuerto, sobre todo si el tuerto lo es del ojo derecho. Porque cree que ha de traerle desgracia. Y siempre manda matar al tuerto sin remisión. Así es que me sorprende mucho que todavía estés vivo".

Mi hermano no quiso oír más. Recogió sus herramientas, y aprovechando las pocas fuerzas que le quedaban, emprendió la fuga y no se detuvo hasta salir de la ciudad. Y siguió andando hasta llegar a otra población muy lejana que no tenía rey ni tirano.

Residió mucho tiempo en aquella ciudad, cuidando de no exhibirse, pero un día salió a respirar aire puro y a darse un paseo. Y de pronto oyó detrás de él relinchar dé caballos, y recordando su última desventura, escapó lo más a prisa que pudo, buscando un rincón en que esconderse, pero no lo encontró. Y delante de él vio una puerta, y empujó la puerta y se encontró en un pasillo largo y oscuro, y allí se escondió. Pero apenas se había ocultado aparecieron dos hombres, que se apoderaron de él, le encadenaron, y dijeron: "¡Loor a Alah, que ha permitido que te atrapásemos, enemigo de Alah y de los hombres! Tres días y tres noches llevamos buscándote sin descanso. Y nos has hecho pasar amarguras de muerte". Pero mi hermano dijo: "¡Oh señores! ¿A quién os referís? ¿De qué órdenes habláis?" Y le contestaron: "¿No te ha bastado con haber reducido a la indigencia a todos tus amigos y al amo de esta casa? ¡Y aun nos querías asesinar! ¿Dónde está el cuchillo con que nos amenazabas ayer?"

Y se pusieron a registrarle, encontrándole el cuchillo con que cortaba el cuero para las suelas. Entonces lo arrojaron al suelo, y le iban a degollar, cuando mi hermano exclamó: "Escuchad, buena gente: no soy ni un ladrón ni un asesino, pero puedo contaros una historia sorprendente, y es mi propia historia. Y ellos, sin hacerle caso, le pisotearon, le golpearon y le destrozaron la ropa. Y al desgarrarle la ropa vieron en su espalda desnuda las cicatrices de los latigazos que había recibido en otro tiempo. Y exclamaron: "¡Oh miserable! He aquí unas cicatrices que prueban todos tus crímenes pasados". Y enseguida lo llevaron a presencia del walí, y mi hermano, pensando en todas sus desdichas, se decía: "¡Oh, cuán grandes serán mis pecados, cuando así los expío siendo inocente de cuanto me achacan! Pero no tengo más esperanza que en Alah el Altísimo".

Y cuando estuvo en presencia del walí, el walí lo miró airadísimo y le dijo: "Miserable desengonzado; los latigazos con que marcaron tu cuerpo son una prueba sobrada de todas tus anteriores y presentes fechorías". Y dispuso que le dieran cien palos. Y después lo subieron y ataron a un camello y le pasearon por toda la ciudad, mientras el pregonero gritaba: "He aquí el castigo de quien se mete en casa ajena con intenciones criminales".

Pero entonces supe todas estas desventuras de mi desgraciado hermano. Me dirigí enseguida en su busca, y lo encontré precisamente cuando lo bajaban desmayado del camello. Y entonces, ¡Oh Emir de los Creyentes! cumplí mi deber de traérmelo secretamente a Bagdad, y le he señalado una pensión para que coma y beba tranquilamente hasta el fin de sus días. Tal es la historia del desdichado El-Kuz. En cuanto a mi quinto hermano, su aventura es aún más extraordinaria, y te probará ¡oh Príncipe de los Creyentes! que soy el más cuerdo y el más prudente de mis hermanos".

HISTORIA DE EL-ARCHAR, QUINTO HERMANO DEL BARBERO

Este hermano mío, ¡Oh Emir de los Creyentes! fue precisamente aquel a quien cortaron la nariz y las orejas. Le llaman El-Aschar porque ostenta un vientre voluminoso como una camella preñada, y también por su semejanza con un caldero grande. Y es muy perezoso durante el día, pero de noche desempeña cualquier comisión, procurándose dinero por toda suerte de medios ilícitos y extraños.

Al morir nuestro padre heredamos cien dracmas de plata cada uno. El-Aschar cogió los cien dracmas que le correspondían, pero no sabía en qué emplearlos. Y se decidió por último a comprar cristalería para venderla al por menor, prefiriendo este oficio a cualquier otro porque no le obligaba a moverse mucho.

Se convirtió, pues, en vendedor de cristalería, para lo cual compró un canasto grande, en el que puso sus géneros, buscó una esquina frecuentada y se instaló tranquilamente en ella, apoyada la espalda contra la pared y delante el canasto, pregonando su mercadería de esta suerte:

"¡Oh cristal! ¡Oh gotas de sol! ¡Oh senos de adolescente! ¡Ojos de mi nodriza! ¡Soplo endurecido de las vírgenes! ¡Oh cristal, oh cristal!"

Pero más tiempo se lo pasaba callado. Y entonces, apoyando con mayor firmeza la espalda contra la pared, empezaba a soñar despierto. Y he aquí lo que soñaba un viernes, en el momento de la oración:

"Acabo de emplear todo mi capital, o sean cien dracmas, en la compra de cristalería. Es seguro que lograré venderla en doscientos dracmas. Con estos doscientos dracmas compraré otra vez cristalería y la venderé en cuatrocientos dracmas. Y seguiré vendiendo y comprando hasta que me vea dueño de un gran capital. Entonces compraré toda clase de mercancías, drogas y perfumes, y no dejaré de vender hasta que haya hecho grandísimas ganancias.

Así podré adquirir un gran palacio y tener esclavos, y tener caballos con sillas y gualdrapas de brocado y de oro. Y comeré y beberé soberbiamente, y no habrá cantora en la ciudad a la que no invite a cantar en mi casa. Y luego me concertaré con las casamenteras más expertas de Bagdad, para que me busquen novia que sea hija de un rey o de un visir. Y no transcurrirá mucho tiempo sin que me case, ya que no con otra; con la hija del gran visir, porque es una joven hermosísima y llena de perfecciones. De modo que le señalaré una dote de mil dinares de oro. Y no es de esperar que su padre el gran visir vaya a oponerse a esta boda; pero si no la consintiese, le arrebataría a su hija y me la llevaría a mi palacio. Y compraré diez pajecillos para mi servicio particular. Y me mandaré hacer ropa regia, como la que llevan los sultanes y los emires, y encargaré al joyero más hábil que me haga una silla de montar toda de oro, con incrustaciones de perlas y pedrería. Y montado en el corcel más hermoso de los corceles, que compraré a los beduinos del desierto o mandaré traer de la tribu de Anezi, me pasearé por la ciudad precedido de numerosos esclavos y otros detrás y alrededor de mí; y de este modo llegaré al palacio del gran visir. Y el gran visir cuando me vea se levantará en honor mío, y me cederá su sitio, quedándose de pie algo más abajo que yo, y se tendrá por muy honrado con ser mi suegro. Y conmigo irán dos esclavos, cada uno con una gran bolsa. Y en cada bolsa habrá mil dinares. Una de las bolsas se la daré al gran visir como dote de su hija, y la otra se la regalaré como muestra de mi generosidad y munificencia y para que vea también cuán por encima estoy de todo lo de este mundo. Y volveré solemnemente a mi casa, y cuando mi novia me envíe a una persona con algún recado, llenaré de oro a esa persona y le regalaré telas preciosas y trajes magníficos. Y si el visir llega a mandarme algún regalo de boda, no lo aceptaré, y se lo devolveré, aunque sea un regalo de gran valor, y todo esto para demostrarle que tengo gran altura de espíritu y soy incapaz de la menor falta de delicadeza. Y señalaré después el día de mi boda y todos los pormenores, disponiendo que nada se escatime en cuanto al banquete ni respecto al número y calidad de músicos, cantoras y danzarinas. Y prepararé mi palacio tendiendo alfombras por todas partes, cubriré el suelo de flores desde la entrada hasta la sala del festín, y mandaré regar el pavimento con esencias y agua de rosas.

La noche de bodas me pondré el traje más lujoso, me sentaré en un trono colocado en un magnífico estrado, tapizado de seda con bordados de flores y pájaros. Y mientras mi mujer se pasee por el salón con todas sus preseas, más resplandeciente que la luna llena del mes de Ramadán, yo permaneceré muy serio, sin mirarla siquiera ni volver la cabeza a ningún lado, probando con todo esto la entereza de mi carácter y mi cordura.

Y cuando me presenten a mi esposa, deliciosamente perfumada y con. toda la frescura de su belleza, yo no me moveré tampoco. Y seguiré impasible, hasta que todas las damas se me acerquen y digan: "¡Oh señor, corona de nuestra cabeza! aquí tienes a tu esposa, que se pone respetuosamente entre tus manos y aguarda que la favorezcas con una mirada. Y he aquí que, habiéndose fatigado al estar de pie tanto tiempo, sólo espera tus órdenes para sentarse". Y yo no diré tampoco ni una palabra, haciendo desear más mi respuesta. Y entonces todas las damas y todos los invitados se presentarán y besarán la tierra muchas veces ante mi grandeza. Y hasta entonces no consentiré en bajar la vista para dirigir una mirada a mi mujer, pero sólo una mirada, porque volveré enseguida a levantar los ojos y recobraré mi aspecto lleno de dignidad. Y las doncellas se llevarán a mi mujer, y yo me levantaré para cambiar de ropa y ponerme otra mucho más rica. Y volverán a llevarme por segunda vez a la recién casada con otros trajes y otros adornos, bajo` el hacinamiento de las alhajas, el oro y la pedrería y perfumada con nuevos perfumes más gratos todavía. Y cuando me hayan rogado muchas veces, volveré a mírar a mi mujer, pero enseguida levantaré los ojos para no verla más. Y guardaré esta prodigiosa compostura hasta que terminen por completo todas las ceremonias.

Pero en este momento de su relato, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discreta como siempre, no quiso abusar más aquella noche del permiso otorgado.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 32ª NOCHE

Siguió contando la historia al rey Schahriar:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el barbero prosiguió así la aventura de su quinto hermano El-Aschar:

"...hasta que terminen por completo todas las ceremonias. Entonces mandaré a algunos de mis esclavos que cojan un bolsillo con quinientos dinares en moneda menuda, y la tiren a puñados por el salón, y repartan otro tanto entre músicos y cantoras y otro tanto, a las doncellas de mi mujer. Y luego las doncellas llevarán a mi esposa a su aposento. Y yo me haré esperar mucho. Y cuando entre en la habitación atravesaré por entre las dos filas de doncellas. Y al pasar cerca de mi esposa le pisaré el pie de un modo ostensible para demostrar mi superioridad como varón. Y pediré una copa de agua azucarada, y después de haber dado gracias a Alah, la beberé tranquilamente.

Y seguiré no haciendo caso a mi mujer, que estará en la cama dispuesta a recibirme, y a fin de humillarla y demostrarle de nuevo mi superioridad y el poco caso que hago de ella, no le dirigiré ni una vez la palabra, y así aprenderá cómo pienso conducirme en lo sucesivo, pues no de otro modo se logra que las mujeres sean dóciles, dulces y tiernas. Y en efecto, no tardará en presentarse mi suegra, que me besará la frente y las manos, y dirá: "¡Oh mi señor! dígnate mirar a mi hija, que es tu esclava y desea ardientemente que la acompañes, y le hagas la limosna de una sola palabra tuya"

Pero yo, a pesar de las súplicas de mi suegra, que no se habrá atrevido a llamarme yerno por temor de demostrar familiaridad, no le contestaré nada. Entonces me seguirá rogando, y estoy seguro de que acabará por echarse a mis pies y los besará, así como la orla de mi ropón. Y me dirá entonces: "¡Oh mi señor! ¡Te juro por Alah que mi hija es virgen! ¡Te juro por Alah que ningún hombre la vio descubierta, ni conoce el color de sus ojos! No la afrentes ni la humilles tanto. Mira cuán sumisa la tienes. Sólo aguarda una seña tuya para satisfacerte en cuanto quieras".

Y mi suegra se levantará para llenar una copa de un vino exquisito, dará la copa a su hija, que enseguida vendrá a ofrecérmela, toda temblorosa.

Y yo, arrellanado en los cojines de terciopelo bordados en oro, dejaré que se me acerque, sin mirarla, y gustaré de ver de pie a la hija del gran visir delante del ex vendedor de cristalería, que pregonaba en una esquina:

¡Oh gotas de sol! ¡Oh senos de adolescente! ¡Ojos de mi nodriza! ¡Soplo endurecido de las vírgenes! ¡Oh cristal! ¡Ombligo de niño! ¡Cristal ¡Miel coloreada! ¡Cristal!

Y ella, al ver en mí tanta grandeza, habrá de tomarme por el hijo de algún sultán ilustre cuya gloria llene el mundo. Y entonces insistirá para que tome la copa de vino, y la acercará gentilmente a mis labios. Y furioso al ver esta familiaridad, le dirigiré una mirada terrible, le daré una gran bofetada y un puntapié en el vientre, de esta manera..."

Y mi hermano hizo ademán de dar el puntapié a su soñada esposa y se lo dio de lleno al canasto que encerraba la cristalería. Y el cesto salió rodando con su contenido. Y se hizo añicos todo lo que constituía la fortuna de aquel loco.

Ante aquel irreparable destrozo, El-Aschar empezó a darse puñetazos en la cara y a desgarrarse la ropa y a llorar. Y entonces, como era precisamente viernes e iba a empezar la plegaria, las personas que salían de sus casas vieron a mi hermano, y unos se paraban movidos de lástima, y otros siguieron su camino creyéndole loco.

Mientras estaba deplorando la pérdida de su capital y de sus intereses, he aquí que pasó por allí, camino de la mezquita, una gran señora. Un intenso perfume de almizcle se desprendía de toda ella. Iba montada en una mula enjaezada con terciopelo y brocado de oro, y la acompañaba considerable número de esclavos y sirvientes.

Al ver todo aquel cristal roto y a mi hermano llorando, preguntó la causa de tal desesperación. Y le dijeron que aquel hombre no tenía más capital que el canasto de cristalería, cuya venta le daba de comer, y que nada le quedaba después del accidente. Entonces la dama llamó a uno de los criados y le dijo: "Da a ese pobre hombre todo el dinero que lleves encima". Y el criado se despojó de una gran bolsa que llevaba sujeta al cuello con un cordón, y se la entregó a mi hermano. Y El-Aschar la cogió, la abrió, y encontró después de contarlos quinientos dinares de oro. Y estuvo a punto de morirse de emoción y de alegría, y empezó a invocar todas las gracias y bendiciones de Alah en favor de su bienhechora.

Y enriquecido en un momento, se fue a su casa para guardar aquella fortuna. Y se disponía a salir para alquilar una buena morada en que pudiese vivir a gusto, cuando oyó que llamaban a la puerta. Fue a abrir, y vio a una vieja desconocida que le dijo: "¡Oh hijo mío! sabe que casi ha transcurrido la hora de la plegaria en este santo día de viernes, y aun no he podido hacer mis abluciones. Te ruego que me permitas entrar para hacerlas, resguardada de los importunos".

Y mi hermano dijo: "Escucho y obedezco". Y abrió la puerta de par en par y la llevó a la cocina, donde la dejó sola.

A los pocos instantes fue a buscarle la vieja, y sobre el miserable pedazo de estera que servía de tapiz terminó su plegaria haciendo votos en favor de mi hermano, llenos de compunción. Y mi hermano le dio las gracias más expresivas, y sacando del cinturón dos dinares de oro se los alargó generosamente. Pero la vieja los rechazó con dignidad, y dijo:

"¡Oh hijo mío! ¡alabado sea Alah, que te hizo tan magnánimo! No me asombra que inspires simpatías a las personas apenas te vean. Y en cuanto a ese dinero que me ofreces, vuelva a tu cinturón, pues a juzgar por tu aspecto debes ser un pobre saalik, y te debe hacer más falta que a mí, que no lo necesito. Y si en realidad no te hace falta, puedes devolvérselo a la noble señora que te lo dio por habérsete roto la cristalería".

Y mi hermano dijo: "¡Cómo! Buena madre, ¿conoces a esa dama? En ese caso, te ruego que me indiques dónde la podré ver". Y la vieja contestó: "Hijo mío, esa hermosa joven sólo te ha demostrado su generosidad para expresar la inclinación que le inspiran tu juventud, tu vigor y tu gallardía. Pues su marido es impotente y nunca logrará satisfacerle, porque Alah le ha castigado con unos compañones tan fríos, que dan lástima.

Levántate, pues, guarda en tu cinturón todo el dinero para que no te lo roben en esta casa tan poco segura, y ven conmigo. Pues has de saber que sirvo a esa señora hace mucho tiempo y me confía todas sus comisiones secretas. Y en cuanto estés con ella, no te encojas para nada, pues debes hacer con ella todo aquello de que eres capaz. Y cuanto más hagas, más te querrá. Y por su parte se esforzará en proporcionarte todos los placeres y todas las alegrías, y serás dueño absoluto de su hermosura y sus tesoros".

Cuando mi hermano oyó estas palabras de la vieja, se levantó, hizo lo que le había dicho, y siguió a la anciana, que había echado a andar. Y mi hermano marchó detrás de ella hasta que llegaron ambos a un gran portal, en el que la vieja llamó a su modo. Y mi hermano se hallaba en el límite de la emoción y de la dicha.

Ante aquel llamamiento salió a abrir una esclava griega muy bonita, que les deseó la paz y sonrió a mi hermano de una manera muy insinuante. Y le introdujo en una magnífica sala, con grandes cortinajes de seda y oro fino y magníficos tapices. Y mi hermano, al verse solo, se sentó en un diván, se quitó el turbante, se lo puso en las rodillas y se secó la frente. Y apenas se hubo sentado se abrieron las cortinas y apareció una joven incomparable, como no la vieron las miradas más maravilladas de los hombres. Y mi hermano El-Aschar se puso de pie sobre sus dos pies.

La joven le sonrió con los ojos y se apresuró a cerrar la puerta, que se había quedado abierta. Y se acercó a El-Aschar, le cogió la mano, y lo llevó consigo al diván de terciopelo. Y como antes de ejercer de cabalgador quisiera hablar, la joven, con una mano en la boca, le indicó que callase, mientras que con la otra le invitaba a que no perdiese el tiempo con más dilaciones. Y en el mismo instante mi hermano hizo a la joven cuanto sabía hacer en punto a copulaciones, abrazos, besos, mordiscos, caricias, contorsiones y variaciones una, dos, tres veces, y así durante algunas horas del tiempo.

Después de aquellos transportes, la joven se levantó y le dijo a mi hermano: "¡Ojo de mi vida! no te muevas de aquí hasta que yo vuelva". Después salió rápidamente y desapareció.

Pero de pronto se abrió violentamente la puerta y apareció un negro horrible, gigantesco, que llevaba en la mano un alfanje desnudo. Y gritó al aterrorizado El-Aschar: "¡Oh, grandísimo miserable! ¿Cómo te atreviste a llegar hasta aquí, ¡oh tú!, producto mixto de los compañones corrompidos de todos los criminales?" Y mi hermano no supo qué contestar a lenguaje tan violento, se le paralizó la lengua, se le aflojaron los músculos y se puso muy pálido.

Entonces el negro le cogió, lo desnudó completamente y se puso a darle de plano con el alfanje más de ochenta golpes, hasta que mi hermano se cayó al suelo y el negro lo creyó cadáver. Llamó entonces con voz terrible, y acudió una negra con un plato lleno de sal. Lo puso en el suelo y empezó a llenar de sal las heridas de mi hermano, que a pesar de padecer horriblemente, no se atrevía a gritar por temor de que le remataran. Y la negra se marchó después que hubo cubierto completamente de sal todas las heridas.

Entonces el negro dio otro grito tan espantoso como el primero, y se presentó la vieja, que ayudada por el negro, después de robar todo el dinero a mi hermano, lo cogió por los pies, lo arrastró por todas las habitaciones hasta llegar al patio, donde lo lanzó al fondo de un subterráneo, en el que acostumbraba precipitar los cadáveres de todos aquellos a quienes con sus artificios había atraído a la casa para que sirviesen de cabalgadores a su joven señora.

El subterráneo en cuyo fondo habían arrojado a mi hermano El-Aschar era muy grande y oscurísimo, y en él se amontonaban los cadáveres unos sobre otros. Allí pasó El- Aschar dos días enteros, imposibilitado de moverse por las heridas y la caída. Pero Alah (¡alabado y glorificado sea!) quiso que mi hermano pudiese salir de entre tanto cadáver y arrastrarse a lo largo del subterráneo, guiado por una escasa claridad que venía de lo alto. Y pudo llegar hasta el tragaluz, de donde descendía aquella claridad, y una vez allí salir a la calle, fuera del subterráneo.

Se apresuró entonces a regresar a su casa, a la cual fui a buscarle, y le cuidé con los remedios que sé extraer de las plantas. Y al cabo de algún tiempo, curado ya completamente mi hermano, resolvió vengarse de la vieja y de sus cómplices por los tormentos que le habían causado. Se puso a buscar a la vieja, siguió sus pasos, y se enteró bien del sitio a que solía acudir diariamente para atraer a los jóvenes que habían de satisfacer a su ama y convertirse después en lo que se convertían. Y un día se disfrazó de persa, se ciñó un cinto muy abultado, escondió un alfanje bajo su holgado ropón, y fue a esperar la llegada de la vieja, que no tardó en aparecer.

Enseguida se aproximó a ella, y fingiendo hablar mal nuestro idioma remedó el lenguaje bárbaro de los persas. Dijo: "¡Oh, buena madre! soy forastero y quisiera saber dónde podría pesar y reconocer unos novecientos dinares de oro que llevo en el cinturón, y que acabo de cobrar por la venta de unas mercaderías que traje de mi tierra". Y la maldita vieja de mal agüero le respondió:

"¡Oh, no podías haber llegado más a tiempo! Mi hijo, que es un joven tan hermoso como tú, ejerce el oficio de cambista, y te prestará el pesillo que buscas. Ven conmigo, y te llevaré a su casa". Y él contestó: "Pues ve delante". Y ella fue delante y él detrás, hasta que llegaron a la casa consabida. Y les abrió la misma esclava griega de agradable sonrisa, a la cual dijo la vieja en voz baja: "Esta vez le traigo a la señora músculos sólidos y un zib bien a punto".

Y la esclava cogió a El-Aschar de la mano, y le llevó a la sala de las sedas, y estuvo con él entreteniéndole algunos momentos; después avisó a su ama, que llegó e hizo con mi hermano lo mismo que la primera vez. Pero sería ocioso repetirlo.

Después se retiró, y de pronto apareció el negro terrible, con el alfanje desenvainado en la mano, y gritó a mi hermano que se levantara y lo siguiese. Y entonces mi hermano, que iba detrás del negro, sacó de pronto el alfanje de debajo del ropón, y del primer tajo le cortó la cabeza.

Al ruido de la caída acudió la negra, que sufrió la misma suerte; después la esclava griega, que al primer sablazo quedó también descabezada. Inmediatamente le tocó a la vieja, que llegó corriendo para echar mano al botín. Y al ver a mi hermano con el brazo cubierto de sangre y el acero en la mano, se cayó espantada en tierra, y El-Aschar la agarró del pelo y le dijo: "¿No me conoces, vieja zorra, podrida entre las podridas?"

Y respondió la vieja: "¡Oh, mi señor no te conozco!"

Pero mi hermano dijo: "¡Pues sabe, ¡oh alcahueta! que soy aquel en cuya casa fuiste a hacer las abluciones, trasero de mono viejo!". Y al decir esto, mi hermano partió en dos mitades a la vieja de un solo sablazo. Después fue a buscar a la joven que había copulado con él dos veces.

No tardó en encontrarla, ocupada en componerse y perfumarse en un aposento retirado. Y cuando la joven le vio cubierto de sangre, dio un grito de terror, y se arrojó a sus pies, rogándole que le perdonase la vida. Y mi hermano, recordando los placeres compartidos con ella, le otorgó generosamente la vida, y le preguntó: "¿Y cómo es que estás en esta casa, bajo el dominio de ese negro horrible a quien he matado con mis manos?" La joven respondió: "¡Oh, dueño mío! antes de estar encerrada en esta maldita casa, era yo propiedad de un rico mercader de la población, y esta vieja solía venir a verme y nos manifestaba mucha amistad. Un día entre los días fui a su casa y me dijo: "Me han invitado a una gran boda, pues no habrá en el mundo otra parecida. Y vengo a llevarte conmigo". Yo le contesté: "Escucho y obedezco". Me puse mis mejores ropas, cogí un bolsillo con cien dinares y salí con la vieja. Llegamos a esta casa, en la cual me introdujo con su astucia, y caí en manos de ese negro atroz, que después de arrebatarme la virginidad, me sujetó aquí a la fuerza y me utilizó para sus criminales designios, a costa de la vida de los jóvenes que la vieja le proporcionaba.

Así he pasado tres años entre las manos de esa vieja maldita". Entonces mi hermano dijo: "Pero llevando aquí tanto tiempo, debes saber si esos criminales han amontonado riquezas". Y ella contestó: "Hay tantas, que dudo mucho que tú solo pudieras llevártelas. Ven a verlo tú mismo".

Se llevó a mi hermano, y le enseñó grandes cofres llenos de monedas de todos los países y de bolsillos de todas las formas. Y mi hermano se quedó deslumbrado y atónito. Ella entonces le dijo: "No es así como podrás llevarte este oro. Ve a buscar unos mandaderos y tráelos para que carguen con él. Mientras tanto, yo prepararé los fardos".

Apresuróse El-Aschar a buscar a los mozos, y al poco tiempo volvió con diez hombres que llevaban cada uno una gran banasta vacía.

Pero al llegar a la casa vio el portal abierto de par en par. Y la joven había desaparecido con todos los cofres. Y comprendió entonces que se había burlado de él para poderse llevar las principales riquezas. Pero se consoló al ver las muchas cosas preciosas que quedaban en la casa y los valores encerrados en los armarios con todo lo cual podía considerarse rico para toda su vida. Y resolvió llevárselo al día siguiente; pero como estaba muy fatigado, se tendió en el magnífico lecho y se quedó dormido.

Al despertar al día siguiente, llegó hasta el límite del terror al verse rodeado por veinte guardias del walí, que le dijeron: "Levántate a escape y vente con nosotros". Y se lo llevaron, cerraron y sellaron las puertas, y lo pusieron entre las manos del walí, que le dijo: "He averiguado tu historia, los asesinatos que has cometido y el robo que ibas a perpetrar".

Entonces mi hermano exclamó: "¡Oh walí! Dame la señal de la seguridad, y te contaré lo ocurrido". Y el walí entonces le dio un velo, símbolo de la seguridad, y El-Aschar le contó toda la historia desde el principio hasta el fin. Pero no sería útil repetirla. Después mi hermano añadió: "Ahora, ¡oh walí de ideas justas y rectas! consentiré, si quieres, en compartir contigo lo que queda en aquella casa".

Pero el walí replicó: "¿Cómo te atreves a hablar de reparto? ¡Por Alah! No tendrás nada, pues debo cogerlo todo. Y date por muy contento al conservar la vida. Además, vas a salir inmediatamente de la ciudad y no vuelvas por aquí, bajo pena del mayor castigo". Y el walí desterró a mi hermano, por temor a que el califa se enterase de la historia de aquel robo. Y mi hermano tuvo que huir muy lejos.

Pero para que se cumpliese por completo el Destino, apenas había salido de las puertas de la ciudad le asaltaron unos bandidos, y al no hallarle nada encima, le quitaron la ropa, dejándole en cueros, le apalearon y le cortaron las orejas y la nariz.

Y supe entonces, ¡Oh Emir de los Creyentes! las desventuras del pobre El- Aschar. Salí en su busca, y no descansé hasta encontrarlo. Lo traje a mi casa, donde le curé, y ahora le doy para que coma y beba durante el resto de sus días.

¡Tal es la historia de El-Aschar!

Pero la historia de mi sexto y último hermano, ¡oh, Emir de los Creyentes! merece que la escuches antes que me decida a descansar".

HISTORIA DE SCHAKALIK, SEXTO HERMANO DEL BARBERO

"Se llama Schakalik o el Tarro hendido, ¡oh Comendador de los Creyentes! Y a este hermano mío le cortaron los labios, y no sólo los labios, sino también el zib. Pero le cortaron los labios y el zib a consecuencia de circunstancias extremadamente asombrosas.

Porque Schakalik, mi sexto hermano, era el más pobre de todos nosotros, pues era verdaderamente pobre. Y no hablo de los cien dracmas de la herencia de nuestro padre, porque Schakalik, que nunca había visto tanto dinero junto, se comió los cien dracmas en una noche, acompañado de la gentuza más deplorable del barrio izquierdo de Bagdad.

No poseía, pues, ninguna de las vanidades de este mundo, y sólo vivía de las limosnas de la gente que lo admitía en su casa por su divertida conversación y por sus chistosas ocurrencias.

Un día entre los días había salido Schakalik en busca de un poco de comida para su cuerpo extenuado por las privaciones, y vagando por las calles se encontró ante una magnífica casa, a la cual daba acceso un gran pórtico con varios peldaños. Y en estos peldaños y a la entrada había un número considerable de esclavos, sirvientes, oficiales y porteros.

Mi hermano Schakalik se aproximó a los que allí estaban y les preguntó de quién era tan maravilloso edificio. Y le contestaron: "Es propiedad de un hombre que figura entre los hijos de los reyes".

Después se acercó a los porteros, que estaban sentados en un banco en el peldaño más alto, y les pidió limosna en el nombre de Alah. Y le respondieron: "¿Pero de dónde sales para ignorar que no tienes más que presentarte a nuestro amo para que te colme enseguida de sus dones?" Entonces mi hermano entró y franqueó el gran pórtico, atravesó un patio espacioso y un jardín poblado de árboles hermosísimos y de aves cantoras.

Lo rodeaba una galería calada con pavimento de mármol, y unos toldos le daban frescura durante las horas de calor. Mi hermano siguió andando y entró en la sala principal, cubierta de azulejos de colores verde, azul y oro, con flores y hojas entrelazadas. En medio de la sala había una hermosa fuente de mármol, con un surtidor de agua fresca, que caía con dulce murmullo.

Una maravillosa estera de colores alfombraba la mitad del suelo, más alta que la otra mitad, y reclinado en unos almohadones de seda con bordados de oro se hallaba muy a gusto un hermoso jeique de larga barba blanca y de rostro iluminado por benévola sonrisa. Mi hermano se acercó, y dijo al anciano de la hermosa barba: "¡Sea la paz contigo!" Y el anciano, levantándose enseguida, contestó: "¡Y contigo la paz y la misericordia de Alah con sus bendiciones! ¿Qué deseas, ¡oh, tú!"

Y mi hermano respondió: "¡Oh, mi señor! sólo pedirte una limosna, pues estoy extenuado por el hambre y las privaciones".

Y al oír estas palabras, exclamó el viejo jeique: "¡Por Alah! ¿Es posible que estando yo en esta ciudad se vea un ser humano en el estado de miseria en que te hallas? ¡Cosa es que realmente no puedo tolerar con paciencia!"

Y mi hermano, levantando las dos manos al cielo, dijo: "¡Alah te otorgue su bendición! ¡Benditos sean tus generadores!" Y el jeique repuso: "Es de todo punto necesario que te quedes en esta casa para compartir mi comida y gustar la sal en mi mesa". Y mi hermano dijo: "Gracias te doy, ¡oh, mi señor y dueño! Pues no podía estar más tiempo en ayunas, como no me muriese de hambre".

Entonces el viejo dio dos palmadas y ordenó a un esclavo que se presentó inmediatamente: "¡Trae enseguida un jarro y la palangana de plata para que nos lavemos las manos!"

Y dijo a mi hermano Schakalik: "¡Oh, huésped! Acércate y lávate las manos".

Y al decir esto, el jeique se levantó, y aunque el esclavo no había vuelto, hizo ademán de echarse agua en las manos con un jarro invisible y restregárselas como si tal agua cayese.

Al ver esto, no supo qué pensar mi hermano Schakalik; pero como el viejo insistía para que se acercase a su vez, supuso que era una broma y como él tenía también fama de divertido, hizo ademán de lavarse las manos lo mismo que el jeique. Entonces el anciano dijo: "¡Oh, vosotros! poned el mantel y traed la comida, que este pobre hombre está rabiando de hambre".

Enseguida acudieron numerosos servidores, que empezaron a ir y venir como si pusieran el mantel y lo cubriesen de numerosos platos llenos hasta los bordes. Y Schakalik, aunque muy hambriento, pensó que los pobres deben respetar los caprichos de los ricos, y se guardó mucho de demostrar impaciencia alguna.

Entonces el jeique le dijo: "¡Oh huésped! siéntate a mi lado, y apresúrate a hacer honor a mi mesa". Y mi hermano se sentó a su lado, junto al mantel imaginario, y el viejo empezó a fingir que tocaba a los platos y que se llevaba bocados a la boca, y movía las mandíbulas y los labios como si realmente masticase algo. Y le decía a mi hermano: "¡Oh, huésped! mi casa es tu casa y mi mantel es tu mantel; no tengas cortedad y come lo que quieras, sin avergonzarte. Mira qué pan; cuán blanco y bien cocido. ¿Cómo encuentras este pan?"

Schakalik contestó: "Este pan es blanquísimo y verdaderamente delicioso; en mi vida he probado otro que se le parezca". El anciano dijo: "¡Ya lo creo! La negra que lo amasa es una mujer muy hábil. La compré en quinientos dinares de oro. Pero ¡oh huésped! Prueba de esta fuente en que ves esa admirable pasta dorada de kebeba con manteca, cocida al horno. Cree que la cocinera no ha escatimado ni la carne bien machacada, ni el trigo mondado y partido, ni el cardamomo, ni la pimienta. Come, ¡oh pobre hambriento! y dime qué te parecen su sabor y su perfume".

Y mi hermano respondió: "Esta kebeba es deliciosa para mi paladar, y su perfume me dilata el pecho. Cuanto a la manera de guisarla, he de decirte que ni en los palacios de los reyes se come otra mejor". Y hablando así, Schakalik empezó a mover las quijadas, a mascar y a tragar como si lo hiciera realmente. Y el anciano dijo: "Así me gusta ¡oh huésped! Pero no creo que merezca tantas alabanzas, porque entonces, ¿qué dirás de ese plato que está a tu izquierda, de esos maravillosos pollos asados, rellenos de alfónsigos, almendras, arroz, pasas, pimienta, canela y carne picada de carnero? ¿Qué te parece el humillo?" Mi hermano exclamó: "¡Alah, Alah! ¡Cuán delicioso es su humillo, qué sabrosos están y qué relleno tan admirable!"

Y el anciano dijo: "En verdad eres muy indulgente y muy cortés para mi cocina. Y con mis propios dedos quiero darte a probar ese plato incomparable". Y el jeique hizo ademán de preparar un pedazo tomado de un plato que estuviese sobre el mantel, y acercándoselo a los labios a Schakalik, le dijo: "Ten y prueba este bocado, ¡oh huésped! y dame tu opinión acerca de este plato de berenjenas rellenas que nadan en apetitosa salsa". Mi hermano hizo como si alargase el cuello, abriese la boca y tragara el pedazo, y dijo cerrando los ojos de gusto: "¡Por Alah! "¡Cuán exquisito y cuán en su punto! Sólo en tu casa he probado tan excelentes berenjenas. Todo está preparado con el arte de dedos expertos: la carne de cordero picada, los garbanzos, los piñones, los granos de cardamomo, la nuez moscada, el clavo, el jengibre, la pimienta y las hierbas aromáticas. Y tan bien hecho está, que se distingue el sabor de cada aroma".

El anciano dijo: "Por eso, ¡oh mi huésped! espero de tu apetito y de tu excelente educación que te comerás las cuarenta y cuatro berenjenas rellenas que hay en ese plato".

Schakalik contestó: "Fácil ha de serme el hacerlo, pues están más sabrosas que el pezón de mi nodriza y acarician mi paladar más deliciosamente que dedos de vírgenes". Y mi hermano fingió coger cada berenjena una tras otra, haciendo como si las comiese, y meneando la cabeza y dando con la lengua grandes chasquidos. Y al pensar en estos platos se le exasperaba el hambre y se habría contentado con un poco de pan seco, de habas o de maíz. Pero se guardó de decirlo.

Y el anciano repuso: "¡Oh huésped! tu lenguaje es el de un hombre bien educado, que sabe comer en compañía de los reyes y de los grandes. Come, amigo, y que te sea sano y de deliciosa digestión".

Y mi hermano dijo: "Creo que ya he comido bastante de estas cosas". Entonces el viejo volvió a palmotear y dispuso: "¡Quitad este mantel y poned el de los postres! ¡Vengan todos los dulces, la repostería y las frutas más escogidas!" Y los esclavos empezaron otra vez a ir y venir, y a mover las manos, y a levantar los brazos por encima de la cabeza, y a cambiar un mantel por otro. Y después, a una seña del viejo, se retiraron.

El anciano dijo a Schakalik: "Llegó, ¡oh huésped! el momento de endulzarnos el paladar. Empecemos por los pasteles. ¿No da gusto ver esa pasta fina, ligera, dorada y rellena de almendra, azúcar y granada, esa pasta de katayefs sublimes que hay en ese plato? ¡Por vida mía! Prueba uno o dos para convencerte. ¿Eh? ¡Cuán en su punto está el almíbar! ¡Qué bien salpicado está de canela! Se comería uno cincuenta sin hartarse, pero hay que dejar sitio para la excelente kenafa que hay en esa bandeja de bronce cincelado. Mira cuán hábil es mi repostera, y cómo ha sabido trenzar las madejas de pasta. Apresúrate a comerla antes de que se le vaya el jarabe y se desmigaje. ¡Es tan delicada! Y esa mahallabieh de agua de rosas, salpicada con alfónsigos pulverizados; y esos tazones llenos de natillas aromatizadas con agua de azahar.

¡Come, huésped, métele mano sin cortedad! ¡Así! ¡Muy bien!" Y el viejo daba ejemplo a mi hermano, y se llevaba la mano a la boca con glotonería, y fingía que tragaba como si fuese de veras, y mi hermano le imitaba admirablemente, a pesar de que el hambre le hacía la boca agua.

El anciano continuó: "¡Ahora, dulces y frutas! Y respecto a los dulces, ¡oh huésped! sólo lucharás con la dificultad de escoger. Delante de ti tienes dulces secos y otros con almíbar. Te aconsejo que te dediques a los secos, pues yo los prefiero, aunque los otros sean también muy gratos. Mira esa transparente y rutilante confitura seca de albaricoque tendida en anchas hojas. Y ese otro dulce seco de cidras con azúcar cande perfumado con ámbar. Y el otro, redondo, formando bolas sonrosadas, de pétalos de rosa y de flores de azahar. ¡Ese, sobre todo, me va a costar la vida un día! Resérvate, resérvate, que has de probar ese dulce de dátiles rellenos de clavo y almendra. Es de El Cairo, pues en Bagdad no lo saben hacer así. Por eso he encargado a un amigo de Egipto que me mande cien tarros llenos de esta delicia. Pero no comas tan aprisa, pues por más que tu apetito me honre en extremo, quiero que me des tu parecer sobre ese dulce de zanahorias con azúcar y nueces perfumado con almizcle".

Y Schakalik dijo: "¡Oh! ¡Este dulce es una cosa soñada! ¡Cómo adora sus delicias mi paladar! Pero se me figura que tiene demasiado almizcle". El anciano replicó: "¡Oh no, oh no! Yo no pienso que sea excesivo, pues no puedo prescindir de ese perfume, como tampoco del ámbar. Y mis cocineros y reposteros lo echan a chorros en todos mis pasteles y dulces. El almizcle y el ámbar son los dos sostenes de mi corazón".

Y el viejo prosiguió: "Pero no olvides estas frutas, pues supongo que habrás dejado sitio para ellas. Ahí tienes limones, plátanos, higos, dátiles frescos, manzanas, membrillos y muchas más. También hay nueces y almendras frescas y avellanas. Come, ¡Oh huésped! que Alah es misericordioso".

Pero mi hermano, que a fuerza de mascar en balde ya no podía mover las mandíbulas, y cuyo estómago estaba cada vez más excitado por el incesante recuerdo de tanta cosa buena, dijo:

"¡Oh señor! He de confesar que estoy ahíto, y que ni un bocado me podría entrar por la garganta". El anciano replicó: "¡Es admirable que te hayas hartado tan pronto! Pero ahora vamos a beber, que aun no hemos bebido".

Entonces el viejo palmoteó, y acudieron los esclavos con las mangas levantadas y los ropones cuidadosamente recogidos, y fingieron llevárselo todo y poner después en el mantel dos copas y frascos, alcarrazas y tarros magníficos. Y el anciano hizo como si echara vino en las copas, y cogió una copa imaginaria y se la presentó a mi hermano, que la aceptó con gratitud, y después de llevársela a la boca dijo: "¡Por Alah! ¡Qué vino tan delicioso! E hizo ademán de acariciarse placenteramente el estómago. Y el anciano fingió coger un frasco grande de vino añejo y verterlo delicadamente en la copa, que mi hermano se bebió de nuevo. Y siguieron haciendo lo mismo, hasta que mi hermano hizo como si se viera dominado por los vapores del vino, y empezó a menear la cabeza y a decir palabras atrevidas. Y pensaba: "Llegó la hora de que pague este viejo todos los suplicios que me ha hecho pasar".

Y como si estuviera completamente borracho, levantó el brazo derecho y descargó tan violento golpe en el cogote del anciano, que resonó en toda la sala. Y alzó de nuevo el brazo, y le dio el segundo golpe más recio todavía. Entonces el anciano exclamó: "¿Qué haces, ¡oh tú el más vil entre los hombres!"

Mi hermano Schakalik respondió: "¡Oh dueño mío y corona de mi cabeza! soy tu esclavo sumiso, aquel a quien has colmado de dones, acogiéndole en tu mansión y alimentándole en tu mesa con los manjares más exquisitos, como no los probaron ni los reyes. Soy aquel a quien has endulzado con las confituras, compotas y pasteles más ricos, acabando por saciar su sed con los vinos más deliciosos. Pero bebí tanto, que he perdido el seso. ¡Disculpa, pues, a tu esclavo, que levantó la mano contra su bienhechor! ¡Disculpa, ya que tu alma es más elevada que la mía, y perdona mi locura!"

Entonces el anciano, lejos de encolerizarse, se echó a reír a carcajadas, y acabó por decir: "Mucho tiempo he estado buscando por todo el mundo, entre las personas con más fama de bromistas y divertidas, un hombre de tu ingenio, de tu carácter y de tu paciencia. Y nadie ha sabido sacar tanto partido como tú de mis chanzas y juegos. Hasta ahora has sido el único que ha sabido amoldarse a mi humor y a mis caprichos, conllevando la broma y correspondiendo con ingenio a ella. De modo que no sólo te perdono este final, sino que quiero que me acompañes a la mesa, que está realmente cubierta de manjares, dulces y frutas enumerados. Y en adelante, ya no me separaré jamás de ti".

Y dio orden a sus esclavos para que los sirvieran enseguida, sin escatimar nada, lo cual se ejecutó puntualmente.

Después que comieron los manjares y se endulzaron con pasteles, confituras y frutas, el anciano invitó a Schakalik a pasar con él al segundo comedor, reservado especialmente a las bebidas. Y al entrar fueron recibidos al son de armoniosos instrumentos y con canciones de las esclavas blancas, deliciosas jóvenes más hermosas que lunas. Y mientras el viejo y mi hermano bebían exquisitos vinos, no cesaron las cantoras de entonar admirables melodías. Y algunas bailaron después como pájaros de alas rápidas. Y este día de fiesta terminó con besos y goces más positivos que soñados.

Pero el jeique tomó tal afecto a mi hermano, que fue su amigo íntimo y su compañero inseparable, demostrándole un inmenso cariño, y le obsequiaba cada día con mayor regalo. Y no dejaron de comer, beber y vivir deliciosamente durante veinte años más.

Pero tenía que cumplirse lo que había escrito el Destino. Y pasados los veinte años murió el viejo, e inmediatamente el walí mandó embargar todos sus bienes, confiscándolos en provecho propio, pues el jeique carecía de herederos, y mi hermano no era su hijo. Entonces Schakalik, obligado a escaparse por la persecución del walí, tuvo que buscar la salvación huyendo de Bagdad.

Y resolvió atravesar el desierto para dirigirse a la Meca y santificarse. Pero cierto día, la caravana a la cual se había unido fue atacada por los nómadas, salteadores de caminos, malos musulmanes que no practicaban los preceptos de nuestro Profeta (¡sean con él la plegaria y la paz de Alah!).

Y los viajeros fueron despojados y reducidos a esclavitud, y a Schakalik le tocó el más feroz de aquellos bandidos beduinos, que lo llevó a su tribu y lo hizo su esclavo. Y todos los días le pegaba una paliza y le hacía sufrir todos los suplicios, y le decía: "Debes ser muy rico en tu país, y si no me pagas un buen rescate, acabarás por morir a mis propias manos". Y mi hermano, llorando, exclamaba: "¡Por Alah! Nada poseo, ¡oh jefe de los árabes! pues desconozco el camino de la riqueza. Y ahora soy tu esclavo y estoy en tu poder; puedes hacer de mí lo que quieras".

Pero el beduino tenía por esposa a una admirable mujer entre las mujeres, de negras cejas y ojos de noche. Y era ardiente en la copulación. Por eso, cada vez que el beduino se alejaba de la tienda, esta criatura del desierto iba a buscar a mi hermano para ofrecerle su cuerpo. Y Schakalik, que se diferencia de todos nosotros en no ser gran cabalgador, no podía satisfacer plenamente a la ardorosa beduina, que se insinuaba y ponía en juego todos sus recursos, jugando las caderas, los pechos y el ombligo.

Pero un día que estaban a punto de besarse se precipitó en la tienda el terrible beduino, y los sorprendió en aquella postura. Y sacó del cinturón un cuchillo tan ancho que de un solo golpe podía rebanar la cabeza de un camello, de una a otra yugular. Y agarró a mi hermano, empezó por cortarle los dos labios, metiéndoselos en la boca, y le dijo: "¡Miserable! ¿Cómo te atreviste a seducir a mi esposa?" Y empuñando el zib de mi hermano se lo cortó de un golpe y luego los compañones. Enseguida, arrastrándolo por los pies, lo echó sobre un camello, lo llevó a lo alto de una montaña, lo tiró al suelo y se marchó para seguir su camino.

Como la tal montaña está situada en el camino por donde van los peregrinos, algunos de estos peregrinos, que eran de Bagdad, hallaron a Schakalik; y al reconocer al chistosísimo Tarro hendido, que tanto los había hecho reír, vinieron a avisarme, después de haberle dado de comer y beber.

Y fui en su busca, ¡oh Emir de los Creyentes! me lo eché a cuestas, lo traje a Bagdad, y luego de curarle, le he dado con qué mantenerse mientras viva.

He aquí en pocas palabras, ¡Oh Príncipe de los Creyentes! la historia de mis seis hermanos, que habría podido contarte con más detenimiento. Pero he preferido no abusar de tu paciencia, probando de este modo lo poco charlatán que soy, y que además de hermano de mis hermanos podría llamarme su padre, y que el mérito de ellos desaparece al presentarme yo, apellidado el Samet.

Y el califa Montasser Billah se echó a reír a carcajadas y me dijo:

"Efectivamente, ¡oh Samet! hablas bien poco, y nadie podrá acusarte de indiscreción, ni de curiosidad, ni de malas cualidades. Pero tengo mis motivos para exigir que inmediatamente salgas de Bagdad y te vayas a otra parte. Y sobre todo, date prisa". Y así me desterró el califa, tan injustamente, sin explicarme la causa de aquel castigo.

Entonces, ¡oh mis señores! empecé a viajar por todos los climas y todos los países, hasta que supe el fallecimiento de Montaser Billah y el reinado de su sucesor el califa El- Mostasen.

Volví a Bagdad enseguida, pero me encontré con que todos mis hermanos habían muerto. Y entonces ese joven que se acaba de marchar tan descortésmente me llamó a su casa para que le afeitase la cabeza. Y contra todo lo que ha dicho puedo aseguraros, ¡Oh mis señores! que le hice un grandísimo favor, y a no ser por mi ayuda, probable es que el kadí, padre de la joven, lo hubiese mandado matar. De modo que todo lo que ha dicho es una calumnia, y cuanto ha contado sobre mi supuesta curiosidad, indiscreción, charlatanería y falta de tacto es falso absolutamente, ¡Oh vosotros cuantos aquí estáis!"

Tal es, ¡oh rey afortunado! -prosiguió Schehrazada-, la historia en siete partes que el sastre de la China refirió al rey.

Y después añadió: "Cuando el barbero Samet hubo terminado su historia, no necesitamos oír más para convencernos de que era realmente el charlatán más extraordinario y el rapista más indiscreto de toda la tierra. Y quedamos persuadidos de que el joven cojo de Bagdad había sido la víctima de su insoportable indiscreción.

Entonces, aunque sus historias nos habían hecho pasar un buen rato, acordamos castigarle. Y nos apoderamos de él, a pesar de sus chillidos, y lo encerramos en un cuarto oscuro lleno de ratas. Y los demás seguimos comiendo, bebiendo y disfrutando hasta que llegó la hora de la plegaria. Y entonces nos retiramos, y yo fui en busca de mi esposa.

Pero al llegar a mi casa encontré a mi mujer de muy mal humor, y me dijo: "¿Te parece bien dejarme sola mientras andas de diversión con tus amigos? Si no me sacas enseguida a pasear, me presentaré al walí para entablar la demanda de divorcio".

Y como soy enemigo de disturbios conyugales, quise que hubiera paz, y a pesar del cansancio salí a pasear con mi mujer. Y anduvimos recorriendo calles y jardines hasta la puesta del sol.

Y cuando regresábamos a casa encontramos por casualidad a ese jorobeta que se hallaba a tu servicio, ¡oh rey poderoso y magnánimo!

Y el jorobado estaba borracho completamente, diciendo chistes a cuantos le rodeaban, y recitó estos versos:

¡No sé si elegir la copa transparente y coloreada o el vino sutil y purpurino!

¡Porque la copa es como el vino sutil y purpurino, y el vino es como la copa coloreada y transparente!

Y se interrumpía para embromar a los transeúntes o para danzar, golpeando la pandereta. Y yo y mi mujer supusimos que sería para nosotros un agradable comensal, y le convidamos a comer con nosotros. Y juntos comimos, y mi esposa se quedó con nosotros, pues no creía que la presencia de un jorobado fuese como la de un hombre regular, pues de no pensarlo así no habría comido delante de un extraño.

Entonces fue cuando a mi esposa se le ocurrió bromear con el jorobeta y meterle en la boca la comida que lo ahogó.

Y enseguida, ¡oh rey poderoso! cogimos el cadáver del jorobeta y lo dejamos en la casa del médico judío que está presente. Y a su vez el médico judío lo dejó en la casa del intendente, que hizo responsable al corredor copto.

Y tal es, ¡oh rey generoso! la más extraordinaria de las historias que te hayan referido. Y esta historia del barbero y sus hermanos es, con seguridad, más sorprendente que la del jorobado".

Cuando el sastre hubo acabado de hablar, el rey de la China dijo: "He de confesar que es muy interesante esa historia, y acaso más sugestiva que la del pobre jorobeta.

Pero ¿dónde está ese asombroso barbero? Quiero verle y oírle antes de adoptar mi decisión respecto a vosotros cuatro.

Después enterraremos a nuestro jorobeta. Y le erigiremos un buen sepulcro por lo mucho que me divirtió en vida, y aun después de muerto, pues me ha dado ocasión de oír la historia del joven cojo, la del barbero con sus seis hermanos y las otras tres historias".

Y dicho esto, el rey mandó a sus chambelanes que se fuesen con el sastre a buscar al barbero. Y una hora después, el sastre y los chambelanes, que habían ido a sacar al barbero del cuarto oscuro, lo trajeron al palacio y se lo presentaron al rey.

El rey examinó al barbero, y vio que era un anciano jeique lo menos de noventa años, de cara muy negra, barbas muy blancas, lo mismo que las cejas, orejas colgantes y agujereadas, narices de pasmosa longitud y aspecto lleno de presunción y altanería.

Al verlo, el rey de la China se echó a reír ruidosamente y le dijo: "¡Oh silencioso! Me han dicho que sabes contar historias admirables y llenas de maravilla.

Quisiera oírte algunas de las que sabes referir tan bien". El barbero contestó: "¡Oh rey del tiempo! no te han engañado al ponderarte mis cualidades, pero en primer lugar desearía saber lo que hacen aquí, reunidos, ese corredor nazareno, ese judío, ese musulmán, y ese jorobeta muerto, tumbado en el suelo. ¿De dónde procede esta extraña reunión?"

Y el rey de la China se rio mucho y replicó: "¿Y por qué me interrogas respecto a gente que te es desconocida?"

El barbero dijo: "Pregunto solamente para demostrar a mi rey que no soy un charlatán indiscreto, que no me ocupo nunca en lo que no me importa, y que soy inocente de las calumnias que me dirigen, como la de llamarme hablador y lo demás. Sabe, por lo tanto, que soy digno de ostentar el sobrenombre de Silencioso, pues el poeta dijo:

Cuando tus ojos vean a una persona con un sobrenombre, sabe que, como indagues bien, siempre acabará por surgir el sentido del sobrenombre.

Entonces dijo el rey: "Mucho me agrada este barbero. Voy a contarle la historia del jorobado, y luego las relatadas por el nazareno, el judío, el intendente y el sastre". Y el rey refirió al barbero todas las historias, sin omitir una particularidad.

Pero no es necesario repetirlas.

Cuando el barbero hubo oído las historias y supo la causa de la muerte del jorobado, empezó a menear gravemente la cabeza, y exclamó: "¡Por Alah! ¡Cosa extraordinaria es ésa y me sorprende grandemente! A ver, levantad el velo que cubre el cadáver, que yo lo vea". Y cuando se descubrió el cadáver, el barbero se sentó en el suelo, puso la cabeza del jorobado en sus rodillas v le miró atentamente a la cara. Y de pronto soltó tal carcajada, que la fuerza de la risa le hizo caer de trasero. Y exclamó: "En verdad, toda muerte tiene una causa entre las causas. Y la causa de la muerte de este jorobado es la cosa más sorprendente de las cosas sorprendentes. Porque merece ser escrita con hermosas letras de oro en los registros del reino, para enseñanza de los hombres futuros".

Y el rey, pasmado al oír las palabras del barbero, le dijo: "¡Oh barbero, oh Silencioso! explícanos el sentido de tus palabras". Y el barbero replicó: "¡Oh rey! te juro por tu gracia y tus beneficios que tu jorobeta tiene el alma en el cuerpo. Y lo vas a ver". Y enseguida sacó de su cinturón un frasquito con un ungüento, empapó con él el pescuezo del jorobado y le vendó el cuello con un paño de lana, Después aguardó que transcurriese una hora. Sacó entonces del mismo cinturón unas largas tenazas de hierro, las introdujo en el garguero del jorobado, manipuló en varios sentidos y las sacó al fin, llevando en ellas el pedazo de pescado y la espina, causa de lo ocurrido al jorobeta.

Y éste estornudó estrepitosamente, abrió los ojos, volvió en sí, se palpó la cara con las manos, dio un brinco, se puso de pie y exclamó: "¡La ilah ile Alah! Y Mohamed es el Enviado de Alah! ¡Sean con él la plegaria y la salvación de Alah!"

Y todos los circunstantes quedaron estupefactos y llenos de admiración hacia el barbero. Y después, al reponerse de su emoción, el rey y todos los presentes empezaron a reír a carcajadas al ver la cara del jorobeta. Y el rey dijo: "¡Por Alah! ¡Qué aventura tan prodigiosa! ¡En mi vida he visto nada más sorprendente y extraordinario!" Y añadió: "¡Oh vosotros aquí presentes! ¿Ha visto alguno que así se muera un hombre para resucitar después? Si, gracias a Alah, no hubiese estado aquí este barbero, nuestro jeique Samet, el día de hoy habría sido el último de la vida del jorobado. Y sólo por la ciencia y el mérito de este barbero admirable y lleno de capacidad hemos podido salvar su vida". `Y todos los presentes dijeron: "Verdad es, ¡oh rey! Pues esta aventura es el prodigio de los prodigios y el milagro de los milagros".

Entonces el rey de la China, lleno de júbilo, mandó que inmediatamente se escribieran con letras de oro la historia del jorobado y del barbero, y que se conservasen en los archivos del reino. Y así se ejecutó puntualmente. Enseguida regaló un magnífico traje de honor a cada uno de los acusados, al médico judío, al corredor nazareno, al intendente y al sastre, y los agregó al servicio de su persona y del palacio, y les mandó hacer las paces con el jorobeta. Y a éste le hizo maravillosos regalos, le colmó de riquezas, le nombró para altos cargos y lo eligió como compañero de mesa y bebida.

Pero aun tuvo más extraordinarias atenciones con el barbero; le hizo vestir un suntuoso traje de honor, mandó que le construyesen un astrolabio todo de oro, otros instrumentos de oro, tijeras y navajas con perlas y pedrería; le nombró barbero y peluquero de su persona y del reino, y también le tomó por compañero íntimo.

Y siguieron viviendo la vida más próspera y más dichosa, hasta que puso término a su felicidad la Arrebatadora de todo goce, la Dislocadora de toda intimidad, la Separadora de los amigos, la Sepultadora, la Invencible, la Inevitable.

Y Schehrazada dijo al rey Schariar, sultán de las islas de la India y de la China: "No creas que esta historia sea más admirable que la de la hermosa Dulce-Amiga". Y el sultán Schahriar preguntó: "¿Qué Dulce-Amiga?"

Entonces Schehrazada dijo:

HISTORIA DE DULCE-AMIGA

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el trono de Bassra fue ocupado por un sultán tributario de su soberano el califa Harún AlRaschid, que le llamaba el rey Mohammad ben-Soleimán El-Zeiní.

Amparaba a los pobres y a los necesitados, se compadecía de sus súbditos desgraciados y repartía su fortuna entre los que creían en nuestro Profeta Mohamed (¡con él sean la plegaria y la paz de Alah!) Era, pues, verdaderamente digno de este elogio del poeta:

¡Transformó en su pluma la punta de la lanza, el corazón de los enemigos en una hoja donde escribir, y en tinta su sangre!

Tenía dos visires llamados respectivamente El-Mohín ben Sauí y El-Faldl ben-Khacán. Pero hay que saber que El-Faldl era el hombre más generoso de su tiempo, dotado de buen carácter, admirables costumbres y excelentes cualidades, que le granjearon el cariño de todos los corazones y la estimación de los hombres prudentes y sabios, quienes le consultaban y pedían su parecer en los asuntos más difíciles. Y todos los habitantes del reino, sin ninguna excepción, le deseaban larga vida y muchas prosperidades, porque hacía todo el bien posible y odiaba la injusticia.

En cuanto al otro visir, llamado El-Mohín, era muy diferente: tenía horror al bien y cultivaba el mal, hasta tal punto, que un poeta dijo:

¡Le vi! ¡Y enseguida me dispuse a huir ante la mancilla de su aproximación, y me levanté la orla del ropón para evitar su torpe contacto! ¡Y confié mi salvación a la ligereza de mi corcel para que me llevase lejos de aquel elemento tan impuro!

De modo que a cada uno de estos dos visires, tan distintos entre sí, se les puede aplicar cada uno de estos versos de otro poeta:

¡Goza la deliciosa compañía del hombre noble, de alma noble, hijo de noble, pues siempre observarás que el hombre noble ha nacido noble y de padre noble!

¡Pero aléjate del contacto del hombre vil, de alma vil, de extracción vil, porque siempre verás que el hombre vil ha nacido de padre vil!

La gente sentía, pues, tanto odio y repulsión hacia el visir ElMohín, como amor le inspiraba el visir El-Faldl. Así es que El-Mohín tenía una gran enemistad hacia su compañero, y no desperdiciaba ninguna ocasión de perjudicarle ante el sultán.

Un día entre los días, Mohammad ben- Soleimán El-Zeiní, estaba sentado en el trono de su reino, en la sala de justicia, rodeado de todos los emires y de todos los notables y grandes de su corte. Y este día había llegado al mercado un lote de esclavas de todos los países. El rey se dirigió a su visir El-Faldl, y le dijo: "Quiero que me busques una esclava que no tenga igual en el mundo. Que además de su perfección y su belleza, tenga una admirable dulzura de carácter".

Al oír estas palabras del rey dirigidas a su visir El-Faldl Fadleddín, el visir El-Mohín, lleno de envidia porque el rey depositaba toda su confianza en su rival, quiso desalentar al soberano, y exclamó: "¡Pero si se pudiese encontrar a esa mujer, habría que pagarla lo menos en diez mil dinares de oro!" Entonces el rey, más obstinado por tal dificultad, llamó inmediatamente a su tesorero, y le dijo: "Toma enseguida diez mil dinares de oro y llévalos a casa de mi visir El-Faldl". Y el tesorero se apresuró a ejecutar la orden.

El visir se dirigió enseguida al zoco de los esclavos, pero nada encontró que ni de cerca ni de lejos se ajustase a las condiciones requeridas para la compra. Reunió entonces a todos los corredores que se ocupaban de la compra y de la venta de esclavas blancas y negras, y les encargó que buscasen una esclava como la quería el rey. Y les dijo: "Cuando una esclava alcance el precio de mil dinares de oro avisadme enseguida, y ya veré si conviene".

Y desde entonces no pasaba día sin que dos o tres corredores propusiesen una linda esclava al visir, que siempre despedía al corredor y a la esclava sin ultimar la compra. Y vio durante un mes más de mil muchachas, a cual más hermosas y capaces de infundir virilidad a mil viejos impotentes. Pero no podía decidirse por ninguna de ellas. Un día entre los días iba a montar a caballo para visitar al rey y rogarle que aguardara algún tiempo, cuando se le acercó un corredor a quien conocía, y que, teniéndole el estribo, lo saludó respetuosamente y recitó en honor suyo estas dos estancias:

¡Oh tú, que das mayor realce a la gloria del reinado y restauras el añoso edificio de los antepasados! ¡Oh tú, siempre victorioso gran visir!

¡Das nueva vida a los míseros y a los moribundos con tu generosidad y tus beneficios! ¡Y todas tus acciones son siempre gratas al Recompensador y las ponemos sobre nuestra frente!

Y recitados los versos, dijo el corredor al visir: "¡Oh noble ElFaldl! te anuncio que ha aparecido la esclava que tuviste la bondad de encargarme que buscara, y está a tu disposición". Y el visir dijo: "Tráela para que yo la vea". Y regresó a su palacio, adonde una hora después llegaba el corredor con la esclava. Únicamente diré para describirla que era de una esbeltez deliciosa, de pechos rectos y gloriosos, párpados oscuros, ojos de noche, mejillas redondas, fina barbilla adornada con un hoyuelo, caderas poderosas y sólidas, cintura de abeja y nalgas soberanas. Iba vestida de telas raras y escogidas. Pero olvidaba decirte, ¡oh rey! que su boca era una flor, su saliva jarabe, sus labios nuez moscada y su cuerpo fino y flexible como una tierna rama de sauce. Su voz, canto de la brisa, era más agradable que el céfiro que se perfuma al pasar entre las flores de los jardines. Y era digna de estos versos del poeta:

¡Su piel es más suave que la seda, su voz canta como el agua, con las ondulaciones del agua, y como ella también reposada y pura!

¡Y sus ojos! Alah dijo: "!Sed!" y fueron hechos. ¡Son la obra de un Dios! ¡y su mirada turba a los humanos más que el vino y su fermento!

¡Pensando en ella en las horas nocturnas mi alma se turba y mi cuerpo arde! ¡Y al pensar en su crencha, negra como la noche y en su frente de aurora, iluminadora de la mañana, me siento morir!

Y a causa de sus gracias y de su dulzura, la llamaron desde la pubertad Dulce-Amiga.

Por eso cuando la vio el visir quedó completamente maravillado, y preguntó al corredor: "¿Qué precio tiene esta esclava?" Y el otro contestó: "Su amo pide diez mil dinares, y en eso hemos quedado, porque me parece justo. Pero él jura que pierde al venderla en ese precio por una porción de cosas que yo quisiera que oyeses de sus mismos labios".

Entonces el visir dijo: "Pues que venga enseguida".

El corredor salió en busca del amo de la esclava y lo llevó ante el visir. Y el visir vio que el amo de la maravillosa joven era un persa viejísimo, aniquilado por la edad, que lo había reducido a huesos y pellejo. Como dice el poeta:

¡El Tiempo y el Destino me envejecieron; mi cabeza tiembla y mi cuerpo se viene abajo! ¿Quién es capaz de resistir a la fuerza y la violencia del Tiempo?

¡Hace muchos años me tenía derecho y erguido y andaba hacia el sol! ¡Ahora, caído de aquella altura, mi compañía es la enfermedad y la inmovilidad, mi amada!

Y el amo de la esclava deseó la paz al visir. Y el visir le dijo: "¿Estás conforme en venderme esta esclava en diez rnil dinares? Has de saber que no es para mí, sino para el rey". El anciano contestó: "Siendo para el rey, prefiero ofrecérsela como un presente, sin aceptar precio alguno.

Pero ¡Oh visir magnánimo! ya que me interrogas, mi deber es contestarte. Sabe que esos diez mil dinares apenas me indemnizan del importe de los pollos con que la alimenté desde su infancia, de los magníficos vestidos con que siempre la adorné y de los gastos que he hecho para instruirla. Porque ha tenido varios maestros y aprendió a escribir con muy buena letra; conoce también las reglas de la lengua árabe y de la lengua persa, la gramática y la sintaxis, los comentarios del Libro, las reglas de derecho divino y sus orígenes, la jurisprudencia, la moral, la filosofía, la medicina, la geometría y el catastro.

Pero sobresale especialmente en el arte de versificar, en tañer los más variados instrumentos, en el canto y en el baile; y por último, ha leído todos los libros de los poetas e historiadores. Y todo ello ha contribuido a hacer más admirable su ingenio y su carácter, por eso la he llamado Dulce-Amiga".

El visir dijo: "Verdaderamente tienes razón, pero sólo puedo dar diez mil dinares. Además, los haré pesar y comprobar inmediatamente".

Y en efecto, el visir mandó pesar inmediatamente los diez mil dinares de oro en presencia del anciano persa, que los tomó. Pero antes de marcharse, el viejo mercader de esclavos se acercó al visir y le dijo: "Quisiera, ¡Oh mi señor! que me permitieses un consejo".

Y el visir repuso: "Di lo que quieras". Y prosiguió el anciano: Aconsejo a mi señor el visir que no lleve inmediatamente al palacio del rey Mohammad ben-Soleimán El-Zeiní a mi esclava Dulce-Amiga, porque mi esclava ha llegado hoy de viaje, y el cambio de clima y de aguas la ha fatigado mucho. Por eso lo mejor para ti y para ella es que la conserves en tu casa diez días, y así reposará y ganará en hermosura y tomará un baño en el hammam y se cambiará de vestidos. Y entonces la podrás presentar al rey, y con esto tu gestión parecerá más honrosa y meritoria a los ojos de nuestro sultán". Y el visir comprendió que el viejo persa era buen consejero y le hizo caso. Y retuvo en su palacio a Dulce-Amiga, mandando que preparasen un aposento reservado para que descansase.

Pero el visir El-Faldl tenía un hijo de admirable hermosura, como la luna cuando sale. Su cara era de una blancura maravillosa, sus mejillas sonrosadas, y en una de ellas tenía un lunar como una gota de ámbar gris, según dice el poeta:

¡Las rosas de sus mejillas! ¡Más deliciosas que los dátiles rojos en sus racimos!

¡Si su cuerpo es tierno y dulce, su corazón es duro e inexorable! ¿Por qué no poseerá su corazón algunas de las cualidades de su cuerpo?

¡Porque si su cuerpo, tan tierno y tan dulce, influyera algo en su corazón, no sería tan injusto ni tan duro para mi amor!

¡Y tú, amigo, que me reconvienes por el amor que me domina, cree que tengo disculpas, pues no soy ya dueño de mí, y mi cuerpo y todas mis fuerzas se encuentran bajo el poder de esa pasión dominadora!

¡Y sabe que el único culpable no es él ni soy yo, sino mi corazón! ¡Y no me verías languidecer si mi joven tirano fuese más compasivo!

Pero el hijo del visir, que se llamaba Alí-Nur, nada sabía de la compra de la esclava. Y además, el visir había empezado por encargar a Dulce-Amiga que no olvidase los consejos que tenía que darle. Y le dijo: "Sabe ¡oh hija mía! que te he comprado por cuenta de nuestro amo el rey para que seas la preferida entre sus favoritas. De modo que debes tener mucho cuidado en evitar todas las ocasiones de comprometerte y comprometerme.

Así es que he de advertirte que tengo un hijo algo mala cabeza, pero guapo mozo. No hay en este barrio ninguna doncella que no se haya entregado a él y de cuya flor no haya gozado. Por lo tanto, evita su encuentro; que no oiga tu voz ni vea tu rostro, pues de otra suerte te perderías sin remedio".

Y Dulce-Amiga dijo: "Escucho y obedezco". Y el visir, tranquilizado sobre este punto, se alejó para seguir su camino.

Pero por voluntad escrita de Alah, las cosas llevaron un rumbo muy diferente. Porque algunos días después, Dulce-Amiga fue al hammam del palacio del visir, y las esclavas emplearon toda su habilidad en darle un baño que fuera el mejor de su vida.

Después de haberle lavado los miembros y el cabello, le dieron masaje. Y la depilaron esmeradamente, frotaron con almizcle su cabellera, le tiñeron con henné las uñas de los pies y de las manos, le alargaron con kohl las cejas y las pestañas, y quemaron junto a ella pebeteros de incienso macho y ámbar gris, perfumándole de este modo toda la piel.

Después la envolvieron con una sábana embalsamada con azahar y rosas, le sujetaron la cabellera con un paño caliente, y la sacaron del hammam para llevarla al aposento donde la aguardaba la mujer del visir, madre del hermoso Alí-Nur.

Dulce-Amiga, al ver a la mujer del visir, corrió a su encuentro y le besó la mano, y la esposa del visir la besó en las dos mejillas, y le dijo: "¡Oh Dulce-Amiga! ¡ojalá te dé ese baño todo el bienestar y todas las delicias! ¡Oh Dulce-Amiga, cuán hermosa estás, cuán limpia y perfumada! Iluminas nuestro palacio, que no necesita más luz que la tuya"

Y Dulce-Amiga, muy emocionada, se llevó la mano al corazón, a los labios y a la frente, e inclinando la cabeza, respondió: "Gracias, ¡oh madre y señora! ¡Proporciónete Alah todos los goces de la tierra y del paraíso! En verdad ha sido delicioso este baño, y sólo me ha dolido una cosa: no compartirlo contigo. Entonces la madre de Alí-Nur mandó que llevasen a Dulce-Amiga sorbetes y pastas, y se dispuso a marchar al hammam para tomar su baño.

Pero no quiso dejar sola a Dulce-Amiga, por temor y por prudencia. Llamó, pues, a dos esclavas jóvenes, y les mandó que guardasen la puerta del aposento de Dulce- Amiga, diciéndoles: "No dejéis entrar a nadie bajo ningún pretexto, porque Dulce-Amiga está desnuda y podría enfriarse". Y las dos esclavas contestaron respetuosamente: "Escuchamos Y obedecemos".

Y entonces la madre de Alí-Nur, rodeada de sus doncellas, se fue al hammam después de haber besado otra vez a Dulce-Amiga, que le deseó un baño delicioso.

Pero en aquel momento entraba en la casa el joven Alí-Nur, buscó a su madre para besarle la mano, como todos los días, y como no la encontrara en su habitación, la fue buscando por todas las demás, hasta que llegó frente a la puerta de aquella en que estaba encerrada Dulce-Amiga. Y vio a las dos esclavas que guardaban la puerta, y las dos esclavas le sonrieron, porque era muy gentil, y le adoraban en secreto. Pero asombrado al ver aquella puerta tan bien guardada, les dijo: "¿Está ahí mi madre?" Y las esclavas, intentando rechazarle, le contestaron: "¡Oh, no, amo Alí-Nur, no está ahí nuestra ama! ¡No está ahí! ¡Ha ido al hammam! ¡Está en el hammam, amo Alí- Nur!" Y les dijo: "Pues entonces, ¿qué hacéis aquí, corderas? Apartaos para que pueda descansar". Y ellas replicaron: "¡No entres, oh Alí-Nur, no entres ahí! ¡Ahí sólo está nuestra ama joven Dulce-Amiga!" Alí-Nur exclamó: "¿Qué Dulce-Amiga?" Y ellas contestaron: "La hermosa, Dulce-Amiga que tu padre y amo nuestro el visir Fadleddin ha comprado en diez mil dinares para el sultán. Acaba de salir del hammam y está desnuda, sin más ropa que la sábana del baño. ¡No entres, oh Alí- Nur, no entres! podría enfriarse, y nuestra ama nos pegaría. ¡No entres, oh Alí-Nur!"

Entretanto, Dulce-Amiga oía estas palabras desde su habitación, y pensaba: "¡Por Alah! ¿Cómo será ese joven Alí-Nur, cuyas hazañas me ha enumerado su padre el visir? ¿Cómo será ese mancebo que no ha dejado en el barrio doncella intacta ni mujer sin ataque?

¡Por Alah, que desearía verle!"

Y no pudiendo aguantarse, se puso de pie, y perfumada aún con todos los aromas del hammam, llena de frescura. con los poros abiertos a la vida, se acercó a la puerta, la entreabrió poco a poco y se puso a mirar. Y vio a Alí-Nur. Y le pareció como la luna llena. Y sólo con mirarle le sacudió la emoción y se estremeció toda su carne.

Y al mismo tiempo, Alí-Nur había tenido ocasión de mirar por la puerta. entreabierta, apreciando toda la hermosura de Dulce- Amiga.

arrebatado por el deseo, dio tal grito y sacudió tan fuertemente e a las dos esclavas, que llorando huyeron de entre sus manos, refugiándose en la habitación contigua, y desde allí se pusieron a mirar, pues Alí-Nur no se había tomado el trabajo de cerrar la puerta después de haber llegado junto a Dulce-Amiga. Y así vieron todo lo que ocurrió.

Y efectivamente, Alí-Nur avanzó hacia donce estaba Dulce-Amiga, que, aturdida, se había dejado caer en el diván, y le aguardaba desnuda, toda temblorosa y con los ojos muy abiertos. Y Alí-Nur, llevándose la mano al corazón, se inclinó ante Dulce-Amiga, y le dijo: "¡Oh Dulce-Amiga! ¿Eres tú la que ha comprado mi padre en diez mil dinares de oro? ¿Te pesaron acaso en el otro platillo para contrastar bien tu verdadero valor? ¡Oh Dulce-Amiga! ¡Eres más hermosa que el oro fundido, tu cabellera más abundante que la de una leona del desierto y tus pechos más frescos y más suaves que el musgo de los arroyos!"

Ella contestó: "Alí-Nur, ante mis ojos asombrados apareces más poderoso que el león del desierto; ante mi carne que te desea, más fuerte que el leopardo, y ante mis labios que palidecen, más rasgador que el duro acero. ¡Alí-Nur, mi sultán!"

Y ebrio Alí-Nur, se precipitó sobre Dulce- Amiga. Y las dos esclavas se asombraron al ver todo esto desde fuera. Pues aquello era para ellas muy extraño, y no lo comprendían. Porque Alí-Nur, después de cambiar ruidosos besos con Dulce-Amiga, se apoderó de sus piernas y penetró en la casa de la misericordia. Y Dulce-Amiga le rodeó con sus brazos, y durante algún tiempo sólo hubo besos, contorsiones y elocuencia sin palabras.

Entonces las dos siervas quedaron sobrecogidas de terror. Y gritando, huyeron espantadas, yendo a refugiarse en el hammam, cuando precisamente salía del baño la madre de Alí-Nur, humedecida por el sudor que le corría por el cuerpo. Y les dijo a las esclavas: "¿Qué os pasa para chillar y correr de este modo, hijas mías?" Y ellas clamaban: "¡Oh señora, oh señora!" Y ella insistió: "¿Pero qué ocurre, desdichadas?"

Y ellas, llorando, dijeron: "¡Oh señora, he aquí que nuestro joven amo Alí-Nur ha empezado a darnos golpes y nos ha echado! Y luego le vimos entrar en la habitación de nuestra ama Dulce-Amiga y él gustó su lengua y ella también. Y no sabemos qué le haría después, porque ella suspiraba mucho, y él también suspiraba encima de ella. ¡Y estamos aterradas por todo eso!

Entonces, la esposa del visir, aunque iba calzada con los altos zuecos de madera que se gastan para el baño, echó a correr a pesar de su avanzada edad, seguida por todas sus doncellas, y llegó a la habitación de Dulce-Amiga, precisamente cuando Alí-Nur, habiendo oído los gritos de las esclavas, había huido más que aprisa, una vez terminada la cosa.

Y la mujer del visir, pálida de emoción, se acercó a Dulce-Amiga y le dijo: "¿Qué es lo que ha ocurrido?" Y Dulce-Amiga repitió las palabras que Alí-Nur le había enseñado: "¡Oh mi señora! Mientras estaba descansando del baño, echada en el diván, entró un joven a quien nunca he visto. Y era muy hermoso, ¡Oh señora! y hasta se te parecía en los ojos y en las cejas.

Y me dijo: "¿Eres tú, Dulce-Amiga, la que ha comprado mi padre en diez mil dinares?"

Y yo le contesté: "Sí; soy Dulce-Amiga, comprada por el visir en diez mil dinares, pero estoy destinada al sultán Mohammad ben-Soleimán El-Zeiní".

Y el joven, riéndose replicó: "¡No lo creas, oh Dulce-Amiga! acaso haya tenido mi padre esa intención, pero ha cambiado de parecer y te ha destinado toda para mí". Entonces, ¡oh señora! a fuer de esclava sumisa desde mi nacimiento, hube de obedecer. Además, creo haber hecho bien, pues prefiero ser esclava de tu hijo Alí-Nur, ¡Oh mi señora! que convertirme en esposa del mismo califa que reina en Bagdad".

La madre de Alí-Nur contestó: "¡Ah, hija mía, qué desdicha para todos nosotros! Mi hijo Alí-Nur es un gran malvado, y te engañó. Pero dime, hija mía, ¿qué ha hecho contigo?" Dulce-Amiga respondió: "Me rendí a su voluntad, y él se apoderó de mí y nos enlazamos". Y la mujer del visir dijo: "¿Pero te ha poseído por completo?"

Y replicó Dulce-Amiga: "Ciertamente, y hasta tres veces. ¡oh madre mía!" Al oír esto la madre de Alí-Nur, dijo: "¡Oh hija mía! ¡Cómo te ha destrozado!" Y empezó a llorar y a abofetearse, y todas sus esclavas lloraban lo mismo, y clamaban: "¡Qué calamidad, qué calamidad!"

Porque en el fondo lo que aterraba a la madre de Alí-Nur y a las doncellas de la madre de Alí-Nur, era el temor que les inspiraba el padre de Alí-Nur.

En efecto, el visir, aunque bueno y generoso, no podía tolerar aquella usurpación, sobre todo tratándose de cosa del rey, pudiendo ponerse en tela de juicio el honor y el comportamiento del visir. Y en el arrebato de su ira era capaz de matar a su hijo Alí-Nur, al cual lloraban todas aquellas mujeres, considerándole perdido para su amor y su afecto.

Y entonces entró el visir Fadleddin y vio a todas las mujeres llorando, llenas de desolación. Y preguntó: "¿Pero qué os ocurre, hijas mías?" Y la madre dé Alí-Nur se secó los ojos y dijo: "¡Oh esposo mío! Empieza por jurarme por la vida de nuestro profeta (¡sean con él la plegaria y la paz de Alah!) que has de conformarte de todo punto con lo que te diga, si no, moriré antes que hablar".

Juró el visir, y. su mujer le contó el supuesto engaño de Alí-Nur y la irremediable pérdida de la virginidad de Dulce-Amiga.

Alí-Nur había hecho pasar muy malos ratos a sus padres, pero Fadleddin, al enterarse de su reciente fechoría, quedó aterrado, se desgarró las vestiduras, se dio de puñetazos en la cara, se mordió las manos, se mesó las barbas y tiró por los aires el turbante.

Entonces su esposa trató de consolarle, y le dijo: "No te aflijas de ese modo, pues los diez mil dinares te los restituiré por completo sacándolos de mi peculio y vendiendo parte de mis pedrerías". Pero el visir Fadleddin exclamó: "¿Qué piensas?, ¡Oh mi señora! ¿Se te figura que lamento la pérdida de ese dinero, que para nada necesito?

Lo que me aflige es la mancha que ha caído en mi honor y la probable pérdida de mi vida". Y su esposa dijo: "En realidad, nada se ha perdido, pues el rey ignora hasta la existencia de Dulce-Amiga, y con mayor razón la pérdida de su virginidad. Con los diez mil dinares que te daré podrás comprar otra esclava, y nosotros nos quedaremos con Dulce-Amiga, que adora a nuestro hijo. Y es un verdadero tesoro el haberla encontrado, porque es de todo punto perfecta".

El visir replicó: "¡Oh madre de Alí-Nur! Te olvidas del enemigo que queda detrás de nosotros, del segundo visir, llamado El-Mohín ben-Sauí, que acabará por enterarse de todo alguna vez.

Aquel día avanzará entre las manos del rey y le dirá..."

Al llegar a este momento de su narración, vio Schehrazada que iba a nacer el día, e interrumpió discretamente su relato.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 33ª NOCHE

Schehrazada prosiguió:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el visir Fadleddin dijo a su mujer: "Aquel día mi enemigo el visir Sauí se presentará entre las manos del sultán y le dirá "¡Oh rey! He aquí que el visir a quien tanto ponderas y de cuya adhesión pretendes estar seguro te sacó diez mil dinares para comprarte una esclava, y efectivamente, compró una esclava sin igual en el mundo.

Y como la encontraba maravillosa, le dijo a su hijo Alí-Nur, mozalbete corrompido: "Tómala, hijo mío; más vale que la goces tú que ese sultán viejo, que tiene no sé cuántas concubinas, cuya virginidad no puede disfrutar". Y el joven Alí-Nur, que es una especialidad en lo de robar virginidades, se apoderó de la hermosa esclava, y en un abrir y cerrar de ojos la perforó de parte a parte. Pero he aquí que sigue pasando agradablemente el tiempo con ella en el palacio de su padre, y el joven perforador, disoluto y holgazán, no sale de las habitaciones de las mujeres".

"Al oír estas palabras de mi enemigo —siguió diciendo el visir Fadleddin— el sultán, que me estima, se negará a creerlo, y dirá: "Mientes, ¡oh Mohín ben-Sauí!"

Pero Sauí le contestará: "Permíteme cercar con soldados la casa de Fadleddin, y te traeré inmediatamente la esclava, y con tus propios ojos comprobarás la cosa". Y el sultán, que es mudable, le dará permiso, y Sauí vendrá aquí con los soldados, apoderándose de Dulce-Amiga, que arrebatará de vosotras y la llevará entre las manos del sultán. Y el sultán interrogará a Dulce-Amiga, que tendrá que confesarlo todo.

Entonces mi enemigo Sauí, afirmando su triunfo, dirá "¡Oh mi señor! ¿Ves cómo soy para ti un buen consejero? Pero ¿qué le vamos a hacer? Está escrito que me has de despreciar, mientras que el traidor Fadleddin será tu preferido". Y el sultán, rectificando su opinión con respecto a mí, me castigará severamente. Y seré la irrisión de cuantos hoy me estiman, y perderé mi vida y con ella toda la casa".

Al oír esto la madre de Alí-Nur, respondió a su esposo: "Créeme; no hables a nadie de este asunto, y nadie se enterará. Confía tu suerte a la voluntad de Alah, el muy poderoso. Sólo ocurrirá lo que haya de ocurrir". Entonces el visir se sintió tranquilizado con estas palabras, calmándose su inquietud en cuanto a las consecuencias futuras, pero no por ello se aplacó su cólera contra Alí-Nur.

Por lo que se refiere al joven Alí-Nur, había salido apresuradamente del aposento de Dulce-Amiga al oír los gritos de las dos esclavas, y se pasó el día dando vueltas por aquellos alrededores. No volvió al palacio hasta que fue de noche, y se apresuró a deslizarse junto a su madre, en el departamento de las mujeres, para evitar la cólera del visir. Y su madre, a pesar de todo lo ocurrido, acabó por abrazarle y perdonarle, y lo ocultó cuidadosamente, ayudada por todas sus doncellas, que envidiaban secretamente a Dulce-Amiga por haber tenido entre sus brazos a aquel ciervo incomparable.

Además, todas estaban de acuerdo para prevenirle contra la ira del visir. De modo que Alí-Nur, durante un mes entero, fue amparado por aquellas mujeres, que por la noche le abrían la puerta de las habitaciones de su madre. Y allí se deslizaba Alí-Nur sigilosamente, y allí, con connivencia de su madre, le iba a buscar en secreto Dulce- Amiga.

Por último, un día la madre de Alí-Nur, viendo al visir menos indignado que de costumbre, le preguntó: "¿Hasta cuándo va a durar ese persistente enojo contra nuestro hijo Alí-Nur? ¡Oh mi señor! realmente hemos perdido una esclava del rey, pero ¿quieres que perdamos también a nuestro hijo? Pues sabe que si continúa esta situación, nuestro hijo Alí-Nur huirá para siempre de la casa paterna, y entonces lloraremos a este hijo, único fruto de mis entrañas".

Conmovido el visir, preguntó: "¿Y qué medio emplearemos para impedirlo?" Y la mujer respondió: "Ven a pasar esta noche con nosotros, y cuando llegue Alí-Nur yo os pondré en paz. Por lo pronto finge quererlo castigar, pero acaba por casarlo con Dulce- Amiga. Porque Dulce-Amiga, según lo que en ella he podido ver, es admirable en todo y quiere a Alí-Nur que está enamoradísimo de ella. Además, ya te he dicho que te daré de mi peculio el dinero que gastaste en comprarla".

El visir se conformó con lo que proponía su esposa, y apenas entró Alí-Nur en las habitaciones de su madre, se arrojó sobre él, lo tiró al suelo y levantó un puñal como para matarle. Pero entonces la madre de Alí-Nur se precipitó entre el puñal y su hijo, y dirigiéndose al visir, exclamó: "¿Qué intentas hacer?"

Y el visir repuso: "Lo voy a matar para castigarle". Y la madre replicó: "¿Pero no sabes que está arrepentido?"

Alí-Nur dijo: "¡Oh padre! ¿tendrás valor para sacrificarme de esta suerte?" Entonces el visir, sintiendo que los ojos se le arrasaban en lágrimas, dijo: "¡Oh desventurado! ¿no tuviste tú valor para arrebatarme la tranquilidad y acaso la vida?" Y Alí-Nur respondió: "Oye ¡Oh padre mío! lo que dice el poeta:

Supón por un momento que haya obrado muy mal y cometido todos los delitos; ¿No sabes que los seres nobles gozan con perdonar, concediendo un indulto completo?

¿No sabes también que al proceder así te realzas, singularmente si el enemigo está entre tus manos, o te implora desde el fondo de una sima abierta al pie de la montaña desde cuya cumbre tú le dominas?"

Al oír estos versos, el visir soltó a su hijo, a quien tenía sujeto con las rodillas; entró en su alma la compasión y le perdonó. Entonces Alí-Nur se incorporó, besó la mano a sus padres, y quedó en una actitud sumisa. Y su padre le dijo: "¡Oh hijo mío! ¿por qué no me advertiste que querías de veras a Dulce- Amiga, y que no se trataba de uno más de tus caprichos? Si yo hubiese sabido que ibas a conducirte con ella como es debido, no habría vacilado en otorgártela".

Y Alí-Nur contestó: "Efectivamente, ¡oh padre mío! estoy dispuesto a cumplir con Dulce-Amiga como se merece".

Y el visir dijo: "En ese caso, ¡oh mi querido hijo! el único ruego que he de hacerte, y que no debes olvidar nunca, para que siempre te acompañe mi bendición; consiste en que me prometas no contraer legítimas nupcias con otra mujer que no sea Dulce-Amiga, ni maltratarla jamás, ni venderla". Y Alí-Nur contestó: "¡Juro por la vida de nuestro Profeta y por el Korán sagrado no tomar otra esposa legítima mientras viva Dulce-Amiga, no maltratarla nunca y no venderla jamás!"

Después de esto toda la casa se llenó de Júbilo. Alí-Nur pudo poseer libremente a Dulce-Amiga, y siguió viviendo con ella durante un año, siendo muy felices. En cuanto al rey, Alah quiso que olvidase completamente los diez mil dinares que le había entregado al visir Fadleddin para la compra de la esclava. Y por lo que se refiere al malvado Ben-Sauí, no tardó en descubrir todo lo ocurrido, pero no se atrevió a decir todavía nada al rey, porque el padre de Alí- Nur era estimadísimo, no sólo del sultán, sino de todo el pueblo de Bassra.

Y he aquí que un día el visir Fadleddin fue al hammam, salió apresuradamente todo sudoroso del baño, y cogió un enfriamiento, que le obligó a meterse en la cama. Después se agravó, y ya no pudo dormir ni de noche ni de día, y fue tal su consunción. que parecía la sombra de lo que había sido. Entonces no quiso demorar el cumplimiento de sus últimos deberes, y mandó que compareciese su hijo Alí-Nur, el cual se presentó enseguida con los ojos llenos de lágrimas.

Y el visir le dijo: "¡Oh hijo mío! no hay felicidad que no tenga su término; ni bien su límite, ni plazo sin vencimiento, ni copa sin brebaje amargo. Hoy me toca a mí gustar la copa de la muerte".

Y el visir recitó estas estrofas:

¡Podrá hoy olvidarte la muerte, pero no te olvidará mañana! ¡Todos caminamos apresuradamente al abismo de la anulación!

¡Para los ojos del muy altísimo, no hay llanos ni cumbres! ¡todas las alturas están niveladas: no hay hombre pequeño, ni gigante!

¡Y Jamás ha habido rey, imperio ni profeta que haya podido desafiar la ley de la muerte!

Después prosiguió de este modo: "¡Oh hijo mío! No me queda ahora más que encargarte una cosa: que cifres tu fuerza en Alah, no pierdas nunca de vista los fines primordiales del hombre, y sobre todo, que cuides mucho de nuestra hija y esposa tuya Dulce-Amiga".

Entonces contestó Alí-Nur: "¡Oh padre mío! ¿Cómo es posible que nos dejes? Desaparecido tú de la tierra ¿qué nos quedará? Eres famoso por tus beneficios, y los oradores sagrados citan tu nombre desde el púlpito de nuestras mezquitas el santo día del viernes para bendecirte y desearte larga vida".

Y Fadleddin dijo: "¡Oh hijo mío! sólo ruego a Alah que me reciba y no me rechace". Después pronunció en voz alta los dos actos de fe de nuestra religión: "¡Juro que no hay más Dios que Alah! ¡Juro que Mahomed es el profeta de Alah!" Y luego exhaló el último suspiro, y quedó inscripto para siempre entre los elegidos bienaventurados.

Y enseguida todo el palacio se llenó de gritos y lamentos. Llegó la noticia al sultán, y toda la ciudad de Bassra supo el fallecimiento del visir Fadleddin ben-Khacán. Y todos los habitantes lo lloraban, sin exceptuar a los niños de las escuelas. Por su parte, Alí-Nur, a pesar de su abatimiento, nada escatimó para hacer unos funerales dignos de la memoria de su padre. Y a estos funerales asistieron todos los emires y visires, incluso el malvado

Ben-Sauí, que, como los demás, tuvo que ayudar a transportar el féretro. También concurrieron los altos dignatarios, los grandes del reino, y todos los habitantes de Bassra, sin excepción. Y al salir de la casa mortuoria, el jeique principal, que dirigía los funerales, recitó en honor del muerto las siguientes estancias:

¡Al hombre encargado de recoger sus despojos mortales le dijo: Obedece mis órdenes, pues sabe que en vida atendió a mis consejos!

¡Si te place, haz correr por encima de él el agua lustral; pero cuida de regar su cuerpo con las lágrimas vertidas por los ojos de la Gloria, de la Gloria que llora!

¡Aparta de él los bálsamos mortuorios y los aromas! ¡Sírvete más bien para embalsamarle de los perfumes de sus beneficios y del suave olor de sus buenas acciones!

¡Bajen del cielo los ángeles gloriosos para rendirle homenaje y llevar sus mortales despojos, dejando correr el llanto!

¡Es inútil cansar con el peso de su ataúd los hombros de los portadores, pues los hombros de todos los humanos están rendidos por el peso de sus beneficios y por la carga del bien que les echó encima cuando vivía!

Alí-Nur, después de los funerales, guardó prolongado luto y estuvo encerrado mucho en su casa, negándose a ver a nadie y a ser visto, y así permaneció entregado a su aflicción. Pero un día entre los días, estando sentado, lleno de dolor, oyó llamar a la puerta, se levantó a abrir, y vio entrar a un joven de su edad, hijo de uno de los antiguos amigos y comensales de su difunto padre.

Y este joven besó la mano a Alí-Nur, y le dijo: "¡Oh mi señor y dueño! todo humano, aunque perezca, vive en sus descendientes, y tú tienes que ser el hijo ilustre de tu padre; por lo tanto, no debes afligirte eternamente, ni olvidar las santas palabras del señor de los antiguos y modernos, nuestro profeta Mohamed (¡la plegaria y la paz de Alah sean con él!), que dijo: "Cura tu alma, y no guardes más luto a la criatura".

Nada pudo contestar Alí-Nur, y resolvió enseguida poner término a su aflicción, por lo menos exteriormente. Se levantó, fue a la sala de reuniones y mandó que llevasen a ella todo lo necesario para recibir dignamente a los visitantes. Y desde aquel momento abrió las puertas de su casa y empezó a recibir a todos sus amigos, viejos y jóvenes. Pero tomó particular afecto a diez jóvenes, que eran hijos de los principales mercaderes de Bassra. Y pasaba el tiempo en su compañía, entre diversiones y festines. Y a todo el mundo regalaba objetos de valor, y en cuanto le visitaba alguien, daba enseguida una fiesta en honor suyo. Pero todo lo hacía con tal prodigalidad, a pesar de las prudentes advertencias de Dulce-Amiga, que su administrador, asustado de aquel procedimiento, se le presentó un día y le dijo: "¡Oh mi señor y dueño! ¿no sabes que es perjudicial la excesiva generosidad, y que los regalos harto numerosos acaban con las riquezas? Recuerda que el que 'a sin contar se empobrece. Ya lo expuso el poeta, que expresó la verdad cuando dijo:

¡Mi dinero! ¡Lo conservo cuidadosamente, y en vez de derrocharlo, lo convierto en barras fundidas; el dinero es mi espada y es también mi escudo!

¡Dárselo a mis enemigos, a mis peores enemigos, sería una locura! ¡Entre los hombres equivale obrar así a transformar la felicidad en infortunio!

¡Pues mis enemigos se apresurarán a comérselo y bebérselo alegremente, y no pensarán en dar una limosna al necesitado!

¡Por eso hago bien ocultando mi dinero al perverso que no sabe compadecer los males de sus semejantes!

¡Conservaré mi dinero! ¡Desdichado del pobre que pide una limosna, lleno de sed, como el camello apartado del abrevadero durante cinco días! ¡Su alma llegará a ser más vil que la misma alma del perro!

¡Oh! ¡Desgraciado del hombre sin dinero y sin recursos, aunque sea el más sabio de los sabios y sus méritos resplandezcan más que el sol!"

Oídos estos versos, Alí-Nur miró a su administrador, y le dijo: "Tus palabras no han de influir en mí para nada. Sabe de una vez para siempre esto que te voy a decir: Cuando hechas tus cuentas resulte que aun me quede dinero para el desayuno, procura no molestarme con la preocupación de la cena. Porque tiene razón el poeta cuando dice:

Si algún día me viese abandonado por la fortuna y rendido a la pobreza, ¿que haría yo? ¡Pues precisamente, privarme de mis placeres y no mover ni brazos ni piernas!

¡Desafío a todo el mundo a que me presente un avaro que haya merecido alabanzas por su avaricia, y también lo reto a que me enseñe un pródigo que haya muerto a causa de su prodigalidad"

Al oír estos versos, el administrador no podía hacer más que retirarse, saludando respetuosamente a su amo, para ir a ocuparse en sus asuntos.

En cuanto a Alí-Nur, ya no supo reprimir desde aquel día su generosidad, que le incitaba a dar cuanto poseía, regalándolo a sus amigos y hasta a los extraños. Bastaba que cualquier convidado exclamase: "¡Qué bonita es tal cosa!", para que inmediatamente le contestara: "Tuya es".

Si otro decía: "¡Oh mi querido señor, qué hermosa es esta finca!", inmediatamente le replicaba Alí-Nur: "Voy a mandar que la inscriban ahora mismo a tu nombre". Y mandaba traer el cálamo, el tintero de cobre y el papel, e inscribía la casa a nombre del amigo, sellando el documento con su propio sello.

Y así durante todo un año; y por la mañana daba un banquete, a todos sus amigos, y por la tarde les ofrecía otro, al son de los instrumentos, amenizándolo los mejores cantantes y las danzarinas más notables.

Y ya no hacía caso de las advertencias de Dulce-Amiga, y hasta llegó a tenerla olvidada; pero ella no se quejaba nunca y se consolaba con la lectura de los libros de los poetas.

Un día que Alí-Nur entró en su gabinete, le dijo: "¡Oh luz de mis ojos! escucha estas estrofas:

¡Cuanto más bien se hace, más firme aparece la ventura de la vida, pero hay que temer los ciegos golpes del Destino!

¡La noche se hizo para el sueño y el descanso; la noche es la salvación del alma, pero tú derrochas locamente esas horas reparadoras, y no ha de asombrarte que una mañana te sorprenda súbitamente la desdicha!"

Y apenas acababa de recitar estos versos, se oyó llamar a la puerta. Y Alí-Nur, saliendo del gabinete, fue a abrir, y se encontró con el administrador al que condujo a una habitación contigua a la sala de reuniones, donde estaban varios amigos de Alí-Nur, que apenas se separaban de él. Y Alí-Nur preguntó a su administrador: "¿Qué ocurre para que pongas esa cara tan triste?"

Y el otro dijo: "¡Oh mi señor! ¡Ya ha llegado lo que tanto temía!" Y Alí-Nur insistió: "¿Pero qué pasa?" Y el administrador dijo: "Sabe que ya ha terminado mi cometido, pues ya no tengo nada tuyo que administrar. Ya no te quedan fincas, ni nada que valga un óbolo ni menos de un óbolo. Y he aquí que traigo las cuentas de lo que has gastado, hasta derrochar todo tu capital".

Y al oír estas palabras, Alí-Nur bajó la cabeza, y dijo: "¡Alah es el único fuerte, el único poderoso!"

Pero precisamente, uno de los amigos que estaba en la sala oyó esta conversación y se apresuró a comunicarla a los demás. Diciendo: "¡Oh mis señores, sabed que a Alí- Nur no le queda ya ni por valor de un óbolo!".

Y en este momento entró Alí-Nur muy preocupado y muy pálido, confirmando con su gesto la exactitud de la mala nueva.

Al verle, uno de los convidados se levantó, y le dijo: "¡Oh mi señor! con tu venia me voy a retirar, porque mi mujer está de parto y no puedo abandonarla, de modo que he de marchar a su lado". AlíNur se lo permitió; y entonces se levantó otro amigo y le dijo: "¡Oh mi dueño Alí-Nur! necesariamente he de ir ahora mismo a casa de mi hermano, que celebra las ceremonias de la circuncisión de su hijo". Y Alí-Nur se lo permitió.

Así todos los demás amigos fueron alegando pretextos para marcharse, desde el primero hasta el último, y Alí-Nur acabó por verse solo en medio de la gran sala de reuniones. Entonces mandó llamar a Dulce- Amiga, y le dijo: "¡Oh Dulce-Amiga! aun ignoras la desgracia que se me ha venido encima". Y le refirió cuanto le acababa de ocurrir. Y ella contestó: "¡Oh dueño mío! ya hace tiempo que te lo anunciaba, y tú, en vez de hacerme caso, hasta me recitaste un día estos versos:

¡Si la Fortuna pasara un día por delante de tu puerta, acógela enseguida, y disfruta de ella a gusto, y que la gocen también todos tus amigos, pues podría escabullirse de entre tus manos!

¡Pero si se detuviese para siempre en tu casa, usa ampliamente de ella, pues la generosidad no ha de agotarla, ni tiene porqué sujetarla la avaricia!

De modo que cuando oí estos versos me callé y no quise contrariarte". Y Alí-Nur le dijo: "¡Oh Dulce-Amiga! Bien sabes que nada he escatimado a mis amigos, pues con ellos he derrochado todos mis bienes. Y ahora no puedo creer que me abandonen en la desgracia".

Pero Dulce-Amiga replicó: "Te juro por Alah que para nada te han de servir!" Y Alí- Nur dijo: "Ahora mismo voy a verlos, uno por uno; y llamaré a su puerta, y cada cual me dará generosamente alguna cantidad, y de este modo reuniré un capital con el que me dedicaré al comercio, y me apartaré para siempre del juego y de las diversiones".

Y efectivamente, se levantó enseguida y recorrió la calle de Bassra en que vivían sus amigos, pues todos sus amigos vivían en aquella calle, que era la más hermosa de la ciudad. Y llamó a la primera puerta, y le abrió una negra que le dijo: "¿Quién eres?"

Él contestó: "Avisa a tu amo que ha venido hasta su puerta Alí-Nur para decirle: "Tu servidor Alí-Nur besa tus manos, y espera una muestra de tu generosidad". Y la negra fue a avisar a su amo. Y éste contestó: "Sal enseguida y dile que no estoy en casa".

Y la negra volvió, y le dijo a Alí-Nur: "¡Oh señor, no está mi amo!"

Alí-Nur dijo para sí: "Este es un mal nacido que se me niega, pero los demás no serán mal nacidos". Y fue a llamar a la puerta de otro amigo, y le mandó el mismo recado que el primero, y recibió de él la misma respuesta negativa.

Entonces Alí-Nur recitó esta estrofa:

¡Apenas llegué frente a la casa, se apresuraron a dejarla vacía, y vi huir a todos los moradores, temerosos de que pusiese a prueba su generosidad!

Y después dijo: "¡Por Alah! que he de visitar a todos, pues espero encontrar por lo menos uno que haga lo que estos traidores se han negado a hacer". Pero no pudo encontrar a nadie que le recibiese, ni que le enviase un pedazo de pan.

Y entonces se consoló recitando estos versos:

¡El hombre próspero es como un árbol: le rodea la gente mientras lo cubren los frutos!

¡Pero apenas estos frutos caen, se dispersa la gente para buscar otro árbol mejor!

¡Todos los hijos de este tiempo padecen la misma enfermedad, y no he encontrado uno solo que estuviese libre de ella!

Y después fue a buscar a Dulce-Amiga, y le dijo: "¡Por Alah! ¡Ni siquiera uno me ha recibido!" Y ella contestó: "¡Oh dueño mío, yo te había advertido que no te ayudarían en nada! Ahora te aconsejo que empieces por vender los muebles y objetos preciosos que tenemos en casa, y con eso nos podremos sostener algún tiempo". Y Alí-Nur hizo lo que Dulce-Amiga le aconsejaba. Pero pasados los días ya no les quedó nada que vender, y entonces Dulce-Amiga, aproximándose a Alí- Nur, que lloraba lleno de desesperación, le dijo: "¡Oh dueño mío! ¿por qué lloras? ¿No estoy yo todavía aquí? ¿No sigo siendo la misma Dulce-Amiga a quien llamas la más hermosa de las mujeres? Cógeme, pues, llévame al zoco de los esclavos y véndeme. ¿Has olvidado que tu difunto padre me compró en diez mil dinares de oro? Espero que Alah nos ayude en esta venta, y la haga fructuosa, y hasta que te paguen por mí más que la primera vez. Y en cuanto a nuestra separación, ya sabes que si Alah ha escrito que nos hemos de encontrar algún día, acabaremos por reunirnos".

Alí-Nur contestó: "¡Oh Dulce-Amiga, nunca accederé a separarme de ti, ni siquiera por una hora!" Y ella replicó: "Tampoco lo quisiera yo, ¡oh mi dueño Alí-Nur! pero la necesidad no tiene ley, como dijo el poeta:

¡No dudes en hacer aquello a que te obligue la necesidad! ¡No retrocedas ante nada, siempre que esté en los límites de la decencia!

¡No te preocupes sin un motivo fundado, y cree que son muy escasas las aflicciones que tengan un verdadero motivo de constante preocupación!

Alí-Nur cogió entonces en brazos a Dulce- Amiga, le besó la cabellera. v con lágrimas en los ojos recitó estas estrofas:

¡Detente, por favor! ¡Déjame recoger una mirada de tus ojos, una sola mirada, para que me acompañe durante todo el camino; una mirada que sirva de remedio a mi alma, herida por esta separación mortal!

¡Pero si hasta esto te parece exagerado, no me lo des, y déjame entregado a mi dolor y sin más compañía que mi tristeza!

Entonces Dulce-Amiga habló con palabras tan dulces a Alí-Nur, que acabó por decidirle a que tomase la resolución que le acababa de proponer, pues era el único medio de evitar que el hijo de Fadleddin ben-Khacán se viese en aquella pobreza indigna de su rango. Salió, pues, con Dulce-Amiga, y la llevó al zoco de los esclavos; se dirigió al más experto de los corredores, y le dijo: "Es necesario, ¡oh corredor! que sepas el valor de esta joya que vas a pregonar en el mercado. No vayas a equivocarte".

Y el corredor respondió: "¡Oh mi señor Alí- Nur! Soy tuyo, conozco, además de mis deberes, las consideraciones que te debo". Entonces Alí-Nur entró en una habitación del khan, y levantó el velo que cubría el rostro a Dulce-Amiga. Y al verla, exclamó el corredor: "¡Por Alah! ¡Si es la esclava que apenas hace dos años vendí en diez mil dinares de oro al difunto visir!". Y Alí-Nur "La misma es". Entonces dijo el corredor:

"Oh Ali-Nur! Cada criatura lleva pendiente del cuello su destino, y no se puede librar de él. Te juro que he de poner toda mi inteligencia en vender tu esclava al precio más alto del mercado".

E inmediatamente marchó al sitio en que solían reunirse los mercaderes, y aguardó a que llegasen, pues en aquel momento andaban dispersos, comprando esclavas de todos los países y llevándolas hacia aquel punto del zoco en que se juntaban mujeres turcas, griegas, circasianas, georgianas, abisinias y de otras partes. Y cuando vio el corredor que estaban allí todos y que la plaza se había llenado con la muchedumbre de corredores y compradores, se subió a un poyo y dijo:

"¡Oh vosotros todos, mercaderes y hombres de riquezas! sabed que no todo lo redondo es nuez; no todo lo alargado es plátano; no todo lo colorado es carne; no todo lo blanco es grasa; no todo lo tinto es vino, ni todo lo pardo es dátil.

¡Oh mercaderes ilustres entre los de Bassra y Bagdad! he aquí que presento hoy a vuestro justiprecio y valoración una perla noble y única que, si hubiera equidad en apreciarla, valdría más que todas las riquezas reunidas. A vosotros corresponde señalar el precio que ha de servir como base de pujas, pero antes venid a ver con vuestros ojos"

Y los hizo aproximarse, les mostró a Dulce-Amiga, enseguida, por unanimidad, acordaron empezar por anunciarla en cuatro mil dinares, como base de pujas. Entonces el corredor gritó: "¡Cuatro mil dinares la perla de las esclavas blancas!" Y enseguida un mercader pujó a cuatro mil quinientos.

Pero precisamente en aquel instante el visir Ben-Sauí pasaba a caballo por el zoco de las esclavas, y vio a Alí-Nur de pie al lado del corredor, y a éste pregonando un precio.

Y dijo para sí: "Ese calavera de Alí-Nur está vendiendo el último de sus esclavos después de haber vendido el último de sus muebles". Pero pronto se enteró de que lo que se pregonaba era una esclava blanca, y pensó: "Alí-Nur debe estar vendiendo su esclava, porque ya no posee ni un óbolo. ¡Cómo se alegraría mi corazón si esto fuese verdad!"

Llamó entonces al pregonero, que acudió en cuanto conoció al visir, y besó la tierra entre sus manos. Y el visir le dijo: "Quiero comprar esa esclava que pregonas. Tráela enseguida para que la vea". Y el pregonero, que no podía negarse a obedecer al visir, se apresuró a llevarle a Dulce-Amiga, y le levantó el velo.

Al ver aquel rostro sin igual y al admirar todas las perfecciones de la joven, se maravilló el visir y preguntó: "¿Qué precio es el que ha alcanzado?" Y el corredor respondió: "Cuatro mil quinientos dinares a la primera puja". Y el visir dijo: "Pues bien; a ese precio me quedo con ella". Y al hablar así miró fijamente a todos los mercaderes, que no se atrevieron a pujar, y ni uno solo tuvo valor para ofrecer mayor precio, temiendo la venganza del visir.

Después el visir dijo al corredor: "¿Qué haces ahí parado? Ya sabes que tomo la esclava en cuatro mil dinares de oro, y te doy quinientos de corretaje". El corredor no supo qué responder, y con la cabeza baja se fue a buscar a Alí-Nur, que estaba algo más lejos, y le dijo: "¡Oh señor, cuánta es nuestra desgracia! Se nos va de entre las manos Dulce-Amiga por un precio irrisorio; se la llevan por nada. Ahí tienes al malvado visir Ben-Sauí, enemigo de tu padre, que lo ha adivinado todo y no nos ha dejado llegar al verdadero precio. Quiere quedarse con ella por sólo el importe de la primera puja. Y si estuviéramos seguros de que la pagase al contado, podríamos dar gracias a Alah, aunque el precio sea tan mezquino; pero ese maldito visir es el peor pagador del mundo, y conozco todas sus astucias y maldades. Y he aquí lo que va a hacer; te dará una letra de crédito para uno de sus agentes, al cual ordenará secretamente que no te pague nada. Y cada vez que vayas a cobrar, el agente te dirá: "Mañana pagaré", y ese mañana no llegará nunca. Y tanto te aburrirá esta serie de retrasos, que acabarás por hacer un arreglo con el agente y le confiarás el papel firmado por el visir, v el agente se apresurará a hacerlo pedazos, y de este modo perderás sin remedio el precio de la esclava".

Alí-Nur, desesperado al oír todo esto, preguntó al corredor: "¿Y qué haremos ahora?"

Y el corredor respondió: "Voy a darte un buen consejo. Me llevaré al zoco a Dulce- Amiga, y tú nos alcanzarás, y arrancándola de entre mis manos, le hablarás de este modo: "¡Desdichada! ¿Qué te propones? ¿No sabes que hice juramento de fingir tu venta en el zoco para humillarte y corregir tu mal genio?" Enseguida le darás unos golpes y te la llevarás.

Y entonces todo el mundo, incluso el visir, creerá que, en realidad, no trajiste la esclava más que para cumplir tu juramento". Le pareció muy bien a Alí-Nur, y dijo: "Es realmente una buena idea". Entonces el corredor marchó al centro del zoco, cogió de la mano a la esclava, y la llevó a presencia del visir El-Mohín ben-Sauí, y le dijo: "Señor, el propietario de la esclava es ese hombre que está allí, a pocos pasos de nosotros. Pero he aquí que se aproxima". Y efectivamente, Alí-Nur se acercó al grupo, se apoderó violentamente de Dulce-Amiga, le dio un puñetazo, y le dijo: "¡Desdichada! ¿No sabes que no te he traído al zoco más que para cumplir un juramento? Vuelve a casa y procura ser obediente. Y no creas que necesito el precio de tu venta, pues aunque me viese muy apurado, preferiría desprenderme de todos mis muebles y hasta lo último de cuanto me pertenece antes que pensar en traerte al zoco".

Al oírlo, gritó el visir: "¡Pobre de ti, loco mancebo! Hablas como si aun te quedase algún mueble o cualquier cosa que vender. Pero ya sabemos todos que no tienes ni un óbolo". Y al hablar así quiso apoderarse violentamente de Dulce-Amiga. Pero todos los mercaderes y corredores miraban con simpatía a Alí-Nur, muy estimado por todos ellos, que se acordaban de los favores de su padre, su buen protector. Entonces Alí-Nur les dijo: "Acabáis de oír las palabras insultantes de este hombre, y os tomo a todos por testigos de ello".

Por su parte, el visir dijo: "¡Oh mercaderes! por consideración a todos vosotros no mato ahora mismo a ese insolente". Pero los mercaderes se miraban unos a otros, como diciéndose con los ojos: "Ayudemos a Alí-Nur". Y añadieron en voz alta: "Este asunto no nos incumbe. Arreglaos como podáis".

Y Alí-Nur, que era audaz y valiente, sujetó por las bridas al caballo del visir, después agarró a su enemigo, lo sacó de la silla y lo tiró al suelo. Le puso la rodilla en el pecho, empezó a darle puñetazos en la cabeza y en el vientre y en todas partes, le escupió en la cara y le dijo: "¡Perro, hijo de perro, mal nacido! Maldito sea tu padre, y el padre de tu padre, y el padre de tu madre, ¡oh corrompido!" Y le dio tan fuerte puñetazo en la quijada, que le rompió varios dientes. Y la sangre corría por las barbas del visir, que había ido a caer en medio de un charco de lodo.

Al ver esto, los diez esclavos que acompañaban al visir desenvainaron los alfanjes y quisieron echarse encima de Alí- Nur y despedazarle; pero el gentío se lo impidió, y les decía: "¿Qué vais a hacer? Vuestro amo es visir; ¿pero no sabéis que el otro es hijo de visir? ¿No teméis que mañana se reconcilien y paguéis vosotros las consecuencias?" Y los esclavos vieron que era más prudente abstenerse.

Y como Alí-Nur se había cansado de dar golpes, soltó al visir, que se levantó cubierto de sangre y de barro, y se dirigió al palacio del sultán seguido por las miradas de la muchedumbre, que no sentía por él ninguna compasión.

Enseguida Alí-Nur cogió de la mano a Dulce-Amiga y se volvió a su casa aclamado por el gentío.

El visir llegó en un estado lamentable al palacio del rey Mohammad ben-Soleimán El- Zeiní, se detuvo a la puerta y comenzó a gritar: "¡Oh rey!

¡Te implora un afligido!" Y el rey mandó que se lo presentasen, y vio que era su visir El-Mohín ben-Sauí. Y en el límite del asombro, le dijo: "¿Pero quién se ha atrevido a tratarte de esa manera?"

Y el visir se echó a llorar y recitó estos versos:

¿Es posible que existiendo tú entre los vivientes me haga su víctima el Tiempo? ¿Es posible que siendo tú mi intrépido defensor hagan de mí su presa los perros enfurecidos?

¿Es posible, ¡Oh nube benéfica que nos das la lluvia! que todo sediento pueda extinguir su sed en tus aguas vivas, y que yo, tu protegido, me muera de sed bajo tu cielo?

Y después añadió: "¡Oh señor! ¿Permitirás que así traten a todos los servidores que te aman y te sirven? ¿Tolerarás que se cometan con ellos semejantes infamias?" Y el rey preguntó: "¿Pero quién te ha tratado de ese modo?" Entonces el visir dijo: "Has de saber, ¡oh rey! que he salido hoy a dar una vuelta por el zoco para comprar una buena esclava que supiera condimentar los manjares, pues mi cocinera los quema todos los días, y vi en el zoco una esclava joven como no vi otra en toda mi vida. Y el corredor a quien me dirigí me contestó: "Creo que pertenece al joven Alí-Nur, hijo del difunto visir Khacán".

Ahora bien; recordarás, ¡oh mi señor y soberano! que entregaste tiempo ha diez mil dinares de oro al visir Fadleddin para comprar una hermosa esclava que reuniese todas las perfecciones. Y en aquel tiempo el visir no tardó en encontrar y comprar la tal esclava, pero como era verdaderamente maravillosa y le había gustado mucho, se la regaló a su hijo Alí-Nur. Y Alí-Nur, muerto su padre, se entregó a tales locuras que no tardó en vender todos sus bienes, sus fincas y hasta los muebles de su casa. Y cuando ya no tuvo ni un óbolo para vivir, llevó al zoco a la esclava para venderla, y la entregó a un corredor, el cual la subastó enseguida. Y los mercaderes empezaron a pujar de tal modo, que el precio de la esclava llegó inmediatamente a cuatro mil dinares. Entonces la vi, y quise comprarla para mi soberano el sultán, que ya había dado por ella una importante suma.

Llamé al corredor y le dije: Hijo mío, yo te daré los cuatro mil dinares. Pero el corredor me mostró al propietario de la esclava, y éste apenas me vio corrió hacia mí, gritando como un energúmeno: "¡Sucia cabeza vieja! ¡Jeique maldito y nefasto! Antes que cedértela se la vendería a un nazareno o a un judío, aunque me llenases de oro el velo que la cubre".

Y yo dije: Pero joven, si no la quiero para mí, pues la destino a nuestro señor el sultán, que es nuestro buen soberano, nuestro bienhechor. Y al oír estas palabras, en vez de ceder se enfureció más aún, se tiró a la brida de mi caballo, me agarró de una pierna y me echó al suelo, y sin hacer caso de mi avanzada edad ni respetar mis barbas blancas, empezó a pegarme y a insultarme de todas maneras, y acabó por ponerme en el deplorable estado en que me ves en este momento, ¡oh rey bueno y justo! Y todo esto me ha pasado por querer complacer a mi sultán y comprarle una esclava que le pertenecía y que juzgué digna del honor de compartir su lecho".

Entonces el visir se echó a las plantas del rey, y rompió nuevamente a llorar, implorando justicia. Y al verle y oír su relato, se encolerizó de tal manera el sultán, que el sudor le brotaba por entre los ojos, y volviéndose hacia los emires y grandes del reino, les hizo una seña. Inmediatamente se presentaron ante él cuarenta guardias con las espadas desenvainadas. Y el sultán les dijo: "Marchad inmediatamente a la casa del que fue mi visir El-Fadl ben-Khacán, y saqueadla y destruidla por completo. Apoderaos de Alí-Nur y de su esclava, atadles los brazos, arrastradlos sobre el lodo y traedlos a mi presencia'".

Los cuarenta guardias contestaron: "Escuchamos y obedecemos", y se dirigieron enseguida a casa de Alí-Nur.

Pero había en el palacio un joven chambelán llamado Sanjar, que había sido mameluco del difunto Fadleddin, y se había criado con su amo Alí-Nur, a quien profesaba gran cariño. Y dispuso la Suerte que presenciara la queja del visir Ben-Suaí y cómo el sultán daba sus crueles órdenes. Y salió corriendo, tomando el camino más corto para llegar a la casa de Alí-Nur, que al oír llamar precipitadamente a la puerta fue a abrir en persona, y al ver a su amigo el joven Sanjar quiso abrazarle; pero éste, sin consentirlo, exclamó: "¡Oh mi querido dueño! no son a propósito estos instantes para palabras cariñosas ni para saludos, pues oye lo que dice el poeta:

¡Liberta tu alma, desátala de la tiranía de las cadenas y vuela enseguida! ¡Vuela a lo lejos y deja que las casas se derrumben sobre quienes las construyeron!

¡Oh amigo mío! ¡Encontrarás muchos países distintos del tuyo, pues la tierra de Alah es infinita; pero otra alma que sea tu alma no la has de encontrar!

Y Alí-Nur dijo: "¡Oh amigo Sanjar! ¿qué vienes a anunciarme?"

Sanjar contestó: "Sálvate, y salva a la esclava Dulce-Amiga, porque El-Mohín ben-

Sauí os ha tendido un lazo, y como caigáis en él moriréis sin misericordia.

Sabe que el sultán, por instigación del visir, ha enviado contra vosotros a cuarenta guardias con los alfanjes desenvainados. Debéis emprender la fuga antes de que os ocurra una desgracia". Y Sanjar alargó su mano, que estaba llena de oro, a Ali-Nur, y le dijo: "¡Oh mi señor! he aquí cuarenta dinares que han de serte útiles en estos momentos, y perdóname que no pueda ser más generoso. Pero no perdamos tiempo. ¡Levántate y huye!"

Entonces Alí-Nur se apresuró a avisar a Dulce-Amiga, que se cubrió inmediatamente con su velo, y ambos salieron de la casa, y después de la ciudad, y llegaron a orillas del mar, amparados por el muy Altísimo. Y divisaron un bajel que precisamente se disponía a desplegar las velas, acercándose vieron al capitán que estaba de pie en medio del barco, y decía: "El que no se haya despedido que se despida inmediatamente; el que no haya acabado de proveerse de víveres que acabe en el acto; el que haya olvidado algo en su casa vaya ligero a buscarlo, porque he aquí que vamos a zarpar". Y todos los viajeros contestaron: "Nada nos queda que hacer, capitán; ya estamos listos". Entonces el capitán gritó a sus hombres: "¡Hola! ¡Desplegad las velas y soltad las amarras!" Y en aquel momento preguntó Alí- Nur: "¿Para dónde zarpas, capitán?" Y el capitán contestó: "Para Bagdad, morada de paz".

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discreta como siempre, interrumpió su relato.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 34ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que cuando el capitán contestó a Alí-Nur: "Para Bagdad, morada de paz", Alí-Nur suplicó: "Aguarda, que allá vamos". Y seguido de Dulce-Amiga, subió a bordo de la nave, que enseguida tendió sus velas y zarpó volando como la enorme ave llamada Roch, según dice el poeta:

¡Mira la nave: su aspecto seduce a quien la ve! ¡El viento quiere igualarle en rapidez, pero no se sabe quién vence en esta gran carrera de velocidad!

¡Es como un ave que con las alas desplegadas se hubiese precipitado sobre el mar, y se balancease en él!

Y el bajel bogaba con viento favorable, llevando a todos los viajeros. Esto en cuanto a Alí-Nur y Dulce-Amiga.

Por lo que se refiere a los cuarenta guardias enviados por el sultán para apoderarse de Alí-Nur, llegaron a la casa de éste, la cercaron por todos lados, echaron abajo las puertas, invadieron la morada y comenzaron a buscar por todas partes, pero no pudieron encontrar a nadie. Entonces destruyeron totalmente la casa y marcharon a comunicar al sultán lo infructuoso de sus pesquisas. Y el sultán ordenó: "¡Buscadlos por todas artes y registrad si es preciso toda la ciudad!" Y como en aquel momento llegase el visir Ben- Sauí, le llamó el sultán, y para consolarle le dio un hermoso ropón de honor, y le dijo: "¡Te prometo que sólo yo he de vengarte!" Y el visir le deseó larga vida y todas las felicidades.

Después el rey mandó que los pregoneros promulgaran por toda la ciudad el siguiente bando: "¡Si alguno de vosotros, ¡oh habitantes! encontrase a Alí-Nur, hijo del difunto visir Ben-Khacán, se apoderará de él y lo presentará al sultán, y en recompensa se le darán mil dinares y un traje de honor! ¡Pero si alguien le ve y le oculta, sufrirá un ejemplar castigo!" Sin embargo, a pesar de todas las pesquisas, nadie pudo averiguar qué había sido de Alí-Nur.

Este y Dulce-Amiga llegaron sin contratiempo a Bagdad, y el capitán les dijo: "He ahí la famosa Bagdad, la dulce morada. Es la ciudad feliz que nunca ha sufrido las escarchas del invierno, la ciudad que vive a la sombra de sus rosales en una eterna primavera en medio de flores y jardines, mecida por el canto de sus aguas murmuradoras". Y Alí-Nur dio las gracias al capitán por sus bondades durante el viaje, le pagó cinco dinares de oro por el pasaje, y saliendo del navío seguido de Dulce-Amiga, penetró en Bagdad.

Pero quiso el Destino que Alí-Nur, en vez de tomar el camino usual, emprendiera otro, que le llevó al centro de los jardines que rodean a la ciudad. Y se detuvieron a la puerta de un jardín con una cerca muy grande, cuya entrada estaba bien barrida y regada, y tenía a cada lado un banco. La puerta, que era magnífica, estaba cerrada, y la coronaban hermosas lámparas de todos colores. Contiguo a ella había un estanque lleno de agua muy clara. Más allá de la puerta partía una avenida entre dos hileras de postes con magníficas telas de brocado que ondeaban al viento.

Entonces Alí-Nur dijo a Dulce-Amiga: "¡Por Alah! ¡Hermoso es este lugar!"

Y ella contestó: "Descansemos una hora en estos bancos". Y después de haberse lavado la cara y las manos con el agua fresca del estanque, se sentaron a tomar el aire en un banco, y respiraron deliciosamente la suave brisa que corría. Y tan a gusto se encontraban allí, que no tardaron en dormirse, después de haberse tapado con una manta.

Ahora bien; el jardín a cuya puerta estaban dormidos se llamaba el Jardín de las Delicias, y había en medio de él un palacio llamado de las Maravillas, que era propiedad del califa Harún-Al-Raschid.

Cuando el califa sentía el cansancio de la ciudad, iba a distraerse y a olvidar sus preocupaciones en aquel jardín y en aquel palacio. Todo el palacio formaba un inmenso salón con ochenta ventanas, y de cada una pendía una gran lámpara y en el centro había una inmensa araña de oro macizo, resplandeciente como el sol.

Aquel salón sólo se abría cuando llegaba el califa, y entonces se encendían las lámparas y la araña y se abrían todas las ventanas, y el califa se sentaba en un magnífico diván forrado de seda, terciopelo y oro, y mandaba a las cantoras que cantasen y a los músicos que tañesen sus instrumentos; pero lo que prefería era oír al ilustre cantor Ishak, cuyos cantos e improvisaciones admiraba todo el mundo. Y en medio de la calma de la noche y respirando aquel aire perfumado con las flores del jardín, el califa descansaba de las fatigas de la ciudad.

Había nombrado guarda del palacio y del jardín a un buen anciano, llamado el jeique Ibrahim, que vigilaba día y noche para que los paseantes y los curiosos no entrasen en el jardín, singularmente mujeres y niños, que podían estropear o robar las flores y las frutas. Y aquella noche, al dar su vuelta acostumbrada, abrió la puerta principal del jardín y vio dormidas en el banco a dos personas desconocidas, cubiertas con una misma manta. Y se indignó, y dijo: "He aquí dos audaces que han infringido las órdenes del califa, y como me ha autorizado para imponer cualquier castigo a todo el que se acerque a este palacio, voy a hacerles saber lo que cuesta el apoderarse de ese banco, que está reservado a los servidores del califa". Y el jeique Ibrahim cortó una rama de un árbol y se acercó a los durmientes, e iba a darles de latigazos, cuando de pronto pensó: "¡Oh Ibrahim! ¿Qué vas a hacer? Vas a golpear despiadadamente a personas que no conoces, que tal vez sean extranjeras o mendigos del camino de Alah, a quienes haya encaminado hacia aquí el Destino. Lo mejor es verles primeramente la cara".

Y el jeique Ibrahim levantó la manta que les ocultaba el rostro, y se quedó encantado al ver aquellas dos caras maravillosas, cuyas mejillas había juntado el sueño, y que parecían más hermosas que las flores del jardín. Y pensó: "¿Qué iba yo a hacer? ¿Qué ibas a hacer, ciego Ibrahim? Merecerías que te golpearan a ti, para castigarte por tu injusta cólera". Después les tapó nuevamente la cara, se sentó a sus pies, y empezó a dar masaje a los de Alí-Nur, que le había inspirado una inmensa simpatía. Y Alí-Nur, al sentir aquellas manos que lo acariciaban, no tardó en despertarse, y vio a un respetable anciano. Avergonzado de que éste le diera masaje, apartó los pies enseguida, se incorporó, y cogiendo la mano del jeique Ibrahim se la llevó a los labios y luego a la frente.

Entonces el jeique le preguntó: "¿De dónde venís, hijos míos?" Y Alí-Nur dijo: "¡Oh señor, somos extranjeros!" Y se le arrasaron los ojos en lágrimas. Ibrahim repuso: "¡Oh hijo mío! no soy de los que olvidan que el Profeta (¡sean con él la plegaria y la paz de Alah!) recomendó en varios pasajes del Libro Noble la hospitalidad para los forasteros, y que se les recibiera cordialmente y con agrado.

Venid, pues, conmigo; os enseñaré este jardín y el palacio, y así olvidaréis vuestras penas y respiraréis a gusto".

Entonces Alí-Nur le preguntó: "¡Oh señor! ¿de quién es este jardín?" Y el jeique Ibrahim, para no intimidar a AlíNur y algo también por jactancia, dijo: "Este palacio y este jardín me pertenecen, y los he heredado de mi familia". Entonces se levantaron Dulce- Amiga y Alí-Nur, y franquearon la puerta del jardín precedidos por Ibrahim.

Alí-Nur había visto en Bassra hermosos jardines, pero no había ni soñado con uno parecido a aquél. Formaban la entrada principal magníficos arcos superpuestos, de un efecto grandioso y la cubrían unas parras que dejaban colgar espléndidos racimos, rojos unos como rubíes, negros otros como el ébano. Árboles frutales doblados al peso de la fruta madura sombreaban aquella avenida. Cantaban los pájaros en las ramas sus alegres motivos: el ruiseñor modulaba melodías; la tórtola entonaba su lamento de amor; el mirlo silbaba como un hombre; el palomo arrullaba como un embriagado con licores fuertes. Cada frutal estaba representado por sus dos especies mejores: había albaricoques de almendra, dulce y amarga; había sabrosos frutales del Khorasán: ciruelos cuyos frutos tenían el color de labios hermosos; mirabeles de dulce encanto; higos rojos, blancos y verdes, de aspecto admirable. Las flores eran como perlas y coral; las rosas aparecían más bellas que las mejillas de una mujer hermosa; las violetas recordaban la llama del azufre. Había flores blancas de arrayán, alelíes, alhucemas y anémonas, cuyas corolas se cubrían con una diadema de lágrimas de nubes. Las manzanillas sonreían, mostrando todos sus dientes, y los narcisos miraban a las rosas con hondos y negros ojos. La cidra redonda parecía una copa sin asa y sin cuello; los limones colgaban como bolas de oro. Flores de todos los colores alfombraban la tierra: la primavera reinaba en los planteles y en los bosquecillos; los fecundos ríos crecían, rodaban los manantiales, y cantaba la brisa como una flauta, contestándole suavemente el céfiro, y esta canción del aire armonizaba toda aquella alegría.

Así entraron Alí-Nur y Dulce-Amiga con el jeique Ibrahim en el Jardín de las Delicias. Y entonces el jeique Ibrahim, que no quería hacer las cosas a medias, les invitó a penetrar en el Palacio de las Maravillas, y abriendo la puerta les hizo entrar.

Alí-Nur y Dulce-Amiga se detuvieron deslumbrados ante el esplendor de aquel salón nunca visto y lleno de cosas extraordinarias y asombrosas. Estuvieron admirando largo tiempo aquella belleza, y después, para descansar la vista de tanto esplendor, fueron a apoyarse en una ventana que daba al jardín. Y Alí-Nur, contemplando el vergel y los mármoles bañados por la luz de la luna, empezó a pensar en sus penas pasadas, y dijo a Dulce-

Amiga: "¡Oh Dulce-Amiga! ¡Este lugar lleno de encanto me recuerda tantas cosas! ¡Y he aquí que la paz desciende sobre mi alma y extingue el fuego que me consume, apartando de mí la tristeza!"

El jeique Ibrahim les llevó las provisiones que había ido a buscar, y comieron cuanto quisieron; después se lavaron las manos, y se apoyaron de nuevo en la ventana, contemplando los árboles cargados de fruta sabrosa. Al cabo de un rato, Alí-Nur preguntó al jeique Ibrahim: "¡Oh jeique Ibrahim! ¿puedes darnos algo para beber? Juzgo muy natural beber algo después de haber comido".

Y entonces Ibrahim les llevó una vasija llena de agua dulce y fresca. Pero Alí-Nur le dijo: "¿Qué nos traes? No es esto lo que yo quiero". Ibrahim preguntó: "¿Acaso deseas vino?"

Y Alí-Nur dijo: "¡Claro que sí!"

Y el jeique Ibrahim repuso: "¡Guárdeme Alah bajo su protección! Hace trece años que me abstengo de esa bebida funesta, porque el Profeta (¡sean con él la plegaria y la paz de Alah!) , maldijo a todo aquel que beba cualquiera bebida fermentada, al que la exprima y al que la venda!"

Entonces le contestó Alí-Nur: "Permíteme, ¡Oh jeique! que te diga dos palabras".

El otro respondió: "Dilas". Y Alí-Nur dijo: "Si te indico el medio de que me facilites lo que te pido, sin que seas tú el bebedor, ni el fabricante, ni el portador del vino, ¿serás culpable o maldito?"

El jeique repuso: "Creo que no". Y Alí-Nur dijo: "Pues entonces toma estos dos dinares y estos dos dracmas, monta en el burro que está a la puerta del jardín y que nos trajo hasta aquí, ve al zoco, detente a la puerta de cualquier mercader de aguas destiladas de rosas y flores, pues estos mercaderes siempre tienen vino en lo más retirado de la tienda, y al primer transeúnte que halles ruégale, dándole el dinero, que entre a comprarte la bebida por el precio de los dos dinares de oro, y le darás dos dracmas por el recado; y él mismo colocará en el borrico los cántaros de vino, y como será el burro quien lo traiga, el transeúnte quien lo compre, y nosotros los que lo bebamos, no intervendrás para nada en el lance, pues no serás ni el bebedor, ni el fabricante, ni el portador.

De este modo nada tendrás que temer por haber faltado a la santa ley del Libro". El jeique, al oír a AlíNur, se echó a reír a carcajada, y dijo: "¡Por Alah! Nunca he encontrado persona más simpática que tú, ni con tanto ingenio y encanto". Y Alí-Nur contestó: "¡Por Alah! muy agradecidos te estamos, ¡Oh jeique Ibrahim! y no aguardamos de ti más que ese favor, que te pedimos con insistencia". Entonces el jeique Ibrahim, que no había querido revelar hasta aquel momento que había en el palacio toda clase de bebidas fermentadas, dijo a Alí-Nur: "¡Oh amigo! Toma estas llaves de mi bodega y de mi despensa, que siempre están llenas para obsequiar al Emir de los Creyentes cuando me honra con su visita. Puedes entrar en ellas y tomar a tu gusto lo que te plazca".

Entonces Alí-Nur entró en la bodega, y quedó estupefacto ante lo que veía. A lo largo de las paredes estaban ordenadas sobre tablas, vasijas y más vasijas de oro macizo, de plata maciza y de cristal, con incrustaciones de toda clase de pedrerías. Alí-Nur acabó por decidirse, eligió lo que fue de su mayor agrado, y volvió al salón. Puso las preciosas vasijas sobre la alfombra, se sentó al lado de Dulce-Amiga, escanció el vino en copas de cristal con cerco de oro, y Dulce-Amiga y él empezaron a beber, maravillándose de todas las cosas encerradas en aquel palacio. No tardó Ibrahim en ofrecerles olorosas flores, y después se apartó discretamente, como manda la buena educación, cuando se ve a un joven sentado con su esposa. Y ambos siguieron bebiendo hasta que les dominó el vino; y entonces se les colorearon las mejillas, les brillaron los ojos como los de las gacelas, y Dulce-Amiga acabó por desatar sus cabellos.

Ibrahim sintió una gran envidia, y se dijo: "¿Por qué he de apartarme de ellos, cuando puedo disfrutar de su compañía? ¿Cuándo me hallaré en otra fiesta tan encantadora como la de ver a estos dos admirables jóvenes que parecen dos lunas?"

E Ibrahim volvió sobre sus pasos y fue a sentarse al otro extremo del salón. Entonces Alí-Nur le dijo: "¡Oh señor! te pido por tu vida que te acerques y te sientes con nosotros". Y el jeique Ibrahim se sentó a su lado, y Alí-Nur cogió una copa, la llenó y se la alargó, diciéndole: "¡Oh jeique, toma y bebe! Verás qué bien sabe, y comprenderás las delicias que encierra el fondo de la copa".

Pero el jeique Ibrahim respondió: "¡Protéjame Alah! ¿No sabes, ¡oh joven! que hace trece años que no he cometido esa falta? ¿Ignoras que he cumplido dos veces mis deberes en hadj en la gloriosa Meca?" Y Alí :Nur, que estaba empeñadísimo en emborrachar al anciano Ibrahim viendo que por la persuasión no lo lograría, no insistió más; se bebió la copa llena, la volvió a llenar, se la bebió otra vez, y a los pocos momentos imitó todos los ademanes de un borracho, y acabó tendiéndose en el suelo, en donde fingió dormir.

Entonces Dulce-Amiga dirigió una insistente mirada al viejo Ibrahim y le dijo: "¡Oh jeique lbrahiin! ¡Mira cómo se porta conmigo este hombre!" Y él contestó: "Qué desventura! ¿Pero por qué hace eso?" Dulce- Amiga dijo: "¡Si fuera ésta la primera vez! Pero siempre hace lo mismo. Bebe y bebe. y luego se emborracha y se duerme, y me deja sola, sin nadie que me haga compañía y beba conmigo. Y así no le encuentro gusto a la bebida, pues nadie comparte mi copa, y ni siquiera tengo ganas de cantar, porque no hay quien me escuche". Entonces el jeique Ibrahim, cuyos músculos se estremecían al influjo de aquellas miradas ardientes y de aquella voz armoniosa, le dijo: "Realmente, así no ha de serte agradable beber".

Y Dulce-Amiga llenó entonces la copa, se la alargó sonriendo, y le dijo: "Por mi vida te ruego que tomes esa copa y la aceptes por darme gusto. Y de este modo merecerás mi gratitud".

Entonces el jeique Ibrahim tendió la mano, cogió la copa y acabó por beber. Y Dulce- Amiga se la llenó de nuevo e hizo que la bebiese, y luego otra más, y le dijo: "¡Oh mi señor! ¡nada más que ésta!" Pero él contestó: "¡Por Alah! No puedo complacerte. Bastante he bebido ya". Ella volvió a insistir muy afable, e inclinándose hacia él, le dijo: "¡Por Alah! ¡No hay más remedio!"

Y el jeique tomó la copa y se la llevó a los labios. Pero en aquel momento Alí-Nur se echó a reír y se incorporó bruscamente...

Al llegar a este punto de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discreta, dejó para la noche siguiente la prosecución de su historia.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 35ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que Alí-Nur se echó a reír, se incorporó bruscamente, y dijo a Ibrahim: ¿Qué estás haciendo? ¿No te rogué hace una hora que me acompañaras, y te negaste entonces, y dijiste que llevabas trece años sin hacer semejante coca?"

Entonces el jeique Ibrahim se avergonzó mucho, pero se sobrepuso enseguida y se apresuró a decir: "¡Por Alah! ¡Nada tienes que echarme en cara! Toda la culpa es de ella, que ha insistido hasta que ha logrado convencerme". Entonces se echó a reír de nuevo Alí-Nur, y lo mismo hizo Dulce-Amiga, que acabó por acercarse a su oído, y le dijo: "Déjame hacer, y ya verás cómo nos reímos a su costa". Después echó vino en su copa y la bebió, escanció otra a Alí-Nur, sin hacer caso alguno del jeique Ibrahim. Entonces' éste, que los miraba asombrado, acabó por decirles: "¿Qué manera es esa de convidar a los demás a beber con vosotros? ¿Es sólo para que miren lo que hacéis?"

Y Alí-Nur y Dulce Amiga se echaron a reír y consintieron que bebiera con ellos y así estuvieron hasta pasada la tercera harte de la noche.

En ese momento Dulce-Amiga dijo al jeique Ibrahim: "¡Oh jeique Ibrahim! ¿quieres permitirme que encienda una de esas velas?" Y él contestó, ya medio borracho: "Sí, puedes hacerlo, pero no enciendas más que una sola". Y ella se levantó enseguida, y no encendió una sola, sino todas las velas de los ochenta candelabros del salón, y se volvió a su sitio.

Entonces Alí-Nur dijo a Ibrahim: "¡Oh jeique, cuánto me place estar a tu lado! Confío en que me permitirás encender una de esas antorchas". Y el jeique Ibrahim contestó: "¡Bueno levántate y enciende una, pero nada más que una! ¡no creas que me vas a engañar!"

Y Alí-Nur se levantó, y no encendió una, sino las ochenta antorchas de la sala y además las ochenta arañas, sin que el jeique Ibrahim se diese la menor cuenta de ello. Entonces todo el salón, todo el palacio y todo el jardín quedaron iluminados.

Y el jeique Ibrahim dijo: "Verdaderamente, sois más libertinos que yo". Y como ya estaba completamente ebrio, se levantó y recorrió el salón por uno y por el otro lado, abrió las ochenta ventanas, volvió a sentarse y a seguir bebiendo con los dos jóvenes, y llenaron el salón con la alegría de sus risas y sus canciones.

Pero el Destino, que está en manos de Alah el Omnisciente, el Entendedor de todo, el Creador de causas y efectos, quiso que el califa Harún-Al Raschid estuviese precisamente a aquella hora tomando el fresco, a la claridad de la luna, sentado junto a una de las ventanas de su palacio que daba al Tigris. Y mirando por casualidad en aquella dirección, vio toda aquella iluminación que brillaba en el aire y se reflejaba a través del agua. Y no sabiendo qué pensar, empezó por llamar a su gran visir Giafar Al-Barmaki. Y cuando se le presentó Giafar, le dijo a gritos: "¡Oh perro visir! ¿Eres mi servidor, y no me das cuenta de lo que ocurre en mi ciudad de Bagdad?"

Y Giafar contestó: "No sé lo que quieres decirme con esas palabras" Y el califa volvió a gritarle: "¡Me parece asombroso! Si a estas horas asaltasen a Bagdad nuestros enemigos, no sería menos estupendo, ¿no ves, ¡oh maldito visir, que mi Palacio de las Maravillas está completamente iluminado? ¿Quién es el hombre lo suficientemente audaz o suficientemente poderoso que haya podido iluminarlo encendiendo todas las arañas y abriendo todas las ventanas? ¡Desdichado de ti! Es irrisorio que me llamen el califa y que, sin embargo, puedan ocurrir semejantes cosas sin mi permiso".

Y Giafar, todo tembloroso, contestó: "¿Pero quién ha dicho que el Palacio de las Maravillas está con las ventanas abiertas y las luces encendidas?" Y el califa dijo: "Acércate aquí y mira". Y Giafar se aproximó, miró hacia los jardines, y vio toda aquella iluminación, que parecía como si el palacio estuviese incendiado, brillando más que la claridad de la luna. Entonces Giafar comprendió que aquello debía ser una imprudencia del jeique Ibrahim, y como era hombre naturalmente bueno y compasivo, se le ocurrió inmediatamente indagar algo para disculpar al anciano guardián del palacio, que probablemente no habría hecho aquello más que para obtener alguna ganancia.

Dijo, pues, al califa: "¡Oh Emir de los Creyentes! El jeique Ibrahim vino a verme la semana pasada, y me dijo: "¡Oh amo Giafar! mi mayor deseo es celebrar las ceremonias de la circuncisión de mis hijos bajo tus auspicios, y durante tu vida y la vida del Emir de los Creyentes". Yo le contesté: "¿Y qué deseas de mí, ¡Oh jeique!? Y él respondió: "Deseo nada más que por tu mediación se logre permiso del califa para celebrar las ceremonias de la circuncisión de mis hijos en el salón del Palacio de las Maravillas". Y yo le dije: "¡Oh jeique! ya puedes preparar lo necesario para la fiesta. En cuanto a mí, si Alah quiere, tendré audiencia del califa v le enteraré de tus deseos.

Entonces el jeique Ibrahim se marchó. En , cuanto a mí, ¡oh Emir de los Creyentes! se me olvidó por completo hablarte de ese asunto". Entonces el califa contestó: "¡Oh Giafar¡en vez de una falta has cometido dos, y he de castigarte por ambos motivos. En primer lugar, no le has concedido lo que deseaba en realidad, pues si vino a hacerte aquella súplica fue para darte a entender que necesitaba algún dinero para los gastos. Y he aquí que nada le diste, ni me avisaste de su deseo para que yo le pudiese dar algo". Y Giafar contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! ha sido un olvido". Y el califa transigió: "Está bien; por esta vez te perdono. Pero ¡por la memoria de mis padres y mis antepasados! te mando que vayas a pasar la noche en casa del jeique Ibrahim, que es un hombre de bien, muy escrupuloso y muy estimado de los ancianos de Bagdad, que lo visitan frecuentemente.

Ya sabes cuán caritativo es para los pobres y cuán compasivo para todos los necesitados, y seguramente en este momento tendrá en su casa a mucha gente, que albergará y alimentará por amor a Alah. Acaso, si fuésemos allí, alguno de esos pobres haría en nuestro favor algún voto que nos sería provechoso en este mundo y en el otro. Quizá también sea provechosa nuestra visita al buen jeique Ibrahim, que, lo mismo que todos sus invitados se llenará de júbilo al vernos". Pero Giafar repuso: "¡Oh Emir de los Creyentes! ha transcurrido la mayor parte de la noche, y todos los invitados de Ibrahim se dispondrán ya a dejar el palacio".

Y el califa dijo: "Es mi voluntad que vayamos a reunirnos con ellos". Entonces tuvo que callarse, pero se quedó muy pensativo, sin saber qué partido tomar.

El califa se levantó inmediatamente, hizo lo mismo Giafar, y seguidos de Massrur el portaalfanje, se dirigieron hacia el Palacio de las Maravillas, no sin haber tomado la precaución de disfrazarse de mercaderes.

Después de haber atravesado las calles de la ciudad, llegaron al Jardín de las Delicias. Y el califa se adelantó el primero, y vio que la puerta principal estaba abierta, y se quedó muy sorprendido, y dijo a Giafar: "He aquí que el jeique Ibrahim ha dejado la puerta abierta, cuando no es esa su costumbre". Entraron los tres, atravesaron el jardín y llegaron al palacio.

Y el califa dijo: "¡Oh, Giafar! tengo que verlo todo sin que se enteren, pues he de saber quiénes son los convidados del jeique Ibrahim y cuántos son los venerables ancianos que vinieron a su fiesta y qué regalos le han hecho. Pero en este momento deben estar cada uno en su rincón, abstraídos por las prácticas religiosas de las ceremonias, ya que no se oyen voces, ni vemos a nadie".

Y el califa, señalando un nogal cuya altura dominaba el palacio; dijo: "¡Oh, Giafar! quiero subirme a ese árbol que extiende su ramaje cerca de las ventanas, y desde ahí podré mirar adentro. Conque ayúdame". Y el califa subió al árbol, y no dejó de trepar de rama en rama hasta que llegó a una muy a propósito para atisbar el salón. Entonces se sentó en ella y miró a través de una de las ventanas que estaban abiertas.

Y he ahí que vio a un joven y a una joven, ambos hermosos como lunas (¡gloria a quien los creó!), y vio también al jeique Ibrahim, guardián de su palacio, sentado entre los dos jóvenes con la copa en la mano, y oyó que decía a Dulce-Amiga: "¡Oh, soberana de la belleza! La bebida no sabe bien si no la acompaña la canción.

Y para que nos permitas oír el encanto de tu voz maravillosa, escucha lo que dice el poeta:

¡Ya leilí! ¡Ya einí!

¡Nunca bebas sin que cante tu amiga! ¡Observa que el caballo no bebe sin el ritmo del silbido!

¡Ya leilí! ¡Ya einí!

¡Después halaba a tu amiga, y acaríciala! ¡Enseguida lánzate sobre ella y tiéndela! ¡Lo tuyo es grande y lo suyo pequeño...!

Al ver al jeique Ibrahim en aquella postura, y al oír de su boca aquella canción escandalosa y nada conveniente para su edad, el califa se encolerizó de tal modo que le brotaba el sudor de entre los ojos. Y se apresuró a descender del árbol, y miró a Giafar, y le dijo: "¡Oh, Giafar! en mi vida he presenciado un espectáculo tan edificante como el de esos respetables jeiques de nuestra mezquita que están reunidos en esa sala para cumplir religiosamente las piadosas ceremonias de la circuncisión. Esta noche es verdaderamente una noche bendita.

Sube ahora tú al árbol, y apresúrate a mirar, y no desperdicies esta ocasión de santificarte, gracias a las bendiciones de esos santos jeiques". Cuando Giafar oyó estas palabras del Emir de los Creyentes se quedó muy perplejo, pero no pudo vacilar en obedecerle y se apresuró a trepar al árbol, llegó frente a la ventana y miró hacia el interior del salón. Y vio el espectáculo de los tres bebedores: el anciano Ibrahim, con la copa en la mano, cantando y moviendo la cabeza, Alí-Nur y Dulce Amiga mirándole fijamente, oyéndole y riéndose a carcajadas.

Al verlo Giafar se creyó perdido, pero bajó del árbol y se postró ante el Emir de los Creyentes. Y el califa dijo: "¡Oh Giafar! bendito sea Alah, que nos ha hecho seguir fervorosamente las ceremonias de la purificación, como la de esta noche, y nos aparta del mal camino, de las tentaciones y del error, y de la vida de los libertinos".

Y Giafar estaba tan confuso que no sabía que contestar. Y el califa, mirando a Giafar, prosiguió: "Vamos a otra cosa. Quisiera saber quién ha guiado hasta este lugar a esos dos jóvenes, que se me figuran forasteros. En verdad he de decirte, Giafar, que nunca han visto mis ojos belleza, perfecciones, delicadeza ni encantos como los de ellos".

Entonces Giafar pidió permiso al califa, que se lo otorgó y dijo: "¡Oh califa! ciertamente has dicho la verdad. Son muy hermosos". Y el califa repuso: "¡Oh, Giafar! subamos otra vez al árbol, y observémosle desde la rama".

Y haciéndolo así, treparon hasta la rama que daba al salón y se pusieron a contemplarles.

Precisamente en aquel momento decía el jeique Ibrahim: "¡Oh, soberana mía! Este vino de los collados me ha hecho perder la serenidad, lo que me parece una cosa ridícula. Pero para ser completamente feliz necesito que pulses las cuerdas armoniosas".

Y Dulce-Amiga contestó: "¡Por Alah! ¡Oh jeique Ibrahim! ¿Cómo voy a pulsar las cuerdas si carezco de instrumento?"

Apenas oyó el jeique Ibrahim estas palabras de Dulce-Amiga, salió del aposento. Y el califa dijo a Giafar: "¿Quién sabe lo que irá a hacer ahora ese viejo libertino?" Y Giafar respondió: "¡Quién ha de saberlo!" Entretanto, el jeique Ibrahim volvió al salón con un laúd en la mano. Y el califa se fijó en aquel laúd y vio que era el que solía tocar su cantor favorito Ishak cuando había fiesta en el palacio o quería distraer a su señor. Y el califa dijo: "¡Por Alah! ¡Esto ya es demasiado! Pero quiero oír a esa maravillosa joven, y si canta mal os he de crucificar a todos, y sin canta bien perdonaré a esos tres, pero a ti, ¡oh Giafar! te crucificaré de todos modos".

Y Giafar exclamó: "¡Alahumma! ¡Ojalá no sepa cantar!"

Asombrado el califa, preguntó: "¿Por qué prefieres el primer caso al segundo?" Y contestó Giafar: "¡Porque crucificado en su compañía pasaré mejor las horas del suplicio, y nos consolaremos mutuamente!".

Y el califa, al oírle, rio en silencio.

Mientras tanto, Dulce-Amiga había cogido el laúd y lo templaba diestramente. Después de algunos preludios, pulsó las cuerdas y vibraron con toda su alma, con una intensidad capaz de liquidar al hierro, de despertar a los muertos y de conmover corazones de roca y de bronce.

Y súbitamente, acompañándose con el laúd, empezó a cantar:

¡Ya leilí!...

Cuando me vio mi enemigo, vio también que el amor se complacía en apagar mi sed en su manantial, y dijo: "!Esa agua está turbia!"

¡Ya einí!...

¡Si mi amigo atiende a esas voces, debe huir lo más lejos posible! Pero ¿podrá olvidar que me debe todas las delicias y todas las locuras de nuestro amor? ¡Oh, locuras y delicias de nuestros amores!

¡Ya leilí!

Dulce-Amiga, después de haber cantado, siguió tañendo el armonioso laúd de cuerdas animadas, y el califa tuvo que reprimirse para no contestar con un "¡Ya einí!" de admiración.

Y dijo: "¡Oh Giafar! En mi vida he oído voz tan maravillosa como la de esa esclava". Giafar, sonriendo, dijo: "Espero que se habrá desvanecido la ira del califa contra su servidor". Y el califa dijo: "Verdad es, ¡oh Giafar! que se ha desvanecido". Entonces bajaron del árbol, y dijo el califa: "Quiero entrar en el salón, sentarme entre ellos, y oír a esa esclava cantar delante de mí".

Pero Giafar advirtió: "¡Oh Emir de los Creyentes! Si te presentases entre ellos les molestarías, y el jeique Ibrahim se moriría del susto". Entonces el califa dijo: "¡Oh Giafar! tienes que indicarme un medio de saber todo lo que se refiere a este lance, sin que ellos lo adviertan ni me conozcan".

Y el califa y Giafar, mientras pensaban cómo se las compondrían para lograr lo que deseaban, iban avanzando hacia el estanque que estaba en medio del jardín y comunicaba con el Tigris. Contenía una enorme cantidad de peces, que iban a refugiarse allí en busca del alimento que se les echaba. Así es que el califa había sabido que allí acudían algunos pescadores, pues cierto día estaba asomado a una de las ventanas del Palacio de las

Maravillas y vio a los pescadores, y dio orden al jeique Ibrahim de que no les permitiese la entrada en el jardín ni la pesca en el estanque, encargándole que castigara severamente al que se desmandase.

Pero aquella noche, como había quedado la puerta abierta, entró un pescador, que se había dicho: "¡He aquí una buena ocasión de hacer una pesca magnífica!" Y se llamaba Karim este pescador, y era muy conocido entre todos los pescadores del Tigris. Echadas las redes en el estanque, se puso a esperar, mientras recitaba estos versos:

¡Oh, tú que viajas por el agua! ¡Al viajar olvidas los peligros y la perdición! Pero ¿cuándo dejarás de inquietarte, cuándo te convencerás que la fortuna nunca viene cuando se la busca?

¿No ves al mar enfurecido y al pescador cansado? ¡Rendido está de cansancio por las noches, mientras las noches están llenas de estrellas, mientras las noches están serenas y llenas de estrellas!

¡Echó su red de cuerdas, la golpean las olas, y sus ojos no miran más que el seno de la red!

¡No hagas como el pescador, oh viajero! ¡Mira! ¡He aquí al hombre que conoce el valor de la vida y de la tierra, que sabe gozar de los días y de las noches, de la tierra y de sus bienes! ¡Es dichoso, su espíritu está tranquilo, y él vive de todos los frutos de la tierra!

¡Mira! ¡He aquí que se despierta por la mañana, después de una noche de delicias! ¡Se despierta por la mañana bajo la sonrisa de una joven gacela, bajo la mirada de dos ojos de gacela que le pertenecen y le sonríen!

¡Gloria al Señor! ¡Da a unos y priva a otros! ¡Unos pescan y otros se comen el pescado! ¡Gloria al Señor!

Cuando el pescador Karim acabó de cantar avanzó hacia él el califa, y le dijo de pronto: "¡Oh Karim!"

Y Karim se volvió sobresaltado al oír su nombre. Y a la claridad de la luna conoció al califa, v se quedó paralizado de terror. Después se repuso un poco, y dijo: "¡Por Alah! ¡Oh Emir de los Creyentes! no creas que hago esto por infringir tus órdenes, pues la pobreza y el tener una familia tan numerosa como la mía me han impulsado a obrar así esta noche". Y el califa dijo: "Está bien, ¡oh Karim! Hagamos cuenta de que no te he visto. ¿Quieres echar la red en mi nombre para ver qué tal suerte tengo?" Entonces, contentísimo el pescador, se apresuró a echar la red invocando el nombre de Alah, y esperó a que llegara al fondo. La sacó después, encontrándola llena de pescados de todas clases y en cantidad incalculable.

Y el califa quedó muy satisfecho, y le dijo: "Ahora, ¡oh Karim! desnúdate". Y Karim se apresuró a despojarse de sus prendas una por una: el ropón de anchas mangas, remendado con piezas de todos colores y lleno de chinches y de pulgas en número suficiente para cubrir la superficie de la tierra; el turbante, que no habría desenrollado en tres años, hechos con trapos, y que encerraba piojos grandes y chicos, blancos y negros y de otras clases. Y luego de haberse quitado el ropón y el turbante, se quedó desnudo delante del califa.

Entonces el califa empezó también a desnudarse, quitándose el ropón de seda, iskandarní y el de seda baalbakí, el de terciopelo y el chaleco, y dijo al pescador: "Karim, toma esta ropa y póntela". Por su parte, el califa cogió el ropón del pescador y su turbante, y se los puso, se enrolló la bufanda de Karim, y le dijo: "Ya te puedes ir por tu camino".

Y el hombre dio las gracias al califa, y le recitó estas dos estrofas:

¡Me has hecho dueño de una riqueza sin límites, y no lo ha de olvidar mi gratitud! ¡Me colmaste de todos los dones sin llevar cuenta!

¡He de honrarte, pues, mientras esté entre los vivos, y después de muerto aún te darán mis huesos las gracias dentro del sepulcro!

Pero apenas había acabado de recitar estos versos el pescador, cuando notó el califa que le invadían los piojos y las chinches domiciliados en aquellos andrajos, y toda aquella miseria empezó a circular activamente a lo largo de su cuerpo. Y empezó a coger puñados de parásitos que le corrían por el cogote, el pecho y todas partes, y los tiraba muy lejos, lleno de repugnancia.

Y tal fue su espanto, que llegó a decir al pescador: "¡Oh, desgraciado Karim! ¿Cómo hiciste para reunir en tus mangas y en tu turbante todos estos animales dañinos?"

Y Karim respondió: "¡Oh mi señor! no los temas para nada, pues ahora sientes sus picaduras; pero si tienes paciencia y haces lo que yo, nada sentirás dentro de una semana, y como ya no te molestará que te piquen, no les harás pizca de caso".

El califa, a pesar de su horror, se echó a reír, y dijo: "Pero desdichado, ¿cómo voy a resistir esta suciedad sobre mi cuerpo?" Y repuso el pescador: "¡Oh Emir de los Creyentes! quería decirte una cosa, pero me impone la presencia de mi augusto califa". El rey dijo: "Habla enseguida". Y así habló el pescador: "Se me ocurre, ¡oh Príncipe de los Creyentes! que para tener un oficio con qué ganarte la vida has querido aprender a pescar. Si así fuese,

¡oh soberano Emir! he aquí que esa ropa y ese turbante han de serte muy a propósito para eso".

Entonces el califa, riéndose de esto que le decía el pescador, se despidió de él. Y Karim se fue por su camino, mientras que el califa cogió la banasta de palma donde estaban los peces, la cubrió con hierba fresca y corrió en busca de Giafar y de Massrur, que le aguardaban a cierta distancia.

Y al verle creyeron que era Karim el pescador, y Giafar, temiendo que descargase sobre el pescador la cólera del califa, le dijo: "¡Oh Karim! ¿qué vienes a hacer aquí? Huye a escape, que el califa está en el jardín esta noche".

Y cuando el califa oyó esto que decía Giafar, le dio tal risa, que se caía de trasero. Y Giafar exclamó: "¡Por Alah! ¡Si es nuestro amo y califa, el mismo Emir de los Creyentes!" Y dijo el califa: "Efectivamente, ¡oh Giafar! Y si tú que tú eres mi gran visir, al llegar a tu lado no me has conocido. ¿Cómo quieres que me reconozca el jeique Ibrahim, que está completamente borracho?

Quédate aquí y espera a que yo vuelva". Y Giafar dijo: "Escucho y obedezco".

Entonces el califa llamó a la puerta del palacio. Y el jeique Ibrahim se levantó para preguntar: ¿Quién llama? Y contestó el califa: "Soy yo, jeique Ibrahim".

Y el anciano dijo: "¿Pero quién eres tú?"

Respondióle el califa: "Soy el pescador Karim. He sabido que tenías convidados esta noche, y he venido a traerte buen pescado, vivito y coleando".

Precisamente a Alí-Nur y a Dulce-Amiga les gustaba mucho el pescado. Y al oír al pescador se alegraron hasta el límite de la alegría. Y Dulce-Amiga dijo: "Abre pronto, ¡oh jeique Ibrahim! y déjale entrar con el pescado que trae". Entonces el jeique Ibrahim se decidió a abrir la puerta, y el califa, disfrazado de pescador, pudo entrar sin ningún contratiempo y fue a saludar a los presentes.

Pero el jeique le contestó con una carcajada, y le dijo: "¡Bien venido sea entre nosotros el más ladrón de sus compañeros! ¡Ven a enseñarnos ese pescado tan bueno que traes!" Y el pescador quitó la hierba fresca y mostró el pescado que llevaba en la cesta, y vieron que estaba vivo aún y coleando todavía; y Dulce-Amiga exclamó entonces: "¡Por Alah! ¡Oh señores míos, qué hermoso es ese pescado! ¡Lástima que no esté frito!"

El anciano Ibrahim asintió enseguida: "¡Por Alah! verdad dices'". Y volviéndose hacia el califa, exclamó: "¡Oh, pescador! ¡qué lástima que no hayas traído frito este pescado! Cógelo, ve a freírlo y tráenoslo enseguida". Y comentó el califa: "Pongo tus órdenes sobre mi cabeza. Lo voy a freír y enseguida lo traigo". Y todos le contestaron a un tiempo: "¡Sí, sí; fríelo pronto y tráenoslo!".

El califa se apresuró a salir, y fue a buscar a Giafar, a quien dijo: "¡Oh Giafar! ahora quieren que se fría el pescado". Y el visir contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! dámelo y yo mismo lo freiré". Pero el califa repuso: "Por la tumba de mis padres y de mis ascendientes, nadie más que yo ha de freír este pescado".

Fue a la choza en que vivía el jeique Ibrahim y empezó a buscar por todas partes, hasta que encontró los utensilios de cocina y todos los ingredientes: sal, tomillo, hojas de laurel y otras cosas semejantes. Se acercó al hornillo y exclamó: "¡Oh, Harún recuerda que en tus mocedades te gustaba andar por la cocina con las mujeres y te metías a guisar! Ha llegado el momento de demostrar tus habilidades. Cogió la sartén, la puso a la lumbre, le echó la manteca y aguardó. Y cuando hirvió la manteca echó en la sartén los peces, que ya había limpiado, escamado y untado con harina.

Bien frito el pescado por un lado, lo volvió del otro con mucho arte, y cuando estuvo a punto lo sacó de la sartén y lo puso sobre grandes hojas de plátano. Después fue al jardín a coger limones y los puso cortados en rajas sobre las hojas de plátano. Entonces se lo llevó a los invitados y se lo puso delante. Y Alí-Nur, Dulce-Amiga y el jeique Ibrahim se pusieron a comer, y cuando hubieron acabado, se lavaron las manos, y Alí-Nur dijo: "¡Por Alah! ¡oh pescador! nos has hecho un gran favor esta noche".

Y echó mano al bolsillo, sacó tres dinares de oro de los que le había dado generosamente el joven chambelán y se los tendió al pescador, diciéndole: "Perdona ¡oh pescador! si no te doy más, porque ¡por Alah! si te hubiese conocido antes de los últimos acontecimientos que me han ocurrido, podría haber arrancado para siempre de tu corazón la amargura de la pobreza. Toma, pues, esos dinares, que son los únicos que mi actual situación me permite darte".

Y obligó al califa a tomar el oro que le alargaba, y el califa lo tomó y se lo llevó a los labios, y después a la frente, como para dar gracias a Alah y a su bienhechor por aquel donativo, y luego se metió los dinares en la faltriquera.

Pero lo que quería ante todo el califa era oír a la esclava cantar delante de él, de modo que le dijo a Alí-Nur: "¡Oh dueño y señor! tus beneficios y tu generosidad están sobre mi cabeza y sobre mis ojos, pero mi más ardiente deseo se realizaría, gracias a tu bondad, si esta esclava tocase algo en ese laúd que a su lado veo y me dejase oír su voz, que debe ser admirable. Porque me encantan las canciones acompañadas con las melodías del laúd, y son lo que más me gusta en el mundo".

Entonces Alí-Nur dijo: "¡Oh Dulce-Amiga!" y contestó ésta: "¡Oh mi señor!" Y dijo Alí- Nur: "Por mi vida, si la estimas en algo, te ruego que cantes para complacer a este pescador, que tanto desea oírte". Y Dulce-Amiga, al oír estas palabras de su enamorado Alí-Nur, cogió el laúd enseguida, pulsó las cuerdas, ejecutó un preludio que hubo de encantar a todos los presentes, y después cantó estas dos estrofas:

¡La joven esbelta y flexible tañía el laúd con las delicadas yemas de sus dedos, y al oírla voló mi alma!

Sonó su voz, y los sordos recobraron el oído, y los mudos rompieron a hablar de pronto, diciendo:" ¡Oh, que encanto el de esa voz!"

Y Dulce-Amiga, después de haber cantado esto, siguió pulsando el laúd con arte tan maravilloso, que enloquecía a los que allí estaban. Después sonrió y cantó estas otras dos estrofas:

¡Con tu pie, joven grácil pisaste nuestro suelo, que se estremeció de placer, al mismo tiempo que la claridad de tus ojos disipaban las tinieblas de la noche!

¡Oh mancebo querido! ¡Cuando te vuelva a ver he de perfumar mi morada con almizcle, resina de olor y agua de rosas!

Y Dulce-Amiga cantó tan admirablemente, que el califa llegó al límite del placer y se apasionó de tal modo, que no pudo reprimir el arrebatado entusiasmo de su alma, y exclamó: "¡Por Alah! ¡Por Alah!" Y Alí-Nur le dijo: "Pescador, ¿te ha encantado la voz de mi esclava y su arte de pulsar las cuerdas armoniosas?"

Y contestó el califa: "Sí, ¡por Alah!" Entonces Alí-Nur, no pudiendo reprimir su costumbre de dar a los amigos todo lo que les gustaba, dijo: "¡Oh, pescador! ya que tanto te entusiasmó mi esclava, he aquí que te la ofrezco y te la regalo, como obsequio de un corazón generoso que nunca recogió lo que dio una vez. Toma, pues, la esclava. ¡Tuya es desde ahora!" Y Alí-Nur se levantó inmediatamente, cogió su manto, se lo echó al hombro, y sin despedirse siquiera de Dulce-Amiga, se apercibió a abandonar el salón y a dejar que el supuesto pescador tomase libremente posesión de la esclava.

Entonces Dulce-Amiga, dirigiéndole una mirada llena de lágrimas, le dijo: "Oh mi dueño Alí-Nur! ¿Vas a repudiarme de este modo? Detente por favor un momento, sólo para que pueda despedirme de ti. ¡Oye, Alí- Nur!" Y Dulce-Amiga recitó amargamente estas dos estrofas:

¿Vas a huir de mí ¡oh sangre pura de mi corazón cuando tu sitio está en este corazón herido, entre mi pecho y mis entrañas?

¡Ah! ¡Te suplico ¡Oh tú, el Clemente sin límites Que reúnas a los que se separaron! ¡Que repartas, oh Generoso, tus beneficios entre los hombres!

Y terminada su lamentación, Dulce-Amiga se aproximó a Alí-Nur y le dijo:

El día de la separación, al despedirse de mí, llorando lágrimas ardientes me dijo: ¿Qué harás ahora, lejos de mí? Y yo contesté: ¡Oh! ¡Pregúntaselo más bien a quien se queda a tu lado!

Al oír estas palabras se impresionó mucho el califa, creyéndose causante de la separación de los dos jóvenes. Y sorprendiéndole la facilidad con que Alí-Nur le regalaba aquella maravilla, dijo: "Explícate ¡oh joven! y no temas confesármelo todo, pues tengo tanta edad que podría ser tu padre: ¿temes ser detenido y castigado por haber robado acaso a esa joven, o piensas cedérmela por tus deudas?" Entonces le contestó Alí-Nur: "¡Por Alah! ¡Oh pescador! a esta esclava y a mí nos ha ocurrido una aventura tan asombrosa, y somos víctimas de desdichas tan extraordinarias, que si se escribieran con una aguja en el ángulo interior del ojo, servirían de lección a quien las leyera con respeto". Y el califa dijo: "Apresúrate a contarnos detalladamente tu historia, pues acaso esto sea para ti causa de alivio y hasta de socorro, ya que el consuelo y el auxilio de Alah siempre están cercanos.

Entonces Alí-Nur dijo: "'¡Oh pescador! ¿Cómo quieres que te lo relate, en verso o en prosa?"

A lo cual respondió el califa: "La prosa es un bordado de sederías y los versos hilos de perlas". Entonces dijo Alí-Nur: "He aquí por lo pronto el hilo de perlas". Y entornando los ojos, bajó la frente e improvisó estas estrofas:

¡Oh amigo mío! ¡El reposo ha huido de mi lecho! Al verme tan alejado del país donde nací, me destroza el alma la amargura.

¡Sabe que tuve un padre a quien armaba y que fue para mí el más cariñoso de los padres! ¡Ya no está junto a mí, pues la tumba le sirve de lecho!

¡Desde entonces, todas las aflicciones y todas las desventuras han caído sobre mí de tal modo, que mis entrañas están destrozadas y mi corazón hecho trizas!

¡Mi padre eligió para mí una hermosa entre las hermosas, una joven esbelta como un tallo nuevo, esbelta y ondulante como una rama que cimbrea al viento!

¡La amé apasionadamente, quemé por ella toda la herencia de mi padre, y hasta tal punto la quise que hube de preferirla al más querido de mis rápidos corceles!

¡Pero un día me vi falto de todo y tuve que emprender el camino del mercado, a pesar de temer con toda mi alma el dolor de la separación!

¡El pregonero la subastó en el zoco: y de pronto un viejo libertino pujó para apoderarse de ella!

¡Al ver aquel viejo innoble, me enfurecí, cogí de la mano a mi esclava, y quise llevármela del mercado!

¡Pero el viejo libertino se creía ya a punto de saciar su concupiscencia; el maldito viejo de corazón lleno de fuego infernal!

¡Y le di un puñetazo con la mano derecha y otro con la izquierda! ¡Y desahogué en él la ira que me devoraba!

¡Después, por temor de que me prendiesen, y para librarme de mi enemigo, hui de casa!

¡El rey de la ciudad mandó que me prendieran; pero entonces vi acudir en mi ayuda a un joven chambelán hermoso y leal!

¡Y para librarme de las asechanzas de mis enemigos, me aconsejó que huyera muy lejos!

¡Y cogí a mi amiga, y en alas de la noche salimos de nuestro país tomando el camino de Bagdad!

¡Y ahora sabe que no tengo más tesoro que mi amiga, y te la regalo, ¡Oh pescador!

Y sabe que te entrego a la amada de mi corazón, y que al quedarte con ella, te quedas con mi propio corazón, ¡Oh pescador!

Cuando Alí-Nur acabó de desgranar la última perla, el califa dijo: "¡Oh mi señor! después de haberme maravillado con tu sarta de perlas, ¿querrías darme algunos pormenores sobre los preciosos bordados de esa historia tan maravillosa?" Y entonces Alí- Nur, que creía estar hablando con el pescador Karim, le refirió todas las particularidades de la historia, desde el principio hasta el fin.

Pero cuando el califa se hubo enterado perfectamente de toda la historia, dijo: "¿Y ahora adónde piensa ir, oh mi señor Alí-Nur?

Y Alí-Nur contestó: "¡Oh pescador! las tierras de Alah son vastas hasta lo infinito".

Entonces el califa dijo: "Escúchame, ¡oh joven! Aunque sea como soy, pobre pescador oscuro y sin luces, voy a darte una carta para que la entregues en propia mano al sultán de Bassra, Mohammad ben-Soleimán El-Zeiní. Y cuando la haya leído, ya verás qué resultado tan favorable tendrá para ti".

Al llegar a este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y no prolongó más el hilo de su relato.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 36ª NOCHE

Schehrazada dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que cuando el califa dijo a Alí-Nur: "Te escribiré una carta que entregarás al sultán de Bassra, Mohammad ben-Soleimán El- Zeiní, y ya verás sus resultados favorables".

Alí-Nur, asombrado, repuso: "¿Cuándo se ha visto que un pescador escriba directamente a un rey? Es una cosa que no ha ocurrido nunca". Y el califa dijo: "Tienes razón, ¡oh mi señor Alí-Nur! pero voy a explicarte el motivo que me permite obrar de ese modo. Sabe que me enseñaron a leer y a escribir en la misma escuela que a Mohammad El-Zeiní, pues ambos tuvimos el mismo maestro. Y yo estaba mucho más adelantado que el actual califa, tenía mejor letra que él, y sabía de memoria las estrofas de los poetas y los versículos de nuestro Libro Noble, pudiéndolos recitar mucho más fácilmente que él. Éramos, pues, muy amigos; pero más adelante le favoreció la fortuna, y llegó a ser rey, mientras Alah hizo de mí un miserable pescador. Sin embargo, como su alma nada tiene de orgullosa, mi compañero de escuela, hoy sultán de Bassra, ha seguido en relaciones conmigo, y no hay cosa que le pida que no la haga inmediatamente, y si cada día le hiciese mil peticiones, atendería con seguridad a todas ellas". Entonces Alí-Nur exclamó: "Escribe, pues, esa carta, para que yo crea en tu influjo cerca del califa".

Y el califa, después de sentarse en el suelo, doblando las piernas, cogió un tintero, un cálamo y un pliego de papel, apoyó el papel en la palma de la mano izquierda, y escribió esta carta:

"En nombre de Alah, el Clemente sin límites, el Misericordioso.

Este escrito es enviado por mí, Harún Al- Raschid ben-Mahdí El-Abbasí, a Su Señoría Mohammad ben-Soleimán El-Zeiní.

Recuerda que mi gracia te envuelve y que a ella debes haber sido nombrado representante mío en un reino de mis reinos.

Y ahora te anuncio que el portador de este escrito, hecho por mi propia mano, es Alí-Nur, hijo de Fardleddin ben-Khacán, que fue tu visir y descansa ahora en la misericordia del Altísimo.

Inmediatamente después de haber leído mis palabras te levantarás del trono del reino, y colocarás en él a Alí-Nur, que será rey en lugar tuyo. Porque he aquí que acabo de investirle de la autoridad que antes te había confiado.

Y cuida mucho que no sufra ningún aplazamiento la ejecución de mi voluntad. La salvación sea contigo".

Después el califa dobló la carta, la selló, y se la entregó a AlíNur, sin revelarle su contenido. Y Alí-Nur cogió la carta, se la llevó a los labios y a la frente, la guardó en el turbante y salió en el acto para embarcarse con dirección a Bassra, mientras la pobre Dulce-Amiga lloraba abandonada en un rincón.

Esto, por lo pronto, en cuanto se refiere a Alí-Nur. Respecto al califa, he aquí que cuando el jeique Ibrahim, que hasta entonces nada había dicho, vio todo aquello, se volvió hacia el califa, a quien seguía tomando por el pescador Karim, y le dijo: "¡Oh tú, el más miserable de los pescadores! Has traído unos peces que apenas valen veinte mitades de cobre, ¿y no contento con haberte embolsado tres dinares de oro quieres llevarte ahora esa esclava? Ahora mismo me vas a dar la mitad del oro, y en cuanto a la esclava, la disfrutaremos también los dos, pero siendo yo el primero".

Entonces el califa, después de lanzar una terrible mirada al jeique Ibrahim, se acercó a una de las ventanas y dio dos palmadas. Inmediatamente acudieron Giafar y Massrur, que no aguardaban más que aquella señal, y a un ademán del califa, Massrur se echó encima del jeique Ibrahim y lo inmovilizó. Giafar, que llevaba en la mano un ropón magnífico, que había mandado a buscar a toda prisa por uno de sus criados, se acercó al califa, le quitó los harapos del pescador y le puso el ropón de seda y oro.

Entonces el jeique Ibrahim, todo aterrado, reconoció al califa, y empezó a morderse los dedos; pero aun se resistía a creer en la realidad, y se decía: "¿Estoy despierto o dormido?"

Y el califa, sin disimular la voz, le dijo: "¿Te parece bien, jeique Ibrahim, el estado en que te encuentro?" Y al oírle se le quitó de pronto la borrachera al jeique, se tiró de bruces al suelo, arrastrando por él su larga barba, y recitó estas estrofas:

¡Perdona mi falta ¡oh tú que eres superior a todas las criaturas! ¡El señor debe generosidad al esclavo!

¡Confieso que hice cosas impulsado por la locura! ¡A ti te corresponde ahora perdonarlas generosamente!

Entonces el califa, dirigiéndose al jeique Ibrahim, le dijo: "Te perdono". Y volviéndose hacia la desconsolada Dulce-Amiga, prosiguió: "¡Oh Dulce-Amiga! ahora que sabes quién soy, déjate conducir a mi palacio". Y todos salieron del Palacio de las Maravillas.

Cuando Dulce-Amiga llegó al palacio, el califa le mandó preparar un aposento reservado, y puso a sus órdenes doncellas y esclavas. Después se fue en su busca, y le dijo: "¡Oh Dulce-Amiga! ya sabes que actualmente me perteneces, pues te deseo, y además me has sido generosamente cedida por Alí-Nur. Y yo, para corresponder a su esplendidez, acabo de enviarle como sultán a Bassra. Y si quiere Alah, pronto le enviaré un magnífico traje de honor, y serás tú la encargada de llevarle. Y serás sultana con él". Y dicho esto cogió entre sus brazos a Dulce-Amiga, y aquella noche la pasaron enlazados. Y fue lo que les ocurrió a uno y a otro.

En cuanto a Alí-Nur, he aquí que llegó por la gracia de Alah a la ciudad de Bassra, marchó directamente al palacio del sultán Mohammad El-Zeiní, y una vez allí dio un gran grito.

Y al oírle el sultán mandó que llevasen a su presencia al hombre que había gritado de aquel modo. Y Alí-Nur, al verse delante del sultán, sacó del turbante la carta del califa y se la entregó inmediatamente. Y el sultán abrió la carta, conoció la letra del califa, y enseguida se puso de pie, leyó con mucho respeto el contenido, y después de leerlo se llevó tres veces la carta a los labios y a la frente, y exclamó: "¡Escucho y obedezco a Alah el Altísimo y al califa, Emir de los Creyentes!"

Y enseguida mandó llamar a los cuatro kadíes de la ciudad y a los principales emires para darles cuenta de su resolución de obedecer inmediatamente al califa, abdicando el trono. Pero en ese momento entró el gran visir El-Mohín ben-Sauí, enemigo de Alí-Nur y de su padre Fadleddin, y el sultán le entregó la carta del Emir de los Creyentes, y le dijo: "¡Lee!"

El visir cogió la carta, la leyó, la releyó, y quedó consternadísimo; pero de pronto desgarró muy diestramente la parte inferior de la carta que ostentaba el negro sello del califa, se la llevó a la boca, la masticó y la tiró.

Y el sultán le gritó enfurecido: "¡Desdichado Sauí! ¿Qué demonios te han podido impulsar a cometer este atentado?" Y Sauí contestó: "¡Oh rey! Has de saber que este hombre no ha visto nunca al califa, ni siquiera a su visir Giafar. Es un bribón dominado por todos los vicios, un demonio lleno de malignidad y de falsía. Ha debido encontrar algún papel escrito por el califa, y ha imitado la letra, escribiendo a su gusto todo cuanto aquí acabo de leer. ¿Pero cómo has pensado, ¡oh sultán! en abdicar, cuando el califa no ha mandado un propio, ni una orden escrita con su noble letra? Además, si el califa hubiera enviado tal mensaje, lo habría hecho acompañar por algún chambelán o algún visir. Y he aquí que este hombre ha llegado completamente solo".

Entonces el sultán le preguntó: "¿Y qué haremos ahora, oh Sauí?" A lo cual respondió el visir: "¡Oh rey! confíame a ese joven, y ya sabré yo descubrir la verdad.

Lo mandaré a Bagdad acompañado por un chambelán, que se enterará de todo lo ocurrido. Si lo que ha dicho es cierto, nos traerá una orden escrita con la noble letra del califa. Pero si ha mentido, volverá el chambelán con este joven, y entonces sabré vengarme, para hacerle expiar lo pasado y lo presente".

Después de oír al visir, acabó el sultán por creer que Alí-Nur era un maldito embaucador, y lleno de cólera no quiso aguardar a ninguna prueba, y gritó a los guardias: "¡Apoderaos de este joven!" Y los guardias se apoderaron de Alí-Nur, lo tiraron al suelo y empezaron a darle de palos, hasta que lo dejaron sin sentido. Después les mandó que lo encadenaran de pies y manos, y llamó al jefe de los carceleros, y el jefe de los carceleros no tardó en presentarse al rey.

Este carcelero se llamaba Kutait. Cuando le vio el visir, le dijo: "Kutait, el sultán va a ordenarte que cojas a este hombre y lo metas en un calabozo subterráneo, donde lo atormentarás día y noche con la mayor dureza". Kutait contestó: "Escucho y obedezco". Y cogió a Alí-Nur y lo llevó enseguida a un calabozo.

Y cuando Kutait entró en el calabozo con Alí-Nur, cerró la puerta, mandó barrer el suelo y poner un banco detrás de la puerta, cubriéndolo con un tapiz y colocando en él un almohadón. Después, acercándose a Alí-Nur, le quitó las ligaduras y le rogó que se sentase en el banco, diciéndole: "No he de olvidar, ¡oh mi señor! lo mucho que me favoreció tu padre, el difunto visir; de modo que no tengas temor alguno". Y desde entonces lo trató lo mejor que pudo, procurando que no careciese de nada; y sin embargo enviaba diariamente recado al visir de que Alí-Nur estaba sujeto a los más tremendos castigos. Todo ello durante cuarenta días.

Llegado el día cuarenta y uno llevaron al palacio un magnífico regalo para el rey de parte del califa. Y el rey se maravilló de lo espléndido de aquel regalo, y como no comprendía la causa que había movido al califa a enviárselo, mandó reunir a sus emires, y les preguntó su parecer.

Opinaron algunos que el califa destinaba el regalo a la persona enviada por él para sustituir al sultán. Y enseguida Sauí exclamó: "¡Oh rey! ¿No te dije que lo mejor era deshacerse de ese Ali-Nur, si es que quieres obrar con prudencia?" Y entonces el sultán dijo: "¡Por Alah! Haces que lo recuerde a tiempo. Ve a buscarlo inmediatamente y que se le degüelle sin misericordia".

Y Sauí contestó: "Escucho y obedezco, pero convendría, ¡oh mi señor! anunciarlo por medio de los pregoneros. Y que digan: "¡Vayan a la explanada de palacio cuantos quieran presenciar la ejecución de Alí-Nur ben-Khacán!" Y todo el mundo vendrá a ver como lo decapitan, y así me vengaré, y se alegrará mi corazón, y quedará saciado mi odio".

Y el sultán le dijo: "Puedes disponer lo que quieras".

Lleno de alegría, el visir corrió a casa del gobernador y le mandó pregonar la ejecución de Alí-Nur con todos los detalles mencionados. Y así se verificó puntualmente. Pero al oír a los pregoneros se apoderó de todos los habitantes de la ciudad una gran aflicción, y todos empezaron a llorar sin excepción ninguna, hasta los niños en las escuelas y los mercaderes en los zocos. Y los unos se apresuraban a ocupar un buen sitio para ver pasar a Alí-Nur y asistir al triste espectáculo de su muerte, mientras que otros acudían en tropel a las puertas de la cárcel para acompañarle desde que saliera.

Por su parte, el visir Sauí se dirigió a la prisión, haciéndose acompañar de diez guardias, y mandó que le abrieran la puerta. Y el carcelero Kutait, fingiendo ignorarlo todo, preguntó: "¿Qué desea mi señor el visir?"

Y éste dijo: "Trae enseguida a mi presencia a ese miserable". A lo cual repuso el carcelero: "Se encuentra en muy mal estado a consecuencia de los palos que le di y de los tormentos que ha sufrido, pero de todos modos obedeceré en el acto". Y el carcelero se dirigió al calabozo de Alí-Nur, y le encontró recitando estas estrofas:

¡Ay de mí! ¡Nadie me socorre en mi desventura! ¡Y cada vez son más intensos mis males y más difícil su remedio!...

¡La ausencia implacable y amarga ha consumido lo más puro de mi sangre, arrebatándome el último aliento de vida! ¡La fatalidad ha transformado a mis amigos, convirtiéndoles en los enemigos más crueles!

Y pregunto a cuantos me ven: ¿No hay nadie entre vosotros que me compadezca, que se duela de lo inmenso de mi desdicha y que responda a mis llamamientos?

¡Qué dulce me parece la muerte, a pesar de todos sus terrores, ahora que se ha acabado toda esperanza engañosa de la vida!

¡Señor! ¡Tú que envías a quienes anuncian buenas eres el mar de la generosidad; tú que guías a los portadores de consuelo!

¡A ti imploro, abiertas todas las heridas de un alma atormentada! ¡Líbrame de mis sufrimientos y de los peligros! ¡Perdona mi torpeza! ¡Olvida mis errores y mis faltas!

Cuando Alí-Nur terminó su lamentación, se le acercó Kutait, le explicó lo que pasaba y le ayudó a quitarse la ropa limpia que le había dado ocultamente y le vistió de harapos, llevándole enseguida a la presencia del visir, que lo aguardaba pateando de rabia. Y apenas le vio Alí-Nur, acabó de convencerse del odio que le tenía aquel enemigo de su padre. Pero le dijo: "Heme aquí ¡oh visir! ¿Crees que te será siempre favorable el destino para fiar en él de ese modo? ¿Ignoras las palabras del poeta?:

¡Al tener que sentenciar lo aprovechan para extralimitarse en sus derechos y faltar a la justicia! ¿Ignoran que su veredicto pronto dejará de serlo, y se disolverá en la nada?

Y añadió Alí-Nur: "¡Oh visir! ¡sabe que sólo Alah es poderoso, que es el Único Realizador!"

Y el visir le dijo: "¡Oh Alí! ¿crees intimidarme con todas tus sentencias? Sabe que hoy mismo, contra tu voluntad y contra la de todos los habitantes de Bassra, te cortaré la cabeza.

Y para imitarte, te recordaré lo que el poeta dijo:

¡Deja obrar el tiempo a su gusto, pero disfruta de la satisfacción ¡De hacerte justicia!

Y también es admirable este otro verso:

¡El que vive, aunque solo sea un día, después de haber visto morir a su enemigo, consigue el fin deseado!"

Inmediatamente mandó a los guardias que se apoderaran de Alí-Nur y lo montasen en un mulo, pero los guardias vacilaron al ver que la muchedumbre decía a Alí-Nur: "Mándanoslo, y ahora mismo apedrearemos a ese hombre y lo haremos pedazos, aunque nos arriesguemos a perdernos y a perder nuestra alma". Pero Alí-Nur repuso: "¡Oh, no! ¡No hagáis semejante cosa! Recordad estos versos del poeta:

¡Todo hombre tiene que pasar su tiempo en la tierra, y transcurrido ese tiempo, ha de morir!

¡Por eso, aunque los leones me arrastraran a su selva, nada tendrá que temer como no hubiera llegado mi hora!"

Los guardias se apoderaron entonces de Alí-Nur, lo montaron en un mulo y recorrieron así toda la ciudad, hasta llegar al palacio, frente a las ventanas del sultán. Y gritaban: "¡Este es el castigo contra todo el que se atreva a falsificar documentos!" Después llevaron a Álí-Nur al lugar de los suplicios, allí donde se encharcaba la sangre de los sentenciados. Y el verdugo, con el alfanje en la mano, se acercó un momento a Alí-Nur y le dijo: "Soy tu esclavo; si necesitas que haga alguna cosa no tienes más que decirla, y la haré inmediatamente. Si necesitas beber o comer, manda y te obedeceré en el acto. Pues has de saber que te quedan muy pocos minutos de vida; sólo hasta que el sultán se asome a la ventana".

Entonces Alí-Nur miró a derecha e izquierda, y recitó estas estrofas:

¡Decidme por favor! ¿Hay entre vosotros un amigo compasivo que quiera ayudarme?

¡Va a terminar el tiempo de mi vida y a cumplirse mi destino! ¿Hay algún hombre caritativo que me socorra y que merezca ser recompensado por su buena acción?

¡Que eche una mirada a mi desdicha, que descubra mi tristeza y me dé un poco de agua para calmar los sufrimientos de mi suplicio!

Entonces todos los presentes empezaron a llorar, y el verdugo fue enseguida en busca de una alcarraza con agua y se la presentó a Alí-Nur. Pero inmediatamente el visir Sauí acudió desde su sitio, y dando un golpe a la alcarraza la rompió en mil pedazos. Y enseguida gritó enfurecido al verdugo: "¿Qué aguardas para cortarle la cabeza?" Y el verdugo cogió entonces un lienzo y vendó los ojos a Alí-Nur.

Y al verlo, la multitud se encaró con el visir y empezó a injuriarle, aumentando cada vez más el tumulto de gritos. Y no cesaba la agitación, cuando súbitamente se levantó una nube de polvo y resonaron clamores confusos que iban aproximándose, llenando el aire y el espacio.

Y al ver la nube de polvo y oír el estrépito, el sultán miró por la ventana del palacio y dijo a quienes le rodeaban: "Averiguad enseguida lo que es eso". Y el visir repuso: "No es eso lo más urgente. Antes conviene degollar a ese hombre".

Pero el sultán replicó: "Calla, ¡oh Sauí! y déjanos ver lo que es eso".

Aquella nube de polvo la levantaron los caballos en que galopaban Giafar, el gran visir del califa, y los jinetes de su séquito.

Y he aquí el motivo de su llegada. El califa, después de la noche de amor que había pasado entre los brazos de Dulce-Amiga, había dejado transcurrir treinta días sin acordarse de ella ni de la historia de Alí-Nur ben-Khacán. Pero una noche entre las noches, al pasar junto al gabinete en que estaba encerrada Dulce-Amiga, oyó amargo llanto y una voz dolorida que cantaba estos versos del poeta:

¡Oh delicia mía! ¡Tu sombra, estés ausente o estés conmigo, no se aparta de mí! ¡Y mi boca, para alegrarme, gusta de repetir tu nombre delicioso!

Y como los sollozos fuesen cada vez más desesperados, abrió el califa la puerta entró en el gabinete, y vio a Dulce-Amiga que lloraba. Y Dulce-Amiga se echó a sus pies, y se los besó tres veces, y recitó estas estrofas:

¡Oh tú, que eres de ilustre raza y producto de sangre famosa, de origen noble, rama fértil doblada bajo el peso de frutos exquisitos!

¡He de recordarte la promesa que tu bondad me hizo y que me ofreció tu generosidad sin par! ¡Ojalá no la olvides nunca!

Pero el califa, que seguía sin acordarse de Dulce-Amiga, le dijo: "¿Quién eres, oh joven?" Y ella contestó: "Soy la que te regaló AlíNur ben-Khacán. Y ahora te ruego que cumplas la promesa de enviarme junto a él con todos los honores debidos. Y cuenta que pronto hará treinta días que estoy aquí y no he podido disfrutar siquiera una hora de sueño". Entonces el califa llamó apresuradamente a Giafar Al-Barmaki, y le dijo: "Llevo treinta días sin saber nada de Alí-Nur, y temo que le haya mandado matar el sultán de Bassra. Pero juro por mi cabeza y por la tumba de mis padres y mis abuelos, que como le haya ocurrido una desgracia a ese joven, perecerá el que tenga la culpa, así sea la persona más querida para mí. Quiero, pues, ¡oh Giafar! que salgas inmediatamente para Bassra y averigües lo que han hecho con Alí-Nur". Y Giafar se puso inmediatamente en camino.

Y al llegar a Bassra se encontró Giafar con aquel tumulto, y vio la muchedumbre agitada como el oleaje del mar, y preguntó: "¿Pero qué alboroto es ése?" Y enseguida millares de voces le refirieron cuanto había ocurrido con Alí-Nur ben-Khacán. Y cuando Giafar ovó sus palabras, se dio más prisa para llegar a palacio.

Y subió a las habitaciones del sultán, y le deseó la paz y le enteró del objeto de su viaje, y le dijo: "Si le ha sucedido alguna desgracia a Alí-Nur, tengo orden de que perezca quien tuviere la culpa, y de que tú, ¡oh sultán! expíes también el crimen cometido. ¿Dónde está Alí-Nur?"

El sultán mandó entonces que trajeran enseguida a Alí-Nur, y los guardias fueron a buscarle a la plaza. Y apenas entró Alí-Nur, se levantó Giafar y mandó a los guardias que prendieran al sultán y al visir El-Mohín ben- Sauí. E inmediatamente nombró a Alí-Nur sultán de Bassra, y lo colocó en el trono, en vez de Mohammad El-Zeiní, a quien mandó encerrar con el visir.

Después Giafar permaneció en Bassra, en casa del nuevo rey, los tres días reglamentarios de cortesía. Pero al cuarto día, Alí-Nur se dirigió a Giafar y le dijo: "Tengo vivos deseos de volver a ver al Emir de los Creyentes".

Y Giafar se avino a ello, y dijo: "Empecemos por hacer nuestra oración de la mañana, y saldremos enseguida para Bagdad". Y el rey dijo: "Escucho y obedezco". E hicieron la oración de la mañana, y ambos, acompañados de guardias y jinetes llevando consigo al ex rey Mohammad El-Zeiní y al visir Sauí, emprendieron el camino de Bagdad. Y durante el viaje, el visir Sauí tuvo tiempo para reflexionar y morderse las manos arrepentido.

Alí-Nur marchó todo el camino al lado de Giafar, hasta que llegaron a Bagdad, morada de paz. Y se apresuraron a presentarse al califa, y Giafar le contó la historia de Alí-Nur. Entonces el califa mandó acercarse a Alí-Nur, y le dijo: "Toma este alfanje y corta con tu propia mano la cabeza de tu enemigo, el miserable Ben-Sauí".

Y Alí-Nur cogió el acero, y se acercó a Ben-Sauí, pero éste lo miró y le dijo: "¡Oh Alí-Nur! Yo procedí contigo según mi temperamento, al cual no podía sustraerme. Pero tú debes obrar a tu vez según el tuyo".

Entonces Alí-Nur tiro el alfanje, miró al califa y, le dijo: "!Oh Emir de los Creyentes! este hombre me ha desarmado".

Y recitó lo que dice el poeta

¡He visto a mi enemigo y no he sabido cómo vencerle, pues el hombre puro siempre es vencido por las palabras de bondad!

Pero el califa exclamó: "¡Está bien, Alí- Nur!" Y dijo a Massrur: "¡Oh Massrur! Levántate y corta la cabeza a ese bandido". Y Massrur se levantó, y de un solo tajo degolló al visir El-Mohín ben-Sauí.

Entonces el califa se dirigió a Alí-Nur, y le dijo: "Ahora puedes pedirme lo que quieras". Y Alí-Nur respondió: "¡Oh señor y dueño mío! no deseo reinar, ni quiero tener ninguna intervención en el trono de Bassra. No siento más deseo que tener la dicha de contemplar tus facciones".

Y el califa contestó: "¡Oh Alí-Nur! con todo el cariño de mi corazón, y como homenaje debido". Después mandó llamar a DulceAmiga, y se la devolvió a Alí-Nur, y les dio grandes riquezas, y un palacio de los más hermosos de Bagdad, y una suntuosa pensión del Tesoro. Y quiso que Alí-Nur ben-Khacán fuera su íntimo compañero. Y acabó por perdonar al sultán Mohammad El-Zeiní, al cual repuso en el trono, encargándole que en adelante eligiese mejor sus visires. Y todos vivieron con alegría y prosperidad hasta su muerte.

Al terminar, la discretísima Schehrazada dijo al rey: "No creas ¡oh rey! que esta historia de Alí-Nur y Dulce-Amiga, aunque muy deliciosa, sea tan notable y sorprendente como la de Ghanem ben-Ayub y su hermana Fetnah". Y el rey Schahriar contestó: "No conozco tal historia".

Historia de Ghanem Ben-Ayub y de su hermana Fetnah

He llegado a saber, ¡Oh rey afortunado! que en la antigüedad de los tiempos, en lo pasado de los siglos y de las edades, hubo un mercader entre los mercaderes que era riquísimo y padre de dos hijos. Se llamaba Ayub, y su hijo varón, Ghanem ben-Ayub, fue conocido después por el sobrenombre de El-Motim el-Masslub, y era tan hermoso como la luna llena, y estaba dotado de una elocuencia maravillosa.

La hija, hermana de Ghanem, se llamaba Fetnah, nombre muy merecido por sus encantos y su hermosura.

Al morir Ayub les dejó grandes riquezas...

En este momento de su relato, vio Schehrazada nacer el día y se calló discretamente.

AL LLEGAR LA 37ª NOCHE

Prosiguió en esta forma:

Al morir el mercader Ayub les dejó grandes riquezas, y entre otras cosas, cien cargas de sederías, brocados y telas preciosas, y cien vasijas llenas de vejigas de almizcle puro. Todo cuidadosamente empaquetado, y en cada fardo se veía escrito con grandes caracteres: Destinado a Bagdad, pues Ayub no pensaba morirse tan pronto, y quería ir a Bagdad para vender sus preciosas mercancías.

Pero llamado a la infinita misericordia de Alah, y pasado el tiempo del luto, el joven Ghanem pensó realizar el viaje a Bagdad que tenía proyectado su padre. Despidióse, pues, de su madre, de su hermana Fetnah, de sus parientes y de sus vecinos, y se fue al zoco, donde alquiló los camellos necesarios, cargó en ellos sus fardos, y aprovechó la salida de otros comerciantes para Bagdad a fin de ir en su compañía, y así marchó, después de poner su suerte en manos de Alah el Altísimo. Y Alah lo resguardó de tal modo, que no tardó en llegar a Bagdad sano y salvo con todas sus mercancías.

Apenas llegado a Bagdad, se apresuró a alquilar una casa hermosísima, que amuebló suntuosamente, tendiendo por todas partes magníficas alfombras, colocando divanes y almohadones, sin olvidar los cortinajes en puertas y ventanas.

Después mandó descargar todas las mercaderías y descansó de las fatigas del viaje, esperando tranquilamente que todos los mercaderes y personas notables de Bagdad fuesen, unos tras otros, a desearle la paz y darle la bienvenida.

Pero después pensó en ir al zoco para vender parte de sus mercancías, y mandó hacer empaquetar diez piezas de telas y de sederías finas que llevaban marcado el precio en unas etiquetas. Enseguida se dirigió al zoco de los grandes mercaderes, y todos salieron a su encuentro y le desearon la paz. Después le llevaron a presencia del jeique del zoco, quien sólo con ver las mercaderías se las compró en el acto. Y Ghanem ben-Ayub ganó dos dinares de oro por cada dinar de mercancías. Y satisfechísimo de tal ganancia, siguió vendiendo piezas de tela y vejigas de almizcle, ganando dos por uno durante todo un año.

Un día, a principios del otro año, fue al mercado, según su costumbre; pero encontró todas las tiendas cerradas, lo mismo que la puerta principal del zoco. Y como no era fiesta, se asombró mucho y preguntó la causa. Le contestaron que acababa de fallecer uno de los principales mercaderes y que los demás habían ido a enterrarle. Y uno de los transeúntes le dijo: "Bien harías en ir también a acompañar al entierro, pues te lo tendrán en cuenta". Y contestó Ghanem: "Me parece muy justo, pero quisiera saber dónde son los funerales". Indicáronle el sitio; entró en una mezquita cercana, hizo sus abluciones, y se dirigió a toda prisa al lugar indicado. Mezclóse entonces con la muchedumbre de mercaderes y los acompañó a la gran mezquita, en donde se dijeron las oraciones de costumbre. Luego la comitiva emprendió el camino del cementerio, que estaba situado fuera de las puertas de Bagdad. Entraron en él y fueron atravesando tumbas, hasta llegar a aquella en que iban a depositar el cadáver.

Los parientes habían levantado una tienda, colocándola de suerte que cubriera el sepulcro, colgando en ella lámparas, antorchas y faroles. Y todos pudieron entrar para resguardarse debajo del toldo. Entonces se abrió la tumba, se depositó el cadáver, y se puso la losa. Luego los imanes y demás ministros del culto y los lectores del Corán empezaron a leer sobre la tumba los versículos del Libro Noble y los capítulos prescritos. Y los mercaderes y los parientes se sentaron en corro sobre las alfombras tendidas debajo del toldo, y oyeron religiosamente las santas Palabras. Y Ghanem ben-Ayub, aunque tenía prisa por volver a su casa, no quiso retirarse enseguida por consideración hacia los parientes, y se quedó con ellos.

Las ceremonias religiosas duraron hasta el anochecer. Entonces llegaron los esclavos con bandejas llenas de manjares y dulces, y los repartieron entre los presentes, que comieron y bebieron hasta la hartura, según es costumbre en los entierros. Después les presentaron las jofainas y los jarros, y todos los comensales se lavaron las manos, y enseguida fueron a sentarse en corro, silenciosamente, como suele hacerse.

Pero pasado un largo rato, como la sesión no se iba a terminar hasta la mañana siguiente, Ghanem empezó a alarmarse por las mercaderías que había dejado en su casa sin nadie que las guardase. Y temió que se las robasen los ladrones, y dijo para sí: "Soy extranjero, y teniendo como tengo fama de hombre rico, si paso una noche fuera de mi casa los ladrones la saquearán, y se llevarán mi dinero y las mercancías que me quedan".

Y como sus temores fuesen mayores cada vez, se decidió a levantarse y se disculpó con los demás diciendo que iba a evacuar una necesidad apremiante, y salió a toda prisa. Echó a andar a oscuras, y fue caminando hasta que llegó a las puertas de la ciudad. Pero como ya era medianoche, encontró la puerta cerrada, y no vio a nadie, ni oyó ninguna voz humana. Solamente oía el ladrar de los perros y los chillidos de los chacales que sonaban a lo lejos mezclados con los aullidos de los lobos. Entonces, asustadísimo, exclamó: "¡No hay fuerza ni poder más que en Alah! Antes temía por mis riquezas y ahora he de temer por mi vida".

Y empezó a buscar un albergue donde pasar la noche, y al fin encontró una turbeh junto a la cual había una palmera. Una puerta estaba abierta y Ghanem entró por allí, y se tendió para conciliar el sueño, pero no podía dormir, pues estaba aterrado de verse solo en medio de las tumbas. Y se puso de pie, y abrió la puerta y miró hacia afuera. Y vio una luz que brillaba a lo lejos, cerca de las puertas de la ciudad. Se dirigió hacia aquella luz, pero entonces vio que ésta se acercaba por el camino que conducía a la turbeh en que él se encontraba.

Entonces Ghanem tuvo más miedo, retrocedió precipitadamente, se metió de nuevo en la turbeh, y cuidó de cerrar la puerta, que era muy pesada. Pero no se tranquilizó hasta que se hubo subido a lo alto de la palmera para esconderse entre el ramaje. Desde allí vio que la luz se iba acercando, hasta que acabó por ver a tres negros, dos de los cuales llevaban un enorme cajón y el tercero una linterna y unos azadones.

Al llegar a la turbeh se detuvo. "¿Qué ocurre, ¡oh Sauab!?" y Sauab respondió: "¿No lo veis?" Y dijo uno de los otros: "¿Pero qué he de ver?" Y Sauab replicó: "¡Oh Kafur! ¿no ves que la puerta de la turbeh, que habíamos dejado abierta esta tarde, está cerrada y con el cerrojo echado por dentro?" Entonces el tercer negro, llamado Bakhita, exclamó: "¡Qué poco entendimiento tenéis! ¿Ignoráis que los propietarios de estos campos salen todos los días de la ciudad y vienen a descansar aquí después de examinar sus plantaciones? ¿No sabéis que cuidan de cerrar la puerta en cuanto anochece por temor de que los sorprendamos nosotros los negros, pues saben que si los cogemos los asamos vivos y nos comemos su carne blanca?"

Entonces Kafur y Sauab dijeron al otro negro: "¡Oh Bakhita! Verdaderamente no puedes presumir de inteligencia". Pero Bakhita replicó: "Veo que no me creeréis hasta que encontremos al que estará escondido, y os advierto anticipadamente que si hay alguien en la turbeh, al ver acercarse nuestra luz se habrá subido, aterrorizado, a la copa de la palmera. Y allí lo encontraremos".

Y aterrado Ghanem, pensaba: "¡Qué negro tan listo! ¡Confunda Alah a todos los sudaneses por su perfidia y su malignidad!" Después, muerto de miedo, dijo: "¡No hay fuerza ni poder más que en Alah el Altísimo y el Omnipotente! ¿Quién me podrá salvar ahora de este peligro?

Y los dos negros dijeron al que llevaba el farol: "¡Oh Sauab! sube a la alto del muro, y salta dentro de la turbeh, y ábrenos la puerta, pues estamos muy cansados del peso de este cajón encima del cuello y de los hombros. Y si nos abres la puerta, te reservaremos al más rollizo de los individuos que cojamos ahí dentro, y te lo coceremos muy en su punto, dorándole la piel, cuidando que no se desperdicie ni una gota de grasa".

Pero Sauab contestó: "Como tengo tan poca inteligencia, prefiero que tiremos este cajón por encima de la tapia, ya que nos han dado la orden de dejarlo en esta turbeh". Pero los otros dos negros contestaron: "Si lo tiramos como dices, se hará pedazos". Y Sauab replicó: "Pero si entramos en la turbeh, acaso nos sorprendan los bandidos que ahí suelen ocultarse para asesinar y desvalijar a los viajeros. Ya sabéis que en este sitio se reúnen por la noche los bandoleros para repartirse el botín". Los otros dos negros dijeron: "¿Es posible que seas tan infeliz que creas semejantes majaderías?"

Y dejando el cajón en el suelo, escalaron la pared, saltaron dentro de la turbeh y corrieron a abrir, mientras el otro les alumbraba desde fuera. Metieron entre los tres el cajón, cerraron la puerta y se sentaron a descansar en la turbeh. Y uno dijo: "Verdaderamente, ¡oh hermanos! que estamos rendidos de tanto caminar y por el trabajo que hemos hecho. Y he aquí que es medianoche. Descansemos algunas horas, y después abriremos la zanja para enterrar este cajón; cuyo contenido ignoramos. Luego del descanso podremos trabajar mejor.

Y para pasar agradablemente estas horas de reposo, cuente cada uno cómo ha llegado a ser eunuco y por qué se le castró, relatándolo todo desde el principio hasta el fin. De esta manera pasaremos la noche agradablemente".

Y en este momento de su narración, Schehrazada vio clarear el día y se calló discretamente.

AL LLEGAR LA 38ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡Oh rey afortunado! que cuando uno de los negros sudaneses propuso que cada uno contase la historia de su castración, el negro Sauab, portador de la linterna y los azadones, tomó la palabra, y como los otros se rieran, repuso: "¿De qué os reís? ¿De que sea el primero en contar por qué me caparon?"

Y los otros dijeron: "Nos parece muy bien. ¡Te escuchamos!"

Entonces el eunuco Sauab dijo:

HISTORIA DEL NEGRO SAUAB, PRIMER EUNUCO SUDANÉS

Sabed, ¡Oh mis hermanos! que apenas tenía cinco años de edad cuando el mercader de esclavos me sacó de mi tierra para traerme a Bagdad, y me vendió a un guardia de palacio. Este hombre tenía una hija que en aquel momento contaba tres años. Fui criado con ella, y era la diversión de todos cuando jugaba con la niña, y bailaba danzas muy graciosas y le cantaba canciones. Todo el mundo quería al negrito.

Juntos crecimos de aquel modo, y yo llegué a los catorce años y ella a los diez. Y nos dejaban jugar juntos. Pero un día entre los días, al encontrarla sola en un sitio apartado, me acerqué a ella, según costumbre. Precisamente acababa de tomar un baño en el hammam, y estaba deliciosa y perfumada. En cuanto a su rostro, parecía la luna en su decimocuarta noche. Al verme corrió hacia mí, y nos pusimos a jugar y hacer mil locuras. Me mordía y yo la arañaba; me pellizcaba y yo la pellizcaba también; pero de tal modo, que a los pocos instantes el zib se me levantó y se me hinchó. Y semejante a una llave enorme, se me dibujaba por debajo de la ropa. Entonces se echó a reír, se me vino encima, me tiró de espaldas al suelo y se colocó a horcajadas sobre mi vientre; y empezando a restregarse conmigo, acabó por dejar mi zib al aire. Y al verlo erguido y poderoso, lo cogió con una mano y frotó y cosquilleó con él los labios de su vulva por encima del calzón que llevaba puesto. Pero estos juegos vinieron a aumentar de un modo alarmante el calor que sentía. Y la estreché entre mis brazos, mientras que ella se me colgaba del cuello apretándome con todas sus fuerzas. Y he aquí que súbitamente mi zib, como si fuese de hierro, le atravesó el pantalón, y penetrando triunfante le arrebató la virginidad.

Una vez terminada la cosa, la niña se echó a reír otra vez, y volvió a besarme, pero yo estaba aterrado con lo que acababa de ocurrir, y me escapé de entre sus manos, corriendo a refugiarme en la casa de un negro amigo mío.

La niña no tardó en volver a su casa, y la madre, al verle la ropa en desorden y el pantalón atravesado de parte a parte, lanzó un grito. Después, examinando el lugar que se oculta entre los muslos, ¡vio lo que vio! Y se cayó al suelo, desmayada de dolor y de ira. Pero cuando volvió en sí, como la cosa era irreparable, tomó todas las precauciones para arreglar el asunto, y sobre todo para que su esposo no supiera la desgracia. Y tal maña se dio, que pudo conseguirlo. Transcurrieron dos meses, y aquella mujer acabó por encontrarme, y no dejaba de hacerme regalitos para obligarme a volver a la casa. Pero cuando volví no se habló para nada de la cosa, y siguieron ocultándoselo al padre, que seguramente me habría matado, y ni la madre ni nadie me deseaba mal alguno, pues todos me querían mucho.

Dos meses después la madre consiguió poner en relaciones a su hija con un joven barbero, que era el barbero de su padre, y con tal motivo iba mucho a casa. Y la madre le dio una buena dote de su peculio particular y le hizo un buen equipo. Enseguida llamaron al barbero, que se presentó con todos los instrumentos. Y el barbero me ató y me cortó los compañones, convirtiéndome en eunuco. Y se celebró la ceremonia del casamiento, y yo quedé de eunuco de mi amita, y desde entonces tuve que ir precediéndola por todas partes, cuando iba al zoco, o cuando iba de visitas o a casa de su padre. Y la madre hizo las cosas tan discretamente, que nadie supo nada de la historia, ni el novio, ni los parientes, ni los amigos. Y para hacer creer a los invitados en la virginidad de la novia, degolló un pichón, tiñó con sangre la camisa de la recién casada, y según costumbre, hizo pasear esta camisa al acabar la noche por la sala de reuniones, por delante de todas las mujeres invitadas, que lloraron de emoción.

Desde entonces viví con mi amita en casa de su marido el barbero. Y así pude deleitarme impunemente y en la medida de mis fuerzas con la hermosura y las perfecciones de aquel cuerpo delicioso, pues aunque había perdido otras cosas, me quedaba el zib. De modo que sin peligro, y sin despertar sospechas pude seguir besando y abrazando a mi ama, hasta que murieron ella, su marido y sus padres. Entonces pasaron a mí todos los bienes, y llegué a ser eunuco de palacio, igual que vosotros, ¡oh mis hermanos negros! Tal es la causa de que me castraran. Y ahora, la paz sea con vosotros".

Dicho lo que antecede, el negro Sauab se calló, y el segundo negro, Kafur, tomó la palabra y dijo:

HISTORIA DEL NEGRO KAFUR, SEGUNDO EUNUCO SUDANÉS

Sabed, ¡Oh mis hermanos! que cuando sólo tenía ocho años de edad era ya tan experto en el arte de mentir, que cada año soltaba una mentira tan gorda que a mi amo el mercader se le arrugaba el ano y se caía de espaldas. Así es que el mercader quiso deshacerse de mí cuanto antes, y me puso en manos del pregonero, para que anunciase mi venta en el zoco, diciendo: "¿Quién quiere comprar un negrito con todo su vicio?" Y el pregonero me llevó por todos los zocos, diciendo lo que le habían encargado. Y un buen hombre de entre los mercaderes del zoco no tardó en acercarse, y preguntó al pregonero: "¿Cuál es el vicio de este negrito?" Y el otro contestó: "El de decir una sola mentira cada año". Y el mercader insistió: "¿Y qué precio piden por ese negrito con su vicio?" A lo cual contestó el pregonero: "Sólo seiscientos dracmas". Y dijo el mercader: "Lo tomo, y te doy veinte dracmas de corretaje".

Y en el acto se reunieron los testigos de la venta y se hizo el contrato entre el pregonero y el mercader. Entonces el pregonero me llevó a la casa de mi nuevo amo, cobró el precio de la venta y el corretaje, y se marchó.

Mi amo me vistió decentemente con ropa a mi medida, y permanecí en su casa el resto del año, sin que ocurriera ningún incidente. Pero empezó otro año y se anunció como bendito en cuanto a la recolección y la fertilidad. Los mercaderes le festejaban con banquetes en los jardines, y cada uno pagaba a su vez los gastos del convite, hasta que le tocó a mi amo. Entonces mi amo invitó a los mercaderes a comer en un jardín de las afueras de la ciudad, y mandó llevar allí comestibles y bebidas en abundancia, y todos estuvieron comiendo y bebiendo desde por la mañana hasta el mediodía. Pero entonces recordó mi amo que había dejado olvidada una cosa, y me dijo: "¡Oh mi esclavo! monta en la mula, ve a casa para pedirle a tu ama tal cosa, y vuelve enseguida". Yo obedecí la orden y me dirigí apresuradamente a la casa.

Y al llegar cerca de ella empecé a dar agudos chillidos y a verter abundantes lagrimones. Y me rodeó un gran grupo de vecinos de la calle y del barrio, grandes y chicos. Y las mujeres, asomándose a las puertas y ventanas, me miraban asustadas, y mi ama, que oyó mis gritos, bajó a abrirme, acompañada de sus hijas.

Y todas me preguntaron qué ocurría. Y yo contesté llorando: "Mi amo estaba en el jardín con los convidados, se ausentó para evacuar una necesidad junto a la pared, y la pared se vino abajo, sepultándole entre los escombros. Y yo he montado enseguida en la mula, y he venido a todo correr a enteraros de la desgracia". Cuando la mujer y las hijas oyeron mis palabras se pusieron a dar agudos gritos, a desgarrarse los vestidos y a darse golpes en la cara y en la cabeza, y todos los vecinos acudieron y las rodearon. Después, mi ama, en señal de luto (como suele hacerse cuando muere inesperadamente el cabeza de familia), empezó a destrozar la casa, a destruir muebles, a tirarlos por las ventanas, a romper todo lo rompible y arrancar las ventanas y puertas. Luego mandó pintar de azul las paredes y echar encima de ellas paletadas de barro.

Y me dijo: "¡Miserable Kafur! ¿Qué haces ahí inmóvil? Ven a ayudarme a romper estos armarios, a destruir estos utensilios y hacer trizas esta vajilla". Y yo, sin esperar a que me lo dijera dos veces, me apresuré a destrozarlo todo, armarios, muebles y cristalerías; quemé alfombras, camas, cortinas y almohadones, y después la emprendí con la casa, asolando techos y paredes. Y entretanto, no dejaba de lamentarme y de clamar: "¡Pobre amo mío! ¡Ay mi desgraciado amo!

Después mi ama y sus hijas se quitaron los velos, y con la cara descubierta y todo el pelo suelto, salieron a la calle. Y me dijeron: "¡Oh Kafur! Ve adelante de nosotras para enseñarnos el camino. Llévanos al sitio en que tu amo quedó sepultado bajo los escombros. Porque hemos de colocar su cadáver en el féretro, llevarlo a casa y celebrar los debidos funerales". Y yo eché a andar delante de ellas, gritando: "¡Oh mi pobre amo!" Y todo el mundo nos seguía. Y las mujeres llevaban descubierto el rostro y la cabellera desmelenada. Y todas gemían y gritaban, llenas de desesperación. Poco a poco se aumentó la comitiva con todos los vecinos de las calles que atravesábamos, hombres, mujeres, niños, muchachas y viejas. Y todos se golpeaban la cara y lloraban desesperadamente. Y yo me divertía haciéndoles dar la vuelta a la ciudad y atravesar todas las calles, y los transeúntes preguntaban la causa de todo aquello y se les contaba lo que me habían oído decir, y entonces clamaban: "¡No hay fuerza ni poder más que en Alah, Altísimo, Omnipotente!"

Y alguien aconsejó a mi ama que fuese a casa del walí y le refiriese lo ocurrido.

Y todos marcharon a casa del walí, mientras que yo pretextaba que me iba al jardín en cuyas ruinas estaba sepultado mi amo".

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 39ª NOCHE

Ella dijo: He llegado a saber ¡oh rey afortunado!, que el eunuco Kafur prosiguió de este modo el relato de su historia:

Entonces corrí al jardín, mientras que las mujeres y todos los demás se dirigían a casa del walí para contarle lo ocurrido. Y el walí se levantó y montó a caballo, llevando consigo peones que iban cargados de herramientas, sacos y canastos, y todo el mundo emprendió el camino del jardín siguiendo las indicaciones que yo había suministrado.

Y yo me cubrí de tierra la cabeza, empecé a golpearme la cara y llegué al jardín gritando: "¡Ay mi pobre ama! ¡Ay mis pobres amitas! ¡Ay! ¡Desdichados de todos nosotros!" Y así me presenté entre los comensales. Cuando mi amo me vio de aquella manera, cubierta la cabeza de tierra, aporreada la cara y gritando: ¡Ay! ¿Quién me recogerá ahora? ¿Qué mujer será tan buena para mí como mi pobre ama?", cambió de color, le palideció la tez, y me dijo:

"¿Qué te pasa, ¡oh Kafur!? ¿Qué ha ocurrido? Dime".

Y yo le contesté: ¡Oh amo mío! Cuando me mandaste que fuera a casa a pedirle tal cosa a mi ama, llegué y vi que la casa se había derrumbado, sepultando entre los escombros a mi ama y a sus hijas". Y mi amo gritó entonces: "¿Pero no se ha podido salvar tu ama?" Y yo dije: "Nadie se ha salvado, y la primera en sucumbir ha sido mi pobre ama".

Y me volvió a preguntar: "¿Pero y la más pequeña de mis hijas tampoco se ha salvado?" Y contesté: "Tampoco". Y me dijo: "¿Y la mula, la que yo suelo montar, tampoco se ha salvado?" Y dije: "No, ¡oh amo mío! porque las paredes de la casa y las de las cuadras se han derrumbado encima de todo lo que había en la casa, sin excluir a los carneros, los gansos y las gallinas. Todo se ha convertido en una masa informe debajo de las ruinas. Nada queda ya". Y volvió a preguntarme: "¿Ni siquiera el mayor de mis hijos?"

Y respondí: "¡Ay! ni siquiera ése. No ha quedado nadie con vida. Ya no hay casa ni habitantes. Ni siquiera quedan ya rastros de ello. En cuanto a los carneros, los gansos y las gallinas, deben ser en este momento pasto de los perros y los gatos".

Cuando mi amo oyó estas palabras, la luz se transformó para él en tinieblas; quedó privado de toda voluntad; las piernas no le podían sostener; se le paralizaron los músculos y se le encorvó la espalda. Después empezó a desgarrarse la ropa, a mesarse las barbas, a abofetearse y a quitarse el turbante. Y no dejó de darse golpes, hasta que se le ensangrentó todo el rostro. Y gritaba: "¡Ay mi mujer! ¡Ay mis hijos! ¡Qué horror! ¡Qué desdicha! ¿Habrá otra desgracia semejante a la mía?" Y todos los mercaderes se lamentaban y lloraban como él para expresarle su pesar, y se desgarraban las ropas.

Entonces mi amo salió del jardín seguido de todos los convidados, y no cesaba de darse golpes, principalmente en el rostro, andando como si estuviera borracho. Pero apenas había traspuesto la puerta del jardín, vio una gran polvareda y oyó gritos desaforados. Y no tardó en ver aparecer al walí con toda su comitiva, seguido de las mujeres y vecinos del barrio y de cuantos transeúntes se habían unido a ellos en el camino, movidos por la curiosidad. Y todo el gentío lloraba y se lamentaba.

La primera persona con quien se encontró mi amo fue con su esposa, y detrás de ella vio a todos sus hijos. Y al verlos se quedó estupefacto, como si perdiera la razón, y luego se echó a reír, y su familia se arrojó en sus brazos y se colgó a su cuello.

Y llorando decían: "¡Oh padre! ¡Alah sea bendito por haberte librado!" Y él les preguntó: "¿Y vosotros? ¿Qué os ha ocurrido?" Su mujer le dijo: "¡Bendito sea Alah, que nos permite volver a ver tu cara, sin ningún peligro! ¿Pero cómo lo has hecho para salvarte de entre los escombros? Nosotros ya ves que estamos perfectamente. Y a no ser por la terrible noticia que nos anunció Kafur, tampoco habría pasado nada en casa". Y mi amo exclamó: "¿Pero qué noticia es esa?" Y su mujer dijo: "Kafur llegó con la cabeza descubierta y la ropa desgarrada, gritando: "¡Oh mi pobre amo! ¡Oh mi desdichado amo!" Y le preguntamos: "¿Qué ocurre?, ¡Oh Kafur!?" Y nos dijo: "Mi amo se había acurrucado junto a una pared para evacuar una necesidad, cuando de pronto la pared se derrumbó y le enterró vivo".

Entonces dijo mi amo: "¡Por Alah! Pero si Kafur acaba de venir ahora mismo gritando: "¡Ay mi ama! ¡Ay los pobres hijos de mi ama!" Y le he preguntado: "¿Qué ocurre, oh Kafur?" Y me ha dicho: "Mi ama, con todos sus hijos, acaba de perecer debajo de las ruinas de la casa".

Inmediatamente mi amo se volvió hacia donde estaba yo y vio que seguía echándome polvo sobre la cabeza, y desgarrándome la ropa, y tirando el turbante. Y dando una voz terrible, me mandó que me acercara.

Al acercarme me dijo: "¡Ah miserable esclavo! ¡Negro de mal agüero! ¡Hijo de una zorra y mil perros! ¡Maldito y de raza maldita! ¿Por qué has ocasionado tanto trastorno? ¡Por Alah que he de castigar tu crimen según se merece! Te he de arrancar la piel de la carne, y la carne de los huesos".

Y yo contesté resueltamente: "¡Por Alah! que no me has de hacer ningún daño, pues me compraste con mi vicio, y como fue ante testigos, declararán que sabías mi vicio de decir una mentira cada año, y así lo anunció el pregonero. Pero he de advertirte que todo lo que acabo de hacer no ha sido más que media mentira y me reservo el derecho de soltar la otra mitad que me corresponde decir antes que acabe el año".

Mi amo, al oírme, exclamó: "¡Oh tú, el más vil y maldito de todos los negros! ¿Conque lo que acabas de hacer no es más que la mitad de una mentira? ¡Pues valiente calamidad la que tú eres! ¡Vete, oh perro, hijo de perro, te despido! Ya estás libre de toda esclavitud". Y yo dije: "¡Por Alah! que podrás echarme, ¡oh mi amo! pero yo no me voy. De ninguna manera. He de soltar antes la otra mitad de la mentira. Y esto será antes de que acabe el año. Entonces me podrás llevar al zoco para venderme con mi vicio. Pero antes no me puedes abandonar, pues no tengo oficio de qué vivir. Y cuanto te digo es cosa muy legal, y legalmente reconocida por los jueces cuando me compraste".

Y mientras tanto, los vecinos que habían venido para asistir a los funerales se preguntaban qué era lo que pasaba. Entonces les enteraron de todo, lo mismo que al walí, a los mercaderes y a los amigos, explicándoles la mentira que yo había inventado. Y cuando les dijeron que todo aquello no era más que la mitad, llegaron todos al límite de la estupefacción, juzgando que aquella mitad era ya de suyo bastante enorme. Y me maldijeron, y me brindaron toda clase de insultos, a cual peor de todos. Y yo seguía riéndome, y ,decía: "No tenéis razón en reconvenirme, pues me compraron con mi vicio".

Y así llegamos a la calle en que vivía mi amo, y vio que su casa no era más que un montón de ruinas. Y entonces se enteró de que yo había contribuido a destruirla, pues le dijo su mujer; "Kafur ha roto todos los muebles, y los jarrones, y la cristalería, y ha hecho pedazos cuanto ha podido". Y llegando al límite del furor, exclamó: "¡En mi vida he visto un hijo de zorra como este miserable negro! ¡Y aun dice que no es más que la mitad de un embuste! ¿Pues qué sería una mentira completa? ¡Lo menos la destrucción de una o dos ciudades!"

E inmediatamente me llevaron a casa del walí, que me mandó dar tan soberana paliza, que me desmayé. Y encontrándome en tal estado, mandaron llamar a un barbero, que con sus instrumentos me castró del todo y cauterizó la herida con un hierro candente. Y al despertar me enteré de lo que me faltaba y de que me habían hecho eunuco para toda mi vida.

Entonces mi amo me dijo: "Así como tú me has abrasado el corazón queriendo arrebatarme lo que más quería, así te lo quemo yo a ti, quitándote lo que querías más". Después me llevó consigo al zoco, y me vendió por más precio, puesto que yo había encarecido al convertirme en eunuco.

Desde entonces he causado la discordia y el trastorno en todas las casas en que entré como eunuco, y he ido pasando de un amo a otro, de un emir a un emir, de un notable a un notable, según la venta y la compra, hasta ser propiedad del mismo Emir de los Creyentes. Pero he perdido mucho, y mis fuerzas disminuyeron desde que me quedé sin lo que me falta.

Y tal es, ¡oh hermanos! la causa de mi castración. He aquí que se ha terminado mi historia. ¡Uassalam!"

Y los otros dos negros, oído el relato de Kafur, empezaron a reírse y a burlarse de él, diciendo: "Eres todo un bribón, hijo de bribón. Y tu mentira fue una mentira formidable".

Después el tercer negro, llamado Bakhita, tomó la palabra, y dirigiéndose a sus compañeros dijo:

HISTORIA DEL NEGRO BAKHITA, TERCER EUNUCO SUDANÉS

Sabed, ¡Oh hijos de mi tío! que cuanto acabamos de oír es inocente y vano. Os voy a contar la causa de haberme quedado capón y veréis que merecí peor castigo, pues he poseído a mi ama y he fornicado con el hijo de mi ama. Pero los detalles del fornicio son tan extraordinarios, tan prolijos en incidentes, que ahora sería muy largo su relato, pues he aquí, ¡Oh primos míos! que se aproxima la mañana y nos va a sorprender la luz antes de abrir el hoyo y enterrar el cajón que hemos traído, y acaso nos comprometamos seriamente y nos expongamos a perder nuestras almas; de modo que hagamos el trabajo para el cual nos han enviado aquí, y después comenzaré a contaros los pormenores de mi fornicio y mi castración".

Dicho esto, se levantó el negro Bakhita, y con él los otros dos, que ya habían descansado, y entre los tres, alumbrados por la linterna, se pusieron a cavar un hoyo. Cavaban Kafur y Bakhita, mientras que Sauab recogía la tierra en un capazo y la echaba fuera. Y así abrieron el hoyo, y luego de depositar en él el cajón lo taparon con tierra y apisonaron el suelo. Recogieron las herramientas y el farol, salieron de la turbeh, cerraron la puerta y se alejaron rápidamente.

Y Ghanem ben-Ayub, que lo había oído todo desde lo alto de la palmera, vio cómo desaparecían a lo lejos. Y cuando pasó un gran rato, empezó a preocuparle lo que pudiera contener aquel cajón. Pero no se atrevió a bajar de la palmera, y aguardó a que brillase la primera claridad del alba. Entonces descendió de la palmera y empezó a cavar la tierra con las manos, no cesando hasta que logró sacar el cajón después de grandes esfuerzos.

Cogió entonces una piedra y rompió el candado con que estaba cerrado el cajón. Y al levantar la tapa vio a una joven que parecía dormida, pues la respiración movía acompasadamente su pecho. Estaba indudablemente bajo la influencia del banj.

Era de una sin igual hermosura, con una tez delicada, suave y deliciosa. Estaba cubierta de alhajas, llevaba al cuello un collar de oro con gemas preciosas, en las orejas, arracadas de una sola piedra inapreciable, y en los tobillos y en las muñecas unas pulseras de oro cuajadas de brillantes. Aquello debía valer más que todo el reino del sultán.

Cuando Ghanem reconoció bien a la hermosa joven, y se cercioró de que no había sufrido ninguna violencia de los eunucos que hasta allí la habían llevado para enterrarla viva, se inclinó hacia ella, la cogió en brazos y la depositó suavemente en el suelo. Y al respirar la joven el aire vivificador, adquirió su rostro nueva vida, exhaló un gran suspiro, tosió, y con estos movimientos se le cayó de la boca un pedazo de banj capaz de adormecer a un elefante dos noches seguidas.

Entonces entreabrió los ojos, ¡unos ojos adorables! y dominada todavía por el banj, exclamó con una voz llena de dulzura: "¿Dónde estás, Riha? ¿No ves que tengo sed? ¡Tráeme un refresco! ¿Y tú, Zahra, dónde estás? ¿Y Sabiha? ¿Y Schagarad Al-Dorr? ¿Y Nur Al-Hada? ¿Y Nagma? ¿Y Subhia? ¿Y tú sobre todo, Nozha, oh dulce y gentil Nozha? ¿En dónde estáis que no me respondéis?"

Y como nadie contestaba, la joven acabó por abrir completamente los ojos y miró en torno suyo. Y aterrada, clamó de este modo:

¿Quién me habrá sacado de mi palacio para traerme entre estos sepulcros? ¿Que criatura podrá saber jamás lo que se oculta en el fondo de los corazones?

¡Oh tu Retribuidor, que conoces los secretos más escondidos: tú sabrás distinguir a los buenos y a los malos el día, de la Resurrección!

Y Ghanem, que seguía de pie, avanzó algunos pasos y dijo: "¡Oh soberana de la hermosura, cuyo nombre debe ser más dulce que el jugo del dátil, y cuya cintura es más flexible que la rama de la palmera! ¡Yo soy Ghanem ben-Ayub, y aquí no hay en realidad palacios ni tumbas, sino un esclavo tuyo, que soy yo, y a quien el Clemente sin límites puso cerca de ti para librarte de todo mal y resguardarte de todo dolor! Acaso así, ¡oh la más deseada! te dignes mirarme con agrado".

Y la joven, en cuanto se cercioró de la realidad de cuanto veía, dijo: "¡No hay más Dios que Alah, y Mahomed es el enviado de Alah!" Después se volvió hacia Ghanem, le miró con sus ojos resplandecientes, y puesta la mano en el corazón dijo con su voz deliciosa: "¡Oh favorable joven! ¡Aquí me tienes, despertando entre lo desconocido! ¿Puedes decirme quién me ha traído hasta aquí?

Y Ghanem respondió: "¡Oh señora mía! Te han traído tres negros eunucos y te traían metida en un cajón". Y le contó toda la historia: cómo le había sorprendido la noche fuera de la ciudad, cómo había sacado a la joven del cajón, y cómo, a no ser por él, habría perecido ahogada bajo la tierra.

Después le rogó que le contase su historia y el motivo de su aventura. Pero ella dijo: "¡Oh joven! ¡Glorificado sea Alah, que me ha puesto en manos de un hombre como tú! Pero ahora te ruego que me ocultes en el cajón y vayas en busca de alguien que pueda llevarlo a tu casa. Allí verás cuán provechoso es para ti, pues tendrás toda clase de delicias. Y te podré contar mi historia, y ponerte al corriente de mis aventuras".

Y Ghanem quedó encantado al oírla, y salió inmediatamente en busca de un arriero, y como era entrado el día y brillaba el sol en todo su esplendor, la cosa no fue difícil. Volvió, pues, enseguida con un arriero, y como había cuidado de meter a la joven en el cajón, le ayudó a cargarlo en el mulo, y emprendieron a toda prisa el camino de su casa. Y durante el viaje comprendió Ghanem que el amor a la joven había penetrado en su corazón, y se vio en el límite de la dicha al pensar que pronto sería suya aquella hermosura que vendida en el zoco habría valido diez mil dinares de oro, y que llevaba encima incalculables riquezas en joyas, pedrería y telas preciosas. Y estos pensamientos tan gratos hacían que sintiera impaciencia por llegar cuanto antes. Y al fin llegó, y él mismo ayudó al arriero con el cajón y llevarlo al interior de la casa.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana la mañana, y discretamente interrumpió su relato.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 40ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado!, que Ghanem llegó sin contratiempo a su casa, abrió el cajón y ayudó a salir a la joven. Esta examinó la casa, y vio que era muy hermosa, con alfombras de vivos y alegres matices, tapices de mil colores que alegraban la vista, y muebles preciosos, y otras muchas cosas. Y vio también muchos fardos de mercancías y paños de gran valor, y pilas de sedería y brocados, y jarrones llenos de vejigas de almizcle. Entonces comprendió que Ghanem era un mercader de los principales, dueño de numerosas riquezas. Quitóse el velillo con que había cuidado de taparse el rostro, y miró atentamente al joven Ghanem. Y le pareció muy hermoso, y le amó y le dijo: "¡Oh Ghanem! Ya ves que delante de ti yo me descubro. Pero tengo mucho apetito, y te ruego que me traigas algo de comer". Y Ghanem contestó: "¡Sobre mi cabeza y mis ojos!"

Y corrió al zoco, compró un cordero asado, una bandeja de pasteles en casa del confitero Hadj Soleimán, el más ilustre de los confiteros de Bagdad, otra bandeja de halaua y almendras, alfónsigos y frutas de todas clases, y cántaros de vino añejo, y por último, flores de todas clases. Lo llevó a su casa, puso la fruta en grandes copas de porcelana y las flores en preciosos jarrones, y todo lo colocó delante de la joven. Entonces ésta le sonrió, y se arrimó mucho a él, y le echó los brazos al cuello, le besó y le hizo mil caricias, y le dijo frases llenas de cariño. Y Ghanem sintió que el amor penetraba cada vez más en su cuerpo y en su corazón.

Después ambos se dedicaron a comer y beber, y se amaron, por ser los dos de la misma edad y de igual belleza. Cuando llegó la noche, se levantó Ghanem y encendió lámparas y candelabros, pero más que la luz de las bujías iluminaba la sala el resplandor de sus rostros. Luego trajo instrumentos musicales, y fue a sentarse al lado de la joven, y siguió bebiendo y jugando con ella juegos muy agradables, riendo muy dichoso y cantando canciones apasionadas y versos inspirados. Y así fue aumentando la pasión que se tenían. ¡Bendito y glorificado sea Aquel que une los corazones y junta a los enamorados!

Y no cesaron los juegos hasta que apareció la aurora, y como el sueño había acabado por pesar sobre sus párpados, se durmieron uno en brazos de otro, pero sin hacer aquel día nada definitivo.

Apenas se despertó, Ghanem corrió al zoco para comprar viandas, legumbres, frutas, flores y vinos, y todo lo necesario para pasar el día. Lo llevó a casa, se sentó al lado de la joven y se pusieron a comer muy a gusto, hasta saciarse. Después llevó Ghanem bebidas, y empezaron a beber, hasta que se colorearon sus mejillas y sus ojos se pusieron más negros y brillantes.

Entonces el alma de Ghanem deseó besar a la joven y acostarse con ella. Y le dijo: "¡Oh soberana mía! Permíteme que te bese en la boca, para que refresque el fuego de mis entrañas".

Y ella contestó: "¡Oh Ghanem! aguarda a que esté ebria. y entonces permitiré que me beses la boca, pues no me daré cuenta de lo que hagan tus labios". Y como empezaba a embriagarse, se puso de pie, se despojó de sus ropas, y sólo dejó sobre su cuerpo una camisa transparente y sobre sus cabellos un finísimo velo de seda blanca con lentejuelas de oro.

Al verla así, creció el deseo de Ghanem, y dijo: "¡Oh dueña mía, permíteme gustar tu boca!"

Y la joven contestó: "¡Por Alah! Eso no te lo puedo permitir, a pesar de que te amo, pues me lo impide una cosa que está escrita en la cinta de mi calzón, y que no puedo enseñarte ahora". Pero Ghanem, por la misma dificultad con que tropezaba, sintió que los deseos se desbordaban en su corazón, y acompañándose con el laúd, cantó estas estrofas:

¡Imploré un beso de su boca; de su boca, tormento de mi corazón; un beso que curase mi enfermedad!

Y me dijo: ¡Oh no! ¡Eso nunca! Y yo dije:"!Pues ha de ser!"

Y ella contestó: "!Un beso! ¡Eso ha de darse voluntariamente! ¿Me darías a la fuerza un beso en mis labios sonrientes?"

Y le dije:"!No creas que un beso dado a la fuerza carece de voluptuosidad!" Y me respondió ¡Un beso a la fuerza, no sabe bien más que en la boca de las pastoras de la montaña!

Y después que hubo cantado, sintió Ghanem que aumentaba su locura, y sus transportes, y el fuego de sus entrañas. Y la joven nada le concedía, aunque no dejaba de expresarle que compartía su pasión.

Y así siguieron hasta que se hizo de noche: Ghanem enormemente excitado, y ella sin acceder.

Por fin, Ghanem se levantó y encendió las lámparas, alumbrando espléndidamente el salón, y fue a echarse a los pies de la joven. Y pegó los labios a aquellos pies tan maravillosos, que le parecieron dulces como la leche y tiernos como la manteca. Y luego subió hasta las piernas, y aun más arriba, entre los muslos. Y parecía comerse toda aquella carne sabrosa, que olía a almizcle, a rosa y a jazmín. Y la joven se estremecía toda, como se estremece la gallina dócil agitando las alas.

Y Ghanem gritó enloquecido: "¡Oh dueña mía! ¡Ten piedad de este esclavo tuyo, vencido por tus ojos, muerto por tu carne! Desde que viniste he perdido la tranquilidad". Y sintió que las lágrimas bañaban sus ojos.

Entonces la joven contestó: "¡Por Alah! ¡Oh dueño mío, oh luz de mis ojos! ¡Te quiero con toda la pulpa de mi carne! Pero sabe que nunca podré entregarme a ti, ni que me poseas del todo". Y Ghanem exclamó: "¿Y quién te lo impide?" Y ella dijo: "Esta noche te explicaré el motivo, y entonces me disculparás". Pero al hablar así, se dejó caer a su lado, y le echó los brazos al cuello, y le dio millares de besos, prometiéndole mil locuras. Y estos juegos duraron hasta el amanecer, pero la joven nada dijo respecto a la causa que le impedía entregarse.

Siguieron haciendo las mismas cosas incompletas todos los días y todas las noches, durante un mes. Y su amor aumentaba. Pero cierta noche entre las noches, estando tendido Ghanem al lado de la joven, ebrios de vino y de excitación, Ghanem aventuró la mano por debajo de la fina camisa, y pasándola suavemente por el vientre de la joven, le acariciaba la piel, que se estremecía a cada contacto. Luego deslizó la mano lentamente hasta el ombligo, que se abría como una copa de cristal, y con los dedos le hizo cosquillas en los armoniosos pliegues. Y la joven se estremeció toda, y se incorporó bruscamente, repuesta de su embriaguez, y llevándose la mano al calzón, vio que estaba bien sujeto con la cinta de borlas de oro. Ya tranquilizada, se quedó otra vez medio dormida. Y Ghanem paseó de nuevo su mano a lo largo de aquel vientre juvenil, aquella maravilla de carne, y llegó a la cinta del calzón, y tiró de ella rápidamente para libertar de su prisión al jardín de delicias.

Pero la joven se despertó entonces, se sentó en la cama, y dijo a Ghanem: "¿Qué intentas, oh luz de mis entrañas?" Y él respondió: "Poseerte, amor mío, tenerte por completo, ver cómo compartes mis delicias". Y ella contestó: "Escúchame, ¡oh Ghanem! Voy a explicarte al fin mi situación, revelándote mi secreto. Ahora comprenderás por qué me he resistido a que me atravesaras deliciosamente con tu virilidad". Y Ghanem dijo: "Te escucho".

Y la joven, recogiéndose un poco la camisa, sacó la cinta del calzón y dijo: "¡Oh mi señor! lee lo que ahí está escrito".

Y Ghanem cogió el extremo de la cinta, y en la trama vio bordadas unas letras de oro que decían: "¡Soy tuya y tú eres mío, descendiente del tío del profeta!"

Y al leer estas palabras bordadas con letras de oro en el extremo de la cinta, retiró enseguida la mano y dijo: "Explícate qué significa todo esto".

Y la joven dijo:

"Sabe, ¡oh mi señor! que soy la favorita del califa Harún AlRaschid. Las palabras escritas en la cinta de mi calzón prueban que pertenezco al Emir de los Creyentes, al cual debo reservar el sabor de mis labios y el misterio de mi carne. Me llamo Kuat Al- Kulub, y desde mi infancia me criaron en el palacio del califa. Llegué a ser tan hermosa, que el califa se fijó en mí y comprobó mis perfecciones debidas a la generosidad del Señor. Y le impresionó tanto mi belleza, que sintió un gran amor hacia mí, y me destinó un aposento en palacio para mí sola, poniendo a mis órdenes diez esclavas muy simpáticas y serviciales. Y me regaló todas las alhajas y joyas con que me encontraste en el cajón. Y me prefirió a todas las mujeres de palacio, y hasta olvidó a su esposa El Sett-Zobeida. Así es que Sett-Zobeida me tomó un odio inmenso.

Habiéndose ausentado un día el califa para luchar con uno de sus lugartenientes que se había rebelado, se aprovechó de ello Zobeida para combinar un plan contra mí. Sobornó a una de mis doncellas, y llamándola un día a sus habitaciones, le dijo: "Cuando tu señora Kuat Al-Kulub esté durmiendo, le pondrás en la boca este pedazo de banj, después de haberle echado otra dosis en la bebida. Si lo haces te recompensaré, y te daré la libertad y muchas riquezas". Y la esclava, que antes lo había sido de Zobeida, contestó: "Lo haré, porque la adhesión que te tengo es tan grande como mi cariño". Y muy alegre por la recompensa que la aguardaba, vino a mi aposento y me dio una bebida compuesta con banj. Y apenas la hube probado, caí en tierra, y me dieron convulsiones, y me sentí transportada a otro mundo. Y al verme dormida, fue la esclava a buscar a Sett- Zobeida, que me metió en ese cajón y mandó llamar a los tres eunucos. Y los gratificó espléndidamente, lo mismo que a los porteros del palacio. Y así me sacaron de noche para llevarme a la turbeh, adonde Alah te había conducido. Porque a ti, ¡oh amor de mis ojos! debo el haberme salvado de la muerte. Y también gracias a ti me encuentro en esta casa tan generosa.

Pero lo que más me preocupa es lo que el califa haya pensado al volver y no encontrarme. Y también me atormenta no poder entregarme a ti completamente, a pesar de sentirte palpitar en mis entrañas. Y todo por estar sujeta por lo que dice esta cinta de oro. Tal es mi historia. Ahora sólo te pido discreción y que nadie conozca mi secreto".

Cuando Ghanem hubo oído la historia de Kuat-Al-Kulub, y supo que era favorita y propiedad del Emir de los Creyentes, retrocedió hasta el fondo de la sala y ya no se atrevió a levantar sus miradas hacia la joven, pues se había convertido para él en cosa sagrada.

Y así fue a sentarse en un rincón y comenzó a reconvenirse, pensando cuán poco le había faltado para ser un criminal y lo audaz que había sido sólo con tocar la piel de Kuat. Y comprendió lo imposible de su amor, y cuán desgraciado era. Y acusó al Destino por los golpes tan injustos que le reservaba. Pero no dejó de someterse a los designios de Alah, y dijo:

"¡Glorificado sea Aquel que tiene razones para herir con el dolor el corazón de los buenos y apartar la aflicción del corazón de los viles! “Y después recitó estos versos del poeta:

¡El corazón enamorado, no disfrutará la alegría del reposo mientras lo posea el amor!

¡El enamorado no tendrá segura su razón mientras viva la belleza en la mujer!

Me han preguntado: "¿Qué es el amor?" Y yo he dicho: "¡El amor es un dulce de sabroso jugo, pero de pasta amarga!"

Entonces la joven se acercó a Ghanem, le estrechó contra su seno, le besó, y por todos los medios, menos uno, procuró consolarle. Pero Ghanem ya no se atrevía a corresponder a las caricias de la favorita del Emir. Se sometía a lo que ella le hiciese, pero sin devolver beso por beso ni abrazo por abrazo. Y la favorita, que no esperaba este cambio tan rápido, al ver a Ghanem tan excitado antes y ahora tan respetuoso y tan frío, multiplicó sus caricias. Y con la mano quiso iniciarle a que compartiese su pasión, que se encendía más cada vez con aquel apartamiento.

Y así les sorprendió la mañana. Ghanem se apresuró a marchar al zoco, para comprar las provisiones del día. Y permaneció allí una hora comprando mejores cosas que los demás días, por haberse enterado del rango de su invitada. Compró todas las flores del mercado, los mejores carneros, los pasteles más frescos, los dulces más finos, los panes más dorados, las cremas más exquisitas y las frutas más sabrosas, y todo lo llevó a la casa y se lo presentó a Kuat Al-Kulub. Pero apenas le vio, corrió a él la joven, y llena de deseos, restregó su cuerpo contra el suyo, le miró con ojos negros de pasión y húmedos de ansiedad, y le sonrió insinuante, diciéndole: "¡Cuánto has tardado, querido mío, deseado de mi corazón! ¡Por Alah! La hora de tu ausencia me ha parecido un año. Comprendo que ya no me puedo reprimir. Mi pasión ha llegado a su límite, y me consume toda. ¡Oh Ghanem! ¡Cógeme! ¡Poséeme! ¡Me muero!"

Pero Ghanem se resistió, y le dijo: "¡Alah me libre, mi buena señora! ¿Cómo el perro ha de usurpar el sitio del león? ¡Lo que es del amo no puede pertenecer al esclavo!" Y se escapó de entre las manos de la joven, y se acurrucó en un rincón, muy triste y preocupado. Pero ella fue a cogerle de la mano, y le llevó a la alfombra, obligándole a sentarse a su lado y a comer y a beber con ella. Y tanto le dio de beber, que le embriagó, y entonces ella se echó encima de él, y se pegó a su cuerpo, y ¡quién sabe lo que haría con Ghanem sin que él se enterase!

Luego cogió el laúd, y cantó estas estrofas:

¡Mi corazón está destrozado, hecho trizas! ¡Rechazado en mi amor ¿podré vivir así mucho tiempo?

¡Oh tú, amigo, que huyes como la gacela sin que yo sepa la causa ni haya cometido delito! ¿Ignoras que la gacela se vuelve a veces para mirar?

¡Ausencia! ¡Separación! ¡Todo se ha juntado contra mí! ¿Podrá soportar mucho tiempo mi corazón la pesadumbre de tanto infortunio?

Al oír estas palabras, se despertó Ghanem y lloró muy conmovido, y ella también lloró, pero no tardaron en ponerse a beber de nuevo, y estuvieron recitando poesías hasta la noche.

Y Ghanem fue a sacar los colchones de las alacenas de la pared, y se dispuso a hacer la cama. Pero en vez de hacer una, como las demás noches, cuidó de hacer dos, distante una de otra. Y Kuat AIKulub, muy contrariada, le dijo: "¿Para quién es ese segundo lecho?" Y él contestó: "Uno es para mí y otro para ti; y desde esta noche hemos de dormir de esta manera, pues lo que es del amo no puede pertenecer al esclavo, ¡oh Kuat Al-Kulub!"

Pero ella replicó:

"Amor mío, desprecia esa moral atrasada. Disfrutemos del placer que pasa junto a nosotros y que mañana ya estará lejos. Todo lo que ha de suceder, sucederá, pues cuanto escribió el Destino, tiene que cumplirse".

Pero Ghanem no quiso someterse, y Kuat Al-Kulub sintió que aumentaba su pasión, más ardiente. Y dijo: "¡Por Alah! No acabará esta "noche sin que nos hayamos acostado juntos".

Pero Ghanem contestó: "¡Líbreme Alah de ello!" Y ella suplicó: "¡Ven, Ghanem; toda mi carne se abre para ti; mi deseo te llama a gritos!

¡Ghanem de mis entrañas! ¡Toma esta boca florida, toma este cuerpo que maduraste con tu deseo!" Y Ghanem decía: "¡Alah me libre!" Y ella gritaba: "¡Oh Ghanem! ¡Toda mi piel está bañada del deseo, y mi desnudez se ofrece a tus caricias! ¡Oh Ganem! ¡El olor de mi piel es más dulce que el del jazmín! ¡Toca y huele, huele y te embriagarás!"

Pero Ghanem insistía: "Lo que es del amo no puede pertenecer al esclavo".

Entonces lloró la joven, cogió el laúd y se puso a cantar:

¡Soy hermosa y esbelta! ¿Por qué huyes de mí? ¡Nada falta a mi hermosura, pues estoy llena de maravillas! ¿Por qué me abandonas?

¡He incendiado todos los corazones y he quitado el sueño a todos los párpados! ¡Soy la flor de fuego, y nadie me ha cogido!

¡Soy una rama y las ramas han nacido para que las cojan, las ramas flexibles y floridas! ¡Yo soy una rama florida y flexible! ¿No quieres cogerme?

¡Soy una gacela, y las gacelas nacieron para la caza, las gacelas finas y amorosas! ¡Soy la gacela fina y amorosa, oh cazador! ¡Nací para tus redes! ¿Por qué no me coges en ellas?

¡Soy la flor, y las flores nacieron para ser aspiradas, las flores delicadas y olorosas! ¡Soy la flor delicada y olorosa! ¿Por qué no quieres aspirarme?

Pero Ghanem, aunque más enamorado que nunca, no quiso faltar al respeto debido al califa, y a pesar de los grandes deseos de la joven, todo siguió lo mismo durante un mes. Esto en cuanto Ghanem y a Kuat Al-Kulub, favorita del Emir de los Creyentes.

Pero en cuanto a Zobeida, he aquí que cuando el califa se ausentó hizo con su rival lo que ya se ha referido, pero después reflexionó y se dijo: "¿Qué contestaré al califa cuando al regreso me pida noticias de Kuat Al-Kulub?"

Entonces se decidió a llamar a una vieja cuyos buenos consejos le inspiraban gran confianza desde muy niña. Y le reveló su secreto, y le dijo: "¿Qué haremos ahora después de haberle pasado a Kuat Al-Kulub lo que le habrá pasado?" La vieja contestó: "Me hago cargo de todo, ¡oh mi señora! pero el tiempo apremia, porque el califa va a volver enseguida. Hay muchos medios de ocultárselo todo pero te voy a indicar el más rápido y seguro. Encarga que te hagan un maniquí de madera que simule el cadáver. Lo depositaremos en la tumba con gran ceremonia; se le encenderán candelabros y cirios a su alrededor, y mandarás a todos los de palacio, a todas tus esclavas y a las esclavas de Kuat Al-Kulub, que se vistan de luto y que pongan colgaduras negras. Y cuando venga el califa y pregunte la causa de todo esto, se le dice: "¡Oh mi señor, tu favorita Kuat Al-Kulut ha muerto en la misericordia de Alah! ¡Ojalá vivas los largos días que ella no ha vivido! Nuestra ama Zobeida le ha tributado todos los honores fúnebres, y la ha mandado enterrar en el mismo palacio, debajo de una cúpula construida expresamente".

Entonces el califa, conmovido por tus bondades, te las agradecerá mucho. Y llamará a los lectores del Corán para que velen junto a la tumba, recitando los versículos de los funerales. Y si el califa, que sabe tu poco afecto hacia Kuat Al-Kulub, sospechase y dijera para sí: "¿Quién sabe si Zobeida, la hija de mi tío, habrá hecho algo contra Kuat Al-Kulub?", y llevado de estas sospechas mandase abrir la tumba para averiguar de qué murió la favorita, tampoco debes preocuparte. Porque cuando hayan abierto la fosa, y saquen el maniquí hecho a semejanza de un hijo de Adán, y cubierto con un suntuoso sudario, si quisiera el califa levantar el sudario, no dejarás de impedírselo, y todo el mundo se lo impedirá, diciendo: "¡Oh, Emir de los Creyentes! no es lícito ver a una mujer muerta con todo el cuerpo desnudo". Y el califa acabará por convencerse de la muerte de su favorita, y la mandará enterrar de nuevo, y agradecerá tu acción. Y así, ¡cómo Alah lo quiera! te verás libre de este cuidado".

La sultana comprendió que acababa de oír un excelente consejo, y obsequió a la vieja regalándole un magnífico vestido de honor y mucho dinero, encomendándole que se encargase personalmente de la ejecución del plan. Y la vieja logró que un artífice fabricara el maniquí, y se lo llevó a Zobeida, y ambas lo vistieron con las mejores ropas de Kuat Al- Kulub.

Le pusieron un sudario riquísimo, le hicieron grandes funerales, lo colocaron en la tumba, encendieron candelabros y blandones, y tendieron alfombras para las oraciones y ceremonias acostumbradas. Y Zobeida mandó poner colgaduras negras en todo el palacio y que las esclavas vistieran de luto. Y la noticia de la muerte de Kuat Al-Kulub se extendió por todo el palacio, y todo el mundo, sin excluir a Massrur y los eunucos, lo dieron por cierto.

No tardó en regresar de su viaje el califa, y al entrar en palacio se dirigió apresuradamente a las habitaciones de Kuat Al-Kulub, que llenaba todo su pensamiento. Pero al ver a la servidumbre y a las esclavas de la favorita vestidas de luto, comenzó a temblar. Y salió a recibirle Zobeida, también de luto. Y cuando le dijera que aquello era porque había fallecido Kuat Al-Kulub, el califa cayó desmayado. Pero al volver en sí preguntó dónde estaba la tumba para ir a visitarla. Y Zóbeida dijo: "Sabe, ¡oh Emir de los Creyentes! que por consideración a Kuat Al-Kulub he querido enterrarla en este mismo palacio". Y el califa, sin quitarse la ropa del viaje, se dirigió hacia el sepulcro de Kuat Al- Kulub. Y vio los blandones y los cirios encendidos, y las alfombras tendidas alrededor. Y al ver todo esto, dio las gracias a Zobeida, encomiando su buena acción, y después regresó a palacio.

Pero, como era receloso por naturaleza, empezó a dudar y a alarmarse, y para acabar con las sospechas que le atormentaban, mandó que se abriera la tumba, y así se hizo. Pero el califa, gracias a la estratagema de Zobeida, vio el maniquí cubierto con el sudario, y creyendo que era su favorita, lo mandó enterrar de nuevo, y llamó a los sacerdotes y a los lectores del Corán, que recitaron los versículos de los funerales. Y él, mientras tanto, permanecía sentado en la alfombra llorando a lágrima viva, hasta que acabó por caer desmayado.

Y así acudieron todos durante un mes, los ministros de la religión y los lectores del Corán, mientras que él, sentándose junto a la tumba, lloraba amargamente.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, e interrumpió discretamente su relato.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 41ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el califa acudió todos los días a la tumba de su favorita durante un mes. Y el último día duraron las oraciones y la lectura del Corán desde la aurora hasta la aurora siguiente. Y entonces cada cual pudo regresar a su casa. Y el califa, rendido por la fatiga y el dolor, regresó a palacio, y no quiso ver a nadie, ni siquiera a su visir Giafar, ni a su esposa Zobeida. Y de pronto cayó en un sueño profundo, velándole dos esclavas.

Una de ellas estaba junto a la cabeza del califa y la otra a sus pies.

Pasada una hora, cuando el sueño del califa ya no fue tan profundo, oyó a la esclava que estaba junto a su cabeza decir a la que estaba a sus pies: "¡Qué desdicha, amiga Subhia!" Subhia contestó: "¿Pero qué ocurre, ¡oh hermana Nozha!?" Y Nozha dijo: "Nuestro amo debe ignorar todo lo ocurrido, cuando pasa las noches junto a una tumba donde sólo hay un pedazo de madera, un maniquí fabricado por un artífice". Y Subhia dijo: "Pues entonces, ¿qué ha sido de Kuat Al-Kulub? ¿Qué desgracia cayó sobre ella?" Nozha respondió: "Sabe, ¡oh Subhia! que me lo ha contado todo la esclava preferida de nuestra ama Zobeida. Por su encargo le dio banj a Kuat Al-Kulub, que se durmió inmediatamente, y entonces nuestra ama Zobeida la metió en un cajón, y lo entregó a los eunucos Sauab, Kafur y Bakhita para que lo enterrasen en un hoyo".

Y Subhia; llenos de lágrimas los ojos, exclamó: "¡Oh, Nozha! ¿Y nuestra dulce ama Kuat Al-Kulub habrá muerto de manera tan horrible?" Nozha contestó: "¡Alah preserve de la muerte a su juventud! Pero no ha muerto, pues Zobeida ha dicho a su esclava: "He averiguado que Kuat Al-Kulub ha podido escaparse, y que está en casa de un joven mercader de Damasco, llamado Ghanem ben-Ayub, hace ya cuatro meses.

Comprenderás ¡Oh Subhia! cuán desgraciado es nuestro señor al ignorar que vive su favorita, mientras sigue velando todas las noches junto a una tumba en que no hay ningún cadáver". Y las dos esclavas continuaron hablando durante algún tiempo, y el califa oía sus palabras.

Y cuando acabaron de hablar ya no le quedaba nada que saber al califa. Y se incorporó súbitamente dando tal grito, que las esclavas huyeron aterradas. Y sentía una ira espantosa al pensar que su favorita llevaba cuatro meses en casa del joven llamado Ghanem ben-Ayub. Y se levantó, y mandó llamar a los emires y notables, así como a su visir Giafar Al-Barmaki, que llegó apresuradamente y besó la tierra entre sus manos.

Y el califa le dijo: "¡Oh Giafar! averigua dónde vive un joven mercader llamado Ghanem ben-Ayub. Asalta su casa con mis guardias y me traes a mi favorita Kuat Al- Kulub, y también a ese insolente mancebo, para castigarle". Y Giafar contestó: "Escucho y obedezco". Y salió con una compañía de guardias, acompañándole el walí con sus dependientes, y todos juntos no dejaron de hacer pesquisas, hasta descubrir la casa de Ghanem ben-Ayub.

En aquel momento, Ghanem acababa de regresar del zoco, y estaba sentado junto a Kuat Al-Kulub, teniendo delante un hermoso carnero asado y relleno de manjares. Y lo estaban comiendo con mucho apetito. Pero al oír el ruido que armaban los de fuera, Kuat AlKulub miró por la ventana, y comprendió la desdicha que se cernía sobre ellos, pues la casa estaba cercada por los guardias, el portaalfanje, los mamalik y los jefes de la tropa, y vio a su cabeza al visir Giafar y al walí de la ciudad.

Y todos daban vueltas alrededor de la casa como lo negro de los ojos da vuelta alrededor de los párpados. Y adivinó que el califa lo había averiguado todo, y que estaría celosísimo de Ghanem, que desde hacía cuatro meses la tenía en su casa. Y al pensar estas cosas, se contrajeron sus hermosas facciones, palideció de terror, y dijo a Ghanem: "¡Oh querido mío! Ante todo piensa en tu salvación. Levántate y escapa". Y Ghanem contestó: "¡Alma mía! ¿Cómo voy a salir si está la casa cercada de enemigos?" Pero ella le vistió con un ropón viejo y roto que le llegaba a las rodillas, cogió una marmita de las de llevar carne, y se la puso en la cabeza. Colocó en la marmita pedazos de pan y unos tazones con las sobras de la comida y dijo:

"Sal sin ningún temor, pues creerán que eres el criado del fondista, y nadie te hará daño. Y en cuanto a mí, ya me las sabré arreglar, pues conozco el poder que ejerzo sobre el califa". Entonces Ghanem se apresuró a salir, y atravesó las filas de guardias y mamalik, con la marmita en la cabeza. Y no le ocurrió nada majo; porque le protegía el Único Protector que sabe guardar a los hombres bien intencionados, librándoles de los peligros y de la mala suerte.

Entonces el visir Giafar echó pie a tierra, entró en la casa y llegó hasta la sala, llena de fardos y de sederías. Mientras tanto, Kuat Al- Kulub había tenido tiempo para hermosearse y vestirse la ropa más rica con todas sus alhajas. Y se había reunido en un cajón los efectos más preciosos, las joyas y pedrerías y todas las cosas de valor. Y apenas penetró Giafar en la habitación, se puso de pie, se inclinó, besó la tierra entre sus manos, y dijo: "¡Oh mi señor! he aquí que la pluma ha escrito lo que había de escribirse por orden de Alah.

En tus manos me entrego". Y Giafar contestó: "¡Oh mi señora! El califa me ha dado orden de prender únicamente a Ghanem ben-Ayub. Dime dónde está".

Y ella dijo: "Ghanem ben-Ayub, después de empaquetar sus mejores mercancías, marchó hace algunos días a Damasco, su ciudad natal, para ver a su madre y a su hermana Fetnah. Y no sé más, ni puedo decirte otra cosa. Y este cajón que aquí ves es el mío, y he colocado lo mejor que poseo. Y espero que me lo guardes bien y lo mandes transportar al palacio del Emir de los Creyentes".

Giafar contestó: "Escucho y obedezco". Y cogió el cajón, y mandó a sus hombres que lo llevasen, y después de haber colmado de honores a Kuat Al-Kulub, le rogó que le acompañase al palacio del Emir de los Creyentes, y todos se alejaron, no sin haber saqueado antes la casa de Ghanem, según había ordenado el califa.

Cuando Giafar se presentó entre las manos de Harún Al-Raschid, le contó todo lo ocurrido, enterándole de que Ghanem se había marchado a Damasco y que la favorita se hallaba en palacio. Pero el califa estaba convencido de que Ghanem había hecho con Kuat Al-Kulub todo cuanto se puede hacer con una mujer hermosa que pertenece a otro, y ni siquiera quiso ver a Kuat Al-Kulub, y mandó a Massrur que la encerrase en un cuarto oscuro, vigilada por una vieja encargada de estas funciones.

Y envió jinetes para que buscasen por todo el mundo a Ghanem. También se lo encomendó al sultán de Damasco, su vicario Mohammad ben-Soleimán El-Zeiní, para lo cual cogió el cálamo, el tintero y un pliego de papel, y escribió la carta siguiente:

A su señoría el sultán Mohammad Ben-Soleiman El-Zeini, vicario de Damasco, de parte del Emir del los creyentes Harun Al-Rarchid, quinto califa de la gloriosa descendencia de los Beni-Abbas.

En nombre de Alah, el clemente sin límites y misericordioso.

Después de pedir noticias de tu salud, que nos es querida, y de rogar a Alah que te conserve largos días en la dilatación y el florecimiento.

Sabe, ¡oh nuestro vicario! que un joven mercader de tu ciudad llamado Ghanem ben-Ayub, ha venido a Bagdad, y ha seducido y forzado a una de mis esclavas, y ha hecho con ella lo que ha hecho. Y ha huido de mi venganza y de mis iras, y se ha refugiado en tu ciudad, donde debe estar en estos momentos con su madre y su hermana.

Te apoderarás de él y le mandarás dar quinientos latigazos. Luego le pasearás por todas las calles montado en un camello. Y delante irá un pregonero, gritando: "¡Este es el castigo del esclavo que roba los bienes de su señor!" Y después me lo enviarás, para darle el tormento que se merece y hacer de él lo que haya de hacerse.

Y saquearás su casa, destrozándola desde los cimientos, hasta la techumbre, y harás desaparecer el rastro de su existencia.

Y te apoderarás de la madre y hermana de Ghanem, y durante tres días las expondrás desnudas a la vista de todos los habitantes, y luego de esto las arrojarás de la ciudad.

Pon gran diligencia y celo en ejecutar estas órdenes. "¡Uassalam! ".

Un correo fue el portador de esta carta, y viajó con tal celeridad, que llegó a Damasco a los ocho días, en vez de tardar veinte cuando menos.

Y cuando el sultán Mohammad tuvo en sus manos la carta del califa, se la llevó a los labios y a la frente. Y luego de leerla, ejecutó sin ninguna tardanza las órdenes. Y los pregoneros anunciaron por todas partes: "¡Los que quieran saquear la casa de Ghanem ben-Ayub, vayan a saquearla a su gusto!"

Inmediatamente el sultán se dirigió en persona a la casa de Ghanem, acompañado de los guardias. Llamó a la puerta, y Fetnah, hermana de Ghanem, salió a abrir. Y preguntó: "¿Quién llama?" Y el sultán respondió: "Yo soy". Entonces Fetnah abrió la puerta, y como nunca había visto al sultán Mohammad, se tapó la cara con una punta del velo y corrió a avisar a su madre.

Y la madre de Ghanem estaba sentada bajo la cúpula del sepulcro que había mandado construir en recuerdo de su hijo, al cual creía muerto, pues desde hacía un año que no sabía nada de él. Y no hacía más que llorar, y apenas comía ni bebía. Y ordenó a su hija Fetnah que dejase entrar al sultán. Y el sultán entró en la casa, llegó hasta la tumba, y vio a la madre de Ghanem que lloraba. Y lo dijo: "Vengo a buscar a Ghanem, pues lo reclama el califa".

Y ella respondió: "¡Desdichada de mí! Mi hijo Ghanem, fruto de mis entrañas, nos abandonó hace más de un año, y no sabemos lo que ha sido de él".

Pero el sultán Mohammad, a pesar de su generosidad, tuvo que ejecutar lo ordenado por el califa. Y mandó que se apoderaran de las alfombras, jarrones, cristalería y demás objetos preciosos, y después echó abajo toda la casa, y arrastraron los escombros fuera de la ciudad. Y aunque le repugnara mucho hacerlo, mandó desnudar a la madre de Ghanem y a su hermana la hermosa Fetnah, y las expuso tres días en la ciudad, prohibiendo que se las cubriera ni con una camisa sin mangas. Y después las expulsó de Damasco. Así fueron tratadas la madre y la hermana de Ghanem, por el odio del califa.

En cuanto a Ghanem ben-Ayub El-Motim El-Masslub, al salir de Bagdad con el corazón hecho trizas, fue caminando sin comer y sin beber. Y al terminarse el día estaba muerto de cansancio. Así llegó a una aldea, y entró en la mezquita, cayendo extenuado sobre una esterilla, apoyado contra la pared. Y allí permaneció sin sentido, palpitándole desordenadamente el corazón y sin fuerzas para hacer un movimiento ni pedir nada.

Los vecinos del pueblo que fueron a orar a la mezquita por la mañana lo vieron tendido y exámine. Y comprendiendo que tendría hambre y sed, le llevaron un tarro de miel y dos panes, y le obligaron a comer y beber. Después le dieron para que vistiera una camisa sin mangas, muy remendada y llena de piojos. Y le preguntaron: "¿Quién eres, ¡oh forastero! y de dónde vienes?" Y Ghanem abrió los ojos, pero no pudo articular palabra, no haciendo más que llorar. Y los otros estuvieron allí algún tiempo, pero acabaron por irse cada cual a sus quehaceres.

Las privaciones y el dolor hicieron que Ghanem cayera enfermo, y gritó echado sobre la esterilla de la mezquita durante un mes, y se debilitó su cuerpo, y cambió de color, y le devoraban las pulgas. Al verle reducido a tan mísero estado, los fieles de la mezquita se concertaron un día para llevarlo al hospital de Bagdad, que era el más próximo. Y fueron a buscar a un camellero, y le hablaron así: "Colocarás a este joven en tu camello, lo llevarás a Bagdad, y lo dejarás a la puerta del hospital. Y seguramente el cambio de aires y los cuidados del hospital acabarán por curarle del todo. Y vendrás después a que te paguemos lo que se te deba por el viaje y por el camello". Y el camellero dijo: "Escucho y obedezco". Y ayudándole los demás, cogió a Ghanem y la esterilla en que estaba echado y lo colocó sobre el camello, sujetándole bien para que no se cayese.

Y cuando iban a marchar, lloraba Ghanem sus desdichas, y entonces se aproximaron dos mujeres miserablemente vestidas que estaban entre la muchedumbre. Y al ver al enfermo, exclamaron: "¡Cuánto se parece a nuestro hijo Ghanem! Pero no es posible que sea este joven reducido a su sombra". Y aquellas dos mujeres, que estaban cubiertas de polvo y acababan de llegar al pueblo, se pusieron a llorar pensando en Ghanem, pues eran su madre y su hermana Fetnah, que habían huido de Damasco y seguían ahora su camino hacia Bagdad.

En cuanto al camellero, no tardó en montar en el burro, y cogiendo al camello del ronzal, se encaminó hacia Bagdad. Y en cuanto llegó, se fue al hospital, bajó a Ghanem del camello, y como era muy temprano y el hospital no estaba abierto todavía, lo dejó en la escalera y se volvió al pueblo.

Y allí permaneció Ghanem hasta que los vecinos salieron de sus casas. Y al verle echado en la esterilla y reducido al estado de sombra, empezaron a hacer mil suposiciones. Y mientras tanto pasó uno de los jeiques entre los principales jeiques del zoco. Apartó la muchedumbre, se acercó al enfermo, y dijo: "¡Por Alah! Si este joven entra en el hospital, lo veo perdido por falta de cuidados. Lo voy a llevar a mi casa, y Alah me premiará en su Jardín de las Delicias".

Mandó, pues, a sus esclavos que cogieran al joven y lo llevasen a su casa, y él los acompañó. Y apenas llegaron, le preparó una buena cama, con magníficos colchones y una almohada muy limpia. Y luego llamó a su esposa y le dijo: "He aquí un huésped que nos envía Alah. Lo vas a asistir con mucho cuidado". Y ella respondió: "Le pondré sobre mi cabeza y mis ojos". Y se arremangó, mandó calentar agua en el caldero grande, le lavó los pies, las manos y todo el cuerpo. Le vistió con ropas de su esposo, le llevó un vaso de sorbete y le roció la cara con agua de rosas.

Entonces Ghanem empezó a respirar mejor y a recuperar las fuerzas poco a poco. Y con las fuerzas le acudió el recuerdo de su pasado y de su amiga Kuat Al-Kulub.

Esto en cuanto a Ghanem ben-Ayub El- Motim El-Masslub.

En cuanto a Kuat Al-Kulub, el califa se encolerizó tanto contra ella...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, e interrumpió discretamente su relato.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 42ª NOCHE

Schehrazada dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que cuando el califa se encolerizó tanto contra Kuat Al-Kulub y la mandó encerrar en un cuarto oscuro bajo la vigilancia de una vieja, la favorita permaneció allí ochenta días, sin comunicarse con nadie.

Y el califa la había olvidado por completo, cuando un día entre los días, al pasar cerca de donde estaba Kuat Al-Kulub, le oyó cantar tristemente algunos versos.

Y oyó también que decía lo siguiente:

"¡Que alma tan hermosa la tuya, ¡oh Ghanem ben-Ayub! y qué corazón tan generoso! Fuiste noble para aquel que te oprimió. Respetaste la mujer de aquel que había de arrebatar las mujeres de tu casa. Salvaste del oprobio a la mujer de aquel que derramó la vergüenza sobre los tuyos y sobre ti. Pero ya llegará el día en que tú y el califa os veáis ante el Único juez, el Único Justo, y saldrás victorioso de tu opresor, con la ayuda de Alah y con los ángeles por testigos".

Al oír el califa estas palabras, comprendió lo que significaban estas quejas, sobre todo cuando nadie podía oírlas. Y se convenció de cuán injusto había sido con ella y con Ghanem.

Se apresuró, pues, a volver a palacio, y encargó al jefe de los eunucos que fuese a buscar a Kuat Al-Kulub. Y Kuat Al-Kulub se presentó entre sus manos, y permaneció con la cabeza inclinada, arrasados los ojos en lágrimas y el corazón muy triste.

Y el califa dijo: "¡Oh Kuat Al-Kulub! He oído que te dolías de mi injusticia. Has afirmado que obré mal con quien obró bien conmigo. ¿Quién ha respetado a mis mujeres mientras que yo perseguía a las suyas? ¿Quién ha protegido a mis mujeres mientras que yo deshonraba a las suyas?"

Y Kuat Al-Kulub contestó: "Es Ghanem ben-Ayub El-Motim El-Masslub. Te juro, ¡oh señor! por tus mercedes y tus beneficios, que nunca intentó forzarme Ghanem, ni cometió conmigo nada que merezca censura. No hallarás en él ni el impudor ni la brutalidad".

Y convencido el califa, disipadas todas sus sospechas, dijo: "¡Qué desventura la de este error, oh Kuat Al-Kulub! ¡Verdaderamente, no hay sabiduría ni poder más que en Alah el Altísimo y el Omnisciente! Pídeme lo que quieras. y satisfaré todos sus deseos".

Y Kuat Al-Kulub dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! si me lo permites, te pediré a Ghanem ben-Ayub". El califa, a pesar de todo el amor que aun le inspiraba su favorita, le dijo:

"Así se hará, si Alah lo quiere. Te lo prometo con toda la generosidad de un corazón que nunca se vuelve atrás de lo que ha ofrecido. Será colmado de honores". Y Kuat Al-Kulub prosiguió: "¡Oh Emir de los Creyentes! te pido que cuando vuelva Ghanem le hagas don de mi persona, para ser su esposa".

Y el califa dijo: "Cuando vuelva Ghanem, te concederé lo que pides, y serás su esposa y propiedad suya"

Y contestó Kuat Al-Kulub: "¡Oh Emir de los Creyentes! nadie sabe lo que ha sido de Ghanem, pues el mismo sultán de Damasco te ha dicho que ignoraba su paradero. Concédeme que lo pueda buscar yo, con la esperanza de que Alah me permitirá encontrarle". Y el califa dijo: "Te autorizo para que hagas lo que te parezca".

Y Kuat Al-Kulub, con el pecho dilatado de alegría y regocijado el corazón, se apresuró a salir de palacio, habiéndose provisto de mil dinares de oro.

Y recorrió aquel primer día toda la ciudad, visitando a los jeiques de los barrios y a los jefes de las calles. Pero les interrogó sin conseguir ningún resultado.

El segundo día fue al zoco de los mercaderes, y recorrió las tiendas, y fue a ver al jeique, a quien entregó una gran cantidad de dinares para que los repartiese entre los forasteros pobres.

El tercer día se proveyó de otros mil dinares, y visitó el zoco de los orífices y de los joyeros. Y se encontró con el jeique entre los principales jeiques, a quien entregó otra cantidad de oro para que lo repartiese entre los forasteros pobres. Y el jeique le dijo: "¡Oh mi señora! precisamente tengo recogido en mi casa a un joven forastero y enfermo, cuyo nombre ignoro, pero debe ser hijo de algún mercader muy rico y de noble prosapia. Porque aunque está como una sombra, es un joven de hermoso rostro, dotado de todas las cualidades y de todas, las perfecciones. Indudablemente debe estar en tal situación por grandes deudas o por algún amor desgraciado".

Al oírlo Kuat Al-Kulub sintió que el corazón le palpitaba violentamente y que las entrañas se le estremecían. Y dijo al jeique: "¡Oh jeique! Ya que no puedes abandonar el zoco, haz que alguien me acompañe a tu casa". Y el jeique dijo: "Sobre mi cabeza y sobre mis ojos". Y llamó a un niño y le dijo: "¡Oh Felfel! lleva a esta señora a casa", y Felfel echó a andar delante de Kuat Al-Kulub, y la llevó a casa del jeique, donde estaba el forastero enfermo.

Cuando Kuat Al-Kulub entró en la casa, saludó a la esposa del jeique. Y la esposa del jeique la conoció, pues conocía a todas las damas nobles de Bagdad, a quienes solía visitar. Y se levantó y besó la tierra entre sus manos. Entonces Kuat Al-Kulub, después de los saludos, le dijo: "Buena madre, ¿puedes decirme dónde se encuentra el joven forastero que habéis recogido en vuestra casa?"

Y la esposa del jeique se echó a llorar y señaló una cama que allí había. Y dijo: "Ahí le tienes. Debe ser un hombre de noble estirpe, según indica su aspecto". Pero Kuat Al-Kulub ya estaba junto al forastero, y le miró con atención. Y vio un mancebo débil y enflaquecido, semejante a una sombra, y no se le figuró ni por un instante que fuese Ghanem, pero de todos modos le inspiró una gran compasión. Y se echó a llorar y dijo: "¡Oh! ¡Qué desgraciados son los forasteros, aunque sean emires en su tierra!" Y entregó mil dinares de oro a la mujer del jeique, encargándole que no escatimase nada para cuidar del enfermo. Enseguida, con sus propias manos, le dio los medicamentos, y cuando hubo pasado más de una hora a su cabecera, deseó la paz a la esposa del jeique, montó de nuevo en su mula y regresó a palacio.

Y todos los días iba a distintos zocos, en continuas investigaciones, hasta que un día la fue a buscar el jeique, y le dijo: "¡Oh mi señora! como me has encargado que te presente todos los extranjeros de paso por Bagdad, vengo a poner en tus manos generosas a dos mujeres, casada la una y soltera la otra. Y ambas son de categoría, pues así lo dan a entender su cara y su continente, pero van muy mal vestidas, y cada una lleva una alforja a cuestas, como los mendigos. Sus ojos están llenos de lágrimas. Y he aquí que te las traigo, porque sólo tú, ¡oh soberana de los beneficios! sabrás consolarlas y fortalecerlas, evitándoles el oprobio de las preguntas impertinentes, pues no deben ser sometidas a tales indiscreciones. Y espero que, gracias al bien que les hagamos, Alah nos reservará un puesto en el Jardín de las Delicias el día de la Recompensa". Kuat AlKulub contestó:

"¡Por Alah! que me inspiras un ardiente deseo de verlas. ¿Dónde están?" Entonces el jeique salió a buscarlas, y las puso en presencia de Kuat Al-Kulub.

Al ver la hermosura de Fetnah y la nobleza que se adornaba en su madre, y ambas cubiertas de harapos, Kuat Al-Kulub se puso a llorar, y dijo: "¡Por Alah! Son mujeres de noble cuna. Veo en su rostro que han nacido entre honores y riqueza". Y el jeique exclamó: "Verdad dices, ¡oh mi señora! La desgracia debe de haber caído sobre su casa. Les habrá perseguido la tiranía, arrebatándoles sus bienes. Ayudémoslas, para merecer las gracias de Alah el Misericordioso".

Y la madre y la hija prorrumpieron en llanto, y se acordaron de Ghanem ben-Ayub. Y al verlas llorar, Kuat Al-Kulub lloró con ellas. Y entonces la madre de Ghanem dijo: "¡Oh mi señora, llena de generosidad! ¡Plegue a Alah que podamos encontrar a quien buscamos con el corazón dolorido! ¡El que buscamos es el hijo de nuestras entrañas, la llama de nuestro corazón, a nuestro hijo Ghanem ben-Ayub El-Motim El-Masslub!"

Al oír este nombre, lanzó un gran grito Kuat Al-Kulub, pues acababa de comprender que tenía delante a la madre y a la hermana de Ghanem. Y cayó sin sentido. Cuando volvió en sí, se echó llorando en sus brazos, y les dijo: "¡Tened esperanza en Alah y en mí, ¡oh mis hermanas! pues este día será el primero de vuestra dicha y el último de vuestra desventura. ¡Salid de vuestra aflicción!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 43ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que después que Kuat AlKulub dijo a la madre y a la hermana de Ghanem: "Salid de vuestra aflicción", se dirigió al jeique, le dio mil dinares de oro, y le dijo: "¡Oh, jeique! Ahora irás con ellas a tu casa y dirás a tu esposa que las lleve al hammam, y les dé hermosos trajes, y las trata con toda consideración, sin escatimar nada para su bienestar".

Al día siguiente, Kuat Al-Kulub fue a casa del jeique a cerciorarse por sí misma de que todo se había ejecutado según sus instrucciones. Y apenas había entrado, salió a su encuentro la esposa del jeique, y le besó las manos, y le dio las gracias por su generosidad. Después llamó a la madre y a la hermana de Ghanem, que habían ido al hammam y habían salido de él completamente transformadas, con los rostros radiantes de hermosura y nobleza. Y Kuat Al-Kulub estuvo hablando con ellas durante una hora, y después pidió a la mujer del jeique noticias del enfermo. Y la esposa del jeique respondió: "Sigue en el mismo estado". Entonces dijo Kuat Al-Kulub: "Vamos todas a verle y a tratar de animarle".

Y acompañada de las dos mujeres, que aún no lo habían visto, entró en la sala donde estaba el enfermo. Y todas le miraron con ternura y lástima y se sentaron en torno de él. Pero durante la conversación se pronunció el nombre de Kuat Al-Kulub. Y apenas lo oyó el joven, se le coloreó el rostro y le pareció que recobraba el alma. Levantó la cabeza, con los ojos llenos de vida, y exclamó: "¿Dónde estás, ¡oh Kuat Al-Kulub!?"

Y cuando Kuat oyó que la llamaban por su nombre, conoció la voz de Ghanem, e inclinándose hacia él le dijo: "¿Eres tú, querido mío?" Y él contestó: "¡Sí! ¡Soy Ghanem!" Y al oírlo la joven cayó desmayada. Y la madre y, la hermana de Ghanem dieron un grito y cayeron desmayadas también. Al cabo de un rato acabaron por volver en sí, y se arrojaron en brazos de Ghanem. Y sólo se oyeron besos, llantos y exclamaciones de alegría.

Y Kuat Al-Kulub dijo: "¡Gloria a Alah por haber permitido que nos reunamos todos!" Y les contó cuánto le había pasado, y añadió: "El califa, además de protegerte, te regala mi persona". Estas palabras llevaron al límite de la felicidad a Ghanem que no cesaba de besar las manos de Kuat Al-Kulub, mientras ella le besaba los ojos. Y Kuat les dijo: "Aguardadme". Y marchó a palacio, abrió el cajón donde tenía sus cosas, sacó de él muchos dinares, y se fue al zoco para entregárselos al jeique, encargándole que comprase cuatro trajes completos para cada uno, y veinte pañuelos, y diez cinturones. Y volvió a la casa, y los llevó a todos al hammam. Y les preparó pollos, carne asada y buen vino. Y durante tres días les dio de comer y beber en su presencia. Y notaron que recuperaban la vida y les volvía el alma al cuerpo.

Los llevó otra vez al hammam, les hizo mudarse de ropa, y los dejó en casa del jeique. Entonces se presentó al califa, se inclinó hasta el suelo, y le enteró del regreso de Ghanem, así como el de su madre y su hermana. Y el califa llamó a Giafar y le dijo: "¡Ve en busca de Ghanem ben-Ayub!" Y Giafar marchó a casa del jeique; pero ya le había precedido Kuat Al-Kulub, que dijo a Ghanem: "¡Oh querido mío! Va a llegar Giafar para llevarte a presencia del califa. Ahora hay que demostrar la elocuencia de tu lenguaje, la firmeza de tu corazón y la pureza de tus palabras". Después le vistió con el mejor de los trajes que habían comprado en el zoco, le dio muchos dinares, y le dijo: "No dejes de tirar puñados de oro al llegar a palacio, cuando pases por entre las filas de los eunucos y servidores".

Y cuando llegó Giafar montado en su mula, Ghanem se apresuró a salir a su encuentro, le deseó la paz y besó la tierra entre sus manos. Y ya era otra vez el gallardo mozo de otros tiempos, de rostro glorioso y atractivo continente. Entonces Giafar le rogó que lo acompañase, y lo presentó al califa. Y Ghanem vio al Emir de los Creyentes rodeado de sus visires, chambelanes, vicarios y jefes de sus ejércitos. Y Ghanem se detuvo ante el califa, miró un momento al suelo, levantó enseguida la frente, e improvisó estas estrofas:

¡Oh rey del tiempo! ¡Una mirada bondadosa se ha dirigido a la tierra, y la ha fecundado! ¡Nosotros somos los hijos de su fecundidad feliz en tu reinado de gloria!

¡Los sultanes y los emires se te prosternan, arrastrando las barbas por el polvo, como homenaje a tu grandeza, te ofrecen sus coronas y pedrería!

¡La tierra no es bastante vasta ni el planeta bastante ancho para la formidable masa de tus ejércitos! ¡Oh rey del tiempo! ¡Clava tus tiendas en las tierras planetarias del espacio que gira!

¡Y que las estrellas dóciles y los astros numerosos se sumen a tu triunfo y acompañen a tu séquito!

¡Que el día de tu justicia ilumine al mundo! ¡Que acabe con las fechorías de los malhechores y recompense las acciones puras de tus fieles!

El califa quedó encantado con la elocuencia y hermosura de los versos, su buen ritmo y la pureza de su lenguaje.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía la mañana, y discreta como siempre, interrumpió su relato.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 44ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el califa Harún Al-Raschid, encantado por la elocuencia de Ghanem, le hizo acercarse a su trono. Y Ghanem se acercó al trono, y el califa le dijo: "Refiéreme toda tu historia, sin ocultarme nada de la verdad". Entonces Ghanem se sentó, y contó al califa toda su historia, desde el principio hasta el fin, pero nada se adelantaría con repetirla. Y el califa quedó completamente convencido de la inocencia de Ghanem y de la pureza de sus intenciones, sobre todo al saber cómo había respetado las palabras bordadas en el calzón de la favorita, y le dijo: "Te ruego que libres a mi conciencia de la injusticia cometida contigo". Y Ghanem le contestó: "¡Estás libre de ella, ¡oh Emir de los Creyentes! pues cuanto pertenece al esclavo es propiedad del señor!"

Y el califa, complacidísimo, elevó a Ghanem a los más altos cargos del reino; le dio un palacio, y muchas riquezas, y muchos esclavos. Ghanem se apresuró a instalar en su nuevo palacio a su madre, y a su hermana Fetnah, y a su amiga Kuat Al-Kulub. Y el califa, al saber que Ghanem tenía una hermana maravillosa y virgen todavía, se la pidió a Ghanem.

Y Ghanem contestó: "Es tu servidora, y yo soy tu esclavo". Entonces el califa le expresó su agradecimiento, y le dio cien mil dinares de oro. Y después llamó al kadí y a los testigos para redactar su contrato con Fetnah. Y el mismo día y a la misma, hora entraron el califa y Ghanem en los aposentos de sus respectivas mujeres. Y Fetnah fue para el califa, y Kuat Al-Kulub para Ghanem Ben-Ayub El-Motim El-Masslub.

El califa, al despertarse por la mañana, se halló tan satisfecho de la noche que acababa de pasar en brazos de la virgen Fetnah, que mandó llamar a los escribas de mejor letra para que escribiesen la historia de Ghanem desde el principio hasta el fin, y la encerró en el armario de los papeles, a fin de que pudiera servir de lección a las, generaciones futuras, y fuera asombro y delicia de los sabios que se dedicasen a leerla con respeto y admirar la obra de Aquel que creó el día y la noche.

El califa, al despertarse por la mañana, se halló tan satisfecho de la noche que acababa de pasar en brazos de la virgen Fetnah, que mandó

llamar a los escribas de mejor letra para que escribiesen la historia de Ghanem desde el principio hasta el fin, y la encerró en el armario de los papeles, a fin de que pudiera servir de lección a las, generaciones futuras, y fuera asombro y delicia de los sabios que se dedicasen a leerla con respeto y admirar la obra de Aquel que creó el día y la noche. "Pero no creas, oh rey de los siglos - prosiguió Schehrazada dirigiéndose al rey Schahriar- que esta historia sea más agradable ni más sorprendente que la historia guerrera y heroica de Omar Al-Nemán y sus hijos Scharkán y Daul'makán". Y el rey Schahriar dijo: "Ciertamente, puedes contar esa historia que no conozco".

Historia del rey Omar Al-Neman y de sus dos hijos Scharkan y Daul'Makan

Schehrazada dijo al rey Schahriar:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que hubo en la ciudad de Bagdad, después de reinar muchos califas, y antes de que reinaran otros muchos, un rey que se llamaba Omar Al-Nemán.

Era formidable en poderío; había vencido a todos los Cosroes posibles y subyugado a todos los Césares imaginables. Tan ardiente era, que el fuego abrasador no le quemaba. Nadie le podía igualar en las luchas, ni en el campo de carreras. Si se enfurecía, despedían llamas centelleantes las ventanillas de su nariz. Había conquistado todas las comarcas y extendido su dominio por todos los pueblos y ciudades. Con ayuda de Alah había sometido a todas las criaturas y había llevado sus ejércitos victoriosos hasta las tierras más apartadas. Estaban bajo su soberanía el Oriente y el Occidente. Y entre otros países, la India, el Sindh, la China, el Yemen, el Hedjaz, la Abisinia, el Sudán, la Siria la Grecia y las provincias de Diarbekr, así como todas las islas del mar y cuantos ríos ilustres hay en la tierra, como Seihún y Djihán. el Nilo y el Éufrates.

Había enviado correos a los límites más recónditos de la tierra, para ponerla al corriente de la verdad y notificarle su imperio. Y todos los correos habían regresado para anunciarle que el mundo entero le estaba sometido, y que todos los señores reconocían respetuosamente su supremacía. Y a todos había extendido los beneficios de su generosidad, y anegándolos en las olas de su magnánimo esplendor, había hecho reinar entre ellos la dulce concordia y la paz fecundadora, pues era magnánimo y de alma elevada en verdad.

Así es que desde todas partes afluían hacia su trono los regalos y los presentes, así como todos los tributos de la tierra, a lo largo y a lo ancho del mundo. Porque era justo y amado en extremo.

Ahora bien; el rey Omar Al-Nemán tenía un hijo llamado Scharkán. Y Scharkán se llamaba así porque se revelaba como un prodigio entre los prodigios de aquel tiempo, y sobrepujaba en valor a los héroes más animosos, derribados por él en los torneos. Manejaba maravillosamente la lanza, la espada y el carcaj. Por eso le quería su padre con amor sin igual, y lo designaba como sucesor suyo en el trono del reino. Y era cosa segura que, apenas llegado a la edad de hombre, aquel asombroso Scharkán, que sólo tenía veinte años, había visto, con ayuda de Alah, inclinarse todas las cabezas ante su gloria. Tal era su heroísmo y su temeridad, y tanto iluminaba con el esplendor de sus hazañas. Porque ya había tomado por asalto muchas plazas fuertes y ya había reducido muchas comarcas. Y al extender su fama por toda la superficie del universo, crecía sin cesar su poderío y su hermosa altivez.

Pero el rey Omar Al-Nemán no tenía más hijo que Scharkán. Verdad es que tenía, como lo permiten el Libro Noble y la Sunnat, cuatro mujeres legítimas, pero sólo una de ellas había sido fecunda, y las otras tres habían resultado estériles. Y además de aquellas cuatro mujeres legítimas que habitaban en palacio, tenía el rey Omar trescientas sesenta concubinas, tantas como los días del año copto, y cada una de aquellas mujeres era de distinta raza. Había dado a cada una un aposento reservado e independiente, y estos aposentos estaban agrupados en doce edificios, tantos como los meses del año, construidos todos en el recinto del palacio. Y cada uno de estos edificios contenía treinta concubinas, cada cual en su habitación, de modo que había trescientos sesenta aposentos reservados. Y el rey Omar, muy equitativo, había dedicado una noche del año a cada una de sus concubinas, de modo que se acostaba una sola noche con cada concubina, a la cual no volvía a ver hasta el año siguiente. Y no dejó de proceder de este modo durante un gran espacio de tiempo y durante toda su vida. Por eso era famoso por su sabiduría admirable y por su probada virilidad.

Ahora bien; un día, con permiso del Ordenador de todas las cosas, una de las concubinas del rey Omar quedó embarazada, y su preñez fue conocida inmediatamente en todo el palacio. Llegó la noticia hasta el rey, que se alegró hasta el límite de la alegría, y exclamó muy dichoso: "¡Plegue a Alah que toda mi posteridad y toda mi descendencia se compongan sólo de hijos varones!" Después mandó inscribir en un registro la fecha de la preñez, y empezó a colmar a su concubina de toda clase de consideraciones y regalos.

A todo esto, Scharkán, el hijo del rey...

En aquel momento de su narración, Schehrazada vio aproximarse la mañana, y discretamente, aplazó su relato para el otro día.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 45ª NOCHE

Ella dijo:

A todo esto, Scharkán, el hijo del rey, se enteró del embarazo de la concubina, y experimentó una gran pena, sobre todo al pensar en que el recién llegado pudiera disputarle la sucesión al trono. Y resolvió suprimir al hijo de la concubina, en caso de que fuera varón. Esto en cuanto a Scharkán.

Por lo que se refiere a la concubina, hay que decir que era una joven griega llamada Safía.

Había sido enviada como presente al rey Omar por el rey de los griegos de Kaissaria con gran cantidad de regalos magníficos. Entre todas las esclavas del palacio, era ciertamente la más hermosa por su rostro incomparable, la más esbelta de cintura y la más recia de muslos y de hombros. Además, estaba dotada de una inteligencia muy poco común y de cualidades extraordinarias. Durante las noches, que ahora pasaba el rey Omar con ella, sabía decirle palabras muy dulces, que le encantaban los sentidos y le halagaban mucho; palabras penetrantes, muy dulces y muy expresivas. Y no dejó de hacerlo así, hasta que llegó al término de su preñez. Entonces se sentó en la silla de las parturientas, y presa de dolores de parto, empezó a implorar a Alah devotamente. Y Alah la escuchó sin duda alguna y al momento.

Por su parte, el rey Omar encargó a un eunuco que fuera a anunciarle sin demora el nacimiento de la criatura y su sexo. Y por su parte, Scharkán tampoco dejó de hacer el mismo encargo a otro eunuco. Apenas parió Safía, cuando las comadronas recogieron a la criatura y la examinaron, y habiendo visto que era una niña, se apresuraron a anunciárselo a todas las concurrentes y a los eunucos, clamando: "¡Es una niña! ¡Su rostro es más brillante que la luna!"

Y el eunuco del rey corrió presuroso a referírselo a su amo.

Y el eunuco de Scharkán corrió también a anunciar la noticia. Y Scharkán se alegró en extremo.

Pero apenas habían salido los eunucos, Safía dijo a las comadronas: "¡Aguardad! ¡Noto que mis entrañas contienen otra cosa!" Y empezó a exhalar nuevos lamentos y a sentir nuevos dolores de parto, y luego, con ayuda de Alah, acabó por parir un segundo hijo.

Y las comadronas se inclinaron rápidamente y examinaron a la criatura; y era un varón que se parecía a la luna llena, con una frente que deslumbraba de blancura y unas mejillas como rosas floridas.

Así se alegraron mucho las esclavas, las doncellas y todas las que estaban allí, y en cuanto parió Safía, todas las mujeres llenaron el palacio con sus gritos de alegría, gritos penetrantes que llegaban hasta la nota más aguda. Y de tal manera, que todas las demás concubinas lo oyeron y lo entendieron. Y todas adelgazaron de envidia y malestar.

En cuanto al rey Omar Al-Nemán, apenas hubo averiguado la noticia, dio gracias a Alah, y acudió al aposento de Safía, se acercó a ella, le cogió la cabeza con las manos y la besó en la frente. Después se inclinó hacia el recién nacido y lo besó, y enseguida todas las esclavas golpearon las panderetas, y las tañedoras de instrumentos pulsaron las cuerdas armoniosas, y las cantadoras entonaron cantos propios del caso.

Hecho esto, mandó el rey que se llamase al recién nacido Daul'makán y a la niña Nozhatú-zamán.

Y todos se inclinaron para decir "Escucho y obedezco". En seguido eligió las nodrizas y las sirvientas para los dos niños, así como las esclavas y doncellas. Y por último, mandó repartir entre toda la gente de palacio, vinos, bebidas, perfumes y tantas otras cosas, que la lengua sería incapaz de enumerarlas.

Cuando los habitantes de Bagdad se enteraron del doble nacimiento, adornaron e iluminaron la ciudad e hicieron grandes demostraciones de regocijo.

Después llegaron los emires, los visires y los grandes del reino, y presentaron sus homenajes y felicitaciones al rey Omar Al- Nemán por el nacimiento de su hijo Daul'makán y de su hija Nozhatú-zamán. Y el rey les dio las gracias, y les regaló trajes de honor, y les colmó de favores y mercedes, y obsequió a todos los circunstantes con gran largueza, tanto a los notables como a la plebe. Y así siguió hasta que transcurrieron cuatro años. Y durante todo aquel tiempo no dejó pasar ni un solo día sin tener noticias de Safía y de los niños. Y no cesó de enviar a Safía gran cantidad de oro y plata, alhajas, orfebrería, vestidos, sedas y otras maravillas. Y tuvo buen cuidado de confiar la educación de los niños y su custodia a los más adictos y avisados de sus servidores. ¡Y esto fue todo!

En cuanto a Scharkán, como andaba muy lejos guerreando y combatiendo, tomando ciudades, cubriéndose de gloria en las batallas y venciendo a los héroes más valerosos, no había sabido más que el nacimiento de su hermana Nozhatú-zamán. Pero el nacimiento de su hermano Daul'makán, ocurrido después de la salida del eunuco, nadie había pensado en comunicárselo.

Un día entre los días, estando sentado en su trono el rey Omar Al-Nemán, entraron los chambelanes de palacio, besaron la tierra entre sus manos, y le dijeron: "¡Oh rey! he aquí que llegan enviados del rey Afridonios, soberano de los rumís y de Constantinia la Grande.' Y solicitan ser recibidos por ti en audiencia y presentarte sus homenajes. De modo que si accedes les daremos entrada, y si no, tu negativa acallará sus réplicas". Y el rey concedió el permiso.

Cuando entraron los enviados, el rey los recibió con bondad, les mandó acercarse, les pidió noticias de su salud, y los interrogó acerca del motivo de su visita. Entonces besaron la tierra entre sus manos y dijeron:

"¡Oh rey grande y venerable, de alma elevada e infinitamente generosa! sabe que el que hacia ti nos ha enviado es el rey Afridonios, señor del país de Grecia y de Jonia y de todos los ejércitos de las comarcas cristianas, y cuya residencia es el trono de Constantinia.

Nos encarga te avisemos que acaba de emprender una guerra terrible contra un tirano feroz, el rey Hardobios, dueño de Kaissaria.

"La causa de esta guerra es la siguiente: un jefe de tribus árabes había encontrado, en un país recién conquistado, un tesoro de las edades remotas, del tiempo de El-Iskandar el de los Dos Cuernos.

Este tesoro contenía riquezas incalculables, cuya evaluación nos sería imposible; pues, entre otras maravillas encerraba tres gemas tan gordas como huevos de avestruz, pedrerías sin tacha y sin defecto, y que rivalizan en belleza y en valor con todas las pedrerías de la tierra y del agua. Estas tres gemas preciosas están perforadas por el centro para enhebrarlas en un cordón y servir de collar. Tienen inscripciones misteriosas grabadas en caracteres jónicos, pero se sabe que llevan consigo numerosas virtudes, uno de cuyos menores efectos es preservar, a toda persona que se ponga una de ellas al cuello, de todas las enfermedades, y especialmente de calenturas e irritaciones.

Los recién nacidos son los más sensibles a estas virtudes.

"Por lo tanto, cuando el jefe árabe se dio cuenta de estos efectos maravillosos y sospechó las demás virtudes misteriosas, pensó que aquella era la mejor ocasión de granjearse la buena voluntad de nuestro rey Afridonios, y se dispuso inmediatamente a enviarle como regalo las tres gemas preciosas, así como una gran parte del tesoro. Mandó, pues, preparar dos naves, una cargada de riquezas, con las tres gemas preciosas destinadas como regalo a nuestro rey, y otra tripulada por hombres que iban como escolta de aquel precioso tesoro, para preservarle de los ataques de ladrones o enemigos. Sin embargo, estaba seguro de que nadie se atrevería a atacarle, ni a él directamente ni a las cosas enviadas por él y destinadas a nuestro poderoso rey Afridonios, pues el camino que habían de seguir los navíos era por el mar, a cuyo extremo se encuentra Constantinia.

"Por eso, apenas estuvieron dispuestos los dos navíos, zarparon y se dieron a la vela hacia nuestro país. Pero un día que habían fondeado en una rada, no lejos de nuestra tierra, los asaltaron súbitamente unos soldados griegos de nuestro vasallo el rey Hardobios de Kaissaria, y les arrebataron cuanto allí se había acumulado en riquezas, tesoros y cosas maravillosas, y entre éstas las tres gemas preciosas. Y después mataron a todos los hombres y se apoderaron de las naves.

"Cuando tal acción llegó a conocimiento de nuestro rey, mandó inmediatamente contra el rey Hardobios un cuerpo de ejército que fue aniquilado. Enseguida mandó otro, que fue aniquilado también. Entonces nuestro rey Afridonios se enfureció en extremo, y juró que se pondría personalmente al frente de todos sus ejércitos reunidos y no regresaría hasta haber destruido la ciudad de Kaissaria, asolando todo el reino de Hardobios y arruinando por completo todos los pueblos que de él dependieran.

"Y ahora, ¡Oh sultán lleno de gloria! venimos a reclamar tu auxilio y a solicitar tu eficaz y poderosa alianza. Y al ayudarnos con tus fuerzas y soldados, indudablemente has de acrecentar tu gloria e ilustrarte con nuevas hazañas".

"Y he aquí que nuestro rey nos ha cargado con pesados regalos de todas clases, como homenaje a tu generosidad, y te ruega con insistencia que le otorgues el favor de verlos con buenos ojos y aceptarlos con corazón magnánimo".

Dichas estas palabras, los enviados se callaron y se prosternaron y besaron la tierra entre las manos del rey Omar Al-Nemán.

Y he aquí en qué consistían aquellos presentes del rey Afridonios, señor de Constantinia...

En este momento de su narración, Schehrazada vio apuntar la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 46ª NOCHE

Ella dijo:

Y he aquí en qué consistían aquellos presentes del rey Afridonios, señor de Contantinia:

Había cincuenta muchachas vírgenes, bellas entre las más bellas de las hijas de Grecia. Había cincuenta muchachos, los mejor formados del país de los rumís, y cada uno de aquellos maravillosos jóvenes llevaba un ancho ropón de amplias mangas, todo de seda con dibujos de oro y figuras de colores, y un cinturón de oro con cinceladuras de plata, al cual iba unida una doble falda de brocado y terciopelo, y en las orejas un arete de oro con una perla redonda y blanca que valía más de mil dinares titulados de oro. Y por su parte, las muchachas llevaban también incalculables magnificencias.

Así es que el rey Omar los aceptó muy complacido, y ordenó que se tratara a los embajadores con todas las consideraciones debidas. Y mandó reunir a los visires para saber su opinión acerca del socorro pedido por el rey Afridonios de Constantinia. Entonces, de entre los visires se levantó un anciano venerable, respetado por todos y asimismo amado por todos. Era el gran visir, llamado Dandán.

Y el gran visir, llamado Dandán, dijo:

"Cierto es, ¡Oh sultán glorioso! que ese rey Afridonios, señor de Constantinia la Grande, es un cristiano, infiel a la ley de Alah y de su Profeta (¡sean con él la plegaria y la paz!), y que su pueblo es un pueblo de descreídos. Aquel contra el cual pide socorro, es también un infiel y un descreído. Así es que sus asuntos sólo a ellos les importan, y no pueden interesar ni conmover a los creyentes. Pero de todos modos, te invito a otorgar tu alianza al rey Afridonios y a enviarle un ejército, a cuya cabeza pondrás a tu hijo Sharkán, que precisamente acaba de volver de sus expediciones gloriosas. Y esta idea que te propongo es buena por dos razones: la primera, que el rey de los rumís, al enviarte sus embajadores con los regalos que aceptaste, te pide ayuda y protección; la segunda, que como no tenemos nada que temer de ese reyezuelo de Kaissaria, ayudando al rey Afridonios contra su enemigo obtendrás excelentes resultados y te considerarán como el verdadero vencedor. Y esta proeza será conocida de todos los países, y llegará hasta Occidente. Y entonces los reyes de Occidente solicitarán tu amistad y te enviarán portadores de numerosos regalos de todas clases y de presentes extraordinarios".

Cuando el sultán Omar Al-Nemán hubo oído las palabras de su gran visir Dandán, expresó un gran contento, las encontró muy dignas de aprobación, y le dio un ropón de honor, diciéndole: "¡Has nacido para ser inspirador y consejero de reyes! Por eso tu presencia es absolutamente necesaria al frente del ejército. En cuanto a mi hijo Scharkán, no mandará más que la retaguardia".

Y el rey mandó llamar en el acto a su hijo Scharkán, le dio cuenta de todo lo que había dicho a los enviados y había propuesto el gran visir Dandán, y le encargó que hiciera sus preparativos de marcha. Y también le encargó que no olvidara distribuir entre los soldados, con la largueza de siempre, las donaciones acostumbradas. Y que los eligiera uno por uno entre los mejores del ejército, formando un cuerpo de diez mil jinetes endurecidos por la guerra y las fatigas. Y Scharkán se sometió respetuosamente a las palabras de su padre Omar Al-Nemán.

Después se levantó y fue a elegir diez mil jinetes entre los mejores. Repartió a manos llenas oro y riquezas, y les dijo: "¡Ahora os doy tres días completos de reposo y libertad!" Y los diez mil arrogantes jinetes, sumisos a su voluntad, besaron la tierra entre sus manos y salieron, colmados de larguezas, a equiparse para la marcha.

Scharkán fue entonces al salón donde estaban las arcas del Tesoro y el depósito de armas y municiones, y eligió las armas más hermosas, las nieladas de oro, con inscripciones de marfil y ébano. Y así escogió cuanto anhelaron su gusto y su preferencia. Marchó después a las caballerizas, donde se veían todos los caballos más bellos de Nedjed y de Arabia, cada uno de los cuales llevaba su genealogía sujeta al cuello en un saquito con labores de seda y oro adornado con una turquesa.

Allí escogió los caballos de las razas más famosas, y para sí eligió un bayo oscuro, de piel lustrosa, ojos a flor de cara, anchos cascos, cola soberbiamente alta y orejas finas como las de las gacelas. Este caballo se lo había regalado a Omar Al-Nemán el jeique de una poderosa tribu árabe, y era de raza seglauíjedrán.

Y transcurridos los tres días, se reunieron los soldados fuera de la población. Y el rey Omar Al-Nemán salió para despedirse de su hijo Scharkán y del gran visir Dandán. Y se acercó a Scharkán, que besó la tierra entre sus manos, y le hizo donación de siete arcas llenas de monedas, y le encargó que se aconsejase del sabio visir Dandán. Y Scharkán lo escuchó con respeto, y así se lo prometió a su padre. Entonces el rey se volvió hacia el visir Dandán, y le recomendó a su hijo Scharkán y a los soldados de Scharkán. Y el visir besó la tierra entre sus manos, y respondió: "Escucho y obedezco".

Y Scharkán montó en su caballo seglauíjedrán, y mandó desfilar a los jefes de su ejército y a sus diez mil jinetes. Después besó la mano del rey Omar Al-Nemán, y acompañado del visir Dandán, lanzó su corcel al galope. Y todos partieron entre los redobles de los tambores de guerra, al son de los pífanos y clarines. Por encima de ellos se desplegaban los estandartes y ondeaban al viento las banderas.

Servían de guías los embajadores. Siguieron marchando durante todo el día, y después todo el siguiente, y otros más, y así durante veinte días. Y sólo se detenían de noche para descansar. Y llegaron a un valle cubierto de bosques y lleno de arroyos. Y como era de noche, Scharkán dio orden de acampar e hizo saber que el reposo duraría tres días. Y se apearon los jinetes, armaron las tiendas y se dispersaron por todas partes. Y el visir Dandán mandó colocar su tienda en el centro del valle, y junto a ella las de los enviados del rey Afridonios de Constantinia.

En cuanto a Scharkán, tan pronto como se dispersaron los soldados, mandó a sus guardias que lo dejaran solo y fueran adonde estaba el visir. Y después soltó las riendas a su corcel, pues quería recorrer el valle y poner en práctica los consejos de su padre el rey Omar, el cual le había encargado que tomase todas las precauciones al acercarse al país de los rumís, fueran amigos o enemigos. Y no dejó de galopar hasta que hubo transcurrido la cuarta parte de la noche. Entonces el sueño le cayó pesadamente sobre los párpados y se vio imposibilitado de galopar. Y como tenía la costumbre de dormir encima del caballo, dejó que el caballo anduviera al paso, y así se durmió.

El caballo siguió andando hasta media noche, llegó en medio de un bosque, se detuvo, y golpeó violentamente el suelo con el casco. Y Scharkán se despertó en medio de la selva, que estaba iluminada en aquel momento por la claridad de la luna. Se alarmó al encontrarse en aquel lugar desconocido y solitario, pero dijo en alta voz las palabras que vivifican: "¡No hay poder ni fuerza más que en Alah el Altísimo!" E inmediatamente se reconfortó su alma. Y ya no temía a las bestias feroces del bosque.

Y la luna milagrosa plateaba el claro del bosque, tan bello, que parecía arrancado del paraíso. Y Scharkán oyó, cerca de él, una voz deliciosa. Y risas. ¡Pero qué risas! Si las hubieran oído los humanos, habrían enloquecido por el deseo de beberlas en la misma boca y morir.

Enseguida Scharkán saltó del caballo y se internó entre los árboles en busca de la voz. Y anduvo hasta las orillas de un río blanco, de aguas transparentes y cantoras. Y al canto del agua contestaban la voz de los pájaros, el lamento de las gacelas y el concierto hablado de todos los animales. Y juntos formaban un canto armonioso, lleno de esplendor. Y en el suelo se extendía el bordado de flores y plantas, como dice el poeta:

¡Sólo es bella la tierra ¡Oh locura mía! cuando se tiñe con sus flores! ¡Sólo es bella el agua cuando se enlaza con las flores! ¡Una al lado de las otras!

¡Gloria al que creó la tierra, las flores y las aguas, y te puso en la tierra, ¡Oh locura mía! cerca de las flores y del agua!

Y Scharkán vio en la orilla opuesta, iluminada por la luna, la fachada de un monasterio blanco con una alta torre que rasgaba los aires. Este monasterio bañaba su planta en las aguas del río. Frente a él se extendía una pradera en la que estaban sentadas diez esclavas blancas, rodeando a una joven. Y eran como lunas. Iban vestidas con trajes amplios y ligeros. Eran vírgenes, y reunían las maravillas de que habla el poeta:

¡He aquí que la pradera reluce! ¡Porque hay en ella blancas jóvenes de carne ingenua, jóvenes ingenuas y blancas de maravilloso resplandor! ¡Y la pradera tiembla y se estremece!

¡Hermosas y sobrenaturales jóvenes! Una cintura delgada y flexible. Un andar gallardo y melodioso. Y la pradera tiembla y se estremece.

¡Tendida la cabellera, que va desbordándose sobre el cuello como el racimo sobre la cepa! ¡Rubias o morenas, racimos rubios, racimos morenos! ¡Oh graciosas cabelleras!

¡Jóvenes atrayentes y seductoras! ¡Qué encanto el de vuestros ojos! ¡La tentación de vuestros ojos, las flechas de vuestros ojos, hablan de mi muerte!

Y la joven a la que rodeaban las diez esclavas blancas, era la luna llena. Sus cejas se arqueaban espléndidamente; su frente era como la primera claridad de la mañana; sus párpados ostentaban la curva de sus pestañas de terciopelo, y su cabellera se anillaba en las sienes con rizos deliciosos. Era tan admirable como la pinta el poeta en estos versos:

Altiva me ha mirado, ¡pero qué miradas tan deliciosas! ¡Su cintura es recta y dura! ¡Lanzas rectas y duras, encorvaos contusas ante ella!

¡Se adelanta! ¡Hela aquí! ¡Mirad sus mejillas, las flores sonrosadas de sus mejillas! ¡Conozco su dulzura y todo su frescor!

¡Mirad el rizo negro de su cabello sobre el candor de su frente! ¡Es el ala de la noche que reposa en la serenidad de la mañana!

Y era aquella cuya voz había oído Scharkán. Y decía en árabe a las esclavas que estaban con ella: "¡Por el Mesías! Sois unas desvergonzadas; lo que hicisteis es una cosa mala y horrible. Si alguna lo vuelve a hacer, la ataré con el cinturón, y le azotaré las nalgas". Después se echó a reír, y dijo: "¡Vamos a ver cuál de vosotras podrá vencerme en la lucha! ¡Las que quieran luchar que vengan antes de que se ponga la luna y aparezca la mañana!"

Y una de las jóvenes se levantó y quiso luchar con su ama, pero enseguida fue derribada al suelo; después la segunda, y la tercera, y todas las demás. Y cuando triunfó de todas las esclavas, salió súbitamente del bosque una vieja que, dirigiéndose al grupo, dijo: "¿piensas haber alcanzado un gran triunfo derribando a estas pobres muchachas que no tienen ninguna fuerza? Si verdaderamente sabes luchar, atrévete a luchar conmigo. ¡Soy vieja, pero todavía puedo ser maestra tuya! ¡Ven, pues!"

Pero la joven contuvo su furor, y dijo sonriendo a la vieja: "¡Oh respetable Madre de todas las Calamidades! ¡Por el Mesías! ¿Quieres realmente luchar conmigo, o sólo ha sido una broma?"

La vieja respondió: "¡Nada de eso! ¡Mi desafío es formal!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 47ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡Oh rey afortunado! que la vieja, Madre de todas las Calamidades, dijo: "¡Nada de eso; mi desafío es formal!"

Entonces la joven vencedora repuso: "¡Oh mi señora, Madre de todas las Calamidades! Si verdaderamente te quedan fuerzas para luchar, he aquí que pronto lo sabrán mis brazos". Y avanzó hacia la vieja, que se ahogaba de cólera, y todos los pelos de su horrible cuerpo se habían puesto de punta, como espinas de erizo. Y dijo la vieja: "¡Por el Mesías! ¡Que no hemos de luchar sino desnudas!" Y se despojó de todas sus ropas, se desató el pantalón, lo tiró a lo lejos, y se rodeó la cintura con un pañuelo, atándoselo sobre el ombligo. Y así aparecía en toda su horrorosa fealdad, y semejaba una serpiente con manchas blancas y negras. Después se volvió hacia la joven y le dijo: "¿Qué aguardas para desnudarte?"

Entonces la joven se quitó una tras una sus ropas, y por último su pantalón de seda inmaculada. Y de debajo de él, como moldeados en mármol, aparecieron los muslos en toda su gloria, y sobre ellos un montecillo suave y esplendoroso, como de leche y cristal, redondeado y cultivado, un vientre aromático con sonrosados hoyuelos, que exhalaba una delicadeza de almizcle, como vergel de anémonas, y un pecho con dos granadas gemelas, soberbiamente hinchadas, coronándolas deliciosos pezones.

Y súbitamente se enlazaron las dos luchadoras.

¡Todo eso fue! Scharkán se reía de la fealdad de la vieja, al mismo tiempo que admiraba las perfecciones de la joven, de miembros armoniosos. Y levantó la cabeza al cielo, y pidió fervorosamente a Alah la victoria de la joven sobre la vieja.

Y he aquí que en el primer asalto la joven luchadora se desprendió enseguida. Agarró a la vieja por el pescuezo, sujetándola con la mano izquierda, hundió la otra mano en la ranura de los muslos, la levantó a pulso y la tiró a sus pies en el suelo. Y la vieja cayó pesadamente de espaldas, retorciéndose. Y el golpe le hizo levantar las piernas al aire, quedando al descubierto, con toda su risible fealdad, los detalles peludos de su piel arrugada. Y soltó dos terribles pedos, uno de los cuales levantó una nube de polvo, y el otro subió a modo de columna de humo hacia el cielo.

¡Y desde arriba, la luna iluminaba toda esta escena!

Mientras tanto, Scharkán se reía silenciosamente hasta el límite de la risa, de tal modo, que se cayó de espaldas. Pero se levantó y dijo: "¡Realmente, esta vieja merece el nombre de Madre de todas las Calamidades! Ya veo que es una cristiana, lo mismo que la joven victoriosa, y las otras diez mujeres". Y se aproximó al lugar de la lucha, y vio a la joven luchadora que cubría con un velo de seda muy fina las desnudeces de la vieja, y le ayudaba a ponerse la ropa. Y le decía: "¡Oh mi señora, Madre de todas las Calamidades! Dispénsame. Si he luchado contigo, ha sido porque tú lo pediste. No tengo la culpa de lo ocurrido, pues si caíste de ese modo, fue por haberte escurrido, de entre mis manos. Pero afortunadamente, no te has hecho daño ninguno".

Y la vieja, llena de confusión, se alejó rápidamente, sin contestar nada, y desapareció en el monasterio. Y sólo quedaron en la pradera las diez jóvenes rodeando a su ama.

Y Scharkán pensó: "¡Sea cual fuere el Destino, siempre es beneficioso! Estaba escrito que había de dormirme sobre el caballo, para despertarme aquí. Y esto es por mi buena suerte. ¡Porque esa admirable luchadora de musculatura tan perfecta, así como sus diez compañeras no menos deseables, han de servir de pasto al fuego de mi deseo!"

Y montó en su caballo seglauíjedrán, y avanzó hacia aquel lugar con el alfanje desenvainado. Y el caballo corría con la rapidez del dardo lanzado por una mano poderosa. Y he aquí que Scharkán llegó a la pradera, y exclamó: "¡Sólo Alah es grande!"

Y la joven se levantó rápida, corrió hacia la orilla del río, que tenía seis brazas de ancho, y de un salto se puso al otro lado. Y desde allí gritó con voz enérgica, aunque deliciosa: "¿Quién eres para atreverte a perturbar nuestro retiro? ¿Cómo te aventuras a lanzarte sobre nosotras blandiendo la espada, cual un soldado entre los soldados? ¡Di de dónde vienes y adónde vas! Y no quieras engañarme, pues la mentira sería tu perdición. Sabe que estás en un sitio del cual no ha de serte fácil salir en bien. Me bastaría gritar para que acudiesen enseguida cuatro mil guerreros cristianos guiados por sus jefes. Di, pues, lo que deseas. Si es que te has extraviado por el bosque, te indicaremos de nuevo el camino. ¡Habla!"

Y Scharkán contestó a estas palabras de la bella luchadora: "Soy un musulmán entre los musulmanes. ¡No me he extraviado, pues acerté mi camino! ¡Vengo en busca de botín de carne joven que refresque esta noche a la luz de la luna el fuego de mi deseo! ¡Y he aquí diez jóvenes esclavas que me convienen mucho, y a las cuales satisfaré por completo! Y si quedan contentas, me las llevaré adonde están mis amigos".

Entonces la joven dijo: "¡Insolente soldado! ¡Sabe que ese pasto de que hablas no está dispuesto para ir a parar a tus manos! ¡Además, no es ese tu propósito pues acabas de mentir!"

Y Scharkán contestó: "¡Oh mi señora! ¡Cuán feliz será aquel que pueda contentarse, por todo bien, con Alah solamente, sin sentir otro deseo!"

Ella dijo: "¡Por el Mesías! ¡Debería llamar a los guerreros para que te prendiesen! Pero soy compasiva con los extranjeros, sobre todo cuando son jóvenes y atrayentes como tú. ¿Hablas de pasto para tus deseos? ¡Pues bien! Consiento. Pero con la condición de que bajes del caballo y jures por tu fe que no te servirás de tus armas contra nosotras y consentirás en trabar conmigo singular combate. Si me vences, yo v todas estas jóvenes te perteneceremos, y hasta me podrás llevar contigo en tu caballo; pero si eres vencido, serás mi esclavo. ¡Júralo por tu fe!"

Y Scharkán pensó: "¿Esta joven ignora mi fuerza, y cuán desfavorable había de serle luchar conmigo?"

Después dijo: "Te prometo, ¡oh joven! que no tocaré mis armas y que sólo lucharé contigo del modo que tú quieras luchar. ¡Si quedase vencido, tengo bastante dinero para pagar mi rescate; pero si te venciese, tendría con tu posesión un botín digno de rey! ¡Juro, pues, obrar así por los méritos del Profeta! ¡Sean para él la plegaria y la paz de Alah!" Y la joven dijo: "Jura por Aquel que ha introducido las almas en los cuerpos y ha dado sus leyes a los humanos".

Y Scharkán prestó el juramento. Entonces la joven franqueó el río de otro salto, y volvió a la orilla, junto a aquel joven desconocido. Y sonriéndole le dijo: "He de lamentar que te marches, ¡Oh mi señor! pero no debes permanecer aquí, porque se acerca la mañana, van a venir los guerreros y caerías en sus manos. Y ¿cómo podrías resistir a mis guerreros, cuando una sola de mis mujeres te vencería?" Y dicho esto, la joven luchadora quiso alejarse hacia el monasterio, sin trabar ninguna lucha.

Y Scharkán llegó al límite del asombro; pero intentó detener a la joven, y le dijo: "¡Oh dueña mía! Desdeña, si quieres, el luchar conmigo, pero ¡por favor! no te alejes así. ¡No abandones al extranjero lleno de corazón!" Y ella, sonriendo, contestó: "¿Qué quieres, joven extranjero? ¡Habla, y tu deseo quedará satisfecho!"

Y Scharkán dijo: "Después de pisar el suelo de tu país, ¡oh mi señora! y de haberme endulzado con las mieles de tu gentileza, ¿cómo alejarme sin haber gustado el manjar de tu hospitalidad? ¡Heme aquí convertido en un esclavo entre tus esclavos!" Y ella contestó, apoyando sus palabras con una sonrisa incomparable: "Verdad dices, ¡oh joven extranjero! El corazón que niega la hospitalidad, es un corazón infame. Haz, pues, el favor de aceptar la mía, y tu lugar estará sobre mi cabeza y sobre mis ojos. Monta de nuevo en tu caballo, y sígueme por la orilla del río. ¡Eres mi huésped desde este momento!"

Entonces Scharkán, lleno de alegría, montó a caballo, y echó a andar junto a la joven, seguido de todas las demás, hasta llegar a un puente levadizo de madera de álamo, tendido frente a la puerta principal del monasterio, que subía y bajaba por medio de cadenas y garruchas. Entonces se apeó Scharkán. La joven llamó a una de sus doncellas, y en lengua griega le dijo: "Toma ese caballo, llévalo a las cuadras y cuida de que nada le falte".

Y Scharkán se lo agradeció a la joven: "¡Oh soberana de belleza! he aquí que llegas a ser para mí cosa sagrada, y sagrada doblemente, por tu hermosura y por tu hospitalidad. ¿Quieres volver sobre tus pasos y acompañarme a Bagdad, mi ciudad, en el país de los musulmanes, donde verás cosas maravillosas y admirables guerreros? Entonces sabrás quién soy. ¡Ven, joven cristiana, vamos a Bagdad!"

Y la hermosa repuso: "¡Por el Mesías! Te creía más sensato, ¡oh joven! ¿Intentas raptarme? Pretendes llevarme a Bagdad, donde caería en manos de ese terrible rey Omar Al-Nemán, que tiene trescientas sesenta concubinas en doce palacios, precisamente según el número de los días y los meses. Y abusaría ferozmente de mi juventud, pues serviría para satisfacer sus deseos durante una noche, y después me abandonaría. ¡Tal es la costumbre entre vosotros los musulmanes! No hables, pues, así, ni esperes convencerme. ¡Aunque fueras Scharkán en persona, el hijo del rey Omar, cuyos ejércitos invaden nuestro territorio, no te haría caso!

Sabe que en este momento diez mil jinetes de Bagdad, guiados por Scharkán y el visir Dandán, atraviesan nuestras fronteras para reunirse con el ejército del rey Afridonios de Constantinia. Y si quisiera, iría yo sola a su campamento y mataría a Scharkán y al visir Dandán, porque son nuestros enemigos. Pero ahora, ven conmigo, ¡oh joven extranjero!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 48ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que la joven dijo a Scharkán, a quien estaba muy lejos de conocer: "Ahora ven conmigo, ¡Oh joven extranjero!" Y Scharkán, al oírla, se sintió extraordinariamente mortificado por la enemistad que tenía aquella joven hacia él, el visir Dandán y todos los suyos. Y si sólo hubiese atendido a una mala inspiración, se habría dado a conocer y se habría apoderado de la joven; pero se lo impidieron los deberes de hospitalidad, y sobre todo el hechizo de aquella hermosura, y recitó esta estrofa:

¡Oh joven! ¡Aunque cometieras todos los delitos, ahí está tu belleza para borrarlos y convertirlos en una delicia más!

Y ella atravesó lentamente el puente levadizo, y se dirigió hacia el monasterio. Y Scharkán, que marchaba detrás de ella, veía bajar y subir sus nalgas suntuosas, que se movían como las olas del mar. Y lamentó que el visir Dandán no estuviese también allí para maravillarse con aquel esplendor. Y pensó en estos versos del poeta:

¡Contempla el encanto de sus caderas plateadas, y verás aparecer ante tus ojos la luna llena!

¡Mira la redondez de sus nalgas benditas, y verás dos medias lunas unidas en el cielo!

Y llegaron a un gran pórtico con arcadas de mármol transparente. Y entraron por una larga galería que corría a lo largo de diez arcadas con columnas de pórfido. Y en medio de cada arcada colgaba una lámpara de cristal de roca, esplendente como el sol. Allí esperaban a su ama las jóvenes doncellas con candelabros encendidos, que desprendían aromática fragancia. Y llevaban ceñida la frente con cintas de seda y pedrerías de todos los colores. Abrieron la marcha, conduciendo a los dos jóvenes a la sala principal. Y Scharkán vio unos magníficos cojines alineados junto a la pared, alrededor de toda la sala. Y en las puertas y ventanas pendían grandes cortinajes, con una gran corona de oro.

Todo el suelo estaba tapizado con preciosos mosaicos de alegres colores. En medio de la sala se abría el tazón de una fuente con veinticuatro surtidores de oro; y el agua caía musicalmente, con centelleos de metal y de plata. Y en el fondo de la sala había un lecho cubierto de sedas, como sólo existen en los palacios de los reyes.

Y la joven dijo a Scharkán: "Sube a esa cama, ¡oh mi señor! y déjate servir". Y Scharkán subió a la cama, muy dispuesto a dejarse servir. Y la dama salió de la sala, y dejó a Scharkán con las jóvenes esclavas, cuyas frentes estaban coronadas de pedrería.

Pero como la joven tardase en volver, preguntó Scharkán a las esclavas adónde había ido, y éstas le contestaron: "Se ha ido a dormir. Y nosotras estamos aquí para servirte, según mandes". Y Scharkán no supo qué pensar. Pero las muchachas le llevaron toda clase de manjares exquisitos, ofreciéndoselos en amplias bandejas labradas, y Scharkán comió hasta saciarse. Después le presentaron el jarro y la palangana de oro con relieves de plata, y dejó que corriera por sus manos el agua perfumada con rosas y azahar. Pero de pronto comenzó a preocuparle la suerte de sus soldados, a quienes había dejado solos. Y se reconvino por haber olvidado los consejos de su padre. Pero aumentaba su pena el no saber nada de la joven, ni del lugar en que se encontraba: Y recitó entonces estas estrofas del poeta:

Si he perdido mi fuerza y mi valor, es leve mi culpa, ¡porque me han engañado y traicionado de tantos modos!

¡Libertadme, ¡Oh amigos míos! de mi dolor, de ese dolor de amar que me ha hecho perder las fuerzas y toda mi alegría!

¡He aquí que mi corazón, extraviado por el amor, se ha extraviado y derretido! ¡Se ha derretido, y no sé a quién lanzar mi grito de angustia!

Cuando Scharkán acabó de recitar estas estrofas, se durmió y no se despertó hasta por la mañana. Y vio entrar en la sala un tropel de beldades, veinte jóvenes como lunas que rodeaban a su ama. Y ésta, en medio de las otras, parecía la luna entre las estrellas. Estaba vestida con magníficas sederías adornadas con dibujos y figuras; su cintura parecía aún más fina y sus caderas más suntuosas debajo del cinturón que las tenía cautivas. Este cinturón era de oro afiligranado, con pedrería. Y con tal cintura y tales caderas, semejaba la joven una mesa de cristal diáfano en cuyo centro se plegara delicadamente una fina rama de plata. Los pechos eran más soberbios y más salientes. Sujetaba su cabellera una redecilla de perlas con toda clase de pedrería. Y rodeada de las veinte doncellas a derecha e izquierda, que le llevaban la cola de su soberbio vestido, adelantaba maravillosa, contoneándose.

Y al verla, sintió Scharkán oscurecida su razón; y se olvidó de sus soldados, y del visir, y hasta de los consejos de su padre. Y se puso de pie, imantado por aquellos encantos, y recitó estas estrofas:

¡Poderosa de caderas, inclinada y cimbreante! ¡Tus miembros son flexibles y suaves, tu garganta resbaladiza y dorada!

¡Ocultas ¡oh hermosísima! los tesoros interiores! Yo tengo ojos agudos que atraviesan todas las opacidades.

Entonces la joven se acercó a él, y le miró largamente, largamente. Después le dijo: "¡Eres Scharkán! Ya no lo dudo. ¡Oh Scharkán, hijo de Omar Al-Nemán! ¡Oh héroe magnánimo! He aquí que iluminas esta morada y la honras. Dime, ¡oh Scharkán! ¿has pasado la noche tranquilo? ¡Háblame! Y sobre todo, ¡no finjas más, deja la mentira a los maestros de la mentira, porque la ficción y la mentira no son los atributos de los reyes, ni sobre todo el más grande de los reyes!"

Cuando Scharkán oyó estas palabras, comprendió que de nada le serviría el negar, y respondió: "¡Oh tú, la muy dulce! ¡Soy Scharkán Omar Al-Nemán! ¡Soy aquel que sufre porque el Destino lo arrojó sin defensa entre tus manos! Haz de mí lo que quieran tu gusto y tu deseo, ¡oh desconocida de los ojos negros!" Entonces la joven bajó un momento los ojos hacia el suelo, como si meditase. Después, mirando a Scharkán, le dijo: "¡Apacigua tu alma y endulza tus miradas! ¿Olvidas que eres mi huésped? ¿Olvidas que ha mediado entre nosotros el pan y la sal? ¿Olvidas también que sostuvimos más de una conversación amistosa? En adelante estarás bajo mi protección y a beneficio de mi lealtad. ¡No temas, porque ¡por el Mesías! si toda la tierra se lanzara contra ti, nadie te tocaría antes de que mi alma saliera del cuerpo en defensa tuya!"

Dijo, y fue a sentarse gentilmente a su lado, y se puso a hablarle con la más dulce sonrisa. Después llamó a una de sus esclavas y le habló en lengua griega, y la esclava salió, para volver acompañada de otras que llevaban grandes bandejas con manjares de todas clases, y otras con frascos y jarrones de bebidas.

Pero Scharkán no se atrevía a probar aquellos manjares, y la joven, al observarlo, le dijo:

"Vacilas, ¡oh Scharkán! en probar mis manjares. Sospechas alguna traición. ¿Olvidas que ayer te pude matar?" Y se apresuró a alargar la mano y a tomar un poco de cada plato. Y Scharkán se avergonzó de sus sospechas, y empezó a comer, y ella con él, hasta que se saciaron. Después de haberse lavado las manos, colocaron las flores y mandaron traer bebidas, en grandes jarrones de oro, plata y cristal; y las había de todos los colores y de las mejores clases. Y la joven llenó una copa de oro, y fue la primera en beber; y después la llenó de nuevo y se la ofreció a Scharkán, que bebió, y ella le dijo: "¡Oh musulmán! ¿ves como así la vida es fácil y agradable?"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 49ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que la joven desconocida dijo a Scharkán: "¡Oh musulmán! ¿ves como así la vida es fácil y agradable?" Después siguieron bebiendo de aquel modo hasta que la fermentación produjo su efecto y el amor prendió firmemente en el corazón de Scharkán. Entonces la joven dijo a una de sus doncellas favoritas, llamada Grano de Coral: "¡Oh Grano de Coral! ¡apresúrate a traer los instrumentos armoniosos!" Y Grano de Coral contestó: "¡Escucho y obedezco!"

Se ausentó un instante, y volvió acompañada de unas jóvenes que traían un laúd de Damasco, una cítara de Tartaria y una viola de Egipto. Y la joven cogió el laúd, lo templó sabiamente, y acompañada por las otras doncellas que se habían sentado en la alfombra, pulsó un momento las cuerdas vibrantes. Y con voz llena de delicias, más dulce que la brisa y más agradable y pura que el agua de la sierra, cantó lo siguiente:

Las víctimas de tus ojos, ¡oh mi amada! ¿sabes su número? Las flechas que disparan tus ojos y que derraman la sangre de los corazones, ¿sabes su número?

¡Pero afortunados los corazones que sufren por tus ojos! ¡Y mil veces afortunados tus esclavos de amor!

Y acabado este canto, se calló la joven. Entonces una de las muchachas que acompañaba con los instrumentos, entonó en lengua griega una canción que no comprendió Scharkán. Y su joven señora contestaba de cuando en cuando en el mismo tono. Pero ¡cuán dulce era aquel canto alternado y quejumbroso!

Y la joven dijo a Scharkán: "¡Oh musulmán entre los musulmanes! ¿has comprendido nuestra canción?" Y él respondió: "¡Verdaderamente que no la he entendido, pero su armonía me ha conmovido extraordinariamente! Y la humedad de los dientes al sonreír y la ligereza de los dedos al sonar los instrumentos me han encantado hasta lo infinito".

Ella sonrió, y dijo: "Y ahora, Scharkán, si te dijera un canto árabe, ¿qué harías?" Y él contestó: "¡Perder seguramente la razón que me queda!"

Entonces la joven cambió el tono y la clavija del laúd, lo pulsó un instante, y cantó estas palabras del poeta:

El sabor de la separación es un sabor lleno de amargura. ¿Hay algún medio para sufrirlo con paciencia?

Tres cosas me han dado a elegir: el alejamiento, la separación y el abandono, tres cosas llenas de espanto.

¿Cómo elegir, cuando estoy completamente vencido por el amor de una hermosura que me ha conquistado y que me somete a tan duras pruebas?

Cuando Scharkán oyó esta canción, como había bebido considerablemente, quedó sin conocimiento, completamente ebrio. Y al volver en sí, ya no estaba allí la joven.

Y Scharkán preguntó a las esclavas.

Y las esclavas le dijeron: "Se ha ido a su habitación para dormir, pues he aquí que es de noche". Y Scharkán, aunque muy contrariado, dijo: "¡Qué Alah la tenga bajo su protección!" Pero al día siguiente, Grano de Coral, la esclava preferida, le vino a buscar en cuanto se despertó, para llevarle al aposento mismo de su señora. Y al franquear el umbral, Scharkán, fue recibido al son de los instrumentos y de los himnos de las cantoras, que de aquel modo le daban la bienvenida. Y transpuso una puerta toda de marfil, incrustada de perlas y pedrería. Y se halló en una gran sala, toda cubierta de sedería y de tapices de Khorasán.

Y estaba iluminada por altos ventanales que daban a unos jardines frondosos atravesados por arroyos. Junto a las paredes de la sala había una fila de estatuas vestidas como personas y que movían los brazos y las piernas de un modo asombroso, y en su interior tenían un mecanismo que les hacía cantar y hablar como verdaderos hijos de Adán.

Pero cuando la dueña de la casa vio a Scharkán, se levantó, se acercó a él, y le cogió de la mano. Y le hizo sentarse junto a ella, y le preguntó con interés cómo había pasado la noche, y le dirigió otras preguntas, a las cuales dio Scharkán las respuestas convenientes. Después se pusieron a conversar, y ella le preguntó: "¿Sabes las palabras de los poetas acerca de los enamorados y de los esclavos de amor?" Y él contestó: "Sí, ¡oh mi señora! sé algunas". Y ella dijo: "Quisiera oírlas".

Y él dijo: "He aquí lo que el elocuente y delicado Kuzair decía respecto a la perfectamente bella Izzat, a quien amaba:

¡Oh, no! ¡Jamás descubriré los encantos de Izzat! ¡Jamás hablaré de mi amor por Izzat! ¡Me ha obligado a tantos juramentos y a tantas promesas! ¡Ah! ¡Si se supiesen todos los encantos de Izzat!

¡Los ascetas que lloran entre el polvo y que tanto se precaven contra las penas de amor, si oyeran el gorjeo que yo conozco, acudirían a arrodillarse delante de Izzat para adorarla! ¡Ah! ¡Si supieran cuántos son los encantos de Izzat!

Y la joven exclamó: "En verdad, la elocuencia fue un don de ese admirable Kuzair, que decía:

Si ante un juez digno de ella y de su belleza se presentara Izzat compitiendo con su rival el dulce sol matutino, seguramente sería Izzat la preferida.

Y sin embargo, algunas mujeres maliciosas se han atrevido a criticar su hermosura. ¡Alah las confunda, y haga de sus mejillas una alfombra para las suelas de Izzat!

Y la joven añadió: "¡Cuán amada fue Izzat! ¡Y tú, oh príncipe Scharkán si recordases las palabras que el hermoso Djamil decía a la misma Izzat, ¡qué amable serías si nos las dijeses!" Y Scharkán dijo: "Realmente, de las palabras de Djamil a Izzat no recuerdo más que esta estrofa:

¡Oh la más gentil de las engañadoras! ¡Sólo deseas mi muerte; a ella se encaminan todos tus planes! ¡Y sin embargo, eres la única que deseo entre todas las jóvenes de la tribu!"

Y Scharkán añadió: "Porque sabe, ¡oh señora mía! que estoy en la misma situación que Djamil, pues deseas hacerme morir ante tus ojos". Y entonces la joven sonrió, pero no dijo nada. Y siguieron bebiendo hasta que vino la aurora. Enseguida se levantó la joven, y desapareció. Y Scharkán se dispuso a pasar otra noche solo en su lecho. Pero cuando llegó la mañana, se presentaron las esclavas al son de los instrumentos armoniosos, y después de haber besado la tierra entre sus manos, le dijeron: "¡Haznos el favor de venir con nosotras al cuarto de nuestra ama, que te espera!"

Entonces se levantó Scharkán, y salió con las esclavas, que tañían los instrumentos. Y llegó a una segunda sala, mucho más maravillosa que la primera, donde había estatuas y pinturas que figuraban animales, y aves, y otras muchas cosas que superarían a toda descripción. Y quedó encantado de cuanto veía, y sus labios cantaron estas estrofas:

¡Cogeré la estrella que se remonta entre los frutos de oro del Arquero de las Siete Estrellas!

Es la perla noble que anuncia las albas plateadas. La gota de oro de la constelación.

Es el ojo de agua que se deshace en trenzas de plata. ¡La rosa de carne de sus mejillas! ¡Un topacio incendiado!

¡Sus ojos! ¡Dan el color a la violeta, sus ojos rodeados de kohl azul!

Y la joven se levantó, fue a coger de la mano a Scharkán, le hizo sentarse a su lado, y le dijo: "¡Oh príncipe Scharkán! seguramente conoces el juego del ajedrez". Y él dijo: "Lo conozco; pero ¡por favor! no seas como aquella de quien se queja el poeta:

¡En vano me lamento! ¡Estoy martirizado por el amor! No puedo apagar la sed en su boca dichosa, ni respirar la vida bebiéndola en sus labios.

No es que me desprecie, ni que me falten sus atenciones, ni que olvide el ajedrez para distraerme; pero ¿acaso mi alma tiene sed de distracciones ni de juego?

Y además, ¿cómo podría luchar con ella, cuando me fascina el fuego de sus miradas, las miradas de sus ojos que penetran en mi hígado?"

Y la joven se echó a reír, pero acercó el ajedrez y empezó el juego. Y Scharkán, cada vez que le tocaba jugar, en vez de atender al juego miraba a la joven, y jugaba de cualquier modo, poniendo el caballo en lugar del elefante y el elefante en lugar del caballo.

Y ella, riendo, le dijo: "¡Por el Mesías! ¡Cuán profundo es tu juego!" Pero él contestó: "¡Esta es la primera partida! Ya sabes que no representa nada". Y prepararon el juego de nuevo. Pero ella lo venció otra vez, y la tercera, y la cuarta, y la quinta vez. Después le dijo: "¡He aquí que en todas sales vencido!" Y él dijo: "¡Oh mi soberana, no está mal ser vencido por una adversaria como tú!"

Entonces la joven mandó poner el mantel, y comieron y se lavaron las manos; y no dejaron de beber de todas las bebidas. Y la joven cogió un arpa, y diestramente preludió una notas lentas y melodiosas. Y cantó estas estrofas:

Nadie escapa a su Destino, así esté oculto o no lo esté, así tenga el rostro sereno o amargado.

Olvídalo todo, ¡Oh amigo mío! y bebe por la belleza y por la vida. ¡Soy la hermosura, que ningún hijo de la tierra puede mirar indiferentemente!

Calló, y sólo el arpa resonó bajo los finos dedos de marfil. Y Scharkán, arrebatado, se sentía perdido en deseos infinitos. Entonces, tras un nuevo preludio, la joven cantó:

¡La amistad verdadera no puede soportar la amargura de la separación! ¡Hasta el sol palidece cuando tiene que dejar a la tierra!

Pero apenas cesó este canto, oyeron un enorme tumulto y un gran vocerío. Y vieron que avanzaba un tropel de guerreros cristianos con las espadas desnudas, y gritaban: "¡He aquí que has caído en nuestras manos! ¡He aquí, oh Scharkán, tu día de perdición!"

Y al oír Scharkán estas palabras, pensó enseguida en una traición, encaminándose sus sospechas contra la joven. Pero cuando se volvía hacia donde estaba, dispuesto a reconvenirla, la vio lanzarse afuera, muy pálida.

Y la joven llegó ante los guerreros, y les dijo: "¿Qué queréis?" Entonces se adelantó el jefe de los guerreros, y le contestó, después de haber besado la tierra entre sus manos: "¡Oh reina llena de gloria! ¡Oh mi noble señora Abriza, la perla más noble entre las perlas de las aguas! ¿Ignoras la presencia del que está en este monasterio?"

Y la reina Abriza contestó: "¿De quién hablas?" Y él dijo: "Hablo de aquel a quien llaman maestro de héroes, el destructor de ciudades, el terrible Scharkán ibn-Omar Al- Nemán, aquel que no ha dejado una torre sin destruirla, ni una fortaleza sin derribarla. Ahora bien, ¡oh reina Abriza! el rey Hardobios, tu padre y señor nuestro, ha sabido en Kaissaria, su ciudad, por los propios labios de la anciana Madre de todas las Calamidades, que el príncipe Scharkán estaba aquí. Porque la Madre de todas las Calamidades ha dicho al rey que había visto a Scharkán en el bosque, cuando se dirigía a este monasterio. Así, pues, ¡oh reina! tu mérito es inconmensurable, por haber cogido al león en tus redes, facilitándonos la victoria sobre el ejército de los musulmanes".

Entonces, la joven reina Abriza, hija del rey Hardobios, señora de Kaissaria, miró indignadísima al jefe de los guerreros, y le dijo:

"¿Cuál es tu nombre?" Y el otro contestó: "¡Tu esclavo el patricio Massura ibn-Mossora ibn-Kacherda!"

Y ella le dijo: "¿Y cómo es que has osado, ¡oh insolente Massura! entrar en este monasterio sin avisarme ni pedir permiso?" Y él dijo: "¡Oh mi soberana! Ninguno de los porteros me ha cerrado el camino, pues al contrario, todos nos han guiado hasta la puerta de tu aposento. Y ahora, según las órdenes de tu padre, esperamos que nos entregues a ese Scharkán, el guerrero más formidable entre los musulmanes". Y la reina Abriza dijo: "¿Pero qué piensas? ¿No sabes que esa Madre de todas las Calamidades es una embustera? ¡Por el Mesías! Aquí hay un hombre, pero no es el Scharkán de quien hablas, sino un extranjero que ha venido a pedirnos hospitalidad, y enseguida se la hemos otorgado generosamente. Y además, aun en el caso de que fuera Scharkán, los deberes de la hospitalidad me mandan protegerle contra todo el mundo.

¡Nunca se dirá que Abriza hizo traición al huésped, después de haber mediado entre ellos el pan y la sal!

De modo que lo que debes hacer, ¡oh patricio Massura! es marcharte enseguida cerca del rey, mi padre; besarás la tierra entre sus manos, y le dirás que la vieja Madre de todas las Calamidades ha mentido y le ha engañado".

El patricio Massura, dijo: "Reina Abriza, no puedo volver junto al rey Hardobios, tu padre, sin llevar al prisionero, como nos ha mandado". Ella llena de cólera, dijo: "¿Quién te mete en estas cosas, ¡oh guerrero!? Sólo te toca combatir cuando puedas, pues te pagan para combatir. Pero guárdate de meterte en asuntos que no te incumben. Además, si te atrevieras a atacar a Scharkán, lo pagarás con tu vida y con la vida de todos los guerreros que están contigo. ¡Y he aquí que lo voy a llamar, para que venga con su alfanje y su escudo!"

Y el patricio Massura dijo: "¡Oh qué desgracia la mía! Porque si me libro de tu cólera, caeré en la de tu padre, nuestro rey. Si se presentase ese Scharkán, lo mandaría detener inmediatamente por mis soldados., y lo llevaría prisionero entre las manos de tu padre, el rey de Kaissaria".

Y Abriza exclamó: "Hablas demasiado para ser un guerrero, ¡oh patricio Massura! ¡Y tus palabras exceden en punto a pretensión e insolencia! ¿Olvidas acaso que sois cien contra uno? Si tu patriciado no te quitó hasta el rastro del valor, combátele de hombre a hombre. Pues si eres vencido, otro ocupará tu puesto, y así sucesivamente, hasta que Scharkán caiga en nuestras manos. ¡Y así se decidirá quién de todos vosotros es el héroe!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 50ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que la joven reina Abriza exclamó: "¡Y veremos quién de todos vosotros es el héroe!"

Y el patricio Massura repuso: "¡Por el Mesías! ¡Has hablado muy bien! ¡Yo seré el primero que se presente a luchar!"

Ella dijo: "Pues aguarda que vaya a avisarle y a saber su respuesta. Si acepta, así se hará; si se niega, será de todos modos el huésped protegido". Y Abriza se apresuró a ir en busca de Scharkán, y le puso al corriente de todo, excepto de quién era ella.

Y Scharkán comprendió que había juzgado mal al dudar de la generosidad de la joven, y se reconvino mucho, y con doble motivo por haberse equivocado al juzgar a la joven y por haberse metido imprudentemente en medio del país de los rumís.

Y después dijo: "¡Oh mi señora! No tengo la costumbre de combatir contra un solo guerrero, sino contra diez a un tiempo, y de esa manera pienso entablar el combate".

Dijo, y se puso en pie de un salto, y se precipitó al encuentro de los guerreros cristianos. Y llevaba en la mano su alfanje y su escudo.

Cuando el patricio Massura vio que se acercaba Scharkán, saltó sobre él de un brinco, y le atacó furiosamente; pero Scharkán paró el golpe que se le dirigía, y se lanzó contra su adversario como un león. Y le dio en el hombro un tajo tan terrible, que el alfanje salió brillando por la cadera, después de haberle atravesado el vientre y los intestinos.

Al ver esto, el valor de Scharkán creció considerablemente a los ojos de la reina, que pensó: "¡He aquí el héroe con quien habría yo podido luchar en el bosque!"

Después se volvió hacia los soldados; y les dijo: "¿Qué esperáis para proseguir el combate? ¿No pensáis vengar la muerte del patricio?" Entonces avanzó a grandes pasos un gigante de aspecto formidable, y cuya cara respiraba una gran energía. Era el propio hermano del patricio Massura. Pero Scharkán no le dio tiempo para más, pues le dio tal tajo en el hombro, que el alfanje salió brillando por la cadera, después de haber atravesado el vientre y los intestinos. Entonces avanzaron otros guerreros, uno a uno, pero Scharkán les hacía sufrir la misma suerte, y para su alfanje era un juego el hacer volar sus cabezas. Y de ese modo mató a cincuenta. Cuando los otros cincuenta que quedaron vieron la suerte que habían corrido sus compañeros, se reunieron en una sola masa, y se precipitaron todos juntos contra Scharkán, pero esto los perdió.

Scharkán los esperaba con toda la bravura de su corazón, más duro que la roca, y los trilló como se trillan los granos en la era, y los desparramó a ellos y a sus almas para siempre.

Entonces la reina Abriza gritó a sus doncellas: "¿Quedan más hombres en el monasterio?" Y ellas contestaron: "No quedan más hombres que los porteros". Entonces la reina Abriza avanzó al encuentro de Scharkán, y le estrechó entre sus brazos, y le besó con fervor. Después contó el número de muertos, y se encontraron ochenta. En cuanto a los otros veinte combatientes, lograron escaparse, a pesar de su estado, y habían desaparecido.

Y Scharkán pensó entonces en limpiar la hoja ensangrentada de su alfanje. Y arrastrado por Abriza, volvió al monasterio, recitando estas estrofas bélicas:

¡Contra mí se han lanzado furiosamente para combatirme el día de mi valentía!

Y he arrojado sus altaneros caballos como pasto a los leones, a mis hermanos los leones.

¡Vamos! ¡Libradme del peso de mi ropa, si queréis!

En el día de mi valentía no he hecho más que pasar, y he aquí a todos los guerreros tendidos en la tierra abrasadora de mi desierto.

Y como habían llegado al salón, la joven Abriza, sonriente de placer cogió la mano de Scharkán y se la llevó a los labios. Después se levantó el vestido, y aparecieron por debajo una cota de malla y una espada de acero fino de la India. Y Scharkán asombrado. preguntó: "¿Para qué son, ¡oh mi señora! esta cota de malla y esta espada?" Y ella dijo: "¡Oh Scharkán, durante el combate me armé apresuradamente por si tenía que correr en tu auxilio, pero no has necesitado de mi brazo!"

Después la reina Abriza mandó llamar a los porteros, y les dijo "¿Cómo es que sin mi permiso habéis dejado penetrar a los hombres del rey?" Y dijeron: "No es costumbre que pidan permiso los hombres del rey, y mucho menos su gran patricio".

Ella dijo: "¡Sospecho que habéis querido perderme y ocasionar la muerte de mi huésped!

Y rogó a Scharkán que les cortara la cabeza, y Scharkán les cortó la cabeza.

Entonces la reina dijo a sus esclavas: "¡Merecían un castigo más duro!"

Después se volvió hacia Scharkán, y exclamó: "¡He aquí, ¡oh Scharkán! que voy a revelarte lo que ha estado oculto para ti hasta ahora!"

Y dijo así:

"Sabe, ¡oh Scharkán! que soy la hija única del rey griego Hardobios, señor de Kaissaria, y me llamo Abriza. Y tengo por enemiga inexorable a la vieja Madre de todas las Calamidades, que ha sido la nodriza de mi padre y es muy temida y atendida en palacio. Y la causa de esta enemistad entre ella y yo, es una causa que me dispensarás que te cuente, pues intervienen unas jóvenes en esta historia, y ya conocerás con el tiempo todos los pormenores. Así es que la Madre de todas las Calamidades hará cuanto pueda para perderme, sobre todo ahora que he sido la causa de la muerte del jefe de los patricios y de los guerreros. Y dirá a mi padre que he abrazado vuestra causa. Así es que la única resolución que puedo tomar, mientras la Madre de todas las Calamidades me persiga, es irme lejos de mi familia y de mi país. Y te ruego que me ayudes y obres conmigo como yo he obrado contigo, pues te corresponde parte de culpa de cuanto acaba de pasar".

Al oír estas palabras, Scharkán sintió que la alegría le hacía perder la razón, y que su pecho se ensanchaba, y se dilataba todo su ser, y dijo: "¡Por Alah! ¿Quién se atreverá a acercarse a ti, mientras mi alma esté en mi cuerpo? Pero ¿podrías sobrellevar realmente el verte alejada de tu padre y de los tuyos? Y ella contestó: "Seguramente que sí". Entonces Scharkán le hizo que lo jurase, y ella juró. Y después ella dijo: "Ya se ha tranquilizado mi corazón.

Pero tengo que dirigirte otra súplica". Scharkán dijo: "¿Y cuál es esa súplica?" Y ella contestó: "Que vuelvas a tu país, con todos los soldados". Pero él dijo: "¡Oh señora mía! Mi padre Omar Al-Nemán me ha mandado a este país de los rumís para combatir y vencer a tu padre, contra el cual nos ha pedido auxilio el rey Afridonios de Constantinia. Pues tu padre ha mandado confiscar un navío cargado de riquezas, entre ellas tres gemas preciosas que poseen admirables virtudes". Entonces Abriza contestó:

"¡Tranquiliza tu alma y endulza tus ojos! Porque he aquí que voy a decirte la verdadera historia de nuestra hostilidad con el rey Afridonios:

"Sabe que nosotros los griegos celebramos una fiesta anual, que es la fiesta de este monasterio. Y cada año en igual fecha acuden aquí todos los reyes cristianos desde todas las comarcas, así como los nobles y los grandes comerciantes. Y también vienen las mujeres y las hijas de los reyes y de los demás; y esta fiesta dura siete días completos. Ahora bien; cierto año fui yo una de las visitantes, y aquí estaba también la hija del rey Afridonios de Constantinia, que se llamaba Safía, y es ahora concubina de tu padre, el rey Omar Al-Nemán, y madre de sus hijos. Pero en aquel momento era todavía doncella. Cuando terminó la fiesta y llegó el séptimo día, que era el día de la marcha, Safía dijo: "No quiero volver por tierra a Constantinia, sino por mar". Entonces le prepararon una nave, en la cual se embarcó con sus compañeras, y mandó embarcar todas las cosas que le pertenecían; y se dieron a la vela, y zarparon. Pero apenas se había alejado el navío, se levantó viento contrario, que hizo desviarse a la nave de su ruta. Y la Providencia quiso que hubiera precisamente en tales parajes un gran navío lleno de guerreros cristianos de la isla de Kafur, en número de quinientos afrangí.

Y todos estaban armados y forrados de hierro. Y sólo aguardaban una ocasión como aquélla para lograr botín, pues desde hacía tiempo que andaban por el mar. De modo que en cuanto vieron el navío en que estaba Safía, lo abordaron, le echaron los garfios y se apoderaron de él. Después se dieron de nuevo a la vela llevándolo a remolque. Pero levantó una furiosa tempestad que los arrojó a nuestras costas, desamparados. Entonces se arrojaron sobre ellos nuestros hombres, mataron a los piratas, y se apoderaron a su vez de las sesenta jóvenes entre las cuales se encontraba Safía.

También recogieron todas las riquezas acumuladas en los buques. Vinieron a ofrecer las sesenta jóvenes como regalo a mi padre el rey de Kaissaria, y se guardaron las riquezas. Mi padre escogió para sí las diez jóvenes más hermosas y distribuyó el resto entre su séquito. Después eligió cinco de las más bellas, y se las envió como regalo a tu padre, el rey Omar Al-Nemán. Y entre esas cinco estaba precisamente Safía, hija del rey Afridonios: pero nosotros no nos lo figurábamos, porque ni ella ni nadie nos había revelado su condición ni su nombre, y he aquí ¡oh Scharkán! cómo Safía llegó a ser concubina de tu padre, el rey Omar Al- Nemán. Y además, le fue enviada con otros muchos regalos, como sederías, paños y bordados de Grecia. Pero a principios de este año, el rey mi padre recibió una carta del rey Afridonios, padre de Safía. Y en esta carta había cosas que no te sabría repetir. Pero decía lo siguiente:

"Hace dos años que cogiste a unos piratas sesenta jóvenes, una de las cuales era mi hija Safía. Hasta ahora no me he enterado, ¡oh rey Hardobios! porque nada me has dicho.

Esto es la mayor ofensa y el mayor oprobio para mí y alrededor de mí. Por lo tanto, en cuanto recibas mi carta, si no quieres ser mi enemigo, me devolverás a mi hija Safía, intacta e íntegra. Si demoras su envío, te trataré como mereces, y mi cólera y mi resentimiento tomarán represalias terribles contra ti".

"Y en cuanto mi padre leyó esta carta, se quedó muy perplejo y muy alarmado, pues la joven Safía había sido enviada como regalo a tu padre, el rey Omar Al-Nemán, y no había ninguna probabilidad de que siguiese intacta e íntegra, puesto que ya la había hecho madre el rey Omar Al-Nemán.

"Comprendimos entonces que aquello era una gran calamidad. Y mi padre no tuvo otro recurso que escribirle una carta al rey Afridonios, en que le exponía la situación, y disculpándose con la ignorancia en que había estado respecto a la personalidad de Safía, y jurándoselo mil veces.

"Al recibir la carta de mi padre, el rey Afridonios se enfureció de una manera trágica; se levantó, se sentó, echó espuma, y dijo: "¿Es posible que mi hija, cuya mano se disputaban todos los reyes cristianos, haya llegado a ser una esclava entre las esclavas de un musulmán? ¿Es posible que se haya rendido a sus deseos y compartido su lecho sin contrato legal? ¡Por el Mesías! que he de tomar de ese cabalgador musulmán, no saciado de mujeres, una venganza que hará hablar al Oriente y al Occidente".

"Y entonces fue cuando el rey Afridonios discurrió enviar embajadores a tu padre con ricos presentes, y hacerle creer que estaba en guerra contra nosotros, y pedirle socorro. Pero en realidad era para hacerte caer a ti, ¡oh Scharkán! y a tus diez mil jinetes en una emboscada.

"En cuanto a las tres gemas maravillosas poseedoras de tantas virtudes, existen realmente. Eran propiedad de Safía, y cayeron en manos de los piratas, y después en las de mi padre, que me las regaló. Y yo las tengo, y ya te las enseñaré. Pero por ahora lo más importante es que busques a tus jinetes y emprendas con ellos el camino de Bagdad, antes de caer en las redes del rey de Constantinia y antes de que os incomuniquen por completo".

Al oír Scharkán estas palabras, cogió la mano de Abrizia y se la llevó a los labios. Y después dijo: "¡Loor a Alah y a las criaturas de Alah! ¡Loor al que te ha puesto en mi camino, para que seas causa de mi salvación y de la salvación de mis compañeros! Pero ¡oh deliciosa y caritativa reina! Yo no puedo separarme de ti después de cuanto ha pasado, y no permitiré que te quedes aquí sola, pues no sé lo que te puede ocurrir. ¡Ven, Abriza, vamos a Bagdad, donde estarás segura!".

Pero Abriza, que había tenido tiempo para reflexionar, le dijo: "¡Oh Scharkán! date prisa a marcharte. Apodérate de los enviados del rey Afridonios, que están en tus tiendas, oblígalos a confesar la verdad, y de este modo comprobarás mis palabras. Yo te alcanzaré antes de que hayan pasado tres días, y entraremos juntos en Bagdad".

Después se levantó, se acercó a él, le cogió la cabeza con ambas manos, y le besó. Y Scharkán hizo lo mismo.

Y la reina lloraba lágrimas abundantes.

Y su llanto era capaz de derretir las piedras.

Scharkán, al ver llorar aquellos ojos, se enterneció más todavía, y llorando recitó estas dos estrofas:

¡Me despedí de ella, y mi mano derecha enjugaba mis lágrimas, mientras que mi mano izquierda rodeaba su cuello!

Y me dijo, medrosa: "¿No temes comprometerte ante las mujeres de mi tribu?" Y le dije: "¡No lo temo! ¿Acaso el día de la despedida no es el de la traición de los enamorados?"

Y Scharkán se separó de Abriza, y salió del monasterio. Montó de nuevo en su corcel, cuyas bridas sujetaban dos jóvenes, y se fue. Pasó el puente de cadenas de acero, se internó entre los árboles de la selva, y acabó por llegar al claro situado en medio del bosque. Y apenas había llegado, vio tres jinetes frente a él, que habían detenido bruscamente el galopar de sus caballos. Y Scharkán sacó su rutilante espada, y se cubrió con ella, dispuesto al choque. Pero súbitamente los conoció y le reconocieron, pues los tres jinetes eran el visir Dandán y los dos emires principales de su séquito. Entonces los tres jinetes se apearon rápidamente, y desearon respetuosamente la paz al príncipe Scharkán, y le expresaron toda la angustia que por su ausencia había sentido el ejército. Y Scharkán les contó la historia con todos sus detalles, desde el principio hasta el fin, y la próxima llegada de la reina Abriza, y la traición proyectada por los embajadores de Afridonios.

Y les dijo: "Es probable que se hayan aprovechado de vuestra ausencia para escaparse y avisar a su rey. Y ¡quién sabe si el ejército enemigo habrá destruido al nuestro! ¡Corramos, pues, junto a nuestros soldados!"

Al galope de sus caballos llegaron al valle donde estaban las tiendas. Y allí reinaba la tranquilidad, pero los embajadores habían desaparecido. Se levantó apresuradamente el campo, partieron para Bagdad, y al cabo de algunos días llegaron a las fronteras, donde ya estaban seguros. Y todos los habitantes de aquellas comarcas se apresuraron a llevarles provisiones para ellos y víveres para los caballos. Y descansaron un poco, y luego reanudaron la marcha. Pero Scharkán confió la dirección de la vanguardia al visir Dandán, y se quedó en la retaguardia con cien jinetes, que escogió uno por uno entre lo más selecto de todos los jinetes. Y dejó que el ejército se le adelantara todo un día. y después se puso en marcha con cien guerreros.

Y cuando habían recorrido ya cerca de dos parasanges acabaron por llegar a un desfiladero muy angosto situado entre dos altísimas montañas. Y apenas habían llegado, vieron que al otro extremo del desfiladero se levantaba una polvareda muy densa. Y esta polvareda avanzaba rápidamente, y cuando se disipó aparecieron cien jinetes, tan intrépidos como leones, que desaparecían bajo las cotas de malla y las viseras de acero. Y aquellos jinetes, apenas estuvieron al alcance de la voz, gritaron: "¡Apeaos, ¡oh musulmanes! y rendíos a discreción, pues si no, ¡por Mariam y Yuhanna! vuestras almas no tardarán en volar de vuestros cuerpos!"

Y Scharkán, al oír estas palabras, vio que el mundo se oscurecía ante su vista. Y dijo, inflamadas sus mejillas y lanzando sus ojos relámpagos de cólera: "¡Oh perros cristianos! ¿Cómo os atrevéis a amenazarnos después de haber tenido la audacia de atravesar nuestras fronteras y pisar nuestro suelo? ¿Pensáis que podréis escapar de entre nuestras manos y volver a vuestro país?"

Dijo, y gritó a sus guerreros: "¡Oh creyentes! ¡Sus a esos perros!"

Y Scharkán fue el primero en arrojarse sobre el enemigo. Entonces los cien jinetes de Scharkán cayeron sobre los cien jinetes afrangí a todo el galopar de sus caballos, y ambas masas de hombres, con corazones más duros que la roca, se mezclaron.

Y los aceros chocaron con los aceros, las espadas con las espadas, y empezaron a llover golpes. Y crepitando los cuerpos se enlazaban con los cuerpos y los caballos se encabritaban para caer pesadamente sobre los caballos, y no se oía otro ruido que el chasquido de las armas y el choque del metal contra el metal. El combate duró hasta la aproximación de la noche. Y sólo entonces se separaron ambos bandos, y pudieron contarse. Scharkán comprobó que no había entre sus hombres ningún herido grave y exclamó:

"¡Oh compañeros! He navegado toda mi vida por el mar de las ruidosas batallas, en que chocan las oleadas de espadas y lanzas; he combatido con muchos héroes, pero no había encontrado hombres tan intrépidos, guerreros tan valerosos ni héroes tan esforzados como estos adversarios".

Y los soldados de Scharkán respondieron: "¡Oh príncipe Scharkán! tus palabras han dicho la verdad. Pero sabe que el jefe de esos guerreros es el más admirable de todos y el más heroico. Y además, cada vez que uno de nosotros caía entre sus manos, se apartaba para no matarlo, y le dejaba librarse de la muerte".

Al oír estas palabras, se quedó muy perplejo Scharkán, pero después dijo: "Mañana nos pondremos en fila y los atacaremos así, pues somos ciento contra ciento. ¡Y pediremos la victoria al Señor del Cielo!" Y confiados en esta resolución, se durmieron todos aquella noche.

En cuanto a los cristianos, he aquí que rodearon a su jefe, y exclamaron: "Hoy no hemos podido dar cuenta de esos musulmanes". Y el jefe les dijo: "Pero mañana nos pondremos en fila, y los derribaremos uno tras otro". Y confiados en esta resolución, se durmieron todos también.

Así es que en cuanto brilló la mañana, e iluminó al mundo con su luz, y salió el sol para alumbrar indistintamente la cara de los pacíficos y de los guerreros, y saludó a Mahomed, ornamento de todas las cosas bellas, el príncipe Scharkán montó en su caballo, avanzó entre las dos filas de sus guerreros, y les dijo: "He aquí que nuestros enemigos están en orden de batalla. Lancémonos, pues, sobre ellos, pero uno contra uno. Por lo pronto, que salga de las filas uno de vosotros e invite en alta voz a uno de los guerreros cristianos a combate singular. Después cada cual afrontará a su vez la lucha de este modo".

Y uno de los jinetes de Scharkán salió de las filas, espoleó a su caballo hacia el enemigo, y gritó: "¡Oh todos vosotros! ¿Hay en vuestras filas algún combatiente, algún campeón bastante intrépido para aceptar la lucha conmigo?"

Apenas había pronunciado estas palabras, salió de entre los cristianos un jinete completamente cubierto de armas y de hierro, y de seda y de oro. Montaba un caballo alazán; su cara era sonrosada, con mejillas vírgenes de pelo.

Llevó su caballo hasta la mitad de la liza, y con la espada levantada se precipitó contra el campeón musulmán, y de un rápido bote de lanza le hizo perder los arzones y le obligó a rendirse al enemigo. Y se lo llevó prisionero, entre los gritos de victoria y de júbilo que lanzaban los guerreros cristianos.

Enseguida salió de las filas otro cristiano y avanzó hasta la mitad de la liza, al encuentro de otro musulmán que ya estaba en ella y que era el hermano del prisionero. Y ambos campeones trabaron la lucha, que no tardó en terminar con la victoria del cristiano, pues aprovechando un descuido del musulmán, que no había sabido resguardarse, le dio otro bote de lanza, que le derribó, y se lo llevó prisionero.

Y así siguieron midiendo sus armas, y cada vez se terminaba la lucha con la derrota de un musulmán, vencido por el cristiano. Y así fue hasta que cayó la noche, quedando cautivos veinte guerreros musulmanes.

Scharkán se impresionó mucho al ver este resultado, y reunió a sus compañeros. Y les dijo: "¿No es verdaderamente extraordinario lo que nos acaba de ocurrir?" Mañana avanzaré yo solo frente al enemigo, y provocaré al jefe de esos cristianos. Y luego de vencerle, averiguaré la razón que le ha movido a violar nuestro territorio y a atacarnos. Y si se niega a explicarse, lo mataremos; pero si acepta nuestras proposiciones, haremos las paces con él". Y tomada esta resolución, se durmieron todos hasta por la mañana.

Y llegada la mañana, Scharkán montó a caballo y avanzó solo hacia las filas de los enemigos; y vio avanzar, en medio de cincuenta guerreros que se habían apeado, a un jinete, que no era otro que el jefe de los cristianos en persona. Llevaba pendiente de los hombros una clámide de raso azul que flotaba por encima de la cota de malla; blandía desnuda una espada de acero y montaba un caballo negro que llevaba en la frente una estrella blanca del tamaño de un dracma de plata. Y este jinete tenía una cara de niño, con mejillas frescas y sonrosadas y vírgenes de bozo. Y tan hermoso era, que semejaba la luna que sale gloriosamente por el horizonte oriental.

Y cuando estuvo en medio de la liza, este joven jinete se dirigió a Scharkán, y en lengua árabe, con el acento más puro, le dijo: "¡Oh Scharkán, oh hijo de Omar Al- Nemán, que reina en los pueblos y en las ciudades, en las plazas fuertes y en los castillos, prepárate a la lucha, porque será muy dura! ¡Y como eres el jefe de los tuyos y yo el jefe de los míos, queda acordado desde ahora que el vencedor en esta lucha se apoderará de los soldados del vencido y será su dueño!"

Pero ya Scharkán, con el corazón lleno de rabia, semejante al león enfurecido, había lanzado su corcel contra el cristiano. Y chocaron uno contra otro con un empuje heroico, resonando los golpes. Y se habría creído ver el choque de dos montañas, o la mezcla ruidosa de dos mares que se encontraran. Y no cesaron de combatir desde por la mañana hasta que fue completamente de noche. Y entonces se separaron, y cada cual volvió junto a los suyos.

Luego Scharkán dijo a sus compañeros: "¡En mi vida he encontrado un combatiente como ése! Y lo más extraordinario es que cada vez que su adversario queda descubierto, en lugar de herirle se limita a tocarlo ligeramente en el sitio descubierto con el regatón de la lanza. Nada comprendo de toda esta aventura, pero ¡ojalá hubiese muchos guerreros de tal intrepidez!"

Y al día siguiente se reanudó la lucha del mismo modo y con igual resultado. Y al tercer día, en medio del combate, el hermoso joven lanzó el caballo al galope y lo paró bruscamente, aunque tirando torpemente de las riendas. Entonces el caballo se encabritó, y el joven se dejó derribar, y cayó al suelo, pero como naturalmente.

Y Scharkán saltó del caballo y se precipitó sobre su enemigo con la espada levantada, dispuesto a atravesarlo. Y el hermoso cristiano exclamó: "¿Es así como proceden los héroes? ¿Manda la galantería tratar así a las mujeres?" Al oír estas palabras, Scharkán miró al joven jinete, y habiéndolo examinado bien reconoció a la reina Abriza. Pues era en realidad la reina Abriza, con la cual le había pasado en el monasterio lo que le había pasado.

Y Scharkán arrojó su espada, y se prosternó ante la joven, y besó la tierra entre sus manos, y le dijo: "Pero ¿por qué has obrado así, ¡oh reina!?" Y ella dijo: "He querido experimentarte en el campo de batalla y ver cuál era tu valor. Pues sabe que todos mis guerreros que han combatido con los tuyos son mis doncellas, y son jóvenes como yo y vírgenes. Y en cuanto a mí, si no hubiera sido por mi caballo, que se encabritó a destiempo, otras cosas habrías visto, ¡oh Scharkán!"

Y Scharkán, sonriendo, dijo: "¡Loor a Alah, que nos ha reunido, ¡oh reina Abriza, soberana de los tiempos!" Y la reina dio enseguida la orden de marcha, y le volvió a Scharkán los veinte prisioneros, uno tras otro. Y todos fueron a arrodillarse delante de la reina, y besaron la tierra entre sus manos.

Y Scharkán se dirigió hacia las hermosas jóvenes, y les dijo: "¡Los reyes se honrarían si pudiesen contar con unos héroes como vosotras!"

Después se levantaron los campamentos, y los doscientos jinetes emprendieron juntos el camino de Bagdad, y anduvieron así seis días completos, al cabo de los cuales vieron relucir a lo lejos las mezquitas gloriosas de la ciudad de paz.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, v se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 51ª NOCHE

Ella dijo:

Vieron relucir a lo lejos las mezquitas gloriosas de la ciudad de paz. Y Scharkán rogó a la reina Abriza y a sus compañeras que se quitaran las armaduras y las cambiaran por sus vestidos femeninos. Y así lo hicieron. Después mandó que se adelantaran algunos de sus soldados y anunciasen a su padre Omar Al-Nemán su llegada y la de la reina Abriza a fin de que saliese a recibirles una digna comitiva. Cuando anocheció echaron pie a tierra, se armaron las tiendas, y durmieron hasta por la mañana.

Y al nacer el día, el príncipe Scharkán y sus jinetes, y la reina Abriza y sus amazonas, volvieron a montar en sus corceles, y tomaron el camino de la ciudad. Y he aquí que salió de la población, yendo a su encuentro, el gran visir Dandán con un acompañamiento de mil jinetes; y se acercó a la joven reina y al valeroso Scharkán, y besó la tierra entre sus manos, y después todos juntos entraron en la ciudad.

Y Scharkán fue el primero en subir al palacio. Y el rey Omar Al-Nemán se levantó para ir a su encuentro, le abrazó y le pidió noticias. Y Scharkán le contó toda su historia con la hija del rey Hardobios de Kaissaria, y la perfidia del rey de Constantinia, y su resentimiento por causa de la esclava Safía, que era la misma hija del rey Afridonios, y le contó también la hospitalidad y los buenos consejos de Abriza, y su última hazaña, con todas sus cualidades de valor y belleza.

Cuando el rey Omar Al-Nemán oyó estas últimas palabras, sintió gran deseo de ver a la joven maravillosa, y todo su ser se encendió al oír estos detalles. Y pensó en las delicias de sentir en su cama la solidez y la esbeltez armoniosa de un cuerpo de doncella tan aguerrida, virgen de varón, y tan amada por sus compañeras de guerra.

Y tampoco desdeñó a estas mismas amazonas, cuyos rostros, bajo los trajes guerreros eran los de un niño de mejillas frescas, sin asomo de pelo ni bozo. Porque el rey Omar Al-Nemán era un anciano admirable, de músculos más ejercitados que los de los jóvenes. Y no temía las luchas de la virilidad, y salía siempre victorioso de entre los brazos de sus mujeres más ardientes.

Pero como Scharkán no podía figurarse que su padre tuviera sus miras respecto a la joven reina, se apresuró a ir a buscarla y se la presentó. Y el rey estaba sentado en su trono, y había despedido a sus chambelanes y a todos sus esclavos, excepto a los eunucos. Y la joven Abriza llegó hasta él, besó la tierra entre sus manos, y le habló con un lenguaje de una pureza y elegancia deliciosas. De modo que el rey Omar Al- Nemán llegó al límite del asombro, le dio gracias, la glorificó por cuanto había hecho con su hijo el príncipe Scharkán, y la invitó a sentarse. Y Abriza, entonces, se sentó, y se quitó el velillo que le cubría la cara, y ¡aquello fue un deslumbramiento! Pero tan gran deslumbramiento, que el rey Omar Al-Nemán estuvo a punto de perder la razón. Y enseguida mandó que preparasen para ella y sus compañeras el más suntuoso aposento, y le señaló un tren de casa digno de su categoría. Y entonces fue cuando la interrogó respecto a las tres gemas preciosas llenas de virtudes.

Y Abriza le dijo: "Esas tres gemas maravillosas, ¡oh rey del tiempo! las tengo yo, pues no me separo nunca de ellas. ¡Y voy a enseñártelas!"

Mandó traer una caja, y sacó de ella un cofrecillo, y de él un estuche de oro cincelado. Y al abrirlo aparecieron las tres gemas, radiantes, blancas y exquisitas. Y Abriza las cogió, se las llevó a los labios una tras otra, y se las ofreció al rey Omar Al- Nemán como regalo por la hospitalidad que le concedía. Y hecho esto, salió.

Y el rey Omar Al-Nemán comprendió que el corazón se le iba con ella. Pero como las gemas estaban allí, brillando, mandó llamar a su hijo Scharkán y le hizo presente de una de ellas. Y Scharkán le preguntó qué iba a hacer con las otras dos gemas, y el rey le dijo: "Se las voy a dar, una a tu hermana la niña Nozhatú, y la segunda a tu hermanito Daul'makán".

Al oír estas palabras que le hablaban de su hermano Daul'makán, cuya existencia ignoraba por completo, quedó Scharkán desagradablemente sorprendido, pues sólo sabía el nacimiento de Nozhatú. Y volviéndose hacia el rey Omar Al-Nemán, le dijo: "¡Oh padre! ¿tienes otro hijo que no sea yo?" Y contestó el rey: "Ciertamente; un hermano gemelo de Nozhatú, que tiene seis años, hijos ambos de mi esclava Safía, hija del rey de Constantinia".

Entonces Scharkán, trastornado por aquella noticia, apretó las manos y se estrujó la ropa a causa del despecho, pero de todos modos se detuvo. Y exclamó: "¡Ojalá estén ambos bajo la protección de Alah el Altísimo!"

Y su padre que había notado su agitación y su despecho, le dijo: "¡Oh hijo mío! ¿Por qué te pones así? ¿No sabes que la sucesión del trono te ha de corresponder a ti solo cuando yo muera? ¿No te he dado, en primer lugar, la más bella de las tres gemas, llena de maravillas?"

Pero Scharkán no se sintió en disposición de contestarle, y no queriendo contrariar ni apenar a su padre, salió del salón del trono con la cabeza baja. Y se dirigió hacia el aposento de Abriza; y Abriza se levantó enseguida para recibirle, y le dio las gracias por lo que había hecho por ella, y le rogó que se sentara a su lado. Después, al verle entristecido y con cara sombría, le dirigió tiernas preguntas. Y Scharkán le contó el motivo de su pena, y añadió: "Pero lo que más me preocupa, ¡oh Abriza! es que he sorprendido en mi padre intenciones nada dudosas respecto a ti, y he visto que sus ojos se encendían con el deseo de poseerte.

¿Qué dices a eso?" Y ella contestó: "¡Puedes tranquilizar tu alma, ¡oh Scharkán! pues tu padre no me poseerá como no sea muerta! ¿No le bastan sus trescientas sesenta mujeres y aun todas las otras, cuando así codicia mi virginidad, que no es para sus dientes? ¡Vive tranquilo, oh Scharkán y no te preocupes!"

Después mandó traer comida y licores, y ambos comieron y bebieron. Y Scharkán, que seguía con el alma apenada, marchó a su casa para dormir aquella noche. Esto en cuanto a Scharkán.

Pero en cuanto al rey Omar Al-Nemán, apenas salió Scharkán, se fue en busca de su esclava Safía, llevando en la mano las dos gemas preciosas, colgadas cada una de una cadena de oro. Y al verle entrar, Safía se puso de pie, y no se sentó hasta que se hubo sentado el rey. Y entonces se le acercaron los dos niños, Nozhatú y Daul'makán. Y el rey los besó, y les colgó al cuello a cada uno una de las preciosas gemas. Y los dos niños se alegraron mucho; y su madre deseó al rey prosperidades y dichas. Entonces el rey le dijo: "¡Oh Safía! eres la hija del rey Afridonios de Constantinia, y nunca me lo has dicho. ¿Por qué me lo has ocultado? ¡Así no he podido tenerte las consideraciones debidas a tu categoría y realzarte en estimación y en honor!"

Y Safía le dijo: "¡Oh rey generoso! ¿y qué más podía anhelar después de cuanto te debo? ¡Me has colmado de dones y de favores, me has hecho madre de dos niños hermosos como la luna!"

Entonces el rey Omar Al-Nemán quedó encantadísimo de aquella respuesta, que encontró delicada y deliciosa, y llena de buen gusto y de cortesía. Y mandó dar a Safía un palacio mucho más bello que el primero, y aumentó considerablemente el tren de su casa y su consignación para gastos. Después volvió a su palacio para juzgar, y nombrar, y destituir, según costumbre.

Pero seguía con el espíritu y el corazón muy atormentados con el recuerdo de la joven reina Abriza. Así es que pasaba las noches en su aposento hablando con ella y dirigiéndole indirectas. Pero Abriza le daba siempre la misma contestación. "¡Oh rey del tiempo! no me inspiran deseos los hombres". Y esto contribuía a excitar y atormentar más al rey, que acabó por ponerse enfermo. Entonces mandó llamar a su visir Dandán, y le descubrió todo el amor que sentía su corazón por la admirable Abriza, el ningún resultado obtenido y su desesperanza de llegar a poseerla.

Cuando el visir oyó estas palabras, le dijo al rey: "He aquí mi plan: a la caída de la noche, coge un puñado de banj, narcótico seguro, e irás a buscar a Abriza. Y comenzarás a beber con ella, y le deslizarás en la copa unos terrones de banj. Y en cuanto caiga en la cama, serás su dueño; y podrás hacer con ella todo lo que te parezca a propósito para satisfacer tu deseo y calmar tus ardores. Y esta es mi idea". Y el rey contestó: "Verdad es que tu consejo es excelente, y el único realizable".

Entonces se levantó, y fue a uno de sus armarios; y sacó un puñado de banj tan puro y tan fuerte, que sólo el olor habría hecho dormir un año entero a un elefante. Se lo guardó en el bolsillo y esperó que llegase la noche. Entonces fue a buscar a la reina Abriza, que se levantó para recibirle, y no se sentó hasta que se sentó el rey y le dio permiso. Y se puso a comer con ella, y expresó el deseo de beber, y enseguida mandó ella traer bebidas en grandes copas de oro y cristal, y todos los accesorios, como frutas, almendras, avellanas, alfónsigos y lo demás.

Y ambos se pusieron a beber, hasta que la embriaguez empezó a perturbar la cabeza de Abriza. Al verlo, sacó el rey los terrones de banj y se los escondió en la mano. Después llenó una copa, se bebió la mitad, deslizó en ella el narcótico discretamente, y se la ofreció a la joven.

Y le dijo: "¡Oh regia joven! toma esta copa y bebe esta bebida de mi deseo". Y la reina Abriza, inconsciente, se la bebió risueña, y enseguida el mundo empezó a girar delante de sus ojos; y no tuvo tiempo más que para arrastrarse hasta su lecho, en que cayó pesadamente de espaldas, extendidos los brazos y separadas las piernas. Y dos grandes candelabros estaban colocados uno a la cabecera y otro a los pies de la cama.

Entonces el rey Omar Al-Nemán se aproximó a Abriza, y empezó por desatar los cordones de seda de su ancho pantalón, y no le dejó encima de la piel más que la fina camisa. Levantó el pañal de la camisa, y apareció debajo, entre los muslos, bien alumbrado por la luz de los candelabros, algo que le arrebató el espíritu y la razón. Pero tuvo fuerzas para reprimirse y quitarse también el ropón y los calzones. Y entonces pudo dejarse llevar libremente del extremado ardor que le impulsaba. Y echándose sobre aquel cuerpo juvenil, lo cubrió completamente. Pero ¡quién sabría medir todo lo que pasó entonces!

Y he aquí cómo desapareció y cómo se borró la virginidad de la joven reina Abriza.

Y el rey Omar Al-Nemán, apenas hizo aquello, se levantó y se fue a la habitación contigua en busca de la esclava preferida de Abriza, la fiel Grano de Coral, y le dijo: "¡Corre al aposento de tu ama, que te necesita!" Y Grano de Coral se apresuró a entrar en el aposento de su señora, y la encontró tendida y estropeada, con la camisa levantada, los muslos teñidos en sangre y la cara muy pálida. Y Grano de Coral comprendió que era muy urgente cuidarla. Y enseguida cogió un pañuelo, con el cual limpió delicadamente la cosa más honorable de su ama. Después cogió otro pañuelo, y le secó cuidadosamente el vientre y los muslos. Enseguida le lavó la cara, las manos y los pies, y la roció con agua de rosas, y le lavó los labios y la boca con agua de azahar.

Entonces la reina Abriza abrió los ojos, y enseguida se incorporó. Y viendo a su esclava Grano de Coral, le dijo: "¡Grano de Coral! ¿qué me ha sucedido? He aquí que me siento desfallecer." Y Grano de Coral no pudo hacer más que contarle el estado en que la había encontrado, tendida de espaldas y filtrándosele la sangre por entre los muslos. Y Abriza comprendió entonces que el rey Omar Al-Nemán había satisfecho en ella sus deseos y que había consumado en ella la cosa irreparable. Y tan grande fue su dolor, que mandó a Grano de Coral que negase a todo el mundo la entrada en su aposento. Y le encargó que cuando el rey Omar Al-Nemán fuese a visitarle, le dijese: "Mi ama está enferma y no puede recibir a nadie".

Y en cuanto lo supo el rey Omar Al- Nemán, empezó a enviarle todos los días esclavos cargados con grandes bandejas llenas de manjares y bebidas, y terrinas con frutas y confitería, y también tazones de porcelana con crema y dulces. Pero ella seguía encerrada en su aposento, hasta que un día notó que le crecía el vientre, que se dilataba su cintura y que seguramente estaba preñada. Entonces aumentó su desesperación y se oscureció el mundo ante sus ojos. Y no quiso escuchar a Grano de Coral, que intentaba consolarla. Después le dijo: "¡Oh Grano de Coral! yo sola tengo la culpa de verme en este estado, pues no obré bien al dejar a mi padre, a mi madre y a mi reino. ¡Y he aquí que ahora siento asco de mí misma y de la vida! ¡Y se ha desvanecido mi valor y se ha acabado mi fuerza!

Con mi virginidad he perdido toda mi energía, pues mi preñez me incapacita para resistir el choque de un niño. ¡Y ni siquiera podría llevar las riendas de mi corcel, yo que antes me sentía llena de entusiasmo y de vigor! ¿Y qué haré ahora? Si llego a parir en palacio, seré motivo de irrisión para todas las musulmanas, que sabrán cómo he perdido mi virginidad. Y si vuelvo a casa de mi padre, ¿con qué cara me atreveré a mirarle? ¡Oh! ¡Cuán verdaderas son estas palabras del poeta!

¡Amigo! ¡Sabe muy bien que en la desgracia no encontrarás ya ni parientes, ni patria, ni casa que te brinde hospitalidad!

Entonces Grano de Coral le dijo: "¡Oh dueña mía! soy tu esclava, y estoy completamente bajo tu obediencia. ¡Mándame!" Y la reina respondió: "Entonces, ¡oh Grano de Coral! escucha bien lo que voy a decirte. Es absolutamente necesario que yo salga de aquí sin que nadie se entere. Quiero volver, a pesar de todo, a casa de mi padre y de mi madre, porque si el cadáver llega a oler, lo han de aguantar los suyos. Y yo no soy más que un cuerpo sin vida.

Y después de esto sucederá lo que el Señor disponga". Y Grano de Coral contestó: "¡Oh reina! tu plan es el mejor de todos los planes". Y desde aquel momento se dedicaron secretamente a los preparativos de la marcha. Y hubieron de esperar ocasión favorable, que se presentó pronto, y fue la marcha del rey para la caza y la salida de Scharkán para las fronteras del imperio, en donde tenía que inspeccionar las fortalezas. Pero durante este retraso, se aproximaba el día del parto, y Abriza dijo a Grano de Coral: "¡Es indispensable que partamos esta misma noche! Nada podemos hacer contra el Destino, que me ha marcado en la frente y que ha señalado mi parto para dentro de tres o cuatro días. Vámonos, pues todo lo prefiero a parir en este palacio. Y has de buscar un hombre que se avenga a acompañarnos en este viaje, pues yo no tengo fuerzas ni para sostener el arma más ligera".

Y Grano de Coral contestó: "¡Oh ama mía! Sólo sé de un hombre capaz de acompañarnos y defendernos, y es el negro Moroso, uno de los esclavos más corpulentos del rey Omar Al-Nemán. Le he hecho muchos favores, y además me ha dicho que en otros tiempos fue bandolero y salteador de caminos. Y como es el guardián de la puerta de palacio, iré a buscarle, le daré oro, y le diré que en cuanto lleguemos a nuestro país le proporcionaremos una buena boda con la griega más linda de Kaissaria".

Entonces Abriza exclamó: "¡Oh Grano de Coral! tráemelo aquí, pero no le digas nada, que yo misma le hablaré".

Enseguida Grano de Coral fue en busca del negro, y le dijo: "¡Oh Moroso! he aquí que ha llegado el día de tu suerte. Y para eso te bastará hacer todo lo que te pida mi ama. ¡Ven, pues!" Y cogiéndole de la mano; lo guio a la habitación de la reina Abriza.

Y el negro Moroso, apenas vio a la reina, se adelantó y besó la tierra entre sus manos. Y ella notó que lo rechazaba su corazón y que su aspecto le desagradaba grandemente. Pero dijo para sí: "¡La necesidad hace ley!"

Y a pesar de todo el horror que sentía, le habló de este modo: "¡Oh Moroso! ¿eres capaz de ayudarnos en las contrariedades del tiempo y de auxiliarnos en nuestros infortunios? Si te revelara mi secreto, ¿serías bastante prudente para no divulgarlo?"

Y el negro Moroso, que al ver a Abriza había sentido inflamarse su corazón, dijo: "¡Oh mi señora! haré todo lo que me mandes". Y Abriza dispuso: "En ese caso, te pido que nos prepares enseguida dos caballos para nosotras y dos mulas para llevar nuestro equipaje. Y que nos hagas salir de aquí a mí y a esta esclava, Grano de Coral. Y te prometo que en cuanto lleguemos a mi país te casaré con la griega más hermosa que tú elijas. Y te colmaremos de oro y riquezas. Y si deseas volver a tu tierra, te mandaremos, colmado de dones y beneficios".

Al oír el negro estas palabras, se dilató su pecho de un modo considerable, y exclamó: "¡Oh ama mía! os serviré con mis dos ojos. ¡Voy a preparar las cabalgaduras y todo lo que haga falta!" Y salió enseguida. Y el negro pensaba: "¡Qué suerte la mía! ¡Voy a gozar y a deleitarme con la carne de esas dos lunas! ¡Y si alguna me rechazara, la mataré! ¡Y les robaré todas sus riquezas!" Y resuelto a obrar de este modo, hizo todos los preparativos necesarios. Y a pesar del estado de la reina Abriza, los tres pudieron salir sin que los vieran.

Pero la reina Abriza, que ya padecía los dolores del parto, se vio obligada a interrumpir el viaje al cuarto día. Y como no pudiese aguantar más, dijo al negro: "¡Oh Moroso! ayúdame a apearme, porque mis dolores me anuncian que esto ya llega al fin". Y dijo a Grano de Coral: "¡Oh Grano de Coral! bájate del caballo y ven a ayudarme".

Pero cuando los tres se hubieron apeado, el negro Moroso, al ver los encantos de la reina, llegó al límite de la excitación, y su herramienta se enderezó terriblemente, y le levantaba el ropón. Entonces, como ya no pudiese sujetarle, la sacó al aire y se acercó a la joven, que estuvo a punto de desmayarse de indignación y de horror. Y le dijo: "¡Oh señora mía! por favor, déjame poseerte".

En este momento Schehrazada vio aparecer la mañana y, discreta como siempre, dejó la continuación del relato para el otro día.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 52ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el horrible negro dijo a la reina: "¡Oh señora mía! por favor, déjame poseerte".

Y la reina, indignada, contestó: "¡Oh negro, hijo de negro, hijo de esclavos! ¿Te atreves a exhibirte de ese modo? ¡Qué desesperación verme sin defensa, en manos del último de los esclavos negros! ¡Miserable! ¡Que el Señor me ayude a salir del estado en que me encuentro, y a curar mis dolencias femeniles que me tienen impotente, y castigaré tu insolencia con mis propias manos! ¡Antes que dejarme tocar por ti, preferiría matarme y acabar con mis padecimientos!"

Y recitó estas estrofas:

¡Oh tú, que no cesas de perseguirme! ¿Cuándo acabarás? Bastante he gustado la amargura de las pruebas a que me ha sometido mi suerte. Confío en que el Señor me libertará de las bestias violadoras.

¿Por qué persistes? ¿No te he dicho que siento horror hacia el libertinaje? ¡Cesa de mirar con la avidez de esos ojos de hambriento miserable!

Y no esperes tocarme, como antes me cortes en pedazos con el filo de tu alfanje, de hoja templada en el Yemen.

¡Y no olvides que soy una de las más puras, una de las más nobles y una de las más sublimes de sangre! ¿Cómo te atreves, ¡oh insolente esclavo! a levantar los ojos hacia mí, cuando estás lejos de pertenecer a una raza elevada y exquisita?

Cuando el negro Moroso hubo oído estos versos, su cara se congestionó de odio, sus facciones se agitaron convulsivamente, sus narices se hincharon, sus gruesos labios se contrajeron, y todo su ser trepidó de furor. Y recitó estas estrofas:

¡Oh mujer! ¡No me rechaces así, pues soy víctima de tu amor, y me han matado tus miradas triunfantes! ¡Mi corazón está hecho pedazos esperándote! ¡Mi cuerpo está completamente extenuado, lo mismo que la paciencia que hasta ahora tuve!

Tu voz, sólo con oírla, me cautiva. Y mientras me mata el deseo, noto que se ha eclipsado mi razón.

Pero te advierto, ¡oh implacable! que aunque cubrieses toda la tierra de soldados y defensores, yo sabría alcanzar el término de mis deseos. Yo sabría beber el agua de que estoy privado, el agua que apagará mi sed.

Al oír estos versos, Abriza, que lloraba de ira, exclamó: "¡Indecente esclavo! ¡Oh perro maldito! ¿Crees que son iguales todas las mujeres? ¿Te atreves a seguir hablándome de ese modo?" Y el negro, viendo que Abriza lo rechazaba en absoluto, ya no pudo reprimir su furor. Y precipitándose sobre ella, con el alfanje en la mano, la cogió por el pelo, y le atravesó el cuerpo de una estocada. Y a manos de aquel negro murió de tal manera la reina Abriza.

Entonces el negro Moroso se apresuró a apoderarse de los mulos, cargados con las riquezas y con los bienes de Abriza, y llevándoselos por delante, huyó rápidamente hacia las montañas.

En cuanto a la reina Abriza, al expirar, había parido un hijo entre las manos de la fiel Grano de Coral, que, en su dolor, se había cubierto de polvo la cabeza, y se desgarraba las ropas, y se golpeaba las mejillas, hasta hacer brotar sangre. Y exclamaba: "¡Oh mi infortunada señora! ¿Cómo, tú, la guerrera, la valerosa, has acabado de esta manera a los golpes de un miserable esclavo negro?"

Pero apenas Grano de Coral había dejado de lamentarse, vio una nube de polvo que cubría el cielo y que se acercaba rápidamente. Y de pronto, esta nube se disipó. Y aparecieron soldados y jinetes, todos vestidos al estilo de Kaissaria. Y era, en efecto, el ejército del rey Hardobios, padre de Abrizia. Porque había sabido la huida de Abriza, y había reunido sus tropas. Y tomando el mando, se había puesto en camino para Bagdad; y así llegó al lugar en que acababa de sucumbir su hija.

Y al ver el cuerpo ensangrentado, el rey se tiró del caballo, y abrazándose al cadáver se desmayó. Y Grano de Coral empezó a llorar y a lamentarse con mayor pena.

Después, cuando el rey volvió en sí, le contó toda la historia, y le dijo: "¡El que ha matado a tu hija es uno de los negros del rey Omar Al-Nemán, ese rey lleno de lubricidad que ha hecho lo que ha hecho con tu hija!" Y el rey Hardobios, al oír estas palabras, vio que todo el mundo se oscurecía, y resolvió tomar una venganza terrible. Pero se apresuró a pedir una litera, en la cual colocó el cuerpo de su hija. Y tuvo que volver a Kaissaria, para los deberes de la inhumación y los funerales.

Cuando el rey Hardobios, llegó a Kaissaria, entró en su palacio y mandó llamar a su nodriza, la Madre de todas las Calamidades, y le dijo: "¡He aquí lo que han hecho los musulmanes con mi hija! ¡El rey le ha arrebatado la virginidad, y un esclavo negro, no pudiendo forzarla, la ha matado! Y de ella ha nacido esa criatura que cuida Grano de Coral. ¡Pero juro por el Mesías que he de vengarla y he de lavar el oprobio con que me han cubierto! De no ser así, preferiría matarme con mis propias manos". Y se echó a llorar lágrimas de furor.

Entonces la Madre de todas las Calamidades le dijo: "No te preocupes, ¡oh rey! en cuanto a la venganza; yo sola haré expiar sus crímenes a ese musulmán. Porque lo mataré a él y a sus hijos, y de una manera que servirá de asunto durante mucho tiempo para las historias que se cuenten en lo futuro en todas las comarcas de la tierra. Pero es necesario que escuches bien lo que voy a decirte, y lo ejecutes fielmente.

Helo aquí: Hay que llamar a tu palacio a las cinco jóvenes más bellas de Kaissaria, las de los pechos más hermosos y de virginidad intacta. Y hay que llamar, al mismo tiempo, a los sabios más ilustres y a los literatos más famosos de las comarcas musulmanas que confinan con tu reino. Y darás orden a esos sabios musulmanes de que eduquen a las jóvenes según su método. Y les enseñarán también la ley musulmana, la historia de los árabes, los anales de los califas y todos los hechos de los reyes musulmanes. Además, les enseñarán la cortesía, la manera de hablar y el arte de comportarse con los reyes, el modo de hacerles compañía sirviéndoles de beber, y aprenderán también los versos más hermosos, el modo más agradable de recitarlos, la manera de componer los poemas y los discursos, así como el arte de las canciones. Y es necesario que esta educación sea completa, aunque tenga que durar diez años; porque hemos de tener paciencia, como la tienen los árabes del desierto, que dicen:

"La venganza se puede realizar, aunque hayan transcurrido cuarenta años".

Porque la venganza que yo preparo no es realizable más que por medio de la educación completa de esas jóvenes; y para convencerte, te diré que la gran afición de ese rey musulmán es la de copular con sus esclavas, de las cuales tiene ya trescientas sesenta, además de las cien amazonas que allí ha dejado nuestra reina Abriza, y de los regalos de mujeres que le llevan como tributo de todas las costas. De modo que lo haré perecer por su incorregible afición.

Al oír estas palabras, se alegró el rey Hardobios hasta el límite de la alegría, y besó la cabeza de la Madre de todas las Calamidades, y mandó que se llamase inmediatamente a los sabios musulmanes y a las jóvenes de pechos redondos e intacta virginidad.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 53ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el rey Hardobios mandó llamar inmediatamente a los sabios musulmanes y a las jóvenes de pechos redondos e intacta virginidad. Y colmó a los sabios de consideraciones y regalos, y los recibió con gran generosidad. Después les confió las hermosas jóvenes, elegidas una por una, y le encargó que les diesen la educación musulmana más completa. Y los sabios y los poetas obedecieron, e hicieron exactamente lo que el rey les había mandado. Eso en cuanto al rey Hardobios.

Pero en cuanto al rey Omar Al-Nemán, apenas regresó de la caza y, al entrar en palacio, supo la fuga de Abriza y su desaparición, se afectó mucho, y exclamó: "¿Cómo es que una mujer puede salir de mi palacio sin que nadie se entere? ¡Si el reino está tan bien guardado como mi palacio, es segura nuestra perdición! ¡Otra vez que vaya de caza, me cuidaré de que se guarden bien mis puertas!".

Y mientras hablaba de tal modo, he aquí que Scharkán volvió de su expedición, y se presentó ante su padre, que le enteró de la desaparición de Abriza. Y Scharkán, desde aquel día, no pudo soportar la estancia en el palacio de su padre, tanto más cuanto que los niños Nozhatú y Daul'makán eran objeto de los cuidados más asiduos del rey.

Y se entristeció más cada día, y de tal manera, que el rey le dijo: "¿Qué tienes, ¡oh hijo mío!? ¿por qué tu cara amarillea y tu cuerpo enflaquece?" Y Scharkán le dijo: "¡Oh padre mío! he aquí que por varias razones me es intolerable permanecer en este palacio. ¡Te pediré, pues, como favor, que me nombres gobernador de cualquier plaza fuerte entre las plazas fuertes, y allí me iré a enterrar para el resto de mis días!" Después recitó estas estrofas del maestro de los proverbios:

El alejamiento es para mí más dulce que la estancia. ¡Mis ojos no verán ni mis orejas oirán las cosas que me recuerdan la dulce amiga perdida!

Y el rey Omar Al-Nemán, comprendiendo las causas del dolor de su hijo Scharkán, quiso consolarle, y le dijo: "¡Oh hijo mío!, ¡que se cumpla tu anhelo! ¡Y como el punto más importante de mi imperio es la ciudad de Damasco, he aquí que te nombro gobernador de Damasco, a contar desde este momento!" E inmediatamente mandó llamar a los escribas de palacio y a todos los grandes del reino, y en presencia suya nombró a Scharkán gobernador de la provincia de Damasco. Y el decreto de su nombramiento fue escrito y promulgado en el acto; y enseguida se preparó todo lo necesario para la partida. Y Scharkán se despidió de su padre, y de su madre, y del visir Dandán, al cual hizo sus, últimos encargos. Y después de haber aceptado los homenajes de los emires, visires y notables del reino, se puso a la cabeza de sus guardias, y no dejó de viajar hasta que llegó a Damasco. Y los habitantes lo recibieron al son de pífanos y címbalos, trompetas y clarines. Y adornaron en su honor la ciudad y la iluminaron. Y fueron todos a su encuentro formando gran comitiva, en dos filas bien alineadas, llevando unos la derecha y otros llevando la izquierda. Esto en cuanto a Scharkán.

Pero en cuanto al rey Omar Al-Nemán, poco tiempo después de la partida de Scharkán para el gobierno de Damasco, recibió la visita de los sabios a quienes había encomendado la educación de sus dos hijos, Nozhatú y Daul'makán.

Y los sabios dijeron al rey: "¡Oh señor nuestro! venimos a anunciarte que tus hijos han terminado sus estudios, y saben perfectamente los preceptos de la sapiencia y de la cortesía, las bellas letras y la manera de portarse". Y al oírlo, el rey Omar Al-Nemán sintió que la satisfacción y la alegría dilataban su pecho, e hizo magníficos presentes a los sabios. Y vio efectivamente que sobre todo su hijo Daul'makán, ya de edad de catorce años, se hacía más agraciado y más hermoso cada vez, y que se complacía en las prácticas religiosas y en las obras de piedad, y quería a los pobres así como la compañía de hombres versados en la jurisprudencia y el Corán. Y todos los habitantes de Bagdad, hombres y mujeres, le quería en extremo y deseaban para él las bendiciones de Alah.

Pero llegó un día, que era el del paso por Bagdad de los peregrinos del Irak, que se dirigen a la Meca para cumplir los deberes del hadj anual, y marchar después a Medina para visitar la tumba del Profeta (¡sean con él la plegaria y la paz de Alah!).

Y cuando Daul'makán vio la santa comitiva, se encendió su devoción, y corrió en busca del rey, su padre, y le dijo: "Vengo en tu busca, ¡oh padre mío! para que me dejes marchar con la peregrinación santa". Pero el rey

Omar Al-Nemán quiso disuadirle de ello, y le dijo: "Todavía eres demasiado joven, ¡oh hijo mío! ¡Pero el año que viene, si Alah quiere, iré en persona al hadj, y te llevaré conmigo!"

Pero a Daul'makán le pareció excesivo aquel aplazamiento, y corrió en busca de su hermana Nozhatú, que en aquel instante se disponía a rezar su oración. Dejó que terminara, y después le dijo: "¡Oh Nozhatú! me mata el deseo de ir al hadj para visitar la tumba del profeta (¡sean con él la oración y la paz!), y he pedido permiso a nuestro padre, pero me lo ha negado. Y mi objeto ahora es proveerme de algún dinero y marcharme secretamente con la peregrinación, sobre todo sin avisar a nuestro padre". Entonces, Nozhatú, entusiasmada, exclamó: "¡Por Alah sobre ti! Te ruego, ¡oh hermano mío! que me lleves también y no me prives de visitar la tumba del Profeta (¡sean con él la oración y la paz!)" Y él dijo: "¡Así sea! Ven a buscarme cuando caiga la noche. ¡Y sobre todo, cuida de no hablar de ello a nadie!"

Y a media noche se levantó Nozhatú, se vistió de hombre, disfrazándose con la ropa que le había dado su hermano, que era de su misma estatura y de su misma edad, cogió algún dinero y se dirigió hacia la puerta del palacio. Allí le esperaba su hermano Daul'makán con dos camellos. Y ayudó a su hermana a montar en uno de ellos, obligando al animal a agacharse, y después subió él en el segundo camello. Y luego se levantaron los animales y echaron a andar, y los dos hermanos pudieron unirse con los peregrinos y mezclarse con ellos, sin que nadie se enterase de su llegada. Y toda la caravana del Irak salió de Bagdad, emprendiendo el camino de la Meca.

Y Alah había escrito su buena suerte, de modo que no tardaron en llegar sin ningún contratiempo a la Meca Santa.

Y Daul'makán y Nozhatú llegaron al límite de la alegría al verse en el monte Arafat, y cumplir las obligaciones rituales. ¡Y cuál no fue su dicha al dar la vuelta a la Kaaba!

Pero no pudieron contentarse con esta visita a la Meca, y llevaron su devoción hasta el punto de marchar a Medina para venerar la tumba del Profeta (¡sean con él la plegaria y la paz!).

Y cuando se disponía el regreso de la peregrinación a su tierra Daul'makán dijo a Nozhatú: "¡Oh hermana mía! deseo visitar la santa ciudad de Abraham, amigo de Alah, la que los judíos y los cristianos llaman Jerusalén". Y Nozhatú dijo: "Y yo también lo quisiera, ¡oh hermano mío!" Entonces, después de ponerse de acuerdo sobre este punto, aprovecharon la salida de una pequeña caravana para dirigirse hacia la santa ciudad de Abraham.

Y tras un viaje muy penoso, acabaron por llegar a Jerusalén; pero en el camino sufrieron accesos de calenturas. Y la joven Nozhatú acabó por curarse a los pocos días, pero Daul'makán siguió enfermo, y su estado se fue agravando, de modo que en Jerusalén tuvieron que alquilar una habitación en el khan. Y Daul'makán se tendió en un rincón, vencido por la enfermedad, y la enfermedad empeoró de manera tan grave, que Daul'makán acabó por perder del todo el conocimiento y entró en un período de delirio. Y la buena Nozhatú no le dejaba un instante, y estaba muy preocupada al verse sola en un país extranjero, sin nadie que la ayudara.

Y como la enfermedad proseguía, y duraba bastante tiempo, Nozhatú acabó por agotar sus últimos recursos y no le quedó un dracma en sus manos. Entonces mandó al zoco a uno de los criados del khan, para que le vendiese uno de sus vestidos y le trajese algún dinero. Y el criado así lo hizo. Y Nozhatú siguió vendiendo todos los días algunos de sus efectos para cuidar a su hermano, y de este modo agotó por completo cuanto tenía. Y los únicos bienes que le quedaban era la ropa vieja con que estaba vestida y la estera vieja que les servía de cama a ella y a su hermano. Y al verse en tal indigencia, la pobre Nozhatú lloró en silencio.

Pero aquella misma noche Daul'makán recobró el conocimiento, por voluntad de Alah, y se sintió algo mejor; y volviéndose hacia su hermana, le dijo: "¡Nozhatú! he aquí que he recuperado las fuerzas, y quisiera comerme unos pedacitos de carnero asado". Y Nozhatú dijo: "¡Oh hermano mío! ¿cómo haremos para comprar carne? Porque no me atrevo a pedir limosna. Pero no te apures, que mañana me pondré a servir en casa de algún rico y ganaré lo necesario. Lo único que siento es que te tendré que dejar solo todo el día; pero ¿qué le vamos a hacer? ¡No hay fuerza y poder más que en Alah el Altísimo! ¡Y Él sólo puede hacernos volver a nuestro país!" Y dichas estas palabras, Nozhatú prorrumpió en sollozos.

Y al día siguiente se levantó al amanecer, y se cubrió la cabeza con un viejo manto de piel de camello que les había dado un camellero, vecino suyo en el khan. Y besó a su hermano, le echó los brazos al cuello, y llorando salió hecha un mar de lágrimas, sin saber exactamente adónde dirigirse.

Daul'makán aguardó todo el día el regreso de su hermana. Pero llegó la noche, y Nozhatú no había vuelto. Y la aguardó toda la noche sin pegar un ojo, y Nozhatú no volvió. Y al otro día, y a la noche siguiente, ocurrió la mismo.

Entonces Daul'makán se vio presa de un temor muy grande al pensar en su hermana, y su corazón empezó a temblar. Y como llevaba dos días sin tomar ningún alimento, se arrastró penosamente hasta la puerta de la habitación, y se puso a llamar al criado del khan, que acabó por oírle. Y Daul'makán le rogó que le ayudase a llegar hasta el zoco. Y el criado se lo echó a hombros, se lo llevó al zoco, y lo dejó junto a una tienda medio derruida, y se fue.

Y todos los transeúntes y mercaderes del zoco se agruparon en derredor de él, y al ver su estado de debilidad, empezaron a lamentarse y a compadecerle. Y Daul'makán, que no tenía ya fuerzas para hablar, les indicó por señas que estaba hambriento. Entonces hicieron una cuestación en su favor, pasando una bandeja entre los mercaderes del zoco, y le compraron comida. Y como la cuestación había producido treinta dracmas, se deliberó sobre lo que sería más conveniente en interés del enfermo. Y un buen anciano del zoco dijo: "Lo mejor es alquilar un camello para transportar a Damasco a este pobre joven, y llevarlo al hospital consagrado a los enfermos por la caridad del califa. Porque aquí se morirá seguramente si se queda abandonado en la calle". Y a todo el mundo le pareció muy bien; pero como era ya de noche, se aplazó la cosa para el día siguiente. Y dejaron junto a Daul'makán, al alcance de su mano un cántaro de agua y víveres. Y al cerrarse las puertas del zoco, todos se volvieron a sus casas, lamentando la suerte del pobre enfermo. Daul'makán pasó toda la noche sin poder pegar los ojos, preocupado por la suerte de su hermana Nozhatú. Y como estaba tan débil, apenas si pudo comer ni beber.

Al otro día las buenas gentes del zoco alquilaron un camello, y le dijeron al conductor: "¡Oh camellero! vas a llevar en tu camello a este enfermo, y lo transportarás hasta el hospital de Damasco, en donde podrá curarse". Y el camellero respondió: "Sobre mi cabeza y sobre mis ojos, ¡oh señores!" Pero el malvado camellero pensó: "¿Para qué he de transportar desde Jerusalén a Damasco a un hombre que está próximo a morir?"

Después hizo agacharse a su camello y colocó en él al enfermo. Y cubierto de bendiciones por la gente del zoco, habló a su camello, tiró del ronzal, y el camello se levantó y se puso en camino. Pero apenas había atravesado algunas calles, el camellero se detuvo; y como había llegado frente a la puerta de un hammam, cogió al pobre enfermo, que se había desvanecido, lo dejó sobre un montón de leña que servía para calentar el baño y se fue a toda prisa.

Así es que al amanecer, cuando llegó el encargado del hamman para calentar el baño, se encontró con aquel cuerpo que estaba tendido y como exánime. Y dijo para sí "¿Quién habrá podido dejar aquí este cadáver en vez de enterrarlo?" Y se disponía a empujar el cadáver lejos de la puerta, cuando Daul'makán hizo un movimiento. Y el encargado exclamó: "¡No es un muerto, sino algún aficionado al haschich, que se ha caído esta noche sobre el montón de leña! ¡Oh consumidor de haschich! márchate". Y al inclinarse para gritárselo en la cara, vio que era un jovencillo, sin asomo de bozo en las mejillas, y de una gran distinción y gran belleza, a pesar de su delgadez y de los estragos de la enfermedad. Y sintiendo una gran piedad hacia él, exclamó: "¡No hay fuerza ni poder más que en Alah! ¡He aquí que acabo de juzgar temerariamente a un pobre joven, extranjero y enfermo, cuando nuestro Profeta (¡sean con él la plegaria y la paz de Alah!) nos ha encargado que evitemos los juicios temerarios y que seamos caritativos y hospitalarios con los extranjeros, singularmente con los extranjeros enfermos!"

Y sin vacilar un momento, se echó a cuestas al joven, volvió a su casa, entró en el aposento de su esposa, y le dejó entre sus manos, encargándole que lo cuidase. Entonces aquella mujer tendió una alfombra en el suelo, puso encima de la alfombra una almohada limpia, y acostó cuidadosamente al huésped enfermo. Y fue a la cocina a encender lumbre, y calentó agua para lavarle las manos, los pies y la cara. Por su parte, el encargado del hamman fue al zoco para comprar perfumes y azúcar, y roció con agua de rosas la cara del joven, y le hizo beber sorbete con azúcar y jarabe de rosas. Después sacó del arca una camisa muy limpia, perfumada con flores de jazmín, y se la puso.

Y con estos cuidados, notó Daul'makán que penetraba en él un gran alivio y que le vivificaba como brisa deliciosa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 54ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡Oh rey afortunado! que Daul'makán notó que penetraba en él un gran alivio y que le vivificaba como brisa deliciosa. Y pudo levantar algo la cabeza y apoyarse en los almohadones. Al verlo, se sintió feliz el encargado del hammam, y exclamó: "¡Loor a Alah por la vuelta de la salud! ¡Oh Señor! pido a tu infinita misericordia que concedas la curación a este joven por mediación mía!"

Y durante tres días, aquel hombre estuvo haciendo votos por su curación, y le daba a beber tisanas refrescantes y agua de rosas, prodigándole grandes cuidados. Y las fuerzas empezaron a circular poco a poco por el cuerpo del enfermo. Y al fin pudo abrir los ojos a la luz y respirar sin ningún agobio. Precisamente en el instante en que se sentía mejor, entró el encargado del hamman, y lo encontró sentado en la cama, muy animado, y le dijo: "¿Qué tal estás, hijo mío?" Y Daul'makán le contestó: "Me siento con fuerzas y con buena salud". Y el encargado del hammam dio gracias a Alah, corrió al zoco, compró diez pollos, los mejores del zoco, y se los llevó a su mujer, y le dijo: "¡Oh hija de mi tío! he aquí diez pollos que te traigo. Hay que matar dos cada día, uno por la mañana y otro por la noche, para servírselos a nuestro enfermo".

Y enseguida la mujer del encargado del hamman mató un pollo; lo puso a cocer, y se lo llevó al joven, haciendo que bebiese el caldo. Y cuando hubo acabado, le presentó agua caliente para lavarse las manos. Después descansó tranquilamente reclinado en los almohadones, habiéndole tapado bien para que no se enfriara. Y así se durmió hasta la mitad de la tarde.

Entonces la mujer del encargado del hammam se puso a cocer el segundo pollo, se lo llevó después de haberlo trinchado, y le dijo: "¡Come, hijo mío! ¡Y que te haga buen provecho y te devuelva la salud!" Y mientras comía, entró el encargado del hammam, y vio cuán perfectamente seguía su mujer sus instrucciones. Y se sentó a la cabecera de la cama, y dijo al joven: "¿Cómo te encuentras, hijo mío?" Y él contestó: "¡Gracias a Alah, me siento con fuerzas y con buena salud! Y ¡ojalá te recompense Alah por tus beneficios!" Y el encargado del hammam, al oír estas palabras, sintió una gran alegría. Y se fue al zoco, y trajo jarabe de violetas y agua de rosas, y se los hizo beber.

Ahora bien; aquel hombre sólo ganaba cinco dracmas diarios en el hammam. Y de esos cinco dracmas dedicaba dos a Daul'makán para comprar pollos, azúcar, agua de rosas y jarabe de violetas. Y así siguió, gastando de esta manera, durante un mes entero, al cabo del cual Daul'makán recuperó completamente las fuerzas, habiendo desaparecido todo rastro de enfermedad.

Entonces el encargado y su esposa se alegraron mucho. Y el encargado dijo a Daulmakán: "¡Hijo mío! ¿quieres venir conmigo al hammam para tomar un baño, que te sentará muy bien después de tanto tiempo?" Y Daul'makán dijo: "Ciertamente que sí". Y el encargado fue al zoco, y volvió con un burrero y un asno; hizo montar a Daul'makán en el borrico, y durante todo el camino hasta el hammam fue a su lado, sosteniéndole con mucho cuidado. Y lo hizo entrar en el hammam, y mientras Daul'makán se desnudaba, el encargado fue al zoco para comprar todas las cosas necesarias para el baño, y cuando volvió dijo: "¡En el nombre de Alah!"

Y empezó a frotarle el cuerpo a Daul'makán, empezando por los pies. Y entonces entró el amasador del hammam, y quedó confuso al verle desempeñar sus funciones, y se disculpó por el retraso con que había llegado.

Pero el encargado le dijo: "¡Oh compañero! tengo mucho gusto en hacerte un favor y en servir a este joven, que es mi huésped!" Entonces el amasador mandó llamar al barbero y al depilador, y se pusieron a afeitar y a depilar a Daul'makán; y después le lavaron, sin escatimar el agua. Y el encargado le hizo subir a una tarima, le puso una buena camisa, un ropón de los suyos, un turbante muy lindo, y le ajustó la cintura con un cinturón muy hermoso, de lana de colores. Y así lo volvió a llevar a su casa en el borrico.

Precisamente su mujer lo había preparado todo para recibirle, y la casa estaba lavada por completo, las esteras bien limpias, lo mismo que la alfombra y los almohadones. Y el encargado hizo que se acostase Daul'makán, y le dio un sorbete con azúcar y agua de rosas; y luego le presentó uno de los pollos consabidos, habiéndole trinchado los mejores pedazos.

Y Daul'makán dio las gracias a Alah por el restablecimiento de su salud y le dijo al encargado: "¡Cuán grande es mi agradecimiento por tus buenas acciones y cuidados!" Pero el encargado repuso: "¡Déjate de eso, hijo mío! Lo único que te ruego es que me digas cuál es tu nombre, pues al ver tus modales se adivina que eres persona de distinción". Y Daul'makán le dijo: "Dime primeramente cómo y dónde me has encontrado, para que luego te cuente mi aventura".

Entonces el encargado del hammam dijo a Daul'makán: "Sabe que te encontré abandonado sobre un montón de leña delante de la puerta del hammam, una mañana que iba a mi obligación. Y no he sabido quién te había dejado allí, y te recogí en mi casa. Eso es todo".

Al oír estas palabras, Daul'makán exclamó: "¡Loor a Aquel que devuelve la vida a las osamentas sin vida! Y tú padre, padre mío, sabe ahora que no has favorecido a un ingrato, y espero que en breve tendrás la prueba de ello. Pero te ruego que me digas en qué país estoy". Y el encargado dijo: "Estás en la ciudad santa de Jerusalén". Y Daul'makán hubo de lamentar amargamente lo lejos que se encontraba, y sobre todo, al verse separado de su hermana Nozhatú. Y no pudo dejar de llorar. Después contó su aventura al encargado, pero sin revelarle lo noble de su nacimiento. Y recitó estas estrofas:

Me han echado sobre los hombros una carga que no puedo llevar, y su peso me agobia y me ahoga.

Y digo a la amiga, causa de mi dolor, a aquella que es toda mi alma: "¡Oh mi señora! ¿No podrías tener un poco de paciencia para demorar la separación irremediable? Y ella me dice: "¿Qué hablas ahí de paciencia? ¡La paciencia no entra en mis costumbres!"

Entonces el encargado le dijo: "No llores más, hijo mío, y da gracias a Alah por tu curación".

Y Daul'makán preguntó: "¿Qué distancia nos separa de Damasco?" Y cuando le hubieron dicho que seis días de viaje, mostró sus grandes deseos de marchar. Pero el encargado le dijo: "¡Oh joven! ¿Cómo he de dejar que vayas solo a Damasco teniendo tan poca edad? Sí persistes te acompañaré, y veremos si también nos acompaña mi mujer. Y de ese modo viviremos todos en Damasco, el país de Scham, cuyas aguas y frutas ponderan tanto los viajeros".

Por lo que, dirigiéndose a su esposa, le dijo: "¡Oh hija de mi tío! ¿Quieres acompañarme a esa deliciosa ciudad de Damasco, el país de Scham, o prefieres quedarte aquí y aguardar mi regreso? Porque necesito acompañar a nuestro huésped, ya que me duele mucho separarme de él, y siendo tan joven como es, no puedo dejar que vaya solo, y por caminos que desconoce, a una ciudad muy aficionada, según se dice, a la corrupción y a los excesos".

Y la mujer del encargado dijo: "Os acompañaré muy gustosa". Y el encargado se alegró mucho, y dijo: "¡Loado sea Alah, que nos pone de acuerdo, ¡oh hija de mi tío!" Y reunió los efectos y muebles de la casa, como esterillas, almohadas, cacerolas, calderos, morteros, bandejas y colchones, y lo llevó al zoco de los pregoneros, y los subastó. Y de todo sacó cincuenta dracmas, que empezó a gastar alquilando un borrico para el viaje...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 55ª NOCHE

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el encargado del hammam alquiló un asno en el cual hizo subir a Daul'makán. Y él y su esposa caminaron detrás del borrico, hasta que divisaron la ciudad de Damasco. Y entraron en ella al caer la noche, yendo a alojarse en el khan. Y el encargado se apresuró a marchar al zoco a comprar de comer y beber para los tres. Y así siguieron las cosas, viviendo todos en el zoco, hasta que al quinto día aquella mujer se sintió enferma, extenuada por el cansancio del viaje, y cogió unas calenturas, de resultas de las cuales murió en pocos días. Y falleció en la gracia y misericordia de Alah.

Daul'makán se afectó mucho, pues se había acostumbrado a aquella caritativa mujer, que le había servido con tanta abnegación. Y le llevó luto en el alma, y se volvió hacia el pobre encargado, que lloraba su pesar, y le dijo: "No te aflijas, ¡oh padre! pues todos hemos de seguir ese camino, y atravesar la misma puerta". Y el encargado se volvió hacia Daul'makán, y le dijo: "Que Alah recompense tu compasión, ¡oh hijo mío! ¡Y ojalá un día convierta en alegrías nuestras penas y aparte de nosotros la amargura!

De todos modos, ¿para qué afligirnos tanto tiempo, cuando todo está escrito? ¡Levantémonos, pues, recorramos esta ciudad de Damasco, que aún no hemos visto, pues quiero que se dilate tu pecho y se alegre tu espíritu!"

Y Daul'makán dijo: "¡Tu pensamiento es para mí una orden!"

Entonces el encargado cogió de la mano a Daul'makán, y salió con él. Y se pusieron a recorrer los zocos y las calles de Damasco. Y acabaron por llegar frente a un edificio, donde estaban las cuadras del walí. Y a la puerta vieron gran número de caballos y mulos, y muchos camellos arrodillados que los camelleros cargaban de almohadones, colchones, fardos, cajones y toda clase de carga. Y había una muchedumbre de esclavos y servidores jóvenes y viejos. Y toda aquella gente gritaba, y hablaba, y armaba un gran tumulto. Y Daul'makán pensó: "¿A quién pertenecerán todos estos esclavos, todos estos caballos y todas estas cajas?"

Y se lo preguntó a uno de los servidores, que le dijo: "Es un regalo del walí de Damasco para el rey Omar Al-Nemán. Y todo eso otro es el tributo anual de la ciudad al mismo rey Omar".

Y Daul'makán sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, y recitó en voz baja estas estrofas:

Si los amigos que están lejos me acusan por mi silencio y lo interpretan mal, ¿cómo podré contestarles?

Si mi ausencia ha matado en ellos la antigua amistad, ¿qué podré hacer?

Y si sobrellevo mis penas con paciencia, cuando todo lo he perdido, ¿podré seguir respondiendo de la paciencia que me queda?

Después acudieron a su memoria estos otros versos:

Levantó su tienda y se fue muy lejos, huyendo de mis ojos, que lo adoraban.

Huyó de mis ojos, que lo adoraban, cuando todas mis entrañas se estremecían al verle.

Se ha ido muy lejos el hermoso. ¡Oh mi vida! ¡Pero mi deseo está aquí y no se ha marchado!

¡Ay de mí! ¿Te volveré a ver? Y entonces, ¿qué de reproches tendré que hacerte?

Y Daul'makán, recordando estas estrofas, lloró mucho. Y el encargado le dijo: "¡Oh, hijo mío, sé razonable! ¡Ya sabes cuánto ha costado que recuperaras la salud, y ahora vas a recaer con todas esas lágrimas que viertes! ¡Cálmate y no llores más, pues mi pena es grande!" Pero Daul'makán no podía reprimirse, y recordando a su hermana Nozhatú y a su padre, recitó estos versos:

Goza de la tierra y de la vida, pues si la tierra se queda, la vida se marcha.

Ama la vida y goza de la vida, y para eso piensa que la muerte es inevitable.

¡Goza, pues, de la vida! ¡La dicha no tiene más que su tiempo marcado! ¡Apresúrate a gozarla! Y piensa que todo lo demás nada vale.

Porque todo lo demás nada vale. ¡Y fuera del amor a la vida nada recogerás en la tierra!

Porque el mundo debe ser como la habitación del jinete viajero. ¡Amigo, sé el jinete viajero de la tierra!

Cuando acabó de recitar estos versos, que el encargado del hammam había oído extático, y que trató de aprenderlos repitiéndolos varias veces, Daul'makán se quedó muy pensativo. Entonces el encargado, aunque no le quería importunar, acabó por decirle: "¡Oh mi joven señor! creo que todavía piensas en tu país y en tu familia!" Y Daul'makán exclamó: "Sí, ¡oh padre mío! Y como no puedo permanecer aquí un instante más, voy a despedirme de ti, para marcharme con esta caravana, y llegar a cortas jornadas, sin cansarme mucho, a Bagdad, mi ciudad".

Entonces el encargado del hammam dijo: "¡Y yo iré contigo! Porque no puedo dejarte solo, y como ya he empezado a ser tu guardián, no quiero abandonarte en la mitad del camino". Y Daul'makan exclamó: "¡Alah pague tu abnegación con toda clase de dones!" Y se alegró muchísimo de aquella buena suerte.

Entonces el encargado rogó a Daul'makán que montara en el borrico. Y dijo: "Irás montado todo el tiempo que quieras, y cuando estés cansado de esa postura, podrás, si quieres, bajar y andar un poco". Y Daul'makán le dio las gracias, y le dijo: "¡Verdaderamente, lo que haces por mí no lo hace el hermano por su hermano!" .Y después aguardaron que se pusiese el sol y viniese la frescura de la noche, para ponerse en camino con la caravana y salir de Damasco con rumbo a Bagdad.

Y esto es lo que pasó en cuanto a Daul'makán y el encargado del hammam.

Pero en cuanto a la joven Nozhatú, hermana gemela de Daul-makán, he aquí que había salido del khan de Jerusalén en busca de una colocación para servir en casa de algún notable, y ganar algún dinero con que cuidar a su hermano, y comprarle los trozos de carnero asado que deseaba. Y se había cubierto la cabeza con el viejo manto de pelo de camello, y había comenzado a recorrer las calles, sin saber adónde dirigirse. Pero su espíritu y su corazón estaban muy preocupados por la enfermedad de su hermano y por lo lejos que estaban de su familia y de su tierra. Y elevaba su pensamiento a Alah Misericordioso, recordando estos versos:

Las tinieblas se condensan para envolver completamente mi alma. La llama inexorable me consume. El deseo grita en mí dolorosamente y hace que se dibujen en mi cara los sufrimientos interiores.

El dolor de la separación vive despiadadamente en mis entrañas y me mortifica Es una pasión que no encuentra ninguna esperanza.

El insomnio es mi compañero y el deseo mi alimento. ¿Cómo podré callar el secreto de mi alma?

No conozco el arte ni los medios de ocultar todo el dolor que hay en mi corazón. En este corazón consumido por las llamas del amor, cuyo torrente me anega.

¡Oh noche! Ve a decir como mensajera al que conoce lo intenso de mi sufrimiento, que en la calma de tus horas no me viste nunca cerrar los ojos en tus brazos.

Y mientras la joven Nozhatú se dirigía a través de las calles, he aquí que se le acercó un jefe beduino, a quien acompañaban cuatro hombres. Y este jefe la miró largo rato, y sintió un violento deseo de poseer a la hermosa joven, cuya cabeza cubría un pedazo de manto viejo y cuyos encantos realzaban bajo aquella tela tosca y destrozada. Aguardó que llegase a una calleja solitaria y muy angosta, se detuvo ante ella, y le dijo: "¡Oh joven! ¿Eres libre o esclava?"

Y la joven Nozhatú contestó: "¡Oh transeúnte! no me dirijas preguntas que aumenten mi dolor y mi desgracia". Y el beduino repuso: "¡Oh joven! si te dirijo esta pregunta es porque tenía seis hijas, y he perdido ya cinco de ellas y no me queda más que la sexta, que vive completamente sola en mi casa. Y quisiera encontrar una joven que le hiciese compañía a mi hija y la ayudase a pasar el tiempo agradablemente. Y desearía que estuvieras libre para pedirte que aceptaras la hospitalidad de mi casa, y fueras de mi familia, como la hija adoptiva, para hacer olvidar a mi hijita el luto que lleva desde la muerte de sus hermanas".

Cuando Nozhatú oyó estas palabras, se quedó muy confusa, y dijo: "¡Oh jeique! soy una doncella extranjera, y tengo un hermano enfermo, con el cual he venido al país del Hedjaz. Y acepto el ir a tu casa para acompañar a tu hija, pero con la condición de quedar en libertad para volver por las noches adonde está mi hermano". Y el beduino dijo: "Aceptado, ¡oh joven! Harás compañía a mi hija durante el día. Y por la noche cuidarás de tu hermano. Y si quieres, lo transportaremos a mi casa, para que no esté nunca solo". Y tanto habló el beduino, que decidió a la joven a acompañarle. Pero el malvado sólo pensaba en seducirla, pues no tenía hijos, ni albergue, ni casa. Y no tardó en llegar con Nozhatú y los otros cuatro beduinos a las afueras de la ciudad, donde estaban los camellos ya cargados y los odres llenos de agua. Y el jefe de los beduinos subió en su camello, hizo que Nozhatú montase a la grupa detrás de él, y dio la señal de marcha. Y se alejaron velozmente.

Entonces la pobre Nozhatú comprendió que el beduino la había engañado completamente. Y empezó a lamentarse y a llorar por ella y por su hermano abandonado y sin socorro. Pero el beduino sin conmoverse por sus súplicas, caminó toda la noche sin detenerse hasta el amanecer, y acabó por llegar a un lugar seguro, alejado de toda vivienda, en pleno desierto. Entonces el beduino detuvo a su cuadrilla, y bajó del camello. Y como Nozhatú siguiera llorando, se acercó a ella muy furioso, y le dijo: "¡Oh maldita, de corazón de liebre! ¿Quieres acabar de llorar, o prefieres que te mate a latigazos?" Y al oír estas palabras brutales, la pobre Nozhatú deseó la muerte para acabar de una vez, y exclamó: "¡Malvado jefe de bandidos del desierto, tizón del infierno! ¿Cómo te atreves a hacer traición a tu fe y renegar de tus promesas?"

Entonces el beduino se acercó a ella con el látigo levantado, y gritó: "¡ya veo que quieres sentir los latigazos en tu trasero! ¡Si no cesa tu llanto y sigues con tus insolencias, te arrancaré la lengua y te la hundiré en esa cosa que tienes entre los muslos! ¡Y esto te lo juro por mi gorro!"

Y ante amenaza tan horrible, la pobre joven, no acostumbrada a estas brutalidades, se echó a temblar y se tapó la cara con el velo, suspirando estas estrofas:

¡Oh! ¡Quién pudiera volver a la morada querida en que yo habitaba! ¿Cómo podría lograr que llegasen mis lágrimas a su destinatario?

¡Ay de mí! ¿Podré soportar más tiempo mi desgracia en esta vida llena de amargura y de dolor?

¡Ay de mí! ¡Haber vivido tanto tiempo feliz y mimada, para caer ahora en este estado de miseria lastimosa!

¡Oh! ¡Quién pudiera volver a la morada querida en que yo habitaba! ¿Cómo podría lograr que llegasen mis lágrimas a su destinatario?

Al oír estos versos, admirablemente rimados, el beduino, que adoraba instintivamente la poesía, se sintió conmovido de piedad hacia la bella desventurada, y se acercó a ella, le limpió las lágrimas, le dio a comer una galleta de cebada, y le dijo: "Otra vez no me contestes cuando esté encolerizado, porque mi genio no sabe soportar eso. Y para que te enteres de lo que pienso hacer contigo, sabe que quería hacerte mi concubina, pero ahora quiero venderte a algún rico mercader, que te tratará con dulzura y te dará una vida feliz, como lo habría hecho yo. Y para venderte, te llevaré a Damasco".

Y Nozhatú dijo: "Hágase tu voluntad". Y enseguida volvieron a montar en los camellos, y reanudaron la marcha, dirigiéndose a Damasco. Y Nozhatú iba montada a la grupa detrás del beduino. Pero como el hambre la apremiaba, se comió un pedazo de aquella galleta que le había dado su raptor.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 56ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que Nozhatú se comió un pedazo de aquella galleta que le había dado su raptor. Y llegaron a Damasco, y fueron a albergarse en el khan Sultaní, situado cerca de Bab El-Malek. Y como Nozhatú estaba muy triste y seguía llorando, el beduino le dijo muy furioso: "Como no ceses de llorar, vas a perder tu hermosura, y ya no podré venderte más que a algún judío asqueroso.

Piensa en esto, ¡oh desventurada!" Después la encerró en una de las habitaciones del khan, y se apresuró a ir al mercado en busca de los mercaderes de esclavos; y les propuso la compra de la hermosa joven, diciéndoles: "Puedo ofreceros una hermosa joven que he traído de Jerusalén. Tiene un hermano enfermo, pero lo he dejado en casa de unos parientes míos para que lo cuiden bien. De modo que el que quiera comprarla tendrá que decirle, para tranquilizarla, que su hermano enfermo está muy bien cuidado en Jerusalén. Y sólo con esta condición me prestaré a cederla en un precio muy prudente".

Entonces se levantó uno de los mercaderes, y dijo: "¿Qué edad tiene esa esclava?" Y contestó el beduino: "Es muy joven, pues es virgen todavía, pero ya núbil. Y es bella, inteligente, cortés y llena de perfecciones. Pero como ha enflaquecido desde la enfermedad de su hermano, ha perdido algo de la plenitud de sus formas. Sin embargo, todo esto es fácil de recuperar con un poco de cuidado".

Entonces dijo el mercader: "Iré a ver esa esclava, y si es como dices, me quedaré con ella, pero te la pagaré cuando la haya revendido, porque la destino al rey Omar Al- Nemán, cuyo hijo, el príncipe Scharkán, es gobernador de Damasco, nuestra ciudad. Y este príncipe me dará una carta de presentación para el rey Omar Al-Nemán, el cual tiene una gran pasión por las esclavas vírgenes, y me la comprará muy bien. Y entonces te pagaré el precio que convengamos". Y el beduino contestó: "Acepto esas condiciones".

Y se dirigieron hacia el khan donde se hallaba encerrada Nozhatú, y el beduino llamó en alta voz a la joven, que estaba detrás del tabique. Y le dijo: `¡Oh Nahia! ¡oh Nahia! ", porque éste era el nombre que daba a su esclava. Y al oírlo Nozhatú, se echó a llorar y no contestó.

Entonces el beduino invitó al mercader a que entrase. Y el mercader entró, y adelantándose hacia la joven, le dijo: "¡La paz sea contigo!" Y Nozhatú respondió con voz dulce como el azúcar: "¡Y contigo la paz y las bendiciones de Alah!"

El mercader quedó encantadísimo, y pensó: "¡Qué pureza de lenguaje!" Y ella miró al mercader, y se dijo: "Este venerable anciano tiene un aspecto muy simpático. ¡Haga Alah que me tome por esclava, y así podré librarme de ese feroz beduino! Le hablaré cortésmente, para que resalten mis modales".

Y el mercader preguntó: "¿Cómo te encuentras, ¡oh joven!?" Y ella respondió con dulzura:

"¡Oh venerable jeique! me preguntas por mi estado, y mi estado no es para desearlo al peor de los enemigos. Pero toda persona lleva su destino colgado al cuello, como dice nuestro profeta Mohamed (¡sean con él la plegaria y la paz de Alah!)".

Y al oír estas palabras, el mercader se asombró hasta el límite del asombro, y dijo para sí: "Estoy seguro de que sus facciones deben ser arrebatadoras, como su talento. Es una gran adquisición para el rey Omar Al- Nemán". Y volviéndose hacia el beduino, exclamó: "¡Esta esclava es admirable! ¿Cuánto pides por ella?" Y el beduino se enfureció, y dijo: "¿Cómo te atreves a llamarla admirable, cuando es la más vil de las criaturas? ¿No comprendes que se figurará que es realmente admirable y ya no tendré ninguna autoridad sobre ella?

Márchate, que ya no la vendo". Y comprendiendo el mercader que el beduino era un bruto rematado, emprendió otro camino, y dijo: "La acepto, ¡oh jeique! aunque sea la más vil de las criaturas, y te la compro a pesar de sus tachas". Y el beduino, algo calmado, preguntó: "¿Y cuánto me ofreces?" Y contestó el mercader: "El proverbio dice que el padre es quien da nombre a su hijo. Pide lo que te parezca".

Pero el beduino insistió: "Tú eres quien ha de ofrecer". Y entonces el mercader, pensando que un bruto como aquel beduino no sabría apreciar el mérito de aquella joven, ofreció doscientos dinares, además de las arras y de los derechos de venta que correspondían al Tesoro. Pero el beduino lo rechazó: "¡No daría por doscientos dinares ni el pedazo de arpillera con que se cubre! ¡No quiero venderla ya; me la llevaré al desierto, para que apaciente mis camellos y muela el grano!"

Y gritó a la joven: "¡Ven acá, podrida, que vamos a marcharnos!" Y como no se moviese el mercader, se volvió hacia él, y exclamó: "¡Por mi gorro! ¡He dicho que ya no vendo nada! ¡Vuelve la espalda y márchate, o si no, oirás cosas que no han de agradarte!"

Y el mercader dijo para sí: "¡Este beduino que jura por su gorro es un bruto extraordinario! Pero le haré soltar su presa". Y sujetándole de la capa, exclamó: "¡Oh jeique! no te impacientes de ese modo. Ya veo que no tienes costumbre de vender. Se necesita mucha paciencia y mucha habilidad en estos asuntos.

Te daré lo que tú quieras; pero como se acostumbra en estos negocios, necesito ver el rostro y las facciones de la esclava".

Y el beduino dijo: "¡Mírala todo lo que quieras, y ponla, si quieres, completamente desnuda, pálpala y tócala por todas partes tanto como te dé la gana!" Pero el mercader levantó las manos al cielo, y exclamó: "¡Que Alah me libre de ponerla desnuda, como a las esclavas! No quiero más que verle el rostro".

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 57ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el mercader dijo: "No quiero más que verle la cara". Y se adelantó hacia Nozhatú, pidiéndole que le dispensase, y lleno de confusión se sentó a su lado, y le preguntó dulcemente: "¡Oh señora mía! ¿cuál es tu nombre?" Y ella, suspirando, dijo: "¿Me preguntas el nombre que llevo ahora, o mi nombre de los tiempos pasados?"

Y él, asombrado, exclamó: "¿Tienes un nombre nuevo y un nombre antiguo?" Y ella dijo: "Sí, ¡oh anciano! ¡Mi nombre antiguo es Delicias del Tiempo, y el nuevo es Opresión del Tiempo!" Al oír estas palabras llenas de amargura, el mercader notó que las lágrimas le bañaban los ojos.

Y la joven Nozhatú tampoco pudo contener sus lágrimas, y recitó estas estrofas:

Mi corazón te guarda, ¡oh viajero! ¿Hacia qué tierras desconocidas has partido, en qué pueblos, en qué moradas habitas?

¿En qué manantial bebes, ¡oh viajero!? Yo que te lloro, me alimento con las rosas de mi recuerdo y apago la sed en la abundante fuente de mis ojos.

Nada tan duro para mi pensamiento como tu ausencia, porque todo lo demás, comparado con esto, es cosa para mí risueña.

Pero al beduino le pareció que aquella conversación duraba mucho, y se acercó a Nozhatú con el látigo levantado, y le dijo: "¿Para qué charlar tanto? ¡Levántate el velo de la cara, y acabemos!" Y Nozhatú, desolada, suplicó al mercader: "¡Oh venerable jeique! líbrame de las manos de este bandido, porque si no, esta misma noche me mataré".

Y el mercader habló de este modo al beduino: "Esta joven es un estorbo para ti. ¡Véndemela al precio que quieras!" Pero el beduino insistió: "Has de ofrecer tú, o si no, la llevaré al desierto para que haga pastar a los camellos y recoja los excrementos del ganado".

Y el mercader dijo: "Para acabar de una vez, te ofrezco cincuenta mil dinares de oro". Pero aquel bruto testarudo lo rechazó: "!Alah nos asista! ¡Eso no me tiene cuenta!" Y el mercader dijo: "¡Sesenta mil dinares!" Pero el beduino insistió: "¡Alah nos asista! ¡Eso no cubre ni siquiera el capital que gasté en alimentarla y en comprarle galletas de cebada! Porque sabe, ¡oh mercader! que me he gastado en ella, sólo en galletas de cebada, noventa mil dinares de oro".

Entonces el mercader, atolondrado por las locuras de aquel bruto, le dijo: "¡Ni tú, ni tu familia, ni todos los de vuestra tribu, habéis comido en toda vuestra vida por valor de cien dinares! Pero voy a hacerte la última oferta, y si la rechazas, iré a ver al príncipe Scharkán y le daré cuenta de los malos tratos sufridos por esta joven, que seguramente has robado, ¡oh miserable saqueador!

Te ofrezco pues, cien mil dinares". Entonces el beduino dijo: "Te cedo la esclava a ese precio, pero es porque tengo necesidad de ir al zoco para comprar un poco de sal". Y el mercader no pudo dejar de reírse. Y todos marcharon a casa del mercader, que abonó al beduino la cantidad convenida, después de haber hecho pesar moneda por moneda. Y el beduino montó en su camello y emprendió el camino de Jerusalén, diciendo: "Si la hermana me ha producido cien mil dinares, el hermano me ha de producir otro tanto, por lo menos. Voy, pues, en busca suya".

Y efectivamente, al llegar a Jerusalén se puso a buscar a Daul'makán en todos los khanes, pero como ya se había marchado con el encargado del hammam., no pudo dar con él. Esto en cuanto al beduino. Por lo que se refiere a la joven Nozhatú...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 58ª NOCHE

Ella dijo:

Por lo que se refiere a la joven Nozhatú, he aquí que el buen mercader la llevó a su casa, le dio vestidos muy ricos, los más Hermosos que había, y después fue con ella al zoco de los orífices y joyeros, para que escogiese las alhajas y joyas que le agradasen, y las metió en una bolsa de seda, las llevó a su casa y se las entregó.

Después dijo: "Ahora te ruego que cuando te lleve a palacio no dejes de decir al príncipe Scharkán el precio en que te he comprado, para que no se olvide mencionarlo en la carta de recomendación que deseo pedirle para el rey Omar Al-Nemán. Y además, quisiera que el príncipe me diese un salvoconducto, para que las mercancías que en lo sucesivo lleve a Bagdad no paguen derechos de entrada".

Y al oírlo, suspiró Nozhatú y los ojos se le llenaron de lágrimas. Entonces el mercader le dijo: "¡Oh hija mía! ¿por qué cada vez que pronuncio el nombre de Bagdad te veo suspirar y acuden las lágrimas a tus ojos? ¿Tienes allí algún ser amado, un pariente, o conoces a algún mercader?

No temas decirlo, pues conozco a todos los mercaderes de Bagdad y a todos los otros". Entonces Nozhatú dijo: "¡Por Alah! ¡No conozco a nadie más que al rey Omar Al- Nemán en persona, señor de Bagdad!"

Cuando el mercader de Damasco oyó aquella cosa tan extraordinaria, no pudo reprimir un suspiro de satisfacción, y dijo para sí: "Ya tengo lo que buscaba". Y preguntó a la joven: "¿Le fuiste propuesta antes de ahora por algún mercader de esclavos?"

Ella respondió: "No es eso, sino que me he criado en palacio, con su hija. Y me quería mucho. Así, pues, si pretendes alcanzar de él algún favor, no tienes más que traerme una pluma, un tintero y una hoja de papel, y te escribiré una carta, que entregarás en propia mano al rey Omar AlNemán, y le dirás: "Tu humilde esclava Nozhatú ha sufrido las vicisitudes de la suerte y del tiempo y los padecimientos de las noches y los días. Y ha sido vendida y revendida, ha cambiado de amos y de casas, y se encuentra ahora en la morada de tu representante en Damasco. Y te trasmite su saludo de paz".

Al oír estas palabras, el mercader llegó al límite de la alegría y del asombro, y su afecto hacia Nozhatú aumentó considerablemente; y lleno de respeto, le preguntó: "Indudablemente, ¡oh joven maravillosa! has debido ser robada de tu palacio y vendida, pues debes estar versada en las letras y en la lectura del Corán".

Y Nozhatú dijo: "En efecto, ¡oh venerable jeique! conozco el Corán, los preceptos de la sabiduría, las ciencias médicas, la Introducción a los arcanos, los comentarios de las obras de Hipócrates y de Galeno, los libros de filosofía y lógica, las virtudes de los cuerpos simples y las explicaciones de Ibn- Bitar; he discutido con los sabios el Kanun de Ibn-Sina; he dado con la explicación de las alegorías, y he estudiado la geometría y la arquitectura, la higiene y los libros Chafiat, la sintaxis, la gramática y las tradiciones del idioma, y he frecuentado la sociedad de los sabios y eruditos en todos los ramos. Soy autora de varios libros sobre la elocuencia, la retórica, la aritmética y el silogismo puro; conozco las ciencias espirituales y divinas, ¡y me acuerdo de todo lo que he aprendido! Y ahora dame pluma y papel para que escriba la carta en versos bien rimados y puedas leerla durante el camino, ahorrándote de llevar libros de viaje, pues será para ti una dulzura en la soledad y un amigo discreto en los ratos de ocio".

Y el pobre mercader, completamente atolondrado, exclamó: "¡Ya Alah! ¡Ya Alah! ¡Dichosa la morada que te sirva de albergue! ¡Cuán dichoso el que la habite contigo!" Y le llevó respetuosamente la escribanía con los accesorios. Y Nozhatú cogió la pluma, la mojó en la almohadilla empapada de tinta, la probó en la uña, y escribió estos versos:

Esta carta es la de la propia mano de aquella cuyos pensamientos igualan al tumulto de las olas.

Aquella cuyos párpados ha quemado el insomnio y cuya belleza han gastado las vigilias.

Aquella que en su dolor ya no distingue el día de la noche y se retuerce en el lecho solitario.

Y que no tiene por confidentes más que a los astros silenciosos en la soledad de las noches.

He aquí mi queja, tejida en versos cadenciosos y de buena rima, en memoria de tus ojos.

No he sentido vibrar en mi alma ninguna cuerda de las delicias de la vida.

Mi juventud no ha gozado ninguna alegría, ni mis labios han sonreído dichosos en un día de felicidad.

Porque tu ausencia ha enseñado a mis ojos las vigilias y me ha arrebatado para siempre el sueño.

Por más que he confiado a la brisa mis suspiros, nunca los llevó hacia aquel a quien los dirigiera.

Así es que estoy desesperada y no me atrevo a insistir. Pero quiero firmar esta queja con mi nombre.

Yo la dolorosa, la apartada de su familia y de su país, la torturada de corazón y de espíritu.

Nozhatu´zaman.

Cuando acabó de escribir, echó arenilla, dobló con mucho cuidado la hoja, y la entregó al mercader, que la cogió muy respetuoso y se la llevó a los labios y después a la frente. La guardó en una bolsa de raso, y exclamó: "¡Gloria al que te ha modelado, ¡oh maravillosa criatura!"

En estos momentos de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 59ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el mercader exclamó: "Gloria al que te ha modelado, ¡oh maravillosa criatura!" Y le rindió todos los honores y le prodigó todas las manifestaciones de respeto y admiración. Y después la acompañó hasta el hammam, yendo delante de ella, llevando en una bolsa de terciopelo la ropa con que había de vestirse después del baño. Y mandó llamar a la mejor amasadora del hammam, y le dijo: "En cuanto haya terminado, vendrás a llamarme". Y mientras Nozhatú tomaba el baño, el anciano mercader fue a comprar toda clase de frutas y sorbetes, y los depositó en la tarima a la cual había de ir Nozhatú a vestirse.

Y cuando se terminó el baño, la amasadora acompañó a Nozhatú hasta la tarima, la envolvió en paños y toallas perfumadas, y se comieron las frutas y bebieron sorbetes, dando lo que sobró a la guardesa del hammam.

En este momento llegó el mercader con un cofrecillo de sándalo, lo abrió invocando el nombre de Alah, y ayudado por la amasadora procedió a vestir a Nozhatú, para llevarla al palacio del príncipe Sharkán.

Y empezó por entregar a Nozhatú una banda de oro para cubrir la cabeza, y esta banda costaba mil dinares. Después una falda a la moda turca, bordada de hilos de oro, y unas botas rojas perfumadas con almizcle, cubiertas de lentejuelas de oro con bordados de flores que llevaban incrustadas perlas y pedrerías. Le puso en las orejas unos pendientes de perlas finas, que costaba cada uno mil dinares, y al cuello un collar de oro afiligranado, y le rodeó los pechos con redes de pedrería. Luego le ajustó el talle por encima del ombligo con un cinturón de diez hileras de bolas de ámbar y medias lunas de oro, y en cada bola de ámbar iba incrustado un rubí, y en cada media luna nueve perlas y diez diamantes. De suerte que la joven Nozhatú llevaba encima más de cien mil dinares en alhajas y joyas.

El mercader le rogó que le siguiera, y salió con ella del hammam, y marchaba delante de ella con andar grave y ceremonioso, apartando a los transeúntes. Y todos los transeúntes se asombraban de aquella belleza, y exclamaban: "¡Gloria a Alah en sus criaturas! ¡Cuán dichoso el hombre que la posea!" Y el mercader seguía andando, y ella detrás de él, hasta que llegaron al palacio del príncipe Sharkán.

Y el mercader se adelantó para entrar en las habitaciones de Scharkán, besó la tierra entre sus manos, y dijo: "¡He aquí que te traigo un presente incomparable, la cosa más bella y más extraordinaria de estos tiempos, el resumen de todos los encantos y todos los dones, la suma de todas las cualidades y de todas las delicias!" Y el príncipe Scharkán dijo: "¡Apresúrate a enseñármelo!" Y el mercader salió enseguida y trajo de la mano a Nozhatú, presentándola al príncipe. Y el príncipe Scharkán no podía reconocer en aquella maravilla a su hermana Nozhatú, a la cual nunca había visto, a causa de los recelos que sintió cuando su nacimiento y el de su hermano Daul-makán. Y llegó hasta el límite del entusiasmo al ver aquel talle y aquellas formas exquisitas. Y el mercader dijo: "Esta es la maravilla incomparable, única en el siglo. Además de la hermosura, don natural suyo, posee todas las virtudes y está versada en todas las ciencias religiosas, civiles, políticas y matemáticas. ¡Y está dispuesta a contestar a todas las preguntas de los sabios más ilustres de Damasco y del imperio!"

Entonces el príncipe Scharkán se apresuró a decir al mercader: "¡Déjala aquí, busca al tesorero para que te pague su precio y ve en paz!"

Y al oírlo, dijo el mercader: "¡Oh príncipe valeroso! he aquí que la había destinado al rey Omar Al-Nemán, tu padre, y venía a rogarte que me dieras una carta de recomendación para él; pero puesto que te agrada, que se quede aquí. ¡Y tu deseo está sobre mi cabeza y sobre mis ojos! Pero en cambio, te rogaré únicamente que me otorgues en adelante el derecho de franquicia para todas mis mercancías y el privilegio de no volver a pagar impuestos de ninguna clase". El príncipe contestó: "Te lo otorgo. Y ahora dime lo que te ha costado esta joven, para que te reintegre su precio". Y el mercader repuso: "Me ha costado cien mil dinares de oro, pero lo que lleva encima vale otros cien mil dinares". Entonces el príncipe mandó llamar a su tesorero, y le dijo: "Paga enseguida a este venerable jeique doscientos mil dinares de oro, y además, otros ciento veinte mil. Y por añadidura, dale el mejor ropón de honor de mis armarios. Y que se sepa en adelante que es mi protegido y que no se le deberá reclamar ningún impuesto".

Después el príncipe Scharkán mandó llamar a los cuatro grandes kadíes de Damasco, y les dijo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana. v se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 60ª NOCHE

Ella dijo:

"Sed testigos de que desde este momento emancipo a esta joven esclava que acabo de comprar y que me caso con ella". Entonces los cuatro kadíes se apresuraron a escribir el certificado de emancipación, y enseguida escribieron el contrato de casamiento y lo sellaron con su sello. Y el príncipe Scharkán no dejó de repartir generosamente entre los presentes una gran cantidad de oro para festejar su alegría, y tiró puñados de oro, que recogieron los servidores y los esclavos.

Después despidió a todos los presentes, excepto a los cuatro kadíes y el mercader. Y volviéndose hacia los kadíes, les dijo: "Ahora quiero que escuchéis las palabras que va deciros esta joven, para darnos una prueba de su elocuencia y su saber, y para que comprobéis las afirmaciones de este jeique". Y los kadíes contestaron: "Escuchamos y obedecemos". Y el príncipe Scharkán mandó tender un tapiz en el centro de la sala y colocó detrás de él a la joven, para que no estuviese cohibida y pudiera hablar sin que la viesen extraños.

Y en cuanto se tendió el tapiz, acudieron a rodear a su nueva señora las damas de servicio, y la ayudaron a colocarse más cómodamente y a aligerarse de parte de sus vestidos; y se maravillaban de sus perfecciones, y en su alegría le besaban los pies y las manos. Y por su parte, las esposas de los emires y visires se apresuraron a rendirle homenaje, dispuestas a oír lo que iba a decir al príncipe Scharkán y a los grandes kadíes de Damasco. Y antes de ir junto a ella, pidieron licencia a sus maridos.

Cuando Nozhatú vio entrar a las esposas de los emires y visires, se levantó para recibirlas, las besó cordialmente, las hizo sentarse a su lado, y les dirigía palabras cariñosas para corresponder a su homenaje, y tan amable estuvo, que todas se maravillaron de su cortesía, de su hermosura y de su inteligencia, y se decían: "Nos han dicho que era una esclava, pero seguramente es una reina, hija de un rey".

Y exclamaron: "¡Oh, señora! has iluminado la ciudad con tu presencia, y has colmado de honor a este país y a este reino. Y este reino es tu reino, y este palacio tu palacio, ¡y todas nosotras somos tus esclavas". Y ella les dio las gracias de la manera más dulce y agradable.

Pero en este momento Scharkán la interpeló desde el otro lado del tapiz, y le dijo: "¡Oh hermosísima joven, joya de estos tiempos! esperamos ansiosamente tus palabras elocuentes, pues dicen que estás versada en todas las ciencias, y hasta en las reglas más difíciles de nuestra sintaxis".

Y la joven Nozhatú, con voz más dulce que el azúcar respondió: "¡Tu deseo está sobre mi cabeza y sobre mis ojos! Y para satisfacerlo, hablaré sobre las Tres puertas de la vida".

PALABRAS SOBRE LAS TRES PUERTAS

Y Nozhatú dijo:

"Te hablaré, en primer lugar, ¡oh príncipe valeroso! de la Primera puerta: el Arte de saber conducirse.

"Sabed, pues, que la vida tiene un objeto, y que el objeto de la vida es desarrollar el fervor.

"Ahora bien; el principal fervor tiene su forma en la pasión, que es bella por su fe.

"Nadie alcanzará el fervor más que por una vida activa, animada por la pasión. Y esta vida puede vivirse en cualquiera de los cuatro grandes caminos de la humanidad: El Gobierno, el Comercio, la Agricultura y los Oficios.

"En lo que concierne al gobierno, es necesario que aquellos escasos hombres que están llamados a gobernar el mundo posean la ciencia política, una sutileza exquisita y una habilidad perfecta. Y en ningún caso deben dejarse guiar por su capricho, sino por un alto ideal, cuyo fin es Alah, el que todo lo puede. Y si regulan su conducta hacia este fin, la justicia reinará entre los humanos y cesarán las discordias en la superficie de la tierra. Pero lo más frecuente es que sigan sus inclinaciones, y acaben por resbalar en errores irremediables. Porque un jefe no es útil a su país sino cuando puede ser equitativo e imparcial y cuando impide que los fuertes opriman a los débiles y a los pequeños.

"El gran Ardechir, tercer rey de los persas, y uno de los descendientes de Sassán, dijo: "La autoridad y la fe son dos hermanas gemelas: la fe es un tesoro y la autoridad su guardián".

"Y nuestro profeta Mahomed (¡sean con él la paz y la plegaria!) ha dicho: "Dos cosas rigen el mundo: la Autoridad y la Ciencia; si son rectas y puras, el mundo camina por la vía derecha; si son nefandas y malas, el mundo cae en la corrupción".

"Y el Sabio ha dicho: "El rey debe ser el guardián de la fe, de cuanto es sagrado y de los derechos de sus súbditos. Pero ante todo debe velar por que estén de acuerdo los que manejan la pluma y los que manejan la espada,

¡porque quien falte al hombre que maneja la pluma resbalará y se levantará jorobado!"

"Y el rey Ardechir, que fue un gran conquistador, dividió su imperio en cuatro distritos, y se mandó fabricar cuatro sellos en cuatro anillos. El primer sello era el anillo del Distrito marítimo, Y así sucesivamente los otros tres. Y lo hizo para asegurar el orden en su reino. Y así se siguió hasta la era islámica.

"Y el rey Kesra, el gran rey de los persas, escribió a su hijo, al que había confiado el ejército de sus ejércitos: "¡Oh, hijo mío! ..."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ A LA 61ª NOCHE

Ella dijo:

"El rey Kesra, el gran rey de los persas, escribió a su hijo, al que había confiado el ejército de sus ejércitos: "¡Oh hijo mío! desconfía de la tibieza, pues enajenaría tu autoridad; pero no obres tampoco con dureza excesiva, porque hará fermentar la rebelión entre tus soldados". "Y también se nos ha enseñado que un árabe fue a buscar al califa Abu-Giafar-Abdalah, y le dijo: "Ten hambriento a tu perro, si quieres que te siga". Y el califa se irritó contra el árabe. Y el árabe añadió: "Pero cuídate también de que un transeúnte no alargue un pan a tu perro, porque el perro te abandonará para seguir al transeúnte". Y Al-Mansur comprendió entonces, y se aprovechó del aviso, y despidió al árabe después de haberle obsequiado.

"Se cuenta también que el califa Abd El- Malek ben-Meruán escribió a su hermano Abd El-Aziz ben-Meruán, a quien había mandado a Egipto al frente de un ejército: "Puedes prescindir de tus consejeros y tus escribas, porque sólo te enterarán de lo que ya conoces; pero no descuides nunca a tu enemigo, que es el único capaz de hacerte saber la fuerza de tus soldados".

"Hablan también las crónicas de que el admirable califa Omar ibn-Al-Kattam no tomaba ningún servidor sin imponerle estas cuatro condiciones: no montar nunca en una bestia de carga; no apropiarse jamás el botín ganado al enemigo; no vestirse con trajes suntuosos, y no retrasarse nunca durante la hora de la plegaria. Y he aquí las palabras que le gustaba repetir: "No hay riqueza que valga lo que vale la sabiduría; no hay mejor piedra de toque que la cultura del espíritu y no hay gloria mayor que el estudio y la ciencia".

"El mismo Omar (¡téngalo Alah en su gracia!) fue quien dijo: "Las mujeres son de tres clases: la buena musulmana, que no se preocupa más que de su marido y sólo tiene ojos para él; la musulmana que sólo quiere casarse para tener hijos, y la prostituta, que sirve de collar al cuello de todo el mundo. Y los hombres también son de tres clases: el hombre cuerdo, que reflexiona y obra después de reflexionar, el que solicita el juicio de los hombres ilustrados y sólo obra con la más extremada prudencia, y el mentecato, que no tiene juicio alguno y no pide nunca consejo a los sabios".

"Y el sublime Alí-Abú-Taleb (¡Alah lo tenga en su gracia!) dijo: "Precaveos contra las perfidias de las mujeres, no les pidáis su parecer; pero no las oprimáis, si no queréis que aumenten sus astucias y sus traiciones. Porque el que no conoce la moderación, va hacia la locura. Y en todas las cosas debéis ateneros a la justicia, singularmente en lo que atañe a vuestros esclavos".

Y cuando Nozhatú iba a seguir desarrollando este capítulo, oyó a los kadíes que decían detrás del tapiz: "¡Maschalah! ¡Nunca hemos oído palabras tan elocuentes, pero quisiéramos oír algo sobre las otras puertas!"

Y Nozhatú, con una transición muy hábil, dijo:

"Otro día hablaré del fervor en los otros tres caminos de la humanidad; pues ya es tiempo de que os diga algo de la Segunda puerta.

"Esta segunda puerta es la de los buenos modales y de la cultura del espíritu.

"Y tal puerta, ¡oh príncipe del tiempo! es la más ancha de todas, porque es la de las perfecciones. Sólo pueden recorrerla en toda su extensión aquellos que tienen sobre la cabeza una bendición nativa.

"No os citaré más que algunos rasgos principales".

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ A LA 62ª NOCHE

Ella dijo:

"No os citaré más que algunos rasgos principales.

"Cierto día, uno de los chambelanes del califa Moawiah fue a anunciarle que un graciosísimo cojitranco llamado Aba-Bahr ben-Kais estaba esperando a la puerta. Y el califa dijo: "hacedle pasar". Y el cojitranco entró, y el califa Moawiah le dijo: "Acércate para que me deleite con tus palabras". Y le preguntó: "¡Oh Aba-Bahr! ¿cuál es tu opinión acerca de mí?" Y respondió el cojitranco:

"¿La mía? Sabe, ¡oh Emir de los Creyentes! que mi oficio es afeitar cabezas, cortar bigotes, cuidar las uñas, depilar sobacos, afeitar ingles, limpiar los dientes, y en caso de necesidad, sangrar las encías; pero nunca haré ninguna de esas cosas en día de viernes, porque sería un sacrilegio".

Entonces el califa le dijo: "¿Y cuál es tu opinión acerca de ti mismo?" Y el cojitranco respondió: "Pongo un pie delante del otro y lo hago adelantar lentamente, siguiéndolo siempre con la vista".

El califa preguntó entonces: "¿Cuál es tu opinión acerca de tus jefes?" Y el otro contestó: "Al entrar los saludo con toda ceremonia, y aguardo que me devuelvan el saludo".

Entonces preguntó el califa: `¿Y cuál es tu opinión acerca de tu mujer?" Y exclamó el cojitranco: "Dispénsame de contestar a eso, ¡oh Emir de los Creyentes!" Pero el califa insistió: "Te conjuro a que me contestes, ¡oh Aba-Bahr!

Y entonces el cojitranco dijo: "Mi esposa, como todas las mujeres, fue creada de la última costilla, que es una costilla de mala calidad y toda torcida". Y el califa dijo: "¿Pero qué haces cuando quieres acostarte con ella?" Y el cojitranco respondió: "Le hablo con agrado para prepararla bien, después le doy dos besos en todas partes, para excitarla como es debido, y apenas está en la disposición que tú comprendes, la tumbo de espaldas y la cabalgo. Y entonces, cuando la gota de nácar se ha incrustado en su cimiento, exclamo: "¡Oh Señor!, haz que esta simiente se cubra de bendiciones, y no le asignes una forma mala; modélala según la belleza!" Después me levanto para hacer mis abluciones; cojo agua con las dos manos, la hago correr por mi cuerpo, finalmente glorio a Alah por sus beneficios".

Entonces el califa exclamó: "En verdad, has contestado deliciosamente. Así es que quiero que me pidas algo". Y Aba-Bahr el cojitranco dijo: "¡Únicamente que la justicia sea igual para todos!" Y se fue. Y el califa exclamó: "¡Aunque en todo el reino del Irak no hubiera más que este sabio, bastaría con esto!"

"Reinando el califa Omar ibn-Al-Khattab, era su tesorero el anciano Moaikab..."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ A LA 63ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que la joven Nozhatú prosiguió de este modo:

"Reinando el califa Omar ibn-Al-Khattab, era su tesorero el anciano Moaikab, y como fuese a visitarle el hijo menor de Omar, acompañado de su nodriza, Moaikab le dio al niño un dracma de plata. Pero al poco tiempo el califa le mandó llamar, y le dijo: "¿Qué has hecho, ¡oh Moaikab!? Ese dracma de plata que has dado a mi hijo es un robo contra toda nuestra nación de musulmanes". Y Moaikab, que era un hombre íntegro, comprendió que había faltado, y no cesó de exclamar: "¿Dónde habrá en la tierra un hombre tan admirable como nuestro emir?"

"Cuentan también que el califa Omar salió a pasearse de noche acompañado del venerable Aslam Abu-Zeid. Viendo a lo lejos una hoguera, se acercó hacia allí, y vio a una pobre mujer que encendía unas ramas debajo de una cacerola y tenía a su lado a dos niños muy enclenques que gemían de un modo lamentable. Y Omar dijo: "La paz sea contigo, ¡oh buena mujer! ¿Qué haces ahí, sola, de noche y con este frío?" Ella respondió: "Estoy calentando un poco de agua para dársela a beber a mis niños, que se mueren de hambre y frío; ¡pero algún día pedirá Alah cuenta al califa Omar de la miseria en que nos vemos!"

Y el califa que estaba disfrazado, se conmovió profundamente y dijo: "¿Pero crees, ¡oh mujer! que Omar conoce tu miseria y no la alivia?"

Y ella contestó: "Entonces, ¿para qué es Omar califa, si ignora la miseria de su pueblo y de cada uno de sus súbditos?"

El califa calló, y ordenó al venerable Aslam Abu-Zeid que le siguiese. Y anduvo muy aprisa, hasta que llegó a la mayordomía de su casa; y entró en el almacén de la mayordomía y sacó un saco de harina de entre los sacos de harina y una vasija llena de grasa de carnero, y pidió a Abu-Zeid que le ayudase a echárselo a cuestas. Y Abu-Zeid se asombró hasta el límite del asombro, y dijo: "¡Déjame que lo lleve yo a hombros, ¡oh Emir de los Creyentes!" Pero el califa repuso: "¿Acaso podrás llevar también la carga de mis pecados el día de la Resurrección?"

Y obligó a Abu-Zeid a que le echase encima el saco de harina y la vasija de grasa de carnero. Y el califa anduvo apresuradamente, cargado de aquel modo, hasta que llegó junto a la pobre mujer. Y cogió harina, y cogió grasa, y lo echó todo en la cacerola, y con sus propias manos preparó aquel alimento. Y se inclinó hacia el fuego para soplarlo, y como tenía unas barbas muy largas, el humo de la leña se abría camino por entre las espesuras de aquellas barbas. Y apenas estuvo preparado aquel alimento, Omar se lo ofreció a la mujer y a las criaturas, que comieron hasta saciarse, a medida que Omar lo iba enfriando con sus soplos. Entonces Omar les dejó la harina y la vasija de grasa, y se fue, diciendo a Abu- Zeid: "¡Oh Abu-Zeid! la luz de ese fuego me ha alumbrado".

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ A LA 64ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que la joven Nozhatú prosiguió de este modo:

Y este mismo califa Omar se encontró un día con un esclavo que llevaba a pacer el ganado de su amo, y le propuso comprarle una cabra; pero el pastor dijo: "No puedo venderla porque no me pertenece". Entonces el califa dijo: "Eres un esclavo ejemplar, y voy a comprarte para que seas libre".

Y compró el pastor a su amo, y lo emancipó enseguida. Porque Omar pensaba:

¡No todos los días se encuentra un hombre que sea verdaderamente íntegro!"

Otro día, Hafsa, pariente de Omar, fue a buscarle, y le dijo: "!Oh Emir de los Creyentes! he sabido que en una expedición que Ibas de realizar has ganado mucho dinero. Así es que vengo, como pariente a pedirte un poco".

Y Omar dijo: "¡Oh Hafsa! Alah me ha nombrado guardián de los bienes de los musulmanes, y todo ese dinero es para el bien de los musulmanes. No lo tocaré ni por mi parentesco con tu padre, pues de otro modo perjudicaría a los intereses de mi pueblo ".

Y Nozhatú volvió a oír las exclamaciones de asombro con que manifestaban la admiración sus oyentes invisibles, pero cesó de hablar momento, y después dijo:

"Hablaré ahora de la Tercera puerta, que es la Puerta de las virtudes.

Y será con ejemplos sacados de la vida de aquellos hombres justos entre los musulmanes, compañeros del Profeta (¡sean con él la paz y la plegaria!)

Nos cuentan que dijo Hassán Al-Bassrí: "No hay nadie que antes de entregar el alma no eche de menos tres cosas: no haber podido gozar por completo lo que había ganado durante su vida, no haber podido alcanzar lo que había esperado con constancia, y no haber podido realizar un proyecto largamente pensado".

Y alguien preguntó un día a Safián: "¿Puede ser virtuoso un hombre rico?" Y Safián respondió: "Puede serlo, y lo es cuando tiene paciencia con las vicisitudes de la vida y cuando da gracias al hombre con quien fue generoso, diciéndole: "¡Oh hermano mío! te debo haber hecho ante Alah una acción perfumada".

Y cuando Abdalah ben Scheddad vio acercarse la muerte, mandó llamar a su presencia a su hijo Mohammed, y le dijo: "He aquí, ¡oh Mohammed! mis últimos encargos: cultiva la devoción hacia Alah en privado y en público, sé siempre sincero en tus discursos, y glorifica siempre a Alah por sus dones y agradéceselos, porque el agradecimiento llama a otros beneficios. Y sabe muy bien, ¡oh hijo mío! que la dicha no reside en las riquezas acumuladas, sino en la piedad, ¡porque Alah te dispensará todas las cosas!"

Nos cuentan también que cuando el piadoso Omar ben-Abd El-Aiz llegó a ser el octavo califa ommiada, reunió a todos los miembros de la familia de los ommiadas, que eran muy ricos, y les obligó a entregarle todas sus riquezas en el Tesoro Público. Entonces todos fueron a buscar a Fátima, hija de Meruán, tía del califa, a la cual Omar respetaba mucho, y le rogaron que los librara de aquella desgracia. Fátima fue a ver una noche al califa, y se sentó en la alfombra sin pronunciar una sola palabra. Y el califa le dijo: "¡Oh tía mía! puedes hablar lo que gustes". Pero Fátima respondió: "¡Oh Emir de los Creyentes! puesto que tú eres el amo, no he de ser la primera en hablar. Y además, nada se te oculta, ni siquiera el motivo de mi visita". Entonces Omar ben-Ad El-Aziz dijo: "Alah el Altísimo envió a su profeta Mahommed (¡sean con él la plegaria y la paz!) a fin de que fuere un bálsamo para las criaturas y un consuelo para todas las generaciones venideras. Entonces Mohammed (¡sean con él la paz y la plegaria!) reunió cuanto le pareció necesario, pero dejó a los hombres un río en que apagar su sed hasta el fin de los siglos. ¡Y a mí, que soy el califa, me ha tocado el cuidar de que ese río no se desvíe ni se pierda en el desierto!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ A LA 65ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que la joven Nozhatú, mientras la escuchaban detrás del tapiz el príncipe Scharkán, los cuatro kadíes y el mercader, prosiguió de esta manera:

"¡Y a mí, que soy el califa, me ha tocado el cuidado de que ese río no se desvíe ni se pierda en el desierto!"

Entonces su tía Fátima le dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! he comprendido tus palabras, y las mías serán ya inútiles". Y se fue a buscar a los Beni-Ommiah, que la aguardaban, y les dijo: "¡Oh descendientes de Ommiah! ¡No sabéis cuán grande es vuestra suerte con tener por califa a Omar Ibn- Abd El-Aziz!"

"Y el mismo califa Omar ibn-Abd El-Aziz, hombre probadamente íntegro, fue quien, al sentir cercana la muerte, reunió a todos sus hijos, y les dijo: "El perfume de la pobreza es agradable al Señor".

Entonces Mosslim ibn-Abd El-Malek, uno de los presentes, repuso: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¿cómo puedes dejar a tus hijos en la pobreza, cuando eres su padre y el pastor del pueblo, y podrías enriquecerlos a expensas del Tesoro? ¿No valdría más eso que dejar todas tus riquezas a tu sucesor?" Entonces el califa, moribundo en el lecho, se indignó, y dijo: "¡Oh Mosslim! ¿cómo había de darles ese ejemplo de corrupción, después de haberlos llevado toda mi vida por el buen camino? Asistí a los funerales de uno de mis antecesores, uno de los hijos de Meruán, y mis ojos vieron ciertas cosas, y juré no obrar así si algún día llegaba a ser califa".

"Y el mismo Mosslim ben-Abd El-Malek nos contó lo que sigue: "Cierto día, cuando acababa de dormirme al regreso del entierro de un jeique, tuve un sueño en que se me apareció aquel venerable anciano, vestido con ropas más blancas que el jazmín; y se paseaba por un paraje delicioso, regado por arroyos y refrescado por una brisa que se había perfumado en los limoneros floridos. Y me dijo: "¡Oh Mosslim! ¿qué no haría uno durante su vida para alcanzar este premio que yo tengo ahora?"

"Y he llegado a saber que en el reinado de Omar ibn-Abd El-Aziz un ordeñador de ovejas fue a visitar a un pastor amigo suyo, y le sorprendió ver en medio del rebaño dos perros salvajes. Y asustado de su aspecto, exclamó: "¿Qué hacen ahí esos perros tan terribles?" Y el pastor dijo: "No son perros, sino lobos domesticados. Y no le hacen daño al rebaño, porque soy la cabeza que dirige. Y cuando la cabeza está sana, el cuerpo está sano".

"Y un día el mismo califa Omar dirigió a su pueblo, desde lo alto de un púlpito de barro, un sermón que se reducía a tres palabras. Y acabó así: "Ha muerto Abd El-Malek, y también sus antecesores y sucesores. Y yo también me moriré, como todos ellos".

Entonces Mosslim dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes!, ¡ese púlpito no es digno del califa, pues ni siquiera tiene barandilla! ¡Déjanos ponerle al menos una cadena como barandilla" Pero el califa contestó: "¡Oh Mosslim! ¿querrías que Omar llevase al cuello el día del Juicio un pedazo de esa cadena?"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ A LA 66ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que la joven Nozhatú prosiguió de este modo:

El mismo califa dijo un día: "¡No deseo que Alah me libre de morir, pues es el último beneficio concedido al verdadero creyente!".

Y Khaled ben-Safuán fue un día a ver al califa Hescham que estaba en la tienda de campaña rodeado de sus escribas y de sus servidores, y cuando llegó a su presencia, le dijo: "¡Que Alah te colme de sus mercedes, ¡oh Emir de los Creyentes! y que no ponga en tu felicidad ninguna gota de amargura. ¡Y he aquí que tengo que decirte unas palabras que no son nuevas, pero que están dotadas del valor de las cosas antiguas!"

Y el califa Hescham contestó: "Di lo que tengas que decir, ¡oh ibn-Safuán!" Y éste dijo: "Hubo, ¡oh Emir de los Creyentes! un rey entre los reyes que te han precedido, un año de entre los años pasados por la tierra. Y este rey habló de este modo a los que estaban sentados en torno suyo: "¡Oh todos vosotros! ¿hay alguno que haya conocido a un rey que me igualara en prosperidad, ni que fuese tan generoso como yo?"

Pero entre los presentes había un hombre santificado por la peregrinación y dotado de la verdadera sabiduría. Y este hombre dijo: "¡Oh rey! nos has dirigido una pregunta muy importante, y me. atrevería a pedirte permiso para contestarla". El rey dijo: "Puedes hacerlo como gustes".

Y aquel hombre dijo: "¿Tu gloria y tu prosperidad son eternas o son fugaces como todas las cosas?" Y el rey respondió: "Son fugaces". Y el hombre dijo: "Entonces, ¿cómo puedes dirigir una pregunta tan grave acerca de una cosa tan pasajera, y de la cual habrás de ser llamado a dar cuenta algún día?"

El rey contestó: "Dices verdad, ¡oh muy venerable jeique! ¿Y qué me toca hacer ahora?" El hombre dijo: "Santificarte". Entonces el rey dejó su corona, vistió el hábito de peregrino y partió para la Ciudad Santa. "Y tú, ¡oh califa de Alah! -prosiguió ibn-Safuán- ¿qué piensas hacer?" Y el califa Hescham se emocionó hasta el límite de la emoción, y lloró tan extraordinariamente, que se mojó toda la barba. Y volvió a su palacio y se encerró en él para entregarse a la meditación".

Entonces los kadíes y el mercader, que estaban detrás del tapiz, volvieron a exclamar: "¡Qué admirable es todo esto!"

Y Nozhatú se detuvo, y dijo: "Esta Puerta de la moral contiene tal número de ejemplos, que es imposible narrarlos en una sola sesión, ¡oh señores míos! ¡Pero Alah nos concederá largos días para relatarlos todos!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 67ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que después de aquellas palabras se calló Nozhatú.

Entonces exclamaron los cuatro kadíes: "¡Oh príncipe del tiempo! Realmente, esta joven es la maravilla del siglo y de todos los siglos. ¡Nunca hemos visto a nadie que se le pueda comparar, ni sabemos que haya tenido igual en cualquier época de entre las épocas!"

Y después de hablar así, se levantaron todos, besaron la tierra entre las manos del príncipe, y se fueron por su camino.

Entonces Scharkán llamó a sus servidores, y les dijo: "Apresurad los preparativos de la boda, y disponed toda clase de manjares y dulces para el festín". Y los servidores prepararon inmediatamente cuanto les había mandado. Scharkán convidó a las esposas de los emires y visires, invitándolas a formar la comitiva de la recién casada.

Así es que apenas llegado el asr, empezó el festín, se pusieron los manteles y se sirvieron todas las cosas que podían satisfacer los sentidos y alegrar la vista. Y los convidados comieron y bebieron hasta la saciedad. Entonces Scharkán llamó a las cantarinas más ilustres y a todas las almeas de palacio. Y la boda hizo resonar la sala del festín, y la alegría llenó todos los pechos. Y el palacio, al llegar la noche, se iluminó desde la ciudadela hasta las puertas de entrada, así como todas las alamedas, a la. derecha y a la izquierda del jardín. Y apenas el príncipe salió del hammam, acudieron los emires y los visires para ofrecerles su homenaje y hacer votos por su felicidad.

Enseguida fue a sentarse el príncipe en el estrado de los desposorios, y entraron las damas, lentamente, formando dos filas, precediendo a Nozhatú que avanzaba entre sus dos madrinas. Y después del ceremonial de presentarla con los distintos vestidos, la llevaron a la cámara nupcial, donde la desnudaron. Y quisieron proceder a su tocado; pero desistieron al ver que era inútil para aquel espejo inmaculado y aquella carne de incienso. Y las madrinas, deseándole todas las felicidades, le hicieron las recomendaciones que hacen las madrinas la noche de bodas. Y habiéndole puesto sólo una camisa fina, la dejaron en la cama.

Entonces el príncipe entró en la cámara nupcial. Y estaba muy lejos de sospechar que aquella maravillosa joven fuese su hermana Nozhatú; y ésta ignoraba también que el príncipe de Damasco era su propio hermano Scharkán.

Así es que aquella noche Scharkán entró en posesión de la joven Nozhatú; y las delicias de ambos fueron muy grandes; e hicieron tan bien las cosas, que Nozhatú quedó preñada la primera noche. Y no dejó de revelárselo a Scharkán.

Entonces Scharkán se alegró en extremo, y cuando llegó la mañana, ordenó a los médicos que tomaran nota de aquel día feliz del embarazo. Y subió a sentarse en el trono para recibir las felicitaciones de sus emires, de sus visires y de los grandes del reino.

Después llamó a su secretario, y le dictó una carta para su padre el rey Omar Al- Nemán, enterándole de que se había casado con una esclava llena de perfecciones y sabiduría, y que la había emancipado para convertirla en su legítima esposa; que la primera noche había quedado preñada de él, y que tenía intención de enviarla a Bagdad para que visitase a su padre el rey Omar Al- Nemán; a su hermana Nozhatú y a su hermano Daul'makán. Y escrita esta carta, la selló Scharkán y la entregó a un correo, que salió enseguida para Bagdad, y regresó al cabo de veinte días con la contestación del rey Omar AlNemán. Y la respuesta, después de la invocación de Alah, estaba concebida en los siguientes términos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 68ª NOCHE

Ella dijo:

Y la respuesta, después de la invocación de Alah, estaba concebida en los siguientes términos:

"Esta es de parte del muy afligido y del profundamente abrumado por el dolor y la tristeza, del que ha perdido el tesoro de su alma, del desventurado rey Omar Al-Nemán a su muy amado hijo Scharkán.

"Sabe, ¡oh hijo mío! cuántas son mis desgracias. Desde que te marchaste sentí que el palacio se desplomaba sobre mi corazón; y no resistiendo esta pena me fui de caza, buscando aliviar mi sufrimiento.

"Y estuve de caza durante un mes, y cuando regresé a palacio supe que tu hermano Daul'makán y su hermana Nozhatú se habían ido al Hedjaz con los peregrinos de la Santa Meca. Y se habían aprovechado de mi ausencia para escaparse, pues yo no había querido permitírselo a Daul-makán a causa de su corta edad, habiéndole prometido que iría con él al año siguiente. Y no quiso tener paciencia, y se escapó de ese modo con su hermana, después de haber cogido apenas lo necesario para atender los gastos del viaje. Y no he vuelto a tener noticias suyas, porque los peregrinos han regresado solos, y nadie ha podido decirme lo que ha sido de ellos. Y he aquí que les llevo luto, y estoy anegado en mis lágrimas y en mi dolor.

"Y no tardes, ¡oh hijo mío! en darme noticias tuyas. Te envío mi saludo de paz, para ti y para cuantos están contigo".

A los pocos meses de recibir esta carta, Scharkán se decidió a contar la desdicha de su padre a su esposa, a la cual no había querido alarmar hasta entonces, con motivo de su preñez. Pero como ya había parido una niñita, fue a su aposento Scharkán, y empezó por besar a su hija.

Y su esposa le dijo: "La niña acaba de cumplir siete días; de modo que hoy tienes que darle un nombre, según se acostumbra". Scharkán cogió a la niña en brazos, y al mirarla, le vio al cuello, pendiente de una cadena de oro, una de las tres maravillosas gemas de Abriza, la infortunada princesa de Kaissaria.

Y al verla, sintió Scharkán tal emoción, que gritó: "Esclava, ¿de dónde has sacado esta gema?"

Y Nozhatú se indignó al oír que la llamaba esclava, y dijo:

"¡Soy tu señora y señora de cuantos habitan en este palacio! ¿Cómo te atreves a llamarme esclava, cuando soy tu reina? ¡No puedo guardar más tiempo mi secreto! ¡Soy tu reina, soy hija de rey! ¡Soy Nozhatú- zamán, hija del rey Omar Al-Nemán!"

Cuando Scharkán oyó estas palabras...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 69ª NOCHE

Ella dijo:

Cuando Scharkán oyó estas palabras, se apoderó de él un temblor muy grande, bajó aterrado la cabeza y empezó a palidecer, hasta que cayó desmayado.

Y cuando volvió en sí, no podía creer que aquello fuese cierto, y preguntó a Nozhatú: "¡Oh señora mía! ¿eres realmente hija del rey Omar Al-Nemán?"

Ella respondió: "Soy su hija". Y Scharkán insistió: "La gema es una señal de que dices verdad, pero dame otras pruebas". Entonces Nozhatú contó toda su historia. Pero es inútil repetirla.

Y Scharkán, completamente convencido, pensaba: ¿Qué he hecho yo, y cómo he podido casarme con mi propia hermana Nozhatú? No hay más remedio que buscarle enseguida otro marido. La casaré con uno de mis chambelanes, y si la cosa llegara a saberse, diría que me he divorciado antes de acostarme con ella". Entonces, volviéndose hacia su hermana, le dijo: "¡Oh Nozhatú! sabe que eres mi hermana, porque soy Scharkán, del cual indudablemente nunca habrás oído hablar en el palacio de nuestro padre. ¡Y que Alah nos perdone!"

Cuando Nozhatú oyó estas palabras, exhaló un gran grito y cayó desmayada. Después, al volver en sí, empezó a lamentarse y a llorar. Y dijo: "¡Hemos cometido una falta terrible! ¿Qué haremos ahora? ¿Qué contestaré a mi padre y a mi madre cuando me pregunten: "¿De dónde has sacado esa niñita?"

Y Scharkán dijo: "La mejor manera de arreglarlo todo es casarte con mi gran chambelán, pues de ese modo podrás criar tranquilamente nuestra hija como si fuese suya, y nadie podrá sospechar lo ocurrido. Tal es el mejor medio de salir de esta situación. Voy a llamar a mi gran chambelán, antes de que se divulgue nuestro secreto". Y ella dijo: "Me avengo a todo, ¡Oh Scharkán! Pero dime: ¿qué nombre' eliges para nuestra hija?" Y Scharkán contestó: "¡La llamaré Fuerza del Destino!"

Enseguida se apresuró a llamar a su gran chambelán, y lo casó con Nozhatú, colmándole de regalos. Y éste se llevó a Nozhatú y a su hija a su casa, la trató con todas las consideraciones, y confió la niña a los cuidados de nodrizas y servidoras. ¡Y todo esto ocurrió!

En cuanto a Daul-makán y el encargado del hammam, se preparaban a partir para Bagdad con la caravana de Damasco.

Y mientras tanto, llegó un segundo correo del rey Omar Al-Neman portador de una segunda carta para el príncipe Scharkán. Y he aquí lo que decía después de la invocación:

"Esta es para que sepas ¡oh mi muy amado hijo! Que sigo presa del dolor y bajo la amargura de verme separado de mis pobres hijos. "Y en cuanto recibas mi carta, procura remitirme el tributo de la provincia de Scham, y aprovecharás la misma caravana para que venga tu joven esposa, a la cual deseo conocer, y cuya ciencia y cultura quiero poner a prueba. Pues debo decirte que acaba de llegar a mi palacio, procedente del país de los rumís, una venerable anciana acompañada de cinco muchachas de pechos redondos y de virginidad intacta. Y estas cinco jóvenes saben cuanto un hombre puede aprender en punto a ciencias y conocimientos humanos. Y el lenguaje no podría describir las perfecciones de esas jóvenes ni la sabiduría de la anciana, pues son admirables. Así es que les he tomado verdadero afecto, y he querido tenerlas al alcance de mi mano, pues ningún rey de la tierra puede ostentar semejante ornamento en su palacio. He preguntado su precio, y me ha dicho la anciana: "No puedo venderlas más que por el tributo anual que te corresponde de la provincia de Scham y Damasco".

Y a mí ¡por Alah! no me ha parecido caro el precio, y hasta lo he encontrado indigno de ellas, pues cada una de las cinco jóvenes vale por sí sola mucho más que eso. Por consiguiente, he aceptado, y habitan en mi palacio, mientras llega el tributo anual, cuyo envío aguardo lo antes posible de tu solicitud, ¡oh hijo mío! Porque la anciana se impacienta aquí y tiene prisa por volverse a su tierra.

"Y sobre todo, ¡hijo mío! no se te olvide mandarme al mismo tiempo a tu joven esposa, cuya ciencia nos será útil para juzgar los conocimientos de las cinco jóvenes. Y te prometo, si tu joven esposa llega a vencerlas en ciencia y en ingenio, enviarte las jóvenes como presentes para ti, y además regalarte el tributo anual de la ciudad de Bagdad. ¡Y que la paz sea contigo y con todos los de tu casa, ¡oh hijo mío!"

Cuando Scharkán leyó esta carta de su padre...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 70ª NOCHE

Ella dijo:

Cuando Scharkán leyó esta carta de su padre, mandó llamar inmediatamente a su cuñado el chambelán, y le dijo: "Envía a buscar enseguida a la joven esclava con quien te he casado". Y cuando llegó Nozhatú, Scharkán le dijo:

"¡Oh hermana mía! lee esta carta de nuestro padre, y dime lo que te parece". Y Nozhatú, después de leer la carta, contesto: "Lo que tú pienses está siempre bien pensado, y tu proyecto es siempre el mejor proyecto. Pero si quieres saber cuál es mi deseo más ardiente, te diré que no es otro que ver a mi familia y mi país, y que me dejes marchar en compañía de mi marido el gran chambelán, para que pueda contar mi historia a nuestro padre, y decirle todo lo que sucedió con el beduino, y cómo el beduino me vendió al mercader, y cómo el mercader me vendió a ti, y como tú me diste en matrimonio al primer chambelán después de haberte divorciado de mí sin acostarnos".

Y Scharkán le contestó: "Así se hará".

Y Scharkán llamó al primer chambelán, que no podía sospechar su parentesco con el príncipe, y le dijo: "Vas a partir para Bagdad al frente de la caravana con que envío a mi padre el tributo de Damasco y te acompañará tu esposa, la esclava que te he dado".

Entonces el primer chambelán respondió: "¡Escucho y obedezco!" Y Scharkán mandó preparar para el chambelán una buena litera sobre un hermoso camello y otra litera para Nozhatú.

Entregó una carta al chambelán para el rey Omar Al-Nemán, y se despidió de ellos, quedándose él con la niña Fuerza del Destino, habiéndose cerciorado de que llevaba al cuello, pendiente de una cadena de oro, una de las tres gemas de la desdichada Abriza. Y Nozhatú confió la niña a las nodrizas y sirvientas de palacio; y cuando se convenció de que a su hijita no le faltaba nada, se decidió a acompañar a su esposo. Y ambos fueron a ponerse a la cabeza de la caravana.

Precisamente el encargado del hammam había salido con Daul'makán a dar un paseo hasta el palacio del gobernador de Damasco. Y al ver todos los preparativos de la caravana quiso saber adónde se dirigía y le dijeron: "Va a conducir el tributo de la ciudad de Damasco al rey Omar Al-Nemán".

Entonces Daul'makán preguntó: "¿Quién es el jefe de la caravana?" Y le dijeron: "El gran chambelán, esposo de la joven esclava que conoce las ciencias y la sabiduría". Y Daul'makán se echó a llorar pensando en Nozhatú, y dijo a su acompañante: "¡Oh hermano mío! quiero marchar con la caravana".

Y el encargado dijo: "¡No te dejaré solo después de haberte acompañado desde Jerusalén hasta Damasco!" Y preparó las vituallas, puso la albarda al burro, y una alforja en ella y provisiones en la alforja. Después se levantó los faldones del ropón y se los sujeto al cinturón, e hizo montar a Daul'makán en el borrico. Y Daul'makán dijo: "Monta detrás de mí". Pero el encargado lo rechazó: "Me guardaré muy bien de hacerlo, pues quiero estar por completo a tu servicio". Y Daul'makán insistió: "Por lo menos, montarás para descansar una hora". Entonces exclamó Daul'makán: "¡Oh hermano mío! nada puedo decirte ahora, pero cuando esté junto a mis padres, verás cómo sé agradecerte tus buenos servicios y tu abnegación".

Y como la caravana se ponía en marcha aprovechando la frescura de la noche, la siguieron, marchando a pie el encargado y Daul'makán montado en el borrico, mientras que el gran chambelán y su esposa Nozhatú, rodeados de su numeroso séquito, iban a la cabeza, montados cada uno en su dromedario.

Y anduvieron toda la noche hasta la salida del sol. Y cuando comenzó a apretar el calor, el chambelán mandó hacer alto a la sombra de un bosquecillo de palmeras. Y echaron pie a tierra, y dieron de deber a los camellos y a las bestias de carga. Y descansaron. Después se reanudó la marcha y anduvieron otras cinco noches, hasta que llegaron a una ciudad donde descansaron tres días. Luego prosiguió el viaje, y al fin se encontraron en las inmediaciones de Bagdad, según anunciaba la brisa perfumada que no podía proceder más que de allí...

En este momento de su narración, Scherazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 71ª NOCHE

Ella dijo:

Cuando Daul'makán respiró aquella brisa deliciosa, pensó inmediatamente en la ausencia de su hermana y en el dolor de sus padres al verle volver solo, y se puso a llorar mientras recitaba estas estrofas:

¡Objeto a quien amo! ¿No podré jamás acercarme a ti? ¡Objeto a quien amo! ¿Este silencio reinará siempre entre nosotros?

¡Cuán cortas son las horas de la unión! ¡Cuán largos son los días de la ausencia!

¡Ven; cógeme de la mano! ¡He aquí que mi cuerpo se ha derretido en todo el ardor de mi deseo!

¡Ven y no digas que te olvide! No digas que me consuele. ¡Mi único consuelo sería sentirte entre mis brazos!

Entonces el encargado dijo: "Hijo mío, cesa en tus lamentos. Piensa que estamos cerca de la tienda del chambelán y de su esposa". Pero Daul'makán contestó: "No me impidas recitar estos poemas, que pueden amortiguar la llama de mi corazón". Y sin atender al encargado, volvió la cara hacia Bagdad, en medio de la claridad de la luna. En aquel momento, Nozhatú, tendida en la tienda, no podía dormir pensando en los ausentes, y oyó una voz que cantaba apasionadamente estos versos:

Ha brillado un instante el relámpago de la felicidad. Pero después de este relámpago, la noche es más noche todavía. Así se transformó en amarga la dulce copa en que el amigo me hizo beber sus delicias.

Cuando asomó su rostro el Destino, se alejó la paz de mi corazón. Mi alma ha muerto antes de la unión esperada con el muy amado.

Y apenas acabó de cantar, Daul'makán se desplomó sin conocimiento.

En cuanto a la joven Nozhatú, esposa del chambelán, enseguida que oyó aquel canto que se elevaba entre la noche, se irguió ansiosa, y llamó al eunuco que dormía a la puerta de la tienda, y le dijo: "Ve en busca del hombre que acaba de cantar esos versos y tráemelo aquí". Y el eunuco exclamó: "¡Oh señora mía! no he oído nada, porque estaba dormido. Y ahora no podré encontrarlo en medio de la noche, como no despierte a toda nuestra gente".

Pero ella dijo: "Es necesario que lo busques. El que encuentres despierto será seguramente aquel cuyos versos acabo de oír". Y el eunuco no se atrevió a insistir más, y salió en busca del hombre de los versos.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 72ª NOCHE

Ella dijo:

Entonces el eunuco no se atrevió a insistir más, y salió en busca del hombre de los versos. Pero aunque miró por todas partes y anduvo en todas direcciones, sólo encontró despierto al encargado del hammam, porque Daul'makán yacía desmayado. El encargado, al ver al eunuco, a la luz de la luna, con una cara de muy mal humor, temió que Daul'makán hubiera turbado el sueño de la esposa del chambelán, y no se atrevió a moverse.

Pero ya el eunuco le había visto, y le dijo: "¿Eres tú el que acaba de cantar esos versos que ha oído mi señora?" Y el encargado, completamente convencido de que habían molestado a la esposa del chambelán, exclamó: "¡Oh! no he sido yo".

Y el eunuco dijo: "Pues entonces, ¿quién ha sido? Seguramente has debido verle, puesto que no dormías". Y el encargado, alarmadísimo, exclamó: "No he oído nada".

Pero el eunuco le increpó: "¡Mientes como un desvergonzado! ¡No me harás creer que estando despierto no hayas oído nada!

Entonces el encargado repuso: "!Voy a decirte la verdad! El que cantaba era un nómada que acaba de pasar por ahí montado en un camello. Y me ha despertado con sus malditas canciones. ¡Alah lo confunda!".

Entonces el eunuco, aunque poco convencido de que aquello fuese verdad, marchó a decir a su señora: "¡Ha sido un nómada que pasó por ahí con su camello!"

Y Nozhatú, desolada con aquella contrariedad, miró silenciosamente al eunuco. Mientras tanto, Daul'makán había vuelto de su desmayo, y al ver la luna en lo alto del cielo, sintió en su espíritu la brisa encantadora de evocaciones lejanas; y cantó en su corazón la voz de innumerables aves, y modularon las flautas invisibles de los recuerdos. Quiso entonces expresar su emoción, y así lo expuso al encargado.

Pero éste le dijo: "¿Qué vas a hacer, hijo mío?" Y el otro repuso: "¡Voy a recitar algunos versos que calmarán mi corazón!" Pero el encargado repuso: "Sabe que ha estado aquí el eunuco, y a fuerza de habilidad he podido salvarte". Y Daul'makán preguntó: "¿De qué eunuco me hablas?" Y el encargado dijo: "¡Oh dueño mío! el eunuco de la esposa del chambelán ha venido aquí mientras estabas desmayado, y blandía un enorme garrote; y como yo era el único que estaba despierto, me preguntó si era el que había cantado. Y yo le contesté: "Ha sido un nómada que iba por el camino". Y el eunuco no pareció muy satisfecho, y me dijo: "Si oyes de nuevo la voz apodérate de ese hombre hasta que yo me presente y pueda llevarlo adonde está mi ama. ¡Y te hago responsable de él! "Ya ves, amo mío, que me ha costado mucho engañar a ese negro receloso".

Entonces Daul'makán se indignó profundamente, y dijo: "¿Quién me impedirá cantar lo que me agrade? Quiero entonar los versos que me consuelan. Nada hay que temer, pues ahora estamos muy cerca de nuestro país". Pero el pobre encargado dijo: "¡Ya veo que quieres perderte sin remedio!" Y Daul-makán insistió: "Cantaré sin temor a nadie". Entonces el encargado dijo: "¡No me obligues a separarme de ti! ¡Prefiero marcharme, a presenciar que te martiricen! ¿Olvidas, hijo mío, que va a hacer año y medio que estamos juntos? ¿Por qué quieres que nos separen? Piensa que todo el mundo está rendido de cansancio y durmiendo tranquilamente. ¡Por piedad! no perturbes su descanso con tus versos, aunque sean todo lo hermosos que son". Pero Daul'makán no pudo contenerse más, y mientras la brisa cantaba en las palmeras frondosas, clamó con toda su voz:

¡Oh tiempos! ¿En dónde están los días en que nos favoreció el Destino, aquellos días en que estábamos reunidos en la morada querida, en la inolvidable patria?

¡Oh tiempos felices...! ¡Cuán lejos están! ¡Cuán lejos aquellos días y aquellas noches llenos de sonrisas!

¿Dónde están los días en que se expansionaba el corazón de Daul'makán al lado de una flor llamada Nozhatú'zamán?

Y terminado este canto, cayó desmayado de nuevo. Entonces el encargado se apresuró a cubrirlo con su manto.

Apenas oyó Nozhatú aquellos versos que citaban su nombre y el de su hermano y se aludía a sus desgracias, se sintió ahogada por los sollozos y se apresuró a llamar al eunuco, y le dijo: "¡Desventurado! El hombre que cantó antes acaba de cantar ahora muy cerca de aquí. Si no me lo traes enseguida, iré a buscar a mi esposo, y te dará de palos. Toma esos cien dinares y dáselos a ese cantor, y decídele a las buenas para que te siga. Y si se negase, dale este otro bolsillo, que contiene mil dinares. Y si a pesar de todo no quisiese venir, no insistas más, pero entérate dónde se alberga, y de lo que hace, y de qué tierra es, viniendo a ponerme al corriente de ello. ¡Y sobre todo, no tardes!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 73ª NOCHE

Ella dijo:

"¡Y sobre todo, no tardes!"

Entonces el eunuco salió de la tienda, y empezó a andar por entre la gente dormida, examinándolos uno por uno, pero no encontró a nadie despierto. Y se acercó al encargado, le cogió del brazo y le dijo:

"¡Tú eres el único que ha podido cantar!" Pero el encargado exclamó: "No he sido yo, ¡oh jefe de los eunucos!" Y el eunuco dijo: "No me iré hasta que me digas quién es el que ha cantado esos versos, pues sin averiguarlo no puedo presentarme ante mi ama". Y el encargado, al oír todo esto, sintió mucho más temor respecto a Daul'makán, y empezó a lamentarse, y dijo: "¡Te repito, ¡por Alah! que el que ha cantado es un caminante! Y no me atormentes más, pues, tendrás que dar cuenta de ello en el juicio de Alah. ¡Piensa que soy un pobre hombre que viene de la ciudad de Abraham, amigo de Alah!"

Y el eunuco dijo: "¡Entonces ven a contárselo a mi ama, porque no me cree!" Y el encargado dijo: "¡Oh grande y admirable eunuco! vuelve tranquilo a tu tienda; y si de nuevo se oye la voz, me haces responsable de ello, pues yo solo seré el culpable". Y para calmar al eunuco y decidirle a marcharse, le dijo palabras muy gratas, y le elogió muchas veces, y le besó la cabeza.

Entonces el eunuco se dejó convencer, pero en lugar de volver a donde estaba su ama, a la cual no se atrevía a presentarse, dio media vuelta y se escondió cerca del sitio en que estaba el encargado del hammam.

Mientras tanto, Daul'makán había vuelto en sí, y el encargado le dijo: "¡Levántate, que te voy a contar todo lo que ha ocurrido con motivo de tus versos!" Y le contó la cosa. Pero Daul'makán, que no le prestaba atención, le interrumpió: "¡Oh! no quiero saber nada, no puedo reprimir mis emociones, sobre todo ahora que estarnos cerca de mi tierra".

Y el encargado, lleno de terror, le dijo: "¡Oh hijo mío! no te rindas a las malas sugestiones. ¿Cómo puedes estar tan confiado, cuando yo estoy lleno de miedo por ti y por mí? ¡Por Alah! te ruego que no cantes más versos hasta que lleguemos completamente a tu tierra. ¡Nunca te habría creído tan testarudo, hijo mío! ¡Piensa que la esposa del chambelán quiere castigarte porque no la dejas dormir, y ya ha mandado dos veces al eunuco en busca tuya!

Pero Daul'makán, sin hacer caso de las palabras del encargado, levantó la voz por tercera vez, y cantó estas estrofas con toda su alma:

¡Lejos de mi! ¡Lejos de mi esas censuras que traen la perturbación a mi alma y el insomnio a mis ojos!

Me han dicho: "¡Qué desmejorado estás!" Y yo les he contestado: "Aun no lo sabéis bien". Y ellos me han dicho: "¡Eso es el amor!" Y yo les he preguntado: "¿El amor puede aniquilar de este modo?"

Y ellos han insistido: "¡Es el amor!" Y yo he dicho: "No quiero amor, ni la copa del amor, ni las tristezas del amor"

¡Ah! ¡Sólo quiero cosas sutiles que calmen, que sirvan de bálsamo a mi corazón atormentado!

Pero apenas Daul'makán acababa de cantar estos versos, apareció súbitamente el eunuco delante de él. Y el pobre encargado del hammam se aterró de tal modo, que huyó a escape, y se puso a mirar desde lejos.

Entonces el eunuco se acercó respetuosamente a Daul'makán y le dijo: "¡La paz sobre ti!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 74ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que el eunuco dijo: "¡La paz sobre ti!" Y Daul'makán respondió: "¡Y sobre ti la paz, la misericordia de Alah y sus bendiciones!" Y el esclavo dijo: "¡Oh mi señor! he aquí que mi ama me envía a buscarte por tercera vez, porque desea verte".

Pero Daul'makán contestó: "¡Tu ama! ¿Y quién es esa perra que tiene la audacia de mandarme a buscar? ¡Alah la confunda y la maldiga, y también a su marido!" Y no contento con esto, se puso a injuriar al eunuco durante un buen rato. Y el eunuco no quiso contestar nada, porque su señora le había encargado que no maltratase al cantor. Así es que hizo todo lo posible para convencerle con palabras cariñosas y calmar su arrebato, y le dijo: "Hijo mío, este paso que doy cerca de ti no es para ofenderte, sino sencillamente para suplicarte que te dignes dirigir generosamente tus pasos hacia donde está mi ama, que desea ardientemente verte. ¡Y sabrá agradecer tu bondad para con ella!"

Y Daul'makán se conmovió, y consintió en acompañar al eunuco hasta la tienda, mientras el pobre encargado, temblando por Daul'makán se decidió a seguirle de lejos, diciendo para sí: "¡Qué desgracia la suya! ¡Seguramente le ahorcarán mañana al salir el sol!" Y de pronto le espantó un pensamiento terrible, y se dijo: "¡Quién sabe si Daul'makán, para disculparse, me echará la culpa y dirá que he sido yo el que ha cantado los versos! ¡Cuán infame sería esta acción!"

Daul'makán y el eunuco seguían avanzando difícilmente entre la gente dormida y por entre los animales que estaban echados, pero acabaron por llegar a la tienda de Nozhatú. Y el eunuco rogó a Daul'makán que le aguardase, y entró a avisar a su señora, diciéndole: "He aquí que te traigo al hombre que buscabas. Es un jovencillo de muy buena figura, y cuyo rostro indica un alto y muy noble origen". Nozhatú, al oír todo esto, sintió que aumentaban los latidos de su corazón, y dijo apenadamente al eunuco: "Hazle sentar junto a la tienda, y ruégale que cante otros versos, para que los oiga yo de cerca. Y luego entérate de su nombre y de su país".

Entonces salió el eunuco, y dijo a Daul'makán: "Mi señora te ruega que le cantes algunos versos, pues te escucha desde la tienda. Y desea también saber tu nombre, tu país y tu estado". Y Daul'makán contestó: "¡Con toda la generosidad y como debido homenaje!

En cuanto a mi nombre, hace tiempo que se borró, como se consumió mi corazón y se estropeó mi cuerpo. Y mi historia es digna de escribirse con una aguja en el rincón interior del ojo. ¡Y estoy como el que abusó tanto del vino, que ha perdido la salud para toda la vida! ¡Y como el sonámbulo! ¡Y como el ahogado por la locura!"

Cuando Nozhatú se enteró de todo esto que fue a comunicarle el eunuco, empezó a sollozar, y dijo: "¡Pregúntale si ha perdido algún ser querido: una madre, un padre o un hermano!"

Y el eunuco interrogó a Daul'makán como se lo había mandado su ama. Y Daul'makán contestó: "¡Ay de mí! ¡He perdido todo eso, y además una hermana que me quería, y de la cual no he vuelto a saber, porque el Destino nos ha separado!" Y Nozhatú, al oír estas palabras, que le repitió el eunuco, exclamó: "¡Haga Alah que ese joven pueda encontrar alivio en sus desdichas y consiga reunirse con los que ama!" Después encargó al eunuco...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 75ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que Nozhatú, la esposa del chambelán, encargó al eunuco: "Ve a rogarle que cante algunos versos sobre la amargura de la separación". Y el eunuco fue a dirigirle el ruego que le había ordenado su ama. Entonces Daul'makán, sentado no lejos de la tienda, apoyó la mejilla en la mano, y mientras la luna iluminaba a la gente dormida, su voz se elevó entre el silencio:

En mis versos, de rimas melodiosas, he cantado suficientemente la amargura de la ausencia y el triunfo de aquella cruel con cuyo alejamiento he sufrido tanto.

Ahora he engarzado en un hilo de oro mis versos, admirablemente labrados, y quiero solamente cantar las cosas de alegría y la expansión del alma.

Los jardines perfumados de rosas, las gacelas de ojos negros, las cabelleras de las gacelas.

La cruel fue al jardín de mis delicias, sus mejillas las rosas del jardín, sus pechos las peras y las granadas, y su carne la miel y el rocío.

Pero en adelante, quiero pasar tranquilamente la vida con tiernas vírgenes, flexibles como las ramas nuevas, y entre beldades intactas como perlas que no se han perforado.

Al son de los laúdes melodiosos, bebiendo la copa en las manos del escanciador, en las praderas de rosas y narcisos.

Y aspiraré todos los perfumes de la carne, y sorberé la delicada saliva de los labios, prefiriendo los gruesos y de rojo obscuro.

Y mis miradas reposarán en sus miradas. ¡Y nos sentaremos cerca del agua cantora de mis jardines!

Cuando Daul'makán acabó de cantar este poema, Nozhatú que lo había oído extasiada, no pudo contenerse más, y levantando la cortina, sacó la cabeza fuera y miró al cantor a la claridad de la luna. Y exhaló un gran grito al reconocer a su hermano. Y corrió hacia él con los brazos tendidos, gritando: "¡Oh hermano mío! ¡Oh Daul'makán!"

Y Daul'makán miró a la joven, y reconoció enseguida a su hermana Nozhatú. Y se echaron uno en brazos de otro, se besaron, y después cayeron desmayados los dos.

El eunuco, al ver todo esto, llegó al límite del asombro, quedándose completamente estupefacto. Pero se apresuró a coger una colcha, y la echó respetuosamente encima de los dos, para resguardarlos de miradas indiscretas. Y aguardó a que volvieran de su desmayo.

Pronto volvió en sí Nozhatú, y después Daul'makán. Y Nozhatú en aquel momento olvidó todas sus penas pasadas, y en el límite de la felicidad, recitó estas estrofas:

Habías jurado ¡oh Destino! que mis penas no acabarían nunca. Y he aquí que te he obligado a violar tu juramento.

Porque ahora mi dicha es completa, pues el amigo está a mi lado. Y tú, Destino, serás el esclavo que nos servirás, levantando los faldones de tu ropón...

Al oír esto, Daul'makán estrechó a su hermana contra su corazón, y entre lágrimas de alegría que humedecían sus párpados, recitó estas estrofas:

La dicha ha penetrado en mí tan intensamente, que el llanto brota de mis ojos.

¡Ojos míos, os habéis acostumbrado a las lágrimas; ayer llorabais de pena, y hoy lloráis de felicidad!

Entonces Nozhatú invitó a su hermano a entrar en la tienda, y le dijo: "¡Oh hermano mío! cuéntame todo lo que te ha ocurrido, para que a mi vez te refiera mi historia". Pero Daul'makán dijo: "¡Cuéntame primero tu historia!" Entonces Nozhatú refirió a su hermano todo cuanto le había sucedido sin omitir ningún detalle. Y no es útil repetirlo.

Después añadió: "En cuanto a mi esposo el chambelán, lo conocerás dentro de un momento; y te tratará muy bien, porque es muy buen hombre. Pero ahora apresúrate a contarme todo lo que te ha sucedido desde que te dejé enfermo en el khan de la ciudad santa". Y Daul'makán se apresuró a contarle su historia, y terminó de este modo: "Y no me cansaré de decirte lo bueno que ha sido para mí ese buen hombre, el encargado del hammam, pues se ha gastado conmigo todo el dinero que tenía ahorrado, me ha servido noche y día, y se ha portado como un padre, un hermano o un amigo muy adicto. Y ha llevado su desinterés hasta privarse de su alimento para dármelo, y me ha cedido su borrico para que yo lo montase, mientras que él lo guiaba y me sostenía.

Y realmente, si vivo, a él se lo debo". Entonces Nozhatú dijo: "¡Si Alah quiere, sabremos recompensar sus buenos servicios todo cuanto podamos!"

Enseguida llamó al eunuco, que acudió al momento, y besó la mano de Daul'makán y se quedó en pie delante de él. Y Nozhatú le dijo: "Ya que has sido el primero en anunciarme la buena nueva, te vas a quedar con la bolsa de los mil dinares. Ve ahora a avisar a tu amo".

Entonces el eunuco, muy contento con todo aquello, se apresuró a llamar a su amo, que no tardó en presentarse en la tienda de su esposa. Y llegó al límite de la sorpresa viendo allí a un joven desconocido, y a mayor abundancia, a media noche. Pero Nozhatú se apresuró a contarle su historia, desde el principio hasta el fin, y añadió: "Así es, ¡oh chambelán, mi esposo! que en vez de casarte con una esclava, como creías, te has casado con la propia hija del rey Omar Al-Nemán, Nozhatú'zamán. ¡Y he aquí a mi hermano Daul'makán!"

Cuando el gran chambelán oyó esta historia extraordinaria, cuya veracidad no puso en duda un momento, llegó al límite de la satisfacción al verse convertido en el propio yerno del rey Omar Al-Nemán, y dijo para sí:

"Con esto me nombrarán lo menos gobernador de una provincia de entre las provincias". Después se acercó respetuosamente a Daul'makán, y le colmó de enhorabuenas y felicitaciones por la terminación de todos sus males y por haber encontrado a su hermana. Y quiso que levantaran una tienda para el nuevo huésped, pero Nozhatú le dijo: "Es inútil, puesto que estamos a tan poca distancia de nuestro país, y además, como hace tanto tiempo que mi hermano y yo no nos hemos visto, queremos vivir en la misma tienda, viéndonos a todas horas".

Y el chambelán respondió: "¡Que se haga según tu deseo!" Después salió para dejarlos en libertad, y les envió candelabros, jarabes, frutas y toda clase de dulces con que habían cargado dos mulos y un camello antes de salir de Damasco, para repartirlos entre los personajes de Bagdad. Y mandó a Daul'makán tres trajes de los más suntuosos, y que le preparasen un magnífico dromedario enjaezado con gualdrapas multicolores. Y se puso a pasear de arriba abajo y por delante de su tienda, dilatado el pecho por la alegría, pensando en el honor que le había concedido Alah y cuánta era su importancia presente y su grandeza futura.

Y llegada la mañana, se apresuró a ir a la tienda de su mujer a saludar a su cuñado. Y Nozhatú le dijo: "¡Oh esposo mío! No olvidemos al encargado del hammam; ordena al eunuco que le prepare una buena cabalgadura, y que cuide de servirle el almuerzo y la comida. ¡Y sobre todo, que no se aparte de nosotros!" Y el chambelán así se lo hizo saber al eunuco, que contestó: "¡Escucho y obedezco!"

Enseguida el eunuco, acompañándose de otros servidores del chambelán, corrió en busca del encargado. Y al fin lo halló en lo último de la caravana, temblando de miedo y ensillando el borrico para huir. Así es que apenas vio al eunuco y a los esclavos que corrían hacia él, se sintió morir, se puso muy pálido, y sus rodillas chocaban una con otra, y todos sus músculos se estremecieron de terror. Y supuso que Daul'makán lo había acusado para disculparse, porque el eunuco le gritó: "¡Oh grandísimo embustero...!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 76ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el eunuco gritó: "¡Oh grandísimo embustero! ¿Por qué dijiste que no sabías quién había cantado los versos? Ya sabemos que el cantor era tu compañero. ¡Sabe, pues, que hasta que, lleguemos a Bagdad no me separaré de ti ni un instante, y cuando lleguemos correrás la misma suerte que el cantor!"

Al oír todo esto, aumentó el pánico de aquel hombre, que pensaba: "He aquí que me ha caído encima el más injusto de los castigos". Y el eunuco ordenaba mientras tanto a los esclavos: "Dadle este caballo y quitadle ese borrico". Y a pesar de las lágrimas del encargado, le cogieron el borrico y le obligaron a montar en un magnífico caballo entre los caballos del chambelán.

Y el eunuco llamó aparte a los esclavos y les dijo: "¡Vais a servir a este hombre durante todo el viaje, y cada cabello que pierda su cabeza será la pérdida de uno de vosotros! ¡Tened pues, con él todas las consideraciones y atended a sus menores necesidades!"

Pero el pobre encargado, al verse rodeado de aquel modo por todos aquellos esclavos, dio por segura su muerte. Y dijo al eunuco: "¡Oh generoso capitán! te juro que ese joven no es pariente mío, pues estoy solo en el mundo. Y soy un pobre encargado entre los encargados del hammam, ¡pero encontré a ese joven medio muerto a la puerta del hammam y lo recogí por Alah!

¡Y no he hecho nada que merezca castigo!"

Y se echó a llorar, y así siguió muy asustado, mientras la caravana avanzaba y el eunuco, que iba a su lado, se divertía a su costa, repitiéndole sin cesar: "¡Habéis turbado el sueño de mi señora con vuestros malvados versos!"

Sin embargo, en cada parada le invitaba a comer con él en el mismo plato, y a beber con él en la misma alcarraza, después de haber bebido él primero. Pero a pesar de todo, las lágrimas no se secaban en los ojos del encargado, que más perplejo que nunca, no sabía nada de Daul'makán, pues el eunuco se guardaba de hablarle de él.

Nozhatú, Daul'makán y el chambelán siguieron a la cabeza de la caravana. Y la última mañana, cuando sólo les quedaba una jornada de marcha, vieron levantarse delante de ellos una densa polvareda, que oscureció el cielo y creó la noche a su alrededor. Y el chambelán encargó a los suyos que no se moviesen, y él avanzó con cincuenta mamalik. Y al poco tiempo se disipó la polvareda y apareció un ejército formidable, que marchaba en orden de batalla al son de los tambores, con las banderas y las señeras al viento. Y enseguida se destacó del ejército un grupo de jinetes, que adelantó al galope; y cada mameluco del chambelán fue cercado por cinco jinetes.

Al ver esto, muy sorprendido, el chambelán preguntó: "¿Quiénes sois para proceder así con nosotros?" Y le contestaron: "¿Y vosotros quienes sois, de dónde venís y adónde vais?" El chambelán dijo: "Soy el gran chambelán del príncipe Scharkán, emir de Damasco, hijo del rey Omar Al-Nemán, señor de Bagdad y del país de Haurán. Y me envía el príncipe Scharkán para llevar a su padre el tributo de Damasco".

Al oír esto, todos los jinetes sacaron súbitamente los pañuelos, se los llevaron a los ojos y se echaron a llorar. Y el chambelán se quedó extremadamente sorprendido.

Y cuando hubieron acabado de llorar, su jefe se adelantó hacia el chambelán, y le dijo: "¡Contempla nuestra desesperación! ¡El rey Omar Al-Nemán ha muerto! ¡Y ha muerto envenenado!"

Después añadió: "Pero en cuanto a ti, ¡oh chambelán venerable! ven con nosotros y te llevaremos ante el gran visir Dandán, que está ahí en el centro del ejército, y te dará todos los pormenores de nuestra desdicha".

Entonces el chambelán no pudo menos de llorar también, y exclamó: "¡Oh qué viaje tan desgraciado acabamos de hacer!" Y todos marcharon en busca del gran visir Dandán. Y el chambelán le enteró de la misión que traía, y le enumeró los regalos de que era portador para el rey Omar Al-Nemán.

Pero el gran visir, al oír estas palabras que le recordaban a su señor, rompió en amargo llanto, y dijo al chambelán: "Sabe que el rey Omar Al-Nemán ha muerto envenenado, y ya te contaré los pormenores. Porque ahora he de enterarte de lo ocurrido. Y es lo siguiente:

"Cuando nuestro rey murió en la misericordia de Alah y en su clemencia sin límites, el pueblo se dividió al elegir el sucesor al trono; y los partidarios de uno y otro bando habrían llegado a las manos si los grandes y los notables no lo hubieran impedido. Y acabaron por someterse al parecer de los cuatro grandes kadíes de Bagdad, que designaron como sucesor al príncipe Scharkán, gobernador de Damasco. Y reuní al ejército para ir a Damasco y anunciar al príncipe la muerte de su padre y su elección para el trono.

"Pero debo decirte que en Bagdad hay un partido favorable a la elección del joven Daul'makán, aunque nadie sabe qué ha sido de él ni de su hermana Nozhatú'zamán, pues pronto hará cinco años que salieron para el Hdejaz, y no se han tenido noticias suyas".

Entonces el chambelán, aunque muy apesarado por la muerte del rey Omar Al- Nemán, se alegró hasta el límite de la alegría pensando en la probabilidad de que Daul'makán llegase a ser rey de Bagdad y del Khorasán. Así es que, dirigiéndose hacia el gran visir Dandán, le dijo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 77ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el chambelán, dirigiéndose hacia el gran visir Dandán, le dijo: "Realmente, la historia que me acabas de contar es tan extraña como asombrosa. Y para corresponder a tu confianza, he de anunciarte una nueva que alegrará tu corazón y acabará con todas tus preocupaciones. ¡Sabe, pues, ¡oh gran visir! que Alah acaba de allanarnos el camino devolviéndonos al príncipe Daul'makán y a su hermana Nozhatú!"

Y al oírlo, el visir Dandán experimentó un gran júbilo, y exclamó "¡Oh venerable chambelán! apresúrate a contarme los pormenores de esta noticia inesperada que me transporta al colmo de la felicidad!" Entonces el chambelán le contó toda la historia de los dos hermanos, y que se había casado con Nozhatú.

Enseguida el visir se inclinó ante él, y le rindió todos los homenajes, ofreciéndole su lealtad. Después hizo que se reunieran los emires, los jefes del ejército y los grandes del reino que allí estaban presentes, y los enteró de todo. Y unos y otros fueron enseguida a besar la tierra entre las manos del chambelán, rindiéndole homenaje. Y le felicitaron, celebrando en extremo aquel nuevo orden de cosas, obra del Destino; que combinaba tales maravillas.

Después el chambelán y el gran visir ocuparon unos asientos sobre una tarima, y reuniendo a los notables, a los emires y a los visires, celebraron consejo acerca de la situación. Y el consejo duró una hora, decidiéndose por unanimidad nombrar sucesor a Daul'makán, en vez de ir a Damasco en busca del príncipe Scharkán. Y el visir se levanté enseguida de su asiento para demostrar su homenaje al chambelán, que pasaba a ser el personaje principal del reino. Y le ofreció magníficos presentes, deseándole prosperidades, así como hicieron todos los demás, Y en nombre de todos, dijo: "¡Oh chambelán venerable! esperamos que gracias a tu magnanimidad conservará cada uno de nosotros sus funciones en el nuevo reinado. Y vamos a regresar a Bagdad para precederte y recibir como es debido a nuestro joven sultán, mientras tú vas a anunciarle su elección".

Y el chambelán les ofreció con su protección el que conservarían sus cargos, y pidió al visir antes de que regresase con el ejército a Bagdad que le enviase hombres y camellos con tiendas suntuosas, trajes regios, tapices y adornos.

Y al encaminarse hacia la tienda de los dos hermanos, notaba el chambelán que aumentaba su respeto hacia su esposa Nozhatú, y decía para sí: "¡Qué viaje tan bendito y de tan buen agüero!" Y al llegar a la tienda no quiso entrar sin pedir autorización a su esposa, que le fue concedida inmediatamente.

Entonces entró en la tienda, y después de los acostumbrados saludos, les enteró de la muerte del rey Omar y de la elección de Daul'makán, y dijo: "¡Ahora, ¡oh rey generoso! no te queda más remedio que aceptar el trono, pues tu negativa podría traerte alguna desgracia por mano del que fuese elegido en tu lugar!"

Y Daul'makán, llorando con Nozhatú la muerte de su padre el rey Omar, exclamó: "Acepto la orden del Destino, ya que no me puedo librar de ella. Y tus palabras, ¡oh chambelán! las juzgo como dictadas por el buen sentido y la cordura". Y añadió: "Pero ¡oh mi venerable cuñado! ¿cuál ha de ser mi actitud para con mi hermano Scharkán? ¿Qué debo hacer por él?" Y el chambelán dijo: "La única solución equitativa es repartir el imperio entre los dos, y que tú seas sultán de Bagdad y tu hermano sultán de Damasco. Atente a esta resolución, que de ella no ha de resultar más que la paz y la concordia". Y Daul'makán aceptó el consejo de su cuñado.

Enseguida el chambelán cogió el traje regio que le había dado el visir y revistió con él a Daul'makán. Y le entregó el gran sable de oro de la realeza, besando la tierra entre sus manos. Y fue inmediatamente a elegir un sitio, en que hizo levantar la tienda regia, que era muy amplia, coronada por una magnífica cúpula, toda forrada de seda de colores con dibujos de flores y pájaros. Y mandó que se tendieran grandes alfombras, después de haber regado la tierra del alrededor. Enseguida fue a rogar al rey que se instalase en la tienda. Y allí durmió el rey aquella noche.

Apenas apareció el alba, se oyó a lo lejos el clamor de los tambores de guerra y el tañido de los instrumentos musicales. Y bien pronto se vio salir de entre una nube de polvo el ejército de Bagdad, a cuya cabeza iba el gran visir, que acudía en busca de su rey, después de haberlo preparado todo en Bagdad.

Entonces el rey Daul'makán...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 78ª NOCHE

Ella dijo:

Entonces el rey Daul'makán, vestido con su traje regio, fue a sentarse en el trono levantado en medio de la tienda, debajo de la alta cúpula. Y colocó entre sus rodillas el gran sable de mando, apoyó las manos en él, y aguardó inmóvil. Los mamalik de Damasco y los antiguos guardias del chambelán fueron a colocarse a su alrededor con el alfanje desnudo. Y el chambelán, respetuosamente, se puso de pie a la derecha del trono.

Inmediatamente, cumpliendo las órdenes del chambelán, empezó el homenaje. Entraron los jefes del ejército de diez en diez, empezando por los grados inferiores, y prestaron juramento de fidelidad en manos del rey y besaron silenciosamente la tierra. Y así hicieron todos. Y ya no faltaban más que los cuatro grandes kadíes y el gran visir Dandán. Y los cuatro grandes kadíes entraron y prestaron juramento de fidelidad y besaron la tierra entre las manos del rey.

Pero cuando entró el gran visir, el rey se levantó del trono en honor suyo, avanzó a su encuentro, y exclamó: "¡Bienvenido sea el padre de todos nosotros, el muy venerable y muy digno gran visir, aquel cuyos actos están perfumados por la alta sabiduría, aquel cuyas acciones hablan de unas sabias y prudentes manos!"

Entonces el gran visir prestó juramento sobre el Libro Noble y besó la tierra entre las manos del rey.

Y mientras el chambelán salía para preparar el festín, disponiendo los manteles, los manjares y el servicio de coperos, el rey dijo al gran visir:

"Ante todo, para festejar mi advenimiento, quiero obsequiar con largueza a los soldados y a sus jefes; y para esto, manda repartir entre ellos todo el tributo que traemos de la ciudad de Damasco, sin economizar nada. Y hay que darles de comer y beber hasta la saciedad. Y hasta entonces, ¡oh gran visir! no vengas a contarme los pormenores de la muerte de mi padre y la causa de su muerte".

Y el visir Dandán se acomodó a las órdenes del rey, y dio tres días de libertad a los soldados para que pudieran divertirse, y avisó a sus jefes que el rey no quería recibir a nadie durante aquellos tres días. Entonces todo el ejército hizo votos por la vida del rey y por la prosperidad de su reinado. Y el visir

volvió a la tienda del rey. Pero el rey ya había ido a buscar a su hermana Nozhatú, y le había dicho:

"¡Oh hermana! hemos sabido la muerte de nuestro padre el rey Omar, pero desconocemos todavía la causa de su muerte. Ven conmigo, para oírla contar de labios del gran visir". Y la llevó a la tienda, y la ocultó tras una gran cortina de seda colocada a espaldas del trono.

Entonces el rey dijo al visir Dandán: "¡Ahora, ¡oh visir! cuéntanos los detalles de la muerte del más sublime de los reyes!" Y el visir dijo: "¡Escucho y obedezco!" Y relató lo siguiente:

Historia de la muerte del rey Omar Al-Neman y las palabras admirables que la precedieron

Un día entre los días, el rey Omar Al-Nemán, sintiéndose agobiado por el dolor de vuestra ausencia, nos había llamado a todos para que tratáramos de distraerle, pero de pronto vimos llegar a una anciana de rostro venerable que acompañada de cinco jóvenes de pechos redondos, virginidad intacta y bellas como lunas, tan admirablemente bellas, que ningún lenguaje podría expresar sus perfecciones. Y a su belleza unían su cultura, pues sabían asombrosamente el Corán, los libros de la ciencia y las palabras de todos los sabios de entre los musulmanes.

La venerable anciana adelantó entre las manos del rey, besó respetuosamente la tierra y dijo: "¡Oh rey! te traigo cinco joyas, como no las posee ningún soberano del mundo. Te ruego que examines su hermosura y las sometas a prueba; porque la belleza sólo se aparece al que la busca con amor".

El rey Omar se quedó encantado en extremo al oír estas palabras, le inspiró un gran respeto el aspecto de la anciana, y contempló a las cinco jóvenes, que le agradaban infinito. Y dijo a las doncellas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 79ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el rey Omar dijo a las doncellas: "¡Oh gentiles jóvenes! si es cierto que estáis versadas en el saber de las cosas que pasaron, que se adelante cada una de vosotras y me diga lo que mejor entienda de mi agrado".

Entonces la primera joven, cuya mirada era muy dulce, se adelantó, besó la tierra entre las manos del rey, y dijo:

PALABRAS DE LA PRIMERA JOVEN

"Sabed, ¡oh rey del tiempo! que la vida no existiría sin el instinto de ella. Y este instinto de la vida ha sido colocado en el hombre para que pueda, con ayuda de Alah, ser el dueño de sí mismo y acercarse a Alah el Creador. Y la vida ha sido dada al hombre para que desarrolle la belleza, poniéndose por encima de los errores. Y los reyes, que son los primeros entre los hombres deben ser los primeros en el camino de las virtudes y en la senda del desinterés. Y el hombre cuerdo, de espíritu cultivado, debe siempre proceder con dulzura y juzgar con equidad. Y debe guardarse prudentemente de sus enemigos y escoger cuidadosamente sus amigos, y cuando los haya escogido, ya no debe intervenir entre ellos para nada el juez, sino arreglarlo todo por medio de la bondad. Porque, o ha elegido a sus amigos entre los que viven apartados del mundo y dedicados a la santidad, y entonces debe oírlos respetuosamente y atenerse a su juicio, o los ha elegido entre los aficionados a los bienes de la tierra, y entonces debe velar por no herirlos en sus intereses, ni contrariar sus costumbres, ni contradecir sus palabras. La contradicción enajena hasta el afecto del padre y la madre ¡Y un amigo es una cosa tan preciosa! Porque el amigo no es como la mujer, de la cual se puede uno divorciar para sustituirla con otra. La herida hecha a un amigo no se cicatriza nunca, como dice el poeta:

"Piensa que el corazón del amigo es cosa muy frágil, y que se le debe cuidar como toda cosa frágil.

"¡El corazón del amigo, una vez herido, es como el cristal que una vez roto, ya no se puede componer!"

"Permite ahora que te recuerde algunas palabras de los sabios.

Sabe, ¡oh rey! que un kadí para dar una sentencia justa, debe mandar que se hagan las pruebas de una manera evidente, y tratar a ambas partes por igual, sin demostrar más respeto al acusado rico que al acusado pobre, aunque debe tender ante todo a la reconciliación, para que reine siempre la concordia entre los musulmanes. Y en la duda, debe reflexionar largamente, y volver varias veces sobre sus raciocinios, y abstenerse si prosigue la duda. La justicia es el primero de los deberes, y volver hacia la justicia, si se ha sido injusto, es mucho más noble que haber sido justo siempre, y mucho más meritorio ante el Altísimo. Y no hay que olvidar que Alah el Altísimo ha puesto a los jueces en la tierra solo para juzgar las cosas aparentes, pues se ha reservado para él el juicio de las cosas secretas. Y es un deber del kadí no intentar nunca arrancar confesiones a un acusado sometiéndole al tormento ni al hambre, pues es indigno de los musulmanes.

Al-Zahrí ha dicho: "Tres cosas denigran a un kadí: manifestar condescendencia hacia un culpable de alta categoría, amar la alabanza y temer perder su cargo".

Habiendo destituido un día el califa Omar a un kadí, éste le preguntó: "¿Por qué me has destituido?" Y el califa respondió: "¡Porque tus palabras sobrepasaban a tus acciones!"

Y el gran Al-Iskandar, el de los Dos Cuernos, reunió un día a su kadí, a su cocinero y a su escriba, y dijo a su kadí: "Te he confiado la más alta y pesada de mis prerrogativas regias. ¡Ten, pues, alma regia!" Y al cocinero le dijo: "Te he confiado el cuidado de mi cuerpo, que depende de tu cocina. ¡Has de saber tratarlo con arte y con prudencia!" Y dijo a su escriba: "En cuanto a ti, ¡oh hermano de la pluma! te he confiado las manifestaciones de mi inteligencia. ¡Te conjuro a que me transmitas íntegro a las generaciones por medio de tu escritura!"

Y la joven, dichas estas palabras, se volvió a echar el velo por encima de la cara, y retrocedió hacia sus compañeras. Entonces se adelantó la segunda joven, que tenía...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 80ª NOCHE

Ella dijo:

El gran visir Dandán prosiguió de este modo:

Entonces se adelantó la segunda joven, que tenía una mirada muy brillante y una cara muy fina, animada por una eterna sonrisa. Besó siete veces la tierra entre las manos de tu difunto padre el rey Omar Al-Nemán, y dijo:

PALABRAS DE LA SEGUNDA JOVEN

Sabe ¡oh rey afortunado! que el sabio Locmán habló así a su hijo: '`¡Oh hijo mío! Hay tres cosas que solo pueden comprobarse en tres circunstancias: no se puede saber si un hombre es verdaderamente bueno, más que en sus iras, si un hombre es valeroso, más que en el combate, y si un hombre es afable, más que en la necesidad".

El tirano sufrirá tormentos y expiará sus injusticias, a pesar de las lisonjas de sus cortesanos, mientras que el oprimido, a pesar de las injusticias se salvará de todo tormento. No trates a la gente por lo que diga, sino por lo que haga. Las acciones no valen más que por la intención que las inspira, y cada hombre será juzgado por sus intenciones y no por sus actos.

Sabe también, ¡oh rey Omar! que la cosa más admirable de nosotros es nuestro corazón. Y preguntándole un día a un sabio cuál es el peor de los hombres, contestó: "Aquel que deja que los malos deseos se apoderen de su corazón, porque pierde toda su entereza". Y el poeta lo dijo muy bien:

"La única riqueza es la que encierran los pechos. ¡Pero cuán difícil es encontrar su camino!"

"Nuestro Profeta (¡sean con él la paz y la plegaria!) dijo: "El verdadero sabio es el que prefiere las cosas inmortales a las perecederas".

Se cuenta que el asceta Sabet lloró tanto, que se le enfermaron los ojos. Entonces llamaron a un médico, y le dijo: "No puedo curarte, como no me prometas una cosa". Y el asceta preguntó: "¿Qué cosa he de prometerte?" Y_ dijo el médico: "¡Que dejarás de llorar!" Pero el asceta repuso: "¿Y para qué me servirían los ojos si ya no llorara?

"Y sabe también que la acción más hermosa es la desinteresada. Porque se cuenta que en Israel había dos hermanos; y uno de ellos dijo al otro: "¿Cuál es la acción más espantosa que has cometido?" Y el otro contestó: "Es ésta: pasando un día cerca de un gallinero, alargué el brazo, cogí una gallina, y después de estrangularla, la volví a echar al gallinero. Esta es la cosa más espantosa de mi vida. Y tú, hermano mío, ¿qué es lo más espantoso que has hecho?" Y el otro hermano contestó: "Haber rezado a Alah para pedirle una merced, porque la plegaria solo es hermosa cuando encamina el alma hacia las Alturas." Y por otra parte. . ."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 81ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que la segunda joven prosiguió de este modo:

"Y por otra parte, ya lo expuso acertadamente el poeta en estos versos:

"Hay dos cosas que debes evitar siempre: la idolatría hacia Alah, y el mal hacia tu prójimo."

Y dichas estas palabras, la segunda joven retrocedió hacia sus compañeras. Entonces la tercera joven, que reunía en sí las perfecciones de las otras dos, se adelantó hacia el rey Omar Al-Nemán, y dijo:

PALABRAS DE LA TERCERA JOVEN

"En cuanto a mí, ¡oh rey afortunado! te diré pocas palabras en este día, porque estoy algo indispuesta, y además recomiendan los sabios la brevedad en el discurso.

Sabe, pues, que Safián ha dicho: "¡Si el alma habitase en el corazón del hombre, el hombre tendría alas y volaría hacia los paraísos!" "Y ese mismo Safián ha dicho: "¡Sabed que el simple hecho de mirar la cara de una persona fea constituye el pecado más grande contra el espíritu!"

Y habiendo dicho estas frases, la joven retrocedió hacia sus compañeras. Entonces se adelantó la cuarta joven, que ostentaba unas caderas sublimes. Y habló así:

PALABRAS DE LA CUARTA JOVEN

"Y yo, ¡oh rey afortunado! heme aquí dispuesta a decirte las palabras que he llegado a saber de la historia de los hombres justos.

Se cuenta que Baschra el Descalzo dijo: "¡Guardaos de la cosa más abominable!" Y los que le escuchaban preguntaron ¿Cuál es la cosa más abominable!" Y el sabio contestó: "El hecho de permanecer mucho tiempo de rodillas, para alardear del rezo, la ostentación de la piedad."

Entonces le suplicó uno de los presentes: "!Oh padre mío! Enséñame a conocer las verdades ocultas y el secreto de las cosas". Pero el Descalzo dijo: ¡Oh hijo mío! esas cosas no se hicieron para el rebaño. Y nosotros no podemos ponerlas al alcance del rebaño. Porque apenas de cada cien justos hay cinco que sean puros como la plata virgen".

"Y cuenta el jeique Ibrahim: "Un día vi a un hombre muy necesitado que acababa de perder una monedilla de cobre. Me acerqué a él y le alargué un dracma de plata, pero el hombre lo rechazó. Y me dijo: "¿De qué me serviría toda la plata de la tierra, si sólo aspiro a las dichas inmortales?"

"Se cuenta también que la hermana del Descalzo fue un día..."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 82ª NOCHE

Ella dijo:

"Se cuenta también que la hermana del Descalzo fue un día a buscar al iman Ahmad ben-Hanbal, y le dijo: "¡Oh santo iman! vengo a ilustrarme. ¡Ilústrame! Por la noche acostumbro velar en la azotea, hilando a la claridad de las luces que pasan, pues no tenemos luz. Y de día hago mis labores y preparo los alimentos. Dime si obro bien usando una luz que no me pertenece".

Entonces preguntó el iman: "¿Quién eres tú?"

Y ella dijo: "Soy la hermana de Baschra el Descalzo".

Y el santo iman se levantó, besó la tierra entre las manos de la joven, y dijo: "¡Oh hermana del más perfumado entre los santos! ¿Por qué no podré yo aspirar a toda la pureza de tu corazón?"

"Se cuenta también que un santo entre los santos ha dicho estas palabras:

"Cuando Alah quiere bien a alguno de sus servidores, abre ante él la puerta de la inspiración".

"También se sabe que cuando Malek ben-Dinar pasaba por los zocos y veía algún objeto que le gustaba, se reconvenía de este modo: ¡Oh Alma mía! es inútil que me tientes porque no te hare caso".

Y afirmaba: El único medio de salvar el alma, es obedecerla; y el medio seguro de perderla, es hacerle caso".

"Y Mansur ben-Omar nos cuenta el caso siguiente: "Fui de peregrinación a la Meca, y pasé por la ciudad de Kufa. Y era una noche llena de tinieblas. Y en el seno de la noche oí cerca de mí, sin distinguir

de dónde salía, una voz que decía esta oración: "¡Oh Señor, lleno de grandeza! no soy de los que se rebelan contra tus leyes, ni de los que ignoran tus beneficios. Y sin embargo, en tiempos pasados he pecado, acaso gravemente, y vengo a implorar tu perdón y la remisión de mis errores. ¡Porque mis intenciones no eran malas y mis actos me hicieron traición!".

"Y terminada esta oración, oí que un cuerpo caía pesadamente al suelo. Y no sabía lo que podía ser aquella voz, ni comprendía lo que significaba aquella oración en medio del silencio, porque mis ojos no podían distinguir la boca que la decía, ni podía adivinar qué era aquel cuerpo que caía al suelo pesadamente. Entonces grité: "¡Soy Mansur ben-Omar, peregrino de la Meca! ¿Quién necesita que le socorra?" Y nadie me contestó. Y me fui. Pero al día siguiente vi pasar un entierro, y me uní a la gente que formaba la comitiva, y delante de mí iba una vieja extenuada por el dolor. Y le pregunté: "¿Quién es ese muerto?" Ella respondió: "Ayer mi hijo, después de decir la oración, recitó los versículos del Libro Noble que empiezan con estas palabras: "¡Oh vosotros que creéis en la Palabra, fortaleced vuestras almas ...! Y cuando mi hijo hubo acabado los versículos, ese hombre que está ahora en ese féretro, sintió que le estallaba el hígado, y cayó muerto. Y eso es todo lo que puedo decir".

Y la cuarta joven, después de estas palabras, retrocedió hacia sus compañeras. Entonces se adelantó la quinta joven, que era la corona sobre la cabeza de todas las jóvenes, y dijo:

PALABRAS DE LA QUINTA JOVEN

"Yo, ¡oh rey afortunado! te diré cuanto he llegado a saber de las cosas espirituales de pasados tiempos.

"El sabio Moslima ben-Dinar ha dicho: "Todo placer que no impulse tu alma hacia Alah, es una torpeza".

"Se cuenta que cuando Muza (¡la paz sea con él!) estaba en la fuente de Modain, llegaron dos pastoras con el rebaño de su padre Schoaib. Y Muza (¡la paz sea con él!) dio de beber a las dos muchachas y al rebaño en el abrevadero de troncos de palmera. Y las dos jóvenes, de regreso a su casa, se lo contaron a su padre Schoaib, que dijo entonces a una de ellas: "Vuelve junto al joven y dile que venga a nuestra casa". Y la muchacha volvió a la fuente; y cuando estuvo cerca de Muza, se cubrió la cara con el velo, y le dijo: "Mi padre te ruega que me acompañes para compartir nuestra comida, en recompensa de lo que has hecho por nosotras".

Pero Muza, muy emocionado, no quiso seguirla al principio, aunque después acabó por decidirse. Y se fue detrás de ella. Ahora bien; la pastorcilla tenía un trasero muy gordo..."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 83ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que la joven prosiguió en esta forma:

"La pastorcilla tenía un trasero muy gordo, y el viento de cuando en cuando adhería a sus redondeces el ligerísimo vestido, y otras veces levantaba la falda y dejaba completamente desnudo el trasero de la pastora. Pero Muza, cada vez que se le aparecía el trasero desnudo, cerraba los ojos para no verlo. Y como temía que la tentación llegara a ser demasiado fuerte, dijo a la muchacha: "Déjame ir delante de ti". Y la joven, bastante sorprendida, echó a andar detrás de Muza. Y acabaron los dos por llegar a casa de Schoaib.

Y cuando Schoaib vio entrar a Muza, se levantó en honor suyo, y como la comida estaba dispuesta, le dijo: "¡Oh Muza! que la hospitalidad en esta casa te sea amplia y cordial por lo que has hecho por mis hijas".

Pero Muza contestó: "¡Oh padre mío! No vendo ni por oro ni por plata los actos que ejecuto pensando en el juicio".

Y Schoaib replicó: "¡Oh joven!, eres mi huésped, y acostumbro ser hospitalario y generoso con mis huéspedes; pues tal fue la costumbre de todos mis antepasados. Quédate, pues, aquí, y come con nosotros". Y Muza se quedó y comió con ellos. Y al acabar la comida, Schoaib dijo a Muza: "¡Oh mi joven huésped! vivirás con nosotros y llevarás a pacer el rebaño. Y a los ocho años; como precio a tus servicios, te casaré con aquella de mis hijas que ha ido a buscarte a la fuente".

Y Muza esta vez aceptó, y dijo para sí: "¡Ahora que la cosa será lícita con la joven, podré usar sin reticencias su trasero bendito!"

"Se cuenta que Ibn-Bitar hubo de encontrarse con uno de sus amigos, que le preguntó: "¿En dónde has estado tanto tiempo que no te he visto?" Ibn-Bitar repuso: "He estado con mi amigo Ibn-Scheab. ¿Lo conoces?" Y el otro contestó: "¡Ya lo creo que lo conozco! Es vecino mío desde hace más de treinta años, pero nunca le he dirigido la palabra". Entonces Ibn-Bitar dijo: "¡Oh desventurado! ¿no sabes que al que no quiere a sus vecinos no le quiere Alah? ¿Y no sabes que debemos tantas consideraciones a nuestro vecino como a nuestro pariente?"

"Un día, Ibn-Adham dijo a uno de sus amigos que volvía con él de la Meca: "¿Cuál es tu vida?" Y el otro contestó: "Cuando tengo para comer, como, y cuando tengo hambre y no tengo dinero, lo tomo con paciencia". E Ibn-Adham contestó: "¡En realidad, haces lo mismo que los perros del país de Balkh! En cuanto a nosotros, cuando Alah nos da pan, lo glorificamos, y cuando no tenemos que comer,

le damos las gracias de todas maneras".

Entonces el hombre exclamó: "¡Oh maestro mío!" Y no dijo más.

"Cuentan que Mohammed ben-Omar preguntó un día a un hombre muy austero: "¿Qué piensas de la esperanza que se debe tener en Alah?" Y el hombre dijo: "Pongo mi esperanza en Alah, por dos cosas: porque el pan que yo como nunca se lo come otro, y porque si he venido al mundo ha sido por voluntad de Alah".

Y dichas estas palabras, la quinta joven retrocedió junto a sus compañeras. Entonces se adelantó pausadamente la venerable anciana. Besó nueve veces la tierra entre las manos de tu difunto padre el rey Omar Al-Neman y dijo:

PALABRAS DE LA ANCIANA

"¡Oh rey Omar! acabas de oír las palabras edificantes de estas jóvenes acerca del desprecio hacia las cosas de aquí abajo, en la medida en que estas cosas deben ser despreciadas. Ahora voy a hablarte de cuanto sé respecto a los hechos y a los dichos de los más grandes entre nuestros antiguos.

"Se cuenta que el gran iman Al-Schafí (¡que Alah le tenga en su gracia!) dividía la noche en tres partes: la primera para el estudio, la segunda para el sueño, y la tercera para la oración. Y hacia el fin de su vida, velaba toda la noche, sin reservar nada para el sueño.

"El mismo iman Al-Schafí (¡Alah le tenga en su gracia!) ha dicho: "Durante diez años de mi vida, no he querido comer todo el pan de cebada que apetecía. Porque comer demasiado es perjudicial de todas maneras. Se embota el cerebro, se endurece el corazón, se aniquila la inteligencia, se acrecientan la pereza y el sueño, y desaparece hasta la última energía".

"El joven lbn-Fuad nos cuenta: "Me hallaba un día en Bagdad, cuando habitaba allí el iman Al-Schafí. Y habiendo marchado a la orilla del río para hacer mis abluciones, pasó junto a mí un hombre seguido de una muchedumbre que caminaba silenciosamente detrás de él y me dijo: "¡Oh joven paseante! cuida de tus abluciones, y Alah cuidará de ti". Y al ver a aquel hombre que tenía unas barbas muy largas y un rostro señalado por la bendición, me apresuré a terminar mis abluciones, y le fui siguiendo. Entonces se volvió hacia mí, y me dijo: "¿Necesitas pedirme alguna cosa?"

Yo repuse: "¡Oh venerable padre! ¡Deseo que me enseñes lo que seguramente has aprendido de Alah el Altísimo!" Y me dijo: "aprende a conocerte! ¡Y no obres hasta entonces! ¡Y obra entonces según tus deseos, pero cuidando de no perjudicar al vecino!" Y siguió su camino sin decir más. Entonces pregunté a los que le seguían: "¿Pues quién es ése?" Y me contestaron: "¡Es el imán Mohammed ben-Edris Al-Schafí!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 84ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que la venerable anciana prosiguió de esta manera:

"Se cuenta que el califa Abu-Giafar Al-Mansur quiso nombrar kadí a Abí-Hanifa y señalarle diez mil dracmas al año. Pero cuando Abí-Hanifa se enteró de la intención del califa, rezó la oración matutina, se envolvió en su ropón blanco y se sentó sin decir una palabra. Entonces entró el enviado del califa, para entregarle por anticipado los diez mil dracmas y anunciarle su nombramiento. Pero Abí-Hanifa no contestó palabra a todo el discurso del enviado. Entonces el enviado dijo: "Puedes estar seguro de que todo este dinero que te traigo es cosa lícita y admitida por el Libro Noble". Pero Abí-Hanifa replicó: "Verdaderamente, es cosa lícita, ¡pero Abí-Hanifa no será jamás servidor de los tiranos!"

Y dichas estas palabras, la anciana añadió: "Habría querido, ¡oh rey! recordarte más rasgos admirables de la vida de nuestros sabios antiguos. Pero he aquí que la noche se acerca; además, ¡los días de Alah son numerosos para sus servidores!" Y la santa anciana se volvió a echar el velo sobre los hombros, y retrocedió hacia el grupo formado por las cinco doncellas.

El visir Dandán, al llegar a este punto, cesó de hablar un momento, pero a los pocos instantes añadió:

Cuando el rey Ornar Al-Nemán hubo oído estas palabras edificantes, comprendió que aquellas mujeres eran las más perfectas de su siglo, al mismo tiempo que las más bellas y las de espíritu y cuerpo más cultivados. Y no supo qué consideraciones guardarles que fueran dignas de ellas, y quedó completamente encantado con su hermosura, y las deseó ardientemente, al mismo tiempo que se llenaba de respeto hacia la santa anciana que las guiaba. Y por lo pronto les dio para vivienda los aposentos reservados que habían pertenecido en otro tiempo a la reina Abriza, reina de Kaissaria. Y durante diez días seguidos fue personalmente a saber de ellas y a ver por sí mismo si les faltaba algo, y cada vez que iba encontraba a la vieja rezando, pues pasaba los días entregada al ayuno y las noches a la meditación. Y tanto le edificó su santidad, que un día me dijo: "¡Oh mi visir! ¡qué bendición es tener en palacio una santa tan admirable! Mi respeto hacia ella es tan grande como mi amor hacia esas jóvenes. Puesto que han transcurrido los diez días de nuestra hospitalidad y podemos hablar de negocios, ven conmigo para pedir a la anciana que fije el precio de esas jóvenes, de esas cinco vírgenes de pechos redondos".

Fuimos, pues, enseguida, y tu padre se lo preguntó a la anciana, que le dijo: "¡Oh rey! sabe que el precio de esas jóvenes está fuera de las condiciones ordinarias, porque su precio no se paga en oro, ni en plata, ni en pedrerías".

Al oír estas palabras, el rey Omar se quedó extraordinariamente asombrado, y le preguntó: "¡Oh venerable señora! ¿en qué consiste el precio de estas jóvenes?" Y ella contestó: "No puedo vendértelas más que con una sola condición: un ayuno de todo un mes, durante el cual te dedicarás a la meditación y a la plegaria. Y al cabo de este mes de ayuno completo, con el cual tu cuerpo se purificará y se hará digno de comulgar con el cuerpo de esas jóvenes, podrás disfrutar totalmente de sus dulzuras'".

Entonces el rey Omar quedó asombrado hasta el límite del asombro, y su respeto a la anciana ya no conoció límites. Y se apresuró a aceptar sus condiciones. Pero la anciana le dijo: "Por mi parte te ayudaré con mis oraciones y con mis votos a soportar el ayuno. Ahora tráeme una colodra de cobre". Y el rey le entregó una colodra de cobre, que ella llenó de agua pura, y empezó a decir oraciones en una lengua desconocida y a murmurar durante una hora frases que ninguno de nosotros entendimos. Después cubrió la colodra con una tela transparente, la precintó con su sello, y la entregó a tu padre, diciéndole:

"Al cabo de los diez días, cortarás el ayuno bebiendo esta agua santa, que te fortalecerá y te lavará de todas las mancillas pasadas. Y ahora me voy a buscar a la Gente de lo Invisible, que son mis hermanos, pues hace mucho tiempo que no los he visto. Volveré en la mañana del undécimo día". Y dichas estas palabras, deseó la paz a tu padre, y se fue.

Entonces el rey eligió una celda completamente aislada del palacio, en la cual no puso más muebles que la colodra de cobre, y se encerró allí para entregarse a la meditación y al ayuno y hacerse merecedor de los cuerpos de aquellas jóvenes. Cerró la puerta por dentro, se metió la llave en el bolsillo y. ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 85ª NOCHE

Ella dijo:

Cerró la puerta por dentro, se metió la llave en el bolsillo, y empezó inmediatamente el ayuno.

Y al llegar al undécimo día, desprecintó la colodra, se la llevó a los labios y la bebió de un trago. Inmediatamente experimentó un bienestar general y una gran dulzura en sus entrañas. Y apenas había

bebido, llamaron a la puerta de la celda. Y al abrirla, entró la anciana con un paquete de hojas frescas de plátano.

Y el rey se levantó y le dijo: "¡Bienvenida seas, mi venerable madre!" y ella contestó: "¡Oh rey!

he aquí que la Gente de lo Invisible me envía para transmitirte su saludo, pues le he hablado de ti, y todos se han alegrado mucho al saber nuestra amistad. Y te envían este paquete, que encierra bajo las hojas de plátano unas delicadas confituras que han preparado con sus dedos las vírgenes de negros ojos del paraíso. Así es que cuando llegue la mañana del vigésimo día, cortarás el ayuno comiendo las confituras". El rey Omar se alegró en extremo al oír estas palabras, y dijo: "¡Loor a Alah, que me ha permitido tener hermanos entre la Gente de lo Invisible!" Después dio muchas gracias a la anciana, le besó las manos, y la acompañó con muchas consideraciones hasta la puerta de la celda.

Y como había prometido, volvió la anciana al vigésimo día, y dijo al rey: "¡Oh rey! sabe que he comunicado a mis hermanos de lo Invisible mi intención de regalarte las jóvenes, y se han alegrado mucho a causa de la amistad que te tienen. Así es que antes de dejarlas entre tus manos, las voy a llevar a la morada de la Gente de lo Invisible, para que les infundan su aliento y las perfumen con un aroma tan agradable que te ha de encantar. ¡Y volverán a ti llevando un magnífico tesoro extraído del seno de la tierra por mis hermanos de lo Invisible!"

Y el rey le dio las gracias por todos sus favores, y le dijo: "¡En realidad, eso es demasiado! Y en cuanto al tesoro del fondo de la tierra, me parece verdaderamente excesivo y temo abusar". Pero ella

respondió a esto como correspondía, y tu padre le preguntó: "¿Y cuándo me las traerás?" Ella dijo: "La mañana del trigésimo día, cuando hayas terminado el ayuno y te hayas purificado. Y esas jóvenes, cada una de las cuales vale más que todo tu imperio, tendrán entonces una pureza de jazmín, y te pertenecerán por completo". Él contestó: "¡Oh qué verdad es ésa!" Ella dijo: "Ahora, si quisieras confiarme la mujer que prefieras entre tus mujeres, la llevaría con esas jóvenes, para que las gracias y purificaciones de mis hermanos, la Gente de lo Invisible, recayeran también en ella".

Entonces el rey tu padre dijo: "¡Cuántos beneficios he de agradecerte! En efecto, tengo una griega llamada Salía, hija del rey Afridonios de Constantinia, y Alah me ha dado de ella dos hijos a quienes, ¡ay de mí! he perdido hace años. Llévala contigo, ¡oh venerable anciana! para que recaiga en ella la gracia de la Gente de lo Invisible, y ojalá, por su intercesión, pueda recobrar mis hijos". Entonces la anciana dijo: "Seguramente, así será. ¡Manda que llamen a la reina Safía!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 86ª NOCHE

Ella dijo:

Entonces la anciana dijo: "¡Manda que llamen a la reina Safía!" Y el rey mandó inmediatamente llamar a tu madre la reina Safía, y la confió a la anciana, que la llevó enseguida adonde estaban las jóvenes. Después fue a sus habitaciones, y volvió con una copa sellada, le dio la copa al rey Omar, y le dijo: "En la mañana del trigésimo día, terminado tu ayuno, irás a tomar un baño. Después regresarás a tu celda, y beberás esta copa, que completará tu purificación y te hará digno de estrechar contra tu seno a mis cinco jóvenes. Y ahora, ¡contigo sean la paz, la misericordia de Alah y todas sus bendiciones, ¡oh hijo mío!"

Y la anciana se fue acompañada de las cinco jóvenes y de tu madre la reina Safía.

Y el rey siguió su ayuno hasta el trigésimo día. Y al llegar la mañana del trigésimo día, el rey se levantó, se fue al hammam, tomó el baño y después regresó a su celda, prohibiendo que nadie le llamase. Cerró por dentro con llave, cogió la copa, le quitó el sello, se la bebió, y después se tendió a descansar.

Y como sabíamos que era el último día del ayuno, aguardamos hasta el anochecer. Y después seguimos esperando toda la noche y hasta la mitad del día siguiente. Y pensábamos: "¡Debe estar descansando!" Pero como persistía en no abrir, nos acercamos a la puerta y dimos voces. Y nadie contestó.

Entonces, alarmados por aquel silencio, echamos la puerta abajo y entramos.

Pero el rey ya no estaba allí. Encontramos sus carnes destrozadas y sus huesos ennegrecidos. Y todos caímos desmayados.

Y cuando volvimos en nuestro conocimiento, cogimos la copa, la examinamos, y debajo de la tapa hallamos un papel que decía:

"¡A ningún malvado debe echársele de menos! Toda persona que, lea este papel, sepa que tal es el castigo de quien seduce a las hijas de los reyes y las corrompe. ¡Tal es el caso de este hombre! ¡Envió a su Dijo Scharkán para que arrebatase a la hija de nuestro rey, a la desventurada Abriza! ¡Y la cogió, y virgen como era, hizo de ella lo que hizo! ¡Y después se la dio a un esclavo negro, que la hizo sufrir los peores ultrajes y la mató! Y por ese acto, indigno de un rey, ha perecido el rey Omar Al-Nemán. Y yo, que lo he matado, sabed que soy la animosa y la vengadora, cuyo nombre es Madre de todas las Calamidades. Y no sólo, ¡oh vosotros infieles que me leéis! he matado a vuestro soberano, sino que me he apoderado de la reina Safía, hija del rey Afridonios de Constantinia, y se la voy a devolver a su padre. Después todos volveremos armados, para destruir vuestras casas y exterminaros hasta el ultimo

¡Y no quedaremos en la tierra más que nosotros los cristianos, que adoramos la Cruz!"

"Al leer este papel comprendimos toda nuestra desgracia, y nos golpeamos el rostro, y lloramos mucho tiempo. Pero ¿de qué nos servían muestras lágrimas, cuando ya se había realizado lo irreparable?

"Y fue entonces cuando anduvimos discordes para la elección del sucesor el ejército y el pueblo. Y este desacuerdo duró todo un mes, al cabo del cual, como nada se sabía de tu existencia, se resolvió elegir a tu hermano. ¡Pero Alah te puso en nuestro camino, y sucedió lo que sucedió!

"Y tal es la causa de la muerte de tu padre el rey Omar Al-Nemán". Cuando el gran visir terminó su relato, sacó el pañuelo, se lo llevó a los ojos, y empezó a llorar. Y el rey Daul'makán y la reina Nozhatú, que seguía detrás de la cortina de seda, se echaron a llorar también, lo mismo que el gran chambelán y cuantos estaban presentes.

Pero el chambelán fue el primero en decir: "¡Oh rey! estas lágrimas ya no sirven para nada. Ahora te corresponde dar firmeza al corazón para velar por los intereses de tu reino. ¡Porque tu difunto padre sigue viviendo en ti, pues los padres viven en los hijos dignos de ellos!"

Entonces Daul'makán dejó de llorar y se preparó para la primera sesión de su reinado.

Se sentó en el trono, el chambelán se quedó de pie a su lado, el visir Dandán delante de él, y los grandes del reino se colocaron según su categoría.

Entonces, dirigiéndose al visir Dandán, le dijo: "Sepamos el contenido de los armarios de mi padre". Y el visir contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y fue enumerando todo el contenido: dinero, riquezas y joyas; y le entregó una lista detallada. Y entonces el rey dijo: "¡Oh visir de mi padre! seguirás siendo el gran visir de mi reinado". Y el visir Dandán besó la tierra entre las manos del rey, y le deseó larga vida. Y el rey dispuso: "En cuanto a las riquezas que hemos traído con nosotros de Damasco, hay que repartirlas entre el ejército".

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 87ª NOCHE

Ella dijo:

Entonces el chambelán abrió las cajas que contenían las riquezas traídas de Damasco, y no se quedó con nada absolutamente, pues todo lo repartió entre los soldados, dando las cosas mejores a los jefes del ejército. Y todos los jefes besaron la tierra entre sus manos, hicieron votos por la vida del rey, y se dijeron unos a otros: "¡Jamás hemos visto generosidad semejante!"

Y entonces Daul'makán dio la señal de marcha; se levantó el campo, y el rey, a la cabeza del ejército, hizo su entrada en Bagdad.

Y todo Bagdad estaba adornado y los habitantes hacinados en las azoteas. Y las mujeres daban gritos de júbilo cuando pasaba el rey. Y el rey, apenas llegó a palacio, llamó al jefe de los escribas y le dictó una carta para su hermano Scharkán, relatándole todo lo ocurrido desde el principio hasta el fin, terminando de este modo:

"Y te rogamos que al recibo de la presente movilices tu ejército y vengas a unir tus fuerzas a las nuestras, para que vayamos a pelear con los infieles y venguemos la muerte de nuestro padre, lavando la mancha que debe lavarse".

Después dobló la carta, la precintó con su sello, llamó al visir Dandán y se la entregó, diciéndole: "Sólo tú, ¡oh gran visir! puedes desempeñar una misión tan delicada cerca de mi hermano. Y dile que estoy dispuesto a cederle el trono de Bagdad y pasar a ser gobernador de Damasco".

Entonces el visir dispuso el viaje, y aquella misma noche salió para Damasco.

Durante su ausencia ocurrieron dos cosas importantes: la primera fue que Daul'makán mandó llamar a su amigo el encargado del hammam, le colmó de honores y le dio un palacio que mandó engalanar con las alfombras más hermosas de Persia. Pero ya se hablará extensamente, en el curso de esta historia, de este buen encargado del hammam.

Y la segunda cosa fue la siguiente: "el rey Daul'makán recibió de uno de sus vasallos diez esclavas blancas. Y una de estas jóvenes, cuya belleza era imponderable, agradó tanto al rey, que enseguida se acostó con ella y la dejó preñada al momento. Pero ya volveremos sobre esto en el curso de esta historia.

En cuanto al visir, no tardó en regresar, anunciando que el príncipe Scharkán, acogiendo favorablemente la petición, se había puesto en camino a la cabeza de su ejército. Y salieron a esperarle, y apenas habían andado una jornada vieron venir al príncipe Scharkán con su ejército, precedido por los batidores.

Y Daul'makán quiso apearse, pero Scharkán, desde lejos, le rogó que no lo hiciera, y fue el primero en descabalgar para precipitarse en brazos de Daul'makán, que de todas maneras se había apeado. Y se dieron un largo abrazo, llorando; y después de dirigirse palabras de consuelo por la muerte de su padre, volvieron juntos a Bagdad.

Y enseguida se convocó a toda la gente de armas del imperio, que acudió presurosa a causa de la recompensa y del botín que se les ofreció. Y durante un mes no dejaron de afluir guerreros. Y Scharkán contó a Daul'makán toda su historia; y Daul'makán también contó la suya, pero insistiendo mucho en los servicios del encargado del hammam. Así es que Scharkán dijo: "Seguramente habrás recompensado la virtuosa abnegación de ese hombre". Y Daul'makán, contestó:

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 88ª NOCHE

Ella dijo:

Y Daul'makán contestó: "No le he recompensado aún en la medida que se merece. ¡Pero si quiere Alah, lo haré al regresar de la guerra!" Y entonces Scharkán pudo comprobar la veracidad de las palabras de Nozhatú, y rogó al gran chambelán que la saludase de su parte. Y el gran chambelán, cumplido el encargo, transmitió a Scharkán el saludo de Nozhatú, que pidió noticias de su hija Fuerza del Destino. Y al saber por Scharkán que estaba perfectamente, dio gracias a Alah por ello.

Cuando todas las tropas estuvieron reunidas, los dos hermanos se pusieron al frente de ellas. Y Daul'makán se despidió de su joven esclava, después de haberla instalado como se merecía.

Formaban la vanguardia del ejército los guerreros turcos, cuyo jefe se llamaba Bahramán, y la retaguardia los guerreros del Deilam cuyo jefe se llamaba Rustem. El centro iba a las órdenes de Daul'makán, el ala derecha la manda el príncipe Scharkán, el ala izquierda el gran chambelán, y el gran visir fue nombrado segundo jefe general del ejército.

No cesaron de viajar durante un mes entero, descansando tres días a cada semana, hasta que llegaron al país de los rumís. Y los habitantes huyeron aterrados, refugiándose en Constantinia y comunicando al rey Afridonios la invasión de los musulmanes.

El rey Afridonios mandó llamar a la Madre de todas las Calamidades, que acababa de llegar con su

hija Safía, y había decidido al rey Hardobios a que se uniese con él para vengar la muerte de su hija Abriza.

Y el rey Afridonios, apenas se presentó la Madre de todas las Calamidades, le preguntó pormenores de la muerte del rey Omar Al-Nemán, y ella se apresuró a relatárselos, y entonces el rey le dijo: "Y ahora que el enemigo se acerca, ¿qué debemos hacer, ¡oh Madre de todas las Calamidades!?" Y ésta dijo: "¡Oh gran rey, representante de Cristo en la tierra! voy a indicarte el plan que has de seguir para triunfar, y ni el mismo Cheitán, con todas sus malicias, podrá desenredar los hilos en que voy a coger a nuestros enemigos".

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 89ª NOCHE

Ella dijo:

"Y ni el mismo Cheitán, con todas sus malicias, podrá desenredar los hilos en que voy a coger a nuestros enemigos. Y he aquí el plan que hay que seguir para aniquilarlos:

"Envía por mar cincuenta mil guerreros, que desembarquen al pie de la Montaña Humeante, donde acampan los musulmanes. Y envía por tierra a todo el resto del ejército, y de este modo se verán cercados por todas partes, y ninguno de ellos podrá escapar".

Y el rey Afridonios dijo: "Verdaderamente, tu idea es una gran idea, ¡oh reina de las ancianas e inspiradora de las más sapientes!" Y aceptó el plan, y lo puso en ejecución enseguida.

Y los navíos se dieron a la vela, y desembarcaron al pie de la Montaña Humeante los guerreros, que se apostaron silenciosamente detrás de las altas rocas. Y por tierra avanzó el resto del ejército, que no tardó en llegar frente al enemigo.

Las fuerzas combatientes eran éstas: el ejército musulmán de Bagdad y el Khorassán comprendía ciento veinte mil jinetes mandados por Scharkán. Y el ejército de los impíos cristianos se elevaba a seiscientos mil combatientes. Así es que cuando cayó la noche sobre las montañas y las llanuras, la tierra parecía una hoguera, con todos los fuegos que la alumbraban.

En aquel momento, el rey Afridonios y el rey Hardobios reunieron a sus emires y a sus jefes de ejército, y resolvieron dar la batalla al día siguiente: pero la Madre de todas las Calamidades, que los escuchaba, se levantó y dijo:

"Las batallas sólo pueden tener resultados funestos cuando las almas no están santificadas. ¡Oh guerreros cristianos! antes de luchar tenéis que aproximaros al Cristo y purificaron con el supremo incienso de las defecaciones patriarcales".

Y todos contestaron: "Benditas sean tus palabras, ¡oh venerable madre!"

Pero he aquí en qué consistía este supremo incienso de las defecaciones patriarcales:

Cuando el gran patriarca de Constantinia hacía sus defecaciones, los sacerdotes las recogían cuidadosamente en toallas de seda y las secaban al sol. Después las mezclaban con almizcle, ámbar y benjuí, pulverizaban la pasta, completamente seca, la metían en cajitas de oro, y la mandaban a todas las iglesias y a todos los reyes cristianos. Y este polvo de las defecaciones patriarcales servía de incienso supremo para santificar a los cristianos en todas las ocasiones solemnes, especialmente para bendecir a los recién casados, para fumigar a los recién nacidos y bendecir a los nuevos sacerdotes. Pero como las defecaciones del gran patriarca apenas bastaban por sí solas para diez provincias, y no podían servir para tantos usos en todos los países cristianos, los sacerdotes tenían que falsificar aquel polvo mezclándolo con otras materias fecales menos santas, como por ejemplo, las de los otros patriarcas menores y las de los vicarios.

Hay que tener en cuenta que era muy difícil distinguirlas. Por consiguiente, aquel polvo era muy estimado a causa de sus virtudes, pues aquellos sucios griegos, además de las fumigaciones, lo empleaban en colirios para las enfermedades de los ojos y en estomáquicos para los intestinos. Y éste era el tratamiento a que se sometían los reyes y las reinas más grandes. Todo esto contribuía a que su precio fuese tan elevado, que el peso de un dracma se vendiera en mil dinares de oro. Y he aquí lo relativo al incienso de las defecaciones patriarcales...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 90ª NOCHE

Ella dijo:

He aquí lo relativo al incienso de las defecaciones patriarcales. Pero en cuanto al rey Afridonios y a los cristianos, véase lo que ocurrió: Al llegar la mañana, el rey Afridonios, siguiendo el consejo de la Madre de todas las Calamidades, reunió a los jefes principales de su ejército y a todos sus tenientes, les hizo besar una gran cruz de madera, y los fumigó con el incienso supremo ya descrito y que estaba fabricado con defecaciones auténticas del gran patriarca, sin falsificación alguna. Así es que su olor era tan fuerte, que habríase matado a un elefante de los ejércitos musulmanes, pero aquellos puercos griegos ya estaban acostumbrados a él.

Entonces la Madre de las Calamidades se levantó y dijo: "¡Oh rey! antes de dar la batalla a esos descreídos, es necesario, para asegurar nuestra victoria, que nos deshagamos del príncipe Scharkán, que es el Cheitán hecho hombre y manda todo el ejército. Él es quien guía a los soldados y el que les da valor. Muerto él, caerá fácilmente en nuestras manos el ejército musulmán. Enviémosle, pues, el guerrero más valeroso de nuestros guerreros, para que lo desafíe a combate singular y lo mate".

Cuando el rey Afridonios oyó estas palabras, mandó llamar enseguida al famoso guerrero Lucas, hijo de Camlutos, y con su propia mano lo fumigó con el incienso fecal. Después cogió un poco de aquella fenta, la humedeció con saliva, y le untó las encías, la nariz y las dos mejillas, le hizo aspirar un poco, y con el resto le frotó las cejas y los bigotes. ¡Y la maldición caiga sobre él!

Porque aquel maldito Lucas era el guerrero más espantoso de todos los países de los rumís, y ningún cristiano entre los cristianos sabía lanzar como él la azagaya, ni herir con la espada, ni atravesar con la lanza.

Pero su aspecto era tan repulsivo como grande era su valor. Su cara era extraordinariamente horrorosa, pues semejaba la de un burro de mala condición; pero mirado atentamente, se parecía a un mico, y observado con más cuidado, era como un espantoso sapo o como una serpiente entre las peores serpientes, y acercarse a él era más insoportable que separarse del amigo, pues había robado a las letrinas la fetidez de su aliento. Y por todas estas razones le llamaban Espada de Cristo.

Cuando este maldito Lucas quedó fumigado y ungido fecalmente por el rey Afridonios, besó los pies al rey y se quedó esperando. Entonces el rey Afridonios le dijo: "¡Quiero que retes a combate singular a ese bandido llamado Scharkán y nos libres de sus calamidades!" Y Lucas respondió: "¡Escucho y obedezco!"

Y habiéndole el rey hecho besar la cruz, Lucas se fue y cabalgó en un magnífico caballo alazán cubierto de una suntuosa gualdrapa roja, con una silla de brocado incrustada de pedrería. Y se armó con una larga azagaya de tres puntas, y de aquel modo se le habría tomado por el mismo Cheitán. Después, precedido de heraldos de armas y un pregonero, se dirigió hacia el campamento de los creyentes.

Y el pregonero, precediendo al maldito Lucas, gritó con toda su voz en lengua árabe: "¡Oh vosotros los musulmanes! he aquí al heroico campeón que ha puesto en fuga a muchos ejércitos de entre los ejércitos turcos, kurdos y deilamitas. ¡Es Lucas, el ilustre hijo de Camlutos! ¡Que salga de entre vuestras filas vuestro campeón Scharkán, señor de Damasco, y si se atreve, que venga a afrontar a nuestro gigante!"

Apenas se pronunciaron estas palabras, se oyó un gran temblor en el aire, un galopar que hizo estremecer el suelo, llevando el espanto hasta el corazón del maldito descreído, y haciendo que se volvieran las cabezas. Y apareció Scharkán, hijo del rey Omar Al-Nemán, que llegaba derechamente contra aquellos impíos, semejante a un león enfurecido, montado en un caballo más ligero que las más ligeras de las gacelas. Y llevaba arrogante la lanza en la mano, y declamaba estos versos:

¡El alazán más ligero que la nube que surca el aire, es mi alazán!!Y me sirve a mí!

La lanza de punta cortante, es mi lanza. ¡La blando, y sus relámpagos ondean como las olas!

Pero el embrutecido Lucas, que era un bárbaro sin cultura procedente de los países más oscuros, no entendía una palabra de árabe, y no podía gustar la belleza de aquellos versos ni el ordenamiento de las rimas. Así es que se contentó con tocarse la frente, que estaba marcada con una cruz, y llevarse enseguida la mano a los labios, por respeto a aquel signo.

Y súbitamente, más asqueroso que un cerdo, llevó el caballo hacia Scharkán. Detuvo bruscamente el galope y arrojó al aire muy alto el arma que llevaba en la mano, tan alto que desapareció a las miradas. Pero bien pronto volvió a caer. Y antes de que hubiese llegado al suelo, el maldito Lucas la cogió al vuelo como un brujo. Y entonces con toda su fuerza, arrojó la azagaya de tres puntas contra Scharkán. Y la azagaya partió rápida como el rayo. ¡Y ya estaba perdido Scharkán!

Pero Scharkán, en el mismo momento en que la azagaya pasaba silbando y le iba a atravesar, extendió el brazo y la cogió al vuelo. ¡Gloria a Scharkán! Y cogió la azagaya con mano firme, y la tiró al aire, tan alto que desapareció a las miradas. Y la volvió a coger con la mano izquierda en un abrir y cerrar de ojos. Y gritó: "¡Por Aquel que creó los siete pisos del cielo! ¡Voy a dar a ese maldito una lección eterna!" Y lanzó la azagaya.

Entonces el embrutecido gigante Lucas quiso repetir la hazaña realizada por Scharkán, y tendió la mano para coger el arma voladora. Pero Scharkán, aprovechando el momento en que el cristiano se descubrió, le tiró otra segunda azagaya, que le dio en la frente, en el mismo sitio en que tenía tatuada una cruz. Y el alma descreída de aquel cristiano se le salió por el trasero, y fue a hundirse en el fuego del infierno...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGO LA 91ª NOCHE

Ella dijo:

Y el alma descreída de aquel cristiano se le salió por el trasero, y fue a hundirse en el fuego del infierno.

Cuando los soldados del ejército cristiano supieron de labios de los compañeros de Lucas la muerte de su campeón, se lamentaron y se golpearon rabiosamente, y se precipitaron sobre las armas, dando gritos de venganza. Y a la señal dada por los dos reyes, se colocaron en orden de batalla, precipitándose en masa sobre el ejército de los musulmanes. Y la pelea se trabó. Y los guerreros se enlazaron con los guerreros. Y la sangre inundó las mieses.

A los gritos sucedieron los gritos, los cuerpos quedaron aplastados bajo los cascos de los caballos. Los hombres, embriagados, no de vino, sino de sangre, se tambaleaban como borrachos. Los muertos se hacinaron sobre los muertos, y los heridos sobre los heridos. Así prosiguió la batalla, hasta que cayó la noche y separó a los combatientes.

Entonces Daul'makán, después de felicitar a su hermano por aquella hazaña, que había de ilustrar su nombre durante siglos enteros, dijo al visir Dandán y al gran chambelán: "Tomad veinte mil guerreros, y marchad hacia el mar, al pie de la Montaña Humeante, y cuando os dé la señal izando nuestro pabellón verde, os levantaréis para dar la batalla decisiva. Nosotros fingiremos que emprendemos la fuga, nos perseguirán los infieles y vosotros caeréis sobre ellos. Nosotros, volviendo grupas, los atacaremos, y así se verán cercados por todas partes; y ni uno de ellos se librará de nuestro alfanje cuando gritemos: ¡Alah akbar!

El visir y el gran chambelán pusieron inmediatamente en ejecución el plan que se les había ordenado. Y fueron a tomar posiciones en el valle de la Montaña Humeante, donde al principio se habían emboscado los guerreros cristianos procedentes del mar, que luego se habían juntado con el resto del ejército, lo cual había de ocasionar su pérdida, pues el plan de la Madre de todas las Calamidades era el mejor.

Y por la mañana, los guerreros de uno y otro bando estaban de pie y sobre las armas. Y por encima de las tiendas de ambos campamentos flotaban los pabellones y brillaban las cruces. Y los guerreros empezaron por rezar sus oraciones.

Los creyentes oyeron la lectura del primer capítulo del Corán, el capítulo de la Vaca; y los descreídos invocaron al Mesías, hijo de Mariam, y se purificaron con las defecaciones del patriarca, aunque seguramente falsificadas, dada la gran cantidad de soldados fumigados. ¡Pero tal fumigación no los había de salvar del alfanje!

En efecto, dada la señal, la lucha volvió a empezar más terrible. Las cabezas volaban como pelotas; los miembros alfombraron el suelo, y la sangre corrió a torrentes, de tal modo que llegaba hasta el pecho de los caballos.

Pero súbitamente, como a consecuencia de un pánico considerable, los musulmanes, que hasta entonces habían combatido como héroes, volvieron la espalda y huyeron todos, desde el primero hasta el último.

Al ver huir al ejército musulmán, el rey Afridonios de Constantinia despachó un correo al rey Hardobios, cuyas tropas no habían tomado hasta entonces parte de batalla. Y le decía: "He aquí que huye el enemigo porque nos ha hecho invencibles el incienso supremo de las defecaciones patriarcales con el cual nos habíamos fumigado, untándonos las barbas y los bigotes. Ahora, ¡a vosotros corresponde completar la victoria, emprendiendo la persecución de esos musulmanes y exterminándolos hasta el último! Y así vengaremos la muerte de nuestro campeón Lucas..."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 92ª NOCHE

Ella dijo:

"¡Y así vengaremos la muerte de nuestro campeón Lucas!" Entonces el rey Hardobios, que no aguardaba más que la ocasión de vengar la muerte de su hija, gritó a los soldados: "¡Sus a esos musulmanes que huyen como mujeres!" Pero no sabía que aquello era una estrategia del príncipe Scharkán, el valiente entre los valientes, y de su hermano Daul'makán.

Efectivamente, cuando los cristianos mandados por el rey Hardobios llegaron hasta los musulmanes, éstos se detuvieron, y Daul'makán les gritó:

"¡Oh musulmanes! ¡he aquí el día de la religión! ¡He aquí el día en que ganaréis el paraíso! ¡Porque el paraíso no se gana más que a la sombra de los alfanjes!" Entonces se precipitaron como leones, y aquel día no fue para los cristianos el día de la vejez, pues fueron segados sin haber tenido tiempo para verse encanecer el pelo.

Pero las hazañas realizadas por Scharkán en aquella batalla superaban a toda expresión. Y mientras destrozaba todo lo que se le ponía por delante. Daul'makán mandó izar el pabellón verde, y quiso lanzarse también a la pelea. Pero Scharkán se acercó velozmente a él, y le dijo: "¡Oh hermano mío! no debes exponerte a los azares de la lucha, pues eres necesario para el gobierno de tu imperio. Así es que desde ahora no me separaré de ti, y me batiré a tu lado defendiéndote contra todos los ataques".

Y los guerreros musulmanes mandados por el visir y el gran chambelán se desplegaron en semicírculo al ver la señal convenida, y cortaron al ejército cristiano toda probabilidad de salvarse embarcándose en sus naves. De modo que la lucha trabada en tales condiciones no podía ser dudosa. Y los cristianos fueron terriblemente exterminados por los musulmanes, kurdos, persos, turcos y árabes. Y fueron poquísimos los que pudieron escapar. Pues ciento veinte mil de aquellos cerdos encontraron la muerte, y los otros lograron escapar en dirección a Constantinia. Esto en cuanto a los griegos del rey Hardobios.

Pero en lo que se refiere a los del rey Afridonios, que se habían retirado a las alturas seguros del exterminio de los musulmanes, ¡cuál no sería su dolor al ver la fuga de sus compañeros!

Aquel día, además de la victoria, los creyentes ganaron una enorme cantidad de botín. Se apoderaron de todos los navíos, excepto veinte que pudieron volver a Constantinia para anunciar el desastre. Además cogieron todas las riquezas y todos los objetos de valor acumulados en aquellas naves; cincuenta mil caballos con sus jaeces; las tiendas, víveres, armas y una cantidad incalculable de cosas que no podría expresarse en guarismos. Así es que su alegría fue inmensa, y dieron las gracias a Alah por aquella victoria y por aquel botín. ¡Esto en cuanto a los musulmanes!

En cuanto a los fugitivos, acabaron por llegar a Constantinia con el alma atormentada por el cuervo de los desastres. Y la ciudad quedó sumida en la aflicción, y en todos los edificios y en las iglesias se pusieron colgaduras de luto. La población se sublevó, formando grupos y lanzando gritos sediciosos. Aumentó aquella desesperación al ver que sólo regresaban veinte naves y veinte mil hombres de todo el ejército. Entonces la población acusó de traidores a sus reyes. Y la confusión del rey Afridonios fue tan grande, y tal su terror, que la nariz se le alargó hasta los pies, y el saco del estómago se le volvió…

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 93ª NOCHE

Ella dijo:

La nariz se le alargó hasta los pies, y el saco del estómago se le volvió del revés, y el intestino se le aflojó, y el contenido se le salió. Entonces mandó llamar a la Madre de todas las Calamidades para pedirle consejo acerca de lo que le quedaba que hacer. Y la vieja llegó enseguida.

Y la Madre de todas las Calamidades, causa real de todas estas desdichas, era una vieja horrorosa, astuta, hecha de maldiciones; su boca era un basurero; sus ojos legañosos; su cara negra como la noche; sarnoso su cuerpo, su cabellera una suciedad; su espalda encorvada y su piel todo arrugas. Una plaga entre las peores plagas, y una víbora entre las víboras más venenosas.

Y esta vieja horrible pasaba la mayor parte del tiempo en el palacio del rey Hardobios, a causa del gran número de esclavos jóvenes que allí había, tanto varones como hembras. Obligaba a los esclavos a cabalgarla; y le gustaba también cabalgar a las esclavas; pues prefería a todo lo del mundo el cosquilleo de aquellas vírgenes y el roce de su cuerpo juvenil con el suyo.

Era extraordinariamente experta en este arte del cosquilleo. Sabía chuparles como un vampiro las partes delicadas, y titilarles agradablemente los pezones. Y para hacerlas llegar al último espasmo, les estrujaba la vulva con azafrán preparado, lo cual las arrojaba en sus brazos muertas de voluptuosidad. Así es que había enseñado su arte a todas las esclavas del palacio, y en otros tiempos a las doncellas de Abriza, pero no había logrado conquistar a la esbelta Grano de Coral, y también habían fracasado todos sus artificios con la arrogante Abriza, que la odiaba por la fetidez de su aliento, por el olor a orines fermentados que brotaba de sus sobacos y de sus ingles, por el pútrido desprendimiento de sus numerosos pedos, más hediondos que el ajo podrido, y por la rugosidad de su piel, peluda cual la del erizo, y más dura que las fibras de la palmera. Pues bien se le podían aplicar estas palabras del poeta:

¡Nunca la esencia de rosas con que se humedece la piel, apagará la pestilencia de sus pedos silenciosos!

Pero hay que decir que la Madre de todas las Calamidades era generosísima con todas las esclavas que se dejaban conquistar por ella, así como era muy rencorosa con las que se le resistían. Y por haberla rechazado odiaba tanto a Abriza aquella vieja.

Cuando la Madre de todas las Calamidades entró en el aposento del rey Afridonios, éste se levantó en honor suyo, y lo mismo hizo el rey Hardobios. Y dijo la vieja:

"¡Oh rey! ahora tenemos que dar de lado a todo ese incienso fecal y a todas las bendiciones patriarcales, que no han hecho más que atraer la desgracia sobre nuestras cabezas. Y pensemos más bien en obrar a la luz de la verdadera sabiduría. He aquí cómo ha de ser esto: los musulmanes se encaminan a marchas forzadas para sitiar nuestra ciudad, y hay que enviar heraldos por todo el imperio invitando a los habitantes a que se reúnan en Constantinia y nos ayuden a rechazar el asalto de los sitiadores. ¡Y que lo soldados de todas las guarniciones se apresuren a venir a encerrarse en estos muros, ya que el peligro es apremiante!

"En cuanto a mí, ¡oh rey! déjame obrar, y pronto la fama hará llegar hasta ti el resultado de mis artificios y el éxito de mis fechorías contra los musulmanes. En este momento me voy de Constantinia. ¡Y que el Cristo, hijo de Mariam, te tenga en su guarda!"

El rey Afridonios se apresuró a seguir los consejos de la Madre de todas las Calamidades, que, como había dicho, salió de Constantinia.

Ahora bien; he aquí la estratagema imaginada por aquella vieja tan astuta: salió de la ciudad con cincuenta de los mejores guerreros, que conocían la lengua árabe, y su primera diligencia fue disfrazarlos de mercaderes musulmanes. Llevó consigo cien mulos cargados de telas preciosas, sedas de Antioquía y Damasco, rasos de reflejos metálicos, brocados preciosos, y muchas otras cosas regias. Y había cuidado de obtener del rey Afridonios una carta a manera de salvoconducto, que decía lo siguiente:

"Los mercaderes tal y cual son comerciantes musulmanes de Damasco, extraños a nuestro país y a nuestra religión cristiana, pero como han comerciado en nuestro país, y el comercio constituye la prosperidad de una nación y su riqueza, y como no son hombres de guerra, sino hombres pacíficos, les damos este salvoconducto para que nadie los perjudique en su persona ni en sus intereses, y no se les reclame diezmo alguno, ni derecho de entrada ni salida por sus mercancías".

Y cuando los cincuenta guerreros se hubieron vestido de mercaderes, la pérfida vieja se disfrazó de asceta musulmán, poniéndose un gran ropón de lana blanca; se frotó la frente con un ungüento preparado por ella, que le daba un brillo y una radiación de santidad, y después hizo que le ataran los pies de modo que las cuerdas le entraran en la carne hasta hacerle sangre, y dejasen huellas indelebles. Entonces dijo a sus soldados:

"Ahora tenéis que darme de latigazos, de modo que me queden cicatrices imborrables en mi cuerpo. Y no tengáis ningún escrúpulo, pues la necesidad tiene sus leyes. Y me pondréis en un cajón semejante a esos cajones de mercancías, y lo colocaréis sobre un mulo. Inmediatamente os pondréis en marcha, hasta que lleguemos al campamento de los musulmanes, cuyo jefe es Scharkán. A cuantos quieran cerraros el camino, les mostraréis la carta del rey Afridonios, que os presenta como mercaderes de Damasco, y solicitaréis ver al príncipe Scharkán.

Cuando os veáis en su presencia y os interrogue acerca de vuestro oficio y de las ganancias realizadas en el país de los rumís, le diréis:

"¡Oh rey afortunado! la ganancia más saneada y meritoria de nuestro viaje al país de esos cristianos descreídos ha sido el rescate de un santo asceta que hemos arrancado de entre las manos de sus perseguidores, los cuales le torturaban en un subterráneo desde hacía quince años, queriendo que abjurase la santa religión de nuestro profeta Mahomed (¡sean con él la paz y la plegaria!) Y he aquí cómo ha ocurrido la cosa:

"Hacía algún tiempo que estábamos en Constantinia vendiendo y comprando, cuando una noche, mientras calculábamos las ganancias del día, vimos aparecerse en la pared de la sala la imagen de un hombre, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas, que corrían a lo largo de sus venerables barbas blancas. Y los labios de aquel anciano se movieron lentamente, y pronunciaron estas palabras: "¡Oh musulmanes! Si hay entre vosotros alguno que teman a Alah y cumplan los preceptos de nuestro Profeta (¡sean con él la paz y la plegaria!) que salgan de este país de los descreídos y vayan en busca del príncipe Scharkán, cuyo ejército, según está escrito, ha de tomar algún día a los rumís la ciudad de Constantinia. Y en vuestro camino, al cabo de tres jornadas de marcha, encontraréis un monasterio. Y en este monasterio, en tal lugar, de tal sitio, hay un subterráneo en el cual hace quince años está encerrado un santo asceta llamado Abdalah, cuyas virtudes son agradables a Alah el Altísimo. Y ha caído en manos de los monjes cristianos, que lo han encerrado allí y lo atormentan horriblemente, por odio a su religión. Así es que el rescate de ese santo sería para vosotros la acción más meritoria ante el Muy Poderoso. ¡Y por sí misma es una hermosa acción! No os diré más. ¡Que la paz sea con vosotros!"

"Y dicho esto, la figura del anciano se borró ante nuestros ojos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana. v se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 94ª NOCHE

Ella dijo:

"Y dicho esto, la figura del anciano se borró ante nuestros ojos. "Entonces empaquetamos todas

las mercaderías que nos quedaban y cuanto habíamos comprado en el país de los rumís, y salimos de Constantinia. Al cabo de tres jornadas de marcha, encontramos el monasterio en medio de un villorrio. Para no llamar la atención sobre nuestros proyectos, desembalamos parte de las mercaderías en la plaza pública, según es costumbre entre los mercaderes, y nos pusimos a vender hasta que cayó la noche. Y a favor de las tinieblas, nos deslizamos en el monasterio, amordazamos al monje portero y penetramos en el subterráneo. Y como había dicho la aparición, encontramos al santo asceta Abdalah, que está ahora en uno de nuestros cajones, que vamos a poner en tus manos".

Y después de repetir estas palabras a sus soldados para que las aprendiesen bien, la Madre de todas las Calamidades, disfrazada de asceta, añadió: "¡Entonces yo me encargaré del exterminio de todos esos musulmanes!" Inmediatamente le dieron de latigazos hasta hacerle sangrar, y la encerraron en un cajón, que colocaron sobre un mulo, y emprendieron el camino para poner en ejecución el plan de aquella maldita vieja.

En cuanto al ejército de los creyentes, se repartió el botín después de la derrota de los cristianos, y glorificó a Alah por sus beneficios, Daul'makán y Scharkán se estrecharon las manos para felicitarse, y Scharkán, lleno de alegría dijo: "¡Oh hermano Daul'makán! deseo que Alah te conceda un hijo varón, para que se case con mi hija Fuerza del Destino". Y celebraron la victoria, hasta que el visir Dandán les dijo: "¡Oh reyes! es muy prudente que sin perder tiempo persigamos a los vencidos, antes de que puedan rehacerse, y vayamos a sitiarlos a Constantinia y a exterminarlos totalmente de la superficie de la tierra. Pues como el poeta dijo:

¡La delicia de las delicias es matar con la propia mano a los enemigos, y sentirse arrebatado por un corcel fogoso!

¡La delicia más pura es la que os trae un mensajero que os envía la muy amada, para anunciaros su llegada próxima!

¡Pero aún es más deliciosa la llegada de la muy amada, antes de que os la anuncie ningún mensajero!

¡Qué delicia matar con la propia mano a los enemigos! ¡Qué delicia sentirse arrebatado por un corcel fogoso!

Cuando el visir Dandán hubo recitado estos versos, los dos reyes aceptaron su parecer, y dieron la señal de la partida. Y todo el ejército se puso en marcha, con sus jefes a la cabeza.

Y anduvieron sin descanso, atravesaron grandes llanuras abrasadas por el sol, en las cuales sólo crecía una hierba amarillenta, única vegetación de aquellas soledades habitadas por la presencia de Alah. Y al cabo de seis días de una marcha fatigosa por aquellos desiertos sin agua, acabaron por llegar a un país bendecido por el Creador. Delante de ellos se extendían unas praderas llenas de frescura, regadas por arroyos numerosos, y donde florecían árboles frutales. Esta comarca, por donde corrían las gacelas y en donde cantaban las aves, semejaba un paraíso con sus grandes árboles ebrios de rocío, y cuyas ramas estaban cuajadas de flores que sonreían, a la brisa, como dice el poeta:

¡Escucha, niño mío! El musgo del jardín se tiende dichoso bajo la caricia de las flores dormidas. Es una gran alfombra de esmeraldas, con reflejos adorables.

¡Cierra los ojos, niño mío! ¡Oye como canta el agua al pie de las cañas! ¡Ah! ¡Cierra los ojos!

¡Jardines! ¡Vergeles! ¡Arroyos! ¡Yo os adoro! ¡Oh arroyo querido! Bajo las sombras de los sauces inclinados, brillas al sol como una mejilla.

¡Agua del arroyo que te ciñes a los tallos de las flores, tus burbujas forman cascabeles de plata! ¡Y vosotras, flores exquisitas, coronad a mi amado...!

Y extasiado con aquellas delicias, Daul'makán dijo a Scharkán: "¡Oh hermano mío! no creo que hayas visto en Damasco jardines tan hermosos. Descansemos aquí dos o tres días, para que nuestros soldados respiren aire puro y beban esa agua tan dulce, a fin de que puedan luchar mejor con los descreídos". Y a Scharkán le pareció que la idea era excelente.

Y a los dos días, cuando iban a levantar las tiendas, oyeron voces a lo lejos. Y les dijeron que era una caravana de mercaderes de Damasco que regresaba a su tierra, y a quienes los soldados querían castigar por haber comerciado con los infieles.

Precisamente en aquel momento llegaban los mercaderes, rodeados por los soldados. Y se echaron a los pies de Daul'makán, y le dijeron: "¡Venimos del país de los infieles, que nos han respetado no perjudicándonos en nuestras personas ni en nuestros bienes, y he aquí que ahora nuestros hermanos nos saquean y nos maltratan en país musulmán!"

Y sacaron el salvoconducto del rey de Constantinia, y se lo alargaron a Daul'makán, que lo leyó, lo mismo que Scharkán. Y Scharkán dijo: "Lo que os hayan quitado se os devolverá en el acto. Pero ¿por qué habéis ido a comerciar con los infieles?" Entonces los falsos mercaderes contestaron: "¡Oh señor nuestro! ¡Alah nos ha llevado al país de los cristianos para obtener una victoria más importante que las de tus ejércitos y que cuantas has ganado!" Y Scharkán preguntó: "¿Cuál es esa victoria, ¡oh musulmanes! ?" Y ellos replicaron: "No podemos hablar de ella más que en un sitio seguro, libres de todo oído indiscreto; pues si llegara a extenderse esta nueva, ningún musulmán podría, ni en tiempo de paz, poner los pies en el país de los cristianos".

Al oír estas palabras, Daul'makán y Scharkán llevaron a los mercaderes a una tienda aislada. Entonces los mercaderes...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 95ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que entonces los mercaderes contaron a los dos hermanos la historia inventada por la Madre de todas las Calamidades. Y los dos hermanos se conmovieron profundamente al saber los suplicios del santo asceta y cómo pudieron salvarle del subterráneo. Pero preguntaron a los mercaderes: "¿Dónde está ese santo asceta? ¿Lo habéis dejado en el monasterio?" Y ellos contestaron: "Cuando matamos al monje guardián del monasterio, nos apresuramos a encerrar al santo en un cajón, lo cargamos en uno de nuestros mulos, y huimos enseguida. Y ahora lo vamos a poner en vuestras manos. Y antes de huir del monasterio, pudimos comprobar que encerraba quintales y quintales de oro, y de plata, y de pedrerías, y joyas de todas clases. Pero de todo esto os podrá hablar mejor que nosotros el santo asceta dentro de unos instantes".

Entonces los mercaderes se apresuraron a descargar el mulo, abrieron el cajón, y presentaron al santo asceta ante los dos hermanos. Y apareció tan negro como una cañafístula, por lo mucho que había enflaquecido y se había arrugado, y llevaba en la piel las cicatrices de los latigazos, que parecían huellas de cadenas hundidas en la carne. Al verlo (¡en realidad era la vieja Madre de todas las Calamidades!), los dos hermanos se convencieron de que tenían delante al más santo de los ascetas, sobre todo cuando vieron que su frente brillaba como el sol, gracias al ungüento misterioso con que se había untado la piel. Y adelantaron hacia la vieja maldita, y le besaron fervorosamente las manos y los pies, pidiéndole su bendición, y hasta se pusieron a sollozar, por lo mucho que les conmovían los padecimientos sufridos por la que creían que era un santo asceta. Entonces la Madre de todas las Calamidades les hizo seña de que se levantaran, y les dijo: "¡Cesad de llorar, y oíd mis palabras!" Los dos hermanos obedecieron enseguida, y ella dijo:

"Sabed que en lo que se refiere a mi persona, me someto a la voluntad del Señor, puesto que los males que me envía no son más que pruebas a que someto mi paciencia y mi humildad. ¡Sea bendito y glorificado! Porque el que no sabe soportar las pruebas del Muy Bueno, no llegará nunca a gustar las delicias del Paraíso. Y si ahora me alegro de verme libre, no es porque se hayan acabado mis sufrimientos, sino por verme junto a mis hermanos los musulmanes y porque confío en morir entre los guerreros que luchan por la causa del Islam. ¡Y los creyentes que sucumben en la guerra santa no mueren, pues su alma es inmortal!"

Entonces los dos hermanos volvieron a besarle las manos fervorosamente, y quisieron ordenar que le dieran de comer, pero ella se negó. Y les dijo: "Estoy ayunando desde hace quince años. Ahora que Alah me ha otorgado tantas mercedes, no he de ser tan impío que corte mi ayuno y mi abstinencia, pero acaso al ponerse el sol tome un bocado".

Al oír esto ya no insistieron más, pero al anochecer mandaron preparar manjares y se los llevaron personalmente, pero la maldita se negó otra vez, diciendo: "¡No es hora de comer, sino de rezar al Muy Poderoso!" Y enseguida hizo como que rezaba en medio del mihrab. Y así estuvo orando toda la noche, y lo mismo las dos siguientes. Entonces los dos hermanos sintieron hacia ella una gran veneración, y seguían creyéndola un hombre, tomándola por un santo asceta. Y le dieron una tienda magnífica para ella sola, con servidores especiales y cocineros. Y al tercer día, como insistiera en no probar alimento, fueron personalmente los dos hermanos a servirla, y mandaron traer cuantas cosas agradables podían desear la vista y el alma. Pero la vieja maldita no quiso tocar nada, y sólo comió un pedazo de pan y un poco de sal. Así es que el respeto de los dos hermanos se acrecentó hasta el límite del respeto, y Scharkán dijo a Daul'makán: "¡Este hombre ha renunciado a todos los goces del mundo! ¡Si la guerra no me obligase a combatir a los descreídos, me consagraría por completo a su devoción y le seguiría toda mi vida para atraerme sus bendiciones! Pero vamos a rogarle que nos diga algo, pues mañana tenemos que marchar contra Constantinia, y será una buena acción para aprovecharnos de sus palabras". Entonces el gran visir Dandán dijo: "También quisiera oír a ese santo asceta y rogarle que rece por mí, a fin de que pueda encontrar la muerte en la guerra santa y presentarme al Señor, pues estoy ya cansado de esta vida.

Y los tres se dirigieron hacia la tienda en que estaba la Madre de todas las Calamidades. Y la hallaron sumida en el éxtasis de la oración. Entonces esperaron a que terminase. Pero como después de tres horas de espera, y a pesar de las lágrimas y de los sollozos que les arrancaba su admiración, ella seguía arrodillada y no les hacía el menor caso, se adelantaron humildemente y besaron el suelo. Entonces ella se levantó, les deseó la paz, y les dijo: "¿Qué venís a hacer aquí a esta hora?" Y ellos contestaron: "¡Oh santo asceta entre los ascetas! hace ya varias horas que estamos aquí. ¿Es posible que no hayas oído nuestro llanto?" Ella repuso: "¡El que se encuentra en presencia de Alah, no puede oír ni puede ver lo que pasa en este mundo miserable!"

Y ellos dijeron: "Venimos, ¡oh santo asceta! a pedirte tu bendición antes del gran combate, y quisiéramos oír de tus labios el relato de tu cautiverio entre los descreídos, a los cuales exterminaremos completamente mañana con la ayuda de Alah". Entonces la maldita vieja contestó: "¡Por Alah! ¡Si no fuerais los jefes de los creyentes, nunca os contaría lo que voy a contaros! Porque las consecuencias de ello con la ayuda de Alah, serán muy ventajosas para vosotros. ¡Escuchad, pues!"

HISTORIA DEL MONASTERIO

"Sabed que he permanecido mucho tiempo en los Santos Lugares, en compañía de hombres piadosos e ilustres, y vivía muy modestamente, sometiéndome a ellos, pues Alah el Altísimo me ha concedido el don de la humildad y la renunciación. Y hasta pensaba pasar el resto de mis días de la misma manera entre la tranquilidad y el cumplimiento de los deberes piadosos y la paz de una vida sin incidentes. Pero no contaba con el Destino.

"Una noche llegué a orillas del mar, que hasta entonces no había visto nunca, y sentí una fuerza irresistible que me impulsaba a andar por encima del agua. Me lancé a ello resueltamente, y con gran asombro mío me sostenía sobre el agua, sin hundirme y sin mojarme siquiera los pies desnudos. Y así estuve paseando por el mar, durante largo rato, después de lo cual me volví a la orilla. Entonces, maravillado de aquel don sobrenatural que poseía sin saberlo, me enorgullecí, y pensé: "¿Quién como yo puede andar por encima del agua? Apenas había formulado este pensamiento, Alah me castigó por mi orgullo, poniendo en mi corazón la afición a viajar. Y dejé los Santos Lugares. Y desde entonces vagué de aquí para allá, por toda la superficie de la tierra.

"Y hete aquí que un día en que viajaba por el país de los rumís, cumpliendo rigurosamente los deberes de nuestra santa religión, llegué a una alta montaña, en cuya cumbre hay un monasterio cristiano, que estaba bajo la guardia de un monje. Había yo conocido a este monje en los Santos Lugares, y se llamaba Matruna. Así es que apenas me hubo visto, acudió respetuosamente a mi encuentro, y me invitó a descansar. Pero el miserable maquinaba mi perdición, pues cuando entré en el monasterio me hizo seguir una larga galería, al final de la cual se abría una puerta en la oscuridad. Y de pronto me empujó al fondo de aquella oscuridad, tiró de la puerta y me encerró. Y me dejó allí cuarenta días sin darme de comer ni beber, queriendo matarme de hambre, por odio a mi religión.

"Mientras tanto llegó al monasterio de visita extraordinaria el general de los monjes que, según costumbre, iba acompañado de un séquito de diez monjes muy jóvenes y muy lindos, y de una muchacha tan hermosa como los diez monjes. Y esta muchacha iba vestida con un hábito de monje que le apretaba la cintura y hacía resaltar sus caderas y sus pechos. Sólo Alah sabe los horrores que perpetraba aquel jefe de monjes con aquella muchacha, que se llamaba Tamacil, y con sus compañeros los monjes jóvenes.

"El monje Matruna contó a su jefe mi encarcelamiento y mi tortura de cuarenta días de hambre. Y el jefe de los monjes, que se llama Dequianos, le mandó que abriera la puerta y que sacara mis huesos para tirarlos. Y decía: "¡Ese musulmán debe estar hecho a estas horas un esqueleto tan descarnado, que ni siquiera las aves de rapiña se querrán acercar a él!"

Entonces Matruna y los demás monjes abrieron la puerta, y me encontraron de rodillas, en actitud de rezar. Y al verme, el fraile Matruna exclamó: "¡Ah, qué maldito brujo! ¡Rompámosle los huesos!" Y todos se me echaron encima a palos y latigazos, de tal manera, que creí perecer. Y entonces comprendí que Alah me hacía sufrir aquellas pruebas para castigarme por mi vanidad pasada, pues me había hinchado de orgullo al ver que andaba sobre el agua, cuando no era más que un instrumento en manos del Altísimo.

"El caso es que cuando el monje Matruna y los otros jóvenes, hijos de perra, me hubieron puesto en aquel estado, me encadenaron y me volvieron a arrojar al subterráneo oscuro. Y allí habría muerto de hambre, si Alah no hubiera querido tocar en el corazón a la joven Tamacil, que vino secretamente a darme un pan de cebada y un cántaro de agua durante todo el tiempo que el general de los monjes estuvo en el monasterio. Y estuvo mucho tiempo allí, porque se encontraba tan a gusto que acabó por escogerlo como residencia habitual, y cuando se veía obligado a abandonarlo, dejaba en el monasterio a la joven Tamacil, guardada por el monje Matruna.

"De esta suerte permanecí encerrado allí durante cinco años. La joven Tamacil adquirió todo el esplendor de su hermosura y superaba a las muchachas más bellas de su tiempo. Y os puedo asegurar que ni en nuestro país ni en el país de los rumís hay otra igual. Pero no es ésta la única joya que encierra aquel monasterio: se han hacinado en él tesoros innumerables en oro, plata, alhajas y riquezas de todas clases, que superan a cualquier cálculo. Así es que debíais asaltar el monasterio y apoderaros de la joven y de los tesoros. Yo os serviré de guía para abriros los escondrijos y los armarios, especialmente el gran armario del general de los monjes, que es el que encierra las más hermosas vasijas de oro cincelado. Y os entregaré además esa maravilla digna de los reyes llamada Tamacil, que, además de su belleza, posee el don del canto, y conoce todas las canciones de las ciudades y de los beduinos. Y os hará pasar días luminosos, y noches de azúcar y de bendición.

"En cuanto a mi salvación del subterráneo, ya os han contado esos mercaderes cómo expusieron su vida para sacarme de entre las manos de aquellos cristianos, ¡maldígalos Alah, a ellos y a su posteridad hasta el día del Juicio!"

Los dos hermanos, al oír esta historia, se alegraron hasta el límite de la alegría, pensando en todo aquello de que iban a apoderarse, singularmente en la joven Tamacil, de la cual decía la anciana que a pesar de su juventud era maestra en el arte de los placeres. Pero el visir Dandán había escuchado esta historia con mucha desconfianza, y si no se había levantado y se había ido, fue por respeto a los dos reyes, pues las palabras de aquel asceta extraño estaban muy lejos de convencerle. Pero de todos modos se calló, y no quiso decir nada por temor de engañarse.

Daul'makán quería salir inmediatamente a la cabeza de su ejército, pero la Madre de todas las Calamidades le disuadió, diciéndole: "Temo que Dequianos, el general de los frailes, se asuste al ver tanto soldado, y se escape del monasterio llevándose a la joven". Entonces Daul'makán mandó llamar al gran chambelán, al emir Rustem y al emir Bahramán, y les dijo: "Mañana, apenas amanezca, marcharéis contra Constantinia, donde no tardaremos en unirnos con vosotros. Tú, ¡oh gran chambelán! te encargarás del mando del ejército en lugar mío; tú, Rustem, sustituirás a mi hermano Scharkán; y tú, Bahramán, reemplazarás al gran visir. Y sobre todo, cuidad de que el ejército no sepa que estamos ausentes, pues nuestra ausencia no durará más que tres días".

Entonces Daul'makán, Scharkán y el visir eligieron cien guerreros entre los más valerosos y cien mulos cargados de cajones vacíos destinados a encerrar los tesoros del monasterio. Y llevando al frente a la Madre de todas las Calamidades, la maldita vieja a quien seguían tomando por un asceta amado de Alah, emprendieron el camino del monasterio.

En cuanto al gran chambelán y las tropas musulmanas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, e interrumpió discretamente su relato.

Y CUANDO LLEGÓ LA 96ª NOCHE

Ella dijo:

En cuanto al gran chambelán y las tropas musulmanas, apenas amaneció levantaron las tiendas y emprendieron el camino de Constantinia.

Mientras tanto, la Madre de todas las Calamidades no perdía el tiempo. Apenas partió el ejército, sacó un par de palomas mensajeras, y ató al cuello de cada paloma una carta dirigida al rey Afridonios, enterándole de cuanto acababa de hacer, y le decía: "Por lo tanto, hay que enviar enseguida al monasterio diez mil guerreros entre los más valientes. Y cuando hayan llegado al pie de la montaña que me esperen allí, pues les entregaré a los dos reyes, al visir y a los cien guerreros musulmanes. Pero debo advertirte que mi ardid no puede realizarse sin que perezca el monje Matruna, guardián del monasterio; de modo que lo sacrificaré al bien común de los ejércitos cristianos, pues la vida de un fraile no es nada comparada con la salvación de la cristiandad.

"¡Y alabado sea Cristo nuestro Señor, al principio y al fin!"

Las palomas mensajeras llegaron a la torre más alta de Constantinia, y el domesticador cogió las cartas que llevaban colgadas del cuello, y fue a entregárselas al rey Afridonios. Y apenas las leyó el rey dispuso que se reunieran los diez mil soldados, les dio a cada uno un camello de carrera y un mulo para llevar el botín que habían de ganar al enemigo, y les mandó dirigirse apresuradamente hacia el monasterio.

En cuanto al rey Daul'makán, Scharkán, el visir y los cien guerreros, al llegar al pie de la montaña tuvieron que subir solos al monasterio, pues la Madre de todas las Calamidades les dijo: "Subid primero vosotros, y cuando os apoderéis del monasterio, subiré yo para enteraros dónde están los tesoros ocultos".

Y llegaron al monasterio, escalaron los muros y saltaron al jardín. Al oír ruido acudió el monje Matruna, y todo acabó para él, pues Scharkán gritó a sus guerreros: "¡Sus a ese perro maldito!" Y enseguida lo atravesaron cien golpes. Y su alma descreída se exhaló por el trasero, y fue a sumergirse en el fuego del infierno. Enseguida los musulmanes empezaron a saquear el monasterio. Asaltaron primeramente el recinto sagrado donde depositan los cristianos sus ofrendas, y encontraron allí, colgada de los muros, una cantidad enorme de joyas y objetos valiosos, muchos más de los que había dicho el anciano asceta. Y llenaron cajones y sacos, y los cargaron en los mulos y camellos.

Pero no hallaron ni rastro de la joven Tamacil, ni de los diez jóvenes tan hermosos como ella, ni del lamentable Dequianos, general de los monjes. Pensaron, pues, que la joven habría salido a pasearse o que estaría oculta en alguna habitación, y registraron todo el monasterio. Y como no la encontraran, estuvieron aguardándola dos días; pero la joven no apareció. Entonces, impaciente, Scharkán acabó por decir: "¡Oh hermano mío! ¡mi corazón y mi pensamiento están con los guerreros del Islam que hemos enviado a Constantinia, y de los cuales nada sabemos!"

Y Daul'makán dijo: "Creo que debemos renunciar a la joven Tamacil y a sus compañeros, pues hemos aguardado bastante. Y ya que hemos cargado nuestros mulos y nuestros camellos, contentémonos con lo que Alah ha querido darnos. i Y vamos a reunirnos con nuestras tropas, para aplastar a los infieles con auxilio de Alah y tomarles Constantinia!"

Entonces fueron a buscar al asceta al pie de la montaña y emprendieron el camino para reunirse con el ejército. Pero apenas habían entrado en el valle, aparecieron en las alturas los guerreros cristianos, que lanzando su grito de guerra, empezaron a bajar hacia ellos para envolverlos. Al ver esto, exclamó Daul'makán: "¿Quién habrá podido avisar a los cristianos nuestra presencia en el monasterio?"

Pero Scharkán le dijo: "¡Oh hermano mío! no podemos perder el tiempo en conjeturas; desenvainemos, y aguardemos a pie firme a esos perros malditos, y hagamos en ellos tal matanza, que ni uno pueda escaparse".

Y Daul'makán exclamó: "¡De haberlo previsto, habríamos traído mayor número de soldados!" Entonces dijo el visir Dandán: "Aunque tuviéramos diez mil hombres, no nos servirían en esta angosta garganta. Pero Alah nos sacará de este mal paso. Porque cuando peleamos por aquí a las órdenes del difunto rey Omar Al-Nemán, aprendimos todas las salidas de este valle. ¡Seguidme, pues, antes de que esos malditos nos cierren todas las salidas!"

Y cuando iban a salvarse, apareció ante ellos el asceta, y les gritó: "¿Por qué huis ante el enemigo? ¿No sabéis que vuestra vida está en manos de Alah, el único que os la puede arrebatar y os la puede quitar? Aquí me tenéis a mí: me encerraron en un subterráneo, y he sobrevivido porque Él lo quiso. ¡Adelante, pues, musulmanes! ¡Y si la muerte está ahí, el Paraíso os aguarda!"

Al oír estas palabras, sintieron renacer su valor, y aguardaron a pie firme al enemigo, que se precipitaba sobre ellos. Sólo eran ciento tres los musulmanes; pero, ¿no vale un creyente por mil infieles? Y efectivamente, apenas estuvieron los cristianos al alcance de sus lanzas y de sus espadas, comenzó el vuelo de cabezas.

Y Daul'makán y Scharkán a cada tajo lanzaban por el aire cinco cabezas cortadas. Los infieles se arrojaron sobre ellos de diez en diez, y saltaron entonces diez cabezas a cada golpe. Hicieron, pues, una gran carnicería, hasta que la noche separó a los combatientes.

Entonces los creyentes y sus tres jefes se retiraron a una caverna, para resguardarse aquella noche. Y buscaron inútilmente al asceta; y después de haberse contado, vieron que sólo eran cuarenta y cinco los supervivientes. Y Daul'makán dijo: "Acaso el asceta haya muerto en el combate".

Pero el visir exclamó: "¡Oh rey! He visto a ese asceta durante la batalla, y creo que excitaba contra nosotros a los infieles. ¡Y parecía un efrit negro de la clase más espantosa!"

Pero entonces se presentó el asceta en la entrada de la gruta, asiendo de los pelos una cabeza cortada, cuyos ojos se movían convulsos. Y era la cabeza del general en jefe del ejército cristiano, guerrero muy terrible.

Los dos hermanos se pusieron de pie, y gritaron: "¡Gloria a Alah, que te ha salvado, ¡oh santo asceta! y te ha devuelto a nuestra veneración!" Entonces aquella maldita repuso: "¡Oh mis queridos hijos! quise morir en la pelea, y me arrojé entre los combatientes; pero los infieles me respetaban y apartaban sus aceros de mi pecho. Entonces aproveché esta confianza para acercarme a su jefe, y de un solo sablazo, con auxilio de Alah, le corté la cabeza. ¡Y esa cabeza os la traigo aquí, para alentaros contra ese ejército sin jefe! En cuanto a mí..."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 97ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que la vieja Madre de todas las Calamidades prosiguió de este modo: "En cuanto a mí, me marcho corriendo hasta los muros de Constantinia, y os enviaré refuerzos que os saquen de entre las manos de esos descreídos. ¡Fortaleced, pues, vuestra alma, y mientras llegan vuestros hermanos, calentad vuestros alfanjes con la sangre de los infieles, para ser grato al Supremo Señor de los ejércitos!" Y los dos hermanos besaron las manos del asceta, le dieron las gracias por su abnegación, y le dijeron: "¿Y cómo vas a salir de aquí, cuando nos cercan completamente los cristianos?" Pero la maldita vieja contestó: "¡Alah me ocultará a sus miradas! ¡Y aunque lograran verme, no me harán ningún daño, porque estaré entre las manos de Alah, que protege a sus verdaderos fieles y persigue a los impíos que le niegan!"

Entonces Scharkán dijo: "¡Tus palabras están llenas de verdad, santo asceta! Te he visto luchar heroicamente en medio del combate, y ninguno de esos perros se atrevía a acercarse a ti, ni siquiera a mirarte. Ahora sólo te falta salvarnos de entre sus manos, y cuanto antes marches para buscar auxilio, mejor será. He aquí la noche. ¡Parte a favor de sus tinieblas, bajo la égida de Alah el Altísimo!"

Entonces la maldita vieja trató de llevarse consigo a Daul'makán, para entregárselo a los enemigos. Pero el visir Dandán que desconfiaba de los manejos de aquel asceta, dijo a Daul'makán lo necesario para impedirlo. Y la maldita vieja tuvo que irse sola, echando miradas de odio al visir.

Respecto a la cabeza cortada del general cristiano, la vieja había mentido, pues no había hecho más que cortarle la cabeza después de muerto. El general cristiano había perecido en medio del combate, a manos de uno de los guerreros musulmanes. Y este guerrero musulmán había pagado su hazaña con la vida, pues apenas el jefe cristiano había entregado su alma a los demonios del infierno, los cristianos al ver muerto a su jefe por la lanza del musulmán, se precipitaron sobre él, lo acribillaron a estocadas y lo destrozaron. Y el alma de aquel creyente fue enseguida al Paraíso, entre las manos del Remunerador.

En cuanto a los dos reyes, el visir y los cuarenta y cinco guerreros, que habían pasado la noche en la gruta, se despertaron al amanecer, y cumplieron sus deberes religiosos matutinos, una vez hechas las abluciones prescritas. Después se sintieron reanimados para la lucha, y a la voz de Daul'makán se precipitaron como leones sobre una piara de cerdos. E hicieron una carnicería en sus numerosos enemigos; las espadas chocaban con las espadas, las lanzas con las lanzas, y las azagayas rasgaban las armaduras, pues los guerreros se arrojaron al combate como lobos sedientos de sangre. Y Scharkán y Daul'makán hicieron correr tantas olas de sangre, que el río se desbordó, y hasta desapareció el valle bajo los montones de cadáveres. De modo que a la caída de la noche...

En este momento de su narración, Schehrazada, vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 98ª NOCHE

Ella dijo:

De modo que a la caída de la noche los combatientes tuvieron que separarse; y cada partido regresó a su campamento; y el campamento de los musulmanes seguía siendo aquel escondrijo de la caverna. Y una vez vueltos a la caverna, comprobaron que treinta y cinco de los suyos habían quedado en el campo de batalla, lo cual reducía su número a diez guerreros, además de los dos reyes y el visir, y los dejaba sin más defensa que sus excelentes aceros y el auxilio del Altísimo.

Y Scharkán no pudo menos que exhalar un gran suspiro, y exclamó: "¿Cómo lo haremos ahora?" Pero todos los creyentes le respondieron: "¡Sólo ocurrirá lo que Alah disponga!" Y Scharkán se pasó toda la noche sin dormir.

Pero al amanecer despertó a sus compañeros, y les dijo: "Compañeros, ya no somos más que trece, contando a mi hermano y a nuestro visir. Pienso que sería funesta una salida contra el enemigo, porque

a pesar de nuestro valor, no podríamos resistir mucho tiempo a la jauría innumerable de nuestros enemigos, y ninguno de nosotros volvería con su alma. Por lo tanto, nos situaremos espada en mano a la entrada de la gruta, y retaremos al enemigo, y los podremos destrozar cuando entren, puesto que somos más fuertes que ellos. Y así los iremos diezmando, hasta que vengan los refuerzos que nos traerá el asceta.

Y todos contestaron: "Tu idea es excelente y vamos a desarrollarla". Y cinco de los guerreros salieron de la gruta, y desafiaron a gritos a los cristianos. Enseguida, al ver que un destacamento de ellos avanzaba hacia aquel lugar, se metieron en la gruta y se apostaron a la entrada, en dos filas.

Y las cosas ocurrieron según había previsto Scharkán: cada vez que los cristianos querían franquear la entrada de la gruta, caían destrozados, y ninguno podía salir ya para avisar a los demás aquel peligro. De modo que este día la matanza de cristianos fue todavía mayor que los otros días, y no se interrumpió hasta que llegaron las tinieblas de la noche. Y así fue como Alah cegó a los impíos, para reconfortar el corazón de sus servidores.

Pero al día siguiente los cristianos celebraron consejo, y dijeron: "Esta lucha no acabará mientras no exterminemos hasta el último de los musulmanes. En vez de tomar esa gruta al asalto, cerquémosla bien con nuestros soldados, rodeémosla de leña y prendámosle fuego para quemarlos vivos. Y si al verse en este peligro se rindieran a discreción, los cogeremos cautivos y los arrastraremos hasta nuestro rey Afridonios de Constantinia. De otro modo los dejaremos convertirse en carbón, para alimentar el fuego del infierno, ¡Y ojalá Cristo los ahume y los maldiga a ellos, a sus ascendientes y a su posteridad, y los convierta en alfombra para los pies de los cristianos!"

Y dicho esto, se apresuraron a hacinar leños alrededor de la gruta...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discretamente aplazó su relato para el otro día.

Y CUANDO LLEGÓ LA 99ª NOCHE

Ella dijo:

Se apresuraron a hacinar leños alrededor de la gruta hasta una altura enorme, y les prendieron fuego.

Los musulmanes acabaron por no poder resistir aquel calor, que aumentando cada vez más, terminó por echarlos, y formando una sola masa se precipitaron afuera. todos, y rápidamente abrieron una brecha a través de las llamas. Pero ¡ay! al otro lado, cuando todavía les cegaba el fuego y el humo, los arrojó el Destino en manos de los enemigos, que quisieron darles muerte enseguida. Pero lo impidió el jefe de los cristianos, y les dijo: "¡Por Cristo! aguardemos a que estén en Constantinia, en presencia del rey Afridonios, que tendrá una gran alegría al verlos prisioneros. ¡Echémosles al cuello las cadenas, y arrastrémoslos detrás de nuestros caballos!"

Los amarraron fuertemente y los dejaron bajo la guardia de algunos guerreros. Después, para festejar aquella captura, el ejército cristiano se puso a comer y beber, y tanto bebieron, que hacia medianoche todos cayeron de espaldas como muertos.

Entonces Scharkán miró a su alrededor, vio aquellos cuerpos tendidos, y dijo a su hermano Daul'makán: "¿Encontraremos algún medio para salir de este mal paso?"

Y Daul'makán contestó: "¡Oh hermano mío! realmente no lo sé, porque henos aquí como pájaros en una jaula".

Y tal rabia le dio a Scharkán, y lanzó tan grande y desesperado suspiro, que aquel esfuerzo considerable hizo crujir y estallar las cuerdas que le ataban. Y al verse libre se puso en pie de un salto y corrió a desatar a su hermano y al visir. Enseguida se acercó al jefe de la guardia cristiana, y le quitó las llaves de las cadenas con que estaban sujetos los diez soldados musulmanes, y los libertó también. Y sin perder tiempo, se armaron con las armas de los cristianos borrachos, se apoderaron de sus caballos, y se alejaron silenciosamente, dando gracias a Alah por su salvación.

Y galoparon hasta llegar a lo alto de la montaña, donde Scharkán mandó detenerse un momento, y dijo: "Ahora que con ayuda de Alah estamos seguros, os voy a comunicar una idea". Y todos preguntaron: "¿Cuál es esa idea?" Y dijo Scharkán: "Nos vamos a dispersar por la cumbre de esta montaña, y a gritar con todas nuestras fuerzas: "¡Alahú akbar!" Entonces resonarán las montañas, el valle y las rocas, y los impíos creerán que todo el ejército de los musulmanes se les viene encima, y aturdidos, se matarán unos a otros en medio de las sombras de la noche, y harán en sí mismos una gran carnicería hasta por la mañana".

Y todos obraron así, como había aconsejado Scharkán. Al oír aquellas voces que caían de las montañas, repercutidas mil veces en las tinieblas, los descreídos se levantaron asustados y se pusieron apresuradamente sus armaduras, gritando: "¡Por Cristo! ¡Todo el ejército musulmán está ahí!" Y enloquecidos se arrojaron unos sobre otros, e hicieron en sí mismos una gran carnicería, no cesando hasta por la mañana, cuando los musulmanes se alejaron rápidamente hacia Constantinia.

Y mientras Daul'makán, Scharkán, el visir y los guerreros seguían galopando, vieron levantarse ante ellos una polvareda muy densa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 100ª NOCHE

Ella dijo:

Vieron levantarse ante ellos una polvareda muy densa, y oyeron gritar: "¡Alahú akbar! ¡Alahú akbar!" Y a los pocos instantes vieron al ejército musulmán, con los estandartes desplegados, que avanzaba rápidamente hacia ellos. Y bajo los grandes estandartes en que estaban escritas las palabras de la fe: "¡No hay más Dios que Alah, y Mahomed es el profeta de Alah!", aparecieron a caballo, al frente de sus guerreros, los emires Rustem y Bahramán. Y detrás, como olas infinitas, avanzaban los guerreros musulmanes.

En cuanto los emires Rustem y Bahramán vieron al rey Daul'makán, echaron pie a tierra y fueron a prestarle homenaje. Y Daul'makán preguntó: "¿Qué hacen nuestros hermanos los musulmanes?" Y le contestaron: "Están perfectamente frente a los muros de Constantinia. Y nos envía el gran chambelán con 20.000 soldados para socorreros".

Entonces Daul'makán preguntó: "¿Y cómo habéis sabido el peligro que corríamos?" Y ellos dijeron: "Nos lo ha anunciado el venerable asceta, después de andar día y noche, para apremiarnos a fin de que viniésemos enseguida. Y ahora está junto al gran chambelán, y alienta a los creyentes a la lucha contra los infieles encerrados en Constantinia".

Los dos hermanos se alegraron muchísimo al saber estas noticias, dieron gracias a Alah porque el santo asceta había llegado sin contratiempo a Constantinia, y luego enteraron a los dos emires de cuanto había pasado desde su llegada al monasterio. Y les dijeron: "Ahora los infieles, después de haberse diezmado esta noche, estarán espantados al ver su error. Y sin darles tiempo para rehacerse, vamos a echarnos sobre ellos y a exterminarlos, y nos apoderaremos de todo el botín, con las riquezas que sacamos del monasterio".

Y todos los musulmanes, a las órdenes de Daul-makán y Scharkán, se precipitaron como un rayo desde la cumbre de la montaña, y cayeron sobre el campamento de los infieles, esgrimiendo la lanza y el alfanje. Y al fin de la jornada, no quedó ni un solo hombre entre los infieles que pudiese ir a contar el desastre a los que estaban encerrados tras de los muros de Constantinia.

Exterminados los cristianos, se apoderaron los musulmanes de todo el botín y de todas las riquezas, y descansaron aquella noche, celebrando el triunfo y dando gracias a Alah por sus beneficios.

Y al llegar al mañana, Daul'makán dijo a los jefes del ejército: "Marchemos inmediatamente a Constantinia para unirnos al gran chambelán, que sitia la ciudad con un número muy reducido de fuerzas. Pues si los sitiados supieran que estamos aquí, harían una salida, convencidos de cuán inferiores son a ellos en número los musulmanes, y esta salida sería muy funesta para nuestros hermanos.

Y levantaron el campo, marchando apresuradamente hacia Constantinia, mientras Daul'makán, para animar a sus guerreros, improvisó las siguientes estrofas:

¡Oh Señor! No te ofrezco mi alabanza, puesto que eres la gloria y la alabanza, y no has dejado de llevarme de la mano por el camino difícil.

Me diste la riqueza y los bienes, me concediste con tu gracia un trono, y has armado mi brazo con la poderosa espada de las victorias.

Me entregaste un imperio cuya sombra es considerable, y me has colmado con el exceso de tu generosidad.

Me sostuviste siendo extranjero, en los países extranjeros, y fuiste mi fiador cuando estaba tan oscurecido entre los desconocidos.

¡Gloria a Ti! Has adornado mi frente con tu triunfo, hemos aplastado con tu ayuda a los rumís, que niegan tu poder, y los hemos perseguido como a rebaño en dispersión.

¡Gloria a ti! Pronunciaste contra las filas de los impíos la palabra de tu ira, y helos aquí, para siempre ebrios, no con la fermentación generosa de los vinos, sino con la copa de la muerte.

¡Y si algunos de los creyentes cayeron en la batalla, han logrado la inmortalidad y están sentados bajo las frondas felices del Paraíso, a orillas del río de miel perfumada!

Cuando Daul'makán acabó de recitar estos versos, durante la marcha de las tropas, se vio a lo lejos una polvareda negra, que al aproximarse...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 101ª NOCHE

Ella dijo:

Se vio a lo lejos una polvareda negra, que al aproximarse dejó aparecer a la Madre de todas las Calamidades, siempre bajo el aspecto de un asceta. Y todos se apresuraron a besarle las manos. Y ella llorando les dijo:

"¡Sabed la desdicha, oh pueblo de los creyentes! ¡Y sobre todo, apresurad la marcha! ¡Vuestros hermanos han sido atacados de improviso en sus tiendas por fuerzas considerables de los sitiados, y están en completa derrota. ¡Corred, pues, en su ayuda, pues de otro modo no encontraréis ni rastro del chambelán y sus guerreros!"

Daul'makán y Scharkán sintieron que el corazón se les desgarraba a fuerza de palpitaciones, y en el colmo de la consternación se arrodillaron delante del santo asceta, y le besaron los pies. Y todos los guerreros lanzaron amargas exclamaciones de dolor.

Pero no obró de este modo el gran visir Dandán, pues fue el único que no bajó del caballo, ni besó los pies ni las manos del asceta. Y en alta voz, y delante de todos los jefes, dijo: "¡Por Alah! ¡Oh musulmanes! mi corazón siente una invencible aversión hacia ese extraño asceta. y pienso que es uno de los réprobos que están desterrados de la puerta de la misericordia divina! ¡Rechazad a ese brujo maldito! ¡Creed al anciano compañero del difunto rey Omar Al-Nemán! ¡Despreciad a ese réprobo y apresurémonos a ir a Constantinia!"

Pero Scharkán dijo al visir: "Aleja de tu espíritu esas sospechas equivocadas. Bien se conoce que no viste, como yo lo he visto, a ese santo asceta excitar el valor de los musulmanes durante la pelea y afrontar sin temor las espadas y las lanzas. Procura pues, no calumniar a este santo, porque ya sabes cuán censurable es la maledicencia y el ataque dirigido contra todo hombre de bien. Y advierte que si no le ayudase Alah, no tendría esa fuerza ni esa resistencia, ni lo habría salvado de los tormentos del subterráneo".

Y dichas estas palabras mandó Scharkán que diesen al asceta una hermosa mula suntuosamente enjaezada. Y le dijo: "Monta en esa mula, ¡oh padre! el más santo de los ascetas". Pero la vieja maldita exclamó:

"¿Cómo no he de ir a pie cuando los cadáveres de nuestros hermanos yacen insepultos al pie de las murallas de Constantinia?" Y no quiso montar en la mula, y se metió entre los soldados, pasando por entre infantes y jinetes como el zorro que busca una presa. Y no dejaba de recitar en alta voz los versículos del Corán ni de rezar al Clemente, hasta que por fin se vio venir a los restos del ejército que mandaba el chambelán.

Daul'makán quiso conocer aquel desastre, y el gran chambelán, con el alma atormentada, le contó cuanto había ocurrido.

Todo lo había combinado la maldita Madre de todas las Calamidades. Cuando los emires Rustem y Bahramán marcharon a socorrer a Daul'makán y a Scharkán, quedó muy reducido el ejército que acampaba al pie de los muros de Constantinia. Y el chambelán se guardó muy bien de hablar de ello a sus soldados, temiendo que hubiera un traidor entre éstos. Pero la vieja, que sólo aguardaba aquella ocasión, corrió enseguida hacia los sitiados, llamó a uno de los jefes que estaban en las murallas, y le dijo que le alargase una cuerda, a la que ató una carta escrita por su mano. Y decía así:

"Esta carta de la astuta y terrible Madre de todas las Calamidades, la plaga más espantosa de Oriente y Occidente, va dirigida al rey Afridonios, al cual Cristo tenga en su gracia".

Y enseguida:

"Sabe, ¡oh rey! que la tranquilidad va a reinar en adelante en tu corazón, pues he combinado una estratagema que es la pérdida definitiva de los musulmanes. Al rey Daul'makán, su hermano Scharkán y el visir Dandán los tengo prisioneros después de haber destruido la tropa con que saquearon el monasterio del monje Matruna. Y ahora he logrado debilitar a los sitiadores haciendo que envíen los dos tercios de su ejército en socorro de los otros, y estos refuerzos serán destruidos seguramente por el ejército victorioso de los soldados de Cristo.

"Por lo tanto, sólo te falta hacer una salida en masa contra los sitiadores, atacarlos en su campamento, quemar sus tiendas, y hacerlos pedazos hasta el último, lo cual te será fácil con la ayuda de Cristo Nuestro Señor y su madre la Virgen. ¡Y ojalá me remuneren algún día por el bien que hago a toda la cristiandad!"

Al leer esta carta el rey Afridonios experimentó una gran alegría, e inmediatamente mandó llamar al rey Hardobios, que había ido a encerrarse en Constantinia con el contingente de sus tropas de Kaissaria, y le leyó la carta de la Madre de todas las Calamidades...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 102ª NOCHE

Y le leyó la carta de la Madre de todas las Calamidades. Entonces el rey Hardobios llegó al límite más extremo del entusiasmo, y exclamó: "¡Admira, ¡oh rey! los ardides maravillosos de mi nodriza la Madre de todas las Calamidades! ¡Nos ha sido más útil que las armas de nuestros guerreros! ¡Su mirada, lanzada ahora contra nuestros enemigos, produce más terror que todos los demonios del infierno en el terrible día del Juicio!" Y el rey Afridonios respondió: "¡Ojalá nunca nos prive Cristo de esa mujer inestimable! ¡Y ojalá centuplique sus ardides y sus estratagemas!"

Después mandó a los jefes que avisaran a los soldados la hora del ataque. Y los guerreros afluyeron de todos sitios, afilaron las espadas e invocaron la cruz, juraron, blasfemaron, se movieron y aullaron. Y por último, salieron por la puerta principal de Constantinia.

Al verlos avanzar en orden de batalla y con la espada desnuda, comprendió el chambelán el gran peligro que les amenazaba, y reunió enseguida a sus soldados, y les dijo: "¡Oh musulmanes! poned vuestra confianza en vuestra fe. Si retrocedéis, estáis perdidos; pero si resistís firmemente, triunfaréis.

¡El valor, no es más que la paciencia de un momento!

¡No hay cosa, por angosta que sea, que no pueda ensancharla Alah! ¡Pido al Altísimo que nos bendiga y os mire con ojos clementes! "

Cuando los musulmanes oyeron estas palabras, su valor ya no conoció límites, y gritaron todos: "¡No hay más Dios que Alah!" Y por su parte los cristianos, a la voz de sus sacerdotes y sus monjes, invocaron a Cristo, la cruz y el cíngulo. Y entremezclándose estos gritos, vinieron los ejércitos a las manos, la sangre corrió a oleadas, y las cabezas volaron de los cuerpos. Entonces los ángeles buenos se pusieron del lado de los creyentes, y los ángeles malos abrazaron la causa de los descreídos; y se vio dónde estaban los cobardes y dónde estaban los intrépidos.

Los héroes brincaban en medio de la lucha. Y unos mataban, y otros caían derribados de las sillas. Y la batalla se hizo sangrienta, alfombrando el suelo los cadáveres, hacinándose hasta la altura de los caballos. ¿Pero qué podía el heroísmo de los creyentes contra el insuperable número de los malditos rumís? Así es que al caer la noche fueron rechazados los musulmanes, y saqueadas sus tiendas, cayendo su campamento en poder de la gente de Constantinia.

Entonces, en plena derrota, encontraron al ejército victorioso del rey Daul'makán, que volvía del valle después de haber destrozado a los cristianos del monasterio.

Y Scharkán llamó al chambelán, y ante todos los jefes reunidos le felicitó por su firmeza en la resistencia, por su prudencia en la retirada y por su paciencia en la derrota. Y todos los guerreros musulmanes, reunidos ahora en una sola masa, clamaban venganza, y avanzaron contra Constantinia con los estandartes desplegados.

Cuando los cristianos vieron aproximarse aquel ejército formidable sobre el cual ondeaban las banderas con las palabras de la fe, se lamentaron e invocaron a Cristo, a Mariam, a Hanna y a la cruz, y rogaron a sus patriarcas y a sus malos sacerdotes que intercedieran por ellos cerca de sus santos.

Mientras tanto, el ejército musulmán había llegado al pie de los muros de Constantinia y se preparaba para el combate.

Y Scharkán adelantó hacia su hermano, y le dijo: "¡Oh rey del tiempo! puesto que los cristianos no rehusarán la lucha, que es lo que deseo con toda mi alma, quisiera exponerte mi plan". Y el rey dijo: "¿Y cuál es ese plan que deseas expresar, ¡oh tú que posees las ideas admirables!?" Y Scharkán dijo: "La mejor disposición para la batalla es colocarme en el centro, precisamente ante el frente del enemigo; el gran visir mandará el centro derecho, el emir Torkash el centro izquierdo, el emir Rustem el ala derecha y el emir Bahramán el ala izquierda. Y tú quedarás bajo la protección del gran estandarte para vigilar los movimientos, pues eres nuestra columna y nuestra única esperanza después de Alah. ¡Y todos nosotros te serviremos de muralla!"

Daul'makán dio las gracias a su hermano por su abnegación, y dispuso que se ejecutara su plan.

Pero he aquí que de entre las filas de los rumís se destacó un jinete, que avanzó rápidamente hacia los musulmanes. Y cuando estuvo cerca se le vio cabalgar sobre una ligera mula, cuya silla era de seda blanca cubierta con un tapiz de Cachemira. El jinete era un arrogante anciano de barbas blancas y de aspecto venerable, envuelto en un manto de lana blanca. Se acercó al sitio en que estaba Daul'makán, y dijo: "Vengo hacia vosotros para traeros un mensaje. Como soy un embajador, y el embajador debe estar amparado por la neutralidad, otorgadme el derecho a hablar sin que me molesten, y os comunicaré mi misión".

Entonces Scharkán le dijo: "Estás bajo nuestra salvaguardia". El mensajero se apeó, se quitó la cruz que pendía de su cuello, se la entregó al rey, y dijo: "Vengo hacia vosotros de parte del rey Afridonios, que ha atendido mis consejos para terminar esta guerra desastrosa que aniquila tanta criatura hecha a imagen de Dios. Vengo a proponeros que se ponga término a esta guerra con un combate singular entre el rey Afridonios y el príncipe Scharkán, jefe de los guerreros musulmanes".

Oídas estas palabras, Scharkán dijo: "¡Oh anciano! vuelve junto al rey de los rumís, y dile que Scharkán, campeón de los musulmanes, acepta la lucha. Y mañana por la mañana, en cuanto hayamos descansado de esta larga marcha, chocarán nuestras armas. Y si soy vencido, nuestros guerreros tendrán que buscar su salvación en la fuga".

Entonces el anciano regresó junto al rey de Constantinia y le trasmitió la respuesta. Y el rey estuvo a punto de volar de alegría al enterarse, pues estaba seguro de matar a Scharkán, y había tomado todas sus disposiciones para ello. Y pasó aquella noche comiendo, y bebiendo, y rezando, y diciendo oraciones.

Cuando llegó la mañana, avanzó a caballo de un alto corcel de batalla. Vestía una cota de malla de oro, en el centro de la cual brillaba un espejo enriquecido con pedrería; llevaba en la mano un sable grande y corvo, y se había echado al hombro un arco fabricado al estilo occidental: Y cuando estuvo muy cerca de las filas musulmanas, se levantó la visera, y gritó:

"¡Heme aquí! ¡El que sabe quién soy, debe saber a qué atenerse; y el que ignora quién soy, me conocerá muy pronto! ¡Oh vosotros todos! ¡soy el rey Afridonios, cuya cabeza está cubierta de bendiciones!"

Pero no había acabado de hablar, cuando apareció frente a él el príncipe Scharkán, montando un hermoso caballo que valía más de mil monedas de oro rojo, y cuya silla era de brocado, bordada con perlas y pedrerías. Llevaba en la mano una espada india nielada de oro, cuya hoja era capaz de cortar el acero y de nivelar todas las cosas.

Llevó su caballo hasta muy cerca del de Afridonios, y gritó:

"¡Guárdate, miserable! ¿Me tomas por uno de esos jovencillos de piel de doncella, cuyo sitio está más bien en el lecho de las prostitutas que en el campo de batalla? ¡He aquí mi nombre, maldito rumí!"

Y haciendo girar la espada, asestó un tremendo golpe a su adversario, que sólo se pudo resguardar haciendo dar una vuelta a su caballo. Después se lanzaron el uno contra el otro, semejando dos montañas que chocaran o dos mares que se desplomasen. Y se alejaban y se acercaban para separarse y volver a acercarse otra vez. Y no dejaban de darse golpes y pararlos. Todo esto a la vista de los dos ejércitos, que tan pronto voceaban la victoria para Scharkán como para el rey de los rumís. Y así siguieron hasta la puesta del sol, sin ningún resultado.

Pero cuando el astro iba a desaparecer, el rey Afridonios gritó súbitamente a Scharkán:

"¡Por Cristo! ¡Mira hacia atrás, campeón de la derrota, héroe de la fuga! ¡He aquí que te traen un caballo de refresco para que luches ventajosamente contra mí, que conservo el mío! ¡Esa es costumbre de esclavos y no de guerreros! ¡Por Cristo! ¡Vales menos que un esclavo!"

Al oír estas palabras, Scharkán, en el colmo de la rabia, se volvió para ver qué caballo era aquel de que le hablaba el cristiano; y no vio ninguno. Aquello era un ardid del maldito cristiano, que aprovechándose de aquel movimiento, que dejaba a Scharkán a merced suya, blandió la azagaya y se la tiró a la espalda.

Entonces Scharkán exhaló un grito terrible, un solo grito, y cayó sobre el arzón de la silla. Y el maldito Afridonios, dejándole por muerto, lanzó su grito de victoria, grito de traición, y galopó hacia las filas de los cristianos.

Pero en cuanto los musulmanes vieron caer a Scharkán con la cara contra el arzón de la silla, acudieron a socorrerle, y los primeros que llegaron hasta él fueron...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como de costumbre, interrumpió su relato.

Y CUANDO LLEGÓ 103ª NOCHE

Ella dijo:

Los primeros que llegaron hasta él fueron el visir Dandán y los emires Rustem y Bahramán. Lo levantaron en brazos, y se apresuraron a llevarle a la tienda de su hermano, que había llegado al límite más extremo del dolor y de la indignación, clamando por vengarse. Enseguida llamaron a los médicos, y se les confió a Scharkán. Y todos los presentes rompieron en sollozos, y pasaron la noche alrededor de la cama en que estaba tendido el héroe, que seguía desmayado.

Por la mañana llegó el santo asceta, entró donde estaba el herido, leyó sobre su cabeza algunos versículos del Corán y le impuso las manos. Entonces Scharkán exhaló un prolongado suspiro y abrió los ojos.

Sus primeras palabras fueron para dar gracias al Clemente, que le permitía vivir. Después se volvió hacia su hermano Daul'makán, y le dijo: "El maldito me ha herido a traición. Pero gracias a Alah, la herida no es mortal. ¿En dónde está el santo asceta?"

Y Daul'makán dijo: "Helo ahí, a tu cabecera". Entonces Scharkán cogió las manos del asceta y las besó. Y el asceta hizo votos' por su curación, y le dijo: "¡Hijo mío, sufre con paciencia tus males y serás recompensado por el Remunerador! "

Daul'makán, que había salido un momento, volvió a la tienda, besó a su hermano Scharkán y las manos del santo, y dijo: "¡Oh hermano mío! ¡que Alah te proteja! ¡He aquí que voy a vengarte, pues voy a matar a ese traidor, a ese perro hijo de perro, rey de los rumís!".

Y Scharkán quiso detenerle, pero fue en vano. El visir, los dos emires y el chambelán se ofrecieron a ir a matar al traidor, pero ya Daul'makán había saltado sobre su caballo, y gritaba: "¡Por el pozo de Zámzam! ¡Yo solo he de castigar a ese perro!" Y sacó su caballo a mitad del meidán, y al verle se le habría tomado por el mismo Antar en medio de la pelea, cabalgando en su caballo negro, más veloz que el viento y los relámpagos.

Por su parte, el traidor Afridonios había lanzado su caballo al meidán. Y los dos campeones chocaron, buscando uno y otro darse el golpe decisivo, pues la lucha no podía terminar esta vez más que con la muerte. Y la muerte acabó por herir al maldito traidor, pues Daul'makán, cuyas fuerzas centuplicaba el deseo de venganza, después de algunos ataques infructuosos, acabó por alcanzar a su enemigo, y de un solo tajo le hendió la visera, la piel del cuello y la columna vertebral, e hizo volar su cabeza lejos del cuerpo.

Y al verlo los musulmanes se precipitaron como el rayo sobre las filas de los cristianos, e hicieron una matanza, pues hasta la caída de la noche sucumbieron cincuenta mil rumís. Pero los descreídos pudieron volver a favor de las tinieblas a Constantinia, y cerraron las puertas, para que los musulmanes victoriosos no pudiesen penetrar en la ciudad. Y así fue como Alah otorgó la victoria a los guerreros de la fe.

Los musulmanes volvieron entonces a sus tiendas cargados con los despojos de los rumís, y los jefes felicitaron al rey Daul'makán, que dio las gracias al Altísimo por la victoria. Después marchó el rey junto al lecho de su hermano, y le anunció la buena nueva. Y Scharkán sintió que su corazón se desbordaba de alegría, y dijo a su hermano: "Sabe, ¡oh hermano! que la victoria no se debe más que a las oraciones de este santo asceta, que durante la batalla no ha cesado de invocar al cielo y de pedir sus bendiciones para los guerreros creyentes".

Pero la maldita vieja, al saber la muerte del rey Afridonios y la derrota de su ejército, cambió de color; su tez amarilla se puso verde, y el llanto la ahogaba. Sin embargo, consiguió dominarse, y dio a entender que aquellas lágrimas eran causadas por la alegría que le producía la victoria de los musulmanes. Y maquinó la peor de las maquinaciones para abrasar de dolor el corazón de Daul'makán. Aquel día aplicó, como de costumbre, las pomadas y los ungüentos a las heridas de Scharkán, le curó con el mayor cuidado, y pidió que saliera todo el mundo, para dejarlo dormir tranquilamente. Entonces todos salieron, y dejaron a Scharkán con el miserable asceta.

Cuando Scharkán estuvo completamente sumido en el sueño...

En este momento de su narración, Scherazada vio aparecer la mañana, y discreta como siempre, se calló hasta el otro día.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 104ª NOCHE

Ella dijo:

Cuando Scharkán estuvo completamente sumido en el sueño, la horrible vieja, que le acechaba como una loba feroz, o como una víbora de las peores, se puso de pie, se deslizó traidoramente hasta cerca de la cabecera, y sacó de entre las ropas un puñal emponzoñado con un veneno tan terrible, que sólo con ponerlo sobre el granito lo habría derretido. Y levantó el puñal con su mano calamitosa, y descargándolo bruscamente contra el cuello de Scharkán, le separó la cabeza del tronco. Y así murió, por la fuerza de la fatalidad y por las maquinaciones de Eblis, encarnado en aquella maldita vieja, el que fue el campeón de los musulmanes, el incomparable héroe Scharkán, hijo de Omar AlNemán.

Y satisfecha su venganza, la vieja dejó junto a la cabeza cortada una carta que decía:

"Esta carta es de la noble Schauahi, la cual, a causa de sus hazañas, es conocida con el nombre de Madre de todas las Calamidades, y va dirigida a los musulmanes que se hallan ahora en el país de los cristianos.

"Sabed, ¡oh todos vosotros! que yo y nadie más que yo tuvo la alegría de suprimir en otro tiempo a vuestro rey Omar Al-Nemán, en medio de su palacio. Y yo soy la que ha causado vuestra derrota y vuestro exterminio en el valle del monasterio. Yo soy la que con su propia mano ha cortado la cabeza a vuestro jefe Scharkán. ¡Y espero que, con la ayuda del cielo, cortaré también la cabeza a vuestro rey y a su visir Dandán!

"Reflexionad ahora vosotros si os conviene permanecer más en nuestro país o regresar al vuestro. ¡Sabed que no lograréis jamás vuestros fines, pues por mi brazo y mis estratagemas, y gracias a Cristo, nuestro Señor, pereceréis hasta el último, al pie de los muros de Constantinia!"

Y habiendo dejado esta carta, se deslizó fuera de la tienda y marchó a Constantinia para enterar a los cristianos relatándoles sus fechorías. Después fue a la iglesia, y se puso a rezar y llorar por la muerte del rey Afridonios, y dio las gracias al diablo por la muerte del príncipe Scharkán.

Pero he aquí que a la misma hora en que se cometía el asesinato del príncipe, el visir Dandán, no pudiendo dormir y sintiéndose inquieto, como si todo el mundo se desplomase sobre él, se decidió a levantarse de la cama y a salir de su tienda. Y mientras se paseaba, vio al asceta que se alejaba rápidamente del campamento. Y entonces pensó: "El príncipe estará solo; voy a velar junto a él si duerme, o a hablar con él si está despierto".

Y cuando llegó a la tienda, lo primero que vio fue un gran charco de sangre en el suelo, y después, en el lecho, el cuerpo y la cabeza de Scharkán asesinado.

Y lanzó un grito tan terrible, que despertó a todos, y puso en pie a todo el campamento, y a todo el ejército, y también al rey Daul'makán, que acudió inmediatamente a la tienda. Y al ver al visir Dandán que lloraba junto al cuerpo sin vida de su hermano, exclamó: "¡Ya Alah!" Y cayó sin conocimiento...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 105ª NOCHE

Ella dijo:

Y cayó sin conocimiento. Entonces acudieron el visir y los emires, y le hicieron aire con los ropones. Y Daul'makán acabó por volver en sí, y exclamó: "¡Oh mi hermano Scharkán! ¡Oh el más grande de los héroes! ¿Qué maldito demonio te ha puesto en este irremediable estado?" Y se echó a llorar, y con él lloraban también el visir, los emires y el gran chambelán.

De pronto, el visir Dandán vio la carta, se apoderó de ella, y la leyó al rey delante de todos los presentes. Y dijo: "¡Oh rey! ¡He aquí explicada la repulsión que sentía ante ese asceta maldito!"

Y entonces el rey, sin dejar de llorar, exclamó: "¡Por Alah! que he de coger a esa vieja, y con mis propias manos le anegaré la vagina con plomo derretido, y he de clavarle en el trasero un poste afilado. ¡Después la arrastraré por los pelos y la clavaré viva en la puerta principal de Constantinia!"

Enseguida dispuso unos grandes funerales en memoria de su hermano Scharkán. Y la comitiva le siguió llorando con todas las lágrimas de sus ojos, y fueron a sepultarlo al pie de una colina, bajo una gran cúpula de mármol y de oro.

Después, durante largos días, siguió llorando, y tanto lloró, que llegó a ser la sombra de sí mismo. Y el visir Dandán, reprimiendo su propio dolor, fue a buscarle, y le dijo: "¡Oh rey! procúrate un bálsamo para tu dolor y sécate los ojos. ¿No sabes que tu hermano está entre las manos del Justo Remunerador? Y además, ¿de qué sirve todo ese duelo por lo que es irreparable, y cuando toda cosa está escrita para suceder a su tiempo? Levántate, ¡oh rey! y coge de nuevo tus armas; y pensemos en apresurar el sitio de esta ciudad de infieles. ¡Será el mejor medio de vengarnos!"

Y mientras el visir animaba de este modo al rey, llegó un correo de Bagdad portador de una carta de Nozhatú a su hermano Daul'makán. Y esta carta decía en concreto lo siguiente:

"Te anuncio, ¡oh hermano mío! la buena nueva.

"Tu esposa, la joven esclava que dejaste preñada, acaba de parir con salud un niño varón, tan luminoso como la luna en el mes de Ramadán. Y me ha parecido muy bien llamarme Kanmakán.

"Ahora bien; los sabios y los astrónomos predicen que este niño realizará cosas memorables, por los muchos prodigios y maravillas que han acompañado a su nacimiento. “Con este motivo no he dejado de rezar y hacer votos en todas las mezquitas por ti, por el niño y por tu triunfo contra los enemigos. "Te anuncio asimismo que gozamos de completa salud, especialmente tu amigo el encargado del hammam, que está en el límite de la satisfacción y la paz, y desea ardientemente, como nosotros, tener noticias tuyas.

"Aquí este año las lluvias han sido abundantes, y las cosechas se anuncian como excelentes.

"¡Y que la paz y la seguridad sean contigo y a tu alrededor!"

Cuando Daul'makán hubo leído esta carta, respiró ampliamente, y exclamó: "Ahora, ¡oh visir! que Alah me ha favorecido- con mi hijo Kanmakán, mi duelo se atenúa y mi corazón vuelve a empezar a vivir. Así es que tenemos que pensar en celebrar dignamente el término de este luto, según nuestras costumbres". Y el visir dijo: "La idea es muy justa". Y mandó levantar tiendas alrededor de la tumba de Scharkán, y en ellas se colocaron los lectores del Corán y los imanes. Se inmoló un gran número de carneros y de camellos, y su carne se repartió entre los soldados. Y se pasaron aquella noche rezando y recitando el Corán. Pero por la mañana, Daul'makán avanzó hacia la tumba del príncipe Scharkán, tapizada con telas preciosas de Persia y Cachemira, y ante todo el ejército...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discretamente se calló hasta el otro día.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 106ª NOCHE

Ella dijo:

Daul'makán avanzó hacia la tumba del príncipe Scharkán, tapizada con telas preciosas de Persia y Cachemira, y delante de todo el ejército vertió abundantes lágrimas, e improvisó estas estrofas en memoria del difunto:

¡Oh Scharkán! ¡oh hermano mío! he aquí que las lágrimas han escrito en mis mejillas, para todas las miradas que los lean, renglones más dolorosos y más elocuentes que los versos más sentidos, ¡oh hermano!

Detrás de tu féretro, ¡oh Scharkán! marcharon llorando todos los guerreros. Y lanzaban gritos de dolor tan desgarrados como el grito de Muza en el Jabal-Tor.

Y llegamos todos en tu tumba, cuya fosa es más honda en el corazón de tus soldados que en la tierra en que reposas, ¡oh hermano mío!

¡Ay de mí, oh Scharkán! ¿Cómo podía suponer que había de verte bajo el sudario en las parihuelas, y a hombros de los portadores?

¿En dónde estás, astro de Scharkán? ¿En dónde estás, astro querido, cuya claridad deslumbraba a todas las estrellas de los cielos?

¡El abismo infinito de tu tumba, ¡oh joya preciada! está iluminado por la claridad que le prestas en el seno de nuestra última madre, hermano mío!

¡Y hasta el sudario que te cubre, los pliegues de tu sudario, tomaron vida al contacto tuyo y se extendieron como alas para cobijarte!

Y recitadas estas estrofas, rompió en llanto el rey, y con él todo el ejército. Entonces avanzó el visir Dandán, se arrojó sobre la tumba, la besó, y con voz ahogada por las lágrimas, recitó estos versos:

Acabas de cambiar sabiamente las cosas perecederas por las inmortales. Seguiste el ejemplo de tus antecesores en la muerte.

Has emprendido el vuelo hacia las alturas, allí donde las rosas forman alfombras perfumadas bajo los pies de las huríes. ¡Ojalá te deleites allí con todas las cosas nuevas!

¡Quiera el Dueño del Trono iluminado reservarte el mejor sitio de su paraíso, y poner al alcance de tus labios los goces reservados a los justos de la tierra!

Y así fue como terminó el luto por Scharkán.

Pero Daul'makán seguía muy triste al verse separado de su hermano, mucho más cuanto que el sitio de Constantinia amenazaba prolongarse. Y un día se confió a su visir, y le dijo: "¿Qué haría, ¡oh visir! para olvidar estos pesares que me atormentan, y librarme del aburrimiento que pesa sobre mi alma?"

El visir contestó: "¡Oh rey! no conozco más que un remedio para tus males, y es contarte una historia de los tiempos pasados; una historia de los reyes famosos de que hablan las crónicas.

Y la cosa ha de serme muy fácil, pues reinando tu difunto padre el rey Omar AlNemán, le distraía por las noches, narrándole cuentos y recitándole versos de nuestros poetas e improvisados por mí. De suerte que esta noche, cuando esté dormido el campamento, te contaré, si Alah lo quiero, una historia que te maravillará, y te hará encontrar extremadamente corto el tiempo del sitio. Puedo anticiparte que se llama la Historia de los dos amantes Aziz y Aziza".

Al oír estas palabras, el rey Daul-makán sintió que su corazón latía impaciente, y no tuvo otra preocupación que llegara la noche para poder oír el cuento prometido, cuyo solo título le hacía estremecerse de gusto.

Así es que apenas empezó a anochecer, mandó que se encendiesen todas las luces de su tienda, y que trajesen grandes bandejas cargadas de cosas de comer y beber, y pebeteros cargados de incienso, ámbar y aromas. Y reunió allí a los emires Bahramán, Rustem y Turkash y al gran chambelán, esposo de Nozhatú. Y después mandó llamar al visir Dandán, y le dijo: "¡Oh mi visir! he aquí que la noche tiende sobre nosotros su amplio ropaje y su cabellera, y sólo aguardamos para nuestro deleite la historia entre las historias que nos ha prometido".

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discretamente, aplazó su relato para el otro día.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 107ª NOCHE

Ella dijo:

El rey Daul'makán dijo, pues, al visir Dandán: "¡Oh mi visir! he aquí que la noche tiende sobre nosotros su amplio ropaje y su cabellera, y sólo aguardamos para nuestro deleite la historia entre las historias que nos has prometido". Y el visir Dandán contestó: "¡De todo corazón, y como homenaje debido! Pues sabe, ¡oh rey afortunado! que la historia que voy a contarte sobre Aziz y Àziza, y sobre todas las cosas que les sucedieron, es una historia hecha para disipar todos los pesares del corazón, y para consolar de un luto, aunque fuera más grande que el de Yacub. Hela aquí:

Historia de Aziz y Aziza y del hermoso príncipe Diadema

"Había en la antigüedad del tiempo y en lo pasado de las edades y del momento una ciudad entre las ciudades de Persia, detrás de las montañas de Ispahán. Y el nombre de esta ciudad era la Ciudad Verde. El rey de esta ciudad se llamaba Soleimán-Schah. Estaba dotado de grandes cualidades de justicia, de generosidad, de prudencia y de saber. Así es que desde todas las comarcas afluían viajeros a su ciudad, pues su fama se había extendido mucho e inspiraba confianza a las caravanas y los mercaderes.

Y el rey Soleimán-Schah siguió gobernando de este modo, rodeado de prosperidades y del afecto de todo su pueblo. Pero sólo faltaba a su dicha una mujer que le diera hijos, pues era soltero.

Y el rey Soleimán-Schah tenía un visir que se le parecía mucho, por su liberalidad y por la bondad de su corazón. Y un día en que su soledad se le hacía más pesada que de costumbre, mandó llamar el rey a su visir, y le dijo: "¡Oh mi visir, he aquí que se agota mi paciencia, y mis fuerzas disminuyen, y como siga así, no me quedará más que el pellejo sobre los huesos! Porque veo ahora que el celibato no es un estado natural, sobre todo para los reyes que han de transmitir un trono a sus descendientes. Además, nuestro bendito Profeta, ¡sean con él la plegaria y la paz! ha dicho:

"¡Copulad y multiplicad vuestros descendientes, porque vuestro número ha de glorificarme ante todas las razas el día de la Resurrección! Aconséjame, pues, ¡oh mi visir! y dime tu parecer".

Entonces el visir dijo: "Verdaderamente, ¡oh rey!, ésta es una cuestión muy difícil, y de una delicadeza extraordinaria. Trataré de satisfacerte, sin salirme de la vía prescrita. Sabe, pues, ¡oh rey! que no sería de mi gusto que una esclava desconocida llegase a ser tu esposa, porque ¿cómo podrías conocer su origen, la nobleza de sus ascendientes, la pureza de su sangre y los principios de su raza? ¿Y cómo podrías conservar intacta la unidad de sangre de sus propios antecesores? ¿No sabes que el hijo que nazca de tal unión sería un bastardo lleno de vicios, embustero, sanguinario y maldito por Alah, a causa de sus abominaciones futuras? Sería como la planta que crece en terreno pantanoso, y que cae podrida antes de llegar a su total crecimiento. Así es que no esperes de tu visir el servicio de comprarte una esclava, aunque fuese la joven más hermosa de la tierra; pues no quiero ser origen de desgracia, ni soportar el peso de los pecados, cuyo instigador sería este servidor tuyo. Pero si quieres hacer caso a mis barbas, sabe que mi opinión es que escojas, entre las hijas de los reyes, una esposa cuya genealogía sea conocida y cuya belleza se presente como modelo ante todas las mujeres".

Entonces el rey Soleiman-Schah exclamó: "¡Oh mi visir! si logras encontrar semejante mujer, estoy dispuesto a tomarla por esposa legítima, a fin de atraer sobre mi raza las bendiciones del Altísimo!" Al oírlo dijo el visir: "El asunto está ya arreglado, gracias a Alah". Y el rey exclamó: "¿Cómo es eso?" Y prosiguió el visir: "Sabe, ¡oh rey! que mi esposa me ha dicho que el rey Zhar-Schah, señor de la Ciudad Blanca, tiene una hija de belleza tan ejemplar, que supera a todas las palabras, pues mi lengua se haría peluda antes de poderte dar la menor idea de ella".

Y el rey exclamó: "¡Ya Alah!" Y prosiguió el visir: "Porque ¿cómo podría hablarte dignamente de sus ojos, de sus párpados oscuros, de su cabellera, de su talle y de su cintura, tan fina que casi no se ve? ¿Cómo describirte el desarrollo de sus caderas y de lo que las sostiene y redondea? ¡Por Alah! ¡Nadie puede acercársele sin quedarse inmóvil, como nadie puede mirarla sin morir! Y de ella ha dicho el poeta:

¡Oh virgen de vientre de armonía! ¡Tu cintura desafía a las ramas de sauce y a la misma esbeltez de los álamos del paraíso!

¡Tu saliva es miel silvestre! ¡Moja en ella la copa, endulza el vino, y dámelo después oh hurí! ¡Pero sobre todo te ruego que abras los labios y regocijes mis ojos con sus perlas!

Oídos estos versos, el rey se estremeció de gusto, y gritó desde el fondo de su garganta: "¡Ya Alah!" Pero el visir prosiguió: "Y así ¡oh rey! opino que envíes lo antes posible al rey Zahr-Schah uno de tus emires que sea hombre de tu confianza, dotado de tacto y delicadeza, que conozca el sabor de las palabras antes de pronunciarlas, y cuya experiencia te sea conocida. Y le encargarás que emplee toda su persuasión en lograr que el padre te dé la joven. Y te casarás con ella, para seguir las palabras de nuestro Profeta bendito, ¡sean con él la paz y la plegaria! que dijo: "¡Los hombres que se llamen castos deben ser desterrados del Islam! ¡Son unos corruptores! ¡Nada de celibato en el Islam!" ¡Y en verdad, esta princesa es el único partido para ti, porque es la pedrería más hermosa de toda la tierra, aquende y allende!"

Al oír estas palabras, sintió el rey Soleimán-Schah que se le ensanchaba el corazón, y dijo al visir: "¿Qué hombre sabrá realizar mejor que tú esa misión tan delicada? Tú serás quien vaya a arreglar eso, tú solo, que estás lleno de sabiduría y cortesía. Levántate, pues, y corre a despedirte de los de tu casa, despacha enseguida los asuntos pendientes, y ve a la Ciudad Blanca a pedir para mí la mano de la hija de Zahr-Schah, pues he aquí que mi corazón y mi juicio están muy atormentados con eso y se preocupan mucho". El visir contestó: "¡Escucho y obedezco!"

Y se apresuró a despachar lo que tenía que despachar, y a abrazar a aquellos a quienes tenía que abrazar, y se puso a hacer todos los preparativos de la marcha. Llevó toda clase de regalos que pudiesen satisfacer a los reyes: joyas, orfebrería, alfombras de seda, telas preciosas, perfumes, esencia de rosas completamente pura, y todas las cosas ligeras de peso, pero pesadas en cuanto a precio y valor. Llevó también diez hermosos caballos de las razas más puras de Arabia; y muy ricas armas nieladas de oro, con empuñaduras incrustadas de rubíes; y también armaduras ligeras de acero y cotas de malla doradas. Todo esto sin contar unos grandes cajones cargados de cosas suntuosas y también de cosas agradables al paladar, como conservas de rosas, albaricoques laminados en hojas, dulces secos perfumados, pastas de almendras aromadas con benjuí de las islas cálidas, y mil golosinas capaces de disponer favorablemente a las jóvenes. Mandó cargar todos estos cajones en mulos y camellos, y llevó cien mamalik, cien negros jóvenes y cien muchachas, que al regreso formarían el séquito de la novia. Y cuando el visir se puso a la cabeza de la caravana, y se desplegaron las banderas para dar la señal de marcha, se presentó el rey Soleimán para decirle: "Cuida de no volver sin la joven, y ven cuanto antes, porque me abraso".

Y el visir respondió: "Escucho y obedezco". Y partió con toda su caravana, y caminó de día y de noche, atravesando montañas, valles, ríos y torrentes, llanuras desiertas y llanuras fértiles, hasta que estuvo a una jornada de la Ciudad Blanca.

Entonces se detuvo a descansar a orillas de un arroyo, y envió a un correo para que anunciase su llegada al rey Zahr-Schah.

Ahora bien; en el momento en que el correo llegó a las puertas de la ciudad, y cuando iba a penetrar en ella, le vio el rey Zahr-Schah, que tomaba el fresco en uno de sus jardines, le mandó llamar y le

preguntó quién era. Y el correo dijo: "¡Soy el enviado del visir tal, acampado a orillas de tal río, que viene a visitarte de parte de nuestro rey Soleimán, señor de la Ciudad-Verde. y de las montañas de Ispahán!"

Al enterarse de esta noticia, el rey Zahr-Schah quedó en extremo encantado, y mandó ofrecer refrescos al correo del visir, y dio a sus emires la orden de ir al encuentro del gran enviado del rey Soleimán-Schah, cuya soberanía era respetada hasta en los países más remotos, y en el mismo territorio de la Ciudad Blanca. Y el correo besó la tierra entre las manos del rey Zahr-Schah, diciéndole: "Mañana llegará el visir. Y ahora, ¡que Alah te siga otorgando sus altos favores, y tenga a tus difuntos padres en su gracia y misericordia!" Eso en cuanto a éstos.

Pero en cuanto al visir del rey Soleimán, estuvo descansando a orillas del río hasta medianoche. Después se volvió a poner en marcha, y al salir el sol estaba a las puertas de la ciudad.

En ese momento se detuvo un instante para satisfacer una apremiante necesidad. Y cuando hubo terminado, vio venir a su encuentro al gran visir del rey Zahr-Schah con los chambelanes y grandes del reino, y los emires, y los notables. Entonces se apresuró a entregar a uno de sus esclavos el jarro que acababa de usar para hacer sus abluciones, y volvió a subir apresuradamente a caballo. Y habiéndose dirigido unos a otros los saludos acostumbrados, entraron en la Ciudad Blanca. Al llegar frente al palacio del rey, se apeó el visir, y guiado por el gran chambelán penetró en el salón del trono.

En este salón vio un alto y blanco trono de mármol transparente, incrustado de perlas y pedrería, y sostenido por cuatro pies muy elevados, formados cada uno por un colmillo completo de elefante. Encima del trono había un ancho almohadón de raso verde, bordado con lentejuelas doradas y adornado con flecos y borlas de oro. Y encima de este trono había un dosel, que centelleaba con sus incrustaciones de oro, piedras preciosas y marfil. Y en tal trono estaba sentado el rey Zahr-Schah...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discreta según su costumbre, se calló.

PERO CUANDO LLEGÓ 108ª NOCHE

Ella dijo:

Y sobre el tal trono estaba sentado el rey Zahr-Schah, rodeado de los principales personajes del reino y de los guardias que inmóviles aguardaban sus mandatos.

El visir sintió entonces que la inspiración iluminaba su espíritu y que la elocuencia le desataba la lengua en palabras sabrosas. Y con un donoso ademán, se volvió hacia el rey e improvisó estas estrofas en honor suyo:

¡Al verte, me ha abandonado mi corazón para volar hacia ti, y hasta el sueño ha huido de mis ojos, dejándome entregado a mis torturas!

¡Oh corazón mío, ya que estás con él, quédate donde estás! ¡Te abandono a él aunque seas lo que más quiero y lo que más necesito!

¡Ningún descanso más agradable a mis oídos que la voz de aquellos que saben cantar las alabanzas de Zahr-Schah, rey de todos los corazones!

Y después de haberle mirado, aunque sea una vez, con eso sería rico para siempre.

¡Oh todos vosotros los que rodeáis a este rey tan magnífico! Sabed que si alguno dijera que conocía a un rey superior a Zarh-Schah, mentiría y no sería un verdadero creyente.

Y habiendo acabado de recitar este poema, el visir se calló, sin decir nada más. Entonces el rey Zahr-Schah le mandó acercarse al trono, y le hizo sentar a su lado, y le sonrió cariñoso, y conversó con

él afablemente durante un buen rato, demostrándole su amistad v su simpatía. Después mandó poner la mesa en honor del visir, y todo el mundo se sentó a comer y beber hasta saciarse. Entonces quiso el rey quedarse solo con el visir, y todos salieron, excepto los principales chambelanes y el gran visir del reino.

Y el visir del rey Soleimán se puso de pie, se inclinó ceremoniosamente, y dijo: "¡Oh gran rey, lleno de munificencia! ¡Vengo hacia ti para un asunto cuyo resultado para todos nosotros estará lleno de bendiciones, de frutos dichosos y de prosperidad! El objeto de mi misión es pedirte en matrimonio tu hija, llena de estimación y gracia, de nobleza y modestia, para mi señor y corona sobre mi cabeza, el rey Soleimán-Schah, sultán glorioso de la Ciudad Verde y de las montañas de Ispahán. Y a este efecto, vengo hacia ti trayendo ricos regalos y cosas suntuosas, para demostrarte el entusiasmo con que desea mi señor poder llamarte su suegro. Quisiera saber de tu boca si compartes igualmente ese deseo, y si le quieres otorgar el objeto de sus ansiedades".

Cuando el rey Zahr-Schah oyó este discurso del visir, se levantó y se inclinó hasta el suelo. Y los chambelanes y los emires llegaron hasta el límite del asombro al ver al rey manifestar tanto respeto a un simple visir. Pero el rey siguió de pie delante del visir, y le dijo: "¡Oh visir, dotado de tacto, de sabiduría, de elocuencia y de grandeza! escucha lo que voy a decirte:

¡Me considero como un simple súbdito del rey Soleimán-Schah, y me parece el mayor honor poderme contar entre los miembros de su familia! ¡De modo que mi hija ya no es en adelante más que una esclava entre sus esclavas, y desde este mismo instante es su cosa y su propiedad! ¡Y tal es mi respuesta a la demanda del rey Soleimán-Schah, soberano de todos nosotros, señor de la Ciudad Verde y de las montañas de Ispahán!".

E inmediatamente mandó llamar a los kadíes y a los testigos, que redactaron el contrato de casamiento de la hija del rey Zahr-Schah con el rey Soleimán-Schah. Y el rey, muy dichoso, se llevó el contrato a los labios, y recibió las felicitaciones y los votos de los kadíes y los testigos, colmando a todos de sus favores. Dio grandes fiestas para honrar al visir, y grandes diversiones públicas que dilataron el corazón y la vista de todos los habitantes. Y repartió víveres y regalos, lo mismo a los pobres que a los ricos. Después dispuso los preparativos para la marcha, y escogió las esclavas de su hija: griegas, turcas, negras y blancas. Y mandó construir para ella un gran palanquín de oro macizo con incrustaciones de perlas y de pedrería, y lo mandó colocar a lomo de diez mulos bien alineados. Después se puso en marcha toda la comitiva. Y el palanquín parecía, a la claridad de la mañana, un gran palacio entre los palacios de los genios, y la joven, cubierta con sus velos, semejaba una hurí entre las más bellas huríes del Paraíso.

Y el rey Zahr-Schah acompañó a la comitiva durante tres parasanges. Después se despidió de su hija, del visir y de los que le acompañaban, y se volvió a su ciudad en el colmo de la alegría, lleno de confianza en lo futuro.

En cuanto al visir y a la comitiva ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discretamente, aplazó su relato para el otro día.

Y CUANDO LLEGÓ LA 109ª NOCHE

Ella dijo:

En cuanto al visir y a la comitiva, viajaron sin ningún contratiempo, y llegados a tres jornadas de la Ciudad Verde, enviaron un correo para que los anunciara al rey Soleimán-Schah.

Cuando el rey supo la llegada de su esposa, se estremeció de placer, y dio un hermoso traje de honor al correo anunciante. Y mandó a todo su ejército que fuera al encuentro de la reina con los estandartes desplegados, y los pregoneros públicos invitaron a toda la ciudad a formar parte de la comitiva, de modo que no quedasen en las casas ni una sola mujer, ni una sola doncella, ni siquiera una sola anciana, aunque estuviese caduca o imposibilitada por la edad.

Y nadie dejó de salir al encuentro de la novia. Y cuando toda la gente llegó alrededor del palanquín, se acordó que la entrada en la ciudad se verificaría por la noche con gran pompa.

Así, pues, en cuanto llegó la noche, los notables de la ciudad mandaron iluminar por su cuenta todas las calles y el camino que llevaba hasta el palacio del rey. Y formaron en dos hileras a lo largo del camino, y los soldados cubrieron la carrera, formados a derecha e izquierda, y en todo el trayecto resplandecieron en el aire límpido las iluminaciones, los tambores hicieron sonar sus redobles más profundos, las trompetas cantaron en voz alta, las banderas ondearon por encima de las cabezas, los perfumes ardieron en los pebeteros por calles y plazas, y los jinetes justaron con lanzas y azagayas. Y por en medio de todos, precedida de negros y mamalik y seguida por sus esclavas, pasó la recién casada, con el magnífico vestido que le había dado su padre, y así llegó al palacio de su esposo el rey Soleimán.

Entonces las esclavas desataron a los mulos, y entre los gritos de alegría que lanzaban el pueblo y el ejército, cogieron en hombros el palanquín y lo transportaron hasta la puerta reservada.

Enseguida las doncellas y la servidumbre ocuparon el lugar de las esclavas, e hicieron entrar a la novia en su aposento. Y en el acto se iluminó el aposento con la claridad de sus ojos, y palidecieron las luces ante la hermosura de su rostro. Y en medio de todas aquellas mujeres, parecía la luna entre las estrellas o la perla solitaria en medio del collar.

Después las doncellas y las sirvientas salieron de la habitación y se formaron en dos filas, desde la puerta hasta el fin del corredor, luego de haber acostado a la joven en la gran cama de marfil enriquecida con perlas y pedrería. Y el rey Soleimán, atravesando la doble hilera formada por estas estrellas vivas, penetró en la habitación y llegó hasta la cama de marfil donde se tendía la joven, toda adornada y perfumada. Y Alah incitó en aquel momento una gran pasión en el corazón del rey y le dio el amor de aquella virgen. Y el rey la poseyó, y se deleitó en la felicidad, olvidando en aquel lecho, entre muslos y brazos, todos los pesares de su impaciencia y su ansia de amor.

El rey permaneció durante todo un mes en el aposento de su esposa, sin dejarla un solo instante, por lo muy íntima y adecuada con su temperamento que era aquella unión. Y la dejó preñada desde la primera noche. Después de lo cual fue a sentarse en el trono de su justicia, y se ocupó en los asuntos del reino para el bien de sus súbditos, y llegada la noche, no dejaba de visitar el aposento de su esposa, y así hasta el noveno mes.

Y en la última noche de este noveno mes sintió la reina los dolores de parto, se sentó en la silla parturienta, y al amanecer, Alah le facilitó el parto, y la reina dio a luz un varón marcado con la señal de la suerte y la fortuna.

En cuanto supo el rey la noticia de este nacimiento, se dilató su pecho hasta el límite de la dilatación, y se alegró con una gran alegría, e hizo regalos de gran riqueza al anunciador. Después corrió hacia el lecho de su esposa, y cogiendo en brazos al niño le besó entré los dos ojos, se maravilló de su hermosura, y vio cuán perfectamente le cuadraban estos versos del poeta:

¡Desde que nació, le otorgó Alah la gloria y el límite de las alturas, y le hizo levantarse como un astro nuevo!

¡Oh nodrizas de hechos espléndidos y delicados, no le acostumbréis a la curva de vuestra cintura! ¡Porque su única cabalgadura será el lomo firme de los leones y de los caballos encabritados!

¡Oh nodrizas de leche muy dulce y muy blanca, apresuraos a destetarle! ¡Porque la sangre de sus enemigos será para él la bebida más deliciosa!

Entonces las criadas y nodrizas cuidaron del recién nacido, y las comadres le cortaron el cordón, y le alargaron los ojos con kohl negro. Y como había nacido de un hijo de reyes y de una reina hija de reinas, y era tan hermoso y tan magnífico, le llamaron Diadema.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 110ª NOCHE

Ella dijo:

Le llamaron Diadema. Y se crio entre besos y en el seno de las más bellas. Y transcurrieron los días, y transcurrieron los años, y el niño llegó a los siete años de edad.

Entonces su padre, el rey Soleimán-Schah, mandó llamar a los maestros más sabios y les ordenó que le enseñaran la caligrafía, las bellas letras y el arte de portarse, así como las reglas de la sintaxis y de la jurisprudencia. Y a leer el Libro Sublime.

Y aquellos maestros de la ciencia permanecieron con el niño hasta que llegó a los catorce años. Entonces, como había aprendido todo cuanto su padre deseaba que aprendiese, fue juzgado digno de un traje de honor. Y el rey lo sacó de las manos de los sabios y lo confió a un maestro de equitación, que le enseñó a montar a caballo, y a justar con la lanza y la azagaya, y a cazar el gamo con el gavilán Y el príncipe Diadema llegó a ser en poco tiempo el caballero más cumplido, y era tan perfectamente hermoso, que cuando salía a pie o a caballo hacía condenarse a cuantos le miraban.

Cuando cumplió los quince años eran tales sus encantos, que los poetas le dedicaron las odas más apasionadas, y los más castos y más puros de los labios sintieron que el corazón se les deshacía y el hígado se les destrozaba por el encanto mágico que había en él. Y he aquí uno de los poemas que un poeta enamorado había compuesto por amor a sus ojos:

;Besarlo es embriagarse con el almizcle de que está perfumada toda su piel! ¡Abrazarlo es sentir doblarse su cuerpo, como se dobla una rama bañada de brisa y de rocío!

¡Besarlo es embriagarse sin probar ningún vino! ¡Bien lo sé yo, en quien fermenta por las noches el vino almizclado de su saliva!

¡La misma Belleza, al despertarse por la mañana, se mira al espejo y se reconoce vasalla suya! ¡Oh locura mía! ¿cómo podrán los corazones librarse de su belleza?

¡Por Alah! ¡Si logro vivir de este modo viviré con su quemadura en mi corazón! ¡Pero si llegase a morir por su amor, será mi última dicha!

¡Y todo esto cuando sólo tenía quince años de edad! ¡Pero cuando llegó a los diez y ocho, ya fue otra cosa! Entonces un bozo juvenil aterciopeló el grano rosado de sus mejillas; el ámbar negro puso un lunar en la blancura de su barbilla, y perturbó todos los juicios, y arrebató todos los ojos, como dice el poeta:

¡Su mirada! ¡Acercarse al fuego sin quemarse no es cosa tan asombrosa como su mirada! ¿Cómo estoy todavía vivo, ¡oh encantador! cuando paso mi vida ante tus ojos?

¡Sus mejillas! ¡Si sus transparentes mejillas están aterciopeladas, no es de bozo como todas las demás, sino de seda exquisita y dorada!

¡Su boca! ¡Hay algunos que vienen a preguntarme ingenuamente donde está el elixir de la vida, y por qué tierra corre el elixir de vida y su manantial!

Y yo les digo: ¡Conozco el elixir de la vida y su manantial! ¡Es la boca de un joven esbelto y dulce, un gamo joven con el cuello tierno e inclinado, un adolescente de cintura flexible!

¡Es el labio húmedo de mi amigo, delgado y vivo, joven de dulces labios de un rojo oscuro!

Pero todo esto cuando tenía diez y ocho años, pues cuando alcanzó la edad de hombre, el príncipe Diadema llegó a ser tan admirablemente hermoso, que fue un ejemplo citado en todos los países musulmanes, a lo largo y a lo ancho. Y así, el número de sus amigos y de sus íntimos fue tan considerable; y cuantos le rodeaban querían verle reinar en el país como reinaba en los corazones.

En esta época, el príncipe Diadema se apasionó por la cacería y por las expediciones por bosques y selvas, a pesar del terror que sus constantes ausencias inspiraban a su padre y a su madre. Y un día mandó a sus esclavos que prepararan provisiones para diez días, y partió con ellos para una cacería a pie y con galgos. Y anduvieron durante cuatro días, hasta que llegaron por fin a una comarca abundante en caza, cubierta de bosques habitados por toda clase de animales silvestres y regada por una multitud de fuentes y arroyos.

Y el príncipe Diadema dio la señal para que comenzase la caza. Se tendió la amplia red de cuerda alrededor de un gran espacio, y los ojeadores irradiaron de la circunferencia al centro, llevándose por delante a todos los animales enloquecidos, empujándolos de este modo hacia el centro. Y en persecución de los animales difíciles de ojear, se soltaron las panteras, los perros y los halcones. Y la cacería con galgos dio un gran número de gacelas, y de toda clase de caza. Y fue una gran fiesta para las panteras de caza, los perros y halcones.

Una vez terminada la caza, el príncipe Diadema se sentó a orillas de un río para descansar un rato. Después repartió la caza entre sus amigos, reservando la mejor parte a su padre el rey Soleimán. Y enseguida se acostó en aquel sitio hasta por la mañana.

Al despertar, se encontraron con que había acampado allí una gran caravana llegada por la noche, y vieron salir de las tiendas y bajar hacia el río para hacer sus abluciones a un gran número de gente, esclavos negros y mercaderes. Entonces el príncipe Diadema envió a uno de sus hombres para que se enterase de quiénes eran y de su país y condición.

Y el correo volvió, y transmitió al príncipe Diadema lo que le había dicho aquella gente: "Somos mercaderes que hemos acampado aquí, atraídos por el verdor de este bosque y por esos arroyos deliciosos. Sabemos que nada tenemos que temer, porque estamos en las tierras seguras del rey Soleimán, cuya sabiduría de gobierno es conocida en todas las comarcas y tranquiliza a todos los viajeros. ¡Y le traemos como regalo gran número de cosas bellas y de mucho valor, sobre todo para su hijo, el admirable príncipe Diadema!".

Y el príncipe Diadema exclamó: "¡Por Alah! Si esos mercaderes me traen tan hermosas cosas, ¿por qué no vamos a buscarlas? Así pasaremos alegremente la mañana". Y el príncipe, seguido de sus amigos los cazadores, se dirigió hacia las tiendas de la caravana.

Cuando los mercaderes vieron llegar al príncipe y adivinaron quién era, acudieron a su encuentro, le invitaron a entrar en sus tiendas, y le levantaron en su honor una magnífica tienda de raso rojo con figuras multicolores, representando flores y pájaros, alfombrada de sedas de la India y brocados de Cachemira. Y colocaron un precioso almohadón sobre una maravillosa alfombra de seda, cuyo borde estaba enriquecido con varias filas de esmeraldas. Y el príncipe se sentó en esta alfombra, se apoyó en el almohadón, y pidió a los comerciantes que le enseñaran sus mercaderías. Y habiéndole enseñado los comerciantes todas sus mercaderías, eligió lo que más le agradaba, y a pesar de que se resistían, les obligó a aceptar su precio, pagándoles con largueza.

Después mandó a los esclavos que recogiesen las compras, y se disponía a montar para proseguir la caza, cuando de pronto vio delante de él, entre los mercaderes, a un joven . . .

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y con su acostumbrada discreción, aplazó el relato para el día siguiente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 111ª NOCHE

Ella dijo:

Cuando de pronto el príncipe Diadema vio delante de él, entre los mercaderes, a un joven de una sorprendente hermosura, de una intensa palidez, vestido con un magnífico traje y muy bien portado. Aquel rostro, tan pálido y tan bello, hablaba de una gran tristeza, la ausencia de un padre, de una madre o de un amigo muy querido.

Y el príncipe Diadema no quiso marcharse sin saber quién era aquel hermoso joven hacia el cual se sentía atraído. Y se aproximó a él, le deseó la paz, y le preguntó quién era y por qué estaba tan triste. Y el hermoso joven, al oír esta pregunta, sólo pudo decir estas palabras: "¡Soy Aziz!" Y rompió en sollozos de tal manera, que cayó desmayado.

Cuando volvió en sí, el príncipe Diadema le dijo: "¡Oh Aziz! sabe que soy tu amigo. Dime, pues, el motivo de tus penas". Pero el joven Aziz, por toda respuesta, apoyó los codos en el suelo, y cantó estos versos:

¡Evitad la mirada mágica de sus ojos, pues nadie se escapa de su órbita!

¡Los ojos negros son terribles cuando miran lánguidamente porque atraviesan los corazones como los atraviesa el acero de las espadas más afiladas!

¡Y sobre todo, no escuchéis la dulzura de su voz, pues como si fuera un vino hecho de fuego, trastorna el juicio a los más razonables!

¡Si la conocieseis! ¡Son tan dulces sus miradas! ¡Si su cuerpo de seda tocara el terciopelo, lo eternizaría de dulzura!

¡Cuán noble es la distancia entre su tobillo apretado por la pulsera de oro y sus ojos cercados de kohl negro!

¡Ah! ¿En dónde está el aroma delicado de sus vestidos perfumados, de su aliento que sabe a esencia de rosas?

Cuando el príncipe Diadema oyó esta canción, no quiso insistir más por el momento, y dijo: "¡Oh Aziz! ¿por qué no me has enseñado tus mercancías como los demás mercaderes?" El otro contestó: "¡Oh mi señor! mis mercancías no merecen que las compre el hijo de un rey".

Pero el hermoso Diadema dijo al hermoso Aziz: "¡Por Alah! ¡De todos modos quiero que me las enseñes!" Y obligó al joven Aziz a sentarse en la alfombra de seda, a su lado, y a presentarle, pieza por pieza, todas sus mercancías. Y el príncipe Diadema, sin examinar las bellas telas, se las compró todas, y le dijo: "Ahora, ¡oh Aziz! si me contases el motivo de tus penas... Te veo con los ojos llenos de lágrimas y con el alma llena de aflicción. Ahora bien; si alguien te persigue sabré castigar a tus opresores; y si tienes deudas, pagaré de todo corazón tus deudas. Porque he aquí que me siento atraído hacia ti, y mis entrañas arden por causa tuya".

Pero el joven Aziz, al oír estas palabras, se sintió de nuevo ahogado por los sollozos, v no pudo hacer más, que cantar estas estrofas:

¡La presunción de tus ojos negros alargados con kohl azul

¡La esbeltez de tu cintura recta sobre tus caderas ondulantes!

¡El vino de tus labios y la miel de tu boca! ¡La curva de tus pechos y la brosa que los florece!

¡Esperarte es más dulce para mi corazón que lo es para el condenado la esperanza del indulto! ¡Oh noche!

Y el príncipe Diadema, después de esta canción, quiso distraer al joven y se puso a examinar una por una las hermosas telas y las sederías. Pero de pronto cayó de entre las telas un trozo de seda brocada, que el joven Aziz se apresuró a recoger y lo dobló temblando, poniéndoselo bajo la rodilla. Y exclamó

¡Oh Aziza, mi muy amada! ¡Más fáciles que tú son de alcanzar las estrellas de las Pléyades!

¿Adónde iré sin ti? ¿Cómo he de soportar tu ausencia, que me abruma, cuando apenas puedo con el peso de mi traje?

Y el príncipe, al ver aquel movimiento del bello Aziz y al oír sus últimos versos, se quedó extremadamente sorprendido, llegando al límite de la expectación. Y exclamó ...

En este momento de su narración, Schehrazada, la hija del visir, vio acercarse la mañana, y discretamente, no quiso abusar del permiso otorgado.

Entonces su hermana, la joven Doniazada, que había oído toda aquella historia conteniendo la respiración, exclamó desde el sitio en que estaba acurrucada: "¡Oh hermana mía! ¡Cuán dulces, cuán gentiles y cuán deliciosas al paladar y sabrosas en su frescura son tus palabras! ¡Y cuán encantador es ese cuento, y cuán admirables sus versos!"

Y Schehrazada le sonrió, y le dijo: "¡Sí, hermana mía! ¿Pero qué es eso comparado con lo que os contaré la noche próxima, si aun estoy viva por merced de Alah y voluntad del rey?"

Y el rey Schahriar dijo para sí: "¡Por Alah! No la mataré sin haber oído la continuación de su historia, que es una historia maravillosa y sorprendente, por todo extremo".

Después cogió a Schehrazada en brazos. Y pasaron el resto de la noche entrelazados hasta el día.

Luego de lo cual marchó el rey Schahriar a la sala de su justicia; y el diwán se llenó de la multitud y de los visires, emires, chambelanes, guardias y servidores de palacio. Y el gran visir llegó también, llevando debajo del brazo el sudario para su hija Schehrazada, a la cual creía ya muerta. Pero el rey nada le dijo sobre esto, y siguió juzgando, concediendo empleos, destituyendo, gobernando y despachando los asuntos pendientes, y así hasta el fin del día. Después se levantó el diwán, y el rey entró en su palacio. Y el visir se quedó muy perplejo llegando al límite más extremo del asombro.

Pero cuando llegó la noche, el rey Schahriar fue a buscar a Schehrazada, y no dejó de hacer con ella su cosa acostumbrada.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 112ª NOCHE

Y en cuanto se terminó la cosa, la joven Doniazada se levantó de la alfombra, y dijo a Schehrazada:

"¡Oh hermana mía! te ruego que sigas esa bella historia del hermoso príncipe Diadema y Aziz y Aziza, que al pie de los muros de Constantinia contaba el visir al rey Daul'makán".

Y Schehrazada sonriendo a su hermana Doniazada, le dijo: "¡La contaré de todo corazón y como homenaje debido! ¡Pero no sin que me lo permita este rey bien educado y dotado de buenos modales!"

Entonces el rey Schahriar, que no podía dormir por la impaciencia con que aguardaba el relato, contestó: "¡Puedes hablar!"

Y Schehrazada dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el príncipe Diadema exclamó: "¡Oh Aziz! ¿Por qué ocultas esa tela?"

Y Aziz respondió: "¡Oh señor! precisamente por esto no quería mostrarte mis mercancías. ¿Qué haré ahora?" Y lanzó un suspiro con toda su alma. Pero tanto insistió el príncipe Diadema, y tan afables eran sus palabras, que el joven Aziz acabó por decir:

"Sabe, ¡oh mi señor! que la historia de este doble pedazo de tela es bien extraña, y está llena de recuerdos muy dulces para mí. Pues los encantos de aquellas que entregaron estas dos telas nunca se borrarán de mis ojos. La que me dio la primera tela se llamaba Aziza. ¡En cuanto a la otra, su nombre me es muy amargo de pronunciar en este momento! Porque fue ella con su propia mano la que me hizo lo que soy. Pero como ya he empezado a hablarte de estas cosas, voy a contarte los pormenores. Seguramente te encantarán, y servirán de lección a quienes los oigan con respeto".

Después el joven Aziz sacó el doble pedazo de tela que había ocultado bajo de la rodilla, y lo desdobló sobre la alfombra en donde estaban sentados. Y el príncipe Diadema vio que los dos pedazos eran distintos: en uno estaba bordado, con hilos de oro rojo e hilos de seda de todos colores, una gacela; y en el otro pedazo había también una gacela, pero bordada con hilo de plata, y llevaba al cuello un collar de oro rojo, del cual colgaban tres piedras de crisolito oriental.

Al ver estas gacelas, tan maravillosamente bordadas, exclamó el príncipe: "¡Gloria a Aquel que pone tanto arte en el alma de sus criaturas!" Y después, dirigiéndose al hermoso joven, prosiguió:

"¡Oh Aziz! te ruego que me cuentes tu historia con Aziza y con la dueña de esta segunda gacela".

Y el hermoso Aziz dijo al príncipe:

"Sabe, ¡oh príncipe Diadema! que mi padre era uno entre los grandes mercaderes, y no tenía más hijos que yo. Pero yo tenía una prima que se había criado conmigo en casa de mi padre, porque el suyo había fallecido.

Pero antes de morir, mi tío había hecho prometer a mi padre y a mi madre que nos casarían cuando llegáramos a la edad conveniente. Así es que nos dejaban juntos; y de este modo llegamos a aficionarnos el uno al otro. Y de noche nos hacían dormir en la misma cama, sin separarnos un momento. Claro es que nosotros no caímos entonces en los inconvenientes que pudiera tener todo aquello, aunque de todos modos, mi prima era más advertida que yo en tales asuntos, y más instruida y hasta más experta, pues lo conocí más adelante, al pensar en su manera de enlazarme con sus brazos y de apretar los muslos al dormirse junto a mí.

A todo eso, como acabábamos de cumplir la edad requerida, mi padre dijo a mi madre: "Este año tenemos que casar a nuestro hijo Aziz con su prima Aziza". Y se puso de acuerdo con ella acerca del día en que se redactaría el contrato, y enseguida se puso a hacer los preparativos para la ceremonia; y fue a invitar a los parientes y amigos, diciéndoles: "El viernes próximo después de la oración, vamos a redactar el contrato de matrimonio de Aziz con Aziza". Y mi madre fue a avisar por su cuenta a todas las mujeres que conocía y a sus parientes. Y para recibir a los convidados como es debido, mi madre y las criadas de la casa lavaron cuidadosamente el salón, hicieron brillar los mármoles de su pavimento, y tendieron las alfombras, y adornaron las paredes con hermosas telas y con tapices labrados con oro, que guardaban encerrados en los arcones. En cuanto a mi padre, fue a encargar los pasteles y dulces, y dispuso con todo esmero las grandes bandejas para las bebidas. Y antes de la hora señalada para recibir a los convidados, me envió mi madre al hammam para que me bañase, y vino un esclavo detrás de mí con un traje nuevo, el mejor de entre los trajes nuevos que había de ponerme después de bañarme.

Fui, pues, al hammam, y terminado el baño, me puse el suntuoso traje consabido, que estaba tan poderosamente perfumado, que los transeúntes se detenían para saborear su aroma en el aire.

Y me dirigí hacia la mezquita para asistir a la plegaria que aquel día de viernes había de preceder a la ceremonia, pero por el camino me acordé de un amigo al cual se me había olvidado invitar. Y empecé a andar muy de prisa para no retrasarme, pero con la precipitación acabé por extraviarme por una callejuela que no conocía. Y como estaba humedecido de sudor por el baño caliente y por el traje nuevo, cuya tela era muy rígida, aproveché la frescura de la calleja para descansar en un banco empotrado en la pared. Antes de sentarme saqué del bolsillo un pañuelo bordado de oro, y lo extendí debajo de mí. Y el sudor seguía cayéndome de la frente, por lo muy intenso del calor; y como no tenía nada con que limpiármelo, pues el pañuelo estaba debajo de mí, lo sentí mucho, y este tormento activaba más todavía la transpiración. Y me disponía a levantar el faldón de mi traje nuevo para secarme los goterones que me surcaban las mejillas, cuando vi caer, ligero como la brisa, un pañuelo blanco de seda, cuyo perfume habría curado a un enfermo. Sólo con su vista se refrescó mi alma. Me apresuré a recogerlo, miré hacia arriba para ver de dónde habría caído, y mis ojos se encontraron con los ojos de una joven, la misma que había de darme esta primera gacela bordada. La vi...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 113ª NOCHE

Ella dijo:

La vi, sonriente, asomada en una ventana abierta en el piso alto. No intentaré pintarte su hermosura, porque mi lengua es demasiado torpe para ello. Sabe únicamente que apenas me hubo visto se puso el dedo índice entre los labios. Bajó después el dedo del corazón, lo unió al índice izquierdo, y se puso los dos entre los pechos. Enseguida se metió dentro, cerró la ventana y desapareció.

Y completamente sorprendido, e inflamadlo por el deseo, por mucho que miré esperando ver de nuevo aquella aparición que me había arrebatado el alma, permaneció cerrada la ventana obstinadamente. Y no desesperé hasta que, después de haber estado aguardando en el banco hasta la puesta del sol, olvidando el contrato de casamiento y la novia, me cercioré de que decididamente era en vano aguardar. Entonces me levanté con el corazón muy apenado, y me dirigí hacia mi casa. Por el camino desdoblé aquel adorable pañuelo, cuyo perfume me había deleitado tan intensamente, y me creí en el Paraíso. Y cuando lo hube desdoblado del todo, vi que en una de las esquinas llevaba escritos estos versos, con una hermosa letra entrelazada:

¡He querido quejarme por medio de esta letra fina y complicada para que conozca la pasión de mi alma! ¡Porque toda letra es la huella del alma que la imagina!

Pero el amigo me dijo: "¿Por qué es tu letra tan fina y tan atormentada, que casi desaparece a mi vista?"

Y contesté: "¡Así estoy yo de atormentada! ¿Tan ingenuo eres que no has adivinado en ella un indicio de amor?"'

Y en la otra esquina del pañuelo estaban escritos estos versos, en caracteres grandes y regulares:

¡Las perlas, el ámbar y el encendido rubor de las manzanas bajo las hojas celosas, apenas podrían decirte la claridad de sus mejillas debajo del bozo!

¡Y si buscaras la muerte, la encontrarías en las intensas miradas de sus ojos, cuyas víctimas son innumerables! ¡Pero si es la embriaguez lo que deseas, deja los vinos del copero! ¿No tienes las rojas mejillas del copero?

Entonces yo, ¡oh mi señor! me sentí enloquecido, y llegué a mi casa al caer la noche. Y encontré a la hija de mi tía, que estaba llorando; pero al verme se limpió rápidamente los ojos, se acercó a mí, y me ayudó a desnudarme. Y me interrogó dulcemente sobre el motivo de mi retraso, y me dijo que todos los convidados, los emires, los grandes mercaderes y los demás, lo mismo que el kadí y los testigos, me habían aguardado largo rato, pero que al no verme venir habían comido y bebido hasta la saciedad, y se habían ido todos, cada cual por su camino. Después añadió: "¡En cuanto a tu padre, se ha puesto muy furioso, y ha jurado que nuestro casamiento se aplazará hasta el año que viene! Pero ¡oh hijo de mi tío! ¿por qué has procedido de esa manera?"

Entonces le dije: "Ha ocurrido tal y cual cosa". Y le conté la aventura con pormenores. Enseguida cogió el pañuelo que le alargaba, y después de haber leído lo que en él estaba escrito, derramó abundantes lágrimas. Y dijo después: "¿Pero ella no te ha hablado?"

Yo contesté: "Sólo por señas, de las cuales nada he entendido, y cuya explicación quisiera que me dieses". Ella dijo: "¡Oh mi muy amado primo! si me pidieras hasta los ojos, no vacilaría en sacármelos para ti. Sabe, pues, que para devolver la tranquilidad a tu espíritu estoy dispuesta a servirte con toda abnegación, y a facilitarte un encuentro con esa mujer que tanto te preocupa, y que seguramente está enamorada de ti. Porque esas señas, cuyo misterio lo conocemos nosotras las mujeres, significan que te ama apasionadamente y que te cita para dentro de dos días. Los dedos colocados entre los dos pechos determinan el número dos, mientras que el dedo entre los labios indica que eres para ella lo mismo que su alma, que le da vida al cuerpo. Está, pues, seguro de que mi amor hacia ti ha de obligarme a todos los favores que pueda hacerte, y os pondré a ambos bajo mis alas, para que os protejan".

Le di las gracias por su abnegación y por sus buenos ofrecimientos, y me estuve dos días en casa aguardando la hora de la cita. Y estaba muy triste, y descansaba la cabeza en las rodillas de mi prima, que no dejaba de animarme y alentar mi corazón. Así es que, cuando se acercó la hora de la cita, mi prima se apresuró a ponerme el traje, y me perfumó con sus manos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 114ª NOCHE

Ella dijo:

El hermoso Aziz prosiguió de este modo su historia:

Y me perfumó con sus manos, quemó benjuí para que aromase mi ropa, y me abrazó tiernamente, diciendo: "¡Oh mi muy amado primo! he aquí la hora. Ten ánimo, y vuelve a mí tranquilo y satisfecho. Pues yo deseo la paz de tu alma, y sólo seré dichosa con tu dicha. Vuelve pronto, pues, para contarme la aventura. ¡Y cuenta que habrá hermosos días para nosotros, y hermosas noches benditas!" Entonces, calmando los latidos de mi corazón y reprimiendo mis emociones, me despedí de mi prima y salí. Llegado a la callejuela sombría, fui a sentarme en el banco, sintiendo que se había apoderado de mí una excitación inmensa.

Y apenas estuve allí, vi que se entreabría la ventana; y enseguida me pasó un vértigo por delante de los ojos, pero me rehíce, miré hacia la ventana, y vi a la joven. Y al ver aquel rostro adorado, me tambaleé y caí temblando en el banco.

La joven seguía en la ventana, mirándome con toda la luz de sus ojos. Y tenía en la mano un espejo y un pañuelo rojo. Y sin decir palabra, se levantó las mangas y se descubrió los brazos hasta los hombros. Después abrió la mano, y extendiendo los dedos, se tocó los pechos. Luego alargó el brazo fuera de la ventana, empuñando el espejo y el pañuelo rojo; agitó el pañuelo tres veces, levantándolo y volviéndolo a bajar. Hizo ademán de retorcer el pañuelo y doblarlo; inclinó la cabeza hacia mí largo rato; después, retirándose rápidamente, cerró la ventana y desapareció. ¡Y esto fue todo! Y sin pronunciar ni una sola palabra.

Me dejó así, en una perplejidad extrema; y no sabía si quedarme o irme; y en la duda, estuve mirando a la ventana horas y más horas, hasta medianoche. Entonces, sintiéndome enfermo a fuerza de tanto pensar, me volví a casa y encontré a mi pobre prima esperando, con los ojos enrojecidos por las lágrimas y la cara llena de tristeza y resignación. Y falto de fuerzas, me dejé caer al suelo en un estado lamentable. Y mi prima, que se había apresurado a correr hacia mí, me recibió en sus brazos, y me besó en los ojos, y me los secó con una punta de la manga, y para calmar mi espíritu, me dio un vaso de jarabe perfumado con agua de flores; y acabó por interrogarme dulcemente sobre aquel retraso y sobre mi desesperación.

Entonces, aunque quebrantado por el cansancio, la puse al corriente de todo, refiriéndole los ademanes de la hermosa desconocida. Y mi prima dijo: "¡Oh Aziz de mi corazón! el significado que para mí tienen esas cosas, sobre todo lo de los cinco dedos y el espejo, es que la joven te enviará un mensaje dentro de cinco días a casa del tintorero de la calleja".

Entonces exclamé: "¡Oh hija de mi corazón! ¡ojalá sean verdaderas tus palabras! Pues he visto que en la esquina de la calleja existe efectivamente la tienda de un tintorero judío". Y después, sin poder resistir la ola de mis recuerdos, me puse a sollozar en el seno de mi prima, que para consolarme me colmó de palabras dulces y caricias encantadoras.

Y decía: "Piensa, ¡oh mi querido Aziz! que los enamorados sufren años y más años esperando, y tienen que resignarse, armándose de firmeza, y tú apenas si hace una semana que conoces los tormentos del corazón. Anímate, ¡oh hijo de mi tío! y prueba estos manjares, y bebe este vino que te ofrezco".

Pero yo, ¡oh mi joven señor! no pude tragar ni un bocado, ni un sorbo, y hasta perdí el sueño. La cara se me puso amarilla, y se desmejoraron mis facciones. Porque era la primera vez que sentía la pasión, y gozaba un amor amargo y misterioso.

Así es que durante los cinco días que estuve aguardando, enflaquecí hasta el extremo, y mi prima, muy afligida al verme de aquel modo, no me dejó ni un solo instante, y pasaba los días y las noches sentada a mi cabecera contándome historias de enamorados, y en vez de dormir, velaba a mi lado; y algunas veces la sorprendí secándose las lágrimas, que quería disimular.

Por fin, pasados los cinco días, me obligó a levantarme, y me calentó agua, y me hizo entrar en el hammam. Y después me vistió, y me dijo: "¡Ve a escape a la cita! ¡Y Alah te haga lograr lo que deseas, y con sus bálsamos te cure el alma!"

Me apresuré a salir, y corrí a casa del tintorero judío.

Pero aquel día era sábado, y el judío no había abierto la tienda. Me senté, a pesar de todo, delante de la puerta de la tienda, y estuve esperando hasta la oración y hasta que el sol se puso. Y como la noche avanzaba sin ningún resultado, me sobrecogió el temor y me decidí a volver a casa. Llegué como borracho, sin saber lo que hacía ni lo que decía. Y encontré a mi prima de pie, vuelta la cara hacia la pared, con un brazo apoyado en un mueble y una mano sobre el corazón. Y suspiraba unos versos muy tristes acerca del amor desgraciado.

Pero apenas se enteró de mi presencia, se secó los ojos y corrió a mi encuentro, procurando sonreír para ocultarme su dolor. Y me dijo: "¡Oh primo muy amado! ¡que Alah haga duradera tu felicidad! ¿Pero por qué en lugar de volver tan solo por las calles desiertas no has pasado toda la noche en casa de tu amante?"

Al oírla no pude contenerme; creí que mi prima se quería burlar de mí, y la rechacé con tal brusquedad, que fue a caer todo lo larga que era contra el ángulo de un diván, y se hizo en la frente una ancha herida, de donde empezó a correr la sangre a oleadas. Entonces mi pobre prima, lejos de irritarse por mi brutalidad, no pronunció ni una palabra de indignación, se levantó muy resignada, y fue a quemar un pedazo de yesca, aplicándosela sobre la herida. Y cuando se hubo vendado la frente con un pañuelo, limpió la sangre que manchaba el mármol, y como si nada hubiese pasado, se volvió hacia mí, sonriendo tranquila, y me dijo con la mayor dulzura...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discreta como de costumbre, interrumpió su relato hasta el otro día.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 115ª NOCHE

Ella dijo:

Y como si nada hubiese pasado, se volvió hacia mí, sonriendo tranquila, y me dijo con la mayor dulzura: "¡Oh hijo de mi tío! estoy en el límite de la desolación por haberte apenado con palabras impertinentes. ¡Perdóname, y cuenta por favor lo que te haya pasado, para que yo vea si puedo poner remedio!"

Entonces le conté el contratiempo que había sufrido y que no sabía nada de la desconocida. Y Aziza dijo: "¡Oh Aziz de mis ojos! puedo anunciarte que conseguirás tu objeto, pues esto es una prueba a que te somete la joven para ver la fuerza de tu amor y tu constancia para con ella. ¡Así es que mañana irás a sentarte en el banco, y seguramente encontrarás una solución a gusto de tu deseo!"

Y dicho esto, me trajo mi prima una bandeja con manjares, pero yo la rechacé bruscamente, y la vajilla saltó por el aire y rodó por toda la alfombra. Fue mi modo de expresar que no quería comer ni beber. Mi pobre prima recogió cuidadosa y silenciosamente los cacharros que cubrían el suelo, limpió la alfombra, y volvió a sentarse al pie del diván en que yo estaba echado. Y durante toda la noche me estuvo abanicando, diciéndome palabras cariñosas con dulzura infinita. Y yo pensaba: "¡Qué locura es estar enamorado como lo estoy!" Por fin apareció la mañana, me levanté a toda prisa, y me fui a la calleja, debajo de la ventana de la joven.

Y apenas me había sentado en el banco, la ventana se abrió, y apareció ante mis ojos deslumbrados la cabeza deliciosa que era toda mi alma. Y me sonreía con todos sus dientes y con una sonrisa definitivamente sabrosa. Desapareció un momento, y volvió con un saco en la mano, un espejo, una maceta de flores y una linterna. Y primeramente metió el espejo en el saco, ató el saco, y lo tiró todo dentro de la habitación. Después, con un ademán incomparable, se soltó la cabellera, que cayó pesadamente sobre sus hombros, y se cubrió con ella un momento la cara. Enseguida colocó la linterna en el tiesto, en medio de las flores, lo volvió a coger todo y desapareció. La ventana se cerró del todo, y mi corazón voló con la joven. Y mi estado ya no era un estado.

Entonces, sabiendo de sobra lo inútil que era aguardar, me encaminé desolado hacia mi casa, donde encontré a mi pobre prima llorando y con la cabeza toda entrapajada, pues llevaba una venda en la frente para resguardarse la herida y otra alrededor de los ojos, enfermos por tantas lágrimas como había derramado durante mi ausencia y durante aquellos días de amargura. Y tenía la cabeza apoyada en una mano, y murmuraba muy despacio la armonía de estos versos:

Pienso siempre en ti, ¡oh Aziz! ¿A qué morada lejana has huido? Responde, ¡oh Aziz! ¿Dónde has encontrado morada, ¡oh viajero adorado!?

¡Piensa en mí a tu vez! ¡Sabe que, te impulse donde te impulse el Destino, celoso de mi dicha, no podrás encontrar el calor que te guarda este pobre corazón de Aziza!

¡Pero no me escuchas, Aziz, y te alejas! ¡Y he aquí que mis ojos te echan de menos, vertiendo lágrimas inagotables!

¡Apaga tu sed en la limpidez de un agua pura, pero deja que mi dolor beba la sal de estas tristes lágrimas, ocultas en mis órbitas profundas!

¡Llora, corazón mío, la ausencia del muy amado ...! Pienso siempre en ti, ¡oh Aziz! ¿A qué morada lejana has huido? Responde, ¡Oh Asís!¿Dónde has encontrado morada, ¡oh viajero adorado!?

Terminados estos versos se volvió, y al verme quiso enseguida ocultar sus lágrimas, y vino hacia mí, y se estuvo de pie, sin poder hablar. Por fin dijo: "¡Oh primo mío! cuéntame qué ha ocurrido esta vez". Y le expliqué minuciosamente los misteriosos ademanes de la joven. Y Aziza dijo: "¡Regocíjate, ¡oh primo mío! pues verás logrados tus anhelos! Sabe que el espejo metido en el saco representa el sol que desaparece. Esta seña te invita a dirigirte mañana por la noche a su casa. La cabellera negra suelta y tapando la cara significa la noche cubriendo el mundo con sus tinieblas. Esta seña es una confirmación de la anterior. La maceta de flores significa que tienes que entrar en el jardín de la casa, situado detrás de la calleja, y en cuanto a la linterna encima de la maceta, indica claramente que cuando estés en el jardín debes dirigirte hacia donde veas una linterna encendida, y aguardar allí la llegada de tu amante”. Pero yo, en el colmo de la decepción, exclamé: "¡Ya me has dado esperanzas demasiadas veces, que luego no se han cumplido! ¡Alah! ¡Alah! ¡Cuán desgraciado soy!"

Y mi prima, más cariñosa que de costumbre, no escaseó las palabras dulces y consoladoras. Pero no se atrevió a moverse ni a darme de comer ni de beber, por temor a mis accesos de impaciencia demasiado expresivos.

Sin embargo, al anochecer del día siguiente me decidí a intentar la aventura, animado por Aziza, que me daba tantas pruebas de su desinterés y del sacrificio absoluto de su persona, mientras que en secreto lloraba todas sus lágrimas.

Me levanté, tomé un baño, y siempre ayudado por Aziza me puse mi traje más hermoso. Pero antes de dejarme salir, Aziza me echó una mirada de desolación, y con voz llorosa me dijo: "¡Oh hijo de mi tío! toma este grano de almizcle y perfúmate los labios. Y cuando hayas visto a tu amante, y hayas logrado tu deseo, prométeme que le recitarás los versos que voy a decirte". Y me echó los brazos al cuello y sollozó un gran rato. Entonces le juré recitarlos. Y Aziza, tranquilizada, me recitó los versos, y me obligó a repetirlos antes de marcharme, aunque yo no comprendía su intención ni su alcance futuro:

¡Oh vosotros los enamorados! Decidme, ¡por Alah! ¿si el amor habitara siempre en el corazón de su víctima, dónde estaría su redención...?

Después me alejé rápidamente, y llegué al jardín, cuya puerta encontré abierta, y en el fondo había una linterna encendida, hacia la cual me dirigí a través de las sombras.

Y al llegar al sitio en que estaba la luz, me aguardaba una gran sorpresa, pues encontré un maravilloso salón con una cúpula de marfil y de ébano, iluminada por inmensos candelabros de oro y grandes lámparas de cristal colgadas del techo con cadenas doradas. En medio de la sala había una fuente con incrustaciones y dibujos admirables, y la música del agua al caer daba una nota de frescura. Al lado del tazón de la fuente, sobre un grande escabel de nácar, había una bandeja de plata cubierta con un pañuelo de seda, y sobre la alfombra estaba una vasija barnizada, cuyo esbelto cuello sostenía una copa de oro y de cristal.

Entonces, ¡oh mi joven señor! lo primero que hice fue levantar el pañuelo de seda que tapaba la bandeja de plata. ¡Y qué cosas tan deliciosas había allí! ¡Aun las están viendo mis ojos! Efectivamente, había allí...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, e interrumpió su relato hasta el otro día.

Y CUANDO LLEGÓ LA 116ª NOCHE

Ella dijo:

Efectivamente, había allí cuatro pollos asados, dorados y olorosos, sazonados con especias finas; había cuatro grandes tazones, que contenían: el primero mahallabia perfumada con naranja y con alfónsigos partidos y canela; el segundo, pasas maceradas, perfumadas discretamente con rosas; el tercero, ¡oh el tercero! Baklawa hojaldrada y dividida en rombos de una sugestión infinita; el cuarto, katayefs de jarabe espeso, prontos a estallar por lo generosamente rellenos.

En la otra mitad de la bandeja veíanse mis frutas predilectas: higos arrugados por la madurez, cidras, limones, uvas frescas y plátanos. Y entre una y otra cosa destacábanse las flores: rosas, jazmines, tulipanes, lirios y narcisos.

Me animé al ver todo esto hasta el límite de la animación, y alejé mis pesares para dar sólo morada a la alegría. Pero me preocupaba el no ver rastro de criatura viviente entre las criaturas de Alah. Y como no veía ni criada ni esclava que viniera a servirme no me atrevía a probar nada, y aguardé pacientemente a que viniera la amada de mi corazón; pero pasó la primera hora, y ¡nada! después la segunda y la tercera, y ¡nada tampoco! Entonces empecé a sentir violentamente la tortura del hambre, pues llevaba mucho tiempo sin comer, a causa de los pasados desencantos; pero ahora que me cercioraba del éxito, me volvió el apetito, por la gracia de Alah, y se lo agradecí a mi pobre Aziza, que me lo había predicho, explicándome con exactitud el misterio de aquellas señas.

Así, pues, no pudiendo resistir más el hambre, me arrojé sobre los adorables katayefs, que prefería a todo, y quién sabe cuántos deslicé en mi garganta, pues parecían amasados con perfumes del Paraíso por los dedos diáfanos de las huríes. Después arremetí contra los rombos crujientes de la jugosa baklawa, y me comí todos los que me deparó mi buena suerte; luego me tragué toda la copa de la blanca mahallabia salpicada de alfónsigos partidos, y no pudo ser más fresca para mi corazón; me decidí enseguida por los pollos, y me comí uno, o dos, o tres, o cuatro, pues estaba muy sabiamente hecho el relleno oculto en su cavidad, sazonado con granos ácidos de granada, después de lo cual me dirigí hacia las frutas para endulzarme, y acaricié mi paladar seleccionando ampliamente entre todas ellas.

Acabé la comida gustando una, dos, tres o cuatro cucharadas de granos dulces de granada, y glorifiqué a Alah por sus beneficios.

Puse fin a todo extinguiendo la sed en la vasija barnizada, sin utilizar la copa, que estaba de sobra.

¿Qué pasó durante aquella noche...? Sólo sé que por la mañana, al despertarme los rayos de sol, estaba tendido, no en las alfombras magníficas, sino sobre el mármol desnudo, y tenía sobre el vientre un poco de sal y un puñado de polvo de carbón. Me levanté enseguida, me sacudí, miré a derecha e izquierda, pero no vi rastro de criatura viviente alrededor. Así es que mi perplejidad fue tan grande como mi emoción. Y me enfurecí contra mí mismo, arrepintiéndome de lo débil de mi carne y de mi escasa resistencia contra la fatiga. Y me encaminé tristemente hacia casa, donde encontré a mi pobre Aziza, que se lamentaba humildemente y recitaba llorando estos versos:

¡La brisa danzarina se levanta y viene hacia mí a través de la pradera! ¡Antes de que su caricia se pose en mis cabellos, me lo anuncia su perfume!

¡Oh brisa suave, ven a mí! ¡Las aves cantan! ¡Toda pasión seguirá su destino!

¡Si yo pudiera, ¡oh amor! cogerte en mis brazos, como el amante aprisiona contar su pecho la cabeza de su amada...!

¡Endulza con tu aliento la amargura de esta alma, que se sumerge en el dolor!

Después de partir tú, ¡oh Aziz! ¿qué alegrías me quedarán en este mundo, y qué gusto le encontraré en adelante a la vida?

¿Quién me dirá si el corazón de mi amado está como mi corazón, abrasado por la llama del amor?

Al verme Aziza se levantó rápidamente, se secó las lágrimas, y me dirigió palabras muy dulces, ayudándome a quitarme la ropa. Y después de olfatearla, me dijo: "¡Por Àlah! ¡Oh hijo de mi tío! no son éstos los perfumes que deja en la ropa el contacto de una mujer adorada. ¡Cuéntame lo que haya ocurrido!"

Y me apresuré a satisfacerla.

Entonces, muy preocupada, exclamó: "¡Por Alah! ¡Oh Aziz! ya no estoy tranquila; temo que esa desconocida te haga pasar grandes disgustos. Sabe que la sal echada en tu piel significa que te encuentra muy soso, por haberte dejado dominar por el sueño. Y el carbón significa que Alah ennegrezca tu cara, porque es mentira tu amor.

Así, ¡oh amado Aziz! esa mujer, en vez de ser amable contigo y despertarte, ha tratado con desprecio a su huésped, haciéndole saber que sólo servía para comer y para dormir. ¡Líbrete Alah del amor de esa mujer sin misericordia y sin corazón!"

Y al oír estas palabras me golpeé el pecho, y exclamé: "¡Yo soy el único culpable! porque ¡por Alah! tiene razón esa mujer, pues los verdaderos enamorados no duermen. ¿Y qué podré hacer ahora, ¡oh hija de mi tío!? ¡Dímelo!"

Y como mi pobre prima Aziza me quería de veras, llegó al límite del enternecimiento al verme tan apesadumbrado...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discretamente, aplazó su relato hasta el otro día.

Y CUANDO LLEGÓ LA 117ª NOCHE

Ella dijo al rey Schahriar:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el visir Dandán prosiguió de este modo la historia del hermoso Aziz:

Y como mi pobre prima Aziza me amaba de veras, llegó al límite del enternecimiento al verme tan apesadumbrado. Y contestó: "¡Sobre mi cabeza y sobre mis ojos! Pero ¡oh Aziz! ¡cuánto mejor sería que yo te ayudase! pero no puedo salir, porque estando próxima a casarme tengo que permanecer en casa. Sin embargo, desde el momento que no puedo ser un lazo de unión entre ambos, te aconsejaré con mis palabras. Vuelve esta noche al mismo sitio, ¡y resiste a la tentación del sueño! Y para lograrlo evita el comer, pues el alimento entumece los sentidos y los afloja.

Cuida de no dormirte, y verás llegar a tu amada al promediar la noche. ¡Alah te tenga bajo su protección y te defienda de las perfidias!"

Deseé con toda mi alma que viniese la noche cuanto antes, y cuando me disponía a salir me detuvo Áziza un momento para decirme: "Te encargo que cuando la joven te haya concedido lo que deseas, no olvides recitarle la estrofa que te he enseñado". Y yo contesté: "Escucho y obedezco".

Y salí de la casa.

Llegué al jardín, y encontré el salón magníficamente iluminado, con las bandejas cargadas de manjares, pasteles, frutas y flores. Y apenas el perfume de las flores, y de los manjares, y de todas aquellas delicias me llegó a la nariz, no se pudo contener mi alma, y comí de todo hasta hartarme, y bebí hasta la dilatación completa de mi vientre. Me sentí muy alegre, empecé a parpadear, y queriendo vencer el sueño traté de abrirme los ojos con los dedos, pero fue en vano.

Entonces me dije: "Voy a echarme un poco, el tiempo preciso para descansar la cabeza en el almohadón, y nada más. ;Pero no dormiré!" Y enseguida cogí un almohadón, y apoyé en él la cabeza. Pero he aquí que me desperté al día siguiente cuando amanecía, y me vi tendido, no en la sala espléndida, sino en una miserable habitación que probablemente serviría para los palafreneros. Y sobre mi vientre tenía un hueso de pata de carnero, una pelota, huesos de dátiles y granos de algarrobas; y junto a esto, a mi lado, dos dracmas y un cuchillo. Entonces me levanté lleno de confusión, sacudí aquella basura, y enfurecido con lo que me sucedía, sólo recogí el cuchillo. Inmediatamente me dirigí a mi casa, donde encontré a la pobre Aziza, que recitaba estas estrofas:

¡Lágrimas de mis ojos! ¡Habéis destrozado mi corazón y aniquilado mi cuerpo!

¡Y mi amigo es cada vez más cruel! ¿Pero no es dulce sufrir por el amigo cuando es tan hermoso!

¡Oh amado Aziz! ¡Has llenado de pasión mi alma, y has abierto en ella abismos de dolor!

Entonces, lleno de despecho, le llamé bruscamente la atención, dirigiéndole dos o tres injurias. Pero lo soportó con paciencia, se secó los ojos, vino hacia mí, me echó los brazos al cuello, y me estrechó con toda su fuerza contra su corazón, mientras que yo trataba de rechazarla, y me dijo: "¡Oh mi pobre Aziz! ya veo que también te has dormido esta noche".

Y como no podía más, me dejé caer sobre la alfombra lleno de rabia, y tiré a lo lejos el cuchillo. Aziza cogió entonces un abanico, se sentó a mi lado, y comenzó a abanicarme, diciéndome que todo se arreglaría. Y a instancias suyas, le enumeré todo lo que había encontrado sobre mi cuerpo al despertarme.

Y le dije: "¡Por Alah! explícame qué significa todo eso". Y ella contestó: "¡Ah Aziz mío! ¿No te había encargado que para evitar el sueño resistieras a la tentación de comer?"

Pero yo le interrumpí: "Explícame el significado de esas cosas". Y ella dijo: "Sabe que la pelota representa..."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y aplazó su relato discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 118ª NOCHE

Ella dijo:

"Sabe que la pelota representa que tu corazón, a pesar de hallarte en casa de tu amada, vaga por el aire, por tu poco fervor; los huesos de dátiles quieren decir que estás desprovisto de sabor como éstos, pues la pasión, que es la pulpa del corazón, falta por completo a tus amores; los granos de algarrobo, que, es el árbol de Ayub, padre de la paciencia, sirven para recordarte esa virtud, tan preciosa para los enamorados; en cuanto al hueso de pata de carnero, verdaderamente no tiene explicación".

Pero yo volví a interrumpir: "¡Oh Aziza! olvidas el cuchillo y los dos dracmas". Y Aziza, temblando, me dijo: "¡Oh Aziz! tengo miedo por tu suerte. Los dos dracmas simbolizan sus dos ojos. Y con eso quiere decirte: "¡Juro por mis dos ojos que si volvieses aquí y te durmieras, te degollaría con un cuchillo!" ¡Oh hijo de mi tío! ¡cuánto miedo me causa todo esto, y no tengo otro consuelo que mis sollozos!" Entonces mi corazón se compadeció de su dolor, y le dije: "¡Por mi vida sobre ti, o hija de mi tío! ¿cómo podríamos remediar este mal? ¡Ayúdame a salir de esta desventura!"

Y ella contestó: "¡Es preciso que te conformes con mis palabras y que las obedezcas, porque si no, nada haremos!". Y yo dije: "¡Escucho y obedezco! ¡Lo juro por la cabeza de mi padre!"

Entonces Aziza, confiada en mi promesa, me abrazó, y me dijo: "Pues bien; he aquí mi plan. Tienes que dormir aquí todo el día, y de ese modo no te tentará el sueño esta noche. Y cuando despiertes, te daré de comer y beber. Y así no tendrás que temer nada". Y en efecto, Aziza me obligó a acostarme, y se puso a darme masaje, y bajo la influencia de aquel masaje tan delicioso, no tardé en dormirme; y al despertar cuando ya anochecía, la encontré sentada a mi lado, haciéndome aire con el abanico. Y adiviné que había estado llorando, pues su ropa estaba empapada de lágrimas. Entonces Aziza se apresuró a darme de comer, y ella misma me ponía los pedazos en la boca, y yo no tenía más que tragarlos, y así hizo hasta que me quedé completamente harto.

Después me dio una taza de azufaifas con agua de rosas y azúcar, un refresco excelente. Enseguida me lavó las manos, me las limpió con una servilleta perfumada con almizcle, y me roció con agua de rosas. Enseguida me trajo un magnífico ropón, me lo puso, y me dijo: "¡Si Alah quiere, esta noche será para ti la noche de tus delicias!" Y al acompañarme hasta la puerta, añadió: "Y sobre todo, no olvides mi encargo". Yo pregunté: "¿Qué encargo es ése" Y ella dijo: "¡Oh Aziz! la estrofa que te he enseñado".

Llegué al jardín, entré en la sala, y me senté sobre las riquísimas alfombras. Y como estaba harto, miré indiferente las bandejas, y me puse a velar hasta la medianoche. Y no veía a nadie, ni oía ningún ruido. Y me pareció entonces que aquella noche era la más larga del año. Pero tuve paciencia, y aguardé un poco más. Y cuando habían transcurrido las tres cuartas partes de la noche, y empezaban a cantar los gallos, comenzó el hambre a torturarme, y poco a poco se hizo tan fuerte, que no podía resistir la tentación de la bandeja, y de pronto me puse de pie, quité el paño, comí hasta la saciedad, y bebí un vaso, y después dos, y hasta diez.

Me sentí dominado por un gran sopor, pero me defendí enérgicamente, me enderecé, y moví la cabeza en todos sentidos. Y he aquí que cuando iba a rendirme el sueño oí un rumor de risas y sedas. Y apenas había tenido tiempo de incorporarme y lavarme las manos y la boca, vi que el gran cortinaje del fondo se levantaba. Y entró ella, sonriente y rodeada de diez esclavas jóvenes, hermosas como estrellas. Y era la propia luna. Estaba vestida con una falda de raso verde, bordada de oro rojo. Y sólo para darte una idea de ella, ¡oh mi joven señor! te diré los versos del poeta:

¡Hela aquí! ¡La joven magnífica de mirada arrogante! ¡A través del vestido verde, sin botones, se tienden alegres los pechos espléndidos! ¡Su cabellera está destrenzada!

Y si deslumbrado le pregunto su nombre, me dice: ¡soy la que abrasa los corazones en un fuego inmortal!"

Y si le hablo de los tormentos de amor, me contesta:"¡Soy la roca sorda y el azur sin eco! ¡Oh joven candoroso! ¿Se queja alguien de la sordera de la roca y de la sordera del azur?"

Y entonces le digo: "¡Oh mujer! ¡Si tu corazón es la roca, sabe que mis dedos, como en otro tiempo los de Moisés, harán brotar do roca la limpidez de un manantial!"

Cuando le recité estos versos, sonrió y me dijo: "¡Está muy bien! Pero ¿cómo has logrado vencer el sueño?" Y contesté: "¡La brisa que te ha traído ha vivificado mi alma!"

Entonces se volvió hacia sus esclavas, les guiñó el ojo, y se alejaron enseguida, dejándonos completamente solos en la sala. Y ella vino a sentarse muy cerca de mí, me alargó su pecho, y me echó los brazos al cuello muy efusivamente. Yo me precipité entonces sobre su boca, y le chupé el labio superior, y ella me chupó el inferior. La cogí después por la cintura, y ambos rodamos juntos por la alfombra. Me deslicé entonces entre la delicada abertura de sus piernas, y le desabroché toda la ropa. Y empezamos a retozar, cambiando besos y caricias, pellizcos y mordiscos, alzamientos de muslos y de piernas y brincos locos por toda la sala. De tal modo, que acabó por caer extenuada en mis brazos, muerta de deseo.

Y aquella noche fue una noche muy dulce para mi corazón, y una gran fiesta para mis sentidos, según dice el poeta:

¡Alegre fue para mí la noche, la más deliciosa entre todas las noches de mi destino! ¡La copa no dejó un instante de verse llena!

Aquella noche dije al sueño: "¡Vete, ¡oh sueño! que mis párpados no te desean!" Y dije a las piernas y a los muslos de plata: "¡Acercaos!"

Al llegar la mañana, cuando quise despedirme de mi amor, me detuvo y me dijo: "Aguarda un momento. Tengo que revelarte una cosa".

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 119ª NOCHE

Ella dijo:

Áziz continuó de este modo su historia:

Me detuvo y me dijo: "Aguarda un momento. Tengo que revelarte una cosa". Entonces, un poco sorprendido, me senté de nuevo a su lado; y ella desdobló un pañuelo, sacó de él esta tela cuadrada en que está bordada esa primera gacela que ves delante de ti, ¡oh mi joven señor! y me la entregó, diciéndome: "Guarda esto con el mayor cuidado. Lo ha bordado una joven, muy amiga mía, y que es princesa de las Islas del Alcanfor y del Cristal. Este bordado ha de ser para ti de gran importancia. ¡Y te recordará siempre a la que te ha hecho este obsequio!" Y en el límite del asombro, le di expresivamente las gracias y me despedí de ella; pero estupefacto con lo que me sucedía, olvidé recitarle la estrofa que me había enseñado Aziza.

Al llegar a casa, encontré a mi pobre prima tendida en el lecho, como que estaba enferma, pero al verme hizo un esfuerzo para levantarse, y con los ojos arrasados en lágrimas, se arrastró hasta mí, me besó en el pecho, y me apretó largo rato contra su corazón. Y me dijo: "¿Le has recitado la estrofa?"

Y yo, muy confuso, hube de contestarle: "La he olvidado por causa de esta gacela que ves aquí bordada". Y desdoblé la tela. Entonces Aziza no pudo contenerse más, y rompió en sollozos, recitando entre lágrimas estos versos:

¡Ah mi pobre corazón! ¡Te han enseñado que el cansancio acompaña a la pasión, y que la ruptura es el término de toda amistad!

Y añadió: "¡Oh mi adorado Aziz! el mayor favor que te pido es que no olvides recitarle esta estrofa". Y yo dije: "Repítemela, porque casi la he olvidado". Y la repitió, y yo la recordé muy bien entonces. Y llegada la noche, me dijo: "¡He aquí la hora! ¡Guíete Alah con su ayuda!"

Al llegar al jardín entré en la sala, y encontré a mi amante que me estaba esperando. Y enseguida me cogió, me besó, me hizo tenderme en su regazo, y después de haber comido y bebido muy bien, nos poseímos plenamente. Y es inútil detallar nuestros transportes, que duraron hasta por la mañana. Entonces no olvidé recitarle la estrofa de Aziza:

¡Oh vosotros los enamorados! Decidme, ¡por Alah! ¿si el amor habitara siempre en el corazón de su víctima, dónde estaría su redención...?

No podría expresarte, ¡oh mi señor! la emoción que estos versos causaron a mi amiga; tan grande fue, que su corazón, que ella decía ser tan duro, se derritió en su pecho, y lloró abundantemente, mientras improvisaba esta estrofa:

¡Honor a la rival de alma magnánima! ¡Sabe todos los secretos, y los guarda silenciosamente! ¡Sale perjudicada en el reparto, y se calla sin murmurar! ¡Conoce el admirable valor de la paciencia!

Entonces aprendí cuidadosamente esta estrofa para repetírsela a Aziza. Y cuando de vuelta a mi casa encontré a mi prima tendida sobre los colchones, y junto a ella a mi madre, me apresuré a sentarme a su lado. Y la pobre Aziza tenía en el rostro una gran palidez; y parecía desmayada. Levantó dolorosamente los ojos hacia mí, y no pudo hacer ningún movimiento.

Entonces mi madre, muy severamente, me dijo: "¿No te da vergüenza, ¡oh Aziz! ? ¿Está bien abandonar así a la prometida?" Y Aziza cogió entonces las manos de mi madre, y se las besó. Después hizo un gran esfuerzo, y acabó por preguntarme: "¡Oh hijo de mi tío! ¿olvidaste mi encargo?" Y yo dije: "¡Tranquilízate, Aziza! Le he recitado la estrofa, y la ha conmovido hasta el límite de la emoción, de tal manera, que me ha recitado esta otra". Y le repetí los versos consabidos. Y Aziza, al oírlos, lloró en silencio, y murmuró estas palabras del poeta:

¡Quien no sabe guardar el secreto, ni practicar la paciencia, no tiene que hacer más que desear la muerte!

¡He pasado la vida entera en la renunciación! ¡Y moriré privada de las palabras del amigo! ¡Cuando muera, trasmitid mi saludo a la que fue la desgracia de mi vida!

Después añadió: "¡Oh hijo de mi tío! te ruego que cuando vuelvas a ver a tu enamorada, le repitas estas estrofas. ¡Y séate la vida dulce y fácil, ¡oh mi amado Aziz!"

Al llegar la noche, volví al jardín, según costumbre, y encontré a mi amiga, que me estaba esperando en la sala; y nos sentamos uno al lado del otro, nos pusimos a comer y a beber, y nos solazamos de diversos modos. Después nos acostamos enseguida y permanecimos entrelazados hasta la mañana. Entonces, recordando la promesa, le recité a mi amiga las dos estrofas.

Y apenas las hubo oído, lanzó un gran grito, y retrocediendo asustada, exclamó: "¡Por Alah! ¡La persona que ha dicho esos versos, debe de haber muerto seguramente a estas horas!" Y añadió: "Deseo, por consideración a ti, que esa persona no sea pariente tuya, ni hermana, ni prima. Porque te repito que seguramente pertenece ya al mundo de los muertos".

Y yo exclamé: "¡Es mi prometida, la propia hija de mi tío!" Y ella repuso: "¿Por qué mientes de este modo? ¡Eso no puede ser verdad! ¡Si fuese tu prometida, la querrías como es debido!" Yo repetí: "¡Es mi prometida, la propia hija de mi tío!"

Y ella contestó: "¿Y por qué me lo ocultaste? ¡Por Alah! ¡Nunca le habría arrebatado su novio, si me hubiera enterado de estos lazos! ¡Qué desgracia tan grande! Pero dime: ¿ha sabido nuestros encuentros de amor?" Y contesté: "¡Los ha sabido! ¡Y ha sido ella quien me explicaba las señas que me hacías! ¡Y a no ser por ella, nunca habría podido llegar hasta ti! ¡Y gracias a sus buenos consejos y a su buena dirección, he podido lograr lo que tanto deseaba!"

Entonces exclamó: "Pues bien; ¡tú eres la causa de su muerte! ¡Plegue a Alah que no maltrate tu juventud, como tú has maltratado la de tu pobre prometida! ¡Ve pronto a ver lo que ha pasado!"

Entonces me apresuré a salir, muy alarmado con aquella mala nueva. Y al llegar a la esquina de la calleja donde está nuestra casa, oí unos gritos muy amargos de mujeres que se lamentaban. Y al preguntar a las que entraban y salían, una de ellas me dijo: "¡Han encontrado muerta a Aziza detrás de la puerta de su cuarto!"

Me precipité dentro de casa, y la primera persona que encontré fue mi madre, que exclamó: "¡Eres el causante de su muerte ante Alah! ¡El peso de su sangre pesará sobre tu cuello! ¡Ah hijo mío! ¡qué prometido tan fatal has sido para la pobre Aziza!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 120ª NOCHE

Ella dijo:

"¡Ah hijo mío! ¡qué prometido tan fatal has sido para la pobre Aziza!" Y cuando iba a seguir agobiándome con sus reconvenciones, entró mi padre; y se calló delante de él.

Mi padre empezó entonces a hacer los preparativos para los funerales. Y cuando todos los amigos y los parientes estuvieron reunidos, celebramos los funerales e hicimos las ceremonias acostumbradas en los grandes entierros. Y permanecimos tres días en unas tiendas de campaña que se levantaron junto a la tumba para recitar allí el Libro Sublime.

Entonces volví a la casa, junto a mi madre, y sentía mi corazón lleno de piedad hacia la infortunada muerta. Y mi madre se me acercó, y me dijo: "¡Hijo mío! confíame qué cosas has hecho contra la pobre Àziza para hacerle estallar el corazón. Porque ¡oh hijo mío! por más que le pregunté la causa de su enfermedad, nunca quiso revelarme nada. Y sobre todo, jamás pronunció una queja contra ti, pues hasta el último momento no hizo más que bendecirte. Conque ¡por Alah sobre ti! cuéntame lo que le hiciste a esa desventurada para hacerla morir de ese modo".

Y yo contesté; "¡No le he hecho nada absolutamente!"

Pero mi madre insistió: "Cuando Aziza estaba a punto de expirar, abrió un instante los ojos, y me dijo: "¡Oh mujer de mi tío! ¡yo suplico al Señor que a nadie pida cuentas del precio de mi sangre, y perdone a los que han torturado mi corazón! ¡He aquí que dejo un mundo perecedero por otro inmortal!"

Y le dije: "¡Oh hija mía! no hables de la muerte. ¡Que Alah te restablezca pronto!" Pero ella sonriendo tristemente, me dijo: "¡0h mujer de mi tío! te ruego que transmitas a tu hijo Aziz mi último encargo, suplicándole que no lo olvide. Cuando vaya donde tiene costumbre de ir, que diga:

"¡Qué dulce es la muerte, y cuán preferible a la traición!"

Y añadió: "¡De esta manera le quedaré agradecida, y velaré por él después de muerta, como velé por él en vida!" Y levantó la almohada, y sacó de debajo de ella un objeto para ti, pero me hizo jurar que no te lo entregaría hasta que te viese llorar su muerte. Guardo, pues, ese objeto, y no te lo daré hasta que te vea cumplir la condición impuesta". Y dije a mi madre: "Bien podías enseñarme ese objeto". Pero mi madre se negó resueltamente, y se retiró.

Bien puedes adivinar, ¡oh mi señor! cuánto me dominarían los placeres y cuán poco sentado tenía el juicio, cuando no quería oír la voz de mi corazón. En vez de llorar a la pobre Aziza, y llevarle luto en el alma, sólo pensaba en distraerme y divertirme. Y nada era más delicioso para mí que visitar la casa de mi amante. Así es que apenas llegó la noche, me apresuré a dirigirme a su casa; y la encontré tan impaciente como si hubiese estado sentada sobre unas parrillas.

Y apenas había entrado, corrió hacia mí, se me colgó del cuello y me pidió noticias de mi prima; y cuando le hube contado los detalles de su muerte y de los funerales, se sintió llena de compasión, y me dijo: "¿Por qué no habré sabido antes de su muerte los muchos favores que te había hecho y su abnegación admirable? ¡Cómo le habría dado las gracias y cómo la habría recompensado!"

Y yo añadí:

"Y ha recomendado a mi madre que me dijese, para que yo te las repitiese a ti, sus últimas palabras: ¡Qué dulce es la muerte, y cuán preferible a la traición!

Cuando mi amante oyó estas palabras, exclamó: "¡Que Alah la tenga en su misericordia! ¡He aquí que te protege hasta después de muerta! ¡Pues con esas palabras te salva de lo que había maquinado contra ti, y de la emboscada en que había resuelto perderte!"

Entonces llegué al límite del asombro, y dije: "¿Qué palabras son ésas? ¿Cómo uniéndonos el cariño maquinabas mi perdición? ¿En qué emboscada pensabas hacerme caer?"

Ella contestó: "¡Oh niño ingenuo! Veo que no conoces las perfidias de que somos capaces las mujeres. Pero no he de insistir. Sabe únicamente que debes a tu prima el haberte librado de mis manos. Desisto de mis planes contra ti, pero con la condición de que no hablarás ni mirarás a otra mujer, sea joven o vieja. De lo contrario, ¡desgraciado de ti! porque ya no habrá quien pueda librarte de mis manos, pues la que te podía ayudar con sus consejos ha muerto. ¡Guárdate, pues, de olvidar esa condición! Y ahora tengo que pedirte una cosa..."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discreta como siempre interrumpió su relato.

Y CUANDO LLEGÓ LA 121ª NOCHE

Ella dijo:

"Y ahora tengo que pedirte una cosa: que me lleves a la tumba de la pobre Aziza para escribir en la losa que la cubre algunas palabras". Yo contesté: "¡Mañana será, si Alah quiere!" Después me acosté para pasar la noche con ella, pero a cada hora me dirigía preguntas acerca de Aziza, y exclamaba: "¡Ah! ¿Por qué no me advertiste que era la hija de tu tío?"

Y yo a mi vez, le dije: "Explícame el significado de estas palabras: "¡Qué dulce es la muerte, y cuán preferible a la traición!" Pero no quiso decirme nada sobre esto.

Por la mañana se levantó a primera hora, cogió una gran bolsa llena de dinares, y dijo: "¡Levántate y llévame a su tumba! ¡Quiero construirle una cúpula!" Y yo dije: "¡Escucho y obedezco!" Y salimos, y ella me seguía repartiendo dinero a los pobres por todo el camino. Y decía cada vez: "¡Esta limosna es por el descanso del alma de Aziza!" Y así llegamos a la tumba. Se echó sobre el mármol, derramó abundantes lágrimas, y después sacó de una bolsa de seda un cincel de acero y un martillo de oro. Y grabó admirablemente en el mármol estos versos:

¡Una vez me detuve ante una tumba oculta en el follaje! ¡Siete anémonas lloraban sobre ella con la cabeza inclinada!

Y dije: "¿A quién pertenecerá esa tumba?" Y la voz de la tierra me contestó: "¡Inclina la frente con respeto! ¡En esta paz duerme una enamorada!"

Entonces exclamé: "¡Oh tú a quien ha matado el amor! ¡Oh tú, enamorada que duermes en el silencio! ¡Que el Señor te haga olvidar los pesares, y te coloque en la cumbre más alta del Paraíso!"

¡Infelices enamorados, se os abandona hasta después de muertos, pues nadie viene a limpiar el polvo de vuestras tumbas!

¡Yo plantaré aquí rosas y flores, y para hacerlas florecer mejor las regaré con mis lágrimas!

Enseguida se levantó, echó una mirada de despedida a la tumba, y volvimos a emprender el camino de su palacio. Y se mostraba muy tierna. Y me dijo repetidas veces: "¡Por Alah! no me abandones". Y yo me apresuré a contestar: "¡Escucho y obedezco!" Seguí yendo a su casa todas las noches. Y siempre me recibía con mucho entusiasmo y con mucha expansión. Y nada escatimaba para darme gusto. Yo seguí comiendo, bebiendo, besando y copulando; vistiendo cada día los trajes más hermosos unos que otros, y las camisas más finas unas que otras, hasta que me puse muy gordo y llegué al límite de la gordura. No sentía ni penas ni preocupaciones, y hasta se me olvidó, completamente el recuerdo de la pobre hija de mi tío. En tal estado, verdaderamente delicioso, permanecí todo un año.

Pero he aquí que un día, a principios del año nuevo, había ido al hammam, y me había puesto el traje mejor entre los mejores trajes. Y al salir del hammam me había tomado un sorbete y había aspirado voluptuosamente los finos aromas que se desprendían de mi ropón impregnado de perfumes. Me sentía más contento que de costumbre, y todo lo veía blanco a mi alrededor. El sabor de la vida era para mí verdaderamente delicioso, y me sentía en tal estado de embriaguez, que me aligeraba de mi peso, haciéndome correr como un hombre ebrio de vino. Y en tal estado me acudió el deseo de ir a derramar el alma de mi alma en el seno de mi amiga.

Me dirigía, pues, su casa, cuando al atravesar una calleja llamada el Callejón de la Flauta, vi avanzar hacia mí a una vieja que llevaba en la mano un farol para alumbrar el camino, y una carta en un rollo. Me detuve, y la anciana, después de haberme deseado la paz, me dijo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y no quiso abusar de las palabras permitidas.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 122ª NOCHE

Ella dijo:

Y la anciana, después de haberme deseado la paz, me dijo: "Hijo mío, ¿sabes leer?" Y yo contesté: "Sí, mi buena tía". Ella me dijo: "Entonces te ruego que cojas esta carta y me leas su contenido". Y me alargó la carta. Yo la cogí, la abrí y leí el contenido. Decía que el firmante de ella estaba bien de salud, y mandaba recuerdos y un saludo a su hermana y a sus parientes. Al oírlo levantó la vieja los brazos al cielo, e hizo votos por mi prosperidad, pues le anunciaba tan buena nueva.

Y exclamó: "¡Plegue a Alah que te alivie de todas tus penas, como has tranquilizado tú las mías!" Después cogió la carta y siguió su camino. Entonces sentí una necesidad apremiante, y me arrimé a una pared y satisfice mi necesidad.

Me levanté después, habiéndome sacudido bien, y me arreglé la ropa, dispuesto a proseguir mi camino. Pero entonces vi venir a la vieja, que me cogió la mano, se la llevó a los labios, y me dijo: "Dispénsame, ¡oh mi señor! pero tengo que pedirte una merced, y si me la concedes será para mí el colmo de los beneficios, y seguramente te remunerará el Retribuidor. Te ruego que me acompañes cerca de aquí, para que leas esta carta a las mujeres de mi casa, pues seguramente no querrán fiarse de mí, sobre todo mi hija, que tiene mucho afecto al firmante de esta carta, un hermano suyo que nos dejó hace diez años, y cuya primera noticia es ésta, desde que le lloramos por muerto.

¡No me niegues este favor! No tendrás que tomarte ni siquiera el trabajo de entrar, pues podrás leer esta carta desde fuera. Ya sabes las palabras del Profeta ¡sean con él la plegaria y la paz! respecto a los que ayudan a sus semejantes: "Al que saca a un musulmán de una pena de entre las penas de este mundo, se lo tiene en cuenta Alah borrándole setenta y dos penas de las penas del otro mundo".

Accedí, pues, a su petición, y le dije: "¡Anda delante de mí, para alumbrar y enseñarme el camino!" Y la vieja me precedió, y a los pocos pasos llegamos a la puerta de un palacio magnífico.

Era una puerta monumental, chapada toda de bronce y de oro rojo labrado. Me detuve, y la vieja llamó en lengua persa. Enseguida, sin que tuviese tiempo de darme cuenta, por lo rápido que fue el movimiento, se entreabrió la puerta y vi a una joven regordeta que me sonreía. Llevaba los pies descalzos sobre el mármol recién lavado, se sujetaba con las manos, por miedo de mojarlos, los pliegues de su calzón, levantándolo hasta medio muslo. Y las mangas las llevaba también levantadas hasta más arriba de los sobacos, que se veían en la sombra de los brazos blancos. Y no sabía qué admirar más, si sus muslos como columnas de mármol o sus brazos de cristal.

Sus finos tobillos estaban ceñidos con cascabeles de oro y pedrería; sus flexibles muñecas ostentaban dos pares de pesados y magníficos brazaletes; llevaba en las orejas maravillosas arracadas de perlas, al cuello triple cadena de joyas insuperables, y a la cabeza un pañuelo, de finísimo tejido, constelado de diamantes. Y debía estar entregada a algún ejercicio muy agradable, porque la camisa se le salía del calzón, cuyos cordones estaban desatados.

Su hermosura, y sobre todo sus muslos admirables, me dieron enormemente qué pensar, y recordé estas palabras del poeta:

¡Virgen deseada, para que yo adivine tus tesoros ocultos, procura levantarte la ropa hasta el nacimiento de tus muslos, ¡oh alegría de mis sentidos! ¡Después, tiéndeme la copa fértil del placer!

Cuando la joven me vio, quedó muy sorprendida, y con su ingenuo aspecto, sus ojos muy abiertos y su voz gentil, más deliciosa que todas las que había oído en mi vida, preguntó: "¡Oh madre mía! ¿es éste el joven que nos va a leer la carta?" Y como la anciana contestase afirmativamente, la joven me alargó la carta que acababa de entregarle su madre. Pero cuando me inclinaba hacia ella para recibir la carta, me sentí violentamente empujado hacia adentro por un cabezazo en la espalda que me acababa de asestar la vieja. Me empujó hacia el interior del vestíbulo, mientras que ella, más veloz que el relámpago, se apresuraba a entrar detrás de mí, y cerró apresuradamente la puerta de la calle. Y así me vi preso entre aquellas dos mujeres, sin saber lo que querían hacer de mí. Pero no tardé en enterarme de todo. Efectivamente...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente hasta el otro día.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 123ª NOCHE

Ella dijo:

Efectivamente, cuando estaba en medio del corredor, la joven me tiró al suelo muy diestramente, dándome una zancadilla, y enseguida se tendió a lo largo encima de mí, apretándome entre sus brazos hasta ahogarme. Y yo creí que me quería matar y que así me impedía que gritase.

¡Pero no había nada de eso!

La joven, después de varios movimientos, se sentó sobre mi vientre, y empezó a frotarme furiosamente con la mano. Y tanto friccionó, y tanto tiempo, y de manera tan extraordinaria, que perdí el sentido y cerré los ojos como un idiota. Entonces la joven se puso de pie, me ayudó a levantarme, me cogió de la mano, y seguida de su madre me hizo atravesar siete corredores y siete galerías, llevándome a su aposento. Y yo la seguía como un hombre borracho, a consecuencia del efecto que me habían producido sus dedos terriblemente expertos.

Entonces me mandó sentar, y me dijo: "¡Abre los ojos!" Y yo abrí los ojos, y me vi en una sala inmensa alumbrada por cuatro grandes arcadas con cristales, y tan amplia era, que habría podido servir de palenque para justas de jinetes. Estaba toda pavimentada de mármol, y las paredes aparecían cubiertas de chapas de colores muy vivos formando dibujos finísimos. Sus muebles eran de una forma muy agradable y realzados con brocado y terciopelo, lo mismo que los divanes y cojines. En el testero había una amplia alcoba, con una gran cama toda de oro, incrustada de perlas y pedrería, verdaderamente digna de un rey como tú, príncipe Diadema.

Entonces la joven me llamó por mi nombre, con gran asombro mío, y me dijo: "¡Oh Aziz! ¿Qué prefieres, la muerte o la vida?" Y dije: "¡La vida!" Y ella repuso: "Desde el momento que es así, debes tomarme por esposa".

Yo exclamé: "¡No, por Alah! ¡Antes que casarme con una libertina de tu índole prefiero la muerte!" Y ella dijo: "¡Oh Aziz, créeme! ¡Cásate conmigo, y así te desharás de la hija de Dalila la Taimada!" Y yo pregunté: "¿Pero quién es esa hija de Dalila la Taimada? No conozco a nadie que se llame así". Entonces ella se echó a reír, y me dijo: "¿No conoces a la hija de Dalila la Taimada, y hace un año y cuatro meses que es tu amante? ¡Pobre Aziz! ¡Teme las perfidias de esa miserable, a quien confunda Alah! ¡No hay en la tierra alma más corrompida que la suya! ¡No sabes cuántas víctimas han muerto por su propia mano. Cuántos crímenes ha cometido contra sus numerosos amantes! ¡Estoy asombrada de que estés aún sano y salvo, conociéndola tanto tiempo!"

Al oír estas palabras llegué al límite de la estupefacción, y dije: "¡Oh señora mía! ¿Podrías explicarme cómo has conocido a esa persona, y todos esos detalles que yo ignoro?"

Ella contestó: "¡La conozco como el Destino conoce sus decisiones y las calamidades que encierra! Pero antes de explicarme, deseo saber de tus labios el relato de tu aventura con ella. Porque te repito que aun estoy asombrada de que hayas salido vivo de entre sus manos".

Entonces le conté a la joven todo lo que me había ocurrido con mi enamorada del jardín y con la pobre Àziza, hija de mi tío; y ella, al oír el nombre de Aziza, se compadeció de mi prima, hasta llorar a lágrima viva, y me dijo: "¡Alah te conceda sus beneficios, ¡oh Aziz! ¡Veo claramente que debes tu salvación de entre las manos de esa mujer a la intervención de la pobre Aziza! Ahora que estás libre de ella, guárdate bien de las asechanzas de esa miserable. Pero no puedo revelarte nada más, pues el, secreto nos ata".

Y exclamé: "Pues todo eso es lo que me ha ocurrido con Aziza, y sabe que antes de morir me encargó que diga a mi amada, a la cual llamas la hija de Dalila, estas palabras: "¡Qué dulce es la muerte, y cuán preferible a la traición!" Apenas acabé de pronunciar estas palabras, exclamó la joven: "¡Oh Aziz! he aquí lo que te ha salvado de una perdición segura. ¡No encontrarás otra mujer como Aziza! ¡Viva o muerta, sigue velando por ti!

Pero dejemos a los muertos, que están en la paz de Alah, y atendamos a lo presente. Sabe que el deseo de que fueras mío me ha obsesionado todas las noches y todos los días, y hasta hoy no he podido echarte mano. ¡Y ya ves que he logrado mi deseo! ¡Pero eres muy joven, y no conoces los recursos de que es capaz una vieja como mi madre! Resígnate, pues, a tu destino, y déjame obrar a mí. No tendrás más que alabanzas para tu esposa, porque quiero unirme contigo por contrato legítimo ante Alah y su Profeta, ¡sean con él la plegaria y la paz! Y todos tus deseos se verán extremadamente satisfechos entonces: riquezas, buenos tejidos para tu ropa, turbantes inmaculados, todo lo tendrás sin gastar nada; y no te permitiré abrir el bolsillo, porque en mi casa el pan siempre está fresco y la copa siempre está llena. En cambio, sólo te pediré una cosa, ¡oh Aziz!"

Y yo dije: "¿Qué cosa?" Y contestó: "¡Que hagas conmigo lo que hace el gallo!" Y yo, más asombrado, pregunté: "¿Pero qué hace el gallo?"

Al oír mi pregunta, soltó una sonora carcajada, tan fuerte, que se cayó de trasero; y se puso a trepidar de alegría, palmoteando. Después dijo: "¿Es posible que no conozcas el oficio del gallo?" Y yo contesté: "¡No, por Alah! ¡No conozco ese oficio! ¿cuál es?" Y ella dijo: "¡El oficio del gallo, ¡oh Aziz! es comer, beber y copular!" .

Entonces, verdaderamente confuso al oírla hablar así, dije: "¡Por Alah! no sabía que hubiese tal oficio".

Y ella contestó: "Es el mejor de todos los oficios. ¡Conque ánimo ¡oh Aziz! ¡Cíñete el cinturón, fortalécete los riñones, y ojalá lo hagas dura y secamente, mucho tiempo!"

Y gritó a su madre: "¡Oh madre! ven enseguída".

Y vi entrar a la madre con cuatro testigos, cada uno de ellos con un candelabro encendido. Avanzaron, y después de las zalemas acostumbradas, se sentaron en corro.

Entonces la joven se echó el velo por la cara, según se acostumbra, y se envolvió en el izar. Y los testigos redactaron el contrato.

Y ella quiso declarar generosamente que había recibido de mí una dote de diez mil dinares por todas las cuentas atrasadas o futuras, y se reconoció mi deudora, sobre su conciencia y ante Alah, de tal cantidad.

Luego dio la acostumbrada gratificación a los testigos, que haciendo zalemas, se fueron por donde habían venido.

Y la madre se eclipsó también.

Y nos quedamos los dos solos, en la gran sala de las cuatro arcadas de cristales.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana. y se calló discretamente hasta el otro día.

CUANDO LLEGÓ LA 124ª NOCHE

Ella dijo:

Y nos quedamos los dos solos en la gran sala de las cuatro arcadas de cristales.

Y entonces la joven se desnudó, y vino hacia mí sólo con la fina camisa sobre la piel. ¡Y qué camisa! ¡Y qué bordados! Llevaba todavía el calzón, pero se apresuró a hacerlo resbalar. Enseguida me cogió de la mano, me llevó hacia el fondo de la amplia alcoba, y se echó conmigo en la gran cama de oro. Y jadeante, exclamó: "Ya nos está permitido todo esto, pues no es vergonzoso lo que es lícito".

Y se tendió ágilmente, y me atrajo junto a ella. Después exhaló un largo suspiro, seguido de un estremecimiento y de algunas monadas llenas de coquetería, acabando por levantarse la camisa hasta más arriba de los riñones.

Entonces ya no pude refrenar por más tiempo mis deseos, y después de haberle chupado los labios, mientras que desfallecía, se estiraba y cerraba los ojos, penetré en ella de parte a parte. Y así comprobé la exactitud encantadora de estos versos del poeta:

¡Cuando la joven se levantó el vestido, mi vista se pudo extender sin ninguna dificultad por la terraza de su vientre! ¡oh que jardines!

¡Y descubrí su entrada que era tan estrecha y tan difícil como mi paciencia y mi vida!

¡Pero de todos modos pude penetrar en ella a la fuerza, aunque sólo a medias! Entonces ella exhaló un gran suspiro. Y yo dije:

"Por qué suspiras" y ella contestó : "!Por la segunda mitad, ¡Oh luz de mis ojos!".

En efecto, una vez que hicimos primeramente eso, me dijo: "¡Obra como quieras! ¡Soy tu esclava sumisa! ¡Anda! ¡Ven! ¡Tómalo! ¡Por mi vida sobre ti! ¡Dámelo mejor, para que con mi mano lo haga penetrar en mí, y me calme las entrañas!" Y no cesó en sus suspiros ni en sus gemidos, entre besos, transportes, movimientos y copulaciones, hasta que nuestros gritos se extendieron por toda la casa y alborotaron toda la calle. Después de lo cual nos dormimos hasta por la mañana.

Entonces, cuando me disponía a marcharme, se acercó a mí maliciosamente, y me dijo: "¿Adónde vas?" ¿Crees que la puerta de salida está abierta como la puerta de entrada? ¡Desengáñate, Aziz! ¡Y sobre todo, no me confundas con la hija de Dalila la Taimada! ¡Apresúrate a alejar ese injurioso pensamiento! ¡Recuerda que estás unido legítimamente conmigo mediante un contrato, confirmado por la Sunna!

¡Ah mi querido Aziz! ¡Si estás borracho, despabílate y vuelve a tu razón! Sabe que la puerta de esta casa no se abre más que una vez al año, y sólo por un día. ¡Levántate si no, y ve a comprobar mis palabras!"

Entonces me levanté asustado, me dirigí hacia la puerta principal, y después de haberla examinado bien, me cercioré de que estaba barrada, clavada y condenada, sin lugar a dudas. Y volví hacia la joven, y le dije que efectivamente la cosa era exacta. Ella me sonrió entonces muy feliz, y me dijo: "¡Oh mi querido Aziz! sabe que aquí tenemos en abundancia harina, grano, frutas frescas y secas, granadas desecadas, manteca, azúcar, dulces, carneros, pollos y otras cosas semejantes, en cantidad suficiente para un buen número de años. Estoy tan segura de que permanecerás aquí durante un año, como de que no ha de faltarnos nada de eso. ¡Resígnate, pues, y deja ese aspecto tan triste y esa cara tan ceñuda!"

Entonces suspiré:"¡No hay fuerza ni poder más que en Alah!" Y ella dijo: "¿Pero de qué te quejas, ¡oh grandísimo tonto!? ¿A qué viene el suspirar de esa manera cuando me has dado unas pruebas tan brillantes de tu suficiencia para el oficio de gallo de que hablamos ayer?" Y se echó a reír. Y yo también me eché a reír. Y entonces tuve que obedecerla y amoldarme a sus deseos.

Permanecí, pues, en aquella morada ejerciendo mi oficio de gallo; comiendo, bebiendo y haciendo el amor dura y secamente, durante un año entero de doce meses. Así es que al cabo del año la joven estaba bien fecundada, y parió un niño. Y entonces, por primera vez, oí el rumor de la puerta, cuyos goznes chirriaban. Y mi alma exhaló un hondo "¡Ya Alah!" de redención.

Abierta la puerta, vi entrar un gran número de proveedores que venían cargados de alimentos para todo el año: un cargamento de pasteles, harina, azúcar, y otras provisiones por el estilo. Y de un salto quise ganar la calle y la libertad. Pero ella me sujetó por el faldón, y me dijo: "¡Oh ingrato Aziz! aguarda siquiera a que se haga de noche, y que sea la misma hora en que entraste aquí hace un año". Y me resigné a aguardar un poco más. Pero apenas anocheció, me dirigí hacia la puerta, y la joven me acompañó hasta el umbral, no dejándome salir hasta que le hube jurado que volvería antes de que se cerrase la puerta por la mañana. Y no tenía más remedio que cumplirlo, pues le juré por la Espada del Profeta, ¡sean con él la plegaria y la paz! y por el Libro Noble, y por el Divorcio.

Salí por fin, y me dirigí apresuradamente a casa de mis padres, pero pasando por el jardín de mi amiga, aquella a la que mi esposa llamaba la hija de Dalila la Taimada. Y con gran sorpresa, vi que el jardín estaba abierto como de costumbre, con la linterna encendida en el fondo de los bosquecillos.

Entonces me entristecí profundamente, y lleno de furor dije para mí...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discreta, según su costumbre, se calló hasta el otro día.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 125ª NOCHE

Ella dijo:

Entonces me entristecí profundamente, y lleno de furor dije para mí: "Hace un año que me ausenté de estos lugares, ahora llego de improviso, y lo encuentro todo como en tiempos pasados. ¡Pues bien, Aziz! antes de ver a tu madre, que debe llorarte por muerto, conviene que sepas lo que ha sido de tu antigua enamorada. ¡Quién sabe lo que habrá ocurrido en tanto tiempo!" Y avancé apresuradamente hacia la sala de la cúpula de ébano y de marfil, y al penetrar en ella encontré a mi amiga sentada, con la cabeza baja y acodada sobre las rodillas. ¡Pero cuán desmejorada me pareció! ¡Sus ojos hallábanse bañados de lágrimas, y su rostro no podía estar más triste! Y al verme delante de ella, se sobresaltó mucho, intentó enseguida levantarse, pero la emoción la hizo caer de nuevo.

Al fin pudo hablar, y exclamó muy dichosa "Loor a Alah por tu llegada, ¡oh Aziz!"

Y yo me quedé extremadamente confuso, y bajé la cabeza ante aquella alegría inconsciente de mis infidelidades, pero no tardé en avanzar hacia mi amiga, y después de besarla, le dije: "¿Cómo has podido adivinar que vendría esta noche?" Y ella dijo: "¡Por Alah! Ignoraba tu venida. Pero hace un año que te aguardo aquí todas las noches, y lloro en esta soledad y me consumo. ¡Mira cuán desmejorada estoy por las vigilias y el insomnio! ¡Aquí te he estado aguardando desde el día que te di el ropón de seda nueva y te hice prometer que volverías! ¡Pero dime, por favor, la causa que te ha retenido tanto tiempo lejos de mí!"

Entonces, ¡oh príncipe Diadema! le conté candorosamente toda mi aventura, y mi matrimonio con la joven de hermosos muslos. Después añadí: "Y he de advertirte que no puedo pasar contigo más que esta noche, pues antes de que amanezca he de estar en casa de mi esposa, que me lo ha hecho jurar por tres cosas santas".

La joven, apenas se enteró de que me había casado, palideció intensamente y se quedó muda de indignación. Y por fin dijo: "¡Eres un miserable! ¡Soy la primera a quien conociste, y no me dedicas aunque sea toda una noche, ni tampoco se la concedes a tu madre! ¿Crees que tengo tanta paciencia como la pobre Aziza, que Alah conserve en su misericordia? ¿Crees que voy a dejarme morir de pena por tus infidelidades? ¡Ah pérfido Aziz! Ahora nadie te librará de mis manos. ¡No tengo ninguna razón para perdonarte, pues ya no me sirves para nada, porque los hombres casados me horrorizan, y sólo me deleitan los solteros! ¡Y ya que no eres mío, no quiero que pertenezcas a nadie! ¡Aguarda, pues, un poco!"

Y dichas estas palabras con un acento terrible y estallándole los ojos, me acometió el temor de lo que iba a sobrevenir. Y súbitamente, sin darme tiempo para nada, se precipitaron sobre mí diez esclavas jóvenes, más robustas que negros, y me echaron en tierra y me inmovilizaron. Entonces ella se levantó, cogió un espantoso machete, y dijo: "¡Vamos a degollarte como se degüella a los machos cabríos cuando son demasiado rijosos! ¡Y al vengarme, vengaré también a la pobre Aziza, cuyo hígado hiciste estallar de pena!

¡Vas a morir, miserable traidor! ¡Di tu acto de fe!" Y al pronunciar estas palabras apoyaba la rodilla en mi frente, mientras que sus esclavas no me permitían ni respirar siquiera. Así es que no dudé de mi muerte, sobre todo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 126ª NOCHE

Ella dijo:

Así es que no dudé de mi muerte, sobre todo cuando vi lo que hacían las esclavas. Dos de ellas se sentaron sobre mi vientre, otras dos me sujetaron los pies, y otras dos se me sentaron en las rodillas. Enseguida se levantó la joven, y auxiliada por otras dos esclavas, empezó a darme palos en la planta de los pies, hasta que caí desmayado de dolor. Entonces cesaríán de golpearme. Después volví de mi desmayo, y dije: "¡Prefiero la muerte mil veces a estos tormentos!"

Y ella, dispuesta a complacerme, cogió otra vez el espantable machete, lo afiló en su babucha, y ordenó a las esclavas: "¡Tendedle la piel del cuello!"

En este mismo instante, Alah me hizo recordar las últimas palabras de la pobre Aziza. Y exclamé:

"¡Qué dulce es la muerte, y cuán preferible a la traición!"

Al oír estas palabras, dio un gran grito de espanto, y clamó después: "¡Tenga Alah piedad de tu alma, ¡oh Aziza! ¡Acabas de salvar de una muerte segura al hijo de tu tío!"

Enseguida me miró fijamente, y dijo: "En cuanto a ti, aunque debas tu salvación a esas palabras de Aziza, no te creas completamente libre, pues necesito vengarme de ti y de esa bribona desvergonzada que te ha retenido lejos de mi compañía. ¡Y he aquí que voy a emplear el único medio, el verdadero medio!" Y dirigiéndose a sus esclavas, exclamó: "¡Apretad bien, e impedidle que se mueva; amarradle los pies!" Y esto fue ejecutado enseguida.

Entonces se levantó la joven, y puso a la lumbre una sartén de cobre rojo, y echó en ella aceite y queso blando. Aguardó a que el queso se derritiera en el aceite, y luego volvió hacia mí, que seguía tendido en tierra, sujeto por las esclavas. Se inclinó y me desató el calzón, y a este contacto sentí grandes oleadas de terror y vergüenza. Adivinaba lo que iba a ocurrir. Y la joven, habiéndome dejado el vientre desnudo, me cogió los compañones, me los ató por la misma raíz con una cuerda encerada, y dio a las esclavas los dos extremos de la cuerda, ordenándoles que tirasen todo lo que pudiesen. Y ella, mientras tanto, con una navaja muy afilada, segó fieramente mi zib, de un solo golpe, causando mi infortunio. Figúrate, ¡oh príncipe Diadema! si el dolor y la desesperación no me harían desmayarme.

Todo lo que sé después de eso, es que cuando volví de mi desmayo me hallé con el vientre tan liso como el de una mujer. Y las esclavas aplicaban a mi herida el aceite hervido con el queso blando, lo cual no tardó en restañarme la sangre. Hecho esto, se me acercó la joven, me dio un vaso de jarabe para apagar mi sed, y me dijo despreciativamente:

"¡Vuelve al sitio de donde viniste! ¡Mi deseo está saciado! ¡Ya no eres nada para mí, ni puedes servir a nadie, pues me he apoderado de la única cosa que necesitaba!" Y me rechazó con el pie, y me echó de casa, diciéndome como despedida: "¡Tente por dichoso cuando aún sientes la cabeza sobre los hombros!"

Entonces me arrastré dolorosamente hasta la morada de mi joven esposa, y llegado a la puerta, que encontré abierta todavía, entré silenciosamente y fui a caer consternado sobre los almohadones del salón. Enseguida acudió mi esposa, que al verme tan pálido me examinó atentamente, haciendo que le contase mi desventura y que le mostrase mi individualidad mutilada. Pero no pude soportar el verme así, y volví a caer desvanecido.

Al volver de mi desmayo, me vi tendido en la calle, al pie de la puerta, pues mi esposa, al encontrarme como una mujer, me había expulsado de su morada.

Y en aquel miserable estado me encaminé a mi casa, y fui a echar. me en brazos de mi madre, que me lloraba desde hacía muchísimo tiempo, creyéndome perdido por algún extremo de la tierra. Me recibió sollozando, y al verme en aquella extrema palidez y debilidad...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 127ª NOCHE

Ella dijo:

Y al verme en aquella extrema palidez y debilidad, lloró más todavía. Entonces me asaltó el recuerdo de mi pobre y dulce Aziza, muerta de pena por mi culpa, y la eché de menos por primera vez, vertiendo por ella lágrimas de desesperación y arrepentimiento. Y cuando me hube calmado un momento, me dijo mi madre con los ojos llenos de llanto: "¡Oh, pobre hijo mío! las desdichas habitan nuestra casa, porque has de saber lo peor que podías saber: ¡tu padre ha muerto!" Al oírlo, se me atravesaron los sollozos en la garganta, quedé inmóvil, y caí después al suelo, y así estuve durante toda la noche.

Por la mañana me obligó a levantarme mi madre, y se sentó a mi lado. Pero yo estaba como clavado en mi sitio, mirando el rincón donde acostumbraba sentarse mi pobre Aziza, y las lágrimas me corrían silenciosas por las mejillas. Y mi madre me dijo: "¡Ah hijo mío! ya hace diez días que estoy sola en esta casa vacía y sin dueño; diez días hace que tu padre murió en la misericordia de Alah".

Y yo dije: "¡Oh madre! en estos momentos estoy dominado completamente por el recuerdo de mi pobre Aziza, y no podría consagrar mi dolor a otra memoria que la suya. ¡Pobre Aziza! ¡Tan abandonada por mí, tú que me querías de veras! ¡Perdona a este miserable que te atormentó, y que está excesivamente castigado por sus culpas y traiciones!"

Ahora bien; mi madre notaba lo profundo y verdadero de mi dolor, pero seguía callando. Por lo pronto, se apresuró a curarme las heridas y a traerme con qué recuperar las fuerzas. Después de estos cuidados, siguió prodigándome sus ternuras y velaba a mi lado, diciéndome: "¡Bendito sea Alah, ¡oh hijo mío! porque no te han sobrevenido peores calamidades, y has salvado la vida!" Y así hasta que estuve completamente restablecido, aunque seguía enfermo del alma y atormentado por los recuerdos.

Un día, después de comer, mi madre vino a sentarse a mi lado, y me dijo: "¡Oh hijo mío! creo que ha llegado la ocasión de entregarte el recuerdo que me confió la pobre Aziza antes de morir, pues me encargó que no te lo diese hasta que te condolieses por ella y hubieras abandonado definitivamente los malos lazos que te sujetaban". Enseguida abrió un cofrecillo y sacó de un paquete esa tela preciosa en que está bordada la segunda gacela que tienes delante de los ojos, ¡oh príncipe Diadema! Y mira los versos que se entrelazan en las orillas:

¡Llenaste mi corazón de tu deseo para sentarte encima y triturarlo; acostumbraste mis ojos a velar, y en cambio tú dormías!

¡Ante mi vista y ante los latidos de mi corazón, tuviste sueños extraños a mi amor, cuando mi corazón y mis ojos se derretían de deseo por ti!

¡Por Alah! hermanas mías, cuando me haya muerto, escribid en el mármol de mi tumba:

"¡Oh tú que marchas por el camino de Alah! ¡he aquí la tierra en que descansa por fin una esclava de amor!"

Al leer estas estrofas, lloré abundantes lágrimas, y me golpeé las mejillas. Y al desenrollar la tela, cayó un papel, en el cual aparecían estas líneas, escritas por la propia mano de Aziza...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 128ª NOCHE

Ella dijo:

Y al desenrollar la tela, cayó un papel, en el cual aparecían estas líneas, escritas por la propia mano de Àziza:

"¡Oh mi primo muy amado!, sabe que fuiste para mí más querido y más preciado que mi propia sangre y mi vida. Así es que después de mi muerte seguiré suplicando a Alah que te haga feliz y puedas vencer a todas las que elijas. ¡Conozco las muchas desgracias que ha de acarrearte la hija de Dalila la Taimada! Sírvante de lección, ¡y ojalá puedas alejar para siempre el amor nefasto de las mujeres infames! ¡Ojalá aprendas a librarte de ellas! ¡Bendito sea Alah, que se me lleva antes que a ti, para no obligarme al dolor de presenciar todos tus sufrimientos!

"Te ruego, por Alah, que conserves como recuerdo de mi despedida esa tela en que aparece bordada una gacela. Me ha acompañado durante tus ausencias. Me la envió la hija de un rey, la princesa de las Islas del Alcanfor y el Cristal, llamada Sett-Donia.

"Cuando te veas agobiado por las desgracias, acude en busca de la princesa Donia, en el reino de su padre, en las Islas del Alcanfor y el Cristal. Pero sabe, ¡oh Aziz! que no están destinados a ti la hermosura ni los encantos incomparables de esa princesa. No vayas a inflamarte de amor por ella, porque no ha de ser para ti más que la causa que te saque de tus aflicciones y ponga fin a las tribulaciones de tu alma.

"¡Uassalam, ¡oh Aziz!"

Al leer esta carta de Aziza, ¡oh príncipe Diadema! me conmovió más hondamente la ternura, y lloré todas las lágrimas de mis ojos. Mi madre lloró conmigo, y aquello duró hasta que cayó la noche. Permanecí un año entero sumido en esta tristeza, sin encontrar alivio.

Entonces pensé en la partida, dispuesto a buscar a la princesa Donia en las Islas del Alcanfor y el Cristal. Y mi madre me alentó mucho, diciéndome: "Ese viaje te distraerá, y hará que se alivien tus pesares. Y he aquí que va a salir de nuestra ciudad una caravana de mercaderes que se está preparando para la marcha. Únete, pues, a ella, compra mercaderías, y vete. Pasados tres años, podrás regresar con esta misma caravana. ¡Y habrás olvidado toda la amargura que pesa sobre tu corazón! Y entonces, al ver desahogado tu corazón, me consideraré feliz".

Hice, pues, lo que me había indicado mi madre, y después de comprar excelentes mercancías, me uní a la caravana, y viajé con ella por todas partes, pero sin tener ánimos para exhibir mis géneros. ¡Al contrario! Todos los días me sentaba aparte, y cogía la tela, recuerdo de Aziza, la extendía delante de mí, y la miraba durante mucho tiempo, llorando. Y así siguieron las cosas, hasta que después de un año llegamos a las fronteras en que reinaba el padre de la princesa Donia. Eran las Siete Islas del Alcanfor y el Cristal.

Ahora bien, el rey de ese país, ¡oh príncipe Diadema! se llama el rey Schahramán.

Y es, efectivamente, el padre de la princesa Donia, que sabe bordar con tanto arte esas gacelas que envía a sus amigas.

Pero al llegar a este reino, pensé: "¡Oh Aziz! ¿de qué pueden servirte, ¡oh pobre lisiado! todas las princesas y todas las jóvenes del mundo! ¿De qué han de servirte cuando te han dejado el vientre tan liso como el de una mujer?"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discreta, según su costumbre, se calló hasta el otro día.

Y CUANDO LLEGÓ LA 129ª NOCHE

Ella dijo:

"...¿de qué pueden servirte, ¡oh pobre lisiado! todas las princesas y todas las jóvenes del mundo? ¿De qué han de servirte cuando te han dejado el vientre tan liso como el de una mujer?"

Pero recordando las palabras de Aziza, me decidí a emprender las investigaciones necesarias, y a recoger los datos que me pudieran servir para ver a la princesa. Todos mis trabajos resultaron baldíos; nadie me supo indicar el medio que yo buscaba, y ya empezaba a sentirme completamente desesperado, cuando un día, paseándome por los jardines que rodean la ciudad, queriendo olvidar mis pesares con el espectáculo de aquel delicioso verdor, llegué a la puerta de un espléndido jardín de árboles magníficos, con cuya sola contemplación hallaba descanso el alma dolorida. Y en la tarima de entrada estaba sentado el guarda del jardín, un venerable jeique de simpático aspecto, en cuyo rostro se adivinaba la bendición. Entonces me adelanté hacia él, y después de las zalemas acostumbradas, le dije: "¡Oh jeique! ¿de quién es este jardín?"

Y él contestó: "De Sett-Donia, la hija del rey. Puedes, ¡oh hermoso joven! entrar y pasearte un momento, y respirar el perfume de las flores y las plantas". Y yo dije: "¡Cuánto te lo agradezco! Pero ¿no podrías permitirme, ¡oh venerable jeique! que aguardase, oculto detrás de un macizo de flores, la llegada de la princesa, y así alegraría mi vista con una sola mirada que le dirigiesen mis párpados?"

Él dijo: "¡Por Alah! ¡Eso no!" Entonces lancé un gran suspiro. Y el jeique me miró con ternura, me cogió de la mano, y entró conmigo en el jardín.

Así anduvimos juntos hasta un sitio encantador al que daban sombra unos hermosos árboles. Cogió frutas de las más maduras y de las más deliciosas, y me las ofreció de este modo: "¡Refréscate! ¡Y te advierto que sólo la princesa Donia conoce su sabor!" Después dijo: "¡Siéntate, que ahora vuelvo!" Y me dejó un instante para volver cargado con un cordero asado, y me convidó a comerlo con él, y cortaba para mí los pedazos más sabrosos, y me los ofrecía con la mejor voluntad. Y yo estaba confundido con tantas bondades, y no sabía cómo darle las gracias.

Ahora bien; mientras estábamos comiendo y charlando amistosamente, oímos que se abría la puerta del jardín. Y el jeique se apresuró a decirme, muy alarmado: "¡Levántate enseguida y escóndete en ese macizo! ¡Y sobre todo, no te muevas!" Y yo me apresuré a obedecerle. Apenas estaba en mi escondrijo, vi que asomaba por la puerta la cabeza de un eunuco negro. Y preguntó en alta voz: "¡Oh jeique! ¿hay alguien por ahí? ¡Porque llega la princesa Donia!" El jeique contestó: "¡Oh mi buen eunuco! ¡No hay nadie en el jardín!" Y se apresuró a abrir las dos hojas de la puerta.

Entonces vi llegar a la princesa Donia, y creí que era la misma luna que bajaba a la tierra. Tal era su hermosura, que me quedé clavado en el sitio, aturdido, sin movimiento, muerto. La seguía con la mirada, sin poder respirar, a pesar del afán que sentía por hablarle. Y permanecí inmóvil durante todo el paseo de la princesa, lo mismo que el sediento del desierto que cae sin fuerzas a orillas del lago y no puede arrastrarse hasta la onda líquida.

Comprendí entonces, ¡oh mi señor! que ni la princesa Donia ni ninguna otra mujer correrían peligro junto a mí.

Aguardé, pues, que se alejase la princesa, me despedí del jeique, y marché en busca de los mercaderes de la caravana, diciendo para mí: "¡Oh Aziz! ¿Qué han hecho de ti, Aziz? ¡Un vientre liso que ya no puede domar a las enamoradas! ¡Vuelve junto a tu pobre madre, y allí podrás morir en paz, en la casa vacía y sin dueño! ¡Porque la vida ya no tiene ningún objeto para ti!" Y a pesar de los trabajos que había pasado para llegar a aquel reino, fue tal mi desesperación que no quise poner en práctica las palabras de Aziza, aunque me había asegurado formalmente que la princesa Donia sería la causa de mi felicidad.

Salí, pues, con la caravana, encaminándome a mi tierra. Y así he llegado a este país, que está bajo el poder de tu padre, ¡oh príncipe Diadema!

¡Y tal es mi historia!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 130ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el gran visir Dandán, luego de contar esta historia al rey Daul'makán durante el sitio de Constantinia, comenzó a relatarle su continuación, en la que Aziz está íntimamente mezclado con todas las cosas maravillosas y sorprendentes que vamos a ver.

Historia de la princesa Donia con el príncipe Diadema

"Cuando el príncipe Diadema hubo oído esta admirable historia, y se enteró de cuán deseable y cuán interesante era la princesa Donia, y de cuán bellas cualidades poseía, así como su sapiencia en el arte del bordado, sintió dominado su corazón por un amor desbordante, y resolvió hacer todo lo posible para llegar junto a la princesa.

Y llevó con él al joven Aziz, del cual ya no quería separarse. Montó otra vez a caballo, y emprendió nuevamente el camino de la ciudad de su padre el rey Soleimán-Schah, señor de la Ciudad Verde y de las montañas de Ispahán.

Lo primero que hizo fue poner a disposición de su amigo Áziz una hermosa casa que de nada carecía. Y cuando se cercioró de que Aziz tenía cuanto pudiera convenirle, marchó al palacio, se encerró en su habitación, negándose a recibir a nadie, y lloró amargamente. Porque las cosas que se oyen impresionan tanto como las que se ven o sienten.

Cuando su padre el rey Soleimán-Schah le vio tan pálido y tan acongojado, comprendió que Diadema tenía el alma llena de pesares y zozobras. Y le preguntó: "¿Qué tienes, ¡oh hijo mío! para cambiar así de color y estar tan afligido?"

Y el príncipe Diadema le contó que estaba enamorado de la princesa Donia, profundamente enamorado, aunque no la había visto jamás, pues para su pasión bastaba el relato de Aziz al describirle su andar gracioso, sus perfecciones, sus ojos y su maravilloso arte de bordar animales y flores.

Al recibir esta noticia, el rey Soleimán-Schah llegó al límite de la inquietud, y dijo al príncipe: "¡Hijo mío! esas Islas del Alcanfor y el Cristal son un país muy lejano del nuestro, y aunque sea tan maravillosa esa princesa Donia, advierte que en nuestra ciudad y en el palacio de tu madre encontrarás jóvenes hermosísimas y esclavas atrayentes, originarias de todas las comarcas del mundo. Llégate, pues, al aposento de las mujeres, y entre las quinientas esclavas que allí verás, más hermosas que lunas, elige las que más te agraden. Y si a pesar de todo ninguna de esas mujeres llegase a gustarte, pediré para ti como esposa a una hija entre las hijas de los reyes de los países vecinos. ¡Y te prometo que será mucho más bella y mucho más instruida que la misma princesa Donia!"

Pero el príncipe insistió: "¡Oh padre mío! sólo deseo por esposa a la princesa Donia, la que sabe dibujar y bordar gacelas tan admirablemente sobre el brocado. Mi amor no tiene remedio, y si no la consigo, huiré de mi país, de mis amigos y de mi casa, y me suicidaré por causa de ella".

Entonces su padre, viendo que era muchísimo peor contrariarle, le dijo: "En ese caso, ¡oh hijo mío! ten un poco de paciencia, y dame tiempo para que pueda enviar al rey de las Islas del Alcanfor y el Cristal una diputación que vaya a pedirle la mano de su hija, según el ceremonial que desde antiguamente se acostumbra, y que se empleó para mí cuando me casé con tu madre. Y si se negase, abriré la tierra por debajo de él, y haré que caiga sobre su cabeza todo su reino en ruinas, invadiendo y devastando sus comarcas con un ejército tan numeroso, que al desplegarse llegaría su vanguardia a las Islas del Alcanfor, cuando la retaguardia estuviera todavía detrás de las montañas de Ispahán, frontera de mi imperio".

Después de esto, el rey mandó llamar al joven mercader Aziz, amigo de Diadema. y le dijo: "¿Conoces el camino de las Islas del Alcanfor y el Cristal?" El otro contestó: "Lo conozco", y el rey dijo: "Me alegraría muchísimo que acompañases a mi gran visir, al cual envío de embajador cerca del rey de aquella comarca". Y Aziz contestó: "¡Oh rey del tiempo! ¡escucho y obedezco!"

Entonces el rey Soleimán llamó al gran visir, y le dijo: "Arregla este asunto como te parezca mejor, pero es indispensable que vayas a las Islas del Alcanfor y el Cristal para pedir a la princesa Donia por esposa de Diadema". Y el visir respondió oyendo y obedeciendo. Y mientras tanto, el príncipe se retiró a su morada, recitando estos versos del poeta sobre los pesares de amor:

¡Interrogad a la noche! ¡Os dirá mi dolor y os cantará la elegía llena de lágrimas que modula en mi corazón la tristeza!

¡Interrogad a la noche! ¡Os dirá que soy el pastor cuyos ojos cuentan las estrellas, mientras que por sus mejillas cae el granizo del llanto!

¡Aunque mi corazón se desborde en deseos, me veo solo en el mundo, como la mujer de caderas fecundas que no halla la simiente de gloria!

Y el príncipe pasó muy pensativo toda la noche, negándose a tomar alimento y no pudiendo dormir.

En cuanto apareció el día, se apresuró el rey a ir en su busca, y al ver cuán desmejorado estaba, mandó apresurar los preparativos de la marcha, colmando a Aziz y al visir de ricos presentes para el rey de las Islas del Alcanfor y el Cristal, y para todos los de su séquito. Y enseguida se pusieron en camino.

Y viajaron días y noches, hasta que llegaron a la vista de las Islas del Alcanfor y el Cristal.

Entonces armaron las tiendas a orillas de un río, y el visir despachó un correo para anunciar al rey su llegada.

Y aun no había acabado el día, cuando vieron venir a los chambelanes y emires del rey, que después de las zalemas y saludos de bienvenida, los acompañaron hasta el palacio.

Y el visir y Aziz entraron en palacio, y se presentaron al rey haciéndole entrega de los regalos de su señor Soleimán, y el rey los apreció mucho, diciéndoles: "¡Los agradezco con todo el corazón de amigo,

y sobre mi cabeza y mis ojos!" Y enseguida, según costumbre, se retiraron Aziz y el visir, y pasaron cinco días en palacio descansando de las fatigas del viaje.

A la mañana del quinto día, el visir se vistió su traje de honor, y se presentó ante el trono del rey, y le sometió la petición de su señor rey Soleimán, aguardando respetuosamente la respuesta.

Al oír las palabras del visir, el rey quedó muy pensativo, bajó la cabeza muy inquieto y meditabundo, y permaneció largo tiempo sin saber qué contestar al enviado del poderoso rey de la Ciudad Verde y de las montañas de Ispahán. Pues sabía por experiencia que su hija odiaba el matrimonio, y que la petición iba a ser rechazada, como ya lo habían sido otras que le habían dirigido los principales príncipes de los reinos vecinos y de todas las tierras de los alrededores.

Por fin el rey acabó por levantar la cabeza, hizo una seña al jefe de los eunucos para que se acercase, y le dijo: "Ve a buscar a tu señora la princesa Donia, preséntale los respetos del visir y los regalos que nos trae, y repítele lo que acabas de oír de su boca". Y el eunuco besó la tierra entre las manos del rey, y desapareció.

Al cabo de una hora volvió con una nariz tan larga que le llegaba a los pies, y dijo: "¡Oh rey de los siglos y del tiempo! me he presentado ante mi ama la princesa Donia, y apenas formulé la petición, se le llenaron de ira los ojos, se incorporó, cogió una maza y corrió hacia mí para romperme la cabeza. Y me apresuré a huir a toda prisa, pero me persiguió a través de los corredores, gritando: "¡Si mi padre quiere obligarme al matrimonio, sepa que mi marido no tendrá tiempo para verme la cara, pues le mataré antes con mis propias manos, y enseguida me mataré yo!"

Al oír estas palabras del jefe de los eunucos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discretamente aplazó el relato hasta el otro día.

Y CUANDO LLEGÓ LA 131ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que después de estas palabras del jefe de los eunucos, el rey dijo al visir: "Acabas de oír con tus propios oídos lo que ha pasado. Transmite, pues, mis zalemas al rey Soleimán-Schah, y repítele lo ocurrido, diciéndole que a mi hija la horroriza el matrimonio. ¡Y Alah haga que llegues a tu país con toda seguridad!"

Entonces el visir y Aziz se apresuraron a regresar a la Ciudad Verde, y a repetir al rey Soleimán-Schah lo que había ocurrido.

Esta noticia encolerizó al rey, que quiso llamar a los emires y a los lugartenientes para reunir las tropas e invadir inmediatamente las comarcas de las Islas del Alcanfor y el Cristal.

Pero el visir pidió permiso para hablar, y dijo: "¡Oh soberano! no debes proceder de ese modo, pues en realidad la culpa no la tiene el padre, sino la hija, y el impedimento procede de ella sola. Y su mismo padre está tan contrariado como todos nosotros. Ya te he repetido las terribles palabras que la princesa Donia dijo al espantado jefe de los eunucos".

Cuando el rey Soleimán-Schah hubo oído al visir, acabó por darle la razón y se asustó al pensar en las amenazas de la princesa. Y se dijo: "Aunque invadiese su país y la redujese a ella a la esclavitud, de nada nos serviría, puesto que ha jurado matarse".

Entonces mandó llamar al príncipe Diadema, y muy afligido por el disgusto que iba a darle, le puso al corriente de todo. Pero el príncipe Diadema, lejos de desesperarse, dijo firmemente: "¡Oh padre mío! no creas que voy a dejar esto en tal estado. ¡Lo juro por Alah! ¡Sett-Donia será mi esposa! Llegaré hasta ella, aunque haya de arriesgar la vida". Y el rey dijo: "¿Pero de qué manera?"

Y respondió el príncipe: "Iré en calidad de mercader".

Y dijo el rey: "En ese caso lleva contigo al visir y a Aziz". Y enseguida mandó comprar mercaderías por valor de cien mil dinares, y que vaciasen en los sacos los tesoros encerrados en sus propios armarios. Y le dio cien mil dinares en oro, caballos, camellos, mulos y tiendas suntuosas forradas de seda y de colores admirables.

Entonces el príncipe Diadema besó las manos a su padre, se puso su ropa de viaje, fue en busca de su madre, y le besó igualmente las manos. Y su madre le dio cien mil dinares, y lloró mucho, e invocó sobre él la bendición de Alah, e hizo votos por la satisfacción de su alma y por su buen regreso entre los suyos. Y las quinientas damas de palacio, que rodeaban a la madre de Diadema, se echaron también a llorar, mirándole en silencio, con respeto y ternura.

Y el príncipe Diadema salió de la habitación de su madre, llamó a su amigo Aziz y al anciano visir, y dio la orden de marcha. Y como Aziz se echase a llorar, le preguntó el príncipe: "¿Por qué lloras, hermano Aziz?" Y éste dijo: "¡Oh hermano mío! ya sé que no puedo separarme de ti, pero ¡hace tanto tiempo que dejé a mi pobre madre! Y ahora, cuando llegue la caravana sin mí, ¿qué pensará mi madre al no verme entre los mercaderes?" El príncipe dijo: "¡Tranquilízate, hermano Aziz! Volverás a tu tierra en cuanto quiera Alah, después de habernos facilitado los medios de conseguir nuestro objeto". Y se pusieron en camino.

Y viajaron en compañía del sabio y prudente visir que, para distraerlos y para que Diadema lo sobrellevase todo con paciencia, les contaba historias admirables. Y también Aziz recitaba a Diadema inspirados poemas, e improvisaba versos llenos de encanto, hablando del amor y de los amantes. Como éstos, entre otros mil:

¡Vengo a contaros mi locura, y cómo el amor ha podido hacerme niño, rejuveneciendo mi vida!

¡Tú a quien lloro! ¡La noche aviva en mi alma tu recuerdo! ¡La mañana brota sobre mi frente, que no ha conocido el sueño! ¡Oh! ¿Cuándo vendrá el regreso después de la ausencia?

Al cabo de un mes de viaje llegaron a la capital de las Islas del Alcanfor y el Cristal, y al entrar en el gran zoco de los mercaderes, notó el príncipe Diadema que disminuían sus preocupaciones, animándose su corazón con alegres latidos. Hicieron alto por consejo de Aziz en el gran khan, y alquilaron para ellos todos los almacenes de abajo y todas las habitaciones de arriba, mientras el visir iba a buscarles una casa de la ciudad. Colocaron los fardos en los almacenes, y después de haber descansado cuatro días, fueron a visitar a los mercaderes del gran zoco de la seda.

Y por el camino dijo el visir: "Se me ocurre una cosa para que podamos alcanzar el fin deseado". Y el príncipe contestó: "Habla como gustes, pues los ancianos tienen inspiraciones, y sobre todo cuando poseen como tú la experiencia de los negocios".

Y el visir dijo: "Mi idea es que, en vez de dejar las mercaderías encerradas en el khan, donde los parroquianos no pueden verlas abramos para ti, ¡oh príncipe! una gran tienda en el zoco de la sedería. Y tú, en calidad de mercader, te sentarás a la entrada de la tienda para vender y mostrar los géneros, mientras que Aziz estará en el fondo para darte todas las telas y desenrollarlas. Y de esta suerte, como eres tan hermoso, y como Aziz no lo es menos que tú, he aquí que la tienda llegará a ser inmediatamente la más concurrida del zoco". Y Diadema contestó: "¡La idea es admirable!" Y vestido con un magnífico traje de gran mercader, entró en el zoco de la seda, seguido de Aziz, del visir y de sus servidores.

Cuando le vieron pasar los mercaderes, quedaron completamente deslumbrados por su belleza. Y todos dejaron de atender a los parroquianos en aquel momento. Los que estaban cortando telas se quedaron con las tijeras en el aire. Los que compraban abandonaron sus compras. Y todos se decían a un tiempo: "¿Será que el portero Raduán, aquel que tiene las llaves de los jardines del cielo, se habrá olvidado de cerrar las puertas, y así ha podido bajar a la tierra este joven celestial?"

Y otros exclamaban al verle: "¡Ya Alah! ¡Nos envías un ángel de entre tus ángeles para que veamos cuán hermosos son!"

Llegados al centro del zoco, preguntaron dónde estaba el gran jeique de los mercaderes, y se dirigieron hacia su tienda. Y cuando entraron en ella, se levantaron en honor suyo cuantos estaban sentados allí. Y pensaban: "¡Este venerable anciano es el padre de esos dos jóvenes tan hermosos!" El visir, después de hacer sus zalemas, preguntó: "¡Oh mercaderes! ¿Cuál de vosotros es el jefe del zoco? “Y le contestaron: "Helo aquí". El visir miró al mercader que le señalaban, y vio que era un anciano muy alto, de barba blanca y de aspecto respetable, que se apresuró a hacerles los honores de su tienda, con un cordial saludo de bienvenida, e invitándoles a sentarse en la alfombra a su lado. Y exclamó: "¡Estoy dispuesto a todos los servicios que deseéis”!

Entonces el visir dijo: "¡Oh jeique el más amable de todos! Hace años que viajo con estos dos jóvenes por ciudades y comarcas para completar su instrucción, mostrándoles los diversos pueblos, para que aprendan a vender y comprar, sacando al mismo tiempo provecho de los diversos usos y costumbres. Y con este propósito venimos a establecernos en esta ciudad durante algún tiempo, pues deseo que mis hijos regocijen su vista en todas las cosas hermosas que contiene, y aprendan de los que viven en ella los buenos modales y la cortesía. Te rogamos, pues, que nos alquilen una buena tienda, bien situada, para que expongamos las mercaderías de nuestro país".

Y el jeique respondió: "Tendré mucho gusto en satisfaceros". Enseguida, volviéndose hacia los jóvenes para examinarlos mejor, sintió un pasmo sin límites, sólo con aquella ojeada, pues tanto le asombró su hermosura. Porque aquel jeique adoraba hasta la locura y sin ningún reparo los bellos ojos de los jóvenes, y su predilección se encaminaba al amor de los muchachos anteponiéndolo al de las doncellas, y prefiriendo con mucho el ácido sabor de los pequeños.

Dijo, pues, para sí: "¡Gloria y loor al que ha creado y modelado a estos dos jóvenes, formando semejante belleza de una materia sin vida!"

Y se levantó, les sirvió mejor que un esclavo a sus amos, y se puso por completo a sus órdenes, apresurándose a mostrarles las tiendas disponibles, y acabando por elegir para ellos una que estaba precisamente en el centro del zoco. Aquella tienda era la más hermosa de todas, la más clara, la más amplia, la de mejor exposición, y estaba construida con mucho arte, adornándola escaparates de madera labrada y anaquelerías de marfil, ébano y cristal. La calle estaba bien regada y barrida en su alrededor, y de noche se colocaba en su puerta el guarda del zoco. Por lo tanto, el jeique, en cuanto se ajustó el precio, entregó las llaves de la tienda al visir, y le dijo: "¡Haga Alah de esta tienda en manos de tus hijos un comercio próspero y abundante, bajo los auspicios de este día bendito!"

Entonces el visir mandó colocar en la tienda las mercaderías de valor, las hermosas telas, los brocados, todos los tesoros inestimables que habían guardado los armarios del rey Soleimán. Y terminado este trabajo, se llevó a los dos jóvenes a tomar un baño al hammam, muy próximo a la puerta del zoco, y que tenía fama por su limpieza y por sus mármoles relucientes. Entrábase en él subiendo tres peldaños, donde se colocaban ordenadamente los zuecos de madera.

Y los dos amigos, terminado el baño, no quisieron aguardar al visir, pues tenían mucha prisa por ocupar su sitio en la tienda. Salieron, pues, muy alegres, y la primera persona con quien se encontraron fue el jeique del zoco, que los aguardaba, lleno de pasión, en los peldaños del hammam. Y el baño había dado más esplendor a la belleza de los jóvenes, y más frescura a su tez, y...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 132ª NOCHE

Ella dijo:

Y el baño había dado mayor esplendor a la belleza de los jóvenes y más frescura a su tez, y el anciano los comparó, dentro de su alma, con dos cervatillos esbeltos y gentiles. Y vio cuán sonrosadas tenían ahora las mejillas, cuánto se habían obscurecido sus ojos, y cómo se habían iluminado sus semblantes. Y al contemplarlos tan tiernos como dos ramas a las que dan color sus frutos, o cual dos lunas blancas y delicadas como la leche, pensó en estos versos del poeta:

¡Sólo con tocar su mano me estremezco, y todos mis sentidos se excitan! ¿qué me pasaría si viese su cuerpo, donde se unen la limpieza del agua y el oro de la luz?

Corrió, pues, a su encuentro, y les dijo: "¡Oh mis hijos! ¡ojalá os haya deleitado el baño! ¡Nunca os prive de él Alah, y os lo renueve eternamente!" Y el príncipe, con un ademán encantador y una voz muy afable, contestó: "¡Habríamos deseado compartir contigo ese placer!" Y ambos le atendieron respetuosamente, y por deferencia a su edad y a su categoría, fueron delante de él, abriéndole camino y dirigiéndole hacia la tienda.

Ahora bien, como iban delante los dos jóvenes, el jeique pudo observar cuán graciosamente caminaban, y cómo oscilaban sus caderas por debajo de la ropa, estremeciéndose al compás de los pasos. Entonces, no pudiendo reprimir sus arranques, le centellearon los ojos, resolló, sopló y recitó estas estrofas de complicado sentido:

¡No es asombroso que al contemplar las formas que encantan a nuestro corazón, las veamos estremecerse aunque sean macizas!

¡Todas las esferas del cielo vibran al girar, y todos los globos se estremecen con el movimiento!

Pero los dos jóvenes, aunque oyeron estos versos, no podían acertar su sentido ni sospechar la lujuria del jeique. ¡Al contrario! Creyeron ver en ellos una delicada alabanza hacia sus personas, y se lo agradecieron mucho, y a la fuerza quisieron llevarle con ellos al hammam, por ser aquélla la mayor muestra de amistad. Y el viejo, después de oponer por pura fórmula algunos obstáculos, aceptó, echando chispas de deseo dentro de su alma, y emprendió con ellos nuevamente el camino del hammam.

Cuando hubieron entrado, los vio el visir, que se estaba secando en una de las salas, y corrió hacia el estanque, en el cual se habían parado, e invitó al jeique a entrar en el cuarto de él. Pero el jeique dijo que no quería abusar de tanta bondad, tanto más cuanto que Diadema y Aziz le tenían sujeto cada uno por una mano, y le arrastraban hacia la sala que habían reservado para ellos. Entonces el visir no insistió más, y se volvió a su cuarto para secarse.

Diadema y Aziz, en cuanto estuvieron solos, desnudaron al venerable jeique, y ellos se desnudaron también, y empezaron por darle un enérgico masaje, mientras que el viejo les dirigía furtivas miradas. Después juró Diadema que a él le correspondería el honor de enjabonarle, y Aziz dijo que a él le correspondería echarle agua con la jarrita de cobre. Y el anciano jeique, entre ambos, se creía transportado al paraíso.

Y no cesaron de friccionarlo, enjabonarlo y echarle agua hasta que el visir volvió junto a ellos, con gran desolación del jeique. Entonces le secaron con las grandes toallas calientes y perfumadas, le vistieron y le sentaron en la tarima, donde le ofrecieron sorbetes de amizcle y agua de rosas.

Y el jeique fingía seguir con gran interés la conversación del visir, pero en realidad toda su atención y todas sus miradas no eran más que para los dos jóvenes, que iban y venían muy solícitos por servirle. Y cuando el visir le dirigió el saludo de costumbre después del baño, el jeique contestó: "¡Qué bendición ha entrado con vosotros en nuestra ciudad! ¡Qué dicha tan grande nos ha producido vuestra llegada!" Y recitó esta estrofa:

¡Al venir ellos, han reverdecido nuestras colinas! ¡Nuestro suelo se ha estremecido y ha dado nuevas flores! Y la tierra y los habitantes de la tierra, han exclamado: "¡Dulce bienestar y dulce amistad para nuestros encantadores huéspedes!"

Y los tres le dieron gracias por sus bondades. Y el jeique replicó: "¡Que Alah os asegure a todos la vida más agradable! ¡Y que preserve del mal de ojo, ¡oh mercader ilustre! a tus hermosos hijos!" El visir dijo: "¡Y que el baño sea para ti, por gracia de Alah, un aumento de fuerza y de salud! Porque ¡oh venerable jeique! ¿no es cierto que el agua es el bien verdadero de la vida en este mundo, y el hammam una morada de delicias?" El jeique contestó: "¡Sí, por Alah! ¡Y cuántos poemas admirables ha inspirado el hammam a los grandes poetas! ¿No recordáis alguno de ellos?"

Y Diadema se apresuró a contestar: "Sí los recuerdo; oíd éstos:

¡Vida del hammam, es maravillosa tu dulzura! ¡Oh hammam, cuán breve es tu duración! ¿Por qué no podrá pasar toda mi vida en tu seno? ¡Hammam admirable, hammam de mis sentidos!

¡Cuando se te tiene, haces odioso hasta al mismo Paraíso! ¡Si fueras el infierno, con qué dicha me precipitaría en él!"

Cuando el príncipe hubo recitado este poema, exclamó Aziz: "¡Yo también sé versos acerca del hammam!" Y el jeique dijo: "Déjanos saborearlos". Y Aziz recitó los siguientes:

¡Es una morada que robó sus bordados a las rocas floridas! ¡Su calor te haría creerte en una boca del infierno, si no experimentases enseguida sus delicias, y no vieras en su centro tantas lunas y soles!

Cuando Aziz hubo acabado esta estrofa, se sentó al lado de Diadema. Entonces el jeique, maravillado completamente, exclamó: "¡Por Alah! ¡Habéis sabido unir la elocuencia con la belleza! Dejadme ahora deciros a mi vez algunos versos exquisitos. 0 más bien, os lo voy a cantar, pues sólo el canto puede expresar las bellezas de estos ritmos".

Y el jeique apoyó la mejilla en la mano, entornó los ojos, movió la cabeza, y cantó acompasadamente:

¡Oh fuego del hammam, tu calor es nuestra vida! ¡Oh fuego del hammam, devuelves la vida a nuestros cuerpos, y aligeras nuestras almas, que se confortan gracias a ti!

¡Oh hammam! ¡oh amigo! ¡Tibieza del aire, frescura de la pila, rumor del agua, luz de lo alto, mármoles puros, salas umbrosas, olores de incienso y de cuerpos perfumados, os adoro!

¡Ardes con una llama que nunca se extingue, y permaneces frío en la superficie, y lleno de suaves tinieblas! ¡Eres umbrío, hammam, a pesar del fuego, como mis deseos y como mi alma! ¡Oh Hammam!

Después miró a los jóvenes, dejó que su alma vagara un instante por el jardín de su belleza, e inspirándose en ella les dedicó estas dos estrofas:

¡Fui a su morada, y desde la puerta me recibieron con afable semblante y ojos llenos de sonrisas!

¡Gusté todas las delicias de su hospitalidad, y sentí la dulzura! ¿Cómo no he de ser esclavo de sus encantos?

Al oír estos versos y la anterior canción, quedaron maravillados del arte del jeique. Le dieron las gracias, y como ya anochecía, le acompañaron hasta la puerta del hammam, y aunque insistió mucho para que fuesen a cenar a su casa, se excusaron, y se alejaron después de despedirse, mientras el jeique permanecía inmóvil mirándolos todavía.

Llegados a la casa, comieron y se acostaron con perfecta felicidad hasta el día siguiente. Entonces se levantaron, hicieron sus abluciones, cumplieron los deberes de la oración, y en cuanto se abrió el zoco, marcharon a su tienda y la abrieron por primera vez.

Ahora bien: los servidores la habían arreglado perfectamente, demostrando su buen gusto. La habían tapizado con telas de seda, colocando en el mejor lugar dos regios tapices que bien valdrían cada uno cien dinares. Y en las anaquelerías de marfil, ébano y cristal, aparecían muy bien puestas las mercaderías de valor y los tesoros inestimables. Entonces Diadema se sentó en una de las alfombras, Aziz en otra y el visir entre ambos, en el mismo centro de la tienda. Y los servidores los rodearon, dispuestos a cumplir sus órdenes.

Así es que pronto se hizo famosa aquella tienda, y los parroquianos afluyeron desde todas partes. Y todos porfiaban por recibir sus compras de manos de aquel joven llamado Diadema, cuya hermosura hacía enloquecer todas las cabezas y perder todas las razones. Y el visir, habiendo comprobado que los negocios marchaban maravillosamente, encargó de nuevo a Diadema y a Aziz una gran discreción, y volvió a su casa a descansar tranquilamente.

Y esta situación se prolongó cierto tiempo, terminado el cual, Diadema, al no ver aparecer a nadie que conociese a la princesa Donia, empezó a impacientarse y hasta a perder el sueño. Pero un día, mientras hablaba de sus penas con su amigo Aziz a la puerta de su tienda...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 133ª NOCHE

Ella dijo:

Un día, mientras hablaba de sus penas con su amigo Aziz a la puerta de su tienda, acertó a pasar por el zoco una anciana, que iba envuelta muy dignamente en un gran manto de raso negro. Y no tardó en llamarle la atención la tienda maravillosa, así como la belleza del joven mercader sentado en la alfombra. Y tanta fue su emoción, que se le mojaron los calzones. Después dirigió sus miradas al joven, y pensó: "¡Ese no es un hombre, sino un ángel o algún rey de un país de ensueño!" Entonces se acercó a la tienda y saludó al joven, que le devolvió el saludo, y Aziz la saludó también desde el fondo de la tienda. Por su parte, el príncipe se levantó, le sonrió con su más agradable sonrisa, la invitó a sentarse en la alfombra a su lado, y se puso a abanicarla hasta que hubo descansado.

Entonces la vieja dijo a Diadema: "¡Oh, hijo mío, que reúnes todas las perfecciones y todas las gracias! ¿eres de este país?" Y Diadema, con su palabra gentil y atrayente, contestó: "¡Por Alah! ¡oh mi señora! Hasta el presente no había puesto los pies en estas comarcas, a las cuales he venido sin más objeto que distraerme visitándolas. Y para ocupar parte del tiempo, vendo y compro".

La vieja dijo: "¡Bien venido sea el gracioso huésped de nuestra ciudad! ¿Y qué mercaderías de los países lejanos traes contigo? ¡Enséñame lo más hermoso, porque lo bello trae belleza!"

Diadema sonrió para darle las gracias, y dijo: "Sólo tengo cosas que pueden servirte y agradarte, pues son dignas de princesas y de personas como tú". Y la vieja dijo: "Precisamente desearía comprar una buena tela para la princesa Donia, hija de nuestro rey Schahramán".

Al oír el nombre de aquella a quien tanto amaba, ya no pudo vencer su emoción Diadema, y gritó: "¡Aziz, tráeme lo más bello y lo más rico que haya entre nuestras mercaderías!" Y Aziz abrió un armario en el cual sólo había un paquete, ¡pero qué paquete! La envoltura exterior era de terciopelo de Damasco, con flecos de borlas de oro y bordados de colores representando flores y pájaros, con un elefante borracho que bailaba en medio.

Y de aquel paquete salía un perfume que exhalaba el alma. Aziz se lo entregó a Diadema, que lo desató y sacó de él la única tela que encerraba, hecha para un vestido de alguna hurí o de alguna princesa maravillosa. Enumerar las pedrerías con que la habían enriquecido, y los bordados bajo los cuales desaparecía la trama, sólo podrían hacerlo los poetas inspirados por Alah. Lo menos que podría valer, sin la envoltura, serían cien mil dinares de oro.

Y el príncipe desenrolló lentamente la tela ante el asombro de la vieja, que no sabía qué mirar preferentemente, si la magnificencia de aquel tejido o la cara adorable y los negros ojos del joven. Y he aquí que al mirar los juveniles encantos del mercader, notaba que su vieja carne trepidaba, y que sus muslos se juntaban febriles, sintiendo gran deseo de rascarse lo que le picaba.

Y en cuanto pudo hablar, dijo a Diadema, mirándole con ojos humedecidos por la pasión: "La tela me conviene. ¿Cuánto he de darte por ella?" Y él, inclinándose, contestó: "Estoy pagado de sobra con la dicha de haberte conocido". Entonces la vieja exclamó: "¡Oh joven adorable! ¡Dichosa la mujer que pueda tenderse en tu regazo y enlazar con sus brazos tu cintura! ¿Pero en dónde están las mujeres que tú mereces? ¡Por mi parte no conozco más que una!

Dime joven cervatillo, ¿cuál es tu nombre?" Y él contestó: "Me llamo Diadema". Entonces la vieja dijo: "¡Pero si ese nombre sólo se da a los hijos de los reyes! ¿Cómo es posible que un mercader se llame Corona de los Reyes?"

Entonces Aziz, que no había hablado ni una sola palabra se apresuró a intervenir para sacar a su amigo del apuro. Y explicó a la vieja: "Es hijo único, y sus padres lo quieren tanto, que le han dado un nombre como se les da a los hijos de reyes".

Ella dijo: "¡Verdaderamente, si la Belleza hubiera de elegir un rey, escogería a Diadema! Y sabe, ¡oh Diadema! que desde este instante esta vieja es tu esclava. ¡Y Alah es fiador de mi devoción hacia tu persona! Pronto sabrás lo que voy a hacer por ti. ¡Que Alah te proteja y te guarde de la mala suerte y de los ojos malditos!" Después cogió el precioso paquete, y se fue.

Y llegó conmovida a casa de la princesa Donia, a la que había amamantado y a la cual servía de madre. Y al entrar llevaba el envoltorio debajo del brazo, muy solemnemente. Entonces Donia le preguntó: "¡Oh mi nodriza! ¿qué otra cosa me traes? ¡Enséñamela!" La vieja dijo: "¡Oh mi amada Donia! ¡Toma y admírate!" Y desenrolló rápidamente la tela. Entonces Donia, brillándole los ojos de alegría, exclamó: "¡Oh mi buena Dudú! ¡oh qué vestido tan admirable! ¡Esta tela no es de nuestro país!" Y la vieja dijo: "¡En verdad es muy hermosa! ¿Pero qué dirías si vieras al joven mercader que me la ha dado para ti? ¡Cuánta es su hermosura! ¡El portero Raduán se olvidó de cerrar las puertas del Edén para dejarle salir a fin de que alegre el hígado de las criaturas! ¡Oh mi señora! ¡cuánto desearía ver a ese joven radiante dormirse en tus pechos y..."

Pero Donia exclamó: "¡Basta! ¿Cómo te atreves a hablarme de un hombre? ¿Qué humareda obscurece tu razón? ¡Cállate, por Alah! Y dame ese vestido para examinarlo de cerca". Y cogiendo la tela, se puso a acariciarla y a plegarla sobre su cintura. Y entonces la nodriza le dijo: "¡Oh mi señora! ¡cuán hermosa estás así! ¡Pero cuán preferible es una bella pareja a la unidad! ¡Oh gentil Diadema!" Pero la princesa exclamó: "¡Endemoniada Dudú! ¡Pérfida Dudú! ¡No me hables más de eso! Pero marcha en busca de ese mercader, y dile que si desea algo que lo pida, que mi padre se lo satisfará".

La vieja se echó a reír entonces, y dijo guiñando el ojo: "¡Un deseo! ¡Por Alah! ¿Quién no desea algo?" Y se levantó a toda prisa, y corrió a la tienda del príncipe.

Al verla llegar, sintió el príncipe que su corazón estallaba de alegría, y le cogió la mano, la hizo sentar junto a él, y le sirvió sorbetes y dulces. Entonces la vieja le dijo: "¡Vengo a anunciarte una buena nueva! Mi señora, la princesa Donia, te saluda y te dice: "Has honrado la ciudad con tu venida y la has iluminado. Y si tienes algún deseo que manifestar, exprésalo".

Al oír estas palabras, sintió el príncipe que su corazón volaba de alegría, y se dilató su pecho, y pensó para su alma: "El asunto va muy bien". Y dijo a la vieja: "Sólo tengo un anhelo: ¡que hagas llegar a manos de la princesa Donia una carta que voy a escribirle, y que me traigas la contestación!"

Y ella dijo: "Escucho y obedezco". Entonces Diadema dijo a su amigo Aziz: "¡Tráeme la escribanía de cobre, el papel y el cálamo!"

Y habiéndoselo llevado Aziz, escribió estos versos:

Este papel te lleva ¡Oh Altísima! ¡Las mil cosas, las cosas diversas que he hallado en un corazón enfermo por el mal de aguardar!

"En el primer renglón, van las señales del fuego que me quema interiormente; en el segundo todo mi deseo y todo mi amor;

En el tercer renglón mi vida y mi paciencia; en el cuarto, mi ardor entero; en el quinto el extremado anhelo de mis ojos, su ansia de tu alegría;

¡Y en el sexto renglón, la petición de una cita!"

Después, en la parte de abajo, puso a manera de firma lo siguiente:

"Esta carta en versos a tu belleza es de mano del esclavo de sus grandes deseos, del prisionero en la cárcel de su dolor, del enfermo por sus tormentos, del postulante de tus miradas,

"El mercader Diadema".

Releyó la carta, le echó arenilla, la dobló, la cerró y se la entregó a la vieja, deslizándole en la mano un bolsillo con mil dinares como pago a sus buenos servicios. Y la vieja, deseándole un buen éxito, volvió enseguida junto a su señora. Y la princesa le preguntó: "¡Oh mi buena Dudú! Cuéntame qué desea ese mercader, para pedirle a mi padre que lo satisfaga".

Y la vieja dijo: "¡Oh señora! no sé ciertamente lo que pide, pues he aquí una carta cuyo contenido ignoro". Y le entregó la carta.

Cuando la princesa la hubo leído, exclamó: "¡Cuán desvergonzado es ese mercader! ¿Cómo se atreve el audaz a levantar los ojos hasta mí?" Y rabiosa, se golpeó la cara, y dijo: "¡Debería mandar que lo ahorcasen a la puerta de su tienda!"

Y la vieja, ingenuamente, preguntó: "¿Qué contiene de espantoso esa carta? ¿Es que reclama algún precio exorbitante por su tela?" Y la princesa dijo: "No se trata para nada de eso, sino únicamente de amor".

Y la vieja hizo como que se asombraba, exclamando: "¡Deberías contestar a su insolencia, amenazándole para que no persista!" Y la princesa dijo: "¡Tengo miedo de que esto contribuya a alentarlo!" Y la vieja repuso: "¡Lo que hará es que recobre la razón!"

Entonces ordenó la princesa: "Dame mi escribanía y mi pluma". Y escribió estos versos:

"¡Ciego de tus ilusiones, solicitas llegar al astro como si algún mortal hubiera podido alcanzar al astro de la noche!

Para abrirte los ojos, juro por la verdad de Aquél que te formó de un gusano de la tierra, y que creó desde el infinito la virginidad de los astros inmaculados,

¡Que si te atreves a repetir tu desvergüenza, te crucificarán en un tablón cortado del tronco de algún árbol maldito! ¡Y servirás de ejemplo a los insolentes!"

Después de haber cerrado la carta, se la entregó a la vieja. Y la vieja corrió a llevársela al príncipe, que ardía de impaciencia. El príncipe se apresuró a abrir la carta, y en cuanto la hubo leído, se sintió morir de pesar, y dijo amargamente a la vieja: "Me amenaza con la muerte, pero nada me importa la vida cuando es tan penosa. ¡Y aun arriesgándome a morir, quiero escribirle!"

Y la vieja exclamó: "¡Por tu vida, que es para mí tan preciada! ¡Sabe que quiero ayudarte con todo mi poder, y compartir contigo los peligros! ¡Escribe, pues, tu carta, y dámela!" Entonces Diadema gritó a Aziz: "¡Da a nuestra buena madre mil dinares! ¡Y confiemos en Alah Todopoderoso!"

Y escribió en un papel las siguientes estrofas:

"¡He aquí que por anhelar la noche, me amenaza Ella con el luto y la muerte, ignorando que la muerte es el reposo y que las cosas no ceden más que al señalarlo el Destino!

¡Por Alah! ¡Su mano piadosa debería dirigirse hacia aquellos que consagran su amor a las muy altas y muy puras, a las que no se atreven a mirar los ojos de los humanos!

¡Oh mis deseos! ¡Mis vanos deseos! ¡No deseéis más, y dejad que mi alma se sepulte en la pasión sin esperanza!

¡Pero tú, mujer de duro corazón, no creas que ha de dominarme la tiranía! ¡Antes que sufrir una vida sin objeto y toda doliente, dejaré que mi alma vuele con mis esperanzas!"

Y con lágrimas en los ojos, entregó la carta a la vieja, diciéndole: "Te molesto inútilmente, ¡ay de mí! ¡Comprendo de sobra que sólo me resta morir!" Y la vieja dijo: "Abandona esos tristes presentimientos, y contémplate, ¡oh hermoso joven! ¿No eres el mismo sol? ¿Y no es ella la luna? ¿Cómo dudas que yo, que me he pasado toda la vida en intrigas de amor, no sepa unir vuestras hermosuras? ¡Tranquiliza tu alma, y calma las zozobras que te desconsuelan! ¡Pronto te traeré buenas noticias!"

Y dichas estas palabras, se alejó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 134ª NOCHE

Ella dijo:

Y dichas estas palabras, se alejó; y después de haber escondido la carta entre sus cabellos, fue a buscar a su ama. Entró en su aposento, le besó la mano, y se sentó sin decir palabra. Pero pasados unos instantes, dijo: "¡Hija mía muy amada! se me ha enredado el pelo, y ya no tengo fuerzas para trenzarlo. Te ruego que mandes a una de tus esclavas que venga a peinarme".

Pero la princesa exclamó: "¡Oh mi buena Dudú! yo misma te peinaré, ya que lo has hecho tantas veces conmigo". Y la princesa deshizo las blancas trenzas de su nodriza, y se dispuso a peinarlas. Pero entonces cayó la carta sobre la alfombra.

Y la princesa, sorprendida, se apresuró a cogerla, pero la vieja exclamó: "¡Oh hija mía! dame ese papel. ¡Ha debido enredárseme entre el pelo en casa de ese mercader maldito! ¡Voy a devolvérselo inmediatamente!"

La princesa no le hizo caso, y se puso a leer su contenido. Después, frunciendo el ceño, exclamó: "¡Ah malvada Dudú! éste es uno de tus ardides. ¿Pero quién habrá enviado a ese desvergonzado mercader? ¿De qué tierra se atreverá a venir hasta mí? ¿Cómo podría mirar a ese hombre que no es de mi raza ni de mi sangre? ¡Ah Dudú! ¿No te había dicho que ese insolente cobraría más alientos con mi carta?"

Y la vieja dijo: "¡Es verdaderamente el Cheitán! ¡Su audacia es una audacia del infierno! Pero ¡oh hija y señora mía! escríbele por última vez, y salgo fiadora de que ha de someterse a tu voluntad. ¡Y si no, que sea sacrificado, y yo con él!" Entonces la princesa Donia cogió la pluma, y rítmicamente escribió estas palabras:

"¡Insensato que duermes confiadamente, cuando la desventura y el peligro se ciernen en el aire que respiras!

¿Ignoras que hay ríos cuya corriente no se puede remontar y que hay soledades que nunca pisará ningún pie humano?

Piensas tocar las estrellas de lo infinito, cuando todos los hombres unidos no podrían llegar a los primeros astros de la noche.

¿Te atreverías, aún en tus sueños a acariciar entre tus brazos la cintura de las huríes?

¡No te forjes ilusiones, oh ingenuo! ¡Cree y obedece a tu reina! ¡O si no, los cuervos del negro espanto graznarán la muerte sobre tu cabeza, y batiendo sus alas, más oscuras que la noche, girarán en torno de tu tumba!".

Después de doblar y sellar el papel, se lo entregó a la vieja, que a la mañana siguiente se apresuró a entregárselo al príncipe.

Y al leer aquellas palabras tan duras, Diadema comprendió que la esperanza moría en su corazón, y volviéndose hacia Aziz, le dijo: "¡Oh hermano Aziz! ¿qué haremos ahora? ¡Me falta inspiración para escribirle una respuesta decisiva!" Y Aziz dijo: "¡Voy a tratar de hacerlo en tu lugar y en tu nombre!"

Y cogió un papel, y dispuso en él estas estrofas

"¡Señor Dios! ¡por los Cinco Justos! ¡Socórreme en este exceso de mis pesares, y alivia mi corazón ensombrecido por las zozobras!

¡Conoces el secreto cuya llama me abrasa; conoces también la tiranía de la joven cruel que me niega su misericordia!

¡Inclino la cabeza y cierro los ojos pensando en la adversidad en que estoy sumido, sin esperanza alguna de redención!

¡Mi paciencia y mis energías se han acabado ya! ¡Las ha consumido el desencanto de un amor que me rechaza!

¡Oh implacable, la de la cabellera como la noche! ¡Cuán segura estás contra los golpes del Destino y contra los caprichos de la suerte, cuando así te gozas en torturar al desdichado que te llama!

¡Contempla a un desdichado que por tu belleza acaba de abandonar a su padre, su casa, su patria y los ojos de sus favoritas!"

Y Aziz tendió a Diadema el papel en que acababa de trazar esta composición rimada, y habiéndola recitado para apreciar la tonalidad de los versos, se declaró satisfechísimo, y dijo a Asís: "Es excelente tu carta ¡oh hermano mío!". Y la entregó a la anciana, que corrió a llevarla a la princesa.

Apenas la hubo leído la princesa, sintió estallar su ira, y exclamó: "¡Maldita Dudú de todas las calamidades! tú eres la única causante de estas humillaciones! ¡Sal pronto de aquí, si no quieres que te destrocen a latigazos mis esclavas! ¡Márchate, o te rompo los huesos con mis talones!"

Y la vieja salió corriendo, al ver que Donia se disponía efectivamente a llamar a las esclavas. Y se apresuró a ir en busca de los dos amigos, para contarles lo que había pasado.

Diadema se afectó entonces mucho, y dijo a la vieja, acariciándole la barbilla: "¡Oh buena madre! ¡Ahora se aumentan mis amarguras al ver lo que te ocurre por mi causa!"

Pero ella respondió: "Tranquilízate, ¡oh hijo mío! no desconfío, ni mucho menos, de la victoria. Porque nunca se dirá que una vez en mi vida no he podido unir a los enamorados. ¡Y esta dificultad anima mi astucia para hacerte lograr tus deseos!" Entonces Diadema preguntó: "Pero ¿cuál es la causa que impulsa a la princesa a sentir ese horror hacia todos los hombres?" Y contestó la vieja: "Es un sueño que tuvo". Diadema exclamó: "¿Un sueño? ¿Nada más que eso?"

Y prosiguió la vieja: "Sencillamente eso, y hételo aquí:

"Una noche, durmiendo la princesa Donia, vio en sueños a un pajarero que tendía las redes en el campo, y que después de haber echado granos de trigo alrededor, se quedaba en acecho esperando su suerte.

"Y enseguida, de todos los puntos del bosque acudieron las aves y se precipitaron sobre las redes. Entre aquellas aves que picoteaban los granos de trigo había dos palomas, macho y hembra. Y el macho mientras picoteaba, hacía la rueda alrededor de su hembra, sin advertir los lazos que le acechaban. Y en uno de sus movimientos, se le enredó una pata entre las mallas, que se apretaron y le hicieron prisionero: Y las aves, asustadas de sus aletazos, volaron ruidosamente.

"Entonces la hembra, abandonándolo todo, no tuvo otra preocupación que la de libertarle. Y tanto trabajó y tan bien, que desgarró la red con el pico, y acabó por libertar al palomo, antes que el pajarero tuviera tiempo para atraparlo. Y ella se remontó con él, y volaron juntos para volver luego a picotear los granos extendidos en torno de los lazos.

"El macho empezó nuevamente a dar vueltas alrededor de la hembra, que al retroceder para evitar sus incansables escarceos, se aproximó inadvertidamente a las mallas, en las cuales quedó presa a su vez. Y el macho, lejos de preocuparse por la suerte de su compañera, voló veloz con las demás aves, dejando que el pajarero se apoderase de la cautiva y que la degollara.

"Este sueño sobrecogió de tal modo a la princesa, que se despertó llorando a mares, y me llamó para referirme, toda temblorosa, su amarga visión". Y me dijo: "Todos los machos se parecen, ¡oh mi Dudú! y los hombres deben ser peores que los animales; por lo cual nada bueno puede esperar de su egoísmo la mujer. ¡Por eso juro ante Alah que evitaré con toda mi alma el horror de que se me acerquen!"

Entonces el príncipe Diadema dijo: "Pero ¡oh buena madre! ¿no le advertiste que todos los hombres no son como aquel palomo infame, y que tampoco son todas las mujeres como su fiel y desventurada compañera?"

La vieja contestó: "Nada de eso ha podido convencerla después. Vive solitaria, adorando únicamente su hermosura. Y el príncipe dijo: "¡Oh mi buena madre! te ruego de todos modos que me la dejes ver, aunque me exponga a morir. Verla aunque sólo sea una vez, y que penetre en mi alma una sola de sus miradas. ¡Oh buena señora haz eso por mí, discurriendo el medio que te dicte tu fértil sabiduría".

Y la vieja dijo: "Sabe, ¡oh luz de mis ojos! que junto al palacio en que vive la princesa Donia hay un jardín reservado únicamente para ella. Va allí una vez al mes, acompañada de sus esclavas, y entra por una puerta secreta para evitar las miradas de los transeúntes. Precisamente dentro de una semana bajará al jardín, y entonces vendré a servirte de guía y a ponerte en presencia del ser amado. Creo que a pesar de todas sus prevenciones, sólo con que te vea la vencerá tu hermosura. Porque el amor es un don de Alah, y viene cuando a Él le place".

Entonces Diadema respiró más a gusto, y dio gracias a la vieja, y la invitó, puesto que ya no podía presentarse a su señora, a aceptar la hospitalidad de su casa. Y enseguida cerró la tienda y marcharon los tres hacia la morada del príncipe.

Y por el camino, Diadema se volvió hacia Aziz, y le dijo: "¡Oh hermano Aziz! como no tendré tiempo de ir a la tienda, te la cedo completamente. ¡Y harás de ella lo que te parezca mejor!" Y contestó Aziz: "Escucho y obedezco".

Y llegaron a la casa, y refirieron al visir toda la historia, como también lo del sueño de la princesa y lo del jardín en que debían encontrarse. Y le pidieron su parecer sobre el asunto.

Entonces el visir reflexionó un buen rato, y después levantó la cabeza, y dijo: "¡Ya he encontrado la solución! ¡Vamos ahora al jardín para examinar bien el terreno!" Y dejó a la vieja en la casa, y se dirigió acompañado de Diadema y Aziz al jardín de la princesa. Cuando llegaron a él vieron sentado a la puerta al viejo guarda, a quien saludaron. El guarda les devolvió el saludo, y entonces el visir empezó por deslizar cien dinares en la mano del viejo, y le dijo: "¡Oh mi buen jeique! desearíamos refrescarnos el alma en ese hermoso jardín y tomar un bocado entre las flores y los arroyos. Somos forasteros que buscamos para nuestro regocijo los sirios agradables".

Entonces el jeique contestó: "Entrad, pues, huéspedes míos, y acomodaos mientras yo voy a comprar lo necesario para comer". Y los hizo penetrar en el jardín, y marchó al zoco, no tardando en volver con un carnero asado y pasteles. Y se sentaron en corro a la orilla de un riachuelo, y comieron a satisfacción. Entonces el visir dijo al guarda: "¡Oh jeique! ese palacio que se ve desde aquí se halla en muy mal estado. ¿Por qué no lo mandan arreglar?" Y el guarda exclamó: "¡Por Alah! Es el palacio de la princesa Donia, que lo dejaría caerse a pedazos antes de ocuparse de él. Vive demasiado retirada para atender a tales cosas".

Y el visir dijo: "¡Qué lástima, mi buen jeique! Siquiera el piso bajo deberían arreglarlo un poco, pues es lo que se ve más. Si quieres, yo pagaré todos los gastos". Y el guarda dijo: "¡Que Alah te oiga!" Y contestó el visir: "Toma entonces esos cien dinares por tu trabajo, y ve a buscar albañiles, y un pintor que sepa bien el manejo de los colores".

Y el guarda se apresuró a ir en busca de los albañiles y del pintor, a quienes el visir dio las instrucciones necesarias. Y cuando el salón del piso bajo estuvo reparado y bien blanqueado, el pintor se puso a trabajar, siguiendo las órdenes del visir. Y pintó una selva con unas redes en las cuales estaba presa una paloma que daba aletazos.

Y cuando acabó, le dijo el visir: "Pinta ahora en el otro lado la misma cosa, pero figurando un palomo que va a libertar a su compañera, y que entonces es cogido por el pajarero y muere, víctima de su abnegación".

Y el pintor ejecutó fielmente el dibujo, y después se fue, generosamente retribuido. Entonces el visir, los dos jóvenes y el guarda, se sentaron un momento para juzgar bien el efecto y la perspectiva. Y el príncipe Diadema seguía muy triste, y miraba todo aquello muy pensativo. Y después dijo a Aziz: "¡Oh hermano mío! dime algunos versos que aparten las torturas que me matan". Y Aziz dijo:

Ibn-Sina, en sus escritos sobre medicina, indica lo siguiente como remedio supremo:

"¡Él mal de amores no tiene otro remedio que el canto melodioso y la copa bien servida en los jardines!"

¡He seguido las prescripciones de Ibn-Sina, y no he obtenido resultado, ¡ay de mí! ¡Entonces corrí a otros amores, y vi que el Destino me sonreía y me otorgaba la curación!

¡Te equivocaste, pues, Ibn-Sina! ¡La única medicina del amor, es el amor!"

Entonces Diadema dijo: "Puede que el poeta tenga razón. Pero ¡cuán difícil es ese remedio cuando se ha perdido la voluntad!"

Y después de esto se levantaron, saludaron al viejo guarda, y volvieron a la casa, donde se reunieron con la anciana nodriza.

Como había transcurrido la semana, la princesa quiso, según costumbre, dar su paseo por el jardín, y comprendió entonces la falta que hacía su anciana nodriza. Y desolada por esto, recapacitó y se dio cuenta que había obrado muy mal con aquella que le había servido de madre. Enseguida envió un esclavo al zoco, y otro esclavo a todas las casas donde pudiera estar Dudú. Y precisamente la nodriza, que acababa de repetir a Diadema las recomendaciones necesarias para el encuentro en el jardín, se dirigía sola hacia palacio.

Entonces la vio uno de los esclavos, y se le acercó para rogarle respetuosamente, en nombre de su ama, que fuese a reconciliarse con ella. Verificada la reconciliación, después de algunas dificultades de pura fórmula, la princesa la besó en las mejillas, y Dudú le besó las manos, y seguidas de las esclavas, franquearon la puerta secreta y entraron en el jardín.

Por su parte, el príncipe se atuvo por completo a las instrucciones de su protectora. Entonces el visir y Aziz le vistieron un traje magnífico, que seguramente valdría cinco mil dinares, le abrocharon un cinturón de oro afiligranado, incrustado de pedrería, con una hebilla de esmeraldas, y le pusieron un turbante de seda blanca con finos dibujos de oro y un airón de brillantes. Después invocaron sobre él las bendiciones de Alah, y habiéndole acompañado hasta el jardín, se volvieron, para dejarle penetrar solo.

El príncipe, al llegar a la puerta, encontró sentado al viejo guarda, que al verle se levantó en honor suyo, y le devolvió su zalema con respeto y cordialidad. Y como ignoraba que la princesa Donia hubiese entrado en el jardín por la puerta secreta, dijo a Diadema: "¡El jardín es tu jardín y yo soy tu esclavo!" Y abrió la puerta enseguida, rogándole que la franqueara. La cerró después, y volvió a sentarse en el lugar acostumbrado, alabando a Alah, que se miraba en tales criaturas.

Y Diadema hizo cuanto la vieja le había indicado, ocultándose en un bosquecillo por donde tenía que pasar la princesa. Esto en cuanto a él.

Pero en cuanto a la princesa Donia, he aquí lo que pasó. La vieja, mientras se paseaban, le dijo: "¡Oh señora mía! Tengo que decirte algo que contribuirá a hacerte más deliciosa la contemplación de estos hermosos árboles, estas frutas y estas flores".

Y Donia dijo: "Estoy dispuesta a escucharte, mi buena Dudú". Y la anciana dijo: "Deberías mandar que se retirasen todas estas esclavas, para que te dejen gozar libremente de esta encantadora frescura. Son realmente una molestia para ti". Donia dijo: "Tienes razón, nodriza". Y despidió con una seña a sus esclavas. Y así, sola con su nodriza, avanzó la princesa Donia hacia el bosquecillo en que estaba oculto el príncipe Diadema.

Y el príncipe, al verla, quedó tan sobrecogido de su hermosura, que se desmayó en el acto. Y Donia prosiguió su camino, y llegó a la sala en que había mandado pintar el visir la escena del pajarero. A petición de Dudú penetró en ella por primera vez en su vida, pues antes jamás había tenido la

curiosidad de visitar aquel local, reservado a la servidumbre de palacio.

Al ver aquella pintura, la princesa Donia llegó al límite de la perplejidad, y dijo: "¡Mira, mi buena Dudú! ¡Es mi sueño de tiempo atrás, pero todo al revés! ¡Qué conmovida está mi alma!" Y apretándose el corazón, se sentó en la alfombra, y dijo: "¡Oh Dudú! ¿me habré engañado? ¿El maldito Eblis se habrá reído de mi credulidad en los sueños?"

Y la nodriza dijo: "¡Pobre hija mía! mi experiencia ya te había avisado de tu error. Pero vámonos a pasear, ahora que desciende el sol y la frescura es más suave". Y salieron al jardín.

Y ya Diadema, vuelto en sí, se había puesto a pasear lentamente, según le había encargado Dudú, como si sólo atendiese a la belleza del paisaje.

Y al desembocar en una alameda, la princesa le vio, y entonces dijo: "¡Oh nodriza! ¡Mira qué hermoso es ese joven, qué alto, y qué gallardo! ¿Le conoces por casualidad?"

Y la vieja repuso: "No lo conozco, pero a juzgar por su apostura debe de ser hijo de algún rey. ¡Ah mi señora! ¡cuán maravilloso es en efecto!"

Y Sett-Donia repuso: "¡Es extremadamente hermoso!" Y la vieja asintió: "¡Extremadamente! ¡Cuán dichosa será su amada!" Y a hurtadillas hizo señas al príncipe para que saliera del jardín y regresara a su casa.

Y el príncipe así lo hizo, mientras que la princesa le seguía con la mirada, y decía a su nodriza: "¿Adviertes, ¡oh Dudú! el cambio que se ha verificado en mí? ¿Es posible que yo pueda sufrir tal turbación al ver a un hombre? ¡Comprendo que estoy enamorada, y que ahora me toca a mí solicitar el favor de tu ayuda!"

Y la vieja dijo: "¡Confunda Alah al Tentador maldito! ¡Hete aquí, ¡oh señora! cogida en sus redes! ¡Pero realmente es muy hermoso el varón que va a liberarte de ellas!" Y Donia dijo: "¡Oh Dudú, mi buena Dudú! no tienes más remedio que traerme a ese hermoso joven. ¡No lo quiero recibir más que de tus manos, mi querida nodriza! ¡Por favor, ve a buscarle! Y he aquí para ti mil dinares y un vestido de mil dinares. ¡Y si te niegas, me moriré!"

La vieja contestó: "Vuelve entonces a palacio, y déjame obrar a mi gusto, y te prometo que realizaré esa unión tan admirable".

E inmediatamente dejó a la princesa, y salió en busca del príncipe, que la recibió lleno de alegría y empezó por darle mil dinares de oro. Y la vieja le dijo: "Ha pasado tal y cual cosa". Y le contó la emoción sufrida por Donia y todo su diálogo.

Y Diadema dijo: "Pero ¿cuándo nos uniremos?" Y la vieja respondió: "¡Mañana sin falta!" Entonces Diadema le dio otro vestido y regalos por valor de mil dinares de oro, que aceptó la vieja diciéndole: "Yo misma vendré a buscarte a la hora propicia".

Y fue corriendo en busca de la princesa Donia, que la aguardaba muy impaciente, y le preguntó: "¿Qué noticias me traes, ¡oh Dudú!?" Ella dijo: "He logrado encontrar su rastro y hablarle. Mañana te lo traeré de la mano". Entonces la princesa llegó al colmo de la felicidad, y dio a su nodriza mil dinares de oro y regalos por valor de otros mil dinares. Y aquella noche durmieron los tres con el alma llena de alegría y de dulces esperanzas.

Apenas llegó la mañana, la vieja fue a casa del príncipe, que la estaba esperando. Desató un paquete que había traído, sacó de él unas ropas de mujer, y vistió con ellas al príncipe, acabando por envolverle con el gran izar, cubriéndole la cara con un velillo tupido. Entonces dijo: "Ahora imita los movimientos de las mujeres, al andar balancea las caderas a derecha e izquierda, y camina a pasos cortos, como las jóvenes. Y sobre todo, déjame responder a mí sola a todas las preguntas de la gente, y que bajo ningún pretexto se oiga tu voz, ¡oh mercader!" Diadema contestó entonces: "Escucho y obedezco".

Salieron los dos y echaron a andar hasta la puerta del palacio, cuyo guarda era precisamente el jefe de los eunucos en persona. Y al ver a aquella desconocida, el jefe de los eunucos preguntó a la vieja: "¿Quién es esta joven que nunca he visto? Has que se acerque, para que la pueda examinar, pues las órdenes son terminantes. La he de palpar en todos sentidos, y la he de desnudar, si es preciso, porque están bajo mi responsabilidad estas esclavas nuevas. Y como a ésta no la conozco, ¡déjame que la palpe con mis manos y que la mire con mis ojos!" Pero la vieja se escandalizó, y dijo: "¿Qué dices, ¡oh jefe de los eunucos!? ¿No sabes ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discreta, según costumbre, no prolongó más su relato aquel día.

Y CUANDO LLEGÓ LA 135ª NOCHE

Ella dijo:

"¿Qué dices, ¡oh jefe de los eunucos!? ¿No sabes que esta esclava ha sido llamada por la princesa para utilizar su arte de bordadora? : No sabes que es una de las bordadoras de esos admirables dibujos de la princesa?

"Pero el eunuco refunfuñó: "¡No hay bordados que valgan! ¡He de palpar a la recién venida, y examinarla por todos lados, por delante, por detrás, por arriba y por abajo!"

Al oír estas palabras, la vieja desató su furor, se plantó delante del eunuco, y dijo: "¡Y yo que te había tenido siempre por modelo de cortesía y de buenos modales! ¿Qué te ha dado de repente? ¿Quieres que te expulsen del palacio?"

Y volviéndose hacia Diadema, le gritó: "¡Hija mía, perdona a este jefe! ¡Son bromas suyas! ¡Pasa, pues, sin temor!"

Entonces Diadema franqueó la puerta moviendo las caderas y dirigiendo una sonrisa por debajo del velillo al jefe de los eunucos, que quedó asombrado ante la belleza que dejaba entrever la leve gasa. Y guiado por la vieja, atravesó un corredor, después una galería, inmediatamente otros corredores y otras galerías, y así hasta llegar a una sala que daba a un gran patio y que tenía seis puertas, cuyos amplios cortinajes estaban echados. Y la vieja dijo: "Cuenta esas puertas una tras otra, y entra por la séptima. ¡Y encontrarás, ¡oh joven mercader! lo que es superior a todas las riquezas de la tierra, la flor virgen; la carne juvenil, la dulzura que se llama Sett-Donia!"

Entonces el príncipe contó las puertas una tras otra, y entró por la séptima. Y al dejar caer de nuevo la cortina, se levantó el velillo que le tapaba la cara. La princesa, en aquel momento, estaba durmiendo sobre un magnífico diván. Y su único vestido era la transparencia de su piel de jazmín. De toda ella se desprendía como un impaciente llamamiento a las caricias desconocidas. Entonces el príncipe se desembarazó rápidamente de las ropas que le estorbaban, y brincó hacia el diván, cogiendo en brazos a la princesa dormida. Y el grito de espanto de la joven, despertada de improviso, quedó ahogado por unos labios que la devoraban. Así se verificó el primer encuentro del hermoso príncipe Diadema y la princesa Donia, en medio de los muslos que se entrelazaban y de las piernas trepidantes.

Y aquello duró del mismo modo durante todo un mes, sin que uno ni otro interrumpieran el estallido de los besos, ni el gorjeo de las risas, que bendecía el Ordenador de todas las cosas bellas. Esto en cuanto a ellos.

Pero respecto al visir y a Aziz, he aquí que estuvieron aguardando hasta la noche el regreso de Diadema. Y cuando vieron que no llegaba, empezaron a alarmarse seriamente. Y cuando apareció la mañana, sin que hubiesen tenido noticias del imprudente príncipe, ya no dudaron de su perdición y quedaron completamente desconcertados. Y en su dolor y perplejidad, no supieron qué hacer. Y Aziz dijo, con voz ahogada: "¡Las puertas del palacio ya no volverán a abrirse para nuestro amo! ¿Qué haremos ahora?" El visir dijo: "¡Aguardar aquí, sin movernos!" Y así permanecieron durante todo el mes, sin comer ni dormir, lamentando aquella desgracia irremediable. Y como al cabo de un mes seguían sin saber nada del príncipe, el visir dijo: "¡Oh hijo mío ¡qué situación tan difícil! Creo que lo mejor es volver a nuestra tierra y enterar al rey de esta desgracia, porque si no, nos echaría en cara el haber dejado de avisarle". Hicieron, pues, los preparativos del viaje, y partieron para la Ciudad Verde, que era la capital del rey Soleimán-Schach.

Y apenas habían llegado, se apresuraron a enterar al rey, relatándole toda la historia y el fin desdichado de la aventura. Y al terminar rompieron en sollozos.

Al oír aquella noticia tan terrible, el rey Soleimán creyó que el mundo entero se desplomaba sobre él, y cayó sin conocimiento. ¿Pero de qué servían ya las lágrimas? Así es que el rey, reprimiendo aquel dolor que lo roía el hígado y le ennegrecía el alma y toda la tierra ante su vista, juró que iba a vengar la pérdida de su hijo con una venganza sin precedentes. Y enseguida se dispuso que los pregoneros llamaran a todos los hombres capaces de esgrimir la lanza y la espada, y a todo el ejército con sus jefes. Y mandó sacar todos los ingenios de guerra, las tiendas de campaña y los elefantes, y seguido de todo su pueblo, que lo quería extraordinariamente por su justicia y su generosidad, se puso en camino hacia las Islas del Alcanfor y el Cristal.

Mientras tanto, en el palacio iluminado por la dicha, los dos amantes se adoraban cada vez más y sólo se levantaban de las alfombras para beber y cantar juntos. Esto duró por espacio de seis meses. Pero un día en que el amor le arrebató hasta el último límite, Diadema dijo: "¡Oh adorada de mis entrañas! ¡Aún nos falta una cosa para que nuestro amor sea completo!"

Ella, asombrada, repuso: "¡Oh Diadema, luz de mis ojos! ¿Qué puedes desear más? ¿No posees mis labios y mis pechos, mis muslos y toda mi carne, y mis brazos que enlazan y mi alma que te desea? Si anhelas todavía otras cosas de amor que yo no conozca, ¿por qué tardas en hablarme de ellas? ¡Verás inmediatamente si tardo en ejecutarlas!"

Diadema dijo: "¡Oh alma mía!, no se trata de eso. Déjame revelarte quién soy. Sabe, ¡oh princesa! que soy un hijo de rey y no un mercader del zoco. Y el nombre de mi padre es Soleimán, soberano de la Ciudad Verde y de las montañas de Ispahán. ¡Y él fue quien en otro tiempo envió su visir para pedir tu mano para mí! ¿No recuerdas que entonces rechazaste esta unión y amenazaste al jefe de los eunucos que te hablaba de ella? Pues bien: ¡realicemos hoy lo que nos negó el pasado y marchemos juntos hacia la verde Ispahán!"

La princesa Donia, al oír estas palabras, se enlazó más alegre al cuello del hermoso Diadema, y efusivamente le contestó: "Escucho y obedezco". Y ambos, aquella noche, dejaron que el sueño les venciese por primera vez, pues durante los diez meses transcurridos, el albor de la mañana los sorprendía entre abrazos, besos y otras cosas semejantes.

Y mientras dormían los dos amantes, cuando ya había salido el sol, todo el palacio estaba en movimiento, y el rey Schahramán, sentado en los almohadones de su trono y rodeado por los emires y grandes del reino, recibía al gremio de joyeros con su jefe a la cabeza. Y el jefe de los joyeros ofreció como homenaje al rey un estuche maravilloso que contenía diamantes, rubíes y esmeraldas por valor de más cien mil dinares. Y el rey Schahramán, habiendo quedado muy satisfecho del homenaje, llamó al jefe de los eunucos, y le dijo: "¡Toma, Kafur, ve a llevar esto a tu ama la princesa Sett-Donia! Y vuelve a decirme si este regalo es de su gusto".

Y enseguida el eunuco Kafur se dirigió hacia el pabellón reservado en que vivía completamente sola la princesa.

Pero al llegar, el eunuco vio tendida sobre una alfombra, guardando la puerta, a la nodriza Dudú, y las puertas del pabellón estaban todas cerradas y los cortinajes echados. Y el eunuco pensó: "¿Cómo es posible que esté durmiendo a esta hora tan avanzada, cuando no es ésa su costumbre?"

Después, como no se atrevía a presentarse ante el rey sin haber cumplido su orden, saltó por encima de la vieja, empujó la puerta, y entró en la sala. ¡Y cuál no sería su espanto al ver a Sett Donia desnuda, dormida entre los brazos del joven, con una porción de señales de una fornicación extraordinaria!

Al ver esto, el eunuco recordó los malos tratos con que le había amenazado Sett-Donia, y pensó para su alma de eunuco: "¿Así es cómo abomina el sexo masculino? ¡Ahora, si Alah quiere, me toca vengarme de la humillación!"

Y salió sigilosamente, cerró la puerta, y se presentó al rey Schahramán. Y el rey le preguntó: "¿Qué ha dicho tu ama?" Y contestó el eunuco: "He aquí la caja intacta".

Y el rey, pasmado, exclamó: "¿Es que mi hija desdeña las pedrerías como desdeña a los hombres? “Pero el negro dijo: "¡Perdona, ¡oh rey! que no te conteste delante de toda esta asamblea!" Entonces el rey mandó desalojar la sala del trono, quedándose solo con el visir, y el eunuco dijo: "¡Mi ama Donia está en tal y cual postura! Pero en realidad, ¡el joven es muy hermoso!"

Al oír estas palabras, el rey dio un salto, abrió desmesuradamente los ojos, y exclamó: "¡Eso es enorme!" Y añadió: "¿Los has visto tú, ¡oh Kafur! ? " Y respondió el eunuco: "¡Con este ojo y con este otro!"

Entonces el rey dijo: "¡Es verdaderamente enorme!" Y mandó al eunuco que llevara ante el trono a los dos culpables. Y el eunuco lo cumplió inmediatamente.

Cuando los dos amantes estuvieron en presencia del rey, éste, muy sofocado, exclamó: "¡De modo que es cierto!" Y no pudo decir más, pues agarró con las dos manos la espada, y quiso arrojarse sobre Diadema. Pero Sett-Donia rodeó a su amante con sus brazos, unió sus labios a los de él, y gritó a su padre: "¡Ya que es así, mátanos a los dos!"

Entonces el rey volvió a su trono, mandó al eunuco que llevase a la princesa hasta su habitación, y después dijo a Diadema: "¿Quién eres, corruptor maldito? ¿Y quién es tu padre? ¿Y cómo te has atrevido a llegar hasta mi hija?"

Entonces Diadema contestó: "¡Sabe, ¡oh rey! que si es mi muerte lo que deseas, le seguirá la tuya, y tu reino quedará aniquilado!" Y el rey, fuera de sí, exclamó: "¿Y cómo es eso?" El otro repuso:"¡Soy hijo del rey Soleimán-Schach! ¡Y he tomado, según estaba escrito, lo que se me había negado!

¡Abre, pues, los ojos, ¡oh rey! antes de decretar mi muerte!"

Al oír estas palabras, el rey quedó perplejo, y consultó a su visir sobre lo que debía hacer. Pero el visir dijo: "No creas, ¡oh rey! las palabras de este impostor. ¡Sólo la muerte puede castigar la fechoría de semejante hijo de zorra! ¡Confúndalo y maldígalo Alah!" Entonces el rey ordenó al verdugo: "¡Córtale la cabeza!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y según su costumbre, se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 136ª NOCHE

Ella dijo:

Entonces el rey ordenó al verdugo: "¡Córtale la cabeza!" Y ya estaba perdido el príncipe, si en el momento en que el verdugo se disponía a ejecutar la orden no hubieran anunciado al rey la llegada de dos enviados del rey Soleimán que solicitaban su venia.

Precisamente estos dos enviados precedían al rey y a todo el ejército. Y eran el visir y el joven Aziz. De modo que cuando les fue otorgada la entrada y conocieron al príncipe Diadema, hijo de su rey, les faltó poco para desmayarse de júbilo, y se echaron a sus pies y se los besaron. Y Diadema les obligó a levantarse, y les abrazó, y en pocas palabras les expuso la situación; y ellos también le enteraron de lo que había ocurrido, y anunciaron al rey Schahramán la próxima llegada del rey Soleimán y de sus fuerzas.

Cuando el rey Schahramán comprendió el peligro que había corrido al ordenar la muerte del joven Diadema, cuya identidad era ya evidente, levantó los brazos y bendijo a Alah, que había detenido la mano del verdugo. Después dijo a Diadema: "¡Hijo mío! perdona a un anciano como yo, que no sabía lo que iba a hacer. Pero la culpa la tiene mi malvado visir, al cual voy a mandar empalar ahora mismo". Entonces el príncipe Diadema le besó la mano, y le dijo: "Tú eres, ¡oh rey! como mi padre, y yo soy más bien el que debe pedirte perdón por las emociones que te he causado".

El rey dijo: "¡La culpa la tiene ese maldito eunuco, al cual voy a crucificar en un tablón podrido que no valga dos dracmas!" Entonces Diadema dijo: "¡En cuanto al eunuco, bien merece que lo castigues, pero al visir perdónalo para que otra vez no juzgue tan de ligero!"

Entonces Aziz y el visir intercedieron para alcanzar el perdón del eunuco, al cual el terror le había hecho orinarse encima. Y el rey, por consideración al visir, perdonó al eunuco.

Entonces advirtió Diadema: "¡Lo más importante es tranquilizar a la princesa Donia, que es toda mi alma!" Y el rey dijo: "Ahora mismo voy a verla". Pero antes mandó a sus visires, emires y chambelanes, que escoltaran al príncipe Diadema hasta el hammam, y le hicieron tomar un baño que le refrigerase agradablemente. Después corrió al pabellón de la princesa, y la halló a punto de clavarse en el corazón la punta de una espada cuyo puño apoyaba en el suelo. Al ver esto, sintió el rey que se le escapaba la razón, y gritó a su hija: "¡Se ha salvado tu príncipe! ¡Ten piedad de mí, hija mía!"

Al oír estas palabras, la princesa Donia, arrojó la espada, besó la mano de su padre, y entonces el rey la enteró de todo. Y ella dijo: "¡No estaré tranquila hasta que vea a mi prometido!"

Y el rey, apenas salió Diadema del hammam, se apresuró a llevarle al aposento de la princesa, que se arrojó a su cuello. Y mientras los dos amantes se besaban, el rey se alejó, después de cerrar discretamente la puerta. Y marchó a su palacio, ocupándose en dar las órdenes necesarias para la recepción del rey Soleimán, a quien se apresuró a enviar al visir y a Aziz, a fin de que le anunciasen el feliz arreglo de todas las cosas, y le envió como regalo cien caballos magníficos, cien dromedarios de carrera, cien jóvenes, cien doncellas, cien negros y cien negras.

Y entonces fue cuando el rey Schahrarrián, ya terminados estos preliminares, salió en persona al encuentro del rey Soleimán-Schah, cuidando de que le acompañase el príncipe Diadema y una numerosa comitiva. Al verlos acercarse, el rey Soleimán salió a su encuentro, y exclamó: "¡Loor a Alah, que ha hecho lograr a mi hijo sus propósitos!" Después se abrazaron afectuosamente los dos reyes, y Diadema se echó al cuello de su padre llorando de alegría, y su padre hizo lo mismo. Y enseguida mandaron llamar a los kadíes y testigos, y en el acto se escribió el contrato de matrimonio de Diadema y Set-Donia. Y con tal motivo se obsequió largamente a los soldados y al pueblo, y durante cuarenta días y cuarenta noches se adornó e iluminó la ciudad. Y en medio de toda la alegría y de todas las fiestas, Diadema y Donia pudieron amarse a su gusto hasta el último límite del amor.

Pero Diadema se guardó muy bien de olvidar los buenos servicios de su amigo Aziz, y después de enviarle con una comitiva en busca de su madre, que le lloraba desde hacía mucho tiempo, ya no quiso separarse de él. Y al morir el rey Soleimán, heredó Diadema su reino de la ciudad Verde y las montañas de Ispahán, y nombró a Áziz gran visir, al viejo guarda, intendente general del reino, y al jeique del zoco, jefe general de todos los gremios. ¡Y todos vivieron muy felices hasta la muerte, única calamidad irremediable!".

Cuando acabó de contar esta historia de Aziz y Àziza y la de Diadema y Donia, el visir Dandán pidió al rey Daul'makán permiso para beber un vaso de jarabe de rosas. Y el rey Daul'makán exclamó: "¡Oh mi visir! ¿Hay alguien en el mundo tan digno como tú de hacer compañía a los príncipes y a los reyes? ¡Verdaderamente, esta historia me ha encantado en extremo, por lo deliciosa y por lo agradable!" Y entregó al visir el mejor ropón de honor del tesoro real.

En cuanto al sitio de Constantinia ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 137ª NOCHE

Ella dijo:

En cuanto al sitio de Constantinia, ya hacía cuatro años que se prolongaba sin ningún resultado decisivo. Los soldados y los jefes empezaban a sufrir mucho al verse tan lejos de sus familias y de sus amigos, y la rebelión era inminente.

De modo que el rey Daul'makán, dispuesto a tomar una resolución inmediata, llamó a los tres grandes jefes, Bahramán, Rustem y Turkash, en presencia del visir Dandán, y les dijo: "Bien sabéis lo que ocurre: os consta que la fatiga pesa sobre todos nosotros a consecuencia de este malhadado sitio. Conocéis las plagas que la Madre de todas las Calamidades ha hecho caer sobre nuestras cabezas, incluso la muerte de mi hermano, el heroico Scharkán. Reflexionad, pues, sobre lo que nos queda que hacer y contestadme como debéis contestar".

Entonces los tres jefes del ejército bajaron la cabeza, recapacitaron largamente, y dijeron después: "¡Oh rey! el visir Dandán es más experto que todos nosotros, pues ha encanecido en la sabiduría" Y el rey Daul'makán se volvió hacia el visir, y le dijo: "¡Aquí estamos todos aguardando tus palabras!"

Entonces el visir Dandán avanzó hasta el rey, y exclamó: "¡Sabe, ¡oh rey del tiempo!, que efectivamente es perjudicial que permanezcamos por ahora al pie de los muros de Constantinia! En primer lugar, tú mismo estarás deseando ver a tu hijo Kanmakán y a tu sobrina Fuerza del Destino, hija de nuestro difunto príncipe Scharkán, la cual está en Damasco, en el palacio, al cuidado de las esclavas. Y todos sufrimos, como tú, el gran dolor de vernos alejados de nuestro país y de nuestras casas.

Mi opinión es que regresemos a Bagdad, para volver aquí más adelante, y destruir entonces esta ciudad descreída, y que sólo puedan anidar en ella los cuervos y los buitres".

Y el rey dijo: "¡Verdaderamente, mi visir, has contestado de acuerdo con mi parecer!" Y enseguida mandó anunciar a todo el campamento, por medio de los pregoneros, que dentro de tres días se verificaría la partida.

Y en efecto, al tercer día se levantó el campo, y el ejército tomó el camino de Bagdad con las banderas desplegadas y haciendo sonar las trompetas. Y pasados días y noches llegó a la Ciudad de Paz, donde le recibieron con grandes transportes de alegría todos los habitantes.

En cuanto al rey Daul'makán, lo primero que hizo fue abrazar a su hijo Kanmakán, que ya tenía siete años, y lo segundo llamar a su antiguo amigo, el viejo encargado del hammam. Y cuando lo vio, se levantó del trono en honor suyo, le abrazó, le hizo sentar a su lado, y lo elogió mucho delante de todos sus emires y de todos los presentes.

Y durante todo aquel tiempo el encargado del hammam se había puesto desconocido a fuerza

de reposo y de comer y beber, y había engrosado hasta el límite de la gordura. Su cuello parecía el de un elefante, su vientre 'el de una ballena, y su cara estaba tan reluciente como un pan recién salido del horno.

Empezó por excusarse de aceptar la invitación del rey, que le ordenaba sentarse a su lado, y le dijo: "¡Oh mi señor! ¡que Alah me libre de cometer semejante abuso! ¡Ya hace mucho tiempo que pasaron los días en que me estaba permitido sentarme en tu presencia!"

Pero el rey Daul'makán le dijo: "Esos tiempos tienen que volver de nuevo para ti, ¡oh padre mío! ¡Pues fuiste quien me salvó la vida!" Y obligó al encargado a sentarse en los grandes almohadones del trono.

Entonces el rey dijo: "¡Quiero que me pidas un favor, pues estoy dispuesto a otorgarte cuanto desees, aunque fuera el compartir contigo mi reino! ¡Habla, pues, y Alah te oirá!"

Entonces el anciano dijo: "¡Quisiera pedirte una cosa que deseo desde muchos años, pero temo parecerte indiscreto!" Y el rey se apresuró a contestar: "¡Tienes que hablar sin ningún temor!"

Y el anciano dijo: "¡Tus órdenes están sobre mi cabeza! He aquí lo que deseo: ¡que me nombres presidente de los encargados de los hammanes de la Ciudad Santa, que es mi ciudad!"

Al oír estas palabras, el rey y todos los presentes se rieron en extremo; y el encargado, creyendo que su petición era exorbitante, se vio en el límite de la desolación.

Pero el rey dijo: "¡Por Alah! ¡Pídeme otra cosa!" Y el visir Dandán se acercó sigilosamente al encargado, le pellizcó en una pierna, le guiñó el ojo, como diciéndole: "¡Pide otra cosa sin ningún reparo!"

Y el anciano dijo: "¡Entonces, ¡oh rey del tiempo! desearía que me nombrases jeique principal de la corporación de basureros de la Ciudad

Santa, que es mi ciudad!" Al oír estas palabras, el rey y los presentes se vieron acometidos de una risa loca, que les hizo levantar las piernas al aire.

Después el rey exclamó: "¡Vamos, hermano mío! es forzoso que me pidas algo que sea digno de ti, y que verdaderamente valga la pena". Y el anciano dijo: "¡Temo que no me la puedas otorgar!"

Y el rey contestó: "¡Nada hay imposible para Alah!" Y dijo el anciano: "¡Nómbrame, entonces, sultán de Damasco, en lugar del difunto príncipe Scharkán!" E inmediatamente mandó escribir el decreto, dándole, como nuevo rey, el nombre de Zablakán El-Mujahed.

Después ordenó al visir Dandán que acompañase al nuevo soberano con una magnífica comitiva, y que al regreso trajese a la hija del difunto príncipe Scharkán, Fuerza del Destino. Y antes de la partida, se despidió del encargado del hammam, y le recomendó que fuese bueno y fuese justo con sus súbditos. Después dijo a los presentes: "¡Cuantos me tengan afecto, manifiesten su alegría al sultán Zablakán con regalos!" Y enseguida afluyeron los presentes al nuevo rey, que fue revestido por el mismo Daul'makán con el traje regio; v cuando terminaron todos los preparativos, le dio para su guardia cinco mil jóvenes mamalik, y le entregó además un palanquín regio que era rojo y dorado. Y así fue como el encargado del hammam, convertido en sultán Zablakán ElMujahed, y seguido de toda su guardia, del visir Dandán, de los emires Rustem, Tuskash y Bahramán, salió de Bagdad y llegó a Damasco, su reino.

Y la primera diligencia del nuevo rey fue disponer enseguida una comitiva espléndida que acompañase hasta Bagdad a la joven princesa de ocho años Fuerza del Destino, hija del difunto príncipe Scharkán. Y puso a su servicio diez doncellas y diez negros, y les entregó muchos regalos, especialmente esencia pura de rosas, dulce de albaricoque en cajas bien resguardadas contra la humedad, sin olvidar los deliciosos pastelillos, tan frágiles, que probablemente no llegarían enteros a Bagdad. Y también les dio veinte tarros llenos de dátiles cristalizados con jarabe perfumado de clavo, veinte cajas de pasteles de hojaldre, veinte cajas de dulces, encargados especialmente en las mejores dulcerías de Bagdad. Y todo se cargó en cuarenta camellos, sin contar los grandes fardos de sedas y telas de oro tejidas por los tejedores más hábiles del país de Scham, y armas preciosas, vasijas de cobre y de oro repujado, y bordados.

Terminados estos preparativos, el sultán Zablakán quiso hacer un espléndido regalo en dinero al visir, pero éste le dijo: "¡Oh rey! todavía eres nuevo en este reino, y necesitarás hacer mejor uso de ese dinero que el de dármelo". Después se puso en marcha la comitiva, y al cabo de un mes, porque Alah lo quiso, llegaron todos a Bagdad con buena salud.

Entonces el rey Daul'makán recibió con grandes transportes de alegría a la niña Fuerza del Destino, y la entregó a su madre Nozhatú y a su esposo el gran chambelán. Y le dio los mismos maestros que a Kanmakán; y ambos niños llegaron a ser inseparables, y experimentaron el uno por el otro un afecto que fue creciendo con la edad. Y tal estado de cosas duró diez años, durante los cuales el rey no perdía de vista los armamentos y preparativos para la guerra contra los descreídos rumís.

Pero a consecuencia de todas las fatigas y todas las penas de su malograda juventud, la fuerza y la salud del rey Daul'makán declinaban diariamente. Y como su estado empeoraba de una manera alarmante, mandó llamar al visir Dandán, y le dijo: "¡Oh mi visir! voy a someterte un proyecto que deseo realizar. ¡Respóndeme con toda tu rectitud!"

El visir dijo: "¿Qué hay, ¡oh rey del tiempo!?" y dijo el rey: "¡He resuelto abdicar en favor de mi hijo Kanmakán! ¡Me alegraría verlo reinar antes de mi muerte! ¿Cuál es tu opinión, ¡oh visir lleno de sabiduría! ?"

El visir Dandán besó la tierra entre las manos del rey, y con voz muy conmovida dijo: "El proyecto que me sometes, ¡oh rey afortunado y dotado de prudencia y equidad! no es realizable ni oportuno por dos motivos: el primero, porque tu hijo el príncipe Kanmakán es todavía muy joven, y el segundo, porque es cosa cierta que el rey que hace reinar a su hijo en vida suya tiene desde entonces contados sus días en el libro del ángel"

Pero el rey insistió: "¡En cuanto a mi vida, comprendo verdaderamente que ha terminado; pero respecto a mi hijo Kanmakán, puesto que todavía es tan joven, nombraré tutor suyo para el reinado al gran chambelán, esposo de mi hermana Nozhatú!"

Y enseguida mandó reunir a sus emires, visires y grandes del reino, y nombró al gran chambelán tutor de su hijo Kanmakán, encargándole muy encarecidamente que lo casase con Fuerza del Destino cuando llegasen a la mayor edad. Y el gran chambelán contestó: "¡Estoy abrumado por tus beneficios, y sumido en la inmensidad de tus bondades!"

Entonces el rey se volvió hacia su hijo Kanmakán, y con los ojos arrasados en lágrimas, le dijo: "¡Oh hijo mío! sabe que después de mi muerte el gran chambelán será tu tutor y consejero, pero el visir Dandán será tu padre, ocupando mi lugar cerca de ti. Porque he aquí que adivino que me voy de este mundo perecedero hacia la morada eterna. Y quiero decirte que me queda un solo deseo en la tierra: vengarnos de aquella que fue la causante de la muerte de tu abuelo el rey Omar Al-Nemán y de tu tío el príncipe Scharkán, la malhadada y maldita vieja, Madre de todas las Calamidades".

Y el joven Kanmakán contestó: "Tranquilizad tu alma, ¡oh padre mío! pues Alah os vengará a todos por mi mediación!" Entonces el rey sintió que una gran tranquilidad le refrescaba el alma, y se tendió lleno de quietud en el lecho, del cual ya no había de levantarse.

Efectivamente, al poco, tiempo, como toda criatura sometida a la mano que la creó, volvió a ser lo que había sido en el más allá insondable, y fue como si nunca hubiese sido. ¡Porque el tiempo lo siega todo y nada recuerda!

En este momento de su narración, Sehehrazada vio aparecer la mañana, y discreta como siempre, se calló hasta el otro día.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 138ª NOCHE

Ella dijo:

...y fue como si nunca hubiese sido. ¡Porque el tiempo lo siega todo y nada recuerda! ¡Y aquel que quiera saber el destino de su nombre en lo futuro, aprenda a mirar el destino de quienes le precedieron en el morir!

Tal es la historia del rey Daul'makán, hijo del rey Omar Al-Nemán y hermano del príncipe Scharkán. ¡Téngalos Alah en su misericordia infinita!

Pero a contar de aquel día, y para no desmentir el proverbio que dice: "¡Quien deja posteridad no muere!", empezaron las aventuras del joven Kanmakán, hijo de Daul'makán.

AVENTURAS DEL JOVEN KANMAKÁN, HIJO DE DAUL'MAKAN

En efecto, ¡oh rey afortunado! -prosiguió Schehrazada- en cuanto al joven Kanmakán y su prima Fuerza del Destino, ¡cuán hermosos se habían hecho! La armonía de sus facciones llegó a ser más exquisita, sus perfecciones germinaron en su plenitud; y realmente, sólo se les podía comparar con dos ramas llenas de frutos, y con dos lunas esplendorosas.

Y para hablar particularmente de cada uno de ellos, hay que decir que Fuerza del Destino reunía todo lo necesario para volver loco a cualquiera, pues en su regia soledad, y aislada de todas las miradas, la blancura de su tez se había hecho sublime, su cintura se había adelgazado lo precisamente necesario, y aparecía derecha como la letra aleph; sus caderas eran absolutamente adorables en su maciza pompa, y en cuanto al sabor de su saliva, ¡oh leche, oh vinos, oh dulces! ¿qué sois?

Y para decir algo respecto a sus labios, que eran del color de las granadas, ¡hablad vosotras, delicias de las frutas maduras! Y en cuanto a sus mejillas, ¡sus mejillas! hasta las mismas rosas habrían reconocido su superioridad. Así son verdaderas estas palabras del poeta en honor suyo:

¡Embriágate, corazón mío! ¡Bailad de júbilo en vuestras órbitas, ojos míos! ¡Hela aquí! ¡Constituye las delicias del mismo que la creó!

¡Sus párpados desafían al kohl a que los haga más oscuros! ¡Siento que sus miradas atraviesan mi corazón, como si fueran la espada del Emir de los Creyentes!

¡En cuanto a sus labios! ¡Oh jugo que brotas de las uvas maduras antes de pisarlas! ¡Jarabe que filtras bajo la prensa de las perlas!

¡Y vosotras, ¡oh palmeras que sacudís vuestros a la brisa los racimos de vuestros cabellos! he aquí su cabellera!

Así era la princesa Fuerza del Destino, hija de Nozhatú. Pero en cuanto a su primo el príncipe Kanmakán, era otra cosa. Los ejercicios y la caza, la equitación y los torneos con lanza y azagaya, el tiro al arco y las carreras de caballos, habían dado flexibilidad a su cuerpo, y habían aguerrido su alma, y se había convertido en el jinete más hermoso de los países musulmanes, y en el más valeroso entre los guerreros de las ciudades y las tribus. Y con todo eso, su tez había seguido tan fresca como la de una virgen, y, su cara era más bella a la vista que las rosas y los narcisos, como dice el poeta hablando de él:

¡Apenas circuncidado, la seda adornó amorosamente la dulzura de su barbilla, para luego con la edad sombrear sus mejillas con un terciopelo negro de tejido muy apretado!

¡Ante los ojos encantados de quienes le miraban, parecía el cervatillo que ensaya una danza tras los pasos de su madre!

¡Para las almas atentas que le seguían, sus mejillas, dispensadoras de la embriaguez, ofrecían el rojo color de una sangre tan delicada como la miel de su saliva!

¡Pero a mí, que consagro mi vida a la adoración de sus encantos, lo que me arrebata el alma es el color verde de su calzón!

Hay que saber que hacía algún tiempo que el gran chambelán, tutor de Kanmakán, a pesar de las amonestaciones de su esposa Nozbatú, y de los beneficios que debía al padre de Kanmakán, se había apoderado completamente del poder, y hasta se había hecho proclamar sucesor de Kanmakán por cierta parte del pueblo y del ejército.

En cuanto a la otra parte del pueblo y del ejército, había permanecido fiel al nombre y al descendiente de Omar Al-Nemán, y cumplía sus deberes bajo la dirección del anciano visir Dandán. Pero el visir Dandán, ante las amenazas del gran chambelán, había acabado por alejarse de Bagdad, y se había retirado a una ciudad vecina, aguardando que el Destino ayudase al huérfano a quien se quería desposeer de sus derechos.

Así es que el gran chambelán, no teniendo nada que temer, había obligado a Kanmakán y a su madre a que se encerraran en sus habitaciones, y hasta había prohibido a Fuerza del Destino que tuviese relación alguna con el hijo de Daul'makán; de suerte que la madre y el hijo vivían muy retirados, aguardando que Alah se dignara devolver sus derechos a aquel a quien correspondían.

Pero de todos modos, a pesar de la vigilancia del gran chambelán, Kanmakán podía ver en ocasiones a su prima, y hasta hablarle, pero sólo furtivamente. Y un día que no pudo verla, y que su amor le torturaba el corazón, cogió un pliego de papel y le escribió estos versos apasionados:

¡Andabas, ¡oh amada mía! entre tus esclavas, bañada en toda tu belleza! ¡Al pasar tú, las rosas se secaban de envidia en sus tallos, al compararse con tus mejillas!

¡Los lirios guiñaban el ojo ante tu blancura; las manzanillas floridas, sonreían ante la sonrisa de tus dientes!

¿Cuándo acabará mi destierro; cuándo se curará mi corazón de los dolores de las ausencias; cuándo mis labios dichosos se acercarán por fin a los de mi amada?

¿Podré saber por fin si es posible nuestra unión aunque sólo fuese por una noche, para ver si compartes las sensaciones que en mí se desbordan?

¡Concédame Alah paciencia en mis males, como el enfermo que soporta el cautiverio, pensando en la curación!

Cerrada la carta, se la entregó al eunuco, cuya primera diligencia fue ponerla en manos del gran chambelán. Así es que al leer esta declaración, el gran chambelán juró que iba a castigar al joven insolente. Pero pensó después que valía más no propalar la cosa, y hablar solamente de ella con Nozhatú. Fue, pues, en su busca, y después de haber despedido a la joven Fuerza del Destino, indicándole que bajase a respirar el aire del jardín, dijo a su esposa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 139ª NOCHE

Ella dijo:

El gran chambelán dijo a su esposa Nozhatú: "Has de saber que el joven Kanmakán ha llegado a la pubertad hace tiempo, y siente inclinación hacia tu hija Fuerza del Destino. Por consiguiente, hay que separarlos desde ahora, porque es muy peligroso acercar la leña al fuego. Así, pues, tu hija no saldrá de las habitaciones de las mujeres, ni se descubrirá la cara, porque ya no está en la edad en que las muchachas pueden salir descubiertas. ¡Y sobre todo, cuida de que no se vean, pues en cuanto haya el menor motivo, impediré para siempre a ese joven que se deje llevar de los instintos de su perversidad"

Nozhatú, en cuanto su marido se marchó, se puso a llorar, buscó a su sobrino Kanmakán, y le enteró de todo. Después dijo: "¡Sabes ¡oh sobrino mío! que sin embargo te facilitaré que puedas hablar con Fuerza del Destino, pero con una puerta por medio! ¡Por lo tanto, ten paciencia hasta que Alah se compadezca de ti!"

Pero Kanmakán sintió que toda su alma se trastornaba al oír aquella noticia. Y exclamó: "¡No viviré ni un momento más en un palacio en el cual debería ser yo el único que mandase! ¡Y tampoco sufriré por más tiempo que las piedras de esta casa presencien mis humillaciones!" Enseguida se despojó de su traje, se cubrió la cabeza con un gorro de saalik, se echó sobre los hombros un viejo manto de nómada, y sin tomarse tiempo para despedirse de su madre ni de su tía, se dirigió apresuradamente hacia las puertas de la ciudad. Y como provisiones para el camino, sólo llevaba en el saco un pan de tres días. Apenas se abrieron las puertas de la ciudad, fue el primero que las franqueó y se alejó a muy buen paso, recitando estas estrofas a manera de despedida:

¡Ya no te temo, corazón mío; puedes latir hasta romperte dentro de mi pecho! ¡Mis ojos ya no pueden enternecerse, ni en mi alma puede tener asiento la piedad!

¡Corazón agobiado por el amor, mi voluntad, a pesar tuyo, no ha de doblegarse ni ha de aceptar más humillaciones, aunque viese que se derretía por completo mi cuerpo!

¡Perdóname! Si me apiadara de ti, corazón mío, ¿qué sería de mi energía? ¡El que se deja vencer por los ojos de fuego, no podrá quejarse de caer herido de muerte!

¡Quiero brincar libremente por la tierra sin límites, la buena tierra amplia y maternal, para salvar mi alma de todo cuanto pudiera apagar su vigor!

¡Combatiré con los héroes y con las tribus, me enriqueceré con el botín tomado a los vencidos, y poderoso con mi gloria y mi fuerza, volveré triunfal y todas las puertas se me abrirán solas!

¡Porque sábelo bien, corazón inocente: para tener los preciados cuernos del animal, hay que empezar por domar al animal o matarlo!

Mientras el joven Kanmakán huía de la ciudad, su madre, no habiéndole visto en todo el día, le buscó por todas partes sin encontrarle. Entonces se echó a llorar y esperó impaciente su regreso, muy alarmada.

Pero pasaron el primer día, el segundo, el tercero y el cuarto, y nadie tuvo noticias de Kanmakán. Entonces su madre se encerró para llorar en su aposento, y decía desde lo más profundo de su dolor: "¡Oh hijo mío! ¿Hacia dónde dirigiré mis llamamientos? ¿Hacia qué país correré a buscarte? ¿Qué pueden estas lágrimas que derramo por ti? ¿En dónde estás, hijo mío?"

Y la pobre madre no quiso beber ni comer, y su dolor fue conocido por toda la ciudad y compartido por todos los habitantes, que querían mucho al joven Kanmakán y al rey, su difunto padre. Y todos clamaban: "¿Dónde estás, ¡oh pobre Daul'makán! rey bueno y justo? ¡Se ha perdido tu hijo, y ninguno de los que colmaste de beneficios sabe encontrar su rastro! ¡Pobre descendencia de Ornar Al-Nemán! ¿Qué ha sido de ti?"

Y en cuanto a Kanmakán, he aquí que caminó durante todo el día, y no descansó hasta que cerró la noche. Al otro día y los siguientes caminó también, alimentándose de las plantas que cogía y bebiendo en los manantiales y en los arroyos. Al cabo de cuatro días llegó a un valle cubierto de bosques, por donde corrían las aguas y cantaban las aves y las palomas. Y allí se detuvo, hizo sus abluciones y después su plegaria, y habiendo cumplido de tal suerte sus deberes, como llegaba la noche se tendió bajo un árbol y se durmió. Permaneció dormido hasta medianoche. Entonces en medio del silencio del valle surgió una voz de entre las rocas y lo despertó.

Y la voz cantaba:

¡Vida del hombre! ¿Qué valdrías si no relampaguease la sonrisa en los labios de la amada, si no tuvieses el bálsamo de su rostro?

¡Oh muerte! ¡Serías deseable si mis días hubiesen de transcurrir siempre lejos de mi amiga, aquella que ni las amenazas ni el destierro me harían olvidar!

¡Oh alegría de los amigos que se reúnen en la pradera para beber los vinos exquisitos de manos del copero! ¡Oh qué alegría la suya; cómo los abrasa la pasión cuando toman la copa de manos del copero!

¡Primavera! ¡Tus flores, al abrirse al lado de la muy amada, curan en mi alma las durezas pasadas, los dolores de la suerte ciega! ¡Oh primavera, tus flores en la pradera!...

¡Y tú, amigo, que bebes el licor rojo y perfumado, mira! ¡Debajo de tu mano se extiende la tierra, alegre con sus aguas, sus colores y su fecundidad!

Después de este canto admirable, que se elevaba entre la noche, se levantó Kanmakán, y quiso descubrir entre las tinieblas el sitio de donde salía la voz; pero sólo pudo distinguir vagamente los troncos de los árboles que se recortaban sobre el río. Descendió hasta la misma orilla del río, y la voz se hizo más distinta, cantando este poema en medio de la noche:

¡Entre ella y yo hay juramento de amor! ¡Y por eso he podido dejarla en la tribu!

¡Mi tribu es la más rica en caballos veloces y en muchachas de ojos negros! ¡Es la tribu de Taim!

¡Brisa! ¡Su soplo llega hasta mí viniendo de entre los Beni-Taim! ¡pacifica mi hígado y me embriaga!

Dime, esclavo Sabab: ¿aquella cuyo tobillo se ciñe con el cascabel sonoro, se acuerda alguna vez de mis juramentos de amor? ¿Y qué dice?

¡Ah pulpa de mi corazón, un escorpión me ha picado! ¡Ven, amiga! ¡Me curaré con el antídoto de tus labios, aspirando tu saliva y su frescura!

Cuando Kanmakán hubo oído por segunda vez este canto misterioso, quiso de nuevo ver en las tinieblas; pero como no lo pudo lograr, se subió a la cima de un peñasco, y con toda su voz, clamó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 140ª NOCHE

Ella dijo:

...se subió a la cima de un peñasco, y con toda su voz clamó: "¡Oh, caminante entre las tinieblas de la noche! ¡Por favor! ¡Acércate aquí! ¡Oiga yo tu historia, que debe parecerse a la mía! ¡Y nos consoláremos mutuamente!"

Después se calló.

Pasados algunos momentos, la voz que había cantado dijo: "¡Oh tú que me llamas! ¿Quién eres? ¿Hombre de la tierra o genio subterráneo? ¡Si eres genio, sigue tu camino, pero si eres hombre, aguarda la aparición de la luz, porque la noche está llena de emboscadas y traiciones!"

Oídas estas palabras, Kanmakán dijo para sí: "¡Por mi alma, el que ha hablado es un hombre cuya aventura se parece extraordinariamente a la mía!" Y permaneció allí sin moverse hasta la aparición de la mañana.

Entonces vio avanzar hacia él, a través de los árboles del bosque, un hombre vestido como los beduinos del desierto, alto y armado de un alfanje y un escudo. Se levantó y le saludó; y el beduino le devolvió el saludo, y después de las fórmulas acostumbradas, le preguntó el beduino, pasmado de su juventud: "¡Oh joven a quien no conozco! ¿Quién eres? ¿A qué tribu perteneces? ¿Cuáles son tus parientes entre los árabes? Verdaderamente, a tu edad no se acostumbra viajar solo por la noche y por estas comarcas en que sólo se ven grupos armados. Cuéntame, pues, tu historia".

Y Kanmakán dijo: "Mi abuelo era el rey Omar Al-Nemán; mi padre el rey Daul'makán, y yo soy Kanmakán, que se abrasa en amor por su prima la princesa Fuerza del Destino".

Entonces el beduino dijo: "Pero ¿cómo es que siendo rey, ¡hijo de rey! vas vestido como un saalik y viajas sin una escolta digna de tu categoría?" El otro respondió: "Porque he de crearme esa escolta yo mismo, y empiezo por rogarte que seas el primero que formes parte de ella".

Oídas estas palabras, el beduino se echó a reír y le dijo: "Hablas, muchacho, como si fueras un guerrero invencible o un héroe famoso por cien combates. ¡Y para demostrarte tu inferioridad, ahora mismo voy a apoderarme de ti para que me sirvas de esclavo! ¡Y entonces, si verdaderamente tus padres son reyes, tendrán con qué pagar tu rescate!"

Kanmakán sintió entonces que el furor le brotaba de los ojos, y dijo al beduino: "¡Por Alah! ¡Nadie pagará mi rescate más que yo mismo! ¡Guárdate, pues, beduino! ¡Tus versos me habían hecho creer que tenías otros modales!

Y Kanmakán se lanzó contra el beduino, el cual, pensando que vencerle era cosa de juego, le aguardaba sonriente. ¡Pero cuán equivocado estaba! Efectivamente, Kanmakán se había erguido, bien afirmado sobre sus piernas, más sólidas que montañas y más aplomadas que alminares. Y con sus brazos poderosos apretó contra sí al beduino, ¡hasta hacerle crujir la osamenta y vaciarle las entrañas.

Y súbitamente, lo levantó a pulso, y llevándolo de este modo corrió hacia el río. Y el beduino, espantado al ver semejante fuerza en un niño, exclamó: "¿Pero qué vas a hacer?" Kanmakán contestó: "¡Voy a precipitarte en ese río, que te llevará hasta el Tigris; el Tigris te llevará hasta el Nahr-Issa; el Nahr-Issa hasta el Éufrates, y el Éufrates hasta tu tribu, para que pueda juzgar tu valentía y tu heroísmo! “Y el beduino, en el momento en que Kanmakán lo levantaba más aún en el aire para echarlo al río, exclamó: "¡Oh joven heroico! ¡Por los ojos de tu amada Fuerza del Destino te ruego que me perdones la vida! ¡Si lo haces así, seré el más sumiso de tus esclavos!"

Entonces Kanmakán lo dejó en tierra, y le dijo: "¡Me has desarmado con ese juramento!" Y se sentaron ambos a la orilla del río. Entonces el beduino sacó de su alforja un pan de cebada, lo partió, dio la mitad a Kanmakán con un poco de sal, y su amistad se consolidó para siempre.

Enseguida Kanmakán le preguntó: "Compañero: ahora que sabes quién soy, ¿quieres decirme tu nombre y el de tus padres?" Y el beduino dijo: "Soy Sabah ben-Remah ben-Hemam, de la tribu de Taim, en el desierto de Scham. Y he aquí mi historia en pocas palabras:

"Era yo de muy corta edad cuando murió mi padre. Y fui recogido por mi tío y criado en su casa, al mismo tiempo que su hija Nejma. Y me enamoré de mi prima Nejma, y Nejma se enamoró de mí. Y cuando tuve edad para casarme, la quise por esposa; pero su padre al verme pobre y sin recursos, no consintió nuestra boda. Pero ante las amonestaciones de los principales jefes de la tribu, mi tío se allanó a prometerme a Nejma por esposa con la condición de ofrecerle una dote compuesta de cincuenta caballos, cincuenta camellos, diez esclavos, cincuenta cargas de trigo y cincuenta de cebada, y más bien más que menos. Entonces comprendí que la única manera de constituir la dote de Nejma era salir de mi tribu e irme lejos para atacar a los mercaderes y saquear las caravanas. Y tal es la causa de que anoche estuviese en el sitio donde me oíste cantar. Pero ¡oh, compañero! ¿qué vale esa canción si se la compara con la belleza de mi prima Nejma? Porque el que ve a Nejma, aunque solo sea una vez, se siente con el alma llena de bendición para toda la vida".

Y dichas estas palabras, calló el beduino.

Entonces le dijo Kanmakán: "¡Ya sabía yo, ¡oh compañero! que tu historia debía parecerse a la mía! ¡Así es que en adelante vamos a combatir juntos y a conquistar a nuestras amantes con el fruto de nuestras hazañas!"

Y al acabar de decir estas palabras, se alzó a lo lejos una polvareda que se acercó rápidamente; y ya disipada, apareció ante ellos un jinete cuya cara estaba amarilla como la de un moribundo, y cuyo traje estaba manchado de sangre. Y el jinete exclamó: "¡Oh musulmanes! un poco de agua para lavar mi herida. ¡Sostenedme, porque voy a exhalar el alma! ¡Auxiliadme, y si muero, será para vosotros mi caballo!"

Y efectivamente, el caballo no tenía igual entre todos los caballos de las tribus, y su perfección dejaba asombrados a cuantos lo miraban, pues reunía las cualidades de un caballo del desierto. Y el beduino, que como todos los de su raza entendía de caballos, exclamó: "Verdaderamente, tu caballo es uno de esos que ya no se ven en nuestro tiempo"

Y Kanmakán dijo: "¡Oh jinete, alárgame el brazo para que te ayude a bajar!". Y cogiéndolo lo colocó suavemente en el césped, y después le preguntó: "¿Pero qué tienes y qué herida es ésa?" Y el jinete se despojó el traje y mostró la espalda, que era toda ella una herida enorme, de la cual se escapaban oleadas de sangre.

Entonces Kanmakán se inclinó junto a él, y le lavó solícitamente las heridas, cubriéndolas con hierba fresca. Después le dio de beber, y le dijo: "¿Pero quién te ha puesto así, ¡oh hermano en infortunio!?"

Y el hombre dijo: "Sabe, ¡oh tú el de la mano caritativa! que ese hermoso caballo que ahí ves es la causa de que me halle en este estado. Ese caballo era propiedad del rey Afridonios, señor de Constantinia; y su reputación había llegado a todos nosotros los árabes del desierto.

Pero un caballo de esta clase no debía permanecer en las cuadras de un rey descreído, y fui designado por los de mi tribu para apoderarme de él en medio de los guardias que lo cuidaban, velando noche y día. Partí enseguida y llegué de noche a la tienda donde guardaban el caballo. Me hice amigo de los guardias, y aproveché que me preguntaran mi opinión acerca de él, y que rogaran que lo probase, para montarlo de un brinco y hacerlo salir al galope dándole latigazos.

Pasada su sorpresa, me persiguieron los guardias a caballo, lanzándome flechas, varias de las cuales me hirieron en la espalda. Pero mi caballo seguía galopando, más rápido que las estrellas errantes, y acabó por ponerme completamente fuera del alcance de mis perseguidores.

Hace tres días que estoy montado en él; ¡pero he perdido la sangre, se han agotado para siempre mis fuerzas, y siento que la muerte me cierra los párpados! Y puesto que me has socorrido, el caballo te corresponde a ti en cuanto yo muera. Se llama El-Katul El-Majnún, y es el ejemplar más bello de la raza de El-Ajuz.

"Pero antes, ¡oh joven cuyo traje es tan pobre como noble tu cara! hazme el favor de subirme a la grupa y llevarme hasta mi tribu, para que muera en la tienda en que nací".

Al oír estas palabras, dijo Kanmakán: "¡Oh hermano del desierto! pertenezco a un linaje en que la nobleza y la bondad son una costumbre. ¡Y aunque el caballo no fuera para mí, te haría el favor que me pides!"

Se acercó enseguida al árabe para levantarlo, pero exhaló un largo suspiro, y dijo: "Aguardad por favor: temo que el alma se me desangra, y voy a decir mi acto de fe". Y cerró a medias los ojos, extendió la mano con la palma hacia el cielo, y dijo:

"¡Afirmo que no hay más Dios que Alah! ¡Y afirmo que nuestro señor Mahomed es el enviado de Alah!"

Y después de haberse preparado a la muerte, entonó este canto, que fueron sus últimas palabras:

¡He recorrido el mundo al galope de mi caballo, sembrando por el camino la sangre y la carnicería! ¡He franqueado torrentes y montañas para el robo, el homicidio y el libertinaje!

¡Muero como viví, errante a lo largo de los caminos, herido por aquellos a quienes acabo de vencer! ¡Abandono el fruto de mis trabajos a orillas de un torrente, muy lejano de mi suelo natal!

¡Y sabe, ¡oh extranjero que heredas el único tesoro del beduino! que mi alma se tranquilizará si supiese que mi corcel Katul ha de tener en ti un jinete digno de su belleza!

Apenas el árabe hubo acabado este canto, abrió convulsivamente la boca, exhaló un estertor profundo, y cerró los ojos para siempre. Y Kanmakán y su compañero abrieron una huesa y enterraron al muerto. Después de rezar las oraciones de costumbre, partieron juntos en busca de su destino por el camino de Alah.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y aplazó para el otro día la continuación de su relato.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 141ª NOCHE

Ella dijo:

...en busca de su destino por el camino de Alah. Y Kanmakán había montado en el caballo Katul, y el beduino Sabah se había contentado con seguirle a pie, por haberle jurado amistad y sumisión, reconociéndole como amo para siempre, y habiéndolo jurado por el santo templo de la Kaaba, mansión de Alah.

Entonces empezó para ellos una vida llena de hazañas y aventuras, cacerías, viajes, luchas contra las fieras, combates con los bandoleros, noches pasadas al acecho de bestias salvajes, días dedicados a pelear contra las tribus y amontonar botín. Y a costa de muchos peligros, reunieron así una incalculable cantidad de rebaños, caballos, esclavos y tiendas.

Y Kanmakán había encargado a su compañero Sabah de la vigilancia de todo. Y cuando se sentaban ambos para descansar, se contaban mutuamente sus penas y sus esperanzas, hablando uno de su prima Fuerza del Destino y el otro de su prima Nejma. Y esta vida duró por espacio de dos años.

Y he aquí, entre otras mil, una de las hazañas del joven Kanmakán:

Un día, montado en su caballo Katul, iba a la ventura, precedido por su fiel Sabah, que abría la marcha con la espada desnuda en la mano, lanzando gritos terribles, abriendo unos ojos como cavernas, y rugiendo, aunque la soledad del desierto fuera absoluta: "¡Abrid camino! ¡A la derecha! ¡A la izquierda! “Y he aquí que habían terminado de almorzar, habiéndose comido entre los dos una gacela asada, y bebido agua de un fresco manantial que estaba próximo.

Pasado un rato, llegaron a una montaña a cuyos pies se extendía un valle cubierto de camellos, camellas, carneros, vacas y caballos; y más allá, en una tienda, estaban unos esclavos que iban armados.

Al verlos, Kanmakán dijo a Sabah: "¡Quédate ahí! Voy a apoderarme yo solo de todo el rebaño y de esos esclavos". Y dichas estas palabras, puso al galope su corcel, como el rayo súbito de una nube que revienta y se arrojó sobre ellos, entonando este himno guerrero:

¡Somos de la raza de Omar Al-Nemán, de los hombres de grandes designios, de los héroes!

¡Somos señores que herimos en el corazón a las tribus hostiles cuando brilla el día del combate!

¡Protegemos a los débiles contra los poderosos! ¡Las cabezas de los vencidos nos sirven para adornar nuestras lanzas!

¡Guardad vuestras cabezas! ¡He aquí a los héroes, los de los grandes designios, los de la raza de Omar Al-Nemán!

Los esclavos, al verle, empezaron a dar grandes gritos, pidiendo socorro, creyendo que todos los árabes del desierto los atacaban de improviso. Entonces salieron de las tiendas tres guerreros, que eran los dueños de los rebaños; saltaron sobre sus caballos, y se precipitaron al encuentro de Kanmakán, gritando: "Es el ladrón del caballo Katul! ¡Ya es nuestro! ¡Sus al ladrón!"

Oídas estas palabras, Kanmakán les gritó: "¡Efectivamente, éste es el propio Katul, pero los ladrones sois vosotros, ¡oh hijos de zorra!"

Y se bajó hacia las orejas de Katul, hablándole para darle ánimos; y Katul brincó como un ogro sobre su presa. Y para Kanmakán la victoria fue un juego, pues al primer bote hundió la punta de su lanza en el vientre del primero que se presentó, y la hizo salir por el otro lado, con un riñón en el extremo. Después hizo sufrir la misma suerte a los otros dos jinetes. Y al otro lado de sus espaldas, un riñón adornaba la lanza perforadora.

Después se volvió hacia los esclavos. Pero cuando éstos vieron la suerte sufrida por sus amos, se precipitaron de bruces al suelo, pidiendo que los dejaran con vida. Y Kanmakán les dijo "¡Id, y sin perder tiempo, llevad por delante de mí ese rebaño, y conducidlo a tal sitio, en donde están mi tienda y mis esclavos!"

Y llevando por delante animales y esclavos, emprendió su camino, alcanzándolo prontamente Sabah, que, según la orden recibida, no se había movido durante el combate.

Y mientras caminaban de tal modo, llevando por delante esclavos y rebaño, vieron elevarse de pronto una polvareda, que al disiparse dejó aparecer a cien jinetes armados a la manera de los rumís de Constantinia.

Entonces Kanmakán dijo a Sabah: "¡Cuida de los rebaños y de los esclavos, y déjame habérmela contra esos descreídos!" Y el beduino se retiró enseguida, detrás de una colina, sin ocuparse de otra cosa que de vigilar lo que le había encargado. Y Kanmakán se lanzó él solo al encuentro de los jinetes rumís, que le rodearon enseguida por todas partes.

Entonces su jefe, avanzando hacia él, dijo: "¿Quién eres tú, ¡oh encantadora joven! que sabes regir tan diestramente un corcel de batalla, siendo tus ojos tan tiernos y tus mejillas tan lisas y floridas? ¡Acércate, que te bese los labios, y luego veremos! ¡Ven! ¡Te haré reina de todas las tierras por donde se pasean las tribus!"

Al oír estas palabras, Kanmakán sintió que una gran vergüenza se le subía a la cara, y exclamó: "¿Con quién crees que estás hablando, ¡oh perro, hijo de perra!? Si mis mejillas no tienen pelo, mi brazo, que vas a experimentar, te probará tu error, ¡oh ciego rumí que no sabes distinguir los guerreros de las muchachas!"

Entonces el jefe de los rumís se acercó a Kanmakán, y se cercioró de que en efecto, a pesar de la suavidad y blancura de su tez, y de lo aterciopelado de sus mejillas, vírgenes de vello, era, a juzgar por lo relampagueante de sus ojos, un guerrero difícil de dominar.

Y el jefe le preguntó a Kanmakán: "¿A quién pertenece ese rebaño? ¿Adónde vas tú tan lleno de insolencia y fanfarronería? ¡Ríndete a discreción, o eres muerto!" Y ordenó a uno de sus mejores jinetes que se acercase al joven y le hiciese prisionero. Pero apenas había llegado el jinete cerca de Kanmakán, cuando de un solo tajo de su alfanje le cortó en dos mitades el turbante, la cabeza y el cuerpo, así como la silla y el vientre del caballo. Después sufrieron igual suerte el segundo jinete que avanzó, y el tercero y el cuarto.

Al ver esto el jefe de los rumís ordenó a sus jinetes que se retirasen, y avanzando hacia Kanmakán, le dijo: "¡Tu juventud es muy bella, ¡oh guerrero! y tu valentía la iguala! Pues bien; ¡yo soy Kahrudash, cuyo heroísmo es famoso en todo el país de los rumís, y te voy a otorgar la vida, precisamente por tu valor! ¡Retírate, pues, en paz, porque te perdono la muerte de mis hombres por tu belleza!" Pero Kanmakán le gritó: "¡Poco me importa que seas Kahrudash! ¡Lo que me importa es que ceses en tu palabrería y vengas a probar la punta de mi lanza! ¡Y sabe también que ya que te llamas Kahrudash, yo soy Kanmakán ben-Daul-makán ben-Omar Al-Nemán!"

Entonces el rumí dijo: "¡Oh hijo de Daul'makán! ¡He conocido en las batallas la valentía de tu padre! ¡Y tú has sabido unir la fuerza de tu padre a una elegancia perfecta! ¡Retírate, pues, llevándote todo el botín! ¡Así lo quiero!" Pero Kanmakán le gritó: "¡No es mi costumbre, ¡oh rumí! hacer volver las riendas a mi caballo! ¡Guárdate!" dijo, y acarició a su caballo Katul, que comprendió el deseo de su amo, y se precipitó, bajando las orejas y levantando la cola. Y entonces lucharon los dos guerreros, y los caballos chocaron como dos carneros que se cornean o dos toros que se despanzurran. Y varios ataques terribles fueron infructuosos. Después, súbitamente, Kahrudash con toda su fuerza dirigió la lanza contra el pecho de Kanmakán, pero éste, con una vuelta rápida de su caballo, supo evitarla a tiempo, y girando bruscamente, extendió el brazo, lanza en ristre. Y con aquel bote perforó el vientre del cristiano, haciendo que le saliera por la espalda el hierro chorreando. Y Kahrudash dejó para siempre de figurar entre el número de los guerreros descreídos.

Al ver esto, los jinetes de Kahrudash se confiaron a la rapidez de sus caballos, y desaparecieron en lontananza entre una nube de polvo que acabó por cubrirlos.

Entonces Kanmakán, limpiando su lanza, siguió su camino, haciendo seña a Sabah de que siguiera hacia adelante con el rebaño y los esclavos.

Y después de esta hazaña, Kanmakán encontró a una negra muy vieja, errante del desierto, que contaba de tribu en tribu historias y cuentos a la luz de las estrellas. Y Kanmakán, que había oído hablar de ella, le rogó que se detuviese para descansar en su tienda y le contara algo que le hiciera pasar el tiempo y le alegrase el espíritu ensanchándole el corazón. Y la vieja vagabunda contestó: "¡Con mucha amistad y con mucho respeto!" Después se sentó a su lado en la estera, y le refirió esta Historia del aficionado al haschisch:

"Sabe que la cosa más deliciosa que ha alegrado mis oídos, ¡oh mi joven señor! es esta historia que he llegado a saber de un haschash entre los haschaschín.

"Había un hombre que adoraba la carne de las vírgenes..."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente

PERO CUANDO LLEGÓ LA 142ª NOCHE

Ella dijo:

"Había un hombre que adoraba la carne de las vírgenes y que no pensaba en otra cosa. De modo que como esa carne es de precio tan elevado, singularmente cuando es escogida y de encargo, y como no hay fortuna que pueda resistir indefinidamente unas aficiones tan costosas, el hombre consabido, que nunca se cansaba de ellas y se dejaba llevar de la intemperancia de sus deseos -porque solo el exceso es reprensible-, acabó por arruinarse completamente.

"Un día en que vestido con un traje todo destrozado y descalzo iba por el zoco mendigando el pan para alimentarse, le entró un clavo en la planta del pie, y lo hizo sangrar abundantemente. Entonces se sentó en el suelo, trató de restañar la sangre, y acabó por vendarse el pie con un pedazo de trapo. Pero como la sangre seguía corriendo, se dijo: "¡Vamos al hammam a lavarnos el pie y a sumergirlo en el agua, que le sentará admirablemente"

Y fue al hammam, y entró en la, sala común a la cual van los pobres, y que ostentaba una limpieza exquisita, reluciendo de manera encantadora. Y se acurrucó en el estanque central, y se puso a lavarse el pie.

"A su lado estaba un hombre que acababa de bañarse y. mascaba algo con los dientes. Y el herido se sintió muy excitado por la masticación del otro, y se apoderó de él un ansia ardiente de mascar también aquello. Entonces preguntó al otro: "¿Qué mascas, vecino?"

El otro contestó en voz baja, para que nadie le oyera: "¡Cállate! ¡Es haschisch! ¡Si quieres, te daré un pedazo!" El herido dijo: "¡Verdad es que quisiera probarlo, pues hace tiempo que lo deseo!" Entonces el hombre que mascaba se sacó un trozo de la boca y se lo dio al herido, diciéndole: "¡Ojalá te libre de todas tus preocupaciones!" Y nuestro hombre cogió el pedazo, y lo mascó, y se lo tragó entero. Y como no estaba acostumbrado al haschisch, en cuanto se produjo el efecto en su cerebro por la circulación de la droga, empezó por sentir una hilaridad extraordinaria, y esparció enormes carcajadas por toda la sala. Pasado un momento, se desplomó sobre el mármol y fue presa de diversas alucinaciones, de las cuales te contaré una de las más deliciosas:

"Primeramente creyó verse desnudo del todo y bajo el dominio de un terrible amasador y dos negros vigorosos que se habían apoderado por completo de su persona, siendo como un juguete entre sus manos. Le daban vueltas y lo manipulaban en todos sentidos, clavándole en las carnes sus dedos nudosos e infinitamente expertos. Y gemía bajo el peso de sus rodillas cuando se las apoyaban en el vientre para darle masaje con toda su destreza. Después le lavaron, a fuerza de lanzarle jofainas de cobre, y le frotaron con fibras vegetales. Luego el amasador mayor quiso lavarle personalmente ciertas partes delicadas, pero como le hacía muchas cosquillas, hubo de decirle: "¡Yo mismo le haré!" Terminado el baño, el amasador le rodeó la cabeza, los hombros y los riñones con tres paños más blancos que el jazmín, y le dijo: "¡Oh mi señor, ha llegado el momento de entrar en la habitación de tu esposa, que te aguarda!"

Pero él exclamó: "¿Qué esposa es esa? ¡Yo soy soltero! ¿Te habrá mareado el haschisch para disparartar de ese modo?" Pero el amasador dijo: "¡Basta de bromas! ¡Vamos a ver a tu esposa, que está impaciente!" Y le echó por los hombros un gran velo de seda blanca, y abrió la marcha, mientras los dos negros le sostenían por los hombros, haciéndole de cuando en cuando cosquillas en el trasero, sólo por broma. Y él se reía en extremo.

"Así llegaron a una sala medio oscura y perfumada con incienso, y en el centro había una gran bandeja con frutas, pasteles, sorbetes y jarrones llenos de flores. Y después de haberlo hecho sentar en un escabel de ébano, el amasador y los dos negros le pidieron la venia para retirarse, y desaparecieron.

"Entonces entró un muchacho, que se quedó de pie aguardando sus órdenes, y le dijo: "¡Oh rey del tiempo, soy tu esclavo!" Pero él, sin hacer caso de la gentileza del muchacho, soltó una carcajada que hizo retemblar toda la sala, y exclamó: "¡Por Alah! ¡Todos éstos son aficionados al haschisch! ¡He aquí que ahora me llaman rey!" Y dijo después al muchachito: "Ven aquí, y córtame la mitad de una sandía bien colorada y bien tierna. Es lo que más me gusta. No hay nada como la sandía para refrescarme el corazón".

Y el muchacho le llevó la sandía admirablemente cortada en rajas. Entonces le dijo: "¡Márchate, que no me sirves! Ve a traerme lo que además de la sandía me gusta más, o sea carne virgen de primera". Y el muchacho desapareció.

"Y de pronto entró en la sala una muchacha muy joven, que avanzó hacia él moviendo las caderas, que apenas se dibujaban por lo muy infantiles que eran todavía. Y él, al verla, se puso a resollar con alegría, y cogió a la chiquilla en brazos, se la puso entre los muslos, y la besó con ardor. Y la hizo deslizarse debajo de él; sacó el zib y se lo puso en la mano. Y quién sabe lo que iría a hacer, cuando bajo la sensación de un frío intensísimo despertó de su sueño.

"En este momento, y después de reflexionar que todo aquello no era más que el efecto del haschisch en el cerebro, se vio rodeado por todos los bañistas, que le miraban burlonamente, riéndose con toda su alma, y abriendo unas bocas como hornos. Y le señalaban con el dedo su zib desnudo, que se erguía en el aire hasta el límite de la erección, y parecía tan enorme como el de un borrico o el de un elefante. Y le echaban encima grandes cubos de agua fría, dirigiéndole chanzas como las que suelen darse en el hammam.

"Y el hombre se quedó muy confuso, se echó una toalla sobre las piernas, y dijo amargamente a los que se reían: "¡Oh buena gente! ¿Por qué me habéis quitado la chiquilla, cuando iba o poner las cosas en su lugar?" Y los otros al oír estas palabras, palmotearon de alegría y comenzaron a gritar: "¿No te da vergüenza decir semejantes cosas, ¡oh borracho de haschisch! después de gozar todo lo que has gozado?"

Y Kanmakán, al oír estas palabras de la negra, no pudo contenerse más y se echó a reír de tal modo, que se convulsionó de alegría. Después dijo a la negra: "¡Qué historia tan deliciosa! ¡Apresúrate por favor a decirme la continuación, que debe de ser admirable para el oído y exquisita para el espíritu! “Y la negra dijo: "¡Verdaderamente, mi señor, la continuación es tan maravillosa que olvidarás cuanto acabas de oír; y es tan pura, tan sabrosa y tan extraña, que hasta los sordos se estremecerán de placer! “Y Kanmakán dijo: "¡Ah! ¡Prosigue entonces! ¡Estoy encantadísimo!"

Pero cuando la negra se aprestaba a narrar la continuación de su, historia, Kanmakán vio llegar delante de su tienda un correo a caballo que, habiendo echado pie a tierra, le deseó la paz. Y Kanmakán le devolvió la zalema. Entonces el correo dijo: "¡Oh señor! soy uno de los cien correos que el gran visir Dandán ha enviado en todas direcciones para encontrar el rastro del príncipe Kanmakán, que hace tres años se marchó de Bagdad. Porque el gran visir Dandán ha logrado sublevar a todo el ejército y todo el pueblo contra el usurpador del trono de Ornar Al-Nemán, y ha hecho prisionero al usurpador; y lo ha encerrado bajo tierra en el calabozo más hondo, de suerte que a estas horas el hambre, la sed y la vergüenza han debido arrancarle el alma. ¿Querrías decirme, ¡oh señor! si por acaso no te encontraste algún día con el príncipe Kanmakán, ¿a quién corresponde el trono de su padre?"

Cuando el príncipe Kanmakán...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana. v se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 143ª NOCHE

Ella dijo:

Cuando el príncipe Kanmakán hubo oído esta noticia tan inesperada, se volvió hacia su fiel Sabah, y con voz muy tranquila, le dijo: "Ya ves, ¡oh Sabah! que todo ocurre cuando llega su hora. ¡Levántate y vamos a Bagdad!"

Al oír estas palabras el correo comprendió que se encontraba en presencia de su nuevo rey, y enseguida se prosternó y besó la tierra entre sus manos, lo mismo que Sabah y la negra. Y Kanmakán dijo a la negra: "¡Vendrás también conmigo a Bagdad, donde acabarás de contarme esa historia del desierto!"

Y Sabah dijo: "¡Permitidme entonces, ¡oh rey! que vaya delante para anunciar tu llegada al visir Dandán y al pueblo de Bagdad!" Y Kanmakán se lo permitió. Después, para recompensar al correo por la buena nueva, le cedió, como regalo, todas las tiendas, todo el ganado y todos los esclavos que había conquistado en sus aventuras de tres años. Y precedido por el beduino Sabah, y seguido por la negra, montada en un camello, salió para Bagdad al galope de su caballo Katul.

Y como el príncipe Kanmakán había cuidado de que se le adelantasen una jornada su fiel Sabah, éste alborotó en pocas horas toda la ciudad de Bagdad. Y todos los habitantes y todo el ejército, con el visir Dandán y los tres jefes Rustem, Turkash y Bahramán a la cabeza, habían salido fuera de las puertas para aguardar la llegada de aquel Kanmakán a quien tanto querían y a quien habían temido no volver a ver. Y hacían votos por la prosperidad y la gloria de la raza de Omar Al-Nemán.

De modo que en cuanto apareció el príncipe Kanmakán a todo galope de su caballo Katul, los gritos de alegría surcaron el espacio, lanzados por millares de hombres y mujeres que le aclamaban por rey. Y el visir Dandán, a pesar de su avanzada edad, se apeó enseguida, y fue a dar la bienvenida y a jurar fidelidad al descendiente de tantos reyes.

Después entraron en Bagdad, mientras la negra, subida en el camello y rodeada de una muchedumbre considerable, contaba una historia de entre sus historias.

Y lo primero que hizo Kanmakán al llegar a palacio, fue abrazar al gran visir Dandán, el más fiel a la memoria de sus reyes, y luego a los jefes Rustem, Turkash y Bahramán. Y lo segundo que hizo Kanmakán fue ir a besar las manos de su madre, que sollozaba de alegría. Y la tercera cosa fue decir a su madre: "¡Oh madre mía! ¡Dime por favor cómo está mi amada prima Fuerza del Destino!"

Y su madre contestó: "¡Oh hijo mío! no puedo contestarte, porque desde que te perdí no he pensado más que en el dolor de tu ausencia". Y Kanmakán dijo: "¡Te suplico, ¡oh madre mía! que vayas a saber noticias suyas y de mi tía Nozhatú". Entonces la madre salió y fue a las habitaciones de Nozhatú y su hija Fuerza del Destino, y volvió con ellas al gran salón en que las aguardaba Kanmakán.

Y entonces fue el desbordamiento de la alegría, y se dijeron los versos más bellos, entre más de mil los siguientes:

¡Oh sonrisa de las perlas en los labios de la amada, sonrisa bebida en las perlas mismas!

¡Mejillas de los amantes! ¡Cuántos besos conocisteis, cuántas caricias sobre vuestra seda!

¡Caricias de la cabellera deshecha por la mañana, caricias de los dedos que hormiguean numerosos!

¡Y tú espada que brillas como el acero fuera de la vaina, espada sin reposo, espada de la noche...!

Y como con auxilio de Alah su felicidad llegó al límite, nada hay que decir de ella. Desde entonces las desdichas se alejaron de la morada en que vivía la descendencia de Omar Al-Nemán, y fueron a caer sobre los que habían sido enemigos suyos.

Efectivamente, el rey Kanmakán, después de pasar largos meses de dicha en brazos de la joven Fuerza del Destino, convertida en su esposa, reunió un día en presencia del gran visir Dandán, a todos sus emires y jefes de tropa y a los principales de su imperio, y les dijo: ¡La sangre de mi padre no está aún vengada, y ya han llegado los tiempos!

He aquí que he sabido que han muerto Afridonios y Hardobios de Kaissaria, pero la vieja Madre de todas las Calamidades vive aún, y según dicen nuestros correos, ella es quien rige y gobierna los países de los rumís. Y el nuevo rey de Kaissaria se llama Rumzán, y no se le conoce padre ni madre.

"Conque ¡oh vosotros todos, guerreros míos! desde mañana reanudaremos la guerra contra los descreídos. ¡Y juro por la vida de Mahomed ¡sean con él la paz y la plegaria! que no volveré a nuestra ciudad de Bagdad hasta no haber arrancado la vida a la malhadada vieja, y vengado a todos nuestros hermanos muertos en los combates!" Y todos los presentes mostraron su conformidad. Y al día siguiente el ejército estaba en marcha para Kaissaria.

Llegados ya al pie de las murallas enemigas y dispuestos al asalto, para llevarlo todo a sangre y fuego en aquella ciudad descreída, vieron avanzar hacia la tienda del rey a un joven tan bello que no podía ser más que hijo de un rey, y detrás de él a una mujer de aspecto respetable y con el rostro destapado. En aquel momento estaban en la tienda del rey el visir Dandán y la princesa Nozhatú, tía de Kanmakán, que había querido acompañar al ejército de los creyentes como acostumbrada a las fatigas de los viajes.

Y aquel joven y aquella mujer pidieron audiencia, que les fue otorgada enseguida. Pero apenas habían entrado, cuando Nozhatú dio un gran grito y cayó desmayada, y la mujer también dio otro grito y cayó desvanecida. Y en cuanto volvieron en sí, se echaron una en brazos de otra, besándose, pues la mujer no era otra que la antigua esclava de la princesa Abriza, la fiel Grano de Coral.

Enseguida Grano de Coral se volvió hacia el rey Kanmakán, y le dijo: "¡Oh rey! ya veo que llevas al cuello una gema preciosa, blanca y redonda. Y la princesa Nozhatú lleva otra también. Recordarás que la reina Abriza tenía la tercera. Pues esa tercera hela aquí".

Y la fiel Grano de Coral, volviéndose hacia el joven que había entrado con ella, mostró, atada a su cuello, la tercera gema; y después, con los ojos brillantes de júbilo, exclamó: "¡Oh rey, y tú mi ama Nozhatú! este joven es el hijo de mi pobre señora Abriza. Y yo le he criado desde que nació. Y es él, ¡oh todos vosotros! quien a la hora actual reina en Kaissaria. Pues es Rumzán, hijo de Omar Al-Nemán. Por lo tanto, es tu hermano, ¡oh mi señora Nozhatú! y tu tío, ¡oh rey Kanmakán!"

Al oír estas palabras de Grano de Coral, el rey Kanmakán y Nozhatú se levantaron y abrazaron al joven rey Rumzán, llorando de alegría. Y el visir Dandán también abrazó al hijo de su señor el rey Omar Al-Nemán, ¡téngalo Alah en su misericordia infinita!

Después el rey Kanmakán preguntó al rey Rumzán, señor de Kaissaria: "Dime, ¡oh hermano de mi padre! ¿Eres rey de un país cristiano y vives entre los cristianos? ¿Eres también nusraní?" Pero el rey Rumzán alargó la mano, y levantando el índice, exclamó: "¡La ilah ill Alah, ua Mahomed rassul Alah!

Entonces la alegría de Kanmakán, Nozhatú y el visir Dandán llegó al límite más extremo, y exclamaron: "!Loor a Aláh, que escoge a los suyos y los reúne".

Después Nozhatú preguntó: "¿Pero cómo has podido guiarte por el camino recto, ¡oh hermano mío! en medio de todos esos descreídos que niegan a Alah y no conocen a su enviado?" Rumzán contestó: "¡La buena Grano de Coral fue quien me inculcó los principios sencillos y admirables de nuestra fe! Ella se había convertido en una buena musulmana, al mismo tiempo que mi madre Abriza, durante los días que estuvieron en Bagdad, en el palacio de mi padre Omar Al-Nemán.

¡Así es que Grano de Coral ha sido para mí, no sólo la que me recogió al nacer y me educó, sustituyendo en todo a mi madre, sino también quien me ha convertido en un verdadero creyente, cuyo destino está en manos de Alah, Señor de reyes!"

Oídas estas palabras, Nozhatú mandó sentar a Grano de Coral a su lado en la alfombra, y la quiso mirar desde entonces como a hermana. En cuanto a Kanmakán, dijo a su tío Rumzán: "Tío, a ti te corresponde, por derecho de primogenitura, el trono del imperio de los musulmanes. ¡Y desde este momento me considero fiel súbdito tuyo!"

Pero el rey de Kaissaria dijo: "¡Oh sobrino mío! lo que Alah ha hecho, bien hecho está. ¿Cómo me atrevería yo a perturbar el orden establecido por el Ordenador?" En este momento intervino el visir Dandán, que dijo: "¡Oh reyes! lo más acertado es que reinéis alternativamente un día cada uno, siendo reyes ambos".

Y ellos contestaron: "Tu idea es admirable, ¡oh venerable visir de nuestro padre!"

En este momento de su narración Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 144ª NOCHE

Ella dijo:

Y ellos contestaron: "Tu idea es admirable, ¡oh venerable visir de nuestro padre!" Y convinieron cómo había de ser la cosa. Entonces para festejar aquel día tan feliz, volvió sobre sus pasos el rey Rumzán y regresó a la ciudad, cuyas puertas mandó abrir al ejército musulmán. Después dispuso que los pregoneros publicasen que desde entonces el Islam sería la religión oficial de aquel pueblo, pero que a todos los cristianos se les permitiría perseverar en su error. Pero ninguno de los habitantes quiso seguir siendo descreído, y en un día solo, el acto de fe se pronunció por mil y mil nuevos creyentes. ¡Glorificado sea para siempre Aquel que envió a su Profeta para ser símbolo de paz entre todas las criaturas de Oriente y Occidente!

Ambos reyes dieron grandes fiestas y banquetes con tal motivo, reinando alternativamente un día cada uno. Y así permanecieron durante algún tiempo en Kaissaria, en el límite de la alegría y de la satisfacción.

Después pensaron en vengarse de la vieja Madre de todas las Calamidades. A ese efecto, el rey Rumzán, con anuencia del rey Kanmakán, se apresuró a enviar un correo a Constantinia, con una carta para la Madre de todas las Calamidades, que ignoraba aquel nuevo estado de cosas y seguía creyendo que el rey de Kaissaria era cristiano como su abuelo materno, el difunto rey Hardobios, padre de Abriza. Y esta carta decía lo siguiente:

"A la gloriosa y venerable dama Schauahi Omm El-Dauhai, la formidable, la terrible, el azote pesado de calamidades sobre las cabezas enemigas, el ojo que vela sobre la ciudad cristiana, la perfumada de virtudes y sabiduría, la olorosa del santo incienso supremo y verídico del gran patriarca, la columna de Cristo en medio de Constantinia.

"De parte del señor de Kaissaria, Rumzán, de la posteridad de Hardobios el Grande, de fama extendida por el Universo.

"He aquí, ¡oh madre de todos nosotros! que el Señor del cielo y la tierra ha hecho triunfar nuestras armas contra las de los musulmanes, y hemos aniquilado su ejército, haciendo prisionero a su rey en Kaissaria, y reduciendo igualmente a cautiverio al visir Dandán y a la princesa Nozhatú, hija de Omar Al-Nemán y de la reina Safía, hijo del difunto rey Afridonios de Constantinia.

"Aguardamos, pues, tu venida entre nosotros para festejar juntos nuestra victoria, y mandar cortar, delante de ti, la cabeza al rey Kanmakán, al visir Dandán y a todos los jefes musulmanes.

"Y puedes venir a Kaissaria sin escolta numerosa, pues desde hoy todos los caminos están seguros, y todas las provincias pacificadas desde el Irak hasta el Sudán y desde Mossul y Damasco hasta los límites extremos de Oriente y Occidente.

"Y no dejes de traer contigo de Constantinia a la reina Safía madre de Nozhatú, para darle la alegría de volver a ver a su hija, a quien se honra, como mujer, en nuestro palacio.

"¡Y que el Cristo, hijo de Mariam, te guarde y conserve como una esencia pura preciadamente contenida en oro inalterable!"

Después firmó la carta, le puso su sello regio, y la entregó a un correo, que salió enseguida para Constantinia.

Y hasta el momento de llegar la malhadada vieja, pasaron algunos días, durante los cuales los dos reyes tuvieron el gusto de saldar cuentas atrasadas. He aquí, en efecto, lo que ocurrió:

Un día que los dos reyes, el visir Dandán y la dulce Nozhatú, que nunca se tapaba la cara en presencia del visir Dandán, al cual consideraba como un padre, estaban sentados hablando de la próxima llegada de la vieja calamitosa y de la suerte que se le reservaba, entró uno de los chambelanes para anunciar a los reyes que estaba allí fuera un anciano mercader a quien habían asaltado unos bandoleros, los cuales habían sido encadenados después de su fechoría.

Y el chambelán dijo: ¡Oh reyes! este mercader solicita audiencia de vuestra magnanimidad, pues tiene dos cartas que entregaros". Y contestaron los dos reyes: "¡Dejadle entrar!"

Entonces entró un anciano, cuya cara ofrecía las huellas de la bendición. Besó la tierra entre las manos de los reyes, y dijo: "¡Oh reyes del tiempo! ¿Es posible que un musulmán no sea respetado y lo despojen en un país en que reina la concordia y la justicia?"

Y los reyes preguntaron: "¿Pero qué te ha sucedido, ¡oh respetable mercader!?" Y él contestó: "¡Oh señores! Sabed que tengo dos cartas que siempre me han atraído el respeto y la consideración en todos los países musulmanes, pues me sirven de salvoconducto y me eximen de pagar los diezmos y derechos de entrada sobre mis mercancías. Y una de estas cartas, ¡oh señores míos! además de esa virtud preciosa, me sirve también de consuelo en la soledad, pues está escrita en versos tan admirables, que preferiría perder el alma a separarme de ella".

Entonces los dos reyes exclamaron: "¡Oh mercader! ¿quieres permitirnos ver esa carta o leernos siquiera su contenido?" Y el anciano mercader, muy tembloroso, alargó las dos cartas a los reyes, que se las entregaron a Nozhatú, diciéndole: "¡Tú que sabes leer las letras más complicadas y dar a los versos entonación más propia, apresúrate por favor a deleitarnos con esta lectura!"

Pero apenas hubo Nozhatú desatado la cinta que sujetaba el rollo y echado una mirada a las dos cartas, exhaló un gran grito, se puso más amarilla que el azafrán, y cayó desmayada.

Entonces se apresuraron a rociarla con agua de rosas, y cuando volvió en sí, se levantó inmediatamente, y arrasados sus ojos en lágrimas, corrió hacia el mercader, y cogiéndole la mano, se la besó. Entonces todos los presentes llegaron al límite de la estupefacción ante aquel acto tan contrario a las costumbres de los reyes y de los musulmanes.

Y el anciano mercader, emocionadísimo, vaciló y estuvo a punto de caer de espaldas. La reina Nozhatú se apresuró a sostenerle, y llevándole de la mano, le hizo sentar en la misma alfombra en que ella estaba sentada, y le dijo: "¿Ya no me conoces, padre mío? ¿Tan vieja soy?"

Al oír estas palabras el mercader creyó soñar, y exclamó: "¡Conozco la voz! Pero ¡oh mi señora! mis ojos tienen muchos años, y ya no pueden distinguir nada".

Y la reina dijo: "¡Oh padre mío! soy la misma que te escribió la carta en verso, soy Nozhatú-zamán". Y el anciano mercader se desmayó entonces por completo. Y mientras el visir Dandán echaba agua de rosas en la cara del anciano mercader, Nozhatú, volviéndose hacia su hermano Rumzán y su sobrino Kanmakán, les dijo: "¡Este es el buen mercader que me arrancó de las manos de aquel bárbaro beduino que me robó en las calles de la Ciudad Santa!"

Y cuando el mercader volvió en sí, los dos reyes se levantaron en honor suyo, y lo abrazaron; y a su vez, él besó las manos de la reina Nozhatú y al visir Dandán; y todos se felicitaron mutuamente por aquel suceso, y dieron gracias a Alah que los había reunido. Y el mercader levantó los brazos, y exclamó: "¡Bendito y glorificado sea Aquel que modela los corazones que no olvidan, y los perfuma con el admirable incienso de la gratitud!"

Después de lo cual los dos reyes nombraron al anciano mercader jeique de todos los khanes y zocos de Kaissaria y Bagdad, y le dieron entrada libre en palacio de noche y de día.

Después le dijeron: "¿Pero quiénes te han atacado?" Y el mercader contestó: "Unos bandidos del desierto, de los que despojan a los mercaderes sin armas, me asaltaron súbitamente. ¡Eran más de ciento! Pero sus jefes son tres. ¡Uno es un negro horrible; otro un kurdo espantoso, y el tercero un beduino muy forzudo! Me habían atado a un camello y me arrastraban, cuando quiso Alah que les atacasen vuestros soldados y los capturaran, y a mí con ellos".

Oídas estas palabras, los dos reyes dijeron a uno de los chambelanes: "¡Que entre primero el negro!" Y el negro entró. Era más feo que el trasero de un mono viejo, y sus ojos más feroces que los del tigre.

Y el visir Dandán le preguntó: "¿Cómo te llamas? ¿Y por qué eres bandolero?" Pero antes de que el negro tuviese tiempo de contestar, Grano de Coral, la antigua doncella de la reina Abriza, entró entonces para llamar a su ama Nozhatú, y sus ojos se encontraron con los del negro; y enseguida lanzó un grito horrible, y se precipitó como una leona sobre el negro, le hundió los dedos en los ojos, se los sacó de un tirón, y dijo: "¡Este es el bandido que mató a mi pobre señora Abriza!" Después, arrojando al suelo los dos ojos ensangrentados que acababa de hacer saltar de las órbitas del negro como si fuesen huesos de fruta, añadió: "¡Loado sea el Justo y el Altísimo, que me permiten por fin vengar a mi ama con mis manos!"

Entonces el rey Rumzán dirigió una seña, y enseguida avanzó el verdugo, y de un solo tajo hizo dos negros de uno. Enseguida los eunucos arrastraron el cuerpo por los pies y lo fueron a arrojar a los perros, sobre los montones de basura fuera de la ciudad.

Después los reyes dijeron: "¡Que entre el kurdo!" Y el kurdo entró. Era más amarillo que un limón, y estaba más sarnoso que un burro de molino, y seguramente más piojoso que un búfalo que se pasa un año sin sumergirse en el agua. Y el visir Dandán le preguntó: "¿Cómo te llamas? ¿Y por qué eres bandolero?" Y el otro respondió: "Yo era camellero de oficio en la Ciudad Santa. Y un día me encargaron que transportase al hospital de Damasco a un joven enfermo . ."

Al oír estas palabras, el rey Kanmakán, y Nozhatú, y el visir Dandán, sin darle tiempo para seguir, exclamaron: "¡Este el camellero traidor que abandonó al rey Daul'makán sobre el montón de estiércol a la puerta del hammam!" Y de pronto el rey Kanmakán se levantó, y dijo: "¡Se debe devolver mal por mal, y duplicado! ¡Si no, aumentaría el número de los impíos y de los malhechores que infringen las leyes! ¡Y para los malos, no debe haber piedad en la venganza, pues la piedad como la entienden los cristianos es virtud de eunucos, enfermos e impotentes!"

Y el rey Kanmakán, con su propia mano, de un solo tajo hizo de un camellero dos. Pero luego mandó a los esclavos que enterraran el cuerpo según los ritos religiosos.

Entonces los dos reyes dijeron al chambelán: "¡Que entre ahora el beduino!"

En este momento de su narración Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 145ª NOCHE

Ella dijo:

Entonces los dos reyes dijeron al chambelán: "¡Que entre ahora el beduino!" Y fue introducido el beduino. Pero apenas apareció por la abertura de la puerta su cabeza de bandido, cuando la reina Nozhatú exclamó: "¡Ese es el beduino que me vendió a este buen mercader!"

Al oír estas palabras, el beduino dijo: "¡Soy Hamad! ¡Y no te conozco!" Entonces Nozhatú se echó a reír, y exclamó: "¡Verdaderamente es él, pues nunca se verá un loco semejante a éste! Mírame, pues, ¡oh beduino Hamad! ¡Soy aquella a quien robaste en las calles de la Ciudad Santa, y a quien maltrataste tanto!"

Cuando el beduino oyó estas palabras, exclamó: "¡Por Alah! ¡Es la misma! ¡Mi cabeza va a desaparecer ahora mismo de encima de mi cuello!" Y Nozhatú se volvió hacia el mercader, que estaba sentado, y le preguntó: "¿Le conoces ahora, mi buen padre?

El mercader dijo: "¡Es el mismo! ¡Y está más loco que todos los locos de la tierra!" Entonces dijo Nozhatú: "Pero este beduino, a pesar de todas sus brutalidades, tenía una buena cualidad: le gustaban los bellos versos y las hermosas historias". Enseguida el beduino exclamó: "¡Oh mi señora! Así es, ¡por Alah! Y sé una buena historia, sobremanera extraña, que me ha ocurrido a mí.

Ahora bien; si la cuento y agrada a todos los circunstantes, me perdonarás, y me concederás el indulto de mi sangre". Y la dulce Nozhatú sonrió, y dijo: "¡Sea! Cuéntanos tu historia, ¡oh beduino!"

Entonces el beduino Hamad dijo:

"¡Verdaderamente, soy un gran bandido, la corona de la cabeza de todos los bandidos! Pero la cosa más sorprendente de mi vida en las ciudades y en el desierto es la que vais a oír:

"Una noche que estaba echado sobre la arena junto a mi caballo, sentí oprimida mi alma por el peso de los maléficos hechizos de mis enemigas las brujas. Fue para mí una noche terrible entre todas las noches, pues tan pronto ladraba como un chacal, o rugía como un león, o me quejaba sordamente, echando baba como un camello. ¡Qué noche! ¡Y con qué impaciencia aguardaba yo su fin y la aparición de la mañana! Al fin se aclaró el cielo y se calmó mi inquietud. Y entonces, para librarme de los últimos vestigios de aquellos sueños malditos, me levanté enseguida, me ceñí el alfanje, cogí mi lanza, salté sobre mi corcel y lo lancé al galope, más rápido que la gacela.

"Y mientras galopaba de tal suerte, vi delante de mí un avestruz que me miraba. Estaba plantado muy tranquilo frente a mi caballo, y me disponía a llegar sobre él; pero cuando iba a darle con la lanza, se volvió rápidamente, abrió sus grandes alas, y salió como una saeta a través del desierto. Le perseguí de aquella manera, y me arrastró hasta una soledad toda desolada y llena de espanto, pues allí no había más presencia que la de Alah.

Sólo se veían las piedras peladas.

No se oía más que el silbido de las víboras, los gritos de los genios del aire y de la tierra, y los aullidos de los vampiros que buscan una presa. ¡Y el avestruz desapareció como por un agujero invisible o por algún sitio que yo no podía ver! ¡Y se estremeció toda mi carne!¡Mi caballo se encabritó enseguida, y retrocedió resollando!

"Entonces sentí una inquietud y un terror muy grandes, y quise volver riendas para retroceder. ¿Pero adonde podría ir cuando el sudor brotaba de los flancos de mi caballo, y el calor de mediodía era insoportable? Una sed atormentadora me abrasaba la garganta y hacía jadear al caballo, cuyo vientre subía y bajaba como un fuelle de fragua. Y pensé: "¡Oh Hamad! aquí morirás. ¡Y tu carne servirá de alimento a los cachorros de los vampiros y a las fieras del espanto! Aquí está la muerte, ¡oh beduino!" Pero cuando me disponía a decir mi acto de fe y a morir, vi dibujarse a lo lejos una línea de frescura, poblada de palmeras: ¡Y mi caballo relinchó, sacudió la cabeza y se lanzó hacia adelante! Y en un galope me vi fuera del horror de aquel pelado y ardoroso desierto de piedra. Y delante de mí, cerca de un manantial que corría al pie de las palmeras, se levantaba una tienda magnífica, junto a la cual dos yeguas soberbias pacían la hierba húmeda y gloriosa.

"Me apresuré a apearme y a abrevar mi caballo, cuyo hocico echaba fuego, y a beber también aquella agua límpida y dulce hasta hacer morir. Después saqué de mi alforja una cuerda muy larga, y até mi caballo para que pudiese refrescarse libremente en aquella pradera. Y hecho esto, me incitó la curiosidad hacia la tienda para ver lo que era aquello.

Y he aquí lo que vi : "Sobre una estera muy blanca estaba sentado un joven de imberbes

mejillas, tan hermoso como la luna en cuarto creciente; y a su derecha se hallaba en todo el esplendor de su hermosura una joven deliciosa, de cintura tan fina y flexible como la rama tierna del sauce.

"En aquel mismo momento me enamoré hasta el límite más extremo de la pasión, pero no sé exactamente si de la joven o del imberbe muchacho. Porque ¡por Alah! ¿qué es más hermoso: la luna o el cuarto creciente?

"Y les dije: "¡La paz con vosotros!" Enseguida la muchacha se cubrió el rostro, y el joven se volvió hacia mí, se levantó, y dijo: "¡Y por ti la paz!" Entonces proseguí: "¡Soy Hamad ben-El-Fezarí, de la tribu principal del Éufrates! ¡El guerrero famoso, el jinete formidable, aquel cuya valentía y temeridad vale por quinientos jinetes! ¡He dado caza a un avestruz, y la suerte me ha traído hasta aquí, por lo que vengo a pedirte un sorbo de agua!"

Entonces el joven se volvió hacia la muchacha, y le dijo: "¡Tráele de beber y comer!" ¡Y la joven se levantó! ¡Y anduvo! ¡Y el ruido armonioso de los cascabeles de oro de sus tobillos marcaba cada paso suyo! ¡Y detrás de ella, su cabellera suelta la cubría por completo, y se balanceaba pesadamente hasta el punto de hacerla tropezar!

Y yo, a pesar de las miradas del joven, contemplé con toda mi alma a aquella hurí, para no separar ya de ella mis ojos. Y volvió llevando en su mano derecha una vasija llena de agua fresca, y en la izquierda una bandeja con dátiles, tazas de leche y platos de carne de gacela.

"Pero la pasión me poseía de tal modo, que no pude alargar la mano ni tocar ninguna de aquellas cosas. No supe sino mirar a la joven y recitar estos versos:

"¡La nieve de tu piel, oh joven incomparable! ¡La negra tintura de henne está todavía fresca en tus dedos y en la palma de tus manos!

"¡Creo ver, delante de mis ojos maravillados, que en la blancura de tus manos se dibuja la figura de algún ave brillante de negro plumaje!"

"Cuando el joven oyó estos versos y notó el fuego de mis miradas, se echó a reír de tal modo, que le faltó poco para desplomarse. Después me dijo: "¡Veo verdaderamente que eres un guerrero sin par y un caballero extraordinario!" Y yo contesté: "Por tal me tengo. Pero tú, ¿quién eres?" Y alcé la voz para asustarle y hacerme respetar.

Y el joven dijo: "Soy Ebad ben-Tamim ben-Thalaba, de la tribu de los Bani-Thalaba, y esta joven es hermana mía". Entonces exclamé: "¡Apresúrate a darme tu hermana por esposa, porque la amo con todo mi amor y soy de noble estirpe!" Pero él contestó: "Sabe que ni mi hermana ni yo nos casaremos jamás. Hemos elegido este oasis en medio del desierto para vivir en él tranquilamente nuestra vida, lejos de todo cuidado". Dije: "¡Necesito a tu hermana por esposa, o de lo contrario, gracias al filo de mi espada, cuéntate con los muertos!"

"Oídas estas palabras, el joven saltó hacia el fondo de su tienda, y me dijo: "¡Guárdate, miserable, que desconoces la hospitalidad! Luchemos, pero a condición de que el vencido quedará a merced del vencedor". Y descolgó su alfanje y su escudo, mientras que yo corría en busca de mi caballo, saltaba a la silla y me ponía en guardia. Y el joven montó en su caballo, y se disponía a emplearlo cuando su hermana apareció con los ojos arrasados en lágrimas, y se abrazó a sus rodillas, recitando estos versos:

¡Oh hermano mío! ¡He aquí que por defender a tu hermana te expones al peligro de la lucha y a los golpes de un enemigo que desconoces!

¿Qué puedo hacer sino pedir al Ordenador de las victorias que triunfes y me guarde intacta de toda mancha, conservando para ti sólo la sangre de mi corazón?

¡Pero si el feroz Destino te arrebata, no creas que ningún país me verá viva, aunque sea el más bello de todos los países y se acumulen en él los productos de toda la tierra!

¡Y no creas que te sobreviva un instante! ¡La tumba encerrará nuestros cuerpos, unidos en la muerte como en la vida!

"Cuando el joven oyó estos versos de su hermana, se le llenaron de lágrimas los ojos, se inclinó

hacia la doncella, levantó un momento el velo que le cubría la cara, y la besó entre los ojos. Entonces pude ver las facciones de la joven, tan bellas como el sol que aparece surgiendo de una nube. Después el joven contuvo un instante su caballo, y recitó estos versos:

¡Tranquilízate, ¡oh hermana mía! y mira los prodigios que va a realizar mi brazo!

Si no combato por ti, ¡oh hermana mía! ¿para qué quiero armas y caballo?

Y si no lucho para defenderte, ¿para qué quiero la vida?

Si retrocedo cuando está en peligro tu hermosura, ¿no será señal para que las aves de rapiña se lancen sobre un cuerpo desde ahora sin alma?

¡En cuanto a ese que se dice formidable, y nos pondera la firmeza de su ánimo, le voy a dar delante de ti un golpe que le perforará desde el corazón hasta los talones!

"Después se volvió hacia mí, y me dijo:

¡Y tú, que deseas mi muerte, verás cómo a tu costa realizo una hazaña que llenará los anales del porvenir!

¡Porque después de componer estos versos, voy a arrancarte él alma antes de que puedas advertirlo!

"Y precipitando su caballo contra el mío, del primer golpe lanzó mi espada a lo lejos, y sin darme tiempo para espolear mi caballo y huir al desierto, me levantó de la silla como quien levanta un saco vacío, me lanzó cual una pelota por el aire, y me recogió al vuelo con la otra mano. Y así me sostuvo con el brazo tendido, como quien sostiene en un dedo un pájaro domesticado. Yo no sabía ya si todo aquello era un sueño, o si aquel joven de mejillas sonrosadas era un genio que vivía en aquella tienda con una hurí. Y lo que después pasó me hizo suponer que debería ser eso.

"Efectivamente, cuando la joven vio el triunfo de su hermano, se precipitó hacia él, le besó en la frente, y se colgó muy dichosa del cuello de su caballo, al cual guio hacia la tienda. Y una vez allí, descabalgó el joven, llevándome debajo del brazo como quien lleva un paquete. Y me dejó en el suelo, me mandó poner de pie, y cogiéndome de la mano me hizo entrar en la tienda. Pero en vez de aplastarme la cabeza con el pie, le dijo a su hermana:

"Desde ahora es el huésped que está bajo nuestra protección. Tratémosle con dulzura". Y me hizo sentar en la esterilla, y la joven me puso detrás un cojín, para que descansara mejor; y fue a colgar en su sitio las armas de su hermano, y a traerle agua perfumada para lavarle la cara y las manos. Después lo vistió con un ropón blanco, y le dijo: "¡Que Alah, ¡oh hermano mío! haga llegar tu honor al límite más alto, y te ponga como un lunar en la faz gloriosa de nuestras tribus!"

Y el joven contestó:

¡Oh hermana mía, de la raza de los Bani-Thalaba! ¡Me has visto combatir por tus ojos!

"Y ella dijo:

¡Los relámpagos de tu cabellera esparcida por tu frente, te coronaban con su claridad como una aureola, ¡oh hermano mío!

"Y replicó él:

¡He aquí los leones de las soledades infinitas! ¡Oh hermana mía! ¡Aconséjales que desanden lo andado! ¡No quisiera que la vergüenza los sepulte en el polvo que morderán sus dientes!

"Ella contestó:

¡Oh todos vosotros! ¡Este es mi hermano Ebad! ¡Todos los del desierto le conocen por sus hazañas, por su valentía y por la nobleza de tus antepasados! ¡Retroceded ante él!

¡Y tú, beduino Hamad, has querido luchar contra un héroe que te ha hecho ver la muerte arrastrándose hacia ti como una serpiente pronta a lanzarse sobre su presa!

"Y yo, viendo todo aquello y oyendo tales versos, me sentí muy confuso, y advertí mi insignificancia y cuánta era mi fealdad comparada con la belleza de aquellos dos jóvenes. Y vi que la hermosa joven traía una bandeja cubierta de manjares y frutas, y se la presentó a su hermano sin dirigirme una sola mirada, ni siquiera una mirada despreciativa, pues me consideraba como un perro, cuya presencia debía pasar inadvertida. Y a pesar de todo, yo seguía encantado, admirando su belleza incomparable, sobre todo cuando servía la comida a su hermano, sin cuidarse de ella para que a él no le faltase nada. Entonces el joven, volviéndose hacia mí, me invitó a compartir la comida, y respiré tranquilamente, porque ya estaba seguro de salvar la vida. Me alargó un tazón de leche y un plato de un cocimiento de dátiles y agua aromatizada. Comí y bebí con la cabeza baja, y le hice mil y quinientos juramentos de que sería el más fiel de sus esclavos y el más devoto entre ellos.

Y me sonrió e hizo una seña a su hermana, que fue a abrir un cajón muy grande y sacó de él uno tras uno diez ropones admirables, tan hermosos los unos como los otros. Metió nueve de ellos en un paquete, y me obligó a aceptarlos. Y después me obligó a ponerme el décimo; ¡y ese décimo ropón, tan suntuoso y admirable, es el que en este momento me veis todos vosotros!

"Enseguida el joven hizo otra seña, y la hermana salió para volver muy pronto; y ambos me ofrecieron una camella cargada de toda clase de víveres y de regalos, que he conservado cuidadosamente hasta hoy. Y habiéndome colmado de toda clase de consideraciones y presentes, sin haber hecho nada para merecerlos, ¡al contrario!, me invitaron a usar de su hospitalidad todo el tiempo que quisiera. Pero yo, no queriendo abusar, me despedí de ellos besando siete veces la tierra entre sus manos. Después, montando en mi corcel, cogí la camella del ramal y me apresuré a emprender el camino del desierto, por donde había venido.

"Y entonces, habiendo llegado a ser el más rico de mi tribu, me erigí en jefe de una gavilla de bandoleros salteadores de caminos. ¡Y sucedió lo que sucedió!

"¡Tal es la historia que os había prometido, y que merece la remisión de todos mis crímenes, aunque no son, en verdad, muy leves!"

Cuando el beduino Hamad acabó su historia, Nozhatú dijo a los dos reyes y al visir Dandán: "Hay que respetar a los locos, aunque imposibilitándolos de hacer daño. Ahora bien; este beduino tiene irremediablemente perdida la cabeza, pero hay que perdonarle sus fechorías en atención a su entusiasmo por los bellos versos y a su memoria asombrosa". Al oír estas palabras, el beduino se sintió tan profundamente emocionado, que se desplomó sobre la alfombra. Y llegaron los eunucos y lo cogieron.

Y apenas acababan de retirar el beduino, cuando entró un correo, y besando la tierra entre las manos de los reyes, exclamó: "¡La Madre de todas las Calamidades está a las puertas de la ciudad, pues no dista de ellas más que un parasange!"

Al oír esta noticia, aguardada tanto tiempo, los dos reyes y el visir se estremecieron de alegría, y pidieron pormenores al correo. Y éste les dijo: "La Madre de todas las Calamidades, al abrir la carta de nuestro rey y ver su firma al final del pliego, se alegró extraordinariamente; y al momento hizo sus preparativos de marcha, e invitó a la reina Safia para que viniese con ella, lo mismo que cien de los mejores guerreros de los rumís de Constantinia. Y después me ordenó que me adelantara para anunciaros su llegada".

Entonces el visir Dandán se levantó, y dijo a los dos reyes: "Es más prudente, para burlar las perfidias y las asechanzas que aun pudiera utilizar esa vieja descreída, que vayamos a su encuentro disfrazados de cristianos, llevando con nosotros mil guerreros vestidos también a la antigua moda de Kaissaria". Y ambos reyes hicieron lo que les aconsejaba el gran visir. Y Nozhatú, cuando los vio con tales atavíos, les dijo: "¡Verdaderamente, que si no os conociera os creería rumís!" Y salieron al encuentro de la Madre de todas las Calamidades.

Y ésta apareció bien pronto. Entonces Rumzán y Kanmakán dijeron al visir Dandán que desplegara a los guerreros en un gran círculo, y los hiciera avanzar lentamente, de modo que no pudiera escapar ninguno de los guerreros de Constantinia. Después el rey Rumzán dijo a Kanmakán: "¿Déjame que avance al encuentro de esa vieja maldita, pues me conoce y no desconfiará!"

Y espoleó su caballo. Y a los pocos momentos estuvo al lado de la Madre de todas las Calamidades.

Entonces Rumzán se apeó inmediatamente, y la vieja, al verle, se apeó también y le echó los brazos al cuello. Y el rey Rumzán, apretándola entre sus brazos, la miró con los ojos en los ojos, y la estrechó tan recio y por tanto tiempo, que la vieja despidió un cuesco formidablemente sonoro, pues hizo encabritarse a todos los caballos y saltar guijarros del camino a la cabeza de los jinetes.

Y en este momento los mil guerreros estrecharon a todo galope su círculo, y gritaron a los cien cristianos que rindieran las armas; y en un abrir y cerrar de ojos los capturaron hasta el último. Mientras tanto el visir Dandán se acercaba a la reina Safía, y besando la tierra entre sus manos, la enteró de todo lo ocurrido. La vieja Madre de todas las Calamidades, amarrada fuertemente, comprendió por fin su perdición, y comenzó a orinarse de firme en los vestidos.

Después todos volvieron a Kaissaria, y desde allí marcharon inmediatamente a Bagdad sin ningún contratiempo.

Los reyes mandaron iluminar la ciudad e invitaron a los habitantes, por medio de los pregoneros, a reunirse delante del palacio. Y cuando toda la plaza y todas las calles estuvieron invadidas por la muchedumbre, mujeres y niños, salió de la puerta principal un asno sarnoso, y sobre él y mirando al rabo iba amarrada la Madre de todas las Calamidades, con la cabeza cubierta por una tiara roja y coronada de estiércol. Y delante de ella marchaba un pregonero, que enumeraba en alta voz las fechorías de aquella maldita vieja, causa de tantas calamidades sobre Oriente y Occidente.

Y cuando todas las mujeres y todos los niños le hubieron escupido a la cara, la ahorcaron por los pies en la puerta principal de Bagdad. Y así pereció, devolviendo a Eblis su alma fétida por el ano, la pedorra calamitosa, la vieja de fabulosos cuescos, la taimada y perversa descreída

Schauahi Omm El-Dauahi. La suerte la traicionó como ella había traicionado. Y esto fue para que su muerte pudiera servir de presagio de la toma de Constantinia por los creyentes y del definitivo y futuro triunfo en Oriente del Islam sobre la tierra de Alah, a lo largo y a lo ancho.

En cuanto a los cien guerreros cristianos, no quisieron volver a su país y prefirieron abrazar la fe de los musulmanes.

Y los reyes y el visir Dandán mandaron a los escribas más hábiles que apuntaran esmeradamente en los anales todos estos pormenores y acontecimientos, a fin de que pudieran servir de ejemplo saludable a las generaciones futuras.

"Y tal fue, ¡oh rey afortunado! -siguió diciendo Schehrazada dirigiéndose al rey Schahriar la espléndida historia del rey Omar All-Nemán, la de sus maravillosos hijos Scharkán y Daul'makán, las de las reinas Abriza, Fuerza del Destino y Nozhatú; y las del gran visir Dandán, y los reyes Rumzán y Kanmakán".

Después se calló Schehrazada.

Entonces el rey Schahriar la miró por primera vez con ternura, y le dijo:

"¡Oh Schehrazada, la muy discreta! ¡Cuánta razón tiene tu hermana, esa pequeña que te está escuchando, cuando dice que tus palabras son deliciosas por su interés y sabrosas por su frescura! Empiezas a hacerme lamentar la matanza de tanta joven, y acaso hagas que olvide , el juramento que hice de matarte como a todas las otras".

Y la pequeña Doniazada se levantó del tapiz en que había estado escuchando, y exclamó: "¡Oh hermana mía! ¡Cuán admirable es esa historia! ¡Y cómo me han encantado Nozhatú y sus palabras, y las palabras de las jóvenes! ¡Y qué contenta estoy con la muerte de la Madre de todas las Calamidades! ¡Cuán maravilloso es todo eso!"

Entonces Schehrazada miró amorosamente a su hermana, sonrió, y le dijo: "¿Qué dirías entonces si oyeras las palabras de los animales y las aves?"

Y Doniazada exclamó: "¡Ah hermana mía! ¡Dinos algunas palabras de los animales y las aves! ¡Porque deben ser exquisitas, sobre todo repetidas por tu boca!"

Y Schehrazada dijo: "¡Con toda la voluntad de mi corazón! ¡Pero no sin que antes me lo permita nuestro señor el rey!"

Y el rey Schahriar quedó extraordinariamente asombrado, y preguntó: "¿Pero qué podrán decir los animales y las aves? ¿En qué lengua hablan?" Y Schehrazada dijo: "Hablan en prosa y en verso, expresándose en árabe puro". Entonces el rey Schahriar exclamó: "¡Oh Schehrazada! Nada quiero decidir todavía acerca de tu suerte, sin que me hayas contado esas cosas que desconozco. Porque hasta ahora no he oído más que palabras de los humanos, y me alegraría muchísimo saber lo que piensan esos seres a quienes no entienden la mayoría de los hombres".

Y como iba transcurriendo la noche, Schehrazada rogó al rey que aguardase hasta el día siguiente. El rey Schahriar, a pesar de la impaciencia que sentía, se avino a darle su consentimiento. Y cogiendo en brazos a la bella Schehrazada, se enlazaron hasta que brilló la mañana del otro día.

Y CUANDO LLEGÓ LA 146ª NOCHE

Cuento de la oca, el pavo real y la pava real

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que había en la antigüedad del tiempo y en lo pasado de la edad y el momento, un pavo real muy aficionado a recorrer en compañía de su esposa las orillas del mar y a pasearse por una selva que allí había toda llena de arroyos y poblada por el canto de las aves. Durante el día, el pavo y la pava buscaban tranquilamente su alimento, y al llegar la noche se encaramaban a lo alto del árbol más frondoso, para no tentar los deseos de algún vecino que fuese poco escrupuloso en su admiración hacia la hermosura de la pava. Y eran felices de este modo, bendiciendo al Bienhechor, que les dejaba vivir en la paz y la dulzura.

Pero un día el pavo real invitó a su esposa para que le acompañase a una isla que se veía desde la playa, y de este modo podrían cambiar de aires y de perspectivas. La pava le contestó oyendo y obedeciendo, echaron a volar los dos, y llegaron a la isla.

Aquella isla estaba cubierta de árboles cargados de frutas y regada por multitud de arroyos. El pavo y su esposa quedaron extraordinariamente encantados de su paseo por aquella frescura, y permanecieron allí algún tiempo para probar todas las frutas y beber aquella agua tan dulce y tan fina.

Cuando se disponían a regresar a su casa, vieron venir hacia ellos una oca, que batía las alas llena de espanto. Y temblándole todas sus plumas, fue a pedirles ayuda y protección. El pavo real y su esposa la recibieron muy cordialmente, y la pava, hablándole con toda su afabilidad, le dijo: "¡Sé bien venida entre nosotros! ¡Aquí encontraréis el calor de la familia y cuanto necesites!"

Entonces la oca empezó a tranquilizarse, y el pavo, muy convencido de que la historia de la oca sería una historia verdaderamente asombrosa, le preguntó: "¿Qué te ha ocurrido y cuál es la causa de tu espanto?" Y respondió la oca: "Aun estoy enferma de lo que acaba de sucederme y del terror horrible que me inspira Ibn-Adán. ¡Alah nos guarde y nos libre de Ibn-Adán!"

Y el pavo, muy afligido, dijo: "¡Cálmate, mi buena oca, cálmate!" Y preguntó la pava: "¿Cómo es posible que ese Ibn-Adán logre llegar hasta esta isla? Desde la playa no puede saltar. Y no hay medio de atravesar de otro modo tanto espacio de agua". Entonces exclamó la oca: "¡Bendito sea el que os ha puesto en mi camino para calmar mis terrores y devolver la paz a mi corazón!" Y la pava dijo: "¡Oh hermana mía! cuéntame ahora el motivo de ese terror que te inspira Ibn-Adán, y no calles nada de tu historia, que ha de ser muy interesante". Y la oca contó lo que sigue:

"Sabe, ¡oh pavo real lleno de gloria, y tú, dulce pava, la más hospitalaria entre todas las pavas! que habito en esta isla desde mi niñez, y he vivido siempre en ella sin ningún contratiempo y sin que nada agobiase mi alma ni molestara mi vista. Pero anoche, cuando estaba durmiendo con la cabeza debajo del ala, vi que se me aparecía en sueños ese Ibn-Adán, que quiso entablar conversación conmigo. Iba a contestarle, pero oí una voz que me gritaba: "¡Cuidado, ten mucho cuidado! ¡Desconfía de Ibn-Adán y de la dulzura de sus palabras, pues ocultan sus perfidias! ¡Y no olvides lo que dijo el poeta:

¡Te da a gustar la dulzura que hay en la punta de su lengua, para sorprenderte de improviso como el zorro!

"Porque sabe, pobre oca, que Ibn-Adán posee tal grado de astucia, que logra atraer a los habitantes del seno de las aguas y a los monstruos más feroces del mar, y puede derribar como una masa desde lo alto de los aires las águilas que se ciernen tranquilas, sólo con tirarles un puñado de barro. En fin, es tan pérfido, que siendo tan débil, sabe vencer al elefante y utilizarlo como siervo suyo y arrancarle los colmillos para hacer con ellos sus armas. ¡Ah, pobre oca, huye enseguida!"

"Entonces me desperté llena de espanto, y hui sin mirar atrás, alargando el cuello y desplegando las alas. Seguí corriendo hasta que las fuerzas me abandonaron. Luego, como había llegado al pie de una montaña, me oculté detrás de una roca. Y mi corazón latía de miedo y de cansancio, presa del temor que me inspiraba Ibn-Adán. ¡Y como no había comido ni bebido, me atormentaban el hambre y la sed! Pero no sabía qué hacer ni me atrevía a moverme, cuando divisé enfrente de mí, a la entrada de una caverna, un león rojo, de mirada dulce, qué inspiraba confianza y simpatía.

Y aquel león, que era muy joven, denotó una gran satisfacción al verme, encantado de mi timidez, pues mi aspecto le había seducido. Así es que me llamó de este modo: "¡Oh chiquita gentil, acércate y ven a conversar conmigo un rato!" Y yo, muy agradecida a su invitación, me aproximé a él humildemente. Y él me dijo: "¿Cómo te llamas y de qué raza eres?" Y le contesté: "¡Me llaman oca y soy de la raza de las aves!" Y me dijo: "¿Por qué estás tan temblorosa?"

Entonces le conté cuanto había visto y cuanto había oído en sueños. Y se asombró muchísimo, y exclamó: "¡Yo también he tenido un sueño análogo, y al contárselo a mi padre me ha puesto sobre aviso contra Ibn-Adán, diciéndome que desconfiara de sus ardides y perfidias! Pero hasta ahora no me he encontrado con ese Ibn-Adán".

"Al oír estas palabras, aumentó mi espanto, y dije apresuradamente al león: "No vacilemos en hacer lo que más nos conviene. Ha llegado el momento de acabar con esa plaga, y a ti, ¡oh hijo del sultán de los animales! te corresponde la gloria de matar a Ibn-Adán, pues haciéndolo así se acrecentará tu fama a los ojos de todas las criaturas del cielo, del agua y de la tierra". Y seguí lisonjeando al león, hasta que le decidí a ponerse en busca de nuestro enemigo.

"Salió entonces de la caverna, y me dijo que le siguiese. Y yo iba detrás de él. Y el león avanzaba arrogante, yo detrás de él y sin poder apenas seguirle, hasta que vimos a lo lejos una gran polvareda, y al disiparse apareció un burro en pelo, sin albarda ni ronzal, que brincaba, coceaba, se echaba al suelo y se revolcaba en el polvo, con las cuatro patas al aire.

"Al ver esto, mi amigo el león se quedó muy asombrado, pues sus padres casi no le habían permitido hasta entonces salir de la caverna. Y el león llamó al burro: "¡Eh! ¡Tú! ¡Ven por aquí!" Y el otro se apresuró a obedecerle. Y el león le dijo: "¿Por qué obras así, animal loco? ¿De qué especie de animales eres?" Y contestó el otro: "¡Oh mi señor! soy el borrico tu esclavo, de la especie de los borricos". Y el león preguntó: "¿Por qué corrías hacia aquí?" Y el burro respondió: "¡Oh hijo del sultán de los animales! venía huyendo de Ibn-Adán.

Entonces el joven león se echó a reír, y dijo: "¿Cómo con esa alzada tan respetable y esas anchuras temes a Ibn-Adán?" Y el borrico, meneando la cola, denotando penetración dijo: "¡Oh hijo del sultán! ya veo que no conoces a ese maldito. Si le temo no es porque desee mi muerte, pues sus intenciones son peores. Mi terror proviene del mal trato que me haría sufrir.

Sabe que hace que le sirva de cabalgadura, y para ello me pone en el lomo una cosa que llama la albarda; después me aprieta la barriga con otra cosa que llama la cincha, y debajo del rabo me pone un anillo cuyo nombre he olvidado, pero que hiere cruelmente mis partes delicadas. Por último, me mete en la boca un pedazo del hierro que me ensangrienta la lengua y el paladar, y que llama bocado. Entonces me monta, y para hacerme andar más aprisa, me pica en el cuello y en el trasero con un aguijón. Y si el cansancio me hace retrasar la marcha, lanza contra mí las más espantosas maldiciones y las más horribles palabras, que me hacen estremecer, a pesar de ser un borrico, pues me llama delante de todo el mundo:

"¡Alcahuete! ¡hijo de zorra! ¡hijo de bardaje! ¡el culo de tu hermana!" ¡y qué sé yo qué otras cosas más! Y si por desgracia me peo, para desahogarme algo del pecho, entonces su furor ya no conoce límites, y vale más, por consideración a ti, ¡oh hijo de mi sultán! que no repita todo lo que me hace y me dice en semejantes circunstancias. ¡Así es que no me entrego a tales desahogos más que cuando sé que está muy lejos y tengo la seguridad de hallarme solo!

¡Pero hay más! Cuando yo llegue a viejo, me venderá a cualquier aguador, que poniéndome sobre el lomo un baste de madera, me cargará de pesados pellejos y enormes cántaros de agua hasta que, no pudiendo más con los malos tratos y privaciones, reviente míseramente. ¡Y entonces echará mi esqueleto a los perros que vagan por los vertederos! Y tal es la suerte que me reserva Ibn-Adán.

¿Habrá entre todas las criaturas quien sea más, desgraciado que yo? Responde, ¡oh buena y tierna oca!"

"Entonces, ¡oh señores míos! sentí un estremecimiento de horror y de piedad, y en el límite de la emoción, del espanto y del temblor, exclamé: "¡Oh mi señor león! verdaderamente el burro es muy desgraciado. ¡Porque yo, sólo con oírle, me muero de lástima!" Y el joven león, viendo al borrico dispuesto a largarse, le dijo: "¡Pero no tengas prisa, compañero! ¡Quédate otro poco, porque realmente me interesas! ¡Y me gustaría que me sirvieses de guía para llegar hasta Ibn-Adán!"

El burro contestó: "¡Lo ciento, señor mío! Pero prefiero poner entre ambos la distancia de una buena jornada de camino, pues le he dejado ayer cuando se dirigía hacia este lugar. Y ahora busco un sitio seguro para resguardarme de sus perfidias y de su astucia. Además, con licencia tuya, ahora que estoy convencido de que no me oye, quiero desahogarme a gusto y gozar de la vida".

Y dichas estas palabras, el burro lanzó un prolongado rebuzno, al que siguieron trescientos pedos magníficos, que disparó coceando. Se revolcó después por la hierba durante un buen rato, y al fin se levantó. Entonces, como viese una polvareda que se levantaba a lo lejos, enderezó una oreja, luego la otra, miró fijamente, y volviendo la grupa echó a correr y desapareció.

"Una vez disipada la polvareda, apareció un caballo negro, con la frente marcada por una mancha blanca como un dracma de plata, hermoso, altivo, reluciente, y con las patas adornadas de una corona de pelos blancos. Venía hacia nosotros relinchando de un modo muy arrogante. Y cuando vio a mi amigo el joven león, se detuvo en honor suyo, y quiso retirarse discretamente. Pero el león, encantado de su elegancia y seducido por su aspecto, le dijo: "¿Quién eres, hermoso animal? ¿Por qué corres de ese modo, como si algo te inquietase en esta inmensa soledad?"

El otro contestó: "¡Oh rey de los animales! ¡Soy un caballo entre los caballos! ¡Y huyo para evitar la proximidad de Ibn-Adán!"

"El león, al oír estas palabras, llegó al límite del asombro, y dijo al caballo: "No hables de ese modo, ¡oh caballo! pues en realidad es vergonzoso que sientas miedo hacia Ibn-Adán, siendo fuerte como eres, y estando dotado de esa robustez y esas alturas, y pudiendo con una sola coz hacerle pasar de la vida a la muerte. ¡Mírame! No, soy tan grande como tú, y sin embargo, he prometido a esta oca gentil librarla para siempre de sus terrores, matando a Ibn-Adán y devorándolo por completo. Entonces podré tener el gusto de llevar nuevamente a esta pobre oca a su casa y al seno de su familia".

"Cuando el caballo oyó estas palabras de mi amigo, le miró con sonrisa triste, y le dijo: "Arroja lejos de ti esos pensamientos, ¡oh hijo del sultán de los animales! y no te hagas ilusiones acerca de mi fuerza, y mi alzada, y mi velocidad, pues todo eso es insignificante para la astucia de Ibn-Adán. Y sabe que cuando estoy en sus manos, logra domarme a su gusto, pues me pone en las patas trabones de cáñamo y de crin, y me ata por la cabeza a un poste en lo más alto, de una pared, y de este modo no puedo moverme ni echarme.

¡Pero hay más! Cuando quiere montarme, me coloca sobre el lomo una cosa que llama silla, me oprime el vientre con dos cinchas muy duras que me mortifican, y me mete en la boca un pedazo de acero, del cual tira mediante unas correas con las que me dirige por donde le place. Y montado en mí, me pincha y me perfora los costados con, las puntas de unas espuelas, y me ensangrienta todo el cuerpo. ¡Pero no acaba ahí! Cuando soy viejo, y mi lomo ya no es bastante flexible y resistente, ni mis músculos pueden llevarle todo lo aprisa qué él quisiera, me vende a algún molinero que me hace rodar día y noche la piedra del molino, hasta que sobreviene mi completa decrepitud.

¡Entonces me entrega al desollador, que me degüella, y me despelleja, y vende mi piel a los curtidores y mi crin a los fabricantes de crines, tamices y cedazos! ¡Y tal es la suerte que me espera con ese Ibn-Adán!"

"Entonces el joven león, muy emocionado con lo que acababa de oír, dijo al caballo: "Veo que es preciso desembarazar a la creación de ese malhadado ser a quien todos llaman Ibn-Adán. Di, amigo mío: ¿cuándo y dónde has visto a Ibn-Adán?" El caballo dijo: "Hui de él hacia el mediodía. ¡Y ahora me persigue corriendo tras de mí!" "Y apenas acababa de decir estas palabras, se alzó una gran polvareda que le inspiró un terror inmenso, y sin darle tiempo para disculparse huyó a todo galope. Y vimos en medio de la polvareda aparecer y venir hacia nosotros, a paso largo, un camello muy asustado que llegaba alargando el cuello y mugiendo desesperadamente.

"Al ver a este animal tan grande y tan desmesuradamente colosal, el león se figuró que debía ser Ibn-Adán y nadie más que él y sin consultarme, se arrojó contra el camello, e iba a dar un salto y a estrangularlo, cuando le grité con toda mi voz: "¡Oh hijo del sultán, detente! ¡No es Ibn-Adán, sino un pobre camello, el más inofensivo de los animales! ¡Y seguramente huye también de lbn-Adán!"

Entonces el joven león se detuvo muy pasmado, y preguntó al camello: "¿Pero de veras temes también a ese ser llamado Ibn- Adán, ¡oh animal prodigioso!? ¿Para qué te sirven tus pies enormes si no puedes aplastarle con ellos?" Y el camello levantó lentamente la cabeza, y con la mirada extraviada como en una pesadilla, repuso tristemente: "¡Oh hijo del sultán! mira las ventanas de mi nariz. ¡Todavía están agujereadas y hendidas por el anillo de crin que me puso Ibn-Adán para domarme y dirigirme, y a este anillo que aquí ves estaba sujeta una cuerda que Ibn-Adán confiaba al más pequeño de sus hijos, el cual, montado en un borriquillo, podía guiarme a su gusto, a mí y a todo un tropel de camellos colocados en fila! ¡Mira mi lomo! ¡Todavía conserva las heridas causadas por los fardos con que me carga desde hace siglos! ¡Mira mis patas! ¡Están callosas y molidas por las largas carreras y los forzados viajes a través de la arena y de las piedras! ¡Pero hay más! ¡Sabe que cuando me hago viejo, después de tantas noches sin dormir y tantos días sin descanso, explota mi pobre piel y mis huesos viejos, vendiéndome a un carnicero que revende mi carne a los pobres, y mi cuero en las tenerías, y mi pelo a los que hilan y tejen! ¡Y he aquí el trato que me hace sufrir Ibn-Adán!"

"Oídas estas palabras del camello, el joven león sintió un furor sin límites, y rugió, arañó el suelo con las garras, y después dijo al camello: "¡Apresúrate a decirme en dónde has dejado a Ibn-Adán!" Y el camello respondió: "Viene buscándome, y no tardará en presentarse. Así, pues, ¡oh hijo del sultán! déjame huir a otros países, lo más lejos a que pueda escaparme. ¡Pues ni las soledades del desierto ni las tierras más remotas servirán para librarme de su persecución!"

Entonces el león le dijo: "¡Oh buen camello! aguarda un poco, y verás cómo derribo a Ibn-Adán, y trituro sus huesos, y me bebo su sangre" Pero el camello, estremecido por el espanto, contestó: "Dispénsame, ¡oh hijo del sultán! Prefiero huir, porque ya lo dijo el poeta:

Si bajo la misma tienda que te alberga y en tu mismo país llega a habitar un rostro desagradable,

Sólo una determinación has de tomar: ¡déjale tu tienda y tu país y apresúrate a marcharte!"

"Y después de recitar esta estrofa tan acertada, el buen camello besó la tierra entre las manos del león, se levantó, y le vimos huir, tambaleándose en lontananza.

"Apenas había desaparecido, se presentó un vejete, de aspecto muy débil y de piel arrugada, llevando a cuestas un canasto con herramientas de carpintero, y sobre la cabeza ocho tablas grandes.

"Al verle, ¡oh señores míos! no tuve fuerzas ni para avisar a mi joven amigo, y caí como muerta al suelo. En cambio el joven león, muy divertido con el aspecto de aquel vejete tan raro, se le acercó para examinarlo más de cerca.

Y el carpintero se postró entonces delante de él, y le dijo sonriendo con acento muy humilde: "¡Oh poderoso rey, lleno de gloria, que ocupas el primer puesto en la creación! ¡Te deseo horas muy felices, y ruego a Alah que te ensalce más todavía en el respeto del universo, acrecentando tus fuerzas y virtudes! ¡Yo soy un desgraciado que viene a pedirte ayuda y protección en las desdichas que le persiguen por parte de un gran enemigo!" Y se puso a llorar, a gemir y a lamentarse.

"Entonces el joven león, muy conmovido con las lágrimas y el aspecto tan desdichado de aquel hombre, suavizó la voz y le dijo: "¿Quién te persigue de esa manera? ¿Y quién eres tú, el más elocuente de los animales que conozco, y el más cortés, aunque seas el más feo de todos?"

El otro respondió: "¡Oh señor de los animales! pertenezco a la especie de los carpinteros, y mi opresor es Ibn-Adán. ¡Ah, señor león! ¡Alah te guarde de las perfidias de Ibn-Adán! ¡Todos los días, desde que amanece, me hace trabajar para su provecho y nunca me paga; así es que, muriéndome de hambre, he renunciado a trabajar para él, y he huido de las ciudades que habita!"

"Al oír estas palabras, el león sintió un furor enorme; rugió, brincó, resolló, echó espuma y sus ojos lanzaron chispas; y exclamó: "Pero ¿dónde está ese Ibn-Adán? Quiero triturarlo con mis dientes, y vengar a todas sus víctimas". El hombre respondió: "No tardará en presentarse, pues me viene persiguiendo, enfurecido por no tener quien le haga la casa".

El león dijo: "Pero tú, ¡oh animal carpintero! que andas a pasos tan cortos y que vas tan inseguro sobre dos patas, ¿hacia dónde te diriges?" Y Contestó el carpintero: "Voy a buscar al visir de tu padre, al señor leopardo, que me ha llamado por medio de un emisario suyo para que le construya una cabaña sólida en que pueda albergarse y defenderse contra los ataques de Ibn-Adán, pues quiere prevenirse, desde que se ha esparcido el rumor de la próxima llegada de Ibn-Adán a estos parajes. ¡Y por eso me ves cargado con estas tablas y estas herramientas!"

"Cuando el joven león oyó estas palabras, tuvo envidia al leopardo, y dijo al carpintero: "¡Por vida mía! ¡Extremada audacia sería por parte del visir de mi padre pretender que se ejecuten sus encargos antes que los nuestros! ¡Vas a detenerte aquí, levantando para mi defensa esa cabaña! ¡En cuanto al señor visir, que se aguarde!"

Pero el carpintero, haciendo como que se marchaba, contestó: "¡Oh hijo del sultán! te prometo volver en cuanto acabe la cabaña del leopardo, porque temo mucho sus iras. ¡Y entonces te construiré, no una cabaña, sino un palacio!" Pero el león no quiso hacerle caso, y hasta se enfureció, y se arrojó sobre el carpintero para asustarle, y a manera de chanza le apoyó una pata en el pecho. Y sólo con aquella caricia, el hombrecillo perdió el equilibrio, y fue al suelo con sus tablas y herramientas. Y el león se echó a reír al ver el terror y la facha aturdida de aquel hombre. Y éste, aunque muy mortificado por dentro, no lo dio a entender y hasta comenzó a sonreír, y humilde y cobardemente empezó su trabajo.

"Tomó, pues, las medidas del león en todas direcciones y en pocos instantes construyó un cajón sólidamente armado, al cual sólo dejó una abertura angosta; y clavó en el interior grandes clavos cuyas puntas estaban vueltas hacia dentro, de adelante hacia atrás; y dejó a trechos unos agujeros no muy grandes. Hecho esto, invitó respetuosamente al león a tomar posesión de su propiedad. Pero el león vaciló al principio, y dijo al hombre: "¡La verdad es que eso me parece muy estrecho, y no sé cómo. podré penetrar ahí!" Y el vejete repuso: "¡Bájate y entra arrastrándote, pues una vez dentro te encontrarás muy a gusto!" Entonces el león se agachó, y su cuerpo flexible se deslizó en lo interior, sin dejar fuera más que la cola. Pero el vejete se apresuró a enrollar aquella cola, y meterla rápidamente con lo demás, y en un abrir y cerrar de ojos tapó la abertura y la clavó con solidez.

"Entonces el león intentó moverse y retroceder, pero las puntas aceradas de los clavos le penetraron en la carne, y le pincharon por todos lados. Y se puso a rugir de dolor, y exclamó: "¡Oh carpintero! ¿Qué viene a ser esta casa tan angosta que has construido, y estas puntas que me hieren cruelmente?"

"Oídas estas palabras, el hombre lanzó un grito de triunfo, y empezó a saltar y a reír, y dijo al león: "¡Son las puntas de Ibn-Adán! ¡Oh perro del desierto! así aprenderás a tu costa que yo, Ibn-Adán, a pesar de mi fealdad, de mi cobardía y mi debilidad, puedo triunfar de la fuerza y de la belleza".

"Y dichas estas espantosas palabras, el miserable encendió una antorcha, hacinó leña en torno del cajón, y le prendió fuego. Y yo, más paralizada que nunca de terror, vi a mi pobre amigo arder vivo, muriendo con la muerte más cruel. Y el maldito Ibn-Adán, sin haberme visto, porque estaba tendida en el suelo, se alejó triunfante. "Entonces, pasado bastante tiempo, me pude levantar, y me alejé con el alma llena de espanto. Y así pude llegar hasta aquí, donde el Destino hizo que os encontrara, ¡oh señores míos, de alma compasiva!"

Cuando el pavo real y la pava hubieron oído el relato de la oca...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 147ª NOCHE

Ella dijo:

Cuando el pavo real y la pava hubieron oído el relato de la oca, se conmovieron hasta el límite de la emoción, y la pava dijo a la oca: "¡Hermana, aquí estamos seguros, permanece con nosotros todo el tiempo que quieras, hasta que Alah te devuelva la paz del corazón, único bien estimable después de la salud! .¡Quédate, pues, y compartirás nuestra suerte, buena o mala!"

Pero la oca dijo: "¡Tengo mucho miedo, mucho miedo!" La pava repuso: "¡Pues no debes tenerlo! ¡Queriendo librarte de la suerte que está escrita, tientas al Destino! ¡Este es el más fuerte! ¡Y lo que en nuestra frente está escrito tiene que suceder! ¡No hay deuda que no se pague! ¡De modo que si se nos ha fijado un fin, no hay fuerza que pueda anularlo! ¡Pero lo que más ha de consolarte es la convicción de que ninguna alma puede morir sin haber agotado los bienes que le debe el Justo Retribuidor!"

Y mientras departían de esta suerte, crujieron las ramas a su alrededor, y se oyó un ruido de pasos que turbó de tal modo a la pobre oca, que tendió frenéticamente las alas, y se tiró al mar, gritando: ¡Tened cuidado, tened cuidado! ¡Aunque todo destino haya de cumplirse!"

Pero aquello era una falsa alarma, pues entre las ramas apareció la cabeza de un lindo corzo de ojos húmedos. Y la pava real gritó a la oca: "¡Hermana mía, no te asustes así! ¡Vuelve enseguida! ¡Tenemos un nuevo huésped! ¡Es un lindo corzo, de la raza de los animales, así como tú eres de la de las aves! ¡Y no come carne sangrienta, sino hierbas y plantas! ¡Ven, y ahuyenta tu inquietud, pues nada extenúa el cuerpo y agota el alma como el temor y la zozobra!"

Entonces volvió la oca meneando las alas, y el corzo, después de las zalemas de costumbre, les dijo: "¡Esta es la primera vez que vengo por aquí, y no he visto tierra más fértil, ni plantas y hierbas más frescas y tentadoras! ¡Permitidme, pues, que os acompañe y que disfrute con vosotros de los beneficios del Creador!" Y los tres le contestaron: "¡Sobre nuestras cabezas y nuestros ojos, ¡oh corzo lleno de cortesía! ¡Aquí encontrarás bienestar, amor de familia y todo género de facilidades!"

Y todos se pusieron a comer, a beber y a gozar de aquel clima tan suave durante largo espacio de tiempo. Pero nunca dejaron de rezar sus oraciones por la mañana y por la tarde, excepto la oca, que segura ya de la paz, olvidaba sus deberes para con el Distribuidor de la tranquilidad constante.

¡No tardó en pagar con la vida aquella ingratitud hacia Alah! Una mañana, un barco desarbolado fue arrojado a la costa; sus tripulantes abordaron a la isla, y al ver el grupo formado por el pavo real, su esposa, la oca y el corzo, se acercaron rápidamente. Entonces los dos pavos reales volaron a lo lejos ocultándose en las copas de los árboles más frondosos, el corzo saltó, y en unos cuantos brincos se puso fuera de alcance. Sólo la oca se quedó allí, pues aunque intentó correr la cercaron enseguida y la cogieron, comiéndosela en la primera comida que hicieron en la isla.

En cuanto al pavo y la pava real, antes de dejar la isla para regresar a su bosque, fueron ocultamente a enterarse de la suerte de la oca, y la vieron en el momento que la degollaban. Entonces buscaron por todas partes a su amigo el corzo, y después de mutuas zalemas y felicitaciones por haber escapado del peligro, enteraron al corzo del infortunio de la pobre oca. Y los tres lloraron mucho en recuerdo suyo, y la pava dijo: "¡Era muy dulce, y modesta, y gentil!" Y el corzo exclamó: "¡Verdad es! ¡Pero a última hora descuidaba sus deberes para con Alah, y olvidaba darle las gracias por sus beneficios!" Entonces dijo el pavo real: "¡Oh hija de mi tío, y tú, corzo piadoso, oremos!" Y los tres besaron la tierra entre las manos de Alah, y exclamaron:

¡Bendito sea el Justo, el Retribuidor, el Dueño Soberano del Poder, el Omnisciente, el Altísimo!

¡Gloria al Creador de todos los seres, al Vigilante de cada uno de los seres, al Retribuidor de cada cuál según sus méritos y capacidades!

¡Alabado sea Aquel que ha desplegado los cielos, y los ha redondeado, y los ha iluminado; aquel que ha tendido la tierra a cada lado de los mares, y la ha vestido y adornado con toda su belleza!

Entonces después de haber contado esta historia, Schehrazada se calló un momento. Y el rey Schariar exclamó: "¡Qué admirable es esa oración, y qué bien dotados están esos animales! Pero, ¡oh Schehrazada! ¿No sabes algo más respecto a ellos?" Y Schehrazada dijo: "¡Oh rey lleno de generosidad! eso no es nada comparado con lo que podría contarte".

Y el rey preguntó: "¿Pues qué esperas para seguir?" Schehrazada dijo: "Antes de continuar la historia de los animales, quiero contarte, ¡oh rey! otra historia que confirmará las conclusiones de ésta, es decir, lo agradable que es la oración para el Señor". Y el rey Schahriar dijo: "¡Ciertamente, puedes contarla!"

EL PASTOR Y LA JOVEN

Cuentan que en una montaña de entre las montañas del país musulmán había un pastor dotado de una gran cordura y de una fe constante. Este pastor llevaba una vida pacífica y retirada, contentándose con su suerte, y viviendo con la leche y la lana, productos de su rebaño. Y este pastor tenía tanta dulzura, y reunía tantas bendiciones, que las bestias feroces nunca atacaban a su rebaño, pues tanto lo respetaban, que al verle de lejos le saludaban con sus gritos y aullidos. Este pastor siguió viviendo así largo tiempo, sin interesarle, para su mayor dicha y tranquilidad, nada de lo que pasaba en las ciudades del universo.

Pero un día Alah el Altísimo quiso probar el grado de su cordura y el valor real de sus virtudes, y no encontró tentación más fuerte que enviarle la beldad de la mujer. Encargó, pues, a uno de sus ángeles que se disfrazase de mujer, y no escatimara ninguno de los artificios femeniles para hacer pecar al santo pastor.

Y un día en que el pastor, hallándose enfermo, estaba tendido en su gruta, y glorificaba en su alma al Creador, vio entrar de pronto en su albergue, risueña y gentil, a una joven de ojos negros, a quien se podía tomar también por un muchacho. Y al entrar se perfumó su gruta, y el pastor sintió que se estremecía su carne de viejo. Pero frunció el ceño, y se hizo un ovillo en un rincón, y dijo a la intrusa: "¿Qué vienes a hacer aquí, ¡oh mujer desconocida!? ¡Ni te he llamado, ni me haces ninguna falta!"

La joven se acercó entonces, se sentó junto al viejo, y le dijo: "¡Mírame! ¡Todavía no soy mujer, sino virgen, y vengo a ofrecerme a ti, sencillamente por gusto, y por lo que he sabido de tu virtud!"

Pero el anciano exclamó: "¡Oh tentadora del infierno, aléjate! ¡Déjame entregarme a la adoración de Aquel que no muere!"

Entonces la joven movió lentamente las flexibilidades de su cintura, miró al viejo, que trataba de retroceder, y suspiró:

"¡Dime!, ¿Por qué no me quieres? ¡Te traigo un alma sumisa y un cuerpo a punto de derretirse de deseo! ¡Mira si mi pecho no es más blanco que la leche de tus ovejas! ¡Y si mi desnudez no es más fresca que el agua de la sierra! Toca mi cabellera, ¡oh pastor! ¡Es más sedosa que el bello del cordero al salir del vientre de su madre! ¡Mis caderas son finas y resbaladizas, y apenas se dibujan en mi primera eflorescencia! ¡Y mis senos, que comienzan a hincharse, se estremecerían sólo con que los rozara ligeramente tu mano! ¡Ven! ¡Mis labios, que siento vibrar se derretirán en tu boca! ¡Mis dientes tienen mordiscos que infunden vida a los viejos moribundos! ¡Ven, que mi miel está pronta a caer gota a gota de todos los poros de mi cuerpo! ¡Ven!"

Pero el viejo, aunque le temblaban todos los pelos de la barba, exclamó: "¡Huye, ¡oh demonio! o te echaré de aquí con este garrote!"

Entonces la joven celestial le echó frenéticamente los brazos al cuello. y le murmuró al oído: "¡Soy un fruto exquisito; cómelo y curarás! ¿Conoces el perfume del jazmín... ? ¡Te parecería muy basto, si olieras mi virginidad!"

Pero el anciano exclamó: "¡El perfume de la plegaria es el único que perdura! ¡Fuera de aquí miserable seductora!" Y la rechazó con ambos brazos.

Entonces la joven se levantó, se quitó rápidamente la ropa y se quedó erguida, toda desnuda, blanca, sólo bañada en las oleadas de sus cabellos.

Y su mudo llamamiento, en la soledad de aquella gruta, era más terrible que todos los gritos del delirio.

Y el viejo no pudo dejar de gemir, y para no ver ya aquella azucena viviente se cubrió la cabeza con su manto, y exclamó:

"¡Vete, vete, ¡oh mujer de ojos traicioneros! ¡Desde el principio del mundo eres la causa de nuestras calamidades! ¡Perdiste a los hombres de las edades primeras y siembras la discordia entre los hijos del mundo! ¡El que te escucha renuncia para siempre a los goces infinitos, que sólo podrán disfrutar aquellos que te expulsan de su vida!"

Y el viejo ocultó más la cabeza entre los pliegues del manto.

Pero la joven repuso: "¿Qué dices de los antiguos? ¡Los más sabios entre ellos me adoraron, y me cantaron los más severos! ¡Y mi belleza no les hizo desviarse del camino derecho, sino que iluminó sus pasos y constituyó la delicia de su vida! ¡La verdadera cordura, ¡oh pastor! es olvidarlo todo en mi

seno! ¡Vuelve a la sabiduría! ¡Estoy dispuesta a abrirme a ti y a llenarte de la verdadera sabiduría!"

Entonces el viejo se volvió del todo hacia la pared, y exclamó: "¡Atrás, engendro de malicia! ¡Te abomino y te rechazo! ¡A cuántos hombres buenos has hecho traición, y a cuántos malvados has protegido! ¡Tu hermosura es falsa! ¡En cambio, al que sabe orar se le aparece una belleza que nunca podrán ver los que te miran! ¡Atrás!"

Oídas estas palabras, la joven exclamó: "¡Oh pastor santo! ¡Bebe la leche de tus ovejas, y vístete con su lana, y reza al Señor en la soledad y en la paz de tu corazón!"

Y la visión desapareció.

Entonces, desde todos los puntos de la montaña, acudieron hacia el pastor las alimañas silvestres, que besaron la tierra entre sus manos para pedirle su bendición.

En ese momento de su narración, Schehrazada se detuvo, y el rey Schahriar, entristecido, le dijo: "¡Oh Schehrazada! el ejemplo del pastor me da verdaderamente qué pensar. ¡Y no sé si lo mejor para mí sería retirarme a una gruta, y huir por siempre de las preocupaciones de mi reino, y no tener más ocupación que apacentar ovejas! ¡Pero antes quiero oír cómo continúa la Historia de los Animales y las Aves!"

Y CUANDO LLEGÓ 148ª NOCHE

Schehrazada dijo:

Cuento de la tortuga y el martín – pescador

Se cuenta en uno de mis libros antiguos, ¡oh rey afortunado! que un martín-pescador estaba un día a orillas de un río y observaba atentamente alargando el pescuezo, la corriente del agua. Pues tal era el oficio que le permitía ganarse la vida y alimentar a sus hijos, y lo ejercía sin pereza, desempeñando honradamente su profesión.

Y mientras vigilaba de tal modo el menor remolino y la ondulación más leve, vio deslizarse por delante de él, y detenerse contra la peña en que estaba observando, un cuerpo muerto de la raza humana. Entonces lo examinó, y viendo que tenía heridas de importancia en todos sus miembros y rastros de lanzazos y sablazos, pensó para sí: "¡Debe de ser algún bandido al cual han hecho expiar sus fechorías!"

Después levantó las alas y saludó al Retribuidor, diciendo: "Bendito sea Aquel que hace servir a los malos después de muertos para el bienestar de sus buenos servidores!" Y se dispuso a precipitarse sobre el cuerpo para arrancarle algunos pedazos, y llevárselos a sus crías, y comérselos con ellas. Pero enseguida vio que el cielo se oscurecía por encima de él con una nube de grandes aves de rapiña, como buitres y gavilanes, que empezaron a dar vueltas en grandes círculos, acercándose cada vez más.

Al ver aquello, el martín-pescador se sintió sobrecogido del temor de que lo devorasen aquellos lobos del aire, y se apresuró a largarse a todo vuelo lejos de allí. Y pasadas muchas horas se detuvo en la copa de un árbol que se hallaba en medio del río, hacia su desembocadura, y aguardó allí a que la corriente arrastrara hasta aquel sitio el cuerpo flotante. Y muy entristecido se puso a pensar en las vicisitudes y en la inconstancia de la suerte.

Y se decía: "He aquí que me veo obligado a alejarme de mi país y de la orilla que me vio nacer, y en la cual están mis hijos y mi esposa. ¡Ah, cuán vano es el mundo! ¡Y cuánto más vano todavía el que se deja engañar por sus exterioridades, y confiando en la buena suerte vive al día, sin ocuparse del mañana! ¡Si yo hubiese sido más prudente habría hacinado provisiones para los días de necesidad como el de hoy, y los lobos del aire no me habrían asustado al haber venido a disputarme mis ganancias! ¡Pero el sabio nos aconseja la paciencia en tales trances! ¡Tengámosla, pues!"

Y mientras recapacitaba de esta manera, vio a una tortuga que, saliendo del agua y nadando lentamente, avanzaba hacia el árbol en que él se encontraba. Y la tortuga levantó la cabeza, le vio en el árbol, y enseguida le deseó la paz, y le dijo: "¿Cómo es, ¡oh pescador! que has desertado del ribazo en que generalmente te hallabas?"

El pájaro respondió:

"Si bajo la misma tienda que te alberga y en tu mismo país llega a habitar un rostro desagradable, sólo una determinación has de tomar: ¡déjale tu tienda y tu país y apresúrate a marcharte!

"Y yo,!Oh buena tortuga! He visto mi ribazo dispuesto a ser invadido por los lobos del aire, y para que no me impresionaran de mala manera sus caras desagradables, he preferido dejarlo todo y marcharme hasta que Alah quiera compadecerse de mi suerte".

Cuando la tortuga oyó estas palabras, dijo al martín-pescador:

"Desde el momento en que es así, aquí me tienes entre tus manos, dispuesta a servirte con toda mi abnegación y a hacerte compañía en tu abandono e indigencia, pues ya sé lo desdichado que es el extranjero lejos de su país y de los suyos, y cuán dulce es para él hallar afecto y solicitud entre los desconocidos. Y yo, aunque sólo te conozco de vista, seré para ti una compañera atenta y cordial".

Entonces, el martín-pescador dijo:

"!Oh tortuga de buen corazón, que eres dura por fuera y tierna por dentro! ¡Comprendo que voy a llorar de emoción ante la sinceridad de tu oferta! ¡Cuántas gracias te doy! ¡y cuán razonables son tus palabras acerca de la hospitalidad que se ha de conceder a los extranjeros, y la amistad que se ha de otorgar a las personas en el infortunio! Porque verdaderamente, ¿qué sería la vida sin amigos y sin las conversaciones con los amigos, y sin las risas y las canciones con los amigos?

¡El sabio es el que sabe encontrar amigos conforme a su temperamento, pues no se puede considerar amigos s los seres con los que hay que tratar en razón del oficio, como yo trataba con los martín-pescadores de mi especie, que me envidiaban por mis pescas y mis hallazgos! Así es que ahora deben estar muy contentos con mi ausencia esos tristes compañeros, que sólo saben mostrar sus mezquinos intereses,

¡pero nunca piensan en elevar su alma hacia el Dador! Siempre están con el pico vuelto hacia la tierra.! ¡Y tienen alas, pero no las utilizan! ¡Por eso la mayoría de ellos no podría volar aunque quisiera! ¡Sólo se sumergen y a veces se quedan en el fondo del agua!

Al oír estas palabras, la tortuga, que escuchaba silenciosa, exclamó: "¡Oh martín-pescador, baja para que te abrace!" Y él bajó del árbol, y la tortuga le besó entre los ojos, y le dijo:

"¡Verdaderamente, Oh hermano mío! ¡No has nacido para vivir em comunidad con las aves de tu raza, que están completamente desprovistas de sutileza, y no poseen modales exquisitos! ¡Quédate conmigo, y nuestra vida será agradable em este rincón de la tierra, perdido en medio del agua, a la sombra de este árbol y entre el rumor de las olas!"

Pero el martín pescador le dijo: "!Te doy las gracias hermana tortuga, pero: ¿y los niños? ¿Y mi esposa?"

La tortuga respondió:

"¡Alah es grande y misericordioso! ¡Nos ayudará a transportarlos hasta aquí, y pasaremos días tranquilos y libres de toda zozobra! " Al oírla, el martín-pescador dijo: "¡Oh tortuga, demos juntos gracias al Optimo, que ha permitido que nos reuniéramos!" Y exclamó:

¡Loor a Nuestro Señor! Da riquezas a unos y pobreza a otros. Sus designios son sabios y bien calculados.

¡Loor a Nuestro Señor! ¡Cuántos pobres son ricos en sonrisas! ¡Cuántos ricos son pobres de alegría!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente. Entonces el rey Schahriar dijo: "¡Oh Schehrazada! tus palabras alejan de mí los feroces pensamientos. ¡Quisiera saber si conoces historias de lobos, por ejemplo, o de animales montaraces!"

Y contestó Schehrazada: "¡Precisamente son las historias que mejor conozco!"

Entonces el rey Schahriar dijo: "¡Apresúrate, pues, a contarlas!"

Y Schehrazada prometió contarlas en la noche venidera.

Y CUANDO LLEGÓ LA 149ª NOCHE

CUENTO DEL LOBO Y EL ZORRO

Schehrazada dijo:

Sabe, ¡oh rey afortunado! que el zorro, cansado de las continuas iras de su señor el lobo, y de su constante ferocidad, y de sus intrusiones en los últimos derechos que al zorro le quedaban, se sentó un día en el tronco de un árbol, y se puso a reflexionar. Después dio un brinco lleno de alegría, porque se le había ocurrido una idea que le parecía la solución. Y enseguida corrió en busca del lobo, hallándole al fin con el pelo todo erizado, el hocico contraído y de muy mal humor. Desde lo más lejos que pudo divisarle, besó la tierra, llegó humildemente ante él, y aguardó con los ojos bajos que le interrogase.

El lobo gritó: "¿Qué te pasa, hijo de perro?" Y el zorro dijo: Perdona, ¡oh señor! mi osadía, pero tengo una idea que exponerte y un ruego que dirigirte, si tienes a bien otorgarme una audiencia".

El lobo gritó: "¡Ahorra palabras, y en cuanto acabes, márchate enseguida, o te romperé los huesos!"

Entonces el zorro dijo: "He notado, ¡oh señor! que desde hace algún tiempo Ibn-Adán nos hace una guerra incesante. ¡Por todo el bosque no se ven más que trampas y lazos de todas clases! Como sigamos así, llegará a ser inhabitable el bosque. ¿Qué te parecería de una alianza entre todos los lobos y todos los zorros para oponerse en masa a los ataques de Ibn-Adán y prohibirle que se acerque a nuestro territorio?"

Al oír estas palabras, el lobo exclamó: "¡Digo que eres muy osado pretendiendo mi alianza y mi amistad, falso, enclenque y miserable zorro! ¡Ahí tienes, por tu insolencia!" Y le sacudió una patada que lo tumbó en el suelo, medio muerto.

El zorro se levantó renqueando, pero se guardó muy bien de mostrar ningún resentimiento; al contrario, revistió el aspecto más sonriente y contrito, y dijo al lobo: "¡Señor, perdona a tu esclavo su falta de tacto y su escaso trato social! ¡Reconozco mis faltas, que son muy grandes! ¡Si no las hubiese advertido, ese golpe tan terrible como merecido que me acabas de dirigir, y que bastaría por sí solo para matar a un elefante, me las habría mostrado sobradamente! "

El lobo, algo calmado por la actitud del zorro, le dijo: "¡Así aprenderás para otra vez a no meterte en lo que no te importa!"

El zorro contestó: "¡Cuánta razón tienes! Ya lo dijo el sabio: "¡No hables ni cuentes nada hasta que te lo pidan, y no contestes antes que te pregunten! Y no te olvides de atender solamente lo que pueda interesarte. Pero sobre todo, guárdate bien de prodigar consejos a quienes no hayan de comprenderlos, y no los des tampoco a los malos, que te tomarían ojeriza por el bien que quisieras hacerles".

Tales eran las palabras que el zorro decía al lobo, pero por dentro pensaba: "¡Ya me tocará la vez, y este lobo me pagará la deuda hasta lo último porque la arrogancia, la provocación, la insolencia y el orgullo necio tienen al fin y al cabo su castigo! ¡Humillémonos pues, hasta que seamos poderosos!" Después el zorro dijo: "¡Oh mi señor lobo! ya sabes que la equidad es la virtud de los poderosos, y la bondad y la dulzura de modales los dones y el ornamento de los fuertes. El mismo Alah perdona al culpable arrepentido. Ahora bien; mi crimen es enorme, ya lo sé, pero mi arrepentimiento no es menor, pues ese golpe doloroso que has tenido la bondad de darme, me ha estropeado el cuerpo pero me ha remediado el alma y esto es para mí un gran motivo de júbilo. Ya lo dijo el sabio:

"El castigo que te impone la mano de tu maestro, tendrá al principio cierta amargura pero después te sabrá más dulce que la miel clarificada".

Entonces el lobo dijo al zorro: "¡Acepto tus disculpas y perdono tu mal paso y la molestia que me has ocasionado obligándome a asestarte ese golpe, pero tienes que ponerte de rodillas, con la cabeza en el polvo!"

Y el zorro, sin vacilar, se arrodilló y adoró al lobo, diciéndole: "¡Alah te haga triunfar y consolide tu dominio!" Entonces el lobo dijo: "Bueno está. Ahora marcha delante de mí y sírveme de batidor. Y si ves algo de caza, ven a advertírmelo enseguida". El zorro respondió oyendo y obedeciendo, y se apresuró a marchar delante.

Pero al llegar a un terreno plantado de viñas, no tardó en observar algo que le pareció sospechoso, pues tenía todo el aspecto de una trampa, y para evitarlo dio una gran vuelta, diciendo para sí:

"¡El que anda sin mirar los agujeros que hay a su paso, está destinado a caer en ellos! Además, mi experiencia de las asechanzas de Ibn-Adán ha de ponerme siempre en guardia. Por ejemplo, si viera una figura de zorro en una viña, en vez de acercarme echaría a correr, ¡pues sería seguramente un cebo puesto allí por la perfidia de Ibn-Adán! ¡Y ahora me sorprende en este viñedo algo que no me parece de buena ley! ¡Veamos lo qué es, pero con prudencia, porque la prudencia es la mitad de la valentía!"

Y después de razonar así, el zorro empezó a avanzar poco a poco, retrocediendo de cuando en cuando y olfateando a cada paso. Se arrastraba y aguzaba las orejas, avanzaba y retrocedía cautelosamente, y así acabó por llegar hasta el mismo límite de aquel lugar tan sospechoso. Y bien hizo, pues pudo ver que era un hoyo hondo, cubierto de débiles ramajes disimulados con tierra. Al verlo, exclamó: "¡Loor a Alah, que me ha dotado de la admirable virtud de la prudencia y de estos buenos ojos que me permiten ver tan claramente!"

Después, pensando que el lobo caería allí de cabeza, se puso a bailar de alegría, como si se hubiera emborrachado con todas las uvas de la viña. Y entonó este canto:

¡Lobo! ¡Lobo feroz! ¡Tu fosa está abierta, y la tierra dispuesta a cegarla!

¡Lobo maldito! ¡Rondador de mozas, tragón de muchachos: adelante te comerás los excrementos que mi culo hará llover dentro del hoyo, encima de tus hocicos!

Y enseguida desanduvo lo andado, y fue a buscar al lobo, al cual dijo: "¡Te anuncio una buena nueva! ¡Tu fortuna es grande, y las dichas llueven sobre ti, sin que se cansen! ¡Sea continua la alegría en tu casa, y también los goces!"

El lobo exclamó: "¿Qué me anuncias? ¿Y a qué vienen esas exageraciones?" El zorro dijo: "La viña está hermosa hoy. ¡Todo es júbilo, pues el amo del viñedo ha fallecido, y está tendido en medio del campo, debajo de unas ramas que lo cubren!" El lobo gritó: "¿A qué aguardas entonces, alcahuete vil, para llevarme allí? ¡Anda!"

Y el zorro se apresuró a guiarle hasta el centro del viñedo, y mostrándole el sitio consabido, le dijo: "¡Allí es!" Entonces el lobo lanzó un aullido, y de un brinco saltó hacia las ramas, que cedieron a su peso. Y el lobo rodó hasta el fondo del hoyo. Cuando el zorro vio caer a su enemigo, se sintió tan alegre, que antes de correr al hoyo para deleitarse con su triunfo, se puso a brincar, y en el límite de la alegría, recitó para sí estas estrofas:

¡Alégrate, alma mía! ¡Todos mis deseos se han cumplido; el Destino me sonríe!

¡La arrogancia, la supremacía y toda la gloria de la autoridad, serán mías en el bosque!

Y dando brincos llegó al borde del hoyo, palpitante el corazón ¡Y cuál no sería su júbilo al ver al lobo llorando por su caída y lamentándose de su perdición irremediable! Entonces el zorro se puso también a llorar y gemir, y el lobo levantó la cabeza y le vio llorar, y le dijo: "¡Oh compañero zorro, qué bueno eres al llorar así conmigo! ¡Ya sé que algunas veces fui injusto contigo! Pero por favor, déjate ahora de lágrimas, y corre a avisar a mi esposa y a mis hijos enterándoles del peligro en que estoy y de la muerte que me amenaza".

Entonces el zorro le dijo: "¡Ah, malvado! ¿Eres tan estúpido que supones que derramo estas lágrimas por ti? ¡Desengáñate, miserable! ¡Si lloro, es porque hasta ahora pudieras vivir sin contratiempo, y si me lamento tan amargamente es porque esta calamidad no te haya ocurrido antes! ¡Muere, pues, maldito! ¡Te prometo mearme en tu tumba, y bailar con todos los zorros sobre la tierra que te cubra!"

Oídas estas palabras, el lobo pensó: "¡No es ésta ocasión de amenazas, pues es el único que me puede sacar de aquí!" Y le dijo: "¡Oh compañero! hace un instante me jurabas fidelidad y me dabas pruebas de mayor sumisión. ¿A qué viene este cambio? Reconozco que te he tratado algo bruscamente; pero no me guardes rencor, y recuerda lo que dijo el poeta:

¡Siembra generosamente los granos de tu bondad, hasta en los terrenos que te parezcan estériles? ¡Tarde o temprano, el sembrador cogerá los frutos de su grano, superando a sus esperanzas!"

Pero el zorro le dijo bruscamente: "¡Oh el más insensato de todos los lobos y de todas las alimañas! ¿Has olvidado lo odioso de tu conducta? ¿Por qué no practicaste este consejo tan sabio del poeta?:

¡No oprimas, porque toda opresión produce la venganza, y toda injusticia la represalia!

¡Porque si duermes después de la injusticia, el oprimido no duerme más que con un ojo, y con el otro te acecha sin cesar! ¡Y el ojo de Alah no se cierra nunca!

"¡Y tú me has oprimido bastante tiempo para que ahora tenga derecho a regocijarme con tus desgracias, y me deleite con tu humillación!"

Entonces el lobo dijo: "¡Oh zorro prudente de ideas fértiles y de ingenio inventivo! Eres superior a tus palabras, y seguramente no las piensas, pues las dices en broma. ¡Y en verdad, el caso no es para ello! ¡Te ruego que cojas una soga cualquiera y trates de atar una punta a un árbol para alargarme la otra punta, y yo treparé por ese medio, y saldré de este hoyo!"

Pero el zorro se echó a reír, y le dijo: "¡Poco a poco, ¡oh lobo! poco a poco! ¡Primero saldrá tu alma y después tu cuerpo! ¡Y las piedras y guijarros con que van a apedrearte realizarán perfectamente esa separación! ¡Oh animal grosero, de ideas premiosas y de escaso ingenio! comparo tu suerte con la del Halcón y la perdiz".

Al oír estas palabras, el lobo exclamó: "¡No entiendo muy bien lo que quieres decirme con eso!"

Entonces el zorro dijo al lobo:

"Sabe, ¡oh lobo! que un día fui a comer algunos granos de uva a una viña. Mientras estaba allí, a la sombra del follaje, vi precipitarse desde lo alto de los aires un gran halcón sobre una perdiz. Pero la perdiz logró librarse de las garras del halcón, y corrió rápidamente a meterse en su escondrijo. Entonces el halcón, que la había perseguido sin poder alcanzarla, se detuvo delante del agujero que servía de entrada al albergue, y gritó a la perdiz: "¡Loquita que huyes de mí! ¿Ignoras lo mucho que te quiero? El único motivo que me impulsó a cogerte fue el saber que estás hambrienta, y quería darte el grano que he juntado para ti: ¡Ven, pues, perdicita gentil, sal de tu albergue sin temor y ven a comer el grano! ¡Y ojalá te sea muy gustoso, y se alivie tu corazón, perdiz de mis ojos y de mi alma!".

Cuando la perdiz oyó este lenguaje, salió confiada de su escondite, pero enseguida el halcón se lanzó sobre ella, le clavó las terribles garras en las carnes, y de un picotazo la despanzurró. Y la perdiz, antes de morir, dijo: "¡Oh maldito traidor! ¡Permita Alah que mi carne se convierta en veneno dentro de tu vientre!"

Y murió. En cuanto al halcón, la devoró en un abrir y cerrar de ojos, pero enseguida le vino el castigo por la voluntad de Alah; pues apenas llegó la perdiz al vientre del traidor, cuando éste vio que se le caían todas las plumas, como por efecto de una llama interior, y cayó inanimado al suelo".

"Y tú, ¡oh lobo -prosiguió el zorro- has caído en ese hoyo por haberme dado muy mala vida y haber humillado mi alma hasta el límite de la humillación!"

Entonces el lobo dijo al zorro: "¡Oh compañero, ayúdame! Da de lado todos esos ejemplos que me citas, y olvidemos lo pasado. ¡Bien castigado estoy, pues heme aquí en un hoyo, en el cual he caído a riesgo de romperme una pata o estropearme los ojos! ¡Tratemos de salir de este mal paso, pues no ignoras que la amistad más firme es la que nace después de una desgracia, y que el amigo verdadero está más cerca del corazón que un hermano! ¡Ayúdame a salir de aquí, y seré para ti el mejor de los amigos y el más cuerdo de los consejeros!"

Pero el zorro se echó a reír con más ganas, y dijo al lobo: "¡Veo que ignoras las PALABRAS DE LOS SABIOS!" Y el lobo, pasmado, le preguntó: "¿Qué palabras y a qué sabios te refieres?" Y el zorro dijo:

"Los sabios, ¡oh lobo maldito! nos enseñan que la gente como tú, la gente que tiene la máscara de la fealdad, el aspecto grosero y el cuerpo mal formado, tiene también el alma tosca y desprovista de sutileza. ¡Y cuán verdadero es esto en lo que te concierne! Lo que me has dicho acerca de la amistad es muy exacto; pero ¡cómo te equivocas al quererlo aplicar a tu alma de traidor! Porque ¡oh estúpido lobo! si realmente fueses tan fértil en juiciosos consejos, ¿cómo no darías con el medio de salir de ahí?

Y si eres de veras tan poderoso como dices, ¡trata de salvar tu alma de una muerte segura!

¿No recuerdas la...

HISTORIA DEL MÉDICO

"Pero ¿qué médico es ese", gritó el lobo.

Y el zorro dijo:

"Había un aldeano que padecía un gran tumor en la mano derecha. Y aquello le impedía trabajar. Y cansado ya de intentar curaciones, mandó llamar a un hombre al cual se creía versado en las ciencias médicas. El sabio fue a casa del enfermo, con una venda en un ojo. Y el enfermo le preguntó: "¿Qué tienes en ese ojo, ¡oh médico!?" Este contestó: "Un tumor que no me deja ver". Entonces el enfermo exclamó: "¿Tienes ese tumor y no lo curas? ¿Y ahora vienes para curar el mío? ¡Vuelve la espalda, y enséñame la anchura de tus hombros!"

"Y tú, ¡oh lobo de maldición! ¡antes de pensar en darme consejos y enseñarme ardides, sé lo bastante listo para librarte de ese hoyo y guardarte de lo que te va a llover encima! Y si no, ¡quédate para siempre en donde estás!"

Entonces el lobo se echó a llorar, y antes de desesperarse por completo, dijo al zorro: "¡Oh compañero, te ruego que me saques de aquí, acercándote por ejemplo al borde del hoyo y alargándome la punta del rabo! ¡Y me agarraré a ella y saldré del agujero! ¡Y entonces, prometo ante Alah arrepentirme de todas mis ferocidades pasadas, y me limaré las garras, y me romperé los dientes, para no sentir la tentación de atacar a mis vecinos! Después me pondré la ropa tosca de los ascetas y me retiraré a la soledad para hacer penitencia, sin comer más que hierba ni beber más que agua".

Pero el zorro, lejos de enternecerse, dijo al lobo: "¿Y desde cuándo se puede cambiar tan fácilmente de naturaleza? Lobo eres, y lobo seguirás siendo, y no he de ser yo quien crea en tu arrepentimiento. ¡Y además, muy candoroso tendría yo que ser para confiarte mi cola! ¡Quiero verte morir, porque los sabios han dicho: "¡La muerte del malo es un beneficio para la humanidad, pues purifica la tierra...!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 150ª NOCHE

Ella dijo:

"¡La muerte del malo es un beneficio para la humanidad, pues purifica 'la tierra!"

Al oír estas palabras, el lobo, lleno de rabia y desesperación, se mordió una pata, pero dulcificando más la voz, dijo: "¡Oh zorro! la raza a que perteneces es famosa entre todos los animales de la tierra, por sus exquisitos modales, su elocuencia, su sutileza y la dulzura de su temperamento. ¡Termina, pues, este juego, y recuerda las tradiciones de tu familia!"

Pero el zorro, al oír estas palabras, se echó a reír con tanta gana, que se desmayó. No tardó en volver en sí, y dijo al lobo: "Ya veo, ¡oh maravilloso bruto! que tu educación está completamente por hacer. Pero no tengo tiempo para dedicarme a semejante tarea, y me contentaré, antes de que revientes, con hacer entrar en tus oídos algunas palabras de los sabios. ¡Sabe, pues, que todo tiene remedio, menos la muerte; que todo puede corromperse, menos el diamante; y por último, que se puede uno librar de todo, menos del Destino!

"En cuanto a ti, me has hablado hace un momento, según creo, de recompensarme al salir del hoyo y de otorgarme tu amistad. Sospecho que te pareces a aquella serpiente cuya historia no debes conocer, dada tu ignorancia". Y como el lobo confesare que la desconocía, el zorro dijo:

"Sabe, ¡oh lobo! que hubo una vez una serpiente que había logrado escaparse de manos de un titiritero. Y esta serpiente, no acostumbrada a caminar por haber estado tanto tiempo enrollada en un saco, se arrastraba penosamente por el suelo, y seguramente habría sido aplastada, si un transeúnte caritativo no la hubiera visto, y creyéndola enferma, movido de piedad, la cogió y le dio calor. Y lo primero que hizo la serpiente al recobrar la vida fue buscar el sitio más delicado del cuerpo de su salvador y clavar en él su diente cargado de veneno. Y el hombre cayó muerto inmediatamente. Ya lo dijo el poeta:

¡Desconfía y procura huir cuando la víbora se enrosque mimosamente! ¡Va a estirarse, y su veneno entrará en tu carne con la muerte!

"Y también, ¡oh lobo! hay estos versos admirables que vienen muy bien al caso:

¡Cuando un niño haya sido cariñoso contigo y tú le trates mal, no te asombre que te guarde rencor en el fondo del hígado, ni de que se vengue algún día, cuando tenga pelos en el brazo!

"Y yo, maldito lobo, para dar comienzo a tu castigo y hacerte probar anticipadamente las delicias que te aguardan en el fondo de ese hoyo, mientras llega la ocasión de regar tu tumba como te he dicho, he aquí lo que te ofrezco: ¡levanta la cabeza, amigo!"

Y el zorro, volviéndose de espaldas, se apoyó con las patas de atrás en el borde del hoyo, e hizo llover sobre el hocico del lobo lo suficiente para ungirle y perfumarle hasta sus últimos momentos.

Y hecho esto, se subió a lo más alto de la escarpa, y empezó a chillar llamando a los amos y a los guardas, que no tardaron en acudir. Y cuando se acercaron, se ocultó el zorro, pero lo bastante cerca para ver las piedras enormes que aquéllos tiraban al hoyo y oír los aullidos de agonía de su enemigo el lobo.

Al llegar a este punto, Schehrazada se detuvo un momento para beber un vaso de sorbete que le alargaba la pequeña Doniazada. El rey Schahriar exclamó: "¡Ardía en impaciencia por saber la muerte del lobo! ¡Ahora que ya ocurrió, quisiera oírte contar algo sobre la ingenua e irreflexiva confianza y sus consecuencias!"

Y Schehrazada dijo: "¡Escucho y obedezco!"

CUENTO DEL RATÓN Y LA COMADREJA

Había una mujer cuyo oficio no era otro que descortezar sésamo. Y un día le llevaron una medida de sésamo de primera calidad, diciéndole: "¡El médico ha mandado a un enfermo que se alimentó exclusivamente con sésamo! Y te lo traemos para que lo limpies y mondes con cuidado".

La mujer lo cogió, puso enseguida manos a la obra, y al acabar el día lo había limpiado y mondado completamente. ¡Y daba gusto ver aquel sésamo tan blanco! Así es que una comadreja que andaba por allí se vio tentadísima, y llegada la noche, se dedicó a transportarlo desde la bandeja en que estaba a su madriguera. Y tan bien lo hizo, que por la mañana no quedaba en la bandeja más que una cantidad muy pequeña de sésamo.

Y oculta la comadreja, pudo juzgar el asombro y la ira de la mondadora al ver aquella bandeja casi limpia del contenido. Y la oyó exclamar: "¡Ah, si pudiera dar con el ladrón! ¡No pueden ser más que esos malditos ratones que infectan la casa desde que se murió el gato! ¡Como pillase a uno, le haría pagar las culpas de todos los otros!"

Cuando la comadreja oyó estas palabras, se dijo: "Es necesario, para resguardarme de la venganza de esta mujer, tener que confirmar sus sospechas, en cuanto atañe a los ratones. ¡Si no, puede que la tomara conmigo y me rompiera los huesos!"

Y enseguida fue a buscar al ratón, y le dijo: "¡Oh hermano! ¡Todo vecino se debe a su vecino! ¡No hay nada tan antipático como un vecino egoísta que no guarda atención alguna a los que viven a su lado y no les envía nada de los platos exquisitos que las hembras de la casa han guisado, ni de los dulces y pasteles preparados en las grandes festividades!"

Y el ratón contestó: "¡Cuán verdad es todo eso, buena amiga! ¡Por eso, aunque haga pocos días que estés aquí, me congratulo tanto de las buenas intenciones que manifiestas! ¡Plegue a Alah que todos los vecinos sean tan buenos y tan simpáticos como tú! Pero ¿qué tienes que anunciarme?" La comadreja dijo: "La buena mujer que vive en esta casa ha recibido una medida de sésamo fresco muy apetitoso. Se lo han comido hasta hartarse entre ella y sus hijos, y sólo han dejado un puñado. Por eso vengo a avisártelo; prefiero mil veces que lo aproveches tú, a que se los coman los glotones de sus parientes".

Oídas estas palabras, el ratón se alegró tanto, que empezó a dar brincos y a mover la cola. Y sin tomarse tiempo para reflexionar, ni advertir el aspecto hipócrita de la comadreja, ni fijarse en la mujer que acechaba, ni preguntarse siquiera qué móvil podía impulsar a la comadreja a semejante acto de generosidad, corrió locamente y se precipitó en medio de la bandeja, en donde brillaba el sésamo esplendente y mondado.

Y se llenó glotonamente la boca. ¡Pero en aquel instante salió la mujer de detrás de la puerta, y de un palo hendió la cabeza del ratón!

¡Y así el pobre ratón, por su imprudente confianza, pagó con la vida las culpas ajenas!

Al oír estas palabras, el rey Schahriar exclamó: "¡Oh Schehrazada! ¡Qué lección de prudencia hay en ese cuento! ¡Si lo hubiera sabido antes, me habría guardado muy bien de poner una confianza sin límites en mi esposa, aquella libertina a quien maté con mis propias manos, y no hubiese creído en los miserables eunucos negros que ayudaron a la traidora!

¿Sabes por ventura alguna historia referente a la fiel amistad?" Y Schehrazada dijo:

Cuento del cuervo y el gato de Algalia

He llegado a saber que un cuervo y un gato de Algalia habían trabado una firme amistad y se pasaban las horas retozando y jugando a varios juegos. Y un día que hablaban de cosas realmente interesantes, pues no hacían caso de lo que pasaba a su alrededor, fueron devueltos a la realidad por el rugido espantoso de un tigre, que resonaba en el bosque.

Inmediatamente, el cuervo, que estaba en el tronco de un árbol al lado de su amigo, se apresuró a ganar las ramas altas. En cuanto al gato, de espantado no sabía dónde ocultarse, pues ignoraba el sitio de donde acababa de salir el rugido del tigre.

En tal perplejidad, dijo al cuervo: "¿Qué haré, amigo mío? Dime si puedes indicarme algún medio o si puedes prestarme algún socorro eficaz". El cuervo respondió: "¿Qué no haría yo por ti, buen amigo? Estoy dispuesto a afrontarlo todo para sacarte de apuros; pero antes de acudir en tu socorro, déjame recordarte lo que dijo el poeta:

¡La verdadera amistad es la que nos impulsó a arrojarnos al peligro para salvar al objeto amado, arriesgándonos a sucumbir!

¡Es la que nos hace abandonar bienes, padres y familia, para ayudar al hermano de nuestra amistad!"

Enseguida el cuervo se apresuró a volar hacia un rebaño que pasaba por allí, guardado por enormes perros, más imponentes que leones. Y se fue derecho a uno de los perros, se precipitó sobre su cabeza y le dio un fuerte picotazo. Después se lanzó sobre otro perro e hizo lo mismo; y habiendo excitado así a todos los perros, echó a volar a una altura suficiente para que le fueran persiguiendo, pero sin que le alcanzaran sus dientes. Y graznaba a toda voz, como para mofarse de ellos. De modo que los perros le fueron siguiendo cada vez más furiosos, hasta que los atrajo hacia el centro del bosque. Y cuando los ladridos hubieron resonado en todo el bosque, el cuervo supuso que el tigre, espantado, había debido huir; entonces el cuervo se remontó cuanto pudo, y habiéndolo perdido de vista los perros, regresaron al rebaño. El cuervo fue a buscar a su amigo el gato, al cual había salvado de aquel peligro, y vivió con él en paz y felicidad.

Y ahora deseo contarte, ¡oh rey afortunado! -prosiguió Schehrazada- la historia del cuervo y el zorro.

CUENTO DEL CUERVO Y EL ZORRO

Se cuenta que un zorro viejo, cuya conciencia estaba cargada de no pocas fechorías, se había retirado al fondo de un monte abundante en caza, llevándose consigo a su esposa. Y siguió haciendo tanto destrozo que acabó por despoblar completamente la montaña, y para no morirse de hambre, empezó por comerse a sus propios hijos y por estrangular una noche traidoramente a su esposa, a la cual devoró en un momento. Y hecho esto no le quedó nada a qué hincar el diente.

Era demasiado viejo para cambiar de residencia y no era bastante ágil para cazar liebres y coger al vuelo las perdices. Mientras estaba absorto en estas ideas, que le ennegrecían el mundo delante del hocico, vio posarse en la copa de un árbol a un cuervo que parecía muy cansado.

Y enseguida pensó: "¡Si pudiera hacerme amigo de ese cuervo, sería mi felicidad! ¡Tiene buenas alas que le permiten hacer lo que no pueden mis patas baldadas! ¡Así, me traería el alimento, y además me haría compañía en esta soledad que empieza a serme tan pesada!" Y pensado y hecho, avanzó hasta el pie del árbol en que estaba posado el cuervo, y después de las zalemas acostumbradas, le dijo: "¡Oh mi vecino! ¡No ignoras que todo buen musulmán tiene dos méritos para su vecino! ¡El de ser musulmán y el de ser su vecino! ¡Reconozco en ti esos dos méritos, y me siento conmovido por la atracción invencible le tu gentileza y por las buenas disposiciones de amistad fraternal que te supongo!

Y tú, ¡oh buen cuervo! ¿qué sientes hacia mí?"

Al oír estas palabras, el cuervo se echó a reír de tan buena gana que le faltó poco para caerse del árbol. Después dijo: "¡No puedo ocultarte que es muy grande mi sorpresa! ¿De cuándo acá, ¡oh zorro! esa amistad insólita? ¿Y cómo ha entrado la sinceridad en tu corazón, cuando sólo estuvo en la punta de tu lengua? ¿Desde cuándo dos razas tan distintas pueden fundirse tan perfectamente, siendo tú de la raza de los animales y yo de la raza de las aves? Y sobre todo, ¡oh zorro! ya que eres tan elocuente, ¿sabrías decirme desde cuándo los de tu raza han dejado de ser de los que comen y los de mi raza los comidos? ¿Te asombras? ¡Pues ciertamente no hay por qué! ¡Vamos, zorro! ¡viejo malicioso, vuelve a guardar todas esas hermosas palabras en tu alforja, y dispénsame de una amistad respecto a la cual no me has dado pruebas!"

Entonces el zorro exclamó: "¡Oh cuervo juicioso, cuán perfectamente razonas! Pero sabe que nada es imposible para Aquel que formó los corazones de sus criaturas, y ha engendrado en el mío ese generoso sentimiento hacia ti.

¡Y para demostrarte que individuos de distinta raza pueden estar de acuerdo, y para darte las pruebas que con tanta razón me reclamas, no encuentro nada mejor que contarte la historia que he llegado a saber, la historia de la pulga y el ratón, si es que quieres escucharla!"

El cuervo repuso: "Puesto que hablas de pruebas, dispuesto estoy a oír esa historia de la pulga y el ratón, que desconozco".

Y el zorro la narró de este modo:

"¡Oh amigo, lleno de gentileza! los sabios versados en los libros antiguos y modernos nos cuentan que una pulga y un ratón fueron a vivir en la casa de un rico mercader, cada cual en el lugar que fue más de su agrado.

"Ahora bien; cierta noche, la pulga, harta de chupar la sangre agria del gato de la casa, saltó a la cama donde estaba tendida la esposa del mercader, se deslizó entre la ropa, se escurrió por debajo de la camisa para llegar a los muslos, y desde allí brincó hasta el pliegue de la ingle, precisamente en el sitio más delicado. Y notó realmente que aquel sitio era muy delicado, muy suave, muy blanco y liso a pedir de boca: No tenía ni arrugas ni pelos indiscretos. ¡Al contrario, ¡oh cuervo amigo! al contrario! Y fue el caso que la pulga se encastilló en aquel paraje y se puso a chupar la deliciosa sangre de la mujer hasta llegar a la hartura. Sin embargo, puso tan poca discreción en su trabajo, que la mujer se despertó al sentir la picadura, y llevó la mano velozmente al sitio picado, y habría aplastado a la pulga si ésta no se hubiese escurrido diestramente por el calzón, corriendo a través de los innumerables pliegues de esa prenda especial de la mujer, y saltando desde allí al suelo para refugiarse en el primer agujero que encontró. ¡Esto en cuanto a la pulga!

"En cuanto a la mujer, como lanzase un alarido de dolor que hizo acudir a todas las esclavas, advertidas éstas de la causa del sufrir de su señora, se apresuraron a remangarse los brazos y a buscar la pulga entre las ropas. Dos esclavas se encargaron de las faldas, otra de la camisa, y otras dos del amplio calzón, cuyos pliegues examinaron escrupulosamente uno tras otro. Entretanto, la mujer se hallaba completamente en cueros, y a la luz de los candelabros se registraba la parte delantera mientras que la esclava favorita le inspeccionaba minuciosa mente la trasera. ¡Pero ya te puedes figurar, ¡oh cuervo! que no encontraron nada! ¡Y esto es todo en cuanto a la mujer!"

El cuervo exclamó: "Pero a todo eso, ¿en dónde están las pruebas de que me hablabas?" El zorro repuso: "¡Precisamente vamos a ello!"

Y prosiguió de esta manera:

"He aquí que el agujero en que se había refugiado la pulga era la madriguera del ratón...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 151ª NOCHE

Ella dijo:

"He aquí que el agujero en que se había refugiado la pulga era la madriguera del ratón; de modo que cuando el ratón vio entrar a la pulga en su casa se indignó extraordinariamente, y le dijo: "¿Qué vienes a hacer aquí, ¡oh pulga! ya que no eres de mi especie ni de mi esencia? ¿Qué buscas aquí, ¡oh parásito! del cual sólo se puede esperar algo desagradable?"

Y la pulga contestó: "¡Oh ratón hospitalario entre los ratones! sabe que si he invadido tan indiscretamente tu domicilio, ha sido contra mi voluntad, pues lo he hecho para librarme de la muerte con que me amenazaba la dueña de esta casa. ¡Y todo por un poco de sangre que le he chupado! ¡Verdad es que era de primera calidad, suave, tibia y de maravillosa digestión!

Vengo, pues, a ti, confiada en tu bondad, para rogarte que me tengas en tu casa hasta que haya pasado el peligro. Lejos de atormentarte y obligarte a huir de tu domicilio, te demostraré una gratitud tan señalada, que darás las gracias a Alah por haberme admitido en tu compañía". Entonces, convencido el ratón por el acento sincero de la pulga; dijo: "Si realmente es así, ¡oh pulga! puedes compartir mi albergue y vivir aquí tranquila. ¡Serás mi compañera en la próspera y adversa fortuna! ¡Y en cuanto a la sangre bebida en el muslo de la mujer, no te apures! ¡Digiérela gozosamente en la paz de tu corazón y con delicia! ¡Cada cual encuentra su alimento donde puede, y nada hay en ello de reprensible; y si Alah nos ha dado la vida, ¡no ha sido para que nos dejemos morir de hambre ni de sed! Y a este propósito, he aquí los versos que oí recitar un día por las calles a un santón:

¡Nada tengo en la tierra que me sujete: ni muebles, ni esposa que me gruña, ni casa! ¡Oh corazón mío, cuán libre estás!

¡Un pedazo de pan, un sorbo de agua y un poco de sal bastan para mi alimento, pues estoy completamente solo! ¡Un raído ropón me sirve de traje, y aún me sobra!

¡Tomo el pan donde lo encuentro, y acato el destino conforme viene! ¡Nada me pueden quitar! ¡Lo que cojo a los demás para vivir es lo que les sobra! ¡Corazón mío, cuán libre estás!

"Cuando la pulga oyó este discurso del ratón, se sintió muy conmovida; y le dijo: "¡Oh ratón, hermano mío, qué vida tan deliciosa vamos a pasar juntos! ¡Alah apresure el momento en que pueda agradecer tus bondades!"

"Y el tal momento no tardó en llegar. Efectivamente, la misma noche, el ratón, que había ido a dar una vuelta por la casa del mercader, oyó un rumor metálico, y sorprendió al mercader que contaba uno por uno los numerosos dinares guardados en un saquito, y cuando hubo echado la cuenta, los escondió bajo la almohada, se tumbó en la cama, y se durmió.

Entonces el ratón fue a buscar a la pulga, le contó lo que acababa de ver, y le dijo: "Ha llegado la ocasión de que me ayudes a transportar esos dinares de oro desde la cama del mercader hasta mi albergue".

Al oír estas palabras, la pulga estuvo a punto de desmayarse de emoción, por lo exorbitante que le pareció todo aquello, y exclamó con tristeza: "No debes pensar en eso, ¡oh ratón! ¿Cómo he de llevar yo a cuestas un dinar, cuando mil pulgas juntas no podrían ni siquiera moverlo? En cambio puedo ayudarte de otro modo, pues tan pulga como me ves, me encargo de sacar al mercader de su habitación ahuyentándole de la casa; y entonces serás el amo del terreno, y sin apresurarte y a tu gusto podrás transportar los dinares a tu madriguera".

El ratón exclamó: "¡Eres en verdad una pulga excelente, y no había caído en ello hasta ahora! ¡Mi madriguera es lo suficientemente grande para encerrar todo el oro, y he abierto setenta puertas para poder salir en el caso de que quisieran emparedarme en ella! ¡Date prisa a ejecutar lo que has ofrecido!"

"Entonces la pulga, dando brincos, saltó a la cama en que dormía el mercader, fue rectamente hacia las posaderas, y en ellas le picó como nunca había picado pulga alguna en trasero humano. El mercader, al sentir la picadura y el agudísimo dolor que le produjo, se levantó rápidamente, llevándose la mano al honroso sitio, del cual ya se había apresurado a alejarse la pulga. Y el mercader empezó a lanzar mil maldiciones, que resonaban en el vacío de la casa silenciosa. Después de dar mil vueltas, trató de volverse a dormir. ¡Pero no contaba con su enemigo! En vista de que el mercader se empeñaba en seguir acostado, la pulga volvió a la carga más enfurecida que antes, y esta vez le picó con todas sus fuerzas en el sensible lugar que se llama perineo.

"Entonces el mercader, sobresaltado y rugiendo, rechazó las mantas y las ropas, y bajó corriendo al lugar donde estaba el pozo, y allí se remojó insistentemente con agua fría, a fin de calmar el escozor. Y ya no quiso volver a su alcoba, sino que se echó en un banco del patio para pasar el resto de la noche.

"De esta suerte el ratón pudo transportar a su madriguera sin ninguna dificultad todo el oro del comerciante, y cuando amaneció ya no quedaba un dinar en el saco.

"¡Y de este modo, supo agradecer la pulga la hospitalidad del ratón, recompensándole con creces!

"Y tú, amigo cuervo -prosiguió el zorro-, espero que pronto verás mi abnegación en cambio del pacto de amistad que sellemos".

Pero el cuervo dijo: Verdaderamente, ¡oh mi señor zorro! tu historia no me ha convencido ni mucho menos. Al cabo y al fin cada cual puede libremente hacer o dejar de hacer el bien, sobre todo cuando este bien amenaza convertirse en causa de varias calamidades. Y éste es el caso presente. Hace mucho tiempo que eres famoso por tus perfidias y por el incumplimiento de la palabra empeñada. ¿Cómo ha de inspirarme ninguna confianza un ser como tú, de mala fe, y que ha sabido últimamente traicionar y hacer perecer a su primo el lobo? Porque ¡oh traidor entre los traidores! estoy bien enterado de esa fechoría tuya cuyo relato es sabido a toda la gente animal.

¡De modo que si te prestaste a sacrificar a uno que si no era de tu especie era de tu raza, si lo has traicionado después de tratarle como amigo tanto tiempo y de adularle de mil maneras, es seguro que para ti será un juego la perdición de cualquier otro animal que sea de raza diferente de la tuya!

Esto me recuerda una historia muy aplicable al caso".

El zorro preguntó: "¿Qué historia?"

Y el cuervo dijo: "¡La del buitre!" Entonces exclamó el zorro: "No conozco nada de esa historia del buitre. ¡Cuéntamela!"

Y el cuervo habló de este modo:

"Había un buitre cuya tiranía sobrepasaba todos los límites conocidos. No se sabía de ave alguna, ni chica ni grande, que estuviese libre de sus vejaciones. Había sembrado el terror entre todos los lobos del aire y de la tierra, y de tal modo se le temía, que las alimañas más feroces, al verle llegar, soltaban lo que tuvieran y huían espantadas de su pico formidable y de sus plumas erizadas. Pero llegó un tiempo en que los años, acumulados sobre su cabeza, se la desplumaron del todo, le gastaron las garras y le hicieron caer a pedazos las quijadas amenazadoras. La intemperie ayudó también a dejarle el cuerpo baldado y las alas sin virtud. Entonces se convirtió en tal objeto de lástima, que sus antiguos enemigos no quisieron devolverle sus tiranías y sólo lo trataron con desprecio. ¡Y para comer tenía que contentarse con las sobras que dejaban las aves y los animales!

"Y he aquí, ¡oh zorro! que tú has perdido ahora tus fuerzas, pero te queda aún la alevosía.

Quieres, viejo e imposibilitado como estás, aliarte conmigo que, gracias a la bondad del Hacedor, conservo intacto el empuje de mis alas, lo agudo de mi vista y lo acerado de mi pico: ¡No quieras hacer conmigo lo que hizo el gorrión!"

Pero el zorro, lleno de asombro, preguntó: "¿De qué gorrión hablas?"

Y el cuervo dijo:

"He llegado a saber que un gorrión habitaba un prado en el cual pacía un rebaño de corderos. Rayaba la tierra con el pico, siguiendo a los carneros, cuando de pronto vio que un águila enorme se precipitaba sobre un corderillo, se lo llevaba en las garras y desaparecía con él a lo lejos.

El gorrión sintiéndose acometido de una extrema arrogancia, extendió las alas poseído de vanidad, y dijo para sí: "También yo sé volar, y por lo tanto podré arrebatar un carnero de los más grandes". inmediatamente eligió el carnero más gordo que pudo hallar entre todos: tenía una lana abundante y añeja, y por debajo del vientre, empapada con los orines de por la noche, no era más que una masa pegajosa y putrefacta.

El gorrión se lanzó sobre el lomo del carnero, y quiso llevárselo. Pero al primer impulso, las patas se le quedaron enredadas en las vedijas de lana, y entonces él fue el que quedó prisionero.

Acudió el pastor, se apoderó de él, le arrancó las plumas de las alas, y atándole una pata con un bramante, se lo dio a sus hijos para que jugasen con él, y les dijo: "¡Mirad bien este pájaro! Ha querido, por desgracia suya, habérselas con quien es más fuerte que él, ¡y por eso ha sido castigado con la esclavitud!"

"Y tú, ¡oh zorro inválido! quieres compararte conmigo, pues tienes la audacia de proponerme tu alianza. ¡Vamos, viejo taimado, vuelve las espaldas enseguida!"

Comprendió el zorro entonces que era inútil querer engañar a un individuo tan listo como el cuervo. Y dominado por la rabia, empezó a rechinar tan de recio las mandíbulas, que se rompió un diente. Y el cuervo, burlonamente, dijo: "¡Siento de veras que te hayas roto un diente por mi negativa!"

Pero el zorro le miró con un respeto sin límites, y le dijo: "No es por tu negativa por lo que se me ha roto el diente, sino ¡por la vergüenza de haber dado con uno más listo que yo!"

Y dichas estas palabras, el zorro se apresuró a largarse para ir a esconderse.

Y tal es, ¡oh rey afortunado! -prosiguió Schehrazada- la historia del zorro y el cuervo. Acaso haya sido un poco larga; pero ahora me propongo, si Alah me otorga vida hasta mañana, y tienes gusto en ello, contarte la historia de la bella Schamsennahar con el príncipe Alí ben-Bekar.

Y el rey Schahriar exclamó: "¡Oh Schehrazada! no creas que me hayan aburrido las historias de los animales y las aves, ni que me hayan parecido largas, pues me han encantado. ¡Y si supieras otras, me agradaría oírlas, aunque sólo fuese por lo que me podrían aprovechar!

¡Y ya que me anuncias una historia, que por el título me parece completamente admirable, estoy dispuesto a oírla!"

En aquel momento Schehrazada vio aparecer la mañana, y rogó al rey que aguardara hasta el día siguiente.

Historia de Ali Ben-Bekar y la bella Schamsennahar

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! Que había en Bagdad, durante el reinado que transcurrió del califa Harún Al-Raschid, un joven mercader muy bien formado y muy rico que se llamaba Abalhassan ben-Taher. Era seguramente el más hermoso y afable y el más ricamente vestido de todos los mercaderes del Gran Zoco. Así es que había sido elegido por el jefe de los eunucos de palacio para proveer a las favoritas de todas las cosas, telas o pedrerías que pudieran necesitar. Y tales damas se atenían ciegamente a su buen gusto y sobre todo a su discreción, muchas veces puesta a prueba en los encargos que le hacían. Nunca dejaba de servir toda clase de refrescos a los eunucos que iban a hacerle los encargos, ni olvidaba obsequiarles con un regalo adecuado al puesto que ocupaban cerca de sus dueñas.

Así es que el joven Abalhassan era adorado de todas las mujeres y de todos los esclavos del palacio, y de tal modo le apreciaban, que el mismo califa acabó por notarlo. Y apenas le vio, le apreció también por sus buenos modales y la hermosura agradable y sencilla. Le dio libre entrada en el palacio a todas horas del día o de la noche; y como el joven Abalhassan unía a sus cualidades el don del canto y la poesía, el califa, que no encontraba quien superase la hermosa voz y bella dicción de este poeta, le mandaba con frecuencia acompañarle a comer a fin de que improvisase versos de perfecto ritmo.

De suerte que la tienda de Abalhassan era la más conocida de cuantos jóvenes había en Bagdad, hijos de emires o notables, y asimismo la conocían las mujeres de nobles dignatarios y chambelanes.

Uno de los más asiduos concurrentes a la tienda era un joven que se había hecho muy amigo de Abalhassan, por lo hermoso y atrayente que era. Se llamaba Alí Ben-Bekar, y descendía de los antiguos reyes de Persia. Su apostura encantaba, sus mejillas estaban sonrosadas y frescas, las cejas perfectamente trazadas, la dentadura sonriente y el habla deliciosa.

Un día que el príncipe Alí ben-Bekar estaba sentado en la tienda al lado de su amigo Abalhassan ben-Taher y ambos conversaban y reían, vieron llegar a diez muchachas, hermosas como lunas, y escoltando a una joven montada en una mula que llevaba jaeces de brocado y estribos de oro.

Esta joven iba tapada con un izar de seda de color de rosa, sujeto a la cintura con un cinturón bordado de oro de cinco dedos de ancho, incrustado de grandes perlas y pedrería. Su rostro lo cubría un velillo transparente, ¡y sus ojos irradiaban espléndidos a través del velillo! La piel de sus manos era tan suave como la misma seda, y sus dedos cargados de diamantes, parecían así más bien formados. Su talle y sus formas podían adivinarse como maravillosos, a pesar de lo poco que de ellos se podía ver.

Cuando la comitiva llegó a la puerta de la tienda descabalgó la joven, apoyándose en los hombros de las esclavas. Entró en la tienda, deseó la paz a Abalhassan, que le devolvió el saludo con el más profundo respeto, y se apresuró a arreglar los almohadones y el diván para invitarla a sentarse. Después se retiró unos pocos pasos para esperar sus órdenes. Y la joven se puso a elegir pausadamente unas telas de fondo de oro, algunos objetos de orfebrería y varios frascos de esencia de rosas. Y como no temía que la molestasen en casa de Abalhassan, se levantó un momento el velillo de la cara, y brilló sin ningún obstáculo toda su belleza.

Apenas el joven príncipe Alí ben-Bekar vio aquel semblante tan hermoso, quedó pasmado de admiración, y una pasión inmensa se encendió en el fondo de su hígado. Después, discretamente, hizo ademán de alejarse, y entonces la hermosa joven, que se había fijado en él y también se había sentido conmovida, dijo a Abalhassan con una voz admirable: "No quiero ser causante de que se vayan tus parroquianos. ¡Invita a ese joven a quedarse!" Y sonrió admirablemente.

Al oír estas palabras, el príncipe Alí ben-Bekar llegó al límite de la alegría, y no queriendo ser menos galante, dijo a la joven: "¡Por Alah! ¡Oh señora mía! si me alejaba no era sólo por temor de ser importuno, sino porque al verte pensé en estos versos del poeta:

"¡Oh tú, que miras al sol! ¿No ves que habita en alturas que ninguna mirada humana podrá medir?

¿Piensas poder alcanzarlo sin alas o crees ¡oh candoroso! que va a bajar hasta ti? "

Cuando la joven oyó esta estrofa, recitada con amargo tono, quedó impresionada por el sentimiento que en ella había, y le sedujo el aspecto de su enamorado. 'Le dirigió sonriente una larga mirada, hizo una seña al mercader para que se acercase, y le preguntó a media voz: "Abalhassan, ¿quién es ese joven, y de dónde viene?"

El otro contestó: "Es el príncipe Alí ben-Bekar, descendiente de los reyes de Persia. Tan noble como hermoso. Y es mi mejor amigo".

"Verdaderamente gentil -repuso la joven-. Y no te asombre, ¡oh Abalhassan! que poco después de marcharme veas llegar a una de mis esclavas, para invitaros a los dos a venir a verme. Porque quisiera demostrarle que hay en Bagdad palacios más hermosos, mujeres más bellas y almas más expertas que en la corte de los reyes de Persia".

Y Abalhassan, que necesitaba poco para entender las cosas, se inclinó y dijo: "¡Sobre mi cabeza y sobre mis ojos!"

Entonces la joven se echó de nuevo el velillo a la cara y salió, dejando en pos de sí el sutil perfume de la ropa guardada entre jazmín y sándalo.

Y Alí ben-Bekar, después de salir la joven, permaneció un buen rato sin saber lo que decía, hasta el punto de que Abalhassan tuvo que advertirle que los parroquianos notaban su agitación y empezaban a extrañarla.

Y Àlí ben-Bekar respondió: "¡Oh Ben-taher! ¿Cómo no he de estar agitado, si el alma quiere escapárseme del cuerpo para unirse a esa luna que ha rendido mi corazón y lo ha hecho entregarse sin consultar a la razón?"

Después añadió: "¡Oh Ben-Taher! ¡Por favor! ¿Quién es esa joven a quien pareces conocer? ¡Apresúrate a decírmelo!"

Y Abalhassan respondió: "¡Es la favorita predilecta del Emir de los Creyentes! ¡Se llama Schamsennahar!

El califa la trata con consideraciones que apenas se otorgan a la misma Sett Zobeida, su legítima esposa. Tiene un palacio propio, en el que manda como dueña absoluta, sin que la vigilen los eunucos, pues el califa tiene en ella una confianza ilimitada. Y lleva razón al obrar de este modo, pues siendo la más hermosa de todas las mujeres del palacio, es la que da menos que hablar con guiños de ojos a los esclavos y eunucos".

Apenas acababa Abalhassan de dar estas explicaciones a su amigo Alí ben-Bekar, cuando entró una esclava jovencita que, aproximándose a Abalhassan, le dijo al oído: "¡Mi señora Schamsennahar os llama a ti y a tu amigo!" Y enseguida Abalhassan se levantó, hizo seña a Alí ben-Bekar, y después de cerrar la puerta de la tienda siguieron a la esclava, que los guio al palacio de Harún Al-Raschid.

Y entonces el príncipe Alí se creyó transportado a la misma morada de los genios, donde todas las cosas son tan bellas que la lengua del hombre criaría pelos antes de poder describirlas. Pero la esclava. sin darles tiempo a expresar su encanto, dio unas palmadas y apareció una negra, cargada con una gran bandeja cubierta de manjares y frutas, y la colocó en un taburete. Sólo el perfume que exhalaban era ya un admirable bálsamo para la nariz y el corazón.

La esclava se puso a servirlos con extremada consideración, y cuando estuvieron ahítos, les presentó una jofaina y una vasija de oro llena de agua perfumada para que se lavasen las manos; luego les presentó un jarro maravilloso incrustado de rubíes y diamantes y lleno de agua de rosas, les echó en una y en otra mano para la barba y el rostro, y después les llevó perfume de áloe en una cazoleta de oro, y les perfumó el traje, según costumbre. Y hecho esto, abrió una puerta y les rogó que la siguieran. Y los introdujo en un salón de una arquitectura deslumbrante.

Hallábase coronado por una cúpula sostenida por ochenta columnas del mármol más transparente y más puro; las bases y capiteles estaban esculpidos con arte exquisito y adornados con aves de oro y animales de cuatro pies. Y la cúpula tenía pintados sobre fondo de oro unos dibujos coloreados y como vivientes, que representaban los mismos adornos que los de la gran alfombra que cubría la sala. En los espacios que quedaban entre las columnas, había grandes jarrones con flores, o sencillamente unas grandes ánforas, hermosas con su propia belleza y su carne de jaspe, ágata o cristal. Y aquella sala daba a un jardín, cuya entrada reproducía, con guijarros de colores, los mismos dibujos de la alfombra; de modo que la cúpula, el salón y el jardín se continuaban bajo el cielo tranquilo y azul.

Y mientras el príncipe Alí ben-Bekar y Abalhassan admiraban esta delicada combinación, vieron sentadas en corro, con los pechos turgentes, los ojos negros y las mejillas sonrosadas, diez muchachas que tenían cada una en la mano un instrumento de cuerda.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 153ª NOCHE

Ella dijo:

Y a una señal de la esclava favorita, aquellas jóvenes tocaron a un tiempo un preludio dulcísimo. Y el príncipe Alí, cuyo corazón estaba lleno del recuerdo de Schamsennahar, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Y dijo a su amigo Abalhassan: "¡Ah, hermano mío, cuán conmovida siento mi alma! ¡Estos acordes me hablan en un lenguaje que la hace llorar, sin saber a punto fijo por qué!"

Abalhassan dijo: "¡Mi joven señor, tranquiliza tu alma y presta toda tu atención a este concierto, que promete sea admirable, gracias a la hermosa Schamsennahar, que seguramente llegará pronto!"

Y, en efecto, apenas Abalhassan había pronunciado estas palabras, cuando las diez mujeres se levantaron a la vez, y unas pulsando las cuerdas, y agitando otras rítmicamente sus panderetillas, entonaron este canto:

¡Azul, nos miras con sonrisa de felicidad! ¡Y he aquí que la luna levanta sus lienzos de nube, para velarse confusa! ¡Y el sol, vencedor, huye también y no brilla!

Y el coro se detuvo aguardando la respuesta, que cantó una de las diez jóvenes:

¡He aquí nuestra luna que avanza! ¡Y viene porque el sol nos ha visitado, un sol juvenil y principesco, que ha venido a rendir tributo a Schamsennahar!

Entonces el príncipe Alí, que representaba aquel sol, miró a la parte opuesta, y vio acercarse doce negras jóvenes, que llevaban en hombros un trono de plata maciza, cubierto con un dosel de terciopelo,

y en el cual estaba sentada una joven tapada con un gran velo de seda que flotaba por delante del trono. Y aquellas negras llevaban el pecho desnudo y las piernas desnudas; y una faja de seda y oro, ajustada a la cintura, hacía resaltar las opulentas nalgas de las cargadoras. Y cuando llegaron adonde estaban las cantarinas, dejaron suavemente en el suelo el trono de plata, y retrocedieron hasta debajo de los árboles.

Entonces una mano apartó el velo de seda, y brillaron unos ojos en un rostro de luna: era Schamsennahar.

Llevaba un gran manto azul en fondo de oro, constelado de perlas, diamantes y rubíes, todo ello de una calidad y un precio incalculables. Apartadas las cortinas del trono, Schamennahar se despojó completamente del velo de seda, y miró sonriendo al príncipe Alí, e inclinó levemente la cabeza. Y el príncipe Alí, suspirando, la miró, y con el lenguaje mudo de los ojos se dijeron en pocos instantes más cosas de las que hubieran podido decirse en mucho tiempo.

Schamsennahar pudo por fin separar sus miradas de los ojos de Alí ben-Bekar, para mandar a sus doncellas que cantaran.

Entonces una de ellas se apresuró a templar el laúd, y cantó:

¡Oh Destino! Cuando dos amantes, atraídos entre sí, se encuentran dignos el uno del otro y se unen en un beso, ¿quién tiene la culpa más que tú?

Y la amante dice: ¡Oh corazón mío, dame otro beso! ¡Te lo volveré con el mismo calor que tenga el tuyo! ¡Y si quisieras que tuviera más calor, cuán fácil me sería complacerte!

Entonces Schamsennahar y Alí ben-Bekar suspiraron; y otra joven cantó, obedeciendo a una seña de la hermosa favorita:

¡Oh muy amado! ¡Luz que iluminas el espacio en que están las flores, como los ojos del muy amado!

¡Oh carne que filtras la bebida de mis labios, oh carne tan dulce para mis labios!

¡Oh muy amada! Cuando te encontré la Belleza me detuvo para decirme entusiasmada:

¡Helo aquí! ¡Ha sido modelado por dedos divinos! ¡Es una caricia, es como un bordado magnífico!

Al oír estos versos, el príncipe Alí ben-Bekar y la hermosa Schamsennahar se miraron largo rato, pero ya una tercera cantarina decía:

¡Las horas dichosas, ¡oh jóvenes! corren como el agua, rápidas como el agua! ¡Creedme, enamorados, no aguardéis más!

¡Aprovechad la dicha! ¡Sus promesas son fugaces! ¡Aprovechad la belleza de vuestros años y el momento que os une!

Cuando la cantarina hubo acabado su estrofa, el príncipe Alí exhaló un prolongado suspiro, y sin poder reprimir por más tiempo su emoción, rompió en sollozos. Schamsennahar, que no estaba menos conmovida, se echó a llorar también, y no pudiendo sobreponerse a su pasión, se levantó del trono y se dirigió hacia la puerta de la sala.

Inmediatamente Alí ben-Bekar corrió en la misma dirección, y al llegar detrás del cortinaje que cubría la puerta se encontró con su amada. Fue tan grande su emoción al besarse y tan intenso su delirio, que se desmayaron uno en brazos de otro; y seguramente se habrían caído al suelo si no los hubiesen sostenido las doncellas que habían seguido a cierta distancia a su ama.

Las esclavas se apresuraron a llevarlos a un diván, donde les hicieron volver en sí a fuerza de rociarlos con agua y flores y con perfumes vivificantes.

Y Schamsennahar, al volver en sí, sonrió dichosa al ver a su amigo Alí ben-Bekar; pero como no viese a Abalhassan ben-Taher, preguntó ansiosamente por él.

Y Abalhassan, por discreción, se había retirado de allí temiendo las consecuencias desagradables que pudiese tener aquella aventura si llegaba a divulgarse por el palacio. Pero en cuanto se enteró de que la favorita preguntaba por él, avanzó respetuosamente y se inclinó ante ella.

Y Schamsennahar dijo: "¡Oh Abalhassan! ¿cómo podré agradecerte tus buenos oficios? ¡Gracias a ti he conocido lo más digno de ser amado que hay entre las criaturas, y he gozado unos instantes incomparables en que el alma se llena de felicidad! ¡Sabe, oh Ben-Taher, que Schamsennahar no será ingrata!"

Y Abalhassan se inclinó profundamente ante la favorita, pidiendo a Alah que le concediese todos los deseos que pudiera sentir su alma.

Entonces Schamsennahar se volvió hacia su amigo Alí ben-Bekar, y le dijo: "¡Oh mi señor, ya no dudo de tu cariño, aunque el mío supere a todo lo que puedas sentir hacia mí! Pero ¡ay! ¡El Destino es muy cruel al tenerme sujeta a este palacio, y no serme posible dar entera satisfacción a mi ternura!"

Alí ben-Bekar contestó: "¡Oh mi señora! ¡tu amor ha penetrado en mí de tal suerte, que forma parte de mi alma, hasta el punto que después de mi muerte seguirá unido a ella! ¡Cuán desdichados somos al no podernos amar libremente!"

Y dicho esto, las lágrimas inundaron como una lluvia las mejillas del príncipe Alí y las de Schamsennahar. Pero Abalhassan se acercó a ellos discretamente, y les dijo: "¡Por Alah! ¡No entiendo nada de ese llanto, ahora que estáis juntos! ¿Qué sería si estuvierais separados? ¡El momento no es para estar tristes, sino para alegraros y pasar el tiempo agradablemente!"

Y la bella Schamsennahar, al oír estas palabras de Abalhassan, cuyos consejos estimaba en mucho, se secó las lágrimas e hizo señas a una de sus esclavas, que salió enseguida, volviendo después con varias criadas que llevaban grandes bandejas de plata con toda clase de viandas de aspecto tentador. Y colocadas las bandejas en la alfombra entre Alí ben-Bekar y Schamsennahar, se alejaron las criadas y permanecieron inmóviles junto a la puerta.

Entonces Schamsennahar invitó a Abalhassan a sentarse con ellos frente a los platos de oro cincelado, donde aparecían las frutas redondas y maduras y los sabrosos pasteles. Y con sus propias manos, la favorita se puso a servirles de cada plato, y colocaba los bocados en los labios de su amigo Alí ben-Bekar.

Cuando hubieron comido, apresuráronse los criados a llevarse las fuentes de oro, y les presentaron un jarro de oro fino en una palangana de plata cincelada, y se lavaron las manos con el agua perfumada que les echaron. Después se sentaron de nuevo, y las esclavas negras les ofrecieron copas de ágata de varios colores llenas de un vino exquisito, que alegraba los ojos y ensanchaba el alma. Lo bebieron lentamente mirándose largo rato, y vacías ya las copas, Schamsennahar despidió a todas las esclavas, quedando solamente las cantarinas y tañedoras de instrumentos.

Entonces, teniendo deseos de cantar, la favorita mandó a una de las esclavas que preludiase el tono, y la esclava templó su laúd, y cantó dulcemente:

¡Alma mía, cómo te agotas! ¡Las manos del amor te agitaron en todos los sentidos, arrojando a todos los vientos tu misterio!

¡Alma mía! ¡Te guardaba delicadamente en mi pecho, y te escapas para correr hacia el que te hace sufrir!

¡Corred, lágrimas mías! ¡Os escapáis de mis párpados, para correr hacia el cruel! ¡Lágrimas mías, vosotras estáis enamoradas de mi muy amado!

Entonces Schamsennahar alargó el brazo, llenó una copa, bebió de ella, y luego se la ofreció al príncipe Alí que bebió también, poniendo los labios en el mismo sitio que habían tocado los labios de su amiga...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aproximarse la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 154ª NOCHE

Ella dijo:

...y bebió, poniendo los labios en el mismo sitio que habían tocado los labios de su amiga, mientras las cuerdas de los instrumentos se estremecían amorosamente bajo los dedos de las tañedoras. Y Schamsennahar hizo otra seña a una de las cantarinas para que cantase algo. Y la esclava cantó:

¡Mis mejillas están regadas incesantemente por el licor de mis ojos!

¡Las copas en que pongo mis labios se llena con mis lágrimas, más que con el vino del copero!

¡Por Alah! ¡oh corazón mío, bebe de este licor! ¡Te infundirá mi alma, que se escapa de mis ojos!

En este momento Schamsennahar se sintió dominada completamente por las notas conmovedoras de las canciones, y cogiendo un laúd de manos de una de las esclavas entornó los ojos, y con toda el alma cantó estas estrofas admirables:

¡Oh luz de mis ojos! ¡Oh hermosura de la gacela joven! ¡Si te alejas, me muero, si te acercas me embriago! ¡Vivo ardiendo, y gozando me extingo!

¡La olorosa brisa nació del soplo de tu aliento, de tu aliento que embalsama las noches del desierto y las tibias noches bajo las palmeras admirables!

¡Oh brisa que estás enamorada de su contacto amado! ¡Tengo celos de ese beso que robas en el lunar de su barbilla y en el hoyuelo de sus mejillas! ¡Porque tu caricia es tan intensa que toda su carne se estremece!

¡Jazmines de su vientre bajo el ligerísimo vestido, jazmines de su piel suave y blanca como una piedra de luna!

¡Saliva de su boca que amo, capullo de sus labios sonrosados! ¡Ah! ¡Las mejillas húmedas y los ojos cerrados después de los abrazos de amor!

¡Oh corazón mío! ¡Te extravías en los deliciosos repliegues de una carne de pedrería! ¡Ten cuidado! ¡El amor te acecha, y sus flechas están preparadas

Cuando Alí ben-Bekar y Abalhassân ben-Taher oyeron este canto de Schamsennahar, se sintieron transportados por el éxtasis; después se estremecieron de placer, y exclamaron: "¡Oh Alah, oh Alah!" Y rieron y lloraron al mismo tiempo. El príncipe Alí, en el límite de la emoción, cogió un laúd y se lo dio a Abalhassan, rogándole que le acompañase, pues iba a cantar. Y cerró los ojos, y con la cabeza inclinada y apoyada en la mano, cantó a media voz al estilo de su país:

¡Escucha, oh copero!

¡Es tan hermoso mi amor, que si yo fuese el amo de todas las ciudades, se las daría enseguida, por tocar una sola vez con mis labios el lunar de su mejilla ingrata!

¡Su rostro es tan bello, que hasta el lunar le sobra! ¡Porque tiene tal belleza propia, que ni las rosas ni el terciopelo de un vello juvenil le añadirían nuevo encanto!

Y lo dijo el príncipe Alí ben-Bekar con una voz admirable. Y cuando se extinguía aquel canto, la esclava favorita acudió trémula y cautelosa y dijo a Schamsennahar: "¡Oh mi señora! Massrur, Afif y otros eunucos están a la puerta y solicitan hablar contigo".

Al oír estas palabras se alarmaron el príncipe Alí, Abalhassan y todas las esclavas, y hasta temblaron por su vida. Pero Schamsennahar, la única que conservaba la calma, sonrió tranquilamente y dijo a todos: "¡No temáis! ¡Y dejadme a mí!" Después ordenó a su confidente: "¡Procura entretener a Massrur, a Afif y a los demás, diciéndoles que nos den tiempo para recibirlos con arreglo a su categoría!" Y mandó a las esclavas que cerraran todas las puertas y corrieran cuidadosa mente las cortinas. Hecho esto, invitó al príncipe y a Abalhassan a que no se moviesen de allí y que nada temieran.

Después salió con sus esclavas por la puerta que daba al jardín, mandándola cerrar detrás de ella, y fue a sentarse en el trono que había dispuesto que pusieran bajo la sombra de los árboles. Ordenó a una de las esclavas jóvenes que le diera masaje y a las otras que se apartaran más lejos, mientras enviaba a una esclava negra para que abriese la puerta y diese entrada a Massrur y a los otros que habían llegado con él.

Entonces Massrur, Afif y veinte eunucos avanzaron desde lejos encorvados hasta la tierra, con la espada desnuda en la mano y el talle ceñido por el ancho cinturón, y saludaron a la favorita con las mayores muestras de respeto.

Y Schamsennahar dijo: "¡Oh Massrur! ¡Alah haga que seas portador de buenas nuevas!"

Y Massrur contestó: "¡Inschala! ¡oh mi señora!" Y acercándose al trono de la favorita, prosiguió: "¡El Emir de los Creyentes te envía su saludo de paz, y te dice que desea ardientemente verte! ¡Y te hace saber que este día se le ha anunciado como lleno de alegría y bendito entre todos; y quiere acabarlo junto a ti, para que sea admirable del todo! ¡Pero antes quisiera saber si prefieres ir a su palacio o recibirle en tu casa, aquí mismo!".

Oídas estas palabras incorporóse Schamsenmahar, se prosternó y besó la tierra, en señal de que consideraba como una orden el deseo del califa, y contestó: "¡Soy la esclava sumisa y dichosa del Emir de los Creyentes! ¡Te ruego, pues, oh Massrur, que digas a nuestro amo lo feliz que soy al recibirle, y que su venida iluminará este palacio!"

Entonces el jefe de los eunucos y su séquito se apresuraron a retirarse, y Schamsennahar corrió enseguida al salón en que se hallaba su enamorado, y con lágrimas en los ojos le estrechó contra su pecho y le besó tiernamente, lo mismo que él a ella; y luego le expresó su pena por despedirse de él antes de lo que esperaba. Y ambos se echaron a llorar uno en brazos de otro. Y el príncipe Alí pudo por fin decir a su amada: "¡Oh mi señora! ¡por favor, déjame estrecharte y sentirte junto a mí y gozar de tu contacto adorable, ya que está próximo el momento de la separación fatal! ¡Conservaré en mi carne este contacto amado y en mi alma su recuerdo! ¡Será un consuelo en la ausencia y endulzará mi tristeza!" Ella contestó: "¡Oh Àlí! ¡Por Alah! ¡A mí sola me alcanza la tristeza, pues que me quedo sola en este palacio sin más que tu recuerdo! ¡Tú tendrás los zocos para distraerte y las jóvenes de la calle! ¡Sus gracias y sus ojos alargados te harán olvidar a esta desconsolada Schamsennahar, tu enamorada! ¡El tintineo de los brazaletes de cristal de esas jóvenes disipará hasta las huellas de mi imagen ante tus ojos! ¡Oh amado mío! ¿Cómo podré resistir los estallidos de mi dolor, ni reprimir los gritos de mi garganta reemplazándolos con las canciones que me pida el Emir de los Creyentes? ¿Cómo podrá articular mi lengua las palabras armoniosas? ¿Con qué sonrisa le podré recibir, cuando eres tú sólo el que puede aliviar mi alma? ¿Qué miradas tan ansiosas no he de fijar en el sitio que ocupaste junto a-mí, ¡oh Alí!? Y sobre todo, ¿cómo podré, sin que me cueste la vida, llevar a mis labios la copa que me ofrezca el Emir de los Creyentes? ¡Estoy segura de que, al beberla, una ponzoña implacable correrá por mis venas! Y entonces ¡cuán ligera me será la muerte, oh amado mío!"

En este momento, cuando Abalhassan ben-Taher se disponía a consolarlos, apareció la esclava confidente para avisar a su ama que se acercaba el califa. Y Schamsennahar, arrasados los ojos en lágrimas, no tuvo tiempo más que para dar el último beso a su amado, y dijo a la confidente: "¡Llévalos a la galería que da al Tigris, y cuando la noche esté bien oscura, hazlos salir diestramente por la parte del río!" Y dichas estas palabras, Schamsennahar reprimió los sollozos que la ahogaban, para correr al encuentro del califa, que avanzaba por el lado opuesto.

Por su parte, la esclava guio al príncipe Alí y a Abalhassan hacia la galería consabida, y se retiró después de haber cerrado cuidadosamente la puerta. Y los dos jóvenes se hallaron en la mayor oscuridad; pero a los pocos momentos, a través de las ventanas caladas, entró una gran claridad y pudieron distinguir una comitiva formada por cien jóvenes eunucos que llevaban en las manos antorchas encendidas; y tras de estos cien eunucos seguían otros cien eunucos viejos que llevaban en la mano un alfanje desnudo; y por último, a veinte pasos de ellos avanzaba magnífico, precedido del jefe de los eunucos y rodeado por veinte esclavas jóvenes, blancas como la luna, el califa Harún AlRaschid.

El califa iba precedido por Massrur; llevaba a la derecha a Afif, segundo jefe de los eunucos, y a la izquierda al otro segundo jefe, Wassif.

¡Y era, en verdad, arrogante y hermoso por sí mismo y por todo el resplandor que hacia él proyectaban las antorchas de los esclavos y las pedrerías de las damas! Y así llegó hasta Schamsennahar, que se había prosternado a sus pies. El Emir se apresuró a ayudarla a levantarse, tendiéndole una mano, que ella se llevó a los labios.

Después, contentísimo por volverla a ver, le dijo: "¡Oh Schamsennahar, las atenciones de mi reino me impedían tiempo a descansar mi vista en tu rostro! ¡Pero Alah me ha otorgado esta noche bendita para regocijar completamente mis ojos con tus encantos!"

Después fue a sentarse en el trono de plata, mientras la favorita se sentaba frente a él, y las otras veinte mujeres formaban un círculo alrededor de ellos en asientos colocados a igual distancia unos de otros. Las tañedoras de instrumentos y las cantarinas formaron otro grupo cercano a la favorita, mientras los eunucos, jóvenes y viejos, se alejaban, según costumbre, hasta llegar junto a los árboles, teniendo siempre las antorchas encendidas, alumbrando desde lejos, a fin de que el califa pudiera deleitarse cómodamente con el fresco de la noche.

El emir hizo una seña a las cantarinas, e inmediatamente una de ellas, acompañada por las demás, entonó estas estrofas, que el califa prefería entre todas las que cantaba, por la belleza de su ritmo y la rica melodía de los finales:

¡Oh niño! ¡el rocío enamorado de la mañana humedece las flores entreabiertas, y una brisa del Edén balancea sus tallos! ¡Pero tus ojos...!

¡Tus ojos son el límpido manantial que ha de apagar largamente la sed que siente el cáliz de mis labios! ¡Y tu boca...!

¡Tu boca, oh joven amigo, es la colmena de perlas donde fluye una miel envidiada por las abejas!

Y cantadas estas maravillosas estrofas con voz apasionada, la cantarina se calló. Y Schamsennahar hizo seña a su favorita, que sabía el amor que le había inspirado el príncipe Àlí; y la esclava cantó estos versos, que se aplicaban perfectamente a los sentimientos de su señora:

¡Cuando la joven beduina encuentra en su camino a un hermoso jinete, sus mejillas se ponen tan rojas como la flor del laurel que crece en Arabia!

¡Oh joven aventurera! ¡Apaga ese fuego que enciende tus colores! ¡Preserva a tu alma de una pasión que la consumiría! ¡sigue tranquila en tu desierto, pues el hacer sufrir de amor es don de los jinetes hermosos!

Cuando la bella Schamsennahar oyó estos versos, sintió una emoción tan viva, que se echó hacia atrás, y cayó desvanecida entre los brazos de las mujeres que habían acudido en su auxilio.

Y al verlo el príncipe Alí, que miraba la escena tras la ventana, se sintió sobrecogido de un dolor tan intenso...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 155ª NOCHE

Ella dijo:

...Se sintió sobrecogido de un dolor tan intenso, que cayó también desmayado en brazos de su amigo Abalhassan ben-Taher. Entonces Abalhassan se alarmó mucho por causa del lugar en que se hallaban, y cuando buscaba un poco de agua entre aquella oscuridad para rociarle la cara a su amigo, vio abrirse una de las puertas de la galería, y apareció la esclava confidente de Schamsennahar, que dijo con voz llena de susto: "¡Voy a haceros salir, pues se ha armado un alboroto y me temo que haya llegado nuestro día fatal! ¡Seguidme, o démonos por muertos!"

Pero Abalhassan repuso: "¡Oh caritativa joven! Advierte el estado en que se halla mi amigo. ¡Acércate y mira!"

Cuando la esclava vio al príncipe Alí desmayado sobre la alfombra, corrió a una mesa en que se hallaban varios frascos, cogió uno que contenía agua de flores, y refrescó el rostro del joven, que no tardó en recobrar el sentido. Entonces Abalhassan lo cogió por los hombros, y la joven por los pies, y entre los dos lo transportaron fuera de la galería, hasta el pie del palacio, a la orilla del Tigris.

Lo dejaron en un banco, dio unas palmadas la joven, y enseguida apareció por el río una barca con un solo remero, que se apresuró a atracar. Y sin pronunciar palabra alguna, a una seña de la esclava cogió en brazos al príncipe Alí y lo llevó a la embarcación, donde se apresuró a saltar Abalhassan. En cuanto a la esclava, se excusó por no poder acompañarlos más lejos, y con voz muy triste les deseó la paz, regresando enseguida al palacio.

Cuando la barca llegó a la otra orilla, Alí ben-Bekar, ya completamente repuesto merced a la frescura del agua y de la brisa, pudo desembarcar, sostenido por su amigo. Pero pronto tuvo que sentarse en una piedra, porque sentía que se le iba el alma. Y Abalhassan, no sabiendo ya cómo salir del apuro, le dijo: "¡Oh amigo mío! cobra ánimos y tranquiliza tu alma, porque realmente este sitio nada tiene de seguro, y estas orillas están infestadas de bandidos y malhechores. ¡Un poco de aliento nada más, y estaremos seguros, cerca de aquí, en casa de uno de mis amigos que vive junto a esa luz que ves! ".

Después le dijo: "¡En nombre de Alah!" Y ayudó a su amigo a levantarse, y emprendió con él lentamente el camino de la casa consabida, a cuya puerta no tardó en llegar. Entonces, a pesar de lo intempestivo de la hora, llamó a aquella puerta, y enseguida alguien fue a abrir; y apenas se dio a conocer Abalhassan, fue recibido inmediatamente con gran cordialidad, lo mismo que su amigo. Y pretextó un motivo cualquiera para explicar su llegada a hora tan irregular. Y en aquella casa, donde la hospitalidad se practicó según sus más admirables preceptos, pasaron el resto de la noche, sin que se les importunara con preguntas indiscretas. Y ambos, por su parte, sufrían: Abalhassan porque no estaba acostumbrado a dormir fuera de casa y le preocupaban las inquietudes de su familia, y el príncipe Alí porque tenía delante de los ojos la imagen de Schamsennahar, pálida y desmayada de dolor en brazos de sus doncellas, a los pies del califa.

De modo que en cuanto amaneció se despidieron de su huésped y marcharon a la ciudad, y no obstante la dificultad con que andaba Alí ben-Bekar, no tardaron en llegar a la calle en que estaban sus casas. Pero como la primera a que llegaron era la de Abalhassan, éste invitó a su amigo a descansar en su casa, no queriendo dejarle solo en estado tan lamentable. Y dijo a su servidumbre que le preparara la mejor habitación y tendieran en el suelo los magníficos colchones que se conservaban bien enrollados en las alacenas para aquellos casos. Y el príncipe Alí, tan cansado como si hubiera andado días enteros, sólo tuvo fuerza para dejarse caer en los colchones, y pudo por fin dormir algunas horas.

Al despertar hizo sus abluciones, cumplió sus deberes del rezo y se vistió, dispuesto a salir; pero Abalhassan le detuvo: "¡Oh mi dueño! ¡es preferible que pases el día y la noche en esta casa, y así podré acompañarte y distraer tus penas!" Y le obligó a quedarse. Llegada la noche, Abalhassan, después de haber pasado el día departiendo con su amigo, mandó llamar a las cantarinas más afamadas de Bagdad, pero nada pudo distraer a Alí ben-Bekar de sus tristes pensamientos; pues al contrario, las cantarinas sólo consiguieron exasperar su mal y su dolor. Y pasó una noche más mala que las otras; y por la mañana había empeorado de tal modo, que su amigo Abalhassan ya no le quiso detener más. Decidiáse, pues, a acompañarle hasta su casa, después de haberle ayudado a montar en una mula que los esclavos del príncipe habían traído de la cuadra. Y cuando lo hubo entregado a su servidumbre y estuvo seguro de que por lo pronto ya no necesitaba de su presencia, se despidió de él con palabras consoladoras, prometiéndole volver lo antes posible. Después salió de casa y se dirigió al zoco, donde volvió a abrir la tienda, que había estado cerrada todo aquel tiempo.

Y apenas había acabado de arreglar la tienda y se había sentado para aguardar a los parroquianos, vio llegar...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 156ª NOCHE

Ella dijo:

...y se había sentado para aguardar a los parroquianos, vio llegar a la joven esclava confidente de Schamsennahar. Esta le deseó la paz, y Ábalhassam le devolvió el saludo, y notó que su aspecto era muy triste y preocupado, y que el corazón le debía de latir más de prisa que de costumbre.

Y le dijo: "¡Cuánto celebro que hayas venido ¡oh caritativa joven! ¡Te ruego que me enteres del estado de tu señora!"

Ella contestó: "¡Te suplico que empieces por darme noticias del príncipe Alí, al cual tuve que dejar de aquella manera!" Y Abalhassam le refirió todo lo que había visto del dolor de su amigo. Y cuando hubo acabado, la confidente se puso todavía más triste de lo que estaba, y lanzó grandes suspiros, y con voz conmovida dijo a Abalhassam: "¡Cuán grande es nuestra desdicha! ¡Sabe, ¡oh Ben-Taher! que el estado de mi pobre señora es más lamentable todavía! Pero voy a contarte lo que ocurrió desde que saliste con tu amigo, cuando mi señora cayó desmayada a los pies del califa, que, muy afligido, no supo a qué atribuir tan súbito accidente. ¡He aquí!

"Cuando os dejé bajo la custodia del barquero, volví muy inquieta junto a Schamsennahar, a la cual encontré todavía desmayada y muy pálida, cayéndole las lágrimas gota a gota por entre su cabellera suelta. El Emir de los Creyentes, en el límite de la aflicción, estaba sentado junto a ella, y a pesar de los cuidados que le prodigaba, no conseguía que recobrase el sentido. Y todas nosotras sentíamos una desolación inmensa; y a las ansiosas preguntas que el califa nos dirigía para saber la causa de aquel mal tan súbito, no contestábamos más que con lágrimas y echándonos al suelo para besar la tierra entre sus manos, pero sin revelarle el secreto. Y esta angustia inexpresable se prolongó hasta medianoche. Entonces, a fuerza de refrescarle las sienes con agua de rosas y agua de flores y de hacerle aire con los abanicos, tuvimos por fin la alegría de verla volver de su desmayo poco a poco. Pero enseguida rompió en un torrente de lágrimas, con inmenso asombro del califa, que acabó por llorar lo mismo que ella. ¡Y todo aquello era muy triste y muy extraordinario!

"Y cuando el califa vio que podía dirigir la palabra a su favorita, le dijo: "¡Schamsennahar, luz de mis ojos, dime la causa de tu mal para que pueda consolarte! ¡Mira cómo tu estado me hace sufrir!"

Entonces Schamsennahar hizo un esfuerzo para besar los pies del califa, que no se lo permitió, pues le cogió las manos y siguió interrogándola con dulzura. Entonces ella le dijo: ¡"Oh Emir de los Creyentes! ¡el mal que padezco es pasajero! ¡Lo causan ciertas cosas que he comido durante el día y que me han sentado mal!"

Y el califa preguntó: "¿Pero qué has comido, ¡oh Schamsennahar!?" Ella dijo: "¡Dos limones ácidos, seis manzanas agrias, un gran trozo de kenafa; y además, como tenía mucha hambre, un plato de alfónsigos salados, granos de calabacín y garbanzos confitados con azúcar y recién salidos del horno! “Entonces el califa exclamó: "¡Oh imprudente Schamsennahar! ¡Me asombras de veras! ¡No dudo que esas cosas son infinitamente apetecibles y deliciosas, pero de todos modos, debes moderarte un poco, e impedir que tu alma se precipite desconsideradamente sobre lo que le gusta!"

Y el califa, que generalmente es tan escaso de palabras y caricias para las demás mujeres, siguió hablando a su favorita con muchos miramientos, y la veló hasta la mañana. Pero al ver que su estado no mejoraba mucho, mandó llamar a todos los médicos del palacio y de la ciudad, que, como era natural, estuvieron muy lejos de adivinar la verdadera enfermedad que padecía mi ama, y cuya agravación era debida a lo cohibida que estaba en presencia del emir.

Y los tales sabios prescribieron una receta tan complicada, que a pesar de mi buena voluntad, ¡oh Ben-Taher! no puedo repetirte una palabra de ella.

"Finalmente, el califa, seguido de los médicos y de todos los demás, acabó por retirarse, y entonces pude acercarme a mi ama, y le cubrí de besos las manos, y le dije tales palabras de consuelo, asegurándole que corría de mi cuenta hacerle ver de nuevo al príncipe Alí ben-Bekar, que acabó por dejar que la cuidara. Le di a beber un 'vaso de agua fresca con agua de flores, que le sentó muy bien. Y olvidándose de sí misma, me mandó que corriese a tu casa para saber de su amado, cuyo gran dolor le referí minuciosamente.

Oídas estas palabras, Abalhassam ben-Taher exclamó: "¡Oh, joven! ¡ahora que ya nada me queda que decirte acerca del estado de nuestro amigo, apresúrate a volver junto a tu ama, transmítele mis saludos de paz, y dile que he experimentado mucha pena al saber lo que le ha ocurrido, y dile también que no dejo de reconocer que ha sido una prueba muy dura, pero que la exhorto a la paciencia, y sobre todo a la más estricta reserva en palabras, por temor de que las cosas acaben por llegar a oídos del califa! ¡Y mañana volverás a mi tienda; y si Alah quiere, las noticias que nos transmitiremos serán más consoladoras!"

Entonces la joven le dio expresivas gracias por sus palabras y por todas sus atenciones, y le dejó. Y Abalhassan se pasó el resto del día en la tienda, pero la cerró más temprano que de costumbre para correr a casa de su amigo Ben-Bekar.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 157ª NOCHE

Ella dijo:

...para correr a casa de su amigo Ben-Bekar. Y llamó a la puerta, que el portero vino a abrir, y al entrar encontró a su amigo rodeado de un gran círculo de médicos de todas clases, y de parientes y amigos.

Y unos le tomaban el pulso, otros le prescribían cada cual un remedio completamente distinto, y las viejas porfiaban echando a los médicos miradas de reojo, de tal modo que el joven sentía que se le oprimía el alma de impaciencia; y sin fuerzas ya, para no ver ni oír nada, metió la cabeza debajo de las mantas, tapándose las orejas con ambas manos.

Pero en aquel momento, Abalhassan avanzó hacia su cabecera, y le dijo sonriendo: "¡La paz sea contigo!" El joven contestó: "¡Y contigo la paz y los beneficios de Alah con sus bendiciones! ¡Plegue a Alah que seas portador de noticias tan blancas como tu cara, ¡oh amigo mío!"

Entonces Abalhassan, que no quería hablar delante de todos aquellos visitantes, se contentó con guiñar un ojo; y cuando se marchó toda la gente abrazó a su amigo y le contó todo lo que le había dicho la esclava. Y añadió: "¡Puedes estar seguro, ¡oh hermano mío! de que mi alma entera te pertenece! ¡Y no descansaré hasta haberte devuelto la tranquilidad del corazón! "

Y tanto le conmovió el proceder de su amigo, que lloró con toda su alma, y dijo: "¡Te ruego que completes tus bondades pasando conmigo esta noche, para que yo pueda conversar contigo y distraer los pensamientos que me atormentan!"

Y Abalhassan accedió a su deseo, y se quedó con él recitándole poemas de amor. Versos dedicados al amigo, y versos referentes a la muy amada. Y he aquí, entre otros mil, los versos en honor de la amada:

¡Atravesó con el acero de su mirada la visera de mi casco, y ató para siempre mi alma a la flexibilidad de su cintura!

¡Completamente blanca se aparece a mis ojos con el grano de almizcle que adorna el alcanfor de su barba!

¡Si tiembla, súbitamente asustada, el coral de sus mejillas, toma la palidez de las perlas o el mate del azúcar cande!

¡Si suspira apesarada apoyando la mano en el pecho desnudo, oh ojos míos, contad el espectáculo que veis!

¡Vemos -dicen mis ojos- un hermoso lago del cual brotan cinco cañas cuya punta está adornada con coral de rosa

¡Oh guerrero! ¡no creas que tu alfanje bien templado , pueda guardarte de sus hermosos párpados!

¡No tiene lanza para atravesarte, pero has de temer a su cintura recta! ¡Haría de ti, en un momento, el más humilde de sus esclavos! ".

Y estos otros:

¡Su cuerpo es un ramo de oro; sus pechos dos copas redondas y transparentes que reposan, boca abajo! ¡Sus labios de granada están perfumados con su aliento!

Pero entonces Abalhassan, al ver a su amigo excesivamente impresionado con estos versos, dijo: "¡Oh Alí! ¡voy a cantarte aquellas estrofas que tanto gustabas de recitar a mi lado en el zoco! ¡Ojalá deposite un bálsamo en tu herida!

Escucha, pues, amigo mío, estas palabras maravillosas del poeta:

¡El oro de la copa es admirable bajo el rubí de ese vino, oh copero!

¡Dispersa todas las penas del pasado sin pensar en el mañana, toma esa copa en que se bebe el olvido y embriágame completamente!

¡Tú solo has nacido para comprenderme! ¡Ven¡¡te revelaré los secretos de un corazón que se oculta receloso!

¡Pero apresúrate! ¡Escánciame ese origen de alegría, ese licor de olvido! ¡Sírvemelo, niño de mejillas más suaves que el beso de las vírgenes!"

Al oír este canto, el príncipe Alí se sintió en tal estado de pesadumbre por los recuerdos que le acudían a la memoria, que se echó a llorar. Y Abalhassan no supo qué decirle para calmarle, y se pasó también toda aquella noche a su cabecera velándole, sin pegar los ojos ni un momento.

Por la mañana se decidió a marcharse, para abrir la tienda, que tanto había descuidado en aquel tiempo. Y estuvo allí hasta la noche. Pero cuando se disponía a irse y acababa de encerrar las telas, vio llegar, toda cubierta con un velo, a la joven esclava de Schamsennahar, que después de las zalemas de costumbre, le dijo: "¡Mi ama os envía a ti y a Ben-Bekar sus saludos de paz, y me encarga que venga a saber de su salud!"

El otro contestó: "¡Oh joven esclava! ¡No me preguntes por su salud, pues mi respuesta sería muy triste! ¡No duerme, ni come, ni bebe! ¡Los versos son lo único que le consuelan! ¡Si vieras lo pálido de su rostro!"

La esclava dijo: "¡Qué desgracia tan grande ha caído sobre nosotros! Mi ama también está muy enferma, y me ha entregado para él esta carta que llevo oculta en el pelo. Y me ha encargado que no vuelva sin la repuesta. ¿Quieres acompañarme a casa de tu amigo, pues yo no sé dónde vive? Abalhassan dijo: "¡Escucho y obedezco!" Y se apresuró a cerrar la tienda y echó a andar, marchando diez pasos delante de la confidente, que le seguía.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 158ª NOCHE

Ella dijo:

...diez pasos delante de la confidente, que le seguía. Y cuando llegaron a la casa de Ben-Bekar, dijo a la joven, invitándola a sentarse en la alfombra de la entrada: "¡Aguárdame aquí unos momentos! ¡Voy a enterarme de si hay gente extraña!"

Y entró en casa de Ben-Bekar y le guiñó el ojo. Ben-Bekar entendió la seña y dijo a los que le rodeaban: "¡Con vuestro permiso! ¡Me duele el vientre!"

Y comprendiendo lo que quería decir, se retiraron después de las zalemas, dejándolo solo con Abalhassan.

Y en cuanto se fueron, Abalhassan corrió a buscar a la esclava, y la presentó a su amigo. Y éste, sólo con ver a la que le recordaba a Schamsennahar, se sintió mucho más animado, y dijo: "¡Oh deliciosa emisaria! ¡Bendita seas!"

La joven se inclinó dándole las gracias y le entregó la carta de Schamsennahar. Ben-Bekar la cogió, se la llevó a los labios y a la frente, y como estaba demasiado débil para poder leer, se la alargó a Abalhassan, que encontró en ella, escritos por la mano de la favorita, unos versos en que se narraban, en los términos más conmovedores, todas sus penas de amor. Y como Abalhassan supuso que tal lectura agravaría el estado de su amigo, se limitó a resumir la carta en algunas frases, y añadió:

"¡Voy ahora a encargarme de la respuesta, y tú la firmarás!"

Y así lo hizo. Ben-Bekar quiso que el sentido de la respuesta expresara lo siguiente: "¡Si el amor no conociese para nada el dolor, los amantes no experimentarían tanta delicia al escribirse!"

Y antes de despedirse, encargó a la esclava que contase a su señora el dolor en que le había encontrado. Después le entregó la respuesta, regándola con lágrimas, y la confidente se conmovió tanto que también se echó a llorar, y por fin se retiró deseándole la paz del corazón. Y Abalhassan salió también para acompañar a la esclava, y no la dejó hasta llegar a la tienda, en donde se despidió de la confidente, y se volvió a su casa.

Y al llegar a ella, se puso a reflexionar por primera vez acerca de la situación, y sentándose en el diván, se habló de este modo: "¡Oh

Abalhassan! ¡ya ves que la cosa empieza a ponerse muy grave! ¿Qué sucedería si el califa llegara a enterarse de este asunto? ¿Qué sucedería? ¡Realmente quiero tanto a Ben-Bekar, que estoy dispuesto a sacarme un ojo para dárselo! ¡Pero piensa, Abalhassan, que tienes familia, madre, hermanas y hermanos! ¡Cuánto infortunio puedes originarles con tu imprudencia! ¡Esto no puede durar así! ¡Mañana mismo iré a buscar a Ben-Bekar y trataré de disuadirle de un amor que puede tener consecuencias tan deplorables! ¡Y si no me hace caso, Alah me inspirará la conducta que haya de seguir!"

Y al otro día, Abalhassan, con el pecho oprimido por sus pensamientos, fue en busca de su amigo Ben-Bekar, le deseó la paz y le dijo: "¿Cómo te encuentras, Alí?"

Y él respondió: "¡Peor que nunca!" Y Abalhassan le dijo: "¡En mi vida he oído hablar de una aventura parecida a la tuya, ni conocido un enamorado más raro que tú! ¡Sabes que Schamsennahar te quiere tanto como tú a ella, y a pesar de esta seguridad, tu estado se agrava cada día! ¿Qué pasaría si tu amada no compartiera tu afecto y fuera como la mayor parte de las mujeres, que aman sobre todas las cosas el engaño y la intriga?

¡Pero sobre todo, ¡oh Alí! piensa en las desgracias que caerían sobre nuestras cabezas si de esta intriga se enterase el califa! ¡Y nada tiene de improbable que así ocurra, pues las idas y venidas de la confidente despertarán la atención de los eunucos y la curiosidad de las esclavas; y entonces sólo Alah podrá saber el límite de nuestras calamidades! ¡Créeme, Alí: con persistir en este amor sin salida, te expones a perderte a ti mismo, y además a Schamsennahar! ¡Y no hablo de mí, que en un abrir y cerrar de ojos quedaría borrado de entre los vivos, lo mismo que toda mi familia!"

Pero Ben-Bekar, dando las gracias a su amigo por el consejo, le declaró que su voluntad no le pertenecía, a pesar de todas las desdichas que pudieran sobrevenirle.

Entonces Abalhassan, viendo que todas las palabras serían baldías, se despidió de su amigo, y presa de grandes preocupaciones sobre el porvenir, emprendió el camino de su casa.

Entre los amigos que visitaban a Abalhassan figuraba un joven joyero muy amable, llamado Amín, cuya discreción había podido apreciar en muchas ocasiones. Y justamente fue a visitarle el joyero cuando Abalhassan, apoyado en unos almohadones, estaba lleno de perplejidad. Y después de las zalemas de costumbre, se sentó a su lado en el diván, y como era el único que estaba algo al corriente de aquella intriga amorosa, le preguntó: "¡Oh Abalhassan! ¿cómo van los amores de Alí ben-Belcar y Schamsennahar?" Abalhassan contestó: "¡Oh Amín! ¡ténganos Alah en su misericordia! ¡Temo que nada bueno me presagien!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mangana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 159ª NOCHE

Ella dijo:

...¡Temo que nada bueno me presagien! Y como sé que eres hombre de fiar y un buen amigo, quiero revelarte el proyecto que tengo pensado, para librar a mi familia y a mí mismo de este trance peligroso".

Y el joven joyero dijo: "¡Puedes hablar con toda confianza. oh Abalhassan! ¡Encontrarás en mí un hermano dispuesto a toda abnegación para servirte!"

Y Abalhassan dijo: "¡Tengo pensado, ¡oh Amín! cobrar lo que me deben, pagar mis deudas, vender con rebaja mis mercancías, realizar todo cuanto pueda, y marcharme muy lejos, por ejemplo a Bassra, donde aguardaré los acontecimientos! Porque ¡oh Amín! esta situación se va haciendo intolerable, y no puedo vivir desde que me asedia el temor de que me denuncien como cómplice de toda esta intriga amorosa. ¡Es muy probable que acabe por saberlo todo el califa!"

Al oír estas palabras, contestó el joven joyero: "Verdaderamente, ¡oh Abalhassan! tu resolución es muy cuerda, y la única que un hombre avisado puede concebir a poco que reflexione. ¡Alah te muestre el mejor camino para salir de este mal paso! ¡Y si mi auxilio puede decidirte a partir, heme aquí pronto a ocupar tu puesto y a servir a tu amigo Ben-Bekar con mis ojos!" Abalhassan dijo: "Pero ¿cómo te las vas a componer si no conoces a Alí ben-Bekar, ni estás en relaciones con el palacio ni con Schamsennahar?"

Amín respondió: "En cuanto al palacio, ya he tenido ocasión de vender allí alhajas, precisamente por mediación de la joven confidente de Schamsennahar. Y respecto a Alí ben-Bekar, nada me será tan fácil como conocerle e inspirarle confianza. Tranquilízate, pues, y si quieres marcharte no te preocupes de lo demás, ¡que Alah, como dueño de todas las puertas, sabe abrir cuando le place todas las entradas!" Y dichas estas palabras, el joyero Amín se despidió de Abalhassan, y se fue por su camino.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 160ª NOCHE

Ella dijo:

...se despidió de Abalhassan, y se fue por su camino.

Y he aquí que a los tres días se dispuso a visitarle, pero encontró, la casa completamente vacía. Entonces preguntó a los vecinos, y le contestaron: "Se ha ido a Bassra, pero nos ha dicho que su ausencia será corta, pues apenas cobre el dinero que le deben unos parroquianos volverá a Bagdad". Comprendió entonces que Abalhassan había acabado por ceder a sus terrores, y había creído más prudente desaparecer por si la aventura amorosa llegaba a oídos del califa. Y he aquí que al principio no supo Amín qué era lo más conveniente, hasta que al fin se dirigió hacia la casa de Ben-Bekar. Allí rogó a uno de los esclavos que le llevase a presencia de su señor, y el esclavo le hizo entrar en el salón en donde estaba Ben-Bekar tendido en unos almohadones y muy pálido.

Le deseó la paz, y Ben-Bekar le devolvió el saludo. Entonces le dijo: "¡Oh mi señor! aunque mis ojos no hayan tenido el gusto de conocerte hasta ahora, vengo en primer lugar a pedirte perdón por no haber venido antes a saber de tu salud. ¡Y después he de enterarte de una cosa que te será desagradable, pero también traigo el remedio que te lo hará olvidar todo!"

Y Ben-Bekar, trémulo de emoción, le preguntó: "¡Por Alah! ¿Qué cosas más desagradables pueden sorprenderme ahora?" Y el joven joyero dijo: "Sabe, ¡oh mi señor! que he sido el confidente de tu amigo Abalhassan, y que nunca me ocultaba cuanto le ocurría. Y he aquí que hace tres días, Abalhassan, quien generalmente venía a verme todas las noches, ha desaparecido. ¡Y como sé que eres amigo suyo, vengo a preguntarte si sabes dónde está y por qué se ha marchado sin decir nada a sus amigos!"

Al oír estas palabras, el pobre Ben-Bekar llegó al límite más extremo de la palidez, de tal modo, que por poco pierde el conocimiento.

Al fin pudo decir: "¡Pues también para mí es nueva la noticia! ¡Ignoraba que se hubiera marchado Ben-Taher! ¡Pero si enviase a uno de mis esclavos a preguntar por él, acaso supiéramos la verdad!" Entonces ordenó a un esclavo: "Ve a casa de Abalhassan ben-Taher, y pregunta si está de viaje. Y en este caso que te digan adónde se marchó".

El esclavo salió en busca de noticias, y volvió al cabo de un rato, y dijo a su amo: "Los vecinos me han contado que Abalhassan se ha marchado a

Bassra. En aquella calle he encontrado a una joven que también preguntaba por Abalhassan, y que me ha dicho: "¿Eres de la servidumbre del príncipe Ben-Bekar?" y al contestarle afirmativamente, me ha dicho que tenía que comunicarte una cosa, y me ha acompañado hasta aquí". Entonces Ben-Bekar exclamó: "¡Que entre enseguida!"

Y a los pocos momentos entró la joven, y Ben-Bekar conoció a la confidente de Schamsennahar. La esclava se acercó, y después de las acostumbradas zalemas, le dijo al oído algunas palabras que le iluminaron y le ensombrecieron el semblante sucesivamente.

Entonces el joven joyero creyó oportuno pronunciar algunas palabras, y dijo: "¡Oh mi señor, y tú, joven esclava! sabed que Abalhassan, antes de partir, me ha revelado cuanto sabía, y me ha expresado todo su terror al pensar que el asunto pudiese llegar a descubrirlo el califa. Pero yo, que no tengo mujer, ni hijos, ni familia, estoy dispuesto con toda el alma a reemplazarle junto a vosotros, pues me han conmovido profundamente los pormenores que me ha referido acerca de vuestros amores desgraciados. Si aceptáis mis servicios, os juro por nuestro Santo Padre (¡sean con él la plegaria y la paz!) que os seré tan fiel como mi amigo Ben-Taher, pero más firme y constante. Y aunque no aceptarais mi ofrecimiento, no temáis que no sepa callar el secreto que se me ha confiado.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 161ª NOCHE

Ella dijo:

"...el secreto que se me ha confiado. Al contrario, si mis palabras han podido convenceros, no hay sacrificio al cual no esté dispuesto para seros grato, pues emplearé todos los medios que pueda para proporcionaros la satisfacción que deseáis, y hasta os ofrezco mi casa para que recibáis en ella, ¡oh mi señor! a la hermosa Schamsennahar".

Cuando el joven joyero hubo dicho estas palabras, el príncipe Alí sintió tal alegría que notó que las fuerzas le reanimaban el alma, e incorporándose besó al joyero, y le dijo: "¡Alah te ha enviado, ¡oh Amín! ¡Por eso me confío a ti enteramente y sólo espero mi salvación de tus manos!" Volvió a repetirle las gracias, y se despidió de él llorando de alegría.

Entonces el joyero se retiró con la joven. La condujo a su casa, y le dijo que en lo sucesivo allí tendrían sus entrevistas los dos, lo mismo que la que proyectaba entre el príncipe Alí y Schamsennahar. Y la joven, después de haber aprendido el camino de la casa, no quiso diferir por más tiempo el enterar a su ama de lo ocurrido. Prometió, pues, al joyero volver al día siguiente con la contestación de Schamsennahar.

Y efectivamente, al otro día llegó a casa de Amín, y le dijo: "¡Oh Amín! mi señora ha llegado al límite de la alegría al saber lo bien dispuesto que estás en nuestro favor! ¡Y me encarga que venga en tu busca para llevarte a sus aposentos de palacio, donde quiere darte personalmente las gracias por tu espontánea generosidad, y por tu interés hacia unas personas cuyos designios nada te obligaba a proteger!"

El joyero, al oír estas palabras, en vez de demostrar prisa por satisfacer el deseo de la favorita se sintió sobrecogido de un gran temblor, se puso muy pálido, y acabó por decir a la joven: "¡Oh hermana mía! ya veo que ni Schamsennahar ni tú habéis pensado bien el paso que me pedís. Olvidáis que soy un hombre del vulgo, y que carezco de la amistad que poseía Abalhassan con los eunucos de palacio.

Yo no conozco para nada las costumbres de esas gentes. ¿Cómo he de atreverme a marchar a palacio, cuando me asombraba el oír los relatos de las visitas de Abalhassan? ¡Me falta valor para desafiar ese peligro! ¡Pero puedes decirle a tu ama que mi casa es el sitio más a propósito para las entrevistas; y que si se digna venir, podremos conversar a gusto, sin riesgo alguno!"

Pero como la joven instase para que la siguiera, y hasta le había decidido a levantarse, le sobrecogió de pronto tal temblor que se le doblaban las piernas. Y entonces la esclava tuvo que ayudarle para que se sentase de nuevo, y le dio a beber un vaso de agua fresca a fin de que se tranquilizase.

Y cuando vio que era imprudente insistir, la esclava dijo: "¡Tienes razón! Mucho mejor es, en interés de todos, decidir a Schamsennahar a que venga aquí. Voy a intentarlo, y seguramente la traeré. ¡Aguárdanos sin moverte para nada!"

Y como lo había previsto, en cuanto la confidente manifestó a la favorita la imposibilidad en que se encontraba el joyero de ir a palacio, Schamsennahar se levantó, y envolviéndose en su gran velo de seda, siguió a su esclava, olvidando la debilidad que hasta entonces la había paralizado en los almohadones. La confidente fue la primera que entró en la casa para enterarse de si su señora se expondría a que la viesen los esclavos o gente extraña, y preguntó a Amín: "¿Habrás echado fuera a los criados?"

Y él contestó: "Vivo solo aquí, con una negra vieja que me arregla la casa". Ella dijo: "¡De todos modos, hay que evitar que entre aquí ahora!" Y ella misma fue cerrando todas las puertas, y corrió después a buscar a la favorita.

Schamsennahar entró, y a su paso las salas y corredores se llenaban milagrosamente con el perfume de sus vestidos. Y sin decir palabra ni mirar en derredor, fue a sentarse en el diván, y se apoyó en los cojines que el joven joyero se apresuraba a colocar detrás de ella. Y así permaneció inmóvil, durante un buen rato, muy débil y sin poder apenas respirar. Por fin, cuando hubo descansado de aquella larga caminata, pudo levantarse el velillo y despojarse del manto. Y el joven joyero, deslumbrado, creyó que el mismo sol había entrado en su casa. Schamsennahar le miró un instante y le preguntó al oído a la esclava: "¿Este es el joven de quién me has hablado?" Y cuando la esclava le contestó afirmativamente, la favorita dirigió un expresivo saludo al joyero.

Y éste contestó: "¡Loado sea Alah! ¡Plegue a Alah guardarte y conservarte como el perfume en el oro!"

Ella le preguntó: "¿Eres casado o soltero?" Él contestó: "¡Por Alah! ¡Soltero, o mi señora! Y no tengo padre, ni madre, ni pariente alguno. De modo que no tendré más ocupación que consagrarme a servirte; y tus menores deseos los pondré sobre mi cabeza y sobre mis ojos.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 162ª NOCHE

Ella dijo:

...y tus menores deseos los pondré sobre mi cabeza y sobre mis ojos. Sabe, además, que pongo por completo a tu disposición, para tus entrevistas con Ben-Bekar, una casa que me pertenece, en donde nadie habita, y que está situada enfrente de esta en que vivo. ¡Voy a amueblarla enseguida, para que os reciba dignamente y no os falte nada!"

Entonces Schamsennahar le dio expresivas gracias, y le dijo:

"¡Por Alah! mi destino es muy dichoso por haber tenido la suerte de encontrar un amigo tan adicto como tú! ¡Ahora me explico lo que vale la ayuda de un amigo desinteresado, y cuán delicioso es encontrar el oasis del reposo después del desierto de la tristeza! Cree que sabré demostrarte un día que conozco el precio de la amistad. ¡Mira a mi confidente, oh Amín! ¡Es joven, dulce y expresiva; pues te aseguro que a pesar de cuanto he de sentir separarme de ella, te la regalaré para que te haga pasar noches de luz y días de frescura!"

Y Amin miró a la joven, y le pareció que era muy agradable, en efecto, y que, además de ojos perfectamente hermosos, tenía unas nalgas absolutamente maravillosas.

Schamsennahar prosiguió: "¡Tengo en ella una seguridad ilimitada! ¡No temas confiarle cuanto te diga el príncipe Alí! ¡Y quiérela, porque tiene cualidades que refrescan el corazón!"

Y Schamsennahar, dichas estas cosas al joyero, se retiró seguida de su confidente, que se despidió de su nuevo amigo con una sonrisa.

Cuando se hubieron alejado, el joyero Amín corrió a su tienda y sacó todos los jarrones, todas las

copas cinceladas y todas las tazas de plata, y las llevó a la casa donde habían de verse los amantes. Después visitó a sus conocidos, y a unos les pidió prestadas alfombras, a otros almohadones de seda y a otros vajillas y bandejas. Y de esta suerte acabó por amueblar magníficamente la casa.

Después de ordenarlo todo, y cuando se hubo sentado un momento para contemplarlo, vio entrar a su amiga la joven confidente de Schamsennahar. Esta se le acercó meneando gentilmente las caderas, y le dijo después de las zalemas: "¡Oh Amín! mi ama te envía su saludo de paz, y te repite las gracias, y te dice que ya está consolada del todo. Me encarga además que avises a su amante de que el califa ha marchado del palacio y que ella podrá venir aquí esta noche. Avisa, pues, al príncipe Alí, y estoy segura de que esta noticia acabará de restablecerle y le devolverá las fuerzas y la salud".

Dichas estas palabras, la joven se sacó del seno una bolsa llena de dinares y se la alargó a Amín, diciéndole: "Mi ama te ruega que gastes todo lo que sea, sin escatimar nada". Pero Amín rechazó la bolsa, diciendo: "¿Valgo tan poco a los ojos de tu dueña, ¡oh joven esclava! que quiera recompensarme con ese oro? Dile que Amín está pagado de sobra con el oro de sus palabras y la mirada de sus ojos". Entonces la joven se guardó la bolsa, muy satisfecha por el desinterés demostrado por Amín, y corrió a contárselo a Schamsennahar, y a avisarle que todo estaba preparado. Después la ayudó a bañarse, peinarse, perfumarse y vestirse con sus mejores ropas.

Por su parte, el joyero Amín fue a avisar al príncipe Alí Ben. Bekar, después de haber colocado flores frescas en los jarrones y llenado las bandejas con manjares de todas clases, pasteles, dulces y bebidas, y colocado ordenadamente junto a la pared los laúdes, guitarras y demás instrumentos.

Entró en casa del príncipe Alí, a quien encontró más animado con la esperanza que había infundido en su corazón. Y la alegría del joven fue muy grande al saber que dentro de poco iba a ver a la amada, causante de sus lágrimas y de su dicha. Y desaparecieron todas sus penas y pesares, y su rostro se iluminó enseguida, adquiriendo mayor gentileza y más simpática dulzura.

Y por su parte, Amín le ayudó a vestirse el traje más magnífico, y después, sintiéndose tan fuerte como si nunca hubiera estado a las puertas de la tumba, emprendió con el joyero el camino de la casa. Cuando entraron en ella, Amín se apresuró a invitar al príncipe a sentarse, y le colocó detrás de la espalda unos almohadones muy blandos, y a su lado, a derecha e izquierda, unas hermosas vasijas de cristal llenas de flores, y le puso entre los dedos una rosa. Y ambos, departiendo tranquilamente, aguardaron la llegada de la favorita.

Apenas habían transcurrido unos instantes, llamaron a la puerta y Amín corrió a abrir, y volvió en el acto seguido de dos mujeres, una de las cuales iba completamente envuelta en un tupido izar de seda negra.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 163ª NOCHE

Ella dijo:

...dos mujeres, una de las cuales iba completamente envuelta en un tupido izar de seda negra. Y era la hora del llamamiento a la oración, en los alminares, al ponerse el sol. Y cuando afuera la voz extática de los muezines invocaba las bendiciones de Alah sobre la tierra, Schamsennahar se levantó el velo ante los ojos de Ben-Bekar.

Y al verse ambos amantes, cayeron desvanecidos, y tardaron como una hora en reponerse. Cuando por fin abrieron los ojos, se miraron silenciosa y largamente, sin llegar a poder expresar de otro modo su pasión. Y cuando tuvieron bastante dominio de sí mismos para poder hablar, se dijeron palabras tan dulces, que la esclava y el joven Amín no pudieron menos de llorar en su rincón.

Pero no tardó el joyero en suponer que era hora de servir a sus huéspedes, y ayudado por la esclava se apresuró a llevarles en primer lugar los perfumes agradables, que los prepararon para probar las viandas, las frutas y las bebidas, que eran abundantes y de primera calidad. Después Amín les echó agua en las manos, y les alargó las toallas de flecos de seda. Y entonces, completamente repuestos de su emoción, pudieron empezar a disfrutar realmente de la dicha de verse reunidos. Y Schamsennahar dijo a la esclava: "¡Dame ese laúd, para que cante la pasión inmensa que grita dentro de mi alma!" Y la confidente le presentó el laúd, que Schamsennahar se puso en las rodillas, y después de haberle templado rápidamente, preludió una melodía. Y el instrumento, manejado por sus dedos, sollozaba y reía, como si hablase su alma, extasiando a todos. Y con la mirada perdida en los ojos de su amigo, Schamsennahar cantó:

¡Oh cuerpo mío de enamorada, te has hecho diáfano al esperar al muy amado! ¡Pero ya está aquí! ¡El ardor de mis mejillas, bajo las lágrimas se endulza con la brisa de su llegada! j

¡Oh noche bendita al lado de mi amigo, das a mi corazón más dulzura que todas las noches de mi destino!

¡Oh noche que aguardaba! ¡Mi muy amado me enlaza con su brazo derecho y yo con el izquierdo le envuelvo alegre!

¡Le envuelvo, y con mis labios aspiro el vino de su boca, mientras sus labios me vacían por completo! ¡Así me apodero de la colmena y de toda la miel!

Cuando oyeron este canto, sintieron los tres un goce tan grande, que gritaron desde el fondo de su pecho: "¡Ya leil! ¡Ya salam! ¡Estas son las palabras deliciosas!"

Después el joyero Amín, suponiendo que su presencia ya no era necesaria, y en el colmo del placer al ver a los dos amantes uno en brazos del otro, se decidió a dejarlos solos en la casa para no exponerse a molestarlos, y se retiró discretamente. Emprendió el camino de su casa, y con el ánimo completamente tranquilo se acostó pensando en la felicidad de sus amigos y durmió hasta por la mañana.

Pero al despertarse vio delante de él a su esclava negra, con la cara trastornada por el espanto. Y cuando abría la boca para preguntarle lo que le había pasado, la negra le señaló con silencioso ademán a un vecino que estaba a la puerta aguardando que despertase.

El vecino se acercó a una señal de Amín, y después de saludarle le dijo: "¡Oh mi vecino, vengo a consolarte por la espantosa desgracia que ha caído esta noche sobre tu casa!" El joyero exclamó: "¡Por Alah! ¿De qué desgracia hablas?" Y el hombre dijo: "Puesto que no te has enterado todavía, sabe que esta noche, apenas habías vuelto a tu casa, unos ladrones cuya primera hazaña no debe de ser ésta, y que probablemente te habrían visto la víspera trasladar a tu segunda casa cosas preciosas, han aguardado que salieras para precipitarse dentro de la casa, donde no pensaban encontrar a nadie; pero vieron a unos huéspedes que había alojado allí esta noche, y probablemente los habrán matado y hecho desaparecer, pues no se ha podido dar con sus huellas. En cuanto a la casa, los ladrones la han saqueado por completo, sin dejar ni una estera ni un almohadón. ¡Y está ahora más limpia y vacía que nunca!"

Al oír esto, el joven Amín levantó los brazos lleno de amargura: "¡Qué desgracia tan grande! ¡Mis bienes y todos los objetos que me habían prestado los amigos se han perdido sin remisión, pero esto no vale nada comparado con la pérdida de mis huéspedes!"

Y enloquecido, descalzo y en camisa, corrió a su segunda casa, seguido de cerca por el vecino, que trataba de consolarle. ¡Y vio, efectivamente, que las habitaciones resonaban como cosa vacía! Entonces se desplomó llorando, prorrumpiendo en suspiros, y luego exclamó: "¿Y qué haré ahora, vecino?"

El vecino contestó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta como siempre.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 164ª NOCHE

Ella dijo:

El vecino contestó: "Creo, Amín, que el mejor partido es tomar la desgracia con paciencia y aguardar la captura de los ladrones, que tarde o temprano serán habidos, pues los guardias del gobernador andan buscándolos, no sólo por este robo, sino por otras fechorías que han perpetrado hace poco tiempo. Y el pobre joyero exclamó: "¡Oh, Abalhassan Ben-Taher, prudente varón! ¡Qué buena idea tuviste al retirarte tranquilamente a Bassra! ¡Pero lo que está escrito ha de ocurrir!" Y Amín volvió a emprender tristemente el camino de su casa, en medio del gentío que había averiguado toda la historia, y se compadecía de él al verle pasar.

Y al llegar a la puerta de su casa, el joyero Amín vio en el vestíbulo a un hombre que no conocía, y le aguardaba. Y el hombre, al verle, se levantó y le deseó la paz, y Amín le devolvió el saludo.

Entonces el hombre dijo: "¡Tengo que decirte algunas palabras secretas, que sólo debemos oír los dos!" Y Amín quiso llevarle a su aposento pero el hombre le dijo: "¡Vale más que estemos completamente solos, conque vámonos a tu segunda casa!"

Y Amín, pasmado, le preguntó: "Pero ¿cómo es que no te conozco, y tú me conoces a mí, y sabes que tengo dos casas?" El desconocido se sonrió y dijo: "Ya te lo explicaré todo. ¡Y si Alah quiere, contribuiré a consolarte!" Entonces Amín salió con el desconocido, y llegó a la segunda casa, pero allí su acompañante hizo observar a Amín que los ladrones habían echado la puerta abajo, y por consiguiente, no se podía estar allí libre de indiscretos.

Después dijo: "¡Sígueme y te llevaré a un sitio que conozco!"

Entonces el hombre echó a andar, y Amín fue detrás de él, siguiéndole de una calle a otra calle, de un zoco a otro zoco, de una puerta a otra puerta, hasta el anochecer. Entonces, como hubieran llegado hasta el Tigris, el hombre desconocido dijo: "¡Indudablemente estaremos más seguros en la otra orilla!"

Y enseguida se les acercó un barquero, salido no se sabe de dónde, y antes de que Amín pudiera enterarse, estaba ya con el otro en la barca, y en unos vigorosos golpes de remo se vieron en la orilla opuesta. El desconocido ayudó a Amín a saltar a tierra, cogiéndole de la mano, lo guio a través de unas calles angostas, y el joyero, muy intranquilo, pensaba: "¡En mi vida he puesto aquí los pies! ¿Qué aventura será esta aventura?"

Llegaron ante una puerta toda de hierro, y el desconocido, sacando del cinturón una enorme llave enmohecida, la metió en la cerradura, que rechinó terriblemente, y la puerta se abrió. El desconocido entró con el joyero, y después cerró la puerta. Y se hundieron por un corredor, que había que recorrer andando a gatas; y al final del corredor encontraron una sala que estaba alumbrada por una sola lámpara colgada en el centro. Y alrededor de aquella lámpara vio Amín sentados e inmóviles a diez hombres vestidos de igual manera, y de caras tan parecidas e idénticas, que creíase ver un solo rostro repetido diez veces en espejos.

Al verlos, Amín, que estaba ya rendido por lo que había andado desde por la mañana, se sintió completamente desvanecido, y cayó al suelo. Entonces el hombre que lo había traído le roció con un poco de agua, y de tal modo lo reanimó. Después, como ya estaba puesta la mesa, los diez hombres iguales se dispusieron a comer, no sin haber invitado a Amín a compartir su cena, todos con la misma voz. Y Amín, viendo que los diez comían de los mismos platos, dijo para sí: "¡Si esto estuviera envenenado no lo comerían!"

Y a pesar de su terror, se acercó y comió hasta saciarse, como hambriento que estaba desde por la mañana.

Terminada la comida, la misma voz una y décuple le preguntó: "¿Nos conoces?"

Él contestó: "¡No, por Alah!" Los diez dijeron: "Somos los ladrones que esta noche pasada hemos saqueado tu casa y raptado a tus huéspedes, al joven y a la muchacha que cantaba. ¡Pero desgraciadamente, la criada logró salvarse huyendo por la azotea!"

Entonces Amín exclamó: "¡Por Alah sobre todos vosotros! ¡Señores míos, por favor, indicadme el lugar en que se encuentran mis dos huéspedes! ¡Y confortad mi alma atormentada, hombres generosos que habéis saciado mi hambre! ¡Y Alah os deje gozar en paz de cuanto me habéis quitado! ¡Dejadme ver a mis amigos!"

Entonces los ladrones alargaron el brazo, todos al mismo tiempo hacia una puerta cerrada y dijeron: "¡No temas ya por su suerte! ¡Más seguros están con nosotros que en casa del gobernador, y tú, por supuesto, lo mismo! ¡Sabe, efectivamente, que no te hemos traído aquí más que para que nos digas la verdad acerca de estos dos jóvenes, cuyo hermoso aspecto y noble actitud nos han pasmado tanto que no nos hemos atrevido a interrogarlos apenas hemos adivinado con quién teníamos que habérnoslas!" Entonces el joyero Amín se tranquilizó mucho, y no pensó más que en granjearse todas las simpatías de los ladrones, y les dijo: "¡Oh señores míos, bien claro veo ahora que si la compasión y la urbanidad llegaran a desaparecer de la tierra, se encontrarían intactas en vuestra casa. ¡Y no menos claro veo asimismo que cuando se trata con personas tan de fiar y tan generosas como vosotros, el mejor medio y el más seguro para captarse su confianza es no ocultarles nada de la verdad! ¡Escuchad, pues, mi historia y la suya, pues es asombrosa hasta el último límite de todos los asombros!"

Y el joyero Amín contó a los ladrones toda la historia de Shamsennahar y Alí ben-Bekar, y sus relaciones con ellos, sin olvidar un detalle, desde el principio hasta el fin. ¡Pero no es necesario repetirla!

Cuando los ladrones hubieron oído la extraña historia, quedaron en efecto extremadamente asombrados, y exclamaron: "¡Verdaderamente es un gran honor para nuestra casa albergar en este momento a la bella Schamsennahar y al príncipe Alí ben-Bekar! Pero, ¡oh joyero! ¿de veras no te burlas de nosotros? ¿Son realmente ellos?" Y Amín exclamó: "¡Por Alah, ¡oh señores míos! ellos son, absolutamente, con sus propios ojos!" Entonces los ladrones se levantaron como un solo hombre, y abrieron la puerta consabida, e hicieron salir al príncipe Alí y Schamsennahar, disculpándose mil veces, y diciéndoles: "¡Os suplicamos que nos perdonéis lo inconveniente de nuestra conducta, pues en realidad lao podíamos suponer que íbamos a capturar personas de vuestra categoría en casa del joyero!"

Después se volvieron hacia Amín y le dijeron: "¡Y a ti te devolveremos enseguida los objetos preciosos que te hemos arrebatado, y sentimos muchos no poder devolverte también los muebles, porque los hemos dispersado, haciendo que lo vendan en varios sitios y en pública subasta!"

"Y la verdad es que se apresuraron a devolverme los objetos preciosos envueltos en un paquete grande; y yo, olvidándolo todo, no dejé de darles mil gracias por su generosidad.

Entonces nos dijeron a los tres: "Ahora ya no queremos teneros más aquí, como no deseéis honrarnos con vuestra presencia entre nosotros". Y enseguida se pusieron a nuestra disposición, haciéndonos prometer únicamente no delatarlos y olvidar los desagradables ratos pasados.

"Nos llevaron, pues, a la orilla del río, y todavía no pensábamos en comunicarnos nuestras inquietudes, pues el temor aún nos tenía sin aliento, y nos inclinábamos a creer que todos aquellos sucesos ocurrían en sueños. Después, con grandes señales de respeto, los diez nos ayudaron a meternos en su barca, y se pusieron todos a remar con tal vigor, que en un abrir y cerrar de ojos llegamos a la otra orilla. Pero apenas habíamos desembarcado, ¡cuál no sería nuestro terror al vernos cercado de pronto por los guardias del gobernador, y capturados inmediatamente! Los ladrones, como se habían quedado en la barca, tuvieron tiempo de ponerse fuera de alcance a fuerza de remos.

"Entonces el jefe de los guardias se nos acercó, y nos preguntó con voz amenazadora: "¿Quiénes sois y de dónde venís?"

Sobrecogidos de miedo, nos quedamos mudos, lo cual acrecentó aún más la desconfianza del jefe de los guardias, que nos dijo: "¡Me vais a contestar categóricamente, o en el acto os mando atar de pies y manos, y se os llevarán mis hombres! ¡Decidme, pues, en dónde vivís, en qué calle y en qué barrio! “Entonces, queriendo salvar a toda costa la situación, comprendí que debía hablar, y respondí: "¡Oh señor! somos músicos, y esta mujer es cantora de oficio. Esta noche estábamos en una fiesta que reclamaba nuestro concurso en la casa de esas personas que nos han traído hasta aquí. ¡Pero no podemos deciros le nombre de esas personas, pues en nuestro oficio no solemos enterarnos de tales pormenores, y nos basta sólo con que nos paguen bien!"

Pero el jefe de los guardias me miró severamente, y me dijo: "¡No tenéis mucha traza de cantantes, y me parecéis muy aterrados e inquietos para ser personas que acaban de salir de una fiesta! Y vuestra compañera, con tan buenas alhajas, tampoco tiene trazas de almea. ¡Hola! ¡Guardias, coged a esta gente y llevadla enseguida a la cárcel!"

Al oír estas palabras Schamsennahar se decidió a intervenir personalmente, y acercándose al jefe de los guardias, le llamó aparte y le dijo al oído algunas palabras, que le hicieron tal efecto, que retrocedió unos pasos y se inclinó hasta el suelo, balbuciendo fórmulas respetuosísimas de homenaje. Y enseguida dio orden a su gente de que acercara dos embarcaciones, y ayudó a Schamsennahar a entrar en una mientras me introducía en otra con el príncipe Ben-Bekar. Después mandó a los barqueros que nos llevaran adonde les mandáramos ir. Y enseguida cada barca siguió diferente dirección: Schamsennahar hacia su palacio, y nosotros hacia nuestro barrio.

"En cuanto a nosotros, apenas habíamos llegado a casa del príncipe, cuando le vi, sin fuerzas ya y extenuado por tan continuas emociones, desplomarse sin conocimiento en brazos de sus servidores y de las mujeres de la casa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 165ª NOCHE

Ella dijo:

...sin conocimiento en brazos de sus servidores y de las mujeres de la casa. Porque, según me dio a entender por el camino, después de lo que había pasado, perdía toda esperanza de tener otra entrevista con su amiga Schamsennahar.

"Entonces, mientras las mujeres y los servidores se ocupaban en hacer volver al príncipe de su desmayo, su familia se figuró que yo debía de ser el causante de todas aquellas desgracias que no entendían, y quiso obligarme a darle toda clase de pormenores.

Pero yo me guardé muy bien de explicarles nada. Y les dije: "¡Buena gente, lo que le ocurre al príncipe es tan extraordinario, que él es el único que os lo puede contar!"

Y afortunadamente para mí, el príncipe recobró el conocimiento en aquel instante, y sus parientes ya no se atrevieron a insistir en el interrogatorio delante de él. Y yo, temiendo nuevas preguntas, y ya algo tranquilo respecto al estado de Ben-Bekar, cogí mi paquete y me fui a toda prisa hacia mi casa.

"Al llegar encontré a la negra que daba gritos agudísimos y desesperados y se abofeteaba, y todos los vecinos la rodeaban para consolarla de mi perdición, que se creía segura. Así es que al verme, la esclava se echó corriendo a mis pies, y quiso también someterme a un nuevo interrogatorio. Pero yo puse término a todo esto diciéndole que por lo pronto no tenía más que ganas de dormir; y me dejé caer, extenuado, en los colchones, y poniendo la cara en la almohada dormí hasta el otro día.

"Entonces la negra se me acercó y me hizo preguntas, y yo le dije: "Dame un buen tazón lleno". Me lo trajo, me lo bebí de un sorbo, y como la negra insistía, le dije: "¡Ha sucedido lo que ha sucedido! ". Entonces se fue. ¡Y yo me volví a dormir, y aquella vez no me desperté hasta pasados dos días y dos noches!

"Y cuando pude incorporarme, me dije: "¡La verdad es que tengo que ir a tomar un baño al hammam!" Y fui enseguida, aunque seguía muy preocupado con la situación de Ben-Bekar y Schamsennahar, de quienes nadie me había traído noticias. Fui pues, al hammam, en donde tomé mi baño, y me dirigí enseguida hacia mi tienda; y cuando sacaba la llave del bolsillo para abrir la puerta, una mano me tocó en el hombro, y una voz me dijo: "¡Ya Amín!" Entonces me volví, y conocí a mi joven amiga, la confidente de Schamsennahar.

"Pero en vez de alegrarme al verla, sentí un miedo atroz de que me vieran los vecinos en conversación con ella, pues todos sabían que era la confidente de la favorita. Me apresuré a meterme la llave en el bolsillo, y sin volver la cara eché a correr, completamente enloquecido, sin hacer caso de las voces de la joven, que corría detrás de mí, rogándome que me parara. Y así llegué hasta la puerta de una mezquita solitaria, me precipité dentro, después de haber dejado a la puerta las babuchas, me dirigí hacia el rincón más oscuro, y adopté enseguida la actitud de la oración. Entonces, más que nunca, pensé en lo grande que había sido la cordura de mi antiguo amigo Abalhassan benTaher, que había huido de todas aquellas complicaciones, retirándose tranquilamente a Bassra. Y pensé para mis adentros: "¡Como Alah me saque sano y salvo, hago voto de no volverme a meter en semejantes trances, ni a hacer tales papeles!".

"Apenas estaba en aquel rincón oscuro cuando se me unió...

En este momento de su narración, Schehrazada, vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 166ª NOCHE

"Apenas estaba en aquel rincón oscuro, cuando se me unió la confidente, y ya entonces me decidí a hablar con ella, puesto que no teníamos testigos. Empezó por preguntarme: "¿Cómo estás, amigo Amín?"

Le contesté: "Perfectamente de salud. ¡Pero prefiero la muerte a esta constante inquietud en que vivimos!"

"Ella prosiguió: "¿Qué dirías si conocieras el estado en que se halla mi pobre señora?" ¡Ah! ¡Ya rabbi! ¡Me desmayo sólo con recordar el momento en que la vi regresar a palacio! ¡Yo pude llegar antes, huyendo de azotea en azotea, y tirándome al suelo desde la última casa! ¡Si la hubieras visto llegar! ¿Quién habría podido creer que aquella cara tan pálida como la de un cadáver desenterrado era la de Schamsennahar, la luminosa? Así es que al verla rompí en sollozos, echándome a sus pies y besándoselos. Ella me mandó entregar al barquero mil dinares de oro por su trabajo, y después le abandonaron las fuerzas y cayó desmayada en nuestros brazos. La llevamos a la cama, y empecé a rociarle el rostro con agua de flores; le sequé los ojos, le lavé pies y manos, y la mudé de ropa. Entonces tuve la alegría de verla volver en sí, y le di enseguida un sorbete de rosa, le hice oler jazmines, y le dije: "¡Oh mi señora, por Alah sobre ti! ¿Adónde iremos a parar si seguimos así?"

Ella contestó: "¡Oh mi fiel confidente! ¡Ya no hay en la tierra nada que me invite a la vida! Pero antes de morir quiero tener noticias de mi amado. ¡Ve, pues, a buscar al joyero Amín, y llévale estas bolsas llenas de oro, y ruégale que las acepte en compensación de los daños y perjuicios que le ha causado nuestra aventura!"

"Y la confidente me alarg5 un paquete muy pesado que llevaba y que debía contener más de 5.000 dinares de oro, de lo cual, efectivamente, pude cerciorarme más adelante.

Después prosiguió: "¡Schamennahar me ha encargado después que te pida, como última súplica, que nos des noticias, sean buenas o malas, del príncipe Alí!"

No pude negarle lo que me pedía como un favor, y a pesar de mi firme resolución de no meterme más en aquella aventura peligrosa, dije que aquella noche en mi casa le facilitaría noticias sobre el príncipe. Y después de rogar a la joven que fuese a mi tienda para dejar el paquete, salí de la mezquita y me dirigí a casa del príncipe Alí benBekar.

Y allí me enteré de que todos, mujeres y servidores, me estaban aguardando hacía tres días, y no sabían cómo hacer para tranquilizar al príncipe Alí, que me reclamaba sin cesar, exhalando hondos suspiros. Y le encontré con los ojos casi apagados, y con más aspecto de muerto que de vivo. Entonces me acerqué a él con lágrimas en los ojos, y le estreché contra mi pecho...

En este momento de 'su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 167ª NOCHE

Ella dijo:

"...y le estreché contra mi pecho y le dije muchas cosas para consolarlo un poco, pero no lo pude conseguir, y me dijo: "¡Oh Amín, como sé que mi alma va a escaparse, deseo antes de morir dejarte una muestra de gratitud!" Y ordenó a sus esclavos: "¡Traed tal y cual cosa!". Y enseguida los esclavos se apresuraron a traer toda clase de objetos preciosos, vasijas de oro y plata, alhajas de mucho valor. Y me dijo: "¡Te ruego que aceptes esto en sustitución de lo que te han robado!"

Y mandó a los esclavos que transportaran todo a mi casa. Enseguida dijo: "¡Sabe, amigo mío, que en este mundo todas las cosas tienen un fin! ¡Desdichado de quien no alcanza su fin en el amor, pues no le queda más que la muerte! ¡Y si no fuera por mi respeto a la ley del Profeta (¡sea con él la paz!), ya habría yo apresurado el momento de esa muerte, que comprendo que se aproxima! ¡Si supieras los sufrimientos que se ocultan bajo de mis costillas! ¡No creo que haya hombre que haya sufrido tantos dolores como los que llenan mi corazón!"

"Entonces le dije que la confidente me aguardaba en casa para saber noticias suyas, enviada con tal objeto por Schamsennahar. Y fui en busca de la joven para contarle la desesperación del príncipe, y que presentía su fin, y dejaría la tierra sin más pesar que el de verse separado de su amada.

"A los pocos momentos de llegar a mi casa vi entrar a la confidente llena de emoción y de trastorno, y de sus ojos brotaban abundantes lágrimas.

Y yo, cada vez más alarmado, le pregunté: "¡Por Alah! ¿Qué pasa ahora? ¿Puede haber algo peor que lo que nos ha ocurrido?"

Ella me contestó temblando: "¡Ya nos ha caído encima lo que tanto temíamos! ¡Estamos perdidos sin remedio, desde el primero hasta el último! El califa se ha enterado de todo y he aquí lo ocurrido. A consecuencia de la indiscreción de una de sus esclavas, el jefe de los eunucos entró en sospechas, y empezó a interrogar una por una a todas las doncellas de Schamsennahar. Y a pesar de sus negativas, dio con la pista y lo descubrió todo. Enteró inmediatamente al califa, que mandó llamar a la favorita, ordenando que la acompañaran, contra su costumbre, veinte eunucos de palacio. ¡De modo que todas estamos en el límite del espanto! ¡Y yo he podido zafarme un momento para avisarte del peligro que nos amenaza! ¡Ve, pues, a prevenir al príncipe que tome las precauciones necesarias!"

Y dicho esto, la joven regresó corriendo a palacio.

Entonces el mundo se ennegreció ante mis ojos, y exclamé: "¡No hay poder ni hay fuerza más que en Alah el Altísimo y Omnipotente!" ¿Qué otra cosa podía decir frente al Destino? Resolví volver a la casa del príncipe, aunque hacía pocos momentos que lo había dejado; y sin darle tiempo a pedirme ninguna explicación, le grité: "¡Oh Alí, no tienes más remedio que seguirme, o te espera la muerte más ignominiosa! ¡El califa lo sabe todo, y a estas horas habrá ordenado prenderte! ¡Alejémonos, sin perder un momento, y traspongamos las fronteras de nuestro país, fuera del alcance de quienes te buscan!"

Y enseguida, en nombre del príncipe, mandé a los esclavos que cargaran tres camellos con los objetos más valiosos y con víveres suficientes para el camino. Ayudé al príncipe a montar en otro camello, en el cual también monté yo detrás de él. Y en cuanto el príncipe se despidió de su madre nos pusimos en camino, tomando el del desierto...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta, como siempre.

Y CUANDO LLEGÓ LA 168ª NOCHE

Ella dijo:

"...nos pusimos en camino, tomando el del desierto.

"Pero toda cosa que está escrita debe ocurrir, ¡los destinos, bajo un cielo u otro, han de cumplirse! ¡Y efectivamente, nuestras desdichas habían de continuarse, porque huyendo de un peligro, nos arrojábamos a otro mayor todavía!

"He aquí que al anochecer, mientras íbamos por el desierto y encaminándonos hacia un oasis, cuyo alminar sobresalía entre las palmeras, vimos surgir de pronto a nuestra izquierda, una cuadrilla de bandoleros, que en un momento nos cercaron. Y como sabíamos muy bien que el único medio para salvar la vida era no intentar resistencia alguna, nos dejamos desarmar y despojar. ¡Los bandidos nos quitaron las bestias con toda la carga, y hasta nos arrebataron la ropa que llevábamos encima, sin dejarnos más que la camisa! Hecho lo cual se alejaron, sin ocuparse más de nuestra suerte.

Mi pobre amigo el príncipe no era más que una cosa entre mis manos, pues lo habían aniquilado por completo tantas emociones repetidas. De todos modos, le pude ayudar a arrastrarse poco a poco hasta la mezquita que había en el oasis, y entramos allí para pasar la noche. El príncipe se arrojó al suelo y me dijo: "¡Aquí voy a morir, ya que Schamsennahar no debe de estar viva a estas horas!"

En la mezquita estaba rezando un hombre que, al acabar sus devociones, nos miró un instante, se nos acercó, y nos dijo con bondad: "¡Oh jóvenes! ¿sin duda sois forasteros y venís a pasar la noche aquí?" Le contesté: "¡Oh, jeique, somos unos forasteros a quienes los bandidos del desierto acaban de despojar por completo, sin dejarnos más bienes que la camisa que llevamos encima!"

"Al oír estas palabras, el anciano nos manifestó mucha compasión, y nos dijo: "¡Oh jóvenes, aguardad unos momentos y seré con vosotros, ¡" Salió para volver enseguida, acompañándole un muchacho que llevaba un paquete. El jeique sacó de allí unos trajes, y nos rogó que nos los pusiéramos, y después dijo: "¡Venid a mi casa, donde estaréis mejor que en esta mezquita, pues debéis de tener hambre y sed!" ¡Y nos obligó a acompañarle a su casa, a la cual no llegó el príncipe más que para tenderle sin aliento en una alfombra! Y entonces, a lo lejos, como si viniera con la brisa que soplaba por el oasis a través de las palmeras, se dejó oír la voz de alguna pobre que cantaba plañideramente estos versos tristes:

¡Lloraba yo al ver aproximarse el fin de mi juventud! ¡Pero sequé pronto aquellas lágrimas, para no llorar más que la separación de mi amigo!

¡Si el momento de la muerte le parece amarga a mi alma, no es porque sea duro dejar una vida de amarguras, sino por irse lejos de los ojos del amigo!

¡Ah! ¡Si yo hubiera sabido que el momento de la despedida estaba tan próximo, y que me vería privada para siempre de mi amigo, me habría llevado, como provisión para el camino, algo del contacto de sus ojos adorados!

"Apenas Alí ben-Bekar había empezado a oír aquel canto, levantó la cabeza y se puso a escuchar como fuera de sí. Y cuando la voz se extinguió le vimos volver a caer de pronto exhalando un hondo suspiro. Había expirado.

En este momento de la narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 169ª NOCHE

Ella dijo:

"...le vimos volver a caer de pronto exhalando un hondo suspiro. Había expirado.

Al ver aquello, el anciano y yo rompimos a llorar, y nos pasamos así toda la noche; y le conté entre lágrimas esta triste historia. Y al llegar la mañana le confié el cadáver hasta que la familia, avisada por mí, fuera a buscarlo. Me despedí de aquel hombre tan bueno, y me dirigí rápidamente a Bagdad, aprovechando la salida de una caravana que allá se dirigía. Y en cuanto llegué, corrí a casa del príncipe, sin mudarme siquiera de ropa, y me presenté a su madre.

"Cuando la madre de ben-Bekar me vio llegar solo, sin su hijo, y observó mi tristeza, empezó a temblar, y yo le dije: "¡Oh venerable madre de Alí, Alah es el que manda, y la criatura tiene que someterse! ¡Cuando se dirige a un alma el escrito de llamada, el alma tiene que presentarse sin demora delante de su amo!"

"Al oír esto la madre de Alí exhaló un gran grito, y cayendo de bruces al suelo, exclamó: "¡Qué horror! ¿Habrá muerto mi hijo?"

Yo bajé los ojos sin poder pronunciar una palabra. Y vi cómo la pobre madre, ahogada por los sollozos, se desmayaba. Y me puse a llorar todas las lágrimas de mi corazón, mientras las mujeres llenaban la casa con sus lamentos.

Cuando por fin pudo oírme la madre de Alí, le conté los pormenores de la muerte, y le dije: "¡Reconozca Alah lo grande de tus méritos, ¡oh madre de Alí! y te remunere con sus beneficios y su misericordia!"

Entonces ella me preguntó: "¿Pero no ha dejado ningún encargo para que me lo transmitieras?" Yo contesté: "¡Me dijo que si moría era su mayor deseo que lo transportaran a Bagdad!" La madre del príncipe volvió a romper en llanto, desgarrándose los vestidos, y dijo que inmediatamente iría con una caravana para recoger el cadáver de su hijo.

"Y dejándola entregada a sus preparativos de marcha, regresé a mi domicilio, pensando: "¡Oh, príncipe Alí, desventurado amante! ¡Qué lástima que tu juventud haya sido segada en su más hermosa floración!"

"Y al llegar a mi casa, cuando eché mano al bolsillo para sacar la llave, me tocaron en el brazo; me volví, y vi a la confidente de Schamsennahar vestida de luto, y con cara muy triste. Quise escaparme, pero la joven me obligó a entrar en casa con ella. Y sin hablarnos rompimos a llorar uno y otro. Después le dije: "¿Ya sabrás la desgracia?" Ella respondió: "¿A cuál te refieres, Amín?" Yo le dije: "¡La muerte del príncipe Alí!" Y al verla llorar de nuevo comprendí que nada sabía, y la enteré en medio de grandes sollozos.

"Después ella me preguntó: "¿Y tú conoces mi desgracia?" Yo exclamé: "¿Habrá perecido Schamsennahar por orden del califa?" Ella contestó: "Schamsennahar ha muerto, pero no como supones. ¡Oh desventurada señora mía!" Y rompió a llorar, hasta que por fin me dijo: "¡Escúchame, Amín!"

"Cuando Schamsennahar llegó acompañada por los veinte eunucos a presencia del califa, éste despidió a todo el mundo, se acercó a ella, la mandó sentar junto a él, y con voz llena de bondad le dijo: "¡Oh Schamsennahar! ¡tienes enemigos en palacio, y estos enemigos han querido calumniarte deformando tus actos y presentándomelos bajo un aspecto indigno de ti y de mí! ¡Sabe que te quiero más que nunca, y para probarlo ante todo el palacio he dado órdenes de que se aumente tu tren de casa, y el número de tus esclavos, y los gastos tuyos! ¡Te ruego, por lo tanto, que abandones esa aflicción que me aflige también a mí! ¡Y para distraerte, voy a llamar a las cantarinas de palacio, y disponer que traigan bandejas cargadas de frutas y bebidas!"

Inmediatamente entraron las tañedoras de instrumentos y las cantarinas. Los esclavos vinieron cargados con grandes bandejas repletas de apetitoso contenido. Y cuando todo estuvo dispuesto, el califa, sentado al lado de Schamsennahar, que a pesar de tanta bondad se sentía cada vez más débil, mandó a las cantarinas que empezaran. Y una de ellas, al son de los laúdes, pulsados por los dedos de sus compañeras, prorrumpió en este canto:

¡Oh lágrimas, hacéis traición a los secretos de mi alma, no dejando que guarde para mí sola un dolor cultivado en silencio! ¡He perdido al amigo amado por mi corazón!

Al oír esto, Schamsennahar, exhaló un gran suspiro, y cayó de espaldas. El califa, afectadísimo, se inclinó hacia ella rápidamente, creyéndola desmayada, ¡pero la levantó muerta!

"Entonces tiró la copa que tenía en la mano, derribó las bandejas, y mientras dábamos gritos espantosos nos mandó salir a todas ordenando que rompiéramos las guitarras y los laúdes de la fiesta. Yo fui la única a quien permitió que permaneciera en el salón. El emir se colocó a Schamsennahar en las rodillas, y así estuvo llorando toda la noche, mandándome que no dejase entrar a nadie.

"A la mañana siguiente confió el cuerpo a las plañideras y lavadoras, y mandó que se le hicieran funerales de mujer legítima, y todavía más grandiosos. Después se encerró en sus habitaciones, y desde entonces no se le ha vuelto a ver en el salón de justicia".

"Por mi parte lloré con la joven la muerte de Schamsennahar, y ambos nos pusimos de acuerdo para que Alí ben-Bekar fuera enterrado al lado de Schamsennahar. Y aguardamos el regreso de la madre, y cuando regresó, tributamos al cadáver del príncipe unos fastuosos funerales, y logramos que se le sepultara al lado de la tumba de Schamsennahar.

"Y desde entonces yo y la joven confidente, que llegó a ser mi esposa, visitamos las dos tumbas, para llorar por los amantes, de quienes habíamos sido tan amigos".

Y tal es, ¡oh rey afortunado! -prosiguió Schehrazada- la historia conmovedora de Schamsennahar, favorita del califa Harún Al- Raschid.

En esto la pequeña Doniazada, no pudiendo reprimirse por más tiempo prorrumpió en sollozos, hundiendo la cabeza en la alfombra. Y el rey Schahriar exclamó: "¡Oh Schehrazada! ¡Esa historia me ha entristecido mucho!"

Entonces Schehrazada dijo: "¡Oh rey! ¡Si te he contado esa historia, tan diferente de las otras, ha sido más que nada por los versos admirables que contiene, y sobre todo, para disponerte mejor a la alegría que ha de causarte la que me propongo contar ahora, si tienes a bien permitirlo!"

Y el rey Schahriar contestó: "¡Oh Schehrazada! ¡Hazme olvidar esa tristeza y hazme saber el título de esa historia que me prometes"! y Scherazada dijo: "Es la Historia mágica de la princesa Budur la luna más bella entre todas las lunas".

Y la pequeña Doniazada, levantando la cabeza, exclamó: "¡Oh mi hermana Schehrazada! ¡Cuánta sería tu bondad si la empezaras en el acto!"

Pero Schehrazada dijo: "De todo corazón, y como homenaje debido a este rey bien portado y de buenos modales. ¡Pero no será hasta la noche próxima!" Y como veía aparecer la mañana, Schehrazada, discretamente, se calló.

Historia de Kamaralzaman y la princesa Budur, la luna más bella entre todas las lunas

La pequeña Doniazada, que ya no podía resistir más su impaciencia, se levantó de la alfombra en que estaba acurrucada, y dijo a Schehrazada: "¡Oh hermana mía, te ruego que nos cuentes la historia prometida cuyo título sólo ya me estremece de placer y emoción!".

Y Schehrazada sonrió a su hermana, y dijo: "¡Aguardo para empezar, la venia del rey!".

Entonces el rey Schahriar, que aquella noche se había dado prisa a hacer su cosa con Schehrazada, por el mucho ardor con que deseaba tal historia, dijo:

"¡Oh Schehrazada, cuando quieras puedes empezar la historia mágica que, según tu promesa, me ha de gustar tanto!"

Y al punto Schehrazada contó la siguiente historia:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que hubo durante la antigüedad del tiempo, en el país de Khaledán, un rey llamado Schahramán, dueño de poderosos ejércitos y de riquezas considerables. Pero este rey, aunque era extremadamente dichoso y tenía setenta favoritas, sin contar sus cuatro mujeres legítimas, sufría en el alma por su esterilidad en cuanto a descendencia, pues había llegado a avanzada edad, y sus huesos y su médula empezaban a adelgazar, y Alah no le dotaba de un hijo que pudiera sucederle en el trono del reino.

Un día se decidió a poner al gran visir al corriente de sus penas ocultas, y habiéndole mandado llamar, le dijo: "¡Oh mi visir, ya no sé a qué atribuir esta esterilidad que me hace padecer enormemente!" Y el gran visir reflexionó durante una hora, al cabo de la cual levantó la cabeza, y dijo al rey: "¡Oh rey, verdaderamente es ésta una cuestión muy delicada, y sólo la puede resolver Alah Todopoderoso! Créeme que, después de haber reflexionado bien, no doy más que con una solución". Y el rey le preguntó: "¿Y cuál es?" El visir contestó: "¡Hela aquí! Esta noche, antes de entrar en el harem, cuida de cumplir escrupulosamente los deberes ordenados por el rito; haz tus abluciones con fervor y somete por medio de la oración tu voluntad a la de Alah el Bienhechor. ¡Y de esa manera, tu unión con una esposa escogida será fertilizada por la bendición!".

Al oír estas palabras de su visir, el rey exclamó: "¡Oh visir de prudente palabra, acabas de indicarme un remedio admirable!" Y dio expresivas gracias al visir por el consejo, y le regaló un ropón de honor. Llegada ya la noche, entró en el departamento de las mujeres, no sin haber cumplido minuciosamente los deberes del rito, y eligió a la más joven de sus mujeres, a la que tenía las caderas más suntuosas, que era una virgen de raza, y se introdujo en ella aquella noche. Y la fecundó en el mismo instante y hora. Y al cabo de nueve meses, día por día, parió la joven un varón, en medio de festejos, y al son de flautas, pífanos y címbalos.

Y el niño que acababa de nacer resultó tan hermoso, y tan semejante era a una luna, que su padre, maravillado, le puso por nombre Kamaralzamán"

¡Y en verdad que aquel niño era la más bella de las cosas creadas!"

Hubo de comprobarse especialmente cuando llegó a la adolescencia, y la belleza esparció sobre

sus quince años todas las flores que encantan la vista de los humanos. Con la edad, sus perfecciones habían llegado a su límite; sus ojos se habían hecho más mágicos que los de los ángeles Harut y Marut; sus miradas más seductoras que las de Taghut, y sus mejillas más agradables que las anémonas. En cuanto a su cintura, se había hecho más flexible que la caña de bambú y más fina que una hebra de seda. Pero en cuanto a sus nalgas, eran tan pesadas que podían tomarse por una montaña de arena en movimiento, y los ruiseñores se ponían a cantar al verlas.

Así, nada tenía de extraño que su cintura delicadísima se quejara a veces del peso enorme que la seguía, y que a veces, cansada del peso, se enojase con las nalgas.

A todo esto, conservaba tanta frescura como las rosas, y era tan delicioso como la brisa de la tarde. Y precisamente los poetas de su época trataron de expresar de un modo cadencioso la belleza que les pasmaba, y le cantaron en versos numerosos como los siguientes entre otros mil:

Cuando los humanos le ven, exclaman: ¡Mis ojos pueden leer estas palabras que la belleza ha trazado sobre su frente! "¡Afirmo que es el único hermoso!"

¡Cornalinas son sus labios al sonreír; su saliva es miel derretida; sus dientes un collar de perlas; sus cabellos se enroscan junto a sus sienes en rizos negros, como los escorpiones que muerden el corazón de los enamorados!

¡De una recortadura de sus uñas se hizo el cuarto de la luna! ¡Pero su grupa fastuosa que tiembla, los hoyuelos de sus nalgas y la flexibilidad de su cintura, superan ya a toda expresión!

Mucho quería el rey Schahramán a su hijo, hasta tal punto, que no podía separarse de él un momento. Y como tenía que disipar con excesos sus cualidades y su hermosura, deseaba en extremo no morirse sin verle casado, y disfrutar así de su posteridad. Y un día que le preocupaba más que de costumbre tal idea, se la manifestó a su gran visir, que le dijo: "¡La idea es excelente! Porque el matrimonio suaviza el humor".

Entonces el rey Schahramán dijo al jefe de los eunucos: "¡Ve pronto a decir a mi hijo Kamaralzamán que venga a hablar conmigo!"

Y en cuanto el eunuco le transmitió la orden, Kamaralzamán se presentó a su padre, y después de haberle deseado la paz respetuosamente, besó la tierra entre sus manos, con los ojos bajos y en modesta actitud, como cuadra a un hijo sumiso para su padre...

En ese momento de la narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como era discreta se calló.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 171ª NOCHE

Ella dijo:

...con los ojos bajos y en modesta actitud, como cuadra a un hijo sumiso para su padre.

Entonces el rey Schahramán le dijo: "¡Oh hijo mío Kamaralzamán: mucho desearía no morirme sin verte casado, para alegrarme contigo y ensancharme el corazón con tu boda!"

Al oír estas palabras de su padre, Kamaralzamán cambió de color, y contestó con voz alterada: "¡Sabe ¡oh padre! que en realidad no siento inclinación alguna al matrimonio, y mi alma no tiene afecto a las mujeres! ¡Pues además de la aversión instintiva que les tengo, he leído en los libros de los sabios tantos ejemplos de sus maldades y perfidias, que llegué a preferir la muerte a su proximidad! Y por otra parte, ¡oh padre mío! escucha lo que a tal respecto dicen nuestros más estimados poetas:

¡Desdichado aquel a quien el destino dota de una mujer! ¡Está perdido, aunque para encerrarse edifique mil fortalezas de piedras unidas con garfios de acero! ¡Como cañas las sacudirían los ardides de esas criaturas!

¡Ah! ¡Desgraciado de ese hombre! ¡La perfidia posee ojos hermosos, alargados con kohl negro, y bellas trenzas abundantes, pero le hará pasar por la garganta tantos pesares, que le cortarán la respiración!

Otro dice:

¡Me interrogáis acerca de esas criaturas que llamáis mujeres! ¡Sabéis que estoy versado en el conocimiento de sus fechorías, y gastado por toda la experiencia que he adquirido!

¿Qué os diré, ¡oh jóvenes!...? ¡Huid de ellas! ¡Ya veis que mi cabeza ha encanecido! ¡Ya podéis adivinar cuáles fueron los resultados de su amor!

Y ha dicho otro:

¡Hasta la virgen que se llama nueva, no es más que un cadáver que ni los buitres querrían!

¡De noche crees poseerla, porque ha cuchicheado junto a ti mimosamente secretos que no lo son! ¡Qué error! ¡Mañana pertenecerán otro sus muslos y sus partes mejor guardadas!

¡Créeme, ¡oh amigo mío! que es una posada abierta para todo el que llega! ¡Penetra en ella si quieres; pero al día siguiente sal y vete sin volver la cabeza! ¡Deja para otros el sitio que a su vez habrán de abandonar, si conocen la cordura!

"¡De modo, ¡oh padre! que aunque haya de apenarte mucho, no vacilaré en suicidarme si me quieres obligar a que me case!"

Cuando el rey Schahramán oyó estas palabras de su hijo, quedó en extremo confuso y afligido, y la luz se convirtió en tinieblas ante sus ojos. Pero como quería excesivamente a su hijo, y deseaba no ocasionarle penas, se contentó con decirle: "Kamaralzamán, no he de insistir sobre un asunto que, por lo que veo, no te agrada. ¡Pero todavía eres joven, tienes tiempo para reflexionar, así como para pensar en la alegría que me produciría verte casado y con hijos!"

Y aquel día no volvió a hablarle del asunto, sino que le mimó y le hizo buenos regalos, y procedió del mismo modo con él durante un año.

Pero pasado el año, le mandó llamar como la primera vez, y le dijo: "¿Recuerdas, Kamaralzamán, mi ruego, y has reflexionado sobre lo que te pedí, sobre la felicidad que me causaría que te casaras?"

Entonces Kamaralzamán se prosternó delante del rey, su padre, y le dijo: "¡Oh, padre mío! ¿Cómo olvidar tus consejos, ni dejar de obedecerte, cuando el mismo Alah me ordena el respeto y la sumisión? Pero por lo que afecta al matrimonio, he reflexionado todo este tiempo, y estoy más resuelto que nunca a no contraerlo, y más que nunca los libros de antiguos y modernos me enseñan a evitar las mujeres a toda costa, ¡pues son taimadas, necias y repugnantes! ¡Líbreme Alah de ellas, aunque sea preciso que me mate!"

Oídas estas palabras, el rey Schahramán comprendió que sería contraproducente todavía insistir más u obligar a la obediencia a aquel hijo querido. Pero su pesar fue tan grande, que se levantó desolado y mandó llamar aparte al gran visir, a quien dijo: "¡Oh mi visir! ¡Qué locos son los padres que desean tener hijos! ¡Sólo dan penas y decepciones! ¡He aquí que Kamaralzamán está más resuelto aún que el año pasado a huir de las muchachas y del matrimonio! ¡Qué desdicha la mía, oh mi visir! ¿Y cómo la remediaremos?

Entonces el visir inclinó la frente y recapacitó largo rato. Y luego levantó la cabeza, y dijo al rey: "¡Oh rey del siglo! he aquí el remedio que vamos a emplear: ten paciencia un año más, y entonces, en vez de hablarle de eso en secreto, reúne a todos los emires, visires y grandes de la corte, así como a todos los oficiales de palacio, y delante de todos ellos declárale tu resolución de casarle sin demora.

Y entonces no se atreverá a desobedecerte ante la respetable asamblea, y te contestará oyendo y sometiéndose...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 172ª NOCHE

Ella dijo:

"...y te contestará oyendo y sometiéndose".

Tanto satisfizo al rey este discurso del visir, que exclamó: "¡Por Alah! ¡Es una idea realizable!"

Y demostró su alegría ofreciendo al visir uno de los más bellos ropones de honor. Después de lo cual tuvo paciencia el tiempo indicado, y mandó reunir entonces la asamblea, ordenando que asistiese a ella su hijo Kamaralzamán. Y el joven entró en la sala, iluminándola con su presencia.

¡Y qué lunar en su barbilla! ¡Y qué perfume, ¡ya Alah! cuando pasaba! Y cuando se vio delante de su padre, besó tres veces la tierra entre sus manos, y se quedó de pie aguardando que su padre le dirigiera la palabra.

El rey le dijo: "¡Oh hijo mío! ¡Sabe que te mandé asistir a esta asamblea sólo para expresarte mi resolución de casarte con una princesa digna de tu categoría, y alegrarme así con mi posteridad antes de fallecer!"

Cuando Kamaralzamán oyó estas palabras de su padre, sentíase de improviso atacado por una especie de locura, que le dictó cierta respuesta tan poco respetuosa, que todos los circunstantes bajaron los ojos, cohibidos, y el rey quedó mortificado hasta el límite extremo de la mortificación; y como estaba obligado a poner coto a tamaña insolencia en público, gritó a su hijo con voz terrible: "¡Ahora verás lo que cuesta a los hijos desobedecer a sus padres y no guardarles la consideración debida!" E inmediatamente mandó a los guardias que ataran a Kamaralzamán los brazos a la espalda y le encerraran en la torre vieja de la ruinosa ciudadela contigua al palacio. Lo cual se ejecutó inmediatamente. Y uno de los guardias se quedó a la puerta para vigilar al príncipe, y acudir a su llamamiento en caso de necesidad.

Cuando Kamaralzamán se vio encerrado de aquel modo, se entristeció mucho, y dijo para sí: "Acaso más me habría valido obedecer a mi padre y casarme contra mi gusto para complacerle. ¡Siquiera así habría evitado darle tal pena, y que me encerraran en esta especie de calabozo, en lo más alto de esta torre vieja! ¡Ah, malditas mujeres, hasta de mi infortunio sois la principal causa!"

Esto en cuanto a Kamaralzamán.

Pero con respecto a Schahramán, se retiró a sus aposentos, y al pensar que su hijo, al cual quería tanto, estaba en aquel momento solo, triste y encerrado, y quizá desesperado, empezó a lamentarse y a llorar. Porque su cariño al hijo era grandísimo, y le hacía olvidar la insolencia de que en público habíase hecho reo.

Y se enfureció mucho contra el visir, que fue quien le instigó a reunir la asamblea, por lo que le mandó llamar y le dijo: "¡Tú eres el mayor culpable! ¡A no ser por tu malhadado consejo, no me habría visto obligado a ser riguroso con mi hijo! ¡Vamos, habla! ¿Qué tienes que contestarme? Y dime cómo nos conduciremos en lo sucesivo. ¡Porque yo no puedo acostumbrarme a la idea del castigo que a estas horas está sufriendo todavía mi hijo, la llama de mi corazón!"

Entonces el visir le dijo: "¡0h rey, ten paciencia, dejándole solo quince días encerrado, y verás cómo se apresura a someterse a tu deseo!" El rey dijo: "¿Estás bien seguro?"

El visir dijo: "¡Ciertamente!" Entonces el rey exhaló varios suspiros, y fue a tenderse en la cama, y pasó una noche de insomnio, por lo mucho que penaba su corazón a causa de aquel único hijo que era su mayor alegría. Y durmió menos, porque estaba acostumbrado a que su hijo durmiera a su lado, en la misma cama, y a ponerle su propio brazo por almohada, velándole así personalmente el sueño. De modo que aquella noche, por más vueltas y revueltas que dio en todos sentidos, no pudo cerrar los ojos. Eso en cuanto al rey Schahramán.

Y volvamos al príncipe Kamaralzamán.

Al caer la noche, el esclavo encargado de guardar la puerta entró con un candelabro encendido que dejó a los pies del lecho, pues había cuidado de arreglar en aquella habitación una cama bien acondicionada para el hijo del rey; y verificado esto, se retiró.

Entonces Kamaralzamán se levantó, hizo sus abluciones, recitó algunos capítulos del Korán, y pensó en desnudarse para pasar la noche. Se quitó, pues, toda la ropa, sin dejar puesta más que la camisa encima del cuerpo, y se puso a la cabeza un pañuelo de seda azul. Y más que nunca parecía así tan hermoso como la luna de la noche 14. Se tendió entonces en la cama y aunque desconsolado con la idea de haber enojado a su padre, no tardó en dormirse profundamente.

Pero no sabía, ni podía figurárselo, lo que iba a ocurrir aquella noche, en aquella torre vieja, frecuentada por los genios del aire y de la tierra.

En efecto...

En este punto de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

CUANDO LLEGÓ LA 176ª NOCHE

Ella dijo:

En efecto, la torre en que se había encerrado a Kamaralzamán estaba abandonada de muchos años atrás, y databa del tiempo de los antiguos romanos; y al pie de la torre había un pozo, también antiquísimo y de construcción romana. Y aquel pozo era precisamente el que servía de habitación a una efrita joven, llamada Maimuna.

La efrita Maimuna, de la posteridad de Eblis, era hija del poderoso efrit Domriatt, jefe principal de los genios subterráneos. Maimuna era una efrita muy agradable, creyente, sumisa, ilustre entre todas las hijas de los genios por sus propias virtudes y las de su ascendencia, famosa en las regiones de lo desconocido.

Sobre las doce de aquella noche, la efrita Maimuna salió del pozo, según solía, a tomar el fresco, y voló ligera hacia los estados del cielo, para dirigirse desde allí al lugar hacia el cual se sintiera atraída. Y al pasar por cerca de la techumbre de la torre, se asombró de ver luz en un sitio en que desde hacía largos años nunca había visto nada.

Dijo, pues, para sí: "¡Seguramente que esa luz está ahí por algo! ¡He de entrar dentro a ver lo que es!"

Entonces dio un rodeo y penetró en la torre, y vio al esclavo echado a la puerta; pero sin pararse, pasó por encima y entró en la habitación. ¡Y cual no fue su encantadora sorpresa al ver al joven que estaba echado medio desnudo en la cama! Empezó por pararse de puntillas, y para verle mejor, se acercó sigilosamente, después de haberse bajado las alas, que la molestaban un tanto en aquella habitación tan angosta. Y levantó por completo la colcha que tapaba la cara del joven, y la dejó estupefacta su hermosura.

Así estuvo sin respirar una hora, por temor a despertarle antes de haber podido admirar a su gusto todas las delicadezas que le formaban, el color delicado de sus mejillas, la tibieza de sus párpados de pestañas llenas de sombra pálida y larguísima, la curva adorable de sus cejas, todo ello, incluso el olor embriagador de su piel y los reflejos dulces de su cuerpo, hubieron de emocionar a la gentil Maimuna, que en toda su vida de excursiones a través de la tierra habitable ,nunca había visto semejante belleza. Ciertamente, bien se le podían aplicar estos versos del poeta:

¡Al contacto de mis labios vi que se ennegrecían sus pupilas, que son mi locura, y se sonrojaban sus mejillas, que son toda mi alma!

Y exclamé: ¡Oh corazón mío! Di a los que se atreven a motejar tu pasión: ¡Oh sensores, enseñadme un objeto tan hermoso como mi bien amado!

Y cuando la efrita Maimuna, hija del efrit Domriatt, sació bien sus ojos con aquel espectáculo maravilloso, alabó a Alah exclamando: ¡Bendito sea el Creador que modela la perfección!"

Después pensó: "¿Y cómo los padres de este adolescente pueden separarse de él para encerrarle solo en esta torre derruida? ¿No temerán los maleficios de los genios malos de mi raza que habitan en los escombros y en los lugares desiertos?

Pero, ¡por Alah! ya que ellos no hacen caso de su hijo, ¡juro otorgarle mi protección y defenderle contra todo efrit que, atraído por sus encantos, quiera abusar de él!"

Después se inclinó sobre Kamaralzamán, y le besó en los labios con gran delicadeza, y en los párpados, y en ambas mejillas, volviendo a taparle con la colcha, sin despertarle, y abrió las alas, volando por la alta ventana hacia el cielo.

Pero al llegar a la región media para tomar el fresco, y cuando se cernía tranquilamente, pensando en el joven dormido, de pronto, y nada lejos, oyó un ruido de precipitado batir de alas que la hizo volverse hacia aquella parte. Y vio que el autor del ruido era el efrit Dahnasch, genio de mala especie, uno de los rebeldes que no acatan ni reconocen la supremacía de Soleimán ben-Daúd.

Y este Dahnasch era hijo de Schamhurasch, el más rápido de los genios en las carreras aéreas.

Cuando Maimuna vio al mal Dahnasch, temió que el bribón vislumbrase la claridad de la torre y perpetrase allí cualquier fechoría, por lo que se arrojó sobre él con un ímpetu semejante al del gavilán,

e iba a alcanzarle y agredirle, cuando Dahnasch le hizo seña de que se rendía a discreción, y le dijo temblando de miedo: "¡Oh poderosa Maimuna, hija del rey de los genios! ¡te conjuro por el Nombre Augusto y por el talismán sagrado del sello de Soleimán, a que no uses de tu poder para hacerme daño! ¡Y por mi parte te prometo no hacer nada reprensible!"

Entonces Maimuna dijo a Dahnasch, hijo de Schamhurasch: "¡Así sea! Me avengo a perdonarte. ¡Pero apresúrate a decirme de dónde vienes a estas horas, qué haces ahí y adónde piensas ir! ¡Y sobre todo, sé verídico en tus palabras, ¡oh Dahnasch! pues si no, estoy dispuesta a arrancarte las plumas de las alas con mis manos, a desollarte y a romperte los huesos, para precipitarte después como una masa! ¡No creas poder librarte con una mentira, ¡oh Dalmasch!"

Entonces el efrit dijo: "¡Oh mi dueña Maimuna! ¡sabe que en este momento me has encontrado muy a propósito para oír cualquier cosa completamente extraordinaria! ¡Pero prométeme siquiera dejarme ir en paz si satisfago tu deseo y darme un salvoconducto que en adelante me resguarde de la mala voluntad de todos los genios, mis enemigos del aire, el mar y la tierra, ya que eres la hija del rey de todos nosotros, Domriatt el formidable!" Así habló el efrit Dahnasch, hijo del rápido Schamhurasch.

Entonces Maimuna, hija de Domriatt, dijo: "¡Te lo prometo por la gema grabada con el sello de Soleimán ben-Daúd (¡sobre entrambos la oración y la paz!). Pero habla, por fin, pues presiento que tu aventura es muy extraña". Entonces el efrit Dahnasch acortó la carrera, giró sobre sí mismo, y fue a colocarse al lado de Maimuna.

Después contó del modo siguiente su aventura:

"Sabe, ¡oh gloriosa Maimuna! que vengo en este momento del fondo de un interior lejano, de los extremos de la China, país en que reina el Gran Ghayur, señor de El-Budur y de El-Kussur, en donde se yerguen en derredor numerosas torres y se encuentran su corte, sus mujeres con sus adornos y sus guardias en las encrucijadas y en todo el contorno. ¡Y allí han visto mis ojos la cosa más hermosa de todos mis viajes y mis jiras, su hija única, El-Sett Budur!

"Y como le es imposible a mi lengua, aun exponiéndose a criar pelo, el pintarte la belleza de esa princesa, me contentaré con enumerarte sencillamente sus cualidades de un modo aproximado. Escucha, pues, ¡oh Maimuna! "¡Te hablaré de su cabellera! ¡Luego te describiré su rostro! ¡Luego sus mejillas, luego sus labios, su saliva, su lengua, su garganta, sus pechos, su vientre, sus caderas, sus nalgas, su centro, sus muslos, y por fin sus pies, oh Maimuna!

"¡Bismilah!

"¡Oh su cabellera, señora mía! ¡Es tan oscura, que resulta más negra que la separación de los amigos! ¡Y cuando se reparte en tres trenzas, que descienden hasta sus pies, creo ver tres noches y a un tiempo!

"¡Y su rostro! ¡Es tan blanco como el día en que se encuentran los amigos! ¡Si lo miro en el momento de brillar la luna llena, veo dos lunas a la vez!

"¡Sus mejillas están formadas por una anémona dividida en dos corolas; sus pómulos parecen la misma púrpura de los vinos, y su nariz es más recta y más fina que una hoja de acero escogido!

"¡Sus labios son ágata coloreada y coral; su lengua -cuando la mueve- segrega la elocuencia; y su saliva es más deseable que el zumo de las uvas; apaga la sed más abrasadora! ¡Tal es su boca!

"¡Pero su seno! ¡Bendito sea el Creador! ¡Es una seducción viviente! ¡Sostiene dos pechos gemelos del marfil más puro, redondos, y que caben en los cinco dedos de la mano!

"¡Su vientre tiene hoyuelos llenos de sombra y colocados con tanta armonía como los caracteres árabes en el sello de un escriba copto de Egipto! ¡Y este vientre da nacimiento a. una cintura elástica ¡ya Alah! y formada...! Pero ¡y sus nalgas!

"¡Sus nalgas! ¡oh, oh! ¡me estremezco! ¡Son una masa tan pesada, que obligan a su ama a sentarse cuando se levanta y a levantarse cuando se acuesta! Verdaderamente, ¡oh dueña mía! no puedo darte idea de ellas más que recurriendo a estos versos del poeta!

¡Tiene un trasero enorme y fastuoso, que necesitaría una cintura menos frágil que aquella de que está suspendido!

¡Es, para ella y para mí, origen de torturas incesantes y de alboroto, pues

¡A ella la obliga a sentarse cuando se levanta, y a mí, cuando pienso en él, me pone el zib siempre erguido!

"¡Tal es su trasero! Y de él se desprenden dos muslos gloriosos, de mármol blanco, sólidos, unidos en lo alto por una corona. Después vienen las piernas y los pies gentiles, y tan pequeños, que me asombra cómo pueden sostener tantos pesos superpuestos.

"En cuanto a su centro, ¡oh Maimuna! a decir verdad, ¡desespero de poder hablarte de él como corresponde, pues es definitivo y absoluto! ¡Por ahora sólo esto mi lengua puede revelarte, ni siquiera por ademanes me sería posible hacerte apreciar todas sus suntuosidades! "¡Y así es, poco más o menos, ¡oh Maimuna! la adolescente princesa El-Sett Budur, hija del rey Ghayur!

En este punto de su relato, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como era discreta, aplazó la continuación para el siguiente día.

Y CUANDO LLEGÓ LA 179ª NOCHE

Ella dijo:

"Y así es, poco más o menos, la adolescente princesa Budur, hija del rey Ghayur.

"Pero también he de decirte, ¡oh Maimuna! que el rey Ghayúr amaba en extremo a su hija El-Sett Budur, cuyas perfecciones acabo de enumerarte sencillamente, y la quería con afecto tan vivo, que su placer era ingeniarse para darle cada día una distracción nueva. Pero como pasado cierto tiempo ya se les agotaron toda clase de diversiones, pensó en darle goces diferentes, construyendo para ella palacios maravillosos. Empezó la serie por la edificación de siete, cada cual de estilo distinto y de diversa materia preciosa. Así, mandó construir el primero todo de cristal, el segundo de alabastro diáfano, el tercero de porcelana, el cuarto de mosaicos de pedrería, el quinto de plata, el sexto de oro y el séptimo sólo de perlas y diamantes. Y el rey Ghayur no dejó de mandar que cada palacio se adornase de la manera más adecuada al estilo de su construcción: reunió en ellos todos los atractivos que pudieran hacer su uso todavía más encantador, cuidando, por ejemplo, y sobre todo, de la belleza de sus estanques y jardines.

"Y para distraer a su hija Budur la hizo habitar en estos palacios, pero sólo un año en cada uno, a fin de que no tuviera tiempo de cansarse y el placer sucediera sin fatiga al placer.

"¡Es natural que en medio de tantas cosas bellas, la belleza de la joven se afinara, y llegara por último al estado supremo que hubo de encantarme!

"De tal modo, que no te pasmarás, ¡oh Maimuna! si te digo que todos los reyes vecinos a los Estados del rey Ghayur deseaban ardientemente casarse con la joven de fastuoso trasero. Pero he de apresurarme, no obstante, a tranquilizarte respecto a su virginidad, pues hasta ahora rechazó con horror las proposiciones que su padre le transmitiera, y contentóse con responderle cada vez: "¡Soy mi propia reina y mi única dueña! ¿Cómo he de soportar que un hombre roce un cuerpo que tolera apenas el contacto de la seda?"

"Y el rey Ghayur, que habría preferido la muerte a contrariar a Budur, no encontraba nada que replicar, y se veía forzado a no atender a las peticiones de los reyes vecinos suyos y de los príncipes que con tal fin iban a su reino desde los países más remotos. Y un día que un rey joven, más bello y poderoso que los demás, se presentó después de haber enviado muchos regalos preparatorios, el rey Ghayur habló de él a Budur, que, indignada esta vez, estalló en reconvenciones, y exclamó: "¡Ya veo que no me queda más que un medio de acabar con este tormento continuo! ¡Voy a coger ese alfanje que veo ahí, y clavármelo de punta en el corazón para que me salga por la espalda! ¡Por Alah! ¡No tengo otro recurso!" Y como se disponía de veras a emplear tal violencia consigo misma, el rey Ghayur se asustó de tal modo, que sacó la lengua, y sacudió la mano, y puso los ojos en blanco; y después se apresuró a confiar a Budur a diez viejas muy listas y llenas de experiencia, una de las cuales fue la propia nodriza de Budur. Y desde entonces las diez viejas no la dejan un momento y vigilan sucesivamente a la puerta de su habitación".

Y he aquí, ¡oh mi señora Maimuna! el estado actual de las cosas. Y yo no ceso, ciertamente, de ir todas las noches a contemplar la belleza de la princesa y a ensancharme los sentidos viendo sus esplendores. Y puedes creer que no me faltan tentaciones de cabalgarla y deleitarme con su trasero; pero pienso que sería una lástima atentar, a disgusto de la propietaria, contra una suntuosidad tan bien guardada. Sin embargo, ¡oh Maimuna! disfruto algo de ella durante su sueño; la beso, por ejemplo, entre los dos ojos, suavemente, aunque me dan ganas muy grandes de hacerlo con fuerza; pero desconfío de mí mismo, sabiendo que no podré contentarme si empiezo, y prefiero abstenerme del todo por temor de estropear a la joven.

"Te conjuro, pues, ¡oh Maimuna! a que vengas conmigo a ver a mi amiga Budur, cuya belleza te encantará, sin duda alguna, y cuyas perfecciones te garantizo que han de entusiasmarte. ¡Vamos, ¡oh Maimuna! al país del rey Ghayur para admirar a El-Sett Budur!"

Así habló el efrit Dahnasch, hijo del rápido Schamhurasch.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y como era discreta, se calló.

Y CUANDO LLEGÓ LA 180ª NOCHE

Ella dijo:

Así habló el efrit Dahnasch, hijo del rápido Schamhurasch.

Cuando la joven efrita Maimuna hubo oído esta historia, en vez de contestar, se rio burlonamente, dio un aletazo en el vientre al efrit, y escupiéndole en la cara, le dijo: "¡Qué estúpido estás con tu muchacha meona! ¡Y verdaderamente me pregunto cómo te has atrevido a hablarme de ella, cuando debes saber que no podría soportar por un momento la comparación con el hermoso adolescente a quien amo!"

Y el efrit exclamó, limpiándose la cara: "¡Pero ¡oh mi señora! ignoro en absoluto la existencia de tu joven amigo, y con perdón tuyo, no deseo más que verlo, aunque me cuesta mucho trabajo creer que pueda igualar a la hermosura de mi princesa!"

Entonces Maimuna le gritó: "¿Quieres callar, maldito? ¡Te repito que mi amigo es tan hermoso, que si le vieras, aunque fuese en sueños, te daría un ataque de epilepsia y babearías como un camello!"

Y Dahnasch preguntó: "Pero ¿dónde está y quién puede ser?" Maimuna dijo: "¡Oh bribón! sabe que está en el mismo caso que tu princesa, y le han encerrado en la torre vieja a cuyo pie tengo mi morada subterránea. Pero no te forjes la ilusión de que vas a verle sin mí, pues ya conozco tus torpezas, y no te confiaría ni siquiera la custodia del culo de un santón. ¡No obstante, me avengo a consentir en enseñártelo, para saber tu parecer, advirtiéndote que como tengas la audacia de mentir, hablando contra la realidad de lo que vas a ver, te arranco los ojos y te convierto en el más mísero de los genios! ¡Además, me pagarás una buena apuesta si mi amigo resulta más bello que tu princesa; y para ser justa, me comprometo a pagar yo en el caso contrario!"

Y Dahnasch exclamó: "¡Acepto la condición! ¡Ven, pues, conmigo a ver a El-Sett Budur al país de su padre el rey Ghayur!" Pero Maimuna dijo: "¡Acabaremos más pronto yendo a la torre, que está ahí a nuestros pies, para empezar por juzgar la hermosura de mi amigo, y luego compararemos!"

Entonces Dahnasch respondió: "¡Escucho y obedezco!" Y ambos bajaron en línea recta desde lo alto de los aires hasta la techumbre de la torre, y penetraron por la ventana en el aposento de Kamaralzamán.

Entonces Maimuna dijo al efrit Dahnasch: "¡No te muevas! ¡Y sobre todo, sé correcto!" Después se acercó al joven dormido, y levantó la sábana que en aquel momento le cubría. Y se volvió hacia Dahnasch y le dijo: "Mira, ¡oh maldito! ¡Y ten cuidado con no caerte todo lo largo que eres!"

Y Dahnasch alargó la cabeza, y retrocedió estupefacto; luego estiró de nuevo el cuello, e inspeccionó largo rato la cara y el cuerpo del hermoso joven, al cabo de lo cual movió la cabeza y dijo: "¡Oh mi señora Maimuna! ¡ya veo que tienes mucha disculpa al pensar que tu amigo es de belleza incomparable, pues en verdad que nunca he visto tantas perfecciones en un cuerpo de adolescente, y eso que sabes que conozco a los más bellos de los hijos de los hombres; pero, ¡oh Maimuna! el molde que le fabricó no se ha roto sin producir antes una muestra femenil, que es precisamente la princesa Budur!"

Al oír estas palabras, Maimuna se lanzó sobre Dahnasch y le dio un aletazo en la cabeza, que le rompió un cuerno, y le gritó: "¡Oh tú, el más vil de los genios! Ve inmediatamente al palacio de Sett Budur, en ese país del rey Ghayur, y trae a la princesa desde allá hasta aquí, pues no quiero molestarme en acompañarte a casa de esa chiquilla; en cuanto la hayas traído, la acostaremos al lado de mi joven amigo, y compararemos con nuestros propios ojos. ¡Y vuelve pronto, Dahnasch, o te despedazo el cuerpo y te echo como pasto a las hienas y a los cuervos!" Entonces el efrit Dahnasch recogió el cuerno del suelo y se marchó con aire lamentable, rascándose el trasero. Después atravesó el espacio como una saeta, y no tardó en volver, pasada una hora, con su carga a cuestas.

Y la princesa, dormida en hombros de Dahnasch, no tenía puesta más que la camisa, y su cuerpo palpitaba en su blancura. Y en las amplias mangas de la camisa estaban bordados estos versos que se entrelazaban agradablemente:

¡Tres cosas le impiden otorgar a los humanos una mirada que diga "Sí": el temor a lo desconocido, el horror a lo conocido, y su hermosura!

Entonces Maimuna dijo a Dahnasch: "¡Me parece que debiste entretenerte por el camino con esta joven, pues te has retrasado, y a un, buen efrit no le hace falta gastar una hora en ir del país de Khaledán a lo último de la China y volver por el camino más derecho! ¡Bueno! ¡Apresúrate a tender a esa muchacha al lado de mi amigo para que hagamos nuestro examen!"

Y el efrit Dahnasch, con infinitas precauciones, colocó suavemente en la cama a la princesa, y le quitó la camisa.

Verdaderamente, la princesa era muy bella y tal como la había descrito el efrit Dahnasch. Y Maimuna pudo observar que el parecido entre los dos jóvenes era tan perfecto, que se los hubiera tomado por dos gemelos, y solamente diferían en el centro; pero tenían la misma cara de luna, la misma cintura delicada y las mismas nalgas redondas y llenas de opulencia; y también pudo darse cuenta de que si la joven carecía en el centro de lo que adornaba al adolescente, lo sustituía ventajosamente con dos breves pechos maravillosos que denotaban su sexo suculento.

Dijo, pues, a Dahnasch: "Veo que se puede vacilar un momento acerca de la preferencia debido a una u otra de nuestros amigos. ¡Pero hay que ser ciego o insensato como tú, para no reconocer que entre dos jóvenes de igual belleza, siendo uno varón y otra hembra, el varón es superior a la hembra! ¿Qué dices a eso, maldito?" Pero Dahnasch contestó: "¡Por mi parte, sé lo que sé, y veo lo que veo, y el tiempo no me haría creer lo contrario de lo que mis ojos han visto! Pero ¡oh mi señora! ¡si tuvieras empeño en que mintiese, mentiría para darte gusto!"

Cuando la efrita Maimuna oyó estas palabras, se echó a reír, y comprendiendo que no podría nunca ponerse de acuerdo con el testarudo Dahnasch sólo por medio de un examen, le dijo: "¡Acaso haya un medio de averiguar cuál de nosotros dos tiene razón, y es recurrir a nuestra inspiración! ¡El que diga los mejores versos en loor de su preferido, será quien esté en lo cierto! ¿Estás conforme? ¿0 no eres capaz de esa habilidad, propia sólo de los seres delicados?"

Pero el efrit Dahnasch exclamó: "¡Eso es precisamente, señora mía, lo que quería proponerte! Pues mi padre Schamburasch me enseñó las reglas de la construcción poética y el arte de los versos ligeros de ritmo perfecto. Pero sea tuya la prioridad, ¡oh encantadora Maimuna!"

Entonces Maimuna se acercó a Kamaralzamán dormido, e inclinándose hacia sus labios, se los besó suavemente; después le acarició la frente, y con la mano en su cabellera, dijo, mirándole:

¡Oh cuerpo claro, al que las ramas han dado su flexibilidad y los jazmines su fragancia! ¿Qué cuerpo de virgen vale lo que tu olor?

Ojos en que el diamante puso su luz y la noche sus estrellas, ¿qué ojos de mujer alcanzarán tu fuego?

Beso de tu boca, más dulce que la miel aromática, ¿ que beso femenil lograría tu frescura?

¡Oh! ¡Acariciar tu cabellera y estremecerme con toda mi carne sobre tu carne, y luego ver salir las estrellas en tus ojos!

Cuando el efrit Dahnasch oyó estos versos de Maimuna, se extasió hasta el límite del éxtasis, y después se convulsionó hasta el límite de la convulsión, tanto por rendir homenaje al talento de la efrita como para expresar la emoción que le habían causado ritmos tan afinados; pero no tardó en acercarse a su vez a su amiga Budur, para inclinarse hacia sus pechos desnudos y depositar en ellos una caricia; e inspirado por sus encantos, dijo mirándola:

¡Los arrayanes de Damasco, ¡Oh joven! ¡Me exaltan el alma cuando sonríen, pero tu belleza...!

¡Las rosas de Bagdad, alimentadas con claror de luna y rocío, me embriagan el alma cuando sonríen; pero tus labios desnudos ...!

¡Cuando sonríen tus labios desnudos y tu belleza florida, ¡Oh amada mía! me vuelven loco! i Y desaparece todo lo demás!

No bien Maimuna oyó oda tan deliciosa, sorprendióse en gran manera al encontrar ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 182ª NOCHE

Ella dijo:

...sorprendióse en gran manera al encontrar en Dahnasch tanto talento unido a tanta fealdad; como, aunque mujer, estaba dotada de cierta dosis de buen juicio, no dejó de felicitar a Dahnasch, que se ensanchó en extremo. Y le dijo: "¡Verdaderamente, ¡oh Dahnasch! tienes un alma bastante delicada dentro de esa armazón que habitas; pero no creas que vences en el arte de los versos, ni Sett Budur vence tampoco en hermosura a Kamaralzamán!"

Y Dahnasch, sofocado, exclamó: "¿Lo crees así de veras?"

Ella dijo: "¡Seguramente!"

Él dijo: "¡No lo creo!"

Ella dijo: "¡Toma!" Y de un aletazo le hinchó un ojo.

Él dijo: "¡Eso no prueba nada!"

Ella dijo: "¡Bueno! ¡Mírame el trasero!"

Él dijo: "¡Está bastante flaco!"

Al oír estas palabras, Maimuna, doblemente irritada, quiso precipitarse sobre Dahnasch y estropearle alguna parte de su individuo; pero Dahnasch, que lo había previsto, de pronto se convirtió en pulga y se refugió sigilosamente en la cama debajo de los dos jóvenes; y como Maimuna temía despertarlos, se vio obligada, para resolver aquel caso, a jurar a Dahnasch que ya no le haría más daño; y Dahnasch, oído el juramento, recobró su forma, pero se mantuvo en guardia.

Entonces Maimuna le dijo: "¡Oye, Dahnasch: no encuentro más medio para terminar esta disputa que recurrir al arbitraje de un tercero!" Él dijo: "¡Me avengo a ello!"

Entonces Maimuna dio con el pie en el suelo, que se entreabrió y dio salida a un efrit espantoso, inmensamente horrible. En la cabeza tenía seis cuernos, cada uno de 4.430 codos de longitud; ostentaba tres rabos ahorquillados no menos extensos.

Uno de sus brazos tenía 5.555 codos de largo, y el otro medio codo nada más; era cojo y jorobado, y sus ojos estaban colocados en el centro de la cara y en sentido longitudinal; las manos, más anchas que calderos, acababan en garras de león; las piernas, rematadas con cascos, le hacían renguear; y su zib, cuarenta veces más gordo que el de un elefante, daba la vuelta por la espalda y surgía triunfador.

Se llamaba Kaschkasch ben-Fakhrasch ben-Atraseh, de la posteridad de Eblis Abú-Hanfasch.

Y cuando la tierra se volvió a cerrar, el efrit Kaschkasch distinguió a Maimuna, y enseguida besó la tierra entre sus manos, quedándose delante de ella humildemente con los brazos cruzados, y le preguntó: "¡Oh mi dueña Maimuna, hija de nuestro rey Domriatt! soy el esclavo que aguarda tus órdenes".

Ella dijo: "¡Quiero, Kaschkasch, que seas juez en la disputa que ha surgido entre ese maldito Dahnasch y yo! Ocurre tal y cual cosa. Te corresponde ser imparcial, y después de echar una mirada a ese lecho, decirnos quién te parece más hermoso, si mi amigo o esa joven".

Entonces Kaschkasch se volvió hacia la cama en que ambos jóvenes dormían tranquilos y desnudos, y al verlos, fue tal su emoción, que se agarró con la mano izquierda la herramienta que se le erguía por encima de la cabeza, y se puso a bailar, cogido con la mano derecha al triple rabo ahorquillado.

Después de lo cual dijo a Maimuna y a Dahnasch: "¡Por Alah! Bien mirado, me parecen iguales en belleza y diferentes sólo en el sexo. ¡Pero de todos modos, sé de un medio, único que puede dirimir la contienda!"

Ellos dijeron: "¡Date prisa a comunicárnoslo!" Él contestó: "¡Dejadme primero cantar algo en honor a esa joven, que me alborota en extremo!"

Maimuna dijo: "¡Poco tiempo hay para eso! ¡Como no quieras decirnos versos acerca de ese hermoso adolescente!"

Y Kaschkasch dijo: "¡Acaso resulte algo extraordinario!"

Ella contestó: "¡Canta de todas maneras, siempre que los versos sean bien medidos y breves! “Entonces Kaschkasch cantó estos versos oscuros y complicados:

¡Adolescente, me recuerdas que al consagrarte a un amor único, el cuidado y la zozobra ahogarían el fervor! ¡Sé prudente, corazón mío!

¡Gusta el azúcar de los besos en el labio virginal; pero para que el porvenir sea propicio, no dejes que se enmohezca la puerta de salida! ¡El sabor a sal es delicioso en los labios menos fáciles!

Entonces Maimuna dijo: "No quiero tratar de entender. ¡Pero dinos pronto el medio para saber quién acierta!" Y el efrit Kaschkasch dijo: "Mi opinión es que el único medio que se ha de emplear consiste en despertarlos sucesivamente, mientras nosotros tres permanecemos invisibles. ¡Y acordemos que aquel de los dos que manifieste amor más ardiente hacia el otro y demuestre más pasión en sus ademanes y actitud, será ciertamente el menos hermoso, pues se reconocerá subyugado por los encantos de su compañero!"

Oídas estas palabras del efrit Kaschkasch. . .

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como era discreta, se calló.

Y CUANDO LLEGÓ LA 183ª NOCHE

Ella dijo:

Oídas estas palabras del efrit Kaschkasch, Maimuna exclamó: "¡Admirable idea!" Y Dahnasch también exclamó: "¡Me parece muy bien!" E inmediatamente se convirtió otra vez en pulga, pero esta vez para picar en el cuello al hermoso Kamaralzamán.

Al sentir tal picadura, que fue terrible, Kamaralzamán se despertó con sobresalto y se llevó la

mano rápidamente al sitio picado: pero nada pudo coger, pues el veloz Dahnasch, que se había vengado algo en la piel del adolescente de todas las afrentas de Maimuna, soportadas en silencio, pronto recobró su forma de efrit invisible para ser testigo de lo que iba a suceder.

En efecto, Kamaralzamán, todavía soñoliento, dejó caer la mano que no había podido cazar la pulga, y la mano fue precisamente a tocar el muslo desnudo de la joven. Aquella sensación le hizo abrir los ojos, e inmediatamente los volvió a cerrar, deslumbrado y conmovido. Y sintió junto a él aquel cuerpo más tierno que la manteca y aquel aliento más grato que el perfume del almizcle. De modo que su sorpresa fue extremada, pero no desprovista de atractivos, y acabó por levantar la cabeza y contemplar la incomparable belleza de la desconocida que dormía a su lado.

Apoyó, pues, el codo en las almohadas, y olvidándose en un momento de la aversión que experimentó por el otro sexo hasta entonces, empezó a detallar con miradas de deleite las perfecciones de la joven. Primero la comparó mentalmente con una hermosa ciudadela coronada por una cúpula, después con una perla, luego con una rosa, ya que de primera intención no podía establecer comparaciones muy exactas, porque siempre se había negado a mirar a las mujeres, y era ignorante en cuanto a sus formas y sus gracias. Pero no tardó en comprender que su última comparación era la más precisa y la más cierta la penúltima; y en cuanto a la primera, pronto lo hizo sonreír.

De modo que Kamaralzamán se inclinó hacia la rosa, y vio que el perfume de su carne era tan delicioso, que pasó la nariz por toda su superficie. Y le agradó tanto aquello, que dijo para sí: "¡Voy a tocarla para enterarme!"

Y paseó los dedos por todos los contornos de la perla, y comprobó que aquel contacto le abrasaba el cuerpo, y provocaba movimientos y latidos en diversas partes de su individuo; de tal modo, que experimentó violento deseo de dar libre carrera a aquel instinto natural tan espontáneo.

Y exclamó: "¡Todo sucede mediante la voluntad de Alah!" Y se dispuso a la copulación. Cogió, pues, a la joven, pensando: "¡Cuánto me asombra que esté sin calzón!" Y le dio vueltas y más vueltas, y la palpó, y después dijo maravillado: "¡Ya Alah! ¡Qué trasero tan gordo!" Luego le acarició el vientre, y dijo: "¡Es una maravilla de ternura!" Después le tentó los pechos, y los cogió, y al llenarse las dos manos, sintió tal estremecimiento voluptuoso, que exclamó: "¡Por Alah!" ¡No tengo más remedio que despertarla para hacer bien las cosas! Pero ¿cómo no se ha despertado en el tiempo que llevo tocándola?"

Y lo que impedía despertarse a la joven era la voluntad del efrit Dahnasch, que la había sumido en aquel sueño tan pesado para facilitar la acción de Kamaralzamán.

Y Kamaralzamán puso sus labios en los de la princesa, y le dio un prolongado beso; y como no se despertara, le dio el segundo, y el tercero, sin que ella manifestara percatarse.

Entonces empezó a hablarle, diciendo: "¡Oh corazón mío! ¡Ojos míos! ¡Hígado mío! ¡Despiértate! ¡Soy Kamaralzamán!" Pero la joven no hizo el menor movimiento. Entonces Kamaralzamán, al ver lo inútil de sus llamamientos, dijo para sí: "¡Por Alah! ¡Ya no puedo aguardar más! ¡Todo me impulsa a entrar en ella! ¡Veré si lo puedo lograr mientras duerme!" Y se tendió encima de la joven.

A todo eso, Maimuna, y Dahnasch y Kaschkasch miraban. Y Maimuna empezaba a alarmarse y se apresuraba ya, en caso de consumarse el acto, a decir que aquello no valía.

Kamaralzamán se tendió, pues, encima de la joven, que dormía boca arriba...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía la mañana, y como era discreta, se calló.

Y CUANDO LLEGÓ LA 184ª NOCHE

Ella dijo:

Kamaralzamán se tendió, pues, encima de la joven, que dormía boca arriba, sin otra vestidura que su cabellera suelta, y la enlazó con sus brazos; e iba a practicar el primer ensayo de lo que pensaba hacer, cuando de pronto se estremeció, desenlazóse, y pensó meneando la cabeza: "Seguramente es el rey, mi padre, quien ha mandado traer a esta joven a mi cama para experimentar conmigo el efecto del contacto de las mujeres; y ahora debe de estar detrás de esa pared con los ojos aplicados a algún agujero para ver si esto sale bien. Y mañana entrará aquí y me dirá: "¡Kamaralzamán, decías que te inspiraban horror el matrimonio y las mujeres! Pues ¿qué has hecho esta noche con una joven? ¡Ah, Kamaralzamán! ¡quieres fornicar secretamente, pero te niegas a casarte, aunque sepas lo feliz que me haría ver mi descendencia asegurada y mi trono transmitido a mis hijos!" Y entonces me considerarán falso y embustero. Más vale que me abstenga esta noche de fornicar, a pesar de la mucha gana que tengo, y aguardar a mañana; y entonces pediré a mi padre que me case con esta bella adolescente. ¡Y así él se pondrá contento, y yo podré usar a gusto ese cuerpo bendito!"

Y en el acto, con gran alegría de Maimuna, que había empezado a sentir terribles inquietudes, y con gran disgusto de Dahnasch, que en cambio había pensado que el príncipe copularía y se puso a bailar de gusto, Kamaralzamán se inclinó otra vez hacia Sett Budur, y después de haberla besado en la boca, le quitó del dedo meñique una sortija adornada con un hermoso diamante, y se la puso en su propio dedo meñique, para denotar que desde aquel momento disputaba a la joven por esposa; y luego de haber puesto en el dedo de la joven su propia sortija, le volvió la espalda, aunque con gran pesar, y no tardó en tornar a dormirse.

Maimuna, al ver aquello, se entusiasmó, y Dahnasch quedó muy confuso; pero no tardó en decir a Maimuna: "¡Esto no es más que la mitad de la prueba; ahora te toca a ti!"

Entonces Maimuna se convirtió enseguida en pulga, y saltó al muslo de Sett Budur; y de allí subió al ombligo, retrocediendo después como unos cuatro dedos, y se paró precisamente en la cumbre del montecillo que domina el valle de las rosas; y allí, con una sola picadura, en la cual puso todos sus celos y su venganza, hizo saltar de dolor a la joven, que abrió los ojos y se incorporó a escape, llevándose las dos manos a la delantera. Pero enseguida lanzó un grito de terror y asombro al ver junto a ella al joven tendido de costado. Pero a la primera mirada que le dirigió, no tardó en pasar del espanto a la admiración, y de la admiración al placer, y del placer a un desahogo de alegría que pronto hubo de llegar al delirio.

Efectivamente; al primer susto, dijo para sí: "¡Desventurada Budur, hete aquí comprometida para siempre! ¡En tu cama hay un extraño a quien no viste nunca! ¡Qué audacia la suya! ¡Ah! ¡Voy a llamar a los eunucos, para que acudan y le arrojen por la ventana al río! Y sin embargo, ¡oh Budur! ¿quién sabe si éste será el marido que tu padre escogió para ti? ¡Mírale, oh Budur, antes de acudir a la violencia! "

Y entonces fue cuando Budur dirigió al joven una mirada, y con aquel rápido examen quedó deslumbrada por su gentileza, y exclamó: "¡Oh corazón mío! ¡Qué hermoso es!" Y desde aquel mismo instante quedó tan por completo cautivada, que se inclinó hacia aquella boca que sonreía en sueños, y le dio un beso en los labios, exclamando: "¡Qué dulce es! ¡Por Alah! ¡A éste sí que le quiero como esposo! ¿Por qué ha tardado tanto mi padre en traérmelo?"

Después cogió temblando la mano del joven y la conservó entre las suyas, y le habló afablemente para despertarle, diciendo: "¡Gentil amigo! ¡Oh luz de mis ojos! ¡Oh alma mía! ¡Levántate, levántate! ¡Ven a besarme, querido mío, ven, ven! ¡Por mi vida sobre ti! ¡despierta!"

Pero como Kamaralzamán, a causa del encanto a que le había sometido la vengativa Maimuna, no hacía un movimiento indicador de que se despertara, la hermosa Budur supuso que era por culpa de ella, que no le llamaba con bastante ardor. Y sin preocuparse de que la miraran o no, entreabrió la camisa de seda que al principio se había apresurado a echarse encima, y se deslizó lo más cerca posible del joven, y le rodeó con sus brazos, y juntó los muslos con los suyos, y le dijo frenéticamente al oído: "¡Toma! ¡Poséeme toda! ¡Verás cuán obediente y amable soy! ¡He aquí los narcisos de mis pechos y el vergel de mi vientre, que es muy suave, mira! ¡He aquí mi ombligo, que gusta , de la caricia delicada; ven a disfrutar de él! ¡Después saborearás las primicias de la fruta que poseo! ¡La noche no será bastante larga para nuestros juegos! ¡Y gozaremos hasta que sea de día...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como era discreta, hubo de callar.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 185ª NOCHE

Ella dijo:

"¡Y gozaremos hasta que sea de día!"

Pero como Kamaralzamán, cada vez más sumido en el sueño, seguía sin contestar, la hermosa Budur creyó por un momento que era una ficción de aquél para' sorprenderla más, y medio riéndose, le dijo: "¡Vamos; vamos, gentil amigo, no seas tan falso! ¿Es que mi padre te ha dado esas lecciones de malicia para vencer mi orgullo? ¡Inútil trabajo, en verdad! ¡Pues tu belleza, por sí sola, oh joven gamo, esbelto y encantador, me ha convertido en la más sumisa de las esclavas de amor!"

Pero como Kamaralzamán seguía inmóvil, Sett Budur, cada vez más subyugada, añadió: "¡Oh señor de la belleza, mira! ¡Yo también paso por hermosa; a mi alrededor todo vive admirando mis encantos fríos y serenos! ¡Tú fuiste el único que ha logrado encender el deseo en la mirada tranquila de Budur! ¿Por qué no te despiertas, adorable joven? ¿Por qué no te despiertas, di? ¡Heme aquí! ¡Me siento morir!"

Y la joven escondió la cabeza debajo del brazo del príncipe, y le mordió mimosamente en el cuello y en una oreja, pero sin resultado. Entonces, como ya no podía resistir a la llama encendida en ella por vez primera, empezó a rebuscar con la mano por entre las piernas y los muslos del joven, y los encontró tan lisos y redondos, que no pudo evitar que la mano resbalase por su superficie. Entonces, como por casualidad, encontró por el camino y entre ellos un objeto tan nuevo para ella, que lo miró con los ojos muy abiertos, y vio que entre sus manos cambiaba de forma a cada momento. Al principio se asustó mucho; pero rápidamente comprendió su uso particular; pues así como el deseo es mucho más intenso en las mujeres que en los hombres, su inteligencia es también más veloz para apreciar las relaciones entre los órganos encantadores. ¡Lo cogió, pues, a mano llena, y mientras besaba los labios del joven con ardor, sucedió lo que sucedió!

Tras de lo cual, Sett Budur cubrió de besos a su amigo dormido, sin dejar un sitio en que no pusiera los labios. Después, algo calmada, le cogió las manos y se las besó una tras otra en la palma; después le levantó y se lo puso en el regazo, y le rodeó el cuello con los brazos, y así enlazados, cuerpo contra cuerpo, mezclando sus alientos, se durmió sonriendo.

¡Esto fue todo! ¡Y en tanto los tres genios seguían invisibles, sin perder un ademán! Consumada la cosa tan pronto, Maimuna traspuso el límite del júbilo, Dahnasch reconoció sin dificultad que Budur había llegado mucho más allá en las manifestaciones de su ardor y le había hecho perder la apuesta

Pero Maimuna, segura ya de la victoria, fue magnánima, y dijo a Dahnasch: "¡En cuanto a la apuesta que me debes, te la perdono, oh maldito! Y hasta voy a darte un salvoconducto, que en adelante te asegurará la tranquilidad. ¡Pero cuida de no abusar de él, ni vuelvas a faltar a la corrección!"

Después de lo cual la joven efrita se volvió hacia Kaschkasch, y le dijo afablemente: "¡Kaschkasch, te doy mil gracias por tu consejo! ¡Y te nombro jefe de mis emisarios, y de mi cuenta corre que mi padre Domriatt apruebe mi decisión!"

Luego añadió: "¡Ahora, avanzad ambos y coged a esa joven, y transportadla pronto al palacio de su padre Ghayur, señor de El-Budur y El-Kussur! ¡Vistos los rápidos progresos que acababa de hacer delante de mis ojos, le otorgo mi amistad, y tengo ya completa confianza en su porvenir! ¡Ya veréis cómo realiza grandes cosas!"

Y los dos genios respondieron: "¡Inschalah!" y después...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 186ª NOCHE

Ella dijo:

Y los dos genios respondieron: "¡Inschalah!" Y después se acercaron al lecho, cogieron a la joven, que se echaron a cuestas, y volaron con ella hasta el palacio del rey Ghayur, al cual no tardaron en llegar y la depositaron con delicadeza en su cama para irse enseguida cada cual por un lado.

En cuanto a Maimuna, se volvió a su pozo, después de haber depositado un beso en los ojos de su amigo.

Eso en cuanto a los tres.

Pero en cuanto a Kamaralzamán, por la mañana despertó del sueño con el cerebro todavía turbado por su aventura nocturna. Y se volvió hacia la derecha y hacia la izquierda; pero, como era natural, sin encontrar a la joven.

Entonces dijo para sí: "¡Bien adiviné que era mi padre el que había preparado todo esto para probarme, e impulsarme al matrimonio! De modo que he hecho bien en aguardar para pedirle el consentimiento, como buen hijo".

Después llamó al esclavo echado a la puerta, gritándole: "¡Eh, tumbón, levántate!" Y el esclavo se levantó sobresaltado, y medio dormido aún se apresuró a llevar a su amo el jarro y la palangana. Y Kamaralzamán cogió la jofaina y el jarro, y se fue al retrete a hacer sus necesidades, verificando luego sus abluciones con cuidado, y volvió para cumplir su rezo por la mañana, y comió un bocado, y leyó un versículo del Korán. Después, tranquilamente, y como de pasada, preguntó al esclavo: "Sauab, ¿adónde llevaste a la muchacha de esta noche?"

El esclavo, estupefacto, exclamó: "¿Qué muchacha, ¡oh amo Kamaralzamán!?"

Este dijo levantando la voz: "¡Te ordeno, bribón, que me respondas sin rodeos! ¿Dónde está la joven que ha pasado la noche conmigo en la cama?" El esclavo contestó: "¡Por Alah! ¡Oh señor, no he visto ni muchacha ni muchacho! ¡Y además, nadie ha podido entrar aquí, estando yo echado delante de la puerta!" Kamaralzamán gritó: "¡Eunuco malhadado, también tú te atreves a contrariarme y a disgustarme! ¡Ah maldito, te han enseñado ardides y mentiras! ¡Por última vez te intimo a que me digas la verdad!

“Entonces el esclavo levantó los brazos al cielo, y exclamó: "¡Alah es el único grande! ¡Oh amo Kamaralzamán, no entiendo una palabra de lo que me preguntas!"

Entonces Kamaralzamán le gritó: "¡Acércate, maldito!" Y habiéndose acercado el eunuco, le agarró del cuello y lo tiró al suelo, y le pateó con tanta furia, que el eunuco soltó un pedo. Entonces Kamaralzamán siguió dándole patadas y puñetazos hasta que le dejó medio muerto. Y como el eunuco por toda explicación lanzaba gritos inarticulados, Kamaralzamán le dijo: "¡Aguarda un poco!" Y corrió a buscar la soga de cáñamo que servía para sacar el agua del pozo, se la pasó al esclavo por debajo de los sobacos, la ató fuertemente, y le arrastró hasta el orificio del pozo, descolgándole hasta que le sumergió del todo en el agua.

Y como era en invierno, y el agua estaba muy desagradable y corría un viento muy frío, el eunuco empezó a estornudar y pedir perdón. Pero Kamaralzamán le zambulló varias veces, gritando cada vez: "¡No saldrás hasta que confieses la verdad! ¡Si no, te ahogo!"

Entonces el eunuco pensó: "¡Seguramente lo hará como lo dice!" Y después gritó: "¡Amo Kamaralzamán, sácame de aquí y te diré la verdad! Entonces el príncipe lo sacó, y le vio que temblaba como caña al viento, y castañeteaba los dientes de frío y miedo, y presentaba un aspecto asqueroso, chorreando agua y sangrando por la nariz.

El eunuco, al sentirse momentáneamente fuera de peligro, no perdió un instante, y dijo al príncipe: "¡Permíteme que vaya primero a mudarme de ropa y a limpiarme las narices!"

Y Kamaralzamán le dijo: "¡Vete, pero no pierdas tiempo! ¡Y vuelve pronto a darme noticias!" Y el eunuco salió corriendo, y se fue a palacio a buscar al padre de Kamaralzamán.

Y en aquel momento el rey Schahramán conversaba con su gran visir, diciendo: "¡Oh visir mío! ¡he pasado muy mala noche por lo inquieto que está mi corazón respecto a mi hijo Kamaralzamán! ¡Y temo mucho que le haya ocurrido alguna desgracia en esa torre vieja, tan mal acondicionada para un joven tan delicado como mi hijo!"

Pero el visir le contestó: "¡Tranquilízate! ¡Por Alah! ¡Nada ha de sucederle allí! ¡Así se domará su arrogancia y se reducirá su orgullo!

Y en el acto se presentó el eunuco en el estado en que le habían puesto, y cayó a los pies del rey, y exclamó: "¡Oh señor nuestro y sultán! ¡La desventura ha entrado en tu casa! ¡Mi amo Kamaralzamán acaba de despertarse completamente loco! ¡Y para darte una prueba de su locura, sabe que me dijo tal y cual cosa, y me hizo tal v cual otra! ¡Y yo, por Alah, no he visto entrar en el aposento del príncipe muchacha ni muchacho!"

Oídas tales palabras, el rey Schahramán ya no tuvo duda de sus presentimientos, y gritó a su visir: "¡Maldición! ¡Tuya es la culpa, oh visir de perros! ¡Tú me sugeriste la idea calamitosa de encerrar a mi hijo, a la llama de mi corazón! ¡Ah, hijo de perro! ¡levántate y corre pronto a ver lo que pasa, y vuelve aquí a darme cuenta de ello inmediatamente!

Enseguida salió el gran visir, acompañado del eunuco, y se dirigió a la torre, pidiendo pormenores, que el esclavo le dio, y bien alarmantes. Así es que el visir no entró en la habitación sin precauciones infinitas, metiendo poco a poco primero la cabeza y después el cuerpo. ¡Y cuál no fue su sorpresa al ver a Kamaralzamán sentado tranquilamente en la cama y leyendo con atención el Korán...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 187ª NOCHE

Ella dijo:

... Kamaralzamán sentado tranquilamente en la cama y leyendo con atención el Korán! Se acercó a él, y después de la zalema más respetuosa, se sentó en el suelo cerca del lecho, y le dijo: "¡Cómo nos ha alarmado este eunuco de betún! ¡Figúrate que este hijo de zorra se presentó trastornado y con facha de perro sarnoso a asustarnos, contándonos cosas que sería indecente repetir delante de ti! ¡Turbó nuestra quietud de tal manera, que estoy alborotado todavía!"

Y Kamaralzamán dijo: "¡Verdaderamente, no os habrá molestado más de lo que me ha molestado a mí hace poco! ¡Pero, oh visir de mi padre, me alegraría mucho saber lo que os pudo contar!" El visir contestó: "¡Alah preserve a tu juventud! ¡Alah robustezca tu entendimiento! ¡Aleje de ti las acciones no mesuradas y libre a tu lengua de las palabras sin sal! ¡Este hijo de bardaje afirma que te has vuelto loco de repente, y le has hablado de una joven que pasó la noche contigo, y que luego te acaloraste con otras insensateces semejantes, y que has acabado por molerle a golpes y echarle al pozo!

¡Oh Kamaralzamán! ¿No es verdad que todo se reduce a una osadía de ese negro podrido?"

Oídas tales palabras, Kamaralzamán sonrió con aire de superioridad, y dijo al visir: "¡Por Alah! ¿Has acabado con las chanzas, viejo sucio, o quieres también enterarte de si el agua del pozo sirve para el hammam? ¡Te advierto que si ahora mismo no me dices lo que mi padre y tú habéis hecho con mi amante, la joven de hermosos ojos negros y mejillas frescas y sonrosadas, me pagarás tus astucias más caras que el eunuco!" Entonces, sobrecogido otra vez el visir por una inquietud sin límites, se levantó andando hacia atrás, y dijo: "¡El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti! ¡Ya Kamaralzamán! ¿por qué hablas de esa manera? ¡Si es que has soñado eso a consecuencia de una mala digestión, apresúrate por favor a disipar el sueño! ¡Ya, Kamaralzamán, esta conversación no es razonable!"

Al oír tales palabras, el joven exclamó: "¡Para demostrarte, oh jeique de maldición, que no he visto a la joven con las orejas, sino con este ojo y este otro, y que no he palpado y olido las rosas de su cuerpo con los ojos, sino con estos dedos y esta nariz, toma!"

Y le dio un cabezazo en el vientre que lo tiró al suelo, y después le agarró las barbas que llevaba muy largas v se las enrolló alrededor de la muñeca y seguro de que no podía escaparse, empezó a darle recios golpes todo el tiempo que se lo permitieron sus fuerzas.

El desdichado gran visir, viendo que perdía las barbas pelo a pelo, y que también el alma estaba a punto de despedirse, se dijo para sí: "¡Ahora tengo que mentir! ¡Es el único medio de librarme de las manos de este loco!"

Por lo tanto, le dijo: "¡Oh mi señor! ¡Te ruego que me perdones por haberte engañado! La culpa es de tu padre, que me encargó mucho, so pena de horca inmediata, que no te revelara todavía el sitio en que se ha depositado a la joven consabida. Pero si quieres soltarme, voy a escape a suplicar al rey tu padre que te saque de esta torre, y le daré cuenta de tu deseo de casarte con la joven. ¡Lo cual le alegrará hasta el límite de la alegría!"

Al oír estas palabras, Kamaralzamán le soltó y le dijo: "¡En tal caso, ve pronto a avisar a mi padre, y vuelve a traerme inmediatamente la contestación!"

En cuanto el visir se vio libre, se precipitó fuera del aposento, cuidando de cerrar la puerta con doble vuelta de llave, y corrió, fuera de sí y con la ropa hecha pedazos, a la sala del trono.

Al ver el rey Schahramán a su visir en aquel estado lamentable, le dijo: "¡Te hallo muy abatido y sin turbante! ¡Y pareces muy mortificado! ¡Bien se ve que ha debido de ocurrirte algo desagradable que ha trastornado tus sentidos!" "¡Es por lo que le sucede a tu hijo; oh rey!"

Este preguntó: "Pues entonces, ¿qué es?" El visir dijo: "¡No cabe duda de que está completamente loco!"

A estas palabras, el rey vio que la luz se convertía en tinieblas delante de sus ojos, y dijo: "¡Alah me asista! ¡Dime pronto los caracteres de la locura que ataca a mi hijo!" Y el visir contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y refirió al rey todos los pormenores de la escena, sin olvidar cómo escapó de manos de Kamaralzamán.

Entonces el rey se encolerizó en extremo, y gritó: "¡Oh el más calamitoso de los visires! ¡Esta noticia que me anuncias vale tu cabeza! ¡Por Alah! ¡Si es realmente ése el estado de mi hijo, te mandaré crucificar encima del minarete más alto, para enseñarte a no darme consejos tan detestables como los que fueron la primera causa de esta desdicha!" Y se precipitó hacia la torre, y seguido del visir penetró en la habitación de Kamaralzamán.

Cuando Kamaralzamán vio entrar a su padre, se levantó rápidamente en honor suyo, y saltó de la cama, y se quedó respetuosamente a fuer de buen hijo. Y el rey, contentísimo al ver a su hijo tan pacífico, delante de él, cruzado de brazos, después de haberle besado la mano, le echó los brazos con ternura alrededor del cuello, y le besó entre los dos ojos, llorando de alegría.

Tras de lo cual le hizo sentarse junto a él, encima de la cama, y se volvió indignado hacia el visir, y le dijo: "¡Ya ves cómo eres el último de los últimos entre los visires! ¿Cómo osaste venir a contarme que mi hijo estaba de esta o la otra manera, llenando de espanto mi corazón y haciéndome añicos el hígado?" Luego añadió: "¡Además, vas a oír con tus propios oídos las respuestas llenas de sentido común que me dará mi amado hijo!"

Miró entonces paternalmente al joven, y le preguntó: "Kamaralzamán, ¿sabes qué día es hoy?" El otro respondió: "¡Seguramente! ¡Es sábado!" El rey dirigió una mirada llena de ira y triunfo al visir aterrarlo, y le dijo: "Lo oyes, ¿verdad?"

Después prosiguió: "Y mañana, Kamaralzamán, ¿qué día será? ¿Lo sabes?" El príncipe contestó: "¡Sí, por cierto...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como era discreta, se calló.

Y CUANDO LLEGÓ LA 188ª NOCHE

Ella dijo:

"¡Sí, por cierto! ¡Será domingo, y después lunes, luego martes, miércoles, jueves, y finalmente viernes, día santo!" Y el rey, en el colmo de la dicha, exclamó: "¡Oh hijo mío! ¡oh Kamaralzamán! ¡lejos de ti todo mal agüero! Pero dime también cómo se llama en árabe el mes en que estamos". El príncipe respondió: "Se llama en árabe mes de Zul-Kiidat. Después viene el mes de Zul-Hidjat, luego vendrá Moharram, seguido de Safar, de Rabialaual, de Rabialthaní, de Gamadial- luala, de Gamadialthania, de Ragb, de Schaaban, de Ramadán, y por fin, de Schaual'.

Entonces el rey llegó al límite extremo de la alegría, y tranquilizado ya acerca del estado de su hijo, se volvió hacia el visir y le escupió en la cara, diciéndole: "¡Aquí no hay más loco que tú, viejo visir malhadado!" Y el visir meneó la cabeza y quiso contestar; pero se calló, y dijo: "¡Aguardemos al final"

Y el rey dijo enseguida a su hijo: "¡Hijo mío, figúrate que este jeique y ese eunuco de betún han ido a contarme tales y cuales palabras que les habías dicho respecto a una supuesta joven que había pasado la noche contigo! ¡Diles en la cara que han mentido!"

Al oír estas palabras Kamaralzamán se sonrió amargamente, y dijo al rey: "¡Oh padre mío! ¡sabe que en verdad ya no tengo ni ganas ni paciencia para soportar más tiempo esa broma que me parece ha durado bastante! Por favor, ¡ahórrame tal mortificación, y no digas más palabras de ello, pues noto que se me han secado mucho los humores con todo lo que me has hecho pasar! Sin embargo, ¡oh padre mío! sabe que ahora estoy bien resuelto a no desobedecerte más, y consiento en casarme con la hermosa joven que has tenido a bien mandarme esta noche para que me acompañara en la cama. La he encontrado perfectamente deseable, y sólo con verla se me ha puesto toda la sangre en movimiento".

Al oír estas palabras de su hijo, el rey exclamó: "¡El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti, y ¡oh hijo mío! ¡Él te guarde de los maleficios y la locura! ¡Ah, hijo mío! ¿Qué pesadilla has tenido para usar semejante lenguaje? ¿Qué manjares pesados comiste anoche para que la digestión ejerciera un influjo tan funesto en tu cerebro? ¡Por favor, hijo mío, tranquilízate! ¡No volveré en mi vida a contrariarte! ¡Y malditos sean el casamiento, y la hora del casamiento, y cuantos me vuelvan a hablar de casamiento!" Entonces Kamaralzamán dijo a su padre: "Tus palabras sobre mi cabeza, ¡oh padre mío! ¡Pero júrame antes con el gran juramento que no te has enterado de mi aventura de esta noche con la hermosa joven, que como te probaré, dejó en mí más de una huella de la acción compartida!"

Y el rey Schahramán exclamó: "¡Te lo juro por la verdad del santo nombre de Alah, dios de Muza y de Ibrahim, que envió a Mohammed entre las criaturas como prenda de paz y salvación! ¡Amín!" Y Kamaralzamán repitió: "¡Amín!"

Pero le dijo a su padre: "¿Qué dirías ahora si te diera pruebas de que la joven ha pasado por mis brazos?" Y el rey dijo: "¡Te escucho!"

Y Kamaralzamán prosiguió: "Si alguien, ¡oh padre mío! te dijera: "La noche pasada me desperté sobresaltado y vi delante de mí a uno dispuesto a luchar conmigo de un modo sangriento. Entonces yo, aunque sin querer atravesarle, hice inconscientemente un movimiento que impulsó a mi espada hacia su vientre desnudo. ¡Y por la mañana me desperté y vi que mi espada estaba, en efecto, teñida de sangre y espuma! ¿Qué dirías, ¡oh padre mío! al que después de hablarte así, te enseñara la espada ensangrentada?" El rey dijo: "Le diría que la sangre sola, sin el cuerpo del adversario, no era más que media prueba".

Entonces Kamaralzamán dijo: "¡Oh padre mío! yo también, esta mañana, al despertarme, me encontré el bajo vientre cubierto de sangre; la palangana, que está todavía en el retrete, te lo demostrará. ¡Pero como prueba más convincente todavía, he aquí la sortija de la adolescente! ¡En cuanto a mi sortija, ha desaparecido, como ves!"

Al oír aquello, el rey corrió al retrete y vio que efectivamente la palangana consabida contenía...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como era discreta, se calló.

Y CUANDO LLEGÓ LA 191° NOCHE

Ella dijo:

...el rey corrió al retrete y vio que, efectivamente, la palangana consabida contenía una cantidad enorme de sangre, y dijo para sí: "¡Este es un indicio de que la contrincante tiene una salud maravillosa y una expansión leal y franca!" Y pensó también: "¡Advierto con certeza en todo esto la mano del visir!" Después volvió apresuradamente junto a Kamaralzamán, exclamando: "¡Veamos ahora la sortija! Y la cogió, y le dio vueltas y más vueltas, y luego se la devolvió a Kamaralzamán, diciendo: "Es una prueba que me confunde por completo". Y permaneció una hora sin decir palabra. Después se lanzó pronto sobre el visir, y le gritó: "¡Tú eres el que ha armado toda esta intriga, viejo alcahuete!"

Pero el visir cayó a los pies del rey, y juró, por el Libro Noble y por la Fe, que no se había metido en nada de aquello. Y el eunuco hizo el mismo juramento.

Entonces el rey, que cada vez lo entendía menos, dijo a su hijo: "¡Sólo Alah puede aclarar este misterio!" Pero Kamaralzamán muy conmovido, replicó: "¡Oh padre mío! ¡te suplico que hagas pesquisas y gestiones para devolverme a la deliciosa joven cuyo recuerdo me alborota el alma, y te conjuro a que tengas compasión de mí y hagas que se la encuentre, o moriré!"

El rey se echó a llorar, y dijo a su hijo: "¡Ya Kamaralzamán! ¡Sólo Alah es grande, y sólo él conoce lo desconocido! ¡A nosotros no nos queda sino afligirnos ambos: tú por ese amor sin esperanza, y yo por tu propia aflicción y por mi impotencia para remediarla!"

Enseguida el rey, muy desconsolado, cogió de la mano a su hijo y se lo llevó desde la torre hasta el palacio, en donde se encerró con él. Y se negó a ocuparse en los asuntos de su reino para quedarse llorando con Kamaralzamán, que se había metido en la cama lleno de desesperación por amar a una joven desconocida, que después de tan señaladas pruebas de amor, había desaparecido.

Después, el rey, para verse más libre aun de las cosas y gente de palacio, y no preocuparse más que en cuidar a su hijo, a quien tanto quería, mandó edificar en medio del mar un palacio, unido sólo a la tierra por una escollera de veinte codos de anchura, y lo hizo amueblar para su uso y el de su hijo. Y ambos lo habitaban solos, lejos del mundo y de las preocupaciones, para no pensar más que en su desgracia. Y a fin de consolarse un tanto, Kamaralzamán no encontraba nada como la lectura de buenos libros acerca del amor y el recitar versos de los poetas inspirados, como los siguientes entre otros mil:

¡Oh guerrera hábil en el combate de las rosas! ¡La sangre delicada de los trofeos que adornan tu frente triunfal tiñe de púrpura tu profunda cabellera, y el vergel natal de todas sus flores se inclina para besar tus pies infantiles!

¡Tan suave es ¡oh princesa! tu cuerpo sobrenatural, que el aire encantado, se aromatiza al tocarlo; y si la brisa curiosa penetrase debajo de tu túnica, en ella se eternizaría!

¡Tan bella es tu cintura, ¡oh hurí! que el collar de tu garganta desnuda se queja de no ser tu cinturón! ¡Pero tus piernas sutiles, cuyos tobillos están cercados de cascabeles, hacen crujir de envidia a las pulseras de tus muñecas!

Todo eso en cuanto a Kamaralzamán y a su padre el rey Schahramán.

Vamos ahora con la princesa Budur.

Cuando los dos genios la dejaron en su lecho del palacio de su padre el rey Ghayur, casi había transcurrido la noche. A las tres horas apareció la aurora, y Budur se despertó. Sonreía todavía a su amado y se desperezaba de gusto, en ese momento delicioso de semisueño al lado del amante, a quien creía junto a ella. Y al alargar los brazos vagamente para rodearle el cuello antes de abrir los ojos, no cogió más que el vacío. Entonces se despertó del todo y ya no vio al hermoso adolescente, al cual había amado aquella noche, y le tembló el corazón hasta casi perder el juicio, y exhaló un grito agudo que hizo acudir a las diez mujeres encargadas de su custodia, y entre ellas a su nodriza.

Rodearon ansiosas el lecho, y la nodriza le preguntó con acento asustado: "¿Qué ocurre, ¡oh mi señora!?"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como era discreta, se calló.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 193ª NOCHE

Ella dijo:

...con acento asustado: "¿Qué ocurre, ¡oh mi señora!?"

Budur exclamó: "¡Me lo preguntas como si no lo supieras, mujer llena de astucia!" ¡Dime ya lo que ha sido del joven adorable que esta noche ha dormido en mis brazos y al cual amo con todas mis fuerzas!"

La nodriza, escandalizada hasta el límite extremo, alargó el pescuezo para entender mejor, y dijo: "¡Oh princesa, líbrete Alah de todas las cosas inconvenientes! ¡Esas palabras no son de las que tú acostumbras a decir! ¡Por favor, explícate más, y si es broma que gastas con nosotras, date prisa a decírnoslo!"

Budur se incorporó a medias en la cama, y le gritó amenazadora: "¡Malhadada nodriza, te mando que me digas enseguida dónde está el hermoso joven a quien he entregado esta noche por voluntad propia mi cuerpo, mi corazón y mi virginidad!"

Al oír estas palabras, a la nodriza le pareció que el mundo entero se achicaba ante sus ojos; dióse de golpes y se tiró al suelo, lo mismo que las otras diez viejas; y todas empezaron a gritar desaforadamente: "¡Qué negra mañana! ¡Qué enormidad! ¡Oh nuestra perdición!"

Pero la nodriza, sin dejar de lamentarse, preguntó: "¡Ya Sett Budur! ¡Por Alah! ¡Recobra la razón y no digas más cosas tan poco dignas de tu nobleza!"

Pero Budur le gritó: "¿Quieres callar, vieja maldita, y decirme de una vez lo que habéis hecho entre todas de mi amante, el de los ojos negros, cejas arqueadas y levantadas en los extremos, el que pasó toda la noche conmigo hasta por la mañana, v que tenía debajo del ombligo una cosa que no tengo yo?"

Cuando la nodriza y las otras diez mujeres oyeron semejantes palabras, levantaron los brazos al cielo y exclamaron: "¡Oh confusión! ¡Oh señora nuestra, libre te veas de la locura, y de las asechanzas malignas, y del mal de ojo! ¡Verdaderamente, traspasas esta mañana los límites de la chanza!"

Y la nodriza, golpeándose el pecho, dijo: "¡Oh mi dueña Budur ¿qué lenguaje es ése?

¡Si semejantes bromas llegaran a oídos del rey, nos dejaría sin alma al momento! ¡Y ningún poder nos libraría de su coraje!"

Pero Sett Budur, con los labios trémulos, gritó: "¡Por última vez te pregunto si quieres o no decirme dónde se encuentra el hermoso joven cuyas huellas tengo todavía en el cuerpo!" Y Budur hizo ademán de entreabrirse la camisa.

Al ver aquello, todas las mujeres se tiraron al suelo de bruces, y exclamaron: "¡Qué lástima de joven, que se ha vuelto loca!"

Pero estas palabras enfurecieron de tal manera a Budur, que descolgó de la pared una espada y se precipitó sobre las mujeres para atravesarlas. Enloquecidas entonces, se echaron fuera, atropellándose y aullando, y llegaron en desorden y demudados los semblantes al aposento del rey. Y la nodriza, con lágrimas en los ojos, le enteró de lo que acababa de: decir Sett-Budur, y añadió: "¡A todas nos habría matado o herido si no huyéramos!"

Y el rey exclamó: "¡Qué enormidad! Pero ¿viste si realmente ha perdido lo que ha perdido?" La nodriza se tapó la cara con las manos, y dijo llorando: "¡Lo he visto! ¡Había mucha sangre!" Entonces el rey dijo: "¡Eso es una completa enormidad!" Y aunque en aquel momento estuviera descalzo y con turbante de noche en la cabeza, se precipitó en la habitación de Budur.

El rey miró a su hija con aspecto muy severo, y le dijo: "¿Es verdad, Budur, que esta noche has dormido con uno, y llevas encima todavía las huellas de su paso? ¿Y has perdido lo que has perdido?" Ella respondió: "¡Sí, por cierto, ¡oh padre mío! pues tú fuiste quien tal quiso, y a fe que escogiste perfectamente al joven; tan hermoso era, que ardo en deseos de saber por qué luego me lo quitaste! ¡Además, he aquí su sortija, que me ha dado después de coger la mía!"

Entonces el rey, padre de Budur, que ya había creído a su hija medio loca, dijo para sí: "¡Ha llegado al límite de la locura!" Y le dijo: "Budur, ¿quieres decirme de una vez qué significa esa conducta extraña y tan poco digna de tu posición?" Entonces Budur ya no pudo contenerse, y se rasgó la camisa de abajo arriba, y se puso a sollozar, dándose de bofetadas.

Al ver aquello el rey ordenó a los eunucos y a las viejas que le sujetaran las manos para que no se hiciera daño, y en caso de reincidencia, que la encadenaran, y le pusieran al cuello una argolla de hierro, y la ataran a la ventana de su habitación.

Luego el rey Ghayur, desesperado, se retiró a sus aposentos, pensando en los medios que utilizaría para obtener la curación de aquella locura que suponía en su hija. Pues, a pesar de todo, seguía queriéndola con tanto cariño como antes y no podía acostumbrarse a la idea de que se hubiese vuelto loca para siempre.

Reunió, pues, en su palacio a todos los sabios de su reino, médicos, astrólogos, magos, hombres versados en libros antiguos, y drogueros, y les dijo a todos: "Mi hija El-Sett-Budur está en tal y cual estado. Se la daré por esposa a aquel de vosotros que la cure, y le nombraré heredero de mi trono cuando yo me muera. Pero al que haya entrado en el aposento de mi hija y no haya logrado curarla, se le cortará la cabeza".

Después mandó pregonar lo mismo por toda la ciudad, y envió correos a todos sus Estados para promulgarlo.

Y se presentaron muchos médicos, sabios, astrólogos, magos y drogueros; pero una hora más tarde se veían encima de la puerta del palacio sus cabezas cortadas. Y en poco tiempo se juntaron cuarenta cabezas a lo largo de la fachada del palacio. Entonces los otros pensaron: "¡Mala señal! ¡La enfermedad debe ser incurable!" Y nadie se atrevía a presentarse, para no exponerse a que le cortaran la cabeza. ¡Esto en cuanto a los médicos y al castigo que se les aplicó en tal caso!"

Pero en cuanto a Budur, tenía un hermano de leche, hijo de su nodriza, llamado Marzauán. Y Marzauán, aunque musulmán ortodoxo y buen creyente, había estudiado la magia y la brujería, los libros de los indios y los egipcios, los caracteres talismánicos y la ciencia de las estrellas; y después, como ya no tenía nada que aprender en libros, se había dedicado a viajar, y había recorrido las comarcas más remotas, consultando a los hombres más duchos en las ciencias secretas, y de este modo se había empapado en todos los conocimientos humanos. Y entonces púsose en camino para regresar a su país, al que había llegado con buena salud.

Y lo primero que vio Marzauán al entrar en la ciudad fueron las cuarenta cabezas cortadas de los médicos, colgadas encima de la puerta del palacio. Y al preguntar a los transeúntes, le explicaron toda la historia y la ignorancia notoria de los médicos justamente ejecutados...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y callose discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 194ª NOCHE

Ella dijo:

... la ignorancia notoria de los médicos justamente ejecutados.

Entonces Marzauán entró en casa de su madre, y después de las efusiones del regreso, le pidió pormenores sobre la cuestión; y su madre le confió lo que había sabido, que entristeció mucho a Marzauán, porque se había criado con Budur y la quería con un cariño mayor del que suelen experimentar los hermanos por las hermanas. Reflexionó durante una hora, y después levantó la cabeza y le dijo a su madre: "¿Podrías hacerme entrar en su aposento secretamente para que trate de ver si conozco el origen de su mal y si tiene remedio o no?" Y su madre le dijo: "Difícil es, ¡oh Marzauán! De todos modos, ya que lo deseas, apresúrate a vestirte de mujer y a seguirme". Y Marzauán se preparó inmediatamente, y disfrazado de mujer, siguió a su madre al palacio.

Cuando llegaron a la puerta del aposento, el eunuco de guardia quiso prohibir la entrada a la mujer que no conocía, pero la vieja, le deslizó en la mano un buen regalo, y le dijo: "¡Oh jefe del palacio! ¡la princesa Budur, que está tan enferma, me ha expresado el deseo de ver a ésta mi hija, que es su hermana de leche! ¡Dejadnos pasar, pues, ¡oh padre de la cortesía!" Y el eunuco, tan lisonjeado por estas palabras como satisfecho por el regalo, respondió: "¡Entrad pronto, pero no os entretengáis!" Y entraron ambos.

Cuando Marzauán llegó a presencia de la princesa, se levantó el velo que le cubría el rostro, se sentó en el suelo, y sacó de debajo de la ropa un astrolabio, libros de hechicería y una vela; y se disponía a sacar el horóscopo de Budur antes de interrogarla, cuando de pronto la joven se arrojó a su cuello y le besó con ternura, pues le había reconocido enseguida. Luego le dijo: "¿Cómo, hermano Marzauán, crees también en mi locura, como todos los demás? ¡Ah! ¡Desengáñate, Marzauán! ¿No sabes lo que dijo el poeta? Oye estas palabras, y reflexiona después sobre su alcance:

Han dicho: "¡Está loca! ¡Oh juventud perdida!"

Yo les digo: "¡Dichosos los locos! ¡Gozan más de la vida, y en eso se diferencian de la muchedumbre vulgar, que se ríe de sus acciones!"

Y les digo también: "¡Mi locura no tiene más que un remedio, y es el regreso de mi amigo!"

Cuando Marzauán oyó estos versos, comprendió enseguida que Budur estaba sencillamente enamorada, y que esta era toda su enfermedad. Y le dijo: "El hombre sagaz sólo necesita una seña para enterarse. ¡Apresúrate a contarme tu historia, y si Alah quiere, seré para ti causa de consuelo y el mediador para tu salvación!"

Entonces Budur le refirió minuciosamente toda la aventura, que no ganaría nada con que la repitiéramos. Y prorrumpió en llanto, diciendo: "¡He aquí mi triste suerte, ¡oh Marzauán! y ya no vivo más que llorando noche y día, y apenas los versos de amor que recito consiguen refrescar un poco la quemadura de mi hígado!"

Oídas estas palabras, Marzauán bajó la cabeza para reflexionar, y durante una hora se sumió en sus pensamientos. Después levantó la cabeza, y dijo a la desolada Budur: "¡Por Alah! Veo claro que tu historia es exacta de todo punto; pero en verdad que resulta difícil de entender. Sin embargo, tengo esperanzas de curar tu corazón dándote la satisfacción que deseas. Pero ¡por Alah! procura aguantar con paciencia hasta mi regreso. ¡Y estate bien segura de que el día en que de nuevo me veas junto a ti, será aquel en que te habré traído de la mano a tu amante!"

Y dicho esto, Marzauán se retiró bruscamente de la habitación de la princesa, su hermana de leche, y el mismo día se fue de la ciudad del rey Ghayur.

Fuera ya de las murallas, Marzauán viajó durante un mes entero de ciudad en ciudad y de isla en isla, y por todas partes no oía a la gente hablar en todas sus conversaciones más que de la historia extraña de Sett-Budur.

Pero al cabo del mes de viaje, Marzauán llegó a una gran ciudad, situada a orillas del mar, y que se llamaba Tarab, y dejó de oír a la gente hablar de Sett-Budur; pero en cambio no se ocupaban más que de la historia sorprendente de un príncipe, hijo del rey de aquella comarca, que se llamaba Kamaralzamán. Y Marzauán hizo que le contaran los pormenores de aquella aventura, y los encontró tan semejantes en todos sus puntos a los que ya sabía de Sett-Budur, que se enteró con exactitud del lugar en que se encontraba aquel hijo del rey. Se le dijo que tal sitio estaba muy lejos, y que a él llevaban dos caminos: uno por tierra y otro por mar; por tierra se tardaba seis meses en llegar al país de Khaledán, en el cual encontrábase Kamaralzamán; por mar, no se tardaba más que un mes. Entonces

Marzauán, sin vacilar, escogió la vía marítima, embarcándose en un buque que salía precisamente para las islas del reino de Khaledán.

La nave en que se había embarcado Marzauán tuvo viento favorable durante toda la travesía; pero el mismo día que llegó a la vista de la capital del reino, una tempestad formidable levantó las olas del mar y proyectó al aire la nave, que giró sobre sí misma y zozobró sin remedio en un peñasco tajado. Pero Marzauán, entre otras cualidades, tenía la de saber nadar a la perfección, y de todos los pasajeros fue el único que pudo salvarse agarrándose al palo mayor que había caído al mar. Y la fuerza de la corriente le arrastró precisamente hacia la lengua de tierra en que estaba edificado el palacio que habitaba Kamaralzamán con su padre.

Y quiso el Destino que en aquel momento el gran visir, que había ido a dar cuenta al rey del estado del reino, estuviera mirando por la ventana que daba al mar, y al ver a aquel joven que arribaba de tal manera, mandó a los esclavos que fuesen a socorrerle, y se lo trajeran, no sin haberle proporcionado ropa para mudarse y darle de beber un vaso de sorbete para calmar su espíritu.

A los pocos momentos, Marzauán entró en la sala en que estaba el visir. Y como era bien formado y de aspecto gentil, agradó enseguida al gran visir, que se puso a interrogarle, y pronto se dio cuenta de lo extenso de sus conocimientos y de su cordura. Y dijo para sí: "¡Seguramente debe de estar versado en la medicina!" Y le dijo: "¡Alah te ha guiado aquí para curar a un enfermo a quien quiere mucho su padre...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como era discreta, se calló.

Y CUANDO LLEGÓ LA 196ª NOCHE

Ella dijo:

...a un enfermo a quien quiere mucho su padre, y que para todos nosotros es causa de aflicción continua!" Y Marzauán le preguntó: "¿A qué enfermo te refieres?" El otro contestó: "Al príncipe Kamaralzamán, hijo de nuestro rey Schahramán, que habita aquí mismo".

Oídas estas palabras, Marzauán dijo para sí: "¡El Destino me favorece más de lo que yo deseaba!" Después preguntó al visir: "¿Y cuál es la enfermedad que padece el hijo del rey?" El visir dijo: "Yo creo sencillamente que está loco. ¡Pero su padre afirma que le han hecho mal de ojo o algo parecido, y se halla a punto de creer una historia extraña que su hijo le ha contado!" Y el visir contó a Marzauán la historia entera desde su origen.

Cuando Marzauán oyó el relato, llegó al límite de la alegría, pues ya no dudó de que el príncipe Kamaralzamán fuera el joven que había pasado la famosa noche con Sett-Budur, dejando a su amada un recuerdo tan vivo. Pero se guardó muy bien de explicárselo al gran visir, y sólo le dijo: "¡Estoy seguro de que viendo al joven daré antes con el tratamiento indicado, y gracias al cual le curaré, si Alah quiere! “Y el visir le llevó sin tardanza al aposento de Kamaralzamán.

Y lo primero que llamó la atención de Marzauán al mirar al príncipe fue su parecido extraordinario con Sett-Budur.

Y tan estupefacto se quedó, que no pudo por menos de exclamar: "¡Ya Alah! ¡Bendito sea Aquel que crea bellezas tan semejantes dándoles los mismos atributos e iguales perfecciones!"

Al oír estas palabras, Kamaralzamán, que hallábase tendido lánguidamente en el lecho y con los ojos medio cerrados, los abrió por completo y aguzó el oído. Pero Marzauán, aprovechando aquella atención del príncipe, improvisaba ya los siguientes versos, para darle a entender de una manera embozada lo que ni el rey Schahramán ni el gran visir podían comprender:

Trataré de cantar los méritos de una beldad, causante de mis padecimientos, para hacer revivir el recuerdo de sus antiguos encantos.

Me dicen: "¡Oh tú, el herido por la flecha de amor, levántate! ¡He aquí la copa llena, y la guitarra para alegrarte!"

Yo les digo: "¿Cómo podré alegrarme si amo? ¿Hay mayor alegría que la del amor y la de padecer por amor?

"¡Amo tanto a mi amiga, que me encela hasta la camisa que toca sus caderas cuando la camisa se ciñe demasiado a sus caderas hermosas, benditas y suaves!

"¡Amo tanto a mi amiga, que tengo celos de la copa que toca sus labios gentiles cuando la copa roza durante mucho tiempo sus labios, creados para el beso!

"¡No me censuréis por amarla tan apasionadamente; bastante padezco con mi propio amor!

"¡Ah! ¡Si supieras sus méritos! ¡Tan seductora es como José en casa de Faraón, tan melodiosa como David delante de Saúl, tan modesta como María, madre de Cristo!

"¡Y yo me veo tan triste como Jacob apartado de su hijo, tan desdichado como Jonás en la ballena, tan probado como Job entre la paja, tan decaído como Adán perseguido por el ángel...!

"¡Ay! ¡Nada me curará, a no ser el regreso de la amiga!".

Cuando Kamaralzamán oyó estos versos, notó como si penetrase en él una gran frescura que le apaciguara el alma, e hizo seña a su padre para que invitara al joven a sentarse cerca de él y los dejaran solos. Y encantado el rey al ver que su hijo interesábase por algo, se apresuró a invitar a Marzauán a sentarse cerca de Kamaralzamán, y salió de la sala después de haber guiñado el ojo al visir para indicarle que le siguiera.

Entonces Marzauán se inclinó al oído del príncipe, y le dijo: "Alah me ha guiado hasta aquí para servir de mediador entre tú y la que amas. Y a fin de convencerte, escucha". Y dio a Kamaralzamán tales pormenores de la noche pasada con la joven, que no era posible la duda.

Y añadió: " esa joven se llama Budur, y es hija del rey Ghayur, señor de El-Budur y El-Kussur. Y es mi hermana de leche".

Al oír estas palabras, Kamaralzamán se sintió tan aliviado de su languidez, que notó cómo las fuerzas daban a su alma nueva vida; y se levantó de la cama, y cogió del brazo a Marzauán, y le dijo: "¡Voy a irme enseguida contigo al país del rey Ghayur!"

Pero Marzauán le dijo: "¡Está algo lejos, y primero has de recobrar las fuerzas por completo! ¡Después iremos juntos allá, y tú solo curarás a Sett-Budur!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 199ª NOCHE

Ella dijo:

"...y tú solo curarás a Sett-Budur!".

A todo esto, el rey, impulsado por la curiosidad, volvió a la sala y vio el rostro radiante de su hijo. Entonces, con la alegría, se le atascó en la garganta el aliento; y la alegría llegó al delirio cuando oyó que su hijo le decía: "¡Voy a vestirme al momento para ir al hammam!"

Enseguida el rey se echó al cuello de Marzauán y le besó, sin pensar siquiera en preguntarle de qué receta o remedio se había servido para obtener en tan poco tiempo tan buen resultado. Y luego de colmar a Marzauán de regalos y honores, mandó iluminar toda la ciudad en señal de alegría, distribuyó prodigiosa cantidad de ropones de honor y obsequios a sus dignatarios y a toda la servidumbre de palacio, y mandó abrir todas las cárceles y poner en libertad a los presos. Y de aquella manera toda la ciudad y todo el reino se llenaron de contento y dicha.

Cuando a Marzauán le pareció que la salud del príncipe estaba completamente restablecida, le llamó aparte y le dijo: "¡Llegó el momento de partir, ya que no puedes aguantar más! ¡Haz, pues, tus preparativos, y vámonos!"

El príncipe respondió: "¡Pero mi padre no me dejará marchar, porque me quiere tanto, que nunca se decidirá a separarse de mí! ¡Y Alah! ¡Cuál será entonces mi desolación! ¡Seguramente tendré una grave recaída!" Pero Marzauán contestó: "Ya he previsto esa dificultad, y me las arreglaré de modo que no haya retraso; verás qué ardid he discurrido para lograrlo. Dirás al rey que tienes ganas de respirar el aire libre en una cacería de algunos días conmigo, porque te notas oprimido el pecho desde que no sales de casa. ¡Y seguramente el rey no te negará el permiso!"

Al oír estas palabras, Kamaralzamán se alegró en extremo, y fue en el acto a pedir la venia a su padre, quien, efectivamente para no afligirle no se atrevió a negarse. Pero le dijo: "¡Sólo por una noche! ¡Pues una ausencia muy prolongada me mataría de pena!" Después el rey mandó preparar para su hijo y Marzauán dos magníficos caballos y otros seis de repuesto, y un dromedario para los bagajes; y un camello cargado de víveres, y odres con agua.

Tras de lo cual, el rey abrazó a su hijo Kamaralzamán y a Marzauán; llorando les encargó recíproco cuidado, y después de la despedida más conmovedora, les dejó alejarse de la ciudad con todo su séquito.

Fuera ya de las murallas, los dos camaradas fingieron cazar todo el día para engañar a los palafreneros y conductores, y al oscurecer armaron las tiendas y comieron, bebieron y durmieron hasta medianoche, Entonces Marzauán despertó sigilosamente a Kamaralzamán, y le dijo: "¡Tenemos que aprovechar el sueño de esta gente para marcharnos!" Cada cual montó en uno de los caballos de refresco, y se pusieron en camino sin llamar la atención.

Así anduvieron a buen paso hasta el nacimiento del alba. En aquel momento Marzauán paró el caballo y dijo al príncipe: "¡Párate también, y apéate!" Y cuando se apeó, dijo: "¡Quítate pronto la camisa y los calzones!" Y Kamaralzamán, sin replicar, se despojó de los calzones y la camisa. Y Marzauán le dijo: "¡Ahora dámelos y aguarda un poco!" Y cogió las dos prendas y se fue hasta un sitio en que el camino formaba una encrucijada. Entonces cogió un caballo que había tenido la precaución de llevarse detrás, y lo metió en el centro de un bosque que se extendía hasta allí, y lo degolló, y tiñó con sangre la camisa y los calzones. Después de lo cual volvió al sitio en que el camino se dividía y tiró las prendas entre el polvo del camino. Luego volvió hacia Kamaralzamán, que lo aguardaba sin moverse, y que le preguntó: "Quisiera saber tus proyectos". El otro contestó: "Empecemos por tomar un bocado".

Comieron y bebieron, y Marzauán dijo entonces al príncipe: "¡Verás! Cuando el rey advierta que transcurren dos días y no regresas, y cuando los conductores le digan que hemos partido a medianoche, mandará enseguida en nuestra busca a gente que no dejará de ver en la encrucijada tu camisa y tus calzones ensangrentados, y dentro de los cuales he tenido, además, la precaución de meter algunos pedazos de carne de caballo y los huesos rotos. Y así nadie dudará que una fiera te ha devorado y que yo he huido lleno de terror". Luego añadió: "Indudablemente esa noticia será un golpe terrible para tu padre; pero en cambio, ¡cuál no será después su júbilo cuando sepa que vives y estás casado con Sett-Budur!" Kamaralzamán nada tuvo que replicar a esto, y dijo: "¡Oh Marzauán, tu ocurrencia es excelente y tu estratagema ingeniosa! Pero ¿cómo nos arreglaremos para los gastos?" Marzauán respondió: "¡No te preocupe eso! He traído conmigo las más hermosas pedrerías, de las cuales la peor vale más de 200.000 dinares".

Y así siguieron viajando durante bastante tiempo, hasta que por fin avistaron la ciudad del rey Ghayur. Echaron entonces a todo galope los caballos, y franquearon los muros, y entraron por la puerta principal de las caravanas.

Kamaralzamán quiso ir enseguida a palacio; pero Marzauán le dijo que tuviera otro poco de paciencia, y le llevó al khan, en donde paraban los ricos extranjeros, y allí estuvieron tres días completos para descansar bien de las fatigas del viaje. Y Marzauán aprovechó el tiempo en mandar fabricar para uso del príncipe un artilugio completo de astrólogo, todo de oro y materias preciosas; y luego le llevó al hammam, y después del baño le vistió con un traje de astrólogo, y habiendo comunicado las instrucciones necesarias, le guio hasta el pie del palacio del rey, y le dejó para ir a avisar a su madre, la nodriza, a fin de que ésta advirtiera a la princesa Budur.

En cuanto a Kamaralzamán, llegó hasta el pórtico del palacio...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como era discreta, se calló.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 200ª NOCHE

Ella dijo:

"...Llegó hasta el pórtico del palacio, y ante la muchedumbre hacinada en la plaza y los guardias y porteros, clamó en alta voz:

¡Soy el astrólogo ilustre, el mágico digno de memoria!

¡Soy la cuerda que levanta los velos más espesos y la llave que abre armarios y cajones!

¡Soy la pluma que traza caracteres en los amuletos y en los libros de hechicería!

¡Soy la mano que extiende la arena adivinatoria y extrae la curación del fondo de los tinteros!

¡Soy el que da sus virtudes a los talismanes y por medio de la palabra alcanza todas las victorias!

¡Desvío hacia los emuntorios todas las enfermedades; no utilizo inflamatorios, ni vomitivos, ni estornutatorios, ni infusorios, ni vejigatorios!

¡No uso oraciones, jaculatorias, ni palabras evocadoras, ni fórmulas propiciatorias, y así obtengo curas rápidas y meritísimas!

¡Soy el mágico notorio, digno de recordación; acudid a mí todos! ¡No pido propina, ni óbolo remunerador, pues todo lo hago por la gloria!

Cuando los habitantes de la ciudad, los guardias y los porteros oyeron la proclama, se quedaron estupefactos; pues desde la ejecución sumarísima de los cuarenta médicos, creían que tal raza se había extinguido, tanto más cuanto que no habían vuelto a ver médicos ni magos.

Así es que todos rodearon al joven astrólogo, y al ver su hermosura, y su tez fresquísima, y sus demás perfecciones, quedaron encantados y desconsolados al mismo tiempo, porque temieron que sufriera igual suerte que sus antecesores. Y los que estaban más cerca del carro cubierto de terciopelo, en el cual se le veía de pie, le suplicaron que se alejase del palacio, y dijeron: "Señor mago, ¡por Alah! ¿No sabes lo que te espera si recorres mucho estos lugares? El rey te mandará para que pruebes tu ciencia con su hija. ¡Desdichado! ¡Sufrirás entonces la suerte de todos esos cuyas cabezas cortadas cuelgan precisamente encima de ti!"

Pero a tales conjuros, respondía Kamaralzamán gritando más alto:

¡Soy el mago ilustre, digno de recordación! ¡No uso jeringas ni fumigaciones! ¡Oh, vosotros todos, venid a verme!

Entonces todos los circunstantes, aunque convencidos de la ciencia del astrólogo, seguían temiendo que fracasara contra aquella enfermedad sin remedio.

De modo que se pusieron muy tristes, diciéndose unos a otros: "!Qué lástima de juventud!"

A todo esto, el rey, al oír el tumulto en la plaza y al ver el gentío que rodeaba al astrólogo, dijo al visir: "¡Ve pronto a buscar a ese hombre!"

Y el visir ejecutó inmediatamente la orden.

Cuando Kamaralzamán llegó a la sala del trono, besó la tierra entre las manos del rey, y empezó por dirigirle este ditirambo:

En ti están reunidas las ocho cualidades que obligan a inclinar la cabeza al más sabio.

La ciencia, la fuerza, el poderío, la generosidad, la elocuencia, la sagacidad, la fortuna y la victoria.

Encantado quedó el rey Ghayur cuando hubo oído tales alabanzas y miró atentamente al astrólogo. Y era tal la hermosura de éste, que el rey cerró los ojos un momento, luego los volvió a abrir, y le dijo: "¡Siéntate a mi lado!"

Después le dijo: "¡Mira, hijo mío, mejor estarías sin ese traje de médico! ¡Y mucho me alegraría de casarte con mi hija si consiguieras curarla! ¡Pero dudo que lo logres! ¡Y como he jurado que nadie conservaría la vida después de haber visto la cara de la princesa, a no ser que la alcanzara por esposa, me vería obligado, muy contra mi gusto, a hacerte sufrir la misma suerte que a los cuarenta que te han precedido! ¡Contesta, pues! ¿Te allanas a las condiciones impuestas?"

Oídas estas palabras, Kamaralzamán dijo:

"¡Oh rey afortunado! ¡vengo desde muy lejos a este país próspero para ejercer mi arte y no para callar! ¡Sé lo que arriesgo, pero no retrocederé!" Entonces el rey dijo al jefe de los eunucos: "¡Ya que insiste, guíale a la habitación de la prisionera!"

Entonces ambos fueron al aposento de la princesa, y el eunuco, al ver que el joven apresuraba el paso, dijo: "¡Infeliz! ¿Crees de veras que llegarás a ser yerno del rey?" Kamaralzamán dijo: "¡Así lo espero! Y además, estoy tan seguro de ganar, que sin moverme de aquí puedo curar a la princesa, demostrando a toda la tierra mi habilidad y mi sabiduría". "¡Cómo! ¿Puedes curarla sin verla? ¡Gran mérito el tuyo si así es!"

Kamaralzamán dijo: "Aunque el deseo de ver a la princesa, que ha de ser mi esposa, me mueva a penetrar inmediatamente en su aposento, prefiero obtener su curación quedándome detrás del cortinaje de su cuarto". El eunuco dijo: "¡Más sorprendente será la cosa!"

Entonces Kamaralzamán se sentó en el suelo, detrás del cortinaje del cuarto del Sett-Budur, sacó del cinturón un pedazo de papel y recado de escribir, y redactó la siguiente carta...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 204ª NOCHE

Ella dijo:

...sacó del cinturón un pedazo de papel y recado de escribir, y redactó la siguiente carta:

"Estos renglones son de mano de Kamaralzamán, hijo del sultán Schahramán, rey de las tierras y de los océanos en los países musulmanes de las islas de Khaledán.

"A Sett Budur, hija del rey Ghayur, señor de El-Budur y El-Kussur, para expresarle sus penas de amor".

"Si hubiera de decirte, ¡oh princesa! todo lo abrasado que está este corazón que heriste, no habría en la tierra cañas bastante duras para trazar sobre el papel afirmación tan osada. ¡Pero sabe ¡oh adorable! que si se agotara la tinta, mi sangre no se agotaría, y con su color hubiera de expresarte mi interna llama, esta llama que me consume desde la noche mágica en que me apareciste en sueños y me cautivaste para siempre!

"Dentro de este pliego va la sortija que te pertenecía. Te la mando como prueba cierta de que soy el quemado por tus ojos; el amarillo como azafrán, el hirviente como volcán, el sacudido por las desventuras y el huracán, que grita hacia ti Amán, firmando con su nombre, Kamaralzamán.

"Habito en la ciudad en el gran khan".

Escrita ya la carta, Kamaralzamán la dobló, metiendo en ella diestramente la sortija; la cerró, y luego entregósela al eunuco, que fue inmediatamente a dársela a Sett Budur, diciéndole: "¡Ahí detrás de la cortina, ¡oh mi señora! hay un joven astrólogo tan temerario, que pretende curar a la gente sin verla! ¡He aquí, por cierto, lo que para ti me entregó!"

Pero apenas abrió la carta la princesa Budur, cuando conoció la sortija, y dio un grito agudo; y después, enloquecida, atropelló al eunuco y corrió a levantar la cortina, y a la primera ojeada reconoció también en el joven astrólogo al hermoso adolescente a quien se había entregado toda durante su sueño. Y tal fue su alegría, que entonces sí que le faltó poco para volverse loca de veras. Echóse al cuello de su amante, y ambos se besaron como dos palomas separados durante mucho tiempo.

Al ver aquello, el eunuco fue a escape a avisar al rey lo que acababa de ocurrir, diciéndole: "Ese astrólogo joven es el más sabio de todos los astrólogos. ¡Acaba de curar a tu hija sin verla siquiera, quedándose detrás del cortinaje!" Y el rey exclamó: "¿Es verdad eso que cuentas?" El eunuco dijo: "¡Oh señor mío, puedes ir a comprobarlo con tus propios ojos!"

Entonces el rey se dirigió inmediatamente al cuarto de su hija, y vio que, en efecto, era una realidad lo dicho. Y se regocijó tanto, que besó a su hija entre los dos ojos, porque la quería mucho, y besó también a Kamaralzamán, y después le preguntó de qué tierra era. Kamaralzamán le contestó: "¡De las islas de Khaledán, y soy el propio hijo del rey Schahramán!" Y refirió al rey Ghayur toda su historia con Sett Budur.

Cuando la oyó, exclamó el rey: "¡Por Alah! ¡Esta historia es tan pasmosa y maravillosa, que si se escribiera con agujas en el ángulo interior del ojo, sería motivo de asombro para quienes la leyeran con atención!" E inmediatamente la mandó escribir en los anales por los escribas más hábiles del palacio, para que se transmitiera de siglo en siglo a todas las generaciones futuras.

En el acto mandó llamar al kadí y a los testigos, para que se extendiera sin demora el contrato de matrimonio de Sett Budur con Kamaralzamán. Y mandó adornar e iluminar la ciudad siete noches y siete días; y se comió, y se bebió y se disfrutó; y Kamaralzamán y Sett- Budur llegaron al colmo de sus anhelos, y se amaron recíprocamente durante mucho tiempo entre fiestas, bendiciendo a Alah el Bienhechor.

Pero una noche, después de cierto festín al cual habían sido invitados los principales personajes de las islas exteriores e interiores, y cuando Kamaralzamán había disfrutado de manera todavía más grata que la acostumbrada de las suntuosidades de su esposa, tuvo, dormido ya, un sueño en el cual vio a su padre, el rey Schahramán, que se le aparecía con la cara bañada en llanto, y le decía tristemente:

"¿Cómo me abandonas así ya, Kamaralzamán? ¡Mira! ¡Voy a morirme de dolor!"

Entonces Kamaralzamán se despertó sobresaltado, y despertó también a su esposa, y empezó a exhalar hondos suspiros.

Y Sett Budur, ansiosa, le preguntó: "¿Qué te pasa, ojos míos? Si te duele el vientre, te haré enseguida un cocimiento de anís e hinojo. Y si te duele la cabeza, te pondré en la frente paños de vinagre. Y si has comido demasiado por la noche, te colocaré encima del estómago un panecillo caliente envuelto en una servilleta, y te daré a beber un poco de agua de rosas mezclada con jugo de otras flores...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 206ª NOCHE

Ella dijo:

"...y -te daré de beber un poco de agua de rosas mezclada con jugo de otras flores".

Kamaralzamán contestó: "Tenemos que marcharnos mañana, ¡oh Budur!, a mi país, cuyo rey, mi padre está enfermo. ¡Acaba de aparecérseme en sueños, y me aguarda allá llorando!"

Budur contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y aunque todavía era de noche, se levantó enseguida y fue en busca de su padre, el rey Ghayur, que estaba en el harem, y a quien con el eunuco mandó recado de que tenía que hablarle.

El rey Ghayur, al ver aparecer la cabeza del eunuco a aquellas horas, se quedó estupefacto, y le dijo: "¿Qué desastre vienes a anunciarme, ¡oh cara de alquitrán!?"

El eunuco contestó: "¡La princesa Budur desea hablar contigo!" Él contestó: "Aguarda que me ponga el turbante". Después de lo cual salió, y dijo a Budur: "Hija mía, ¿qué clase de pimienta has tragado para estar en movimiento a estas horas?"

Ella contestó: "¡Oh padre mío! ¡vengo a pedirte permiso para salir al amanecer hacia el país de Khaledán, reino del padre de mi esposo Kamaralzamán!" El rey dijo: "¡No me opongo, con tal de que vuelvas pasado un año!" Ella dijo: "¡Sí, por cierto!" Y dio las gracias a su padre por el permiso besándole la mano, y llamó a Kamaralzamán, que también le dio las gracias.

Y al amanecer del día siguiente estaban hechos los preparativos, enjaezados los caballos y cargados los dromedarios y camellos. Entonces el rey Ghayur se despidió de su hija Budur y la recomendó mucho a su esposo, y les regaló numerosos presentes de oro y diamantes y los acompañó durante algún tiempo. Tras de lo cual regresó a la ciudad, no sin haberles encargado, llorando, que se cuidaran mucho, y les dejó seguir su camino.

Entonces Kamaralzamán y Sett Budur, después del llanto de la despedida, no pensaron más que en la alegría de ver al rey Schahramán. Y viajaron el primer día, y el segundo y el tercero, y así sucesivamente hasta el día trigésimo. Llegaron entonces a un prado muy agradable, que les gustó hasta el punto de que mandaron armar el campamento allí para descansar un día o dos. Y no bien estuvo dispuesta y armada junto a una palmera la tienda de Sett Budur, cansada ésta entró enseguida en ella, tomó un bocado y no tardó en dormirse.

Cuando Kamaralzamán acabó de dar órdenes y de mandar armar las otras tiendas mucho más lejos, para que él y Budur pudieran disfrutar del silencio y la soledad, penetró a su vez en la tienda, y vio dormida a su joven esposa. Y al verla se acordó de la primera noche milagrosa pasada con ella en la torre.

Porque en aquel momento Sett Budur aparecía tendida en la alfombra de la tienda, colocada la cabeza en un almohadón de seda escarlata. No tenía encima más que una camisa de color claro, de gasa fina, y el ancho calzón de tela de Mosul. Y de cuando en cuando la brisa entreabría hasta el ombligo la ligera camisa; y todo el hermoso vientre surgía blanco como la nieve, ostentando en los sitios delicados hoyuelos y lo bastante anchos para contener cada uno una onza de nuez moscada.

Y Kamaralzamán, encantado, no pudo dejar de recordar estos versos deliciosos del poeta:

¡Cuando duermes en la púrpura, tu rostro claro es como la aurora, y tus ojos como los cielos marinos!

¡Cuando tu cuerpo vestido de narcisos y rosas se yergue o se alarga flexible, no lo igualaría la palmera que crece en Arabia!

¡Cuando tu fina cabellera, en la cual arden las pedrerías, cae maciza o se despliega leve, no hay seda que valga lo que su tejido natural!

Después recordó asimismo este poema admirable, que acabó de llevarlo al límite del éxtasis:

¡Durmiente! ¡magnífica es la hora en que las palmas abiertas beben la claridad! ¡Mediodía sin aliento! ¡Un zángano de oro aspira una rosa desfallecida! ¡Sueñas! ¡Sonríes! ¡No te muevas!

¡No te muevas! ¡Tu delicada piel dorada colorea con sus reflejos la gasa diáfana; y los rayos del sol, vencedores de las palmas, te penetran, ¡oh diamante! al atravesarte te ilumina! ¡Ah! ¡No te muevas!

¡No te muevas! ¡Deja respirar así a tus senos, que se alzan y descienden como las olas del mar! ¡Oh! ¡Tus senos nevados! ¡Quiero aspirarlos como la espuma marina y la sal blanca! ¡Ah! ¡Deja respirar a tus senos!

¡Deja respirar a tus senos! ¡El arroyo risueño reprime sus risas; el zángano interrumpe su zumbido en la flor; y mi mirada quema las dos uvas color granate de tus pechos! ¡Oh! ¡Deja que mis ojos ardan!

¡Deja que mis ojos ardan! ¡Pero que mi corazón se ensanche bajo las palmas afortunadas, con tu cuerpo macerado en las rosas y el sándalo, con todo el beneficio de la soledad y la frescura del silencio!

Después de haber recitado estos versos, Kamaralzamán sintió ardiente deseo de su esposa dormida, de la cual no podía cansarse, así como el sabor fresco del agua pura es siempre delicioso para el paladar del sediento. Inclinóse, pues, hacia ella, y le desató el cordón de seda que le sujetaba el calzón; y alargaba ya la mano hacia la sombra cálida de los muslos, cuando notó que un cuerpecillo duro le rodaba por entre los dedos. Lo cogió y vio que era una cornalina atada a una hebra de seda precisamente encima del valle de las rosas. Y Kamaralzamán quedó muy asombrado, y dijo para sí: "¡Si esta cornalina no tuviera virtudes extraordinarias, y no fuera un objeto muy querido para Budur, no lo habría conservado con tanto esmero, ni lo habría ocultado precisamente en el sitio más precioso de su cuerpo! ¡Será para no separarse de él! ¡Sin duda le ha debido dar esta piedra su hermano Marzauán para preservarla del mal de ojo y los abortos!"

Luego Kamaralzamán, sin proseguir las caricias empezadas, sintió tal tentación de examinar mejor la piedra, que desató la seda que la sujetaba, la sacó, y salió de la tienda para mirarla a la luz. Y vio que la cornalina, tallada en cuatro facetas, estaba grabada con caracteres talismánicos y figuras desconocidas. Y al colocársela a la altura de los ojos, para examinar mejor sus pormenores, un ave grande se precipitó de pronto desde lo alto de los aires, y en un giro rápido como el relámpago, se la arrancó de la mano...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como era discreta, se calló.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 207ª NOCHE

Ella dijo:

...y en un giro rápido como el relámpago, se la arrancó de la mano. Después fue a posarse, algo más lejos, en la copa de un árbol alto, y lo miró, inmóvil y burlona, sujetando con el pico el talismán.

Ante aquel desastroso accidente, la estupefacción de Kamaralzamán fue tan honda, que abrió la boca y estuvo algún rato sin poder moverse, pues a su vista pasó todo el dolor con que presentía afligida a Budur al saber la pérdida de una cosa que indudablemente debía estimar mucho. Así es que Kamaralzamán, repuesto de su sorpresa, no vaciló un instante. Cogió una piedra y corrió hacia el árbol en que se había posado el ave. Llegó a la distancia necesaria para tirarle la piedra al ladrón, y ya levantaba la mano apuntándole, cuando el ave saltó del árbol y fue a posarse en otro algo más lejano. Entonces Kamaralzamán la persiguió, y el ave voló y fue al tercer árbol.

Y Kamaralzamán dijo para sí: "¡Ha debido ver que llevo una piedra en la mano! Voy a tirarla para que comprenda que no quiero hacerle daño" Y tiró la piedra a lo lejos.

Cuando el ave vio que Kamaralzamán tiraba la piedra, saltó al suelo, pero manteniéndose de todos modos a cierta distancia. Y Kamaralzamán pensó: "¡Ahí me está esperando!" Y se acercó a ella con rapidez, pero al ir a tocarla con la mano, el ave saltó algo más lejos. Y Kamaralzamán saltó detrás de ella. Y el ave saltó y Kamaralzamán saltó y el ave saltó. Y Kamaralzamán salto, y así sucesivamente, horas y horas, de valle en valle y de collado en collado, hasta que anocheció. Entonces Kamaralzamán exclamó: "¡No hay más recurso que Alah Todopoderoso!" Y se paró, sin aliento. Y el ave también se paró, pero algo más lejos, en la cima de un montecillo.

En aquel momento, Kamaralzamán notó humedad en la frente, más de desesperación que de cansancio, y pensó que tal vez haría mejor en regresar al campamento. Pero dijo para sí: "Mi amada Budur sería capaz de morirse de pena si le anunciase la pérdida irremediable de este talismán, de virtudes desconocidas para mí, pero que para ella deben ser esenciales. Y además, si me volviera ahora que la tiniebla es tan espesa, me expondría a extraviarme, o a que me atacasen las alimañas nocturnas". Sumido entonces en pensamientos tan desconsoladores, no sabía qué resolución tomar, y se tendió en el suelo, llegando al límite del aniquilamiento.

Sin embargo, no dejó de observar al ave, cuyos ojos brillaban de una manera extraña entre la sombra; y cada vez que hacía un ademán o se levantaba pensando sorprenderla, el ave sacudía las alas y daba un chillido como para avisarle que le veía. De modo que Kamaralzamán, vencido por la fatiga y la emoción, se dejó dominar del sueño hasta por la mañana.

En cuanto despertó, decidió pillar a todo trance al ave ladrona, y empezó a perseguirla: y se repitió la misma carrera, con igual resultado que en la víspera. Y Kamaralzamán, cuando anocheció, empezó a golpearse, exclamando: "¡La perseguiré mientras me quede un hálito de vida!" Y recogió algunas plantas y hierbas, conformándose con alimentarse de ellas. Y se durmió, acechando al ave, y acechado también por los ojos que brillaban entre la sombra.

Y al día siguiente se reprodujo la misma persecución, y así continuaron hasta el décimo día, desde por la mañana hasta por la noche; pero al amanecer el undécimo día, atraído sin cesar por el vuelo del ave, Kamaralzamán llegó a las puertas de una ciudad situada junto al mar.

Al ver aquello, Kamaralzamán se sintió presa de una ira tal, que se tiró al suelo de bruces, y lloró durante largo tiempo, sacudido por los sollozos.

Pasadas algunas horas en tal estado de angustia, se decidió a levantarse, y fue hasta el arroyo que corría cerca de allí para lavarse las manos y la cara y hacer sus abluciones; después se encaminó a la ciudad, pensando en el dolor de su amada Budur y en todas las suposiciones que estaría haciendo sobre su desaparición y la del talismán. Y se recitaba poemas acerca de la separación y las penas de amor, como el siguiente, entre otros mil:

Para no escuchar a los envidiosos que me censuraban y me decían: ¡Sufres porque amas a un ser demasiado hermoso! ¡Quien es tan hermoso como ese ser, se antepone a todo amor!

Para no escucharlos, me he tapado todas las aberturas de los oídos, y les he dicho: ¡La he escogido entre mil, es verdad! ¡Cuando el Destino nos tiene en su poder, perdemos la vista y hacemos la elección entre tinieblas!

Después Kamaralzamán traspuso las puertas y entró en la ciudad. Empezó a andar por las calles sin que ninguno de los numerosos habitantes con quienes se cruzaba le mirara con afabilidad, como acostumbran a hacer los musulmanes con los extranjeros. Siguió, pues, su camino, y llegó de tal modo a la puerta opuesta de la ciudad, por la cual se salía para ir a los jardines.

Como encontró abierta la puerta de un jardín más grande que los demás, entró en él, y vio que se le acercaba el jardinero, que fue el primero que le saludó, según la fórmula de los musulmanes. Y Kamaralzamán correspondió a sus deseos de paz, y respiró a gusto oyendo hablar en árabe. Y después del cambio de zalemas, Kamaralzamán preguntó al viejo: "Pero ¿por qué tienen unas caras tan hurañas y unas maneras tan frías, tan heladas y tan poco hospitalarias todos esos habitantes?"

El buen anciano contestó: "¡Bendito sea Alah, hijo mío, por haberte sacado sin detrimento de sus manos! Los que habitan en esta ciudad son invasores procedentes de los países negros de Occidente; llegaron un día por mar desembarcando de improviso, y mataron a todos los musulmanes, que vivían en nuestra ciudad. Adoran cosas extraordinarias e incomprensibles; hablan en un lenguaje oscuro y bárbaro, y comen cosas podridas que huelen mal, como el queso corrompido y la caza pasada; y no se lavan nunca, porque al nacer, unos hombres muy feos y vestidos de negro les riegan el cráneo con agua, y esta ablución, acompañada por ademanes extraños, les dispensa de cualquiera otra ablución durante el resto de sus días. De modo que esta gente, para no sentir nunca la tentación de lavarse, empezaron por destruir todo hammam y toda fuente pública, y en el lugar que ocupaban edificaron tiendas servidas por zorras, que venden como bebida un líquido amarillo con espuma, que debe ser orines fermentados, o cosa peor todavía. ¡En cuanto a sus mujeres, ¡oh hijo mío! son la calamidad más abominable! Tampoco se lavan, lo mismo que los hombres; pero en cambio se blanquean las caras con cal apagada, y cascarones de huevo pulverizados; además, tampoco llevan paño ni pantalón que las libre por abajo del polvo del camino; así es que resulta pestilente acercarse a ellas, y todo el fuego del infierno no bastaría a limpiarlas. He aquí, hijo mío entre qué gente acabó una existencia que me costó gran trabajo salvar del desastre: ¡Pues aquí donde me ves, soy el único musulmán que queda vivo!

¡Pero demos gracias al Altísimo, que nos hizo nacer con creencias tan puras como el cielo del cual proceden!"

Dichas estas palabras, el jardinero se figuró, por el aspecto cansado del joven, que debía tener hambre; le llevó a su modesta casa, al fondo del jardín, y con sus propias manos le dio de comer y beber. Después de lo cual le interrogó discretamente por la causa de su llegada ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como era discreta, se calló.

Y CUANDO LLEGÓ LA 208ª NOCHE

Ella dijo:

...por la causa de su llegada.

Kamaralzamán, lleno de agradecimiento a la bondad del jardinero, no le ocultó nada de su historia, y acabó su relato prorrumpiendo en llanto.

El viejo hizo cuanto pudo por consolarle, y le dijo:

"Hijo mío, la princesa Budur te habrá precedido seguramente en el reino de tu padre, el país de Khaledán. Aquí en mi casa encontrarás buena acogida, asilo y reposo, hasta que algún día Alah envíe una nave que pueda transportarte a la isla más cercana de aquí, que se llama la isla de Ebano. Y entonces, como de la isla de Ebano hasta el país de Khaledán la distancia no es muy grande, encontrarás muchos barcos para llegar a él. De modo que desde hoy iré diariamente al puerto hasta que encuentre un mercader que consienta en hacer contigo el viaje a la isla de Ebano, pues para encontrar uno que quisiera ir al país de Khaledán, habría que aguardar años y años.

Y el jardinero no dejó de hacerlo como había dicho; pero pasaron días y meses sin que pudiese encontrar un barco que saliera para la isla de Ebano.

¡Esto en cuanto a Kamaralzamán!

Pero respecto a Sett Budur, le ocurrieron cosas tan maravillosas y sorprendentes, ¡oh rey afortunado! que me apresuro a hablarte de ella. ¡Verás!

Efectivamente, en cuanto Sett Budur se despertó, su primer movimiento fue abrir los brazos para estrechar entre ellos a Kamaralzamán. Y su asombro fue muy grande al no encontrarle a su lado, y extraordinaria su sorpresa al enterarse de que el calzón se le había desatado y el cordón de seda había desaparecido con la cornalina talismánica. Pero creyó que Kamaralzamán, que todavía no la había visto, la habría sacado afuera para mirarla mejor. Y aguardó pacientemente.

Cuando, pasado buen rato, vio que Kamaralzamán no volvía, empezó a alarmarse mucho, y pronto apoderóse de ella una aflicción inconcebible. Y cuando llegó la noche sin que hubiera regresado Kamaralzamán, ya no supo qué pensar de aquella desaparición, pero dijo para sí: "¡Ya Alah! ¿Qué cosa tan extraordinaria habrá podido obligar a Kamaralzamán a alejarse, cuando no puede pasar una hora apartado de mí? ¿Pero por qué se habrá llevado el talismán? ¡Maldito talismán! ¡tú eres la causa de nuestra desdicha! ¡Y a ti, maldito Marzauán, confúndate Alah por haberme regalado cosa tan funesta!"

Pero cuando Sett Budur vio que pasados dos días no regresaba su esposo, en vez de aturdirse, como lo habría hecho cualquier mujer en tales circunstancias, encontró dentro de la desgracia una firmeza de la cual no suelen estar provistas las personas de su sexo.

Nada quiso decir a nadie respecto a tal desaparición, por temor de que sus esclavas le traicionasen o la sirvieran mal; ocultó su dolor dentro del alma, y prohibió a la doncella que la acompañaba que dijera palabra de ello. Después, como sabía que se parecía a Kamaralzamán, abandonó su traje de mujer, cogió de un cajón la ropa de Kamaralzamán, y empezó a vestírsela.

Lo primero que se puso fue un hermoso ropón rayado, bien ajustado a la cintura, y que dejaba el cuello al aire; se ciñó un cinturón de filigrana de oro, en el cual colocó un puñal con mango de jade„ incrustado de rubíes; envolvióse la cabeza con un pañuelo de seda del muchos colores, que se apretó a la frente con una triple cuerda de pelo sedoso de camello joven, y hechos tales preparativos cogió un látigo, cimbreó la cintura, y mandó a su esclava que se vistiera con la ropa que Budur acababa de quitarse, y que anduviera detrás de ella. De tal modo, todo el mundo, al ver a la doncella, podía decir: "¡Es Sett- Budur!"

Salió entonces de la tienda, y dio la señal de marcha.

Sett -Budur, disfrazada de Kamaralzamán, se puso a viajar, seguida por su escolta, durante días y noches, hasta que llegó a una ciudad situada a orillas del mar. Entonces mandó armar las tiendas a las puertas de la plaza y preguntó: "¿Cuál es esta ciudad?" Y le contestaron: "Es la capital de la isla de Ebano".

Preguntó otra vez: "¿Cuál es su rey?" Y le contestaron: "Se llama el rey Armanos". Volvió a preguntar: "¿Tiene hijos?" Y le contestaron: "Tiene sólo una hija, la virgen más hermosa del reino, y su nombre es Hayat-Alnefus...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 209ª NOCHE

Ella dijo:

"Tiene sólo una hija, la virgen más hermosa del reino, y su nombre es Hayat-Alnefus".

Entonces Sett Budur envió un correo con una carta al rey Armanos, para anunciarle su llegada; y esta carta la firmaba como príncipe Kamaralzamán, hijo del rey Schahramán, señor del país de Khaledán.

Cuando el rey Armanos supo esta noticia, como siempre había mantenido excelentes relaciones con el poderoso rey Schahramán, se alegró mucho de poder hacer los honores de su ciudad al príncipe Kamarazalmán. Inmediatamente, seguido de una comitiva compuesta de los principales de su corte, fue hacia las tiendas al encuentro de Sett Budur, y la recibió con todos los miramientos y honores que creía ofrecer al hijo de un rey amigo. Y a pesar de las vacilaciones de Budur, que trató de no aceptar el alojamiento que graciosamente le ofrecían en palacio, el rey Armanos la decidió a acompañarle. E hicieron juntos su entrada solemne en la población. Y durante tres días obsequiaron a la corte toda con magníficos festines de suntuosidad extraordinaria.

Y después el rey Armanos se reunió con Sett Budur para hablarle de su viaje y preguntarle qué pensaba hacer. Y aquel día, Sett Budur, siempre disfrazada de Kamaralzamán, había ido al hammam del palacio, en el cual no quiso aceptar los servicios de ningún masajista. Y había salido de él tan milagrosamente bella y brillante, y sus encantos tenían bajo aquel aspecto de hombre un atractivo tan sobrenatural, que todo el mundo se detenía a su paso sin respirar y bendecía al Creador.

El rey Armanos, pues, se sentó al lado de Sett Budur, y habló con ella largo rato. Y tanto le subyugaron sus encantos y elocuencia, que le dijo: "¡Oh hijo mío, verdaderamente fue Alah quien te envió a mi reino para que seas el consuelo de mi ancianidad y ocupes el lugar de un hijo a quien pueda dejar mi trono! ¿Quieres, hijo mío, darme esa satisfacción, aceptando un casamiento con mi única hija Hayat-Alnefus? No hay en el mundo nadie tan digno como tú de sus destinos y belleza. Acaba de llegar a la nubilidad, pues durante el mes pasado entró en los quince años. ¡Es una flor exquisita, y yo quisiera que la aspiraras! ¡Acéptala, hijo mío, y en el acto abdicaré en ti el trono, cuya pesada carga es ya insoportable para mi mucha edad!"

Semejante proposición, tan generosa y espontánea, puso en molesto apuro a la princesa Budur. Al principio no supo qué hacer para no delatar la turbación que la agitaba: bajó los ojos y reflexionó un buen rato, mientras un sudor frío le helaba la frente. Y pensó: "Si contesto que como Kamaralzamán, estoy ya casado con la princesa Sett Budur, responderá que el Libro permite hasta cuatro mujeres legítimas; si le digo la verdad acerca de mi sexo, es capaz de obligarme a casarme con él; y todo el mundo se enteraría de ello, y me daría mucha vergüenza; si rechazo esa oferta paternal, su afecto hacia mí se convertiría en odio feroz, y en cuando haya abandonado yo su palacio, es capaz de prepararme una emboscada para quitarme la vida. ¡De modo que vale más aceptar la proposición y dejar que se cumpla el Destino! ¿Y quién sabe lo que me oculta lo insondable? Verdaderamente, al ocupar el trono, habré adquirido un reino muy hermoso para cedérselo a Kamaralzamán cuando regrese. Y en cuanto a consumar el matrimonio con mi esposa la joven Hayat-Alnefus, quizá se encuentre remedio. Ya lo pensaré".

Levantó, pues, la cabeza, y con el rostro coloreado por un sonrojo que el rey atribuyó a modestia y cortedad, naturales en un adolescente tan candoroso, contestó: "¡Soy el hijo sumiso que responde oyendo y obedeciendo a los menores deseos de su rey!"

Estas palabras transportaron al rey Armanos al límite de la satisfacción, y quiso que la ceremonia del casamiento se verificase el mismo día. Empezó por abdicar el trono en favor de Kamaralzamán delante de todos sus emires, personajes, oficiales y chambelanes; mandó que se anunciara este suceso a toda la ciudad por medio de los pregoneros, y despachó correos a todo su Imperio para que se enteraran de ello las poblaciones.

Entonces organizó en un momento una fiesta sin precedentes en la ciudad y en palacio, y entre gritos de júbilo y al son de pífanos y címbalos, se extendió el contrato de casamiento del nuevo rey con Hayat-Alnefus.

Cuando llegó la noche, la reina madre, rodeada de sus doncellas, que lanzaban "lu-lu-lúes" de alegría, llevó a la recién casada Hayat-Alnefus a la habitación de Sett Budur, a quien seguían tomando por Kamaralzamán. Sett Budur, en su aspecto de rey adolescente, avanzó con gentileza hacia su esposa, y por primera vez le levantó el velillo del rostro.

Entonces, todos los circunstantes, al ver pareja tan hermosa, quedaron tan cautivados, que palidecieron de placer y emoción. Terminada la ceremonia, la madre de Hayat-Alnefus y todas las doncellas, después de haber expresado millares de deseos de felicidad y haber encendido todos los candelabros, se retiraron prudentemente, y dejaron solos en la cámara nupcial a los recién casados... .

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como discreta, se calló.

Y CUANDO LLEGÓ LA 210ª NOCHE

Ella dijo:

...solos en la cámara nupcial a los recién casados.

Sett Budur quedó encantada del aspecto lleno de frescura da la joven Hayat-Alnefus, y con rápida ojeada la juzgó verdaderamente deseable, por sus grandes ojos negros asustados, su tez límpida, sus senos que se dibujaban infantiles debajo de la gasa. Y Hayat-Alnefus sonrió tímidamente por haber agradado a su esposo, aunque temblaba de emoción reprimida y bajaba los ojos, sin atreverse apenas a moverse bajo sus velos y pedrerías. Y también había podido notar la hermosura soberana de aquel joven de mejillas vírgenes de pelo, que le parecía más perfecto que todas las jóvenes más hermosas de palacio. De modo que se conmovió todo su ser cuando le vio acercarse muy despacio y sentarse a su lado en el gran colchón tendido encima de la alfombra. Sett Budur cogió con las suyas las manos de la joven, y se inclinó lentamente, y la besó en la boca. Y Hayat-Alnefus no se atrevió a devolverle aquel beso tan delicioso; pero cerró los ojos por completo y exhaló un suspiro de honda felicidad. Y Sett Budur le puso la cabeza en la curva de sus brazos, se la apoyó contra el pecho, y a media voz le cantó versos de un ritmo tan propio para mecer, que la joven durmióse a poco con una sonrisa de dicha en los labios.

En cuanto despertó Sett Budur, que se había acostado casi completamente vestida, y hasta con el turbante puesto, se apresuró a hacer rápidamente abluciones someras, puesto que además tomaba numerosos baños en secreto para no descubrirse; se adornó con sus atributos regios, y fue a la sala del trono a recibir los homenajes de toda la corte, despachar los negocios, suprimir abusos, nombrar y destituir.

Entre otras supresiones que le parecieron urgentes, abolió los consumos, las aduanas y las cárceles, y repartió grandes liberalidades a los soldados, al pueblo y a las mezquitas. Por eso le quisieron mucho sus nuevos súbditos, e hicieron votos por su prosperidad y larga vida.

En cuanto al rey Armanos y a su esposa, se apresuraron a ir a saber de su hija Hayat-Alnefus, y le preguntaron si su esposo había estado cariñoso, y si ella estaba muy cansada, pues no querían empezar por interrogarla acerca del asunto más importante. Hayat-Alnefus con. testó: "¡Mi esposo estuvo delicioso! ¡Me ha besado en la boca y me he dormido en sus brazos al ritmo de sus canciones! ¡Ah, qué amable es!" Entonces Armanos dijo: "¿Y no ha pasado nada más hija mía?" Ella contestó: "¡Nada más!" Y la madre preguntó: "Entonces, ¿ni siquiera te has desnudado del todo?" Ella respondió: "¡Claro que no!" Entonces el padre y la madre se miraron; pero no dijeron nada y se fueron. Eso en cuanto a ellos.

En cuanto a Sett Budur, ya despachados los asuntos, volvió a su habitación a buscar a Hayat-Alnefus, y le preguntó: "¿Qué te han dicho, ¡oh mi muy querida! tu padre y tu madre?" Ella contestó: "¡Me han preguntado por qué no me había desnudado!" Budur contestó: "¡No hay que apurarse por eso! ¡Ya te ayudaré!" Y prenda por prenda le quitó la ropa, hasta la última camisa, y la cogió desnuda en brazos, y se tendió con ella en el colchón.

Entonces Budur depositó un beso suavísimo en los hermosos ojos de la joven, y le preguntó: "Hayat-Alnefus, cordera mía, ¿te gustan mucho los hombres?" La otra respondió: "No los he visto nunca, como no sean los eunucos de palacio, como es natural. ¡Pero me han dicho, que sólo son hombres a medias! ¿Qué les falta para estar completos?" Budur contestó: "Precisamente lo mismo que te falta a ti, ojos míos". Hayat-Alnefus, sorprendida, contestó: "¿A mí? ¿Y qué me falta a mí, ¡por Alah!?" Budur contestó: "¡Un dedo!"

Al oír tales palabras, Hayat-Alnefus, asustada, lanzó un grito ahogado, y sacó las manos de debajo de la colcha y extendió los diez dedos, mirándolos con ojos dilatados por el terror. Pero Budur la estrechó contra su pecho, y la besó en el pelo, y le dijo: "¡Por Alah! ¡Ya Hayat-Alnefus, todo era broma!" Y siguió cubriéndola de besos, hasta que la calmó completamente. Entonces le dijo: "¡Oh mi muy querida, bésame!" Y Hayat-Alnefus acercó sus frescos labios a los labios de Budur, y ambas, así enlazadas, se durmieron hasta por la mañana ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como era discreta, se calló.

Y CUANDO LLEGÓ LA 211ª NOCHE

Ella dijo:

...Y ambas, así enlazadas, se durmieron hasta por la mañana. Entonces Budur salió a despachar los asuntos del reino; y el padre y la madre de Hayat-Alnefus entraron a saber noticias de su hija.

El rey Armanos fue el primero en preguntar: "Bueno, hija mía, ¡bendito sea Alah! ¡Todavía estás en la cama! ¿No estás muy rendida?" Ella contestó: "¡Nada de eso! ¡He descansado muy bien en brazos de mi hermoso esposo, que esta vez me dejó completamente desnuda, y me besó todo el cuerpo con besos muy delicados! ¡Ya Alah! ¡Qué delicioso era aquello! ¡Por todas partes sentí hormigueos numerosos y estremecimientos! ¡Sin embargo una vez me asustó diciéndome que me faltaba un dedo! ¡Pero fue en broma! ¡Y sus caricias me dieron luego tanto gusto, y sus manos se me antojaban tan suaves a mi piel, y tan cálidos se unían sus labios a mis labios, que me ha parecido soñar hasta por la mañana, creyéndome en el paraíso!"

Entonces la madre›-preguntó: "¿Pero en dónde están las toallas? ¿Has perdido mucha sangre, hija mía?" Y la joven, asombrada, contestó: "¡No he perdido ninguna!"

Al oír estas palabras, el padre y la madre, en el colmo de la desesperación, se abofetearon, gritando: "¡Oh vergüenza y desgracia para nosotros! ¿Por qué nos desprecia tanto tu esposo y te desdeña hasta tal punto?"

Después el rey enfurecióse paulatinamente, y se retiró gritando a su esposa con voz bastante fuerte para que le oyera la joven: "¡Si esta noche no cumple Kamaralzamán su deber quitando la virginidad a nuestra hija y salvando así el honor de todos nosotros, sabré castigar su indignidad! ¡Le expulsaré de palacio, después de hacerle bajar del trono que le he dado, y no sé si le someteré a castigo más terrible todavía!" Y dichas estas palabras, el rey Armanos salió del aposento de su consternada hija, seguido de su esposa, cuya nariz se le había alargado hasta los pies.

Y cuando llegó la noche y Sett- Budur entró en la habitación de Hayat-Alnefus, la encontró muy triste, con la cabeza metida entre las almohadas, y sacudida por los sollozos. Se acercó a ella, besándole en la frente, secándole las lágrimas, y al preguntarle el motivo de su pesar, Hayat-Alnefus le dijo con voz conmovida: "¡Oh mi amado señor! ¡mi padre quiere desposeerte del reino que te ha dado, y despedirte de palacio, y no sé qué más pretenden hacer contigo! ¡Y todo porque no quieres quitarme la virginidad, salvando así el honor de su nombre y de su raza! ¡Se ha empeñado en que eso se haga esta noche misma! ¡Y yo, ¡oh dueño amado! te lo digo, no para impulsarte a tomar lo que debes tomar, sino para librarte del peligro que te amenaza! ¡Pues todo el día mi padre premedita contra ti! ¡Ah! ¡Por favor, date prisa a quitarme la virginidad, y haz de modo que, como dice mi madre, las toallas blancas se pongan todas rojas! ¡Yo me confío por completo a tu saber, y pongo todo mi cuerpo y mi alma en tus manos! ¡Pero tú has de decidir lo que tengo que hacer para eso!"

Al oír estas palabras, Sett Budur dijo para sí: "¡Llegó el momento! ¡Ya veo que no hay medio de aplazar las cosas! ¡Pondré mi fe en Alah!" Y dijo a la joven: "Ojos míos, ¿me quieres mucho?" La otra contestó: "¡Tanto como el cielo!" Budur la besó en la boca, y preguntó: "¿Y cómo a qué más?" La joven respondió, estremecida ya por el beso: "¡No lo sé, pero mucho!" Budur le preguntó otra vez: "Ya que me quieres tanto, ¿habrías sido feliz si en vez de ser tu esposo hubiese sido sólo tu hermano?" La joven palmoteó, y contestó: "¡Me habría muerto de dicha!" Budur dijo: "Y si yo, mi muy querida, no hubiera sido tu hermano, sino tu hermana; si hubiera sido una muchacha como tú, en lugar de ser hombre, ¿me habrías querido lo mismo?" Hayat-Alnefus dijo: "¡Todavía más, porque habría estado siempre contigo, habría jugado siempre contigo, y dormido en la misma cama, sin separarnos nunca!" Entonces Budur atrajo hacia sí a la joven, le cubrió de besos los ojos, y le dijo: "Vamos, Hayat-Alnefus, ¿serías capaz de guardar para ti sola un secreto, dándome así una prueba de tu amor?" La joven exclamó: "¡Queriéndote tanto, todo me es fácil!"

Entonces Budur la cogió en brazos y aplicó los labios a los suyos, hasta perder las dos el aliento, y después se levantó del todo, y dijo: "¡Mírame, Hayat-Alnefus, y sé, pues, mi hermana!"

Y al mismo tiempo, con ademán rápido, se entreabrió la ropa desde el cuello hasta la cintura e hizo salir dos pechos deslumbradores coronados por sus rosas; después dijo: "¡Ya ves que soy una mujer como tú, mi muy querida! ¡Y si me he disfrazado de hombre, ha sido a consecuencia de una aventura extrañísima que te voy a contar sin demora!"

Entonces se sentó de nuevo, se puso a la joven en las rodillas, y le refirió toda su historia, desde el principio hasta el fin. Pero sería inútil repetirla.

Cuando Hayat-Alnefus oyó la historia, llegó al límite del asombro, y como seguía sentada en el regazo de Sett Budur, le cogió la barbilla con la mano, y le dijo: "¡Oh hermana mía, que vida tan deliciosa vamos a pasar juntas aguardando el regreso de tu amado Kamaralzamán! ¡Alah apresure su llegada, para que nuestra dicha sea completa!" Y Budur le dijo: "¡Atienda Alah tus deseos, mi muy querida, y te entregaré a él como segunda esposa! ¡Y así disfrutaremos los tres la felicidad más perfecta!"

Después se dieron largos besos, y jugaron a mil juegos, y Hayat-Alnefus se maravillaba de todos los pormenores de belleza que encontraba en Sett Budur. Y le cogía los pechos, y decía: "¡Oh hermana mía, qué hermosos son tus pechos! ¡Mira! ¡Son mucho mayores que los míos! ¡Mira los míos cuán pequeños son! ¿Te parece que crecerán?" Y la registraba por todas partes, y la interrogaba acerca de los descubrimientos que hacía. Y Budur, entre mil besos, le contestaba, instruyéndola con perfecta claridad, y Hayat-Alnefus exclamaba: ¡Ya Alah! ¡Ahora lo entiendo! ¡Figúrate que cuando preguntaba yo a las esclavas: "¿Para qué sirve esto? ¿Para qué sirve aquello? guiñaban el ojo, pero no respondían. Otras veces, con mucha ira por mi parte, chasqueaban la lengua pero no contestaban. Y yo, llena de cólera, me arañaba las mejillas, y gritaba cada vez más fuerte: "¿Para qué sirve eso?" Entonces acudía mi madre a los gritos, y preguntaba, y todas las esclavas le decían: "¡Grita porque quiere obligarnos a explicarle para qué sirve eso!" Entonces la reina, mi madre, en el límite de la indignación, a pesar de mis protestas de arrepentimiento, me ponía el trasero al aire y me daba una azotaina furiosa, gritando: "¡Para esto sirve eso!" Y yo acabé por convencerme de que eso no servía más que para proporcionar una azotaina; y así con todo lo demás".

Después siguieron ambas diciendo y haciendo mil locuras, de tal modo, que por la mañana a Hayat-Alnefus no le quedaba nada que aprender, y se había enterado de la misión encantadora que en adelante había de corresponder a todos sus órganos delicados...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como discreta, se calló.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 212ª NOCHE

Ella dijo:

...se había enterado de la misión encantadora que en adelante había de corresponder a todos sus órganos delicados.

Entonces, como se acercaba la hora en que los padres iban a entrar, Hayat-Alnefus dijo a Budur: "Hermana mía, ¿qué hay que decirle a mi madre, que me pedirá que le enseñe la sangre de mi virginidad?" Budur sonrió, y dijo: "¡La cosa es fácil!" Y fue a hurtadillas a coger un pollo y lo mató, y embadurnó con su sangre los muslos de la joven y las toallas, y le dijo: "¡No tienes más que enseñarles eso! Tal es la costumbre, que no permite investigaciones más hondas". La joven le preguntó: "Pero hermana mía, ¿por qué no quieres quitármelo tú misma, por ejemplo, con el dedo?" Budur contestó: "¡Ojos míos, porque, según te dije ya, te reservo para Kamaralzamán!"

Entonces entraron a ver a su hija el rey y la reina, pronto a estallar de furor contra ella y su esposo si no se hubiera consumado todo. Pero al ver la sangre, y los muslos enrojecidos, se alegraron ambos, y se esponjaron, y abrieron de par en par las puertas del aposento. Entonces entraron todas las mujeres, y resonaron gritos de júbilo, y el "lu- lu-lú" de triunfo, y la madre, en el colmo del orgullo, colocó en un almohadón las toallas rojas, y seguida de toda la comitiva, dio así la vuelta al harem. Y todo el mundo se enteró así del fausto acontecimiento; y el rey dio una gran fiesta, y mandó sacrificar para los pobres un número considerable de carneros y camellos pequeños.

En cuanto a la reina y a las invitadas, volvieron a la habitación de Hayat-Alnefus, a la cual besaron todas entre los ojos, llorando y se estuvieron con ella hasta la noche, después de haberla llevado al hammam, envuelta en sedas, para que no pasara frío. "

Y Sett Budur siguió sentándose todos los días en el trono de la isla de Ebano, haciéndose querer por sus súbditos, que la creían hombre, y le deseaban larga vida. Pero al llegar la noche iba a buscar con mucho gusto a su joven amiga Hayat-Alnefus, la cogía en brazos, y se tendía con ella en el colchón. Y ambas, enlazadas hasta por la mañana, como esposo y esposa, se consolaban con toda clase de juegos y retozos delicados, aguardando la vuelta de su amado Kamaralzamán. ¡Eso en cuanto a ellas!

Y vamos ahora con Kamaralzamán. Se había quedado en la casa del buen jardinero musulmán, situada a extramuros de la ciudad habitada por los invasores inhospitalarios y sucios procedentes de los países de Occidente. Y su padre, el rey Schahramán, en las islas de Khadelán, al ver en el bosque los despojos ensangrentados, ya no dudó de la pérdida de su amado Kamaralzamán; y se puso de luto, lo mismo que todo el reino; y mandó edificar un monumento funerario, en el cual se encerró, para llorar en silencio la muerte de su hijo.

Y por su parte, Kamaralzamán, a pesar de la compañía del anciano, jardinero, que hacía cuanto podía por distraerle hasta la llegada de un barco que le llevase a la isla de Ebano, vivía triste, y recordaba con dolor los hermosos tiempos pretéritos.

Pero un día que el jardinero había ido, según costumbre, a dar una vuelta por el puerto con objeto de encontrar un barco que quisiera llevarse a su huésped, Kamaralzamán estaba sentado muy triste en el jardín, y se recitaba versos viendo jugar a las aves, cuando de pronto llamaron su atención los gritos roncos de dos aves grandes. Levantó la cabeza hacia el árbol del cual procedía el ruido, y vio una riña encarnizada a picotazos, arañazos y aletazos. Pero pronto cayó sin vida, precisamente delante de él, una de las aves, mientras la vencedora emprendía el vuelo.

Y he aquí que en el mismo instante dos aves mucho mayores, que habían visto el combate posadas en un árbol vecino, fueron a colocarse a los lados de la muerta; una se puso a la cabeza y otra a los pies, y después ambas abatieron tristemente el cuello, y echáronse a llorar.

Al ver aquello, Kamaralzamán se conmovió en extremo, y pensó en su esposa Sett Budur, y luego, por simpatía hacia las aves, se echó a llorar también.

Pasado un rato, Kamaralzamán vio a las dos aves abrir con las uñas y los picos una huesa, y enterrar a la muerta. Luego echaron a volar, y a los pocos momentos volvieron adonde estaba el hoyo, pero llevando agarrado, una por una pata y otra por un ala, el ave matadora, que hacía grandes esfuerzos para huir y daba gritos espantosos. La colocaron sin soltarla en la tumba de la difunta, y con pocos y rápidos picotazos la despanzurraron para vengar su crimen, le arrancaron las entrañas, y tendieron el vuelo, dejándola en tierra palpitante y agónica...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como discreta, se calló.

Y CUANDO LLEGÓ LA 216ª NOCHE

Ella dijo:

...y tendieron el vuelo, dejándola en tierra palpitante y agónica. ¡Eso fue todo! Y Kamaralzamán había permanecido inmóvil de sorpresa ante un espectáculo tan extraordinario. Después, cuando las aves se fueron, impulsado por la curiosidad, acercóse al sitio en que yacía el ave criminal sacrificada, y al mirar el cadáver, vio en el estómago desgarrado una cosa colorada que le llamó mucho la atención. Se inclinó, y habiéndola recogido, cayó desmayado de emoción. ¡Acababa de encontrar la cornalina talismánica de Sett Budur!

Cuando volvió de su desmayo, estrechó contra su corazón el precioso talismán, causa de tanto suspiro, zozobra, pena y dolor, y exclamó: "¡Plegue a Alah que sea éste un presagio de dicha y la señal de que también encontraré a mi muy amada Budur!" Después besó el talismán y se lo llevó a la frente, y enseguida lo envolvió con esmero en un pedazo de tela, y se lo ató alrededor del brazo, para evitar que se le perdiera otra vez. Y empezó a brincar de alegría.

Cuando se tranquilizó, recordó que el buen jardinero le había encargado que desarraigase un algarrobo añoso que ya no daba hojas ni fruto. Se ajustó, pues, un cinturón de cáñamo, se levantó las mangas, cogió una azada y un canasto, y puso inmediatamente manos a la obra, dando grandes golpes a las raíces del añoso árbol a ras de tierra. Pero de pronto notó que el hierro del instrumento chocaba con un cuerpo metálico y resistente, y oyó como un ruido sordo que se propagaba por debajo del suelo. Separó entonces velozmente la tierra y los guijarros, dejando al descubierto una gran chapa de bronce, que se apresuró a quitar. Entonces columbró una escalera de diez peldaños bastante altos abierta en la roca; y tras de haber pronunciado las palabras propiciatorias la ilah il'Alah, se dio prisa en bajar, y vio una ancha cueva cuadrada, de construcción muy antigua, de los tiempos remotos de Thammud y Aad; y en aquella cueva abovedada encontró veinte tinajas enormes, colocadas en orden a ambos lados. Levantó la tapa de la primera, y comprobó que estaba completamente llena de barras de oro rojo; levantó entonces la segunda tapa, y advirtió que la segunda tinaja estaba repleta de polvo de oro. Y abrió las otras dieciocho, y las encontró llenas alternativamente de barras y polvo de oro. `

Repuesto de su sorpresa, Kamaralzamán salió entonces de la cueva, volvió a poner la chapa, acabó el trabajo, regó los árboles, según costumbre adquirida de ayudar al jardinero, y no acabó hasta por la noche, cuando volvió su anciano amigo.

Las primeras palabras que el jardinero dijo a Kamaralzamán fueron para darle una buena noticia. Díjole así: "¡Oh hijo mío! tengo la alegría de anunciarte tu próximo regreso al país de los musulmanes. He encontrado, en efecto, un barco fletado por mercaderes ricos que se dará a la vela dentro de tres días. He hablado con el capitán, que está conforme en darte pasaje hasta la isla de Ebano". Al oír estas palabras, Kamaralzamán se alegró mucho, y besó la mano al jardinero, y le dijo: "¡Oh padre mío! ¡puesto que acabas de darme una buena nueva, yo te he de dar también, a mi vez, otra noticia que creo ha de contentarte...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como discreta, se calló.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 219ª NOCHE

Ella dijo:

"...otra noticia que creo ha de contentarte, aunque ignores la avidez de los hombres del siglo, y tu corazón esté puro de toda ambición! ¡Tómate el trabajo de venir conmigo al jardín, y te enseñaré, ¡oh padre mío! la fortuna que te envía la suerte misericordiosa!"

Llevó entonces al jardinero al sitio en que se erguía el algarrobo desarraigado, levantó la chapa, y sin reparar en la sorpresa y espanto de su amigo, le hizo bajar a la cueva, y destapó delante de él las veinte tinajas llenas de oro en barras y en polvo. Y el buen jardinero, como atontado, levantaba las manos y abría extremadamente los ojos ante cada tinaja, diciendo: "¡Ya Alah!" Después Kamaralzamán le dijo: "¡He aquí ahora tu hospitalidad recompensada por el Dador! ¡La propia mano que el extranjero te alargaba para que le socorrieras en la adversidad, con el mismo ademán hace correr por tu morada el oro! ¡Así lo quieren los destinos propicios a las raras acciones animadas por la belleza pura y por la bondad de los corazones espontáneos!"

Al oír estas frases, el anciano jardinero, que no podía articular palabra, se echó a llorar, y las lágrimas resbalaban silenciosas por su larga barba y hasta por su pecho. Logró, por fin, hablar y dijo: "Hijo mío, ¿qué quieres que haga un viejo como yo con este oro y estas riquezas? ¡Verdad es que soy pobre; pero con mi dicha me basta, y será completa si quieres darme sólo un dracma o dos para comprar un sudario, que al morir en mi soledad dejaré a mi lado, a fin de que el caminante caritativo envuelva en él mis despojos para el día de juicio!"

Y esta vez le tocó llorar a Kamaralzamán. Luego dijo al viejo: "¡Oh padre de la sabiduría! ¡oh jeique de manos perfumadas! ¡la santa soledad en que pasas tus años pacíficos borra ante tus ojos las leyes que dictó el rebaño adánico acerca de lo justo y de lo injusto, de lo falso y lo verdadero! ¡Pero yo he de volver a vivir entre los humanos feroces, y no puedo olvidar tales leyes, so pena de ser devorado! ¡Así, pues, si quieres, repartámonoslo! ¡Tomaré la mitad y tú la otra mitad! ¡Si no, no tocaré absolutamente nada!"

Entonces el anciano jardinero contestó: "Hijo mío, mi madre me parió aquí mismo hace noventa años, y después murió; mi padre murió también. Y el ojo de Alah ha seguido mis pasos, y he crecido a la sombra de este jardín y escuchado el rumor del arroyuelo natal. Tengo cariño a este jardín y a este arroyo, ¡oh hijo mío! y al murmurador follaje, y a este sol, y a esta tierra materna en que mi sombra se alarga en libertad y se conoce a sí misma, y a la luna, que de noche me sonríe por encima de los árboles hasta la mañana. ¡Todo esto habla conmigo, ¡oh hijo mío! Te lo digo para que sepas la razón que me sujeta aquí y me impide partir en tu compañía hacia los países musulmanes. Soy el único musulmán de este país en que vivieron mis antepasados. ¡Blanqueen, pues, en él mis huesos, y que el último musulmán muera con la cara vuelta hacia el sol que ilumina una tierra inmunda ahora, mancillada por los hijos bárbaros del oscuro Occidente!"

Así habló el anciano de las manos temblorosas. Después añadió: "En cuanto a esas tinajas preciosas que te preocupan, toma, si lo deseas las diez primeras, y deja las otras diez en la cueva. Serán el premio de aquel que entierre el sudario en que yo duerma.

"Pero hay más. Lo difícil no es eso, sino embarcar las vasijas en el navío sin llamar la atención y excitar la codicia de los hombres de alma negra que habitan en la ciudad. Ahora bien; en mi jardín hay olivos cargados de fruto y en el sitio adonde vas, en la isla de Ebano, las aceitunas son cosa rara y muy estimada. De modo que ahora mismo voy a comprar veinte tarros grandes, que llenaremos a medias de barras y polvo de oro, acabándolas de llenar con las aceitunas de mi jardín. Y entonces será cuando podamos llevarlos sin temor al barco que va a salir."

Este consejo fue seguido inmediatamente por Kamaralzamán, que se pasó el día preparando los tarros comprados. Y cuando no le quedaba por llenar más que uno, dijo para sí: "Este talismán milagroso, no está bastante seguro arrollado a mi brazo; pueden robármelo mientras duermo o perderse de otra manera. Lo mejor es, seguramente, colocarlo en el fondo de este tarro; después lo cubriré con las barras y el polvo de oro, y encima colocaré las aceitunas" Y enseguida ejecutó su proyecto; y terminado que fue aquello, tapó el último tarro con su tapa de madera blanca, y para distinguirlo de los otros en caso necesario, le hizo una muesca en la base, y después, enardecido por aquel trabajo, grabó con una navaja todo su nombre, Kamaralzamán, en hermosos caracteres enlazados. Concluida tal tarea, rogó a su anciano amigo que avisase a los hombres de la nave para que al día siguiente fueran a recoger los tarros. Y el viejo desempeñó enseguida el encargo, y regresó a casa un tanto fatigado, y se acostó con un poco de calentura y algunos escalofríos.

A la mañana siguiente, el anciano jardinero, que en su vida había estado enfermo, notó que se acrecentaba el mal de la víspera, pero no quiso decírselo a Kamaralzamán, para no amargarle la salida. Se quedó en el colchón, presa de una gran debilidad, y comprendió que iba a llegar su último momento.

Durante el día, los hombres de la nave fueron al jardín a recoger los tarros, y dijeron a Kamaralzamán, que les había abierto la puerta, que les indicase lo que tenían que recoger.

El joven les llevó junto a la verja y les enseñó los veinte tarros, bien colocados, diciéndoles: "¡Están llenos de aceitunas de primera calidad! ¡Os ruego, pues, que tengáis cuidado para no estropearlas!" Luego, el capitán que había acompañado a sus hombres, dijo a Kamaralzamán: "¡Sobre todo, señor, no dejes de ser puntual; porque mañana el viento soplará de tierra y nos daremos a la vela enseguida!"

Y cogieron los tarros y se fueron...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como discreta, se calló.

Y CUANDO LLEGÓ LA 222ª NOCHE

Ella dijo:

...Y cogieron los tarros y se fueron.

Entonces Kamaralzamán entró en la habitación del jardinero y le encontró la cara palidísima, aunque llena de gran serenidad. Le preguntó cómo estaba, y entonces se enteró de que hallábase enfermo, y a pesar de las palabras que el otro le decía para tranquilizarle, no dejó de alarmarse mucho. Le hizo tomar varios cocimientos de hierbas verdes, pero sin gran resultado. Después le acompañó todo el día, y le veló por la noche, y pudo ver qué el mal se agravaba. Y por la mañana, el buen jardinero, que apenas tenía fuerzas para llamarle hacia su cabecera, le cogió de la mano y le dijo: "¡Kamaralzamán, hijo mío, escucha! ¡No hay más Dios que Alah! ¡Y nuestro señor Mohammed es el enviado de Alah!" Y expiró.

Entonces Kamaralzamán rompió en llanto, y estuvo mucho tiempo llorando a su lado. Se levantó después, le cerró los ojos, le rindió el último tributo, le hizo un sudario blanco, abrió la huesa y enterró al último musulmán de aquel país caído en el descreimiento. Y entonces pensó en embarcarse.

Compró ciertas provisiones, cerró la puerta del jardín, se llevó la llave consigo, y corrió a escape al puerto, cuando el sol estaba ya muy alto; pero fue para ver que el barco, a toda vela, iba ya obedeciendo al viento favorable hacia alta mar.

Extremado fue el dolor de Kamaralzamán al ver aquello pero no lo exteriorizó, para que no se riera a costa suya la gentuza del puerto. Y volvió a emprender tristemente el camino del jardín, del cual era ya único heredero y propietario por fallecimiento del anciano. Y en cuanto llegó a la casita, se desplomó en un colchón, y lloró por sí mismo, y por su amada Budur, y por el talismán que acababa de perder por segunda vez.

La aflicción de Kamaralzamán no tuvo límites cuando se vio obligado por el destino feroz a quedarse hasta fecha desconocida en aquel país inhospitalario; y el pensamiento de haber perdido para siempre el talismán de Sett Budur le desesperaba más, y decía para sí: "¡Mis desdichas empezaron con la pérdida del talismán y volvió la buena suerte cuando lo recobré; y ahora que lo he vuelto a perder, quién sabe las calamidades que me caerán encima!"

Sin embargo, acabó por exclamar: "¡No hay más recurso que Alah el Altísimo!" Después se levantó, y para no exponerse a perder las otras diez tinajas que constituían el tesoro subterráneo, fue a comprar otros veinte tarros; puso en ellos las barras y el polvo, y los acabó de llenar con aceitunas hasta arriba, diciendo para sí: "¡Así estarán preparados el día que Alah quiera que me embarque!" Y volvió a regar las legumbres y los árboles frutales, recitando versos muy tristes relativos a su amor hacia Budur. Eso en cuanto a Kamaralzamán.

En cuanto al buque, tuvo vientos favorables, y no tardó en llegar a la isla de Ebano, y fue a fondear precisamente debajo del malecón en que se elevaba el palacio habitado por la princesa Budur con el nombre de Kamaralzamán.

Al ver aquella nave que entraba a toda vela y ondeando el pabellón, Sett Budur sintió vivos deseos de ir a verla, tanto más cuanto que siempre tenía la esperanza de que había de encontrar algún día a su esposo Kamaralzamán embarcado en alguno de los navíos que venían de lejos. Mandó a algunos de sus chambelanes que la acompañaran, y fue a bordo del buque, del cual le dijeron, por otra parte, que venía cargado de ricas mercaderías.

Al llegar a bordo, mandó llamar al capitán, y le dijo que quería ver la nave. Después, cerciorada de que Kamaralzamán no se encontraba entre los pasajeros, preguntó por curiosidad al capitán: "¿De qué -: viene cargado el barco, capitán?" Este contestó: "¡Oh señor! Además de los mercaderes pasajeros, llevamos en el sollado ricas telas, sederías de todos los países, bordados en terciopelo y brocados, telas pintadas, antiguas y modernas, de muy buen gusto, y otras mercancías de valor; llevamos medicamentos chinos e indios, drogas en polvo y en rama, díctamos, pomadas, colirios, ungüentos y bálsamos preciosos; llevamos pedrería, perlas, ámbar amarillo y coral, tenemos también perfumes de todas clases y especies selectas; almizcle, ámbar gris e incienso, almáciga en lágrimas transparentes, benjuí gurí y esencias de todas las flores; tenemos asimismo alcanfor, culanto, cardamomo, clavo, canela de Serendib, tamarindo y jengibre: finalmente, hemos embarcado en el último puerto aceitunas superiores, de las llamadas "de pájaro", que tienen una piel muy fina y una pulpa dulce, jugosa, de color del aceite rubio...

En este momento de su narración. Schehrazada vio aparecer la mañana, y como discreta, se calló.

Y CUANDO LLEGÓ LA 225ª NOCHE

Ella dijo:

"...que tienen una piel muy fina y una pulpa dulce, jugosa, del color del aceite rubio".

Cuando la princesa Budur oyó nombrar las aceitunas, que le gustaban con delirio, interrumpió al capitán, y le preguntó brillándole los ojos de deseo: "¡Ah! ¿Y cuánta cantidad tienes de esas aceitunas "de pájaro?" Contestó: "Tenemos veinte tarros grandes". Ella dijo: "¿Son muy grandes? ¡Dímelo! ¿Y tienen también aceitunas de las que se llaman rellenas, es decir, de las que les han quitado los huesos para sustituirlos con alcaparras ácidas, y que mi alma prefiere con mucho a las que tienen hueso?" El capitán abrió los ojos, y dijo: "Supongo que también las habrá en esos tarros". Al oírle, la princesa Budur notó que se le hacía la boca agua con el deseo no satisfecho, y dijo: "Quiero comprar uno de esos tarros". Y el capitán contestó: "Aunque al propietario se le escapó el barco en el momento de zarpar y no puedo disponer libremente de ellos, nuestro señor el rey tiene derecho a coger lo que quiera".

Y gritó: "¡Hola! ¡Traiga uno de vosotros del sollado uno de los veinte tarros de aceitunas!" Y enseguida los marineros sacaron del sollado y trajeron uno de éstos.

Sett Budur mandó levantar la tapa, y le maravilló tanto el aspecto admirable de aquellas aceitunas "de pájaro", que exclamó: "Quisiera comprar los veinte tarros. ¿Cuánto costarán, según el precio corriente del zoco?" El capitán contestó: "Según el precio del zoco de la isla de Ebano, creo que cada tarro de aceitunas valdrá cien dracmas".

Sett-Budur dijo a sus chambelanes: "¡Pagad al capitán mil dracmas por: cada tarro!" Y añadió: "Cuando vuelvas al país del mercader, le pagaras eso por las aceitunas". Y se fue, seguida de los que cargaron con los tarros de aceitunas.

La primera diligencia de Sett Budur al llegar a palacio fue entrar en el aposento de su amiga Hayat-Alnefus para avisarle de la llegada de las aceitunas. Y cuando los tarros fueron llevados al interior del harem, según las órdenes dadas, Budur y Hayat-Alnefus, en el colmo de la impaciencia, mandaron traer la fuente mayor de las de dulce, y ordenaron a las esclavas que levantaran con cuidado el primer tarro y vaciaran en ella el contenido todo, formando un montón bien acondicionado, en el que se pudieran distinguir las aceitunas con hueso de las deshuesadas.

¡Y cuál no sería el maravillado pasmo de Budur y su amiga al ver mezclados con las aceitunas barras y polvo de oro! Y esta sorpresa tenía algo de decepción, por pensar que tal mezcla podía haber echado a perder las aceitunas; de modo que Budur mandó traer otras fuentes y vaciar los demás tarros, uno tras otro, hasta el vigésimo. Pero cuando las esclavas hubieron volcado el último, y apareció el nombre de Kamaralzamán en la base, y brilló el talismán en medio de las aceitunas, Budur lanzó un grito, se puso palidísima, y cayó desmayada en brazos de Hayat-Alnefus. ¡Acababa de reconocer la cornalina que llevó en otro tiempo sujeta al nudo de seda del calzón!

Al volver en sí, merced a los cuidados de Hayat-Alnefus, Sett Budur cogió la cornalina talismánica y se la llevó a los labios, exhalando un suspiro de felicidad: después, para que las esclavas no se enteraran de su disfraz, las despidió a todas, y dijo a su amiga: "¡He aquí, ¡oh amada mía querida! el talismán causante de que estemos separados mi esposo adorado y yo! ¡Pero así como he dado con él, pienso volver a encontrar a aquel cuya venida nos llenará de felicidad a ambas!"

Inmediatamente mandó llamar al capitán de la nave, que se le presentó, y besó la tierra entre sus manos, y aguardó que le preguntaran. Entonces Budur le dijo: "¿Puedes decirme, ¡oh capitán! lo que hace en su tierra el amo de los tarros de aceitunas?" El capitán respondió: "Es ayudante de jardinero, y había de embarcarse con sus aceitunas para venir a venderlas aquí, pero no llegó a tiempo al barco". Budur le dijo: "Pues bien; sabe, ¡oh capitán! que al probar las aceitunas, de las cuales las mejores están, efectivamente, rellenas, he descubierto que el que las ha preparado no puede ser más que uno que fue cocinero mío, pues era el único que sabía dar al relleno de alcaparras ese sabor picante y suave a la vez que me gusta infinito. Y ese maldito cocinero se escapó, temiendo que le castigaran por haber perjudicado a un pinche al tratar de acariciarlo de una manera harto dura y poco proporcionada. Por consiguiente, es menester que te des a la vela y me traigas lo antes posible a ese ayudante de jardinero, porque sospecho mucho que sea mi cocinero, autor del desgarrón de su delicado pinche. Y te recompensaré con liberalidad si cumples mis órdenes con gran diligencia; de lo contrario, no te permitiré volver más a mi reino; y como volvieras, te mandaría matar, lo mismo que a los de tu tripulación...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como discreta, se calló.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 228ª NOCHE

Ella dijo:

"...te mandaría matar, lo mismo que a los de tu tripulación".

Al oír estas palabras, el capitán no pudo contestar más que oyendo y obedeciendo, y a pesar del perjuicio que salida tan forzada pudiera ocasionar a sus mercaderías, supuso que a la vuelta le indemnizaría el rey, y se dio a la vela. Y le permitió Alah una navegación tan feliz, que llegó en pocos días a la ciudad descreída, y desembarcó de noche con los marineros más robustos de su tripulación.

En aquel momento, Kamaralzamán, que había acabado su labor del día, estaba sentado muy triste, y con lágrimas en los ojos recitaba versos sobre la ausencia. Pero al oír llamar a la puerta, se levantó y fue a preguntar: "¿Quién va? El capitán, fingiendo voz cascada, dijo: "¡Un " pobre de Alah!" Al oír esta súplica, dicha en árabe, Kamaralzamán, cuyo corazón latió de piedad, abrió. Pero inmediatamente fue cogido y agarrotado, y los marineros invadieron el jardín, y al ver los veinte tarros colocados como la primera vez, se apresuraron a cogerlos. Después volvieron todos al barco, y se dieron inmediatamente a la vela.

Entonces el capitán, rodeado por sus hombres, se acercó a Kamaralzamán y le dijo: "¡Ah! ¿Conque eres tú el aficionado a muchachos, que desgarraste al niño en la cocina del rey? ¡Cuando llegue el barco, encontrarás el palo dispuesto a hacerte lo propio, como no prefieras que ahora mismo te ensarten estos mozos continentes!" Y le señaló a los marineros, que se guiñaban el ojo al mirarlo, pues les parecía muy bien disfrutar de aquella ganga.

Al oír tales palabras, Kamaralzamán que aunque libertado de las ataduras desde que llegó a la nave no había dicho palabra, dejándose llevar por el Destino, no pudo soportar tamaña imputación, y exclamó: "¡Me refugio en Alah! ¿No te da vergüenza hablar de ese modo. ¡oh capitán!? ¡Reza por el profeta!" El capitán contestó: "Sean con El y con todos los suyos la bendición de Alah y la plegaria! ¡Pero tú fuiste el que ensartó al chico!"

Al oír estas palabras, Kamaralzamán exclamó otra vez; "¡Me refugio en Alah!" El capitán replicó: "¡Tenga Alah misericordia de nosotros! ¡Nos ponemos bajo su custodia!"

Y Kamaralzamán repuso: "¡Os juro a todos vosotros por la vida del Profeta (¡sean con Él la plegaria y la paz!), que no entiendo nada de semejante acusación, y que nunca he puesto los pies en esa isla de Ebano a la cual me lleváis, ni en el palacio de su rey! ¡Rezad por el Profeta, oh buena gente!" Entonces todos replicaron, como se acostumbra: "¡Sea con Él la bendición! "

Pero el capitán replicó: "¿De modo que nunca has sido cocinero ni has ensartado a ningún niño en tu vida?" Kamaralzamán, en el límite de la indignación, escupió al suelo, y gritó: "¡Me refugio en Alah! ¡Haced de mí lo que queráis, pues, por Alah, mi lengua no se volverá a mover para contestar a tales cosas!" Y ya no quiso decir palabra. Entonces el capitán dijo: "Yo cumplo mi deber con entregarte al rey. ¡Si eres inocente, ya te arreglarás como puedas!"

A todo esto, el barco llegó a la isla de Ebano con felicidad. Y el capitán llevó enseguida a Kamaralzamán a palacio, y solicitó ver al rey. Y como le aguardaban, se le introdujo en la sala del trono.

Y Sett Budur, para no delatarse, por interés tanto suyo como de Kamaralzamán, había combinado un plan muy acertado, sobre todo para ser discurrido por una mujer.

Y cuando miró al que el capitán traía, a la primera ojeada conoció a su adorado Kamaralzamán, y se quedó muy pálida y amarilla como el azafrán. Y todos atribuyeron su cambio de color a la ira por el recuerdo a la ensartadura del niño. Ella le miró mucho tiempo sin poder hablar, mientras Kamaralzamán, con su traje viejo de jardinero, había llegado al límite de la confusión y el temblor. Y estaba muy distante de figurarse que se encontraba en presencia de aquella por quien había vertido tantas lágrimas y experimentado tantas penas, zozobras y malos tratos.

Por fin pudo dominarse Sett Budur, y se volvió hacia el capitán, y le dijo: "¡Como premio por tu fidelidad, te quedarás con el dinero que te di por las aceitunas!" El capitán besó la tierra, y dijo: "¿Y los otros veinte tarros de esta última vez que están todavía en el Bollado?" Budur dijo: "Si has traído otros veinte tarros, apresúrate a mandármelos. ¡Y te pagaré mil dinares de oro!" Y le despidió.

Después se volvió hacia Kamaralzamán, que estaba con los ojos bajos, y dijo a los chambelanes: "¡Coged a ese joven y llevadle al hammam...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 230ª NOCHE

Ella dijo:

"¡Coged a ese, joven y llevadle al hammam! ¡Después le vestiréis suntuosamente, y me lo volveréis a presentar mañana por la mañana, a la primera hora del diwán!" Y lo mandado se ejecutó al momento.

Sett Budur fue a buscar a su amiga Hayat-Alnefus, y le dijo: "¡Amiga mía, nuestro adorado está de vuelta! ¡Por Alah! he combinado un plan admirable para que nuestro encuentro no sea un golpe funesto para el que de jardinero se ve convertido en rey sin transición. Y es un plan que si se escribiera con una aguja en el ángulo interior del ojo, serviría de lección a los aficionados a instruirse. Y Hayat-Alnefus se puso tan contenta, que se echó en brazos de Sett Budur, y ambas aquella noche fueron muy formales, para prepararse a recibir con toda frescura al amado de su corazón.

Y por la mañana llevaron al diwán a Kamaralzamán, suntuosamente vestido. Y el hammam había devuelto a su rostro todo su resplandor, y el traje ligero y bien ceñido realzaba su cintura fina y sus nalgas montañosas. Y todos los emires, personajes y chambelanes no se sorprendieron al oír al rey decir al gran visir: "¡Darás a este joven cien esclavos para que le sirvan, y le proporcionarás por cuenta del Tesoro emolumentos que sean dignos del cargo que le voy a conferir ahora mismo!". Y le nombró visir entre los visires, y le dio tren de casa y caballos, y mulos y camellos, sin contar arcas llenas y armarios. Después se retiró.

Al día siguiente, Sett Budur -siempre bajo la apariencia de rey de la isla de Ebano- mandó comparecer al nuevo visir, y destituyó de su empleo al gran visir, y después nombró a Kamaralzamán gran visir en su lugar; y Kamaralzamán entró enseguida en el Consejo, y la asamblea fue dirigida por su autoridad.

Sin embargo, cuando se levantó la sesión del diwán, Kamaralzamán empezó a reflexionar profundamente, y dijo para sí: "¡Los honores que me otorga este joven monarca y la amistad con que me honra deben tener seguramente algún origen! Pero ¿cuál será? Los marineros me cogieron y trajeron aquí acusado de haber ensartado a un niño cuando suponían que fuese yo un ex cocinero del rey. Y éste, en vez de castigarme, me envía al hammam, y me da un alto cargo y todo lo demás. ¡Oh Kamaralzamán! ¿Cuál puede ser la causa de suceso tan extraño ?"

Reflexionó otro rato, y después exclamó: "¡Por Alah! ¡He dado con la causa; pero sea confundido Eblis! Seguramente este rey, que es muy joven y hermoso, debe de creerme aficionado a muchachos, y sólo me demuestra tanta amabilidad por esto. Pero ¡por Alah! no puedo aceptar semejante función. Y es necesario poner en claro sus proyectos; y si efectivamente pretendiera eso de mí, le devolvería en el acto cuanto me ha dado, y abdicaría mi empleo de gran visir, y me volvería a mi jardín".

Y Kamaralzamán fue inmediatamente a ver al rey, y le dijo: "¡Oh rey afortunado! en verdad que colmaste a tu esclavo de honores y consideraciones que no suelen otorgarse más que a venerables ancianos encanecidos en la sabiduría; y yo no soy más que un joven entre los más jóvenes. ¡De modo que si todo esto no tuviera una causa desconocida, sería el prodigio más inmenso entre los prodigios!"

Oídas estas palabras, Sett Budur sonrió y miró a Kamaralzamán con ojos lánguidos, y le dijo: "Efectivamente, mi hermoso visir, todo eso tiene su causa, y es el cariño que tu belleza ha encendido súbitamente en mi hígado. Pues en verdad que me ha cautivado en extremo tu tez tan delicada y tranquila".

Pero Kamaralzamán dijo: "¡Prolongue Alah los días del rey! Pero tu esclavo tiene una esposa a quien ama, y por la cual llora todas las noches desde una aventura extraña que le alejó de ella. ¡Por eso, oh rey, tu esclavo te pide permiso para irse a viajar después de haber dejado en tus manos los cargos con que has tenido a bien honrarle!"

Pero Sett Budur cogió la mano al joven, y le dijo: "¡Oh mi hermoso visir, siéntate! ¿Por qué vienes a hablarme de viaje y partida? Quédate aquí, junto al que arde por tus ojos y está dispuesto, si quieres compartir su pasión, a hacerte reinar con él en este trono. Porque has de saber que yo también fui nombrado rey a consecuencia del afecto que el rey viejo me manifestó, y de lo amable que para él he sido. Ponte ya al corriente, ¡oh joven gentilísimo! de las costumbres de este siglo, en el cual la prioridad corresponde de derecho a los seres bellos, y no olvides las acertadas frases de uno de nuestros más exquisitos poetas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 232ª NOCHE

Ella dijo:

"...y no olvides las acertadas frases de uno de nuestros más exquisitos poetas:

¡Nuestro siglo recuerda aquellos tiempos delicados en que vivía el venerable Lot, pariente de Abraham, el amigo de Alah!

¡El anciano Lot tenía una barba cual la sal, que servía de marco a un rostro juvenil, en el cual respiraban las rosas!

¡En su ciudad ardiente, visitada por ángeles, hospedaba a los ángeles, y en cambio daba sus hijas a la muchedumbre!

¡El cielo mismo le libró de su antipática mujer, inmovilizándola al cuajarla en sal fría y sin vida!

¡En verdad os digo que este siglo encantador pertenece a los jóvenes!

Cuando Kamaralzamán oyó estos versos y comprendió su significado, quedóse turbadísimo y se sonrojaron como una ascua sus mejillas; después dijo: "¡Oh rey! tu esclavo te confiesa su falta de afición a esas cosas a las cuales no pudo acostumbrarse. ¡Además, soy harto joven para soportar pesos y medidas que no podría tolerar la espalda de un ganapán viejo!".

Al oír estas palabras, Sett Budur se echó a reír a carcajadas, y luego dijo a Kamaralzamán: "¡Verdaderamente, oh joven delicioso, no sé por qué te asustas! Oye lo que tengo que decirte respecto al particular: o eres un adolescente o una persona mayor. Si eres lo primero, o no has llegado a la edad de la responsabilidad, nada te podrán echar en cara; pues no deben censurarse ni considerarse con mirada dura y violenta los actos sin importancia de los menores; si tienes una edad responsable, y así me lo parece al oírte discutir con tanto raciocinio, ¿por qué has de vacilar o asustarte ya que eres dueño de tu cuerpo y puedes dedicarlo al uso que prefieras, y lo que está escrito sucede?

Sobre todo, piensa que yo soy el que debería asustarse, puesto que soy más pequeño que tú; pero yo me aplico estos versos tan perfectos del poeta:

Estando mirándome el niño, mi zib se movió. Entonces exclamó él: "¡Es enorme!" Y yo le dije: "¡Así es fama!"

El replicó: "¡Apresúrate a demostrarme su heroísmo y resistencia!" Pero yo le dije: "¡Eso no es lícito!" El me replicó: "¡Para mi es muy lícito!

¡Apresúrate a manejarlo!" ¡Entonces lo hice pero sólo por obediencia y cortesía!

Cuando Kamaralzamán oyó tales palabras y versos, vio que la luz se convertía en tinieblas delante de sus ojos, y bajó la cabeza, y dijo a Sett Budur: "¡Oh rey lleno de gloria! ¡tienes en tu palacio muchas jóvenes y esclavas, y vírgenes muy bellas y tales como ningún rey de este tiempo las posee ¡¿Por qué has de abandonar todo eso sólo por mí? ¿No sabes que te es lícito hacer con las mujeres cuanto pueda atraer tus deseos o alentar tu curiosidad y provocar tus ensayos?"

Pero Sett Budur sonrió, cerrando a medias los párpados y mirándole de reojo, y después contestó: "¡Nada más cierto que lo que dices, oh mi prudente visir tan hermoso! Pero ¿qué hacer, cuando nuestra afición varía de deseo, cuando nuestros sentidos se afinan o transforman, y cuando cambia la naturaleza de nuestro humor? Pero dejémonos de una discusión que no conduce a nada, y oigamos lo que dicen respecto a eso nuestros poetas más estimados. Escucha algunos de sus versos:

"Uno ha dicho:

¡He aquí los puestos apetitosos en el zoco de los fruteros! ¡Encuentras a un lado, en la bandeja de palma, los higos gordos, de trasero oscuro y simpático! ¡Oh! ¡Pero mira la bandeja grande en el sitio de preferencia! ¡He aquí los frutos del sicomoro, los frutos pequeños, de trasero sonrosado, del sicomoro!

"El segundo ha dicho:

¡Pregunta a la joven por qué, cuando los pechos se le endurecen y el fruto le madura, prefiere el sabor ácido de los limones a las sandías dulces y a las granadas!

"Otro ha dicho:

¡Oh mi única beldad! ¡oh muchachito! ¡tu amor es mi fe! ¡Es para mí la religión preferida entre todas las creencias!

¡Por ti he dejado a las mujeres, hasta el punto de que mis amigos han observado esta abstinencia, y han supuesto ¡ignorantes! que me había hecho monje y religioso!

"Otro ha dicho:

¡Oh Zeinab, de pechos morenos, y tú, Hind, de trenzas teñidas con arte! ¿no sabéis por qué hace tanto tiempo que desaparecí?

He encontrado las rosas -las que suelen verse en las mejillas de las jóvenes-, he encontrado esas rosas, no en las mejillas de una joven, ¡oh

Zeinab! sino en las posaderas fundamentales y aterciopeladas de mi amigo. ¡He aquí por qué, ¡oh Hind! ya no podrá atraerme nunca tu cabellera teñida, ni tampoco, oh Zeinab, tu jardín arrasado, al cual le falta el vello, ni siquiera tus posaderas, demasiado lisas, que carecen de granulación!

"Otro ha dicho:

Cuida de no hablar mal de ese gamo joven, comparándole sencillamente, porque es imberbe, con una mujer. Es preciso ser un malvado para decir o pensar semejante cosa. ¡Hay diferencia!

En efecto, cuando te acercas a una mujer, es por delante; y por eso te besa en la cara. Pero el gamo joven, cuando te acercas a él, tiene que encorvarse, y de esa manera ¡figúrate! besa la tierra: ¡Hay diferencia!

"Otro ha dicho:

¡Oh hermoso niño, eras mi esclavo, y te liberté para utilizarte en ataques infecundos! Porque tú, siquiera, no puedes criar huevos en tu seno.

En efecto, ¡qué espantoso sería para mi aproximarme a una mujer virtuosa de anchas caderas! ¡En cuanto la cabalgase, me daría tantos hijos, que no podría contenerlos toda la comarca!

"Otro ha dicho:

Mi esposa me dirigió tantas miradas picarescas y se puso a mover las caderas con tanta elasticidad, que me dejé arrastrar a nuestro lecho; largo tiempo evitado. ¡Pero no pudo lograr que se despertase el querido niño a quien solicitaba!

Entonces me gritó, furiosa: "¡Si no le obligas inmediatamente a endurecerse para cumplir sus deberes y penetrar, no te asombres si mañana, al despertarte, eres cornudo!"

"Otro ha dicho

Generalmente se piden a Alah, mercedes y beneficios levantando los brazos. ¡Pero las mujeres son de otro modo! ¡Para solicitar los favores de su amante levantan las piernas y los muslos! ¡El ademán es seguramente más meritorio, pues se dirige a sus profundidades!

Por último, otro ha dicho:

¡Que ingenuas son a veces las mujeres! ¡Como tienen trasero se figuran que nos lo pueden ofrecer en caso necesario, por analogía! ¡He demostrado a una de ellas, cuánto se equivocaba!

Esta joven había venido a buscarme con una vulva en verdad lo más excelente posible. Pero yo le dije: "!No hago esas cosas de tal manera!"

Ella me contestó: "¡Sí, ya lo sé, este siglo abandona la moda antigua! ¡Pero no importa! ¡Estoy al corriente!" ¡Y se volvió y presentó a mis miradas un orificio tan vasto como el abismo del mar!

Pero yo dije: "¡Te doy las gracias de veras señora mía, te doy mil gracias! ¡Veo que tu hospitalidad es muy amplia! ¡Y temo perderme en un camino cuya brecha resulta mayor que la de una ciudad tomada por asalto!"

Cuando Kamaralzamán oyó todos aquellos versos, comprendió que no había medio de equivocarse acerca de las intenciones de Sett Budur, a quien seguía tomando por el rey, y vio que no le serviría de nada resistirse más; y por otra parte, también sentía curiosidad de saber a qué atenerse sobre la moda nueva de que hablaba el poeta...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 234ª NOCHE

Ella dijo:

...a qué atenerse sobre la moda nueva de que hablaba el poeta. De modo que repuso: "¡Oh rey del siglo! ¡ya que tienes tanto empeño, prométeme que no haremos eso juntos más que una vez! ¡Y si consiento, sabe que es para tratar de demostrarte enseguida que es preferible volver a la moda antigua! De todos modos, por mi parte, deseo que me prometas formalmente que nunca me pedirás la repetición de este acto, cuyo perdón pido por anticipado a Alah el Clemente sin límites".

Y Sett Budur exclamó: "¡Te lo prometo formalmente! ¡Y yo también quiero pedir remisión a Alah misericordioso, cuya bondad carece de límites, para que nos haga salir de las tinieblas del error a la luz de la verdadera sabiduría!"

Después añadió:

"¡Pero en verdad, hay que hacerlo sin remedio, aunque no sea más que una vez, para dar la razón al poeta que dice:

¡La gente, oh amigo mío, nos acusa de cosas que nos son desconocidas, y dice de nosotros todo lo malo que piensa!

¡Ven amigo! ¡Seamos lo bastante generosos para dar la razón a nuestros enemigos, y ya que sospechan una cosa, hagámosla siquiera una vez! ¡Después nos arrepentiremos, si te parece! ¡Ven amigo dócil, a trabajar conmigo para dejar en paz la conciencia de nuestros acusadores!

Y Sett Budur se levantó velozmente, y lo arrastró hacia los anchos colchones tendidos en la alfombra, mientras él trataba de defenderse algo y meneaba la cabeza con aspecto resignado, suspirando: "¡No hay recurso más que en Alah! ¡Todo ocurre por orden suya!" Y como Sett Budur le hostigaba impacientemente para que se diera prisa, se quitó los anchos calzones bombachas, después el calzón de hilo; y se vio derribado de pronto encima de los colchones por el rey, que se tendió junto a él y le cogió en brazos"

Y le echó las dos piernas alrededor de los muslos, y le dijo: "¡Oh, dame la mano, pónmela entre los muslos para despertar a este niño y obligarlo a levantarse, porque lleva mucho tiempo dormido!" Y Kamaralzamán, algo cortado, le dijo: "¡No me atrevo!" El rey le dijo: "¡Voy a ayudarte!" Y le cogió la mano y se la paseó por entre los muslos.

Entonces Kamaralzamán notó que el contacto con los muslos del rey era muy delicioso, y más dulce que el tocar manteca, y más suave que el tocar seda. Y aquello le agradó mucho, y le incitó a explorar solo lo de arriba y lo de abajo, hasta que su mano llegó a una cúpula que encontró muy movediza y verdaderamente llena de bendición. Pero por más que buscó por todas partes, no pudo encontrar el alminar. Y dijo para sí: "¡Oh Alah, qué misteriosas son tus obras! ¿Cómo podrá haber una cúpula sin alminar? Después pensó: "Es probable que este rey encantador no sea hombre ni mujer, sino un eunuco blanco. ¡Eso resultaría mucho menos interesante!" Y le dijo al rey: "¡Oh, rey, no sé, pero no encuentro al niño!"

Al oír estas palabras, a Sett Budur le dio tal acceso de risa, que le faltó poco para desmayarse...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer mañana, y discreta como siempre, se calló.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 235ª NOCHE

Ella dijo:

... a Sett Budur le dio tal acceso de risa, que le faltó poco para desmayarse. Después se puso seria de repente, y recobró su antigua voz, dulce y tan cantora, y dijo a Kamaralzamán: "¡Oh esposo amadísimo qué pronto has olvidado nuestras hermosas noches pasadas!" y se levantó rápidamente, y tirando a lo lejos el traje y el turbante con que estaba disfrazada, apareció completamente desnuda, suelta la cabellera lo largo de la espalda.

Al ver aquello, Kamaralzamán conoció a su esposa Budur, hija rey Ghayur, señor de El-Budur y de El-Kussur. Y la besó, y ella le besó, y la estrechó, y ella le estrechó, y después, ambos llorando de alegría, se confundieron en besos encima del diván.

Y ella, entre otros mil, le recitó estos versos:

¡He aquí a mi amado! ¡Es el bailarín de cuerpo armonioso! ¡miradle cuando avanza con pie flexible y ligero!

¡Hele aquí! ¡No creáis que sus piernas se quejen del peso enorme que las precede, y que constituiría una buena carga para un camello!

¡He aquí a mi amado! ¡Como alfombra tendí por su camino las flores de mis mejillas, ¡oh dicha mía! ¡Y el polvo de sus suelas fue un bálsamo bienhechor para mis ojos!

¡En el rostro de mi amado, ¡oh hijas de Arabia! vi bailar a la aurora! ¿Cómo olvidar sus encantos y su dulzura... ?

Después de lo cual, la reina Budur contó a Kamaralzamán cuanto le había ocurrido desde el principio hasta el fin. Lo mismo hizo él, y después la reconvino, y le dijo: "¡Es realmente una enormidad lo que has hecho conmigo esta noche!" Ella contestó: "¡Por Alah! ¡No era más que una broma!" Enseguida siguieron sus retozos entre muslos y brazos hasta que amaneció.

Entonces la reina Budur se juntó con el rey Armanos, padre de Hayat-Alnefus, le contó la verdad de su historia, y le reveló que su hija, la joven Hayat-Alnefus, era todavía tan completamente virgen como antes.

Cuando el rey Armanos, dueño de la isla de Ebano, oyó estas palabras de Sett Budur, hija del rey Ghayur, se maravilló hasta el límite del asombro, y mandó que historia tan prodigiosa se escribiera con letras de oro sobre pergaminos ilustres. Después se volvió hacia Kamaralzamán y le preguntó: "¡Oh hijo del rey Scrahramán! ¿quieres entrar en mi parentela aceptando como segunda esposa a mi hija Hayat-Alnefus, que está aún intacta de toda sacudida?"

Kamaralzamán contestó: "Antes tengo que consultar con mi esposa Sett Budur, a quien debo respeto y amor". Y se volvió hacia la reina Budur, y le preguntó: "¿Puedo contar con tu consentimiento para tomar a Hayat-Alnefus como segunda esposa?" Budur contestó: "¡Sí, por cierto; pues yo misma te la he reservado para festejar tu regreso! ¡Y me contentaré con ocupar el segundo puesto, pues debo mucha gratitud a Hayat-Alnefus por sus amabilidades y su hospitalidad!"

Entonces Kamaralzamán se volvió hacia el rey Armanos, y le dijo: "¡Mi esposa Sett Budur me ha contestado aceptando lo propuesto, y diciéndome que en caso necesario se daría por muy contenta con ser esclava de Hayat-Alnefus!"

Al oír estas palabras, el rey Armanos se regocijó hasta el límite del regocijo, y fue a sentarse para aquel caso en el trono de justicia, y mandó reunir a todos los emires, visires, chambelanes y notables del reino, y les contó la historia de Kamaralzamán y de su esposa Sett Budur, desde el principio hasta el fin. Luego les comunicó su proyecto de dar a Hayat-Alnefus por segunda esposa a Kamaralzamán, y nombrarle al mismo tiempo rey de la isla de Ebano en lugar de su esposa la reina Budur. Y todos besaron la tierra entre sus manos, y respondieron: "¡Desde el momento en que Kamaralzamán es el esposo de Sett Budur, que ha reinado antes en este trono le aceptamos con júbilo por nuestro rey, y nos consideramos dichosos con ser sus esclavos fieles!"

Después de estas palabras, el rey Armanos se entusiasmó hasta el límite más extremo del entusiasmo, e inmediatamente mandó llamar a los kadíes, testigos y jefes principales, y extender el contrato de boda de Kamaralzamán con Hayat-Alnefus. Y se sacrificaron millares de reses para los pobres y desgraciados, hubo liberalidad para todo el pueblo y todo el ejército. Y no quedó nadie en el reino que no deseara larga vida y felicidad para el rey Kamaralzamán y sus dos esposas Sett Budur y Hayat-Alnefus.

Y Kamaralzamán, a su vez, alardeó de tanta justicia al gobernar su reino como al contentar a sus dos esposas, pues pasaba una noche con cada una, alternativamente.

En cuanto a Sett Budur y a Hayat-Alnefus, vivieron siempre en perfecta armonía, dando las noches a su esposo, pero disfrutando juntas durante las horas del día.

Tras de lo cual, Kamaralzamán despachó correos a su padre, el rey Schahramán, para comunicarle todos aquellos felices sucesos y decirle que pensaba ir a verle en cuanto hubiera reconquistado una ciudad a orillas del mar que los infieles habían arrebatado a los musulmanes. Mientras tanto, la reina Budur y la reina Hayat-Alnefus, fecundadas por Kamaralzamán, dieron cada una a su esposo un hijo varón, hermoso como la luna. ¡Y todos vivieron con perfecta felicidad hasta el fin de sus días! Y tal es la historia maravillosa de Kamaralzamán y la princesa Budur.

Y Schehrazada, sonriendo, se calló.

Pero la pequeña Doniazada, la de las mejillas siempre blancas, se había puesto muy colorada, sobre todo al acabarse la historia, y los ojos se le habían agrandado de placer, de curiosidad y también de confusión, y había acabado por taparse la cara con las dos manos, pero mirando al través.

Y mientras Schehrazada, para rehacerse la voz, se mojaba los labios en una copa de cocimiento helado de pasas, Doniazada, palmoteando, exclamó: "¡Oh hermana, qué lástima que una historia tan maravillosa se acabe tan pronto! ¡Es la primera de ese género que oigo de tus labios! ¡Y no sé por qué me pongo tan colorada!"

Y Schehrazada, después de beber un sorbo, sonrió a su hermana con el rabillo del ojo, y le dijo: "Pues ¿qué será cuando hayas oído la Historia de Grano-de-Belleza... ? Pero primero te he de contar la agradable Historia de Feliz-Bello y Feliz-Bella".

Oídas estas palabras, Doniazada saltó de alegría y emoción, y exclamó: "¡Oh hermana, por favor! ¡Antes de empezar la historia de Feliz-Bello y Feliz-Bella, cuyos nombres ya me complacen infinito, dime quién es Grano-de-Belleza!"

Y Schehrazada respondió: "¡Querida mía, Grano-de-Belleza es un joven!"

Entonces el rey Schahriar, cuya tristeza había desaparecido a las primeras palabras de la historia de Sett Budur, que oyó entera con gran atención, dijo: "¡Oh Schehrazada! he de confesarte que la historia de Budur me ha encantado y regocijado, y además me ha incitado a enterarme mejor de esa moda nueva de la cual hablaba Sett Budur en prosa y verso. De modo que si en las historias que nos prometes se explica esa moda con otros pormenores desconocidos para mí, puedes empezar enseguida.

Pero en este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discreta como siempre, se calló.

Y el rey Schahriar dijo para sí: "¡Por Alah! ¡no la mataré hasta que haya oído otros detalles sobre la moda nueva, que hasta ahora encuentro llena de oscuridad y complicaciones!"

Doniazada dijo: "¡Oh Schehrazada, hermana mía, te ruego que empieces!"

Y Schehrazada sonrió a su hermana, y después volviéndose hacia el rey Schahriar, le dijo

HISTORIA DE FELIZ-BELLO Y FELIZ-BELLA

Se dice (pero Alah es más sabio) que había en la ciudad de Kufa un hombre al que se contaba entre sus vecinos más ricos y considerados, y se llamaba Primavera.

Al primer año de su matrimonio, el mercader Primavera sintió caer sobre su casa la bendición del Altísimo con el nacimiento de un hijo muy hermoso, que vino al mundo sonriendo. Y por eso se llamó al niño Feliz-Bello.

Al séptimo día de nacer su hijo, el mercader Primavera fue al zoco de los esclavos a comprar una criada para su mujer. Llegado a mitad de la plaza central, echó una ojeada circular a las mujeres y a

los muchachos que se habían puesto a la venta, y vio, en medio de uno de los grupos, a una esclava de aspecto dulce que llevaba a la espalda, sujeta con un ancho cinturón, a su hija dormida.

El mercader Primavera pensó entonces: "¡Alah es generoso!" Y se acercó al corredor y le preguntó: "¿Cuánto cuesta esta esclava con su hija?" El corredor contestó: "¡Cincuenta dinares, ni más ni menos!" Primavera dijo: "¡La compro! Escribe el contrato, y toma el dinero". Después de llenar esta formalidad, el mercader Primavera dijo con dulzura a la mujer: "Sígame, sierva mía". Y se la llevó a su casa. Cuando la hija de su tío vio llegar a Primavera con la esclava, le preguntó: "¡Oh hijo de mi tío! ¿por qué has hecho ese gasto tan inútil? ¡Yo, en cuanto me reponga del parto, podré atender a la casa como antes!" El mercader Primavera contestó con agrado: "¡Oh hija de mi tío! he comprado esta esclava por la niña que lleva a cuestas, y a la cual criaremos con nuestro hijo Feliz-Bello. ¡Y sabe que, si he de juzgar por lo que de sus facciones he visto, cuando crezca esta niña no tendrá igual en belleza en todos los países de Irak, Persia y Arabia!"

Entonces la esposa de Primavera se volvió hacia la sierva, y le preguntó bondadosamente: "¿Cómo te llamas?" Ella contestó: "¡Me llaman Prosperidad, ¡oh mi señora!" A la esposa del mercader le gustó mucho aquel nombre, y le dijo: "¡Te sienta bien, ¡por Alah! Y tu hija, ¿cómo se llama?" La esclava contestó: "¡Fortuna!" Entonces la esposa de Primavera, en el límite de la alegría, dijo: "¡Ojalá aciertes! ¡Y Alah, con tu venida, haga que duren la fortuna y la prosperidad en casa de quienes te han comprado, ¡oh cara blanca!"

Después de lo cual se volvió hacia su esposo Primavera, y le preguntó: "Ya que es costumbre que los amos den nombre a los esclavos que compran, ¿cómo piensas llamar a la niña?" Primavera respondió: "¡Como tú prefieras!" Y su esposa contestó: "¡Llamémosla Feliz-Bella!" Y Primavera dijo: "Así se llamará. No veo ningún inconveniente".

Y así fue cómo se llamó la niña Feliz-Bella, y se la crio con Feliz-Bello, exactamente en las mismas condiciones. Y ambos crecieron, juntos, aumentándose cada día su hermosura; y Feliz-Bello llamaba a la hija de la esclava "mi hermana", y ella le llamaba a él "mi hermano".

Cuando Feliz-Bello llegó a los cinco años, se pensó en celebrar su circuncisión. Se aguardó para ello la fiesta del natalicio del Profeta (¡con él la plegaria y la salvación!), para dar a tal rito preciado toda la manifestación de belleza que encierra. Por lo tanto, se hizo solemnemente la circuncisión de Feliz-Bello, que en vez de llorar, pareció encontrar aquello casi de su agrado, y sonrió gentilmente, cosa que, por otra parte, solía hacer siempre. Se formó una comitiva imponente y numerosa, compuesta de todos los parientes, amigos y conocidos de Primavera y de la hija de su tío; después, precedidos de banderas, desfiló por todas las calles de Kufa. Y Feliz-Bello iba encaramado en un palanquín rojo, sobre una mula ricamente enjaezada de brocado, y a su lado estaba sentada la pequeña Feliz-Bella, que le abanicaba con un pañuelo de seda. Detrás del palanquín seguían las amigas, las vecinas y los niños, que llenaban el aire con sus lu-lu-lúes" de alegría,' mientras el buen Primavera, contentísimo, llevaba de la brida la mula, arrogante y dócil.

Cuando regresaron a casa, los invitados fueron uno tras otro a felicitar al mercader Primavera, diciendo antes de retirarse: "¡Para ti sean la bendición y la alegría! ¡Disfruta durante larga vida la abundancia de los goces del alma...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la l mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 238ª NOCHE

Ella dijo:

"...¡disfruta durante larga vida la abundancia de los goces del alma! "

Después transcurrieron tiempos felices, y los dos niños llegaron a cumplir los doce años de edad.

Entonces Primavera fue a buscar a su hijo Feliz-Bello, que jugaba a matrimonios con Feliz-Bella, y le llamó aparte, y le dijo: "¡He aquí, ¡oh hijo mío! que acabas de cumplir doce años, gracias a la bendición de Alah! De modo que desde hoy ya no has de llamar a Feliz-Bella hermana tuya, pues ahora he de decirte que Feliz-Bella es hija de nuestra esclava Prosperidad, aunque la hayamos criado contigo en la misma cuna y la tratemos como a hija nuestra. Además, desde ahora es menester que se cubra la cara con el velo, pues tu madre me ha dicho que Feliz-Bella ha llegado la semana pasada a la época de la nubilidad. Así es que tu madre le va a buscar un esposo, que será para nosotros un esclavo adicto".

Al oír estas palabras, Feliz-Bello dijo a su padre: "Pues ya que Feliz-Bella no es hermana mía, quiero casarme con ella". Primavera contestó: "¡Hay que pedirle permiso a tu madre!"

Entonces Feliz-Bello fue a buscar a su madre, y le besó la mano, que se llevó a la frente; después le dijo: "Deseo casarme en secreto con Feliz-Bella, hija de nuestra esclava Prosperidad". Y la madre de Feliz-Bello contestó: "¡Feliz-Bella te pertenece, hijo mío! Tu padre la había comprado en nombre tuyo".

Inmediatamente Feliz-Bello corrió a buscar a Feliz-Bella, y la cogió de la mano, y la amó, y ella le amó a él, y la misma noche durmieron juntos, como esposos dichosos.

Después, y sin cesar tal estado de cosas, vivieron ambos en el colmo de la felicidad durante cinco años benditos. Y en toda la ciudad de Kufa no había joven más bella, ni más dulce, ni más deliciosa que la mujer del hijo de Primavera. Ni la había tan instruida ni tan sabia. En efecto, Feliz-Bella había consagrado sus ratos de ocio a aprender el Korán, las ciencias, la hermosa escritura cúfica y la corriente, las bellas letras y la poesía, y el manejo de los instrumentos musicales. Y había llegado a adquirir tal habilidad en el arte del canto, que sabía cantar de más de quince modos distintos, y basándose en una sola palabra del primer verso de una canción, podía prolongar durante varias horas, y hasta una noche entera, variaciones infinitas que arrebataban con sus ritmos y sus trémolos.

Así es que Feliz-Bello y su esclava Feliz-Bella, muchas veces, a las horas de calor, se sentaban en su jardín sobre el mármol desnudo que rodeaba el estanque, en donde la frescura del agua y de la piedra llenábanles de delicias. Allí comían sandías exquisitas, de pulpa fusible y ligera, y almendras y avellanas, y grano tostado y salado, y otras mil cosas admirables. Y dejaban de comer para respirar rosas y jazmines, o para recitarse poemas encantadores. Y entonces Feliz-Bello rogaba a su esclava que preludiase, y Feliz-Bella cogía la guitarra de cuerdas dobles, de la cual sabía extraer sonidos sin par. Y ambos cantaban canciones como éstas, entre otras mil maravillosas:

¡Oh joven, llueven flores y aves! ¡Vamos con el viento hacia la cálida Bagdad de sonrosadas cúpulas!

¡No emir mío! ¡Quedémonos todavía en el jardín, junto al llamear de las palmas de oro, y ,oh delicia, con las manos en la nuca soñemos!

¡Ven, oh joven! ¡Llueven diamantes en las hojas azules, y sobre el azul, es bella la curva de las ramas! ¡Levántate, oh ligera, y sacude las gotas furtivas que lloran en tus cabellos!

¡No emir mío, siéntate aquí y reclina la cabeza en mis rodillas! ¡Embriágate entre mi ropa con todo el perfume de mis pechos floridos... y luego oye la suave brisa que canta al Hacedor!

Otras veces, ambos jóvenes modulaban versos como los siguientes, acompañándose con el daff: .

¡Soy feliz y ligera como una ágil danzarina!

¡Oh labios, haced más lentos vuestros trinos sobre las flautas! ¡Guitarras, paraos bajo los dedos para escuchar la canción de las palmeras!

¡Las palmeras están de pie! ¡Como las jóvenes, murmuran en sordina en la noche clara, y el remolino de sus cabelleras melodiosas responde a la brisa musical!

¡Ah! ¡Soy feliz y ligera como una ágil danzarina!

¡Esposa encantadora y perfumada! ¡Al oír las notas de tu voz, las piedras se levantan bailando, y vienen ordenadamente a construir un edificio armonioso!

¡Que aquel que creó la belleza del amor nos otorgue la ventura, esposa encantadora y perfumada!

¡Oh negrura de mis ojos! ¡Por ti voy a dar azulado a mis párpados con la varita de cristal, y a macerar mis manos en la pasta de alheña!

¡Así te parecerán mis dedos frutos del azufaifo, o si lo prefieres, dátiles finos!

¡Después me perfumaré los pechos, el vientre y todo el cuerpo con incienso delicado, para que mi piel se derrita en tu boca con suavidad, oh negrura de mis ojos!

Y de tal modo, el hijo de Primavera y la hija de Prosperidad pasaban las noches y las mañanas en una vida deliciosa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 239ª NOCHE

Ella dijo:

...en una vida deliciosa.

Pero ¡ah! lo que está escrito en la frente del hombre por los dedos de Alah, no puede borrarlo la mano del hombre; y aunque la criatura poseyera alas, no le sería posible huir del Destino.

Tal fue la causa de que Feliz-Bello y Feliz-Bella tuvieran que experimentar durante cierto tiempo las vicisitudes de la suerte. Pero de todos modos, la nativa bendición que habían traído consigo a la tierra había de librarles de las desdichas irremediables.

Efectivamente, el gobernador de la ciudad de Kufa había oído al califa hablar de la hermosura de Feliz-Bella, esposa del hijo del mercader Primavera. Y dijo para sí: "¡Sin remedio he de encontrar la manera de apoderarme de esta Feliz-Bella, cuyas perfecciones y arte para cantar me ponderan tanto! ¡Será un magnífico regalo para mi amo el Emir de los Creyentes Abd El-Malek ben-Meruán!"

Por consiguiente, el gobernador de Kufa resolvió un día ejecutar su proyecto, y con tal fin mandó llamar a una vieja muy astuta, que de ordinario estaba encargada de adquirir e instruir especialmente a las esclavas jóvenes. Y le dijo: "¡Te ruego que vayas a casa del mercader Primavera y hagas conocimiento con la esclava de su hijo, la joven Feliz-Bella, de la cual se dice que está muy versada en el arte del canto, y que es muy hermosa! Y de cualquier manera has de traérmela aquí, porque quiero enviarla como regalo al califa Abd El-Malek".

La vieja respondió: "¡Escucho y obedezco!" Y se fue inmediatamente a hacer los preparativos necesarios.

A primera hora de la mañana se vistió de estameña, y se echó al cuello un enorme rosario de millares de cuentas, se ató una calabaza a la cintura, cogió una muleta, y se dirigió con lento paso a casa de Primavera, parándose a cada momento para suspirar muy devota: "¡Alabado sea Alah! ¡No hay más Dios que Alah! ¡Sólo a Alah es preciso recurrir! ¡Alah es el más grande!" Y no dejó de proceder del mismo modo durante todo el camino, con gran admiración de los transeúntes, hasta que llegó a la puerta de la casa en que vivía Primavera.

Llamó, y dijo: "¡Alah es generoso! ¡Oh Donador! ¡Oh Bienhechor!"

Entonces fue a abrirle el portero, que era un anciano respetable, antiguo servidor de Primavera. Vio a la vieja devota, y después de examinarla no le pareció su aspecto muy tranquilizador, sino muy al contrario. Y por su parte él también desagradó mucho a la vieja, que le dirigió una mirada atravesada. Y el portero sintió instintivamente la mirada, y también instintivamente, y para conjurar el mal de ojo, formuló con el pensamiento: "¡Mis cinco dedos en tu ojo izquierdo!" Después, y en alta voz, le preguntó: "¿Qué quieres, mi anciana tía?" Ella respondió: "Soy una pobre vieja que no piensa más que en rezar. Y como veo que se acerca la hora de la oración, quisiera entrar en esta morada para hacer mis devociones este día santo".

El buen portero se indignó, y le dijo con brusquedad: "¡Vete! ¡Esta casa no es mezquita ni oratorio, sino el hogar del mercader Primavera y su hijo Feliz-Bello!" La vieja respondió: "¡Ya lo sé! Pero ¿hay mezquita ni oratorio más digno de la oración que la morada bendita de Primavera y su hijo Feliz-Bello? Sabe también, ¡oh portero de cara seca!, que soy mujer conocida en Damasco, en el palacio del Emir de los Creyentes. Y he salido de allí para visitar los santos lugares y rezar en todos los sitios dignos de veneración".

Pero el portero contestó: "Bueno es que seas una devota; pero ésa no es razón para que entres aquí. Sigue tu camino". Pero la vieja se resistió e insistió tanto tiempo, que el rumor de su voz hubo de llegar a oídos de Feliz-Bello que salió para enterarse de la causa del altercado, y oyó a la vieja que decía al portero: "¿Cómo se puede impedir a una mujer de mi categoría entrar en la casa de Feliz-Bello, hijo de Primavera, cuando las puertas más cerradas de los emires y los grandes siempre se me abren de par en par?"

Al oír estas palabras, Feliz-Bello sonrió, según su costumbre, y rogó a la vieja que entrara. Entonces la vieja le siguió, y llegó con él a la habitación de Feliz-Bella. Y le deseó la paz de la manera más sentida, y a la primera ojeada quedó estupefacta de su belleza.

Cuando Feliz-Bella vio entrar a la santa vieja, se apresuró a levantarse en honor suyo, y le devolvió su zalema con respeto, y le dijo: "¡Sea de buen agüero para nosotros tu venida, buena madre! ¡Dígnate descansar!" Pero ella contestó: "Acaban de anunciar la hora de la oración, hija mía. ¡Déjame rezar!" Y volvióse enseguida en dirección a la Meca, y se arrodilló en actitud de orar. Y así estuvo hasta la noche sin moverse, y nadie se atrevía a interrumpir su función augusta. Y además parecía tan sumida en el éxtasis, que no hacía caso alguno de lo que ocurría a su alrededor.

Por fin, Feliz-Bella se atrevió, y acercóse tímidamente a la santa, y le dijo con voz dulce y respetuosa: "¡Madre mía, da descanso a las rodillas, aunque no sea más que una hora!" La vieja contestó: "¡El que no cansa el cuerpo en este mundo no puede aspirar al reposo reservado a los puros y elegido en lo futuro!" Feliz-Bella, extremadamente deificada, repuso: "¡Por favor, oh madre nuestra! honra nuestra mesa con tu presencia y consiente en compartir con nosotros el pan y la sal!" La vieja respondió: "No me hagas caso, y ve a reunirte con tu esposo. Vosotros, que sois jóvenes y hermosos, ¡comed, bebed y sed felices...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 240ª NOCHE

Ella dijo:

"...vosotros, que sois jóvenes y hermosos, ¡comed, bebed y sed felices!"

Entonces Feliz-Bella fue a buscar a su amo y le dijo: "¡Oh mi señor! ¡Te ruego que vayas a suplicar a esa santa que en adelante se aposente en nuestra casa, pues su rostro, macerado en la piedad, iluminará nuestra morada!" Feliz-Bello contestó: "Tranquilízate. Ya he mandado que le preparen una habitación con su lecho, y una esterilla nueva, y su jarro, y su palangana. Y nadie la molestará".

En cuanto a la vieja, se pasó toda la noche rezando y leyendo en alta voz el Korán. Después, al amanecer, se lavó y fue a buscar a Feliz-Bello y a su amiga, y les dijo: "¡Vengo a despedirme de vosotros! ¡Alah os tenga en su guarda!" Pero Feliz-Bello le dijo: "¡Oh madre nuestra! ¿Cómo nos vas a dejar con tan poco sentimiento, cuando nosotros nos estábamos ya alegrando de ver nuestra casa bendecida para siempre por tu presencia y te habíamos preparado la mejor habitación para que hagas tus devociones sin que te molesten?"

Y la vieja contestó: "¡Alah os conserve a los dos y haga durar sus bendiciones y sus gracias para vosotros! Ya que la caridad musulmana ocupa un sitio de honor en vuestro corazón, me alegro mucho de que me albergue vuestra hospitalidad. ¡Pero os pido únicamente que advirtáis a vuestro portero, que tiene una cara tan seca, que no se oponga más a dejarme entrar aquí cuando pueda venir! Ahora mismo voy a visitar los santos lugares de Kufa, en los cuales haré votos a Alah para que os retribuya según vuestros méritos. ¡Luego volveré a endulzarme con vuestra, hospitalidad!" Después los dejó, mientras ambos le cogían las manos y se las llevaban a los labios y a la frente.

¡Oh pobre Feliz-Bella! ¡Si supieras el motivo de que aquella vieja de betún entrara en tu casa y los negros destinos que urdía contra tu dicha y tranquilidad! Pero ¿cuál es la criatura que puede adivinar lo oculto y arrancar el velo al porvenir?

La maldita vieja salió, y se dirigió al palacio del gobernador, y se le presentó enseguida. Entonces éste le preguntó: "¿Qué has hecho, ¡oh desenredadora de telas de arañas!? ¡Oh taimada sublime y sutil!" La vieja dijo: "Haga lo que haga, ¡oh mi señor! no soy más que tu discípula y la protegida de tus miradas. Escucha. He visto a la joven Feliz-Bella, esclava del hijo de Primavera. ¡jamás el vientre de la fecundidad modeló belleza semejante!" El gobernador exclamó. "¡Ya Alah!" Y prosiguió la vieja: "Está amasada con delicias. ¡Es un fluir continuo de dulzuras y de encantos ingenuos!" El gobernador exclamó: "¡Oh, ojo mío! ¡Latido de mi corazón!" La vieja añadió: "¿Qué dirías si oyeras el timbre de su voz, más fresca que el rumor del agua debajo de una bóveda sonora? ¿Qué harías si vieras sus ojos de antílope y sus miradas modestas?"

El gobernador exclamó: "¡No podría hacer más que admirarla con toda mi admiración, pues repito que la destino a nuestro amo el califa! ¡Apresúrate, pues, a triunfar!" La vieja dijo: "¡Te pido para ello un mes entero!" Y el gobernador respondió: "¡Dispón de ese tiempo, siempre que dé resultado! Y en mí encontrarás una generosidad que te dejará satisfecha. Para empezar, toma mil dinares como señal de mi buena voluntad".

Y la vieja guardó los mil dinares en el cinturón, y desde aquel día empezó a visitar con regularidad a Feliz-Bello y Feliz-Bella en su casa, y ellos, por su parte, le demostraban cada día más miramientos y consideraciones.

Y así las cosas, la vieja llegó a ser la consejera inseparable de aquella casa. Y un día le dijo a Feliz-Bella: "Hija mía, la fecundidad no ha visitado aún tus caderas juveniles. ¿Quieres venir conmigo a pedir la bendición a los santos ascetas, a los jeiques amados de Alah, a los santones y walíes que están en comunicación con el Altísimo? Conozco a esos walíes, hija mía, y sé el poder inmenso que tienen para hacer milagros y realizar las cosas más prodigiosas en nombre de Alah. Curan a los ciegos y a los inválidos, resucitan a los muertos, vuelan por el aire, nadan por el agua. En cuanto a la fecundación de las mujeres, ¡es el privilegio más fácil que les otorgó Alah! ¡Y alcanzarás ese resultado sin más que tocar la orla de su ropón o besar las cuentas de su rosario!"

Al oír estas palabras de la vieja, Feliz-Bella sintió agitarse en su alma el deseo de la fecundidad, y dijo a la anciana: "Tengo que pedir a mi amo Feliz-Bello permiso para salir. Aguardemos que regrese". Pero la vieja respondió: "Te basta con avisar a su madre". Entonces la joven fue enseguida a buscar a la madre de Feliz-Bello, y le dijo: "¡Te suplico, por Alah, ¡oh mi señora! que me concedas permiso para ir con esta santa vieja a visitar a los walíes amigos de Alah, y pedirles la bendición en su santa morada! Y te prometo estar aquí de vuelta antes que llegue mi amo Feliz-Bello". Entonces la esposa de Primavera contestó: "¡Hija mía, piensa en el disgusto que tendría tu amo si volviese y no te encontrase! Me diría: ¿Y cómo ha podido salir Feliz-Bella sin permiso mío? ¡Es la primera vez que tal ocurre!".

En este momento intervino la vieja, y dijo a la madre de Feliz-Bello: "¡Por Alah! ¡Haremos una rápida vuelta por los lugares santos, no la dejaré siquiera que se siente para descansar, y la traeré sin demora!" Entonces la madre de Feliz-Bello dio el consentimiento, pero suspirando a pesar suyo.

La vieja se llevó, pues, a Feliz-Bella y la guio directamente a un pabellón aislado del jardín de palacio; allí la dejó sola un momento, y corrió a comunicar su llegada al gobernador, que fue enseguida al pabellón...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 241ª NOCHE

Ella dijo:

...al gobernador, que fue enseguida al pabellón, y en el umbral quedóse como deslumbrado por tal belleza.

Cuando Feliz-Bella vio entrar a aquel hombre desconocido, se apresuró a velarse la cara, rompió en sollozos, y buscó con la mirada un sitio por donde pudiera huir; pero fue en vano.

Entonces, como la vieja no aparecía, Feliz-Bella ya no dudó de la traición de la maldita, y se acordó de ciertas palabras que su fiel portero le había dicho respecto a los ojos llenos de artificios de aquella mujer.

En cuanto al gobernador, seguro de que Feliz-Bella era la misma que tenía delante, volvió a salir, cerrando la puerta, y fue a dar rápidamente algunas órdenes: escribió una carta al califa Abd El-Malek ben Meruán, y confió la carta y la joven al jefe de sus guardias, mandándole que emprendiera enseguida el camino de Damasco.

Entonces el jefe de los guardias se llevó por la fuerza a Feliz. Bella, la colocó encima de un ágil dromedario, se puso delante de ella, y partió a toda prisa hacia Damasco, seguido por algunos esclavos.

En cuanto a Feliz-Bella, durante todo el camino se tapó la cara con el velo, y sollozó en silencio, indiferente a las paradas, a las sacudidas, a los descansos y a las marchas. Y el jefe de los guardias no le pudo sacar una palabra ni una seña, y así siguió hasta la llegada a Damasco. El jefe se dirigió sin demora al palacio del Emir de los Creyentes, entregó la esclava y la carta al jefe de los chambelanes, recibió la respuesta que le dieron, y se volvió a Kufa del mismo modo que había venido.

Al día siguiente, el califa entró en el harem y manifestó a su esposa y a su hermana la llegada de la esclava nueva, diciéndole: "El gobernador de Kufa acaba de enviarme como regalo una esclava joven; y me escribe para decirme que esa esclava, comprada por él, es hija de un rey, apresada en su país por mercaderes de esclavos". Y su esposa le respondió: "¡Alah acreciente tus goces y sus beneficios!" Y la hermana del califa preguntó: "¿Cómo se llama? ¿Es morena o blanca?" El califa contestó: "¡Aun no la he visto!"

Entonces la hermana del califa, llamada Sett Zahia, que era de tierno corazón, sintió lástima, y se acercó a la joven, y le preguntó: "¿Por qué lloras, hermana mía?" ¿No sabes que desde ahora estás segura, y que tu vida transcurrirá ligera y sin preocupaciones? ¿Adónde podías ir a parar mejor que al palacio del Emir de los Creyentes?" Al oír estas palabras, la hija de Prosperidad levantó los ojos sorprendida, y preguntó: "Pero ¡oh mi señora! ¿en qué ciudad estoy, para que sea éste el palacio del Emir de los Creyentes?" Sett Zahia contestó "¡En la ciudad de Damasco! ¿Pero tú no lo sabías? ¿Y el mercader que te vendió no te ha advertido que lo hacía por cuenta del califa Abd El-Malek ben-Meruán? Ya lo sabes, hermana, eres propiedad del Emir de los Creyentes, que es mi hermano. Sécate, pues, las lágrimas y dime tu nombre".

Al oír semejantes palabras, la joven ya no pudo reprimir los sollozos que la ahogaban, y murmuró: "¡Oh mi señora, en mi tierra me llaman Feliz-Bella!"

A la sazón entró el califa. Avanzó hacia Feliz-Bella sonriendo bondadosamente, se sentó a su lado, y le dijo: "¡Quítate el velo de la cara, ¡oh joven!" Pero Feliz-Bella, en vez de descubrirse la cara, se aterró sólo de pensarlo, y se tapó completamente con la tela hasta por debajo de la barbilla, con mano temblorosa. Y el califa no quiso enojarse por una acción tan extraordinaria, y dijo a Sett Zahia: "Te confío a esta joven, y espero qué dentro de pocos días la hayas acostumbrado a ti, y la animes, y consigas que sea menos tímida". Después dirigió otra mirada a Feliz-Bella y nada pudo ver, fuera de las finas muñecas. Pero con aquello le bastó para que la amara en extremo; muñecas tan admirablemente modeladas no podían pertenecer más que a una perfecta beldad. Y se retiró.

Entonces Sett Zahia se llevó a Feliz-Bella, y la condujo al hammam del palacio, y después del baño la vistió con un traje muy hermoso, y le colocó en el peinado varias sartas de perlas y pedrerías, y después le acompañó el resto del día, tratando de acostumbrarla a ella. Pero Feliz-Bella, aunque muy confusa con los miramientos que le prodigaba la hermana del califa, no podía dejar de llorar, ni quería tampoco revelar la causa de sus penas, porque pensaba que con ello no variaría su destino. Guardó, pues, para sí aquel agudo dolor, y siguió consumiéndose día y noche, de tal modo, que al poco tiempo cayó gravemente enferma; y desesperaron de salvarla después de haber experimentado en ella la ciencia de los médicos más famosos de Damasco.

En cuanto a Feliz-Bello, hijo de Primavera, al anochecer regresó a su casa, y según costumbre, se echó en el diván, y llamó: "¡Oh Feliz-Bella!"

Pero, por primera vez, nadie contestó. Entonces se levantó súbito y llamó de nuevo: "¡Oh Feliz-Bella!" Pero nadie contestó. Porque todas las esclavas se habían escondido, y ninguna de ellas se atrevía a moverse. Entonces Feliz-Bello se dirigió al aposento de su madre, entró precipitadamente, y encontró a su madre sentada, muy triste, con la mano en la mejilla y absorta en sus pensamientos. Al verla, creció su inquietud, y preguntó, todo lleno de espanto: "¿Dónde está Feliz Bella?"

Pero la esposa de Primavera no contestó más que con lágrimas, y después suspiró: "¡Alah nos proteja, ¡oh hijo mío! Feliz-Bella, en ausencia tuya, ha venido a pedirme permiso para salir con la vieja e ir, según me dijo, a visitar a un santo walí que realiza milagros. ¡Ah i hijo mío! mi corazón no estuvo tranquilo nunca desde que esa vieja entró en nuestra casa. ¡Tampoco la ha mirado jamás con buenos ojos, nuestro portero, el servidor anciano y fiel que nos crio a todos! ¡Siempre he tenido el presentimiento de que esa vieja nos había de traer mala suerte con sus oraciones harto prolongadas y sus miradas tan astutas!" Pero Feliz-Bello interrumpió a su madre para preguntar: "¿A qué hora exactamente ha salido Feliz-Bella?" La madre contestó: "Esta mañana temprano, después de haberte ido al zoco". Y Feliz-Bello exclamó: "Ya ves, madre mía, para lo que nos sirve variar nuestras costumbres y otorgar a nuestras mujeres libertades de las cuales no saben qué hacer, ¡y que tienen que serles funestas! ¡Ah, madre mía! ¿Por qué permitiste salir a Feliz-Bella? ¿Quién sabe por dónde se pudo extraviar, o si se ha caído al agua, o si la sepultó un alminar que se haya derrumbado? ¡Pero voy a escape a ver al gobernador para obligarle a hacer investigaciones inmediatamente!"

Y Feliz-Bello, fuera de sí, corrió al palacio, y el gobernador la recibió sin hacerle esperar, por consideración hacia su padre Primavera, que era una de las personas más notables de la ciudad. Y Feliz- Bello, sin atender siquiera a las fórmulas obligatorias de la zalema dijo al gobernador: "Mi esclava ha desaparecido de nuestra casa esta mañana en compañía de una vieja a la cual habíamos dado albergue Vengo a rogarte que me ayudes a buscarla". El gobernador, adoptando un tono lleno de interés, contestó: "¡Enseguida, hijo mío! Estoy dispuesto a todo por consideración a tu digno padre. Ve a buscar de mi parte al jefe de la guardia, y cuéntale el caso. Es hombre muy avisado y lleno de recursos, y sin duda alguna encontrará a la esclava dentro de pocos días".

Entonces Feliz-Bello corrió a ver al jefe de la guardia, y le dijo "Vengo a verte de parte del gobernador para encontrar a mi esclava que ha desaparecido de mi hogar".

El jefe de la guardia, que estaba sentado en la alfombra, con las piernas cruzadas, resolló dos o tres veces, y al fin preguntó: "¿Con quién se ha marchado?" Feliz-Bello respondió: "Con una vieja cuyas señas son éstas y aquéllas. Y la vieja va vestida de estameña, y lleva al cuello un rosario con millares de cuentas". Y el jefe de la guardia dijo: "¡Por Alah! ¡Dime en dónde está la vieja, y enseguida iré a buscar a la esclava!"

A estas preguntas, Feliz-Bello contestó: "Pero ¿y qué sé yo dónde está la vieja? ¿Vendría aquí si supiera dónde está?" El jefe de la guardia mudó la postura, colocando las piernas en sentido inverso, y dijo: "¡Hijo mío, únicamente Alah el Omnisciente es capaz de descubrir las cosas invisibles!" Entonces, Feliz-Bello, irritado hasta el límite, exclamó: "¡Por el Profeta! ¡A ti solo te haré responsable de esto! ¡Y en caso necesario iré a ver al gobernador, y hasta al Emir de los Creyentes, para que sepan quién eres!"

El otro contestó: "¡Puedes ir adonde te parezca! ¡No he estudiado hechicería, para adivinar las cosas ocultas!"

Enseguida Feliz-Bello volvió a casa del gobernador, y le dijo: ¡He ido a ver al jefe de la guardia y ha pasado tal y cual cosa!" Y el gobernador dijo: "¡No es posible! ¡Hola, guardias, id a buscar a ese hijo de perro!" Y cuando llegó el jefe, el gobernador dijo: "¡Te mando que hagas las pesquisas más minuciosas para encontrar a la esclava de Feliz-Bello, hijo de Primavera! Envía a tus jinetes en todas direcciones. Corre tú también, y busca por todas partes. ¡Pero tienes que encontrarla!" Y al mismo tiempo le guiñó el ojo para que no hiciera nada. Después se volvió hacia Feliz-Bello, y le dijo: "¡En cuanto a ti, hijo mío, no quiero que tengas que reclamar en adelante esa esclava más que a mí! ¡Y si por acaso -pues todo puede suceder- no se encontrara a la esclava, yo mismo te daré en su lugar diez vírgenes de la edad de las huríes, de pechos turgentes y nalgas duras y firmes como cubos de granito! ¡Y obligaré también al jefe de la guardia a darte de su harem diez esclavas jóvenes tan intactas como mis ojos! Pero tranquiliza tu alma, pues sabe que el Destino te otorgará siempre lo que te esté reservado, y por otra parte, nunca lograrás lo que no te haya destinado la suerte ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 242ª NOCHE

Ella dijo:

"...nunca lograrás lo que no te haya destinado la suerte". Entonces Feliz-Bello se despidió del gobernador, y volvió desesperado a su casa, después de haber vagado toda la noche en busca de Feliz-Bella. Y a la jornada siguiente tuvo que guardar cama, presa de una extensa debilidad y de una calentura que creció de día en día, según perdía la esperanza que le quedaba respecto a las pesquisas ordenadas por el gobernador. Y los médicos consultados contestaron: "¡Su enfermedad no tiene otro remedio que el regreso de su esposa!'

A todo esto, llegó a la ciudad de Kufa un persa muy versado en medicina, arte de drogas, ciencia de las estrellas y arena adivinatoria. Y el mercader Primavera se apresuró a llamarle a casa de su hijo. Entonces, el sabio persa, después de haber sido tratado por Primavera con los mayores miramientos, se acercó a Feliz-Bello y le dijo: "¡Dame la mano!" Y le cogió la mano, le tomó el pulso un buen rato, le miró con atención la cara, después sonrió, y se volvió hacia el mercader Primavera, diciéndole: "¡La enfermedad de tu hijo reside en su corazón!" Y Primavera respondió: "¡Por Alah! ¡Verdad dices, ¡oh médico!" El sabio prosiguió: "Y la causa de esa enfermedad es la desaparición de una persona querida. ¡Pues bien! ¡Os voy a decir, con ayuda de los poderes misteriosos, el sitio en que se encuentra esa persona!"

Y dichas tales palabras, el persa se acurrucó, sacó de un talego un paquete de arena, que desató y extendió delante de él; luego puso en medio de la arena cinco guijarros blancos y tres guijarros negros, dos varitas y una uña de tigre; los colocó en un plano, después en dos planos, y luego en tres planos; los miró, pronunciando algunas frases en lengua persa, y dijo: "¡Oh vosotros que me oís! ¡sabed que la persona se encuentra en este momento en Bassra!" Después reflexionó y dijo: "¡No! Los tres ríos que ahí veo me han engañado. ¡La persona se encuentra en este momento en Damasco, dentro de un gran palacio, y en el mismo estado de languidez que tu hijo, ¡oh ilustre mercader!"

Al oír estas palabras, Primavera exclamó: "¿Y qué hemos de hacer, ¡oh venerable médico!? Por favor, ilumínanos, y no habrás de quejarte de la avaricia de Primavera. Pues ¡por Alah! te daré con qué vivir en la opulencia durante el espacio de tres vidas humanas!" Y el persa contestó: "¡Tranquilizad ambos vuestras almas, y que se refresquen vuestros párpados cubriendo vuestros ojos sin inquietud! ¡Pues yo me encargo de reunir a los dos jóvenes, y eso es más fácil que hacer de lo que tú te figuras!" Después añadió, dirigiéndose a Primavera: "¡Saca del bolsillo cuatro mil dinares!" Y Primavera se desató inmediatamente el cinturón, y colocó delante del persa cuatro mil dinares y otros mil.

Y el persa dijo: "¡Ahora que tengo con qué cubrir gastos, voy a ponerme al momento en camino para Damasco, llevando conmigo a tu hijo! ¡Y si Alah quiere, regresaremos con su amada!" Después se volvió hacia el joven tendido en la cama, y le preguntó: "¡Oh hijo del distinguido Primavera! ¿Cómo te llamas?" El otro respondió: "¡Feliz-Bello!" El persa dijo: "¡Pues bien, Feliz-Bello, levántate y que tu alma se vea en adelante libre de toda inquietud, pues desde este momento puedes dar por seguro que has recobrado a tu esclava!"

Y Feliz-Bello, súbitamente movido por el buen influjo del médico, se levantó y se sentó. Y el médico prosiguió: "Afirma tus ánimos y tu valor. No te preocupes por nada. ¡Come, bebe y duerme! Y dentro de una semana, en cuanto recuperes las fuerzas, volveré a buscarte para hacer el viaje contigo". Y se despidió de Primavera y Feliz-Bello, y se fue a hacer también sus preparativos para el viaje.

Entonces Primavera dio a su hijo otros cinco mil dinares, y le compró camellos que mandó cargar de ricas mercaderías y de aquellas sedas de Kufa de colores tan hermosos, y le dio caballos para él y para su acompañamiento. Y al cabo de la semana, como Feliz-Bello había seguido las prescripciones del sabio y se había repuesto admirablemente, Primavera supuso que su hijo podía emprender sin inconveniente el viaje a Damasco. De modo que Feliz-Bello se despidió de su padre, de su madre, de Prosperidad y del portero, y acompañado de todos los buenos deseos que los brazos de los suyos invocaban sobre su cabeza, salió de Kufa con el sabio persa.

Y Feliz-Bello había llegado en aquellos instantes a la perfección de la juventud, y sus diez y siete años habían dado un sedoso vello a sus mejillas levemente sonrosadas, lo cual hacía más seductores todavía sus encantos, de modo que nadie le podía mirar sin pararse extático. Y el sabio persa no tardó en experimentar el efecto delicioso de los hechizos del joven, y le quiso con toda su alma, muy de veras, y se privó durante todo el viaje de todas las comodidades a fin de que él las aprovechara. Y cuando le veía contento, se alegraba hasta el límite de la alegría...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 243ª NOCHE

Ella dijo:

...se alegraba hasta el límite de la alegría.

En estas condiciones, el viaje fue agradable y nada fatigoso, y así llegaron a Damasco.

Inmediatamente el sabio persa fue al zoco con Feliz-Bello, y alquiló en el acto una gran tienda, que restauró por completo. Después mandó hacer anaquelerías tapizadas de terciopelo, y en ellas colocó por orden sus frascos de valor, sus dictamos, sus bálsamos, sus polvos, sus jarabes exquisitos, sus triscas finas conservadas en oro puro, sus tarros de porcelana con reflejos metálicos, en donde maduraban las añejas pomadas compuestas con los jugos de trescientas hierbas raras, y entre los frascos grandes, los alambiques y las retortas, colocó el astrolabio de oro.

Tras de lo cual se puso su traje de médico y el gran turbante de siete vueltas, y preparó también a Feliz-Bello, que había de ser su ayudante, despachando las recetas, machacando en el mortero, haciendo los saquillos y escribiendo los remedios que él le dictara. Para ello le vistió con una camisa de seda azul y un chaleco de casimir, y le pasó alrededor de las caderas un mandil de seda de color de rosa con franjas de oro. Después le dijo: "¡Oh Feliz-Bello! ¡desde este momento tienes que llamarme padre, y yo te llamaré hijo, pues si no, los habitantes de Damasco creerían que hay entre los dos lo que tú comprendes!" Y Feliz-Bello dijo: "¡Escucho y obedezco!".

Y apenas se abrió la tienda que el persa destinaba a consulta, acudieron de todas partes en tropel los vecinos, unos para exponer lo que les pasaba, otros nada más que para admirar la belleza del joven, y todos para quedar estupefactos y encantados a un tiempo al oír a Feliz-Bello conversar con el médico en lengua persa, que ellos no conocían, y les parecía deliciosa en labios del joven ayudante. Pero lo que llevó hasta el límite extremo el asombro de los habitantes fue el modo de adivinar las enfermedades el médico persa.

Efectivamente, el médico miraba a lo blanco de los ojos durante unos minutos al enfermo que recurría a él, y luego le presentaba una gran vasija de cristal, y le decía: "¡Mea!" Y el enfermo meaba en la vasija, y el persa elevaba la vasija hasta la altura de sus ojos y la examinaba, y después decía:

"!te pasa tal y cual cosa!" Y el enfermo exclamaba siempre: "¡Por Alah! ¡Verdad es!" Con lo cual todo el mundo levantaba los brazos, diciendo: "¡Ya Alah! ¡Qué prodigioso sabio! ¡Nunca hemos oído cosa parecida! ¿Cómo podrá conocer por la orina la enfermedad?"

No es, pues, de extrañar que el médico persa adquiriera fama en pocos días por su ciencia extraordinaria entre todas las personas notables y acomodadas, y que el eco de todos sus prodigios llegase a los mismos oídos del califa y de su hermana El-Sett Zahia.

Y un día que el médico estaba sentado en medio de la tienda y dictaba una receta a Feliz-Bello, que se hallaba a su lado con el cálamo en la mano, una respetable dama, montada en un borrico con silla de brocado rojo y adornos de pedrería, se paró a la puerta, ató la rienda del burro a la argolla de cobre que coronaba el armazón de la silla, y después hizo seña al sabio para que la ayudase a bajar. El persa se levantó enseguida solícito, corrió a darle la mano, y le rogó que se sentase, al mismo tiempo que Feliz-Bello, sonriendo discretamente, le presentaba un almohadón.

Entonces la dama sacó de debajo de su vestido un frasco lleno de orines, y preguntó al persa: "¿Eres realmente tú, ¡oh venerable jeique! el médico procedente del Irak-Ajami, que hace esas curas admirables en Damasco?" Él contestó: "Soy el mismo, y tu esclavo".

Ella dijo: "¡Nadie es esclavo más que de Alah! Sabe, pues, ¡oh maestro sublime de la ciencia! que este frasco contiene lo que comprenderás, y su propietaria, aunque virgen todavía, es la favorita de nuestro soberano el Emir de los Creyentes. Los médicos de este país no han podido acertar la causa de la enfermedad que la tiene en cama desde el día de su llegada a palacio. Y por eso Sett Zahia, hermana de nuestro señor, me ha enviado a traerte este frasco, para que descubras esa causa desconocida".

Oídas estas palabras, dijo el médico: "¡Oh mi señora! ¡has de decirme el nombre de la enferma, para que yo pueda hacer mis cálculos y saber precisamente la hora más favorable para hacerle tomar las medicinas!" La dama respondió: "Se llama Feliz-Bella".

Entonces el médico se puso a trazar en un pedazo de papel que tenía en la mano numerosísimos cálculos, unos con tinta roja y otros con tinta verde. Después sumó los guarismos verdes y los guarismos rojos, y dijo: "¡Oh mi señora!" ¡he descubierto la enfermedad! Es una afección conocida con el nombre de "temblar de los abanicos del corazón". A tales palabras, la dama contestó: "¡Por Alah! ¡Es verdad! ¡Pues los abanicos de su corazón tiemblan tanto, que los oímos!" El médico prosiguió: "Pero antes de prescribir los remedios he de saber de qué país es ella. Y esto es muy importante, porque así averiguaré, en cuanto haga mis cálculos, el influjo de la ligereza o de la pesadez del aire en los abanicos de su corazón. Además, para juzgar el estado en que se conservan esos abanicos delicados, tengo que saber asimismo el tiempo que hace que está en Damasco y su edad exacta". La dama contestó: "Se ha criado, según parece, en Kufa, ciudad del Irak; y tiene diez y seis años, pues nació, según nos ha dicho, el año del incendio del zoco de Kufa. En cuanto a su residencia en Damasco, es cosa de pocas semanas nada más...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 244ª NOCHE

Ella dijo:

"...pocas semanas nada más".

Al oír estas palabras, el sabio persa dijo a Feliz-Bello, cuyo corazón se agitaba como un molino: "¡Hijo mío, prepara los remedios tal y cual, según la fórmula de Ibn -Sina artículo séptimo".

Entonces la dama se volvió hacia el adolescente, al cual empezó a mirar con mayor atención, para decirle a los pocos momentos: "¡Por Alah! ¡la enferma se te parece mucho, y su rostro es tan hermoso y dulce como el tuyo!" Después le dijo al sabio: "Dime, ¡oh noble persa! este joven ¿es hijo o esclavo tuyo?" El otro contestó: "Es mi hijo, ¡oh respetable! y tu esclavo". Y la anciana dama, muy halagada con tanta consideración, respondió: "¡Verdaderamente, no sé qué admirar más aquí, si tu ciencia, ¡oh médico sublime!' o tu descendencia!" Y siguió conversando con el sabio, mientras Feliz-Bello acababa de arreglar los paquetitos de los remedios y los colocaba en una caja, en el cual deslizó una esquela para enterar a Feliz-Bella de su llegada a Damasco con el médico persa. Después de lo cual selló la caja y escribió en la tapadera su nombre y las señas de su casa en caracteres cúficos, ilegibles para los habitantes de Damasco, pero descifrables para Feliz-Bella, que conocía muy bien las escrituras cúficas, lo mismo que la árabe corriente. Y la dama cogió la caja, dejó diez dinares de oro en el mostrador del médico, se despidió de los dos, y salió para irse directamente a palacio y apresurarse a subir a la habitación de la enferma.

La encontró con los ojos medio cerrados y bañados en llanto, como siempre estaban. Se acercó a ella, y le dijo: "¡Ah hija mía! ¡ojalá estos remedios te alivien tanto como he gozado al ver al que los ha hecho! ¡Es un joven tan hermoso como un ángel, y la tienda en que se encuentra es un lugar delicioso! He aquí la caja que me ha dado para ti". Entonces Feliz-Bella, por no rechazar la oferta, cogió la caja, y con una mirada indiferente examinó la tapadera, pero de pronto se le mudó el color al ver en la tapa estas palabras escritas en cúfico: "Soy Feliz-Bello, hijo de Primavera, de Kufa". Sin embargo tuvo bastante dominio de sí misma para no desmayarse ni descubrirse. Y sonriendo, preguntó a la anciana: "¿De modo, que se trata de un hermoso joven? ¿Y cómo es?" La dama contestó: "¡Es un conjunto de delicias, que me resulta imposible describirlo! ¡Tiene unos ojos! ¡Y unas cejas! ¡Ya Alah! ¡Pero lo que arrebata el alma es un lunar que tiene en la comisura izquierda de los labios, y un hoyuelo que al sonreír se le forma en la mejilla derecha!"

Cuando oyó estas palabras, Feliz-Bella ya no tuvo duda de que era aquél su dueño querido, y dijo a la anciana dama: "¡Ya que es así, ojalá sea de buen agüero ese rostro! Dame los remedios". Y los cogió, y sonriendo se los tomó de una vez. Y en aquel momento vio la esquela, que abrió y leyó. Entonces saltó de la cama, y exclamó: "¡Mi buena madre, comprendo que estoy curada! Estos remedios son milagrosos. ¡Oh qué bendito día!" Y la dama exclamó: "¡Sí, por Alah! ¡Esto es una bendición del Altísimo! Y Feliz-Bella añadió: "¡Por favor, tráeme de comer y beber, pues me siento morir de hambre, ya que hace cerca de un mes que no puedo tragar la comida!"

Entonces la anciana, después de haber mandado a los esclavos que sirviese a Feliz-Bella fuentes cargadas de toda clase de asados, frutas y bebidas, se apresuró a visitar al califa, para anunciarle la curación de su esclava por la ciencia inaudita del médico persa. Y el califa dijo: "¡Ve pronto a llevarle mil dinares de mi parte!" Y la anciana se apresuró a ejecutar la orden, no sin haber pasado por el aposento de Feliz-Bella que le entregó otro regalo para Feliz-Bello en una caja precintada.

Cuando la dama llegó a la tienda, entregó los mil dinares al médico de parte del califa y la caja a Feliz-Bello, que la abrió y leyó su contenido. Pero entonces fue tal su emoción, que rompió en sollozos y cayó desmayado, pues Feliz-Bella en su esquela le relataba toda su aventura, y su rapto por orden del gobernador, y su envío como regalo al califa Abd El-Malek, de Damasco.

Al ver aquello, la buena anciana dijo al médico: "¿Por qué se ha desmayado de pronto su hijo después de romper en llanto?" El médico contestó: "¿Cómo no va a ser así, ¡oh venerable! cuando la esclava Feliz-Bella, a quien he curado, es propiedad de éste al que crees mi hijo, y que no es otro que el hijo del ilustre mercader Primavera, de Kufa? ¡Y nuestra venida a Damasco no ha tenido más objeto que buscar a la joven Feliz-Bella, que había desaparecido un día arrebatada por una maldita vieja de ojos traidores! ¡Así es, ¡oh madre nuestra! que desde ahora ciframos en tu benevolencia nuestra esperanza más querida, y no dudamos de que nos ayudarás a recobrar el más sagrado de los bienes!" Después añadió: "Y en prenda de nuestro agradecimiento, he aquí, para empezar, los mil dinares del califa. ¡Tuyos son! ¡Y el porvenir te demostrará que la gratitud por tus beneficios ocupa en nuestro corazón un sitio de honor...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 245ª NOCHE

Ella dijo:

"...la gratitud por tus beneficios ocupa en nuestro corazón un sitio de honor!" Entonces la buena señora empezó por apresurarse a ayudar al médico para que Feliz-Bello, desmayado, recobrara el conocimiento, y después dijo: "Podéis contar con el favor de mi buena voluntad y mi abnegación". Y les dejó para ir enseguida junto a Feliz-Bella, a la cual encontró con el rostro radiante de júbilo y salud. Y se acercó a ella sonriente, y le dijo: "Hija mía, ¿por qué no has tenido desde el principio confianza en tu madre? De todos modos, ¡cuánta razón te asistía para llorar todas las lágrimas de tu alma al verte separada de tu dueño, el hermoso y dulce Feliz-Bello, hijo de Primavera, de Kufa!" Y al ver la sorpresa de la joven, se dio prisa a añadir: "Puedes contar, hija mía, con toda mi discreción y mi voluntad maternal para contigo. ¡Te juro que te reuniré con tu amado, aunque me costara la vida! ¡Tranquiliza, pues, tu alma, y deja que la anciana trabaje para tu bien, según su saber!"

Abandonó entonces a Feliz-Bella, que le besaba las manos llorando de alegría, y fue a hacer un paquete en el cual puso ropas de mujer, alhajas y todos los accesorios necesarios para un completo disfraz, y volvió a la tienda del médico, e hizo seña a Feliz-Bello para hablar aparte con él. Entonces Feliz-Bello la llevó a la trastienda, detrás de una cortina, y se enteró por ella de sus proyectos, que le parecieron perfectamente combinados, y se dejó guiar por el plan que ella le sometió.

Con lo cual la buena dama vistió a Feliz-Bello con ropas de mujer que había llevado, y le alargó los ojos con kohl, y agrandó y ennegreció el lunar de la mejilla, y después le puso brazaletes en las muñecas, y le colocó alhajas en la cabellera cubierta con un velo de Mosul, y hecho aquello echó la última ojeada a su tocado, y le pareció que estaba encantador así y mucho más hermoso que todas las mujeres juntas del palacio del sultán. Entonces le dijo: "¡Bendito sea Alah en sus obras! Ahora, hijo mío, tienes que andar como las jóvenes todavía vírgenes, yendo a pasito corto, moviendo la cadera derecha y enarcando hacia atrás la izquierda, sin dejar de dar ligeras sacudidas a tus nalgas sabiamente. ¡Haz un corto ensayo de esas maniobras antes de salir!"

Entonces Feliz-Bello se puso a ensayar en la tienda los ademanes consabidos, y lo hizo tan bien, que la buena dama exclamó: "¡Maschalah! ¡Ya pueden dejar de alabarse las mujeres! ¡Qué maravillosos movimientos de nalgas y qué meneo de riñones tan espléndido! Sin embargo, para que la cosa resulte completamente admirable, es menester que des a tu cara una expresión más lánguida, inclinando el cuello un poco más y mirando con el rabillo del ojo. ¡Así! ¡Perfectamente! Ya puedes seguirme". Y se fue con él a palacio.

Cuando llegaron a la puerta de entrada del pabellón reservado al harem, avanzó el jefe de los eunucos y dijo: "Ninguna persona extraña puede entrar sin orden especial del Emir de los Creyentes. ¡Atrás, pues, con esa joven, o si quieres, entra tú sola!" Pero la dama anciana dijo: ¿Qué has hecho de tu cordura, ¡oh corona de los guardianes!? ¡Tú, que generalmente eres la misma delicia y la urbanidad, adoptas ahora un tono que le sienta muy mal a tu aspecto exquisito! ¿No sabes, ¡oh dotado de nobles modales! que esta esclava es propiedad de Sett Zahia, hermana de nuestro amo el califa, y que Sett Zahia, en cuanto sepa tu falta de consideración respecto a su esclava preferida, no dejará de hacer que te destituyan y hasta de mandar decapitarte? ¡Y tú mismo habrás sido de esta manera el causante de tu infortunio!" Después la dama se volvió hacia Feliz-Bello, y le dijo: "¡Ven, esclava, olvida por completo esa falta de miramiento de nuestro jefe, y sobre todo no le digas nada a tu señora! ¡Anda, vamos ya!" Y le cogió de la mano y le hizo entrar; mientras Feliz-Bello inclinaba mimosamente la cabeza a derecha e izquierda, sonriendo con los ojos al jefe de los eunucos, que meneaba la cabeza.

Ya en el patio del harem, la dama dijo a Feliz-Bello: "Hijo mío, te hemos hecho reservar una habitación en el interior del harem, y allá vas a irte enseguida tú sólo. Para dar con el aposento, entras por esta puerta, tomas la galería que encuentres delante, vuelves a la izquierda, y después a la derecha, y otra vez a la derecha; cuentas enseguida cinco puertas, y abres la sexta, que es la de la habitación que se te ha reservado, y a la cual irá a buscarte Feliz-Bella, a quien voy a avisar.

Y yo me encargaré de que salgáis los dos de palacio sin llamar la atención de guardias ni de eunucos".

Entonces Feliz-Bello entró en la galería, y en su turbación, se equivocó de camino; volvió a la derecha, y después a la izquierda por un pasillo paralelo al otro, y penetró en la sexta habitación...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 246ª NOCHE

Ella dijo:

...en la sexta habitación

Así llegó a una sala alta, coronada por una hermosa cúpula, y cuyas paredes estaban adornadas con versículos en caracteres de oro que corrían por todas partes, enlazados en mil líneas perfectas; las paredes estaban tapizadas con seda de color de rosa; las ventanas tapizadas con finas cortinas de gasa, y el suelo cubierto con inmensas alfombras de Khorassan y Cachemira; en los taburetes aparecían colocadas copas con frutas, y encima de las alfombras se extendían fuentes cubiertas con un paño protector, que dejaba adivinar, por sus formas y sus perfumes admirables, esa famosa pastelería, delicia de las gargantas más descontentadizas, y que sólo Damasco, entre todas las ciudades de Oriente y del universo entero, sabía dotar de sus cualidades tan exquisitas.

Y Feliz-Bello estaba muy lejos de figurarse lo que le reservaban en aquella sala los poderes desconocidos.

En medio de la estancia había un trono cubierto de terciopelo; único visible; y Feliz-Bello, sin atreverse a retroceder, por temor a que le encontraran vagando por los corredores, fue a sentarse en el trono, y aguardó su destino.

Apenas llevaba allí algunos momentos, cuando llegó a sus oídos un rumor de seda repercutido por la bóveda, y vio entrar por una de las puertas laterales a una joven de aspecto regio, sin más ropa que la interior, sin velo en la cara ni pañuelo en la cabellera, y la seguía una esclava muy bella, con los pies descalzos, que llevaba flores en la cabeza y en la mano un laúd de madera de sicomoro. Y aquella dama no era otra que Sett Zahia, hermana del Emir de los Creyentes.

Cuando Sett Zahia vio aquella persona velada que habíase sentad en la sala se acercó a ella afablemente v le preguntó: ¿Quién eres, ¡oh extranjera! a quien no conozco? ¿Por qué llevas echado el velo en el harem, donde nadie puede verte?" Pero Feliz-Bello, que se había apresurado a ponerse en pie, no se atrevió a pronunciar palabra y tomó la determinación de fingirse mudo. Y Sett Zahia le preguntó: "¡Oh joven de ojos hermosos! ¿por qué no me contestas? Si por casualidad eres alguna esclava despedida de palacio por mi hermano el Emir de los Creyentes, date prisa a decírmelo, e iré a interceder por ti, pues nunca me niega nada". Pero Feliz-Bello no se atrevió a contestar. Y Sett Zahia se figuró que aquel silencio de la joven obedecía a la presencia de la esclavita que estaba allí con los ojos muy abiertos, mirando con asombro a aquella persona velada y tan tímida. Sett Zahia le dijo entonces: "Ve, querida, y quédate detrás de la puerta para impedir que entre nadie en la sala". Y cuando salió la esclava, se acercó más a Feliz-Bello, que tuvo deseos de apretarse más el velo y le dijo: "¡Oh joven! dime ahora quién eres y tu nombre y el motivo de tu venida a esta sala, en la cual sólo entramos el Emir de los Creyentes y yo. Puedes hablarme con el corazón en la mano, pues te encuentro encantadora y tus ojos me gustan mucho. ¡Verdaderamente, te encuentro deliciosa, hija mía!" Y Sett Zahia, que gusta en extremo de las vírgenes blancas y delicadas, antes de que le contestara cogió a la joven por la cintura, atrayéndola hacia sí, y le llevó la mano a los pechos para acariciárselos, mientras le desabrochaba el vestido con la otra mano. ¡Pero se quedó estupefacta al observar que el pecho de la joven era tan liso como el de un muchacho! Y primero retrocedió, pero después se acercó y le quiso levantar la falda para aclarar tal asunto.

Cuando Feliz-Bello adivinó aquella intención, juzgó más prudente hablar, y cogió la mano a Sett Zahia, y llevándosela a los labios, dijo: "¡Oh mi señora, me entrego enteramente a tu bondad y me coloco bajo tus alas pidiéndote protección!" Sett Zahia dijo: "Te la otorgo por completo. Habla". Y él dijo: "¡Oh mi señora! Yo no soy una mujer: Me llamo Feliz-Bello, y soy hijo de Primavera, de Kufa. Y si he llegado hasta aquí arriesgando mi vida, ha sido para volver a ver a mi esposa Feliz-Bella, la esclava que el gobernador de Kufa me robó para enviarla como regalo al Emir de los Creyentes. ¡Por la vida de nuestro Profeta! ¡oh señora mía! ¡apiádate de tu esclavo y de su esposa!" Y Feliz-Bello se echó a llorar.

Sett Zahia se apresuró a llamar a la esclava y le dijo: "¡Corre enseguida a la habitación de Feliz-Bella, y dile: Mi ama Zahia te llama!" Después se volvió...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 247ª NOCHE

Ella dijo:

...Después se volvió hacia Feliz-Bello, y le dijo: "Calma tu espíritu, ¡oh joven! ¡No te pasarán más que cosas felices!"

Y mientras tanto, la buena anciana había ido a buscar a Feliz-Bella y le había dicho: "Sígueme aprisa, hija mía. ¡Tu esposo querido está, en la habitación que le he reservado!" Y la guio, pálida de emoción, al aposento en donde creía encontrar a Feliz-Bello. Y su dolor fue muy grande, y no menor su terror, al no verle allí; y la vieja dijo: "¡Seguramente se habrá extraviado por los pasillos! ¡Vuelve, hija mía; a tu habitación mientras yo voy en busca suya!"

Y entonces fue cuando la esclava entró en el aposento de Feliz-Bella, a la cual encontró toda trémula y muy pálida, y le dijo: "¡Oh Feliz-Bella! ¡mi ama Sett Zahia te llama!" Entonces Feliz-Bella ya no tuvo duda de su perdición y de la de su amado, y tambaleándose siguió a la gentil esclava que le indicaba el camino.

Pero apenas había entrado en la sala, cuando la hermana del califa se acercó a ella con la sonrisa en los labios, la cogió de la mano y la llevó junto a Feliz-Bello, que seguía con el velo puesto, diciéndoles a ambos: "¡He aquí la dicha!" Y los dos jóvenes se conocieron al momento, y cayeron desmayados uno en brazos de otro.

Entonces la hermana del califa, ayudada por la esclava, les roció con agua de rosas, les hizo recobrar el conocimiento y les dejó solos. Volvió al cabo de una hora, y los encontró sentados, abrazándose estrechamente y con los ojos llenos de lágrimas de ventura y gratitud por su bondad. Entonces les dijo: "¡Ahora tenemos que festejar vuestra unión bebiendo juntos por la eterna duración de vuestra felicidad!" Y enseguida, a una seña suya, la risueña esclava llenó de vino exquisito las copas, y se las presentó. Y bebieron, y Sett Zahia les dijo: "¡Cuánto os amáis, oh hijos míos! Debéis de saber versos admirables sobre el amor y canciones muy bellas acerca de los amantes. ¡Me gustaría que cantaseis algo! ¡Tomad ese laúd y haced resonar con vuestro arte el alma de su madera melodiosa!"

Entonces Feliz-Bello y Feliz-Bella besaron las manos de la hermana del califa, y templando el laúd, cantaron alternativamente estas maravillosas estrofas:

¡Te traigo hermosas flores bajo mi velo de Kufa, y frutas todavía empolvadas con el oro del sol!

¡Todo el oro del Sudán está en tu piel, amada mía! ¡Los rayos del sol están en tus cabellos, y el terciopelo de Damasco, en tus ojos!

¡Heme aquí ¡Vengo a buscarte durante la hora en que las noches tibias son propicias...! ¡El aire es leve, la noche se hace sedosa y transparente, y hacia nosotros llega el murmullo de las hojas y el agua!

¡Aquí me tienes, oh mi gacela de las noches! Tus ojos han deslumbrado a todas las tinieblas. ¡Quiero sumergirme en tus ojos, como el ave que se embriaga sobre el mar!

¡Acércate más y toma en mis labios sus rosas! ¡Déjame después salir lentamente de mi cáliz y acabar de desnudarme para ti desde los hombros hasta los tobillos!

¡Oh mi muy amada!

¡Heme aquí! El secreto de mi carne de luna tiene la forma del dátil maduro. ¡Ven...! ¡Se te aparecerá todo el mar, el mar lleno de olas en que las aves se embriagan!

Apenas habían expirado las últimas notas de aquel canto en los labios de Feliz-Bella, desfallecida de felicidad, cuando súbitamente se descorrieron las cortinas y el califa en persona entró en la sala.

Al verle, se levantaron los tres apresuradamente, y besaron la tierra entre sus manos. Y el califa les sonrió a todos, y fue a sentarse en medio de ellos en la alfombra, y mandó a la esclava que trajera vino y llenara las copas. Después dijo: "¡Vamos a beber para festejar la vuelta de Feliz-Bella a la salud!" Y bebió lentamente. Dejó entonces la copa, y notando la presencia de aquella esclava, a quien no conocía, preguntó a su hermana: "¿Quién es esa joven que está ahí y cuyas facciones me parecen tan bellas bajo el velo ligero?" Sett Zahia contestó: "¡Es una compañera sin la cual no puede vivir Feliz-Bella, pues no puede comer ni beber a gusto si no la tiene cerca!"

Entonces el califa levantó el velo de la supuesta esclava y se quedó pasmado de su belleza. En efecto, Feliz-Bello todavía no tenía pelo en las mejillas, sino tan sólo un leve bozo que daba una sombra adorable a su blancura, sin contar con el lunar de almizcle que sonreía bellamente en su barbilla.

Y el califa, en extremo encantado, exclamó: "¡Por Alah! ¡Oh Zahia! ¡desde esta noche quiero también tomar por concubina a esta nueva adolescente, y le reservaré, como a Feliz-Bella, una habitación digna de su hermosura y un tren de casa como a mi esposa legítima!'

Y Sett Zahia respondió: "¡Por cierto, oh hermano mío, que esta joven es un bocado digno de ti!" Después añadió: "Ahora precisamente recuerdo una interesante historia que he leído en un libro escrito por uno de nuestros sabios. Y el califa preguntó: "¿Y cuál es esa historia?'

Sett Zahia dijo: "Sabe, ¡oh Emir de los Creyentes! que hubo en la ciudad d Kufa un joven llamado Feliz-Bello, hijo de Primavera...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 248ª NOCHE

Ella dijo:

"...un joven llamado Feliz-Bello, hijo de Primavera. Era dueño de una esclava muy hermosa, a la cual amaba, y que le amaba también, pues a ambos les habían criado juntos en la misma cuna, y se habían poseído desde los primeros tiempos de la pubertad. Y fueron dichosos años enteros, hasta que un día el tiempo se volvió contra ellos, arrebatándoles el uno al otro. Una vieja fue la que sirvió de instrumento de desgracia al destino feroz. Raptó a la esclava y se la entregó al gobernador de la ciudad, que se apresuró a enviársela como regalo al rey de aquel tiempo.

"Mas el hijo de Primavera, al saber la desaparición de la que amaba, no descansó hasta que la encontró en el propio palacio del rey, en medio del harem. Pero en el momento en que ambos se congratulaban de verse reunidos y derramaban lágrimas de alegría, el rey entró en la sala en que se encontraban, y les sorprendió juntos. Su furor llegó al colmo, y sin tratar de poner en claro el asunto, les mandó cortar la cabeza.

"Ahora bien -prosiguió Zahia como el sabio que escribió esta historia no da su parecer sobre el procedimiento, quisiera preguntarte, ¡oh Emir de los Creyentes! tu opinión acerca del acto del rey, y saber lo que habrías hecho en su lugar y en las mismas condiciones" .

El Emir de los Creyentes, Abd El-Malek ben-Meruán, respondió sin vacilar: "Este rey debió haberse guardado de obrar con tanta precipitación, y mejor habría sido que perdonase a los dos jóvenes, por tres razones: la primera, porque ambos se querían de veras y desde mucho antes: la segunda, porque eran en aquel momento los huéspedes del rey, puesto que estaban en su palacio; y la tercera, porque un rey no debe proceder sino con prudencia y mesura. ¡Deduzco de todo esto que cometió un acto indigno de un buen rey!"

Al oír estas palabras, Sett Zahia se echó a los pies de su hermano, y exclamó: "¡Oh Príncipe de los Creyentes! ¡sin saberlo, acabas de juzgarte a ti mismo en el acto que vas a realizar! ¡Te conjuro, por la sagrada memoria de nuestros antepasados y de nuestro augusto padre, el íntegro, a que seas equitativo en el caso que voy a someterte!"

Y el califa, sorprendidísimo, dijo a su hermana: "¡Puedes hablar con toda confianza! ¡Pero levántate!" Y la hermana del califa se levantó, y se volvió hacia los dos jóvenes, y les dijo: "¡Poneos de pie!" Y se pusieron de pie. Y Sett Zahia dijo a su hermano: "¡Oh Emir de los Creyentes! esta esclava tan dulce y tan bella, que está cubierta con el velo, no es sino el joven Feliz-Bello, hijo de Primavera. ¡Y Feliz-Bella es la que se crio con él, y más adelante llegó a ser su esposa! Y su raptor no es otro que el gobernador de Kufa, llamado Ben-Yussef El-Thekafi. Ha mentido al decirte en su carta que había comprado la esclava por diez mil dinares. Te pido que le castigues, y perdones a estos dos jóvenes tan disculpables. ¡Otórgame su indulto, pensando en que son tus huéspedes y les resguarda tu sombra!"

A estas palabras de su hermana, el califa respondió: "¡Cierto que sí! ¡No tengo costumbre de desdecirme!"

Después se volvió hacia Feliz-Bella y le preguntó: "¡Oh Feliz-Bella! ¿Declaras que ése es tu esposo Feliz-Bello?" Ella contestó: "¡Tú lo has dicho, oh príncipe de los Creyentes!" Y el califa dijo: "¡Os devuelvo el uno al otro!" Tras lo cual miró a Feliz-Bello, y le preguntó: "¿Puedes decirme siquiera cómo has podido penetrar aquí y enterarte de la estancia de Feliz-Bella en mi palacio?"

Feliz-Bello contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡concede a tu esclavo algunos momentos de atención, y te contará toda su historia!" Y enseguida puso al califa al corriente de toda la aventura, sin omitir ni un detalle, desde el principio hasta el fin.

El califa quedó en extremo asombrado, y quiso ver al médico de Persia que había ejercido una intervención tan prodigiosa, y le nombró médico de palacio en Damasco, y le colmó de honores y consideraciones. Después albergó a Feliz-Bello y Feliz-Bella en su alcázar durante siete días y siete noches, y dio en honor suyo grandes fiestas, y los mandó a Kufa cargados de regalos y honores. Y destituyó al gobernador y nombró en su lugar a Primavera, padre de Feliz-Bello. Y así todos vivieron en el colmo de la felicidad durante una larga y deliciosa vida.

Cuando Schehrazada acabó de hablar, el rey Schahriar exclamó: "¡Oh Schehrazada! ¡me encantó esa historia, y sobre todo, los versos me han exaltado hasta el último límite! ¡Pero me sorprende mucho no encontrar en ella los pormenores sobre aquella clase de amor que me hiciste prever!"

Y Schehrazada sonrió levemente, y dijo: "¡Oh rey afortunado, precisamente esos pormenores están en la Historia de Grano-de-Belleza, que me reservo contarte si es que lo autorizas!"

Y el rey Schahriar exclamó: "¿Qué dices, ¡oh Schehrazada! ¡Por Alah! Tengo un grandísimo interés por oír la HISTORIA DE GRANO-DE-BELLEZA. ¡Apresúrate, pues, a contarla!"

Pero en aquel momento Schehrazada vio aparecer la mañana, y dejó la historia para el otro día.

HISTORIA DEL GANO-DEL-BELLEZA

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que hubo en El Cairo un venerable jeique, que era el síndico de los mercaderes de la ciudad. Todo el zoco le respetaba por su honradez, por su lenguaje mesurado, por su riqueza y por el número de sus esclavos y servidores. Se llamaba Schamseddin.

Un viernes, antes de la plegaria, fue al hammam, y entró después en la barbería, donde, según las prescripciones sagradas, mandó que le cortaran los bigotes precisamente al ras del labio superior y que le afeitaran con esmero la cabeza. Tras de lo cual cogió el espejo que le brindaba el barbero y se miró, no sin haber recitado el acto de fe, para para preservarse de una complacencia demasiado señalada por sus facciones. Y comprobó con tristeza infinita que los pelos blancos de su barba eran mucho más numerosos que los negros, y que se necesitaba fijar mucho la atención para distinguir los negros diseminados entre los mechones blancos. Y pensó: "Las barbas canosas son un indicio de la vejez, y la vejez es una advertencia de la muerte. ¡Pobre Schamseddin! ¡Hete ya próximo a las puertas de la tumba, y todavía no tienes sucesión! ¡Te extinguirás como si nunca hubieras existido!" Después, completamente preocupado con tan desoladores pensamientos, se dirigió a la mezquita para orar, y desde allí regresó a su casa en donde su esposa que sabía las horas acostumbradas de su llegada, se había preparado a recibirle, bañándose y perfumándose y cepillándose con mucho cuidado. Y le recibió con cara sonriente, y le dio la buena acogida, diciéndole: " ¡Que sea una noche feliz para ti!"

Pero el síndico, sin devolver el saludo a su esposa, le dijo en tono agrio: "¿De qué felicidad me hablas? ¿Puede haber felicidad para mí?" Su esposa, asombrada, le dijo: "¡El nombre de Alah sobre ti y a tu alrededor! ¿Por qué esas suposiciones nefastas? ¿Qué te falta para ser feliz? ¿Y cuál es la causa de tu pesar?" Él contestó: "¡Tú sola eres tal causa! ¡Escúchame, oh mujer! ¡Piensa en la pena y amargura que experimento siempre que voy al zoco! Veo en las tiendas a los mercaderes sentados y teniendo al lado sus hijos, que crecen ante su vista, sean dos, sean cuatro. Y están aquéllos orgullosos de su posteridad. ¡Y yo sólo me veo privado de esa dicha! ¡Y a veces deseo la muerte, para librarme de esta vida desconsolada! ¡Y ruego a

Alah, que llamó a mis padres a su seno, que escriba también un fin que ponga término a mis tormentos!"

A estas palabras, contestó la esposa del síndico: "No te preocupen tan aflictivos pensamientos, y ven a honrar el mantel que he puesto para ti".

Pero el mercader gritó: "¡Jamás! ¡No quiero comer ni beber, y sobre todo, no quiero aceptar desde ahora nada de tus manos! ¡Tú sola eres la causante de nuestra esterilidad! ¡Ya han pasado cuarenta años desde que nos casamos, y sin ningún provecho! ¡Y siempre me has impedido tomar otras esposas, y como eres una mujer interesada te aprovechaste de la flaqueza de mi carne en la primera noche de nuestras bodas, para hacerme jurar que no traería otra mujer a esta casa en tu presencia, y que ni siquiera me acostaría más que contigo!

Y yo te lo prometí candorosamente. Y lo peor es que he cumplido mi promesa, y que tú, al ver que eres estéril, no has tenido la generosidad de relevarme de mi juramento.

Pero ¡por Alah! Ahora te juro que prefiero cortarme el zib a dártelo en adelante; ni siquiera he de acariciarte con él pues ya veo que es tiempo perdido trabajar contigo. ¡Lo mismo sacaré hundiendo mi herramienta en el agujero de una peña que tratando de fecundar una tierra tan seca como la tuya! ¡Por Alah! ¡Han sido copulaciones perdidas todas las que tan generosamente he desperdiciado en tu abismo sin fondo!

Cuando la mujer del síndico oyó tan agresivas palabras, vio la luz convertirse ante sus ojos en tinieblas, Y con el acento más agrio que le pudo dar la ira, gritó a su esposo el síndico: "¡Ah viejo helado! ¡Perfúmate la boca para hablar conmigo! ¡El nombre de Alah sobre mí y a mi alrededor! ¡Guárdeme de toda fealdad y falsa imputación! ¿Crees que de los dos soy yo la culpable? ¡Desengáñate, infeliz viejo! ¡Échate la culpa a ti y a tus fríos compañones! ¡Por Alah! ¡Tus compañones están fríos y segregan un líquido demasiado claro y sin vigor! ¡Ve a ¡comprar algo con que espesar y calentar su jugo! ¡Y entonces verás si mi fruta está llena de buena semilla o es estéril!"

Estas palabras de su esposa irritada quebrantaron bastante las convicciones del síndico, y con acento vacilante preguntó: "Y si es cierto, como tú afirmas, que mis compañones estén fríos y transparentes, y su jugo sea claro y falto de vigor, ¿podrías indicarme el sitio en que se vende la droga capaz de espesar lo que no está espeso?"

Su esposa le contestó: "¡Encontrarás en casa de cualquier droguero la mixtura que espesa los compañones de los hombres y les da aptitud para fecundar a la mujer...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 251ª NOCHE

Ella dijo:

"...la mixtura que espesa los compañones de los hombres y les da aptitud para fecundar a la mujer!"

Al oír estas palabras, el síndico pensó: "¡Por Alah! ¡Mañana mismo voy a la droguería a comprar un poco de esa mixtura para espesar los compañones!"

Y a la mañana siguiente, apenas se abrió el zoco, el síndico cogió un tazón vacío, y fue a una droguería y le dijo al droguero: "¡La paz sea contigo!" Y el droguero le devolvió la zalema y le dijo: "¡Oh mañana bendita que te trae como primer parroquiano! ¡Manda!" El síndico dijo: "¡Vengo a pedirte que me vendas una onza de la mixtura que espesa los compañones del hombre!" Y le alargó el tazón de porcelana.

Cuando oyó estas palabras, el droguero no supo qué pensar, y se dijo: "Nuestro síndico, generalmente tan formal, tiene ganas de broma; le contestaré, pues, en el mismo tono". Y le dijo: "¡Por Alab! Ayer sí que me quedaba; pero se vende tanta mixtura de ésa, que se me agotó la provisión. Ve a pedírsela a mi vecino".

Entonces el síndico fue a casa del segundo droguero, y después a casa del tercero, y luego a todas las droguerías del zoco, y todos le despedían con las mismas palabras, riéndose para sí de tan extraordinaria petición.

Cuando el síndico vio que sus gestiones no le daban resultado, volvió a su tienda, y se sentó, muy meditabundo y asqueado de la vida. Y mientras pasaba tan mal rato, vio que parábase a su puerta el jeique de los corredores, el mayor tragador de haschich, borracho, fumador de opio, modelo de los perdidos y de la canalla del zoco, el cual se llamaba Sésamo.

El corredor Sésamo respetaba mucho al síndico Schamseddin, y nunca pasaba por delante de su tienda sin saludarle, inclinándose hasta el suelo y usando las más corteses fórmulas. Y aquella mañana no dejó de tributar las acostumbradas consideraciones al buen síndico, pero no pudo dejar de corresponder a su zalema en tono de mal humor. Y Sésamo, que lo notó, le preguntó: "¿Qué gran desastre te ha ocurrido para perturbar así tu alma, ¡oh venerable síndico nuestro!?" Este contestó: "Mira, Sésamo, ven a sentarte aquí y oye mis palabras. Y verás si tengo motivo para afligirme. Considera, Sésamo, que hace cuarenta años que me casé y todavía no he tenido ni sombra de un niño. ¡Y han acabado por decirme que la culpa es sólo mía, porque, al parecer, mis compañones son transparentes y mi jugo harto claro y sin vigor!

Y me han aconsejado que busque en las droguerías la mixtura que espesa los compañones. Pero ningún droguero la tiene en su tienda. ¡Y aquí me ves desesperado, por no poder encontrar algo con que dar la consistencia necesaria al jugo más preciado de mi individuo!"

Cuando el corredor Sésamo oyó las palabras del síndico, en vez de asombrarse o reírse, como los drogueros, alargó la mano con la palma hacia arriba, y dijo: "Pon un dinar en esta mano y dame un tazón de porcelana. Tengo lo que necesitas". Y el síndico le preguntó: "¡Por Alah! ¿Es posible? ¡Oh Sésamo! ¡sabe que si me ayudas en este trance está hecha tu fortuna! ¡Te lo juro por la vida del Profeta! ¡Y para empezar, toma dos dinares en lugar de uno!" Y le puso las dos monedas de oro en la mano y le entregó el tazón.

Entonces, Sésamo, el borracho fabuloso, se mostró en aquella ocasión bastante superior en ciencia a todos los drogueros del zoco. Efectivamente, volvió a su casa, después de haber comprado en el zoco cuanto le hacía falta, y enseguida se puso a preparar la siguiente mixtura:

Tomó dos onzas de zumo de copaiba china, una onza de extracto graso de cáñamo jónico, una de cariofilina fresca, una de cinamono rojo de Serendib, diez dracmas de cardamomo blando de Malabar, cinco de jengibre indio, cinco de pimienta blanca, cinco de pimentón de las islas, una onza de boyas estrelladas de badián de la india y media onza de tomillo de las montañas. Mezclólo todo diestramente, después de machacarlo y pasarlo por el tamiz, le echó miel pura, y así formó una pasta muy compacta, a la cual añadió cinco gramos de almizcle y una onza de huevos de pescado machacadas. Le añadió también un poco de julepe ligero de agua de rosa, y lo puso todo en el tazón de porcelana.

Apresuráse entonces a llevar el tazón al síndico Schamseddin, diciéndole: "¡He aquí la mixtura soberana que endurece los compañones del hombre y espesa los jugos demasiado fluidos...!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 252ª NOCHE

Ella dijo:

"He aquí la mixtura soberana que endurece los compañones del hombre y espesa los jugos demasiado fluidos!" Después añadió: "Es preciso tomar esta pasta dos horas antes de la conjunción sexual. Pero los tres días anteriores hay que limitarse a comer únicamente pichones asados muy sazonados con especias, pescados machos con sus lechecillas, y por último criadillas de carnero ligeramente asadas. Y si con todo eso no llegas hasta atravesar las paredes y fecundar un peñasco pelado, consiento en afeitarme la barba y los bigotes y te permito que me escupas en la cara".

Y dichas estas palabras, entregó al síndico el tazón de porcelana y se fue.

Entonces el síndico pensó: "¡Este Sésamo, que se pasa la vida en el libertinaje, seguramente debe entender de drogas endurecedoras! ¡Voy a poner mi fe en Alah y en él!" Y volvió a su casa y se reconcilió con su esposa, a la cual, por otra parte, amaba, y ella le amaba a él, y ambos se dieron mutuas explicaciones por su arrebato pasajero, y se hicieron presente cuánta pena les había causado estar reñidos toda una noche por palabras sin importancia.

Después de lo cual, Schamseddin siguió escrupulosamente durante tres días el régimen prescripto por Sésamo, y acabó por comerse la consabida pasta, que le pareció excelente.

Entonces notó que la sangre se le calentaba en extremo, como en los tiempos de su infancia, cuando apostaba con chiquillos de su edad. Y se aproximó a su esposa y la cabalgó; y ella le correspondió; y a ambos les maravilló el resultado en cuanto a duración, repetición, calor, chorro, intensidad y consistencia.

Y aquella noche la esposa del síndico quedó indiscutiblemente fecundada, de lo cual tuvo la certeza completa cuando comprobó que se le pasaron así tres meses.

La preñez siguió su curso normal, y a los nueve meses día por día, la mujer parió con felicidad, pero con muchas dificultades, porque el niño que nació era tan grande como si tuviera un año. Y la comadrona declaró, tras las invocaciones acostumbradas, que en su vida había visto niño tan fuerte ni hermoso. Lo cual no es de asombrar si se recuerda la pasta maravillosa de Sésamo.

La comadrona recogió al niño y lo lavó invocando el nombre de Alah, de Mohammad y de Alí, y le recitó al oído el acto de fe musulmán. Le envolvió y se lo dio a la madre, que le amamantó hasta que quedó saciado y dormido. Y la comadrona pasó otros tres días junto a la madre, y no se fue hasta no estar segura de que todo iba bien y después de haberse repartido entre las vecinas las golosinas preparadas con tal motivo.

Al séptimo día echaron sal en la habitación, y entonces entró el síndico a felicitar a su esposa. Luego le preguntó: "¿En dónde está el don de Alah?" Enseguida ella le mostró el recién nacido. Y el síndico Schamseddin quedó maravillado de la hermosura de aquel niño de siete días, que parecía tener un año, y cuya cara era más brillante que la luna llena al salir. Y preguntó a su esposa: "¿Cómo le vas a llamar?" Ella contestó: "Si fuera una niña ya le habría puesto nombre. ¡Pero como es un niño, a ti te corresponde!"

Y en aquel momento una de las esclavas que envolvían al niño lloró de emoción y placer al advertir en la nalga izquierda del chico una linda mancha oscura como un grano de almizcle, que resaltaba por su forma y color encima de la blancura de lo demás. Y en cada una de las dos mejillas del niño también había un bonito lunar negro y aterciopelado. Y el digno síndico, inspirado por aquel descubrimiento, exclamó: "¡Le llamaremos Alaeddin Grano-de-Belleza!"

Llamóse, pues, al niño Alaeddin Grano-de-Belleza; pero como tal nombre resultaba muy largo, nunca le llamaban más que Grano-de-Belleza. Y a Grano-de-Belleza le amamantaron durante cuatro años dos nodrizas distintas y su madre; así es que llegó a ser fuerte como un leoncillo, y blanco como el jazmín, y sonrosado como las rosas. Y era tan hermoso, que todas las niñas de parientes y vecinos le querían con locura, y él aceptaba sus homenajes, pero nunca consentía que le besaran, y las arañaba cruelmente cuando se le acercaban demasiado; así es que las niñas y hasta las jóvenes se aprovechaban de su sueño para ir a cubrirle de besos impunemente y a maravillarse de su hermosura y lozanía.

Cuando el padre y la madre de Grano-de-Belleza vieron cuán admirado y mimado era su hijo, temieron al mal de ojo, y resolvieron sustraerle a tan maligno influjo. Y con tal fin, en vez de hacer como otros padres, que dejan que las moscas y la suciedad cubran la cara de sus hijos, para que parezcan menos guapos y no atraigan al mal de ojo, los padres de Grano-de-Belleza encerraron al niño en un subterráneo situado debajo de la casa y le criaron allí lejos de todas las miradas. Y Grano-de-Belleza crióse de aquel modo ignorado de todos, pero rodeado de los cuidados incesantes de esclavos y eunucos. Y cuando fue mayor le dieron maestros instruidísimos, que le enseñaron el Korán, las ciencias y a escribir bien. Y llegó a ser tan sabio como hermoso y bien formado. Y sus padres resolvieron no sacarle del subterráneo hasta que las barbas le crecieran tanto que le arrastraran.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como discreta, se calló.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 253ª NOCHE

Ella dijo:

...hasta que las barbas le crecieran tanto que le arrastraran.

Y cierto día, un esclavo que llevaba a Grano-de-Belleza unas fuentes con manjares no se acordó de cerrar al salir la puerta del subterráneo; y Grano-de-Belleza, al ver abierta aquella puerta, en la cual nunca se fijó dado lo amplio que eran el subterráneo aquél, lleno de tapices y cortinajes, se apresuró a salir y a subir al piso en que se encontraba su madre rodeada por diversas damas aristocráticas que habían ido a visitarla.

A la razón, Grano-de-Belleza habíase convertido en un maravilloso y arrogante joven de catorce años, hermoso como un ángel, con las mejillas aterciopeladas como un fruto, y sus lunares a ambos lados de los labios, sin contar el que no se le veía.

De modo que cuando las damas vieron entrar de pronto a aquel hermoso joven, a quien no conocían, apresuráronse muy asustadas a taparse el rostro con los velos, y dijeron a la esposa de Schamseddin: "¡Por Alah! ¿No te avergüenzas de traer junto a nosotras a un extraño? ¿No sabes que el pudor es uno de los dogmas esenciales de la fe?"

Pero la madre de Grano-de-Belleza contestó: "¡Invocad el nombre de Alah, ¡oh invitadas mías! pues el que veis no es otro que mi hijo amado, fruto de mis entrañas, el hijo del síndico de los mercaderes de El Cairo, el que ha sido criado por los pechos de nodrizas generosas y en brazos de hermosas esclavas, y en hombros de vírgenes escogidas, y en el pecho de las más puras y nobles! ¡Es el ojo de su madre y el orgullo de su padre! ¡Es Grano-de-Belleza! ¡Invocad el nombre de Alah ¡oh mis convidadas!"

Y las esposas de los emires y de los mercaderes ricos contestaron: "¡El nombre de Alah sobre ti y a tu alrededor! Pero ¡oh madre de Grano-de-Belleza! ¿cómo es que nunca hasta hoy nos enseñaste a tu hijo?"

Entonces, la esposa de Schamseddin empezó por levantarse, y besó a su hijo en los ojos, y le despidió para que no estorbase más a las invitadas, y después les dijo: "Su padre mandó criarle en el subterráneo de nuestra casa para librarle del mal de ojo. Y ha resuelto no enseñarle hasta que le haya crecido la barba, por lo mucho que teme llamar sobre él peligros y malos influjos. Y si ha salido ahora, debe ser por culpa de algún eunuco que se habrá olvidado de cerrar la puerta".

Oídas estas palabras, las convidadas felicitaron mucho a la esposa del síndico por tener un hijo tan hermoso, y le desearon las bendiciones del Altísimo, y luego se fueron.

Entonces Grano-de-Belleza volvió junto a su madre, y al ver que los esclavos enjaezaban una mula, preguntó: "¿Para quién es esa mula?" Ella contestó: "Para ir a buscar a tu padre al zoco". El preguntó: "¿Y cuál es el oficio de mi padre?" Ella dijo: "Tu padre, ¡ojos míos! es un gran comerciante y síndico de todos los mercaderes de El Cairo y proveedor del sultán de los árabes y de todos los reyes musulmanes. Y para que te formes idea de la importancia de tu padre, sabe que los compradores no se dirigen a él más que para grandes negocios, cuyo importe pase de mil dinares; pero si el negocio es menos, aunque se trate de 999 dinares, se ocupan de ello los empleados de tu padre, sin molestarle. Y no hay mercancía ni cargamento que pueda entrar en El Cairo ni salir sin que antes se entere tu padre y le pidan parecer. Alah ha otorgado a tu padre, ¡oh hijo mío! riquezas incalculables. ¡Démosle gracias!"

Grano-de-Belleza contestó: "¡Sí! ¡Loor a Alah, que me ha hecho nacer hijo del síndico de los mercaderes! ¡Por eso ya no quiero pasar la vida encerrado lejos de todas las miradas, y desde mañana tengo que ir al zoco con mi padre!" Y la madre contestó: "¡Alah te oiga, hijo mío! ¡En cuanto vuelva tu padre se lo diré!"

Y en cuanto Schamseddin volvió, su esposa le refirió lo que acababa de ocurrir, y le dijo: "Ya es tiempo de que nuestro hijo vaya al zoco contigo". El síndico respondió: "¡Oh madre de Grano-de-Belleza! ¿Ignoras que el mal de ojo es una realidad de las más amargas y lamentables y que no se pueden gastar bromas con cosas tan serias? ¿Olvidaste la suerte del hijo de nuestro vecino y la de otros muchos, víctimas del mal de ojo? ¡Te prevengo que la mitad de los muertos que están enterrados han perecido del mal de ojo!"

La mujer del síndico contestó: "¡Oh padre de Grano-de-Belleza! ¡Realmente el destino del hombre está sujeto a su cuello! ¿Cómo ha de poder librarse de él? Y la cosa escrita no puede borrarse, y el hijo seguirá el mismo camino que su padre en vida y en muerte. ¡Y lo que existe hoy ya no existirá mañana! ¡Y piensa en las consecuencias funestas de que nuestro hijo sea víctima algún día por culpa tuya! ¡Efectivamente, cuando después de una vida que te deseo larga y siempre bendita, te hayas muerto, nadie querrá reconocer a nuestro hijo por heredero legítimo de tus riquezas y propiedades, puesto que hasta hoy todo el mundo ignora su existencia! Y de tal suerte, el Tesoro del Estado se apoderará de todos tus bienes y desposeerá a tu hijo sin remedio. ¡Y por mucho que yo invoque el testimonio de los ancianos, los ancianos tendrán que decir: "Nunca nos hemos enterado de que el síndico Schamseddin tuviera ningún hijo ni hija!" Palabras tan sensatas hicieron reflexionar al síndico, que contestó al cabo de un rato: "¡Por Alah! ¡Tienes razón, ¡oh mujer! Mañana mismo llevaré conmigo a Grano-de-Belleza, y le enseñaré a vender y comprar, y las negociaciones, y todos los elementos del oficio".

Después se volvió hacia Grano-de-Belleza, transportado de alegría por aquella noticia, y le dijo: "Ya sé que te encanta ir conmigo. ¡Pero sabe, hijo mío, que en el zoco hay que ser muy formal y tener los ojos bajos con modestia! ¡Espero, pues, que pongas en práctica las sabias lecciones de tus maestros y los buenos principios en que te has criado!"

Al día siguiente, el síndico Schamseddin, antes de llevar a su hijo al zoco, le hizo entrar en el hammam...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 254ª NOCHE

Ella dijo:

...le hizo entrar en el hammam, y después del baño lo vistió con un traje de raso blanco, el mejor que tenía en el almacén, y le ciñó la frente con un turbante ligero de tela con rayas finas de seda dorada. Después de lo cual, ambos tomaron un bocado y bebieron un vaso de sorbete, y ya refrescados, salieron del hammam. El síndico cabalgó en la mula blanca que sujetaban los esclavos, y puso a la grupa a su hijo Grano-de-Belleza, cuya frescura de tez se había hecho todavía más notable y cuyos brillantes ojos habrían seducido a los mismos ángeles. Después, montados ambos en la mula y seguidos por los esclavos, que llevaban ropón nuevo, emprendieron el camino del zoco.

Al verles, todos los mercaderes del zoco y todos los compradores y vendedores quedaron maravillados, y se decían unos a otros: "¡Ya Alah! ¡Mirad al muchacho!" "Es como la luna en la noche décimo cuarta". Y otros decían: "¿Quién será ese niño delicioso que está detrás del síndico Schamseddin? ¡Nunca le habíamos visto!"

Mientras surgían tales exclamaciones al paso de la mula montada por el síndico y Grano-de-Belleza, acertó a pasar el corredor Sésamo por el zoco, y vio asimismo al muchacho. Y Sésamo, a fuerza de libertinaje y de excesos de opio y haschich, había acabado por perder completamente la memoria, y ni siquiera se acordaba de la curación que había logrado en otro tiempo por medio de la milagrosa mixtura a base de almizcle, copaiba y tantas cosas excelentes.

Y al ver al síndico en compañía de aquel hermoso joven, empezó a sonreírse con socarronería y a gastar bromas picantes acerca de ellos, diciendo a los mercaderes que le oían: "¡Mirad al viejo de barbas blancas! ¡Es lo mismo que el perro! ¡Blanco por fuera y verde por dentro!" E iba de un mercader a otro repitiendo a todos sus chanzas y chistes, hasta que no quedó uno en el zoco que no tuviera la certeza de que el síndico Schamseddin tenía en su tienda a un joven mameluco para su placer.

Cuando estos rumores llegaron a oídos de los notables y de los principales mercaderes, se celebró una reunión de los de más edad y más respetados entre ellos, para juzgar el caso de su síndico. Y en medio de la asamblea peroraba Sésamo y hacía grandes ademanes de indignación, y decía: "¡Ya no queremos tener en adelante a nuestra cabeza, como síndico del zoco, a esa barba viciosa que se roza en secreto con los muchachos! Y desde hoy vamos a abstenernos de ir a recitar antes de abrir las tiendas, según solíamos hacer por las mañanas, los siete versículos sagrados de la Fatiha en presencia del síndico. ¡Y no terminará el día sin que elijamos otro síndico que sea un poco menos aficionado a los muchachos que ese viejo!"

En cuanto al buen Schamseddin, cuando vio que pasaba la hora sin que los mercaderes y corredores fuesen a recitar delante de él los versículos rituales de la Fatiha, no supo a qué atribuir aquel descuido tan grave y tan contrario a la tradición. Y como viese al famoso Sésamo, que le miraba con el rabillo del ojo, le hizo seña de que se acercara para decirle dos palabras. Y Sésamo, que sólo aguardaba aquella seña, se acercó, pero lentamente y tomándose tiempo, arrastrando los pies, y no sin dirigir a derecha e izquierda sonrisas de inteligencia a los tenderos, que no le quitaban ojo, pues la curiosidad les tenía suspensos y hacíales desear la solución de aquel asunto que para ellos era muy capital.

Y Sésamo, al ver que en él convergían todas las miradas y la atención general, llegó contoneándose hasta apoyarse en el mostrador de la tienda; y Schamseddin le preguntó: "Dime, Sésamo, ¿cómo es que los mercaderes, con el jeique a la cabeza, no han venido a recitar delante de mí los versículos del primer capítulo del Korán?" Sésamo contestó: "¡Así de pronto, no lo sé! ¡Hay rumores que corren por el zoco, rumores... ¿Cómo te lo explicaría yo... ? rumores...! ¡De todos modos, lo que sé muy bien es que se ha formado un partido compuesto por los principales jeiques, que ha resuelto destituirte y dar a otro el cargo de síndico!"

Al oír estas palabras, el buen Schamseddin mudó de color, y en tono mesurado y grave, preguntó: "¿Y puedes decirme siquiera en qué se fundamenta esta decisión?" Sésamo le guiñó el ojo, movió las caderas, y contestó: "¡Oh mi anciano jeique, no bromees! ¡Mejor lo sabes tú que nadie! ¡Ese hermoso joven que tienes en la tienda no estará allí para espantar las moscas! De cualquier modo, sabe que yo, a pesar de todo, he sido el único que te defendió en la asamblea, y dije que no eras aficionado a muchachos, cosa que habría sido yo el primero en saber, pues tengo relaciones amistosas con todos los que se dedican con preferencia a ese sexo ácido. Y, además, he añadido que este joven debería ser algún pariente de tu esposa o el hijo de alguno de tus amigos de Tantah, Mansurah o Bagdad, que habría venido a tu casa para negocios. Pero la asamblea entera se ha vuelto contra mí y ha votado tu destitución. ¡Alah es el más grande, oh jeique! Para consolarte te queda ese joven, por el cual, aquí para entre nosotros, te felicito. ¡Verdaderamente es muy hermoso...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 255ª NOCHE

Ella dijo:

"...ese joven, por el cual, aquí para entre nosotros, te felicito. ¡Verdaderamente, es muy hermoso!"

Al oír estas palabras de Sésamo, el síndico Schamseddin ya no pudo reprimir su indignación y exclamó: "¡Oh, tú, el más corrompido de los libertinos! ¿No sabes que es mi hijo? ¿Dónde está tu memoria, comedor de haschich?" Pero Sésamo respondió: "¡A mí no me la das! ¿Es que va haber salido del vientre de su madre ahora y tal como está este muchacho de catorce años?" Schamseddin replicó: "Pero ¡oh Sésamo! ¿ya no te acuerdas de que tú mismo, hace catorce años, me trajiste aquella milagrosa mixtura que espesa los compañones y concentra el jugo? ¡Por Alah! ¡Gracias a ella pude conocer la fecundidad y Alah me ha dotado de un hijo! Y tú nunca volviste a pedirme noticias de aquella curación. En cuanto a mí, por temor al mal de ojo, he criado a este niño en el subterráneo de nuestra casa, y ésta es la primera vez que sale conmigo. Pues aunque mi primera intención era que no saliera hasta que se hubiera podido coger las barbas con las manos, su madre me ha decidido a traerle conmigo para enseñarle el oficio y ponerle al corriente de los negocios en previsión del porvenir”. Después añadió: "¡En cuanto a ti, Sésamo, me alegro de encontrarte al fin y al cabo, para saldar mi deuda! ¡Toma mil dinares por el favor que me hiciste gracias a tu droga admirable!"

Cuando Sésamo oyó estas palabras, ya no dudó de la verdad, y corrió a desengañar a todos los mercaderes, que enseguida se apresuraron a acudir, primero para felicitar a su síndico, y después para disculparse del retraso en la oración de apertura, que inmediatamente recitaron entre sus manos.

Tras de lo cual Sésamo tomó la palabra en nombre de todos, y dijo: "¡Oh nuestro venerable síndico! ¡Conserve Alah para nuestro afecto el tronco y las ramas! ¡Y florezcan las ramas a su vez, y den fruto oloroso y dorado! Pero, ¡oh nuestro síndico! generalmente, hasta los mismos pobres, cuando les nace un hijo, mandan hacer dulces y los reparten entre amigos y vecinos: ¡y nosotros no nos hemos endulzado el paladar con la pasta amasada con manteca y miel, que es tan grato saborear, haciendo votos por la felicidad del recién nacido! ¿Cuándo nos darás un caldero de esa excelente assida?"

El síndico Schamseddin contestó: "¡De todo corazón, pues no deseo otra cosa! ¡No os ofreceré sólo un caldero de assida, sino un gran festín en mi casa de campo a las puertas de El Cairo, en medio de los jardines! ¡Os invito a todos, amigos míos, a ir mañana a mi jardín, que ya conocéis! ¡Y allí, si Alah lo quiere, ganaremos el tiempo perdido!" En cuanto volvió a su casa, el buen síndico dispuso grandes preparativos para la fiesta del día siguiente, y mandó al horno, para que los asaran, carneros cebados durante seis meses con hojas verdes, y carneros enteros con manteca abundante, y bandejas innumerables de pasteles y otras cosas semejantes. Al efecto, utilizó a todas las esclavas de la casa expertas en el arte de la dulcería, y a todos los pasteleros y confiteros de la calle Zeini. Y la verdad es que el banquete, después de tanto trabajo, nada dejaba que desear.

Al día siguiente, muy temprano, Schamseddin se dirigió al jardín con su hijo Grano-de-Belleza y mandó que los esclavos pusieran dos manteles inmensos en dos sitios separados y distante uno de otro. Luego llamó a Grano-de-Belleza, y le dijo: "Hijo mío, he mandado poner, como ves, dos manteles diferentes; uno está reservado a los hombres y el otro para los muchachos de tu edad que vengan con sus padres. Yo recibiré a los hombres con barbas y tú te encargarás de recibir a los jóvenes imberbes". Pero Grano-de-Belleza, sorprendido, preguntó a su padre: "¿Por qué semejante separación y dos servicios diferentes? Eso no suele hacerse más que entre hombres y mujeres. ¿Qué tienen que temer los jóvenes como yo de los hombres barbudos?" El síndico respondió: "Hijo mío, los jóvenes imberbes se encontrarán más libres solos y se divertirán entre sí mejor que encontrándose en presencia de sus padres". Y Grano-de-Belleza, que no era malicioso, se contentó con tal respuesta.

Al llegar los invitados, Schamseddin se dedicó a recibir a las personas mayores, y Grano-de-Belleza a los niños y a los jóvenes. Y se comió y bebió, y se cantó, y hubo la mayor diversión posible; y la alegría y el júbilo brillaron en todas las caras, y se quemaron en los pebeteros incienso y perfumes. Después, terminado el festín, los esclavos repartieron entre los convidados copas llenas de sorbete a la nieve. Y aquel fue para los hombres el momento de departir agradablemente, mientras los muchachos, al otro lado, se entregaban a mil amenos juegos.

Y entre los convidados había cierto mercader que era uno de los mejores parroquianos del síndico; pero también era un famoso pederasta, que no había dejado indemne de sus hazañas a ningún hermoso joven del barrio. Se llamaba Mahmud, pero no se le conocía más que por el sobrenombre de "el-Bilateral".

Cuando Mahmud-el-Bilateral oyó los gritos que daban los muchachos al otro lado...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mariana e interrumpió el relato autorizado por el rey Schahriar.

Y CUANDO LLEGÓ LA 256ª NOCHE

Ella dijo:

Cuando Mahmud-el-Bilateral oyó los gritos que daban los muchachos al otro lado, se alborotó en extremo, y pensó: "¡Seguramente hay algo bueno por allá!" Y aprovechándose del descuido general para levantarse y fingir que iba a satisfacer una necesidad urgente, se deslizó silenciosamente por entre los árboles hasta donde estaban los muchachos, y se quedó en acecho de sus movimientos graciosos y lindas caras. No tardó mucho en notar que el más hermoso indiscutiblemente entre los más hermosos era Grano-de-Belleza. Y empezó a hacer mil proyectos para poderle hablar y llevarle aparte, y pensó: "¡Ya Alah! ¡Con tal de que se separe un poco de sus compañeros!" Y el Destino satisfizo sus deseos sobradamente.

Efectivamente, en un momento dado, excitado Grano-de-Belleza por el juego y coloradas las mejillas por el movimiento, experimentó la necesidad de orinar. Y a fuer de muchacho bien educado, no quiso acurrucarse delante de todo el mundo y se fue hacia los árboles. Enseguida dijo para sí el Bilateral: "Si me acercara a él ahora, seguramente le asustaría. ¡Voy a probar de otro modo!" Y salió de detrás del árbol que le ocultaba y se presentó en el corro de los muchachos, que le conocían, y empezaron a silbarle corriendo por entre sus piernas. Y él, muy contento, les dejaba hacer aquello sonriendo, y después acabó por decirles: "¡Oídme, hijos míos! ¡Prometo daros mañana a cada uno un traje nuevo y dinero para satisfacer todos vuestros caprichos, si lográis despertar en Grano-de-Belleza la afición a los viajes y el deseo de alejarse de El Cairo!" Y los chicos le contestaron: "¡Oh Bilateral, eso es muy fácil!" Entonces los dejó y volvió a sentarse entre los hombres barbudos.

Cuando Grano-de-Belleza acabó de orinar y volvió a su sitio, sus compañeros se guiñaron el ojo mutuamente, y el más elocuente del grupo se dirigió a Grano-de-Belleza y le dijo: "¡Durante tu ausencia hemos estado hablando de las maravillas de los viajes y de los magníficos países lejanos, y de Damasco, y Alepo, y Bagdad! Tú ¡oh Grano de-Belleza! siendo tu padre tan rico, le habrás acompañado muchas veces en sus viajes con las caravanas. ¡Cuéntanos algo de lo mucho maravilloso que hayas visto!"

Pero Grano-de-Belleza contestó: "¿Yo? Pero ¿no sabéis que me han criado en un subterráneo y que hasta ayer no he salido de él? ¿Cómo había de viajar en semejantes condiciones? ¡Y ahora, todo lo más que mi padre me permite es acompañarle desde casa hasta la tienda!"

Entonces el mismo muchacho replicó: "¡Pobre Grano-de-Belleza, te han privado de las alegrías más deliciosas y de los placeres más puros! ¡Si supieras, ¡oh amigo mío! lo maravillosamente que saben los viajes, ya no querrías pasar un momento más en casa de tu padre! ¡Todos los poetas han cantado a porfía las delicias del viajar; oye una muestra o dos de los versos que sobre el particular nos han transmitido:

Viajar, ¿quién dirá tus maravillas? ¡Oh amigos míos, todas las cosas bellas gustan de viajar! ¡Hasta las mismas perlas salen del fondo oscuro del mar y atraviesan las inmensidades para colocarse en la diadema de los reyes y en el cuello de las princesas!

Al oír esta estrofa, Grano-de-Belleza, dijo: "¡Así será! ¡Pero el reposo en casa de uno también tiene sus encantos!" Entonces uno de los muchachos se echó a reír y dijo a sus compañeros: "¡Mirad con lo que sale Grano-de-Belleza! ¡Es como los pescados, que se mueren en cuanto los sacan del agua!" Y otro, más exagerado, dijo: "¡Es que temerá probablemente marchitar las rosas de sus mejillas!" Y un tercero añadió: "¿No veis que es como las mujeres? ¡No pueden dar un paso solas en cuanto salen a la calle!" Y otro, por último, exclamó: "¡Oh, Grano-de-Belleza! ¿no te avergüenzas de no ser hombre?"

Al oír todos aquellos apóstrofes, Grano-de-Belleza quedó tan mortificado que abandonó inmediatamente a sus invitados, y cabalgando en la mula emprendió el camino de la ciudad, y lleno de rabia el corazón y de lágrimas los ojos, llegó junto a su madre, que se asustó al verle en tal estado. Y Grano-de-Belleza le repitió las burlas de que había sido víctima por parte de sus compañeros, y le declaró que quería marcharse al momento a cualquier parte, con tal de partir. Y añadió: "¿Ves este cuchillo? ¡Pues me lo clavaré en el pecho si no me quieres dejar viajar!"

Ante aquella resolución tan inesperada, la pobre mujer no pudo hacer más que devorar sus lágrimas y consentir en aquel proyecto, por lo cual dijo a Grano-de-Belleza: "¡Hijo mío, prometo ayudarte con todas mis fuerzas! Pero como estoy segura anticipadamente de la negativa de tu padre, voy a prepararte un cargamento de mercaderías a mi costa". Y Grano-de-Belleza dijo: "¡Pero hay que hacerlo enseguida, antes de que llegue mi padre!"

Inmediatamente la esposa de Schamseddin mandó a un esclavo abrir uno de los depósitos de mercaderías reservadas, y que los embaladores hicieran los fardos suficientes para cargar diez camellos.

En cuanto al síndico Schamseddin, así que se fueron los convidados buscó en balde por el jardín a su hijo, y acabó por saber que se había anticipado en ir a su casa. Y el síndico, aterrado al pensar que le podía sobrevenir a su hijo una desgracia en el camino, puso la mula a todo galope y llegó sin aliento al patio, en donde se calmó su emoción al enterarse por el portero de la llegada sin novedad de Grano-de-Belleza. Pero fue mayor su sorpresa al ver en el patio fardos y fardos dispuestos a ser cargados y con etiquetas que indicaban en letras gordas sus diferentes destinos: Alepo, Damasco y Bagdad...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 257ª NOCHE

Ella dijo:

...en letras gordas sus diferentes destinos: Alepo, Damasco y Bagdad.

Apresuróse entonces a subir a las habitaciones de su esposa, que le enteró de cuanto acababa de suceder y del grave inconveniente que había en contrariar a Grano-de-Belleza. Y el síndico dijo: "De todos modos, voy a tratar de disuadirle". Y llamó a Grano-de-Belleza y le dijo: "¡Oh hijo mío! ¡Alah te ilumine y te aparte de proyecto tan funesto! ¿No sabes lo que ha dicho nuestro Profeta? (¡sean con Él la oración y la paz!) : "¡Dichoso el hombre que se alimenta con los frutos de su tierra y halla en su mismo país las satisfacciones de su vida!" Y dijeron los antiguos: "¡No emprendáis jamás un viaje aunque sea de una milla!" Por consiguiente, hijo mío, te pido que me digas si después de estas palabras persistes en tu resolución".

Grano-de-Belleza contestó: "Sabe, ¡oh padre mío! que no quiero desobedecerte; pero si te opones a mi viaje negándome lo necesario, me quitaré este traje, me pondré el de los pobres derviches y recorreré a pie todos los países y todas las tierras".

Cuando vio el síndico que su hijo estaba dispuesto a partir a todo trance, renunció a contrariar su proyecto, y le dijo: "Entonces, ¡oh hijo mío! he aquí cuarenta cargas más; y así, con las otras diez que te ha dado tu madre, tendrás para cargar cincuenta camellos. En ellas encontrarás las mercancías adecuadas a las necesidades de cada una de las ciudades en que entres; pues no hay que tratar de vender en Alepo, por ejemplo, los géneros que prefieren los habitantes de Damasco; sería una mala especulación. ¡Parte, pues, hijo mío! y ¡Alah te proteja y te allane el camino! Y adopta precauciones, sobre todo al atravesar por el desierto del León, un sitio que se llama el valle de los Perros, guarida de bandidos salteadores, cuyo jefe es un beduino apellidado el "Rápido" por lo súbito de sus ataques e incursiones".

Y Grano-de-Belleza contestó: "¡Los sucesos buenos o malos vienen de mano de Alah! ¡Y haga yo lo que haga, no me pasará más que lo que se me tenga deparado!"

Como no se podía replicar a tales palabras, el síndico no dijo más; pero su esposa no descansó hasta hacer mil votos, y prometer cien carneros a los santones, y poner a su hijo bajo la santa protección de El-Sayed Abd El-Kader El-Guilani, abogado de los viajeros.

Después de lo cual, el síndico, acompañado de su hijo, a quien costó gran trabajo escaparse de los brazos de su pobre madre, que vertía sobre él todas las lágrimas de su corazón, fue a buscar a la caravana dispuesta ya. Y llamó aparte al anciano mokaddem de los camelleros y muleros, el jeique Kamal, y le dijo: "¡Oh venerable mokaddem, te confío este niño, pupila de mis ojos, y lo pongo bajo el ala de Alah y bajo tu custodia! Y tú, hijo mío -dijo a Grano-de-Belleza-, mira al que ha de hacer las veces de padre en ausencia mía. ¡Obedécele y nunca hagas nada sin consultarle!" Después dio mil dinares de oro a Grano-de-Belleza, y como último encargo le dijo: "¡Te doy estos mil dinares, hijo mío, para que puedas utilizarlos y aguardar con paciencia el momento más ventajoso para la venta de tus mercaderías, pues te guardarás muy bien de venderlas cuando estén en baja; has de aprovechar la ocasión en que los paños y otros géneros estén más en alza para colocarlos en las mejores condiciones!" Después de las despedidas, la caravana se puso en marcha y no tardó en estar fuera de las puertas de El Cairo.

Y ahora vamos con Mahmud-el-Bilateral. Al enterarse de la marcha de Grano-de-Belleza, se preparó también rápidamente, y en pocas horas tuvo a mulos y camellos cargados y ensillados. Y sin perder tiempo se puso en camino y alcanzó a la caravana a pocas millas de El Cairo. Y decía para sí: "¡Ahora, en el desierto, ¡oh Mahmud! nadie irá a denunciarte ni tampoco vendrá a vigilarte nadie! ¡Y sin temor a que te molesten, podrás deleitarte con ese muchacho!"

De modo que, desde la primera etapa, el Bilateral mandó armar sus tiendas al lado de las de Grano-de-Belleza y encargó al cocinero de éste que no se tomara el trabajo de encender lumbre, puesto que él había invitado a Grano-de-Belleza a compartir la comida en su tienda.

Y efectivamente, Grano-de-Belleza fue a la tienda del Bilateral, pero acompañado por el jeique Kamal, mokaddem de los camelleros. Y aquella noche el Bilateral nada sacó en limpio. Y al día siguiente, en la segunda parada, ocurrió lo mismo, y así todos los días, hasta la llegada a Damasco, porque Grano-de-Belleza aceptaba todas las invitaciones, pero iba siempre a la tienda del Bilateral acompañado del mokaddem de los camelleros.

Pero cuando llegaron a Damasco, en donde el Bilateral tenía, lo mismo que en El Cairo, Alepo y Bagdad, casa propia para recibir a los amigos...

En este momento de su narración, Schehrazada, la hija del visir, vio aparecer la mañana, e interrumpió el relato.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 258ª NOCHE

Ella dijo:

...a Damasco, en donde el Bilateral tenía, lo mismo que en El Cairo, Alepo y Bagdad, casa propia para recibir a los amigos, envió un esclavo a Grano-de-Belleza, que se había quedado en la tienda a la entrada de la ciudad, para invitarle, pero a él solo, a que le honrase con su presencia. Y Grano-de-Belleza contestó: "¡Espera que le pregunte, su parecer al jeique Kamal!" Pero el mokaddem de los camelleros frunció el ceño al oír la proposición, y contestó: "¡No, hijo mío, hay que rechazarla!" Y Grano-de-Belleza declinó la invitación.

La estancia en Damasco fue de corta duración, y pronto se pusieron en camino para Alepo; y a la llegada, el Bilateral volvió a invitar a Grano-de-Belleza; pero el jeique Kamal aconsejó la abstención, como en Damasco, y Grano-de-Belleza, sin saber por qué era tan severo el mokaddem, no quiso contrariarle. Y aquella vez también perdió el viaje y el trabajo el Bilateral.

Pero después de salir de Alepo, el Bilateral juró que en la primera ocasión las cosas no pasarían lo mismo. Y a la primera parada en dirección a Bagdad, mandó hacer los preparativos de un banquete sin precedentes, y fue personalmente a invitar a Grano-de-Belleza. Y aquella vez Grano-de-Belleza se vio obligado a aceptar, por no tener motivo fundado para negarse, y empezó por ir a la tienda a vestirse con traje a propósito.

Entonces fue a buscarle el jeique Kamal, y le dijo: "¡Qué imprudente eres! ¡oh Grano-de-Belleza! ¿Por qué has aceptado la invitación de Mahmud? ¿No conoces sus intenciones? ¿No sabes el motivo de que le llamen el Bilateral? De todos modos, debiste preguntar su parecer a un anciano como yo, y del cual han dicho los poetas:

Pregunté al viejo: "¿Por qué andas encorvado?" Me contestó: "¡Perdí mi juventud en la tierra húmeda! Y me he encorvado para buscarla. ¡Y ahora la experiencia que pesa sobre mí es tan amarga, que me impide enderezar la espalda!"

Pero Grano-de-Belleza contestó: "¡Oh venerable mokaddem! ¡Estaría muy mal rechazar la invitación de nuestro amigo Mahmud, al cual no sé por qué llaman el Bilateral! Y además, ignoro lo que pueda perder con acompañarle. ¡No me comerá!" Y el mokaddem replicó con viveza: "¡Pues, sí, por Alah!

¡Te comerá! ¡Ya se ha comido a otros muchos!"

Al oír aquello, Grano-de-Belleza soltó la carcajada y se apresuró a ir a casa de Bilateral, que le aguardaba con impaciencia. Y ambos fueron a la tienda en que estaba preparado el festín.

Y en realidad, el Bilateral no había escatimado nada para recibir como merecía al maravilloso joven, y todo aparecía dispuesto para encantar las miradas y halagar los sentidos. De modo que la comida fue alegre y estuvo llena de animación; y ambos comieron con gran apetito, y bebieron en la misma copa hasta saciarse. Y cuando el vino fermentó en las cabezas y los esclavos se retiraron discretamente, el Bilateral, ebrio de vino y de pasión, se inclinó hacia Grano-de-Belleza, y cogiéndole las mejillas con las dos manos quiso besarlas. Pero Grano-de-Belleza, muy turbado, levantó instintivamente la mano, y el beso del Bilateral no encontró más que la palma del adolescente.

Entonces Mahmud le echó un brazo alrededor del cuello y con el otro le rodeó la cintura, y como Grano-de-Belleza le preguntara: "Pero ¿qué quieres hacer conmigo?" Le contestó: "Sencillamente, tratar de explicarte estos versos del poeta para ponerlos en práctica:

¡Oh mis estremecimientos cuando las miradas de sus ojos me sacuden el alma! ¡Oh delicias del primer deseo que hincha sus compañones infantiles!

Mira, ¡oh ojos míos! ¡Toma lo que puedas tomar, levanta lo que puedas levantar, coge un puñado, o dos, o tres, y hazlo entrar un palmo o más! ¡Pero sin que te haga daño! ¡Hay que obrar con prudencia!

Después de haber dicho a su modo estos versos, Mahmud se dispuso a explicárselos prácticamente. Pero el joven Grano-de-Belleza, sin darse cuenta exacta de la situación, se sentía molesto con aquellos ademanes y movimientos, y quiso marcharse. Y el Bilateral le sujetó y acabó por hacerle entender de qué se trataba.

Cuando Grano-de-Belleza se enteró bien de las intenciones del Bilateral y comprendió su petición...

En este momento de su narración, Schehrazada, vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 259ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando Grano-de-Belleza se enteró bien de las intenciones del Bilateral y comprendió su petición, levantóse inmediatamente y le dijo: `¡No, por Alah! ¡No vendo esa mercancía! ¡De todos modos, para que te consueles, te diré que si a los demás se la vendiese por dinero, a ti te la daría de balde!"

Y a pesar de las súplicas del Bilateral, Grano de-Belleza no quiso permanecer un momento más en la tienda; salió de ella bruscamente, y volvió enseguida al campamento, donde, harto inquieto, aguardaba su regreso el mokaddem.

Y cuando Kamal vio entrar a Grano-de-Belleza con aquel aspecto extraño, le preguntó: "¡Por Alah! ¿qué ha pasado?" El otro respondió: "¡Pues absolutamente nada! ¡Pero tenemos que levantar el campamento enseguida e irnos a Bagdad, porque en lo sucesivo no quiero viajar con el Bilateral!; tiene pretensiones exageradas y muy molestas!"

El jeique de los camelleros dijo: "¿No te lo había dicho ya, hijo mío? Pero he de advertirte que sería muy peligroso viajar solos. Más vale seguir en una sola caravana, como estamos ahora, para poder resistir los ataques de los bandoleros beduinos que infestan estas tierras". Pero Grano-de-Belleza no quiso hacer caso, y dio la orden de marcha.

Por consiguiente, la pequeña caravana se puso en camino sola y no dejó de viajar del mismo modo, hasta que un día, a la puesta del sol, llegó a pocas millas de las puertas de Bagdad.

El mokaddem de los camelleros fue a buscar entonces a Grano-de. Belleza y le dijo: "Mejor será hijo mío, seguir hasta Bagdad esta misma noche, sin detenernos a acampar aquí. ¡Porque el lugar en que estamos es el más peligroso de todo el viaje! ¡Es el valle de los Perros! ¡Hay gran riesgo de que nos ataquen si permanecemos aquí durante la noche! ¡Apresurémonos, pues, a llegar a Bagdad antes de que cierren las puertas! ¡Porque has de saber, hijo mío, que el califa manda cerrar todas las noches las puertas de la ciudad con el fin de impedir que las hordas fanáticas entren a escondidas y se apoderen de los libros de la ciencia y de los manuscritos literarios encerrados en las salas de las escuelas, arrojándolos luego al Tigris!".

Grano-de-Belleza, a quien no complacía la proposición, contestó: "¡No, por Alah! ¡No quiero entrar de noche en la ciudad, porque deseo gozar del espectáculo de Bagdad al salir el sol! ¡Pasemos, pues, la noche aquí, ya que no tengo prisa ni viajo para negociar, sino por recreo, y para ver lo que no conozco!" Y el anciano mokaddem tuvo que inclinarse, aunque deplorando la peligrosa terquedad del hijo de Schamseddin.

En cuanto a Grano-de-Belleza, tomó un bocado, y después, cuando los esclavos fueron a acostarse, salió de la tienda, apartóse un poco por el valle, y fue a sentarse junto a un árbol a la luz de la luna. Y se acordó de las lecturas de sus maestros en el subterráneo, e inspirado por lugar tan propicio a la meditación empezó este canto del poeta:

¡Reina del Irak, deliciosamente bella! ¡Oh Bagdad, ciudad de los califas y poetas! ¡Cuánto tiempo, ¡oh maravilla! soñé contigo!

Pero súbitamente, antes de terminar la primera estrofa, oyó a su izquierda un clamor espantable, y galopar de caballos, y exclamaciones de cien bocas a un tiempo, y al volverse vio invadido el campamento por un numeroso tropel de beduinos que surgían por todas partes como si salieran de debajo de la tierra.

Aquel espectáculo tan nuevo para él le dejó clavado en el suelo, y así pudo ver la matanza general de la caravana, que había querido defenderse, y el saqueo de todo el campamento. Y cuando los beduinos comprobaron que nadie quedaba en pie, se apoderaron de camellos y mulos, y en un momento desaparecieron por donde habían venido. Al disiparse un tanto la estupefacción que le había dominado, Grano-de-Belleza bajó hacia el sitio en que se encontraba su campamento y pudo ver asesinada a toda su gente. Y ni el jeique Kamal, mokaddem de los camelleros, a pesar de su edad respetable, había sido tratado mejor que los demás, y yacía muerto, atravesado el pecho por numerosas lanzadas. Así es que Grano-de-Belleza no supo soportar la vista de espectáculo tan aterrador, y emprendió la fuga, sin atreverse a mirar hacia atrás.

De tal modo corriendo toda la noche, y para no excitar la codicia de algún otro bandido, se despojó completamente de su rico traje, que arrojó a lo lejos y no se quedó más que con la camisa. Y así, medio desnudo, entró en Bagdad al amanecer. Entonces, rendido de cansancio y sin poder tenerse en pie, se paró delante de la primera fuente pública que se le presentó a la entrada de la población. Se lavó las manos, la cara y los pies; subió a la plataforma que coronaba la fuente, se tendió en ella a lo largo, y no tardó en dormirse.

En cuanto a Mahmud-el-Bilateral, también se había puesto en camino, pero había tomado un atajo por otra parte, y pudo evitar el encuentro con los bandidos; y además, llegó a las puertas de Bagdad precisamente cuando Grano-de-Belleza las atravesaba y se dormía en la fuente.

Al pasar por cerca de aquella fuente, el Bilateral se acercó al abrevadero de piedra lleno de agua para los animales, y quiso que bebiera en él su caballo sediento. Pero el animal vio la sombra que proyectaba el adolescente dormido, y retrocedió resollando. Entonces el Bilateral levantó los ojos hacia la plataforma, y le faltó poco para caerse del caballo al reconocer a Grano-de-Belleza en aquel joven medio desnudo que en la piedra dormía...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como discreta, se calló.

Y CUANDO LLEGÓ LA 260ª NOCHE

Ella dijo:

...al reconocer a Grano-de-Belleza en aquel joven medio desnudo que en la piedra dormía.

Enseguida se apeó del caballo, se encaramó a la plataforma, y quedó inmóvil de admiración ante Grano-de-Belleza tendido, cuya cabeza reposaba sobre un brazo, en la languidez del sueño. Y por primera vez le fue dable al fin contemplar sin velos las perfecciones de aquel cuerpo juvenil y cristalino, en que los lunares oscuros resaltaban de tan hermosa manera sobre la blancura de lo demás. Y no se le alcanzaba por qué casualidad encontraba en su camino, y dormido en aquella fuente, a aquel ángel, por amor al cual había él emprendido su viaje. Y no llegaba a separar sus miradas del lunarcillo, redondo como un grano de almizcle, que adornaba la nalga izquierda del muchacho, descubierta en aquel momento. Y sin saber qué resolución tomar, decía para sí: "¿Qué será mejor? ¿Despertarle? ¿Llevármelo en mi caballo como está y huir con él al desierto? ¿Aguardar que se despierte, hablarle, enternecerle y decirle que me acompañe a mi casa de Bagdad?"

Acabó por tomar esta última determinación, y sentándose a los pies del joven en el reborde de la fuente, aguardó a que se despertase, bañándose los ojos en toda la limpidez sonrosada que el sol ponía en aquel cuerpo infantil.

Harto ya de dormir, Grano-de-Belleza, estiró las piernas y abrió os ojos, y en el mismo instante Mahmud le cogió la mano, y con voz muy suave le dijo: "¡No tengas miedo niño; estás bien seguro a mi lado! ¡Pero apresúrate, por favor, a explicarme la causa de todo esto!"

Entonces Grano-de-Belleza se incorporó, y aunque un tanto molesto por la presencia de su admirador, le contó la aventura con todos sus pormenores. Y Mahmud le dijo: "¡Loor a Alah, mi joven amigo, que te ha arrebatado la fortuna, pero te ha conservado la vida! Porque dice el poeta:

¡Cuando la cabeza se salva, la fortuna perdida sólo es una recortadura de uña sacada sin hacer daño!

"Además, ni siquiera la fortuna se ha perdido, pues cuanto poseo te pertenece. ¡Ven conmigo a casa a bañarte y vestirte, y desde este momento puedes considerar todos los bienes de Mahmud como tuyos propios, y la vida de Mahmud está a tu disposición!" Y siguió hablando tan paternalmente a Grano-de-Belleza, que le decidió a acompañarle. Bajó primeramente, y le ayudó enseguida a ponerse detrás de él en el caballo, y encaminóse hacia su casa estremeciéndose de placer al contacto del cuerpo caliente y desnudo del muchacho que se cogía a Mahmud para sujetarse.

Su primera diligencia fue llevar a Grano-de-Belleza al hammam y bañarlo así, sin auxilio de masajistas ni ningún otro criado, y después de haberlo vestido con un traje de gran valor lo llevó a la sala en que solía recibir a sus amigos.

Era un salón de frescura y sombra deliciosa, alumbrado únicamente por los hermosos reflejos de esmaltes y porcelanas y por el centelleo que desde arriba caía de las estrellas. Un olor a incienso arrebataba y transportaba el alma hacia soñados jardines de alcanfor y cinamomo.

En el centro cantaba el surtidor de una fuente. Perfecto y seguro era allí el reposo, y podía llegarse hasta el éxtasis.

Sentáronse ambos en la alfombra, y Mahmud brindó a Grano-de-Belleza un almohadón para apoyar los brazos. Comieron los manjares que en bandejas se les sirvieron, y bebieron los vinos selectos que encerraban los frascos. En aquel momento, el Bilateral, que hasta entonces no se había mostrado muy atrevido, no pudo contenerse más, y estalló recitando esta estrofa del poeta:

¡Deseo! ¡Ni las caricias delicadas de los ojos ni el beso de los labios puros pueden apaciguarte! ¡Oh deseo mío! ¡Sientes gravitar sobre ti el peso de una pasión que no ha de calmarse hasta que brote!

Pero Grano-de-Belleza, que acostumbrado ya a los versos del Bilateral advertía con facilidad su sentido, a veces oscuro, se levantó inmediatamente y dijo a su huésped: "En verdad que no comprendo tu insistencia sobre lo mismo. No puedo hacer más que repetirte lo que ya te dije. El día en que venda a otros esa mercancía por dinero, a ti te la daré de balde". Y sin querer atender a otras explicaciones del Bilateral, le dejó bruscamente y se fue.

Al verse fuera, empezó a vagar por la ciudad. Pero ya había oscurecido, y como siendo forastero en Bagdad no sabía adónde dirigirse, resolvió pasar la noche en una mezquita que vio en el camino. Entró, pues, en el patio, y al ir a quitarse las sandalias para penetrar en el interior de la mezquita, vio que se le acercaban dos hombres precedidos por sus esclavos, que iban con linternas encendidas. Se apartó para dejarles pasar; pero el más viejo de los dos se paró delante de él, y después de mirarle con mucha atención, le dijo: "¡La paz contigo!" Y Grano-de-Belleza le devolvió el saludo.

El otro añadió: "¿Eres forastero, hijo mío?" El joven contestó: "Soy de El Cairo. Mi padre es Schamseddin, síndico de los mercaderes".

Al oír estas palabras, el anciano se volvió hacia su compañero y le dijo: "¡Alah nos favorece más de lo que deseábamos! ¡No esperábamos encontrar tan pronto al forastero que buscábamos y ha de sacarnos del apuro...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 261ª NOCHE

Ella dijo:

"...al forastero que buscábamos y ha de sacarnos del apuro!" Luego llamó aparte a Grano-de-Belleza, y le dijo: "¡Bendito sea Alah, que te ha colocado en nuestro camino! Vamos a pedirte un favor que retribuiremos liberalmente dándote cinco mil dinares, efectos por valor de mil dinares y un caballo de mil dinares. ¡Verás!

"No ignoras, hijo mío, que, según nuestra ley, cuando un musulmán ha repudiado por primera vez a su esposa, puede recobrarla sin formalidades a los tres meses y diez días; y si se divorcia por segunda vez, también puede recuperarla después del plazo legal; pero si la repudia por tercera vez, o si, aun no habiéndola repudiado nunca le dice sencillamente: "¡Quedas repudiada por tres veces!" o "¡Ya no eres nada para mí, lo juro por el tercer divorcio!", en ese caso, si el esposo quiere volver otra vez con su esposa, la ley determina que otro empiece por casarse legalmente con la mujer repudiada, y a su vez la repudie después de haberse acostado con ella aunque sólo sea una noche. Y entonces es cuando el primer esposo la puede recobrar como mujer legítima.

"Pues ése es el caso del joven que está conmigo. El otro día se dejó llevar de un acceso de mal humor y le gritó a su esposa, que es hija mía: "¡Sal de mi casa! ¡Ya no te conozco! ¡Te repudio por tres veces!" Y enseguida mi hija, que es su esposa, se echó el velo por la cara delante de su esposo, que era ya un extraño para ella, recogió su dote y volvió el mismo día a mi casa. Pero ahora su marido, que es éste, desea ardientemente recobrarla Ha venido a besarme las manos y a rogarme que le reconciliara con su esposa. Y yo he accedido a ella. Y enseguida hemos salido en busca del hombre que le ha de servir de sucesor momentáneo una noche. Y a la sazón te hemos encontrado, hijo mío. Como eres forastero, las cosas se harán en secreto, sólo en presencia del kadí, y no trascenderá nada al exterior".

El estado de indigencia en que se encontraba Grano-de-Belleza le hizo aceptar de buena gana la proposición, y dijo para sí: "Voy a cobrar cinco mil dinares, y tomar efectos por valor de mil dinares, y un caballo de mil dinares, y además voy a fornicar toda la noche. ¡Por Alah! ¡Acepto!" Y dijo a los dos hombres, que aguardaban con ansiedad la respuesta: "¡Por Alah! ¡Acepto el cargo de Desligador!"

Entonces el esposo de la repudiada, que todavía no había hablado, se volvió hacia Grano-de-Belleza y le dijo: "Nos sacas de un gran apuro, porque he de manifestarte que amo a mi esposa extremadamente. Pero temo que mañana por la mañana sea muy de tu gusto mi esposa, no quieras repudiarla y te niegues a devolvérmela. La ley, en ese caso, te favorece. Por lo tanto, ahora, delante del kadí, te comprometerás a entregarme diez mil dinares de indemnización si por desgracia no quisieras consentir en divorciarte al día siguiente" Y Grano-de-Belleza aceptó la condición, por estar resuelto a no dormir más que una noche con la mujer consabida.

Fueron pues, los tres a casa del kadí, y ante él formalizaron el contrato en las condiciones legales. Y el kadí se entusiasmó al ver a Grano-de-Belleza y le amó mucho. Y ya volveremos a encontrarle en el curso de esta historia.

Y hecho el contrato salieron de la oficina del kadí, y el padre de la divorciada se llevó a Grano-de-Belleza y le hizo entrar en su casa. Le rogó que esperara en el vestíbulo, y enseguida fue a avisar a su hija, diciéndole: "Querida hija, he encontrado un muchacho muy bien formado, y que, a mi parecer, te ha de gustar. Te lo recomiendo con todo el encarecimiento de la recomendación. Pasa con él una noche encantadora y no te prives de nada. ¡No todas las noches se puede tener en brazos un mozo tan maravilloso!" Y habiendo aconsejado a su hija de tal modo, el buen padre se fue muy contento a buscar a Grano-de-Belleza para decirle lo mismo. Y le rogó que aguardara un poco a que su nueva esposa se preparase a recibirle.

En cuanto al primer esposo, fue a buscar inmediatamente a una vieja muy taimada que le había criado, y le dijo: "Te ruego, buena madre, que imagines algún recurso para evitar que el Desligador que hemos encontrado se acerque esta noche a mi mujer divorciada". Y la vieja contestó: "¡Por tu vida! ¡Nada hay más fácil!" Y se envolvió en su velo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 262ª NOCHE

Ella dijo:

...Y se envolvió en su velo y fue a casa de la divorciada, en donde vio a Grano-de-Belleza en el vestíbulo. Le saludó, y le dijo: "Vengo a buscar a la joven divorciada, para untarle el cuerpo con pomadas, Si como hago todos los días, a fin de curarle la lepra que la ha atacado. ¡Pobre mujer!"

Y Grano-de-Belleza exclamó: "¡Alah me libre! ¡Cómo, buena mujer! ¿Esa joven está enferma de lepra? ¡Y yo que tenía que acostarme con ella esta noche! Porque soy el Desligador elegido por su anterior esposo". Y la vieja contestó: "¡Oh hijo mío, preserve Alah tu hermosa juventud! ¡Créeme! ¡Harás bien en abstenerte de copular!" Y le dejó confuso, y entró a ver a la divorciada, a la cual convenció de lo mismo respecto al joven que había de servir de Desligador. Y le aconsejó la abstinencia para evitar el contagio. Y después se marchó.

En cuanto a Grano-de-Belleza, siguió esperando una seña de la joven para entrar en su aposento. Pero aguardó mucho tiempo sin que se presentase más que un esclavo con una fuente de comida. Comió y bebió, y luego, para matar el tiempo, recitó una sura del Korán, y después empezó a tararear algunas estrofas con voz más suave que la del joven David en presencia de Saúl.

Cuando la joven oyó desde dentro aquella voz, pensó: "¿Cómo habrá mentido esa malhadada vieja? ¿Puede un leproso tener voz tan hermosa? ¡Por Alah! Voy a llamarle y a enterarme por mí misma si la vieja ha mentido. Pero antes voy a contestarle". Y cogió un laúd indio, que templó sabiamente, y con voz capaz de parar el vuelo de las aves en el fondo del cielo, cantó:

¡Amo a un gamo joven de dulces ojos lánguidos! ¡Es tan esbelta su cintura, que las ramas flexibles aprenden a ondular viéndole balancearse!

Cuando Grano-de-Belleza oyó las primeras notas de aquel canto, dejó de tararear y escuchó con entusiástica atención. Y dijo para sí: "¿Qué me decía la vieja vendedora de pomadas? ¡Por Alah! ¡Ha debido mentir! ¡Tan bella voz no puede ser de una leprosa!" Y enseguida, tomando el tono de las últimas notas que acababa de oír cantó con voz capaz de hacer bailar a los peñascos:

¡Mi saludo va hacia la fina gacela que se oculta del cazador, y lleva mi tributo a las rosas dispersas por el vergel de sus mejillas!

Y dijo aquello con tal acento, que la joven, seducida por la emoción, corrió a descorrer las cortinas que la separaban del mancebo, y se ofreció a su vista como la luna que súbitamente se desprende de una nube; le hizo seña de que entrara enseguida, y le precedió moviendo las caderas de tal modo, que habría puesto en pie a un anciano impedido. Y Grano-de-Belleza se asombró de su hermosura, de su lozanía y de su juventud. Pero no se atrevía a acercarse a ella, asediado por el temor del posible contagio.

Mas de pronto la joven, sin decir palabra, en un momento se quitó la camisa y el calzón, que tiró a lo lejos, y se le apareció completamente desnuda, tan limpia como la plata virgen, y tan firme y esbelta como el tronco de una palmera tierna.

A su vista, Grano-de-Belleza notó que se le movía la herencia de su venerable padre, el niño encantador que llevaba entre los muslos. Y como percibía distintamente su apremiante llamamiento, quiso entregarlo, para que se tranquilizase, a la joven, que debía de saber en dónde colocarlo. Pero ella le dijo: "¡No te acerques! ¡Temo que me pegues la lepra que tienes en el cuerpo!"

Al oír estas palabras, Grano-de-Belleza, sin contestar, se quitó toda la ropa, y después la

camisa y los calzones, que tiró lejos, y apareció en perfecta desnudez, tan límpido como el agua de sierra y tan intacto como el ojo de un niño.

Entonces la joven ya no dudó de que la vieja alcahueta había empleado una estratagema, a instigación de su primer esposo, y deslumbrada por los hechizos del joven, corrió a él, le envolvió en sus brazos, y le arrastró a la cama, en la cual cayeron juntos. Y jadeante de deseo, le dijo: "¡Prueba tus fuerzas, ¡oh jeique Zacarías! padre potente de nervios gordos!"

Ante aquel llamamiento tan formal, Grano-de-Belleza cogió por las caderas a la joven, y asestó el robusto y dulce nervio en dirección a la puerta de los triunfos y empujándolo hacia el corredor de cristal, lo hizo llegar rápidamente a la puerta de las victorias. Después lo desvió del camino real, y lo impulsó con brío por el atajo hacia la puerta del montador; pero como el nervio vacilaba ante lo angosto de aquella puerta amurallada, forzó el paso desfondando la tapa del tarro, y se encontró entonces en su casa, como si el arquitecto hubiera tomado las medidas por ambos lados a la vez. Luego siguió su excursión, visitando lentamente el zoco del lunes, el mercado del martes, el bazar del miércoles, y los puestos del jueves. Y habiendo desatado así todo que tenía que desatar, descansó, como buen musulmán, a la entrada del viernes.

Y tal fue el viaje de prueba de Grano-de-Belleza y de su niño por el jardín de la muchacha...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 263ª NOCHE

Ella dijo:

...Y tal fue el viaje de prueba de Grano-de-Belleza y de su niño por el jardín de la muchacha.

Tras de lo cual, Grano-de-Belleza, con su niño aletargado de felicidad, se enlazó tiernamente a la joven de los arriates devastados, y los tres se durmieron hasta por la mañana.

Despertado ya, Grano-de-Belleza preguntó a su esposa transitoria: "¿Cómo te llamas, corazón mío?" Ella contestó: "Zobeida". Y él le dijo: "¡Pues bien, Zobeida, me duele mucho el verme obligado a dejarte!" Y ella le preguntó, conmovida: "¿Y por qué me has de dejar?" Le contestó: "¡Ya sabes que no soy más que Desligador!" Ella exclamó: "¡No por Alah! ¡Se me había olvidado! ¡Y en mi dicha me figuraba que eras un regalo maravilloso que me hacía mi buen padre para reemplazar al otro!" Y él le dijo: "¡Pues sí, encantadora Zobeida, soy un Desligador elegido por tu padre y tu primer esposo! Y previendo una mala voluntad por mi parte, ambos han cuidado de hacerme firmar un contrato ante el kadí, que me obliga a pagarles diez mil dinares si esta mañana no te repudio. ¡Y no sé cómo voy a pagarles esa cantidad fabulosa, no teniendo ni un dracma en el bolsillo! Mejor será, pues, que me marche si no quiero ir a la cárcel, puesto que soy insolvente".

Al oír tales palabras, la joven Zobeida reflexionó un instante, y después, besando los ojos al joven, le preguntó: "¿Cómo te llamas, ojos míos?" Él contestó: "Grano-de-Belleza".

Ella exclamó: "¡Ya Alah! ¡Nunca ha habido nombre mejor puesto! Pues bien, querido mío, ¡oh Grano-de-Belleza! como prefiero a todo el azúcar cande ese delicioso nervio blanco y sabroso con que has endulzado mi jardín durante toda la noche, te juro que encontraremos un recurso para no separarnos jamás, pues prefiero morir a pertenecer a otro después de haberte probado". Él le preguntó: "¿Y cómo haremos?" Ella dijo: "Es muy sencillo. Verás. Pronto vendrá mi padre a buscarte y te llevará a casa del kadí para cumplir las estipulaciones del contrato. Entonces te aproximarás gentilmente al kadí y, le dirás: "¡no quiero divorciarme!" Y te preguntará

"¡Cómo! ¿Rechazas los cinco mil dinares que van a darte, y los efectos por valor de mil dinares y el caballo de mil dinares, por seguir con una mujer?" Tú contestarás: "¡Entiendo que cada cabello de esa mujer vale diez mil dinares! Por eso conservo a la propietaria de ten preciada cabellera". Entonces el kadí te dirá: "¡Estás en tu derecho! Pero vas a pagar al primer esposo, en compensación, la cantidad de diez mil dinares".

"¡Ahora, querido mío, escucha bien lo que voy a decirte!"

"El anciano kadí, por lo demás hombre excelente, gusta con delirio de los muchachos. ¡Y estoy segura de que le has causado ya una gran impresión!"

Grano-de-Belleza exclamó: "¿De modo que crees que también el kadí es bilateral?" Zobeida se echó a reír y dijo: "¡Cierto que sí! ¿Por qué te asombra tanto eso?"

Y él dijo: "Está escrito que toda su vida Grano-de-Belleza ha de ir de un bilateral a otro. ¡Pero, ¡oh sutil Zobeida! te ruego que sigas desarrollando tu plan! Decías que el anciano kadí, por lo demás hombre excelente, gusta con delirio de los muchachos. ¡No me irás a aconsejar que le venda mi mercancía!" Ella dijo: "¡No! Ya verás".

Y prosiguió: "Cuando el kadí te haya dicho: "¡Hay que pagar los diez mil dinares!", le mirarás así, de cierta manera, y moverás las caderas gentilmente, no de un modo excesivo, pero sí de manera que le liquides de emoción en la alfombra. Y sin duda te dará un plazo para saldar la deuda. ¡Y de aquí a entonces, Alah proveerá!"

Oídas estas palabras, Grano-de-Belleza reflexionó un instante, y dijo: "¡Lo intentaré!"

En aquel mismo momento una esclava, desde detrás del tapiz, alzó la voz y dijo: "¡Ama Zobeida, ahí está tu padre aguardando a mi amo!

Entonces Grano-de-Belleza se levantó, se vistió a escape y fue a buscar al padre de Zobeida. Y ambos, después de habérseles unido en la calle el primer marido, fueron a la oficina del kadí.

Y las previsiones de Zobeida se realizaron al pie de la letra. Pero también hay que decir que Grano-de-Belleza cuidó de seguir escrupulosamente las preciosas indicaciones que ella le había dado.

Y el kadí, absolutamente aniquilado por las miradas al soslayo que le dirigía Grano-de-Belleza, no sólo concedió el aplazamiento de tres días que reclamaba modestamente el joven, sino que terminó su sentencia en esta forma: "Nuestras leyes religiosas y nuestra jurisprudencia no pueden hacer obligatorio el divorcio. Y nuestros cuatro ritos ortodoxos están completamente de acuerdo en este punto. Por otra parte, el Desligador, convertido en marido de derecho, se aprovecha de un aplazamiento, dada su condición de forastero. Le otorgamos, pues, diez días para saldar la deuda".

Entonces Grano-de-Belleza besó respetuosamente la mano del kadí, que decía para sí: "¡Por Alah! ¡Este hermoso adolescente bien vale diez mil dinares! ¡Yo mismo se los anticiparía de buena gana! “Después Grano-de-Belleza se despidió afablemente y corrió a buscar a su esposa, la sagaz Zobeida...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 264ª NOCHE

Ella dijo:

...afablemente y corrió a buscar a su esposa, la sagaz Zobeida. Y Zobeida, iluminado el rostro por el júbilo, recibió a Grano-de-Belleza felicitándole por el resultado obtenido, y le dio cien dinares para que preparase para ambos un banquete que durase toda la noche. Y Grano-de-Belleza, con el dinero de su mujer, mandó preparar enseguida el festín consabido. Y ambos se pusieron a comer y beber hasta saciarse. Y entonces, alegres hasta el límite de la alegría, copularon de una manera prolongada. Y después, para descansar, fueron a la sala de recepciones, encendieron las luces y organizaron entre los dos un concierto capaz de hacer bailar a las rocas y suspender el vuelo de los pájaros en el fondo del cielo.

No es de extrañar, por lo tanto, que de improviso se oyeran golpes dados en la puerta exterior de la casa. Y Zobeida, que fue la primera en oírlos, dijo a Grano-de-Belleza: "Ve a ver quién llama a la puerta". Y Grano-de-Belleza fue enseguida a abrir.

Ahora bien; aquella noche, el califa Harún Al-Raschid, sintiendo oprimido el pecho, había dicho a su visir Giafar, a su portaalfanje Massrur y a su poeta favorito el delicioso Abu-Nowas: "Me siento con el pecho algo oprimido. ¡Vamos a pasearnos un poco por las calles de Bagdad, a ver si se nos dilatan los humores!" Y los cuatro se habían disfrazado de derviches persas y se habían puesto a recorrer las calles de Bagdad, esperando dar con alguna entretenida aventura. Y así habían llegado delante de la casa de Zobeida, y al oír cantar y tañer instrumentos, habían llamado a la puerta, según costumbre de los derviches.

Cuando les vio Granó-de-Belleza, como no ignoraba los deberes de la hospitalidad, y además estaba en excelentes disposiciones, les recibió cordialmente, les introdujo en el vestíbulo y les dio de comer. Pero ellos rechazaron el alimento, diciendo: "¡Por Alah! ¡Los espíritus delicados no necesitan mucho alimento para regocijar los sentidos! Se contentan con la armonía. Y precisamente estamos viendo que los acordes que oíamos desde fuera se han callado al entrar nosotros. ¿Será una cantora de profesión la que cantaba tan maravillosamente?"

Grano-de-Belleza contestó: "¡No, señores, era mi propia mujer!" Y les contó su historia, desde el principio hasta el fin, sin omitir un detalle.

Entonces, el jefe de los derviches, que era el mismo califa, dijo a Grano-de-Belleza, que le parecía todo lo delicioso posible y por el cual sintió súbito afecto: "Hijo mío, puedes tranquilizarte respecto a los diez mil dinares que debes al ex marido de tu esposa. Soy el jefe de la tekké de los derviches de Bagdad, que cuenta con cuarenta miembros, y gracias a Alah estamos acomodados; diez mil dinares no constituyen para nosotros ningún sacrificio. Te prometo que los tendrás antes de diez días. Pero ve a rogar a tu esposa que cante algo desde detrás del tapiz para exaltarnos el alma. Porque la música, hijo mío, le sirve a unos de comida, a otros de remedio y a otros de abanico; pero para nosotros es las tres cosas a un tiempo".

Grano-de-Belleza no se hizo rogar más, y su esposa Zobeida se avino a cantar para los derviches; de modo que el júbilo de éstos fue extremado, y pasaron una noche deliciosa, ya escuchando el canto y contestando: "¡Ah! ¡Ah!" con toda su alma, ya conversando agradablemente, ya oyendo las chistosas improvisaciones del poeta Abu-Nowas, a quien la belleza del muchacho hacía delirar hasta el límite del delirio.

Al amanecer se levantaron los falsos derviches, y el califa, antes de irse, colocó debajo del almohadón en que estaba apoyado un bolsillo con cien dinares de oro, para empezar, y que eran los únicos que en aquel momento llevaba encima. Después se despidieron del joven huésped, dándole las gracias por boca de Abu-Nowas, que le improvisó versos exquisitos y se prometió por dentro no perderle de vista.

Hacia el mediodía, Grano-de-Belleza, a quien Zobeida había entregado los cien dinares de oro encontrados debajo del almohadón, quiso salir para ir al zoco a hacer unas compras, cuando al abrir la puerta vio parados delante de la casa cincuenta mulos pesadamente cargados de fardos de telas, y en una mula ricamente enjaezada, a un joven esclavo abisinio, de facciones encantadoras y cuerpo moreno, que llevaba en la mano una misiva enrollada.

Al ver a Grano-de-Belleza, el gentil esclavillo se apeó rápidamente, besó la tierra delante del joven, y entregándole la misiva, le dijo: "¡Oh mi señor Grano-de-Belleza! Acabo de llegar ahora mismo de El Cairo, enviado a ti por tu padre, mi amo Schamseddin, síndico de los mercaderes de la ciudad. Te traigo cincuenta mil dinares en mercaderías de valor y un paquete que encierra un regalo de tu padre dedicado a tu esposa Sett

Zobeida, y compuesto de una jarra de oro enriquecida con pedrería y una jofaina de oro cincelado...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 265ª NOCHE

Ella dijo:

"...y compuesto de una jarra de oro enriquecida con pedrería y una jofaina de oro cincelado".

Grano-de-Belleza quedó tan sorprendido y contento a la vez con aquel suceso milagroso, que no pensó en un principio más que en enterarse del contenido de la carta. La abrió, y leyó lo que sigue:

"Después de los deseos más completos de dicha y salud de parte de Schamseddin a su hijo Alaeddin Grano-de-Belleza:

"Sabe, ¡oh hijo amado! que el rumor del desastre sufrido por tu caravana y la pérdida de tus bienes ha llegado hasta mi. Enseguida te he mandado preparar una nueva caravana de cincuenta mulos cargados de mercaderías por valor de cincuenta mil dinares de oro. Además, tu madre te envía un traje precioso que ha bordado ella misma, y como regalo para tu esposa un jarro y una jofaina, que nos atrevemos a esperar que le gusten.

"Efectivamente, supimos con cierto asombro que has servido de Desligador en un divorcio ligado

por la fórmula de la Repudiación por Tres. Pero ya que la mujer resulta a gusto tuyo después de la prueba, has hecho bien en conservarla. Y así, las mercancías que te enviamos bajo la custodia del pequeño abisinio Salim servirán muy holgadamente para pagar los diez mil dinares que debes como indemnización al primer marido.

"Tu madre y todos los nuestros están contentos y sanos, esperando tu próxima vuelta, y te envían sus zalemas afectuosas y la mayor expresión de ternura."

"¡Vive dichoso largo tiempo!"

Esta carta y la llegada inesperada de aquellas riquezas alborotaron de tal modo a Grano-de-Belleza, que no pensó ni por un instante en lo inverosímil del suceso. Subió a las habitaciones de su esposa y la enteró de lo ocurrido.

Aun no había terminado sus explicaciones, cuando llamaron a la puerta, y el padre de Zobeida y el primer marido entraron en el vestíbulo. Iban a tratar de convencer a Grano-de-Belleza de que se divorciara amistosamente.

Y el padre de Zobeida dijo a Grano-de-Belleza: "¡Hijo mío, ten piedad de mi primer yerno, que quiere mucho a su ex esposa! Alah te ha enviado riquezas que te permitirán comprar las esclavas más

bellas del mercado, y casarte también, en legítimas nupcias, con la hija del más importante de los emires. ¡Devuelve, pues, a ese pobre hombre su ex esposa, y él consentirá en ser tu esclavo".

Pero Grano-de-Belleza contestó: "Precisamente me ha enviado Alah todas esas riquezas para remunerar con liberalidad a mi antecesor. Dispuesto estoy a darle los cincuenta mulos con sus mercancías y hasta el lindo esclavo abisinio Salim, y a no conservar de todo ello más que el regalo destinado a mi esposa, o sea el jarrón y la jofaina". Y añadió: "Y si tu hija Zobeida consiente en volver con su anterior esposo, estoy conforme con desligarla".

Entonces el padre entró en el aposento de Zobeida y le preguntó: "¿Qué? ¿Consientes en volver con tu anterior marido?" Y ella respondió, haciendo grandes gestos: "¡Ya Alah! ¡Ya Alah! ¡Si nunca supo el valor de los arriates de mi jardín y siempre se paró a mitad del camino! ¡No, por Alah! ¡Me quedo con el joven que me ha explorado en todos sentidos!"

Cuando el primer esposo se cercioró de que había de perder toda esperanza, le entró tal pena, que le estalló el hígado en el acto, y murió. En cuanto a Grano-de-Belleza, siguió gozando con la encantadora y sagaz Zobeida; y todas las noches, después del banquete y de múltiples copulaciones y cosas semejantes, organizaba con ella un concierto capaz de hacer bailar a los peñascos y de suspender en el fondo del cielo el vuelo de las aves.

A los diez días de casado, recordó de pronto la promesa que le había hecho el jefe de los derviches de enviarle los diez mil dinares, y dijo a su esposa: "¡Mira qué jefe de embusteros! ¡Si hubiera yo tenido que esperar la realización de su promesa, me habría muerto de hambre en la cárcel! ¡Por Alah! ¡Como le encuentre otra vez, le diré lo que pienso de su mala fe!"

Y después, como iba anocheciendo, mandó encender las luces de la sala de recepciones, y se disponía a organizar el concierto, como todas las noches, cuando llamaron a la puerta. Quiso ir a abrir él mismo, y no se sorprendió poco al ver a los cuatro derviches de la primera noche. Se echó a reír en su cara, y les dijo: "¡Bienvenidos sean estos embusteros, hombres de mala fe! Pero, de todos modos, os invito a entrar, pues Alah me ha librado de tener en adelante necesidad de vuestros favores. ¡Y además, aunque embusteros e hipócritas, sois muy agradables y bien educados!" Y les introdujo en el salón de recepciones, y rogó a Zobeida que les cantara algo desde detrás del tapiz. Y ella lo hizo de manera capaz de arrebatar la razón, de hacer bailar a las piedras y de suspender en el fondo del cielo el vuelo de las aves.

En un momento dado, el jefe de los derviches se levantó y se ausentó para evacuar una necesidad. Entonces, uno de los falsos derviches, que era el poeta Abu-Nowas, se inclinó hacia el oído de Grano-de-Belleza, y le dijo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 266ª NOCHE

Ella dijo:

...el poeta Abu-Nowas, se inclinó hacia el oído de Grano-de-Belleza, y le dijo: "¡Oh encantador huésped nuestro! permíteme que te dirija una pregunta. ¿Cómo has podido creer un momento que tu padre Schamseddin te enviara los cincuenta mulos cargados de riquezas? ¡Vamos a ver! ¿Cuántos días se necesitan para ir a El Cairo desde Bagdad?"

El otro contestó: "Cuarenta y cinco". Abu-Nowas preguntó: "¿Y para volver?" El otro contestó: "Otros cuarenta y cinco lo menos". Abu-Nowas se echó a reír y dijo: "¿Y cómo quieres que en menos de diez días tu padre haya averiguado la pérdida de la caravana y haya podido mandarte la segunda?"

Grano-de-Belleza exclamó: "¡Por Alah! ¡Mi alegría fue tan grande; que no me dio tiempo de pensar todo eso! Pero dime, entonces, ¡oh derviche! ¿Quién ha escrito la carta? ¿De dónde procede el envío?" Abu-Nowas contestó: "¡Ah Grano-de-Belleza! ¡Si fueras tan perspicaz como hermoso, hace tiempo que habrías adivinado que nuestro jefe, con su traje de derviche, es nuestro amo el califa, el Emir de los Creyentes, Harún Al-Raschid, y el segundo derviche, el sabio visir Giafar el Barmecida, y el tercero, el portaalfanje Massrur, y yo mismo, tu esclavo y admirador, Abu-Nowas, sencillamente poeta!"

Oídas estas palabras, Grano-de-Belleza llegó al límite de la sorpresa y de la confusión, y preguntó tímidamente: "Pero, ¡oh gran poeta Abu-Nowas! ¿cuál es el mérito que me ha traído tantos beneficios del califa?" Abu-Nowas sonrió, y dijo: "¡Tu hermosura!" Y añadió: "A sus ojos, el mérito mayor es ser joven, simpático y hermoso. Y se le figura que nunca es caro comprar el espectáculo de un ser bello y el ver un rostro lindo"

A todo esto el califa volvió a ocupar su sitio en la alfombra, y entonces Grano-de-Belleza fue a inclinarse entre sus manos, y le dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡Alah te conserve a nuestro respeto y a nuestro amor, y nunca nos prive de los beneficios de tu generosidad!" Y el califa le sonrió y le acarició levemente la mejilla, y le dijo: "Mañana te aguardo en palacio". Después levantó la sesión, y seguido de Giafar, Massrur y Abu-Nowas, que encargó a Grano-de-Belleza que no olvidase lo ofrecido, se marchó.

Al día siguiente, Grano-de-Belleza, a quien su esposa había aconsejado repetidamente que fuera a palacio, eligió las cosas más preciosas de las que le había llevado el pequeño abisinio Salim, las encerró en un lindísimo cofrecillo, y colocó éste en la cabeza del hermoso esclavo; y después que le vistió y le arregló con esmero su esposa Zobeida, se dirigió hacia el diwán, acompañado del esclavo con su carga. Y subió al diwán, y poniendo el cofrecillo a los pies del califa, le dirigió un cumplimiento en versos bien rimados, y le dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! Nuestro bendito profeta (¡sean con él la plegaria y la paz!) aceptaba los regalos para no causar pena a quienes se los ofrecían. ¡Tu esclavo sería también muy feliz si quisieras recibir este cofrecillo como señal de mi gratitud!"

Encantado el califa de la atención del joven, le dijo: "¡Demasiado regalo es, ¡oh Grano-de-Belleza! pues tu persona supone ya un preciado presente! Sé bienvenido en mi palacio; hoy mismo te conferiré un buen empleo". E inmediatamente destituyó de su cargo al síndico de los mercaderes de Bagdad, y nombró para tal puesto a Grano-de-Belleza. Después, para que todo el mundo se enterara del nombramiento, el califa escribió un firmán con el decreto correspondiente, y lo mandó entregar al walí, el cual se lo dio a un pregonero, que lo promulgó por todos los zocos y calles de Bagdad.

En cuanto a Grano-de-Belleza, desde aquel día empezó a ver con regularidad al califa, que ya no podía pasarse sin él. Y como no tenía tiempo para vender personalmente sus mercancías, mandó abrir una hermosa tienda, a cuyo frente puso al esclavillo moreno, que desempeñó a maravilla tan delicado oficio.

Apenas habían transcurrido dos o tres días, cuando fueron a anunciar al califa la súbita defunción de su gran copero. Y el califa nombró inmediatamente a Grano-de-Belleza gran copero, y le regaló un ropón de honor, apropiado para tan alto cargo, y le asignó suntuosos emolumentos. Y de esta manera ya no se separaba de él.

A los dos días, y estando Grano-de-Belleza al lado del califa, entró el gran chambelán, besó la tierra delante del trono, y dijo: "¡Conserve Alah los días del Emir de los Creyentes, y los aumente en otros tantos como la muerte acaba de arrebatar al gobernador de palacio!" Y añadió: "¡Oh Emir de los Creyentes, el gobernador de palacio acaba de fallecer!" El Emir de los Creyentes dijo: "¡Téngale Alah en su misericordia!" Y en el acto nombró a Grano-de-Belleza gobernador de palacio en vez del difunto, y le asignó emolumentos más suntuosos todavía. Y de esta manera Grano-de-Belleza tenía que estar continuamente al lado del califa. Hecho este nombramiento y comunicado a todo el palacio, el califa levantó la sesión, agitando el pañuelo como de costumbre...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 267ª NOCHE

Ella dijo:

...el califa levantó la sesión, agitando el pañuelo como de costumbre, y se quedó solo con Grano-de-Belleza.

Y desde entonces Grano-de-Belleza pasó todos los días en palacio, y no volvía a su casa hasta bien entrada la noche, y se acostaba feliz con su esposa, a quien contaba todos los sucesos del día.

El afecto del califa a Grano-de-Belleza fue acrecentándose diariamente, hasta el punto de que lo habría sacrificado todo antes que dejar sin satisfacer el menor deseo del joven, como lo demuestra el hecho siguiente:

El califa daba un concierto, al cual asistían sus íntimos amigos de siempre: Giafar, el poeta Abu-Nowas, Massrur y Grano-de-Belleza. Detrás del tapiz cantaba la propia favorita del califa, la más bella y perfecta de sus concubinas. Pero de pronto el califa miró fijamente a Grano de-Belleza, y le dijo: "Amigo, estoy leyendo en tus ojos que te gusta mi favorita". Y Grano-de-Belleza contestó: "¡Lo que gusta al amo debe gustar al esclavo!" Pero el califa exclamó: "¡Por mi cabeza y por la tumba de mis antepasados! ¡Grano-de-Belleza, te pertenece mi favorita desde este momento!" Y llamó enseguida al jefe de los eunucos, y le dijo: "¡Transporta a casa del gobernador de palacio todo el ajuar y las cuarenta esclavas de mi favorita Delicia-de-los-Corazones, y después llévala también a su casa en una silla de manos!" Pero Grano-de-Belleza dijo: "¡Por tu vida, ¡oh Príncipe de los Creyentes! dispensa a tu indigno esclavo de tomar lo que le pertenece al amo!" Entonces el califa comprendió la idea de Grano-de-Belleza, y le dijo: "¡Razón tienes! ¡Es probable que tu esposa tenga celos de mi ex favorita! ¡Quédese ésta, pues, en palacio!" Después se volvió hacia su visir Giafar, y le dijo: ¡Oh Giafar! tienes que ir inmediatamente al zoco de los esclavos, pues hoy es día de mercado, y comprar en diez mil dinares la esclava más bella de todo el zoco. ¡Y la mandarás llevar enseguida a casa de Grano-de-Belleza!"

Giafar se levantó en el acto, fue al zoco de los esclavos, y rogó a Grano-de-Belleza que le acompañara para indicarle la que prefiriese. Y el walí de la ciudad, emir Khaled, había ido también al zoco aquel día a comprar una esclava para su hijo, que acababa de llegar a la edad de la pubertad.

Porque el walí de la ciudad tenía un hijo. Pero este hijo era un muchacho tan feo, que haría abortar a una parturienta; contrahecho, hediondo, de aliento fétido, de ojos atravesados y de boca tan ancha como la vulva de una vaca vieja. Por eso le llamaban Gordo-Hinchado.

Precisamente la víspera por la noche había cumplido Gordo-Hinchado los catorce años, y su madre estaba alarmada hacía algún tiempo por no observar en él ningún síntoma de virilidad real. Pero no tardó en tranquilizarse al notar, la mañana de aquel día, que su hijo Gordo- Hinchado había copulado en sueños en la cama, dejando en ella huellas evidentes.

Tal observación había entusiasmado en extremo a la madre de Gordo-Hinchado, y la había hecho ir corriendo a ver a su esposo, al cual había comunicado la feliz nueva, obligándole a marchar inmediatamente al zoco, acompañado de su hijo, para comprarle una hermosa esclava que le conviniera.

Y el Destino, que está en manos de Alah, quiso que aquel día se encontrara en el zoco Giafar y Grano-de-Belleza con el emir Khaled y su hijo Gordo-Hinchado.

Después de las zalemas acostumbradas, se reunieron en un grupo y ordenaron que desfilaran por delante de ellos los corredores, cada cual con las esclavas blancas, morenas o negras de que dispusiese.

Así vieron cantidad innumerable de muchachas griegas, abisinias, chinas y persas, y ya se iban a retirar sin haber elegido ninguna, cuando el mismo jefe de los corredores pasó el último, llevando de la mano a una joven con la cara destapada, más hermosa que la luna llena del mes de Ramadán.

Al verla, Gordo-Hinchado empezó a resollar con fuerza para expresar su deseo, y le dijo a su padre, el emir Khaled: "¡Esa es la que necesito!" Y por su parte, Giafar preguntó a Grano-de-Belleza: "¿Te conviene esa?" Y el otro respondió: "Es la que elijo".

Entonces Giafar preguntó a la joven: "¿Cómo te llamas, ¡oh esclava gentil?" Ella contestó: "¡Oh mi señor! Yazmina". Entonces el visir preguntó al corredor: "¿En cuánto está tasada Yazmina?" El corredor dijo: "En cinco mil dinares, ¡oh mi amo!" Entonces Gordo-Hinchado gritó: "¡Ofrezco seis mil!"

En aquel momento se adelantó Grano-de-Belleza, y dijo: "¡Ofrezco ocho mil!" Entonces Gordo-Hinchado resolló con rabia, y exclamó: "¡Ocho mil un dinares!" Giafar dijo: "¡Nueve mil uno!" Pero Grano de-Belleza dijo: "¡Diez mil Dinares!`

Y el corredor, temiendo que se arrepintiera alguno, dijo: "¡Adjudicada en diez mil dinares la esclava Yazmina!"

Y se la entregó a Grano de-Belleza.

Al ver aquello, Gordo-Hinchado se cayó, azotando el aire con pies y manos, y desconsolando a su padre el emir Khaled, que no le había llevado al zoco más que por complacer a su esposa, pues le detestaba por idiota y feo.

En cuanto a Grano-de-Belleza, tras de dar las gracias al visir Giafar, se llevó a Yazmina, y la amó, y ella le amó también. Y después de haberla presentado a su esposa Zobeida, que la encontró simpática y le felicitó por su elección, se unió con ella legítimamente, tomándola como segunda esposa. Y durmió con ella aquella noche, y la fecundó, como se demostrará más adelante.

Y vamos ahora con Gordo-Hinchado.

Cuando a fuerza de promesas y mimos lograron llevarle a su casa, se tiró sobre el diván, y no quiso levantarse para comer ni beber, y por otra parte, casi había perdido la razón.

Mientras todas las mujeres de la casa, consternadas, rodeaban a la madre de Gordo-Hinchado, que había llegado a los límites de la perplejidad, entró una vieja, que era la madre de un ladrón famoso, sentenciado entonces a prisión perpetua, y conocido de todo Bagdad con el sobrenombre de Ahmed-la-Tiña.

Este Ahmed-la-Tiña era tan diestro en el arte de robar, que para él constituía cosa de juego apoderarse de una puerta en las narices del portero y hacerla desaparecer en un momento como si se la tragase: perforar las paredes delante de un casero fingiendo orinar, arrancarle las pestañas a un individuo sin que lo notara, y limpiar de kohl los ojos de una mujer sin que se enterase ella.

La madre de Ahmed-la-Tiña entró en el aposento de la de Gordo-Hinchado, y después de las zalemas, le preguntó: "¿Cuál es la causa de tu aflicción, ¡oh mi señora!? ¿Y qué mal padece mi joven amo, tu hijo, a quien Alah conserve?" Entonces la madre de Gordo-Hinchado contó a aquella vieja, que hacía tiempo la proveía de criadas, la contrariedad que les ponía a todos en tal estado. Y la madre de Ahmed-la-Tiña exclamó: "¡Oh mi señora! Únicamente mi hijo os puede sacar del paso; ¡lo juro por tu vida! Trata de lograr que le suelten, y ya sabrá inventar un medio de traer a la bella Yazmina a los brazos de nuestro joven amo, tu hijo. Porque ya sabes que mi pobre hijo se halla encadenado y tiene en los pies una argolla de hierro, en la cual están grabadas estas palabras: "Cadena perpetua". ¡Y todo por haber fabricado moneda falsa!" Y la madre de Gordo-Hinchado prometió protegerle.

Efectivamente, aquella misma noche, cuando su esposo el walí, de regreso en su casa, fue a buscarla después de cenar, se había ella arreglado y perfumado, adoptando un aspecto amable. Y el emir Khaled, que era un hombre muy bueno, no pudo resistir el deseo que provocaba en él la contemplación de su mujer, y quiso poseerla; pero ella se resistió, diciendo: "¡Júrame por el divorcio que me concederás lo que te pida!" Y se lo juró. Entonces ella le enterneció hablándole de la desgracia de la anciana madre del ladrón, y logró de él la promesa de que le soltarían. Y entonces dejó que la montara el esposo.

Y a la mañana siguiente, el emir Khaled, después de las abluciones y la oración, se fue a la cárcel en que estaba encerrado Ahmed-la-Tiña, y le preguntó: "¿Y qué, bandido, te arrepientes de tus pasadas fechorías?" Y el otro contestó: "Me arrepiento, y lo proclamo con la palabra como lo pienso con el corazón". Entonces el walí le sacó de la cárcel y le llevó ante el califa, que se quedó asombrado al verle vivo todavía, y le preguntó: "¿Y cómo no te has muerto aún, bandido?" El otro contestó: "¡Por Alah, oh Emir de los Creyentes! la vida de los malos es muy dura de pelar!" Entonces el califa se echó a reír a carcajadas, y dijo: "¡Manden venir al herrero para que le quite la argolla!" Y luego dijo: "Como estoy enterado de tus hazañas, voy a ayudarte ahora a persistir en tu arrepentimiento, y como eres el que más conoce a los ladrones, te nombro jefe de vigilancia de Bagdad". Y enseguida el califa mandó promulgar un edicto nombrando a Ahmed-la-Tiña jefe de vigilancia. Entonces Ahmed besó la mano al califa y enseguida empezó a ejercer sus funciones.

Y para festejar alegremente su libertad y su nuevo cargo, principió por ir a la taberna regida por el judío Abraham, testigo de sus pasadas hazañas, vaciando dos o tres frascos de su bebida favorita, vino jónico excelente. Y cuando su madre fue a buscarle para hablarle de la gratitud que debía manifestar siempre a la esposa del emir Khaled y madre de Gordo-

Hinchado, que había sido la causante de su libertad, le encontró medio borracho y tirándole de las barbas al judío, que no se atrevía a protestar por respeto al cargo temible del antiguo Ahmed-la-Tiña, actual jefe de vigilancia.

De todos modos, la vieja logró sacarle de allí, y hablándole reservadamente, le contó cuantas incidencias motivaron su libertad, y le dijo que había que discurrir inmediatamente algo para quitar la esclava a Grano-de-Belleza, gobernador de palacio.

Oídas estas palabras, Ahmed-la-Tiña dijo a su madre: "Se hará esta misma noche, pues es facilísimo". Y la dejó para ir a preparar el golpe...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 268ª NOCHE

Ella dijo:

...Y la dejó para ir a preparar el golpe.

Y hay que advertir que aquella noche el califa había entrado en el aposento de su esposa porque era el primer día del mes, y reservaba con regularidad aquel día para hablar con ella de los asuntos corrientes y preguntarle su opinión sobre todas las cuestiones generales y particulares del Imperio. Efectivamente, cifraba en ella una confianza ilimitada, y la quería por su cordura y su belleza inextinguible. Pero también hay que advertir que antes de entrar en la habitación de su esposa el califa tenía costumbre dejar en el vestíbulo, encima de un velador especial, un rosario de cuentas alternadas de ámbar y turquesas, su alfanje recto, con empuñadura de jade incrustada de rubíes gordos como huevos de paloma, su sello regio y una lamparita de oro adornada con pedrería, que le alumbraba cuando por las noches inspeccionaba secretamente el palacio.

Ahmed-la-Tiña conocía todos estos pormenores, que le sirvieron para realizar su proyecto. Aguardó las tinieblas de la noche y el sueño de los esclavos para colgar una escala de cuerda a lo largo del muro del pabellón que servía de aposento a la esposa del califa, trepar por ella y penetrar silencioso como una sombra en el vestíbulo. Llegado allí, se apoderó en un momento de los cuatro objetos preciosos, y se apresuró a bajar por donde había subido.

Desde allá corrió a casa de Grano-de-Belleza, y por el mismo medio penetró en el patio, y sin hacer el menor ruido quitó uno de los baldosines de mármol del pavimento, abrió rápidamente un hoyo y allí metió los objetos robados. Y después de haberlo dejado todo en orden, desapareció para seguir bebiendo en la taberna del judío Abraham.

Sin embargo, Ahmed-la-Tiña, a fuer de perfecto ladrón, no había podido resistir al deseo de apropiarse de uno de los objetos preciosos. Por lo tanto, había separado la lamparita de oro, y en vez de enterrarla con lo demás en el hoyo, se la había metido en el bolsillo, diciendo para sí: "¡No acostumbro dejar de cobrar la comisión! ¡Me pagaré a mí mismo! "

Volviendo al califa, grande fue su sorpresa cuando por la mañana ya no encontró en el velador los cuatro objetos preciosos. Y cuando; interrogados los eunucos se tiraron de bruces al suelo protestando de su ignorancia, le entró al califa una cólera sin límites, de tal modo, que se puso inmediatamente el terrible ropón del furor. El tal ropón era todo de seda roja; y cuando el califa se lo ponía era señal de seguro desastre y de calamidades espantosas sobre la cabeza de cuantos le rodeaban.

Revestido el califa con el ropón rojo, entró en el diván y se sentó en el trono, solo en el salón. Y todos los chambelanes y visires entraron uno por uno y se prosternaron con la cara contra el suelo, y permanecieron en tal postura, menos Giafar, que aunque muy pálido, estaba erguido, con los ojos fijos en los pies del califa.

Pasada una hora de espantable silencio, el califa miró a Giafar impasible, y le dijo con voz sorda: "¡La copa hierve!" Giafar contestó: "¡Alah evite todo mal!"

Pero en aquel momento entró el walí acompañado de Ahmed-la-Tiña. Y el califa le dijo: "¡Acércate, emir Khaled! ¡Dime cómo está la tranquilidad pública en Bagdad!".

El walí, padre de Gordo-Hinchado, "contestó: "La tranquilidad es perfecta en Bagdad, ¡oh Emir de los Creyentes!" El califa exclamó: "¡Mientes!" Y como el walí, trastornado, aun no sabía el origen de aquella ira, Giafar, que estaba a su lado; le deslizó al oído en dos palabras motivo, acabando de consternarle.

Después le dijo el califa: "¡Si antes de esta noche no has podido dar con los objetos preciosos que me son más queridos que mi reina, colgaremos tu cabeza a la puerta de palacio!"

Oídas estas palabras, el walí besó la tierra entre las manos del califa, y exclamó: "¡Oh Emir de los Creyentes! el ladrón debe ser alguien de palacio, porque el vino que se agría lleva en sí su propio fermento. Y además, permite decir a tu esclavo que el único responsable ha de ser el comandante especial encargado de esta vigilancia, y que además conoce uno por uno a todos los ladrones de Bagdad y del Imperio. Su muerte habría de preceder por lo tanto a la mía, si no, aparecieran los objetos perdidos".

Entonces se adelantó Ahmed-la-Tiña, comandante de vigilancia, y, después de los homenajes debidos, dijo al califa: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡descubriremos al ladrón! Pero ruego al califa me facilite un firmán que me permita hacer pesquisas en casa de todos los habitantes de palacio y en las de todos los que entran aquí, sin excluir la del kadí, ni la del gran visir Giafar, ni la de Grano-de-Belleza, gobernador de palacio". Y el califa mandó que se le facilitara en el acto el firmán pedido, y dijo: "De todos modos he de cortar la cabeza a alguien, o a ti o al ladrón. ¡Escoge! ¡Y juro por mi vida y por la tumba de mis antepasados, que aunque el ladrón fuera mi hijo, el heredero de mi trono, mi decisión será la misma: la muerte por horca en la plaza pública!"

Oídas estas palabras, Ahmed-la-Tiña, con el firmán en la mano, se retiró y fue a buscar a dos guardias del kadí y a otros dos del walí, y empezó inmediatamente sus pesquisas visitando la casa de Giafar y la del kadí y la del walí, y llegó después a la de Grano-de-Belleza, que todavía ignoraba cuanto acababa de ocurrir.

Ahmed-la-Tiña, con el firmán en una mano y una pesada vara de cobre en la otra, entró en el vestíbulo y enteró de la situación a Grano-de-Belleza, y le dijo: "Yo me guardaría muy bien, señor, de llevar a cabo pesquisas en la casa del fiel confidente del califa. ¡Permíteme, pues, que me retire como si la hubiera hecho!"

Grano-de-Belleza dijo: "¡Alah me libre de todo ello!, ¡oh jefe de vigilancia! ¡Tienes que cumplir tu deber hasta el fin!" Entonces Ahmed-la-Tiña dijo: "Voy a hacerlo sólo por fórmula". Y con aspecto negligente salió al patio y empezó a darle la vuelta, golpeando en cada baldosín de mármol con la pesada vara de cobre, hasta que llegó al baldosín consabido, que al recibir el golpe, sonó a hueco.

Al oír este sonido, Ahmed-la-Tiña exclamó: "¡Oh señor, por Alah! ¡Se me figura que aquí debajo debe haber algún subterráneo que encierra un tesoro de pasados tiempos!" Y Grano-de-Belleza dijo a los cuatro guardias: "Tratad, pues, de quitar el baldosín, para que veamos lo que hay debajo". Y enseguida los guardias hicieron penetrar sus instrumentos en las junturas del baldosín de mármol y lo levantaron. ¡Y a la vista de todos aparecieron tres de los objetos robados: el alfanje, el sello y el rosario!

Al verlos, gritó Grano-de-Belleza: "¡En nombre de Alah!", y cayó desmayado.

Entonces Ahmed-la-Tiña mandó llamar al kadí, y al walí, y a los testigos, que levantaron inmediatamente acta del descubrimiento; y todos pusieron su sello en el documento, y el kadí en persona fue a entregárselo al califa, mientras los guardias se apoderaban de Grano-de-Belleza.

Cuando el califa tuvo entre las manos los tres objetos robados, menos la lámpara, y se enteró de que se habían encontrado en la casa de aquel a quien consideraba su más fiel confidente e íntimo amigo, a quien había colmado de mercedes, depositando en él ilimitada confianza, permaneció durante una hora sin decir palabra, y después se volvió hacia el jefe de los guardias y dijo: "¡Que le ahorquen!"

Inmediatamente salió el jefe de los guardias y mandó pregonar la sentencia por todas las calles de Bagdad, y fue a la casa de Grano-de Belleza, al cual prendió, y cuyos bienes y mujeres confiscó en el acto. Los bienes ingresaron en el Tesoro Público y las mujeres iban a ser subastadas en el mercado como esclavas; pero entonces el walí, padre de Gordo-Hinchado, declaró que se llevaba una, que era la esclava comprada por Giafar, y el jefe de los guardias hizo llevar a su propia casa a la otra, que era Zobeida, la de la voz hermosa.

Y este jefe de guardias era precisamente el mejor amigo de Grano de-Belleza, y le había consagrado un afecto paternal que nunca habíase desmentido. Y aunque ejecutaba en público las terribles medidas de rigor dictadas contra Grano-de-Belleza por la ira del califa, se propuso salvar la cabeza de su hijo adoptivo, y empezó por poner en seguridad dentro de su casa a una de sus esposas, a la bella Zobeida, aniquilada por la desventura.

Aquella misma noche había de ser ahorcado Grano-de-Belleza, encadenado por lo pronto en la cárcel. Pero el jefe de los guardias velaba por él. Fue a buscar al carcelero mayor, y le dijo: "¿Cuántos presos hay condenados a que les ahorquen esta semana sin remedio?" El otro contestó: "Unos cuarenta, poco más o menos". El jefe de los guardias dijo: "Quiero verlos a todos". Y les pasó revista uno tras otro repetidas veces y acabó por escoger uno que se parecía de un modo asombroso a Grano-de-Belleza, y dijo al carcelero: "¡Este me va a servir, como en otro tiempo la bestia sacrificada por el Patriarca padre de Ismael en lugar de su hijo!"

Se llevó, pues, al preso, y a la hora señalada para el suplicio fue a entregárselo al verdugo, que inmediatamente, y ante la muchedumbre inmensa congregada en la plaza, y después de las formalidades piadosas acostumbradas, echó la cuerda al cuello del supuesto Grano-de-Belleza, y de un empujón lo lanzó, ahorcado, al espacio.

Hecho esto, el jefe de los guardias aguardó que oscureciera para ir a sacar de la cárcel a Grano-de-Belleza y llevárselo ocultamente a su casa. Y entonces le reveló lo que acababa de hacer por él, y le dijo: "Pero, ¡por

Alah! ¿cómo te dejaste tentar por esos objetos preciosos, hijo mío, habiendo puesto el califa en ti toda su confianza?"

Al oír estas palabras, Grano-de-Belleza cayó desmayado de emoción, y cuando recobró el sentido a fuerza de cuidados, exclamó: "¡Por el Nombre augusto y por el Profeta, ¡oh padre mío! soy completamente ajeno a ese robo y desconozco su causa y su autor!" Y el jefe de los guardias no vaciló en creerlo, y le dijo: "¡Tarde o temprano, hijo mío, se descubrirá al culpable! ¡Pero tú no puedes seguir un momento en Bagdad, pues no en vano se tiene a un rey por enemigo! ¡Por lo tanto, me voy a marchar contigo, dejando en casa cerca de mi mujer a tu esposa Zobeida, hasta que Alah, con su sabiduría, varíe tal estado de cosas!"

Después, sin dar tiempo siquiera a Grano-de-Belleza para despedirse de su esposa Zobeida, se lo llevó, diciéndole: "Ahora mismo nos vamos al puerto de Ayas, en el mar salado, para embarcarnos hacia Iskandaria, en donde aguardarás los sucesos, viviendo tranquilamente, pues esa ciudad de Iskandaria, ¡oh hijo mío! es muy agradable de habitar y sus alrededores son verdes y benditos"

Enseguida ambos se pusieron en camino, de noche, y pronto se vieron fuera de Bagdad. Pero no tenían cabalgaduras, y ya no sabían cómo proporcionárselas, cuando vieron a dos judíos cambistas de Bagdad, hombres muy ricos y conocidos del califa. Entonces el jefe de los guardias temió que fueran a contar al califa que le habían visto con Grano-de-Belleza vivo. Se adelantó hacia ellos y les dijo: "¡Bajad de las mulas!" Y los dos judíos se apearon, temblando, y el jefe de los guardias les cortó la cabeza, les cogió el dinero y montó en una mula, dándole la otra a Grano-de-Belleza; y ambos siguieron su camino hacia el mar.

Llegados a Ayas, cuidaron de confiar sus mulas al propietario del khan en que pasaron para descansar, encargándole que las cuidase mucho, y al día siguiente buscaron juntos un barco que saliera para Iskandaria. Acabaron por encontrar uno que estaba a punto de darse a la vela. Entonces, el jefe de los guardias, después de dar a Grano-de-Belleza todo el oro arrebatado a los judíos, le aconsejó vehementemente que aguardara en Iskandaria con toda serenidad las noticias que no dejaría de enviarle desde Bagdad, y hasta que esperase su llegada a Iskandaria, desde donde le volvería a llevar a Bagdad, cuando se descubriera al culpable. Luego le abrazó, llorando, y le dejó cuando ya el navío henchía las velas. Y se volvió a Bagdad.

Y véase lo que averiguó:

Al día siguiente de ahorcar al supuesto Grano-de-Belleza, el califa, muy trastornado todavía, llamó a Giafar y le dijo: "¿Has visto, ¡oh mi visir! cómo ha agradecido ese Grano-de-Belleza mis bondades y el abuso de confianza que ha cometido conmigo? ¿Cómo un ser tan hermoso podría tener un alma tan fea?"

El visir Giafar, hombre de admirable cordura, que no podía apreciar los motivos de una conducta tan ilógica, se contentó con responder: "!Oh emir de los Creyentes! Las acciones más raras sólo son raras porque no comprendemos sus causas. De todos modos todo lo que podemos juzgar son los efectos del acto. ¡Y ese efecto ha sido bien lastimoso para el autor, puesto que le llevó a la horca! ¡No obstante, ¡oh Príncipe de los Creyentes! el egipcio Grano-de-Belleza tenía en los ojos tal reflejo de bondad espiritual, que mi entendimiento se niega a creer en el hecho comprobado por mis sentidos visuales!"

Oídas estas palabras, el califa estuvo una hora reflexionando, y después dijo a Giafar: "¡De todas maneras, quiero ir a ver el cuerpo del culpable balanceándose en la horca!" Y se disfrazó y salió con Giafar, y llegó al sitio en que el falso Grano-de-Belleza colgaba entre el cielo y la tierra.

El cuerpo estaba envuelto en un sudario que lo tapaba por completo. Y Giagar le quitó el sudario, y el califa miró, pero retrocedió enseguida, estupefacto, exclamando: "¡Oh Giafar! ¡ése no es Grano-de-Belleza!" Giafar examinó el cuerpo, y conoció que, efectivamente, no era Grano-de-Belleza, pero no lo dio a entender, y preguntó con calma: "¿Pues en qué conoces, ¡oh Emir de los Creyentes! que no es Grano de-Belleza?" El califa contestó: "En que era más bien bajo de estatura, y éste es alto".

Giafar contestó: "Esa no es prueba. Los ahorcados se alargan". El califa dijo: "¡El gobernador de palacio tenía dos lunares en las mejillas, y éste no los tiene!" Giafar explicó: "¡La muerte transforma y varía la fisonomía!" Pero el califa dijo: "Pero fíjate bien, ¡oh Giafar! y observa las plantas de los pies de este ahorcado: llevan tatuadas, según costumbre de los herejes sectarios de Alí, el nombre de los grandes jeiques. ¡Y bien sabes que Grano-de-Belleza no era chiita, sino sunnita!"

Ante tal comprobación, Giafar dijo: "¡Sólo Alah conoce el misterio de las cosas!" Después regresaron ambos a palacio y el califa mandó que se enterrara aquel cuerpo. Y desde aquel día desterró de su memoria hasta el recuerdo de Grano-de-Belleza.

En cuanto a la esclava, segunda esposa de Grano-de-Belleza, fue llevada por el emir Khaled a su hijo Gordo-Hinchado. Y éste, que no se había movido de la cama desde el día de la venta, se levantó resollando y quiso acercarse a ella y cogerla en brazos. Pero la bella esclava, irritada y asqueada por el aspecto horrible del idiota, sacó inmediatamente un puñal del cinturón, y exclamó levantando el brazo: "¡Apártate o te mato con este puñal y enseguida me lo clavo en el pecho!" Entonces la madre de Gordo-Hinchado se adelantó, alargando los brazos, y gritó: "¿Cómo te atreves a resistir a los deseos de mi hijo, ¡oh esclava insolente!?" Pero la joven dijo: "¡Oh traidora! ¿qué ley permite a una mujer pertenecer a dos hombres a un tiempo? Y dime, ¿desde cuándo pueden vivir los perros en la morada de los leones?"

Al oír estas palabras, la madre de Gordo-Hinchado dijo: "¡Bueno! ¡Si así es, ya verás qué vida te daremos aquí!" Y la joven replicó: "¡Prefiero morir a renunciar al cariño de mi amo, vivo o muerto!"

Entonces la esposa del walí la mandó desnudar, y le quitó los buenos trajes de seda y las alhajas, y le puso encima del cuerpo una mala y vieja falda de pelo de cabra, y la mandó a la cocina: diciendo: "¡En adelante, tus funciones de esclava en esta casa consistirán en pelar cebollas, poner las cazuelas a la lumbre, exprimir el jugo de los tomates y hacer la masa para el pan!"

Y la joven dijo: "¡Prefiero ese oficio de esclava a verle la cara a tu hijo!"

Y desde aquel día trabajó en la cocina; pero no tardó en granjearse las simpatías de las demás esclavas, que no la dejaban ocuparse en nada y le hacían todo el trabajo.

En cuanto a Gordo-Hinchado, al ver que no podía conseguir a la hermosa esclava Yazmina, se metió otra vez en el lecho y no se volvió a levantar.

Hay que recordar que Yazmina, la primera noche de bodas, quedó fecundada por Grano-de-Belleza. Y a los pocos meses de su llegada a la casa del walí, dio a luz un niño varón, tan bello como la luna, al cual llamó Aslán, llorando a lágrima viva, tanto ella como las otras esclavas, porque no estaba allí el padre para dar nombre a su hijo.

Su madre amamantó dos años a Aslán, que llegó a ser robusto y muy fuerte. Y cuando ya sabía andar solo, quiso su destino que un día, mientras su madre estaba ocupada, subiera los peldaños de la escalera de la cocina y llegase a la sala, en donde se hallaba rezando su rosario de ámbar el emir Khaled, padre de Gordo-Hinchado.

Al ver al pequeño Aslán, cuya semejanza con su padre Grano-de-Belleza era absoluta, el emir Khaled sintió que se le arrasaban los ojos en lágrimas, y llamó al niño, y se lo puso en las rodillas, y empezó a acariciarlo enternecido, y dijo para sí: "¡Bendito sea Aquel que crea objetos tan hermosos y les da alma y vida!"

Entretanto, la esclava Yazmina se enteró de la ausencia de su hijo; buscóle por todas partes enloquecida, y a pesar de las costumbres, se decidió a entrar, con la mirada extraviada, en la sala en que se encontraba el emir Khaled. Y vio al niño Aslán en las rodillas del walí, entreteniéndose en meter los deditos por entre las barbas venerables del emir. Pero al percibir a su madre, el chiquitín se echó hacia adelante tendiendo los brazos, y el emir Khaled le sujetó, y dijo a Yazmina con bondad: "¡Acércate!, ¡oh esclava! ¿Es hijo tuyo este niño?" Ella respondió: "¡Sí, mi amo, es el fruto de mi corazón!" Y él preguntó: "¿Y quién es su padre? ¿Es alguno de mis servidores?" Y la esclava dijo, entre un torrente de lágrimas: "Su padre es mi esposo, Grano-de-Belleza. ¡Pero ahora, ¡oh mi amo! es hijo tuyo!"

Y el walí, muy conmovido, dijo a la esclava: "¡Por Alah! ¡Tú lo has dicho! ¡Desde ahora es hijo mío!" E inmediatamente le adoptó, y dijo a su madre: "¡Desde hoy tienes que considerar a tu hijo como mío, y cuando esté en edad de comprender, dadle a entender que nunca tuvo otro padre que yo!" Y Yazmina contestó: "¡Escucho y obedezco!"

Entonces el emir Khaled se encargó, como verdadero padre, del hijo de Grano-de-Belleza, y le dio una educación esmeradísima, y lo puso en manos de un maestro muy sabio, que era un calígrafo de primer orden, y le enseñó a escribir muy bien, el Korán, la geometría y la poesía. Y cuando el joven Aslán fue mayor, su padre adoptivo, el emir Khaled, le enseñó personalmente a montar a caballo, a manejar las armas, a justar con la lanza y a luchar en los torneos. Y de tal modo, al cumplir los catorce años era un caballero consumado, y fue elevado por el califa al título de emir, como su padre el walí.

Y el Destino dispuso un día que se encontraran el joven Aslán y Ahmed-la-Tiña a la puerta de la tienda del judío Abraham. Y Ahmedla-Tiña convidó al hijo del emir a tomar un refresco.

Cuando se hubieron sentado, Ahmed-la-Tiña empezó a beber, como de costumbre, hasta emborracharse. Entonces se sacó del bolsillo la lamparita de oro adornada con pedrería que había robado en otro tiempo, y la encendió, porque había oscurecido. En eso, Aslán le dijo: "¡Ya Ahmed! esa lámpara es muy hermosa. ¡Dámela!" El jefe de vigilancia replicó: "¡Alah me libre! ¿Cómo voy a darte un objeto que ha perdido ya tantas almas? Sabe, en efecto, que esta lámpara ha sido causa de la muerte de un gobernador de palacio, de cierto egipcio llamado Grano-de-Belleza". Y Aslán, muy interesado, exclamó: "¡Cuéntame eso!"

Entonces Ahmed-la-Tiña le contó toda la historia desde el principio hasta el fin, jactándose en medio de su borrachera de haber sido el autor de la proeza.

Cuando el joven Aslán volvió a su casa, contó a su madre Yazmina la historia que había oído referir a Ahmed-la-Tiña, y le dijo que la lámpara estaba todavía en poder de aquel malvado.

Al oír aquello, Yazmina exhaló un grito agudo y cayó desmayada...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 269ª NOCHE

Ella dijo:

Al oír aquello, Yazmina exhaló un agudo grito y cayó desmayada. Y cuando volvió en sí, prorrumpió en sollozos y se echó al cuello de su hijo Aslán, y le dijo entre lágrimas: "¡Oh hijo mío, Alah acaba de hacer brillar la verdad! ¡No puedo callar ya mi secreto! Sabe, ¡oh mi Aslán! que el emir Khaled no es más que tu padre adoptivo; tu padre por la sangre es mi amado esposo Grano-de-Belleza, que fue castigado, según ves, en lugar del culpable. Por consiguiente, hijo mío, tienes que ir a buscar enseguida a un antiguo amigo íntimo de tu padre, el venerable jefe de la guardia del califa, y contarle lo que acabas de descubrir. Y después le dirás: "¡Te ruego por Alah que me vengues del matador de mi padre Grano-de-Belleza!"

Inmediatamente el joven Aslán fue a buscar al jefe de los guardias de palacio, al mismo que había salvado la vida de Grano-de-Belleza, y le dijo lo que Yazmina le había encargado que le dijera.

Entonces el jefe de los guardias, en el colmo de la sorpresa y de la alegría, dijo a Aslán: "¡Bendito sea Alah, que desgarra los velos y hace brotar la claridad entre las tinieblas!" Y añadió: "¡Mañana mismo, ¡oh hijo mío! Alah te vengará!"

En efecto, aquel día el califa daba un gran torneo en que debían justar todos los emires y los mejores jinetes de Bagdad, y se había de organizar una partida de pelota a caballo. Y el joven Aslán estaba entre los jugadores de pelota. Y se había puesto su cota de malla y cabalgaba el mejor caballo de las cuadras de su padre adoptivo el emir Khaled. Y realmente estaba espléndido, y hasta el califa se prendó en extremo de su continente y de su viva juventud. Y quiso que fuera su compañero.

Y empezó el juego. Y por una y otra parte los jugadores desplegaron gran arte en sus movimientos y maravillosa destreza para despedir la pelota con el mazo a todo galope de los caballos. Pero de pronto, uno de los jugadores del bando opuesto al que dirigía el califa en persona lanzó la pelota derechamente contra la cara del califa, con golpe tan diestro y vigoroso, que infaliblemente el califa habría perdido un ojo y acaso la vida, si el joven Aslán con admirable maestría, no hubiera parado la pelota al vuelo con su mazo. Y la devolvió tan terriblemente en dirección contraria, que alcanzó en la espalda al jinete que la había lanzado, y le hizo perder los estribos y le rompió el espinazo.

Vista tan brillante acción, el califa miró al joven, y le dijo: "¡Vivan los valientes!, ¡oh hijo del emir Khaled!"

Y el califa se apeó enseguida, después de dar fin al torneo, y reunió a los emires y a todos los jinetes que habían tomado parte en el juego, y llamó al joven Aslán, y ante todos los circunstantes le dijo:

"¡Oh valeroso hijo del walí de Bagdad, quiero oírte a ti mismo calcular la recompensa que merece una hazaña como la tuya! ¡Estoy dispuesto a acceder a todas tus peticiones! ¡Habla!"

Entonces el joven Aslán besó la tierra entre las manos del califa, y le dijo: "¡Pido la venganza al Emir de los Creyentes! ¡La sangre de mi padre aun no ha sido rescatada y vive el matador!"

Al oír tales palabras, el califa llegó al límite del asombro, y exclamó: "¿Qué dices, ¡oh Aslán! de vengar a tu padre? ¡Pero si tu padre, el emir Khaled, está a mi lado, bien vivo gracias a Alah!" Pero Aslán contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡el emir Khaled ha sido para mí el mejor de los padres adoptivos! ¡Sabe, en efecto, que no soy su hijo por la sangre, pues mi padre fue Grano-de-Belleza, el gobernador de palacio!".

Cuando el califa oyó aquellas palabras vio que la luz se convertía en tinieblas delante de sus ojos, y dijo con voz alterada: "Hijo mío, ¿no sabes que tu padre fue traidor al Príncipe de los Creyentes?" Pero Aslán exclamó: "¡Preserve Alah a mi padre de haber sido el autor de la traición! ¡El traidor está a tu izquierda, ¡oh Emir de los Creyentes! ¡Es el jefe de vigilancia, Ahmed-la-Tiña! ¡Manda que lo registren, y en su bolsillo se encontrarán las pruebas de su traición!"

Al oír aquello, el califa mudó de color y se puso amarillo como el azafrán, y con voz espantable llamó al jefe de la guardia y le dijo: ¡Registra delante de mí al jefe de vigilancia!" Entonces el jefe de los guardias, el íntimo amigo de Grano-de-Belleza, se acercó a Ahmedla-Tiña y le registró los bolsillos en un momento, y sacó de pronto la lámpara de oro robada al califa.

Entonces éste, sin poder apenas reprimirse, dijo a Ahmed-la-Tiña: "¡Ven acá! ¿De dónde te ha venido esa lámpara?" El otro contestó: "!La compré!, ¡oh Príncipe de los Creyentes!" Y el califa dijo a los guardias: "¡Dadle ahora mismo de palos hasta que confiese!" Y enseguida Ahmed-la-

Tiña fue apresado por los guardias, desnudado, y apaleado, y acribillado a golpes, hasta que confesó y contó toda la historia desde el principio hasta el fin.

El califa se volvió entonces hacia el joven Aslán, y le dijo: "¡Ahora te toca a ti! ¡Lo vas a ahorcar con tus propias manos!" Y enseguida los guardias echaron la cuerda al cuello de Ahmed-la-Tiña, y Aslán la cogió con ambas manos, y ayudado por el jefe de los guardias izó al bandido hasta lo más alto de la horca, levantada en medio del campo de carreras.

Cuando se hubo hecho justicia, el califa dijo a Aslán: "¡Hijo mío, todavía no me has pedido una merced por tu hazaña!" Y Aslán respondió: "¡Oh Príncipe de los Creyentes! ¡ya que me permites una petición, te ruego que me devuelvas a mi padre!"

Al oír aquello, el califa se echó a llorar, conmovidísimo, y después murmuró: "Pero ¿no sabes, hijo mío, que tu padre murió ahorcado en virtud de una sentencia injusta? O más bien es probable que muriera, pero no seguro. ¡Por esto, te juro por el valor de mis antepasados otorgar el mayor favor a quien me anuncie que tu padre Grano-de-Belleza no ha muerto!"

Entonces el jefe de los guardias se adelantó hasta la presencia del califa y dijo: "Dame tu palabra de seguridad". Y el califa respondió: "¡La seguridad está contigo! ¡Habla!" Y el jefe de los guardias dijo: "Te anuncio la buena nueva, ¡oh Emir de los Creyentes! ¡Tu antiguo y fiel servidor Grano-de-Belleza está vivo!"

El califa exclamó: "¿Es cierto lo que dices?" El jefe de los guardias contestó: "¡Por la vida de tu cabeza, te juro que es la verdad! ¡Yo fui el que salvé a Grano-de-Belleza, mandando ahorcar en lugar suyo a un sentenciado que se le parecía como un hermano se parece a un hermano! ¡Y ahora él está seguro en Iskandaria, en donde supongo que será tendero del zoco!

Al oír aquello, el califa se puso contentísimo, y dijo al jefe de los guardias: "¡Hay que ir a buscarle y traérmelo en brevísimo plazo!" Y el jefe de los guardias contestó: "¡Escucho y obedezco!" Entonces el califa mandó que le entregaran diez mil dinares para gastos de viaje, y el jefe de los guardias se puso en camino para Iskandaria, donde le encontraremos, si Alah quiere.

Y ahora verás lo que pasó a Grano-de-Belleza.

El buque en que había tomado pasaje llegó a Iskandaria después de una excelente travesía que le había destinado Alah (¡bendito sea!), Grano-de-Belleza desembarcó rápidamente y quedó encantado del aspecto de Iskandaria, que nunca había visto, a pesar de ser natural de El Cairo. Y fue enseguida al zoco, en donde alquiló una tienda ya preparada y que se ponía a la venta en aquel estado, según anunciaba el pregonero. Era una tienda cuyo amo acababa de morirse de repente. Estaba amueblada con divanes, cual es costumbre, y sus mercancías consistían en objetos para la gente de mar, como velas, cuerdas, cordeles, arcas sólidas, sacas para pacotillas, armas de todas formas y precios, y sobre todo una cantidad enorme de hierro y antigüedades muy estimables por los capitanes de marina, que las compraban allí para venderlas a la gente de Occidente, pues los de este país estiman en mucho las cosas antiguas, y cambian sus mujeres e hijas por un pedazo de madera podrida, por ejemplo, o por una piedra talismánica, o por un sable viejo y enmohecido.

No es, pues, de asombrar que Grano-de-Belleza, durante los largos años de su destierro de Bagdad, tuviera muy buena suerte en su comercio y ganara diez por uno, ya que no hay nada más productivo que la venta de antigüedades, que se compran, por ejemplo, por un dracma y se revenden por diez dinares.

Cuando Grano-de-Belleza hubo vendido todo lo que encerraba la tienda y se disponía a revenderla vacía, vio de pronto en uno de los estantes que sabía estaban desguarnecidos, un objeto rojo y brillante.

Lo cogió y comprobó, en el límite del asombro, que era una gran gema talismánica, tallada en seis facetas y colgada de cadenilla de oro viejo. Y en las facetas estaban grabados nombres con caracteres desconocidos, que se parecían mucho a hormigas o a insectos del mismo tamaño. Y la miraba con extraordinaria atención, calculando lo que podría valer, cuando advirtió delante de su tienda a un capitán mercante que se había parado para ver desde más cerca aquel objeto que distinguió desde la calle.

El capitán, después de saludar, dijo a Grano-de-Belleza: "¡Oh mi dueño! ¿puedes cederme esa gema, si es que está a la venta?" El otro contestó: "Todo está a la venta, hasta la tienda". El capitán preguntó: "Entonces, ¿consientes en venderme esa gema por ochenta y cuatro mil dinares de oro?"

Grano-de-Belleza, al oír aquello, pensó: "¡Por Alah! ¡Esta gema debe ser fabulosamente preciosa! ¡Me voy a hacer el descontentadizo!" Y contestó: "¡Tú tienes ganas de bromas!, ¡oh capitán! ¡Pues ¡por Alah! a mí me cuesta cien mil dinares!" El otro dijo: "Entonces, ¿quieres dármela en cien mil?" Grano-de Belleza dijo: ¡Bueno! ¡Pero es por ser para ti!" Y el capitán le dio las gracias y le dijo: "No tengo encima tanto dinero. Pero vendrás conmigo a bordo, y cobrarás el precio, y además te haré un regalo de dos piezas de paño, dos de terciopelo y dos de raso".

Entonces Grano-de-Belleza se levantó, cerró con llave la puerta de la tienda y siguió al capitán. Y éste le rogó que le esperara sobre la cubierta, y se marchó para buscar el dinero. Pero no volvió a aparecer, y de pronto las velas se desplegaron por completo y la nave hendió el mar como un pájaro.

Cuando Grano-de-Belleza se vio prisionero en el agua, fue muy grande su estupefacción. Pero a nadie podía recurrir, tanto menos cuanto que no veía a ningún marinero a quien pedir explicaciones, y el barco volaba por el mar como si lo impulsara una fuerza invisible.

Mientras se hallaba perplejo y asustado, vio por fin llegar al capitán, que se acariciaba las barbas y le miraba con aspecto burlón, y acabó por decirle: "¿Eres realmente musulmán, Grano-de-Belleza, hijo de Schamseddin de El Cairo, que has estado en Bagdad en el palacio del califa?" El otro contestó: "Yo soy el hijo de Schamseddin". Y el capitán dijo: "¡Pues bien! ¡Dentro de pocos días llegaremos a Genoa, a nuestro país cristiano! ¡Y ya verás, musulmán, la vida que allí te espera!" Y se fue.

Y efectivamente, después de una feliz navegación, el barco llegó al puerto de Genoa, ciudad de los cristianos de Occidente. Y enseguida una vieja, acompañada por dos hombres, fue a bordo a buscar a Grano-de-Belleza, que no sabía ya qué pensar de aquellos sucesos. No obstante, fiándose del Destino bueno o malo que le dirigía, siguió a la vieja, la cual atravesando la ciudad, le guio a una iglesia que pertenecía a un convento de monjes.

Llegados a la puerta de la iglesia, la vieja se volvió hacia Grano-de-Belleza, y le dijo: "En adelante debes considerarte como criado de esta iglesia y de este convento. Tu servicio consistirá en despertarte todos los días al amanecer, para empezar por ir al bosque a buscar leña y volver lo antes posible para lavar el piso de la iglesia y el convento, sacudir las esteras y barrerlo todo; después cribarás el trigo, lo molerás, harás la masa del pan, la cocerás en el horno, cogerás una medida de lentejas, las molerás, las guisarás, y llenarás con ellas luego trescientas setenta escudillas, que habrás de entregar una por una a los trescientos setenta monjes del convento; más tarde vaciarás los orinales que están en las celdas de los monjes; por último, acabarás la obra regando el jardín y llenando los cuatro estanques y los toneles colocados a lo largo de la pared. Y este trabajo tiene que estar acabado siempre antes de mediodía, pues has de consagrar todas las tardes a obligar a los transeúntes a ir de buena o mala gana a la iglesia a oír el sermón, y si se niegan, ahí tienes una maza coronada por una cruz de hierro, con la cual les matarás por orden del rey. Así no quedarán en la ciudad más que los cristianos fervientes que vendrán aquí a que los monjes los bendigan, ¡ahora, empieza el trabajo y cuida de no olvidar mis encargos!"

Y dichas estas palabras, la vieja le miró guiñándole el ojo, y se fue. Entonces Grano-de-Belleza dijo para sí: "¡Por Alah! ¡Eso es imposible!" Y no sabiendo qué decidir, entró en la iglesia, completamente desierta en aquel momento, y se sentó en un banco para tratar de reflexionar acerca de sucesos tan extraños como los que alternativamente iban sucediéndole.

Allí llevaba una hora, cuando oyó llegar a él, por debajo de los pilares, una voz tan dulce de mujer, que la escuchó en éxtasis, olvidando sus tribulaciones. Y tanto le conmovió aquella voz, que todas las aves de su alma se pusieron a cantar inmediatamente a un tiempo, y notó que bajaba sobre él la frescura bendita que la melodía solitaria da al espíritu. Y ya se levantaba para buscar la voz, cuando ésta se calló.

Pero de pronto, por entre las columnas apareció muy tapada una figura de mujer que adelantóse hacia él, y le dijo con voz trémula: "¡Ah Grano-de-Belleza! ¡Cuánto tiempo hacía que pensaba en ti! ¡Bendito sea Alah, que ha permitido por fin que nos juntemos! ¡Enseguida vamos a casarnos!"

Al oír semejantes palabras, Grano-de-Belleza exclamó: "No hay más Dios que Alah! ¡Seguramente todo cuanto me ocurre es un sueño! ¡Y en cuanto el sueño se disipe, me encontraré de nuevo en mi tienda de Iskandaria!" Pero la joven dijo: "¡No, ¡oh Grano-de-Belleza! es una realidad! Estás en la ciudad de Genoa, a la cual te he hecho transportar, a pesar tuyo, por mediación del capitán de marina que está a las órdenes de mi padre, el rey de Genoa. Sabe que, efectivamente, soy la princesa Hosn-Mariam, hija del rey de esta ciudad. La hechicería, que aprendí de niña, me ha revelado tu existencia y tu hermosura, y me he enamorado tanto de ti que envié al capitán a buscarte a Iskandaria. Y aquí en mi cuello está la gema talismánica que encontraste en tu tienda, y que había sido puesta en un estante por el mismo capitán para atraerte a bordo de su nave. Y dentro de pocos momentos verás claro el poder maravilloso que me da esta gema. Pero ante todo has de casarte conmigo. Y entonces quedarán satisfechos todos tus deseos". Grano-de-Belleza le dijo: "¡Oh princesa! ¿me prometes siquiera volver a llevarme a Iskandaria?" Ella dijo: "Es lo más fácil". Y entonces consintió en casarse con ella.

Enseguida la princesa Mariam le dijo: "¿De modo que quieres volver inmediatamente a Iskandaria?" Él contestó: "¡Sí, por Alah!"

Ella dijo: "¡Vamos allá!" Y cogió la cornalina y volvió hacia el cielo una de sus caras, en que estaba grabada la imagen de una cama, y frotó rápidamente aquella cara con el pulgar, diciendo: "¡Oh cornalina, en nombre de Soleimán te ordeno que me proporciones una cama de viaje!"

Apenas pronunciadas tales palabras, se colocó delante de ellos un lecho de viaje, con sus sábanas v almohadones. Lo ocuparon los dos y se tendieron cómodamente. Entonces la princesa Mariam cogió entre los dedos la cornalina, volvió hacia el cielo una de sus caras, en que estaba grabado un pájaro, y dijo: ¡Cornalina, ¡oh cornalina! te ordeno, por el nombre de Soleimán, que nos transportes sanos y salvos a Iskandaria por la vía más directa!

Apenas había dado la orden, cuando la cama se levantó sola por el aire, sin sacudidas, subió hasta la cúpula, salió por el mayor ventanal, y más rápida que el ave más rápida, hendió el espacio con maravillosa regularidad, y en menos tiempo que el necesario para orinar los depositó en Iskandaria.

Y en el instante mismo en que se apeaban, vieron llegar con dirección a ellos a un hombre vestido a la moda de Bagdad, a quien conoció enseguida Grano-de-Belleza: era el jefe de los guardias. Acababa de desembarcar en aquel momento para ponerse en busca del sentenciado. Se echaron uno en brazos de otro, y el jefe de los guardias anunció a Grano-de-Belleza la noticia del descubrimiento del culpable y de su ejecución, le contó todos los sucesos que habían pasado en Bagdad durante catorce años, y también le comunicó el nacimiento de su hijo Aslán, que había llegado a ser el caballero más hermoso de Bagdad.

Y Grano-de-Belleza, por su parte, refirió al jefe de los guardias todas sus aventuras desde el principio hasta el fin. Y aquello asombró en extremo al jefe de la guardia, que, cuando se le calmó algo la emoción, le dijo: "¡El Emir de los Creyentes desea verte cuanto antes!"

El otro contestó: "¡Cierto que sí! Pero permíteme antes ir a El Cairo a besar la mano de mi padre Schamseddin y a mi madre, y a decidirlos a que vengan con nosotros a Bagdad".

Entonces el jefe de los guardias subió con ellos a la cama que en un momento les transportó a El Cairo, precisamente a la calle Amarilla, en donde estaba la casa de Schamseddin. Y llamaron a la puerta. Y la madre bajó a ver quién llamaba así, y preguntó: "¿Quién llama?" Y él contestó: "¡Soy yo, tu hijo Grano-de-Belleza!"

El júbilo de la madre fue inmenso, pues desde hacía muchos años se había puesto de luto, y cayó desmayada en brazos de su hijo. Y al venerable Schamseddin le pasó lo propio.

Cuando hubieron descansado tres días en la casa, subieron todos juntos a la cama, que por orden de la princesa Hosn-Mariam les transportó sanos y salvos a Bagdad, en donde el califa recibió a Grano-de-Belleza abrazándole cual a un hijo, y le colmó de empleos y honores, así como a su padre Schamseddin y a su hijo Aslán.

Después de lo cual, Grano-de-Belleza se acordó de que en resumen el primer promotor de su fortuna era Mahmud-el-Bilateral, que al principio le había obligado con tanto ingenio a viajar, y más tarde le había recogido desprovisto de todo en la plataforma de la fuente pública. Y mandó buscarle por todas partes, y acabó por encontrarlo sentado en un jardín en medio de muchachos, con los cuales cantaba y bebía. Y le rogó que fuera a palacio y le hizo nombrar, por muy bilateral que fuera, jefe de vigilancia de Bagdad, en lugar de Ahmed-la-Tiña.

Cumplido este deber, Grano-de-Belleza, dichoso al encontrar un hijo tan hermoso y valiente como el joven Aslán, dio gracias a Alah por sus favores. Y vivió años y años en Bagdad en el colmo de la ventura entre sus tres esposas, Zobeida, Yazmina y Hosn-Mariam, hasta que fue visitado por la Destructora de delicias y Separadora de amigos. ¡Alabado sea el Inmutable, en el Cual convergen todas las cosas creadas!"

Y Schehrazada, al concluir de contar esta historia, se sintió algo cansada, y se calló.

Entonces el rey Schahriar, que había permanecido inmóvil de atención todo aquel tiempo, exclamó: "Esa historia de Grano-de-Belleza. ¡oh Schehrazada! es realmente extraordinaria, y la de Mahmud-el-Bilateral y la de Sésamo el corredor con su receta para calentar los campañones fríos, me han gustado en extremo. Pero he de expresarte mi asombro al ver tan pocos poemas en esta historia, pues ya estaba acostumbrado a los versos espléndidos. ¡Y además, he de decirte que las cosas del Bilateral todavía son para mí algo oscuras, y me encantaría que me dieras una explicación más clara de ellas, si es que puedes!"

Al oír lo dicho por el rey Schahriar, Schehrazada sonrió ligeramente y miró a su hermana Doniazada, a la cual encontró muy divertida; y después dijo al rey: "Ahora que esta niña lo puede oír todo, ¡oh rey afortunado! quiero contarte una o dos de las Aventuras del poeta Abu-Nowas, el más delicioso y encantador e ingenioso de todos los poetas del Irán y de Arabia.

Y la pequeña Doniazada se levantó de la alfombra en que estaba acurrucada, y corrió a arrojarse en los brazos de su hermana, a quien abrazó tiernamente, y le dijo: "¡Oh, por favor, Schehrazada, empieza enseguida! ¡Serías tan amable si así lo hicieses, ¡oh hermana mía!" Y dijo Schehrazada: "¡Con mucho gusto, y como debido homenaje a este rey dotado de tan buenos modales!"

Pero como viese aparecer la mañana, Schehrazada, siempre discreta, dejó el relato para el siguiente día.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 270ª NOCHE

Ella dijo:

La pequeña Doniazada esperó a que Schehrazada hubiese terminado su cosa con el rey Schahriar, y levantando la cabeza, exclamó: "¡Oh hermana mía! ¿qué aguardas para contarnos esas anécdotas del delicioso poeta Abu-Nowas, amigo del califa y el más encantador entre todos los poetas del Irán y de Arabia?" Y Schehrazada sonrió a su hermana, y le dijo: "¡Sólo espero el permiso del rey para narrar algunas aventuras de Abu-Nowas, que, efectivamente, era un exquisito poeta, pero un grandísimo libertino!"

Entonces la pequeña Doniazada se levantó de un salto y corrió a abrazar a su hermana, diciéndole: "¡Te ruego que nos enteres de lo que hizo! ¡Cuéntanoslo enseguida!"

Pero el rey Schahriar, volviéndose hacia Schehrazada, le dijo: "Verdaderamente, Schehrazada, me agradaría oír una o dos de esas aventuras, que preveo son deliciosas. Pero he de hacerte observar que esta noche me atraen más elevados pensamientos y me hallo predispuesto a oír de tu boca algunas palabras de sabiduría. ¡Así, pues, si te acuerdas de cualquier historia que pueda adiestrarme en el conocimiento de los preceptos buenos y haga que mi espíritu se aproveche de la experiencia de los prudentes y los sabios, no creas que dejaría de interesarme! ¡Al contrario!

Luego, si no se acaba mi paciencia, podrás, Schehrazada, entretenerme con esas aventuras de Abu-Nowas".

Al oír tales palabras del rey Schahriar, Schehrazada apresuróse a responder: "Precisamente, ¡oh rey afortunado! durante todo el pasado día medité sobre la historia de una joven admirable de belleza y a quien llamaban Simpatía. ¡Y estoy pronta a comunicarte cuanto sé de su conducta y de sus maravillosos conocimientos!"

Y exclamó el rey Schahriar: "¡Por Alah! ¡no tardes más en ponerme al corriente de lo que me anuncias! Porque nada me es tan grato como escuchar doctas palabras dichas por jóvenes hermosas. Y anhelo mucho que la historia prometida me satisfaga por completo, y a la vez me sea provechosa y me sirva cual ejemplo de la instrucción que debe poseer todo buen musulmán".

Entonces Schehrazada reflexionó un instante, y después de levantar un dedo, dijo:

HISTORIA DE LA DOCTA SIMPATÍA

Se cuenta -pero Alah está mejor instruido en todas las cosas- que había en Bagdad un comerciante muy rico, cuya casa sostenía un tráfico inmenso. Gozaba de honores, de consideración, de prerrogativas y privilegios de todas clases; pero no era dichoso porque Alah no extendía sobre él su bendición hasta el punto de concederle un descendiente, aunque fuera del sexo femenino. A causa de ello había llegado a viejo sumido en la tristeza, y veía cómo poco a poco sus huesos se volvían transparentes y curvábase su espalda, sin poder obtener de alguna de sus numerosas esposas un resultado consolador. Pero un día en que había distribuido muchas limosnas, y visitado a los santones, y ayunado y rezado fervorosamente, se acostó con la más joven de sus esposas, y merced al Altísimo, aquella vez la dejó fecundada en tal hora y tal instante.

Al llegar el noveno mes, día tras día, la esposa del comerciante parió felizmente un niño varón, tan bello, que se diría era un trozo de luna.

En su gratitud hacia el Donador, no se olvidó a la sazón el comerciante de cumplir las promesas que hizo, y durante siete días enteros socorrió con largueza a pobres, viudas y huérfanos; después, en la mañana del séptimo día, pensó dar un nombre a su hijo, y le llamó Abul-Hassán.

El niño se crio en brazos de nodrizas y en brazos de bellas esclavas, y como a cosa preciosa le cuidaron mujeres y criados hasta que estuvo en edad de estudiar. Entonces se le confió a los maestros más sabios, que le enseñaran a leer las palabras sublimes del Korán y le adiestraron en la escritura hermosa, en la poesía, en el cálculo, y sobre todo en el arte de disparar el arco. Por lo tanto, su instrucción superó a la que en su generación y su siglo era corriente; ¡pero no fue esto todo! Porque a sus diversos conocimientos añadía un encanto mágico y era perfectamente bello.

He aquí en qué términos los poetas de su tiempo describieron sus gracias juveniles, la frescura de sus mejillas, las flores de sus labios y el naciente bozo que los adornaba:

¿Ves en el jardín de sus mejillas esos botones de rosa que intentan entreabrirse, aunque la primavera pasó ya por los rosales?

¿No te asombra ver todavía florecer la rosa y apuntar el bozo en el hoyo sombrío de sus labios, como las violetas bajo las hojas?

El joven Abul-Hassán fue, pues, la alegría de su padre y la delicia de sus pupilas durante el tiempo que el Destino le marcó de antemano. Pero cuando el anciano sintió acercarse el término que le estaba fijado, hizo sentarse a su hijo entre sus manos un día entre los días, y le dijo: "Hijo mío, se aproxima mi fin, y ya sólo me resta prepararme a comparecer ante el Dueño Soberano. Te lego grandes bienes, muchas riquezas y. propiedades, poblados enteros y fértiles tierras y abundosos huertos, que os bastarán para vivir, no sólo a ti, sino también a los hijos de tus hijos. ¡Únicamente te recomiendo que sepas aprovecharte de ello sin abusar y dando gracias al Retribuidor y con el respeto que le es debido!" Luego murió de su enfermedad el viejo comerciante, y AbulHassán se afligió en extremo, y cuando terminaron las exequias estuvo de duelo y se encerró con su dolor.

Pero no tardaron sus camaradas en distraerle y alejarle de sus penas, obligándole a entrar en el hammam para que se refrescara y a cambiar de trajes luego; y le dijeron, a fin de consolarle por completo: "¡Quien se reproduce en hijos como tú, no muere! ¡Aleja la tristeza, pues, y piensa en aprovecharte de tu juventud y de tus bienes!"

De modo que Abul-Hassán olvidó poco a poco los consejos de su padre, y acabó por persuadirse de que eran inagotables la dicha y la fortuna. Así, pues, no dejó de satisfacer todos sus caprichos, entregándose a todos los placeres, visitando a las cantarinas y tañedoras de instrumentos, comiendo todos los días una cantidad enorme de pollos, porque le gustaban los pollos, complaciéndose en destapar las botellas añejas de licores enervantes y de oír el tintineo de las copas que se entrechocan, deteriorando lo que pudo deteriorar, arruinando lo que pudo arruinar y trastornando lo que pudo trastornar, ¡hasta tal punto que a la postre se despertó un día sin nada entre las manos, a no ser su persona! Y de cuantos servidores y mujeres le hubo legado su difunto padre, no le quedaba más que una sola esclava entre las numerosas esclavas.

Pero aun tuvo que admirar la continuidad dichosa de la suerte, que quiso fuese precisamente la propia maravilla de todas las esclavas de las comarcas de Oriente y de Occidente la que habitaba en la casa, ya sin lustre, del pródigo Abul-Hassán, hijo del difunto comerciante.

Efectivamente, esta esclava se llamaba Simpatía, y en verdad que jamás nombre alguno cuadró mejor a las cualidades de la que lo llevaba. La esclava Simpatía era una adolescente tan derecha como la letra aleph, de estatura proporcionada, y tan esbelta y delicada que podía desafiar al sol a que prolongase en el suelo su sombra; maravillosas eran la belleza y la lozanía de su rostro; todas sus facciones ostentaban con claridad la huella de la bendición y el buen augurio; su boca parecía sellada con el sello de Soleimán, como para guardar precisamente el tesoro de perlas que encerraba; eran sus dientes collares dobles e iguales; las dos granadas de su seno aparecían separadas por el intervalo más encantador, y su ombligo era lo suficiente ancho y profundo para contener una onza de manteca moscada. En cuanto a su grupa monumental, remontaba dignamente la finura de su talle, y dejaba profundamente impreso en divanes y colchones el hueco creado por la importancia de su peso. Y a ella se refería esta canción del poeta:

¡Es solar, es lunar, es vegetal como el tallo del rosal; está tan lejos del color de la tristeza, cual lo están el sol, la luna y el tallo del rosal!

¡Cuando aparece, conmueve profundamente los corazones su presencia, y cuando se aleja los corazones quedan aniquilados!

¡El cielo está en su rostro, sobre su túnica se extienden las grandezas del Edén, entre las cuales corre el arroyo de la vida, y la luna brilla bajo su manto!

¡En su cuerpo encantador se armonizan todos los colores: el encarnado de las rosas, la blancura resplandeciente de la plata, el negro de la baya madura y el color del sándalo! ¡Y es tan grande su belleza que hasta el deseo la defiende!

¡Bendito sea quien desplegó sobre ella la hermosura! ¡Feliz el amante que pueda saborear las delicias de sus palabras!

Tal era la esclava Simpatía, único tesoro que poseía aún el pródigo Abul-Hassán... .

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 272ª NOCHE

Ella dijo:

...Tal era la esclava Simpatía, único tesoro que poseía aún el pródigo Abul-Hassán.

Y he aquí que, al percatarse de que su patrimonio habíase disipado irremediablemente, Abul-Hassán quedó sumido en un estado de desolación tan grande, que le robó el sueño y el apetito; y permaneció tres días y tres noches sin comer, ni beber, ni dormir, alarmando a la esclava Simpatía, que creyó verle morir, y resolvió salvarle a toda costa.

Se atavió con sus trajes más dignos de exhibirse y con las joyas y adornos que le quedaban, y se presentó a su amo, diciéndole, mientras mostraba en sus labios una sonrisa de buen augurio: "Por mi causa va a hacer cesar Alah tus tribulaciones. Para ello bastará que me conduzcas ante nuestro señor el Emir de los Creyentes, Harún Al-Raschid, quinto descendiente de Abbas, y me vendas a él, pidiéndole como precio diez mil dinares. Si encontrara este precio demasiado caro, dile: "¡Oh Emir de los Creyentes! esta adolescente vale más todavía, como podrás advertir mejor tomándola a prueba. ¡Entonces se realzará a tus ojos, y verás que no tiene par ni rival y que verdaderamente es digna de servir a nuestro señor el califa!" Después, la esclava, insistiendo mucho, le recomendó que se guardase de rebajar el precio.

Abul-Hassán, que hasta aquel momento, por negligencia, no se había preocupado de observar las cualidades y talentos de su hermosa esclava, no estaba en situación para apreciar por sí mismo los méritos que pudiese ella poseer. Solamente le pareció que la idea no era mala y que tenía probabilidades de éxito.

Se levantó, pues, enseguida, y llevando a Simpatía tras sí la condujo ante el califa, a quien repitió las palabras que ella le había recomendado que dijese.

Entonces el califa volvióse hacia ella y le preguntó: "¿Cómo te llamas?" Ella dijo: "Me llamo Simpatía".

Él le dijo: "¡Oh Simpatía! ¿estás versada en ciertos conocimientos y puedes enumerarme las diversas ramas del saber que has cultivado?"

Ella le contestó: "¡Oh señor! estudié la sintaxis, la poesía, el derecho civil y el derecho general; la música, la astronomía, la geometría, la aritmética, la jurisprudencia desde el punto de vista de las sucesiones, y el arte de descifrar las escrituras mágicas y las inscripciones antiguas. Me sé de memoria el Libro Sublime y puedo leerle de siete maneras distintas; conozco exactamente el número de sus capítulos, de sus versículos, de sus divisiones, de sus diferentes partes y sus combinaciones, y cuantas líneas, palabras, letras consonantes y vocales encierra: recuerdo con precisión qué capítulos se inspiraron y escribieron en la Meca y cuáles otros se dictaron en Medina; no ignoro las leyes y los dogmas, sé distinguirlos con las tradiciones y diferenciar su grado de autenticidad; no soy una profana en lógica, ni en arquitectura, ni en filosofía, como tampoco en lo que afecta a la elocuencia, al lenguaje escogido, a la retórica y a las reglas de los versos, los cuales sé ordenar y medir sin omitir ninguna dificultad en su construcción; sé hacerlos sencillos y fluidos, como también complicados y enrevesados para deleitar sólo a las gentes delicadas; y si a veces pongo en ellos oscuridad, es para fijar más la atención y halagar al espíritu, que despliega por último su trama sutil y frágil; en una palabra, aprendí muchas cosas y retuve cuanto aprendí.

Además, sé cantar perfectamente y bailar cual un pájaro, y tocar el laúd y la flauta, manejando asimismo todos los instrumentos de cuerda, y lo hago de cincuenta modos diferentes. ¡Por lo tanto, cuando canto y bailo se condenan quienes me ven y me oyen; si camino balanceándome, ataviada y perfumada, les mato; si meneo mi grupa, les derribo; si guiño un ojo, les traspaso; si agito mis brazaletes, les ciego; si toco, doy la vida, y si me alejo, hago morir!

¡Estoy versada en todas las artes, y he llevado mi saber a tal límite, que únicamente podrían llegar a distinguir su horizonte los escasos seres cuyos años hubieran transcurrido en el estudio de la sabiduría!"

Cuando el califa Harún Al-Raschid hubo oído estas palabras, se asombró y entusiasmó de encontrar tal elocuencia unida a belleza tal, tanto saber y juventud en la que frente a él se mantenía con los ojos respetuosamente bajos. Se volvió hacia Abul-Hassán y le dijo: "Quiero dar orden al instante para que vengan todos los maestros de la ciencia a fin de poner a prueba a tu esclava, y asegurarme por medio de un examen público y decisivo de si realmente es tan instruida como bella. ¡En caso de que saliese victoriosa de la prueba, no sólo te daría diez mil dinares, sino que te colmaría de honores por haberme traído semejante maravilla! ¡De no ser así, no hay nada de lo dicho, y seguirá perteneciéndote!"

Luego, acto continuo, el califa hizo llegar al sabio mayor de aquella época, Imraim ben-Sayar, que había profundizado en todos los conocimientos humanos; mandó que acudiesen también todos los poetas, los gramáticos, los lectores del Korán, los médicos, los astrónomos, los filósofos, los jurisconsultos y los doctores en teología. Y apresuraronse a ir a palacio todos, y se reunieron en la sala de recepción, sin saber por qué motivo se les convocaba.

Cuando lo ordenó el califa, todos se sentaron en corro sobre la alfombra, en medio de la cual la adolescente Simpatía permanecía en una silla de oro, donde el califa hízola colocarse, con el rostro cubierto por un velo ligero, y a través de él brillaban sus ojos y se veían con su sonrisa los dientes...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 274ª NOCHE

Ella dijo:

...se veían con su sonrisa los dientes.

Cuando en aquella asamblea se estableció un silencio tan completo que se hubiera podido oír el ruido de una aguja que cayese al suelo, Simpatía hizo a todos una zalema llena de gracia y dignidad, y con un modo de hablar verdaderamente exquisito, dijo al califa:

"¡Oh Emir de los Creyentes, manda! ¡Aquí estoy pronta a cuantas preguntas quieran dirigirme los doctos y venerables sabios, lectores del Korán, jurisconsultos, médicos, arquitectos, astrónomos, geómetras, gramáticos, filósofos y poetas!"

Entonces el califa Harún Al-Raschid se encaró con todos ellos y les dijo desde el trono en que estaba sentado: "¡Hice que os mandaran venir aquí para que examinéis a esta adolescente en lo que afecta a la variedad y profundidad de sus conocimientos, y no perdonéis nada que contribuya a que resalte a la vez vuestra erudición y su saber!" Y todos los sabios respondieron, inclinándose hasta tierra y llevando las manos a sus ojos y a su frente: "¡El oído y la obediencia a ti y a Alah, ¡oh Emir de los Creyentes!"

A estas palabras, la adolescente Simpatía se mantuvo algunos instantes con la cabeza baja reflexionando; después alzó la frente y dijo: "¡Oh vosotros todos, maestros míos! ¿cuál es primeramente el más versado entre vosotros en el Korán y en las tradiciones del Profeta? (¡con él la paz y la oración!)" Entonces se levantó uno de los doctores, designado por todos los dedos, y dijo: "¡Yo soy ese hombre! “Ella le dijo: "¡Interrógame, pues, a tu sabor sobre tal punto!"

Y demandó el sabio lector del Korán:

"¡Oh joven, desde el momento en que estudiaste a fondo el santo Libro de Alah, debes conocer el número de capítulos, palabras y letras que encierra y los preceptos de nuestra fe! Dime, pues, para empezar, ¿quién es tu Señor, quién es tu Profeta, quién es tu Imán, cuál es tu orientación, cuál es tu norma de vida, cuál es tu guía en los caminos y quiénes son tus hermanos?"

Ella contestó: "¡Mi Señor es Alah; mi Profeta es Mohamed (¡con él la oración y la paz!) ; mi ley, y por lo tanto mi Imán, es el Korán; mi orientación es la Kaaba, la casa de Alah, levantada por Abraham en la Meca; mi norma de vida es el ejemplo de nuestro santo Profeta; mi guía en los caminos es la Sunna, recopilación de tradiciones, y mis hermanos son todos los creyentes!"

Mientras comenzaba el califa a maravillarse de la claridad y precisión de estas respuestas en boca de una joven tan gentil, añadió el sabio: "¡Dime! ¿Cómo sabes que hay un Dios?"

Ella contestó: "¡Por la razón!" El preguntó: "¿Qué es la razón?"

Ella dijo: "La razón es un don doble: innato y adquirido. La razón innata es la que puso Alah en el corazón de sus servidores escogidos, para hacerles que caminen por la senda de la verdad. Y la razón adquirida es en el hombre bien dotado fruto de la educación y de una labor constante".

El añadió: "¡Muy bien! Pero ¿dónde reside la razón?"

Ella contestó: "¡En nuestro corazón! Y desde él se elevan sus inspiraciones hacia nuestro cerebro, para establecer allí su domicilio".

Él dijo: "¡Perfectamente! Pero ¿puedes decirme cómo aprendiste a conocer al Profeta? (¡con él la plegaria y la paz!)"

Ella contestó: "¡Por la lectura del Libro de Alah, por las sentencias que contiene, por las pruebas y los testimonios de tal misión divina!"

Dijo él: "¡Muy bien! Pero ¿puedes decirme cuáles son los deberes indispensables de nuestra religión?"

Ella contestó: "En nuestra religión hay cinco deberes indispensables: la profesión de fe "¡No hay más Dios que Alah, y Mohamed es el enviado de Alah!", la oración, la limosna, el ayuno del mes de Ramadán y la peregrinación a la Meca cuando puede hacerse".

El preguntó: "¿Qué acciones pías son las más meritorias?" Contestó ella: "Son seis: la plegaria, la limosna, el ayuno, la peregrinación, la lucha contra malos instintos y cosas ilícitas, ¡y por último, la guerra santa!"

Él dijo: "¡Bien contestado! Pero ¿qué objeto persigues con la plegaria ?"

Ella replicó: "¡Sencillamente el de ofrecer al Señor el homenaje de mi adoración, alabarle y levantar mi espíritu hacia las regiones serenas!"

El exclamó: "¡Ya Alah! ¡Excelente es esta respuesta! Pero ¿no requiere antes la oración preparativos indispensables?"

Ella contestó: "¡Ciertamente! ¡Es necesario purificarse por completo el cuerpo con las abluciones rituales, vestir trajes sin mácula, escoger un lugar limpio y claro, preservar la parte del cuerpo comprendida entre el ombligo y las rodillas, abrigar intenciones puras y volverse hacia la Kaaba, en dirección a la Meca santa!"

"¿Qué valor tiene la plegaria?"

"¡Es el sostén de la fe, en la que se basa!"

"¿Cuáles son los frutos de la oración? ¿Cuál es su utilidad?"

"La plegaria verdaderamente hermosa no tiene utilidad terrena.!Es sólo el lazo espiritual entre la criatura y su Señor! ¡Puede producir diez frutos inmateriales y mucho más hermosos que los tangibles; aclara el corazón, ilumina el semblante, complace al Clementísimo, excita el furor del maligno, atrae la misericordia, aleja los maleficios, preserva del mal, resguarda contra los atentados de los enemigos, fortalece al espíritu vacilante y acerca el esclavo a su dueño!"

"¿Cuál es la llave de la plegaria? ¿Y cuál es la llave de esta llave?" "La llave de la plegaria es la ablución, y la llave de la ablución es la fórmula inicial: "¡En el nombre de Alah el Clemente sin límite, el Misericordioso!"

"¿Qué prescripciones han de seguirse para la ablución?"

"Según el rito ortodoxo del imán El-Schafly ben-ldris, seis: la intención de purificarse sin otra mira que la de ser agradable al Creador; la ablución del rostro primeramente; la ablución de las manos hasta el codo; el frotamiento de parte de la cabeza; la ablución de los pies, incluso los talones, hasta los tobillos, y un orden estricto en el cumplimiento de estos diversos actos. Y tal orden implica la observación de doce condiciones bien precisas, a saber:

"Primero pronunciar la fórmula inicial: "¡En el nombre de Alah!", lavarse las palmas de las manos antes de sumergirlas en la jofaina; enjuagarse la boca; lavarse las narices, tomando agua en el hueco de la mano y sorbiendo; frotarse toda la cabeza y frotarse las orejas al exterior y al interior con otra agua; peinarse la barba con los dedos; torcerse los dedos de pies y manos, haciendo que rechinen; utilizar el pie derecho antes que el pie izquierdo: repetir cada ablución tres veces; pronunciar el acto de fe después de cada ablución, y por último, una vez terminadas las abluciones, recitar además esta fórmula piadosa: "¡Oh Dios mío! ¡Cuéntame en el número de los arrepentidos, de los puros y fieles servidores! ¡Loor a mi Dios! ¡Confieso que no hay más Dios que Tú! ¡Tú eres mi refugio; de Ti imploro el perdón de mis culpas lleno de arrepentimiento! ¡Amén!"

"Esta fórmula, en efecto, es la que el Profeta (¡con él la plegaria y la paz!) nos ha recomendado que recitemos, cuando dijo: "¡A quien la recite le abriré de par en par las ocho puertas del Edén y podrá entrar por la puerta que le plazca!"

El sabio dijo: "¡En verdad que contestaste de un modo excelente! Pero, ¿qué hacen los ángeles y los demonios junto a aquel que practica sus abluciones?"

Simpatía respondió: "Cuando el hombre se prepara a verificar sus abluciones, los ángeles se colocan a su derecha y los diablos a su izquierda; pero no bien pronuncia la fórmula inicial: "¡En el nombre de Alah!", los diablos se ponen en fuga, y los ángeles se aproximan a él, desplegando sobre su cabeza un dosel luminoso de forma cuadrada que sostienen por las cuatro puntas, y cantan alabanzas a Alah e imploran el perdón de los pecados de aquel hombre. ¡Pero en cuanto se olvida él de invocar el nombre de Alah o deja de pronunciarlo, los diablos vuelven...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 275ª NOCHE

Ella dijo:

"...los diablos vuelven tumultuosos, y trabajan todo lo posible por turbarle el alma, sugerirle la duda y enfriarle el espíritu y el fervor!

"¡Cuando el hombre hace sus abluciones, es obligatorio que corra el agua por todo su cuerpo, por todos sus pelos visibles o secretos y por sus miembros sexuales, debiendo también frotarse por todas partes y no lavarse los pies hasta lo último!"

El sabio dijo: "¡Bien contestado! ¿Puedes ahora decirme cómo hay que proceder en la ablución llamada tayamuin?"

Ella contestó: "La ablución llamada tayamum es la purificación con arena y polvo. Se verifica esta ablución en los siete casos, establecidos según usos conforme a la práctica del Profeta. Y se efectúa siguiendo las cuatro indicaciones previstas por la enseñanza directa del Libro.

"Los siete casos que permiten esta ablución, son: la carencia de agua; el miedo a agotar la provisión de agua; la necesidad de esta agua para beber; el temor de perder una parte de ella al transportarla; las enfermedades que producen aversión al agua; las fracturas que precisan reposo para soldarse; las heridas que no se deben tocar.

"En cuanto a las otras cuatro condiciones necesarias para cumplir esta ablución con arena y polvo, son: primeramente obrar de buena fe; luego tomar arena o polvo con las manos y hacer ademán de frotarse con ello el rostro; después hacer ademán de frotarse también los brazos hasta los codos y secarse las manos.

Hay dos prácticas igualmente recomendables por ser conformes a la Sunna: empezar la ablución con la fórmula invocadora: "¡En el nombre de Alah! ", y efectuar la ablución de todo el lado derecho del cuerpo antes que la del lado izquierdo".

El sabio dijo: "¡Muy bien! Pero, volviendo a la plegaria, ¿puedes decirme cómo debe verificarse y en qué acciones se basa?"

Ella replicó: "Los actos requeridos para hacer la plegaria constituyen otras tantas columnas que la sostienen. Estas columnas de la plegaria son: primera, la buena intención; segunda, la fórmula del Takbir, que consiste en pronunciar estas palabras: "¡Alah es el más grande!"; tercera, recitar la Fatiha, que es el capítulo que abre el Korán; cuarta, prosternarse con la cara en tierra; quinta, levantarse; sexta, hacer la profesión de la fe; séptima, sentarse sobre los talones; octava, hacer votos por el Profeta, diciendo: "¡Con él sean la plegaria y la paz de Alah!"; novena, mantenerse siempre en la misma intención pura.

"Hay otras condiciones de una buena plegaria, tomadas solamente de la Sunna, a saber: levantar ambos brazos, con las palmas vueltas hacia arriba, en dirección a la Meca; recitar una vez más la Fatiha; recitar otro capítulo del Korán, por ejemplo, la Surata de la Vaca; pronunciar otras diversas fórmulas piadosas, y terminar con votos por nuestro Profeta. (¡Con él la plegaria y la paz!)"

El sabio dijo: "¡En verdad que respondiste perfectamente! ¿Puedes ahora decirme cómo debe pagarse el diezmo de la limosna?"

Ella contestó: "Se puede pagar el diezmo de la limosna de catorce maneras: en oro, en plata, en camellos, en vacas, en carneros, en trigo, en cebada, en mijo, en maíz, en habas, en garbanzos, en arroz, en pasas y en dátiles.

"Por lo que se refiere al oro si sólo se posee una suma inferior a veinte dracmas de oro de la Meca, no hay que pagar ningún diezmo; pasando de esa suma, se da el tres por ciento. Lo mismo ocurre con la plata en la proporción correspondiente.

"Por lo que se refiere al ganado, quien posee cinco camellos paga un carnero; quien posee veinticinco camellos da uno como diezmo, y así sucesivamente en la misma proporción."

"Por lo que se refiere a carneros y borregos, de cada cuarenta se da uno. Y así sucesivamente con todo lo demás".

El sabio dijo: "¡Perfectamente! ¡Háblame ahora del ayuno!" Simpatía contestó: "El ayuno consiste en abstenerse de comer, de beber y de goces sexuales durante el día y hasta la puesta del sol, en el transcurso del mes de Ramadán, desde que sale la luna nueva. Es recomendable abstenerse igualmente, durante la comida, de todo discurso vano y de cualquier lectura que no sea la del Korán".

El sabio preguntó: "Pero ¿no hay ciertas cosas que a primera vista parece que hacen ineficaz el ayuno, aunque, según enseña el Libro, no aminoran en nada su valor?"

Ella contestó: "En efecto, hay cosas que no hacen ineficaz el ayuno. Son las pomadas, los bálsamos y los ungüentos; el kohl para los ojos y los colirios; el polvo del camino; la acción de tragar saliva; las eyaculaciones nocturnas o diurnas de licor viril cuando son involuntarias; las miradas dirigidas a una extranjera que no sea musulmana; la sangre o las ventosas simples o escarificadas. Tales son todas las cosas que no quitan ninguna eficacia al ayuno."

Dijo el sabio: "¡Está muy bien! ¿Y qué piensas del retiro espiritual?"

Dijo ella: "El retiro espiritual es una estancia de larga duración en una mezquita, sin salir nunca más que para satisfacer una necesidad, y renunciando al comercio con las mujeres y al uso de la palabra. La recomienda la Sunna; pero no es una obligación dogmática".

Dijo el sabio: "Admirable! ¡Deseo ahora oírte hablar de la peregrinación!"

Ella contestó: "La peregrinación a la Meca o hadj es un deber que todo buen musulmán ha de cumplir, por lo menos una vez en su vida, cuando llega a la edad de la razón. Para cumplirlo, hay que observar diversas condiciones. Debe uno revestirse con la capa de peregrino o ihram, guardarse de tener comercio con mujeres, afeitarse el pelo, cortarse las uñas y taparse la cabeza y el rostro. La Sunna hace también otras prescripciones".

El sabio dijo: "¡Perfectamente! ¡Pero pasemos a la guerra santa!"

Ella contestó: "La guerra santa es la que se lleva a cabo contra los infieles cuando el Islam está en peligro. No se debe hacer más que para defenderse y jamás debe tomarse la ofensiva. ¡Cuando el creyente se ha puesto ya sobre las armas, debe ir contra el infiel sin volver sobre sus pasos nunca!"

El sabio preguntó: "¿Puedes darme algunos detalles sobre la compra y la venta?"

Simpatía contestó: "La compra y la venta deben hacerse con libertad por ambas partes, y en los casos importantes, patentizando el consentimiento y la aceptación.

"Pero hay algunas cosas prohibidas por la Sunna en la compra y en la venta. Así, por ejemplo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 277ª NOCHE

Ella dijo:

"...Así, por ejemplo, está expresamente prohibido cambiar dátiles secos por dátiles frescos, higos secos por higos frescos, carne curada y salada por carne fresca, manteca salada por manteca fresca, y en general, todas las provisiones frescas por otras añejas y secas de la misma especie".

Cuando el sabio comentador del Libro hubo oído estas repuestas de Simpatía, no pudo menos de pensar que sabía ella tanto como él y no quiso declararse impotente para cogerla en falta. Resolvió, pues, hacerle preguntas más sutiles, y le interrogó:

"¿Qué significa lingüísticamente la palabra ablución?"

Ella contestó: "Eliminar por medio del lavatorio todas las impurezas internas o externas".

Preguntó él: "¿Qué significa la palabra ayunar?" Ella dijo: "Abstenerse".

Preguntó él: "¿Qué significa la palabra dar?" Ella dijo: "Enriquecerse".

Preguntó él: "¿Y el ir de peregrinación?" Ella contestó: "Alcanzar la meta". Preguntó él: "¿Y hacer la guerra?"

Ella dijo: "Defenderse".

A estas palabras, irguióse sobre sus pies el sabio y exclamó: "¡En verdad que para ella son insignificantes mis preguntas y argumentos! Asombra el saber y la clarividencia de esta esclava. ¡Oh Emir de los Creyentes!"

Pero Simpatía sonrió ligeramente y le interrumpió: "A mi vez -le dijo- quisiera hacerte una pregunta. ¿Puedes decirme, ¡oh sabio lector! cuáles son las bases del Islam?"

Reflexionó él un instante y dijo: "Son cuatro: la fe iluminada por la razón sana; la rectitud; el conocimiento de los deberes y derechos estrictos y la discreción y el cumplimiento de los compromisos".

Ella añadió: "¡Permíteme que te haga otra pregunta todavía! ¡Si no pudieses resolverla, tendré el derecho de arrebatarte el manto que te sirve como distintivo de sabio lector del Libro!"

Dijo él: "¡Acepto! ¡Venga la pregunta, ¡oh esclava!" Ella preguntó: "¿Cuáles son las ramas del Islam?"

El sabio permaneció algún tiempo recapacitando, y finalmente no supo qué responder.

Entonces habló el propio califa y dijo a Simpatía: "¡Responde tú misma a la pregunta, y te pertenecerá el manto de este sabio!"

Simpatía se inclinó y repuso: "¡Los ramajes del Islam son veinte: la observancia estricta de lo que enseña el Libro; conformarse con las tradiciones y la enseñanza oral de nuestro santo Profeta; no cometer nunca injusticias; comer los alimentos permitidos; no comer jamás alimentos prohibidos; castigar a los malhechores, a fin de que no aumente la malicia de los malos por causa de la indulgencia de los buenos; arrepentirse de las propias faltas; profundizar en el estudio de la religión; hacer bien a los enemigos; llevar vida modesta; socorrer a los servidores de Alah; huir de toda innovación y todo cambio; desplegar valor en la adversidad y fortaleza en las pruebas a que se nos someta; perdonar cuando se es fuerte y poderoso; ser paciente en la desgracia; conocer a Alah el Altísimo; conocer al Profeta (¡con él la plegaria y la paz!) ; resistir a las sugestiones del Maligno; resistir a nuestras pasiones y a los malos instintos de nuestra alma; proclamarse en absoluto al servicio de Alah con toda confianza y toda sumisión!"

Cuando el califa Harúm Al-Raschid hubo oído esta respuesta, ordenó que inmediatamente despojaran de su manto al sabio y se lo dieran a Simpatía, lo cual se ejecutó enseguida, ante la confusión del sabio, que salió de la sala cabizbajo.

Entonces se levantó un segundo sabio, reputado por su sagacidad en los conocimientos teológicos, y a quien todos los ojos designaban para que tuviera el honor de interrogar a la joven. Se encaró con Simpatía y le dijo:

"Sólo voy a hacerte breves y pocas preguntas, ¡oh esclava! Ante todo, ¿puedes decirme qué deberes han de observarse durante la comida?"

Ella contestó: "Lo primero es lavarse las manos, invocando el nombre de Alah en acción de gracias. Luego se sienta uno con la nalga izquierda; no se sirve para comer de más dedos que del pulgar y de los dos primeros; no se toman más que bocados pequeños.; no se mastica bien la comida, y no debe mirarse al vecino; para no azorarle o cortarle el apetito".

El sabio preguntó: "¿Puedes decirme ahora, ¡oh esclava! a qué se llama cualquier cosa, la mitad de cualquier cosa y menos que cualquier cosa?"

Ella contestó sin vacilar: "¡El creyente es cualquier cosa, el hipócrita es la mitad de cualquier cosa y el infiel es menos que cualquier cosa!" -

El añadió: "¡Así es! ¡Dime! ¿Dónde está la fe?"

Ella contestó: "La fe habita en cuatro lugares: en el corazón, en la cabeza, en la lengua y en los miembros. ¡Por eso la fuerza del corazón consiste en la alegría, la fuerza de la cabeza en el conocimiento de la verdad, la fuerza de la lengua en la sinceridad, y la fuerza de los demás miembros en la sumisión!"

El preguntó: "¿Cuántas clases de corazones hay?"

"Hay varias: el corazón del creyente, que es un corazón puro y sano; el corazón del infiel, que es completamente opuesto al primero...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 278ª NOCHE

Ella dijo:

"... el corazón del infiel, que es completamente opuesto al primero; el corazón tocado de las cosas terrenas y el corazón tocado de las cosas espirituales; hay corazón dominado por las pasiones, o por el odio, o por la avaricia; hay corazón cobarde, corazón abrasado de amor, corazón henchido de orgullo; también existe el corazón iluminado, como el de los compañeros de nuestro santo Profeta, y por último, existe el propio corazón de nuestro santo Profeta, ¡el corazón del Elegido!"

Cuando oyó tal respuesta el sabio teólogo, exclamó: "¡Mereces mi aprobación, ¡oh esclava!"

Entonces la hermosa Simpatía miró al califa y dijo: "¡Oh Comendador de los Creyentes, permíteme que a mi vez haga una sola pregunta a mi examinador, y me apodere de su manto si no puede contestarme! Y cuando se le acordó el consentimiento preguntó al sabio:

"¿Puedes decirme, ¡oh venerable jeique! qué deber ha de cumplirse con preferencia a todos los deberes, aunque no sea el de más importancia?"

A esta pregunta no supo qué decir el sabio, y la joven se apresuró a quitarle el manto y se dio a sí misma la siguiente respuesta:

"¡Es el deber de la ablución, porque está formalmente prescripto que hemos de purificarnos antes de cumplir el menor deber religioso y antes de cualquier acto previsto por el Libro y la Sunna!"

Tras de lo cual, Simpatía se volvió hacia la asamblea y la interrogó con una mirada en redondo, a la que respondió cierto sabio, que era uno de los hombres más célebres del siglo y que no tenía igual en el conocimiento del Korán. Se levantó y dijo a Simpatía:

"¡Oh joven llena de espiritualidad y de aromas encantadores! Puesto que conoces el Libro de Alah ¿podrías darnos una prueba de la exactitud de tu sabiduría?"

Ella contestó: "El Korán se compone de ciento catorce suratas o capítulos, de los cuales setenta se dictaron en la Meca y cuarenta y cuatro en Medina.

" Se divide en seiscientos veintiuna divisiones llamadas "aschar", y en seis mil doscientos treinta y seis versículos."

"Comprende setenta y nueve mil cuatrocientas treinta y nueve palabras y trescientas veintitrés mil seiscientas setenta letras, cada una de las cuales tiene diez virtudes especiales.

" En él se cita el nombre de veinticinco profetas: Adán, Nouh, Ibrahim, Ismail, Isaac, Yacub, Yussef, El-Yosh, Yunés, Loth, Saleh, Hud, Schoaib, Daud, Soleimán, Zul-Kefel, Edris, Elías, Yahia, Zacharia, Ayub, Mussa, Harún, Issa y Mohamed. (Con todos la plegaria y la paz).

"También se hallan en él los nombres de nueve pájaros o animales alados: el músico, la abeja, la mosca, la abubilla, el cuervo, el saltamontes, la hormiga, el pájaro ababil y el pájaro de Issa (¡con él la plegaria y la paz!), que no es otro que el murciélago".

El jeique dijo: "Maravilla tu exactitud. Desearía también saber por ti cuál es el versículo en que nuestro santo Profeta juzga a los infieles".

Ella contestó: "Es el versículo donde se encuentran estas palabras: Los judíos dicen que están errados los cristianos, y los cristianos afirman que los judíos ignoran la verdad. ¡Por lo demás tienen razón unos y otros!"

Cuando oyó el jeique estas palabras, declaróse satisfechísimo; pero quiso interrogarla todavía. Así, pues, le preguntó:

"¿Cómo vino el Korán desde el cielo a la tierra? ¿Bajó íntegro, copiado de las tablas que se guardan en el cielo, o bajó en varias veces?"

Ella contestó: "Por orden del Señor del universo, se lo dio el ángel Gabriel a nuestro profeta Mohamed, príncipe de los enviados de Alah, y lo hizo por versículos según las circunstancias, en el interregno de veinte años."

Él preguntó: "¿Cuántos compañeros del Profeta se cuidaron de ordenar todos los versículos dispersos del Korán?"

Ella dijo: "Cuatro: Abi ben-Kaab, Zeid ben-Tabet, Abu-Obeida ben-Al-Djerrar y Othmán ben-Affán. (¡Alah tenga en su gracia a los cuatro!) "

El preguntó: "¿Cuántos son los que nos transmitieron y enseñaron la verdadera manera de leer el Korán?"

Ella contestó: "Cuatro: Abdalah ben-Massud, Alei ben-Kaab, Moaz ben-Djabal y Salem ben-Abdalah".

Preguntó él: "¿En qué ocasión descendió del cielo el siguiente versículo: "¡Oh Creyentes, no os privéis de los goces terrenos en toda su plenitud!"

Ella contestó: "Cuando algunos, queriendo llevar más lejos de lo preciso la espiritualidad, resolvieron disciplinarse y gastar cilicios de crin."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 279ª NOCHE

Ella dijo:

"...resolvieron disciplinarse y gastar cilicios de crin".

Cuando oyó el sabio estas respuestas de Simpatía, no pudo menos de exclamar: "¡Certifico ¡oh Emir de los Creyentes! que esta joven posee una sabiduría innegable!"

Entonces Simpatía pidió permiso para hacer una pregunta al jeique, y le dijo:

"¿Puedes decirme qué versículo del Korán comprende veintitrés veces la letra kaf, cuál comprende diez y seis veces la letra mim y cuál comprende ciento cuarenta veces la letra ain?"

Estupefacto quedó el sabio, sin poder hacer la menor referencia sobre ello; y después de quitarle el manto, Simpatía se apresuró a indicar por sí misma, entre la general estupefacción de los concurrentes, los versículos pedidos.

Entonces se irguió en medio de la asamblea un médico reputado por lo vasto de sus conocimientos y que había producido libros muy estimados. Encaráse con Simpatía y le dijo:

"Hablaste de un modo excelente acerca de lo espiritual; ¡pero ya es hora de ocuparse del cuerpo del hombre, sus nervios, sus huesos y sus vértebras, y por qué se le llamó Adán!"

Ella contestó: "El nombre de Adán, viene de la palabra árabe adim, que significa la piel, la superficie de la tierra, y se llamó así al primer hombre porque fue creado con un amasijo de tierra de diversas partes del mundo. En efecto, la cabeza de Adán se formó con tierra de Oriente, su pecho con tierra de la Kaaba, y sus pies con tierra de Occidente.

"En el cuerpo dispuso Alah siete puertas de entrada y dos de salida: los dos ojos, las dos orejas, las dos narices y la boca, y por otra parte, una delantera y un ano.

"Luego, para dar un temperamento a Adán, el Creador reunió en él los cuatro elementos: agua, tierra, fuego y aire. He aquí por qué el temperamento bilioso tiene la naturaleza del fuego, que es cálido y seco; el temperamento nervioso tiene la naturaleza de la tierra, que es seca; el linfático tiene la naturaleza del agua, que es fría y húmeda; y el sanguíneo la naturaleza del aire, que es cálido y seco.

"Después de lo anterior, acabó Alah de constituir el cuerpo humano. Puso en él trescientos setenta conductos y doscientos cuarenta huesos. Le dio tres instintos: el instinto de la vida, el instinto de la reproducción y el instinto del apetito. Luego le puso un corazón, un bazo, pulmones, seis tripas, un hígado, dos riñones, un cerebro, dos compañones, un nervio y una piel.

Le dotó de cinco sentidos guiados por siete espíritus vitales. En cuanto al orden de los órganos, Alah puso el corazón en el lado izquierdo del pecho, y debajo de él extendió el estómago; puso también los pulmones para que sirviesen de abanicos al corazón; el hígado a la derecha para que fuese como la guarda del corazón, y por último el entrelazamiento de los intestinos y la articulación de las costillas.

"Respecto a la cabeza, se compone de cuarenta y ocho huesos; en cuanto al pecho, contiene veinticuatro costillas en el hombre y veinticinco en la mujer: esta costilla suplementaria se halla a la derecha y sirve para guardar al niño en el vientre de su madre, rodeándole y sosteniéndole".

El sabio médico no pudo disimular su sorpresa; luego añadió: "¿Puedes ahora hablarnos de los síntomas de las enfermedades?" Ella contestó: "Los síntomas de las enfermedades son externos e internos, y sirven para indicar la clase de dolencia y su grado de gravedad.

"Efectivamente, el hombre hábil en su arte sabe adivinar el mal nada más que con tomar el pulso al enfermo; de este modo averigua el grado de sequedad, de calor, de dureza, de frío y de humedad; sabe asimismo que si a un hombre le amarillean los ojos, es porque debe tener malo el hígado, y que si a otro se le encorva la espalda, es porque debe tener gravemente atacados de inflamación los pulmones.

"En cuanto a los síntomas internos que guían la observación del médico, son: los vómitos, los dolores, los edemas, los excrementos y la orina".

El preguntó: "¿A qué obedece el dolor de cabeza?"

Ella contestó: "El dolor de cabeza se debe principalmente a la nutrición, cuando se carga de nuevo el estómago antes que los primeros alimentos se hayan digerido; igualmente se debe a comidas hechas sin tener gana. La gula es causa de todas las enfermedades que asolan la tierra. Quien quiera prolongar su vida debe, pues, practicar la sobriedad, y además, levantarse temprano, evitar las vigilias, no hacer excesos con la mujer, no abusar de la sangría ni de las escarificaciones, y por último vigilar su vientre. A tal fin conviene que divida su vientre en tres partes, de las cuales llenará con alimentos una, con agua la otra y con nada la tercera, dejándola libre para la respiración y para que pueda el alma aposentarse allí. Lo mismo podría decirse del intestino, cuya longitud es de diez y ocho palmos".

El preguntó: "¿Cuáles son los síntomas de la ictericia?"

Ella contestó: "La ictericia o amarillez febril se caracteriza por el tinte amarillo que adquiere la piel, por el amargor de boca, los vértigos, la frecuencia del pulso, los vómitos y la aversión a las mujeres. El atacado por esta dolencia, se halla expuesto a graves accidentes, como las úlceras intestinales, la pleuresía, la hidropesía y los edemas, así como la melancolía de carácter grave, que, al debilitar el cuerpo, puede provocar el cáncer y la lepra".

Él dijo: "¡Perfectamente! Pero ¿en cuántas partes se divide la medicina?"

Ella contestó: "Se divide en dos partes: estudio de las enfermedades y estudio de los remedios".

Él dijo: "Veo que nada deja de desear tu ciencia. Pero ¿puedes decirme qué agua es la mejor?"

Ella contestó: "El agua pura y fresca contenida en un recipiente poroso frotado con cualquier perfume excelente o simplemente perfumado con vapores de incienso. No debe beberse más que después de la comida. Así se evitará toda clase de enfermedades y se pondrá en práctica la frase del Profeta (¡con él la plegaria y la paz!), que dijo: "El estómago es el receptáculo de todas las enfermedades, el estreñimiento la causa de todas las enfermedades, y la higiene el principio de todos los remedios".

El preguntó: "¿Qué comida es excelente entre todas?"

Ella contestó: "La preparada por mano de mujer, sin que haya costado demasiados preparativos, y cuando se come con corazón alegre. El plato llamado tharid es ciertamente el más delicioso de todos los platos, porque el Profeta (¡con él la plegaria y la paz!) ha dicho: "¡El tharid es con mucho el mejor de los platos, como Aischa es la más virtuosa de las mujeres!"

El preguntó: "¿Qué opinas de las frutas?"

Ella dijo: "Con la carne de carnero, son el alimento más sano. Pero no hay que comer demasiado cuando está avanzada la estación". El preguntó:

"¿Y el vino?"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 280ª NOCHE

Ella dijo:

Simpatía contestó a la pregunta del médico: "¿Cómo puedes interrogarme acerca del vino cuando el Libro es tan explícito sobre este particular? No obstante sus numerosas virtudes, está prohibido porque turba la razón y enardece los humores. ¡El vino y el juego de azar son dos cosas que debe evitar el creyente, bajo pena de las mayores calamidades!"

Él dijo: "Prudente es tu respuesta. ¿Puedes ahora hablarnos de la sangría?"

Ella contestó: "La sangría es necesaria a cuantas personas tienen demasiada sangre. Debe practicarse en ayunas, un día de primavera sin nubes, ni viento, ni lluvia. Cuando ese día cae en martes, la sangría produce sus mejores efectos, sobre todo si tal día es el décimo séptimo del mes. Verdaderamente, nada hay tan bueno para la cabeza, los ojos y la sangre como la sangría. Pero nada peor que ella si se practica durante los grandes calores o los grandes fríos, o siendo sábado".

El sabio meditó un instante, y dijo: "Hasta ahora respondiste perfectamente; pero quiero hacerte todavía una pregunta capital, que nos demostrará si tu saber se extiende a todas las cosas esenciales en la vida. ¿Puedes hablarnos con claridad acerca de la copulación?"

Cuando oyó la joven tal pregunta, enrojeció y bajó la cabeza, lo cual hizo al califa creerla incapaz de responder. Pero no tardó en alzar la cabeza, y encarándose con el califa, le dijo: "¡Por Alah, oh Emir de los Creyentes, no atribuyas mi silencio a ignorancia sobre esta pregunta, cuya respuesta tengo en la punta de la lengua, y no quiero que salga de mis labios por respeto a nuestro señor el califa!" Pero él le dijo: "Tendría un placer extremado en oír de tu boca tal respuesta. ¡Desecha el temor, pues, y habla con claridad!"

Entonces dijo la docta Simpatía:

"La copulación es el acto que une sexualmente al hombre y la mujer. Se trata de una cosa excelente, y son numerosos sus beneficios y virtudes. La copulación aligera el cuerpo y alivia el espíritu, aleja la melancolía, atempera el calor de la pasión, atrae al amor, alegra el corazón, consuela de la ausencia y hace recobrar el sueño perdido. Desde luego que nos estamos ocupando de la copulación de un hombre con una mujer joven; pero si la mujer es vieja, sucede todo lo contrario, porque entonces no hay fechoría que este acto no pueda engendrar. Copular con una vieja es exponerse a males sin cuento, entre otros, las afecciones de la vista, el dolor de riñones, el dolor de piernas y el dolor de espalda. ¡En una palabra, es peligroso! Conviene, pues, huir de ello como de un veneno sin remedio. ¡Para este acto debe escogerse una mujer experta, que comprenda al primer golpe de vista, que hable con pies y manos y que dispense a su propietario de tener un jardín y parterres floridos!

"A toda copulación completa sigue la humedad. Esta humedad se produce en la mujer a causa de la emoción que sienten sus partes honorables, y en el hombre por el jugo que segregan sus dos companones. Este jugo va por un camino muy complicado. Porque el hombre posee una gruesa vena de la que nacen todas las demás venas. La sangre que riega todas estas venas, cuyo número es de trescientas sesenta, acaba por canalizarse en un tubo que termina en el compañón izquierdo. En este compañón izquierdo, la sangre, a causa de agitarse, acaba por clarificarse y transformarse en un líquido blanco, que se espesa merced al calor del compañón y cuyo olor recuerda el de la leche de palmera...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 282ª NOCHE

Ella dijo:

"...un líquido blanco, que se espesa merced al calor del compañón y cuyo olor recuerda al de la leche de palmera".

El sabio exclamó: "¡Con qué sagacidad has respondido! Pero todavía tengo que hacerte dos últimas preguntas. ¿Puedes decirme qué ser viviente no vive más que aprisionado y muere en cuanto respira el aire libre? ¿Y qué frutas son las mejores?"

Ella contestó: "¡El primero es el pez, y las segundas son la toronja y la granada!"

Cuando oyó el médico todas estas respuestas de la bella Simpatía, no pudo por menos de declararse incapaz de cogerla en un error científico, y se dispuso a ocupar de nuevo su sitio.

Pero se lo impidió con un gesto Simpatía, y le dijo: "Es preciso que a mi vez yo te haga una pregunta:

"¿Puedes decirme, ¡oh sabio! qué cosa hay redonda como la tierra y que se aloja en un ojo, ausentándose de este ojo unas veces y penetrando otras en él, que copula sin órgano masculino, que se separa de su compañero durante la noche para enlazarse a él durante el día y que elige su domicilio habitual en las extremidades?"

A esta pregunta el sabio se atormentó en vano el espíritu, porque no supo responder, y después de quitarle su manto a instancia del califa, Simpatía contestó por sí misma: "¡Es el botón con el ojal!"

Tras de lo anterior, irguióse entre los venerables jeiques un astrónomo, que era el más famoso entre los astrónomos del reino, y a quien miró sonriendo la bella Simpatía, de antemano segura de que él le encontraría los ojos más enigmáticos que todas las estrellas de los cielos.

El astrónomo fue a sentarse ante la adolescente, y luego del acostumbrado preámbulo, le preguntó:

"¿De dónde sale el sol y adónde va cuando desaparece?"

Ella contestó: "Sabe que el sol sale de los manantiales de Oriente, y desaparece en los manantiales de Occidente. Ciento ochenta son estos manantiales. El sol es el sultán del día, como la luna es la sultana de las noches. Y dijo Alah en el Libro: "Soy yo quien otorgó su luz al sol y su resplandor a la luna y quien les asignó lugares matemáticos que permitiesen conocer el cálculo de los días y los años. ¡Yo soy quien fijó un límite a la carrera de los astros y prohibió a la luna que jamás esperase al sol, así como a la noche que se adelantase al día! ¡Por eso el día y la noche, las tinieblas y la luz, sin mezclar su esencia nunca, se identifican continuamente!"

El sabio astrónomo exclamó: "¡Qué respuesta tan maravillosa de precisión! Pero, ¡adolescente! ¿puedes hablarnos de los demás astros y decirnos sus influencias buenas y malas?

Ella contestó: "Si tuviera que hablar de todos los astros necesitaría consagrar a ello más de una sesión. Sólo diré, pues, pocas palabras. Además del sol y la luna, existen otros cinco planetas, que son: Ultared, El-Zohrat, El-Merrihk, El-Muschtari y Zohal.

"La luna, fría y húmeda, de influencia buena, está en Cáncer, su apogeo es Tauro, tiene por inclinación a Escorpión y por perigeo a Capricornio.

"El planeta Saturno, frío y seco, de influencia maligna, está en Capricornio y Acuario, su apogeo es Libra, su inclinación Aries y su perigeo Capricornio y Leo.

"Júpiter, de influencia benigna, está en Tauro, tiene por apogeo a Piscis, por inclinación a Libra y por perigeo a Aries y a Escorpión. "Mercurio, de influencia unas veces benigna y maligna otras, está en Géminis, tiene por apogeo a Virgo, por inclinación a Piscis y por perigeo a Tauro.

"Y por último, Marte, cálido y húmedo, de influencia maligna, está en Aries, tiene por apogeo a Capricornio, por inclinación a Cáncer y por perigeo a Libra".

Cuando el astrónomo hubo oído esta respuesta, admiró mucho la profundidad de los conocimientos de la joven Simpatía. Sin embargo, intentó turbarla con alguna pregunta más difícil, y la interrogó:

"¡Oh joven! ¿crees que este mes tendremos lluvias?"

Al escuchar semejante pregunta, la docta Simpatía bajó la cabeza y reflexionó bastante tiempo, lo cual hizo al califa suponer que se reconocía incapaz de contestar. Pero no tardó ella en alzar la cabeza, y dijo al califa: "¡No hablaré, ¡oh Emir de los Creyentes! mientras no me des permiso para desarrollar mi pensamiento por completo!" Asombrado, dijo el califa: "¡Ya tienes permiso!" Ella dijo: "¡Entonces, ¡oh Emir de los Creyentes! déjame tu alfanje un instante para que corte la cabeza a este astrónomo, que no es más que un impío y un descreído!"

A estas palabras no pudieron por menos de reír el califa y todos los sabios de la asamblea. Pero Simpatía continuó: "¡Has de saber, ¡oh astrónomo! que hay cinco cosas que conoce sólo Alah: la hora de la muerte, cuándo va a llover, el sexo del niño en el seno de su madre, los sucesos futuros y el sitio donde morirá cada uno!"

El astrónomo sonrió y le dijo: "No te hice esa pregunta más que como prueba. ¿Puedes decirnos, y con ello no nos alejaremos del asunto, la influencia ejercida por los astros sobre los días de la semana?"

Ella contestó: "El domingo es el día consagrado al Sol. Cuando comienza el año en domingo, es señal de que los pueblos tendrán que sufrir muchas tiranías y vejaciones de sus sultanes, de sus reyes y de sus gobernantes; habrá sequía, no prosperarán las lentejas, se agriarán las uvas y se librarán combates feroces entre los reyes. ¡Pero acerca de esto Alah es todavía más sabio!

"El lunes es el día consagrado a la luna. Cuando comienza el año en lunes, es un buen augurio. Habrá abundantes lluvias, muchas uvas y cereales, pero estallará la peste, y luego no prosperará el lino, y será malo el algodón; y además la mitad del ganado morirá de epidemia. ¡Pero Alah es más sabio!

"Puede comenzar el año en martes, día consagrado a Marte. Caerán heridos de muerte los grandes y los poderosos, subirá el precio de los cereales, lloverá poco, habrá escasez de pescado, la miel estará muy barata, las lentejas se venderán por nada, los granos de lino estarán caros, habrá una cosecha excelente de cebada. Pero se verterá mucha sangre, y una epidemia diezmará los asnos, cuyo precio subirá muchísimo. ;Pero Alah es más sabio!

"El miércoles es el día de Mercurio. Cuando comienza el año en miércoles, es señal de grandes catástrofes marítimas, de muchos días de tempestad y relámpagos, de carestía de cereales y de que los reponches y las cebollas subirán mucho de precio, sin contar una epidemia que se cebará en los niños. ¡Pero Alah es más sabio!

"El jueves es el día consagrado a Júpiter. Si abre el año, es indicio de concordia entre los pueblos, de justicia en gobernantes y visires, de integridad en los kadíes y de grandes beneficios para la humanidad, entre otros, abundancia de lluvias, de frutas, de grano, de algodón, de lino, de miel, de uva y de pescado. ¡Pero Alah es más sabio!

"El viernes es el día consagrado a Venus. Si abre el año, es señal de que el rocío será abundante y la primavera muy hermosa; nacerá una enorme multitud de niños de ambos sexos, y habrá muchos cohombros, sandías, calabazas, berenjenas y tomates, y también cotufas. ¡Pero Alah es más sabio!

"El sábado, por último, es el día de Saturno. ¡Malhaya el año que comienza en tal día! ¡Malhaya tal año! ¡Habrá una avaricia general del cielo y de la tierra, el hambre sucederá a la guerra, las enfermedades al hambre, y los habitantes de Egipto y de Siria se lamentarán bajo la opresión que han de sufrir y bajo la tiranía de los gobernantes! ¡Pero Alah es más sabio!"

Cuando el astrónomo hubo oído tal respuesta, exclamó: "¡Cuán admirablemente respondiste a todo! Pero ¿puedes aún decirnos de qué punto o piso del cielo están suspendidos los siete planetas?"

Simpatía contestó: "¡Desde luego! ¡El planeta Saturno está colgado del séptimo cielo exactamente; Júpiter está colgado del sexto cielo; Marte, del quinto; el Sol del cuarto; Venus, del tercero; Mercurio, del segundo, y la Luna del primer cielo!"

Luego añadió Simpatía: "¡Voy a interrogarte a mi vez ahora...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 284ª NOCHE

Ella dijo:

"¡... Voy a interrogarte a mi vez ahora! ¿Cuáles son las tres clases de estrellas?"

En vano meditó el sabio levantando los ojos al cielo, porque no pudo salir del compromiso. Entonces, y tras de quitarle el manto, respondió Simpatía por sí misma a su propia pregunta:

"Las estrellas se dividen en tres clases, según la misión a que se las destina: unas cuelgan de la bóveda celeste como antorchas, y sirven para alumbrar la tierra; otras están suspendidas de manera invisible en el aire, y sirven para alumbrar los mares; y las estrellas de la tercera categoría, se mueven a voluntad entre los dedos de Alah; se las ve desfilar en la noche, y entonces sirven para lapidar y castigar a los demonios que osan infringir las órdenes del Altísimo".

A estas palabras, el astrónomo se declaró muy inferior a la bella adolescente en conocimientos, y retiróse de la sala. Entonces, por mandato del califa, le sucedió un filósofo, que fue a apostarse ante Simpatía, y le preguntó:

"¿Puedes hablarnos de la infidelidad y decirnos si es innata en el hombre?"

Ella contestó: "Quiero responderte acerca de esto con las propias palabras del Profeta (¡con él la plegaria y la paz!), que ha dicho:

"La infidelidad circula entre los hijos de Adán como circula la sangre por las venas, no bien se dejen arrastrar por la blasfemia contra la tierra, y los frutos de la tierra, y las horas de la tierra. ¡El crimen mayor es blasfemar del tiempo y del mundo; porque el tiempo es Dios mismo, y el mundo es hechura de Dios!"

El filósofo exclamo: ¡Sublimes y definitivas son esas palabras! Dime ahora quiénes son las cinco criaturas de Alah que bebieron y comieron sin expulsar de su cuerpo nada por delante ni por detrás".

Ella contestó: "¡Esas cinco criaturas son: Adán, Simeón, el dromedario de Saleh, el carnero de Ismael y el pájaro que vio el santo Abubekr en la caverna!"

Él le dijo: "¡Perfectamente! ¡Dime todavía qué cinco criaturas del Paraíso no son hombres, ni genios, ni ángeles!"

Ella contestó: "El lobo de Jacob, el perro de los siete durmientes, el asno de El-Aizr, el dromedario de Saleh y la mula de Daldal de nuestro santo Profeta. (¡Con él la plegaria y la paz!)"

El preguntó: "¿Puedes decirme cuál es el hombre que, al ponerse en oración, no oraba ni en el cielo ni en la tierra?"

Ella contestó: "Soleimán, que se ponía en oración sobre una alfombra suspendida en el aire entre el cielo y la tierra!"

Él dijo: "¡Vas a explicarme el siguiente caso: un hombre mira por la mañana a una esclava, y comete con ello un acto ilícito; mira a esta misma esclava a mediodía, y el hecho es lícito entonces; la mira durante la siesta, y de nuevo resulta el hecho ilícito; a la puesta del sol le está permitido mirarla; se le prohíbe hacerlo de noche, y a la mañana del otro día puede perfectamente acercarse a ella con toda libertad! ¿Sabrás explicarme qué distintas circunstancias logran sucederse con tanta rapidez en el espacio de un día y una noche?"

Ella contestó: "¡Es muy sencilla la explicación! Por la mañana, un hombre posa sus miradas en una esclava que no es suya, lo cual es ilícito, según el Libro. Pero la compra a mediodía, y entonces puede mirarla y gozarla cuando quiera; a la hora de la siesta, por cualquier causa, le devuelve la libertad, y en vista de ello ya no tiene derecho para dirigir a ella sus ojos. ¡Pero al ponerse el sol se casa con ella, y todo para él se torna lícito; por la noche, cree oportuno divorciarse y no puede ya acercarse a ella; pero a la mañana, de nuevo la toma por esposa, tras las ceremonias de costumbre, y entonces puede reanudar sus relaciones con aquella mujer!"

Dijo el filósofo: "¡Así es! ¿Puedes decirme cuál es la tumba que hubo de moverse con la persona que encerraba?"

Ella contestó: "¡La ballena que devoró al profeta Jonás!"

El preguntó: "¿Qué valle alumbró el sol una vez únicamente y jamás volverá a alumbrar hasta el día de la Resurrección?"

Ella contestó: "¡El valle formado por la vara de Moisés al hendir el mar para hacer paso a su pueblo fugitivo!"

El preguntó: "¿Qué cola arrastró primero por el suelo?"

Ella contestó: "¡La cola del vestido de Agar, madre de Ismael, cuando barrió la tierra ante Sara!"

El preguntó: "¿Qué cosa respira sin estar animada?"

Ella contestó: "¡La mañana! Porque dice el Libro: "Cuando la mañana respira..."

Él dijo: "Dime cuanto puedas acerca de este problema: una bandada de pajarillos se abate sobre la copa de un árbol; unos se posan en las ramas superiores y otros en las bajas. Los pajarillos que se hallan en lo alto del árbol dicen a los de abajo: "Si se juntase a nosotros uno de vosotros, nuestro grupo sería doble que el vuestro; pero si bajara uno de nosotros hacia vosotros, nos igualarías en número. ¿Cuántos pajarillos había?"

Ella contestó: "Había en total doce pajarillos. En efecto, estaban siete en lo alto del árbol y cinco en las ramas bajas. Si uno de los pajarillos de abajo se reuniese con los de arriba, el número de estos últimos ascendería a ocho, que es el doble de cuatro; pero si uno de los de arriba descendiese hasta juntarse con los de abajo, serían seis en cada sitio. ¡Pero Alah es más sabio!"

Al oír el filósofo las diversas respuestas, temió que le interrogara la adolescente, y para conservar su manto, se puso en fuga a toda prisa y desapareció.

Entonces fue cuando se levantó el hombre más sabio del siglo, el prudente Ibrahim ben-Sayar, que fue a ocupar el sitio del filósofo, y dijo a la bella Simpatía: "¡Quiero creer que con anterioridad a mis preguntas te declararás vencida, siendo, por tanto, ocioso interrogarte!"

Ella contestó: "¡Oh venerable sabio, mi consejo es que envíes a buscar otro traje que el que llevas, pues no tardaré en quitártelo!" El sabio dijo: "¡Vamos a verlo! ¿Qué cinco cosas creó el Altísimo antes que Adán?"

Ella contestó: "¡El agua, la tierra, la luz, las tinieblas y el fuego!

El preguntó: "¿Qué obras son las formadas por las propias manos del Todopoderoso y no por el simple efecto de su voluntad, como fueron creadas todas las demás cosas?

Ella contestó: "¡El Trono, el árbol del Paraíso, el Edén y Adán! ¡Sí, por las propias manos de Alah se crearon estas cuatro cosas mientras que para crear todas las demás cosas, dijo: "¡sean!" y fueron!"

El preguntó: "¿Quién es tu padre en el Islam y quién es el padre de tu padre?"

Ella contestó: "¡Mi padre en el Islam es Mohamed (¡con él la plegaria y la paz!), y el padre de mi padre es Abraham, el amigo de Alah!"

"¿En qué consiste la fe del Islam?"

"En la simple profesión de fe: "¡La ilah ill'Alah, Mohamed rassul Alah!"

"¿Qué cosa empezó siendo de madera y terminó gozando vida propia?"

"La vara que tiró Moisés para que se convirtiese en serpiente. Según las circunstancias, esta misma vara, clavada en el suelo, podía transformarse en árbol frutal, en un frondoso árbol muy grande para resguardar del ardor del sol a Moisés, o en un perro enorme que guardara el rebaño durante la noche".

"¿Puedes decirme qué mujer fue engendrada por un hombre sin que una madre la llevase en el seno, y qué hombre fue engendrado por una mujer sin el concurso de un padre?"

"¡Eva, que nació de Adán, y Jesús, que nació de María!" El sabio continuó ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 286ª NOCHE

Ella dijo:

... El sabio continuó: "¡Háblame de las diversas clases de fuego!"

Ella contestó: "¡Hay un fuego que come y no bebe: el fuego del mundo; un fuego que come y bebe: el fuego del infierno; un fuego que bebe y no come: el fuego del sol; por último, un fuego que no come ni bebe: el fuego de la luna!"

"¿Cuál es la clave de este enigma? "Cuando bebo mana de mis labios la elocuencia, y camino y hablo sin hacer ruido. ¡Y sin embargo, a pesar de estas cualidades, no tengo honores en mi vida, y después de mi muerte no me llora nadie!"

Ella contestó: "¡La pluma!"

"¿Y la clave de este otro enigma? "Soy pájaro, pero no tengo carne, ni sangre, ni plumas, ni plumón; me comen asado, o cocido o al natural, y es muy difícil saber si estoy vivo o muerto; en cuanto a mi color, es de plata y oro".

Ella contestó: "En verdad que tienes ganas de emplear palabras excesivas para hacerme saber que se trata del huevo. ¡Procura preguntarme algo más difícil!"

El preguntó: "¿Cuántas palabras dijo en total Alah a Moisés?" Ella contestó: "¡Alah dijo a Moisés, exactamente, mil quinientas palabras!"

El preguntó: "¿Cuál es el origen de la Creación?"

Ella dijo: "Alah hizo a Adán con barro seco; el barro se formó con espuma; la espuma se sacó del mar; el mar de las tinieblas; las tinieblas de la luz; la luz de un monstruo marino; el monstruo marino de un rubí; el rubí de una roca; la roca del agua; y el agua fue creada por la palabra omnipotente: "¡Sea!"

"¿Y la clave de este otro enigma? "Como sin tener boca ni vientre, y me nutro de árboles y animales. ¡Los alimentos solos prolongan mi vida, en tanto que cualquier bebida me mata!"

"¡El fuego!"

"¿Y la clave de este enigma? "Son dos amigos que jamás gozaron, aunque pasan todas sus noches uno en brazos de otro. ¡Son los guardianes de la casa, y sólo se separan al llegar la mañana!"

"¡Las dos hojas de una puerta!" -

"¿Qué significa lo que voy a decirte? "¡Arrastro largas colas tras de mí, tengo una oreja para no oír nada y hago trajes para no llevarlos nunca!"

"¡La aguja!"

" ¿Cuáles son la longitud y la anchura del puente Sirat?"

"La longitud del puente Sirat, por el cual deben pasar todos los hombres el día de la Resurrección, es de tres mil años de camino, mil para subir a él, mil para atravesar su parte plana y mil para bajar de él. ¡Es más escarpado que un corte de sierra y más estrecho que un cabello!".

Preguntó él: "¿Puedes decirme ahora cuántas veces tiene derecho a interceder por cada creyente el Profeta? (¡Con él la plegaria y la paz!) "

Ella contestó: "¡Ni más ni menos de tres veces!" "¿Quién abrazó primero la fe del Islam?""¡Abubekr!"

"Entonces, ¿no crees que fue musulmán Alí antes que Abubekr?"

"Alí, por gracia del Altísimo, no fue jamás idólatra, porque desde la edad de siete años Alah le hizo seguir el camino más recto, iluminando su corazón y dotándolo de la fe de Mohamed. (¡Con él la plegaria y la paz!)"

"¡Sí! Pero yo quisiera saber cuál de los dos, entre Alí y Abbas, reúne mayores méritos a tus ojos".

Ante esta pregunta, con exceso insidiosa, advirtió Simpatía que el sabio trataba de arrancarle una respuesta comprometedora; porque si daba la preeminencia a Alí, yerno del Profeta, disgustaría al califa, que era descendiente de Abbas, tío de Mohamed. (¡Con él la plegaria y la paz!). Primero enrojeció, luego palideció, y tras un instante de reflexión, repuso:

"¡Sabe, ¡oh Ibrahim! que no hay ninguna preeminencia entre dos cuando cada cual de ellos tiene un mérito excelente!"

No bien el califa hubo oído esta respuesta, llegó al límite del entusiasmo, e irguiéndose sobre ambos pies, exclamó: "¡Por el Señor de la Kaaba! ¡Es admirable tal respuesta, oh Simpatía!"

Pero el sabio continuó: "¿Puedes decirme de que trata este enigma? "¡Es esbelta y tierna y de sabor delicioso; es derecha como la lanza, pero no tiene hierro agudo; es útil por su dulzura, y se come con gusto por la noche en el mes de Ramadán!"

Ella contestó: "¡De la caña de azúcar!"

Dijo él: "Todavía tengo que dirigirte algunas preguntas, y voy a hacerlo rápidamente. Puedes decirme en pocas palabras: ¿Qué hay más dulce que la miel? ¿Qué hay más cortante que el hacha? ¿Qué hay más rápido que el veneno en sus efectos? ¿Cuál es el goce de un instante? ¿Cuál es la felicidad que dura tres días? ¿Cuál es el día más dichoso? ¿Cuál es el regocijo de una semana? ¿Cuál es el suplicio que nos persigue hasta la tumba? ¿Cuál es la alegría del corazón? ¿Cuál es el sufrimiento del espíritu? ¿Cuál es la desolación de la vida? ¿Cuál es el mal que no tiene remedio? ¿Cuál es la vergüenza que no puede borrarse? ¿Cuál es el animal que vive en los lugares desiertos y habita lejos de las ciudades, huyendo del hambre, y reúne la naturaleza de otros siete animales?"

Ella contestó: "¡Antes de hablar, deseo que me entregues tu manto! "

Entonces el califa Harún Al-Raschid dijo a Simpatía: "Sin duda tienes razón. Pero ¿no convendría más que, por consideración a su edad, contestases primero a sus preguntas?"

Y dijo ella: "¡El amor de los niños es más dulce que la miel! ¡La lengua es más cortante que el hacha! ¡El mal de ojo es más rápido que el veneno! ¡El goce del amor sólo dura un instante! ¡La felicidad que dura tres días es la que experimenta el marido en las épocas menstruales de su esposa, porque entonces él descansa! ¡El día más dichoso es el de ganancia de un negocio! ¡El regocijo que dura una semana es el de la boda! ¡La deuda que ha de pagar toda persona es la muerte! ¡La mala conducta de los hijos es la pena que nos persigue hasta la tumba! ¡La alegría del corazón es la mujer sumisa para con el esposo! ¡El sufrimiento del espíritu es un sirviente malo! ¡La pobreza es la desolación de la vida! ¡El mal carácter es el mal sin remedio! ¡La vergüenza imborrable es el deshonor de una hija! ¡En cuanto al animal que vive en los lugares desiertos y detesta al hombre, es el saltamontes, que reúne la naturaleza de otros siete animales: tiene, efectivamente, cabeza de caballo, cuello de toro, alas de águila, pies de camello, cola de serpiente, vientre de escorpión y cuernos de gacela!"

Ante tanta sagacidad y saber, el califa Harún Al-Raschid se sintió en extremo deificado, y ordenó al sabio Ibrahim ben-Sayar que diera su manto a la adolescente. Después de haberla entregado su manto, levantó la mano derecha el sabio, y manifestó en público que la joven habíale superado en conocimientos y que era la maravilla entre las maravillas del siglo.

Entonces preguntó el califa a Simpatía: "¿Sabes tocar instrumentos armónicos y cantar acompañándote?" Ella contestó: "¡Sí, por cierto!" Inmediatamente hizo traer un laúd en un estuche de raso rojo, rematado con una borla de seda amarilla y cerrado con un broche de oro. Simpatía sacó del estuche el laúd, y leyó en él estos versos grabados como orla con caracteres enlazados y floridos:

¡Era yo todavía una rama verde, y ya enseñábanme canciones las aves enamoradas!

¡En las rodillas de las jóvenes, ahora resueno bajo los dedos y canto cual las aves!

Entonces la apoyó ella contra sí, inclinóse como una madre sobre su hijo, sacó del instrumento acordes de doce maneras distintas, y en medio del entusiasmo general cantó con una voz que hubo de repercutir en todos los corazones y arrancar lágrimas de emoción en los ojos todos.

Cuando acabó ella, irguióse sobre ambos pies el califa, y exclamó: "¡Aumente en ti sus dones Alah, ¡oh Simpatía! y tenga en su misericordia a quienes fueron tus maestros y a los autores de tus días!" Y acto seguido hizo contar diez mil dinares de oro en cien sacos para Abul- Hassán, y dijo a Simpatía: "Dime, ¡oh maravillosa adolescente! ¿prefieres entrar en mi harem y tener un palacio y tren de casa para ti sola, o bien prefieres volver con este joven, tu antiguo amo?"

A estas palabras, Simpatía besó la tierra entre las manos del califa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 287ª NOCHE

...Simpatía besó la tierra entre las manos del califa y contestó: "¡Extienda Alah sus gracias sobre nuestro dueño el califa! ¡Pero su esclava desea volver a la casa de su antiguo amo!"

Lejos de mostrarse ofendido por esta preferencia, el califa accedió inmediatamente a su demanda, haciendo que como regalo le entregaran cinco mil dinares más, y le dijo: "¡Podrás acaso ser tan experta en amor como lo eres en conocimientos espirituales!" Luego quiso aún poner remate a su magnificencia, designando a Abul-Hassán para desempeñar un alto cargo en palacio, y le admitió en el número de sus favoritos más íntimos. Después levantó la sesión.

Entonces, agobiada bajo mantos de sabios Simpatía y cargado con sacos repletos de dinares de oro Abul-Hassán, salieron de la sala ambos, seguidos por todos los asistentes a la asamblea, que alzaban los brazos y exclamaban, maravillándose de cuanto acababan de ver y oír: "¿Dónde habrá en el mundo una generosidad semejante a la de los descendientes de Abbas?"

"Tales son, ¡oh rey afortunado! -continuó Schehrazada-, las palabras que la docta Simpatía dijo en medio de la asamblea de sabios, las cuales, transmitidas por los anales del reino, sirven para instruir a toda mujer musulmana",

Luego, al ver Schehrazada que el rey Schahriar fruncía ya las cejas y meditaba de un modo inquietante, apresuróse a abordar las Aventuras del poeta Abu-Nowas, y comenzó el relato enseguida, mientras Doniazada, medio dormida hasta entonces, despertábase sobresaltada de repente, al oír pronunciar el nombre de Abu-Nowas, y toda oídos disponíase a escuchar.

Ella dijo:

AVENTURAS DEL POETA ABU-NOWAS

Se cuenta -Pero Alah es más sabio- que una noche entre las noches, poseído de insomnio y con el espíritu preocupadísimo, el califa Harún Al-Raschid salió para distraer su hastío. De este modo llegó ante un pabellón cuya puerta permanecía abierta, pero en su umbral se atravesaba el cuerpo de un eunuco negro dormido. El califa saltó sobre el cuerpo del esclavo, penetrando en la única sala de que se componía el pabellón, y lo primero que se presentó a su vista fue un lecho con cortinas corridas e iluminado a derecha e izquierda por dos grandes antorchas. Había junto al lecho una mesita sosteniendo una bandeja con un cántaro de vino, al que servía de tapa un vaso puesto boca abajo.

Asombróse el califa de encontrar en aquel pabellón aquellas cosas de las que no tenía noticia, y avanzando hacia el lecho levantó las cortinas, y se quedó maravillado de la belleza que ofrecíase a su mirada. Era una joven esclava, tan hermosa cual la luna llena, y cuyo único velo consistía en su cabellera suelta.

A su vista, el califa, en extremo encantado, cogió el vaso que coronaba el gollete del cántaro, lo llenó de vino y formuló en su alma: "¡Por las rosas de tus mejillas, ¡oh joven!", y lo bebió con lentitud. Luego inclinóse sobre el hermoso rostro y dejó un beso en un lunar negro que sonreía desde la comisura izquierda de los labios.

Pero aunque fue levísimo, aquel beso despertó a la joven, quien, al reconocer al Emir de los Creyentes, se incorporó en el lecho vivamente aterrada. Pero el califa la calmó y le dijo: ;`Cerca de ti hay un laúd, ¡oh joven esclava! y sin duda debes saber extraer de él deliciosos acordes. ¡Como a pesar de que no te conozco tengo determinado pasarme esta noche contigo, no me disgustaría verte manejarlo mientras te acompañas con la voz!"

Entonces tomó el laúd la joven, y tras de templarlo, sacó de él sonidos admirables, haciéndolo de veintiún modos diferentes, y con tanta maestría que el califa se exaltó hasta el límite de la exaltación; advertido lo cual por la joven, no dejó de aprovecharse de ello. Así, pues, le dijo ella: "¡Sufro rigores del Destino., ¡oh Comendador de los Creyentes!" El califa preguntó:

"¿Y por qué?" Ella dijo: "Tu hijo El-Amín, ¡oh Comendador de los Creyentes! me compró hace algunos días por diez mil dinares, a fin de hacerte el regalo de mi persona. ¡Pero al tener conocimiento de tal proyecto, tu Sett Zobeida reintegró a tu hijo el dinero que había invertido en comprarme, y me puso en manos de un eunuco negro para que me encerrase en este pabellón solitario!"

Cuando el califa hubo oído estas palabras, se sintió sumamente enfurecido y prometió a la joven darle desde el día siguiente un palacio para ella sola, con tren de casa digno de su belleza. Luego, tras de una toma de posesión, salió a toda prisa, despertando al eunuco dormido y ordenándole que inmediatamente fuese a prevenir al poeta Abu-Nowas para que se presentase enseguida en palacio.

Era costumbre del califa, en efecto, enviar que buscasen al poeta cuantas veces le asaltaban preocupaciones, con objeto de distraerse oyéndole improvisar poemas o poner en verso cualquier aventura que le contara.

El eunuco se personó en la casa de Abu-Nowas, y como no le encontró allí, salió en su busca por todos los lugares públicos de Bagdad, y le encontró al fin en cierta mal afamada taberna, a lo último del barrio de la Puerta Verde. Se acercó a él y le dijo: "¡Oh Abu-Nowas, por ti pregunta nuestro amo el califa!"

Abu-Nowas se echó a reír, y contestó: "¿Cómo quieres, ¡oh padre de blancuras! que me mueva de aquí, si me retiene como rehén un jovencito amigo mío?" El eunuco preguntó: "¿Dónde está y quién es?" Y le contestó el otro: "Es menudo, imberbe y lindo. ¡Le prometí un regalo de mil dracmas, pero como no tengo encima esa cantidad, no me parece decente irme antes de satisfacer mi deuda!"

A estas palabras exclamó el eunuco: "¡Por Alah! ¡Abu-Nowas, enséñame a ese joven, y si verdaderamente es tan gentil como me estás dando a entender, quedarás relevado de todo lo demás!"

En tanto hablaban ellos de este modo, el pequeño asomó su linda cabeza por la puerta entreabierta, y Abu-Nowas, señalándole, exclamó: "Si la rama se balancea, ¡qué armonioso no será el canto de los pájaros que en ella anidan...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 288ª NOCHE

Ella dijo:

"...Si la rama se balancea, ¡qué armonioso no será el canto de los pájaros que en ella anidan!"

Entonces acabó de entrar el joven en la sala. Realmente, era lo más bello posible, e iba vestido con tres túnicas superpuestas y de distintos colores: la primera, completamente blanca; la segunda, roja, la tercera, negra.

Cuando Abu-Nowas le vio vestido de blanco, sintió crepitar en su espíritu el fuego de la inspiración, e improvisó estos versos en honor suyo:

¡Se mostró vestido con un lino de blancura lechosa, y sus ojos languidecían bajo sus párpados azules, y las rosas tiernas de sus mejillas bendecían a Quien hubo de crearlas!

Y le dije: "¿Por qué pasas sin mirarme, cuando consientes que caiga en tus manos como la víctima bajo el arma del sacrificador?"

Me contestó: "Déjate de discursos y mira en silencio la obra del Creador: blanco es mi cuerpo y blanca mi túnica; blanco es mi rostro y blanco mi destino; ¡es blanco sobre blanco, y blanco sobre blanco!"

Al oír el joven estos versos, sonrió y se despojó de su túnica blanca para aparecer todo de rojo. A su vista, sintió Abu-Nowas poseerle por completo la emoción poética, y acto seguido improvisó estos otros versos:

¡Se mostró vestido con una túnica roja como su proceder cruel!

Y exclamé, sorprendido: "¿Cómo, siendo de una blancura lunar, puedes aparecer con esas dos mejillas que se dirían enrojecidas por la sangre de nuestros corazones, y vestido con una túnica robada a las anémonas?"

Me contestó: "La aurora me había prestado antes su vestidura; pero ahora es el mismo sol quien me hizo el regalo de sus llamas: de llama son mis ojos y rojo mi traje; de llama son mis labios y rojo el vino que los colorea; ¡es rojo sobre rojo, y rojo sobre rojo!"

Al oír estos versos, el pequeño arrojó con un gesto su túnica roja y apareció vestido con la túnica negra que llevaba directamente sobre la piel, y acusaba con precisión el talle ceñido por un cinturón de seda. Y Abu-

Nowas, al verlo, llegó al límite de la exaltación, e improvisó estos otros versos en honor suyo:

¡Se mostró vestido con una túnica negra como la noche, y no se dignó siquiera dirigirme una mirada! Y le dije: "¿No ves que mis enemigos y quienes me envidian, se alegran del abandono en que me tienes?

"¡Ah! Ya lo comprendo: negras son tus vestiduras y negra tu cabellera; negros tus ojos y negro mi destino; ¡es negro sobre negro y negro sobre negro!"

Cuando el enviado del califa vio al joven y escuchó estos versos, disculpó de todo corazón a Abu-Nowas, y volvió al instante a palacio, donde puso al califa en autos acerca de la aventura acaecida a AbuNowas, y le explicó que el poeta habíase constituido en rehén en la taberna por no poder pagar la suma prometida al hermoso mancebo. Entonces, el califa, divertido a la vez que irritado, entregó al eunuco la suma necesaria para el rescate del rehén, y le ordenó que fuese a sacarle de allí enseguida, para llevarle, de grado o por fuerza, a su presencia.

Se apresuró el eunuco a ejecutar la orden, y no tardó en volver sosteniendo con dificultad al poeta, que se tambaleaba por haber bebido demasiado. Y el califa le apostrofó con una voz que trató de hacer furiosa; luego, al ver que Abu-Nowas se echaba a reír, se acercó a él, le cogió de la mano, y en su compañía se encaminó hacia el pabellón donde se encontraba la esclava.

Cuando Abu-Nowas vio sentada en la cama y vestida toda de raso azul, y con el rostro cubierto por un ligero velo de seda azul, a aquella joven de grandes ojos negros que le sonreían en la faz, le pasó la embriaguez, pero en cambio sintióse inflamado de entusiasmo, y de pronto improvisó esta estrofa en honor suyo:

¡Di a la bella del velo azul que le suplico se compadezca de alguien que arde en deseo de su hermosura! Dile: "¡Te conjuro por la blancura de tu linda tez, que no igualan ni la tierna rosa ni el jazmín, te conjuro por tu sonrisa, que hace palidecer las perlas y los rubíes a que me dirijas una mirada en la cual no pueda yo leer la huella de las calumnias que acerca de mí inventaron quienes me envidian!"

Cuando hubo concluido su improvisación Abu-Nowas, la esclava presentó una bandeja con bebidas al califa, quien, para divertirse, invitó al poeta a que se bebiese él solo todo el vino de la copa. Abu-Nowas accedió a ello gustoso, y no tardó en sentir de nuevo en su corazón los efectos del licor enervante. En aquel momento se le ocurrió al califa levantarse de súbito, a fin de asustar a Abu-Nowas, y espada en mano precipitóse sobre él como para cortarle la cabeza.

Al ver aquello, Abu-Nowas, aterrado, echó a correr por la sala dando grandes gritos; y el califa le perseguía por todos los rincones, pinchándole con la punta de la espada. Por último le dijo: "¡Ahora vuelve a tu sitio a beber otro trago todavía!" Y al mismo tiempo hizo una seña a la joven para que escondiese la copa, lo cual cumplió inmediatamente ella ocultándola con su vestido. Pero, a pesar de su embriaguez, lo advirtió Abu-Nowas, e improvisó esta estrofa:

¡Cuán extraña aventura es mi aventura! ¡Una cándida joven se transforma en ladrona y me arrebata la copa para esconderla bajo su traje, en cierto sitio donde querría verme escondido yo! ¡Se trata de un lugar que no nombro por respeto al califa!

Al oír estos versos, se echó a reír el califa, y dijo a Abu-Nowas en broma: "¡Por Alah! Desde ahora quiero designarte para un alto empleo. ¡En lo sucesivo serás titulado jefe de los alcahuetes de Bagdad!" chanceándose, respondió al instante Abu-Nowas: "¡En ese caso, ¡oh Comendador de los Creyentes! me pongo a tus órdenes, rogándote me digas enseguida si necesitas de mis alcahueterías!"

A estas palabras, montó el califa en una cólera terrible, y gritó al eunuco que llamase inmediatamente a Massrur el portaalfanje, ejecutor de su justicia. Y algunos instantes después llegó Massrur, y el califa le ordenó que despojase de su ropa a Abu-Nowas. .

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 290ª NOCHE

Ella dijo:

...y el califa le ordenó que despojase de su ropa a Abu-Nowas y le pusiese una albarda a la espalda, atándole un ronzal y hundiéndole una espuela en las posaderas, y de tal guisa que le llevase por todos los pabellones de favoritas y demás esclavos, para que sirviese de irrisión a los habitantes todos de palacio, conduciéndole luego a la puerta de la ciudad, y ante el pueblo de Bagdad en masa le cortase la cabeza, sirviéndosela en una bandeja. Y contestó Massrur: "¡Escucho y obedezco!" Y al momento se dispuso a ejecutar las órdenes del califa.

Arrastró a Abu-Nowas, que juzgaba completamente inútil intentar eludir el furor del califa, y después de ponerle como queda dicho, comenzó a pasearle lentamente por delante de los diversos pabellones, cuyo número era igual al de los días del año.

Y hete aquí que Abu-Nowas, cuya reputación de chistoso era universal en palacio, no dejó de atraerse la simpatía de todas las mujeres, las cuales, para hacer más ostensible su piedad, empezaron a cubrirle de oro y joyas, y acabaron por agruparse y seguirle prodigándole palabras de consuelo; y entonces el visir Giafar Al-Barmaki, que pasaba por frente al grupo para personarse en palacio, reclamado por un asunto urgente, al ver al poeta llorando y lamentándose, se acercó a él y le dijo: "¿Pero eres tú, Abu-Nowas? ¿Qué crimen cometiste para ser castigado de tal modo?"

El otro respondió: "¡Por Alah, no cometí ni la sombra de un crimen! ¡No hice otra cosa que recitar algunos de mis más hermosos versos ante el califa, quien me ha regalado en agradecimiento sus mejores trajes!"

Como en aquel mismo instante se encontraba muy cerca de ellos el califa, oculto tras los tapices de un pabellón, no pudo por menos de echarse a reír al escuchar la respuesta de Abu-Nowas. Le perdonó, regalándole un ropón de honor y una fuerte suma de dinero, y continuó, como antes, haciendo de él su compañero inseparable en los momentos de mal humor.

Cuando Schehrazada acabó de. contar esta aventura del poeta AbuNowas, la pequeña Doniazada, presa de un ataque de risa que en vano pretendía sofocar contra la alfombra en que se hallaba sentada, corrió a su hermana, y le dijo: "¡Por Alah, hermana Schehrazada, cuán divertida fue la historia, y qué gracioso debía estar Abu-Nowas vestido de borrico! ¡Si nos contases alguna otra aventura de ese individuo serías muy amable!"

Pero exclamó el rey Schahriar: "¡Me resulta muy antipático el tal Abu-Nowas, y si no deseas que te corten inmediatamente la cabeza, no tienes más que continuar con el relato de sus aventuras! En otro caso, puedes contarme alguna historia de viajes para amenizarme el resto de la noche; porque me he aficionado a todo lo referente a viajes instructivos desde el día en que emprendí una excursión a lejanos países con mi hermano Schahzamán, rey de Samarcanda Al-Ajam, después de lo ocurrido con mi maldita mujer, a la que hice cortar la cabeza. Así, pues, si conoces un cuento verdaderamente delicioso para quien lo escuche, no dejes de contarlo desde luego, ya que esta noche es más tenaz que nunca mi insomnio".

Al oír del rey Schahriar tales palabras, se apresuró a decir la discreta Schehrazada: "Justamente, las más asombrosas y gratas entre todas las que conozco son las historias de viajes. Enseguida vas a juzgar, ¡oh rey afortunado! porque, en verdad, no hay en los libros historia comparable a la del viajero llamado Sindbad el marino.

¡Y con esta historia es precisamente con la que te voy a entretener, ¡oh rey afortunado! desde el momento en que tienes a bien el permitírmelo!"

HISTORIA DE SINDBAD EL MARINO

Y acto seguido comenzó a narrar Schehrazada:

He llegado a saber que, en tiempo del califa Harún Al-Raschid, vivía en la ciudad de Bagdad un hombre llamado Sindbad el Cargador. Era de condición pobre, y para ganarse la vida acostumbraba transportar bultos en su cabeza. Un día entre los días hubo de llevar cierta carga muy pesada; y aquel día precisamente sentíase un calor tan excesivo, que sudaba el cargador, abrumado por el peso que llevaba encima. Intolerable se había hecho ya la temperatura, cuando el cargador pasó por delante de la puerta de una casa que debía pertenecer a algún mercader rico, a juzgar por el suelo bien barrido y regado alrededor con agua de rosas. Soplaba allí una brisa gratísima, y cerca de la puerta aparecía un ancho banco para sentarse. Al verlo, el cargador Sindbad soltó su carga sobre el banco en cuestión, con objeto de descansar y respirar aquel aire agradable, sintiendo a poco que desde la puerta llegaba a él un aura pura y mezclada con delicioso aroma; y tanto le deleitó, que fue a sentarse en un extremo del banco. Entonces advirtió un concierto de laúdes e instrumentos diversos, acompañados por magníficas voces que cantaban canciones en un lenguaje escogido; y advirtió también píos de aves canoras que glorificaban de modo encantador a Alah el Altísimo; distinguió, entre otros, acentos de tórtolas, de ruiseñores, de mirlos, de bulbuls, de palomas de collar y de perdices domésticas. Maravillóse mucho, e impulsado por el placer enorme que todo aquello le causaba, asomó la cabeza por la rendija abierta de la puerta y vio en el fondo un jardín inmenso, donde se apiñaban servidores jóvenes, y esclavos, y criados, y gente de todas calidades, y había allí cosas que no se encontraría más que en alcázares de reyes y sultanes.

Tras esto llegó hasta él una tufarada de manjares realmente admirables y deliciosos, a la cual se mezclaba todo género de fragancias exquisitas procedentes de diversas vituallas y bebidas de buena calidad. Entonces no pudo por menos de suspirar, y alzó al cielo los ojos y exclamó:

"¡Gloria a Ti, Señor Creador, ¡oh Donador! ¡Sin calcular, repartes cuantos dones te placen, ¡oh Dios mío! ¡Pero no creas que clamo a ti para pedirte cuentas de tus actos o para preguntarte acerca de tu justicia y de tu voluntad, porque a la criatura le está vedado interrogar a su dueño omnipotente! Me limito a observar. ¡Gloria a ti! ¡Enriqueces o empobreces, elevas o humillas, conforme a tus deseos, y siempre obras con lógica, aunque a veces no podamos comprenderla! ¡He ahí al amo de esta casa ... ¡Es dichoso hasta los límites extremos de la felicidad! ¡Disfruta las delicias de esos aromas encantadores, de esas fragancias agradables, de esos manjares sabrosos, de esas bebidas superiormente deliciosas! ¡Vive feliz, tranquilo y contentísimo, mientras otros, como yo, por ejemplo, nos hallamos en el último confín de la fatiga y la miseria!"

Luego apoyó el cargador su mano en la mejilla, y a toda voz cantó los siguientes versos que iba improvisando:

¡Suele ocurrir que un desgraciado sin albergue se despierte de pronto a la sombra de un palacio creado por su destino! ¡Pero ay, yo cada mañana me despierto más miserable que la víspera!

¡Por instantes aumenta mi infortunio, como la carga que a mi espalda pesa fatigosa, en tanto que otros viven dichosos y contentos en el seno de los bienes que la suerte les prodiga!

¿Cargó nunca el Destino la espalda de un hombre con carga parecida a la aguantada por mi espalda...? ¡Sin embargo, no dejan de ser mis semejantes otros que están ahítos de honores y reposo!

¡Y aunque no dejan de ser mis semejantes, entre ellos y yo, puso la suerte alguna diferencia, pareciéndome yo a ellos como el vinagre amargo y rancio se parece al vino!

¡Pero no pienses que te acuso en lo más mínimo, oh mi Señor, porque nunca haya gozado yo de tu largueza! ¡Eres grande, magnánimo y justo, y bien sé que juzgas con sabiduría!

Al concluir de cantar tales versos, Sindbad el Cargador se levantó y quiso poner de nuevo la carga en su cabeza, continuando su camino, cuando se destacó en la puerta del palacio y avanzó hacia él un esclavito de semblante gentil, de formas delicadas y vestiduras muy hermosas, que, cogiéndole de la mano, le dijo:

"Entra a hablar con mi amo, que desea verte".

Muy intimidado, el cargador intentó encontrar cualquier excusa que le dispensase de seguir al joven esclavo, mas en vano. Dejó, pues, su cargamento en el vestíbulo, y penetró con el niño en el interior de la morada.

Vio una casa espléndida, llena de personas graves y respetuosas, y en el centro de la cual se abría una gran sala, donde le introdujeron. Se encontró allí ante una asamblea numerosa compuesta de personajes que parecían honorables, y debían ser convidados de importancia. También encontró allí flores de toda especie, perfumes de todas clases, confituras secas de todas calidades, golosinas, pastas de almendras, frutas maravillosas y una cantidad prodigiosa de bandejas cargadas con corderos asados y manjares suntuosos, y más bandejas cargadas con bebidas extraídas del zumo de las uvas. Encontró asimismo instrumentos armónicos que sostenían en sus rodillas unas esclavas muy hermosas, sentadas ordenadamente en el sitio asignado a cada una.

En medio de la sala, entre los demás convidados, vislumbró el cargador a un hombre de rostro imponente y digno, cuya barba blanqueaba a causa de los años, cuyas facciones eran correctas y agradables a la vista, y cuya fisonomía toda denotaba gravedad, bondad, nobleza y grandeza.

Al mirar todo aquello, el cargador Sindbad ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 291ª NOCHE

Ella dijo:

...Al mirar todo aquello, el cargador Sindbad quedó sobrecogido, y se dijo: "¡Por Alah! ¡Esta morada debe ser un palacio del país de los genios poderosos, o la residencia de un rey muy ilustre o de un sultán!" Luego se apresuró a tomar la actitud que requerían la cortesía y la mundanidad, deseó la paz a todos los asistentes, hizo votos por ellos, besó la tierra entre sus manos, y acabó manteniéndose de pie, con la cabeza baja, demostrando respeto y modestia.

Entonces el dueño de la casa le dijo que se aproximara, y le invitó a sentarse a su lado después de desearle la bienvenida con acento muy amable; le sirvió de comer, ofreciéndole lo más delicado, y lo más delicioso, y lo más hábilmente condimentado entre todos los manjares que cubrían las bandejas. Y no dejó Sindbad el Cargador de hacer honor a la invitación luego de pronunciar la fórmula invocadora. Así es que comió hasta hartarse; después dio las gracias a Alah, diciendo: "¡Loores a El siempre!" Tras de lo cual, se lavó las manos y agradeció a todos los convidades su amabilidad.

Solamente entonces dijo el dueño de la casa al cargador, siguiendo la costumbre que no permite hacer preguntas al huésped más que cuando se le ha servido de comer y beber: "¡Sé bienvenido, y obra con toda libertad! ¡Bendiga Alah tus días! Pero ¿puedes decirme tu nombre y profesión, oh huésped mío?"

Y contestó el otro: "¡Oh señor! me llamo Sindbad el Cargador, y mi profesión consiste en transportar bultos sobre mi cabeza mediante un salario". Sonrió el dueño de la casa, y le dijo: "¡Sabe, ¡oh cargador! que tu nombre es igual que mi nombre, pues me llamo Sindbad el Marino!"

Luego continuó: "¡Sabe también, ¡oh cargador! que si te rogué que vinieras aquí fue para oírte repetir las hermosas estrofas que cantabas cuando estabas sentado en el banco ahí fuera!"

A estas palabras sonrojóse el cargador, y dijo: "¡Por Alah sobre ti! ¡No me guardes rencor a causa de tan desconsiderada acción, ya que las penas, las fatigas y las miserias, que nada dejan en la mano, hacen descortés, necio e insolente al hombre!"

Pero Sindbad el Marino dijo a Sindbad el Cargador: "No te avergüences de lo que cantaste, ni te turbes, porque en adelante serás mi hermano. ¡Sólo te ruego que te des prisa a cantar esas estrofas que escuché y me maravillaron mucho!" Entonces cantó el cargador las estrofas en cuestión, que gustaron en extremo a Sindbad el Marino.

Concluidas que fueron las estrofas, Sindbad el Marino se encaró con Sindbad el Cargador, y le dijo: "¡Oh cargador! sabe que yo también tengo una historia asombrosa, y que me reservo el derecho de contarte a mi vez.

Te explicaré, pues, todas las aventuras que me sucedieron y todas las pruebas que sufrí antes de llegar a esta felicidad y de habitar este palacio. Y verás entonces a costa de cuán terribles y extraños trabajos, a costa de cuántas calamidades, de cuántos males y de cuántas desgracias iniciales adquirí estas riquezas en medio de las que me ves vivir en mi vejez.

Sin duda ignoras los siete viajes extraordinarios que he realizado, y cómo cada cual de estos viajes constituye por sí sólo una cosa tan prodigiosa, que únicamente con pensar en ella queda uno sobrecogido y en el límite de todos los estupores. ¡Pero cuanto voy a contarte a ti y a todos mis honorables invitados no me sucedió, en suma, más que porque el Destino lo había dispuesto de antemano y porque toda cosa escrita debe acaecer, sin que sea posible rehuirla o evitarla!"

La primera historia de las historias de Sindbad el marino, que trata del primer viaje

"Sabed todos vosotros, ¡oh señores ilustrísimos, y tú, honrado cargador, que te llamas como yo, Sindbad! que mi padre era un mercader de rango entre los mercaderes. Había en su casa numerosas riquezas, de las cuales hacía uso sin cesar para distribuir a los pobres dádivas con largueza, si bien con prudencia, ya que a su muerte me dejó muchos bienes, tierras y poblados enteros, siendo yo muy pequeño todavía.

Cuando llegué a la edad de hombre, tomé posesión de todo aquello, y me dediqué a comer manjares extraordinarios y a beber bebidas extraordinarias, alternando con la gente joven, y presumiendo de trajes excesivamente caros, y cultivando el trato de amigos y camaradas.

Estaba convencido de que aquello había de durar siempre, para mayor ventaja mía. Continué viviendo mucho tiempo así, hasta que un día, curado de, mis errores y vuelto a mi razón, hube de notar que mis riquezas habíanse disipado, mi condición había cambiado y mis bienes habían huido. Entonces desperté completamente de mi inacción, sintiéndome poseído por el temor y el espanto de llegar a la vejez un día sin tener qué ponerme.

También entonces me vinieron a la memoria estas palabras que mi difunto padre se complacía en repetir, palabras de nuestro Señor Soleimán ben-Daud (¡con ambos la plegaria y la paz!):

Hay tres cosas preferibles a otras tres: el día en que se muere es menos penoso que el día en que se nace, un perro vivo vale más que un león muerto, y la tumba es mejor que la pobreza.

Tan pronto como me asaltaron estos pensamientos, me levanté, reuní lo que me restaba de muebles y vestidos, y sin pérdida de momento lo vendí en la moneda pública con los residuos de mis bienes, propiedades y tierras. De ese modo me hice con la suma de tres mil dracmas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 292ª NOCHE

Ella dijo:

...me hice con la suma de tres mil dracmas, y enseguida se me antojó viajar por las comarcas y países de los hombres, porque me acordé de las palabras del poeta, que ha dicho:

¡Las penas hacen más hermosa aún la gloria que se adquiere! ¡La gloria de los humanos es la hija inmortal de muchas noches pasadas sin dormir!

¡Quien desea encontrar el tesoro sin igual de las perlas del mar, blancas, grises o rosadas, tiene que hacerse buzo antes de conseguirlas!

¡A la muerte llegaría en su esperanza vana, quien quisiera alcanzar la gloria sin esfuerzo!

Así, pues, sin tardanza corrí al zoco, donde tuve cuidado de comprar mercancías diversas y pacotillas de todas clases. Lo transporté inmediatamente todo a bordo de un navío, en el que se encontraban ya dispuestos a partir otros mercaderes, y con el alma deseosa de marinas andanzas, vi cómo se alejaba de Bagdad el navío y descendía por el río hasta Bassra, yendo a parar al mar.

En Bassra el navío dirigió la vela hacia alta mar, ¡y entonces navegamos durante días y noches, tocando en islas y en islas, y entrando en un mar después de otro mar, y llegando a una tierra después de otra tierra! Y en cada sitio en que desembarcábamos vendíamos unas mercancías para comprar otras, y hacíamos trueques y cambios muy ventajosos.

Un día en que navegábamos sin ver tierra desde hacía varios días, vimos surgir del mar una isla que por su vegetación nos pareció algún jardín maravilloso entre los jardines del Edén. Al advertirla, el capitán del navío quiso tomar allí tierra, dejándonos desembarcar una vez que anclamos.

Descendimos todos los comerciantes, llevando con nosotros cuantos víveres y utensilios de cocina nos eran necesarios. Encargáronse algunos de encender lumbre, y preparar la comida, y lavar la ropa, en tanto que otros se contentaron con pasearse, divertirse y descansar de las fatigas marítimas. Yo fui de los que prefirieron pasearse y gozar las bellezas de la vegetación que cubría aquellas costas, sin olvidarme de comer y beber.

Mientras de tal manera reposábamos, sentimos de repente que temblaba la isla toda con tan ruda sacudida que fuimos despedidos a algunos pies de altura sobre el suelo.

Y en aquel momento vimos aparecer en la proa del navío al capitán, que nos gritaba con una voz terrible y gestos alarmantes: "¡Salvaos pronto!, ¡oh pasajeros! ¡Subid enseguida a bordo! ¡Dejadlo todo! ¡Abandonad en tierra vuestros efectos y salvad vuestras almas! ¡Huid del abismo que os espera! ¡Porque la isla donde os encontráis no es una isla, sino una ballena gigantesca que eligió en medio de este mar su domicilio desde antiguos tiempos, y merced a la arena marina crecieron árboles en su lomo! ¡La despertasteis ahora de su sueño, turbasteis su reposo, excitasteis sus sensaciones encendiendo lumbre sobre su lomo, y hela aquí que se despereza! ¡Salvaos, o si no, nos sumergirá en el mar, que ha de tragaros sin remedio! ¡Salvaos! ¡Dejadlo todo, que he de partir!"

Al oír estas palabras del capitán, los pasajeros, aterrados, dejaron todos sus efectos, vestidos, utensilios y hornillas, y echaron a correr hacia el navío, que a la sazón levaba ancla. Pudieron alcanzarlo a tiempo algunos; otros no pudieron. Porque la ballena se había ya puesto en movimiento, y tras unos cuantos saltos espantosos se sumergía en el mar con cuanto tenía encima del lomo, y las olas, que chocaban y se entrechocaban, cerráronse para siempre sobre ella y sobre ellos.

¡Yo fui de los que se quedaron abandonados encima de la ballena y habían de ahogarse!

Pero Aláh el Altísimo veló por mí y me libró de ahogarme, poniéndome al alcance de la mano una especie de cubeta grande de madera, llevada allí por los pasajeros para lavar su ropa.

Me aferré primero a aquel objeto, y luego pude ponerme a horcajadas sobre él, gracias a los esfuerzos extraordinarios de que me hacían capaz el peligro y el cariño que tenía yo a mi alma, que me era preciosísima. Entonces me puse a batir el agua con mis pies a manera de remos, mientras las olas jugueteaban conmigo haciéndome zozobrar a derecha y a izquierda.

En cuanto al capitán, se dio prisa a alejarse a toda vela con los que se pudieron salvar, sin ocuparse de los que sobrenadaban todavía. No tardaron en perecer éstos, mientras yo ponía a contribución todas mis fuerzas para servirme de mis pies a fin de alcanzar al navío, al cual hube de seguir con los ojos hasta que desapareció de mi vista, y la noche cayó sobre el mar, dándome la certeza de mi perdición y mi abandono.

Durante una noche y un día enteros estuve en lucha contra el abismo. El viento y las corrientes me arrastraron a las orillas de una isla escarpada, cubierta de plantas trepadoras que descendían a lo largo de los acantilados hundiéndose en el mar. Me así a estos ramajes, y ayudándome con pies y manos conseguí trepar hasta lo alto del acantilado. Habiéndome escapado de tal modo de una perdición segura, pensé entonces en examinar mi cuerpo, y vi que estaba lleno de contusiones y tenía los pies hinchados y con huellas de mordeduras de peces, que habíanse llenado el vientre a costa de mis extremidades. Sin embargo, no sentía dolor ninguno, de tan insensibilizado como estaba por la fatiga y el peligro que corrí. Me eché de bruces, como un cadáver, en el suelo de la isla, y me desvanecí, sumergido en un aniquilamiento total.

Permanecí dos días en aquel estado, y me desperté cuando caía sobre mí a plomo el sol. Quise levantarme; pero mis pies hinchados y doloridos se negaron a socorrerme, y volví a caer en tierra. Muy apesadumbrado entonces por el estado a que me hallaba reducido, hube de arrastrarme, a gatas unas veces y de rodillas otras, en busca de algo para comer. Llegué, por fin, a una llanura cubierta de árboles frutales y regada por manantiales de agua pura y excelente. Y allí reposé durante varios días, comiendo frutas y bebiendo en las fuentes.

Así que no tardó mi alma en revivir, reanimándose mi cuerpo entorpecido; que logró ya moverse con facilidad y recobrar el uso de sus miembros, aunque no del todo, porque vime todavía precisado a confeccionarme, para andar, un par de muletas que me sostuvieran. De esta suerte pude pasearme lentamente entre los árboles, comiendo frutas, y pasaba largos ratos admirando aquel país y extasiándome ante la obra del Todopoderoso.

Un día que me paseaba por la ribera, vi aparecer en lontananza una cosa que me pareció un animal salvaje o algún monstruo entre los monstruos del mar. Tanto hubo de intrigarme aquella cosa, que, a pesar de los sentimientos diversos que en mí se agitaban, me acerqué a ella, ora avanzando, ora retrocediendo. Y acabé por ver que era una yegua maravillosa atada a un poste. Tan bella, era, que intentó aproximarme más, para verla todo lo cerca posible, cuando de pronto me aterró un grito espantoso, dejándome clavado en el suelo, por más que mi deseo fuera huir cuanto antes; y en el mismo instante surgió de debajo de la tierra un hombre, que avanzó a grandes pasos hacia donde yo estaba, y exclamó:

"¿Quién eres? ¿Y de dónde vienes? ¿Y qué motivo te impulsó a aventurarte hasta aquí?"

Yo contesté: "¡Oh señor! Sabe que soy un extranjero que iba a bordo de un navío y naufragué con otros varios pasajeros. ¡Pero Alah me facilitó una cubeta de madera, a la que me así, y que me sostuvo hasta que fui despedido a esta costa por las olas!"

Cuando oyó mis palabras, cogióme de la mano y me dijo: "¡Sígueme!" Y le seguí. Entonces me hizo bajar a una caverna subterránea y me obligó a entrar en un salón, en cuyo sitio de honor me invitó a sentarme, y me llevó algo de comer, porque yo tenía hambre. Comí hasta hartarme y apaciguar mi ánimo. Entonces me interrogó acerca de mi aventura, y se la conté desde el principio al fin; y se asombró prodigiosamente. Luego añadí: "¡Por Alah sobre ti, oh dueño mío! no te enfades demasiado por lo que voy a preguntarte! ¡Acabo de contarte la verdad de mi aventura, y ahora anhelaría saber el motivo de tu estancia en esta sala subterránea y la causa por que atas sola a esa yegua en la orilla del mar!"

Él me dijo: "Sabe que somos varios los que estamos en esta isla, situados en diferentes lugares...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 293ª NOCHE

Ella dijo:

"... Sabe que somos varios los que estamos en esta isla, situados en diferentes lugares, para guardar los caballos del rey Mihraján. Todos los meses, al salir la luna nueva, cada uno de nosotros trae aquí una yegua de pura raza, virgen todavía, la ata en la ribera y enseguida se oculta en la gruta subterránea. Atraído entonces por el olor a hembra, sale del agua un caballo entre los caballos marinos, que mira a derecha y a izquierda, y al no ver a nadie salta sobre la yegua y la cubre. Luego, cuando ha acabado su cosa con ella, desciende sus ancas e intenta llevarla consigo. Pero ella no puede seguirle, porque está atada al poste; entonces relincha muy fuerte él y le da cabezazos y coces, y relincha cada vez más fuerte. Le oímos nosotros y comprendemos que ha acabado de cubrirla; inmediatamente salimos por todos lados, y corremos hacia él lanzando grandes gritos, que le asustan y le obligan a entrar en el mar de nuevo. En cuanto a la yegua, queda preñada y pare un potro o una potra que vale un tesoro, y que no puede tener igual en toda la faz de la tierra. Y precisamente hoy ha de venir el caballo marino. Y te prometo que, una vez terminada la cosa, te llevaré conmigo para presentarte a nuestro rey Mihraján y darte a conocer nuestro país. ¡Bendice, pues, a Alah, que te hizo encontrarme, porque sin mí morirías de tristeza en esta soledad, sin volver a ver nunca a los tuyos y a tu país y sin que nunca supiese de ti nadie!"

Al oír tales palabras, di muchas gracias al guardián de la yegua, y continué departiendo con él, en tanto que el caballo marino salía del agua, saltando sobre la yegua y la cubría. Y cuando hubo terminado lo que tenía que terminar, descendió de sobre ella y quiso llevársela; mas ella no podía desatarse del poste, y se encabritaba y relinchaba. Pero el guardián de la yegua se precipitó de la caverna, llamó con grandes voces a sus compañeros, y provistos todos de hachas, lanzas y escudos, se abalanzaron al caballo marino, que lleno de terror soltó su presa, y como un búfalo, fue a tirarse al mar y desapareció bajo las aguas.

Entonces, todos los guardianes, cada uno con su yegua, se agruparon a mi alrededor y me prodigaron mil amabilidades, y después de facilitarme aún más comida y de comer conmigo, me ofrecieron una buena montura, y en vista de la invitación que me hizo el primer guardián, me propusieron que les acompañara a ver al rey su señor. Acepté, desde luego, y partimos todos juntos.

Cuando llegamos a la ciudad, se adelantaron mis compañeros para poner a su señor al corriente de lo que me había acaecido. Tras de lo cual volvieron a buscarme y me llevaron al palacio; y en uso del permiso que se me concedió, entré en la sala del trono y fui a ponerme entre las manos del rey Mihraján, al cual le deseé la paz. Correspondiendo a mis deseos de paz, el rey me dio la bienvenida, y quiso oír de mi boca el relato de mi aventura. Obedecí enseguida, y le conté cuanto me había sucedido, sin omitir un detalle.

Al escuchar semejante historia, el rey Mihraján se maravilló, y me dijo: "¡Por Alah, hijo mío, que si tu suerte no fuera tener una vida larga, sin duda a estas horas habrías sucumbido a tantas pruebas y sinsabores! ¡Pero da gracias a Alah por tu liberación!" Todavía me prodigó muchas más frases benévolas, quiso admitirme en su intimidad para lo sucesivo, y a fin de darme un testimonio de sus buenos propósitos con respecto a mí, y de lo mucho que estimaba mis conocimientos marítimos, me nombró desde entonces director de los puertos y radas de su isla, e interventor de las llegadas y salidas de todos los navíos.

No me impidieron mis nuevas funciones personarme en palacio todos los días para cumplimentar al rey, quien de tal modo se habituó a mí, que me prefirió a todos sus íntimos, probándomelo diariamente con grandes obsequios. Con lo cual tuve tanta influencia sobre él, que todas las peticiones y todos los asuntos del reino eran intervenidos por mí, para bien general de los habitantes.

Pero estos cuidados no me hacían olvidar mi país ni perder la esperanza de volver a él. Así que jamás dejaba yo de interrogar a cuantos viajeros y a cuantos marinos llegaban a la isla, diciéndoles si conocían Bagdad, y hacia qué lado estaba situada. Pero ninguno podía responderme, y todos me aseguraban que jamás oyeron hablar de tal ciudad, ni tenían noticia del paraje en que se encontrase. Y aumentaba mi pena paulatinamente al verme condenado a vivir en tierra extranjera, y llegaba a sus límites mi perplejidad ante estas gentes que, no sólo ignoraban en absoluto el camino que conducía a mi ciudad, sino que ni siquiera sabían de su existencia.

Durante mi estancia en aquella isla, tuve ocasión de ver cosas asombrosas, y he aquí algunas de ellas entre mil.

Un día que fui a visitar al rey Mihraján, como era mi costumbre, trabé conocimiento con unos personajes indios que, tras mutuas zalemas, se prestaron gustosos a satisfacer mi curiosidad, y me enseñaron que en la India hay gran número de castas, entre las cuales son las dos principales la casta de los kchatryas, compuesta de hombres nobles y justos que nunca cometen exacciones o actos reprensibles, y la casta de los bracmanes, hombres puros que jamás beben vino y son amigos de la alegría, de la dulzura en los modales, de los caballos, del fasto y de la belleza. Aquellos sabios indios me enseñaron también que las castas principales se dividen en otras setenta y dos castas que no tienen entre sí relación ninguna. Lo cual hubo de asombrarme hasta el límite del asombro.

En aquella isla tuve asimismo ocasión de visitar una tierra perteneciente al rey Mihraján y que se llamaba Cabil. Todas las noches se oían en ella resonar timbales y tambores. Y pude observar que sus habitantes estaban muy fuertes en materia de silogismos y eran fértiles en hermosos pensamientos. De ahí que se hallasen muy reputados entre viajeros y mercaderes.

En aquellos mares lejanos vi cierto día un pez de cien codos de longitud, y otros peces cuyo rostro se parecía al rostro de los búhos. En verdad, ¿oh amigos! que aun vi cosas más extraordinarias y prodigiosas, cuyo relato me apartaría demasiado de la cuestión. Me limitaré a añadir que viví todavía en aquella isla el tiempo necesario para aprender muchas cosas, y enriquecerme con diversos cambios, ventas y compras.

Un día, según mi costumbre, estaba yo de pie a la orilla del mar, en el ejercicio de mis funciones, y permanecía apoyado en mi muleta, como siempre, cuando vi entrar en la rada un navío enorme lleno de mercaderes. Esperé a que el navío hubiese anclado sólidamente y soltado su escala, para subir a bordo y buscar al capitán a fin de inscribir su cargamento. Los marineros iban desembarcando todas las mercancías, que al propio tiempo yo anotaba, y cuando terminaron su trabajo, pregunté al capitán: "¿Queda aún alguna cosa en tu navío?"

Me contestó: "Aun quedan, ¡oh mi señor! algunas mercancías en el fondo del navío; pero están en depósito únicamente, porque se ahogó hace mucho tiempo su propietario, que viajaba con nosotros. ¡Y quisiéramos vender esas mercancías para entregar su importe a los parientes del difunto en Bagdad, morada de paz!"

Emocionado entonces hasta el último límite de la emoción, exclamé: "¿Y cómo se llamaba ese mercader, ¡oh capitán!?" Me contestó: "¡Sindbad el Marino!"

A estas palabras miré con más detenimiento al capitán, y reconocí en él al dueño del navío que se vio precisado a abandonarnos encima de la ballena. Y grité con toda mi voz: "¡Yo soy Sindbad el Marino!"

Luego añadí: "Cuando se puso en movimiento la ballena a causa del fuego que encendieron en su lomo, yo fui de los que no pudieron ganar tu navío y cayeron al agua. Pero me salvé gracias a la cubeta de madera que habían transportado los mercaderes para lavar allí su ropa. Efectivamente, me puse a horcajadas sobre aquella cubeta y agité los pies a manera de remos. ¡Y sucedió lo que sucedió con la venia del Ordenador!"

Y conté al capitán cómo pude salvarme y a través de cuántas vicisitudes había llegado a ejercer las altas funciones de escriba marítimo al lado del rey Mihraján.

Al escucharme, el capitán exclamó: "¡No hay recursos y poder más que en Alah el Altísimo, el Omnipotente...!"

En ese momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 294ª NOCHE

Ella dijo:

"¡... No hay recursos y poder más que en Alah el Altísimo, el Omnipotente! ¡Ya no queda conciencia ni honradez en ninguna criatura de este mundo! ¿Cómo osas afirmar que eres Sindbad el Marino, ¡oh escriba astuto! cuando todos nosotros le vimos por nuestros propios ojos ahogarse con los demás mercaderes? ¡Vergüenza sobre ti por mentir con impudicia tanta!"

Entonces le contesté: "¡Cierto, ¡oh capitán! que la mentira es la renta de los bellacos! ¡Pero escúchame, porque voy a probarte que soy Sindbad el ahogado!" Y conté al capitán diversos incidentes que sólo conocíamos él y yo, y que sobrevinieron durante aquella maldita travesía. El capitán entonces no dudó ya de mi identidad y llamó a los que iban en el barco, y todos me felicitaron por mi salvamento y me dijeron: "¡Por Alah, no podemos creer que lograras librarte de perecer ahogado! ¡Alah te concedió una segunda vida!"

Tras de lo cual apresuróse el capitán a devolverme mis mercancías, que yo hice transportar al zoco en el mismo momento., después de asegurarme de que no faltaba nada y de que todavía aparecían en los fardos mi nombre y mi sello.

Una vez en el zoco, abrí mis fardos y vendí mis mercancías con un beneficio de ciento por uno; pero tuve cuidado de reservarme algunos objetos de valor, que me apresuré a ofrecer como presente al rey Mihraján.

Le relaté la llegada del capitán del navío, y el rey asombróse en extremo de este acontecimiento inesperado, y como me quería mucho, no quiso ser menos amable que yo, y a su vez me hizo regalos inestimables que contribuyeron no poco a enriquecerme completamente. Porque yo me di prisa a vender todo aquello, realizando así una fortuna considerable qué transporté a bordo del mismo navío donde había emprendido antes mi viaje.

Efectuado esto, fui a palacio para despedirme del rey Mihraján y darle gracias por todas sus generosidades y por su protección. Me despidió con frases muy conmovedoras, y no me dejó partir sin haberme ofrecido aún más presentes suntuosos y objetos de valor, que ya no me decidí a vender, y que, por cierto, estáis viendo ahora en esta sala, ¡oh mis honorables invitados! Tuve igualmente cuidado de llevar conmigo por todo equipaje los perfumes que estáis aspirando aquí: madera de áloe, alcanfor, incienso y sándalo, productos de aquella isla lejana.

Subí enseguida a bordo y a poco dióse a la vela el navío con la autorización de Alah. Porque nos favoreció la Fortuna y nos ayudó el Destino en aquella travesía, que duró días y noches, y por último, una mañana llegamos con salud a la vista de Bassra, donde no nos detuvimos más que muy escaso tiempo, para ascender por el río y entrar al fin, con el alma regocijada, en la ciudad de paz, Bagdad, mi tierra.

Cargado de riquezas y con la mano pronta para las dádivas, llegué a mi calle así, y entré en mi casa, donde volví a ver con buena salud a mi familia y a mis amigos. Y al punto compré gran cantidad de esclavos de uno y otro sexo, mamalik, mujeres hermosas, negros, tierras, casas y propiedades, como no tuve nunca, ni aun cuando murió mi padre. Con esta nueva vida olvidé las vicisitudes pasadas, las penas y los peligros sufridos, la tristeza del destierro, los sinsabores y fatigas del viaje. Tuve amigos numerosos y deliciosos, y durante largo tiempo viví una vida llena de agrado y de placeres y exenta de preocupaciones y molestias, disfrutando con toda mi alma de cuanto me gustaba y comiendo manjares admirables y bebiendo bebidas deliciosas.

¡Y tal es el primero de mis viajes!

Pero mañana, si Alah quiere, os contaré, ¡oh invitados míos! el segundo de los siete viajes que emprendí, y que es bastante más extraordinario que el primero".

Y Sindbad el Marino se encaró con Sindbad el Cargador y le rogó que cenase con él. Luego, tras de haberle tratado con mucho miramiento y afabilidad, hizo que le entregaran mil monedas de oro, y antes de despedirle le invitó a volver al día siguiente, diciéndole: "¡Para mí, tu urbanidad será siempre un placer y tus buenos modales una delicia!"

Y contestó Sindbad el Cargador: "¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos! ¡Obedezco con respeto! ¡Y sea continua en tu casa la alegría!, ¡oh señor mío!"

Salió entonces de allí, después de dar las gracias y llevarse consigo el regalo que acababa de recibir, y retornó a su hogar, maravillándose hasta el límite de la maravilla, y pensó toda la noche en lo que acababa de escuchar y de experimentar.

Así es que en cuanto amaneció apresuróse a volver a casa de Sindbad el Marino...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 295ª NOCHE

Ella dijo:

... apresuróse a volver a casa de Sindbad el Marino, que le recibió con aire afable, y le dijo: "¡Séate cosa fácil la amistad aquí! ¡Y la confianza sea contigo!" Y el cargador quiso besarle la mano, y al ver que Sindbad no consentía en ello, le dijo: "¡Dilate Alah tus días y consolide sobre ti sus beneficios!"

Y como ya habían llegado los demás invitados, comenzaron por sentarse en torno del mantel extendido en que vertían su grasa los corderos asados y se doraban los pollos rellenos deliciosamente con pastas de alfónsigos, de nueces y de uvas. Y comieron, y bebieron, y se divirtieron, y se regalaron el espíritu y el oído escuchando cantar a los instrumentos bajo los dedos expertos de sus tañedores.

Cuando acabaron, habló Sindbad en estos términos, en medio del silencio de los convidados:

La segunda historia de las historias de Sindbad el marino, que trata del segundo viaje

Verdaderamente disfrutaba de la más sabrosa vida, cuando un día entre los días me asaltó la idea de los viajes por las comarcas de los hombres; y de nuevo sintió mi alma con ímpetu el anhelo de correr y gozar con la vista el espectáculo de tierras e islas, y mirar con curiosidad cosas desconocidas, sin descuidar jamás la compra y venta por diversos países.

Hice hincapié en este proyecto, y me dispuse a ejecutarlo enseguida. Fui al zoco, donde, mediante una importante suma de dinero, compré mercancías apropiadas al tráfico que pretendía explotar; las acondicioné en fardos sólidos y las transporté a la orilla del agua, no tardando en descubrir un navío hermoso y nuevo, provisto de velas de buena calidad y lleno de marineros, y de un conjunto imponente de maquinarias de todas formas. Su aspecto me inspiró confianza, y transporté a él mis fardos inmediatamente, siguiendo el ejemplo de otros varios mercaderes conocidos míos, y con los que no me disgustaba hacer el viaje.

Partimos aquel mismo día, y tuvimos una navegación excelente. Viajamos de isla en isla y de mar en mar durante días y noches, y a cada escala íbamos en busca de los mercaderes de la localidad, y de los notables, y de los vendedores, y de los compradores, y vendíamos y comprábamos, y verificábamos cambios ventajosos. Y de tal suerte continuábamos navegando, y nuestro destino nos guio a una isla muy hermosa, cubierta de frondosos árboles, abundante en frutas, rica en flores, habitada por el canto de los pájaros, regada por aguas puras, pero absolutamente virgen de toda vivienda y de todo ser humano.

El capitán accedió a nuestro deseo de detenernos unas horas allí, y echó el ancla junto a tierra. Desembarcamos enseguida, y fuimos a respirar el aire grato en las praderas sombreadas por árboles

Donde holgábanse las aves. Llevando algunas provisiones de boca fui a sentarme a orillas de un arroyo de agua límpida, resguardado del sol por ramajes frondosos, y tuve un placer extremado en comer un bocado y beber de aquella agua deliciosa. Por si eso fuera poco, una brisa suave modulaba dulces acordes e invitaba al reposo absoluto. Así es que me tendí en el césped, y dejé que se apoderara de mí el sueño en medio de la frescura y los aromas del ambiente.

Cuando desperté no vi ya a ninguno de los pasajeros, y el navío había partido sin que nadie se enterase de mi ausencia. En vano hube de mirar a derecha y a izquierda, adelante y atrás, pues no distinguí en toda la isla a otra persona que a mí mismo. A lo lejos se alejaba por el mar una vela que muy pronto perdí de vista.

Entonces quedé sumido en un estupor sin igual e insuperable, y sentí que mi vejiga biliar estaba a punto de estallar de tanto dolor y tanta pena. Porque ¿qué podía ser de mí en aquella isla, habiendo dejado en el navío todos mis efectos y todos mis bienes? ¿Qué desastre iba a ocurrirme en esta soledad desconocida? Ante tan desconsoladores pensamientos, exclamé: "¡Pierde toda esperanza, Sindbad el Marino! ¡Si la primera vez saliste del apuro merced a circunstancias suscitadas por el Destino propicio, no creas que ocurrirá la mismo siempre, pues, como dice el proverbio, se rompe el jarro cuando se cae dos veces!"

En tal punto me eché a llorar, gimiendo, lanzando luego gritos espantosos, hasta que la desesperación se apoderó por completo de mi corazón. Me golpeé entonces la cabeza con las dos manos, y exclamé todavía: "¿Qué necesidad tenías de viajar ¡oh miserable! cuando en Bagdad vivías entre delicias? ¿No poseías manjares excelentes, líquidos excelentes y trajes excelentes? ¿Qué te faltaba para ser dichoso? ¿No fue próspero tu primer viaje?" Entonces me arrojé al suelo de bruces, llorando ya la propia muerte, y diciendo: "¡Pertenecemos a Alah y hemos de tornar a él!" Y aquel día creí volverme loco.

Pero como por último comprendí que eran inútiles todos mis lamentos y mi arrepentimiento demasiado tardío, hube de conformarme con mi destino. Me erguí sobre mis piernas, y tras de haber andado algún tiempo sin rumbo, tuve miedo de un encuentro desagradable con cualquier animal salvaje o con un enemigo desconocido, y trepé a la copa de un árbol, desde donde me puse a observar con más atención a derecha y a izquierda; pero no puede distinguir otra cosa que el cielo, la tierra, el mar, los árboles, los pájaros, la arena y las rocas. Sin embargo, al fijarme más atentamente en un punto del horizonte, me pareció distinguir un fantasma blanco y gigantesco.

Entonces me bajé del árbol, atraído por la curiosidad, pero, paralizado de miedo, fui avanzando muy, lentamente y con mucha cautela hacia aquel sitio. Cuando me encontré más cerca de la masa blanca, advertí que era una inmensa cúpula, de blancura resplandeciente, ancha de base y altísima. Me aproximé a ella más aún y la di por completo la vuelta; pero no descubrí la puerta de entrada que buscaba. Entonces quise encaramarme a lo alto, pero era tan lisa y tan escurridiza, que no tuve destreza, ni agilidad, ni posibilidad de ascender. Hube de contentarme, pues, con medirla; puse una señal sobre la huella de mi primer paso en la arena y de nuevo la di vuelta contando mis pasos. Por este procedimiento supe que su circunferencia exacta era de cincuenta pasos, más bien más que menos.

Mientras reflexionaba sobre el medio de que me valdría para dar con alguna puerta de entrada o salida de la tal cúpula, advertí que de pronto desaparecía el sol y que el día se tornaba en una noche negra. Primero lo creí debido a cualquier nube inmensa que pasase por delante del sol, aunque la cosa fuera imposible en pleno verano. Alcé, pues, la cabeza para mirar la nube que tanto me asombraba, y vi un pájaro enorme, de alas formidables, que volaba por delante de los ojos del sol, esparciendo la oscuridad sobre la isla.

Mi asombro llegó entonces a sus límites extremos, y me acordé de lo que en mi juventud me habían contado viajeros y marineros acerca de un pájaro de tamaño extraordinario, llamado "rokh", que se encontraba en una isla muy remota y que podía levantar un elefante. Saqué entonces como conclusión que el pájaro que yo veía debía ser el rokh, y la cúpula blanca a cuyo pie me hallaba debía ser un huevo entre los huevos de aquel rokh. Pero no bien me asaltó esta idea, el pájaro descendió sobre el huevo y se posó encima como para empollarlo. ¡En efecto, extendió sobre el huevo sus alas inmensas, dejó descansando a ambos lados en tierra sus dos patas, y se durmió encima! (¡Bendito El que no duerme en toda la eternidad!)

Entonces, yo, que me había echado de bruces en el suelo, y precisamente me encontraba debajo de una de las patas, la cual me pareció más gruesa que el tronco de un árbol añoso, me levanté con viveza, desenrollé la tela de mi turbante...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 296ª NOCHE

Ella dijo:

... me levanté enseguida, desenrollé la tela de mi turbante, y luego de doblarla, la retorcí para servirme de ella como de una soga. La até sólidamente a mi cintura y sujeté ambos cabos con un nudo resistente a un dedo del pájaro. Porque me dije para mí: "Este pájaro enorme acabará por remontar el vuelo, con lo que me sacará de esta soledad y me transportará a cualquier punto donde pueda ver seres humanos. ¡De cualquier modo, el lugar en que caiga será preferible a esta isla desierta, de la que soy único habitante!"

¡Esto fue todo! ¡Y a pesar de mis movimientos, el pájaro no se cuidó de mi presencia más que si se tratara de alguna mosca sin importancia o alguna humilde hormiga que por allí se pasease!

Así permanecí toda la noche, sin poder pegar los ojos por temor de que el pájaro echase a volar y me llevase durante mi sueño. Pero no se movió hasta que fue de día. Sólo entonces se quitó de encima de su huevo, lanzó un grito espantoso y remontó el vuelo, llevándome consigo. Subió y subió tan alto, que creí tocar la bóveda del cielo; pero de pronto descendió con tanta rapidez, que ya no sentía yo mi propio peso, y abatióse conmigo en tierra firme. Se posó en un sitio escarpado, y yo, enseguida, sin esperar más me apresuré a desatar el turbante, con un gran terror de ser izado otra vez antes de que tuviese tiempo de librarme de mis ligaduras. Pero conseguí desasirme sin dificultad, y después de estirar mis miembros y arreglarme el traje, me alejé apresuradamente hasta hallarme fuera del alcance del pájaro, a quien de nuevo vi elevarse por los aires. Llevaba entonces en sus garras un enorme objeto negro, que no era otra cosa que una serpiente de inmensa longitud y de forma detestable. No tardó en desaparecer, dirigiendo hacia el mar su vuelo.

Conmovido en extremo por cuanto acababa de ocurrirme, lancé una mirada en torno de mí y quedé inmóvil de espanto. Porque me encontraba en un valle ancho y profundo, rodeado por todas partes de montañas tan altas, que para medirlas con la vista tuve que alzar de tal modo la cabeza, que rodó por mi espalda mi turbante al suelo. ¡Además, eran tan escarpadas aquellas montañas, que se hacía imposible subir por ellas, y juzgué inútil toda tentativa en tal sentido!

Al darme cuenta de ello no tuvieron límite mi desolación y mi desesperación, y me dije: "¡Ah, cuánto más hubiérame valido no abandonar la isla desierta en que me hallaba y que era mil veces preferible a esta soledad desolada y árida, donde no hay nada que comer ni beber! ¡Allí, al menos, había frutas que llenaban los árboles y arroyos de agua deliciosa; pero aquí sólo rocas hostiles y desnudas, para morir de hambre y de sed! ¡Qué calamidad! ¡No hay recurso y poder más que Alah el Omnipotente! ¡Cada vez que escapo de una catástrofe, es para caer en otra peor y definitiva!"

Enseguida me levanté del sitio en que me encontraba y recorrí aquel valle para explorarle un poco, observando que estaba enteramente creado con rocas de diamante. Por todas partes a mi alrededor aparecía sembrado el suelo de diamantitos desprendidos de la montaña y que en ciertos sitios formaban montones de la altura de un hombre. Comenzaba yo a mirarlos ya con algún interés, cuando me inmovilizó de terror un espectáculo más espantoso que todos los horrores experimentados hasta entonces. Entre las rocas de diamantes vi circular a sus guardianes, que eran innumerables serpientes negras, más gruesas y mayores que palmeras, y cada una de las cuales muy bien podía devorar a un elefante grande.

En aquel momento comenzaban a meterse en sus antros porque durante el día se ocultaban para que no las cogiese su enemigo el pájaro rokh, y únicamente salían de noche.

Entonces intenté con precauciones íntimas alejarme de allí, mirando bien dónde ponía los pies y pensando desde el fondo de mi alma: "¡He aquí lo que ganaste a trueque de haber querido abusar de la clemencia del Destino, ¡oh Sindbad! hombre de ojos insaciables y siempre vacíos!"

Y presa de un cúmulo de terrores, continué en mi caminar sin rumbo por el valle de diamantes, descansando de vez en cuando en los parajes que me parecían más resguardados, y así estuve hasta que llegó la noche.

Durante todo aquel tiempo me había olvidado por completo de comer y beber, y no pensaba más que en salir del mal paso y en salvar de las serpientes mi alma. Y he aquí que acabé por descubrir, junto al lugar en que me dejé caer, una gruta cuya entrada era muy angosta, aunque suficiente para que yo pudiese franquearla. Avancé, pues, y penetré en la gruta, cuidando de obstruir la entrada con un peñasco que conseguí arrastrar hasta allí. Seguro ya, me aventuré por su interior, en busca del lugar más cómodo para dormir, esperando el día, y pensé: "¡Mañana al amanecer saldré para enterarme de lo que me reserva él Destino!"

Iba ya a acostarme, cuando advertí que lo que a primera vista tomé por una enorme roca negra era una espantosa serpiente enroscada sobre sus huevos para incubarlos. Sintió entonces mi carne todo el horror de semejante espectáculo, y la piel se me encogió como una hoja seca y tembló en toda su superficie; y caí al suelo sin conocimiento, y permanecí en tal estado hasta la mañana.

Entonces, al convencerme de que no había sido devorado todavía, tuve alientos para deslizarme hasta la entrada, separar la roca y lanzarme fuera, como ebrio, y sin que mis piernas pudieran sostenerme de tan agotado como me encontraba por la falta de sueño y de comida, y por aquel terror sin tregua.

Miré a mi alrededor, y de repente vi caer a algunos pasos de mi nariz un gran trozo de carne, que chocó contra el suelo con gran estrépito. Aturdido al pronto, alcé los ojos luego para ver quién querría aporrearme con aquélla, pero no vi a nadie.

Entonces me acordé de cierta historia oída antaño en boca de los mercaderes, viajeros y exploradores de la montaña de diamantes, de la que se contaba que, como los buscadores de diamantes no podían bajar a este valle inaccesible, recurrían a un medio curioso para procurarse esas piedras preciosas. Mataban unos carneros, los partían en cuartos y los arrojaban al fondo del valle, donde iban a caer sobre las puntas de diamantes, que se incrustaban en ellos profundamente.

Entonces se abalanzaban sobre aquella presa los rokh y las águilas gigantescas, sacándola del valle para llevársela a sus nidos en lo alto de las rocas y que sirviera de sustento a sus crías. Los buscadores de diamantes se precipitaban entonces sobre el ave, haciendo muchos gestos y lanzando grandes gritos para obligarla a soltar su presa y a emprender de nuevo el vuelo. Registraban entonces el cuarto de carne y cogían los diamantes que tenía adheridos.

Asaltóme a la sazón la idea de que podía tratar aún de salvar mi vida y salir de aquel valle que se me antojó había de ser mi tumba. Me incorporé, pues, y comencé a amontonar una gran cantidad de diamantes, escogiendo los más gordos y los más hermosos. Me los guardé en todas partes, abarroté con ellos mis bolsillos, me los introduje entre el traje y la camisa, llené mi turbante y mi calzón, y hasta metí algunos entre los pliegues de mi ropa. Tras de lo cual, desenrollé la tela de mi turbante, como la primera vez...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 297ª NOCHE

Ella dijo:

...Tras de lo cual, desenrollé la tela de mi turbante, como la primera vez, y me la rodeé a la cintura, yendo a situarme debajo del cuarto de carne, que até sólidamente a mi pecho con las dos puntas del turbante.

Permanecí ya algún tiempo en esta posición, cuando súbitamente me sentí llevado por los aires, como una pluma, entre las garras formidables de un rokh y en compañía del cuarto de carne. Y en un abrir y cerrar los ojos me encontré fuera del valle, sobre la cúspide de una montaña, en el nido del rokh, que se dispuso enseguida a despedazar la carne aquella y mi propia carne para sustentar a sus rokhecillos. Pero de pronto se alzó hacia nosotros un estrépito de gritos que asustaron al ave y la obligaron a emprender de nuevo el vuelo, abandonándome. Entonces desaté mis ligaduras y me erguí sobre ambos pies, con huellas de sangre en mis vestidos y en mi rostro.

Vi a la sazón aproximarse al sitio en que yo estaba a un mercader, que se mostró muy contrariado y asombrado al percibirme. Pero advirtiendo que yo no le quería mal y que ni aun me movía, se inclinó sobre el cuarto de carne y lo escudriñó, sin encontrar en él los diamantes que buscaba. Entonces alzó al cielo sus largos brazos y se lamentó, diciendo: "¡Qué desilusión! ¡Estoy perdido! ¡No hay recurso más que en Alah! ¡Me refugio en Alah contra el Maldito, el Malhechor!" Y se golpeó una con otra las palmas de las manos, como señal de una desesperación inmensa.

Al advertir aquello, me acerqué a él y le deseé la paz. Pero él, sin corresponder a mi zalema, me arañó furioso y exclamó: "¿Quién eres? ¿Y de dónde viniste para robarme mi fortuna?" Le respondí: "No temas nada, ¡oh digno mercader! porque no soy ningún ladrón, y tu fortuna en nada ha disminuido. Soy un ser humano y no un genio malhechor, como creías, por lo visto. Soy incluso un hombre honrado entre la gente honrada, y antiguamente, antes de correr aventuras tan extrañas, yo tenía también el oficio de mercader.

En cuanto al motivo de mi venida a este paraje, es una historia asombrosa, que te contaré al punto. ¡Pero de antemano, quiero probarte mis buenas intenciones gratificándote con algunos diamantes recogidos por mí mismo en el fondo de esa cima, que jamás fue sondeada por la vista humana!"

Saqué enseguida de mi cinturón algunos hermosos ejemplares de diamantes, y se los entregué, diciéndole: "¡He aquí una ganancia que no habrías osado esperar en tu vida!"

Entonces el propietario del cuarto de carnero manifestó una alegría inconcebible y me dio muchas gracias, y tras de mil zalemas, me dijo: "¡La bendición está contigo, oh mi señor! ¡Uno solo de estos diamantes bastaría para enriquecerme hasta la más dilatada vejez! ¡Porque en mi vida hube de verlos semejantes ni en la corte de los reyes y sultanes!" Y me dio gracias otra vez, y finalmente llamó a otros mercaderes que allí se hallaban y que se agruparon en torno mío, deseándome la paz y la bienvenida. Y les conté mi rara aventura desde el principio hasta el fin. Pero no sería útil repetirla.

Entonces, vueltos de su asombro los mercaderes, me felicitaron mucho por mi liberación, diciéndome: "¡Por Alah! ¡Tu destino te ha sacado de un abismo del que nadie regresó nunca!" Después, al verme extenuado por la fatiga, el hambre y la sed se apresuraron a darme de comer y beber con abundancia, y me condujeron a una tienda, donde velaron mi sueño, que duró un día entero y una noche.

A la mañana, los mercaderes me llevaron con ellos, en tanto que comenzaba yo a regocijarme de modo intenso por haber escapado a aquellos peligros sin precedentes. Al cabo de un viaje bastante corto, llegamos a una isla muy agradable, donde crecían magníficos árboles de copa tan espesa y amplia, que con facilidad podrían dar sombra a cien hombres. De estos árboles es precisamente de los que se extrae la sustancia blanca, de olor cálido y grato, que se llama alcanfor. A tal fin, se hace una incisión en lo alto del árbol, recogiendo en una cubeta que se pone al pie el jugo que destila, y que al principio parece como gotas de goma, y no es otra cosa que la miel del árbol.

También en aquella isla vi al espantable animal que se llama "karkadann" y pace exactamente como pacen las vacas y los búfalos en nuestras praderas. El cuerpo de esa fiera es mayor que el cuerpo del camello; al extremo del morro tiene un cuerno de diez codos de largo y en el cual se halla labrada una cara humana. Es tan sólido este cuerno, que le sirve al karkadann para pelear y vencer al elefante, enganchándole y teniéndole en vilo hasta que muere. Entonces la grasa del elefante muerto va a parar a los ojos del karkadann, cegándole y haciéndole caer. Y desde lo alto de los aires se abate sobre ellos el terrible rokh y los transporta a su nido para alimentar a sus crías.

Vi asimismo en aquella isla diversas clases de búfalos.

Vivimos algún tiempo allí, respirando el aire embalsamado; tuve con ello ocasión de cambiar mis diamantes por más oro y plata de lo que podría contener la cola de un navío. ¡Después nos marchamos de allí; y de isla en isla, y de tierra en tierra, y de ciudad en ciudad, admirando a cada paso la obra del Creador, y haciendo acá y allá algunas ventas, compras y cambios, acabamos por bordear Bassra, país de bendición, para ascender hasta Bagdad, morada de paz!

Me faltó el tiempo entonces para correr a mi calle y entrar en mi casa, enriquecido con sumas considerables, dinares de oro y hermosos diamantes que no tuve alma para vender. Y he aquí que, tras las efusiones propias del retorno entre mis parientes y amigos; no dejé de comportarme generosamente, repartiendo dádivas a mi alrededor, sin olvidar a nadie.

Luego disfruté alegremente de la vida, comiendo manjares exquisitos, bebiendo licores delicados, vistiéndome con ricos trajes y sin privarme de la sociedad de las personas deliciosas. Así es que todos los días tenía numerosos visitantes notables que, al oír hablar de mis aventuras, me honraban con su presencia para pedirme que les narrara mis viajes y les pusiera al corriente de lo que sucedía en las tierras lejanas. Y yo experimentaba una verdadera satisfacción instruyéndoles acerca de tantas cosas, lo que inducía a todos a felicitarme por haber escapado de tan terribles peligros, maravillándose con mi relato hasta el límite de la maravilla. Y así es como acaba mi segundo viaje.

¡Pero mañana, oh, mis amigos! ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 298ª NOCHE

Ella dijo:

"¡Pero mañana, ¡oh mis amigos! os contaré las peripecias de mi tercer viaje, el cual, sin duda, es mucho más interesante y estupefaciente que los dos primeros!"

Luego calló Sindbad. Entonces los esclavos sirvieron de comer y de beber a todos los invitados, que se hallaban prodigiosamente asombrados de cuanto acababan de oír. Después Sindbad el Marino hizo que dieran cien monedas de oro a Sindbad el Cargador, que las admitió, dando muchas gracias, y se marchó invocando sobre la cabeza de su huésped las bendiciones de Alah, y llegó a su casa maravillándose de cuanto acababa de ver y de escuchar.

Por la mañana se levantó el cargador Sindbad, hizo la plegaria matinal y volvió a casa del rico Sindbad, como le indicó éste. Y fui recibido cordialmente y tratado con muchos miramientos, e invitado a tomar parte en el festín del día y en los placeres, que duraron toda la jornada. Tras de lo cual, en medio de sus convidados, atentos y graves, Sindbad el Marino empezó su relato de la manera siguiente:

La tercera historia de las historias de Sindbad el marino, que trata del tercer viaje

Sabed, ¡oh mis amigos! -¡pero Alah sabe las cosas mejor que la criatura!- que con la deliciosa vida de que yo disfrutaba desde el regreso de mi segundo viaje, acabé por perder completamente, entre las riquezas y el descanso, el recuerdo de los sinsabores sufridos y de los peligros que corrí, aburriéndome a la postre de la inacción monótona de mi existencia en Bagdad. Así es que mi alma deseó con ardor la mudanza y el espectáculo de las cosas de viaje. Y la misma afición al comercio, con su ganancia y su provecho, me tentó otra vez.

En el fondo, siempre la ambición es causa de nuestras desdichas. En breve debía yo comprobarlo del modo más espantoso.

Puse en ejecución inmediatamente mi proyecto, y después de proveerme de ricas mercancías del país, partí de Bagdad para Bassra.

Allí me esperaba un gran navío lleno ya de pasajeros y mercaderes, todos gente de bien, honrada, con buen corazón, hombres de conciencia y capaces de servirle a uno, por lo que se podría vivir con ellos en buenas relaciones. Así es que no dudé en embarcarme en su compañía dentro de aquel navío; y no bien me encontré a bordo, nos hicimos a la vela con la bendición de Alah para nosotros y para nuestra travesía.

Bajo felices auspicios comenzó, en efecto, nuestra navegación. En todos los, lugares que abordábamos hacíamos negocios excelentes, a la vez que nos paseábamos e instruíamos con todas las cosas nuevas que veíamos sin cesar.

Y nada, verdaderamente, faltaba a nuestra dicha, y nos hallábamos en el límite del desahogo y la opulencia.

Un día entre los días, estábamos en alta mar, muy lejos de los países musulmanes, cuando de pronto vimos que el capitán del navío se golpeaba con fuerza el rostro, se mesaba los pelos de la barba, desgarraba sus vestiduras y tiraba al suelo su turbante, después de examinar durante largo tiempo el horizonte.

Luego empezó a lamentarse, a gemir y a lanzar gritos de desesperación.

Al verlo, rodeamos todos al capitán, y le dijimos: "¿Qué pasa, ¡oh capitán!?" Contestó: "Sabed, ¡oh pasajeros de paz! que estamos a merced del viento contrario, y habiéndonos desviado de nuestra ruta, nos hemos lanzado a este mar siniestro. Y para colmar nuestra mala suerte, el Destino hace que toquemos en esa isla que veis delante de vosotros, y de la cual jamás pudo salir con vida nadie que arribara a ella. ¡Esa isla es la Isla de los Monos! ¡Me da el corazón que estamos perdidos sin remedio!"

Todavía no había acabado de explicarse el capitán, cuando vimos que rodeaba al navío una multitud de seres velludos cual monos, y más innumerable que una nube de langostas, en tanto que desde la playa de la isla otros monos, en cantidad incalculable, lanzaban chillidos que nos helaron de estupor. Y no osamos maltratar, atacar, ni siquiera espantar a ninguno de ellos, por miedo a que se abalanzasen todos sobre nosotros y nos matasen hasta el último, vista su superioridad numérica; porque no cabe duda de que la certidumbre de esta superioridad numérica aumenta el valor de quienes la poseen. No quisimos, pues, hacer ningún movimiento, aunque por todos lados nos invadían aquellos monos, que empezaban a apoderarse ya de cuanto nos pertenecía.

Eran muy feos. Eran; incluso, más feos que las cosas más feas que he visto hasta este día de mi vida. ¡Eran peludos y velludos, con ojos amarillos en sus caras negras; tenían poquísima estatura, apenas cuatro palmos, y sus muecas y sus gritos resultaban más horribles que cuanto a tal respecto pudiera imaginarse!

Por lo que afecta a su lenguaje, en vano nos hablaban y nos insultaban chocando las mandíbulas, ya que no lográbamos comprenderles, a pesar de la atención que a tal fin poníamos. No tardamos, por desgracia, en verles ejecutar el más funesto de los proyectos. Treparon por los palos, desplegaron las velas, cortaron con los dientes todas las amarras y acabaron por apoderarse del timón. Entonces, impulsado por el viento, marchó el navío contra la costa, donde encalló. Y los monos apoderáronse de todos nosotros, nos hicieron desembarcar sucesivamente, nos dejaron en la playa, y sin ocuparse más de nosotros para nada embarcaron de nuevo en el navío, al cual consiguieron poner a flote, y desaparecieron todos en él a lo lejos del mar.

Entonces, en el límite de la perplejidad, juzgamos inútil permanecer de tal modo en la playa contemplando el mar, y avanzamos por la isla, donde al fin descubrimos algunos árboles frutales y agua corriente, lo que nos permitió reponer un tanto nuestras fuerzas a fin de retardar lo más posible una muerte que todos creíamos segura.

Mientras seguíamos en aquel estado, nos pareció ver entre los árboles un edificio muy grande que se diría abandonado. Sentimos la tentación de acercarnos a él, y cuando llegamos a alcanzarle, advertimos que era un palacio...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana; v se calló discretamente

PERO CUANDO LLEGÓ LA 299ª NOCHE

Ella dijo:

...advertimos que era un palacio de mucha altura, cuadrado, rodeado por sólidas murallas y que tenía una gran puerta de ébano de dos hojas. Como esta puerta estaba abierta y ningún portero la guardaba, la franqueamos y penetramos enseguida en una inmensa sala tan grande como un patio. Tenía por todo mobiliario la tal sala enormes utensilios de cocina y asadores de una longitud desmesurada; el suelo por toda alfombra, montones de huesos, ya calcinados unos, otros sin quemar aún. Dentro reinaba un olor que perturbó en extremo nuestro olfato. Pero como estábamos extenuados de fatiga y de miedo, nos dejamos caer cuan largos éramos y nos dormimos profundamente.

Ya se había puesto el sol, cuando nos sobresaltó un ruido estruendoso, despertándonos de repente; y vimos descender ante nosotros desde el techo a un ser negro con rostro humano, tan alto como una palmera, y cuyo aspecto era más horrible que el de todos los monos reunidos. Tenía los ojos rojos como dos tizones inflamados, los dientes largos y salientes como los colmillos de un cerdo, una boca enorme, tan grande como el brocal de un pozo, labios que le colgaban sobre el pecho, orejas movibles como las del elefante y que le cubrían los Hombros, y uñas ganchudas cual las garras del león.

A su vista, nos llenamos de terror, y después nos quedamos rígidos como muertos. Pero él fue a sentarse en un banco alto adosado a la pared, y desde allí comenzó a examinarnos en silencio y con toda atención uno a uno. Tras de lo cual se adelantó hacia nosotros, fue derecho a mí, prefiriéndome a los demás mercaderes, tendió la mano y me cogió de la nuca, cual podía cogerse un lío de trapos. Me dio vueltas y vueltas en todas direcciones, palpándome como palparía un carnicero cualquier cabeza de carnero. Pero sin duda no debió encontrarme de su gusto, liquidado por el terror como yo estaba y con la grasa de mi piel disuelta por las fatigas del viaje y la pena. Entonces me dejó, echándome a rodar por el suelo, y se apoderó de mi vecino más próximo y lo manoseó, como me había manoseado a mí, para rechazarle y luego apoderarse del siguiente. De este modo fue cogiendo uno tras de otro a todos los mercaderes, y le tocó ser el último en el turno al capitán del navío.

Aconteció que el capitán era un hombre gordo y lleno de carne, y naturalmente, era el más robusto y sólido de todos los hombres del navío. Así es que el espantoso gigante no dudó en fijarse en él al elegir; le cogió entre sus manos cual un carnicero cogería un cordero, le derribó en tierra le puso un pie en el cuello y le desnucó con un solo golpe. Empuñó entonces uno de los inmensos asadores en cuestión y se lo introdujo por la boca, haciéndolo salir por el ano. Entonces encendió mucha leña en el hogar que había en la sala, puso entre las llamas al capitán ensartado, y comenzó a darle vueltas lentamente hasta que estuvo en sazón. Le retiró del fuego entonces y empezó a trincharle en pedazos, como si se tratara de un pollo, sirviéndose para el caso de sus uñas. Hecho aquello, le devoró en un abrir y cerrar de ojos. Tras de lo cual chupó los huesos, vaciándolos de la medula, y los arrojó en medio del montón que se alzaba en la sala.

Concluida esta comida, el espantoso gigante fue a tenderse en el banco para digerir, y no tardó en dormirse, roncando exactamente igual que un búfalo a quien se degollara o como un asno a quien se incitara a rebuznar. Y así permaneció dormido hasta por la mañana. Le vimos entonces levantarse y alejarse como había llegado, mientras permanecíamos inmóviles de espanto.

Cuando tuvimos la certeza de que había desaparecido, salimos del silencio que guardamos toda la noche, y nos comunicamos mutuamente nuestras reflexiones y empezamos a sollozar y gemir pensando en la suerte que nos esperaba. .

Y con tristeza nos decíamos: "Mejor hubiera sido perecer en el mar ahogados o comidos por los monos que ser asados en las brasas. ¡Por Alah, que se trata de una muerte detestable! Pero ¿qué hacer? ¡Ha de ocurrir lo que Alah disponga! ¡No hay recurso más que en Alah el Todopoderoso!"

Abandonamos entonces aquella casa y vagamos por toda la isla en busca de algún escondrijo donde resguardarnos; pero fue en vano, porque la isla era llana y no había en ella cavernas ni nada que nos permitiese sustraernos a la persecución. Así es que, como caía la tarde, nos pareció más prudente volver al palacio.

Pero apenas llegamos, hizo su aparición en medio del ruido atronador el horrible hombre negro, y después del palpamiento y el manoseo, se apoderó de uno de mis compañeros mercaderes, ensartándole enseguida, asándole y haciéndole pasar a su vientre, para tenderse luego en el banco y roncar hasta la mañana como un bruto degollado. Despertóse entonces y se desperezó, gruñendo ferozmente, y se marchó sin ocuparse de nosotros y cual si no nos viera.

Cuando partió, como habíamos tenido tiempo de reflexionar sobre nuestra triste situación, exclamamos todos a la vez: "Vamos a tirarnos al mar para morir ahogados, mejor que perecer asados y devorados. ¡Porque debe ser una muerte terrible!"

Al ir a ejecutar este proyecto, se levantó uno de nosotros y dijo: "¡Escuchadme, compañeros! ¡No creéis que vale quizás más matar al hombre negro antes de que nos extermine?" Entonces levanté a mi vez yo el dedo y dije: "¡Escuchadme, compañeros! ¡Caso de que verdaderamente hayáis resuelto matar al hombre negro, sería preciso antes comenzar por utilizar los trozos de madera de que está cubierta la playa, con objeto de construirnos una balsa en la cual podamos huir de esta isla maldita después de librar a la Creación de tan bárbaro comedor de musulmanes! ¡Bordeamos entonces en cualquier isla donde esperaremos la clemencia del Destino, que nos enviará algún navío para regresar a nuestro país! De todos modos, aunque naufrague la balsa y nos ahoguemos, habremos evitado que nos asen y no habremos cometido la mala acción de matarnos voluntariamente. ¡Nuestra muerte será un martirio que se tendrá en cuenta el día de la Retribución!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 300ª NOCHE

Ella dijo:

¡...Nuestra muerte será un martirio que se tendrá en cuenta el día de la Retribución!" Entonces exclamaron los mercaderes: "¡Por Alah! ¡Es una idea excelente y una acción razonable!"

Al momento nos dirigimos a la playa y construimos la balsa en cuestión, en la cual tuvimos cuidado de poner algunas provisiones, tales como frutas y hierbas comestibles; luego volvimos al palacio para esperar, temblando, la llegada del hombre negro.

Llegó precedido de un ruido atronador, y creímos ver entrar a un enorme perro rabioso. Todavía tuvimos necesidad de presenciar sin un murmullo cómo ensartaba y asaba a uno de nuestros compañeros, a quien escogió por su grasa y buen aspecto, tras del palpamiento y manoseo. Pero cuando el espantoso bruto se durmió y comenzó a roncar de un modo estrepitoso, pensamos en aprovecharnos de su sueño con objeto de hacerle inofensivo para siempre.

Cogimos a tal fin dos de los inmensos asadores de hierro, y los calentamos al fuego hasta que estuvieron al rojo blanco; luego los empuñamos fuertemente por el extremo frío, y como eran muy pesados, llevamos entre varios cada uno. Nos acercamos a él quedamente, y entre todos hundimos a la vez ambos asadores en ambos ojos del horrible hombre negro que dormía, y apretamos con todas nuestras fuerzas para que cegase en absoluto.

Debió sentir seguramente un dolor extremado, porque el grito que lanzó fue tan espantoso, que al oírlo rodamos por el suelo a una distancia respetable. Y saltó él a ciegas, y aullando y corriendo en todos sentidos, intentó coger a alguno de nosotros. Pero habíamos tenido tiempo de evitarlo y echarnos al suelo de bruces a su derecha y a su izquierda, de manera que a cada vez sólo se encontraba con el vacío. Así es que, viendo que no podía realizar su propósito acabó por dirigirse a tientas a la puerta y salió dando gritos espantosos.

Entonces, convencidos de que el gigante ciego moriría por fin en su suplicio, comenzamos a tranquilizarnos, y nos dirigimos al mar con paso lento. Arreglamos un poco mejor la balsa, nos embarcamos en ella, la desamarramos de la orilla, y ya íbamos a remar para alejarnos, cuando vimos al horrible gigante ciego que llegaba corriendo, guiado por una hembra gigante, todavía más horrible y antipática que él.

Llegados que fueron a la playa, lanzaron gritos amedrentadores al ver que nos alejábamos; después cada uno de ellos comenzó a apedrearnos, arrojando a la balsa trozos de peñasco. Por aquel procedimiento consiguieron alcanzarnos con sus proyectiles y ahogar a todos mis compañeros, excepto dos. En cuanto a los tres que salimos con vida, pudimos al fin alejarnos y ponernos fuera del alcance de los peñascos que lanzaban.

Pronto llegamos a alta mar, donde nos vimos a merced del viento y empujados hacia una isla que distaba dos días de aquella en que creímos perecer ensartados y asados. Pudimos encontrar allí frutas, con lo que nos libramos de morir de hambre; luego, como la noche era ya avanzada, trepamos a un gran árbol para dormir en él.

Por la mañana, cuando nos despertamos, lo primero que se presentó ante nuestros ojos asustados fue una terrible serpiente tan gruesa como el árbol en que nos hallábamos, y que clavaba en nosotros sus ojos llameantes y abría una boca tan ancha como un horno. Y de pronto se irguió, y su cabeza nos alcanzó en la copa del árbol. Cogió con sus fauces a uno de mis dos compañeros y lo engulló hasta los hombros, para devorarle por completo casi inmediatamente. Y al punto oímos los huesos del infortunado crujir en el vientre de la serpiente, que bajó del árbol y nos dejó aniquilados de espanto y de dolor.

Y pensamos: "¡Por Alah, este nuevo género de muerte es más detestable que el anterior! ¡La alegría de haber escapado del asador del hombre negro, se convierte en un presentimiento peor aún que cuanto hubiéramos de experimentar! ¡No hay recurso más que en Alah!"

Tuvimos enseguida alientos para bajar del árbol y recoger algunas frutas, que comimos, satisfaciendo nuestra sed con el agua de los arroyos. Tras de lo cual, vagamos por la isla en busca de cualquier abrigo más seguro que el de la precedente noche, y acabamos por encontrar un árbol de una altura prodigiosa. Trepamos a él al hacerse de noche, y ya instalados lo mejor posible, empezábamos a dormirnos, cuando nos despertó un silbido seguido de un rumor de ramas tronchadas, y antes de que tuviésemos tiempo de hacer un movimiento para escapar, la serpiente cogió a mi compañero, que se había encaramado por debajo de mí, y de un solo golpe le devoró hasta las tres cuartas partes. La vi luego enroscarse al árbol, haciendo rechinar los huesos de mi último compañero hasta que terminó de devorarle. Después se retiró, dejándome muerto de miedo.

Continué en el árbol sin moverme hasta por la mañana, y únicamente entonces me decidí a bajar. Mi primer movimiento fue para tirarme al mar con objeto de concluir una vida miserable y llena de alarmas cada vez más terribles; en el camino me paré, porque mi alma, don precioso, no se avenía a tal resolución; y me sugirió una idea a la cual debo el haberme salvado.

Empecé a buscar leña, y encontrándola enseguida, me tendí en tierra y cogí una tabla grande que sujeté a las plantas de mis pies en toda su extensión; cogí luego una segunda tabla que até a mi costado izquierdo, otra a mi costado derecho, la cuarta me la puse en el vientre, y la quinta, más ancha y más larga que las anteriores, la sujeté a mi cabeza. De este modo me encontraba rodeado por una muralla de tablas que oponían en todos sentidos un obstáculo a las fauces de la serpiente. Realizado aquello, permanecí tendido en el suelo, y esperé lo que me reservaba el Destino.

Al hacerse de noche, no dejó de ir la serpiente. En cuanto me vio, arrojose sobre mí dispuesta a sepultarme en su vientre; pero se lo impidieron las tablas. Se puso entonces a dar vueltas a mi alrededor, intentando cogerme por algún lado más accesible; pero no pudo lograr su propósito, a pesar de todos sus esfuerzos, y aunque tiraba de mí en todas direcciones. Así pasó toda la noche haciéndome sufrir, y yo me creía ya muerto y sentía en mi rostro su aliento nauseabundo. Al amanecer me dejó por fin, y se alejó muy furiosa, en el límite de la cólera y de la rabia.

Cuando estuve seguro de que se había alejado del todo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 301ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando estuve seguro de que se había alejado del todo, saqué la mano y me desembaracé de las ligaduras que me ataban a las tablas. Pero había estado en una postura tan incómoda, que en un principio no logré moverme, y durante varias horas creí no poder recobrar el uso de mis miembros. Pero al fin conseguí ponerme en pie, y poco a poco pude andar y pasearme por la isla. Me encaminé hacia el mar, y apenas llegué descubrí en lontananza un navío que bordeaba la isla velozmente a toda vela.

Al verlo me puse a agitar los brazos y gritar como un loco; luego desplegué la tela de mi turbante, y atándola a una rama de árbol, la levanté por encima de mi cabeza y me esforcé en hacer señales para que me advirtiesen desde el navío.

El destino quiso que mis esfuerzos no resultasen inútiles. No tardé, efectivamente, en ver que el navío viraba y se dirigía a tierra; y poco después fui recogido por el capitán y sus hombres.

Una vez a bordo del navío, empezaron por proporcionarme vestidos y ocultar mi desnudez, ya que desde hacía tiempo había yo destrozado mi ropa; luego me ofrecieron manjares para que comiera, lo cual hice con mucho apetito, a causa de mis pasadas privaciones; pero lo que me llegó especialmente al alma fue cierta agua fresca en su punto y deliciosa en verdad, de la que bebí hasta saciarme. Entonces se calmó mi corazón y se tranquilizó mi espíritu, y sentí que el reposo y el bienestar descendían por fin a mi cuerpo extenuado.

Comencé, pues, a vivir de nuevo tras de ver a dos pasos de mí , la muerte, y bendije a Alah por su misericordia, y le di gracias por haber interrumpido mis tribulaciones. Así es que no tardé en reponerme completamente de mis emociones y fatigas, hasta el punto de casi llegar a creer que todas aquellas calamidades habían sido un sueño. Nuestra navegación resultó excelente, y con la venia de Alah el viento nos fue favorable todo el tiempo, y nos hizo tocar felizmente en una isla llamada Salahata, donde debíamos hacer escala, y en cuya rada ordenó anclar el capitán, para permitir a los mercaderes desembarcar y despachar sus asuntos. -

Cuando estuvieron en tierra los pasajeros, como era el único a bordo que carecía de mercancías para vender o cambiar, el capitán se acercó a mí y me dijo: "¡Escucha lo que voy a decirte! Eres un hombre pobre y extranjero, y por ti sabemos cuántas pruebas has sufrido en tu vida. ¡Así, pues, quiero serte de alguna utilidad ahora y ayudarte a regresar a tu país, con el fin de que cuando pienses en mí lo hagas gustoso e invoques para mi persona todas las bendiciones!"

Yo le contesté: "Ciertamente, ¡oh capitán! que no dejaré de hacer votos en tu favor". Y él dijo: "Sabe que hace algunos años vino con nosotros un viajero que se perdió en una isla en que hicimos escala. Y desde entonces no hemos vuelto a tener noticias suyas, ni sabemos si ha muerto o si vive todavía. Como están en el navío depositadas las mercancías que dejó aquel viajero, abrigo la idea de confiártelas para que, mediante un corretaje provisional sobre la ganancia, las vendas en esta isla y me des su importe, a fin de que a mi regreso a Bagdad pueda yo entregarlo a sus parientes o dárselo a él mismo, si consiguió volver a su ciudad".

Y contesté yo: "¡Te soy deudor del bienestar y la obediencia!, ¡oh señor! ¡Y verdaderamente eres acreedor a mi mucha gratitud, ya que quieres proporcionarme una honrada ganancia!"

Entonces el capitán ordenó a los marineros que sacasen de la cala las mercancías y las llevaran a la orilla, para que yo me hiciera cargo de ellas. Después llamó al escriba del navío y le dijo que las contase y las anotase fardo por fardo. Y contestó el escriba: "¿A quién pertenecen estos fardos y a nombre de quién debo inscribirlos?" El capitán respondió: "El propietario de estos fardos se llamaba Sindbad el Marino, Ahora inscríbelos a nombre de ese pobre pasajero y pregúntale cómo se llama".

Al oír aquellas palabras del capitán, me asombré prodigiosamente, y exclamé: "¡Pero si Sindbad el Marino soy yo!" Y mirando atentamente al capitán, reconocí en él al que al comienzo de mi segundo viaje me abandonó en la isla donde me quedé dormido.

Ante descubrimiento tan inesperado, mi emoción llegó a sus últimos límites, y añadí: "¡Oh capitán! ¿No me reconoces? ¡Soy el pobre Sindbad el Marino, oriundo de Bagdad! ¡Escucha mi historia! Acuérdate, ¡oh capitán! de que fui yo quien desembarcó en la isla hace tantos años sin que hubiera vuelto. En efecto, me dormí a la orilla de un arroyo delicioso, después de haber comido, y cuando desperté ya había zarpado el barco. ¡Por cierto que me vieron muchos mercaderes de la montaña de diamantes, y podrían atestiguar que soy yo el propio Sindbad el Marino!"

Aun no había acabado de explicarme, cuando uno de los mercaderes que habían subido por mercaderías a bordo se acercó a mí, me miró atentamente, y en cuanto terminé de hablar, palmoteó sorprendido, y exclamó:

"¡Por Alah! Ninguno me creyó cuando hace tiempo relaté la extraña aventura que me acaeció un día en la montaña de diamantes, donde, según dije, vi a un hombre atado a un cuarto de carnero y transportado desde el valle a la montaña por un pájaro llamado rokh. ¡Pues bien; he aquí aquel hombre! ¡Este mismo es Sindbad el Marino, el hombre generoso que me regaló tan hermosos diamantes!" Y tras de hablar así, el mercader corrió a abrazarme como un hermano ausente que se encuentra de pronto a su hermano.

Entonces me contempló un instante el capitán del navío y enseguida me reconoció también por Sindbad el Marino. Y me tomó en sus brazos como lo hubiera hecho con su hijo, me felicitó por estar con vida todavía, y me dijo: "Por Alah, ¡oh señor! que es asombrosa tu historia y prodigiosa tu aventura! ¡Pero bendito sea Alah, que permitió nos reuniéramos, e hizo que encontraras tus mercancías y tu fortuna!"

Luego dio orden de que llevaran mis mercancías a tierra para que yo las vendiese, aprovechándome de ellas por completo aquella vez. Y, efectivamente, fue enorme la ganancia que me proporcionaron, indemnizándome con mucho de todo el tiempo que había perdido hasta entonces.

Después de lo cual, dejamos la isla Salahata y llegamos al país de Sínd, donde vendimos y compramos igualmente.

En aquellos mares lejanos vi cosas asombrosas y prodigios innumerables, cuyo relato no puedo detallar. Pero, entre otras cosas, vi un pez que tenía el aspecto de una vaca y otro que parecía un asno. Vi también un pájaro que nacía del nácar marino y cuyas crías vivían en la superficie de las aguas, sin volar nunca sobre tierra.

Más tarde continuamos nuestra navegación, con la venia de Alah, y a la postre llegamos a Bassra, donde nos detuvimos pocos días, para entrar por último en Bagdad.

Entonces me dirigí a mi calle, penetré en mi casa, saludé a mis parientes, a mis amigos y a mis antiguos compañeros, e hice muchas dádivas a viudas y a huérfanos. Porque había regresado más rico que nunca, a causa de los últimos negocios hechos al vender mis mercancías.

Pero mañana, si Alah quiere, ¡oh amigos míos! os contaré la historia de mi cuarto viaje, que supera en interés a las tres que acabáis de oír".

Luego Sindbad el Marino, como los anteriores días, hizo que dieran cien monedas de oro a Sindbad el Cargador, invitándole a volver al día siguiente.

No dejó de obedecer el cargador, y volvió al otro día para escuchar lo que había de contar Sindbad el Marino cuando terminase la comida...

En este momento de su narración, Scherazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente

Y CUANDO LLEGÓ LA 302ª NOCHE

Ella dijo:

...para escuchar lo que había de contar Sindabad el Marino cuando terminase la comida.

La cuarta historia de las historias de Sindbad el marino, que trata del cuarto viaje

Y dijo Sindbad el Marino:

"Ni las delicias ni los placeres de la vida de Bagdad, ¡oh amigos míos! me hicieron olvidar los viajes. Al contrario, casi no me acordaba de las fatigas sufridas y los peligros corridos. Y el alma pérfida que vivía en mí no dejó de mostrarme lo ventajoso que sería recorrer de nuevo las comarcas de los hombres. Así es que no pude resistirme a sus tentaciones, y abandonando un día la casa y las riquezas, llevé conmigo una gran cantidad de mercaderías de precio, bastante más que las que había llevado en mis últimos viajes, y de Bagdad partí para Bassra, donde me embarqué en un gran navío en compañía de varios notables mercaderes prestigiosamente conocidos.

Al principio fue excelente nuestro viaje por el mar, gracias a la bendición. Fuimos de isla en isla y de tierra en tierra, vendiendo y comprando y realizando beneficios muy apreciables, hasta que un día, en alta mar, hizo anclar el capitán, diciéndonos: "¡Estamos perdidos sin remedio!" Y de improviso un golpe de viento terrible hinchó todo el mar, que se precipitó sobre el navío; haciéndole crujir por todas partes y arrebató a los pasajeros, incluso al capitán, los marineros y yo mismo. Y se hundió todo el mundo, y yo igual que los demás.

Pero, merced a la misericordia, pude encontrar sobre el abismo una tabla del navío, a la que me agarré con manos y pies, y encima de la cual navegamos durante medio día yo y algunos otros mercaderes que lograron asirse conmigo a ella.

Entonces, a fuerza de bregar con pies y manos, ayudados por el viento y la corriente, caímos en la costa de una isla, cual si fuésemos un montón de algas, medio muertos ya de frío y de miedo.

Toda una noche permanecimos sin movernos, aniquilados, en la costa de aquella isla. Pero al día siguiente pudimos levantarnos e internarnos por ella, vislumbrando una casa, hacia la cual nos encaminamos.

Cuando llegamos a ella, vimos que por la puerta de la vivienda salía un grupo de individuos completamente desnudos y negros, quienes se apoderaron de nosotros sin decirnos palabra y nos hicieron penetrar en una vasta sala, donde aparecía un rey sentado en alto trono.

El rey nos ordenó que nos sentáramos, y nos sentamos. Entonces pusieron a nuestro alcance platos llenos de manjares como no los habíamos visto en toda nuestra vida. Sin embargo, su aspecto no excitó mi apetito, al revés de lo que ocurría a mis compañeros, que comieron glotonamente para aplacar el hambre que les torturaba desde que naufragamos. En cuanto a mí, por abstenerme conservo la existencia hasta hoy.

Efectivamente, desde que tomaron los primeros bocados, apoderose de mis compañeros una gula enorme, y estuvieron durante horas y horas devorando cuanto les presentaban, mientras hacían gestos de locos y lanzaban extraordinarios gruñidos de satisfacción.

En tanto que caían en aquel estado mis amigos, los hombres desnudos llevaron un tazón lleno de cierta pomada con la que untaron todo el cuerpo a mis compañeros, resultando asombroso el efecto que hubo de producirles en el vientre. Porque vi que se les dilataba poco a poco en todos sentidos hasta quedar más gordos que un pellejo inflado. Y su apetito aumentó proporcionalmente, y continuaron comiendo sin tregua, mientras yo les miraba asustado al ver que no se llenaba su vientre nunca.

Por lo que a mí respecta, persistí en no tocar aquellos manjares, y me negué a que me untaran con la pomada al ver el efecto que produjo en mis compañeros. Y en verdad que mi sobriedad fue provechosa, porque averigüé que aquellos hombres desnudos comían carne humana, y empleaban diversos medios para cebar a los hombres que caían entre sus manos y hacer de tal suerte más tierna y más jugosa su carne. En cuanto al rey de estos antropófagos, descubrí que era ogro. Todos los días le servían asado un hombre cebado por aquel método; a los demás no les gustaba el asado y comían la carne humana al natural, sin ningún aderezo.

Ante tan triste descubrimiento, mi ansiedad sobre mi suerte y la de mis compañeros no conoció límites cuando advertí enseguida una disminución notable de la inteligencia de mis camaradas, a medida que se hinchaba su vientre y engordaba su individuo. Acabaron por embrutecerse del todo a fuerza de comer, y cuando tuvieron el aspecto de unas bestias buenas para el matadero, se les confió a la vigilancia de un pastor, que a diario les llevaba a pacer en el prado.

En cuanto a mí, por una parte el hambre, y el miedo por otra, hicieron de mi persona la sombra de mí mismo y la carne se me secó encinta del hueso. Así es que, cuando los indígenas de la isla me vieron tan delgado y seco, no se ocuparon ya de mí y me olvidaron enteramente, juzgándome sin duda indigno de servirme asado ni siquiera a la parrilla ante su rey.

Tal falta de vigilancia por parte de aquellos insulares negros y desnudos me permitió un día alejarme de su vivienda y marchar en dirección opuesta a ella. En el camino me encontré al pastor que llevaba a pacer a mis desgraciados compañeros, embrutecidos por culpa de su vientre. Me di prisa a esconderme entre las hierbas altas, andando y corriendo para perderlos de vista, pues su aspecto me producía torturas y tristeza.

Ya se había puesto el sol, y yo no dejaba de andar. Continué camino adelante toda la noche, sin sentir necesidad de dormir, porque me despabilaba el miedo de caer en manos de los negros comedores de carne humana. Y anduve aún durante todo el otro día, y también los seis siguientes, sin perder más que el tiempo necesario para hacer una comida diaria que me permitiese seguir mi carrera en pos de lo desconocido. Y por todo alimento cogía hierbas y me comía las indispensables para no sucumbir de hambre.

Al amanecer el octavo día...

En este momento de su narración. Scherazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 303ª NOCHE

Ella dijo:

...Al amanecer del octavo día llegué a la orilla opuesta de la isla y me encontré con hombres como yo, blancos y vestidos con trajes, que se ocupaban en quitar granos de pimienta de los árboles de que estaba cubierta aquella región. Cuando me advirtieron, se agruparon en torno mío y me hablaron en mi lengua, el árabe, que no escuchaba yo desde hacía tiempo.

Me preguntaron quién era y de dónde venía. Contesté: "¡Oh buenas gentes, soy un pobre extranjero!" Y les enumeré cuantas desgracias y peligros había experimentado. Mi relato les asombró maravillosamente, y me felicitaron por haber podido escapar de los devoradores de carne humana; me ofrecieron de comer y de beber, me dejaron reposar una hora, y después me llevaron a su barca para presentarme a su rey, cuya residencia se hallaba en otra isla vecina.

La isla en que reinaba este rey tenía por capital una ciudad muy poblada, abundante en todas las cosas de la vida, rica en zocos y en mercaderes cuyas tiendas aparecían provistas de objetos preciosos, cruzadas por calles en que circulaban numerosos jinetes en caballos espléndidos, aunque sin sillas ni estribos. Así es que cuando me presentaron al rey, tras de las zalemas hube de participarle mi asombro por ver cómo los hombres montaban a pelo en los caballos. Y le dije: "¿Por qué motivo, ¡oh mi señor y soberano! no se usa aquí la silla de montar? ¡Es un objeto tan cómodo para ir a caballo! ¡Y, además, aumenta el dominio del jinete!"

Sorprendiose mucho de mis palabras el rey, y me preguntó: "¿Pero en qué consiste una silla de montar? ¡Se trata de una cosa que nunca en nuestra vida vimos!" Yo le dije: "¿Quieres, entonces, que te confeccione una silla, para que puedas comprobar su comodidad y experimentar sus ventajas?" Me contestó: "¡Sin duda!"

Dije que pusiera a mis órdenes un carpintero hábil, y le hice trabajar a mi vista la madera de una silla conforme exactamente a mis indicaciones. Y permanecí junto a él hasta que la terminó. Entonces yo mismo forré la madera de la silla con lana y cuero y acabé guarneciéndola con bordados de oro y borlas de diversos colores. Hice que viniese a mi presencia luego un herrero, al cual le enseñé el arte de confeccionar un bocado y estribos; y ejecutó perfectamente estas cosas, porque no le perdí de vista un instante.

Cuando estuvo todo en condiciones, escogí el caballo más hermoso de las cuadras del rey, y le ensillé y embridé, y le enjaecé espléndidamente, sin olvidarme de ponerle diversos accesorios de adorno, como largas gualdrapas, borlas de seda y oro, penacho y collera azul. Y fui enseguida a presentárselo al rey, que lo esperaba con mucha impaciencia desde hacía algunos días.

Inmediatamente lo montó el rey, y se sintió tan a gusto y le satisfizo tanto la invención, que me probó su contento con regalos suntuosos y grandes prodigalidades.

Cuando el gran visir vio aquella silla y comprobó su superioridad, me rogó que le hiciera una parecida. Y yo accedí gustoso. Entonces todos los notables del reino y los altos dignatarios quisieron asimismo tener una silla, y me hicieron la oportuna demanda. Y tanto me obsequiaron, que en poco tiempo hube de convertirme en el hombre más rico y considerado de la ciudad.

Me había hecho amigo del rey, y un día que fui a verle, según era mi costumbre, se encaró conmigo, y me dijo: "¡Ya sabes, Sindbad, que te quiero mucho! En mi palacio llegaste a ser como de mi familia, y no puedo pasarme sin ti ni soportar la idea de que venga un día en que nos dejes. ¡Deseo, pues, pedirte una cosa sin que me la rehúses!".

Contesté: "¡Ordena, oh rey! ¡Tu poder sobre mí lo consolidaron tus beneficios y la gratitud que te debo por todo el bien que de ti recibí desde mi llagada a este reino!" Contestó él: "Deseo casarte entre nosotros con una mujer bella, bonita, perfecta, rica en oro y en cualidades, con el fin de que ella te decida a permanecer siempre en nuestra ciudad y en mi palacio. ¡Espero, pues, de ti que no rechaces mi ofrecimiento y mis palabras!"

Al oír aquel discurso quedé confundido, bajé la cabeza y no pude responder de tanta timidez como me embargaba. De manera que el rey me preguntó: "¿Por qué no me contestas, hijo mío?"

Yo repliqué: "¡Oh rey del tiempo, tus deseos son los míos y en mí tienes un esclavo!" Al punto envió él a buscar al kadí y a los testigos, y acto seguido diome por esposa a una mujer noble, de alto rango, poderosamente rica, dueña de propiedades edificadas y de tierras, y dotada de gran belleza. Al propio tiempo, me hizo el regalo de un palacio completamente amueblado, con sus esclavos de ambos sexos y un tren de casa verdaderamente regio.

Desde entonces viví en medio de una tranquilidad perfecta y llegué al límite del desahogo y el bienestar. Y de antemano me regocijaba la idea de poder un día escaparme de aquella ciudad y volver a Bagdad con mi esposa; porque la amaba mucho, y ella también me amaba, y nos llevábamos muy bien. Pero cuando el Destino dispone algo, ningún poder humano logra torcer su curso. ¿Y qué criatura puede conocer el porvenir? Aun había yo de comprobar una vez más ¡ay! que todos nuestros proyectos son juegos infantiles ante los designios del Destino.

Un día, por orden de Alah, murió la esposa de mi vecino. Como el tal vecino era amigo mío, fui a verle y traté de consolarle, diciéndole: "¡No te aflijas más de lo permitido, oh vecino! ¡Pronto te indemnizará Alah dándote una esposa más bendita todavía! ¡Prolongue Alah tus días!" Pero mi vecino, asombrado de mis palabras, levantó la cabeza y me dijo: "¿Cómo puedes desearme larga vida, cuando bien sabes que sólo me queda ya una hora de vivir?"

Entonces me asombré a mi vez y le dije: "¿Por qué hablas así, vecino, y a qué vienen semejantes presentimientos? ¡Gracias a Alah, eres robusto y nada te amenaza! ¿Pretendes, pues, matarte por tu propia mano?" Contestó: "¡Ah! Bien veo ahora tu ignorancia acerca de los usos de nuestro país. Sabe, pues, que la costumbre quiere que todo marido vivo sea enterrado vivo con su mujer cuando ella muera, y que toda mujer viva sea enterrada viva con su marido cuando muere él. ¡Es cosa inviolable! ¡Y enseguida debo ser enterrado vivo yo con mi mujer muerta! ¡Aquí ha de cumplir tal ley, establecida por los antepasados, todo el mundo, incluso el rey!"

Al escuchar aquellas palabras, exclamé: "¡Por Alah, qué costumbre tan detestable! ¡Jamás podré conformarme con ella!"

Mientras hablábamos en estos términos, entraron los parientes y amigos de mi vecino y se dedicaron, en efecto, a consolarle por su propia muerte y la de su mujer. Tras de lo cual se procedió a los funerales. Pusieron en un ataúd descubierto el cuerpo de la mujer, después de revestirla con los trajes más hermosos, y adornarla con las más preciosas joyas. Luego se formó el acompañamiento; el marido iba a la cabeza, detrás del ataúd, y todo el mundo, incluso yo, se dirigió al sitio del entierro

Salimos de la ciudad, llegando a una montaña que daba sobre el mar. En cierto paraje vi una especie de pozo inmenso, cuya tapa de piedra levantaron enseguida. Bajaron por allí el ataúd donde yacía la mujer muerta adornada con sus alhajas; luego se apoderaron de mi vecino, que no opuso ninguna resistencia; por medio de una cuerda le bajaron hasta el fondo del pozo, proveyéndole de un cántaro con agua y siete panes. Hecho lo cual taparon el brocal del pozo con las piedras grandes que lo cubrían, y nos volvimos por donde habíamos ido.

Asistí a todo esto en un estado de alarma inconcebible, pensando: "¡La cosa es aún peor que todas cuantas he visto!" Y no bien regresé a palacio, corrí en busca del rey y le dije: "¡Oh señor mío! ¡muchos países recorrí hasta hoy; pero en ninguna parte vi una costumbre tan bárbara como esa de enterrar al marido vivo con su mujer muerta! Por lo tanto, desearía saber, ¡oh rey del tiempo! si el extranjero ha de cumplir también esta ley al morir su esposa".

El rey contestó: "¡Sin duda que se le enterrará con ella!"

Cuando hube oído aquellas palabras, sentí que en el hígado me estallaba la vejiga de la hiel a causa de la pena, salí de allí loco de terror y marché a mi casa, temiendo ya que hubiese muerto mi esposa durante mi ausencia y que se me obligase a sufrir el horroroso suplicio que acababa de presenciar. En vano intenté consolarme diciendo: "¡Tranquilízate, Sindbad! ¡Seguramente morirás tú primero! ¡Por consiguiente, no tendrás que ser enterrado vivo!" Tal consuelo de nada había de servirme, porque poco tiempo después mi mujer cayó enferma, guardó cama algunos días y murió, a pesar de todos los cuidados con que no cesé de rodearla día y noche.

Entonces mi dolor no tuvo límites; porque si realmente resultaba deplorable el hecho de ser devorado por los comedores de carne humana, no lo resultaba menos el de ser enterrado vivo. Cuando vi que el rey iba personalmente a mi casa para darme el pésame por mi entierro, no dudé ya de mi suerte. El soberano quiso hacerme el honor de asistir, acompañado por todos los personajes de la corte, a mi entierro, yendo al lado mío a la cabeza del acompañamiento, detrás del ataúd en que yacía muerta mi esposa, cubierta con sus joyas y adornada con todos sus atavíos.

Cuando estuvimos al pie de la montaña que daba sobre el mar, se abrió el pozo en cuestión, haciendo bajar al fondo del agujero el cuerpo de mi esposa; tras de lo cual, todos los concurrentes se acercaron a mí y me dieron el pésame, despidiéndose. Entonces yo quise intentar que el rey y los concurrentes me dispensaran de aquella prueba, y exclamé llorando: "¡Soy extranjero, y no parece justo que me someta a vuestra ley! ¡Además, en mi país tengo una esposa que vive e hijos que necesitan de mí!"

Pero en vano hube de gritar y sollozar, porque cogiéronme sin escucharme, me echaron cuerdas por debajo de los brazos, sujetaron a mi cuerpo un cántaro de agua y siete panes, como era costumbre, y me descolgaron hasta el fondo del pozo. Cuando llegué abajo, me dijeron: "¡Desátate, para que nos llevemos las cuerdas!" Pero no quise desligarme y continué con ellas, por si se decidían a subirme de nuevo. Entonces abandonaron las cuerdas, que cayeron sobre mí, taparon otra vez con las grandes piedras el brocal del pozo y se fueron por su camino, sin escuchar mis gritos que movían a piedad...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 304ª NOCHE

Ella dijo:

...sin escuchar mis gritos que movían a piedad.

A poco me obligó a taparme las narices la hediondez de aquel subterráneo. Pero no me impidió inspeccionar, merced a la escasa luz que descendía de lo alto, aquella gruta mortuoria llena de cadáveres antiguos y recientes. Era muy espaciosa, y se dilataba hasta una distancia que mis ojos no podían sondear. Entonces me tiré al suelo llorando, y exclamé: "¡Bien merecida tienes tu suerte, Sindbad de alma insaciable! Y luego, ¿qué necesidad tenías de casarte en esta ciudad? ¡Ah! ¿Por qué no pereciste en el valle de los diamantes, o por qué no te devoraron los comedores de hombres? ¡Era preferible que te hubiese tragado el mar en uno de tus naufragios y no tendrías que sucumbir ahora a tan espantosa muerte!"

Y al punto comencé a golpearme con fuerza en la cabeza, en el estómago y en todo mi cuerpo. Sin embargo, acosado por el hambre y la sed, no me decidí a dejarme morir de inanición, y desaté de la cuerda los panes y el cántaro de agua, y comí y bebí aunque con prudencia, en previsión de los siguientes días.

De este modo viví durante algunos días, habituándome paulatinamente al olor insoportable de aquella gruta y para dormir me acostaba en un lugar que tuve buen cuidado de limpiar de los huesos que en él aparecían. Pero no podía retrasar más el momento en que se me acabaran el pan y el agua. Y llegó ese momento. Entonces, poseído por la más absoluta desesperación, hice mi acto de fe, y ya iba a cerrar los ojos para aguardar la muerte, cuando vi abrirse por encima de mi cabeza, el agujero del pozo y descender en un ataúd a un hombre muerto, y tras de él su esposa con los siete panes y el cántaro de agua.

Entonces esperé a que los hombres de arriba tapasen de nuevo el brocal, y sin hacer el menor ruido, muy sigilosamente, cogí un gran hueso de muerto y me arrojé de un salto sobre la mujer, rematándola de un golpe en la cabeza; y para cerciorarme de su muerte todavía la propiné un segundo y un tercer golpe con toda mi fuerza. Me apoderé entonces de los siete panes y del agua, con lo que tuve provisiones para algunos días.

Al cabo de ese tiempo, abriose de nuevo el orificio, y esta vez descendieron una mujer muerta y un hombre. Con el objeto de seguir viviendo -¡porque el alma es preciosa!- no dejé de rematar al hombre, robándole sus panes y su agua. Y así continué viviendo durante algún tiempo, matando en cada oportunidad a la persona a quien se enterraba viva y robándole sus provisiones.

Un día entre los días, dormía yo en mi sitio de costumbre, cuando me desperté sobresaltado al oír un ruido insólito. Era cual un resuello humano y un rumor de pasos. Me levanté y cogí el hueso que me servía para rematar a los individuos enterrados vivos, dirigiéndome al lado de donde parecía venir el ruido. Después de dar unos pasos, creí entrever algo que huía resollando con fuerza. Entonces, siempre armado con mi hueso, perseguí mucho tiempo a aquella especie de sombra fugitiva, y continué corriendo en la oscuridad tras ella, y tropezando a cada paso con los huesos de los muertos; pero de pronto creí ver en el fondo de la gruta como una estrella luminosa que tan pronto brillaba como se extinguía. Proseguí avanzando en la misma dirección, y conforme avanzaba veía aumentar y ensancharse la luz. Sin embargo, no me atreví a creer que fuese aquello una salida por donde pudiese escaparme, y me dije: "¡Indudablemente debe ser un segundo agujero de este pozo por el que bajan ahora algún cadáver!"

Así que, cuál no sería mi emoción al ver que la sombra fugitiva, que no era otra cosa que un animal, saltaba con ímpetu por aquel agujero. Entonces comprendí que se trataba de una brecha abierta por las fieras para ir a comerse en la gruta los cadáveres. Y salté detrás del animal y me hallé al aire libre bajo el cielo.

Al darme cuenta de la realidad caí de rodillas, y con todo mi corazón di gracias al Altísimo por haberme libertado, y calmé y tranquilicé mi alma.

Miré entonces al cielo, y vi que me encontraba al pie de una montaña junto al mar; y observé que la tal montaña no debía comunicarse de ninguna manera con la ciudad, por lo escarpada e impracticable que era. Efectivamente, intenté ascender por ella, pero en vano. Entonces, para no morirme de hambre, entré en la gruta por la brecha en cuestión y cogí pan y agua; y volví a alimentarme bajo el cielo, verificándolo con bastante mejor apetito que mientras duró mi estancia entre los muertos.

Todos los días continué yendo a la gruta para quitarles los panes y el agua, matando a los que se enterraba vivos. Luego tuve la idea de recoger todas las joyas de los muertos, diamantes, brazaletes, collares, perlas, rubíes, metales cincelados, telas preciosas y cuantos objetos de oro y plata había por allí. Y poco a poco iba transportando mi botín a la orilla del mar, esperando que llegara día en que pudiese salvarme con tales riquezas. Y para que todo estuviese preparado, hice fardos bien envueltos en los trajes de los hombres y mujeres de la gruta.

Estaba yo sentado un día a la orilla del mar, pensando en mis aventuras y en mi actual estado, cuando vi que pasaba un navío por cerca de la montaña. Me levanté enseguida, desarrollé la tela de mi turbante y me puse a agitarla con bruscos ademanes y dando muchos gritos mientras corría por la costa. Gracias a Alah, la gente del navío advirtió mis señales, y destacaron una barca para que fuese a recogerme y transportarme a bordo. Me llevaron con ellos y también se encargaron gustosos de mis fardos.

Cuando estuvimos a bordo, el capitán se acercó a mí y me dijo: "¿Qué eres y cómo te encontrabas en esa montaña donde nunca vi más que animales salvajes y aves de rapiña, pero no un ser humano, desde que navego por estos parajes? Contesté: "¡Oh, señor mío, soy un pobre mercader extranjero en estas comarcas! Embarqué en un navío enorme que naufragó junto a esta costa; y gracias a mi valor y a mi resistencia, yo solo entre mis compañeros pude salvarme de perecer ahogado y salvé conmigo mis fardos de mercancías, poniéndolos en una tabla grande que me proporcioné cuando el navío viose a merced de las olas. El Destino y mi suerte me arrojaron a esta orilla, y Alah ha querido que no muriese yo de hambre y de sed". Y esto fue lo que dije al capitán, guardándome mucho de decirle la verdad sobre mi matrimonio y mi enterramiento, no fuera que a bordo hubiese alguien de la ciudad donde reinaba la espantosa costumbre de que estuve a punto de ser víctima.

Al acabar mi discurso al capitán, saqué de uno de mis paquetes un hermoso objeto de precio y se lo ofrecí como presente, para que me tuviese consideración durante el viaje. Pero con gran sorpresa por mi parte, dio prueba de un raro desinterés, sin querer aceptar mi obsequio, y me dijo con acento benévolo: "No acostumbro hacerme pagar las buenas acciones. No eres el primero a quien hemos recogido en el mar. A otros náufragos socorrimos, transportándoles a su país, ¡por Alah! y no sólo nos negamos a que nos pagaran, sino que, como carecían de todo, les dimos de comer y de beber y les vestimos, y siempre ¡por Alah! hubimos de proporcionarle lo preciso para subvenir a sus gastos de viaje. ¡Porque el hombre se debe a sus semejantes, por Alah!"

Al escuchar tales palabras, di gracias al capitán e hice votos en su favor, deseándole larga vida, en tanto que él ordenaba desplegar las velas y ponía en marcha al navío.

Durante días y días navegamos en excelentes condiciones, de isla en isla y de mar en mar, mientras yo me pasaba las horas muertas deliciosamente tendido, pensando en mis extrañas aventuras y preguntándome si en realidad había yo experimentado todos aquellos sinsabores o si no eran un sueño. Y al recordar algunas veces mi estancia en la gruta subterránea con mi esposa muerta, creía volverme loco de espanto.

Pero al fin, por obra y gracia de Alah, llegamos con buena salud a Bassra, donde no nos detuvimos más que algunos días, entrando luego en Bagdad.

Entonces, cargado con riquezas infinitas, tomé el camino de mi calle y de mi casa, adonde entré y encontré a mis parientes y a mis amigos; festejaron mi regreso y se regocijaron en extremo, felicitándome por mi salvación. Yo, entonces, guardé con cuidado en los armarios mis tesoros, sin olvidarme de distribuir muchas limosnas a los pobres, a las viudas y a los huérfanos, así como valiosas dádivas entre mis amigos y conocimientos. Y desde entonces no cesé de entregarme a todas las diversiones y a todos los placeres en compañía de personas agradables.

¡Pero cuanto os conté hasta aquí no es nada, verdaderamente, en comparación de lo que me reservo para contároslo mañana, si Alah quiere!"

¡Así habló aquel día Sindbad! Y no dejó de mandar que dieran cien monedas de oro al cargador, invitándole a cenar con él, en compañía asimismo de los notables que se hallaban presentes. Y todo el mundo maravillose de aquello.

En cuanto a Sindbad el Cargador ...

En este momento de su narración, Scherazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 306ª NOCHE

Ella dijo:

...En cuanto a Sindbad el Cargador, llegó a su casa, donde soñó toda la noche con el relato asombroso. Y cuando al día siguiente estuvo de vuelta en casa de Sindbad el Marino, todavía se hallaba emocionado a causa del enterramiento de su huésped. Pero como ya habían extendido el mantel, se hizo sitio entre los demás, y comió, y bebió, y bendijo al Bienhechor. Tras de lo cual, en medio del general silencio, escuchó lo que contaba Sindbad el Marino.

La quinta historia de las historias de Sindbad el marino, que trata del quinto viaje

Dijo Sindbad:

"Sabed, ¡oh amigos míos! que al regresar del cuarto viaje me dediqué a hacer una vida de alegría, de placeres y de diversiones, y con ello olvidé enseguida mis pasados sufrimientos, y sólo me acordé de las ganancias admirables que me proporcionaron mis aventuras extraordinarias. Así es que no os asombraréis si os digo que no dejé de atender a mi alma, la cual inducíame a nuevos viajes por los países de los hombres.

Me apresté, pues, a seguir aquel impulso, y compré las mercaderías que a mi experiencia parecieron de más fácil salida y de ganancia segura y fructífera; hice que las encajonasen, y partí con ellas para Bassra.

Allí fui a pasearme por el puerto, y vi un navío grande, nuevo completamente, que me gustó mucho y que acto seguido compré para mí solo. Contraté a mi servicio a un buen capitán experimentado y a los necesarios marineros. Después mandé que cargaran las mercaderías mis esclavos, a los cuales mantuve a bordo para que me sirvieran. También acepté en calidad de pasajeros a algunos mercaderes de buen aspecto, que me pagaron honradamente el precio del pasaje. De esta manera, convertido entonces en dueño de un navío, podía ayudar al capitán con mis consejos, merced a la experiencia que adquirí en asuntos marítimos.

Abandonamos Bassra con el corazón confiado y alegre, deseándonos mutuamente todo género de bendiciones. Y nuestra navegación fue muy feliz, favorecida de continuo por un viento propicio y un mar clemente. Y después de haber hecho diversas escalas con objeto de vender y comprar, arribamos un día a una isla completamente deshabitada y desierta, y en la cual se veía como única vivienda una cúpula blanca. Pero al examinar más de cerca aquella cúpula blanca, adiviné que se trataba de un huevo de rokh. Me olvidé de advertirlo a los pasajeros, los cuales, una vez que desembarcaron, no encontraron para entretenerse nada mejor que tirar gruesas piedras a la superficie del huevo; y algunos instantes más tarde sacó del huevo una de sus patas el rokhecillo.

Al verlo, continuaron rompiendo el huevo los mercaderes; luego mataron a la cría del rokh, cortándola en pedazos grandes, y fueron a bordo para contarme la aventura.

Entonces llegué al límite del terror, y exclamé: "¡Estamos perdidos! ¡Enseguida vendrán el padre y la madre del rokh para atacarnos y hacernos perecer! ¡Hay que alejarse, pues, de esta isla lo más de prisa posible!" Y al punto desplegamos las velas y nos pusimos en marcha, ayudados por el viento.

En tanto, los mercaderes ocupábanse en asar los cuartos del rokh; pero no habían empezado a saborearlos, cuando vimos sobre los ojos del sol dos gruesas nubes que lo tapaban completamente. Al hallarse más cerca de nosotros estas nubes, advertimos no eran otra cosa que dos gigantescos rokhs, el padre y la madre del muerto. Y les oímos batir las alas y lanzar graznidos más terribles que el trueno. Y enseguida nos dimos cuenta de que estaban precisamente encima de nuestras cabezas, aunque a una gran altura, sosteniendo cada cual en sus garras una roca enorme, mayor que nuestro navío.

Al verlo no dudamos ya de que la venganza de los rokhs nos perdería. Y de repente uno de los rokhs dejó caer desde lo alto la roca en dirección al navío. Pero el capitán tenía mucha experiencia; maniobró con la barra tan rápidamente, que el navío viró a un lado, y la roca, pasando junto a nosotros, fue a dar en el mar, el cual abrióse de tal modo, que vimos su fondo, y el navío se alzó y bajó y volvió a alzarse espantablemente. Pero quiso nuestro destino que en aquel mismo instante soltase el segundo rokh su piedra, que, sin que pudiésemos evitarlo, fue a caer en la popa, rompiendo el timón en veinte pedazos y hundiendo la mitad del navío. Al golpe, mercaderes y marineros quedaron aplastados o sumergidos. Yo fui de los que se sumergieron.

Pero tanto luché con la muerte, impulsado por el instinto de conservar mi alma preciosa, que pude salir a la superficie del agua. Y por fortuna, logré agarrarme a una tabla de mi destrozado navío.

Al fin conseguí ponerme a horcajadas encima de la tabla, y remando con los pies y ayudado por el viento y la corriente, pude llegar a una isla en el preciso instante en que iba a entregar mi último aliento, pues estaba extenuado de fatiga, hambre y sed. Empecé por tenderme en la playa, donde permanecí aniquilado una hora, hasta que descansaron y se tranquilizaron mi alma y mi corazón. Me levanté entonces y me interné en la isla, con objeto de reconocerla.

No tuve necesidad de caminar mucho para advertir que aquella vez el Destino me había transportado a un jardín tan hermoso, que podría compararse con los jardines del paraíso. Ante mis ojos extáticos aparecían por todas partes árboles de dorados frutos, arroyos cristalinos, pájaros de mil plumajes diferentes y flores arrebatadoras. Por consiguiente, no quise privarme de comer de aquellas frutas, beber de aquella agua y aspirar aquellas flores; y todo lo encontré lo más excelente posible...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 307ª NOCHE

Ella dijo:

...y todo lo encontré lo más excelente posible. Así es que no me moví del sitio en que me hallaba, y continué reposando de mis fatigas hasta que acabó el día.

Pero cuando llegó la noche y me vi en aquella isla, solo entre los árboles, no pude por menos de tener un miedo atroz, a pesar de la belleza y la paz que me rodeaban; no logré dormirme más que a medias, y durante el sueño me asaltaron pesadillas terribles en medio de aquel silencio y aquella soledad.

Al amanecer me levanté más tranquilo y avancé en mi exploración. De esta suerte pude llegar junto a un estanque donde iba a dar el agua de un manantial, y a la orilla del estanque hallábase sentado, inmóvil, un venerable anciano cubierto con amplio manto hecho de hojas de árbol. Y pensé para mí: "¡También este anciano debe de ser algún náufrago que se refugiara antes que yo en esta isla!".

Me acerqué, pues, a él y le deseé la paz. Me devolvió el saludo, pero solamente por señas y sin pronunciar palabra. Y le pregunté: "¡Oh venerable jeique! ¿a qué se debe tu estancia en este sitio?" Tampoco me contestó; pero movió con aire triste la cabeza, y con la mano me hizo señas que significaban: "¡Te suplico que me cargues a tu espalda y atravieses el arroyo conmigo, porque quisiera coger frutas en la otra orilla!"

Entonces pensé: "¡Ciertamente, Sindbad, que verificarás una buena acción sirviendo así a este anciano!" Me incliné, pues, y me lo cargué sobre los hombros, atrayendo a mi pecho sus piernas, y con sus muslos él me rodeaba el cuello y la cabeza con sus brazos. Y le transporté a la otra orilla del arroyo hasta el lugar que hubo de designarme; luego me incliné nuevamente y le dije: "¡Baja con cuidado, oh venerable jeique!" ¡Pero no se movió! Por el contrario, cada vez apretaba más sus muslos en torno de mi cuello, y se afianzaba a mis hombros con todas sus fuerzas.

Al darme cuenta de ello llegué al límite del asombro y miré con atención sus piernas. Me parecieron negras y velludas, y ásperas como la piel de un búfalo, y me dieron miedo. Así es que, haciendo un esfuerzo inmenso, quise desenlazarme de su abrazo y dejarlo en tierra; pero entonces me apretó él la garganta tan fuertemente, que casi me estranguló y ante mí se oscureció el mundo. Todavía hice un último esfuerzo; pero perdí el conocimiento, casi ya sin respiración, y caí al suelo desvanecido.

Al cabo de algún tiempo volví en mí, observando que, a pesar de mi desvanecimiento, el anciano se mantenía siempre agarrado a mis hombros; sólo había aflojado sus piernas ligeramente para permitir que el aire penetrara en mi garganta.

Cuando me vio respirar, dióme dos puntapiés en el estómago para obligarme a que me incorporara de nuevo. El dolor me hizo obedecer, y me erguí sobre mis piernas, mientras él se afianzaba a mi cuello más que nunca. Con la mano me indicó que anduviera por debajo de los árboles y se puso a coger frutas y a comerlas. Y cada vez que me paraba yo contra su voluntad o andaba demasiado de prisa, me daba puntapiés tan violentos que veíame obligado a obedecerle.

Todo aquel día estuvo sobre mis hombros, haciéndome caminar como un animal de carga; y llegada la noche, me obligó a tenderme con él para dormir sujeto siempre a mi cuello. Y a la mañana me despertó de un puntapié en el vientre; obrando como la víspera.

Así permaneció afianzado a mis hombros día y noche sin tregua. Encima de mí hacía todas sus necesidades líquidas y sólidas, y sin piedad me obligaba a marchar, dándome puntapiés y puñetazos.

Jamás había yo sufrido en mi alma tantas humillaciones y en mi cuerpo tan malos tratos como al servicio forzoso de este anciano, más robusto que joven y más despiadado que un arriero. Y ya no sabía yo de qué medio valerme para desembarazarme de él, y deploraba el caritativo impulso que me hizo compadecerle y subirle a mis hombros. Y desde aquel momento me deseé la muerte desde lo más profundo de mi corazón.

Hacía ya mucho tiempo que me veía reducido a tan deplorable estado, cuando un día aquel hombre me obligó a caminar bajo unos árboles de los que colgaban gruesas calabazas, y se me ocurrió la idea de aprovechar aquellas frutas secas para hacer con ellas recipientes. Recogí una gran calabaza seca que había caído del árbol tiempo atrás, la vacié por completo, la limpié, y fui a una vid para cortar racimos de uvas, que exprimí dentro de la calabaza hasta llenarla. La tapé luego cuidadosamente y la puse al sol, dejándola allí varios días, hasta que el zumo de uvas convirtióse en vino puro. Entonces cogí la calabaza y bebí de su contenido la cantidad suficiente para reponer fuerzas y ayudarme a soportar las fatigas de la carga, pero no lo bastante para embriagarme. Al momento me sentí reanimado y alegre hasta tal punto, que por primera vez me puse a hacer piruetas en todos sentidos con mi carga, sin notarla ya, y a bailar cantando por entre los árboles. Incluso hube de dar palmadas para acompañar mi baile, riendo a carcajadas.

Cuando el anciano me vio en aquel estado inusitado y advirtió que mis fuerzas se multiplicaban hasta el extremo de conducirle sin fatiga, me ordenó por señas que le diese la calabaza. Me contrarió bastante la petición, pero le tenía tanto miedo, que no me atreví a negarme; me apresuré, pues, a darle la calabaza de muy mala gana. La tomó en sus manos, la llevó a sus labios, saboreó primero el líquido, para saber a qué atenerse, y como lo encontró agradable, se lo bebió, vaciando la calabaza hasta la última gota y arrojándola después lejos de sí.

Enseguida se hizo sentir en su cerebro el efecto del vino; y como había bebido lo suficiente para embriagarse, no tardó en bailar a su manera en un principio, zarandeándose sobre mis hombros, para aplomarse luego con todos los músculos relajados, venciéndose a derecha e izquierda y sosteniéndose sólo lo preciso para no caerse.

Entonces yo, al sentir que no me oprimía como de costumbre, desanudé de mi cuello sus piernas con un movimiento rápido, y por medio de una contracción de hombros le despedí a alguna distancia, haciéndole rodar por el suelo, en donde quedó sin movimiento. Salté sobre él entonces, y cogiendo de entre los árboles una piedra enorme, le sacudí con ella en la cabeza diversos golpes tan certeros, que le destrocé el cráneo y mezclé su sangre a su carne. ¡Murió! ¡Ojalá no haya tenido Alah nunca compasión de su alma!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 308ª NOCHE

Ella dijo:

...¡Ojalá no haya tenido Alah nunca compasión de su alma!

A la vista de su cadáver, me sentí el alma todavía más aligerada que el cuerpo, y me puse a correr de alegría, y así llegué a la playa, al mismo sitio donde me arrojó el mar cuando el naufragio de mi navío.

Quiso el Destino que precisamente en aquel momento se encontrasen allí unos marineros que desembarcaron de un navío anclado para buscar agua y frutas. Al verme, llegaron al límite del asombro, y me rodearon y me interrogaron después de mutuas zalemas. Y les conté lo que acababa de ocurrirme, cómo había naufragado y cómo estuve reducido al estado de perpetuo animal de carga para el jeique a quien hube de matar.

Estupefactos quedaron los marineros con el relato de mi historia, y exclamaron: "¡Es prodigioso que pudieras librarte de ese jeique, conocido por todos los navegantes con el nombre de Anciano del mar! Tú eres el primero a quien no estranguló, porque siempre ha ahogado entre sus muslos a cuantos tuvo a su servicio. ¡Bendito sea Alah, que te libró de él!"

Después de lo cual, me llevaron a su navío, donde su capitán me recibió cordialmente, y me dio vestidos con qué cubrir mi desnudez; y luego que le hube contado mi aventura, me felicitó por mi salvación, y nos hicimos a la vela.

Tras varios días y varias noches de navegación, entramos en el puerto de una ciudad que tenía casas muy bien construidas junto al mar. Esta ciudad llamábase la Ciudad de los Monos, a causa de la cantidad prodigiosa de monos que habitaban en los árboles de las inmediaciones. Bajé a tierra acompañado por uno de los mercaderes del navío, con el objeto de visitar la ciudad y procurar hacer algún negocio. El mercader con quien entablé amistad me dio un saco de algodón, y me dijo: "Toma este saco, llénale de guijarros y agrégate a los habitantes de la ciudad que salen ahora de sus muros. Imita exactamente lo que les veas hacer. Y así ganarás muy bien tu vida".

Entonces hice lo que él me aconsejaba; llené de guijarros mi saco, y cuando terminé aquel trabajo, vi salir de la ciudad a un tropel de personas, igualmente cargada cada cual con un saco parecido al mío. Mi amigo el mercader me recomendó a ellas cariñosamente, diciéndoles: "Es un hombre pobre y extranjero. ¡Llevadle con vosotros para enseñarle a ganarse aquí la vida! ¡Si le hacéis tal servicio, seréis recompensados pródigamente por el Retribuidor!" Ellos contestaron que escuchaban y obedecían, y me llevaron consigo.

Después de andar durante algún tiempo, llegamos a un valle cubierto de árboles tan altos, que resultaba imposible subir a ellos; y estos árboles estaban poblados por los monos, y sus ramas aparecían cargadas de frutos de corteza dura llamados cocos de Indias.

Nos detuvimos al pie de aquellos árboles, y mis compañeros dejaron en tierra los sacos y pusiéronse a apedrear a los monos, tirándoles piedras. Y yo hice lo que ellos. Entonces, furiosos, los monos nos respondieron tirándonos desde lo alto de los árboles una cantidad enorme de cocos. Y nosotros, procurando resguardarnos, recogíamos aquellos frutos y llenábamos nuestros sacos con ellos.

Una vez llenos los sacos, nos los cargamos de nuevo a hombros, y volvimos a emprender el camino de la ciudad, en la cual un mercader me compró el saco, pagándome en dinero. Y de este modo continué acompañando todos los días a los recolectores de cocos y vendiendo en la ciudad aquellos frutos, y así estuve hasta que poco a poco, a fuerza de acumular lo que ganaba, adquirí una fortuna que engrosó por sí sola después de diversos cambios y compras, y me permitió embarcarme en un navío que salía para el Mar de las Perlas.

Como tuve cuidado de llevar conmigo una cantidad prodigiosa de cocos, no dejé de cambiarlos por mostaza y canela a mi llegada a diversas islas; y después vendí la mostaza y la canela, y con el dinero que gané me fui al Mar de las Perlas, donde contraté buzos por mi cuenta. Fue muy grande mi suerte en la pesca de perlas, pues me permitió realizar en poco tiempo una gran fortuna. Así es que no quise retrasar más el regreso, y después de comprar, para mi uso personal, madera de áloe de la mejor calidad a los indígenas de aquel país descreído, me embarqué en un buque que se hacía a la vela para Bassra, adonde arribé felizmente después de una excelente navegación. Desde allí salí enseguida para Bagdad, y corrí a mi calle y a mi casa, donde me recibieron con grandes manifestaciones de alegría mis parientes y mis amigos.

Como volvía más rico que jamás lo había estado, no dejé de repartir en torno mío el bienestar, haciendo muchas dádivas a los necesitados. Y viví en un reposo perfecto desde el seno de la alegría y los placeres.

Luego, terminada esta historia, Sindbad el Marino, según su costumbre, hizo que entregaran las cien monedas de oro al cargador, que con los demás comensales retiróse maravillado, después de cenar. Y al día siguiente, después de un festín tan suntuoso como el de la víspera, Sindbad el Marino habló en los siguientes términos ante la misma asistencia:

La sexta historia de las historias de Sindbad el marino, que trata del sexto viaje

"Sabed, ¡oh todos vosotros mis amigos, mis compañeros y mis queridos huéspedes! que al regreso de mi quinto viaje estaba yo un día sentado delante de mi puerta tomando el fresco, y he aquí que llegué al límite del asombro cuando vi pasar por la calle unos mercaderes que al parecer volvían de viaje. Al verlos recordé con satisfacción los días de mis retornos, la alegría que experimentaba al encontrar a mis parientes, amigos y antiguos compañeros, la alegría, mayor aún, de volver a ver mi país natal; y este recuerdo incitó a mi alma al viaje y al comercio. Resolví, pues, viajar; compré ricas y valiosas mercaderías a propósito para el comercio por mar, mandé cargar los fardos y partí de la ciudad de Bagdad con dirección a la de Bassra. Allí encontré una gran nave llena de mercaderías y de notables, que llevaban consigo mercancías suntuosas. Hice embarcar mis fardos con los suyos a bordo de aquel navío, y abandonamos en paz la ciudad de Bassra...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 309ª NOCHE

Ella dijo:

...y abandonamos en paz la ciudad de Bassra.

No dejamos de navegar de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, vendiendo, comprando y alegrando la vista con el espectáculo de los países de los hombres, viéndonos favorecidos constantemente por una feliz navegación, que aprovechábamos para gozar de la vida. Pero un día entre los días, cuando nos creíamos en completa seguridad, oímos gritos de desesperación. Era nuestro capitán quien los lanzaba. Al mismo tiempo le vimos tirar al suelo el turbante, golpearse el rostro, mesarse las barbas y dejarse caer en mitad del buque, presa de un pesar inconcebible.

Entonces todos los mercaderes y pasajeros le rodeamos, y le preguntamos: "¡Oh, capitán! ¿qué sucede?". El capitán respondió: "Sabed, buena gente, aquí reunida, que nos hemos extraviado con nuestro navío, y hemos salido del mar en que estábamos para entrar en otro mar cuya derrota no conocemos. Y si Alah no nos depara algo que nos salve de este mar, quedaremos aniquilados cuantos estamos aquí. ¡Por lo tanto, hay que suplicar a Alah el Altísimo que nos saque de este trance!"

Dicho esto, el capitán se levantó y subió al palo mayor, y quiso arreglar las velas; pero de pronto sopló con violencia el viento y echó al navío hacia atrás tan bruscamente, que se rompió el timón cuando estábamos cerca de una alta montaña. Entonces el capitán bajó del palo, y exclamó: "¡No hay fuerza ni recurso más que en Alah el Altísimo y Todopoderoso! ¡Nadie puede detener el Destino! ¡Por Alah! ¡Hemos caído en una perdición espantosa, sin ninguna probabilidad de salvarnos!".

Al oír tales palabras, todos los pasajeros se echaron a llorar por propio impulso, y despidiéndose unos de otros antes de que se acabase la existencia y se perdiera toda esperanza. De pronto el navío se inclinó hacia la montaña, y se estrelló y se dispersó en tablas por todas partes. Y cuantos estaban dentro se sumergieron. Y los mercaderes cayeron al mar. Y unos se ahogaron y otros se agarraron a la montaña consabida y pudieron salvarse. Yo fui de los que pudieron agarrarse a la montaña.

Estaba la tal montaña situada en una isla muy grande, cuyas costas aparecían cubiertas por restos de buques naufragados y de toda clase de residuos. En el sitio en que tomamos tierra, vimos a nuestro alrededor una cantidad prodigiosa de fardos y mercaderías, y objetos valiosos de todas clases arrojados por el mar.

Y yo empecé a andar por en medio de aquellas cosas dispersas y a los pocos pasos llegué a un riachuelo de agua dulce que, al revés de todos los demás ríos, que van a desaguar en el mar, salía de la montaña y se alejaba del mar, para internarse más adelante en una gruta situada al pie de aquella montaña y desaparecer por ella.

Pero había más. Observé que las orillas de aquel río estaban sembradas de piedras, de rubíes, de gemas de todos los colores, de pedrería de todas formas y de metales preciosos. Y todas aquellas piedras preciosas abundaban tanto como los guijarros en el cauce de un río. Así es que todo aquel terreno brillaba y centelleaba con mil reflejos y luces, de manera que los ojos no podían soportar su resplandor.

Noté también que aquella isla contenía la mejor calidad de madera de áloe chino y de áloe comarí.

También había en aquella isla una fuente de ámbar bruto líquido, del color del betún, que manaba como cera derretida por el suelo bajo la acción del sol y salían del mar grandes peces para devorarlo. Y se lo calentaban dentro y lo vomitaban al poco tiempo en la superficie del agua, y entonces se endurecía y cambiaba de naturaleza y de color. Y las olas lo llevaban a la orilla, embalsamándola. En cuanto al ámbar que no tragaban los peces, se derretía bajo la acción de los rayos del sol, y esparcía por toda la isla un olor semejante al del almizcle.

He de deciros asimismo que todas aquellas riquezas no le servían a nadie, puesto que nadie pudo llegar a aquella isla y salir de ella vivo ni muerto. En efecto, todo navío que se acercaba a sus costas estrellábase contra la montaña; y nadie podía subir a la montaña, porque era inaccesible.

De modo que los pasajeros que lograron salvarse del naufragio de nuestra nave, y yo entre ellos, quedamos muy perplejos, y estuvimos en la orilla, asombrados con todas las riquezas que teníamos a la vista, y con la mísera suerte que nos aguardaba en medio de tanta suntuosidad.

Así estuvimos durante bastante rato en la orilla, sin saber qué hacer, y después, como habíamos encontrado algunas provisiones, nos las repartimos con toda equidad. Y mis compañeros, que no estaban acostumbrados a las aventuras, se comieron su parte de una vez o en dos; y no tardaron al cabo de cierto tiempo, variable según la resistencia de cada cual, en sucumbir uno tras otro por falta de alimento. Pero yo supe economizar con prudencia mis víveres y no comí más que una vez al día, aparte de que había encontrado otras provisiones, de las cuales no dije palabra a mis compañeros.

Los primeros que murieron fueron enterrados por los demás después de lavarles y meterles en sudarios confeccionados con las telas recogidas en la orilla. Con las privaciones vino a complicarse una epidemia de dolores de vientre, originada por el clima húmedo del mar. Así es que mis compañeros no tardaron en morir hasta el último, y yo abrí con mis manos la huesa del postrer camarada.

En aquel momento ya me quedaban muy pocas provisiones, a pesar de mi economía y prudencia, y como veía acercarse el momento de la muerte, empecé a llorar por mí, pensando: "¿Por qué no sucumbí antes que mis compañeros, que me hubieran rendido el último tributo, lavándome y sepultándome? ¡No hay recurso ni fuerza más que en Alah el Omnipotente!" Y enseguida empecé a morderme las manos de desesperación...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 310ª NOCHE

Ella dijo:

...empecé a morderme las manos con desesperación.

Me decidí entonces a levantarme, y empecé a abrir una fosa profunda, diciendo para mí: "Cuando sienta llegar mi último momento, me arrastraré hasta aquí y me meteré en la fosa, donde moriré. ¡El viento se encargará de acumular poco a poco la arena encima de mi cabeza y llenará el hoyo!" Y mientras verificaba aquel trabajo, me echaba en cara mi falta de inteligencia y mi salida de mi país, después de todo lo que me había ocurrido en mis diferentes viajes, y de lo que había experimentado la primera, y la segunda, y la tercera, y la cuarta, y la quinta vez, siendo cada prueba peor que la anterior.

Y decía para mí: "¡Cuántas veces te arrepentiste para volver a empezar! ¿Qué necesidad tenías de viajar nuevamente? ¿No poseías en Bagdad riquezas bastantes para gastar sin cuenta y sin temor a que se te acabaran nunca los fondos suficientes para dos existencias como la tuya?"

A estos pensamientos sucedió pronto otra reflexión, sugerida por la vista del río. En efecto, pensé: ¡Por Alah! Ese río indudablemente ha de tener un principio y un fin. Desde aquí veo el principio, pero el fin es invisible. No obstante, ese río que se interna así por debajo de la montaña, sin remedio ha de salir al otro lado por algún sitio. De modo que la única idea práctica para escaparme de aquí es construir una embarcación cualquiera, meterme en ella y dejarme llevar por la corriente del agua que entra en la gruta. ¡Si es mi destino. ya encontraré de ese modo el medio de salvarme; si no, moriré ahí dentro, y será menos espantoso que perecer de hambre en esta playa!

Me levanté, pues, algo animado por esta idea, y enseguida me puse a ejecutar mi proyecto. Junté grandes haces de madera de áloe comarí y chino; los até sólidamente con cuerdas; coloqué encima grandes tablones recogidos de la orilla y procedentes de los barcos náufragos, y con todo confeccioné una balsa tan ancha como el río, o mejor dicho algo menos ancha, pero poco. Terminado este trabajo, cargué la balsa con algunos sacos llenos de rubíes, perlas y toda clase de pedrerías, escogiendo las más gordas, que eran como guijarros, y cogí también algunos fardos de ámbar gris, que elegí muy bueno y libre de impurezas; y no dejé tampoco de llevarme las provisiones que me quedaban. Lo puse todo bien acondicionado sobre la balsa, que cuidé de proveer de dos tablas a guisa de remos, y acabé por embarcarme en ella, confiando en la voluntad de Alah y recordando estos versos del poeta:

¡Amigo, apártate de los lugares en que reine la opresión, y deja que resuene la morada con los gritos de duelo de quienes la construyeron!

¡Encontrarás tierra distinta de tu tierra; pero tu alma es una sola y no encontrarás otra!

¡Y no te aflijas ante los accidentes de las noches, pues por muy grandes que sean las desgracias, siempre tienen un término!

¡Y sabe que aquel cuya muerte fue decretada de antemano en una tierra, no podrá morir en otra!

¡Y en tu desgracia no envíes mensajes a ningún consejero; ningún consejero es mejor que el alma propia!

La balsa fue pues, arrastrada por la corriente bajo la bóveda de la gruta, donde empezó a rozar con aspereza contra las paredes, y también mi cabeza recibió varios choques, mientras que yo, espantado por la oscuridad completa en que me vi de pronto, quería ya volver a la playa. Pero no podía retroceder; la fuerte corriente me arrastraba cada vez más adentro y el cauce del río tan pronto se estrechaba como se ensanchaba, en tanto que iban haciéndose más densas las tinieblas a mi alrededor, cansándome muchísimo. Entonces, soltando los remos, que por cierto no me servían para gran cosa, me tumbé boca abajo en la balsa con objeto de no romperme el cráneo contra la bóveda, y no sé cómo, fui insensibilizándome en un profundo sueño.

Debió éste durar un año o más, a juzgar por la pena que lo originó. El caso es que al despertarme me encontré en plena claridad. Abrí los ojos y me encontré tendido en la hierba de una vasta campiña, y mi balsa estaba amarrada junto a un río; y alrededor de mí había indios y abisinios.

Cuando me vieron ya despierto aquellos hombres, se pusieron a hablarme, pero no entendí nada de su idioma y no les pude contestar. Empezaba a creer que era un sueño todo aquello cuando advertí que hacia mí avanzaba un hombre, que me dijo en árabe: "¡La paz contigo!, ¡oh hermano nuestro! ¿Quién eres, de dónde vienes y qué motivo te trajo a este país? Nosotros somos labradores que venimos aquí a regar nuestros campos y plantaciones. Vimos la balsa en que te dormiste y la hemos sujetado y amarrado a la orilla. Después nos aguardamos a que despertaras tú solo, para no asustarte. ¡Cuéntanos ahora qué aventura te condujo a este lugar!"

Pero yo contesté: "¡Por Alah! sobre ti, oh señor ¡dame primeramente de comer, porque tengo hambre, y pregúntame luego cuanto gustes!".

Al oír estas palabras, el hombre se apresuró a traerme alimento, y comí hasta que me encontré harto, y tranquilo, y reanimado. Entonces comprendí que recobraba el alma, y di gracias a Alah por lo ocurrido, y me felicité de haberme librado de aquel río subterráneo. Tras de lo cual conté a quienes me rodeaban todo lo que me aconteció, desde el principio hasta el fin.

Cuando hubieron oído mi relato, quedaron maravillosamente asombrados, y conversaron entre sí, y el que hablaba árabe me explicaba lo que se decían, como también les había hecho comprender mis palabras. Tan admirados estaban, que querían llevarme junto a su rey para que oyera mis aventuras.

Yo consentí inmediatamente, y me llevaron. Y no dejaron tampoco de transportar la balsa como estaba, con sus fardos de ámbar y sus sacos llenos de pedrería.

El rey, al cual le contaron quién era yo, me recibió con mucha cordialidad, y después de recíprocas zalemas me pidió que yo mismo le contase mis aventuras.

Al punto obedecí, y le narré cuanto me había ocurrido, sin omitir nada. Pero no es necesario repetirlo.

Oído mi relato, el rey de aquella isla, que era la de Serendib, llegó al límite del asombro y me felicitó mucho por haber salvado la vida a pesar de tanto peligro corrido. Enseguida quise demostrarle que los viajes me sirvieron de algo, y me apresuré a abrir en su presencia mis sacos y mis fardos.

Entonces el rey, que era muy inteligente en pedrería, admiró mucho mi colección, y yo, por deferencia a él, escogí un ejemplar muy hermoso de cada especie de piedra, como asimismo perlas grandes y pedazos enteros de oro y plata, y se los ofrecí de regalo.

Avínose a aceptarlos, y en cambio me colmó de consideraciones y honores, y me rogó que habitara en su propio palacio. Así lo hice, y desde aquel día llegué a ser amigo del rey y uno de los personajes principales de la isla. Y todos me hacían preguntas acerca de mi país, y yo les contestaba y les interrogaba acerca del suyo, y me respondían.

Así supe que la isla de Serendib tenía ochenta parasangas de longitud y ochenta de anchura; que poseía una montaña que era la más alta del mundo, en cuya cima había vivido nuestro padre Adán cierto tiempo; que encerraba muchas perlas y piedras preciosas, menos bellas, en realidad, que las de mis fardos, y muchos cocoteros...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 311ª NOCHE

Ella dijo:

...y muchos cocoteros.

Un día, el rey de Serendib me interrogó acerca de los asuntos públicos de Bagdad y del modo que tenía de gobernar el califa Harún Al-Raschid. Y yo le conté cuán equitativo y magnánimo era el califa y le hablé extensamente de sus méritos y buenas cualidades. Y el rey de Serendib se maravilló v me dijo: "¡Por Alah! ¡Veo que el califa conoce verdaderamente la cordura y el arte de gobernar su Imperio, y acabas de hacer que le tome gran afecto! ¡De modo que desearía prepararle algún regalo digno de él, y enviárselo contigo!" Yo contesté enseguida: "¡Escucho y obedezco, oh señor! ¡Ten la seguridad de que entregaré fielmente tu regalo al califa, que llegará al límite del encanto! ¡Y al mismo tiempo le diré cuán excelente amigo suyo eres y que puede contar con tu alianza!"

Oídas estas palabras, el rey de Serendib dio algunas órdenes a sus chambelanes que se apresuraron a obedecer. Y he aquí en qué consistía el regalo que me dieron para el califa Harún Al-Raschid.

Primeramente había una gran vasija tallada en un solo rubí de color admirable, que tenía medio pie de altura y un dedo de espesor. Esta vasija, en forma de copa, estaba completamente llena de perlas redondas y blancas, como una avellana cada una. Además, había una alfombra hecha con una enorme piel de serpiente, con escamas grandes como un dinar de oro, que tenía la virtud de curar todas las enfermedades a quienes se acostaban en ella. En tercer lugar había doscientos granos de un alcanfor exquisito, cada cual del tamaño de un alfónsigo. En cuarto lugar había dos colmillos de elefante, de doce codos de largo cada uno y dos de ancho en la base. Y por último había una hermosa joven de Serendib, cubierta de pedrerías.

Al mismo tiempo el rey me entregó una carta para el Emir de los Creyentes, diciéndome: "Discúlpame con el califa de lo poco que vale mi regalo. ¡Y has de decirle lo mucho que le quiero!" Y yo contesté: "¡Escucho y obedezco!" Y le besé la mano.

Entonces me dijo: "De todos modos, Sindbad, si prefieres quedarte en mi reino, te tendré sobre mi cabeza y mis ojos; y en ese caso enviaré a otro en tu lugar junto al califa de Bagdad". Entonces exclamé: "¡Por Alah! Tu esplendidez es gran esplendidez, y me has colmado de beneficios. ¡Pero precisamente hay un barco que va a salir para Bassra y mucho desearía embarcarme en él para volver a ver a mis parientes, a mis hijos y mi tierra!".

Oído esto, el rey no quiso insistir en que me quedase, y mandó llamar inmediatamente al capitán del barco, así como a los mercaderes que iban a ir conmigo, y me recomendó mucho a ellos, encargándoles que me guardaran toda clase de consideraciones. Pagó el precio de mi pasaje y me regaló muchas preciosidades que conservo todavía, pues no pude decidirme a vender lo que me recuerda al excelente rey de Serendib.

Después de despedirme del rey y de todos los amigos que me hice durante mi estancia en aquella isla tan encantadora, me embarqué en la nave, que enseguida se dio a la vela. Partimos con viento favorable y navegamos de isla en isla y de mar en mar, hasta que, gracias a Alah, llegamos con toda seguridad a Bassra, desde donde me dirigí a Bagdad con mis riquezas y el presente destinado al califa.

De modo que lo primero que hice fue encaminarme al palacio del Emir de los Creyentes; me introdujeron en el salón de recepciones, y besé la tierra entre las manos del califa, entregándole la carta y los presentes, y contándole mi aventura con todos sus detalles.

Cuando el califa acabó de leer la carta del rey de Serendib y examinó los presentes, me preguntó si aquel rey era tan rico y poderoso como lo indicaban su carta y sus regalos. Yo contesté: "¡Oh Emir de los Creyentes! Puedo asegurar que el rey de Serendib no exagera. Además, a su poderío y su riqueza añade un gran sentimiento de justicia, y gobierna sabiamente a su pueblo. Es el único kadí de su reino cuyos habitantes son, por cierto, tan pacíficos que nunca suelen tener litigios. ¡Verdaderamente, el rey es digno de tu amistad, ¡oh Emir de los Creyentes!"

El califa quedó satisfecho de mis palabras, y me dijo: "La carta que acabo de leer y tu discurso me demuestran que el rey de Serendib es un hombre excelente que no ignora los preceptos de la sabiduría y sabe vivir. ¡Dichoso el pueblo gobernado por él!"

Después el califa me regaló un ropón de honor y ricos presentes, y me colmó de preeminencias y prerrogativas, y quiso que escribieran mi historia los escribas más hábiles para conservarla en los archivos del reino.

Y me retiré entonces, y corrí a mi calle y a mi casa, y viví en el seno de las riquezas y los honores, entre mis parientes y amigos, olvidando las pasadas tribulaciones y sin pensar más que en extraer de la existencia cuantos bienes pudiera proporcionarme.

Y tal es mi historia durante el sexto viaje. Pero mañana, ¡oh huéspedes míos! os contaré la historia de mi séptimo viaje, que es más maravilloso y más admirable, y más abundante en prodigios que los otros seis juntos".

Y Sindbad el Marino mandó poner el mantel para el festín y dio de comer a sus huéspedes, incluso a Sindbad el Cargador, a quien mandó entregaran, antes de que se fuera, cien monedas de oro, como los demás días.

Y el cargador se retiró a su casa, maravillado de cuanto acababa de oír. Y al día siguiente hizo su oración de la mañana y volvió al palacio de Sindbad el Marino.

Cuando estuvieron reunidos todos los invitados y comieron, y bebieron, y conversaron, y rieron y oyeron los cantos y la música, se colocaron en corro, graves y silenciosos.

Y habló así Sindbad el Marino:

La séptima historia de las historias de Sindbad el marino, que trata de la séptima y última historia

"Sabed, ¡oh amigos míos! que al regresar del sexto viaje di resueltamente de lado a toda idea de emprender en lo sucesivo otros, pues aparte de que mi edad me impedía hacer excursiones lejanas, ya no tenía yo deseos de acometer nuevas aventuras, tras de tanto peligro corrido y tanto mal experimentado. Además, había llegado a ser el hombre más rico de Bagdad, y el califa me mandaba llamar con frecuencia para oír de mis labios el relato de las cosas extraordinarias que en mis viajes vi.

Un día que el califa ordenó que me llamaran, según costumbre, me disponía a contarle una, o dos, o tres de mis aventuras, cuando me dijo: "Sindbad, hay que ir a ver al rey de Serendib para llevarle mi contestación y los regalos que le destino.

¡Nadie conoce como tú el camino de esa tierra, cuyo rey se alegrará mucho de volver a verte! ¡Prepárate, pues, a salir hoy mismo, porque no me estaría bien quedar en deuda con el rey de aquella isla, ni sería digno retrasar más la respuesta y el envío!

Ante mi vista se ennegreció el mundo, y llegué al límite de la perplejidad y la sorpresa al oír estas palabras del califa.

Pero logré dominarme, para no caer en su desagrado. Y aunque había hecho voto de no volver a salir de Bagdad, besé la tierra entre las manos del califa y contesté oyendo y obedeciendo. Entonces ordenó que me dieran mil dinares de oro para mis gastos de viaje, y me entregó una carta de su puño y letra y los regalos destinados al rey de Serendib.

Y he aquí en qué consistían los regalos: en primer lugar una magnífica, cama, completa, de terciopelo carmesí, que valía una cantidad enorme de dinares de oro; además había otra cama de otro color, y otra de otro; había también cien trajes de tela fina y bordada de Kufa y Alejandría, y cincuenta de Bagdad. Había una vasija de cornalina blanca, procedente de tiempos muy remotos, en cuyo fondo figuraba un guerrero armado con su arco tirante contra un león. Y había otras muchas cosas que sería prolijo enumerar, y un tronco de caballos de la más pura raza árabe...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 312ª NOCHE

Ella dijo:

...un tronco de caballos de la más pura raza árabe.

Entonces me vi obligado a partir, contra mi gusto aquella vez, y me embarqué en una nave que salía de Bassra.

Tanto nos favoreció el destino, que a los dos meses, día tras día, llegamos a Serendib con toda seguridad. Y me apresuré a llevar al rey la carta y los obsequios del Emir de los Creyentes.

Al verme, se alegró y satisfizo el rey, quedando muy complacido de la cortesía del califa. Quiso entonces retenerme a su lado una larga temporada, pero yo no accedí a quedarme más que el tiempo preciso para descansar. Después de lo cual me despedí de él, y colmado de consideraciones y regalos, me apresuré a embarcarme de nuevo para tomar el camino de Bassra, por donde había ido.

Al principio nos fue favorable el viento, y el primer sitio a que arribamos fue una isla llamada la isla de Sin. Y realmente, hasta entonces habíamos estado contentísimos, y durante toda la travesía hablábamos unos con otros, conversando tranquila y agradablemente acerca de mil cosas.

Pero un día, a la semana después de haber dejado la isla, en la cual los mercaderes habían hecho varios cambios y compras, mientras estábamos tendidos tranquilos, como de costumbre, estalló de pronto sobre nuestras cabezas una tormenta terrible y nos inundó una lluvia torrencial. Entonces nos apresuramos a tender tela de cáñamo encima de nuestros fardos y mercancías, para evitar que el agua los estropease, y empezamos a suplicar a Alah que alejase el peligro de nuestro camino.

En tanto permanecíamos en aquella situación, el capitán del buque se levantó, apretóse el cinturón a la cintura, se remangó las mangas y la ropa, y después subió al palo mayor, desde el cual estuvo mirando bastante tiempo a derecha e izquierda. Luego bajó con la cara muy amarilla, nos miró con aspecto completamente desesperado, y en silencio empezó a golpearse el rostro y a mesarse las barbas. Entonces corrimos hacia él muy asustados, y le preguntamos: "¿Qué ocurre?" y él contestó: "¡Pedidle a Alah que nos saque del abismo en que hemos caído!

¡O más bien, llorad por todos y despedíos unos de otros! ¡Sabed que la corriente nos ha desviado de nuestro camino, arrojándonos a los confines de los mares del mundo!"

Y después de haber hablado así, el capitán abrió un cajón, y sacó de él un saco de algodón, del cual extrajo polvo que parecía ceniza. Mojó el polvo con un poco de agua, esperó algunos momentos, v se puso luego a aspirar aquel producto.

Después sacó del cajón un libro pequeño, leyó entre dientes algunas páginas, y acabó por decirnos: "Sabed ¡oh pasajeros! que el libro prodigioso acaba de confirmar mis suposiciones. La tierra que se dibuja ante nosotros en lontananza es la tierra conocida con el nombre de Clima de los Reyes. Ahí se encuentra la tumba de nuestro señor Soleimán ben-Daúd. ¡Con ambos la plegaria y la paz!

Ahí se crían monstruos y serpientes de espantable catadura. ¡Además, el mar en que nos encontramos está habitado por monstruos marinos que se pueden tragar de un bocado los navíos mayores con cargamento y pasajeros! ¡Ya estáis avisados! ¡Adiós!"

Cuando oímos estas palabras del capitán, quedamos de todo punto estupefactos, y nos preguntábamos qué espantosa catástrofe iría a pasar, cuando de pronto nos sentimos levantados con barco y todo, y después hundidos bruscamente, mientras se alzaba del mar un grito más terrible que el trueno.

Tan espantados quedamos, que dijimos nuestra última oración, y permanecimos inertes como muertos. Y de improviso vimos que sobre el agua revuelta y delante de nosotros avanzaba hacia el barco un monstruo tan alto y tan grande como una montaña, y después otro monstruo mayor, y detrás otro tan enorme como los dos juntos. Este último brincó de pronto por el mar, que se abría como una sima, mostró una boca más profunda que un abismo, y se tragó las tres cuartas partes del barco con cuanto contenía.

Yo tuve el tiempo justo para retroceder hacia lo alto del buque y saltar al mar, mientras el monstruo acababa de tragarse la otra cuarta parte, y desaparecía en las profundidades con sus dos compañeros.

Logré agarrarme a uno de los tablones que habían saltado del barco al darle la dentellada el monstruo marino, y después de mil dificultades pude llegar a una isla que, afortunadamente, estaba cubierta de árboles frutales y regada por un río de agua excelente. Pero noté que la corriente del río era rápida hasta el punto de que el ruido que hacía oíase muy a lo lejos.

Entonces, al recordar cómo me salvé de la muerte en la isla de las pedrerías, concebí la idea de construir una balsa igual a la anterior y dejarme llevar por la corriente. En efecto, a pesar de lo agradable de aquella isla nueva, yo pretendía volver a mi país. Y pensaba: "Si logro salvarme, todo irá bien, y haré voto de no pronunciar siquiera la palabra "viaje", y de pensar en tal cosa durante el resto de mi vida.

¡En cambio, si perezco en la tentativa, todo irá bien asimismo, porque acabaré definitivamente con peligros y tribulaciones!".

Me levanté, pues, inmediatamente, y después de haber comido alguna fruta, recogí muchas ramas grandes, cuya especie ignoraba entonces, aunque luego supe eran de sándalo, de la calidad más estimada por los mercaderes, a causa de su rareza. Después empecé a buscar cuerdas y cordeles, y al principio no los encontré; pero vi en los árboles unas plantas trepadoras y flexibles, muy fuertes, que podían servirme. Corté las que me hicieron falta, y las utilicé para atar entre sí las ramas grandes de sándalo. Preparé de este modo una enorme balsa, en la cual coloqué fruta en abundancia, y me embarqué, diciendo:

"¡Si me salvo, lo habrá querido Alah!"

Apenas subí a la balsa y me hube separado de la orilla, me vi arrastrado con una rapidez espantosa por la corriente, y sentí vértigos, y caí desmayado encima del montón de fruta, exactamente igual que un pollo borracho.

Al recobrar el conocimiento, miré a mi alrededor, y quedé más inmóvil de espanto que nunca, y ensordecido por un ruido como el del trueno. El río no era más que un torrente de espuma hirviente, y más veloz que el viento, que, chocando con estrépito contra las rocas, se lanzaba hacia un precipicio que adivinaba yo más que veía. ¡Indudablemente iba a hacerme pedazos en él, despeñándome sabe quién desde qué altura!

Ante esta idea aterradora, me agarré con todas mis fuerzas a las ramas de la balsa, y cerré los ojos instintivamente para no verme aplastado y destrozado, e invoqué el nombre de Alah antes de morir. Y de pronto, en vez de rodar hasta el abismo, comprendí que la balsa se paraba bruscamente encima del agua, y abrí los ojos un minuto para saber a qué distancia estaba de la muerte, y no fue para verme estrellado contra los peñascos, sino cogido con mi balsa en una inmensa red que unos hombres echaron sobre mí desde la ribera.

De esta suerte me hallé cogido y llevado a tierra, y allí me sacaron medio vivo y medio muerto de entre las mallas de la red, en tanto transportaban a la orilla mi balsa.

Mientras yo permanecía tendido, inerte y tiritando, se adelantó hacia mí un venerable jeique de barbas blancas, que empezó por desearme la bienvenida y por cubrirme con ropa caliente, que me sentó muy bien ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 313ª NOCHE

Ella dijo:

...que me sentó muy bien.

Reanimado ya por las fricciones y el masaje que tuvo la bondad de darme el anciano, pude sentarme, pero sin recobrar todavía el uso de la palabra.

Entonces el anciano me cogió del brazo y me llevó suavemente al hammam, en donde me hizo tomar un baño excelente, que acabó de resistirme el alma; después me hizo aspirar perfumes exquisitos y me los echó por todo el cuerpo, y me llevó a su casa.

Cuando entré en la morada de aquel anciano, toda su familia se alegró mucho de mi llegada, y me recibió con gran cordialidad y demostraciones amistosas. El mismo anciano me hizo sentar en medio del diván de la sala de recepción, y me dio a comer cosas de primer orden, y a beber un agua agradable perfumada con flores. Después quemaron incienso a mi alrededor, y los esclavos me trajeron agua caliente y aromatizada para lavarme las manos, y me presentaron servilletas ribeteadas de seda, para secarme los dedos, las barbas y la boca. Tras de lo cual, el anciano me llevó a una habitación muy bien amueblada, en donde quedé solo, porque se retiró con mucha discreción. Pero dejó a mis órdenes varios esclavos, que de cuando en cuando iban a verme por si necesitaba sus servicios.

Del propio modo me trataron durante tres días, sin que nadie me interrogase ni me dirigiera ninguna pregunta, y no dejaban que careciese de nada, cuidándome con mucho esmero, hasta que recobré completamente las fuerzas, y mi alma y mi corazón se calmaron y refrescaron. Entonces, o sea la mañana del cuarto día, el anciano se sentó a mi lado, y después de las zalemas, me dijo:

"¡Oh huésped, cuánto placer y satisfacción hubo de proporcionarnos tu presencia! ¡Bendito sea Alah, que nos puso en tu camino para salvarte del abismo! ¿Quién eres y de dónde vienes?"

Entonces di muchas gracias al anciano por el favor enorme que me había hecho salvándome la vida y luego dándome de comer excelentemente, y de beber excelentemente, y perfumándome excelentemente, y le dije: "¡Me llamo Sindbad el Marino! ¡Tengo este sobrenombre a consecuencia de mis grandes viajes por mar y de las cosas extraordinarias que me ocurrieron, y que si se escribieran con agujas en el ángulo de un ojo, servirían de lección a los lectores atentos!" Y le conté al anciano mi historia desde el principio hasta el fin, sin omitir detalle.

Quedó prodigiosamente asombrado entonces el jeique, y estuvo una hora sin poder hablar, conmovido por lo que acababa de oír. Luego levantó la cabeza, me reiteró la expresión de su alegría por haberme socorrido, y me dijo:

"¡Ahora, ¡oh huésped mío! si quisieras oír mi consejo, venderías aquí tus mercancías, que valen mucho dinero por su rareza y calidad!"

Al oír las palabras del viejo, llegué al límite del asombro, y no sabiendo lo que quería decir ni de qué mercancías hablaba, pues yo estaba desprovisto de todo, empecé por callarme un rato, y como de ninguna manera quería dejar escapar una ocasión extraordinaria que se presentaba inesperadamente, me hice el enterado, y contesté: "¡Puede que sí!" Entonces el anciano me dijo: "No te preocupes, hijo mío, respecto a tus mercaderías. No tienes más que levantarte y acompañarme al zoco. Yo me encargo de todo lo demás. Si la mercancía, subastada, produce un precio que nos convenga, lo aceptaremos, si no, te haré el favor de conservarla en mi almacén hasta que suba en el mercado. ¡Y en tiempo oportuno podremos sacar un precio más ventajoso!"

Entonces quedé interiormente cada vez más perplejo; pero no lo di a entender, sino que pensé: "¡Ten paciencia, Sindbad, y ya sabrás de qué se trata!" Y dije al anciano: "¡Oh mi venerable tío, escucho y obedezco! ¡Todo lo que tú dispongas me parecerá lleno de bendición! ¡Por mi parte, después de cuanto por mí hiciste, me conformaré con tu voluntad!"

Y me levanté inmediatamente y le acompañé al zoco.

Cuando llegamos al centro del zoco en que se hacía la subasta pública, ¡cuál no sería mi asombro al ver mi balsa transportada allí y rodeada de una multitud de corredores y mercaderes que la miraban con respeto y moviendo la cabeza. Y por todas partes oía exclamaciones de admiración:

"¡Ya Alah! ¡Qué maravillosa calidad de sándalo! ¡En ninguna parte del mundo la hay mejor! “Entonces comprendí cuál era la mercancía consabida, y creí conveniente para la venta tomar un aspecto digno y reservado.

Pero he aquí que enseguida el anciano protector mío, aproximándose al jefe de los corredores, le dijo: "¡Empiece la subasta!"

Y se empezó con el precio de mil dinares por la balsa. Y el jefe corredor exclamó: "¡A mil dinares la balsa de sándalo, ¡oh compradores!" Entonces gritó el anciano: "¡La compro en dos mil!" Y otro gritó: "¡En tres mil!" Y los mercaderes siguieron subiendo el precio hasta diez mil dinares. Entonces se encaró conmigo el jefe de los corredores y me dijo: "¡Son diez mil; ya no puja nadie!" Y yo dije: "¡No la vendo a ese precio!"

Entonces mi protector se me acercó y me dijo: "¡Hijo mío, el zoco, en estos tiempos, no anda muy próspero, y la mercancía ha perdido algo de su valor! Vale más que aceptes el precio que te ofrecen.

Pero yo, si te parece, voy a pujar otros cien dinares más. ¿Quieres dejármelo en diez mil cien dinares?"

Yo contesté: "¡Por Alah! mi buen tío sólo por ti lo hago para agradecer tus beneficios. ¡Consiento en dejártelo por esa cantidad!"

Oídas estas palabras, el anciano mandó a sus esclavos que transportaran todo el sándalo a sus almacenes de reserva, y me llevó a su casa, en la cual me contó inmediatamente los diez mil cien dinares, y los encerró en una caja sólida cuya llave me entregó, dándome encima las gracias por lo que había hecho en su favor.

Mandó enseguida poner el mantel, y comimos, y bebimos, y charlamos alegremente. Después nos lavamos las manos y la boca, y por fin me dijo: "¡Hijo mío, quiero dirigirte una petición, que deseo mucho aceptes!"

Yo le contesté: "¡Mi buen tío, todo te lo concederé a gusto!" Él me dijo: "Ya ves, hijo mío, que he llegado a una edad muy avanzada sin tener hijo varón que pueda heredar un día mis bienes. Pero he de decirte que tengo una hija, muy joven aún, llena de encanto y belleza, que será muy rica cuando yo me muera. Deseo dártela en matrimonio, siempre que consientas en habitar en nuestro país y vivir nuestra vida. Así serás el amo de cuanto poseo y de cuanto dirige mi mano. ¡Y me substituirás en mi autoridad y en la posesión de mis bienes!"

Cuando oí estas palabras del anciano, bajé la cabeza en silencio y permanecí sin decir palabra.

Entonces añadió: "¡Créeme, oh hijo mío! que si me otorgas lo que te pido te atraerá la bendición! ¡Añadiré, para tranquilizar tu alma, que después de mi muerte podrás regresar a tu tierra, llevándote a tu esposa e hija mía! ¡No te exijo sino que permanezcas aquí el tiempo que me quede de vida!"

Entonces contesté: "¡Por Alah, mi tío el jeique, eres como un padre para mí y ante ti no puedo tener opinión ni tomar otra resolución que la que te convenga! Por cada vez que en mi vida quise ejecutar un proyecto, no hube de sacar más que desgracias y decepciones. ¡Estoy, pues, dispuesto a conformarme con tu voluntad!"

Enseguida el anciano, extremadamente contento con mi respuesta, mandó a sus esclavos que fueran a buscar al kadí y a los testigos, que no tardaron en llegar...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 314ª NOCHE

Ella dijo:

...al kadí y a los testigos, que no tardaron en llegar. Y el anciano me casó con su hija, y nos dio un festín enorme, y celebró una boda espléndida. Después me llamó y me llevó junto a su hija, a la cual aún no había visto. Y la encontré perfecta en hermosura y gentileza, en esbeltez de cintura y en proporciones. Además, la vi adornada con suntuosas alhajas, sedas y brocados, joyas y pedrerías, y lo que llevaba encima valía millares y millares de monedas de oro, cuyo importe exacto nadie habría podido calcular.

Y cuando la tuve cerca, me gustó. Y nos enamoramos uno de otro. Y vivimos mucho tiempo juntos, en el colmo de las caricias y la felicidad.

El anciano padre de mi esposa falleció al poco tiempo en la paz y misericordia del Altísimo. Le hicimos unos grandes funerales y lo enterramos. Y yo tomé posesión de todos sus bienes, y sus esclavos y servidores fueron mis esclavos y servidores, bajo mi única autoridad. Además, los mercaderes de la ciudad me nombraron su jefe, en lugar del difunto, y pude estudiar las costumbres de los habitantes de aquella población y su manera de vivir.

En efecto, un día noté con estupefacción que la gente de aquella ciudad experimentaba un cambio anual en primavera; de un día a otro mudaban de forma y aspecto: les brotaban alas de los hombros, y se convertían en volátiles. Podían volar entonces hasta lo más alto de la bóveda aérea, y se aprovechaban de su nuevo estado para volar todos fuera de la ciudad, dejando en ésta a los niños y mujeres, a quienes nunca brotaban alas.

Este descubrimiento me asombró al principio, pero acabé por acostumbrarme a tales cambios periódicos. Sin embargo, llegó un día en que empecé a avergonzarme de ser el único hombre sin alas, viéndome obligado a guardar yo solo la ciudad con las mujeres y niños. Y por mucho que pregunté a los habitantes sobre el medio de que habría de valerme para que me saliesen alas en los hombros, nadie pudo ni quiso contestarme. Y me mortificó bastante no ser más que Sindbad el Marino y no poder añadir a mi sobrenombre la condición de aéreo.

Un día, desesperando de conseguir nunca que me revelaran el secreto del crecimiento de las alas, me dirigí a uno, a quien había hecho muchos favores, y cogiéndole del brazo, le dije: "¡Por Alah sobre ti! Hazme siquiera el favor, por los que te he hecho yo a ti, de dejarme que me cuelgue de tu persona, y vuele contigo a través del aire. ¡Es un viaje que me tienta mucho, y quiero añadir a los que realicé por mar!"

Al principio no quiso prestarme atención; pero a fuerza de súplicas acabé por moverle a que accediera. Tanto me encantó aquello, que ni siquiera me cuidé de avisar a mi mujer ni a mi servidumbre; me colgué de él abrazándole por la cintura, y me llevó por el aire, volando con las alas muy desplegadas.

Nuestra carrera por el aire empezó ascendiendo en línea recta durante un tiempo considerable. Y acabamos por llegar tan arriba en la bóveda celeste, que pude oír distintamente cantar a los ángeles y sus melodías debajo de la cúpula del cielo.

Al oír cantos tan maravillosos, llegué al límite de la emoción religiosa, y exclamé: "¡Loor a Alah en lo profundo del cielo! ¡Bendito y glorificado sea por todas las criaturas!"

Apenas formulé estas palabras, cuando mi portador lanzó un juramento tremendo, y bruscamente, entre el estrépito de un trueno precedido de terrible relámpago, bajó con tal rapidez que me faltaba el aire, y por poco me desmayo, soltándome de él con peligro de caer al abismo insondable. Y en un instante llegamos a la cima de una montaña, en la cual me abandonó mi portador dirigiéndome una mirada infernal, y desapareció, tendiendo el vuelo por lo invisible.

Y quedé completamente solo en aquella montaña desierta, y no sabía dónde estaba, ni por dónde ir para reunirme con mi mujer, y exclamé en el colmo de la perplejidad: "¡No hay recurso ni fuerza más que Alah el Altísimo y Omnipotente! ¡Siempre que me libro de una calamidad caigo en otra peor! ¡En realidad merezco todo lo que me sucede!"

Me senté entonces en un peñasco para reflexionar sobre el medio de librarme del mal presente, cuando de pronto vi adelantar hacia mí a dos muchachos de una belleza maravillosa, que parecían dos lunas.

Cada uno llevaba en la mano un bastón de oro rojo, en el cual se apoyaba al andar. Entonces me levanté rápidamente, fui a su encuentro y les deseé la paz.

Correspondieron con gentileza a mi saludo, lo cual me alentó a dirigirles la palabra, y les dije: "¡Por Alah sobre vosotros!, ¡oh maravillosos jóvenes! ¡decidme quiénes sois y qué hacéis!" Y me contestaron: "¡Somos adoradores del Dios verdadero!" Y uno de ellos, sin decir más, me hizo seña con la mano en cierta dirección, como invitándome a dirigir mis pasos por aquella parte, me entregó el bastón de oro, y cogiendo de la mano a su hermoso compañero, desapareció de mi vista.

Empuñé entonces el bastón de oro, y no vacilé en seguir el camino que se me había indicado, maravillándome al recordar a aquellos muchachos tan hermosos. Llevaba algún tiempo andando, cuando vi salir súbitamente de detrás de un peñasco una serpiente gigantesca que llevaba en la boca a un hombre, cuyas tres cuartas partes se había ya tragado, y del cual no se veían más que la cabeza y los brazos. Estos se agitaban desesperadamente y la cabeza gritaba:

"¡Oh caminante! ¡Sálvame del furor de esta serpiente y no te arrepentirás de tal acción!" Corrí entonces detrás de la serpiente, y le di con el bastón de oro rojo un golpe tan afortunado, que quedó exánime en aquel momento. Y alargué la mano al hombre trabado y le ayudé a salir del vientre de la serpiente.

Cuando miré mejor la cara del hombre, llegué al límite de la sorpresa al conocer que era el volátil que me había llevado en su viaje aéreo y había acabado por precipitarse conmigo, a riesgo de matarme, desde lo alto de la bóveda del cielo hasta la cumbre de la montaña en la cual me había abandonado, exponiéndome a morir de hambre y sed.

Pero ni siquiera quise demostrar rencor por su mala acción, y me conformé con decirle dulcemente:

"¿Es así como obran los amigos con los amigos?"

Él me contestó: "En primer lugar he de darte las gracias por lo que acabas de hacer en mi favor. Pero ignoras que fuiste tú, con tus invocaciones inoportunas pronunciando el Nombre, quien me precipitaste de lo alto contra mi voluntad. ¡El Nombre produce ese efecto en todos nosotros! ¡Por eso no lo pronunciamos jamás!"

Entonces, yo, para que me sacara de aquella montaña, le dije: "¡Perdona y no me riñas; pues, en verdad, yo no podía adivinar las consecuencias funestas de mi homenaje al Nombre! ¡Te prometo no volverlo a pronunciar durante el trayecto, si quieres transportarme ahora a mi casa!"

Entonces el volátil se bajó, me cogió a cuestas, y en un abrir y cerrar de ojos me dejó en la azotea de mi casa y se fue a la suya. Cuando mi mujer me vio bajar de la azotea y entrar en la casa después de tan larga ausencia, comprendió cuanto acababa de ocurrir, y bendijo a Alah que me había salvado una vez más de la perdición. Y tras las efusiones del regreso, me dijo: "Ya no debemos tratarnos con la gente de esta ciudad. ¡Son hermanos de los demonios!"

Y yo le dije: "¿Y cómo vivía tu padre entre ellos?" Ella me contestó: "Mi padre no pertenecía a su casta, ni hacía nada como ellos, ni vivía su vida. De todos modos, si quieres seguir mi consejo, lo mejor que podemos hacer ahora que mi padre ha muerto ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 315ª NOCHE

Ella dijo:

"...lo mejor que podemos hacer ahora que mi padre ha muerto es abandonar esta ciudad impía, no sin haber vendido nuestros bienes, casa y posesiones. Realiza eso lo mejor que puedas, compra buenas mercancías con parte de la cantidad que cobres, y vámonos juntos a Bagdad, tu patria, a ver a tus parientes y amigos, viviendo en paz y seguros, con el respeto debido a Alah el Altísimo".

Entonces contesté oyendo y obedeciendo.

Enseguida empecé a vender lo mejor que pude, pieza por pieza y cada cosa en su tiempo, todos los bienes de mi tío el jeique, padre de mi esposa, ¡difundo a quien Alah haya recibido en su paz y misericordia! Y así realicé en monedas de oro cuanto nos pertenecía, como muebles y propiedades, y gané un ciento por uno.

Después de lo cual me llevé a mi esposa y las mercancías que había cuidado de comprar, fleté por mi cuenta un barco, que con la voluntad de Alah tuvo navegación feliz y fructuosa, de modo que de isla en isla, y de mar en mar, acabamos por llegar con seguridad a Bassra, en donde paramos poco tiempo. Subimos el río y entramos en Bagdad, ciudad de paz.

Me dirigí entonces con mi esposa y mis riquezas hacia mi calle y mi casa, en donde mis parientes nos recibieron con grandes transportes de alegría, y quisieron mucho a mi esposa, la hija del jeique.

Yo me apresuré a poner en orden definitivo mis asuntos, almacené mis magníficas mercaderías, encerré mis riquezas, y pude por fin recibir en paz las felicitaciones de mis parientes y amigos, que calculando el tiempo que estuve ausente, vieron que este séptimo y último viaje mío había durado exactamente veintisiete años desde el principio hasta el fin.

Y les conté con pormenores mis aventuras durante esta larga ausencia, e hice el voto, que cumplo escrupulosamente, como veis, de no emprender en toda mi vida ningún otro viaje ni por mar ni por tierra. Y no dejé de dar gracias al Altísimo que tantas veces, a pesar de mis reincidencias, me libró de tantos peligros y me reintegró entre mi familia y mis amigos".

Cuando Sindbad el Marino terminó de esta suerte su relato entre los convidados silenciosos y maravillados, se volvió hacia Sindbad el Cargador y le dijo:

"Ahora, Sindbad terrestre, considera los trabajos que pasé y las dificultades que vencí,

gracias a Alah, y dime si tu suerte de cargador no ha sido mucho más favorable para una vida tranquila que la que me impuso el Destino.

Verdad es que sigues pobre y yo adquirí riquezas incalculables; pero ¿no es verdad también que a cada uno de nosotros se le retribuyó según su esfuerzo?"

Al oír estas palabras, Sindbad el Cargador fue a besar la mano de Sindbad el Marino, y le dijo: "¡Por Alah sobre ti!, ¡oh mi amo! perdona lo inconveniente de mi canción!"

Entonces Sindbad el Marino mandó poner el mantel para sus convidados, y les dio un festín que duró treinta noches. Y después quiso tener a su lado, como mayordomo de su casa, a Sindbad el Cargador. Y ambos vivieron en amistad perfecta y en el límite de la satisfacción, hasta que fue a visitarlos aquella que hace desvanecerse las delicias, rompe las amistades, destruye los palacios y levanta las tumbas, la amarga muerte. ¡Gloria al Eterno, que no muere jamás!

Cuando Schehrazada, la hija del visir, acabó de contar la historia de Sindbad el Marino, sintióse un tanto fatigada, y como veía acercarse la mañana y no quería, por su discreción habitual, abusar del permiso concedido, se calló sonriendo.

Entonces la pequeña Doniazada, que maravillada y con los ojos muy abiertos había oído la historia pasmosa, se levantó de la alfombra en que estaba acurrucada, y corrió a abrazar a su hermana, diciéndole: "¡Oh Schehrazada, hermana mía! ¡cuán suaves, y puras, y gratas, y deliciosas para el paladar, y cuán sabrosas en su frescura, son tus palabras! ¡Y qué terrible, y prodigioso, y temerario era Sindbad el Marino!"

Y Schehrazada sonrió y dijo: "¡Sí, hermana mía; pero eso no es nada comparado con lo que os contaré a los dos la próxima noche, si vivo todavía por la gracia de Alah y la voluntad del rey!"

Y el rey Schahriar, que había encontrado los viajes de Sindbad mucho más largos que el que él había hecho con su hermano Schahzamán por la pradera al borde del mar, cuando se les apareció el genni cargado con el cajón, se volvió hacia Schehrazada y le dijo:

"¡Verdaderamente, Schehrazada, no sé qué más historias me podrás contar! ¡De todos modos, quiero una que esté repleta de poemas! ¡Ya me la habías prometido, y parece que olvidas que, si difieres más el cumplimiento de tu promesa, tu cabeza irá a juntarse con las cabezas de tus antecesoras!"

Y Schehrazada dijo: "¡Sobre mis ojos! Precisamente la que te reservo, ¡oh rey afortunado! te satisfará por completo, y en verdad que es mucho más agradable que las que has oído. Puedes juzgar por el título, que es: Historia de la bella Zumurrud y Alischar, hijo de Gloria.

Entonces el rey Schahriar dijo para sí: "¡No la mataré hasta después!" Y la cogió en brazos y pasó con ella el resto de la noche.

Por la mañana salió y se fue a la sala de justicia. Y el diwán se llenó con la muchedumbre de visires, emires, chambelanes, guardias y gente de palacio. Y el último que entró fue el gran visir, padre de Schehrazada, que llevaba debajo del brazo el sudario destinado a su hija, a la cual creía aquella vez muerta de veras; pero el rey no le dijo nada de tal asunto, y siguió juzgando y nombrando para los empleos, y destituyendo, y gobernando, y despachando los asuntos pendientes hasta terminar el día. Luego se levantó el diwán, y el rey volvió a palacio, mientras el gran visir seguía perplejo y en el límite extremo del asombro.

Y cuando fue de noche, el rey penetró en la habitación de Schehrazada e hicieron juntos lo que solían.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 316ª NOCHE

Concluida la cosa entre el rey y Schehrazada, la pequeña Doniazada exclamó desde el lugar en que estaba acurrucada:

"¡Te ruego, hermana, me digas a qué esperar para empezar la historia prometida de la bella Zumurrud y Alischar, hijo de gloria!"

Y contestó Schehrazada sonriendo: "¡No espero más que la venia de este rey bien educado y dotado de buenos modales!" Entonces contestó el rey Schahriar: "¡Concedida!

Y dijo Schehrazada:

Historia de la bella Zumurrud y Alischar, hijo de Gloria

Se cuenta que en la antigüedad del tiempo, en lo pasado de la edad y del momento, había en el país del Khorasán un mercader muy rico que se llamaba Gloria, y tenía un hijo llamado Alischar, hermoso como la luna llena.

Y un día el rico mercader Gloria, ya de muy avanzada edad, se sintió atacado de mortal dolencia. Y llamó a su hijo junto a sí y le dijo: "¡Oh hijo mío! Como está muy próximo el término de mi destino, deseo hacerte un encargo". Muy apesadumbrado, dijo Alischar: "¿Y cuál es, ¡oh padre mío!?"

El mercader Gloria le dijo: "He de encargarte que no te crees nunca relaciones ni frecuentes la sociedad, porque el mundo se puede comparar a un herrero: si no te quema con el fuego de la fragua, o no te saca un ojo o los dos con las chispas del yunque, seguramente te ahogará con el humo. Y además, ha dicho el poeta:

¡Ilusión! ¡No creas que, cuando el Destino te traicione, encontrarás amigos de corazón fiel en tu camino negro!

¡Oh soledad! ¡Cara soledad bendita, al que te cultiva enseñas la fuerza del que no se desvía y el arte de no fiarse más que de sí mismo!

"Otro dijo:

¡Si lo examina tu atención, verás que el mundo es nefasto por sus dos caras: una la constituye la hipocresía, y la otra la traición!

"Otro dijo:

¡En futilidades, tonterías y frases absurdas suele consistir el dominio del mundo! ¡Pero si el Destino coloca en tu camino un ser excepcional, trátale con frecuencia sólo para mejorarte!

Cuando el joven Alischar oyó estas palabras de su padre moribundo, contestó: "¡Oh padre mío, te escucho para obedecerte! ¿Qué más me aconsejas?"

Y dijo Gloria el mercader: "Haz bien, si puedes. Y no esperes que te recompensen con la gratitud o un bien parecido. ¡Oh hijo mío! ¡Desgraciadamente, no todos los días hay ocasión de hacer el bien!" Y Alischar respondió: "¡Escucho y obedezco! ¿Son esos todos tus encargos?" Gloria el mercader dijo: "No derroches las riquezas que te dejo; sólo te considerarán con arreglo al poder que tengas en la mano. Y ha dicho el poeta:

¡Cuando yo era pobre, no tenía amigos; y ahora pululan a mi puerta y me quitan el apetito!

¡Oh! ¡A cuántos feroces enemigos les domó mi riqueza, y cuántos enemigos tendría si mi riqueza disminuyese!"

Después prosiguió el anciano: "No descuides los consejos de la gente de experiencia, ni creas inútil pedir consejo a quien pueda dártelo, pues el poeta ha dicho:

¡Junta tu idea con la idea del consejero, para asegurar mejor el resultado! ¡Cuando quieras mirarte el rostro, te bastará con un espejo, pero si quieres mirar tu oscuro trasero, no podrás verlo sino con la combinación de dos espejos!

"Además, hijo mío, ¡tengo que darte un último consejo: ¡huye del vino! Es causa de todos los males. Te expones a perder la razón y a ser objeto de befa y de desdén.

"Tales son mis encargos en el umbral de la muerte. ¡Oh hijo mío, acuérdate de mis palabras! Sé un hijo excelente, y acompáñete mi bendición toda la vida".

Y tras de hablar así, el anciano mercader Gloria cerró un momento los ojos y se recogió. Luego levantó el índice hasta la altura de los ojos y pronunció su acto de fe. Después de lo cual falleció en la misericordia del Altísimo.

Fue llorado por su hijo y por toda su familia, y le hicieron funerales, a los cuales asistieron los más altos y los más bajos, los más ricos y los más pobres. Y cuando se le enterró, inscribieron estos versos en la losa de su tumba:

¡Nací del polvo, al polvo vuelvo y polvo soy! ¡Nadie sabrá nada de mis sentimientos ni experiencias! ¡Es como si no hubiera vivido nunca!

Hasta aquí en cuanto al mercader Gloria. Ocupémonos ahora de Alischar, hijo de Gloria.

Muerto su padre, siguió Alischar comerciando en la tienda principal del zoco, y cumplió a conciencia los encargos paternales, especialmente en lo que se refería a sus relaciones con los demás. Pero al cabo de un año y un día, que transcurrieron con exactitud hora tras hora, se dejó tentar por jóvenes pérfidos, hijos de zorra, adulterinos sin vergüenza. Y alternó hasta el frenesí con ellos, y conoció a sus astutas madres y hermanas, hijas de perro. Y se sumergió hasta el cuello en el libertinaje, y nadó en el vino y en el despilfarro, caminando por vía bien opuesta al camino recto. Porque como no estaba a la sazón sano de espíritu, se hacía este menguado razonamiento: "Ya que mi padre me ha dejado todas sus riquezas, me conviene utilizarlas para que no las hereden otros. Y quiero aprovechar el momento y el placer que pasan, pues no he de vivir dos veces".

Y le pareció tan bien este razonamiento, y siguió Alischar juntando con tanta regularidad la noche y el día por sus extremos, sin escatimar ningún exceso, que pronto vióse reducido a vender la tienda, la casa, los muebles y hasta la ropa, y no le quedó más que lo que llevaba encima.

Entonces pudo ver claro y evidente cómo había procedido, y cerciorarse de la excelencia de los consejos de su padre Gloria. Todos los amigos a quienes trató con fastuosidad antes y a cuya puerta fue a llamar sucesivamente, encontraron algún motivo para despedirle. Así es que, reducido al límite extremo de la miseria, se vio obligado, un día en que no había comido nada desde la víspera, a salir del miserable khan en que se alojaba, y a mendigar de puerta en puerta por las calles.

De este modo llegó a la plaza del mercado, en la cual vio una gran muchedumbre formando corro. Quiso acercarse para averiguar lo que ocurría, y en medio del círculo formado por mercaderes, corredores y compradores, vio...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 317ª NOCHE

Ella dijo:

... en medio del círculo formado por mercaderes, corredores y compradores, vio a una joven esclava blanca, de elegante y delicioso aspecto, con una estatura de cinco palmos, con rosas por mejillas, pechos bien sentados, ¡qué trasero! Sin temor a engañarse, se le podrían aplicar estos versos del poeta:

¡Ha salido sin defecto del molde de la Belleza! ¡Sus proporciones son admirables: ni muy alta ni muy baja; ni muy gruesa ni muy flaca; y redondeces por todas partes!

¡Así es que la misma Belleza se enamoró de su imagen, realzada por el ligero velo que sombreaba sus facciones modestas y altivas a la vez!

¡La luna es su rostro; la rama flexible que ondula, su cintura; y su aliento, el suave perfume del almizcle!

¡Parece formada de perlas líquidas; porque sus miembros son tan lisos, que reflejan la luna de su rostro, y también parecen formados por lunas!

Pero ¿dónde está la lengua que pudiera describir el milagro de claridad que constituye su trasero brillante...?

Cuando Alischar dirigió sus miradas a la hermosa joven, quedó extremadamente maravillado, y ya fuese que permaneciera inmóvil de admiración, ya que quisiera olvidar por un momento su miseria con el espectáculo de la belleza, el caso fue que se metió entre la muchedumbre reunida que preparábase a la venta. Y los mercaderes y corredores que por allí se hallaban, e ignoraban aún la ruina del joven, supusieron que había ido a comprar la esclava, pues sabían que era muy rico por la herencia de su padre, el síndico Gloria.

Pero pronto se puso al lado de la esclava el jefe de los corredores, y por encima de las cabezas agrupadas, exclamó: "¡Oh mercaderes, dueños de riquezas, ciudadanos o habitantes libres del desierto, el que abra la puerta de la subasta no ha de incurrir en censura! ¡He aquí ante vosotros la soberana de todas las lunas, la perla de las perlas, la virgen llena de pudor, la noble Zumurrud, incitadora de todos los deseos y jardín de todas las flores! ¡Abrid la subasta!, ¡oh circunstantes! ¡Nadie censurará a quien abra la subasta! ¡He aquí ante vosotros a la soberana de todas las lunas, a la pudorosa virgen Zumurrud, jardín de todas las flores!"

Enseguida uno de los mercaderes gritó: "¡Abro la subasta con quinientos dinares!" Otro dijo: "¡Diez más!" Entonces gritó un viejo deforme y asqueroso, de ojos azules y bizcos, que se llamaba Rachideddín: "¡Cien más!" Pero dijo una voz: "¡Cien más todavía!" En aquel momento, el viejo de ojos azules y feos, pujó mucho de pronto, gritando: "¡Mil dinares!"

Entonces los demás compradores encarcelaron su lengua y guardaron silencio. Y el pregonero se volvió hacia el dueño de la esclava joven y le preguntó si le convenía el precio ofrecido por el viejo y si había que cerrar el trato. Y el dueño de la esclava respondió: "¡Conforme! Pero antes tiene que consentir mi esclava también, pues le he jurado no cederla más que al comprador que le guste. Por consiguiente, has de pedirle el consentimiento, ¡oh corredor!" Y el corredor se acercó a la hermosa Zumurrud, y le dijo: "¡Oh soberana de las lunas! ¿quieres pertenecer a ese venerable anciano, el jeique Rachideddín?"

Al oír estas palabras, la hermosa Zumurrud dirigió una mirada al individuo que le indicaba el corredor, y le encontró tal como acabamos de describirle. Y apartóse con un ademán de repugnancia y exclamó: "¿No conoces, ¡oh jefe corredor! lo que decía un poeta viejo, aunque no tan repulsivo como éste? Pues escucha:

Le pedí un beso. Ella me miró. ¡Y su mirada no fue de odio ni de desdén, sino de indiferencia!

¡Sin embargo, sabía que yo era rico y considerado! Pasó y cayeron de un pliegue de su boca estas palabras:

"¡No me agradan las canas; no me gusta poner algodón mojado entre mis labios"!

Al oír estos versos, dijo el corredor a Zumurrud:

"¡Por Alah! ¡Razón tienes para rechazarle! ¡Además, mil dinares no son bastante precio! ¡En mi opinión, vales diez mil!"

Volvióse luego hacia la multitud de compradores y preguntó si no deseaba otro a la esclava por el precio ya ofrecido. Entonces se acercó un mercader y dijo: "¡Yo!" Y la hermosa Zumurrud le miró, y vio que no era asqueroso como el viejo Rachideddín, y que sus ojos no eran azules ni bizcos; pero notó que se teñía de colorado la barba, a fin de parecer más joven de lo que era. Entonces exclamó: "¡Qué vergüenza enrojecer y ennegrecer así la faz de la ancianidad!" E inmediatamente improvisó estos versos:

¡Oh tú que estas enamorado de mi cintura y de mi rostro, no lograrás atraer mis miradas por mucho que te disfraces con colores ajenos!

¡Tiñes de oprobio tus canas, sin lograr ocultar tus defectos!

¡Cambias de barbas como cambias de cara, y te conviertes en tal espantajo, que si te mirase una mujer preñada, abortaría!

Oídos estos versos por el jefe de los corredores, le dijo a Zumurrud: "¡Por Alah! ¡La verdad está contigo!" Pero como no fue aceptada la segunda proposición, se adelantó un tercer mercader y dijo al corredor: "Ofrezco el mismo precio. ¡Pregúntale si me acepta!" Y el corredor interrogó a la hermosa joven, que miró entonces al hombre consabido.

Y vio que era tuerto, y se echó a reír, diciendo: "¿No sabes, ¡oh corredor! las frases del poeta acerca del tuerto? Pues óyelas:

Créeme, amigo: no seas nunca compañero de un tuerto, ¡y desconfía de sus embustes y de su falsedad!

¡Tan poco se ganará tratándole, que Alah se cuidó de sacarle un ojo para que inspirara desconfianza!

Entonces el corredor le indicó un cuarto comprador, y le preguntó: "¿Quieres a éste?"

Zumurrud lo examinó, y vio que era un hombrecillo chico, con una barba que le llegaba al ombligo, y dijo enseguida: "¡En cuanto a ese barbudillo, mira cómo lo describe el poeta:

¡Tienes una barba prodigiosa, que es planta inútil y molesta, triste como una noche de invierno, larga, fría y oscura!"

Cuando el corredor vio que no aceptaba a ninguno de los que espontáneamente brindábanse a comprarla, dijo a Zumurrud: "¡Oh mi señora! mira a todos esos mercaderes y nobles compradores, y dime cuál tiene la suerte de gustarte, para que te ofrezca a él en venta".

Entonces la hermosa joven miró uno por uno con la mayor atención a todos los circunstantes, y acabó por fijar su mirada en Alischar, hijo de Gloria. Y el aspecto del joven la inflamó súbitamente con el amor más violento, porque Alischar, hijo de Gloria, era en verdad de una belleza extraordinaria, y nadie le podía ver sin sentirse inclinado hacia él con ardor. Así es que la joven Zumurrud se apresuró a señalárselo al corredor, y dijo:

"¡Oh corredor! quiero a ese joven de rostro gentil y cintura ondulante, pues lo encuentro delicioso y de sangre simpática, más ligera que la brisa del Norte; y de él dijo el poeta:

¡Oh jovencillo! ¿Cómo te olvidarán los que hayan visto tu belleza?

¡Dejen de mirarte quienes deploran los tormentos con que llenas el corazón!

¡Los que quieran preservarse de tus encantos prodigiosos, cubran con un velo tu hechicera cara!

"Y también de él dijo otro poeta:

¡Oh señor mío, compréndelo! ¿Cómo no amarte? ¿No es esbelta tu cintura y combados tus riñones?

¡Compréndelo!, ¡oh señor mío! ¿No es patrimonio de sabios, de gente exquisita y de espíritus delicados el amor a cosas tales?

"Un tercer poeta ha dicho:

¡Sus mejillas están llenas y lisas; su saliva leche dulce al beberla, es un remedio para las enfermedades; su mirada hace soñar a los prosistas y a los poetas, y sus proporciones dejan perplejos a los arquitectos!

"Otro ha dicho:

¡El licor de sus labios es un vino enervante; su aliento tiene el perfume del ámbar y sus dientes son granos de alcanfor!

¡Por eso Raduán, guardián del Paraíso, le rogó que se fuera, temeroso de que sedujese a las huríes!

¡La gente tosca y de entendimiento torpe deplora sus gestos y su conducta! ¡Como si la luna no fuera bella en todos sus cuartos, como si su marcha no fuera armoniosa en todas las partes del cielo!

"Otro poeta ha dicho también:

¡Por fin consintió en conceder una cita ese cervatillo de cabellera rizada, y de mejillas llenas de rosas y mirada encantadora! ¡Y aquí estoy, puntual, con el corazón alborotado y el mirar anhelante!

¡Me prometió esta cita, cerrando los ojos para decirme que sí! Pero si sus párpados están cerrados, ¿cómo podrán cumplir su promesa?

"Dijo de él otro, por último:

Tengo amigos poco sagaces, que me han preguntado: "¿Cómo puedes querer apasionadamente a un joven cuyas mejillas sombrea ya un bozo tan fuerte?"

Yo les dije: "¡Cuán grande es vuestra ignorancia! ¡Los frutos del jardín del Edén se cogieron en sus hermosas mejillas! ¿Cómo hubieran podido dar esas mejillas tan hermosos frutos si no fueran ya frondosas?"

Maravilladísimo quedó el corredor al advertir tanto talento en esclava tan joven, expresó su asombro al propietario, que le dijo: "Comprendo que te pasmen tanta belleza y tan agudo ingenio. Pero sabe que esta milagrosa adolescente, que avergüenza a los astros y al sol, no se contenta con conocer los poetas más delicados y complicados, ni con ser una constructora de estrofas, sino que además sabe escribir con siete plumas los siete caracteres diferentes, y sus manos son más preciosas que todo un tesoro. Conoce, en efecto, el arte del bordado y de tejer la seda, y toda alfombra o cortinajes que sale de sus manos se tasa en el zoco a cincuenta dinares. Observa también que en ocho días tiene tiempo sobrado para terminar la alfombra más hermosa o el más suntuoso cortinaje. ¡De modo que, sin duda alguna, quien la compre habrá recuperado a los pocos meses su dinero!"

Oídas estas palabras, el corredor levantó los brazos admirado, y exclamó: "¡Oh, dichoso aquel que tenga esta perla en su morada, y la conserve como el tesoro más oculto!"

Y se acercó a Alischar, hijo de Gloria, señalado por la joven, se inclinó ante él hasta el suelo, le cogió la mano y se la besó, y luego dijo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 319ª NOCHE

Ella dijo:

...se inclinó ante él hasta el suelo, le cogió la mano y se la besó, y luego le dijo: "¡En verdad, oh, mi señor! que es mucha tu suerte al poder comprar este tesoro por la centésima parte de su valor, y el Donador no te ha escatimado sus dones! ¡Tráigate, pues, esta joven la felicidad!"

Al oír estas palabras, Alischar bajó la cabeza, y no pudo dejar de reírse interiormente de la ironía del Destino, y dijo para sí: "¡Por Alah! ¡No tengo con qué comprar un pedazo de pan, y me creen bastante rico para adquirir esta esclava! ¡De todos modos no diré ni que sí ni que no, para no cubrirme de vergüenza delante de todos los mercaderes!"

Y bajó la vista y no dijo palabra.

Como no se movía, Zumurrud le miró para alentarle a la compra; pero él seguía con los ojos bajos sin verla. Entonces ella dijo al corredor: "Cógeme de la mano y llévame junto a él, que quiero hablarle personalmente y determinarle a que me compre, pues he resuelto pertenecer a él sólo, y no a otro". Y el corredor la cogió de la mano y la llevó junto a Alischar, hijo de Gloria.

La joven se quedó de pie, alardeando de su belleza, delante del mozo, y le dijo: "¡Oh amado dueño mío! ¡oh joven que haces arder mis entrañas! ¿Por qué no ofreces el precio de compra? ¿O por qué no calculas tú el valor que te parezca más equitativo? ¡Quiero ser tu esclava a cualquier precio!

Alischar levantó la cabeza, meneándola con tristeza, y dijo: "La venta y la compra nunca son obligatorias".

Zumurrud exclamó: "¡Ya veo, oh dueño muy amado! que encuentras muy alto el precio de mil dinares! ¡No ofrezcas más que novecientos, y te pertenezco!" Bajó Alischar la cabeza y nada contestó. Ella dijo: "¡Cómprame entonces por ochocientos!" El bajó la cabeza. Ella añadió: "¡Por setecientos!" Y él bajó otra vez la cabeza. Zumurrud siguió rebajando hasta que le dijo: "¡Sólo por cien dinares!"

Entonces le dijo: "¡Ni siquiera tengo los cien dinares completos!" Ella se echó a reír, y le dijo: "¿Cuánto te falta para reunir la cantidad de cien dinares? Pues si hoy no los tienes todo, ya pagarás otro día lo que falte". Él contestó: "¡Oh dueña mía! ¡sabe, por fin, que no tengo ni cien dinares ni uno! ¡Por Alah! No poseo ni una moneda blanca, ni una roja, ni un dinar de oro, ni un dracma de plata. De modo que no pierdas más tiempo conmigo y busca otro comprador". -

Cuando Zumurrud comprendió que el joven carecía de dinero, le dijo: "¡De todos modos, cierra el trato! ¡Dame la mano, envuélveme en tu manto y pasa un brazo alrededor de mi cintura, que es como sabes, la señal de aceptación!" Alischar, que ya no tenía motivos para negarse, se apresuró entonces a hacer lo que le mandó Zumurrud, y ésta sacó al momento de su faltriquera un bolsillo que le entregó y le dijo: "¡Ahí dentro hay mil dinares; tienes que ofrecer novecientos a mi amo, y conservar los otros cien para nuestras necesidades más apremiantes!" Y enseguida Alischar entregó al mercader los novecientos dinares, y se apresuró a coger a la esclava de la mano y llevársela a su casa.

Cuando llegaron a la casa, Zumurrud se sorprendió al ver que la habitación se reducía a un miserable cuarto, cuyo único moblaje consistía en una mala estera vieja y rota por varias partes. Se apresuró a dar a Alischar otro bolsillo con mil dinares más, y le dijo: "Corre pronto al zoco, para comprar todos los muebles y alfombras que hagan falta, y comida y bebida. ¡Y escoge lo mejor que haya en el zoco! Además, tráeme una gran pieza de seda de Damasco de la mejor clase, de color de granate, y carretes de hilo de oro, y carretes de hilo de plata, y carretes de hilo de seda, de siete colores diferentes. Y no olvides comprar agujas grandes, y también un dedal de oro".

Y Alischar ejecutó enseguida sus órdenes, y llevó todo aquello a Zumurrud. Entonces ella tendió por el suelo las alfombras, arregló los colchones y divanes, lo colocó todo en orden, y puso el mantel, después de haber encendido los candelabros.

Se sentaron entonces ambos, y comieron y bebieron, y se pusieron muy contentos. Tras de lo cual se tendieron en su cama nueva y se satisficieron mutuamente. Y pasaron toda la noche estrechamente enlazados, entre las puras delicias y los más alegres retozos, hasta por la mañana. Y su amor se consolidó con pruebas indudables y se grabó en su corazón de manera indeleble.

Sin perder tiempo, la diligente Zumurrud se puso enseguida a la labor.

Cogió la pieza de seda de Damasco color de granate, y en pocos días hizo con ella un cortinaje, en cuyo contorno representó con arte infinito figuras de aves y animales, y no hubo un animal en el mundo, pequeño ni grande, que no quedara representado en aquella tela. Y la ejecución era tan asombrosa de parecido y de vida, que se diría movíanse los animales de cuatro pies y se creía oír cantar a las aves. En medio de la cortina estaban bordados grandes árboles cargados de fruta y de sombra tan hermosa que con verla se sentía una gran frescura. ¡Y todo aquello fue ejecutado en ocho días, ni más ni menos! ¡Gloria al que da tanta habilidad a los dedos de sus criaturas!

Terminada la cortina, Zumurrud le dio brillo, la planchó, la dobló y se la entregó a Alischar, diciéndole: "Ve a llevarla al zoco y véndesela a cualquier mercader con tienda abierta, y no por menos de cincuenta dinares. Pero guárdate muy bien de cedérsela a cualquier mercader de paso que no sea conocido en el zoco, pues eso sería causa de una cruel separación entre nosotros. Porque tenemos enemigos que nos acechan. ¡Desconfía de los caminantes!"

Y Alischar respondió: "¡Escucho y obedezco!" Y fue al zoco y vendió por cincuenta dinares a un mercader con tienda abierta la consabida cortina maravillosa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 320ª NOCHE

Ella dijo:

... y vendió por cincuenta dinares a un mercader con tienda abierta la consabida cortina maravillosa. Después compró otra vez seda e hilo de oro y plata, en cantidad suficiente para una nueva cortina o alfombra de gusto, y se lo llevó todo a Zumurrud, que volvió a poner manos a la obra, y en otros ocho días ejecutó una cortina más hermosa aún que la anterior, y que también produjo la cantidad de cincuenta dinares. Y durante el espacio de un año vivieron de tal suerte, comiendo, bebiendo y sin carecer de nada ni dejar de satisfacer su mutuo amor, más ardiente cada día.

Un día salió Alischar de la casa, llevando, según su costumbre, un paquete que contenía un tapiz ejecutado por Zumurrud, y emprendió el camino del zoco para presentárselo a los mercaderes por mediación del pregonero, como siempre. Llegado al zoco, se lo entregó al pregonero, que empezó a pregonarlo delante de las tiendas de los mercaderes, cuando acertó a pasar un cristiano, uno de esos individuos que pululan a la entrada de los zocos, asediando a los parroquianos con sus ofrecimientos.

Este cristiano se aproximó al pregonero y a Alischar y les ofreció sesenta dinares por el tapiz, en vez de los cincuenta por que se pregonaba. Pero Alischar, que sentía aversión y desconfianza hacia aquella clase de individuos, y recordaba, además, el encargo de Zumurrud, no quiso vendérselo. Entonces el cristiano aumentó su oferta y acabó por proponer cien dinares, y el pregonero le dijo al oído a Alischar: "¡Verdaderamente, no desaproveches esta excelente ocasión!" Porque el pregonero ya había sido sobornado secretamente por el cristiano con diez dinares. Y maniobró tan bien sobre el espíritu de Alischar, que le decidió a entregar el tapiz al cristiano, mediante la cantidad convenida. Y lo hizo no sin gran aprensión, cobrando los cien dinares, y volvió a emprender el camino de su casa.

Conforme iba andando, al volver una esquina notó que le seguía el cristiano. Se paró y le preguntó: "¿Cristiano, qué tienes que hacer en este barrio en donde no entra la gente de tu clase? “Este dijo: "Perdona ¡oh señor! pero tengo un encargo que hacer al final de esta calleja. ¡Alah te conserve!"

Alischar siguió su camino y llegó a la puerta de su casa. Y allí notó que el cristiano, después de haber dado un rodeo había vuelto por el otro extremo de la calle y llegaba a su puerta al mismo tiempo que él. Y le gritó, lleno de ira: "¡Maldito cristiano! ¿A qué me sigues de esa manera por dónde voy?" El otro contestó: "¡Oh, señor mío! ¡créeme que me encontraste aquí por casualidad! ¡Pero te ruego que me des un trago de agua, y Alah te recompensará, porque la sed me quema interiormente!" Y Alischar pensó: "¡Por Alah! ¡No se dirá que un musulmán se ha negado a dar de beber a un perro sediento! ¡Voy a darle un poco de agua!" Y entró en su casa, cogió un cántaro de agua, e iba a salir para dársela al cristiano, cuando Zumurrud le oyó levantar el pestillo y salió a su encuentro, conmovida por su ausencia prolongada. Y le dijo, besándole: "¿Cómo tardaste tanto en volver hoy? ¿Vendiste al fin el tapiz, y ha sido a un mercader con tienda o a un transeúnte?"

El respondió, visiblemente turbado: "He tardado un poco porque el zoco estaba lleno, pero de todos modos acabé por vendérsela a un mercader". Ella dijo con cierta duda en la voz: "¡Por Alah! Mi corazón no está tranquilo. Pero ¿adónde vas con ese cántaro?" Él dijo: "Voy a dar de beber al pregonero del zoco, que me ha acompañado hasta aquí". Pero no la satisfizo esta respuesta, y mientras salía Alischar, recitó muy ansiosa, estos versos del poeta:

¡Oh corazón mío que piensas en el amado; pobre corazón lleno de esperanzas y que crees eterno el beso! ¿no ves que a tu cabecera vela, con los brazos tendidos, la Separadora, y que en la sombra te acecha pérfido el Destino?

Cuando Alischar se dirigía hacia afuera, encontróse con el cristiano, que ya había entrado en el zaguán por la puerta abierta. Al verlo el mundo se ennegreció delante de sus ojos, y exclamó: "¿Qué haces ahí, perro, hijo de perro? ¿Y cómo osaste penetrar en mi casa sin mi permiso?" El otro contestó: "¡Por favor, oh mi señor, perdóname! Cansado de haber andado todo el día y sin poderme tener ya en pie, me vi obligado a pasar el umbral, pues al cabo no hay tanta diferencia entre la puerta y el zaguán. ¡Además, no pido más que el tiempo suficiente para tomar aliento y me voy! ¡No me rechaces, y Alah no te rechazará!"

Y cogió el cántaro que sostenía Alischar muy perplejo, bebió lo necesario y se lo devolvió. Y Alischar se quedó de pie enfrente, esperando que se fuera. Pero pasó una hora, y el cristiano no se movía. Entonces, Alischar, sofocado, le gritó: "¿Quieres marcharte ahora mismo y seguir tu camino?" Pero el cristiano le contestó: "¡Oh señor mío! No serás de aquellos que hacen un beneficio a alguien para obligarle a estar lamentándolo toda la vida, ni de aquellos de quienes dijo el poeta:

¡Se desvaneció la raza generosa de los que, sin contar, llenaban la mano del pobre antes de que se les tendiese!

¡Ahora hay una raza vil de usureros que calculan el interés de un poco de agua prestada al pobre del camino!

"Yo, mi señor, ya he apagado la sed con el agua de tu casa; pero ahora me atormenta de tal manera el hambre, que me contentaría con lo que te haya quedado de la comida, aunque fuera un pedazo de pan seco y una cebolla, nada más". Alischar, cada vez más enfurecido, le gritó: "¡Vaya, vaya! ¡Fuera de aquí! ¡Basta de citas poéticas! ¡No queda nada en la casa!" El otro contestó, sin moverse del sitio: "¡Señor, perdóname! Pero si no hay nada en tu casa, tienes encima los cien dinares que te ha producido el tapiz. Te ruego, pues, por Alah, que vayas al zoco más cercano a comprarme una torta de trigo, para que no se diga que abandoné tu casa sin que se haya partido entre nosotros el pan y la sal".

Cuando Alischar oyó estas palabras, dijo para sí: "No hay duda posible. Este maldito cristiano es un loco y un extravagante. Y lo voy a echar a la calle y a azuzar contra él a los perros vagabundos". Y cuando se preparaba a empujarle afuera, el cristiano, inmóvil, le dijo: "¡Oh mi señor! ¡es un solo pedazo de pan el que deseo, y una sola cebolla para poder matar el hambre! ¡De modo que no hagas mucho gasto por mí, que sería demasiado! Porque el prudente se contenta con poco; y ¡Un pan seco basta para apagar el hambre que tortura al sabio, cuando el mundo no bastaría para saciar el falso apetito del tragón!

Cuando Alischar vio que no le quedaba más remedio que ceder, dijo al cristiano: "¡Voy al zoco a buscar de comer! ¡Espérame aquí sin moverte!" Y salió de la casa después de haber cerrado la puerta, y sacó la llave de la cerradura para metérsela en el bolsillo. Fue apresuradamente al zoco, compró queso asado con miel, pepinos, plátanos, hojaldre y pan recién salido del horno, y se lo trajo todo al cristiano, diciéndole: "¡Come!"

Pero éste se negó, diciendo: "¡Oh mi señor! ¡qué generosidad la tuya! ¡Lo que traes basta para alimentar a diez personas! ¡Es demasiado, a menos que quieras honrarme comiendo conmigo!" Alischar respondió: "Yo estoy harto. ¡Come solo!" El otro exclamó: "¡Oh mi señor, la sabiduría de las naciones nos enseña que el que se niega a comer con su huésped es indudablemente un bastardo adulterino...!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 321ª NOCHE

Ella dijo:

"... el que se niega a comer con su huésped es indudablemente un bastardo adulterino!" Estas palabras no tenían réplica posible. Alischar no se atrevió a negarse, y se sentó al lado del cristiano, y se puso a comer con él distraídamente. Y el cristiano se aprovechó de la distracción de su huésped para mondar un plátano, partirlo, y deslizar en él con destreza banj puro mezclado con extracto de opio, en dosis suficiente para derribar a un elefante y dormirlo durante un año. Mojó el plátano en la miel blanca, en la cual nadaba el excelente queso asado, y se lo ofreció a Alischar, diciéndole: "¡Oh mi señor! ¡Por la verdad de la fe, acepta de mi mano este suculento plátano que mondé para ti!" Alischar que tenía prisa por acabar, cogió el plátano y se lo tragó.

Apenas había llegado el plátano a su estómago, cayó Alischar al suelo privado de sentido. Entonces el cristiano brincó como un lobo pelado y se precipitó afuera, pues en la calleja de enfrente permanecían en acecho varios hombres con un mulo, y a su cabeza estaba el viejo Rachideddín, el miserable de los ojos azules al cual no había querido pertenecer Zumurrud, y que había jurado poseerla a la fuerza a todo trance. Este Rachideddín no era más que un innoble cristiano, que profesaba exteriormente el islamismo para gozar sus privilegios cerca de los mercaderes, y era el propio hermano del cristiano que acababa de traicionar a Alischar, y que se llamaba Barssum.

Este Barssum corrió, pues, a avisar a su miserable hermano del resultado de su ardid, y los dos, seguidos por sus hombres, penetraron en la casa de Alischar, se precipitaron en la inmediata habitación, alquilada por Alischar para harem de Zumurrud, lanzáronse sobre la hermosa joven, a la cual amordazaron y agarraron para transportarla en un momento a lomos del mulo, que pusieron al galope, a fin de llegar en pocos instantes, sin que nadie les molestara en el camino, a casa del viejo Rachideddin.

El viejo miserable de ojos azules y bizcos mandó entonces llevar a Zumurrud a la estancia más apartada de la casa, y se sentó cerca de ella, después de haberle quitado la mordaza, y le dijo: "Hete aquí ya en mi poder, bella Zumurrud, y no será el bribón de Alischar quien venga ahora a sacarte de mis manos. Empieza, pues, antes de acostarte en mis brazos y de experimentar mi valentía en el combate, por abjurar de tu descreída fe y consentir en ser cristiana, como yo soy cristiano. ¡Por el Mesías y la Virgen! ¡Si no te rindes inmediatamente a mi doble deseo, te someteré a los peores tormentos y te haré más desdichada que una perra!"

Al oír estas palabras del miserable cristiano, los ojos de la joven se llenaron de lágrimas, que rodaron por sus mejillas, y sus labios se estremecieron y exclamó:

"¡Oh malvado de barbas blancas! ¡por Alah! ¡podrás hacer que me corten en pedazos, pero no conseguirás que abjure de mi fe; podrás apoderarte de mi cuerpo por la violencia, como el cabrón en celo con la cabra joven, pero no someterás mi espíritu a la impureza compartida!

¡Y Alah sabrá pedirte cuenta de tus ignominias tarde o temprano!"

Cuando el anciano vio que no podía convencerla con palabras, llamó a sus esclavos y les dijo: "¡Echadla al suelo, y sujetadla boca abajo fuertemente!" Y los esclavos la echaron al suelo boca abajo. Entonces aquel miserable cristiano agarró un látigo y empezó a azotarla con crueldad en sus hermosas partes redondeadas, de modo que cada golpe dejaba una larga raya roja en la blancura de las nalgas. Y Zumurrud, a cada golpe que recibía, en vez de debilitarse en la fe exclamaba: "¡No hay más Dios que Alah, y Mohamed es el enviado de Alah!" Y el otro no dejó de azotarla hasta que no pudo ya levantar el brazo. Entonces mandó a sus esclavos que la llevasen a la cocina con las criadas y que no le dieran de comer ni de beber.

¡Esto en cuanto a ellos dos!

En cuanto a Alischar, quedó tendido sin sentido en el zaguán de su casa hasta el día siguiente.

Entonces volvió en sí y abrió los ojos, disipada ya la embriaguez del banj y desaparecidos de su cabeza los vapores del opio. Se sentó entonces en el suelo, y con todas sus fuerzas llamó: "¡Ya Zumurrud!" Pero no le contestó nadie.

Levantóse anhelante y entró en la habitación, que encontró vacía y silenciosa. Se acordó del cristiano importuno, y como también éste había desaparecido, ya no dudó del rapto de su amada Zumurrud.

Entonces se tiró al suelo, dándose golpes en la cabeza y sollozando; después se desgarró los vestidos, y lloró todas las lágrimas de la desolación;

y en el límite de la desesperanza, se lanzó fuera de su casa, recogió dos piedras grandes, una con cada mano, y empezó a recorrer enloquecido todas las calles, golpeándose el pecho con las piedras y gritando: "¡Ya Zumurrud, Zumurrud!"

Y los chiquillos le rodearon, corriendo como él y gritando: "¡Un loco, un loco!" Y los conocidos que le encontraban le miraban con lástima y lamentaban la pérdida de su razón, diciendo: "¡Es el hijo de Gloria! ¡Pobre Alischar!"

Y siguió vagando de aquel modo y haciéndose sonar el pecho a guijarrazos, cuando le encontró una buena vieja, que le dijo: "Hijo mío, ¡así goces de la seguridad y la razón! ¿Desde cuándo estás loco?"

Y Alischar le contestó con estos versos:

¡La ausencia de una mujer me hizo perder la razón! ¡Oh vosotras que creéis en mi locura, traedme a la que hubo de causarla, y daréis a mi espíritu la frescura de un díctamo!

Al oír tales versos y al mirar más atentamente a Alischar, la buena anciana comprendió que debía ser un enamorado infeliz, y le dijo: "¡Hijo mío, no temas contarme tus penas y tu infortunio! ¡Acaso me haya puesto Alah en tu senda para ayudarte!" Entonces Alischar le contó su aventura con Barssum el cristiano.

Enterada la buena vieja, estuvo reflexionando una hora, y luego levantó la cabeza y le dijo a Alischar:

"¡Levántate, hijo mío, y ve pronto a comprarme un cesto de buhonero, en el cual colocarás, después de adquirirlos en el zoco, pulseras de cristal de colores, anillos de cobre plateado, pendientes, dijes y otras varias cosas como las que venden las piadosas por las casas a las mujeres. Y yo me pondré el cesto en la cabeza, y recorreré las casas de la ciudad, vendiendo esas cosas a las mujeres. Y así podré hacer averiguaciones que nos orientarán, y si Alah quiere, contribuirán a que encontremos a tu amada Sett Zumurrud! ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana v se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 322ª NOCHE

Ella dijo:

"...encontraremos a tu amada Sett Zumurrud". Y Alischar se puso a llorar de alegría. Y después de haber besado la mano a la cena vieja, se apresuró a comprar y entregarle lo que le había indicado.

Entonces la vieja fue a vestirse a su casa. Se tapó la cara con un velo de miel oscuro, se cubrió la cabeza con un pañuelo de cachemira, se envolvió en un velo grande de seda negra, se puso en la cabeza consabida cesta, y cogiendo un bastón para sostener su respetable vejez, empezó a recorrer lentamente los harenes de personajes y mercaderes por los distintos barrios, y no tardó en llegar a la casa del viejo achideddín, el miserable cristiano que pasaba por musulmán, el maldito a quien Alah confunda y abrase en el fuego del infierno y atormente hasta la extinción del tiempo. ¡Amin!

Y llegó precisamente en el momento en que la desventurada joven, arrojada entre las esclavas y criadas de la cocina y dolorida aún de los golpes que había recibido, yacía medio muerta en una mala estera.

Llamó a la puerta la vieja, y una esclava abrió y la saludó amistosamente. Y la vieja le dijo: "Hija mía, tengo cosas bonitas que vender ¿Hay en casa quién las compre?" La criada dijo: "¡Ya lo creo!" la llevó a la cocina, en donde la vieja se sentó con gran compostura, rodeándola enseguida las esclavas. Fue muy benévola en la venta, y les cedió, por precios muy módicos, pulseras, sortijas y pendientes, de modo que se granjeó su confianza y ganó sus simpatías por su lenguaje virtuoso y la dulzura de sus modales.

Pero al volver la cabeza vio a Zumurrud tendida, e interrogó a las esclavas, que le dijeron cuanto sabían. E inmediatamente comprendió que estaba en presencia de la que buscaba. Se acercó a la joven y dijo: "¡Hija mía! ¡aléjese de ti todo mal! ¡Alah me envía para socorrerte! ¡Eres Zumurrud, la esclava amada de Alischar, hijo de Gloria!" Y la enteró del objeto de su venida, disfrazada de vendedora, le dijo: "Mañana por la noche estate dispuesta a dejarte raptar; asómate a la ventana de la cocina que da a la calle, y cuando veas que alguien, entre la oscuridad, se pone a silbar, ésa será la seña. Responde silbando también, y salta sin temor a la calle. ¡Alischar en persona estará allí y te salvará!" Y Zumurrud besó las manos a la vieja, que se apresuró a salir y enterar a Alischar de lo que acababa de suceder, añadiendo: "Irás allá, al pie de la ventana de la cocina de ese maldito, harás tal y cual cosa".

Entonces Alischar dio mil gracias a la vieja por sus favores, quiso hacerle un regalo; pero no lo aceptó ella y se fue deseándole buen éxito y felicidades, y le dejó recitando versos sobre la amargura de la separación.

A la noche siguiente, Alischar se encaminó a la casa descrita por la buena vieja y acabó por encontrarla. Se sentó al pie de la pared y aguardó a que llegara la hora de silbar. Pero cuando llevaba allí un rato, como había pasado dos noches de insomnio, le venció de pronto el cansancio y se durmió. ¡Glorificado sea el Único, que nunca duerme!

Mientras Alischar permanecía aletargado al pie de la pared, el Destino envió hacia allí, en busca de alguna ganga, a un ladrón entre los ladrones audaces, que, después de dar vuelta a la casa sin encontrar salida, llegó al sitio en que dormía Alischar. Y se inclinó hacia éste, y tentado por la riqueza de su traje, le robó hábilmente el hermoso turbante y el albornoz, y se los puso enseguida. En el mismo momento vio que se abría la ventana y oyó silbar a alguien. Miró, y vio una forma de mujer que le hacía señas y silbaba. Era Zumurrud, que le tomaba por Alischar.

Al ver aquello, el ladrón, aunque sin saber lo que significaba, pensó: "¡Me convendrá contestar!" Y silbó. Enseguida salió Zumurrud por la ventana y saltó a la calle con la ayuda de una cuerda. Y el ladrón que era un mozo robusto, la cogió a cuestas y se alejó con la rapidez de un relámpago...

Cuando Zumurrud vio que su acompañante tenía tanta fuerza, se asombró mucho, y le dijo: "Amado Alischar, la vieja me había dicho que apenas podías moverte por lo que te habían debilitado la pena y el temor. ¡Pero veo que estás más fuerte que un caballo!" Pero como el ladrón no contestaba y corría con mayor celeridad, Zumurrud le pasó la mano por la cara y se la encontró erizada de pelos más duros que la escoba del hammam, de tal modo que parecía un cerdo que se hubiera tragado una gallina, cuyas plumas se le salieran por la boca.

Al encontrarse con aquello, la joven sintió un terror espantoso, y empezó a darle golpes en la cara, gritando: "¿Quién eres y qué eres?" Y como en aquel momento estaban ya lejos de las casas, en campo raso invadido por la noche y la soledad, el ladrón se detuvo un momento, dejó en el suelo a la joven, y gritó: "¡Soy Djiwán el kurdo, el compañero más terrible de la gavilla de Ahmad Ed-Danaf!"

"¡Somos cuarenta mozos que llevamos mucho tiempo privados de carne fresca! ¡La noche próxima será la más bendita de tus noches, pues todos te cabalgaremos sucesivamente, y te pisaremos el vientre, y nos revolcaremos entre tus muslos, y le haremos dar vueltas a tu capullo hasta por la mañana!"

Cuando Zumurrud oyó semejantes palabras de su raptor comprendió todo lo horrible de su situación, y se echó a llorar, golpeándose el rostro y deplorando el error que la había entregado a aquel bandido perpetrador de violencias y a sus cuarenta compañeros. Y después, viendo que su destino aciago la perseguía y que no podía luchar contra él, se dejó llevar de nuevo por su raptor sin oponer resistencia y se contentó con suspirar: "¡No hay más Dios que Alah! ¡Me refugio en El! ¡Cada cual lleva su Destino atado al cuello, y haga lo que quiera, no puede alejarse de él! ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 323ª NOCHE

Ella dijo:

"...Cada cual lleva su Destino atado al cuello, y haga lo que quiera, no puede alejarse de él!"

El terrible kurdo Djiwán se echó de nuevo a cuestas a la joven, y siguió corriendo hasta una caverna oculta entre rocas, donde habían establecido su domicilio la gavilla de los cuarenta y su jefe. Arreglaba allí la casa de los ladrones y les preparaba la comida una vieja, que era precisamente la madre del raptor de Zumurrud. Ella fue la que al oír la seña convenida salió a la entrada de la caverna a recibir a su hijo con la capturada. Djiwán entregó la persona de Zumurrud a su madre, y le dijo: "Cuida bien de esta gacela hasta mi regreso, pues voy a buscar a mis compañeros para que la cabalguen conmigo. Pero como no hemos de volver hasta mañana a mediodía, porque tenemos que realizar algunas proezas, te ruego que la alimentes bien, para que pueda soportar nuestras cargas y nuestros asaltos". Y se fue.

Entonces la vieja se acercó a Zumurrud y le dio de beber, v le dijo: "hija mía, ¡qué dichosa serás cuando penetren pronto en tu centro cuarenta mozos robustos, sin contar al jefe, que él solo es tan fuerte como todos los demás juntos! ¡Por Alah! ¡qué suerte tienes con ser joven y deseable!" Zumurrud no pudo contestar, y envolviéndose la cabeza con el velo, se tendió en el suelo y así permaneció hasta por la mañana.

La noche la había hecho reflexionar, cobró ánimos y dijo para sí: "¿En qué indiferencia condenable caigo al presente? ¿Voy a aguardar sin moverme la llegada de esos cuarenta bandoleros perforadores, que me estropearán al taladrarme y me llenarán como el agua llena un buque hasta hundirlo en el fondo del mar? ¡No, por Alah! ¡Salvaré mi alma y no les entregaré mi cuerpo!"

Y como ya era día claro, se acercó a la vieja, y besándole la mano, le dijo: "Esta noche he descansado bien, mi buena madre, y me siento con muchos ánimos y dispuesta a honrar a mis huéspedes. ¿Qué haremos ahora para pasar el tiempo hasta que lleguen? ¿Quieres, por ejemplo, venir conmigo al sol, y dejar que te despioje y te peine el pelo, buena madre?"

La vieja contestó: "¡Por Alah! ¡Excelente ocurrencia, hija mía, pues desde que estoy en esta caverna no me he podido lavar la cabeza, y sirve ahora de habitación a todas las clases de piojos que se alojan en la cabellera de las personas y en los pelos de los animales! Y cuando anochece, salen de mi cabeza y circulan en tropel por todo mi cuerpo. Y los tengo blancos y negros, grandes y chicos. Hay algunos, hija mía, que tienen un rabo muy largo, y se pasean hacia atrás, y otros de olor más fétido que los follones y los cuescos más hediondos.

Si consigues librarme de esos animales maléficos, tu vida conmigo será muy dichosa". Y salió con Zumurrud fuera de la caverna, y se acurrucó al sol, quitándose el pañuelo que llevaba a la cabeza. Y entonces pudo ver Zumurrud que había allí todas las variedades de piojos conocidas y otras más. Sin perder valor, empezó a quitarlos a puñados y a peinar los cabellos por la raíz con espinas gordas; y cuando no quedó más que una cantidad normal de aquellos piojos, se puso a buscarlos con dedos ágiles y numerosos y a aplastarlos entre dos uñas, según se acostumbraba. Y alisó la cabellera con suavidad, con tanta suavidad, que la vieja se sintió invadida de un modo delicioso por la tranquilidad de su propia piel limpia, y acabó por dormirse profundamente.

Sin perder tiempo, Zumurrud se levantó y corrió a la caverna, en la cual cogió y se puso ropa de hombre; y se rodeó la cabeza con un turbante hermoso, que procedía de un robo hecho por los cuarenta, y salió por allí a escape para dirigirse a un caballo robado también, que por allí pacía con los pies trabados; le puso silla y riendas, saltó encima a horcajadas y salió a galope en línea recta, invocando al Dueño de la salvación.

Galopó sin descanso hasta que anocheció; y al amanecer siguiente reanudó la carrera, sin parar más que alguna que otra vez para descansar, comer alguna raíz y dejar pacer al caballo. Y así prosiguió durante diez días y diez noches.

Por la mañana del undécimo día salió al cabo del desierto que acababa de atravesar y llegó a una verde pradera por donde corrían hermosas aguas y alegraba la vista el espectáculo de frondosos árboles, de umbrías y de rosas y flores que un clima primaveral hacía brotar a millares; allí jugueteaban también aves de la creación y pastaban rebaños de gacelas v de animales muy lindos.

Zumurrud descansó una hora en aquel sitio delicioso, y luego montó de nuevo a caballo, y siguió un camino muy hermoso que corría por entre masas de verdor y llevaba a una gran ciudad cuyos alminares brillaban al sol en lontananza.

Cuando estuvo cerca de los muros y de la puerta de la ciudad vio una muchedumbre inmensa, que al distinguirla empezó a lanzar gritos delirantes de alegría y triunfo, y enseguida salieron de la puerta y fueron a su encuentro emires a caballo y personajes y jefes de soldados, que se prosternaron y besaron la tierra con muestras de sumisión de súbditos a su rey, mientras por todas partes brotaba este clamor inmenso de la multitud delirante: "¡Dé Alah la victoria a nuestro sultán! ¡Traiga tu feliz venida la bendición al pueblo de los musulmanes, oh rey del universo! ¡Consolide Alah tu reinado, oh rey nuestro!" Y al mismo tiempo millares de guerreros a caballo se formaron en dos filas para separar y contener a las masas en el límite del entusiasmo, y un pregonero público, encaramado en un camello ricamente enjaezado, anunciaba al pueblo a toda voz la feliz llegada de su rey.

Pero Zumurrud, disfrazada de caballero, no entendía lo que podía significar todo aquello, y acabó por preguntar a los grandes dignatarios, que habían cogido por cada lado las riendas del caballo: "¿Qué pasa, distinguidos señores, en vuestra ciudad? ¿Y qué me queréis?" Entonces, de entre todos ellos se adelantó un gran chambelán, que, tras de inclinarse hasta el suelo, dijo a Zumurrud:

"El Donador, ¡oh dueño nuestro! ¡no contó sus gracias al otorgárselas! ¡Loor se le dé! ¡Te trae de la mano hasta nosotros para colocarte como nuestro rey sobre el trono de este reino! ¡Loor a Él, que nos da un rey tan joven y tan bello, de la noble raza de los hijos de los turcos de rostro brillante! ¡Gloria a El! Porque si nos hubiera enviado algún mendigo o cualquier otra persona de poco más o menos, nos habríamos visto obligados también a aceptarlo por nuestro rey y a rendirle pleitesía y homenaje. Sabe, en efecto ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 324ª NOCHE

Ella dijo:

"...Sabe, en efecto, que la costumbre de los habitantes de esta ciudad, cuando muere nuestro rey sin dejar hijo varón, es dirigirnos a esta carretera y aguardar la llegada del primer caminante que nos envía el Destino para elegirle como rey y saludarle como a tal. ¡Y hoy hemos tenido la dicha de encontrarte a ti, el más hermoso de los reyes de la tierra y el único de tu siglo y de todos los siglos!"

Y Zumurrud, que era una mujer de seso y de excelentes ideas, no se desconcertó con noticia tan extraordinaria, y dijo al gran chambelán y a los demás dignatarios: "¡Oh vosotros todos, fieles súbditos míos desde ahora, no creáis de todos modos que yo soy algún turco de oscuro nacimiento o hijo de algún plebeyo! ¡Al contrario! ¡Tenéis delante de vosotros a un turco de elevada estirpe que ha huido de su país y de su casa después de haber reñido con su familia, y ha resuelto recorrer el mundo buscando aventuras! ¡Y como precisamente el Destino me hace dar con una ocasión bastante propicia para ver algo nuevo, consiento en ser vuestro rey!"

Y enseguida se puso a la cabeza de la comitiva, y entre las aclamaciones y gritos de júbilo de todo el pueblo, hizo su entrada triunfal en la ciudad.

Al llegar a la puerta principal de palacio, los emires y chambelanes se apearon, y la sostuvieron por debajo de los brazos, y la ayudaron a bajar del caballo, y la llevaron en brazos al gran salón de recepciones; y después de revestirla con los atributos regios, la hicieron sentar en el trono de oro de los antiguos reyes. Y todos juntos se prosternaron y besaron el suelo entre sus manos, pronunciando el juramento de sumisión.

Entonces Zumurrud inauguró su reinado mandando abrir los tesoros regios acumulados durante siglos, y mandó sacar cantidades considerables, que repartió entre los soldados, los pobres y los indigentes. Así es que el pueblo la amó e hizo votos por la duración de su reinado. Y además Zumurrud tampoco se olvidó de regalar gran cantidad de ropas de honor a los dignatarios de palacio, y otorgar mercedes a los emires y chambelanes, así como a sus esposas y a todas las mujeres del harem. Además abolió el cobro de impuestos, los consumos y las contribuciones, y mandó libertar a los presos, y corrigió todos los males. Y de tal modo ganó el afecto de grandes y chicos, que todos la tenían por hombre, y se maravillaron de su continencia y castidad cuando supieron que nunca entraba en el harem ni se acostaba jamás con sus mujeres. En efecto, no quiso tener de noche más servicio particular que el de sus lindos eunucos, que dormían atravesados delante de su puerta.

Lejos de ser dichosa, Zumurrud no hacía más que pensar en su amado Alischar, de quien no tuvo noticias, no obstante todas las investigaciones que mandó hacer secretamente. Y no cesaba de llorar cuando estaba sola, ni de rezar y ayunar para atraer la bendición de Alah sobre Alischar y lograr volverle a ver sano y salvo después de la ausencia. Y así pasó un año y todas las mujeres del palacio levantaban los brazos, desesperadas, y exclamaban: "¡Qué desgracia para nosotras que el rey sea tan devoto y casto!"

Al cabo del año, Zumurrud tuvo una idea y quiso ejecutarla inmediatamente. Mandó llamar a visires y chambelanes, y les ordenó que los arquitectos e ingenieros abrieran un vasto meidán, de una parasanga de ancho y largo, y que construyeran en medio de un magnífico pabellón con cúpula, que había de tapizarse ricamente para colocar un trono, y tantos asientos como dignatarios había en palacio.

Se ejecutaron en muy poco tiempo las órdenes de Zumurrud. Y trazado el meidán, y levantado el pabellón, y dispuestos el trono y los asientos en el orden jerárquico, Zumurrud convocó a todos los grandes de la ciudad y del palacio, y les ofreció un banquete tal, que ningún anciano recordaba de otro parecido. Y al final del festín, Zumurrud se volvió hacia los invitados y les dijo: "¡En adelante, durante todo mi reinado, os convocaré en este pabellón a principios de cada mes, y os sentaréis en vuestros sitios, y convocaré asimismo a todo el pueblo, para que tome parte en el banquete, y coma y beba, y dé gracias al Donador por sus dones!" Y todos le contestaron oyendo y obedeciendo. Y entonces añadió: "¡Los pregoneros públicos llamarán a mi pueblo al festín y les advertirán que será ahorcado quien se niegue a venir!"

Y al principio del mes los pregoneros públicos recorrieron las calles, gritando: "¡Oh vosotros todos, mercaderes y compradores, ricos y pobres, hambrientos y hartos, por orden de nuestro señor el rey, acudid al pabellón del meidán! ¡Comeréis y beberéis y bendeciréis al Bienhechor! ¡Y será ahorcado quien no vaya! ¡Cerrad las tiendas y dejad de vender y comprar! ¡El que se niegue será ahorcado!"

A esta invitación, la muchedumbre acudió y se hacinó en el pabellón, estrujándose en medio del salón unos a otros, mientras el rey permanecía sentado en el trono, y a su alrededor, en los sitios respectivos, aparecían colocados jerárquicamente los grandes y dignatarios. Y todos empezaron a comer toda clase de cosas excelentes, como carneros asados, arroz con manteca, y sobre todo el excelente manjar llamado "kisek", preparado con trigo pulverizado y leche fermentada. Y mientras comían, el rey los examinaba atentamente uno tras otro, y durante tanto tiempo, que cada cual decía a su vecino: "¡Por Alah! ¡No sé por qué me mira el rey con esa obstinación!" Y entretanto, los grandes y dignatarios no dejaban de alentar a toda aquella gente, diciéndole: "¡Comed sin cortedad y hartaos! ¡El mayor gusto que le podéis dar al rey es demostrarle vuestro apetito!" Y ellos decían: "¡Por Alah! ¡En toda la vida no hemos visto un rey que quisiera tan bien a su pueblo! "

Y entre los glotones que comían con más ardiente voracidad haciendo desaparecer en su garganta fuentes enteras, estaba el miserable cristiano Barssum que durmió a Alischar y raptó a Zumurrud, ayudado por su hermano el viejo Rachideddín. Cuando Barssum acabó de comer la carne y los manjares con manteca o grasa, vio una fuente colocada fuera de su alcance, llena de un admirable arroz con leche cubierto de azúcar fino y canela; atropelló a todos los vecinos y agarró la fuente, que atrajo a sí y colocó debajo de su mano, y cogió un enorme pedazo, que se metió en la boca. Escandalizado entonces uno de sus vecinos, le dijo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 325ª NOCHE

Ella dijo:

..Escandalizado entonces uno de sus vecinos, le dijo: "¿No te da vergüenza tender la mano hacia lo que está lejos de tu alcance y apoderarte de una fuente tan grande para ti solo? ¿Ignoras que la educación nos enseña a no comer más que lo que tenemos delante?" Y otro añadió: "¡Ojalá que ese manjar te pese en la barriga y te trastorne las tripas!" Y otro muy chistoso, gran aficionado al haschich, le dijo: "¡Eh, por Alah! ¡Repartamos! ¡Acerca eso, que tome yo un bocado, o dos o tres!"

Pero Barssum le dirigió una mirada despreciativa, y le gritó con violencia: "¡Ah maldito devorador de haschich! ¡Este noble manjar no se ha hecho para tus mandíbulas! ¡Está destinado al paladar de los emires y gente delicada!"

Y se preparaba a meter otra vez los dedos en la deliciosa pasta, cuando Zumurrud, que lo observaba hacía un rato, lo conoció, y mandó hacia él a cuatro guardias diciéndoles: "¡Id enseguida a apoderaros de ese individuo que come arroz con leche, y traédmelo!" Y los cuatro guardias se precipitaron sobre Barssum, le arrancaron de entre los dedos el bocado que iba a tragar, le echaron de cara contra el suelo y le arrastraron por las piernas hasta delante del rey, entre los espectadores asombrados, que enseguida dejaron de comer, cuchicheando unos junto a otros: "¡Eso es lo que se saca por ser glotón y apoderarse de la comida de los demás!". Y el comedor de haschich dijo a los que le rodeaban: "¡Por Alah! ¡qué bien he hecho en no comer con él ese excelente arroz con leche! ¡Quién sabe el castigo que le darán!" Y todos empezaron a mirar atentamente lo que iba a ocurrir.

Zumurrud, con los ojos encendidos por dentro, preguntó al hombre: "Dime, hombre de malos ojos azules, ¿cómo te llamas y cuál es el motivo de tu venida a este país?" El miserable cristiano, que se había puesto turbante blanco, privilegio de los musulmanes, dijo: "¡Oh nuestro señor el rey, me llamo Alí y tengo el oficio de pasamanero. He venido a este país a ejercer mi oficio y a ganarme la vida con el trabajo de mis manos!".

Entonces Zumurrud dijo a uno de sus eunucos: "¡Ve pronto a buscar en mi mesa la arena adivinatoria y la pluma de cobre que me sirve para trazar las líneas geománticas!" Y en cuanto se ejecutó su orden, Zumurrud extendió cuidadosamente la arena adivinatoria en la superficie plana de la mesa, y con la pluma de cobre trazó la figura de un mono y algunos renglones de caracteres desconocidos. Después de lo cual recapacitó profundamente un rato, levantó de pronto la cabeza y con voz terrible que fue oída por toda la muchedumbre le gritó al miserable: "¡Oh perro! ¿cómo te atreves a mentir a los reyes? ¿No eres cristiano y no te llamas Barssum? ¿Y no has venido a este país para buscar una esclava raptada por ti en otro tiempo? ¡Ah perro! ¡Ah maldito! ¡Ahora mismo vas a confesar la verdad que me acaba de revelar tan claramente la arena adivinatoria!"

Aterrado el cristiano al oír estas palabras cayóse al suelo juntando las manos, y dijo: "¡Perdón, oh rey del tiempo! ¡no te engañas! ¡En efecto (preservado seas de todo mal), soy un innoble cristiano y vine aquí con la intención de apoderarme de una musulmana a quien rapté y que huyó de nuestra casa!".

Entonces Zumurrud en medio de los murmullos de admiración de todo el pueblo, que decía: "¡Ualah! ¡no hay en el mundo un geomántico lector de arena comparable con nuestro rey!"; llamó al verdugo y a sus ayudantes y les dijo: "Llevaos a ese miserable perro fuera de la ciudad, desolladle vivo, rellenadle con hierba de la peor calidad y volved y clavad la piel en la puerta del meidán!

En cuanto al cadáver, hay que quemarlo con excrementos secos y enterrar en el albañal lo que sobre". Y contestaron oyendo y obedeciendo, y se llevaron al cristiano, y lo ejecutaron según la sentencia, que al pueblo le pareció llena de justicia y cordura.

Los vecinos que habían visto al miserable comer el arroz con leche no pudieron dejar de comunicarse mutuamente sus impresiones. Uno dijo: "¡Ualah! ¡En mi vida volveré a dejarme tentar por ese plato, aunque me gusta en extremo! ¡Trae mala sombra!" Y el comedor de haschich exclamó, agarrándose el vientre porque tenía cólico de terror: "¡Ualah! ¡Mi buen destino me ha librado de tocar a ese maldito arroz con canela!" ¡Y todos juraron no volver a pronunciar ni el nombre del arroz con leche!

A todo esto, entró un hombre de aspecto repulsivo, que se adelantó rápidamente, atropellando a todo el que hallaba a su paso, y viendo todos los sitios ocupados menos alrededor de la fuente del arroz con leche, se acurrucó delante de ella y en medio del espanto general se dispuso a tender la mano para comerlo.

Y Zumurrud enseguida conoció que aquel hombre era su raptor, el terrible Djiwán el kurdo, uno de los cuarenta de la gavilla de Ahmad Ed-Danaf. El motivo que lo llevaba a la ciudad no era otro que buscar a la joven, cuya fuga le había inspirado un furor espantoso cuando estaba ya preparado a cabalgarla con sus compañeros. Y se había mordido la mano de desesperación y había jurado que la encontraría, aunque estuviera escondida detrás del monte Cáucaso, u oculta como el alfónsigo en la cáscara. Y había salido a buscarla, y había acabado de llegar a la ciudad consabida, y por entrar con los demás en el pabellón para que no le ahorcaran...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 326ª NOCHE

Ella dijo:

...y entrar con los demás en el pabellón para que no le ahorcaran. Sentóse, pues, ante la fuente de arroz con leche y metió toda la mano en medio. Y entonces por todas partes le gritaron: "¡Eh! ¿Qué vas a hacer? ¡Ten cuidado! ¡Te van a desollar vivo! ¡No toques a esa fuente, que es de mala sombra!" Pero el hombre les dirigió miradas terribles y les gritó: "¡Callaos vosotros! ¡Quiero comer de este plato y llenarme la barriga! ¡Me gusta el arroz con leche!" Y le dijeron otra vez: "¡Que te ahorcarán y te desollarán!" Y por toda contestación se acercó más a la fuente, en la cual ya había metido la mano, y se inclinó hacia ella. Al verlo el comedor de haschich, que era el que tenía más cerca, se escapó asustado y libre ya de los vapores de haschich, para sentarse más lejos, protestando de que no tenía nada que ver con lo que ocurriera.

Y Djiwán el kurdo, después de haber metido en la fuente la mano negra como la pata del cuervo, la sacó enorme y pesada como el pie de un camello. Redondeó en la palma el prodigioso pedazo que había sacado, hizo con él una bola tan gorda como una cidra, y con un movimiento giratorio se la arrojó al fondo de la garganta, en donde se hundió con el estruendo de un trueno o con el ruido de una cascada en una caverna sonora, hasta el punto de que la cúpula del pabellón resonó con un eco sonoro que hubo de repetir saltando y rebotando. ¡Y fue tal la huella dejada en la masa de donde se sacó el pedazo, que se vio el fondo de la enorme fuente!

Al percibir aquello, el comedor de haschich levantó los brazos y exclamó: "¡Alah nos proteja! ¡Se ha tragado la fuente de un solo bocado! ¡Gracias a Alah que no me creó arroz con leche o canela u otra cosa semejante entre sus manos!" Y añadió: "¡Dejémosle comer a su gusto, pues ya veo que se le dibuja en la frente la imagen del desollado y ahorcado que ha de ser!".

Y se puso más lejos del alcance de la mano del kurdo, gritándole: "¡Así se te pare la digestión y te ahogue, espantoso abismo!" Pero el kurdo, sin hacer caso de lo que decían a su alrededor, metió otra vez los dedos, gordos como estacas, en la masa tierna, que entreabrió con un crujido sordo, y los sacó con una bola como una calabaza en las puntas, y le estaba dando vueltas en la palma antes de tragarla cuando Zumurrud dijo a los guardias:

"¡Traedme pronto al del arroz, antes de que se trague el bocado!". Y los guardias saltaron sobre el kurdo, que no los veía por tener la mitad del cuerpo encorvado encima de la fuente. Y le derribaron con agilidad, le ataron las manos a la espalda y le llevaron a presencia del rey, mientras decían los circunstantes: "Él se empeñó en perderse. ¡Ya le habíamos aconsejado que se abstuviera de tocar a ese nefasto arroz con leche!"

Cuando le tuvo delante, Zumurrud, le preguntó: "¿Cuál es tu nombre? ¿Cuál es tu oficio? ¿Y qué causa te ha impulsado a venir a esta ciudad?" El otro contestó: "Me llamo Othman, y soy jardinero. Respecto al motivo de mi venida, busco un jardín en donde trabajar para comer”. Zumurrud exclamó: "¡Que me traigan la mesa de arena y la pluma de cobre!" Y cuando tuvo ambos objetos, trazó caracteres y figuras con la pluma en la arena extendida, reflexionó y calculó una hora, después levantó la cabeza y dijo: "¡Desdicha sobre ti, miserable embustero! ¡Mis cálculos sobre la mesa de arena me enteran que en realidad te llamas Djiwán el kurdo, y que tu oficio es el de bandolero, ladrón y asesino! ¡Ah cerdo, hijo de perro y de mil zorras! ¡Confiesa enseguida la verdad o lo harás a golpes!"

Al oír estas palabras del rey -del cual no podía sospechar que fuese la joven robada poco antes por él-, palideció, le temblaron las mandíbulas y los labios se le contrajeron, dejando al descubierto unos dientes que parecían de lobo o de otra alimaña silvestre. Después intentó salvar la cabeza declarando la verdad, y dijo: "¡Cierto es cuanto dices, oh rey! ¡Pero me arrepiento ante ti ahora mismo, y en adelante seguiré el buen camino!" Mas Zumurrud le dijo: "¡Me es imposible dejar vivir en el camino de los musulmanes a una fiera dañina!"

Después ordenó: "¡Que se lo lleven y le desuellen vivo y le rellenen de paja para clavarle a la puerta del pabellón, y sufra su cadáver la misma suerte que el cristiano!"

Cuando el comedor de haschich vio que los guardias se llevaban a aquel hombre, se levantó y se volvió de espaldas a la fuente de arroz, y dijo: "¡Oh arroz con leche, salpicado con azúcar y canela, te vuelvo la espalda, porque no te juzgo, malhadado manjar, digno de mis miradas, ni casi de mi trasero! ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 327ª NOCHE

Ella dijo:

"...porque no te juzgo malhadado manjar, digno de mis miradas, ni casi de mi trasero! ¡Te escupo encima y abomino de ti!"

Y nada más por lo que a él respecta.

Veamos en cuanto al tercer festín. Como en las dos circunstancias anteriores, los pregoneros vocearon el mismo anuncio, y se hicieron iguales preparativos; y el pueblo se congregó en el pabellón, los guardias se colocaron ordenadamente, y el rey se sentó en el trono. Y todo el mundo se puso a comer, a beber y a regocijarse, y la multitud se amontonaba por todas partes, menos delante de la fuente de arroz con leche, que permanecía intacta en medio del salón, mientras todos los comensales le volvían la espalda. Y de pronto entró un hombre de barbas blancas, se dirigió hacia aquel lado y se sentó para comer, a fin de que no lo ahorcaran. Y Zumurrud le miró, y vio que era el viejo Rachideddín, el miserable cristiano que la había hecho raptar por su hermano Barssum.

Efectivamente; como Rachideddín vio que pasaba un mes sin que volviera su hermano, al cual había enviado en busca de la joven desaparecida, resolvió partir en persona para tratar de dar con ella y el Destino le llevó a aquella ciudad hasta aquel pabellón, delante de la fuente de arroz con leche.

Al reconocer al maldito cristiano, Zumurrud dijo para sí: "¡Por Alah! ¡Este arroz con leche es un manjar bendito, pues me hace encontrar a todos los seres maléficos! Tengo que mandarlo pregonar algún día por toda la ciudad como manjar obligatorio para todos los ciudadanos. ¡Y mandaré ahorcar a quienes no les guste! ¡Entretanto ,voy a emprenderla con ese viejo criminal!" Y dijo a los guardias: "¡Traedme al del arroz!" Y los guardias, acostumbrados ya, vieron al hombre, enseguida se precipitaron sobre él y le arrastraron por las barbas a presencia del rey, que le preguntó: "¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu profesión? ¿Y por qué has venido aquí?" Él contestó: "¡Oh rey afortunado, me llamo Rustem, pero no tengo más profesión que la de pobre, la de derviche!" Zumurrud gritó: "¡Tráiganme la arena y la pluma!" Y se las llevaron. Y después de haber extendido ella la arena y haber trazado figuras y caracteres, estuvo reflexionando una hora, al cabo de la cual levantó la cabeza y dijo: "¡Mientes delante del rey, maldito! ¡Te llamas Rachideddín, y tu profesión consiste en mandar raptar traidoramente a las mujeres de los musulmanes para encerrarlas en tu casa; en apariencia profesas la fe del Islam, pero en el fondo del corazón eres un miserable cristiano corrompido por los vicios! ¡Confiesa la verdad, o tu cabeza saltará ahora mismo a tus pies!" Y el miserable, aterrado, creyó salvar la cabeza confesando sus crímenes y actos vergonzosos. Entonces Zumurrud dijo a los guardias: "¡Echadle al suelo y dadle mil palos en cada planta de los pies!" Y así se hizo inmediatamente. Entonces dijo Zumurrud: "¡Ahora lleváoslo, desolladle, rellenadle con hierba podrida y clavadle con los otros dos a la entrada del pabellón. ¡Y sufra su cadáver la misma suerte que la de los otros dos perros!" Y en el acto se ejecutó todo.

Después, todo el mundo reanudó la comida, haciéndose lenguas de la sabiduría y ciencia adivinatoria del rey y ponderando su justicia y equidad.

Terminado el festín, el pueblo se fue y la reina Zumurrud volvió a palacio. Pero no era feliz en su intimidad, y decía para sí: "¡Gracias a Alah, que me ha apaciguado el corazón ayudándome a vengarme de quienes me hicieron daño! ¡Pero todo ello no me devuelve a mi amado Alischar! ¡Sin embargo, el Altísimo es al mismo tiempo el Todopoderoso, y puede hacer cuanto quiera en beneficio de quienes le adoran y lo reconocen como único Dios!" Y conmovida al recordar a su amado, derramó abundantes lágrimas toda la noche, y después se encerró con su dolor hasta principios del mes siguiente.

Entonces el pueblo se reunió otra vez para el banquete acostumbrado, y el rey y los dignatarios tomaron asiento, como solían, bajo la cúpula. Y había empezado ya el banquete, y Zumurrud había perdido la esperanza de volver a ver a su amado, y rezaba interiormente esta oración: "¡Oh tú que devolviste a Iussuf a su anciano padre Jacob, que curaste las llagas incurables del santo Ayub, abrígame en tu bondad, que vuelva a ver también a mi amado Alischar! ¡Eres el Omnipotente, oh señor del universo! ¡Tú que llevas al buen camino a quienes se descarrían, tú que escuchas todas las voces, y atiendes a todos los votos, y haces que el día suceda a la noche, devuélveme a tu esclavo Alischar!"

Apenas formuló interiormente aquella invocación, entró un joven por la puerta del meidán, y su cintura flexible se plegaba como se balancea la rama del sauce a impulso de la brisa. Era hermoso cual la luz es hermosa, pero parecía delicado y algo fatigado y pálido. Buscó por doquiera un sitio para sentarse y no encontró libre más que el cercano a la fuente del consabido arroz con leche. Y allí se sentó, y le seguían las miradas espantadas de quienes le creían perdido, y ya lo veían desollado y ahorcado.

Y a la primera mirada conoció Zumurrud a Alischar. Y el corazón le empezó a palpitar apresuradamente y le faltó poco para exhalar un grito de júbilo. Pero logró vencer aquel movimiento irreflexivo para no traicionarse a sí misma delante del pueblo. Sin embargo, era presa de intensa emoción, y las entrañas se le agitaban y el corazón le latía cada vez con más fuerza.

Y quiso tranquilizarse por completo antes de llamar a Alischar.

He aquí lo ocurrido a éste. Cuando se despertó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 328ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando se despertó ya era de día, y los mercaderes empezaban a abrir el zoco. Asombrado Alischar al verse tendido en aquella calle, se llevó la mano a la frente, y vio que había desaparecido el turbante, lo mismo que el albornoz. Entonces empezó a comprender la realidad, y corrió muy alborotado a contar su desventura a la buena vieja, a quien rogó que fuera a averiguar noticias. Ella consintió de grado y salió para volver al cabo de una hora con la cara y la cabellera trastornada, a enterarle de la desaparición de Zumurrud y decirle: "Creo, hijo mío, que ya puedes renunciar a volver a ver a tu amada. ¡En las calamidades, no hay fuerza ni recurso más que en Alah Omnipotente! ¡Todo lo que te ocurre es por culpa tuya!"

Al oír esto, Alischar vio que la luz se convertía en tinieblas en sus ojos, y desesperó de la vida y deseó morir, y se echó a llorar y sollozar en brazos de la buena vieja, hasta que se desmayó. Después, a fuerza de cuidados, recobró el sentido; pero fue para meterse en la cama, presa de una grave enfermedad que le hizo padecer insomnios, y sin duda le habría llevado directamente a la tumba, si la buena anciana no le hubiera querido, cuidado y alentado. Muy enfermo estuvo un año entero, sin que la vieja le dejara un momento; le daba las medicinas y le cocía el alimento, y le hacía respirar los perfumes vivificadores. Y en un estado de debilidad extrema, se dejaba cuidar, y recitaba versos muy tristes sobre la separación, como estos entre otros mil:

¡Acumúlanse las zozobras, se aparta el amor, corren las lágrimas y el corazón arde!

¡El peso del dolor cae sobre una espalda que no puede soportarlo, sobre un corazón extenuado por el deseo de amar, por la pasión sin rumbo y por las continuadas vigilias!

¡Señor! ¿queda algún medio de ayudarme? ¡Apresúrate a socorrerme, antes de que el último aliento de vida se exhale de un cuerpo agotado!

En tal estado permaneció Alischar sin esperanza de restablecerse, lo mismo que sin esperanza de volver a ver a Zumurrud, y la buena vieja no sabía cómo sacarle de aquel letargo, hasta que un día le dijo: "¡Hijo mío, el modo de volver a encontrar a tu amiga no es seguir lamentándote sin salir de casa! Si quieres hacerme caso, levántate y repón tus fuerzas, y sal a buscarla por las ciudades y comarcas. ¡Nadie sabe por qué camino puede venir la salvación! ' Y no dejó de alentarle de tal manera ni de darle esperanza, hasta que le obligó a levantarse y a entrar en el hammam, en el cual ella misma le bañó, y le hizo tomar sorbetes y comerse un pollo. Y le estuvo cuidando de la misma manera un mes, hasta que le dejó en situación de poder viajar. Entonces Alischar se despidió de la anciana y se puso en camino para buscar a Zumurrud.

Y así fue como acabó por llegar a la ciudad en donde Zumurrud era rey, y por entrar en el pabellón del festín, y sentarse delante de la fuente de arroz con leche salpicado de azúcar y canela.

Como tenía mucha hambre, se levantó las mangas hasta los codos, dijo la fórmula "Bismilah", y se dispuso a comer. Entonces, sus vecinos, compadecidos al ver el peligro a que se exponía, le advirtieron que seguramente le ocurriría alguna desgracia si tenía la mala suerte de tocar aquel manjar. Y como se empeñaba en ello, el comedor de haschich le dijo: "¡Mira que te desollarán y ahorcarán!"

Y Alischar contestó: "¡Bendita sea la muerte que me libre de una vida llena de infortunios! ¡Pero antes probaré este arroz con leche!" Y alargó la mano y empezó a comer con gran apetito.

Eso fue todo.

Y Zumurrud, que lo observaba muy conmovida. dijo para sí: "¡Quiero empezar por dejarlo saciar el hambre antes de llamarle!" Y cuando vio que había acabado de comer y que había pronunciado la fórmula ¡Gracias a Alah!", dijo a los guardias: "Id a buscar afablemente a ese joven que está sentado delante de la fuente de arroz con leche, y rogadle con muy buenos modales que venga a hablar conmigo, diciéndole: "¡El rey te llama para hacerte una pregunta y una respuesta, nada más!"

Y los guardias fueron y se inclinaron ante Alischar, y le dijeron: "¡Señor, nuestro rey te llama para hacerte una pregunta y una respuesta, nada más!" Alischar contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y se levantó y les acompañó junto al rey.

En tanto, la gente del pueblo hacía entre sí mil conjeturas. Unos decían: "¡Qué desgracia para su juventud! ¡Dios sabe lo que le ocurrirá!" Pero otros contestaban: "Si fueran a hacerle algo malo, el rey no le habría dejado comer hasta hartarse. ¡Le hubiera mandado prender al primer bocado!" Y otros decían: "¡Los guardias no le llevaron arrastrándole por los pies ni por la ropa! ¡Le acompañaron siguiéndole respetuosamente a distancia!"

Entretanto, Alischar se presentaba delante del rey. Allí se inclinó y besó la tierra entre las manos del rey, que le preguntó con voz temblorosa y muy dulce: "¿Cómo te llamas, ¡oh hermoso joven!? ¿Cuál es tu oficio? ¿Y qué motivo te ha obligado a dejar tu país por estas comarcas lejanas?"

Él contestó: "¡Oh rey afortunado! me llamo Alischar, hijo de Gloria, y soy vástago de un mercader en el país de Khorasán. Mi profesión era la de mi padre; pero hace tiempo que las calamidades me hicieron renunciar a ella. En cuanto al motivo de mi venida a este país...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 329ª NOCHE

Ella dijo:

"...En cuanto al motivo de mi venida a este país ha sido la busca de una persona amada a quien he perdido, y a quien quería más que a mi vida, a mis oídos y a mi alma. ¡Y tal es mi lamentable historia!" Y Alischar, al terminar estas palabras, prorrumpió en llanto, y se puso tan malo, que se desmayó.

Entonces, Zumurrud, en el límite del enternecimiento, mandó a sus dos eunucos que le rociaran la cara con agua de rosas. Y los dos esclavos ejecutaron enseguida la orden, y Alischar volvió en sí al oler el agua de rosas. Entonces Zumurrud dijo: "¡Ahora, que me traigan la mesa de arena y la pluma de cobre!" Y cogió la mesa y la pluma, y después de haber trazado renglones y caracteres, reflexionó durante una hora, y dijo con dulzura, pero de modo que todo el pueblo oyera: "¡Oh, Alischar, hijo de Gloria! la arena adivinatoria confirma tus palabras. Dices la verdad. ¡Por eso puedo predecirte que Alah te hará encontrar pronto a tu amada! ¡Apacígüese tu alma y refrésquese tu corazón!" Después levantó la sesión y mandó a los esclavos que condujeran a Alischar al hammam, y después del baño le pusieron un traje del armario regio, y montándole en un caballo de las caballerizas reales se lo volvieran a presentar al anochecer. Y los dos eunucos contestaron oyendo y obedeciendo, y se apresuraron a ejecutar las órdenes del rey.

En cuanto a la gente del pueblo, que había presenciado toda aquella escena y oído las órdenes dadas, se preguntaban unos a otros: "¿Qué oculta causa habrá movido al rey a tratar a ese hermoso joven con tanta consideración y dulzura?" Y otros contestaron: "¡Por Alah! El motivo está bien claro: ¡el muchacho es muy hermoso!" Y otros dijeron: "Hemos previsto lo que iba a pasar sólo con ver al rey dejarle saciar el hambre en aquella fuente de arroz con leche, ¡Ualah! ¡Nunca habíamos oído decir que el arroz con leche pudiera producir semejantes prodigios!"

Y se marcharon, diciendo cada cual lo que le parecía o insinuando una frase picaresca.

Volviendo a Zumurrud, aguardó con una impaciencia indecible que llegase la noche para poder al fin aislarse con el amado de su corazón. De modo que apenas desapareció el sol y los almuédanos llamaron a los creyentes a la oración, Zumurrud se desnudó y se tendió en la cama, sin más ropa que su camisa de seda. Y bajó las cortinas para quedar a oscuras, y mandó a los dos eunucos que hicieran entrar a Alischar, el cual aguardaba en el vestíbulo.

Por lo que respecta a los chambelanes y dignatarios de palacio, ya no dudaron de las intenciones del rey al verle tratar de aquel modo desacostumbrado al hermoso Alischar. Y se dijeron: "Bien claro está que el rey se prendó de ese joven. ¡Y seguramente, después de pasar la noche con él, mañana le nombrará chambelán o general del ejército!"

Eso en cuanto a ellos.

He aquí, por lo que se refiere a Alischar. Cuando estuvo en presencia del rey, besó la tierra entre sus manos, ofreciéndole sus homenajes y votos, y aguardó que le interrogaran. Entonces Zumurrud dijo para sí: "No puedo revelarle de pronto quién soy, pues si me conociera de improviso, se moriría de emoción". Por consiguiente, se volvió hacia él, y le dijo: "¡Oh gentil joven! ¡Ven más cerca de mí! Dime: ¿has estado en el hammam?" Él contestó: "¡Sí, oh señor mío!" Ella preguntó: "¿Te has lavado, y refrescado, y perfumado por todas partes?"

Él contestó: "¡Sí, oh señor mío!"

Ella preguntó: "¡Seguramente el baño te habrá excitado el apetito, oh Alischar! Al alcance de tu mano, en ese taburete, hay una bandeja llena de pollos y pasteles. ¡Empieza por aplacar el hambre!" Entonces Alischar respondió oyendo y obedeciendo, y comió lo que le hacía falta, y se puso contento. Y Zumurrud le dijo: "¡Ahora debes de tener sed! Ahí en otro segundo taburete, está la bandeja de las bebidas. Bebe cuanto desees y luego acércate a mí".

Y Alischar bebió una taza de cada frasco, y muy tímidamente se acercó a la cama del rey.

Entonces el rey le cogió de la mano, y le dijo: "¡Me gustas mucho, oh joven! ¡Tienes la cara muy linda, y a mí me gustan las caras hermosas! Agáchate y empieza por darme masaje en los pies".

Al cabo de un rato, el rey le dijo: "¡Ahora dame masaje en las piernas y en los muslos!". Y Alischar, hijo de Gloria, empezó a dar masajes en las piernas y en los muslos del rey. Y se asombró y maravilló a la vez de encontrarlas suaves y flexibles, y blancas hasta el extremo. Y decía para sí: "¡Ualah! ¡Los muslos de los reyes son muy blancos! ¡Y además no tienen pelos!"

En este momento Zumurrud le dijo: "¡Oh lindo joven de manos tan expertas para el masaje, prolonga los movimientos hasta el ombligo, pasando por el centro!" Pero Alischar se paró de pronto en su masaje, y muy intimidado, dijo: "Dispénsame, señor, pero no sé hacer masaje del cuerpo más que hasta los muslos. Ya he hecho cuanto sabía...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 330ª NOCHE

Ella dijo:

"...más que hasta los muslos. Ya he hecho cuanto sabía".

Al oír estas palabras, Zumurrud exclamó con acento muy duro: "¡Cómo! ¿Te atreves a desobedecerme? ¡Por Alah! ¡Como vaciles otra vez, la noche será bien nefasta para tu cabeza! ¡Apresúrate, pues, a inclinarte y a satisfacer mi deseo! ¡Y yo, en cambio, te convertiré en mi amante titular, y te nombraré emir entre los emires, y jefe del ejército entre mis jefes de ejército!" Alischar preguntó: "No comprendo exactamente lo qué quieres ¡oh rey! ¿Qué he de hacer para obedecerte?"

Ella contestó: "¡Desátate el calzón y tiéndete boca abajo!" Alischar exclamó: "¡Se trata de una cosa que no he hecho en mi vida, y si me quieres obligar a cometerla, te pediré cuenta de ello el día de la Resurrección!". ¡Por lo tanto, déjame salir de aquí y marcharme a mi tierra!"

Pero Zumurrud replicó con tono más furioso: "¡Te ordeno que te quites el calzón y te tiendas boca abajo, si no, inmediatamente mandaré que te corten la cabeza! ¡Ven enseguida, oh joven! y acuéstate conmigo! ¡No te arrepentirás de ello!"

Entonces, desesperado Alischar, no tuvo más remedio que obedecer.

Y se desató el calzón y se echó boca abajo. Enseguida Zumurrud le cogió entre sus brazos, y subiéndose encima de él, se tendió a lo largo sobre la espalda de Alischar.

Cuando Alischar sintió que el rey le pesaba con aquella impetuosidad sobre su espalda, dijo para sí: "¡Va a estropearme sin remedio!" Pero pronto notó encima de él ligeramente algo suave que le acariciaba como seda o terciopelo, algo a la vez tierno y redondo, blando y firme al tacto a la vez, y dijo para sí: "¡Ualah! Este rey tiene una piel preferible a la de todas las mujeres".

Y aguardó el momento temible. Pero al cabo de una hora de estar en aquella postura sin sentir nada espantoso ni perforador, vio que el rey se separaba de pronto de él y se echaba de espaldas a su lado.

Y pensó: "¡Bendito y glorificado sea Alah, que no ha permitido que el zib se enarbolase! ¡Qué habría sido de mí en otro caso!"

Y empezaba a respirar más a gusto, cuando el rey le dijo: "¡Sabe, oh Alischar! que mi zib no acostumbra a encabritarse como no lo acaricien con los dedos! ¡Por lo tanto, tienes que acariciarlo, o eres hombre muerto! ¡Vamos, venga la mano!"

Y tendida de espaldas, Zumurrud le cogió la mano a Alischar, hijo de Gloria, y se la colocó suavemente sobre la redondez de su historia.

Y Alischar, al tocar aquello notó una exuberancia alta como un trono, y gruesa como un pichón, y más caliente que la garganta de un palomo, y más abrasadora que un corazón quemado por la pasión; y aquella exuberancia era lisa y blanca, y suave y amplia.

Y de pronto sintió que al contacto de sus dedos se encabritaba aquello como un mulo pinchado en los hocicos, o como un asno aguijado en mitad del lomo.

Al comprobarlo, Alischar dijo para sí en el límite del asombro: "¡Este rey tiene hendidura! ¡Es la cosa más prodigiosa de todos los prodigios!"

Y alentado por este hallazgo, que le quitaba los últimos escrúpulos, empezó a notar que el zib se le sublevaba hasta el extremo límite de la erección.

¡Y Zumurrud no aguardaba más que aquel momento! Y de pronto se echó a reír de tal modo, que se habría caído de espaldas si no estuviera ya echada. Después le dijo a Alischar: "¿Cómo es que no conoces a tu servidora? ¡oh mi dueño amado!"

Pero Alischar todavía no lo entendía, y preguntó: "¿Qué servidora ni qué dueño ¡oh rey del tiempo!?" Ella contestó: "¡Oh, Alischar, soy Zumurrud tu esclava! ¿No me conoces en todas estas señas?"

Al oír tales palabras, Alischar miró más atentamente al rey, y conoció a su amada Zumurrud. Y la cogió en brazos y la besó con los mayores transportes de alegría.

Y Zumurrud le preguntó: "¿Opondrás todavía resistencia?"

Y Alischar, por toda respuesta, se echó encima de ella como el león sobre la oveja, y reconociendo el camino; metió el palo del pastor en el saco de provisiones, y echó adelante sin importarle lo estrecho del sendero. Y llegado al término del camino, permaneció largo tiempo tieso y rígido, como portero de aquella puerta e imán de aquel mirab.

Y ella, por su parte, no se separaba ni un dedo de él, y con él se alzaba, y se arrodillaba, y rodaba, y se erguía, y jadeaba, siguiendo el movimiento.

Y al amor respondía el amor, y a un arrebato un segundo arrebato, y diversas caricias y distintos juegos.

Y se contestaban con tales suspiros y gritos, que los dos pequeños eunucos, atraídos por el ruido, levantaron el tapiz para ver si el rey necesitaba sus servicios.

Y ante sus ojos espantados apareció el espectáculo de su rey tendido de espaldas, con el joven cubriéndole íntimamente, en diversas posturas, contestando a ronquidos con ronquidos, a los asaltos con lanzazos, a las incrustaciones con golpes de cincel, y a los movimientos con sacudidas.

Al ver aquello, los dos eunucos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 331ª NOCHE

Ella dijo:

...Al ver aquello, los dos eunucos se apresuraron a alejarse silenciosamente, diciendo: "¡La verdad es que esta manera de obrar del rey no es propia de un hombre, sino de una mujer delirante!"

Por la mañana, Zumurrud se puso su traje regio, y mandó reunir en el patio principal de palacio a sus visires, chambelanes, consejeros, emires, jefes de ejército y personajes notables de la ciudad, y les dijo: "Os permito a vosotros todos, mis súbditos fieles, que vayáis hoy mismo a la carretera en que me habéis encontrado y busquéis a alguien a quien nombrar rey en mi lugar. ¡Pues he resuelto abdicar la realeza e irme a vivir al país de ese joven, al cual he elegido por amigo para toda la vida, pues quiero consagrarle todas mis horas, como le he consagrado mi afecto! ¡Uasalam!"

A estas palabras, los circunstantes contestaron oyendo y obedeciendo, y los esclavos se apresuraron rivalizando en celo, a hacer los preparativos de marcha, y llenaron para el camino cajones y cajones de provisiones, de riquezas, de alhajas, de ropas, de cosas suntuosas, de oro y de plata, y las cargaron en mulos y camellos. Y en cuanto estuvo todo dispuesto, Zumurrud y Alischar subieron a un palanquín de terciopelo y brocado colocado en un dromedario, y sin más séquito que los dos eunucos volvieron a Khorasán, la ciudad en que se encontraban su casa y sus parientes. Y llegaron con toda felicidad. Y Alischar, hijo de Gloria, no dejó de repartir grandes limosnas a los pobres, las viudas y los huérfanos, ni de entregar regalos extraordinarios a sus amigos, conocidos y vecinos. Y ambos vivieron muchos años, con muchos hijos que les otorgó el Donador. ¡Y llegaron al límite de las alegrías y felicidades, hasta que los visitó la Destructora de placeres y la Separadora de los amantes! ¡Gloria a Aquel que permanece en su eternidad! ¡Y bendito sea Alah en todas ocasiones!

Pero -prosiguió Schehrazada dirigiéndose al rey Schahriar- no creas ni un momento que esta historia sea más deliciosa que la Historia de las seis jóvenes de distintos colores. ¡Y si sus versos no son mucho más admirables que los que ya has oído, mándame cortar la cabeza sin demora!

Y dijo Schehrazada:

Historia de las seis jóvenes de distintos colores

Cuentan que un día entre los días el Emir de los Creyentes El-Mamún tomó asiento en el trono que había en la sala de su palacio, e hizo que se congregaran entre sus manos, además de sus visires, a sus emires y a los principales jefes de su imperio, a todos los poetas y a cuantas gentes de ingenio delicioso se contaban entre sus íntimos. Por cierto que el más íntimo entre los más íntimos reunidos allí era Mohammad El Bassri. Y el califa El-Mamún se encaró con él y le dijo: "¡Oh, Mohammad, tengo deseos de oírte contar alguna historia nunca oída!" El aludido contestó: "¡Fácil es complacerte, oh Emir de los Creyentes! Pero ¿quieres de mí una historia oída con mis orejas, o prefieres el relato de un hecho que yo presenciara y observara con mis ojos?" Y dijo El-Mamún: "¡Me da lo mismo, oh Mohammad! ¡Pero quiero que sea de lo más maravilloso!" Entonces dijo Mohammad El-Bassri

"Sabe ¡oh Emir de los Creyentes! que en estos últimos tiempos conocí a un hombre de fortuna considerable, nacido en el Yamán, que dejó su país para venir a habitar en Bagdad, nuestra ciudad, con objeto de llevar en ella una vida agradable y tranquila. Se llamaba Alí El-Yamaní. Y como al cabo de cierto tiempo encontró las costumbres de Bagdad absolutamente de su gusto, hizo venir del Yamán todos sus efectos, así como su harem, compuesto de seis jóvenes esclavas, hermosas cual otras tantas lunas.

La primera de estas jóvenes era blanca, la segunda morena, la tercera gruesa, la cuarta delgada, la quinta rubia y la sexta negra. Y en verdad que las seis alcanzaban el límite de las perfecciones, avalorando su espíritu con el conocimiento de las bellas letras y sobresaliendo en el arte de la danza y de los instrumentos armónicos.

La joven blanca se llamaba...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 332ª NOCHE

Ella dijo:

La joven blanca se llamaba Cara-de-Luna; la morena se llamaba Llama-de-Hoguera; la gruesa, Luna-Llena; la delgada, Hurí-del-Paraíso; la rubia, Sol-del-Día; la negra, Pupila-del-Ojo.

Un día feliz, Alí El-Yamaní, con la quietud disfrutada por él en la deleitosa Bagdad, y sintiéndose en una disposición de espíritu mejor aún que de ordinario, invitó a sus seis esclavas a un tiempo a ir a la sala de reunión para acompañarle, y a pasar el rato bebiendo, departiendo y cantando con él. Y las seis se le presentaron enseguida, y con toda clase de juegos y diversiones se deleitaron juntos infinitamente.

Cuando la alegría más completa reinó entre ellos, Alí El-Yamaní cogió una copa, la llenó de vino, y volviéndose hacia Cara-de-Luna, le dijo: "¡Oh blanca y amable esclava! ¡Oh Cara-de-Luna! ¡Déjanos oír algunos acordes delicados de tu voz encantadora!" Y la esclava blanca, Cara-de-Luna, cogió un laúd, templó sus sonidos y ejecutó algunos preludios en sordina que hicieron bailar a las piedras y levantarse los brazos. Y después se acompañó el canto con estos versos que hubo de improvisar:

¡Esté lejos o cerca, el amigo que tengo ha impreso para siempre su imagen en mis ojos, y para siempre ha grabado su nombre en mis miembros fieles!

¡Para acariciar su recuerdo, me convierto, por completo en un corazón, y para contemplarle, me convierto completamente en un ojo!

El censor que me reconviene de continuo me ha dicho: "¿Olvidarás por fin ese amor inflamado?" Y yo le digo: "¡Oh censor severo, déjame y vete! ¿No ves que te alucinas pidiéndome lo imposible?"

Al oír estos versos, el dueño de Cara-de-Luna se conmovió de gusto, y después de haber mojado los labios en la copa, se la ofreció a la joven, que se la bebió. La llenó él por segunda vez, y con ella en la mano se volvió hacia la esclava morena, y le dijo: "¡Oh Llama-de-Hoguera, remedio de las almas! ¡Procura, sin besarme, hacerme oír los acentos de tu voz, cantando los versos que te plazcan!" Y Llama-de-Hoguera cogió el laúd y lo templó en otro tono; y preludió con unos tañidos que hacían bailar a las piedras y a los corazones y enseguida cantó:

¡Lo juro por esa cara querida! ¡Te quiero, y a nadie más que a ti querré hasta morir! ¡Y nunca haré traición a tu amor!

¡Oh rostro brillante que la belleza envuelve con sus velos, a los más bellos seres enseñas lo que puede ser una cosa bella!

¡Con tu gentileza has conquistado todos los corazones, pues eres la obra pura salida de manos del Creador!

Al oír estos versos, el dueño de Llama-de-Hoguera se conmovió de gusto, y después de haber mojado los labios en la copa, se la ofreció a la joven, que se la bebió. La llenó él entonces otra vez, y con ella en la mano se volvió hacia la esclava gruesa, y le dijo: "¡Oh Luna-Llena, pesada en la superficie, pero de sangre tan simpática y ligera! ¿Quieres cantarnos una canción de hermosos versos claros como tu carne?" Y la joven gruesa cogió el laúd y lo templó, y preludió de tal modo, que hacía vibrar las almas y las duras rocas, y tras de algunos gratos murmullos, cantó con voz pura:

¡Si yo pudiera lograr agradarte, objeto de mi deseo, desafiaría a todo el universo y a su ira, sin aspirar a otro premio que tu sonrisa!

¡Si hacia mi alma que suspira avanzaras con tu altivo paso cimbreante, todos los reyes de la tierra desaparecerían sin que yo me enterase!

¡Si aceptaras mi humilde amor, mi dicha sería pasar a tus pies toda mi vida, oh tú hacia quien convergen los atributos y adornos de la belleza!

Al oír estos versos, el dueño de la gruesa Luna-Llena se conmovió de gusto, y después de haber mojado los labios en la copa, se la ofreció a la joven, que se la bebió. Entonces la llenó él otra vez, y con ella en la mano se volvió hacia la esclava delgada, y le dijo: "¡Oh esbelta Hurí-del-Paraíso! ¡Ahora te toca a ti proporcionarnos el éxtasis con hermosos cantos!" Y la esbelta joven se inclinó hacia el laúd, como una madre hacia su hijo, y cantó los siguientes versos:

¡Extremado es mi ardor por ti, y lo iguala tu indiferencia! ¿dónde rige la ley que aconseja sentimientos tan opuestos?

¿En casos de amor, hay un Juez supremo para recurrir a él? ¡Dejaría a ambas partes iguales, dando el exceso de mi ardor al amado, y dándome a mí el exceso de su indiferencia!

Al oír estos versos, el dueño de la delgada y esbelta Hurí-del-Paraíso se conmovió de gusto, y después de haber mojado los labios en la copa, se la ofreció a la joven, que se la bebió. Después de lo cual la llenó él otra vez, y con ella en la mano se volvió hacia la esclava rubia, y le dijo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, v se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 333ª NOCHE

Ella dijo:

...se volvió hacia la esclava rubia, y le dijo: "¡Oh Sol-del-Día, cuerpo de ámbar y oro! ¿quieres bordarnos más versos sobre un delicado motivo de amor?" Y la rubia joven inclinó su cabeza de oro hacia el sonoro instrumento, cerró a medias sus ojos claros como la aurora, preludió con algunos acordes melodiosos, que hicieron vibrar sin esfuerzo las almas y los cuerpos por dentro como por fuera, y tras de haber iniciado los transportes con un principio no muy fuerte, dio a su voz, tesoro de los tesoros, su mayor arranque y cantó:

¡Cuando me presento ante él, el amigo que tengo
Me contempla y asesta a mi corazón
La cortante espada de sus miradas
Y yo le digo a mi pobre corazón atravesado:
¿Por qué no quieres curar tus heridas?
¿Por qué no te guardas de él?

¡Pero mi corazón no me contesta, y cede siempre a la inclinación que le arrastra hacia debajo de los pies del amado!

Al oír estos versos, el dueño de la esclava rubia Sol-del-Día se conmovió de gusto, y después de haber mojado sus labios en la copa, se la ofreció a la joven, que se la bebió. Tras de lo cual la llenó él otra vez, y con ella en la mano se volvió hacia la esclava negra, y le dijo: "¡Oh Pupila-del-Ojo, tan negra en la superficie y tan blanca por dentro! ¡tú, cuyo cuerpo lleva el color de luto y cuyo rostro cordial causa la dicha de nuestros umbrales, di algunos versos que sean maravillas tan rojas como el sol!"

Entonces la negra Pupila-del-Ojo cogió el laúd y tocó variantes de veinte maneras diferentes. Después de lo cual volvió a la primera música y entonó esta canción que cantaba a menudo, y que había compuesto al modo impar:

¡Ojos míos, dejad correr abundantemente las lágrimas, pues ha sido asesinado mi corazón por el fuego de mi amor!

¡Todo este fuego que me abrasa, toda esta pasión que me consume, se los debo al amigo cruel que me hace languidecer, al cruel que constituye la alegría de mis rivales!

¡Mis censores me reconvienen y me animan a renunciar a las rosas de sus mejillas floridas!

Pero ¿qué voy a hacer si tengo el corazón sensible a las flores y a las rosas?

¡Ahora, he aquí la copa de vino que circula allá lejos!

¡Y los sonidos de la guitarra invitan al placer a nuestras simas, y a la voluptuosidad a nuestros cuerpos!...

¡Pero a mí no me gusta más que su aliento!

¡Mis mejillas ¡ay de mí! están marchitas por el fuego de mis deseos! Pero ¡qué me importa! ¡He aquí las rosas del paraíso: sus mejillas!

¡Qué me importa, puesto que le adoro! ¡A no ser que mi crimen resulte demasiado grande por querer a la criatura!

Al oír estos versos, el dueño de Pupila-del-Ojo se conmovió de gusto, y después de mojar los labios en la copa, se la ofreció a la joven, que se la bebió.

Tras de lo cual, las seis se levantaron a un tiempo, y besaron la tierra entre las manos de su amo, y le rogaron que les dijera cuál le había encantado más y qué voz y versos le habían sido más gratos. Y Alí El-Yamaní se vio en el límite de la perplejidad, y estuvo contemplándolas mucho rato, admirando sus hechizos y sus méritos con miradas indecisas, y pensaba en su interior que sus formas y colores eran igualmente admirables.

Y acabó por decidirse a hablar, y dijo:

"¡Loor a Alah, el Distribuidor de gracias y belleza, que me ha dado en vosotras seis mujeres maravillosas, dotadas de todas las perfecciones! Pues bien; ¡declaro que os prefiero a todas por igual, y que no puedo faltar a mi conciencia otorgando a una de vosotras la supremacía! ¡Venid, pues, corderas mías, a besarme todas a un tiempo!"

Al oír estas palabras de su amo, las seis jóvenes se echaron en sus brazos, y durante una hora le hicieron mil caricias, a las que correspondió él.

Y luego las formó en corro ante sí, y les dijo: "¡No he querido cometer la injusticia de determinar mi elección de una de vosotras, concediéndole la preferencia entre sus compañeras! Pero lo que no he hecho yo, podéis hacerlo vosotras. Todas estáis versadas igualmente en la lectura del Korán y en la literatura; habéis leído los anales de los antiguos y la historia de nuestros padres musulmanes; por último, estáis dotadas de elocuencia y dicción maravillosas. Quiero, pues, que cada cual se prodigue las alabanzas que crea merecer; que realce sus artes y cualidades y rebaje los hechizos de su rival. De modo que la lucha ha de trabarse, por ejemplo, entre dos rivales de colores o formas diferentes, entre la blanca y la negra, la gruesa y la delgada, la rubia y la morena; pero en esa lucha no se han de usar más armas que las máximas hermosas, las citas de sabios, la autoridad de los poetas y el auxilio del Korán ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana v se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 334ª NOCHE

Ella dijo:

"...la autoridad de los poetas y el auxilio del Korán". Y las seis jóvenes contestaron oyendo y obedeciendo, y se aprestaron a la lucha encantadora.

La primera que se levantó fue la esclava Cara-de-Luna, que hizo seña a la negra Pupila-del-Ojo para que se pusiera delante de ella, y enseguida dijo:

"¡Oh, negra! En los libros de los sabios, se dice que habló así la Blancura: ¡Soy una luz esplendorosa! ¡Soy una luna que se alza en el horizonte! ¡Mi color es claro y evidente! Mi frente brilla con el resplandor de la plata. Y mi belleza inspiró al poeta que ha dicho:

¡La blanca de mejillas finas, suaves y pulidas, es una bellísima perla esmeradamente guardada!

¡Es derecha como la letra aleph; la letra mim es su boca; sus cejas son dos nuns al revés y sus miradas son flechas que dispara el arco formidable de sus cejas!

¡Pero si quieres conocer sus mejillas y su cintura, he de decirte: Sus mejillas, pétalos de rosas, flores de arrayán y narcisos. Su cintura, una tierna rama flexible que se balancea con gracia en el jardín, y por la cual se daría todo el jardín y sus vergeles!

"Pero prosigo, ¡oh negra!

"Mi color es el color del día; también es el color de la flor de azahar y de la estrella de la mañana.

"Sabe que Alah el Altísimo, en el Libro venerado, dijo a Musa (¡con él la plegaria y, la paz!), quien tenía la mano cubierta de lepra: "¡Métete la mano en el bolsillo, y cuando la saques la encontrarás blanca, o sea pura e intacta!"

"También está escrito en el Libro de nuestra fe: "¡Los que hayan sabido conservar la cara blanca, es decir, indemne de toda mancha, serán los elegidos por la misericordia de Alah!"

"Por lo tanto, mi color es el rey de los colores, y mi belleza es mi perfección, y mi perfección es mi belleza.

"Los trajes ricos y las hermosas preseas sientan bien siempre a mi color y hacen resaltar más mi esplendor, que subyuga almas y corazones.

"¿No sabes que siempre es blanca la nieve que cae del cielo? "¿Ignoras que los creyentes han preferido la muselina blanca para la tela de sus turbantes?

"¡Cuántas más cosas admirables podría decirte acerca de mi color! Pero no quiero extenderme más hablando de mis méritos, pues la verdad es evidente por sí misma, como la luz que hiere la mirada. ¡Y además, quiero empezar a criticarlo ahora mismo, ¡oh negra, color de tinta y de estiércol, limadura de hierro, cara de cuervo, la más nefasta de las aves!

"Empieza por recordar los versos del poeta que hablan de la blanca y la negra:

¿No sabes que el valor de una perla depende de su blancura, y que un saco de carbón apenas cuesta un dracma?

¿No sabes que las cosas blancas son de buen agüero y ostentan la señal del paraíso, mientras las caras negras no son más que pez y alquitrán, destinados a alimentar el fuego del infierno?

"Sabe también que según los anales de los hombres justos, el santo Nuh se durmió un día, estando a su lado sus dos hijos Sam y Ham. Y de pronto se levantó una brisa que le arremangó la ropa y le dejó las interioridades al descubierto. Al ver aquello, Ham se echó a reír, y como le divertía el espectáculo -pues Nuh, segundo padre de los hombres, era muy rico en rigideces suntuosas-, no quiso cubrir la desnudez de su padre. Entonces Sam se levantó gravemente, y se apresuró a taparlo todo bajando la ropa. A la sazón despertóse el venerable Nuh, y al ver reírse a Ham, le maldijo, y al ver el aspecto serio de Sam, le bendijo.

Y al momento se le puso blanca la cara a Sam, y a Ham se le puso negra. Y desde entonces, Sam fue el tronco del cual nacieron los profetas, los pastores de los pueblos, los sabios y los reyes, y Ham que había huido de la presencia de su padre, fue el tronco del cual nacieron los negros, los sudaneses.

¡Y ya sabes, oh negra, que todos los sabios, y los hombres en general, sustentan la opinión de que no puede haber un sabio en la especie negra ni en los países negros!"

Oídas estas palabras de la esclava blanca, su amo le dijo: "¡Ya puedes callar! ¡Ahora le toca a la negra!"

Entonces, Pupila-del-Ojo, que había permanecido inmóvil, se encaró con Cara-de-Luna, y le dijo:

"¿No conoces, ¡oh blanca ignorante! el pasaje del Korán en que Alah el Altísimo juró por la noche tenebrosa y el día resplandeciente? Pues Alah el Altísimo, en aquel juramento, empezó por mentar la noche y luego el día, lo cual no habría hecho si no prefiriese la noche al día. Y además, el color negro de los cabellos y pelos, ¿no es signo y ornato de juventud, así como el blanco es indicio de vejez y del fin de los goces de la vida? Y si el color negro no fuera el más estimable los colores...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 335ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y si el color negro no fuera el más estimable de los colores, Alah no lo habría hecho tan querido al núcleo de los ojos y del corazón. Por eso son tan verdaderas estas palabras del poeta:

¡Si me gusta tanto su cuerpo de ébano, es porque es joven y encierra un corazón cálido y pupilas de fuego!

¡En cuanto a lo blanco, me horroriza en extremo! ¡Escasas son las veces que me veo obligado a tragar una clara de huevo, o a consolarme, a falta de otra cosa, con carne color de clara de huevo!

¡Pues nunca me veréis experimentar amor extremado por un sudario blanco, o gustar de una cabellera del mismo color!

"Y dijo otro poeta:

¡Si me vuelve loco el exceso de mi amor a esa mujer negra de cuerpo brillante, no lo extrañéis, oh amigos míos!

¡Pues a toda locura, según dicen los médicos, preceden ideas negras!

"Dijo asimismo otro:

¡No me gustan esas mujeres blancas, cuya piel parece cubierta de harina tamizada!

¡La amiga a quien amo es una negra cuyo color es el de la noche y cuya cara es la de la luna! ¡color y rostro inseparables, pues si no existiese la noche, no habría claridad de luna!

"Y además, ¿cuándo se celebran las reuniones íntimas de los amigos más que de noche? ¿Y cuánta gratitud no deben los enamorados a las tinieblas de la noche, que favorecen sus retozos, les preservan de los indiscretos y les evitan censuras? Y en cambio; ¿qué sentimiento de repulsión no les inspira el día indiscreto, que los molesta y compromete? ¡Sólo esta diferencia debería bastarte, oh blanca! Pero oye lo que dice el poeta:

¡No me gusta ese muchacho pesado, cuyo color blanco se debe a la grasa que le hincha; me gusta ese joven negro, esbelto y delgado, cuyas carnes son firmes!

¡Pues por naturaleza he preferido siempre como cabalgadura para el torneo de lanza, un garañón nuevo, de finos corvejones, y he dejado a los demás montar en elefantes!

"Y otro dijo:

¡El amigo ha venido a verme esta noche, y nos acostamos juntos deliciosamente! ¡La mañana nos encontró abrazados todavía!

¡Si he de pedir algo al Señor, es que convierta todos mis días en noches, para no separarme nunca del amigo!

"De modo ¡oh blanca! que si hubiera de seguir enumerando los méritos y alabanzas del color negro, faltaría a la sentencia siguiente: "¡Palabras claras y cortas valen más que un discurso largo!"

Pero todavía he de añadir que tus méritos valen bien poco comparados con los míos. ¡Eres blanca, efectivamente, como la lepra es blanca, y fétida, y sofocante! Y si te comparas con la nieve, ¿olvidas que en el infierno no sólo hay fuego, sino que en ciertos sitios la nieve produce un frío terrible que tortura a los réprobos más que la quemadura de la llama? Y al compararme con la tinta, ¿olvidas que con tinta negra se ha escrito el Libro de Alah, y que es negro el almizcle preciado que los reyes se ofrecen entre sí? Por último, y por tu bien, te aconsejo que recuerdes estos versos del poeta:

¿No has notado que el almizcle no sería almizcle si no fuera tan negro, y que el yeso no es despreciable más que por ser blanco?

¡Y en qué estimación se tiene la parte negra del ojo mientras se hace poco caso de la blanca!

Cuando llegaba a este punto Pupila-del-Ojo, su amo Alí El-Yamaní, le dijo: "Verdaderamente, ¡oh negra! y tú, esclava blanca, habéis hablado ambas de un modo excelente. ¡Ahora les toca a otras dos!"

Entonces se levantaron la gruesa y la delgada, mientras la blanca y la negra volvían a su sitio. Y aquéllas quedaron de pie una frente a otra, y la gruesa Luna-Llena se dispuso a hablar la primera.

Pero empezó por desnudarse, dejando descubiertas las muñecas, los tobillos, lo brazos y los muslos, y acabó por quedarse casi completamente desnuda, de modo que realzaba las opulencias de su vientre con magníficos pliegues superpuestos, y la redondez de su ombligo umbroso, y la riqueza de sus nalgas considerables. Y no se quedó más que con la camisa fina, cuyo tejido leve y transparente, sin ocultar sus formas redondas, las velaba de manera agradable. Y entonces, después de algunos estremecimientos, se volvió hacia su rival, la delgada Hurí-del-Paraíso, y le dijo ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 336ª NOCHE

Ella dijo:

...Y entonces, después de algunos estremecimientos, se volvió hacia su rival, la delgada Hurí-del-Paraíso, y le dijo:

"¡Loor a Alah, que me ha creado gruesa, que ha puesto cojines en todas mis esquinas, que ha cuidado de rellenarme la piel con grasa que huele a benjuí de cerca y de lejos, y que, sin embargo, no dejó de darme como añadidura bastantes músculos para que en caso necesario pueda aplicar a mi enemigo un puñetazo que lo convierta en mermelada de membrillo!

"Ahora bien, ¡oh flaca! sabe que los sabios han dicho: "¡La alegría de la vida y la voluptuosidad consisten en tres cosas: ¡comer carne, montar carne y meter carne en carne!"

"¿Quién podría contemplar mis formas opulentas sin estremecerse de placer? Alah mismo, en el Libro, hace el elogio de la grasa cuando manda inmolar en los sacrificios carneros gordos, o corderos gordos, o terneras gordas.

"Mi cuerpo es un huerto cuyas frutas son: las granadas, mis pechos; los melocotones, mis mejillas; las sandías, mis nalgas.

"¿Cuál fue el pájaro que más echaron de menos en el desierto los Beni-lsrail, al huir de Egipto? ¿No era indudablemente la codorniz, de carne jugosa y gorda?

"¿Se ha visto nunca a nadie pararse en casa del carnicero para pedir la carne tísica? ¿Y no da el carnicero a sus mejores parroquianos los pedazos más carnosos?

"Oye, además, ¡oh flaca! lo que dijo el poeta respecto a la mujer gruesa como yo:

¡Mírala andar cuando mueve hacia los dos lados dos odres balanceados, pesados y temibles en su lascivia!

¡Mírala, cuando se sienta, deja impresas, en el sitio que abandona, sus nalgas, como recuerdo de su paso!

¡Mírala bailar cuando con movimientos de caderas hace estremecerse a nuestras almas y caer nuestros corazones a sus pies!

"En cuanto a ti, ¡oh flaca! ¿a qué puedes parecerte, como no sea a un gorrión desplumado? ¿Y no son tus piernas lo mismo que patas de cuervo?

¿Y no se parecen tus muslos al palo del horno? ¿Y no es tu cuerpo seco y duro como el poste de un ahorcado?

"De ti, mujer descarnada, se trata en estos versos del poeta:

¡Líbreme Alah de verme obligado nunca a abrazar a esa mujer flaca ni de servir de frotadero a su pasaje obstruido por guijarros!

¡En cada miembro tiene un asta que choca y se bate con mis huesos, hasta el punto de que me despierto con la piel amoratada y resquebrajada!"

Cuando Alí El-Yamaní oyó estas palabras de la gruesa Luna-Llena, le dijo: "¡Ya te puedes callar! ¡Ahora le toca a Hurí-del-Paraíso!" Entonces la delgada y esbelta joven miró a la gruesa Luna-Llena, sonriendo, y le dijo:

"¡Loor a Alah, que me ha creado dándome la forma de la frágil rama del álamo, la flexibilidad del tallo del ciprés y el balanceo de la azucena!

"Cuando me levanto, soy ligera: cuando me siento, soy gentil; cuando bromeo, soy encantadora; mi aliento es suave y perfumado, porque mi alma es sencilla y pura de todo contacto que manche.

"Nunca he oído ¡oh gorda! que un amante alabe a su amada diciendo: "¡Es enorme como un elefante; es carnosa como alta es una montaña!"

"En cambio, siempre he oído decir al amante para describir a su amada: "Su cintura es delgada, flexible y elegante. ¡Su andar es tan ligero, que sus pasos apenas dejan huellas! Sus juegos y caricias son discretas, y sus besos están llenos de voluptuosidad. Con poca cosa se la alimenta, y le apagan la sed pocas gotas de agua. ¡Es más ágil que el gorrión y más viva que el estornino! ¡Es flexible como el tallo del bambú! Su sonrisa es graciosa y graciosos son sus modales. Para atraerla hacia mí no necesito hacer esfuerzos. Y cuando hacia mí se inclina, inclínase delicadamente; y si se me sienta en las rodillas, no se deja caer con pesadez, sino que se posa como una pluma de ave".

"Sabe, pues, ¡oh gorda! que yo soy la esbelta, la fina, por la cual arden los corazones todos. ¡Soy la que inspiro las pasiones más violentas y vuelvo locos a los hombres más sensatos!

"En fin, yo soy la que comparan con la parra que trepa por la palmera y que se enlaza al tronco con tanta indolencia. Soy la gacela esbelta, de hermosos ojos húmedos y lánguidos. ¡Y tengo bien ganado mi nombre de Hurí!

"En cuanto a ti, ¡oh gorda! déjame decirte las verdades ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 337ª NOCHE

Ella dijo:

...En cuanto a ti ¡oh gorda!, déjame que te diga las verdades.

"Cuando andas ¡oh montón de grasa y carne! lo haces como el pato; cuando comes, como el elefante: insaciable eres en la copulación, y en el reposo, intratable.

"Además, ¿cuál será el hombre de zib bastante largo para llegar a tu cavidad oculta por las montañas de tu vientre y tus muslos?

"Y si tal hombre se encuentra y puede penetrar en ti, enseguida lo rechaza un envite de tu vientre hinchado.

"Parece que no te das cuenta de que, tan gorda como eres, no vales más que para que te vendan en la carnicería.

"Tu alma es tan tosca como tu cuerpo. Tus chanzas son tan pesadas que sofocan. Tus juegos son tan tremendos, que matan. Y tu risa es tan espantosa, que rompe los huesos de la oreja.

"Si tu amante suspira en tus brazos, apenas puedes respirar; si te besa, te encuentra húmeda y pegajosa de sudor.

"Cuando duermes, roncas; cuando velas, resuellas como un búfalo; apenas puedes cambiar de sitio; y cuando descansas, eres un peso para ti misma; pasas la vida moviendo las quijadas como una vaca y regoldando como un camello.

"Cuando orinas, te mojas la ropa; cuando gozas, inundas los divanes; cuando vas al retrete, te metes hasta el cuello; cuando vas a bañarte, no puedes alcanzarte la vulva, que se queda macerada en su jugo y revuelta en su cabellera nunca depilada.

"Si te miran por la parte delantera, pareces un elefante; si te miran de perfil, pareces un camello; si te miran por detrás, pareces un pellejo hinchado.

"En fin, seguramente fue de ti de quien dijo el poeta:

¡Es pesada como la vejiga llena de orines; sus muslos son dos estribaciones de montaña, y al andar se mueve el suelo como un terremoto!

¡Si en Occidente suelta un cuesco, resuena en el Oriente todo!"

A estas palabras de Hurí-del-Paraíso, Alí El-Yamaní, su amo, le dijo: "¡En verdad ¡oh Hurí! que tu elocuencia es notoria! ¡Y tu lenguaje ¡oh Luna-Llena! es admirable! Pero ya es hora de que volváis a vuestros sitios, para dejar hablar a la rubia y a la morena".

Entonces Sol-del-Día y Llama-de-Hoguera se levantaron, y se colocaron una enfrente de otra.

Y la joven rubia fue la primera que dijo a su rival:

"¡Soy la rubia descrita largamente en el Korán! ¡Soy la que calificó Alah cuando dijo: "¡El amarillo es el color que alegra las miradas!" De modo que soy el más bello de los colores.

"Mi color es una maravilla, mi belleza es un límite, y mi encanto es un fin. Porque mi color da su valor al oro y su belleza a los astros y al sol.

"Este color embellece las manzanas y los melocotones, y presta su matiz al azafrán. Doy sus tonos a las piedras preciosas y su madurez al trigo.

"Los otoños me deben el oro de su adorno, y la causa de que la tierra esté tan bella con su alfombra de hojas, es el matiz que fijan sobre ella los rayos del sol.

"Pero en cambio, ¡oh morena! cuando tu color se encuentra en un objeto, sirve para despreciarlo. ¡Nada tan vulgar ni tan feo! ¡Mira a los búfalos, los burros, los lobos y los perros: todos son morenos!

"¡Cítame un solo manjar en que se vea con gusto tu color! Ni las flores ni las pedrerías han sido nunca morenas.

"Ni eres blanca, ni eres negra. De modo que no se te pueden aplicar ninguno de los méritos de ambos colores, ni las frases con que se los alaba".

Oídas estas palabras de la rubia, su amo le dijo: "¡Deja ahora hablar a Llama-de-Hoquera!"

Entonces la joven morena hizo brillar en una sonrisa el doble collar de sus dientes -¡perlas!-, y como además de su color de miel tenía formas graciosas, cintura maravillosa, proporciones armoniosas, modales elegantes y cabellera de carbón que bajaba en pesadas trenzas hasta sus nalgas admirables, empezó por realzar sus encantos en un momento de silencio, y después dijo a su rival la rubia:

"¡Loor a Alah, que no me ha hecho ni gorda deforme, ni flaca enfermiza, ni blanca como el yeso, ni negra como el polvo de carbón, ni amarilla como el cólico, sino que ha reunido en mí con arte admirable los colores más delicados y las formas más atractivas!

"Además, todos los poetas han cantado a porfía mis loores en todos los idiomas, y soy la preferida de todos los siglos y de todos los sabios. "Pero sin hacer mi elogio, que harto hecho está, he aquí sólo algunos de los poemas escritos en honor mío:

"Ha dicho un poeta...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 338ª NOCHE

Ella dijo:

"...Ha dicho un poeta:

¡Las morenas tienen en sí un sentido oculto! ¡Si lo adivinas, tus ojos no se dignarán mirar nunca a las demás mujeres!

¡Las encantadoras saben del arte sutil con todos sus rodeos, y se lo enseñarían hasta al ángel Harut!

Otro ha dicho:

¡Amo a una morena encantadora, cuyo color me hechiza, y cuya cintura es recta como una lanza!

¡Cuántas veces me arrebató la sedosa manchita negra, tan acariciada y tan besada, que adorna su cuello!

¡Por el color de su piel lisa, por el perfume delicioso que exhala, se parece al tallo oloroso del áloe!

Y cuando la noche tiende el velo de las sombras, la morena viene a verme. ¡Y la sujeto junto a mí, hasta que las mismas sombras sean del color de nuestros sueños!

"Pero tú ¡oh amarilla! estás marchita como las hojas de la mulukhia de mala calidad que se coge en Bab El-Luk y que es fibrosa y dura.

"Tienes el color de la marmita de barro cocido que utiliza el vendedor de cabezas de carnero.

"Tienes el color del ocre y el de la grama.

"Tienes una cara de cobre amarillo, parecido a la fruta del árbol Zakum, que en el infierno da como frutos cráneos diabólicos.

"Y de ti ha dicho el poeta:

¡La suerte me ha dado una mujer de color amarillo tan chillón, que me da dolor de cabeza, y mi corazón y mis ojos se estremecen de malestar!

¡Si mi alma no quiere renunciar a verla por siempre, para castigarme me daré tan grandes golpes en la cara que me arrancaré las muelas!"

Cuando Ali El-Yamaní oyó estas palabras, se estremeció de placer, y se echó a reír de tal modo, que se cayó de espaldas, después de lo cual dijo a las dos jóvenes que se sentaran en sus sitios; y para demostrarles a todas el gusto que le había dado oírlas, les hizo regalos iguales de hermosos vestidos y pedrerías terrestres y marítimas.

Y tal es, ¡oh Emir de los Creyentes! prosiguió Mohammad El-Bassri, dirigiéndose al califa El-Mamún, la historia de las seis jóvenes, que ahora siguen viviendo muy a gusto unas con otras en la morada de su amo Alí El-Yamaní en Bagdad, nuestra ciudad".

Extremadamente encantado quedó el califa con esta historia, y preguntó: "Pero ¡oh Mohammad! ¿sabes siquiera en dónde está la casa del amo de esas jóvenes, y podrías ir a preguntarle si quiere vendérmelas? ¡Si accede, cómpramelas y tráemelas!"

Mohammad contestó: "Puedo decir ¡oh Emir de los Creyentes! que estoy seguro que el amo de estas esclavas no querrá separarse de ellas, porque le tienen enamorado hasta el extremo". Y El-Mamún dijo: "Lleva contigo como precio de cada una diez mil dinares, o sea sesenta mil en total. Los entregarás de mi parte a ese Alí-El-Yamaní y le dirás que deseo sus seis esclavas".

Oídas estas palabras del califa, Mohammad El-Bassri se apresuró a coger la cantidad consabida y fue a buscar al amo de las esclavas, al cual manifestó el deseo del Emir de los Creyentes. Alí El-Yamaní, en el primer impulso, no se atrevió a negarse a la petición del califa, y habiendo cobrado los sesenta mil dinares, entregó las seis esclavas a Mohammad El-Bassri, que las condujo enseguida a presencia de ElMamún.

El califa al verlas, llegó al límite del encanto, tanto por lo vario de sus colores como por sus maneras elegantes, su ingenio cultivado y sus diversos atractivos. Y le dio a cada una en su harem, un sitio escogido, y durante varios días pudo gozar de sus perfecciones y de su hermosura.

A todo esto, el primer amo de las seis, Alí El-Yamaní, sintió pesar sobre sí la soledad, y empezó a lamentar el impulso que le había hecho ceder al deseo del califa. Y un día falto ya de paciencia, envió al califa una carta llena de desesperación, en la cual, entre otras cosas tristes, había los versos siguientes:

¡Llegue mi desesperado saludo a las hermosas de quienes está separada mi alma! ¡Ellas son mis ojos, mis orejas, mi alimento, mi bebida, mi jardín y mi vida!

¡Desde que estoy lejos de ellas, nada distrae mi dolor, y hasta el sueño ha huido de mis párpados!

¿Por qué no las tengo, más celoso que antes, encerradas las seis en mis ojos, y por qué no he bajado mis párpados como tapices encima de ellas?

¡Oh dolor, oh dolor! ¡Preferiría no haber nacido, a caer herido por las flechas -¡sus miradas mortales!- y sacadas de la herida!

Cuando el califa El-Mamún recorrió esta carta, como tenía el alma magnánima, mandó llamar enseguida a las seis jóvenes, les dio a cada una diez mil dinares y vestidos maravillosos y otros regalos admirables, y las mandó devolver a su antiguo amo.

No bien Alí El-Yamaní las vio llegar, más bellas que antes y más ricas y más felices, alcanzó el límite de la alegría, y siguió viviendo con ellas entre delicias y placeres, hasta el día de la última separación.

Pero -prosiguió Schehrazada no creas, ¡oh rey afortunado! que todas las historias que has oído hasta ahora puedan valer de cerca ni de lejos lo que la Historia prodigiosa de la Ciudad de Bronce, que me reservo contarte la noche próxima, si quieres.

Y la pequeña Doniazada exclamó: "¡Oh, qué amable sería, Schehrazada, si entretanto nos dijeras siquiera las primeras palabras!"

Entonces Schehrazada sonrió y dijo:

"Cuentan que había un rey (¡Alah sólo es rey!) en la ciudad de…

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

HISTORIA PRODIGIOSA DE LA CIUDAD DE BRONCE

Dijo Schehrazada:

Cuentan que en el trono de los califas Omníadas, en Damasco, se sentó un rey (¡sólo Alah es rey!) que se llamaba Abdalmalek ben-Merwán. Le gustaba departir a menudo con los sabios de su reino acerca de nuestro señor Soleimán ben-Daúd (¡con él la plegaria y la paz!), de sus virtudes, de su influencia y de su poder ilimitado sobre las fieras de las soledades, los efrits que pueblan el aire y los genios marítimos y subterráneos.

Un día en que el califa, oyendo hablar de ciertos vasos de cobre antiguo, cuyo contenido era una extraña humareda negra de formas diabólicas, asombrose en extremo y parecía poner en duda la realidad de hechos tan verídicos, hubo de levantarse entre los circunstantes el famoso viajero Taleb ben-Sehl, quien confirmó el relato que acababan de escuchar, y añadió: "En efecto, ¡oh Emir de los Creyentes! esos vasos de cobre no son otros que aquellos donde se encerraron, en tiempos antiguos, a los genios que se rebelaron ante las órdenes de Soleimán, vasos arrojados al fondo del mar mugiente, en los confines del Moghreb, en el Africa occidental, tras de sellarlos con el sello temible. Y el humo que se escapa de ellos es simplemente el alma condensada de los efrits, los cuales no por eso dejan de tomar su aspecto formidable si llegan a salir al aire libre".

Al oír tales palabras, aumentaron considerablemente la curiosidad y el asombro del califa Abdalmalek, que dijo al Taleb ben-Sehl: "¡Oh Taleb, tengo muchas ganas de ver uno de esos vasos de cobre que encierran efrits convertidos en humo! ¿Crees realizable mi deseo? Si es así, pronto estoy a hacer por mí propio las investigaciones necesarias. Habla". El otro contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! Aquí mismo puedes poseer uno de esos objetos, sin que sea preciso que te muevas y sin fatigas para tu persona venerada. No tienes más que enviar una carta al emir Muza, tu lugarteniente en el país del Moghreb. Porque la montaña a cuyo pie se encuentra el mar que guarda esos vasos está unida al Moghreb por una lengua de tierra que puede atravesarse a pie enjuto. ¡Al recibir una carta semejante, el emir Muza no dejará de ejecutar las órdenes de nuestro amo el califa!"

Estas palabras tuvieron el don de convencer a Abdalmalek, que dijo a 'Taleb en el instante: "¿Y quién mejor que tú ¡oh Taleb! será capaz de ir con celeridad al país del Moghreb, con el fin de llevar esa carta a mi lugarteniente el emir Muza? Te otorgo plenos poderes para que tomes de mi tesoro lo que juzgues necesario para gastos de viaje, y para que lleves cuantos hombres te hagan falta en calidad de escolta. Pero date prisa, ¡oh Taleb!" Y al punto escribió el califa una carta de su puño y letra para el emir Muza, la selló y se la dio a Taleb, que besó la tierra entre las manos del rey, y no bien hizo los preparativos oportunos, partió con toda diligencia hacia el Moghreb, adonde llegó sin contratiempos.

El emir Muza le recibió con júbilo y le guardó todas las consideraciones debidas a un enviado del Emir de los Creyentes; y cuando Taleb le entregó la carta, la cogió, y después de leerla y comprender su sentido, se la llevó a sus labios, luego a su frente y dijo: "¡Escucho y obedezco!" Y enseguida mandó que fuera a su presencia el jeique Abdossamad, hombre que había recorrido todas las regiones habitables de la tierra, y que a la sazón pasaba los días de su vejez anotando cuidadosamente, por fechas, los conocimientos que adquirió en una vida de viajes no interrumpidos. Y cuando presentóse el jeique; el emir Muza le saludó con respeto y le dijo: "¡Oh jeique Abdossamad! He aquí que el Emir de los Creyentes me transmite sus órdenes para que vaya en busca de los vasos de cobre antiguos, donde fueron encerrados por nuestro Soleimán ben-Daúd los genios rebeldes. Parece ser que yacen en el fondo de un mar situado al pie de una montaña que debe hallarse en los confines extremos del Moghreb. Por más que desde hace mucho tiempo conozco todo el país, nunca oí hablar de ese mar ni del camino que a él conduce; pero tú, ¡oh jeique Abdossamad! que recorriste el mundo entero, no ignorarás sin duda la existencia de esa montaña y de ese mar.

Reflexionó el jeique una hora de tiempo, y contestó: "¡Oh emir Muza ben-Nossair! No son desconocidos para mi memoria esa montaña y ese mar; pero, a pesar de desearlo, hasta ahora no puedo ir donde se hallan; el camino que allá conduce se hace muy penoso a causa de la falta de agua en las cisternas, y para llegar se necesitan dos años y algunos meses, y más aún para volver, ¡suponiendo que sea posible volver de una comarca cuyos habitantes no dieron nunca la menor señal de su existencia, y viven en una ciudad situada, según dicen; en la propia cima de la montaña consabida, una ciudad en la que no logró penetrar nadie y que se llama la Ciudad de Bronce!"

Y dichas tales palabras, se calló el jeique, reflexionando un momento todavía; y añadió: "Por lo demás, ¡oh emir Muza! no debo ocultarte que ese camino está sembrado de peligros y de cosas espantosas, y que para seguirle hay que cruzar un desierto poblado por efrits y genios, guardianes de aquellas tierras vírgenes de la planta humana desde la antigüedad. Efectivamente, sabe ¡oh Ben-Nossair! que esas comarcas del extremo Occidente africano están vedadas a los hijos de los hombres. Sólo dos de ellos pudieron atravesarlas: Soleimán ben-Daúd, uno, y El-Iskandar de Dos-Cuernos, el otro. ¡Y desde aquellas épocas remotas, nada turba el silencio que reina en tan vastos desiertos! Pero si deseas cumplir las órdenes del califa e intentar, sin otro guía que tu servidor, ese viaje por un país que carece de rutas ciertas, desdeñando obstáculos misteriosos y peligros, manda cargar mil camellos con odres repletos de agua y otros mil camellos con víveres y provisiones; lleva la menos escolta posible, porque ningún poder humano nos preservaría de la cólera de las potencias tenebrosas cuyos dominios vamos a violar, y no conviene que nos indispongamos con ellas alardeando de armas amenazadoras e inútiles. ¡Y cuando esté preparado todo, haz tu testamento, emir Muza, y partamos!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 340ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y cuando esté preparado todo, haz tu testamento, emir Muza, ¡y partamos!"

Al oír tales palabras, el emir Muza, gobernador de Moghreb, invocando el nombre de Alah, no quiso tener un momento de vacilación; congregó a los jefes de sus soldados y a los notables del reino, testó ante ellos y nombró como sustituto a su hijo Harún. Tras de lo cual, mandó hacer los preparativos consabidos, no se llevó consigo más que algunos hombres seleccionados de antemano, y en compañía del jeique Abdossamad y de Taleb el enviado del califa, tomó el camino del desierto, seguido por mil camellos cargados con agua y por otros mil cargados con víveres y provisiones.

Durante días y meses marchó la caravana por las llanuras solitarias, sin encontrar por su camino un ser viviente en aquellas inmensidades monótonas cual el mar encalmado. Y de esta suerte continuó el viaje en medio del silencio infinito, hasta que un día advirtieron en lontananza como una nube brillante a ras del horizonte, hacia la que se dirigieron. Y observaron que era un edificio con altas murallas de acero chino, sostenido por cuatro filas de columnas de oro que tenían cuatro mil pasos de circunferencia. La cúpula de aquel palacio era de oro y servía de albergue a millares y millares de cuervos, únicos habitantes que bajo el cielo se veían allá. En la gran muralla donde abríase la puerta principal, de ébano macizo incrustado de oro, aparecía una placa inmensa de metal rojo, la cual dejaba leer estas palabras trazadas en caracteres jónicos, que descifró el jeique Abdossamad y se las tradujo al emir Muza y a sus acompañantes:

¡Entra aquí para saber la historia de los dominadores!

¡Todos pasaron ya! ¡Y apenas tuvieron tiempo para descansar a la sombra de mis torres!

¡Los dispersó la muerte como si fueran sombras! ¡Los disipó la muerte como a la paja el viento!

Con exceso se emocionó el emir Muza al oír las palabras que traducía el venerable Abdossamad, y murmuró: "¡No hay más Dios que Alah!" Luego dijo: "¡Entremos!" Y seguido por sus acompañantes, franqueó los umbrales de la puerta principal y penetró en el palacio.

Entre el vuelo mudo de los pajarracos negros, surgió ante ellos la alta desnudez granítica de una torre cuyo final perdíase de vista, y al pie de la cual se alineaban en redondo cuatro filas de cien sepulcros cada una, rodeando un monumental sarcófago de cristal pulimentado, en torno del cual se leía esta inscripción, grabada en caracteres jónicos realzados por pedrerías:

¡Pasó cual el delirio de las fiebres la embriaguez del triunfo!

¿De cuántos acontecimientos no hube de ser testigo?

¿De qué brillante fama no gocé en mis días de gloria?

¿Cuántas capitales no retemblaron bajo el casco sonoro de mi caballo?

¿Cuántas ciudades no saqueé, entrando en ellas como el simún destructor? ¿Cuántos imperios no destruí, impetuoso como el trueno?

¿Qué de potentados no arrastré a la zaga de mi carro?

¿Qué de leyes no dicté en el universo? ¡Y ya lo veis!

¡La embriaguez de mi triunfo pasó cual el delirio de la fiebre, sin dejar más huella que la que en la arena pueda dejar la espuma!

¡Me sorprendió la muerte, sin que mi poderío la rechazase, ni lograran mis cortesanos defenderme de ella!

Por tanto, viajero, escucha las palabras que jamás mis labios pronunciaron mientras estuve vivo:

¡Conserva tu alma! ¡Goza en paz la calma de la vida, la belleza, que es calma de la vida! ¡Mañana se apoderará de ti la muerte!

Mañana responderá la tierra a quien te llame: "¡Ha muerto!"! ¡Y nunca mi celoso seno devolvió a los que guarda para la eternidad!

Al oír estas palabras que traducía el jeique Abdossamad, el emir Muza y sus acompañantes no pudieron por menos de llorar. Y permanecieron largo rato en pie ante el sarcófago y los sepulcros, repitiéndose las palabras fúnebres. Luego se encaminaron a la torre, que se cerraba con una puerta de dos hojas de ébano, sobre la cual se leía esta inscripción, también grabada en caracteres jónicos realzados por pedrerías:

¡En el nombre del Eterno, del Inmutable!

¡En el nombre del Dueño de la furia y del poder!

¡Aprende, viajero que pasas por aquí, a no enorgullecerte de las apariencias, porque su resplandor es engañoso!

¡Aprende con mi ejemplo a no dejarte deslumbrar por ilusiones que te precipitarían en el abismo!

¡Voy a hablarte de mi poderío!

¡En mis cuadras, cuidadas por los reyes que mis armas cautivaron, tenía yo diez mil caballos generosos!

¡En mis estancias reservadas tenía yo como concubinas mil vírgenes escogidas entre aquellas cuyos senos son gloriosos y cuya belleza hace palidecer el brillo de la luna!

¡Diéronme mis esposas una posteridad de mil príncipes reales, valientes cual leones!

¡Poseía inmensos tesoros: y bajo mi dominio se abatían los pueblos y los reyes, desde el Oriente hasta los límites extremos de Occidente, sojuzgados por mis ejércitos invencibles!

¡Y creí eterno mi poderío y afirmada por los siglos de los siglos la duración de mi vida, cuando de pronto se hizo oír la voz que me anunciaba los irrevocables decretos del que no muere!

¡Entonces reflexioné acerca de mi destino!

¡Congregué a mis jinetes y a mis hombres de a pie, que eran millares, armados con sus lanzas y con sus espadas!

Y a presencia de todos ellos hice llevar mis arquillas y los cofres de mis tesoros, y les dije a todos:

"¡Os doy estas riquezas, estos quintales de oro y plata si prolongáis por un día mi vida sobre la tierra!"

¡Pero se mantuvieron con los ojos bajos, y guardaron silencio!

¡Hube de morir a la sazón! ¡Y mi palacio se tornó en asilo de la muerte!

¡Si deseas conocer mi nombre, sabe que me llamé Kusch ben-scheddad ben-Aad el Grande!

Al oír tan sublimes verdades, el emir Muza y sus acompañantes prorrumpieron en sollozos y lloraron largamente. Tras de lo cual penetraron en la torre, y hubieron de recorrer inmensas salas habitadas por el vacío y el silencio. Y acabaron por llegar a una estancia mayor que las otras, con bóveda redondeada en forma de cúpula, y que era única de la torre que tenía algún mueble. El mueble consistía en una colosal mesa de madera de sándalo, tallada maravillosamente, y sobre la cual se destacaba, en hermosos caracteres análogos a los anteriores, esta inscripción:

¡Otrora se sentaron a esta mesa mil reyes tuertos y mil reyes que conservaron bien sus ojos! ¡Ahora son ciegos todos en la tumba!

El asombro del emir Muza hubo de aumentar frente a aquel misterio, y como no pudo dar con la solución, transcribió tales palabras en sus pergaminos; luego, conmovido en extremo, abandonó el palacio y emprendió de nuevo con sus acompañantes el camino de la Ciudad de Bronce...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 341ª NOCHE

Ella dijo:

...y emprendió de nuevo con sus acompañantes el camino de la Ciudad de Bronce.

Anduvieron uno, dos y tres días, hasta la tarde del tercero. Entonces vieron destacarse a los rayos del rojo sol poniente, erguida sobre un alto pedestal, la silueta de un jinete inmóvil que blandía una lanza de larga punta, semejante a una llama incandescente del mismo color que el astro que ardía en el horizonte.

Cuando estuvieron muy cerca de aquella aparición, advirtieron que el jinete, y su caballo, y el pedestal eran de bronce, y que en el palo de la lanza, por el sitio que iluminaban aún los postreros rayos del astro, aparecían grabadas en caracteres de fuego estas palabras:

¡Audaces viajeros que pudisteis llegar, hasta las tierras vedadas, ya no sabréis volver sobre vuestros pasos!

¡Si os es desconocido el camino de la ciudad, movedme sobre mi pedestal con la fuerza de vuestros brazos, y dirigíos hacia donde yo vuelva el rostro cuando quede otra vez quieto!

Entonces el emir Muza se acercó al jinete y le empujó con la mano. Y súbito, con la rapidez del relámpago, el jinete giró sobre sí mismo y se paró volviendo el rostro en dirección completamente opuesta a la que habían seguido los viajeros. Y el jeique Abdossamad hubo de reconocer que, efectivamente, habíase equivocado y que la nueva ruta era la verdadera.

Al punto volvió sobre sus pasos la caravana, emprendiendo el nuevo camino, y de esta suerte prosiguió el viaje durante días y días, hasta que una noche llegó ante una columna de piedra negra, a la cual estaba encadenado un ser extraño del que no se veía más que medio cuerpo, pues el otro medio aparecía enterrado en el suelo. Aquel busto que surgía de la tierra, diríase un engendro monstruoso arrojado allí por la fuerza de las potencias infernales. Era negro y corpulento como el tronco de una palmera vieja, seca y desprovista de sus palmas. Tenía dos enormes alas negras, y cuatro manos, dos de las cuales semejaban garras de leones. En su cráneo espantoso se agitaba de un modo salvaje una cabellera erizada de crines ásperas, como la cola de un asno silvestre. En las cuencas de sus ojos llameaban dos pupilas rojas, y en la frente, que tenía dobles cuernos de buey, aparecía el agujero de un solo ojo que abríase inmóvil y fijo, lanzando iguales resplandores verdes que la mirada de tigres y panteras.

Al ver a los viajeros, el busto agitó los brazos dando gritos espantosos y haciendo movimientos desesperados como para romper las cadenas que le sujetaban a la columna negra. Y asaltada por un terror extremado, la caravana se detuvo allí sin alientos para avanzar ni retroceder.

Entonces se encaró el emir Muza con el jeique Abdossamad y le preguntó: "¿Puedes ¡oh venerable! decirnos qué significa esto?" El jeique contestó: "¡Por Alah, ¡oh emir! que esto supera a mi entendimiento!" Y dijo el emir Muza: "¡Aproxímate, pues, más a él, e interrógale! ¡Acaso él mismo nos lo aclare!"

Y el jeique Abdossamad no quiso mostrar la menor vacilación, y se acercó al monstruo, gritándole: "¡En nombre del Dueño que tiene en su mano los imperios de lo Visible y de lo Invisible, te conjuro a que me respondas! ¡Dime quién eres, desde cuándo estás ahí y por qué sufres un castigo tan extraño!"

Entonces ladró el busto. Y he aquí las palabras que entendieron luego el emir Muza, el jeique Abdossamad y sus acompañantes. "Soy un efrit de la posteridad de Eblis, padre de los genios. Me llamo Daesch ben-Alaemasch, y estoy encadenado aquí por la Fuerza Invisible hasta la consumación de los siglos.

"Antaño, en este país, gobernado por el rey del mar, existía en calidad de protector de la Ciudad de Bronce un ídolo de ágata roja, del cual yo era guardián y habitante al propio tiempo, porque me aposenté dentro de él; y de todos los países venían muchedumbres a consultar por conducto mío la suerte y a escuchar los oráculos y las predicciones augurales que hacía yo.

"El rey del Mar, de quien yo mismo era vasallo, tenía bajo su mando supremo al ejército de los genios que se habían rebelado contra Soleimán ben-Daúd; y me había nombrado jefe de ese ejército para el caso de que estallara una guerra entre aquél y el señor formidable de los genios. Y, en efecto, no tardó en estallar tal guerra.

"Tenía el rey del Mar una hija tan hermosa, que la fama de su belleza llegó a oídos de Soleimán, quien deseoso de contarla entre sus esposas, envió un emisario al rey del Mar para pedírsela en matrimonio, a la vez que le instaba a romper la estatua de ágata y a reconocer que no hay más Dios que Alah, y que Soleimán es el profeta de Alah. Y le amenazaba con su enojo y su venganza si no se sometía inmediatamente a sus deseos.

"Entonces congregó el rey del Mar a sus visires y a los jefes de los genios, y les dijo: "Sabed que Soleimán me amenaza con todo género de calamidades para obligarme a que le dé mi hija y rompa la estatua que sirve de vivienda a vuestro jefe Daesch ben-Alaemaseh. ¿Qué opináis acerca de tales amenazas? ¿Debo inclinarme o resistir? "

Los visires contestaron: "¿Y qué tienes que temer del poder de Soleimán, ¡oh rey nuestro!? ¡Nuestras fuerzas son tan formidables como las suyas por lo menos, y sabremos aniquilarlas!" Luego encaráronse conmigo y me pidieron mi opinión. Dije entonces: "¡Nuestra única respuesta para Soleimán será dar una paliza a su emisario!" Lo cual ejecutose al punto. Y dijimos al emisario: "¡Vuelve ahora para dar cuenta de la aventura a tu amo!"

"Cuando enterose Soleimán del trato infligido a su emisario, llegó al límite de la indignación, y reunió enseguida todas sus fuerzas disponibles, consistentes en genios, hombres, pájaros y animales. Confió a Assaf ben-Barkhia el mando de los guerreros humanos, y a Domriat, rey de los efrits, el mando de todo el ejército de genios, que ascendía a sesenta millones, y el de los animales y aves de rapiña recolectados en todos los puntos del universo y en las islas y mares de la tierra. Hecho lo cual, yendo a la cabeza de tan formidable ejército, Soleimán se dispuso a invadir el país de mi soberano el rey del Mar. Y no bien llegó, alineó su ejército en orden de batalla.

"Empezó por formar en dos alas a los animales, colocándolos en líneas de a cuatro, y en los aires apostó a las grandes aves de rapiña, destinadas a servir de centinelas que descubriesen nuestros movimientos, y a arrojarse de pronto sobre los guerreros para herirles y sacarles los ojos. Compuso la vanguardia con el ejército de hombres, y la retaguardia con el ejército de genios; y mantuvo a su diestra a su visir Assaf ben-Barkhia y a su izquierda a Domriat, rey de los efrits del aire. El permaneció en medio, sentado en su trono de pórfido y de oro, que arrastraban cuatro elefantes. Y dio entonces la señal de la batalla.

"De repente hízose oír un clamor que aumentaba con el ruido de carreras al galope y el estrépito tumultuoso de los genios, hombres, aves de rapiña y fieras guerreras; resonaba la corteza terrestre bajo el azote formidable de tantas pisadas, en tanto que retemblaba el aire con el batir de millones de alas, y con las exclamaciones, los gritos y los rugidos.

"Por lo que a mí respecta, se me concedió el mando de la vanguardia del ejército de genios sometidos al rey del Mar. Hice una seña a mis tropas, y a la cabeza de ellas me precipité sobre el tropel de genios enemigos que mandaba el rey Domriat...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 342ª NOCHE

Ella dijo:

"...Hice una seña a mis tropas, y a la cabeza de ellas me precipité sobre el tropel de genios enemigos que mandaba el rey Domriat. E intentaba atacar yo mismo al jefe de los adversarios, cuando le vi convertirse de improviso en una montaña inflamada que empezó a vomitar fuego a torrentes, esforzándose por aniquilarme y ahogarme con los despojos que caían hacia nuestra parte en olas abrasadoras. Pero me defendí y ataqué con encarnizamiento, animando a los míos, y sólo cuando me convencí de que el número de mis enemigos me aplastaría a la postre, di la señal de retirada y me puse en fuga por los aires a fuerza de alas. Pero nos persiguieron por orden de Soleimán, viéndonos por todas partes rodeados de adversarios, genios, hombres, animales y pájaros; y de los nuestros quedaron extenuados unos, aplastados otros por las patas de los cuadrúpedos, y precipitados otros desde lo alto de los aires, después que les sacaron los ojos y les despedazaron la piel. También a mí alcanzáronme en mi fuga, que duró tres meses. Preso y amarrado ya, me condenaron a estar sujeto a esta columna negra hasta la extinción de las edades, mientras que aprisionaron a todos los genios que yo tuve a mis órdenes, los transformaron en humaredas y los encerraron en vasos de cobre, sellados con el sello de Soleimán, que arrojaron al fondo del mar que baña las murallas de la Ciudad de Bronce.

"En cuanto a los hombres que habitan este país, no sé exactamente qué fue de ellos, pues me hallo encadenado desde que se acabó nuestro poderío. ¡Pero si vais a la Ciudad de Bronce, quizás os tropecéis con huellas suyas y lleguéis a saber su historia!"

Cuando acabó de hablar el busto, comenzó a agitarse de un modo frenético para desligarse de la columna. Y temerosos de que lograra libertarse y les obligara a secundar sus esfuerzos, el emir Muza y sus acompañantes no quisieron permanecer más tiempo allí, y se dieron prisa a proseguir su camino hacia la ciudad, cuyas torres y murallas veían ya destacarse en lontananza.

Cuando sólo estuvieron a una ligera distancia de la ciudad, como caía la noche y las cosas tomaban a su alrededor un aspecto hostil, prefirieron esperar al amanecer para acercarse a las puertas; y montaron tiendas donde pasar la noche, porque estaban rendidos de las fatigas del viaje.

Apenas comenzó el alba por Oriente a aclarar las cimas de las montañas, el emir Muza despertó a sus acompañantes, y se puso con ellos en camino para alcanzar una de las puertas de entrada. Entonces vieron erguirse formidables ante ellos, en medio de la claridad matinal, las murallas de bronce, tan lisas, que diríase acababan de salir del molde en que las fundieron. Era tanta su altura, que parecían como una primera cadena de los montes gigantescos que las rodeaban, y en cuyos flancos incrustábanse, cual nacidas allí mismo, con el metal de que se hicieron.

Cuando pudieron salir de la inmovilidad que les produjo aquel espectáculo sorprendente, buscaron con la vista alguna puerta por donde entrar bordeando las murallas, siempre en espera de encontrar la entrada. Pero no vieron entrada ninguna. Y siguieron andando todavía horas y horas, sin ver puerta ni brecha alguna, ni nadie que se dirigiese a la ciudad o saliese de ella. Y a pesar de estar ya muy avanzado el día, no oyeron dentro ni fuera de las murallas el menor rumor, ni tampoco notaron el menor movimiento arriba ni al pie de los muros.

Pero el emir Muza no perdió la esperanza, animando a sus acompañantes para que anduviesen más aún; y caminaron así hasta la noche, y siempre veían desplegarse ante ellos la línea inflexible de murallas de bronce que seguían la carrera del sol por valles y costas, y parecían surgir del propio seno de la tierra.

Entonces el emir Muza ordenó a sus acompañantes que hicieran alto para descansar y comer. Y se sentó con ellos durante algún tiempo, reflexionando acerca de la situación.

Cuando hubo descansado, dijo a sus compañeros que se quedaran allí vigilando el campamento hasta su regreso, y seguido del jeique Abdossamad y de Taleb ben-Sehl, trepó con ellos a una alta montaña con el propósito de inspeccionar los alrededores y reconocer aquella ciudad que no quería dejarse violar por las tentativas humanas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 343ª NOCHE

Ella dijo:

...aquella ciudad que no quería dejarse violar por las tentativas humanas.

Al principio no pudieron distinguir nada en las tinieblas, porque ya la noche había espesado sus sombras sobre la llanura; pero de pronto hízose un vivo resplandor por Oriente, y en la cima de la montaña apareció la luna, iluminando cielo y tierra con un parpadeo de sus ojos. Y a sus plantas desplegóse un espectáculo que les contuvo la respiración.

Estaban viendo una ciudad de ensueño.

Bajo el blanco cendal que caía de la altura, en toda la extensión que podía abarcar la mirada fija en los horizontes hundidos en la noche, aparecían dentro del recinto de bronce cúpulas de palacios, terrazas de casas, apacibles jardines, y a la sombra de los macizos brillaban los canales, que iban a morir en un mar de metal, cuyo seno frío reflejaban las luces del cielo. Y el bronce de las murallas, las pedrerías encendidas de las cúpulas, las terrazas cándidas, los canales y el mar entero, así como las sombras proyectadas por Occidente amalgamábanse bajo la brisa nocturna v la luna mágica.

Sin embargo, aquella inmensidad estaba sepultada, como en una tumba, en el universal silencio. Allá dentro no había ni un vestigio de vida humana. Pero he aquí que con un mismo gesto, quieto, destacábanse sobre monumentales zócalos altas figuras de bronce, enormes jinetes tallados en mármol, animales alados que se inmovilizaban en un vuelo estéril; y los únicos seres dotados de movimiento en aquella quietud eran millares de inmensos vampiros que daban vueltas a ras de los edificios bajo el cielo, mientras búhos invisibles turbaban el estático silencio con sus lamentos y sus voces fúnebres en los palacios muertos y las terrazas solitarias.

Cuando saciaron la mirada con aquel espectáculo extraño, el emir Muza y sus compañeros bajaron de la montaña, asombrándose en extremo por no haber advertido en aquella ciudad inmensa la huella de un ser humano vivo. Y ya al pie de los muros de bronce, llegaron a un lugar donde vieron cuatro inscripciones grabadas en caracteres jónicos, y que enseguida descifró y tradujo al emir Muza el jeique Abdossamad.

Decía la primera inscripción:

¡Oh hijo de los hombres, qué vanos son tus cálculos! ¡La muerte está cercana; no hagas cuentas para el porvenir; se trata de un Señor del Universo que dispersa las naciones y los ejércitos, y desde sus palacios de vastas magnificencias precipita a los reyes en la estrecha morada de la tumba; y al despertar su alma en la igualdad de la tierra, han de verse reducidos a un montón de ceniza y polvo!

Cuando oyó estas palabras, exclamó el emir Muza: "¡oh sublimes verdades! ¡Oh sueños del alma en la igualdad de la tierra! ¡Qué conmovedor es todo esto!" Y copió al punto en sus pergaminos aquellas frases. Pero ya traducía el jeique la segunda inscripción, que decía:

¡Oh hijo de los hombres! ¿Por qué te ciegas con tus propias manos? ¡Cómo puedes confiar en este vano mundo? ¿No sabes que es un albergue pasajero, una morada transitoria? ¡Di! ¿Dónde están los reyes que cimentaron los imperios? ¿Dónde están los conquistadores, los dueños del Irak, de Ispahán y del Khorassán? ¡Pasaron cual si nunca hubieran existido!

Igualmente copió esta inscripción el emir Muza, y escuchó muy emocionado al jeique, que traducía la tercera:

¡Oh hijo de los hombres! ¡Anegas tu alma en los placeres, y no ves que la muerte se te monta en los hombros espiando tus movimientos! ¡El mundo es como una tela de araña, detrás de cuya fragilidad está acechándote la nada! ¿Adónde fueron a parar los hombres llenos de esperanzas y sus proyectos efímeros? ¡Cambiaron por la tumba los palacios donde habitan búhos ahora!

No pudo el emir Muza contener su emoción y se estuvo largo tiempo llorando con las manos en las sienes, y decía: "¡Oh el misterio del nacimiento y de la muerte! ¿Por qué nacer, si hay que morir? ¿Por qué vivir, si la muerte da el olvido de la vida? ¡Pero sólo Alah conoce los destinos, y nuestro deber es inclinarnos ante El con obediencia muda!"

Hechas estas reflexiones, se encaminó de nuevo al campamento con sus compañeros, y ordenó a sus hombres que al punto pusieran manos a la obra para construir con madera y ramajes una escala larga y sólida, que les permitiese subir a lo alto del muro, con objeto de intentar luego bajar a aquella ciudad sin puertas.

Enseguida dedicáronse a buscar madera y gruesas ramas secas; las mondaron lo mejor que pudieron con sus sables y sus cuchillos; las ataron unas a otras con sus turbantes, sus cinturones, las cuerdas de los camellos, las cinchas y las guarniciones, logrando construir una escala lo suficiente larga para llegar a lo alto de las murallas. Y entonces la tendieron en el sitio más a propósito, sosteniéndola por todos lados con piedras gruesas; e invocando el nombre de Alah, comenzaron a trepar por ella lentamente...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 344ª NOCHE

Ella dijo:

...Comenzaron a trepar por ella lentamente, con el emir Muza a la cabeza. Pero quedáronse algunos en la parte baja de los muros para vigilar el campamento y los alrededores.

El emir Muza y sus acompañantes anduvieron durante algún tiempo por lo alto de los muros, y llegaron al fin ante dos torres unidas entre sí por una puerta de bronce, cuyas dos hojas encajaban tan perfectamente, que no se hubiera podido introducir por su intersticio la punta de una aguja. Sobre aquella puerta aparecía grabada en relieve la imagen de un jinete de oro que tenía un brazo extendido y la mano abierta, y en la palma de esta mano había trazado unos caracteres jónicos, que descifró enseguida el jeique Abdossamad y los tradujo del siguiente modo: "Frota la puerta doce veces con el clavo que hay en mi ombligo".

Aunque muy sorprendido de tales palabras, el emir Muza se acercó al jinete y notó que, efectivamente, tenía metido en medio del ombligo un clavo de oro. Echó mano e introdujo y sacó el clavo doce veces. Y a las doce veces que lo hizo, se abrieron las dos hojas de la puerta, dejando ver una escalera de granito rojo que descendía caracoleando. Entonces el emir Muza y sus acompañantes bajaron por los peldaños de esta escalera, la cual les condujo al centro de una sala que daba a ras de una calle en la que se estacionaban guardias armados con arcos y espadas. Y dijo el emir Muza: "¡Vamos a hablarles, antes de que se inquieten con nuestra presencia!"

Acercáronse, pues a estos guardias, unos de los cuales estaban de pie, con el escudo al brazo y el sable desnudo, mientras otros permanecían sentados o tendidos. Y encarándose con el que parecía el jefe, el emir Muza le deseó la paz con afabilidad; pero no se movió el hombre ni le devolvió la zalema; y los demás guardias permanecieron inmóviles igualmente y con los ojos fijos, sin prestar ninguna atención a los que acababan de llegar y como si no les vieran.

Entonces, por si aquellos guardias no entendían el árabe, el emir Muza dijo al jeique Abdossamad: "¡Oh jeique, dirígeles la palabra en cuantas lenguas conozcas!" Y el jeique hubo de hablarles primero en lengua griega; luego, al advertir la inutilidad de su tentativa, les habló en indio, en hebreo, en persa, en etíope y en sudanés; pero ninguno de ellos comprendió una palabra de tales idiomas ni hizo el menor gesto de inteligencia. Entonces dijo el emir Muza: "¡Oh jeique!" Acaso estén ofendidos estos guardias porque no les saludaste al estilo de su país. Conviene, pues, que les hagas zalemas al uso de cuantos países conozcas. Y el venerable Abdossamad hizo al instante todos los ademanes acostumbrados en las zalemas conocidas en los pueblos de cuantas comarcas había recorrido. Pero no se movió ninguno de los guardias, y cada cual permaneció en la misma actitud que al principio.

Al ver aquello, llegó al límite del asombro el emir Muza, y sin querer insistir más dijo a sus acompañantes que le siguieran, y continuó su camino, no sabiendo a qué causa atribuir semejante mutismo. Y se decía el jeique Abdossamad: "¡Por Alah, que nunca vi cosa tan extraordinaria en mis viajes!"

Prosiguieron andando así hasta llegar a la entrada del zoco.

Como encontráronse con las puertas abiertas, penetraron en el interior. El zoco estaba lleno de gentes que vendían y compraban; y por delante de las tiendas se amontonaban maravillosas mercancías. Pero el emir Muza y sus acompañantes notaron que todos los compradores y vendedores, como también cuantos se hallaban en el zoco, habíanse detenido, cual puestos de común acuerdo, en la postura en que se les sorprendieron; y se diría que no esperaban para reanudar sus ocupaciones habituales más que a que se ausentasen los extranjeros. Sin embargo, no parecían prestar la menor atención a la presencia de éstos, y contentábanse con expresar por medio del desprecio y la indiferencia el disgusto que semejante intrusión les producía. Y para hacer aún más significativa tan desdeñosa actitud, reinaba un silencio general al paso de los extraños hasta el punto de que en el inmenso zoco abovedado se oían resonar sus pisadas de caminantes solitarios entre la quietud de su alrededor. Y de esta guisa recorrieron el zoco de los joyeros, el zoco de las sederías, el zoco de los guarnicioneros, el zoco de los pañeros, el de los zapateros remendones y el zoco de los mercaderes de especias y sahumerios, sin encontrar por parte alguna el menor gesto benévolo u hostil, ni la menor sonrisa de bienvenida o burla.

Cuando cruzaron el zoco de los sahumerios, desembocaron en una plaza inmensa, donde deslumbraba la claridad del sol después de acostumbrarse la vista a la dulzura de la luz tamizada de los zocos. Y al fondo, entre columnas de bronce de una altura prodigiosa, que servían de pedestales a enormes pájaros de oro con las alas desplegadas, erguíase un palacio de mármol, flanqueado con torreones de bronce y guardado por una cadena de guardias, cuyas lanzas y espadas despedían de continuo vivos resplandores. Daba acceso a aquel palacio una puerta de oro, por la que entró el emir Muza seguido de sus acompañantes.

Primeramente vieron abrirse a lo largo del edificio una galería sostenida por columnas de pórfido, y que limitaba un patio con pilas de mármoles de colores; y utilizábase como armería esta galería, pues veíanse allí, por doquier, colgadas de las columnas, de las paredes y del techo, armas admirables, maravillas enriquecidas con incrustaciones preciosas, y que procedían de todos los países de la tierra. En torno a la galería se adosaban bancos de ébano de un labrado maravilloso, repujados de plata y oro, y en los que aparecían, sentados o tendidos, guerreros en traje de gala, quienes, por cierto, no hicieron movimiento alguno para impedir el paso a los visitantes, ni para animarles a seguir en su asombrada exploración...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 345ª NOCHE

...para impedir el paso a los visitantes ni para animarles a seguir en su asombrada exploración.

Continuaron, pues, por esta galería, cuya parte superior estaba decorada con una cornisa bellísima, y vieron, grabada en letras de oro sobre fondo azul, una inscripción en lengua jónica que contenía preceptos sublimes, y cuya traducción fiel hizo el jeique Abdossamad en esta forma:

¡En el nombre del Inmutable, Soberano de los Destinos! ¡Oh hijo de los hombres, vuelve la cabeza y verás que la muerte se dispone a caer sobre tu alma! ¿Dónde está Adán, padre de los humanos? ¿Dónde está Nuh y su descendencia? ;Dónde está Nemrod el formidable? ¿Dónde están los reyes, los conquistadores, los Khosroes, los Césares, los Faraones, los emperadores de la India y del Irak, los dueños de Persia y de Arabia e Iscandar el Bicornio? ¿Dónde están los soberanos de la tierra Hamán y Karún, y Scheddad, hijo de Aad, y todos los pertenecientes a la posteridad de Canaán? ¡Por orden del Eterno, abandonaron la tierra para ir a dar cuenta de sus actos el día de la Retribución!"

¡Oh hijo de los hombres, no te entregues al mundo y a sus placeres! ¡Teme al Señor, y sírvele con corazón devoto! ¡Teme a la muerte! ¡La devoción por el Señor y el temor a la muerte son el principio de toda sabiduría! ¡Así cosecharás buenas acciones, con las que te perfumarás el día terrible del Juicio!

Cuando escribieron en sus pergaminos esta inscripción, que les conmovió mucho, franquearon una gran puerta que se abría en medio de la galería, y entraron en una sala, en el centro de la cual había una hermosa pila de mármol transparente, de donde se escapaba un surtidor de agua. Sobre la pila, a manera de techo agradablemente colocado, se alzaba un pabellón cubierto con colgaduras de seda y oro en matices diferentes, combinados con un arte perfecto. Para llegar a aquella pila, el agua se encauzaba por cuatro canalillos trazados en el suelo de la sala con sinuosidades encantadoras, y cada canalillo tenía un lecho de color especial: el primero tenía un lecho de pórfido rosa; el segundo, de topacios; el tercero, de esmeraldas, y el cuarto, de turquesas; de tal modo, que el agua de cada uno se teñía del color de su lecho, y herida por la luz atenuada que filtraban las sedas en la altura, proyectaba sobre los objetos de su alrededor y las paredes de mármol una dulzura de paisaje marino.

Allí franquearon una segunda puerta, y entraron en la segunda sala. La encontraron llena de monedas antiguas de oro y plata, de collares, de alhajas, de perlas, de rubíes y de toda clase de pedrerías. Y tan amontonado estaba todo, que apenas se podía cruzar la sala y circular por ella para penetrar en la tercera.

Aparecía ésta llena de armaduras de metales preciosos, de escudos de oro enriquecidos con pedrerías, de cascos antiguos, de sables de la India, de lanzas, de venablos y de corazas del tiempo de Daúd y de Soleimán; y todas aquellas armas estaban en tan buen estado de conservación, que creeríase habían salido la víspera de entre las manos que las fabricaron.

Entraron luego en la cuarta sala, enteramente ocupada por armarios y estantes de maderas preciosas, donde se alineaban ordenadamente ricos trajes, ropones suntuosos, telas de valor y brocados labrados de un modo admirable. Desde allí se dirigieron a una puerta abierta que les facilitó el acceso a la quinta sala. La cual no contenía entre el suelo y el techo más que vasos y enseres para bebidas, para manjares y para abluciones: tazones de oro y plata, jofainas de cristal de roca, copas de piedras preciosas, bandejas de jade y de ágata de diversos colores.

Cuando hubieron admirado todo aquello, pensaron en volver sobre sus pasos, y he aquí que sintieron la tentación de llevarse un tapiz inmenso de seda y oro que cubría una de las paredes de la sala. Y detrás del tapiz vieron una gran puerta labrada con finas marqueterías de marfil y ébano, y que estaba cerrada con cerrojos macizos, sin la menor huella de cerradura donde meter una llave. Pero el jeique Abdossarnad se puso a estudiar el mecanismo de aquellos cerrojos, y acabó por dar con un resorte oculto, que hubo de ceder a sus esfuerzos. Entonces la puerta giró sobre sí misma y dio a los viajeros libre acceso a una sala milagrosa, abovedada en forma de cúpula y construida con un mármol tan pulido, que parecía un espejo de acero. Por las ventanas de aquella sala, a través de las celosías de esmeraldas y diamantes, filtrábase una claridad que inundaba los objetos con un resplandor imprevisto. En el centro, sostenido por pilastras de oro, sobre cada una de las cuales había un pájaro con plumaje de esmeraldas y pico de rubíes, erguíase una especie de oratorio adornado con colgaduras de seda y oro, y al que unas gradas de marfil unían al suelo, donde una magnífica alfombra, diestramente fabricada con lana de colores gloriosos, abría sus flores sin aroma en medio de su césped sin savia, y vivía toda la vida artificial de sus florestas pobladas de pájaros y animales copiados de manera exacta, con su belleza natural y sus contornos verdaderos.

El emir Muza y sus acompañantes subieron por las gradas del oratorio, y al llegar a la plataforma se detuvieron mudos de sorpresa. Bajo un dosel de terciopelo salpicado de gemas y diamantes, en amplio lecho construido con tapices de seda superpuestos, reposaba una joven de tez brillante, de párpados entornados por el sueño tras unas largas pestañas combadas, y cuya belleza realzábase con la calma admirable de sus facciones, con la corona de oro que ceñía su cabellera, con la diadema de pedrerías que constelaba su frente y con el húmedo collar de perlas que acariciaban su dorada piel. A derecha y a izquierda del lecho se hallaban dos esclavos, blanco uno y negro otro, armado cada cual con un alfanje desnudo y una pica de acero. A los pies del lecho había una mesa de mármol, en la que aparecían grabadas las siguientes frases:

¡Soy la virgen Tadnaar, hija del rey de los amalecitas, y esta ciudad es mi ciudad! ¡Puedes llevarte cuanto te plazca a tu deseo, viajero que lograste penetrar hasta aquí! ¡Pero ten cuidado con poner sobre mí una mano violadora, atraído por mis encantos y por la voluptuosidad!

Cuando el emir Muza se repuso de la emoción que hubo de causarle la presencia de la joven dormida, dijo a sus acompañantes: "Ya es hora de que nos alejemos de estos lugares después de ver cosas tan asombrosas, y nos encaminemos hacia el mar en busca de los vasos de cobre. ¡Podéis, no obstante, coger de este palacio todo lo que os parezca; pero guardaos de poner la mano sobre la hija del rey o de tocar sus vestidos!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 346ª NOCHE

Ella dijo:

"...pero guardaos de poner la mano sobre la hija del rey o de tocar sus vestidos".

Entonces dijo Taleb ben-Sebl: "¡Oh emir nuestro, nada en este palacio puede compararse a la belleza de una joven! Sería una lástima dejarla ahí en vez de llevárnosla a Damasco para ofrecérsela al califa. ¡Valdría más semejante regalo que todas las ánforas con efrits del mar!"

Y contestó el emir Muza: "No podemos tocar a la princesa, porque sería ofenderla, y nos atraeríamos calamidades". Pero exclamó Taleb: "¡Oh emir nuestro! las princesas, vivas o dormidas, no se ofenden nunca por violencias tales". Y tras de haber dicho estas palabras, se acercó a la joven y quiso levantarla en brazos. Pero cayó muerto de repente, atravesado por los alfanjes y las picas de los esclavos, que le acertaron al mismo tiempo en la cabeza y en el corazón.

Al ver aquello, el emir Muza no quiso permanecer ni un momento más en el palacio, y ordenó a sus acompañantes que salieran de prisa para emprender el camino del mar.

Cuando llegaron a la playa, encontraron allí a unos cuantos hombres negros ocupados en sacar sus redes de pescar, y que correspondieron a la zalemas en árabe y conforme a la fórmula musulmana. Y dijo el emir Muza al de más edad entre ellos, y que parecía ser el jefe: "¡Oh venerable jeique! venimos de parte de nuestro dueño el califa Abdalmalek ben-Merwán, para buscar en este mar vasos con efrits de tiempos del profeta Soleimán. ¿Puedes ayudarnos en nuestras investigaciones y explicarnos el misterio de esta ciudad donde están privados de movimiento todos los seres?"

Y contestó el anciano: "Ante todo, hijo mío, has de saber que cuantos pescadores nos hallamos en esta playa creemos en la palabra de Alah y en la de su Enviado (¡con él la plegaria y la paz!) ; pero cuantos se encuentran en esa Ciudad de Bronce están encantados desde la antigüedad, y permanecerán así hasta el día del Juicio. Respecto a los vasos que contienen efrits, nada más fácil que procuráros los, puesto que poseemos una porción de ellos, que una vez destapados, nos sirven para cocer pescado y alimentos. Os daremos todos los que queráis. ¡Solamente es necesario, antes de destaparlos, hacerlos resonar golpeándolos con las manos, y obtener de quienes los habitan el juramento de que reconocerán la verdad de la misión de nuestro profeta Mohammed, expiando su primera falta y su rebelión contra la supremacía de Soleimán ben-Daúd!" Luego añadió: "Además, también deseamos daros, como testimonio de nuestra fidelidad al Emir de los Creyentes, amo de todos nosotros, dos hijas del mar que hemos pescado hoy mismo, y que son más bellas que todas las hijas de los hombres".

Y cuando hubo dicho estas palabras, el anciano entregó al emir Muza doce vasos de cobre, sellados en plomo con el sello de Soleimán, y las dos hijas del mar, que eran dos maravillosas criaturas de largos cabellos ondulados como las olas, de cara de luna y de senos admirables y redondos y duros cual guijarros marinos; pero desde el ombligo carecían de las suntuosidades carnales que generalmente son patrimonio de las hijas de los hombres, y las sustituían con un cuerpo de pez que se movía a derecha y a izquierda, de la propia manera que las mujeres cuando advierten que a su paso llaman la atención. Tenían la voz muy dulce, y su sonrisa resultaba encantadora; pero no comprendían ni hablaban ninguno de los idiomas conocidos, y contentábanse con responder únicamente con la sonrisa de sus ojos a todas las preguntas que se les dirigían.

No dejaron de dar las gracias al anciano por su generosa bondad el emir Muza y sus acompañantes, e invitáronles, a él y a todos los pescadores que estaban con él, a seguirles al país de los musulmanes, a Damasco, la ciudad de las flores y de las frutas y de las aguas dulces. Aceptaron la oferta el anciano y los pescadores, y todos juntos volvieron primero a la Ciudad de Bronce para coger cuanto pudieron llevarse de cosas preciosas, joyas, oro, y todo lo ligero de peso y pesado de valor. Cargados de este modo, se descolgaron otra vez por las murallas de bronce, llenaron sus sacos y cajas de provisiones con tan inesperado botín, y emprendieron de nuevo el camino de Damasco, adonde llegaron felizmente al cabo de un largo viaje sin incidentes.

El califa Abdalmalek quedó encantado y maravillado al mismo tiempo del relato que de la aventura le hizo el emir Muza, y exclamó: "Siento en extremo no haber ido con vosotros a esa Ciudad de Bronce. ¡Pero iré, con la venia de Alah, a admirar por mí mismo esas maravillas y a tratar de aclarar el misterio de ese encantamiento!"

Luego quiso abrir por su propia mano los doce vasos de cobre, y los abrió uno tras de otro. Y cada vez salía una humareda muy densa que convertíase en un efrit espantable, el cual se arrojaba a los pies del califa y exclamaba: "¡Pido perdón por mi rebelión a Alah y a ti, oh señor nuestro Soleimán!" Y desaparecía a través del techo ante la sorpresa de todos los circunstantes. No se maravilló menos el califa de la belleza de las dos hijas del mar. Su sonrisa, y su voz, y su idioma desconocido le conmovieron y le emocionaron. E hizo que las pusieran en un gran baño, donde vivieron algún tiempo, para morir de consunción y de calor por último.

En cuanto al emir Muza, obtuvo del califa permiso para retirarse a Jerusalén la Santa, con el propósito de pasar el resto de su vida allí, sumido en la meditación de las palabras antiguas que tuvo cuidado de copiar en sus pergaminos. ¡Y murió en aquella ciudad después de ser objeto de la veneración de todos los creyentes que todavía van visitar la kubba donde reposa en la paz y la bendición del Altísimo!

¡Y esto es, oh rey afortunado! - prosiguió Schehrazada- la historia de la Ciudad de Bronce.

Entonces dijo el rey Schahriar: "¡Verdaderamente, Schehrazada, que el relato es prodigioso!"

Y dijo ella: "Sí, ¡oh rey! Pero no quiere que transcurra esta noche sin contarte una historia de lo más deliciosa, que le acaeció a Ibn Al-Mansur". Y sorprendido, dijo el rey Schariar: "¿Quién es Ibn Al-Mansur? No le conozco".

Entonces dijo Scherazada sonriendo: "!Escucha!"

Historia de Ibn Al-Mansur y los dos jóvenes

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que el califa Harún Al-Raschid sufría con frecuencia insomnios producidos por las preocupaciones que le causaba su reino. Una noche, en vano daba vueltas de un lado a otro en su lecho, porque no lograba amodorrarse, y al fin se cansó de la inutilidad de sus tentativas. Rechazó entonces violentamente con un pie las ropas de su cama, y dando una palmada llamó a Massrur, su porta alfanje, que vigilaba la puerta siempre, y le dijo: "¡Massrur, búscame una distracción, porque no logro dormir!"

El otro contestó: "¡No hay nada como los paseos nocturnos, mi señor, para calmar el alma y adormecer los sentidos! Ahí fuera, en el jardín está hermosa la noche. Bajaremos y nos pasearemos entre los árboles, entre las flores; y contemplaremos las estrellas y sus incrustaciones magníficas, y admiraremos la belleza de la luna que avanza lentamente en medio de ellas y desciende hasta el río para bañarse en el agua". El califa dijo: "¡Massrur, esta noche no desea mi alma ver semejantes cosas!" El otro añadió: "¡Señor, en tu palacio tienes trescientas mujeres secretas, y cada una disfruta de un pabellón para ella sola! Iré a prevenirlas para que todas estén preparadas; y entonces te pondrás tú detrás de los tapices de cada pabellón, y admirarás en su sencilla desnudez a cada una de ellas, sin hacerte traición con tu presencia".

El califa dijo: "¡Massrur, este palacio es mi palacio, y esas jóvenes me pertenecen; pero no es nada de eso lo que anhela mi alma esta noche!" El otro contestó: "¡Ordena mi señor, y haré que entre tus manos se congreguen los sabios, los consejeros y los poetas de Bagdad! Los consejeros pronunciarán ante ti hermosas sentencias; los sabios te pondrán al corriente de los descubrimientos que hayan hecho en los anales, y los poetas encantarán tu espíritu con sus versos rítmicos".

El califa contestó: "¡Massrur, no es nada de eso lo que anhela mi alma esta noche!" El otro contestó: "En tu palacio, mi señor, hay coperos encantadores y deliciosos jóvenes de aspecto agradable. ¡Si lo ordenas, les haré venir rara que te hagan compañía!" El califa contestó:

"¡Massrur, no es nada de eso lo que anhela mi alma esta noche!"

Massrur dijo: "¡Córtame, entonces, la cabeza, mi señor! ¡Quizá sea lo único que disipe tu hastío!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 347ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Córtame, entonces, la cabeza, mi señor! ¡Quizá sea lo único que disipe tu hastío!"

Al oír estas palabras. Al-Raschid se echó a reír a carcajadas; luego dijo: "¡Mira, Massrur, puede que lo haga algún día! ¡Pero ahora ve a ver si todavía hay en el vestíbulo alguien que verdaderamente sea agradable de aspecto y de conversación!" Entonces salió a ejecutar la orden Massrur, y volvió enseguida para decir al califa: "¡Oh Emir de los Creyentes, no encontré ahí fuera más que a este viejo de mala índole, que se llama Ibn Al-Mansur!"

Y preguntó Al-Raschid: "¿Qué Ibn Al-Mansur? ¿Es acaso Ibn Al-Mansur el de Damasco?" El jefe de los eunucos dijo: "¡Ese mismo viejo malicioso!" Al-Raschid dijo: "¡Hazle entrar cuanto antes!" Y Massrur introdujo a Ibn Al-Mansur, que dijo: "¡Sea contigo la zalema, ¡oh Emir de los Creyentes!"

El califa le devolvió la zalema y dijo: "¡Ya Ibn Al-Mansur! ¡Ponme al corriente de una de tus aventuras!" El otro contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¿Debo entretenerte con la narración de algo que yo haya visto, o solamente con el relato de algo que haya oído?" El califa contestó: "¡Si viste alguna cosa asombrosa, date prisa a contármela, porque las cosas que se vieron son siempre preferibles a las que se oyeron contar!"

El otro dijo: "¡Entonces, ¡oh Emir de los Creyentes! presta oído y otórgame una atención simpática!" El califa contestó: "¡Ya Ibn Al-Mansur! ¡Heme aquí dispuesto a escucharte con mis oídos, a verte con mis ojos y a otorgarte de todo corazón una atención simpática!"

Entonces dijo Ibn Al-Mansur: "Has de saber, ¡oh Emir de los Creyentes! que todos los años iba yo a Bassra para pasar algunos días junto al emir Mohammad Al-Haschami, lugarteniente tuyo en aquella ciudad. Un año en que fui a Bassra como de costumbre, al llegar a palacio vi al emir que se disponía a montar a caballo para ir de caza. Cuando me vio, no dejó, tras las zalemas de bienvenida, de invitarme a que le acompañara; pero yo le dije: "Dispénsame, señor, pues la sola vista de un caballo me para la digestión, y a duras penas puedo tenerme en un burro. ¡No voy a ir de caza en burro!" El emir Mohammad me excusó, puso a mi disposición todo el palacio, y encargó a sus oficiales que me sirvieran con todo miramiento y no dejasen que careciera yo de nada mientras durase mi estancia. Y así lo hicieron.

Cuando se marchó, me dije: "¡Por Alah! Ya ibn Al-Mansur, he aquí que hace años y años que vienes regularmente desde Bagdad a Bassra, y hasta hoy te contentaste con ir del palacio al jardín y del jardín al palacio como único paseo por la ciudad. No basta eso para que te instruyas. Ahora puedes distraerte, trata, pues, de ver por las calles de Bassra alguna cosa interesante. ¡Por cierto que nada ayuda a la digestión tanto como andar; y tu digestión es muy pesada; y engordas y te hinchas como una ostra!"

Entonces obedecí a la voz de mi alma ofuscada por mi gordura, y me levanté al punto, me puse mi traje más hermoso, y salí del palacio con objeto de andar un poco a la ventura, de aquí para allá.

Por lo demás, ya sabes, ¡oh Emir de los Creyentes! que en Bassra hay setenta calles, y que cada calle tiene una longitud de setenta parasangas del Irak. Así es que, al cabo de cierto tiempo, me vi de pronto perdido en medio de tantas calles, y en mi perplejidad hube de andar más de prisa, sin atreverme a preguntar el camino por miedo de quedar en ridículo. Aquello me hizo sudar mucho; y también sentí bastante sed; y creí que el sol terrible iba sin duda a liquidar la grasa sensible de mi piel.

Entonces me apresuré a tomar la primera bocacalle para buscar algo de sombra, y de este modo llegué a un callejón sin salida, por donde se entraba a una casa grande de muy buena apariencia. La entrada medio oculta por un tapiz de seda roja, daba a un gran jardín que había delante de la casa. A ambos lados aparecían bancos de mármol sombreados por una parra, lo que me incitó a sentarme para tomar aliento.

Mientras me secaba la frente, resoplando de calor, oí que del jardín llegaba una voz de mujer, que cantaba con aire lastimero estas palabras:

¡Desde el día en que me abandonó mi gamo joven, se ha tornado mi corazón en asilo de dolor!

¿Acaso, como él cree, es un pecado tan grande dejarse amar por las muchachas?

Era tan hermosa la voz que cantaba y tanto me intrigaron las palabras aquellas, que dije para mí: "¡Si la poseedora de esta voz es tan bella como este canto hace suponer, es una criatura maravillosa!" Entonces me levanté y me acerqué a la entrada, cuyo tapiz levanté con cuidado, y miré poco a poco para no despertar sospechas. Y advertí en medio del jardín a dos jóvenes, de las cuales parecía ser el ama una y la esclava la otra. Y ambas eran de una belleza extraordinaria. Pero la más bella era precisamente quien cantaba; y la esclava la acompañaba con un laúd. Y yo creí ver a la misma luna que hubiese descendido al jardín en su decimocuarto día, y me acordé entonces de estos versos del poeta:

¡Babilonia la voluptuosa brilla en sus ojos que matan con sus pestañas, más curvadas seguramente que los alfanjes y que el hierro templado de las lanzas!

¡Cuando caen sus cabellos negros sobre su cuello de jazmín, me pregunto si viene a saludarla la noche!

¿Son dos breves esferas de marfil lo que hay en su pecho, o son dos granadas, o son sus senos? ¿Y qué es lo que de tal modo ondula bajo su camisa? ¿Es su talle, o es arena movible?

Y también me hizo pensar en estos versos del poeta:

¡Sus párpados son dos pétalos de narciso; su sonrisa es como la aurora, su boca está sellada por los dos rubíes de sus labios deliciosos y bajo su túnica se mecen todos los jardines del paraíso!

Entonces, ¡oh Emir de los Creyentes! no pude por menos de exclamar: "¡Ya Alah! ¡ya Alah!" Y permanecí allí inmóvil, comiendo bebiendo con los ojos encantos tan milagrosos. Así es que, al volver cabeza hacia donde yo estaba, me vio la joven, y bajó vivamente el velillo de su rostro; luego, dando muestras de gran indignación, me mandó a la esclava tañedora de laúd, que se me acercó, y después de arañarme, me dijo: "¡Oh jeique! ¿no te da vergüenza mirar así en su cara a las mujeres? ¿Y no te aconsejan tu barba blanca y tu vejez el respeto para las cosas honorables!" Yo contesté en alta voz para que me oyera la joven sentada: "Tienes razón, ¡oh mi dueña! y mi vejez es notoria, pero con lo que respecta a mi vergüenza, ya es otra cosa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 348ª NOCHE

Ella dijo:

...pero en lo que respecta a mi vergüenza, ya es otra cosa".

Cuando la joven hubo oído estas palabras, se levantó y fue a reunirse con su esclava, para decirme, irritada en extremo: "¿Es que hay mayor vergüenza para tus cabellos blancos ¡oh jeique! que la acción de pararte con tal osadía a la puerta de un harem que no es tu harem, y de una morada que no es tu morada?"

Yo me incliné y contesté: "¡Por Alah, ¡oh mi dueña! que la vergüenza para mi barba no es tan considerable, y lo juro por tu vida! ¡Mi presencia aquí tiene una excusa!" Ella preguntó: "¿Y cuál es tu excusa?" Contesté: "¡Soy un extranjero que padece una sed de la que voy a morir!" Ella contestó: "¡Aceptamos esa excusa, pues, ¡por Alah!, que es atendible!" Y enseguida se volvió hacia su joven esclava y le dijo: "¡Gentil, corre pronto a darle de beber!"

Desapareció la pequeña para volver al cabo de un momento con un tazón de oro en una bandeja y una servilleta de seda verde. Y me ofreció el tazón, que estaba lleno de agua fresca, perfumada agradablemente con almizcle puro. Lo tomé y me puse a beber muy lentamente y a largos sorbos, dirigiendo de soslayo miradas de admiración a la joven principal y miradas de notorio agradecimiento a ambas. Cuando me hube servido de este juego durante cierto tiempo, devolví el tazón a la joven, la cual me ofreció entonces la servilleta de seda invitándome a limpiarme la boca. Me limpié la boca, le devolví la servilleta, que estaba deliciosamente perfumada con sándalo, y no me moví de aquel sitio.

Cuando la hermosa joven vio que mi inmovilidad pasaba de los límites correctos, me dijo con acento adusto: "¡Oh jeique! ¿a qué esperas aún para reanudar tu marcha por el camino de Alah?" Yo contesté con aire pensativo: "¡Oh mi dueña! me preocupan extremadamente ciertos pensamientos, y me veo sumido en reflexiones que no puedo llegar a resolver por mí solo!"

Ella me preguntó: "¿Y cuáles son esas reflexiones?" Yo dije: "¡Oh mi dueña! reflexiono acerca del reverso de las cosas y acerca del curso de los acontecimientos que produce el tiempo!" Ella me contestó: "¡Cierto que son graves esos pensamientos, y todos tenemos que deplorar alguna fechoría del tiempo! Pero ¿qué ha podido inspirarte a la puerta de nuestra casa ¡oh jeique! semejantes reflexiones?" Yo dije: "¡Precisamente ¡oh mi dueña! pensaba yo en el dueño de esta casa! ¡Le recuerdo muy bien ahora! Antaño me propuso vivir en este callejón compuesto por una sola casa con jardín. ¡Sí, por Alah! el propietario de esta casa era mi mejor amigo!"

Ella me preguntó: "¿Te acordarás, entonces, del nombre de tu amigo?" Yo dije: "¡Ciertamente, oh mi dueña! ¡Se llamaba Alí ben-Mohammad, y era el síndico respetado por todos los joyeros de Bassra! ¡Ya hace años que le perdí de vista, y supongo que estará en la misericordia de Alah ahora! Permíteme, pues, ¡oh mi dueña! que te pregunte si dejó posteridad".

Al oír estas palabras, los ojos de la joven se humedecieron de lágrimas, y dijo: "¡Sean con el síndico Alí ben-Mohammad la paz y los dones de Alah! Ya que fuiste su amigo, has de saber ¡oh jeique! que el difunto síndico dejó por única descendencia una hija llamada Badr. ¡Y ella sola es la heredera de sus bienes y de sus inmensas riquezas!" Yo exclamé: "¡Por Alah, que no puede ser más que tú misma ¡oh mi dueña! la hija bendita de mi amigo!" Ella sonrió y contestó: "¡Por Alah, que lo adivinaste!" Yo dije: "¡Acumule sobre ti Alah sus bendiciones, oh hija de Alí ben-Mohammad! Pero, a juzgar por lo que puedo ver a través de la seda que cubre tu rostro, ¡oh luna! me parece que contrae tus facciones una gran tristeza. ¡No temas revelarme su causa, porque quizá me envía Alah para que trate de poner remedio a ese dolor que altera tu hermosura!" Ella contestó: "¿Cómo quieres que te hable de cosas tan íntimas, si ni siquiera me dijiste aún tu nombre ni tu calidad?" Yo me incliné y contesté: "¡Soy tu esclavo lbn Al-Mansur, oriundo de Damasco, una de las personas a quienes nuestro dueño el califa Harún Al-Raschid honra con su amistad y ha escogido para compañeros íntimos!"

Apenas hube pronunciado estas palabras, ¡oh Emir de los Creyentes! me dijo Sett Badr: "¡Bien venido seas a mi casa, donde puedes encontrar hospitalidad larga y amistosa!, ¡oh jeique Ibn Al-Mansur!" Y me invitó a que la acompañara y a que entrara a sentarme en la sala de recepción.

Entonces entramos los tres en la sala de recepción, y cuando estuvimos sentados, y después de los refrescos usuales, que fueron exquisitos, Sett Badr me dijo: "¡Ya que quieres saber la causa de una pena que adivinaste en mis facciones, ¡oh jeique Ibn Al-Mansur! prométeme el secreto y la fidelidad!"

Yo contesté: "¡Oh mi dueña! en mi corazón está el secreto como en un cofre de acero cuya llave se hubiese perdido!" Y me dijo ella entonces:

"¡Escucha, pues, mi historia, oh jeique!" Y después de ofrecerme aquella joven esclava tan gentil una cucharada de confitura de rosas, dijo Sett Badr:

"Has de saber, ¡oh Ibn Al-Mansur! que estoy enamorada, y que el objeto de mi amor se halla lejos de mí. ¡He aquí toda mi historia!" Y tras esas palabras, Sett Badr dejó escapar un gran suspiro y se calló.

Y yo le dije: "¡Oh mi dueña, estás dotada de belleza perfecta, y el que amas debe ser perfectamente bello! ¿Cómo se llama?" Ella me dijo: "Sí, Ibn Al-Mansur, el objeto de mi amor es perfectamente bello, como has dicho. Es el emir Jobair, jefe de la tribu de los Bani Schaibán. ¡Sin ningún género de duda es el joven más admirable de Bassra y del Irak!"

Yo dije: "No podía ser de otro modo, ¡oh mi dueña! Pero, ¿consistió en palabras solamente vuestro mutuo amor, o llegasteis a daros pruebas íntimas de él en diversos encuentros y de agradables consecuencias?" Ella dijo: "¡Ciertamente, hubieran sido de muy agradables consecuencias nuestros encuentros, si su larga duración bastara a enlazar los corazones! ¡Pero el emir Jobair me ha ofendido con una simple suposición!"

Al oír estas palabras, ¡oh Emir de los Creyentes! exclamé: "¿Cómo? ¿Es posible suponer que el lirio ame al barro porque la brisa le incline hacia el suelo? ¡Y aunque sean fundadas las suposiciones del emir Jobair, tu belleza es una disculpa viva, ¡oh mi dueña!" Ella sonrió y me dijo: "¡Si al menos ¡oh jeique! se tratase de un hombre! ¡Pero el emir Jobair me acusa de amar a una joven, a esta misma que tienes delante de tus ojos, a la gentil, a la dulce que nos está sirviendo!" Yo exclamé: "Pido a Alah perdón para el emir ¡oh mi dueña! ¡Sea confundido el Maligno! ¿Y cómo pueden amarse entre sí las mujeres? ¿Quieres decirme, por lo menos, en qué ha fundado sus suposiciones el emir?"

Ella contestó: "Un día, después de haber tomado mi baño en el hammam de mi casa, me eché en mi cama y me puse en manos de mi esclava favorita, esta joven que aquí ves, para que me vistiera y peinara mis cabellos. Era sofocante el calor, y con objeto de que me refrescara algo, mi esclava me despojó de las toallas que abrigaban mis hombros y cubrían mis senos, y se puso a arreglar las trenzas de mi cabellera. Cuando hubo concluido, me miró y al encontrarme hermosa de aquel modo, me rodeó el cuello con sus brazos y me besó en la mejilla, diciéndome: "¡Oh mi señora, quisiera ser hombre para amarte aún más de lo que te amo!" Y trataba, gentil, de divertirme con mil retozos amables. Y he aquí que en aquel momento precisamente entró el emir; nos lanzó una mirada singular a ambas y salió bruscamente, para enviarme algunos instantes después una esquela, en la que aparecían trazadas estas palabras: "El amor no puede hacernos dichosos más que cuando nos pertenece en absoluto". ¡Y desde aquel día no volví a verle; y jamás quiso darme noticias suyas, ya lbn Al-Mansur!"

Entonces le pregunté: "¿Pero os unió algún contrato de matrimonio?" Ella contestó: "¿Y para qué hacer un contrato? Nos habíamos unido por nuestra voluntad, sin intervención del kadí y de los testigos".

Yo dije: "Entonces, ¡oh mi dueña! si me lo permites, quiero ser el lazo de unión entre vosotros dos, simplemente por el gusto de ver reunidos a dos seres selectos". Ella exclamó: "¡Bendito sea Alah, que nos puso en tu camino, ¡oh jeique de rostro blanco! ¡No creas que vas a dar con una persona ingrata que ignora el valor de los beneficios! Voy ahora mismo a escribir de mi puño y letra una carta para el emir Jobair, y tú se la entregarás, procurando hacerle entrar en razón". Y dijo a su favorita: "Anda, gentil, tráeme un tintero y una hoja de papel". Se los trajo la otra, y Sett Badr escribió:

"¿Por qué dura tanto la separación, mi bien amado? ¿No sabes que el dolor ahuyenta de mis ojos el sueño, y que cuando pienso en tu imagen se me aparece tan cambiada que ya no la reconozco?

"!Te conjuro a que me digas por qué dejaste la puerta abierta a mis calumniadores!" ¡Levántate, sacude el polvo de los malos pensamientos y vuelve a mí sin tardanza! ¡Qué día de fiesta va a ser para ambos el que alumbre nuestra reconciliación!"

Cuando acabó de escribir esta carta, la dobló, la selló y me la entregó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 350ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando acabó de escribir esta carta, la dobló, la selló y me la entregó, y al mismo tiempo deslizó en mi bolsillo, sin dar lugar a que yo lo impidiese, una bolsa que contenía mil dinares de oro, y que me decidí a guardar como recuerdo de los buenos servicios que presté antaño a su difunto padre, el digno síndico, y en previsión del porvenir. Me despedí entonces de Sett Badr y me dirigí a la morada de Jobair, emir de los Bani-Schaibán, a cuyo padre, muerto hacía muchos años, conocí asimismo.

Cuando llegué al palacio del emir Jobair, me dijeron que también estaba de caza, y esperé su regreso. No tardó en llegar, y en cuanto supo mi nombre y mis títulos, me rogó aceptase su hospitalidad y considerase su casa como propia. Y enseguida fue a hacerme honores él en persona.

Por lo que a mí respecta. ¡oh Emir de los Creyentes! al advertir la cumplida belleza del joven me quedé sorprendido, y sentí que mi razón me abandonaba definitivamente. Y al ver él que yo no me movía, creyó que era la timidez lo que me retenía, y fue hacia mí sonriéndose, y me abrazó, según costumbre, y creí abrazar en aquel momento al sol, a la luna y al universo entero con todo su contenido. Y como había llegado la hora de reponer fuerzas, el emir Jobair me cogió de un brazo y me hizo sentarme a su lado en un cojín. Y enseguida pusieron la mesa los esclavos ante nosotros.

Era una mesa llena de vajilla del Khorassán, de oro y de plata, y que ostentaba cuantos manjares fritos y asados pudiesen desear el paladar, la nariz y los ojos. Entre otras cosas admirables, había allí aves rellenas de alfónsigos y de uvas, y pescados servidos en buñuelos de galleta, y especialmente una ensalada de verdolaga, a cuyo solo aspecto se me hacía agua la boca. No hablaré de las demás cosas, por ejemplo, de un maravilloso arroz con crema de búfalo, en el que de buena gana hubiera hundido mi mano hasta el codo, ni de la confitura de zanahorias con nueces, que tanto me gusta -¡oh! estoy seguro de que algún día me hará morir-, ni de las frutas, ni de las bebidas.

¡Sin embargo, ¡oh Emir de los Creyentes! te juro por la nobleza de mis antecesores que reprimí los impulsos de mi alma y no probé bocado! Por el contrario, esperé a que mi huésped me instase con mucho ahínco a servirme de aquello, y le dije: "¡Por Alah, hice voto de no tocar ninguno de los manjares de tu hospitalidad, emir Jobair, mientras no accedas a una súplica que es el móvil de mi visita a tu casa!" El me preguntó: "¿Puedo al menos ¡oh mi huésped! saber, antes de comprometerme a una cosa tan grave y que me amenaza con que renuncies a mi hospitalidad, cuál es el objeto de esta visita?" Por toda respuesta, saqué yo de mi pecho la carta y se la di.

La cogió, la abrió y la leyó. Pero al punto la rompió, arrojó a tierra los pedazos, los pisoteó, y me dijo: "¡Ya lbn Al-Mansur! pide cuanto quieras y te será concedido al instante. ¡Pero no me hables del contenido de esta carta, a la que no tengo nada que contestar!"

Entonces me levanté y quise marcharme enseguida, pero me retuvo asiéndome de la ropa, y me suplicó que me quedase, diciéndome: "¡Oh mi huésped! ¡si supieras el motivo de mi repulsa, no insistirías ni por un instante! ¡Tampoco creas que eres el primero a quien se ha confiado semejante misión! ¡Y si lo deseas, te diré exactamente las palabras que te encargó ella me dijeses!" Y me repitió al punto las palabras consabidas, con tanta precisión como si hubiese estado en presencia nuestra en el momento en que se pronunciaron.

Luego añadió: "¡Créeme que no debes ocuparte de ese asunto! ¡Y quédate en mi casa para descansar todo el tiempo que tu alma anhele!"

Estas palabras me decidieron a quedarme. Y pasé el resto del día y toda la noche comiendo, bebiendo y disfrutando con el emir Jobair. No obstante, como no oía cantos ni música, me asombré al advertir tal excepción de las prácticas establecidas en los festines; y por último hube de decidirme a manifestar al joven emir mi sorpresa. Enseguida vi ensombrecerse su rostro y noté en él un gran malestar; luego me dijo: "Hace ya mucho tiempo que suprimí los cantos y la música en mis festines. ¡Sin embargo, en vista de tu deseo, voy a satisfacerlo!"

Y al instante hizo llamar a una de sus esclavas, que se presentó con un laúd indio, guardado en un estuche de raso, y se sentó delante de nosotros, preludiando inmediatamente en veintiún tonos distintos. Reanudó después el primer tono y cantó:

Con los cabellos despeinados, lloran y gimen en el dolor las hijas del Destino, ¡oh alma mía!

¡La mesa, empero, está cargada con los manjares más exquisitos, son aromáticas las rosas, nos sonríen los narcisos y ríe en la jofaina el agua!

¡Oh alma mía, alma triste, ármate de valor! ¡De nuevo lucirá en los ojos la esperanza un día, y beberás en la copa de la dicha!

Pasó después a un tono más triste, y cantó:

¡Quien no saboreó las delicias del amor ni gustó su amargura, no sabe lo que pierde al perder a un amigo!

¡Quien no llegó a sufrir las heridas del amor, no puede saber los tormentos deleitosos que proporcionan!

¿Dónde están las noches dichosas pasadas junto a mi amigo, nuestros retozos amables, nuestros labios unidos, la Miel de su saliva? ¡Oh dulzura! ¡oh dulzura!

¡Nuestras noches hasta el amanecer, nuestros días hasta la puesta del sol! ¿Qué hacer ¡oh corazón roto! contra los decretos de un destino cruel?

Apenas la cantora dejó expirar estas últimas quejas, cuando vi que mi joven huésped caía desvanecido lanzando un grito doloroso. Y me dijo la esclava: "¡Tú tienes la culpa, ¡oh jeique! Porque hace largo tiempo que evitamos cantar delante de él, a causa del estado de emoción en que se pone y de la agitación que le produce todo poema amoroso". Y lamenté mucho haber sido causante de un accidente de mi huésped, e invitado por la esclava, me retiré a mi estancia para no importunarle más con mi presencia.

Al día siguiente, en el momento en que me disponía a partir y rogaba a uno de los servidores que transmitiese a su amo mi agradecimiento por aquella hospitalidad, se presentó un esclavo, que me entregó una bolsa con mil dinares, rogándome que la aceptara como compensación por el anterior trastorno, y diciéndome que estaba encargado de recibir mis adioses. Entonces, sin haber conseguido nada, abandoné la casa de Jobair y regresé a la de aquella que me había enviado.

Al llegar al jardín, encontré a Sett Badr, que me esperaba a la puerta, y sin darme tiempo de abrir la boca, me dijo: "¡Ya lbn Al-Mansur, sé que no tuviste éxito en tu misión!" Y me relató punto por punto todo lo acaecido entre el emir Jobair y yo, haciéndolo con tanta exactitud que sospeché pagaba espías que la tuviesen al corriente de lo que pudiera interesarla.

Y le pregunté: "¿Cómo te hallas tan bien informada, ¡oh mi dueña! ? ¿Acaso estuviste allí sin ser vista?" Ella me dijo: "¡Ya lbn Al-Mansur! has de saber que los corazones de los amantes tienen ojos que ven lo que ni suponer podrían los demás! ¡Pero yo sé que tú no tienes la culpa de la repulsa! ¡Es mi destino!" Luego añadió, levantando los ojos al cielo: "¡Oh Señor, dueño de los corazones, soberano de las almas, haz que en adelante me amen sin que yo ame nunca! ¡Haz que lo que resta de amor por Jobair en este corazón se desvíe hacia el corazón de Jobair, para tormento suyo! ¡Haz que vuelva a suplicarme que le escuche, y dame valor para hacerlo sufrir!"

Tras de lo cual me dio las gracias por lo que me presté a hacer en su favor, y se despidió de mí. Y volví al palacio del emir Mohammad, y desde allí regresé a Bagdad.

Pero al año siguiente hube de ir nuevamente a Bassra, según mi costumbre, para ventilar mis asuntos, porque debo decirte ¡oh Emir de los Creyentes! que el emir Mohammad era deudor mío, y no disponía yo de otro medio que aquellos viajes regulares para hacerle pagar el dinero que me adeudaba. Y he aquí que al día siguiente de mi llegada me dije: "¡Por Alah! tengo que saber en qué paró la aventura de los dos amantes!"

Encontré cerrada la puerta del jardín, conmoviéndome con la tristeza que emanaba el silencio reinante en torno mío. Miré entonces por la rejilla de la puerta, y vi en medio de la avenida, bajo un sauce de ramas lagrimeantes, una tumba de mármol completamente nueva todavía, y cuya inscripción funeral no pude leer a causa de la distancia. Y me dije: "¡Ya no está ella aquí! ¡Segaron su juventud! ¡Qué lástima que una belleza semejante se haya perdido para siempre! ¡La debió desbordar la pena, anegándola el corazón...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 351ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Qué lástima que una belleza semejante se haya perdido para siempre! ¡La debió desbordar la pena, anegándola el corazón!" Con el pecho oprimido por la angustia, me decidí entonces a personarme en el palacio del emir Jobair. Allá me esperaba un espectáculo más entristecedor aún. Todo estaba desierto; los muros derrumbábanse ruinosos; habíase secado el jardín, sin la menor huella de que le cuidase nadie. Ningún esclavo guardaba la puerta del palacio, y no había ningún ser vivo que pudiera darme noticia de quienes habitaron en el interior. Ante aquel espectáculo, me dije desde lo profundo de mi alma: ¡También ha debido morir él!"

Muy triste, muy apenado, me senté luego a la puerta, e improvisé esta elegía:

¡Oh morada! ¡En tus umbrales me detengo para llorar con tus piedras al recuerdo del amigo que ya no existe!

¿Dónde está el huésped generoso, cuya hospitalidad se hacía extensiva pródigamente a los viajeros?

¿Dónde están los amigos pletóricos de alegría que te habitaron en la época de tu esplendor, palacio?

¡Sigue su ejemplo, tú que pasas; pero no olvides, por lo menos, los beneficios de que todavía hay señales, a pesar de las ruinas del tiempo!

Mientras yo me dejaba llevar de la tristeza que me poseía, expresándola de aquel modo, apareció un criado, que avanzó hacia mí, diciéndome con acento violento: "¡Cállate, viejo jeique! ¡Te va en ello la vida! ¿Por qué dices cosas fúnebres a nuestra puerta?" Yo contesté: "¡Me limitaba a improvisar versos a la memoria de un amigo entre mis amigos, que habitaba esta casa y se llamaba Jobair, de la tribu de los Bani-Schaibán!". El esclavo replicó: "¡El nombre de Alah sea con él y en torno de él! Ruega por el Profeta, ¡oh jeique! Pero ¿por qué dices que ha muerto el emir Jobair? ¡Glorificado sea Alah! ¡Nuestro amo está con vida, siempre en el seno de los honores y de las riquezas!" Pero yo exclamé: "¿A qué obedece, entonces, ese ambiente de tristeza esparcido por la casa y el jardín?" Él contestó: "¡Al amor! El emir Jobair está con vida; pero es lo mismo que si se contara en el número de los muertos. Tendido yace en su lecho sin moverse; y cuando tiene hambre, nunca dice: "¡Dadme de comer!", y cuando tiene sed, no dice nunca: "¡Dadme de beber!"

Al oír estas palabras del negro, dije: "¡Por Alah sobre ti, oh rostro blanco! ve enseguida a participarle mi deseo de verle! Dile: "¡Es Ibn Al-Mansur quien espera a tu puerta!" Se fue el negro, y al cabo de algunos instantes, volvió para avisarme que su amo podía recibirme. Y me hizo entrar, diciéndome: "Te advierto que no se enterará de nada de lo que le digas, a no ser que sepas conmoverle con ciertas palabras".

Efectivamente, encontré al emir Jobair tendido en su lecho, con la mirada perdida en el vacío, muy pálido y adelgazado el rostro y desconocido en verdad. Le saludé al punto, pero no me devolvió la zalema. Le hablé; pero no me contestó: Entonces me dijo al oído el esclavo: "No comprende más lenguaje que el de los versos". ¡Por Alah, que no encontré nada mejor para entrar en conversación con él!

Me abstraje un instante; luego improvisé estos versos con voz clara:

¿Anida todavía en tu alma el amor de Sett Badr, o hallaste el reposo tras las zozobras de la pasión?

¿Pasas siempre en vigilia tus noches, o al fin conocen tus párpados el sueño?

¡Si aún corren tus lágrimas, si aún alimentas con la desolación a tu alma, sabe que llegarás al colmo de la locura!

Cuando oyó él estos versos, abrió los ojos y me dijo: "¡Bien venido seas, Ibn Al-Mansur! ¡Las cosas tomaron para mí un carácter grave!" Yo contesté enseguida: "¿Puedo, al menos, señor, serte de alguna utilidad?" Él dijo: "¡Eres el único que puede salvarme todavía! ¡Tengo el propósito de mandar a Sett Badr una carta por mediación tuya, pues tú eres capaz de convencerla para que me responda!" Yo contesté: "¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos!"

Reanimado entonces, se incorporó, desenrolló una hoja de papel en la palma de la mano, cogió un cálamo y escribió:

"¡Oh dura bienamada! He perdido la razón y me debato en la desesperanza. Antes de este día creí que el amor era una cosa fútil, una cosa fácil, una cosa leve. Pero, al naufragar en sus olas, vi ¡ay! que para quien en él se aventura es un mar terrible y confuso. A ti vuelvo con el corazón herido, implorando el perdón para lo pasado. ¡Ten piedad de mí y acuérdate de nuestro amor! Si deseas mi muerte, olvida la generosidad".

Selló entonces la carta y me la entregó. Aunque yo ignoraba la suerte de Sett Badr, no dudé: cogí la carta y regresé al jardín. Crucé el patio, y sin previa advertencia entré en la sala de recepción.

Pero cuál no sería mi asombro al advertir sentadas en las alfombras a diez jóvenes esclavas blancas en medio de las cuales se encontraba llena de vida y de salud, pero en traje de luto, Sett Badr, que se apareció como un sol puro a mis miradas asombradas.

Me apresuré a inclinarme deseándole la paz; y no bien me vio ella entrar, me sonrió devolviéndome mi zalema, y me dijo: "¡Bien venido seas, lbn Al-Mansur! ¡Siéntate! ¡Tuya es la casa!" Entonces le dije: "¡Aléjense de aquí todos los males, oh mi dueña! Pero ¿por qué te veo en traje de luto?" Ella contestó: "¡Oh, no me interrogues, lbn Al-Mansur! ¡Ha muerto la gentil! En el jardín pudiste ver la tumba donde duerme". Y vertió un mar de lágrimas, mientras intentaban consolarla todas sus compañeras.

Ante todo, creí un deber por mi parte guardar silencio; luego dije: "¡Alah la tenga en su misericordia! ¡Y caigan, en cambio, sobre ti, todas las bienandanzas que la vida reservaba aún a esa joven y dulce favorita tuya por quien lloras! ¡Parece mentira que haya muerto!" Ella dijo: "¡Pues murió la pobre!"

Aprovechándome entonces del estado de postración en que se hallaba, la entregué la carta, que hube de sacar de mi cinturón. Y añadí: "¡De tu respuesta ¡oh mi dueña! depende su vida o su muerte! Porque, en verdad, la única cosa que le ata a la tierra todavía es la espera de esta respuesta".

Cogió ella la carta, la abrió, la leyó, sonrió, y dijo: "¿Ha llegado ahora a semejante estado de pasión él, que no quería leer mis cartas otras veces? ¡Fue preciso que guardara yo silencio desde entonces y desdeñara verle, para que volviese a mí más inflamado que nunca!"

Yo contesté: "Tienes razón, y hasta te cabe el derecho de hablar aún con más amargura...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 352ª NOCHE

Ella dijo:

"...y hasta te cabe el derecho de hablar aún con más amargura. Pero el perdón de las faltas es patrimonio de las almas generosas. Y además, ¿qué harías en este palacio sola con tu dolor, después de haber muerto la gentil amiga que te consolaba con su dulzura?" Al oír estas palabras, se llenaron de lágrimas sus ojos, y permaneció pensativa durante una hora. Tras lo cual me dijo: "Creo que dijiste verdad, lbn Al-Mansur. ¡Voy a contestarle!"

Entonces ¡oh Emir de los Creyentes! cogió papel y escribió una carta, cuya elocuencia emocionante no sabrían igualar los mejores escribas de tu palacio. No me acuerdo de los términos exactos de aquella carta pero en substancia decía así:

"A pesar del deseo, ¡oh mi amante! jamás he comprendido el motivo de nuestra separación. Reflexionando bien, es posible que en el pasado errara yo. Pero el pasado ya no existe, y los celos, cualesquiera sean, deben morir con la víctima de la Separadora.

"Déjame que te tenga ahora al alcance de mi vista, para que descansen mis ojos como no lo harían con el sueño.

"Juntos entonces, beberemos nuevamente los tragos refrigerantes; y si nos embriagamos, no podrá censurarnos nadie".

Selló luego la carta y me la entregó; y le dije: "¡Por Alah! ¡he aquí lo que apacigua la sed del sediento y cura las dolencias del enfermo!" Y me disponía a despedirme para llevar la buena nueva al que la esperaba, cuando me detuvo ella aún para decirme: "¡Ya Ibn Al-Mansur, puedes añadir también que esta noche será para nosotros dos una noche de bendición!"

Y lleno de alegría corrí a casa del emir Jobair, a quien encontré con la mirada fija en la puerta por donde debía yo entrar.

Cuando hubo leído la carta y comprendió su alcance, lanzó un gran grito de alegría y cayó desvanecido. No tardó en volver en sí, y preguntóme, todavía anhelante: "Dime, ¿fue ella misma quien redactó esta carta? ¿Y la escribió con su mano?" Yo le contesté: "¡Por Alah que no supe hasta ahora que se pudiese escribir con los pies!"

Por lo demás, ¡oh Emir de los Creyentes! apenas había yo pronunciado estas palabras, cuando oímos detrás de la puerta un tintinear de brazaletes y un ruido de cascabeles y seda, viendo aparecer, un instante más tarde, a la joven en persona.

Como no puede describirse con la palabra dignamente la alegría, no trataré de hacerlo en vano. Sólo he de decirte ¡oh Emir de los Creyentes! que ambos amantes corrieron a echarse en brazos uno de otro, entusiasmados y con las bocas juntas.

Cuando salieron de su éxtasis, Sett Badr permaneció de pie, rehusando sentarse a pesar de las instancias de su amigo. Me extrañó aquello mucho, y hube de preguntarle a qué obedecía. Ella me dijo: "¡No me sentaré hasta que se formalice nuestro pacto!" Dije yo: "¿Qué pacto, ¡oh mi dueña!?" Ella dijo: "Es un pacto que sólo incumbe a los enamorados".

Y se inclinó al oído de su amigo y le habló en voz baja. Él contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y llamó a uno de sus esclavos, dándole una orden; y el esclavo desapareció.

Algunos instantes después, vi entrar al kadí y a los testigos, que extendieron el contrato de matrimonio de ambos amantes, y se fueron luego, llevando un regalo de mil dinares que les dio Sett Badr. Quise igualmente retirarme; pero no lo consintió el emir, que hubo de decirme: "¡No se dirá que tuviste únicamente parte en nuestras tristezas, sin participar de nuestra alegría!" Y me invitaron a un festín que duró hasta la aurora. Entonces me dejaron retirarme a la estancia que habíanme reservado.

Al despertarme por la mañana, entró en mi estancia un esclavo que llevaba una jofaina y un jarro, e hice mis abluciones, y recé mi plegaria matinal. Tras de lo cual fui a sentarme en la sala de recepción donde vi llegar a poco a los dos esposos, que salían del hammam, frescos aún, después de dedicarse a sus amores. Les deseé una mañana dichosa y les cumplimenté, felicitándoles e invocando bienandanzas sobre ellos; luego añadí: "Soy feliz por haber contribuido en algo a vuestra unión. Pero ¡por Alah! emir Jobair, si quieres darme una prueba de tu estimación para conmigo, explícame qué fue lo que pudo en otro tiempo irritarte hasta el punto de hacer que, para tu desgracia, te separaras de tu enamorada Sett Badr. Ella misma me describió la escena de la pequeña esclava, besándola y mimándola después de haberle peinado y trenzado los cabellos. ¡Pero me parece inadmisible, emir Jobair, que sólo aquello pudiera ocasionar tu resentimiento y no tuvieras otra causa de enojo u otras pruebas y sospechas!"

A estas palabras, el emir Jobair sonrió y me dijo: "Ibn Al-Mansur, tu sagacidad es exclusivamente maravillosa. Ahora que la favorita de Sett Badr ha muerto, se extinguió mi rencor. Puedo, pues, revelarte sin misterio el origen de nuestra desavenencia. Proviene sencillamente de una broma que me gastó, como si ambas fuesen las culpables de ella, un barquero que las llevó en su barca cierto día en que fueron a pasear por el agua.

Me dijo: "Señor, ¿cómo miras siquiera a una mujer que se burla de ti con una favorita a la que ama? Porque has de saber que en mi barca estaban apoyadas con indolencia una contra otra, y cantaban cosas muy inquietantes acerca del amor de los hombres. Y terminaron sus cánticos con estos versos:

¡Menos ardiente que mis entrañas es el fuego; pero en cuanto me acerco a mi amo, el incendio se apaga, y el hielo es menos frío que mi corazón ante sus deseos!

¡Pero no le ocurre así a mi amo! ¡En él, lo que debe estar duro, es blando, y lo que debe tener tierno es duro; pues duro es su corazón como la roca, y su otra cosa es blanda como el agua!

Entonces yo, al oír del barquero semejante relato, sentí oscurecerse el mundo ante mis ojos, y corrí a casa de Sett Badr, donde vi lo que vi. Y bastó aquello para confirmar mis sospechas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 353ª NOCHE

Ella dijo:

"...corrí a casa de Sett Badr, donde vi lo que vi. Y bastó aquello para confirmar mis sospechas. ¡Pero gracias a Alah se ha olvidado todo ahora!"

Me rogó entonces que, como prueba de su gratitud por mis buenos oficios, aceptase la suma de tres mil dinares; y le reiteré yo mis cumplimientos..."

Ibn Al-Mansur interrumpió de pronto su relato porque acababa de oír un ronquido que le cortó la palabra. Era el califa que dormía profundamente, dominado al fin por el sueño que hubo de producirle esta historia. Así es que, temiendo despertarle, lbn Al-Mansur se evadió dulcemente por la puerta que más dulcemente aún le abrió el jefe de los eunucos.

Y acabando de hablar, Schehrazada se calló un instante, miró al rey Schahriar, y le dijo: "¡En verdad, oh rey afortunado, que me asombra que con esta historia no te haya también rendido el sueño!" El rey Schahriar dijo: "¡Nada de eso! ¡Te equivocas, Schehrazada! No siento ganas de dormir esta noche; ¡y ten cuidado, no vaya a ser que, si no me cuentas enseguida una historia instructiva, ponga en práctica la amenaza de Al-Raschid a su portaalfanje!

Por ejemplo, ¿no sabrías decirme algunas palabras acerca del remedio que hay contra las mujeres que atormentan a sus esposos con un deseo de carne nunca satisfecho, y les abren así la puerta de la tumba?"

Al oír estas palabras, Schehrazada reflexionó un instante, y dijo: "¡Precisamente, oh rey afortunado, de ninguna historia me acuerdo tan bien como de una referente a ese asunto, y que enseguida voy a contarte!"

Y dijo Schehrazada:

Historia de Wardán, el carnicero, y de la hija del visir

Se cuenta, entre diversos cuentos, que había en El Cairo un hombre llamado Wardán, que tenía el oficio de carnicero, expendedor de carne de carnero. Todos los días veía entrar en su tienda a una joven espléndida de cuerpo y de rostro, pero con los ojos muy fatigados, y las facciones muy ajadas, y la tez palidísima. Y siempre llegaba seguida de un mandadero cargado con su canasta, escogía el trozo más tierno de carne y también las criadillas de un carnero, pagaba todo con una moneda de oro que pesaba dos dinares o más, metía su compra en una canasta del mandadero, y continuaba su marcha por el zoco, parándose en todas las tiendas y comprando algo a cada mercader. Y continuó conduciéndose así durante un largo espacio de tiempo, hasta que un día el carnicero Wardán, intrigado al límite de la intriga por el aspecto y el silencio y las maneras de su joven clienta, resolvió aclarar la cosa para librarse de los pensamientos que acerca de ello le asaltaban.

Por cierto que encontró precisamente la ocasión que buscaba, una mañana en que vio pasar solo por delante de la tienda al mandadero de la joven. Le detuvo, le puso en la mano una cabeza de carnero lo más excelente posible, y le dijo: "¡Oh mandadero, recomienda bien al dueño del horno que no ase demasiado la cabeza, para que no pierda sabor!" Luego añadió: "¡Oh mandadero, estoy muy perplejo con motivo de esa joven que todos los días te toma a su servicio! ¿Quién es y de dónde viene? ¿Qué hace con esas criadillas de carnero? Y sobre todo, ¿por qué tiene tan fatigados los ojos y las facciones?" El otro contestó: "¡Por Alah! que estoy tan perplejo como tú por lo que a ella respecta! Enseguida voy a decirte cuanto sé, ya que tu mano es generosa con los pobres como yo. ¡Escucha! Una vez terminadas todas sus compras, adquiere aún en casa del mercader nazareno de la esquina, un dinar o más de cierto precioso vino añejo, y me lleva cargado así hasta la entrada de los jardines del gran visir. Allí me venda los ojos con su velo, me coge de la mano y me conduce hasta una escalera, por cuyos escalones baja conmigo, para luego descargarme mi banasta, darme medio dinar por mi trabajo y una banasta vacía en lugar de la mía, y conducirme de nuevo, con los ojos vendados siempre, hasta la puerta de los jardines, donde me despide hasta el día siguiente. ¡Y no pude saber nunca lo que hace con esa carne, con esos frutos, con esas almendras, con esas velas, y con todas las cosas que me hace llevar hasta esa escalera subterránea!" El carnicero Wardán contestó: "¡No haces más que aumentar mi perplejidad, oh mandadero!" Y como llegaban otros clientes, dejó al mandadero y se puso a despacharles.

Al día siguiente, después de pasarse la noche pensando en aquel estado de cosas que le preocupaba en extremo, vio llegar a la misma hora a la joven seguida del mandadero. Y se dijo: "¡Por Alah, que esta vez, cueste lo que cueste, he de saber lo que quiero saber!" Y luego que la joven se alejó con sus diversas compras, el carnicero encargó a su dependiente que tuviese cuidado de la tienda en lo que afectaba a venta y compra, y se puso a seguirla de lejos, procurando no ser advertido. De esta suerte caminó detrás de ella hasta la entrada de los jardines del visir, y se escondió detrás de los árboles para esperar el regreso del mandadero, a quien vio, en efecto, con los ojos vendados y conducido de la mano por las avenidas. Después de una ausencia de algunos instantes, la vio volver a la entrada quitarle el velo de los ojos del mandadero, despedirle, y aguardar a que hubiese desaparecido el tal mandadero para entrar de nuevo al jardín.

Entonces salió él de su escondite y la siguió con los pies descalzos, ocultándose tras los árboles. De esta suerte la vio llegar ante un peñasco, tocarlo de cierta manera, haciéndolo girar sobre sí mismo, y desaparecer bajo tierra. Esperó entonces algunos instantes, y se acercó al peñasco, con el que manipuló del propio modo, consiguiendo hacerlo girar. Se hundió entonces bajo tierra, colocando otra vez el peñasco en su sitio, y he aquí contado por él mismo lo que vio.

Dijo:

"Al principio no distinguí nada en la oscuridad subterránea; luego acabé por vislumbrar un pasillo, en el fondo del cual se filtraba la luz; le recorrí, siempre descalzo y conteniendo la respiración, y llegué a una puerta tras de la que percibí risas y gruñidos. Apliqué un ojo a una ranura por la que pasaba un rayo de luz, y vi enlazados sobre un diván a la joven y un mono enorme, de rostro completamente humano, haciendo contorsiones y movimientos. Al cabo de algunos instantes se desenlazó de él la joven, se puso en pie y se despojó de toda su ropa para tenderse de nuevo en el diván, pero enteramente desnuda. Y enseguida saltó sobre ella el mono, y la cubrió, cogiéndola en sus brazos.

Y cuando acabó su cosa con ella, se levantó, descansó un instante, y luego la poseyó otra vez, cubriéndola. Se levantó después, y descansó otra vez, pero para caer de nuevo sobre ella y poseerla, y así lo hizo diez veces seguidas de la misma manera, mientras ella, por su parte, le otorgaba cuanto de más fino y delicado otorga la mujer al hombre. Tras de lo cual, cayeron ambos desvanecidos en un aniquilamiento. Y ya no se movieron.

Yo quedé estupefacto...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 354ª NOCHE

Ella dijo:

...Yo quedé estupefacto. Y dije desde el fondo de mi alma: "¡Ahora o nunca es la ocasión!" Y empujando con un hombro, derribé la puerta y me precipité en la sala blandiendo mi cuchillo de carnicero, tan afilado, que cortaba el hueso mejor que la carne.

Me abalancé resueltamente sobre el enorme mono, del que no se movió ni un solo músculo de tanto como sus ejercicios le habían extenuado; le apoyé con brusquedad mi cuchillo en la nuca, y de un golpe le separé del tronco la cabeza. Entonces la fuerza vital que residía en él salió de su cuerpo con gran estrépito, estertores y convulsiones, hasta el punto de que la joven abrió de repente los ojos y me vio con el cuchillo lleno de sangre en la mano. Lanzó entonces tal grito de terror, que por un momento creí verla expirar sin remedio. No obstante, al ver que yo no la quería mal, pudo recobrar su ánimo poco a poco y reconocerme. Entonces me dijo: "¿Es así ¡oh Wardán! como tratas a un cliente fiel?" Yo le dije: "¡Oh enemiga de ti misma! ¿Acaso no hay hombres, para que recurras a semejante procedimiento?" Ella me contestó: "¡Oh Wardán, escucha primeramente la causa de todo eso, y tal vez me disculpes!

"Sabrás, en efecto, que soy la hija única del gran visir. Hasta la edad de quince años he vivido tranquila en el palacio de mi padre; pero un día me enseñó un negro lo que tenía yo que aprender, y me tomó lo que de mí podía tomarse. Por lo demás, debes saber que no hay nada como un negro para inflamarnos nuestro interior a las mujeres, sobre todo cuando el terreno ha sentido ese abono negro la primera vez. Así es que no te extrañe saber que mi terreno se quedó tan excitado desde entonces, que se hacía necesario lo regase el negro a todas horas sin interrupción.

"Al cabo de cierto tiempo, murió el negro en la tarea, y yo conté mi pena a una vieja del palacio, que me había conocido desde la infancia. La vieja bajó la cabeza y me dijo: "Lo único que en adelante puede reemplazar junto a ti a un negro, hija mía, es el mono. Porque nadie más fecundo en asaltos que un mono".

"Me dejé persuadir por la vieja, y un día, al ver pasar bajo las ventanas del palacio a un domador de monos que hacía ejecutar cabriolas a sus animales me descubrí el rostro de repente a la vista del más corpulento de entre ellos, que estaba mirándome. Enseguida rompió él su cadena, y sin que pudiese detenerle su amo, huyó por las calles, dio un gran rodeo, entró en el palacio por los jardines, y corrió directamente a mi estancia, donde al punto me cogió en sus brazos, e hizo lo que hizo diez veces seguidas sin interrumpirse.

"Pero he aquí que mi padre acabó por enterarse de mis relaciones con el mono, y creí que aquel día me mataba. Entonces, como no podía prescindir de mi mono en lo sucesivo, hice que labraran para mí en secreto este subterráneo, donde le encerré. Y yo misma le traía de comer y de beber, hasta hoy en que la fatalidad te hizo descubrir mi escondrijo y te impulsó a matarle. ¡Ay! ¿Qué será de mí ahora?"

Entonces traté de consolarla, y le dije para calmarla: "Ten la seguridad ¡oh mi señora! que puedo reemplazar junto a ti al mono. ¡Ya lo verás cuando probemos, porque estoy reputado como cabalgador!" Y por cierto que aquel día y los siguientes hube de demostrarla que mi brío superaba al del difunto mono y al del difunto negro.

Aquello, sin embargo, no pudo prolongarse del mismo modo mucho tiempo; porque, al cabo de algunas semanas, yo me perdía allí dentro como en un abismo sin fondo. Y la joven, por el contrario, veía de día en día aumentar sus deseos y progresar su fuego interno.

En tan embarazosa situación, hube de recurrir a la ciencia de una vieja a quien yo conocía como incomparable en el arte de preparar filtros y confeccionar remedios para las enfermedades más rebeldes. Le conté la historia desde el principio hasta el fin, y le dije: "Ahora, mi buena tía, quiero pedirte que me prepares algo capaz de aplacar los deseos de esta mujer y de calmar su temperamento". Ella me contestó: "¡Nada más fácil!"

Dije: "¡Me confío enteramente a tu ciencia y a tu sabiduría!"

Entonces cogió ella una marmita, en la que echó once granos de altramuz de Egipto, una onza de vinagre virgen, dos onzas de lúpulo y algunas hojas de digital. Hizo hervir todo durante dos horas, escurrió cuidadosamente el líquido, y me dijo: "Ya está el remedio". Entonces le rogué que me acompañara al subterráneo; y allí me dijo: "¡Conviene que la cabalgues hasta que caiga extenuada!"

Y se retiró al pasillo cara esperar a que se ejecutase su orden.

Hice lo que me pedía, y con tanto acierto, que la joven perdió el conocimiento. Entonces entró la vieja en la sala, y después de recalentar el líquido consabido, lo echó en una vasija de cobre y lo colocó entre los muslos de la hija del visir. Le dio fumigaciones que le penetraron muy adentro en las partes fundamentales, y debieron producir un efecto radical, porque de pronto vi caer entre los muslos separados dos objetos que empezaron a agitarse. Los examiné de cerca, y vi que eran dos anguilas, una amarilla y otra negra.

Al ver las dos anguilas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 355ª NOCHE

Ella dijo:

...Al ver las dos anguilas, la vieja llegó al límite del júbilo, y exclamó: "¡Da las gracias a Alah, hijo mío! ¡El remedio produjo efecto! Porque has de saber que estas dos anguilas eran la causa del deseo insaciable de que fuiste a quejarte a mí. Una de las anguilas ha nacido de las cópulas con el negro, y la otra de las cópulas con el mono. ¡Ahora que han sido desalojadas, la joven gozará de un temperamento moderado y no volverá a mostrarse fatigosa y desordenada en sus deseos!"

Y efectivamente, noté que desde que volvió en sí la joven, no pedía que satisficieran sus sentidos.

Y la encontré tan tranquila, que no dudé en pedirla en matrimonio. Consintió porque se había acostumbrado a mí. Y desde entonces vivimos juntos la vida más dulce entre las delicias más perfectas, después de recoger en nuestra casa a la vieja que había realizado curación tan asombrosa, enseñándonos el remedio contra los deseos inmoderados.

¡Glorificado sea el Viviente que no muere nunca y tiene en su mano los imperios y los reinados!"

Y continuó Schehrazada: "Tal es ¡oh rey afortunado! todo cuanto sé acerca del remedio que ha de aplicarse a las mujeres de temperamento demasiado molesto". Y dijo el rey Schahriar: "¡Hubiera querido conocer esa receta el año último, para hacer fumigar a la maldita a quien sorprendí en el jardín con el esclavo negro! ¡Pero ahora, Schehrazada, vas a dejar las historias científicas, y a contarme esta noche, si puedes, una historia más asombrosa que todas las ya oídas, porque me siento el pecho más oprimido que de costumbre!"

Y contestó Schehrazada: "¡Sí, puedo!" y al punto dijo:

HISTORIA DE LA REINA YAMLIKA, PRINCESA SUBTERRÁNEA

Se cuenta que en la antigüedad del tiempo y el pasado de las edades y de los siglos, había un sabio entre los sabios de Grecia que se llamaba Danial. Tenía muchos discípulos respetuosos, que escuchaban su enseñanza y se aprovechaban de su ciencia; pero le faltaba el consuelo de un hijo que pudiese heredarle sus libros y sus manuscritos. Como ya no sabía qué hacer para obtener este resultado, concibió la idea de rogar al Dueño del cielo que le concediese semejante favor. Y el Altísimo que no tiene portero en la puerta de su generosidad, escuchó el ruego, y en aquella hora y aquel instante hizo que quedase encinta la esposa del sabio.

Durante los meses que duró el embarazo de su esposa, se dijo el sabio Danial, que ya se veía muy viejo: "¡La muerte está cercana, y no sé si el hijo que voy a tener podrá encontrar un día intactos, mis libros y mis manuscritos!" Y desde entonces consagró todo su tiempo a resumir en algunas hojas cuanta ciencia contenían sus diversos escritos. Llenó así con una letra muy menuda cinco hojas, que encerraban la quintaesencia de todo su saber y de los cinco mil manuscritos que poseía. Luego las releyó, reflexionó, y le pareció que hasta en aquellas cinco hojas había cosas que podían quintaesenciarse aún más. Entonces consagró todavía un año a la reflexión, y acabó por resumir las cinco hojas en una sola, cinco veces más pequeña que las primeras. Y cuando terminó aquel trabajo, sintió que estaba próximo su fin.

Entonces, para que sus libros y sus manuscritos no llegasen a ser propiedad de otro, el viejo sabio los tiró hasta el último al mar, y no conservó más que la consabida hojita de papel. Llamó a su esposa encinta, y le dijo: "Acabó mi tiempo, ¡oh mujer! y no me es dable educar por mí mismo al hijo que nos concede el cielo y a quien no he de ver. Pero le dejo por herencia esta hojita de papel, que solamente le darás el día en que te pida la parte que le corresponde de los bienes de su padre. Y si llega a descifrarla y a comprender su sentido, será el hombre más sabio del siglo. ¡Deseo que se llame Hassib!" Y tras de haber dicho estas palabras, el sabio Danial expiró en la paz de Alah.

Se le hicieron funerales, a los que asistieron todos sus discípulos y todos los habitantes de la ciudad. Y todos le lloraron mucho y tomaron parte en el duelo por su muerte.

He aquí que algunos días después la esposa de Danial echó al mundo un niño varón, muy proporcionado, a quien se le llamó Hassib, cumpliendo la recomendación del difunto. Al mismo tiempo mandó convocar la madre a los astrólogos, quienes, una vez hechos sus cálculos y terminada su observación de los astros, sacaron el horóscopo del niño, y dijeron: "¡Oh mujer! tu hijo vivirá largos años si escapa a un peligro que está suspendido sobre su juventud. Si evita este peligro, alcanzará un grado sumo de ciencia y de riqueza". Y se fueron por su camino.

Cuando tuvo el niño la edad de cinco años, su madre le llevó a la escuela para que aprendiese algo allí; pero no aprendió nada absolutamente. Le sacó ella entonces de la escuela, y quiso que abrazara una profesión; pero pasaron muchos años sin que el muchacho hiciese nada, y llegó a la edad de quince sin aprender nada tampoco, y sin lograr un medio de vida con qué contribuir a los gastos de su madre. Se echó a llorar entonces ella, y las vecinas le dijeron: "Sólo el matrimonio podría darle aptitud para el trabajo; porque entonces verá que cuando se tiene una mujer hay que trabajar para sostenerla".

Estas palabras decidieron a la madre a ponerse en movimiento y a buscar entre sus conocimientos una joven; y habiendo encontrado una que era de su conveniencia, se la dio en matrimonio. Y el joven Hassib fue perfecto para con su esposa, y no la desdeñó, sino todo lo contrario. Pero continuó sin hacer nada y sin aficionarse a trabajo alguno.

Y he aquí que en la vecindad había leñadores, que dijeron a la madre un día: "Compra a tu hijo un asno, cuerdas y un hacha, y déjale ir a cortar leña a la montaña con nosotros. Luego venderemos la leña y repartiremos el provecho con él. De esta manera podrá ayudarte en tus gastos y sostener mejor a su esposa.

Al oír tales palabras, la madre de Hassib, llena de alegría, le compró enseguida un asno, cuerdas y un hacha, y se lo confió a los leñadores, recomendándoselo mucho; y los leñadores, le contestaron: "No te preocupes por eso. ¡Es hijo de nuestro amo Danial, y sabremos protegerle y velar por él!" Y le llevaron consigo a la montaña, donde le enseñaron a cortar leña y a cargarla a lomos del asno para venderla luego en el mercado. Y Hassib se aficionó en extremo a este oficio, que le permitía pasearse a la vez que ayudar a su madre y a su esposa.

Y un día entre los días, cuando cortaban leña en la montaña, les sorprendió una tempestad, acompañada de lluvia y de truenos, que hubo de obligarles a correr para refugiarse en una caverna situada no lejos de allí, y en la cual encendieron lumbre para calentarse. Y al mismo tiempo encargaron al joven Hassib, hijo de Danial, que hiciese leños para alimentar el fuego.

Mientras Hassib, retirado en el fondo de la caverna, se ocupaba en partir madera, oyó de pronto resonar su hacha sobre el suelo con un ruido sonoro, como si en aquel sitio hubiese un espacio hueco bajo tierra. Empezó entonces a escarbar con los pies, y puso a la vista una losa de mármol antiguo con una anilla de cobre...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 356ª NOCHE

Ella dijo:

...Una losa de mármol antiguo con una anilla de cobre. Al ver aquello, llamó la atención a sus compañeros, que acudieron v consiguieron levantar la losa de mármol. Y dejaron entonces al descubierto una cueva muy ancha y muy profunda, en la que se alineaba una cantidad innumerable de ollas que parecían viejas, y cuyo cuello estaba sellado cuidadosamente. Bajaron entonces por medio de cuerdas a Hassib al fondo de la cueva, para que viese el contenido de las ollas y las atase a las cuerdas con objeto de que las izaran a la caverna.

Cuando bajó a la cueva el joven Hassib, empezó por romper con su hacha el cuello de una de las ollas de barro, y al punto vio salir de ella una miel amarilla de calidad excelente. Participó su descubrimiento a los leñadores, quienes, aunque un poco desencantados por encontrar miel donde esperaban dar con un tesoro de tiempos antiguos, se alegraron bastante al pensar en la ganancia que había de procurarles la venta de las innumerables ollas con su contenido. Izaron, una tras otra, todas las ollas, conforme las ataba el joven Hassib, cargándolas en sus asnos en vez de la leña, y sin querer sacar del subterráneo a su compañero, marcharon a la ciudad todos, diciéndose: "Si le sacáramos de la cueva, nos veríamos obligados a partir con él el provecho de la venta. ¡Además, es un bribón, cuya muerte será para nosotros preferible a su vida!"

Y se encaminaron, pues, al mercado con sus asnos, y comisionaron a uno de los leñadores para que fuese a decir a la madre de Hassib: "Estando en la montaña, cuando estalló la tempestad sobre nosotros, el asno de tu hijo se dio a la fuga y obligó a tu hijo a correr detrás de él mientras los demás nos refugiábamos en una caverna. Quiso la mala suerte que de repente saliera de la selva un lobo y matara a tu hijo, devorándole con el asno. ¡Y no hemos encontrado otras huellas que un poco de sangre y algunos huesos!"

Al saber semejante noticia, la desgraciada madre y la pobre mujer de Hassib se abofetearon el rostro y cubriéronse con polvo la cabeza, llorando todas las lágrimas de su desesperación. ¡Y esto por lo que a ellas se refiere!

En cuanto a los leñadores, vendieron las ollas de miel a un precio muy ventajoso, y realizaron una ganancia tan considerable, que cada uno de ellos pudo abrir una tienda para vender y comprar. Y no se privaron de ningún placer, comiendo y bebiendo a diario las cosas más excelentes. ¡Y esto por lo que a ellos se refiere!

¡Pero he aquí lo que al joven Hassib le acaeció! Cuando vio que no le sacaban de la cueva, se puso a gritar y a suplicar, pero en vano, porque ya se habían marchado los leñadores, y tenían resuelto dejarle morir sin socorrerle. Trató entonces de abrir en las paredes agujeros donde enganchar manos y pies; pero comprobó que las paredes eran de granito y resistían al acero del hacha. Entonces no tuvo límites su desesperación, e iba a lanzarse al fondo de la cueva para dejarse morir allí, cuando de pronto vio salir de un intersticio de la pared de granito a un escorpión, que avanzó hacia él para picarle. Aplastóle de un hachazo, y examinó el intersticio consabido, por el que vio se escapaba un rayo de luz. Se le ocurrió entonces la idea de meter por aquel intersticio la hoja del hacha, apalancando fuertemente. Y con gran sorpresa por su parte, pudo de tal modo descubrir una puerta, que se alzó poco a poco, mostrando una abertura lo bastante amplia para dar paso a un cuerpo de hombre.

Al ver aquello, no dudó un instante Hassib, penetrando por la abertura, y se encontró en una larga galería subterránea, de cuya extremidad venía la luz. Durante una hora estuvo recorriendo la tal galería, y llegó ante una puerta considerable de acero negro, con cerradura de plata y llave de oro. Abrió aquella puerta, y de repente hallóse al aire libre, en la orilla de un lago, al pie de una colina de esmeralda. En el borde del lago vio un trono de oro resplandeciente de pedrerías, y a su alrededor, reflejándose en el agua, sillones de oro, de plata, de esmeralda, de cristal, de acero, de madera de ébano y de sándalo blanco. Contó estos sillones, y supo que su número era de doce mil, ni más ni menos. Cuando hubo acabado de contarlos, y de admirar su belleza, y el paisaje, y el agua que los reflejaba, fue a sentarse en el trono de en medio para gozar mejor del espectáculo maravilloso que ofrecían el lago y la montaña.

Apenas habíase sentado en el trono de oro el joven Hassib, cuando oyó un son de címbalos y de gongs, y de pronto vio avanzar por la falda de la colina de esmeralda una fila de personas que se desplegaba hacia el lago, deslizándose más que caminando; y no pudo distinguirlas a causa de la distancia. Cuando estuvieron más cerca, vio que eran mujeres de belleza admirable, pero cuya extremidad inferior terminaba como el cuerpo alargado y reptador de las serpientes. Su voz era muy agradable, y cantaban en griego loas a una reina que él no veía. Pero enseguida apareció detrás de la colina un cuadro formado por cuatro mujeres serpentinas, que llevaban en sus brazos, alzados por encima de su cabeza, un gran azafate lleno de oro, en el que se mostraba la reina sonriente y llena de gracia. Avanzaron las cuatro mujeres hasta el trono de oro, del que Hassib se apresuró a alejarse, y colocaron allí a su reina, arreglándola los pliegues de sus velos, y se mantuvieron detrás de ella, en tanto que cada una de las demás mujeres serpentinas habíase deslizado hacia uno de los sillones preciosos dispuestos alrededor del lago. Entonces con una voz de timbre encantador, dijo la reina algunas palabras en griego a las que la rodeaban; y al punto dieron una señal los címbalos, y todas las mujeres serpentinas entonaron un himno griego en honor de la reina y se sentaron en los sillones.

Cuando acabaron su canto, la reina, que había notado la presencia de Hassib, volvió la cabeza gentilmente hacia él y le hizo una seña para animarle a que se aproximara. Y aunque muy emocionado, se aproximó Hassib, y la reina le invitó a sentarse, y le dijo: "¡Bien venido seas a mi reino subterráneo, ¡oh joven a quien el destino propicio condujo hasta aquí! Ahuyente de ti todo temor, y dime tu nombre, porque soy la reina Yamlika, princesa subterránea. Y todas estas mujeres serpentinas son súbditas mías. Habla, pues, y dime quién eres, y cómo pudiste llegar hasta este lago, que es mi residencia de invierno y el sitio donde vengo a pasar algunos meses cada año, dejando mi residencia veraniega del monte Cáucaso".

Al oír estas palabras, el joven Hassib, tras de besar la tierra entre las manos de la reina Yamlika, se sentó a su diestra en un sillón de esmeralda, y dijo: "Me llamo Hassib, y soy hijo del difunto Danial, el sabio. Mi oficio es el de leñador, aunque hubiese podido llegar a ser mercader entre los hijos de los hombres, o hasta un gran sabio. ¡Pero preferí respirar el aire de las selvas y montañas, pensando que habría siempre tiempo para encerrarse, después de la muerte, entre las cuatro paredes de la tumba!"

Luego contó con detalles lo que le había ocurrido con los leñadores, y cómo, por efecto del azar, pudo penetrar en aquel reino subterráneo.

El discurso del joven Hassib complació mucho a la reina Yamlika, que le dijo: "¡Dado el tiempo que estuviste abandonado en la fosa, debes tener bastante hambre y bastante sed, Hassib!" E hizo cierta seña a una de sus damas, la cual se deslizó hasta el joven llevando en su cabeza una bandeja de oro llena de uvas, granadas, manzanas, alfónsigos, avellanas, nueces, higos frescos y plátanos. Luego, cuando hubo él comido y aplacado su hambre, bebió un sorbete delicioso contenido en una copa tallada en un rubí. Entonces se alejó con la bandeja la que le había servido, y dirigiéndose a Hassib le dijo la reina Yamlika: "¡Ahora, Hassib, puedes estar seguro de que mientras dure tu estancia en mi reino no te sucederá nada desagradable. Si tienes, pues, intención de quedarte con nosotras a orillas de este lago y a la sombra de estas montañas una semana o dos, para hacerte pasar mejor el tiempo te contaré una historia que servirá para instruirte cuando estés de regreso en el país de los hombres!"

Y entre la atención de las doce mil mujeres serpentinas sentadas en los sillones de esmeralda y de oro, la reina Yamlika, princesa subterránea, contó en lengua griega lo siguiente al joven Hassib, hijo de Danial, el sabio:

HISTORIA DE BELUKIA

"Has de saber ¡oh Hassib! que en el reino de Bani-Israil había un rey muy prudente que en su lecho de muerte llamó a su hijo, heredero de su trono, y le dijo: "¡Oh hijo Belukia, te recomiendo que cuando tomes posesión del poder hagas por ti mismo inventario de cuantas cosas hay en este palacio, sin que dejes de examinar nada con la mayor atención!"

Entonces, el primer cuidado del joven Belukia al convertirse en rey fue pasar revista a los efectos y tesoros de su padre, y recorrer las diferentes salas que servían de almacén a todas las cosas preciosas acumuladas en el palacio. De este modo llegó a una sala retirada, en la que halló una arquilla de madera de ébano colocada encima de una columnata de mármol blanco que se elevaba en medio de la habitación. Belukia apresuróse a abrir la arquilla de ébano, y encontró dentro de ella un cofrecillo de oro. Abrió el cofrecillo de oro, y vio un rollo de pergamino, que desplegó al punto.

Y decía en lengua griega: Quien desee llegar a ser dueño y soberano de los hombres, de los genios, de las aves y de los animales, no tendrá más que encontrar el anillo que el profeta Soleimán lleva al dedo en la Isla de los Siete Mares que le sirve de sepultura. Ese anillo mágico es el que Adán, padre del hombre, llevaba al dedo en el paraíso antes de su pecado, y que se lo quitó el ángel Gobrail, donándoselo al prudente Soleimán más tarde. Pero ningún navío podría intentar surcar los piélagos y llegar a esa isla situada allende los Siete Mares. Sólo llevará a cabo esta empresa quien encuentre el vegetal con cuyo jugo basta frotar la planta de los pies para poder caminar por la superficie del mar. Ese vegetal se encuentra en el reino subterráneo de la reina Yamlika. Y únicamente esta princesa sabe el lugar dónde crece tal planta; porque conoce el lenguaje de las plantas y las flores todas, y no ignora ninguna de sus virtudes. Quien quiera dar con este anillo, vaya primero al reino subterráneo de la reina Yamlika.

¡Y si es tan dichoso que triunfa y se apodera del anillo, no solamente podrá entonces dominar a todos los seres creados, sino que también penetrará en la Comarca de las Tinieblas para beber en la Fuente de Vida, que da belleza, juventud, ciencia, prudencia e inmortalidad!

Cuando hubo leído este pergamino el príncipe Belukia, convocó seguida a los sacerdotes, magos y sabios de Bani-lsrail...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 358ª NOCHE

Ella dijo:

...convocó enseguida a los sacerdotes, magos y sabios de Bani-israil, y les preguntó si entre ellos había alguno capaz de enseñarle el camino que conducía al reino subterráneo de la princesa Yamlika. Todos los circunstantes le indicaron entonces con el dedo al sabio Offán, que se encontraba en medio de ellos. Y el sabio Offán era un venerable anciano que había profundizado en todas las ciencias conocidas, y poseía los misterios de la magia, las llaves de la astronomía y de la geometría, y todos los arcanos de la alquimia y de la hechicería. Avanzó, pues, entre las manos del joven rey Belukia, que le preguntó: "¿Puedes, verdaderamente, ¡oh sabio Offán! conducirme al reino de la princesa subterránea?"

Y contestó el otro: "¡Puedo!"

Entonces el joven rey Belukia nombró a su visir para que le sustituyera en la dirección de los asuntos del reino mientras durase su ausencia, se despojó de sus atributos reales, vistióse con la capa del peregrino, y se puso un calzado de viaje. Tras de lo cual, seguido por el sabio Offán, salió de su palacio y de su ciudad y se adentró en el desierto.

Sólo entonces le dijo el sabio Offán: "¡Aquí es el lugar propicio para hacer los conjuros que deben enseñarnos el camino!" Se detuvieron, pues, y Offán trazó sobre la arena, en torno suyo, el círculo mágico, hizo los conjuros rituales, y no dejó de descubrir por aquel lado el sitio en que se hallaba la entrada a mi reino subterráneo. Hizo entonces todavía algunos otros conjuros, y se entreabrió la tierra, y les dio paso a ambos hasta el lago que tienes delante de los ojos, ¡oh Hassib!

Yo les acogí con todas las consideraciones que guardo para quien viene a visitar mi reino. Entonces me expusieron ellos el objeto de su visita y al punto me hice llevar en mi azafate de oro sobre la cabeza de las que me transportan, y les conduje a la cumbre de esa colina de esmeralda, donde a mi paso plantas y flores rompen a hablar cada cual en su lenguaje, unas por la derecha, otras por la izquierda, pregonando en voz alta o en voz baja sus virtudes particulares. Y en medio de aquel concierto que ascendía así hasta nosotros, musical y perfumado por jugos esenciales, llegamos ante las mazorcas de una planta, que con todas las corolas rojas de sus flores cantaban bajo la brisa que la inclinaba: "¡Yo soy la maravillosa que otorga a quien se frota los pies con mi jugo la facultad de caminar sin mojarse por la superficie de todos los mares que creó Alah el Altísimo!"

Dije a mis dos visitantes entonces: "¡He aquí delante de vosotros la planta que buscáis!" Y al punto cortó Offán cuantas plantas de esas quiso, maceró los brotes y recogió el jugo en un frasco grande que le di.

Pensé entonces en interrogar a Offán, y le dije: "¡Oh, sabio Offán!, ¿puedes decirme el motivo que a ambos os impulsa a surcar los mares?"

Me contestó: "¡Oh reina, es para ir a la Isla de los Siete Mares a buscar el anillo mágico de Soleimán, señor de los genn, de los hombres, de los animales y de las aves!"

Yo le dije: "¿Cómo no sabes ¡oh sabio! que nadie que no sea Soleimán, haga lo que haga, podrá apropiarse de ese anillo? ¡Créeme Ofán, y tú también, oh joven rey Belukia! ¡Escúchame! Abandonad ese proyecto temerario, ese proyecto insensato de recorrer los mares de la creación para ir en busca de ese anillo que no poseerá nadie. ¡Mejor es que cojáis aquí la planta que otorga una juventud eterna a quienes comen de ella!" Pero no quisieron escucharme, y despidiéndose de mí, desaparecieron por donde habían venido".

Aquí dejó de hablar la reina Yamlika, mondó un plátano, que ofreció al joven Hassib, comióse un higo ella, y dijo: "Antes de continuar ¡oh Hassib! con la historia de Belukia y de contarte su viaje por los Siete Mares y las demás aventuras que le acontecieron, ¿no querrías saber con exactitud la situación de mi reino al pie del monte Cáucaso, que rodea la tierra como un cinturón y conocer su extensión, sus alrededores, sus plantas animadas y parlantes, sus genn y sus mujeres serpentinas, súbditas nuestras, cuyo número sólo conoce Alah? ¿Quieres que te diga cómo reposa todo el monte Cáucaso sobre una roca maravillosa de esmeralda. El Sakhart, cuyo reflejo da a los cielos su color azulado? Podría hablarte también del paraje exacto del Cáucaso en que se halla el Gennistán, capital de los genn sometidos al rey Jan ben-Jan, y revelarte el sitio donde mora en el Valle de los Diamantes el pájaro rokh; de paso te enseñaría los campos de batalla que se estremecen con las hazañas de los héroes famosos".

Pero contestó el joven Hassib: "¡Prefiero mucho más, oh reina Yamlika! conocer la continuación de las aventuras del rey Belukia!"

Entonces prosiguió así la reina subterránea:

"Cuando el joven Belukia y el sabio Offán me dejaron para ir a la isla situada allende los Siete Mares, donde se encuentra el cuerpo de Soleimán, llegaron a la orilla del Primer Mar, y se sentaron allí en tierra, y empezaron por frotarse enérgicamente la planta de los pies y los tobillos con el jugo que habían recogido en el frasco. Luego se levantaron, y con mucha precaución al principio, se aventuraron por mar. Pero cuando comprobaron que podían marchar por el agua sin temor a ahogarse, y aún mejor que en tierra firme, se animaron, y se pusieron en camino muy de prisa para no perder tiempo.

De ese modo anduvieron por aquel mar durante tres días y tres noches, y a la mañana del cuarto día arribaron a una isla que les pareció el paraíso de tanto como hubo de maravillarles su hermosura...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 359ª NOCHE

Ella dijo:

...una isla que les pareció el paraíso, de tanto como hubo de maravillarles su hermosura. La tierra que hollaban era de azafrán dorado; las piedras eran de jade y de rubíes; extendíanse las praderas en cuadros de flores exquisitas con corolas ondulantes bajo la brisa que embalsamaban, casándose las sonrisas de las rosas con las tiernas miradas de los narcisos, conviviendo los lirios con los claveles, las violetas, la manzanilla y las anémonas, y triscando ligeras entre las líneas blancas de jazmines las gacelas saltarinas; las frondas de los áloes y de otros árboles de grandes flores refulgentes susurraban con todas sus ramas, desde las que arrullaban las tórtolas en respuesta al murmullo de los arroyos, y con voz conmovida cantaban los ruiseñores a las rosas su martirio amoroso, mientras las rosas escuchábanles atentamente; aquí los manantiales melodiosos se ocultaban bajo cañaverales de azúcar, únicas cañas que en el paraje había; allá, la tierra natural mostraba sin esfuerzo sus riquezas jóvenes y respiraba en medio de su primavera.

Así es que el rey Belukia y Offán se pasearon hasta la noche muy satisfechos en la sombra de los bosquecillos, contemplando aquellas maravillas que les llenaban de delicias el alma. Luego, cuando cayó la noche, se subieron a un árbol para dormir en él; y ya iban a cerrar los ojos, cuando de pronto retembló la isla con un formidable bramido que la conmovió hasta sus cimientos, y vieron salir de las olas del mar a un animal monstruoso que tenía en sus fauces una piedra brillante como una antorcha, e inmediatamente detrás de él, una multitud de monstruos marinos, cada cual con una piedra luminosa en sus fauces. Así es que la isla quedó enseguida tan clara como en pleno día con todas aquellas piedras.

En el mismo momento, y de todos lados a la vez, llegaron leones, tigres y leopardos en tal cantidad, que sólo Alah habría podido contarlos. Y los animales de la tierra encontráronse en la playa con los animales marinos, y se pusieron a charlar y a conversar entre sí hasta la mañana. Entonces volvieron al mar los monstruos marinos, y las fieras se dispersaron por la selva. Y Belukia y Offán, que no habían podido cerrar los ojos en toda la noche a causa del miedo, se dieron prisa a bajar del árbol y correr a la playa, donde se frotaron los pies con el jugo de la planta para proseguir al punto su viaje marítimo.

De tal suerte viajaron por el Segundo Mar durante días y noches, hasta que arribaron al pie de una cadena de montañas, en medio de las cuales se abría un valle maravilloso, en el que todos los guijarros y todos los peñascos eran de piedra imán y no había allá huellas de fieras ni de otros animales feroces. Así es que se pasearon a la ventura durante todo el día, alimentándose con pescado seco, y al caer la tarde se sentaron a la orilla del mar para ver la puesta del sol, cuando de repente oyeron un maullido espantoso, y a algunos pasos detrás de sí vieron a un tigre que se disponía a saltar sobre ellos. Tuvieron el tiempo preciso para frotarse los pies con el jugo de la planta y ponerse fuera del alcance de la fiera huyendo por el mar.

Y se encontraron en el Tercer Mar.

Y fue aquella una noche muy negra, y a impulsos de un viento que soplaba con violencia, el mar se agitó mucho, lo cual hizo la marcha en extremo fatigosa, máxime para viajeros extenuados ya por la falta de sueño. Felizmente, al rayar el alba llegaron a una isla, donde lo primero que hicieron fue echarse para descansar. Tras de lo cual se levantaron con propósito de recorrer la isla, y la hallaron cubierta de árboles frutales. Pero aquellos árboles tenían la facultad maravillosa de que sus frutos crecían confitados en las ramas. Así es que disfrutaron extraordinariamente en aquella isla ambos viajeros, en especial Belukia, a quien gustaban muchísimo las frutas confitadas y todas las cosas almibaradas en general, y se pasó todo el día dedicado a su regalo. Incluso obligó al sabio Offán a detenerse allí diez días enteros, para tener tiempo de saciarse con aquellas frutas deliciosas.

Pero he aquí que al terminar el décimo día había abusado de su dulzor de tal manera, que se le puso malo el vientre, y disgustado, se apresuró a frotarse las plantas de los pies y los tobillos con el jugo del vegetal, haciendo Offán lo propio, y se pusieron en camino por el Cuarto Mar.

Viajaron cuatro días y cuatro noches por este Cuarto Mar, y tomaron tierra en una isla que no era más que un banco de arena muy fina, de color blanco, donde anidaban reptiles de todas formas, cuyos huevos se incubaban al sol. Como no advirtieron en aquella isla ningún árbol ni una sola brizna de hierba, no quisieron pararse allá más que el tiempo preciso para descansar y frotarse los pies con el jugo que contenía el frasco.

Por el Quinto Mar sólo viajaron un día y una noche, porque al amanecer vieron una islita cuyas montañas eran de cristal con anchas venas de oro, y estaban cubiertas de árboles asombrosos que tenían flores de un amarillo brillante. Al caer la noche estas flores refulgían como astros, y su resplandor, reflejado por las rocas de cristal, iluminó la isla y la dejó más brillante que en pleno día. Y dijo Offán a Belukia: "Delante de los ojos tienes la Isla de las Flores de Oro. Se trata de unas flores que, después de caer de los árboles y cuando se secan, se reducen a polvo, y su fusión acaba por formar las venas de donde se saca el oro. Esta Isla de las Flores de Oro no es más que una partícula del sol separado del astro, y caída antaño aquí mismo".

Pasaron, pues, en aquella isla una noche magnífica, y al día siguiente se frotaron los pies con el líquido precioso y penetraron en la sexta región marítima.

Viajaron por el Sexto Mar...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 360ª NOCHE

Ella dijo:

...Viajaron por el Sexto Mar el tiempo suficiente para experimentar un placer grande al llegar a una isla cubierta de hermosísima vegetación, en la cual pudieron disfrutar de algún reposo sentados en la playa. Se levantaron luego y comenzaron a pasearse por la isla. ¡Pero cuál no sería su espanto al ver que los árboles ostentaban, a manera de frutos, cabezas humanas sostenidas por los cabellos! No tenían la misma expresión todas aquellas frutas en forma de cabeza humana: sonreían unas, lloraban o reían otras, mientras que las que habían caído de los árboles rodaban por el polvo y acababan por transformarse en globos de fuego que alumbraban la selva y hacían palidecer la luz del sol.

Y no pudieron por menos de pensar ambos viajeros: "¡Qué selva más singular!" Pero no se atrevieron a acercarse a aquellas frutas extrañas, y prefirieron volver a la playa. Y he aquí que a la caída de la tarde se sentaron detrás de una roca, y vieron de repente salir del mar y avanzar por la playa doce hijas del mar, de una belleza sin par, y con el cuello ceñido por un collar de perlas, quienes se pusieron a bailar en corro, saltando y dedicándose a jugar entre ellas con mil juegos locos durante una hora. Tras de lo cual se pusieron a cantar a la luz de la luna, y se alejaron a nado por el agua. Y por más que les encantaran mucho la belleza, los bailes y los cánticos de las hijas del mar, Belukia y Offán no quisieron prolongar más su estancia en la isla a causa de las espantosas frutas en forma de cabeza humana. Se frotaron, pues, la planta de los pies y los tobillos con el jugo encerrado en el frasco, y entraron en el Séptimo Mar.

Su viaje por este Séptimo Mar fue de muy larga duración, porque estuvieron andando dos meses de día y de noche, sin encontrar en su camino tierra alguna. Y para no morirse de hambre se vieron obligados a coger rápidamente los peces que de cuando en cuando salían a la superficie del agua, comiéndoselos crudos, tal y como estaban. Y empezaron a comprender a la sazón cuán prudentes eran los consejos que les di y a lamentarse por no haberlos seguido. Acabaron, empero, por llegar a una isla que supusieron era la Isla de los Siete Mares, donde debía encontrarse el cuerpo de Soleimán con el anillo mágico en uno de sus dedos.

Halláronse con que la Isla de los Siete Mares estaba cubierta de hermosísimos árboles frutales y regada por numerosos caudales de agua. Y como tenían bastante gana y la garganta seca a causa del tiempo que se vieron reducidos a no tomar por todo alimento más que peces crudos, se acercaron con extremado gusto a un gran manzano de ramas llenas de racimos de manzanas maduras. Y Belukia tendió la mano, y quiso coger de aquellos frutos; pero enseguida se hizo oír dentro del árbol una voz terrible que les gritó a ambos: "¡Como toquéis a estas frutas seréis partidos en dos!" Y en el mismo instante apareció enfrente de ellos un enorme gigante de una altura de cuarenta brazos, según medida de aquel tiempo. Y le dijo Belukia en el límite del terror: "¡Oh jefe de los gigantes! vamos a morir de hambre y no sabemos por qué nos prohíbes tocar estas manzanas!" El gigante contestó: "¿Cómo pretendes ignorar el motivo de esta prohibición? ¿Olvidasteis ¡oh hijo de los hombres! que Adán, padre de vuestra raza, desobedeció las órdenes de Alah comiendo de estas frutas prohibidas? ¡Y desde aquel mismo tiempo estoy encargado de custodiar este árbol y de matar a cuantos echen mano a sus frutas! ¡Alejaos, pues, y buscad otras cosas con qué alimentaros!"

A estas palabras. Belukia y Offán se apresuraron a abandonar aquel paraje, y avanzaron hacia el interior de la isla. Buscaron otras frutas y se las comieron; luego se pusieron en busca del lugar donde pudiera encontrarse el cuerpo de Soleimán.

Después de caminar sin rumbo por la isla durante un día y una noche, llegaron a una colina cuyas rocas eran de ámbar amarillo y de almizcle, y en cuyas laderas se abría una gruta magnífica con bóveda y paredes de diamantes. Como estaba tan bien alumbrada, cual a pleno sol, se aventuraron bastante en sus profundidades, y a medida que avanzaban, veían aumentar la claridad y ensancharse la bóveda. Así anduvieron maravillándose de aquello, y empezaban a preguntarse si tendría fin la gruta, cuando de repente llegaron a una sala inmensa, tallada de diamante, y que ostentaba en medio un gran lecho de oro macizo, en el cual aparecía tendido Soleimán ben-Daúd, a quien podía reconocerse por su manto verde adornado de perlas y pedrerías, y por el anillo mágico que ceñía un dedo de su mano derecha, lanzando resplandores ante los que palidecía el brillo de la sala de diamantes. La mano que tenía el anillo en el dedo meñique, descansaba sobre su pecho, y la otra mano, extendida, sostenía el cetro áureo de ojos de esmeralda.

Al ver aquello, Belukia y Offán se sintieron poseídos por un gran respeto y no osaron avanzar. Pero enseguida dijo Offán a Belukia: "Ya que afrontamos tantos peligros y experimentamos tantas fatigas, no vamos a retroceder ahora que hemos alcanzado lo que perseguíamos. Yo me adelantaré solo hacia ese trono donde duerme el Profeta, y por tu parte pronunciarás tú las fórmulas conjuratorias que te enseñé, y que son necesarias para hacer escurrir el anillo por el dedo rígido".

Entonces comenzó Belukia a pronunciar las fórmulas conjuratorias, y Offán se acercó al trono y tendió la mano para llevarse el anillo. Pero, en su emoción, Belukia había pronunciado al revés las palabras mágicas, y tal error resultó fatal para Offán, porque enseguida le cayó desde el techo una gota de diamante líquido, que le inflamó por entero y en unos instantes le dejó reducido a un montoncillo de cenizas al pie del trono de Soleimán.

Cuando Belukia vio el castigo infligido a Offán por su tentativa sacrílega, se dio prisa a ponerse en salvo, cruzando la gruta y llegando a la salida para correr directamente al mar. Allí quiso frotarse los pies y marcharse de la isla; pero vio que ya no podía Hacerlo porque...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 361ª NOCHE

Ella dijo:

...pero vio que ya no podía hacerlo porque se había abrasado Offán, y con él se consumió el frasco milagroso.

Muy entristecido entonces, comprendió por fin toda la exactitud y realidad de las palabras que les dije anunciándoles las desgracias que en tal empresa les esperaban, y echó a andar sin rumbo por la isla, ignorando lo que sería de él entonces, que se hallaba completamente solo, sin que pudiese servirle nadie de guía.

Mientras andaba de este modo vio una gran polvareda de la que salía un estrépito que se hizo ensordecedor como el trueno, y oyó chocar lanzas y espadas detrás de ella, y un tumulto producido por galopes y gritos que nada tenían de humano; y de repente vislumbró que de entre el polvo disipado salía un ejército entero de efrits, de genn, de mareds, de ghuls, de khotrobs, de saals, de baharis, en una palabra, de todas las especies de espíritus del aire, del mar, de la tierra, de los bosques, de las aguas y del desierto.

Tanto terror hubo de producirle este espectáculo, que ni siquiera pretendió moverse, y esperó allí hasta que el jefe de aquel ejército se adelantó hacia él, y le preguntó: "¿Quién eres? ¿Y cómo te ingeniaste para poder llegar a esta isla, donde venimos todos los años a fin de vigilar la gruta en que duerme el dueño de todos nosotros, Soleimán ben-Daúd?"

Belukia contestó: "¡Oh jefe de los bravos! Yo soy Belukia, rey de los Bani-Israil. Me he perdido en el mar, y tal es la razón de que me encuentre aquí. Pero permíteme que a mi vez te pregunte quién eres y quiénes son todos esos guerreros". El otro contestó: "Somos los genn, de la descendencia de Jan ben-Jan. ¡Ahora mismo veníamos del país donde reside nuestro rey, el poderoso Sakhr, señor de la Tierra-Blanca en que antaño reinó Scheddad, hijo de Aad!"

Belukia preguntó: "¿Pero dónde está enclavada esa Tierra-Blanca en que reina el poderoso Sakhr?" El otro contestó: "Detrás del monte Cáucaso, que se halla a una distancia de setenta y cinco meses de aquí, según medida humana. Pero nosotros podemos ir allá en un abrir y cerrar de ojos. ¡Si quieres, podemos llevarte con nosotros y presentarte a nuestro señor, ya que eres hijo de rey!"

No dejó de aceptar Belukia, y al punto fue transportado por los genn a la residencia de su rey, el rey Sakhr.

Vio una llanura magnífica surcada por canales con lecho de oro y plata; esta llanura, cuyo suelo aparecía cubierto de almizcle y de azafrán, estaba sombreada por árboles artificiales con ramas de esmeralda y frutos de rubíes, y llena de tiendas soberbias de seda verde sostenidas por columnas de oro incrustadas de pedrerías. En medio de esta llanura se alzaba un pabellón más alto que los demás de seda roja y azul, soportado por columnas de esmeraldas y rubíes, y en el cual se encontraba el rey Sakhr, sentado en un trono de oro macizo, teniendo a su diestra a otros reyes con sus vasallos, y a su izquierda a sus visires y a sus lugartenientes, a sus notables y a sus chambelanes.

Cuando estuvo en presencia del rey, Belukia comenzó por besar la tierra entre sus manos, y le cumplimentó. Entonces, el rey Sakhr, con mucha benevolencia, le invitó a sentarse al lado suyo en un sillón de oro. Luego le pidió que le dijese su nombre y le contara su historia y Belukia le dijo quién era, y le contó toda su historia desde el principio hasta el fin, sin omitir ningún detalle.

Al oír tal relato, el rey Sakhr y cuantos le rodeaban llegaron al límite del asombro. Luego, a una seña del rey, se extendió el mantel para el festín, y los genn de la servidumbre llevaron las bandejas y porcelanas. Las bandejas de oro contenían cincuenta camellos tiernos cocidos y otros cincuenta asados, mientras que las bandejas de plata contenían cincuenta cabezas de carnero, y las frutas, maravillosas de tamaño y calidad, aparecían dispuestas en fila y bien alineadas en las porcelanas. Y cuando estuvo todo listo, comieron y bebieron en abundancia; y terminada la comida, no quedaba en las banjeras ni en las porcelanas la menor señal de los manjares ni de las cosas exquisitas con que se llenaron.

Sólo entonces dijo el rey Sakhr a Belukia: "Sin duda, ¡oh Belukia! ignoras nuestra historia y nuestro origen. Pues, voy a decirte sobre ello algunas palabras, para que a tu regreso entre los hijos de los hombres puedas transmitir a las edades la verdad sobre tales cuestiones, todavía para ellos muy oscuras.

"Has de saber, pues, ¡oh Belukia! ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 362ª NOCHE

Ella dijo:

"...Has de saber, pues, ¡oh Belukia! que en el principio de tiempos, Alah el Altísimo creó el fuego, y lo guardó en el Globo en siete regiones diferentes, situadas una debajo de otra, cada cual a una distancia de mil años, según medida humana.

"A la primera región del fuego la llamó Gehannam, y su espíritu la destinó a las criaturas rebeldes que no se arrepienten. A la segunda región la llamó Lazy, porque la construyó en forma de sima, y la destinó a todos aquellos que después de la venida futura del profeta Mohamed (¡con él la plegaria y la paz!) persistiesen en sus errores y sus tinieblas y rehusaran hacerse creyentes. Construyó luego la tercera región, y tras de darle la forma de una caldera hirviente, la llamó El-Jahim, y encerró en ella a los demonios Goy y Magoy. Después de lo cual formó la cuarta región, la llamó Sair, e hizo de ella la vivienda de Eblis, jefe de los ángeles rebeldes, que se había negado a reconocer a Adán y saludarle, desobedeciendo así órdenes formales del Altísimo. Luego limitó la quinta región, le dio el nombre de Sakhar, y la reservó, para los impíos, para los embusteros y para los orgullosos. Hecho lo cual, abrió una caverna inmensa, la llenó de aire abrasado y pestilente, la llamó Hitmat, y la destinó para las torturas de judíos y cristianos.

En cuanto a la séptima, llamada Hawya, la reservó para meter allí a los judíos y cristianos que no cupiesen en la anterior, y a los que fueran creyentes más que en apariencia. Estas dos últimas regiones son las más espantosas, mientras que la primera resulta muy soportable. Su estructura es bastante parecida. En Gehannam, la primera, por ejemplo, no se cuentan menos de setenta mil montañas de fuego, cada una de las cuales encierra setenta mil valles; cada valle comprende setenta mil ciudades; cada ciudad, setenta mil torres, cada torre, setenta mil casas, y cada casa, setenta mil bancos. Además, cada uno de bancos, cuyo número puede sacarse multiplicando todas estas cifras contiene setenta mil torturas y suplicios diversos, de los que sólo Alah conoce la variedad, la intensidad y la duración. Y como esta región es la menos ardiente de las siete, puedes formarte una idea ¡oh Belukia! de los tormentos guardados en las otras seis regiones.

"Si te facilito este dato y estas explicaciones acerca del fuego, ¡oh Belukia! se debe a que los genn somos hijos del fuego.

"Porque los dos primeros seres que del fuego creó Alah eran dos genn, de los cuales hizo El su guardia particular, y a quienes llamó Khallet y Mallit; y a uno le dio la forma de un león, y a otro la forma de un lobo. Y al león le dio órganos masculinos y al lobo órganos femeninos.

El miembro del león Khallit tenía una longitud igual a una distancia en cuyo recorrido se tardasen veinte años, y la vulva de Mallit, la loba, tenía la forma de una tortuga, y su tamaño guarda proporción con la longitud del miembro de Khallit. Uno era de color jaspeado con blanco y negro; y la otra era rosada y blanca. Y Alah unió sexualmente a Khallit y a Mallit, y de su cópula hizo nacer dragones, serpientes, escorpiones y animales inmundos, con los que pobló las Siete Regiones para suplicio de los condenados. Luego ordenó Alah a Khallit y a Mallit que copularan por segunda vez, e hizo nacer de este segundo enlazamiento siete machos y siete hembras, que crecieron en la obediencia. Cuando fueron mayores, uno de ellos que hacía concebir las mejores esperanzas en vista de su conducta ejemplar, fue especialmente distinguido por el Altísimo, quien hizo de él el jefe de sus cohortes constituidas por la reproducción incesante del león y la loba.

Su nombre era precisamente Eblis Pero emancipado más tarde de su obediencia a las órdenes de Alah, que le mandaba prosternarse ante Adán, hubo de precipitársele en la cuarta región con todos los que se unieron a él. Y Eblis y su descendencia poblaron de demonios machos y hembras el infierno. En cuanto a los otros seis varones y las otras mujeres, siguieron sumisos, uniéndose entre sí, y tuvieron por hijos a los genn, entre los cuales nos contamos, ¡oh Belukia! Y tal es, en pocas palabras, nuestra genealogía.

No te asombres, pues, al vernos, comer de esta manera, porque nuestro origen está en un león, y en una loba. Para darte una idea de la capacidad de nuestro vientre, te diré que cada uno de nosotros devora en el día diez camellos, veinte carneros, y se bebe cuarenta cucharadas de caldo, advirtiéndote que cada cucharada contiene tanto como un caldero.

"¡Ahora, oh Belukia! para que sea perfecta tu instrucción a tu regreso entre los hijos de los hombres, has de saber que a la tierra que habitamos la están refrescando siempre las nieves del monte Cáucaso, que la rodea cual un cinturón. De no ser así, no podría habitarse nuestra tierra por causa del fuego subterráneo. También está la tal constituida por siete pisos que gravitan sobre los hombros de un genni dotado de una fuerza maravillosa. Este genni está de pie encima de una roca que descansa a lomos de un toro; al toro lo sostiene un pez enorme, y el pez nada en la superficie del Mar de la Eternidad.

"El Mar de la Eternidad tiene por lecho el piso superior del infierno, el cual, con sus siete regiones, está cogido entre las fauces de una serpiente monstruosa que permanecerá quieta hasta el día del Juicio.

"Entonces vomitarán sus fauces el infierno y su contenido en presencia del Altísimo, que dictará sentencia de un modo definitivo. "He aquí ¡oh Belukia!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 363ª NOCHE

Ella dijo:

"...He aquí ¡oh Belukia! nuestra historia, nuestro origen y la formación del globo, rápidamente resumidos.

"También debo decirte, para acabar tu instrucción a este respecto, que nuestra edad siempre es la misma; mientras sobre la tierra, a nuestro alrededor, la Naturaleza y los hombres, y los seres creados, todos se encaminan invariablemente hacia la decrepitud, nosotros no envejecemos nunca. Esta virtud se la debemos a la fuente de vida donde bebemos, y de la que es guardián Khizr en la región de las tinieblas. Ese venerable Khizr es quien normaliza las estaciones, engalana con sus coronas verdes a los árboles, hace correr las aguas fugitivas, extiende el tapiz verdeante de las praderas, y revestido por las tardes con su manto verde, funde los tintes ligeros con que se coloran los cielos en el crepúsculo.

"Y ahora, ¡oh Belukia! por haberme escuchado con tanta atención, te recompensaré haciendo que te saquen de aquí y te dejen a la entrada de tu país, siempre que lo desees".

Al oír tales palabras, Belukia dio las gracias con efusión al rey Sakhr, jefe de los genn, por su hospitalidad, por sus lecciones y por su ofrecimiento, que aceptó enseguida. Se despidió, pues, del rey, de sus visires y de los demás genn, y se montó en los hombros de un efrit muy robusto, que en un abrir y cerrar de ojos le hizo atravesar el espacio, y le depositó dulcemente en tierra conocida, cerca de las fronteras del país del joven.

Cuando Belukia se disponía a emprender el camino de su ciudad, una vez conocida la dirección que tenía que seguir, vio sentado entre dos tumbas y llorando con amargura a un joven de belleza perfecta, pero de tez pálida y aspecto muy triste. Se acercó a él, le saludó amistosamente, y le dijo: "¡Oh hermoso joven! ¿Por qué te veo llorando sentado entre estas dos tumbas? ¡Dime a qué obedece ese aire afligido, para que trate de consolarte!"

El joven alzó hacia Belukia su mirada triste, y le dijo con lágrimas en los ojos: "¿Para qué te detienes en tu camino, ¡oh viajero!? ¡Deja correr mis lágrimas en la soledad sobre estas piedras de mi dolor!"

Pero Belukia le dijo: "¡Oh hermano de infortunio, sabe que poseo un corazón compasivo dispuesto a escucharte! ¡Puedes, pues, revelarme sin temor la causa de tu tristeza!" Y se sentó junto a él en el mármol, le cogió las manos con las suyas, y para animarle a hablar le contó su propia historia desde el principio hasta el fin.

Luego, le dijo: "¿Y cuál es tu historia, ¡oh, hermano mío!? ¡Te ruego que me la cuentes cuanto antes, porque presiento que debe ser infinitamente atractiva!"

HISTORIA DEL HERMOSO JOVEN TRISTE

El joven de semblante dulce y triste que lloraba entre las dos tumbas dijo entonces al joven rey Belukia:

"Has de saber ¡oh hermano mío! que también soy yo un hijo de rey, y es mi historia tan extraña y tan extraordinaria, que si se escribiera con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de lección saludable a quien la leyera con simpatía. ¡No quiero, pues, dejar pasar más tiempo sin contártela!"

Calló por algunos instantes, secó sus lágrimas, y con la frente apoyada en la mano, comenzó así esta maravillosa historia:

"Nací, ¡oh hermano mío! en el país de Kabul, donde reina mi padre, el rey Tigmos, jefe de los Bani-Schalán y del Afghanistán. Mi padre, que es un rey muy grande y muy justiciero, tiene bajo su soberanía a siete reyes tributarios, de los cuales cada uno es señor de cien ciudades y de cien fortalezas. Manda, además, mi padre, en cien mil jinetes valerosos y en cien mil bravos guerreros. En cuanto a mi madre, es la hija del rey Bahrawán, soberano del Khorassán. Mi nombre es Janschah.

Desde mi infancia hizo mi padre que se me instruyera en las ciencias, en las artes y en los ejercicios corporales, de modo que a la edad de quince años me contaba yo entre los mejores jinetes del reino, y dirigía las cacerías y las carreras montado en mi caballo, más veloz que el antílope.

Un día entre los días, durante una cacería en la que se encontraban mi padre el rey y todos sus oficiales, después de estar tres días en las selvas y de matar muchas liebres, a la caída de la tarde vi aparecer, a algunos pasos del lugar en que me hallaba con siete de mis mamalik, una gacela de elegancia extremada. Al advertirnos, ella se asustó, y huyó saltando con toda su ligereza. Entonces yo, seguido por mis mamalik, la perseguí durante varias horas; de tal suerte llegamos a un río muy ancho y muy profundo, donde creímos que podríamos cercarla y apoderarnos de ella. Pero tras una corta vacilación, se tiró al agua y empezó a nadar para alcanzar la otra orilla. Y nosotros nos apeamos vivamente de nuestros caballos, los confiamos a uno de los nuestros, nos abalanzamos a una barca de pesca que estaba amarrada allí, y maniobramos con rapidez para dar alcance a la gacela. Pero cuando llegamos a la mitad del río, no pudimos dominar ya nuestra embarcación, que arrastraron a la deriva el viento y la poderosa corriente, en medio de la oscuridad que aumentaba, sin que nuestros esfuerzos pudiesen llevarnos por buen camino. Y de aquel modo fuimos arrastrados durante toda la noche con una rapidez asombrosa, creyendo estrellarnos a cada instante contra alguna roca o flor de agua o cualquier otro obstáculo que se alzase en nuestra ruta forzosa. Y aquella carrera aún duró todo el día y toda la noche siguientes. Y sólo al otro día por la mañana pudimos desembarcar al fin en una tierra a la que nos arrojó la corriente.

Mientras tanto, mi padre, el rey Tigmos, se enteró de nuestra desaparición al preguntar al mameluco que guardaba nuestros caballos. Y cuando recibió semejante noticia, llegó a tal estado de desesperación, rompió en sollozos, tiró al suelo su corona, se mordió de dolor las manos, y envió enseguida por todas partes en busca nuestra emisarios conocedores de aquellas comarcas inexploradas. En cuanto a mi madre, al saber mi desaparición, se abofeteó el rostro, desgarró sus vestidos, se mesó los cabellos y se puso trajes de luto.

Volviendo a nosotros, cuando arribamos a aquella tierra dimos con un hermoso manantial que corría bajo los árboles, y nos encontramos con un hombre que se refrescaba los pies en el agua, sentado tranquilamente. Le saludamos con cortesía y le preguntamos dónde estábamos. Pero sin devolvernos el saludo, nos respondió el hombre con una voz de falsete semejante al graznido de un cuervo o de cualquier otra ave de rapiña...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 364ª NOCHE

Ella dijo:

...nos respondió el hombre con una voz de falsete semejante al graznido de un cuervo o de cualquier otra ave de rapiña. Luego se levantó de un salto, se partió en dos partes al hacer un movimiento, cortándose por la mitad, y corrió a nosotros con el tronco solamente, mientras su parte inferior corría en dirección distinta. Y en el mismo momento surgieron de todos los puntos de la selva otros hombres semejantes a aquél, los cuales corrieron a la fuente, se partieron en dos partes con un movimiento de retroceso y se abalanzaron a nosotros con su tronco solamente. Arrojáronse entonces sobre los tres de mis mamalik más próximos a ellos, y se pusieron al punto a devorarlos vivos, mientras que yo y mis otros mamalik nos lanzamos a nuestra barca, y prefiriendo mil veces ser devorados por el agua que devorados por aquellos monstruos, nos dimos prisa a alejarnos de la orilla, dejándonos de nuevo llevar por la corriente.

Y entonces, mientras los troncos devoraban a mis tres desgraciados mamalik, vimos correr por la ribera todas las piernas y nalgas con un galope furioso y desordenado, que nos aterró en nuestra barca, fuera ya de su alcance. Y también nos asombramos mucho del terrible apetito de aquellos troncos cortados por el vientre, y nos preguntamos cómo era posible semejante cosa, deplorando siempre la suerte de nuestros desgraciados compañeros.

Nos impulsó la corriente hasta el siguiente día, y llegamos entonces a una tierra cubierta de árboles frutales y grandes jardines de flores encantadoras. Pero cuando amarramos nuestra barca, no quise echar pie a tierra, y encargué a mis tres mamalik que fuesen primero a inspeccionar el terreno. Así lo hicieron, y después de estar ausentes medio día, volvieron a contarme que habían recorrido una distancia grande, caminando de un lado a otro, sin encontrar nada sospechoso; más tarde habían visto un palacio de mármol blanco, cuyos pabellones eran de cristal puro, y en medio del cual aparecía un jardín magnífico con un lago soberbio; entraron en el palacio y vieron una sala inmensa, donde se alineaban sillones de marfil alrededor de un trono de oro enriquecido con diamantes y rubíes; pero no encontraron a nadie ni en los jardines ni en el palacio.

En vista de un relato tan tranquilizador, me decidí a salir de la barca, y emprendí con ellos el camino del palacio. Empezamos por satisfacer nuestra hambre comiendo las frutas deliciosas de los árboles del jardín, y luego entramos a descansar en el palacio. Yo me senté en el trono de oro y mis mamalik en los sillones de marfil; y aquel espectáculo hubo de recordarnos a mi padre el rey, a mi madre y al trono que perdí, y me eché a llorar; y mis mamalik también lloraron de emoción.

Cuando nos sumíamos en tan tristes recuerdos, oímos un gran ruido semejante al del mar, y enseguida vimos entrar en la sala donde nos hallábamos un cortejo formado por visires, emires, chambelanes y notables; pero pertenecientes todos a la especie de los monos. Los había entre ellos grandes y pequeños. Y creíamos que había llegado nuestro fin. Pero el gran visir de los monos, que pertenecía a la variedad más corpulenta, fue a inclinarse ante nosotros con las más evidentes muestras de respeto, y en lenguaje humano me dijo que él y todo el pueblo me reconocían como a su rey y nombraban jefes de su ejército a mis tres mamalik. Luego, tras de haber hecho que nos sirvieran de comer gacelas asadas, me invitó a pasar revista al ejército de mis súbditos, los monos, antes del combate que debíamos librar con sus antiguos enemigos los ghuls, que habitaban la comarca vecina.

Entonces, yo, como estaba muy fatigado, despedí al gran visir y a los demás, conservando en mi compañía sólo a mis tres mamalik. Después de discutir durante una hora acerca de nuestra nueva situación, resolvimos huir de aquel palacio y de aquella tierra cuanto antes, y nos dirigimos a nuestra embarcación; pero al llegar al río notamos que había desaparecido la barca, y nos vimos obligados a regresar al palacio, donde estuvimos durmiendo hasta la mañana.

Cuando nos despertamos, fue a saludarnos el gran visir de mis nuevos súbditos, y me dijo que todo estaba dispuesto para el combate contra los ghuls. Y al mismo tiempo los demás visires llevaron a la puerta del palacio cuatro perros enormes que debían servirnos de cabalgadura a mí y a mis mamalik, y estaban embridados con cadenas de acero. Y nos vimos obligados yo y mis mamalik a montar en aquellos perros y tomar la delantera, en tanto que a nuestras espaldas, lanzando aullidos y gritos espantosos, nos seguía todo el ejército innumerable de mis súbditos monos capitaneados por mi gran visir.

Al cabo de un día y una noche de marcha, llegamos frente a una alta montaña negra, en la que se encontraban las guardias de los ghuls, los cuales no tardaron en mostrarse. Los había de diferentes formas, a cual más espantables. Unos ostentaban cabeza de buey sobre un cuerpo de camellos, otros parecían hienas, mientras otros tenían un aspecto indescriptible por lo horroroso, y no se asemejaban a nada conocido que permitiera establecer una comparación.

Cuando los ghuls nos vislumbraron, bajaron de la montaña, y parándose a cierta distancia nos abrumaron con una lluvia de piedras. Mis súbditos respondieron del propio modo, y la refriega se hizo terrible por una y otra parte. Armados con nuestros arcos, yo y mis mamalik disparamos a los ghuls una cantidad de flechas, que mataron a un gran número, para júbilo de mis súbditos, a quienes aquel espectáculo llenó de ardor. Así es que acabamos por lograr la victoria, y nos pusimos a perseguir ghuls.

Entonces, yo y mis mamalik determinamos aprovecharnos del desorden de aquella retirada, y montados en nuestros perros, escapar de mis súbditos los monos, poniéndonos en fuga por el lado opuesto, sin que se diesen ellos cuenta; y a galope tendido desaparecimos de su vista.

Después de correr mucho, nos detuvimos para dar un respiro a nuestras cabalgaduras, y vimos enfrente de nosotros una roca grande, tallada en forma de tabla, y en la que aparecía grabada en lengua hebraica una inscripción que decía así:

¡Oh tú, cautivo, a quien arrojó el Destino a esta región para hacer de ti el rey de los monos! Si quieres renunciar a tu realeza por medio de la fuga, dos caminos se abren a tu liberación: uno de estos caminos se halla a tu derecha, y es el que antes te conducirá a orillas del Océano que rodea al mundo; pero cruza por desiertos terribles llenos de monstruos y de genios malhechores. El otro, el de la izquierda, se tarda cuatro meses en recorrerle, y atraviesa un gran valle, que es el Valle de las Hormigas. Si tomas ese camino, resguardándote de las hormigas, irás a parar a una montaña de fuego, al pie de la cual se encuentra la Ciudad de los Judíos. ¡Yo, Soleimán ben-Daúd, escribí esto para tu salvación!

Cuando leímos tal inscripción, llegamos al límite del asombro, y nos apresuramos a emprender el camino de la izquierda, que debía conducirnos a la Ciudad de los Judíos, pasando por el Valle de las Hormigas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 365ª NOCHE

Ella dijo:

...el camino de la izquierda, que debía conducirnos a la Ciudad de los Judíos, pasando por el Valle de las Hormigas. Pero aún no llevábamos una jornada de marcha, cuando sentimos temblar el suelo bajo nuestros pies, y al punto vimos aparecer detrás de nosotros a mis súbditos los monos, que llegaban a toda velocidad con el gran visir a la cabeza. Cuando nos dieron alcance, nos rodearon por todos lados, lanzando aullidos de alegría por habernos encontrado, y el gran visir se hizo intérprete de todos pronunciando una arenga para cumplimentarnos por haber salido con bien.

Aquel encuentro nos contrarió mucho, aunque tuvimos cuidado de ocultarlo e íbamos a emprender de nuevo con mis súbditos el camino de palacio, cuando del valle que en aquel momento atravesábamos vimos salir un ejército de hormigas, cada una de las cuales tenía la corpulencia de un perro. Y en un abrir y cerrar de ojos comenzó una pelea espantable entre mis súbditos y, las hormigas monstruosas, cogiendo con sus patas a los monos y partiéndolos en dos de un golpe, y abalanzándose de diez en diez los monos contra cada hormiga para poder matarla.

En cuanto a nosotros, quisimos aprovecharnos del combate para huir a lomos de nuestros perros; pero desgraciadamente fui yo el único que pude escaparme, porque las hormigas advirtieron a mis tres mamalik y se apoderaron de ellos, partiéndolos en dos con sus garras formidables. Y me salvé, deplorando la pérdida de mis últimos compañeros, y llegué a un río, que atravesé a nado, abandonando mi cabalgadura, y llegué sano y salvo a la otra orilla, donde lo primero que hice fue secar mi ropa; y luego me quedé dormido hasta la mañana, seguro ya de que no me perseguían, pues el río me separaba de las hormigas y de mis súbditos los monos.

Cuando me desperté, eché a andar durante días y días, comiendo plantas y raíces, hasta llegar a la montaña consabida, al pie de la cual vi, efectivamente, una gran ciudad, que era la Ciudad de los Judíos, tal como me lo había indicado la inscripción. Pero me asombró mucho en esta ciudad un detalle del que no hablaba la inscripción, y que noté más tarde; en efecto, hube de comprobar que el río que atravesé a pie enjuto aquel día para llegar a la ciudad estaba lleno de agua todo el resto de la semana; y también supe que aquel río, caudaloso los demás días no llevaba agua el sábado, que es el día de fiesta de los judíos.

Y he aquí que entré en la ciudad aquel día y no vi por las calles a nadie. Me encaminé entonces a la primera casa que encontré en mi camino, abrí la puerta y penetré en ella. Me hallé entonces en una sala donde estaban sentados en corro muchos personajes de aspecto venerable. Entonces, animado por la bondad de sus rostros, me acerqué a ellos respetuosamente, y después del saludo, les dije: "Soy Janschah, hijo del rey Tigmos, señor de Kabul y jefe de los Bani-Schalán. Os ruego ¡oh mis señores! que me digáis a qué distancia estoy de mi país y qué camino debo tomar para llegar a él. ¡Además, tengo hambre!" Entonces me miraron sin contestarme cuantos estaban sentados allí, y el que parecía ser su jeique me dijo por señas solamente y sin pronunciar una palabra: "¡Come y bebe, pero no hables!" Y me mostró una bandeja de manjares asombrosos, que por cierto jamás había yo visto, y que estaban guisados con aceite, a juzgar por el olor. Entonces comí, bebí y guardé silencio.

Cuando hube acabado, se acercó a mí el jeique de los judíos, y me preguntó igualmente por señas: "¿Quién? ¿De dónde? ¿Adónde?" Entonces le pregunté por señas si podía contestar, y tras una señal afirmativa suya seguida de otra que quería decir: ¡No pronuncies más de tres palabras! pregunté: "¿Caravana Kabul, cuándo?"

Me contestó: "¡No lo sé!", siempre sin pronunciar una palabra, y me hizo seña de que me marchara, porque ya había terminado mi comida. Entonces le saludé, como también a todos los circunstantes, y salí, asombrándome en extremo de sus maneras extrañas. Ya en la calle intentaba orientarme, cuando por fin oí a un pregonero público que decía a voces: "¡Quién quiera ganarse mil monedas de oro y poseer una esclava joven de belleza sin igual, que venga conmigo, para efectuar un trabajo de una hora!"

Como yo estaba en la penuria, me acerqué al pregonero, y le dije: "¡Acepto el trabajo, y al mismo tiempo los mil dinares y la esclava joven!" Entonces me cogió de la mano y me llevó a una casa amueblada muy ricamente, en la que estaba sentado en un sillón de ébano un judío viejo, ante el cual se inclinó el pregonero, presentándome, y dijo: "¡He aquí, al fin, a un joven extranjero, que ha sido el único que respondió a mi llamamiento en los tres meses que hace que pregono la cosa!"

Al oír estas palabras, el viejo judío, dueño de la casa. me hizo sentar a su lado, estuvo conmigo muy amable, ordenando que me sirvieran de comer y de beber sin parsimonia, y terminada la comida me dio una bolsa con mil monedas de oro que no eran falsas, a la vez que mandaba a sus esclavas que me pusieran un ropón de seda y me llevaran junto a la joven esclava que me daba anticipadamente por el trabajo en proyecto que yo aún no conocía...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 366ª NOCHE

Ella dijo:

...la joven esclava que me daba anticipadamente por el trabajo en proyecto que yo aún no conocía.

Entonces, después de haberme puesto el ropón de seda consabido, los esclavos me llevaron a la estancia donde me esperaba la joven, que debía ser virgen, según afirmación del viejo judío. Y me encontré, en efecto, con una joven muy bella, en cuya compañía me dejaron solo para pasar la noche. Y al punto me acosté con ella y la encontré perfecta en verdad.

Tres días y tres noches pasé con ella, comiendo y bebiendo y haciendo lo que tenía que hacer, y a la mañana del cuarto día el anciano hizo que me llamaran, y me dijo: "¿Estás ahora dispuesto a ejecutar el trabajo que te he pagado y que de antemano aceptaste?"

Declaré que estaba dispuesto a prestarme a aquel trabajo, sin saber de qué se trataba.

Entonces el viejo judío ordenó a sus esclavos que enjaezaran y llevaran dos mulas; y los esclavos llevaron dos mulas enjaezadas. Montó en una él y yo en otra, y me dijo que le siguiera. Íbamos a buen paso, y de tal suerte caminamos hasta mediodía, hora en la que llegamos al pie de una alta montaña cortada a pico, y en cuyas laderas no se veía ningún sendero por donde pudiese aventurarse un hombre o una cabalgadura cualquiera. Echamos pie a tierra, y el viejo judío me tendió un cuchillo, diciéndome: "¡Clávalo en el vientre de tu mula! ¡Ha llegado el momento de empezar a trabajar!" Yo obedecí y clavé el cuchillo en el vientre de la mula, que no tardó en sucumbir; luego, por orden del judío, desollé al animal y limpié la piel. Entonces mi interlocutor me dijo: "Tienes que echarte ahora encima de esa piel, para que yo la cosa contigo dentro como si estuvieras en un saco". Y obedecí asimismo, y me eché encima de la piel, la cual cosió el anciano cuidadosamente conmigo dentro; luego me dijo: "¡Escucha bien mis palabras! De un instante a otro se arrojará sobre ti un pájaro enorme y te cogerá para llevarte a su nido, que está situado en la cima de esta montaña escarpada. Ten mucho cuidado de no moverte cuando te sientas transportado por los aires, porque te soltaría el pájaro y te estrellarías al caer al suelo; pero cuando te haya dejado en la montaña, corta la piel con el cuchillo que te di y sal del saco. El pájaro se asustará y no te hará nada. Entonces has de recoger las piedras preciosas de que está cubierta la cima de esta montaña y me las arrojas. Hecho lo cual, bajarás a reunirte conmigo".

Y he aquí que apenas había acabado de hablar el viejo judío, me sentí transportado por los aires, y al cabo de algunos instantes me dejaron en el suelo. Entonces corté con mi cuchillo el saco y asomé por la abertura mi cabeza. Aquello asustó al pájaro monstruoso, que huyó volando a toda prisa. Yo me puse entonces a recoger rubíes, esmeraldas y demás piedras preciosas que cubrían el suelo, y se las arrojé al viejo judío. Pero cuando quise bajar advertí que no había ni un sendero donde poner el pie, y vi que el viejo judío montaba en su mula después de recoger las piedras, y se alejaba rápidamente hasta desaparecer de mi vista.

Entonces, en el límite de la desesperación, lloré mi destino y pensando hacia qué lado me convendría más encaminarme, eché a andar todo derecho delante de mí y a la ventura, errando de tal suerte dos meses hasta llegar al final de la cadena de montañas, a la entrada de un valle magnífico, en el que los arroyos, los árboles y las flores glorificaban al Creador entre gorjeos de pájaros.

Allí vi un inmenso palacio que se elevaba a gran altura por los aires y hacia el cual me encaminé. Llegué a la puerta, donde hallé sentado en el banco del zaguán a un anciano cuyo rostro brillaba de luz. Tenía en la mano un cetro de rubíes y llevaba en la cabeza una corona de diamantes. Le saludé y me devolvió el saludo con amabilidad, y me dijo: "¿Siéntate junto a mí, hijo mío!" Y cuando me senté, me preguntó: "¿De dónde vienes a esta tierra que nunca holló la planta de un adamita?" ¿Y adónde te propones ir?"

Por toda respuesta estallé en sollozos, y se diría que me iba a ahogar el llanto. Entonces me dijo el anciano: "Cesa de llorar así, hijo mío, porque me encoges el corazón. Ten valor y empieza por reanimarte comiendo y bebiendo". Y me introdujo en una vasta sala, dándome de comer y de beber. Y cuando me vio en mejor estado de ánimo, me rogó que le contase mi historia, y satisfice su deseo, y a mi vez le rogué que me dijese quién era y a quién pertenecía aquel palacio. Me contestó: "Sabe, hijo mío, que este palacio fue construido antaño por nuestro señor Soleimán, de quien soy representante para gobernar a las aves. Cada año vienen aquí a rendirme pleitesía todas las aves de la tierra. Si deseas regresar a tu país, te recomendaré a ellas la primera vez que vengan a recibir órdenes mías, y te transportarán a tu país. En tanto, para matar el tiempo hasta que lleguen, puedes circular por todo este inmenso palacio, y puedes entrar en todas las salas, con excepción de una sola, la que se abre con la llave de oro que ves entre todas estas llaves que te doy".

Y el anciano gobernador de las aves me entregó las llaves y me dejó en completa libertad.

Empecé por visitar las salas que daban al patio principal del palacio; luego penetré en las otras estancias, que estaban todas arregladas para que sirvieran de jaulas a las aves, y de tal suerte llegué ante la puerta que se abría con la llave de oro...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 367ª NOCHE

Ella dijo:

...de tal suerte llegué ante la puerta que se abría con la llave de oro, y permanecí largo tiempo mirándola, sin osar ni siquiera tocarla con la mano en vista de la prohibición que me hizo el anciano; pero al cabo no pude resistir a la tentación que colmaba mi alma, metí la llave de oro en la cerradura, abrí la puerta y presa del temor penetré en el lugar prohibido.

Pero, lejos de tener ante los ojos un espectáculo asombroso, vi, primeramente, en medio de un pabellón con el piso incrustado de pedrerías de todos colores, un estanque de plata rodeado de pájaros de oro que echaban agua por el pico, con un ruido tan maravilloso, que creí oír los trinos de cada uno de ellos resonar melodiosamente contra las paredes de plata. Había en torno al estanque, divididos por clases, cuadros de flores de suaves perfumes que casaban sus colores con los de las frutas de que estaban cargados los árboles que esparcían sobre el agua su frescura asombrosa. La arena que yo hallaba era polvo de esmeralda y diamante, y se extendía hasta las gradas de un trono que se alzaba enfrente del estanque maravilloso. Estaba hecho aquel trono con un solo rubí, cuyas facetas reflejaban en el jardín el rojo de sus rayos fríos, que iluminaban el agua con un brillo de pedrerías.

Me detuve extático ante cosas tan sencillas nacidas de la unión pura de los elementos; luego fui a sentarme en el trono de rubí, que aparecía coronado por un dosel de seda roja, y cerré los ojos un instante para que penetrara mejor aquella fresca visión en mi alma entusiasmada.

Cuando abrí los ojos vi que se adelantaban hacia el estanque, sacudiendo sus plumas blancas, tres elegantes palomas que iban a darse un baño. Saltaron con gracia el ancho borde del estanque de plata, y después de abrazarse y hacerse mil caricias encantadoras, ¡oh mis ojos maravillados! las vi arrojar lejos de sí su virginal manto de plumas y aparecer en una desnudez de jazmín, con el aspecto de tres jóvenes bellas como lunas. Y al punto se sumergieron en el estanque para entregarse a mil juegos y mil locuras, ora desapareciendo, ora reapareciendo entre remolinos brillantes, para volver a desaparecer riendo a carcajadas, mientras sólo sus cabelleras flotaban sobre el agua, sueltas en un vuelo de llama.

Ante tal espectáculo, ¡oh hermano Belukia! sentí que mi corazón nadaba en mi cerebro y trataba de abandonarlo. Y como no podía contener mi emoción, corrí enloquecido hacia el estanque y grité: "¡Oh, jóvenes; oh, lunas, oh, soberanas!"

Cuando me vislumbraron las jóvenes lanzaron un grito de terror, y saliendo del agua con ligereza, corrieron a coger sus mantos de plumas, que echaron sobre su desnudez, y volaron al árbol más alto entre los que daban sombra a la pila, y se echaron a reír mirándome.

Entonces me acerqué al árbol, levanté hacia ellas los ojos, y les dije: "¡Oh, soberanas, os ruego que me digáis quiénes sois! ¡Yo soy Janschah, hijo del rey Tigmos, soberano de Kabul y jefe de los Bani-Schalán!" Entonces la más joven de las tres, precisamente aquella cuyos encantos habíanme impresionado más, me dijo: "Somos las hijas del rey Nassr, que habita en el palacio de los diamantes. Venimos aquí para dar un paseo y con el sólo fin de distraernos".

Dije: "En ese caso, ¡oh mi señora! ten compasión de mí y baja a completar el juego conmigo". Ella me dijo: "¿Y desde cuándo pueden las jóvenes jugar con los jóvenes, ¡oh Janschah!? ¡Pero si deseas absolutamente conocerme mejor, no tienes más que seguirme al palacio de mi padre!" Y habiendo dicho estas palabras, me lanzó una mirada que me penetró el hígado, y emprendió el vuelo en compañía de sus dos hermanas hasta que la perdí de vista.

Al ver aquello, en el límite ya de la desesperación, di un grito agudo y caí desmayado bajo el árbol.

No sé cuánto tiempo permanecí echado de aquel modo; pero cuando volví en mí, el anciano gobernador de las aves estaba a mi lado y me rociaba el rostro con agua de flores. Cuando me vio abrir los ojos, me dijo: "¡Ya ves, hijo mío, lo que te ha costado desobedecerme! ¿No te prohibí que abrieras la puerta de este pabellón?"

Yo, por toda respuesta, me limité a prorrumpir en sollozos, y luego improvisé estos versos:

¡Ha arrebatado mi corazón una esbelta joven de cuerpo armonioso!

¡Arrebatador es su talle entre todos los talles! ¡Cuando sonríe, sus labios excitan los celos de las rosas y los rubíes!

¡Su cabellera oscila por encima de su hermosa grupa redonda!

¡Las flechas que disparan los arcos de sus pestañas dan en el blanco, aun desde lejos, y hacen heridas incurables!

¡Oh belleza suya! ¡no tienes rival y borras las bellezas todas de la India!

Cuando acabé de recitar estos versos, me dijo el anciano: "Comprendo lo que te ha sucedido. Viste a las jóvenes vestidas de palomas, que algunas veces vienen a darse un baño aquí". Yo exclamé: "Las vi, padre mío, y te ruego que me digas dónde se halla el palacio de los diamantes, en que habitan con su padre el rey Nassr".

Contestó: "No hay para qué pensar en ir allí, hijo mío, pues el rey Nassr es uno de los jefes más poderosos de la genn, y dudo mucho que te diera en matrimonio a una de sus hijas. Ocúpate, pues, de preparar tu regreso a tu país. Yo mismo te facilitaré la tarea recomendándote a las aves que enseguida van a venir a presentarme sus respetos, y que te servirán de guías". Contesté: "¡Te doy las gracias, padre mío; pero renuncio a regresar al lado de mis padres, si no debo volver ya a ver a la joven que me habló!" Y al decir estas palabras me arrojé a los pies del anciano llorando, y le supliqué que me indicara el medio de volver a ver a las jóvenes vestidas de palomas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 368ª NOCHE

Ella dijo:

...el medio de volver a ver a las jóvenes vestidas de palomas. Entonces el anciano me tendió la mano, me levantó y me dijo: "Veo que tu corazón está consumido de pasión por la joven, y voy a indicarte el medio de volver a verla. Vas a ocultarte detrás de los árboles y a esperar pacientemente la vuelta de las palomas. Las dejarás desnudarse y meterse en el estanque, y entonces te precipitarás de repente sobre sus mantas de plumas y te apoderarás de ellas. Entonces verás cómo dulcifican contigo su lenguaje; se acercarán a ti, te harán mil caricias y te suplicarán, con palabras extremadamente gentiles, que les devuelvas sus plumas. Pero guárdate bien de dejarte conmover, porque entonces acabarían por siempre para ti las jóvenes. Por el contrario, rehúsa enérgicamente devolvérselas, y diles: "¡Os daré de buen grado vuestros mantos, pero no sin que venga el jeique!" Y efectivamente, esperarás mi regreso entreteniéndolas con galanterías; ¡y yo encontraré el medio de que las cosas se tornen favorables para ti!"

Al oír estas palabras, di muchas gracias al venerable gobernador de las aves, y enseguida corrí a ocultarme detrás de los árboles, en tanto que se retiraba él a su pabellón para recibir a sus súbditos.

Permanecí bastante tiempo esperando la llegada de las tres palomas. Al fin oí un batir de alas y risas aéreas, y vi que las tres palomas se posaban en el borde del estanque y miraban a derecha y a izquierda para enterarse de si no las observaba nadie. Luego, la que me había hablado se encaró con las otras dos, y les dijo: "¿No creéis, hermanas mías, que puede estar escondido alguien en el jardín? ¿Qué habrá sido del joven a quien vimos?"

PERO CUANDO LLEGÓ LA 369ª NOCHE

Ella dijo:

...Tras de lo cual, nos acostamos juntos, en brazos uno del otro y en el límite del júbilo.

Por la mañana fue Schamsa quien se puso primero en pie. Vistióse con su manto de plumas, me despertó, me besó entre los dos ojos, y me dijo: "Ya es hora de que vayamos al palacio de los diamantes a ver a mi padre el rey Nassr. ¡Vístete, pues, cuanto antes!" Obedecí enseguida, y cuando estuve dispuesto, fuimos a besar las manos del jeique gobernador de las aves y le dimos muchas gracias. Entonces me dijo Schamsa: "¡Ahora súbete en mis hombros y sostente bien, porque el viaje será un poco largo, aunque me propongo hacerlo a toda velocidad!" Y me tomó en sus hombros, y después de tributar a nuestro protector las últimas despedidas, me transportó por los aires con la rapidez del rayo, y al poco tiempo me dejó en tierra a alguna distancia de la entrada al palacio de los diamantes. Y desde allí nos encaminamos tranquilamente hacia el palacio, mientras corrían a anunciar nuestra llegada los genn servidores que había instalado el rey por aquellos sitios.

El rey Nassr, padre de Schamsa y señor de los genn, experimentó una inmensa alegría al verme; me cogió en brazos y me oprimió contra su pecho. Luego ordenó que me vistieran con un magnífico ropón de honor, me puso en la cabeza una corona tallada en un solo diamante, me condujo después a la presencia de la reina, madre de mi esposa, la cual reina me manifestó su júbilo y felicitó a su hija por la elección que de mi persona hizo. Y regaló más tarde a su hija una cantidad enorme de pedrerías, pues el palacio estaba lleno de ellas; y ordenó que a ambos nos llevaran al hammam, en donde nos lavaron y perfumaron con agua de rosas, almizcle, ámbar y aceites aromáticos, que nos refrescaron maravillosamente. Tras de lo cual se dieron en honor nuestro festines que duraron treinta días y treinta noches consecutivas.

Entonces manifesté mis deseos de presentar a mi vez mi esposa a mis padres en mi país. Y aunque muy apenados por tener que separarse de su hija, el rey y la reina aprobaron mi proyecto, pero me hicieron prometer que todos los años iríamos a pasar con ellos una temporada. Después hizo el rey construir un trono de tal magnificencia y tal tamaño, que en sus peldaños podía contener doscientos genios varones y doscientos genios hembras. Subimos al trono los dos, y los cuatrocientos genios de ambos sexos, que se hallaban allí para servirnos, se pusieron de pie en las gradas, mientras actuaban de portadores todo un ejército compuesto por otros genios. Cuando nos despedimos por última vez los portadores se elevaron por los aires con el trono, y empezaron a recorrer el espacio con tanta rapidez, que en dos días hicieron un trayecto de dos años de marcha. Y llegamos sin incidentes al palacio de mi padre en Kabul.

Cuando mi padre y mi madre me vieron llegar después de una ausencia que les había hecho perder toda esperanza de encontrarme, y cuando contemplaron a mi esposa y supieron quién era y en qué circunstancias me case con ella, llegaron al límite de la alegría y lloraron mucho besándome y besando a mi muy amada Schamsa. Y tanto se conmovió mi pobre madre, que cayó desvanecida y no volvió en sí más que gracias al agua de rosas que llevaba en un frasco grande mi esposa Schamsa.

Después de todos los festines y todos los regocijos que se organizaron con motivo de nuestra llegada y del nuestros esponsales, mi padre preguntó a Schamsa: "¿Qué quieres que haga para agradarte, hija mía?"

Y Schamsa, que tenía gustos muy modestos, contestó: "¡Oh rey afortunado! Solamente anhelo tener para nosotros dos un pabellón en medio de un jardín regado por arroyos". Y al punto dio mi padre el rey las órdenes necesarias, y al cabo de un corto espacio de tiempo tuvimos nuestro pabellón y nuestro jardín, donde vivimos en el límite de la felicidad.

Pasado de tal suerte un año en un mar de delicias, mi esposa Schamsa quiso volver al palacio de los diamantes para ver de nuevo a su padre y a su madre, y me recordó la promesa que les hice de ir todos los años a pasar con ellos una temporada. No quise contrariarla, porque la amaba mucho; pero ¡ay! la desgracia debía abatirse sobre nosotros por causa de aquel maldito viaje.

Nos colocamos, pues, en el trono llevado por nuestros genios servidores, y viajamos a gran velocidad, recorriendo cada día una distancia de un mes de camino, y deteniéndonos por las tardes para descansar cerca de algún manantial o a la sombra de los árboles. Y he aquí que un día hicimos alto precisamente en este sitio para pasar la noche, y mi esposa Schamsa quiso ir a bañarse en el agua de ese río que corre ante nosotros.

Me esforcé cuanto pude por disuadirla, hablándole del fresco excesivo de la tarde y de los perjuicios que la podría ocasionar; no quiso escucharme, y se llevó en su compañía a algunas de sus esclavas para que se bañaran con ella. Se desnudaron en la ribera y se metieron en el agua, donde Schamsa parecía la luna al salir en medio de un cortejo de estrellas. Estaban retozando y jugando entre sí, cuando de repente Schamsa lanzó un grito de dolor y cayó en brazos de sus esclavas, que se apresuraron a sacarla del agua y llevarla a la orilla. Pero cuando quise hablarle y cuidarla, ya estaba muerta. Y las esclavas me enseñaron en el talón de mi esposa una mordedura de serpiente acuática.

Ante aquel espectáculo, caí desmayado, y permanecí en tal estado tanto tiempo que me creyeron muerto también. Pero ¡ay! hube de sobrevivir a Schamsa para llorar por ella y erigirle esta tumba que ves. En cuanto a la otra tumba, es la mía propia, que hice construir junto a la de mi pobre bienamada. ¡Y dejo transcurrir mi vida ahora entre lágrimas y recuerdos crueles, esperando el momento de dormir al lado de mi esposa Schamsa, lejos de mi reino, al que renuncié, lejos del mundo, que es para mí un desierto horrible, en este asilo solitario de la muerte!"

Cuando el hermoso joven triste acabó de contar su historia a Belukia, escondió el rostro entre sus manos y se echó a llorar. Entonces le dijo Belukia: "¡Por Alah, oh hermano mío, tu historia es tan asombrosa y tan extraordinaria, que olvidé mis propias aventuras, aunque las creía prodigiosas entre todas las aventuras! ¡Alah te sostenga en tu dolor ¡oh hermano mío! y enriquezca con el olvido tu alma!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y discreta, según su costumbre, se calló.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 370ª NOCHE

Ella dijo:

"¡...Alah te sostenga en tu dolor ¡oh hermano mío! y enriquezca con el olvido tu alma!"

Estuvo con él una hora todavía, tratando de decidirle a que le acompañara a su reino para cambiar de aires y horizontes; pero fue en vano. Entonces vióse obligado a abandonarle para no importunarle, y después que le abrazó y le dijo aún algunas palabras de consuelo, emprendió de nuevo el camino de su ciudad, a la que llegó sin incidentes tras una ausencia de cinco años.

¡Y desde entonces no he vuelto a tener noticias suyas!

Y como ahora te hallas aquí tú, ¡oh Hassib! olvidaré completamente a aquel joven rey Belulcia, a quien esperaba volver a ver por acá un día u otro. ¡Tú, al menos, no me abandonarás tan pronto, porque pienso retenerte en mi compañía largos años, sin dejarte carecer de nada para persuadirte a que accedas! ¡Por cierto que todavía he de contarte tantas historias asombrosas, que la del rey Belukia y del hermoso joven triste parecerán simples aventuras corrientes! ¡Y para darte desde ahora una prueba de que te quiero bien por haberme escuchado todo este tiempo con tanta atención, he aquí que mis mujeres van a servirnos de comer y beber, y van a cantar para deleitarnos, y nos van a aligerar el espíritu hasta que llegue la mañana!"

Cuando la reina Yamlika, princesa subterránea, hubo acabado de contar al joven Hassib, hijo del sabio Danial, la historia de Belukia y la del hermoso joven triste, y cuando el festín, y los cantos, y las danzas de las mujeres serpientes llegaron a su término, se levantó la sesión y se formó el cortejo para volver a la otra residencia. Pero el joven Hassib, que amaba en extremo a su madre y a su esposa, dijo: "¡Oh reina Yamlika! ¡no soy más que un pobre leñador, y me ofreces aquí una vida llena de delicias; pero en mi casa me esperan una madre y una esposa! Y no puedo ¡por Alah! dejar que me esperen más tiempo sumidas en la desesperación que las producirá mi ausencia. Permíteme, pues, que regrese junto a ellas, porque si no morirían de dolor. ¡Y créeme que en verdad sentiré toda mi vida no haber podido escuchar las demás historias con que tenías la intención de deleitarme durante mi estancia en tu reino!"

Al oír estas palabras, la reina Yamlika comprendió que estaba justificado el motivo de la partida de Hassib, y le dijo: "Consiento ¡oh Hassib! en dejarte regresar junto a tu madre y esposa, aunque me cuesta mucho trabajo separarme de un auditor tan atento como tú. Solamente exijo de ti un juramento, sin el cual me será imposible dejarte partir. Esas a prometerme no ir nunca en lo sucesivo a tomar un baño en el hammam durante toda tu vida. De lo contrario, llegará tu perdición. ¡Por el momento no puedo ser más explícita!"

El joven Hassib, a quien tal petición asombraba en extremo, no quiso contrariar a la reina Yamlika, y prestó el juramento consabido, en el cual prometía no ir en toda su vida a tomar un baño en el hammam. Entonces, después de las despedidas, la reina Yamlika hizo que una de sus mujeres serpientes le acompañara hasta los confines del reino, del que se salía por una abertura escondida en una casa ruinosa que estaba enclavada en el lado opuesto al paraje donde se hallaba el agujero por el cual pudo penetrar Hassib en la residencia subterránea.

Amarilleaba el sol cuando Hassib llegó a su calle y llamó a la puerta de su casa, fue a abrir su madre, y al conocerle lanzó un grito agudo y se arrojó en sus brazos llorando de alegría. Y su esposa, por su parte, al oír el grito y los sollozos de la madre, corrió a la puerta, le reconoció también y le saludó respetuosamente besándole las manos. Después de lo cual entraron en la casa y se entregaron con libertad a los más vivos transportes de júbilo.

Cuando estuvieron un poco calmados, Hassib les pidió noticias de sus antiguos camaradas los leñadores que le habían abandonado en la cueva de la miel. Su madre le contó que fueron a darle la mala nueva de su muerte entre los dientes de un lobo, y que se habían hecho ricos mercaderes y propietarios de muchos bienes y de hermosas tiendas, viendo a diario dilatarse cada vez más el mundo ante sus ojos.

Entonces Hassib reflexionó un instante, y dijo a su madre: "¡Mañana irás a buscarles al zoco, y cuando estén reunidos, les anunciarás mi regreso, diciéndoles que tendré mucho gusto en verles!" Así es que al día siguiente la madre de Hassib no dejó de hacer el encargo, y al saber la noticia, los leñadores cambiaron de color y contestaron escuchando y obedeciendo en lo concerniente a la visita de bienvenida. Luego se concertaron entre sí y resolvieron arreglar el asunto lo mejor posible. Empezaron por regalar a la madre de Hassib sedas hermosas y hermosas telas, y la acompañaron a la casa, aviniéndose a entregar a Hassib cada uno la mitad de las riquezas, esclavas y propiedades que tenían en su poder.

Al llegar a la presencia de Hassib, le saludaron y le besaron las manos, ofreciéndole todo aquello y rogándole que lo, aceptara y olvidara sus yerros para con él. Y Hassib no quiso guardarles rencor, aceptó sus ofrecimientos, y les dijo: "¡Lo pasado, pasado. Y ninguna preocupación puede impedir que suceda lo que ha de suceder!" Entonces se despidieron de él, asegurándole su gratitud, y Hassib se convirtió desde aquel día en un hombre rico, y se estableció como mercader en el zoco, abriendo una tienda que llegó a ser la más hermosa entre todas las tiendas.

Un día que iba a su tienda, como de costumbre, pasó por delante del hammam, situado a la entrada del zoco. Y he aquí que el propietario del hammam estaba precisamente tomando el aire a la puerta, y al reconocer a Hassib, le saludó y le dijo: "Hazme el honor de entrar en mi establecimiento. Nunca te he tenido ni una sola vez como cliente. ¡Pero hoy quiero que vengas solamente para complacerme, y los masajistas te frotarán con un guante nuevo de crin y te enjabonarán con filamentos de lifa, que no ha usado nadie!" Pero contestó Hassib, que se acordaba de su juramento: "No, ¡por Alah! no puedo aceptar tu ofrecimiento ¡oh jeique! ¡porque hice voto de no entrar nunca en el hammam! ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 371ª NOCHE

Ella dijo:

"...porque hice voto de no entrar nunca en el hammam". Al oír tales palabras, el dueño del hammam, que no podía creer en semejante juramento, ya que ningún hombre puede, a trueque de morir, dejar de tomar baños cuantas veces se acerca sexualmente a su esposa, exclamó: "¿Por qué rehúsas, ¡oh mi señor!?" ¡Pues, ¡por Alah! te juro a mi vez que si persistes en tu resolución iré inmediatamente a divorciarme de mis tres esposas! ¡Lo juro tres veces por el divorcio!" Pero como a pesar del juramento tan grave que acababa de oír, Hassib se obstinaba en no aceptar, el propietario del hammam se echó a sus pies; suplicándole que no le obligara a cumplir su juramento; y le besó los pies llorando, y le dijo: "¡Pongo sobre mi cabeza la responsabilidad de tu acto y todas sus consecuencias!"

Y al enterarse de qué se trataba al oír el juramento del divorcio, los transeúntes que habíanse agrupado en torno suyo se pusieron asimismo a suplicar a Hassib que no ocasionara sin más ni más la desdicha de un hombre que le ofrecía un baño gratuito. Luego como vieran la inutilidad de sus palabras, se decidieron todos a emplear la fuerza, apoderándose de Hassib y llevándole, a pesar de sus gritos terribles, al interior del hammam, donde le despojaron de su ropa, le echaron todos a la vez sobre el cuerpo el agua de veinte o treinta jofainas, le friccionaron, le dieron masaje, le enjabonaron, le secaron y le envolvieron el cuerpo en toallas calientes y le pusieron en la cabeza un pañuelo grande festoneado y bordado. Luego el dueño del hammam, en el límite de la alegría por verse desligado de su juramento, llevó a Hassib una taza de sorbete perfumado con ámbar, y le dijo: "¡Séate leve y bendito el baño! ¡Que te refresque esta bebida como me has refrescado tú! “Pero Hassib, a quien todo aquello aterraba cada vez más, no sabía si rehusar o aceptar esta última invitación, e iba a responder, cuando de pronto invadieron el hammam los guardias del rey, que se precipitaron sobre el joven, apoderándose de él tal y como estaba con su atavío de baño, y a pesar de sus protestas y su resistencia lo llevaron al palacio del rey, y lo pusieron entre las manos del gran visir, que los esperaba a la puerta con la mayor impaciencia.

Al ver a Hassib, el gran visir tuvo una alegría extremada, le recibió con las señales más notorias de respeto, y le rogó que le acompañase a la presencia del rey. Y resuelto ya a dejar correr su destino, Hassib siguió al gran visir, que le introdujo, para presentarle al rey, en una sala donde se alineaban por orden jerárquico dos mil gobernadores de provincia, dos mil jefes militares y dos mil portaalfanjes, que no esperaban más que un signo para hacer volar las cabezas. En cuanto al rey, estaba acostado en amplio lecho de oro y parecía dormir, con la cabeza y el rostro cubiertos por un pañuelo de seda.

Al ver todo aquello, el aterrado Hassib se sintió morir y cayó al pie del lecho, protestando públicamente de su inocencia. Pero el gran visir se apresuró a levantarle con toda clase de respetos, y le dijo: "¡Oh hijo de Danial, esperamos de ti que salves a nuestro rey Karazdan! ¡Una lepra, que hasta ahora no tuvo remedio, le cubre el rostro y el cuerpo! ¡Y hemos pensado en ti para que le cures, ya que eres hijo del sabio Danial!" Y todos los circunstantes, gobernadores, chambelanes y portaalfanjes, gritaron a la vez: "¡Sólo de ti esperamos la curación del rey Karazdán!"

Al oír estas palabras, se dijo el asustado Hassib: "¡Por Alah! ¡me toman por un sabio!" Luego dijo al gran visir: "En verdad que soy el hijo de Danial! ¡Pero no soy más que un ignorante! Me llevaron a la escuela y no aprendí en ella nada; quisieron enseñarme la medicina, pero al cabo de un mes renunciaron a ello al ver la mala calidad de mi entendimiento. Y como último recurso, mi madre me compró un asno y cuerdas, e hizo de mí un leñador: ¡Y eso es todo lo que sé!"

Pero el visir le dijo: "Es inútil, ¡oh hijo de Danial! que sigas ocultando tus conocimientos. ¡Demasiado sabemos que aunque recorriéramos el Oriente y el Occidente, no encontraríamos quien te igualase como médico!" Aterrado, dijo Hassib: "Pero ¡oh visir lleno de sabiduría! ¿cómo podré curarle si no conozco las enfermedades ni los remedios?" El visir añadió: "Vamos, joven, es inútil negar más. ¡Todos sabemos que la curación del rey está en tus manos!" Hassib alzó al cielo las manos y preguntó: "¿Cómo es eso?" El visir dijo: "¡Muy sencillo! ¡Puedes obtener esa curación porque conoces a la princesa subterránea, la reina Yamlika, cuya leche virginal, tomada en ayunas o empleada como díctamo, cura las enfermedades más incurables ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 372ª NOCHE

Ella dijo:

"...la reina Yamlika, cuya leche virginal, tomada en ayunas o empleada como díctamo, cura las enfermedades más incurables!"

Al oír tales palabras, comprendió Hassib que aquellos informes provenían de su entrada en el hammam, y trató de negar. Exclamó, pues: ¡Jamás he visto esa leche, ¡oh señor! y no sé quién es la princesa Yamlika! ¡Es la primera vez que oigo semejante nombre!" El visir sonrió y dijo: "¡Puesto que te niegas aún, voy a demostrarte que no te servirá de nada! ¡Te digo que has estado en los dominios de la reina Yamlika! Además, cuantos fueron allá en los tiempos antiguos, volvieron con la piel del vientre negra. Así lo dice este libro que tengo a la vista. Pero la piel del vientre no se le pone negra al visitante de la reina Yamlika más que después de su entrada en el hammam, ¡oh hijo de Danial! Y he aquí que los espías que yo tenía apostados en el hammam para que examinaran el vientre a todos los bañistas, han venido hace un rato a decirme que se te había puesto de pronto negro el vientre mientras te bañaban. ¡Es inútil, pues, que continúes negando!"

Al oír estas palabras; exclamó Hassib: "¡No, por Alah! ¡Nunca estuve en los dominios de la princesa subterránea!" Entonces se acercó a él el gran visir, le quitó las toallas que le envolvían y le dejó el vientre al descubierto. Estaba negro como el vientre de un búfalo.

Al ver aquello, Hassib estuvo a punto de caerse desmayado de espanto; luego tuvo una idea, y dijo al visir: "Debo declararte ¡oh mi señor! que nací con el vientre completamente negro". El visir sonrió y dijo: "Pues no lo estaba cuando entraste en el hammam. ¡Así me lo dijeron los espías!" Pero Hassib, que de ninguna manera quería hacer traición a la princesa subterránea revelando su residencia, siguió negando haber tenido relaciones con ella ni haberla visto nunca. Entonces el visir hizo una seña a dos verdugos, que se acercaron al joven, le echaron en el suelo, desnudo como estaba, y empezaron a administrarle en las plantas de los pies palos tan crueles y tan repetidos, que habría muerto si no se decidiera a pedir gracia confesando la verdad.

Enseguida hizo el visir que levantaran al joven, y ordenó que le pusiesen un magnífico ropón de honor en lugar de las toallas con que a su llegada se envolvía. Tras de lo cual lo condujo por sí mismo al patio del palacio, donde le hizo montar en el caballo más hermoso de las caballerizas reales, montando él a caballo también, y acompañados ambos por un séquito numeroso, tomaron el camino de la casa ruinosa por donde salió Hassib de los dominios de la reina Yamlika.

El visir, que había aprendido en los libros la ciencia de los conjuros, se puso a quemar allá perfumes y a pronunciar las fórmulas mágicas que abren las puertas, mientras Hassib, por su parte, siguiendo órdenes del visir, emplazaba a la reina para que se mostrase a él. Y de pronto se produjo un temblor de tierra que tiró al suelo a la mayoría de los circunstantes, y se abrió un agujero por el que surgió, sentada en un azafate de oro transportado por cuatro serpientes con cabeza humana que vomitaban llamas, la reina Yamlika, cuyo rostro tenía áureos resplandores. Y miró a Hassib con ojos preñados de reproches, y le dijo: "¿Es así, ¡oh Hassib! como cumples el juramento que me hiciste?" Y exclamó Hassib: "¡Por Alah! ¡Oh reina! ¡La culpa es del visir, que por poco me mata a golpes!" Ella dijo: "¡Ya lo sé! Y por eso no quiero castigarte; te han hecho venir aquí, y hasta a mí misma me obligan a salir de mi morada para curar al rey. Y vienes a pedirme leche para realizar esa curación. ¡De buen grado te la concedo como recuerdo de la hospitalidad que te di y de la atención con que me escuchaste! He aquí dos frascos con leche mía. Para operar la curación del rey, conviene que te enseñe el modo de emplearla. ¡Acércate más a mí!" Hassib se acercó a la reina, la cual le dijo en voz baja para que no la oyese nadie más que él: "Uno de los frascos, el que está marcado con una raya roja, debe servir para curar al rey. Pero el otro lo destino al visir que mandó que te apalearan. En efecto, cuando el visir vea la curación del rey, querrá beber de mi leche para preservarse de las enfermedades, y tú le darás a beber del otro frasco.

Luego, la reina Yamlika entregó a Hassib los dos frascos de leche, y desapareció enseguida, mientras la tierra volvía a cerrarse sobre ella y las que la transportaban.

Cuando llegó Hassib al palacio, hizo exactamente lo que le había indicado la reina. Se acercó, pues, al rey, y le dio a beber del primer frasco. Y no bien el rey hubo bebido aquella leche, se puso a sudar por todo su cuerpo, y al cabo de algunos instantes comenzó a caérsele a pedazos la piel atacada de lepra, a la vez que le nacía otra piel dulce y blanca como la plata. Y quedó curado en el momento. En cuanto al visir, quiso beber también de aquella leche, cogió el segundo frasco y lo vació de un trago. Y al punto empezó a hincharse poco a poco, y después de ponerse gordo como un elefante, estalló de pronto y murió inmediatamente. Y le retiraron de allí enseguida para enterrarle.

Cuando el rey se vio curado de aquel modo, hizo sentarse a Hassib al lado suyo, le dio muchas gracias y le nombró gran visir en lugar del que había muerto en su presencia. Y luego hizo que le pusieran un ropón de honor avalorado con pedrerías, y mandó que proclamaran por todo el palacio su nombramiento, después de regalarle trescientos mamalik y trescientas jóvenes para concubinas, además de tres princesas de sangre real que, con la mujer de Hassib, hicieron cuatro esposas legítimas; y le dio también trescientos mil dinares de oro, trescientas mulas, trescientos camellos y muchos rebaños de búfalos, bueyes y carneros.

Tras de lo cual, todos los oficiales, chambelanes y notables, por orden del rey, que les dijo: "¡Quien me honre que le honre!" se acercaron a Hassib y le besaron la mano por orden de categorías, demostrándole su sumisión y patentizándole su respeto. Luego tomó Hassib posesión del palacio del antiguo visir, y habitó en él con su madre, sus esposas y sus favoritas. Y vivió así rodeado de honores y de riquezas durante largos años, en los cuales tuvo tiempo de aprender a leer y a escribir.

Cuando aprendió Hassib a leer y a escribir, se acordó de que su padre Danial había sido un gran sabio, y tuvo la curiosidad de preguntar a su madre si no le había dejado como herencia sus libros y sus manuscritos. Y la madre de Hassib contestó: "Hijo mío, tu padre destruyó antes de morir todos sus papeles y todos sus manuscritos, y no te dejó como herencia más que una hojita de papel, que me encargó te entregase cuando me expresaras tal deseo". Y dijo Hassib: "¡Anhelo mucho poseerla, porque ahora deseo instruirme para dirigir mejor los asuntos del reino!"

Entonces la madre de Hassib...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 373ª NOCHE

Ella dijo:

...Entonces la madre de Hassib corrió a sacar de la maleta, donde la había guardado con sus alhajas, la hojita de papel, único legado del sabio Danial, y fue a entregársela a Hassib, que la cogió y la desenrolló.

Y leyó en ella estas sencillas palabras: "Toda ciencia es vana, porque llegaron los tiempos en que el Elegido de Alah indicará a los hombres las fuentes de la sabiduría. ¡Se llamará Mohammed! ¡Con él y con sus compañeros y con sus creyentes sean la paz y la bendición hasta la extinción de las edades!"

Y tal es ¡oh rey afortunado! -continuó Schehrazada- la historia de Hassib, hijo de Danial, y de la reina Yamlika, princesa subterránea. ¡Pero Alah es más sabio!

Cuando Schehrazada hubo acabado de contar esta historia extraordinaria, el rey Schahriar exclamó de repente:

"Siento que me invade el alma un gran fastidio, Schehrazada. ¡Y ten cuidado, porque como esto continúe, me parece que mañana por la mañana estará por un lado tu cabeza y tu cuerpo por el otro!"

Al oír estas palabras, la pequeña Doniazada, compungida, se acurrucó más aún en la alfombra, y Schehrazada contestó sin inmutarse: "En ese caso ¡oh rey afortunado! voy a contarte una o dos historias cortas, lo preciso para pasar el resto de la noche. ¡Al fin y al cabo, Alah es el Omnisciente!"

Y preguntó el rey Schahriar: "¿Pero cómo vas a arreglarte para encontrar una historia que sea breve y divertida a la vez?" Schehrazada sonrió, y dijo: "Precisamente ¡oh rey afortunado! esas historias son las que mejor conozco. Voy, pues, a contarte al instante una o dos anécdotas entresacadas del Parterre florido del ingenio y del jardín de la galantería. ¡Y después quiero que me cortes la cabeza!"

Y dijo enseguida:

El parterre florido del ingenio y el jardín de la galantería

Al-Raschid y el cuesco

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que un día en que el califa Harún Al-Raschid se sentía presa del fastidio y se hallaba en el mismo estado de espíritu en que se halla en este momento Tu Serenidad, salió a pasear por el camino que va de Bagdad a Bassra, llevando en su compañía a su visir Giafar Al-Barmaki, a su copero favorito Abu-Ishak y al poeta Abu-Nowas.

Mientras se paseaban y el califa seguía con la mirada torva y los labios apretados, pasó por el camino un jeique montado en un burro. Entonces el califa se encaró con su visir Giafar, y le dijo: "¡Interroga a ese jeique por el lugar adonde se dirige!" Y Giafar, que desde hacía un momento no sabía qué inventar para distraer al califa, resolvió al punto divertirle a costa del jeique, que iba tranquilamente por su camino, dejando el ronzal suelto sobre el cuello del asno que le conducía. Se acercó, pues, al jeique, y le preguntó: "¿Adónde se va, ¡oh venerable!?"

El jeique contestó: "¡A Bagdad, de vuelta de Bassra, que es mi país!" Giafar preguntó: "¿Y a qué obedece un viaje tan largo?" El otro contestó: "¡Por Alah! ; voy en busca de un médico bueno que me recete un colirio para mi ojo!" Giafar dijo: "¡La suerte y la curación están entre las manos de Alah, ¡oh jeique! Pero ¿qué me darás si para evitarte pesquisas y gastos te receto yo mismo aquí un colirio que te cure el ojo en una noche?"

El otro contestó: "¡Sólo Alah podría remunerarte con arreglo a tus méritos!" Entonces Giafar se volvió hacia el califa y hacia Abu-Novas, y les guiñó el ojo; luego dijo al jeique: "Así es, mi buen tío, y no olvides la receta que voy a darte, porque es sencillísima.

Hela aquí: toma tres onzas de soplo de viento, tres onzas de rayos de sol y tres onzas de luz de linterna; lo mezclas todo cuidadosamente en un mortero sin fondo, y durante tres meses lo dejas expuesto al aire libre. Entonces tendrás que machacarlo durante dos o tres meses y verterlo en una escudilla agujereada, que expondrás al viento y al sol durante otros tres meses todavía. Después de hacer esto estará a punto el colirio, no tendrás más que espolvorearte con él el ojo trescientas veces la primera noche, cogiendo para ello tres dedadas grandes cada vez, y te dormirás. ¡Al día siguiente te despertarás curado, si Alah quiere!"

Al oír estas palabras, en prueba de gratitud y de respeto el jeique se puso de bruces encima de su burro delante de Giafar y de repente soltó un detestable cuesco seguido de dos largos follones, y dijo a Giafar:

"Corre ¡oh médico! para recogerlos antes de que se desparramen. Por el momento es la única respuesta que da mi gratitud a tu remedio ventoso; pero ten la seguridad de que apenas me halle de regreso en mi tierra, si Alah quiere, te enviaré como regalo una esclava de trasero tan arrugado como un higo seco, la cual ha de proporcionarte tanto placer que expirará tu alma; y entonces sentirá tu esclava tanto dolor y tanta emoción al llorar sobre tu cadáver ¡que no podrá menos de mearse en tu rostro frío y regar tu barba seca!"

Y el jeique acarició tranquilamente a su asno y siguió su camino, en tanto que el califa se dejaba caer de trasero en el límite de la convulsión y reventaba de risa al ver la cara de su visir, inmóvil y mudo de sorpresa, y Abu-Nowas, que con un gesto paternal fingía felicitarle.

Al oír esta anécdota, se serenó de pronto el rey Schahriar y dijo a Schehrazada: "¡Date prisa, Schehrazada, a contarme aún esta noche una anécdota que sea tan divertida como la anterior, por lo menos!"

Y exclamó la pequeña Doniazada: "¡Oh Schehrazada; hermana mía, cuán dulces y sabrosas son tus palabras!" Entonces, tras una pausa corta, Schehrazada dijo:

El jovenzuelo y su maestro

Cuentan que el visir Badreddin, gobernador del Yamán, tenía un hermano que era un joven dotado de una belleza tan incomparable, que a su paso volvían la cabeza hombres y mujeres para admirarle y hartarse los ojos de sus encantos. Así es que temeroso de que le sobreviniera alguna aventura considerable, el visir Badr le tenía cuidadosamente alejado de las miradas de los hombres y le impedía que se tratara con los jóvenes de su edad. Como no quería llevarle a la escuela por no poder vigilarle allí lo suficiente, hizo ir a la casa en calidad de maestro a un jeique venerable y piadoso, de costumbres notoriamente castas, y le puso entre sus manos. Y el jeique iba todos los días a ver a su discípulo, con el cual se encerraba algunas horas en una estancia que les había reservado el visir para dar las lecciones.

Al cabo de cierto tiempo, la belleza y los encantos del joven no dejaron de surtir su efecto habitual en el jeique, que acabó por quedar locamente prendado de su discípulo, y al verle sentía cantar a todos los pájaros de su alma que despertaban con sus cánticos cuanto estaba dormido en él.

Así es que sin saber qué hacer para calmar su emoción, decidióse un día a participar al joven la turbación de su alma y le declaró que no podía ya pasarse sin su presencia. Entonces, muy conmovido por la emoción de su maestro, le dijo el joven: "¡Ay! bien sabes que tengo las manos atadas y que mi hermano vigila todos mis movimientos". El jeique suspiró, y dijo: "¡Quisiera pasar solo contigo una velada!" El joven contestó: "¡Quién piensa en eso!" Si durante el día me vigilan, ¡qué no será por las noches!" El jeique añadió: "Ya lo sé; pero la terraza de mi casa está contigua y al mismo nivel que la terraza de esta casa en que nos hallamos, y te será fácil, cuando tu hermano se durmiera esta noche, subir sigilosamente allá, donde yo te esperaré y te llevaré conmigo, sin más que saltar la tapia divisoria, a mi terraza, en la que no vendrá nadie a vigilarnos".

El joven aceptó la proposición, diciendo: "Escucho y obedezco!"...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente:

Y el rey Schahriar se dijo: "¡En verdad que no la mataré antes de saber lo que pasó entre ese jovenzuelo y su maestro!"

Y CUANDO LLEGÓ LA 375ª NOCHE

Dijo Schehrazada:

...El joven aceptó la proposición, y llegada la noche, fingió dormir, y cuando el visir se retiró a su estancia, subió él a la terraza, donde ya le esperaba el jeique, que enseguida le cogió de la mano y se dio prisa a conducirle a su terraza, en la que ya estaban dispuestas las copas llenas y las frutas. Se sentaron, pues, a la luz de la luna en la esterilla blanca, y con la inspiración propicia en la serenidad de la hermosa noche, se pusieron a cantar y a beber, en tanto que los dulces rayos del astro les iluminaban hasta el éxtasis.

Mientras dejaban transcurrir así el tiempo ellos, el visir Badr pensó, antes de acostarse, ir a ver a su hermano pequeño, y se sorprendió mucho al no encontrarle. Dedicóse a buscarle por toda la casa, y acabó por subir a la terraza y acercarse a la tapia divisoria; vio entonces a su hermano y al jeique con la copa en la mano, cantando sentados uno junto a otro. Pero el jeique también había tenido tiempo de verle avanzar desde lejos, y con un aplomo admirable interrumpió la canción que estaba diciendo, para improvisar estos versos que cantó con el mismo motivo y sin cambiar de tono:

¡Me hace beber un vino mezclado con la saliva de su boca; y el rubí de la copa brilla en sus mejillas, que se coloran a la vez con la púrpura del pudor!

¿Qué nombre le daré? Su hermano se llama ya la Luna Llena de la Religión, y en verdad que nos alumbra como la luna en este momento. ¡Le llamaré, pues, la Luna Llena de la Belleza!

Cuando el visir Badreddin hubo oído estos versos, que contenían la alusión tan delicada con respecto a él, como era discreto y muy galante, y como tampoco veía que ocurriera nada inconveniente, se retiró, diciendo: "¡Por Alah! ¡No seré yo quien turbe su coloquio!" Y los otros dos llegaron a sentir una felicidad perfecta.

Y después de contar esta anécdota, Schehrazada se detuvo un instante, y dijo luego:

EL SACO PRODIGIOSO

Cuentan que el califa Harún Al-Raschid, atormentado una noche por uno de sus frecuentes insomnios, llamó a Giafar, su visir, y le dijo: "¡Oh Giafar! esta noche tengo extremadamente oprimido el pecho por el insomnio, y anhelo mucho ver cómo te arreglas para dilatármelo!"

Giafar contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! tengo un amigo llamado Alí el Persa, que posee en su alforja una porción de historias deliciosas a propósito para borrar las penas más tenaces y calmar los humores irritados!"

Al-Raschid contestó: "¡Venga, pues, a mi presencia al instante tu amigo!" Y Giafar le puso enseguida entre las manos del califa, que le hizo sentarse y le dijo: "¡Escucha, Alí! Me han dicho que sabes historias capaces de disipar la pena y el fastidio, y hasta de procurar el sueño a quien sufre insomnio. ¡Deseo de ti una de esas historias!" Alí el Persa contestó: "¡Escucho y obedezco, oh Emir de los Creyentes! ¡Pero no sé si debo contarte algo que haya oído con mis oídos o algo que haya visto con mis ojos!" Al-Raschid dijo: "¡Prefiero una historia en que tú mismo intervengas!"

Entonces dijo Alí el Persa:

"Un día estaba yo sentado en mi tienda vendiendo y comprando, cuando llegó un kurdo para ajustar conmigo algunos objetos; pero de pronto se apoderó de un saquito que había delante de mí, y sin tomarse el trabajo de ocultarlo quiso llevárselo, como si le perteneciese absolutamente desde que nació. Entonces me planté en la calle de un salto, le agarré por el faldón de su traje y le insté a que me devolviera mi saco; pero se encogió de hombros, y me dijo: "¡Pero si este saco me pertenece con todo lo que tiene!"

Entonces grité en el límite de la sofocación: "¡Oh musulmanes, salvad de las manos de ese descreído lo que es mío!" Al oír mis gritos, todo el zoco se agrupó a nuestro alrededor, y los mercaderes me aconsejaron que fuese a quejarme al kadí en el instante. Acepté y me ayudaron a arrastrar a casa del kadí al kurdo que me robó mi saco.

Cuando estuvimos en presencia del kadí, nos mantuvimos de pie respetuosamente entre sus manos, y empezó por preguntarnos él: "¿Quién de vosotros es el querellante y de quién se querella?"

Entonces el kurdo, sin darme tiempo para abrir la boca, se adelantó algunos pasos y contestó: "¡Dé Alah su apoyo a nuestro amo el kadí! Este saco que tengo es mi saco, y me pertenece todo lo que contiene. ¡Lo había perdido y acabo de encontrarlo delante de este hombre!"

El kadí le preguntó: "¿Cuándo lo perdiste?" El otro contestó: "¡Durante el día de ayer, y su pérdida me impidió dormir toda la noche!" El kadí le dijo: "¡En ese caso, enumérame los objetos que contiene!"

Entonces, sin dudar un instante, contestó el kurdo: "En mi saco ¡oh nuestro amo el kadí! hay dos frascos de cristal llenos de kohl, dos varillas de plata para extender el kohl, un pañuelo, dos vasos de limonada con el borde dorado, dos antorchas, ojos, cucharas, un almohadón, dos tapetes para mesa de juego, dos pucheros con agua, dos azafates, una bandeja, una marmita, un depósito de agua de barro cocido; un cazo de cocina, una aguja de hacer calceta, dos sacos con provisiones, una gata preñada, dos perras, una escudilla con arroz, dos burros, dos literas para mujer, un traje de paño, dos pellizas, una vaca, dos becerros, una oveja con dos corderos, una camella y dos camellitos, dos dromedarios de carrera con sus hembras, un búfalo y dos bueyes, una leona y dos leones, una osa, dos zorros, un diván, dos camas, un palacio con dos salones de recepción, dos tiendas de campaña de tela verde, dos doseles, una cocina con dos puertas, y una asamblea de kurdos de mi especie dispuestos a dar fe de que este saco es mi saco".

Entonces se encaró conmigo el kadí y me preguntó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 376ª NOCHE

Ella dijo:

...Entonces se encaró conmigo el kadí y me preguntó: "¿Y qué tienes tú que contestar?"

Yo ¡oh Emir de los Creyentes! estaba estupefacto con todo aquello.

Sin embargo, avancé un poco y contesté: "¡Eleve y honre Alah a nuestro amo el kadí! ¡Yo bien sé que en mi saco solamente hay un pabellón en ruinas, una casa sin cocina, un albergue para perros, una escuela de adultos, unos jóvenes que juegan a los dados, una guarida de salteadores, un ejército con sus jefes, la ciudad de Bassra y la ciudad de Bagdad, el palacio antiguo del emir Scheddad ben-Aad, un horno de herrero, una caña de pescar, una cayada de pastor, cinco buenos mozos, doce jóvenes intactas, y mil conductores de caravanas dispuestos a dar fe de que este saco es mi saco!"

Cuando el kurdo hubo oído mi respuesta, rompió a llorar y a sollozar, y luego exclamó con la voz entrecortada por las lágrimas: "¡Oh nuestro amo el kadí! este saco que me pertenece es conocido y reconocido, y todo el mundo sabe que es de mi propiedad. ¡Encierra, además, dos ciudades fortificadas y diez torres, dos alambiques de alquimista, cuatro jugadores de ajedrez, una yegua y dos potros, un semental y dos jacas, dos lanzas largas, dos liebres, un mozo experto y dos mediadores, un ciego y dos clarividentes, un cojo y dos paralíticos, un capitán marino, un navío con sus marineros, un sacerdote cristiano y dos diáconos, un patriarca y dos frailes y por último, un kadí y dos testigos dispuestos a dar fe de que este saco es mi saco!"

Al oír estas palabras se encaró conmigo el kadí y me preguntó: "¿Qué tienes que contestar a todo eso?"

Yo ¡oh Emir de los Creyentes! me sentía cargado de rabia hasta las narices. Me adelanté, no obstante, algunos pasos y contesté con toda la calma de que era capaz: "¡Alah esclarezca y consolide el juicio de nuestro amo el kadí! ¡Debo añadir que en este saco hay, además, medicamentos contra el dolor de cabeza, filtros y hechizos, cotas de malla y armarios llenos de armas, mil carneros destinados a luchar a cornadas, un parque con ganados, hombres dados a las mujeres, aficionados a los muchachos, jardines llenos de árboles y de flores, viñas cargadas de uvas, manzanas e higos, sombras y fantasmas, frascos y copas, recién casados con todo el séquito de su boda, gritos y chistes, doce cuescos vergonzosos, y otros tantos follones sin olor, amigos sentados en una pradera, banderas y pendones, una casada saliendo del hammam, veinte cantarinas, cinco hermosas esclavas abisinias, tres indias, cuatro griegas, cincuenta turcas, setenta persas, cuarenta cachemirenses, ochenta kurdas, otras tantas chinas, noventa georginas, todo el país del Irak, el Paraíso terrenal, dos establos, una mezquita, varios hammams, cien mercaderes, una tabla de madera, un clavo, un negro que toca el clarinete, mil dinares, veinte cajones llenos de tela, veinte danzarinas, cincuenta almacenes, la ciudad de Kufa, la ciudad de Gasa, Damieta, Assuán, el palacio de Khoshú-Anuschriván y el de Soleimán; todas las comarcas situadas entre Balkh e Ispahán, las Indias y el Sudán, Bagdad y el Khorassán; contiene, además -¡Alah persevere los días de nuestro amo el kadí!- una mortaja, un ataúd y una navaja de afeitar para la barba del kadí, si el kadí no quisiera reconocer mis derechos y sentencias que este saco es mi saco!"

Cuando el kadí hubo oído todo aquello, nos miró y me dijo: "¡Por Alah, o sois dos bribones que os burláis de la ley y de su representante, o este saco debe ser un abismo sin fondo o el propio Valle del Día del Juicio!"

Y para comprobar mis palabras hizo al punto el kadí que se abriera el saco ante testigos. ¡Contenía unas cáscaras de naranjas y unos huesos de aceitunas!

Entonces, pasmado hasta el límite del pasmo, declaré al kadí que aquel saco pertenecía al kurdo, pero que el mío había desaparecido, y me marché".

Cuando el califa Harún Al-Raschid hubo escuchado esta historia, le tiró de espalda la fuerza explosiva de su risa, e hizo un magnífico regalo a Alí el Persa. ¡Y aquella noche durmió con un profundo sueño hasta por la mañana!

Luego añadió Schehrazada: "Pero no creas ¡oh rey afortunado! que es menos deliciosa esta anécdota que aquella otra en que Al-Raschid se encuentra en un apurado caso de amor". Y preguntó el rey Schahriar: "¿Qué anécdota es esa que no conozco?"

Entonces Schehrazada dijo:

AL-RASCHID, JUSTICIERO DE AMOR

Cuentan que una noche en que Harún Al-Raschid estaba acostado entre dos hermosas jóvenes que le gustaban por igual, y de las cuales una era de Medina y otra de Kufa, no quería expresar con la terminación final su preferencia por una en detrimento de la otra. Debía, pues, alcanzar tal premio la que hiciera más méritos para ello. Así es que la esclava de Medina empezó por cogerle de las manos y se puso a acariciarle dulcemente, en tanto que la de Kufa, echada un poco más abajo, le frotaba los pies, aprovechándose de la ocasión para deslizar su mano hasta la mercancía de más arriba y sopesarla de cuando en cuando.

Bajo la influencia de este tanteo delicado, la mercancía empezó de pronto a aumentar de peso considerablemente. Entonces se apresuró a apoderarse de ella la esclava de Kufa, y trayéndola toda hacia sí, la ocultó entre sus manos; pero la esclava de Medina, le dijo: "¡Ya veo que guardas el capital para ti sola y no piensas dejarme siquiera los intereses!"

Y con un ademán rápido rechazó a su rival y se apoderó del capital a su vez, oprimiéndole cuidadosamente con las manos.

Entonces la esclava defraudada, que estaba muy versada en el conocimiento de las tradiciones del Profeta, dijo a la esclava de Medina: "Yo soy quien debe tener derecho al capital, en virtud de estas palabras del Profeta (¡con él la plegaria y la paz!): "¡Quien hace revivir una tierra muerta, se convierte en su único propietario!"

Pero la esclava de Medina, que no cedía la mercancía, no estaba menos versada en la Suma que su rival de Kufa, y le contestó al punto: "El capital me pertenece en virtud de estas palabras del Profeta (¡con él la plegaria y la paz!) que nos fueron conservadas y transmitidas por Sofián: "¡La casa pertenece, no a quien la levanta, sino a quien le da alcance!"

Cuando oyó estas citas el califa, le parecieron tan justas, que satisfizo por igual a ambas jóvenes aquella noche.

Luego añadió Schehrazada: "Pero ninguna de estas anécdotas ¡oh rey afortunado! vale tanto como aquella en que dos mujeres discuten para saber si en amor conviene dar la preferencia al joven o al hombre maduro.

¿Para quién la preferencia?

¿Para el joven o para el hombre maduro?

La anécdota siguiente nos la relata Abul-Afina. Dice.

"Un día había yo subido a mi terraza para tomar el aire, cuando oí una conversación de mujeres en la terraza contigua. Las que así charlaban eran dos esposas de mi vecino, cada una de las cuales tenía un amante que la contentaba como no lo hacía el esposo viejo e impotente. Pero el amante de una era un hermoso joven de lo más tierno aún y con las mejillas sonrosadas e imberbes, y el amante de la otra era un hombre maduro y peludo; de barba compacta y espesa. Y he aquí que sin saber que las escuchaban, mis dos vecinas discutían precisamente acerca de los méritos respectivos de sus enamorados. Decía una...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 377ª NOCHE

Ella dijo:

...Decía una: "¡Oh hermana mía! ¿cómo puedes soportar la rudeza de la barba de tu amante cuando, al besarte, te frota con ella los senos y las espinas de su bigote rozan las mejillas y los labios? ¿Qué haces para que no te lastime y desgarre la piel cruelmente cada vez? Créeme, hermana mía; cambia de enamorado y haz lo que yo; búscate a un joven con un ligero vello en las mejillas deseables cual una fruta, con una carne delicada que se derrita en tu boca durante el beso. ¡Por Alah, que ya sabrá él compensar a tu lado su falta de barba con muchas otras cosas llenas de sabor!"

Al oír estas palabras, le contestó su compañera: "¡Qué tonta eres, hermana mía, y cómo careces de finura y buen sentido! ¿Acaso no sabes que el árbol sólo resulta hermoso cuando está lleno de hojas, y el cohombro sólo resulta sabroso con su pelusa y con todas sus asperezas? ¿Hay en el mundo algo más feo que un hombre imberbe y calvo como una cotufa? Has de saber que la barba y el bigote son para el hombre lo que para las mujeres son las trenzas de pelo. ¡Y tan notorio es, que Alah el Altísimo (¡glorificado sea!) creó en el cielo especialmente a un ángel que no tiene otra ocupación que la de cantar alabanzas al Creador por haber dado barba a los hombres y dotado de cabellos largos a las mujeres! ¿A qué me hablas, pues, de elegir como enamorado a un joven imberbe? ¿Crees que consentiría yo en tenderme debajo de quien apenas se pone encima piensa en quitarse, apenas está en tensión piensa en aflojarse, apenas se une piensa en desatar el nudo, apenas se halla en su sitio piensa en abandonarlo, apenas adquiere consistencia piensa en derretirse, apenas erigido piensa en derruirse, apenas enlazado piensa en desligarse, apenas pegado piensa en despegarse, y apenas en funciones piensa en ceder? ¡Desengáñate, pobre hermana mía! ¡Nunca abandonaré al hombre que no se separa de la que enlaza, que cuando entra permanece en su sitio, cuando se vacía se llena otra vez, cuando acaba recomienza, cuando se mueve es excelente, cuando funciona es superior, cuando da es generoso y cuando empuja perfora!"

Al oír tal explicación, exclamó la mujer que tenía el amante imberbe: "¡Por el Dueño de la Kaaba santa, ¡oh hermana mía! que me hiciste entrar en ganas de probar al hombre barbudo!

Luego, tras una corta pausa, dijo seguidamente Schehrazada:

EL PRECIO DE LOS COHOMBROS

Un día en que el emir Moinben-Zaida iba de caza, se encontró con un árabe que volvía del desierto montado en su borrico. Se puso delante de él, y después de las zalemas consiguientes, le preguntó: "¿Adónde vas, hermano árabe, y qué llevas envuelto tan cuidadosamente en ese saquito?" El árabe contestó: "Voy en busca del emir Moinben para llevarle estos cohombros tempranos que ha dado la primera recolección de mis tierras. Como se trata del hombre más generoso que se conoce, estoy seguro que me pagará mis cohombros a un precio digno de su esplendidez". El emir Moinben, a quien el árabe no había visto hasta entonces, le preguntó: "¿Y cuánto esperas que te dé por esos cohombros el emir Moinben?" El árabe contestó: "¡Mil dinares de oro, por lo menos!" El emir preguntó: "¿Y si te dice que eso es mucho?" El otro contestó: "¡No le pediré más que quinientos!" - "¿Y si te dice que es mucho?" - "¡Cincuenta!" - "Y si te dice que es mucho?" - "¡Treinta! - "Y si te dice todavía que es mucho?" - "¡Oh! ¡Entonces meteré mi borrico en su harem y me daré a la fuga con las manos vacías!"

Al oír estas palabras, Moinben se echó a reír y espoleó a su caballo para reunirse con su séquito y entrar enseguida en su palacio, donde dio orden a sus esclavos y a su chambelán para que dejaran entrar al árabe con sus cohombros.

Así es que cuando una hora más tarde llegó el árabe al palacio, el chambelán se apresuró a conducirle a la sala de recepción, donde le esperaba el emir Moinben sentado majestuosamente en medio de la pompa de la corte y rodeado por sus guardias, que ostentaban la espada desnuda en la mano. Y he aquí que el árabe estuvo muy lejos de reconocer en él al jinete que había encontrado en el camino y con el saco de cohombros en las manos esperó, después de las zalemas, a que el emir le interrogara.

El emir le preguntó: "¿Qué me traes en ese saco, hermano árabe?" El otro contestó: "¡Confiando en la esplendidez de nuestro dueño el emir, le traigo los primeros cohombros tempranos que nacieron en mi campo!" - "¡Qué inspiración tan buena! ¿Y en cuánto estimas mi esplendidez?" - "¡En mil dinares!" - "¡Es mucho!" - "¡En trescientos!" "¡Es mucho!" - "¡En ciento!" - "¡Es mucho!" - "¡En cincuenta!" - "¡Es mucho!" - "¡En treinta, entonces!" - ¡También es mucho! “Entonces exclamó el árabe: "¡Por Alah, que fue de real augurio el encuentro que tuve antes cuando vi en el desierto aquel rostro de brea! ¡No, por Alah, ¡oh emir! no puedo dar mis cohombros en menos de treinta dinares!'"

Al oír estas palabras, sonrió sin contestar el emir Moinben. Entonces le miró el árabe, y al darse cuenta de que el hombre con quien se encontró en el desierto, no era otro que el propio emir Moinben dijo:

"¡Por Alah, oh mi amo! haz que traigan los treinta dinares, porque tengo el borrico atado ahí a la puerta!" A estas palabras, el emir Moinben rompió a reír de tal manera, que se cayó de trasero; e hizo llamar a su intendente y le dijo: "¡Es preciso contar inmediatamente mil dinares primero, luego quinientos, luego trescientos, luego ciento, luego cincuenta, y por último, treinta, para dárselos a este hermano árabe con objeto de que se decida a dejar atado donde está a su borrico!" Y el árabe llegó al límite de la estupefacción al recibir mil novecientos ochenta dinares por un saco de cohombros. ¡Tanta era la esplendidez del emir Moinben! ¡Sea por siempre con todos ellos la misericordia de Alah!

Después dijo Schehrazada:

CABELLOS BLANCOS

Cuenta Aba-Suwaid:

"Un día entré en un huerto para comprar fruta, y he aquí que desde lejos vi sentada a la sombra de un albaricoquero a una mujer peinándose. Cuando me acerqué a ella, noté que era vieja y que estaban blancos sus cabellos; pero su rostro resultaba perfectamente gentil y su tez fresca y deliciosa. Al ver que me acercaba a ella no hizo ningún movimiento para taparse el rostro ni ningún ademán para cubrirse la cabeza, y continuó, sonriendo, en su tarea de alisarse los cabellos con su peine, que era de marfil. Me paré enfrente de ella, y después de las zalemas, le dije: "¡Oh vieja de edad, pero joven de rostro! ¿Por qué no te tiñes los cabellos y parecerías entonces una joven de verdad? ¿A qué obedece el que no lo hagas? ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 378ª NOCHE

Ella dijo:

"¿...A qué obedece el que no lo hagas?"

Levantó entonces ella la cabeza, me miró con los ojos muy abiertos, y me contestó con los versos siguientes:

¡Teñidos estuvieron antaño, pero desapareció su color y les queda el tiempo!

¿Para qué teñirlos ahora, si cuando quiero puedo balancear mi grupa fastuosamente, y hacérmelo meter a capricho por delante o por detrás?

Y dijo luego Schehrazada:

LA CUESTIÓN ZANJADA

Cuentan que el visir Giafar recibió en su casa una noche al califa Harún Al-Raschid y no escatimó nada para divertirle agradablemente. De pronto dijo el califa: "Giafar, he sabido que compraste para ti una esclava muy bella, en la que había puesto los ojos yo y que quise comprar para mí mismo. ¡Deseo, pues, que me la cedas por el precio que te convenga!" Giafar contestó: "No tengo la menor intención de venderla, ¡oh Emir de los Creyentes!" El califa dijo: "¡Entonces, ofrécemela como regalo!" Giafar contestó: "Tampoco tengo esa intención, ¡oh Emir de los Creyentes!"

Entonces frunció las cejas Al-Raschid y exclamó: "¡Juro por los tres juramentos que al instante me divorciaré de mi esposa Sett Zobeida, si no quieres consentir en venderme la esclava o en cedérmela!" Giafar contestó: "¡Juro por los tres juramentos que al instante me divorciaré de mi esposa, madre de mis hijos, si consiento en venderte la esclava o en cedértela!"

Cuando hubieron hecho tal juramento ambos, comprendieron de pronto que habían ido demasiado lejos, cegados por los vapores del vino, y de común acuerdo se preguntaron qué medio emplearían para salir del apuro. Después de algunos instantes de perplejidad y reflexión, dijo Al-Raschid: "¡Para salir de este trance tan apurado, no tenemos más remedio que recurrir a las luces del kadí Abi-Yussuf, que tan versado está en la jurisprudencia del divorcio!" Enviaron a buscarle enseguida, y Abi-Yussuf pensó: "Cuando el califa envía a buscarme a media noche, es porque en el Islam ocurre algún acontecimiento muy grave!" Luego salió de su casa a toda prisa, aparejó su mula, y dijo a su esclavo, que iba detrás de la mula: "¡Llévate el saco de forraje del animal, que no ha terminado su ración todavía, y no te olvides de colgárselo de la cabeza a nuestra llegada, para que siga comiendo!"

Cuando entró en la sala donde le esperaban el califa y Giafar, el califa se levantó en honor suyo y le hizo sentarse a su lado, privilegio que no concedía nunca más que a Abi-Yussuf. Luego le dijo: "¡Te he llamado para un asunto de la mayor gravedad!" Y le explicó el caso. Entonces dijo Abi-Yussuf: "¡Pero si la solución es la cosa más sencilla del mundo!" Se encaró entonces con Giafar, y le dijo: "¡No tienes más que vender al califa media esclava y regalarle la otra media!"

Esta solución entusiasmó en extremo al califa, que admiró toda su sutileza, porque a ambos los desligaba de su juramento, haciéndole beneficiarse con la esclava que anhelaba. Llamaron, pues, a la esclava, y dijo el califa: "No puedo esperar a que pase el tiempo reglamentario para la liberación definitiva que me permite tomar la esclava a su primer amo. Es preciso, pues, ¡oh Abi-Yussuf! que des también con el medio de lograr inmediatamente esa liberación". Abi-Yussuf contestó: "¡La cosa es todavía más fácil! ¡Que hagan venir a un mameluco joven!" Al punto hicieron ir al mameluco en cuestión, y dijo Abi-Yussuf: "Para que sea lícita esta liberación inmediata, es necesario que la esclava esté casada legítimamente. ¡Voy, pues a dársela en matrimonio a este mameluco, quien mediante una retribución se divorciará de ella antes de tocarla! Y solamente ¡oh Emir de los Creyentes! podrá pertenecerte como concubina la esclava". Y se encaró con el mameluco y le dijo: "¿Aceptas como esposa legítima esta esclava?" El otro contestó: "¡La acepto!" Entonces le dijo el kadí: "¡Ya estás casado! ¡He aquí ahora mil dinares para ti! ¡Divórciate de ella!" El mameluco contestó: "Ya que me casé legítimamente, quiero permanecer casado, porque me gusta la esclava! "

Al oír esta respuesta del mameluco, el califa frunció las cejas con cólera, y dijo al kadí: "¡Por el honor de mis antepasados, que la solución que buscaste va a llevarte a la horca!" Pero Abi-Yussuf dijo sonriendo: "¡No se preocupe nuestro dueño el califa de la respuesta de este mameluco, y convénzase de que es más fácil que nunca la solución ahora!"

Luego añadió: "Solamente has de permitirme ¡oh Emir de los Creyentes! que me conduzca con este mameluco como si fuera un esclavo mío". El califa le dijo: "¡Te lo permito! ¡Es tu esclavo y tu propiedad!" Entonces Abi-Yussuf se encaró con la joven y le dijo: "¡Te regalo este mameluco y te lo doy como esclavo comprado! ¿Le aceptas así?" Ella contestó: "¡Le acepto!" Abi-Yussuf exclamó: "En ese caso, queda anulado el matrimonio que acaba de contraer contigo. ¡Y ya estás desligada de él! ¡Así lo ordena la ley del matrimonio! ¡He sentenciado!"

Al oír esta sentencia, Al-Raschid se irguió sobre ambos pies y exclamó en el límite de la admiración: "¡Oh Abi-Yussuf, no tienes par en el Islam!" E hizo que le entregaran una gran bandeja llena de oro y le rogó que la aceptase. El kadí dio las gracias al califa; pero no supo cómo llevar consigo todo aquel oro. De pronto se acordó del saco de la mula, en el que cabía un celemín, y tras de mandar por él vació todo el oro de la bandeja y se marchó.

Esta anécdota nos demuestra que el estudio de la jurisprudencia hace ricos a los hombres. ¡Sea, pues, con todos ellos la misericordia de Alah!"

Luego dijo Schehrazada:

ABÚ-NOWAS Y EL BAÑO DE SETT ZOBEIDA

Cuentan que el califa Harún Al-Kaschid, que amaba con un amor extremado a su esposa y prima Sett Zobeida, había hecho construir, en un jardín reservado para ella sola, un estanque de agua rodeado por un bosquecillo de árboles frondosos, donde podía bañarse sin exponerse nunca a las miradas de los hombres y a los rayos del sol, pues el follaje era impenetrable.

Y he aquí que un día en que hacía mucho calor, Sett Zobeida fue al bosquecillo completamente sola, se desnudó del todo al borde del estanque y se metió en el agua. Pero no sumergió más que sus piernas hasta las rodillas, porque la daba miedo el escalofrío que produce el agua al sumergirse de una vez y, además, porque no sabía nadar. Pero con un jarro que había traído se vertía en los hombros agua poco a poco, estremeciéndose con la caricia húmeda de su frescura.

El califa, que la había visto encaminarse al estanque, la siguió sigilosamente, y amortiguando sus pisadas, llegó cuando ella estaba ya desnuda. A través de las hojas, se puso él a observar y admirar la desnudez de su esposa, blanca sobre el agua. Como tenía la mano apoyada en una rama, la rama rechinó de pronto, y Sett Zobeida...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la

Y CUANDO LLEGÓ LA 379ª NOCHE

Ella dijo:

...la rama rechinó de pronto y Sett Zobeida se volvió asustada, llevándose las dos manos a su historia, para sustraerla a las miradas, con un gesto instintivo. Por cierto, que la historia de Sett Zobeida era cosa tan considerable, que podían ocultarla más que a medias las dos manos; y era aquélla historia tan gruesa y tan escurridiza, que Sett Zobeida no logró retenerla, y se le escapó por entre los dedos y apareció en toda su gloria a la vista del califa.

Al-Raschid, que hasta entonces nunca tuvo ocasión de observar al aire libre y al natural la historia de su prima, quedó maravillado y a la vez estupefacto de su enormidad y de su fastuosidad, y se apresuró a alejarse furtivamente como había venido. Pero aquel espectáculo despertó la inspiración en él, que se sintió dispuesto a improvisar. Siguiendo un ritmo ligero, empezó por componer el verso siguiente:

¡En el baño vi la plata cándida!...

Pero en vano siguió torturándose el espíritu para construir otros ritmos, porque no sólo no consiguió acabar el poema, sino que ni siquiera hizo otro verso que rimase; y se puso muy triste, y sudaba repitiendo ¡En el baño vi la plata cándida!... y no salía del apuro. Entonces se decidió a llamar al poeta Abu-Nowas, y le dijo: "Vamos a ver si compones un poema corto cuyo primer verso sea: ¡En el baño vi la plata cándida!..." Entonces Abu-Nowas, que también había merodeado por los alrededores del estanque y observado toda la escena consabida, contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y ante la estupefacción del califa, improvisó enseguida los siguientes versos:

¡En el baño vi la plata cándida, y mis ojos se embriagaron de leche!

¡Una gacela cautivó mi alma a la sombra de sus caderas mientras su historia se escurría entre sus dedos juntos!

¡Oh! ¿Por qué no pude convertirme en onda para acariciar aquella delicada historia escurridiza, o convertirme en pez durante una hora o dos?

El califa no intentó averiguar cómo se había arreglado Abu-Nowas para dar a sus versos una significación tan exacta, y le recompensó espléndidamente para demostrarle su satisfacción.

Luego añadió Schehrazada: "Pero no creas ¡oh rey afortunado! que esta sutileza de ingenio de Abu-Nowas era menos admirable que su encantadora improvisación en la anécdota que vas a oír:

ABU-NOWAS IMPROVISA

Presa de un insomnio tenaz, el califa Harún Al-Raschid se paseaba una noche por las galerías de su palacio, cuando se encontró con una de sus esclavas, a la cual amaba en extremo, que se dirigía al pabellón reservado para ella. La siguió y penetró en el pabellón detrás de la joven. La cogió entonces en brazos y se puso a acariciarla y a juguetear con ella de tal modo, que cayó el velo que la envolvía y la túnica también se escurrió de sus hombros.

Al ver aquello, se encendió el deseo en el alma del califa, que al instante quiso poseer a su bella esclava; pero se excusó ella diciendo: "Por favor, ¡oh Emir de los Creyentes! dejemos la cosa para mañana, porque no esperaba el honor de tu visita y no estoy preparada. ¡Pero mañana, si Alah quiere, me encontrarás toda perfumada, y embalsamarán la cama mis jazmines!" Entonces no insistió Al-Raschid y volvió a pasearse.

Al día siguiente, a la misma hora, envió a Massrur, jefe de sus eunucos, para que previniera a la joven de su visita proyectada. Pero precisamente la joven había tenido durante el día un principio de fatiga, y como se sentía floja y peor dispuesta que nunca, se limitó a citar por toda respuesta a Massrur, que la recordaba su promesa de la víspera, este proverbio: "¡El día borra las palabras de la noche!"

En el momento en que Massrur transmitía al califa las palabras de la joven, entraron los poetas Abu-Nowas, El-Rakaschi y Abu-Mossab. Y el califa se encaró con ellos y les dijo: "Improvisadme al instante cada uno de vosotros algunos ritmos donde se pongan en juego estas frases:

Entonces dijo primeramente El-Rakaschi:

¡Guárdate, corazón mío, de una hermosa niña inflexible que no gusta de hacer ni recibir visitas, que promete una cita sin acudir a ella, y se excusa diciendo: "¡El día borra las palabras de la noche!"

Luego se adelantó Abu-Mossab, y dijo:

¡A toda velocidad vuela mi corazón, y ella se burla de su ardor! ¡Mis ojos lloran, y se abrasan de deseo por ella mis entrañas; pero ella se limita a sonreír! Y si la recuerdo su promesa, me responde: "¡El día borra las palabras de la noche!"

Abu-Nowas se adelantó el último, y dijo

¡Oh, cuán linda estaba en su turbación aquella noche, y qué encanto tenía su resistencia!

¡El viento embriagado de la noche balanceaba lentamente la rama de su talle y su pesada grupa ondulante, y también plegábase su busto, en el que apuntaban las dos leves granadas de sus senos!

¡Con jugueteos amables, con caricias enardecidas, hice escurrirse el velo que ostentaba, y de sus hombros ¡oh redondez de perlas! se escurrió la túnica también!

¡Y apareció medio desnuda entonces, surgiendo de la ropa que la rodeaba cual surge de su cáliz una flor!

¡Como la noche corría ante nosotros su cortina de sombras, quise ser más audaz a la sazón; y le dije: ¡Coronemos el acto!"

Pero ella contestó: "¡Mañana seguiremos!"

Fui a ella al día siguiente, y le dije: "¡Cumple tu promesa!" Se echó a reír y me contestó: "¡El día borra las palabras de la noche!"

Al oír tan diversas improvisaciones, Al-Raschid hizo que dieran una gruesa suma de plata a cada uno de los poetas, exceptuando a Abu-Nowas, a quien ordenó que condenaran a muerte al instante, exclamando: "¡Por Alah, tú estás de acuerdo con esa joven! De no ser así, ¿cómo pudiste hacer una descripción tan exacta de una escena que presencié yo solo?"

Abu-Nowas se echó a reír y contestó: "¡Nuestro dueño el califa olvida que el verdadero poeta sabe adivinar en lo que se le dice aquello que se le oculta! Y por cierto que nos pintó excelentemente el Profeta (¡con él la plegaria y la paz!) cuando dijo hablando de nosotros:

"Los poetas van como insensatos por todos los caminos. ¡Sólo les guían su inspiración y el demonio! ¡Cuentan y dicen cosas que no hacen!"

Ante tales palabras, no quiso Al-Raschid profundizar más en este misterio y después de perdonar a Abu-Nowas, le dio una suma doble de la recibida por los otros poetas.

Cuando el rey Schahriar hubo oído esta anécdota, exclamó: "¡No, por Alah, no sería yo quien perdonase a ese Abu-Nowas, y habría profundizado en aquel misterio y hubiera hecho que cortaran la cabeza a ese pillo! ¡No quiero, Schehrazada, que me hables más de ese canalla que no respetaba a califas ni a leyes! ¿Lo oyes bien?"

Y dijo Schehrazada: "Entonces ¡oh rey afortunado! voy a contarle la anécdota del asno.

EL ASNO

Un día, un buen hombre entre esos hombres que parecen llamados a que se burlen de ellos los demás, iba por el zoco llevando detrás de él a su asno atado con una sencilla cuerda que servía de cabestro al animal. Le divisó un ladrón muy experimentado, y resolvió robarle el asno. Participó su proyecto a uno de sus compañeros, que hubo de preguntarle: "¿Pero cómo te vas a arreglar para no llamar la atención del hombre?" El otro contestó: "¡Sígueme y ya verás!..."

En ese momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 380ª NOCHE

Ella dijo:

"...¡Sígueme y ya verás!" Se acercó entonces por detrás al hombre, y con mucho cuidado quitó el cabestro al asno, se lo puso él mismo, sin que el hombre notase el cambio, y echó a andar como una acémila, mientras su compañero se alejaba con el asno que habían libertado.

Cuando estuvo seguro el ladrón de que el burro iba ya lejos, detuvo su marcha bruscamente, y sin volverse, intentó el hombre obligarle a marchar, tirando de él. Pero al sentir aquella resistencia, se volvió para regañar al borrico, y vio sujeto con el cabestro al ladrón en lugar del animal y mirándole con aspecto humilde y ojos implorantes. Se quedó tan estupefacto, que permaneció inmóvil frente al ladrón; y al cabo de un momento, pudo por fin articular algunas sílabas y preguntar: "¿Quién eres?" El ladrón exclamó con voz lacrimosa: "¡Soy tu asno, oh amo mío! ¡Pero mi historia es asombrosa! Porque has de saber que en mi juventud era yo un bribón dado a toda clase de vicios vergonzosos. Un día entré completamente borracho y repugnante en casa de mi madre, la cual, al verme, sin poder dominar su ira, me colmó de reproches y quiso echarme de la casa. Pero yo la rechacé y hasta la pegué, influido por mi borrachera. Entonces, indignada ante mi conducta para con ella, mi madre me maldijo, y el efecto de su maldición fue variar repentinamente mi forma y convertirme en borrico. A la sazón ¡oh amo mío! me compraste por cinco dinares en el zoco de los burros, y me has tenido todo este tiempo, y te he servido como animal carga, y me pinchabas en la grupa cuando, rendido ya, me negaba a andar, y lanzabas contra mí mil juramentos que no me atreveré repetir nunca. ¡Eso es todo! ¡Y no podía yo quejarme porque me faltaba el don de la palabra, y lo más que hacía a veces, aunque raramente, era recurrir al cuesco para reemplazar así el lenguaje que carecía! Por último, sin duda ha debido recordarme con agrado hoy mi madre, y debió entrar la piedad en su corazón e incitarla a implorar para mí la misericordia del Altísimo. ¡Porque indudablemente obedece esta misericordia el que ahora haya yo vuelto a mi primitiva forma humana, oh amo mío!"

Al oír estas palabras, exclamó el pobre hombre: "¡Oh semejante mío, perdóname mis yerros para contigo, ¡por Alah sobre ti! y olvida los malos tratos que te hice sufrir sin darme cuenta! ¡No hay recurso más que en

Alah!" Y se apresuró a quitar el ronzal que sujetaba al ladrón, y se fue muy arrepentido a su casa, donde pasó la noche sin poder pegar los ojos de tantos remordimientos y pena como sentía.

Algunos días después, fue el pobre hombre al zoco de los burros para comprarse otro asno; ¡y cuál no sería su sorpresa al encontrar en el mercado a su primer borrico con el aspecto que tenía antes de transformación! Y pensó: "¡Sin duda debió el bribón cometer ya algún otro delito!" Y se acercó al asno, que se había puesto a rebuznar al reconocerle, se inclinó a su oreja y le dijo con todas sus fuerzas: "¡Oh bribón incorregible! has debido ultrajar y pegar otra vez tu madre para transformarte de nuevo en borrico! ¡Pero ¡por Alah, No seré yo quien vuelva a comprarte!" Y le escupió furioso en la cara, y se fue a comprar otro asno notoriamente conocido como hijo de padre y madre pertenecientes a la especie de los asnos.

Y Schehrazada dijo todavía aquella noche:

EL FLAGRANTE DELITO DE SETT ZOBEIDA

Cuentan que el Comendador de los Creyentes, Harún Al-Raschid, entró un día a dormir la siesta en las habitaciones de su espesa Sett Zobeida, y ya iba a echarse cuando notó precisamente en mitad del lecho una extensa mancha, fresca todavía, de cuyo origen no podía dudarse. Al ver aquello, se ennegreció el mundo ante el califa, que llegó al límite de la indignación. Hizo llamar al punto a Sett Zobeida, y con los ojos inflamados de cólera y temblándole la barba, le dijo: "¿De qué es esa mancha que hay en nuestro lecho?" Sett Zobeida acercó la cabeza a la mancha consabida, la olió y dijo: "Es de licor de hombre, ¡oh Emir de los Creyentes!" Conteniendo a duras penas el estallido de su cólera, exclamó él: "¿Y puedes explicarme la presencia de ese líquido aún tibio en un lecho donde no me he acostado contigo desde hace más de una semana?" Ella exclamó muy conmovida: "¡La fidelidad sobre mí y alrededor de mí ¡oh Emir de los Creyentes! ¿Acaso me acusas de fornicación?"

Al-Raschid dijo: "Tanto te acuso, que ahora mismo voy a hacer venir al kadí Abi-Yussuf para que examine la cosa y me dé su parecer acerca de ella. ¡Y te juro por el honor de mis antecesores ¡oh hija de mi tío! que no retrocederé ante nada si el kadí te declara culpable!"

Cuando llegó el kadí, Al-Raschid le dijo: "¡Oh Abi-Yussuf, dime qué puede ser esa mancha!"

El kadí se acercó al lecho, puso el dedo en la mancha, se lo llevó luego a la altura de los ojos y de la nariz, y dijo: "¡Es licor de hombre, ¡oh Emir de los Creyentes!..."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 381ª NOCHE

Ella dijo:

"¡... Es licor de hombre, ¡oh Emir de los Creyentes!" El califa preguntó: "¿Y cuál puede ser su origen inmediato?"

Muy perplejo y sin querer afirmar una cosa que le hubiera atraído la enemistad de Sett Zobeida, el kadí se puso a mirar al techo como si reflexionase, y divisó en una grieta el ala de un murciélago que se había metido allí.

Y le iluminó el entendimiento una idea salvadora, y dijo: "¡Dame una lanza, oh Emir de los Creyentes!" El califa le entregó una lanza, y Abi-Yussuf pinchó con ella al murciélago, que hubo de caer pesadamente. Entonces dijo el kadí: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡Los libros de medicina nos enseñan que el murciélago tiene un licor que se parece de un modo asombroso al del hombre! ¡Sin duda que el delito lo cometió él mirando a Sett Zobeida dormida! ¡Ya ves que acabo de castigarle con la muerte!"

Aquella explicación satisfizo completamente al califa, que sin dudar ya de la inocencia de su esposa, colmó de presentes al kadí en prueba de gratitud. Y por su parte, Sett Zobeida, en el límite del júbilo, le hizo suntuosos regalos y le invitó a quedarse con ella y el califa para comerse algunos frutos y primicias que les habían llevado. El kadí se sentó en la alfombra entre el califa y Sett Zobeida, y Sett Zobeida mondó un plátano y le dijo, ofreciéndoselo: "En mi jardín tengo otras frutas raras en esta época del año; ¿las prefieres a los plátanos?"

El kadí contestó: "Tengo por norma ¡oh mi señora! no sentenciar nunca acerca de lo que no conozco. ¡Es preciso, pues, que vea esas primicias para compararlas con estas primicias y dar luego mi opinión sobre sus respectivas excelencias!" Sett Zobeida hizo que cogieran las primicias de su jardín y se las trajeran enseguida, y cuando las probó el kadí, le preguntó: "¿Qué frutas prefieres ahora?" El kadí sonrió con suficiencia, miró al califa, después a Sett Zobeida, y les dijo: "¡Por Alah, que es muy difícil la respuesta! ¡Porque si prefiero una de estas frutas, condenaré la otra, y me expongo así a la indigestión que el rencor de esta última me ocasionaría!"

¡Y al oír semejante respuesta, Al-Raschid y Sett Zobeida se echaron a reír de tal modo, que se cayeron de espaldas!

Y como Schehrazada notó por ciertos indicios que el rey Schahriar parecía condenar sin misericordia a Sett Zobeida; culpándola a ella sola del delito, se apresuró a contarle, para distraerle, la siguiente anécdota:

¿MACHO O HEMBRA?

Entre diversas anécdotas del gran Khosrú, rey de Persia, cuentan que este rey era muy aficionado al pescado. Un día en que estaba sentado en su terraza, con su esposa la bella Schirín, llegó un pescador que le llevaba como presente un pez de tamaño y hermosura extraordinarios. Maravillado quedó el rey con aquel presente, y ordenó que dieran al pescador cuatro mil dracmas. Pero la bella Schirín, que jamás aprobaba la generosa prodigalidad del rey, esperó a que el pescador se fuera, y dijo: "No conviene ser pródigo hasta el punto de dar a un pescador cuatro mil dracmas por un solo pez. Deberías hacer que te devolviera esa suma, porque si no, en lo sucesivo, cuantos te traigan un presente regularán sus pretensiones tomando como punto de partida ese precio; ¡y no podrás entonces complacerles!"

El rey Khosrú contestó: "¡Pero sería indigno de un rey admitir de nuevo lo que dio! ¡Olvidemos, pues, lo pasado!" Pero Schirín contestó: "¡No, no es posible dejar así la cosa! Hay un medio de recuperar la suma sin que el pescador ni nadie tenga nada que decir. No tienes más que hacer venir otra vez al pescador y preguntarle: "¿Es macho o hembra el pez que me has traído?" Si te contesta es macho, se lo devuelves, diciendo: "¡Lo que yo quiero es una hembra!"; y si te dice que es hembra, se lo devuelves también, diciendo: "¡Lo que yo quiero es un macho!"

El rey Khosrú, que amaba con un amor extremado a la bella Schirín, no quiso contrariarla, y aunque a disgusto; se apresuró a hacer lo que le aconsejaba ella. Pero el pescador era un hombre dotado precisamente de un ingenio muy fino, y cuando Khosrú, después de llamarle, le preguntó: "¿Es macho o hembra el pez?", besó la tierra y contestó: "¡Ese pez ¡oh rey! es hermafrodita!"

Al oír estas palabras, Khosrú se sintió satisfecho y se echó a reír: luego ordenó a su intendente que diera al pescador ocho mil dracmas en lugar de cuatro mil. El pescador se fue con el intendente, que le contó los ocho mil dracmas, y los puso en el saco que le había servido para llevar el pez, y salió.

Cuando pasaba por el patio del palacio, dejó caer del saco, inadvertidamente, un dracma de plata. Enseguida se apresuró a poner su saco en el suelo, buscando aquel dracma y recogiéndolo con verdadera satisfacción.

Y he aquí que Khosrú y Schirín le observaban desde la terraza y vieron lo que acababa de ocurrir. Entonces, aprovechando la ocasión que se le presentaba, exclamó Schirín...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 382ª NOCHE

Ella dijo:

...Entonces, aprovechando la ocasión que se le presentaba, exclamó Schirín: "¡Mira el pescador! ¡Qué ignominia la suya! ¡Se le cae un dracma, y en vez de dejarlo para que se lo lleve algún pobre, es tan vil que lo recoge a despecho del menesteroso!"

Estas palabras impresionaron mucho a Khosrú, que hizo llamar de nuevo al pescador y le dijo: "¡Oh ser abyecto! ¡Parece mentira que seas un hombre con alma tan pequeña! ¡Te pierde esa avaricia que te impulsa a dejar un saco lleno de oro por recoger un solo dracma que ha caído para suerte del menesteroso!"

Entonces el pescador besó la tierra y contestó: "¡Alah prolongue la vida del rey! Si recogí ese dracma, no es porque me seduzca su importe, sino porque tiene otro gran valor a mis ojos! ¿No lleva, en efecto, sobre una de sus caras la imagen del rey y su nombre sobre la otra? No he querido dejarlo expuesto a que, por inadvertencia, lo pisaran los pies de alguno. ¡Y me apresuré a recogerlo, siguiendo así el ejemplo del rey que me sacó del polvo, aunque apenas valgo lo que un dracma!"

Tanto gustó esta respuesta al rey Khosrú, que hizo que dieran cuatro mil dracmas más al pescador, y ordenó a los pregoneros públicos que gritaran por todo el Imperio: "No hay que dejarse guiar nunca por el consejo de las mujeres. ¡Porque quien las escucha comete dos faltas cuando quiere evitar la mitad de una!"

Al oír esta anécdota, dijo el rey Schahriar: "Apruebo completamente la conducta de Khosrú y su desconfianza con respecto a las mujeres. ¡Ellas son la causa de muchas calamidades!"

Pero ya decía Schehrazada. sonriendo:

EL REPARTO

Una noche, el califa Harún Al-Raschid se quejaba de insomnios ante su visir Giafar y su portaalfanje Massrur, cuando de pronto soltó Massrur una carcajada. El califa le miró frunciendo las cejas, y le dijo: "¿De qué te ríes así? ¿Es que estás loco, es que te burlas?" Massrur contestó: "¡No, por Alah ¡oh Emir de los Creyentes! te juro por el parentesco que te une al Profeta que mi risa no obedece a ninguna de esas causas, sino sencillamente a que me he acordado de las buenas ocurrencias de un tal Ibn Al-Karabí, alrededor del cual hacían corro ayer en el Tigris para escucharle".

El califa dijo: "En tal caso, ve enseguida a buscar a ese Ibn Al-Karabí. ¡Acaso consiga dilatarme un poco el pecho!"

Al punto corrió Massrur en busca del chistoso Ibn Al-Karabí, y habiéndole encontrado, le dijo: "Le hablé de ti al califa, y me ha enviado a buscarte para que le hagas reír".

El otro contestó: "Escucho y obedezco". Massrur añadió entonces: "¡Sí, te conduzco muy gustoso a presencia del califa; pero ha de ser con la condición de que desde luego me darás las tres cuartas partes de lo que el califa te regale como remuneración!" lbn Al-Karabí dijo: "¡Eso es demasiado! Te daré dos terceras partes por tu corretaje. ¡Creo que es bastante!"

Después de algunas dificultades respecto al pago, Massrur acabó por aceptar el convenio, y condujo al hombre a presencia del califa.

Al verle entrar, le dijo Al-Raschid: "Parece ser que tienes ocurrencias muy divertidas. ¡A ver cómo las hilvanas! ¡Pero has de saber que si no consigues hacerme reír te espera una paliza!"

El resultado de esta amenaza fue helar completamente el ingenio de Ibn Al-Karabí, que no supo encontrar entonces más que banalidades de efecto desastroso; porque, en vez de reír, Al-Raschid sentía aumentar su irritación, y exclamó por último:

"¡Que le administren cien bastonazos en las plantas de los pies, para desviar la sangre que le obstruye el cerebro!"

Al punto acostaron al hombre y le fueron administrando por cuenta bastonazos en las plantas de los pies. De repente, cuando pasaron del número treinta, exclamó el hombre: "¡Que remuneren ahora a Massrur con las dos terceras partes que quedan de bastonazos, porque así lo hemos convenido entre nosotros!"

Entonces, a una señal del califa, se apoderaron de Massrur los guardias, le acostaron y comenzaron a hacerle sentir en las plantas de los pies el compás del bastón. Pero, a los primeros golpes, exclamó Massrur: "¡Por Alah, que me contento muy gustoso con la tercera parte, y aun con la cuarta, y le cedo todo lo demás!"

Al oír estas palabras, el califa se echó a reír de tal manera, que se cayó de trasero, e hizo que a cada uno de los dos pacientes le dieran mil dinares.

Luego no quiso Schehrazada dejar transcurrir la noche sin contar la siguiente anécdota:

EL MAESTRO DE ESCUELA

Una vez, un hombre cuyo oficio consistía en vagabundear y vivir a costa de los demás, tuvo la idea de hacerse maestro de escuela aunque no sabía leer ni escribir, porque aquel era el único oficio capaz de permitirle ganar dinero sin tener que hacer nada porque es notorio que se puede ser maestro de escuela, e ignorar completamente las reglas y rudimentos de la lengua; basta con ser un taimado que haga creer a los demás que es un gran gramático; y ya se sabe que el gramático sabio es, por lo general, un pobre hombre de ingenio corto, mezquino, humillante, incompleto e impotente. Así, pues, nuestro vagabundo se erigió en maestro de escuela sin necesitar más que aumentar el número de vueltas y el volumen de su turbante, y de esta guisa abrió al final de una callejuela una sala que decoró con muestras de escritura y otras cosas semejantes, y esperó allá a que llegasen los clientes.

Y he aquí que al ver un turbante tan imponente, los vecinos del barrio no dudaron por un instante de la ciencia de su convecino, y se apresuraron a enviarle sus hijos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 383ª NOCHE

Ella dijo:

...y se apresuraron a enviarle sus hijos.

Pero como no sabía leer ni escribir, se valió él de un medio muy ingenioso para salir del compromiso; consistía este medio en hacer que los chicos que sabían leer y escribir un poco dieran la lección a los que no sabían nada absolutamente, en tanto que él hacía como que vigilaba, aprobando y desaprobando. De este modo prosperó la escuela, y los negocios del maestro iban viento en popa.

Un día que estaba con su varita en la mano y lanzaba miradas terribles a los pobres niños, cohibidos por el espanto, entró en la sala una mujer llevando en la mano una carta, y se dirigió al maestro para rogarle que se la leyese, lo cual es muy corriente en las mujeres que no saben leer. Al verla, el maestro de escuela no supo qué hacer para evitar semejante prueba, y de pronto se levantó muy presuroso para salir. Pero la mujer le detuvo, suplicándole que antes de salir le leyera la carta.

Él contestó: "¡No puedo esperar más, porque el muecín acaba de anunciar la plegaria del mediodía y tengo que ir a la mezquita!" Pero la mujer no le dejó, y le dijo: "¡Por Alah sobre ti! ¡Acaba de llegarme esta carta de mi esposo, que está ausente hace cinco años, y sólo tú en el barrio puedes leérmela!" Y le obligó a coger la carta.

El maestro de escuela se vio obligado entonces a coger la carta; pero la había puesto invertida, y en vista del apuro en que se encontraba, empezó a fruncir las cejas, mirando la escritura, y a golpearse la frente y a quitarse el turbante, sudando de angustia.

Al ver aquello, pensó la pobre mujer: "¡No cabe duda! ¡cuando el maestro de escuela se pone tan agitado, debe estar leyendo malas noticias! ¡Qué calamidad! ¡Tal vez haya muerto mi esposo! “Luego, llena de ansiedad, preguntó al maestro de escuela: "¡Por favor, no me ocultes nada! ¿Ha muerto?" Por toda respuesta, levantó la cabeza con un gesto vago y guardó silencio. Ella exclamó entonces: "¡Qué calamidad ha caído sobre mi cabeza! ¿Debo desgarrarme los vestidos?"

Él contestó: "¡Desgárratelos!" Ella preguntó, en el límite de la ansiedad: "¿Debo abofetearme y arañarme las mejillas?" Él contestó: "¡Abofetéate y aráñate!"

Al oír estas palabras, la pobre mujer, enloquecida salió de la escuela y corrió a su casa, llenándola con sus gritos de dolor. Entonces acudieron a ella todos los vecinos, y se pusieron a consolarla; mas en vano. En aquel momento entró uno de los parientes de la desdichada, vio la carta, y cuando la leyó, dijo a la mujer: "¿Pero quién ha podido anunciarte la muerte de tu esposo? En la carta no se habla de semejante cosa. Mira lo que dice: "Después de las zalemas y los votos, ¡oh hija de mi tío! continúo gozando de una salud excelente, y espero estar de vuelta a tu lado dentro de quince días. Pero antes, para probarte mi solicitud, te enviaré una tela de lino envuelta en una manta. ¡Uassalam!"

La mujer cogió entonces la carta y volvió a la escuela para reprochar al maestro que la hubiese engañado de aquel modo. Le encontró sentado a la puerta, y le dijo: "¿No es para ti una vergüenza engañar de esta manera a una pobre mujer anunciándola la muerte de su esposo, cuando en la carta se dice que mi esposo ha de volver muy pronto y que me envía de antemano una tela y una manta?"

Al oír estas palabras, contestó el maestro de escuela: "Ciertamente ¡oh pobre mujer! Que tienes razón para reprocharme. Pero perdóname, pues en el momento en que yo tenía tu carta entre las manos estaba muy preocupado, ¡y al leer un poco de prisa y de cualquier modo, creí que la tela y la manta eran un recuerdo que te enviaban por haber pertenecido a tu esposo muerto!"

Luego dijo Schehrazada:

LA INSCRIPCIÓN DE UNA CAMISA

Cuentan que habiendo ido un día El-Amín, hermano del califa El-Mamúm, de visita a casa de su tío El-Mahdí, vio a una esclava muy bella que tocaba el laúd, y quedó enamorado de ella al punto. Como El-Mahdí no tardó en notar la impresión que la esclava había producido en su sobrino, con objeto de darle una sorpresa agradable esperó a que se marchase para enviarle la esclava con alhajas y ricos trajes. Pero a El-Amín le pareció que ya su tío habría gustado las primicias de la joven y se la daba desflorada, porque sabía que su tío era excesivamente aficionado a la fruta verde aún. No quiso, pues, aceptar la esclava, y se la devolvió con una carta en que le decía que una manzana mordida por el jardinero antes de madurar, no endulzará nunca la boca del comprador.

Entonces El-Mahdí hizo desnudarse por completo a la joven, la puso en la mano un laúd, y se la envió de nuevo a El-Amín vestida solamente con una camisa de seda, en la cual aparecía esta inscripción con letras de oro:

¡El botín oculto en la sombra de mis pliegues está virgen de todo tocamiento!

¡Sólo lo ha examinado la mirada para admirar sus perfecciones!

Al ver los encantos de la esclava vestida con aquella camisa tan gentil, y al leer la inscripción, El-Amín no tuvo ya motivo para rehusar, y aceptó el regalo, honrándolo particularmente.

Aquella noche todavía dijo Schehrazada:

LA INSCRIPCIÓN DE UNA COPA

El califa El-Motawakkel cayó un día enfermo, y su médico Yahia le recetó remedios tan excelentes, que se disipó la enfermedad y sobrevino la convalecencia. Entonces afluyeron a él de todas partes regalos de felicitación. Y he aquí que, entre otros obsequios, el califa recibió de Ibn-Khatán, como presente, una joven intacta, cuyos senos desafiaban por su hermosa forma a los senos de todas las mujeres de su época.

Al propio tiempo que su belleza, la joven llevaba para el califa, al presentarse a él, una botella de cristal llena de un vino selecto. Tenía en una mano la botella y en la otra mano una copa de oro, sobre la cual aparecía grabada en rubíes esta inscripción...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 384ª NOCHE

Ella dijo:

...Tenía en una mano la botella y en la otra mano una copa de oro, sobre la cual aparecía grabada en rubíes esta inscripción:

¿Qué filtro o qué tríaca, qué bálsamo o qué díctamo vale lo que este licor purpúreo, de sabor exquisito, remedio universal para los males del cuerpo y para el fastidio?

Y he aquí que el sabio médico Yahia encontrábase en aquel momento junto al califa, y al leer esta inscripción se echó a reír, y dijo al califa: "¡Por Alah, ¡oh Emir de los Creyentes! esta joven y la medicina que te trae te harán recuperar las fuerzas mejor que todos los remedios antiguos y modernos!"

Luego, sin interrumpirse, comenzó inmediatamente Schehrazada la siguiente anécdota:

EL CALIFA EN EL CESTO

Esta historia nos la transmitió el famoso cantor Ishak de Mossul.

Dice:

"Una noche había yo salido tarde de un festín en el palacio del califa El-Mamúm, y como estaba muy molesto a causa de una retención de orina que padecía, me metí por una callejuela en la que no se veía luz, me acerqué a una tapia, aunque no me puse tan cerca de ella como para que me salpicaran mis propios orines, me agaché cómodamente y sentí un gran alivio meando cuanto pude. Apenas acabé y me sacudí, noté que en medio de la oscuridad me caía una cosa encima de la cabeza. Salté sobre mis piernas, muy sorprendido en verdad; atrapé el objeto, y después de palparlo por todos lados, observé con verdadero asombro que era un cesto grande atado por sus cuatro asas con una cuerda que pendía de la casa ante la cual me hallaba yo. Lo palpé más aún, y encontré que por dentro estaba forrado de seda y tenía dos cojines que olían bien.

Como había yo bebido un poco más que de costumbre, mi espíritu enervado me impulsó a sentarme en aquel cesto que me invitaba al reposo. No pude resistir a la tentación, y me senté en el cesto, y antes de que tuviera tiempo de echar pie a tierra, me vi elevado rápidamente hasta la terraza, donde me cogieron sin decir una palabra cuatro jóvenes, que me llevaron a la casa y me invitaron a seguirlas. Una de ellas echó a andar delante de mí con una antorcha en la mano, y las otras tres se mantuvieron detrás de mí, e hiciéronme bajar por una escalera de mármol y entrar en una sala de magnificencia comparable a la del palacio del califa. Y pensé para mi ánima: "¡Me deben tomar por otro a quien hayan dado cita esta noche! ¡Alah arreglará la situación!"

Estando yo aún en aquella perplejidad, se alzó un cortinaje de seda que ocultaba una parte de la sala, y vi a diez jóvenes arrebatadoras, y de talle frágil y andares exquisitos, llevando antorchas unas y las otras pebeteros de oro, donde ardían nardo y áloe de la mejor calidad. En medio de ellas avanzaba como una luna otra joven que hubiera dado celos a las estrellas todas. Se balanceaba al andar y miraba graciosamente de soslayo, levantando las almas más pesadas. Y he aquí que al verla salté sobre ambos pies y me incliné hasta el suelo ante ella. Y me miró sonriendo, y me dijo: "¡Bien venido sea el visitante!"

Luego se sentó y añadió con una voz encantadora: "¡Descansa, señor!"

Me senté, disipada ya la borrachera de vino, pero presa de otra embriaguez más fuerte. Entonces me dijo ella: "¿Y cómo se te ha ocurrido venir a nuestra casa y sentarte en el cesto?" Contesté: "¡Oh mi señora! es la molestia que me ocasionaba mi mal de orina la que solamente me ha impulsado a venir a esta calle; luego el vino me hizo sentarme en el cesto, y ahora es tu generosidad quien me introduce en esta sala, donde tus encantos reemplazaron en mi cerebro la borrachera con otra clase de embriaguez".

Al oír estas palabras, la joven pareció muy satisfecha, y me preguntó: "¿Qué oficio tienes?"

Me guardé bien de decirle que era cantor y músico del califa, y le contesté: "¡Soy tejedor del zoco de los tejedores de Bagdad!" Ella me dijo: "Pues tus maneras son exquisitas y honran al zoco de los tejedores. ¡Si a ellas unes el conocimiento de la poesía, no tendremos que arrepentirnos de haberte recibido entre nosotras! ¿Sabes versos?" Contesté: "¡Uno que otro!" Dijo ella: "¡Recítanos algunos, entonces!" Contesté: "¡Oh mi señora! siempre está el visitante un poco sobrecogido por el recibimiento que se le hace. ¡Aliéntame, pues, empezando tú la primera por recitarnos algunas poesías de tu agrado!"

Ella me contestó: "¡Con mucho gusto!" Y al punto me recitó admirables poemas escogidos de los poetas más antiguos, como Amri'lkais, Zohair, Antara, Nabigha, Amrú ben-Kalthum, Tharafa y Chanfara, y de los poetas más modernos, como Abu-Nowas, El-Rakaschí, Abu-Mossab y los demás. Y estaba yo tan maravillado de su dicción como deslumbrado por su hermosura. Luego me dijo: "¡Creo que ya se te habrá pasado la emoción!"

Dije: "¡Sí, por Alah!" Y a mi vez escogí entre los versos que conocía los más delicados, y se los recité con mucho sentimiento. Cuando terminé, me dijo ella: "¡Por Alah, que no sabía que hubiese individuos tan exquisitos en el zoco de los tejedores...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 385ª NOCHE

Ella dijo:

"...individuos tan exquisitos en el zoco de los tejedores!"

Tras de lo cual sirvieron un festín, en el que no escatimaron las frutas ni las flores; y ella misma me ofrecía los mejores bocados.

Luego, cuando levantaron el mantel, trajeron las bebidas y las copas, y ella misma me echó de beber, y me dijo: "He aquí el momento mejor de la conversación. ¿Sabes historias bonitas?" Me incliné y enseguida le conté una porción de detalles divertidos acerca de los reyes, de su corte y de sus maneras, hasta el punto de que me interrumpió de pronto ella para decirme: "¡En verdad que estoy sorprendida prodigiosamente de ver a un tejedor tan al corriente de las costumbres de los reyes!" Contesté: "¡Pues no tiene nada de particular, porque un vecino mío, que es un hombre delicioso, tiene entrada en el palacio del califa, y en sus momentos de ocio se complace en afinarme el ingenio con sus propios conocimientos!"

Ella me dijo: "¡En ese caso, no admiro menos la firmeza de tu memoria, que con tanta exactitud retiene detalles tan preciosos!"

¡Eso fue todo! Y aspirando los perfumes de nardo y áloe que aromaban la sala, y contemplando aquella belleza y escuchando cómo me hablaba con los ojos y los labios, me sentía yo en el límite del entusiasmo, y pensaba para mi ánima: "¿Qué haría el califa si estuviese aquí en mi caso? ¡Seguramente que no sería ya dueño de sí y estallaría de amor!"

La joven me dijo después: "En verdad, eres un hombre excesivamente distinguido; adornan tu espíritu conocimientos muy interesantes y tus maneras son en extremo refinadas. ¡Ya no me queda más que una cosa que pedirte!"

Contesté: "¡Sobre mi cabeza y sobre mis ojos!" Ella dijo: "¡Deseo oírte cantar algunos versos acompañándote con el laúd!" Pero a mí, como músico de profesión, no me agradaba cantar yo mismo; así es que contesté: "En otro tiempo cultivé el arte del canto, pero, como no llegué a obtener un resultado apetecible, preferí abandonarlo. Bien quisiera ejecutar algo; pero me sirve de excusa mi ignorancia. En cuanto a ti, ¡oh señora mía! todo me indica que debes tener una voz perfectamente hermosa. ¿Por qué no nos cantas algo, para hacernos la noche más deliciosa aún?"

Hizo ella entonces que le llevaran un laúd, y cantó. Y en mi vida hube de oír timbre de voz más lleno, más grave y más perfecto, unido a una ciencia de los efectos tan consumada. Vio ella mi delectación, y me preguntó: "¿Sabes de quién son los versos y de quién la música?" Aunque lo había notado, contesté: "Lo ignoro por completo, ¡oh mi señora!" Ella exclamó: "¿Pero es posible que pueda ignorar este aire alguien en el mundo? ¡Sabe, pues, que los versos son de Abu-Nowas, y la música, que es admirable, es del gran músico Ishak de Mossul!"

Yo contesté, sin descubrirme: "¡Por Alah! ¡Ishak no supone ya nada a tu lado!" Ella exclamó: "¡Bakh! ¡bakh! ¡en que error estás! ¿Hay en el mundo alguien que pueda igualarse a Ishak? ¡Bien se ve que no le oíste nunca!" Luego siguió cantando más todavía e interrumpíase para ver si no carecía yo de nada; y continuamos disfrutando de tal suerte hasta la aparición de la aurora.

Entonces, una vieja, que debía ser la nodriza de la joven, fue a prevenirla de que había llegado la hora de separarnos; y antes de retirarse, me dijo la joven: "¿Tendré que recomendarte discreción, ¡oh mi huésped!? ¡Las reuniones íntimas son como la prenda que se deja a la puerta antes de marchar!" Yo contesté, inclinándome: "¡No soy de quienes necesitan semejantes recomendaciones!" Y una vez que me despedí de ella, me metieron en el cesto y me bajaron a la calle.

Llegué a mi casa y recé la plegaria de la mañana, metiéndome luego en la cama donde estuve durmiendo hasta la tarde. Cuando me desperté, me vestí de prisa y me presenté en el palacio, pero los chambelanes me dijeron que el califa había salido y dejó para mí recado de que esperara su regreso, porque tenía por la noche un festín y le era necesaria mi presencia para que cantase. Le esperé un buen rato; pero como el califa tardaba en volver, me dije que sería una locura faltar a una velada como la de la víspera y corrí a la callejuela, donde encontré el cesto colgante. Me metí dentro, y ya arriba, me presenté a la dama.

Al verme, me dijo ella riendo: "¡Por Alah! ¡me parece que tienes intención de aposentarte entre nosotras!"

Me incliné y contesté: "¿Y quién no lo anhelaría? Pero ya sabes ¡oh mi señora! que los derechos de hospitalidad duran tres días, y no estamos más que en el segundo. ¡Si vuelvo después de pasado el tercero, podrás tomar mi sangre!"

Pasamos aquella noche muy agradablemente, charlando, contándonos historias, recitando versos y cantando, como la víspera. Pero en el momento de bajar dentro del cesto, pensé en la cólera del califa, y me dije: "No admitirá excusa ninguna, a no ser que le cuente la aventura. ¡Y no creerá la aventura, a no ser que la compruebe por sí mismo!" Me encaré entonces con la joven, y le dije: "¡Oh mi señora! ¡veo que te gustan el canto y las buenas voces! ¡Y he aquí que tengo un primo mucho más guapo de cara que yo, mucho más distinguido de modales, con mucho más talento que yo y que conoce mejor que nadie en el mundo los aires de Ishak de Mossul! ¿Quieres, pues, permitirme que le traiga conmigo mañana, que es el tercero y último día de tu hospitalidad encantadora?...

En este momento de su narración. Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 386ª NOCHE

Ella dijo:

"...el tercero y último día de tu hospitalidad encantadora?" Ella me contestó: "Ya empiezas a ser indiscreto. ¡Pero, puesto que tan agradable es tu primo, puedes traérmele!" Le di las gracias y me fui por el mismo camino que la víspera.

Al llegar a mi casa, encontré allí a los guardias del califa, que me abrumaron con injurias, se apoderaron de mí y me arrastraron a la presencia de El-Mamúm. Le vi sentado en el trono como en sus peores días de cólera, con los ojos llameantes y terribles. Y apenas me divisó, exclamó: "¡Ah hijo de perro, osaste desobedecerme!" Yo le dije: "¡No, por Alah! ¡oh Emir de los Creyentes! ¡Puedo justificarme!" Dijo él: "¿Y cómo?" Yo contesté: "¡No te lo puedo decir más que en secreto!" Ordenó al punto a todos los circunstantes que se retiraran, y me dijo: "¡Habla!" Entonces le conté la aventura con todos sus detalles y añadí: "¡Y ahora la joven nos espera a los dos para esta noche, porque así se lo he prometido!"

Cuando oyó El-Mamúm estas palabras, se serenó y me dijo: "¡Cierto que es excelente la razón que alegas! ¡Y estuviste muy inspirado al pensar en mí para esta noche!" Y desde aquel instante ya no supo qué hacer para esperar con paciencia la llegada de la noche. Y le recomendé mucho que tuviese cuidado de no descubrirse y descubrirme llamándome por mi nombre delante de la joven. Me lo prometió formalmente, y en cuanto llegó el momento oportuno se disfrazó de mercader y me acompañó a la callejuela.

Encontramos en el sitio de costumbre dos cestos en lugar de uno, y cada cual nos colocamos en uno de ellos. Subimos así, y ya en la terraza, bajamos a la magnífica sala consabida, donde fue a reunirse con nosotros la joven, más bella que nunca aquella noche.

Al verla, noté que el califa quedaba locamente prendado de ella. Pero cuando se puso a cantar, llegó él al delirio, tanto más cuanto que los vinos que nos servía la joven graciosamente nos habían ya turbado la razón. En su alegría y su entusiasmo, el califa olvidó de pronto la resolución tomada, y me dijo: "Bueno, Ishak, ¿a qué esperas para responderle con algún cántico basado en un aire nuevo de tu invención?"

Entonces, muy azorado, me vi en la obligación de contestar: "¡Escucho y obedezco, oh Emir de los Creyentes!"

No bien hubo oído estas palabras la joven, nos contempló un instante y se levantó a toda prisa para cubrirse el rostro y desaparecer, como cumple a cualquier mujer que se halle en presencia del Emir de los Creyentes. Entonces, El-Mamúm, un poco contrariado por la marcha de la joven a causa del olvido que tuvo él, me dijo: "¡Infórmate al instante quién es el dueño de esta casa!" Entonces hice llamar a la vieja nodriza y se lo pregunté de parte del califa. Me contestó ella: "¡Qué calamidad cae sobre nosotros! ¡Qué oprobio se cierne sobre nuestra cabeza! ¡Esa joven es la hija del visir Hassán ben-Sehl!" Enseguida dijo El-Mamúm: "¡A mí el visir!" La vieja desapareció temblando, y algunos momentos después hacía su entrada entre las manos del califa el visir Hassán ben-Sehl en el límite de la estupefacción.

Al verle, se echó a reír El-Mamúm, y le dijo: "¿Tienes una hija?" El otro contestó: "¡Sí! ¡Oh Emir de los Creyentes!" el califa preguntó: "¿Cómo se llama?" El visir contestó: "¡Khadiga!" El califa preguntó: "¿Está casada o es virgen?" El visir contestó: "Es virgen, ¡oh Emir de los Creyentes!" El califa dijo: "¡Quiero que me la des por esposa legítima!"

El visir exclamó: "¡Mi hija y yo somos los esclavos del Emir de los Creyentes!" El califa dijo: "¡Le asigno cien mil dinares de dote, que tú mismo cobrarás del tesoro en palacio mañana por la mañana! ¡Y al propio tiempo harás conducir a tu hija a palacio, con toda la magnificencia adecuada a la ceremonia del matrimonio, y sortearás entre todas las personas del cortejo de la recién casada mil poblados y mil tierras de mis propiedades particulares, como regalo de mi parte!"

Tras de lo cual se levantó el califa, y le seguí. Salimos por la puerta principal aquella vez, y me dijo él: "Guárdate bien, Ishak, de hablar de la aventura a nadie. ¡Tu cabeza me responderá de tu discreción!"

Y guardé el secreto hasta la muerte del califa y de Sett Khadiga, que sin duda era la mujer más bella que han visto mis ojos entre las hijas de los hombres. ¡Pero Alah es más sabio!"

Cuando Schehrazada acabó de contar esta anécdota, la pequeña Doniazada exclamó desde el sitio en que permanecía acurrucada: "¡Oh hermana mía, cuán dulces y sabrosas, y gentiles son tus palabras!"

Y Schehrazada sonrió, y dijo: "¿Pues qué será cuando oigas la anécdota del Mondonguero?" Y dijo enseguida:

EL MONDONGUERO

Cuentan que un día, en la Meca, en la época de la peregrinación anual, cuando la multitud compacta de los hadjs daba las siete vueltas alrededor de la Kaaba, se destacó del grupo un hombre, que se acercó a la pared de la Kaaba, y cogiendo con las dos manos el velo sagrado que cubría todo el edificio, se puso en actitud de orar, y exclamó con acento que le salía del fondo del corazón: "¡Haga Alah que de nuevo se enfade con su marido esa mujer, para que pueda yo acostarme con ella!"

Cuando los hadjs oyeron formular tan extraña plegaria en aquel lugar santo, se escandalizaron de tal manera, que se precipitaron sobre el hombre, lo arrojaron a tierra y lo molieron a golpes. Tras de lo cual lo arrastraron a presencia del emir el-hadj, que tenía amplios poderes para ejercer su autoridad sobre todos los peregrinos, y le dijeron: "Hemos oído a este hombre, ¡oh emir! proferir palabras impías mientras tenía cogido el velo de la Kaaba". Y le repitieron las palabras pronunciadas.

Entonces dijo el emir el-hadj: "¡Que le cuelguen! ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 387ª NOCHE

Ella dijo:

...Entonces dijo el emir el-hadj: "!Que le cuelguen!" Pero el hombre se echó a los pies del emir y le dijo: "!Oh emir! Por los méritos del Enviado de Alah (¡con él la plegaria y la paz!) te conjuro que escuches mi historia, y luego harás de mí lo que juzgues equitativo hacer!" Accedió el emir con un signo de cabeza, y el condenado la horca dijo:

"Has de saber ¡oh emir nuestro! que tengo por oficio recoger las inmundicias de las calles, y además limpio tripas de carnero, para venderlas y ganarme la vida. Pero he aquí que un día iba yo tranquilamente detrás de mi borrico, cargado con tripas sin vaciar aún, que acababa de sacar del matadero, cuando me encontré con una muchedumbre de personas asustadas que huían por todas partes o se ocultaban detrás de las puertas; y un poco más lejos vi unos esclavos armados con largas varas, para dispersar a su paso a todos los transeúntes. Me informé de lo que podría ser aquello, y me contestaron que iba a pasar el harén de un gran personaje, y era preciso que no subiese por la calle ningún transeúnte. Entonces, como sabía que me exponía a un verdadero peligro si me obstinaba en continuar mi canino, paré mi borrico y me metí con él en el rincón de una muralla procurando que no me advirtieran y volviendo la cara al muro para no sentir la tentación de mirar a las mujeres de aquel gran personaje. No tardé en oír que pasaba el harén, al cual no me atrevía a mirar, y ya pensaba en volverme y continuar mi camino, cuando me sentí cogido bruscamente por dos brazos de negro, y vi mi asno entre las manos de otro negro que se alejó con él. Y aterrado volví la cabeza, y vi en la calle, mirándome todas, treinta jóvenes, en medio de las cuales se hallaba otra, comparable por sus miradas lánguidas a una gacela a quien la sed hiciese menos huraña, y por su talle frágil y elegante a la rama flexible del bambú. Y con las manos atadas a la espalda por el negro, me arrastraron a la fuerza los otros eunucos, a pesar de mis protestas y a pesar de los gritos y testimonios de todos los transeúntes que me vieron adosado al muro y que decían a mis raptores: "¡Pero si no ha hecho nada! ¡Es un pobre hombre que barre basuras y limpia tripas! ¡Es ilícito ante Alah detener y maniatar a un inocente!" Pero sin querer escuchar nada, continuaron arrastrándome en pos del harén.

"En tanto, yo pensaba para mí: «¿Qué delito he podido cometer? Sin duda todo se debe al olor bastante desagradable de las tripas que ha herido el olfato de esa dama, la cual acaso esté encinta y haya sentido entonces algún trastorno interno. Creo que tal será el motivo, quizá también mi aspecto un tanto repugnante y mi traje roto, que deja ver las vergüenzas de mi persona. ¡No hay recurso más que en Alah!

"Siguieron, pues, arrastrándome los eunucos, entre las protestas de los transeúntes apiadados de mí, hasta que llegamos todos a la puerta de una casa grande, y me hicieron entrar en una antesala cuya magnificencia no sabría yo describir nunca.

Y pensé en mi ánima «He aquí el sitio que se reserva para mi suplicio. ¡Me matarán, y nadie de mi familia sabrá la causa de mi desaparición!» Y en aquellos instantes también pensé en mi pobre borrico, que era tan servicial y que jamás coceaba ni derribaba las tripas o las banastas de basura.

Pero pronto me sacó de mis aflictivos pensamientos la llegada de un guapo esclavito, que fue a rogarme dulcemente que le siguiera, y me condujo a un hammam, donde me recibieron tres hermosas esclavas, que me dijeron: «¡Date prisa a quitarte esos andrajos!» Así lo hice, y al punto me introdujeron ellas en la sala caldeada, en la cual me bañaron con sus propias manos, encargándose una de mi cabeza, otra de mis piernas, otra de mi vientre: me dieron masaje, me friccionaron, me perfumaron y me secaron. Tras de lo cual lleváronme ropas magníficas y me rogaron que me las pusiese. Pero yo estaba muy perplejo y no sabía por dónde cogerlas ni cómo ponérmelas, porque nunca en mi vida las había visto iguales; y dije a las jóvenes: «¡Por Alah, oh mis señoras! ¡creo que voy a seguir desnudo, pues jamás conseguiré yo solo vestirme con estas ropas tan extraordinarias!»

Entonces se acercaron ellas a mí riendo, y me ayudaron a vestirme, haciéndome al mismo tiempo cosquillas, y pellizcándome, y tomando a peso mi mercancía, que encontraron enorme y de buena calidad...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y sé calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 388ª NOCHE

Ella dijo:

"...haciéndome al mismo tiempo cosquillas, y pellizcándome, y tomando a peso mi mercancía, que encontraron enorme y de buena calidad. Y en medio de ellas no sabía yo lo que iba a ser de mí, cuando, después de vestirme y rociarme con agua de rosas, me cogieron del brazo, e igual que se conduce a un recién casado, me guiaron a una sala amueblada con una elegancia que nunca sabrá describir mi lengua, y adornada de pinturas con líneas entrelazadas y coloreadas de un modo muy agradable. Y apenas entré allí, vi tendida perezosamente en un lecho de bambú y marfil, y vestida con un traje ligero de tela de Mossul, a la propia dama consabida, que estaba rodeada por algunas de sus esclavas.

Al verme me llamó, haciéndome señas para que me acercara. Me acerqué, y me dijo que me sentase; me senté. Ordenó a las esclavas entonces que nos sirvieran la comida; y nos sirvieron manjares asombrosos, cuyo nombre no podré citar nunca, pues nunca en mi vida los vi semejantes. Comí de algunos para satisfacer mi hambre, y después me lavé las manos para comer frutas. Entonces trajeron las copas de bebidas y los pebeteros llenos de perfumes; y cuando nos perfumaron con vapores de incienso y benjuí, la dama me sirvió de beber con sus propias manos, y bebió conmigo en la misma copa, hasta que nos pusimos ebrios ambos.

Entonces hizo una seña a sus esclavas, que desaparecieron todas y nos dejaron solos en la sala. Al punto ella me atrajo hacia sí y me cogió en sus brazos. Y la serví la confitura para que se endulzase, dándola los pedazos de fruta a la vez que el escarchado. Y cuando la oprimía contra mí, me sentía embriagado por el perfume de almizcle y ámbar de su cuerpo, y creía soñar o tener en mis brazos alguna hurí del paraíso.

"Así estuvimos enlazados hasta por la mañana; luego me dijo ella que había llegado el momento de que me retirara, pero no sin preguntarme dónde vivía; y cuando le di las indicaciones necesarias acerca del particular, me dijo que mandaría que me avisaran en el momento favorable, y me entregó un pañuelo bordado de oro y plata, en el cual había algo atado con varios nudos, diciéndome: `¡Para que compres un pienso a tu burro!" Y salí de su casa absolutamente en el mismo estado que si saliera del paraíso.

"Cuando llegué a la mondonguería donde tenía yo mi vivienda, desaté el pañuelo, diciéndome: «¡Tendrá cinco monedas de cobre, con las que al fin y al cabo habrá para comprar el almuerzo! » Pero ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrar cincuenta mitkales de oro!

Me apresuré a hacer un agujero, enterrándolos allí, en previsión de días peores, y por dos monedas de cobre me compré un pan y una cebolla, con lo cual hice mi comida, sentado a la puerta de mi tripería y soñando con la aventura que me acaeció.

"A la caída de la tarde fue un esclavito a buscarme de parte de la que me amaba; y le seguí. Cuando llegué a la sala en que me esperaba ella, besé la tierra entre sus manos; pero me levantó ella enseguida y se echó conmigo en el lecho de bambú y de marfil, y me hizo pasar una noche tan bendita como la anterior. Y por la mañana me dio otro pañuelo de oro. Y seguí viviendo de tal suerte durante ocho días enteros, disfrutando cada vez un festín de confitura seca por una parte y otro de confitura húmeda por otra, y cincuenta mitkales de oro para mí.

"Y he aquí que una noche me había presentado en su casa, y estaba ya en el lecho dispuesto a desempaquetar mi mercancía, como de costumbre, cuando de pronto entró una esclava, dijo algunas palabras al oído de su ama, y me arrastró vivamente fuera de la sala para llevarme al piso de encima, donde me encerró con llave, y se fue. Y al propio tiempo oí en la calle patear de caballos, y por la ventana que daba al patio vi entrar en la casa a un joven como la luna, acompañado por un séquito numeroso de guardias y de esclavos.

Entró en la sala donde se hallaba la joven, y pasó con ella toda la noche, entre holgorios, asaltos y demás cosas parecidas. Y yo oía sus movimientos y podía contar con los dedos el número de clavos que sepultaban por el ruido asombroso que cada vez hacían.

Y pensaba en mi ánima: ¡Por Alah! ¡Han instalado en la cama una herrería, y debe estar muy caliente la barra de hierro para que suene de esa manera el yunque!...»

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 389ª NOCHE

Ella dijo:

«...debe estar muy caliente la barra de hierro para que suene de esa manera el yunque!

"Por fin cesó el ruido a la mañana, y vi al joven del martillo retumbante salir por la puerta grande y marcharse seguido de su escolta. Apenas desapareció, cuando fue a buscarme la joven, y me dijo: «¿Viste al joven que acaba de partir?» Contesté: «¡Sí, por cierto!» Ella me dijo: «¡Es mi marido! ¡Pero voy a contarte enseguida lo que ha pasado entre nosotros y a explicarte el porqué hube de escogerte por amante!

Has de saber que un día estaba yo sentada junto a él en el jardín, cuando me dejó de repente para desaparecer hacia la cocina. Primeramente creí que iba a satisfacer una necesidad apremiante; pero al cabo de una hora, como no le veía volver, fui en busca suya adonde pensaba encontrarle, mas no estaba allí. Volví sobre mis pasos entonces, y me dirigí a la cocina, para preguntar por él a los criados. Y al entrar le vi acostado en la estera con la servidora más ordinaria, la que fregaba los platos. Al ver aquello, me retiré a toda prisa e hice juramento de no recibirle en mi lecho mientras no me hubiese vengado de él entregándome a mi vez a un hombre de la condición más baja y del más repulsivo aspecto. Y al punto empecé a recorrer la ciudad en busca de aquel hombre.

Y he aquí que hacía ya cuatro días que recorría las calles con tal propósito, cuando te encontré, y tu aspecto sucio y tu olor infecto me decidieron a escogerte como el hombre más repugnante entre todos los que había visto. Ahora ha pasado lo que ha pasado, y yo cumplí mi juramento al no reconciliarme con mi marido más que después de haberme entregado a ti.

¡Ya puedes retirarte, por tanto, y ten la seguridad de que si mi marido volviera a acostarse con alguna de sus esclavas, no dejaría yo de hacer que te llamasen, para darle su merecido!»

Y me despidió, regalándome cuatrocientos mitkales más como gratificación. ¡Me marché entonces, y vine aquí a implorar de Alah que incitara al marido a volver al lado de la sirvienta, para que la mujer me llamase a su lado! Y tal es mi historia, ¡oh señor emir el-hadj!"

Y al oír estas frases, el emir el-hadj se encaró con los circunstantes, y les dijo: "¡Hay que perdonar sus palabras condenables a este hombre, porque la excusa su historia!"

Luego dijo Schehrazada:

LA JOVEN FRESCURA-DE-LOS-OJOS

Amrú ben-Mosseda nos cuenta la anécdota siguiente:

"Un día, Abú-Issa, hijo de Harún Al-Raschid, vio en casa de su pariente Alí, hijo de Hescham, una esclava joven, llamada Frescura-de-los-Ojos, de la cual quedó violentamente prendado. Con el mayor cuidado probó Abú-Issa ocultar el secreto de su amor y no participar a nadie los sentimientos que experimentaba; pero hizo cuanto pudo para decidir indirectamente a Alí a que le vendiera su esclava.

Al cabo de un largo transcurso de tiempo, comprendió que eran inútiles todos los trabajos encaminados a tal fin, y resolvió cambiar de plan. Fue en busca de su hermano el califa Al-Mamúm, hijo de Al-Raschid, y le rogó que le acompañara al palacio de Alí, con objeto de darle una sorpresa con su visita. El califa aprobó la idea; hicieron preparar los caballos y se presentaron en el palacio de Alí, hijo de Hescham.

Cuando Alí les vio entrar, besó la tierra entre las manos del califa, e hizo abrir la sala de los festines en la cual les introdujo. Se encontraron en una sala hermosísima, cuyos pilares y muros eran de mármoles de diferentes colores, con incrustaciones de estilo griego, que trazaban dibujos muy agradables a la vista; y el piso de la sala estaba cubierto por una estera de Indias, sobre la que se extendía una alfombra de Bassra, de una pieza, que ocupaba toda la superficie de la sala a lo largo y a lo ancho.

Al-Mamúm se detuvo primero un instante para admirar el techo, las paredes y el suelo, y luego dijo: "Bueno Alí, ¿a qué esperas para darnos de comer?" Al momento dio Alí una palmada, y entraron unos esclavos cargados con mil variedades de pollos, pichones y asados de todas clases, calientes y fríos; había también todo género de manjares líquidos y manjares sólidos, y especialmente mucha caza rellena con pasas y almendras, porque a Al-Mamúm le gustaba de una manera extraordinaria la caza, principalmente rellena con pasas y almendras. Acabada la comida, llevaron un vino asombroso extraído de unas uvas escogidas grano a grano y cocido con frutas perfumadas y nueces aromáticas comestibles; y en copas de oro, de plata y de cristal lo sirvieron unos jóvenes como lunas, que iban vestidos con ligeras telas ondulantes de Alejandría adornadas con delicados bordados de plata y oro; al mismo tiempo que presentaban las copas a los comensales, aquellos jóvenes les rociaban con agua de rosas almizclada, valiéndose de hisopos enriquecidos con pedrerías.

Tan encantado de todo aquello quedó el califa, que abrazó a su huésped, y le dijo: "¡Por Alah, oh Alí! ¡En adelante ya no te llamaré Alí, sino el Padre-de-la-Belleza!" Y Alí, hijo de Hescham, a quien desde entonces llamaron, efectivamente, Abul-tamal, besó la mano del califa, y luego hizo una seña a su chambelán. Enseguida se descorrió al fondo de la sala un cortinaje, y aparecieron diez jóvenes cantoras, vestidas de seda negra y hermosas como un pensil de flores. Se adelantaron y fueron a sentarse en unos sillones de oro que habían puesto en corro en la sala diez esclavos negros. Y preludiaron algo en instrumentos de cuerda, con una ciencia perfecta, cantando luego a coro una oda de amor.

Entonces Al-Mamúm miró a la que más le había emocionado de las diez, y le preguntó: "¿Cómo te llamas?" Ella contestó: "Me llamo Armonía, ¡oh Emir de los Creyentes!" Él dijo: "¡Sabes llevar muy bien el nombre, Armonía! ¡Deseo oírte cantar cualquier cosa!"

Entonces Armonía templó su laúd y cantó:

¡Mi dulzura
tiene miedo de las miradas,
y mi corazón sensible
teme
a los ojos de los enemigos!
¡Pero cuando se acerca el amigo
el placer
me hace estremecerme
y toda derretida
me entrego a él!
¡Pero si se aleja,
tiemblo de emoción,
como la gacela
que pierde a su cría!

Al-Mamúm le dijo encantado: "Triunfaste, ¡oh joven! ¿Y quién compuso esos versos?" Ella contestó: "Amrú Al-Zobaidí; y la música es de Mobed". El califa vació la copa que tenía en la mano, y su hermano Abú-lssa y Abul-tamal hicieron lo propio. Cuando ya dejaban las copas, entraron otras diez cantoras, vestidas de seda azul y ceñidas con cendales del Yamán bordados de oro; se acomodaron en los sitios de las diez primeras, que se marcharon entonces, y templando sus laúdes preludiaron un coro con notable maestría.

A la sazón fijó sus miradas el califa en una de ellas, que era un cristal de roca, y le preguntó: "¿Cuál es tu nombre, ¡oh joven!?" Ella contestó: "Corza, ¡oh Emir de los Creyentes!"

Él dijo: "¡Pues bien, Corza, cántanos cualquier cosa!" Entonces, la que se llamaba Corza templó su laúd y cantó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 390ª NOCHE

Ella dijo:

...Entonces la que se llamaba Corza, templó su laúd y cantó:

¡Libres huríes y vírgenes,
nos reímos de las sospechas!
¡Somos las gacelas de la Meca,
a las que está prohibido espantar!
¡La gente soez
nos acusa de vicios
porque tenemos los ojos lánguidos
y porque es encantador nuestro lenguaje!
¡Hacemos ademanes indecentes
que obligan a desviarse
a los musulmanes piadosos!

A Al-Mamúm le pareció deliciosa esta canción, y preguntó a la joven: "¿De quién es?" Ella contestó: "Los versos son de Jarir, y la música es de lbn-Soraij". Entonces, el califa y los otros dos vaciaron sus copas, mientras se retiraban las esclavas para ser reemplazadas al punto por otras diez cantoras, vestidas de seda escarlata, ceñidas con cendales escarlata, y mostrando suelto el cabello, que les caía pesadamente por la espalda. Ataviadas con aquel color rojo, semejábanse a un rubí de múltiples reflejos. Se sentaron en los sillones de oro y cantaron a coro, acompañándose cada cual con su laúd.

Y Al-Mamúm se encaró con la que brillaba más en medio de sus compañeras, y le preguntó: "¿Cómo te llamas?" Ella contestó: "Seducción, ¡oh Emir de los Creyentes!" Él dijo: "Entonces, ¡oh Seducción! date prisa a hacernos oír tu voz sola".

Y acompañándose con el laúd, Seducción cantó:

¡Los diamantes y los rubíes,
los brocados y las sedas,
importan poco a las bellas!
¡Sus ojos son de diamantes,
sus labios son de rubíes,

Y de seda es lo demás!

Extremadamente encantado, preguntó el califa a la cantora: "¿De quién es ese poema, ¡oh Seducción!?" Ella contestó: "Es de Alí ben-Zeid; en cuanto a la música, es muy antigua, y se desconoce al autor".

Al-Mamúm, su hermano Abú-Issa y Alí ben-Hescham vaciaron sus copas, y diez nuevas cantoras, vestidas de tisú de oro y con el talle oprimido por cinturones de oro resplandecientes de pedrerías, fueron a sentarse en los sillones y cantaron como las anteriores. Y el califa preguntó a la de cintura fina: "¿Tu nombre?"

Ella dijo: "Gota-de-Rocío, ¡oh Emir de los Creyentes!" Dijo él: "¡Pues bien, Gota-de-Rocío, esperamos de ti unos versos!" Y al punto cantó ella:

¡He bebido vino en su mejilla,
y se me huyó la razón!
¡Y vestida solamente
con mi camisa per fumada
de nardo y de aromas;
saldré a la calle
para dar fe de nuestros amores,
con mi camisa perfumada
de nardo y de aromas!

Al oír estos versos, exclamó Al-Mamúm: "¡Ya Alah! ¡Triunfaste, oh Gota-de-Rocío! ¡Repíteme los últimos versos!" Y pulsando las cuerdas de su laúd, Gota-de-Rocío los repitió en un tono más sentido:

¡Saldré a la calle
para darte fe de nuestros amores,
con mi camisa perfumada
de nardo y de aromas!

Y el califa le preguntó: " ¿De quién son esos versos, ¡oh Gota-de-Rocío? Ella dijo: "De Abu-Nowas, ¡oh Emir de los Creyentes! y la música es de Ishak".

Cuando acabaron de tocar las diez esclavas, el califa quiso dar por terminada la fiesta y levantarse. Pero se adelantó Alí ben-Hescham, y le dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! todavía tengo una esclava que he comprado por diez mil dinares y que deseo mostrar al califa; dígnese, pues, permanecer aún algunos momentos.

Si le gusta, podrá guardarla como suya; si no le gusta, no habré dejado de someterla a su opinión".

Al-Mamúm dijo: "¡Venga a mí, pues, esa esclava!" En el mismo momento apareció una joven de incomparable belleza, flexible y delgada como una rama de bambú, con ojos babilónicos llenos de hechizos, con cejas de arco riguroso y con tez robada a los jazmines; ceñía a su frente una diadema enriquecida con perlas y pedrerías, sobre la cual corría este verso en letras de diamantes:

¡Encantadora y educada por los genios, sabe punzar los corazones con las flechas de un arco sin cuerda!

La joven continuó avanzando lentamente, y fue a sentarse sonriendo en el sillón de oro que estaba reservado para ella. Pero apenas la vio entrar Abú-Issa, el hermano del califa, cambió de color de manera tan inquietante, que Al-Mamúm se dio cuenta de ello, y le preguntó: "¿Qué te pasa, ¡oh, hermano mío! para cambiar de color así?"

El interpelado contestó: "¡Oh, Emir de los Creyentes! ¡sólo es una molestia en el hígado, que ya me ha dado otras veces!" Pero Al-Mamúm insistió y le dijo: "¿Acaso conoces a esa joven y la viste antes de hoy?" Abú-Issa no quiso negarlo, y dijo: "¿Habrá ¡oh Emir de los Creyentes! quien ignore la existencia de la luna?"

El califa se encaró entonces con la joven, y le preguntó: "¿Cómo te llamas, joven?" Ella contestó: "Frescura-de-los-Ojos, ¡oh Emir de los Creyentes!"

Él dijo: "¡Pues bien, Frescura-de-los-Ojos, cántanos cualquier cosa!" Y cantó ella:

¿Sabe amar quien no lleva el amor más que en su lengua, y aloja la diferencia en su corazón?

¿Sabe amar aquel cuyo corazón es una roca, mientras finge pasión su rostro?

¡Me han dicho que la ausencia cura las torturas del amor! Pero ¡ay! ¡no nos curó la ausencia!

¡Nos dicen que volvamos junto al ser amado, pero el remedio no surte efecto, porque el ser amado desconoce nuestro amor!

Maravillado de su voz, le preguntó el califa: "¿Y de quién es esa canción, ¡oh Frescura-de-los-Ojos!?" Ella dijo: "Los versos son de El-Kherzaí y la música es de Zarzur". Pero Abú-Issa, a quien sofocaba la emoción, dijo a su hermano: "¡Permíteme responderle, oh Emir de los Creyentes!"

Dio el califa su aprobación, y Abú-Issa cantó:

¡En mis ropas hay un cuerpo adelgazado, y un corazón torturado dentro de mi seno!

¡Si mantuve mi amor sin que me saliera a los ojos, fue por temor de ofender a la luna en quien se cifra!

Cuando Alí, Padre-de-la-Belleza, hubo oído esta respuesta, comprendió que Abú-Issa amaba locamente a su esclava Frescura-de-los-Ojos. Levantóse al punto, e inclinándose ante Abú-Issa, le dijo: "¡Oh huésped mío! no se dirá que nadie formuló en mi casa un anhelo, aunque fuera mentalmente, sin haberlo realizado al instante.

¡Así, pues, si el califa quiere permitirme que haga una oferta en su presencia, Frescura-de-los-Ojos se convertirá en tu esclava!"

Y como el califa dio su consentimiento, Abú-Issa se llevó a la joven.

¡Porque tanta era la generosidad sin par de Alí y de los hombres de su época!"

Luego, para terminar, aún contó Schehrazada esta anécdota:

¿MUJERES O JOVENZUELOS?

Cuenta el sabio Omar Al-Homs:

"En el año quinientos sesenta y uno de la hégira hizo un viaje a Hama la mujer más instruida y más elocuente de Bagdad, la que todos los sabios del Irak llamaban la Maestra de los Maestros. Y he aquí que aquel año llegaron a Hama desde todas las comarcas de los países musulmanes los hombres más versados en las diversas ramas de los conocimientos; y todos se alegraban de poder oír e interrogar a esta mujer maravillosa entre todas las mujeres, que viajaba de aquel modo de país en país, en compañía de un joven hermano suyo, para sostener tesis públicas acerca de las cuestiones más difíciles, e interrogar y ser interrogada sobre todas las ciencias, la jurisprudencia, la teología y las bellas letras.

Deseoso de oírla, rogué a mi amigo el sabio jeique El-Salhaní que me acompañara al sitio donde argumentaba ella aquel día. El jeique El-Salhaní aceptó, y nos presentamos ambos en la sala donde Sett Zahía se mantenía detrás de una cortina de seda para no contravenir la costumbre de nuestra religión. Nos sentamos en un banco de la sala, y su hermano cuidó de nosotros, sirviéndonos frutas y refrescos.

Después de haberme hecho anunciar a Sett Zahía, declinando mi nombre y mis títulos, empecé con ella una discusión acerca de la jurisprudencia divina y acerca de las diferentes interpretaciones que a la ley dieron los más sabios teólogos de los tiempos antiguos. En cuanto a mi amigo el jeique El-Salhaní, desde el instante que divisó al joven hermano de Sett Zahía, jovenzuelo de una belleza extraordinaria de rostro y de formas, quedó maravillado de admiración en el límite del entusiasmo, y no separó de él ya sus miradas. Así es que no tardó Sett Zahía en darse cuenta de la distracción de mi compañero, y cuando la observó, acabó por comprender los sentimientos que le animaban. Le llamó de pronto por su nombre, y le dijo: "Me parece ¡oh jeique! que eres de los que prefieren los jovenzuelos a las mujeres...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 391ª NOCHE

Ella dijo:

"...de los que prefieren los jovenzuelos a las mujeres". Mi amigo sonrió, y dijo: "¡Así es!" Ella preguntó: "¿Y por qué? ¡oh jeique!"

Él dijo: "¡Porque Alah ha modelado el cuerpo de los jovenzuelos con una perfección admirable, en detrimento de las mujeres, y mis gustos me impulsan a preferir en toda cosa lo perfecto a lo imperfecto!" Ella se rio detrás de la cortina, y dijo: "¡Pues bien; si quieres defender tu opinión, estoy dispuesta a responderte!" Él dijo: "¡Con mucho gusto!"

Entonces le preguntó ella: "¡En tal caso, explícame cómo podrás probarme la superioridad de los hombres y de los adolescentes sobre las mujeres y las jóvenes!"

Él dijo: "¡Oh mi señora! la prueba que me pides puede hacerse de una parte por la lógica del razonamiento y de otra parte por el Libro y por la Sunna.

"En efecto, dice el Corán: "Los hombres superan con mucho a las mujeres, porque Alah les ha dado la superioridad". También dice: "En cualquier herencia, la parte correspondiente al hombre debe ser el doble de la correspondiente a la mujer; así es que el hermano heredará dos veces más que su hermana". Estas palabras santas nos prueban, pues, y establecen de manera permanente, que a una mujer no se la debe considerar más que como a la mitad de un hombre.

"En cuanto a la Sunna, nos enseña que el Profeta (¡con él la plegaria y la paz!) estimaba el sacrificio expiatorio de un hombre como si tuviese dos veces más valor que el de una mujer.

"Si recurrimos ahora a la lógica pura, veremos que la razón confirma la tradición y la enseñanza. En efecto, si nos preguntamos sencillamente: "¿Quién tiene la prioridad, el ser activo o el ser pasivo?", la respuesta será sin duda alguna en favor del ser activo. Y el principio activo es el hombre, y la mujer es el principio pasivo. No hay que vacilar, por tanto. ¡El hombre se halla por encima de la mujer, y el joven es preferible a la joven!"

Pero Sett Zahía contestó: "¡Tus citas son exactas!, ¡oh jeique! Y contigo reconozco que en su Libro Alah ha dado a los hombres preferencia sobre las mujeres. Pero no especificó nada y habló de una manera general. ¿Por qué, pues, si buscas la perfección de las cosas, te diriges solamente a los jóvenes? ¡Deberías preferir a los hombres de barba, a los venerables jeiques de frente arrugada, pues que fueron más lejos en la vía de la perfección!"

Él contestó: "Sí, por cierto, ¡oh mi señora! Pero no comparo ahora a los ancianos con las mujeres viejas, pues no se trata de eso, sino solamente de sacar deducciones de los jóvenes. En efecto, me concederás, ¡oh mi señora! que nada en la mujer puede compararse a las perfecciones de un joven hermoso, a su talle flexible, a la finura de sus miembros, al conjunto de colores tiernos que hay en sus mejillas, a la gentileza de su sonrisa y al encanto de su voz. Por cierto que para ponernos en guardia contra una cosa tan evidente, nos dice el propio Profeta: "¡No prolonguéis vuestras miradas sobre los mozuelos sin barba, porque tienen ojos más tentadores que los de las huríes!"

Además, ya sabes que la mayor alabanza que puede hacerse de la belleza de una joven es compararla con la de un mozuelo. Bien conoces los versos en que el poeta Abu-Nowas habla de todo eso, y el poema en que dice:

¡Tiene ella las caderas de un mozo, y se balancea al viento ligero como al soplo del Norte se balancea la rama del ban!

"Así, pues, si los encantos de los jóvenes no fueran notoriamente superiores a los de las jóvenes, ¿por qué se sirven de ellos los poetas como término de comparación?

"Además, no ignoras que el adolescente no se limita a estar bien formado, sino que sabe arrebatarnos los corazones con el encanto de su lenguaje y lo agradable de sus maneras. ¡Y es tan delicioso cuando un bozo incipiente comienza a sombrear sus labios y sus mejillas, donde anidan pétalos de rosa! ¿Y es que puede encontrarse en el mundo algo comparable al encanto que en aquel momento despide? ¡Qué razón tenía el poeta Abu-Nowas al exclamar:

Me dicen sus calumniadores envidiosos: "¡Ya empiezan los pelos a hacer rugosos sus labios!" Pero yo les digo: "¡Cuán grande es vuestro error! ¿Cómo puede pareceros un defecto ese adorno?

"¡Ese bozo realza la blancura de su cara y de sus dientes, como un engarce verde realza el brillo de las perlas! ¡Es un indicio encantador de las fuerzas nuevas que adquiere su grupa!

"Han hecho las rosas juramento solemne de no borrar jamás de las mejillas de él sus colores milagrosos! ¡Saben sus párpados hablarnos con lenguaje más elocuente que el de sus labios, y sus cejas saben contestar con precisión!

"¡Los pelos, objeto de vuestra maledicencia, sólo han crecido para preservar sus encantos y ponerlos al abrigo de vuestros ojos groseros! ¡Dan al vino de su boca un sabor más pronunciado; y el verde de su barba en sus mejillas de plata les añade un color más vivo para entusiasmarnos!"

"También ha dicho otro poeta:

Me dicen los envidiosos: "¡Cuán ciega es tu pasión! ¿No ves que ya los pelos cubren sus mejillas?"

Yo les digo: "¡Si no estuviera la blancura de su rostro atenuada por la sombra dulce de su bozo, sería imposible que sostuvieran su resplandor mis ojos!

"Y además, ¿cómo, después de haber cultivado una tierra mientras era fértil, voy a abandonarla cuando la fertiliza la primavera?"

"Por último, ha dicho otro entre mil:

¡Esbelto mozo! ¡Sus miradas y sus mejillas luchan entre sí por quién hará más víctimas entre los hombres!

¡Derrama sangre de corazones con una espada hecha de pétalos de narciso, y cuya vaina y cuyo tahalí se lo robaron a los mirtos!

¡Tantas envidias suscitan sus perfecciones, que la misma belleza desea convertirse en mejilla velluda!

"He aquí ¡oh mi señora! pruebas bastantes para demostrar la Superioridad de la belleza de los mozos sobre la de las mujeres en general."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 392ª NOCHE

Ella dijo:

"...la superioridad de la belleza de los mozos sobre la de las mujeres en general".

Al oír estas palabras, contestó Sett Zahía: "Alah perdone tus argumentos erróneos, si es que no hablaste solamente por hablar o en broma. ¡Pero ahora va a triunfar la verdad! No endurezcas tu corazón y prepara tu oído para escuchar mis argumentos.

¡Por Alah sobre ti! Dime dónde se halla el joven cuya belleza puede compararse con la de una joven. ¿Olvidas que la piel de una joven, no sólo tiene el resplandor y la blancura de la plata, sino también la dulzura de los terciopelos y las sedas? ¡Su cintura es la rama del mirto y del ban! ¡Su boca es una manzanilla en flor, y sus labios dos anémonas húmedas! Sus mejillas, manzanas; calabacitas de marfil, sus senos.

Su frente irradia claridad, y de continuo dudan sus dos cejas, sin saber si deben reunirse o separarse. Cuando habla, se desgranan en su boca perlas finas; cuando sonríe, se escapan torrentes de luz de sus labios, que son más dulces que la miel y más suaves que la manteca. En el hoyo de su mentón está impreso el sello de la belleza. En cuanto a su vientre, ¡qué bonito es! Tiene a los lados líneas admirables y pliegues generosos que se superponen unos a otros. Sus muslos están hechos con una sola pieza de marfil y los sostienen las columnas de sus pies, formados con pasta de almendra.

¡Pero por lo que respecta a sus nalgas, son de buena ley, y cuando suben y bajan se las creería las olas de un mar de cristal o montañas de luz! ¡Oh pobre jeique!, ¿acaso pueden compararse los hombres a los genios? ¿No sabes que los reyes, los califas y los más grandes personajes de que hablan los anales fueron esclavos obedientes de las mujeres y consideran como una gloria soportar su yugo?!

¡Cuántos hombres eminentes bajaron la frente, sojuzgados por sus encantos! ¡Cuántos abandonaron por ellas riquezas, país, padre y madre! ¡Cuántos reinos perdiéronse por ellas! ¡Oh pobre jeique!, ¿no es para ellas para quienes se levantan los palacios, se borda la seda y los brocados y se tejen las telas más ricas? ¿No es para ellas para quienes tan buscados son por su perfume agradable y dulce el ámbar y el almizcle? ¿Olvidas que sus encantos han condenado a los habitantes del paraíso, y han trastornado la tierra y el universo y han hecho correr ríos de sangre?

"Pero respecto a las Palabras que citaste del Libro, son más favorables a mi causa que a la tuya.

Son esas Palabras: "¡No prolonguéis vuestras miradas sobre los mozuelos sin barba, porque tienen ojos más tentadores que los de las huríes!" Ya ves que se trata de una alabanza directa a las huríes del paraíso, que sirven de término de comparación, siendo mujeres y no mozos. ¡Y hasta vosotros, los aficionados a los adolescentes, cuando queréis describir a vuestros amigos, comparáis sus caricias con las de las jóvenes! No os da vergüenza de vuestros gustos corrompidos, os complacéis en ellos y los satisfacéis en público.

Olvidáis las palabras del Libro: "¿Por qué buscar el amor de los varones? ¿No ha creado Alah a las mujeres para satisfacción de vuestros deseos?' ¡Gozad, pues, con ellas a vuestro sabor! ¡Pero sois un pueblo terco!"

"¡Si a veces comparáis a las jóvenes con los mozuelos, únicamente se debe a vuestros deseos corrompidos y a vuestro gusto pervertido!

¡Sí, conocemos bien a vuestros poetas aficionados a los mozos! ¿No ha dicho el más grande de ellos, el jeique de los pederastas, Abu-Nowas, hablando de una joven:

¡Igual que un joven, no tiene caderas, y hasta se ha cortado los cabellos! ¡Y he aquí que un tierno bozo sombrea su rostro y da doble valor a sus encantos! ¡Así puede satisfacer al pederasta y al adúltero!

"Y en cuanto al supuesto atractivo que da la barba a los jóvenes...

En este momento de su narración. Schehrazada vio aparecer la mañana y calló discretamente.

CUANDO LLEGÓ LA 393ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y en cuanto al supuesto atractivo que da la barba a los jóvenes, ¿no sabes ¡oh jeique! los versos del poeta a este respecto?

Escucha:

¡He aquí que al nacer en su mejilla los primeros pelos, ha huido su amante!

¡Porque cuando el carbón de la barba ennegrece el mentón, convierte en humo los encantos del joven!

Y cuando la página en blanco del rostro se llena con lo negro de la escritura, ¿quién que no sea un ignorante querrá tomar la pluma todavía?

"Así, pues, ¡oh jeique! rindamos homenaje a Alah el Altísimo, que supo reunir en las mujeres todos los goces que pueden llenar la vida, y prometió a los profetas, a los santos y a los creyentes darles el paraíso como recompensa a las huríes maravillosas. Y claro que, si Alah el infinitamente bueno comprendiera que había en realidad fuera de las mujeres otras voluptuosidades, sin duda se las hubiese prometido y reservado a sus fieles creyentes. Sin embargo, Alah no habla nunca de los mozuelos más que para presentarlos como servidores de los elegidos en el paraíso; pero a nadie se los prometió ninguna vez con otros fines. ¡Y el mismo Profeta (¡con él la plegaria y la paz!) no se inclinó jamás en tal sentido, sino al contrario! Porque acostumbraba repetir a sus compañeros: "¡Tres cosas te hacen amar este mundo: las mujeres, los perfumes y la frescura que presta al alma la plegaria!".

Pero mejor de lo que yo sabría hacerlo, resumen mi opinión ¡oh jeique! estos versos del poeta:

¡Entre trasero y trasero hay diferencia! ¡Si os acercáis a uno, se os tizna de amarillo el traje; pero si os acercáis al otro se os perfuma!

¿Cómo hay quien compare al mozo con la moza? ¿Se atrevió nunca nadie a preferir la madera olorosa del nadd a los excrementos de los cetáceos?

"Pero veo que la discusión me excitó demasiado y me hace rebasar los límites de la conveniencia en que deben mantenerse las mujeres, principalmente en presencia de los jeiques y los sabios. Me apresuro, pues, a pedir perdón a quienes hayan podido molestarse u ofenderse, y cuento con su discreción para cuando salgan de esta entrevista, porque dice el proverbio:

"¡El corazón de los hombres bien nacidos es una tumba para los secretos!"

Cuando hubo acabado de contar esta anécdota, Schehrazada dijo: "¡Y esto es ¡oh rey afortunado! lo que pude recordar de las anécdotas encerradas en el Paraíso florido del ingenio y el Jardín de la galantería!"

Y dijo el rey Schahriar: "¡En verdad, Schehrazada, que me encantaron en extremo esas anécdotas, y me entran ahora deseos de oír una historia como las que me contabas antes!"

Schehrazada contestó:

"¡En ello pensaba precisamente!" Y dijo enseguida:

EL FALSO CALIFA

Cuentan que una noche el califa Harún Al-Raschid, presa del insomnio, hizo llamar a su visir Giafar Al-Barmaki, y le dijo: "¡Tengo oprimido el pecho, y deseo ir a pasearme por las calles de Bagdad y llegar hasta el Tigris, para ver si paso la noche distraído!" Giafar contestó oyendo y obedeciendo, y al punto se disfrazó de mercader, tras de ayudar al califa a que se disfrazara de lo mismo y de llamar al portaalfanje Massrur para que les acompañara disfrazado como ellos. Luego salieron del palacio por la puerta secreta, y empezaron a recorrer lentamente las calles de Bagdad, silenciosas a aquella hora, y de esta guisa llegaron a la orilla del río. En una barca amarrada vieron a un barquero viejo que se disponía a arroparse en su manta para dormir.

Se acercaron a él, y después de las zalemas, le dijeron: "¡Oh jeique! ¡deseamos de tu amabilidad que nos lleves en tu barca para pasearnos un poco por el río, ahora que hace fresco y es deliciosa la brisa! ¡Y he aquí un dinar por tu trabajo!" Y el interpelado contestó con acento de terror en la voz: "¿Sabéis lo que pedís, señores? Por lo visto no conocéis la prohibición. ¿No veis venir hacia nosotros el barco en que se halla el califa con todo su séquito?"

Preguntaron muy asombrados: "¿Estás seguro que ese barco que se acerca lleva al propio califa?" El otro contestó: "¡Por Alah! ¿y quién no conoce en Bagdad la cara de nuestro amo el califa? ¡Sí, mis señores, es el mismo, con su visir Giafar y su portaalfanje Massrur! ¡Y mirad con ellos a los mamalik y a los cantores! Oíd cómo grita el pregonero, de pie en la proa: "¡Prohibido a grandes y a pequeños a jóvenes y a viejos, a notables y a plebeyos, pasearse por el río! ¡A quien contravenga esta orden se le cortará la cabeza o será colgado del mástil de su barco!"

Al oír tales palabras...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 394ª NOCHE

Ella dijo:

...Al oír tales palabras, Al-Raschid llegó al límite del asombro, porque no había dado nunca semejante orden, y hacía más de un año que no se paseaba por el río. Miró, pues, a Giafar y le interrogó con los ojos acerca de lo que significaba aquello. Pero Giafar, tan asombrado como el califa, se encaró con el barquero viejo, y le dijo: "¡Oh jeique!, he aquí dos dinares para ti. Pero date prisa a llevarnos en tu barca y a ocultarnos en una de esas casetas abovedadas que hay a flor de agua, sencillamente para que podamos ver el paso del califa y su séquito sin que nos vean y nos prendan". Tras de dudar mucho, el barquero aceptó la oferta, y después de llevar en su barca a los tres, los guareció en una caseta y extendió sobre ellos una manta negra para que se les divisase menos aún.

Apenas se habían colocado así, vieron acercarse el barco, iluminado por la claridad de teas y antorchas que alimentaban con madera de áloe, esclavos jóvenes vestidos de raso rojo, con los hombros cubiertos con mantos amarillos y la cabeza envuelta en muselina blanca. Unos se hallaban a proa y otros a popa, y levantaban sus teas y sus antorchas, pregonando de cuando en cuando la prohibición consabida. También vieron a doscientos mamalik de pie, alineados a ambos lados del barco, rodeando un estrado situado en el centro, donde aparecía sentado en trono de oro un joven vestido con un traje de paño negro realzado con bordados de oro; y a su derecha se mantenía un hombre que se asemejaba asombrosamente al visir Giafar; y a su izquierda se mantenía con el alfanje desenvainado, otro hombre que se asemejaba exactamente a Massrur, mientras en la parte baja del estrado estaban sentadas por orden veinte cantarinas y tañedoras de instrumentos.

Al ver aquello, exclamó Al-Raschid: "¡Giafar!"

El visir contestó: "¡A tus órdenes, oh Emir de los Creyentes!" El califa dijo: "¡Seguramente debe ser uno de nuestros hijos, quizá Al-Mamúm o quizá Al-Amín! Y de los dos que están de pie a su lado, uno se parece a ti y el otro a mi portaalfanje Massrur. ¡Y las que se sientan al pie del estrado parecen de un modo extraño a mis cantarinas habituales y a mis tañedoras de instrumentos! ¿Qué piensas de todo esto? ¡Yo estoy sumido en una perplejidad grande!" Giafar contestó: "¡Yo también, ¡por Alah! oh Emir de los Creyentes!"

Pero ya habíase alejado de su vista el barco iluminado, y libre su angustia exclamó el viejo barquero: "¡Por fin estamos seguros! ¡No nos ha visto nadie!"

Y salió de la caseta y condujo a la orilla a sus tres pasajeros. Cuando desembarcaron, se encaró con él el califa, y le preguntó: "¡Oh jeique! ¿dices que el califa viene todas las noches a pasearse como hoy en ese barco iluminado?" El otro contestó: "¡Sí, señor, y ya hace un año de esto!" El califa dijo: "¡Oh jeique! somos extranjeros que estamos de viaje, y nos gusta regocijarnos con todos los espectáculos y pasear por todos los sitios donde hay cosas hermosas que ver. ¿Quieres, pues, admitir estos diez dinares y esperarnos aquí mismo mañana a esta hora?" El barquero contestó: "¡Quiero y me honro!" Entonces se despidieron de él el califa y sus dos acompañantes y regresaron al palacio comentando aquel espectáculo extraño.

Al día siguiente, después de tener reunido el diwán durante toda la jornada y de recibir a sus visires, chambelanes, emires y lugartenientes, y de despachar los asuntos corrientes, y juzgar y condenar, y absolver, el califa se retiró a sus habitaciones, quitándose sus ropas reales para disfrazarse de mercader, y acompañado de Giafar y Massrur tomó el mismo camino que la víspera, y no tardaron en llegar al río, donde les esperaba el viejo barquero. Se metieron en la barca y fueron a ocultarse en la caseta, en la cual esperaron la llegada del barco iluminado.

No tuvieron tiempo de impacientarse, porque algunos instantes después apareció el barco sobre el agua encendida por las antorchas y al son de los instrumentos. Y divisaron a las mismas personas que la víspera, el mismo número de mamalik y los mismos invitados, en medio de los cuales se hallaba sentado en el estrado el falso califa entre el falso Giafar y el falso Massrur.

Al ver aquello, Al-Raschid dijo a Giafar: "¡Oh visir, estoy viendo una cosa que nunca habría creído si fueran a contármela!" Luego dijo al barquero: "¡Oh jeique toma diez dinares más y condúcenos a la zaga de ese barco; y nada temas, pues no nos han de ver porque están en medio de la luz y nosotros en las tinieblas! ¡Nuestro objeto es disfrutar el hermoso espectáculo de esta iluminación sobre el agua!" El barquero aceptó los diez dinares, y aunque muy atemorizado, empezó a remar sin ruido por la estela del barco, cuidando de no entrar en el círculo luminoso...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 395ª NOCHE

Ella dijo:

...cuidando de no entrar en el círculo luminoso, hasta que llegaron todos a un parque que bajaba en cuesta hasta el río, y en aquel sitio amarraron el barco. Desembarcaron el falso califa y todo su séquito, y al son de los instrumentos penetraron en el parque.

Cuando estuvo lejos el barco, el viejo jeique costeó la orilla con su barca en la oscuridad para que a su vez desembarcaran sus pasajeros. Ya en tierra, fueron a mezclarse con la muchedumbre de individuos que rodeaban al falso califa llevando antorchas en la mano.

Y he aquí que, mientras seguían de tal modo al cortejo, fueron advertidos por algunos mamalik y reconocidos como instrusos. Al punto, los prendieron y condujeron a presencia del joven, que les preguntó: ¿Cómo os arreglasteis para entrar aquí y por qué razón vinisteis?

Contestaron: "¡Oh señor nuestro! somos mercaderes extranjeros en este país. Hemos llegado hoy precisamente, y nos hemos aventurado al acceso a este jardín. ¡Íbamos tan tranquilos, cuando nos ha prendido vuestra gente, conduciéndonos entre vuestras manos!"

El joven les dijo: "¡No temáis, ya que sois extranjeros en Bagdad! ¡De no ser así, sin duda haría que os cortaran la cabeza!" Luego se encaró con su visir, y le dijo: "Déjales que vengan con nosotros. ¡Serán nuestros huéspedes por esta noche!" Acompañaron entonces al cortejo, y llegaron de tal suerte a un palacio que no podía compararse en magnificencia más que con el del Emir de los Creyentes.

En la puerta de aquel palacio aparecía grabada esta inscripción:

En esta morada donde siempre es bien venido el huésped, puso el tiempo la belleza de sus matices y lo decoró el arte, y la acogida generosa de su dueño contenta el espíritu.

Entraron entonces en una sala magnífica, con el piso cubierto por una alfombra de seda amarilla, y sentándose en un trono de oro, el falso califa permitió a los demás sentarse a su alrededor. Se sirvió inmediatamente un festín; y todos comieron y se lavaron las manos; luego, cuando pusieron las bebidas encima del mantel, bebieron prolongadamente en la misma copa, que se pasaban de unos a otros. Pero cuando le llegó la vez, el califa Harún Al-Raschid no quiso beber. Entonces se encaró el falso califa con Giafar y le preguntó: "¿Por qué no quiere beber tu amigo?" Giafar contestó: "¡Hace mucho tiempo, señor, que dejó de beber!" El otro dijo: "¡En tal caso, mandaré que le sirvan otra cosa!"

Al punto dio una orden a uno de sus mamalik, que se apresuró a traer un frasco lleno de sorbete de manzanas, y se lo ofreció a Al-Raschid, que lo aceptó aquella vez y se puso a bebérselo con mucho gusto.

Cuando se hizo sentir en los cerebros la bebida, el falso califa, que tenía en la mano una varita de oro, dio con ellas tres golpes en la mesa, y al momento se abrieron las dos hojas de una ancha puerta que estaba al fondo de la sala, para dar paso a dos negros que llevaban a hombros un sillón de marfil, en el cual aparecía sentada una joven esclava blanca, de rostro brillante como el sol. Colocaron el sillón frente a su amo, y se quedaron detrás en pie y sin moverse. Entonces cogió la esclava un laúd indio, lo templó, y preludió de veinticuatro modos distintos con un arte que entusiasmó al auditorio.

Luego volvió al primer tono, y cantó:

¿Cómo puedes consolarte lejos de mí, cuando mi corazón está de duelo por tu ausencia?

¡El Destino ha separado a los amantes y está vacía la morada que resonaba con cánticos de dicha!

Cuando el falso califa oyó cantar estos versos, lanzó un grito agudo, desgarró su hermoso traje constelado de diamantes, su camisa y la demás ropa, y cayó desvanecido. Enseguida apresuráronse los mamalik a echarle encima un manto de raso, pero no con la rapidez suficiente para que el califa, Giafar y Massrur no tuvieran tiempo de notar que el cuerpo del joven ostentaba extensas cicatrices y huellas de bastonazos y latigazos.

Al ver aquello, el califa dijo a Giafar: "¡Por Alah! ¡qué lástima que un joven tan hermoso tenga en el cuerpo señales que nos muestran de manera evidente que nos las tenemos que haber con algún criminal escapado de la cárcel!" Pero ya los mamalik habían vestido a su amo con otra ropa más hermosa y más rica que la anterior, y el joven volvió a sentarse en el trono como si no hubiese sucedido nada.

Advirtió entonces que los tres invitados se hablaban en voz baja, y les dijo: "¿A qué vienen esa cara de asombro y esas palabras dichas en voz baja?" Giafar contestó: "Este compañero mío me decía que ha recorrido todos los países y tratado muchos personajes y reyes, sin que jamás haya visto ninguno tan generoso como nuestro huésped. Y también se asombraba de ver que desgarrabas un traje que seguramente vale diez mil dinares. Y me citaba en tu honor estos versos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 396ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y me citaba en tu honor estos versos:

¡La generosidad erigió su morada en medio de la palma de tu mano, e hizo de tal morada el asilo deseado!

¡Si un día cerrase sus puertas la generosidad, tu mano sería la llave que abriera sus cerraduras!

Al oír estos versos, se mostró muy satisfecho el joven, y ordenó que obsequiasen a Giafar con mil dinares y con un ropón tan hermoso como el que había desgarrado él, y siguieron bebiendo y divirtiéndose.

Pero Al-Raschid, que no estaba tranquilo desde que advirtió huellas de golpes en el cuerpo del joven, dijo a Giafar: "¡Pídele una explicación de la cosa!" Giafar contestó: "¡Mejor será tener paciencia todavía y no resultar indiscretos!" El califa dijo: "¡Por mi cabeza y por la tumba de Abbas, que como no le interrogues enseguida acerca del particular Giafar! dejará de pertenecerte tu alma en cuanto lleguemos a palacio!"

Y he aquí que el joven, que les estaba mirando, se dio cuenta de que aún hablaban en voz baja, y les preguntó: "¿Tanta importancia tiene eso que os decís en secreto?" Giafar contestó: "¡Nada malo es!" El joven añadió: "¡Por Alah te suplico que me pongas al corriente de lo que os decís, sin ocultarme nada!" Giafar dijo: "¡Señor, mi compañero ha notado que tienes en los costados cicatrices y huellas de vergajos y latigazos! ¡Y está asombrado hasta el límite del asombro! ¡Y desearía ardientemente saber a consecuencia de qué aventura ha sufrido nuestro dueño el califa semejante trato, tan poco compatible con su dignidad y sus prerrogativas!"

Al oír estas palabras, sonrió el joven, y dijo: "¡Sea! ¡Puesto que sois extranjeros, os revelaré la causa de todo! ¡Y es mi historia tan prodigiosa y tan llena de maravillas, que si se escribiera con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de lección a quien la escuchase atentamente!"

Luego dijo:

"Sabed, señores míos, que yo no soy el Emir de los Creyentes, sino sencillamente el hijo del síndico de los joyeros de Bagdad. Me llamo Mohammad-Alí. Al morir mi padre, me dejó en herencia mucho oro, plata, perlas, rubíes, esmeraldas, alhajas y objetos de orfebrería; me dejó además propiedades edificadas, terrenos, huertos, jardines, tiendas y almacenes de reserva; y me hizo dueño de este palacio con todo lo que contiene, esclavos de ambos sexos, guardias y criados, mozos y mozas.

Y he aquí que, estando yo sentado un día en mi tienda en medio de los esclavos que ejecutaban mis órdenes, vi que a la puerta se paraba, y bajaba de una mula ricamente enjaezada, una joven, a la que acompañaban otras tres jóvenes, hermosas como lunas las tres. Entró en mi tienda y se sentó, mientras yo, en honor suyo, me ponía de pie; luego me preguntó: "¿Verdad que eres Mohammad-Alí el joyero?" Contesté: "¡Claro que sí, ¡oh mi señora! y soy tu esclavo, dispuesto a servirte!" Ella me dijo: "¿Tendrías alguna alhaja verdaderamente hermosa y que pudiera gustarme?" Yo le dije: "¡Oh mi señora! voy a traerte lo más hermoso de mi tienda y a ponerlo en tus manos. ¡Si llega a convenirte algo, nadie se considerará por ello más dichoso que tu esclavo; y si nada logra detener tus miradas, deploraré mi mala suerte durante toda mi vida!"

Precisamente tenía yo en mi tienda cien collares preciosos, maravillosamente labrados, que enseguida hice que me trajeran y se los enseñaran. Los cogió y los miró despacio uno por uno, demostrando entender más de lo que en su caso hubiera entendido yo mismo; luego me dijo: "¡Lo quiero mejor!"

Entonces me acordé de un collarcito que mi padre compró por cien mil dinares en otro tiempo, y que tenía yo guardado, al abrigo de todas las miradas, en un precioso cofrecillo para él sólo, me levanté entonces y traje el cofrecillo en cuestión con mil precauciones y le abrí ceremoniosamente en presencia de la joven, diciéndole: "¡No creo que lo tengan igual reyes ni sultanes, grandes ni pequeños!"

Cuando la joven hubo echado una rápida ojeada al collar, lanzó un grito de júbilo y exclamó: "¡Esto es lo que en vano anhelé toda mi vida!" Luego me dijo: "¿Cuánto vale?" Contesté: "Su precio exacto de reventa fue para mi difunto padre el de cien mil dinares. ¡Si te gusta, ¡oh mi señora! llegaré al límite de la felicidad ofreciéndotelo por nada!" Me miró ella, sonrió ligeramente, y me dijo: "¡Añade al precio que acabas de decir cinco mil dinares por los intereses del capital muerto, y será de mi propiedad el collar!"

Contesté: "¡Oh mi señora! el collar y su propietario actual son ya de tu propiedad y se hallan entre tus manos! ¡Nada más tengo que añadir!" Volvió ella a sonreír, y contestó: "¡Ya he dicho las condiciones de compra, y añado que te soy deudora de gratitud!" Y tras de pronunciar estas palabras, se levantó vivamente, saltó a la mula con una ligereza extrema, sin recurrir a la ayuda de sus servidores, y me dijo al partir: "¡Oh mi señor! ¿quieres acompañarme ahora mismo para llevarme el collar y cobrar el dinero en mi casa? ¡Créeme que gracias a ti el día de hoy ha sido para mí como la leche!" No quise insistir más para no contrariarla, ordené a mis criados que cerraran la tienda, y seguí a pie a la joven hasta su casa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 397ª NOCHE

Ella dijo:

...y seguí a pie a la joven hasta su casa. Allí le entregué el collar, y ella penetró en sus habitaciones después de rogarme que me sentara en el banco del vestíbulo para esperar la llegada del cambista que debía pagarme los cien mil dinares con sus intereses.

Estando sentado en aquel banco del vestíbulo, vi llegar a una sirviente joven, que me dijo: "¡Oh mi señor, tómate la molestia de entrar a la antecámara de la casa, pues la espera a la puerta no se hizo para personas de tu calidad!" Me levanté entonces y penetré en la antecámara, donde me senté en un escabel tapizado de terciopelo verde y así, permanecí esperando algún tiempo. Entonces vi entrar a una segunda sirviente, que me dijo: "¡Oh señor mío, mi señora te ruega que entres en la sala de recepción, donde desea que descanses hasta que llegue el cambista!" No dejé de obedecer, y seguí a la joven a la sala de recepción. Apenas llegué allá, se descorrió un gran cortinaje al fondo, y se adelantaron hacia mí cuatro esclavas que llevaban un trono de oro en el que aparecía sentada la joven, con un rostro hermoso como una luna llena y con el collar al cuello.

Al ver su rostro sin velo y completamente descubierto, sentí turbárseme la razón y acelerarse los latidos de mi corazón. Y he aquí que ella hizo seña de que se retiraran a sus esclavas, avanzó hacia mí, y me dijo: "¡Oh luz de mis ojos! ¿crees que todo ser bello debe conducirse con la que le ama tan duramente como tú lo haces?" Contesté: "¡En ti está la belleza entera, y lo que de ella sobra, si sobra algo, se distribuyó entre los demás seres humanos!"

Ella me dijo: "¡Oh joyero Mohammad-Alí, has de saber que te amo, y que si me he valido de este medio ha sido sólo para decidirte a que vengas a mi casa!" Y tras de pronunciar estas palabras se inclinó sobre mí perezosamente, y me atrajo hacia ella mirándome con ojos lánguidos. Extremadamente emocionado, cogí entonces su cabeza con mis manos y la besé varias veces, en tanto que ella me devolvía largamente mis besos y me oprimía contra sus senos duros, que sentía yo incrustarse en mi pecho. Comprendí a la sazón que no debía retroceder y quise poner en ejecución lo que en mí estaba ejecutar. Pero en el preciso momento en que el niño, completamente despierto, reclamaba con ardor a su madre, me dijo ésta: "¿Qué pretendes hacer con eso, ¡oh mi señor!?" Contesté: "¡Ocultarlo para que me deje tranquilo!" Dijo ella: "El caso es que no vas a poder ocultarlo en mí, porque no está abierta la casa. ¡Sería preciso para ello abrir una brecha antes! ¡Pues has de saber que soy una virgen intacta de toda perforación! ¡Y si crees que hablas con una mujer cualquiera o con alguna meretriz entre las meretrices de Bagdad, debes desengañarte enseguida! Porque sabrás que tal como me ves, ¡oh Mohammad-Alí! soy la hermana del gran visir Giafar, la hija de Yahía ben-Khaled Al-Barmaki".

Al oír estas palabras ¡oh señores míos! sentí que el niño caía en un profundo sueño, y comprendí cuán impropio estuvo por mi parte el escuchar sus gritos y querer acallarlos pidiendo ayuda a la joven. Sin embargo, le dije: "¡Por Alah, ¡oh mi señora! que no es mía la culpa si quise que el hijo se aprovechara de la hospitalidad que al padre se le ha dado! ¡Tú misma eres quien se mostró generosa conmigo, haciéndome ver el paraíso por las puertas abiertas de tu hospitalidad!" Ella me contestó: "¡No tienes por qué hacerme reproches, sino al contrario! Y si quieres lograrás tus fines; pero por los únicos caminos legales. ¡Todo puede ser con la voluntad de Alah! ¡Soy, en efecto, dueña de mis actos, y nadie tiene el derecho de intervenir en ellos! ¿Me quieres, pues, por esposa legítima?" Contesté "¡Claro que sí!" Al punto hizo ella ir al kadí y a los testigos, y les dijo: "He aquí a Mohammad-Alí, hijo del difunto síndico Alí. Me pide en matrimonio y me reconoce como dote este collar que me ha dado. ¡Yo acepto y consiento!" Se redactó enseguida nuestro contrato de matrimonio, y después de extenderlo nos dejaron solos. Trajeron los esclavos bebidas, copas y laúdes, y empezamos ambos a beber hasta que resplandeció nuestro ingenio. Tomó ella entonces el laúd, y cantó acompañándose con él:

¡Por la finura de tu talle, por tu andar orgulloso, te juro que sufro con tu alejamiento!

¡Ten piedad de un corazón abrasado en el fuego de tu amor!

¡Me exalta la copa de oro, donde al beber de su licor, encuentro vivo tu recuerdo!

¡Así en medio de las rosas brillantes, la flor de mirto me hace apreciar mejor los colores vivos!

Cuando hubo ella acabado de cantar, tomé a mi vez el laúd, y después de demostrar que sabía sacar de él el mejor partido, dije estos versos del poeta, acompañándome en sordina:

¡Oh prodigio! ¡En tus mejillas veo unirse cosas contrarias: la frescura del agua y el rojo de la llama!

¡Eres para mi corazón fuego y frescura! ¡Oh, cuán amarga y dulce eres en mi corazón!

Cuando acabamos de cantar, notamos que ya era hora de ir pensando en acostarse. La cogí en mis brazos y la tendí en la cama suntuosa que nos habían preparado las esclavas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

CUANDO LLEGÓ LA 398ª NOCHE

Ella dijo:

...en la cama suntuosa que nos habían preparado las esclavas. Entonces, cuando la desnudé, pude comprobar que era una perla sin perforar y una yegua que no habían cabalgado. Mucho me regocijé con ello, ¡y puedo, por cierto, asegurar que en mi vida pasé una noche tan agradable como aquella noche en que, hasta que llegó la mañana tuve apretada contra mí a mi esposa como podría tenerse en la mano a un pichón con las alas plegadas!

Y no fue solamente una noche la que pasé de esta manera, sino un mes entero, sin interrupción. Y olvidé mis intereses, mi tienda, los bienes que manejaba y mi casa con todo lo que contenía, hasta que un día, el primero del segundo mes, fue a buscarme ella, y me dijo: "Tengo precisión de ausentarme algunas horas, el tiempo preciso para ir al hammam y regresar. Te suplico que no abandones el lecho, y no te levantes hasta que esté yo de vuelta. ¡Y volveré del hammam completamente fresca, y ligera, y perfumada!" Luego, para estar más segura de que ejecutaría yo su orden, me hizo prestar juramento de que no me movería del lecho. Tras de lo cual, se llevó a dos de sus esclavas, que cogieron las toallas y los líos de ropa blanca y vestidos, y se fue con ellas al hammam.

Y he aquí ¡oh señores míos! que no bien salió ella de la casa ¡por Alah! vi abrirse la puerta y entrar en mi cámara a una vieja, que me dijo, después de las zalemas: "¡Oh mi señor Mohammad! Sett Zobeida, la esposa del Emir de los Creyentes, me envía a ti para rogarte que te presentes en palacio, donde desea verte y oírte porque la han hablado en términos tan admirativos de tus maneras distinguidas, de tu cortesía y de tu hermosa voz, que tiene muchas ganas de conocerte." Contesté: "¡Por Alah! mi buena tía, Sett Zobeida me hace un honor extremado al invitarme a ir a verla; pero no puedo dejar la casa antes de que vuelva mi esposa, que ha ido al hamman."

La vieja me dijo: "¡Hijo mío, en interés tuyo te aconsejo que no difieras un instante la visita que se te pide, si no quieres que Sett Zobeida sea tu enemiga! ¡Porque te advierto, por si lo ignoras, que la enemistad de Sett Zobeida es muy peligrosa! ¡Luego regresarás a tu casa enseguida!"

Estas palabras me decidieron a salir, a despecho del juramento que presté a mi esposa, y seguí a la vieja, que echó a andar delante de mí y me condujo al palacio, en el cual me introdujo sin dificultad.

Cuando Sett Zobeida me vio entrar, me sonrió, hízome acercarme a ella, y me dijo: "¡Oh luz de los ojos! ¿eres tú el bienamado de la hermana del gran visir?" Contesté: "¡Soy tu esclavo y tu servidor!"

Ella me dijo: "¡En verdad que no exageraron tus méritos quienes me describieron tus modales encantadores y tu manera de hablar distinguida! Deseo verte y conocerte, para juzgar con mis ojos la elección y los gustos de la hermana de Giafar. Por ahora estoy satisfecha. ¡Pero harás que mi placer llegue a sus límites extremos, si quieres dejarme oír tu voz cantando cualquier cosa! “Contesté: "¡Quiero y me honro!" Y cogí un laúd que llevó una esclava y canté dos o tres estrofas sobre el amor correspondido. Cuando cesé de cantar, me dijo Sett Zobeida: "Remate Alah su obra haciéndote más perfecto todavía de lo que eres, ¡oh joven encantador! Te agradezco que hayas venido a verme. ¡Ahora date prisa a entrar en tu casa antes del regreso de tu esposa, para que no se imagine que quiero sustraerte a su afecto!" Besé entonces la tierra entre sus manos, y salí del palacio por la misma puerta que entré.

Cuando llegué a la casa, encontré en el lecho a mi esposa, que me había precedido. Dormía ya, y no hizo ningún movimiento indicador de que fuera a despertarse. Me eché entonces a sus pies y empecé a acariciarle las piernas con mucha suavidad. Pero de pronto abrió los ojos y me asestó fríamente en el costado un puntapié, que me hizo rodar por tierra debajo del lecho, y exclamó: "¡Oh traidor! ¡oh perjuro! ¡Faltaste a tu juramento, y has ido a ver a Sett Zobeida! ¡Por Alah, que si no tuviese horror al oprobio y a revelar en público mis intimidades, ahora mismo iría a hacer saber a Sett Zobeida las consecuencias que trae el seducir a los maridos ajenos! ¡Pero hasta entonces vas a pagar por ella y por ti!" Y dio una palmada y exclamó "¡Ya Sauab!" Al punto apareció el jefe de sus eunucos, un negro que siempre me miró atravesado, y le dijo ella: "¡Corta enseguida el cuello a este traidor, a este embustero, a este perjuro!" Inmediatamente blandió el negro su espada, se desgarró un pedazo del borde del ropón y me vendó los ojos con el jirón de tela que se había arrancado. Luego me dijo: "¡Haz tu acto de fe!" y se dispuso a cortarme la cabeza. Pero en aquel momento entraron todas las esclavas, grandes y pequeñas, jóvenes y viejas, con las cuales había yo sido siempre generoso...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 399ª NOCHE

Ella dijo:

...grandes y pequeñas, jóvenes y viejas con las cuales había yo sido siempre generoso, y le dijeron: "¡Oh señora nuestra! te suplicamos que le perdones, en gracia a que ignoraba la gravedad de su falta. ¡No sabía él que nada podía contrariarte más que su visita a tu enemiga Sett Zobeida! ¡Desconocía absolutamente la rivalidad que pudiera existir entre vosotras dos! ¡Perdónale, oh señora nuestra!"

"¡Está bien! le dejaré salvar la vida; pero deseo que le quede un recuerdo imborrable de su falta". E hizo seña a Sauab de que cambiase la espada por el palo. Y al punto cogió el negro una vara de flexibilidad terrible, y empezó a golpearme con ella en los sitios más sensibles de mi cuerpo. Tras de lo cual cogió un látigo y me asestó con él quinientos latigazos, enroscándolo cruelmente a mis partes más delicadas y a mis costillas. Esto os explicará, señores míos, las huellas y cicatrices que hace un rato pudísteis observar en mi cuerpo.

Después de infligirme este tratamiento, hizo que me sacaran de allí y me arrojaran a la calle, como una espuerta de basura. Entonces, arreglándome como pude, me arrastré hasta mi casa todo ensangrentado, para caer desvanecido cuan largo era apenas entré en mi habitación, abandonada desde hacía tanto tiempo. Cuando, al cabo de un largo espacio de tiempo volví de mi desmayo, acudí a un sabio cirujano, de mano muy suave, que me cuidó delicadamente las heridas, y a fuerza de bálsamos y de ungüentos logró obtener mi curación. Permanecí dos meses, empero, acostado y sin moverme; y cuando pude salir, lo primero que hice fue ir al hammam, y después de bañarme, me personé en mi tienda. En ella me apresuré a subastar cuantas cosas preciosas contenía, realicé todo lo que pude realizar, y con la suma que su importe me produjo compré cuatrocientos jóvenes mamalik, a los cuales vestí ricamente, y ese barco donde me habéis visto esta noche en su compañía. Escogí para que se mantuviese a mi derecha a uno de ellos que se parecía a Giafar, y a otro para darle las prerrogativas de portaalfanje, a ejemplo de lo que hace el Emir de los Creyentes. Y con el objeto de olvidar mis tribulaciones, me disfracé yo mismo de califa, y adquirí la costumbre de pasearme por el río todas las noches en medio de la iluminación de mi barco y de los cánticos y sones de instrumentos. ¡Y así transcurre mi vida desde hace un año, conservando la ilusión suprema de que soy el califa, por ver si con ello consigo ahuyentar de mi espíritu la pena que lo invade a partir del día en que mi esposa hizo que me castigaran tan cruelmente por culpa de la mutua rivalidad que alimentaban Sett Zobeida y ella!

¡Y sólo yo, que ignoraba todo aquello, sufrí las consecuencias de semejante disputa de mujeres! ¡He aquí mi triste historia, oh mis señores! ¡Y ya no me resta más que daros las gracias por haber querido reuniros con nosotros para pasar la noche amistosamente!"

Cuando el califa Harún Al-Raschid oyó esta historia, exclamó: "¡Loor a Alah, que hace que cada efecto tenga su causa!" Luego se levantó y pidió permiso al joven para retirarse con sus compañeros. Se lo permitió el joven, y el califa salió de allí para regresar al palacio, pensando en el modo de reparar la injusticia cometida con el joven por las dos mujeres. Y por su parte, estaba Giafar muy desolado de que su hermana fuese la causante de tal aventura, destinada entonces a que todo el palacio se enterase de ella.

Al día siguiente, revestido con las insignias de su autoridad, en medio de sus emires y chambelanes, el califa dijo a Giafar: "¡Haz que se presente a mí el joven que nos dio hospitalidad ayer por la noche!" Y Giafar salió inmediatamente, para volver muy pronto con el joven, que besó la tierra entre las manos del califa, y después de las zalemas, le cumplimentó en versos.

Encantado Al-Raschid, le mandó acercarse y sentarse al lado suyo, y le dijo: "¡Oh Mohammad-Alí!, te he llamado para oír de tus labios la historia que ayer contaste a los tres mercaderes. ¡Es prodigiosa y está llena de enseñanzas útiles!"

El joven dijo, muy emocionado: "¡No podré hablar ¡oh Emir de los Creyentes! mientras no me des el pañuelo de seguridad!" El califa le tiró al punto su pañuelo en prueba de que estaba seguro, y el joven repitió su relato sin omitir detalle. Cuando acabó, Al-Raschid le dijo: "¿Y quisieras que tu esposa volviese ahora a tu lado, a pesar de sus yerros para contigo?"

El joven contestó: "¡Bienvenido sea todo lo que me venga de mano del califa, porque los dedos de nuestro amo son las llaves de los beneficios, y sus acciones no son acciones, sino collares preciosos. adorno de los cuellos!"

Entonces el califa dijo a Giafar: "Venga a mí ¡oh Giafar! tu hermana, la hija del emir Yahía".

Y Giafar hizo que se presentara su hermana enseguida; y el califa le preguntó: "Dime, ¡oh hija de nuestro fiel Yahía! ¿conoces a este joven?" Ella contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¿desde cuándo saben las mujeres conocer a los hombres?" El califa sonrió y dijo: "Pues bien; voy a decirte su nombre. Se llama Mohammad-Alí, y es hijo del difunto síndico de los joyeros. ¡Lo pasado, pasado, y al presente deseo darte a él por esposo!" Ella contestó: "¡La dádiva de nuestro amo está por encima de nuestras cabezas y de nuestros ojos!"

Al momento llamó el califa al kadí y a los testigos, e hizo extender legalmente el contrato de matrimonio, uniendo aquella vez a los dos jóvenes de un modo duradero para su dicha, que fue perfecta. Y quiso retener junto a él a Mohammad-Alí para contarle entre sus íntimos hasta el fin de sus días. ¡Y he aquí cómo Al-Raschid sabía consagrar sus ocios a unir lo que estaba desunido y a hacer felices a aquellos a quienes traicionó el Destino!

Pero no creas, ¡oh rey afortunado! continuó Schehrazada, que esta historia, que sólo te conté para distraerte de las anécdotas cortas, pueda igualar de cerca ni de lejos a la maravillosa Historia de Rosa-En-El-Cáliz y de Delicia-Del-Mundo

HISTORIA DE ROSA-EN-EL-CÁLIZ Y DE DELICIA-DEL-MUNDO

Y Schehrazada dijo al rey Schahriar:

Cuentan que, en la antigüedad del tiempo y el pasado de las épocas y de las edades, había un rey muy ilustre lleno de poderío y de gloria. Tenía un visir llamado Ibrahim, cuya hija era una maravilla de gracia y de belleza, superando a todas en elegancia y perfección, y estaba dotada de una inteligencia notable y de maneras notoriamente exquisitas. Además, le gustaban en extremo las reuniones animadas y el vino que da alegría, sin que desdeñase los semblantes lindos, los versos en cuanto de más refinado tienen y las historias extraordinarias. Atesoraba en sí tantas delicadas delicias, que atraía enamorados de ella a los corazones y a las cabezas, como le dijo cierta vez uno de los poetas que le cantaron:

¡Estoy prendado de la seductora! ¡Encantadora de turcos y árabes, conoce todas las finuras de la jurisprudencia, de la sintaxis y de las bellas letras!

Así es que cuando discutimos ambos acerca de estas cosas, he aquí lo que me dice a veces la maligna:

"¡Yo soy agente pasivo, y tú te obstinas en ponerme en el caso indirecto! ¿Por qué? ¡En cambio, dejas siempre en el acusativo a tu régimen, cuya misión es ser activo, y jamás le otorgas el signo de la erección!"

Yo le digo: "¡No sólo te pertenece mi régimen, ¡oh mi señora! sino también mi vida y toda mi alma! Pero no te asombres ya de este trueque de papeles. Hoy cambiaron los tiempos y se trastornaron las cosas.

No obstante, si a pesar de lo que te digo no quieres creer en tal cambio, ¡no dudes más y mira mi régimen! ¿No has notado que el nudo de la cabeza lo tiene en la cola?"

Y esta joven era tan exquisita, tan dulce y de una belleza tan viva, que la llamaban Rosa-en-el-Cáliz...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 400ª NOCHE

Ella dijo:

...Y esta joven era tan exquisita, tan dulce y de una belleza tan viva, que la llamaban Rosa-en-el-Cáliz.

El rey, a quien gustaba mucho que estuviera ella a su lado en los festines, por lo bien dotada que se hallaba de finura de ingenio y distinción, tenía por costumbre dar todos los años grandes fiestas, y con esta ocasión aprovecharse de la presencia en palacio de los principales personajes de su reino para jugar con ellos a la pelota.

Cuando llegó el día en que los invitados del rey se reunían con motivo de este juego de pelota, Rosa-en-el-Cáliz se sentó a su ventana para disfrutar del espectáculo. Enseguida empezó a animarse el juego, y la hija del visir, que seguía con la vista a los jugadores y observaba sus movimientos, divisó entre ellos a un joven infinitamente hermoso, de rostro encantador, de dientes sonrientes, de cintura breve y de anchos hombros. Al verle, experimentó tal placer que no pudo hartarse de contemplarle ni dejar de lanzarle ojeadas repetidas. Acabó por llamar a su nodriza, y le preguntó: "¿Sabes el nombre de ese joven exquisito, tan lleno de distinción, que está en medio de los jugadores?" La nodriza contestó: "¡Oh hija mía, todos son hermosos! No sé de cuál quieres hablar". La joven dijo: "¡Espera, que voy a enseñártelo!"

Y cogió al punto una manzana y se la arrojó al joven, que se volvió y levantó la cabeza en dirección a la ventana. Vio entonces a Rosa-en-el-Cáliz, sonriente y bella como la luna llena al iluminar las tinieblas; y de repente, sin tener tiempo de separar de allí ya su mirada, se sintió extremadamente conmovido de amor; y recitó estos versos del poeta:

¿Quién punzó mi corazón enamorado? ¿Fue el arquero o la flecha de tus pupilas?

¿De dónde vienes tan veloz, flecha acerada? ¿De la muchedumbre de guerreros o de una ventana simplemente?

Rosa-en-el-Cáliz preguntó a su nodriza: "Y ahora, ¿puedes ya decirme el nombre de ese joven?"

La nodriza contestó: "Se llama Delicia-del-Mundo". Al oír tales palabras, la joven echó atrás la cabeza con placer y emoción, dejóse caer en el diván, gimió profundamente e improvisó estas estrofas:

No ha tenido por qué arrepentirse quien te llamó Delicia-del-Mundo, ¡oh tú que unes una delicadeza exquisita de modales a todas las cualidades excelentes!

¡Oh naciente luna llena! ¡Oh rostro brillante que alumbras el universo e iluminas el mundo!

¡Entre todas las criaturas, eres el único sultán de la belleza! ¡Y tengo testigos que me den la razón!

¿No es tu ceja la letra nun, perfectamente trazada? ¿No se asemeja la almendra de tu ojo a la letra sad, escrita por los dedos amorosos del Creador?

¡Y tu cintura! ¿No es la joven, la tierna rama flexible que toma todas las formas deseables?

Si ya tu intrepidez ¡oh jinete! sobrepujó al valor de los más fuertes, ¿qué no diré de tu gracia superior y de tu hermosura?

Terminada esta improvisación, Rosa-en-el-Cáliz cogió una hoja de papel y transcribió los versos cuidadosamente. La dobló luego y la metió en una bolsita de seda bordada en oro, la cual escondió debajo del cojín del diván.

Y he aquí que la vieja nodriza, que había observado estos diversos movimientos de su señora, se puso a charlar con ella de unas cosas y de otras hasta que la dejó dormida. Entones sacó cuidadosamente de debajo del cojín la hoja de papel, la leyó, y convencida de la pasión que sentía Rosa-en-el-Cáliz, la colocó en el mismo sitio. Luego, cuando se despertó la joven, le dijo: "¡Oh mi señora, soy para ti la mejor y más tierna de las consejeras! Debo, pues, decirte cuán violenta es la pasión de amor, y prevenirte de que cuando se concentra en un corazón sin poder expansionarse, lo derrite aunque sea de acero, y produce en el cuerpo muchas enfermedades y deformidades. ¡Por el contrario, si la persona que sufre de este mal de amor se lo revela a otra, tal cosa sólo alivio ha de proporcionarle!"

Al oír estas palabras de su nodriza, Rosa-en-el-Cáliz dijo: "¡Oh nodriza! ¿conoces un remedio para el amor?" La nodriza contestó: "Lo conozco. ¡Consiste en poseer a la persona amada!" La joven preguntó: "¿Y qué hacer para conseguir esa posesión?" La nodriza dijo: "¡Oh mi señora!

por el pronto basta con cambiar cartas llenas de palabras dulces, de salutaciones y de cumplimientos; porque tal es el medio mejor a que para reunirse recurren dos amigos, y lo primero que hay que hacer para resolver dificultades y prevenir complicaciones. Así, pues...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

CUANDO LLEGÓ LA 401ª NOCHE

Ella dijo:

"...Así, pues, ¡oh mi señora! en caso de que ocultes en tu corazón alguna cosa, no temas confiármela; porque si es un secreto lo guardaré intacto de toda divulgación ¡y nadie como yo sabrá servirte con sus ojos y su cabeza para satisfacer tus menores deseos y llevar discretamente tus misivas!"

Cuando Rosa-en-el-Cáliz hubo oído estas palabras de su nodriza, sintió que la alegría le arrebataba la razón; pero retuvo en su alma cualquier palabra imprudente que revelase la causa de la turbación que la agitaba, diciendo para sí: "Nadie conoce todavía mi secreto; y para mayor seguridad, más vale no informar de nada a esta mujer mientras no posea pruebas ciertas de su fidelidad".

Pero ya añadía la nodriza: "¡Oh hija mía! la noche última vi a un hombre que se me apareció en sueños y me dijo: "¡Has de saber que tu joven señora y Delicia-del-Mundo están enamorados uno de otro, y a ti te incumbe favorecer la aventura y encargarte de sus misivas, haciéndoles toda clase de servicios con gran discreción, si quieres disfrutar tranquilamente una porción de ventajas!" Yo ¡oh mi señora! te cuento lo que he visto. ¡Tú serás ahora quien decida!"

Rosa-en-el-Cáliz contestó: "¡Oh nodriza! ¿te sientes verdaderamente capaz de callar secretos?" La nodriza dijo: "¿Cómo puedes dudarlo ni un instante, cuando soy una esencia entre las esencias de los corazones selectos?"

Entonces ya no dudó la joven, exhibiéndole el papel en que había escrito los versos y se lo entregó, diciéndole: "¡Date prisa a llevar esto a Delicia-del-Mundo y a traerme la respuesta!" La nodriza se levantó al punto y se presentó en casa de Delicia-del-Mundo, empezando por besarle la mano para luego cumplimentarle con las expresiones más amables y corteses. Tras de lo cual le entregó el billete.

Delicia-del-Mundo desdobló el papel y lo leyó. Luego, cuando se enteró bien del contenido, escribió al dorso de la hoja los versos siguientes:

¡Exaltado por el amor, late mi corazón apasionadamente, y en vano trato de contener su ímpetu tumultuoso! ¡El estado en que me hallo descubre mis sentimientos!

Si mis lágrimas se desbordan, le digo a mi censor: "¡Es porque tengo los ojos malos!" Así creo engañarle acerca del verdadero motivo, ocultándole mis intimidades.

¡Libre aún ayer de toda ligadura y con el corazón tranquilo, yo ignoraba el amor! ¡Y he aquí que me despierto con el corazón dominado por el amor!

¡Voy a revelaros mi estado y a contaros mi cuita de amor, a fin de que vuestro corazón se compadezca del desgraciado que arde de pasión y a quien tortura la suerte!

¡Con las lágrimas de mis ojos trazo aquí este lamento, para con ello daros una prueba del amor a que obedece!

¡Preserve Alah de toda asechanza a un rostro que la belleza se encargó de cubrir con su velo, y ante el cual se inclina la luna, honrándole las estrellas cual esclavas!

¡Como hermosura, no he visto nada parecido! ¡Oh, su talle! ¡Las flexibles ramas aprenden a ondular viéndolo balancearse!

¡Ahora, si no os fastidia, me atrevo a suplicaros que vengáis a verme! ¡Oh, eso tiene para mí un valor muy grande!

¡No me resta ya más que haceros don de mi alma, con la esperanza de que acaso la aceptéis! ¡Vuestra llegada será para mí el Paraíso, y la Gehenna vuestra repulsa!

Después de escribir lo anterior, dobló la hoja, la besó y se la entregó a la nodriza, diciéndole: "¡Madre mía, cuento con tu bondad para predisponer en mi favor la voluntad de tu señora!" Ella contestó: "¡Escucho y obedezco!" Cogió el billete y volvió a toda prisa al lado de su señora, a quien se lo entregó.

Al tomar el billete, Rosa-en-el-Cáliz se lo llevó a los labios y luego a la frente, lo desdobló y lo leyó.

Y cuando se hubo enterado bien de su contenido, escribió debajo los siguientes versos:

¡Oh tú cuyo corazón se prendó de nuestra belleza, no te arrepientas de unir la paciencia al amor! ¡Tal vez sea un medio de llegar a poseernos!

¡Cuando hemos advertido que tu amor era sincero y que tu corazón sufrió los mismos tormentos que nuestro corazón, sentimos un deseo igual a tu deseo de vernos por fin unidos; pero nos retuvo el temor a nuestros guardianes!

¡Sabe que, al descender sobre nos la noche llena de tinieblas, se exalta tanto nuestro ardor, que se encienden hogueras en nuestras entrañas!

¡Las tiránicas torturas del deseo que nos llama a ti ahuyentan de nuestra cama el sueño entonces, y de nuestro cuerpo se apodera el dolor!

¡Pero no olvides que el primer deber de los enamorados es ocultar a los demás su amor! ¡Guárdate, pues, de descorrer ante extrañas miradas el velo que nos protege!

¡Y ahora quiero gritar que mis entrañas se hallan rebosando amor a cierto jovenzuelo! ¡Oh! ¿por qué no se quedó para siempre en nuestra morada?

Cuando acabó de escribir estos versos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 402ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando acabó de escribir estos versos, dobló el papel y se lo entregó a la nodriza, que lo cogió y salió del palacio. Pero quiso el Destino que se encontrase precisamente con el chambelán del visir, padre de Rosa-en-el-Cáliz, que le preguntó: "¿Adónde vas así a esta hora?" A estas palabras se sintió ella presa de una turbación extremada, y contestó: "¡Al hammam!" Y continuó su camino, pero tan turbada, que dejó caer, sin advertirlo, el billete mal guardado en un pliegue de su cinturón. ¡Y esto en cuanto a ella!

Pero por lo que respecta al billete caído a tierra cerca de la puerta del palacio, lo recogió uno de los eunucos, que apresuróse a llevárselo al visir.

Y he aquí que precisamente el visir acababa de salir de su harén y había entrado en la sala de recepción para sentarse en su diván. Y mientras permaneció sentado de tal guisa tan tranquilo, el eunuco se adelantó con el billete consabido en la mano y le dijo: "Mi señor, acabo de encontrar por el suelo en la casa este billete, que me he apresurado a recoger". El visir se lo arrebató de las manos, lo desdobló, y vio escritos allí los versos en cuestión. Los leyó, y cuando se penetró de su sentido, examinó la letra, que le pareció ser, sin género de duda, la de su hija Rosa-en-el-Cáliz.

Al ver aquello, se levantó y fue en busca de su esposa, madre de la joven, llorando tan abundantemente, que se mojó con lágrimas toda la barba.

Y le preguntó su esposa: "¿Qué te impulsa a llorar de esa manera, ¡oh mi dueño!?" Él contestó: "¡Toma este papel y mira lo que dice!" Cogió ella el papel, lo leyó, y se dio cuenta que había correspondencia entre su hija Rosa-en-el-Cáliz y Delicia-del-Mundo. Al averiguarlo, acudieron a sus ojos las lágrimas; pero torturó su alma sin llorar, y dijo al visir: "¡Oh mi señor, de ninguna utilidad serán las lágrimas, y la única idea excelente consiste en imaginar la manera de poner a salvo tu honor y ocultar el enredo en que se ha metido tu hija!" Y siguió consolándole y mitigándole las penas. Él contestó: "¡Mucho me aflige por mi hija esa pasión! ¿No sabes que el sultán experimenta por Rosa-en el-Cáliz una afección muy grande? Así es que mi temor en este asunto obedece a dos causas: primero por lo que me concierne, pues que se trata de mi hija; después por lo que afecta al sultán, ya que Rosa-en-el-Cáliz es la favorita del sultán, y pueden originarse de ahí graves complicaciones. ¿Y qué opinas tú de todo esto?"

Ella contestó: "¡Espera un poco, para darme tiempo a que pronuncie la plegaria que me ha de iluminar en cuanto al partido que debe tomarse!" Y al punto colocóse en actitud de orar, según el rito y la Sunna, ejecutando las prácticas piadosas prescritas para tal caso".

Terminada la plegaria, dijo a su esposo: "Has de saber que en medio del mar llamado Bahr Al-Konuz hay una montaña que se llama la Montaña-marina-de-la-Madre-que-perdió-su-hijo. Nadie puede arribar a ese paraje más que con dificultades infinitas. Te aconsejo, pues, que instales allí una vivienda para tu hija".

Conforme en este punto con su esposa, el visir resolvió hacer que se construyera en aquella Montaña-marina-de-la-Madre-que-perdió-su-hijo un palacio inaccesible, en el cual confinaría a Rosa-en-el-Cáliz, cuidando de surtirla de provisiones para un año, que se renovaría a principios del año siguiente, y dándole un séquito que la hiciere compañía y la sirviese.

Una vez que hubo tomado semejante resolución, el visir congregó a carpinteros, albañiles y arquitectos y los mandó a aquella montaña, donde no dejaron de edificar un palacio inaccesible y tal como no se había visto otro en el mundo.

Entonces el visir hizo preparar las provisiones para el viaje, organizó la caravana, y penetró de noche en las habitaciones de su hija, ordenándola que se pusiera en marcha. Ante una orden así, Rosa-en-el-Cáliz sintió con violencia las angustias de la separación, y cuando salió del palacio y se dio cuenta de los preparativos del viaje, no pudo menos de llorar con un llanto abundante. Con objeto de informar a Delicia-del-Mundo del ardor amoroso que pasaba por ella, capaz por lo violento de estremecer la piel, fundir las rocas más duras y hacer desbordarse las lágrimas, se le ocurrió entonces escribir sobre la puerta los versos siguientes:

¡Oh casa! ¡Si a la mañana pasase el ser amado, saludando con señas amorosas,

¡Devuélvele de parte nuestra un saludo delicioso y perfumado, porque no sabemos adónde nos llevará la suerte esta noche!

¡Ni yo misma sé hacia qué lugares me transporta el viaje, pues me conducen de prisa, y con equipaje reducido!

¡Vendrá la noche, y un pájaro oculto en los ramajes anunciará con sus endechas moduladas la noticia de nuestro triste destino!

Dirá con su lenguaje: "¡Qué dolor! ¡Cuán cruel es separarse de quien se ama!"

¡Y cuando vi ya llenas las copas de la separación y a la suerte dispuesta a ofrecérnoslas a pesar nuestro,

¡He gustado con resignación el amargo brebaje! ¡Pero la resignación ¡ay! no podrá nunca procurarme el olvido!

Cuando trazó sobre la puerta estos versos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 403ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando trazó sobre la puerta estos versos, se colocó en su palanquín, y la caravana se puso en marcha. Franquearon llanuras y desiertos, terrenos uniformes y montes accidentados, y llegaron de tal suerte al mar de Al-Konuz, a la orilla del cual armaron sus tiendas; y construyeron un gran navío, en el que hicieron embarcarse con su séquito a la joven.

Y como el visir había dado orden a los conductores de la caravana de que cuando dejasen a la joven confinada en el palacio enclavado en la cima de la montaña volviesen a la playa y destruyesen el navío, se guardaron muy mucho de desobedecer, y ejecutaron puntualmente la misión que se les encargó, para regresar luego a presencia del visir, llorando por todo aquello. ¡Y he aquí cuanto a ellos se refiere!

Pero respecto a Delicia-del-Mundo, cuando se despertó al día siguiente no dejó de hacer su oración matinal y de montar a caballo para ponerse al servicio del sultán, como de costumbre. Al pasar por la puerta del visir, advirtió los versos escritos en ella, y al leerlos creyó perder el sentido, y se encendió el fuego en sus entrañas trastornadas. Volvióse entonces a su casa, donde no pudo estarse quieto ni un momento, presa de la impaciencia, de la inquietud y de la agitación.

Luego, al caer la noche, temeroso de revelar su estado a la servidumbre, se apresuró a salir, vagando a la ventura por los caminos, perplejo y hosco.

Anduvo de tal modo toda la noche y parte de la mañana siguiente, hasta que el calor intenso y la sed torturadora le obligaron a descansar algo. Y he aquí que precisamente había llegado al borde de un arroyo sombreado por un árbol, y se sentó allí y cogió agua en el hueco de las manos. Pero al llevar a sus labios esta agua no le encontró sabor ninguno; al mismo tiempo sintió que se le demudaba el semblante y se le ponía amarillo el color; y vio que tenía los pies hinchados por la marcha y el cansancio.

Entonces se echó a llorar copiosamente, y con las mejillas empapadas de lágrimas recitó estos versos:

¡Se embriaga el enamorado con el amor de su amigo, y aumenta su embriaguez la intensidad de sus deseos!

¡La locura de su amor le hace vagar exaltado y frenético; no halla en ninguna parte asilo; no tiene gusto ninguno en alimentarse!

¿Cómo puede encontrar alegría el enamorado, viviendo lejos de su amiga? ¡Ah! ¡sería prodigioso!

¡Derretido estoy desde que el amor habita en mí; y torrentes de llanto me lavan las mejillas!

¡Oh! ¿cuándo veré al amigo o a alguien de su tribu que traiga un poco de calma a este torturado corazón?

Cuando hubo recitado estos versos, Delicia-del-Mundo lloró hasta mojar la tierra; luego se levantó y alejóse de aquellos parajes. Caminando de tal manera, desolado por llanuras y desiertos, vio de pronto ante sí un león de hirsuta crin, formidable cuello, cabeza enorme como una cúpula, fauces más anchas que una puerta y dientes parecidos a colmillos de elefante. Al verlo no dudó ni por un momento de su perdición; se volvió en dirección a la Meca, pronunció su acto de fe y se preparó a morir.

Pero en aquel preciso instante acordóse de pronto de haber leído antaño en los libros antiguos que el león era sensible a la dulzura de las palabras, se complacía con las adulaciones, y de este modo se dejaba amansar fácilmente. Entonces empezó a decirle: "¡Oh león de las selvas! ¡oh león de las llanuras! ¡oh león intrépido! ¡oh jefe temido de los bravos! ¡oh sultán de los animales! ¡delante de tu grandeza tienes a un pobre enamorado aniquilado por la separación y con la mente enloquecida, a quien la pasión redujo hasta este extremo! ¡Escucha mis palabras y apiádate de mi perplejidad y mi dolor!"

Cuando el león hubo oído este discurso, retrocedió unos pasos, se sentó, levantó la cabeza mirando a Delicia-del-Mundo, y púsose a jugar con su cola y sus patas delanteras.

Al ver aquellos movimientos del león, Delicia-del-Mundo recitó estos versos:

¡Oh león del desierto! ¿vas a matarme antes de que encuentre a quien me ató el corazón?

¡Oh, no soy caza preciada, ni siquiera gorda, porque consumido está mi cuerpo por la pérdida del amigo, y tengo el corazón devastado!

¿Qué harás con un muerto a quien sólo el sudario falta?

¡Oh león tumultuoso en la refriega!

¡Si me maltratas, alegrarás con ello a los que me envidian!

¡No soy más que un pobre enamorado anegado en lágrimas, con el corazón oprimido por la ausencia del amigo!

¿Qué ha sido del amigo? ¡Oh tristes pensamientos de mis noches inquietas!

¡He aquí que no sé si mi vida se debate en la nada!

Cuando el león hubo oído estos versos, se levantó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 404ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando el león hubo oído estos versos, se levantó, y con los ojos llenos de lágrimas, avanzó con mucha dulzura hacia Delicia-del-Mundo, poniéndose a lamerle pies y manos con la lengua. Tras de lo cual hízole señas de que le siguiera y echó a andar delante de él.

Delicia-del-Mundo siguió al león, y caminaron ambos de tal suerte durante cierto tiempo. Después de escalar una montaña alta y descender por la vertiente, vieron en la llanura huellas de la caravana. Entonces Delicia-del-Mundo empezó a seguir con atención aquellas huellas, y al verle ya sobre la pista, el león le dejó que continuase solo sus pesquisas y volvió pies atrás para emprender de nuevo su camino.

En cuanto a Delicia-del-Mundo, continuó siguiendo día y noche las huellas de la caravana, y de tal suerte llegó a orillas del mar rugiente, de olas tumultuosas, donde los pasos se perdían en el agua. Comprendió entonces que la caravana habíase embarcado y había proseguido por el mar su ruta, y perdió toda esperanza de encontrar a su bienamada.

A la sazón dejó correr sus lágrimas y recitó estos versos:

¡Muy lejos está la amiga ahora, y mi paciencia llega al límite!

¿Cómo ir en pos de ella por los abismos del mar?

¿Cómo resignarme cuando están consumidas mis entrañas, y el insomnio sustituyó al sueño de mis ojos?

¡Desde que abandonó las moradas y nuestra tierra, mi corazón está inflamado!

¡Y qué llama le inflama!

¡Oh grandes ríos Seyhún, Jeyhún y tú, Eufrates! ¡Cual vosotros corren ya mis lágrimas!

¡Corren y se desbordan con más intensidad que los diluvios y las lluvias!

¡De tanto como los golpean esos torrentes de lágrimas, se me han ulcerado los párpados, y se incendió mi corazón al contacto de tantas chispas!

¡Las hordas de mi pasión y de mis deseos han sabido al asalto de mi corazón!

¡Y el ejército de mi paciencia quedó vencido y derrotado!

¡Sin cálculo arriesgué mi vida por su amor, pero el riesgo de mi vida es el menor de los peligros que corrí!

¡Ojalá no sean castigados mis ojos por haber visto en el recinto prohibido a esa maravillosa belleza, más resplandeciente que la luna!

¡Caí en tierra herido, con el corazón traspasado por las flechas que sin arco disparan sus anchos ojos maravillosamente rasgados!

¡Me ha seducido con la armonía de sus movimientos y su ligereza; Su ligereza que no igualaría la flexibilidad de la rama joven sobre tronco del sauce!

¡Con toda mi alma le imploro socorro para mis penas y quebrantos!

¡Pero ella me redujo al triste estado en que me veis, y sólo su mirada seductora causó mi perdición!

Cuando acabó de recitar estos versos, se echó a llorar de tal manera, que cayó sin conocimiento, y permaneció mucho tiempo así. Pero vuelto ya de su desmayo, giró la cabeza a la derecha y a la izquierda, y como se veía en un desierto sin habitantes, tuvo miedo a ser presa de los animales salvajes, y se puso a trepar por una alta montaña, en la cima de la cual oyó que salían de una caverna sonidos de voz humana. Escuchó la voz atentamente, y observó que era la de un ermitaño que había dejado el mundo para consagrarse a la devoción. Se acercó a aquella caverna y golpeó tres veces la puerta, sin obtener respuesta del ermitaño y sin verle salir.

Entonces suspiró profundamente y recitó estos versos:

¡Oh deseos míos! ¿cómo alcanzaréis vuestro fin?

¡Oh alma mía! ¿cómo olvidarás tus quebrantos, tus penas y tus fatigas?

¡Una a una, vinieron todas las calamidades a envejecer mi corazón y a blanquear mi cabeza en mi primera juventud!

¡Ningún socorro dulcifica la pasión que me consume, ningún amigo aligera la carga que pesa sobre mi alma!

¡Ah! ¿quién sabrá decir los tormentos de mis deseos, ahora que se volvió en contra mía el Destino?

¡Gracia, piedad para el pobre enamorado desolado, el que bebió en el cáliz de la separación y el abandono!

¡Hay fuego en este corazón; se consumieron las entrañas, y de tanto como la pasión la ha torturado, la razón ha huido!

¡Ningún día fue más terrible que el de mi llegada a su morada, cuando vi los versos escritos en la puerta!

¡Oh, cuánto lloré! ¡A la tierra hice beber mis lágrimas ardientes, pero callé mi secreto ante allegados y extraños!

¡Oh ermitaño que buscaste el refugio de esta gruta para no ver nada de este mundo! ¡Acaso gustaras por ti mismo el amor, y se te huyera la razón también!

¡Yo, no obstante, a pesar de esto y aquello, a pesar de todo, olvidaría sin duda mis penas y fatigas si lograra mi propósito!

Cuando acabó de recitar estos versos, vio abrirse de pronto la puerta de la gruta y oyó que alguien gritaba: "¡La misericordia sobre ti!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 405ª NOCHE

Ella dijo:

...y oyó que alguien gritaba: "¡La misericordia sobre ti!" Entonces franqueó la puerta y deseó la paz al ermitaño, que le devolvió su saludo y le preguntó: "¿Cuál es tu nombre?" El joven dijo: "¡Me llamo Delicia-del-Mundo!" El ermitaño le preguntó: "¿A qué obedece tu llegada?" El joven le contó entonces su historia desde el principio hasta el fin, y también cuanto le había acaecido. Y el ermitaño se echó a llorar, y le dijo: "¡Oh Delicia-del-Mundo! Veinte años hace que yo habito estos lugares y jamás vi a nadie durante mi estancia aquí, si exceptuamos al día de ayer. Porque oí llantos y tumultos, y al mirar por el lado de donde venían aquellas voces, vi una muchedumbre de gente y tiendas de campaña armadas en la playa. Luego vi que aquellas gentes construían un navío, en el que se embarcaron para desaparecer por alta mar. Volvieron poco tiempo después, aunque eran menos en número que a la ida; desarmaron el navío y de nuevo emprendieron el camino por donde habían venido. ¡Y me parece que los que partieron sin volver son precisamente los que tú buscas, ¡oh Delicia-del-Mundo! ¡Comprendo, pues, la intensidad de tu dolor, y te compadezco! ¡Pero sabe que es imposible dar con un enamorado que no haya sufrido penas de amor!" Y el ermitaño recitó estos versos:

¡Oh Delicia-del-Mundo! Me crees despreocupado y con el corazón lleno de quietud,

¡Y no sabes que el ardor de la pasión me dobla y me desdobla como a un lienzo!

¡Desde mi primera infancia conocí el amor; cuando mamaba aún, conocí los transportes de amor! ¡Y si le preguntaras por mí, él te diría que me conoce!

¡Practiqué el amor durante tanto tiempo, que hube de hacerme célebre; ¡Y si le preguntaras por mí, él te diría que me conoce!

¡Bebí en la copa del amor y gusté su languidez amarga!

¡Tanto se estropeó mi cuerpo, que no soy ya más que una apariencia de mí mismo!

¡Lleno de fuerza estuve antaño; ahora ha desaparecido mi vigor. Y el ejército de mi paciencia quedó maltrecho bajo los alfanjes de las miradas!

¡No creas que llegarás al amor sin sufrir sinsabores, porque desde tiempos antiguos los extremos se tocan!

¡Para todos los enamorados decretó el amor que el olvido es lo mismo de ilícito que la impiedad!

Y cuando el ermitaño hubo acabado de recitar estos versos, se acercó a Delicia-del-Mundo, y le estrechó en sus brazos; y juntos lloraron ambos de tal modo, que las montañas retemblaron con sus gemidos, y acabaron ellos por caer desmayados.

Cuando recobraron el conocimiento, se juraron mutuamente que en adelante se considerarían como hermanos en Alah (¡exaltado sea!) ; y dijo el ermitaño a Delicia-del-Mundo: "Esta noche voy a orar y a consultar a Alah acerca de lo que debes hacer". Delicia-del-Mundo contestó: "¡Escucho y obedezco!" ¡Y he aquí lo que a ellos atañe!

Pero he aquí lo que afecta a Rosa-en-el-Cáliz:

Cuando las gentes que la acompañaban la condujeron a la Montaña-marina-de-la-Madre-que-perdió-su-hijo, y entró ella en el palacio que habíanla preparado, lo examinó con atención y miró todo su mobiliario; luego se echó a llorar, y exclamó: "¡Oh morada, deliciosa eres, ¡por Alah! pero falta entre tus muros la presencia del amigo!" Después, al notar que la isla estaba habitada por pájaros; ordenó a su séquito que tendieran redes para capturar estos pájaros y que los enjaularan conforme los fueran capturando, para más tarde llevarlos al interior del palacio. E inmediatamente se ejecutó su orden. Entonces Rosa-en-el-Cáliz se acodó en la ventana y dejó a su pensamiento ir en pos de los recuerdos. Y aquello despertaba en ella ardores pasados, deseos abrasadores y transportes, y le hacía verter lágrimas de sentimiento, trayéndole a la memoria estos versos, que recitó:

¿A quién dirigiré la cuita de amor que hay en mi alma, hablándome de las angustias que la alejan del amigo y del fuego que arde en mis costillas? ¡Pero me callaré por temor a mi guardián!

¡Más flaco que un mondadientes tengo el cuerpo, pues estoy consumida por los ardores, las tristezas de la ausencia y las lamentaciones!

¿En dónde están los ojos del amigo, para que vean el triste estado de extravíos a que me ha reducido su recuerdo?

¡Se han excedido en sus derechos al transportarme a un paraje donde no puede venir mi bienamado!

¡Al sol le encargo que por tarde y mañana transmita a millares mis saludos al amante cuya hermosura cubre de vergüenza a la luna llena naciente, y cuya figura de talle supera a la de la rama tierna!

Si las rosas quisieran imitar a su mejilla, diría yo a las rosas: "¡No conseguiréis pareceros a una mejilla suya ¡oh rosas! mientras no seáis las rosas de su otra mejilla!"

¡Destila su boca una saliva que refrescaría la lumbre de un brasero encendido!

¿Cómo olvidarle, cuando es mi corazón, mi alma, mi sufrimiento, mi mal, mi médico y mi bienamado?

Pero cuando avanzó la noche con sus tinieblas, Rosa-en-el-Cáliz sintió aumentar la intensidad de sus deseos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 406ª NOCHE

Ella dijo:

...Rosa-en-el-Cáliz sintió aumentar la intensidad de sus deseos y avivarse el recuerdo abrasador de sus desventuras. Entonces recitó estos versos:

¡He aquí la noche, que con sus tinieblas me trae ardores intensos y molestias; y mis deseos avivan en mí dolores abrasadores!

¡En mis entrañas habita ahora el tormento de la separación; mis pensamientos me aniquilan, mis ardores me agitan, mis transportes me queman y mis lágrimas traicionan un querido secreto!

¡Enamorada como estoy, no sé el modo de hacer cesar mi delgadez, mi debilidad y mi dolor!

¡Cada vez se enciende más el incendio de mi corazón, y la intensidad de su llama me devora el hígado!

¡En el día de la separación, no pude despedirme de mi bienamado ¡Qué pena! ¡Que dolor!

¡Pero tú caminante que has de informar de todos mis tormentos al amigo, dile que he soportado sufrimientos que no sabría describir ninguna pluma!

¡Por Alah! ¡Juro que mi amor será fiel siempre al bienamado! ¡Porque en el código del amor es lícito el juramento!

¡Oh noche! ¡Ve a llevar mi saludo al bienamado, y dile que eres testigo de mis insomnios!

Y así era como se lamentaba Rosa-en-el-Cáliz.

¡He aquí lo relativo a Delicia-del-Mundo! El ermitaño le dijo: "Baja al valle y tráeme una cantidad grande de fibras de palmera". Bajó el joven, para regresar luego con las fibras que se le habían pedido; y el ermitaño las cogió y confeccionó con ellas una especie de red semejante a las redes donde se transporta la paja, después dijo a Delicia-del-Mundo: "Has de saber que en el fondo del valle crece una clase de calabaza que cuando está madura se seca y se separa de sus raíces. Baja a coger una porción de esas calabazas secas, sujétalas a esta red y tíralo todo al mar. No dejes de subirte encima, y la corriente te llevará entonces a alta mar y te hará alcanzar el fin que persigues. ¡Y no olvides que sin riesgos no se consigue nunca lo que uno se propone!" El joven contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y después que el ermitaño le deseó buena suerte, se despidió de él y bajó al valle, donde no dejó de hacer lo que se le había aconsejado.

Cuando, llevado por la red de calabazas, llegó en medio del mar, levantóse con violencia un viento que le impulsó rápidamente y le hizo desaparecer a la vista del ermitaño. Zarandéandole las olas, alzándole unas veces sobre montes de espumas, hundiéndolas otras en su seno anchuroso, y de este modo fue juguete de los terrores del mar durante tres días y tres noches, hasta que los destinos le arrojaron al pie de la Montaña-marina-de-la-Madre-que-perdió-su-hijo. Llegó a la playa en un estado análogo al de un pollo mareado, con hambre y sed; pero no tardó en encontrar cerca de allí arroyos de agua corriente, aves cantoras y árboles cargados de racimos de fruta, y así pudo satisfacer su hambre comiendo de aquellas frutas y aplacar su sed bebiendo de aquella agua pura. Tras de lo cual se dirigió hacia el interior de la isla, y vio a lo lejos una cosa blanca, a la que fue aproximándose y observó que era un palacio imponente, de muros escarpados, y se dirigió a la puerta, encontrándola cerrada. Entonces se sentó y no se movió ya durante tres días; al cabo de los cuales vio abrirse por fin la puerta y salir un eunuco, que le preguntó: "¿De dónde vienes?" ¿Y cómo te arreglaste para llegar hasta aquí?

El joven contestó: "¡Vengo de Ispahán! ¡Viajaba por mar con mis mercancías, cuando se estrelló el navío en que yo iba, y las olas me arrojaron a esta isla!" Al oír tales palabras, el esclavo se puso a llorar; luego se echó al cuello de Delicia-del-Mundo, y le dijo: "¡Consérvele con vida Alah, ¡oh rostro amigo! Ispahán es mi tierra, y también vivía allá la hija de mi tío, la que amé en mi primera infancia y a la que estuve ligado estrechamente. Pero un día nos atacó una tribu más numerosa que la nuestra, capturando a una gran parte de nosotros; y yo estaba comprendido en el botín. Como en aquella época era yo un niño todavía, me cortaron los compañones para que aumentara mi precio y me vendieron como eunuco. ¡Y en este estado es como me ves! Luego, tras de desear la paz una vez más a Delicia-del-Mundo, el eunuco le hizo entrar al patio principal del palacio.

Vio entonces el joven un maravilloso estanque rodeado de árboles de hermosas ramas frondosas, donde piaban agradablemente, bendiciendo al creador, pájaros encerrados en jaula de plata con puertas de oro. Se aproximó a la primera jaula, la examinó con atención y vio que contenía una tórtola, que al punto lanzó un grito que significaba: "¡Oh generoso!" Y al oír aquel grito, Delicia-del-Mundo, cayó desmayado; luego, cuando volvió en sí dejó escapar profundos suspiros, y recitó estos versos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 407ª NOCHE

Ella dijo:

...dejó escapar profundos suspiros, y recitó estos versos:

¡Si estás prendada de amor como yo, oh tórtola! invoca al Señor y arrulla: "¡Oh generoso!"

¡Quién sabe si es tu canto un grito de alegría o la queja de amor de un corazón turbado!

¿Gimes a causa de la partida de tu amigo, o porque te dejó débil y lánguida, o acaso porque perdiste al objeto de tu amor? ¡Si es así, no temas, exhalar tus quejas y proclamar a gritos el amor antiguo que te rebosa del corazón!

¡En cuanto a mí, conserve Alah a mi bienamada, y prometo no olvidarle nunca, hasta cuando mis huesos sean ya polvo!

Después de recitar estos versos se echó a llorar de tal manera, que cayó desvanecido. Y cuando recobró el conocimiento anduvo hasta llegar a la segunda jaula, en la que halló una paloma zorita, que al verle se puso a cantar, diciendo: "¡Oh Eterno, yo te glorifico!" Entonces Delicia-del-Mundo suspiró prolongadamente, y recitó estos versos:

¡La paloma zorita ha dicho quejosa!: ¡Oh Eterno, yo te glorifico a pesar de mis calamidades!

¡Oh Eterno, espero que tu bondad me permita reunirme con la bienamada en este destierro!

¡Cuántas veces se me apareció con sus labios de miel aromática, y me dejó más abrasado que nunca!

Mientras el fuego consume mi corazón y lo reduce a cenizas, lloro lágrimas de sangre, que se desbordan inundando mis mejillas, y me digo: "¡La criatura no se fortalece más que con sinsabores!"

¡Por eso es que quiero tomar mis males con paciencia!

¡Y si quiere Alah que me reúna con la dueña de mi corazón, gastaré mis riquezas en albergar a la tribu de mis semejantes los enamorados!

¡Libertaré de su prisión a las aves, y en mi felicidad, me despojaré de mi duelo!

Cuando hubo acabado de recitar estos versos, se acercó a la tercera jaula, y vio que contenía un ruiseñor, que, tan pronto como se dio cuenta que le observaban, se puso a cantar. Y al oírle, recitó estos versos Delicia-del-Mundo:

¡Oh! ¡cómo me encanta el ruiseñor cuando deja oír su voz gentil, que se asemeja a una enamorada voz desfalleciente de amor!

¡Piedad para los enamorados! ¡Cuántas noches no pasan víctimas de las zozobras, los deseos y la inquietud!¡Tan crueles son sus angustias, que parece que nunca conocieron ellos más que noches sin sueño y sin mañana!

¡En cuanto a mí, desde que vi a mi amiga me encadenó su amor, y encadenado de tal suerte, dejo que de mis ojos se deslicen cadenas de lágrimas! Y me digo: "¡He aquí las cadenas que al deslizarse de mis ojos encadenan toda mi persona!" ¡Y en esta forma se desborda mi ardor!

¡Al mismo tiempo estoy herido por el alejamiento de la amiga! ¡Se agotaron los tesoros de mi paciencia, y mis fuerzas se rindieron!

¡Si, de ser equitativa la suerte, me reuniría con mi amiga!

¡Y ahora, cúbrame con su velo Alah, para que pueda yo desnudar mi cuerpo ante la amiga y hacerle ver así el grado de agotamiento a que me redujeron las alarmas, la inquietud y el abandono!

Cuando acabó de recitar estos versos, se adelantó hasta la cuarta jaula y vio en ella un bulbul que al punto se puso a modular notas melancólicas. Y al oír aquel canto, Delicia-del-Mundo dejó escapar profundos suspiros, y recitó estos versos:

¡En las albas y las auroras, el bulbul consuela el corazón del enamorado con el sonido melodioso de las cuerdas de su voz!

¡Oh Delicia-del-Mundo, quejumbroso y languideciente! ¡Aniquilado por el amor está tu ser!

¡Hasta mí llegan no sé cuántos cánticos maravillosos, que enternecerían la dureza del hierro y de la piedra!

¡Y he aquí que el aire ligero de la mañana viene a nosotros pasando por los edenes de las praderas y las flores exquisitas!

¡Oh, los cantos de pájaros en las albas y las mañanas, y tú, embalsamada brisa de las primeras claridades del día, cómo transportáis mi alma!

¡Pienso entonces en la amiga lejana, y mis lágrimas se precipitan en lluvia torrencial, mientras en mis entrañas arde un fuego terrible entre chispas y llamas!

¡Haga por fin Alah que el enamorado apasionado vuelva a ver a su amiga y a disfrutar de sus encantos! Porque, ¿acaso el enamorado no tiene una excusa manifiesta? ¡Digo esto porque sé que no hay como el hombre avisado para ver claro y disculpar!

Luego, cuando acabó de recitar estos versos, Delicia-del-Mundo anduvo un poco...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 408ª NOCHE

Ella dijo:

...Delicia-del-Mundo anduvo un poco, y vio una jaula maravillosa, mucho más bonita que todas las demás jaulas. Aquella jaula aprisionaba a un pichón salvaje, que tenía al cuello un collar de perlas admirables. Y al ver Delicia-del-Mundo a aquel pichón, conocido por su canto melancólico y amoroso, y a la sazón preso en aquella jaula con un aire muy triste y soñador, empezó a sollozar, y recitó estos versos:

¡Oh pichón de los bosques frondosos! ¡Oh hermano de los amantes, compañero de las almas sensibles, yo te saludo!

¡Amo a una tierna gacela, cuya mirada penetró en mi corazón más profundamente que el filo de una hoja cortante!

¡Su amor abrasó mi corazón y mis entrañas, y su lejanía arruinó mi cuerpo con enfermedades!

¡Desde hace largo tiempo no saboreo las dulzuras del comer y del dormir!

¡De mi alma huyeron la paciencia y la tranquilidad, y la pasión vino a instalarse en ella para siempre!

¿Cómo podré en lo sucesivo encontrar alegría viviendo lejos de la amiga ausente? ¿Acaso no es ella mi aspiración, mi deseo y mi alma toda?

Cuando el pichón oyó estos versos de Delicia-del-Mundo, salió de su ensueño y empezó a gemir y a arrullar de manera tan quejumbrosa y melancólica, que parecía ser humana su voz, y que en su lenguaje recitaba estos versos:

¡Oh joven enamorado! ¡Acabas de recordarme la época de mi juventud sumergida en el pasado, cuando me seducía mi amigo, cuyas formas graciosas adoraba yo, porque era maravillosamente hermoso!

¡A través de las ramas del montículo arenoso, su voz sumíase en un éxtasis entusiasmado con los caros acordes de la flauta!

¡Un día tendió una red el cazador y le apresó! Y exclamó mi amigo: "¡Oh mi libertad en el espacio! ¡Oh felicidad fugitiva!"

¡Sin embargo, yo esperaba que el cazador se compadeciese de mi amor y me devolviera a mi amigo; pero fue cruel!

¡Y ahora son ya excesivas mis torturas, y mis deseos se avivan con el fuego de tan dura ausencia!

¡Oh! ¡Proteja Alah a los amantes enloquecidos y torturados por angustias como las mías! ¡Y ojalá alguno de ellos, al mirarme tan triste en mi jaula, me abra la puerta de ella y me devuelva a mi amigo!

Entonces Delicia-del-Mundo se encaró con su amigo el eunuco de Ispahán, y le dijo: "¿Qué palacio es éste? ¿Quiénes lo habitan? ¿Y quién lo construyó?" El eunuco contestó: "¡Es el visir de tal rey quien lo construyó para su hija, con objeto de resguardarla de los acontecimientos del tiempo y de los accidentes del Destino! Acá la confinó con sus servidores y su séquito. ¡Y no se abren sus puertas más que una vez al año, el día en que nos mandan provisiones!"

Al oír estas palabras, pensó para su alma Delicia-del-Mundo: "¡Por fin consigo mi propósito! Pero ¡cuán penoso me resulta tener que esperar tanto antes de verla!"

Y he aquí lo que a él atañe.

¡Pero he aquí ahora lo concerniente a Rosa-en-el-Cáliz!

Desde que llegó al palacio, no tuvo gusto ya para saborear el placer de beber y comer, ni el del reposo y el sueño. Por el contrario, sentía aumentar en ella los tormentos de sus transportes apasionados; y mataba el tiempo recorriendo todo el palacio en busca de una salida, pero sin resultado.

Y un día en que no podía más, estalló en sollozos, y recitó estos versos:

¡Para torturarme, me han aprisionado lejos de mi amigo, y en mi prisión me hacen sufrir toda clase de tormentos!

¡Con los fuegos de la pasión, me quemaron el corazón, alejándolo del amigo de mis ojos!

¡Me encerraron en fortificadas torres que alzaron sobre montañas entre los abismos marinos!

¿Es que con ello quisieron que olvidara? ¡Pues desde entonces creció más aún mi amor!

¿Cómo podré olvidar? ¿No se debe todo lo que sufro a una sola mirada que dirigí al rostro del amado?

¡Entre penas se deslizan mis días, y me paso la noche asaltada por tristes pensamientos!

¡Pero aunque carezco de la presencia amada, me queda su recuerdo para consolarme en la soledad!

¡Ah! ¡Ojalá, después de todo esto, pueda ver un día que el Destino me reúna con el bienamado!

Cuando acabó de recitar estos versos, Rosa-en-el-Cáliz subió a la terraza del palacio...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

CUANDO LLEGÓ LA 409ª NOCHE

Ella dijo:

...Rosa-en-el-Cáliz subió a la terraza del palacio, y valiéndose de sólidas telas de Baalbek, con las cuales se ató cuidadosamente, se descolgó a tierra desde lo alto de los muros. Y vestida como estaba con sus trajes más hermosos y con el cuello adornado por un collar de pedrerías, atravesó las llanuras desiertas que rodeaban el palacio, y llegó de esta manera a la orilla del mar.

Divisó allí a un pescador, a quien el viento de través había arrojado a lo largo de aquella costa mientras pescaba sentado en su barca. El pescador divisó asimismo a Rosa-en-el-Cáliz, y creyéndola una aparición obra de algún efrit, se atemorizó mucho y empezó a maniobrar para alejarse de allí cuanto antes.

Entonces Rosa-en-el-Cáliz le llamó repetidas veces, y haciéndole numerosas señas, le recitó estos versos:

¡Oh pescador! ¡Calma tu turbación, pues soy un ser humano semejante a los demás!

¡Te pido que respondas a mis súplicas y escuches mi verídica historia!

¡Ten piedad de mí, y si un día llegas a posar tus ojos en un amigo adusto y despiadado, Alah te preservará de los ardores que me abrasan!

¡Porque amo a un jovenzuelo cuyo rostro resplandeciente hace palidecer el brillo del sol y de la luna, cuyas miradas hicieron que la propia gacela exclamara disculpándose: "¡Soy tu esclava!"

¡Sobre su frente escribió la belleza este renglón encantador, de sentido conciso: "¡Quién le mira como a la antorcha del amor, va por buen camino; pero quien se separa de él, comete una falta grave y una impiedad!"

¡Oh pescador! ¡Cuál no sería mi dicha si consintieras en consolarme haciéndome que le encontrara! ¡Y cuán agradecida te quedaría yo entonces! ¡Te daría pedrerías y joyas, y perlas cogidas en el agua, y cuantas cosas preciosas hay!

¡Ojalá pueda satisfacer mi amigo un día mis deseos, porque en la espera se derrite mi corazón y se desmenuza!

Cuando oyó el pescador estas palabras, lloró, gimió y se lamentó, acordándose también de los días de su juventud, cuando estaba rendido de amor, atormentado por la pasión, torturado por zozobras y deseos, abrasado en el fuego de los transportes amorosos. Y se puso a recitar estos versos:

¡Qué perentoria excusa de la intensidad de mi ardor! ¡Miembros descarnados, lágrimas esparcidas, ojos rotos por las vigilias, corazón golpeado como un eslabón brillante!

¡La calamidad del amor se apoderó de mí en la juventud, y he saboreado todas sus dulzuras engañosas!

¡Ahora quiero venderme para encontrar a un amigo ausente, a riesgo de perder el alma!

¡No obstante, espero que me sea lucrativa esta venta, porque es costumbre en los enamorados no regatear nunca el precio de su amigo!

Una vez que el pescador hubo acabado de recitar estos versos, se acercó con su barca a la orilla, y dijo a la joven: "¡Embárcate, pues estoy dispuesto a conducirte adonde quieras!" Entonces se embarcó Rosa-en-el-Cáliz, y el pescador se alejó de tierra a fuerza de remos.

Cuando se distanciaron un poco, se levantó un viento que empujó a la barca por la popa con tanta velocidad, que no tardaron en perder de vista la tierra, sin que supiese ya el pescador dónde se hallaba. Sin embargo, al cabo de tres días se calmó la tempestad, amenguó el viento, y con la venia de Alah (¡exaltado sea!) llegó la barca a una ciudad situada a orillas del mar.

Y he aquí que precisamente en el momento en que llegaba la barca del pescador, el rey de la ciudad, que era el rey Derbas, estaba sentado con su hijo a una ventana de su palacio que daba al mar; y vio entrar en el puerto la barca del pescador y divisó a aquella joven, hermosa como la luna llena en el seno del cielo puro, que llevaba en las orejas pendientes de rubíes magníficos y al cuello un collar de maravillosas pedrerías. Supuso entonces que debía ser hija de un rey o de un soberano, y seguido de su hijo abandonó el palacio y se dirigió a la playa, saliendo por la puerta que daba al mar.

En aquel momento ya estaba amarrada la barca, y la joven dormía en ella tranquilamente.

Entonces el rey se acercó a la joven y veló su sueño. Y cuando abrió los ojos, ella se echó a llorar. Y el rey le preguntó: "¿De dónde vienes? ¿De quién eres hija? ¿Y a qué obedece tu llegada a esta comarca?"

Ella contestó: "Soy la hija de Ibrahim, visir del rey Schamikh. ¡Y mi llegada aquí obedece a algo extraordinario y a una aventura muy extraña!" Luego contó al rey toda su historia, desde el principio hasta el fin, sin ocultarte nada. Tras de lo cual dejó escapar profundos suspiros, vertió llanto y recitó estos versos:

¡He aquí que han ulcerado mis párpados las lágrimas! ¡Ah! ¡Para que se desborden de tal modo han sido precisas tribulaciones muy singulares!

¡Y la causa de todo es un ser caro a mi corazón, con el cual jamás pude aplacar la sed de mis deseos!

¡Su rostro es tan hermoso, tan radiante y tan resplandeciente, que supera a la belleza de turcos y árabes!

¡Al verle aparecer, el sol y la luna se inclinaron con amor, prendados de sus encantos, y rivalizaron en galanterías para con él!...

¡Su mirada hechicera es tan encantadora, que a todos los corazones fascina con su tirante arco dispuesto a lanzar flechas!

¡Oh tú, a quien acabo de contar detalladamente mis penas amargas, ten piedad de un enamorado convertido en juguete de las vicisitudes del amor!

¡Ay! ¡En triste estado me arrojó el mar en medio de tu país, y sólo en tu generosidad tengo ya esperanza!

¡El hombre de corazón generoso que protege a quien le implora su hospitalidad, realiza, por lo general, una obra muy meritoria! ¡...Oh tú, esperanza mía; extiende el velo protector sobre la tribu de los enamorados, y haz ¡oh mi señor! que se reúnan!

Luego, una vez que hubo recitado estos versos, contó al rey algunos otros pormenores más...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 410ª NOCHE

Ella dijo:

...una vez que hubo recitado estos versos, contó al rey algunos otros pormenores más después quedóse hecha un mar de lágrimas, e improvisó los versos siguientes:

¡He podido disfrutar de la vida hasta el día en que conocí a aquel prodigio de amor! ¡Ojalá todos los meses del año sean para el amigo meses de tranquilidad, como lo es el mes sagrado de Bagdad!

¡Cuán asombroso sería que el día de mi destierro las lágrimas que vertí pudieran transformarse en fuego líquido dentro de mis entrañas!

¡Aquel día cayó de mis párpados una lluvia de sangre en gotas redondas; y la superficie de mis mejillas se coloreó de rojo!

¡Y los lienzos con que se enjugaron todas estas lágrimas se tiñeron tan de rojo, que parecían la túnica de Joset coloreada de una sangre engañosa!

Cuando oyó el rey las palabras de Rosa-en-el-Cáliz, no dudó ni por un instante de la profundidad del mal de amor que la aquejaba; y se compadeció de ella y le dijo: "¡No temas ni te aterres, conseguiste tu propósito! ¡Porque heme aquí dispuesto a hacer que logres tus aspiraciones y a darte al que pides! ¡Créeme, pues, y escucha algunas palabras mías!"

Y al punto el rey recitó estos versos:

¡Oh hija de raza noble y generosa, llegaste a la meta perseguida! ¡Te lo anuncio con alegría! ¡Nada tienes que temer ya aquí!

¡Hoy mismo acumularé grandes riquezas y se las enviaré al rey Schamikh custodiadas por jinetes y guerreros!

¡Le enviaré cofrecillos de almizcle y fardos con brocados, añadiendo a ello oro y plata virgen!

¡Sí! ¡Y mis cartas enterarán, por medio de la escritura, de que deseo ser su aliado y su pariente!

¡Hoy mismo te ayudaré con todas mis fuerzas para que te unas lo más pronto posible al que amas!

¡Por mí propio gusté siempre la amargura del amor! ¡Y he aprendido a complacer y disculpar a quienes bebieron en tan amargo cáliz!

Cuando acabó de recitar estos versos, fue el rey en busca de sus soldados, y después de llamar a su visir, hízole que preparara un número incalculable de fardos con los presentes consabidos, dándole orden de que él mismo se pusiera en camino para llevarlas al rey Schamikh, y le dijo: "¡Es preciso, además, que sin remisión traigas de allá contigo a una persona que se llama Delicia-del-Mundo! Y dirás al rey: "Mi amo desea ser tu aliado, y el pacto de alianza entre tú y él será el matrimonio de Rosa-en-el-Cáliz con Delicia-del-Mundo, que es uno de los personajes de tu séquito. ¡Así, pues, has de confiarme a ese joven y le conduciré junto al rey Derbas para que en su presencia se extienda el contrato de matrimonio!"

Tras de lo cual el rey Derbas escribió al rey Schamikh una carta alusiva, se la entregó al visir, reiterándole las órdenes concernientes a Delicia-del-Mundo, y le dijo: "¡Has de saber que como no me lo traigas, se te destituirá de tu cargo!" El visir contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y al punto se puso en camino, con los presentes aquellos, hacia las comarcas del rey Schamikh.

Cuando llegó a presencia del rey Schamikh, le transmitió la zalema de parte del rey Derbas, y le entregó la carta y los presentes que había traído para él.

Al ver aquellos presentes y al leer la carta, donde se hacía referencia a Delicia-del-Mundo, el rey Schamikh vertió abundantes lágrimas y dijo al visir del rey Derbas: "¡Ay! ¿Dónde estará ahora Delicia-del-Mundo? ¡Porque ha desaparecido! ¡E ignoramos en qué sitio se encuentra! ¡Si puedes traérmelo, ¡oh visir embajador te daré el doble de lo que suponen los presentes que me ofreces!" Y al decir estas palabras, quedó hecho un mar de lágrimas el rey, lanzando gemidos, lamentándose y estallando en sollozos.

Luego recitó estos versos:

¡Devolvedme a mi bienamado, y os obsequiaré con tesoros de perlas y diamantes!

¡Era él para mí la luna llena en el seno de un cielo puro y bello! ¡Era el amigo predilecto, por sus modales exquisitos y encantadores!

¡No podría compararse con él la fina gacela! ¡Es su talle la rama del bambú, del que serían frutos sus maneras deliciosas!

¡Pero ni la frágil rama, a pesar de su belleza joven, podría seducir a la razón humana como él!

¡Entre las caricias le eduqué en sus tiernos años! ¡Y heme aquí ahora triste y desolado por su alejamiento, y con el espíritu poseído de una turbación sin límite!

Tras de lo cual se encaró con el visir emisario que le llevó regalos y carta, y le dijo: "Regresa a tu país y dile a tu rey: «¡Delicia-del-Mundo se marchó hace ya más de un año, y su amo el rey ignora lo que de él ha sido!»" El visir contestó: "¡Oh mi señor! mi amo me ha dicho: «¡Si no traes a Delicia-del-Mundo, se te destituirá del visirato y nunca más pondrás los pies en la ciudad! » ¿Cómo voy a regresar, por consiguiente, sin el joven?"

Entonces el rey Schamikh se encaró con su propio visir Ibrahim, padre de Rosa-en-el-Cáliz, y le dijo: "¡Vas a acompañar al visir emisario, y llevarás contigo una escolta importante; y de ese modo le ayudarás a hacer por todas las comarcas las pesquisas necesarias para encontrar a Delicia-del-Mundo!" El visir contestó: "¡Escucho y obedezco!"

Y al punto se hizo escoltar por una tropa de guardias, y en compañía del visir emisario partió en busca de Delicia-del-Mundo.

De esta suerte viajaron durante mucho tiempo y cada vez que se cruzaban con beduinos o caravanas, les pedían noticias de Delicia-del-Mundo, diciéndole: "¿Habéis visto pasar a un individuo así, cuyo nombre es éste y cuyas señas son tales y cuales?" Y la gente contestaba...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 411ª NOCHE

Ella dijo:

...Y la gente contestaba: "¡No le conocemos!" Y continuaron informándose de esta manera por ciudades y poblados, y haciendo pesquisas por llanuras y terrenos accidentados, por tierras y desiertos, hasta que llegaron a la orilla del mar. Se embarcaron entonces a bordo de un navío, y viajaron por mar para arribar un día a la Montaña-marina-de-la-Madre-que-perdió-a-su-hijo.

El visir del rey Derbas dijo entonces al visir del rey Schamikh: "¿Por qué motivo dieron ese nombre a esta montaña?" El otro contestó: "¡Voy a decírtelo enseguida!

"Has de saber que en los tiempos antiguos bajó a esta montaña una gennia de la raza de los genn chinos. Y he aquí que un día, en sus excursiones terrestres, se tropezó con un hombre, y le amó con un amor apasionado. Pero temiendo ella la cólera de los genn de su raza, si se divulgaba la aventura, cuando ya no pudo reprimir el ardor de sus deseos, se puso en busca de un paraje solitario donde ocultar su amante a los ojos de sus parientes los genn, y acabó por dar con esta montaña desconocida de hombres y genn, por no ser camino de éstos ni de aquéllos. Se apoderó entonces de su amante y le transportó por los aires para depositarle en esta isla, donde hubo de vivir con él. Y de cuando en cuando se ausentaba de aquí para hacer acto de presencia entre sus parientes, dándose prisa por regresar enseguida, ocultamente, junto a su bienamado.

Al cabo de cierto tiempo de llevar aquella vida, quedó encinta de él varias veces, y echó al mundo en esta montaña numerosos hijos. Y cuando pasaban cerca de esta montaña los mercaderes que viajaban por acá, oían desde sus navíos voces de niños que parecían los gritos quejumbrosos de una madre lamentándose, y se decían: «¡En esta montaña debe haber alguna pobre madre que perdió a sus hijos! Y ése es el motivo de tal nombre".

Al oír aquellas palabras, se asombró en extremo el visir del rey Derbas.

Pero ya habían echado pie a tierra, y llegaron al palacio, llamando a la puerta. Se abrió la puerta al punto, y salió de ella un eunuco, que reconoció inmediatamente a su amo el visir Ibrahim, padre de Rosa-en-el-Cáliz.

Enseguida le besó la mano y le introdujo en el palacio con su compañero y su séquito.

Llegado que fue al patio del palacio, el visir Ibrahim advirtió entre los servidores a un hombre de aspecto miserable, a quien no reconoció, y que no era otro que Delicia-del-Mundo. Así es que preguntó a su gente:

"¿De dónde viene este individuo?" Le contestaron: "Es un pobre mercader que naufragó, perdiendo todas sus mercancías, y pudo salvarse él sólo. ¡Se trata de un hombre inofensivo, de un santo sumido de continuo en el éxtasis de la plegaria!" El visir no insistió más y penetró en el interior del palacio.

Se dirigió al aposento de su hija, y cuando llegó a él, no la encontró allí. Preguntó a las jóvenes que la servían de esclavas, y le contestaron: "¡No sabemos cómo ha salido de aquí! ¡Lo único que podemos decirte es que con nosotros sólo estuvo muy poco tiempo, porque desapareció!"

A estas palabras, el visir derramó muchas lágrimas e improvisó estos versos:

¡Oh casa amenizada por los cantos de tus pájaros, y cuyos umbrales fueron tan soberbios y hermosos, hasta el momento en que el enamorado vino a ti llorando su deseo, y encontró abiertas de par en par tus puertas hospitalarias!

¡Aquí, antaño, vivían los chambelanes, entre el lujo, la felicidad y los honores! ¡Y se tendían por todas partes estofas de brocado! ¡Ay! ¿quién me dirá ya la suerte que corrieron los dueños que la habitaron?

Luego, cuando acabó de recitar estos versos, el visir Ibrahim empezó a llorar, a gemir y a lamentarse, y dijo: "¡Nadie puede escapar a los designios de Alah ni burlar lo que trazó Él de antemano!" Después subió a la terraza del palacio, y encontró allá las telas de Baalbek que estaban atadas por un extremo a las almenas y pendían hasta la parte baja de los muros. Entonces comprendió que su hija había huido valida de este medio, y extraviada por la pasión y enloquecida de dolor, se había marchado. Al mismo tiempo divisó dos pájaros grandes: un cuervo el uno y un búho el otro; y sin dudar ya de que aquello era un triste presagio, estalló en sollozos y recitó estos versos:

¡He venido a la morada de mi amigo con la esperanza de que al verle se extinguiera la llama de mi amor y mis tormentos! ¡Pero el amigo no estaba en la casa, y sólo vi la aparición siniestra de un cuervo y de un búho!

Y me decía este espectáculo: "¡Oprimiste a dos seres que se amaban con ternura, separándoles con violencia!" "¡Ahora te toca a ti acercar a tus labios la copa de amargura que les diste a beber! ¡Y pasarás tu vida con dolor, entre lágrimas y quemaduras!"

Tras de lo cual bajó de la terraza...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 412ª NOCHE

Ella dijo:

"Tras de lo cual bajó de la terraza llorando, y dio orden a los esclavos para que fueran por la montaña haciendo todas las pesquisas necesarias para dar con su ama. Y los esclavos ejecutaron la orden. Pero no dieron ya con su señora. ¡Y he aquí lo que atañe a ellos!

¡Pero he aquí ahora lo referente a Delicia-del-Mundo!

Cuando el joven adquirió la certeza de la fuga de Rosa-en-el-Cáliz lanzó un grito terrible y cayó desmayado al suelo. Como no recobraba el conocimiento y seguía tendido sin moverse, las gentes del palacio creyeron que le poseía el éxtasis divino y que tenía el alma absorta en la belleza de la contemplación augusta del Altísimo. ¡Y tal es lo concerniente a él!

En cuanto al visir del rey Derbas, cuando vio que el visir Ibrahim había perdido toda esperanza de encontrar a su hija y a Delicia-del-Mundo y que tenía afectado muy penosamente con todo aquello el corazón, resolvió regresar a la ciudad del rey Derbas sin haber cumplido la misión de que estaba encargado. Se despidió, pues, del visir Ibrahim, padre de Rosa-en-el-Cáliz, y le dijo, mostrándole al pobre joven: "Quisiera llevarme conmigo a este santo hombre. ¡Tal vez, merced a sus méritos, caiga la bendición sobre nosotros y Alah (¡exaltado sea!) conmueva el corazón de mi amo el rey y le impida destituirme de mis funciones! Y después no dejaré yo de enviar este santo hombre a Ispahán, su ciudad, que no está lejos de nuestro país". El visir Ibrahim le contestó: "¡Haz lo que quieras!"

Luego se separaron los dos visires, y cada uno tomó el camino de su país respectivo, no sin haber tenido cuidado el visir del rey Derbas de llevarse consigo a Delicia-del-Mundo, cuya identidad estaba muy lejos de suponer, y le acondicionó en una mula en vista del estado de inconsciencia tenaz en que se hallaba el joven.

Tres días duró este estado de inconsciencia mientras viajaban, y Delicia-del-Mundo ignoraba absolutamente cuanto pasaba a su alrededor. Por fin volvió de su desmayo, y dijo: "¿Dónde estoy?" Le contestaron: "¡Estás en compañía del visir del rey Derbas!" Luego fueron a prevenir al visir de que había vuelto de su desmayo el santo hombre. Entonces le mandó el visir agua de rosas azucarada y le hicieron que se la bebiera, con lo que acabó de reanimarse. Tras de lo cual siguieron el viaje y llegaron a la ciudad del rey Derbas.

El rey Derbas al punto envió a decir a su visir: "¡Si no está contigo Delicia-del-Mundo, guárdate bien de ponerte en mi presencia!" Al recibir esta orden, el desgraciado visir no supo qué partido tomar. Porque ignoraba completamente la presencia de Rosa-en-el-Cáliz cerca del rey, ni el porqué deseaba el rey encontrar a Delicia-del-Mundo y aliarse con él; e ignoraba asimismo que Delicia-del-Mundo estaba con él allí y era el joven que había estado inconsciente. Por su parte, Delicia-del-Mundo no sabía adónde le llevaban ni que el visir estaba precisamente encargado de buscarle.

De modo que cuando el visir vio que Delicia-del-Mundo había recobrado el conocimiento, le dijo: "¡Oh santo hombre de Alah! Deseo recurrir a tus consejos en la perplejidad cruel en que me hallo. Has de saber que mi amo el rey me despachó con una misión que no logré cumplir. Y al informarse de mi regreso ahora, me ha enviado una carta en la que me dice: "¡Si no cumpliste tu misión, no debes entrar en mi ciudad!"

El joven le preguntó: "¿Y qué misión era esa?" Entonces le contó el visir toda la historia, y Delicia-del-Mundo dijo: "¡Nada temas! Preséntate al rey y llévame contigo. ¡Y yo asumo la responsabilidad de la vuelta de Delicia-del-Mundo!" Mucho se regocijó con aquello el visir, y dijo: "¿Hablas de verdad?" El joven contestó: "¡Sí, por cierto!" Montó a caballo entonces el visir, y llevando consigo a Delicia-del-Mundo, se presentó con él al rey.

Cuando se personaron ante el rey, preguntó éste al visir: "¿Dónde está Delicia-del-Mundo?" Entonces se adelantó el santo hombre y contestó: "¡Oh gran rey, yo sé dónde se encuentra Delicia-del-Mundo!" Hízole el rey señas para que se acercara más, y en extremo emocionado, le preguntó: "¿En qué sitio se encuentra?" El joven contestó: "¡En un sitio que está muy cerca de aquí! Pero dime antes para qué lo buscas, y me apresuraré a hacerle venir entre tus manos". Dijo el rey: "¡Cierto que te lo diré con mucho gusto y obligado; pero el caso exige que estemos solos!" Y al punto ordenó a su gente que se alejara, se llevó al joven a una sala retirada, y le contó la historia desde el principio hasta el fin.

Entonces Delicia-del-Mundo dijo al rey: "Haz que me traigan vestidos suntuosos y dámelos para vestirme con ellos. ¡Y al instante haré venir a Delicia-del-Mundo!" Hizo el rey que le llevaran enseguida un traje suntuoso, y Delicia-del-Mundo se vistió con él, y exclamó: "¡Yo soy

Delicia-del-Mundo, la desolación de los envidiosos!" Y tras estas palabras, partiendo los corazones con sus miradas hermosas, improvisó estos versos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 413ª NOCHE

Ella dijo:

...tras estas palabras, partiendo los corazones con sus miradas hermosas, improvisó estos versos:

¡El recuerdo de mi bienamada me hace deliciosa compañía en mi soledad, y aleja de mí los penosos pesares de la ausencia!

¡No tengo aquí otro manantial que el de mis lágrimas, pero cuando de mis ojos fluye ese manantial, mitiga mis angustias!

¡Mis deseos son violentos, y nada puede compararse con ellos! ¡Ah! ¿habrá algo más prodigioso que lo que con el amor y la amistad me ocurre?

¡Paso mis noches con los párpados abiertos en medio del insomnio, y mi vida amorosa transcurre en el infierno y el paraíso!

¡Otrora estaba yo dotado de noble resignación; pero ya perdí esa virtud, y la aflicción es el don único que me legó el amor!

¡Ha enflaquecido mi cuerpo y ha cambiado mi semblante con la ausencia y el ardor de la pasión!

¡A fuerza de correr por ellos lágrimas, se han ulcerado los párpados de mis ojos, y sin embargo, no puedo hacer que vuelvan a mis ojos las lágrimas! ¡Ah, ya no puedo! ¡he perdido el corazón! ¡Ah! ¡las penas siguen a las penas!

¡Mi corazón y mi cabeza se asemejan, ahora que han envejecido y blanqueado juntos como consecuencia del alejamiento de la bienamada, la más hermosa de las bienamadas!

¡Mal de su grado se verificó nuestra separación y al presente, su única preocupación es volver a verme y poseerme!

¡Pero quién sabe ya si, después de tan prolongada ausencia, el Destino me reunirá todavía con mi amiga, y la suerte cerrará el libro del alejamiento, abierto durante todo este tiempo, y permtirá que a las angustias de la separación sucedan las delicias del encuentro!

¡Y quién sabe si me será posible tornar a ver aún a mi amiga compartiendo mis placeres en nuestras moradas, y si mis pesares, por fin, se convertirán en delicias puras!

Cuando Delicia-del-Mundo hubo acabado de recitar estos versos, rey Derbas le dijo: "¡Por Alah! ahora veo bien claro que ambos os amabais con la misma sinceridad y la misma intensidad. ¡En verdad que en el cielo de la belleza sois dos astros luminosos! ¡Prodigiosa es vuestra historia y sorprendentes vuestras aventuras!"

Luego contó el rey con toda clase de detalles la historia de Rosa-en-el-Cáliz. Y Delicia-del-Mundo le preguntó: "¿Puedes ahora decirme ¡oh rey del tiempo! dónde está ella?"

El rey contestó: "¡Está en mi palacio!" Y al punto hizo ir al kadí y a los testigos, y les hizo extender el contrato de matrimonio de Rosa-en-el-Cáliz con Delicia-del-Mundo. Tras de lo cual le colmó de honores y beneficios, y despachó enseguida un correo para que informase al rey Schamikh de todo lo acaecido a Delicia-del-Mundo y a Rosa-en-el-Cáliz.

Cuando el rey Schamikh se enteró de esta noticia, se regocijó hasta el límite del regocijo y envió al rey Derbas una carta en la cual le decía: "¡Puesto que ya se ha extendido el contrato de matrimonio, deseo que la celebración de las nupcias y la consumación del matrimonio tengan lugar en mi palacio!" Y al punto hizo preparar camellos, caballos y hombres para que fuesen a recoger a los recién casados.

Al llegar aquella carta y aquella escolta, el rey Derbas regaló a los recién casados sumas considerables, les dio un séquito magnífico y se despidió de ellos.

Y partieron.

Y he aquí que fue un día memorable aquel en que llegaron a la ciudad de Ispahán, su país, donde reinaba el rey Schamikh. ¡Nunca vióse un día más hermoso ni siquiera comparable con aquél! Porque, para celebrar la fiesta, el rey Schamikh congregó a todos los tañedores de instrumentos armónicos y dio grandes festines. Y duró el alborozo tres días enteros, en los cuales el rey distribuyó al pueblo muchas dádivas y regaló numerosos ropones de honor.

¡He aquí ahora lo referente a los recién casados! Una vez concluido el festín de la primera noche, Delicia-del-Mundo penetró en la cámara nupcial de Rosa-en-el-Cáliz; y se arrojaron ambos en brazos uno de otro, pues hasta aquel momento no habían podido verse a solas desde su encuentro; y fue tanta su felicidad, que no pudieron por menos de llorar de alegría durante un buen rato. Y Rosa-en-el-Cáliz improvisó estos versos:

¡Por fin vino la alegría a ahuyentar la tristeza y la pena; y henos aquí reunidos, con gran confusión de los que nos envidian!

¡La brisa de la reunión nos echó su aliento perfumado, reanimándonos el corazón, las entrañas y el cuerpo!

¡En nuestros rostros ha brillado la embriaguez del retorno, y a nuestro alrededor anunciaron nuestro regreso tambores y gritos de alegría!

¡No creáis que nuestras lágrimas son de pesar, sabed, por el contrario, que quien nos hace llorar es la dicha!

¡Cuántas calamidades, desvanecidas ya, hemos sufrido! ¡Con qué resignación hemos soportado dolores angustiosos!

¡En una hora de reunión olvidé torturas y contrariedades tan terribles que blanquearon mi cabeza!

Terminada que fue esta improvisación, se abrazaron estrechamente y permanecieron enlazados en brazos uno de otro, hasta caer desfallecidos de júbilo y felicidad...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 414ª NOCHE

Ella dijo:

...hasta caer desfallecidos de júbilo y felicidad.

Vueltos ya de su desfallecimiento, Delicia-del-Mundo improvisó los versos siguientes:

¡Oh dulzura de las noches largo tiempo esperadas, cuando el bienamado se muestra fiel a su promesa y se entrega a su amiga!

¡Henos aquí reunidos para siempre tras la ausencia, y se han roto las cadenas que nos tenían cautivos en la separación!

¡Después de mostrarse con nosotros tan adusto, el Destino nos sonríe y nos concede sus favores diligentemente!

¡La dicha ha desplegado su estandarte en nuestro honor, y para tranquilizarnos, nos brindó la copa pura del placer!

¡Reunidos, por fin, después de la tormenta, nos contamos nuestras penas pasadas y nuestras noches de insomnio que transcurrieron entre tristezas!

¡Oh mi señor, olvidemos ahora nuestros sufrimientos! ¡Y enriquezca nuestra alma con el olvido el Dispensador de misericordias!

¡Ah! ¡cuán dulce es la vida! ¡cuán deliciosa es la vida! ¡La unión sólo consigue avivar mi llama y mi ardor!

Recitados que fueron estos versos, los dos amantes se abrazaron por segunda vez, y cayendo en su cama nupcial, se enlazaron estrechamente en medio de las más exquisitas voluptuosidades; y continuaron acariciándose y entregándose a mil ternezas y juegos amables hasta que se hundieron en el mar de los amores tumultuosos. Y fueron tan intensas sus delicias, sus voluptuosidades, su ventura, sus placeres y sus alegrías, que dejaron transcurrir siete días y siete noches sin darse cuenta de la fuga del tiempo y su mudanza, como si las siete jornadas no hubieran sido más que una. Sólo al ver llegar a los tañedores de instrumentos, comprendieron que se hallaban al final del séptimo día de su matrimonio. Así es que en el límite de la sorpresa, Rosa-en-el Cáliz improvisó al instante los versos que vas a oír:

¡Aunque fui víctima de tanta envidia y estuve tan vigilada, pude poseer a mi bienamado!

¡Sobre la seda virgen y los terciopelos, se entregó a mí con mil caricias, encima de un colchón de tierna piel y relleno con plumón de pájaros de especie extraordinaria!

¿Qué necesidad tengo de beber vino, si un amante, pleno de ardores nuevos me hace saborear su saliva voluptuosa?

¡El pasado y el presente se confunden para nosotros en una unión que nos da el olvido! ¿No es cosa prodigiosa que hayan pasado sobre nuestras cabezas siete noches enteras sin que nos enteráramos?

¡Porque, con ocasión del séptimo día, han venido a felicitarme y a decirme: "¡Alah eternice tu unión con tu amigo!"

Cuando hubo recitado ella estos versos, Delicia-del-Mundo la abrazó un número incalculable de veces, y luego improvisó estos versos:

¡He aquí el día de la dicha y de la felicidad! ¡Y mi amiga ha venido a sacarme del aislamiento!

¡Cuán enervante y deliciosa es su presencia! ¡Que encanto tiene su lenguaje espiritual!

¡Me hizo beber el sorbete voluptuoso de su intimidad, y esta bebida transportó fuera del mundo a mis sentidos!

¡Nos hemos expansionado! ¡Nos hemos dilatado! ¡Nos hemos embriagado tendidos en nuestra cama! ¡Y hemos cantado mientras bebíamos!

¡La embriaguez de la dicha hizo que perdiéramos la noción del tiempo y ya no supimos distinguir el primer día del último!

¡Sea para nosotros siempre delicioso el amor! ¡Mi amiga experimentó goces iguales a los míos!

¡Cómo yo, tampoco se acuerda de los días amargos! ¡Mi Señor la ha favorecido lo mismo que me favoreció a mí!

Después de recitados estos versos, se levantaron ambos, salieron de la cámara nupcial y distribuyeron a toda la servidumbre del palacio grandes sumas en plata, trajes magníficos, regalos y presentes. Tras de lo cual, Rosa-en-el-Cáliz dio orden a sus esclavas de que hicieran evacuar para ella sola el hammam del palacio, y dijo a Delicia-del-Mundo: "¡Oh frescura de mis ojos! ¡ahora quiero verte por fin en el hammam para estar ambos solos a nuestro sabor!" Y llegando en aquel momento al límite de la dicha, improvisó estos versos:

¡Amigo, que desde hace tanto tiempo dominas mi corazón! - no quiero hablar de cosas pretéritas-

¡Oh tú, sin quien ya no podría pasarme y a quien no podría ya, sustituir en mi intimidad, ven al hammam, ¡oh luz de mis ojos! ¡Para mí será como un infierno de llamas en medio de un paraíso de delicias!

¡Quemaremos el sahumerio del nadd hasta que los vapores embalsamados llenen la sala toda y se esparzan en todos sentidos!

¡Perdonaremos al Destino sus crímenes para con nosotros, y glorificaremos la bondad de nuestro Señor!

Y al mirarte en el baño, cantaré: "¡Que el baño ¡Oh bienamado! te sea leve y delicioso!"

Una vez recitados estos versos, los dos amantes se levantaron y fueron al hammam, donde pudieron disfrutar de instantes agradables. Tras de lo cual volvieron al palacio, pasando allí su vida en medio de las felicidades más intensas, ¡hasta el momento en que fue a visitarle la Destructora de placeres y la Separadora de amigos!

¡Gloria al Inmutable, al Eterno, en el cual convergen los seres y las cosas!

"¡Pero no creas, ¡oh rey afortunado! -continuó Schehrazada- que esta historia puede asemejarse a la Historia mágica del caballo de ébano!"

Y dijo el rey Schahriar: "¡Entusiasmado estoy ¡oh Schehrazada! con los versos nuevos que se recitaron esos amantes fieles! ¡Así es que me tienes dispuesto a oírte cómo cuentas esa historia mágica que no conozco!"

Y dijo Schehrazada:

HISTORIA MÁGICA DEL CABALLO DE ÉBANO

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que en la antigüedad del tiempo y lo pasado de las épocas y de las edades, había un rey muy grande y muy poderoso entre los reyes de los persas, que se llamaba Sabur, y era sin duda el rey más rico en tesoros de todas clases, como también el más dotado de sagacidad y de prudencia. Además, estaba lleno de generosidad y de amabilidad, y tenía siempre abierta sin desmayo la mano para ayudar a los que le imploraban, sin rechazar nunca a quienes le solicitaban un socorro. Sabía otorgar la hospitalidad liberalmente a los que sólo le pedían cobijo, y reconfortar en ocasiones, con sus palabras y sus maneras impregnadas de dulzura y de amenidad, a los corazones heridos. Era bueno y caritativo con los pobres; y los extranjeros nunca veían cerradas a su llamamiento las puertas de los palacios de aquel soberano. En cuanto a los opresores, no encontraban gracia ni indulgencia de su severa justicia. Y así era, en verdad, él.

El rey Sabur tenía tres hijas, que eran como otras tantas lunas hermosas en un cielo glorioso o como tres flores maravillosas por su brillo en un parterre bien cuidado, y un hijo que era la misma luna y se llamaba Kamaralakmar.

Todos los años daba el rey a su pueblo dos grandes fiestas, una al comienzo de la primavera, la de Nuruz, y otra en el otoño, la del Mihrgán; y con ambas ocasiones mandaba abrir las puertas de todos sus palacios, distribuía dádivas, hacía que sus pregoneros públicos proclamasen edictos de indulto, nombraba numerosos dignatarios y otorgaba ascensos a sus lugartenientes y chambelanes. Así es que de todos los puntos de su vasto Imperio acudían los habitantes para rendir pleitesía a su rey y regocijarse en aquellos días de fiesta, llevándole presentes de todo género y esclavos y eunucos en calidad de regalo.

Y he aquí que durante una de esas fiestas, la de la primavera precisamente, estaba sentado en el trono de su reino el rey, quien a todas sus cualidades añadía el amor a la ciencia, a la geometría y a la astronomía, cuando vio que ante él avanzaban tres sabios, hombres muy versados en las diversas ramas de los conocimientos más secretos y de las artes más sutiles, los cuales sabían modelar la forma con una perfección que confundía al entendimiento y no ignoraban ninguno de los misterios que de ordinario escapan al espíritu humano. Y llegaban a la ciudad del rey estos tres sabios desde tres comarcas muy distintas y hablando diferente lengua cada uno: el primero era hindi, el segundo rumí y el tercero ajamí de las fronteras extremas de Persia.

Se acercó primero al trono el sabio hindi, se prosternó ante el rey, besó la tierra entre sus manos, y después de haberle deseado alegría y dicha en aquel día de fiesta, le ofreció un presente verdaderamente real: consistía en un hombre de oro, incrustado de gemas y pedrerías de gran precio, que tenía en la mano una trompeta de oro.

Y le dijo el rey Sabur: '»¡Oh, sabio! ¿para qué sirve esta figura?" El sabio contestó: "¡Oh mi señor! este hombre de oro posee una virtud admirable! ¡Si le colocas a la puerta de la ciudad, será un guardián a toda prueba, pues si viniese un enemigo para tomar la plaza, le adivinará a distancia, y soplando en la trompeta que tiene a la altura de su rostro, le paralizará y le hará caer muerto de terror!" Y al oír estas palabras, se maravilló mucho el rey, y dijo: "¡Por Alah, ¡oh sabio! que si es verdad lo que dices, te prometo la realización de todos tus anhelos y de todos tus deseos!"

Entonces se adelantó el sabio rumí, que besó la tierra entre las manos del rey, y le ofreció como regalo una gran fuente de plata, en medio de la cual se encontraba un pavo real de oro rodeado por veinticuatro pavas reales del mismo metal. Y el rey Sabur los miró con asombro, y encarándose con el rumí, le dijo: "¡Oh sabio! ¿para qué sirven este pavo y estas pavas?"

El sabio contestó: "¡Oh mi señor! a cada hora que transcurre del día o de la noche, el pavo da un picotazo a cada una de las veinticuatro pavas y la cabalga, agitando las alas, y así sucesivamente cabalga a las veinticuatro pavas, marcando las horas; luego, cuando ha dejado transcurrir el mes de esta manera, abre la boca, y en el fondo de su gaznate aparece el cuarto creciente de la luna nueva".

Y exclamó el rey maravillado: "¡Por Alah, que si es verdad lo que dices, se cumplirán todas tus aspiraciones!"

El tercero que avanzó fue el sabio de Persia. Besó la tierra entre las manos del rey, y después de los cumplimientos y de los votos le ofreció un caballo de madera de ébano, de la calidad más negra y más rara, incrustado de oro y pedrerías, y enjaezado maravillosamente con una silla, una brida y unos estribos como sólo llevan los caballos de los reyes. Así es que el rey Sabur quedó maravillado hasta el límite de la maravilla y desconcertado por la belleza y las perfecciones de aquel caballo; luego dijo: "¿Y qué virtudes tiene este caballo de ébano?"

El persa contestó: "¡Oh mi señor! las virtudes que posee este caballo son cosa prodigiosa, hasta el punto de que cuando uno monta en él, parte con su jinete a través de los aires con la rapidez del relámpago, y le lleva a cualquier sitio donde se le guíe, cubriendo en un día distancias que tardaría un año en recorrer un caballo vulgar". Prodigiosamente asombrado con aquellas tres cosas prodigiosas que se habían sucedido en un mismo día, el rey encaróse con el persa, y le dijo: "¡Por Alah el Omnipotente (¡exaltado sea!), que crea los seres todos y les da de comer y de beber, que si me pruebas la verdad de tus palabras te prometo la realización de tus anhelos y del menor de tus deseos!"

Tras de lo cual el rey mandó someter a prueba durante tres días las virtudes diversas de los tres regalos, haciendo que los tres sabios los pusieran en movimiento. Y en efecto, el hombre de oro sopló con su trompeta de oro, el pavo real de oro picoteó y cabalgó regularmente a sus veinticuatro pavas reales de oro, y el sabio persa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 416ª NOCHE

Ella dijo:

...y el sabio persa montó en el caballo de ébano, le hizo elevarse por los aires y recorrer un gran espacio con una rapidez extraordinaria, para descender, después de haber descrito un amplio círculo, en el mismo sitio de donde partió.

Al ver todo aquello, el rey Sabur quedó al principio estupefacto, y luego se tambaleó de tal manera que parecía iba a volverse loco de alegría. Dijo entonces a los sabios: "¡Oh sabios ilustres! ahora tengo ya una prueba de la verdad de vuestras palabras y a mi vez cumpliré mi promesa. ¡Pedidme, pues, lo que deseéis, y se os concederá al instante!"

Entonces contestaron los tres sabios: "¡Puesto que nuestro amo el rey está satisfecho de nosotros y de nuestros presentes y nos deja que elijamos lo que hemos de pedirle, le rogamos que nos dé en matrimonio a sus tres hijas, pues anhelamos vivamente ser yernos suyos! ¡Y en nada podrá turbar tal cosa la tranquilidad del reino! ¡Aunque así fuese, los reyes no se desdicen de sus promesas nunca!" El rey contestó: "¡Al instante daré satisfacción a vuestro deseo!" Y al punto dio orden de hacer ir al kadí y a los testigos para que extendieran el contrato de matrimonio de sus tres hijas con los tres sabios.

¡Eso fue todo!

Pero acaeció que, mientras tanto, las tres hijas del rey estaban sentadas precisamente detrás de una cortina de la sala de recepción y oían aquellas palabras. Y la más joven de las tres hermanas se puso a considerar con atención al sabio que debía escogerla por esposa, ¡y he aquí su descripción! Era un viejo muy anciano, de una edad de cien años lo menos, como no tuviese más; con restos de cabellos blanqueados por el tiempo; con una cabeza oscilante; cejas roídas de tiña; orejas colgantes y hendidas; barba y bigotes teñidos y sin vida; ojos rojos y bizcos, que se miraban atravesados; carrillos fláccidos, amarillos y llenos de huecos; nariz semejante a una gruesa berenjena negra; cara tan arrugada como el delantal de un zapatero remendón; dientes saledizos como los dientes de un cerdo salvaje, y labios flojos y jadeantes como los testículos del camello; en una palabra, aquel viejo sabio era una cosa espantosa, un horror compuesto de monstruosas fealdades que sin duda le hacían ser el hombre más deforme de su época, pues ninguno hubo como él, con aquellos diversos atributos, y además, con sus mandíbulas vacías de molares, ostentando a guisa de colmillos unos garfios que le hacían semejante a los efrits que asustan a los niños en las casas desiertas y hacen cacarear de miedo a los pollos en los gallineros.

¡Eso fue todo!

Y precisamente la princesa, que era la más joven de las tres hijas del rey, resultaba la joven más bella y más graciosa de su tiempo, más elegante que la tierna gacela, más dulce y más suave que la brisa más acariciadora, y más brillante que la luna llena; diríase que verdaderamente estaba hecha para los escarceos amorosos; se movía y la rama flexible se avergonzaba al ver sus balanceos ondulantes; andaba, y el corzo ligero se avergonzaba al ver su andar gracioso; y sin disputa superaba con mucho a sus hermanas en hermosura, en blancura, en encantos y en dulzura.

Y así era ella, en verdad.

De modo que cuando vio al sabio que debía tocarle en suerte, corrió a su habitación y se dejó caer de bruces en el suelo, desgarrándose los vestidos, arañándose las mejillas y sollozando y lamentándose.

Mientras permanecía ella en aquel estado, su hermano el príncipe Kamaralakmar, que la quería mucho y la prefería a sus otras hermanas, volvía de una partida de caza, y al oír lamentarse y llorar a su hermana, penetró en su aposento y le preguntó: "¿Qué tienes? ¿Qué te ha ocurrido? ¡Dímelo enseguida y no me ocultes nada!"

Entonces ella se golpeó el pecho y exclamó: "¡Oh único hermano mío! ¡oh querido nada te ocultaré! ¡Sabe que, aunque el palacio debiera hundirse luego encima de tu padre, estoy dispuesta a abandonarlo; y si adquiero la certeza de que tu padre va a cometer actos tan odiosos, huiré de aquí sin que me dé provisiones para el camino, porque Alah proveerá!"

Al escuchar estas palabras, el príncipe Kamaralakmar le dijo:

"¡Pero dime al fin a qué viene ese lenguaje y qué es lo que te oprime el pecho y turba tus humores!" La joven princesa contestó: "¡Oh único hermano mío! ¡oh querido! has de saber que mi padre me prometió en matrimonio a un sabio viejo, a un mago horrible que le ha regalado un caballo de madera de ébano; y sin duda le ha embrujado con su hechicería y ha abusado de él con su astucia y su perfidia! ¡En cuanto a mí, estoy resuelta a dejar este mundo antes que pertenecer a ese viejo asqueroso!"

Su hermano empezó entonces a tranquilizarla y a consolarla, acariciándola y mimándola, y luego se fue en busca de su padre el rey, y le dijo: "¿Quién es ese hechicero a quien prometiste casarle con mi hermana pequeña? ¿Y qué regalo es ése que te ha traído para decidirte así a hacer que muera de pena mi hermana? ¡Eso no es justo y no puede suceder!"

Y he aquí que el persa estaba cerca y oía aquellas palabras del hijo del rey, y se sintió muy furioso y muy mortificado.

Pero el rey contestó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 417ª NOCHE

Ella dijo:

...el rey contestó: "¡Oh hijo mío Kamaralakmar! ¡no estarías tan turbado y tan estupefacto si vieras el caballo que me ha dado el sabio!" Y salió enseguida con su hijo al patio principal del palacio, y dio orden a los esclavos de que llevaran el caballo consabido. Y los esclavos ejecutaron la orden.

Cuando el joven príncipe vio el caballo, lo encontró muy hermoso y le entusiasmó mucho. Y como era un jinete excelente, saltó con ligereza a lomos del bruto y le pinchó de pronto en los flancos con las espuelas, metiendo los pies en los estribos. Pero no se movió el caballo. Y el rey dijo al sabio: "¡Ve a mirar por qué no se mueve, y ayuda a mi hijo, quien a su vez tampoco dejará de ayudarte para que realices tus anhelos!"

De modo que el persa, que guardaba rencor al joven a causa de su oposición al matrimonio de su hermana, se acercó al príncipe caballero, y le dijo: "Esta clavija de oro que hay a la derecha del arzón de la silla es la clavija que sirve para subir. ¡No tienes más que darle la vuelta!"

Entonces el príncipe dio la vuelta a la clavija que servía para subir, ¡y he aquí lo que pasó! Al punto se elevó por los aires el caballo con la rapidez del ave, y a tanta altura, que el rey y todos los circunstantes le perdieron de vista a los pocos momentos.

Al ver desaparecer así a su hijo, sin que regresara al cabo de algunas horas que estuvieron esperándole, inquietóse mucho el rey Sabur, y muy perplejo, dijo al persa: "¡Oh sabio! ¿qué vamos a hacer ahora para que vuelva?" El sabio contestó: "¡Oh mi amo! ¡nada puedo hacer ya, y no verás de nuevo a tu hijo hasta el día de la Resurrección! ¡Porque el príncipe no ha querido escuchar más que a su presunción y a su ignorancia, y en vez de darme tiempo para que le explicase el mecanismo de la clavija de la izquierda, que es la clavija que sirve para bajar, ha puesto en marcha el caballo antes de lo debido!"

Cuando el rey Sabur hubo oído estas palabras del sabio, se llenó de furor, e indignándose hasta el límite de la indignación, ordenó a los esclavos que dieran una paliza al persa y le arrojaran después al calabozo más lóbrego, en tanto que se quitaba él de la cabeza la corona, golpeándose en la cara y mesándose las barbas, tras de lo cual se retiró a su palacio, hizo cerrar todas las puertas, y empezaron a sollozar, a gemir y a lamentarse con él su esposa, sus tres hijas, su servidumbre y todos los habitantes del palacio, como también los de la ciudad. Y he aquí cómo se tornó su alegría en aflicción, y su felicidad en tristeza y desesperación.

¡Y esto en cuanto a ellos atañe!

Por lo que afecta al príncipe, el caballo continuó elevándose por los aires con él, sin detenerse y como si fuera a tocar el sol. Entonces comprendió el joven el peligro que corría y cuán horrible muerte le esperaba en aquellas regiones del cielo; y se inquietó bastante y se arrepintió mucho de haber subido en el caballo, y pensó para su ánima: "¡Sin duda, la intención del sabio fue perderme en vista de lo que opiné con respecto a mi hermana menor! ¿Qué hacer ahora? ¡No hay fuerza ni poder más que en Alah el Omnipotente! ¡heme aquí perdido sin remisión!" Luego se dijo: "Pero ¿quién sabe si no hay una segunda clavija que sirva para bajar, lo mismo que la otra sirve para subir?" Y como estaba dotado de sagacidad, de ciencia y de inteligencia, se puso a buscarla por todo el cuerpo del caballo, y acabó por encontrar, en el lado izquierdo de la silla, un tornillo minúsculo, no mayor que la cabeza de un alfiler; y se dijo: "¡No veo más que esto!" Entonces apretó aquel tornillo y al punto comenzó a disminuir la ascensión poco a poco y el caballo se paró un instante en el aire, para empezar inmediatamente después a descender con la misma rapidez de antes, amenguando luego la marcha poco a poco según se acercaba al suelo; y acabó por tocar en tierra sin ninguna sacudida ni contratiempo, mientras su jinete respiraba con libertad y se tranquilizaba por su vida.

Y he aquí que entre las ciudades que de aquella suerte se mostraban por debajo de él, divisó una ciudad de casas y edificios alineados con simetría y de manera encantadora en medio de una comarca surcada por numerosas aguas corrientes y rica en prados donde triscaban en paz saltarinas gacelas.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 418ª NOCHE

Ella dijo:

...donde triscaban en paz saltarinas gacelas.

Como por temperamento era aficionado a distraerse y a observar, Kamaralakmar se dijo: "¡Es necesario que sepa yo el nombre de esa ciudad y la comarca en que está situada!" Y empezó a dar vueltas en el aire alrededor de la ciudad, deteniéndose encima de los parajes más hermosos.

Mientras tanto, empezaba a declinar el día y el sol había llegado en el horizonte a lo más bajo de su carrera; y pensó el príncipe: "¡Por Alah, que no encontraré indudablemente sitio mejor para pasar la noche que esta ciudad! Por consiguiente, dormiré aquí, y al apuntar el día de mañana, emprenderé de nuevo la ruta de mi reino para regresar con mis parientes y mis amigos. ¡Y contaré entonces a mi padre cuanto me acaeció y cuanto han visto mis ojos!" Y echó en torno suyo una mirada para escoger un lugar donde pasar la noche con seguridad y sin que se le importunase, y donde resguardar a su caballo, y acabó por dejar recaer su elección, en un palacio elevado que aparecía en medio de la ciudad, y lo flanqueaban torres almenadas, y lo guardaban cuarenta esclavos negros vestidos con cotas de malla y armados con lanzas, alfanjes, arcos y flechas. Así es que se dijo el joven: "¡He ahí un lugar excelente!" Y apretando el tornillo que servía para bajar, guio hacia aquel lado a su caballo, que fue a posarse dulcemente, como un pájaro cansado, en la terraza del palacio. Entonces dijo el príncipe: "¡Loor a Alah!" Y se apeó de su caballo. Púsose luego a dar vueltas en torno al animal y a examinarle, diciendo: "¡Por Alah! ¡Quien con tal perfección te fabricó es un maestro como obrero y el más hábil de los artífices! ¡De modo que si el Altísimo prolonga el término de mi vida y me reúne con mi padre y con los míos, no dejaré de colmar con mis bondades a ese sabio y de hacer que se beneficie con mi generosidad!"

Pero ya había caído la noche, y el príncipe permaneció en la terraza, esperando que en el palacio estuviese dormido todo el mundo. Después, como se sentía torturado por el hambre y la sed ya que desde su partida no había comido ni bebido nada, se dijo: "¡En verdad que no debe carecer de víveres un palacio como éste!" Dejó, pues, el caballo en la terraza, y resuelto a buscar algo con que alimentarse, se encaminó a la escalera del palacio y descendió por sus peldaños hasta abajo. Y de pronto se encontró en un ancho patio con piso de mármol blanco y de alabastro transparente, en el que se reflejaba por la noche la luz de la luna. Y le maravilló la belleza de aquel palacio, y de su arquitectura; pero en vano miró a derecha y a izquierda, porque no vio alma viviente ni oyó sonido de una voz humana; y se notó muy inquieto y muy perplejo, y no supo qué hacer. Se decidió, sin embargo, a salir de su estupor al fin, pensando. "¡Por el momento no puedo hacer nada mejor que volver a subir a la terraza de donde he bajado, y pasar la noche junto a mi caballo; y mañana a los primeros resplandores del día, montaré de nuevo en mi caballo y me marcharé!" Y cuando ya iba a poner en práctica este proyecto, advirtió una claridad en el interior del palacio, y avanzó por aquel lado para saber de qué provenía. Y vio que aquella luz era la de una antorcha encendida delante de la puerta del harén, a la cabecera del lecho de un eunuco negro que dormía roncando de una manera muy ruidosa, y se asemejaba a algún efrit entre los efrits a las órdenes de Soleimán o a algún genni de la tribu negra de los genn; estaba acostado en un colchón a lo ancho de la puerta, y la atrancaba mejor que lo hubiera hecho un tronco de árbol o el banco de un portero; y a la luz de la antorcha resplandecía furiosamente el mango de su alfanje, mientras que por encima de su cabeza colgaba de una columna de granito su saco de provisiones.

Al ver a aquel negro espantable, el joven Kamaralakmar quedó aterrado, y murmuró: "¡Me refugio en Alah el Todopoderoso! ¡Oh dueño único del cielo y de la tierra! ¡Tú que ya me salvaste de una perdición segura, socórreme otra vez y sácame sano y salvo de la aventura que me espera en este palacio!" Dijo, y tendiendo la mano hacia el saco de provisiones del negro, lo cogió con presteza, salió de la habitación, lo abrió, y encontró dentro víveres de la mejor calidad. Se puso a comer, y acabó por dejar completamente vacío el saco; y después de haberse reanimado así, fue a la fuente del patio y aplacó su sed bebiendo del agua pura y dulce que manaba. Tras de lo cual volvió junto al eunuco, colgó el saco en su sitio, y sacando de la vaina el alfanje del esclavo, lo cogió en tanto que el otro dormía y roncaba más que nunca, y salió sin saber aún lo que le deparaba su destino...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 419ª NOCHE

Ella dijo:

...sin saber aún lo qué le deparaba su destino.

Siguió, pues, avanzando por dentro del palacio y llegó a una segunda puerta, sobre la cual caía una cortina de terciopelo. Levantó aquella cortina, y encontróse en una sala maravillosa, en la cual vio un amplio lecho del marfil más blanco, incrustado de perlas, rubíes, jacintos y otras pedrerías, y tendidas en el suelo cuatro jóvenes esclavas, que dormían. Se acercó entonces sigilosamente al lecho para saber quién podría estar acostado en él. ¡Y vio a una joven que tenía por toda camisa nada más que su cabellera! ¡Y era tan hermosa, que se la hubiera tomado, no ya por la luna cuando sale en el horizonte oriental, sino por otra luna más maravillosa que surgiese de las manos del Creador! ¡Su frente era una rosa blanca, y sus mejillas dos anémonas de un rojo tenue, cuyo brillo se realzaba con un delicado grano de belleza a cada lado!

Al ver tal cúmulo de hermosura y de gracias, de encantos y de elegancia, Kamaralakmar creyó caerse de espaldas desvanecido, si no muerto. Y cuando pudo dominar un poco su emoción, se aproximó a la joven dormida, temblándole todos los músculos y todos los nervios y estremeciéndose de placer y voluptuosidad la besó en la mejilla derecha.

Al contacto de aquel beso la joven se despertó sobresaltada, abrió mucho los ojos, y advirtiendo al joven príncipe que permanecía de pie a su cabecera, exclamó: "¿Quién eres y de dónde vienes?" Él contestó: "¡Soy tu esclavo y el enamorado de tus ojos!"

Ella preguntó: "¿Y quién te condujo hasta aquí?"

Él contestó: "¡Alah, mi destino y mi buena suerte!"

Al oír estas palabras, la princesa Schamsennahar (que tal era su nombre), sin mostrar demasiada sorpresa ni espanto, dijo al joven:

"¿Acaso eres el hijo del rey de la India que me pidió ayer en matrimonio, y a quien mi padre el rey no aceptó como yerno a causa de su pretendida fealdad?

Porque si eres tú, ¡por Alah! no tienes nada de feo, y tu belleza ya me ha subyugado, ¡oh mi señor!" Y como, efectivamente, era él tan radiante cual la brillante luna, le atrajo a sí y le abrazó, y la abrazó él, y embriagados ambos de su mutua hermosura y de su juventud, se hicieron mil caricias, acostados uno en brazos de otro, y se dijeron mil locuras, entregándose a mil juegos amables, y prodigándose mil mimos dulces y ardientes.

Mientras ellos se divertían de tal manera, las servidoras despertáronse de pronto, y al advertir con su ama al príncipe, exclamaron: "¡Oh, ama nuestra! ¿quién es ese joven que está contigo?" Ella contestó: "¡No lo sé! ¡Le encontré a mi lado al despertarme! ¡Sin embargo, supongo que es el que ayer me solicitó a mi padre en matrimonio!" Turbadas por la emoción, exclamaron ellas: "¡El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti, oh señora nuestra! Ni por asomo es éste el que te pidió en matrimonio ayer; porque aquél era muy feo y muy repulsivo, y este joven es gentil y deliciosamente bello, y sin duda procede de ilustre estirpe. ¡En cuanto al otro, el feo de ayer, ni de ser tu esclavo es digno!"

Tras de lo cual se levantaron las servidoras y fueron a despertar al eunuco de la puerta, y le pusieron la alarma en el corazón, diciéndole: "¿Cómo se explica que siendo guardián del palacio y del harén, dejes a los hombres penetrar en nuestros aposentos mientras dormimos?"

Cuando oyó estas palabras el eunuco negro, saltó sobre ambos pies y quiso apoderarse de su alfanje; pero no encontró más que la vaina. Aquello le sumió en un terror grande, y todo tembloroso levantó el tapiz y entró en la sala. Y vio con su ama en el lecho al hermoso joven, sintiéndose de tal modo deslumbrado, que hubo de decirle: "¡Oh mi señor! ¿eres un hombre o un genni?"

El príncipe contestó: "¿Cómo te atreves confundir a los hijos de los reyes Khosroes con un genn demoníaco y efrits, tú, miserable esclavo y el más maléfico de los negros de betún?" Y así diciendo, furioso cual un león herido, empuñó el alfanje y gritó al eunuco: "¡Soy yerno del rey, que me ha casado con su hija y me mandó que penetrara en ella!"

Al oír esas palabras, contestó el eunuco: "¡Oh mi señor! ¡si verdaderamente eres un hombre de la especie de los hombres y no un genni, digna de tu belleza es nuestra joven ama, y te la mereces mejor que cualquier otro rey, hijo de rey o de sultán!"

Después corrió el eunuco en busca del rey, lanzando gritos terribles, desgarrando sus vestidos y cubriéndose con polvo la cabeza. De modo que, al oír sus gritos de loco, le preguntó el rey: "¿Qué calamidad te aqueja? ¡Habla pronto y sé breve, porque me estás estremeciendo el corazón!" El eunuco contestó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 420ª NOCHE

Ella dijo:

...El eunuco contestó: "¡Oh rey! ¡date prisa a volar en socorro de tu hija, porque un genni entre los genn, con la apariencia de un hijo de rey, se ha posesionado de ella y ha hecho en ella su domicilio! ¡Eso es todo! ¡Corre! ¡Duro con él!"

Al oír estas palabras de su eunuco, el rey llegó al límite del furor, y a punto estuvo de matarle; pero le gritó: "¿Cómo te atreviste a ser negligente hasta el extremo de perder de vista a mi hija, cuando te tengo encargado de su custodia diurna y nocturna, y cómo dejaste que penetrara en su aposento y se posesionara de ella ese efrit demoníaco?" Y loco de emoción se abalanzó hacia las habitaciones de la princesa, donde se encontró con las servidoras, que a la puerta le esperaban pálidas y temblorosas, y les preguntó: "¿Qué le ha pasado a mi hija?" Ellas contestaron: "¡Oh rey! no sabemos lo que ha sucedido mientras estábamos dormidas; pero cuando nos hemos despertado encontramos en el lecho de la princesa a un joven, que nos pareció la luna llena de tan hermoso como era, y que charlaba con tu hija de una manera deliciosa y sin dejar lugar a dudas. Y en verdad que nunca vimos a nadie más hermoso que ese joven. Sin embargo, le preguntamos quién era, y nos contestó: "¡Soy aquel a quien el rey concedió en matrimonio a su hija!"

¡Nada más que eso sabemos! Y no podemos decirte si se trata de un hombre o un genni. ¡De todos modos, hemos de asegurarte que es amable, bien intencionado, modesto, cortés, e incapaz de cometer la menor fechoría o de hacer cosa censurable! ¿Cómo, siendo tan bello, se puede hacer cosa censurable?"

Cuando el rey hubo oído estas palabras, se le enfrió la cólera y su inquietud se apaciguó; y muy suavemente y con mil precauciones, levantó un poco la cortina de la puerta y vio acostado junto a su hija en el lecho, y charlando graciosamente a un príncipe de lo más encantador, cuyo rostro resplandecía como la luna llena.

En vez de tranquilizarle por completo, el resultado de aquello fue excitar hasta el último extremo su celo paternal y sus temores por el peligro que corría el honor de su hija. Así es que, precipitándose por la puerta se abalanzó a ellos con la espada en la mano y furioso y feroz cual un ghul monstruoso. Pero el príncipe, que desde lejos vióle llegar, preguntó a la joven: "¿Es ése tu padre?" Ella contestó: "¡Sí!"

Al punto saltó sobre ambos pies el joven, y empuñando su alfanje lanzó a la vista del rey un grito tan terrible, que hubo de asustarle. Más amenazador que nunca, entonces Kamaralakmar se dispuso a arrojarse sobre el rey y a atravesarle; pero el rey, que se comprendió el más débil, se apresuró a envainar su espada y tomó una actitud conciliadora. De modo que cuando vio ir hacia él al joven, le dijo con el tono más cortés y más amable: "¡Oh jovenzuelo! ¿eres hombres o genni?" El otro contestó: "¡Por Alah, que si no respetara tus derechos tanto como los míos, y si no me preocupase del honor de tu hija, ya hubiera vertido sangre tuya! ¿Cómo te atreves a confundirme con los genn y los demonios, cuando soy un príncipe real de la raza de los Khosroes, que si quisieran apoderarse de tu reino sería para ellos cosa de juego el hacerte saltar de tu trono como si sintieras un temblor de tierra, y frustrarte los honores, la gloria y el poderío?"

Cuando el rey hubo oído estas palabras, le invadió un gran sentimiento de respeto, y temió mucho por su propia seguridad. Así es que se dio prisa a responder: "¿Cómo se explica entonces, si eres verdaderamente hijo de reyes, que te hayas atrevido a penetrar en mi palacio sin mi consentimiento, a destruir mi honor y hasta a posesionarte de mi hija, pretendiendo ser su esposo y proclamando que yo te la había concedido en matrimonio, cuando hice matar a tantos reyes e hijos de reyes que querían obligarme a que se la diera por esposa?" Y excitado por sus propias palabras, continuó el rey: "¿Y quién podrá ahora salvarte de entre mis manos poderosas cuando yo ordene a mis esclavos que te condenen a la peor de las muertes, y obedezcan ellos en esta hora y en este instante?"

Cuando el príncipe Kamaralakmar oyó del rey estas palabras, contestó: "¡En verdad que estoy estupefacto de tu corta vista y del espesor de tu entendimiento! Dime, ¿podrás encontrar jamás mejor partido que yo para tu hija? ¿Y acaso viste nunca a un hombre más intrépido o mejor formado, o más rico en ejércitos, esclavos y posesiones que yo mismo?"

El rey contestó: "¡No, por Alah! pero ¡oh jovenzuelo! yo hubiese querido ver que te convertías en marido de mi hija ante el kadí y los testigos. ¡Pero un matrimonio efectuado de esta manera secreta, sólo podrá destruir mi honor!" El príncipe contestó: "Bien hablas, ¡oh rey! ¿Pero es que no sabes que si verdaderamente tus esclavos y tus guardias vinieran a precipitarse sobre mí todos y me condenaran a muerte, según tus recientes amenazas, no harías más que correr de un modo cierto a la perdición de tu honor y de tu reino haciendo pública tu desgracia y obligando a tu mismo pueblo a revolverse contra ti?

Créeme, pues, ¡oh rey! ¡Sólo te queda un partido que tomar, y consiste en escuchar lo que tengo que decirte y en seguir mis consejos!" Y exigió el rey: "¡Habla, pues, y oiga yo algo de lo que tienes que decirme...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 421ª NOCHE

Ella dijo:

"¡...Habla, pues, y oiga yo algo de lo que tienes que decirme!" El otro contestó: "¡Helo aquí! Una de dos: o te avienes a luchar conmigo en singular combate, y el que venza a su adversario será proclamado el más valiente y ostentará así un título serio que le dé opción al trono del reino, o bien me dejas pasar aquí toda esta noche con tu hija, y mañana por la mañana mandas contra mí al ejército entero de tu caballería, y tu infantería, y tus esclavos y... ¡pero dime antes a cuántos asciende su número!"

El rey contestó: "¡Son cuatro mil jinetes, sin contar a mis esclavos, que son otros tantos! “Entonces dijo Kamaralakmar. "Está bien. Así, pues, a las primeras claridades del día, haz que vengan contra mí en orden de batalla y diles: "¡Ese hombre que ahí tenéis acaba de solicitar de mí en matrimonio a mi hija, con la condición de luchar él solo contra todos vosotros juntos y venceros y derrotaros, sin que podáis salir con bien! ¡Y eso es lo que pretende!" ¡Luego me dejarás luchar yo solo contra todos ellos! Si me mataran, quedaría a salvo tu honor y mejor guardado que nunca tu secreto. ¡Si, por el contrario, triunfo yo de todos ellos y les derroto, habrás encontrado un yerno del que podrían enorgullecerse los reyes más ilustres!"

No dejó de compartir el rey esta última opinión y de aceptar tal proposición, si bien estaba estupefacto de la seguridad con que hablaba el joven y no sabía a qué atribuir una pretensión tan loca; porque en el fondo de su corazón se hallaba persuadido de que el príncipe perecería en aquella lucha insensata, y así quedaría a salvo su honor y mejor guardado su secreto. De modo que llamó al jefe eunuco y le dio orden de que sin dilación fuera en busca del visir y le mandara que congregase a todas las tropas y las tuviese preparadas con sus caballos y dispuestas con sus armas de guerra. Y el eunuco transmitió la orden al visir, que al punto reunió a los oficiales y a los principales notables del reino y les dispuso en orden de batalla a la cabeza de sus tropas revestidas con las armas de guerra.

¡Y he aquí lo que atañe a ellos!

En cuanto al rey, se quedó todavía por algún tiempo charlando con el joven príncipe, pues estaba encantado de sus palabras sesudas, de su buen criterio, de sus maneras distinguidas y de su belleza, además que no quería dejarle solo con su hija aquella noche. Pero apenas apuntó el día, se volvió a su palacio y se sentó en su trono y dio orden a sus esclavos de que tuvieran preparado para el príncipe el caballo más hermoso de las caballerizas reales, le ensillaran con magnificencia y le enjaezaran con gualdrapas suntuosas. Pero el príncipe dijo: "¡No quiero montar a caballo mientras no esté en presencia de las tropas!" El rey contestó: "¡Hágase conforme deseas!" Y salieron ambos al meidán, donde estaban las tropas alineadas en orden de batalla, y así pudo el príncipe juzgar su número y calidad. Tras de lo cual se encaró el rey con todos y exclamó: "¡Oíd, guerreros! este joven que ahí tenéis ha venido en busca mía y me ha pedido a mi hija en matrimonio. Y a la verdad, jamás vi nada más bello ni caballero más intrépido que él. Pero he aquí que pretende que él solo puede triunfar de todos vosotros y derrotaros; que aunque fueseis cien mil veces más numerosos, no os daría la menor importancia, y a pesar de todo, habría de venceros.

¡Así, pues, cuando arremeta contra vosotros, no dejéis de recibirle con la punta de vuestros alfanjes y de vuestras lanzas! ¡Eso le enseñará lo que cuesta meterse en empresas tan graves!" Luego el rey se encaró con el joven le dijo: "¡Animo, hijo mío, y haznos ver tus proezas!" Pero el joven contestó:

"¡Oh rey, no me tratas con justicia ni imparcialidad! porque ¿cómo quieres que luche con todos, estando yo a pie y ellos a caballo?"

El rey le dijo: "¡Ya te ofrecí caballo para que montaras, y rehusaste! ¡Escoge ahora para cabalgadura el que te parezca mejor de todos mis caballos!"

Pero contestó el príncipe: "¡No me gusta ninguno de tus caballos, y sólo montaré en el que me ha traído hasta tu ciudad!"

El rey le preguntó: "¿Y dónde está tu caballo?" El príncipe dijo: "Está encima de tu palacio".

El rey preguntó: "¿Qué sitio es ese que está encima de mi palacio?" El príncipe contestó: "La terraza de tu palacio".

Al oír estas palabras, le miró con atención el rey y exclamó: "¡Qué extravagancia! ¡Esa es la mejor prueba de tu locura! ¿Cómo es posible que un caballo suba a una terraza? ¡Pero enseguida vamos a ver si mientes o si dices la verdad!"

Luego se encaró con el jefe de sus tropas y le dijo: "¡Corre al palacio y vuelve a decirme lo que veas! ¡Y tráeme lo que haya en la terraza!"

Y el pueblo se maravillaba de las palabras del joven príncipe; y se preguntaba la gente:

"¿Como va a poder bajar un caballo por la escalera desde la altura de la terraza? ¡Verdaderamente, es una cosa de la que nunca en nuestra vida oímos hablar!"

Entretanto, el mensajero del rey llegó al palacio, y cuando subió a la terraza encontró allí el caballo y le pareció que jamás había visto otro igual en belleza; pero no bien se acercó a él y le hubo examinado, vio que era de madera de ébano y de marfil. Entonces, al darse cuenta de la cosa, se echaron a reír él y todos los que le acompañaban, y se decían unos a otros...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 422ª NOCHE

Ella dijo:

...y se decían unos a otros: "¡Por Alah! he aquí el caballo de que hablaba ese jovenzuelo, al que no debemos mirar en adelante más que como a un loco. Sin embargo, veamos lo que puede haber de verdad en todo eso. ¡Porque después de todo, podría suceder que se tratase de un asunto más importante de lo que parece, y que ese joven procediese realmente de alta estirpe y gozara de excelentes méritos!" Así diciendo, cargaron entre todos con el caballo de madera, y transportándolo a cuestas, lo pusieron delante del rey, mientras toda la gente se agrupaba a su alrededor para mirarlo, maravillándose de su hermosura, de sus proporciones, de la riqueza de su silla y de sus arneses. Y también el rey se admiró mucho y se maravilló hasta el límite de la maravilla; luego preguntó a Kamaralakmar: "¡Oh joven! ¿es ése tu caballo?

El príncipe contestó: "Sí, ¡oh rey! ¡Es mi caballo, y no tardarás en ver las cosas maravillosas que va a mostrarte!" Y le dijo el rey: "¡Tómale y móntate en él entonces!" El príncipe contestó: "¡No lo enseñaré mientras no se alejen toda esa gente y esas tropas que se agrupan a su alrededor!"

Entonces el rey dio a todo el mundo orden de que se distanciaran de allí a un tiro de flecha. Y le dijo el joven príncipe: "Mírame bien, ¡oh rey! Voy a subir en mi caballo y a precipitarme a todo galope sobre tus tropas, dispersándolas a derecha y a izquierda, ¡e infundiré el espanto y el pavor en sus corazones!" Y contestó el rey: "Haz ahora lo que quieras, ¡y no tengas compasión de ellos, porque ellos no la tendrán de ti!"

Y Kamaralakmar apoyó ligeramente su mano en el cuello de su caballo, y de un salto se plantó en el lomo del bruto.

Por su parte, las tropas, ansiosas habíanse alineado más lejos en filas apretadas y tumultuosas; y decíanse los guerreros unos a otros: "¡Cuando llegue a nuestras filas ese jovenzuelo le clavaremos la punta de nuestras picas y le recibiremos con el filo de nuestras cimitarras!" Pero decían otros: "¡Por Alah! hay que ser muy insensato para creer que vamos a vencer fútilmente a ese joven! Cuando se ha metido él en semejante aventura, sin duda es porque tiene la seguridad de salir airoso. ¡Aunque así no fuese, lo que hace nos da ya prueba de su valor y de la intrepidez de su alma y de su corazón!"

En cuanto a Kamaralahmar, una vez que se afirmó bien sobre la silla, hizo jugar la clavija que servía para subir, en tanto que se volvían hacia él todos los ojos para ver qué iba a hacer. Y al punto empezó su caballo a agitarse, a piafar, a balancearse, a inclinarse, a avanzar y a retroceder para comenzar luego con una elasticidad maravillosa, a caracolear y a andar de lado de la manera más elegante que caracolearon nunca los caballos mejor guiados de reyes y sultanes. Y de pronto se estremecieron y se hincharon de viento sus flancos, ¡y más rápido que una flecha disparada al aire, emprendió con su jinete el vuelo en línea recta por el cielo!

Al ver aquello, creyó el rey volverse loco de sorpresa y de furor, y gritó a los oficiales de sus guardias: "¡La desgracia sobre vosotros! ¡cogedle! ¡cogedle! ¡Que se nos escapa!" Pero le contestaron sus visires y lugartenientes: "¡Oh rey! ¿puede el hombre alcanzar al pájaro que tiene alas? ¡Sin duda no se trata de un hombre como los demás, sino de un poderoso mago o de algún efrit o mared entre los efrits y mareds del aire! ¡Y Alah te ha librado de él, y a nosotros contigo! ¡Demos, pues, gracias al Altísimo que ha querido salvarte de entre sus manos, y contigo a tu ejército!"

Emocionado hasta el límite de la perplejidad el rey regresó entonces a su palacio, y entrando en el aposento de su hija, la puso al corriente de lo que acababa de ocurrir en el meidán. Y al saber la noticia de la desaparición del joven príncipe, la joven se quedó afligida y desesperada, y lloró y se lamentó de manera tan dolorosa, que cayó gravemente enferma y la acostaron en su lecho, presa del calor de la fiebre y de la negrura de sus ideas. Y al verla en aquel estado, empezó su padre a abrazarla, a mecerla, a estrecharla contra su pecho y a besarla entre los ojos repitiéndole lo que había visto en el meidán y diciéndole: "¡Hija mía, da más bien gracias a Alah (¡exaltado sea!) y glorifícale por habernos librado de las manos de ese insigne mago, de ese embustero, de ese seductor, de ese ladrón, de ese cerdo!" Pero en vano le hablaba y la mimaba para consolarla, porque ella no oía, ni escuchaba, sino al contrario. Cada vez sollozaba más, y lloraba y gemía suspirando: "¡Por Alah ya no quiero comer ni beber hasta que Alah me reúna con mi enamorado encantador! ¡Y ya no quiero saber nada que no sea verter lágrimas y enterrarme en mi desesperación!" Entonces al ver que no podía sacar a su hija de aquel estado de languidez y de aflicción, quedó el padre muy apenado, y se entristeció su corazón, y el mundo se ennegreció ante él. ¡Y esto en cuanto al rey y su hija la princesa Schamsennahar...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 423ª NOCHE

Ella dijo:

¡...Y esto en cuanto al rey y su hija la princesa Schamsennahar! ¡Pero he aquí ahora lo relativo al príncipe Kamaralakmar! Cuando se elevó muy alto por los aires, hizo volver la cabeza a su caballo en dirección a su tierra natal, y puesto ya en el buen camino, se dedicó a soñar con la belleza de la princesa, con sus encantos y con los medios de que se valdría para volver a encontrarla. Y le parecía muy difícil la cosa, aunque tuvo cuidado de que ella le informara acerca del nombre de la ciudad de su padre. Así había sabido que aquella ciudad se llamaba Sana y era la capital del reino de Al-Yamán.

Mientras duró el viaje continuó él pensando en todo aquello, y merced a la gran rapidez de su caballo, acabó por llegar a la ciudad de su padre. Entonces hizo ejecutar a su caballo un círculo aéreo por encima de la ciudad, y fue a echar pie a tierra en la terraza del palacio. Dejó entonces a su caballo en la terraza y bajó al palacio, donde notó por todas partes un ambiente de duelo y vio regadas de ceniza todas las habitaciones, y creyendo que habría muerto alguien de su familia, penetró, como tenía por costumbre, en los aposentos privados, y encontró a su padre, a su madre y a sus hermanas vestidas con trajes de luto, y muy amarillos de cara, y enflaquecidos, y demudados, y tristes, y desolados. Y he aquí que, cuando entró él, su padre se levantó de pronto al advertirle, y cierto ya de que aquel era verdaderamente su hijo, lanzó un gran grito y cayó desmayado; luego recobró el sentido y se arrojó en los brazos de su hijo, y le abrazó y le estrechó contra su pecho con trasportes de la más loca alegría y emocionado hasta el límite de la emoción; y su madre y sus hermanas, llorando y sollozando se le comían a besos a cual más, y bailaban y saltaban en medio de su dicha.

Cuando se calmaron un poco le interrogaron acerca de lo que había acaecido; y les contó él la cosa desde el principio hasta el fin; pero no hay para qué repetirla. Entonces exclamó su padre: "¡Loores a Alah por tu salvación, ¡oh frescura de mis ojos y mucho de mi corazón!"

E hizo celebrar grandes fiestas populares y grandes regocijos durante siete días enteros, y repartió dádivas al son de pífanos y címbalos, e hizo adornar todas las calles y proclamar un indulto general para todos los presos, haciendo abrir de par en par las puertas de cárceles y calabozos. Luego, acompañado de su hijo, recorrió a caballo los diversos barrios de la ciudad para dar a su pueblo la alegría de volver a ver al joven príncipe, a quien se creyó perdido para siempre.

Pero una vez terminadas las fiestas, Kamaralakmar dijo a su padre: "¡Oh padre mío! ¿qué ha sido del persa que te dio el caballo?" Y contestó el rey: "¡Confunda Alah a ese sabio! y retire su bendición para él y para la hora en que mis ojos le vieron por vez primera, pues él fue causa de que te separaras de nosotros, ¡oh hijo mío! ¡En este momento está encerrado en un calabozo, y es el único a quien no perdoné!" Pero como se lo suplicó su hijo, el rey le hizo salir de la prisión, y ordenándole que fuera a su presencia, le volvió a la gracia, y le dio un ropón de honor y le trató con gran liberalidad, concediéndole toda clase de honores y riquezas; pero no le mencionó siquiera a su hija ni pensó dársela en matrimonio. Así es que el sabio rabió hasta el límite de la rabia y se arrepintió mucho de la imprudencia que había cometido dejando montar en el caballo al joven príncipe, ¡pues comprendió que se había descubierto el secreto del caballo, como también su manejo!

En cuanto al rey, que no estaba muy tranquilo todavía con respecto al caballo, dijo a su hijo: "¡Soy de opinión, hijo mío, de que no debes acercarte en adelante a ese caballo de mal agüero, y sobre todo de que nunca más le montes, ya que estás lejos de conocer las cosas misteriosas que puede contener aún, y no te hallas sobre él seguro!" Por su parte, Kamaralakmar contó a su padre su aventura con el rey de Sana y su hija, y cómo había escapado a la furia de este rey; y contestó su padre: "¡Si debiera matarte el rey de Sana, hijo mío, te hubiera matado: pero el Destino no habría fijado todavía tu hora!"

Durante este tiempo, a pesar de los regocijos y festines que su padre continuaba dando con motivo de su regreso, Kamaralakmar estaba lejos de olvidar a la princesa Schamsennahar, y lo mismo cuando comía que cuando bebía, pensaba siempre en ella. Y he aquí que un día, el rey, que tenía esclavas muy expertas en el arte del canto y en el de tocar el laúd, les ordenó que hicieran resonar las cuerdas de los instrumentos y cantaran algunos versos hermosos. Y tomó una de ellas su laúd, y apoyándoselo en las rodillas cual podría una madre colocar en su regazo a su hijo, cantó, acompañándose, estos versos entre otros versos:

¡Tu recuerdo ¡oh bienamado! no se borrará de mi corazón ni con la ausencia ni con la distancia!

¡Pueden pasar los días y morir el tiempo, pero jamás podrá morir en mi corazón tu amor!

¡Con este amor quiero morir yo misma, y con este amor resucitar!

Cuando hubo oído el príncipe estos versos, en su corazón chispeó el fuego del deseo, redoblaron su calor las llamas de la pasión, las tristezas le llenaron de duelo el espíritu y el amor le trastornó las entrañas. Así es que, sin poder ya resistir a los sentimientos que le animaban con respecto a la princesa de Sana, se levantó en aquella hora y aquel instante, subió a la terraza del palacio, y a pesar del consejo de su padre, saltó a lomos del caballo de ébano y dio una vuelta a la clavija que servía para subir. Al punto se elevó por los aires como un pájaro el caballo con él, remontando su vuelo hacia las altas regiones del cielo.

Y he aquí que al día siguiente por la mañana le buscó por el palacio su padre el rey, y como no le encontró, subió a la terraza y quedó consternado al notar la desaparición del caballo; y se mordió los dedos, arrepentido de no haber hecho trizas aquel caballo, y se dijo: "¡Por Alah, que si vuelve a regresar mi hijo, destruiré ese caballo para que pueda estar tranquilo mi corazón y no se alarme mi espíritu!" Y bajó de nuevo a su palacio, donde estalló en llantos, sollozos y lamentaciones. ¡Y esto por lo que atañe a él!

En cuanto a Kamaralakmar, prosiguió su rápido viaje aéreo, y llegó a la ciudad de Sana. Echó pie a tierra en la terraza del palacio, bajó por la escalera sin hacer ruido v se dirigió hacia el aposento de la princesa. Allí encontróse al eunuco dormido, como de costumbre, delante de la puerta; pasó por encima de él, y cuando hubo penetrado en el interior de la estancia, llegó a la segunda puerta. Se acercó entonces muy sigilosamente a la cortina, y antes de levantarla escuchó con atención.

Y he aquí que oyó a su bienamada sollozar amargamente y recitar versos quejumbrosos, mientras trataban de consolarla sus mujeres, y la decían: "¡Oh ama nuestra!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 424ª NOCHE

Ella dijo:

"¡...Oh ama nuestra! ¿por qué lloras a quien seguramente no te llora a ti?"

Ella contestó: "¿Qué decís, ¡oh faltas de juicio!? ¿Acaso creéis que el encantador a quien amo y por quien lloro es de los que olvidan o de aquellos a quienes se puede olvidar?" Y redobló en sus llantos y gemidos, y lo hizo tan fuerte y durante tanto tiempo, que le dio un desmayo. Entonces el príncipe sintió que se le partía a causa de ello el corazón y que la vejiga de la hiel le estallaba en el hígado. Así es que levantó la cortina sin tardanza y penetró en la habitación. Y vio a la joven acostada en su lecho, con su cabellera por toda camisa y con su abanico de plumas blancas por toda sábana. Y como parecía amodorrada, se acercó a ella y le hizo una caricia muy dulcemente. Al punto abrió ella los ojos y le vio de pie a su lado, inclinado con una actitud interrogante de ansiedad, y murmurando: "¿A qué vienen esas lágrimas y esos gemidos?"

Al ver aquello, reanimada con una vida nueva, se irguió de pronto la joven, y arrojándose a él, le rodeó el cuello con sus brazos y empezó a cubrirle de besos el rostro, diciéndole: "¡Todo era por causa de tu amor y de tu ausencia, ¡oh luz de mis ojos!" Él contestó: "¡Oh dueña mía! ¡pues si supieras en qué desolación estuve yo sumido por causa tuya durante todo este tiempo!" Ella añadió: "¡Pues y yo! ¡qué desolada por tu ausencia estuve también! ¡Si hubieras tardado algo más en volver, sin duda me habrías encontrado muerta!"

Él dijo: "¡Oh dueña mía! ¿qué te parece lo que me ocurrió con tu padre y la manera que tuvo de tratarme? ¡Por Alah, que si no hubiera sido por tu amor, ¡oh seductora de la Tierra, del Sol y de la Luna, y tentadora de los habitantes del Cielo, de la Tierra y del Infierno! le hubiera degollado seguramente, dando así ejemplo y enseñanza a todos los observadores! ¡Pero, como te amo, le amo a él también ahora!"

Ella preguntó: "¿Qué te decidió a abandonarme? ¿Crees que la vida podría parecerme dulce sin ti?" Él dijo: "Ya que me amas, ¿quieres escucharme y seguir mis consejos?" Ella contestó: "¡No tienes más que hablar, y te obedeceré y escucharé tus consejos y me conformaré con todas tus opiniones!" Él dijo: "¡Empieza, entonces, por traerme de comer y de beber, porque tengo hambre y sed! ¡Y después hablaremos! "

Entonces dio orden la joven a sus servidoras de que le llevaran manjares y bebidas; y se pusieron ambos a comer y a beber y a charlar hasta que casi hubo transcurrido toda la noche. Entonces, como comenzaba a apuntar el día, Kamaralakmar se levantó para despedirse de la joven y marcharse antes de que se despertara el eunuco; pero le preguntó Schamsennahar: "¿Y adónde vas a ir así?" Él contestó: "¡A casa de mi padre! ¡Pero me comprometo bajo juramento a volver a verte una vez a la semana!"

Al oír estas palabras, ella rompió en sollozos y exclamó: "¡Oh! ¡te conjuro por Alah el Todopoderoso a que me cojas y me lleves contigo adonde quieras, antes que hacerme saborear de nuevo la amargura de la coloquíntida de la separación!"

Y exclamó él, entusiasmado: "¿Quieres verdaderamente venir conmigo?" Ella contestó: "¡Sí! Él dijo: "¡Entonces, levántate y partamos!" De modo que se levantó ella, abrió un cofre lleno de vestidos suntuosos y de objetos de valor, y se arregló y se puso encima todo lo más rico y precioso que había entre las cosas hermosas de su pertenencia, sin olvidar collares, sortijas, brazaletes y diversas joyas engastadas con las más bellas pedrerías; luego salió en compañía de su bienamado, sin que ni por pienso lo impidieran sus servidoras.

Entonces la condujo Kamaralakmar, y tras de hacerla subir a la terraza del palacio, saltó a lomos de su caballo, la sentó a ella en la grupa, le recomendó que se sujetara con fuerza y la ató a él con cuerdas sólidas. Tras de lo cual dio vuelta a la clavija que servía para subir, y remontó el vuelo el caballo y se elevó con ellos por los aires.

Al ver aquello, empezaron a gritar tan alto las servidoras, que el rey y la reina acudieron a la terraza a medio vestir, mal despiertos aún, y sólo tuvieron tiempo para ver al caballo mágico emprender su vuelo aéreo con el príncipe y la princesa. Y el rey, emocionado y consternado hasta el límite de la consternación, tuvo alientos, no obstante, para gritar al joven, que cada vez se elevaba más: "¡Oh hijo de rey! ¡te conjuro a que tengas compasión de mí y de mi esposa, que es esta anciana que aquí ves, y no nos prives de nuestra hija!"

Pero no le contestó el príncipe. Sin embargo, por si acaso la joven sentía pena al dejar así a su padre y a su madre, le preguntó: "Dime, ¡oh esplendor! ¡oh entusiasmo de tu siglo y de mis ojos! ¿quieres volver con tu padre y con tu madre?...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 425ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Oh esplendor! ¡oh entusiasmo de tu siglo y de mis ojos! ¿quieres volver con tu padre y con tu madre?" Ella contestó: "¡Por Alah, ¡oh mi dueño! que no es ése mi deseo! Lo único que anhelo es estar contigo donde estés tú, ¡porque el amor que por ti siento me hace despreciar todo y olvidarlo todo, incluso a mi padre y a mi madre!"

Al oír estas palabras, el príncipe se alegró hasta el límite de la alegría, e hizo volar a su caballo con la mayor rapidez posible, sin que inquietara semejante cosa a la joven; y no tardaron de aquel modo en llegar a la mitad del camino, a un paraje en que se extendía una magnífica pradera regada por aguas corrientes, en la que echaron pie a tierra por un instante. Comieron, bebieron y descansaron algo, para volver inmediatamente después a montar en su caballo mágico y a partir a toda velocidad con dirección a la capital del rey Sabur, a la vista de la cual llegaron una mañana. Y el príncipe se regocijó mucho por haber arribado sin accidentes, ¡y de antemano sintió un gran placer al pensar que por fin iba a poder mostrar a la princesa las propiedades y territorios que poseía en su mano, y hacerle observar el poderío y la gloria de su padre el rey Sabur, probándole con ello cuánto más rico y más ilustre que el rey de Sana, padre de la joven, era el rey Sabur!

Empezó, pues, por aterrizar en medio de un hermoso jardín, situado fuera de la ciudad, donde su padre, el rey, tenía costumbre de ir para distraerse y respirar el aire libre; condujo a la joven al pabellón de verano, coronado por una cúpula que el rey había hecho construir y acondicionar para él mismo, y le dijo: "¡Voy a dejarte aquí un momento para ir a prevenir a mi padre de nuestra llegada! Mientras esperas, ten cuidado del caballo de ébano, que dejo a la puerta, y no le pierdas de vista. ¡Y enseguida te enviaré a un mensajero para que te saque de aquí y te conduzca al palacio especial que voy a hacer que preparen para ti sola!" Y la joven quedó en extremo encantada con estas palabras, y comprendió que, efectivamente, no debía entrar en la ciudad más que entre los honores y homenajes propios de su rango. Luego se despidió de ella el príncipe, y encaminóse al palacio de su padre el rey.

Cuando el rey Sabur vio llegar a su hijo, creyó morirse de alegría y de emoción, y después de los abrazos y bienvenidas, le reprochó, llorando, su marcha, que les puso en las puertas de la tumba a todos. Tras de lo cual le dijo Kamaralakmar: "¿A que no adivinas a quién traje de allá conmigo?" El rey contestó: "¡Por Alah, no lo adivino!"

El joven dijo: "¡A la propia hija del rey de Sana, a la joven más perfecta de Persia y de Arabia! ¡La he dejado, por el pronto, fuera de la ciudad, en nuestro jardín, y vengo a avisarte para que hagas que dispongan al punto el cortejo que ha de ir a buscarla, y que deberá ser lo más espléndido posible, para darle de antemano una alta idea de tu poderío, de tu grandeza y de tus riquezas!" Y contestó el rey: "¡Con alegría y generosidad, por darte el gusto!"

E inmediatamente dio orden de que adornaran la ciudad y la embellecieran con el decorado más hermoso y los más hermosos ornamentos; y después de organizar un cortejo extraordinario, él mismo se puso a la cabeza de sus jinetes vestidos de gala, y a banderas desplegadas salió al encuentro de la princesa Schamsennahar, cruzando por todos los barrios de la ciudad entre la aglomeración de los habitantes, que se alineaban en varias filas, precedido por tañedores de pífanos, clarinetes, timbales y tambores, y seguido por la multitud inmensa de guardias, soldados, gente del pueblo, mujeres y niños.

Por su parte, el príncipe Kamaralakmar abrió sus cofres, sus arquillas y sus tesoros, y sacó de ellos lo más hermoso que había, como joyas, alhajas y otras cosas maravillosas con que se atavían los hijos de los reyes para hacer ostentación de su fausto, sus riquezas y su esplendor; e hizo preparar para la joven un inmenso palio de brocados rojos, verdes y amarillos, debajo del cual se alzaba un trono de oro resplandeciente de pedrerías; y en las gradas del inmenso trono coronado por un pabellón de sedas doradas, hizo que se alinearan esclavas indias, griegas y abisinias, sentadas unas y de pie otras, mientras que a los cuatro lados del trono se mantenían cuatro esclavas blancas que hacían aire con grandes abanicos de plumas de aves de especie extraordinaria. Y dos negros desnudos hasta la cintura llevaron a hombros el estrado aquel en pos del cortejo, rodeados por una muchedumbre más densa aún que la anterior, y entre los gritos jubilosos de todo un pueblo y los lú-lú-les estridentes que salían de las gargantas de las mujeres sentadas al pie del trono y de todas las que se aglomeraban a su alrededor, emprendieron el camino de los jardines.

En cuanto a Kamaralakmar, no tuvo paciencia para acompañar el cortejo al paso, y lanzando su caballo a la carrera, tomó por el atajo más corto y en algunos instantes llegó al pabellón donde había dejado a la princesa, hija del rey de Sana. Y la buscó por todas partes; pero ni encontró a la princesa ni al caballo de ébano.

Entonces, en el límite de la desesperación, Kamaralakmar se abofeteó con ira el rostro, rompió sus vestidos y echó a correr y a vagar como un loco por el jardín, gritando mucho y llamando con toda la fuerza de su garganta. ¡Pero fue en vano!

Al cabo de cierto tiempo, hubo de calmarse un poco y volver a la razón, y se dijo: "¿Cómo ha podido dar con el secreto para el manejo del caballo de ébano, si no le revelé nada que con ello se relacionase? ¡Como no sea pue el sabio constructor del caballo haya caído sobre ella de improviso y se la haya llevado para vengarse del tratamiento que le infligió mi padre!" Y al punto corrió en busca de los guardas del jardín, y les preguntó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 426ª NOCHE

Ella dijo:

...Y al punto corrió en busca de los guardas del jardín, y les preguntó: "¿Habéis visto pasar por aquí o cruzar el jardín a alguien? ¡Decidme la verdad, o haré saltar vuestras cabezas al instante!" Aterrados con sus amenazas quedaron los guardas, y contestaron como una sola voz: "¡Por Alah, que nadie vimos entrar en el jardín, a no ser el sabio persa, que vino aquí para coger hierbas curativas, y a quien no vimos salir aún!"

Al oír estas palabras, el príncipe tuvo ya certeza de que era el sabio persa quien le arrebató a la joven, y llegó al límite de la consternación y de la perplejidad; y muy conmovido y desconcertado salió al paso del cortejo, y encarándose con su padre, le contó lo que había sucedido, y le dijo: "Vuélvete a tu palacio con tus tropas; en cuanto a mí, ¡no volveré hasta que no haya aclarado este asunto negro!"

Al oír estas palabras y enterarse de la determinación tomada por su hijo, el rey empezó a llorar, a lamentarse y a golpearse el pecho, y le dijo: "Por favor, ¡oh hijo mío! calma tu cólera, reprime tu pena y vuélvete a casa con nosotros. ¡Y escogerás entonces a la hija del rey o del sultán que quieras, y te la daré en matrimonio!" Pero Kamaralakmar no se avino a prestar la menor atención a las palabras de su padre ni a escuchar sus ruegos, le dijo algunas frases de despedida y se marchó montado en su caballo, mientras el rey, en el límite de la desesperación, regresaba a la ciudad con llantos y gemidos. Y así fue como su alegría se tornó en tristeza, en sobresaltos y en tormentos. ¡Y esto en cuanto a ellos!

¡Pero he aquí ahora lo que aconteció al mago y a la princesa!

Como lo había decretado de antemano el Destino, el mago persa fue aquel día al jardín, para coger, efectivamente, hierbas curativas y simples y plantas aromáticas y sintió un olor delicioso de almizcle y otros perfumes admirables; así es que, venteando con la nariz, se encaminó hacia el lado por donde llegaban hasta él aquel olor extraordinario. Y aquel olor era precisamente el que despedía la princesa, embalsamando con él todo el jardín. De modo que, guiado por su olfato perspicaz, no tardó el mago tras algunos tanteos en llegar al propio pabellón en que se encontraba la princesa. ¡Y cuán no sería su alegría al ver desde el umbral, de pie sobre las cuatro patas, al caballo mágico; obra de sus manos! ¡Y cuáles no serían los estremecimientos de su corazón al ver aquel objeto cuya pérdida le había quitado la gana de comer y de beber y el reposo y el sueño!

Se puso entonces a examinarlo por todas partes y lo encontró intacto y en buen estado. Luego, cuando se disponía a saltar encima y hacerlo volar, dijo para sí: "¡Antes conviene que vea qué ha podido traer en el caballo y dejar aquí el príncipe!" Y penetró en el pabellón. Entonces vio perezosamente tendida en el diván a la princesa, a quien tomó primero por el sol cuando sale de un cielo tranquilo. Y ni por un instante dudó ya de que tenía ante sus ojos a alguna dama de ilustre nacimiento y de que el príncipe la había llevado en el caballo y la dejó en aquel pabellón para ir a la ciudad él mismo a preparar un cortejo espléndido. Así es que, por su parte, se adelantó el sabio, se prosternó delante de ella y besó la tierra entre sus manos, al tiempo que la joven levantaba a él los ojos, y encontrándole extraordinariamente horrible y repulsivo, se apresuró a volver a cerrarlos para no verle, y le preguntó: "¿Quién eres?"

El sabio contestó: "¡Oh mi dueña! soy el mensajero que te envía el príncipe Kamaralakmar para que te conduzca a otro pabellón más hermoso que éste y más próximo a la ciudad; porque hoy está un poco indispuesta mi ama la reina, madre del príncipe, y como no quiere, sin embargo, que se la adelante nadie a verte, pues tu llegada ha producido mucho júbilo, ha dispuesto este pequeño cambio que la ahorrará una caminata prolongada". La joven preguntó: "¿Pero dónde está el príncipe?" El persa contestó: "¡Está en la ciudad con el rey, y pronto vendrá a tu encuentro con gran aparato y en medio de un cortejo espléndido!"

Ella dijo: "Pero dime, ¿es que no ha podido el príncipe encontrar otro mensajero un poco menos repulsivo que tú para enviármele?" Al oír estas palabras, aunque le mortificaron mucho, el mago se echó a reír con el mandil arrugado de su cara amarilla, y contestó: "¡Ciertamente, ¡por Alah, oh mi dueña! que no hay en el palacio otro mameluco tan repulsivo como yo! ¡Pero acaso la mala apariencia de mi fisonomía y la abominable fealdad de mi cara te induzcan a error con respecto a mi valer! ¡Y ojalá puedas un día comprobar mi capacidad y aprovecharte, como el príncipe, del don precioso que poseo! ¡Y al saber entonces cómo soy, me alabarás! ¡En cuanto al príncipe, si me escogió para que viniera a tu lado, lo ha hecho precisamente a causa de mi fealdad y de mi odiosa fisonomía, y con el fin de que sus celos no tengan nada que temer con tus encantos y tu belleza! ¡Y no son mamelucos, ni esclavos jóvenes, ni hermosos negros, ni eunucos, ni servidores, lo que faltan en palacio! ¡Gracias a Alah, su número es incalculable, y son todos a cual más seductores...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 427ª NOCHE

Ella dijo:

"...y son todos a cuál más seductor!" Y he aquí que estas palabras del mago tuvieron el poder de persuadir a la joven, que se levantó al punto, puso su mano en la mano del viejo sabio, y le dijo: "¡Oh padre mío! ¿qué cabalgadura me trajiste contigo para que la monte?" El persa contestó: "¡Oh mi dueña, montarás en el caballo en que viniste!" Ella dijo: "¡Pero si yo no sé montar ahí sola!" Entonces sonrió él y comprendió que la tendría a merced suya en adelante y contestó: "¡Yo mismo montaré contigo!" Y saltó a su caballo, sentó en la grupa a la joven, sujetándola contra él y atándola sólidamente con cuerdas, en tanto que la princesa estaba muy ajena de lo que con ella iba a hacer. Dio vuelta entonces él a la clavija que servía para subir, y súbito el caballo llenó de viento su vientre, se movió y, se agitó saltando como las olas del mar; remontó el vuelo, elevándose por los aires cual un pájaro, y en un instante dejó detrás de sí en la lejanía, la ciudad y los jardines.

Al ver aquello, exclamó la joven, muy sorprendida: "¡Oye! ¿adónde vas sin ejecutar las órdenes de tu amo?" El sabio contestó: "¡Mi amo! ¿Y quién es mi amo?" Ella dijo: "¡El hijo del rey!" El sabio preguntó: "¿Qué rey?" Ella dijo: "¡No sé cuál!" Al oír estas palabras se echó a reír el mago, y dijo: "Si te refieres al joven Kamaralakmar, ¡confunda Alah a ese bribón estúpido, que en suma no es más que un pobre muchacho!"

Ella exclamó: "¡La desgracia sobre ti, ¡oh barba de mal agüero! ¿Cómo te atreves a hablar así de tu amo y a desobedecerle?" El mago contestó: "¡Te repito que ese jovenzuelo no es mi amo! ¿Sabes quién soy?"

La princesa dijo: "¡No sé de ti más que lo que tú mismo me has contado!" El sabio sonrió y dijo: "¡Lo que te conté sólo era una estratagema ideada por mí en contra tuya y del hijo del rey! Porque has de saber que ese canalla logró robarme este caballo en que estás ahora, y que es obra de mis manos; y me quemó durante mucho tiempo el corazón haciéndome llorar tal pérdida. ¡Pero he aquí que de nuevo soy dueño de lo mío, y a mi vez quemo el corazón a ese ladrón y hago que sus ojos lloren por haberte perdido! Reanima, pues, tu alma y seca y refresca tus ojos, porque seré para ti yo más provechoso que ese joven alocado. Además, soy generoso poderoso y rico; mis servidores y mis esclavos te obedecerán como a su ama; te vestiré con los más hermosos vestidos y te engalanaré con las galas más hermosas, ¡y realizaré el menor de tus deseos antes de que me lo formules!"

Al oír estas palabras, la joven se golpeó el rostro y empezó a sollozar; luego dijo: "¡Ah, qué desgracia la mía! ¡Ay! ¡Acabo de perder a mi bienamado, y antes perdí a mi padre y a mi madre!" Y siguió vertiendo lágrimas muy amargas y muy abundantes por lo que le sucedía, en tanto que el mago guiaba el vuelo de su caballo hacia el país de los rums, y después de un largo aunque veloz viaje, aterrizó sobre una verde pradera rica en árboles y en aguas corrientes.

Pero aquella pradera estaba situada cerca de una ciudad donde reinaba un rey muy poderoso. Y precisamente aquel día salió de la ciudad el rey para tomar el aire, y encaminó su paseo por el lado de la pradera. Y divisó al sabio junto al caballo y la joven. Y antes de que el mago tuviese tiempo de evadirse, los esclavos del rey habíanse precipitado sobre él, la joven y el caballo y los habían llevado entre las manos del rey.

Cuando vio el rey la horrible fealdad del viejo y su horrible fisonomía, y la belleza de la joven y sus encantos arrebatadores, dijo: "¡Oh mi dueña! ¿qué parentesco te une a este viejo tan horroroso?" Pero el persa se apresuró a responder: "¡Es mi esposa y la hija de mi tío!" Entonces, a su vez se apresuró la joven a contestar, desmintiendo al viejo: "¡Oh rey! ¡por Alah, que no conozco a este adefesio! ¡Qué ha de ser mi esposo! ¡No es sino un pérfido hechicero que me ha raptado a la fuerza y con astucias!"

Al oír estas palabras de la joven, el rey de los rums dio orden a sus esclavos de que apalearan al mago; y tan a conciencia lo hicieron, que estuvo a punto de expirar bajo los golpes. Tras de lo cual mandó el rey que se lo llevaran a la ciudad y le arrojaran en un calabozo, mientras él mismo conducía a la joven y hacía transportar el caballo mágico, cuyas virtudes y manejo secreto estaba muy lejos de suponer.

¡Y he aquí lo referente al mago y a la princesa!

En cuanto al príncipe Kamaralakmar, se vistió de viaje, tomó consigo los víveres y el dinero de que tenía necesidad, y emprendió el camino, con el corazón muy triste y el espíritu en muy mal estado. Y se puso en busca de la princesa, viajando de país en país y de ciudad en ciudad; y en todas partes pedía noticias del caballo de ébano, y aquellos a quienes interrogaban se asombraban en extremo de su lenguaje y encontraban sus preguntas de lo más extrañas y extravagantes...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 428ª NOCHE

Ella dijo:

...y encontraban sus preguntas de lo más extrañas y extravagantes. Y así continuó durante mucho tiempo, haciendo pesquisas más activas cada vez y pidiendo cada vez más datos, sin llegar a saber ninguna noticia que lo orientase. Tras de lo cual acabó por llegar a la ciudad de Sana, donde reinaba el padre de Schamsennahar, y pidió informes al llegar; pero nadie había oído nada relacionado con la joven, ni pudieron decirle lo que fue de ella desde su rapto; y le enteraron del estado de aniquilamiento y desesperación en que se hallaba sumido el viejo rey.

Entonces continuó su ruta y se encaminó al país de los rums, inquiriendo siempre nuevas de la princesa y del caballo de ébano en todos los sitios por donde pasaba y en todas las etapas del viaje.

Y he aquí que durante su caminata se detuvo cierto día en un khan donde vio a un grupo de mercaderes sentados en corro y charlando entre sí; y se sentó a su lado y oyó que decía uno de ellos: "¡Oh amigos míos! ¡acaba de sucederme muy recientemente la cosa más prodigiosa entre las cosas prodigiosas!" Y todos le preguntaron: "¿De qué se trata?"

El mercader aquel dijo: "Había ido yo con mis mercancías a la ciudad tal (y dijo el nombre de la ciudad donde se hallaba la princesa), en la provincia de cual, y oí que los habitantes se contaban unos a otros una cosa muy extraña que acababa de suceder. ¡Decían que, habiendo salido un día de cacería con su séquito el rey de la ciudad, se había encontrado a un viejo muy repulsivo que estaba de pie junto a una joven de belleza incomparable y junto a un caballo de ébano y marfil!" Y el mercader contó a sus compañeros, que se maravillaron extremadamente, la historia consabida, que no tiene ninguna utilidad repetir ahora.

Cuando Kamaralakmar hubo oído esta historia, no dudó ni por un instante de que se trataba de su bienamada y del caballo mágico. Así es que, tras de informarse bien del nombre y situación de la ciudad, se puso en camino enseguida, dirigiéndose hacia aquel lado, y viajó sin dilación hasta que llegó allá. Pero cuando quiso franquear las puertas de la ciudad aquella, los guardias se apoderaron de él para conducirle a presencia de su rey, según los usos en vigor dentro de aquel país, a fin de interrogarle por su condición, por la causa de su ida al país y por su oficio. Y he aquí que ya era muy tarde el día en que llegó el príncipe; y como sabían que el rey estaba muy ocupado, los guardias dejaron para el día siguiente la presentación del joven y le llevaron a la cárcel para que pasase allí la noche. Pero cuando los carceleros vieron la belleza y gentileza del joven, no pudieron determinarse a encerrarle, y le rogaron que se sentara con ellos y les hiciese compañía; y le invitaron a compartir con ellos su comida.

Cuando hubieron comido, se pusieron a charlar y preguntaron al príncipe: "¡Oh jovenzuelo! ¿de qué país eres?" El príncipe contestó: "¡Del país de Persia, tierra de los Khosroes!" Al oír estas palabras se echaron a reír los carceleros, y uno de ellos dijo al joven: "¡Oh natural del país de los Khosroes! ¿acaso eres un embustero tan prodigioso como ese compatriota tuyo que está encerrado en nuestros calabozos?" Y dijo otro: "¡En verdad que conocí gentes y escuché sus discursos e historias, y observé su manera de ser; pero nunca tropecé con nadie tan extravagante como ese viejo loco que tenemos encerrado!" Y añadió otro: "¡Y jamás ¡por Alah! vi yo nada tan repulsivo como su cara ni tan feo y odioso como su fisonomía!"

El príncipe preguntó: "¿Y qué sabéis de sus mentiras?" Le contestaron: "¡Dice que es un sabio e ilustre médico! El rey se encontró con él durante una partida de caza, y el viejo iba en compañía de una joven y de un caballo maravilloso de ébano y marfil. Y prendóse el rey en extremo de la belleza de la joven, y quiso casarse con ella ¡pero ella se volvió loca de pronto! Así, pues, si ese viejo sabio fuera un ilustre médico, como pretende, hubiera hallado modo de curarla; porque el rey ha hecho todo lo posible para descubrir un remedio que cure la enfermedad de esa joven, y ya hace un año que a tal fin derrocha inmensas riquezas en pagar a médicos y astrólogos, ¡aunque sin resultado! En cuanto al caballo de ébano, está guardado con los tesoros del rey; y el viejo asqueroso está encerrado aquí; y en toda la noche no deja de gemir y lamentarse, ¡hasta el punto de que nos impide conciliar el sueño!"

Al oír estas palabras, se dijo Kamaralakmar: "Heme aquí, por fin, sobre la pista tan deseada. ¡Ahora necesito un medio de conseguir mis propósitos!"

Pero al ver que se acercaba la hora de dormir, no tardaron los carceleros en conducirle al interior de la prisión y cerrar tras él la puerta. Entonces oyó el joven al sabio, que lloraba y gemía y deploraba en lengua persa su desdicha, diciendo: "¡Ay! ¡en qué calamidad caí, por no haber sabido combinar mejor mi plan, perdiéndome yo mismo sin haber realizado mis anhelos ni satisfecho mi deseo en esa joven! ¡Todo esto me sucede por culpa de mi poco juicio y por ambicionar lo que no estaba destinado para mí!"

Entonces Kamaralakmar se dirigió a él en persa, y le dijo: "¿Hasta cuándo van a durar esos llantos y esas lamentaciones? ¿Acaso crees ser el único que ha sufrido desventuras? Y animado por estas palabras, el sabio se puso en conversación con él, ¡y empezó a quejársele de sus penas e infortunios, sin conocerle!

Y así pasaron la noche, hablando como dos amigos.

Al día siguiente por la mañana, los carceleros fueron a sacar de la prisión a Kamaralakmar, y le llevaron a presencia del rey diciendo: "¡Este joven...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 429ª NOCHE

Ella dijo:

...y le llevaron a presencia del rey, diciendo: "¡Este joven llegó ayer por la noche muy tarde, y no pudimos traerle a tu presencia antes, ¡oh rey! para que sea sometido a interrogatorio!"

Entonces le preguntó el rey: "¿De dónde vienes? ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu profesión? ¿Y a qué obedece tu venida a nuestra ciudad?" El príncipe contestó: "¡Respecto a mi nombre, me llamo en persa Harjab! ¡En cuanto a mi país, es Persia! Y por lo que afecta a mi oficio, soy un sabio entre los sabios, especialmente versado en la medicina y en el arte de curar a locos y alienados.

¡Y con tal objeto recorro comarcas y ciudades para ejercer mi arte y adquirir nuevos conocimientos que añadir a los que poseo ya! Y hago todo esto sin ataviarme como por lo general lo hacen los astrólogos y los sabios; no ensancho mi turbante ni aumento el número de sus vueltas, no me alargo las mangas, no llevo bajo el brazo un gran paquete de libros, no me ennegrezco los párpados con kohl negro, no me cuelgo al cuello un inmenso rosario con millares de cuentas grandes, y curo a mis enfermos sin musitar palabras en un lenguaje misterioso, sin soplarles en la cara y sin morderles el lóbulo de la oreja. ¡Y tal es ¡oh rey! mi profesión!"

Cuando el rey hubo oído estas palabras, se regocijó con una alegría considerable, y le dijo: "¡Oh excelentísimo médico, llegas a nosotros en el momento en que más necesidad tenemos de tus servicios!" Y le contó el caso de la joven, y añadió:

"¡Si quieres ponerla en tratamiento y la curas de la locura en que la sumieron gentes perversas, no tienes más que pedir lo que desees y te será concedido!"

El príncipe contestó: "¡Conceda Alah sus gracias y favores a nuestro amo el rey! ¡Pero ante todo es preciso que me cuentes detalladamente cuanto hayas notado en su locura, y me digas los días que hace que se encuentra en tal estado, sin olvidarte de contarme cómo la trataste a ella, al viejo persa y al caballo de ébano!"

Y el rey le contó toda la historia desde el principio hasta el fin, y añadió: "¡En cuanto al viejo, está en el calabozo!"

El príncipe preguntó:. "¿Y el caballo?"

El rey contestó: "¡Le tengo cuidadosamente guardado en uno de los pabellones de mi morada!"

Y Kamaralakmar dijo para sí: "Antes que nada, me conviene ver el caballo y asegurarme por mis propios ojos del estado en que se halla. Si está intacto y en buen estado, todo irá bien y conseguiré mi propósito; pero si se ha deteriorado su mecanismo, tendré que pensar en libertar de otra manera a mi bienamada".

Entonces se encaró con el rey y le dijo: "¡Oh rey! primeramente es necesario que vea yo el caballo, pues quizás examinándole encuentre algo que me sirva para curar a la joven". El rey contestó: "¡Con mucho gusto y de buena gana!" Y le cogió de la mano y le condujo al recinto donde se hallaba el caballo de ébano. Y el príncipe empezó a dar vueltas alrededor del caballo, le examinó atentamente, y encontrándolo intacto y en buen estado, se alegró mucho, y dijo al rey: "¡Alah favorezca y exalte al rey! ¡Heme aquí dispuesto a ir en busca de la joven para ver lo que tiene! ¡Y espero llegar a curarla con la ayuda de Alah y valiéndome de este caballo de madera!"

Y mandó a los guardias que vigilasen bien el caballo, y se dirigió con el rey al aposento de la princesa.

En cuanto penetró en la estancia donde estaba ella, la vio que se retorcía las manos, y se golpeaba el pecho, y se arrojaba al suelo revolcándose, y hacía jirones sus vestidos, como tenía por costumbre. Y comprendió que no se trataba más que de una locura simulada, sin que ni genn ni hombres la hubiesen trastornado la razón, sino al contrario.

¡Y advirtió que no hacía todo aquello más que con el fin de impedir cualquier asechanza!

Al darse cuenta, Kamaralakmar se adelantó hacia ella, y le dijo: "¡Oh encantadora de los Tres Mundos, lejos de ti penas y tormentos!" Y cuando le hubo mirado, reconocióle ella enseguida, y llegó a una alegría tan enorme, que lanzó un gran grito y cayó sin conocimiento.

Y el rey no dudó que aquella crisis era efecto del temor que le inspiraba el médico. Pero Kamaralakmar se inclinó sobre ella, y tras de reanimarla, le dijo en voz baja: "¡Oh Schamsennhar! ¡oh pupila de mis ojos, núcleo de mi corazón! cuida de tu vida y de mi vida y ten valor y un poco de paciencia aún; porque nuestra situación reclama gran prudencia y precauciones infinitas, si queremos evadirnos de las manos de ese rey tiránico.

Por lo pronto, voy a afirmarle en su idea con respecto de ti, diciéndole que estabas poseída por los genn, y que a eso obedecía tu locura; pero le aseguraré que acabo de curarte en el instante por medio de medicinas misteriosas que poseo. ¡Tú no tienes más que hablarle con calma y amenidad para probarle así tu curación con mi ciencia! ¡Y de ese modo lograremos nuestro deseo y podremos realizar nuestro plan!" Y contestó la joven: "¡Escucho y obedezco!"

Entonces Kamaralakmar se acercó al rey, que se mantenía en un extremo de la estancia, y con un semblante de buen augurio le dijo:

"¡Oh rey afortunado! merced a tu buena suerte, he podido conocer la enfermedad y dar con el remedio de la dolencia. ¡Y la he curado! Puedes, pues, acercarte a ella y hablarle dulcemente y con bondad, y prometerle lo que tienes que prometerle, ¡y se cumplirá cuanto desees de ella!"

Y en el límite de la maravilla, acercóse el rey a la joven, que se levantó al punto y besó la tierra entre sus manos, dándole luego la bienvenida, y le dijo:

"¡Tu servidora está confundida por el honor que le haces visitándola hoy!"

Y al oír y ver todo aquello, el rey estuvo a punto de volverse loco de alegría...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 430ª NOCHE

Ella dijo:

...estuvo a punto de volverse loco de alegría, y dio orden a las servidoras, a las esclavas y a los eunucos para que se pusieran al servicio de la joven, la condujeran al hammam y le prepararan trajes y atavíos. Y entraron las mujeres y las esclavas, y le hicieron zalemas; y les devolvió ella las zalemas de la manera más amable y con el más dulce tono de voz. Entonces la vistieron con vestiduras rojas, le rodearon el cuello con un collar de pedrerías y la condujeron al hammam, donde la bañaron y la arreglaron para llevarla a su aposento luego, igual que la luna en su decimocuarto día.

¡Eso fue todo!

De modo que el rey, con el pecho dilatado en extremo y satisfecha el alma, dijo al joven príncipe: "¡Oh prudente! ¡oh sabio médico! ¡oh tú el dotado de filosofía! ¡Toda esta dicha que nos llega ahora se la debemos a tus méritos y a tu bendición! ¡Aumente Alah en nosotros los beneficios de tu soplo curativo!"

El joven contestó: "¡Oh rey! para dar cima a la curación, es preciso que con todo tu séquito, tus guardias y tus tropas vayas al paraje donde encontraste a la joven, llevándola contigo y haciendo transportar allá el caballo de ébano que estaba al lado suyo y que no es otra cosa que un genn demoníaco; y él es precisamente el que la poseía y la había vuelto loca. Y allí haré entonces los exorcismos necesarios, sin lo cual tornaría ese genni a poseerla a primeros de cada mes, y no habríamos conseguido nada; ¡mientras que ahora, en cuanto me haya adueñado de él, le acorralaré y le mataré!"

Y exclamó el rey de los rums: "¡De todo corazón y como homenaje debido!" Y acompañado por el príncipe y la joven y seguido de todas sus tropas, el rey emprendió inmediatamente el camino de la pradera consabida.

Cuando llegaron allá, Kamaralakmar dio orden de que montaran a la joven en el caballo de ébano y se mantuvieran todos a bastante distancia, con objeto de que ni el rey ni sus tropas pudiesen fijarse bien en sus manejos. Y se ejecutó la orden al instante.

Entonces dijo él al rey de los rums: "¡Ahora con tu permiso y tu venia, voy a proceder a las fumigaciones y a los conjuros, apoderándome de ese enemigo del género humano para que no pueda ser dañoso en adelante! Tras de lo cual también yo me montaré en ese caballo de madera que parece de ébano, y pondré detrás de mí a la joven. Y verás entonces cómo se agita el caballo en todos sentidos, vacilando hasta decidirse a echar a correr para detenerse entre tus manos. Y de este modo te convencerás de que le tenemos por completo a nuestro albedrío. ¡Después podrás ya hacer con la joven cuanto quieras!"

Cuando el rey de los rums oyó estas palabras, se regocijó, en tanto que Kamaralakmar subía al caballo y sujetaba fuertemente detrás de sí a la joven. Y mientras todos los ojos estaban fijos en él y le miraban maniobrar, dio vuelta a la clavija que servía para subir; y el caballo, emprendiendo el vuelo, se elevó con ellos en línea recta, desapareciendo por los aires en la altura.

El rey de los rums, que estaba lejos de sospechar la verdad, continuó en la pradera con sus tropas, esperando durante medio día a que regresaran. Pero como no les veía volver, acabó por decidirse a esperarles en su palacio. Y su espera fue igualmente vana. Entonces pensó en el horrible viejo que estaba encerrado en el calabozo, y haciéndole ir a su presencia, le dijo: "¡Oh viejo traidor! ¡oh posaderas de mono! ¿cómo te atreviste a ocultarme el misterio de ese caballo hechizado y poseído por los genn demoníacos?

He aquí que acaba de llevarse por los aires ahora al médico que ha curado de su locura a la joven, y hasta a la propia joven. ¡Y quién sabe lo que les ocurrirá! ¡Además, te hago responsable por la pérdida de todas las alhajas y cosas preciosas con que hice que la ataviaran a ella al salir del hammam, y que valen un tesoro! ¡Así, pues, al instante va a saltar de tu cuerpo tu cabeza!" Y a una señal del rey, se adelantó el portaalfanje, ¡y de un solo tajo hizo del persa dos persas!

¡Y he aquí lo concerniente a todos éstos!

Pero en cuanto al príncipe Kamaralakmar y la princesa Schamsennahar, prosiguieron tranquilamente su veloz viaje aéreo, y llegaron con toda seguridad a la capital del rey Sabur. Aquella vez no aterrizaron ya en el pabellón del jardín, sino en la misma terraza del palacio. Y el príncipe se apresuró a dejar en sitio seguro a su bienamada, para ir cuanto antes a avisar a su padre y a su madre de su llegada.

Entró, pues, en el aposento donde se hallaban el rey, la reina y sus hermanas las tres princesas, sumidos en lágrimas y desesperación, y les deseó la paz y les abrazó, mientras ellos, al verle, sentían que se les llenaba de felicidad el alma y se les aligeraba el corazón del peso de aflicciones y tormentos.

Entonces, para conmemorar aquel regreso y la llegada de la princesa hija del rey de Sana, el rey Sabur dio a los habitantes de la ciudad grandes festines, y festejos, que duraron un mes entero. Y Kamaralakmar entró en la cámara nupcial y se regocijó con la joven en el transcurso de largas noches benditas.

Tras de lo cual, para estar en lo sucesivo con el espíritu tranquilo, el rey Sabur mandó hacer añicos el caballo de ébano y él mismo destruyó su mecanismo.

Por su parte, Kamaralakmar escribió al rey de Sana, padre de su esposa, una carta...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 432ª NOCHE

Ella dijo:

...Por su parte, Kamaralakmar escribió al rey de Sana, padre de su esposa, una carta, en la que le ponía al corriente de toda su historia, anunciándole su matrimonio y la completa dicha en que vivían ambos. Y envió esta carta con un mensajero acompañado por criados que llevaban presentes magníficos y cosas raras de gran valor. Y llegó el mensajero a Sana, en el Yamán, y entregó la carta y los regalos al padre de la princesa, que cuando leyó la carta se alegró hasta el límite de la alegría y aceptó los obsequios. Tras de lo cual preparó a su vez presentes muy ricos para su yerno, el hijo del rey Sabur, y se los envió con el mensajero.

Al recibir los presentes del padre de su esposa, el hermoso príncipe Kamaralakmar se regocijó extremadamente, porque le era penoso saber que el viejo rey de Sana estaba descontento de la conducta de ambos. Y hasta tomó la costumbre de mandarle cada año una nueva carta y nuevos presentes. Y continuó obrando así hasta la muerte del rey de Sana.

Luego, cuando su propio padre el rey Sabur murió a su vez, le sucedió en el trono del reino, y comenzó su reinado casando a su hermana más joven, a la que tanto quería, con el rey del Yamán. Después de lo cual gobernó a su reino con sabiduría y a sus súbditos con equidad; y de tal manera adquirió en todas las comarcas supremacía y la felicidad de corazón de todos los habitantes. Y continuaron su esposa y él viviendo la vida más deliciosa, la más dulce, la más serena y la más tranquila, ¡hasta que fue a verles la Destructora de delicias, la Separadora de sociedades y de amigos, la Saqueadora de palacios y cabañas, la Constructora de tumbas y la Proveedora de los cementerios!

Y ahora, ¡gloria al Único Viviente que no muere nunca y tiene en Sus manos la dominación de los Mundos y el imperio de lo Visible y de lo Invisible!

Y cuando hubo terminado así esta historia, se calló Schehrazada, la hija del visir. Entonces le dijo el rey Schahriar: "¡Prodigiosa es esa historia, Schehrazada! ¡Y en verdad que quisiera saber el mecanismo extraordinario de aquel caballo de ébano!"

Schehrazada dijo: "¡Ay, se destruyó!" Y dijo Schahriar: "¡Por Alah, que he torturado mucho mi espíritu tratando de averiguarlo!"

Schehrazada contestó: "¡Entonces, ¡oh rey afortunado! para que descanse tu espíritu estoy dispuesta, si tú me lo permites, a contarte la historia más dilatadora que conozco, aquella que trata de Dalila la Taimada y de su hija Zeinab la Embustera!"

Y el rey Schahriar exclamó: "¡Por Alah, puedes hablar! ¡Porque no conozco esa historia!

¡Después ya pensaré lo que debo hacer con tu cabeza!"

Entonces dijo Schehrazada:

Historia de los artificios de Dalila la taimada y de su hija Zeinab la embustera con Ahmad-la-Tiña, Hassan-la-Peste y Aló Azogue

Cuentan ¡oh rey afortunado! que en tiempo del califa Harún Al-Raschid había en Bagdad un hombre llamado Ahmad-la-Tiña y otro hombre llamado Hassán-la-Peste, y estaban reputados ambos por su maestría en estratagemas y latrocinios. Sus hazañas a este respecto eran completamente prodigiosas, por lo cual, el califa, que sabía sacar partido de los talentos de cualquier clase que fueran, les llamó y les nombró jefes de policía. A tal fin les invistió con su cargo, dándole a cada uno un ropón de honor, mil dinares de oro mensuales como emolumentos, y una guardia de cuarenta jinetes sólidos.

Ahmad-la-Tiña quedó encargado de la seguridad de la ciudad en su parte terrestre, y Hassán-la-Peste del lado del río. Y en las grandes ceremonias marchaban ambos a los lados del califa, uno a su derecha y otro a su izquierda.

Y he aquí que el día de su nombramiento para este empleo salieron con el walí de Bagdad, el emir Khaled, acompañados por sus cuarenta bizarros guardias de a caballo y precedidos de un heraldo que pregonaba el decreto del califa, y decía: "¡Oh vosotros todos, habitantes de Bagdad! ¡Por orden del califa sabed que el jefe de policía de la Mano Derecha no será en adelante otro que Ahmad-la-Tiña, y el jefe de policía de la Mano Izquierda no será otro que Hassán-la-Peste! ¡Y en toda ocasión les deberéis obediencia y respeto!"

Por aquel entonces vivía en Bagdad una vieja temible, llamada Dalila, y además conocida con el nombre de Dalila la Taimada, que tenía dos hijas:

una estaba casada y era madre de un bribonzuelo al que llamaban Mahmud el Aborto, y la otra estaba soltera y se la conocía con el nombre de Zeinab la Embustera.

El marido de la vieja Dalila fue en otra época un gran personaje, el director de las palomas que servían para llevar por todo el Imperio mensajes y cartas, y cuya vida era para el califa, a causa de los servicios que hacía, más cara y preciosa que la de sus propios hijos. Así es que el esposo de Dalila tenía honores y prerrogativas, y emolumentos de mil dinares mensuales. ¡Pero murió y se le olvidó!, y había dejado a aquella vieja con aquellas dos hijas. Y en verdad que la tal Dalila era una vieja experta en astucias, artificios, latrocinios, trapisondas y recursos de toda especie, una bruja capaz de engañar a la serpiente, atrayéndola fuera de su guarida, y de dar al mismo Eblis lecciones de astucia y de embaucamientos.

Así, pues, el día de la investidura de Ahmad-la-Tiña y de Hassán-la-Peste en las funciones de jefes de policía, la joven Zeinab oyó que el pregonero anunciaba la cosa a la población, y dijo a su madre:

"¡Mira ¡oh madre! a ese miserable de Ahmad-la-Tiña! Vino a Bagdad antaño fugitivo, expulsado de Egipto, y no hay trapacería y hazaña importante que no haya cometido aquí desde que llegó. ¡Y de esta manera se ha hecho tan famoso, que el califa acaba de investirle con el cargo de jefe de policía de su Mano Derecha, mientras que a su compadre Hassán-la-Peste, ese sarnoso, de jefe de policía de la Mano Izquierda! Y cada uno de ellos tiene el mantel puesto de día y de noche en el palacio del califa, y una guardia, y mil dinares de emolumentos mensuales, y honores y todo género de prerrogativas. ¡Y nosotros, en tanto, ¡ay! permanecemos dentro de nuestra casa, sin empleo y olvidadas, sin honores ni privilegios, y sin que nadie se preocupe por nuestra suerte!" Y la vieja Dalila meneó la cabeza, y dijo "¡Así es, ¡por Alah! hija mía!".

Entonces le dijo Zeinab: "¡Levántate, pues, ¡oh madre! y a ver si encontramos un recurso capaz de darnos renombre o realizamos una trastada que nos haga famosas y notorias en Bagdad hasta el punto de que llegue la voz de ello a oídos del califa y nos devuelva éste los gajes y prerrogativas de que nuestro padre disfrutaba!"

Cuando Zeinab la Embustera dijo estas palabras a su madre, le contestó Dalila la Taimada:

"¡Por la vida de tu cabeza!, ¡oh hija mía!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 433ª NOCHE

Ella dijo:

"¡Por la vida de tu cabeza, ¡oh hija mía! te prometo hacer en Bagdad algunas jugarretas de primera calidad, que superarán con mucho a las hechas por Ahmad-la-Tiña y Hassán-la-Peste!" Y se irguió en aquella hora y aquel instante, se tapó la cara con litham, se vistió como un pobre sufí poniéndose un gran hábito de mangas tan prodigiosas que le bajaban hasta los talones, y se ciñó el talle con un ancho cinturón de lana; luego cogió una jarra, que llenó de agua hasta el cuello, y metió tres dinares en la abertura, que obstruyó con un tapón hecho de fibras de palmera; luego se rodeó los hombros y el cuello con varias sartas de rosarios grandes de cuentas tan pesadas como una carga de leña, y tomó en la mano una bandera semejante a la que llevan los sufis pordioseros, hecha con jirones de trapo encarnado, amarillo y verde; y ataviada de este modo, salió de su casa, diciendo en alta voz: "¡Alah! ¡Alah!" Orando así con la lengua mientras su corazón corría por el hipódromo de los demonios y su pensamiento se obstinaba en buscar estratagemas perversas y temibles.

De esta manera recorrió los diversos barrios de la ciudad, pasando de una calle a otra calle, hasta que llegó a un callejón sin salida, pavimentado de mármol y barrido y regado, en el fondo del cual vio una Puerta grande rematada por una magnífica cornisa de alabastro, y en el umbral estaba sentado el portero, un moghrabín vestido con mucha limpieza. Y aquella puerta era de madera de sándalo, guarnecida con sólidas anillas de bronce y con un candado de plata. Y he aquí que aquella casa pertenecía al jefe de los guardias del califa, que era un hombre muy considerado y propietario de grandes bienes, muebles e inmuebles, a quien se habían señalado importantes emolumentos para subvenir a las funciones propias de su cargo; pero al mismo tiempo era un hombre muy violento y de malos modales; y por eso se le llamaba Mustafá Azote-de-las-Calles, porque hacía preceder siempre los golpes a las palabras.

Estaba casado con una joven encantadora, a la que amaba mucho, y a quien había jurado, desde la noche de su penetración primera, que nunca tomaría segunda mujer mientras ella viviese, ni dormiría nunca fuera de su casa ninguna noche. Y así ocurrió, hasta que un día en que Mustafá Azote-de-las-Calles vio en el diván que cada emir tenía consigo un hijo o dos.

Y precisamente aquel día fue al hammam luego, y mirándose en un espejo, vio que los pelos blancos de su barba eran más numerosos que los pelos negros, a los que cubrían completamente, y dijo para sí: "¿Acaso El que se llevó a tu padre no va a gratificarte al fin con un hijo?"

Y fue en busca de su esposa, y se sentó de muy mal humor en el diván, sin mirarla ni dirigirle la palabra. Entonces se acercó ella a él y le dijo: "¡Buenas noches!"

Él contestó: "¡Quítate de mi vista! ¡Desde el día en que te conocí no me ha sucedido nada bueno!"

Ella preguntó: "¿A qué viene eso?" Él dijo: "La noche de mi penetración en ti me hiciste prestar juramento de que jamás tomaría otra mujer. ¡Y te escuché! Y he aquí que hoy, en el diván, vi a cada emir con un hijo y hasta con dos hijos, y entonces me vino el pensamiento de la muerte, y me afectó en extremo porque no fui gratificado con un hijo, ni siquiera con una hija!

¡Y no ignoro que quien no deja posteridad no deja memoria de sí! Y tal es el motivo de mi mal humor, ¡oh estéril que hiciste caer mi semilla en una tierra de rocas y guijarros!"

A estas palabras replicó la ruborosa joven: "¡Y eres tú quien habla! ¡El nombre de Alah sobre mí y alrededor de mí! ¡No está en mí el retraso! Y la cosa no es por culpa mía. ¡Me he medicinado de tal modo, que acabé por estropear y agujerear los morteros a fuerza de machacar en ellos especies, pulverizar cuerpos simples y triturar raíces preconizadas contra la esterilidad! ¡Pero el retraso está en ti! ¡No eres más que un mulo impotente, de nariz chata y tus compañones son transparentes, con semilla sin consistencia y grano que no fecunda!"

Él contestó: "¡Está bien! ¡En cuanto regrese de un viaje que voy a emprender, tomaré una segunda mujer!"

Ella contestó: "¡Mi destino y mi suerte están con Alah!" Entonces salió él de su casa; pero al llegar a la calle se arrepintió de lo que había pasado; y su esposa, la joven, se arrepintió también de las palabras un poco vivas que dirigió a su dueño. ¡Y esto es lo referente al propietario de la casa situada en el callejón sin salida pavimentado de mármol!

¡Pero he aquí ahora lo que atañe a Dalila la Taimada! Cuando llegó al pie de los muros de la casa, vio de pronto a la joven esposa del emir acodada a su ventana, como una recién casada, ¡tan bella y tan brillante cual un verdadero tesoro, con todas las joyas que la adornaban, y luminosa cual una cúpula de cristal con las blancas ropas de nieve que la vestían!

Al ver aquello la vieja, alcahueta de mal augurio dijo para sí: "¡Oh Dalila, he aquí que te llegó el momento de abrir el saco de tus trapacerías! ¡Veremos si consigues atraer a esta joven fuera de la casa de su dueño, y despojarla de sus alhajas y desnudarla de sus hermosos vestidos, para apoderarte de todo ello!" Entonces se paró debajo de la ventana del emir, y se puso a invocar en alta voz el nombre de Alah, diciendo: "¡Alah! ¡Alah! ¡Y vosotros todos, los amigos de Alah, los walíes bienhechores, iluminadme!"

Al oír estas invocaciones, y al ver a aquella santa vieja vestida como los sufis pordioseros, todas las mujeres del barrio acudieron a besar la orla de su hábito y a pedirle su bendición; y pensó la joven esposa del emir Azote-de-las-Calles: "¡Alah nos concederá sus gracias por intercesión de esa santa vieja!" Y con los ojos húmedos de emoción, la joven llamó a su servidora y le dijo: "Ve a buscar a nuestro portero el jeique Abu-Alí, bésale la mano, y dile: "¡Mi ama Khatún te ruega que dejes entrar en nuestra casa a esa santa vieja, con el fin de que obtenga para nosotros los favores de Alah!" Y la servidora bajó en busca del portero y le besó la mano, y le dijo: "¡Oh jeique Abu-Alí! mi ama Khatún te dice: "¡Deja entrar en nuestra casa a esa santa vieja, con el fin de que obtenga para nosotros los favores de Alah! ¡Y quizá su bendición se extienda sobre todos nosotros!" Entonces se acercó el portero a la vieja y quiso primeramente besarle la mano; pero ella retrocedió con viveza y se lo impidió, diciendo: "¡Aléjate de mí! ¡Tú que rezas tus plegarias sin abluciones, como todos los criados, me mancharías con tu contacto impuro y haría nula y vana mi ablución! Alah te libre de tu servidumbre, ¡oh portero Abu-Alí! porque te distinguen los santos de Alah y los walíes".

Y he aquí que tal deseo conmovió en extremo al portero Abu-Alí, porque precisamente el terrible emir Azote-de-las-Calles le debía el salario de tres meses, y tenía él una ansiedad con tal motivo y no sabía qué medio emplear para recobrarlo.

Así es que dijo a la vieja: "¡Oh madre mía, dame a beber un poco de agua de tu jarra, para que con ello pueda ganar tu bendición!" Entonces ella cogió la jarra que llevaba al hombro y la volteó en el aire varias veces, de modo que el tapón de fibras de palmera se escapó del cuello del cacharro y los tres dinares rodaron por el piso como si cayesen del cielo. Y el portero se apresuró a recogerlos, y dijo para su ánima: "¡Gloria a Alah! ¡Esta vieja pordiosera es una santa entre los santos que tienen a su disposición tesoros ocultos! Y acaba de revelársela que soy un pobre portero que no ha cobrado su salario y tiene mucha necesidad de dinero para atender a los gastos indispensables, y ha hecho conjuros a fin de obtener para mí tres dinares, atrayéndolos del espacio".

Luego ofreció los tres dinares a la vieja, y le dijo: "¡Toma, tía mía, los tres dinares que creo se han caído de tu jarra!" Ella contestó: "¡Aléjate de mí con ese dinero! ¡No, nunca fui de las que se ocupan de las cosas mundanas! ¡Puedes guardarte ese dinero y mejorarte con él un poco la existencia, resarciéndote de los salarios que te debe el emir!" Entonces el portero alzó los brazos, y exclamó: "¡Loores a Alah por su ayuda! ¡He ahí una revelación!"

Entretanto, ya se había acercado a la vieja la servidora, y después de besarle la mano, se apresuraba a conducirla a presencia de su señora. Cuando la vieja estuvo ante la joven, quedó estupefacta de su hermosura; porque la esposa del emir era verdaderamente cual un tesoro descubierto, cuyos sellos talismánicos se hubiesen roto para mostrarlo así en su gloria...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 434ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando la vieja estuvo ante la joven, quedó estupefacta de su hermosura; porque la esposa del emir era verdaderamente cual un tesoro descubierto, cuyos sellos talismánicos se hubiesen roto para mostrarlo así en su gloria. Y por su parte, la bella Khatún se apresuró a arrojarse a los pies de la vieja y a besarle las manos; y la vieja le dijo: "¡Oh hija mía! ¡no vengo más que porque he adivinado, con la inspiración de Alah, que tienes necesidad de mis consejos!" Y Khatún comenzó primeramente por servirle de comer, según costumbre establecida con los santos pordioseros; pero la vieja no consintió en tocar los manjares, y dijo: "¡Ya no quiero comer más que manjares del Paraíso, y ayuno siempre, excepto cinco días al año! ¡Pero te veo afligida ¡oh hija mía! y deseo que me cuentes la causa de tu tristeza!" La joven contestó: "¡Oh madre mía! el día de la penetración hice jurar a mi esposo que nunca tomaría después de mí una segunda mujer; pero ve él a los hijos de los demás, y anhela tener hijos también, y me dice: «¡Eres estéril!» Y le contesto: «¡Y tú eres un mulo que no fecundas a la hembra!» Entonces sale él encolerizado, y me dice: «¡A la vuelta de un viaje que voy a emprender, volveré a casarme!» Y yo ¡oh madre mía! tengo ahora miedo de que se realice su amenaza y tome una segunda mujer que le dé hijos! Y es rico, pues posee tierras, casas, emolumentos y poblados enteros; y si de la segunda mujer tuviera hijos, ¡me quedaría yo privada de todos esos bienes!"

La vieja contestó: "¡Bien se ve, hija mía, cuán ignorante estás de las virtudes de mi señor el jeique Padre-de-los-Asaltos, el poderoso Maestro-de-las-Cargas, el Multiplicador-de-los-Embarazos! ¿Acaso no sabes que una sola visita a ese santo hace de un pobre deudor un rico acreedor y de una mujer estéril un granero de fecundidad?"

La bella Khatún contestó: "¡Oh madre mía! ¡desde el día de mi matrimonio no he salido una sola vez de casa, y ni siquiera he podido hacer visitas de felicitación o pésame!" La vieja dijo: "Oh, hija mía! quiero conducirte a casa de mi señor el jeique Padre-de-los-Asaltos y Multiplicador-de-los-Embarazos. Y no temas confiarle la pesadumbre que te oprime, y hazle una promesa. Y puedes estar segura entonces de que a su regreso del viaje tu esposo se acostará contigo, uniéndose a ti por la copulación; y por obra suya quedarás encinta de una niña o de un niño. ¡Pero sea tu hijo varón o hembra, has de hacer la promesa de consagrarle como derviche al servicio de mi señor el Padre-de-los-Asaltos! "

Al oír estas palabras, la bella Khatún se vistió con sus trajes más hermosos y se adornó con sus más hermosas alhajas; luego dijo a su servidora: "¡Cuida bien de la casa!" Y la servidora contestó: "¡Escucho y obedezco, oh mi ama!"

Entonces Khatún salió con Dalila, y a la puerta encontró al viejo portero mograbín Abu-Alí, que le preguntó: "¿Adónde vas, ¡oh mi ama!?" Ella contestó: "¡Voy a visitar al jeique Multiplicador-de-los-Embarazos!"

El portero dijo: "¡Qué bendición de Alah es esta santa vieja, oh mi alma! ¡A su disposición tiene tesoros enteros! Me ha dado tres dinares de oro rojo; y adivinó lo que me ocurre y conoció mi situación sin hacerme ninguna pregunta, ¡y ha sabido que estaba yo apurado de dinero! ¡Ojalá caiga sobre mi cabeza el beneficio de su ayuno de todo el año!"

Mientras tanto, Dalila la Taimada se decía a sí misma: "¿Cómo voy a arreglarme para quitarle sus alhajas y dejarla desnuda en medio de la muchedumbre de transeúntes que van y vienen? “Luego dijo de pronto: "¡Oh hija mía! echa a andar detrás de mí y a distancia, aunque sin perderme de vista; porque yo, tu madre, soy una vieja a la que cargan con fardos cuyo peso no pueden soportar los demás; y a todo lo largo del camino hay gente que viene a entregarme ofrendas piadosas consagradas a mi mejor jeique, y me ruegan que se las lleve. ¡Así, pues, es mejor que vaya yo sola por el momento!"

Y la joven echó a andar detrás de la vieja taimada, hasta que llegaron ambas al zoco principal de los mercaderes. ¡Y desde lejos se oía resonar el zoco abovedado, al paso de la joven, el ruido de los cascabeles de oro de sus pies delicados y el tintineo de los cequíes de su cabellera, tan melodioso y cadencioso, que se diría una música de cítaras y timbales sonoros!

Ya en el zoco, pasaron por delante de la tienda de un mercader joven que se llamaba Sidi-Mohsen, y era un muchacho muy lindo con un bozo naciente en las mejillas. Y notó la belleza de la joven y se puso a lanzarle de soslayo ojeadas, que no tardó mucho en adivinar la vieja. Así es que se volvió hacia la joven, y le dijo: "¡Vas a sentarte un momento separada de mí para que descanses, hija mía, mientras yo hablo de un asunto con ese mercader joven que está allá!"

Y obedeció Khatún y se sentó cerca de la tienda del hermoso mozo, que así pudo mirarla mejor, y creyó volverse loco a la primera mirada que le dirigió ella. Cuando le pareció que estaba él en punto, se le aproximó la vieja alcahueta y le dijo, después de las zalemas: "¿No eres Sidi-Mohsen el mercader?" Él contestó: "¡Sí, por cierto! ¿Quién ha podido decirte mi nombre?...

En ese momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 435ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Sí, por cierto! ¿Quién ha podido decirte mi nombre?" Ella dijo: "Es gente de bien quien me ha enviado a ti. Y vengo, hijo mío, a enterarte de que esa joven que ves ahí es hija mía; y su padre, que era un gran mercader, murió, dejándole riquezas considerables. Sale hoy de casa por primera vez, porque hace poco tiempo que es púber, y sé que ha entrado en la edad de casarse, porque he visto en ella señales que no dejan lugar a duda. Y he aquí que me apresuré a hacer que salga, pues dicen los prudentes: "¡Ofrece en matrimonio tu hija, pero no ofrezcas tu hijo!" Y ahí tienes cómo, advertida por una inspiración divina y por un presentimiento secreto, me he decidido a venir para ofrecértela en matrimonio. Y no te preocupes por lo demás, si eres pobre, te daré todo su capital y en vez de una tienda, te abriré dos tiendas. ¡De esta manera no solamente serás gratificado por Alah con una encantadora joven, sino con tres cosas deseables que empiezan con C y son a saber: Capital, Comodidad y Culo!"

Al oír estas palabras, el joven mercader Sidi-Mohsen contestó a la vieja: "¡Oh madre mía! Todo eso es excelente, y jamás pude anhelar tanto. Así es que te doy las gracias, y no dudo de tus palabras en lo que concierne a las dos primeras C. Pero en cuanto a la tercera C; te confieso que no estaré tranquilo mientras no lo haya visto y comprobado por mis propios ojos; porque antes de morir me lo recomendó mucho mi madre, y me dijo: "¡Cuánto hubiera deseado casarte, hijo mío, con una joven a la que pudiera juzgar con mis propios ojos!" ¡Y la juré que no dejaría de hacerlo yo por ella! ¡Y se murió tranquila ya!"

Entonces contestó la vieja: "¡En ese caso, levántate y sígueme! Yo me encargo de mostrártela completamente desnuda. Pero has de tener cuidado de ir a distancia de ella, aunque sin perderla de vista. ¡Y yo iré a la cabeza para enseñarte el camino!"

Entonces se levantó el joven mercader y llevó consigo una bolsa con mil dinares, diciéndose: "No se sabe lo que ha de ocurrir, y así podré depositar en el momento el importe de los gastos del contrato". Y siguió de lejos a la vieja zorra, que abría la marcha y se decía a sí misma: "¿Cómo vas a arreglarte ahora ¡oh Dalila llena de sagacidad para desvalijar a ese ternero joven!?"

Caminando de tal suerte, seguida por la joven, a la que a su vez seguía el lindo mercader, llegó a la tienda de un tintorero que se llamaba Hagg-Mohammad y era hombre conocido en todo el zoco por la duplicidad de sus gustos. En efecto, era como el cuchillo del vendedor de colocasias, que a la vez perfora las partes masculinas y femeninas del tubérculo; y le gustaba lo mismo el sabor dulce del higo y el sabor ácido de la granada.

Y he aquí que al oír el tintineo de cequíes y cascabeles, Hagg-Mohammad levantó la cabeza y divisó al lindo mozo y a la hermosa joven. ¡Y sintió lo que sintió!

Pero ya Dalila se había acercado a él, y tras de las zalemas, le había dicho, sentándose: "¿Eres Hagg-Mohammad el tintorero?" Él contestó: "¡Sí, soy Hagg-Mohammad! ¿Qué deseas?" Ella contestó: "¡Me ha hablado de ti gente de bien! ¡Mira a esa jovenzuela encantadora, que es mi hija, y a ese gracioso jovenzuelo imberbe, que es mi hijo! ¡Les he educado a ambos, y su educación me costó bastantes dispendios! Y ahora has de saber que nuestra vivienda es un vasto y viejo edificio ruinoso, que últimamente me he visto obligada a reparar con vigas de madera y puntales grandes; pero me ha dicho el maestro arquitecto: "¡Harás bien en irte a vivir a otra casa, porque corres mucho riesgo de que se desmorone ésta encima de ti! Y cuando la hayas hecho reparar, podrás volver a habitarla, ¡pero no antes!"

Entonces salí en busca de una casa donde vivir transitoriamente con esos dos hijos; y me ha encaminado a ti gente de bien. ¡Desearía, por tanto, alojarme en tu casa con esos dos hijos que ves ahí! ¡Y no dudes de mi generosidad!"

Al oír estas palabras de la vieja, el tintorero sintió bailarle el corazón en medio de las entrañas, y dijo para sí: "¡Ya Hagg-Mohammad! ¡He aquí que se te pone al alcance de los dientes un pedazo de manteca encima de un pastel!" Luego dijo a Dalila: "Cierto es que tengo una casa con una habitación grande en el piso superior; pero no puedo disponer de ningún cuarto, porque yo vivo en la planta baja, y la habitación de arriba me sirve para recibir a mis invitados los aldeanos que me traen índigo". Ella contestó: "Hijo mío, la reparación de mi casa sólo exigirá un mes a dos a lo más, y conocemos a poca gente aquí. Te ruego, pues, que dividas en dos la habitación grande de arriba y nos des la mitad para nosotros tres. Y ¡por tu vida, ¡oh hijo mío! si quieres que tus invitados los cultivadores de índigo sean invitados nuestros, bienvenidos sean! ¡Estamos dispuestos a comer con ellos y a dormir con ellos!"

Entonces el tintorero se apresuró a entregarle las llaves de su casa; eran tres: una grande, una pequeña y una torcida. Y le dijo: "La llave grande es de la puerta de la casa, la llave pequeña es la del vestíbulo, y la llave torcida es la de la habitación de arriba. ¡De todo puedes disponer, mi buena madre!" Entonces cogió las llaves Dalila y se alejó seguida por la joven, a la que seguía el joven mercader, y de tal suerte llegó a la callejuela donde se entraba a la casa del tintorero, cuya puerta se apresuró ella a abrir con la llave grande...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 436ª NOCHE

Ella dijo

...Cuya puerta se apresuró a abrir con la llave grande.

Ante todo empezó por entrar la primera e hizo entrar a la joven, diciendo al mercader que esperase. Y llevó a la bella Khatún a la habitación de arriba, diciéndole: "Hija mía, en el piso bajo vive el venerable jeique Padre-de-los-Asaltos. Tú espérame aquí, y por lo pronto, quítate ese velo tan grande. ¡No tardaré en volver a buscarte!" Y bajó a abrir la puerta al joven mercader, y le introdujo en el vestíbulo, diciéndole: "¡Siéntate aquí y espérame a que vuelva a buscarte con mi hija, para que compruebes lo que quieres comprobar con tus propios ojos!"

Luego subió de nuevo a ver a la bella Khatún, y le dijo: "¡Ahora vamos a visitar al Padre-de-los-Asaltos!" Y exclamó la jovenzuela: "¡Qué alegría, oh madre mía!" La vieja añadió: "¡Pero me atemoriza por ti una cosa!" La joven preguntó: "¿Y cuál es ¡oh madre mía!?" La vieja contestó: "Abajo está un hijo mío idiota, que es representante y ayudante del jeique Padre-de-los-Asaltos. ¡No sabe diferenciar el frío del calor, y continuamente va desnudo! ¡Pero cuando entra en casa del jeique una visitante noble como tú, la vista de las galas y sedas con que está vestida le pone furioso, y se precipita sobre ella y le rompe los vestidos y le tira de sus arracadas, desgarrándole las orejas, y la despoja de todas sus alhajas! Por consiguiente, harás bien en empezar por quitarte aquí tus alhajas y desnudarte de todos tus vestidos y camisas; y te lo guardaré yo todo hasta que regreses de tu visita al jeique Padre-de-los-Asaltos". Entonces se quitó la joven todas sus alhajas, se desnudó de todos sus vestidos, sin quedarse más que con la camisa interior de seda, y lo entregó todo a Dalila, que le dijo: "¡En honor tuyo, voy a colocar esto debajo de la ropa del Padre-de-los-Asaltos, para que con su contacto vaya a ti la bendición!" Y bajó con todo hecho un lío, y por el momento lo escondió en el hueco de la escalera, luego fue a ver al joven mercader y le encontró esperando a la jovenzuela.

Y le preguntó él: "¿Dónde está tu hija, para que yo pueda examinarla?" Pero de improviso comenzó la vieja a golpearse el rostro y el pecho en silencio. Y le preguntó el joven mercader: "¿Qué te pasa?" Ella contestó:

"¡Ah! ¡Ojalá se murieran las vecinas malintencionadas y envidiosas y calumniadoras! Acaban de verte entrar conmigo, y me han preguntado quién eres; y les dije que te había escogido para esposo futuro de mi hija. Pero probablemente, por envidia y celosas de mi suerte para contigo, han ido en busca de mi hija y le han dicho: "¿Tan cansada está de mantenerte tu madre que quiere casarte con un individuo atacado de sarna y de lepra?" ¡Entonces le he jurado yo, como tú mismo lo hiciste a tu madre, que no se uniría a ti sin haberte visto completamente desnudo!"

Al oír estas palabras, exclamó el joven mercader: "¡Recurro a Alah contra los envidiosos y malintencionados!" Y así diciendo, se quitó toda su ropa, y surgió desnudo e intacto y blanco como la plata virgen. Y le dijo la vieja: "¡En verdad que con lo hermoso y puro que eres no tienes nada que temer!" Y exclamó él: "¡Que venga a verme ahora!" Y amontonó a un lado su magnífico capote de marta, su cinturón, su puñal de plata y oro y el resto de su ropa, ocultando en los pliegues la bolsa con los mil dinares.

Y le dijo la vieja: "No conviene dejar en el vestíbulo todas estas cosas tentadoras. ¡Voy a ponerlas en lugar seguro!" E hizo un lío con todo aquello, como había hecho con la ropa de la jovencita, y abandonando al joven mercader lo encerró con llave, cogió debajo de la escalera el primer lío y salió sin ruido de la casa, llevándoselo todo.

Una vez en la calle, empezó por poner, efectivamente, en lugar seguro los dos líos, depositándolos en casa de un mercader de especias conocido suyo, y volvió a casa del tintorero libidinoso, que la esperaba con impaciencia, y hubo de preguntarle en cuanto la divisó: "¿Que hay, tía mía? ¡Inschalah creo que te habrá convenido mi casa! Ella contestó: "¡Tu casa es una casa bendita! Estoy satisfecha hasta el límite de la satisfacción. ¡Ahora voy a buscar a un cargador para que transporte nuestros muebles y nuestros efectos! Pero como estoy tan ocupada y mis hijos no han comido nada desde esta mañana, aquí tienes un dinar, que te ruego admitas, para comprarles con él una empanada rellena y cubierta con picadillo de carne, y ve a la casa para almorzar con ellos y hacerles compañía". El tintorero contestó: "Pero ¿quién tendrá, mientras, cuidado de mi tienda, y de los efectos de mis clientes?" Ella dijo: "¡Por Alah! ¡tu dependiente!"

Él contestó: "¡Sea!" Y cogió un plato y una fuente y se marchó para comprar y llevar la consabida empanada rellena. ¡Y he aquí lo referente al tintorero, al que, por cierto, volveremos a encontrar!

Pero en cuanto a Dalila la Taimada, corrió a recoger los dos líos que había dejado en casa del tendero de especias, y regresó inmediatamente a la tintorería para decir al mozo del tintorero: "¡Tu amo me manda a decirte que vayas a reunirte con él en casa del fabricante de empanadas! Yo cuidaré de la tienda hasta tu regreso. ¡No tardes!"

El mozo contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y salió de la tienda, en tanto que la vieja se dedicaba a meter mano en los efectos de los clientes y en cuanto pudo coger de la tienda. Mientras estaba ella ocupada en aquello, acertó a pasar por allí con un burro un arriero que desde hacía una semana no encontraba trabajo y que era un terrible tragador de haschisch. Y la vieja zorra le llamó, gritando: "¡Eh, arriero, ven!" Y el arriero se paró a la puerta con su burro, y la vieja le preguntó: "¿Conoces a mi hijo el tintorero?" El otro contestó: "¡Ya Alah! ¿quién le conocerá mejor que yo, ¡oh mi ama!?"

Ella le dijo: "Entonces has de saber ¡oh arriero de bendición! que el pobre mozo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 437ª NOCHE

Ella dijo:

"...Entonces has de saber ¡oh arriero de bendición! que el pobre mozo es insolvente, y siempre que le han metido en la cárcel conseguí sacarle de ella. Pero hoy, para acabar de una vez quiero que se declare en quiebra al fin. Y en este momento estaba dedicándome a recoger los efectos de los clientes para llevárselos a sus propietarios. Deseo, pues, que me prestes tu borrico para cargarle con todas estas ropas, y aquí tienes un dinar por el alquiler del asno.

Mientras yo vuelvo, dedícate tú aquí a desbaratarlo todo, rompiendo las cubas de tinta y destruyendo las tinas, con objeto de que cuando venga la gente enviada por el kadí para comprobar la quiebra no encuentre en la tienda nada que llevarse".

El arriero contestó: "¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos, ¡oh mi ama! Porque tu hijo, el maestro tintorero, me colmó de mercedes, y como le estoy agradecido, quiero hacerle de balde este servicio y romper y destruir todo lo de la tienda, ¡por Alah!"

Entonces le dejó la vieja, y después de cargar todo encima del burro, se encaminó a su casa, llevando del ronzal al asno.

Con la ayuda y protección del Protector, llegó sin incidentes a su casa y entró a ver a su hija Zeinab, que estaba en ascuas esperándola, y que le dijo: "¡Contigo estuvo mi corazón, oh madre mía! ¿Cuántos chascos has dado? Dalila contestó: "¡En este primer día he jugado cuatro malas pasadas a cuatro personas: un mercader joven, la esposa de un capitán terrible, un tintorero libidinoso y un arriero! ¡Y te traigo todas sus ropas y efectos en el asno del arriero!

Y exclamó Zeinab: "¡Oh madre mía! ¡en lo sucesivo no vas a poder circular por Bagdad a causa del capitán, a quien dejaste desnudo, del tintorero a quien arrebataste los efectos de sus clientes, y del arriero amo del burro!" Dalila contestó: "¡Bah! ¡todos me tienen sin cuidado, menos el arriero, que me conoce!" Y he aquí lo que por el momento concierne a Dalila.

En cuanto al maestro tintorero, una vez que hubo comprado las consabidas empanadas rellenas, se las dio a su mozo y tomó con él el camino de su casa, pasando de nuevo por delante de su tintorería. ¡Y he aquí lo que pasó! Vio al arriero en la tienda dedicado a demolerlo todo y romper las cubas grandes y las tinas; y ya no era la tienda más que un montón de escombros y de barro azul que corría por todas partes. Y exclamó al ver aquello: "¡Detente, oh arriero!" Y el arriero interrumpió su tarea, y dijo el tintorero: "¡Loores a Alah por tu salida de la cárcel, ¡oh maestro tintorero! ¡Contigo estaba mi corazón verdaderamente!"

El otro preguntó: "¿Qué dices, ¡oh arriero! y qué significa todo esto?" El arriero dijo: "¡Durante tu ausencia se ha declarado tu quiebra!" Con el gaznate apretado y los labios temblorosos y los ojos desorbitados, preguntó el tintorero: "¿Quién te lo ha dicho?" El arriero replicó: "¡Me lo ha dicho tu propia madre, y por interés tuyo me ha ordenado que lo destruyera todo y lo rompiera todo aquí, para que los enviados del kadí no puedan llevarse nada!"

En el límite de la estupefacción, contestó el tintorero: "¡Alah confunda al Lejano-Maligno! ¡Hace ya mucho tiempo que está muerta mi madre!" Y se dio en el pecho fuertes golpes, gritando con toda su alma: "¡Ay! ¡he perdido lo mío y lo de mis clientes!" Y el arriero, por su parte, empezó a llorar y a gritar: "¡Ay! ¡he perdido mi borrico!" Luego dijo al tintorero: "¡Oh tintorero de mi trasero, devuélveme mi borrico, que me lo ha robado tu madre!"

Y el tintorero se arrojó sobre el arriero, lo cogió por la nuca y empezó a molerle a puñetazos, exclamando: "¿Dónde está tu zorra vieja?" Pero el arriero se puso a gritar desde el fondo de sus entrañas: "¡Mi borrico! ¿dónde está mi borrico? ¡Devuélveme mi borrico!"

Y vinieron a las manos ambos, mordiéndose, insultándose, administrándose golpes a cual más, y cabezazos en el estómago y tratando cada uno de agarrar por los compañones al adversario para espachurrárselos entre los dedos.

Entretanto, se aglomeraba alrededor de ellos una multitud que iba engrosando más cada vez; y por fin lograron separarlos, aunque no ilesos, y preguntó al tintorero uno de los circunstantes: "¡Ya Hagg-Mohammad! ¿qué ha pasado entre vosotros?" Pero el arriero se apresuró a contestar contando a voces su historia, y terminó así: "¡Yo todo lo hice por servir al tintorero!"

Entonces preguntaron al tintorero: "¡Ya Hagg-Mohammad! ¡tú, sin duda, conocerás a esa vieja para confiarle de ese modo la custodia de tu tienda!" El interpelado contestó: "¡Hasta hoy no la conocí! ¡Pero ha ido a habitar en mi casa con su hijo y su hija!" Entonces opinó uno de los circunstantes: "¡Yo creo en conciencia que el tintorero debe responder por el asno del arriero; porque si el arriero no advirtiese que el tintorero había confiado la custodia de su tienda a la vieja, no hubiera él a su vez confiado a tal vieja su burro!" Y añadió un tercero: "¡Ya Hagg-Mohammad! ¡desde el momento en que alojaste a esa vieja en tu casa, debes devolver al arriero el borrico o pagarle una indemnización!"

Luego, con los dos adversarios, se encaminaron todos a casa del tintorero. ¡Eso fue todo!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 438ª NOCHE

Ella dijo:

¡Eso fue todo!

¡Pero he aquí ahora lo que respecta a la jovenzuela y al joven mercader!

Mientras el joven mercader esperaba en el vestíbulo la llegada de la jovenzuela para examinarla, ésta por su parte, esperaba en la habitación de arriba a que la vieja santa regresase con el permiso del idiota representante del Padre-de-los-Asaltos, a fin de visitar al Padre-de-los-Asaltos ella. Pero como la vieja tardaba en volver, la bella Khatún salió de la habitación y bajó la escalera, vestida solamente con su sencilla camisa fina. Entonces oyó en el vestíbulo al joven mercader, quien al reconocer el tintineo de los cascabeles que no pudo ella quitarse de los tobillos, le decía: "¡Date prisa y ven aquí con tu madre, que te trajo para casarte conmigo!" Pero la joven contestó: "¡Mi madre ha muerto! ¡Eres el idiota!, ¿verdad? ¿Y no eres también el representante del Padre-de-los-Asaltos?" Él contestó inmediatamente: "¡No, ¡por Alah! ¡oh ojos míos! no estoy todavía idiota del todo. ¡En cuanto a lo de ser Padre-de-los-Asaltos, estoy reputado como tal!" Al oír estas palabras no supo cómo comportarse la ruborizada jovenzuela, y a pesar de las objeciones del joven mercader, a quien seguía tomando ella por el idiota representante del Multiplicador-de-los-Embarazos, resolvió esperar en la escalera a que se presentase la santa vieja.

Mientras tanto, llegó la gente que acompañaba al tintorero y al arriero; y llamaron a la puerta y estuvieron mucho tiempo esperando que les abriesen desde dentro. Pero como no contestaba nadie, echaron la puerta abajo y se precipitaron primeramente al vestíbulo, donde vieron al joven mercader completamente desnudo y tratando de ocultar y abarcar con las dos manos su mercancía al aire. Y le dijo el tintorero: ¡Ah, hijo de zorra! ¿dónde está tu calamitosa madre?"

El otro contestó: "¡Hace ya mucho tiempo que murió mi madre! La vieja que vive en esta casa sólo es mi futura suegra. Y contó al tintorero y al arriero y a toda la muchedumbre su historia con todo género de detalles. Y añadió: "¡En cuanto a la joven que yo debía contemplar, está ahí detrás de esa puerta!"

Al oír estas palabras derribaron la puerta y encontraron detrás a la asustada jovenzuela, que con sólo la camisa procuraba cubrir hasta lo más abajo posible sus muslos de gloria. Y el tintorero le preguntó: "¡Ah hija adulterina! ¿dónde está tu madre, la alcahueta?" Ella contestó muy avergonzada: "Mi madre murió hace mucho tiempo. ¡Pero la vieja que me condujo aquí es una santa al servicio de mi señor el jeique Multiplicador!"

Al oír estas palabras, todos los circunstantes, incluso el tintorero, a pesar de su tienda destruida, y el arriero, a pesar de su borrico robado, y el joven mercader, a pesar de la pérdida de su bolsa y sus trajes, se echaron a reír de tal manera, que se cayeron de trasero.

Después, comprendiendo que la vieja se había burlado de ellos, los tres chasqueados por ella decidieron vengarse; y empezaron por dar ropa a la asustada jovenzuela, que se vistió y apresuróse a regresar a su casa, donde volveremos a encontrarla al retorno del viaje de su esposo.

En cuanto al tintorero Hagg-Mohammad y al arriero, se reconciliaron, pidiéndose perdones mutuamente, y en compañía del joven mercader fueron en busca del walí de la ciudad, el emir Khaled, a quien contaron su aventura, demandando de él venganza contra la vieja calamitosa.

Y les contesto el wali: ¡Oh, que historia tan prodigiosa me contáis, buena gente!" Ellos contestaron: "¡Oh amo nuestro! ¡por Alah, y por la vida de la cabeza del Emir de los Creyentes, que no te decimos más que la verdad!"

Y les dijo el Walí: "¡Oh buena gente! ¿cómo queréis que encuentre a una vieja determinada entre todas las viejas de Bagdad? ¡Ya sabéis que no podemos mandar que nuestros hombres recorran los harenes levantando el velo a las mujeres!"

Ellos exclamaron: "¡Qué calamidad! ¡ay de mi tienda!; ¡ay de mi burro!; ¡ay de mi bolsa con mil dinares!" Entonces, compadecido de su suerte, les dijo el walí: "¡Oh buena gente! ¡recorred toda la ciudad y procurad encontrar a esa vieja y capturarla! Y si lo conseguís, ¡os prometo que la someteré a tortura en honor vuestro, y la obligaré a que declare!"

Y las tres víctimas de Dalila la Taimada se dispersaron en diferentes direcciones, a la busca y captura de la maldita vieja. ¡Y los dejaremos por el comento, pues ya volveremos a encontrarlos!

En cuanto a la vieja Dalila la Taimada, dijo a su hija Zeinab: "¡Oh hija mía, todo esto no es nada! ¡Voy a hacer algo mejor!" Y le dijo Zeinab: "¡Oh madre mía, tengo miedo por ti ahora!" La vieja contestó: "No temas nada por mi suerte. ¡Soy como el haba en su vaina, invulnerable por el fuego y por el agua!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 439ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Soy como el haba en su vaina, invulnerable por el fuego y por el agua!" Y se levantó, quitóse sus vestiduras de sufi para ponerse un traje de servidora entre las servidoras de los ricos, y salió reeditando la nueva fechoría que iba a perpetrar en Bagdad.

Y llegó de tal modo a una calle retirada, muy adornada y empavesada a todo lo largo y a todo lo ancho con telas hermosas y linternas multicolores; y el suelo estaba cubierto de ricas alfombras. Y oyó dentro voces de cantarinas y tamborilazos de dufufs y golpetear de darabukas sonoras y estridor de címbalos. Y vio en la puerta de la morada empavesada a una esclava que llevaba a horcajadas en su hombro un tierno niño vestido con telas espléndidas de tisú de oro y plata, y tocado con un tarbush rojo adornado con tres sartas de perlas, llevando al cuello un collar de oro incrustado de pedrerías y con los hombros cubiertos por una manteleta de brocado.

Y los curiosos e invitados que entraban y salían la enteraron de que aquella casa pertenecía al síndico de los mercaderes de Bagdad y que aquel niño era hijo suyo. Y también se enteró que el síndico tenía una hija virgen y púber, cuyos esponsales se celebraban aquel día precisamente; y tal era el motivo de semejante alarde de ornamentación. Y como la madre del niño estaba muy ocupada en recibir a las damas invitadas por ella y hacerles los honores de su casa, había confiado el niño, que la importunaba pegándosele a las faldas de continuo, a aquella joven esclava recomendándole que le distrajera y jugara con él hasta que las invitadas se marchasen. Cuando la vieja Dalila vio a aquel niño montado en el hombro de la esclava y se informó con respecto a los padres y a la ceremonia que tenía lugar, dijo para sí: "¡Oh, Dalila, lo que tienes que hacer por el momento es escamotear a ese niño, arrebatándoselo a esa esclava!" Y se adelantó hacia ella, exclamando: "¡Qué vergüenza para mí haber llegado con tanto retraso a casa de la digna esposa del síndico!" Luego dijo a la esclava, que era una infeliz, poniéndole en la mano una moneda falsa: "¡Aquí tienes un dinar por el trabajo! Sube, hija mía, en busca de tu ama y dile: "¡Tu vieja nodriza Omm Al-Khayr te felicita de muy buen grado, como cumple a quien tantas bondades tiene que agradecerte! ¡Y el día de la gran reunión vendrá a verte con sus hijas, y no dejará de poner generosas ofrendas nupciales, como es costumbre, en manos de las azafatas!"

La esclava contestó: "Mi buena madre, con mucho gusto cumpliría tu encargo; pero mi amo pequeño, que es este niño, cada vez que ve a su madre no quiere separarse de ella y se coge a sus vestidos". La vieja contestó: "¡Pues déjale conmigo mientras vas y vienes!" Y la esclava se guardó la moneda falsa y entregó el niño a la vieja para subir inmediatamente a cumplir su encargo.

En cuanto a la vieja, se apresuró a huir con el niño, metiéndose en una callejuela oscura, donde le quitó todas las cosas preciosas que llevaba él encima y dijo para sí: "¡Todavía no lo has hecho todo, ¡oh Dalila! ¡Si verdaderamente eres sutil entre las sutiles, hay que sacar de este monigote todo el partido posible, negociándole, por ejemplo, para proporcionarte una cantidad respetable!"

Cuando se le ocurrió aquella idea, saltó sobre ambos pies y fue al zoco de los joyeros, donde vio en una tienda a un gran lapidario judío que estaba sentado detrás de su mostrador; y entró en la tienda del judío, diciéndose: "¡Ya hice negocio!" Cuando el judío la vio por sus propios ojos entrar, miró al niño que llevaba ella y conoció al hijo del síndico de los mercaderes. Y aunque muy rico, aquel judío no dejaba de envidiar a sus vecinos cuando hacían una venta si, por casualidad, no hacía él otra en el mismo momento. Así es que, muy contento con la llegada de la vieja, le preguntó: "¿Qué deseas, ¡oh mi ama!?" Ella contestó: "Eres maese Izra el judío?"

Él contestó: "¡Naam!" Ella le dijo: "La hermana de este niño, hija del schahbandar de los mercaderes, se ha casado hoy, y en este momento se celebra la ceremonia de los esponsales. ¡Y he aquí que necesita ciertas alhajas, como dos pares de pulseras de oro para los tobillos, un par de brazaletes corrientes de oro, un par de arracadas de perlas, un cinturón de oro afiligranado, un puñal con puño de jade incrustado de rubíes y una sortija de sello!" Enseguida se apresuró el judío a darle lo que pedía, y cuyo precio se elevaba a mil dinares de oro, por lo menos. Y Dalila le dijo: "¡Me lo llevo todo esto con la condición de que mi ama escoja en casa lo que mejor le parezca! Luego volveré para traerte el importe de lo que escoja. Mientras tanto, ¡quédate con el niño hasta que yo vuelva!" El judío contestó: "¡Como gustes!" Y se llevó ella las joyas, dándose prisa por llegar a su casa.

Cuando la joven Zeinab la Embustera vio a su madre, le dijo: `¿Qué hazaña acabas de emprender, ¡oh madre mía!?" La vieja contestó: "Por esta vez solamente una nimiedad. ¡Me he contentado con robar y desvalijar al hijo pequeño del schahbandar de los mercaderes, dejándolo en prenda por varias alhajas que valdrán mil dinares, en casa del judío Izra!"

Entonces exclamó su hija: "¡Esta vez es seguro que se acabó ya todo para nosotras! ¡No vas a poder salir y circular por Bagdad!" La vieja contestó: "¡Todo lo que hice no es nada, ni siquiera la milésima parte de lo que pienso hacer! ¡No tengas por mí ningún cuidado, hija mía!"

Volviendo a la infeliz esclava joven, es el caso que entró en la sala de recepción y dijo: "¡Oh ama mía, tu nodriza Omm Al-Khayr te envía sus zalemas y sus votos y te felicita, diciendo que vendrá aquí con sus hijas el día del matrimonio y será generosa con las azafatas!"

Su ama le preguntó: "¿Dónde dejaste a tu amo pequeño?" La esclava contestó: "¡Lo he dejado con ella para que no se agarrase a ti! ¡y aquí tienes una moneda de oro que me dio tu nodriza para las cantarinas!" Y ofreció la moneda a la cantarina principal, diciendo: "¡He aquí el aguinaldo!" Y la cantarina cogió la moneda y vio que era de cobre. Entonces gritó el ama a la servidora: "¡Ah, perra! ¡vete ya a buscar a tu amo pequeño!" Y la esclava apresuróse a bajar; pero no encontró ya ni al niño ni a la vieja. Entonces lanzó un grito estridente y se cayó de bruces, mientras acudían todas las mujeres de arriba, tornándose la alegría en duelo dentro de sus corazones. Y he aquí que precisamente entonces llegaba el propio síndico y su esposa, con el semblante demudado de emoción, se apresuró a ponerle al corriente de lo que acababa de pasar. Al punto salió el padre en busca del niño, seguido por todos los mercaderes a quienes había invitado, que por su parte se pusieron a hacer pesquisas en todas direcciones. Y después de mil incidencias, acabó el síndico por encontrar al niño casi desnudo a la puerta de la tienda del judío y loco de alegría y de cólera se precipitó sobre el judío gritando: "¡Mi maldito! ¿Qué querías hacer con mi hijo? ¿Y por qué le has quitado sus vestidos?"

Temblando y en el límite de la estupefacción, contestó el judío: "¡Por Alah, ¡oh mi amo! que yo no tenía necesidad de semejante rehén! ¡Pero la vieja se empeñó en dejármelo tras de haberse llevado para tu hija alhajas por valor de mil dinares!"

El síndico exclamó, cada vez más indignado: "¿Pero crees, maldito, que mi hija no tiene alhajas y necesita recurrir a ti? ¡Devuélveme ahora los vestidos y adornos que le quitaste a mi hijo! Al oír estas palabras, exclamó el judío, aterrado: "¡Socorro, oh musulmanes!" Y precisamente, viniendo de diferentes direcciones, aparecieron en aquel momento los tres chasqueados antes: el arriero, el joven mercader y el tintorero. Y se informaron de la cosa, y al enterarse de lo que se trataba, no dudaron ni por un instante que aquello era una nueva hazaña de la vieja calamitosa y exclamaron: "¡Nosotros conocemos a la vieja! ¡Es una estafadora que nos ha engañado antes que a vosotros!"

Y contaron su historia a los presentes, que se quedaron estupefactos, y el síndico exclamó, conformándose: "Después de todo, ¡he tenido suerte al encontrar a mi hijo! ¡Ya no quiero preocuparme de sus ropas perdidas, pues que bien valen su rescate! ¡Pero me gustaría poder reclamárselas a la vieja!" Y no quiso faltar más de su casa, y corrió a participar con su esposa de la alegría de haber recuperado su hijo.

En cuanto al judío, preguntó a los otros tres: "¿Qué pensáis hacer ahora?" Le contestaron: "¡Vamos a continuar nuestras pesquisas!" Él les dijo: "¡Llevadme con vosotros!" Luego preguntó: "¿Hay entre vosotros alguno que la conociera antes de esta hazaña?"

El arriero contestó: "¡Yo!"

El judío dijo: "¡Entonces vale más que no vayamos juntos y que hagamos pesquisas por separado para no ponerla alerta!" Entonces contestó el arriero: "¡Muy bien!; y para encontrarnos, nos citaremos a mediodía en la tienda del barbero moghrabín Hagg-Mass'ud!" Se citaron, y cada uno púsose en camino por su parte.

Pero estaba escrito que el arriero sería el primero que se encontrase con la vieja taimada...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 441ª NOCHE

Ella dijo:

...Pero estaba escrito que el arriero sería el primero que se encontrase con la vieja taimada, mientras recorría ella la ciudad en busca de alguna nueva estratagema. En efecto, no bien la divisó el arriero, la reconoció, a pesar de su disfraz, y se abalanzó a ella, gritando: "¡Maldita seas, vieja decrépita, astilla seca! ¡Por fin te encuentro!" Ella preguntó: ¿Qué te ocurre hijo mío?"

El exclamó: "¡El burro! ¡Devuélveme el burro!"

Ella contestó con voz enternecida: "¡Hijo mío, habla bajo y cubre lo que Alah ha cubierto con su velo! ¡Veamos! ¿Qué pides? ¿Tu burro o los efectos de los otros?"

Él contestó: "¡Mi burro solamente!"

Ella dijo: "Hijo mío, sé que eres pobre y no he querido, por tanto, privarte de tu burro. Le he dejado en casa del barbero moghrabín Hagg-Mass'ud, que tiene su tienda ahí enfrente. Voy a buscarle ahora mismo y a rogarle que me entregue el asno. ¡Espérame un instante!" Y se adelantó a él, y entró llorando en casa del barbero Hagg-Mass'ud, le cogió de la mano, y dijo: "¡Ay de mí!"

El barbero le preguntó: "¿Qué te pasa, buena tía?" Ella contestó: "¿No ves a mi hijo que está de pie ahí enfrente de tu tienda? Tenía el oficio de arriero conductor de burros. Pero cayó malo un día a consecuencia de un aire que le corrompió y trastornó la sangre, ¡y ha perdido la razón y se ha vuelto loco! Desde entonces no cesa de pedirme su asno. Al levantarse, grita: "¡Mi burro!"; al acostarse, grita: "¡Mi burro!", vaya por donde vaya, grita: "¡Mi burro!" Y he aquí que me ha dicho el médico entre los médicos: "Tu hijo tiene la razón dislocada y en peligro. ¡Y nada podrá curarle y volverle a ella, como no le saquen las dos últimas muelas de la boca y le cautericen en las sienes con dos cantáridas o con un hierro candente! Aquí tienes, pues, un dinar por tu trabajo, y llámale y dile: "Tengo tu burro en mi casa. ¡Ven!".

Al oír estas palabras contestó el barbero: "¡Que me quede un año sin comer si no le pongo su burro entre las manos, tía mía!" Luego, como tenía a su servicio dos oficiales de barberos acostumbrados a todos los trabajos propios del oficio, dijo a uno de ellos: "¡Pon al rojo dos clavos!" Después gritó al arriero: "¡Oye, hijo mío, ven aquí! ¡Tengo tu burro en mi casa!" Y al tiempo que el arriero entraba en la tienda, salía la vieja y se paraba a la puerta.

Así, pues, una vez que hubo entrado el arriero, el barbero le cogió de la mano y le llevó a la trastienda, dentro de la cual le aplicó un puñetazo en el vientre, echándole la zancadilla, y le hizo caer de espalda en el suelo, donde los dos ayudantes le agarrotaron sólidamente pies y manos y le impidieron hacer el menor movimiento. Entonces se levantó el maestro barbero y empezó por meterle en el gaznate dos tenazas como las de los herreros, que le servían para dominar los dientes recalcitrantes; luego, dando una vuelta a las tenazas le extirpó las dos muelas a la vez. Tras de lo cual, a pesar de los rugidos y contorsiones del paciente, cogió con unas pinzas, uno después de otro, los dos clavos al rojo, y le cauterizó a conciencia las sienes, invocando el nombre de Alah para que la cosa tuviese éxito.

Cuando el barbero hubo terminado ambas operaciones, dijo al arriero: "¡Ualahí!" ¡bien contenta estará de mí tu madre! ¡Voy a llamarla para que compruebe la eficacia de mi trabajo y tu curación!" Y en tanto que el arriero se debatía entre los puños de los ayudantes, el barbero entró en su tienda y allí... ¡vio que la tienda estaba vacía y limpia como por una ráfaga de viento! ¡No quedaba ya nada! ¡Navajas, espejos de nácar de mano, tijeras, suavizadores, bacías, jarros, paños, taburetes, todo había desaparecido! ¡No quedaba ya nada! ¡Ni la sombra de todo aquello! ¡Y también había desaparecido la vieja! ¡Nada! ¡Ni siquiera el olor de la vieja! Y además, la tienda estaba muy barrida y regada, como si acabasen de alquilarla de nuevo en aquel instante.

Al ver aquello, el barbero, en el límite del furor, se precipitó a la trastienda, y cogiendo por el cuello al arriero, le zarandeó como a una banasta, y le gritó: "¿Dónde está la alcahueta de tu madre?"

Loco de dolor y de rabia, le dijo el pobre arriero: "¡Ah hijo de mil zorras! ¿Mi madre? ¡Pero si mi madre está en el país de Alah!" El otro siguió zarandeándole, y le gritó: "¿Dónde está la vieja zorra que te trajo aquí y que se ha ido después de haberme robado toda la tienda?" Iba el arriero a responder, agitado su cuerpo por temblores, cuando de pronto entraron en la tienda, de vuelta de sus pesquisas infructuosas, los otros tres chasqueados: el tintorero, el joven mercader y el judío. Y los vieron riñendo, al barbero con los ojos fuera de las órbitas y al arriero con las sienes cauterizadas e hinchadas por dos anchas ampollas, y con los labios espumeantes de sangre, y colgándole aún a ambos lados de la boca las dos muelas. Entonces exclamaron: "¿Qué sucede?" Y el arriero gritó con todas sus fuerzas: "¡Oh musulmanes, justicia contra este marica!"

Y les contó lo que acababa de ocurrir. Entonces preguntaron al barbero: "¿Por qué has obrado así con este arriero, ¡oh maese Massud!?"

Y el barbero les contó a su vez cómo acababa la vieja de limpiarle la tienda. A la sazón ya no dudaron que era también la vieja quien había hecho aquel nuevo desaguisado, y exclamaron: "¡Por Alah, la causante de todo es la vieja maldita!" Y acabaron por explicarse todo y ponerse de acuerdo. Entonces el barbero se apresuró a cerrar su tienda, uniéndose a los cuatro burlados para ayudarles en sus pesquisas. Y el pobre arriero no cesaba de gimotear: "¡Ay de mi burro! ¡Ay de mis muelas perdidas!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 442ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Ay de mi burro! ¡Ay de mis muelas perdidas!"

De esta manera estuvieron recorriendo durante mucho tiempo los diversos barrios de la ciudad; pero de improviso, al volver una esquina el arriero fue también el primero en divisar y reconocer a Dalila la Taimada, cuyo nombre y cuya vivienda ignoraban todos ellos. Y no bien la vio, se abalanzó a ella el arriero, gritando: "¡Hela aquí! ¡Ahora va pagarnos todo!" Y la arrastraron a casa del walí de la ciudad, que era el emir Khaled.

Llegados que fueron al palacio del walí, entregaron la vieja a los guardias, y les dijeron: "¡Queremos ver al walí! Los guardias contestaron: "Está durmiendo la siesta. ¡Esperad un poco a que se despierte! Y los cinco querellantes esperaron en el patio, mientras los guardias hacían entrega de la vieja a los eunucos para que la encerraran en un cuarto del harén hasta que se despertase el walí.

En cuanto llegó al harén, la vieja taimada consiguió escurrirse hasta el aposento de la esposa del walí, y después de las zalemas y de besarla la mano, dijo a la dama, que estaba lejos de suponer la verdad: ¡Oh ama mía, desearía ver a nuestro amo el walí!" La dama contestó: "¡El walí está durmiendo la siesta! Pero, ¿qué quieres de él?" La vieja dijo: "Mi marido, que es mercader de muebles y esclavos, antes de partir para un viaje me entregó cinco mamelucos con encargo de vendérselos al mejor postor. Y precisamente los vio conmigo nuestro amo el walí, y me ofreció por ellos mil doscientos dinares, consintiendo yo en dejárselos por ese precio. ¡Y vengo ahora a entregárselos!" Y he aquí que, efectivamente, el walí tenía necesidad de esclavos, y la misma víspera, sin ir más lejos, había dado a su esposa mil dinares para que los comprara. Así es que no dudó ella de las palabras de la vieja, y le preguntó: "¿Dónde están los cinco esclavos?" La vieja contestó: "¡Ahí, en el patio del palacio, debajo de tus ventanas!" Y la dama se asomó al patio y vio a los cinco chasqueados que esperaban a que el walí se despertase. Entonces dijo: "¡Por Alah! ¡son muy hermosos, y especialmente uno de ellos vale él sólo los mil dinares!" Luego abrió su cofre y entregó a la vieja mil dinares, diciéndole: "Mi buena madre, te debo todavía doscientos dinares para completar el precio. Pero, como no los tengo, espérate a que se despierte el walí". La vieja contestó: "¡Oh ama mía!

¡de esos doscientos dinares te rebajo ciento en gracia a la jarra de jarabe que me has dado a beber, y ya me pagarás los otros ciento en mi próxima visita! ¡Ahora te ruego que me hagas salir del palacio por la puerta reservada para el harén, con el fin de que no me vean mis antiguos esclavos!" Y la esposa del walí la hizo salir por la puerta secreta, y el Protector la protegió y la dejó llegar sin obstáculos a su casa.

Cuando la vio entrar su hija Zeinab, le preguntó: "¡Oh, madre mía!, ¿qué hiciste hoy?" La vieja contestó: "Hija mía, he jugado una mala pasada a la esposa del walí, vendiéndole por mil dinares, como esclavos, ¡al arriero, al tintorero, al judío, al barbero y al joven mercader! Sin embargo, hija mía, entre todos ellos no hay más que uno que me preocupe y cuya perspicacia temo: ¡el arriero! ¡Siempre me reconoce ese hijo de zorra!" Y le dijo su hija: "¡Entonces, madre mía, déjate ya de salidas!" Cuida ahora de la casa, y no olvides el proverbio que dice:

¡No es cierto que el jarro no se rompa nunca, por mucho que le tiren!

Y trató de convencer a su madre de que no saliese en lo sucesivo; pero inútilmente.

¡He aquí lo que les ocurrió a los cinco! Cuando el walí se despertó de su siesta, le dijo su esposa: "¡Ojalá te haya endulzado la dulzura del sueño! ¡Me tienes muy contenta con los cinco esclavos que compraste!"

El preguntó: "¿Qué esclavos?" Ella dijo: "¿Por qué me lo quieres ocultar? ¡Así te engañen ellos como tú me engañas!" Él dijo: "¡Por Alah, que no he comprado esclavos! ¿Quién te ha informado tan mal?" Ella contestó: "¡La misma vieja a quien se los compraste por mil doscientos dinares los trajo aquí y me lo enseñó en el patio, vestido cada cual con un traje que por sí solo vale mil dinares!" El preguntó: "¿Y le has dado el dinero?" Ella dijo: "¡Si, por Alah!" Entonces el walí bajó al patio, donde no vio a nadie más que al arriero, al barbero, al judío, al joven mercader y al tintorero, y preguntó a sus guardias: "¿Dónde están los cinco esclavos que la vieja comerciante acaba de vender a vuestra ama?" Le contestaron: "¡Durante toda la siesta de nuestro amo, no hemos visto más que a esos cinco que están ahí!" Entonces el walí se encaró con los cinco y les dijo: "¡Vuestra ama, la vieja, acaba de venderos a mí por mil dinares! ¡Vais a dar comienzo a vuestro trabajo limpiando los pozos negros!" Al oír estas palabras, exclamaron los cinco querellantes, en el límite de la estupefacción: "¡Si así es como haces justicia, no nos queda más remedio que recurrir a nuestro amo el califa para quejarnos de ti! ¡Somos hombres libres que no se nos puede vender ni comprar! ¡Yalah! ¡Ven con nosotros a ver al califa! ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 443ª NOCHE

Ella dijo:

"...¡Yalah! ¡Ven con nosotros a ver al califa!" Entonces el walí les dijo: "¡Si no sois esclavos, seréis estafadores y ladrones! ¡Porque vosotros fuisteis quienes trajisteis a la vieja y combinasteis con ella semejante estafa! Pero ¡por Alah, que a mi vez os venderé a extranjeros por cien dinares cada uno!"

Mientras tanto, entró en el patio del palacio el capitán Azote de-las-Calles, que venía a querellarse ante el walí de la aventura acaecida a su esposa la jovenzuela. Porque, al regreso de su viaje, había visto en cama a su esposa, enferma de vergüenza y de emoción, y por ella había sabido cuanto le sucedió, y añadió ella: "¡Todo esto me ha pasado sólo por culpa de tus palabras duras, que me decidieron a recurrir a los buenos oficios del jeique Multiplicador!"

Así es que cuando el capitán Azote divisó al walí, hubo de gritarle: "¿Eres tú quien así permite que las viejas alcahuetas penetren en los harenes y estafen a las esposas de los emires? ¿Para eso nada más tienes tu oficio? Pero ¡por Alah!, que te hago responsable de la estafa cometida conmigo y de los daños y perjuicios causados a mi esposa!"

Al oír estas palabras del capitán Azote-de-las-Calles, los cinco exclamaron: "¡Oh, emir! ¡Oh valiente capitán Azote! ¡También nosotros ponemos nuestro pleito entre tus manos!" Y les preguntó él: "¿Qué tenéis que reclamar también vosotros?" Entonces le contaron ellos toda su historia, que es inútil repetir. Y les dijo el capitán Azote: "¡Ciertamente, también fuisteis burlados vosotros! ¡Y está muy equivocado ahora el walí si cree que va a poder encarcelaros!"

Cuando el walí hubo oído todas estas palabras dijo al capitán Azote: "¡Oh emir! ¡De mi cuenta corre el pago de las indemnizaciones que te corresponden y la restitución de los efectos de tu esposa, y me comprometo a dar con la vieja estafadora!" Luego se encaró con los cinco, y les preguntó: "¿Quiénes de vosotros sabrá reconocer a la vieja?" El arriero contestó, coreado por los demás: "¡Todos sabremos reconocerla!" Y añadió el arriero: "¡Entre mil zorras la conocería yo por sus ojos azules y brillantes! ¡Danos solamente diez de tus guardias para que nos ayuden a apoderarnos de ella!" Y cuando el walí les dio los diez guardias pedidos salieron del palacio.

Y he aquí que apenas habían andado por la calle algunos pasos, con el arriero a la cabeza, cuando se tropezaron precisamente con la vieja que acababa de evadírseles. Pero consiguieron atraparla y le ataron las manos a la espalda y la arrastraron a presencia del walí, que le preguntó: "¿Qué has hecho de todas las cosas que robaste?" Ella contestó: "¿Yo? ¡Nunca he robado nada a nadie! ¡Y nada he visto ni comprendo lo que dices!" Entonces el walí se encaró con el celador mayor de las prisiones, y le dijo:

"¡Métela hasta mañana en el calabozo más húmedo que tengas!"

Pero contestó el carcelero: "¡Por Alah, que me guardaré muy mucho de cargar con semejante responsabilidad! ¡Estoy seguro de que sabrá dar con alguna estratagema para escaparse de mi custodia!"

Entonces se dijo el walí: "¡Lo mejor será tenerla expuesta a todas las miradas para que no pueda escaparse, y hacer que la vigilen durante toda esta noche para que podamos juzgarla mañana!" Y montó a caballo, y seguido por toda la banda hizo que la arrastraran fuera de las murallas de Bagdad y la ataran por los cabellos a un poste en pleno campo. Después, para tener mayor seguridad, encargó a los cinco querellantes que la vigilaran por sí mismos aquella noche hasta la mañana.

Así es que los cinco, principalmente el arriero, empezaron por vengar su resentimiento en ella motejándola con todos los dicterios que les sugerían las vejaciones y engaños sufridos por ellos. Pero como todo tiene fin, hasta el fondo del saco de maldiciones de un arriero, y la bacía de malicias de un barbero, y el túnel de ácidos de un tintorero, y como les tenía, además, rendidos la falta de sueño durante tres días y las emociones experimentadas, los cinco querellantes, una vez terminada su cena, acabaron por amodorrarse al pie del poste en que estaba sujeta por los cabellos Dalila la Taimada.

Y he aquí que ya había transcurrido gran parte de la noche, y alrededor del poste roncaban los cinco individuos, cuando acertaron a pasar por el paraje en que se hallaba presa Dalila dos beduinos a caballo, que iban al paso charlando uno con otro. Y la vieja oyó que cambiaban impresiones. Porque uno de los beduinos preguntaba a su compañero: "Oye; hermano, ¿qué es lo mejor que hiciste durante tu estancia en la maravillosa Bagdad?...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 444ª NOCHE

Ella dijo:

"...Oye, hermano, ¿qué es lo mejor que hiciste durante tu estancia en la maravillosa Bagdad? Después de una pausa, contestó el otro: "¡Por Alah! ¡he comido deliciosos buñuelos de miel y crema, que tanto me gustan! ¡Y ahí tienes lo mejor que hice en Bagdad!"

Entonces exclamó su interlocutor como venteando por el aire el olor de imaginarios buñuelos fritos en aceite y rellenos de crema y endulzados con miel: "¡Por el honor de los árabes, que ahora mismo me vuelvo a Bagdad para comer ese delicioso bocado que no probé en mi vida durante mis correrías por el desierto!". A la sazón, el beduino que ya había comido, buñuelos rellenos de crema y miel se despidió de su engolosinado compañero para seguir su camino, en tanto el otro, volviendo sobre sus pasos a Bagdad, llegaba al poste y descubría allí a Dalila atada por los cabellos y con los cinco hombres dormidos en torno suyo.

Al ver aquello, se aproximó a la vieja y le preguntó: "¿Qué te ocurre? ¿Y por qué estás ahí?" Ella dijo llorando: "¡Oh jeique de los árabes, bajo tu protección me pongo!" Dijo él: "¡No hay mayor Protector que Alah! Pero, ¿por qué estás atada a ese poste?" Ella contestó: "Has de saber, ¡oh jeique árabe! ¡oh honorabilísimo! que tengo por enemigo a un pastelero vendedor de buñuelos rellenos de crema y miel, que sin duda es el más reputado de Bagdad por lo a punto que confecciona y fríe esos buñuelos. Pues bien; para vengarme de una injuria que me había inferido, el otro día me acerqué a su mostrador y escupí en sus buñuelos. Entonces el pastelero fue a querellarse contra mí al walí el cual me condenó a estar atada a este poste y permanecer en él mientras no pueda comerme de una sentada diez bandejas enteramente llenas de buñuelos. Y mañana por la mañana es cuando deben presentarme las diez bandejas de buñuelos. Pero el caso es ¡por Alah! ¡oh jeique de los árabes! que a mi alma siempre la disgustaron todos los dulces, y principalmente es refractaria a los buñuelos rellenos de crema y miel. ¡Ay de mí!" Al oír estas palabras, exclamó el beduino: "¡Por el honor de los árabes! ¡no me separé de mi tribu y no volví a Bagdad más que para satisfacer mi deseo de buñuelos! ¡Si quieres, mi buena tía, yo me comeré por ti los de las bandejas!" Ella contestó: "¡No te dejarán, a no ser que estés atado en mi lugar a este poste! ¡Y como precisamente he llevado velado siempre el rostro, no me ha visto nadie ni sabrán adivinar el cambio! ¡No tienes más que trocar tus trajes por los míos después de desatarme!" El beduino, que no deseaba otra cosa, se apresuró a desatarla, y luego de cambiar de traje con ella, hizo que le atara al poste en lugar suyo, tras de lo cual, vestida con el albornoz del beduino y ceñida la cabeza con sus cordones negros de pelo de camello, la vieja saltó al caballo y desapareció en la lejanía camino de Bagdad.

Al día siguiente, cuando abrieron los ojos, los cinco recomenzaron con sus invectivas de la noche para dar los buenos días a la vieja. Pero les dijo el beduino: "¿Dónde están los buñuelos? ¡Mi estómago los anhela ardientemente!"

Al oír aquella voz, exclamaron los cinco: "¡Por Alah! ¡si es un hombre! ¡Y habla como los beduinos!"

Y el arriero saltó sobre sus pies y se acercó a él, y le preguntó: "¡Ya Badawi! ¿qué haces ahí? ¿Y cómo te atreviste a desatar a la vieja?"

El interpelado contestó: "¿Dónde están los buñuelos? ¡En toda la noche no he comido! ¡Sobre todo, no economicéis la miel! Ella, la pobre vieja, tenía un alma que aborrecía las confituras; pero a la mía le gustan mucho".

Al oír estas palabras, comprendieron los cinco que, como a ellos, también había chasqueado la vieja al beduino, y después de golpearse la cara con fuerza en su desesperación, exclamaron: "¡Nadie puede rehuir su Destino ni evitar que se cumpla lo que está escrito por Alah!"

Y mientras permanecían indecisos sin saber qué hacer, llegó el walí acompañado de sus guardias al paraje en que se encontraban y se acercó al poste. Entonces le preguntó el beduino: "¿Dónde están las bandejas con buñuelos de miel?" Al oír estas palabras, el walí alzó la vista hacia el poste y vio al beduino en lugar de la vieja; y preguntó a los cinco: "¿Qué es esto?"

Le contestaron: "¡Es el Destino!" Y añadieron: "La vieja se escapó embaucando a este beduino. Y a ti es ¡oh walí! a quien hacemos responsable ante el califa de su fuga; porque si nos hubieras dado guardias para vigilarla, no hubiera conseguido escaparse. ¡Nosotros no somos guardias, como tampoco somos esclavos a quienes se vende o se compra!"

Entonces el walí se encaró con el beduino y le preguntó qué había pasado; y éste, con un sin fin de exclamaciones de deseo, le contó su historia, y terminó diciendo: "¡Pronto, que me traigan los buñuelos!" Al oír tales palabras, el walí y los guardias lanzaron una carcajada considerable, mientras los cinco, con los ojos rojos de sangre y de venganza, le decían: "¡No nos separaremos de ti más que ante nuestro amo el Emir de los Creyentes!" Y acabando de comprender que se habían burlado de él, el beduino dijo igualmente al walí: "¡Yo a ti solo te hago responsable de la pérdida de mi caballo y de mi traje!" Entonces el walí se vio en la precisión de llevarlos con él a Bagdad, al palacio del Emir de los Creyentes, el califa Harún Al-Raschid...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 445ª NOCHE

Ella dijo:

...de llevarlos con él a Bagdad, al palacio del Emir de los Creyentes, el califa Harún Al-Raschid.

Se les concedió audiencia y entraron al diwán, donde ya se había adelantado a ellos el capitán Azote-de-las-Calles, que era uno de los primeros querellantes.

El califa, que obraba por sí mismo siempre, empezó por interrogarles uno tras de otro, al arriero el primero y al walí el último. Y cada cual contó al califa su historia con todos los detalles.

Entonces el califa, extremadamente maravillado con aquel asunto, les dijo a todos: "¡Por el honor de mis abuelos los Bani-Abbas, os doy seguridad de que todo lo que se os robó os será devuelto! ¡Tú, arriero, tendrás tu burro y una indemnización! ¡Tú, barbero, tendrás todos tus muebles y utensilios! ¡Tú, mercader, tu bolsa y tus vestiduras! ¡Tú, judío, tus alhajas! ¡Tú, tintorero, una tienda nueva! ¡Y tú, jeique árabe, tu caballo, tu traje y tantas bandejas de buñuelos de miel como pueda anhelar la capacidad de tu alma! ¡Pero lo que hace falta ante todo es encontrar a la vieja!"

Y se encaró con el walí y con el capitán Azote, y les dijo: "¡A ti, emir Khaled, te serán igualmente restituidos tus mil dinares! Y a ti, emir Mustafá, las alhajas y los vestidos de tu esposa, amén de una indemnización. ¡Pero tenéis que encontrar a la vieja! Os dejo encargados de ello.

Al oír estas palabras, el emir Khaled sacudió sus vestiduras y alzó al cielo los brazos, exclamando: "¡Por Alah, excúsame, oh Emir de los Creyentes! ¡No me atrevo a volver a encargarme de semejante tarea! ¡Después de todas las jugarretas que me ha hecho esa vieja, no respondo que no dé ella con algún otro medio para lucrarse a mis expensas!"

Y el califa se echó a reír y le dijo: "¡Encarga a otro de esa misión entonces!" El walí dijo: "En ese caso, ¡oh Emir de los Creyentes! da tú mismo la orden de buscar a la vieja al hombre más hábil de Bagdad, que es el propio jefe de policía de Tu Derecha, Ahmad-la-Tiña! ¡Hasta ahora no ha tenido nada que hacer, no obstante su habilidad, los servicios que puede prestar y el importante sueldo que cobra!"

Entonces llamó el califa: "¡Ya mokaddem Ahmad!" Y al punto avanzó Ahmad-la-Tiña entre las manos del califa, y dijo: "A tus órdenes, ¡oh Emir-de los Creyentes!"

El califa dijo: "¡Escucha, capitán Ahmad! ¡hay una vieja que hace tales y cuales cosas! ¡Y tú eres el encargado de encontrarla y traérmela!" Y dijo Ahmad-la-Tiña: "Te garanto de que te la traeré, ¡oh Emir de los Creyentes!" Y salió seguido de sus cuarenta alguaciles, mientras el califa hacía que se quedaran con él los cinco y el beduino.

Y he aquí que el jefe de los alguaciles de Ahmad-la-Tiña era un hombre ducho en esta clase de pesquisas, y que se llamaba Ayub Lomo-de-Camello. Como estaba acostumbrado a hablar con libertad a su jefe el antiguo ladrón Ahmad-la-Tiña, se acercó a él, y le dijo: "Capitán Ahmad, en Bagdad hay más de una vieja, ¡y por mi barba, que va a ser difícil la captura!" Y Ahmad-la-Tiña le preguntó: "¿Qué quieres decirme con eso, ¡oh Ayub Lomo-de-Camello!?" El otro contestó: "Jamás seremos lo bastante numerosos para conseguir atrapar a la vieja, y opino que debemos convencer al capitán Hassán-la-Peste para que nos acompañe con sus cuarenta alguaciles, pues él tiene más experiencia que nosotros en esta clase de expediciones". Pero Ahmad-la-Tiña, que no quería compartir con su colega la gloria de la captura, contestó en alta voz para que le oyese Hassán-la-Peste, que estaba en la puerta principal del palacio: "¡Por Alah! ¡oh Lomo-de-Camello! ¿desde cuándo tenemos necesidad de otro para resolver nuestros asuntos?" Y pasó orgullosamente a caballo, con sus cuarenta alguaciles, por delante de Hassán-la-Peste, a quien mortificó mucho aquella respuesta y también la elección que el califa hizo escogiendo sólo a Ahmad-la-Tiña y desdeñándole a él, a Hassán. Y se dijo: "¡Por la vida de mi cabeza afeitada, que tendrán necesidad de mí!"

Volviendo a Ahmad-la-Tiña, una vez que llegó a la plaza enclavada delante del palacio del califa, arengó a sus hombres para animarlos y les dijo: "¡Oh bravos míos! vais a dividiros en cuatro grupos para hacer indagaciones en los cuatro barrios de Bagdad. ¡Y mañana a mediodía tornaréis a reuniros conmigo en la taberna de la calle Mustafá para darme cuenta de lo que hicisteis o encontrasteis!" Y tras de acordar de esta manera el punto de cita, se dividieron en cuatro grupos, cada uno de los cuales fue a recorrer un barrio diferente, mientras que por su parte, Ahmad-la-Tiña se dedicaba a husmear el aire a su paso.

En cuanto a Dalila y su hija Zeinab no tardaron en enterarse, por el rumor público, de las indagaciones que el califa encargó a Ahmad-la-Tiña con objeto de detener a una vieja bribona cuyas bellaquerías eran la comidilla de todo Bagdad. Al saber tal noticia, Dalila dijo a su hija: "¡Oh hija mía! nada tengo que temer de todos ellos no yendo en su compañía Hassán-la-Peste! porque Hassán es en Bagdad el único hombre cuya perspicacia me pone en cuidado, pues sólo él me conoce y te conoce, y en cuanto quisiera, hoy mismo, podía venir a detenernos, sin que nos fuera posible la menor estratagema para escaparnos de él. ¡Demos, pues, gracias al Protector que nos protege!" Su hija Zeinab contestó: "¡Oh madre mía! ¡qué buena ocasión es ésta para jugarles alguna mala pasada a ese Ahmad-la-Tiña y a sus cuarenta idiotas! ¡qué alegría, oh madre mía!" Dalila contestó: "¡Oh hija de mis entrañas! como hoy me siento un poco indispuesta, cuento contigo para mofarnos de esos cuarenta y un bandidos. ¡La cosa es fácil, y no dudo de tu sagacidad!" Entonces Zeinab, que era una joven graciosa y esbelta, con ojos oscuros en un rostro encantador y claro...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 446ª NOCHE

Ella dijo:

...Entonces Zeinab, que era una joven graciosa y esbelta con ojos oscuros en un rostro encantador y claro, se levantó al punto y se vistió con gran elegancia y se veló la cara con una ligera muselina de seda, de modo que el brillo de sus ojos era más aterciopelado y subyugante. Adornada a la sazón de esta manera, fue a abrazar a su madre, y le dijo:

"¡Oh madre! ¡juro por la integridad de mi candado intacto y cerrado, que me adueñaré de los cuarenta y uno y serán mi juguete!" Y salió de la casa y se fue a la calle Mustafá, y entró en la taberna de Hagg-Karim el de Mossul.

Empezó por hacer una zalema muy amable al tabernero Hagg-Karim, quien se la devolvió con creces, encantado. Entonces le dijo ella: "¡Ya Hagg-Karim! ¡he aquí cinco dinares para ti si quieres alquilarme hasta mañana la sala interior grande, adonde voy a invitar a algunos amigos, sin que puedan penetrar allí tus parroquianos habituales!"

El tabernero contestó: "¡Por tu vida!, ¡oh mi ama! y por la vida de tus ojos, hermosos ojos, que consiento en alquilarte por nada mi sala grande, con la sola condición de que no escatimes las bebidas a tus invitados!" Ella sonrió, y le dijo: "¡Aquellos a quienes invito son jarras cuyo fondo se olvidó de cerrar el alfarero que hubo de construirlas, y por ellas pasarán todos los líquidos de tu tienda! ¡No tengas cuidado por eso!" Y volvió enseguida a su casa cogiendo el burro del arriero y el caballo del beduino, cargándolos con colchones, alfombras, taburetes, manteles, bandejas, platos y otros utensilios, y a toda prisa regresó a la taberna, descargando al asno y al caballo de todas aquellas cosas para colocarlas en la sala grande que había alquilado. Extendió los manteles, puso en orden los frascos de bebidas, las copas y los platos que compró, y cuando hubo acabado este trabajo, fue a apostarse en la puerta de la taberna.

No hacía mucho tiempo que se hallaba allí, cuando vio asomar por las inmediaciones a diez de los alguaciles de Ahmad-la-Tiña llevando a la cabeza a Lomo-de-Camello, que tenía un aspecto muy feroz. Y precisamente se encaminaba él a la tienda con los otros nueve; y a su vez vio a la bella joven, que había tenido cuidado de levantarse, como por inadvertencia, el ligero velo de muselina que le cubría la cara. Y Lomo-de-Camello quedó deslumbrado y a la par que encantado de aquella tierna belleza tan agradable, y le preguntó: "¿Qué haces ahí, ¡oh jovenzuela!?"

Ella contestó, asestándole de soslayo una mirada lánguida: "¡Nada! ¡Espero mi Destino! ¿Acaso eres el capitán Ahmad?" Él dijo: "¡No, por Alah! Pero puedo reemplazarle si se trata de hacerte algún servicio que tengas que pedirle, porque soy el jefe de sus alguaciles, Ayub Lomo-de-Camello, tu esclavo, ¡oh ojos de gacela!"

Ella le sonrió otra vez, y le dijo: "¡Por Alah!, ¡oh jefe alguacil! que si la cortesía y las buenas maneras quisieran elegir un domicilio seguro, tomarían como guías a vuestros cuarenta! ¡Entrad, pues, aquí y bienvenidos seáis! ¡La acogida amistosa que encontraréis en mí no es más que un homenaje merecido por tan encantadores huéspedes!" Y les introdujo en la sala dispuesta de antemano, e invitándoles a que se sentaran en torno a las bandejas grandes con bebidas, les dio de beber vino mezclado con el narcótico bang. Así es que a las primeras copas que vaciaron los diez se cayeron de espaldas como elefantes borrachos o como búfalos poseídos por el vértigo, y se sumergieron en un profundo sueño.

Entonces Zeinab los arrastró de los pies uno por uno y los arrojó a lo último de la tienda, amontonándolos unos sobre otros, y escondiéndolos debajo de una manta grande, corrió por delante de ellos una amplia cortina, y salió para apostarse de nuevo en la puerta de la taberna.

Enseguida apareció la segunda patrulla de diez alguaciles, que también quedó hechizada por los ojos oscuros y el rostro claro de la bella Zeinab, y sufrió el mismo trato que la patrulla anterior, e igual hubo de ocurrirles a la tercera y a la cuarta patrullas. Y después de haber amontonado unos encima de otros detrás de la cortina a todos los alguaciles, la joven puso en orden la sala y salió a esperar la llegada del propio Ahmad-la-Tiña.

No hacía mucho que se encontraba allí, cuando apareció en su caballo Ahmad-la-Tiña, amenazador y con los ojos relampagueantes y los pelos de la barba y del bigote erizados cual los de la hiena hambrienta. Llegado que fue a la puerta, se apeó de su caballo y ató la brida del animal a una de las anillas de hierro empotradas en los muros de la taberna, y exclamó: "¿Dónde están todos esos hijos de perro? ¡Les ordené que me esperasen aquí! ¿Los has visto?

Entonces Zeinab balanceó sus caderas, asestó una mirada dulce a la izquierda, luego a la derecha, sonrió con los labios, y dijo: "¿A quién, ¡oh mi amo!?"

Y he aquí que tras las dos miradas que le lanzó la joven, Ahmad sintió que sus entrañas le trastornaban el estómago y que gemía el niño, única herencia que le quedaba como capital e intereses.

Entonces dijo a la sonriente Zeinab, que permanecía inmóvil en una postura candorosa: "¡Oh jovenzuela, a mis cuarenta alguaciles!"

Como súbitamente poseída por un sentimiento de respeto al oír estas palabras, Zeinab se adelantó hacia Ahmad-la-Tiña y le besó la mano, diciendo: "¡Oh capitán Ahmad, jefe de la Derecha del califa! los cuarenta alguaciles me han encargado que te diga que al extremo de la callejuela han visto a la vieja Dalila que buscas y que iban en su persecución sin pararse aquí; pero aseguraron que volverían con ella pronto; y ya no tienes más que esperarles en la sala grande de la taberna, donde yo misma te serviré con mis ojos".

Entonces, precedido por la joven, Ahmad-la-Tiña entró en la tienda, y embriagado con los encantos de aquella bribona y subyugado por sus artificios, no tardó en ponerse a beber copa tras copa, cayendo como muerto bajo el efecto operado en su razón por el bang adormecedor con las bebidas.

A la sazón Zeinab, sin pérdida de tiempo, empezó por quitar a Ahmad-la-Tiña toda la ropa y cuanto llevaba encima de él, no dejándole sobre el cuerpo más que la camisa y el amplio calzoncillo; luego fue adonde estaban los otros y les despojó de la propia manera. Tras de lo cual recogió todos sus utensilios y todos los efectos que acababa de robar, los cargó en el caballo de la-Tiña en el del beduino y en el burro del arriero, y enriquecida así con aquellos trofeos de su victoria, regresó sin incidentes a su casa, y se lo entregó todo a su madre Dalila, que hubo de abrazarla llorando de alegría.

En cuanto a Ahmad-la-Tiña y sus cuarenta compañeros...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 447ª NOCHE

Ella dijo:

...En cuanto a Ahmad-la-Tiña y sus cuarenta compañeros, estuvieron durmiendo durante dos días y dos noches, y cuando por la mañana del tercer día despertaron de su sueño extraordinario, no supieron explicarse al pronto su presencia allí dentro, y a fuerza de suposiciones, acabaron por no dudar ya de la jugarreta de que habían sido víctimas. Aquello les humilló mucho, especialmente a Ahmad-la-Tiña, que había mostrado tanta seguridad en presencia de Hassán-la-Peste y que estaba muy avergonzado a la sazón por tener que salir a la calle de aquella manera. Sin embargo, hubo de decidirse a abandonar la taberna, y precisamente la primera persona con quien se encontró por su camino fue Hassán-la-Peste, quien al verle vestido sólo con la camisa y el calzoncillo y seguido por sus cuarenta alguaciles ataviados como él, comprendió al primer golpe de vista la aventura que acababa de ocurrirles.

Ante semejante espectáculo, Hassán-la-Peste se regocijó hasta el límite del regocijo, y se puso a cantar estos versos:

¡Las jóvenes candorosas creen parecidos a todos los hombres! ¡No saben que no nos parecemos más que en nuestros turbantes!

¡Entre nosotros, unos son sabios y otros imbéciles! ¿No hay en el cielo estrellas sin fulgor y otras como perlas?

¡Las águilas y los halcones no comen carne muerta, en tanto que los buitres impuros se posan sobre los cadáveres!

Cuando Hassán-la-Peste hubo acabado de cantar, se aproximó a Ahmad-la-Tiña, y habiéndolo reconocido, le dijo:

"¡Por Alah, mokaddem Ahmad, las mañanas son frescas a orillas del Tigris, y cometéis una imprudencia al salir así sólo con la camisa y el calzoncillo!"

Y contestó Ahmad-la-Tiña: "¡Y tú, ya Hassán, eres aun más pesado y más frío de ingenio que la mañana! Nadie escapa a su suerte, y nuestra suerte fue vernos burlados por una joven. ¿Acaso la conoces?"

Hassán contestó: "¡La conozco y conozco a su madre! Y si quieres, al instante te las capturaré".

Ahmad preguntó: "¿Y cómo?" Hassán contestó: "¡No tienes más que presentarte al califa, y para hacer patente tu incapacidad, agitarás tu collar, y has de decirle que me encargue a mí de la captura en lugar tuyo!"

Entonces Ahmad-la-Tiña, después de vestirse, fue al diwán con Hassán-la-Peste, y el califa le preguntó: "¿Dónde está la vieja, mokaddem Ahmad?" El aludido agitó su collar y contestó: "¡Por Alah, ¡oh Emir de los Creyentes! que no la encuentro! ¡El mokaddem Hassán cumplirá mejor esa misión! ¡La conoce, y hasta afirma que la vieja no ha hecho todo eso más que para que se hable de ella y atraerse la atención de nuestro amo el califa!"

Entonces Al-Raschid se encaró con Hassán, y le preguntó: "¿Es cierto, mokaddem Hassán? ¿Conoces a la vieja? ¿Y crees que no ha hecho todo eso más que para merecer mis favores?" El interpelado contestó: "¡Es cierto, oh Emir de los Creyentes!"

Entonces exclamó el califa: "¡Por la tumba y el honor de mis antecesores, que perdonaré a la tal vieja si restituye a todos éstos lo que les ha robado!"

Y dijo Hassán-la-Peste: "Si así es, ¡oh Emir de los Creyentes! dame para ella el salvoconducto de seguridad". Y el califa tiró su pañuelo a Hassán-la-Peste en prenda de seguridad para la vieja.

Al punto salió del diwán Hassán, tras de haber recogido la prenda de seguridad, y corrió directamente a casa de Dalila, a quien conocía de larga fecha. Llamó a la puerta y fue a abrirle la propia Zeinab. Preguntó él: "¿Dónde está tu madre?" Ella dijo: "¡Arriba!" Dijo él: "Ve a decirle que abajo está Hassán, el mokaddem de la Izquierda, que trae para ella de parte del califa el pañuelo de seguridad, pero con la condición de que restituya todo cuanto ha robado. ¡Y dile que baje por buenas, pues si no me veré obligado a emplear con ella la fuerza!"

Y he aquí que Dalila, la cual había oído estas palabras, exclamó desde dentro: "¡Tírame el pañuelo de seguridad! ¡Y te acompañaré a la presencia del califa con todas las cosas robadas!" Entonces Hassán-la-Peste le tiró el pañuelo, que Dalila hubo de anudarse al cuello; luego ayudada por su hija, empezó a cargar al burro del arriero y a los dos caballos con todos los objetos robados. Cuando acabaron, Hassán dijo a Dalila: "¡Todavía faltan los efectos de Ahmad-la-Tiña y sus cuarenta hombres!" Ella contestó: "¡Por el Nombre Más grande, que no fui yo quien se apoderó de ellos!"

Hassán se echó a reír y dijo: "¡Es verdad! ¡Fue tu hija Zeinab la que hizo esa jugarreta! ¡Guárdalos, pues!" Luego, seguido por las tres acémilas, que guiaba él en reata con una cuerda, se llevó a Dalila y la condujo al diwán entre las manos del califa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 448ª NOCHE

Ella dijo:

...se llevó a Dalila y la condujo al diwán entre las manos del califa.

Cuando Al-Raschid vio entrar a aquella vieja diabólica, no pudo por menos de ordenar en alta voz que la arrojaran inmediatamente en la alfombra de la sangre para ejecutarla. Entonces, exclamó ella: "Estoy bajo tu protección, ¡oh Hassán!"

Y Hassán-la-Peste se levantó y besó las manos del califa, y le dijo: "Perdónala, ¡oh Emir de los Creyentes! Le has dado la prenda de seguridad. ¡Mírala en su cuello!" El califa contestó: "¡Es cierto! ¡Así que la perdono por consideración hacia ti!" Luego se encaró con Dalila, y le dijo: "Ven aquí, ¡oh vieja! ¿Cuál es tu nombre?" Ella contestó: "¡Mi nombre es Dalila, y soy la esposa del antiguo director de tus palomares!"

Dijo él: "En verdad que eres astuta y estás llena de estratagemas. ¡Y en adelante te llamarás Dalila la Taimada!" Luego le dijo: "¿Puedes decirme, por lo menos, con qué objeto hiciste todas esas jugarretas a esta gente que ves aquí y levantaste tanto ruido, fatigándonos los corazones?" Entonces Dalila se arrojó a los pies del califa, y contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! créeme que no fue por avaricia por lo que obré así. ¡Pero cuando oí hablar de las pasadas estratagemas y jugarretas hechas en otro tiempo en Bagdad por los jefes de Tu Derecha y de Tu Izquierda Ahmad-la-Tiña y Hassán-la-Peste, se me ocurrió hacer lo mismo que ellos a mi vez, y aun superarlos, a fin de poder obtener de nuestro amo el califa los sueldos y el cargo de mi difunto marido, padre de mis pobres hijas!"

Al escuchar estas palabras, el arriero se levantó con viveza, y exclamó: "¡Juzgue y sentencie Alah entre esta vieja y yo! ¡No solamente no se ha contentado ella en robarme el borrico, sino que impulsó al barbero moghrabín que está aquí a que me arrancara las dos últimas muelas y me cauterizara las sienes con clavos al rojo!"

Y también el beduino se levantó, y exclamó: "¡Juzgue y sentencie Alah entre esta vieja y yo! ¡No solamente no se ha contentado ella con atarme al poste en su lugar y robarme el caballo, sino que me impidió satisfacer mi deseo de buñuelos rellenos de miel!"

Y a su vez el tintorero, el barbero, el joven mercader, el capitán Azote, el judío y el walí se levantaron pidiendo a Alah reparación de los daños que les causó la vieja. Así es que el califa, que era magnánimo y generoso, empezó por devolver a cada cual los objetos que se le habían robado, y les indemnizó ampliamente por cuenta de su peculio particular. Y especialmente al arriero, pues hizo que le dieran mil dinares de oro, a causa de la pérdida de sus dos muelas y de las cauterizaciones sufridas, y le nombró jefe de la corporación de arrieros. Y todos salieron del diwán felicitándose de la generosidad del califa y de su justicia, y olvidaron sus tribulaciones.

En cuanto a Dalila, le dijo el califa: "¡Ahora, ¡oh Dalila! puedes pedirme lo que anheles!" Ella besó la tierra entre las manos del califa, y contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡no anhelo de tu generosidad más que una cosa, y es ser reintegrada en el cargo y sueldo de mi difunto marido, el director de las palomas mensajeras! Y sabré llenar estas funciones, pues en vida de mi marido era yo quien, ayudada por mi hija Zeinab, daba de comer a las palomas y les ataba al cuello las cartas y limpiaba el palomar. Y era yo igualmente quien cuidaba el khan grande que hiciste construir para las palomas y que guardaban de día y de noche cuarenta negros y cuarenta perros, los mismos que tomaste al rey de los afghans, descendientes de Soleimán, cuando venciste a aquel soberano".

Y contestó el califa: "¡Sea, oh Dalila! Al instante voy a hacer que se te adjudique la dirección del khan grande de las palomas mensajeras y el mando de los cuarenta negros y los cuarenta perros ganados al rey de los afghans, descendientes de Soleimán. Y con tu cabeza responderás entonces la pérdida de cualquiera de esas palomas que para mí son más preciosas que la misma vida de mis hijos. ¡Pero no dudo de tus aptitudes!" A la sazón añadió Dalila: "También quisiera ¡oh Emir de los Creyentes! que mi hija Zeinab habitara conmigo en el khan para que me ayudase en la vigilancia general". Y el califa le dio autorización para ello.

Entonces, después de haber besado las manos del califa, Dalila regresó a su casa, y ayudada por su hija Zeinab, hizo transportar sus muebles y efectos al khan grande, y escogió para habitación el pabellón construido a la misma entrada del khan. Y el propio día tomó el mando de los cuarenta negros, y vestida con traje de hombre y tocada la cabeza con un casco de oro, se presentó a caballo ante el califa para tomar órdenes e informarse de los mensajes que tenía que expedir él a las provincias. Y cuando llegó la noche, soltó en el patio principal del khan, para que lo guardaran, a los cuarenta perros de la raza de aquellos que sirvieron a los pastores de Soleimán. Y siguió presentándose a caballo en el diwán todos los días, tocada con el casco de oro rematado por una paloma de plata, y acompañada por el cortejo de sus cuarenta negros vestidos de seda roja y de brocado. Y para adornar su nueva vivienda, colgó en ella los trajes de Ahmad-la-Tiña, de Ayub Lomo-de-Camello y de sus cuarenta compañeros.

¡Y así fue como Dalila la Taimada y su hija Zeinab la Embustera obtuvieron en Bagdad, merced a su destreza y a sus artificios, el honorable cargo de la dirección de los palomares y el mando de los cuarenta negros y los cuarenta perros guardianes nocturnos del khan grande! ¡Pero Alah es más sabio!

Pero ya es hora ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada— de hablar de Alí Azogue y de sus aventuras con Dalila y su hija Zeinab, y con Zaraik, el hermano de Dalila, que era vendedor de pescado frito, y con el mago judío Azaria. ¡Porque esas aventuras son infinitamente más asombrosas y más extraordinarias que todas las oídas hasta el presente!"

Y dijo para sí el rey Schahriar: "¡Por Alah, que no la mataré mientras no haya oído las aventuras de Alí Azogue!" Y al ver aparecer la mañana, Schehrazada se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 449ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que en tiempos de Ahmad-la-Tiña y Hassán-la-Peste, había en Bagdad otro ladrón tan sagaz y tan escurridizo que jamás consiguió capturarle la policía; pues no bien creía tenerle ya cogido, se le escapaba como se escurre entre los dedos una bola de azogue que se quisiera sujetar. A eso obedecía que en El Cairo, su patria, le pusieran el apodo de Alí Azogue.

Porque antes de su llegada a Bagdad, Alí Azogue vivía en El Cairo, y partió de allí para ir a Bagdad con motivo de cosas memorables que merecen ser mencionadas al comienzo de esta historia.

Un día estaba sentado, triste y ocioso, en medio de sus compañeros, dentro del subterráneo que les servía de punto de reunión, y viendo los demás que tenía el corazón apretado y oprimido el pecho, trataban de distraerle; pero él seguía adusto en su rincón con el semblante enfurruñado, contraídas las facciones y fruncidas las cejas. Entonces le dijo uno de ellos: "¡Oh jefe nuestro! ¡para dilatarte el pecho, nada hay mejor que un paseo por las calles y zocos de El Cairo!" Y Alí Azogue acabó por levantarse y salir, caminando sin rumbo por los barrios de El Cairo, aunque no se le aclaró su negro humor. Y llegó de tal suerte a la calle Roja, mientras a su paso la gente se retiraba presurosa en prueba de consideración y respeto hacia él.

Cuando desembocaba en la calle Roja y se disponía a entrar en una taberna donde acostumbraba a embriagarse, vio cerca de la puerta a un aguador con su odre de piel de cabra a la espalda y el cual seguía por su camino haciendo tintinear, al chocar una con otra, las dos tazas de cobre en que echaba de beber a los sedientos. Y canturreaba su pregón, diciendo unas veces que su agua era como miel y otras veces que era como vino, a medida de todos los deseos. Y aquel día, acompasando su pregón al tintineo de las dos tazas que se entrechocaban, cantaba de este modo:

¡De la uva se saca el licor mejor! ¡No hay dicha sin un amigo de corazón! ¡La dicha duplica su valor en él! ¡Y el sitio de honor es para el que habla bien!

Cuando vio el aguador a Alí Azogue, hizo tintinear en honor suyo las dos tazas sonoras, y cantó:

¡Oh transeúnte! ¡he aquí la pura, la dulce, la deliciosa, la fresca agua! ¡mi agua, que es el ojo del gallo! ¡mi agua, que es el cristal! ¡mi agua, que es el ojo, la alegría de las gargantas, el diamante! ¡agua, agua, mi agua!

Luego preguntó: "¿Quieres una taza, mi señor?" Azogue contestó: "¡Dámela!" Y el aguador le llenó una taza, que tuvo cuidado de enjuagar previamente, y se la ofreció, diciendo: "¡Es una delicia!" Pero Alí Azogue cogió la taza, la miró un instante, la volcó y tiró el agua al suelo, diciendo: "¡Dame otra!" Entonces se puso serio el aguador, considerándole con la mirada, y exclamó: "¡Por Alah! ¿y qué encuentras en esta agua, más clara que el ojo del gallo, para tirarla al suelo así?" Alí contestó: "¡Me da la gana! ¡Échame otra taza!" Y el aguador llenó de agua por segunda vez la taza y se la ofreció religiosamente a Alí Azogue, quien la cogió y la vertió de nuevo, diciendo: "¡Llénamela otra vez!" Y exclamó el aguador: "¡Ya sidi, si no quieres beber, déjame proseguir mi camino!" Y le brindó una tercera taza de agua. Pero aquella vez Azogue vació de un sorbo la taza y se la entregó al aguador, depositando en ella como gratificación un dinar de oro. Y he aquí que el aguador, lejos de mostrarse satisfecho por semejante ganancia, midió con la mirada a Azogue y le dijo con tono zumbón: "¡Que tengas buena suerte, mi señor, y que yo tenga buena suerte! ¡Una cosa es la gentuza, y los grandes señores son otra cosa muy distinta!"

Al oír estas palabras, Alí Azogue, que no necesitaba tanto para que le hiciese estornudar la cólera, cogió de la ropa al aguador, le administró una andanada de puñetazos, zarandéandoles a él y a su odre, le arrinconó contra el muro de la fuente pública de la calle Roja, y le gritó: "¡Ah hijo de alcahuete! ¿te parece que un dinar de oro es poco por tres tazas de agua? ¡Ah! ¿conque es muy poco? ¡Pues si tal como está tu odre valdrá apenas tres monedas de plata, y la cantidad de agua que he tirado al barro no llega ni a una pinta!"

El aguador contestó: "¡Así es, mi señor!" Azogue preguntó: "Pues entonces, ¿por qué me hablaste de esa manera? ¿Habrás encontrado en tu vida a alguien más generoso de lo que yo fui contigo?"

El aguador contestó: "¡Sí, por Alah! ¡He encontrado en mi vida a alguien más generoso que tú! ¡Porque mientras estén encinta las mujeres y engendren hijos, habrá siempre sobre la tierra hombres de corazón generoso!" Azogue preguntó: "¿Y podrías decirme quién es ese hombre que encontraste más generoso que yo?"

El aguador contestó: "¡Ante todo, suéltame, y siéntate ahí, en el escalón de la fuente! ¡Y te contaré mi aventura, que es extremadamente extraña!"

Entonces soltó Azogue al aguador; y después de sentarse ambos en una de las gradas de mármol de la fuente pública, junto al odre que dejaron en el suelo, el aguador contó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 450ª NOCHE

Ella dijo:

...y después de sentarse ambos en una de las gradas de mármol de la fuente pública, junto al odre, que dejaron en el suelo, el aguador contó:

"Has de saber ¡oh mi generoso amo! que mi padre era el jeique de la corporación de aguadores de El Cairo, no de los aguadores que venden agua al por mayor en las casas, sino de los que, como yo, la venden al por menor, llevándola a la espalda y despachándola por las calles.

"Cuando murió mi padre, me dejó de herencia cinco camellos, una mula, la tienda y la casa. ¡Aquello era más de lo que necesitaha para visir dichoso un hombre de mi condición! Pero ¡oh mi amo! el pobre nunca está satisfecho, ¡y el día en que por casualidad se siente satisfecho al fin, muere! Así, pues, yo pensaba para mi ánima: "¡Voy a aumentar mi herencia con el tráfico y el comercio!" Y al punto fui en busca de diversos prestamistas que me confiaron mercancías. Cargué aquellas mercancías en mis camellos y en mi mula, y me marché a traficar en Hedjaz durante la época de peregrinación a la Meca. Pero ¡oh mi amo! el pobre no se enriquece nunca, ¡y si se enriquece, muere! Fui tan desgraciado con mi tráfico, que antes de terminarse la peregrinación perdí cuanto poseía, y me vi obligado a vender mis camellos y mi mula para atender a las necesidades del momento. Y me dije: «¡Si vuelves a El Cairo, te cogerán tus acreedores y te meterán en la cárcel!» Entonces me agregué a la caravana de Siria, y fui a Damasco, a Alepo y de allí a Bagdad.

"Una vez llegado a Bagdad, pregunté por el jefe de la corporación de aguadores y me presenté a él. Como buen musulmán, empecé por recitarle el capítulo liminar del Korán y le deseé la paz. A la sazón me interrogó por mi estado, y le conté todo lo que me había sucedido. Y sin tardanza me dio un ajustador, un odre y dos tazas para que pudiese ganarme la vida. Y salí una mañana por el camino de Alah, con mi odre a la espalda, y empecé a circular por los diversos barrios de la ciudad, cantando mi pregón, como los aguadores de El Cairo. Pero ¡oh mi amo! el pobre permanece pobre porque tal es su destino!

"En efecto, no tardé en ver cuán grande era la diferencia entre los habitantes de Bagdad y los de El Cairo. En Bagdad, ¡oh mi amo! la gente no tiene sed; ¡y los que por casualidad se deciden a beber no pagan! ¡Porque el agua es de Alah! Al oír las respuestas de los primeros individuos a quienes hice mis ofertas cantadas, advertí todo lo malo que era el tal oficio. Pues cuando a uno de ellos le brindé mi taza, hubo de contestarme: "¿Pero acaso me diste de comer, para darme de beber ahora?"

Yo continué entonces mi camino, asombrándome de la funesta manera de comenzar allí en mi oficio, y brindé la taza a otro; pero me contestó: "¡La ganancia está en Alah! Sigue tu camino ¡oh aguador!" No quise desalentarme, y continué caminando por los zocos, parándome delante de las tiendas bien acreditadas; pero nadie me hizo seña de que le sirviera agua ni quiso dejarse tentar por mis ofertas y el tintineo de mis vasos de cobre. Y así permanecí hasta mediodía, sin haber ganado con qué comprarme una bizcochada de pan y un cohombro. Porque ¡oh mi amo! el destino del pobre le obliga a tener a veces hambre. ¡Pero el hambre, ¡oh mi amo! es menos dura que la humillación! Y el rico experimenta bastantes humillaciones y las soporta peor que el pobre, que no tiene nada que perder ni que ganar. Así yo, por ejemplo, si me he enfadado por tu cólera, no es por mí, sino por mi agua, que es un don excelente de Alah. Pero tu cólera para conmigo ¡oh mi amo! se debe a motivos que afectan a tu persona.

"El caso es que, al ver que mi estancia en Bagdad comenzaba de manera tan triste, pensé para mi ánima: "¡Más te hubiera valido ¡oh pobre! morir en una cárcel dentro de tu país que en medio de esas gentes a quienes no les gusta el agua!" Y mientras me obstinaba en tales pensamientos, vi de pronto levantarse en el zoco una gran polvareda y correr gente en cierta dirección. Entonces, como mi oficio consiste en ir a donde va muchedumbre, corrí con todas mis fuerzas, llevando mi odre a la espalda, y me dejé llevar por la corriente. Y a la sazón vi un cortejo espléndido compuesto por dos filas de hombres que llevaban en la mano bastones, ostentaban gorros enriquecidos con perlas, iban vestidos con hermosos albornoces de seda y al costado les colgaban magníficos alfanjes incrustados ricamente. Y marchaba al frente de ellos un jinete de aspecto terrible, ante el cual todas las cabezas se inclinaban hasta la tierra. Entonces pregunté: «¿A qué se debe este cortejo? ¿Y quién es ese jinete?» Me contestaron: «¡Bien se ve, por tu acento egipcio y tu ignorancia, que no eres de Bagdad! Ese cortejo es el del mokaddem Ahmad-la-Tiña, jefe de policía de la Derecha del califa, que está encargado de mantener el orden por los arrabales. Y el que ves a caballo es él mismo. ¡Disfruta de muchos honores y de un sueldo de mil dinares al mes, exactamente igual que su colega! Hassán-la-Peste, jefe de la Izquierda! ¡Y cada uno de sus hombres cobra cien dinares mensuales! ¡Precisamente acaban de salir del diwán ahora, y van a su casa para hacer la comida de mediodía!»

"Entonces ¡oh mi amo! me puse a vocear mi pregón a estilo egipcio, tal como me viste hace poco, acompañándome con el tintineo de mis vasos sonoros. Y lo hice de modo que me oyó y me vio el mokaddem Ahmad, y guiando hacia mí su caballo me dijo: "¡Oh hermano de Egipto, por tu canto te reconozco! ¡Dame una taza de tu agua!" Y cogió la taza que le brindé, la volcó y tiró al suelo el contenido para hacérmela llenar por segunda vez y verterla en el suelo de nuevo, exactamente igual que tú, ¡oh mi amo! y beber de un sorbo la tercera taza que me hizo que le llenase. Luego exclamó en alta voz: «¡Viva El Cairo con sus habitantes, ¡oh aguador!, hermano mío! ¿Por qué viniste a esta ciudad en donde no se estima y remunera a los aguadores?» Y le conté mi historia y le hice comprender que estaba sin dinero y huido a causa de mis deudas y de mis apuros. Entonces exclamó: «¡Bienvenido seas, pues, a Bagdad!» Y me dio cinco dinares de oro, y encarándose con todos los hombres de su cortejo les dijo, «¡Por el amor de Alah, recomiendo a vuestra liberalidad este hombre de mi patria!» ¡Al punto cada hombre del cortejo me pidió una taza de agua, y después de bebérsela, dejó en ella un dinar de oro! De modo que al cabo de aquella ronda tenía yo más de cien dinares de oro en la caja de cobre que colgaba de mi cinturón. Luego me dijo el mokaddem Ahmad-la-Tiña: «¡Esta será tu remuneración cada vez que nos sirvas de beber durante tu estancia en Bagdad!» Así es que en pocos días se llenó varias veces mi caja de cobre; y conté los dinares y vi que poseía mil y pico.

Entonces pensé para mi ánima: «Ya te llegó la hora de volver a tu país, ¡oh aguador! pues por muy bien que se esté en tierra extraña, se encuentra uno en su patria mejor todavía. ¡Y además, tienes deudas, y has de pagarlas!» Entonces me dirigí al diwán, donde ya me conocían y me trataban con muchos miramientos; y entré a despedirme de mi bienhechor, recitándole estos versos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 451ª NOCHE

Ella Dijo:

"...y entré a despedirme de mi bienhechor, recitándole estos versos:

¡La morada del extranjero en tierra extranjera es semejante a un edificio construido en el aire!

¡Sopla el viento, se derrumba el edificio, y el extranjero lo abandona! ¡Más le hubiera valido no construirlo!

Luego le dije: "¡He aquí que parte para El Cairo una caravana, quisiera agregarme a ella para volver con los míos!" Entonces me dio él una mula y cien dinares, y me dijo: "A mi vez ¡oh jeique! quisiera encargarte una comisión de confianza. ¿Conoces a mucha gente en El Cairo?" Yo contesté: "¡Conozco a toda la gente generosa que allá habita!" Él me dijo: "Entonces toma esta carta y entrégasela en propia imano a mi antiguo compañero Alí Azogue, de El Cairo; y dile de mi parte: "¡Tu jefe te envía sus zalemas y sus votos! ¡Ahora está con el califa Harún Al-Raschid!"

"Cogí la carta, besé la mano del mokaddem Ahmad, y abandoné Bagdad para venir a El Cairo, donde llegué hace cinco días apenas. Empecé por buscar a mis acreedores, a quienes pagué religiosamente con todo el dinero que había ganado en Bagdad merced a la generosidad de Ahmad-la-Tiña. Tras de lo cual volví a ponerme mi ajustador de cuero, cargué mi odre a la espalda y me hice aguador como antes, tal cual me ves, ¡oh mi amo! ¡Pero en vano busco por todo El Cairo al amigo de Ahmad-la-Tiña, a Alí Azogue, pues no puedo dar con él para entregarle la carta que llevo siempre entre los pliegues de mi ropa!

"Y tal es ¡oh mi amo! la aventura que me acaeció con el más generoso de mis clientes".

Cuando el aguador hubo acabado de contar su historia, Alí Azogue se levantó y le abrazó como el hermano abraza al hermano, y le dijo: "¡Oh aguador, semejante mío, perdóname mi cólera de hace poco para contigo! ¡Sin duda el hombre que encontraste en Bagdad y era más generoso que yo, el único más generoso que yo, es mi antiguo jefe! ¡Porque el Alí Azogue a quien buscas, el primer compañero de Ahmad-la-Tiña, soy yo mismo! ¡Regocija, pues, tu alma, refresca tus ojos y tu corazón y dame la carta de mi superior!" Entonces el aguador hubo de entregarle la carta, abriéndola el otro, y leyendo en ella lo que sigue:

"¡La zalema del Mokaddem Ahmad-la-Tiña al más ilustre y al primero de sus hijos, Alí Azogue!

"Te escribo ¡oh adorno de los más hermosos! en una hoja que volará hacia ti con el viento.

"¡Si fuese pájaro, yo mismo a tus brazos volaría transportado por el deseo! Pero, ¿podrá volar aún el pájaro a quien cortaron las alas? "Porque has de saber ¡oh el más hermoso! que estoy ahora a la cabeza de los cuarenta alguaciles de Ayub Lomo-de-Camello, todos ellos, como nosotros, antiguos bravos, autores de mil soberbias hazañas. Y fui nombrado por nuestro amo el califa Harún Al-Raschid, jefe de policía de Su Derecha, encargado de custodiar la ciudad y los arrabales, con un sueldo de mil dinares al mes, sin contar los ingresos extraordinarios y ordinarios por parte de las gentes que desean congraciarse conmigo. "Si tú ¡oh el más querido! quieres dar un vasto meidán al vuelo de tu genio y abrirte la puerta de las bienandanzas y las riquezas no tienes más que venir a Bagdad para reunirte con tu amigo. Aquí acometerás altas empresas, y te prometo obtenerte entonces los favores del califa, una plaza digna de ti y de nuestra amistad y un tratamiento tan considerable como el mío.

"¡Ven, pues, hijo mío, a reunirte conmigo y a dilatarme el corazón con tu presencia deseada!

"¡Y sean contigo la paz de Alah y sus bendiciones, ¡ya Alí!"

Cuando Alí Azogue hubo leído esta carta de su jefe Ahmad-la-Tiña, se estremeció de alegría y de emoción, y blandiendo su largo bastón en una mano y la carta en la otra mano, ejecutó una danza fantástica sobre los escalones de la fuente, atropellando a las viejas y a los mendigos. Después besó varias veces la carta, llevándosela a la frente luego; y se quitó su cinturón de cuero y lo vació, dejando en las manos del aguador todas las monedas de oro que contenía, para darle gracias por la buena noticia y la comisión. Y se apresuró a reunirse en el subterráneo con los bergantes de su banda para anunciarles su inmediata partida a Bagdad.

Cuando estuvo entre ellos, les dijo: "¡Hijos míos, os dejo encomendados unos a otros!" Entonces exclamó su lugarteniente: "¿Cómo, maestro? ¿Es que nos abandonas?" Alí contestó: "¡Me espera mi destino en Bagdad, entre las manos de mi jefe Ahmad-la-Tiña!" el otro dijo: "¡Precisamente nos hallamos en un momento de apuro! ¡Nuestro almacén de provisiones está vacío! ¿Y qué va a ser de nosotros sin ti?" Alí contestó: "Antes de llegar a Bagdad, en cuanto entre en Damasco, ya encontraré la manera de enviaros algo con que podáis atender a todas vuestras necesidades. ¡No temáis, pues, hijos míos!" Luego se quitó la ropa que llevaba, hizo sus abluciones y se vistió con un traje ceñido a la cintura y con un largo capote de viaje de amplias mangas; guardó en su cinturón de cuero dos puñales y un machete; se puso a la cabeza un tarbusch extraordinario y empuñó una inmensa lanza de cuarenta y dos codos de longitud, y hecha con nudos de bambú que podían meterse a voluntad unos con otros. Después saltó a lomos de su caballo y se marchó.

Apenas había salido de El Cairo, cuando divisó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente:

Y CUANDO LLEGÓ LA 452ª NOCHE

Ella dijo:

...Apenas había salido de El Cairo, cuando divisó una caravana, a la cual se agregó al enterarse que se dirigía a Damasco y a Bagdad. Aquella caravana era del síndico de los mercaderes de Damasco, hombre muy rico que volvía desde la Meca a su país. Y he aquí que Alí, que era joven, hermoso y todavía no tenía pelo en las mejillas, le gustó en extremo al síndico de los mercaderes, a los camelleros y a los muleteros, y a la vez que se defendía de sus diversos atentados nocturnos, supo hacerle una porción de servicios apreciables, protegiéndolos contra los beduinos salteadores y los leones del desierto; de modo que a su llegada a Damasco le demostraron su agradecimiento gratificándole cada cual con cinco dinares. Y Alí, que no se olvidaba de sus compañeros de El Cairo, se apresuró a enviarles todo aquel dinero, sin guardar para él más que lo estrictamente necesario para continuar su camino y llegar a Bagdad por fin.

Y así fue como Alí Azogue, de El Cairo, abandonó su país para ir a Bagdad, buscando su destino entre las manos de su maestro Ahmad-la-Tiña, el antiguo jefe de aquellos bravos.

No bien hubo entrado en la ciudad, se dedicó a buscar la vivienda de su amigo preguntando a varias personas que no supieron o no quisieron indicársela. Y llegó de tal suerte a una plaza llamada Al-Nafz, donde vio a unos muchachos que estaban jugando bajo la dirección de otro más pequeño que todos ellos y al que llamaban Mahmud el Aborto. Y precisamente se trataba de aquel Mahmud el Aborto que era hijo de la hermana casada de Zeinab. Y Alí Azogue pensó para sí: "¡Ya Alí! las nuevas de las personas nos las facilitan sus hijos!"

Y para atraerse a los chicos, al punto se dirigió a la tienda de un confitero y compró un pedazo grande de halawa con aceite de sésamo y azúcar; luego se acercó a los pequeñuelos que jugaban, y les dijo: "¿Cuál de vosotros quiere halawa todavía caliente?" Pero Mahmud el Aborto no dejó acercarse a los demás chicos, y fue a ponerse delante de Alí él solo, y le dijo: "¡Dame halawa!" Entonces Alí le dio el pedazo, deslizándole en la mano al mismo tiempo una moneda de plata. Pero cuando el Aborto vio el dinero, creyó que aquel hombre se lo daba para atentar contra él y seducirle, y le gritó:

"¡Vete! ¡Yo no me vendo! ¡Yo no hago cosas feas! ¡Pregunta a los demás por mí y te lo dirán!"

Alí Azogue, que en aquel momento no pensaba en liviandades ni en nada semejante, dijo al pequeño pervertido: "Hijo mío, lo que te doy es para pagarte un informe que deseo de ti; y si te pago es porque los bravos pagan siempre los servicios que sean de otros bravos. ¿Puedes decirme solamente dónde está la vivienda del mokaddem Ahmad-la-Tiña?" El Aborto contestó: "¡Si no es más que eso lo que deseas de mí, la cosa es fácil! Echaré a andar delante de ti, y cuando llegue frente a la casa de Ahmad-la-Tiña, con mis pies descalzos lanzaré contra la puerta un guijarro. De este modo nadie me verá hacerte la indicación. ¡Y así sabrás cuál es la vivienda de Ahmad-la-Tiña!" Y efectivamente, echó a correr delante de Azogue, y al cabo de cierto tiempo cogió con sus pies descalzos un guijarro, y sin moverse, lo lanzó contra la puerta de una casa. Y maravillado de la puntería, de la precocidad, de la destreza, de la desconfianza, de la malicia y de la sutileza del pillastre, exclamó Azogue: "¡Inschalah, ya Mahmud! el día en que también me nombren jefe de policía, te escogeré para que seas el primero entre mis bravos!" Luego Alí llamó a la puerta de Ahmad-la-Tiña.

Cuando Ahmad-la-Tiña oyó los golpes dados en la puerta, saltó sobre ambos pies en el límite de la emoción, y dijo a voces a su lugarteniente Lomo-de-Camello: "¡Oh Lomo-de-Camello! ¡ve a abrir enseguida al más hermoso entre los hijos de los hombres! ¡El que llama a mi puerta no es otro que Alí Azogue, mi antiguo lugarteniente de El Cairo! ¡Lo conozco por su manera de llamar!" Y Lomo-de-Camello ni por un instante dudó que fuese precisamente Alí Azogue quien estaba al otro lado de la puerta, y se apresuró a abrirla y a introducirle donde esperaba Ahmad-la-Tiña. Y abrazáronse tiernamente los dos antiguos amigos; y después de las primeras efusiones y las zalemas reiteradas como si se tratase de un hermano suyo, Ahmad-la-Tiña le vistió con un traje magnífico, diciéndole: "¡Cuando el califa me nombró jefe de Su Derecha y me dio ropas para mis hombres, reservé este traje para ti, pensando que te encontraría un día u otro!"

Luego le hizo sentarse en medio de ellos, en el sitio de honor; e hizo servir un festín prodigioso para festejar su encuentro; y se pusieron todos a comer, a beber y a regocijarse durante toda aquella noche.

Al día siguiente por la mañana, cuando llegó para Ahmad la hora de ir al diwán al frente de sus cuarenta, dijo a su amigo Alí: "¡Ya Alí! tienes que ser prudente al comienzo de tu estancia en Bagdad. ¡Guárdate, pues, de salir de casa para no atraerte la curiosidad de estos habitantes, que son pegajosos! ¡No creas que Bagdad es El Cairo! ¡Bagdad es la corte del califa, y los espías hormiguean aquí como en Egipto las moscas, y los estafadores y sacadineros pululan por aquí como por allá las ocas y los sapos!"

Y contestó Alí Azogue: "¡Oh maestro! ¿acaso vine a Bagdad para encerrarme como una virgen entre las cuatro paredes de una casa?" Pero Ahmad le aconsejó que tuviera paciencia, y se marchó al diwán al frente de sus alguaciles.

En cuanto a Alí Azogue...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 453ª NOCHE

Ella dijo:

...En cuanto a Alí Azogue, tuvo paciencia para permanecer encerrado tres días en casa de su amigo. Pero al cuarto día, sintió que se le contraía el corazón y se le oprimía el pecho, y preguntó a Ahmad si era ya tiempo de comenzar las hazañas que debían ilustrarle y hacerle merecedor de los favores del califa. Ahmad contestó: "Cada cosa a su hora, hijo mío. ¡Déjame a mí solo el cuidado de ocuparme de ti y predisponer para contigo al califa antes de que emprendas tus hazañas!"

Pero en cuanto salió Ahmad-la-Tiña, Alí Azogue no pudo estarse quieto, y se dijo: "¡Voy a tomar un poco de aire nada más para dilatarme el pecho!" Y dejó la casa y empezó a recorrer las calles de Bagdad, trasladándose de un lugar a otro y deteniéndose a veces en casa de un pastelero o en la tienda de un cocinero para tomar un bocado o devorar cualquier cosa de pastelería. Y he aquí que divisó un cortejo de cuarenta negros vestidos de seda roja, cubiertos con gorros altos de fieltro blanco y armados de grandes machetes de acero. Iban ordenados de dos en dos; y detrás de ellos, montada en una mula con ricos jaeces; cubierta con un casco de oro coronado por una paloma de plata, y vestida con una cota de malla de acero, avanzaba, en medio de su gloria y su esplendor, la directora de las palomas, Dalila la Taimada.

...Precisamente acababa de salir del diwán y volvía al khan. Pero al pasar por delante de Alí Azogue, a quien no conocía y que no la conocía a ella, quedó asombrada de su belleza, de su juventud, de su buen aspecto, de su apostura elegante, de su apariencia agradable y sobre todo de su semejanza en la expresión de la mirada con el propio Ahmad-la-Tiña, su enemigo. Y al punto dijo unas palabras a uno de sus negros, que fue a informarse a hurtadillas, entre los mercaderes del zoco, acerca del nombre y la condición del hermoso joven; pero ninguno pudo decirle nada. Así es que cuando Dalila regresó a su pabellón del khan, llamó a su hija Zeinab y le dijo que le llevara la mesa de la arena adivinatoria; luego añadió: "¡Hija mía, acabo de encontrarme en el zoco con un joven tan hermoso, que la belleza le reconocería como uno de sus favoritos! ¡Pero ¡oh hija mía! su mirada se asemeja de un modo muy extraño a la de nuestro enemigo Ahmad-la-Tiña! ¡Y mucho me temo que ese extranjero a quien nadie en el zoco conoce, haya venido a Bagdad para jugarnos alguna mala pasada! ¡Por eso voy a consultar acerca de él a mi mesa adivinatoria!"

Tras estas palabras, agitó la arena al estilo cabalístico, murmurando palabras talismánicas y leyendo al revés unos renglones de escritura hebrea; luego en un libro mágico combinaciones algebráicas y químicas de números y letras, y encarándose con su hija, le dijo: "¡Oh hija mía! ese hermoso joven se llama Alí Azogue y viene de El Cairo! ¡Es amigo de nuestro enemigo Ahmad-la-Tiña, que no le ha hecho venir a Bagdad más que para jugarnos una mala pasada y vengarse así de la que tú misma le jugaste emborrachándole y quitándole el traje a él y a sus cuarenta! Además, sé que vive en casa de Ahmad-la-Tiña".

Pero le contestó su hija Zeinab: "¡Oh madre mía! y después de todo; ¿qué nos importa el tal individuo? ¡No hagas caso de ese jovenzuelo imberbe!"

La vieja contestó: "¡La arena adivinatoria acaba de revelarme también que la suerte de ese joven sobrepujará con mucho a mi suerte y a la tuya!" Zeinab dijo: "Ahora vamos a verlo, ¡oh madre!" Y enseguida se puso su ropa mejor, después de haberse sombreado la mirada con su barrita de kohl y juntado las cejas con su pasta negra fumada, y salió para ver si encontraba al consabido joven.

Empezó a recorrer lentamente los zocos de Bagdad balanceando sus caderas y guiñando los ojos por debajo de su velo, y lanzando miradas destructoras de corazones, y prodigando a su paso sonrisas para unos, promesas tácitas para otros, coqueterías, mimos, arrumacos, respuestas con las pupilas, preguntas con las cejas, asesinatos con las pestañas, despertares con los brazaletes, música con sus cascabeles y fuego en todas las entrañas, hasta que ante el escaparate de un vendedor de kenafa se encontró con el propio Alí Azogue, a quien conoció por su hermosura. Entonces se acercó a él, y como por inadvertencia le dio con él hombro un golpe que le hizo vacilar, y fingiéndose enfadada porque la habían tropezado, le dijo: "¡Vivan los ciegos! ¡oh clarividente!"

Al oír estas palabras, Alí Azogue se limitó a sonreír junto a la bella joven cuya mirada le traspasaba ya de una parte a otra, y contestó: "¡Oh, cuán hermosa eres, jovenzuela! ¿A quién perteneces?" Ella entornó por debajo del velo sus ojos magníficos, y contestó: "¡A todo ser bello que se parezca a ti!" Azogue preguntó: "¿Estás casada o eres virgen?" Ella contestó: "¡Casada para suerte tuya!" Él dijo: "¿Será, entonces, en mi casa o en tu casa?" Ella contestó: "Prefiero en mi casa. Sabe que estoy casada con un mercader, y soy hija de un mercader. Y hoy es la vez primera que por fin puedo salir de casa, porque mi esposo acaba de ausentarse por una semana. Y he aquí que en cuanto él marchó quise divertirme, y dije a mi servidora que guisara para mí manjares muy apetitosos. ¡Pero como los más apetitosos manjares no serían deliciosos sin la sociedad de los amigos, he salido de casa en busca de alguien tan hermoso y tan bien educado como tú para que comparta mi comida y pase conmigo la noche! Y te he visto, y se me entró en el corazón tu amor. ¿Te dignarás, pues, regocijarte el alma, aliviarte el corazón y aceptar un bocado de comida en mi casa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 454ª NOCHE

Ella dijo:

"...y aceptar un bocado de comida en mi casa?" El joven contestó: "¡Cuando a uno le invitan, no es posible rehusar!" Entonces echó a andar ella delante de él, y él la siguió de calle en calle, caminando a cierta distancia.

Y mientras caminaba así detrás de ella, iba pensando él: "¡Ya Alí, lo que hiciste resulta una imprudencia en un extranjero recién llegado! ¿Quién sabe si no te vas a ver expuesto al rencor del marido, que puede caer de improviso sobre ti mientras duermes, y cortarte en venganza tu gallo y los huevos que empolla?

Y he aquí que el Sabio ha dicho:

"¡Al que copula en un país extranjero donde le hospedan, le castigará el Gran Hospitalario!"

Será, por consiguiente, más razonable por parte tuya excusarte cortésmente con ella, diciéndole algunas palabras amables". Aprovechó, pues, el momento en que llegaban a un lugar retirado, se acercó a ella, y le dijo: "Mira, ¡oh jovenzuela! toma este dinar para ti y dejemos nuestra entrevista para otro día". Ella contestó: "¡Por el Nombre Más Grande! es absolutamente preciso que seas hoy mi huésped, porque nunca me he sentido tan predispuesta como hoy a los escarceos múltiples y a los juegos ardorosos".

Entonces la siguió, y llegó con ella frente a una vasta casa cuya puerta estaba cerrada con fuerte cerradura de madera. Y la joven hizo ademán de buscar en su vestido la llave, y exclamó luego contrariada: "¡Pues he perdido mi llave! ¿Cómo vamos a arreglarnos para abrir ahora?" Después fingió tomar una decisión, y le dijo: "¡Abre tú!" Él dijo: "¿Cómo voy a abrir sin llave una cerradura? ¡No me atrevo a forzarla!"

Por toda respuesta le lanzó ella bajo el velo dos miradas, que le abrieron sus cerraduras más profundas; luego añadió: "¡No tendrás más que tocarla y se abrirá!" Y Azogue puso su mano en la cerradura, y la puerta se abrió. Entraron ambos, y le condujo ella a una sala llena de armas hermosas y alfombrada con hermosos tapices, donde le hizo sentarse. Extendió sin tardanza el mantel, y sentándose junto al joven, se puso a comer en su compañía y a colocarle ella misma la comida entre los labios, bebiendo luego con él y divirtiéndose sin permitirle siquiera que la tocara, o la diera un beso, o un pellizco, o un mordisco; porque en cuanto se inclinaba él hacia ella para besarla, ella interponía la mano vivamente entre su mejilla y los labios del joven, y el beso iba a darle en la mano solamente. Y a las demandas apremiantes de Alí, contestaba Zeinab:

"¡La voluptuosidad no llega a su plenitud más que por la noche!"

Terminada de tal suerte su comida, se levantaron para lavarse las manos y salieron al patio, acercándose al pozo; y Zeinab quiso manejar por sí sola la cuerda y la polea y sacar el cubo del fondo del pozo; pero de pronto lanzó un grito y se asomó al brocal, golpeándose el pecho y retorciéndose los brazos presa de una desesperación extremada; y le preguntó Azogue: "¿Qué te ocurre, ojos míos?" Ella contestó: "Acaba de escurrírseme y caérseme al fondo del pozo mi sortija de rubíes, que me estaba grande. ¡Me la había comprado mi marido ayer por quinientos dinares! Y como me estaba muy grande, la achiqué con cera; pero no me sirvió de nada, ¡pues acaba de caérseme ahí abajo!"

Luego añadió: "¡Ahora mismo voy a ponerme desnuda y a bajar al pozo, que no es profundo, para buscar mi sortija! ¡Vuélvete, pues, de cara a la pared para que pueda desnudarme!" Pero Azogue contestó: ¡Qué vergüenza para mí ¡oh mi señora! si consintiera yo que en mi presencia te tomaras el trabajo de bajar! ¡Yo solo bajaré a buscar en el fondo del agua tu sortija!" Y al momento se desnudó completamente, cogióse con las dos manos a la cuerda de fibras de palmera de la garucha, y se dejó bajar en el cubo al fondo del pozo.

Cuando tocó el agua, soltó la cuerda y se sumergió en busca de la sortija; y le llegaba a los hombros el agua fría y negra en la oscuridad. Y en aquel mismo instante Zeinab la Embustera tiró con viveza del cubo y gritó a Azogue: "¡Ya puedes llamar para que te socorra a tu amigo Ahmad-la-Tiña!" Y se apresuró a salir de la casa llevándose las ropas de Azogue. Luego, sin cerrar detrás de ella la puerta, se volvió con su madre.

Y he aquí que la casa adonde Zeinab había arrastrado a Azogue pertenecía a un emir del diwán, ausente entonces para ir a sus asuntos. Así es que cuando estuvo de regreso en su casa y vio la puerta abierta, no le cupo duda de que allí había entrado un ladrón, y llamó a su palafrenero y empezó a hacer pesquisas por toda la casa; pero al ver que no se habían llevado nada y que no había huellas de ladrones, no tardó en tranquilizarse. Luego, como quería hacer sus abluciones, dijo a su palafrenero: "¡Coge el jarro y llénamelo con agua fresca del pozo!" Y el palafrenero fue al pozo e hizo bajar el cubo, y cuando lo creyó bastante lleno quiso tirar de él; pero lo encontró extraordinariamente pesado. Entonces miró al fondo del pozo y divisó sentada en el cubo una vaga forma negra que le pareció un efrit. Al ver aquello, soltó la cuerda y echó a correr, gritando enloquecido: "¡Ya sidi! ¡en el pozo hay un efrit! ¡Está sentado en el cubo!

Entonces le preguntó el emir: "¿Y cómo es?" El palafrenero dijo: "¡Es terrible y negro! ¡Y gruñía como un cochino!" El emir le dijo: "¡Corre a buscar a cuatro sabios lectores del Korán para que vengan a leer el Korán en presencia de ese efrit y a exorcizarle...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 455ª NOCHE

Ella dijo:

"...para que vengan a leer el Korán en presencia de ese efrit y a exorcizarle!" Y el palafrenero salió al punto corriendo en busca de los sabios lectores del Korán, que se instalaron alrededor del pozo. Y comenzaron a recitar los versículos conjuratorios, mientras el palafrenero y su amo tiraban de la cuerda y sacaban el cubo fuera del pozo. Y en el límite del espanto, vieron todos al efrit consabido, que no era otro que Alí Azogue saltar del cubo sobre ambos pies y exclamar: "¡Alah Akbar!" Y se dijeron los cuatro lectores: "¡Es un efrit de los creyentes, porque pronuncia el Nombre!" Pero el emir no tardó en ver que era un hombre de la especie de los hombres, y le dijo: "¿Acaso eres un ladrón?"

El joven contestó: "¡No, por Alah! pero soy un pobre pescador. Estando dormido a orillas del Tigris, he copulado con el aire en sueños, y como al despertarme me encontré mojado, me metí en el agua para lavarme; pero un remolino me arrastró al fondo del agua, y una corriente subterránea me impulsó entre las sábanas líquidas hasta este pozo donde estaban mi destino y mi salvación, gracias a ti".

Ni por un instante dudó el emir de la veracidad de aquel relato, y dijo: "¡Todo sucede porque así está escrito!" Y le dio un manto viejo para que se cubriese y le despidió condoliéndose de su estancia en el agua fría del pozo.

Cuando Alí Azogue llegó a casa de Ahmad-la-Tiña, donde ya estaban muy inquietos por su ausencia, y contó su aventura, se burlaron mucho de él, especialmente Ayub Lomo-de-Camello, que le dijo: "¡Por Alah! ¿Cómo puedes haber sido jefe de banda en El Cairo, dejándote engañar y robar en Bagdad por una jovenzuela?" Y Hassán-la-Peste, que precisamente estaba de visita en casa de su colega, preguntó a Azogue: "¡Oh, inocente egipcio! ¿conoces por lo menos el nombre de la joven que jugó contigo, y sabes quién es y de quién es hija?" Alí contestó: "¡Sí, por Alah! ¡es hija de un mercader y esposa de un mercader! ¡Pero no me dijo su nombre!" Al oír estas palabras soltó una carcajada Hassán-la-Peste, y le dijo: "¡Voy a describírtela! ¡La que tú crees una mujer casada, es una joven virgen, y de ello te respondo! ¡Se llama Zeinab! ¡Y no es hija de ningún mercader, sino de Dalila-la-Taimada, directora de nuestras palomas mensajeras! ¡Con su dedo meñique hacían dar vueltas a todo Bagdad ella y su madre, ¡ya Alí! y se trata de la misma que embaucó a tu maestro, robándole los trajes a él y a sus cuarenta aquí presentes!"

Y como Alí Azogue reflexionara profundamente, Hassán-la-Peste le preguntó: "¿Qué piensas hacer ahora?" Alí contestó: "¡Casarme con ella! ¡Porque la amo locamente a pesar de todo!" Entonces le dijo Hassán: "¡En ese caso te auxiliaré, pues sin mí ya puedes abandonar de antemano un proyecto tan temerario, renunciando a él y acallando tu hígado con respecto a la lista jovenzuela!"

Azogue exclamó: "¡Ya Hassán, ayúdame con tus consejos!" Hassán le dijo: "¡De todo corazón amistoso! ¡Pero con la condición de que en lo sucesivo no bebas más que en la palma de mi mano, ni obres más que bajo mis banderas! ¡Y en tal caso, te prometo el logro de tu proyecto y la satisfacción de tus deseos!" El joven contestó: "¡Ya Hassán, soy tu criado y tu discípulo!" Entonces le dijo la-Peste: "¡Empieza por desnudarte completamente!" Y Azogue se quitó el manto viejo que llevaba, y quedóse desnudo por completo.

Entonces Hassán-la-Peste cogió un puchero lleno de pez y una pluma de gallina, y barnizó con aquello todo el cuerpo de Azogue y la cara, de modo que le dio apariencia de un negro; luego, para completar la semejanza, le tiñó de rojo vivo los labios y el borde de los párpados, le dejó secar un momento, le tapó con un paño blanco la venerable herencia de su padre, y le dijo después: "¡Hete aquí transformado en negro, ¡ya Alí! y también vas a convertirte en cocinero! ¡Porque has de saber que el cocinero de Dalila, de Zeinab, de los cuarenta negros y de los cuarenta perros de la raza de aquellos que sirvieron a los pastores de Soleimán, es un negro como tú!

Vas a procurar encontrarte con él, y le hablarás en lengua negra, y después de las zalemas, le dirás: "¡Hace mucho tiempo, hermano negro, que no nos hemos reunido para beber nuestra bebida fermentada, la excelente buza, y comer kabad de cordero! ¿Vamos a festejar el día de hoy?" Pero te contestará que se lo impiden sus ocupaciones y los cuidados de su cocina. Entonces tratarás de emborracharle y de interrogarle de la calidad y cantidad de los manjares que guisa para Dalila y su hija, del alimento de los cuarenta negros y los cuarenta perros, del sitio en que están las llaves de la cocina y de la despensa, y de todo. ¡Y todo te lo dirá! Porque el borracho no oculta nada de lo que deja de contar cuando no le domina la embriaguez. Una vez que hayas adquirido de él estos diversos datos, le narcotizas con bang; te vestirás con sus propios trajes; te meterás en el cinturón sus cuchillos de cocina; cogerás el cesto de provisiones; irás al zoco a comprar carne y verduras; volverás a la cocina; irás a la despensa para sacar lo que necesites, como manteca, aceite, arroz y otras cosas por el estilo; guisarás los manjares conforme a las indicaciones aprendidas; los presentarás bien, echarás bang en ellos, y te irás a servírselos a Dalila, a su hija, a los cuarenta negros y a los cuarenta perros, durmiéndoles de aquel modo.

Entonces les quitarás todos sus efectos y sus ropas, y me los traerás. ¡Pero si ¡ya Alí! deseas obtener por esposa a Zeinab, has de apoderarte, además de las cuarenta palomas mensajeras del califa, meterlas en una jaula y traérmelas también...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 456ª NOCHE

Ella dijo:

"...has de apoderarte, además, de las cuarenta palomas mensajeras del califa, meterlas en una jaula y traérmelas también!"

Al oír estas palabras, Alí Azogue se llevó la mano a la frente por toda respuesta, y sin decir nada salió en busca del cocinero negro. Le encontró en el zoco, se arrimó a él, y después de las zalemas de reconocimiento, le invitó a beber buza. Pero el cocinero pretextó sus ocupaciones, e invitó a Alí a que le acompañara al khan. Allí obró Azogue, exactamente conforme con las instrucciones de Hassán-la-Peste, y una vez que hubo emborrachado a su huésped le interrogó acerca de los platos del día. El cocinero contestó: "¡Oh hermano negro! a diario, para la comida de mediodía, hay que preparar cinco platos diferentes y de diferente color para Sett Dalila y Sett Zeinab; y el mismo número de platos para la comida de la noche. Pero hoy me han pedido dos platos más. Y he aquí los platos que voy a guisar para mediodía: lentejas, guisantes, una soja, un cochifrito de carnero y sorbete de rosa; en cuanto a los dos platos suplementarios, son: arroz con miel y azafrán, y una bandeja de granos de granada con almendras mondadas, azúcar y flores".

Alí le preguntó: "¿Y cómo les sirves de ordinario la comida a tus amas?" El otro contestó: "A cada una le pongo su mantel aparte". Alí preguntó: "¿Y a los cuarenta negros?" El cocinero dijo: "¡Les doy habas cocidas con agua y condimentadas con manteca y cebollas, y para beber, un cántaro de buza! ¡Bastante es para ellos!" Alí preguntó: "¿Y a los perros?" El cocinero dijo: "¡A esos les doy tres onzas de carne para cada uno y los huesos sobrantes de la comida de mis amas!"

Cuando Azogue estuvo en posesión de estas diversas indicaciones, echó con presteza bang en la bebida del cocinero, que en cuanto la absorbió se cayó al suelo como un búfalo negro. Entonces Azogue se apoderó de las llaves que colgaban de un clavo y distinguió la llave de la cocina por las telas de cebollas y las plumas que tenía pegadas, y la llave de la despensa por el aceite y la manteca de que estaba impregnada. Y fue cogiendo y comprando todas las provisiones que necesitaba, y guiado por el gato del cocinero, a quien engañaba la semejanza de Alí con su amo, circuló por todo el khan como si habitase en él desde su infancia, guisó los manjares, puso los manteles y sirvió de comer a Dalila, a Zeinab, a los negros y a los perros, después de haber echado bang en la comida, sin que nadie extrañase el condimento ni al cocinero.

Cuando Azogue vio que en el khan dormía todo el mundo por efecto del narcótico, comenzó por desnudar a la vieja, y la encontró extremadamente fea y detestable en absoluto. Se apoderó de su traje de parada y de su casco, y penetró en el aposento de Zeinab, a la que amaba y en honor de la cual estaba realizando su primera hazaña.

La desnudó completamente, y la encontró maravillosa y de lo más deseable, y cuidada y limpia y oliendo bien; pero como era muy escrupuloso, no quiso abrirla sin su consentimiento, y se contentó con tocarla y palparla por todas partes, como entendido, para juzgar mejor acerca de su valor futuro, de su consistencia, de su grado de ternura; de su aterciopelado y de su sensibilidad; y para efectuar esta última experiencia, la hizo cosquillas en la planta de los pies, y en vista del violento puntapié que ella le dio, hubo de comprender que era sensible en extremo. Entonces, seguro ya de su temperamento, se llevó sus vestidos, y fue a despojar a todos los negros; luego subió a la terraza, entró en el palomar y se apoderó de todas las palomas, metiéndolas en una jaula, y tranquilamente, sin cerrar las puertas, regresó a casa de Ahmad-la-Tiña, donde le esperaba Hassán-la-Peste, que maravillado de su destreza, le felicitó y le prometió su concurso a fin de obtener para él a Zeinab en matrimonio.

En cuanto a Dalila la Taimada, fue la primera en salir del sueño en que la había sumido el bang. Necesitó algún tiempo para recobrar completamente el sentido; pero cuando comprendió que la habían narcotizado, se cubrió con sus acostumbradas vestiduras de vieja y corrió primeramente al palomar, encontrándolo vacío de sus palomas. Y bajó entonces al patio del khan, y vio a sus perros dormidos todavía y echados como muertos en sus perreras. Buscó a los negros, y los halló sumergidos en el sueño, como también al cocinero. A la sazón, en el límite del furor, fue corriendo al aposento de su hija Zeinab, y la vio durmiendo, toda desnuda y colgándole del cuello un hilo y un papel. Abrió el papel, y leyó en él las siguientes palabras: "¡Yo Alí Azogue, de El Cairo, y nada más que yo, soy el bravo, el valiente, el listo, el diestro autor de todo esto!" Al ver aquello, pensó Dalila: "¿Quién sabe si ese maldito no le ha roto el candado?" Y se inclinó con viveza sobre su hija, examinándola, y vio que su candado seguía intacto.

Esta seguridad la consoló un poco y la decidió a despertar a Zeinab, haciéndole aspirar contrabang. Luego de contarle lo que acababa de suceder, y añadió: "¡Oh hija mía! ¡después de todo debes estar agradecida a ese Azogue, porque no te ha roto el candado, aunque hubiera podido hacerlo impunemente!

En vez de hacer sangre a tu pájaro, se ha contentado con llevarse las palomas del califa. ¿Qué va a ser de nosotras ahora?"

Pero enseguida dio con un medio de recobrar las palomas y dijo a su hija: "Espérame aquí. ¡No voy a ausentarme por mucho tiempo!" Y salió del khan y se dirigió a casa de Ahmad-la-Tiña y llamó a la puerta.

Al punto exclamó Hassán-la-Peste, que estaba allí: "¡Es Dalila la Taimada! La conozco por su manera de llamar. ¡Ve a abrirle enseguida, ¡ya Alí!". Y Alí, en compañía de Lomo-de-Camello, fue a abrir la puerta a Dalila, que entró con cara sonriente y saludó a toda la concurrencia.

Y he aquí que precisamente Hassán-la-Peste, Ahmad-la-Tiña y los demás, estaban en aquel momento sentados en tierra alrededor del mantel, y comían pichones asados, rábanos y cohombros. Y cuando entró Dalila, la-Peste y la-Tiña se levantaron en honor suyo, y le dijeron:"¡Oh, vieja llena de espiritualidad, madre nuestra, siéntate a comer de estos pichones con nosotros! ¡Te hemos reservado tu parte de festín!"

Al oír estas palabras, Dalila sintió ennegrecerse el mundo ante ella, y exclamó: "¿No os da a todos vosotros vergüenza robar y asar las palomas que el califa prefiere a sus propios hijos?"

Ellos contestaron: "¿Y quién ha robado las palomas del califa, ¡oh madre nuestra!?" Ella dijo: "¡El egipcio Alí Azogue!"

Este contestó: "¡Oh madre de Zeinab! cuando hice asar estas palomas, no sabía que eran mensajeras! ¡De todos modos, aquí tienes una que vuelve a ti!" Y le ofreció uno de los pichones asados. Entonces Dalila cogió un trozo de alón, se lo llevó a los labios, lo saboreó un instante y exclamó: "¡Por Alah, mis palomas viven todavía, porque no es su carne ésta! ¡Las alimenté con grano mezclado con almizcle, y las distinguiría en el olor y en el sabor que conservan!"

Al oír estas palabras de Dalila, toda la asistencia se echó a reír, y dijo Hassán-la-Peste: "¡Oh madre nuestra, tus palomas están seguras en mi casa! ¡Y consentiré gustoso en devolvértelas, pero con una condición!"

Ella dijo: "¡Habla, ya Hassán! ¡De antemano accedo a todas las condiciones, y entre tus manos tienes mi cabeza...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 457ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Habla, ya Hassán! ¡De antemano accedo a todas las condiciones, y entre tus manos tienes mi cabeza!" Hassán dijo: "¡Pues bien; si quieres recobrar tus palomas, no tienes más que complacer en su deseo a Alí Azogue, de El Cairo, que es el primero de los nuestros!" Ella preguntó: "¿Y cuál es su deseo?" Alí dijo: "¡Que me des en matrimonio a tu hija Zeinab!"

La vieja contestó: "¡Para mí y para ella es un honor! ¡Lo pondré por encima de mi cabeza y de mis ojos! Pero no puedo forzar a mi hija a casarse mal de su grado. ¡Empieza, pues, por devolverme mis palomas! ¡Porque no es con estratagemas como hay que conseguir a mi hija, sino con los procedimientos de la galantería!"

Entonces Hassán dijo a Alí: "¡Devuélvele las palomas!" Azogue entregó la jaula a Dalila, que le dijo: "Si verdaderamente deseas unirte como es debido a mi hija, ¡oh muchacho! no es a mí a quien tienes que dirigirte ahora, sino a su tío, mi hermano Zoraik, el vendedor de pescado frito. ¡Porque el tutor legal de Zeinab es él, y ni yo ni ella podemos hacer nada sin su consentimiento! ¡Pero te prometo que hablaré de ti a mi hija, e intercederé por ti con mi hermano Zoraik!"

Y se fue, riendo, a contar a su hija Zeinab lo que acababa de ocurrir y cómo la pedía en matrimonio Alí Azogue. Y Zeinab contestó: "¡Oh madre mía! ¡Por mi parte no me opongo a ese matrimonio, porque Alí es guapo y amable, y además, estuvo muy circunspecto conmigo al no romper durante mi sueño lo que pudo romper!" Pero contestó Dalila: "¡Oh hija mía! ¡estoy segura de que antes de lograr que consienta tu tío Zoraik, perderá Alí en la empresa sus brazos y sus piernas, si no pierde hasta la vida!" ¡Y he aquí lo referente a ellas!

En cuanto a Alí Azogue, preguntó a Hassán-la-Peste: "¡Dime ya quién es ese Zoraik y dónde está su tienda, para que al instante vaya a pedirle en matrimonio la hija de su hermana!" La-Peste contestó: "¡Hijo mío, puedes despedirte de la bella Zeinab desde este instante, como no pienses obtenerla más que de ese bribón que se llama Zoraik! ¡Porque has de saber ¡ya Alí! que el viejo Zoraik, actualmente vendedor de pescado frito, es un antiguo jefe de banda conocido en todo el Irak por sus hazañas que superan a las mías, a las tuyas y a las de nuestro hermano Ahmad-la-Tiña! Se trata de un compadre tan astuto y tan diestro que es capaz, sin moverse, de horadar las montañas, de coger del cielo las estrellas y de robar el kohl que embellece los ojos de la luna. Ninguno de nosotros puede igualarle en supercherías, en malicias y en jugarretas de toda clase. Cierto es que ahora se ha corregido, y habiendo renunciado a su antiguo oficio de ladrón y jefe de banda, ha abierto tienda y se ha hecho vendedor de pescado frito. Lo que, a pesar de todo, no obsta para que le queden algunas de sus argucias pasadas.

Y para darte ¡ya Alí! una idea de la sagacidad de este forajido, no te contaré más que la última estratagema que se le ocurrió, y pone en práctica, para atraer a su tienda clientes y dar salida a su pescado. A la puerta de su tienda ha colgado de un cordón de seda una bolsa con mil dinares, que es toda su fortuna, y ha hecho que el pregonero público vaya anunciando por todo el zoco: "¡Oh vosotros todos, ladrones del Irak, bribones de Bagdad, salteadores del desierto, bandidos de Egipto, escuchad la noticia! ¡Y vosotros todos, genn y efrits del aire y de debajo de la tierra, escuchad la noticia! ¡El que pueda apoderarse de la bolsa colgada en la tienda de Zoraik vendedor de pescado frito, será su legítimo poseedor!"

Fácilmente comprenderás que en vista de semejante anuncio se han apresurado a acudir a la tienda clientes que, mientras intentan apoderarse de la bolsa, compran pescado; pero no han tenido éxito en su tarea ni los más hábiles; porque el taimado Zoraik instaló todo un mecanismo que por medio de un bramante se pone en contacto con la bolsa colgada. Así es que apenas la tocan, empieza a funcionar el mecanismo, compuesto de una combinación asombrosa de campanillas y cascabeles que arman tal estrépito, que aunque se encuentre Zoraik en lo último de la tienda o esté ocupado con algún cliente, oye el ruido y le da tiempo para impedir el robo de su bolsa. No tiene entonces nada más que inclinarse a coger un pedazo grueso de plomo de una provisión de ellos que hay amontonados a sus pies, y tirárselo con todas sus fuerzas al ladrón, rompiéndole un brazo o una pierna o destrozándole el cráneo a veces. Así, pues, ¡ya Alí! te aconsejo la abstención para que no te parezcas a esas gentes que van detrás de un entierro y se lamentan sin saber siquiera el nombre del muerto.

Tú no puedes luchar con un pillastre de esa talla. Y en tu lugar, yo me olvidaría de Zeinab y del casamiento con Zeinab; porque el olvido es el principio de la dicha. ¡Y quién olvida una cosa puede pasarse sin ella en lo sucesivo!"

Cuando oyó Alí Azogue estas palabras del prudente Hassán-la-Peste, exclamó: "¡No, ¡por Alah! no podré nunca decidirme a olvidar a esa jovenzuela de ojos oscuros, de sensibilidad extremada, de temperamento extraordinario! ¡Sería deshonroso para un hombre como yo! ¡Es preciso, pues, que vaya a intentar apoderarme de esa bolsa y obligar de tal suerte al viejo bandido a que consienta en mi matrimonio, dándome la joven a cambio de la bolsa cogida!" Y al instante buscó trajes como los que usan las jóvenes y se vistió con ellos después de alargarse los ojos con Kohl y teñirse las uñas con henné. Tras de lo cual se echó modestamente por la cara el velo de seda, y ensayó a andar balanceándose como las mujeres, y lo consiguió a maravilla. ¡Pero no fue eso todo!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 458ª NOCHE

Ella dijo:

¡Pero no fue eso todo! ¡Hizo que le llevaran un carnero, le degolló, recogió la sangre, le sacó el estómago, llenó este estómago con sangre y se lo colocó en su vientre por debajo de los vestidos, de modo que parecía una mujer encinta! Tras de lo cual degolló dos pollos, les sacó el buche, llenó de leche tibia las dos mollejas, y se aplicó una encima de cada seno para que aquella parte le abultase mucho y le diese apariencia de una mujer que está próxima a dar a luz. ¡Aún queda más! para no dejar nada que desear, se puso detrás varias ristras de pañuelos almidonados, los cuales, cuando se secaron, formáronle una grupa montuosa y sólida a la vez. Transformado de aquel modo, salió Azogue a la calle y se dirigió lentamente a la tienda de Zoraik el vendedor de pescado frito, haciendo que a su paso exclamasen los hombres: "¡Ya Alah, qué trasero tan gordo!"

Por el camino, como Azogue se encontraba muy molesto con aquella grupa hecha de pañuelos almidonados que le mortificaban, llamó a un arriero que pasaba con su asno, e hizo que le encaramaran encima del burro con mil precauciones para no romper la vejiga llena de sangre o las mollejas llenas de leche, y de este modo llegó delante de la tienda de pescado frito, donde vio la bolsa colgada a la puerta, efectivamente, y a Zoraik ocupado en freír pescado, mirándolo con un ojo mientras que con el otro ojo vigilaba las idas y venidas de los clientes y de los transeúntes. Entonces Azogue dijo al arriero: "¡Ya hammar! ¡mi olfato se ha impresionado con el olor de pescado frito, y mi deseo de mujer encinta se fija con intensidad en ese pescado! ¡Date prisa, pues, a buscarme uno de esos peces para que me lo coma enseguida, porque si no, voy a abortar sin duda en medio de la calle!"

Entonces el arriero paró su burro delante de la tienda, y dijo a Zoraik: "¡Dame pronto un pescado frito para esta dama encinta, cuyo hijo, a causa de este olor a fritura, ha empezado a agitarse de un modo tremendo y amenaza con salir provocando un aborto!"

El viejo bribón contestó:

"Espera un poco. ¡Todavía no está frito el pescado! ¡Y si no puedes esperar, haz que yo vea la anchura de tu espalda!"

El arriero dijo: "¡Dame uno de esos peces que tienes de muestra!" Zoraik contestó: "¡Esos no se venden!" Luego, sin volver a preocuparse del arriero, que ayudaba a la pretendida mujer encinta a bajar del borrico y a apoyarse con ansiedad en el mostrador de la tienda, Zoraik, con la sonrisa del oficio, continuó su tarea de dar vuelta al pescado en la sartén, cantando su pregón de vendedor:

¡Comida de los delicados!
¡Oh carne de los pájaros del agua!
¡Oro y plata que se compra con una moneda de cobre!
¡Oh pescados que bullís en el aceite feliz por conteneros!
¡Oh comida de los delicados!

Y he aquí que mientras Zoraik cantaba su pregón de vendedor, la mujer encinta lanzó de pronto un grito estridente al tiempo que por debajo de sus vestidos se escapaba una ola de sangre e inundaba la tienda; y gemía ella dolorosamente: "¡Ay! ¡ay! ¡uy! ¡uy! ¡el fruto de mis entrañas! ¡Ay! ¡se me rompe la espalda! ¡Ah! ¡Mis costados! ¡Ah! ¡Mi hijo!"

Al ver aquello, gritó el arriero a Zoraik: "Ya lo ves, ¡oh barba calamitosa! ¡Te lo había dicho! ¡Por no darte la gana de satisfacer su deseo, la hiciste abortar! ¡Ante Alah y ante su marido eres responsable de ello!" Entonces Zoraik, un poco asustado por aquel accidente y temiendo que le manchase la sangre que vertía la mujer, retrocedió hasta lo último de la tienda, perdiendo de vista por un instante su bolsa colgada a la puerta. Entonces Azogue quiso aprovecharse de este corto momento para apoderarse de la bolsa; pero apenas había puesto en ella la mano, cuando un estrépito extraordinario de campanillas, cascabeles y cascajo repercutió por todos los rincones de la tienda y descubrió la tentativa a Zoraik, que acudió, y al ver con la mano tendida a Azogue, comprendió de una ojeada la jugarreta que querían hacerle, cogió un gran trozo de plomo y se lo tiró al vientre a Azogue, exclamando: "¡Ah! ¡toma, pájaro de patíbulo!"

Y disparó el pastel de plomo con tanta violencia, que Alí rodó por medio de la calle enredándose con sus pañuelos, manchado de sangre y de la leche de las mollejas rotas, y creyó rendir al golpe el alma. Sin embargo, pudo incorporarse y arrastrarse hasta la casa de Ahmad-la-Tiña, donde dio cuenta de su tentativa infructuosa, mientras los transeúntes se agrupaban delante de la tienda de Zoraik, y le decían: "¿Eres mercader del zoco o batallador de profesión? ¡Si eres mercader ejerce tu oficio sin bravatas, quita esa bolsa tentadora; y libra así a la gente de tu malicia y tu maldad!"

El aludido contestó en broma: "¡Por el Nombre de Alah! ¡Bismílah! ¡Sobre mi cabeza y sobre mis ojos!"

Volviendo a Alí Azogue, una vez que entró en la casa y se repuso la violenta sacudida que había sufrido, no quiso, a pesar de todo, renunciar a llevar a cabo su proyecto. Se lavó y se limpió, se disfrazó palafrenero, cogió con una mano una fuente vacía y cinco monedas cobre con la otra mano, y se presentó en la tienda de Zoraik para comprar pescado...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 459ª NOCHE

Ella dijo:

...se presentó en la tienda de Zoraik para comprar pescado. Dio las cinco monedas de cobre a Zoraik, y le dijo: "¡Échame pescado en esta fuente!" Y Zoraik contestó: "Por encima de mi cabeza, ¡oh mi amo!" Y quiso dar al palafrenero del pescado que estaba expuesto en la bandeja de muestra; pero el palafrenero lo rechazó diciendo: "¡Lo quiero caliente!" Y contestó Zoraik: "Todavía está por freír. ¡Espera un poco, que atizaré el fuego!" Y entró en la trastienda.

Al punto se aprovechó de aquel momento Azogue para echar mano a la bolsa; pero de pronto retembló toda la tienda con el estrépito ensordecedor de las campanillas, cascabeles, sonajas y cascajo; y Zoraik saltando de un extremo a otro de su tienda, agarró una pella de plomo y la tiró con toda su fuerza a la cabeza del falso palafrenero, gritando: "¡Ah viejo marica! ¿acaso crees que no había adivinado tus intenciones sólo con ver tu modo de llevar la fuente y las monedas?" Pero Azogue, a quien ya había puesto en guardia la primera experiencia, esquivó el golpe, bajando la cabeza con rapidez, y abandonó la tienda; ¡en tanto que la pella de plomo iba a estrellarse contra una bandeja que contenía porcelanas llenas de leche cuajada y que llevaba a la cabeza el esclavo del kadí! Y la leche cuajada saltó a la cara y a la barba del kadí y le inundó su traje y su turbante. Y los transeúntes, reunidos frente a la tienda, gritaron a Zoraik: "Esta vez ¡oh Zoraik! el kadí te hará pagar los intereses del capital encerrado en tu bolsa, ¡oh jefe de los batalladores!"

Volviendo a Azogue, una vez que hubo llegado a casa de Ahmad-la-Tiña, a quien dio cuenta, a la vez que a la-Peste, de su segunda tentativa fracasada, no quiso desalentarse, porque le sostenía el amor de Zeinab. Se disfrazó de encantador de serpientes y prestidigitador, y se puso delante de la tienda de Zoraik. Se sentó en el suelo, sacó de su saco tres serpientes gordas, de cuello hinchado y lengua puntiaguda como un dardo, y se puso a tocar la flauta, interrumpiéndose de cuando en cuando para hacer una multitud de juegos de manos; pero de pronto, con un movimiento brusco, lanzó la serpiente más gorda en medio de la tienda, a los pies de Zoraik, que huyó aullando espantado al último rincón de su establecimiento, porque nada le asustaba tanto como las serpientes. Y Azogue saltó inmediatamente sobre la bolsa, y quiso llevársela.

Pero no contaba con Zoraik que a pesar de su terror le vigilaba con un ojo, y logró primero asestar a la serpiente con una pella de plomo un golpe tan certero que le aplastó la cabeza, y con la otra mano arrojó luego con todas sus fuerzas una nueva pella a la cabeza de Azogue, el cual la esquivó inclinándose y huyó, mientras la pella formidable iba a dar a una vieja y la aplastaba sin remedio. Entonces gritaron todas las personas agrupadas en torno: "¡Ya Zoraik! eso no es lícito, ¡por Alah! ¡Es absolutamente necesario que descuelgues de ahí tu bolsa calamitosa o te la quitaremos a la fuerza! ¡Bastantes desgracias suscitaste ya con tu maldad!"

Y contestó Zoraik: "¡Sobre mi cabeza!"

Y aunque de muy mala gana, se decidió a descolgar la bolsa y a ocultarla en su casa, diciéndose: "¡Si no lo hago así, ese bergante de Alí Azogue, con lo terco que es, llegaría a introducirse por la noche en mi tienda y me arrebataría la bolsa!"

Y he aquí que Zoraik estaba casado con una negra que en otro tiempo fue esclava de Giafar Al-Barmaki, y a quien la generosidad de su amo había libertado después. Y Zoraik había tenido de su esposa la negra un hijo varón cuya circuncisión iba a celebrarse pronto. Así es que cuando Zoraik entregó la bolsa a su mujer, le dijo ésta: "¡He ahí una generosidad que no sueles tener, oh padre de Abdalah! ¡La circuncisión de Abdalah va a celebrarse, pues, suntuosamente!" Zoraik contestó: "¿Pero acaso crees que te traigo la bolsa para que la dejes vacía gastando en la circuncisión? ¡No, por Alah! ¡Ve ya a ocultarla abajo dentro de un agujero abierto en el suelo de la cocina! ¡Y vuelve pronto para que durmamos!" Y la negra bajó a abrir un agujero en la cocina, enterró allí la bolsa y volvió a acostarse a los pies de Zoraik. Y con el calor que despedía la negra, Zoraik se sintió invadido por el sopor, y tuvo un sueño en el cual le parecía ver que un pájaro muy grande abría con el pico un agujero en su cocina, desenterraba la bolsa y se la llevaba en las garras volando por los aires. Y se despertó sobresaltado y gritando: "¡Oh madre de Abdalah, acaban de robar la bolsa! ¡Ve a ver a la cocina, rápido!" Y despierta de su sueño, la negra se apresuró a bajar a la cocina con luz, y efectivamente, vio, no un pájaro, sino un hombre que con la bolsa en la mano huía por la puerta abierta y corría a la calle. Era Azogue, que había seguido a Zoraik, espiando sus movimientos y los de su esposa, y oculto detrás de la puerta de la cocina acabó por conseguir apoderarse al fin de aquella bolsa tan codiciada.

Cuando supo Zoraik la pérdida de su bolsa, exclamó: "¡Por Alah, que la recuperaré esta misma noche!"

Y le dijo su esposa la negra: ¡Como no la traigas, no te abro la puerta de nuestra casa y te dejo dormir en la calle!"

Entonces Zoraik...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 460ª NOCHE

Ella dijo:

...Entonces Zoraik salió de su casa a toda prisa, y por atajos llegó antes que Azogue a casa de Ahmad-la-Tiña, donde sabía que se alojaba el joven; abrió el picaporte de la puerta valiéndose de diversas llaves con que iba siempre pertrechado, la cerró con cuidado tras él y esperó tranquilamente a Azogue que no tardó en llegar a su vez y llamar como tenía por costumbre. Entonces preguntó Zoraik, simulando la voz de Hassán-la-Peste: "¿Quién es?" El joven contestó: "¡Alí el egipcio!" El viejo le preguntó: "¿Y traes la bolsa de ese bribón de Zoraik?" Alí contestó: "¡La traigo!" El otro dijo: "¡Pásamela entonces por el ventanillo antes de que te abra la puerta, porque he hecho con la Tiña una apuesta de la que ya te hablaré!" Y Azogue pasó la bolsa por el ventanillo de la puerta de Zoraik, quien al punto escaló la terraza y desde allí saltó a la terraza de una casa contigua, por cuya escalera bajó, y abriendo la puerta, se escapó a la calle y se encaminó a su casa.

En cuanto a Alí Azogue, estuvo esperando en la calle mucho rato; pero cuando vio que no se decidía nadie a abrirle, llamó a la puerta con un golpe terrible, que despertó a toda la casa, y exclamó Hassán-la-Peste: "¡Alí está a la puerta! ¡Ve a abrirle enseguida, oh Lomo-de-Camello!" Luego, cuando hubo entrado Azogue, le preguntó irónico: "¿Y la bolsa del bribón?" Azogue exclamó: "¡Basta de chanzas, maestro! ¡Ya sabes que te la he dado por el ventanillo de la puerta!" Al oír estas palabras, Hassán-la-Peste se cayó de trasero por la fuerza explosiva de su risa, y exclamó: "¡Todo está por hacer de nuevo!, ¡ya Alí! ¡Zoraik ha recuperado lo suyo!"

Entonces Azogue reflexionó un instante, y exclamó: "¡Por Alah, oh maestro! que como de esta hecha no te traiga la tal bolsa, no quiero considerarme digno de mi nombre!" Y sin tardanza corrió por el camino más corto a casa de Zoraik, llegando antes que éste; penetró en ella por la terraza contigua, y empezó por entrar al aposento donde dormía la negra con su hijo, el pequeñuelo a quien debían circuncidar al día siguiente. Y se abalanzó primeramente a la negra, la inmovilizó en su colchón atándole brazos y piernas y la amordazó; luego cogió al pequeñuelo, a quien también amordazó, le puso en un cesto lleno de pasteles, calientes todavía, que estaban preparados para la fiesta del día siguiente, y fue a asomarse a la ventana, esperando la llegada de Zoraik, que no tardó en llamar a la puerta.

Entonces Azogue, simulando la voz y el modo de hablar de la negra, preguntó: "¿Eres tú, ¡ya sidi!?" El viejo contestó: "¡Sí, soy yo!" Azogue dijo: "¿Traes la bolsa?" Zoraik dijo: "¡Mírala!" "¡No la veo en la oscuridad! ¡Y no te abriré la puerta mientras no haya contado el dinero! ¡Voy a bajar por la ventana un cesto y la pondrás en él! ¡Y te abriré la puerta luego!" Después Azogue bajó por la ventana un cesto, donde Zoraik puso la bolsa; y entonces se apresuró a subirlo el joven. Cogió la bolsa, el pequeñuelo y el cesto de pasteles y huyó por el camino por donde había ido, para llegar a casa de Ahmad-la-Tiña y poner por fin entre las manos de Hassán-la-Peste el triple botín triunfal. Al ver aquello, la-Peste le felicitó mucho y quedó muy complacido de él; y todos se pusieron luego a comer los pasteles de la fiesta, gastando mil bromas a costa de Zoraik.

En cuanto a Zoraik, esperó en la calle mucho rato a que le abriese su esposa la negra; pero la negra no acudía, e impaciente, acabó por llamar a la puerta con golpes tan redoblados, que despertaron todos los vecinos y perros del barrio. Y no le abría nadie. Entonces derribó la puerta, y subió al aposento de su esposa, y vio lo que vio.

Cuando tras de libertar a su esposa se enteró por ella de lo que acababa de ocurrir, se golpeó con fuerza el rostro, se mesó la barba, y de aquella manera corrió a llamar a la puerta de Ahmad-la-Tiña. Ya había amanecido, y estaba levantado todo el mundo. Así es que Lomo-de-Camello fue a abrir e introdujo a Zoraik en un estado deplorable en la sala de reunión, donde se le acogió con una carcajada general. Entonces se encaró él con Azogue, y le dijo: "¡Por Alah, ¡ya Alí! te has ganado la bolsa! ¡Pero devuélveme a mi hijo!" Y contestó Hassán-la-Peste: "Has de saber ¡oh Zoraik! que mi discípulo Alí Azogue está dispuesto a devolverte tu hijo y hasta tu bolsa, si quieres consentir en darle en matrimonio a la hija de tu hermana Dalila, a la joven Zeinab de quien está enamorado". El viejo contestó: "¿Y desde cuándo se imponen condiciones al padre para pedirle en matrimonio su hija?

¡Devuélvanseme antes el niño y la bolsa, y después ya hablaremos del asunto!" Entonces Hassán hizo una seña a Alí, quien al punto entregó a Zoraik el niño y la bolsa, y le dijo: "¿Cuándo va a ser el casamiento?"

Y Zoraik sonrió, y contestó: "¡Despacio! ¡Despacio! ¿Acaso crees, ¡ya Alí! que puedo disponer de Zeinab como de un carnero o de un pescado frito? ¡No puedo concedértela mientras no le aportes la dote que reclama!"

Azogue contestó: "¡Dispuesto estoy a aportarle la dote que reclama! "¿Qué es?"

Zoraik dijo: "¡Has de saber que hizo juramento de no dejarse cabalgar de frente por ninguno sin que la hubiese llevado antes como presentes nupciales, el traje recamado de oro de la joven Kamaria, hija del judío Azaria, así como su corona de oro, su cinturón de oro y su babucha de oro...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 461ª NOCHE

Ella dijo:

¡Has de saber que hizo juramento de no dejarse cabalgar de frente por ninguno sin que la hubiese llevado antes, como presentes nupciales, el traje recamado de oro de la joven Kamaria, hija del judío Azaria, así como su corona de oro, su cinturón de oro y su babucha de oro!" Entonces exclamó Azogue: "¡Si no es más que eso, deseo perder todo derecho a casarme con Zeinab como no la lleve esta misma noche los presentes reclamados!"

Al oír estas palabras, le dijo Hassán-la-Peste: "¡Desgraciado de ti, ¡ya Alí! lo que acabas de jurar! ¡Eres hombre muerto! ¿Acaso no sabes que el judío Azaria es un mago pérfido, taimado y lleno de malicia? ¡A sus órdenes tiene a todos los genn y los efrits! ¡Vive fuera de la ciudad en un palacio construido con ladrillos de oro y plata alternados! Pero ese palacio, visible sólo cuando le habita el mago, desaparece a diario cuando su propietario viene a la ciudad para ventilar sus asuntos de usurero. Todas las noches, una vez que ha regresado a él, el judío se asoma a su ventana y enseña en una bandeja de oro el traje de su hija, gritando: "¡Oh vosotros todos, maestros en el arte de robar y bergantes del Irak, de Persia y de Arabia! ¡venid, si podéis, a apoderaros del traje de mi hija Kamaria! ¡Y daré a Kamaria en matrimonio al que logre llevarse su traje!" Pero, ¡ya Alí! ni los ladrones más listos ni los bergantes más astutos de entre nosotros pudieron hasta ahora intentar la aventura sin sufrir sus consecuencias; porque el insigne mago ha convertido, a los que pretendieron emprender la hazaña, en mulas, en osos, en burros o en monos. ¡Te aconsejo, pues, que renuncies a la cosa y te quedes con nosotros!"

Pero Alí exclamó: "¡Qué vergüenza para mí si por esa dificultad renunciara yo al amor de la sensible Zeinab! ¡Por Alah, que me traeré el traje de oro y vestiré a Zeinab con él la noche de la boda, y pondré en su cabeza la corona de oro, y el cinturón de oro en torno de su talle exquisito, y la babucha de oro en su pie!" Y salió inmediatamente en busca de la tienda del judío mago y usurero Azaria.

Llegado que fue al zoco de los cambistas, Alí preguntó por la tienda, y le enseñaron al judío, que precisamente estaba ocupado en pesar oro en sus balanzas para meterlo luego en sacos y cargar los sacos a lomos de una mula atada a la puerta. ¡Era muy feo y de aspecto avinagrado! Y a Alí le impresionó un poco su fisonomía. Sin embargo, esperó a que el judío acabase de alinear los sacos, de cerrar su tienda y de cinchar su mula, siguiéndole sin ser notado. Y de tal suerte llegó tras él fuera de las murallas de la ciudad.

Comenzaba a preguntarse Alí hasta dónde iba a seguir andando aún, cuando de pronto vio al judío extraer del bolsillo de su manto un saco, meter en él la mano, sacarla llena de arena y arrojar la arena al aire soplando por encima de ella. Y al punto vio elevarse ante él un magnífico palacio de ladrillos de oro y plata alternados, con un inmenso pórtico de alabastro y escalones de mármol, por los que subió el judío con su mula para desaparecer en el interior. Pero algunos instantes más tarde, apareció en la ventana con una bandeja de oro en la que había un traje espléndido recamado de oro, una corona, un cinturón y la babucha de oro, y exclamó: "¡Oh vosotros todos, maestros en el arte de robar y bergantes del Irak, de Persia y de Arabia! ¡venid, si podéis, a apoderaros de todo esto, y os pertenecerá mi hija Kamaria!"

Al ver y oír aquellas cosas, Azogue, que era muy juicioso, se dijo: "¡Por lo pronto, lo más prudente es ir a buscar a ese maldito judío y pedirle el traje con buenas palabras, explicándole lo que me ocurre con Zoraik!" Y levantó un dedo en el aire, gritando al mago: "¡Yo, Alí Azogue, el primero de los subalternos de Ahmad el mokaddem del califa, deseo hablarte!"

Y le dijo el judío: "¡Puedes subir!" Y cuando estuvo Alí en su presencia, le preguntó: "¿Qué quieres?" Y Alí le contó su historia, y le dijo: "¡Ahora, por último, necesito ese traje de oro y los demás objetos para llevárselos a Zeinab, la hija de Dalila!"

Al oír estas palabras, el judío se echó a reír, enseñando unos dientes espantosos, cogió una mesa con arena adivinatoria, y después de haber sacado el horóscopo de Alí, le dijo: "¡Escucha! ¡si aprecias tu vida y no quieres perderte sin remedio, sigue mi consejo! ¡Renuncia a tu proyecto! ¡Porque los que te impulsaron a emprender esa aventura no lo hicieron más que para perderte, como se han perdido todos los que intentaron ya la cosa! ¡Y cuenta que si no acabase yo de sacar tu horóscopo y saber por la arena que tu fortuna sobrepujará a mi fortuna, no hubiera vacilado, ciertamente, en cortarte el cuello!" Pero Alí, a quien inflamaron y estimularon estas últimas palabras, sacó de repente su alfanje, y amenazando con él al pecho del mago judío, exclamó: "¡Si no consientes en darme esos efectos ya, y en abjurar, además, de tus herejías y hacerte musulmán pronunciando el acto de fe, tu alma va a salir de tu cuerpo!" Entonces el judío extendió la mano como para pronunciar el acto de fe, y dijo: "¡Que se te seque la mano derecha!" E inmediatamente la mano derecha de Alí, con la cual sostenía el alfanje, se secó en la posición en que estaba, y el alfanje cayó al suelo. Pero lo recogió Alí con la mano izquierda y amenazó de nuevo el pecho del judío; mas éste pronunció: "¡Oh mano izquierda, sécate!" Y se secó la amenazadora mano izquierda de Alí, y el alfanje cayó al suelo. Entonces Alí, en el límite del furor, levantó la pierna derecha y quiso dar una patada en el vientre al judío; pero extendiendo éste su mano, pronunció: "¡Oh pierna derecha, sécate!" Y la pierna derecha de Alí se secó en el aire en la misma posición en que estaba, y Alí se encontró sostenido sólo con el pie izquierdo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 462ª NOCHE

Ella dijo:

...Y Alí se encontró sostenido sólo con el pie izquierdo. Y por más que quiso servirse de sus miembros inútiles, no consiguió más que perder el equilibrio, tan pronto cayéndose como levantándose, hasta que se quedó rendido, y le dijo el mago: "¿Has renunciado a tu proyecto?" Pero Alí replicó: "¡Necesito absolutamente los efectos de tu hija!" Entonces le dijo el judío: "¡Ah! ¿quieres los efectos? ¡Pues bien; voy a hacer que te los traigan!"

Y cogió una taza llena de agua, con la que le roció, y gritó: "¡Conviértete en burro!" Y al instante Alí Azogue se transformó en burro, con figura de burro, cascos herrados y orejas monumentales. Y se puso desde luego a rebuznar como un burro, levantando el hocico y la cola y sorbiendo el aire. Y el judío pronunció las palabras dominadoras para adueñarse de él completamente, y le obligó a bajar la escalera sobre sus patas traseras; y una vez que estuvieron en el patio del palacio, trazó un círculo mágico en la arena alrededor del burro; y al punto alzóse en torno a él una muralla que le encerraba en un recinto muy estrecho, del que no podía escaparse.

Por la mañana fue allá el judío, lo ensilló, lo embridó, lo montó, y le dijo al oído: "¡Vas a reemplazar a la mula!" Y le hizo salir del palacio encantado, el cual desapareció enseguida, y le guio por el camino de la tienda, adonde no tardó en llegar. Abrió su tienda, ató al borrico Alí en el sitio en que estaba atada la mula el día anterior y se puso a maniobrar con sus balanzas, sus pesos, su oro y su plata. Y el borrico Alí, que dentro de su piel conservaba todas sus facultades, excepto la de la palabra, se vio obligado, para no morirse de hambre, a morder con sus dientes su ración de habas secas; pero para consolarse desahogaba su mal humor soltando varias series de cuescos sonoros en la cara de los clientes.

Entretanto, llegó en busca del judío usurero Azaria un joven mercader arruinado por reveses de fortuna, y le dijo: "Estoy arruinado, y sin embargo, necesito ganarme la vida y mantener a mi esposa. ¡He aquí que te traigo sus brazaletes de oro, única y última propiedad que nos resta, para que me des a cambio su valor en dinero y pueda yo comprarme una mula o un asno y ejercer el oficio de vendedor de agua de riego!". El judío contestó:

"¿Piensas maltratar al asno que vas a comprar y darle mala vida si se niega a andar o a llevar cargas pesadas de agua?" El futuro arriero contestó: "¡Por Alah! ¡si se niega a trabajar, le obligaré a cumplir su tarea!" ¡Eso fue todo! Y el borrico Alí oyó semejantes palabras, y a manera de protesta, lanzó un cuesco espantoso.

En cuanto al judío Azaria, contestó a su cliente: "En ese caso, te cederé a cambio de esos brazaletes mi propio burro, que está ahí atado a la puerta. No tengas con él contemplaciones para que no se acostumbre a holgazanear; y cárgale bien el lomo, porque es robusto y joven".

Luego, terminada la compra, el vendedor de agua se llevó al borrico Alí, en tanto que pensaba éste para su ánima: "¡Ya Alí! ¡tu amo está dispuesto a cargarte al lomo unas aguaderas de madera dura y pesados odres grandes, y te obligará a hacer cada día diez carreras largas o más! ¡Indudablemente, estás perdido sin remedio!"

Cuando el vendedor de agua condujo el asno a su casa, dijo a su esposa que bajara a la cuadra a dar el pienso al animal. Y la esposa, que era joven y muy agradable a la vista, cogió la ración de habas y bajó en busca del borrico Alí para colgarle del pescuezo el saco de pienso. Pero el borrico Alí, que desde hacía un momento la miraba de reojo, se puso de pronto a resollar con fuerza y le dio un cabezazo que la tiró con las ropas desordenadas encima de la pila de beber las caballerías, la cubrió, acariciándole la cara con sus gruesos labios temblorosos, y puso de manifiesto su mercancía de burro, considerable herencia de burros antepasados.

Al ver aquello, la esposa del vendedor de agua empezó a lanzar gritos tan agudos que al punto acudieron a la cuadra todas las vecinas, y al ver el espectáculo, se apresuraron a hacer bajar el asno de la mujer derribada. Y he aquí que también llegó el marido que hubo de preguntarle: "¿Qué te pasa?" Ella le escupió en la cara y le dijo: "¡Ah hijo de adulterinos! ¿no supiste comprar en todo Bagdad más que este asno acosador de mujeres? ¡Por Alah! ¡escoge entre el divorcio o la devolución de este borrico!". El marido preguntó: "¿Pero qué ha hecho este borrico?" Ella dijo: "¡Me ha derribado y me ha cubierto! ¡Y si no es por las vecinas, me habría penetrado espantosamente!" Entonces el vendedor de agua la emprendió a estacazos con el asno, y acabó por llevársele de nuevo al judío, a quien dio cuenta de sus atentados inconvenientes y le obligó a quedarse con él otra vez y a restituirle los brazaletes.

Cuando se hubo marchado el vendedor de agua, el mago Azaria se encaró con el borrico Alí y le dijo: "¿Conque te dedicas a hacer bribonadas con las mujeres, ¡oh malvado!? ¡Espera! ¡ya que estás contento con tu condición de asno y no refrenas tus caprichos desvergonzados, te voy a convertir en algo que sea la irrisión de pequeños y grandes!" Y cerró su tienda, cinchó al burro y salió de la ciudad.

Como la víspera, hizo surgir de la tierra y del fondo del aire el palacio encantado...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 463ª NOCHE

Ella dijo:

...Como la víspera, hizo surgir de la tierra y del fondo del aire el palacio encantado, y penetró con el burro en el recinto protector alzado en un extremo del patio. Comenzó por murmurar ante el borrico Alí palabras cabalísticas, y le roció con algunas gotas de agua, que le tornaron a su primera forma humana; luego, manteniéndose a cierta distancia de él, le dijo: "¿Quieres ¡ya Alí! seguir ahora mis consejos, y antes de que te metamorfosee bajo cualquier otra forma peor que la primera, renunciar a tu proyecto temerario y marcharte por tu camino?" El joven contestó: "¡No, ¡por Alah! ya que está escrito que mi fortuna sobrepujará a tu fortuna, necesito matarte o apoderarme del traje de Kamaria y convertirte a la fe del Islam!"

Y quiso precipitarse sobre el mago Azaria, que, al ver aquello, extendió la mano y le arrojó al rostro algunas gotas del agua que contenía la taza grabada con palabras talismánicas, gritándole: "¡Conviértete en oso!" Y al punto Alí Azogue quedó transformado en oso, con una gruesa cadena unida a una anilla de hierro que le atravesaba el hocico, y con bozal, como los osos amaestrados para que bailen. Luego se inclinó el judío al oído del joven, y le dijo: "¡Ah malvado, eres semejante a la nuez, de la que no puede uno servirse mientras no le rompe la cáscara!" Y le ató a una estaca hincada en el recinto fortificado, y no fue a buscarle hasta el día siguiente. Montó entonces en su mula de los días anteriores y arrastró detrás de él al oso Alí a la tienda después de haber hecho desaparecer el castillo encantado, y le ató junto a la mula, para ocuparse luego de su oro y de sus clientes. ¡Y el oso Alí oía y comprendía, pero no podía hablar!

Entretanto, acertó a pasar por delante de la tienda un hombre que vio al oso encadenado, y entró al instante para preguntar al judío: "¡Oh maese Azaria! ¿quieres venderme ese oso? A mi esposa, que está enferma, la han recetado carne de oso y grasa de oso para ungüentos: pero no encuentro nada de eso por ninguna parte". El mago le dijo: "¿Vas a inmolarle enseguida o le cebarás primero para que te dé más ungüento?" El otro contestó: "Está bastante gordo así para lo que necesita mi esposa. ¡Y hoy mismo voy a hacer que le degüellen!" El mago repuso en el límite de la alegría: "¡Puesto que es para bien de tu esposa, te lo cedo de balde!"

Entonces el hombre se llevó al oso a su casa y llamó a un carnicero que llegó con dos hachas grandes, poniéndose a afilarlas una contra otra después de remangarse. Al ver aquello, el aprecio en que tenía su alma duplicó las fuerzas del oso Alí, que, en el momento en que le derribaban para degollarle, saltó súbito de entre las manos de sus verdugos, y voló más que corrió hasta el palacio del mago.

Cuando Azaria vio volver al oso Alí, se dijo: "¡Voy a hacer aún con él la última tentativa!" Le roció, como de costumbre, y le devolvió su forma humana después de haber llamado aquella vez a su hija Kamaria para que presenciase la metamorfosis. Y la joven vio a Alí en su forma humana y le encontró tan hermoso, que concibió en su corazón un amor violento hacia él. Así es que encarándosele, le preguntó: "¿Es verdad, ¡oh hermoso joven! que no es a mí a quien deseas, sino sólo mi traje y mis efectos?" Él contestó: "¡Es verdad! ¡Porque se los destino a Zeinab, la sensible hija de Dalila, la lista!" Estas palabras sumieron a la joven en un dolor y una consternación grandes, haciendo exclamar a su padre: "¡Tú misma oíste al malvado! ¡No se arrepiente!" Y roció al instante a Alí con el agua de la taza talismánica, gritándole: "¡Vuélvete perro!" Y Alí se encontró enseguida convertido en perro callejero; y el mago le escupió en la cara y le dio un puntapié, echándole del palacio.

El perro Alí empezó a vagabundear extramuros de la ciudad; pero como no encontraba nada que comer, se decidió a entrar en Bagdad. Y he aquí que inmediatamente le acogieron los ladridos de todos los perros de los diversos barrios por donde pasaba, que al ver a aquel extranjero a quien no conocían y que así violaba las fronteras de que eran ellos guardianes, hubieron de perseguirle a dentelladas hasta los límites respectivos. Y de tal suerte iba el intruso de sitio en sitio, acosado y mordido cruelmente por doquier; pero por fin pudo refugiarse en una tienda abierta que por casualidad estaba enclavada en territorio neutral. Por cierto que el propietario, que era un prendero vendedor de objetos de segunda mano, al ver a aquel desgraciado perro con la cola entre piernas, perseguido furiosamente por el ejército de los demás perros, cogió su bastón y le defendió contra los agresores, que acabaron por dispersarse ladrando desde lejos. Entonces, para demostrar su agradecimiento al prendero, el perro Alí se echó a sus pies con lágrimas en los ojos y le acarició, lamiéndole y moviendo la cola con emoción. Y permaneció a su lado hasta la noche, diciéndose: "¡Más vale ser perro que mono, por ejemplo, o algo peor todavía!" Y por la noche, cuando el prendero cerró su tienda, se pegó a él y le siguió a su casa.

Y he aquí que apenas hubo entrado en su casa el prendero, su hija se tapó el rostro, y exclamó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 464ª NOCHE

Ella dijo:

...Y he aquí que apenas hubo entrado en su casa el prendero, su hija se tapó el rostro y exclamó: "¡Oh padre mío! ¿cómo te atreves a hacer entrar en el aposento de tu hija a un extraño?" El prendero dijo: "¿Quién es ese extraño? ¡No hay aquí nadie más que un perro!" Ella contestó: "¡Ese perro no es otro que Alí Azogue, de El Cairo, que fue hechizado por el judío Azaria el mago a causa del traje de su hija Kamaria!" Al oír estas palabras, el prendero se encaró con el perro, y le preguntó: "¿Es verdad eso?" Y el perro hizo con la cabeza una seña que significaba: "¡Sí!" Y continuó la joven: "¡Dispuesta estoy, si quiere casarse conmigo, a devolverle su primitiva forma humana!" Y exclamó el prendero: "¡Por Alah! ¡oh hija mía! ¡devuélvele su forma, y sin duda se casará contigo!" Luego se volvió hacia el perro, y le preguntó:

"¡Ya lo has oído! ¿Consientes en ello?" El perro meneó la cola e hizo con la cabeza una seña que significaba: "¡Sí!" Entonces la joven cogió una taza talismánica llena de agua, y comenzaba a pronunciar sobre ella las palabras conjuratorias, cuando de improviso se dejó oír un grito estridente y la esclava de la joven entró entonces en el aposento diciendo a su ama: "¿Qué fue ¡oh mi señora! de la promesa y del pacto que entre las dos hicimos? ¡Cuando te enseñé la hechicería, me juraste no verificar nunca una operación mágica sin consultarme! precisamente también yo quiero casarme con el joven Alí Azogue, que ahora está convertido en perro: y no consentiré que se le transforme en hombre más que con la condición de que nos pertenezca a ambas en común y pase una noche conmigo y una noche contigo!" Y en cuanto la joven accedió a este arreglo, su padre le preguntó, muy asombrado de todo aquello: "¿Y desde cuándo estás iniciada en la hechicería?" Ella contestó: "¡Desde que llegó esta esclava nueva, que la había aprendido estando al servicio del judío Azaria, pues a hurtadillas hojeaba los libros mágicos y los volúmenes antiguos de ese insigne mago!"

Tras de lo cual cada una de las dos jóvenes cogió una taza talismánica, y después de haber murmurado en lengua hebrea algunas palabras, rociaron con el agua al perro Alí, diciéndole: "¡Por las virtudes, y los méritos de

Soleimán, torna a convertirte en un ser humano vivo! Y al instante saltó sobre sus dos pies Alí Azogue, más joven y más hermoso que nunca. Pero en aquel mismo momento se dejó oír un grito estridente, abrióse de par en par la puerta, y una maravillosa joven hizo su entrada en la estancia, llevando en sus brazos dos bandejas de oro superpuestas; en la bandeja áurea de abajo estaban el traje de oro, la corona de oro, el cinturón de oro y la babucha de oro, y en la bandeja de arriba, que era más pequeña, estaba la cabeza cortada del judío Azaria, sanguinolenta y con los ojos extraviados.

"Porque aquella tercera joven tan bella no era otra que Kamaria, la hija del mago, que poniendo las dos bandejas a los pies de Alí Azogue le dijo: "¡Aquí te traigo, ¡oh Alí! los efectos que codiciabas y la cabeza de mi padre el judío, porque te amo! ¡Sabrás también que me he vuelto musulmana ahora!" Y pronunció: "¡No hay más dios que Alah! ¡Y Mohammed es el enviado de Alah!

Al oír estas palabras, contestó Alí Azogue: "¡Consiento en casarme contigo a la vez que con estas dos jóvenes que están aquí, ya que siendo mujer y contra los usos corrientes, me traes un presente nupcial tan hermoso! ¡Pero es con la condición de regalar estos objetos a Zeinab, hija de Dalila, a quien deseo tener como cuarta esposa, pues que la ley permite cuatro esposas legítimas!" Kamaria accedió a ello, y también las otras dos jóvenes. Y preguntó, el prendero: "¿Nos prometerás, por lo menos, no tomar concubinas además de tus cuatro esposas legítimas?" Alí contestó: "¡Lo prometo!" Y cogió la bandeja de oro que contenía los efectos de Kamaria, y salió para llevárselos a Zeinab, la hija de Dalila.

Mientras se dirigía a casa de Dalila, vio a un vendedor ambulante que llevaba a la cabeza una bandeja grande con confituras secas, halawa y almendras agarrapiñadas, y se dijo: "¡Estará bien que lleve conmigo dulces de estos para dárselos a Zeinab!" Y he aquí que el vendedor, que parecía acecharle, le dijo: "¡Oh mi amo, no hay en Bagdad quien saque como yo la confitura de zanahorias con nueces! ¿Cuánto necesitas? ¡Pero antes de comprarme nada, prueba este pedacito y dime cómo lo encuentras!" Y Azogue cogió el pedazo y se lo tragó. Pero en el mismo momento cayó al suelo como inanimado. El pedazo de confitura estaba mezclado con bang; y el vendedor no era otro que Mahmud el Aborto, que ejercía el oficio lucrativo de despojar a sus clientes. Había visto todas las cosas hermosas que llevaba Azogue, y le había narcotizado para robárselas. En efecto, no bien quedó Azogue tendido sin movimiento, el Aborto se apoderó del traje de oro y de las demás cosas y se dispuso a huir; pero de pronto apareció a caballo Hassán-la-Peste, acompañado por sus cuarenta guardias, y vio al ladrón y le detuvo. Y el Aborto no tuvo más remedio que declarar y enseñar a Hassán aquel cuerpo tendido en el suelo. Al punto Hassán, que desde la desaparición de Alí recorría en busca suya con sus guardias todos los barrios de Bagdad, hizo traer contrabang y se lo administró. Y cuando hubo despertado el joven, sus primeras palabras fueron para pedir noticias de los efectos que llevaba a Zeinab. Y Hassán se los enseñó, y después de las efusiones propias del encuentro, le felicitó por su destreza, y le dijo: "¡Por Alah, nos superas a todos!" Luego le condujo a casa de Ahmad-la-Tiña, y tras nuevas zalemas por una y otra parte, se hizo contar toda la aventura, y le dijo: "¡Pues entonces el palacio encantado del mago te corresponde por derecho propio, ya que una de tus cuatro esposas va a ser Kamaria! ¡Allí celebraremos tus bodas cuádruples! Voy al instante a llevar a Zeinab de tu parte los presentes y a decidir a su tío Zoraik a que te la conceda en matrimonio. ¡Y te lo prometo que no rehusará esta vez el viejo bribón! ¡En cuanto a Mahmud el Aborto no podemos castigarle porque va a ser pariente tuyo al entrar tú en su familia...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 465ª NOCHE

Ella dijo.

"¡En cuanto a Mahmud el Aborto, no podemos castigarle porque va a ser pariente tuyo al entrar tú en la familia!"

Cuando hubo dicho estas palabras, Hassán-la-Peste cogió el traje de oro, la corona de oro, el cinturón de oro y la babucha de oro y fue al khan de las palomas, donde encontró a Dalila y a Zeinab dedicadas precisamente a repartir la comida a las palomas. Después de las zalemas, les dijo que hicieran ir a Zoraik, les hizo ver los presentes nupciales que habían reclamado para dote de Zeinab, y les dijo: "¡Ahora es imposible cualquier repulsa! ¡Si no, sería la ofensa para mí, para Hassán!" Y Dalila y Zoraik aceptaron los presentes, y dieron su consentimiento para el casamiento de Zeinab con Alí Azogue.

Al día siguiente Alí Azogue fue a tomar posesión del palacio del judío Azaria; y aquella noche, ante el kadí y los testigos por una parte, y ante Ahmad-la-Tiña con sus cuarenta y Hassán-la-Peste con su cuarenta por otra parte, se extendió el contrato de matrimonio de Alí Azogue con Zeinab, hija de Dalila; con Kamaria, hija de Azaria; con la hija del prendero y con la joven esclava del prendero. Y se celebraron suntuosamente las ceremonias de los cuatro casamientos. Y sin duda era Zeinab, según todas las mujeres del cortejo, la más atrayente y la más bella bajo sus velos de desposada. Y por cierto que iba vestida con el traje de oro, la corona de oro, el cinturón de oro y la babucha de oro; y las otras tres jóvenes se mostraban a su alrededor como las estrellas alrededor de la luna.

Así es que aquella misma noche Alí Azogue comenzó a hacer sus visitas nupciales, penetrando primero en su esposa Zeinab. Y se encontró con que era una verdadera perla imperforada y una cabalgadura sin montar aún. Y se deleitó con ella hasta el límite del deleite, y luego penetró por turno en cada una de sus otras tres esposas. Y como las halló absolutamente perfectas de belleza y de virginidad, se deleitó también con ellas y les tomó lo que tenía que tomarles y les dio lo que tenía que darles, y se hizo por una y otra parte con toda generosidad y a completa satisfacción.

Respecto de los festines dados con ocasión de las bodas, duraron treinta días y treinta noches; y no se perdonó nada para que fuesen dignos de su dispensador. Y hubo regocijo, y se rio, y se cantó, y se divirtieron extremadamente los invitados.

Cuando se terminaron los festejos, Hassán-la-Peste fue en busca de Azogue, y después de reiterarle sus felicitaciones, le dijo: "¡Ya Alí! ¡he aquí que te llegó la hora de ser presentado a nuestro amo el califa para que te otorgue sus favores!" Y le llevó al diwán, donde no tardó en hacer su entrada el califa.

Al ver a Alí Azogue, el califa quedó muy encantado; porque en verdad que la buena cara del joven predisponía en favor suyo, y la belleza podía dar fe de que le reconocía como su elegido. Y empujado por Hassán-la-Peste, Alí Azogue avanzó ante el califa y besó la tierra entre sus manos. Luego se levantó, y cogiendo una bandeja que tenía cubierta Lomo-de-Camello con un paño de seda, la descubrió ante el califa. Y se vio la cabeza cortada del judío Azaria, el mago.

Asombró aquello al califa, que hubo de preguntar: "¿De quién es esta cabeza?" Y contestó Azogue: "Del mayor de tus enemigos, ¡oh Emir de los Creyentes! ¡Su propietario era un insigne mago capaz de destruir Bagdad con todos sus palacios!" Y contó a Harún Al-Raschid toda la historia desde el principio hasta el fin sin omitir un detalle.

Aquella historia maravilló al califa de tal modo, que al instante nombró a Azogue intendente general de policía, con la misma categoría, las mismas prerrogativas y los mismos emolumentos que Ahmad-la-Tiña y Hassán-la-Peste; luego le dijo: "¡Vivan los bravos como tú! ¡Ya Alí! ¡Quiero que me pidas alguna cosa más!" Azogue contestó: "¡La eterna duración de la vida del califa, y permiso para hacer venir de El Cairo, mi patria, a mis cuarenta compañeros antiguos para tenerles aquí como guardias, al igual de los de mis dos colegas!" Y contestó el califa: "¡Ya puedes hacerlo!" Luego ordenó a los más hábiles escribas del palacio que escribieran cuidadosamente aquella historia y la encarpetaran en los archivos del reino para qué a la vez sirviese de lección y de diversión a los pueblos musulmanes y a todos los futuros creyentes en Alah y en su profeta Mohamed, el mejor de los hombres (¡con Él la plegaria y la paz!).

¡Y vivieron todos la vida más deliciosa y más alegre, hasta que fue a visitarles la Destructora de Alegrías y la Separadora de los Amigos!

¡Y tal es como ha llegado a mí, con todos sus detalles exactos, oh rey afortunado! la historia verídica de Dalila la Taimada y de su hija Zeinab la Embustera con Ahmad-la-Tiña, Hassán-la-Peste, Alí Azogue y Zoraik, el vendedor de pescado frito! ¡Pero Alah (¡glorificado y exaltado sea!) es más sabio y más penetrante!

Luego añadió Schehrazada: "No creas, sin embargo, ¡oh rey afortunado! que esta historia es más verídica que la de Juder el pescador y sus hermanos". Y enseguida contó:

Historia de Juder el pescador o el saco encantado

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que había antaño un mercader llamado Omar, que tenía una posteridad de tres hijos: uno se llamaba Salem, el segundo se llamaba Salim y el más pequeño se llamaba Juder. Les educó hasta que llegaron a la edad de hombres; pero como quería a Juder mucho más que a sus hermanos, notaron éstos tal preferencia, se apoderó de ellos la envidia y detestaron a Juder. Así es que, cuando el mercader Omar, que era hombre cargado ya de años, notó a su vez el odio que sus dos hijos mayores tenían al hermano, temió que a su muerte hiciesen sufrir a Juder. Congregó, pues, a los miembros de su familia y a algunos hombres de ciencia, así como a diversas personas que por orden del kadí se ocupaban de las sucesiones, y les dijo: "¡Que traigan todos mis bienes y todas las telas de mi tienda!" Y cuando se lo llevaron todo, dijo: "¡Dividid estos bienes y estas telas en cuatro partes, como manda la ley!" Y lo dividieron en cuatro partes. Y el anciano dio a cada uno de sus hijos una parte, guardó para sí la cuarta parte, y dijo: "Esa era toda mi fortuna y se la he repartido en vida para que nada tengan que reclamarme ni reclamarse entre ellos y no disputen a mi muerte. ¡En cuanto a la cuarta parte que me reservé, será para mi esposa, la madre de mis hijos, a fin de que con ella pueda atender a sus necesidades!"

Y he aquí que poco tiempo después murió el anciano; pero sus hijos Salem y Salim no quisieron contentarse con el reparto que se había hecho, y reclamaron a Juder parte de lo que le había tocado, diciéndole: "¡La fortuna de nuestro padre fue a parar a tus manos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 466ª NOCHE

Ella dijo:

“¡La fortuna de nuestro padre fue a parar a tus manos!"

Y Juder se vio obligado a recurrir en contra de ellos a los jueces y a hacer comparecer a los testigos musulmanes que habían asistido al reparto y que dieron fe de lo que sabían; así es que el juez prohibió a los dos hermanos mayores que tocaran el patrimonio de Juder. Pero las costas del proceso hicieron perder a Juder y a sus hermanos parte de lo que poseían. Aquello, sin embargo, no impidió que estos últimos conspiraran contra Juder, el cual se vio obligado a apelar una vez más en contra de ellos a los jueces; y de nuevo el pleito les hizo gastar a los tres una buena parte de su peculio en las costas. Pero no cejaron en sus propósitos, y fueron a un tercer juez, y luego al cuarto, y así sucesivamente, hasta que los jueces se comieron toda la herencia, y los tres quedaron tan pobres que no tenían ni una moneda de cobre para comprarse un panecillo y una cebolla.

Cuando los dos hermanos Salem y Salim se vieron en aquel estado, como ya no podían reclamar nada a Juder, que estaba tan miserable como ellos, conspiraron contra su madre, a la que engañaron y despojaron después de maltratarla. Y la pobre mujer fue llorando en busca de su hijo Juder, y le dijo: "¡Tus hermanos me han hecho tal y cual cosa! ¡Y me han privado de mi parte de herencia!" Y empezó a proferir imprecaciones contra ellos.

Pero Juder le dijo:

"¡Oh madre mía! ¡no lances contra ellos imprecaciones! ¡Porque ya se encargará Alah de tratar a cada cual según sus actos! Por lo que a mí respecta, no quiero denunciarles al kadí y a los demás jueces, porque los procesos exigen dispendios, y en juicios perdí todo mi capital. Vale más, pues, que nos resignemos al silencio ambos. Después de todo, ¡oh madre! no tienes más que venirte a vivir conmigo y te cederé el pan que yo coma. Encárgate tú ¡oh madre mía! de hacer votos por mí, y Alah me concederá lo necesario para mantenerte.

En cuanto a mis hermanos, déjales, que ya recibirán del Juez Soberano la recompensa por su acción, y consuélate con estas palabras del poeta:

¡Si te oprime el insensato, sopórtale con paciencia; y no cuentes para vengarte, más que con el tiempo!

¡Pero evita la tiranía! ¡porque si una montaña oprimiera a otra montaña, sería rota a su vez por otra más sólida que ella y volaría hecha trizas!

Y Juder siguió prodigando a su madre palabras de consuelo, acariciándola y calmándola, y consiguió así aliviarla y decidirla a que se fuera a vivir con él. Y para ganarse el sustento, se procuró una red de pesca, y todos los días se iba a pescar al Nilo, en Bulak, a los estanques grandes o a otros sitios en que hubiese agua; y de aquel modo sacaba una ganancia de diez monedas de cobre unas veces, de veinte, otras, de treinta otras; y se lo gastaba todo en su madre y en sí mismo; así es que comían bien y bebían bien.

En cuanto a sus dos hermanos, no poseían nada; ni oficio, ni venta, ni compra. Abrumábanles la miseria, la ruina y todas las calamidades; y como no tardaron en disipar lo que habían arrebatado a su madre, quedaron reducidos a la más miserable condición, y se convirtieron en dos mendigos desnudos que carecían de todo. Así es que se vieron obligados a recurrir a su madre y a humillarse ante ella hasta el extremo, y a quejársele del hambre que les torturaba. ¡Y el corazón de una madre es compasivo y piadoso! Y conmovida de su miseria, su madre les daba los mendrugos que sobraban y que con frecuencia estaban mohosos; y les servía también las sobras de la comida de la víspera, diciéndoles: "¡Comed pronto y marchaos antes de que vuelva vuestro hermano, pues al veros aquí se disgustará y se le endurecerá el corazón en contra mía, con lo que me comprometeréis ante él!"

Y se daban prisa ellos a comer y a marcharse. Pero un día entre los días, entraron en casa de su madre, que, como de costumbre, les sacó manjares y pan para que comiesen; y entró de pronto Juder. Y la madre se quedó muy avergonzada y bastante confusa; y temiendo que se enfadase con ella, bajó la cabeza, con miradas muy humildes para su hijo. Pero Juder lejos de mostrarse contrariado sonrió a sus hermanos, y les dijo: ¡Bienvenidos seáis, oh hermanos míos! ¡Y bendita sea vuestra jornada! ¿Pero qué os ocurrió para que al fin os hayáis decidido a venir a vernos en este día de bendición?" Y se colgó a su cuello, y les abrazó con efusión, diciéndoles: "¡En verdad que hicisteis mal en dejarme languidecer así con la tristeza de no veros! ¡No vinisteis nunca a mi casa para saber de mí y de vuestra madre!" Ellos contestaron: "¡Por Alah! ¡oh hermano nuestro! también nos hizo languidecer el deseo de verte; y no nos ha alejado de ti más que la vergüenza por lo que hubo de pasar entre nosotros y tú. ¡Pero henos aquí ya en extremo arrepentidos! ¡Sin duda aquella fue obra de Satán (¡maldito sea por Alah el Exaltado!), y ahora no tenemos otra bendición que tú y nuestra madre!"

Y Juder, muy conmovido con estas palabras, les dijo: "¡Y yo no tengo otra bendición que vosotros dos, hermanos míos!" Entonces la madre se encaró con Juder, y le dijo: "¡Oh hijo mío, blanquee Alah tu rostro y aumente tu prosperidad, pues eres el más generoso de todos nosotros! ¡oh hijo mío!" Y dijo Juder: "¡Bienvenidos seáis y venid conmigo! ¡Alah es generoso, y en la morada hay abundancia!" Y acabó de reconciliarse con sus hermanos, que cenaron en su compañía y pasaron la noche en su casa.

Al día siguiente almorzaron todos juntos, y Juder, cargado con su red, se marchó confiando en la generosidad del Abridor, mientras sus dos hermanos se iban por otra parte y permanecían ausentes hasta mediodía para volver a comer con su madre. En cuanto a Juder, no volvía hasta la noche llevando consigo carne y verduras compradas con su ganancia del día. Y así vivieron durante el transcurso de un mes, pescando Juder peces para venderlos y gastar el producto con su madre y sus hermanos, que comían y triunfaban.

Pero un día entre los días...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 467ª NOCHE

Ella dijo:

"...Pero un día entre los días, Juder echó su red al río, y cuando la recogió, la encontró vacía; la echó por segunda vez, y la recogió vacía; entonces dijo para sí: "¡No hay pescado en esta parte!" Y cambió de sitio, y echando su red, la recogió vacía de nuevo. Cambió de sitio por segunda vez, por tercera vez, y así sucesivamente, desde por la mañana hasta por la noche, sin conseguir pescar ni un solo gobio. Entonces exclamó: "¡Oh prodigios! ¿No habrá ya peces en el agua? ¿O será otra cosa la causa de ello?" Y como caía la tarde, se cargó la red a la espalda y regresó muy apenado, muy triste, apesadumbrándose y preocupándose por sus hermanos y su madre, sin saber cómo iba a arreglarse para darles de cenar; y de tal suerte pasó por delante de una panadería, donde tenía costumbre de entrar a comprar el pan para la noche. Y vio a la muchedumbre de clientes que con el dinero en la mano se apretujaban para comprar pan, sin que el panadero se fijase en él. Y Juder se apartó tristemente, mirando a los compradores y suspirando. Entonces le dijo el panadero: "¡La bienvenida sobre ti, oh Juder! ¿Necesitas pan?" Pero Juder guardó silencio. El panadero le dijo: "¡Aunque no traigas dinero encima, llévate lo que necesites, y ya me lo pagarás!"

Y Juder le dijo entonces: "¡Dame pan por valor de diez monedas de cobre, y quédate con mi red en prenda!" Pero contestó el panadero: "No, ¡oh pobre! tu red es la puerta de tu ganancia, y si me quedara yo con ella, te cerraría la puerta de la subsistencia. ¡He aquí, pues, los panes que sueles comprar! Y he aquí la parte mía de diez monedas de cobre, por si acaso las necesitas. ¡Y mañana ¡ya Juder! me traerás pescado por valor de veinte monedas de cobre!"

Y contestó Juder: "¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos!" Y después de dar al panadero muchas gracias, cogió el pan y las diez monedas de cobre, con las cuales fue a comprar carne y verduras, diciéndose: "¡Mañana el Señor me procurará los medios de desquitarme, y disipará mis preocupaciones!" Y volvió a su casa, y su madre hizo la cena como de ordinario. Y Juder cenó y se fue a dormir.

Al día siguiente cogió su red y se preparó para salir; pero le dijo su madre: "¡Qué ¿te vas sin comer el pan que tomas por la mañana?!" Él contestó: "Cómetelo tú con mis hermanos, ¡oh madre!" Y se fue al río, donde echó su red por primera, segunda y tercera vez, cambiando de sitio varias veces, y llegó la hora de la plegaria de la siesta sin que pescase nada. Entonces recogió su red y regresó desolado en extremo; y como no había otro camino para dirigirse a su casa, se vio obligado a pasar por delante de la panadería, y al verle el panadero le contó diez nuevos panes y diez monedas de cobre, y le dijo: "¡Toma eso y vete! ¡Y mañana llegará lo que la suerte ha decidido que no llegue hoy!" Y Juder quiso excusarse; pero el panadero le dijo: "No tienes para qué disculparte conmigo, ¡oh pobre! ¡Si hubieras pescado algo, ya me habrías pagado! ¡Y si no pescas nada mañana, ven sin vergüenza aquí, porque tienes crédito a plazo ilimitado!"

Tampoco al día siguiente pescó Juder nada en absoluto, y una vez más se vio obligado a presentarse en casa del panadero; y tuvo la misma mala suerte durante siete días seguidos, al cabo de los cuales se le puso muy angustiado el corazón, y dijo para sí: "Hoy voy a ir a pescar al lago Karún. ¡Acaso encuentre mi destino allí!"

Fue, pues, al lago Karún, situado no lejos de El Cairo, y se disponía a echar su red, cuando vio ir hacia él a un moghrabín montado en una mula. Iba vestido con un traje extraordinariamente hermoso, y tan envuelto estaba en su albornoz y en su pañuelo de la cabeza, que no se le veía más que un ojo. También la mula estaba cubierta y enjaezada con tisú de oro y sedas, y a la grupa llevaba unas alforjas de lana de color.

Cuando el moghrabín estuvo junto a Juder, se apeó de su mula, y dijo: "¡La zalema contigo, ¡oh Juder! ¡Oh hijo de Omar!" Y contestó Juder: "¡Y contigo la zalema, ¡oh mi señor peregrino!" El moghrabín dijo: "¡Oh, Juder, te necesito! ¡Si quieres obedecerme, alcanzarás grandes ventajas y una ganancia inmensa, y serás mi amigo, y arreglarás todos mis asuntos!"

Juder contestó: "¡Oh mi señor peregrino! dime ya lo que estás pensando, ¡y te obedeceré enseguida!" Entonces le dijo el moghrabín: "¡Empieza, pues, por recitar el capítulo liminar del Korán!" Y Juder recitó con él la fatiha del Korán.

Entonces le dijo el moghrabín: "¡Oh, Juder, hijo de Omar! ¡Vas a atarme los brazos con estos cordones de seda lo más sólidamente que puedas! Después de lo cual me arrojarás al lago y esperarás algún tiempo. Si ves aparecer por encima del agua una mano mía antes que mi cuerpo, echa enseguida tu red y sácame con ella a la orilla; pero si ves aparecer un pie mío fuera del agua, sabe que habré muerto. No te inquietes por mí ya entonces, coge la mula con las alforjas y ve al zoco de los mercaderes, donde encontrarás a un judío llamado Schamayaa. ¡Le entregarás la mula, y te dará él cien dinares, con los cuales te irás por tu camino!

¡Pero has de guardar el secreto de todo esto!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 468ª NOCHE

Ella dijo:

"...¡Pero has de guardar el secreto de todo esto!" Entonces contestó Juder: "¡Escucho y obedezco!" Y ató los brazos al moghrabín, que le decía: "¡Más fuerte todavía!" Y cuando acabó la cosa, lo levantó y lo tiró al lago. Luego esperó algunos instantes para ver qué pasaba.

Pero al cabo de cierto tiempo vio de pronto surgir del agua los dos pies del moghrabín.

Entonces comprendió que había muerto el hombre, y sin inquietarse más por él cogió la mula y fue al zoco de los mercaderes, donde, efectivamente, vio sentado en una silla, a la puerta de su tienda, al consabido judío, que exclamó al ver la mula: "¡No hay duda! ¡ha perecido el hombre!" Luego prosiguió: "¡Ha sido víctima de la codicia!" Y sin añadir una palabra, tomó de manos de Juder la mula, y le contó cien dinares de oro, recomendándole que guardara el secreto. Juder cogió, pues, el dinero del judío, y se apresuró a ir en busca del panadero, al cual tomó el pan de costumbre, y dándole un dinar, le dijo: "¡Esto es para pagarte lo que te debo, oh mi amo!" Y el panadero echó la cuenta, y le dijo: "¡Todavía con lo que sobra, tienes pagado en mi casa el pan de dos días!"

Juder le dejó y fue en busca del carnicero y del verdulero, y dándoles un dinar a cada uno, les dijo: "¡Dadme lo que necesito y quedaos con el resto del dinero a cuenta de lo que compre más adelante!" Y compró carne y verduras y lo llevó todo a su casa, donde encontró a sus hermanos con mucha hambre y a su madre que les decía que tuviesen paciencia hasta la vuelta del hermano. Entonces dejó ante ellos las provisiones, sobre las cuales se precipitaron como ghuls, y empezaron por devorar todo el pan mientras se hacía la comida.

Al día siguiente, antes de marcharse, Juder entregó a su madre todo el oro que tenía, diciéndole: "¡Guárdalo para ti y para mis hermanos, a fin de que nunca carezcan de nada!"

Y cogió su red de pesca, y volvió al lago Karún; y ya iba a comenzar su trabajo, cuando vio avanzar hacia él a un segundo moghrabín que se parecía al primero e iba vestido con más riqueza y montado en una mula: "¡La zalema contigo, oh Juder, hijo de Omar!"

El pescador contestó: "¡Y contigo la zalema, oh mi señor peregrino!"

El otro dijo: "¿Viste ayer a un moghrabín montado en una mula como ésta?" Pero Juder, que tenía miedo que le acusaran por la muerte del hombre, se dijo que valdría más negar absolutamente, y contestó: "¡No, no vi a nadie!"

El segundo moghrabín sonrió y dijo: "¡Oh pobre Juder! ¿Acaso no sabes que no ignoro nada de lo que ha pasado? ¡El hombre a quien tiraste al lago y cuya mula vendiste al judío Schamayaa por cien dinares es mi hermano! ¿Por qué intentas negar?"

El pescador contestó: "Si sabías todo eso, ¿para qué me lo preguntas?"

El otro dijo: "Porque necesito ¡oh Juder! que me hagas el mismo servicio que a mi hermano". Y sacó de sus alforjas preciosas unos cordones gordos de seda, que entregó a Juder, diciéndole:

"¡Átame todo lo sólidamente que puedas y arrójame al agua! ¡Si ves salir mi pie antes que nada, es que habré muerto! ¡Entonces cogerás la mula y se la venderás al judío por cien dinares! Juder contestó: "¡Acércate, entonces!"

Y se acercó el moghrabín y Juder le ató los brazos, y levantándolo en alto lo tiró al fondo del lago.

Y he aquí que al cabo de algunos instantes vio salir del agua dos pies. Y comprendió que había muerto el moghrabín; y se dijo:

"¡Ha muerto! ¡Que no vuelva y quédese con su calamidad! ¡Inschalah! ¿Vendrá a mí cada día un moghrabín para que le tire al agua, haciéndome ganar cien dinares?

Y cogió la mula y se fue en busca del judío, que exclamó al verle: "¡Ha muerto el segundo!"

Juder contestó: ¡Ojalá viva tu cabeza!" Y añadió el judío: "¡Esa es la recompensa de los ambiciosos!" Y se quedó con la mula y dio cien dinares a Juder, que volvió con su madre y se los entregó. Y le preguntó su madre: "¿Pero de dónde sacas tanto dinero, ¡oh hijo mío!?" Entonces le contó él lo que le había pasado; y su madre le dijo muy asustada: "¡No debes volver al lago Karún! ¡Tengo miedo que los moghrabines te acarreen alguna desgracia!"

Él contestó: "¡Pero si los tiro al agua con su consentimiento! ¡oh madre! Además, ¿por qué no hacerlo, si el oficio de ahogador me reporta cien dinares diarios? ¡Por Alah! ¡que ahora quiero ir todos los días al lago Karún hasta que con mis manos ahogue al último de los moghrabines y no quede la menor señal de moghrabines!"

Al tercer día, pues, volvió Juder al lago Karún, y en el mismo instante vio llegar a un tercer moghrabín, que se parecía asombrosamente a los dos primeros, pero que les superaba aún en la riqueza de sus vestidos y en la hermosura de los jaeces con que estaba adornada la mula en que montaba; y detrás de él, en cada lado de las alforjas, había un bote de cristal con su tapadera. Se acercó aquel hombre a Juder, y le dijo: "¡La zalema contigo, oh, Juder, hijo de Omar!"

El pescador le devolvió la zalema, pensando: "¿Cómo me conocerán y sabrán mi nombre todos?"

El moghrabín le preguntó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente

CUANDO LLEGÓ LA 469ª NOCHE

Ella dilo:

"...El moghrabín le preguntó: "¿Has visto pasar moghrabines por aquí?" El pescador contestó: "¡Dos!" El otro preguntó: "¿Por dónde han ido?" El pescador dijo: "¡Les até los brazos y les tiré a este lago, en donde se ahogaron! ¡Y si te conviene seguir su suerte, puedo hacer contigo lo mismo!"

Al oír estas palabras, el moghrabín se echó a reír y contestó: "¡Oh, pobre! ¿No sabes que toda vida tiene fijado de antemano su término?"

Y se apeó de su mula, y añadió tranquilamente: "¡Oh Juder, deseo que hagas conmigo igual que hiciste con ellos!" Y sacó de sus alforjas unos cordones gordos de seda y se los entregó; y le dijo Juder: "¡Entonces deja que te coja las manos para atártelas a la espalda; y date prisa, porque estoy muy atareado y el tiempo apremia! ¡Por lo demás, estoy muy al corriente del oficio, y puedes tener confianza en mi habilidad de ahogador!"

Entonces el moghrabín le presentó los brazos. Juder se los ató a la espalda; luego lo levantó en alto y lo arrojó al lago, en donde le vio hundirse y desaparecer. Y antes de marcharse con la mula, esperó a que saliesen del agua los pies del moghrabín; pero con gran sorpresa por su parte, vio que surgían del agua las dos manos precediendo a la cabeza y al moghrabín entero, que le gritó: "¡No sé nadar! ¡Cógeme enseguida con tu red, oh pobre!" Y Juder le echó la red y consiguió sacarle a la orilla. A la sazón vio en las manos de aquel hombre, sin que lo hubiese notado antes, dos peces de color rojo como el coral, un pez en cada mano. Y el moghrabín se apresuró a coger de su mulo los dos botes de cristal, metió un pez en cada bote, los tapó, y colocó de nuevo los botes en las alforjas. Tras de lo cual volvió hacia Juder, y cogiéndole en brazos, se puso a besarle con mucha efusión en la mejilla derecha y en la mejilla izquierda; y le dijo: "¡Por Alah! ¡Sin ti no estaría vivo yo ahora, y no hubiera podido atrapar estos dos peces!" ¡Eso fue todo!

Y he aquí que Juder, que estaba inmóvil de sorpresa, acabó por decirle: "¡Por Alah, oh mi señor peregrino! ¡Si verdaderamente crees que intervine algo en tu liberación y en la captura de esos peces, cuéntame pronto, como única prueba de gratitud, lo que sepas con respecto de los dos moghrabines ahogados, y la verdad acerca de los dos peces consabidos y acerca del judío Schamayaa el del zoco!"

Entonces dijo el moghrabín:

"¡Oh Juder! Sabe que los dos moghràbines que se ahogaron eran hermanos míos. Uno se llamaba Abd Al-Salam y el otro se llamaba Abd Al-Abad. En cuanto a mí me llamo Abd Al-Samad. Y el que tú crees judío no tiene nada de judío, pues es un verdadero musulmán del rito malekita; su nombre es Abd Al-Rahim, y también es hermano nuestro. Y he aquí ¡ya Juder! que nuestro padre, que se llamaba Abd Al-Wadud, era un gran mago que poseía a fondo todas las ciencias misteriosas, y nos enseñó a sus cuatro hijos la magia, la hechicería y el arte de descubrir y abrir los tesoros más ocultos. Así es que hubimos de dedicarnos incesantemente al estudio de esas ciencias en las que logramos alcanzar tal grado de sabiduría, que acabamos por someter a nuestras órdenes a los genn, a los mareds y a los efrits.

"Cuando murió nuestro padre, nos dejó muchos bienes y riquezas inmensas. Entonces nos repartimos equitativamente los tesoros que nos dejó, los talismanes y los libros de ciencia; pero no nos pusimos de acuerdo sobre la posesión de ciertos manuscritos. El más importante de aquellos manuscritos era un libro titulado Anales de los Antiguos, verdaderamente inestimable de precio y de valor, que ni siquiera podría pagarse con su peso en pedrerías. Porque en él se encontraban indicaciones precisas acerca de la solución de los enigmas y los signos misteriosos. Y en aquel manuscrito precisamente había agotado nuestro padre toda la ciencia que poseía.

"Cuando comenzaba a acentuarse entre nosotros la discordia, vimos entrar en nuestra casa a un venerable jeique, el mismo que había educado a nuestro padre y le había enseñado la magia y la adivinación. Y aquel jeique, que se llamaba El Profundísimo Cohén, nos dijo: "¡Traedme ese libro!" Y le llevamos los Anales de los Antiguos, que cogió él y nos dijo: "¡Oh hijos míos, sois hijos de mi hijo, y no puedo favorecer a uno de vosotros en detrimento de los demás! ¡Es necesario, pues, que aquel de vosotros que desee poseer este libro vaya a abrir el tesoro llamado Al-Schamardal, y me traiga la esfera celeste, la redomita de kohl, el alfanje y el anillo, que todos estos objetos contiene el tesoro! ¡Y son extraordinarias sus virtudes! En efecto, el sello está guardado por un genni, cuyo sólo nombre da miedo pronunciarlo: se llama el Efrit Trueno-Penetrante. Y el hombre que se haga dueño de este anillo, puede afrontar sin temor el poderío de los reyes y sultanes; y cuando quiera podrá ser el dominador de la tierra en todo lo que tiene de ancha y larga. Quien posea el alfanje, podrá destruir a su albedrío ejércitos sin más que blandirlo, pues al punto saldrán de él llamas y relámpagos, que reducirán a la nada a todos los guerreros. Quien posea la esfera celeste, podrá viajar a su antojo por todos los puntos del universo sin molestarse ni cambiar de sitio, y visitar todas las comarcas de Oriente a Occidente. Para ello, le bastará tocar con el dedo el punto adonde quiere ir y las regiones que desea recorrer, y la esfera empezará a dar vueltas, haciendo desfilar ante sus ojos todas las cosas interesantes del país en cuestión, así como sus pobladores, todo cual si lo tuviese entre las manos. Y si a veces está quejoso de la hospitalidad de los indígenas de cualquier país o el recibimiento que le dispensó una ciudad entre las ciudades, le bastará dirigir el sol hacia el punto en que se encuentra la región enemiga, e inmediatamente será la tal presa de las llamas y arderá con todos sus habitantes. En cuanto a la redomita de kohl, quien se frota los párpados con el kohl que contiene, ve al instante todos los tesoros ocultos en la tierra. ¡Ya lo sabéis! Así, pues, el libro no le pertenecerá de derecho más que a quien realice la empresa; y quienes fracasen, no podrán hacer reclamación ninguna. ¿Aceptáis estas condiciones?" Contestamos: "Las aceptamos, ¡oh jeique de nuestro padre! ¡Pero no sabemos nada relativo a ese tesoro de Schamardal!" Entonces nos dijo: "Sabed, hijos míos, que el tal tesoro de Schamardal se encuentra...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 470ª NOCHE

Ella dijo:

"...Sabed, hijos míos, que el tal tesoro de Schamardal se encuentra bajo la dominación de los dos hijos del rey Rojo. En otro tiempo vuestro padre trató de apoderarse de ese tesoro; pero para abrirlo era necesario apoderarse antes de los hijos del rey Rojo. Y he aquí que en el momento en que vuestro padre iba a ponerles la mano encima, se escaparon y fueron a arrojarse, transformados en peces rojos, al fondo del lago Karún, en las proximidades de El Cairo. Y como aquel lago estaba también encantado, por mucho que hizo vuestro padre no pudo atrapar a los dos peces. Entonces fue a buscarme y se me quejó de la ineficacia de sus tentativas. Y enseguida hice yo mis cálculos astrológicos y saqué el horóscopo; y descubrí que aquel tesoro de Schamardal no podía abrirse más que con ayuda y en presencia de un joven de El Cairo llamado Juder ben-Omar, pescador de oficio. Se encontrará el tal Juder a orillas del lago Karún. Y el encanto de ese lago no puede romperse más que por el propio Juder, que deberá atar los brazos a aquel cuyo destino sea bajar al lago; y le tirará al agua. Y el que se arroje allí tendrá que luchar contra los dos hijos encantados del rey Rojo; y si tiene la suerte de vencerlos y apoderarse de ellos, no se ahogará, y sobrenadará por encima del agua su mano antes que nada. ¡Y le recogerá Juder con su red! ¡Pero el que perezca, sacará del agua antes que nada los pies, y deberá ser abandonado!"

"Al oír estas palabras del jeique Profundísimo Cohén, contestamos: «¡Ciertamente, intentaremos la empresa, aun a riesgo de perecer!' Sólo nuestro hermano Abd Al-Rahim no quiso intentar la aventura, y nos dijo: "¡Yo no quiero!" Entonces le decidimos a que se disfrazara de mercader judío; y juntos convinimos en enviarle la mula y las alforjas para que se las comprase al pescador, dado caso de que pereciéramos en nuestra tentativa.

"Por lo demás, ya sabes ¡oh Juder! lo ocurrido. ¡Mis dos hermanos perecieron en el lago, víctimas de los hijos del rey Rojo! Y también yo creí sucumbir a mi vez luchando contra ellos cuando me tiraste al lago, pero gracias a un conjuro mental, logré desembarazarme de mis ligaduras, romper el encanto invencible del lago y apoderarme de los dos hijos del rey

Rojo, que son estos dos peces color de coral que me has visto encerrar en los botes de mis alforjas. Y he aquí que esos dos peces encantados, hijos del rey Rojo son nada menos que dos efrits poderosos; y merced a su captura, por fin voy a poder abrir el tesoro de Schamardal.

"¡Pero para abrir el tal tesoro, es absolutamente necesario que estés presente, porque el horóscopo sacado por El Profundísimo Cohén predecía que la cosa no podría hacerse más que a tu vista!

"¿Quieres, pues, ¡oh Juder! consentir en ir conmigo al Maghreb, a un paraje situado cerca de Fas y Miknas, para ayudarme a abrir el tesoro de Schamardal? ¡Y te daré todo lo que pidas! ¡Y serás por siempre mi hermano en Alah! ¡Y después de ese viaje, regresarás entre tu familia con el corazón jubiloso!"

Cuando Juder hubo oído estas palabras, contestó: "¡Oh mi señor peregrino, tengo pendientes de mi cuello a mi madre y a mis hermanos! ¡Y soy yo el encargado de mantenerles! Así, pues, si consiento en marcharme contigo, ¿quién les dará el pan para alimentarse?" El moghrabín contestó: "¡Te abstienes sólo por pereza! ¡Si verdaderamente no te impide partir más que la falta de dinero y el cuidado de tu madre, estoy dispuesto a darte ya, mil dinares de oro para que subsista tu madre mientras tú vuelves, que será al cabo de una ausencia de cuatro meses apenas!" Al oír lo de los mil dinares, Juder exclamó: "¡Dame ¡oh peregrino! los mil dinares para que vaya a llevárselos a mi madre y parta luego contigo!" Y el moghrabín le entregó al punto los mil dinares, y el pescador fue a dárselos a su madre, diciéndole: "¡Toma estos mil dinares para tus gastos y los de mis hermanos, porque me marcho con un moghrabín a hacer un viaje de cuatro meses al Maghreb! Y haz votos por mí durante mi ausencia, ¡oh madre! y tu bendición me colmará de beneficios". Ella contestó: "¡Oh hijo mío, cómo me va a hacer languidecer de tristeza tu ausencia! ¡Y qué miedo tengo por ti!"

El joven dijo: "¡Oh madre mía! ¡nada hay que temer por quien está bajo la guarda de Alah! ¡Además, el moghrabín es un buen hombre!" Y le elogió mucho el moghrabín. Y su madre, le dijo: "¡Incline Alah hacia ti el corazón de ese moghrabín de bien! ¡Vete con él, hijo mío! ¡Acaso sea generoso contigo!"

Entonces Juder dijo adiós a su madre y se fue en busca del moghrabín.

Y al verle llegar el moghrabín le preguntó: "¿Consultaste a tu madre?" Juder contestó: "¡Sí, por cierto, e hizo votos por mí y me bendijo!" Díjole el otro: "¡Sube detrás de mí a la grupa!" Y Juder montó a lomos de la mula detrás del moghrabín, y de aquel modo viajó desde mediodía hasta media tarde.

Y he aquí que el viaje despertó un gran apetito en Juder, que tenía mucha hambre...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 471ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y he aquí que el viaje despertó un gran apetito en Juder, que tenía mucha hambre. Pero como no veía provisiones en el saco de viaje, dijo al moghrabín: "¡Oh mi señor peregrino, me parece que se te olvidó de coger víveres para comer durante el viaje!" El otro contestó: "¿Acaso tienes hambre?" Juder dijo: "¡Ya lo creo! ¡Ualah!" Entonces el moghrabín paró la mula, echó pie a tierra seguido de Juder, y dijo a éste: "¡Dame el saco!"

Y cuando le dio el saco Juder, le preguntó: "¿Qué anhela tu alma, oh hermano mío?" Juder contestó: "¡Cualquier cosa!" El moghrabín dijo: "¡Por Alah sobre ti, dime qué quieres comer!" Juder contestó: "¡Pan y queso!" El otro sonrió, y dijo: "¿Nada más que pan y queso, ¡oh pobre!? ¡Verdaderamente, es poco digno de tu categoría! ¡Pídeme, pues, algo excelente!"

Juder contestó: "¡En este momento todo lo encontraría excelente!" El moghrabín le preguntó: "¿Te gustan los pollos asados?" Juder dijo: "¡Ya Alah! ¡Sí!" El otro le preguntó: "Te gusta el arroz con miel?" Juder dijo: "¡Mucho!" El otro le preguntó: "¿Te gustan las berenjenas rellenas? ¿Y las cabezas de pájaros con tomate? ¿Y la cotufas con perejil y las colocasias? ¿Y las cabezas de carnero al horno? ¿Y los buñuelos de harina de cebada rebozados? ¿Y las hojas de vid rellenas? ¿Y los pasteles? ¿Y ésta y aquella cosa y la de más allá?" Y enumeró así hasta veinticuatro platos distintos, en tanto que Juder pensaba: "¿Estará loco? Porque, ¿de dónde va a sacar los platos que acaba de enumerarme, si no hay aquí cocina ni cocinero? ¡Voy a decirle que ya basta en verdad!" Y dijo al moghrabín: "¡Basta! ¿Hasta cuándo vas a estar haciéndome desear esos diferentes manjares sin mostrarme ninguno?"

Pero contestó el moghrabín: "¡La bienvenida sobre ti, oh Juder!" Y metió la mano en el saco, y extrajo de él un plato de oro con dos pollos asados y calientes; luego metió la mano por segunda vez, y sacó un plato de oro con chuletas de cordero, y uno tras otro, sacó exactamente los veinticuatro platos que había enumerado.

Estupefacto quedó Juder al ver aquello. Y le dijo el moghrabín: ¡Come, pobre amigo mío!" Pero exclamó Juder: "¡Ualah! ¡oh mi señor peregrino! ¡sin duda has colocado en ese saco una cocina con sus utensilios y cocineros!" El moghrabín se echó a reír, y contestó: Oh Juder, ¡este saco está encantado! ¡Lo sirve un efrit que, si quisiéramos nos traería al instante mil manjares indios y mil manjares chinos!"

Y exclamó Juder: "¡Oh, qué hermoso saco, y qué prodigios contiene y qué opulencia!" Luego comieron ambos hasta saciarse, y tiraron lo que les sobró de la comida. Y el moghrabín guardó otra vez en el saco los platos de oro; luego metió la mano en el otro bolso de las alforjas, y sacó una jarra de oro llena de agua fresca y dulce.

Y bebieron e hicieron sus abluciones y recitaron la plegaria de la tarde, metiendo después la jarra en el saco junto a uno de los botes, poniendo el saco a lomos de la mula y montando en la mula ellos para continuar su viaje.

Al cabo de cierto tiempo, el moghrabín preguntó a Juder: "¿Sabes ¡oh Juder! el camino que hemos recorrido desde El Cairo hasta aquí?" Juder contestó: "¡Por Alah, que no lo sé!" El otro dijo: "En dos horas hemos recorrido exactamente un trayecto que exige un mes de camino, por lo menos!" Juder preguntó: "¿Y cómo es eso?"

El otro dijo: "¡Sabe, oh Juder! que esta mula que montamos es nada menos que una gennia entre los genn. En un día suele recorrer el trayecto de un año de camino; pero hoy va despacio, al paso, para que no te fatigues".

Y así prosiguieron su camino hacia el Maghreb; y todos los días, por la mañana y por la tarde, el saco atendía a todas las necesidades; y Juder no tenía más que desear un manjar, aunque fuera el más complicado y el más extraordinario, para encontrarlo al punto en el fondo del saco, completamente guisado y servido en un plato de oro.

Y de tal suerte, al cabo de cinco días llegaron al Maghreb y entraron en la ciudad de Mas y Miknas.

Y he aquí que todos los transeúntes que se encontraban a lo largo de las calles conocían al moghrabín, y le deseaban la zalema o iban a besarle la mano, hasta que llegaron a la puerta de una casa, donde se apeó el moghrabín para llamar. Y enseguida se abrió la puerta y en el umbral apareció una joven absolutamente como la luna, y bella esbelta cual una gacela sedienta, que les sonrió con una sonrisa de bienvenida.

Y el moghrabín le dijo, paternal: "¡Oh Rahma, hija mía! ¡Date prisa a abrirnos la sala principal del palacio!" Y contestó la joven Rahma: "¡Sobre la cabeza y sobre los ojos!" Y los precedió al interior del palacio, balanceando sus caderas. Y Juder perdió la razón; y dijo para sí: "¡No cabe duda! ¡Esta joven es, indiscutiblemente, la hija de un rey!"

En cuanto al moghrabín, comenzó primero por coger del lomo de la mula el saco, y dijo: "¡Oh, mula, vuélvete al sitio de donde viniste! ¡Y Alah te bendiga!"

Y he aquí que de pronto se abrió la tierra y recibió en su seno a la mula para cerrarse sobre ella inmediatamente.

Y exclamó Juder: "¡Oh, Protector! ¡Loores a Alah, que nos libró de tal cosa y veló por nosotros mientras estuvimos a lomos de esta mula!" Pero el moghrabín dijo: "¿Por qué te asombras, ¡oh Juder!? ¿No te previne que era una gennia entre los efrits? ¡Pero démonos prisa a entrar en el palacio y a subir a la sala principal!"

Y siguieron a la joven.

Cuando Juder hubo penetrado en el palacio, quedó deslumbrado...

En este momento de su narración, Schherazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente

Y CUANDO LLEGÓ LA 472ª NOCHE

Ella dijo:

"...Cuando Juder hubo penetrado en el palacio, quedó deslumbrado por el esplendor y la multitud de riquezas que encerraba y por la hermosura de las arañas de plata y las lámparas de oro, así como la profusión de pedrerías y metales. Y una vez sentados en la alfombra, el moghrabín dijo a su hija: "¡Ya Rahma, ve a traernos el paquete de seda que sabes!" Y al punto echó a correr la joven, volviendo con el paquete consabido, y se lo dio a su padre, que lo abrió y sacó de él un traje que valía mil dinares por lo menos, y dándoselo a Juder, le dijo: "¡Póntelo, ¡oh Juder! y bienvenido seas como huésped aquí!" Y Juder se vistió con aquella ropa, y quedó tan espléndido que parecía un rey entre los reyes de los árabes occidentales.

Tras de lo cual, el moghrabín, que tenía ante sí el saco, metió la mano en él y sacó multitud de platos, que colocó en el mantel puesto por la joven, y no se detuvo en su tarea mientras no hubo alineado de aquel modo cuarenta platos de color diferente y con manjares diferentes. Luego dijo a Juder: "Extiende la mano y come, ¡oh mi señor! y dispénsanos por lo poco que te servimos; porque verdaderamente aún no sabemos tus gustos y preferencias sobre manjares. ¡No tienes más que decir lo que quieres mejor y lo que anhela tu alma, y te lo presentaremos sin tardanza!" Juder contestó: "¡Por Alah, ¡oh mi señor peregrino! que me gustan todos los manjares, sin excepción, y ninguno me repugna! ¡No me interrogues, pues, acerca de mis preferencias y ponme todo lo que te parezca! ¡Porque lo único que sé es comer, y eso es lo que más me gusta en el mundo! ¡Ya sabes que tengo buen diente!"

Y comió mucho aquella noche, y también los demás días, sin que nunca viese salir humo de la cocina. Porque no tenía el moghrabín más que meter su mano en el saco, pensando en un manjar, y al punto lo sacaba en un plato de oro. Y lo mismo ocurría con las frutas y las cosas de repostería. Y de tal suerte vivió Juder en el palacio del moghrabín durante veinte días, cambiando de traje todas las mañanas; y cada traje era más maravilloso que el anterior.

Por la mañana del vigesimoprimer día, fue a buscarle el moghrabín, y le dijo: "¡Levántate, oh Juder! ¡Hoy es el día fijado para la apertura del tesoro de Schamardal!" Y Juder se levantó y salió con el moghrabín. Y cuando llegaron extramuros de la ciudad, aparecieron de pronto dos mulas, en las que se montaron ellos, y dos esclavos negros que echaron a andar detrás de las mulas. Y caminaron de aquel modo hasta mediodía, en que llegaron a orillas de un río; y el moghrabín echó pie a tierra, y dijo a Juder: "¡Apéate!" Y cuando se hubo apeado Juder, el otro hizo una seña con la mano a los dos negros, diciéndoles: "¡Vamos! Los dos negros se llevaron las mulas, que desaparecieron, volviendo luego los esclavos cargados con una tienda de campaña y una alfombra y pusieron dentro alrededor los cojines y las almohadas. Tras de lo cual aportaron el saco y los dos botes en que estaban encerrados los dos peces de color de coral. Después extendieron el mantel y sirvieron una comida de veinticuatro platos que sacaron del saco. Tras de lo cual desaparecieron.

Entonces levantóse el moghrabín, colocó ante él encima de un taburete los dos botes, y se puso a murmurar sobre ellos fórmulas mágicas y conjuros, hasta que empezaron a gritar ambos peces dentro: "¡Henos aquí! ¡Oh, soberano mago, ten misericordia de nosotros!" Y continuaron suplicándole en tanto que formulaba él los conjuros.

De pronto estallaron a la vez y volaron en pedazos ambos botes, mientras aparecían frente al moghrabín dos personajes que decían, con los brazos cruzados humildemente: "¡La salvaguardia y el perdón, oh poderoso adivino! ¿Qué intención abrigas para con nosotros?"

El moghrabín contestó: "¡Mi intención es estrangularos y quemaros a menos que me prometáis abrir el tesoro de Schamardal!" Los otros dijeron: "¡Te lo prometemos y abriremos para ti el tesoro! Pero es absolutamente preciso que hagas venir aquí a Juder, el pescador de El Cairo. ¡Porque está escrito en el libro del Destino que el tesoro no puede abrirse más que en presencia de Juder! ¡Y nadie puede entrar en el lugar en que se encuentra el tal tesoro, no siendo Juder, hijo de Omar!" El moghrabín contestó: "¡Ya he traído al individuo de quien habláis!

¡Aquí mismo está presente! ¡Este es! ¡Os está viendo y oyendo!" Y los dos personajes miraron a Juder con atención, y dijeron: "¡Ya están salvados todos los obstáculos y puedes contar con nosotros! ¡Te lo juramos por el Nombre!" Así es que el moghrabín les permitió marcharse adonde tenían que ir. Y desaparecieron en el agua del río.

Entonces el moghrabín cogió una gruesa caña hueca, encima de la cual colocó dos láminas de cornalina roja, y encima de estas dos láminas puso un braserillo de oro lleno de carbón, soplándolo una sola vez. Y al punto encendió el carbón y hubo de tornarse brasa ardiente. A la sazón el moghrabín esparció incienso sobre las brasas, y dijo: "¡Oh Juder, ya se eleva el humo del incienso, y enseguida voy a recitar los conjuros mágicos de la apertura! ¡Pero como una vez comenzados los conjuros no podré interrumpirlos sin riesgo de anular los poderes talismánicos, voy antes a instruirte acerca de lo que tienes que hacer para lograr el fin que nos hemos propuesto al venir al Maghreb!" Y contestó Juder: "¡Instrúyeme, oh mi señor soberano!"

Y el moghrabín dijo: "¡Sabe, oh Juder!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 473ª NOCHE

Ella dijo:

"...Sabe ¡oh Juder! que en cuanto yo me ponga a recitar las fórmulas mágicas sobre el incienso humeante, el agua del río empezará a disminuir poco a poco, y el río acabará por secarse completamente y dejar su lecho al descubierto. Entonces verás que en la pendiente del cauce seco se te aparece una gran puerta de oro, tan alta como la puerta de la ciudad, con dos aldabas del mismo metal. Dirígete a esa puerta y golpéala muy ligeramente con una de las aldabas que tiene en cada hoja, y espera un instante. Llama luego con un segundo aldabonazo más fuerte que el primero, ¡y espera todavía! Después llamarás con un tercer aldabonazo más fuerte que los otros dos, y no te muevas ya. Y cuando hayas llamado así con tres aldabonazos consecutivos, oirás gritar a alguien desde dentro: «¿Quién llama a la puerta de los Tesoros sin saber romper los encantos?» Tú contestarás: «¡Soy Juder el pescador, hijo de Omar, de El Cairo! Y se abrirá la puerta y en el umbral se te aparecerá un personaje que ha de decirte, alfanje en mano: «¡Si eres verdaderamente ese hombre, presenta el cuello para que te corte la cabeza! Y le presentarás tu cuello sin temor, y alzará sobre ti el alfanje, cayendo a tus pies inmediatamente, ¡y no verás ya más que un cuerpo sin alma! Y no te habrá hecho daño alguno. Pero si por miedo te niegas a obedecerle, te matará en aquella hora y en aquel instante.

"Cuando hayas roto de tal modo ese primer encanto, pasarás dentro y verás una segunda puerta, a la que llamarás con un aldabonazo solo, pero muy fuerte. Entonces se te aparecerá un jinete con una lanza grande al hombro, y te dirá, amenazándote con su lanza enristrada de repente: «¿Qué motivo te trae a estos lugares que no frecuentan ni pisan nunca las hordas humanas ni las tribus de los genn?» Y por toda respuesta, le presentarás resueltamente tu pecho descubierto para que te hiera; y te dará con su lanza. Pero no sentirás daño ninguno, y caerá él a tus pies, ¡y no verás más que un cuerpo sin alma! ¡Pero te matará si retrocedes!

"Llegarás entonces a una tercera puerta, por la que saldrá a tu encuentro un arquero que te amenazará con su arco armado de flecha; pero preséntale resueltamente tu pecho como blanco, ¡y caerá a tus pies convertido en un cuerpo sin alma! ¡No obstante, te matará, como vaciles!

"Penetrarás más adentro y llegarás a una cuarta puerta, desde la cual se abalanzará sobre ti un león de cara espantosa, que abrirá las anchas fauces para devorarte. No has de tenerle ningún miedo ni huir de él, sino que le tenderás tu mano, y en cuanto le des con ella en la boca, caerá a tus pies sin hacerte daño.

"Dirígete entonces a la quinta puerta, de la que verás salir a un negro de betún que te preguntará: «¿Quién eres» Tú dirás: «¡Soy Juder!» Y te contestará él: «¡Si eres verdaderamente ese hombre, intenta abrir la sexta puerta!»

"Al punto irás a abrir la sexta puerta, y exclamarás: «¡Oh Jesús, ordena a Moisés que abra la puerta! » Y la puerta se abrirá ante ti y verás aparecer dos dragones enormes, uno a la derecha y otro a la izquierda, los cuales saltarán sobre ti con las fauces abiertas. ¡No tengas miedo! Tiéndele a cada uno una de tus manos, en las que te querrán morder; pero en vano, porque ya habrán caído impotentes a tus pies. Y sobre todo no aparentes temerlos, pues tu muerte sería segura.

"Llegarás a la séptima puerta, por último, y llamarás en ella. ¡Y la persona que ha de abrirte y aparecerte en el umbral, será tu madre! Y te dirá: «¡Bienvenido seas, hijo mío! ¡Acércate a mí para que te desee la paz!» Pero le contestarás: «¡Sigue donde estabas! ¡Y desnúdate!»

Ella te dirá: «¡Oh hijo mío, soy tu madre! ¡Y me debes alguna gratitud y respeto, en gracia a que te amamanté y a la educación que te di ¿Cómo quieres obligarme a que me ponga desnuda?» Tú le contestarás, gritando: «¡Si no te quitas la ropa, te mato!» Y cogerás un alfanje que hallarás colgado en la pared, a la derecha, y le dirás: «¡Empieza pronto!» Y ella procurará conmoverte y hará para engañarte, para que te apiades de ella. Pero guárdate de dejarte persuadir por sus ruegos, y cada vez que se quite una prenda de vestir, has de gritarle: «¡Quítate lo demás!» Y continuarás amenazándola con la muerte hasta que esté completamente desnuda. ¡Pero entonces verás que se desvanece y desaparece!

"Y de esta manera ¡oh Juder! habrás roto todos los encantos y disuelto todos los hechizos, a la vez que pondrás en salvo tu vida. Y te restará sólo recoger el fruto de tus trabajos.

"A tal fin, no tendrás más que franquear esa séptima puerta, y dentro encontrarás montones de oro. Pero no les prestes la menor atención, y dirígete a un pabellón pequeño que hay en medio de la estancia del tesoro, y sobre el cual se extiende una cortina corrida. ¡Levanta entonces la cortina, y verás, acostado en un trono de oro, al gran mago Schamardal, el mismo a quien pertenece el tesoro! Y junto a su cabeza verás brillar una cosa redonda como la luna: es la esfera celeste. ¡Le verás con el alfanje consabido a la cintura, con el anillo en un dedo y con la redomita del kohl sujeta al cuello por una cadena de oro! ¡No vaciles entonces! ¡Apodérate de esos cuatro objetos preciosos, y date prisa a salir del tesoro para venir a entregármelos!

"Pero ten mucho cuidado ¡oh Juder! con no olvidar nada de lo que acabo de enseñarte o con no obrar conforme a mis recomendaciones. En ese caso, ¡te arrepentirás de ello más tarde, y habría que temer mucho por ti!"

Y cuando hubo hablado así, el moghrabín reiteró a Juder sus recomendaciones una, dos, tres y cuatro veces para que se las aprendiera bien, y siguió repitiéndoselas, hasta que el propio Juder le dijo: "¡Ya lo sé perfectamente! ¿Pero qué ser humano...

Y CUANDO LLEGÓ LA 474ª NOCHE

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discreta.

Ella dijo:

"...¡Ya lo sé perfectamente! ¿Pero qué ser humano podrá afrontar esos formidables talismanes de que hablas y soportar tan terribles peligros?" El moghrabín contestó: "¡Oh Juder, no les tengas ningún temor! ¡Los diversos personajes a quienes verás en las puertas, no son más que vanos fantasmas sin alma! ¡Puedes, pues, estar verdaderamente tranquilo!"

Y pronunció Juder: "¡Pongo mi confianza en Alah!" Al punto comenzó el moghrabín con sus fumigaciones mágicas. Y echó de nuevo incienso en la lumbre del brasero, y se puso a recitar las fórmulas conjuratorias. Y he aquí que el agua del río disminuyó poco a poco y desapareció, y el lecho del río quedó seco, ostentando la enorme puerta del tesoro.

Al ver aquello, Juder, sin dudar ya, avanzó por el cauce del río y se encaminó a la puerta de oro, llamando a ella ligeramente una, dos y tres veces. Y desde dentro se hizo oír una voz que decía: "¿Quién llama a la puerta de los Tesoros sin saber romper los encantos?"

Él contestó: "¡Soy Juder ben-Omar!" Y al instante se abrió la puerta, y en el umbral apareció un personaje que hubo de gritarle, alfanje en mano: "¡Presenta el cuello!" Y Juder le presentó su cuello; y el otro iba a darle con su alfanje, pero cayó en el mismo momento. Y sucedió lo propio con las otras puertas, hasta la séptima, exactamente como se lo había predicho y recomendado el moghrabín. Y a cada vez rompía Juder con gran valor todos los encantos, hasta que se le apareció su madre saliendo de la séptima puerta. Le miró, y le dijo: "Contigo todas las zalemas, ¡oh hijo mío!"

Pero Juder le gritó: "¿Y quién eres tú?" Ella contestó: "Soy tu madre, ¡oh hijo mío! ¡Soy la que te ha llevado nueve meses en su seno, la que te ha amamantado y te ha dado la educación que tienes, ¡oh hijo mío!" El exclamó: "¡Quítate la ropa!" Ella replicó: "¿Cómo, siendo mi hijo, me pides que me ponga desnuda?" Él dijo: "¡Quítatelo todo, o si no, te derribaré la cabeza con este alfanje!" Y echó mano al alfanje que pendía de la pared, y lo empuñó, gritando: "¡Como no te desnudes, te mato!" Entonces decidióse ella a quitarse parte de sus vestiduras; pero le dijo él: "¡Quítate lo demás!" Y se quitó ella algo más. Él le dijo: "¡Más todavía!" Y continuó apremiándola hasta que se quitó ella toda la ropa y no tuvo encima más que el calzón, y hubo de decirle avergonzada: "¡Ah hijo mío! ¡todo el tiempo que empleé en educarte lo perdí! ¡Qué decepción! ¡Tienes un corazón de piedra! ¡Y he aquí que quieres ponerme en una posición vergonzosa, obligándome a mostrar mi desnudez más íntima! ¡Oh hijo mío! ¿no te parece una cosa ilícita y un sacrilegio?"

Él dijo: "¡Es verdad! ¡Quédate, pues, con el calzón!" Pero apenas hubo pronunciado Juder estas palabras, exclamó la vieja: "¡Ha consentido! ¡Pegadle!" Y al punto sintió él que le daban en los hombros golpes fuertes y tan numerosos como gotas de lluvia, los cuales le eran asestados por todos los guardianes invisibles del tesoro. ¡Y en verdad que aquello fue para Juder una paliza sin precedentes y que nunca en su vida olvidaría! ¡Luego, en un abrir y cerrar de ojos, los efrits invisibles le echaron a golpes fuera de las salas del tesoro y de la última puerta, la cual dejaron cerrada, como estaba antes!

Y he aquí que el moghrabín vio que le arrojaban de la puerta, y se apresuró a recogerle, pues ya las aguas surgían otra vez con gran estrépito, invadiendo el lecho del río y tornando a su curso interrumpido. Y le transportó a la orilla, desmayado, y se puso a recitar sobre él versículos del Korán hasta que recobró el sentido.

Entonces le dijo: "¡Ya había salvado todos los obstáculos y roto todos los encantos! ¡Fue el calzón de mi madre lo que me hizo perder cuanto gané antes, y me atrajo esa paliza de la que aun tengo señales!" Y le contó todo lo que le había ocurrido en el sitio del tesoro.

Entonces le dijo el moghrabín: "¿No te recomendé que no me desobedecieras? ¡Ya lo ves! ¡Me has defraudado y te has defraudado a ti mismo por no querer obligarla a que se quitara el calzón! ¡Por este año todo ha terminado! ¡Y tendremos que esperar hasta el año próximo para repetir nuestras tentativas! ¡Desde ahora hasta entonces vivirás conmigo!"

Y llamó a los dos negros, que aparecieron enseguida, y plegaron la tienda de campaña, y recogieron lo que estaba por recoger y se ausentaron un momento para volver con las dos mulas, sobre las cuales montaron Juder y el moghrabín, regresando inmediatamente a la ciudad de Fas.

Juder vivió, pues, en casa del moghrabín un año entero, poniéndose cada día un traje nuevo de gran valor y comiendo bien y bebiendo de cuanto salía del saco, conforme a sus anhelos y deseos.

Y he aquí que llegó el día de la nueva tentativa, a primeros del año siguiente, y el moghrabín fue en busca de Juder, y le dijo: "¡Levántate! ¡Y vamos adonde tenemos que ir!"

Juder contestó: "¡Bueno!" Y salieron de la ciudad, y vieron a los dos negros, que les presentaron las dos mulas, y subieron al punto a ellas y las guiaron en dirección del río, a cuyas orillas no tardaron en llegar. Se levantó, y alfombró, y amuebló la tienda de campaña como la vez anterior.

Y después de comer, el moghrabín cogió la caña hueca, las tabletas de cornalina roja, el braserillo con lumbre y el incienso; y antes de comenzar las fumigaciones mágicas, dijo a Juder: "¡Oh Juder, tengo que hacerte una recomendación!"

Juder exclamó: "¡Oh mi señor peregrino, en verdad que no vale la pena! ¡Como no me olvidé de la paliza que recibí, tampoco me olvidé de tus excelentes recomendaciones del año pasado...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 475ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Como no me olvidé de la paliza que recibí, tampoco me olvidé de tus excelentes recomendaciones del año pasado!" El otro preguntó: "¿De verdad las recuerdas!" Juder contestó: "¡Ah, sí por cierto!"

El otro dijo: "¡Pues bien, Juder, conserva tu alma! ¡Y sobre todo, no vayas a imaginarte otra vez que la vieja es tu madre, pues no es más que un fantasma que toma la apariencia de tu madre para inducirte a error! ¡Y sabe que si la primera vez saliste de allá con tus huesos cabales, si te dejas engañar, es seguro que los perderás en el tesoro!" Juder contestó: "¡Me dejé engañar una vez! ¡Pero si ahora volviera a engañarme merecería que me quemaran!"

Entonces el moghrabín echó incienso en la lumbre y formuló sus conjuros. Y al punto se secó el río, y permitió a Juder adelantarse hacia la puerta de oro. Llamó a ella, y se abrió; y consiguió él romper los encantos diversos de las puertas hasta que llegó a presencia de su madre, que le dijo: "¡Bienvenido seas, oh hijo mío!"

Él contestó: "¿Y desde cuándo y por qué soy tu hijo, ¡oh maldita!? ¡Quítate la ropa!" Entonces ella, tratando de engañarle empezó a quitarse la ropa lentamente y prenda a prenda hasta que no tuvo encima más que el calzón. Y exclamó Juder: "¡Quítatelo! ¡oh maldita!" Y se quitó ella el calzón, desvaneciéndose cual fantasma sin alma.

Juder penetró entonces sin dificultad en la estancia del tesoro, y vio los montones de oro agrupados en apretadas filas; pero se dirigió al pabellón sin prestarles la menor atención, y cuando hubo levantado la cortina, vio al gran adivino Al-Schamardal acostado en el trono de oro, con el alfanje talismánico a la cintura, el anillo en un dedo, la redomita de kohl sujeta al cuello por una cadena de oro, y encima de su cabeza aparecía la esfera celeste, brillante y redonda como la luna.

Entonces se adelantó Juder sin vacilar y quitó del tahalí el alfanje, sacó el anillo talismánico, desató la redoma de kohl, cogió la esfera celeste y retrocedió para salir. Y al punto se hizo oír a su alrededor un concierto de instrumentos que hubo de acompañarle triunfalmente hasta la salida, en tanto que de todos los puntos del tesoro subterráneo se elevaban las voces de los guardianes que le felicitaban gritando:

"¡Que te haga buen provecho ¡oh Juder! lo que supiste ganar! ¡Enhorabuena! ¡Enhorabuena!" Y no dejó de tocar la música ni dejaron de felicitarle las voces hasta que estuvo fuera del tesoro subterráneo.

Y al verle llegar cargado con los talismanes, el moghrabín cesó en sus fumigaciones y conjuros, y se levantó y empezó a besarle, oprimiéndole contra su pecho y haciéndole zalemas cordiales. Y cuando Juder le hubo entregado los cuatro talismanes, llamó a los dos negros, que llegaron desde el fondo del aire, cerraron la tienda de campaña y les presentaron las dos mulas, en las que se montaron Juder y el moghrabín para regresar a la ciudad de Fas.

Cuando estuvieron en el palacio, se sentaron ante el mantel puesto y servido con innumerables platos sacados del saco, y el moghrabín dijo a Juder: "¡Oh hermano mío! ¡oh Juder, come!" Y Juder comió y se hartó. Entonces metieron otra vez en el saco los platos vacíos, levantaron el mantel y el moghrabín Abd-Al-Sanad dijo: "¡Oh Juder, abandonaste tu tierra y tu país por mi causa! ¡Y has sacado a flote mis asuntos! ¡Y he aquí que te soy deudor de los derechos que sobre mí adquiriste! ¡No tienes más que estipular tú mismo esos derechos, porque Alah (¡exaltado sea!) se sentirá generoso para contigo por intercesión nuestra! ¡Pide, pues, lo que anheles, y no te avergüences de hacerlo, ya que lo has merecido!"

Juder contestó: "¡Oh mi señor! ¡solamente anhelo de Alah y de ti que me des el saco!" Y al punto el moghrabín le puso el saco entre las manos, diciéndole: "¡Sin duda lo mereciste! ¡Y si hubieras deseado cualquier otra cosa, la hubieras tenido! Pero ¡oh pobre! este saco sólo te servirá para comer". Juder contestó: "¿Y qué más podría yo anhelar?"

El otro dijo: "Soportaste en mi compañía bastantes fatigas, y te prometía reconducirte a tu país con el corazón jubiloso y satisfecho. Y he aquí que este saco no puede suministrarte más que la comida, pero no te enriquecerá. ¡Y yo quiero, además, enriquecerte! Toma, pues, el saco para extraer de él todos los manjares que anheles pero voy a darte también un saco lleno de oro y de joyas de todas clases, para que cuando te halles de regreso en tu país, te hagas mercader en grande escala y puedas atender con exceso a todas tus necesidades y a las de tu familia, sin preocuparte nunca de economizar".

Luego añadió: "¡Con respecto al saco de la comida, voy a enseñarte cómo te has de servir de él para extraer los manjares que desees! No tienes más que meter la mano, formulando: "¡Oh servidor de este saco, por la virtud de los Potentes Nombres Mágicos que lo pueden todo sobre ti, te conjuro a que traigas tal manjar!" ¡Y al instante encontrarás en el fondo del saco todos los manjares que desees! ¡No tienes más que meter la mano, formulando: "¡Oh servidor de este saco, por la virtud de los Potentes Nombres Mágicos que lo pueden todo sobre ti, te conjuro a que traigas tal manjar!" ¡Y al instante encontrarás en el fondo del saco todos los manjares que hayas deseado, aunque cada día fueran mil de colores diferentes y de diferente sabor!"

Luego el moghrabín hizo aparecer a uno de los dos Negros con una de las dos mulas, cogió unas alforjas grandes parecidas al saco de la comida, y llenó uno de los bolsos con oro en moneda y en lingote, y el otro bolso con joyas y pedrerías; lo puso a lomos de la mula, la tapó con el saco de la comida, que parecía completamente vacío, y dijo a Juder: "¡Monta en la mula! El negro irá delante de ti y te enseñará el camino que has de seguir, y te conducirá de tal suerte hasta la misma puerta de tu casa de El Cairo. ¡Y cuando llegues, coge los dos sacos y deja la mula al negro, que él me la traerá! ¡Y no pongas a nadie al corriente de nuestro secreto! ¡Y ahora, me despido de ti en Alah...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 476ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Y ahora, me despido de ti en Alah!" Juder contestó: "¡Alah aumente tu prosperidad y tus beneficios! ¡Muchas gracias!" Y subió a los lomos de la mula, llevando consigo los dos sacos dobles, y se puso en camino precedido por el negro.

Y la mula siguió fielmente al negro conductor durante el transcurso del día y de la noche; y únicamente necesitó un día para efectuar el viaje del Maghreb a El Cairo; porque al día siguiente por la mañana Juder se vio ante las murallas de El Cairo y entró en su ciudad natal por la Puerta de la Victoria. Y llegó a su casa. Y vio sentada en el umbral a su madre, que, con la mano tendida a los transeúntes, pedía limosna, diciendo: "¡Dadme algo, por Alah!"

Al ver aquello, abandonó la razón a Juder, que apeóse de la mula, y con los brazos abiertos se abalanzó a su madre, la cual hubo de echarse a llorar al verle. Y la arrastró a la casa, después de coger los dos sacos y confiar la mula al negro para que se la llevara al moghrabín; porque la mula era una gennia y el negro un genni.

Cuando Juder estuvo con su madre dentro de la casa, la hizo sentarse en la estera, y afectado muy penosamente de verla mendigar por la calle, le dijo: "¡Oh madre! ¿están bien mis hermanos?" Ella contestó: "¡Bien están!" El preguntó: "¿Por qué mendigas en la calle?" Ella contestó: "¡Oh hijo mío, porque tengo hambre!" Él dijo: "¿Cómo es eso? ¡Antes de partir te di cien dinares un día, cien dinares otro día y mil dinares el día de la marcha!" Ella dijo: "¡Oh hijo mío, tus hermanos imaginaron contra mí una estratagema y consiguieron cogerme todo ese dinero, echándome luego de la casa! ¡Y para no morirme de hambre me he visto obligada a mendigar por las calles!"

Él dijo: "¡Oh madre mía, ya no tienes nada por qué sufrir estando yo de vuelta! ¡No te preocupe, pues, lo más mínimo! ¡He aquí un saco lleno de oro y de joyas! ¡Y la riqueza abunda hoy en la morada!" Ella contestó: "¡Oh hijo mío, verdaderamente naciste bendito y afortunado! ¡Concédate Alah sus buenas mercedes y aumente sobre ti sus beneficios! ¡Ve ahora, hijo mío, en busca de un poco de pan para ambos, porque ayer me acosté sin haber comido nada, y esta mañana estoy en ayunas todavía!" Y al oír hablar de pan, Juder sonrió, y dijo: "La bienvenida y la liberalidad sobre ti, ¡oh madre mía! ¡No tienes más que pedir los manjares que anheles, y te los daré al instante, sin tener que ir a comprarlos al zoco ni guisarlos en la cocina!" Ella dijo: "¡Oh hijo mío! ¡el caso es que no veo que tengas nada de comer! ¡Y por todo equipaje no has traído más que esos dos sacos, vacío uno de ellos!" Él dijo: "¡Tengo todos los manjares que quieras y de todos los colores!" Ella dijo: "¡Hijo mío, el hambre!" Él dijo: "¡Es verdad! ¡Cuando el hombre está necesitado se contenta con la menor cosa! ¡Pero habiendo abundancia de todo, da gusto escoger y comer sólo las cosas más delicadas! ¡Y he aquí que tengo en abundancia de todo, y puedes elegir!"

Ella dijo "¡Entonces, hijo mío, deseo un panecillo caliente y un pedazo de queso!"

Él contestó: "¡Oh madre mía! ¡eso no es digno de tu categoría!" Ella dijo: "Más bien que yo sabrás tú lo que es mejor. ¡Haz, pues, lo que mejor te parezca!" Él dijo: "¡Oh madre mía! ¡me parece lo mejor y más digno de tu categoría un cordero asado, y también unos pollos asados y arroz sazonado con pimienta! ¡Asimismo, me parecen propios de tu categoría las tripas rellenas, las calabazas rellenas, los carneros rellenos, las chuletas rellenas, la kenafa hecha con almendras, miel de abejas y azúcar, los pasteles rellenos de alfónsigos y perfumados con ámbar y los losanges de Baklaua!"

Al oír estas palabras, la pobre mujer creyó que su hijo se burlaba de ella o que había perdido la razón, y exclamó: "¡Yuh! ¡Yuh! ¿Qué te ha sucedido, ¡oh hijo mío! ¡oh Juder!? ¿Sueñas, o acaso te has vuelto loco?" Él dijo: "¿Y por qué?" Ella contestó: "¡Pues porque acabas de citarme cosas tan asombrosas y tan caras y tan difíciles de preparar, que costaría un trabajo ímprobo poseerlas!" Él dijo: "¡Por mi vida, que necesito absolutamente que comas al instante cuanto acabo de enumerar!"

Ella contestó: "¡Pues aquí no veo por ninguna parte nada de eso!" Él dijo: "¡Tráeme el saco!" Y le llevó ella el saco, y lo palpó y lo encontró vacío. Se lo dio, sin embargo, y al punto metió la mano él en el saco y extrajo primero un plato de oro en que se alineaban, olorosas y húmedas y nadando en su propia salsa apetitosa, las tripas rellenas; luego metió la mano por segunda vez, y una porción de veces más, para ir sacando sucesivamente todas las cosas que había enumerado y hasta algunas otras que no hubo de enumerar. Y le dijo su madre: "¡Hijo mío, el saco es pequeñito y estaba completamente vacío, y he aquí que sacaste de él todos esos manjares y todos esos platos! ¿Dónde estaba todo eso?" Él dijo: "¡Oh madre mía! ¡has de saber que este saco me lo dio el moghrabín! ¡Y está encantado! ¡Tiene por servidor un genni que obedece las órdenes que se le dan según tal fórmula!" Y le dijo la fórmula. Y le preguntó su madre: "Así, pues, si yo meto la mano en este saco pidiendo un manjar con arreglo a la fórmula, ¿lo encontraré?" Él dijo: "¡Sin duda!" Entonces metió la mano ella, y dijo: "¡Oh servidor de este saco! ¡por la virtud de los Nombres Mágicos que lo pueden todo sobre ti, te conjuro a que me traigas además otra chuleta rellena...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 477ª NOCHE

Ella dijo;

"...te conjuro a que me traigas además otra chuleta rellena!" Y al punto notó debajo de su mano el plato, y lo sacó del saco. ¡Y era una chuleta rellena maravillosamente y aromatizada con clavo y otras especias finas! Entonces dijo ella: "¡A pesar de todo, deseo también un panecillo caliente y queso, porque estoy acostumbrada a ello y nada me satisface tanto!" Y metió la mano, pronunció la fórmula, y extrajo lo que había pedido. A la sazón le dijo Juder: "¡Oh madre mía! ¡es preciso que cuando acabemos de comer metamos otra vez en el saco los platos vacíos, porque así lo exige el talismán! ¡Y sobre todo, no divulgues el secreto y oculta bien este saco en tu cofre para no sacarlo más que en el momento que se necesite! Pero no tengas cuidado por lo demás, sé generosa con todo el mundo, con los vecinos y los pobres; y sirve de todos los manjares a mis hermanos, igual estando yo presente que en mi ausencia".

¡Y he aquí que, apenas había acabado de hablar Juder, entraron sus dos hermanos y vieron la comida maravillosa!

Porque acababan de saber la noticia de la llegada de su hermano Juder por un hombre del barrio, que les dijo: "¡Vuestro hermano acaba de llegar de viaje, montado en una mula, precedido por un negro y vestido con trajes que no tienen igual!"

Y se dijeron entonces: "¡Pluguiera a Alah que no hubiésemos maltratado a nuestra madre nunca! ¡Porque sin duda va a contarle ahora lo que le hicimos sufrir! ¡Y cuál será nuestra confusión frente a él entonces!"

Pero añadió uno de ellos: "¡Nuestro hermano es compasivo! ¡De todos modos, aunque ella le contara la cosa, nuestro hermano es aún más compasivo que ella y más indulgente! ¡Y si alegamos cualquier disculpa de nuestra conducta, admitirá nuestra disculpa y nos excusará!" Y al cabo decidiéronse a buscarle.

Así, pues, cuando entraron y los vio Juder, se levantó en honor suyo y hubo de desearles la paz con las mayores muestras de consideración, y les dijo: "¡Sentaos y comed con nosotros!" Y se sentaron y comieron. ¡Y estaban muy debilitados y enflaquecidos por el hambre y las privaciones!

Cuando acabaron de comer y se sintieron saciados Juder les dijo: "¡Oh hermanos míos! ¡coged lo que sobró de la comida y repartídselo a los pobres y a los mendigos de nuestro barrio!" Ellos contestaron: "¡Oh hermano nuestro! ¡mejor será que nos lo guardemos para cenar!" Juder les dijo: "¡A la hora de cenar tendréis bastante más!" Entonces recogieron las sobras y salieron para repartirlas entre los pobres y los mendigos que pasaban, diciéndoles: "¡Tomad y comed!" Tras de lo cual, devolvieron los platos vacíos a Juder, que se los entregó a su madre, diciéndole: "¡Mételos en el saco!"

Por la noche, a la hora de cenar, Juder cogió el saco y sacó de él cuarenta especies de platos que su madre puso sobre el mantel uno tras de otro; luego invitó a sus hermanos a que entrasen para comer. Y cuando hubieron acabado, les sacó pasteles para que se endulzasen; y se endulzaron. Entonces les dijo: "¡Coged lo que sobró de la comida y repartidlo entre los pobres y los mendigos!" Al día siguiente les sirvió comidas no menos espléndidas; y lo mismo ocurrió en el transcurso de diez días consecutivos.

Pero al cabo de este tiempo, Salem dijo a Salim: "¿Sabes cómo se arregla nuestro hermano para servirnos comidas tan espléndidas a diario, una por la mañana, otra a mediodía, otra por la noche, y por la noche también pasteles? ¡En verdad que ni los sultanes comen así! ¿De dónde pudo venirle semejante fortuna y tanta opulencia? ¡Y es cosa de preguntarse asimismo de dónde saca todos esos manjares asombrosos y esa pastelería, si jamás le vemos comprar nada, ni encender lumbre, ni atender a la cocina, ni poseer cocinero!"

Y contestó Salim: "¡Por Alah, que no sé nada! ¿Pero conoces a alguien que pueda revelarnos la verdad de todo eso?" El otro dijo: "¡Únicamente nuestra madre podría ilustrarnos acerca del particular!" Y al instante imaginaron una estratagema y entraron en casa de su madre en ausencia de su hermano, y le dijeron: "¡Oh madre nuestra, tenemos hambre!" Ella contestó: "¡Pues regocijáos porque vais a satisfacerla enseguida!"

Y entró en la sala donde estaba el saco, metió la mano en él pidiendo al servidor algunos manjares bien calientes, y los sacó al punto para llevárselos a sus hijos, que le dijeron: "¡Oh madre nuestra, estos manjares están calientes, y el caso es que jamás te vemos cocinar ni soplar la lumbre!" Ella contestó: "¡Los cojo del saco!" Ellos preguntaron: "¿Y qué saco es ése?" Ella contestó: "¡Es un saco encantado, y el genni servidor del saco proporciona cuanto se le pide!" Y les explicó la fórmula, y les dijo: "¡Guardad el secreto!" Ellos contestaron: "Puedes estar tranquila. ¡Guardaremos el secreto!" Y después de haber experimentado por sí mismos las virtudes del saco y conseguir extraer de él varios manjares, se quedaron tranquilos por aquella noche.

Pero al día siguiente Salem dijo a Salim: "¡Oh hermano mío! ¿hasta cuándo vamos a continuar viviendo en casa de Juder como unos criados, comiendo de limosna? ¿No te parece mejor que nos valgamos de alguna estratagema para coger ese saco y llevárnoslo para nosotros solos?" Salim contestó: "¿Y qué estratagema inventaríamos?" El otro dijo: "¡Sencillamente, venderle nuestro hermano Juder al capitán mayor del mar de Suez!"

Salim preguntó: "¿Y cómo nos arreglaremos para venderle?" Salem contestó: "¡Iremos tú y yo a ver a ese capitán mayor, que en este momento se halla en El Cairo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 478ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Iremos tú y yo a ver a ese capitán mayor, que en este momento se halla en El Cairo, y le invitamos a que venga con dos de sus marineros a comer en nuestra compañía! ¡Y ya verás! ¡Tú no tienes más que asentir a todas las palabras que yo diga a Juder, y ya verás lo que hago antes de que acabe la noche!"

Cuando se pusieron de acuerdo acerca de la venta de su hermano que proyectaban, fueron en busca del capitán mayor de Suez, y le dijeron después de las zalemas: "¡Oh capitán, venimos a verte para algo que te regocijará sin duda!" El capitán contestó: "¡Bueno!"

Ellos dijeron: "Somos dos hermanos pero tenemos otro hermano que es un bergante que no sirve para nada. Cuando murió nuestro padre, nos dejó una herencia que repartimos entre los tres; y nuestro hermano cogió su parte y ocupóse de derrocharla en el libertinaje y la corrupción. ¡Y cuando vióse reducido a la miseria, empezó a tratarnos con una injusticia extraordinaria!, y acabó por citarnos ante jueces inicuos y opresores, acusándonos de haberle privado de su parte de herencia. ¡Y no tardaron los jueces inicuos y corrompidos en hacernos proceso! ¡Pero no se contentó él con esta primera fechoría y hubo de citarnos por segunda vez ante los opresores, y de tal modo consiguió reducirnos a la última miseria! ¡Y como no sabemos lo que medita ahora contra nosotros, venimos en tu busca para pedirte que nos libres de su presencia, comprándonosle para utilizarle como remero en alguno de tus navíos!"

El capitán mayor contestó: "¿Podríais dar con cualquier estratagema para traerle aquí? ¡En ese caso, yo me encargo de hacer que le transporten al mar sin tardanza!" Ellos contestaron: "¡Muy difícil será traerle hasta aquí! Pero deja que te invitemos esta noche, y llévate consigo sólo dos de tus hombres. ¡Y cuando esté dormido, le cogeremos entre los cinco, le pondremos en la boca una mordaza y te lo entregaremos! ¡Y a favor de la noche puedes sacarle de la casa y hacer con él lo que quieras!" El capitán les contestó: "¡Con todo el oído y la obediencia! ¿Queréis cedérmelo por cuarenta dinares?"

Ellos contestaron: "¡Muy poco es, en verdad, pero por ser para ti, accederemos! ¡A la caída de la tarde, irás, pues, a tal calle junto a la mezquita tal, donde encontrarás esperándote a uno de nosotros! ¡Y no te olvides de llevar contigo dos de tus hombres!"

Y se fueron en busca de Juder, y al cabo de cierto tiempo que pasaron con él hablando de distintas cosas, Salem le besó la mano en actitud suplicante. Y Juder le dijo: "¿Qué quieres, ¡oh hermano mío!?" El otro contestó: "Sabrás ¡oh hermano mío! ¡oh Juder! que tengo un amigo que hubo de invitarme bastantes veces a su casa durante tu ausencia, y siempre me trató con muchos miramientos; así es que le estoy muy agradecido. Hoy estuve a hacerle una visita para darle las gracias, y me invitó a cenar con él; pero yo le dije: "¡En verdad que no puedo dejar solo en casa a mi hermano Juder!" Me dijo él: "¡Tráele contigo!" Contesté: "¡No creo que acepte! ¡Pero acepta tú nuestra invitación, y ven esta noche a comer con mis hermanos!" Y como estaban presentes sus hermanos, los invité también, creyendo que no aceptarían la invitación; pero, desgraciadamente, no pusieron ninguna dificultad, y su hermano, al ver que aceptaban, aceptó asimismo, y me dijo: "¡Espérame a la entrada de tu calle junto a la puerta de la mezquita, y allí estaré con mis hermanos para reunirme contigo!" Y el caso es ¡oh hermano mío Juder! que ya deben estar allá, y me tienes muy avergonzado en tu presencia por haberme tomado esa libertad. Y si quieres, en verdad, que por siempre te esté reconocido, ¡acéptales como huéspedes por esta noche!

¡Nos colmaste de beneficios, y en tu morada reside la abundancia, ¡oh hermano mío! ¡Pero si por cualquier razón no los quieres como huéspedes en tu casa, permíteme que les invite en casa del vecino, adonde yo mismo les serviré!"

Juder contestó: "¿Y por qué invitarle en casa del vecino, ¡oh Salem!? ¿Acaso es nuestra casa tan estrecha y tan inhospitalaria? ¿O tal vez no tenemos qué darle de cenar? ¿No te da verdaderamente vergüenza consultarme semejante cosa? ¡No tienes más que hacerles entrar y servirles en abundancia manjares y confituras, sin parsimonia y disponiendo de todo! ¡Y si en lo sucesivo invitas a tus amigos durante mi ausencia, bastará con que pidas a nuestra madre todos los manjares necesarios, y aun los superfluos!

¡Ve pues, a buscar a tus amigos de esta noche! ¡Las bendiciones han bajado hasta nosotros por mediación de tales huéspedes! ¡oh hermano mío!"

Al oír estas palabras, Salem besó la mano de Juder, y se fue a la puerta de la mezquita en busca de los individuos consabidos, con quienes se apresuró a volver a la casa. Y Juder levantóse en honor suyo, y les dijo:

"¡La bienvenida sea con vosotros!" Luego les hizo sentarse a su lado, y se puso a charlar con ellos amistosamente, ¡sin sospechar lo que le ocultaba el Destino, de quien aquella gente era instrumento!

Y rogó a su madre que extendiera el mantel y les sirviera una comida de cuarenta platos de distinto color, diciéndole: "¡Tráenos tal color, y tal color y tal color!" Y comieron y se hartaron los invitados, creyendo que tan espléndida comida era debida a la generosidad de los hermanos Salem y Salim. Luego, transcurrida ya la tercera parte de la noche, se sirvieron los dulces y pasteles; y se comió hasta media noche. Entonces, a una señal de Salem, los marineros se precipitaron sobre Juder, y entre todos le sujetaron, le amordazaron, le ataron sólidamente los brazos, le agarrotaron los pies; y le sacaron de la casa, a favor de las tinieblas, poniéndose al punto en camino para Suez, y cuando llegaron, arrojáronle al fondo de uno de los navíos, con grillos en los pies, entre otros esclavos y forzados, y le condenaron a prestar servicio un año entero en los bancos de los remeros.

Y esto en cuanto a Juder...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 479ª NOCHE

Ella dijo:

"¡Y esto en cuanto a Juder!

Respecto de sus hermanos, no bien se despertaron a la mañana siguiente, entraron en el aposento de su madre, que no se había enterado de nada, y le dijeron: "¡Oh madre nuestra, todavía no se ha despertado Juder!" Ella dijo: "¡Podéis ir a despertarle!"

Ellos contestaron: "¿Dónde se acostó?" Ella dijo: "¡En la estancia de los invitados!"

Ellos añadieron: "¡No hay nadie en esa estancia! ¡Acaso se haya marchado anoche con esos marineros! Porque ¡oh madre nuestra! nuestro hermano Juder les tomó gusto a los viajes lejanos. Y además, le oímos hablar con esos extranjeros que le decían: "¡Te llevaremos con nosotros y abrirás los tesoros ocultos de que tenemos noticia!" Ella dijo: "¡Es probable, entonces, que se haya marchado sin avisarnos! ¡Podemos estar tranquilos por él, pues Alah sabrá llevarle por el buen camino, y como nació afortunado y el Destino le favorece, pronto volverá a nosotros con inmensas riquezas!"

Luego, como a pesar de todo, se echó a llorar. Entonces ellos exclamaron: "¡Oh maldita malvada, cómo quieres a Juder! ¡en cambio, si nos ausentáramos o regresáramos nosotros, que también somos tus hijos, ni te afligirías ni te alegrarías! ¿Es que no somos tan hijos tuyos como Juder?" Ella contestó: "¡También sois hijos míos; pero sois dos miserables, dos infames! ¡Desde el día en que murió vuestro padre, no me hicisteis ningún bien, y ni un día dichoso me disteis ni tuvisteis por mí el menor cuidado! Juder por el contrario, fue muy bondadoso conmigo; me ha complacido siempre de buena gana y me ha guardado respeto y me ha tratado con generosidad. ¡Así es que bien merece que llore por él, pues disfruté de sus beneficios y también disfrutasteis vosotros!"

Al oír hablar con semejante lenguaje a su pobre madre, los dos miserables empezaron a injuriarla y a pegarla; luego entraron en la otra habitación y buscaron por todas partes el saco encantado y el saco de las cosas preciosas; y acabaron por dar con ellos y los cogieron, sacando del segundo todo el oro que había en uno de sus bolsos, y todas las joyas y pedrerías que se encontraban en el otro bolso; y dijeron: "¡Esta es la fortuna de nuestro padre!" Pero la madre exclamó: "¡No, por Alah! ¡es la fortuna de vuestro hermano Juder, que la trajo del país de los moghrabines!" Entonces le dijeron ellos: "¡Mientes! ¡es la fortuna de nuestro padre! ¡Y tenemos derecho a usar de ella a nuestro antojo!" Y al punto se dispusieron a repartirla entre los dos.

Pero no lograron ponerse de acuerdo acerca de la posesión del saco encantado porque decía Salem: "¡Me lo llevo yo!" y decía Salim: "¡Me lo llevo yo!" y surgió entre ellos la disputa y la querella.

A la sazón hubo de decirles su madre: "¡Oh hijos míos! ya os repartisteis el saco del oro y las joyas; pero este otro saco no puede repartirse ni cortarse, pues se rompería su encanto y perdería sus virtudes. Lo mejor es que me lo dejéis; y todos los días sacaré de él los manjares que deseéis y tantas veces como lo deseéis. Y por lo que a mí afecta, os prometo contentarme con un pedazo de pan o con lo que me dejéis vosotros. Y si además quisierais darme lo indispensable, como vestidos, será por una generosidad de parte vuestra y no por obligación. ¡De tal modo cada uno de vosotros podrá dedicarse sin contratiempos a ejercer el comercio que le parezca! No me olvido de que ambos sois hijos míos y de que yo soy vuestra madre. ¡Permanezcamos unidos y pongámonos de acuerdo, para que cuando regrese vuestro hermano no tengáis que reprocharos nada ni avergonzaros frente a él de vuestras acciones!"

Pero no quisieron aceptar sus consejos, y se pasaron la noche disputando a voces y regañando tan fuerte, que un alguacil del rey, que estaba invitado en la casa contigua, oyó lo que decían y comprendió al dedillo el motivo del litigio. Así es que por la mañana se apresuró a ir a palacio, pidiendo que le concediera audiencia el rey de Egipto, que se llamaba Schams Al-Daula, y le contó cuanto había oído. Y enseguida envió el rey a buscar a los dos hermanos de Juder y les hizo sufrir tortura hasta que hicieron declaraciones completas. Entonces el rey les quitó los dos sacos, y los arrojó a ellos en un calabozo. Tras de lo cual señaló a la madre de Juder una pensión suficiente para sus necesidades cotidianas.

¡Y esto en cuanto a todos ellos!

¡Pero volvamos a Juder! Cuando ya hacía un año que estaba de esclavo en el navío perteneciente al capitán mayor de Suez, se levantó una tempestad que puso en peligro el navío, y lo desamparó y lo arrojó contra una costa escarpada, de modo que se estrelló el barco y se ahogaron todos los que en él iban, excepto Juder, que pudo ganar a nado la orilla. Y logró adentrarse por tierra; y de tal suerte llegó a un campamento de beduinos nómadas, que le interrogaron acerca de su estado y le preguntaron si era marino. Y les contó que, efectivamente era marino a bordo de un navío que había naufragado; y les dio detalles de su historia.

Y he aquí que en el campamento había un mercader oriundo de Jedda, que sintió compasión por Juder, y le dijo: "¿Quieres entrar a mi servicio, ¡oh egipcio!? Y te daré ropa y te llevaré conmigo a Jedda" Y Juder consintió entrar a su servicio y partió con él y llegó a Jedda, donde el mercader le trató generosamente y le colmó de beneficios.

Algún tiempo después el mercader fue en peregrinación a la Meca y le llevó también consigo.

Cuando llegaron a la Meca...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 480ª NOCHE

Ella dijo:

"...Cuando llegaron a la Meca, Juder se apresuró a agregarse a la procesión que rodeaba el recinto sagrado de la Kaaba para dar las siete vueltas rituales, y he aquí que precisamente encontró entre los peregrinos a su amigo el jeique Abd Al-Samad el moghrabín, que también estaba dando sus siete vueltas. Y el moghrabín le vio a su vez, y le hizo una zalema fraternal y le pidió noticias suyas. Entonces se echó a llorar Juder. Luego le contó lo que había ocurrido. Y el moghrabín le cogió de la mano y le condujo a la casa en que se hospedaba, le trató generosamente, le vistió con un traje espléndido y sin par, le dijo: "¡La desgracia se alejó de ti en absoluto, oh Juder!"

Luego hubo de sacar su horóscopo, viendo lo que les había sucedido a los hermanos del pescador, y le dijo: "Sabe ¡oh Juder! que ha acaecido tal y cual cosa a tus hermanos, y que a la hora de ahora están presos en el calabozo del rey de Egipto. ¡Pero estás de bienvenida en mi casa, donde vas a permanecer hasta la terminación de los ritos prescritos! ¡Y ya verás cómo todo saldrá bien en adelante!"

Juder contestó: "Permíteme ¡oh mi señor! que vaya en busca del mercader con quien vine, para pedirle su beneplácito y despedirme de él. ¡Y volveré a tu lado enseguida!" El otro le preguntó: "¿Le debes dinero?" Juder contestó: "¡No!" El otro dijo: "¡Ve, pues, a pedirle su beneplácito y a despedirte de él sin tardanza, porque en verdad que se deben consideraciones a la gente honrada en cuya casa hemos comido el pan!"

Y Juder fue en busca de su amo, el mercader de Jedda, le pidió su beneplácito, y le dijo: "¡Acabo de encontrar a mi amigo, a quien quiero más que a un hermano!" El mercader contestó: "¡Ve por él y daremos un festín en honor suyo!" Juder dijo: "¡Por Alah, no necesita él de festines! ¡Es uno de los hijos de la opulencia, y tiene muchos servidores!" Entonces el mercader le dio veinte dinares, diciéndole: "¡Tómalos y libra mi conciencia y mi responsabilidad!"

Juder contestó: "¡Que Alah te indemnice por todo lo que hiciste por mí!" Y se despidió de él y salió para buscar a su amigo el moghrabin. Pero encontró en el camino a un pobre hombre y le dio de limosna los veinte dinares; luego llegó a casa del moghrabín, y vivió con él hasta que se terminaron todos los ritos y obligaciones de la peregrinación.

Entonces el moghrabín fue en busca suya, y sacándose del dedo el anillo que en otro tiempo había cogido Juder del tesoro de Scharamardal, se lo dio, diciendo: "¡Oh Juder, toma este anillo que realizará todos tus anhelos! Porque has de saber que este anillo tiene por servidor a un genni, llamado Trueno-Penetrante, que estará a tus órdenes para cuanto le pidas. ¡No tienes más que frotar el engarce del anillo, y al punto se te aparecerá Trueno-Penetrante, que se encargará de ejecutar todas tus voluntades y de darte, si se los pides, todos los bienes del universo que desees!" Y para enseñarle su manejo, lo frotó delante de él con el pulgar. Al punto apareció el efrit Trueno-Penetrante, e inclinándose ante el moghrabín, dijo: "¡Heme aquí, ya sidi! ¡Ordena y serás obedecido! ¡Pide y recibirás! ¿Quieres reconstruir una ciudad en ruinas o destruir una ciudad floreciente? ¿Quieres matar y asesinar? ¿Quieres arrancar el alma a un rey o solamente diezmar sus ejércitos? ¡Habla!"

El moghrabín contestó: "¡Oh Trueno! ¡ahí tienes al que será tu amo en adelante! ¡Te lo recomiendo mucho! ¡Sírvele bien!" Después le despidió, y encarándose con Juder, le dijo: "¡No olvides ¡oh Juder! que por medio de este anillo podrás deshacerte y vengarte de todos tus enemigos! ¡Y experimenta sin cuidado su poder!"

Juder dijo: "En ese caso, ¡oh mi señor! desearía volver a mi país y a mi morada".

El otro contestó: "Frota el anillo, y cuando el efrit Trueno se te aparezca y te diga: «¡Heme aquí! ¡Pide y obtendrás!», respóndele: «¡Quiero subir a tu espalda! ¡Llévame a mi país hoy mismo!» ¡Y te obedecerá!"

Entonces Juder se despidió de Abd Al-Samad el moghrabín y frotó el anillo. Y al instante apareció Trueno-Penetrante, que le dijo: "¡Heme aquí! ¡Pide y obtendrás!" Y Juder contestó: "¡Condúceme a El Cairo hoy mismo!" El genni dijo: "¡Fácil es!" Y encorvándose por completo, se lo puso a la espalda y echó a volar con él. Y duró el viaje desde mediodía hasta media noche; y el efrit dejó a Juder en El Cairo, en la propia casa de su madre y desapareció.

Cuando la madre de Juder vio entrar a éste, se levantó y lloró, deseándole la paz. Luego le contó lo que les había sucedido a sus hermanos, y cómo el rey había hecho que les apalearan y les había quitado el saco encantado y el saco del oro y de las joyas. Y al oír aquello, Juder no pudo permanecer indiferente a la suerte de sus hermanos, y dijo a su madre: "¡No te aflijas por eso! ¡Al instante te probaré lo que puedo y te traeré a mis hermanos!"

Y al mismo tiempo frotó el engarce del anillo; y al punto apareció el servidor, que dijo: "¡Heme aquí! ¡Pide y obtendrás!"

Juder dijo: "¡Te ordeno que vayas a sacar a mis hermanos del calabozo del rey para traérmelos aquí!" Y desapareció el genni para ejecutar la orden.

Y he aquí que Salem y Salim yacían en un calabozo, llenos de grandes sufrimientos y de las penas y angustias más profundas, a causa de las torturas y privaciones experimentadas, hasta tal punto, que deseaban la muerte como una liberación y un término de sus males. Y precisamente hablaban entre sí con gran amargura a este respecto, llamando a la muerte, cuando vieron que a sus pies se abría de pronto el suelo y se les aparecía Trueno-Penetrante, quien, sin darles tiempo para nada, se los llevó a ambos, y desapareció con ellos en las profundidades de la tierra, en tanto que los dos hermanos se le desmayaban en sus brazos para no recobrar el sentido hasta que estuvieron en casa de su madre, y se encontraron echados en la alfombra entre su hermano Juder y su madre que los cuidaba con solicitud. Y al verles abrir los ojos, les dijo Juder: "¡Sean con vosotros todas las zalemas!, ¡oh hermanos míos! ¿No me reconocéis ya y me habéis olvidado?...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 481ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Sean con vosotros todas las zalemas, ¡oh hermanos míos! ¿No me reconocéis ya y me habéis olvidado?" Bajaron ellos la cabeza y se echaron a llorar en silencio, entonces les dijo Juder: "¡No lloréis! ¡Porque fueron Satán y la codicia los que hubieron de obligaros a obrar cual obrasteis! ¿Mas cómo pudisteis decidiros a venderme? ¡Pero no lloréis! ¡Si para mi es un consuelo pensar que me parezco en eso a José, hijo de Jacob, a quien también vendieron sus hermanos! ¡No obstante, los hermanos de José se portaron con él peor que vosotros conmigo, pues además le arrojaron al fondo de una cisterna! ¡Limitaos a pedir perdón a Alah, arrepintiéndoos, y os perdonará (porque es el Clemente Ilimitado y el Gran Perdonador) como yo os perdono!

"¡Sea con vosotros la bienvenida! ¡Y estad en adelante tranquilos, sin ningún temor y sin ningún encogimiento!" Y siguió consolándolos y reconfortándolos hasta que hubo colmado sus corazones; luego empezó a contarles todos los sinsabores y sufrimientos que soportó hasta encontrar en la Meca al jeique Abd Al-Samad. Y también les enseñó el anillo mágico.

Entonces le contestaron ellos: "¡Oh hermano nuestro, perdónanos por esta vez! ¡Si volviéramos a reincidir, haz con nosotros lo que te parezca!"

Juder repuso: "¡No os apenéis ni os preocupéis por eso ya! ¡Y daos prisa a contarme lo que os hizo el rey!" Ellos dijeron: "¡Hizo que nos apalearan, y nos amenazó con algo peor; luego acabó por quitarnos los dos sacos!"

Juder dijo: "¡Ahora va a ver él!" Y frotó el engarce del anillo; y al punto apareció el efrit Trueno-Penetrante.

Al verle, quedaron espantados ambos hermanos, y creyeron de corazón que no le había llamado Juder más que para que los matara. Y se precipitaron en el aposento de su madre, gritando: "¡Oh madre nuestra, nos ponemos bajo tu generosa protección! ¡Oh madre nuestra intercede por nosotros!"

Ella contestó: "¡Oh hijos míos, no tengáis miedo!"

Entretanto, Juder había dicho a Trueno: "¡Te ordeno que me traigas todas las joyas y cosas preciosas que hay en los armarios del rey, sin dejar nada, y trayéndome al mismo tiempo el saco y encantado el saco de las cosas preciosas que fueron sustraídos a mis hermanos!" Y contestó el genni del anillo: "¡Escucho y obedezco!" Y al instante fue a ejecutar la orden y volvió para poner entre las manos de Juder los dos sacos intactos y los tesoros del rey, diciendo: "¡Ya sidi! ¡no he dejado nada en los armarios!"

Entonces Juder entregó a su madre el saco de las cosas preciosas y los tesoros del rey, recomendándole que los guardara bien, y colocó ante sí el saco encantado. Luego dijo al genni del anillo: "Te ordeno que esta misma noche me construyas un palacio alto y espléndido, decorándolo con oro y tapizándolo y amueblándole suntuosamente. ¡Y quiero que al despuntar el día esté terminado todo!"

Y el genni del anillo, Trueno-Penetrante, contestó: "¡Se cumplirá tu voluntad!" Y desapareció en el seno de la tierra, mientras Juder sacaba del saco encantado manjares deliciosos que se puso a comer con su madre y sus hermanos en el límite del contento, durmiéndose luego hasta por la mañana.

En cuanto al genni del anillo, congregó al punto a sus compañeros los efrits subterráneos, escogiendo a los más hábiles en albañilería; y pusieron todos manos a la obra. Y unos tallaron piedras, otros edificaron, revocaron otros las paredes, esculpieron y grabaron otros, y otros, en fin, tapizaron y amueblaron las salas, de modo que al despuntar el día estaba el palacio enteramente terminado y decorado. Entonces se presentó el genni del anillo a Juder en cuanto se despertó éste, y le dijo: "¡Ya sidi! ¡el palacio está concluido! ¿Quieres venir a verlo y examinarlo?" Entonces se levantó Juder y salió en compañía de su madre y de sus hermanos; y examinaron el palacio todos juntos y vieron que no tenía igual de tanto como confundía la razón con la belleza de su arquitectura y de su feliz emplazamiento.

Y encantado quedó Juder al mirar su fachada imponente en verdad, y se maravilló pensando que no le había costado nada todo aquello. Y se encaró con su madre, y le preguntó: "¿Quieres habitar en este palacio?" Ella contestó: "¡Vaya si quiero!" E hizo votos por él e invocó sobre su cabeza las bendiciones de Alah. Entonces Juder frotó el anillo talismánico y dijo al genni, que apareció al punto: "¡Té ordeno que me traigas al instante cuarenta esclavas jóvenes, blancas y muy hermosas; cuarenta negras jóvenes y bien formadas; cuarenta criados jóvenes y cuarenta negros!"

El genni contestó: "¡Todo es ya tuyo!" Y con cuarenta de sus compañeros voló a las comarcas de la India, de Sindh y de Persia; y se llevaron a toda joven a quien encontraron completamente hermosa y a todo joven completamente hermoso. Y reunieron así cuarenta de cada especie, tras de lo cual escogieron cuarenta negras hermosas y cuarenta negros hermosos, y los transportaron ante Juder, que los encontró de su gusto a todos, y dijo: "¡Ahora hay que dar a cada uno y a cada una un traje de lo mejor...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 482ª NOCHE

Ella dijo:

"¡...dar a cada uno y a cada una un traje de lo mejor!" El genni contestó: "¡Helo aquí!" Juder dijo: "¡Hay que traer, además, un traje para mi madre y otro traje para mí!" Y Trueno lo llevó todo, y él mismo vistió a las jóvenes esclavas blancas y negras, diciéndoles: "¡Id ahora a besar la mano de vuestra ama, madre de vuestro amo! ¡Y cumplid bien las órdenes que os dé, y seguidla con los ojos! ¡oh blancas y negras!" Luego fue también el genni Trueno a vestir a los jóvenes y a los negros, y les mandó besar la mano de Juder. Después vistió a Salem y Salim con especial cuidado. Y cuando estuvo vestido todo el mundo, Juder parecía verdaderamente un rey y visires sus hermanos.

Como el palacio era muy grande, Juder hizo habitar en uno de los lados del edificio a su hermano Salem y a sus servidores y mujeres, y en el otro a su hermano Salim con sus servidores y mujeres. En cuanto a él, habitó con su madre en el centro del palacio. Y cada uno tenía sus aposentos como un sultán. ¡Y esto respecto de ellos!

¡Pero volvamos al rey!

Cuando el tesorero mayor fue por la mañana a coger del armario del tesoro algunos objetos que necesitaba para el rey, lo abrió, y se encontró con que no había nada.

Y a fe que podría aplicarse a aquel armario este dicho del poeta:

Este viejo tronco de árbol era opulento y hermoso con su colmena de abejas sonoras y sus chorros de miel dorada; pero cuando le abandonó el enjambre de abejas y desapareció la colmena, ¡ya no fue más que un hueco vacío!

Y al ver aquello, el tesorero mayor lanzó un grito estridente y cayó sin conocimiento. Y cuando volvió en sí, se precipitó fuera de la estancia del tesoro, y con los brazos en alto corrió en busca del rey Schams Al-Daula, al cual dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡vengo a informarte que esta noche dejaron vacío el tesoro!"

Y exclamó el rey: "¡Oh miserable! ¿qué hiciste de las riquezas que contenía el tesoro?" El otro contestó: "¡Nada, por Alah! ¡Y ni sé qué ha sido de ellas ni cómo se ha vaciado el tesoro! ¡Ayer por la noche, sin ir más lejos, revisé el tesoro, como de costumbre, y lo encontré lleno; y fui allí esta mañana y me lo encuentro vacío, sin nada! ¡No obstante, las puertas están sin forzar, y las he hallado cerradas y sin huellas de perforación o fractura, con los candados intactos y las cerraduras también cerradas! ¡No es, pues, un ladrón quien dejó vacío el tesoro!"

El rey preguntó: "¿Y han desaparecido asimismo los dos sacos?" El otro contestó: "¡S¡!"

Al oír estas palabras, la razón huyó de la cabeza del rey, que irguióse sobre sus pies, y gritó al tesorero mayor: "¡Echa a andar delante de mí!"

Y el tesorero se dirigió al tesoro; y el rey le siguió y llegó al tesoro, encontrándolo, en efecto, completamente vacío por dentro e intacto por fuera; y hubo de quedar estupefacto y aniquilado el rey, y dijo: "¡He aquí que robaron mi tesoro sin temor a mi poder y a mi cólera!"

Y se enojó con mucho enojo y al instante fue a reunir su diwán; y los emires y notables de la corte entraron en el diwán, y cada cual se preguntaba con espanto si no sería él causa del enojo del rey. Pero el rey les dijo: "¡Oh vosotros todos! ¡Sabed que mi tesoro fue saqueado esta noche; e ignoro quién cometió esta acción, infligiéndome tal afrenta y ultrajándome con tamaño ultraje, sin temer mi cólera!"

Y preguntaron todos: "Pero, ¿cómo ha sido?" El rey contestó: "¡No tenéis más que interrogar al tesorero mayor, que está ahí presente!" Y le interrogaron, y les dijo él: "¡Ayer mismo el tesoro estaba lleno, y lo he visitado y lo encontré vacío, sin nada, y por fuera no hay en la puerta perforación ni fractura!" Y se quedaron todos prodigiosamente asombrados; y sin saber qué contestar, bajaron la cabeza ante las miradas fulgurantes del rey y guardaron silencio

Pero en aquel mismo momento entró el alguacil que había denunciado la otra vez a vez a Salem y a Salim, y dijo:

"¡Oh rey del tiempo, me han tenido sin dormir toda la noche las cosas extraordinarias que he visto!" Y preguntó el rey: "¿Pues qué viste?"

El otro dijo: "Sabrás ¡oh rey del tiempo! que me pasé toda la noche distraído y agradablemente divertido con mirar a unos albañiles que se disponían a edificar trabajando con martillo, llanas y todas las demás herramientas. Y al despuntar el día he visto en aquel paraje un magnífico palacio enteramente acabado y que no tiene igual en el mundo. He pedido entonces detalles, y me los han dado, diciendo: "¡Es que Jader, hijo de

Omar, ha vuelto de viaje y construyó este palacio! ¡Trajo consigo numerosos esclavos y muchos criados jóvenes! ¡Y viene cargado de riquezas y colmado de dinero! ¡Y libertó del calabozo a sus hermanos! ¡Y ahora está sentado en su palacio como un sultán!"

Al oír estas palabras del kawas, dijo el rey: "¡Qué vayan enseguida a ver el calabozo!" Y fueron a ver el calabozo y volvieron para anunciar al rey que Salem y Salim no estaban allí ya. Entonces el rey exclamó: "¡Ya di con el ladrón! ¡Quien sacó de la cárcel a Salem y a Salim tiene que ser el mismo que robó mi tesoro!"

Y preguntó el gran visir: "¿Pero quién es?" El rey contestó: "¡Juder, el hermano de los presos! ¡Y también es él quien robó los dos sacos!

Pero ¡oh visir mío! al instante vas a enviar contra todos esos individuos a un emir con cincuenta guerreros que los capturarán, y después de sellarles todos sus bienes, me los traerás aquí a ellos para que yo los cuelgue...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 483ª NOCHE

Ella dijo:

"...me los traerás aquí a ellos para que yo los cuelgue". Y aumentó su enojo y exclamó: "¡Sí, que vayan a buscarlos enseguida, porque quiero matarlos!" : El gran Visir contestó: "¡Oh rey, sé clemente e indulgente, porque clemente es Alah y no se apresura a castigar a su esclavo rebelde y caído en falta! ¡Y además, el hombre que ha podido levantar un palacio en el transcurso de una noche, no tendrá, en verdad, nada que temer de nadie en el mundo! ¡En cambio, tengo miedo por el emir que envíes y temo que se encolerice Juder con él! ¡Paciencia, pues, hasta que dé yo con un medio de que llegues a conocer la verdad sobre el asunto, y sólo entonces podrás realizar sin inconveniente lo que resolviste realizar!"

Y contestó el rey: "Entonces, ¡oh visir mío! dime lo que tengo que hacer". El visir dijo: "Manda que vaya un emir para invitarle a que venga a palacio. ¡Y ya encontraré a la sazón un modo de capturarle; le fingiré mucha amistad y le preguntaré hábilmente acerca de lo que hace y de lo que no hace! ¡Y veremos entonces! Si es verdaderamente grande su poder, le capturaremos con astucia; pero si su poder es débil, le capturaremos a la fuerza; y te lo entregaremos. ¡Y harás con él lo que quieras!"

Dijo el rey: "¡Que se le invite!" Y el gran visir dio orden a un emir llamado el emir Othmán que fuera en busca de Juder y le invitara, diciéndole: "¡El rey desea verte entre sus huéspedes de hoy!" Y añadió el propio rey: "¡Y no dejes de venir con él!"

Y he aquí que el tal emir Othmán era un hombre estúpido, orgulloso e infatuado. Al llegar a la puerta del palacio vio a un eunuco sentado sobre el umbral en una hermosa silla de bambú. Y avanzó a él; pero el eunuco no se levantó ni se preocupó por el emir lo más mínimo, como si no le viera. ¡Y sin embargo, el emir Othmán era muy visible, y llevaba consigo cincuenta hombres muy visibles! Se acercó, a pesar de todo, y le preguntó: "¡Oh esclavo! ¿dónde está tu amo?" El esclavo contestó: "¡En el palacio!", sin volver siquiera la cabeza ni salir de su actitud indiferente y de su postura indolente.

Entonces sintióse muy enfurecido el emir Othmán y el gritó: "¡Oh calamitoso eunuco de pez! ¿No te da vergüenza permanecer, mientras hablo yo, tendido en postura indolente como un holgazán cualquiera?"

El eunuco contestó: "¡Vete ya! ¡Y no repliques ni una palabra más!" Al oír aquello, el emir Othmán llegó al límite de la indignación, y blandiendo su maza, quiso pegar con ella al eunuco. Pero ignoraba que el tal eunuco no era otro que Trueno-Penetrante, el efrit del anillo, a quien Juder había encargado que actuase de portero del palacio. Así es que cuando el presunto eunuco vio el movimiento del emir Othmán, se levantó, mirándole sólo con un ojo y manteniendo cerrado el otro ojo, le sopló en la cara, y bastó aquel soplo para tirarle al suelo. Luego le quitó de las manos la maza y sin más ni más, le asestó cuatro mazazos.

Al ver aquello, se indignaron los cincuenta soldados del emir, y no pudiendo soportar la afrenta infligida a su jefe, sacaron sus alfanjes y se precipitaron sobre el eunuco para exterminarle. Pero el eunuco sonrió con calma, y les dijo: "¡Ah! ¿sacáis vuestros alfanjes, ¡oh perros!? ¡Pues esperad un poco!" ¡Y cogió a algunos y les hundió en el vientre sus propios alfanjes y los ahogó en su propia sangre! Y siguió diezmándolos de tal manera que los que quedaron huyeron poseídos de espanto con el emir a la cabeza, y no pararon hasta llegar a la presencia del rey, en tanto que Trueno volvía a tomar en la silla su postura indolente.

Cuando el rey se enteró por el emir Othmán de lo que acababa de suceder, llegó al límite del furor, y dijo: "¡Que vayan contra ese eunuco cien guerreros!" Y llegados que fueron los cien guerreros a la puerta del palacio, el eunuco los recibió a mazazos, zurrándolos y poniéndolos en fuga en un abrir y cerrar de ojos. Y volvieron a decir al rey: "¡Nos ha dispersado y aterrado!" Y el rey dijo: "¡Que vayan doscientos!" Y salieron doscientos, y fueron destrozados por el eunuco. Entonces gritó el rey a su gran visir: "¡Tú mismo irás ahora con quinientos guerreros para traérmele al instante! ¡Y también me traerás a su amo Juder con sus dos hermanos!" Pero contestó el gran visir: "¡Oh rey del tiempo, prefiero no llevar conmigo guerrero ninguno e ir en su busca completamente solo y sin armas!"

El rey dijo: "¡Ve, y haz lo que te parezca mejor!"

Entonces arrojó el gran visir de sí sus armas y se vistió con un largo ropón blanco; luego se puso en la mano un rosario muy grande, y se encaminó con lentitud a la puerta del palacio de Juder, pasando las cuentas del rosario. Y vio sentado en la silla al eunuco consabido, y se le acercó sonriendo, se sentó en el suelo frente a él con mucha cortesía, y le dijo: "¡La zalema sea con vos!" El otro contestó: "¡Sea contigo la zalema, oh ser humano! ¿Qué deseas?" Cuando el gran visir hubo oído lo de "ser humano", comprendió que el eunuco era un genni entre los genn, y tembló de espanto. Luego le preguntó humildemente: "¿Está tu amo, el señor Juder?" El otro contestó: "¡Sí, está en el palacio!" El visir añadió: "¡Ya sidi! te ruego que vayas a buscarle y a decirle: "¡Ya sidi! el rey Schams Al-Daula te invita a que te presentes a él, pues da un festín en tu honor. ¡Y él mismo te transmite la zalema y te ruega que honres su morada aceptando su hospitalidad!"

Trueno contestó: "¡Espérame aquí mientras voy a pedirle; su beneplácito...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 484ª NOCHE

Ella dijo:

"¡...Espérame aquí mientras voy a pedirle su beneplácito!" Y el gran visir se puso a esperar en una actitud muy cortés, en tanto que el mared iba en busca de Juder, al cual dijo: "Has de saber, ¡ya sidi! que el rey envió por ti primero a un emir muy presuntuoso, a quien he agredido, y luego a doscientos, a quienes deshice y puse en fuga. ¡Entonces ha enviado a su gran visir sin armas y vestido de blanco para invitarte a que comas manjares de su hospitalidad! ¿Qué te parece?"

Juder contestó: "¡Tráeme aquí al gran visir!" Y bajó Trueno a decirle: "¡Oh visir, ven a hablar con mi amo!" El visir contestó: "¡Sobre la cabeza!" Y subió al palacio, y entró en la sala de recepción, donde vio a Juder, más imponente que los reyes, sentado en un trono como no podría poseerlo ningún sultán, con un tapiz de lo más espléndido extendido a sus pies. Y quedó estupefacto, y permaneció pasmado, y absorto, y deslumbrado por la belleza del palacio, por sus adornos, por su decorado, por sus esculturas y por sus muebles; y vio que en comparación era él menos que un mendigo junto a cosas tan hermosas y frente al dueño de aquel recinto. Así es que se inclinó y besó la tierra entre las manos de Juder e hizo votos por su prosperidad. Y Juder le preguntó: "¿Qué tienes que pedirme, ¡oh visir!?"

El visir contestó: "¡Oh mi señor, tu amigo el rey Schams Al-Daula te transmite la zalema! ¡Y desea ardientemente alegrarse los ojos con tu cara; y a tal objeto da un festín en tu honor! ¿Querrás aceptarlo por complacerle?" Juder contestó: "¡Desde el momento en que es mi amigo, ve a transmitirle mi zalema, y dile que venga antes él mismo a mi casa!"

Dijo el visir: "¡Sobre la cabeza!" Entonces Juder frotó el engarce del anillo; y cuando apareció Trueno, le dijo: "¡Tráeme un ropón de lo más hermoso!" Y cuando Trueno le llevó el ropón, Juder dijo al visir: "¡Es para ti, oh visir! ¡Póntelo!" Y cuando el visir se puso el ropón, Juder le dijo: "¡Ve a decir al rey lo que oíste y viste!" Y el visir salió llevando aquel traje tan magnífico, que nadie lo llevó semejante, y fue en busca del rey, le puso al corriente de la posición de Juder, le hizo una admirable descripción del palacio y de lo que contenía, y le dijo: "¡Juder te invita!"

Dijo el rey: "¡Vamos, oh soldados!" Y se irguieron todos sobre sus pies, y el rey les dijo: "¡Montad en vuestros caballos! ¡Y que me traigan mi corcel de guerra para ir a ver a Juder!" Luego montó a caballo, y seguido por sus guardias y soldados, se dirigió al palacio de Juder.

Cuando Juder vio desde lejos llegar al rey con su séquito, dijo al efrit del anillo: "Deseo que me traigas a tus compañeros los efrits para que, con aspecto de seres humanos, formen el paso del rey en el patio principal del palacio. Y como el rey advertirá su número y calidad, quedará aterrado y espantado, y se estremecerá su corazón. ¡Y comprenderá entonces para su bien que mi poder supera al suyo!" Y al instante el efrit Trueno convocó e hizo aparecer a doscientos efrits con aspecto de guardias armados y de estatura enorme. Y entró el rey en el patio y pasó por entre las dos filas de soldados; y al ver su aspecto terrible, sintió estremecérsele el corazón. Luego subió al palacio y entró en la sala donde se hallaba Juder; y le encontró sentado de una manera y con una apostura que no tuvo nunca verdaderamente ningún rey ni sultán. Y le hizo la zalema, y se inclinó entre sus manos, y formuló sus votos, sin que Juder se levantase en honor suyo o le guardara consideraciones o le invitara a sentarse. Por el contrario, le tuvo de pie para hacerse valer, así, de modo que el rey perdió por completo la serenidad, y ya no supo si debía permanecer allí o marcharse.

Y al cabo de cierto tiempo, le dijo Juder por fin: "¿Te parece, en verdad, manera de conducirse el oprimir, como lo has hecho, a personas indefensas, despojándolas de sus bienes?" El rey contestó: "¡Oh mi señor, dígnate excusarme! ¡Me impulsaron a obrar así la codicia y la ambición, y tal era mi destino! ¡Y por otra parte, si no hubiera falta, no habría perdón!" Y continuó excusándose por cuanto pudo cometer en el pasado y suplicando indulgencia y perdón; y entre otras excusas, hasta le recitó estos versos:

¡Oh tú, carácter generoso, hijo de ilustres antecesores y de una raza noble, no me reproches por el daño que en el pasado pudiera hacerte!

¡Lo mismo que nosotros te perdonaríamos si fueses culpable de cualquier mala acción, debes perdonarnos cuando los culpables somos nosotros!"

Y no cesó de humillarse de aquel modo entre las manos de Juder, hasta que Juder hubo de decirle: "¡Que te perdone Alah!" Y le permitió sentarse, y se sentó el rey. Entonces Juder le puso el ropón de la salvaguardia, y dio a sus hermanos orden de que extendieran el mantel y sirvieran manjares extraordinarios y numerosos. Y después de la comida regaló hermosas vestiduras a todos los individuos del séquito del rey, y les trató con miramientos y generosidad. Sólo entonces fue cuando el rey se despidió de

Juder y salió del palacio; pero fue para volver todos los días a pasarlos por entero con Juder y hasta reunió en casa de éste su diwán, ventilando allí los asuntos del reino. Y la amistad entre ambos no hizo más que aumentar y consolidarse. Y así vivieron algún tiempo.

Pero un día en que el rey se hallaba solo con su gran visir, le dijo: "¡Oh visir mío, tengo miedo de que Juder me mate y se apodere de mi trono!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 485ª NOCHE

Ella dijo:

"¡...Oh visir mío, tengo miedo de que Juder me mate y se apodere de mi trono!" El visir contestó: "¡Oh rey del tiempo! no temas que Juder se apodere de tu trono! ¡Porque el poderío y la opulencia de Juder son mucho más considerable que los del rey! ¿Qué quieres que haga con tu trono? ¡Además que la posesión de tu trono sería en él una prueba de decadencia, dada su actual posición! Pero en cuanto a matarte, si lo temes verdaderamente, ¿para qué tienes una hija? ¡Bastará con que se la des en matrimonio, y de ese modo compartirás con él el poder supremo; y estaréis ambos en las mismas condiciones!"

El rey contestó: "¡Oh visir, actúa de intermediario entre él y yo!" El visir dijo: "No tienes para eso más que invitarle a tu casa; y pasaremos la velada en la sala principal del palacio. Entonces ordenarás a tu hija que se atavíe con sus mejores galas y pase como un relámpago por delante de la puerta de la sala. Y Juder la divisará; y como ha de excitarse mucho su curiosidad y su espíritu se preocupará por la princesa entrevista, quedará locamente enamorado; y me preguntará quién es ella. Entonces yo me inclinaré misteriosamente hacia él, le diré: "¡es la hija del rey!" ¡Y me pondré a conversar con él acerca del particular, dejando escapar palabras y palabras, sin que sepa que estás al corriente, hasta que le decida a venir a pedírtela en matrimonio! ¡Y cuando de tal suerte le hayas casado con la joven, vuestra alianza será firme para lo sucesivo; y a su muerte heredarás la mayor parte de lo que él posea!" Y el rey contestó: "¡Verdad dices, oh visir!" Y dio el festín e invito a Juder, que se presentó en el palacio y sentóse en la sala principal, acogido con júbilo y agasajo, hasta la noche.

Y he aquí que el rey había enviado a decir a su esposa que pusiera a la joven sus mejores preseas, y la adornara con sus adornos más hermosos, y la hiciera pasar muy de prisa por delante de la puerta de la sala del festín. Y la madre de la joven ejecutó lo que le habían ordenado ejecutar. Así es que cuando la joven pasó por delante de la sala del festín como un relámpago, bella y enjoyada y brillante y maravillosa, Juder la divisó y lanzó un grito de admiración y un profundo suspiro, y hubo de modular: "¡Ah!" ¡Y se relajaron sus miembros, y se le puso amarillo el rostro! Y el amor, y la pasión, y el deseo, y el ardor entraron en él y le dominaron.

Entonces le dijo el visir: "¡Lejos de ti toda pena y todo mal, mi señor! ¿Por qué te veo súbitamente demudado, y sufriendo, y dolorido?" Juder contestó: "¡Oh visir, la culpa es de esa joven! ¿De quién es hija? ¡Me ha avasallado y me ha arrebatado la razón!" El visir contestó: "¡Es la hija de tu amigo el rey! ¡Si te gusta, verdaderamente, hablaré al rey para que te la dé en matrimonio!"

Juder dijo: "¡Oh visir, háblale! ¡Y por mi vida, que te daré todo lo que me pidas! ¡Y daré al rey cuanto me reclame como dote de su hija! ¡Y seremos amigos y parientes por alianza!"

El visir contestó: "¡Voy a emplear toda mi influencia a fin de obtener para ti lo que anhelas!" Y habló al rey en secreto, y le dijo: "¡Oh rey Schams Al-Daula, he aquí que tu amigo Juder desea aproximarse a ti con alianza! ¡Y se ha encomendado a mí para que te hable con objeto de que le concedas en matrimonio tu hija El-Sett Asia! ¡No me rechaces, pues, y acepta mi intercesión! ¡Y te pagará Juder cuanto pidas como dote de tu hija!" El rey contestó: "¡Pagada y recibida está ya la dote! ¡Y la hija es una esclava a su servicio! ¡Se la doy por esposa, y con aceptarla él de mí, me hace el mayor de los honores!" Y dejaron transcurrir aquella noche sin concretar más.

Pero al día siguiente por la mañana el rey congregó su diwán, y convocó a él a grandes y a pequeños, a amos y a servidores; e hizo ir al jeique al-Islam para la circunstancia. Y Juder formuló su demanda de matrimonio, y el rey la aceptó, y dijo: "¡En cuanto a la dote, ya la recibí!" Y se extendió el contrato.

Entonces Juder hizo llevar allí el saco de las joyas y de las pedrerías, y se lo regaló al rey como dote de su hija. Y al punto resonaron los timbales y los tambores, y tocaron las flautas y los clarinetes, y la fiesta y la alegría llegaron a su apogeo, en tanto que Juder penetraba en la cámara nupcial y poseía a la joven.

Y Juder y el rey vivieron juntos, estrechamente unidos, durante días numerosos. Tras de lo cual murió el rey.

Entonces las tropas reclamaron a Juder para el sultanato, y como él rehusara, siguieron importunándole hasta que aceptó. Y le nombraron sultán.

Y he aquí que el primer acto de Juder como sultán consistió en erigir una mezquita sobre la tumba del rey Schams Al-Daula; y llevó a ellos ricos donativos; y para emplazamiento de aquella mezquita escogió el barrio de los Bundukania, elevándose su palacio en el barrio de los Yamania. Y desde aquel entonces el barrio de la mezquita y la propia mezquita tomaron el nombre de Judería.

Luego se apresuró el sultán Juder a nombrar visires a sus dos hermanos, a Salem visir de Su Derecha y a Salim visir de Su Izquierda. Y vivieron así en paz sólo un año, no más.

Al cabo de este tiempo, Salem dijo a Salim: "¡Oh hermano mío! ¿hasta cuándo?...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 486ª NOCHE

Ella dijo:

...Al cabo de este tiempo, Salem dijo a Salim: "¡Oh hermano mío! ¿hasta cuándo vamos a permanecer en tal estado? ¿Nos vamos a pasar toda la vida como servidores de Juder, sin disfrutar a nuestra vez de la autoridad y la felicidad mientras Juder viva?

Salim contestó: "¿Qué podríamos hacer para matarle y quitarle el anillo y el saco? ¡Sólo tú sabrás combinar alguna estratagema para llegar a matarle, porque eres más experto y más inteligente que yo!" Dijo Salem: "Si combinara yo una estratagema para su muerte, ¿te conformarías con que yo fuese sultán y te tuviese a ti por visir de Mi Derecha! ¡Y sería para mí el anillo y para ti el saco!" El otro dijo: "¡Acepto!" Y acordaron el asesinato de Juder para alcanzar el poder soberano y disfrutar como reyes los bienes de este mundo.

Cuando hubieron combinado la estratagema, fueron en busca de Juder y le dijeron: "¡Oh hermano nuestro! ¡quisiéramos que esta tarde te dignaras darnos el gusto de ir a merendar en nuestro mantel, por que hace mucho tiempo que no te hemos visto franquear el umbral de nuestra hospitalidad!" Dijo Juder: "¡Pues no os atormentéis por eso! ¿En casa de cuál de vosotros dos debo presentarme a aceptar la invitación?

Salem contestó: "¡Primero en mi casa! ¡Y cuando hayas probado los manjares de mi hospitalidad, irás a aceptar la invitación de mi hermano!" Juder repuso: "No hay inconveniente." Y fue a ver a Salem en sus habitaciones del palacio.

¡Pero no sabía lo que le esperaba, porque apenas tomó el primer bocado del festín, cayó hecho trizas, con la carne por un lado y los huesos por otro! El veneno había surtido su efecto.

Entonces se levantó Salem y quiso sacarle del dedo el anillo; pero como el anillo no quería salir, le cortó el dedo con un cuchillo. Cogió entonces el anillo y frotó el engarce. Al punto apareció el efrit Trueno-Penetrante, servidor del anillo, que dijo: "¡Heme aquí! ¡Pide y obtendrás!" Salem le dijo: "Te ordeno que te apoderes de mi hermano Salim y le mates. ¡Luego le cogerás y también cogerás a Juder, que está ahí sin vida, y arrojarás los dos cuerpos, el del envenenado y el del asesinado, a los pies de los principales jefes de las tropas!" Y el efrit Trueno, que obedecía todas las órdenes dadas por cualquier poseedor del anillo, fue a buscar a Salim y le mató; después cogió los dos cuerpos sin vida y los arrojó a los pies de los jefes de las tropas, que precisamente estaban reunidos comiendo en la sala de las comidas.

Cuando los jefes de las tropas vieron los cuerpos sin vida de Juder y de Salim, dejaron de comer y alzaron los brazos, encantados y temblorosos, preguntando al mared: "¿Quién cometió ese crimen en las personas del rey y del visir?" El otro contestó: "¡Su hermano Salem!" Y en aquel mismo momento hizo Salem su entrada, y les dijo: "¡Oh jefe de mis tropas y vosotros todos, soldados míos, comed y estad contentos! Me he hecho dueño de este anillo que arrebaté a mi hermano Juder. Y este mared que tenéis ante vosotros es el mared Trueno-Penetrante, servidor del anillo. ¡Y soy yo quien le ha ordenado que diera muerte a mi hermano Salim para no tener que compartir el trono con él! ¡Por otra parte, era un traidor, temía que me traicionase! ¡Así es que, como Juder ha muerto, quedo yo por sultán único! ¿Queréis aceptarme para rey, o queréis mejor que frote el anillo y haga que el efrit os mate a todos, grandes y pequeños, hasta el último?"

Al oír estas palabras, los jefes de las tropas, poseídos de un temor grande, no osaron protestar, y contestaron: "¡Te aceptamos por rey y sultán!"

Entonces ordenó Salem que se celebraran los funerales de sus hermanos. Luego convocó al diwán, y cuando todo el mundo estuvo de vuelta de los funerales, se sentó en el trono; y recibió como rey los homenajes de sus súbditos, después de lo cual, dijo: "¡Ahora quiero que se extienda mi contrato matrimonial con la esposa de mi hermano!"

Le contestaron: "¡No hay inconveniente! ¡Pero es preciso esperar a que pasen los cuatro meses y diez días de viudedad!"

Salem contestó: "Conmigo no rezan esas formalidades ni otras fórmulas análogas! ¡Por la vida de mi cabeza, que necesito entrar en la esposa de mi hermano esta misma noche!" No hubo más remedio que extender el contrato de matrimonio, y se previno de la cosa a la esposa de Juder, El-Sett Asia, la cual repuso: "¡Que venga...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 487ª NOCHE

Ella dijo:

...y se previno de la cosa a la esposa de Juder, El-Sett Asia, la cual repuso: "¡Que venga!" Y cuando llegó la noche, Salem penetró en el aposento de la esposa de Juder, que hubo de recibirle con las demostraciones de la alegría más viva y con los deseos de bienvenida. Y le ofreció, para que se refrescase, una copa de sorbete, bebiéndola él para caer destrozado, como cuerpo sin alma. Y así acaeció su muerte.

A la sazón El-Sett Asia cogió el anillo mágico y lo hizo añicos para que nadie en adelante lo utilizase de un modo culpable, y cortó en dos el saco encantado, rompiendo así el encanto que poseía.

Tras de lo cual, mandó prevenir al jeique al-Islam de cuanto había sucedido, y avisó a los notables del reino que ya podían elegir nuevo rey, diciéndoles: "¡Escoged otro sultán para que os gobierne!"

"¡Y he aquí —continuó Schehrazada— todo lo que sé de la historia de Juder, de sus hermanos y del saco y el anillo encantados! Pero también sé, ¡oh rey afortunado! una historia asombrosa que se llama...

HISTORIA DE ABU-KIR Y DE ABU-SIR

Dijo Schehrazada:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que en la ciudad de lskandaria había antaño dos hombres, uno de los cuales era tintorero y se llamaba Abu-Kir, y el otro era barbero y se llamaba Abu-Sir. Y eran vecinos uno de otro en el zoco, porque se tocaban las puertas de sus tiendas.

¡Y he aquí que el tintorero Abu-Kir era un insigne bribón, un embustero de lo más detestable, un desvergonzado! ¡Ni más ni menos! ¡Sin duda alguna, debieron tallarse sus sienes con algún granito irreductible y debió labrarse su cabeza con la piedra de los escalones de una iglesia de judíos!

De no ser así, ¿cómo hubiera él tenido tan desvergonzada audacia para las fechorías y las ruindades todas? Entre otras diversas estafas, acostumbraba a hacer que sus clientes le pagasen por adelantado, con pretexto de que necesitaba dinero para comprar colores, y nunca devolvía las telas que le llevaban a teñir. Por el contrario, no sólo se gastaba el dinero que había cobrado de antemano, comiendo y bebiendo a su sabor, sino que vendía en secreto las telas depositadas en su casa, y con ello se pagaba toda clase de regocijos y diversiones de primera calidad. Y cuando volvían los clientes para reclamarle sus efectos, siempre encontraba medio de entretenerles y hacerles esperar indefinidamente, unas veces con un pretexto y otras con otro.

Por ejemplo, decía: "¡Por Alah, oh mi amo! que ayer parió mi esposa, y me he visto obligado a correr de un lado para otro durante todo el día!" O decía también: "Ayer tuve invitados y me ocuparon todo el tiempo mis deberes de hospitalidad para con ellos; pero, si vuelves dentro de dos días, desde el amanecer encontrarás terminada tu tela". Y dilataba todo lo posible los compromisos con sus parroquianos, hasta que alguno exclamaba, impacientado: "¡Bueno! ¿vas a decirme la verdad de lo que ocurre con mis telas? ¡Devuélvemelas! ¡Ya no quiero teñirlas!" Entonces contestaba él: "¡Por Alah, que estoy desesperado!" Y alzaba al cielo las manos, haciendo toda clase de juramentos de que iba a decir la verdad. Y después de lamentarse y golpearse las manos una contra otra, exclamaba: "Figúrate, ¡oh mi amo! que cuando estuvieron teñidas las telas, las puse a secar bien tendidas en las cuerdas que hay delante de mi tienda, y me ausenté un instante para ir a orinar; cuando volví habían desaparecido, robándomelas algún forajido, ¡quizá mi mismo vecino, ese barbero calamitoso!"

Al oír estas palabras, si el cliente era un buen hombre entre las personas tranquilas, se contentaba con responder: "¡Alah me indemnizará!" y se iba. Pero si el cliente era hombre irritable, se ponía furioso y llenaba de injurias al tintorero y comenzaba a golpes con él, provocando una disputa pública en la calle en medio de la aglomeración de gente. Y a pesar de todo, y aun a despecho de la autoridad del kadí, no conseguía recobrar sus efectos, ya que faltaban pruebas, y por otra parte, en la tienda del tintorero no había nada que pudiese embargarse y venderse. Y aquel comercio duró bastante tiempo, el necesario para chasquear uno tras de otro a todos los mercaderes del zoco y a todos los habitantes del barrio. Y el tintorero Abu-Kir vio a la sazón perdido irremediablemente su crédito y aniquilado su comercio, pues no había ya nadie a quien pudiese despojar. Y fue objeto de la desconfianza general, y se le citaba en proverbios cuando se quería hablar de las bribonadas que hacen las gentes de mala fe.

Cuando el tintorero Abu-Kir vióse reducido a la miseria, fue a sentarse delante de la tienda de su vecino el barbero Abu-Sir, y le puso al corriente del mal estado de sus negocios, y le dijo que ya no le quedaba más que morirse de hambre. Entonces el barbero Abu-Sir, que era un hombre que marchaba por la senda de Alah, y aunque muy pobre era escrupuloso y honrado, se compadeció de la miseria de quien era más pobre que él y contestó:

"¡El vecino se debe a su vecino! ¡Quédate aquí y come y bebe y participa de los bienes de Alah hasta que lleguen días mejores!" Y le recibió con bondad, y atendió a todas sus necesidades durante un largo transcurso de tiempo.

Pero he aquí que un día el barbero Abu-Sir se quejaba al tintorero Abu-Kir de los rigores de la suerte, y le decía: "¡Ya lo ves, hermano mío! No soy, ni mucho menos, un barbero torpe y mi mano es ligera en la cabeza de mis clientes. ¡Pero como mi tienda es pobre y yo también soy pobre, nadie viene a afeitarse en mi casa! ¡Apenas si por la mañana, en el hammam, algún mandadero o algún fogonero se dirige a mí para que le afeite los sobacos o le aplique en el vientre pasta depilatoria! ¡Y con las pocas monedas que esos pobres dan a un pobre como yo, puedo alimentarte, alimentarme y subvenir a las necesidades de la familia que soporto a mi cuello!

¡Pero Alah es grande y generoso!"

El tintorero Abu-Kir contestó: "Verdaderamente eres muy infeliz al aguantar con tanta paciencia la miseria y los rigores de la suerte, habiendo medios de enriquecerse y de vivir con holgura. Te disgusta tu oficio, que no te produce nada, y yo no puedo ejercer el mío en este país lleno de gentes malévolas. No nos queda otro recurso que abandonar esta tierra cruel y marcharnos a viajar en busca de alguna ciudad donde nos sea fácil ejercer nuestro arte con fruto y satisfacción.

¡Por lo demás, cuántas ventajas reportan los viajes! ¡Viajar es alegrarse, es respirar el aire libre, es descansar de las preocupaciones de la vida, es ver nuevos países y nuevas tierras, es instruirse, y cuando se tiene entre las manos un oficio tan honorable y excelente como el mío y el tuyo, y sobre todo tan admitido generalmente en todas las tierras y en los pueblos más diversos, es ejercerlo con grandes beneficios, honores y prerrogativas!

Y además, no ignoras lo que ha dicho el poeta acerca del viaje:

¡Deja las moradas de tu patria, si aspiras a cosas grandes, e invita a viajar a tu alma!

¡En el umbral de tierras nuevas te esperan los placeres, las riquezas, los buenos modales, la ciencia y las amistades escogidas!

Y si te dicen: "¡Qué de penas y preocupaciones y peligros vas a soportar en tierra lejana, amigo!" contesta: "¡Vale más estar muerto que vivo, si ha de vivirse siempre en el mismo lugar, cual insecto roedor, entre envidiosos y espías!"

"¡Así pues, hermano mío, no podemos hacer nada mejor que cerrar nuestras tiendas y viajar juntos para mejorar de suerte!" Y continuó hablándole con lengua tan elocuente, que el barbero Abu-Sir quedó convencido de la urgencia de la marcha, y se apresuró a hacer sus preparativos, que consistieron en envolver en un retazo viejo de tela remendada su bacía, sus navajas, sus tijeras, su suavizador y algunos otros pequeños utensilios, yendo luego a despedirse de su familia y volviendo a la tienda en busca de Abu-Kir, que le esperaba.

Y le dijo el tintorero: "Ahora sólo nos resta recitar la Fatiha liminar del Korán para dar fe de que somos hermanos y comprometernos juntos a guardar en lo sucesivo en la misma arca nuestras ganancias, repartiéndolas con toda imparcialidad a nuestro regreso a Iskandaria. ¡Como también debemos prometernos que aquel de entre nosotros que encuentre antes trabajo se obligará a mantener al que no pueda ganar nada"

El barbero Abu-Kir no puso ninguna dificultad al reconocer la legitimidad de estas condiciones; y ambos entonces, para afirmar sus mutuos compromisos, recitaron la Fatiha liminar del Korán...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 488ª NOCHE

Ella dijo:

"...y ambos entonces, para afirmar sus mutuos compromisos, recitaron la Fatiha liminar del Korán. Tras de lo cual el honrado Abu-Sir cerró su tienda y entregó la llave al propietario, a quien pagó enseguida; luego tomaron ambos el camino del puerto, y sin ninguna clase de provisiones, embarcaron en un navío que se hacía a la vela. El Destino les favoreció durante el viaje y hubo de ayudarles por mediación de uno de ellos. En efecto, entre los pasajeros y la tripulación, cuyo número total ascendía a ciento cuarenta hombres, sin contar al capitán, no había más barbero que Abu-Sir; y por consiguiente, él solo podía afeitar convenientemente a los que necesitaban afeitarse. Así es que, en cuanto el navío se hizo a la vela, el barbero dijo a su compañero: "Hermano mío, nos hallamos en mitad del mar, y es preciso que encontremos de comer y beber. ¡Voy, pues, a intentar ofrecer mis servicios a los pasajeros y a los marineros, por si me dice alguno: «¡Ven ¡oh barbero! a afeitarme la cabeza!» ¡Y le afeitaré la cabeza mediante un pan o algún dinero o un trago de agua, de lo cual podremos aprovechar tú y yo!"

El tintorero Abu-Kir, contestó: "¡No hay inconveniente!" Y se echó en el puente, colocó la cabeza lo mejor que pudo y se durmió sin más ni más, mientras el barbero se disponía a buscar trabajo.

A este fin, Abu-Sir cogió sus pertrechos y una taza de agua, se echó al hombro un pedazo de lienzo a modo de toalla, pues era pobre, y empezó a circular entre los pasajeros. A la sazón uno de ellos le dijo: "¡Ven, ¡oh maestro! a afeitarme!" Y el barbero le afeitó la cabeza. Y cuando hubo acabado, como el pasajero le ofreciera alguna moneda de cobre, le dijo él: "¡Oh hermano mío! ¿qué voy a hacer aquí con este dinero? ¡Si quisieras darme un pedazo de pan me resultaría más ventajoso y más bendito en este mar, porque traigo conmigo un compañero de viaje y son exiguas nuestras provisiones!" Entonces el pasajero le dio un pedazo de pan y un trozo de queso y le llenó de agua la taza. Y Abu-Sir cogió aquello y fue a ver a Abu-Kir, y le dijo: "¡Toma este pedazo de pan y cómetelo con este trozo de queso y bebe agua de esta taza!"

Y Abu-Kir lo tomó, y comió y bebió. Entonces Abu-Sir el barbero volvió a coger sus pertrechos, se echó al hombro la tela, cogió en la mano la taza vacía, y empezó a recorrer el navío entre las filas de pasajeros, agrupados o echados, y afeitó a uno por dos panecillos, a otro por un pedazo de queso, o un cohombro, o una raja de sandía, o incluso por dinero; y tuvo tanta suerte, que al fin de la jornada había recogido treinta panecillos, treinta medios dracmas, y una porción de queso, y aceitunas, y cohombros, y varias tortas de lechecilla seca de Egipto, que se extrae de los excelentes pescados de Damieta. Y además, supo ganarse tantas simpatías entre los pasajeros, que podía obtener de ellos cuanto les pidiera. Y se hizo tan popular, que su habilidad llegó a oídos del capitán el cual quiso que también le afeitara a él la cabeza. Y Abu-Sir afeitó la cabeza al capitán y no dejó de quejársele de los rigores de la suerte y de la penuria en que se hallaba y de las escasas provisiones que poseía. Y asimismo le dijo que llevaba con él un compañero de viaje. Entonces el capitán, que era un hombre espléndido y que, además, estaba encantado de los buenos modales y de la ligereza de mano del barbero, contestó: "¡Bienvenido seas! Deseo que todas las noches vengas con tu compañero a cenar conmigo. ¡Y no os preocupéis por nada ninguno de los dos mientras viajéis en nuestra compañía!"

El barbero fue entonces a buscar al tintorero, que, como de costumbre, estaba durmiendo, y que cuando una vez despierto vio junto a su cabeza tanta abundancia de panecillos, queso, sandía, aceitunas, cohombros y lechecillas secas, exclamó maravillado: "¿De dónde sacaste todo eso?"

Abu-Sir contestó: "De la munificencia de Alah (¡exaltado sea!").

Entonces el tintorero se arrojó sobre las provisiones, como si fuese a pasarlas todas de una vez a su estómago querido; pero le dijo el barbero: "No comas de esas cosas, hermano mío, que pueden sernos útiles en un momento de necesidad, y escúchame. Has de saber, en efecto, que he afeitado al capitán, y me he quejado ante él de nuestra escasez de provisiones; y me contestó: "¡Bienvenido seas, y ven todas las noches con tu compañero a cenar conmigo!" ¡Y he aquí que precisamente esta noche comeremos por primera vez con él!"

Pero Abu-Kir contestó: "¡Me tienen sin cuidado todos los capitanes! ¡Estoy mareado y no puedo abandonar mi sitio! ¡Déjame aplacar el hambre con estas provisiones y ve a cenar con el capitán tú solo!" Y dijo el barbero:

"¡No hay inconveniente en hacerlo!" Y en espera de la hora de cenar, se quedó mirando comer a su compañero.

Y he aquí que el tintorero se puso a partir y a probar los alimentos como el picapedrero que parte bloques de piedra en las canteras, y a devorarlos con un ruido igual al que haría un elefante que estuviera días y días sin comer y tragara con gruñidos y gargarizaciones; y unos bocados ayudaban a otros bocados, empujándolos a las puertas del gaznate; y cada pedazo entraba antes de que hubiera desaparecido el anterior; y los ojos del tintorero se abrían exageradamente como los ojos de un ghul al desfilar cada trozo y lo cocían con sus resplandores, abrasándolo, y resoplaba y berreaba cual un buey que bramase ante las habas y el heno.

Entretanto, apareció un marinero, que dijo al barbero: "¡Oh maestro de tu oficio! el capitán te dice: "¡Trae a tu compañero y ven a cenar!" Entonces Abu-Sir preguntó a Abu-Kir: "¿Te decides a acompañarme?" El otro contestó: "¡No tengo fuerzas para andar!" Y se fue el barbero solo y vio al capitán sentado en el suelo ante un amplio mantel encima del cual había veinte manjares, o acaso más, de diferentes colores; y no esperaban más que a que llegase para empezar la comida, a la que también estaban invitadas diversas personas de a bordo. Y al verle solo, el capitán le preguntó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 489ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y al verle solo, el capitán le preguntó: "¿Dónde está tu compañero?" El barbero contestó: "¡Oh mi amo, se ha mareado y está aturdido!" El capitán dijo: "Esto no tiene la menor importancia. ¡Ya se le pasará el mareo! ¡Siéntate junto a mí, y en el nombre de Alah!" Y cogió un plato y lo llenó de manjares de todos colores con tan poca paciencia que cada ración podría satisfacer a diez personas. Y cuando el barbero hubo acabado de comer, el capitán le ofreció otro plato, diciéndole: "¡Lleva este plato a tu compañero!" Y Abu-Sir se apresuró a llevar el plato lleno a Abu-Kir, a quien encontró masticando con los colmillos y trabajando con las muelas como un camello, en tanto que seguían desapareciendo rápidamente en sus fauces bocados enormes, uno tras de otro. Y le dijo Abu-Sir: "¿No te dije que no te hartaras con esas provisiones? ¡Mira! He aquí las cosas admirables que te envía el capitán. ¿Qué tienes que decir de estas excelentes agujas de kabad de cordero que vienen de la mesa de nuestro capitán?" Abu-Kir dijo con un gruñido: "¡Dámelo!" Y se precipitó sobre el plato que le ofrecía el barbero, y se puso a devorarlo todo a dos manos con la voracidad del lobo, o la rapacidad del león, o la ferocidad del águila que se abate sobre las palomas, o la furia del hambriento que creyó perecer de hambre y no hace remilgos para rellenarse desaforadamente. Y en algunos instantes dejó limpio el plato y lo lamió para tirarlo luego vacío en absoluto. Entonces el barbero recogió el plato y se lo dio a unos tripulantes para ir después él a beber algo con el capitán, volviendo más tarde para pasar la noche al lado de Abu-Kir, que ya roncaba por todos los agujeros de su cuerpo, produciendo tanto estrépito como el agua al azotar el barco.

Al día siguiente y en los posteriores el barbero Abu-Sir siguió afeitando a los pasajeros y a los marineros, ganando víveres y provisiones, cenando por la noche con el capitán y sirviendo con toda generosidad a su compañero, quien, por su parte, se limitaba a dormir, sin despertarse más que para comer o hacer sus necesidades, y así durante veinte días de navegación, hasta que, por la mañana del vigesimoprimer día, el navío entró en el puerto de una ciudad desconocida.

Entonces Abu-Kir y Abu-Sir bajaron a tierra y fueron a alquilar en un khan una vivienda pequeña, que se apresuró a amueblar el barbero con una estera nueva comprada en el zoco de los estereros, y dos mantas de lana. Tras de lo cual el barbero, no bien atendió a todas las necesidades del tintorero, que continuaba quejándose del mareo, le dejó dormido en el khan, y se fue por la ciudad, cargado con sus pertrechos, para ejercer su profesión por las esquinas, al aire libre, afeitando a mandaderos, a arrieros, a barrenderos, a vendedores ambulantes y hasta a mercaderes de bastante importancia, que fueron a él atraídos por su navaja experta. Y por la noche, volvió para poner los manjares a la vista de su compañero, al cual halló dormido y no consiguió despertarle más que haciéndole oler las emanaciones de las agujas de cordero. Y duró de tal forma aquel estado de cosas cuarenta días enteros, quejándose siempre Abu-Kir de un resto de mareo: y a diario, una vez a mediodía y otra vez al ponerse el sol, iba el barbero al khan para servir y dar de comer al tintorero con la ganancia que le proporcionaba el destino del día y su navaja; y el tintorero se tragaba panecillos, cohombros, cebollas frescas y agujas de kabab sin fatiga ninguna de su cuidado estómago; y en vano el barbero le encomiaba la belleza sin par de aquella ciudad desconocida y le invitaba a que le acompañase a dar un paseo por los zocos o los jardines, pues Abu-Kir contestaba invariablemente: "¡Todavía tengo mareo en la cabeza!" y después de exhalar diversos regüeldos y soltar diversos cuescos de diversas calidades, se sumergía de nuevo en su pesado sueño.

Y el excelente y honrado barbero Abu-Sir no hacía el menor reproche a su desvergonzado compañero ni le importunaba con quejas o disputas.

Pero, al cabo de aquellos cuarenta días el pobre barbero cayó enfermo, y como no podía salir para dedicarse a su trabajo, rogó al portero del khan que cuidase a su compañero Abu-Kir y le comprara todo lo que necesitase. Pero algunos días después empeoró tan gravemente el estado del barbero, que el pobre perdió sus facultades y quedóse inerte y como muerto.

Así es que, como ya no le alimentaban ni le compraban lo necesario, el tintorero acabó por sentir la cruel quemadura del hambre y se vio obligado a levantarse para buscar a derecha y a izquierda algo que echarse a la boca. Pero ya había limpiado toda la vivienda, y no encontró absolutamente nada que comer; entonces registró la ropa de su compañero, que yacía inerte en el suelo, encontró una bolsa con la ganancia del pobre acumulada moneda a moneda durante la travesía y en los cuarenta días de trabajo, se la guardó en el cinturón, y sin preocuparse de su compañero enfermo, como si no existiese, salió, cerrando tras de sí el picaporte de la puerta de su vivienda.

Y como en aquel momento estaba ausente el portero del khan, nadie le vio salir ni le preguntó adónde iba.

Y he aquí que lo primero que hizo Abu-Kir fue correr a casa de un pastelero, donde se compró una bandeja entera de kenafa y otra de hojaldres escarchados; y encima se bebió un cántaro de sorbete de almizcle y otro de ámbar y azufaifas. Tras de lo cual...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 490ª NOCHE

Ella dijo:

...Tras de lo cual se dirigió al zoco de los mercaderes y se compró hermosos vestidos y preseas hermosas, y suntuosamente ataviado empezó a pasearse despacio por las calles, distrayéndose y divirtiéndose con las cosas nuevas que a cada paso descubría en aquella ciudad sin par en el mundo, según creía él.

Pero, entre otras cosas, le llamó la atención particularmente un hecho extraño. Notó, en efecto, que todos los habitantes, sin excepción, iban vestidos iguales, con telas de los mismos colores: no se veían más que azules y blancas y no otras. Hasta en las tiendas de los mercaderes no había más que telas blancas y telas azules, sin que las hubiese de otro color. En los establecimientos de los vendedores de perfumes tampoco había más que blanco y azul; y el kohl mismo era visiblemente azul. Los expendedores de sorbetes no tenían en las garrafas más que sorbetes blancos, sin que los tuviesen rojos, o rosados o violados. Y aquel descubrimiento le asombró en extremo. Pero donde su estupefacción llegó a los últimos límites, fue a la puerta de un tintorero; en las cubas del tintorero sólo vio, efectivamente, tinte azul índigo y ninguno otro más. Entonces, sin poder reprimir su curiosidad y su asombro, Abu-Kir entró en la tienda y sacó del bolsillo un pañuelo blanco, dándoselo al tintorero, y diciéndole: "¿Cuánto me llevarás ¡oh maestro de tu oficio! por teñirme este pañuelo? ¿Y de qué color le dejarás?" El maestro tintorero contestó: "¡Por teñirte ese pañuelo no te llevaré más que veinte dracmas!" Indignado ante demanda tan exorbitante, exclamó Abu-Kir: "¡Cómo! ¿pides veinte dracmas por teñirme este pañuelo, y lo vas a hacer de azul? ¡Pero en mi país no cuesta más que medio dracma!" El maestro tintorero contestó: "¡En ese caso, buen hombre, vuélvete a tu país para teñirlo! ¡Aquí no podemos hacerlo por menos de veinte dracmas, sin rebajar ni una moneda de cobre!"

Entonces repuso Abu-Kir: "¡Bueno! pero no quiero teñirlo de azul. ¡Es rojo como lo quiero!" El otro preguntó: "¿En qué lengua estás hablando? ¿Y qué entiendes por rojo? ¿Acaso hay tinte rojo?"

Abu-Kir dijo estupefacto: "¡Entonces de amarillo!" El otro contestó: "¡No conozco ese tinte!" Y Abu-Kir siguió enumerándole diversos colores de tintes, sin que el maestro tintorero comprendiese lo que le decía.

Y como le preguntase Abu-Kir si los demás tintoreros eran tan ignorantes como él, le contestó: "En esta ciudad hay cuarenta tintoreros que formamos una corporación inasequible para todos los demás habitantes, y nuestro arte se transmite de padres a hijos y solamente al morir uno de nosotros. ¡En cuanto a emplear otro tinte que el azul jamás pensamos en semejante cosa!"

Al oír estas palabras del tintorero, dijo Abu-Kir: "Has de saber ¡oh maestro en tu oficio! que también yo soy tintorero y sé teñir las telas no sólo de azul, sino de una infinidad de colores que ni siquiera sospechas. ¡Tómame, pues, a tu servicio, mediante un salario, y te enseñaré todos los detalles de mi arte, y entonces podrás gloriarte de tu saber ante toda la corporación de tintoreros!" El otro contestó: "¡No podemos aceptar extranjeros en nuestra corporación y en nuestro oficio!" Abu-Kir preguntó: "¿Y si yo abriera por mi cuenta una tintorería?" El otro contestó: "¡Tampoco podrás hacerlo!" Entonces no insistió más Abu-Kir, salió de la tienda y fue en busca de un segundo tintorero, luego de un tercero, y de un cuarto, y de todos los demás tintoreros de la ciudad, y todos le recibieron igual y le dieron las mismas respuestas, sin aceptarle ni como maestro ni como aprendiz. Y fue a exponer su queja al jeique síndico de la corporación, que le contestó: "Nada puedo hacer. Nuestra costumbre y nuestras tradiciones nos prohíben que admitamos entre nosotros un extranjero".

Ante semejante recibimiento de unánime repulsa por parte de todos los tintoreros, Abu-Kir sintió que se le hinchaba de furor el hígado, y fue a palacio y se presentó al rey de la ciudad, y le dijo: ¡Oh rey del tiempo! soy extranjero y ejerzo la profesión de tintorero, sé teñir de cuarenta colores diferentes las telas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 491ª NOCHE

Ella dijo:

"...y sé teñir de cuarenta colores diferentes las telas. Y sin embargo, me ha sucedido tal y cual cosa con los tintoreros de esta ciudad, que no saben teñir más que de azul. No obstante, yo puedo dar a una tela los colores y matices más encantadores; el rojo en sus diversos tonos, como el rosa y el azufaifa; el verde en sus diversos tonos, como verde vegetal, verde alfónsigo, verde aceituna y verde ala de cotorra; el negro en sus diversos tonos, como negro carbón, negro de brea y negro azulado de kohl; el amarillo anaranjado: amarillo limón y amarillo de oro, ¡y otros muchos colores extraordinarios! ¡Ni más ni menos! ¡Y he aquí que, a pesar de todo, los tintoreros de acá no han querido admitirme ni como maestro ni como aprendiz a jornal!"

Al oír estas palabras de Abu-Kir y esta enumeración prodigiosa de colores de que nunca había oído hablar ni supuesto su existencia, el rey se maravilló y se estremeció, y exclamó: "¡Ya Alah, eso es admirable!"

Luego dijo a Abu-Kir: "Si es verdad lo que dices, ¡oh tintorero! y si verdaderamente puedes, merced a tu arte, regocijarnos la vista con tantos colores maravillosos, desecha toda preocupación y tranquilízate. Yo mismo voy a abrirte una tintorería y a darte un fuerte capital en dinero. ¡Y no tienes nada que temer de los de la corporación, pues si alguno de ellos, por desgracia, intentara molestarte, haría que le colgaran a la puerta de su tienda!"

Y al punto llamó a los arquitectos de palacio, y les dijo: "Acompañad a este maestro admirable, recorred con él toda la ciudad, y cuando haya encontrado un lugar de su gusto, sea tienda o khan, o casa jardín, echad de allí inmediatamente a su propietario, y construid a toda prisa en aquel emplazamiento una gran tintorería con cuarenta cubas de grandes dimensiones y otras cuarenta de dimensiones más pequeñas. Y obrad en todo conforme a las indicaciones de este gran maestro tintorero; observad puntualmente sus órdenes ¡y guardaos de desobedecerle en nada, ni siquiera con un gesto!" Luego el rey regaló a Abu-Kir un hermoso ropón de honor y una bolsa con mil dinares, diciéndole: "¡Diviértete con este dinero en tanto está lista la nueva tintorería!" Y le regaló, además, dos mozos jóvenes para su servicio y un maravilloso caballo enjaezado con una hermosa silla de terciopelo azul y una gualdrapa de seda del mismo color. Además, puso a su disposición, para que la habitara, una casa ricamente amueblada bajo su dirección y servida por gran número de esclavos.

¡Así es que Abu-Kir, vestido de brocado a la sazón y montado en un hermoso caballo aparecía brillante y majestuoso como un emir hijo de emir! Y al día siguiente, montado siempre en su caballo y precedido por dos arquitectos y por los dos mozos jóvenes, que hacían separarse a la multitud al pasar él, no dejó de recorrer las calles y los zocos en busca de un lugar donde levantar su tintorería. Y acabó por elegir una inmensa tienda abovedada, que estaba situada en medio del zoco, y dijo: "¡Este sitio es excelente!" Al punto los arquitectos y los mozos echaron al propietario, y comenzaron enseguida a demoler por un lado y a edificar por otro, y tanto celo pusieron en el cumplimiento de su tarea a las órdenes de Abu-Kir, que les decía desde su caballo: "¡Haced aquí tal y cual cosa, y allá tal y cual otra!", que en muy poco tiempo terminaron la construcción de una tintorería que no tenía igual en ningún lugar de la tierra.

Entonces hizo el rey que le llamaran, y le dijo: "Ahora hay que poner en movimiento la tintorería; pero sin dinero nada puede ponerse en movimiento. He aquí, pues, para empezar, cinco mil dinares de oro como primeros fondos". Y Abu-Kir cogió los cinco mil dinares, guardándolos cuidadosamente en su casa, y con algunos dracmas —pues los ingredientes necesarios estaban muy baratos y no tenían salida— compró en casa de un droguero todos los colores que estaban apilados en sacos intactos todavía, y los hizo transportar a su tintorería, donde los preparó y los disolvió diestramente en las cubas grandes y pequeñas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 492ª NOCHE

Ella dijo:

"...y los disolvió diestramente en las cubas grandes y pequeñas. Entretanto, le envió el rey quinientas piezas de telas blancas de seda, de lana y de lino, para que las tiñese con arreglo a su arte. Abu-Kir las tiñó de diferentes maneras, dándoles a unas colores puros de toda mezcla y a otras colores compuestos, de modo que no hubo ni una sola tela que se pareciese a otra; luego, para secarlas, tendió en cuerdas que partían de su tienda e iban de un extremo otro de la calle; y al secarse, se acentuaban maravillosamente los matices de las telas coloreadas y ofrecían al sol un espectáculo espléndido.

Cuando los habitantes de la ciudad vieron cosa tan nueva para ellos, quedaron pasmados; y los mercaderes cerraron sus tiendas para acudir a ver mejor aquello, y las mujeres y los niños prorrumpían en gritos de admiración, y preguntaban a Abu-Kir unos y otros: "¡Oh maestro tintorero! ¿cómo se llama este color?" Y les contestaba él: "¡Ese es rojo granate! ¡éste es verde de aceite! ¡éste es amarillo toronja!" Y les nombraba todos los colores en medio de exclamaciones y de brazos alzados en señal de una admiración sin límites.

Pero de pronto el rey, a quien habían advertido que las telas estaban ya teñidas, se presentó en medio del zoco a caballo, precedido de sus espoliques, que le abrían paso entre la muchedumbre, y seguido por su escolta de honor. Y a la vista de tantos colores cambiantes como ofrecían las telas a impulso de la brisa que las hacía ondular en el aire incandescente, quedó entusiasmado hasta el límite del entusiasmo, y permaneció largo tiempo inmóvil, sin respirar y con los ojos en blanco.

Y hasta los caballos, lejos de espantarse de aquel espectáculo inusitado, se mostraron sensibles a la fascinación de colores tan hermosos, y así como otras veces caracolean al son de flautas y clarinetes, se pusieron a bailar por su parte, embriagados con toda aquella gloria que rasgaba el aire y estallaba al viento.

En cuanto al rey, sin saber cómo honrar al tintorero, hizo apearse del caballo a su gran visir para que Abu-Kir montara en su lugar, manteniéndole a su derecha, y habiendo hecho recoger las telas, emprendió el camino de palacio, donde colmó a Abu-Kir de oro, de presentes y de privilegios. Hizo luego que con las telas coloreadas cortasen trajes para él, para sus mujeres y para los notables del palacio, y que dieran otras mil piezas a Abu-Kir con objeto de que las tiñese tan maravillosamente; de modo que, al cabo de cierto tiempo, todos los emires primero, y después todos los funcionarios, tuvieron trajes de colores. Y afluyeron los pedidos en cantidad tan considerable a casa de Abu-Kir, que fue nombrado tintorero real y que no tardó en ser el hombre más rico de la ciudad; y los demás tintoreros, con el jefe de la corporación a la cabeza, fueron a darle excusas por su conducta anterior y le rogaron que los empleara en su casa en calidad de aprendices sin salario. Pero él no admitió sus excusas y les despidió humillantemente. Y ya no se veían por calles y zocos más que gentes vestidas con telas multicolores y fastuosas que había teñido Abu-Kir, el tintorero del rey.

¡Y esto por lo que a él se refiere!

¡Pero he aquí lo referente a Abu-Sir, el barbero...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 493ª NOCHE

Ella dijo:

¡Pero he aquí lo referente a Abu-Sir, el barbero!

Despojado y robado por el tintorero, que se marchó después de encerrarle en la vivienda, permaneció tendido medio muerto durante tres días, al cabo de los cuales el portero del khan acabó por asombrarse de no ver salir a ninguno de los dos; y se dijo: "¡Acaso se hayan ido sin pagarme el importe del alquiler de la vivienda! ¡Quizás hayan muerto! ¡O quién sabe si tal vez ocurrirá otra cosa!" Y se dirigió a la puerta de la vivienda, y encontró la llave de madera en el picaporte, que estaba cerrado con los dos pestillos; y oyó como un débil gemido dentro. Abrió entonces la puerta y entró, y vio al barbero acostado en la estera, amarillo y cambiadísimo; y le preguntó: "¿Qué tienes, hermano mío, para quejarte de ese modo? ¿Y qué ha sido de tu compañero?"

El pobre barbero contestó con voz muy débil: "¡Sólo lo sabe Alah! Hasta hoy estuve sin abrir los ojos. ¡No sé desde cuándo estoy aquí! Pero tengo sed, y te ruego ¡oh hermano mío! que cojas la bolsa que cuelga de mi cinturón y vayas a comprarme algo para poder sostenerme".

El portero dio vueltas y más vueltas al cinturón; pero como no encontraba allí ningún dinero, comprendió que lo había robado el otro compañero, y dijo al barbero: "¡No te preocupes por nada!, ¡oh pobre! ¡Alah remunerará a cada cual con arreglo a sus obras! ¡Voy a ocuparme de ti y a cuidarte con mis ojos!" Y se apresuró a prepararle una escudilla llena de sopa, y se la llevó. Y le ayudó a tomarla, y le envolvió en una manta de lana, y le hizo sudar. Y se condujo así durante dos meses, sufragando todos los gastos del barbero, de modo que al cabo de este tiempo Alah otorgó la curación ayudado por él. Y Abu-Sir pudo entonces levantarse, y dijo al buen portero: "Si alguna vez me da poder para ello el Altísimo, sabré indemnizarte de cuanto gastaste en mí y agradecerte tus cuidados y bondades. Pero sólo Alah es capaz de remunerarte justamente con arreglo a tus méritos, ¡oh hijo predilecto!"

El viejo portero del khan le contestó: "¡Loor a Alah por tu curación, hermano mío! ¡Yo no obré contigo como obré más que por deseo del rostro de Alah el Generoso! Luego el barbero quiso besarle la mano; pero el otro se negó a ello protestando; y se despidieron invocando cada uno sobre otro todas las bendiciones de Alah.

Salió, pues, del khan el barbero, cargado con sus pertrechos usuales, y empezó a recorrer los zocos. Pero aquel día le esperaba su destino, que hubo de conducirle precisamente ante la tintorería de Abu-Kir, donde vio una enorme muchedumbre contemplando las telas coloreadas que estaban tendidas en cuerdas por delante de la tienda y maravillándose y lanzando tumultuosas exclamaciones. Y preguntó a un espectador: "¿De quién es esa tintorería? ¿Y a qué obedece ese tumulto?" El hombre a quien hubo de preguntar, le contestó: "¡Es la tienda de Abu-Kir, el tintorero del sultán! ¡Él es quien tiñe las telas con esos colores admirables, valiéndose de procedimientos extraordinarios! ¡Es un gran sabio en el arte de la tintorería!"

Al oír estas palabras Abu-Sir se regocijó con toda el alma por la suerte de su compañero, y pensó: "¡Loor a Alah, que le ha abierto las puertas de las riquezas! ¡Te equivocabas ¡ya Abu-Sir! al pensar mal de tu antiguo compañero! ¡Si te abandonó y te olvidó, fue porque estaba muy ocupado en su trabajo! ¡Y si te cogió la bolsa, fue porque no tenía entre las manos nada con qué comprar colores! ¡Pero ahora verás cómo, en cuanto te haya reconocido, te recibe con cordialidad, acordándose de los servicios que le prestaste otras veces y del bien que le hiciste cuando estaba apurado! ¡Cómo se va a alegrar de verte!

Luego el barbero consiguió abrirse paso entre la muchedumbre y llegar a la puerta de la tintorería. Y miró al interior. Y vio a Abu-Kir tendido perezosamente en un diván alto, apoyándose en un montón de almohadones y con el brazo derecho encima de un cojín, y vestido con un traje parecido a los trajes de los reyes, y había delante de él cuatro jóvenes esclavos negros y cuatro jóvenes esclavos blancos ataviados suntuosamente; y de aquella manera, hubo de aparecérsele tan majestuoso como un visir y tan grande como un sultán. Y vio a los obreros, en número de diez, poniendo mano a la obra y ejecutando las órdenes que les daba su amo sólo por señas.

Entonces Abu-Sir avanzó un paso y se detuvo precisamente delante de Abu-Kir, pensando: "¡Esperaré a que pose sobre mí sus ojos para hacerle mi zalema! ¡Quién sabe si me saludará él primero y se arrojará a mi cuello para besarme y condolerse por mi enfermedad y consolarme!"

"...Pero, apenas se encontraron sus ojos y una mirada se cruzó con otra...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 494ª NOCHE

Ella dijo:

"...Pero, apenas se encontraron sus ojos y una mirada se cruzó con otra, dio un salto el tintorero, exclamando: "¡Ah, malvado ladrón, cuántas veces te tengo prohibido que te pares delante de mi tienda! ¿Es que quieres mi ruina y mi deshonra? ¡Hola, vosotros! ¡Detenedle y apoderaos de él!

De modo que los esclavos blancos y los negros se precipitaron sobre el pobre barbero y le derribaron y le pisotearon; y hasta el propio tintorero se levantó, cogió un palo largo, y dijo: "¡Echadle de bruces!" Y le asestó doscientos palos en la espalda. Luego dijo: "¡Oh miserable harapiento! ¡Oh traidor! ¡Como otro día vuelva a verte delante de mi tienda, te mandaré a presencia del rey, que te arrancará la piel y te empalará a la puerta de palacio! ¡Vete! ¡Que Alah te maldiga! ¡oh rostro de pez!" Entonces el pobre barbero muy humillado y dolorido por aquel trato, y con el corazón roto y el alma encogida, se alejó de allí a rastras y emprendió el camino del khan, llorando en silencio y perseguido por la rechifla de la muchedumbre amotinada contra él y por las maldiciones de los admiradores de Abu-Kir el tintorero.

Cuando llegó a su vivienda, se echó encima de la estera cuan largo era y se puso a reflexionar sobre lo que acababa de hacerle sufrir Abu-Kir; y se pasó toda la noche sin poder pegar los ojos de tan desgraciado y dolorido como se sentía. Pero por la mañana, frías ya las señales de los golpes, pudo lavarse y salir con intención de tomar un baño en el hammam para acabar de descansar y lavarse el cuerpo después de tanto tiempo como estuvo sin hacer sus abluciones durante la enfermedad. Preguntó, pues, a un transeúnte: "Hermano mío, ¿cuál es el camino del hammam?" El hombre contestó: "¿El hammam? ¿Qué es eso de hammam?" Abu-Sir dijo: "¡Pues el sitio donde va la gente a lavarse y a quitarse la suciedad y los filamentos que se forman en el cuerpo! ¡Es el lugar más delicioso del mundo!"

El hombre contestó: "¡Échate, entonces, al mar! ¡Allí es donde nos bañamos!" Abu-Sir dijo: "¡Pero si lo que deseo es un baño en el hammam!" El otro contestó: "No sabemos lo que quieres decir con eso de hammam. Nosotros, cuando queremos tomar un baño, nos vamos al mar; y hasta el rey, cuando quiere lavarse, hace como nosotros: se va a tomar un baño de mar".

Cuando Abu-Sir enteróse de que el hammam era desconocido por los habitantes de aquella ciudad y se convenció de que ignoraban la costumbre de los baños calientes y las operaciones del masaje, limpieza de filamentos y depilación, se dirigió al palacio del rey y pidió audiencia, siéndole concedida. Se presentó, pues, al rey, y después de besar la tierra entre sus manos e invocar sobre él las bendiciones, le dijo: "¡Oh, rey del tiempo! soy extranjero y barbero de profesión. Sé también ejercer otros oficios, especialmente el de estufista del hammam y masajista, aunque en mi país cada una de estas profesiones la ejerce un hombre distinto, que en toda su vida no hace otra cosa. Y hoy quise ir al hammam en tu ciudad, ¡pero nadie supo indicarme el camino, y nadie comprendió lo que significaba la palabra hammam! ¡Por cierto que es muy asombroso que una ciudad tan hermosa como la tuya carezca de hammams, cuando nada en el mundo hay tan excelente para embellecer y hacer las delicias de una ciudad! ¡En verdad ¡oh rey del tiempo! que el hammam es un paraíso de la tierra!" Al oír estas palabras, quedóse el rey extremadamente asombrado, y preguntó: "¿Podrás, entonces, explicarme qué es ese hammam de que me hablas? Porque no he oído hablar de él nunca". Entonces dijo Abu-Sir: "¡Has de saber ¡oh rey! que el hammam es un edificio construido de tal y cual manera, y se baña uno en él de tal y cual modo, y se experimentan allí tales y cuáles cosas!"

Y enumeró al detalle las cualidades, las ventajas y los placeres de un hammam bien acondicionado. Luego añadió: "¡Pero me saldrían pelos en la lengua antes de poder darte una idea exacta de lo que es un hammam y de sus goces! ¡Hay que experimentarlo para comprenderlo! ¡Y no será tu ciudad una ciudad verdaderamente perfecta hasta el día en que tenga un hammam!"

Al oír estas palabras de Abu-Sir, el rey se dilató de entusiasmo y se esponjó, y exclamó: "Bienvenido seas a mi ciudad, ¡oh hijo de gentes de bien...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 495ª NOCHE

Ella dijo:

El rey, lleno de entusiasmo, exclamó: "Bienvenido seas a mi ciudad, ¡oh hijo de gentes de bien!" Y con sus propias manos le puso un ropón de honor que no tenía igual, y le dijo: "¡Se te concederá cuanto quieras, y aún más! ¡Pero date prisa a construir un hammam, porque es grande mi impaciencia por verlo y disfrutarlo!"

Y le hizo don de un caballo magnífico, de dos negros, de dos mozos jóvenes, de cuatro adolescentes y de una casa espléndida. Y le trató más generosamente todavía que al tintorero, y puso a su disposición los mejores arquitectos, diciéndoles: "Es preciso que construyáis un hammam en el sitio que él mismo escoja!" Y Abu-Sir se puso al frente de los arquitectos, y recorrió con ellos toda la ciudad y acabó por encontrar un sitio que le pareció conveniente, dando orden de que levantaran el hammam allí. Y conforme a sus indicaciones, los arquitectos levantaron un hammam que no tenía par en el mundo, y lo adornaron con dibujos entrelazados y con mármoles de diversos colores y con un decorado extraordinario que arrebataba la razón. Y todo se hacía según las instrucciones de Abu-Sir. Y cuando se acabó la construcción, Abu-Sir hizo que pusieran en medio una gran piscina de alabastro transparente y otras dos de mármol precioso. Luego fue a buscar al rey, y le dijo: "¡Ya está preparado el hammam, pero me faltan aún los accesorios y utensilios!" Y el rey le dio diez mil dinares, apresurándose el barbero a emplearlos en comprar los diversos utensilios, tales como toallas de lino y de seda, esencias preciosas, perfumes, incienso y lo demás. Y puso cada cosa en su sitio, y no regateó nada para que hubiese profusión de todo. Después pidió al rey diez ayudantes vigorosos para que le auxiliaran en su trabajo; y al instante le dio el rey veinte mozos jóvenes, bien formados y hermosos como lunas, a los cuales se apresuró Abu-Sir a iniciar en el arte del masaje y del lavatorio, dándoles masajes y lavándoles, y haciéndoles que repitieran con él mismo las diferentes experiencias. Y cuando estuvieron duchos en tal arte, fijó él por fin el día de la inauguración del hammam y se lo avisó al rey.

Y aquel día hizo Abu-Sir que calentaran el hammam y el agua de las piscinas, y quemaran incienso y perfumes en los pebeteros, y dejaran correr el agua de las fuentes con un ruido tan admirable, que cualquier música parecería junto a aquel rumor un desconcierto. ¡En cuanto al gran salto de agua de la piscina central, era una maravilla incomparable y que sin duda había de producir un éxtasis en los espíritus! Y reinaba allá dentro en todo una limpieza y una frescura que desafiarían al candor del lirio y los jazmines.

Así es que cuando el rey, acompañado por sus visires y emires, franqueó la puerta principal del hammam, quedó agradablemente impresionado por ojos y nariz y oídos con el decorado encantador de aquel recinto, y los perfumes y la música del agua en los pilones de las fuentes. Y preguntó, muy maravillado: "¿Pero qué es esto?" Abu-Sir contestó: "¡Esto es el hammam! ¡Pero no has visto más que la entrada!" E hizo penetrar al rey en la primera sala y le hizo subir al estrado, donde le desnudó y le envolvió en toallas desde la cabeza hasta los pies, y le calzó altos zuecos de madera, y le introdujo en la segunda sala, donde le hizo sudar copiosamente. Entonces, ayudado por mozos jóvenes, le frotó las extremidades, valiéndose de guantes de crin, y le sacó, en forma de largos filamentos parecidos a gusanos, toda la suciedad interior acumulada en los poros de la piel; y se los mostró al rey, que hubo de asombrarse prodigiosamente. Luego le lavó con mucha agua y mucho jabón, y le hizo bajar después a la bañera de mármol llena de agua perfumada con esencia de rosas, donde le dejó algún tiempo para hacerle salir más tarde y lavarle la cabeza con agua de rosas y esencias preciosas. Luego le tiñó con henné las uñas de manos y pies, dándoles un color de aurora. Y mientras se efectuaban estos preparativos, ardían a su alrededor áloe y nad aromático, penetrándole con su suavidad.

Terminado aquello, el rey se sintió ligero como un pájaro y respiró con todos los abanicos de su corazón; y se le había puesto el cuerpo tan liso y tan firme, que al tocarlo con la mano producía un sonido armónico. ¡Pero cuál no fue su delicia cuando aquellos mozos jóvenes se pusieron a darle masaje en las extremidades con una dulzura y un ritmo tales, que le parecía que habíase convertido en laúd o en guitarra! Y sentía que le animaba un vigor sin igual, hasta el extremo de que estuvo a punto de rugir como un león. Y exclamó: "¡Por Alah, que en mi vida me noté más vigoroso! ¿Y es esto el hammam, ¡oh maestro barbero!?" Abu-Sir contestó: "¡Esto mismo es!, ¡oh rey del tiempo!" El rey dijo: "¡Por mi cabeza, que mi ciudad no fue una ciudad hasta después de la construcción de este hammam!" Y cuando subió al estrado para beber los sorbetes preparados con nieve machacada, luego que le secaron con toallas impregnadas de almizcle, preguntó a Abu-Sir...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente:

Y CUANDO LLEGÓ LA 496ª NOCHE

Ella dijo:

"...luego que le secaron con toallas impregnadas en almizcle, preguntó a Abu-Sir: "¿Y cuánto crees que vale un baño así y a qué precio piensas que te lo paguen?" El barbero contestó: "¡Al precio que quiera el rey!" El rey dijo: "¡Me parece que un baño así no vale menos de mil dinares!" E hizo que contaran mil dinares para Abu-Sir, y le dijo: "¡Y en adelante harás que pague mil dinares cada cliente que venga a tomar un baño en tu hammam!"

Pero contestó Abu-Sir: "Dispensa, ¡oh rey del tiempo! ¡Todos no son iguales! Unos son ricos y otros son pobres. Así, pues, si yo quisiera que cada cliente me diese mil dinares, no haría negocio con el hammam y tendría que cerrarlo, porque el pobre no puede pagar mil dinares por un baño". El rey contestó: "¿Qué piensas hacer entonces?" El barbero contestó: "Dejaré que ponga precio la generosidad del cliente! ¡De tal suerte pagará cada cual con arreglo a sus medios y a la generosidad de su alma! Y el pobre no dará más que lo que pueda dar. ¡En cuanto a ese precio de mil dinares que señalaste, lo consideraré como un regalo del rey!" Y al oír estas palabras los emires y los visires aprobaron la conducta de Abu-Sir, y añadieron: "Verdad dice, ¡oh rey del tiempo! y habla con justicia. Porque tú ¡oh bien amado nuestro! crees que pueden obrar como tú todos".

Dijo el rey: "¡Es posible! De todos modos, como este hombre es un extranjero y un pobre muy pobre, estamos obligados a tratarle con largueza y generosidad, máxime cuando dota a nuestra ciudad con este hammam como no le habíamos visto en nuestra vida, y gracias al cual nuestra ciudad ha adquirido una importancia y un lustre incomparables. ¡Pero desde el momento en que no podéis pagar a mil dinares el baño, según me decíais, os autorizo a que por esta vez no le paguéis cada uno nada más que cien dinares, dándole, además, un esclavo joven, un negro y una joven! ¡Y en lo sucesivo, puesto que así lo quiere él, cada cual le pagaréis lo que os permitan vuestros medios y la generosidad de vuestra alma!"

Contestaron: "¡Sin duda que así lo haremos muy gustosos!" Y cuando tomaron su baño en el hammam aquel día, pagó a Abu-Sir cada uno cien dinares de oro, un esclavo joven blanco, uno negro y una joven. Pero como el número de emires y altos dignatarios que después del rey tomaron su baño ascendía a cuarenta, Abu-Sir recibió cuatro mil dinares, cuarenta jóvenes blancos, cuarenta negros y cuarenta mujeres jóvenes, y por parte del rey diez mil dinares, diez mozos jóvenes blancos, diez jóvenes negros y diez mujeres jóvenes como lunas.

Cuando recibió Abur-Sir todo aquel oro y aquellos regalos, se adelantó hacia el rey, y después de besar la tierra entre sus manos, dijo: "¡Oh rey afortunado! ¡oh rostro de buen augurio! ¡oh soberano de ideas justas y llenas de equidad! ¿en dónde voy a poder alojarme con todo este ejército de mozos blancos, de negros y de jóvenes?" El rey contestó: "Quise que te dieran todo eso para hacerte rico; porque he supuesto que acaso un día pienses en volver a tu patria junto a tu amada familia, deseando verla de nuevo; y entonces podrás abandonarnos con riquezas bastantes para vivir en tu casa con los tuyos al abrigo de la necesidad". El barbero contestó: "¡Oh rey del tiempo, que Alah te conserve próspero! ¡pero todos esos esclavos están bien para los reyes y no para mí, que no necesito nada de eso para comer pan y queso con mi familia! ¿Cómo voy a arreglarme para alimentar y vestir a este ejército de jóvenes blancos, de jóvenes negros y de mujeres jóvenes? ¡Por Alah, que no tardarían en comerse con sus dientes jóvenes toda mi ganancia y a mí mismo después de mi ganancia!"

El rey se echó a reír, y dijo: "¡Por mi vida, que estás en lo cierto! ¡Son ya un ejército poderoso y tú solo no lograrías mantenerles de ninguna manera! ¿Quieres vendérmelos a cien dinares cada uno para desembarazarte de ellos?" Abu-Sir contestó: "¡Te los vendo a ese precio!" Al punto el rey hizo llamar a su tesorero, que pagó íntegramente a Abu-Sir el precio de los ciento veinte esclavos; y a su vez el rey devolvió a su antiguo amo, como regalo, cada uno de aquellos esclavos. Y Abu-Sir dio las gracias al rey por sus bondades, y le dijo: "¡Haga Alah que descanse tu alma como tú hiciste que descansara el alma mía, salvándome de los dientes terribles de todos esos jóvenes ghuls glotones que sólo Alah podría dejar hartos!" Y el rey se echó a reír oyendo estas palabras, y mostróse aun más generoso con Abu-Sir; luego, seguido por los notables de su reino, salió del hammam y regresó a su palacio.

En cuanto a Abu-Sir, se pasó aquella noche en casa embutiendo el oro en sacos y precintando cada saco cuidadosamente. Y tenía para su tren de casa veinte negros, veinte mozos y cuatro esclavas jóvenes...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 497ª NOCHE

Ella dijo:

"...veinte negros, veinte mozos y cuatro esclavas jóvenes.

Al día siguiente, hizo Abu-Sir que proclamaran por toda la ciudad los pregoneros públicos: "¡Oh criaturas de Alah, acudid todos a tomar un baño en el hammam del sultán! ¡No se pagará nada durante tres días!" Y durante tres días se agolpó en el establecimiento una multitud enorme que en vano deseaba tomar un baño en el hammam llamado hammam del Sultán. Pero al llegar la mañana del cuarto día el propio Abu-Sir se instaló detrás de la caja, en la puerta del hammam, y empezó a cobrar la entrada, cuyo precio se dejó a la buena voluntad de los que salían del baño. Y por la tarde había conseguido Abu-Sir llenar la caja con lo que le dieron los clientes, con asentimiento de Alah (¡exaltado sea!). Y de aquella manera comenzó a acumular los montones de oro que le deparaba su destino.

¡Eso fue todo!

Y la reina, que oyó a su esposo el rey hablar con entusiasmo de aquellos baños, determinó tomar uno como prueba. E hizo que previnieran de su intención a Abu-Sir, quien, para complacerla y atraerse también la clientela de las mujeres, consagró en adelante la mañana a los baños de hombres y la tarde a los baños de mujeres. Y por la mañana se ponía él mismo detrás de la caja para cobrar, mientras que por la tarde cedió aquel cuidado a una intendente que nombró para tal cargo. Y cuando la reina entró al hammam y hubo experimentado por sí misma los efectos deliciosos de aquellos baños conforme al método nuevo, quedó tan encantada, que resolvió volver todos los viernes por la tarde y no fue para Abu-Sir menos espléndida que el rey, que había adquirido la costumbre de ir todos los viernes por la mañana, pagando cada vez mil dinares de oro, sin perjuicio de los regalos.

Así es que Abu-Sir iba entrando de lleno en la vía de las riquezas, de los honores y de la gloria. ¡Pero no por eso se mostró menos modesto o menos honrado, sino al contrario! Continuó, como antes, mostrándose afable, sonriente y lleno de buenos modales con sus clientes y generoso con los pobres, de los que nunca quiso aceptar dinero. Y por cierto que aquella generosidad fue su salvación como se verá en el transcurso de esta historia. ¡Pues sépase desde ahora que le había de llegar su salvación por conducto de un capitán marino que un día se encontró falto de dinero y pudo, sin embargo, tomar un baño de lo más excelente sin tener que gastar nada! ¡Y como, además, se le hizo refrescar con sorbetes y Abu-Sir en persona le acompañó hasta la puerta con todas las consideraciones posibles, el capitán se dedicó a pensar entonces de qué medios se valdría para probar su gratitud a Abu-Sir, bien con algún regalo o de otro modo! Y no tardó en hallar una ocasión favorable.

¡Y esto es lo referente al capitán marino!

En cuanto al tintorero Abu-Kir, acabó por oír hacerse lenguas de aquel hammam extraordinario, del cual se hablaba por toda la ciudad con admiración, diciendo: "¡Sin duda es como el paraíso en este mundo!"

Y resolvió ir a experimentar por sí mismo las delicias de aquel paraíso, el nombre de cuyo guardián ignoraba todavía. Se vistió, pues, con sus trajes más hermosos, montó en una mula ricamente enjaezada, se hizo preceder y seguir por esclavos armados de largas pértigas, y se encaminó al hammam. Llegado que fue a la puerta, notó el olor de la madera de áloe y el perfume del nad; y vio a la multitud de personas que entraban y salían, y a los que estaban sentados en los bancos esperando a su vez, dignatarios notables y pobres de los más pobres y humildes entre los humildes. Y entró entonces en el vestíbulo, y divisó a su antiguo compañero Abu-Sir sentado detrás de la caja, rollizo, fresco y sonriente. ¡Y le costó algún trabajo reconocerle, de tanto como se le habían llenado las antiguas cavidades de su cara con una grasa saludable y de tan brillante como tenía el color y mejorado el aspecto! Al ver aquello, aunque estaba muy sorprendido y contrariado, el tintorero fingió gran alegría, y con una temeridad extremada, avanzó hacia Abu-Sir, que ya habíase levantado en honor suyo, y le dijo con un tono de amistoso reproche: "¡Hola, Abu-Sir! ¿Es ésa la conducta de un amigo y el proceder de un hombre que conoce los buenos modales y la galantería? ¡Sabes que soy el tintorero titular del rey y uno de los personajes más ricos e importantes de la ciudad, y no eres para ir nunca a verme y a saber noticias mías! Y ni siquiera se te ha ocurrido preguntarte: "¿Qué habrá sido de mi antiguo camarada Abu-Kir?" "¡Y en vano pregunté por ti en todas partes y envié en tu busca a mis esclavos por todos lados, por khanes y por tiendas, pues ninguno pudo informarme acerca de tu persona ni ponerme sobre tu pista!"

Al oír Abu-Sir estas palabras, bajó con gran tristeza la cabeza, y contestó: "¡Ya Abu-Kir! ¿es que olvidaste el trato que me hiciste sufrir cuando fui a verte y los golpes que me propinaste y el oprobio con que me cubriste delante de gente, llamándome ladrón, traidor y miserable?"

Y Abu-Kir se puso muy serio, y exclamó: "¿Qué dices? ¿Acaso eras tú aquel hombre a quien pegué?"

El barbero repuso: "¡Claro que era yo!" Abu-Kir entonces empezó a jurar con mil juramentos que no le había reconocido, diciendo: "¡Sin duda te confundí con otro, con un ladrón que ya hubo de intentar no sé cuántas veces escamotearme mis telas! ¡Estabas tan delgado y tan amarillo, que me fue imposible reconocerte!"

Luego empezó a lamentarse por su acto y a dar palmadas diciendo: "¡No hay recurso ni poder más que en Alah el Glorioso, el Exaltado! ¿Cómo pude equivocarme de aquella manera? Pero la culpa es principalmente tuya por no haberme revelado tu nombre cuando me reconociste diciéndome: "¡Yo soy tu amigo!" máxime estando yo aquel día completamente distraído y fuera de mis casillas a causa del trabajo que sobre mí pesaba. ¡Por Alah sobre ti, te ruego, pues, ¡oh hermano mío! que me perdones y te olvides de aquello, que estaba escrito en nuestro Destino!" Abu-Sir contestó: "¡Que Alah te perdone, oh compañero mío! porque aquello fue, efectivamente; un designio secreto del Destino, ¡y la reparación está en Alah!" El tintorero dijo: "¡Perdóname del todo!"

El barbero contestó: "¡Libre Alah tu conciencia como te libro yo de la culpa! ¿Qué podemos nosotros contra los designios tomados desde el fondo de la eternidad? ¡Entra, pues, al hammam, quítate la ropa y toma un baño que esté para ti lleno de delicias y de frescura...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 498ª NOCHE

Ella dijo:

"...y toma un baño que esté para ti lleno de delicias y de frescura!" Y le preguntó Abu-Kir: "¿Y de dónde te vino esta felicidad?"

El otro contestó: "¡Quién te abrió las puertas de la prosperidad me las abrió también!" Y le contó su historia desde el día en que por orden de Abu-Kir le apalearon. Pero no tiene la menor utilidad repetirla. Y Abu-Kir le dijo: "Es extremada mi alegría por saber el favor de que gozas con el rey. Voy a obrar de manera que aumente este favor, contando al rey que eres mi amigo de siempre".

Pero el antiguo barbero repuso: "¿De qué vale la intervención de las criaturas en los designios del Destino? ¡Sólo Alah tiene en sus manos los favores y las desgracias! ¡Por lo pronto, lo que debes hacer es desnudarte y entrar en el hammam a disfrutar los beneficios del agua y la limpieza!" Y le condujo por sí mismo a la sala reservada, y con sus propias manos le frotó, le jabonó, le dio masaje y le arregló por completo, sin querer encargar de ello a ninguno de sus ayudantes. Luego le hizo subir al estrado de la sala fría, y él mismo le sirvió sorbetes y reconfortantes, con tantos miramientos, que todos los clientes habituales estaban absortos al ver a Abu-Sir en persona hacer aquel oficio y rendir aquellos honores excepcionales al tintorero, cuando de ordinario sólo el rey gozaba de semejantes distinciones.

Habiendo llegado el momento de marcharse, Abu-Kir quiso ofrecer algún dinero a Abu-Sir, quien se negó a aceptarlo, diciendo: "¿No te da vergüenza ofrecerme dinero, cuando soy tu camarada y no hay ninguna diferencia entre nosotros?"

Abu-Kir dijo: "¡Bueno! pero en compensación, déjame darte un consejo que te será de gran utilidad. Admirable es este hammam; pero aun le falta una cosa para que sea completamente maravilloso". Abu-Sir preguntó: "¿Y cuál es esa cosa?" El otro dijo: "¡La pasta depilatoria! Porque he notado que, después de afeitar la cabeza a tus clientes, para los pelos de las demás partes del cuerpo te sirves de la navaja también o de las pinzas. ¡Pero nada vale lo que una pasta depilatoria cuya receta conozco y voy a dártela de balde!"

Abu-Sir contestó: "Sin duda tienes razón, ¡oh camarada mío! ¡No deseo más que me enseñes la receta de la mejor pasta depilatoria!" Abu-Kir dijo: "¡Hela aquí! Toma arsénico amarillo y cal viva, machaca las dos cosas, añadiéndolas un poco de aceite, echa un poco de almizcle para quitar el olor desagradable, y mete la pasta que se forme en un tarro de barro para utilizarla en el momento oportuno. ¡Y yo te respondo del éxito de la operación, sobre todo cuando vea el rey que se le caen los pelos como por encanto, sin que le golpeen ni le froten, y que debajo aparece su piel completamente blanca!" Y tras de dar esta receta a su antiguo compañero, Abu-Kir salió del hammam y a toda prisa se dirigió a palacio.

Cuando llegó ante el rey y le hubo presentado sus respetos entre las manos del monarca, le dijo: "Vengo para aconsejarte, ¡oh rey del tiempo!"

El rey dijo: "¿Y qué consejo vas a darme?" Abu-Kir contestó: "¡Loores a Alah, que hasta hoy te ha librado de las manos de ese perverso, de ese enemigo del trono y de la religión, de ese Abu-Sir, dueño del hammam!"

El rey preguntó, muy asombrado: "¿De qué se trata?" Abu-Kir dijo: "¡Has de saber ¡oh rey del tiempo! que si por desgracia vuelves a entrar en el hammam, estarás perdido sin remedio!"

El rey dijo: "¿Y por qué?" Con los ojos llenos de terror fingido y con un ademán de espanto, silbó Abu-Kir: "¡Por el veneno! Ha preparado para ti una pasta compuesta de arsénico amarillo y de cal viva, que sólo con aplicarla al pelo de la piel lo quema como fuego. Y te brindará su pasta, diciéndote: "¡Nada mejor que esta pasta para hacer desaparecer los pelos del trasero con comodidad y sin golpearte en el trasero!" ¡Y aplicará la pasta en el trasero de nuestro rey y le liará morir envenenado por esa parte, que es la parte más dolorosa de todas! ¡Porque ese dueño del hammam no es otro que un espía pagado por el rey de los cristianos para arrancar así el alma de nuestro rey! ¡Y me apresuré a venir a avisarte, porque por encima de mí están los beneficios que te debo!"

Al oír estas palabras del tintorero Abu-Kir, el rey sintió que le invadía un terror intenso, de modo que se estremeció y se le encogió el trasero, como si ya hubiese surtido sus efectos el veneno ardiente. Y dijo al tintorero: "Voy ya al hammam con mi gran visir para confirmar tu aserto. ¡Pero hasta entonces guarda el secreto de la cosa cuidadosamente!" Y llamó a su gran visir y se fue con él al hammam.

Ya allí, como de costumbre, Abu-Sir introdujo al rey en la sala reservada y quiso friccionarle y lavarle; pero le dijo el rey: "¡Empieza por mi gran visir!" Y se encaró con el gran visir, y le dijo: "¡Échate!" Y el gran visir, que estaba muy rollizo y era peludo como una cabra, vieja contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y se echó en el mármol y se dejó frotar, jabonar y lavar bien. Tras de lo cual dijo Abu-Sir al rey: "¡Ah rey del tiempo! ¡he encontrado una droga poseedora de tales virtudes depilatorias, que no hay navaja que la iguale para hacer desaparecer los pelos de abajo!"

El rey dijo: "¡Ensaya esa droga en los pelos de abajo de mi gran visir...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 499ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Ensaya esa droga en los pelos de abajo de mi gran visir!" Y Abu-Sir cogió el tarro de barro, sacó de él un pedazo como una almendra de la pasta consabida, y lo extendió, sólo por vía de ensayo, sobre el bajo vientre del gran visir. Y fue tan prodigioso el efecto depilatorio de la droga, que ya no dudó el rey de que se trataba de un veneno terrible. Y temblando de ira ante aquel espectáculo, se encaró con los mozos del hammam, y les gritó: "¡Detened a ese miserable!" y les señaló con el dedo a Abu-Sir, a quien la sorpresa dejó mudo y como atontado. Luego el rey y el visir se vistieron a toda prisa, haciendo entrega de Abu-Sir a los guardias de afuera y regresaron al palacio.

Allí el rey hizo llamar al capitán del puerto y de los navíos, y le dijo: "Vas a apoderarte del traidor que se llama Abu-Sir, y cogiendo un saco de cal viva, en la cual le meterás, lo arrojarás al mar bajo las ventanas de mi palacio. ¡Y de tal manera ese miserable morirá de dos muertes a la vez, ahogado y abrasado!"

El capitán contestó: "¡Escucho y obedezco!"

Y he aquí que el capitán del puerto y de los navíos era precisamente el capitán marino que desde tiempo atrás estaba en deuda con Abu-Sir. Se apresuró, pues, a ir en busca de Abu-Sir al calabozo, y le sacó de allí para embarcarle en una nave y conducirle a una isla situada no lejos de la ciudad y donde pudo al fin hablarle libremente. Le dijo: "¡Oh amigo mío! no olvido las consideraciones que me guardaste, y quiero devolverte bien por bien. ¡Cuéntame, pues, qué te ha ocurrido con el rey y el crimen que cometiste para perder sus favores y merecer la muerte cruel a que te ha condenado!" Abu-Sir contestó: "¡Por Alah, ¡oh hermano mío! te juro que soy inocente de toda culpa y que jamás hice nada para merecer semejante castigo!" El capitán dijo: "¡Entonces, seguramente debes tener enemigos que te han calumniado ante el rey! ¡Porque todo hombre que vive dichoso y a quien favorece el Destino, tiene siempre alguien que le envidia! ¡Pero nada temas! Aquí, en esta isla, estás seguro. Bienvenido seas pues, y tranquilízate.

Pasarás el tiempo pescando hasta que yo logre embarcarte para tu país. ¡Ahora voy a hacer ante el rey el simulacro de tu muerte!" Y Abu-Sir besó la mano del capitán marino, que le dejó para ir al punto a coger un saco lleno de cal viva y a ponerse debajo de las ventanas del palacio del rey que daban al mar.

Precisamente estaba el rey en una ventana, esperando la ejecución de su orden; y llegado que fue debajo de las ventanas, el capitán alzó la vista para que el rey diera la señal de la ejecución. Y el rey sacó el brazo por la ventana y con el dedo le hizo seña de que arrojara el saco al mar. Y se ejecutó aquello inmediatamente. Pero en el mismo momento el rey, que había hecho con la mano un ademán brusco, dejó caer al agua un anillo de oro que para él era tan preciado como su alma.

Porque aquel anillo que había caído al mar era un anillo talismánico encantado del que dependían la autoridad y el poderío del rey y que servía de freno para mantener respetuosos al pueblo y al ejército; pues cuando el rey quería dar orden de que se ejecutara a un culpable, no tenía más que levantar la mano en uno de cuyos dedos se encontraba el anillo, y al punto brotaba de él un relámpago súbito que derribaba por tierra al culpable muerto de repente, separándole la cabeza de los hombros.

Así es que cuando el rey vio caer su anillo al mar, no quiso hablar de ello a nadie y guardó el secreto más profundo acerca de su pérdida, sin lo cual le hubiera resultado imposible mantener más tiempo en el temor y la obediencia a sus súbditos. ¡Y esto es lo referente al rey!

En cuanto a Abu-Sir, una vez que se quedó solo en la isla, cogió una red de pesca que le había dado el capitán marino, y para distraerse de sus torturadores pensamientos y proporcionarse el sustento, se puso a pescar en el mar. Y después de arrojar su red y esperar un momento, la retiró y la encontró llena de peces de todos colores y de todos tamaños. Y se dijo: "¡Por Alah, mucho tiempo hacía que no comía yo pescado! ¡Voy a coger uno y a darlo para que me lo frían a los dos pinches de que me ha hablado el capitán!".

En efecto, el capitán del puerto y de los navíos estaba también encargado de suministrar todos los días pescado fresco para la cocina del rey; y como aquel día no pudo atender por sí mismo a su pesca, se lo había encargado a Abu-Sir, y le había hablado de dos pinches que irían allá para que les entregase lo que pescara con destino al rey. Y la primera redada favoreció a Abu-Sir con aquella pesca numerosa. Empezó, pues, antes de entregar su pesca a los dos mozos que estaban para llegar, por escoger para sí mismo el pez más gordo y más hermoso; y sacó de su cinturón el cuchillo grande que guardaba allí, y atravesó con él de parte a parte las branquias del pez que coleaba. ¡Pero no se sorprendió poco al ver salir, ensartado por la punta del cuchillo, un anillo de oro que el pez había devorado sin duda!

Al ver aquello, aunque ignoraba las virtudes temibles de tal anillo talismánico, que era precisamente el que se le salió del dedo al rey cayendo al mar...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 500ª NOCHE

Ella dijo:

"...Al ver aquello, aunque ignoraba las virtudes temibles de tal anillo talismánico, que era precisamente el que se le salió del dedo al rey cayendo al mar, y sin que diese gran importancia a la cosa, Abu-Sir cogió el anillo que le correspondía por derecho propio y se lo puso en un dedo.

En aquel momento llegaron los dos mozos abastecedores de la cocina del rey, y le dijeron: "¡Oh pescador! ¿Puedes decirnos que le ha pasado al capitán del puerto que a diario nos entrega el pescado destinado al rey? ¡Hace ya mucho tiempo que le esperamos! ¿Por qué lado se ha ido?" Abu-Sir contestó, extendiendo la mano hacia ellos: "¡Se fue por aquel lado!" Pero en el mismo momento saltaron de sus hombros las cabezas de los dos mozos y rodaron por el suelo con sus propietarios.

Era el relámpago lanzado por el anillo que llevaba Abu-Sir quien acababa de matar a los dos mozos abastecedores.

Al ver caer privados de vida a ambos mozos, se preguntó Abu-Sir: "¿Quién pudo hacer saltar así sus cabezas?" Y miró a su alrededor por todos lados, al aire y a sus pies; y ya empezaba a temblar de terror, pensando en el poder oculto de los genios malhechores, cuando vio llegar al capitán marino. Y éste, aunque todavía estaba lejos, divisó al propio tiempo los dos cuerpos inertes en el suelo con las cabezas respectivas junto a ellos, y también el anillo ostentado por Abu-Sir, que brillaba al sol. Y al primer golpe de vista comprendió lo que acababa de pasar. Así es que se apresuró a gritarle para ponerse en salvo: "¡Oh hermano mío! ¡No muevas la mano en que llevas el anillo de oro, o soy, muerto! ¡Por favor no la muevas!"

Al oír estas palabras, que acabaron de sorprenderle y de dejarle perplejo, Abu-Sir se inmovilizó completamente, a pesar de las ganas que tenía de correr al encuentro del capitán marino, el cual, llegado que fue junto a él, se arrojó a su cuello, y dijo: "Cada hombre lleva colgado al cuello su destino. ¡El tuyo supera con mucho al del rey! ¡Pero cuéntame cómo ha llegado a ti este anillo, y yo te contaré después las virtudes que tiene!" Y Abu-Sir contó al capitán marino toda la historia, la cual sería inútil repetir. Y el capitán, maravillado, le relató a su vez las virtudes temibles del anillo, y añadió: "Ahora está en salvo tu vida y en peligro la del rey. ¡Puedes acompañarme sin temor a la ciudad y hacer caer a una seña del dedo en que llevas el anillo las cabezas de tus enemigos y hacer saltar de entre sus hombros la del rey!" Y embarcó a Abu-Sir consigo en una nave y llevándole a la ciudad, le condujo al palacio, presentándole al rey.

En aquel momento el rey tenía sesión en su diwán y estaba rodeado por la muchedumbre de sus visires, emires y consejeros; y aunque se hallaba repleto de preocupaciones y de rabia hasta lo último a causa de la pérdida de su anillo, no se atrevía a divulgar la cosa ni a mandar que se hicieran en el mar pesquisas para encontrarlo, por miedo a que se regocijaran con su calamidad los enemigos del trono. Pero cuando vio entrar a Abu-Sir, ya no abrigó ninguna duda acerca de su proyectada pérdida, y exclamó: "¡Ah miserable! ¿cómo pudiste salir del fondo del mar y escapar a la muerte por ahogo y por combustión?" Abu-Sir contestó: "¡Oh rey del tiempo, Alah es el más grande!"

Y contó al rey cómo le había salvado el capitán marino, que le estaba agradecido por un baño gratuito, cómo encontró el anillo y cómo, sin saber el poder de tal anillo, había causado la muerte de los dos mozos abastecedores. Luego añadió: "¡Y ahora ¡oh rey! vengo a devolverte este anillo en prueba de gratitud por los beneficios que te debo y para demostrarte que, si tuviese alma de criminal, ya me hubiera servido de este anillo para exterminar a mis enemigos y matar a su rey! ¡Y te suplico que, para corresponderme, examines con más atención ese crimen que se me imputa y por el cual, aunque estoy ignorante de él, me condenaste, y que me hagas perecer con torturas si resulto verdaderamente criminal!"

Diciendo estas palabras, Abu-Sir se sacó del dedo el anillo y se lo entregó al rey, que apresuróse a ponérselo, respirando aliviado y contento, y sintiendo que le volvía al cuerpo el alma. Se irguió sobre sus pies entonces y echó los brazos al cuello de Abu-Sir, diciéndole: "¡Oh hombre! ¡ciertamente eres la flor de las personas bien nacidas! ¡Te ruego que no me guardes rencor y me perdones el mal que te hice y el perjuicio que te causé! ¡En verdad que jamás me hubiese devuelto este anillo otro que no fueras tú!"

El barbero contestó: "¡Oh rey del tiempo! ¡si verdaderamente anhelas que descargue tu conciencia, no tienes más que decirme por fin qué crimen se me imputaba, y quién me atrajo tu cólera y tu odio!" El rey dijo: "¡Ualah! ¿para qué? Estoy seguro ahora de que se te acusó injustamente. Pero puesto que deseas saber el crimen que se te atribuía, escucha: ¡El tintorero Abu-Kir me ha dicho tal y cual cosa!" Y le contó todo aquello de que hubo de acusarle el tintorero con motivo de la pasta depilatoria experimentada en los pelos de abajo del gran visir...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 501ª NOCHE

Ella dijo:

"...la pasta depilatoria experimentada en los pelos de abajo del gran visir. Y contestó Abu-Sir, con lágrimas en los ojos: "¡Ualah, oh rey del tiempo! ni conozco al rey de los nazarenos ni en mi vida hollé el suelo del país de los nazarenos. ¡He aquí la verdad!" Y contó al rey cómo el tintorero y él se habían comprometido con un juramento, después de la lectura de la Fatiha del Libro, a ayudarse mutuamente; cómo partieron juntos, y todas las jugarretas y todas las malas pasadas de que le hizo víctima el tintorero, incluso la paliza que le obligó a sufrir y la receta de la pasta depilatoria que él mismo le había dado. Y añadió: "Sin embargo, ¡oh rey! aplicada a la piel esa pasta depilatoria es una cosa infinitamente excelente; y no es venenosa más que al comerla. ¡En mi tierra, hombres y mujeres se sirven sólo de eso, en lugar de la navaja, para hacer desaparecer cómodamente los pelos de abajo! ¡En cuanto a las malas pasadas que me jugó y al trato que me hizo sufrir, no tendrá el rey más que llamar al portero del khan y a los aprendices de la tintorería para comprobar la verdad de mis asertos anteriores!"

Y por complacer a Abu-Sir, pues por su parte él estaba seguro de todo, hizo llamar al portero del khan y a los aprendices; y después del interrogatorio, todos confirmaron las palabras del barbero, agravando más con sus revelaciones la conducta deshonrosa del tintorero.

Tras de lo cual, gritó el rey a los guardias: "¡Que me traigan al tintorero sin nada a la cabeza, descalzo y con las manos atadas a la espalda!" Y al punto corrieron los guardias a invadir el almacén del tintorero, que a la sazón estaba ausente. Le buscaron, pues, en su casa, donde hubieron de encontrarle sentado saboreando el goce de los placeres tranquilos y soñando sin duda alguna con la muerte de Abu-Sir. Y he aquí que se precipitaron sobre él, quién dándole puñetazos en la nuca, quién puntapiés en el trasero, quién cabezazos en el vientre, y le pisotearon y le quitaron la ropa, excepto la camisa, y descalzo, sin nada a la cabeza y con las manos atadas a la espalda, le arrastraron hasta el trono del rey.

Abu-Kir vio a Abu-Sir sentado a la diestra del rey, y al portero del khan de pie en la sala, con los aprendices de la tintorería a ambos lados. ¡En verdad que lo vio todo! Y el terror le obligó a cagarse y hacer lo que hizo en medio de la sala del trono, porque comprendió que estaba perdido sin remedio. Pero ya el rey le decía, mirándole atravesado: "¡No puedes negar que está ahí tu antiguo compañero, el pobre a quien robaste, maltrataste, abandonaste, pegaste, echaste, injuriaste, acusaste e hiciste morir, en suma!" Y el portero del khan y los aprendices de la tintorería levantaron las manos, y exclamaron: "¡Sí, por Alah! no puedes negar nada de eso ¡Nosotros somos testigos ante Alah y ante el rey!"

El rey dijo: "¡Lo niegues o lo declares, no dejarás de sufrir el castigo escrito por el Destino!" Y gritó a sus guardias: "¡Lleváosle, arrastradle de los pies por toda la ciudad, encerradle luego en un saco lleno de cal viva y tiradle al mar, a fin de que muera de muerte doble, por combustión y por asfixia!" Entonces exclamó el barbero: "¡Oh rey del tiempo! te suplico que aceptes mi intercesión en favor suyo, porque yo le perdono cuanto me hizo!" Pero le dijo el rey: "¡Si tú le perdonas sus crímenes contra ti, yo no le perdono sus crímenes contra mí!" Y una vez más gritó a sus guardias: "¡Lleváosle y ejecutad mis órdenes!"

Entonces los guardias se apoderaron del tintorero Abu-Kir, le arrastraron de los pies por toda la ciudad, pregonando sus fechorías, y acabaron por encerrarle en un saco lleno de cal viva y le tiraron al mar. ¡Y murió ahogado y abrasado!

En cuanto a Abu-Sir, le dijo el rey: "¡Oh Abu-Sir, ahora quiero que me pidas cuanto anheles, y al instante te será concedido!" Abu-Sir contestó: "¡Solamente pido al rey que me envíe a mi patria, porque en adelante me será penoso vivir alejado de los míos, y no tengo ganas de quedarme aquí!"

Aunque muy contrariado por su marcha, pues deseaba nombrarle gran visir en lugar del rollizo y peludo que llenaba este cargo, el rey le hizo preparar un gran navío que llenó de esclavos de ambos sexos y de ricos presentes, y le dijo al despedirse de él: "¿No quieres, entonces, ser mi gran visir?" Y Abu-Sir contestó: "¡Quisiera volver a mi país!" Entonces no insistió más el rey, y se alejó el navío con Abu-Sir y sus esclavos en dirección a Iskandaria.

Y he aquí que Alah les asignó un viaje feliz, y tocaron en Iskandaria con buena salud. Pero, apenas habían desembarcado, uno de los esclavos vio en la playa un saco que el mar arrojó a tierra. ¡Lo abrió Abu-Sir y descubrió dentro el cadáver de Abu-Kir que habían arrastrado hasta allí las corrientes! Y Abu-Sir le hizo inhumar cerca de allí, a la orilla del mar, y le erigió un monumento funerario que convirtióse en un lugar de peregrinación, para cuya conservación dedicó Abu-Sir bienes inalienables; e hizo grabar en la puerta del edificio esta inscripción mural:

¡Abstente del mal! ¡Y no te embriagues con el sorbo amargo de la maldad! ¡El malo acaba siempre por caer vencido!

¡Ve el Océano flotar en su superficie cosas del desierto, en tanto que las perlas reposan tranquilas en las arenas submarinas!

En las regiones serenas, está escrito sobre las páginas transparentes del aire: "¡Quien siembre el bien, recogerá el bien! ¡porque toda cosa vuelve a su origen!"

Y tal fue el fin de Abu-Kir el tintorero y la entrada de Abu-Sir en la vida dichosa y sin preocupaciones en lo sucesivo. ¡Y por eso a la bahía en que se enterró al tintorero se le llamó bahía de Abu-Kir! ¡Gloria al que vive en Su Eternidad y por Su Voluntad hace correr los días en invierno y verano!

Luego dijo Schehrazada: "Y he aquí ¡oh rey afortunado! todo cuanto llegué a saber de esta historia". Y exclamó Schahriar: "¡Por Alah, que es edificante la tal historia! ¡Por eso tengo ahora deseos de que me cuentes una o dos o tres anécdotas morales!" Y dijo Schehrazada: "¡Son las que mejor conozco!"

En aquel momento, vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

ANÉCDOTAS MORALES DEL JARDÍN PERFUMADO

Ella dijo:

"Las anécdotas morales ¡oh rey afortunado! son las que mejor conozco. Voy a contarte una o dos o tres entresacadas del Jardín perfumado". Y el rey Schahriar dijo: "¡Pues date prisa a empezar, porque siento que esta noche me invade el alma un gran fastidio! ¡Y no estoy seguro de conservarte hasta mañana la cabeza sobre los hombros!"

Y Schehrazada dijo, sonriendo: "¡Helas aquí! Pero te prevengo ¡oh rey afortunado! que estas anécdotas, aunque son de lo más morales, pueden pasar por anécdotas libertinas a los ojos de la gente grosera y de criterio estrecho". Y dijo el rey Schahriar: "¡No te detenga ese temor, Schehrazada! Sin embargo, si crees que esas anécdotas morales no pueden ser oídas por esta pequeñuela que te escucha acurrucada a tus pies en la alfombra, dile que ya, se vaya. ¡Por cierto que aún no sé qué hace aquí esta pequeñuela!"

Al oír del rey semejantes palabras, la pequeña Doniazada, temiendo que la echasen, se arrojó en los brazos de su hermana mayor, que la besó en los ojos, la oprimió contra su pecho y la tranquilizó el alma querida. Luego encaróse con el rey Schahriar y dijo: "¡A pesar de todo, creo que puede quedarse, porque no es reprensible hablar de las cosas situadas debajo de la cintura, ya que todas las cosas son limpias y puras para las almas limpias y puras!"

Y dijo al punto:

LOS TRES DESEOS

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que cierto hombre de buenas intenciones se pasó toda su vida en espera de la noche milagrosa que promete el Libro a los creyentes dotados de fe ardiente, esa noche llamada Noche de las Posibilidades de la Omnipotencia, en que el hombre piadoso ve realizarse sus menores deseos. Y he aquí que una noche de las últimas noches del mes de Ramadán, aquel hombre, después de haber ayunado estrictamente todo el día, sintióse tocado por las gracias divinas, y llamó a su esposa y le dijo: "¡Escúchame, mujer! Esta noche me noto en estado de pureza ante el Eterno, y seguramente va a ser para mí la Noche de las Posibilidades de la Omnipotencia.

Como sin duda van a ser atendidos por el Retribuidor todos mis ruegos y deseos, te llamo para consultarte de antemano acerca de las peticiones que debo hacer, porque estimo bueno tu consejo, y con frecuencia fueron provechosas para mí tus opiniones. ¡Inspírame, pues, sobre los deseos que he de formular!" La esposa contestó: "¡Oh hombre! ¿a cuántos deseos tienes derecho?" Él dijo: "¡A tres!" Ella dijo: "¡Ya puedes, entonces, exponer a Alah el primero de los tres deseos! Bien sabes que la perfección del hombre y sus delicias residen en su virilidad y que el hombre no puede ser perfecto siendo casto, eunuco o impotente. Por consiguiente, cuanto más considerable sea el zib del hombre mayor será su virilidad y tendrá más probabilidades de encaminarse por la vía de la perfección. Prosternate, pues, humildemente ante la faz del Altísimo, y di: "¡Oh Bienhechor! ¡oh Generoso! ¡haz que engorde mi zib hasta la magnificencia!"

Apenas hubo formulado tal deseo, se sintió atendido con exceso en aquella hora y aquel instante. Porque al punto vio el santo hombre que se le inflaba el zib y se le ponía magnífico, hasta el extremo que se le hubiera tomado por un calabacino descansando entre dos calabazas gordas. Y era tan considerable el peso de todo aquello, que obligaba a su propietario a sentarse cuando se le levantaba y a levantarse cuando se acostaba.

Así es que la esposa se aterró tanto al ver aquello, que hubo de emprender la fuga cuantas veces la llamó para hacer pruebas el santo hombre. Y exclamaba: "¿Como quieres que me preste a ninguna prueba con esa herramienta cuyo solo impulso es capaz de perforar rocas de parte a parte?"

Y el pobre hombre acabó por decirle: "¡Oh muy execrable! ¿qué debo hacer con esto ahora? Tú tienes la culpa ¡oh maldita!" Ella contestó: "¡El nombre de Alah sobre mí y alrededor de mí! Reza por el Profeta, ¡oh anciano de ojos vacíos! ¡Pues por Alah!, que no tengo necesidad de todo eso, ni tampoco te dije que pidieras tanto! ¡Ruega, pues, al cielo que te lo disminuya! ¡Ese ha de ser tu segundo deseo!"

El santo hombre alzó entonces los ojos al cielo, y dijo: "¡Oh Alah! te suplico que me libres de esta embarazosa mercancía y me evites la molestia que me proporciona!" Y al punto se quedó liso el vientre de aquel hombre, sin más señal de zib y de compañones que si fuera un joven impúber.

Pero no le satisfizo aquella desaparición completa, ni tampoco a su esposa, que empezó a dirigirle invectivas y a reprocharle que la hubiera privado para siempre de lo que la correspondía. Así es que llegó al extremo la pena del santo hombre, y dijo a su esposa: "¡Tú tienes la culpa de todo esto, obra de tus consejos insensatos! ¡Oh mujer falta de juicio! Yo tenía derecho a formular tres deseos ante Alah, y podía escoger a mi sabor lo que mejor me pareciera de los bienes de este mundo y del otro. Y he aquí que ya me fueron concedidos dos de mis deseos y estamos como si no hubiera pasado nada. ¡Y me encuentro peor que antes! ¡Pero como todavía tengo derecho a formular mi tercer deseo, voy a pedir a mi Señor que me reintegre lo que yo poseía en un principio!"

Y se lo rogó a su Señor, que atendió su deseo. ¡Y se quedó él con lo que antes poseía!

La moraleja de esta anécdota es que hay que contentarse con lo que se tiene.

Luego dijo Schehrazada:

EL MOZALBETE Y EL MASAJISTA DEL HAMMAM

Cuentan ¡oh rey afortunado! que cierto masajista del hammam tenía de ordinario entre su clientela a los hijos de los notables y de los ciudadanos más ricos, porque el hammam donde ejercía su oficio era el mejor acreditado de toda la ciudad. Y he aquí que un día entró en la sala en que esperaba él a los bañistas un mozalbete todavía virgen de pelos, pero muy rollizo y abundante en redondeces por todas partes a la vez; y aquel mozuelo era muy hermoso de rostro; y era el propio hijo del gran visir de la ciudad. Así es que el masajista alegróse de poder dar masaje al dulce cuerpo de aquel joven delicado, y se dijo para su ánima: "¡He aquí un cuerpo en que la grasa puso por doquier cojines sedosos! ¡Qué abundancia de formas, y qué rollizo está!" Y le ayudó a echarse en el mármol tibio de la sala caliente y empezó a friccionarle con un cuidado especial. Y cuando llegó cerca de los muslos, se quedó en el límite de la estupefacción al notar que el zib del mozo aquel, tan metido en carnes apenas alcanzaba el volumen de una avellana...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 503ª NOCHE

Ella dijo:

"...se quedó en el límite de la estupefacción al notar que el zib del mozo aquél, tan metido en carnes apenas alcanzaba el volumen de una avellana. Y al ver aquello, se puso a lamentarse con toda su alma y a golpearse las manos una contra otra, dejando bruscamente de darle masaje.

Cuando el joven vio al masajista presa de semejante pena y con el rostro demudado por la desesperación, le dijo: "¿Qué te sucede, ¡oh masajista! para lamentarte así con toda tu alma y golpearte las manos una contra otra?" El masajista contestó: "¡Ay mi señor! ¡mi desesperación y mis lamentaciones son por ti! ¡Porque veo que te aflige la mayor desgracia que le puede ocurrir a un hombre! Eres joven, rollizo y hermoso, y posees cuantas perfecciones de cuerpo y de rostro y cuantos beneficios dispensa el Retribuidor a sus elegidos. ¡Pero precisamente careces del instrumento de delicias, sin el cual no se es hombre ni se está dotado de la virilidad que da y recibe! ¿Sería vida la vida sin el zib y todas sus consecuencias? "Al oír estas palabras, el hijo del visir bajó la cabeza tristemente, y contestó: "¡Tienes razón, tío mío! ¡Y precisamente acabas de hacerme pensar en lo que constituye mi único tormento! Si tan pequeña es la herencia de mi venerado padre, yo sólo tengo la culpa, por no haberme cuidado de hacerla prosperar hasta hoy. ¿Cómo quieres, en efecto, que el cabrito llegue a ser potente manteniéndose lejos de las cabras incendiarias o que el árbol se desarrolle sin que se le riegue? ¡Hasta hoy me mantuve lejos de las mujeres, y todavía no vino ningún deseo a despertar a mi niño en su cuna! ¡Pero ya creo que es hora de que se despierten los dormidos y de que el pastor se apoye en su báculo!"

Al oír este discurso del hijo del visir, dijo el masajista del hammam: "Pero, ¿cómo hará el pastor para apoyarse en su báculo, no siendo éste mayor que una falange del dedo meñique?" El mozalbete contestó: "Para eso, mi buen tío, cuento con tu generosa voluntad. Vas a ir al estrado en que dejé mi ropa, y cogerás la bolsa que hay en mi cinturón; y con el oro que contiene irás a buscar para mí una joven capaz de iniciar el desarrollo que deseamos. ¡Y con ella haré mi primer ensayo!" El masajista fue al estrado, cogió la bolsa y salió del hammam en busca de la joven consabida.

En el camino se dijo: "¡Ese pobre mozo se imagina que un zib es una pasta de caramelo blando que se desarrolla más cuanto más se la toca! ¿Es posible creer que el cohombro se hace cohombro de la noche a la mañana o que el plátano madura antes de llegar a ser plátano?" Y riéndose de la aventura, fue al encuentro de su esposa; y le dijo: "¡Oh madre de Alí! has de saber que acabo de dar masaje en el hammam a un joven hermoso como la luna llena. Es hijo del gran visir y reúne todas las perfecciones, ¡pero el pobre no tiene un zib como el de los demás hombres! Lo que posee apenas tiene el tamaño de una avellana. Y como yo me lamentaba por su juventud, me ha dado esta bolsa llena de oro a, fin de que procure una joven capaz de desarrollarle en un instante la pobre herencia que obtuvo de su venerable padre; ¡porque el infeliz se imagina que así va a erigirse su zib en un instante desde el primer ensayo! Yo entonces he pensado que más valía que todo este oro se quedase en casa; y vengo a tu encuentro para decirte que me acompañes al hammam, donde harás el simulacro de prestarte al ensayo sin consecuencias del pobre mozalbete. ¡No hay ningún inconveniente en la cosa! ¡Y hasta podrás pasar una hora riéndote de él, sin ningún peligro ni temor!

Y yo os vigilaré a los dos desde fuera, y haré como que os protejo contra la curiosidad de los bañistas".

Al oír estas palabras de su esposo, la joven contestó con el oído y la obediencia, y se levantó, y se atavió y se vistió con sus trajes más hermosos. Por lo demás, aun sin atavíos ni adornos, podía hacer que se volvieran hacia ella todas las cabezas y arrebatar todos los corazones, porque era la más bella entre las mujeres de su tiempo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 504ª NOCHE

Ella dijo:

...porque era la más bella entre las mujeres de su tiempo.

El masajista fue, pues, con su esposa y la introdujo en la estancia donde se hallaba el joven hijo del visir, que esperaba siempre echado sobre el mármol de la sala caliente; y el otro hubo de dejarlos solos y salió para apostarse fuera con objeto de impedir a los importunos que asomaran la cabeza por la puerta. Y dijo a su mujer y al joven que cerraran por dentro la tal puerta.

Cuando la joven vio al joven, quedó encantada de su belleza de luna; y a él le ocurrió lo mismo. Y se dijo ella: "¡Qué lástima que no tenga lo que poseen los demás hombres! ¡Porque es verdad lo que me ha contado mi esposo; ¡apenas lo tiene del tamaño de una avellana!"

Pero al contacto de la joven empezó a conmoverse el niño que dormía entre los muslos del joven; y como era sólo de una pequeñez aparente y de los que estando de sueño entran por completo en el regazo de su padre, comenzó a sacudir su modorra. ¡Y he aquí que surgió de pronto comparable al de un burro o de un elefante, y mayor y más potente en verdad!

Y al ver aquello, la esposa del masajista lanzó un grito de admiración y se arrojó al cuello del joven, que la cabalgó como un gallo triunfante. Y en una hora de tiempo, la penetró por primera vez, y así sucesivamente hasta la décima vez, en tanto que ella se agitaba tumultuosa y gemía y se movía locamente.

¡Eso fue todo!

Y tras del enrejado de madera de la puerta, el masajista estaba viendo toda la escena, y por temor al oprobio público no se atrevía a hacer ruido o a tirar la puerta. ¡Y limitábase a llamar en voz baja a su esposa, que no le contestaba! Y le decía: "¡Oh madre de Alí! ¿a qué esperas para salir? ¡El día avanza y dejaste olvidado en casa al pequeñuelo, que espera la teta!" Pero ella continuaba holgándose debajo del joven, y decía, entre risas y jadeos: "¡No, por Alah! en adelante no daré teta a otro pequeñuelo que a este niño!"

Y le dijo el hijo del visir: "¡Sin embargo, podrías ir a tetarle un instante para volver enseguida!" Ella contestó: "¡Antes me sacarán del cuerpo el alma que decidirme a dejar huérfano de madre ni una sola hora a mi nuevo niño!"

Así es que cuando el pobre masajista vio que se le escapaba de tal suerte su esposa y que con tal descaro se negaba a volver con él, fue tanta su desesperación y sintió celos tan rabiosos, que subió a la terraza del hammam y arrojóse desde allí, estrellándose la cabeza contra la calle. Y murió.

Esta historia prueba que el prudente no debe fiarse de las apariencias.

Pero —continuó Schehrazada— la anécdota que voy a contarte todavía demostrará mejor cuán engañosas son las apariencias y qué peligroso es dejarse guiar por ellas.

HAY LÍQUIDOS Y LÍQUIDOS

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que un hombre entre los hombres se prendó en extremo de una joven bella y encantadora. Pero esta joven, que era un modelo de gracia y de perfecciones, estaba casada con un hombre al que amaba y del cual era amada. Y como, además, era casta y virtuosa, el hombre que estaba enamorado de ella no podía encontrar medio de seducirla. Y como ya hacía mucho tiempo que cansaba su paciencia sin resultado se le ocurrió valerse de alguna estratagema para vengarse de ella o vencer su desvío.

El esposo de aquella joven tenía en su casa como servidor de confianza a un joven a quien había educado desde la infancia y que guardaba la casa en ausencia de los amos. Así es que el despechado enamorado fue en busca de aquel joven y trabó amistad con él, haciéndole diversos regalos y colmándole de agasajos, hasta el punto de que el joven acabó por sentir hacia él verdadera devoción y por obedecerle sin restricción en todo.

Cuando le pareció que era oportuno, el enamorado le dijo un día al joven: "¡Oh amigo, quisiera visitar hoy la casa de tu amo cuando hayan salido tu amo y tu ama!" El otro contestó: "¡Bueno!" Y cuando su amo se marchó a la tienda y su ama salió para ir al hammam, fue él en busca de su amigo, le cogió de la mano, e introduciéndole en la casa le hizo visitar todas las habitaciones y ver cuánto había en ellas. Pero el hombre, que estaba firmemente resuelto a vengarse de la joven, había ya preparado la mala pasada que quería jugar. Así, pues, cuando llegó al dormitorio, se acercó al lecho y vertió en él el contenido de un frasco que tuvo cuidado de llenar de clara de huevo. E hizo la cosa tan discretamente, que el joven no advirtió nada. Tras de lo cual salió de la vivienda el otro y se marchó por su camino...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 505ª NOCHE

Ella dijo:

"...salió de la vivienda el otro y se marchó por su camino. ¡Y he aquí lo que atañe a él!

En cuanto a los esposos, he aquí lo referente a ellos. Cuando, al ponerse el sol, cerró él su tienda, volvió a su casa, y como estaba cansado por toda una jornada de ventas y compras, fue a su lecho y quiso echarse para descansar; pero advirtió una mancha grande que se destacaba en el cobertor, y retrocedió asombrado y desconfiando hasta el límite de la desconfianza. Luego se dijo: "¿Quién habrá podido penetrar en mi casa y hacer con mi esposa lo que ha hecho? ¡Porque esto que veo es licor de hombre sin ninguna duda!" Y para cerciorarse mejor, el mercader metió el dedo en medio del líquido, y dijo: "¡Vaya si es!"

Entonces, lleno de furor, quiso matar primeramente al joven; pero mudó de opinión, pensando: "¡De ese joven no puede haber salido una mancha tan enorme, porque todavía no está en edad de que se le hinchen los compañones!"

Le llamó, sin embargo, y le gritó con voz temblorosa de furor: "¿Dónde está tu ama, miserable aborto?" El joven contestó: "¡Ha ido al hammam!" Al oír estas palabras, se consolidó más la sospecha en el espíritu del mercader, pues la ley religiosa exige que hombres y mujeres vayan al hammam para hacer una ablución completa cuantas veces verifiquen la copulación.

Y gritó al mozo: "¡Corre enseguida para decirle que vuelva!" Y el mozo apresurose a ejecutar la orden.

Llegada que fue su esposa, el mercader, que recorría con los ojos de derecha a izquierda la estancia en que se hallaba el lecho consabido, saltó sobre la joven sin pronunciar palabra, la asió por los cabellos, la tiró al suelo y empezó a administrarle una serie tremenda de patadas y puñetazos. Tras de lo cual le ató los brazos, cogió un gran cuchillo y se dispuso a degollarla. Pero al ver aquello, la mujer comenzó a gritar y aullar tan fuerte, que todos los vecinos y vecinas acudieron en su socorro y la encontraron a punto de ser degollada.

Entonces separaron a la fuerza al marido y preguntaron a qué causa obedecía semejante castigo. Y exclamó la mujer: "¡No sé la causa!" Entonces dijeron todos al mercader: "Si estás quejoso de ella tienes derecho a divorciarte o reprenderla con dulzura y mansedumbre. ¡Pero no puedes matarla, porque como casta lo es, y nosotros por tal la conocemos, y de ello daremos testimonio ante Alah y ante el kadí! ¡Desde hace mucho tiempo es vecina nuestra, y no hemos notado en su conducta nada reprensible!" El mercader contestó: "¡Dejadme degollar a esta licenciosa!" ¡Y si queréis una prueba de sus licencias no tenéis más que mirar la mancha líquida que han dejado los hombres introducidos por ella en mi lecho!"

Al oír estas palabras, los vecinos y las vecinas se acercaron al lecho, y cada uno a su vez metió el dedo en la mancha, y dijo: "¡Es líquido de hombre!" Pero en aquel momento se acercó a su vez el joven y recogió en una sartén el líquido que no había sido absorbido por la tela, poniendo la sartén a la lumbre y haciendo cocer el contenido. Tras de lo cual tomó lo que acababa de cocer, se comió la mitad y distribuyó la otra mitad entre los circunstantes, diciéndoles: "¡Probadlo! ¡es clara de huevo!"

Y habiéndolo probado, se aseguraron todos de que era realmente clara de huevo, incluso el marido, que comprendió que su esposa era inocente y que la había acusado y maltratado injustamente. Así es que apresuróse a reconciliarse con ella, y para sellar su buen acuerdo, le regaló cien dinares de oro y un collar de oro.

Esta historieta prueba que hay líquidos y líquidos, y que es preciso saber diferenciar todas las cosas.

Cuando Schehrazada hubo contado estas anécdotas al rey Schahriar, se calló. Y dijo el rey: "¡Es verdad, Schehrazada, que son infinitamente morales estas historias! ¡Y además, me han reposado de tal manera el espíritu, que estoy dispuesto a oír cómo me cuentas una historia extraordinaria por completo!"

Y dijo Schehrazada: "¡Justamente la que voy a contarte es la que deseas!"

Historia de Abdalah de la tierra y de Abdalah del mar

Y Schehrazada dijo al rey Schahriar:

Se cuenta —¡pero Alah es más sabio!— que había un hombre, pescador de oficio, que se llamaba Abdalah. Y el tal pescador tenía que mantener a sus nueve hijos y a la madre, y era pobre, muy pobre, hasta el extremo de que por toda hacienda no tenía más que su red. Y esta red le servía de tienda y con ella se ganaba el pan y era la única puerta por la que entraban recursos en su casa. Tenía costumbre de ir todos los días a pescar en el mar; y si pescaba poco lo vendía y se gastaba la ganancia con sus hijos, según lo que le hubiera concedido el Retribuidor; pero si pescaba mucho, con el dinero de la ganancia hacía que su esposa cocinase una comida excelente, y compraba frutas y se lo gastaba todo con la familia, sin escatimar ni economizar, hasta que no le quedaba nada entre las manos; porque se decía: "¡Mañana nos vendrá el pan de mañana!" Y así vivía al día, sin anticiparse al destino del día siguiente.

Pero un día su esposa parió al décimo varón, pues merced a la bendición, los otros nueve eran también varones. Y aquel día precisamente no había en absoluto nada que comer en la pobre casa del pescador Abdalah. Y dijo la mujer al marido: "¡Oh mi amo, la casa tiene un habitante más, y todavía no ha llegado el pan del día! ¿No vas a buscarnos algo para sostenernos en este momento penoso?" Él contestó: "¡Ahora voy a salir, confiándome a la voluntad de Alah, e iré a pescar en el mar, arrojando mi red a la salud de ese niño recién nacido, para juzgar así de su suerte futura!" La mujer le dijo: "¡Pon tu confianza en Alah!" Y el pescador Abdalah se echó al hombro su red y se fue al mar...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 506ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y el pescador Abdalah se echó al hombro su red y se fue al mar. Y arrojó al agua la red a la salud del recién nacido, y dijo: "¡Oh Dios mío, haz que su vida sea fácil y no difícil, abundante y no insuficiente!" Y tras de haber esperado un momento, sacó la red y la encontró llena de basura, de arena, de casquijo y de hierbas marinas, ¡pero no vio absolutamente ni la huella de un pez grande o pequeño! Entonces se asombró y se le entristeció el alma, y dijo: "¿Habrá creado Alah a ese recién nacido para no adjudicarle ninguna hacienda ni ninguna provisión? ¡Eso no puede ser, no podrá ser nunca! Porque quien ha formado las mandíbulas del hombre y le ha trazado dos labios en la boca, no lo hizo en vano, y ha cargado con la responsabilidad de subvenir a sus necesidades, porque es el Previsor, el Generoso. ¡Exaltado sea!" Luego se cargó al hombre su red y fue a echarla al mar en otro sitio. Y esperó un buen rato y la sacó con mucho trabajo, porque pesaba mucho. Y encontró en ella un burro muerto, todo hinchado y exhalando un hedor espantoso. Y el pescador sintió que las náuseas le invadían el alma; y se apresuró a desembarazar de aquel burro muerto su red y alejarse hacia otro sitio lo más de prisa que pudo, diciendo: "¡No hay recurso ni poder más que en Alah el Glorioso, el Altísimo! ¡Toda la mala suerte que tengo es por culpa de mi maldita mujer! Cuántas veces no la habré dicho: "El agua no se hizo para mí, y es preciso que busque en otra parte nuestra subsistencia ¡Yo no puedo ya con este oficio! ¡No, en verdad que no puedo más! ¡Déjame, pues, ¡oh mujer! que ejerza otro oficio que el de pescador! Y le he repetido estas palabras hasta hartarme. Y ella me contestaba siempre: "¡Alah-Karim! ¡Alah-Karim! ¡Su generosidad es ilimitada! No te desesperes, ¡oh padre de tus hijos!" ¿Y es ésta toda la generosidad de Alah? ¿Será ese burro muerto la hacienda destinada al pobre recién nacido, o lo será el casquijo y la arena recogidos?"

Y el pescador Abdalah permaneció inmóvil largo tiempo, presa de una pena muy profunda. Luego acabó por decidirse a arrojar su red al mar una vez más todavía, pidiendo a Alah perdón por las palabras que acababa de pronunciar impensadamente, y dijo: "Se favorable a mi pesca, ¡oh Tú el Retribuidor que dispensas a tus criaturas las mercedes y los beneficios, y marcas su destino de antemano! ¡Y sé favorable a ese niño recién nacido, y te prometo que un día será un santón consagrado a tu exclusivo servicio!" Luego se dijo: "¡Quisiera pescar aunque no fuese más que un solo pez para llevárselo a mi bienhechor el panadero, que en los días negros, cuando me veía parado delante de su tienda husmeando desde afuera el olor del pan caliente, me hacía con la mano señas para que me acercara y me daba generosamente lo que necesitaba para los nueve y la madre!"

Cuando hubo echado por tercera vez su red, Abdalah estuvo esperando mucho tiempo y se dispuso luego a retirarla. Pero como la red pesaba todavía más que las otras veces y su peso era completamente extraordinario, le costó un trabajo infinito sacarla hasta la orilla: y sólo hubo de conseguirlo después de hacerse sangre en las manos a fuerza de tirar de las cuerdas. Y en el límite de la estupefacción, se encontró entonces apresado entre las mallas de la red un ser humano, un Adamita semejante a todos los Ibu-Adam, con la sola diferencia de que su cuerpo terminaba en cola de pez; pero, aparte de eso, tenía cabeza, cara, barba, tronco y brazos, como un hombre de la tierra.

Al ver aquello, el pescador Abdalah no dudó un instante de que se hallaba en presencia de un efrit entre los efrits rebeldes a las órdenes de nuestro señor Soleimán Ibn-Daúd, que fueron encerrados en vasos de cobre rojo y arrojados al mar. Y se dijo: "¡Sin duda es uno de ellos! ¡Merced al desgaste del metal por el agua y los años, ha podido salir del vaso sellado y agarrarse a mi red!" Y lanzando gritos de terror y levantándose el traje hasta más arriba de las rodillas, el pescador echó a correr por la playa, huyendo hasta quedarse sin respiración, y aullando: "¡Amán!

¡Amán! ¡Misericordia! ¡oh efrit de Soleimán!"

Pero desde dentro de la red le gritó el Adamita: "Ven, ¡oh pescador! ¡No huyas de mí! ¡Porque soy un ser humano como tú, y no un mared o un efrit! ¡Te recompensaré espléndidamente! ¡Y Alah te lo tendrá en cuenta el día del Juicio!" Al oír estas palabras, se calmó el corazón del pescador; y dejó de huir y volvió hacia su red, pero a pasos lentos, avanzando con una pierna y retrocediendo con la otra. Y dijo al Adamita cogido en la red: "¿No eres, entonces, un genni entre los genn...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 507ª NOCHE

Ella dijo:

"¿...¿No eres, entonces, un genni entre los genn?" El otro contestó: "¡No, por cierto! ¡Soy un hermano que cree en Alah y en su enviado!" Abdalah preguntó: "Pues entonces, ¿quién te ha tirado al mar?" El otro dijo: "¡No me ha tirado nadie al mar, pues he nacido en él! Porque soy un hijo entre los hijos del mar. Somos, en efecto, pueblos numerosos los que habitamos las profundidades marítimas. Y respiramos y vivimos en el agua como vosotros en la tierra y los pájaros en el aire. Y todos somos creyentes en Alah y en su Profeta (¡con él la plegaria y la paz!) y somos buenos y caritativos con nuestros hermanos los hombres que habitan en la superficie de la tierra, ¡porque obedecemos a los mandatos de Alah y a los preceptos del Libro!" Luego añadió: "Por otra parte, si yo fuese un genni o un efrit malhechor, ¿no hubiera hecho trizas ya tu red en vez de rogarte que vinieras en mi ayuda para salir sin estropeártela, puesto que con ella te ganas el pan y es la única puerta por donde entran recursos en tu casa?" Al oír estas palabras tranquilizadoras, Abdalah sintió que se disipaban sus últimas dudas y sus últimos temores, y cuando se inclinaba para ayudar al habitante del mar a salir de la red, éste le dijo aún: "¡Oh pescador! el Destino quiso para bien tuyo mi captura. Me paseaba yo, en efecto, por las aguas, cuando cayó encima de mí tu red y me apresó en sus mallas. ¡Deseo, pues, labrar tu dicha y la de los tuyos! ¿Quieres que hagamos un pacto por el cual se comprometa cada uno de nosotros a ser amigo del otro y hacerle regalos y a recibir de él otros en cambio? Así, tú, por ejemplo, vendrás todos los días a buscarme aquí y a traerme una provisión de los frutos de la tierra que crecen entre vosotros: uvas, higos, sandías, melones, albérchigos, ciruelas, granadas, plátanos, dátiles y otros más. Y lo aceptaré de ti todo con extremado gusto. Y te daré a mi vez de los frutos del mar que crecen en las profundidades que habitamos nosotros: coral, perlas, crisólitos, aguamarinas, esmeraldas, zafiros, rubíes, metales preciosos y todas las gemas y pedrerías del mar. ¡Y con ellas te llenaré cada vez el cesto de frutas que me traigas! ¿Aceptas?"

Al oír estas palabras, exclamó el pescador, que ya no se tenía más que con una pierna de tanta alegría y entusiasmo como le causaba aquella enumeración espléndida: ¡Ya Alah! ¿Y quién no aceptaría?"

Luego dijo: "Bueno, ¡pero ante todo sea con nosotros la Fatiha para rellenar nuestro pacto!" Y el habitante del mar accedió. Y recitaron ambos en voz alta la Fatiha liminar del Korán. E inmediatamente Abdalah el pescador libertó de la red al habitante del mar.

Entonces preguntó el pescador a su amigo marítimo: "¿Cómo te llamas?" El otro contestó: "Me llamo Abdalah. Así es que, cuando vengas aquí todas las mañanas, el día en que por casualidad no me veas, no tendrás más que gritar: "¡Ya Abdalah! ¡oh marítimo!" Y te oiré al instante, y verás cómo aparezco fuera del agua". Luego le preguntó: "¿Y cómo te llamas tú, hermano mío?" El pescador contestó: "¡Me llamo también Abdalah, como tú!"

Entonces exclamó el marítimo: "¡Tú eres Abdalah de la Tierra y yo soy Abdalah del Mar! Y he aquí que seremos dos veces hermanos, por nuestro nombre y por nuestra amistad. ¡Espérame, pues, aquí un instante, ¡oh amigo mío! nada más que el tiempo necesario para sumergirme y volver con el primer regalo marítimo!" Y Abdalah de la Tierra contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y al punto Abdalah del Mar saltó desde la orilla al agua y desapareció a la vista del pescador. Al cabo de cierto tiempo, al no ver Abdalah de la Tierra aparecer al marino, se arrepintió mucho de haberle libertado de la red, y dijo para sí: ¿Acaso sé si va a volver? Sin duda se ha reído de mí y me ha dicho todo eso para que le deje en libertad. ¡Ah! ¿por qué no lo capturé? ¡Así hubiera podido exhibirle a los habitantes de la ciudad y ganar mucho dinero! Y también le hubiera transportado a las casas de la gente rica, que no quiere molestarse, para enseñársele a domicilio. ¡Y me habrían retribuido espléndidamente!" Y de este modo continuó lamentándose con el alma, y diciéndose: "Se te fue de entre las manos la pesca, ¡oh pescador...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 508ª NOCHE

Ella dijo:

"...Se te fue de entre las manos la pesca, ¡oh pescador!" Pero en aquel mismo instante el marítimo apareció fuera del agua llevando una cosa encima de la cabeza, y fue a situarse en la orilla al lado del terrestre. Y tenía el marítimo las dos manos llenas de perlas, de coral, de esmeraldas, de jacintos, de rubíes y de toda clase de pedrerías. Y se lo ofreció todo al pescador, y le dijo: "Toma esto, ¡oh hermano mío Abdalah! y dispénsame por lo poco que es. Porque por ahora no tengo un cesto para llenártelo; pero la próxima vez me traerás uno, y te lo devolveré lleno de estos frutos del mar". Al ver aquellas gemas preciosas, el pescador se regocijó extremadamente. Y las tomó, y después de hacerlas correr por entre sus dedos maravillándose, se las guardó en el seno. Y le dijo el marítimo: "¡No te olvides de nuestro pacto! ¡Y ven aquí todas las mañanas antes de salir el sol!" Y se despidió de él y se hundió en el mar.

En cuanto al pescador, volvió a la ciudad transportado de alegría, y lo primero que hizo fue pasar por la tienda del panadero que le había favorecido en los días negros, y le dijo: "¡Oh hermano mío! ¡por fin la buena suerte y la fortuna se han puesto en nuestro camino! Te ruego que me des la cuenta de todo lo que te debo". El panadero contestó: "¿La cuenta? ¿Y para qué? ¿Hay necesidad de eso entre nosotros? ¡Pero si verdaderamente tienes dinero de sobra, dame lo que puedas! ¡Y si no tienes nada, toma todos los panes que necesites para alimentar a tu familia, y en cuanto a pagarme espera a que la prosperidad resida en tu casa definitivamente!"

El pescador dijo: "¡Oh amigo mío! ¡la prosperidad se ha instalado sólidamente en mi casa, trayéndola la buena sombra de mi recién nacido y la bondad y munificencia de Alah! ¡Y cuanto pueda darte será poco en comparación de lo que hiciste por mí cuando me agarrotaba la miseria! ¡Pero toma esto por lo pronto!" Y se metió la mano en el seno y sacó un puñado de pedrerías tan grande, que apenas se quedó para sí con la mitad de lo que le había dado el marítimo. Y se lo dio al panadero, diciéndole: "Sólo te pido que me prestes algún dinero hasta que yo venda en el zoco estas gemas del mar". Y estupefacto por lo que veía y recibía, el panadero vació su cajón entre las manos del pescador y quiso llevarle él mismo hasta su casa la carga de pan necesaria para la familia. Y le dijo: "¡Soy tu esclavo y tu servidor!"

Y quieras que no, se cargó a la cabeza la banasta de panes y echó a andar detrás del pescador, hasta la casa de éste, donde dejó la banasta. Y se marchó después de besarle las manos. En cuanto al pescador, entregó a la madre de sus hijos la banasta de panes y luego se fue a comprarles carne de cordero, pollos, verduras y frutas. E hizo que su esposa guisara una comida extraordinaria aquella noche. Y comió admirablemente con sus hijos y su esposa, regocijándose hasta el límite del regocijo con la llegada de aquel recién nacido que llevaba consigo la fortuna y la dicha.

Tras de lo cual Abdalah contó a su esposa cuanto le había acaecido y cómo terminó la pesca con la captura de Abdalah del Mar, y toda la aventura, en fin, con sus menores detalles. Y acabó por ponerle en las manos lo que le quedaba del regalo precioso de su amigo el habitante del mar. Y su esposa se alegró de todo aquello; pero le dijo: "¡Guarda bien el secreto de esa aventura, porque si no lo haces, corres peligro de que el gobierno te ponga obstáculos". Y contestó el pescador: "¡Claro que se lo ocultaré a todo el mundo, excepto al panadero! ¡Porque aunque por lo general deba ocultarse la dicha, no puedo hacer de mi dicha un misterio para mi primer bienhechor!"

Al día siguiente, Abdalah el pescador fue muy temprano, con un cesto lleno de hermosas frutas de todas las especies y todos los colores; a la orilla del mar, adonde llegó antes de salir el sol. Y dejó su cesto en la arena de la playa, y como no divisaba a Abdalah, dio una palmada gritando: "¿Dónde estás, ¡oh Abdalah del Mar!?" Y al instante contestó desde el fondo de las olas una voz marina: "Heme aquí, ¡oh Abdalah de la Tierra! ¡Heme aquí a tus órdenes!" Y el habitante del mar salió del agua y se acercó a la orilla. Y después de las zalemas y de los votos, el pescador le ofreció el cesto de frutas. Y lo cogió el marítimo, dándole las gracias, y se sumergió en el fondo del mar. Mas algunos instantes después reapareció llevando en sus brazos el cesto sin frutas, pero cargado de esmeraldas, de aguamarinas y de todas las gemas y productos marinos. Y tras de despedirse de su amigo, el pescador se cargó a la cabeza el cesto y emprendió el camino de la ciudad, pasando por delante del horno del panadero...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 509ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y tras de despedirse de su amigo, el pescador se cargó a la cabeza el cesto y emprendió el camino de la ciudad, pasando por delante del horno del panadero. Y dijo a su antiguo bienhechor: "¡La paz sea contigo!, ¡oh padre de manos abiertas!" El otro contestó: "Y contigo la paz, las gracias de Alah y sus bendiciones, ¡oh rostro de buen augurio! ¡Acabo de mandar a tu casa una bandeja con cuarenta pasteles que he cocido especialmente para ti y en cuya pasta no economicé la manteca clarificada, la canela, el cardamomo, la nuez moscada, la cúrcuma, la artemisa, el anís y el hinojo!" Y el pescador metió la mano en el cesto, del cual salían mil resplandores fulgurantes; cogió tres grandes puñados de pedrerías y se los entregó. Prosiguió luego su camino y llegó a su casa. Y allí dejó su cesto, escogió la piedra más hermosa de cada especie y de cada color, lo puso todo en un pedazo de tela y se fue al zoco de los joyeros. Y se paró ante la tienda del jeique de los joyeros, le mostró las maravillosas pedrerías, y le dijo: "¿Me las quieres comprar?" El jeique de los joyeros miró al pescador con ojos llenos de desconfianza, y le preguntó: "¿Tienes más?" El pescador contestó: "En casa tengo un cesto lleno". El otro preguntó: "¿Y dónde está tu casa?" El pescador contestó: "Como casa, ¡por Alah que no la tengo! sino sencillamente una choza de tablas podridas, que está situada al extremo de cierta calle junto al zoco del pescado". Al oír estas palabras del pescador, el joyero gritó a sus dependientes: "¡Detenedle! ¡Es el ladrón a quien se acusa de haber robado las alhajas de la reina, la esposa del sultán!" Y les ordenó que le administraran una paliza. Y le rodearon todos los joyeros y mercaderes y le injuriaron. Y decían unos: "¡Sin duda fue él quien robó en el mes último la tienda del hadj Hassán!" Y decían otros: "¡También fue este miserable quien limpió cierta tienda!" Y cada cual contaba la historia de un robo cuyo autor no fue habido, ¡y se lo atribuía al pescador! Y durante todo aquel tiempo, el pescador guardaba silencio y no hacía ningún gesto para negar. Y después que hubo recibido la paliza preliminar dejó que le arrastrara a presencia del rey el jeique joyero, que quería obligarle a declarar sus crímenes y hacer que le colgaran a la puerta de palacio.

Llegados que fueron al diwán, el jeique de los joyeros dijo al rey: "¡Oh rey del tiempo! cuando desapareció el collar de la reina, mandaste que nos avisaran y nos encargaste que buscáramos al culpable. ¡Hicimos todo lo posible para lograrlo, y con la ayuda de Alah, lo hemos conseguido! ¡He aquí entre tus manos al culpable y las pedrerías que le hemos encontrado encima!"

Y dijo el rey al jefe de los eunucos: "Toma esas pedrerías y ve a enseñárselas a tu ama. ¡Y pregúntale si son las mismas piedras del collar que ha perdido!" Y el jefe de los eunucos fue en busca de la reina, y poniendo ante ella las gemas espléndidas, le preguntó: "¿Son éstas ¡oh mi ama! las piedras del collar?"

Al ver aquellas pedrerías, la reina llegó al límite de la maravilla, y contestó al eunuco: "¡Ni por asomo! Mi collar lo encontré en el cofrecillo. En cuanto a esas pedrerías, ¡son mucho más hermosas que las mías y no tienen par en el mundo! Ve, pues ¡oh Massrur! a decir al rey que compre esas piedras para hacer con ellas un collar a nuestra hija Prosperidad, que ya está en edad de casarse.

Cuando se enteró el rey por el eunuco de la respuesta de la reina, se enfureció en extremo con el jeique de los joyeros que así acababa de detener y maltratar a un inocente; ¡y le maldijo con todas las maldiciones de Aad y de Thammud! Y contestó, temblando mucho, el jeique de los joyeros: "¡Oh rey del tiempo, sabíamos que este hombre era un pescador, un pobre; y al verle con estas pedrerías y enterarnos de que en su casa aún tenía un cesto lleno de ellas, nos pareció que era demasiada fortuna para que la hubiese podido adquirir por medios lícitos un pobre!"

Al oír estas palabras, aumentó más todavía la cólera del rey, que gritó al jeique de los joyeros y a sus compañeros: "¡Oh plebeyos impuros! ¡oh herejes de mala fe, almas vulgares! ¿es que no sabéis que para el destino del verdadero creyente no hay fortuna imposible, por inesperada y maravillosa que sea? ¡Ah malvados! ¡Y os apresuráis así a condenar a este pobre, sin oírle ni examinar sus circunstancias con el falso pretexto de que esa fortuna es demasiado cuantiosa para él! ¡Y le motejáis de ladrón, y le deshonráis entre sus semejantes! ¡Y ni por un instante se os ocurre pensar que nunca obra con parsimonia Alah el Exaltado cuando distribuye sus favores! ¿Acaso conocéis la capacidad de abundancia de los manantiales infinitos de que extrae sus beneficios el Altísimo, ¡oh estúpidos ignorantes! para juzgar así, con arreglo a vuestros cálculos mezquinos de criaturas de barro, el total de pesas puestas en la balanza de un destino dichoso? ¡Idos, miserables!

¡Alejaos de mi presencia! ¡Y pluguiera a Alah privaros de sus bendiciones para siempre!"

Y los expulsó ignominiosamente. ¡Y esto en cuanto a ellos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 510ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y los expulsó ignominiosamente. ¡Y esto en cuanto a ellos!

¡He aquí ahora lo referente a Abdalah!

Encaróse el rey con él, y antes de hacerle la menor pregunta, le dijo: "¡Oh pobre, que Alah te bendiga con los dones que te hizo! ¡La seguridad está contigo! ¡Yo soy quien te la da!" Luego añadió: "¿Quieres contarme ahora la verdad y decirme cómo han llegado a ti esas pedrerías, tan hermosas, que ningún rey de la tierra las posee parecidas?" El pescador contestó: "¡Oh rey del tiempo! ¡todavía tengo en casa lleno de esas pedrerías un cesto de pesca! ¡Es un regalo de mi amigo Abdalah del Mar!" ¡Y contó al rey toda su aventura con el marítimo, sin omitir un detalle! Pero no hay utilidad en repetirla.

Luego añadió: "¡Porque hice con él un pacto sellado con la recitación de la Fatiha del Korán! Y por ese pacto me he comprometido a llevarle todas las mañanas por la aurora un cesto lleno de frutos de la tierra; y él se ha comprometido a llenarme el cesto con frutos del mar, como son estas pedrerías que ves".

Al oír del pescador semejantes palabras, el rey maravillóse de la generosidad del Donador para con sus creyentes; y dijo:

"¡Oh pescador, era tu destino! ¡Pero déjame decirte que la riqueza exige que se la proteja, y que el rico debe tener una categoría alta! ¡Quiero ponerte, pues, bajo mi protección mientras dure mi vida, y hasta hacer algo más! Porque no puedo responder del porvenir, y no sé la suerte que te reservará mi sucesor si muero o se me desposee del trono. Posible es que te mate por codicia y por amor a los bienes de este mundo. Quiero, pues, ponerte a salvo de las vicisitudes de la suerte mientras viva yo. ¡Y el medio mejor creo que es casarte con mi hija Prosperidad, que es una joven púber, y nombrarte mi gran visir, legándote así directamente el trono antes de mi muerte!" Y contestó el pescador: "¡Escucho y obedezco!"

Entonces llamó el rey a los esclavos, y les dijo: "¡Conducid al hammam a éste, que es vuestro amo!" Y los esclavos condujeron al pescador al hammam del palacio y le bañaron cuidadosamente y le vistieron con vestiduras reales, y le llevaron de nuevo a presencia del rey, que le nombró inmediatamente gran visir. Y le dio las instrucciones precisas para su nuevo cargo, y Abdalah contestó: "¡Tus advertencias ¡oh rey! son mi norma de conducta, y tu benevolencia es la sombra en que me cobijo!"

Despachó luego el rey para la casa del pescador correos y guardias numerosos con tañedores de pífano, de clarinete, de címbalos, de bombo y de flauta, y mujeres expertas en el arte de la vestimenta y de los atavíos, con encargo de vestir y ataviar a la mujer del pescador y a sus diez hijos, colocándoles en un palanquín llevado por veinte, negros y conduciéndoles al palacio acompañados por un cortejo espléndido y con músicos. Y se ejecutaron sus órdenes; y se colocó en un suntuoso palanquín a la esposa del pescador, que llevaba al pecho a su recién nacido y a sus otros nueve hijos; y precedida por el cortejo de guardias y músicos, y acompañada por las mujeres puestas a su servicio y por las esposas de emires y notables, se la condujo a palacio, donde estaba esperándola la reina, que la recibió con agasajos infinitos, mientras el rey recibía a los hijos y se los sentaba por turno en las rodillas y les acariciaba paternalmente, con tanto gusto como si fueran sus propios hijos. Y por su parte, la reina quiso demostrar su afecto a la esposa del nuevo gran visir, y la puso al frente de todas las mujeres del harem, nombrándola gran visir de sus dependencias.

Tras de lo cual el rey, que tenía por única hija a Prosperidad, se apresuró a mantener su promesa, concediéndosela en matrimonio, como segunda esposa, al visir Abdalah. Y con esta ocasión, dio una gran fiesta al pueblo y a los soldados, haciendo adornar e iluminar la ciudad. Y aquella noche conoció Abdalah las delicias de la carne joven y la diferencia que hay entre la virginidad de una joven hija del rey y la rancia piel curtida con que se desahogó él hasta entonces.

Pero al día siguiente por la aurora, habiéndose despertado el rey antes de su hora habitual a causa de las emociones de la víspera, se asomó a su ventana y vio que su nuevo gran visir, el esposo de su hija Prosperidad, salía del palacio llevando a la cabeza un cesto de pesca lleno de frutas. Y le llamó y le preguntó: "¿Qué llevas ahí, ¡oh yerno mío...! ?

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 511ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y le llamó y le preguntó: "¿Qué llevas ahí, ¡oh yerno mío!?" Abdalah contestó: "¡Es un cesto de frutas que voy a llevar a mi amigo Abdalah del Mar!" El rey dijo: "Pero ésta no es hora para que la gente salga de su casa. ¡Y además, no está bien que mi yerno lleve por sí mismo a la cabeza una carga de mandadero!"

Abdalah contestó: "¡Es verdad! Pero tengo miedo de faltar a la hora de la cita, y de pasar a los ojos del marítimo por un embustero sin fe, y de oírle reprocharme mi conducta, diciéndome: "¡Las cosas del mundo te distraen de tu deber ahora y te hacen olvidar tus promesas!" Y dijo el rey: "¡Tienes razón! Ve a buscar a tu amigo, ¡y que Alah sea contigo! Y Abdalah emprendió el camino del mar, cruzando por los zocos. Y al reconocerle, decían los mercaderes madrugadores que abrían sus tiendas: "¡Es Abdalah el gran visir, yerno del rey, que va al mar para cambiar frutas por pedrerías!" Y los que no le conocían salíanle al paso, y le preguntaban: "¡Oh vendedor de frutas! ¿a cómo va la medida de albaricoques?"

Y contestaba él a todo el mundo: "No son para la venta. ¡Ya están vendidos!" Y lo decía muy cortésmente, dejando contento a todo el mundo. Y de tal suerte llegó a la playa, donde vio salir de las olas a Abdalah del Mar, al cual entregó las frutas a cambio de nuevas pedrerías de todos los colores. Luego emprendió otra vez el camino de la ciudad, pasando por delante de la tienda de su amigo el panadero. Pero se extrañó mucho al encontrar cerrada la puerta de la tienda, y esperó un momento para ver si llegaba su amigo. Y acabó por preguntar al tendero de al lado: "¡Oh hermano mío! ¿qué ha sido de tu vecino el panadero?"

El otro contestó: "No sé de cierto lo que le ha reservado Alah. ¡Debe estar enfermo en su casa!"

El otro dijo: "¡En tal callejuela!" Y Abdalah emprendió el camino de la callejuela indicada, y tras de indagar cuál era la casa del panadero, llamó a la puerta y esperó. Y algunos instantes después vio aparecer por un tragaluz alto la cabeza asustada del panadero, que bajó a abrir, serenado ya al ver el cesto de pesca lleno de pedrerías, como de costumbre. Y se arrojó al cuello de Abdalah, besándole con lágrimas en los ojos, y le dijo: "¿Pero es que no te han ahorcado por orden del rey? He sabido que te detuvieron por ladrón; y temiendo que también a mí me detuvieran como cómplice, me apresuré a cerrar el horno y la tienda y a esconderme en el último rincón de mi casa. ¡Pero explícame ya, ¡oh amigo mío! a qué se debe el que estés vestido como un visir!" Entonces Abdalah le contó desde el principio hasta el fin lo que le había sucedido, y añadió: "Y el rey me ha nombrado su gran visir y me ha dado en matrimonio a su hija. ¡Y ahora tengo un harem, al frente del cual se encuentra mi antigua esposa, la madre de mis hijos!"

Después dijo: "Toma este cesto con todo su contenido. ¡Te pertenece, porque así está escrito hoy en tu destino!" Luego le dejó y volvió a palacio con el cesto vacío.

Cuando el rey le vio llegar con el cesto vacío, le dijo riendo: "¡Ya lo ves! ¡Tu amigo el marítimo te ha abandonado!" Abdalah contestó: "¡Al contrario! Las pedrerías con que me ha llenado hoy el cesto eran superiores en belleza a las de los demás días. Pero se las he dado todas a mi amigo el panadero, que en otro tiempo, cuando me afligía la miseria, me alimentó y alimentó a mis hijos y a la madre de mis hijos. ¡Y yo a mi vez, por lo mismo que él fue misericordioso en los días de mi pobreza, no le olvido en los días de mi prosperidad! Pues ¡por Alah, que quiero dar fe de que nunca hirió él mi susceptibilidad de trabajador pobre!" Y extremadamente edificado, le preguntó el rey: "¿Cómo se llama tu amigo?" Abdalah contestó: "¡Se llama Abdalah el Panadero, como yo me llamo Abdalah el Terrestre y como mi amigo del mar se llama Abdalah el Marítimo!" Al oír estas palabras, el rey se maravilló y se estremeció, y exclamó: "¡Y como yo me llamo el rey Abdalah! ¡Y como todos nos llamamos servidores de Alah! ¡Pero como todos los servidores de Alah son iguales ante el Altísimo y hermanos por la fe y el origen, quiero ¡oh Abdalah de la Tierra! que vayas enseguida a buscar a tu amigo Abdalah el Panadero, a fin de que le nombre yo mi segundo visir!"

Al punto fue Abdalah el Terrestre a buscar a su amigo Abdalah el Panadero, a quien acto seguido revistió el rey con las insignias del visirato, nombrándole su visir de la izquierda, como Abdalah el Terrestre era su visir de la derecha.

Y el antiguo pescador Abdalah llenó sus nuevas funciones con todo el brillo deseable, sin olvidarse ni un solo día de ir en busca de su amigo Abdalah del Mar y de llevarle un cesto con frutas de la estación a cambio de un cesto con metales preciosos y pedrerías. Y cuando ya no hubo frutas en los jardines ni las tenían tampoco los vendedores de primicias, llenó el cesto con pasas, almendras, avellanas, cacahuetes, nueces, higos secos, albaricoques secos y confituras secas de toda especie y colores. Y cada vez volvía llevando a la cabeza el cesto lleno de joyas, como de costumbre. Y esto duró el espacio de un año.

Pero un día, llegado que fue Abdalah de la Tierra a la playa por la aurora, como siempre, se sentó junto a su amigo Abdalah el Marítimo, y se puso a charlar con él acerca de las costumbres de los habitantes del mar...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 512ª NOCHE

Ella dijo:

"...Se sentó junto a su amigo Abdalah el Marítimo, y se puso a charlar con él acerca de las costumbres de los habitantes del mar. Y entre otras cosas, le dijo: "¡Oh, hermano mío, oh marítimo! ¿Es muy hermoso el sitio donde vives?" El otro contestó: "¡Sí, por cierto! ¡Y si quieres te llevaré conmigo al mar, y te enseñaré todo lo que contiene, y te haré visitar mi ciudad y te recibiré en mi casa con la hospitalidad más cordial!"

Y contestó Abdalah de la Tierra: "¡Oh hermano mío! tú te criaste en el agua, y el agua es tu morada. Por eso no te incomoda habitar en el mar. Pero antes de que yo responda a tu invitación, ¿podrías decirme si no sería para ti extremadamente funesto residir en la tierra?"

El otro dijo: "¡Claro que sí! Se secaría mi cuerpo, ¡y al soplar contra mí los vientos de la tierra me harían morir!" El terrestre dijo: "Pues a mí me pasa igual. Me he criado en la tierra, y la tierra es mi morada. Por eso no me incomoda el aire de la tierra. ¡Pero si entrase contigo en el mar, penetraría el agua dentro de mí y me ahogaría, y moriría!"

El marítimo contestó: "No tengas ningún temor por eso, pues te traeré un ungüento con el que te untarás el cuerpo, y el agua no tendrá sobre ti ningún poder sofocante, aun cuando hubieras de pasar en ella el resto de tu vida. ¡Y de esa manera podrás sumergirte conmigo y recorrer en todos sentidos el mar, y dormir en él y despertarte en él, sin que nunca te venga mal alguno por ninguna parte!"

Al oír estas palabras, el terrestre dijo al marítimo: "En ese caso, no tengo inconveniente en sumergirme contigo. ¡Tráeme, pues, el ungüento consabido para que lo ensaye!" El marítimo contestó: "¡Eso es lo que voy a hacer!" Y se llevó el cesto de frutas y se metió en el mar para volver al cabo de unos instantes llevando en las manos una vasija llena de un ungüento parecido a la grasa de las vacas y de un color amarillo como el oro, y de un olor absolutamente delicioso. Y preguntó Abdalah de la Tierra: "¿Con qué se compone este ungüento?" El otro contestó: "Se compone con grasa del hígado de una especie entre las especies de peces que se llama dandana. ¡Y este pez dandana es el más enorme de todos los peces del mar, hasta el extremo de que de un solo bocado devoraría sin dificultad lo que vosotros los terrestres llamáis un elefante o un camello!" Y exclamó asustado el antiguo pescador: "¿Y qué come ese funesto animal? ¡oh hermano mío!"

El otro contestó: "De ordinario se come a los animales más pequeños que nacen en las profundidades. Porque ya sabes el proverbio que dice: "¡Los fuertes se comen a los débiles!" El terrestre dijo: "¡Verdad dices! Pero, ¿hay entre vosotros muchos de esos dandanas?" El otro contestó: "¡Millares y millares cuyo número sólo Alah lo sabe!" El terrestre exclamó: "¡Entonces dispénsame de hacerte esa visita! ¡oh, hermano mío!, porque tengo miedo a encontrarme con alguno de esa especie y que me coma!" El marítimo dijo: "¡No tengas ningún miedo, porque el pez dandana, aunque es de una ferocidad terrible, teme a Ibn-Adán, cuya carne es para él un veneno violento!" El antiguo pescador exclamó: "¡Ya Alah! ¿pero de qué me servirá ser un veneno violento para el dandana cuando ya me haya devorado el dandana?" El marítimo contestó: "¡No tengas el menor temor por el dandana, porque nada más que con ver a Ibn-Adán se pone en fuga de tanto como le teme! ¡Y además, como estarás ungido con su grasa, reconocerá su olor, y no te hará daño!" Y conquistado por las seguridades que le daba su amigo, dijo el terrestre: "¡Pongo mi confianza en Alah y en ti!". Y se desnudó y abrió en la arena un agujero donde metió su ropa, a fin de que no se la robase nadie durante su ausencia. Tras de lo cual se untó con el ungüento consabido desde la cabeza hasta los pies, sin olvidarse de las más pequeñas aberturas, y hecho esto, dijo al marítimo: "Ya estoy listo, ¡oh hermano mío!"

Entonces Abdalah del Mar cogió del brazo a su compañero y se sumergió con él en las profundidades marinas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 513ª NOCHE

Ella dijo:

"Entonces Abdalah del Mar cogió del brazo a su compañero y se sumergió con él en las profundidades marinas. Y le dijo: " Abre los ojos!" Y como el terrestre no se sintió sofocado ni abrumado por el peso enorme del mar y como allá dentro respiraba mejor que bajo el cielo, comprendió que era realmente impenetrable para el agua; y abrió los ojos. Y desde aquel instante fue huésped del mar.

Y vio desplegarse el mar por encima de su cabeza como un pabellón de esmeralda, al igual que en la tierra reposa sobre las aguas el admirable azur; y a sus pies extendíanse las regiones submarinas que no había violado desde la creación ninguna mirada terrestre; y reinaba una gran serenidad en las montañas y llanuras del fondo; y era delicada la luz que se bañaba en las transparencias infinitas y el esplendor de las aguas en torno de los seres y de las cosas; y aquellos paisajes tranquilos le encantaban más que todos los encantos del cielo natal; y veía selvas de coral rojo, y selvas de coral blanco, y selvas de coral rosa, que se inmovilizaban en el silencio de sus ramajes; y grutas de diamantes con columnas de rubíes, de crisólitos, de berilos, de zafiros, de oro y de topacios; y una vegetación de locura que se mecía en espacios grandes como reinos; y en medio de arenas de plata, conchas de millares de formas y colores, que se miraban resplandecientes en el cristal de las aguas; y veía a su alrededor peces relampagueantes que semejaban flores, y peces que semejaban frutas, y peces que semejaban pájaros, y otros, vestidos con escamas de oro y plata, que semejaban lagartos grandes, y otros que parecían más bien búfalos, vacas, perros; y hasta Adamitas; e inmensos bancos de reales pedrerías lanzando mil destellos multicolores que el agua avivaba, lejos de extinguirlos; y bancos en que abríanse ostras llenas de perlas blancas, de perlas rosas y de perlas doradas; y enormes esponjas hinchadas que se movían pesadamente sobre su base, alineándose en largas filas simétricas, como cuerpos de ejército, y parecían limitar las diferentes regiones marinas y constituirse en guardianas fijas de las inmensidades solitarias.

Pero Abdalah de la Tierra que, siempre del brazo de su amigo, veía desfilar ante él sobre los abismos en rápida carrera todos estos espectáculos espléndidos, divisó de pronto una innumerable sucesión de cavernas de esmeraldas talladas en los flancos de una montaña de la misma gama verde, y a las puertas de las cuales estaban sentadas o tendidas jóvenes bellas como lunas, con cabellos color de ámbar y de coral. Y se parecían a las jóvenes de la tierra, a no ser por la cola que tenían en el lugar de la grupa, de los muslos y de las piernas. Eran las hijas del mar. Y su dominio era aquella ciudad de cavernas verdes.

Al ver aquello, el terrestre preguntó al marítimo: "¡Oh hermano mío! ¿es que no están casadas esas jóvenes? Porque no veo varones entre ellas". El otro contestó: "Esas que ves son jóvenes vírgenes, y esperan a la puerta de sus moradas la llegada del esposo que vendrá a escoger entre ellas la que más le guste. En otros parajes del mar hay ciudades pobladas de varones y de hembras, y de allá salen los jóvenes en busca de esposas jóvenes; porque sólo aquí tienen derecho a residir las jóvenes, quienes vienen a este lugar desde todos los puntos de nuestro imperio y viven juntas esperando al esposo". Y cuando Abdalah del Mar acabó de dar esta explicación a su amigo, llegaron a una ciudad poblada por varones y hembras; y dijo Abdalah de la Tierra: "¡Oh hermano mío, allí veo una ciudad poblada; pero no advierto en ella tiendas donde se venda y se compre! ¡Y además, he de decirte que estoy muy asombrado de ver que ni uno de sus habitantes se cubre con trajes que le protejan las partes que deben ir ocultas!"

El otro contestó: "Respecto a lo de vender y comprar, no tenemos ninguna necesidad de ello, ya que la vida es fácil para nosotros y nuestro alimento consiste en peces que se pescan al alcance de la mano. Pero en cuanto a ocultar ciertas partes de nuestro cuerpo, ante todo no creemos que sea necesario, además de que tenemos constituidas las partes de otra manera que vosotros; y luego, aunque quisiéramos ocultarlas, no podríamos, pues no disponemos de telas con qué cubrirlas". El terrestre dijo: "¡Está bien! ¿Y cómo se efectúan entre vosotros los matrimonios?" El otro dijo: "Entre nosotros no se contraen matrimonios, porque no tenemos leyes que fijen y rijan nuestros deseos y nuestras inclinaciones; pero cuando nos gusta una joven, nos quedamos con ella; y cuando deja de gustarnos, la dejamos, ¡y ya le gustará a otro! Además, no todos somos musulmanes aquí; entre nosotros hay también muchos cristianos y judíos; y esas gentes no admiten el matrimonio fijo, porque les gustan mucho las mujeres, y el matrimonio fijo les contraría. Sólo los musulmanes, que vivimos aparte en una ciudad donde no penetran los infieles, nos casamos con arreglo a los preceptos del Libro, y celebramos nupcias bien vistas por el Altísimo y el Profeta (¡con él la plegaria y la paz!) Pero ¡oh hermano mío! quiero hacerte llegar cuanto antes a nuestra ciudad; porque, si mil años invirtiera en mostrarte los espectáculos de nuestro imperio y las ciudades que le pueblan, ¡no acabaría mi tarea en ese tiempo ni podrías formarte una idea aproximada de lo que es!" Y dijo el terrestre: "¡Sí, date prisa, hermano mío, porque además tengo hambre y no puedo comer pescados crudos, como haces tú!"

Y preguntó el marítimo: "¿Y cómo coméis, entonces, el pescado los terrestres?" El otro contestó: "¡Lo asamos o lo freímos en aceite de oliva o en aceite de sésamo!" Y el marítimo se echó a reír, y dijo: "¿Y cómo nos arreglaríamos nosotros, que habitamos en el agua, para tener aceite de oliva o de sésamo y freír pescado en una lumbre que no se apagara?" El terrestre dijo: "¡Tienes razón, hermano mío! ¡Te ruego, pues, que me conduzcas cuanto antes a tu ciudad, que no conozco!"

Entonces Abdalah el Marítimo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana. y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 514ª NOCHE

Ella dijo:

"...Entonces Abdalah el Marítimo le hizo reconocer rápidamente diversas regiones en que se sucedían ante sus ojos los espectáculos, y le hizo arribar a una ciudad más pequeña que las otras y cuyas casas también eran cavernas, unas grandes y otras pequeñas, según el número de sus habitantes. Y el marítimo le llevó ante una de aquellas cavernas y le dijo: "Entra, ¡oh hermano mío! ¡Esta es mi casa!" Y le hizo entrar en la caverna, y exclamó: "¡Hola! ¡ven pronto aquí, hija mía!" Y saliendo de detrás de una floresta de coral rosa, se acercó a ellos al punto una joven con largos cabellos flotantes, bellos senos, vientre admirable, cintura graciosa y hermosos ojos verdes de largas pestañas negras; pero, como todos los habitantes del mar, tenía en lugar de grupa y piernas una cola de pez. Y al ver al terrestre, se paró sobrecogida y le miró con inmensa curiosidad; luego acabó por echarse a reír, y exclamó:

"¡Oh padre mío! ¿quién es ese individuo sin cola que nos traes?" El padre contestó: "¡Hija mía, es mi amigo el terrestre que me daba todos los días el cesto de frutas que traía yo y que con tanta fruición te comías tú! ¡Acércate, pues, a él cortésmente y deséale la paz y la bienvenida!" Y se adelantó ella y le deseó la paz con mucha amabilidad y usando un lenguaje escogido; y cuando iba a responderle Abdalah, extremadamente encantado, entró a su vez la esposa del marítimo, llevando en cada brazo a uno de sus dos últimos hijos, y cada uno de los niños llevaba un pez grande que iba devorando, lo mismo que devorarían un cohombro los niños de la tierra.

Y he aquí que al ver a Abdalah junto al marítimo, la esposa de éste se detuvo en el umbral, inmóvil de sorpresa, y después de haber soltado a sus dos hijos, exclamó riendo con todas sus fuerzas: "¡Por Alah, si es un individuo sin cola! ¿Cómo es posible vivir sin cola?" Y acercóse más al terrestre; y sus dos hijos y su hija se acercaron también; y en extremo divertidos, se pusieron todos a examinarle de cabeza a pies, y se maravillaron de su trasero especialmente, ya que en toda su vida habían tenido ellos trasero ni otra cosa que se pareciese a un trasero. Y los niños y la joven, que en un principio asustáronse un poco de aquella protuberancia, se atrevieron hasta tocarla con los dedos varias veces, de tanto como les intrigaba y divertía. Y se reían entre sí de semejante cosa, y decían: "¡Es un individuo sin cola!" ¡Y bailaban de alegría! Así es que Abdalah de la Tierra acabó por enfadarse al ver aquellos modales y aquella desvergüenza, y dijo a Abdalah del Mar: "¡Oh hermano mío! ¿es que me has traído hasta aquí para que sea la irrisión de tus hijos y de tu esposa?"

El otro contestó: "¡Te pido perdón, hermano mío, y te ruego que me dispenses y no hagas caso de los modales de estas dos mujeres y estos dos niños, porque tienen una inteligencia defectuosa!" Luego se encaró con sus hijos, y les gritó: "¡Callaos!" Y les infundió miedo, y se callaron. Entonces dijo el marítimo a su huésped: "¡No te asombres, sin embargo, de lo que veas, ¡oh hermano mío! porque entre nosotros no hay quien no tenga cola!"

Y he aquí que, a raíz de estas palabras, llegaron diez adultos gruesos y vigorosos, que dijeron al dueño de la casa: "¡Oh Abdalah! el rey del Mar acaba de saber que tienes en tu casa a un individuo sin cola entre los individuos sin cola de la Tierra. ¿Es cierto?" El interpelado contestó: "Es cierto. Y ahí le tenéis delante de vosotros. ¡Es mi amigo y mi huésped, y al instante voy a llevarle a la playa de donde le saqué!" Los otros dijeron: "¡Guárdate de hacerlo! ¡Que el rey nos ha enviado a buscarle, pues desea verle y examinar su contextura! ¡Y parece ser que por detrás tiene una cosa extraordinaria, y otra cosa más extraordinaria todavía por delante! ¡Y el rey quisiera ver ambas cosas, y saber qué nombre tienen!

Al oír estas palabras, Abdalah del Mar se encaró con su huésped y le dijo: "¡Oh hermano mío! dispénsame, porque ya ves que no tengo excusa. ¡No podemos desobedecer las ordenes de nuestro rey!" El terrestre dijo: "¡Me da mucho miedo ese rey, que acaso se enfade porque tengo cosas que él no tiene, y decretará mi perdición en vista de eso!" El marítimo dijo: "¡Yo estaré allí para protegerte y hacer de manera que no sufras ningún daño!" El terrestre dijo: "¡Me someto a tu decisión entonces, y pongo mi confianza en Alah y te sigo!"

Y el marítimo se llevó a su huésped y le condujo a la presencia del rey.

Cuando el rey vio al terrestre, le dio tanta risa, que estuvo a punto de caerse; luego dijo: "Bienvenido seas entre nosotros, ¡oh individuo sin cola!" Y todos los altos dignatarios que rodeaban al rey se reían mucho y se mostraban unos a otros con el dedo el trasero del terrestre, diciendo: "¡Sí, ¡por Alah! es un individuo sin cola!" Y le preguntó el rey: "¿Cómo no tienes cola?". "No lo sé, ¡oh rey! ¡Pero así somos todos los habitantes de la tierra!"

El rey preguntó: "¿Y cómo llamáis a eso que tenéis por detrás en lugar de la cola?" Abdalah contestó: "Unos lo llaman culo y otros trasero, en tanto que otros lo pluralizan y lo llaman nalgas por constar de dos partes". Y le preguntó el rey: "¿Y para qué os sirve ese trasero?" Abdalah contestó: "¡Sencillamente para sentarnos cuando estamos cansados! ¡Pero en las mujeres resulta un adorno muy apreciado!" El rey preguntó: "Y eso de delante, ¿cómo se llama?" Abdalah dijo: "¡El zib!" El rey preguntó: "¿Y para qué os sirve ese zib?" Abdalah contestó: "Tiene muchos usos de todas clases y que no puedo explicar por consideración al rey. ¡Pero son tan necesarios esos usos, que en nuestro mundo nada se estima tanto en el hombre como un zib de valor, de la misma manera que en la mujer nada se aprecia tanto como un trasero de importancia!" Y al oír estas palabras, el rey y los que le rodeaban echáronse a reír extremadamente, y sin saber qué decir ya, Abdalah el Terrestre alzó al cielo los brazos, y exclamó: "¡Loores a Alah que ha creado el trasero para que en un mundo fuera una gloria y en otro un objeto de escarnio...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 515ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Loores a Alah, que ha creado el trasero para que en un mundo fuera una gloria y en otro un objeto de escarnio!" Y muy molesto por haber servido para satisfacer la curiosidad de los habitantes del mar, no sabía ya qué hacer de su persona, de su trasero y de lo demás; y pensaba para su ánima: "¡Por Alah, que quisiera estar lejos de aquí o tener algo con qué cubrir mi desnudez!"

Pero el rey acabó por decirle: "¡Oh individuo sin cola! me has regocijado de tal manera con tu trasero, que quiero concederte la satisfacción de todos tus deseos. ¡Pídeme, pues, cuanto quieras!" Abdalah contestó: "Quisiera dos cosas, ¡oh rey! ¡Volver a la tierra y llevarme conmigo muchas joyas del mar!" Y dijo Abdalah el Marítimo: "¡Además, ¡oh rey! mi amigo no ha comido nada desde que está aquí, y no le gusta la carne de pescado cruda!" Entonces dijo el rey: "¡Que le den cuantas joyas desee, y que se le transporte al lugar de donde vino!"

Al punto todos los marítimos se apresuraron a llevar conchas grandes vacías, y llenándolas de pedrerías de todos colores, preguntaron a Abdalah el Terrestre: "¿Dónde hay que llevarlas?" El aludido contestó: "¡No tenéis más que seguirme y seguir a mi amigo Abdalah, vuestro hermano, que va a llevarme el cesto lleno con esas pedrerías, como acostumbra hacerlo!" Luego se despidió del rey, y acompañado de su amigo, y seguido por todos los marítimos portadores de conchas llenas de pedrerías, salió del imperio marino y se remontó a la vista del cielo.

Ya fuera del agua, se sentó un buen rato para descansar y respirar el aire natal. Tras de lo cual desenterró sus ropas y se vistió; y se despidió de su amigo Abdalah el Marítimo, y le dijo: "¡Déjame en la playa todas esas conchas y ese cesto, que yo iré en busca de cargadores que los transporten!" Y fue a buscar a los cargadores, que transportaron al palacio todos aquellos tesoros; luego entró a ver al rey.

Cuando el rey vio a su yerno, le recibió con grandes muestras de alegría, y le dijo: "¡Hemos estado muy inquietos todos por tu ausencia!" Y Abdalah le contó su aventura marítima desde el principio hasta el fin; pero no hay utilidad en comenzarla otra vez. Y le puso entre las manos el cesto y las conchas llenas de pedrerías.

Aunque se maravilló del relato de su yerno y de las riquezas que traía del mar, le enfadó y le molestó mucho al rey el comportamiento poco cortés de los marítimos con respecto al trasero de su yerno y a todos los traseros en general, y le dijo: "¡Oh Abdalah! no quiero que en adelante vayas a la playa en busca de ese Abdalah del Mar, pues por más que esta vez no tuviste que sentir por haberle seguido, no sabes lo que puede sucederte en el porvenir, ¡que no siempre que le tiran queda intacto el jarro! Y además, eres mi visir y no me parece bien que vayas al mar todas las mañanas con un cesto de pesca a la cabeza, porque serías objeto de burla a los ojos de todas las personas con más o menos cola y más o menos inconvenientes. ¡Permanece, pues, en el palacio, y de ese modo vivirás en paz, y estaremos tranquilos por ti!"

Entonces Abdalah de la Tierra, como no quería contrariar a su suegro el rey Abdalah, permaneció en adelante en el palacio con su amigo Abdalah el Panadero, y ya no fue a la playa en busca de Abdalah del Mar, del que no se volvió a hablar por no enfadarle.

Y así vivieron todos en la situación más dichosa, practicando virtudes en medio de delicias, hasta que fue a visitarles la Destructora de alegrías y la Separadora de los amigos. ¡Y murieron todos! ¡Gloria, empero, al único Viviente que no muere, que gobierna el imperio de lo Visible y de lo Invisible, que es Omnipotente sobre todas las cosas y que es benévolo con sus servidores, conociendo sus intenciones y necesidades!

Y tras de pronunciar estas palabras, se calló Schehrazada. Entonces exclamó el rey Schahriar: "¡Oh, Schehrazada! ¡Es verdaderamente extraordinaria esa historia!" Y Schehrazada dijo: "Sí, ¡oh rey!, pero aunque haya tenido la suerte de gustarte, sin duda alguna no es más admirable que la que quiero contarte todavía, y que es la Historia del joven amarillo. Y el rey Schahriar dijo: "¡Puedes hablar ya!"

Entonces dijo Schehrazada:

HISTORIA DEL JOVEN AMARILLO

Entre diversos cuentos, se cuenta ¡oh rey afortunado! que el califa Harún Al-Raschid salió de su palacio una noche con su visir Giafar, su visir Al-Fazl, su favorito Abu-lshak, el poeta Abu-Nowas, el portaalfanje Massrur y el capitán de Policía Ahmad-la-Tiña. Y disfrazados de mercaderes, se dirigieron todos al Tigris y se metieron en una barca, dejándose llevar por la corriente a la ventura. Porque, al ver al califa poseído de insomnio y con el espíritu preocupado, Giafar le había dicho que para disipar el fastidio nada era más eficaz que ver lo no visto todavía, oír lo no oído todavía y visitar un país que todavía no se ha recorrido.

Y he aquí que, al cabo de cierto tiempo, hallándose la barca bajo las ventanas de una casa desde la cual se dominaba el río, oyeron que en el interior de la casa una voz hermosa y triste cantaba estos versos, acompañándose con el laúd:

Ante la copa de vino, y mientras en la espesura cantaba el pájaro hazar, dije a mi corazón:

¿Hasta cuándo rechazarás la dicha? ¡Despiértate que la vida es un préstamo a corto plazo!

¡He aquí la copa y el copero! ¡Tu amigo es un copero hermoso y joven! ¡Mírale y toma de sus manos la copa que te brinda!

¡Languidecen sus párpados y te invita su mirada! ¡No desprecies esas cosas!

¡En sus mejillas he plantado rosas tiernas, y cuando quise cogerlas encontré granadas!

¡Oh corazón mío, no desprecies esas cosas! ¡Ha llegado el momento de que asome el bozo a sus mejillas!

Al oír estas coplas, dijo el califa: "¡Oh Giafar, qué hermosa es esa voz!" Y contestó Giafar: "¡Oh señor nuestro, en verdad que jamás hirió mi oído una voz más hermosa ni más deliciosa! ¡Pero, ¡oh mi señor! oír una voz detrás de un muro, sólo es oírla a medias! ¿Qué sería cuando la oyéramos detrás de una cortina...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 516ª NOCHE

Ella dijo:

"...¡Oh mi señor, oír una voz detrás de un muro, sólo es oírla a medias! ¿Qué sería cuando la oyéramos detrás de una cortina?" Entonces dijo el califa: "¡Penetremos ¡oh Giafar! en esa casa para pedir hospitalidad al dueño con la espera de oír mejor esa voz!" Y detuvieron la barca y aterrizaron. Luego llamaron a la puerta de aquella casa y pidieron permiso para entrar al eunuco que fue a abrir. Y el eunuco marchóse a prevenir a su amo, que no tardó en presentarse a ellos, y les dijo:

"¡Familia, comodidad y abundancia a los huéspedes! ¡Bienvenidos seáis todos a esta casa de la que sois propietarios!" Y les introdujo en una vasta sala fresca de techo coloreado agradablemente con dibujos sobre un fondo de oro y azul oscuro, y en medio de la cual, sobre una pila de alabastro, caía un surtidor de agua con un rumor maravilloso. Y les dijo el dueño: "¡Oh mis señores no sé cuál de vosotros es el más honorable o el de más alto rango y condición! ¡Bismilah sobre todos vosotros! ¡Dignaos, pues, sentaros donde mejor os parezca!" Luego se volvió hacia un extremo de la sala, en el que se hallaban cien jóvenes sentadas en cien sillas de oro y terciopelo, e hizo una seña. Y al punto se levantaron las cien jóvenes y salieron en silencio una tras otra. E hizo él una segunda seña, y unas esclavas que llevaban los trajes levantados hasta la cintura, sirvieron bandejas grandes llenas de manjares de todos colores y confeccionados con cuanto vuela por los aires, anda sobre el suelo o nada en los mares; y pastelería, y confituras, y tortas sobre las que aparecían escritos con alfónsigos y almendras, versos en alabanzas de los huéspedes.

Y cuando comieron y bebieron y se lavaron las manos, les preguntó el dueño de casa: "¡Oh huéspedes míos! ya que me honrásteis con vuestra presencia para darme el gusto de que me pidáis algo, hablad con toda confianza. ¡Porque vuestros deseos serán ejecutados por encima de mi cabeza y de mis ojos!" Giafar contestó: "¡La verdad es ¡oh huésped nuestro! que hemos entrado en tu casa para oír mejor la voz admirable que desde el agua oímos a medias y apagada!"

Al escuchar estas palabras, el dueño de la casa contestó: "¡Bien venidos seáis!" Y llamó a palmadas, y dijo a los esclavos que acudieron: "¡Decid a vuestra ama Sett Jamila que nos cante algo!" Y unos instantes después se oyó detrás de la cortina del fondo de la estancia una voz que no se parecía a ninguna otra y que cantaba, acompañándose ligeramente con laúdes y cítaras:

¡Toma la copa y bebe de este vino que a tus labios ofrezco: nunca hubo de mezclarse con un corazón de hombre!

¡Pero el tiempo huye alejándote de una amante que en vano te promete volver a ver al objeto de su amor!

¡Cuántas noches pasé bajo la luna velada por la tempestad, con los ojos fijos en las ondas oscuras del Tigris!

¡Cuántas noches vi a la luna desparecer por occidente, con la forma de un alfanje de plata, en las aguas purpúreas!

Cuando hubo acabado de cantar, calló la voz, y los instrumentos de cuerda continuaron solos en sordina acompañando los ecos aéreos y sonoros. Y el califa, maravillado y entusiasmado, encaróse con Abu-Ishak, y dijo: "¡Por Alah, que nunca oí nada semejante!" Y dijo al dueño de la vivienda: "¿Está en verdad enamorada y separada de su amante la poseedora de esa voz?"

El aludido contestó: "¡No! ¡Su tristeza depende de otra cosa! ¡Podría, por ejemplo, obedecer a que esté separada de su padre y de su madre, y por eso cantara así acordándose de ellos!"

Al-Raschid dijo: "¡Muy asombroso es que el haberla separado de sus padres suscite parecidos acentos!" Y miró por primera vez atentamente a su huésped, como para leer en su rostro una explicación más admisible. Y vio que aquél era un joven con facciones de una gran belleza, pero que tenía el rostro de color amarillo como el azafrán. Y se asombró mucho de tal descubrimiento, y le dijo: "¡Oh huésped nuestro, aún hemos de formular un deseo antes de despedirnos de ti y marcharnos por donde hemos venido!" Y el joven amarillo contestó: "Cuenta de antemano con que ha de satisfacerse tu deseo".

Y el califa preguntó: "Deseo, y también lo desean los que vienen conmigo, saber por ti si ese color amarillo de azafrán que tiene tu rostro es algo adquirido en el transcurso de tu vida o algo original que data de tu nacimiento".

Entonces dijo el joven amarillo: "¡Oh vosotros todos, huéspedes míos! Sabed que la causa del color amarillo de azafrán que ostenta mi tez, constituye una historia tan extraordinaria, que si se escribiera con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de lección a quien la leyera con respeto. ¡Confiadme, pues, vuestro oído y prestadme toda la atención de vuestro espíritu!" Y contestaron todos: "¡Nuestro oído y nuestro espíritu te pertenecen! ¡Y henos ya impacientes por escucharte...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 517ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Nuestro oído y nuestro espíritu te pertenecen! ¡Y henos ya impacientes por escucharte! "Entonces dijo el joven de la tez amarilla: "¡Sabed ¡oh señores! que procedo del país de Omán, donde mi padre era el mercader más importante entre los mercaderes del mar, y poseía en propiedad absoluta treinta navíos cuyo rendimiento anual era de treinta mil dinares. Y mi padre, que era un hombre ilustrado, me hizo aprender la escritura y también cuanto es preciso saber. Tras de lo cual, cuando se acercaba su última hora, me llamó y me hizo recomendaciones que escuché respetuosamente. Luego se lo llevó Alah y acogióle en su misericordia. ¡Ojalá le pluguiera prolongar vuestra vida, oh huéspedes míos!

Pero algún tiempo después de la muerte de mi padre, cuyas riquezas todas poseía yo a la sazón, estaba un día en mi casa sentado entre mis invitados, cuando un esclavo me anunció que a la puerta se hallaba uno de mis capitanes marinos y me traía una cesta con primicias. Y le hice entrar y acepté su regalo, que, efectivamente, consistía en frutos desconocidos en nuestra tierra y del todo admirables en verdad. Y a mi vez le entregué yo cien dinares de oro para demostrarle el gusto que tenía en admitir su obsequio. Luego repartí aquellas frutas a mis invitados, y pregunté al capitán marino: "¿De dónde proceden estas frutas, ¡oh capitán!?" Me respondió: "¡De Bassra y de Bagdad!" Y al oír estas palabras, todos mis invitados empezaron a hacerse lenguas acerca de la tierra maravillosa de Bassra y de Bagdad, encantándome la vida que se hacía allí, la bondad de su clima y la urbanidad de sus habitantes; y no cesaban en sus elogios a este respecto, encareciendo unos las palabras de otro. Y tanto me exalté con todo aquello, que sin más ni más me levanté en aquella misma hora y en aquel instante, y sin poder reprimir mi alma, que deseaba ardientemente el viaje, vendí en subasta mis bienes y mis propiedades, mis mercancías y mis navíos, con excepción de uno solo que reservé para mi uso personal; mis esclavos y mis esclavas, y todo lo convertí en dinero, haciéndome así con una suma de un millar de millares de dinares, sin contar las joyas, las pedrerías y los lingotes de oro que tenía en mis cofres. Tras de lo cual, con mis riquezas reducidas de aquella manera a su peso más ligero, me embarqué en el navío que hube de reservarme, e hice que se diera a la vela para Bagdad.

"Y he aquí que Alah me escribió una travesía dichosa y llegué con mis riquezas sano y salvo a Bassra, donde tomé pasaje en otro navío, remontando el Tigris hasta Bagdad. Allá me informé del paraje que más me convendría habitar y me indicaron el barrio Karkh como el barrio mejor frecuentado y residencia habitual de los personajes importantes. Y fui a aquel barrio y alquilé en la calle Zaafarán una hermosa casa a la que mandé transportar mis riquezas y efectos. Tras de lo cual hice mis abluciones, y con el alma jubilosa y el pecho dilatado por encontrarme al fin en la ilustre Bagdad, cima de mis deseos y envidia de todas las ciudades, me vestí con mis vestiduras más hermosas y salí para pasearme a la ventura por las calles más frecuentadas.

"Precisamente era viernes aquel día, y todos los habitantes estaban con traje de fiesta y se paseaban como yo respirando el aire fresco que venía de las afueras. Y seguí a la muchedumbre y fui por donde ella iba. Y de tal suerte llegué a Karn-al-Sirat, término habitual de los paseantes de Bagdad. Y en aquel sitio, entre diversos edificios muy hermosos, vi una edificación más hermosa que las otras y cuya fachada daba al río. Y en el umbral de mármol vi sentado y vestido de blanco un viejo que era muy venerable de aspecto, con una barba blanca que le bajaba hasta la cintura dividiéndose en dos ramales iguales de filigrana de plata. Y le rodeaban cinco jóvenes bellos como lunas y perfumados, como él, con esencias escogidas.

"Entonces, conquistado por la hermosa fisonomía del anciano blanco y por la belleza de los jóvenes, pregunté a un transeúnte: "¿Quién es ese venerable jeique? ¿Y cuál es su nombre?"

Me contestaron: "¡Es el jeique Taher Abul-Ola, el amigo de la gente joven! ¡Y cuántos entran en su casa pueden comer, beber y divertirse con los jóvenes o las jóvenes que constantemente habitan en ella...

En este momento de su narración, Scheharazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 518ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Y cuantos entran en su casa pueden comer, beber y divertirse con los jóvenes o las jóvenes que constantemente habitan en ella!" Y al oír estas palabras, me dije, entusiasmado hasta el límite del entusiasmo: "¡Gloria a Quien me puso en el camino de ese jeique de buen augurio desde que desembarqué del navío, pues que no vine a Bagdad desde mi país más que para dar con un hombre como ése!" Y me adelanté hacia el anciano, y después de desearle la paz, le dije: "¡Oh mi señor, tengo algo que pedirte!" Y me sonrió cual sonreiría a su hijo un padre, y me contestó: "¿Y qué deseas?" Dije: "¡Deseo vivamente ser huésped tuyo esta noche!" Volvió a mirarme y contestó: "¡Con la amistad cordial y generosidad!"

Luego añadió: "Esta noche ¡oh hijo mío! me llegan unas jóvenes cuyo precio, por la velada, varía según sus méritos. Unas cuestan diez dinares por velada, otras veinte y otras llegan a costar cincuenta y cien dinares por velada. ¡Tú escogerás!" Contesté: "¡Por Alah, que quiero probar una de las que no cuestan más que diez dinares por velada! ¡Después, Alah Karim!"

Luego añadí: "¡He aquí trescientos dinares para un mes, porque una buena prueba exige un mes!"

Y conté los trescientos dinares y los pesé en la balanza que tenía a su lado. Entonces llamó a uno de los jóvenes que estaban allí y le dijo: "¡Conduce a tu amo!" Y el joven me cogió de la mano y me llevó primero al hammam de la casa, donde me dio un baño excelente y me prodigó los cuidados más atentos y más minuciosos. Tras de lo cual me condujo a un pabellón y llamó a una de las puertas.

"Y al punto abrió una joven de rostro risueño y lleno de buen augurio, que me acogió con gesto amable. Y le dijo el joven: "¡Te confío a tu huésped!" Y se retiró. Entonces me cogió ella de la mano que el joven acababa de entregarle, y me introdujo en una estancia de milagroso decorado, en el umbral de la cual nos recibieron dos esclavitas destinadas a su servicio y bonitas como estrellas. Y miré con más atención a su ama, la joven, y así me aseguré que verdaderamente era la luna llena. Me invitó entonces a sentarme y se sentó a mi lado, luego hizo una seña a las dos pequeñuelas, que al punto nos llevaron una bandeja grande de oro, en la cual se asentaban pollos asados, carnes asadas, codornices asadas, pichones asados y gallos salvajes asados. Y comimos hasta la saciedad. ¡Y en mi vida hube de gustar manjares más deliciosos que aquellos, ni beber bebidas más sabrosas que las que me sirvió ella cuando quitaron la bandeja de manjares, ni respirar flores más suaves, ni endulzarme con frutas, confituras y pastelerías tan extraordinarias! Y alardeó luego ella de tanta amabilidad, de tanto encanto y de tantas caricias voluptuosas, que pasé en su compañía el mes entero sin darme cuenta de cómo huían los días.

"Al terminarse el mes, fue en mi busca el esclavito y me llevó al hammam, de donde salí para ver al jeique blanco, y decirle: "¡Oh mi señor! ¡deseo una de las que cuestan veinte dinares por velada!" Me contestó: "¡Pesa el oro!" Y fui a mi casa a buscar el oro, y volví para pesarle seiscientos dinares por un mes de prueba con una joven de veinte dinares por velada. Y llamó él a uno de los jóvenes, y le dijo: "¡Conduce a tu amo!" Y el joven me llevó al hammam, donde me atendió mejor todavía que la primera vez, y luego me hizo penetrar en un pabellón cuya puerta estaba guardada por cuatro esclavitas que corrieron a prevenir a su ama en cuanto nos divisaron. Y se abrió la puerta y vi aparecer a una joven cristiana del país de los francos, mucho más bella que la primera y vestida más ricamente. Y me cogió ella de la mano, sonriéndome, y me introdujo en su estancia, que hubo de asombrarme por la riqueza de su decorado y de sus pinturas. Y me dijo: "¡Bienvenido sea el huésped encantador...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 519ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Bienvenido sea el huésped encantador!" Y después de servirme manjares y bebidas aun más extraordinarias que la primera vez, como tenía hermosa voz y sabía acompañarse con instrumentos armónicos, quiso embriagarme más todavía de lo que ya estaba, y cogiendo un laúd persa, cantó:

"¡Oh suaves perfumes de las tierras en que se alza Babilonia, llevad con la brisa un mensaje a mi bien amado!

¡Lejos, en lugares encantados, habita la que lleva la turbación al alma de los amantes, y los inflama sin concederles el don que aplaca los deseos!

Por lo que a mí respecta, ¡oh mis señores! me pasé el mes entero con esta hija de los francos, y he de confesaros que la encontré infinitamente más experta en movimientos que mi primera amante. Y en verdad que comprobé no había pagado a un precio exagerado las delicias que me hizo experimentar desde el primer día hasta el trigésimo.

Así es que cuando volvió por mí el joven para llevarme al hammam, no dejé de ir en busca del jeique blanco y de cumplimentarle, por la elección llena de acierto que hacía de sus jóvenes, y le dije: "¡Por Alah, ¡oh jeique! que quiero habitar siempre en tu generosa casa, donde se encuentra la alegría de los ojos, las delicias de los sentidos y el encanto de una sociedad escogida!"

Y el jeique quedó muy satisfecho de mis alabanzas, y para demostrarme su contento, me dijo: "Esta noche ¡oh huésped mío! es para nosotros una noche de fiesta extraordinaria; y sólo tienen derecho a tomar parte en esa fiesta los clientes distinguidos de mi casa. Y la llamamos la Noche de las Visiones espléndidas. ¡No tienes, pues, más que subir a la terraza y juzgar por tus propios ojos!"

Y di las gracias al anciano y subí a la terraza.

"Y he aquí que la primera cosa que advertí, una vez que estuve en la terraza, fue una gran cortina de terciopelo que dividía la terraza en dos partes. Y detrás de esta cortina, iluminados por la luna, estaban tendidos sobre hermoso tapiz, uno junto a otro, dos bellos jóvenes, una joven y su amante, que se besaban con los labios en los labios. Y a la vista de la joven y de su belleza sin igual, me quedé aturdido y maravillado, y permanecí mucho tiempo mirándola sin respirar, no sabiendo ya dónde me encontraba. Por fin logré salir de mi inmovilidad, y como no podía estar tranquilo mientras no supiese quién era ella, descendí de la terraza y corrí en busca de la joven con quien acababa de pasar un mes de amor; y le conté lo que venía de ver. Y notó ella el estado en que yo me hallaba, y me dijo:

"¿Pero qué necesidad tienes de preocuparte por esa joven?"

Contesté: "¡Por Alah, que me ha arrebatado la razón y la fe!"

Ella me dijo sonriendo: "¿Deseas, entonces, poseerla?"

Contesté: "¡Tal es la aspiración de mi alma, porque en mi corazón reina esa joven!"

Ella me dijo: "¡Pues bien, sabe que esa joven es la propia hija de nuestro amo el jeique Taher Abul-Ola, y todas somos esclavas a sus órdenes! ¿Sabes cuánto cuesta pasar con ella una noche?" Contesté: "¿Cómo he de saberlo?" Ella me dijo: "¡Quinientos dinares de oro! Es una fruta digna de la boca de los reyes". Contesté: "¡Ualah! ¡Dispuesto estoy a gastar toda mi fortuna por poseerla, aunque no sea más que una velada!" Y dejé transcurrir toda aquella noche sin pegar un ojo de tanto como trabajó mi espíritu pensando en ello.

"Así es que al día siguiente me apresuré a ponerme mis ropas más hermosas, y ataviado como un rey, me presenté al jeique Taher, padre de la joven, y le dije: "¡Deseo a aquella cuya noche es de quinientos dinares!" Me contestó: "¡Pesa el oro!" Y al punto le pesé el precio de las treinta noches, que hacía un total de quince mil dinares.

Y los cogió, y dijo a uno de los mozos: "Conduce a tu amo al lado de tu ama". Y el mozo me llevó consigo, y me hizo entrar en un aposento tal, que jamás mis ojos jamás habían visto semejante en belleza y en riqueza sobre la faz de la tierra. Y vi a la joven, sentada perezosamente con un abanico en la mano, y de improviso se me quedó estupefacto de admiración el espíritu, ¡oh mis huéspedes honorables...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 520ª NOCHE

Ella dijo:

"...y de improviso se me quedó estupefacto de admiración el espíritu, ¡oh mis huéspedes honorables! ¡Porque era ella verdaderamente cual la luna en su decimocuarto día, y sólo con el modo que tuvo de corresponder a mi zalema, acabó de arrebatarme la razón a causa del tono de su voz, más melodiosa que los acordes del laúd; y toda ella era hermosa, y graciosa y simétrica por todos lados, en verdad! Y sin ninguna duda a ella se refieren estos versos del poeta:

¡La hermosa! ¡Si apareciese en medio de los infieles, abandonarían por ella sus ídolos y la adorarían como a única divinidad!

¡Si sobre el mar se mostrara ella desnuda por completo, sobre el mar de olas amargas y saladas, se endulzaría el mar con la miel de su boca!

¡Si desde Oriente se mostrara a algún monje cristiano de Occidente, es seguro que el monje abandonaría el Occidente y volverá hacia Oriente sus miradas!

¡Pero yo que la vi en la oscuridad iluminada por sus ojos, me grité a mí mismo: "¡Oh noche! ¿Qué veo? ¿Es una aparición ligera que me engaña, o es una virgen intacta que reclama un copulador?"

Y vi que al oír estas palabras, apretaba con su mano la flor que tiene en medio, y me decía suspirando con tristes y dolorosos suspiros:

"¡Los dientes hermosos, para parecer lo bastante hermosos, necesitan que se los frote con el tallo aromático! ¡Y el zib es a las vulvas hermosas lo que a los dientes jóvenes es el tallo aromático! ¡Oh musulmanes, ayudadme! ¿Es que no hay en vosotros un zib superior que sepa tenerse en pie?"

¡Entonces sentí que mi zib crujía en sus coyunturas y me levantaba la túnica para adquirir un impulso triunfante! Y en su lenguaje dijo a la bella: "¡Hele aquí! ¡Hele aquí!"

¡Entonces rasgué sus velos! ¡Pero ella tuvo miedo, y me dijo: "¿Quién eres?" Contesté: "¡Un valiente cuyo zib erguido acaba de responder a tu llamamiento!"

¡Y la asalté sin más tardanza, y mi zib, poderoso como un brazo la apuntaba triunfalmente entre los muslos!

¡De modo que cuando acabé de meter el tercer clavo, me dijo ella: "¡Más adentro, ¡oh valiente! más adentro!" Y contesté: "¡Más adentro, ¡oh dueña mía! ¡más adentro! ¡Ya llegó!"

"Y he aquí que la deseé la paz, y correspondió ella a mi deseo, lanzándome miradas de una languidez acerada, y me dijo: "¡Amistad, comodidad y generosidad al huésped!" Y me cogió de la mano, ¡oh mis señores! y me hizo sentarme junto a ella; y entraron unas jóvenes de senos hermosos y nos sirvieron en bandejas los refrescos de bienvenida y frutas exquisitas, conservas selectas y un vino delicioso como no se bebe más que en los palacios de los reyes; y nos ofrecieron rosas y jazmines, mientras a nuestro alrededor exhalaban sus suaves perfumes los arbustos odoríferos y los áloes que ardían en los pebeteros. Después una de las esclavas le llevó un estuche de raso, del cual extrajo ella un laúd de marfil, que templó, y cantó estos versos:

¡No bebas el vino más que cuando te lo brinde la mano de un tierno jovenzuelo; pues si el vino produce embriaguez, el jovenzuelo hace mejorar el vino!

¡Porque el vino no procura delicias a quien lo bebe, a menos que el copero tenga mejillas en que brillen puras rosas, cándidas y frescas!

"Y he aquí ¡oh huéspedes míos! que me enardecí tras estos preludios, y mi mano se tornó audaz, y mis ojos y mis labios la devoraban; y le encontré cualidades tan extraordinarias de saber y belleza, que no solamente me pasé con ella el mes que había pagado, sino que seguí pagándole a su padre el anciano blanco un mes tras de otro mes, y así sucesivamente durante un largo transcurso de tiempo, hasta que, a causa de aquellos dispendios considerables, no me quedó ni un solo dinar de todas las riquezas que había traído conmigo del país de Omán, mi patria. Y al pensar entonces en que muy pronto me vería forzado a separarme de ella, no pude impedir que corrieran mis lágrimas a ríos por mis mejillas, y no supe distinguir ya el día de la noche...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente

PERO CUANDO LLEGÓ LA 521ª NOCHE

Ella dijo:

"...no pude impedir que corrieran mis lágrimas a ríos por mis mejillas, y no supe distinguir ya el día de la noche. Y al verme así bañado en lágrimas, me dijo ella: "¿Por qué lloras?"

Yo dije: "¡Oh dueña mía! porque no tengo dinero, y ha dicho el poeta:

¡La penuria nos hace extranjeros en nuestras propias moradas, y el dinero nos da una patria en el extranjero!

¡Por eso ¡oh luz de mis ojos! lloro temiendo verme separado de ti por tu padre!"

Ella me dijo: "¡Has de saber, sin embargo, que cuando uno de los clientes de la casa se arruina en la casa, mi padre acostumbra a darle hospitalidad durante tres días más con toda la largueza deseable y sin privarle de ninguno de los agasajos habituales, tras de lo cual le ruega que se vaya y no vuelva a aparecer por la casa! ¡En cuanto a ti, querido mío, como en mi corazón hay para ti un amor grande, no tengo ningún temor por eso, pues encontré un medio de retenerte aquí todo el tiempo que quieras, ¡Inschalah! Porque en mis propias manos tengo toda mi fortuna personal, y mi padre ignora la inmensidad de su cuantía. Así es que todos los días te daré un saco con quinientos dinares, importe de una velada; y se lo entregarás a mi padre, diciéndole: "¡En adelante te pagaré las veladas día por día!" Y mi padre aceptará esa condición, creyéndote solvente; y según acostumbra, vendrá a entregarme esa suma que me corresponde; y yo te la daré de nuevo, a fin de que le pagues otra velada; ¡y obraremos así mientras quiera Alah y no te aburras tú conmigo!"

"Entonces ¡oh huéspedes míos! me sentí ligero como los pájaros en mi alegría, y le di las gracias y le besé la mano; luego viví con ella durante un año en aquel estado de cosas, como el gallo en el gallinero.

"Pero al cabo de este tiempo quiso la suerte nefasta que en un acceso de cólera mi bien amada se enfureciera con una de sus esclavas y le pegase dolorosamente; y la esclava exclamó: "¡Por Alah, que te maltrataré el corazón como tú me has maltratado!" Y al instante corrió en busca del padre de mi amiga, y se lo reveló todo desde el principio hasta el fin.

"Cuando el viejo Taher Abul-Ola oyó el discurso de la esclava, saltó sobre sus pies y corrió a buscarme, mientras yo, al lado de mi amiga, me disponía a entregarme a diversos escarceos de primera calidad, ignorante todavía de lo que pasaba, y me gritó él: "¡Hola, amigo!" Contesté: "A tus órdenes, ¡oh tío mío!" Me dijo él: "Nuestra costumbre aquí; cuando un cliente se arruina, es albergar durante tres días a ese cliente sin privarle de nada. ¡Pero tú te estás aprovechando escandalosamente de nuestra hospitalidad hace ya un año, comiendo, bebiendo y copulando a tu antojo!"

Luego se encaró con sus esclavos, y les gritó: "¡Echad de aquí a ese hijo de perra!" Y se apoderaron de mí, y completamente desnudo, me plantaron en la puerta, poniéndome en la mano diez monedas pequeñas de plata y dándome un capote viejo remendado y hecho jirones para que cubriera mi desnudez. Y me dijo el jeique blanco: "¡Vete! ¡no quiero hacer que te den una paliza ni injuriarte! ¡Pero date prisa a desaparecer, porque si tienes la desgracia de permanecer aún en Bagdad, nuestra ciudad, va a chorrear tu sangre por encima de tu cabeza!"

"Entonces ¡oh huéspedes míos! me vi obligado a salir a despecho de mi nariz, sin saber adónde encaminarme por esta ciudad que yo no conocía, aunque habitase en ella desde hacía quince meses. ¡Y sentí que sobre mi corazón se abatían pesadamente todas las calamidades del mundo y sobre mi espíritu la desesperación, las tristezas y las preocupaciones!" Y dije para mi ánima: "¿Es posible que yo, que vine aquí cruzando los mares con mil millares de dinares de oro y además el importe de la venta de mis treinta navíos, haya podido gastar toda esta fortuna en la casa de ese calamitoso viejo de betún, para salir ahora de ella completamente desnudo y con el corazón roto y el alma humillada? ¡Pero no hay recurso ni poder más que en Alah el Glorioso, el Altísimo!"

Y cuando, absorto en tan aflictivos pensamientos, llegué a orillas del Tigris, vi un navío que iba a salir con rumbo a Bassra. Y me embarqué a bordo de aquel navío, ofreciendo mis servicios como marinero al capitán, con el fin de pagar de alguna manera mi pasaje. Y de tal suerte llegué a Bassra.

"Allá me dirigí al zoco sin tardanza, porque me torturaba el hambre, y fui advertido...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 522ª NOCHE

Ella dijo:

"...Allá me dirigí al zoco sin tardanza, porque me torturaba el hambre, y fui advertido por un vendedor de especias, que se acercó vivamente a mí y se me arrojó al cuello besándome, y se me dio a conocer como un antiguo amigo de mi padre; luego me interrogó acerca de mi estado. Y le conté cuanto me había sucedido, sin omitir un detalle. Y me dijo: "¡Ualah! ¡no son de un hombre sensato esos actos!

Pero ahora, puesto que lo pasado ya ha pasado, ¿qué piensas hacer?" Contesté: "¡No sé!"

Él me dijo: "¿Quieres quedarte conmigo? Y como sabes escribir, ¿quieres registrar las entradas y salidas de mis abastos y percibir como salario un dracma de plata diario, además de tu alimento y tu bebida?" Y acepté dándole gracias, y viví con él en calidad de escriba de entradas y salidas de las ventas y compras. Y estuve con aquel empleo en su casa el tiempo suficiente para ahorrar la suma de cien dinares.

"Entonces alquilé por mi cuenta un pequeño local a orillas del mar, a fin de aguardar allí la llegada de algún navío cargado con mercancías de lugares lejanos, de las cuales compraría con mi dinero las necesarias para hacer un acopio bueno que vendería en Bagdad, adonde quería volver con la esperanza de hallar ocasión de ver a mi amiga. "

Quiso la suerte que un día llegara de parajes lejanos un navío cargado con las mercancías que yo deseaba; y me uní a otros mercaderes, encaminándome al navío, y subí a bordo. Y he aquí que del fondo del navío salieron dos hombres, sentándose en dos sillas e instalando ante nosotros sus mercancías. ¡Y qué mercancías! ¡Y qué deslumbramiento de los ojos! ¡No vimos allá nada más que joyas, perlas, coral, rubíes, ágatas, jacintos y pedrerías de todos colores! Y entonces uno de ambos hombres se encaró con los mercaderes de tierra, y les dijo: "¡Oh asamblea de mercaderes, hoy no se va a vender todo esto, porque todavía estoy fatigado del mar; no lo saqué más que para daros una idea de lo que será la venta de mañana!" Pero los mercaderes le apremiaron de tal modo, que se avino a comenzar inmediatamente la venta, y el pregonero se puso a pregonar la tasa de las pedrerías, especie por especie. Y los mercaderes empezaron a aumentar sus pujas uno tras de otro hasta que el primer saco de pedrerías alcanzó el precio de cuatrocientos dinares. En aquel momento, el propietario del saco, que en otro tiempo me había conocido en mi país cuando mi padre estaba a la cabeza del comercio de Omán, se encaró conmigo, y me preguntó: "¿Por qué no dices nada ni pujas sobre la tasa, como los demás mercaderes?"

Contesté: "¡Por Alah, ¡Oh mi amo! que en este mundo ya no tengo más bienes que la suma de cien dinares!" Y al decir estas palabras, me quedé muy confuso, y de mis ojos gotearon lágrimas. Y al ver aquellas, el propietario del saco dio una palmada y exclamó, lleno de sorpresa: "¡Oh omaní! ¿cómo de una fortuna tan inmensa no te quedan más que cien dinares?" Y luego me miró con conmiseración y participó de mis penas; después se encaró de pronto con los mercaderes, y les dijo: "Sed testigos de que vendo a este joven por la suma de cien dinares un saco con todas las gemas, metales y objetos preciosos que contiene, aunque sé que su valor real pasa de mil dinares. ¡Es, pues, un regalo que le hago de mí para él!"

Y los mercaderes, estupefactos, dieron fe de lo que veían y oían; y el mercader me entregó el saco con cuanto contenía, y hasta me regaló el tapiz y la silla en que estaba sentado. Y le di las gracias por su generosidad, y bajé a tierra y me dirigí al zoco de los joyeros.

"Allí alquilé una tienda y me puse a vender y a comprar y a realizar todos los días una ganancia bastante apreciable. Y he aquí que, entre los objetos preciosos guardados en el saco, había un trozo de concha roja, de un rojo oscuro, que, a juzgar por los caracteres talismánicos grabados en sus dos caras y que parecían patas de hormiga, debía ser algún amuleto fabricado por un artífice muy versado en el arte de los amuletos. Pesaría media libra, y yo ignoraba su uso especial y su precio. Así es que lo hice pregonar varias veces en el zoco; pero no ofrecieron por ello al pregonero más de diez o quince dracmas. Y a pesar de todo, no quise cederlo por un precio tan módico, y en previsión de una ocasión excelente, dejé el trozo de concha en un rincón de mi tienda, donde duró un año.

"Pero un día en que estaba yo sentado en mi tienda, vi entrar ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 523ª NOCHE

Ella dijo:

"...Pero un día en que estaba yo sentado en mi tienda, vi entrar a un extranjero que me deseó la paz y que, al divisar el trozo de concha, a pesar del polvo que lo cubría, exclamó: "¡Loado sea Alah! ¡Por fin encuentro lo que buscaba!" Y cogió el trozo de concha, se lo llevó a los labios y a la frente, y me dijo: "¡Oh mi señor! ¿quieres venderme esto?" Contesté: "¡Sí que quiero!" Preguntó: "¿Qué precio tiene?" Dije: "¿Cuánto ofreces?" Contestó: "¡Veinte dinares de oro!" Y al oír estas palabras, creí que se burlaba de mí el extranjero, de tan considerable como me pareció la suma ofrecida; y le dije con acento muy desabrido: "¡Vete por tu camino!" Entonces creyó que yo encontraba escasa la suma, y me dijo: "¡Te ofrezco cincuenta dinares!" Pero yo, cada vez más convencido de que se reía de mí, no solamente no quise contestarle, sino que ni siquiera le miré e hice como que no notaba su presencia ya, con objeto de que se fuese. Entonces me dijo: "¡Mil dinares!"

"¡Eso fue todo! Y yo ¡oh huéspedes míos! no contesté; y él se sonreía ante mi silencio pletórico de furor concentrado, y me decía: "¿Por qué no quieres contestarme?" Y acabé por responderle otra vez: "¡Vete por tu camino!" Entonces se puso a aumentar miles y miles de dinares hasta que me ofreció veinte mil dinares. ¡Y yo no contestaba!

"¡Eso fue todo!

Y atraídos por tan extraño regateo, los transeúntes y los vecinos se agruparon a nuestro alrededor en la tienda y en la calle, y murmuraban de mí en alta voz y hacían ademanes de desaprobación para conmigo, diciendo: "¡No debemos permitirle que pida más por ese miserable trozo de concha!" Y decían otros: "¡Ualah! ¡cabeza dura, ojos vacíos! ¡Como no le ceda el trozo de concha, le echaremos de la ciudad!"

Y yo aun no sabía lo que querían de mí. Así es que para acabar pregunté al extranjero: "¿Quieres, por fin, decirme si vas a comprar de verdad o si te burlas?" Contestó él: "¿Y quieres tú vender de verdad o burlarte?" Yo dije: "¡Vender!"

Y dijo él: "¡Entonces, como último precio, te ofrezco treinta mil dinares! ¡Y concluyamos ya la venta y la compra! Y entonces me encaré con los circunstantes, y les dije: "¡Os pongo por testigos de esta venta!

¡Pero antes tiene que explicarme el comprador lo que pretende hacer con este trozo de concha!"

Contestó él: "¡Rematemos primero el trato, y luego te diré las virtudes y la utilidad de este objeto!" Contesté: "¡Te lo vendo!" Él dijo: "¡Alah es testigo de lo que decimos!" Y sacó un saco lleno de oro, me contó y me pesó treinta mil dinares, cogió el amuleto, se lo metió en el bolsillo, lanzando un gran suspiro, y me dijo: "¿Quedamos en que ya está vendido del todo?" Contesté: "¡Está vendido del todo!" Y se encaró él con los circunstantes, y les dijo: "¡Sed testigos de que me ha vendido el amuleto y por él ha cobrado el precio convenido de treinta mil dinares!"

Después se encaró conmigo, y con un acento de conmiseración y de ironía extremada, me dijo: "¡Oh pobre! ¡por Alah, que si hubieras sabido tener tacto en esta venta retardándola más, habría llegado yo a pagarte por este amuleto no treinta mil ni cien mil dinares, sino mil millares de dinares, cuando no más!"

"Y he aquí ¡oh huéspedes míos! que al oír estas palabras y verme de tal modo defraudado en aquella suma fabulosa por culpa de mi poco olfato, sentí operarse un gran trastorno dentro de mí; y la revolución que se efectuó en mi cuerpo de pronto hizo que se me subiera a la cara este color amarillo que conservo desde entonces y que os ha llamado la atención, ¡oh huéspedes míos!

"Me quedé alelado un momento, y luego dije al extranjero: "¿Puedes decirme ahora las virtudes y la utilidad de ese trozo de concha?"

Y el extranjero me contestó:

"Has de saber que el rey de la India tiene una hija a la que quiere mucho y la cual no tiene par en belleza sobre la faz de la tierra; ¡pero le aquejan violentos dolores de cabeza! Así es que su padre el rey, con objeto de hallar remedios y medicamentos capaces de aliviarla, congregó a los mejores escribas de su reino y a los hombres de ciencia y a los adivinos; pero ninguno de ellos consiguió ahuyentarle de la cabeza los dolores que la torturaban...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 524ª NOCHE

Ella dijo:

"...pero ninguno de ellos consiguió ahuyentarle de la cabeza los dolores que la torturaban. Entonces yo, que presencié la asamblea, dije al rey: "¡Oh rey, yo conozco a un hombre, llamado Saadalah el Babilonio, que no tiene igual ni superior sobre la faz de la tierra en el conocimiento de tales remedios! ¡Así, pues, envíame a verle, si lo juzgas conveniente!" El rey me contestó: "¡Ve a verle!" Yo dije: "¡Dame mil millares de dinares y un trozo de concha roja de un rojo oscuro! ¡Y además un regalo!" Y el rey me dio cuanto le pedía, y me marché de la India con rumbo al país de Babilonia. Y allí pregunté por el sabio Saadalah, y me guiaron a él; y me presenté a él y le entregué cien mil dinares y el regalo del rey; luego le di el trozo de concha, y después de explicarle el objeto de mi misión, le rogué que me preparara un amuleto contra los dolores de cabeza. Y el sabio de Babilonia empleó siete meses enteros en consultar los astros, ¡y transcurridos aquellos siete meses, acabó por encontrar un día propicio para trazar sobre el trozo de concha estos caracteres talismánicos y llenos de misterio que ves en las dos caras de este amuleto que me has vendido! Y cogí este amuleto, volví junto al rey y se lo entregué.

"Y he aquí que el rey entró en el aposento de su querida hija, y la encontró sujeta por cuatro cadenas a las cuatro esquinas de la estancia, como la tenían siempre, conforme a las instrucciones recibidas, con el fin de que en las crisis de dolor no pudiese matarse tirándose por la ventana. Y en cuanto puso el amuleto en la frente de su hija, se encontró ella curada en aquella hora y en aquel instante. Y al ver aquello, el rey se regocijó hasta el límite del regocijo, y me colmó de ricos presentes y me retuvo a su lado entre sus íntimos. Y curada milagrosamente de aquel modo, la hija del rey engarzó el amuleto en su collar y ya no lo abandonó.

Pero un día en que la princesa se paseaba en barca, jugando con sus compañeras, una de ellas hizo un falso movimiento, rompió el hilo del collar y dejó caer el amuleto al agua. Y desapareció el amuleto. Y en el mismo momento volvió la Posesión a apoderarse de la princesa, y de nuevo se sintió ella poseída por el Posesor terrible, que le ocasionó dolores de cabeza tan violentos, que le privaron de razón.

"Al saber esta noticia, la pena del rey superó a toda ponderación; y me llamó y me comisionó nuevamente para que fuese a ver al jeique Saadalah el Babilonio, a fin de que fabricase otro amuleto. Y me puse en marcha. Pero, al llegar a Babil, supe que había muerto el jeique Saadalah.

"Y desde entonces, acompañado por diez personas que me ayudan en mis pesquisas, recorro todos los países de la tierra con objeto de encontrar en casa de algún mercader o en algún vendedor o transeúnte uno de los amuletos que sólo sabía dotar de virtudes curativas y exorcizantes el jeique Saadalah de Babilonia. ¡Y la suerte quiso ponerte en mi camino y hacer que encontrara y comprara en tu tienda este objeto que ya desesperaba de encontrar nunca!"

"Luego, ¡oh huéspedes míos! tras de haberme contado esta historia, el extranjero se puso su cinturón y se marchó. ¡Y tal es, como ya os he dicho, la causa a que obedece el color amarillo de mi rostro!"

"En cuanto a mí, realicé en dinero cuanto poseía vendiendo mi tienda, y rico para en lo sucesivo, partí a toda prisa con rumbo a Bagdad, y no bien llegué, volé al palacio del anciano blanco, padre de mi bien amada. Porque desde que me separé de ella, llenaba ella mis pensamientos día y noche; y el móvil de mis deseos y de mi vida era volver a verla. Y la ausencia sólo consiguió avivar el fuego de mi alma y exaltarme el espíritu."

"Pregunté, pues, por ella a un mozo que guardaba la puerta de entrada. Y el joven me dijo que levantara la cabeza y mirara. Y vi que la casa estaba en ruinas, que habían derribado la ventana por donde se asomaba de ordinario mi bien amada y que en la morada reinaba un ambiente de tristeza y de profunda desolación. Entonces acudieron las lágrimas a mis ojos, y dije al esclavo: ¿Qué le ha deparado Alah al jeique Taher, ¡oh hermano mío!?" Me contestó: "La alegría abandonó la casa, y cayó sobre nosotros la desgracia desde que hubo de dejarnos un joven del país de Omán que se llamaba Abul-Hassán Al-Omaní. Este joven mercader estuvo aquí un año con la hija del jeique Taher; pero, como al cabo de ese tiempo se quedó sin dinero, nuestro amo el jeique le echó de la casa. Pero a nuestra ama la joven, que le amaba con un amor grande...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 525ª NOCHE

Ella dijo:

"...Pero a nuestra ama la joven, que le amaba con un amor grande, la afectó tanto aquella marcha, que cayó enferma de una grave enfermedad que la tuvo a la muerte. Entonces nuestro amo el jeique Taher, al ver la languidez mortal que padecía su hija, arrepintióse de lo que había hecho; y despachó correos en todas direcciones y para todos los países, a fin de dar con el joven Abul-Hassán, ¡y prometió cien mil dinares de recompensa a quien le trajera! Pero hasta el presente han sido vanos todos los esfuerzos de quienes le buscaron, pues ninguno pudo seguirle las huellas ni saber noticias suyas. ¡Así es que la joven hija del jeique está ahora a punto de exhalar el último suspiro!"

"Con el alma desgarrada de dolor, pregunté entonces al muchacho: "¿Y cómo está el jeique Taher?" Contestó: "¡Con todas esas cosas tiene una pena y un abatimiento tales, que ha vendido las jóvenes y los jóvenes, y se ha arrepentido amargamente ante Alah el Altísimo!"

Entonces dije al joven esclavo: "¿Quieres que te indique dónde se encuentra Abul-Hassán Al-Omaní? ¿Qué dirías, si así fuera?" Contestó él: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh hermano mío! hazlo! ¡Y habrás vuelto a la vida una amante, una hija a su padre, un enamorado a su amiga, y habrás sacado de la pobreza a tu esclavo y los padres de tu esclavo!"

Entonces le dije: "Ve en busca de tu amo el jeique Taher, y dile: "¡Me debes la recompensa prometida por la buena noticia! ¡Porque a la puerta de tu casa se encuentra Abul-Hassán Al-Omaní en persona!"

"Al oír estas palabras, el joven esclavo echó a correr con la rapidez del mulo que se escapa del molino; y en un abrir y cerrar de ojos, volvió acompañado del jeique Taher, padre de mi amiga. ¡Y cuán cambiado estaba! ¡Y cómo tenía ya la tez, tan fresca en otro tiempo y tan joven entonces, a pesar de su edad! En dos años había envejecido más de veinte.

Me reconoció al punto, y se arrojó a mi cuello y se puso a besarme llorando, y me dijo: "¡Oh mi señor! ¿qué fue de ti en tan larga ausencia? Por causa tuya está a las puertas de la tumba mi hija. ¡Ven! ¡Entra conmigo en la casa!" Y me hizo entrar, y empezó por ponerse de rodillas en el suelo para dar gracias a Alah por haber permitido nuestra reunión; y se apresuró a entregar al joven esclavo la recompensa de cien mil dinares prometida. Y el joven esclavo se retiró invocando sobre mí las bendiciones.

"Tras de lo cual el jeique Taher entró primero solo en el aposento de su hija para anunciarle sin brusquedad mi llegada. Le dijo pues: "Vengo a anunciarte la buena nueva, ¡oh hija mía! ¡Si consientes en comer un bocado y en ir a tomar un baño al hammam, te haré ver de nuevo, hoy mismo, a Abul-Hassán!"

Ella exclamó: "¡Oh padre! ¿es cierto lo que dices?" Él contestó: "¡Por Alah el Gloriosísimo, que es cierto lo que digo!" Entonces exclamó ella: "¡Ualahí!" Entonces el anciano se volvió hacia la puerta detrás de la cual estaba yo, y me gritó: "¡Entra ya, Abul-Hassán!" Y entré.

"Y he aquí ¡oh huéspedes míos! que no bien me advirtió y me reconoció ella, cayó desmayada, y transcurrió mucho tiempo sin que recobrara el sentido. Por fin pudo levantarse, y entre llantos de alegría y risas nos arrojamos uno en brazos de otro, y permanecimos mucho tiempo abrazados así, en el límite de la emoción y de la felicidad. Y cuando pudimos prestar atención a lo que pasaba en torno nuestro, vimos en medio de la sala de recepción al kadí y a los testigos, a quienes había llamado a toda prisa el jeique, y que acto seguido extendieron nuestro contrato de matrimonio. Y se celebraron nuestras nupcias con un fausto inusitado, entre regocijos que duraron treinta días y treinta noches.

"Y desde entonces ¡oh huéspedes míos! la hija del jeique Taher es mi esposa querida. ¡Y a ella fue a quien oísteis cantar esos aires melancólicos que le gustan y con los que recuerda las horas dolorosas de nuestra separación, sintiendo mejor la dicha perfecta en que transcurren los días de nuestra unión bendecida por el nacimiento de un hijo tan hermoso como su madre! Y voy a presentároslo en persona, ¡oh huéspedes míos...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 526ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y voy a presentároslo en persona, ¡oh huéspedes míos!"

Y así diciendo, Abul-Hassán, el joven amarillo, salió un momento y volvió llevando de la mano a un niño de diez años, hermoso como la luna en su decimocuarto día. Y le dijo: "¡Desea la paz a nuestros huéspedes!" Y el niño desempeñó su cometido con una gracia exquisita. Y el califa y sus acompañantes, disfrazados siempre, quedaron tan encantados de su belleza, de su gracia y de su amabilidad como de la historia extraordinaria de su padre. Y después de despedirse de su huésped, salieron maravillados de lo que acababan de ver y oír.

Y al día siguiente por la mañana, el califa Harún Al-Raschid, que no había cesado de pensar en aquella historia, llamó a Massrur, y le dijo: "¡Oh Massrur!" El interpelado contestó: "A tus órdenes, ¡Oh mi señor!" El califa dijo: "¡Vas a reunir inmediatamente en esta sala todo el tributo anual de oro que hemos percibido de Bagdad, todo el tributo de Bassra y todo el tributo de Khorassán!" Y al momento hizo Massrur llevar ante el califa y amontonar en la sala los tributos de oro de las tres grandes provincias del imperio, que ascendían a una suma que sólo Alah podría enumerar. Entonces el califa dijo a Giafar: "¡Oh Giafar!" El aludido contestó: "Aquí estoy, ¡oh Emir de los Creyentes!" El califa dijo: "¡Ve ya a buscar a Abul-Hassán Al-Omaní!" Giafar contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y al punto fue a buscar al joven, y le llevó todo tembloroso ante el califa, entre cuyas manos besó la tierra el recién llegado, manteniéndose con los ojos bajos e ignorante del crimen que habría podido cometer o el del motivo que reclamaba su presencia.

Entonces le dijo el califa: "¡Oh Abul-Hassán! ¿sabes los nombres de los mercaderes que fueron tus huéspedes ayer por la noche?" El joven contestó: "No, por Alah, ¡oh Emir de los Creyentes!" El califa se encaró entonces con Massrur, y le dijo: "¡Levanta el tapete que oculta los montones de oro!" Y cuando estuvo levantado el tapete, el califa dijo al joven: "¿Puedes decirme, al menos, si estas riquezas son más considerables que las que perdiste con la venta precipitada del trozo de concha, sí o no?"

Y estupefacto de ver al califa al corriente de aquella historia, Abul-Hassán murmuró, abriendo sus ojos dilatados: "¡Ualah! ¡oh mi señor, estas riquezas son infinitamente más considerables!" Y el califa le dijo: "¡Pues has de saber que tus huéspedes de ayer por la noche eran el quinto de los Bani-Abbas y sus visires y sus íntimos, y que todo ese oro amontonado ahí es de tu propiedad, como regalo de parte mía para indemnizarte de lo que perdiste en la venta del trozo de concha talismánica!"

Al oír estas palabras, se emocionó tanto Abul-Hassán, que dentro de él operóse otra revolución, y se le bajó del rostro el color amarillo para ser reemplazado en el instante por la sangre roja que afluyó a su cara y le devolvió su antigua tez blanca y sonrosada, resplandeciente cual la luna en la noche de su plenitud. Y haciendo que llevaran un espejo, se lo puso el califa delante del semblante a Abul-Hassán, que hubo de caer de rodillas para dar gracias al Liberador. Y después de hacer transportar a la morada de Abul-Hassán todo el oro acumulado, el califa le invitó a que fuera con frecuencia a hacerle compañía entre sus íntimos, y exclamó: "¡No hay otro Dios que Alah! ¡Gloria a Quien puede producir cambio y es el Único que permanece Incambiable e Inmutable! "

Y tal es, ¡oh rey afortunado —continuó Schehrazada— la Historia del joven amarillo. ¡Pero no puede sin duda compararse con la Historia de Flor-de-Granada y de Sonrisa-de-Luna!

Y exclamó el rey Schahriar: "¡Oh Schehrazada, no dudo de tus palabras! ¡Date prisa a contarme la historia de Flor-de-Granada y de Sonrisa-de-Luna, porque no la conozco!"

HISTORIA DE FLOR-DE-GRANADA Y DE SONRISA-DE-LUNA

Y dijo Schehrazada:

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que en la antigüedad de las edades y los años y los días de hace mucho tiempo, había en los países anamitas un rey llamado Schahramán, que residía en el Khorassán. Y aquel rey tenía cien concubinas, aquejadas de esterilidad todas, pues ninguna de ellas pudo tener un hijo, ni siquiera del sexo femenino. Y he aquí que estando un día el rey sentado en la sala de recepción en medio de sus visires, de sus emires y de los grandes del reino, y mientras charlaba con ellos no de enojosos asuntos de gobierno, sino de poesía, de ciencia, de historia y de medicina, y en general de cuanto pudiera hacerle olvidar la tristeza de su soledad sin posteridad y su dolor por no poder dejar a sus descendientes el trono que le legaron sus padres y sus antepasados, entró en la sala un joven mameluco, y le dijo: "¡Oh mi señor, a la puerta hay un mercader con una esclava joven y bella como jamás se vio!"

Y dijo el rey: "¡Qué me traigan, pues, al mercader y a la esclava!" Y el mameluco apresurose a introducir al mercader y a su hermosa esclava.

Al verla entrar, el rey la comparó en su alma con una fina lanza de un solo cuento; y como le envolvía la cabeza y le cubría el rostro un velo de seda azul listado de oro, el mercader se lo quitó; y al punto iluminóse con su belleza la sala, y su cabellera rodó por su espalda en siete trenzas macizas que le llegaron a las pulseras de los tobillos; se dirían las crines espléndidas de una yegua de raza noble, barriendo el suelo por debajo de la grupa. Y era real y tenía curvas maravillosas y desafiaba en flexibilidad de movimientos al tallo delicado del árbol ban. Sus ojos, negros y naturalmente alargados, estaban repletos de relámpagos destinados a atravesar los corazones; y sólo con mirarla curaríanse los enfermos y dolientes. En cuanto a su grupa bendita, cima de anhelos y deseos, era tan fastuosa, en verdad, que ni el propio mercader pudo encontrar un velo lo bastante grande para envolverla...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 527ª NOCHE

Ella dijo:

"...En cuanto a su grupa bendita, cima de anhelos y deseos, era tan fastuosa, en verdad, que ni el propio mercader pudo encontrar un velo lo bastante grande para envolverla.

Así es que el rey quedó maravillado de todo aquello hasta el límite de la maravilla, y preguntó al mercader: "¡Oh jeique! ¿cuánto cuesta esta esclava?" El mercader contestó: "¡Oh mi señor! yo se la compré a su primer amo por dos mil dinares; pero después he viajado con ella durante tres años para llegar hasta aquí, y he invertido en ella tres mil dinares más; ¡de modo que no es una venta lo que vengo a proponerte, sino un regalo que te ofrezco de mí para ti!" Y el rey quedó encantado con el lenguaje del mercader, y le puso un espléndido ropón de honor y mandó que le dieran diez mil dinares de oro. Y el mercader besó la mano del rey, y le dio gracias por su bondad y su munificencia, y se marchó por su camino.

Entonces dijo el rey a las intendentas y a las mujeres de palacio: "Conducidla al hammam y arregladla, y cuando hayáis hecho desaparecer en ella las huellas del viaje, no dejéis de ungirla con nardo y perfumes y de darle por aposento el pabellón de las ventanas que miran al mar". Y en aquella hora y aquel instante ejecutáronse las órdenes del rey.

Porque la capital en que reinaba el rey Schahramán se encontraba situada a la orilla del mar, efectivamente, y se llamaba la Ciudad Blanca. Y por eso, después del baño, las mujeres de palacio pudieron conducir a la joven extranjera a un pabellón con vistas al mar.

Entonces el rey, que sólo esperaba este momento, penetró en las habitaciones de la esclava. Pero se sorprendió mucho al ver que ella no se levantaba en honor suyo y no hacía de él más caso que si no estuviese allí. Y pensó él para sí: "¡Deben haberla educado gentes que no le enseñaron buenos modales!" Y la miró con más detenimiento, y ya no pensó en su falta de cortesía, pues tanto le encantaban su belleza y su rostro, que era una luna llena o una salida de sol en un cielo sereno.

Y dijo: "¡Gloria a Alah, que ha creado la Belleza para los ojos de sus servidores!" Luego sentóse junto a la joven, y la oprimió contra su pecho tiernamente. Después la sentó en sus rodillas y la besó en los labios, y saboreó su saliva, que hubo de parecerle más dulce que la miel. Pero ella no decía una palabra y le dejaba hacer, sin oponer resistencia ni mostrar ningún deseo. Y el rey mandó que sirvieran en la estancia un festín magnífico, y él mismo se dedicó a servirle de comer y a llevarle los bocados a los labios.

De cuando en cuando la interrogaba dulcemente por su nombre y por su país. Pero ella permanecía silenciosa, sin pronunciar una palabra y sin levantar la cabeza para mirar al rey, el cual la encontraba tan hermosa, que no podía decidirse a encolerizarse con ella. Y pensó: "¡Acaso sea muda! ¡Pero es imposible que el Creador haya formado semejante belleza para privarla de la palabra! ¡Sería una imperfección indigna de los dedos del Creador!"

Luego llamó a las servidoras para que le vertieran agua en las manos; y se aprovechó del momento en que le presentaban el jarro y la jofaina para preguntarles en voz baja: "¿La oísteis hablar cuando estuvisteis cuidándola?"

Ellas contestaron: "Lo único que podemos decir al rey es que en todo el tiempo que estuvimos junto a ella sirviéndola, bañándola, perfumándola, peinándola y vistiéndola, ni siquiera la hemos visto mover los labios para decirnos: "¡Esto está bien! ¡Esto otro no está bien!" Y no sabemos si será desprecio para nosotras o ignorancia de nuestra lengua o mudez; ¡pero lo cierto es que no hemos conseguido hacerla hablar ni una sola palabra de gratitud o de censura!"

Al oír este discurso de las esclavas y de las matronas, el rey llegó al límite del asombro, y pensando que aquel mutismo se debería a alguna pena íntima, quiso tratar de distraerla. A tal fin, congregó en el pabellón a todas las damas de palacio y a todas las favoritas, con objeto de que se divirtiese y se distrajera ella con las demás; y las que sabían tocar instrumentos de armonía los tocaron, en tanto que las otras cantaban, bailaban o hacían ambas cosas a la vez. Y aparecía satisfecho todo el mundo, excepto la joven, que continuó inmóvil en su sitio, con la cabeza baja y los brazos cruzados, sin reír ni hablar.

Al ver aquello, el rey sintió oprimírsele el pecho y ordenó a las mujeres que se retiraran. Y se quedó solo con la joven.

Después de intentar en vano sacarle una respuesta o una palabra, se acercó a ella y se puso a desnudarla...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 528ª NOCHE

Ella dijo:

"...Después de intentar en vano sacarle una respuesta o una palabra, se acercó a ella y se puso a desnudarla.

Empezó por quitarle delicadamente los velos ligeros que la envolvían; luego, uno tras otro, los siete trajes de colores y telas diferentes que la cubrían, y por último, la camisa fina y el amplio calzón con bellotitas de seda verde. Y vio debajo su cuerpo resplandeciente de blancura y su carne de pureza y de plata virgen.

Y la amó con un amor grande, y levantándose, la tomó su virginidad, y la encontró intacta y sin perforar. Y se regocijó y se deleitó en extremo con ello; y pensó: "¡Por Alah! ¿no es cosa prodigiosa que los diversos mercaderes hayan dejado intacta la virginidad de una joven tan bella y tan deseable?"

Y de tal manera se aficionó el rey a su nueva esclava, que abandonó por ella a todas las demás mujeres de palacio y a la favorita y los asuntos del reino, y se encerró con ella un año entero, sin cansarse ni por un momento de las delicias nuevas que descubría allí cada día.

Pero, con todo, no consiguió arrancarle una palabra o un mohín de asentimiento, ni interesarla en lo que hacía con ella y alrededor de ella. Y ya no sabía él cómo interpretar aquel silencio y aquel mutismo. Y ya no esperaba él hablar con ella por más recursos a que acudiese.

Pero, un día entre los días, estaba el rey sentado, como de costumbre, junto a su bella e insensible esclava, y su amor era más violento que nunca, y le decía: "¡Oh deseo de las almas! ¡oh corazón de mi corazón! ¡oh luz de mis ojos! ¿es que no sabes el amor que siento por ti, y que por tu belleza he abandonado a mis favoritas, a mis concubinas y los asuntos de mi reino, y que lo hice con gusto, y que estoy lejos de arrepentirme de ello, además?

¿No sabes que te he guardado como si fueras lo único que me corresponde y lo único que me agrada de todos los bienes de este mundo?

¡Ya hace ya más de un año que prolongo la paciencia de mi alma ignorando la causa de ese mutismo y de esa insensibilidad, sin llegar a adivinar de qué proviene!

Si eres realmente muda, házmelo comprender por señas, al menos, con el fin de que pierda toda esperanza de oírte jamás, ¡oh bienamada mía!

De no ser así, ¡pluguiera a Alah enternecer tu corazón e inspirarte, en su bondad, para que cesaras por fin en ese silencio que no merezco! Y si se me ha de rehusar este consuelo siempre, ¡haga Alah que te quedes encinta de mí y me des un hijo querido que me suceda en el trono legado por mis padres y mis antecesores! ¡Ay!, ¿no ves cómo envejezco solitario y sin posteridad, y que pronto no me será ya posible fecundar flancos jóvenes, pues estaré deshecho por la tristeza y por los años? ¡Ay! ¡ay! ¡oh tú! si por mí experimentas el más leve sentimiento de piedad o afección, respóndeme, dime solamente si estás encinta o no; ¡te lo suplico por Alah sobre ti! ¡Y muera yo después!"

Al oír estas palabras, la bella esclava, que había escuchado al rey con los ojos siempre bajos y las manos juntas sobre las rodillas en una postura inmóvil, según su costumbre, tuvo de repente, y por primera vez desde su llegada a palacio, una ligera sonrisa.

¡Sólo eso y nada más!

Al ver aquello, el rey llegó a tal emoción, que creyó que el palacio entero se iluminaba con un relámpago en medio de las tinieblas. Y se estremeció en su alma y se regocijó, y como después de semejante prueba ya no dudaba que consentiría ella en hablar, se arrojó a los pies de la joven y esperó que llegase el momento anhelado, con los brazos en alto y la boca entreabierta en actitud de orar.

Y de pronto levantó la cabeza la joven y habló así, sonriente: "¡Oh rey magnánimo, soberano nuestro! ¡oh león valeroso! ¡sabe...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 529ª NOCHE

Ella dijo:

...Y de pronto levantó la cabeza la joven y habló así, sonriente... "¡Oh rey magnánimo, soberano nuestro! ¡oh león valeroso! ¡sabe que Alah ha respondido a tu ruego, porque estoy encinta de ti! ¡Y en breve daré a luz! ¡Pero no sé si el hijo que llevo en mi seno es hembra o varón! ¡Sabe, además, que de no haberme fecundado tú, estaba completamente resuelta a no dirigirte la palabra nunca ni a decirte una sola frase en mi vida!"

Al oír estas palabras inesperadas, el rey sintió tanta alegría, que se encontró imposibilitado por el momento para articular una palabra o hacer un movimiento; luego se iluminó y se transfiguró su rostro; y se dilató su pecho; y se sintió él alzado de la tierra por la explosión de su júbilo. Y besó las manos a la joven y le besó la cabeza y la frente, y exclamó: "¡Gloria a Alah por haberme concedido dos gracias que anhelaba, ¡oh luz de mis ojos! ver que me hablas y oír que me anunciabas la nueva de tu embarazo! ¡Alhamdolillah! ¡la alabanza a Alah!

Luego se levantó el rey y salió de allí después de anunciar que volvería enseguida, y fue a sentarse con gran pompa en el trono de su reino; y se hallaba en el límite de la dilatación y de la satisfacción. Y dio orden a su visir para que anunciara a todo el pueblo el motivo de su alegría y distribuyera cien mil dinares entre los indigentes, las viudas y cuantos estaban en general necesitados, en acción de gracias a Alah (¡exaltado sea!). Y el visir ejecutó inmediatamente la orden que había recibido.

Entonces fue el rey en busca de su hermosa esclava, y se sentó junto a ella, y la apretó contra su corazón y la besó, y le dijo: "¡Oh dueña mía, oh reina de mi vida y de mi alma! ¿me dirás ahora por qué guardaste conmigo y con todos nosotros ese silencio inquebrantable de día y de noche desde hace un año que entraste en nuestras moradas, y por qué te decidiste a dirigirme la palabra hoy solamente?" La joven contestó: "¿Cómo no guardar silencio, ¡oh rey! si me veía reducida aquí a la condición de esclava y convertida en una pobre extranjera con el corazón roto, separada para siempre de mi madre, de mi hermano, de mis parientes, y alejada de mi país natal?"

El rey contestó: "¡Tomo parte en tus penas y las comprendo! Pero, ¿cómo me dices que eres una pobre extranjera, cuando eres ama y reina de este palacio, y cuanto hay en él es de tu propiedad, y yo mismo, el rey soy un esclavo a tu servicio? ¡En verdad que no son oportunas esas palabras! Y si tenías pena por estar separada de tus padres, ¿por qué no me lo dijiste para que yo enviara a buscarlos y te reuniera aquí con ellos?"

Al oír estas palabras, la bella esclava dijo al rey: "Sabe, pues, ¡oh rey! que me llamo Gul-i-anar, lo que en la lengua de mi país significa Flor-de-Granada; y he nacido en el mar, donde era rey mi padre. Cuando mi padre murió, tuve queja un día por ciertos procederes de mi madre, que se llama Langosta, y de mi hermano, que se llama Saleh; y juré que ya no permanecería en el mar con ellos, y que saldría a la orilla y me entregaría al primer hombre de la tierra que me gustara. Así, pues, una noche en que mi madre la reina y mi hermano Saleh se habían dormido temprano y nuestro palacio se hallaba sumido en el silencio submarino, me escapé de mi aposento, y subiendo a la superficie del agua, fui a tenderme a la luz de la luna en la playa de una isla. Y halagada por el fresco delicioso que caía de las estrellas y acariciada por la brisa de tierra, me dejé invadir del sueño. Y de pronto me desperté al sentir caer sobre mí una cosa, y me vi presa de un hombre que cargó conmigo a su espalda, y a pesar de mis gritos y lamentos, me transportó a su casa, donde me tiró de espaldas y quiso tomarme por la fuerza. Pero al ver que aquel hombre era feo y olía mal, no quise dejarme poseer, y con todas mis fuerzas le aplique en el rastro un puñetazo que le hizo rodar por el suelo a mis pies, y me arrojé sobre él y le administré tal paliza, que no quiso tenerme ya consigo y me condujo a toda prisa al zoco, donde me subastó y hubo de venderme a ese mercader al cual me compraste tú mismo, ¡oh rey! Y como ese mercader era un hombre lleno de conciencia y de rectitud, no quiso robarme mi virginidad al verme tan joven; y me llevó a viajar con él y me condujo entre tus manos. ¡Y tal es mi historia! Pero al entrar aquí, yo estaba completamente resuelta a no dejarme poseer; y me hallaba decidida a arrojarme al mar por las ventanas del pabellón para reunirme con mi madre y mi hermano a la primera violencia de parte tuya. Y por orgullo guardé silencio durante todo este tiempo. Mas, al ver que tu corazón me amaba verdaderamente y que por mí habías abandonado a todas tus favoritas, empecé a sentirme conquistada por tus buenos modales. Y al notarme, por último, encinta de ti, acabé por amarte, y deseché toda idea de escaparme en lo sucesivo y de saltar a mi patria el mar. Y además, ¿con qué cara y con qué audacia iba a hacerlo ahora que estoy encinta y mi madre y mi hermano casi se morirían de pena al verme en tal estado y al saber mi unión con un hombre de la tierra, pues no me creerían si les dijese que había llegado a ser la Reina de Persia y del Khorassán y la esposa del más magnánimo de los sultanes? Y he aquí lo que tenía que decirte, ¡oh rey Schahramán! ¡Uassalam...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 530ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y he aquí lo que tenía que decirte, ¡oh rey Schahramán! ¡Uassalam!"

Al oír este discurso, el rey besó a su esposa entre los ojos, y le dijo: "¡Oh encantadora Flor-de-Granada! ¡oh oriunda del mar! ¡oh maravillosa! ¡oh princesa, luz de mis ojos! ¿qué maravillas acabas de revelarme? ¡Si un día me dejaras, aunque no fuese más que por un instante, moriría yo en el mismo momento ciertamente!"

Luego añadió: "¡Pero, ¡oh Flor-de-Granada! me has dicho que naciste en el mar y que tu madre Langosta y tu hermano Saleh habitaban en el mar con tus demás parientes, y que tu padre, cuando vivía, era rey del mar! Pero no comprendo del todo la existencia de los seres marítimos, y hasta el presente, me parecieron cosas de viejas las historias que me contaron a ese respecto. Sin embargo, puesto que me hablas de ello, y tú misma eres oriunda del mar, no dudo de la realidad de esos hechos, y te suplico que me ilustres acerca de tu raza y de los pueblos desconocidos que habitan tu patria. Dime sobre todo cómo es posible vivir, obrar y moverse en el agua sin sofocarse ni ahogarse. ¡Porque es la cosa más prodigiosa que he oído en mi vida!"

Entonces contestó Flor-de-Granada: "¡Claro que te lo diré todo, y de corazón amistoso! Sabe que, por virtud de los nombres grabados en el sello de Soleimán ben-Daúd (¡con ambos la plegaria y la paz!), vivimos y andamos por el fondo del mar como se vive y anda por la tierra; y respiramos en el agua como se respira en el aire; y el agua en vez de asfixiarnos, contribuye a nuestra vida, y ni siquiera moja nuestras vestiduras; y no nos impide ver en el mar, donde tenemos los ojos abiertos sin ninguna dificultad; y poseemos vista tan excelente, que atraviesa las profundidades marinas, a pesar de su espesor y de su extensión, y nos permite distinguir todos los objetos lo mismo cuando los rayos del sol penetran hasta nosotros que cuando la luna y las estrellas se miran en nuestras aguas.

En cuanto a nuestro reino, es mucho más vasto que todos los reinos de la tierra, y está dividido en provincias con ciudades muy populosas. Y según las regiones que ocupan esos pueblos, tienen costumbres y usos diferentes y también, como ocurre en la tierra, diferente conformación; unos son peces; otros medio peces, medio humanos, con cola en lugar de pies y de trasero, y otros, como nosotros, completamente humanos, y creyendo en Alah y en su Profeta, y hablando un lenguaje que es el mismo en que está grabada la inscripción del sello de Soleimán. Respecto a nuestras moradas, ¡son palacios espléndidos, de una arquitectura que jamás podríais imaginar en la tierra! Son de cristal de roca, de nácar, de coral, de esmeralda, de rubíes, de oro, de plata y de toda clase de metales preciosos y de pedrerías, sin hablar de las perlas, que cualesquiera que sean su tamaño y su belleza, no se estiman entre nosotros y sólo adornan las viviendas de los pobres y de los indigentes. Por último, como nuestro cuerpo está dotado de una agilidad y una flexibilidad maravillosas, no necesitamos, cual vosotros, caballos y carros para utilizarlos como medios de transporte, aunque los tenemos en nuestras cuadras para servirnos de ellos solamente en las fiestas, los regocijos públicos y las expediciones lejanas. ¡Desde luego, esos carros están construidos con nácar y metales preciosos, y van provistos de asientos y tronos de pedrerías, y son tan hermosos nuestros caballos marinos, que ningún rey de la tierra los posee semejantes! Pero no quiero ¡oh rey! hablarte ya más tiempo de los países marinos, pues me reservo para contarte en el transcurso de nuestra vida, que será larga si Alah quiere, una infinidad de nuevos detalles que acabarán de ponerte al corriente en esta cuestión que te interesa. Por el momento me apresuraré a abordar un asunto mucho más apremiante y que te atañe más directamente.

Quiero hablarte de los partos de las mujeres. ¡Sabe, en efecto, ¡oh dueño mío! que los partos de las mujeres de mar son absolutamente distintos a los partos de las mujeres de tierra! ¡Y como está ya próximo el momento de dar yo a luz, temo mucho que las comadronas de tu país no sepan prestarme los auxilios del caso! Te ruego, pues, que me permitas que vengan a verme mi madre Langosta y mi hermano Saleh y mis demás parientes; y me reconciliaré con ellos, y ayudadas por mi madre, velarán mis primas por la seguridad de mi parto y cuidarán del recién nacido, heredero de tu trono...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 531ª NOCHE

Ella dijo:

"...y ayudadas por mi madre, velarán mis primas por la seguridad de mi parto y cuidarán del recién nacido, heredero de tu trono". Al oír estas palabras, el rey exclamó maravillado: "¡Oh Flor-de-Granada, tus deseos constituyen mi norma de conducta, y yo soy el esclavo que obedece a las órdenes de su ama! Pero dime ¡oh maravillosa! ¿cómo vas a arreglarte en tan poco tiempo para avisar a tu madre, a tu hermano y a tus primas, y para hacer que vengan antes de que des a luz, estando el momento tan próximo? ¡De todos modos, conviene que yo sepa de antemano cuándo llegarán, para hacer los preparativos necesarios y recibirles con todos los honores que merecen!" Y contestó la joven reina: "¡Oh dueño mío, entre nosotros no hay necesidad de ceremonias! Y además, mis parientes, estarán aquí dentro de un instante. Y si quieres ver cómo van a llegar, no tienes más que entrar en esta habitación contigua a la mía, y mirarme y mirar también las ventanas que dan al mar".

El rey Schahramán entró al punto en la estancia contigua, y miró con atención lo que iba a hacer Flor-de-Granada a la vez que lo que iba a producirse sobre el mar.

Y Flor-de-Granada sacó de su seno dos trozos de madera de áloe de las Islas Comores, los puso en un braserillo de oro, y los quemó. Y cuando se disipó el humo, lanzó ella un silbido prolongado y agudo, y pronunció sobre el braserillo palabras desconocidas y fórmulas conjuratorias. Y en el mismo momento se conmovió y se agitó el mar, y salió primero del agua un joven como la luna, hermoso y de buen aspecto, y parecido en la cara y en la elegancia a su hermana Flor-de-Granada; y eran blancas y sonrosadas sus mejillas, y sus cabellos y su bigote naciente eran de un verde mar; y como dice el poeta, era él más maravilloso que la propia luna, porque la luna no tiene por morada ordinaria más que un solo signo del cielo, ¡mientras que aquel joven habita indistintamente en los corazones todos! Tras de lo cual salió del mar una vieja muy anciana, de cabellos blancos, que era la llamada Langosta, la madre del joven y de Flor-de-Granada. E inmediatamente la siguieron cinco muchachas jóvenes cual lunas, que tenían cierto parecido con Flor-de-Granada, de la que eran primas.

Y el joven y las seis mujeres echaron a andar por el mar, y a pie enjuto llegaron bajo las ventanas del pabellón. Y de un salto consiguieron entrar uno tras otro por la ventana donde se les había aparecido Flor-de-Granada, que hubo de retirarse para dejarles pasar.

Entonces el príncipe Saleh y su madre y sus primas se arrojaron al cuello de Flor-de-Granada, y la besaron con efusión, llorando de alegría al encontrarla, y le dijeron: "¡Oh Gul-i-anar! ¿cómo tuviste valor para abandonarnos y tenernos durante cuatro años sin noticias tuyas y sin indicarnos siquiera el lugar donde te encontrabas? ¡Ualah! el mundo nos pesaba de tan abrumados como estábamos por el dolor de la separación! ¡Y ya no experimentábamos placer en comer ni en beber, porque todos los alimentos resultaban insípidos para nuestro gusto! ¡Y no sabíamos más que llorar y sollozar día y noche, poseídos por el dolor intensísimo que nos producía tu separación! ¡Oh Gul-ianar! ¡mira cómo ha enflaquecido y empalidecido de tristeza nuestro rostro!"

Y al oír estas palabras, Flor-de-Granada besó la mano a su madre y a su hermano, el príncipe Saleh, y besó de nuevo a sus queridas primas, y les dijo a todos: "¡Es verdad! ¡caí en falta gravemente para con vuestra ternura, marchándome sin preveniros! Pero, ¿qué se puede hacer contra el Destino? ¡Alegrémonos de habernos encontrado ahora, y demos gracias por ello a Alah el Bienhechor!" Luego les hizo sentarse a todos cerca de ella, ¡y les contó toda su historia desde el principio hasta el fin! Pero sería inútil repetirla. Luego añadió: "Y ahora que estoy casada con este rey excelente y perfecto hasta el límite de las perfecciones, el cual me ama y al cual amo, y que me ha dejado encinta, os hice venir para reconciliarme con vosotros y rogaros que me asistáis en el parto. ¡Porque no tengo confianza en las comadronas terrestres, que no entienden nada respecto a partos de hijas del mar!"

Entonces contestó su madre, la reina Langosta: "¡Oh hija mía! ¡Al verte en este palacio de un príncipe de la tierra, tuvimos miedo de que no fueses dichosa; y estábamos dispuestos a rogarte que nos siguieras a nuestra patria, porque ya sabes cuánto es nuestro deseo de saber que eres dichosa y vives tranquila y sin preocupaciones! Pero desde el momento en que nos afirmas que eres dichosa, ¿qué cosa mejor podríamos desearte?

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 532ª NOCHE

Ella dijo:

"...Pero desde el momento en que nos afirmas que eres dichosa, ¿qué cosa mejor podríamos desearte? Y sin duda, sería tentar al Destino el querer casarte con uno de nuestros príncipes del mar, a despecho de la suerte contraria". Y contestó Flor-de-Granada: "¡Sí, ¡por Alah! aquí estoy en el límite de la tranquilidad, de las delicias, de los honores, de la felicidad y de mis aspiraciones todas!"

¡Eso fue todo!

Y el rey oía lo que decía Flor-de-Granada; y se regocijaba en su corazón, y la agradecía en el alma estas buenas palabras; y la amó entonces mil millares de veces más que antes; y el amor que la tenía se consolidó para siempre en el núcleo de su corazón; y se prometió darle nuevas pruebas de afecto y de pasión en todas las ocasiones posibles.

Tras de lo cual Flor-de-Granada llamó con una palmada a sus esclavas, y les dio orden de que pusieran el mantel y sirvieran los manjares, cuyo condimento fue ella misma a vigilar en la cocina.

Y las esclavas llevaron bandejas grandes cubiertas de carnes asadas, de pasteles y de frutas; y Flor-de-Granada invitó a sus parientes a que se sentaran con ella alrededor del mantel y comieran. Pero ellos contestaron: "¡No, ¡por Alah! no lo haremos de ningún modo antes de que hayas ido a prevenir de nuestra llegada a tu esposo, el rey! ¡Porque hemos entrado en su morada sin su permiso, y no nos conoce! ¡Sería una falta de educación comer en su palacio y aprovecharnos de su hospitalidad sin saberlo él! ¡Ve, pues a prevenirle, y dile cuán dichosos nos sentimos al verle y compartir con él el pan y la sal!"

Entonces Flor-de-Granada fue en busca del rey, que se mantenía escondido en la estancia contigua, y le dijo: "¡Oh dueño mío, sin duda oirías que te elogié ante mis parientes, y que estaban decididos a llevarme con ellos si les hubiese dicho la menor cosa que les hiciera creer que no era feliz contigo!"

Y contestó el rey: "¡Ya lo he oído y lo he visto! ¡En esta hora bendita tuve la prueba de tu adhesión a mí, y ya no puedo dudar de tu afecto!" Flor-de-Granada dijo: "De modo que, en vista de las alabanzas que de ti les hice, mi madre, mi hermano y mis primas experimentan por ti un afecto considerable, y puedo asegurarte que te quieren mucho. ¡Me han dicho que no se conformaban con volver a su país sin haberte visto, haberte presentado sus homenajes y formulado sus deseos de paz, y haber charlado contigo amistosamente! ¡Así, pues, te ruego que te prestes a sus deseos, a fin de que les veas y te vean, y reine entre vosotros el afecto puro y la amistad!"

Y el rey contestó: "¡Escuchar es obedecer, porque también es ése mi deseo!" Y al instante se levantó y acompañó a Flor-de-Granada a la sala en que se hallaban sus parientes.

Y en cuanto entró les deseó la paz de la manera más cordial, y le devolvieron ellos la zalema; y besó él la mano de la vieja reina Langosta, y abrazó al príncipe Saleh, y los invitó a todos a sentarse. Entonces le cumplimentó el príncipe Saleh, y le manifestó la alegría que experimentaban todos por ver a Flor-de-Granada convertida en la esposa de un gran rey, en vez de haber caído en las manos de un bruto que la habría desflorado para dársela luego en matrimonio a algún chambelán o a su cocinero. Y le expresó cuánto querían todos a Flor-de-Granada, y que antiguamente, antes de que ella fuese púber, habían pensado en casarla con algún príncipe del mar; pero empujada por su destino, se escapó de los países submarinos para casarse a su gusto. Y contestó el rey: "¡Sí! Alah me la tenía destinada. ¡Y os doy las gracias a ti, suegra mía, reina Langosta, y a ti, príncipe Saleh, y también a mis amables primas, por vuestros votos y cumplimientos y por haber dado vuestro consentimiento para mi matrimonio!"

Luego el rey les invitó a sentarse con él alrededor del mantel, y estuvo charlando con ellos mucho tiempo con toda cordialidad, y después condujo a cada uno por sí mismo a su aposento.

Así es que los parientes de Flor-de-Granada permanecieron en el palacio, en medio de fiestas y regocijos dados en su honor, hasta el parto de la reina, que no tardó en llegar. Porque al cabo del término fijado, parió ella, entre las manos de la reina Langosta y de sus primas, un hijo varón igual que la luna llena, y sonrosado y rollizo. Y envuelto en mantillas magníficas, se lo presentaron a su padre, el rey, que le recibió con los transportes de una alegría que ni la pluma ni la lengua sabrían describir. Y en acción de gracias, hizo él muchas dádivas a los pobres, a las viudas y a los huérfanos, y mandó abrir las cárceles y dar libertad a todos sus esclavos de ambos sexos; pero los esclavos no quisieron libertad, de tan dichosos como se encontraban dependiendo de un amo semejante.

Más tarde, al cabo de siete días de regocijos continuos, en medio de las felicidades todas, la reina Flor-de-Granada dio a su hijo el nombre de Sonrisa-de-Luna, con el asentimiento de su esposo, de su madre y de sus primas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 533ª NOCHE

Ella dijo:

"...la reina Flor-de-Granada dio a su hijo el nombre de Sonrisa-de-Luna, con el asentimiento de su esposo, de su madre y de sus primas.

Entonces el príncipe Saleh, cogió al pequeñuelo en sus brazos, y empezó a besarle y a acariciarle de mil maneras, paseándole por la habitación y sosteniéndole en el aire con las manos; y de pronto tomó impulso, y desde la altura del palacio saltó al mar, sumergiéndose y desapareciendo con el niño.

Al ver aquello, el rey Schahramán empezó a lanzar gritos desesperados y a golpearse la cabeza, poseído de espanto y de dolor, hasta el punto de que parecía que se iba a morir. Pero la reina Flor-de-Granada, lejos de mostrarse asustada o afligida por semejante cosa, dijo al rey con seguro acento: "¡Oh rey del tiempo! no te desesperes por tan poco y estate sin ningún temor por tu hijo, pues yo, que sin duda quiero a ese niño mucho más que tú, estoy tranquila sabiendo que se encuentra con mi hermano, el cual no hubiera hecho lo que acaba de hacer si el pequeño fuese a sufrir la menor incomodidad o a enfriarse o a mojarse solamente. ¡Ten la seguridad de que el niño no corre ningún riesgo ni peligro por parte del mar, aunque sea tuya la mitad de su sangre! Porque a causa de la otra mitad de su sangre, que es mía, puede impunemente vivir en el agua como en la tierra. ¡No te alarmes más, por tanto, y persuádete de que mi hermano no tardará en volver con el niño en buena salud!"

Y la reina Langosta y las jóvenes parientes del niño confirmaron al rey las palabras de su esposa. Pero el rey no empezó a calmarse hasta no ver que el mar se conmovía y agitaba y que de su seno entreabierto salía con el pequeñuelo en brazos el príncipe Saleh, que de un salto se elevó por el aire y entró en la sala superior por la misma ventana por donde había salido. Y el pequeño estaba tan tranquilo como si se hallase en el regazo de su madre, y sonreía cual la luna en su decimocuarto día.

Al ver aquello, el rey se tranquilizó por completo y quedóse maravillado; y el príncipe Saleh le dijo: "Por lo visto, ¡oh rey! te asustaste mucho al verme saltar y hundirme en el mar con el pequeñuelo". Y contestó el rey: "Sí, por cierto, ¡oh hijo del tío! ¡fue extremado mi espanto, y hasta desesperaba de volver a verle nunca sano y salvo!" El príncipe Saleh dijo:

"En adelante, no tengas por él ningún temor, porque está para siempre al abrigo de los peligros del agua, del ahogo, de asfixia, de la humedad y de otras cosas parecidas, y durante toda su vida podrá sumergirse en el mar y pasearse por él a su antojo; pues le hice adquirir el mismo privilegio que tienen nuestros propios hijos nacidos en el mar, y para ello le he frotado las pestañas y los párpados con cierto kohl que conozco, pronunciando sobre él las palabras misteriosas grabadas en el sello de Soleimán ben-Daúd (¡con ambos la plegaria y la paz!)

Después de pronunciado este discurso, el príncipe Saleh entregó el pequeñuelo a su madre, que le dio de mamar; luego sacó de su cinturón el príncipe un saco que tenía la boca sellada, e hizo saltar el sello, y habiéndolo abierto, lo cogió por la parte de abajo y vertió sobre la alfombra el contenido. Y el rey vio titilar diamantes grandes como huevos de paloma, barras de esmeralda de medio pie de longitud, sartas de perlas gordas, rubíes de talla y color extraordinarios y toda clase de joyas a cual más maravillosas. Y todas estas piedras lanzaban mil fulgores multicolores que alumbraban la sala con una armonía de luces semejantes a las que se ven en sueños. Y el príncipe Saleh dijo al rey: "Esto es un regalo que traigo, para que me dispenséis de haber venido aquí la vez primera con las manos vacías. ¡Pero entonces no sabía yo dónde se encontraba mi hermana Flor-de-Granada, y no podía figurarme que su feliz destino la hubiese puesto en el camino de un rey como tú! ¡Este regalo, sin embargo, no es nada en comparación de los que pienso hacerte en días venideros!" Y el rey no supo cómo dar gracias a su cuñado por aquel regalo, y encaróse con Flor-de-Granada, y le dijo: "¡Verdaderamente, estoy en extremo confuso por la generosidad de tu hermano para conmigo, y por la magnificencia de este regalo, que no tiene igual en la tierra y una de cuyas piedras sola vale tanto como mi reino entero!"

Y Flor-de-Granada dio las gracias a su hermano por haber pensado en cumplir con los deberes de parentesco; pero él encaróse con el rey, y le dijo: "¡Por Alah, ¡oh rey! que no es digno de tu rango esto! En cuanto a nosotros, jamás podremos pagar lo bastante las deudas que tu bondad nos hizo contraer contigo; y aunque mil años pasáramos todos nosotros sirviéndote por encima de nuestras caras y de nuestros ojos, no podríamos devolverte lo que te debemos; porque todo es poco en proporción de los derechos que sobre nosotros tienes".

Al oír estas palabras, el rey abrazó al príncipe Saleh, y le dio gracias calurosamente. Luego le obligó a permanecer todavía en el palacio con su madre y sus primas cuarenta días, transcurridos entre fiestas y regocijos. Pero al cabo de este tiempo, el príncipe Saleh se presentó al rey y besó la tierra entre sus manos. Y el rey le dijo: "Habla, ¡oh Saleh! ¿Qué deseas?" El príncipe contestó: "¡Oh rey del tiempo! en verdad que nos has anegado con tus favores, pero venimos a pedirte permiso para partir, ¡porque nuestra alma anhela vivamente volver a ver nuestra patria, a nuestros parientes y a nuestras moradas, de la que estuvimos alejados tanto tiempo! ¡Y además, una estancia demasiado prolongada en tierra es dañosa para nuestra salud, pues estamos acostumbrados al clima submarino...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 534ª NOCHE

Ella dijo:

"...una estancia demasiado prolongada en tierra es dañosa para nuestra salud, pues estamos acostumbrados al clima submarino!" Y contestó el rey: "¡Qué pena es para mí eso!, ¡Oh Saleh!" Saleh dijo: "¡Y también para nosotros! Pero ¡oh rey! vendremos de cuando en cuando para rendirte nuestros homenajes y ver de nuevo a Flor-de-Granada y a Sonrisa-de-Luna". Y dijo el rey: "¡Sí, ¡por Alah! hacedlo, y con frecuencia! Por lo que a mí respecta, siento mucho no poder acompañarte, así como a la reina Langosta y a mis primas, a tu país submarino, ¡pero temo mucho al agua!" Entonces despidiéronse de él todos, y después de haber besado a Flor-de-Granada y a Sonrisa-de-Luna, se tiraron por la ventana uno tras otros y se sumergieron en el mar.

¡Y esto en lo que atañe a ellos!

¡Pero he aquí ahora lo referente al pequeño Sonrisa-de-Luna! Su madre, Flor-de-Granada, no quiso confiarle a nodrizas, y le dio el pecho ella misma hasta que llegó el niño a la edad de cuatro años, a fin de que con su leche chupase todas las virtudes marinas. Y como se había alimentado tanto tiempo con la leche de su madre, oriunda del mar, el niño se puso más hermoso y más robusto cada día; y a medida que avanzaba en edad, aumentaba en fuerza y en encantos; y cuando de tal suerte llegó a los quince años, fue el joven más hermoso, el más fuerte, el más diestro en los ejercicios corporales, el más sabio y el más instruido entre los hijos de los reyes de su tiempo. Y en todo el inmenso imperio de su padre no se hablaba en las conversaciones de otra cosa que de sus méritos, de sus encantos y de sus perfecciones, ¡porque era verdaderamente hermoso!

Y no exageraba el poeta que decía de él:

¡El bozo adolescente ha trazado dos líneas en sus mejillas encantadoras, ¡dos líneas negras sobre color de rosa, ámbar gris sobre perlas o azabache sobre manzanas!

¡Bajo sus lánguidos párpados, se alojan dardos asesinos, ¡y a cada una de sus miradas, parten y matan!

¡En cuanto a la embriaguez, no la busquéis en los vinos! ¡No os la proporcionarían al igual de sus mejillas enrojecidas por vuestros deseos y su pudor!

¡Oh bordados, maravillosos y negros bordados dibujados en sus mejillas resplandecientes, sois un rosario de granos de almizcle alumbrados por una lámpara que arde en las tinieblas!

Así es que el rey, que quería a su hijo con un cariño muy grande y veía en él tantas cualidades reales, sintiéndose ya él mismo envejecer y acercarse al término de su destino, pensó asegurarle en vida la sucesión al trono. A tal fin, convocó a sus visires y a los grandes de su imperio, que sabían cuán digno de sucederle era por todos conceptos el joven príncipe, y les hizo prestar juramento de obediencia a su nuevo rey; luego descendió del trono ante ellos, se quitó de su cabeza la corona y la puso con sus propias manos en la cabeza de su hijo Sonrisa-de-Luna; y le alzó de los brazos y le hizo subir y sentarse en el trono en lugar suyo; y para afirmar bien que en adelante le entregaba toda su autoridad y su poderío, besó la tierra entre sus manos y levantándose le besó la mano y la orla de su manto real, y bajó a colocarse debajo de él, a la derecha, mientras a la izquierda se mantenían los visires y los emires.

Al punto el nuevo rey Sonrisa-de-Luna se puso a juzgar, a resolver los asuntos pendientes, a nombrar para empleos a los que merecían algún favor, a destituir a los prevaricadores, a defender los derechos del débil contra el fuerte y los del pobre contra el rico, y a administrar justicia con tanta prudencia, equidad y discernimiento, que maravilló a su padre y a los antiguos visires de su padre y a todos los circunstantes. Y no levantó el diwán hasta mediodía.

Entonces, acompañado de su padre el rey, entró en el aposento de su madre la reina oriunda del mar; y llevaba en la cabeza la corona de oro de la realeza, y de aquel modo estaba verdaderamente como la luna. Y al verle tan hermoso con aquella corona, su madre corrió a él, llorando de emoción, y se arrojó a su cuello, abrazándole con ternura y efusión; luego le besó la mano y le deseó un reinado próspero, larga vida y victorias sobre los enemigos.

De tal suerte vivieron los tres en medio de la dicha y el amor de sus súbditos, durante el transcurso de un año, al cabo del cual el viejo rey Schahramán sintió un día que le latía el corazón precipitadamente y sólo tuvo el tiempo justo para besar a su esposa y a su hijo y hacerles sus últimas recomendaciones. Y murió con mucha tranquilidad, y se albergó en la misericordia de Alah (¡exaltado sea...!)

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 535ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y murió con mucha tranquilidad, y se albergó en la misericordia de Alah (¡exaltado sea!) Y fueron grandes el duelo y la aflicción de Flor-de-Granada y del rey Sonrisa-de-Luna, y lloraron al difunto un mes entero sin ver a nadie, y le erigieron una tumba digna de su memoria, dedicándole bienes de mano muerta a beneficio de los pobres, de las viudas y de los huérfanos.

Y en este intervalo presentáronse para tomar parte en la aflicción general la abuela del rey, la reina Langosta, y el tío del rey, el príncipe Saleh, y las tías del rey, oriundas del mar, que ya en vida del viejo rey, habían ido a visitar a sus parientes varias veces. Y lloraron mucho por no haber podido asistir a sus últimos momentos. E hicieron común su dolor; y se consolaban mutuamente por turno; y después de mucho tiempo, acabaron por conseguir que el rey olvidara un poco la muerte de su padre, y le decidieron a que reanudara sus sesiones del diwán y se ocupara de los asuntos de su reino. Y les escuchó él, y tras mucha resistencia, consintió en vestir de nuevo sus trajes reales, recamados de oro y constelados de pedrerías, y en ceñir la diadema. Y empuñó otra vez la autoridad e hizo justicia con la aprobación universal y el respeto de grandes y pequeños; y así se pasó otro año.

Pero una tarde, el príncipe Saleh, que desde hacía algún tiempo no había vuelto a ver a su hermana y a su sobrino, salió del mar y entró en la sala donde se hallaba en aquel momento la reina y Sonrisa-de-Luna. Y les hizo sus zalemas, y les besó; y Flor-de-Granada le dijo: "¡Oh hermano mío! ¿cómo estás, y cómo está mi madre, y cómo están mis primas?" El príncipe contestó: "¡Oh hermana mía! ¡están muy bien y viven en la tranquilidad y el contento, y no les falta más que ver tu rostro y el rostro de mi sobrino el rey Sonrisa-de-Luna!" Y se pusieron a charlar de unas cosas y de otras, comiendo avellanas y alfónsigos; y el príncipe Saleh empezó a hablar, con grandes alabanzas, de las cualidades de su sobrino Sonrisa-de-Luna, de su belleza, de sus encantos, de sus proporciones, de sus modales exquisitos, de su destreza en los torneos y de su sabiduría. Y el rey Sonrisa-de-Luna, que estaba allí acostado en el diván y con la cabeza apoyada en los almohadones; al oír lo que decían de él su madre y su tío, no quiso aparentar que les escuchaba, y fingió dormir. Y de aquella manera pudo oír cómodamente lo que seguían diciendo acerca de él.

En efecto, al ver dormido a su sobrino, el príncipe Saleh habló con más libertad a su hermana Flor-de-Granada, y le dijo: "¡Olvidas, hermana mía, que pronto va a cumplir tu hijo diez y siete años, y que ésa ya es edad de pensar en casar a los hijos! Por eso al verle tan hermoso y tan fuerte, como sé que a su edad se tienen necesidades que es preciso satisfacer de una manera o de otra, tengo miedo de que le sucedan cosas desagradables. ¡Es de todo punto necesario, pues, casarle, buscándole entre las hijas del mar una princesa que le iguale en encantos y en belleza!"

Y contestó Flor-de-Granada: "¡Ciertamente, es también ése mi íntimo deseo, porque no tengo más que un hijo, y ya es tiempo de que él tenga asimismo un heredero para el trono de sus padres! ¡Te ruego, pues, ¡oh hermano mío! que traigas a mi memoria las jóvenes de nuestro país, porque hace tanto tiempo que abandoné el mar, que ya no me acuerdo de las que son hermosas y de las que son feas!"

Entonces Saleh púsose a enumerar a su hermana las princesas más hermosas del mar, una tras otra, aquilatando cuidadosamente sus cualidades, y el pro y el contra, y las ventajas y desventajas. Y a cada vez contestaba la reina Flor-de-Granada: "¡Ah! ¡no, no quiero a ésta por su madre, ni a ésa por su padre, ni a aquélla por su tía, que tiene la lengua muy larga; ni a aquélla otra por su abuela, que huele mal; ni a la de más allá, por su ambición y sus ojos vacíos!"

Así, sucesivamente, fue rehusando a todas las princesas que Saleh le enumeraba.

Entonces le dijo Saleh: "¡Oh hermana mía, razón te asiste para contentarte difícilmente al escoger esposa a tu hijo, que no tiene igual en la tierra ni debajo del mar! ¡Pero ya te he enumerado todas las jóvenes disponibles, y no me queda por proponerte más que una!"

Luego se interrumpió, y dijo, dudando: "Antes conviene que me cerciore de que mi sobrino está bien dormido; porque no puedo hablarte de esa joven delante de él: ¡tengo mis motivos para tomar esta precaución...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 536ª NOCHE

Ella dijo:

"...no puedo hablarte de esa joven delante de él: ¡tengo mis motivos para tomar esta precaución!"

Entonces Flor-de-Granada se acercó a su hijo, y le tentó, y le palpó, y le escuchó respirar; y como parecía él sumido en un sueño pesado, pues había comido un guiso de cebollas que le gustaba mucho y que le procuraba de ordinario una siesta muy profunda, la reina dijo a Saleh: "¡Duerme! ¡Puedes explicar lo que tengas que proponer!"

El príncipe dijo: "Has de saber ¡oh hermana mía! que si tomo esta precaución es porque tengo que hablarte ahora de una princesa del mar que es extremadamente difícil de obtener en matrimonio, no por ella, sino por su padre, el rey. Por eso no conviene que mi sobrino oiga hablar de ella mientras no estemos seguros de la cosa; porque ya sabes ¡oh hermana mía! que el amor se transmite por el oído con más frecuencia que por los ojos entre nosotros los musulmanes, cuyas mujeres e hijas llevan tapado el rostro con el velo púdico". Y dijo la reina: "¡Oh hermano mío, tienes razón! ¡porque el amor al principio es un poco de miel que no tarda en transformarse en un vasto mar salado de perdición! ¡Pero, por favor, dime pronto el nombre de esa princesa y de su padre!" Saleh dijo: "Es la princesa Gema, hija del rey Salamandra el marino".

Al escuchar este nombre, exclamó Flor-de-Granada: "¡Ah! ¡ya me acuerdo ahora de esa princesa Gema! Cuando yo habitaba todavía en el mar, era una niña de un año apenas, pero hermosa entre todas las niñas de su edad. ¡Qué maravillosa debe estar ahora!" Saleh contestó: "¡Maravillosa es, en verdad, y ni sobre la tierra ni en los reinos que hay debajo de las aguas, se ha visto una belleza semejante! ¡Oh! ¡es deliciosa y gentil y dulce y sabrosa y encantadora, hermana mía! ¡Y tiene un color! ¡Y unos cabellos! ¡Y unos ojos! ¡Y un talle! ¡Y una grupa! ¡ah! pesada, tierna y firme a la vez y floja, y redonda por todas partes sin excepción! ¡Cuando se balancea, da envidia a la rama del ban! ¡Cuando se vuelve hacia ellos, se ocultan los antílopes y las gacelas! ¡Cuando se descubre, avergüenza al sol y a la luna! ¡Cuando se mueve, derriba! ¡Cuando se apoya, mata! ¡Y cuando se sienta, es la huella que deja tan profunda, que no desaparece ya! ¿Cómo no llamarla entonces Gema, si es tan brillante y tan perfecta?"

Y contestó Flor-de-Granada: "¡En verdad que su madre estuvo bien inspirada por Alah el Omnisciente al darle ese nombre! ¡He ahí la que verdaderamente conviene para esposa a mi hijo Sonrisa-de-Luna!"

¡Eso fue todo! ¡Y Sonrisa-de-Luna fingía dormir, pero se deleitaba en su alma, y se estremecía pensando en poseer pronto a aquella princesa marina tan fina y opulenta!

Pero Saleh añadió enseguida: "¡Sin embargo, ¡oh hermana mía! el padre de la princesa Gema, el rey Salamandra, es un hombre brutal, grosero, detestable! ¡Ya negó a su hija a varios príncipes que se la pedían en matrimonio, y les expulsó ignominiosamente después de molerles los huesos! ¡Así es que no estoy seguro de la acogida que nos haga ni de cómo va a parecerle nuestra petición! ¡Y heme aquí en el límite de la perplejidad a causa de eso!"

La reina contestó: "¡Muy delicado es el asunto! ¡Y necesitamos pensarlo mucho antes y no sacudir el árbol antes de que la fruta esté madura!"

Y Saleh dijo en conclusión: "¡Sí, reflexionemos, y ya veremos luego!"

Después, como en aquel momento Sonrisa-de-Luna hacía ademán de despertarse, cesaron de hablar, pensando reanudar más tarde la conversación en el punto en que la dejaban. ¡Y he aquí lo referente a ellos!

En cuanto a Sonrisa-de-Luna, se levantó acto seguido, como si no hubiera oído nada, y se desperezó tranquilamente; pero dentro de sí su corazón se abrasaba de amor y se arrugaba cual si estuviese en un brasero lleno de carbones ardiendo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 537ª NOCHE

Ella dijo:

"...pero dentro de sí su corazón se abrasaba de amor y se arrugaba cual si estuviese en un brasero lleno de carbones ardiendo.

No obstante, se guardó mucho de decir a su madre y a su tío la menor palabra acerca del particular, y se retiró temprano y pasóse solo toda aquella noche, poseído por aquel tormento tan nuevo para él; y también a su vez reflexionó sobre el medio mejor para llegar más pronto al término de sus deseos. Y no hay para qué decir que estuvo sin cerrar los ojos un instante hasta por la mañana.

Así es que se levantó al alba y fue a despertar a su tío Saleh, que había pasado la noche en el palacio, y le dijo: "¡Oh tío mío, deseo pasearme esta mañana por la playa, pues tengo oprimido el pecho, y me lo dilatará el aire del mar!" Y contestó el príncipe Saleh: "¡Escuchar es obedecer!" Y saltó sobre ambos pies, y salió a la playa con su sobrino.

Caminaron juntos mucho tiempo, sin que Sonrisa-de-Luna dirigiese la palabra a su tío. Y estaba pálido, con lágrimas en el ángulo de los ojos. Y he aquí que de pronto se detuvo, y sentándose en una roca, improvisó estos versos y los cantó, mirando al mar:

Si me dijeran
En medio del incendio, mientras llamea mi corazón,
Si me dijeran:
"¿Prefieres verla o beber un sorbo de agua fresca y pura?
¿Qué responderías?"
"¡Verla y morir!"
¡Oh corazón que tan tierno te volviste,
Desde que se incrustó en ti la Gema de Salamandra!

Cuando el príncipe Saleh hubo oído estos versos cantados tristemente por su sobrino el rey, se golpeó las manos una contra otra en el límite de la desesperación, y exclamó: "¡La ilah ill'Alah! ¡ua Mahomed rassul Alah! ¡Y no hay majestad y poderío más que en Alah el Glorioso, el Magno! ¡Oh hijo mío! ¿Oíste la conversación que ayer sostuve con tu madre, respecto a la princesa Gema, hija del rey Salamandra el marino? ¡Oh qué calamidad para nosotros! ¡Porque yo veo ¡oh hijo mío! que ya se preocupan mucho de ella tu espíritu y tu corazón, aunque no se ha conseguido nada todavía y la cosa es difícil de arreglar!"

Sonrisa-de-Luna contestó: "¡Oh tío mío, necesito a la princesa Gema, y no a otra! ¡Sin ella, moriré!"

El príncipe dijo: "¡Entonces, ¡oh hijo mío! volvamos a ver a tu madre a fin de que la ponga yo al corriente de tu estado, y le pida permiso para llevarte conmigo al mar e ir al reino de Salamandra el marino a pedir para ti en matrimonio a la princesa Gema!"

Pero Sonrisa-de-Luna exclamó: "¡No, ¡oh tío mío! no quiero pedir a mi madre un permiso que sin duda ha de negarme! Porque temerá por mí, ante el rey Salamandra, que tiene malos modales; y también me dirá que mi reino no puede permanecer sin rey, y que los enemigos del trono se aprovecharán de mi ausencia para usurparme el puesto. ¡Conozco a mi madre, y de antemano sé lo que ha de decirme!"

Luego Sonrisa-de-Luna se echó a llorar copiosamente delante de su tío, y añadió: "¡Quiero ir contigo enseguida a ver al rey Salamandra, sin prevenir a mi madre! ¡Y volveremos muy pronto, antes de que tenga ella tiempo de advertir mi ausencia!"

Cuando el príncipe Saleh vio que su sobrino se obstinaba en aquella determinación, no quiso afligirle más, y dijo: "¡Pongo mi confianza en Alah, y venga lo que venga!" Luego se quitó del dedo una sortija en la cual había grabados algunos nombres entre los nombres, y se la puso en el dedo a su sobrino, diciéndole:

"¡Esta sortija te protegerá más aún contra los peligros submarinos y acabará por otorgarte nuestras virtudes marítimas!"

Y añadió enseguida: "¡Haz lo que yo!" Y saltó con ligereza en el aire, abandonando la roca. Y Sonrisa-de-Luna le imitó, golpeando el suelo con el pie, y abandonó la roca para elevarse por los aires con su tío. Y describieron una curva descendente en dirección al mar, en el cual se sumergieron ambos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 538ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y describieron una curva descendente en dirección al mar, en el cual se sumergieron ambos.

Y Saleh quiso enseñar primero a su sobrino su morada submarina, a fin de que la reina Langosta pudiese recibir en su casa al hijo de su hija y de que las primas de Flor-de-Granada tuviesen la alegría de ver de nuevo en su casa a su pariente. Y no fue mucho el tiempo que invirtieron en llegar; y el príncipe Saleh introdujo enseguida a Sonrisa-de-Luna en el aposento de la abuela. Precisamente entonces estaba la reina Langosta sentada en medio de sus parientes las jóvenes: y en cuanto vio entrar a Sonrisa-de-Luna, le reconoció y estornudó de gusto. Y Sonrisa-de-Luna acercóse a ella y le besó la mano, y besó la mano de sus parientes; y todas le besaron con emoción, lanzando agudos gritos de alegría; y la abuela le hizo sentarse al lado suyo y le besó entre los dos ojos, y le dijo: "¡Oh bendita llegada! ¡Oh día de leche! Tú iluminas la morada, ¡oh hijo mío! ¿Cómo está tu madre Flor-de-Granada?" El joven contestó: "¡Goza de excelente salud y de dicha perfecta, y me encarga que os transmita sus zalemas a ti y a las hijas de su tío!" ¡Eso fue lo que dijo! Pero no era verdad, puesto que partió sin despedirse de su madre. En tanto, mientras Sonrisa-de-Luna se alejaba con sus parientes, que le llevaron consigo para enseñarle todas las maravillas de su palacio, el príncipe Saleh se apresuró a poner a su madre al corriente del amor que le había entrado por la oreja a su sobrino y se había apoderado de su corazón, sólo con el relato de los encantos de la princesa Gema, hija del rey Salamandra. Y le contó la aventura, desde el principio hasta el fin, y añadió: "¡Y no ha venido aquí conmigo más que para pedírsela en matrimonio a su padre!"

Cuando la abuela del rey Sonrisa-de-Luna oyó estas palabras de Saleh, hubo de llegar al límite de la indignación contra su hijo, y le reprochó violentamente que no tomara bastantes precauciones para hablar de la princesa Gema en presencia de Sonrisa-de-Luna, y le dijo: "¡Ya sabes, sin embargo, qué hombre tan violento, tan lleno de arrogancia y de estupidez es el rey Salamandra, y con qué avaricia guarda a su hija, que ya se la ha rehusado a tantos príncipes jóvenes! ¡Y te atreves a ponernos en una situación humillante ante él, obligándonos a hacerle una petición que rechazará sin duda! ¡Y entonces, nosotros, que tan alto ponemos nuestro honor, nos veremos muy humillados y volveremos seguramente con el mayor de los desencantos!

¡En verdad, hijo mío, que en ninguna ocasión y de ninguna manera debiste pronunciar el nombre de esa princesa, sobre todo delante del hijo de tu hermana, aunque estuviese dormido por un narcótico!"

Saleh contestó: "¡Así es; pero la cosa ya está hecha, y el joven se halla tan enamorado de la joven, que moriría si no la poseyese, según me ha afirmado! Y después de todo, ¿qué tiene esto de extraordinario? ¡Sonrisa-de-Luna es tan hermoso, por lo menos, como la princesa Gema, y desciende de un ilustre linaje de reyes, y él mismo es rey de un poderoso imperio terrestre! ¡Porque no es el único rey ese estúpido Salamandra! Y además, ¿qué podría éste replicar a lo que yo no respondiese cumplidamente? ¡Me dirá que su hija es rica, y le diré que nuestro hijo es más rico! ¡Que su hija es hermosa; pero nuestro hijo es más hermoso! ¡Que su hija es de noble linaje; pera nuestro hijo es de un linaje todavía más noble! ¡Y así sucesivamente, ¡oh madre mía! hasta que le convenza de que todo es beneficioso para él si consiente en ese matrimonio! ¡Al fin y al cabo, yo, por mi indiscreción, soy el causante de esto, y justo es que me comprometa a llevarlo a buen término, aun a riesgo de que me muelan los huesos y me vea precisado a rendir el alma!"

Al ver que, efectivamente, ya no quedaba más que aquella solución, la vieja reina Langosta dijo suspirando: "¡Cuán preferible hubiese sido, hijo mío, no suscitar nunca una cuestión tan peligrosa! Sin embargo; puesto que así lo quiso el Destino, me resigno, aunque de mala gana, a permitirte marchar. ¡Pero deja conmigo a Sonrisa-de-Luna hasta tu regreso, pues no quiero que se exponga antes de que sepamos nada en concreto! Márchate, pues, sin él, ¡y sobre todo, mide tus palabras, no vaya a ser que una expresión impropia enfurezca a ese rey brutal y grosero que no tiene en cuenta nada y trata a todo el mundo con el mismo desprecio!" Y contestó Saleh: "¡Escucho y obedezco!"

Se levantó entonces y llevóse consigo dos sacos grandes llenos de valiosos regalos destinados al rey Salamandra; y cargó aquellos dos sacos a la espalda de dos esclavos, y con ellos emprendió la ruta marina que conducía al palacio del rey Salamandra...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 539ª NOCHE

Ella dijo:

"...y con ellos emprendió la ruta marina que conducía al palacio del rey Salamandra.

Al llegar al palacio, el príncipe Saleh pidió permiso para entrar a hablar al rey; y se lo concedieron. Y entró en la sala donde se hallaba el rey marino Salamandra, sentado en un trono de esmeraldas y jacintos. Y Saleh formuló ante él sus deseos de paz con las maneras más escogidas, y depositó a sus pies los dos sacos grandes, llenos de magníficos regalos, que llevaban a la espalda los esclavos. Y al ver aquello, el rey correspondió a los deseos de paz de Saleh, le invitó a sentarse, y le dijo:

"¡Bienvenido seas, príncipe Saleh! ¡Hace ya mucho tiempo que no te veo, lo cual me entristecía bastante! ¡Pero date prisa ya a pedirme lo que te haya impulsado a venir a verme; porque cuando se hace un regalo, siempre es con la esperanza de obtener en cambio una cosa equivalente! ¡Habla, pues, y veré si puedo hacer algo por ti!"

Entonces Saleh se inclinó profundamente ante el rey por segunda vez, y dijo: "¡Sí, estoy comisionado para una cosa que no quiero obtener más que de Alah y del rey magnánimo, del valiente león, del hombre generoso que ha extendido la fama de su gloria, de su magnificencia, de su liberalidad, de su esplendidez, de su clemencia y de su bondad, a lo largo de las tierras y los mares, haciendo que hablen de ella por la tarde con admiración las caravanas debajo de las tiendas de campaña!"

Al oír este discurso, el rey Salamandra, muy preocupado, frunció las cejas, y dijo: "¡Presenta tu demanda, ¡oh Saleh! pues entrará en un oído sensible y en un espíritu bien dispuesto! Si puedo satisfacerte, lo haré inmediatamente; pero si no puedo, no será por mala voluntad. ¡Porque Alah ¡oh Saleh! no pide a un alma lo que rebasa de su capacidad!"

Entonces Saleh se inclinó ante el rey más profundamente todavía que las dos veces anteriores, y dijo: "¡Oh rey del tiempo, en verdad que lo que tengo que pedirte puedes concedérmelo, pues depende de tu poder y de tu única autoridad! ¡Y claro es que no me hubiera aventurado a venir a pedírtelo si de antemano no tuviese la certeza de que cabía en las posibilidades! Porque ha dicho el sabio: "¡Si quieres que se te atienda, no pidas lo imposible!" ¡Y yo ¡oh rey! (¡Alah te conserve para dicha nuestra!)

no soy un demente ni un importuno! ¡Helo aquí, pues! ¡Sabe ¡oh rey lleno de gloria! que vengo a ti solamente como intermediario! ¡Y lo hago ¡oh rey magnánimo! ¡oh generoso! ¡oh el más grande! para pedirte la perla única, la joya inestimable, el tesoro sellado, tu hija la princesa Gema, en matrimonio para mi sobrino el rey Sonrisa-de-Luna, hijo del rey Schahramán y de mi hermana la reina Flor-de-Granada, y señor de la Ciudad-Blanca y de los reinos terrestres que se extienden desde las fronteras de Persia hasta los límites extremos del Khorassán!"

Cuando el rey Salamandra el marino hubo oído este discurso de Saleh, echóse a reír de tal manera, que se cayó de trasero, ¡y en el suelo siguió convulsionándose y estremeciéndose a la vez que agitaba las piernas en el aire! Tras de lo cual se levantó, y mirando a Saleh en silencio, le gritó de pronto: "¡Hola! ¡Hola!" Y de nuevo se echó a reír convulso, y con tanta fuerza y durante tanto tiempo, que acabó por soltar un cuesco retumbante.

Y así fue como se calmó, y dijo a Saleh: "¡En verdad ¡oh Saleh! que te creí siempre un hombre sensato y equilibrado, pero al presente veo cuánto me engañaba! Dime qué fue de tu buen sentido y de tu razón para que te atrevieras a hacerme una petición tan loca".

Pero Saleh contestó, sin inmutarse ni perder la serenidad: "¡No lo sé! ¡Sin embargo, lo cierto es que mi sobrino el rey Sonrisa-de-Luna es por lo menos tan hermoso y tan rico y de tan noble linaje como tu hija la princesa Gema! Y si la princesa Gema no nació para semejante matrimonio, ¿quieres decirme para qué nació entonces? Porque, ¿no ha dicho el sabio: «¡A la joven sólo le queda el matrimonio o la tumba!»? ¡Por eso no se conocen solteronas entre nosotros los musulmanes! ¡Date prisa, pues, ¡oh rey! a aprovecharte de esta ocasión para salvar de la tumba a tu hija!"

Al oír estas palabras, el rey Salamandra llegó al límite del furor, e irguiéndose sobre ambos pies, con las cejas contraídas y los ojos inyectados en sangre, gritó a Saleh: "¡Oh perro de los hombres! ¿Acaso pueden tus semejantes pronunciar en público el nombre de mi hija? ¿Quién eres tú, pues, más que un perro hijo de perro? ¿Y quién es tu hermana? ¡Perros, hijos de perros todos!" Luego encaróse con sus guardias, y les gritó: "¡Ah de vosotros! ¡apoderaos de ese alcahuete y moledle los huesos!"

Al punto se precipitaron sobre Saleh los guardias y quisieron cogerle y derribarle; pero rápido como el relámpago, se les escapó él de las manos y salió para ponerse en fuga. Pero con extremada sorpresa vio que fuera había mil jinetes montados en caballos marinos, y cubiertos con corazas de acero y armados de pies a cabeza, y todos eran parientes suyos y gentes de su casa. ¡Y acababan de llegar en aquel mismo instante, enviados por su madre la reina Langosta, quien, presintiendo el mal recibimiento que pudiera hacerle el rey Salamandra, pensó en mandar a aquellos mil hombres para que le defendiesen de cualquier peligro!

Entonces Saleh les contó en pocas palabras lo que acababa de pasar, y les gritó: "Y ahora, ¡sus, a ese rey estúpido y loco!"

A la sazón se apearon de sus caballos los mil guerreros, desenvainaron sus espadas y se precipitaron en masa, detrás del príncipe Saleh, en la sala del trono...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 540ª NOCHE

Ella dijo:

"...A la sazón se apearon de sus caballos los mil guerreros, desenvainaron sus alfanjes y se precipitaron en masa, detrás del príncipe Saleh, en la sala del trono.

En cuanto al rey, cuando vio entrar con estrépito aquel torrente súbito de guerreros enemigos que se esparcían como las tinieblas de la noche, no perdió la serenidad, y gritó a sus guardias: "¡Sus, y a ese macho cabrío y a su rebaño de cobardes! ¡Y que estén más cerca de su cabeza vuestras espadas que de sus lenguas su saliva!"

Y al punto lanzaron los guardias su grito de guerra: "¡Paso a Salamandra!" Y los guerreros de Saleh lanzaron su grito de guerra: "¡Paso a Saleh!" ¡Y se abalanzaron y chocaron ambos bandos cual las olas del mar tumultuoso! ¡Y el corazón de los guerreros de Saleh era más firme que la roca, y sus espadas veloces se pusieron a cumplir los designios del Destino! ¡Y Saleh el valeroso, el héroe con corazón de granito, el jinete de la espada y de la lanza, hería cuellos y atravesaba pechos con un ímpetu que derribaría las rocas de las montañas!

¡Oh, qué refriega más terrible! ¡Qué espantosa carnicería! ¡Qué de gritos sofocados en las gargantas por las puntas de las lanzas oscuras!

¡Cuántas mujeres hubieron de quedarse viudas con sus hijos huérfanos...!

¡Y seguía el combate encarnizado, repercutían las armas, gemían los cuerpos aquejados de heridas dolorosas, y temblaban las tierras submarinas bajo el choque de los guerreros obstinados! Pero ¿qué pueden los sables y las armas todas contra los designios del Destino?

¿Y desde cuándo pueden las criaturas retardar o adelantar la hora marcada para su término fatal?

Así es que, al cabo de una hora de lucha, los corazones de los guardias de Salamandra no tardaron en ser cual vasos frágiles; y todos, hasta el último, cubrieron el suelo alrededor del trono de su rey. ¡Y al ver aquello, Salamandra se sintió poseído de una rabia tal, que sus compañones extraordinarios, que le colgaban hasta las rodillas, se le encogieron hasta el ombligo! Y echando espuma precipitóse contra Saleh, que hubo de recibirle con la punta de su lanza, y le gritó: "¡Ya estás ¡oh pérfido y brutal! en el límite extremo del mar de la perdición!" Y con un golpe retumbante, le tiró al suelo y le sujetó sólidamente hasta que sus guerreros le ayudaron a cargarle de ligaduras y a atarle los brazos detrás de la espalda.

¡Y esto en cuanto a todos ellos!

¡Pero he aquí lo referente a la princesa Gema y a Sonrisa-de-Luna!

Desde que oyó los primeros ruidos de la batalla que se libraba en el palacio, la princesa Gema había huido enloquecida, con una de sus servidoras, llamada Mirta, y atravesando las regiones marinas, había subido a la superficie del agua, continuando en su carrera hasta que tocó en una isla desierta, donde hubo de refugiarse, ocultándose en la copa de un árbol grande y frondoso. Y su servidora Mirta la imitó y se ocultó también en la copa de otro árbol al que había trepado.

Pero quiso el Destino que ocurriese lo propio en el palacio de la reina Langosta. En efecto, los dos esclavos que habían acompañado al príncipe Saleh al palacio de Salamandra para llevar los sacos de regalos, en cuanto empezó la batalla apresuráronse asimismo a ponerse en salvo y a correr para anunciar el peligro a la reina Langosta. Y el joven rey Sonrisa-de-Luna, que hubo de interrogar a los esclavos cuando llegaron, se alarmó mucho con aquellas noticias poco tranquilizadoras y se consideró como la causa principal del gran peligro que corría su tío y del trastorno producido en el imperio submarino.

Así es que, como se sentía muy tímido en presencia de su abuela Langosta, no había tenido valor para presentarse a ella después de saber el peligro en que, por causa suya, se encontraba su tío el príncipe Saleh. Y aprovechóse del momento en que su abuela escuchaba la relación de los esclavos, para salir del fondo del mar y subir a la superficie, a fin de volver junto a su madre Flor-de-Granada en la Ciudad-Blanca. Pero como ignoraba el camino que tenía que seguir, se extravió y llegó a la misma isla desierta en que se había refugiado la princesa Gema.

No bien tocó tierra, como se notaba fatigado por la carrera penosa que acababa de emprender, fue a echarse al pie del mismo árbol en que se hallaba la princesa Gema. ¡Y no sabía que el destino de cada hombre le acompaña por donde va, corre más de prisa que el viento y no hay remisión para aquel a quien persigue! Y no sospechaba lo que le reservaba la suerte misteriosa desde el fondo de la eternidad.

Una vez que se hubo echado, pues, al pie del árbol, apoyó la cabeza en el brazo para dormir, y de pronto, al levantar los ojos hacia la copa del árbol, se encontró con la mirada de la princesa y con su rostro, y en un principio creyó ver la propia luna entre las ramas, y exclamó: "¡Gloria a Alah, que ha creado la luna para iluminar los crepúsculos y aclarar la noche!"

Luego, al mirar con más atención, advirtió que se trataba de una belleza humana, y que la tal pertenecía a una joven cual la luna...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 541ª NOCHE

Ella dijo:

"...advirtió que se trataba de una belleza humana, y que la tal pertenecía a una joven cual la luna. "¡Por Alah! ¡voy a subir enseguida a alcanzarla y a preguntarle su nombre! ¡Porque se parece de un modo asombroso al retrato admirable que de la princesa Gema me hizo mi tío Saleh! ¿Y quién sabe si no será ella misma? ¡Quizá emprendiera la fuga desde el palacio de su padre en cuanto comenzó el combate!" Y en extremo emocionado, saltó sobre sus pies, y erguido bajo el árbol, alzó los ojos hacia la joven, y le dijo:

"¡Oh cima suprema de todo deseo! ¿quién eres y por qué motivo te encuentras en esta isla y en la copa de este árbol?" Entonces inclinóse un poco la princesa hacia el hermoso joven y le sonrió, y dijo con una voz cantarina como el agua: "¡Oh joven encantador! ¡oh hermosísimo! yo soy la princesa Gema, hija del rey Salamandra el marino! ¡Y estoy aquí porque he huido de mi patria, y de las moradas de mi patria, y de mi padre y de mi familia, para escapar a la triste suerte de los vencidos! Porque a esta hora el príncipe Saleh ha debido reducir a la esclavitud a mi padre después de exterminar a todos sus guardias. ¡Y debe estar buscándome por todo el palacio!

¡Ay! ¡ay! ¡Qué duro será el lejano destierro de los míos!

¡Qué desgraciada suerte la de mi padre, el rey! ¡Ay! ¡ay!" Y de sus hermosos ojos cayeron gruesas lágrimas sobre el rostro de Sonrisa-de-Luna, que alzó los brazos con un ademán de emoción y sorpresa, y acabó por exclamar: "¡Oh princesa Gema, alma de mi alma! ¡oh ensueño de mis noches sin sueño! ¡baja de este árbol, por favor, pues soy el rey Sonrisa-de-Luna, hijo de Flor-de-Granada, la reina oriunda del mar, como tú! ¡Oh! ¡baja, porque soy el que asesinaron tus ojos, el esclavo cautivo de tu belleza!"

Y exclamó, entusiasmada la joven: "¡Ya Alah! ¡oh mi señor! ¿conque eres tú el hermoso Sonrisa-de-Luna, sobrino de Saleh e hijo de la reina Flor-de-Granada?"

El joven dijo: "¡Claro que sí! ¡Pero te ruego que bajes!" Ella dijo: "¡Oh, qué poco acertado estuvo mi padre al rehusar para su hija un esposo como tú! ¿Qué más podía desear? ¡Oh querido mío, no te enfades por la negativa irreflexiva de mi padre, pues te amo yo! ¡Y si tú me amas un poco, yo te amo una inmensidad! ¡Desde que te vi, el amor que por mí sientes se albergó en mi hígado, y me he convertido en víctima de tu hermosura!"

Y después de pronunciar estas palabras, se deslizó a lo largo del árbol hasta caer en brazos de Sonrisa-de-Luna, que la apretó contra su pecho en el límite del júbilo y la devoró a besos dados por todas partes, mientras ella le devolvía cada caricia y cada movimiento. Y con aquel contacto delicioso, sintió Sonrisa-de-Luna que cantaban todos los pájaros de su alma, y exclamó: "¡Oh soberana de mi corazón! ¡oh princesa Gema tan deseada, por quien también abandoné, en verdad, mi reino, mi madre y el palacio de mis padres! ¡mi tío Saleh apenas me detalló la cuarta parte de tus encantos, siendo insospechables para mí las otras tres cuartas partes! ¡Y no pesó en presencia mía más que un quilate de los veinticuatro quilates de tu belleza, oh toda de oro!"

Habiendo dicho estas palabras, siguió cubriéndola de besos y acariciándola de mil maneras. Luego, abrasándose de deseos por deleitarse al fin con aquella grupa de bendiciones, deslizó su mano hacia las borlas del cordón. Y cual si quisiera ayudarle en esta operación, se levantó la joven, alejóse algunos pasos, y de repente extendió la mano rectamente en dirección a él, y escupiéndole en el rostro seco, le gritó:

"¡Oh terrestre, abandona la forma humana, y conviértete en un pajarraco blanco con el pico y las patas rojos!" ¡Y al punto Sonrisa-de-Luna, en el límite de la estupefacción, quedó transformado en un pájaro de plumas blancas, de alas pesadas e incapaces de volar, y con pico y patas rojos!

¡Y se puso a mirar a la joven con lágrimas en los ojos!

Entonces la princesa Gema llamó a su servidora Mirta, y le dijo "¡Coge a este pájaro, que es el sobrino del mayor enemigo de mi padre, de ese Saleh el alcahuete que combatió a mi padre, y llévale a la Isla Seca, que no está lejos de aquí, a fin de que se muera de sed y de hambre...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 542ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Coge a este pájaro, y llévale a la Isla Seca, a fin de que se muera de sed y de hambre!"

¡Eso fue todo!

Porque la princesa Gema se había mostrado tan graciosa con Sonrisa-de-Luna sólo para acercarse a él sin inconvenientes y poder de tal modo metamorfosearle en pájaro destinado a morir de inanición, vengando así a su padre y a los guardias de su padre.

¡Y he aquí lo referente a ella!

¡Volvamos ahora con el pájaro blanco! Cuando la servidora Mirta, por obedecer a su ama Gema, le cogió a pesar de los aleteos desesperados y de los gritos roncos que el animal lanzaba, sintió lástima de él y no tuvo valor para transportarle a la Isla Seca, donde le esperaba una muerte tan cruel, y dijo para su ánima sensible: "¡Mejor será que le lleve a un paraje donde no pueda morir de manera tan cruel y donde aguarde su destino! ¡Porque quién sabe si mi ama no se arrepentirá pronto de su primer impulso, una vez calmada su cólera y me regañará por haberla obedecido con demasiada diligencia!" En vista de eso, transportó al cautivo a una isla verdeante, cubierta de toda clase de árboles frutales y regada por frescos arroyos, y le abandonó allí para volver al lado de su ama.

Pero dejemos por el momento en la isla verde al pájaro, y en la otra isla a la princesa Gema, y veamos lo qué fue del príncipe Saleh, vencedor de Salamandra.

Una vez que hizo encadenar al rey Salamandra, le encerró en uno de los aposentos del palacio, y se hizo proclamar rey en su lugar. Luego se apresuró a buscar por todas partes a la princesa Gema; pero claro es que no la encontró. Y cuando vio que eran inútiles todas sus pesquisas, regresó a su antigua residencia para poner a su madre la reina Langosta al corriente de lo que acababa de pasar.

Después le preguntó: "¡Oh madre mía! ¿dónde está mi sobrino el rey Sonrisa-de-Luna?" Ella contestó: "¡No sé! Debe estar paseando con sus parientes. ¡Pero voy a enviar ya a buscarle!" Y cuando decía estas palabras, entraron los parientes sin que estuviese él entre ellos. Y enviaron a buscarle por todas partes; pero claro es que en ninguna parte le encontraron.

Entonces fue extremado el dolor del rey Saleh, de la abuela y de las parientes; y se lamentaron y lloraron mucho. Más tarde Saleh, con el pecho oprimido, se vio obligado a mandar que previnieran de la cosa a su hermana, la reina Flor-de-Granada la marina, madre de Sonrisa-de-Luna.

Flor-de-Granada, en el límite de la desesperación, se apresuró a sumergirse en el mar y a correr al palacio de su madre Langosta. Y tras los primeros abrazos y llantos, preguntó: "¿Dónde está mi hijo el rey Sonrisa-de-Luna?" Y después de largos preámbulos y de silencios pletóricos de lágrimas, la vieja madre contó a su hija toda la historia, desde el principio hasta el fin. Pero no hay utilidad de repetirla. Luego añadió: "¡Y por más pesquisas que hizo tu hermano Saleh, el cual ha sido proclamado rey en lugar de Salamandra, no pudo dar todavía con las huellas de nuestro hijo Sonrisa-de-Luna, ni tampoco con las de la princesa Gema, hija de Salamandra!"

Cuando Flor-de-Granada hubo oído estas palabras, el mundo se ennegreció ante ella, y la desolación entró en su corazón, y los sollozos de la desesperación la sacudieron toda. Y durante largo tiempo no se oyeron en el palacio submarino más que los gritos de duelo de las mujeres, e hipos de dolor.

Pero pronto hubo que pensar en remediar un estado de cosas tan anormal y desolador. Así es que la abuela fue la primera que secó sus lágrimas, y dijo: "¡Hija mía, no te entristezcas con exceso el alma por esta aventura, pues no hay razón para que tu hermano no encuentre por fin a tu hijo Sonrisa-de-Luna! En cuanto a ti, si quieres verdaderamente a tu hijo y velas por sus intereses, lo mejor que puedes hacer es volver a tu reino para dirigir los asuntos y mantener secreta para todos la desaparición de tu hijo. ¡Y Alah proveerá!"

Flor-de-Granada contestó: "Tienes razón, madre mía. ¡Emprenderé el regreso! ¡Pero por favor te ruego que no ceses de pensar en mi hijo, y que no desmaye nadie en las pesquisas! ¡Porque si le sucediera algún mal, moriría sin remisión, yo, que sólo veo la vida a través de él y sólo cuando le veo disfruto de alegría!" Y contestó la reina Langosta: "¡Claro, hija mía, que lo haré de todo corazón afectuoso! ¡No tengas, pues, ningún temor por eso, y tranquiliza completamente tu espíritu!"

Entonces Flor-de-Granada se despidió de su madre, de su hermano y de sus primas, y con el pecho muy oprimido y el alma muy triste, regresó a su reino y a su ciudad...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 543ª NOCHE

Ella dijo:

...regresó a su reino y a su ciudad.

¡Pero volvamos ahora a la isla verdeante donde la joven Mirta, la de alma sensible, depositó a Sonrisa-de-Luna, transformado por la princesa Gema en pájaro blanco con pico y patas rojos!

Cuando el pájaro Sonrisa-de-Luna se vio abandonado por la caritativa Mirta, se echó a llorar copiosamente; luego, como tenía hambre y sed, se puso a comer frutas y a beber agua corriente, pensando siempre en su mala suerte y asombrándose de verse convertido en pájaro. Y por más que intentó servirse de sus alas para volar, no pudieron sostenerle en el aire, porque era muy grande y muy pesado. Y acabó por resignarse a su destino, pensando: "Al fin y al cabo, ¿qué lograría con abandonar esta isla, si no sé adónde dirigirme ni nadie podrá reconocer bajo mi apariencia de pájaro al rey que hay dentro de mí?"

Y continuó viviendo tristemente en la isla; y por la noche se encaramaba a un árbol para dormir. Y he aquí que un día en que se paseaba desolado con sus patas y cabizbajo de tantas preocupaciones como tenía, le divisó un pajarero que iba a tender sus redes de caza en la isla. Y encantado por el aspecto magnífico de aquel pájaro tan grande que no tenía par y cuyo pico y patas rojos resaltaban de manera tan bonita en la blancura del plumaje, se regocijó mucho por poder poseer semejante pájaro de una especie desconocida en absoluto para él.

Tomó, pues, todas sus precauciones, y con diestra lentitud se acercó por detrás del animal y de pronto le echó la red encima y le capturó. Y entusiasmado con aquel hermoso ejemplar de caza, volvióse a la ciudad de donde había ido, llevando al hombro y delicadamente cogido por las patas al pajarraco.

Al llegar a la ciudad, se dijo el pajarero: "¡Por Alah! que en mi vida he visto un pájaro parecido a éste, ni en mis cacerías por tierra ni por mar! Así es que me guardaré bien de vendérselo a un comprador vulgar que no se dé cuenta del precio ni del valor; que probablemente le mataría y se lo comería con su familia; pero voy a llevárselo como regalo al rey de la ciudad, que se maravillará de su hermosura y me recompensará espléndidamente". Y fue a palacio y se lo llevó al rey, el cual quedó en extremo encantado al verlo, y sobre todo admiró el hermoso color rojo del pico y de las patas. Y lo aceptó y dio diez mil dinares de oro al pajarero, que besó la tierra y se fue.

Entonces el rey mandó construir una jaula grande con enrejado de oro, y encerró en ella al hermoso pájaro. Y le puso delante granos de maíz y de trigo; pero el pájaro no arrimó a ellos el pico. Y el rey se dijo, asombrado: "¡No los come! ¡Voy a darle otra cosa!" Y le sacó de la jaula y le puso delante pechuga de pollo, lonchas de carne y frutas. Y al punto el pájaro empezó a comer con notoria satisfacción, lanzando pequeños arrullos y pavoneando sus plumas blancas. Y al ver aquello, el rey vaciló de alegría, y dijo a un esclavo: "¡Corre enseguida a prevenir a tu ama, la reina, de que he comprado un pájaro prodigioso que es un milagro entre los milagros del tiempo, a fin de que venga a admirarle conmigo, y a ver la manera maravillosa que tiene de comer todos estos manjares, con los que, por lo general, no se alimentan los pájaros!" Y el esclavo se apresuró a ir a llamar a la reina, que no tardó en presentarse.

Pero cuando hubo divisado al pájaro, la reina se cubrió inmediatamente el rostro con un velo, y retrocedió hacia la puerta y quiso salir indignada. Y corrió tras ella el rey, y le preguntó reteniéndola por el velo: "¿Por qué te cubres el rostro, si no estamos aquí más que yo, tu esposo, los eunucos y las servidoras?" Ella contestó: "¡Oh rey! has de saber que ese pájaro no es un pájaro, sino un hombre como tú! Y no es otro que el rey Sonrisa-de-Luna, hijo de Schahramán y de Flor-de-Granada la marina. ¡Y le ha metamorfoseado así la princesa Gema; hija de Salamandra el marino, vengando con ello a su padre, que fue vencido por Saleh, tío de Sonrisa-de-Luna!"

Al oír estas palabras, el rey se asombró hasta el límite del asombro, y hubo de exclamar: "¡Alah confunda a la princesa Gema y le corte la mano! ¡Pero, ¡por Alah sobre ti! ¡oh hija de mi tío! dame más detalles acerca de la cosa!" Y la reina, que era la maga más insigne de su tiempo, le contó toda la historia sin omitir detalle. Y prodigiosamente maravillado, el rey se encaró con el pájaro, y le preguntó: "¿Es verdad todo eso?" Y el pájaro...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 544ª NOCHE

Ella dijo:

"...se encaró con el pájaro, y le preguntó: "¿Es verdad todo eso?" Y el pájaro bajó la cabeza en señal de asentimiento, y agitó las alas. Entonces dijo el rey a su esposa: "Alah te bendiga, ¡oh hija del tío! ¡Pero, por mi vida ante tus ojos, date prisa a librarle de ese encanto, no le dejes en semejante tormento!"

Entonces la reina, cubriéndose por completo el rostro, dijo al pájaro: "¡Oh Sonrisa-de-Luna, entra en este armario grande!" Y el pájaro obedeció y entró en un armario grande, disimulado en la pared, que la reina acababa de abrir; y detrás de él entró ella llevando en la mano una taza de agua, sobre la cual pronunció palabras desconocidas; y empezó a hervir el agua en la taza. Entonces cogió ella algunas gotas, echándoselas al rostro al pájaro, y diciendo: "¡Por la virtud de los Nombres Mágicos y de las Palabras Poderosas, y por la majestad de Alah el Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, Resucitador de los Muertos, Fijador de términos y Distribuidor de destinos, te ordeno que abandones esa forma de pájaro, y recobres la que recibiste del Creador!"

Y al punto tembló él con un temblor y le sacudió una sacudida, y recobró su prístina forma. Y el rey, maravillado, vio que era un joven que no tenía igual sobre la faz de la tierra. Y exclamó: "¡Por Alah, que merece el nombre de Sonrisa-de-Luna!"

Y he aquí que, en cuanto Sonrisa-de-Luna se vio vuelto a su estado primitivo, exclamó: "¡La ilah ill' Alah! ¡ua Mohamed rassul Alah!" Luego se acercó al rey, le besó la mano y le deseó larga vida. Y el rey le besó en la cabeza, y le dijo: "¡Sonrisa-de-Luna, te ruego que me cuentes toda tu historia desde que naciste hasta hoy!" Y Sonrisa-de-Luna contó toda su historia, sin omitir un detalle, al rey, que maravillóse de ella en extremo.

Entonces el rey, en el último límite de la satisfacción, dijo al otro rey joven que se había librado del encanto: "¿Qué quieres que haga ahora por ti, ¡oh Sonrisa-de-Luna!? ¡Háblame con toda confianza!" El joven contestó: "¡Oh rey del tiempo, desearía volver a mi reino! Porque ya hace muchos días que estoy ausente de él, y me temo que mis enemigos se aprovechen de mi alejamiento para usurparme el trono. ¡Y además, mi madre debe estar muy angustiada por mi desaparición! ¡Y quién sabe si la duda la habrá dejado sobrevivir a su dolor y a sus preocupaciones!" Y conmovido el rey por su belleza y conquistado por su juventud y su piedad, contestó: "¡Escucho y obedezco!", e hizo preparar inmediatamente un navío con sus provisiones, sus aparejos, sus marineros y su capitán, en cuya nave se embarcó Sonrisa-de-Luna, después de los deseos propios del adiós y de dar gracias, confiando en su destino.

¡Pero desde lo invisible, este destino le reservaba otras aventuras todavía!

Efectivamente, cinco días después de la partida, se alzó una tempestad furiosa que desamparó y rompió el navío contra una costa abrupta, y sólo Sonrisa-de-Luna, a causa de su impermeabilidad, pudo salvarse a nado y ganar tierra firme.

Y vio a lo lejos brotar una ciudad cual una paloma muy blanca, que dominaba el mar desde la cima de una montaña, y de pronto vio bajar de aquella montaña y acercarse a él a galope furioso con una rapidez de huracán, caballos, mulos y asnos innumerables como los granos de arena. Y se detuvo en torno suyo aquella tropa galopante y encabritada. Y todos los asnos, con los caballos y los mulos, se pusieron a hacerle con la cabeza señas evidentes que significaban: "¡Vuélvete por donde has venido!" Pero como él se obstinaba en permanecer allí, los caballos empezaron a relinchar y los mulos empezaron a resoplar y los asnos empezaron a rebuznar; pero eran los suyos relinchos, resoplidos y rebuznos de dolor y de desesperación. Y algunos hasta se pusieron a llorar resollando de un modo que no dejaba lugar a dudas. Y empujaban con el hocico delicadamente a Sonrisa-de-Luna, que no quería retornar al agua. Luego, como en vez de volver sobre sus pasos se adelantaba el joven hacia la ciudad, los cuadrúpedos se pusieron en marcha, unos delante de él y otros detrás de él, formándole una especie de cortejo fúnebre que resultaba más impresionante porque Sonrisa-de-Luna creía percibir en los gritos que daban como una vaga salmodia en lengua árabe y que se parecía a la que recitan ante los muertos los lectores del Korán...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 545ª NOCHE

Ella dijo:

"...Sonrisa-de-Luna creía percibir en los gritos que daban como una vaga salmodia en lengua árabe y que se parecía a la que recitan ante los muertos los lectores del Korán. Y sin saber ya si estaba dormido o despierto ni si todo aquello era sólo una ilusión engañosa del estado en que se hallaba, Sonrisa-de-Luna empezó a caminar como en sueños, y llegó de tal suerte a la puerta de la ciudad encaramada en la cima de la colina. Y vio sentado a la entrada de una droguería un jeique de barba blanca, al cual se apresuró a desear la paz. Y el jeique, por su parte, al verle tan hermoso, quedó en extremo encantado, y se levantó, le devolvió la zalema e hizo señas a los cuadrúpedos para que se alejaran. Y se alejaron, volviendo la cabeza de vez en cuando, como para indicar la intensidad de sus penas; luego se dispersaron por todos lados y desaparecieron.

Entonces, interrogado por el viejo jeique, Sonrisa-de-Luna contó su historia en pocas palabras, y dijo al jeique después: "¡Oh venerable tío mío! ¿puedes a tu vez decirme qué ciudad es esta ciudad y quiénes son esos extraños cuadrúpedos que me acompañaban lamentándose?" El jeique contestó: "¡Hijo mío, entra antes en mi tienda y siéntate! Porque debes estar necesitado de alimento. ¡Y después te diré lo que pueda decirte!" Y le hizo entrar y sentarse en un diván al extremo de la tienda, y le llevó de comer y de beber. Y cuando se hubo refrigerado y refrescado, le besó entre los ojos, y le dijo: "¡Da gracias ¡oh hijo mío! a Alah, que te hizo encontrarte conmigo antes de que te viera la reina de aquí! ¡Si no te dije nada hasta ahora fue porque temía turbarte e impedirte así que comieras con gusto! ¡Pues has de saber que esta ciudad se llama la Ciudad de los Encantamientos y que la que aquí reina se llama la reina Almanakh!

¡Es una maga formidable, una verdadera cheitana! ¡Y he aquí que el deseo la abrasa sin cesar! Y cada vez que encuentra a un extranjero joven, fuerte y hermoso que desembarca en esta isla, le seduce y se hace cabalgar y copular muchas veces por él durante cuarenta días y cuarenta noches. Pero, como al cabo de ese tiempo le ha agotado completamente, le metamorfosea en animal. Y como, bajo esta nueva forma de animal, recupera él fuerzas nuevas y potentes virtudes, se metamorfosea ella misma a su antojo, cada vez en el animal que le conviene, yegua o burra, y se hace copular así por el asno o el caballo una cantidad innumerables de veces. Tras de lo cual recobra su forma humana para tener nuevos amantes y nuevas víctimas entre los jóvenes hermosos que encuentra. ¡Y a veces, en las noches de sus deseos extremados, ocurre que se hace cabalgar sucesivamente, hasta que llega la mañana, por todos los cuadrúpedos de la isla! ¡Y así pasa su vida!

"¡Pero como te quiero con un cariño grande, hijo mío, no me gustaría verte caer en manos de esa encantadora insaciable, que no vive más que para lo que acabo de decirte! Y como sin duda eres el más hermoso de todos los jóvenes que han desembarcado en esta isla, ¿quién sabe lo que sucedería si te advirtiese la reina Almanakh?

"Respecto a los asnos, los mulos y los caballos que al divisarte bajaron de la montaña a tu encuentro, son precisamente, los jóvenes que ha metamorfoseado Almanakh. Y como te veían tan joven y tan hermoso, tuvieron piedad de ti y con sus signos de cabeza quisieron decidirte de antemano a que volvieras al mar. Luego, como veían que te obstinabas en quedarte a pesar de sus objeciones, te acompañaron hasta aquí salmodiando en su lenguaje las fórmulas fúnebres, como si acompañaran a un hombre muerto para la vida humana.

"Pero la vida con esta joven reina Almanakh, la encantadora, no sería nada desagradable, ¡oh hijo mío! si no abusase ella del que la suerte le trae como amante.

"Por lo que a mí atañe, me teme y me respeta, porque sabe que soy más versado que ella en el arte de la hechicería y de los encantamientos. ¡Pero como soy un creyente en Alah y en su Profeta (¡con él la plegaria y la paz!), yo, hijo mío, no me sirvo de la magia para hacer el mal! ¡Pues el mal acaba siempre por volverse contra el malhechor!"

Y he aquí que, apenas el viejo jeique había dicho estas palabras, avanzó por su lado un magnífico cortejo de mil jóvenes como lunas, vestidas de púrpura y de oro, que fueron a ponerse en dos filas a lo largo de la tienda para dejar paso a una joven más bella que todas, montada en un caballo árabe resplandeciente de pedrerías. Y era la propia reina Almanakh, la maga. Y se paró delante de la tienda, echó pie a tierra, ayudada por las dos esclavas que tenían la brida, y entró en casa del viejo jeique, a quien saludó con mucha cortesía. Luego se sentó en el diván y miró a Sonrisa-de-Luna con ojos entornados...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 546ª NOCHE

Ella dijo:

"...Luego se sentó en el diván y miró a Sonrisa-de-Luna con los ojos entornados. ¡Y qué mirada! ¡Larga, perforadora, ardorosa y relampagueante! Y Sonrisa-de-Luna se sintió como atravesado por una azagaya o abrasado por un carbón ardiendo. Y la joven reina se encaró con el jeique, y le dijo: "¡Oh jeique Abderrahmán! ¿de dónde has sacado semejante joven?" El jeique contestó: "Es hijo de mi hermano. Acaba de llegar de viaje a casa." Ella dijo: "Es muy hermoso, ¡oh jeique! ¿Querrías prestármele solamente por una noche? ¡Sólo hablaré con él, y nada más, y te lo devolveré intacto mañana por la mañana!" El jeique dijo: "¿Me juras que jamás tratarás de hechizarle?" Ella contestó: "¡Lo juro ante el señor de los magos y ante ti, venerable tío!"

E hizo dar como regalo al jeique mil dinares de oro para mostrarle su gratitud, y mandó que montaran a Sonrisa-de-Luna en un maravilloso caballo cubierto de pedrerías, y le llevó con ella al palacio. Y aparecía en medio del cortejo cual la luna en medio de estrellas.

Y he aquí que Sonrisa-de-Luna, que se resignaba a dejar obrar el Destino en adelante, no decía una palabra y se dejaba conducir sin exteriorizar sus sentimientos en manera alguna.

Y la maga Almanakh, que sentía arder sus entrañas por aquel joven mucho más de lo que nunca habían ardido por sus pasados amantes, se apresuró a conducirle a una sala que tenía las paredes de oro y el ambiente refrescado por un salto de agua que brotaba de una pila de turquesa. Y fue a echarse con él en un lecho amplio de marfil, donde empezó a acariciarle de una manera tan extraordinaria, que se puso él a cantar y a bailar entre todos los pájaros. ¡Y no tenía ella nada de brutal, sino al contrario! ¡Era verdaderamente tan delicada!... ¡Tanto, que fueron incalculables los asaltos que el gallo prodigó a la infatigable gallina!

Y se dijo él: "¡Por Alah, que es infinitamente experta! ¡Y no me atropella! ¡Se toma su tiempo, y yo lo mismo! ¡Así es que, como creo imposible que la princesa Gema sea tan maravillosa como esta encantadora, quiero permanecer aquí toda mi vida, y no pensar más en la hija de Salamandra, ni en mis parientes, ni en mi reino!"

Y el hecho fue que permaneció allí cuarenta días y cuarenta noches, pasando todo su tiempo con la joven maga, entre festines, bailes, cantos, caricias, movimientos, asaltos, copulaciones y otras cosas análogas, en el límite del placer y del júbilo.

Y de cuando en cuando, Almanakh le preguntaba en broma: "¡Oh ojos míos! ¿te encuentras conmigo mejor que con tu tío en la tienda?" Y contestaba él: "¡Por Alah! ¡oh mi señora, mi tío es un pobre vendedor de drogas, pero tú eres la propia triaca!"

Y he aquí que, estando en la cuadragésima noche, la maga Almanakh, tras un número infinito de asaltos con Sonrisa-de-Luna, parecía más agitada que de costumbre, y se echó a dormir. Pero hacia la medianoche, Sonrisa-de-Luna, que fingía dormir, la vio levantarse del lecho con el rostro encendido. Y se puso ella en medio de la sala y cogió de una bandeja de cobre un puñado de granos de cebada, que arrojó al agua de la pila. Y al cabo de unos instantes germinaron los granos de cebada, y salieron del agua sus tallos, y maduraron y se doraron sus espigas. Entonces la maga recogió los granos nuevos, los machacó en un mortero de mármol, los mezcló con ciertos polvos que fue sacando de diferentes cajas, e hizo con ello una pasta redonda como una torta. Luego puso el pastel preparado de aquella manera en la lumbre de una estufilla, y lo coció lentamente. Entonces lo retiró del fuego, lo envolvió en una servilleta y fue a ocultarlo en un armario, tras de lo cual volvió a acostarse en el lecho al lado de Sonrisa-de-Luna, y se durmió.

Pero por la mañana, Sonrisa-de-Luna, que desde que entró en el palacio de la maga se había olvidado del viejo jeique Abderrahmán, se acordó de él a tiempo, y pensó en la necesidad de ir en su busca, para ponerle al corriente de lo que había visto hacer a Almanakh durante la noche. Y fue a la tienda del jeique, que se alegró mucho de verle, le besó con efusión, le hizo sentarse, y le dijo: "¡Creo, hijo mío, que no habrás tenido queja de la maga Almanakh, por muy infiel que sea!"

El joven contestó: "¡Por Alah, mi buen tío! me ha tratado todo este tiempo con mucha delicadeza y no me ha atropellado lo más mínimo. ¡Pero esta noche la sentí levantarse, y al verla con el rostro encendido, fingí que dormía, y la he visto hacer cosas que me inducen a temerlo todo de ella! Por eso, ¡oh venerable tío mío! vengo a consultarte".

Y le contó la operación nocturna que hubo de efectuar la maga...

En ese momento de su narración. Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 547ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y le contó la operación nocturna que hubo de efectuar la maga.

Al oír estas palabras, el jeique Abderrahmán sintió gran cólera, y exclamó: "¡Ah maldita! ¡maldita, pérfida, perjura, que no quiere cumplir su juramento! ¡Nada, por lo visto, la corregirá de su magia funesta!" Luego añadió: "¡Ya es hora de que termine yo con sus maleficios!" Y fue a un armario, sacó de él una torta en un todo semejante a la confeccionada por la maga, la envolvió en un pañuelo y se la entregó a Sonrisa-de-Luna, diciéndole: "Merced a esta torta que te doy, recaerá sobre ella el mal que quiera hacerte. Porque al cabo de cuarenta días de estar con sus amantes, les da a comer tortas confeccionadas por ella, que les transforman en esos animales de cuatro patas que llenan la isla. ¡Pero tú, hijo mío, guárdate bien de tocar la torta que te presente! ¡Intenta, por el contrario, hacerle tragar a ella un pedazo de la que yo te doy! Luego le harás exactamente lo que ella haya intentado hacer contigo para sus hechicerías, pronunciando sobre ella las mismas palabras que ella haya pronunciado sobre ti. ¡Y de ese modo la convertirás en el animal que te plazca! Y te montarás encima y vendrás a verme. Y entonces sabré yo lo que tengo que hacer". Y después de dar gracias al jeique por el afecto y el interés que le mostraba, Sonrisa-de-Luna le dejó y regresó al palacio de la maga.

Y encontró a Almanakh esperándole en el jardín, sentada ante un mantel puesto y en medio del cual estaba la torta preparada a medianoche. Y al quejársele ella por su ausencia, dijo él: "¡Oh dueña mía! como hacía tiempo que no veía a mi tío, he ido a visitarle; y me ha recibido efusivamente y me ha dado de comer; y entre otras cosas excelentes, me ha dado pasteles tan deliciosos, que no he podido por menos de traerte uno para que lo pruebes".

Y sacó el pequeño envoltorio, desenvolvió el pastel, y la dio a comer un pedazo. Y para no desairarle, Almanakh partió el pastel y cogió un pedazo, tragándoselo. Luego ofreció a su vez del suyo a Sonrisa-de-Luna, quien para no desairarla, cogió un pedazo, pero lo dejó caer por la abertura de su traje, fingiendo que se lo tragaba.

Como creía que realmente habíase tragado el pedazo de pastel, la maga al punto levantóse con viveza, cogió de una pila cercana un poco de agua en el hueco de la mano y le roció con ella, gritándole: "¡Oh joven debilitado, conviértete en asno potente!"

Pero cuál no sería el asombro de la maga al ver que el joven, lejos de transformarse en asno, se levantaba a su vez y se aproximaba con viveza a la pila, de donde tomó un poco de agua para rociarla con ella, gritándole: "¡Oh pérfida, abandona tu forma humana y conviértete en burra!"

Y en el mismo momento, antes de que tuviese tiempo para volver de su sorpresa, la maga Almanakh quedó convertida en burra. Y Sonrisa-de-Luna montó en ella y se apresuró a ir en busca del jeique Abderrahmán, al cual contó lo que acababa de pasar. Luego le entregó la burra, que se mostraba reacia a ello.

Entonces el jeique puso al pescuezo de la burra Almanakh una cadena doble que sujetó a una anilla de la muralla. Luego dijo a Sonrisa-de-Luna: "Ahora, hijo mío, voy a dedicarme a poner en orden los asuntos de nuestra ciudad, y voy a comenzar por romper el encanto que tiene convertidos a tantos jóvenes en animales de cuatro patas. ¡Pero antes, aunque me cueste mucho trabajo separarme de ti, quiero hacerte regresar a tu reino para que cesen las inquietudes de tu madre y de tus súbditos! ¡Y a tal fin voy a facilitarte el camino más corto!"

Y diciendo estas palabras, el jeique se metió dos dedos entre los labios y lanzó un silbido prolongado y penetrante, y al punto apareció ante él un gran genni de cuatro alas, que se irguió sobre la punta de los pies, y le preguntó por qué motivo le había llamado. Y le dijo el jeique: "¡Oh genni Relámpago! ¡vas a echarte a hombros al rey Sonrisa-de-Luna, que es este que aquí ves, y le transportarás inmediatamente a su palacio de la Ciudad-Blanca!"

Y el genni Relámpago se dobló bajando la cabeza; y después de besar la mano a su libertador el jeique y de haberle dado las gracias, Sonrisa-de-Luna se subió a los hombros de Relámpago, y dejando colgar sus piernas sobre el pecho del genni, se le montó a horcajadas en el cuello. Y el genni se elevó por los aires y voló con la rapidez de la paloma mensajera, haciendo con sus alas un ruido como el de un molino de viento...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 548ª NOCHE

Ella dijo:

"...haciendo con sus alas un ruido como el de un molino de viento. Y viajó infatigablemente durante un día y una noche, y de aquel modo recorrió un trayecto de seis meses de camino. Y llegó encima de la Ciudad-Blanca, y dejó a Sonrisa-de-Luna en la misma terraza de su palacio. Luego desapareció.

Y Sonrisa-de-Luna, con el corazón derretido al sentir el soplo de la brisa de su patria, se apresuró a bajar al aposento que, desde que desapareció él, habitaba su madre Flor-de-Granada llorando en silencio y llevando en su alma el duelo secretamente para no traicionarse y tentar con ello a los usurpadores. Y levantó la cortina de la sala, en la cual, precisamente, estaba de visita con la reina la vieja abuela Langosta, el rey Saleh y las parientes. Y entró, deseando la paz a la concurrencia, y corrió a arrojarse en brazos de su madre, que al verle cayó desmayada de alegría y de sorpresa. Pero no tardó en recobrar el sentido, y apretando contra su pecho a su hijo, lloró largo tiempo, sacudida por los sollozos, en tanto que sus parientes le besaban los pies y la abuela le tenía cogido de una mano y su tío Saleh de la otra mano. Y así permanecieron con la alegría del regreso, sin poder pronunciar una palabra.

Pero cuando por fin pudieron expansionarse, se contaron mutuamente sus diversas aventuras y bendijeron juntos a Alah el Bienhechor, que así había permitido la salvación y la reunión de todos.

Tras de lo cual, Sonrisa-de-Luna se encaró con su madre y su abuela, y les dijo: "¡Ya no tengo que hacer más que casarme! ¡Y persisto en querer casarme sólo con la princesa Gema, hija de Salamandra! ¡Porque es, en verdad, una verdadera gema como indica su nombre!"

Y contestó la vieja abuela: "Ahora es sencilla la cosa, porque seguimos teniendo prisionero, en su palacio, al padre". Y al punto mandó a buscar a Salamandra, al cual hicieron entrar los esclavos encadenado de manos y pies.

Pero Sonrisa-de-Luna ordenó que le desencadenaran; y en el mismo momento se ejecutó la orden.

Entonces Sonrisa-de-Luna acercóse a Salamandra, y después de excusarse por haber sido toda la causa de los males que le sobrevinieron, le cogió la mano, besándosela con respeto, y dijo: "¡Oh rey Salamandra! ya no es un intermediario quien te pide que le hagas el honor de tu alianza, sino yo mismo, Sonrisa-de-Luna, rey de la Ciudad-Blanca y del mayor imperio terrestre, quien te besa las manos y te pide en matrimonio a tu hija Gema. Y si no quieres concedérmela, moriré. ¡Y si aceptas, no solamente volverás a ser rey de tu reino, sino que yo mismo seré tu esclavo!"

Al oír estas palabras, Salamandra besó a Sonrisa-de-Luna, y le dijo: "En verdad ¡oh Sonrisa-de-Luna! que ninguno se merece a mi hija mejor que tú. ¡Además, como está ella sometida a mi autoridad, aceptará de buen grado! De modo que mandaré a buscarla en la isla donde está refugiada desde que se me ha desposeído del trono". Y diciendo estas palabras, hizo llegar del mar a un emisario, al cual encargó que fuera inmediatamente en busca de la princesa a la isla y la trajera sin tardanza. Y desapareció el emisario y no tardó en volver con la princesa Gema y su servidora Mirta.

Entonces el rey Salamandra empezó por besar a su hija, luego se la presentó a la vieja reina Langosta y a la reina Flor-de-Granada, y le dijo, mostrándole con el dedo a Sonrisa-de-Luna, que estaba absorto de admiración: "¡Sabe ¡oh hija mía! que te he prometido a este joven rey magnánimo, a este valiente león de Sonrisa-de-Luna, hijo de la reina Flor-de-Granada la marina, pues sin duda es el más hermoso de los hombres de su tiempo, y el más encantador, y el más poderoso, y el más alto de rango y de nobleza entre todos! ¡De modo que me parece hecho para ti y tú hecha para él...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 549ª NOCHE

Ella dijo:

"...¡De modo que me parece hecho para ti, y tú hecha para él!"

Al oír estas palabras de su padre, la princesa Gema bajó los ojos modestamente, y contestó: "¡Tus opiniones ¡oh padre mío! son mi norma de conducta, y tu afecto vigilante es la sombra en que me cobijo! ¡Y puesto que tal es tu deseo, en adelante estará en mis ojos la imagen del que escogiste para mí, en mi boca su nombre, y en mi corazón su morada!"

Cuando las parientes de Sonrisa-de-Luna y las demás damas presentes hubieron oído estas palabras, atronaron el palacio con sus gritos de alegría y sus lu-lúes penetrantes. Después el rey Saleh y Flor-de-Granada mandaron llamar al kadí y a los testigos para extender el contrato de matrimonio del rey Sonrisa-de-Luna y la princesa Gema. Y se celebraron las nupcias con gran pompa y con tal fasto, que durante la ceremonia cambiaron nueve veces de ropa a la recién casada. Por lo demás, saldrían pelos a la lengua antes de poder hablar de ello como es debido. Así, pues, ¡gloria a Alah, que une entre sí las cosas bellas, y no retrasa la alegría más que para otorgar la dicha!

Cuando Schehrazada hubo acabado de contar esta historia, se calló. Entonces exclamó la pequeña Doniazada: "¡Oh hermana mía! ¡qué dulces y amables y sabrosas son tus palabras! ¡Y cuán admirable es esa historia!"

Y el rey Schahriar dijo: "¡Verdaderamente, ¡oh Schehrazada! me enseñaste muchas cosas que ignoraba yo! Porque hasta ahora no supe bien lo que sucede debajo de las aguas. ¡Y me han satisfecho plenamente la historia de Abdalah del Mar y la de Flor-de-Granada! Pero, ¡oh Schehrazada! ¿no sabes alguna historia del todo diabólica?"

Y Schehrazada sonrió, y contestó: "¡Precisamente, ¡oh rey! sé una que voy a contarte enseguida!"

La velada de invierno de Ishak de Mossul

Y dijo Schehrazada:

El músico Ishak de Mossul, cantor favorito de Al-Raschid, nos narra la anécdota siguiente.

Dice:

Una noche de invierno estaba yo sentado en mi casa, y mientras afuera aullaban los vientos como leones y las nubes se vaciaban como las bocas abiertas de odres llenos de agua, me calentaba yo las manos en mi brasero de cobre, y estaba triste por no poder salir ni esperar la visita de un amigo que me hiciese compañía, a causa del barro de los caminos, de la lluvia y de la oscuridad. Y como cada vez se me oprimía más el pecho, dije a mi esclavo: "¡Dame algo de comer para pasar el tiempo!" Y en tanto que el esclavo se disponía a servirme, no podía yo menos de pensar en los encantos de una joven a la que había conocido en palacio poco antes; y no sabía por qué me obsesionaba hasta aquel punto su recuerdo, ni por qué motivo se detenía mi pensamiento sobre su rostro con preferencia al de cualquiera de las numerosas que encantaron mis noches pasadas. Y de tal modo me entorpecía su deleitoso recuerdo que acabé por perder la noción de la presencia del esclavo, el cual después de poner delante de mí el mantel sobre la alfombra, permanecía de pie, con los brazos cruzados, sin esperar más que una seña de mis ojos para traer las bandejas. Y poseído por mis deseos, exclamé en alta voz: "¡Ah! ¡si estuviera aquí la joven Sayeda, cuya voz es tan dulce, no me pondría yo tan melancólico!"

Aunque mis pensamientos eran silenciosos por lo general, recuerdo ahora que aquellas palabras las pronuncié en voz alta. Y fue extremada mi sorpresa al escuchar entonces el sonido de mi voz, mientras mi esclavo abría desmesuradamente los ojos.

Pero apenas hube manifestado mi deseo, se oyó en la puerta un golpe, como si estuviese allí alguien que no pudiera esperar más, y suspiró una voz joven: "¿Puede el bienamado franquear la puerta de su amiga?"

Entonces pensé para mi ánima: "¡Sin duda es alguien que, con la oscuridad, se ha equivocado de casa! ¿O había dado su fruto el árbol estéril de mi deseo?" Me apresuré entretanto a saltar sobre mis pies, y corrí a abrir la puerta yo mismo; y en el umbral vi a la tan deseada Sayeda; ¡pero de qué modo singular y con qué extraño aspecto! Estaba vestida con un traje corto de seda verde, y llevaba a la cabeza una tela de oro que no había podido resguardarla de la lluvia y del agua escurrida por las goteras de las terrazas. Además, debía haberse metido en el barro durante todo el camino, como lo atestiguaban claramente sus piernas. Y al verla en tal estado, exclamé: "¡Oh dueña mía! ¿por qué saliste en una noche como ésta?"

Ella me dijo con su amable voz: "¿Acaso podía no inclinarme ante el deseo que ahora mismo me transmitió tu mensajero? ¡Me manifestó la vivacidad de tu deseo con respecto a mí, y a pesar de este tiempo tan malo, aquí me tienes!"

Pero yo, aunque no me acordaba de haber dado una orden semejante, y por más que la hubiese dado, mi único esclavo no habría podido ejecutarla mientras estaba conmigo, no quise mostrar a mi amiga la extrañeza que todo aquello producía en mi espíritu; y le dije: "¡Loores a Alah, que permite nuestra reunión ¡oh dueña mía! y que torna en miel la amargura del deseo!

¡Que tu venida perfume la casa y dé reposo al corazón del dueño de la casa! ¡En verdad que, si no hubieses venido, yo mismo habría ido a buscarte, pues pensé mucho en ti esta noche...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 550ª NOCHE

Ella dijo:

"...yo mismo habría ido a buscarte, pues pensé mucho en ti esta noche!" Luego me encaré con mi esclavo, y le dije: "¡Ve por agua caliente y esencias!" Y cuando el esclavo ejecutó mi orden, yo mismo me puse a lavar los pies a mi amiga, y le vertí encima un frasco de esencia de rosas. Tras lo cual la vestí con un hermoso traje de muselina de seda verde, y la hice sentarse al lado mío frente a la bandeja con frutas y bebidas. Y cuando hubo bebido conmigo varias veces en la copa, quise cantar un aire nuevo que había compuesto por complacerla, aunque de ordinario no consiento en cantar más que a fuerza de ruegos y súplicas.

Pero me dijo ella que su alma no tenía ganas de oírme. Y le dije: "¡Entonces, ¡oh dueña mía! dígnate cantarnos algo tú!" Ella contestó: "¡No insistas! ¡Porque mi alma no tiene ganas de eso!" Yo dije: "¡Sin embargo, ¡oh ojos míos! la alegría no puede ser completa sin el canto y la música! ¿No es así?"

Ella me dijo: "¡Tienes razón! Pero, no sé por qué esta noche sólo tengo ganas de oír cantar a algún hombre del pueblo o a algún mendigo de la calle. ¿Quieres, pues, ir a ver si pasa por tu puerta alguno que pueda satisfacerme?" Y por no desairarla, y aunque estaba convencido de que en una noche semejante no pasaría nadie por la calle, fui a entreabrir la puerta de mi casa y saqué la cabeza por la abertura. Y con gran sorpresa mía, vi apoyado en su báculo un mendigo viejo que desde la muralla de enfrente decía, hablando consigo mismo: "¡Qué estrépito produce esta tempestad! ¡El viento se lleva mi voz, e impide que me oiga la gente! ¡Qué desgracia la del pobre ciego! ¡Si canta, no le escuchan! ¡Y si no canta, se muere de hambre!" Y habiendo dicho estas palabras, el viejo ciego empezó a tantear el suelo con su báculo, arrimado al muro, para proseguir su camino.

Entonces le dije, asombrado y encantado a la vez por aquel encuentro fortuito: "¡Oh tío mío! ¿es que sabes cantar?" Él contestó: "Tengo fama de saber cantar". Y le dije: "En ese caso, ¡oh jeique! ¿quieres acabar tu noche con nosotros y regocijarnos con tu compañía?"

Él me contestó: "¡Si lo deseas, cógeme de la mano, porque soy ciego de ambos ojos!" Y le cogí de la mano, y después de introducirle en la casa cerrando la puerta cuidadosamente, dije a mi amiga: "¡Oh dueña mía, te traigo un cantor que además está ciego! Podrá complacernos sin ver lo que hacemos. Y no tendrás que estar incómoda ni que velarte el rostro". Ella me dijo: "¡Date prisa a hacerle entrar!" Y le hice entrar.

Empecé primero por invitarle a sentarse delante de nosotros, y le convidé a comer algo. Y comió muy delicadamente con la punta de los dedos. Y cuando hubo acabado y se hubo lavado las manos, le presenté las bebidas, y bebióse tres copas llenas, y entonces me preguntó: "¿Puedes decirme en casa de quién me encuentro?" Yo contesté: "¡En casa de Ishak, hijo de Ibrahim de Mossul!" Pero mi nombre no le asombró con exceso; y se limitó a contestarme: "¡Ah sí, ya he oído hablar de ti! Y me alegro de encontrarme en tu casa". Yo le dije: "¡Oh mi señor, estoy verdaderamente contento de recibirte en mi casa!"

Él me dijo: "¡Entonces ¡oh Ishak! si quieres, déjame oír tu voz, que dicen que es muy hermosa! ¡Porque el huésped debe comenzar por complacer él primero a sus invitados!" Y contesté: "¡Escucho y obedezco!" Y como aquello empezaba a divertirme mucho, cogí mi laúd y lo pulsé, cantando todo lo mejor que pude. Y cuando hube acabado el final, matizándolo en extremo, y se dispersaron los últimos sones, el viejo mendigo tuvo una sonrisa irónica, y me dijo: "¡En verdad, ¡ya Ishak! que te falta poco para ser un músico perfecto y un cantor consumado!"

Pero al oír esta alabanza, que más bien era una censura, me sentí muy empequeñecido a mis propios ojos, y tiré a un lado mi laúd, con disgusto y desaliento. Sin embargo, como no quería ser desconsiderado con mi huésped, no juzgué oportuno responderle, y no dije ya nada. Entonces me dijo él: "¿No canta ni toca nadie? ¿Es que no hay aquí ningún otro?"

Yo dije: "Hay también una esclava joven".

Él dijo: "¡Ordénala que cante para que yo la oiga!" Yo dije: "¿Por qué ha de cantar, si ya te basta con lo que oíste?"

Él dijo: "¡Que cante, a pesar de todo!"

Entonces, aunque de muy mala gana, mi amiga la joven cogió el laúd, y después de preludiar diestramente, cantó como mejor supo. Pero el viejo mendigo la interrumpió de pronto, y dijo: "¡Todavía tienes mucho que aprender!" Y mi amiga tiró el laúd lejos de sí furiosa, y quiso levantarse. Y sólo a duras penas conseguí retenerla, echándome a sus pies. Luego me encaré con el mendigo ciego, y le dije: "¡Por Alah, oh huésped mío! ¡nuestra alma no puede dar más que lo suyo! Sin embargo, lo hicimos como mejor sabemos por satisfacerte. ¡Exhibe tú a tu vez, por cortesía, lo que poseas!" Sonrió él con una boca que llegaba de una oreja a otra, y me dijo:

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 551ª NOCHE

Ella dijo:

"...Sonrió él con una boca que le llegaba de una oreja a otra, y me dijo: "¡Entonces empieza por traerme un laúd que no haya tocado ninguna mano todavía!" Y abrí una caja, y llevé un laúd completamente nuevo que le puse entre las manos. Y cogió él entre sus dedos la pluma de pato tallada, y rozó ligeramente con ella las cuerdas armoniosas. Y desde los primeros sones, advertí que aquel mendigo ciego era indudablemente el mejor músico de nuestro tiempo. ¡Pero cuál no sería mi emoción y mi admiración cuando le oí ejecutar una pieza de un modo que era desconocido en absoluto para mí, aunque no se me consideraba como ignorante en el arte! Después, con una voz a ninguna otra parecida, cantó estas coplas:

¡Atravesando la sombra espesa, el bienamado sale de su casa y viene a buscarme en medio de la noche!

Y antes de desearme la paz, le oigo llamar y decirme: "¿Puede el bienamado franquear la puerta de su amigo?"

Cuando escuchamos este canto del viejo ciego, yo y mi amiga nos miramos en el límite de la estupefacción. Luego ella se puso roja de cólera y me dijo de manera que yo solo oyese: "¡Oh pérfido! ¿no te da vergüenza haberme traicionado contando a ese viejo mendigo mi visita en los cortos instantes que tardaste en abrir la puerta? ¡En verdad, ¡oh Ishak! que no creí tuviese tu pecho una resistencia tan débil, que no pudiera contener un secreto durante una hora!

¡El oprobio para los hombres que se te asemejan!"

Pero yo le juré mil veces que no había por mi parte ninguna indiscreción, y le dije: "¡Por la tumba de mi padre Ibrahim, te juro que no he dicho nada de semejante cosa a ese viejo ciego!"

Y mi amiga se avino a creerme, y acabó dejándose acariciar y besar por mí, sin temor de que la viese el ciego. Y tan pronto la besaba yo en las mejillas y en los labios, como la hacía cosquillas o la pellizcaba los senos o la mordía en las partes delicadas; y se reía ella extremadamente. Luego me encaré con el viejo tío, y le dije: "¿Quieres cantarnos algo más, ¡oh mi señor!?"

Él dijo: "¿Por qué no?" Y cogió de nuevo el laúd y dijo, acompañándose:

¡Ah! ¡con frecuencia recorro embriagado los encantos de mi bienamada, y acaricio con mi mano su hermosa piel desnuda!

¡Tan pronto oprimo las granadas de su pecho de marfil joven, como muerdo a flor de labios las manzanas de sus mejillas! ¡Y vuelvo a comenzar!

Entonces yo, al oír ese canto, no dudé ya de la superchería del falso ciego, y rogué a mi amiga que se tapase el rostro con su velo. Y el mendigo me dijo de pronto: "¡Tengo muchas ganas de orinar! ¿Dónde podré hacerlo?"

Entonces me levanté y salí un momento para ir a buscar una vela con que alumbrarle, y volví para conducirle. Pero cuando entré, no encontré a nadie ya: ¡el ciego había desaparecido con la joven! Y cuando me repuse de mi estupefacción, les busqué por toda la casa, pero no les encontré. ¡Sin embargo, las puertas y las cerraduras de las puertas estaban cerradas por dentro, así es que no supe si se habían marchado saliendo por el techo o por el suelo entreabierto y vuelto a cerrar! Pero después me convencí de que era el propio Eblis quien me había servido de alcahuete antes, y me había arrebatado luego a aquella joven, que no era más que una falsa apariencia y una ilusión.

Luego se calló Schehrazada, tras de contar esta anécdota. Y exclamó el rey Schahriar, en extremo impresionado: "¡Alah confunda al Maligno!" Y al ver que fruncía él las cejas, Schehrazada quiso calmarle, y contó la historia siguiente:

El Felah de Egipto y sus hijos blancos

He aquí lo que en los libros de las crónicas relata el emir Mohammed, gobernador de El Cairo.

Dice:

Cuando viajaba yo por el Alto Egipto, me alojé una noche en casa de un felah, que era el jeique-al-balad del lugar. Y era un hombre de edad, moreno, de un color extremadamente moreno, con la barba cana. Pero noté que tenía hijos pequeños que eran blancos, de un color muy blanco matizado de rosa en las mejillas, con cabellos rubios y ojos azules. Luego, cuando tras de hacernos una buena acogida y un recibimiento cariñoso, fue él a conversar en nuestra compañía, le dije en son de pregunta: "Oye, amigo, ¿a qué obedece el que, teniendo tú la tez tan morena, tus hijos la tengan tan clara y posean una piel tan blanca y rosa, y ojos y cabellos tan claros?" Y el felah, atrayendo a sí a sus hijos, cuyos finos cabellos se puso a acariciar, me dijo: "¡Oh mi señor! la madre de mis hijos es una hija de los francos, y la compré como prisionera de guerra en tiempos de Saladino el Victorioso, después de la batalla de Hattin, que nos libró para siempre de los cristianos extranjeros usurpadores del reino de Jerusalén. ¡Pero ya hace mucho tiempo de eso, porque fue en los días de mi juventud!"

Y yo le dije: "¡Entonces ¡oh jeique! te rogamos que nos favorezcas con esa historia!" Y dijo el felah: "¡De todo corazón amistoso y como homenaje debido a los huéspedes! ¡Porque es muy extraña mi aventura con mi esposa, la hija de los francos!"

Y nos contó:

"Debéis saber que tengo oficio de cultivador de lino; mi padre y mi abuelo sembraban lino antes que yo, y por mi abolengo y por mi origen, soy un felah entre los felahs de este país. Y he aquí que un año acaeció que por la bendición, mi lino sembrado, crecido, limpio y perfecto, alcanzó el valor de quinientos dinares de oro. Y como lo ofrecí en el mercado sin hallar provecho, me dijeron los mercaderes: "¡Ve a llevar tu lino al castillo de Acre, en Siria, donde le venderás con mucho beneficio!" Y yo, que les escuché, cogí mi lino y me fui a la ciudad de Acre, que en aquel tiempo estaba entre las manos de los francos. Y efectivamente, empecé con una buena venta, cediendo a corredores la mitad de mi lino, con crédito de seis meses, y me guardé la otra mitad, y me quedé en la ciudad para venderlo al por menor con beneficios inmensos.

Pero un día, mientras estaba yo vendiendo mi lino, fue a mi casa a comprar una joven franca, que llevaba el rostro descubierto y la cabeza sin velos, según costumbre de los francos. Y se erguía ante mí; bella, blanca y linda; y podía yo admirar a mi antojo sus encantos y su frescura

¡Y cuanto más la miraba al rostro, más me invadía la razón el amor! Y tardé mucho en venderle el lino...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 552ª NOCHE

Ella dijo:

...Y tardé mucho en venderle el lino. Por último, lo envolví y se lo cedí en muy poco. Y se marchó ella, seguida por mis miradas.

Algunos días más tarde, volvió a comprarme lino, y se lo vendí en menos todavía que la primera vez, sin dejarla regatear. Y comprendió que yo estaba enamorado de ella y se marchó; pero fue para volver poco tiempo después, acompañada de una vieja que estuvo presente durante la venta, y que volvió luego con ella cuantas veces la joven tenía necesidad de hacer una compra.

Yo entonces, como el amor se había apoderado por completo de mi corazón, llamé aparte a la vieja, y le dije: "¿Podrías proporcionarme un goce con ella, mediante un regalo para ti?" La vieja me contestó: "Podría procurarte un encuentro para que gozaras; pero ha de ser con la condición de que la cosa permanezca secreta entre nosotros tres: yo, tú y ella; y además, tendrás que gastarte algún dinero".

Contesté: "¡Oh caritativa tía! si mi alma y mi vida debieran ser el precio de sus favores, mi alma y mi vida le daría. ¡Y en cuanto al dinero, poco importa lo que sea!" Y me puse de acuerdo con ella para darle, como comisión, la suma de cincuenta dinares; y se los conté en el momento. Y ultimado de tal suerte el trato, la vieja me dejó para ir a hablar a la joven; y volvió enseguida con una respuesta favorable. Luego me dijo: "¡Oh mi amo! esta joven no dispone de un sitio para semejantes encuentros, porque aun está virgen su persona, y no sabe nada de tales cosas. ¡Es preciso, pues, que la recibas en tu casa, adonde irá a buscarte y se quedará hasta mañana!" Y yo acepté con fervor, y me fui a la casa para preparar lo necesario en cuanto a manjares bebidas y repostería. Y me puse a esperar.

Y pronto vi llegar a la joven franca, y le abrí, y le hice entrar en mi casa. Y como estábamos en verano, lo había yo dispuesto en la terraza todo. Y la invité a sentarse a mi lado, y comí y bebí con ella. Y la casa en que yo me alojaba tenía vistas al mar; y a la luz de la luna estaba hermosa la terraza, y la noche parecía llena de estrellas que reflejábanse en el agua. Y mirando todo aquello, volví sobre mí mismo, y pensé para mi ánima: "¿No te da vergüenza ante Alah el Altísimo rebelarte contra el Exaltado, copulando bajo el cielo y frente al mar, aquí mismo en país extranjero, con esta cristiana que no es de tu raza ni de tu ley?" Y aunque ya me había echado junto a la joven, que se acurrucaba amorosamente contra mí, dije en mi espíritu: "¡Señor, Dios de Exaltación y de Verdad, sé testigo de que con toda castidad me abstengo de esta cristiana hija de los francos!" Y así pensando, volví la espalda a la joven sin ponerla la mano encima: y me dormí bajo la grata claridad del cielo.

Llegada que fue la mañana, la joven franca se levantó sin decirme una palabra y se fue muy apesadumbrada. Y yo me volví a mi tienda, donde hube de dedicarme a vender mi lino como de costumbre. Pero hacia mediodía, acertó a pasar por delante de mi tienda la joven, acompañada de la vieja y con cara de enfado; y de nuevo la deseé con todo mi ser hasta morir. Pues ¡por Alah! era ella como la luna; y no pude resistir a la tentación; y pensé, golosamente: "¿Quién eres ¡oh felah! para refrenar así tu deseo por semejante jovenzuela? ¿Acaso eres un asceta, o un sufi, o un eunuco, o un castrado, o uno de los insensibles de Bagdad o de Persia? ¿No vienes de la raza de los potentes felahs del Alto Egipto, o quizá tu madre se olvidó de amamantarte?"

Y sin más ni más, eché a correr detrás de la vieja, y llamándola aparte, le dije: "¡Quisiera otro encuentro!" Ella me dijo: "¡Por el Mesías, que ahora la cosa no es posible más que mediante cien dinares!" Y en el momento conté los cien dinares de oro y se los entregué. Y por segunda vez fue a mi casa la joven franca. Pero ante la belleza del cielo desnudo, tuve yo los mismos escrúpulos, y no me aproveché de esta nueva entrevista más que de la primera, y con toda castidad me abstuve de la jovenzuela. Y poseída de un violento despecho, ella se levantó de mi lado, salió y se marchó.

Pero de nuevo al día siguiente, cuando pasaba ella por delante de mi tienda, sentí en mí los mismos movimientos, y me palpitó el corazón, y fui en busca de la vieja y le hablé de la cosa. Pero ella me miró con cólera y me dijo: "¡Por el Mesías, oh musulmán! ¿Es así como tratan a las vírgenes los de tu religión? ¡Jamás podrás ya gozar de ella, a menos que me des por esta vez quinientos dinares!"

Luego se fue.

Naturalmente, yo, todo tembloroso de emoción y sintiendo arder en mí la llama del amor, resolví juntar el importe de todo mi lino y sacrificar por mi vida los quinientos dinares de oro. Y después de envolverlos en una tela, me disponía a llevárselos a la vieja, cuando de improviso...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 553ª NOCHE

Ella dijo:

"...me disponía a llevárselos a la vieja, cuando de improviso oí que el pregonero público gritaba: "¡Hola! ¡Asamblea de los musulmanes, vosotros los que vivís en nuestra ciudad para desarrollar vuestros negocios, sabed que han terminado la paz y la tregua que con vosotros acordamos! ¡Y se os da una semana de plazo para que pongáis en orden vuestros asuntos y abandonéis nuestra ciudad y regreséis a vuestro país!"

Entonces yo, al oír este aviso, me apresuré a vender el lino que me quedaba, reuní el dinero que importaba lo que había dado a crédito, compré mercancías de fácil venta en nuestros países y reinos, y abandonando la ciudad de Acre partí con mil penas y sentimientos en el corazón por aquella joven cristiana que se había apoderado de mi espíritu y de mi pensamiento.

Y he aquí que fui a Damasco, en Siria, donde vendí mis mercancías de Acre con grandes beneficios y provechos, pues estaban interrumpidas las comunicaciones con el alzamiento de armas. E hice muy buenos negocios comerciales, y con ayuda de Alah (¡exaltado sea!) prosperó todo entre mis manos. Y de tal suerte me fue dable comerciar en grande muy provechosamente con las jóvenes cristianas cautivas, tomadas en la guerra. Y habían transcurrido así tres años desde mi aventura de Acre, y poco a poco comenzaba a endulzarse la amargura de mi brusca separación de la joven franca.

Por lo que a nosotros respecta, seguimos alcanzando grandes victorias sobre los francos, tanto en el país de Jerusalén como en el país de Siria. Y con ayuda de Alah, después de muchas batallas gloriosas, el sultán Saladino acabó por vencer completamente a los francos y a todos los infieles; llevó cautivos a Damasco a los reyes de éstos y a sus jefes, a los cuales había hecho prisioneros tras de tomar todas las ciudades costeras que poseían y pacificar todo el país. ¡Gloria a Alah!

Entretanto, iba yo un día a vender una hermosísima esclava en las tiendas donde acampaba todavía el sultán Saladino. Y le enseñé la esclava, que quiso comprar él. Y se la cedí por cien dinares solamente. Pero el sultán Saladino (¡Alah le tenga en su misericordia!) no poseía encima más que noventa dinares, porque empleaba todo el dinero del tesoro en llevar a buen término la guerra contra los descreídos. Entonces, encarándose con uno de sus guardias, le dijo el sultán Saladino: "¡Conduce a este mercader a la tienda en que están reunidas las jóvenes prisioneras llegadas últimamente, y que escoja entre ellas la que más le guste para reemplazar los diez dinares que le debo!" Así obraba en su justicia el sultán Saladino.

El guardia me llevó, pues, a la tienda de las cautivas francas, y al pasar por entre aquellas jóvenes, reconocí, precisamente en la primera con quien se tropezó mi mirada, a la joven franca de quien estuve tan enamorado en Acre. Y entonces era la esposa de un jefe, de caballería de los francos. Y he aquí que al reconocerla, la rodeé con mis brazos para posesionarme de ella, y dije: "¡Quiero ésta!"

Y la cogí, y me marché.

Llevándomela a mi tienda a la sazón, le dije: "¡Oh, jovenzuela! ¿No me reconoces?" Ella me contestó: "¡No, no te reconozco!" Yo le dije: "¡Soy tu amigo, el mismo a cuya casa fuiste en Acre por dos veces merced a la vieja, a la que una vez hube de dar cincuenta dinares y cien dinares la otra vez, absteniéndose de ti con toda castidad y dejándote partir, muy pesarosa, de su casa! ¡Y el mismo que quería tenerte en su poder una tercera noche por quinientos dinares, cuando ahora el sultán te cede a él por diez dinares!"

Ella bajó la cabeza, y levantándola de pronto, dijo: "¡Lo pasado será, para en lo sucesivo, un misterio de la fe islámica, pues yo alzo el dedo y atestiguo que no hay más Dios que Alah, y que Mahomed es el enviado de Alah!" Y pronunció así oficialmente el acto de nuestra fe, ¡y en el momento se ennobleció con el Islam!

Entonces pensé yo, por mi parte: "¡Por Alah!, ¡que esta vez no penetraré en ella hasta que la haya libertado y me haya casado con ella legalmente!" Y al momento fui en busca del kadí lbn-Scheddad, a quien puse al corriente de todo el particular, y que fue a mi tienda con los testigos para extender mi contrato de matrimonio.

Entonces penetré en ella. Y se quedó encinta de mí. Y nos establecimos en Damasco.

Habían transcurrido de tal suerte algunos meses, cuando llegó a Damasco un embajador del rey de los francos, enviado cerca del sultán Saladino, en demanda del cambio de prisioneros de guerra con arreglo a las cláusulas estipuladas entre los reyes. Y todos los prisioneros, hombres y mujeres, fueron escrupulosamente devueltos a los francos a cambio de prisioneros musulmanes. Pero cuando el embajador franco consultó su lista, notó que del total faltaba aún la mujer del jinete franco, aquél que era el primer marido de mi esposa. Y el sultán envió a sus guardias a buscarla por todas partes, y acabaron por decirle que estaba en mi casa. Y los guardias fueron a reclamármela. Y se me mudó el color, y fui llorando en busca de mi esposa, a la que puse al corriente de lo sucedido. Pero ella se levantó y me dijo: "¡Llévame a presencia del sultán, a pesar de todo! ¡Yo sé lo que tengo que decir entre sus manos!"

Así, pues, cogiendo a mi esposa, la conduje, velada, a la presencia del sultán Saladino; y vi que el embajador de los francos estaba sentado al lado suyo, a su derecha...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 554ª NOCHE

Ella dijo:

"...y vi que el embajador de los francos estaba sentado al lado suyo, a la derecha.

Entonces besé la tierra entre las manos del sultán Saladino, y le dije: "¡He aquí la mujer consabida!" Y se encaró él con mi esposa, y le dijo: "¿Qué tienes que decir? ¿Quieres ir a tu país con el embajador, o prefieres permanecer aquí con tu marido?"

Ella contestó: "¡Me quedo con mi esposo, porque soy musulmana y estoy encinta de él, y la paz de mi alma no se halla entre los francos!"

Entonces el sultán se encaró con el embajador, y le dijo: "¿Lo has oído? ¡No obstante, háblale tú mismo, si quieres!"

Y el embajador de los francos hizo advertencias y amonestaciones a mi esposa, y acabó por decirle: "¿Prefieres quedarte con tu marido el musulmán o volver junto al jefe de caballería de los francos?"

Ella contestó: "¡No me separaré de mi esposo el egipcio, porque la paz de mi alma se halla entre los musulmanes!"

Y el embajador, muy contrariado, dio con el pie en el suelo, y me dijo: "¡Llévate, entonces, esa mujer!"

Y cogí de la mano a mi esposa y saliendo de la audiencia con ella, nos llamó de improviso el embajador y me dijo: "¡La madre de tu esposa, que es una franca vieja que habita en Acre, me ha entregado para su hija este fardo que ves aquí!" Y me entregó el fardo, y añadió: "¡Y me ha encargado esa señora que dijera a su hija que esperaba encontrarla con buena salud!"

Cogí, pues, el fardo, y volví a casa con mi esposa. ¡Y cuando abrimos el fardo, hallamos en él las vestiduras que mi esposa llevaba en Acre, además de los primeros cincuenta dinares que yo le había dado y de los otros cien dinares del segundo encuentro; anudados en el mismo pañuelo y con el nudo que yo mismo hice! ¡Entonces advertí en aquello la bendición que me había traído mi castidad, y di gracias a Alah!

Más adelante me traje a mi mujer, la franca convertida en musulmana, a Egipto, aquí mismo. Y ella es ¡oh huéspedes míos! quien me ha hecho padre de estos hijos blancos que bendicen a su Creador. ¡Y hasta hoy hemos vivido en nuestra unión, comiendo el pan que hemos cocido antes! ¡Y tal es mi historia! ¡Pero Alah es más sabio! "

Y después de contar esta anécdota, se calló Schehrazada. Y el rey Schahriar dijo: "¡Qué dichoso es ese felah, Schehrazada!"

Y dijo Schehrazada: "¡Sí, ¡oh rey! pero no es sin duda más de lo que fue Califa el pescador con los monos marinos y el califa!"

Y preguntó el rey Schahriar: "¿Y cómo es esa Historia de Califa y del califa?"

Schehrazada contestó: "¡Voy a contártela enseguida!"

HISTORIA DE CALIFA Y DEL CALIFA

Y dijo Schehrazada:

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que en la antigüedad del tiempo y el pasado de la edad y del momento, había en la ciudad de Bagdad un hombre que era pescador de oficio y se llamaba Califa. Y era un hombre tan pobre, tan desgraciado y tan sin recursos, que no había podido reunir las escasas monedas de cobre necesarias para casarse; y así es que seguía soltero, mientras que los más pobres de los pobres tenían mujer e hijos.

Un día se echó sus redes a la espalda, como tenía por costumbre, y se fue a la orilla del agua para arrojarlas muy de mañana, antes de que llegasen los demás pescadores. Pero las arrojó por diez veces consecutivas sin sacar nada en absoluto.

Y su despecho fue extremado en un principio; y se le oprimió el pecho, y su espíritu se hallaba perplejo y se sentó en la ribera presa de la desesperación. Pero acabó por calmar sus malos pensamientos y dijo: "¡Alah me perdone mi impulso! ¡Sólo hay recurso en Él! ¡Él se cuida de la subsistencia de sus criaturas, y lo que Él da no puede quitárnoslo nadie, y lo que rehúsa Él, nadie nos lo puede dar! Tomemos, pues, los días buenos y los malos como vengan, y aprestemos un pecho henchido de paciencia contra las desgracias. ¡Porque la mala fortuna es como el grano que no se revienta y sólo se resuelve a fuerza de cuidados pacienzudos!"

Cuando el pescador Califa se hubo reconfortado el alma con estas palabras, se levantó animosamente, y remangándose la ropa, lanzó al agua sus redes tan lejos como alcanzaba su brazo, y esperó un buen rato; tras de lo cual atrajo a sí la cuerda y tiró de ella con todas sus fuerzas; pero pesaban tanto las redes, que hubo de tomar precauciones infinitas para arrastrarlas sin romperlas. Por fin lo consiguió, acarreándolas delicadamente; y cuando las tuvo delante de él, las abrió, con el corazón palpitante; pero no encontró dentro más que un mono muy grande, tuerto y lisiado...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 555ª NOCHE

Ella dijo:

"...pero no encontró dentro más que un mono muy grande, tuerto y lisiado.

Al ver aquello, exclamó el desgraciado Califa: "¡No hay fuerza ni poder más que en Alah! ¡En verdad que pertenecemos a Alah y a Él volveremos!

¡Pero qué fatalidad me persigue hoy!

¿Y qué significa esta suerte desastrosa y este sino calamitoso? ¿Qué va a sucederme, pues, en este día bendito? Pero todo esto está escrito por Alah (¡exaltado sea!)" Y así diciendo, cogió al mono y le ató con una cuerda a un árbol que había en la ribera; luego tomó un látigo que llevaba consigo, y enarbolándolo en el aire, quiso emprenderla a golpes con el mono para desahogar su contrariedad. Pero de pronto el mono movió la lengua con ayuda de Alah, y de una manera elocuente dijo a Califa:

"¡Oh, Califa, detén tu mano y no me pegues! ¡Déjame por el momento atado a este árbol, y ve a arrojar tu red al agua una vez más, fijándote en Alah, que te dará tu pan del día!"

Cuando Califa oyó este discurso del mono tuerto y lisiado, contuvo su gesto amenazador y fue hacia el agua, donde arrojó su red, dejando flotar la cuerda. Y cuando quiso atraerla a sí, encontró la red más pesada todavía que la vez primera; pero tirando de ella con lentitud y precaución, consiguió llevarla a la orilla, y he aquí que halló dentro otro mono que no era tuerto ni ciego, sino muy hermoso, con los ojos prolongados con kohl, las uñas teñidas con henné, los dientes blancos y separados por lindos intervalos, y un trasero sonrosado y no de color crudo, como el trasero de los demás monos; y llevaba ceñido al talle un traje rojo y azul muy agradable a la vista, y pulseras de oro en las muñecas y en los tobillos, y pendientes de oro en las orejas; y se reía mirando al pescador, y guiñaba los ojos y chascaba la lengua.

Al ver aquello, exclamó Califa: "¡Por lo visto, hoy es día de monos! ¡Loores a Alah, que ha convertido en monos los pescados del agua!

¡Oh día de pez, cómo empiezas!

¡Eres cual el libro cuyo contenido se sabe al leer la primera página! ¡Pero todo esto sólo me sucede por culpa del consejo que me dio el primer mono!"

Y diciendo estas palabras, corrió hacia el mono tuerto atado al árbol, y enarboló sobre él su látigo, haciéndolo primero voltear tres veces en el aire, y gritando: "¡Mira ¡oh rostro de mal agüero! el resultado del consejo que me diste!

¡Por haberte escuchado y haber abierto mi día con el espectáculo de tu ojo tuerto y tu deformidad, heme aquí condenado a morir de fatiga y de hambre!"

Y le azotó en el lomo con el látigo, e iba a comenzar de nuevo, cuando le gritó el mono: "¡Oh Califa! ¡antes de pegarme, empieza por hablar a mi compañero el mono que acabas de sacar del agua! ¡Porque el trato que quieres darme ¡oh Califa! no te servirá de nada, sino al contrario! ¡Escúchame, pues, lo que te digo por tu bien!"

Y muy perplejo, Califa se alejó del mono tuerto y se acercó al segundo, que le miraba llegar riendo de muy buena gana.

Y le gritó el pescador: "Y tú, ¡oh rostro de pez! ¿quién eres?"

Y el mono de los ojos hermosos contestó: "¡Cómo, oh Califa! ¿Es que no me conoces?"

Y él dijo: "¡No, no te conozco! ¡Habla pronto, o caerá sobre tu trasero este látigo!"

Y el mono contestó: "No me parece oportuno ese lenguaje ¡oh Califa! ¡Y mejor será que hables de otro modo, y retengas mis respuestas, que han de enriquecerte!"

Entonces Califa arrojó lejos de sí el látigo, y dijo al mono: "Heme aquí dispuesto a escucharte, ¡oh señor mono, rey de todos los monos!"

Y el otro dijo: "¡Has de saber, entonces, ¡oh Califa! que pertenezco a mi amo el cambista judío Abu-Saada, y que a mí me debe su fortuna y su éxito en los negocios!"

Califa preguntó: "¿Y cómo es eso?"

El mono contestó: "¡Sencillamente, porque yo soy la primera persona cuyo rostro mira él por la mañana, y la última de quien se despide antes de marcharse a dormir!"

Al oír estas palabras, exclamó Califa: "¿Pues no es cierto el proverbio que dice: "Calamitoso como el rostro del mono..."

Luego se encaró con el mono tuerto, y le gritó: "Lo oyes, ¿verdad? ¡Esta mañana tu rostro no me ha traído más que la fatiga y la contrariedad! ¡No te ocurre lo que a este hermano tuyo!"

Pero el mono de los ojos hermosos dijo: "¡Deja tranquilo a mi hermano, ¡oh Califa! y escúchame por fin! Para experimentar la verdad de mis palabras, empieza, pues, por atarme al extremo de la cuerda que sujeta tus redes, y ¡arrójalas al agua una vez más! ¡Y verás entonces si te traigo la buena suerte...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 556ª NOCHE

Ella dijo:

"¡...Y verás entonces si te traigo la buena suerte!"

Entonces Califa hizo lo que el mono acababa de aconsejarle, y habiendo arrojado sus redes, sacó un magnífico pez tan grande como un carnero, con ojos como dos dinares de oro y escamas como diamantes. Y radiante cual si fuese el amo de la tierra y de sus dependencias, fue el pescador a llevárselo en triunfo al mono de los ojos hermosos, que le dijo: "¡Ya lo ves! Ahora ve a coger hierbas buenas y frescas, ponlas en el fondo de tu cesto, coloca el pez encima, cúbrelo todo con una nueva capa de hierbas, échate el cesto al hombro y llévalo a la ciudad de Bagdad, dejándonos a los dos monos atados a este árbol. Y si los transeúntes te preguntan qué llevas, no les contestes una palabra. Y entrarás en el zoco de los cambistas, y en medio del zoco encontrarás la tienda de mi amo Abu-Saada el judío, jeique de los cambistas.

Le hallarás sentado en un diván con un cojín detrás de sí y dos cajas delante, una para el oro y otra para la plata. Y verás en su casa mozos jóvenes, esclavos, servidores y empleados. Entonces te adelantarás hacia él, le pondrás delante el cesto de pescado, y le dirás: "Aquí tienes, ¡oh Abu-Saada! ¡Hoy fui de pesca, y he arrojado las redes en tu nombre, y Alah me ha enviado este pez que hay en el cesto!" Y descubrirás delicadamente el pez.

Entonces te preguntará él: "¿Se lo has brindado a otro que no sea yo?" Dile: "¡No, por Alah!"

Él cogerá el pez y te ofrecerá como precio un dinar; pero se lo devolverás. Y te ofrecerá dos dinares; pero se los devolverás. Y te dirá: "¡Dime, entonces, qué deseas!" Y le contestarás: "¡Por Alah! ¡Sólo vendo el pez por dos palabras!"

Y si te pregunta: "¿Cuáles son esas palabras?", le contestarás: "¡Álzate sobre tus pies!, y di: "¡Sed testigos ¡oh vosotros todos los que estáis presentes en el zoco! de que consiento en cambiar el mono de Califa el pescador por mi mono; que trueco mi suerte por su suerte y mi parte de dicha por su parte de dicha!"

Y añadirás, dirigiéndote a Abu-Saada: "Tal es el precio de mi pez. ¡Porque no me importa el oro! ¡No conozco su color, ni su sabor, ni su utilidad!"

Hablarás así, ¡oh Califa! Y si el judío accede a ese trato, como seré yo propiedad tuya, todos los días muy de mañana te daré los buenos días y por la noche te daré las buenas noches; y así te traeré la buena suerte, y ganarás cien dinares al día. En cuanto a Abu-Saada el judío, inaugurará mañana su jornada con el espectáculo de este mono tuerto y lisiado, y tendrá la misma visión todas las noches; y cada día le afligirá Alah con un nuevo impuesto o una carga o una vejación; y de ese modo, al poco tiempo se arruinará, ¡y cuando no tenga ya nada entre las manos, se verá reducido a la mendicidad! ¡Así, pues, ¡oh Califa! retén bien en la memoria lo que acabo de decirte, y prosperarás y seguirás el camino recto de la dicha!"

Cuando Califa el pescador hubo oído este discurso del mono, contestó: "Acepto tu consejo, ¡oh rey de todos los monos! ¿Pero qué tengo que hacer, entonces, con ese tuerto de mal agüero? ¿Hay que dejarle atado al árbol? ¡Porque estoy muy perplejo con respecto a él! ¡Pluguiera a Alah no bendecirle nunca!"

El mono contestó: "Déjale que vuelva al agua. Y déjame también a mí. ¡Es lo mejor!" Califa contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y se acercó al mono tuerto y lisiado, y le desató del árbol; y también dio libertad al mono consejero. Y al punto se echaron de dos zancadas al agua, donde se sumergieron y desaparecieron.

Entonces Califa cogió el pez, lo lavó, lo puso en el cesto encima de la hierba verde y fresca, lo cubrió con hierba asimismo, se lo echó todo al hombro y se fue a la ciudad cantando a gritos.

Y he aquí que, cuando entró en los zocos, la gente y los transeúntes le reconocieron, y como de ordinario bromeaban con él, empezaron a preguntarle: "¿Qué llevas ahí, ¡oh Califa!?"

Pero él no les contestaba y ni siquiera les miraba, y así durante todo el camino. Y llegó de tal suerte al zoco de los cambistas, y pasó las tiendas una a una hasta que llegó a la del judío. Y le vio en medio de su tienda sentado majestuosamente en un diván, teniendo dedicados a su servicio servidores numerosos de todas edades y de todos colores; ¡y parecía así un rey del Khorassán!

Tras de asegurarse de que aquél era el propio judío, Califa adelantóse entre sus manos y se detuvo. Y el judío levantó la cabeza hacia él, y dijo al reconocerle: "Comodidad y familia, ¡oh Califa! ¡Bienvenido seas!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 557ª NOCHE

Ella dijo:

"...Comodidad y familia, ¡oh Califa! ¡Bienvenido seas! Y dime qué te trae y qué deseas. ¡Y si por casualidad te ha dicho malas palabras alguien o te ha empujado o te ha atropellado, dímelo enseguida para que vaya yo contigo a buscar al walí y a pedirle completa reparación del daño que se te haya causado!"

El aludido contestó: "¡No, por vida de tu cabeza, ¡oh jefe de los judíos y su corona! nadie me ha dicho malas palabras ni me ha empujado ni me ha atropellado, sino al contrario! Pero esta mañana salí de mi casa y me fui a la ribera y eché mis redes al agua a tu salud y en tu nombre. ¡Y las retiré y encontré dentro este pez!" Y así diciendo, abrió el cesto, sacó delicadamente de su lecho de hierbas al pez, y se lo presentó con ostentación al cambista judío. Y cuando éste vio aquel pez, lo encontró admirable, y exclamó: "¡Por el Pentateuco y los Diez Mandamientos! Sabe, ¡oh pescador! que ayer, estando yo dormido, vi en sueños a la Virgen María, que se me apareció para decirme: «¡Oh Abu-Saada, mañana tendrás un regalo mío!»

¡Y he aquí que sin duda es éste el regalo consabido!"

Luego añadió: "Dime, por tu religión, ¡oh Califa! ¿le has enseñado o brindado este pez a otro que no sea yo?" Y Califa le contestó: "¡No, por Alah! ¡Te juro por la vida de Abu-Bekr el Sincero, ¡oh jefe de los judíos y su corona! que no lo ha visto todavía nadie más que tú!" Entonces el judío se encaró con uno de sus esclavos jóvenes, y le dijo: "¡Ven aquí! ¡Toma este pez y ve a llevarlo a casa, y dile a mi hija Saada que lo limpie, fría la mitad y ase la otra mitad, y me lo tenga todo caliente para cuando acabe yo de despachar los asuntos y pueda volver a casa!"

Y para dar más fuerza a la orden, Califa dijo al mozo: "¡Sí, ¡oh mozo! recomienda bien a tu ama que no lo deje quemar, y hazle ver el hermoso color de sus agallas!" Y el mozo contestó: "Escucho y obedezco, ¡oh mi amo!" Y se fue.

¡Volvamos al judío!

Ofreció con la punta de los dedos un dinar a Califa el pescador, diciéndole: "¡Toma esto para ti, ¡oh Califa! y gástalo con tu familia!"

Cuando Califa tomó instintivamente el dinar y lo vio brillar en la palma de su mano, él, que todavía no hubo visto en su vida el oro y ni siquiera sospechaba su valor, exclamó: "¡Gloria al Señor, Dueño de los tesoros y Soberano de las riquezas de los dominios!"

Luego dio algunos pasos para marcharse, pero de pronto se acordó de la recomendación del mono de los ojos hermosos, y volviendo sobre sus pasos, tiró el dinar al judío y le dijo: "¡Coge tu oro y devuelve el pez al pobre! ¿Acaso crees que vas a burlarte impunemente de los pobres como yo?"

Cuando el judío hubo oído estas palabras, creyó que Califa quería bromear con él, y riendo mucho de la ocurrencia ¡le ofreció tres dinares en vez de uno!

Pero Califa le dijo: "¡No, por Alah, basta de bromas desagradables! ¿Crees verdaderamente que voy a decidirme a vender mi pez por un precio tan irrisorio?"

Entonces el judío le ofreció cinco dinares en vez de tres, y le dijo: "¡Toma estos cinco dinares como pago por tu pez, y no seas avaricioso!"

Y Califa los cogió en la mano y se marchó muy contento; y miraba aquellos dinares de oro, y se maravillaba y se decía: "¡Gloria a Alah! ¡Sin duda que el califa de Bagdad no tiene en su casa tanto como tengo yo en mi mano hoy!" Y prosiguió su camino hasta que llegó al extremo del zoco. Entonces se acordó de las palabras del mono y de la recomendación que le había hecho; y volvió a casa del judío y le tiró el oro con desprecio.

El judío le preguntó: "¿Qué quieres, pues ¡oh Califa! y qué vienes a pedir? ¿Deseas cambiar tus dinares de oro por dracmas de plata?"

El pescador contestó: "¡No quiero ni tus dracmas, ni tus dinares, sino que devuelvas el pez al pobre!"

Al oír estas palabras se enfadó el judío, y gritó, y dijo: "¿Cómo se entiende, ¡oh pescador!? ¡Me traes un pez que no vale un dinar, y te doy por él cinco dinares, y no te quedas satisfecho! ¿Estás loco? ¿Quieres, si no, decirme al fin el precio a que deseas cedérmelo?"

Califa contestó: "¡No quiero cederlo por plata ni por oro, sino que quiero venderlo por dos palabras solamente!" Cuando el judío oyó que era cuestión de dos palabras, creyó que se trataba de las dos palabras que sirven de fórmula para la profesión de fe del Islam, y que el pescador le pedía que abjurase de su religión por un pez.

Así es que la cólera y la indignación hicieron que se le abrieran los ojos hasta lo más alto de su cabeza, y se le paró la respiración, y se le agrietó el pecho, y le rechinaron los dientes, y exclamó: "¡Oh recortadura de uña de los musulmanes! ¿Acaso quieres con tu pez separarme de mi religión y hacerme abjurar mi fe y mi ley, las que profesaron mis padres antes que yo?"

Y llamó a sus servidores, que acudieron entre sus manos, y les gritó: "¡Maldición! ¡Sus, y a ese rostro de pez, y cogédmele por la nuca y azotadle concienzudamente hasta sacarle tiras de la piel! Y no le perdonéis...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 558ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Y no le perdonéis!" Y al punto los servidores le derribaron a palos, y no cesaron de golpearle hasta que rodó por los escalones de la tienda. Y el judío les dijo: "¡Dejadle levantarse ahora!" Y Califa se irguió sobre sus pies, a pesar de los golpes recibidos, ¡como si no hubiese sentido nada!

Y el judío le preguntó: "¿Quieres decirme ahora el precio que pretendes recibir por tu pez? ¡Estoy dispuesto a dártelo para acabar ya! ¡Y medita acerca del trato nada envidiable que acabas de sufrir!"

Pero Califa se echó a reír, y contestó: "¡No tengas ningún temor por mí ¡oh amo mío! en cuanto a los palos, porque puedo soportar tantos golpes como granos de cebada podrían comerse diez asnos a la vez! ¡No me han impresionado lo más mínimo!" Y el judío también se echó a reír de estas palabras, y le dijo: "¡Por Alah sobre ti, dime lo que deseas, y te juro por la verdad de mi fe que te lo concederé!"

Entonces contestó Califa: "¡Ya te lo he dicho! ¡Por este pez pido dos palabras solamente! ¡Y no vayas a creerte de nuevo que se trata de pronunciar nuestro acto de fe musulmán! Porque, por Alah, ¡oh judío, si te haces musulmán, tu islamismo no tendrá nunca ventaja para los musulmanes y ninguna desventaja para los judíos; y si, por el contrario, te obstinas en permanecer en tu fe impía y en tu error de descreído, tu descreimiento no tendrá ninguna desventaja para los judíos.

¡Las dos palabras que te pido no tienen nada que ver con eso! Deseo que te levantes sobre ambos pies y digas: "Sed testigos de mis palabras, ¡oh habitantes del zoco, oh mercaderes de buena fe! ¡Por voluntad propia consiento en cambiar mi mono por el mono de Califa, y en trocar mi suerte y mi sino de este mundo por su suerte y su sino, y mi dicha por su dicha!"

Al oír este discurso del pescador, le dijo el judío: "¡Si se reduce a eso tu demanda, la cosa es fácil para mí!" Y en aquella hora y en aquel instante, se irguió sobre ambos pies y dijo las palabras que le había pedido Califa el pescador. Tras de lo cual se encaró con él y le preguntó: "¿Tienes que hacer algo más en mi casa?" Califa contestó: "¡No!"

El judío le dijo: "¡Entonces, vete tranquilo!" Y sin más tardanza, se levantó Califa, cogió su cesto vacío y sus redes y volvió a la ribera.

Entonces, confiando en la promesa del mono de los ojos hermosos, arrojó sus redes al agua, las sacó luego, aunque con grandes dificultades, pues pesaban mucho, y las encontró llenas de peces de todas las especies. Y al punto pasó por junto a él una mujer que llevaba en equilibrio sobre su cabeza una bandeja, y que le pidió un dinar de pescado; y se lo vendió él. Y también acertó a pasar por allí un esclavo, que le tomó otro dinar de pescado. ¡Y así sucesivamente, hasta que hubo vendido aquel día por valor de cien dinares! Triunfante entonces en el límite del triunfo, cogió sus cien dinares, y entró en el miserable albergue donde vivía, cerca del mercado de pescado.

Y cuando llegó la noche, se sintió él muy inquieto por todo aquel dinero que poseía, y dijo para sí antes de echarse a dormir en su estera: "¡Oh Califa, todo el mundo en el barrio sabe que eres un pobre hombre, un desgraciado pescador que no tiene nada entre las manos! ¡Pero hete aquí ahora convertido en poseedor de cien dinares de oro! Y va a saberlo la gente, y también acabará por saberlo el califa Harún Al-Raschid, y un día que ande escaso de dinero, enviará a tu casa los guardias, para decirte: "Tengo necesidad de tanto dinero, y he sabido que tenías en tu casa cien dinares. ¡Y vengo a que me los prestes!" Entonces yo tomaré una actitud muy lamentable, y me quejaré golpeándome el rostro, y contestaré: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡soy un pobre que no tiene nada! ¿Cómo iba yo a tener suma tan fabulosa? ¡Por Alah! ¡que quien te lo contó es un insigne embustero! ¡Jamás tuve, ni tendré, semejante suma!" Entonces, para sacarme mi dinero y hacerme declarar el sitio en que lo he ocultado, me entregará al jefe de policía Ahmad-la-Tiña, que mandará que me desnuden y me den una paliza hasta que declare y le entregue los cien dinares. ¡Pero ahora pienso que lo mejor que puedo hacer para salir de este atolladero es no declarar! ¡Y para no declarar, es preciso que acostumbre mi piel a los golpes, aunque ¡loado sea Alah! está ya bastante curtida! ¡Pero es necesario que lo esté del todo, no vaya a ser que mi delicadeza nativa no resista a los golpes y me obligue a hacer lo que no desea mi alma!"

Tras de pensar así, Califa no dudó ya más, y puso en ejecución el proyecto que le sugería su alma de tragador de haschich. Se levantó, pues, al instante, se quedó completamente desnudo ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 559ª NOCHE

Ella dijo:

"...Tras de pensar así, Califa no dudó ya más, y puso en ejecución el proyecto que le sugería su alma de tragador de haschich. Se levantó, pues, al instante, se quedó completamente desnudo, y cogió una almohada de piel que tenía, y la colgó de un clavo frente a él en la muralla; luego, asiendo un látigo de ciento ochenta nudos, empezó a dar alternativamente un latigazo en su piel y otro latigazo en la piel de la almohada, y a lanzar al propio tiempo grandes gritos, como si ya estuviese en presencia del jefe de policía y se viese obligado a defenderse de la acusación. Y gritaba: "¡Ay! ¡Ay! ¡Por Alah, que es mentira, mi señor! ¡Una mentira manifiesta! ¡Ay! ¡Uy! ¡Palabras de perdición contra mí! ¡Oh! ¡Oh! ¡Con lo delicado que soy! ¡Todos embusteros! ¡Yo soy un pobre! ¡Alah! ¡Alah! ¡Un pobre pescador! ¡No poseo nada! ¡Uy! ¡Ninguno de los bienes despreciables de este mundo! ¡Sí! ¡Poseo! ¡No! ¡No poseo! ¡Sí! ¡Poseo! ¡No, no poseo!" Y continuó administrándose de aquella manera aquel remedio, dando sobre su piel un latigazo y otro en la almohada; y cuando se hacía demasiado daño, olvidaba su turno y daba en la almohada dos golpes seguidos; y acabó por no darse ya más que un latigazo de cada tres, luego de cada cuatro, luego de cada cinco.

¡Eso fue todo!

Y los vecinos y los mercaderes del barrio, que oían resonar en la noche los gritos y los golpes, acabaron por conmoverse, y se dijeron: "¿Qué le habrá ocurrido a ese pobre mozo para que grite de esa matera? ¿Y qué golpes serán esos que llueven sobre él? ¡Acaso le hayan sorprendido unos ladrones y le peguen hasta hacerle morir!" Y entonces, como los gritos y los aullidos aumentaban, y los golpes se hacían más numerosos cada vez, salieron de sus casas todos y corrieron a casa de Califa. Pero encontraron cerrada la puerta, y se dijeron: "¡Los ladrones han debido entrar en su casa por el otro lado, bajando por la terraza!" Y subieron a la terraza contigua y desde allí saltaron a la terraza de Califa, y bajaron a la casa por el tragaluz del techo. ¡Y le hallaron solo y todo desnudo, dedicado a darse latigazos alternados y a lanzar al mismo tiempo aullidos y protestas de inocencia!

¡Y se revolvía como un efrit, saltando sobre sus piernas!

Al ver aquello, los vecinos le preguntaron, estupefactos: "¿Qué te pasa, Califa? ¿Y por qué haces eso? ¡Los golpes y los aullidos que oímos han puesto en conmoción a todo el barrio, y no nos han dejado dormir! ¡Y henos aquí con los corazones agitados tumultuosamente!" Pero Califa les gritó: "¿Qué queréis de mí? ¿Es que no soy dueño de mi piel y no puedo en paz acostumbrarla a los golpes? ¿Acaso sé lo que puede reservarme el porvenir? ¡Idos, buena gente! ¡Mejor será que hagáis como yo y os deis el mismo trato! ¡No estáis más al abrigo que yo de las exacciones y de las vejaciones!"

Y sin reparar más en su presencia, Califa continuó aullando bajo los golpes que resonaban en su almohada, haciéndose la ilusión de que iban a parar a su propia piel.

Entonces los vecinos, al ver aquello, se echaron a reír de tal manera, que se cayeron de trasero, y acabaron por marcharse como habían ido.

En cuanto a Califa, se cansó al cabo de cierto tempo; pero no quiso cerrar los ojos por temor a los ladrones, pues estaba muy preocupado con su reciente fortuna. Y por la mañana, antes de ir a su trabajo, todavía pensaba en sus cien dinares, y se decía: "Si los dejo en mi albergue, sin duda me los robarán; si los guardo en mi cinturón, se dará cuenta de ello algún ladrón, que se pondrá al acecho en algún paraje solitario para esperar a que yo pase, y saltará sobre mí, me matará y me robará. ¡Voy a hacer algo mejor que todo eso!"

Entonces se levantó, partió en dos su capote, confeccionó un saco con una de las mitades, y guardó el oro en el saco, que se colgó al cuello con un cordel. Tras de lo cual cogió sus redes, su cesto y su cayado, y se encaminó a la ribera. Y llegado que fue a ella, cogió sus redes y las arrojó al agua con toda la fuerza de su brazo. Pero el movimiento que hizo fue tan brusco y tan violento, que saltó de su cuello el saco de oro y siguió a las redes en el agua; y la fuerza de la corriente lo arrastró lejos por las profundidades.

Al ver aquello, Califa abandonó sus redes, se desnudó en un abrir y cerrar de ojos, tirando sus vestidos en la ribera, saltó al agua y se sumergió en busca de su saco; pero no consiguió dar con él. Entonces se metió en el agua por segunda vez y por tercera vez y así sucesivamente hasta cien veces, pero en vano. Entonces, desesperado y en el límite de sus fuerzas, ganó la ribera y quiso vestirse; pero observó que sus ropas habían desaparecido, y no encontró más que su red, su cesto y su cayado. Entonces se golpeó las manos una contra otra, y exclamó: "¡Ah! ¡Viles forajidos, que me han robado mi ropa!

Pero todo esto me sucede sólo por hacer cierto el proverbio que dice: "¡No acaba para el camellero la peregrinación más que cuando ha horadado a su camello...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 560ª NOCHE

Ella dijo:

"¡No acaba para el camellero la peregrinación más que cuando ha horadado a su camello!"

Y se decidió entonces a envolverse en su red, a falta de otra ropa; luego empuñó su cayado, y con el cesto a la espalda, empezó a recorrer la ribera a grandes zancadas, yendo de un lado a otro, de derecha a izquierda, de delante atrás, jadeante y desordenado y rabioso como un camello en celo, ¡y de todo punto semejante a un efrit rebelde que se hubiese escapado de la estrecha prisión de bronce en que le tenía encerrado Soleimán.

¡Y tal es lo referente a Califa el Pescador!

¡Pero he aquí ahora lo que atañe al califa Harún Al-Raschid, que también toma parte en esta historia!

En aquel tiempo había en Bagdad, en calidad de hombre de negocios y joyero del califa, un individuo muy notable que se llamaba Ibn Al-Kirnas. Y era un personaje tan importante en el zoco, que cuanto se vendía en Bagdad de telas hermosas, joyas, objetos preciosos, mozos y jóvenes, no se vendía más que por mediación suya o después de haber pasado por sus manos o haberlo sometido a su informe. Y un día entre los días que Ibn Al-Kirnas estaba sentado en su tienda, vio ir hacia él al jefe de los corredores, que llevaba de la mano a una joven como jamás la había admirado nadie, pues llegaba al límite de la belleza, de la elegancia, de la finura y de la perfección. Y además de los encantos que atesoraba en sí, aquella joven conocía todas las ciencias, las artes, la poesía, el manejo de instrumentos armónicos, el canto y la danza. Así es que Ibn Al-Kirnas no vaciló en comprarla acto seguido por cinco mil dinares de oro; y después de vestirla con ropas que valían mil dinares, se la presentó al Emir de los Creyentes. Y pasó ella la noche con el califa. Y pudo éste poner a prueba por sí mismo entonces sus aptitudes y sus conocimientos variados. Y la encontró experta en todo y sin igual en la época.

Se llamaba la joven Fuerza-de-los-Corazones y era morena y de lozana piel.

De modo que, encantado de su nueva esclava, el Emir de los Creyentes envió al día siguiente a Ibn Al-Kirnas diez mil dinares como pago de la compra. Y sintió por la joven una pasión tan violenta, y de tal modo quedó subyugado su corazón, que desdeñó a su prima Sett Zobeida, hija de Al-Kassim; y abandonó a todas sus favoritas; y permaneció encerrado con la esclava un mes entero, sin salir más que para la plegaria del viernes y regresando inmediatamente a toda prisa. Así es que a los señores del reino les pareció cosa demasiado grave para que se prolongase por más tiempo, y fueron a exponer sus quejas al gran visir Giafar Al-Barmaki. Y Giafar les prometió poner pronto remedio a aquel estado de cosas, y esperó a la plegaria del viernes siguiente para ver al califa. Y entró entonces en la mezquita y tuvo una entrevista con él, y durante largo rato pudo hablarle de las aventuras de amor y de sus consecuencias.

Después de escucharle sin interrumpirle, le contestó el califa: "¡Por Alah, ¡oh Giafar! para nada intervine en esta historia y en esta elección, y la culpa es de mi corazón, que dejóse prender en los lazos del amor, sin que yo sepa cómo libertarle de ellos!" Y contestó el visir Giafar: "Piensa ¡oh Emir de los Creyentes! en que tu favorita Fuerza-de-los-Corazones estará siempre entre tus manos sometida a tus órdenes como una esclava entre tus esclavas, y ya sabes que cuando la mano posee, el alma deja de codiciar.

Además, quiero indicarte un medio para que tu corazón no se canse de la favorita: consiste en alejarte de ella de cuando en cuando, marchándote, por ejemplo, de caza o de pesca, ¡porque es posible que las redes de pescar libren a tu corazón de las otras redes en que el amor hubo de apresarte! ¡Mejor será esto que empezar enseguida a ocuparte de los asuntos de gobierno, pues en la situación en que te encuentras te aburriría demasiado ese trabajo!"

Y contestó el califa: "Excelente es tu idea ¡oh Giafar! ¡Vámonos de paseo sin tardanza ni dilación!"

Y en cuanto terminaron las plegarias, abandonaron la mezquita, montó en su mula cada cual, y se pusieron a la cabeza de su escolta, saliendo de la ciudad y caminando por los campos.

Después de haber errado mucho tiempo de un lado para otro en las horas de calor, acabaron por dejar a distancia tras ellos a su escolta, distraídos con la conversación; y Al-Raschid sintió una sed atroz, y dijo: "¡Oh Giafar, me tortura una sed muy grande!" Y miró en todos sentidos a su alrededor, buscando alguna vivienda, y divisó a lo lejos una cosa que se movía en la alto de una colina, y preguntó a Giafar: "¿Ves algo que veo yo allá lejos?"

El otro contestó: "¡Sí, ¡oh Comendador de los Creyentes! veo en lo alto de una colina una cosa vaga! ¡Debe ser algún jardinero o un sembrador de cohombros! ¡De todos modos, como sin duda hay agua por allá, echaré a correr para traértela!"

Al-Raschid contestó: "¡Mi mula es más veloz que tu mula! ¡Quédate aquí esperando a nuestra escolta, mientras yo mismo voy a que me dé de beber ese jardinero, y vuelvo enseguida!" Y así diciendo, Al-Raschid guio su mula en aquella dirección, y se alejó con la rapidez de un viento tempestuoso o de un torrente que cayera desde lo alto de una roca, y en un abrir y cerrar de ojos, alcanzó a la persona consabida, que no era otra que Califa el pescador. Y le vio desnudo y trabado en sus redes, y con los ojos enrojecidos, desorbitados y asustados, y con un aspecto horrible a la vista. Y de tal modo se asemejaba el pescador a uno de esos efrits malhechores que rondan por los lugares desiertos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 561ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y de tal modo se asemejaba el pescador a uno de esos efrits malhechores que rondan por los lugares desiertos. Y Harún le deseó la paz, y Califa correspondió al deseo, renegando y lanzándole una mirada llameante. Y Harún le dijo: "¡Oh hombre! ¿puedes darme un sorbo de agua?" Y Califa le contestó: "¡Oh tú! ¿eres ciego o estás loco! ¿No ves correr el agua detrás de esta colina?" Entonces Harún dio la vuelta a la colina y fue a parar al Tigris, donde apagó su sed tendiéndose de bruces, y también hizo beber a su mula.

Luego volvió junto a Califa, y le dijo: "¿Qué haces aquí, ¡oh hombre! y cuál es tu oficio?" Califa contestó: "En verdad que esa pregunta es todavía más extraña y más extraordinaria que la concerniente al agua. ¿Acaso no ves en mis hombros el aparejo de mi oficio?" Y al ver la red; le dijo Harún: "¡Sin duda eres pescador!" El otro dijo: "¡Tú lo has dicho!"

Y Harún le preguntó: "¿Pero qué hiciste de tu ropón, de tu camisa y de tu saco?" Al oír estas palabras, Califa, que había perdido los diversos objetos que acababa de nombrar Al-Raschid, no dudó un instante de que tenía en su presencia al propio ladrón que se los había quitado en la playa, y precipitándose como un relámpago sobre Al-Raschid desde lo alto de la colina, asió por la brida a la mula, exclamando: "¡Devuélveme mis efectos y pon fin a esta broma de mal género!" Harún contestó: "¡Por Alah, que no he visto tus ropas ni sé de qué quieres hablar!" Y he aquí que, como es sabido, Al-Raschid tenía las mejillas gordas y abultadas y la boca muy pequeña. De modo que, al mirarle con más atención, Califa creyó que era un tañedor de clarinete, y le gritó: "¿Quieres o no, ¡oh tañedor de clarinete! devolverme mis efectos, o prefieres que te haga bailar a palos y orinarte en tus vestidos?"

Cuando el Califa vio suspendido sobre su cabeza el enorme garrote del pescador, se dijo: "¡Por Alah, que no podré soportar la mitad de un garrotazo de ese palo!" Y sin vacilar más; se quitó su hermoso traje de raso, y ofreciéndoselo a Califa, le dijo: "¡Oh hombre, toma este traje para reemplazar con él los efectos que perdiste!" Y Califa tomó el traje, le dio vueltas en todos sentidos, y dijo: "¡Oh tañedor de clarinete! mis efectos valen diez veces más que este traje tan mal adornado".

Al-Raschid dijo: "¡Bueno! ¡pero póntelo a pesar de todo, mientras busco tus efectos!" Y Califa lo cogió y se lo puso; pero, pareciéndole demasiado largo, empuñó su cuchillo, que estaba enganchado en el asa del cesto de pesca, y de un tajo cortó todo el tercio inferior del vestido, sirviéndose de aquel retazo para confeccionarse al punto un turbante, mientras el traje apenas le llegaba a las rodillas; sin embargo, él lo prefería así para poder moverse con facilidad. Luego se encaró con el califa, y le dijo: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh tañedor de clarinete! dime cuántos ingresos te produce al mes tu oficio!" El califa contestó, sin atreverse a contrariar a su interpelante: "¡Mi oficio de tañedor de clarinete me produce unos diez dinares al mes!" Y dijo Califa, con un gesto de conmiseración profunda: "¡Por Alah ¡oh pobre! que me entristece tu suerte! Porque esos diez dinares los gano yo en una hora, sin más que echar mi red y sacarla; pues tengo en el agua un mono que se ocupa de mis intereses, y se encarga de empujar los peces hacia mis redes cada vez que las echo. ¿Quieres, pues, ¡oh mejillas abultadas! entrar a mi servicio para que yo te enseñe el oficio de pescador y llegar a ser un día mi socio en la ganancia, empezando primero por ganar cinco dinares diarios como ayudante mío? ¡Y además, te aprovecharás de la protección de este garrote contra las exigencias de tu antiguo maestro de clarinete, al cual me encargo yo de derrengar con un solo garrotazo, si lo necesitas!" Y Al-Raschid contestó: "¡Acepto la proposición!" Califa dijo: "¡Entonces apéate de la mula y sujétala a cualquier parte, a fin de que pueda servirnos para llevar el pescado al mercado cuando sea preciso! ¡Y ven pronto para empezar tu aprendizaje de pescador!"

Entonces el califa, suspirando con toda el alma y lanzando en torno suyo miradas inquietas, se apeó de su mula, la ató cerca de allí, se arremangó lo que le quedaba de ropa y sujetó a su cinturón la orla de su camisa, yendo a situarse junto al pescador, que le dijo: "¡Oh tañedor de clarinete, toma esta red, échala al brazo de tal manera, y lánzala al agua de tal otra manera!" Y Al-Raschid hizo con su corazón un llamamiento a todo el valor de que se sentía capaz, y ejecutando lo que le ordenaba Califa, arrojó la red al agua, y al cabo de algunos instantes quiso retirarla; pero la encontró tan pesada, que no pudo conseguirlo solo, y Califa se vio obligado a ayudarle; y entre los dos la atrajeron a la orilla, en tanto que Califa gritaba a su ayudante:

"¡Oh clarinete de mi zib!, ¡si, por desgracia, noto que se ha roto o estropeado mi red con las piedras del fondo, te horadaré! ¡Y lo mismo que tú me cogiste mi ropa, te cogeré tu mula!"

Pero felizmente para Harún, la red estaba intacta ¡y llena de peces hermosísimos! De no ser así, Harún sin duda se habría visto ensartado por el zib del pescador, ¡y sólo Alah sabe cómo hubiera podido soportar semejante carga! ¡Sin embargo, no pasó nada! Por el contrario, el pescador dijo a Harún: "¡Oh clarinete! eres muy feo, y tu cara se parece exactamente a mi trasero; pero ¡por Alah! que si te fijas en tu nuevo oficio, llegará día en que seas un pescador extraordinario...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 562ª NOCHE

Ella dijo:

"¡Oh clarinete. eres muy feo, y tu cara se parece exactamente a mi trasero; pero ¡por Alah! que si te fijas bien en tu nuevo oficio, llegará día en que seas un pescador extraordinario! Por ahora, lo mejor que puedes hacer es montar otra vez en tu mula e ir al zoco a comprarme dos cestos grandes para que ponga yo en ellos lo que no cabe aquí de esta pesca prodigiosa; y me quedaré guardando el pescado hasta que regreses. Y no te preocupes por más, pues aquí tengo el peso de la pesca, las pesas y todo lo necesario para la venta al por menor. Y cuando lleguemos al zoco del pescado, toda tu obligación se reducirá a sostenerme el peso y a cobrar el dinero a los parroquianos. Pero date prisa a comprarme corriendo los dos cestos. ¡Y cuidado con holgazanear, si no quieres que el garrote te mida las costillas!"

Y el califa contestó: "¡Escucho y obedezco!" Luego se apresuró a desatar su mula y a montar en ella para ponerla a galope tendido; y muriéndose de risa, fue al encuentro de Giafar, quien al verle ataviado de tan extraña manera, alzó los brazos al cielo, y exclamó: "¡Oh Comendador de los Creyentes! ¡sin duda encontraste en tu camino algún jardín ameno en donde te acostaste y te revolcaste por la hierba!"

Y el califa se echó a reír al oír estas palabras de Giafar.

Luego los demás Barmecidas de la escolta, que eran parientes de Giafar; besaron la tierra entre las manos del califa, y dijeron: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡ojalá Alah prolongue sobre ti las alegrías y aleje de ti las preocupaciones! ¿Pero cuál es la causa que te retuvo alejado tanto tiempo de nosotros, si sólo nos dejaste para beber un sorbo de agua?"

Y el califa les contestó: "¡Acaba de ocurrirme una aventura prodigiosa, de las más dilatadoras y de las más extraordinarias!" Y les contó lo que le había ocurrido con Califa el pescador, y cómo para reemplazar los vestidos de cuyo robo se le acusaba, le había dado en cambio su traje de raso labrado. Entonces exclamó Giafar: "¡Por Alah! ¡oh Emir de los Creyentes! que cuando te vi alejarte completamente solo tuve como un presentimiento de lo que iba a ocurrirte! ¡Pero no es grande el daño, pues ahora mismo voy a rescatar del pescador ese traje que le diste!"

El califa se echó a reír más fuerte todavía, y dijo: "¡Debiste pensarlo antes, ¡oh Giafar! porque el bueno del hombre ha cortado ya un tercio del vestido para ajustárselo a la cintura, y se ha hecho un turbante con el retazo! Pero ¡oh Giafar! bastante ha sido ya esta pesca, y no tengo gana de emprender otra vez semejante tarea. ¡Y por cierto que he pescado de una vez tanto, que me dispensa de tener mejor éxito en lo futuro, pues la pesca que salió de mi red es de una abundancia milagrosa, y allá en la orilla queda guardada por mi amo Califa, que no espera más que mi regreso con los cestos para ir al zoco a vender el producto de mi redada!"

Y dijo Giafar: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡voy, entonces, a hacer que fluyan a vosotros dos los compradores!" Harún exclamó: "¡Oh Giafar! ¡por los méritos de mis antepasados los Puros, prometo un dinar por cada vez a los que compren de mi pesca a mi amo Califa!"

A la sazón Giafar llamó a los guardias de la escolta: "¡Eh! ¡guardias e individuos de la escolta, corred a la ribera y procurad traer pescado al Emir de los Creyentes!" Y al punto todos los de la escolta echaron a correr hacia el paraje indicado, y se encontraron con Califa guardando su pesca; y le rodearon cual gavilanes que cercaran una presa, y arrebataron los peces amontonados delante de él, disputándoselos, aunque el garrote de Califa se agitaba amenazador. Y a pesar de todo, quedó Califa vencido por la mayoría, y exclamó: "¡Sin duda no es del Paraíso este pescado!" Y a fuerza de garrotazos consiguió salvar del saqueo los dos peces más hermosos de la pesca; y los cogió, cada uno con una mano, y se refugió en el agua para escapar de los que creía bandoleros salteadores de caminos. Y ya en el agua, alzó sus manos con un pez en cada una y exclamó: "¡Oh Alah! ¡por los méritos de estos peces de tu Paraíso, haz que no tarde en llegar mi socio el tañedor de clarinete!"

Y he aquí que, pronunciada esta invocación, un negro de la escolta, que se había retrasado a los demás porque su caballo se paró en el camino para orinar, llegó a la ribera el último, y no viendo ya huella de pescado, miró a derecha y a izquierda y divisó en el agua a Califa con un pez en cada mano. Y le gritó: "¡Oh pescador, ven aquí!"

Pero Califa contestó: "Vuelve la espalda, ¡oh tragador de zib!"

Al oír estas palabras, el negro levantó su lanza en el límite del furor, y apuntando con ella a Califa, le gritó "¿Quieres venir aquí y venderme esos dos peces al precio que te parezca, o prefieres recibir esta lanza en el costado?" Y Califa le contestó: "No tires, ¡oh bribón! ¡Mejor será darte el pescado que perder la vida!"

Y salió del agua y arrojó con desdén los dos peces al negro, que los recogió y los puso en su pañuelo de seda ricamente bordado; luego se llevó la mano al bolsillo para sacar dinero, pero lo encontró vacío; y dijo al pescador: "¡Por Alah, que no tienes suerte, ¡oh pescador! pues al presente no llevo en el bolsillo ni un solo dracma. Pero ve mañana al palacio y pregunta por el negro eunuco Sándalo. Y los servidores te llevarán a mi presencia, y en mí hallarás una acogida generosa y lo que la suerte te haya deparado, ¡y luego te irás por tu camino!"

Sin atreverse a protestar, Califa lanzó al eunuco una mirada que decía más que mil insultos o mil amenazas de horadación o de fornicación con la madre o la hermana del interesado, y se alejó en dirección a Bagdad, golpeándose una contra otra las manos, y diciendo, con un tono de amargura y de ironía: "¡He aquí, en verdad, un día que desde sus albores está siendo bendito entre todos los días benditos de mi vida! ¡No cabe duda!" Y de tal modo franqueó los muros de la ciudad, y llegó a la entrada de los zocos.

Y cuando los transeúntes y los tenderos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 563ª NOCHE

Ella dijo:

...Y cuando los transeúntes y los tenderos vieron que el pescador Califa, no obstante llevar a la espalda sus redes, su cesto y su garrote, iba vestido con un traje y tocado con un turbante que entre ambos valdrían muy bien mil dinares, se agruparon en torno suyo y echaron a andar detrás de él para enterarse de la cosa, hasta que el pescador acertó a pasar por delante de la tienda del propio sastre del califa. Y desde la primera ojeada que echó a Califa, el sastre reconoció en el traje que llevaba aquel hombre el mismo que entregó él hacía poco al Comendador de los Creyentes. Y gritó al pescador: "¡Oh Califa! ¿de dónde te ha venido ese traje que llevas?"

Y Califa, de muy mal humor, le contestó midiéndole con la mirada: "¿Y qué te importa eso a ti, impúdico con cara de excremento? Sabe, sin embargo, para que veas que no oculto nada, que este traje me lo ha dado el aprendiz a quien enseño a pescar y que ahora es mi ayudante. ¡Y me lo ha dado para que no le cortaran la mano como consecuencia del robo de que se ha hecho culpable al quitarme mis efectos!"

Al oír estas palabras, el sastre comprendió que el califa se habría encontrado al pescador durante su paseo y le habría embromado de aquel modo para reírse de él. Y dejó a Califa continuar en paz su camino y llegar a su casa, donde mañana le encontraremos.

Pero tiempo es ya de saber lo que pasó en palacio durante la ausencia del califa Harún Al-Raschid. Pues bien; pasaron allí cosas de extrema gravedad.

En efecto, sabemos que el califa no había salido de su palacio con Giafar más que para tomar un poco de aire por los campos y distraerse por un momento de su pasión extremada hacia Fuerza-de-los-Corazones. Pero no era sólo a él a quien torturaba aquella pasión hacia la esclava. Su esposa y prima Sett Zobeida, desde que se presentó en palacio aquella joven que llegó a ser la favorita exclusiva del Emir de los Creyentes, no podía ya comer, ni beber, ni dormir, ni nada, de tan llena como tenía el alma de los celos que sienten de ordinario las mujeres hacia sus rivales. Y para vengarse de aquella afrenta continua que la humillaba a sus propios ojos y a los ojos de quienes la rodeaban, no aguardaba más que una ocasión, bien una ausencia fortuita del califa, bien un viaje, bien una ocupación cualquiera, que le permitiese obrar con libertad. Así es que en cuanto supo que el califa había salido para ir de caza y de pesca, hizo preparar en sus habitaciones un festín suntuoso, en el cual no faltaban bebidas ni bandejas de porcelana llenas de confituras y pasteles. Y mandó a invitar con gran ceremonia a la favorita Fuerza-de-los-Corazones, haciendo que le dijeran las esclavas: "Nuestra ama Sett Zobeida, hija de Kassem, esposa del Emir de los Creyentes, te invita hoy a un festín que da en tu honor, ¡oh nuestra ama Fuerza-de-los-Corazones! Porque ha tomado hoy cierto medicamento, y como para que surta mejor sus efectos es preciso que se regocije el alma y dé reposo al espíritu, ella cree que el mejor reposo y la alegría mejor no pueden proporcionárselos más que tu presencia y tus encantos maravillosos, de los que ha oído hablar con admiración al califa. ¡Y tiene muchas ganas de juzgar por sí misma!"

Y Fuerza-de-los-Corazones contestó: "¡El oído y la obediencia son para Alah y para nuestra ama Sett Zobeida!" Y se levantó en aquella hora y en aquel instante; y no sabía lo que le reservaba el Destino en sus designios misteriosos. Y llevó consigo los instrumentos musicales que necesitaba, y acompañó al jefe eunuco a las habitaciones de Sett Zobeida.

Cuando estuvo en presencia de la esposa del califa, besó la tierra entre sus manos varias veces; luego se levantó, y con una voz infinitamente deliciosa, dijo: "¡La paz sobre la cortina levantada y el velo sublime de este harem, sobre la descendiente del Profeta y heredera de la virtud de los Abbasidas! ¡Pluguiera a Alah prolongar la dicha de nuestra ama mientras el día y la noche se sucedan uno a otro!" Y habiendo dicho este cumplimiento, retrocedió hasta colocarse en medio de las demás mujeres y esclavas.

Entonces Sett Zobeida, que estaba echada en un amplio diván de terciopelo, alzó los ojos lentamente hacia la favorita y la miró con fijeza. Y quedó deslumbrada de la belleza que veía...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 564ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y quedó deslumbrada de la belleza que veía en aquella joven perfecta que tenía cabellos de noche, mejillas cual corolas de rosas, granadas en vez de senos, ojos brillantes, párpados lánguidos, una frente resplandeciente y un rostro de luna. Y sin duda debía salir el sol tras la franja de su frente, y las tinieblas de la noche se espesarían con su cabellera; el almizcle no debiera sacarse más que de su aliento perfumado, y las flores le eran deudoras de su gracia y sus perfumes; la luna sólo brillaba cuando la arrebataba el resplandor de su frente; la rama sólo se balanceaba imitando el balanceo de su talle, y las estrellas sólo titilaban en sus ojos; el arco de los guerreros no era más que un remedo de sus cejas, y el coral de los mares enrojecía en sus labios nada más.

¡Si se irritaba, caían sin vida en tierra sus amantes! ¡Si ella se apaciguaba, las almas devolvían la vida a los cuerpos inanimados! Si lanzaba una mirada, hechizaba y sometía a su imperio ambos mundos. ¡Porque en verdad que era un milagro de belleza, honor de su tiempo y gloria de Quien la había creado y perfeccionado!

Cuando Sett Zobeida la admiró y detalló, le dijo: "¡Comodidad, amistad y familia! Bienvenida seas entre nosotras, ¡oh Fuerza-de-los-Corazones! ¡Siéntate y diviértenos con tu arte y con los primores de tu ejecución!" Y contestó la joven: "¡Escucho y obedezco!" Luego se sentó, y tendiendo la mano, cogió primero un tamboril, instrumento admirable; y se le podría entonces aplicar estos versos del poeta:

¡Oh tañedora de tamboril, mi corazón vuela al oírte! ¡Y mientras tus dedos baten el ritmo profundo, el amor que me posee sigue al compás y el sonido repercute en mi pecho!

¡No te apoderarás más que de un corazón herido! ¡Lo mismo cuando cantas con un tono ligero, que cuando lanzas el grito del dolor, penetras en nuestra alma!

¡Ah! Levántate, !ah! desnúdate, ¡ah! Tira el velo, y alzando tus leves pies, ¡oh toda hermosa! señala el paso de la delicia ligera y de nuestra locura!

Y cuando hubo hecho resonar el instrumento sonoro, cantó acompañándose, estos versos improvisados:

Sus hermanos los pájaros dijeron a mi corazón, pájaro herido: "¡Huye, huye de los hombres y de la sociedad!"

¡Pero yo dije a mi corazón!, pájaro herido: ¡Corazón mío, obedece a los hombres y que tus alas tiemblen como abanicos! ¡Regocíjate para complacerles!"

Y cantó estas dos estrofas con una voz tan maravillosa, que las aves del cielo detuvieron su vuelo y el palacio se puso a bailar de entusiasmo con todos sus muros. Entonces Fuerza-de-los-Corazones dejó el tamboril y cogió la flauta de caña, en la cual apoyó sus labios y sus dedos. Y se le podrían entonces aplicar estos versos del poeta:

¡Oh tañedora de la flauta! ¡el instrumento de insensible caña que tienen en tus labios tus ágiles dedos, adquiere al paso de tu aliento un alma nueva!

¡Sopla en mi corazón! ¡Resonará mejor que la insensible caña de la flauta de agujeros sonoros, porque en él hallarás más de siete heridas que han de avivarse al roce de tus dedos!

Cuando hubo encantado a los circunstantes, con su maestría, dejó la flauta y cogió el laúd, instrumento admirable, y templando las cuerdas, le apoyó contra su seno, inclinándose sobre la caja con la ternura de una madre que se inclinara sobre su hijo, de modo que, sin duda, se refiere a ella y a su laúd el poeta que ha dicho:

¡Oh tañedora de laúd! ¡sobre las cuerdas persas tus dedos excitan o calman la violencia a medida de tu deseo, cual un médico hábil que a su antojo hace brotar la sangre de las venas o la deja circular por ellas tranquilamente, según se necesite!

¡Qué gusto da oír hablar bajo tus dedos delicados a un laúd de cuerdas persas que habla a aquellos cuyo lenguaje no posee, viendo cómo todos los ignorantes comprenden su lenguaje sin palabras!

Y entonces preludió ella de catorce modos diferentes, y acompañándose cantó un canto completo, que confundió de admiración a quienes la veían y llenó de delicias a quienes la escuchaban.

Luego, tras de preludiar así en distintos instrumentos y cantar ante Sett Zobeida canciones variadas, Fuerza-de-los-Corazones se levantó con su gracia y su flexibilidad ondulante, ¡y bailó! Después de lo cual se sentó y ejecutó distintos juegos de destreza, prestidigitaciones y escamoteos, y lo hizo con tan ligera mano y con tanto arte y habilidad, que, a pesar de los celos, el despecho y el deseo de venganza, Sett Zobeida estuvo a punto de caer enamorada de ella y declararle su pasión. Pero pudo reprimir a tiempo aquel impulso, pensando para su ánima: "¡En verdad que no debiera censurarse a mi primo Al-Raschid por estar enamorado de ella...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 565ª NOCHE

Ella dijo:

“¡En verdad que no debiera censurarse a mi primo Al-Raschid por estar tan enamorado de ella!" Y dio orden a los esclavos para que sirvieran el festín y dejó a su odio sobreponerse a estos primeros sentimientos. Sin embargo, no dejó que la compasión huyera de su corazón enteramente, y en lugar de realizar el proyecto de envenenar a su rival, como había pensado en un principio, y desembarazarse así de ella para siempre, se limitó a mezclar en los pasteles servidos a Fuerza-de-los-Corazones una dosis muy fuerte de bang narcótico. Y no bien la favorita se llevó a los labios un trozo de aquellos pasteles, echó la cabeza atrás y se sumió en las tinieblas de la inconsciencia. Y Sett Zobeida, fingiendo un dolor grande, ordenó a las esclavas que la transportaran a un aposento secreto. Luego hizo correr la noticia de su muerte, diciendo que se había atragantado por comer demasiado de prisa, y mandó celebrar un simulacro de funerales solemnes y de entierro, y le erigió enseguida una tumba suntuosa en los jardines mismos de palacio.

Todo eso acaeció durante la ausencia del califa. Pero cuando después de su aventura con el pescador Califa entró aquél en el palacio, su primer cuidado consistió en preguntar a los eunucos por su bienamada Fuerza-de-los-Corazones. Y los eunucos, a quienes Sett Zobeida había amenazado con la horca en caso de indiscreción, contestaron al califa con acento fúnebre: "¡Ay! ¡oh señor nuestro! ¡Alah prolongue tus días y vierta sobre tu cabeza las bienandanzas que se merecía nuestra ama Fuerza-de-los-Corazones! ¡Tu ausencia ¡oh Emir de los Creyentes! le ha causado una desesperación y un dolor tan grandes, que no ha podido soportar su emoción, y la ha asaltado una muerte repentina! ¡Y está ahora en la paz del Señor!"

Al oír estas palabras, el califa echó a correr por el palacio como un insensato tapándose las orejas y preguntando a grandes gritos por su bienamada a cuantos encontraba. Y a su paso se arrojaba de bruces todo el mundo o se escondía tras las columnatas. Y llegó de tal suerte al jardín donde se alzaba la falsa tumba de la favorita y dio con la frente en el mármol, y tendiendo los brazos y llorando todas sus lágrimas, exclamó:

¡Oh tumba! ¿Cómo es posible que tus sombras frías y las tinieblas de tu noche encierren a la bien amada?

¡Oh tumba! ¡por Alah, dime si la belleza y los encantos de mi amiga se borraron para siempre! ¿Se desvaneció para siempre el espectáculo regocijante de su hermosura?

¡Oh tumba! ¡sin duda no eres el Jardín de las Delicias ni el alto cielo! ¿Pero por qué veo brillar dentro de ti la luna, y florecer la rama?

Y el califa siguió sollozando y desahogando de aquel modo su dolor durante una hora de tiempo. Tras de lo cual se levantó y corrió a encerrarse en sus habitaciones, sin querer oír consuelos ni recibir a su esposa y a sus íntimos.

En cuanto a Sett Zobeida, apenas vio el éxito de su estratagema, hizo encerrar en secreto a Fuerza-de-los-Corazones en un arca (porque la joven continuaba bajo los efectos adormecedores del bang) y ordenó a dos esclavos de confianza que sacaran del palacio el arca y la vendieran en el zoco al primer comprador que se presentase, con la condición de hacer la compra sin levantar la tapa.

¡Y he aquí lo referente a todos ellos!

Volvamos ahora al pescador Califa. Cuando se despertó al día siguiente al de la pesca, su primer pensamiento fue para el negro castrado que no le había pagado los dos peces, y se dijo: "¡Me parece que lo mejor que puedo hacer es ir a palacio a preguntar por ese eunuco Sándalo, hijo de una negra maldita de narices anchas; pues que él mismo me lo ha recomendado así! Y como no quiera cumplir conmigo, ¡por Alah, que le horado!"

Y se dirigió al palacio.

Pero al llegar a palacio encontró a todo el mundo en movimiento; y la primera persona con quien se encontró en la misma puerta fue el negro eunuco Sándalo, que estaba sentado en medio de un grupo respetuoso de otros negros y otros eunucos discutiendo y gesticulando. Y se adelantó Califa hacia él, y como un joven mameluco quería impedirle el paso, le empujó y le gritó: "¡Déjame, hijo de perro!"

Al oír este grito, el eunuco Sándalo volvió la cabeza y vio que estaba allí Califa el pescador. Y riendo, el eunuco le dijo que se acercara; y Califa avanzó, y dijo: "¡Por Alah, que te hubiera conocido entre mil! ¡oh rubiales míos! ¡oh tizón mío!"

Y el eunuco se echó a reír al escuchar estas palabras, y le dijo con amabilidad: "Siéntate un momento ¡oh mi amo Califa! ¡Enseguida te pagaré lo que te debo!" Y se metió la mano en el bolsillo para coger dinero y dárselo; cuando un grito anunció la presencia del gran visir Giafar, que salía de ver al califa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 566ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y se metió la mano en el bolsillo para coger dinero y dárselo, cuando un grito anunció la presencia del gran visir Giafar, que salía de ver al califa. Así es que los eunucos, los esclavos y los jóvenes mamelucos se levantaron para ponerse en dos filas; y Sándalo, a quien el visir hizo con la mano seña de que tenía que hablarle, dejó al pescador y a toda prisa se puso a las órdenes de Giafar. Y empezaron a hablar ambos largamente, paseándose.

Cuando Califa vio que el eunuco tardaba en volver junto a él, creyó que aquello era una estratagema suya para no pagarle, máxime cuando el eunuco parecía haberle olvidado completamente, sin preocuparse ya de su presencia y como si no existiera el pescador. Entonces éste comenzó a moverse y a hacer al eunuco desde lejos señas que querían decir: "¡Vuélvete ya!" Pero como el otro no le prestaba la menor atención, le gritó Califa con irónico acento: "¡Oh mi señor Tizón, dame lo que me debes para que me vaya!"

Y a causa de la presencia de Giafar, el eunuco se avergonzó mucho de este apóstrofe, y no quiso contestarle. Por el contrario, se puso a hablar con más viveza para no atraer hacia el otro la atención del gran visir; pero fue trabajo perdido. Porque Califa se acercó más y exclamó con una voz formidable, haciendo muchos gestos: "¡Oh tramposo pillastre! ¡confunda Alah a las gentes de mala fe y a cuantos privan de lo suyo a los pobres!"

Después cambió de acento y le gritó con sorna: "Bajo tu protección me pongo, ¡oh mi señor Barriga-Hueca! Y te suplico que me des lo que me debes para que me marche".

Y el eunuco llegó el límite de la confusión, pues Giafar había visto y oído aquella voz; pero como aún no sabía de qué se trataba, preguntó al eunuco: "¿Qué le ocurre a ese hombre? ¿Y quién le ha engañado?"

Y el eunuco contestó: "¡Oh mi señor! ¿no sabes quién es ese hombre?"

Giafar dijo: "¡Por Alah! ¿cómo voy a conocerle si es la primera vez que le veo?"

El eunuco dijo: "¡Oh señor nuestro! ¡si precisamente es el pescador a quien ayer disputamos los peces para llevárselos al califa! ¡Y como yo le prometí dinero por los dos últimos peces que le quedaban, le dije que viniera hoy a buscarme para que le pagase lo que le debía! ¡Y hace un rato iba a pagarle, cuando tuve que acudir entre tus manos! ¡Y por eso me apostrofa ahora de esa manera, impaciente ya el buen hombre!"

Cuando el visir Giafar hubo oído estas palabras, sonrió ligeramente, y dijo al eunuco: "¿Cómo te has atrevido ¡oh jefe de los eunucos! a faltar así al respeto, a la prontitud y a los miramientos que se deben al propio amo del Emir de los Creyentes?

¡Pobre Sándalo ¿qué dirá el califa si llega a enterarse de que no se ha honrado en extremo a su socio y maestro Califa el pescador?"

Luego Giafar añadió de pronto: "¡Oh Sándalo! ¡sobre todo no le dejes marchar, porque nos puede hacer mucha falta! Precisamente el califa tiene el pecho oprimido, el corazón afligido, el alma condolida, y está sumido en la desesperación con la muerte de la favorita Fuerza-de-los-Corazones, y he tratado inútilmente de consolarle por todos los medios usuales.

Pero quizá consigamos dilatarle el pecho con la ayuda de ese pescador Califa. ¡Retenle, pues, en tanto que voy yo a tantear el ánimo del califa!" Y contestó el eunuco Sándalo: "¡Oh mi señor, haré lo que juzgues oportuno! ¡Y Alah te conserve y te guarde por siempre como sostén, pilar y piedra angular del imperio y de la dinastía del Emir de los Creyentes! ¡Y caiga sobre ti y sobre ella la sombra protectora del Altísimo! ¡Y ojalá la rama, el tronco y la raíz permanezcan intactos durante siglos!"

Y se apresuró a reunirse con Califa, mientras Giafar iba a ver al califa. Y al ver por fin llegar al eunuco, el pescador le dijo: "¡Hete aquí ya!, ¡oh Barriga-Hueca!" Y como el eunuco daba a los mamelucos orden de detener al pescador y de impedirle que se marchara, le gritó éste: "¡Ah! ¡eso es lo que no me esperaba! ¡El acreedor se convierte en deudor, y el demandante resulta demandado! ¡Ah, Tizón de mi zib! ¡Vengo aquí a reclamar mi deuda, y se me coge preso con pretexto de atraso en las contribuciones y de falta de pago de impuestos!"

Y he aquí lo referente a él.

En cuanto al califa, cuando Giafar penetró en su aposento, le encontró doblado por la cintura, con la cabeza entre las manos y el pecho hinchado de sollozos. Y recitaba lentamente estos versos:

¡Sin cesar me reprochan mis censores el dolor inconsolable que me embarga! ¿Pero qué voy a hacer, si el corazón rechaza todo consuelo? ¿Acaso depende de mí este corazón independiente?

¿Y cómo, sin morir, podré soportar la ausencia de una niña cuyo recuerdo llena mi alma, de una niña encantadora y dulce, y tan dulce, ¡oh corazón mío!?

¡Oh no! ¡Jamás la olvidaré! ¡Olvidarla cuando la copa ha circulado entre nosotros, copa en que bebí el vino de sus miradas, vino que me embriaga todavía!

Y cuando Giafar estuvo entre las manos del califa, dijo: "¡La paz sea contigo, oh Emir de los Creyentes! ¡oh defensor del honor de nuestra Fe! ¡oh descendiente del tío del Príncipe de los Apóstoles! ¡Que la plegaria y la paz de Alah sean con Él y con todos los suyos sin excepción!"

Y el califa alzó hacia Giafar unos ojos llenos de lágrimas, mirándole con una mirada dolorosa, y le contestó:

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 567ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y el califa alzó hacia Giafar unos ojos llenos de lágrimas, mirándole con una mirada dolorosa, y le contestó: "¡Y contigo ¡oh Giafar! la paz de Alah y su misericordia y sus bendiciones!" Y Giafar preguntó: "¿Permite el Comendador de los Creyentes que le hable su esclavo, o se lo prohíbe? Y Al-Raschid contestó: "¿Y desde cuándo ¡oh Giafar! te está prohibido hablarme, a ti, que eres señor y cabeza de todos mis visires? ¡Dime cuanto tengas que decirme!"

Y Giafar dijo entonces: "¡Oh señor nuestro! cuando yo salía de entre tus manos de vuelta para mi casa, he encontrado de pie a la puerta de palacio, en medio de los eunucos, a tu amo y profesor y compañero, Califa el pescador, que tenía muchas quejas que formular contra ti, y se querellaba diciendo: "¡Gloria a Alah! ¡no comprendo nada de lo que me sucede! ¡Le he enseñado el arte de la pesca, y no solamente no me guarda ninguna gratitud, sino que se marchó para comprarme dos cestos y ha tenido buen cuidado de no volver! ¿Se puede llamar a eso una intención formal y un buen aprendizaje? ¿O acaso es así cómo se corresponde con los amos?"

¡De modo que yo, ¡oh Emir de los Creyentes! me he apresurado a venir a avisarte de la cosa para que, si sigues teniendo la intención de ser su asociado, lo seas, y si no, para que le avises el haberse terminado el acuerdo existente entre ambos, a fin de que pueda él encontrar otro socio o compañero! "

Cuando el califa hubo oído estas palabras de su visir, a pesar de los sollozos que le ahogaban, no pudo por menos de sonreír primero, riendo luego a carcajadas, y de pronto sintió que se le dilataba el pecho, y dijo a Giafar: "¡Por mi vida sobre ti, ¡oh Giafar! dices la verdad!

¿Es cierto que el pescador Califa está a la puerta del palacio ahora?" Y Giafar contestó: "¡Por tu vida, ¡oh Emir de los Creyentes! que a la puerta está el propio Califa con sus dos ojos!"

Y dijo Harún: "¡Oh Giafar! ¡por Alah, que necesito hacerle justicia hoy con arreglo a sus méritos, y darle lo que le corresponde! ¡Así, pues, si por mediación mía Alah le envía suplicios o sufrimientos, no se le perdonará ninguno, y si, por el contrario, escribe para suerte suya la prosperidad y la fortuna, las tendrá también!"

Y diciendo estas palabras, el califa cogió una hoja grande de papel, la cortó en trozos pequeños de igual tamaño, y dijo: "¡Oh Giafar, escribe con tu propia mano primero en veinte de estas papeletas, sumas de dinero que oscilen entre un dinar y mil dinares, y los nombres de todas las dignidades de mi imperio, desde la dignidad de califa, de emir, de visir y de chambelán hasta los más ínfimos cargos de palacio; luego escribe en las otras veinte papeletas todas las clases de castigos y de torturas, desde los azotes hasta la horca y la muerte!"

Y contestó Giafar: "¡Escucho y obedezco!" Y cogió un cálamo y escribió con su propia mano en las papeletas indicaciones ordenadas por el califa, tales como Un millar de dinares, cargo de chambelán, emirato, dignidad de califa y sentencia de muerte, prisión, azotes, y otras cosas parecidas. Luego dobló de igual manera todas las papeletas las metió en una palangana de oro, y se lo entregó todo al califa, que le dijo: "¡Oh Giafar! ¡por los méritos sagrados de mis santos antecesores los Puros, y por mi ascendencia real que se remonta a Hamzah y a Akil, juro que cuando Califa el pescador se halle aquí, dentro de poco, voy a ordenar que saque una papeleta de esas papeletas cuyo contenido sólo yo y tú conocemos, y le concederé lo que tenga escrito el papel que él saque, cualquiera que sea la cosa escrita! ¡Y si le tocara mi propia dignidad de califa, yo la abdicaré al instante en favor suyo y se la transmitiré con toda generosidad de alma! ¡Pero, si por el contrario, le corresponde la horca, o la mutilación; o la castración, o cualquier género de muerte, se la haré sufrir sin apelación!

¡Ve, pues, por él, y tráemelo sin tardanza!"

Al oír estas palabras, Giafar dijo para sí: "¡No hay majestad ni poder más que en Alah el Glorioso, el Omnipotente! ¡Es posible que la papeleta que saque ese pobre sea una papeleta de las malas que ocasione su perdición! ¡Y sin quererlo, seré yo entonces la causa primera de su desdicha! ¡Porque lo ha jurado el califa, y no hay que pensar en hacer que cambie de resolución! ¡Por tanto, tengo que limitarme a buscar a ese pobre hombre! ¡Y no ha de suceder más que lo que estuviera escrito por Alah!"

Luego salió en busca de Califa el pescador y, cogiéndole de la mano, quiso arrastrarle al interior del palacio.

Pero Califa, que hasta entonces no había cesado de gesticular, quejarse de su arresto y arrepentirse por haber ido a la corte, estaba a punto de perder del todo la razón, y exclamó: "¡Qué estúpido fui al hacerme caso a mí mismo y venir aquí en busca de ese eunuco negro, de ese Tizón funesto, de ese hijo maldito de una maldita negra de narices anchas, de ese Barriga-Negra!"

Pero Giafar le dijo: "¡Vamos, sígueme!" Y le arrastró con él, precedido y escoltado por la muchedumbre de esclavos y de mozos, a quienes Califa no cesaba de injuriar. Y le hicieron pasar por siete inmensos vestíbulos, y Giafar le dijo: "¡Atención, ¡oh Califa! porque vas a entrar en presencia del Emir de los Creyentes, el defensor de la Fe!" Y levantando un cortinaje le empujó a la sala de recepción, en cuyo trono aparecía sentado Harún Al-Raschid, a quien rodeaban sus emires y los grandes de su corte. Y Califa, que no tenía la menor idea de lo que estaba viendo, no se desconcertó lo más mínimo, sino que, al mirar con la mayor atención a Harún Al-Raschid en medio de su gloria, se adelantó hacia él riendo a carcajadas, y le dijo: "¡Ah! por fin te encuentro, ¡oh clarinete! ¿Te parece que has obrado legalmente al dejarme ayer solo para que guardara el pescado, después que te enseñé el oficio y te encargué que fueras a comprarme dos cestos? ¡Me dejaste indefenso y a merced de una porción de eunucos que, como una bandada de buitres fueron a robarme y a quitarme mi pescado, que hubiera podido producirme cien dinares lo menos! ¡Y también tú eres el causante de lo que me sucede ahora entre todos estos individuos que me retienen aquí! Pero dime ya, ¡oh clarinete! ¿quién pudo echarte mano y apresarte y atarte a esa silla...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 568ª NOCHE

Ella dijo:

"...Pero dime ya, ¡oh clarinete! ¿quién pudo echarte mano y apresarte y atarte a esa silla?"

Al oír estas palabras de Califa, el califa sonrió, y cogiendo con las dos manos la jofaina de oro en que estaban las papeletas escritas por Giafar, le dijo: "¡Acércate, ¡oh Califa! y ven a sacar una papeleta entre estas papeletas!"

Pero exclamó Califa, echándose a reír: "¡Cómo! ¡oh clarinete! ¿cambiaste ya de oficio y abandonaste la música? ¡Y hete aquí ahora convertido en astrólogo! ¡Y ayer eras aprendiz de pescador! ¡Créeme, clarinete, que ese proceder no te llevará lejos! ¡Porque cuantos más oficios se tienen, menos provecho se saca de ellos! ¡Da, pues, de lado a la astrología, y torna a ser clarinete o vuelve conmigo para continuar tu aprendizaje de pescador!"

Y aún iba a proseguir hablando, cuando Giafar se acercó a él, y le dijo: "¡Basta ya de semejante palabrería! ¡Y ven a sacar de esas papeletas, como te ha ordenado el Emir de los Creyentes!" Y le empujó hacia el trono.

Entonces Califa, aunque resistiéndose al empujón de Giafar, se adelantó renegando hacia la jofaina de oro, y metiendo en ella con torpeza toda su mano, sacó un puñado de papeletas a la vez. Pero Giafar, que le vigilaba, le hizo soltarlas, y le dijo que cogiera una sola. Y Califa, rechazándole de un codazo, volvió a meter la mano y no sacó aquella vez más que una sola papeleta, diciendo: "¡Lejos de mí toda idea de volver a tomar a mi servicio en adelante a este tañedor de clarinete de mejillas abultadas, a este astrólogo sacador de horóscopos!"

Y así diciendo, desdobló la papeleta, y con ella al revés, pues no sabía leer, se la dio al califa, preguntándole: "¿Quieres decirme, ¡oh clarinete! el horóscopo escrito en esta papeleta? ¡Y ten cuidado con no ocultarme nada!"

El califa cogió la papeleta, y sin leerla, se la dio a su vez a Giafar, diciéndole "¡Dinos en alta voz lo que está escrito ahí!" Y Giafar cogió la papeleta y habiéndola leído, alzó los brazos y exclamó: "¡No hay majestad ni poder más que en Alah el Glorioso, el Omnipotente!"

Y el califa preguntó a Giafar, sonriendo: "¡Supongo que serán buenas noticias, oh Giafar! ¿De qué se trata? ¡Habla! ¿Es preciso que baje yo del trono? ¿Hay que sentar aquí a Califa? ¿o hay que apoderarse de él?"

Y Giafar contestó con mohíno acento: "¡Oh Emir de los Creyentes! en esta papeleta han escrito: Cien palos al pescador Califa".

Entonces, a pesar de los gritos y protestas de Califa, el califa dijo: "¡Que se ejecute la sentencia!" Y el portaalfanje Massrur hizo que se apoderaran del pescador, que aullaba como un loco, y cuando le echaron de bruces, mandó que le aplicaran cien palos justos, ¡ni uno más ni uno menos! Y aunque Califa no sentía dolor alguno, a causa del encallecimiento que había adquirido, daba gritos espantosos y lanzaba mil imprecaciones contra el tañedor de clarinete.

¡Y el califa se reía extremadamente!

Y cuando hubieron acabado de administrarle los cien golpes, Califa se levantó como si no hubiese pasado nada, y exclamó: "¡Maldiga Alah tu música, oh hinchado! ¿Desde cuándo forman los palos parte de las bromas entre las gentes distinguidas?"

Y Giafar, que tenía un alma misericordiosa y un corazón compasivo, se encaró con el califa, y le dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡permite al pescador que saque otra papeleta! ¡Quizá la suerte le sea esta vez más propicia! ¡Y después de todo, no querrás que tu antiguo amo se aleje del río de tu liberalidad sin haber apagado su sed!"

Y el califa contestó: "¡Por Alah, ¡oh Giafar! que eres muy imprudente! ¡Ya sabes que los reyes no tienen costumbre de desdecirse de sus juramentos y promesas! ¡De modo que puedes estar seguro de antemano de que, si al sacar la segunda papeleta el pescador, le toca la horca, se le ahorcará sin remisión! ¡Y así serás tú el causante de su muerte!" Y Giafar contestó: "¡Por Alah, ¡oh Emir de los Creyentes! que la muerte del desdichado es preferible a su vida!"

Y el califa dijo: "¡Sea! ¡Que saque, entonces, otra papeleta!"

Pero Califa exclamó, encarándose con el califa: "¡Oh clarinete funesto, que Alah te recompense por tu liberalidad! pero dime, ¿es que no podrías encontrar en Bagdad otra persona más que yo para hacerle experimentar tan agradable prueba? ¿O acaso yo sólo estoy disponible en todo Bagdad?"

Pero Giafar se acercó a él, y le dijo: "¡Coge otra papeleta, y Alah te la elegirá!"

Entonces Califa metió la mano en la jofaina de oro, y al cabo de un momento, sacó una papeleta en blanco. Y el califa dijo: "¡Ya lo estás viendo! ¡La fortuna de este pescador no le espera entre nosotros! ¡Dile, pues, ahora que se quite de mi vista cuanto antes! ¡Ya estoy harto de verle!"

Pero Giafar dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡te conjuro, por méritos sagrados de tus santos antecesores los Puros, a que permitas al pescador que saque la tercera papeleta! ¿Quién sabe si encontrará así con qué no morir de hambre?" Y contestó Al-Raschid: "¡Bueno! ¡Que coja, pues, la tercera papeleta, pero nada más!"

Y Giafar dijo a Califa: "¡Anda, oh pobre! coge la tercera y última...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 569ª NOCHE

Ella dijo:

¡Anda, ¡oh pobre! coge la tercera y última!" Y una vez más sacó un papel Califa, y cogiendo la papeleta, Giafar leyó en voz alta: "¡Un dinar al pescador!"

Al oír estas palabras, exclamó Califa el pescador: "¡Maldición sobre ti, oh clarinete funesto! ¡Un dinar por cien palos! ¡Vaya una generosidad!

¡Así te recompense Alah el día del Juicio!"

Y el califa se echó a reír con toda su alma, y Giafar, que al fin y al cabo había conseguido distraerle, cogió de la mano al pescador Califa y le hizo salir de la sala del trono.

Cuando Califa llegó a la puerta del palacio, se encontró con el eunuco Sándalo, que le llamó y le dijo: "¡Ven, Califa! ¡Ven a hacernos participar de la gratificación que te haya dado la generosidad del Emir de los Creyentes!"

Y le contestó Califa: "¡Ah! ¿quieres participar de ella, negro de brea?

¡Ven, pues, a recibir la mitad de cien palos sobre tu piel negra, antes de que Eblis te los administre en el infierno! ¡Toma ahora el dinar que me ha dado tu amo el tañedor de clarinete!"

Y le tiró a la cara el dinar que Giafar le puso en la mano, y quiso trasponer la puerta para marcharse por su camino. Pero el eunuco echó a correr detrás de él, y sacando del bolsillo una bolsa con cien dinares, se la ofreció a Califa, diciéndole: "¡Oh pescador, toma estos cien dinares para pago del pescado que te compré ayer! ¡Y vete en paz!"

Y al ver aquello, Califa se alegró mucho y tomó la bolsa con los cien dinares y también el dinar que le dio Giafar, y olvidando su mala suerte y el trato que acababa de sufrir, se despidió del eunuco y se volvió a su casa, lleno de gloria y en el límite de la satisfacción.

Y ahora...

Como cuando Alah decreta una cosa la ejecuta siempre, y aquella vez su decreto se refería precisamente a Califa el pescador, hubo de cumplirse su voluntad. En efecto, al atravesar los zocos de regreso para su casa, Califa se vio detenido, ante el mercado de los esclavos, por un corro considerable de personas que miraban todas al mismo punto

Y se preguntó Califa: "¿Qué mira así este tropel de gente?" E impulsado por la curiosidad, apartó la multitud empujando a mercaderes y corredores, a ricos y a pobres, quienes se echaban a reír cuando le reconocían, diciéndose unos a otros: "¡Paso! ¡dejad paso al opulento valiente que va a comprar todo el mercado! ¡Paso al sublime Califa, maestro de taladradores!"

Y Califa, sin desconcertarse y animado al sentirse provisto de los dinares de oro que llevaba en su cinturón, llegó en medio de la primera fila y miró para ver de qué se trataba. Y vio a un anciano que tenía delante de sí un arca en el cual estaba sentado un esclavo. Y aquel anciano recitaba a voces un pregón que decía: "¡Oh mercaderes! ¡oh gente rica! ¡oh nobles habitantes de nuestra ciudad! ¿quién de vosotros quiere colocar su dinero en un negocio que le rentará un ciento por ciento, si compra con su contenido, que ignoramos, esta arca de buen origen, procedente del palacio de Sett Zobeida, hija de Kassem, esposa del Emir de los Creyentes? ¡Ofreced por él! ¡Y que Alah bendiga al que más ofrezca!" Pero un silencio general respondió a su llamamiento, porque los mercaderes no se atrevían a aventurar una suma de dinero en aquella arca cuyo contenido ignoraban, ¡y mucho se temían que hubiese dentro alguna superchería!

Pero uno de ellos alzó por fin la voz, y dijo: "¡Por Alah, que es muy aventurado el trato! ¡Y se corre mucho riesgo! ¡Sin embargo, voy a hacer una oferta, a condición de que no se me reproche por ella! ¡Voy a decir una palabra, y nada de censuras para conmigo!

¡Hela aquí! ¡veinte dinares, y ni uno más!"

Pero inmediatamente pujó otro mercader, y dijo: "¡Es mío por cincuenta!" Y pujaron otros mercaderes; y las ofertas llegaron a cien dinares.

Entonces gritó el subastador: "¿Hay quien puje más entre vosotros, ¡.oh mercaderes!? ¿Quién da más? ¡Cien dinares! ¿Quién da más?" Entonces alzó la voz Califa, y dijo: "¡Es mío por cien dinares y un dinar!"

Al oír estas palabras de Califa, los mercaderes, que sabían estaba tan limpio de dinero como una alfombra, sacudida y golpeada; creyeron que bromeaba, y se echaron a reír. Pero Califa se quitó el cinturón, y repitió con voz más fuerte y furiosa: "¡Cien dinares y un dinar!" Entonces, a pesar de las risas de los mercaderes, el subastador dijo: "¡Por Alah, que te pertenece el arca! ¡Y sólo a él se la vendo!"

Luego añadió: "Toma. ¡oh pescador! ¡paga los ciento y uno, y llévate el arca con su contenido! ¡Alah bendiga la venta! ¡Y sea contigo la prosperidad merced a esta compra!"

Y Califa vació entre las manos del subastador su cinturón, que contenía los cien dinares y un dinar juntos; y la venta se hizo con pleno consentimiento mutuo de ambas partes. Y el arca quedó desde entonces como propiedad de Califa el pescador.

Entonces, viendo ultimada la venta, todos los cargadores del zoco se precipitaron sobre, el cofre, regañando por quien conseguiría llevárselo para ganar su salario. Pero aquello no entraba en los cálculos del desventurado Califa, que con aquella compra se había privado de cuanto dinero poseía, ¡y no llevaba encima ni con que comprar una cebolla! Y los cargadores continuaban pegándose a más y mejor y quitándose el arca unos a otros hasta que los mercaderes intervinieron para separarlos, y dijeron: "¡Ha llegado primero el cargador Zoraik! ¡A él, pues, le corresponde el arca!" Y ahuyentaron a todos los cargadores, excepción hecha de Zoraik, y a pesar de las protestas de Califa, que quería llevar él mismo el arca, se la cargaron a la espalda del cargador, y le dijeron que siguiera con su carga a su amo Califa.

Y el cargador echó a andar detrás de Califa con el arca a la espalda...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 570ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y el cargador echó a andar detrás de Califa con el arca a la espalda. Y mientras caminaba, se decía para su ánima Califa: "¡Ya no llevo encima ni oro, ni plata, ni cobre, ni siquiera el olor de semejante cosa! ¿Y cómo voy a arreglarme para pagar a este maldito cargador al llegar a casa? ¿Y qué necesidad tenía yo de cargador? ¿Y qué necesidad tenía yo tampoco de esta arca funesta? ¿Y quién pudo meterme en la cabeza la idea de comprarla? ¡Pero ha de ocurrir lo que está escrito! Por lo pronto, para salir de mi compromiso con este cargador, voy a hacerle correr y andar y perderse por las calles hasta que esté extenuado de fatiga. Entonces se parará por su voluntad y se negará a seguir. ¡Y me aprovecharé de su negativa para negarme a pagarle a mi vez y me echaré a la espalda el arca yo mismo!"

Y tras de imaginar de aquel modo su proyecto, lo puso en práctica inmediatamente. Empezó, pues, por ir de calle en calle y de plaza en plaza, y por hacer que el cargador diera vueltas con él por toda la ciudad, y así estuvo desde mediodía hasta la puesta del sol, de modo que el cargador estaba ya completamente extenuado y acabó por refunfuñar y murmurar, y se decidió a decir a Califa: "¡Oh amo mío! ¿dónde está tu casa?"

Y contestó Califa: "¡Por Alah, que ayer sabía yo aún dónde estaba, pero hoy lo he olvidado completamente! ¡Y heme aquí dedicado a buscar contigo donde se halle!"

Y dijo el cargador: "¡Pues dame mi salario y toma tu arca!"

Y dijo Califa: "¡Espera un poco todavía y anda despacio mientras yo ordeno mis recuerdos y reflexiono acerca del sitio en que está mi casa!" Luego, al cabo de cierto tiempo, como el cargador se pusiera a protestar entre dientes, le dijo: "¡Oh Zoraik! no llevo encima dinero para darte tu salario aquí mismo! ¡Porque me he dejado el dinero en casa, y se me ha olvidado cuál es mi casa!"

Y cuando el cargador se paraba, sin poder andar ya, e iba a dejar su carga, acertó a pasar un conocido de Califa, que le dio en el hombro, y le dijo: "¡Por Alah! ¿eres tú, Califa? ¿Y qué te trae por este barrio tan alejado de tu barrio? ¿Y qué lleva para ti este hombre?" Pero antes de que el consternado Califa tuviese tiempo de contestarle, el cargador Zoraik se encaró con el transeúnte consabido, y le preguntó: "¡Oh tío! ¿dónde está la casa de Califa?" El hombre contestó: "¡Por Alah! ¡Vaya una pregunta! ¡La casa de Califa está precisamente al otro extremo de Bagdad, en el khan ruinoso que hay junto al mercado del pescado en el barrio de los Rawssin!"

Y se marchó riendo.

Entonces Zoraik el cargador dijo a Califa el pescador: "¡Vamos, anda, oh miserable! ¡Ojalá no pudieras vivir ni andar!" Y le obligó a ir delante de él y a conducirle a su vivienda del khan ruinoso cercano al mercado del pescado. Y hasta que llegaron no cesó de injuriarle y de reprocharle su conducta, diciéndole: "¡Oh tú, rostro nefasto, así te cortara Alah el pan cotidiano en este mundo! ¡Cuántas veces no habremos pasado por delante de tu casa de desastre sin que hicieras el menor ademán para que me parase! ¡Anda, ayúdame ahora a descargarme de la espalda tu arca! ¡Y ojalá estuvieras pronto encerrado para siempre en ella!"

Y sin decir una palabra, Califa le ayudó a descargar el arca, y limpiándose con el dorso de la mano las gotas gordas de sudor que le caían de la frente, dijo Zoraik: "¡Ahora vamos a ver la capacidad de tu alma y la generosidad de tu mano en el salario que me corresponde por todas las fatigas que me has hecho soportar sin necesidad! ¡Y date prisa para que me vaya por mi camino!" Y le dijo Califa: "¡Claro que serás retribuido espléndidamente, compañero! ¿Quieres, pues, que te traiga oro o plata? ¡Escoge!"

Y contestó el cargador: "¡Tú sabrás mejor lo que conviene!"

Entonces Califa, dejando a la puerta al cargador con el arca, entró en su vivienda, y salió de ella enseguida llevando en la mano un formidable látigo con correas claveteadas cada una con cuarenta clavos agudos, capaces de derribar a un camello al primer golpe. Y se precipitó sobre el cargador con el brazo en alto y enarbolando el látigo, lo dejó caer sobre la espalda del otro, y comenzó de nuevo, de modo que el cargador empezó a aullar, y volviendo la espalda, pasó por delante de él, tapándose la cara con las manos, y desapareció por una esquina.

Libre así del cargador, que al fin y al cabo había cargado con el arca por propia iniciativa, Califa se creyó en el deber de arrastrar el arca aquella hasta su vivienda. Pero al oír aquel ruido, afluyeron los vecinos, y al ver el extraño atavío de Califa con el traje de raso cortado por las rodillas y el turbante, le dijeron: "¡Oh Califa! ¿de dónde sacaste ese traje y esa arca tan pesada?"

Él contestó: "¡Me los ha dado mi criado y aprendiz que tiene el oficio de clarinete y se llama Harún Al-Raschid!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 571ª NOCHE

Ella dijo:

¡Me los ha dado mi criado y aprendiz, que tiene el oficio de clarinete y se llama Harún Al-Raschid!"

Al oír estas palabras, los habitantes del khan, vecinos de Califa, sintieron que el espanto les invadía el alma, y se dijeron unos a otros: "¡No conviene que nadie oiga hablar así a este insensato! ¡Pues si se enteran le va a prender la policía y le ahorcarán sin remisión! ¡Y destruirán completamente nuestro khan, y acaso también a nosotros por culpa suya, nos ahorquen a la puerta del khan o nos castiguen con algún castigo terrible!"

Y en extremo aterrados, le obligaron a guardarse la lengua en la boca, y para acabar antes, le ayudaron a llevar el arca a su vivienda y cerraron la puerta detrás de él.

Pero la vivienda de Califa era tan exigua, que el arca la llenaba por entero, exactamente como si estuviese hecha para embutirse allí. Y sin saber ya dónde meterse a pasar la noche, Califa se echó encima del arca cuan largo era, y de aquella manera se puso a reflexionar acerca de lo que le había ocurrido durante la jornada. Y se preguntó de pronto: "Pero, vamos a ver, ¿a qué espero para abrir el arca y enterarme de su contenido?" Y saltó sobre ambos pies y trabajó con las manos cuanto pudo para abrirla, pero en vano. Y se dijo: "¿Cómo se me turbaría la razón hasta el punto de decidirme a comprar esta arca que ni siquiera puedo abrir?" Y de nuevo intentó romper el candado y hacer saltar la cerradura, pero sin conseguirlo. Entonces se dijo: "¡Esperemos a mañana para ver cómo nos arreglamos!" Y otra vez se echó sobre el arca cuán largo era, y no tardó en dormirse, roncando a más y mejor.

Pero al cabo de una hora de hallarse allí, se despertó, sobresaltado de espanto, y dio con la cabeza en el techo de su vivienda. Porque acababa de sentir que se movía algo en el interior del arca. Y de improviso huyó de su cabeza el sueño en compañía de la razón, y exclamó: "¡Sin duda hay algún genni aquí dentro! ¡Loor a Alah, que me inspiró al no dejarme abrir la tapa! ¡Pues si la hubiera abierto, habría salido, abalanzándose a mí en medio de la oscuridad, y quién sabe lo que me hubieran hecho! ¡Y al fin y al cabo, ciertamente que no saldría yo ganando entonces!" Pero en el mismo instante en que formulaba de aquel modo su pensamiento de terror, redobló el ruido en el interior del arca, y llegó a oídos de Califa una especie de gemido. Entonces, en el límite del espanto, Califa buscó por instinto una lámpara para encender luz; pero se olvidaba de que la pobreza le impidió siempre tener lámpara, y mientras iba tanteando con las manos en las paredes de su vivienda, le rechinaban los dientes, y se decía: "¡Esto ya es terrible, completamente terrible!" Luego, como aumentaba su miedo, abrió la puerta y se precipitó fuera en medio de la noche, gritando con todas sus fuerzas:

"¡Socorro! ¡Oh habitantes del khan! ¡oh vecinos! ¡acudid! ¡socorro!"

Y los vecinos, que en su mayoría dormían tranquilamente, se despertaron muy sobresaltados y fueron a él, en tanto que las mujeres asomaban por las puertas entreabiertas sus cabezas a medio velar. Y le preguntaron todos: "¿Pero qué te ocurre, ¡oh Califa!?" Él contestó: "¡Pronto, dadme pronto una lámpara, porque han venido a visitarme los genn!"

Y los vecinos se echaron a reír, y uno de ellos, a pesar de todo, acabó por darle una lámpara. Y Califa cogió la lámpara y volvió a su casa algo más reanimado. Pero cuando se inclinaba sobre el arca, oyó de repente una voz que decía: "¡Ah! ¿dónde estoy?" Y más espantado que nunca, lo abandonó todo y se precipitó fuera como un loco, gritando de nuevo: "¡Oh vecinos! ¡Socorredme!" Y los vecinos le dijeron: "¡Oh maldito Califa! ¿pero qué calamidad te ocurre? ¿Acabarás de molestarnos?" Él contestó: "¡Oh buenas gentes, el genni está en el arca! ¡Se mueve y habla!" Ellos le preguntaron: "¡Oh embustero! ¿y qué dice el genni?"

Él contestó: "Me ha dicho: «¿dónde estoy?»" Los vecinos le contestaron, riendo: "¡Pues en el infierno, sin duda, oh maldito! ¡Ojalá no disfrutes de sueño nunca hasta tu muerte! ¡Has puesto en movimiento a todo el khan y a todo el barrio! ¡Cómo no te calles, bajaremos a molerte los huesos!" Y aunque estaba medio muerto de terror, Califa se decidió a volver una vez más a su vivienda, y haciendo acopio de todo su valor, cogió un pedrusco y rompió la cerradura del arca, e hizo saltar a golpes la tapa.

Y vio echada dentro, lánguida y con los párpados entreabiertos, a una joven hermosa como una hurí y brillante de pedrerías. ¡Era Fuerza-de-los-Corazones! Y al sentirse libre, y respirando a plenos pulmones el aire fresco, se despertó del todo, y cesaron completamente los efectos adormecedores del bang.

¡Y allí estaba ella pálida y hermosa y verdaderamente deseable!

Al advertir aquello, el pescador, que en su vida había visto al descubierto, no sólo una belleza semejante, sino ni siquiera una mujer vulgar, cayó de hinojos ante ella, y le preguntó: "¡Por Alah, oh mi señora! ¿quién eres?...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 572ª NOCHE

Ella dijo:

"...cayó de hinojos ante ella, y le preguntó: "¡Por Alah; oh mi señora! ¿quién eres?"

Ella abrió los ojos, unos ojos negros de pestañas curvadas, y dijo: "¿Dónde está jazmín? ¿Dónde está Narciso?"

Aquellos eran los nombres de dos esclavas jóvenes que tenía a su servicio en el palacio. Y creyendo Califa que le preguntaba por el jazmín y por el narciso, contestó: "¡Por Alah, ¡oh mi señora! que en este momento no tengo aquí más que algunas flores secas de henné!"

Y al oír aquella respuesta y aquella voz, la joven recobró por completo el sentido, y abriendo sus ojos cuán grandes eran, preguntó: "¿Quién eres? ¿Y dónde estoy?"

Y lo dijo con una voz más dulce que el azúcar, acompañada de un encantador movimiento de la mano. Y Califa, que en el fondo tenía un alma delicadísima, conmovióse mucho con lo que veía y oía, y contestó: "¡Oh mi señora, oh verdaderamente bellísima! ¡soy Califa el pescador, y te encuentras en mi casa precisamente!"

Y preguntó Fuerza-de-los-Corazones: "¿Entonces es que ya no estoy en el palacio del califa Harún Al-Raschid?" El pescador contestó: "¡No, por Alah, estás en mi casa, en esta vivienda que es un palacio desde que te aloja! ¡Y la venta y la compra te ha hecho esclava mía, pues te he comprado hoy mismo, con tu arca, en pública subasta, por cien dinares y un dinar! ¡Y te transporté a mi casa, dormida en esta arca! ¡Y no supe tu presencia hasta que me asustaron tus movimientos de antes! ¡Y ahora me doy cuenta de que mi estrella asciende bajo auspicios felices, por más que anteriormente fuese tan rastrera y nefasta!"

Al oír estas palabras, Fuerza-de-los-Corazones sonrió, y dijo: "¿Así es que me has comprado en el zoco sin verme, ¡oh Califa!?" Y contestó él: "¡Sí, por Alah, sin suponer siquiera tu presencia!" Entonces comprendió Fuerza-de-los-Corazones que cuanto le ocurrió había sido tramado contra ella por Sett Zobeida, e hizo que el pescador le contara cuánto hubo de sucederle, desde el principio hasta el fin

Y estuvo charlando de aquel modo con él hasta por la mañana. Entonces le dijo ella: "¡Oh Califa! ¿no tienes nada de comer? ¡Porque siento mucha hambre!"

El pescador contestó: "¡No tengo nada de comer ni de beber, nada absolutamente! ¡Y ya hace dos días, por Alah, que no me he llevado nada a la boca!"

Ella preguntó: "¿Tienes encima algún dinero, por lo menos?"

El pescador dijo: "¿Dinero? ¡oh mi señora! ¡Alah me conserve esta arca, en cuya compra invertí mi última moneda, impulsado por mi destino y mi curiosidad! ¡Y heme aquí en la miseria!"

Al oír estas palabras, se echó a reír la joven, y le dijo: "¡A pesar de todo, sal para traerme algo de comer, pidiéndoselo a los vecinos, que no te negarán!

¡Porque los vecinos se deben a sus vecinos!"

Entonces se levantó Califa y salió al patio del khan, y en medio del silencio del amanecer, se puso a gritar: "¡Oh habitantes del khan! ¡oh vecinos! ¡he aquí que el genni del arca me pide de comer ahora! ¡Y no tengo a mano nada para dárselo!"

Y los vecinos, que temían aquella voz y que al mismo tiempo le tenían lástima a causa de su pobreza, bajaron a verle, quién llevándole medio pan que había sobrado de la comida de la víspera, quién un trozo de queso, quién un cohombro, quién un rábano.

Le pusieron todo aquello en el faldón de su traje recortado; y subieron a sus casas. Y contento del acopio hecho, Califa volvió a su vivienda, y colocó todo aquello entre las manos de la joven, diciéndole: "¡Come, come!"

Ella se echó a reír, y dijo: "¿Cómo voy a comer, si no tengo una vasija o un jarro en qué beber? ¡Se me detendrían en el gaznate los bocados, y moriría entonces!"

Y contestó Califa: "¡Lejos de ti el mal, oh perfectamente bella! ¡Ahora mismo voy a traerte, no un jarro, sino una cuba!"

Y saliendo al patio del khan, gritó con sus pulmones: "¡Oh vecinos! ¡oh habitantes del khan!" Y de todas partes salieron voces irritadas que le insultaron, y le dijeron: "¿Pero qué quieres todavía, ¡oh maldito!?"

Él contestó: "¡El genni del arca pide de beber ahora!" Y los vecinos bajaron hasta donde él estaba, quién llevándole un jarro, quién un ánfora, quién una vasija, quién una cuba; y lo cogió él, llevando un recipiente en cada mano, otro a la cabeza en equilibrio y otro debajo del brazo, y se apresuró a llevárselo todo a Fuerza-de-los-Corazones, diciéndole: "¡Te traigo lo que anhela tu alma! ¿Deseas alguna cosa más?"

Ella dijo: "¡No, los dones de Alah son numerosos!"

Dijo él: "¡Entonces, ¡oh mi señora! dirígeme a tu vez tu palabra tan dulce, y cuéntame tu historia, pues no la conozco!"

Entonces Fuerza-de-los-Corazones miró a Califa, sonrió, y dijo: "¡Sabe, pues, ¡oh Califa! que mi historia se resume en dos palabras! ¡Los celos de mi rival, El-Sett Zobeida, la propia esposa del califa Harún Al-Raschid, me sumieron en esta situación de que tú me salvaste, felizmente para tu destino! ¡Porque soy Fuerza-de-los-Corazones, la favorita del Emir de los Creyentes! ¡Por lo que a ti respecta, tu dicha está asegurada en adelante!"

Y Califa le preguntó: "¿Pero ese Harún es el mismo a quien enseñé el arte de la pesca? ¿Es ese espantajo que vi en palacio, sentado en una silla muy grande?" Ella contestó: "¡El mismo precisamente!"

Dijo él: "¡Por Alah, que en mi vida encontré un tañedor de clarinete ni un bribón mayor! ¡No sólo me ha robado ese miserable de cara abotargada, sino que me ha dado un dinar después de administrarme cien palos! ¡Como vuelva a encontrarle le destrozo con este palo!"

Pero Fuerza-de-los-Corazones le dijo, imponiéndole silencio: "¡Deja de usar ese lenguaje inconveniente, porque en la nueva situación en que vas a encontrarte necesitas ante todo abrir los ojos de tu espíritu y cultivar la cortesía y los buenos modales! ¡Y entonces, cuando pases por tu piel el cepillo de la galantería, ¡oh Califa! te convertirás en un ciudadano de alto rango y en un personaje dotado de distinción y de delicadeza...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 573ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Y entonces, cuando pases por tu piel el cepillo de la galantería, ¡oh Califa! te convertirás en un ciudadano de alto rango y en un personaje dotado de distinción y de delicadeza!"

Cuando Califa hubo oído estas palabras de Fuerza-de-los-Corazones, sintió que dentro de él se operaba una súbita transformación, y se le abrían los ojos del espíritu, y se le ensanchaba la comprensión de las cosas, y se afinaba su inteligencia. ¡Y fue para bien suyo todo aquello! ¡Qué verdad es que las almas finas ejercen una influencia grande sobre las almas groseras! Así, pues, en las palabras dulces de Fuerza-de-los-Corazones, el pescador Califa, insensato y brutal hasta entonces, se convertía por momentos en un elegante ciudadano, dotado de modales excelentes y de elocuente lengua.

En efecto, cuando Fuerza-de-los-Corazones hubo de indicarle de aquel modo la conducta que tenía que seguir, sobre todo en el caso de que le llamaran otra vez a presencia del Emir de los Creyentes, el pescador Califa contestó: "¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos! ¡Tus advertencias ¡oh señora mía! son mi norma de conducta, y tu benevolencia es la sombra en que me complazco! ¡Escucho y obedezco! ¡Alah te colme con sus bendiciones y satisfaga tus menores deseos! ¡He aquí entre tus manos al más abnegado de tus esclavos, a Califa el pescador, obediente y lleno de cortesía para con tus méritos!"

Luego añadió: "¡Habla, oh mi señora! ¿Qué puedo hacer para servirte?" Ella contestó: "¡Oh Califa! solamente necesito un cálamo, un tintero y una hoja de papel". Y Califa apresuróse a correr a casa de un vecino, que le procuró aquellos diversos objetos; y se los llevó a Fuerza-de-los-Corazones, que enseguida escribió una larga misiva al hombre de negocios del califa, al mismo joyero Ibn Al-Kirnas, que en otro tiempo la había comprado y ofrecido como regalo al califa. Y en aquella carta le ponía al corriente de cuanto hubo de acaecerle, y le explicaba que se encontraba en la vivienda del pescador Califa, a quien pertenecía en virtud de la venta y la compra. Y dobló la misiva y se la entregó a Califa, diciéndole: "¡Toma esta misiva y ve a entregársela en el zoco de los joyeros a lbn Al-Kirnas, el hombre de negocios del califa, cuya tienda conoce todo el mundo! ¡Y no olvides mis recomendaciones con respecto a los buenos modales y al lenguaje!" Y Califa contestó con el oído y la obediencia, cogió la misiva, llevándosela a los labios y a la frente luego, y se apresuró a correr al zoco de los joyeros, en donde preguntó por la tienda de Ibn Al-Kirnas, la cual le indicaron. Y se acercó a la tienda, y con muy escogidas maneras se inclinó ante el joyero y le deseó la paz.

Y el joyero correspondió a su deseo, pero a todo esto, sin mirarle apenas, y le preguntó: "¿Qué quieres?" Y por toda respuesta, Califa le entregó la misiva. Y el joyero la cogió con la punta de los dedos y la dejó a su lado en la alfombra, sin leerla ni siquiera abrirla, pues creía que se trataba de una instancia en demanda de limosna, y que Califa era un mendigo. Y dijo a uno de sus servidores: "¡Dale medio dracma!"

Pero Califa rechazó dignamente aquella limosna, y dijo al joyero: "¡No pido limosna! ¡Sólo te ruego que leas la esquela!" Y el joyero recogió la misiva, la desdobló y la leyó; y de improviso la besó y se la llevó a la cabeza respetuosamente, e invitó a sentarse a Califa, y le preguntó: "¡Oh hermano mío! ¿dónde está tu casa?"

El pescador contestó: "En tal barrio y tal calle y tal khan". El joyero dijo: "¡Perfectamente!" Y llamó a sus dos empleados principales y les dijo: "Conducid a este honorable a la tienda de mi cambista Mohsén, a fin de que le dé mil dinares de oro. ¡Después traedle aquí lo más pronto posible!" Y los dos empleados condujeron a Califa a casa del cambista, al cual dijeron: "¡Oh Mohsén, da a este honorable mil dinares de oro!" Y el cambista pesó los mil dinares de oro y se los entregó a Califa, que volvió con ambos empleados a la tienda de Ibn Al-Kirnas; y le halló montado en una mula magníficamente enjaezada, rodeado de cien esclavos vestidos con ricos trajes. Y el joyero le indicó otra mula no menos hermosa, y le dijo que se montara en ella y le siguiera. Pero dijo Califa: "¡Por Alah, ¡oh mi señor! que en mi vida monté en una mula, y no sé ir a caballo ni en asno!" Y el joyero le dijo: "¡No importa! ¡Pues aprenderás hoy!"

Y dijo Califa: "¡Tengo miedo de que me tire al suelo y me rompa las costillas!" El joyero contestó: "¡No tengas miedo y monta!" Y dijo Califa: "¡En el nombre de Alah!" Y de un salto se montó en la mula, pero colocándose al revés, y le cogió la cola en vez de la brida. Y la mula, que era en exceso cosquillosa, se estremeció y empezó a revolcarse, dando con él en tierra sin tardanza. Y Califa se levantó dolorido, y dijo: "¡Bien sabía yo que nunca podré ir de otro modo que sobre mis pies!"

¡Pero ésta fue la última de las tribulaciones de Califa! ¡Y en lo sucesivo su destino había de conducirlo resueltamente por el camino de las prosperidades...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 574ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Pero ésta fue la última de las tribulaciones de Califa! ¡Y en lo sucesivo su destino había de conducirle resueltamente por el camino de las prosperidades!

En efecto, el joyero dijo a dos de sus esclavos: "¡Conducid al hammam a este amo vuestro que aquí veis, y decid que le den un baño de primera calidad! ¡Y llevadle después a mi casa, adonde iré a buscarle!" Y se marchó solo a la vivienda de Califa en busca de Fuerza-de-los-Corazones para llevársela a su casa también.

En cuanto a Califa, los dos esclavos le condujeron al hammam, en donde no había puesto los pies él en su vida, y se lo confiaron al mejor masajista y a los mejores bañeros, que al punto se dedicaron a lavarle y a frotarle. ¡Y le sacaron de la piel y de los cabellos una porción de suciedades de todas clases, y piojos y chinches de todas las variedades! Y le arreglaron y le refrescaron, y después de secarle, le vistieron con un suntuoso traje de seda que habían ido a comprar a toda prisa ambos esclavos. Y ataviado de tal modo, le condujeron a la morada de su amo lbn Al-Kirnas, que ya estaba allí de vuelta con Fuerza-de-los-Corazones.

Y al entrar en la sala principal de la casa, Califa vio a la joven sentada en un hermoso diván y rodeada por una muchedumbre de servidoras y esclavas que se apresuraban a servirla. Y por cierto que a la misma puerta de la casa, al divisarle el portero, se apresuró a levantarse en honor suyo y a besarle la mano respetuosamente. Y todo aquello sumía en el mayor asombro a Califa. Pero no lo demostró por temor de parecer mal educado. E incluso cuando todo el mundo se agrupó a su alrededor para decirle: "¡Sea delicioso tu baño!", supo contestar con urbanidad y elocuencia; y al herirle en los oídos, sus propias palabras le maravillaban y le halagaban agradablemente.

De modo que cuando estuvo en presencia de Fuerza-de-los-Corazones, se inclinó ante ella y esperó a que ella le dirigiese primero la palabra. Y Fuerza-de-los-Corazones levantóse en honor suyo y le cogió de la mano, y le hizo sentarse a su lado en el diván. Luego le presentó un tazón lleno de sorbete de azúcar perfumado con agua de rosas; y lo tomó y lo bebió despacio, sin hacer ruido con la boca, y para mostrar mejor su educación, lo vació sólo a medias, en lugar de tomárselo todo y meter luego el dedo para rebañar, como hubiese hecho antes, sin duda. Y hasta dejó el tazón en la bandeja sin romperlo, y pronunció con palabra muy elocuente la fórmula de cortesía que entre la gente bien educada se pronuncia cuando se ha aceptado algo de comer o de beber: "¡Ojalá dure siempre, la hospitalidad de esta casa!" y Fuerza-de-los-Corazones le contestó, encantada: "¡Que tu vida dure otro tanto!" Y después de regalarle con un festín excelente, le dijo: "¡Ahora ¡oh Califa! ha llegado el momento de que muestres toda tu inteligencia y tus méritos! ¡Por tanto, escúchame bien, y no olvides lo que escuches!

Desde aquí vas a ir al palacio del Emir de los Creyentes, y pedirás una audiencia, la cual te será concedida, y después de los homenajes que se deben al califa, le dirás: "¡Oh Emir de los Creyentes, te ruego que me otorgues un favor como recuerdo de la enseñanza que te di!" ¡Te lo otorgará de antemano! Y le dirás: ¡Deseo que me hagas el honor de ser mi invitado esta noche!" ¡Eso es todo! ¡Y ya veremos si acepta o no!"

Entonces se levantó Califa y salió acompañado por un séquito numeroso de esclavos puestos a su servicio, y vestido con un traje de seda que valdría muy bien mil dinares. Y de tal modo, aparecía en su plenitud la belleza nativa de sus facciones, ¡y estaba asombrado!

Porque dice el proverbio:

"¡Pon magníficos vestidos a una caña, y la caña resultará una recién casada!"

Cuando llegó a palacio fue advertido desde lejos por el jefe eunuco Sándalo, que se quedó estupefacto de aquella transformación, y corrió con toda la fuerza de sus piernas a la sala del trono, y dijo al califa: "¡Oh Emir de los Creyentes, no sé lo que pasa! ¡pero el caso es que Califa el pescador se ha convertido en rey! ¡Porque he aquí que viene vestido con un traje que valdrá muy bien mil dinares, y acompañado por un cortejo espléndido!"

Y dijo el califa. "¡Hazle entrar!"

Así, pues, Califa fue introducido en la sala del trono, donde se hallaba Harún Al-Raschid en medio de su gloria. Y el pescador se inclinó como sólo saben inclinarse los más grandes de entre los emires, y dijo: "La paz sobre ti, ¡oh Comendador de los Creyentes, oh califa del Dueño de los Tres Mundos, defensor del pueblo de los fieles y de nuestra fe! ¡Alah el Altísimo prolongue tus días y honre tu reino y exalte tu dignidad y la eleve hasta el rango más alto!"

Y al ver y oír todo aquello, el califa llegó al límite de la maravilla. Y no podía comprender por qué camino había llegado tan rápidamente a Califa la fortuna.

Y preguntó a Califa: "¿Me dirás, ante todo, ¡oh Califa! de dónde sacaste esas ropas tan hermosas?"

El pescador contestó: "De mi palacio, ¡oh Emir de los Creyentes!" El califa preguntó: "¿Pero tienes un palacio, ¡oh Califa!?"

El pescador contestó: "Tú lo has dicho, ¡oh Emir de los Creyentes! ¡Y precisamente vengo a invitarte para que esta noche lo ilumines con tu presencia! Eres, pues, mi invitado". Y Al-Raschid, cada vez más estupefacto, acabó por sonreír, y preguntó: "¿Tu invitado? ¡Sea! ¿Pero lo soy yo solo o yo y todos los que están conmigo?" El pescador contestó: "Tú y todos los que quieras llevar contigo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 575ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Tú y todos los que quieras llevar contigo!" Y Harún miró a Giafar, y Giafar se acercó a Califa, y le dijo: "Seremos tus huéspedes esta noche, ¡oh Califa! ¡Así lo desea el Emir de los Creyentes!" Y Califa, sin añadir una palabra más, besó la tierra entre las manos del califa, y después de dar a Giafar las señas de su nueva morada, volvió junto a Fuerza-de-los-Corazones, a la cual dio cuenta del éxito de su empresa.

En cuanto al califa, se había quedado muy perplejo, y dijo a Giafar: "¿Cómo puedes explicarte, ¡oh Giafar! esta transformación tan repentina de Califa, el mísero villano de ayer, en un ciudadano tan fino y tan elocuente, y en rico entre los emires y mercaderes más ricos?" Y contestó Giafar: "¡Sólo Alah, ¡oh Emir de los Creyentes! conoce los recodos del camino que el Destino sigue!"

Y cuando fue de noche, el califa montó a caballo, y acompañado de Giafar, de Massrur y de algunos íntimos, se presentó en la morada adonde le invitaron. Y al llegar a ella, vio que, desde la entrada hasta la puerta de recepción, estaba el suelo cubierto de hermosos tapices de valor, y los tapices estaban sembrados de flores de todos colores. Y advirtió al pie de la escalera a Califa, que le esperaba sonriendo, y que se apresuró a tenerle el estribo para ayudarle a bajar del caballo. Y le deseó la bienvenida, inclinándose hasta el suelo, y le introdujo, diciendo: "¡Bismilah!"

Y el califa se encontró en una sala grande, alta de techo, suntuosa y rica, en medio de la cual había un trono cuadrado de oro macizo y de marfil, erguido sobre cuatro pies de oro, y en el cual le rogó Califa que se sentara. Y al punto entraron con inmensas bandejas de porcelana unos coperos jóvenes como lunas, que les presentaron copas preciosas llenas de cocimientos de almizcle puro, helados, refrescantes y deliciosos. Después entraron otros mozos jóvenes, vestidos de blanco y más hermosos que los anteriores, sirviéndoles manjares de colores admirables, patos rellenos, pollos, corderos asados, y toda clase de aves asadas. Luego entraron otros esclavos blancos, jóvenes y encantadores, de cintura ceñida y elegante, que levantaron los manteles y sirvieron las bandejas de bebidas y dulces. ¡Y coloreábanse los vinos en vasos de cristal y en tazones de oro enriquecidos con pedrerías! Y cuando corrieron entre las manos blancas de los coperos, exhalaron un aroma no parecido a ningún otro, de modo que en verdad podían aplicárseles estos versos del poeta:

¡Copero, échame de ese vino añejo, y échaselo también a mi camarada, que es este niño al que amo!

¡Oh precioso vino! ¿qué nombre digno de tus virtudes te daré? ¡Te llamaré "licor de la recién casada"!

Así es que el califa, más maravillado cada vez, dijo a Giafar: "¡Oh Giafar! ¡por vida de mi cabeza, que no sé lo que debo admirar más aquí, si la magnificencia de esta recepción o las maneras refinadas, exquisitas y nobles de nuestro huésped! ¡En verdad que no llega a tanto mi entendimiento!"

Pero Giafar contestó: "Cuanto estamos viendo nada es en comparación de lo que puede hacer todavía Quien no tiene más que decir a las cosas: «¡Sed, para que sean!» Entretanto, volvió Califa, que se había ausentado un momento, y tras nuevos deseos de bienvenida, dijo al Califa: "¿Quiere el Emir de los Creyentes permitir a su esclavo que le presente una cantarina tañedora de laúd para encantar las horas de su noche? ¡Porque en este momento no hay en Bagdad cantarina más experta ni música más hábil!"

Y contestó el califa: "¡Claro que te está permitido!" Y Califa se levantó, y entró a ver a Fuerza-de-los-Corazones, y le dijo que había llegado el momento.

Entonces Fuerza-de-los-Corazones, que ya estaba toda ataviada y perfumada, no tuvo más que envolverse en su gran izar y echarse por la cabeza y por el rostro el ligero velillo de seda para estar dispuesta a presentarse.

Califa la cogió de la mano, y velada de aquel modo la introdujo en la sala, emocionándose los circunstantes a la vista de sus andares reales.

Y cuando ella hubo besado la tierra entre las manos del califa, que no podía adivinar quién fuese, se sentó no lejos de él, templó las cuerdas de su laúd, y preludió con una ejecución que arrebató en un éxtasis a todo el auditorio.

Luego cantó:

¿Devolverá el tiempo a nuestro amo aquellos a quienes amamos?

¡Ah! dulce unión de los amantes, ¿volveré a saborearte?"

¡Oh encanto de las noches en la morada amorosa! ¡oh encanto de mis noches! ¿Viviría yo aún sin esperarte?

Al oír de nuevo aquella voz cuyos acentos le eran tan conocidos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 576ª NOCHE

Ella dijo:

"...Al oír de nuevo aquella voz, cuyos acentos le eran tan conocidos, el califa, emocionado en un grado de intensidad extraordinaria, se puso muy pálido, y cuando se exhalaron las últimas palabras del canto, cayó desvanecido. Y todo el mundo se agrupó a su alrededor, prodigándole grandes cuidados. Pero Fuerza-de-los-Corazones llamó a Califa, y le dijo: "¡Di a todos que se retiren por un momento a la sala contigua, y nos dejen solos!" Y Califa rogó que se retiraran a los invitados, con el fin de que Fuerza-de-los-Corazones tuviese libertad para prodigar al califa los cuidados necesarios. Y cuando abandonaron los demás la sala, Fuerza-de-los-Corazones arrojó lejos de sí, con un movimiento rápido, el izar que la envolvía y el velillo que le tapaba el rostro, y apareció vestida con un traje semejante por completo a los que vestía en el palacio, cuando el califa la acompañaba. Y se acercó a Al-Raschid, que seguía tendido sin movimiento, y se sentó junto a él, y le roció con agua de rosas y le hizo aire con un abanico, y acabó por reanimarle.

Y el califa abrió los ojos, y al ver al lado suyo a Fuerza-de-los-Corazones, estuvo a punto de desmayarse por segunda vez; pero se apresuró ella a besarle las manos, sonriendo y con lágrimas en los ojos; y el califa exclamó en el límite de la emoción: "¿Estamos en el día de la Resurrección, y se despiertan en sus tumbas los muertos, o es que estoy soñando?"

Y contestó Fuerza-de-los-Corazones: "¡Oh Emir de los Creyentes, ni estamos en el día de la Resurrección, ni sueñas! ¡Porque soy Fuerza-de-los-Corazones, y estoy viva! ¡Y mi muerte sólo ha sido un simulacro!" Y en pocas palabras le contó desde el principio hasta el fin cuanto le había ocurrido. Luego añadió: "Y toda la felicidad que nos viene ahora, se la debemos a Califa el pescador!"

Al oír aquello, Al-Raschid tan pronto lloraba y sollozaba como reía de gusto. Y cuando acabó de hablar ella, la estrechó entre sus brazos, y la besó en los labios durante mucho tiempo, apretándola contra su pecho. ¡Y no pudo pronunciar una palabra! Y así permanecieron ambos durante una hora.

Entonces Califa se levantó, y dijo: "¡Por Alah, ¡oh Emir de los Creyentes! ahora no creo harás que me azoten!" Y el califa, repuesto ya del todo, se echó a reír, y le dijo: "¡Oh Califa! ¡cuanto yo pudiera hacer por ti en lo sucesivo, no será nada en comparación de lo que te debemos! Sin embargo, ¿quieres ser mi amigo y gobernar una provincia de mi imperio?" Y contestó Califa: "¿Puede el esclavo rehusar las ofertas de su amo magnánimo?" Entonces Al-Raschid le dijo: "Pues bien, Califa, no solamente quedas nombrado gobernador de provincia con emolumentos de diez mil dinares al mes, ¡sino que deseo que la propia Fuerza-de-los-Corazones escoja para ti a su gusto, entre las jóvenes de palacio y las hijas de los emires y de los notables, una joven que será tu esposa! ¡Y yo mismo me encargo de su ropa y de la dote que tú has de aportar a su padre! ¡Y en adelante quiero verte todos los días, y tenerte en los festines a mi lado y en primera fila entre mis íntimos! ¡Y poseerás un tren de casa digno de tus funciones y de tu rango, y todo aquello que pueda desear tu alma!"

Y Califa besó la tierra entre las manos del califa. ¡Y tuvo toda esta dicha y muchas otras felicidades más! Y dejó de ser soltero, y vivió años y años con la joven esposa que hubo de escogerle Fuerza-de-los-Corazones, y que era la más bella y la más modesta de las mujeres de su tiempo.

¡Así fue!

¡Gloria al que otorga sus favores a las criaturas y reparte a su arbitrio alegrías y felicidades!

Luego dijo Schehrazada: "¡Pero no creas ¡oh rey afortunado! que esta historia es más admirable o más maravillosa que la que te reservo para acabar esta noche!" Y exclamó el rey Schahriar: "En verdad ¡oh Schehrazada! que no dudo ya de tus palabras. ¡Pero dime pronto el nombre de esa historia que tenías reservada para esta noche! ¡Pues debe ser extraordinaria, si es más admirable que la de Califa el pescador!" Y Schehrazada sonrió y dijo: "Sí, ¡oh rey! Esa historia se llama Las...

LAS AVENTURAS DE HASSAN AL-BASSRI

Y Schehrazada dijo al rey Schahriar:

Has de saber, ¡oh rey afortunado! que la historia maravillosa que voy a contarte tiene un origen extraordinario que es preciso que te revele antes de empezar; de otro modo no sería fácil comprender cómo llegó hasta mí.

En efecto, en los años y las edades de hace mucho tiempo, había un rey entre los reyes de Persia y del Khorassán, que tenía bajo su dominación al país de la India, de Sindh y de la China, así como a los pueblos que habitan al otro lado del Oxus en las tierras bárbaras. Se llamaba el rey Kendamir. Y era un héroe de valor indomable y un jinete muy brioso que sabía manejar la lanza, y le apasionaban los torneos, las cacerías y las cabalgatas guerreras; pero prefería mucho más que ninguna cosa la conversación con gente agradable y personas instruidas, y en los festines concedía el sitio de honor junto a él a los poetas y a los narradores.

¡Pero hay más aún! cuando un extranjero, tras de aceptarle su hospitalidad y experimentar los efectos de su esplendidez y de su generosidad, le relataba algún cuento desconocido todavía para el monarca o alguna historia hermosa, el rey Kendamir le colmaba de favores y de beneficios, y no le enviaba a su país hasta que había satisfecho sus menores deseos, y hacía que le acompañara durante todo el viaje un cortejo espléndido de jinetes y esclavos a sus órdenes. En cuanto a sus narradores habituales y a sus poetas, les trataba con las mismas consideraciones que a sus visires y a sus emires. Y de aquel modo, el palacio habíase convertido en morada grata de cuantos sabían construir versos, ordenar odas o hacer revivir con su palabra el pasado y las cosas muertas.

Así, pues, no hay por qué asombrarse de que, al cabo de cierto tiempo, el rey Kendamir hubiese oído todos los cuentos conocidos de los árabes, de los persas y de los indos, y los conservase en su memoria con los pasajes más hermosos de los poetas y las enseñanzas de los analistas versados en el estudio de los pueblos antiguos. De modo que, después de recapitular cuanto sabía, no le quedó nada que aprender ni nada que escuchar.

Cuando se vio en aquel estado, se sintió poseído de una tristeza extremada y sumido en una gran perplejidad. Entonces, sin saber ya cómo ocupar sus ocios habituales, se encaró con su jefe eunuco, y le dijo:

"¡Vete enseguida en busca de Abu-Alí!" Abu-Alí era el narrador favorito del rey Kendamir; y era tan elocuente y tenía tan altas dotes, que podía hacer durar un cuento un año entero sin interrumpirlo y sin cansar ni una sola noche la atención de sus oyentes. Pero, como todos sus compañeros, había agotado ya su saber y sus recursos de elocuencia, y desde hacía mucho tiempo se encontraba falto de historias nuevas.

El eunuco se apresuró, pues, a buscarle y a introducirle en el aposento del rey. Y el rey le dijo: "¡He aquí ¡oh padre de la elocuencia! que agotaste tu saber y te encuentras falto de historias nuevas! ¡Sin embargo, te hice venir, porque es absolutamente necesario que, a pesar de todo, relates un cuento extraordinario y desconocido para mí, y tal como no hube de oírle! Porque ahora me gustan más que nunca las historias y el relato de las aventuras. Así es que, como logres encantarme con las palabras hermosas que me harás oír, yo corresponderé regalándote inmensas tierras de las que serás el amo, y fortalezas y palacios, con un firmán que te libre de todo género de cuotas y tributos; y también te nombraré mi gran visir y te haré sentarte a mi derecha; y gobernarás a tu arbitrio, con autoridad plena y entera, en medio de mis vasallos y de los súbditos de mis reinos. ¡Y si lo anhelas, incluso te legaré el trono después de mi muerte, y, mientras yo esté vivo, te pertenecerá cuanto me pertenezca! ¡Pero si tu destino es lo bastante nefasto para que no puedas satisfacer el deseo que acabo de expresarte, y que supone para mi alma mucho más que poseer la tierra entera, desde ahora puedes ir a despedirte de tus parientes y decirles que te espera el palo!"

Al oír estas palabras del rey Kendamir, el narrador Abu-Alí comprendió que estaba perdido irremisiblemente, y repuso: "¡Escucho y obedezco!" Y bajó la cabeza, con el rostro muy pálido, presa de una desesperación sin remedio. Pero al cabo de cierto tiempo, levantó la cabeza, y dijo: "¡Oh rey, tu ignorante esclavo, antes de morir, pide una gracia a tu generosidad!"

Y preguntó el rey: "¿Y qué es ello?" El otro dijo: "Que le concedas sólo un plazo de un año para permitirle encontrar lo que le pides. ¡Y si pasado ese plazo no encuentra el cuento consabido, o, si, aunque le encuentre, no es el más hermoso, el más maravilloso y el más extraordinario que haya llegado a oídos de los hombres, sufriré, sin amargura en mi alma, el suplicio del palo!"

Al oír estas palabras, el rey Kendamir se dijo: "¡Muy largo es ese plazo! ¡Y ningún hombre sabe si ha de vivir aún el día siguiente!" Luego añadió: "¡No obstante, es tan grande mi deseo de oír una historia más, que te concedo ese plazo de un año; pero es con la condición de que no te muevas de tu casa durante todo ese tiempo!" Y el narrador Abu-Alí besó la tierra entre las manos del rey, y se apresuró a regresar a su casa.

Ya en ella, tras de reflexionar mucho rato, llamó a cinco de sus jóvenes mamalik, que sabían leer y escribir, y que, además, eran los más sagaces, los más abnegados y los más distinguidos de entre sus servidores todos, y a cada uno de ellos le entregó cinco mil dinares de oro. Luego les dijo: "¡Os eduqué y cuidé y alimenté en mi casa para cuando llegara un día como éste! ¡A vosotros incumbe, pues, socorrerme y ayudarme a salir de entre las manos del rey!"

Ellos contestaron: "Ordena, ¡oh amo nuestro! ¡Nuestras almas te pertenecen, y te serviremos de rescate!" Él dijo: "¡Escuchad! ¡Cada uno de vosotros partirá para los países extranjeros por los diferentes caminos de Alah! ¡Recorred todos los reinos y todas las comarcas de la tierra en busca de los sabios, las personas sagaces, de los poetas y de los narradores más célebres! ¡Y preguntadles, a fin de transmitírmela, si conocen la Historia de las Aventuras de Hassán Al-Bassri! ¡Y si, por un favor del Altísimo, la conoce alguno de ellos, rogadle que os la cuente y os la escriba a cualquier precio! ¡Porque sólo merced a esa historia podréis salvar a vuestro amo del palo que le espera!"

Luego encaróse con cada uno de ellos en particular, y dijo al primer mameluco: "¡Tú iras por los países de las Indias y del Sindh y por las comarcas y provincias que de ellos dependen!" Y dijo al segundo: "¡Tú irás por Persia y China y por los países limítrofes!" Y dijo al tercero: "¡Tú recorrerás el Khorassán y sus dependencias!" Y dijo al cuarto: "¡Tú explorarás todo el Maghreb de oriente a occidente!" Y dijo al quinto: "¡En cuanto a ti, ¡oh Mobarak! visitarás el país de Egipto y la Siria...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 577ª NOCHE

Ella dijo:

"...En cuanto a ti, ¡oh Mobarak! visitarás el país de Egipto y la Siria!"

Así habló a sus cinco abnegados mamalik el narrador Abu-Alí. Y les escogió para la partida un día de bendición, y les dijo: "¡Partid en este día bendito! ¡Y volved con la historia de que dependerá mi redención!" Y se despidieron ellos de él, y se dispersaron en cinco direcciones diferentes.

Pero, al cabo de once meses, los cuatro primeros regresaron uno tras de otro muy desencantados, y dijeron a su amo que, a pesar de las más exactas pesquisas por los países lejanos que acababan de recorrer, el destino no les había puesto sobre la pista del narrador o del sabio que anhelaban, y no habían encontrado por ninguna parte, ni en las ciudades ni en las tiendas ni en el desierto, más que narradores y poetas vulgares, cuyas historias eran universalmente conocidas; pero en cuanto a las aventuras de Hassán Al-Bassri, ¡ninguno las conocía!

Al oír estas palabras, el pecho del viejo narrador Abu-Alí se oprimió hasta el límite de la opresión, y ante su rostro se ennegreció el mundo. Y exclamó: "¡No hay recurso ni fuerza más que en Alah el Omnipotente! ¡Al presente veo bien que en el libro del Angel está escrito que me espera en el palo mi destino!" E hizo sus preparativos y su testamento antes de morir con aquella muerte de brea.

¡Y he aquí lo referente a él!

Pero respecto al quinto mameluco, que se llamaba Mobarak, he aquí que recorrió todo el país de Egipto y una parte notable de Siria, sin hallar huella de lo que buscaba. Y ni siquiera los narradores famosos de El Cairo pudieron informarle acerca del particular, aunque su saber superara al entendimiento. ¡Más aún! ¡Ni siquiera oyeron hablar nunca a sus padres o a sus abuelos, narradores como ellos, de la existencia de aquella historia! Así es que el joven mameluco tomó el camino de Damasco, aunque no esperaba poder realizar satisfactoriamente aquella empresa.

Y he aquí que, en cuanto llegó a Damasco, se sintió poseído por el encanto de su clima, de sus jardines, de sus aguas y de su magnificencia. Y su entusiasmo habría llegado a los límites extremos si él no tuviese el espíritu tan preocupado por su misión irrealizable. Y como era tarde, recorría las calles de la ciudad en busca de algún khan donde pasar la noche, cuando al volver de los zocos vio una muchedumbre de cargadores, barrenderos, arrieros, cavadores, mercaderes y aguadores, así como otras muchas personas, que corrían presurosos en una misma dirección todo lo más de prisa posible. Y se dijo: "¿Quién sabe dónde irá toda esta gente?"

Cuando se disponía a correr con ellos, le empujó con violencia un joven que acababa de tropezar enganchándose el pie en las orlas de su traje a causa de su precipitación en la marcha. Y el mameluco le ayudó a levantarse, y después de secarle la espalda, le preguntó: "¿Adónde vas de esta manera? ¡Te veo muy preocupado y lleno de impaciencia, y no sé qué pensar al ver también a los demás haciendo lo que tú!" El joven le contestó: "Advierto que eres un extranjero, ya que así ignoras el motivo de nuestra carrera. Pues has de saber que, por mi parte, quiero ser uno de los primeros en llegar allá lejos, a la sala abovedada en que se halla el jeique Ishak Al-Monabbi, el narrador sublime de nuestra ciudad, el que cuenta las historias más maravillosas del mundo. ¡Y como siempre tiene fuera y dentro una gran muchedumbre de oyentes, y los que llegan los últimos no pueden disfrutar como es debido de la historia contada, te ruego que dispenses ahora mi prisa por dejarte!"

Pero el joven mameluco se cogió a la ropa del habitante de Damasco, y le dijo: "¡Oh hijo de gentes de bien! te suplico que me lleves contigo a fin de que encuentre un buen sitio cerca del jeique Ishak. ¡Porque yo también anhelo vivamente oírle, y por él precisamente es por quien vengo de mi lejano país!" Y contestó el joven: "¡Sígueme, pues, y corramos!" Y empujando a derecha y a izquierda a las gentes pacíficas que entraban a sus casas, se abalanzaron a la sala donde celebraba sus sesiones el jeique Ishak Al-Monabbi.

Y he aquí que, al entrar en aquella sala de techo abovedado del que descendía una frescura dulce, Mobarak divisó, sentado en un sillón en medio del círculo silencioso de cargadores, mercaderes, notables, aguadores y demás, a un venerable jeique de rostro señalado por la bendición, de frente aureolada de esplendor, que hablaba con una voz grave, continuando la historia que hubo de comenzar hacía más de un mes ante sus oyentes fieles. Pero la voz del jeique no tardó en animarse contando las hazañas insuperables de su guerrero. Y de pronto levantóse de su asiento, sin poder ya contener su vehemencia, y empezó a recorrer la sala de un extremo a otro entre sus oyentes, haciendo voltear el alfanje del guerrero cortador de cabezas y destrozando en mil añicos a los enemigos. ¡Mueran los traidores! ¡Y sean malditos y abrasados en el fuego del infierno! ¡Y Alah preserve al guerrero! ¡Ya está preservado! ¡Pero no! ¿Dónde están nuestras espadas, dónde están nuestros palos para volar a su socorro? ¡He aquí! ¡Sale triunfante de la refriega, aplastando a sus enemigos, derribados con ayuda de Alah! ¡Así, pues, gloria al Todopoderoso, dueño de la valentía! ¡Y vaya ahora el guerrero a la tienda en que le espera la enamorada, y que las bellezas diversas de la joven le hagan olvidar los peligros corridos por ella! ¡Y loores a Alah, que ha creado a la mujer para que ponga bálsamo en el corazón del guerrero y fuego en sus entrañas!

Como el jeique Ishak ponía fin a la sesión con aquellas palabras esa tarde, los oyentes se levantaron en el límite del éxtasis, y repitiendo las últimas palabras del narrador, salieron de la sala. Y el mameluco Mobarak, maravillado de arte tan admirable, se acercó al jeique Ishak, y después de besarle la mano, le dijo: "¡Oh mi señor, soy un extranjero, y deseo pedirte una cosa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 578ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Oh mi señor, soy un extranjero, y deseo pedirte una cosa!" Y el jeique le devolvió su zalema, y contestó: "¡Habla! El extranjero no es para nosotros extranjero. ¿Qué te hace falta?" El otro contestó: "¡Vengo desde muy lejos a ofrecerte un regalo de mil dinares de oro de parte de mi amo el narrador Abu-Alí del Khorassán! ¡Porque te considera el maestro de todos los narradores de este tiempo, y quiere probarte así su admiración!"

El jeique Ishak contestó: "¡Ciertamente, nadie sabrá ignorar la fama del ilustre Abu-Alí del Khorassán! Acepto, pues, de todo corazón amistoso el regalo de tu amo, y quisiera en cambio enviarle alguna cosa por mediación tuya. ¡Dime, pues, lo que más le gusta, a fin de que mi regalo le agrade más aún!"

Al oír estas palabras tanto tiempo esperadas, el mameluco Mobarak se dijo: "¡Heme aquí al cabo de mis deseos! ¡Y éste será mi último recurso!" Y contestó: "Alah te colme con sus bendiciones, ¡oh mi señor! ¡Pero los bienes de este mundo son numerosos sobre la cabeza de Abu-Ali, que no desea más que una cosa, y es adornar su espíritu con lo que no conoce! ¡Así es que me ha enviado a ti para pedirte por favor que le enseñes algún cuento nuevo con el que pueda endulzar los oídos de nuestro rey! Por ejemplo, nada podría conmoverle más que saber por ti, si acaso la conoces, la historia que se llama las Aventuras de Hassan Al-Bassri".

El jeique contestó: "¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos! ¡tu deseo será satisfecho, y con creces, porque conozco esa historia, y por cierto que soy el único narrador que la conoce sobre la faz de la tierra! Y razón tiene en buscarla tu amo Abu-Alí, pues sin duda es una de las historias más extraordinarias que existen, y en otro tiempo me la contó un santo derviche, muerto ya, que la sabía por otro derviche, muerto ya, que la sabía por otro derviche, muerto también. Y para hacer honor a la generosidad de tu amo, no solamente voy a contártela, sino a dictártela con todos sus detalles desde el principio al fin. ¡Sin embargo, para esta donación, de mi parte pongo una condición expresa que te comprometerás, por juramento, a cumplir si quieres tener esa copia!"

El mameluco contestó: "¡Estoy dispuesto a aceptar todas las condiciones, aun poniendo en peligro mi alma!"

El narrador dijo: "Pues bien, como esta historia es de las que no se cuentan a cualquiera, y no está hecha para todo el mundo, sino sólo para personas escogidas, vas a jurarme, en nombre tuyo y en el de tu amo, que jamás dirás una palabra de ella a cinco clases de personas: las ignorantes, porque su espíritu grosero no sabría estimarla; los hipócritas, que se asustarían al oírla; los maestros de escuela, incapaces y atrasados, que no la comprenderían; los idiotas, porque son como los maestros de escuela y los engreídos, que no podrían sacar de ella una enseñanza provechosa".

Y exclamó el mameluco: "¡Lo juro ante la faz de Alah y ante ti! ¡oh mi señor!" Luego se desciñó el cinturón y extrajo de él un saco que contenía mil dinares de oro, y se lo entregó al jeique Ishak. El jeique, a su vez, le presentó un tintero y un cálamo, y le dijo: "¡Escribe!"

Y se puso a dictarle palabra por palabra toda la historia de las Aventuras de Hassan Al-Bassri, tal como le fue transmitida por el derviche. Y aquel dictado duró siete días y siete noches sin interrupción. Tras de lo cual el mameluco volvió a leer al jeique lo que había escrito, y aquél rectificó diversos pasajes y corrigió las faltas ortográficas. Y en el límite de la alegría, el mameluco Mobarak besó la mano al jeique, y después de decirle adiós, se apresuró a emprender el camino del Khorassán. Y, como la dicha le tornaba ligero, no invirtió en llegar más que la mitad del tiempo que de ordinario necesitaban las caravanas.

He aquí que sólo faltaban diez días para que expirase el año fijado como plazo por el rey, y para que se levantase delante de la puerta de palacio el palo que sería el suplicio de Abu-Alí. Y se había desvanecido por completo la esperanza en el alma del infortunado narrador, y había congregado éste a todos sus parientes y a sus amigos para que le ayudasen a soportar con menos terror la hora espantosa que le esperaba. Y de improviso, en medio de las lamentaciones, hizo su entrada el mameluco Mobarak, blandiendo el manuscrito, y se acercó a su amo, y después de besarle la mano, le entregó las hojas preciosas, la primera de las cuales ostentaba en letras grandes el título: Historia de las Aventuras de Hassan Al-Bassri.

Al ver aquello, el narrador Abu-Alí se levantó y abrazó a su mameluco, y le hizo sentarse a su diestra, y se quitó sus propios trajes para ponérselos a él, y le colmó de muestras de honor y de beneficios; luego, tras de haberle libertado, le dio como regalo diez caballos de raza noble, cinco yeguas, diez camellos, diez mulas, tres negros y dos mozos jóvenes. Tras de lo cual cogió el manuscrito que le salvaba la vida, y lo copió de nuevo él mismo en letras de oro sobre un papel magnífico con su caligrafía más hermosa, poniendo anchos espacios entre las palabras, de manera que la lectura se hiciese grata y fácil. Y empleó en aquel trabajo nueve días enteros, tomándose apenas tiempo para pegar los ojos o comer un dátil. Y el décimo día, a la hora señalada para su empalamiento, puso el manuscrito en una arquilla de oro y subió a ver al rey...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 579ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y el décimo día, a la hora señalada para su empalamiento, puso el manuscrito en una arquilla de oro y subió a ver al rey.

Al punto el rey Kendamir reunió a sus visires, a sus emires y a sus chambelanes, así como a los poetas y a los sabios, y dijo a Abu-Alí: "¡La palabra de los reyes debe difundirse! ¡Léenos, pues, esa historia prometida! ¡Y a mi vez, no olvidaré yo lo que se convino entre nosotros en un principio!"

Abu-Alí sacó de la arquilla de oro el maravilloso manuscrito, y desenrolló la primera hoja y comenzó su lectura. Y desenrolló la segunda hoja, y la tercera hoja y muchas hojas más, y continuó leyendo en medio de la admiración y de la maravilla de toda la asamblea. ¡Y fue tan extraordinario el efecto producido en el rey, que quiso éste levantar la sesión aquel día! Y allí se comió, se bebió, y se volvió a comenzar; y así hasta el final.

Entonces el rey Kendamir, entusiasmado hasta el límite del entusiasmo, y seguro para en lo sucesivo de que nunca más tendría un instante de aburrimiento, puesto que en su mano poseía semejante historia, se levantó en honor de Abu-Alí, y le nombró acto seguido gran visir suyo, destituyendo de su cargo al antiguo, y después de haberle puesto su propio manto real, le donó como propiedad hereditaria una provincia entera de su reino con sus ciudades, villas y fortalezas y le retuvo a su lado como compañero íntimo y confidente. Luego le hizo guardar la arquilla con el manuscrito precioso en el armario de los papeles para sacarlo después y que le leyeran la historia cuantas veces se presentara a las puertas de su alma el fastidio.

"Y ésa es precisamente ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada— la historia maravillosa que voy a poder contarte, gracias a una copia exacta que ha llegado hasta mí".

Se cuenta —¡pero Alah es más sabio y más prudente y más bienhechor!— que, en los años que se presentaron y transcurrieron hace mucho tiempo, había en la ciudad de Bassra un joven que era el más gracioso, el más hermoso y el más delicado entre todos los mozos jóvenes de su tiempo. Y se llamaba Hassán, y verdaderamente nunca nombre alguno había convenido de manera tan perfecta a un hijo de los hombres.

Y el padre y la madre de Hassán le querían con un amor grande, porque no le tuvieron hasta los días de su extrema senilidad, y fue merced al consejo de un sabio lector de libros mágicos, que les hizo comer las partes situadas entre la cabeza y la cola de una serpiente de la calidad de las serpientes grandes, según prescripción de nuestro señor Soleimán (¡con él la paz y la plegaria!). Y he aquí que, al llegar el término fijado, Alah el que todo lo oye, el que todo lo ve, decretó la admisión del mercader, padre de Hassán, en el seno de Su Misericordia y el mercader murió en la paz de su Señor (¡Alah le tenga siempre en Su piedad!).

De tal suerte encontrose el joven Hassán como único heredero de los bienes de su padre. Pero como estaba mal educado por sus padres, que le habían querido mucho, se apresuró a frecuentar el trato de los jóvenes de su edad, y en su compañía no tardó en comerse en festines y en disipaciones las economías de su padre. Y ya no le quedó nada entre las manos. Entonces su madre, que tenía un corazón compasivo, no pudo sufrir el verle triste, y con su propia parte de herencia, le abrió en el zoco una tienda de orfebrería.

Y he aquí que la belleza de Hassán pronto atrajo hacia la tienda, con asentimiento de Alah, las miradas de todos los transeúntes; y no atravesaba el zoco ninguno que no se parase ante la puerta para contemplar la obra del Creador y maravillarse de ella. Y de tal suerte se convirtió la tienda de Hassán en centro de una aglomeración continua de mercaderes, de mujeres y de niños que reuníanse allá para verle manejar el martillo de orfebre y admirarle a su antojo.

Y he aquí que, un día entre los días, estando Hassán sentado en el interior de su tienda, y mientras fuera aumentaba la acostumbrada aglomeración, acertó a pasar por allí un persa de larga barba blanca y gran turbante de muselina blanca. Su rostro y su modales indicaban desde luego que era un notable y un hombre de importancia. Y tenía en la mano un libro antiguo. Y se detuvo delante de la tienda y se puso a mirar a Hassán con atención sostenida. Luego acercóse más a él, y dijo de manera que fuese oído: "¡Por Alah! ¡Excelente orfebre!" Y empezó a mover la cabeza con los signos más evidentes de una admiración sin límites. Y permaneció allí quieto hasta que los transeúntes se dispersaron para la plegaria de la tarde.

Entonces entró en la tienda y saludó a Hassán, que le devolvió la zalema con gran ternura, y le dijo: "¡En verdad, hijo mío, que eres un joven muy agraciado! Y como yo no tengo hijos, quisiera adoptarte, a fin de enseñarte los secretos de mi arte, único en el mundo, y que millares y millares de personas me suplicaron inútilmente que les enseñara. Y ahora mi alma y la amistad que nació en mi alma por ti me impulsan a revelarte lo que hasta hoy oculté cuidadosamente, para que después de mi muerte seas tú el depositario de mi ciencia. De tal suerte pondré entre tú y la pobreza un obstáculo infranqueable, y te libraré de ese trabajo fatigoso del martillo y de ese oficio poco lucrativo, indigno de tu persona encantadora, ¡oh hijo mío, y que ejerces en medio del polvo, del carbón y de la llama!" Y contestó Hassán: "¡Por Alah! ¡oh mi venerable tío! que sólo deseo ser tu hijo y el heredero de tu ciencia! ¿Cuándo quieres, pues, comenzar a iniciarme?" El persa contestó: "¡Mañana!" Y levantándose enseguida, cogió con sus dos manos la cabeza de Hassán y le besó. Luego salió sin añadir una palabra más...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 580ª NOCHE

Ella dijo:

"...cogió con sus dos manos la cabeza de Hassán y le besó. Luego salió sin añadir una palabra más.

Entonces Hassán, extremadamente turbado con todo aquello, se apresuró a cerrar su tienda y corrió a su casa para contar a su madre, lo que acababa de ocurrir. Y la madre de Hassán repuso, muy conmovida: "¿Qué me cuentas, ya Hassán? ¿Y cómo puedes creer en las palabras de un persa hereje?" Hassán dijo: "¡Ese venerable sabio no es un hereje, pues lleva un turbante de muselina blanca como el de los verdaderos creyentes!"

Ella contestó: "¡Ah hijo mío, desengáñate! ¡Esos persas son unos miserables, unos seductores! ¡Y su ciencia es la alquimia! ¡Y sólo Alah sabe las asechanzas que traman en la negrura de su alma, y el número de estratagemas de que se valen para despojar a la gente!"

Pero Hassán se echó a reír, y dijo: "¡Oh madre mía, nosotros somos pobres, y no tenemos, en verdad, nada que pueda tentar la codicia de los demás! ¡En cuanto a ese persa, en toda la provincia de Bassra no hay ninguno que tenga un rostro y unos modales mejores! ¡Y he visto en él las señales más evidentes de la bondad y de la virtud! ¡Demos gracias a Alah, que hizo que su corazón se compadeciera de mi cualidad!"

Al oír estas palabras, nada contestó ya la madre. Y Hassán aquella noche no pudo cerrar los ojos, de tan perplejo e impaciente como estaba.

Al día siguiente, se presentó muy temprano en el zoco con sus llaves, y abrió su tienda antes que todos los demás mercaderes. Y al punto vio entrar al persa, y se levantó con viveza en honor suyo y quiso besarle la mano; pero el otro no lo consintió, y le estrechó en sus brazos, y le preguntó: "¿Estás casado, oh Hassán?" Hassán contestó: "No, por Alah! ¡Soy soltero, aunque mi madre no cesa de inclinarme al matrimonio!"

El persa dijo: "¡Muy bien entonces! ¡Porque si fueses casado, nunca habrías podido entrar en la intimidad de mis conocimientos!"

Luego añadió: "¿Tienes cobre en tu tienda, hijo mío?" Hassán dijo: "¡Ahí tengo una bandeja vieja, toda mellada, de cobre amarillo!" El persa dijo: "¡Eso mismo es lo que me hace falta! ¡Empieza, pues, por encender tu hornillo, pon al fuego tu crisol y haz funcionar tus fuelles! ¡Coge luego esa bandeja vieja de cobre y córtala en pedacitos con tus tijeras!" Y Hassán se apresuró a ejecutar la orden. Y el persa dijo: "¡Ahora pon esos pedazos de cobre en el crisol, y activa el fuego hasta que se licúe todo el metal!" Y Hassán echó al crisol los pedazos de cobre, activó el fuego y se puso a soplar con la caña sobre el metal hasta la licuefacción. Entonces levantóse el persa y se acercó al crisol y abrió su libro, y ante el líquido hirviente leyó unas fórmulas en lengua desconocida; luego, levantando la voz, gritó: "¡Hakh! ¡makh! ¡bakh! ¡Oh vil metal, que el sol te penetre con sus virtudes! ¡Hakh! ¡makh! ¡bakh! ¡Oh vil metal, que la virtud del oro ahuyente tus impurezas! ¡Hakh! ¡makh! ¡bakh! ¡Oh cobre, conviértete en oro!" Y al pronunciar estas palabras, el persa alzó la mano hacia su turbante, y sacó de entre los pliegues de la muselina un paquete de papel doblado, que abrió; y cogió unos polvos amarillos como el azafrán, que apresuróse a echar en medio del cobre líquido dentro del hornillo. ¡Y al instante se solidificó el líquido y se convirtió en un pan de oro, del oro más puro!

Al ver aquello, Hassán quedó estupefacto en el límite de la estupefacción; y a una seña del persa, cogió su lima de ensayo y frotó con ella un extremo del pan brillante; y comprobó que era oro de la calidad más fina y más estimada. Entonces, poseído de admiración, quiso coger la mano al persa y besársela; pero éste no se lo permitió, y le dijo: "¡Oh Hassán! ve ya al zoco a vender este pan de oro! ¡Y cobra el importe, y vuelve a tu casa a guardar el dinero, sin decir una palabra de lo que sabes!" Y Hassán fue al zoco, y entregó el pan al pregonero, lo pregonó y obtuvo por él enseguida mil dinares de oro y después dos mil al segundo pregón. Y se adjudicó en ese precio el pan a un mercader, y Hassán cogió los dos mil dinares y fue a llevárselos a su madre, volando de alegría. Y la madre de Hassán, al ver todo aquel oro, no pudo en un principio pronunciar palabra, de tan llena de asombro como estaba; luego, cuando Hassán, riendo, le contó que aquello procedía de la ciencia del persa, ella alzó las manos y exclamó, aterrada: "¡No hay más dios que Alah, y no hay fuerza y poder más que en Alah! ¿Qué hiciste, ¡oh hijo mío! con ese persa versado en la alquimia?"

Pero Hassán contestó: "¡Precisamente ¡oh madre! ese venerable sabio está instruyéndome en la alquimia! ¡Y ha empezado por hacerme ver cómo se cambia un vil metal en el oro más puro!" Y sin prestar atención ya a las objeciones de su madre, Hassán cogió de la cocina el almirez grande de cobre en que su madre machacaba ajo y cebolla y confeccionaba las albóndigas de trigo molido, y corrió a su tienda en busca del persa, que le esperaba. Y tiró al suelo el almirez de cobre, y se puso a activar el fuego. Y el persa le preguntó: "¿Pero qué quieres hacer, ya Hassán?" Hassán contestó: "¡Quisiera convertir en oro el almirez de mi madre!" Y el persa se echó a reír, y dijo: "¡Eres un insensato, Hassán, al querer mostrarte en el zoco por dos veces en el mismo día con lingotes de oro que despertarían las sospechas de los mercaderes, los cuales adivinarían que nos dedicamos a la alquimia, y atraerían sobre nuestra cabeza algo muy enojoso!"

Hassán contestó: "¡Tienes razón! ¡Pero quisiera que me enseñaras el secreto de la ciencia! “El persa se echó a reír más fuerte aún que la primera vez, y dijo: "¡Eres un insensato, Hassán, al creer que la ciencia y los secretos de la ciencia pueden enseñarse así, en plena calle o en las plazas públicas, y que se pueden aprender en medio del zoco, a la vista de los guardias! ¡Pero si verdaderamente, ya Hassán, abrigas el firme propósito de instruirte de un modo completo, no tienes más que recoger tus herramientas y seguirme a mi casa!"

Y Hassán contestó sin vacilar: "¡Escucho y obedezco!" Y levantándose, recogió sus herramientas, cerró su tienda y siguió al persa.

Pero por el camino Hassán se acordó de las palabras de su madre acerca de los persas, y como le invadían el espíritu mil pensamientos, se detuvo en su marcha, sin saber a punto fijo lo que hacía, y con la cabeza baja se puso a reflexionar profundamente. Y el persa, que habíase vuelto, le vio en aquel estado y se echó a reír, luego le dijo: "¡Eres un insensato, Hassán! ¡Porque si estuvieras tan dotado de razón como de gentileza, no te detendrías ante el buen destino que te aguarda! ¿Cómo es posible que vaciles cuando quiero hacer tu felicidad?"

Luego añadió: "¡Sin embargo, hijo mío, para que no tengas la más ligera duda acerca de mis intenciones, prefiero revelarte los secretos de mi ciencia en tu propia casa!" Y Hassán contestó: "¡Sí, ¡por Alah! así se tranquilizará mi madre!" Y dijo el persa: "¡Precédeme, pues, para enseñarme el camino!"

Y Hassán echó a andar delante, y el persa detrás; y de tal suerte llegaron a casa de la madre.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 581ª NOCHE

Ella dijo:

"...y de tal suerte, llegaron a casa de la madre. Y Hassán rogó al persa que esperara en el vestíbulo, y corriendo como un potro que triscase por los prados en la primavera, fue a prevenir a su madre de que tenían por huésped al persa. Y añadió: "Puesto que va a comer de nuestra comida en nuestra casa, estaremos ligados por el pan y la sal, y así ya no podrás inquietarte por mí en lo sucesivo".

Pero la madre contestó: "¡Alah nos proteja, hijo mío! ¡El lazo del pan y de la sal es sagrado entre nosotros; pero no lo respetan esos persas abominables, que son adoradores del fuego, pervertidos y perjuros! ¡Ah hijo mío, qué calamidad nos persigue!" Hassán dijo: "¡Cuando veas a ese venerable sabio, no querrás dejarle salir de nuestra casa!"

Ella dijo: "¡No! ¡por la tumba de tu padre, que no he de permanecer aquí mientras esté ese hereje! ¡Y cuando se marche, fregaré las baldosas de la habitación, y quemaré incienso, y ni siquiera te tocaré a ti durante un mes entero, pues temo que pudiera mancharme con tu contacto!" Luego añadió: "¡Sin embargo, puesto que ya está en nuestra casa y guardamos el oro que nos ha dado, voy a prepararos de comer, y después me marcharé en a casa de los vecinos!" Y en tanto que Hassán iba en busca del persa, ella extendió el mantel, y tras de hacer muchas compras, puso en las bandejas pollos asados y cohombros y diez clases de pasteles y confituras, y apresuróse a refugiarse en casa de los vecinos

Entonces Hassán introdujo en el comedor a su amigo el persa, y le invitó a sentarse, diciéndole: "¡Es preciso que nos liguen el pan y la sal!" Y contestó el persa: "¡Sin duda que ese lazo ha de ser cosa inviolable!" Y se sentó al lado de Hassán, y se puso a comer con él sin dejar de conversar. Y le decía: "¡Oh hijo mío Hassán! ¡por el lazo sagrado del pan y de la sal que existe ahora entre nosotros, creme, que si no te quisiera con un cariño tan vivo, no te enseñaría las cosas secretas que nos han traído aquí!" Y así diciendo, sacó de su turbante el paquete de polvos amarillos, y mostrándoselo añadió: "¿Ves estos polvos? Pues bien: has de saber que con un poco de ellos puedes transformar en oro diez okes de cobre. Porque estos polvos no son otra cosa que el elixir quintaesenciado, solidificado y pulverizado que extraje de la substancia de mil cuerpos simples y de mil ingredientes a cual más complicados. ¡Y sólo conseguí este descubrimiento al cabo de trabajos y fatigas que ya conocerás un día!"

Y entregó el paquete a Hassán, quien se puso a mirarlo con tanta atención, que no vio al persa sacar rápidamente de su turbante un trozo de bang y mezclarlo a un pastel. Y el persa ofreció el pastel a Hassán, quien sin dejar de mirar los polvos, se lo tragó para caer al punto de espaldas, sin conocimiento, dando en el suelo con la cabeza antes que con los pies.

Inmediatamente, lanzando un grito de triunfo, el persa saltó sobre ambos pies, diciendo: "¡Ah encantador Hassán! ¡cuántos años hace ya que te busco sin encontrarte! ¡Pero hete ahora entre mis manos sin que hayas de escapar a mis deseos!" Y se alzó las mangas, se ciñó la cintura, y acercándose a Hassán, le dobló en dos, poniéndole la cabeza sobre las rodillas, y en esta posición le ató los brazos a las piernas y las manos a los pies. Luego abrió un arca la vació y metió dentro a Hassán con todo el oro que produjo su operación de alquimia. Después salió a llamar a un mandadero, le cargó el arca a la espalda, y le hizo llevarla a la orilla del mar, en donde había un navío dispuesto a hacerse a la vela. Y el capitán, que no esperaba más que la llegada del persa, levó el ancla. ¡Y empujado por la brisa de tierra, el navío se alejó de la orilla a toda vela! ¡Y he aquí lo referente al persa, raptor de Hassán y del arca en que estaba encerrado Hassán!

¡Pero he aquí ahora lo que atañe a la madre de Hassán! Cuando advirtió que su hijo había desaparecido con el arca y el oro, y que las ropas estaban esparcidas por la habitación, y que la puerta de la casa había quedado abierta, comprendió que en adelante Hassán estaba perdido para ella y que se había ejecutado el designio del Destino. Entonces se entregó a la desesperación, y se golpeó mucho el rostro, y rasgó sus vestiduras, y se puso a gemir, a sollozar, a lanzar gritos dolorosos y a verter llanto, diciendo: "¡Ay! ¡oh hijo mío! ¡ah! ¡Ay del fruto vivo de mi corazón! ¡ah!"

Y se pasó toda la noche corriendo enloquecida, a preguntar por su hijo en casa de todos los vecinos, pero sin resultado. Y desde entonces dejó transcurrir sus días y sus noches entre lágrimas de duelo, junto a la tumba que erigió en medio de su casa y en la cual escribió el nombre de su hijo Hassán y la fecha del día en que fue arrebatado a su afecto. Y también hizo grabar en el mármol de la tumba estos dos versos, a fin de recitárselos llorando sin cesar:

¡Cuando me duermo por la noche, se me presenta una forma engañosa, que viene a errar, triste, en torno de mi lecho y de mi soledad!

¡Quiero estrechar entre mis brazos la amada forma de mi hijo, y me despierto ¡ay! en medio de la casa desierta, cuando ya ha pasado la hora de la visita!

Y así es como vivía con su dolor la pobre madre.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 582ª NOCHE

Ella dijo:

"...En cuanto al persa que se marchó en el navío con el arca, era realmente un mago muy formidable; y se llamaba Bahram el Gauro, Adorador del Fuego, alquimista de oficio. Y cada año escogía entre los niños de los musulmanes un joven bien formado, para llevárselo y hacer con él lo que le impulsaba a hacer su descreimiento, su perversión y su raza maldita; porque, como ha dicho el Maestro de los proverbios, ¡era "un perro, hijo de perro, nieto de perro; y todos sus antepasados eran perros! ¿Cómo iba a ser entonces otra cosa que un perro, ni hacer otra cosa que las acciones de un perro? Y he aquí que mientras duró el viaje por mar, bajaba una vez al día al fondo del navío, en donde estaba el arca, levantaba la tapa y daba de comer y beber a Hassán, metiéndole él mismo los alimentos en la boca y dejándole sumido siempre en estado de somnolencia. Y cuando el navío llegó al término del viaje, hizo desembarcar el arca y bajó él también a tierra, mientras que el navío reanudaba su rumbo.

Entonces el mago Bahram abrió el arca, desató las ligaduras de Hassán y destruyó el efecto de bang haciéndole aspirar vinagre y echándole en las narices polvo de antibang. Y al punto recobró Hassán el uso de sus sentidos, y miró a derecha e izquierda; y se vio echado en una playa marina cuyos guijarros y arena estaban coloreados de rojo, de verde, de blanco, de azul, de amarillo y de negro; y por eso asombrado de verse en lugar que no conocía, se levantó y vio sentado detrás de él en una roca al persa, que le miraba con un ojo abierto y un ojo cerrado. Y sólo con ver aquello, tuvo el presentimiento de que había sido víctima del mago y de que en adelante estaba a merced suya. Y se acordó de las desgracias que le predijo su madre; y se resignó a los decretos del Destino, diciéndose: "¡Pongo mi confianza en Alah!"

Luego se acercó al persa, que le dejaba avanzar sin moverse, y le preguntó con voz muy alterada: "¿Qué quiere decir esto, padre mío? ¿Es que no hubo entre nosotros una vez el lazo del pan y de la sal?" Y Bahram el Gauro se echó a reír, y exclamó: "¡Por el Fuego y la Luz! ¿Para qué me hablas del pan y la sal a mí, que soy Bahram el Adorador de la Llama y la

Chispa, del Sol y de la Luz? ¿Y no sabes que, lo mismo que a ti, he tenido en mi poder a novecientos noventa y nueve jóvenes musulmanes que rapté, y que tú eres el milésimo? ¡Pero, ¡por el Fuego y la Luz! tú eres el más hermoso de todos! ¡Y no creía ¡oh Hassán! que cayeras tan fácilmente en mis redes! ¡Pero, gloria al Sol, hete aquí entre mis manos, y pronto verás cuánto te amo!"

Luego añadió: "¡Primero empezarás por abjurar de tu religión y adorar lo que yo adoro!" Al oír estas palabras, la sorpresa de Hassán se tornó en una indignación sin límites, y gritó al mago: "¡Oh jeique de maldición! ¿qué te atreves a proponerme? ¿Y qué abominación quieres hacerme cometer?"

Cuando el persa vio a Hassán en tal estado de cólera, como tenía otros proyectos con respecto a él, no quiso insistir más aquel día, y le dijo: "¡Oh Hassán! ¡lo que te proponía, al pedirte que abjuraras de tu religión, no era más que una farsa de mi parte para poner a prueba tu fe y añadirte un mérito ante el Retribuidor!" Luego añadió: "¡Mi único objeto, al traerte aquí, es iniciarte, en soledad, en los misterios de la ciencia! ¡Mira esa alta montaña a pico que domina el mar! ¡Es la Montaña de las Nubes! y en ella se encuentran los elementos necesarios para el elixir de las transmutaciones. ¡Y si quieres dejarte conducir a su cima, te juro por el Fuego y la Luz que no tendrás que arrepentirte de ello! ¡Porque si hubiera querido conducirte allí contra tu voluntad, lo hubiese hecho durante tu sueño! Y una vez que hayamos llegado a la cumbre, cogeremos los tallos de las plantas que crecen en esa región situada por encima de las nubes. ¡Y entonces te indicaré lo que tienes que hacer!" Y Hassán, que a pesar suyo sentíase dominado por las palabras del mago, no se atrevió a rehusar, y dijo: "¡Escucho y obedezco!" Luego, recordando dolorido a su madre y a su patria, se echó a llorar amargamente.

Entonces Bahram le dijo: "¡No llores, Hassán! ¡Pronto verás lo que vas a ganar con seguir mis consejos!" Y Hassán preguntó: "¿Pero cómo podremos realizar la ascensión de esta montaña a pico cual una muralla?" El mago contestó: "¡No te detenga esa dificultad! ¡Llegaremos allá con más facilidad que el ave!"

Habiendo dicho estas palabras, el persa sacó de entre su traje un tamboril de cobre en el cual había extendida una piel de gallo y aparecían grabados caracteres talismánicos. Y se puso a tocar con sus dedos en el tamboril. Y al punto se alzó una polvareda, desde el seno de la cual se hizo oír un relincho prolongado; y súbitamente, surgió ante ellos un gran caballo negro alado, que empezó a golpear el suelo con sus cascos, echando llamas por las narices. Y el persa le montó y ayudó a Hassán a encaramarse a la grupa. Y al instante el caballo batió las alas y remontó el vuelo; y en menos tiempo del que se necesita para abrir un párpado y cerrar el otro, les dejó en la cumbre de la Montaña de las Nubes. Luego desapareció.

Entonces el persa miró a Hassán de tan mala manera como en la playa, y lanzando una carcajada estridente, exclamó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 583ª NOCHE

Ella dijo:

"...Entonces el persa miró a Hassán de tan mala manera como en la playa, y lanzando una carcajada estridente, exclamó: "¡Ahora, Hassán estás definitivamente en mi poder; y ninguna criatura podría socorrerte! ¡Prepárate, pues, a satisfacer todos mis caprichos con corazón sumiso, y empieza ante todo por abjurar de tu religión y reconocer como único poder al Fuego, padre de la Luz!"

Al oír estas palabras, Hassán retrocedió, exclamando: "¡No hay más Dios que Alah!

¡Y Mohamed es el Enviado de Alah! ¡En cuanto a ti, ¡oh vil persa! sólo eres un impío y un descreído! ¡Y el Dueño de la Omnipotencia va a castigarte por mediación mía!"

Y rápido como el relámpago, Hassán se abalanzó al mago y le quitó de las manos el tambor, luego le empujó al borde de la montaña a pico, y haciendo fuerza con ambos brazos, le precipitó al abismo. Y girando sobre sí mismo, el mago perjuro e impío fue a estrellarse contra las rocas del mar, y exhaló su alma en el descreimiento. Y Eblis recogió su último aliento para atizar con él el fuego del infierno.

Tal fue la muerte de que murió Bahram el Gauro, mago engañoso y alquimista.

En cuanto a Hassán, libre así del hombre que quería hacerle cometer todas las abominaciones, comenzó primeramente por examinar en todas sus partes el tambor mágico en que estaba extendida la piel de gallo. Pero, como no sabía de qué manera servirse de él, prefirió abstenerse de manejarlo y se lo colgó del cinturón. Tras de lo cual volvió los ojos en torno suyo, y vio que, efectivamente, la cima en que se encontraba era tan alta, que dominaba las nubes acumuladas en su base. Y sobre aquel elevado monte se extendía una llanura inmensa, formando cual un mar sin agua entre el cielo y la tierra. Y muy lejos brillaba una llamarada chispeante. Y pensó Hassán: "¡Allá donde hay fuego hay algún ser humano!"

Y echó a andar en aquella dirección, internándose por aquella llanura donde no había más presencia que la presencia de Alah. Y cuando se acercaba ya al final, acabó por advertir que la llamarada chispeante era sólo el brillo que daba el sol a un palacio de oro con cúpula de oro soportada por cuatro altas columnas de oro.

Al ver aquello, Hassán se preguntó: "¿Qué rey o qué genni habitará en estos lugares?" Y como estaba muy cansado por todas las emociones que acababa de experimentar y por la caminata que acababa de emprender, se dijo: "Voy a entrar, con la gracia de Alah, en este palacio, y a pedir al portero que me dé un poco de agua y algún alimento para no morirme de hambre. ¡Y si es un hombre de bien, quizá me albergue en un rincón por una noche!" Y confiándose al Destino, llegó ante la gran puerta, que estaba tallada en un bloque en el patio de entrada.

Pero apenas había dado Hassán algunos pasos por aquel primer patio, cuando advirtió sentadas en un banco de mármol a dos jóvenes resplandecientes de belleza que jugaban al ajedrez. Y como estaban muy atentas a su juego, no notaron en el primer momento la entrada de Hassán. Pero, al oír ruido de pasos, la más joven levantó la cabeza y vio al hermoso Hassán, que también sorprendióse al divisarlas. Y se levantó ella, rápidamente, y dijo a su hermana: "¡Mira, hermana mía, qué joven tan hermoso! ¡Debe ser sin duda el último de los infortunados a quienes el mago Bahram trae cada año a la Montaña-de-las-Nubes! ¿Pero cómo habrá podido arreglarse para escapar de entre las manos de ese demonio?" Al oír estas palabras, Hassán, que en un principio no se atrevió a moverse de su sitio, se adelantó hacia las jóvenes, y arrojándose a los pies de la más pequeña, exclamó: "¡Sí, ¡oh mi señora! soy ese infortunado!"

Al ver a sus pies aquel joven tan hermoso que tenía gotas de llanto en el borde de sus ojos negros, la joven se conmovió hasta el fondo de sus entrañas; y se levantó con semblante compasivo, y dijo a su hermana, mostrándole al joven Hassán: "¡Sé testigo, hermana mía, de que juro ante Alah y ante ti que desde este instante adopto como hermano mío a este joven, y quiero compartir con él los placeres y alegrías de los días buenos y las penas y aflicciones de los días menos dichosos!" Y cogió de la mano a Hassán y le ayudó a levantarse, y le besó como una hermana amante besaría a su hermano querido. Después, teniéndole cogido de la mano siempre, le condujo al interior del palacio, donde, ante todo, empezó por darle en el hammam un baño que le refrescara perfectamente; luego le vistió con trajes magníficos, tirando sus ropas viejas y sucias del viaje, y ayudada por su hermana, que fue a reunirse con ellos en el hammam, le condujo a su propio aposento, sosteniéndole por debajo de un brazo, mientras su hermana le sostenía por debajo del otro. Y ambas jóvenes invitaron a su joven huésped a sentarse entre las dos para tomar algún alimento. Tras de lo cual le dijo la más joven: "¡Oh hermano mío bienamado! ¡oh querido, cuya llegada hace bailar de alegría a las piedras de la casa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 584ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Oh hermano mío bienamado! ¡oh querido, cuya llegada hace bailar de alegría a las piedras de la casa! ¿quieres decirnos el nombre encantador por que te llaman y el motivo que te trajo a la puerta de nuestra morada?"

Él contestó: "Sabe, ¡oh hermana que me interrogas, y tú también, nuestra hermana mayor! que me llamo Hassán. ¡Respecto al motivo que me trajo a este palacio, no fue otro que mi dichoso destino! ¡No obstante, es verdad que, si estoy aquí, fue después de haber sufrido tribulaciones muy grandes!" Y contó desde el principio hasta el fin lo que le había ocurrido con el mago Bahram el Gauro. Pero no hay utilidad en repetirlo. E indignadas por la conducta del persa, exclamaron a la vez las dos hermanas: "¡Oh perro maldito! ¡Se tenía muy merecida la muerte, y has hecho bien ¡oh hermano nuestro! en impedirle por siempre respirar el aire de la vida!"

Tras de lo cual se encaró la mayor con la más joven, y le dijo: "¡Oh Botón-de-Rosa! ¡ahora te corresponde a ti contarle a nuestro hermano nuestra historia, a fin de que la retenga en su memoria!" Y la encantadora Botón-de-Rosa dijo:

"¡Has de saber, ¡oh hermano mío, oh el más hermoso! que nosotras somos princesas! Yo me llamo Botón-de-Rosa, y esta hermana mía que ves aquí se llama Grano-de-Mirto; pero también tengo otras cinco hermanas, más bellas todavía que nosotras, que están de caza en este momento y que no tardarán en regresar. La mayor de todas nosotras se llama Estrella-de-la-Mañana, la segunda se llama Estrella-de-la-Tarde, la tercera Cornalina, la cuarta Esmeralda, y la quinta Anémona. Pero yo soy la más joven de las siete. Y somos hijas del mismo padre, pero no de la misma madre; yo y Grano-de-Mirto somos hijas de la misma madre. Y nuestro padre, que es uno de los poderosos reyes de los genn y de los mareds, es un tirano tan orgulloso, que no juzgando a nadie digno de convertirse en esposo de una de sus hijas, juró que no nos casaría nunca. Y para tener la certeza de que jamás se defraudaría su voluntad, hizo comparecer a sus visires, y les preguntó: "¿Sabéis de algún lugar que no lo frecuenten ni los hombres ni los genn, y que pueda servir de vivienda a mis siete hijas?" Los visires contestaron: "¿Y para qué, ¡oh rey nuestro!?" Él dijo: "¡Para poner a mis siete hijas al abrigo de los hombres y de los genn de especie masculina!" Ellos dijeron: "¡Oh rey nuestro, creemos que las mujeres y las jóvenes sólo fueron creadas por el Bienhechor para que se unieran a los hombres por los órganos delicados! Y por cierto que ha dicho el Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!): "Ninguna mujer envejecerá virgen en el Islam!" ¡Así, pues, caería un gran oprobio sobre la cabeza de nuestro rey si sus hijas envejecieran con su virginidad! Además, ¡por Alah! ¡qué lástima para su juventud!"

Pero nuestro padre contestó: "¡Antes quiero verlas morir que casarlas!" Y añadió: "¡Si no me indicáis ya, el paraje porque os pregunto, saltará de vuestro cuello vuestra cabeza!" Entonces los visires contestaron: "En ese caso, ¡oh rey! sabe que hay un paraje muy a propósito para resguardar a tus hijas: la Montaña-de-las-Nubes, que en los tiempos antiguos estaba habitada por los efrits rebeldes a las órdenes de Soleimán.

Allá se yergue un palacio de oro levantado antaño por los efrits rebeldes para que les sirviera de refugio, pero que está abandonado desde entonces y permanece desierto. ¡Y la región en que se halla situado se ve favorecida por un clima admirable y abundante en árboles, en frutas y en aguas deliciosas más frescas que el hielo y más dulces que la miel!" Al oír estas palabras, nuestro padre se apresuró a enviarnos aquí con una escolta formidable de genns y de mareds, los cuales, una vez que nos pusieron en seguridad, retornaron al reino de nuestro padre.

"¡Y he aquí que, desde que llegamos, vimos que, efectivamente, esta comarca aislada de todas las criaturas de Alah, era una comarca florida, rica en selvas, en pastos lozanos, en vergeles y en manantiales de aguas corrientes que se deslizaban en abundancia, comparables a collares de perlas y a lingotes de plata; que los arroyos se empujaban unos a otros para contemplar y mirarse en las flores que les sonreían; que el aire estaba encantado con trinos y perfumes; que los palomos de collar y las tórtolas salmodiaban desde las ramas por la primavera y cantaban loas al Creador; que los cisnes nadaban gloriosamente en los lagos, y que los pavos reales, con sus espléndidas vestiduras incrustadas de coral y pedrerías de color a millares, eran semejantes a recién casadas; que la tierra era una tierra pura y alcanforada, hermosa con todas las bellezas del Paraíso; y en fin, que éste era un país elegido por las bendiciones!

"Así es ¡oh hermano mío! que de ningún modo nos creemos desgraciadas por vivir en semejante país, dentro de este palacio de oro; y dando siempre las gracias al Retribuidor por sus favores, no sentimos más que una cosa, y es no tener, para que nos haga compañía, ningún hombre de rostro agradable a la vista cuando nos despertamos por la mañana, y de corazón amante y bien intencionado. ¡Por eso ¡oh Hassán! nos ves ahora tan alegres con tu llegada!"

Y tras de hablar así, la encantadora Botón-de-Rosa colmó a Hassán de agasajos y regalos, como se hace entre hermanos y entre amigos, y continuó charlando con él afectuosamente.

Entretanto, llegaron las otras cinco princesas, hermanas de Botón-de-Rosa y de Grano-de-Mirto; y encantadas y satisfechas de ver a un joven tan hermoso y a un hermano tan delicioso, le hicieron la acogida más graciosa y más cordial. Y después de las zalemas y las fórmulas y frases preliminares, le hicieron jurar que permanecería con ellas un largo transcurso de tiempo. Y Hassán, que no veía en ello ningún inconveniente...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 585ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y Hassán, que no veía en ello ningún inconveniente, se lo juró de corazón amistoso. Y vivió con ellas en aquel palacio lleno de maravillas, y desde aquel momento fue su acompañante en todas sus partidas de caza y en sus paseos. Y se regocijaba y se felicitaba de tener hermanas tan encantadoras y tan deliciosas; y ellas se maravillaban de tener un hermano tan arrogante y milagroso. Y pasaban sus días retozando juntos por los jardines y a lo largo de los arroyos; y por la noche se instruían mutuamente, contándoles Hassán las costumbres de su país natal, y contándole las jóvenes la historia de los genns, de los mareds y de los efrits. Y aquella vida agradable le volvía más hermoso cada día, y daba a su rostro todo el aspecto de la luna. Y su amistad fraternal con las siete hermanas, especialmente con la joven Botón-de-Rosa, se consolidó hasta llegar a ser cual la fraternidad de los hijos nacidos del mismo padre y de la misma madre.

Pero un día en que todos estaban sentados cantando en un bosquecillo, divisaron una gran polvareda que ocultaba el cielo y cubría la faz del sol; y avanzaba rápidamente con un ruido de trueno. Y las siete princesas, poseídas de espanto, dijeron a Hassán: "¡Oh! ¡corre a esconderte enseguida en el pabellón del jardín!" Y Botón-de-Rosa le cogió de la mano y fue a esconderle en el pabellón. ¡Y he aquí que se disipó la polvareda y tras ella apareció un cuerpo de ejército entero de genns y de mareds! Porque era una escolta que enviaba a sus hijas el rey del Gennistán para llevarlas con él a que asistieran a los grandes festejos que tenía intención de dar en honor de un rey vecino.

Al enterarse de esta noticia, Botón-de-Rosa corrió en busca de Hassán al escondrijo y le besó, con lágrimas en los ojos y con el pecho agitado por hipos dolorosos, y le explicó su marcha y la de sus hermanas, y le dijo: "¡Pero ¡oh hermano mío bienamado! espera nuestro regreso en este palacio, del cual eres dueño absoluto! ¡Y aquí tienes las llaves de todas las habitaciones!" Y le entregó las llaves, añadiendo: " Únicamente te suplico, ¡ya Hassán! y te conjuro a ello por tu alma cara, que no abras la habitación cuya llave tiene como señal esta turquesa incrustada!" Y le enseñó la llave consabida. Y Hassán, muy apenado por la marcha de ella y de sus hermanas, la besó llorando y le prometió que esperaría su regreso sin moverse, y que no abriría la puerta cuya llave tenía como señal la turquesa incrustada. Y la joven y sus seis hermanas, que habían ido al escondrijo para reunirse con ella, se despidieron de Hassán con un adiós lleno de ternura, y le besaron todas, una tras de otra, y después se pusieron en camino para el país de su padre, rodeadas de su escolta.

En cuanto a Hassán, cuando se vio solo en el palacio, se sintió poseído de una gran melancolía; y como se encontraba en la soledad después de la encantadora compañía de sus siete hermanas, se le oprimió mucho el pecho; y para distraerse y calmar sus penas, empezó a visitar, una tras de otra, las habitaciones de las jóvenes. Y al ver el sitio que ocuparon ellas y los hermosos objetos que les pertenecían, se le exaltaba el alma y palpitaba de emoción su corazón. Y de tal suerte llegó a la puerta que se abría con la llave que tenía como señal la turquesa incrustada. Pero no quiso servirse de ella, y se volvió sobre sus pasos.

Luego pensó: "¿Quién sabe por qué me habría recomendado de esa manera mi hermana Botón-de-Rosa que no abriese esa puerta? ¿Qué podrá haber de misterioso ahí dentro para que se me haya impuesto semejante prohibición? ¡Pero, ya que tal es la voluntad de mi hermana, sólo me resta responder con el oído y la obediencia!" Y se retiró, y como caía ya la noche y le pesaba la soledad, fue a acostarse para dormir su pena. Pero no pudo cerrar los ojos, de tanto como le obsesionaba aquella puerta prohibida; y tan intensamente le torturaba este pensamiento, que se dijo: "¿Y si fuera a abrirla, a pesar de todo?" Pero pensó: "¡Más vale esperar la mañana!" Luego, no pudiendo esperar ya sin dormir, se levantó, diciéndose: "¡Prefiero ir ya, a abrir esa puerta y ver qué encierra el aposento a que da entrada, aunque deba encontrar allí la muerte!" Y levantándose, encendió una antorcha y se dirigió a la puerta prohibida. E hizo entrar la llave en la cerradura, que cedió sin dificultad; y la puerta se abrió sin ruido, como por sí misma; y Hassán penetró en la estancia a que la tal puerta daba acceso.

Pero en vano miró por todos lados, pues no vio absolutamente nada en un principio. Mas, al dar la vuelta al aposento, vio en un rincón, adosada al muro, una escala de madera negra que desaparecía por un gran agujero abierto en el techo. Y Hassán, sin vacilar, depositó en el suelo su antorcha, y trepando por la escala, subió hasta el techo y se metió por el agujero. Y una vez que introdujo por el agujero la cabeza, se vio al aire, al nivel de una terraza situada sobre el techo de la habitación.

Entonces Hassán subió a la terraza, que estaba cubierta de plantas y de arbustos cual un jardín, y allá, bajo la claridad milagrosa de la luna, en medio del silencio de la tierra, vio extenderse el paisaje más hermoso que encantó nunca a ojos humanos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 586ª NOCHE

Ella dijo:

"Entonces Hassán subió a la terraza, que estaba cubierta de plantas y de arbustos cual un jardín, y allá, bajo la claridad milagrosa de la luna, en medio del silencio de la tierra, vio extenderse el paisaje más hermoso que encantó nunca a ojos humanos. A sus pies, dormido en la serenidad, aparecía un gran lago donde se miraba toda la belleza del cielo, y en los rizos deliciosos del agua, sonreía la orilla con ramajes temblorosos de laureles, con mirtos en flor, con almendros coronados por su nieve, con guirnaldas de glicinas, y cantaba el himno de la noche con todas las lenguas de sus pájaros. Y el cendal de seda, rodeado de arbolados, iba a bañar más lejos los cimientos de un palacio de extraña arquitectura, de cúpulas diáfanas, surgido en la transparencia y el cristal de los cielos. Y desde aquel palacio avanzaba hasta el agua, por una escalera de mármol y mosaico, un estrado real construido con franjas alternadas de piedras de rubí, piedras de esmeralda, piedras de plata y piedras de oro. Y encima de este estrado se estiraba, sostenido por cuatro ligeros pilares de alabastro rosa, un velo grande de seda verde que protegía con la dulzura de su sombra un trono de madera de áloe y de oro, de un trabajo exquisito, a lo largo del cual trepaba una parra con pesados racimos cuyos granos eran perlas gruesas como huevos de paloma.

Y todo estaba rodeado por un enrejado de chapas de oro y de plata. Y vivían en aquellas cosas puras tal armonía y tal belleza, que ningún hombre, aunque fuese Khosroes o Kaissar, hubiese podido adivinar o realizar análogos esplendores.

Así es que Hassán, deslumbrado, no osaba moverse por temor de turbar la paz deliciosa de aquellos lugares, cuando, de improviso, vio destacarse del cielo y acercarse visiblemente al lago una bandada de pájaros muy grandes. Y he aquí que fueron a posarse en la orilla del agua; y eran diez; y arrastraban por la hierba sus hermosas plumas blancas y espesas, mientras ellos se balanceaban con indolencia al andar. Y en todos sus movimientos parecían obedecer a un pájaro mayor y más hermoso que todos ellos, que se había dirigido lentamente al estrado y se había subido al trono. Y de pronto los diez a la vez se despojaron de sus plumas con un gracioso ademán. Y cuando arrojaron aquellos mantos, salieron de ellos diez lunas de belleza pura bajo la forma de diez jóvenes desnudas por completo. Y saltaron risueñas al agua, que las recibió con un cabrillear de pedrerías. Y se bañaron con entusiasmo, retozando entre sí; y la más hermosa las perseguía, las atrapaba y se enlazaba con ellas en mil caricias, y las hacía cosquillas y las mordisqueaba con mil risas y mimos.

Cuando acabaron su baño, salieron del lago; y la más bella subió al estrado y fue a sentarse en el trono, sin tener más vestido que su cabellera. Y al contemplar sus encantos, sintió Hassán que se le huía la razón, y pensó: "¡Ah! ¡bien sé ahora por qué me prohibió mi hermana Botón-de-Rosa abrir esa puerta! ¡He aquí que perdí mi reposo para siempre!" Y continuó detallando las diversas bellezas de la joven desnuda. ¡Qué maravillas no vio! ¡ah! ¡En verdad que era, a no dudar, la cosa más perfecta salida de los dedos del Creador! ¡Oh su espléndida desnudez! Superaba a las gacelas en la hermosura de su nuca y en el brillo de sus ojos negros, y a la araka en la esbeltez de su talle. Su cabellera de tinieblas era una noche de invierno, espesa y negra. Su boca, que emulaba a la rosa, era el sello de Soleimán. Sus dientes de marfil joven eran un collar de perlas o de granizos de igual tamaño; su cuello era un lingote de plata; su vientre tenía rincones y escondrijos, y su grupa hoyuelos y protuberancias; su ombligo poseía la capacidad suficiente para contener una onza de almizcle negro; sus muslos eran pesados y a la vez firmes y elásticos cual cojines rellenos de plumas de avestruz, y sobre ellos, en su nido cálido y encantador, semejante a un conejo sin orejas, aparecía una historia llena de gloria, con su terraza y su territorio, y sus cañadas en declive, para dejarse caer allá a fin de olvidar las penas negras. Y también se la hubiera podido tomar por una cúpula de cristal, redonda por todos lados y asentada sobre una base sólida, o por una taza de plata colocada al revés.

Y a una joven así se le podrían aplicar estos versos del poeta:

¡Vino a mí la joven, vestida con su belleza cual el rosal con sus rosas, y con los senos firmes, ¡oh granadas! Y exclamé: "¡He aquí la rosa y las granadas!"

¡Me había equivocado! ¡Qué error ¡oh joven! fue comparar tus mejillas a las rosas y tus senos a las granadas! ¡Pues ni las rosas de los rosales ni las granadas de los jardines merecen la comparación!

¡Porque se puede aspirar las rosas y coger las granadas! pero a ti, ¡oh virginal! ¿quién puede envanecerse de olerte o de tocarte?

Y así era la joven que había subido a sentarse, real y desnuda, en el trono a orillas del lago...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 587ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y así era la joven que había subido a sentarse, real y desnuda, en el trono de oro a orillas del lago.

Cuando hubo reposado de su baño, dijo a sus compañeras, echadas junto a ella en el estrado: "¡Dadme mis ropas interiores!" Y las jóvenes se acercaron, y por todo vestido le pusieron a los hombros un chal de oro, una gasa verde en los cabellos y un cinturón de brocado en torno del talle. ¡Y quedó ataviada de este modo! Y parecía una recién casada y estaba más maravillosa que una maravilla. Y Hassán la miraba, oculto tras los árboles de la terraza, y no obstante el deseo que le impulsaba a avanzar, no lograba hacer un movimiento, de tan inmóvil como le tenía su entusiasmo y de tan aniquilado como le tenía la emoción.

Y dijo la joven: "¡Oh princesas! ¡he aquí que llega la mañana, y ya es hora de que pensemos en marcharnos, pues nuestro país está lejos y ya hemos descansado bastante!" Entonces la vistieron con su traje de plumas, se vistieron ellas de la misma manera, y echaron todas juntas a volar, iluminando el cielo de la mañana.

¡Eso fue todo!

Y Hassán, estupefacto, las seguía con la vista, y mucho rato después de desaparecer ellas, continuaba con los ojos fijos en el horizonte lejano, presa de la violencia de una pasión que jamás había encendido en su alma la contemplación de ninguna hija de la tierra. Y a lo largo de sus mejillas deslizáronse lágrimas de deseo y de amor, y exclamó: "¡Ah! ¡Hassán, infortunado Hassán! ¡He aquí que en adelante tendrás el corazón entre las manos de las hijas de los genn, tú a quien ninguna belleza pudo retenerte en tu patria!"

Y sumido en un profundo ensueño, y apoyada la mejilla en la mano, improvisó:

¿Qué mañana te acogerá, ¡oh desaparecida! bajo su rocío? ¡Vestida de luz y de belleza, te apareces a mí para torturarme el corazón y desaparecer!

¿Osaron afirmar que el amor está lleno de dulzura? ¡Ah! si es dulce este martirio, ¿qué no será, pues, la amargura de la mirra?

Y continuó suspirando de tal suerte, sin pegar los ojos, hasta que salió el sol. Luego bajó a orillas del lago y empezó a errar de aquí para allá, respirando en el aire fresco los efluvios que dejaron ellas. Y siguió consumiéndose durante todo el día en espera de la noche, para entonces subir a la terraza, aguardando que volvieran los pájaros.

Pero no vio nada aquella noche ni las demás noches. Y Hassán, desesperado, ya no quiso comer, ni beber, ni dormir, y no hizo otra cosa que enervarse más cada vez con su pasión por la desconocida. Y se desmejoró y palideció; y poco a poco le abandonaron sus fuerzas; y se dejó caer al suelo, diciéndose: "¡La propia muerte es preferible a esta vida de sufrimiento!"

Entretanto, las siete princesas, hijas del rey del Gennistán, regresaron de las fiestas a que las había convidado su padre. Y sin quitarse la ropa de viaje siquiera, la más joven corrió en busca de Hassán. Y le encontró en su habitación, tendido en el lecho, muy pálido y muy angustiado; y tenía cerrados los párpados, y a lo largo de sus mejillas corrían lágrimas lentamente. Y al ver aquello, la joven lanzó un grito doloroso, y se abalanzó a él y le rodeó con sus brazos, cual la hermana haría con el hermano, y le besó en la frente y en los ojos, diciéndole: "¡Oh bienamado hermano mío! ¡por Alah, que mi corazón se derrite al verte en este estado! ¡ah! ¡dime qué mal sufres, para que dé yo con el remedio!" Y con el pecho hinchado por sollozos, Hassán hizo con la cabeza y con la mano una seña que significaba: "¡No!" Y no pronunció ni una sola palabra. Y bañada en lágrimas, y con caricias infinitas en la voz, le dijo la joven: "¡Créeme, hermano mío Hassán, alma de mi alma, delicia de mis párpados, que al ver tus ojos hundidos en sus órbitas por la delgadez, y borradas las rosas de tus mejillas queridas, la vida se me ha hecho odiosa y sin encanto! ¡Por la afección sagrada que nos une, te conjuro a que no ocultes tus penas y tu mal a una hermana que quisiera rescatar tu vida a costa de mil suyas!" Y enloquecida, le cubría de besos y le tenía ambas manos apoyadas contra su pecho, y le suplicaba así, de rodillas junto a su cama. Y al cabo de algún tiempo, Hassán dejó escapar varios suspiros desgarradores, y con voz apagada improvisó estos versos:

¡Si miraras atentamente, sin que te explicaran, darías con la causa de mis sufrimientos! ¿Mas para qué enterarse de una enfermedad que no tiene remedio?...

¡Mi corazón cambió de sitio y mis ojos no saben ya dormir! ¡Y lo que el amor ha transformado, sólo el amor lo puede restaurar!

Luego corrieron en abundancia las lágrimas de Hassán; y añadió él: "¡Ah, hermana mía! ¿cómo podrás socorrer a quien sufre por culpa suya? ¡Y, además, mucho me temo que tengas que dejarme morir de pena y de infortunio!" Pero la joven exclamó: "¡El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti, oh Hassán! ¿Qué dices? ¡Aunque tuviera mi alma que abandonar mi cuerpo, no podría evitar el venir en tu ayuda!" Entonces dijo Hassán con sollozos en la voz: "¡Sabe, pues, ¡oh hermana mía Botón-de-Rosa! que hace diez días que no he tomado alimento, y fue por causa de tales y cuales cosas que me han sucedido!" ¡Y le contó toda su aventura sin olvidar un detalle!

Cuando Botón-de-Rosa hubo oído el relato de Hassán, lejos de mostrarse enfadada, ya que tenía motivo para ello, se compadeció mucho de la pena del joven, y se echó a llorar con él...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente:

Y CUANDO LLEGÓ LA 588ª NOCHE

Ella dijo:

"...se compadeció mucho de la pena del joven, y se echó a llorar con él. Luego le dijo: "¡Oh hermano mío, tranquiliza tu alma preciosa, refresca tus ojos y seca tus lágrimas! Porque te juro que estoy dispuesta a arriesgar mi vida querida y mi alma preciosa con tal de remediar lo que te ocurre y realizar tu deseo, haciéndote poseer a la desconocida a quien amas, ¡inschala!

Pero te recomiendo ¡oh hermano mío! que guardes secreto de esto y no digas una palabra de ello a mis hermanas, a cambio de perderte y de perderme contigo. Y si te hablaran de la puerta prohibida y te interrogasen con respecto de ella, diles: "¡No he visto esa puerta!" Y si te hacen preguntas, anhelantes por verte tan pálido, les dirás: "¡Si estoy pálido es por haber sufrido en esta soledad durante tanto tiempo vuestra ausencia! ¡Y mi corazón ha trabajado mucho por causa vuestra!" Y Hassán contestó: "¡Está bien! ¡hablaré así, porque tu idea es excelente!" Y besó a Botón-de-Rosa, y sintió que se le tranquilizaba el alma y se le dilataba el pecho al sentirse de aquel modo aliviado del gran temor que tenía de ver a su hermana enfadarse con él por lo de la puerta prohibida. Y tranquilo ya, respiró con libertad y pidió de comer.

Botón-de-Rosa le besó una vez más, y con lágrimas en los ojos se apresuró a reunirse con sus hermanas, a las cuales dijo: "¡Ay hermanas mías!, ¡mi pobre hermano Hassán está muy enfermo! ¡Desde hace diez días no ha entrado ningún alimento en su estómago, cerrado a causa de nuestra ausencia y de la desesperación en que está él sumido! Le dejamos solo aquí al pobre, sin nadie que le hiciera compañía, y entonces se ha acordado de su madre y de su patria, y sus recuerdos le llenaron de amargura. ¡Oh! ¡mueve a compasión su suerte, hermanas mías!"

Al oír estas palabras de Botón-de-Rosa, las princesas, que estaban dotadas de un alma encantadora y pronta a conmoverse, se apresuraron a llevar de comer y de beber a su hermano; y se esforzaron por consolarle y reanimarle con su presencia y sus palabras; y para distraerle le contaron todas las fiestas y las maravillas que habían visto en el palacio de su padre, en el Gennistán. Y durante un mes entero no cesaron de prodigarle los más atentos y más tiernos cuidados, sin llegar, no obstante, a curarle por completo.

Al cabo de este tiempo, las princesas, con excepción de Botón-de-Rosa, que quiso quedarse en el palacio por no dejar solo a Hassan, salieron para ir de caza, según su costumbre; y elogiaron a su hermana pequeña por su atención para con su huésped. Y en cuanto ellas se marcharon, la joven ayudó a Hassán a levantarse, le cogió en brazos y le condujo a la terraza desde la cual se dominaba el lago. Y echándole sobre su seno, y haciéndole reposar la cabeza contra su hombro, le dijo: "Dime ahora, hermano mío, en cuál de esos pabellones que hay escalonados a orillas del lago has visto a la que te produce tanta tristeza". Y Hassán contestó: "¡No fue en uno de esos pabellones donde la vi, sino en el agua del lago primeramente y después en el trono de ese estrado!"

Al oír estas palabras, la joven se puso muy pálida, y exclamó: "¡Oh, qué desgracia la nuestra! ¡Entonces ¡oh Hassán! se trata de la propia hija del rey de los genn, que reina en el vasto imperio en que mi padre no es más que uno de sus lugartenientes! Y el país en que reside nuestro rey se halla a una distancia infranqueable y rodeado de un mar que no pueden atravesar ni los hombres ni los genn. Y el rey tiene siete hijas, de las cuales la más pequeña es la que has visto. Y dispone de una guardia compuesta únicamente de guerreras vírgenes, de estirpe ilustre, cada una de las cuales manda un cuerpo de ejército de cinco mil amazonas. Y he aquí que la que has visto es precisamente la más hermosa y la más aguerrida de todas las jóvenes reales; y supera a todas las demás en valor y en destreza. ¡Se llama Esplendor!

A cada luna nueva viene a pasearse por aquí en compañía de las hijas de los chambelanes de su padre. En cuanto a esos mantos de plumas que las llevan por los aires cual si fuesen pájaros, pertenecen al guardarropa de las gennias. Y gracias a esos mantos vamos a poder lograr nuestro objeto. Porque has de saber ¡oh Hassán! que el único medio de que dispones para adueñarte de su persona consiste en apoderarte de esa vestidura encantada. Para ello no tienes más que esperar oculto aquí su vuelta; y te aprovecharás del momento en que haya bajado ella a bañarse en el lago, para quitarle el manto, sin llevarte otra cosa. ¡Y además la poseerás a ella misma! ¡Y guárdate mucho entonces de ceder a sus súplicas y de devolverle el manto, porque te perdería sin remisión, y también seríamos víctimas de su venganza todas nosotras, y nuestro padre con nosotras!

¡Lo mejor es que la cojas por los cabellos y la atraigas a ti, y se te someterá y te obedecerá! Y sucederá lo que suceda...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 589ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y sucederá lo que suceda".

Al oír estas palabras de Botón-de-Rosa, Hassán se sintió transportado de alegría y notó que en él entraba nueva vida y le devolvía la plenitud de sus fuerzas. Y se irguió sobre sus pies, y tomó en sus manos la cabeza de la joven y la besó tiernamente, dándole gracias por su amistad. Y bajaron ambos al palacio y pasaron el resto del tiempo hablando dulcemente de unas cosas y de otras en la más deliciosa de las sinceridades.

Al día siguiente, que era precisamente día de luna nueva, Hassán esperó la noche para ir a esconderse detrás del estrado que había a orillas del lago. Y apenas llevaba allí unos instantes, cuando en el silencio nocturno se hizo oír un ruido de alas, y a la claridad de la luna los pájaros, con tanta impaciencia deseados, llegaron y bajaron al lago después de quitarse sus mantos de plumas y las sedas que debajo ostentaban. Y la maravillosa Esplendor, hija del rey de los genn, también sumergió en el agua su desnuda carne de gloria. Y estaba más bella y más deseable que la primera vez. Y a pesar de la admiración y de la emoción que le embargaba, Hassán pudo deslizarse sin ser visto hasta el sitio en que se hallaban las ropas, cogiendo el manto de plumas de la joven real, y ocultándose enseguida detrás del estrado.

Cuando la hermosa Esplendor salió del baño, al primer golpe de vista comprendió, por el desorden de las ropas esparcidas sobre el césped, que una mano extraña y audaz las había profanado. Y se acercó y comprobó que había desaparecido su manto. Y lanzó un estridente grito de terror y desesperación, y se golpeó el rostro y el pecho. ¡Oh! ¡cuán bella estaba así la desesperada! Pero, al oír el grito, precipitáronse a ella sus compañeras para ver qué ocurría, y figurándose lo que acababa de suceder, se puso apresuradamente cada cual su manto, y sin pensar en secar su desnudez moiada, ni en vestir sus sedas interiores, envolviéronse en sus plumas volantes, y rápidas cual gacelas asustadas o palomas perseguidas por un halcón, huyeron desordenadamente por los aires. Y desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, dejando sola a orillas del lago a la llorosa, a la dolorida, a la indignada Esplendor, hija de su rey.

Entonces, aunque temblando de emoción, Hassán salió de su escondite en pos de la joven desnuda, que huyó. Y la persiguió él alrededor del lago, llamándola por los nombres más tiernos y asegurándole que no quería hacerle ningún daño.

Pero ella, como una cierva acosada, corría jadeante, adelantando los brazos, con los cabellos al viento, enloquecida de verse sorprendida así en su íntima desnudez de virgen. Pero de un salto Hassán acabó por alcanzarla, y la cogió por la cabellera, que se anudó en la mano, y la obligó a seguirle. Entonces cerró ella los ojos, y resignada con su suerte, se dejó llevar sin oponer resistencia. Y Hassán la condujo a su aposento, en donde la encerró sin dejarse conmover por las súplicas y lloros de ella, corriendo sin tardanza para prevenir a su hermana y anunciarle la buena nueva de su éxito.

Enseguida Botón-de-Rosa fue al aposento de Hassán y encontróse con la desolada Esplendor, que se mordía de desesperación las manos y lloraba todas las lágrimas de sus ojos. Y Botón-de-Rosa se echó a sus pies para rendirle homenaje, y después de besar la tierra, le dijo: "¡Oh soberana mía! ¡la paz sobre ti y la gracia de Alah y sus bendiciones! ¡Iluminas la morada y la perfumas con tu llegada!"

Y contestó Esplendor: "¿Pero eres tú, Botón-de-Rosa? ¿Es que permites que los hijos de los hombres traten así a la hija de tu rey? Conoces el poder de mi padre; sabes que se le someten los reyes de los genn y que manda en legiones de efrits y de mareds, innumerables cual los granos de la arena marina; ¡y te atreviste a recibir en tu morada un hombre para que me sorprendiera, y has hecho traición a la hija de tu soberano! De no ser así, ¿cómo iba este hombre a encontrar el camino del lago en que yo me bañaba?"

Al oír estas palabras, contestó la hermana de Hassán : "¡Oh princesa hija de nuestro soberano! ¡oh la más bella y más admirada entre las hijas de los genn y de los humanos! Has de saber que el que te sorprendió en tu baño ¡oh lustral! es un joven a ningún otro parecido. Y en verdad que está dotado de modales demasiado encantadores para que tuviese la menor intención de disgustarte. ¡Pero cuando una cosa ha sido decretada por el Destino, debe ocurrir! ¡Y precisamente el destino del hermoso joven que te sorprendió le hizo enamorarse de tu belleza apasionadamente; y los enamorados son disculpables! ¡Y no puede ser culpable a tus ojos quien te ama como te ama él! Y sobre todo, ¿no ha creado Alah las mujeres para los hombres? ¿Y no es ése el joven más encantador que hay sobre la tierra? ¡Si supieras ¡oh mi señora! cuán enfermo ha estado desde el día en que te vio por vez primera! ¡Estuvo a punto de perder el alma! ¡Así como lo oyes!"

Y siguió explicando a la princesa toda la violencia de la pasión encendida en el corazón de Hassán, y acabó diciendo: "¡Y no olvides ¡oh mi señora! que entre tus diez compañeras te eligió cual la más hermosa y la más maravillosa! ¡Y sin embargo, ellas estaban tan desnudas como tú y lo mismo se las hubiera podido sorprender en su baño!"

Al oír estas palabras de la hermana de Hassán, la bella Esplendor comprendió que debía renunciar a todo plan para evadirse, y se limitó a lanzar un prolongado suspiro de resignación. Y al punto corrió Botón-de-Rosa a llevarle un magnífico traje, con el cual la vistió...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 590ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y al punto corrió Botón-de-Rosa a llevarle un magnífico traje, con el cual la vistió. Después le sirvió de comer e hizo cuanto pudo para ahuyentar su pena. Y la bella Esplendor acabó por consolarse un poco, y dijo: "¡Ya veo que estaba escrito en mi destino que tendría que separarme de mi padre, de mi familia y de las moradas de la patria! ¡Y es preciso que me someta a los decretos del Destino!" Y la hermana de Hassán no dejó de afirmarla en esta resolución, de modo que las lágrimas de la princesa cesaron por completo y se resignó ella con su suerte. Entonces la hermana de Hassán ausentóse un momento para correr al lado de su hermano, y decirle: "Apresúrate a presentarte al instante a tu bienamada, porque ha llegado el momento propicio. Una vez que penetres en la estancia, empieza por besarle los pies, luego las manos, luego la cabeza. ¡Y sólo entonces deberás dirigirle la palabra, y has de hacerlo de la manera más elocuente y más amable".

Y temblando de emoción, presentóse Hassán a la princesa, quien, al reconocerle, le miró con atención, y a pesar suyo, quedó en extremo conmovida por la belleza del joven. Pero bajó los ojos, y Hassán le besó los pies y las manos y luego le besó en la frente entre ambos ojos, diciéndole: "¡Oh soberana de las más bellas, vida de las almas, alegría de las miradas, jardín del ingenio! ¡oh reina, oh soberana mía! ¡tranquiliza, por favor, tu corazón, y refresca tus ojos, porque tu suerte está colmada de dicha! ¡Mi único deseo con respecto a ti consiste en ser tu esclavo fiel, como mi hermana es ya tu servidora! ¡Y no es mi intención hacerte violencia, sino casarme contigo según la ley de Alah y de su Enviado! Y entonces te conduciré a Bagdad, mi patria, donde pondré a tu disposición esclavos de ambos sexos y una morada digna de ti por su magnificencia. ¡Ah! ¡si supieras cuán admirable es el país en que se alza Bagdad, la ciudad de paz, y qué amables, corteses y hospitalarios son sus habitantes, y qué delicioso y de buen augurio es su trato! ¡Y además, tengo una madre que es la mejor de las mujeres y que te querrá como a hija suya, y te guisará manjares maravillosos, pues sin duda sabe cocinar mejor que nadie en todo el país del Irak!"

¡Así habló Hassán a la joven Esplendor, hija del rey del Gennistán! ¡Y la princesa no le contestaba ni con una palabra, ni con una letra, ni con una señal! Y de pronto oyeron llamar a la puerta del palacio. Y dijo Hassán, que era el encargado de abrir y de cerrar las puertas: "¡Dispensadme, ¡oh mi señora! ¡Tengo que ausentarme un momento!" Y corrió a abrir la puerta. Eran sus hermanas, que regresaban de la cacería, y que al verle vuelto de nuevo a la salud y con las mejillas brillantes, se regocijaron y quedaron satisfechas hasta el límite de la satisfacción. Y Hassán tuvo buen cuidado de no hablarles de la princesa Esplendor, y les ayudó a llevar el botín de su caza, que consistía en gacelas, zorros, liebres, búfalos y fieras de todas las especies. Y ostentó con ellas una amabilidad excesiva, besándolas en la frente a una tras de otra, acariciándolas y demostrándoles su amistad con una efusión a la que no estaban acostumbradas por él, ya que reservaba todas sus caricias para Botón-de-Rosa, la hermana más pequeña. Así es que quedaron agradablemente sorprendidas de aquel cambio; y hasta la mayor de las jóvenes acabó por suponer que algún motivo ocasionaba tales transportes y le miró con una sonrisa maligna, y guiñó el ojo, y le dijo: "¡En verdad, ¡oh Hassán!, que nos asombra esta demostración tan excesiva por tu parte, pues hasta hoy aceptaste nuestras caricias sin querer devolvérnoslas jamás! ¿Es que nos encuentras más hermosas con nuestros trajes de caza, o es que nos quieres más ahora, o son ambos motivos a la vez?"

¡Pero Hassán bajó los ojos, y lanzó un suspiro capaz de derretir el corazón más duro! Y las princesas le preguntaron, asombradas: "Pero, ¿por qué suspiras de ese modo, ¡oh hermano nuestro!?" ¿Y quién puede turbar tu quietud? ¿Quieres retornar a tu patria al lado de tu madre? ¡Habla, Hassán, abre tu corazón a tus hermanas!" Pero Hassán se encaró con su hermana Botón-de-Rosa, que acababa de llegar precisamente, y le dijo, ruborizándose en extremo: "¡Mejor es que hables tu! ¡Porque a mí me da mucha vergüenza decir la causa de mi turbación!" Y dijo Botón-de-Rosa: "¡No es nada, absolutamente, hermanas mías! ¡Todo se reduce a que nuestro hermano Hassán ha cogido un pájaro del aire muy hermoso y desea de vosotras que le ayudéis a domesticarlo!" Y exclamaron todas: "¡Claro! ¡vaya una cosa! Pero, ¿por qué le ruboriza eso tanto a Hassán?" La joven contestó: "¡Ah! Es que Hassán ama con amor ¡y con qué amor! a ese pájaro".

Las otras dijeron: "¡Por Alah! ¿y cómo ¡oh Hassán! vas a declarar tu amor a un pájaro del aire?" Y mientras Hassán bajaba la cabeza y se ruborizaba más aún, dijo Botón-de-Rosa: "¡Con la palabra, con el ademán y con todo lo consiguiente!" Las demás dijeron: "¡Entonces será muy grande el pájaro de nuestro hermano!" Botón-de-Rosa, dijo: "¡Es de nuestra estatura! ¡Pero acabad de escucharme!" Y añadió: "¡Sabed ¡oh hermanas mías! que el espíritu de los hijos de Adán es muy limitado! Por eso, cuando dejamos aquí completamente solo a nuestro pobre Hassán, como sentía muy oprimido el pecho, empezó a recorrer el palacio para distraerse. Pero tenía tan turbada la imaginación, que confundió las llaves de los aposentos, ¡y por descuido abrió la puerta de la estancia prohibida, la que da a la terraza! ¡Y allí le sucedió tal y cual cosa!" Y contó, aunque atenuando la culpa de Hassán, toda la historia, añadiendo: "¡Después de todo, tiene excusa nuestro hermano, porque la joven es hermosa! ¡Ah! ¡si supieseis, hermanas mías, cuán hermosa es!"

Al oír estas palabras de Botón-de-Rosa, sus hermanas le contestaron: "¡Si es tan hermosa como dices, empieza por mostrárnosla ante todo para que podamos formarnos una idea!"

Botón-de-Rosa dijo: "¡Quién pudiera describírosla, ya Alah! Pelos en la lengua me saldrían antes de que lograse enumerar sus encantos, siquiera aproximadamente. ¡Sin embargo, quiero intentarlo, aunque no sea más que para que no os caigáis de espaldas al verla!

"¡Bismilah, ¡oh hermanas mías! gloria a Quien revistió de esplendor su desnudez de jazmín! ¡Supera a las gacelas en la hermosura de su nuca y en el brillo de sus ojos negros y a la araka en la esbeltez de su talle! Su cabellera es una noche de invierno, espesa y negra; su boca, que a la rosa emula, es el propio sello de Soleimán; sus dientes de marfil joven son un collar de perlas o granizos de igual tamaño; su cuello es un lingote de plata; su vientre tiene rincones y escondrijos, y su grupa hoyuelos y protuberancias; su ombligo posee la capacidad suficiente para contener una onza de almizcle negro; sus muslos son pesados y a la vez firmes y elásticos cual cojines rellenos de plumas de avestruz, y sobre ellos, en su nido cálido y encantador, semejante a un conejo sin orejas, parece una historia llena de gloria, con su terraza y su territorio, y sus cañadas en declive, para dejarse caer allá a fin de olvidar las penas negras. Y no os equivoquéis acerca de ella, ¡oh hermanas mías! Porque, al verla, podríais también tomarla por una cúpula de cristal, redonda por todos lados y asentada en una base sólida, o por una taza de plata colocada al revés. Y a una joven así se refieren con razón estos versos del poeta:

¡Vino a mí la joven, vestida con su belleza cual el rosal con sus rosas, y con los senos firmes, ¡oh granadas! Y exclamé: "¡He aquí la rosa y las granadas!"

¡Me había equivocado! ¡Qué error ¡oh joven! fue comparar tus mejillas a las rosas y tus senos a las granadas! ¡Pues ni las rosas de los rosales ni las granadas de los jardines merecen la comparación!

¡Porque se puede aspirar las rosas y coger las granadas! pero a ti, ¡oh virginal! ¿quién puede envanecerse de olerte o de tocarte?

"¡Y eso es ¡oh hermanas mías! lo que de una ojeada pude ver de la princesa Esplendor, hija del rey de reyes del Gennistán...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 591ª NOCHE

Ella dijo:

"¡Y eso es ¡oh hermanas mías! lo que de una ojeada pude ver de la princesa Esplendor, hija del rey de reyes del Gennistán!" Cuando las jóvenes hubieron oído estas palabras de su hermana, exclamaron maravilladas: "¡Qué razón tienes ¡oh Hassán! para prendarte de esa joven espléndida! Pero ¡por Alah! date prisa a conducirnos junto a ella para que la veamos con nuestros propios ojos."

Y Hassán, seguro por lo que afectaba a sus hermanas, las condujo al pabellón donde se encontraba la bella Esplendor. Y al ver su belleza sin par, besaron ellas la tierra entre sus manos, y tras de las zalemas de bienvenida, le dijeron: "¡Oh hija de nuestro rey! verdaderamente es prodigiosa tu aventura con nuestro hermano el joven! ¡Y de pie aquí entre tus manos, todas te predecimos la dicha para lo futuro, y te aseguramos que durante toda tu vida no dejarás de felicitarte por tu encuentro con este joven, hermano nuestro, y por su delicadeza de modales, y por su destreza para todo, y por su afección! ¡Piensa, además, en que, en vez de servirse de un intermediario, te ha declarado por sí mismo su pasión, y no te ha pedido nada ilícito! ¡Y si no tuviésemos la certeza de que las jóvenes no pueden pasarse sin hombres, no daríamos ante ti, hija de nuestro rey, un paso tan audaz! ¡Déjanos, pues, casarte con nuestro hermano, y quedarás contenta de él, que nosotras respondemos con nuestro cuello!" Y habiendo dicho estas palabras, esperaron la respuesta.

Pero, como la bella Esplendor no diese contestación alguna, se adelantó Botón-de-Rosa y le cogió la mano con sus manos, y le dijo: "¡Con tu permiso, oh señora nuestra!" Y se encaró con Hassán, y le dijo: "¡Trae tu mano!" Y Hassán le dio la mano, y Botón-de-Rosa la cogió y la unió entre las suyas a la de la princesa, diciéndole a ambos: "¡Os caso con asentimiento de Alah y por la ley de su Enviado!" Y en el límite de la dicha, Hassán improvisó estos versos:

¡Oh mezcla admirable reunida en tu hermosura! Al ver tu glorioso rostro bañado en el agua de la belleza, ¿quién podrá olvidar su radiante esplendor?

¡Te ven mis ojos compuesta preciosamente de rubíes en toda una mitad de tu cuerpo encantador, de perlas en la tercera parte, de almizcle negro en la quinta parte y de ámbar en la sexta parte, ¡oh toda dorada!

¡Entre las vírgenes nacidas de la Eva primera, y entre las bellezas que habitan los múltiples jardines de los cielos, no hay ninguna que pueda compararse contigo!

¿Quieres darme la muerte? ¡No me perdones! ¡Otras muchas víctimas hizo el amor! ¡Y si quieres volverme a la vida, baja hacia mí tus ojos!, ¡oh ornato del mundo!

Y al oír estos versos, exclamaron las jóvenes a una, encarándose con Esplendor: "¡Oh princesa! ¿nos regañarás ahora por haberte traído un joven que se ha expresado de tan excelente manera y en versos tan hermosos?" Y preguntó Esplendor: "¿Pero es poeta?" Ellas dijeron: "¡Claro que lo es! ¡Improvisa y compone con una facilidad maravillosa poemas y odas de millares de versos, en los que reina siempre un sentimiento muy vivo!"

Estas palabras que tan a las claras mostraban el nuevo mérito de Hassán, por fin acabaron de conquistar el corazón de la recién casada. Y miró a Hassán, sonriendo bajo sus largas pestañas. Y Hassán, que no esperaba más que una seña de sus ojos, la cogió en brazos y se la llevó a su aposento. ¡Y allí, con su permiso, abrió en ella lo que tenía que abrir, y rompió lo que tenía que romper, y destapó lo que estaba sellado! Y se endulzó con todo aquello hasta el límite de la dulzura; y lo mismo le ocurrió a ella. Y experimentaron ambos en poco tiempo el colmo de todas las alegrías del mundo. Y el amor a la joven se incrustó en el corazón de Hassán más que todas las pasiones. ¡Y todos sus pájaros cantaron prolongadamente! Por tanto, ¡gloria a Alah, que une en las delicias a sus creyentes y no les escatima sus dones dichosos! ¡Tú eres, Señor, el que adoramos, tú eres aquél de quien imploramos socorro! ¡Llévanos por el sendero recto, por el sendero de aquellos a quienes colmaste con tus beneficios, y no por el de aquellos que incurrieron en tu cólera ni por el de los extraviados!

Y he aquí que Hassán y Esplendor estuvieron juntos de tal suerte cuarenta días, transcurridos en el seno de las alegrías que proporciona el amor. Y las siete princesas, especialmente Botón-de-Rosa, se esforzaron por variar cada día los placeres de ambos esposos, y hacerles la estancia en el palacio lo más agradable que les fue posible.

Pero al cabo del día cuadragésimo, Hassán vio en sueños a su madre, que le reprochaba por haberla olvidado, mientras ella se pasaba los días y las noches llorando sobre la tumba que hubo de erigirle en la casa.

¡Y se despertó con lágrimas en los ojos lanzando suspiros que partían el alma! Y al oírle llorar, acudieron sus hermanas, las siete princesas; y Botón-de-Rosa, más desolada que todas las otras, preguntó a la hija del rey de los genn qué le había sucedido a su esposo. Y contestó Esplendor: "¡No lo sé!" Y dijo Botón-de-Rosa: "¡Yo misma iré a informarme de lo que le tiene tan triste!"

Y preguntó a Hassán: "¿Qué te ocurre, hermano mío?" Y las lágrimas de Hassán corrieron con más violencia; y acabó por contar su sueño, lamentándose mucho...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 592ª NOCHE

Ella dijo:

"...y acabó por contar su sueño, lamentándose mucho. Entonces le tocó a Botón-de-Rosa llorar y gemir, en tanto que sus hermanas decían a Hassán: "En ese caso, ¡oh Hassán! no podemos retenerte aquí más tiempo ni impedirte que regreses a tu país para volver a ver a tu madre querida. ¡Solamente te suplicamos que no nos olvides y que nos prometas volver para hacernos una visita una vez al año!" Y su hermana Botón-de-Rosa se le colgó al cuello sollozando, y acabó por caer desmayada de dolor. Y cuando recobró el conocimiento, recitó tristemente versos de adiós, y sepultó la cabeza en sus rodillas, rehusando todo consuelo. Y Hassán empezó a besarla y a acariciarla; y hubo de prometerle por juramento que volvería a verla una vez al año. Y mientras tanto, sus otras hermanas, a ruegos de Hassán, se pusieron a hacer los preparativos del viaje. Y cuando estuvo todo dispuesto, le preguntaron: "¿De qué manera quieres volver a Bassra?" Él dijo: "¡No lo sé!" Pero acordándose del tambor mágico que le había quitado al mago Bahram y que tenía aquella piel de gallo, exclamó: "¡Por Alah! ¡he ahí la manera! ¡Pero no sé cómo servirme de ese tambor!"

Entonces Botón-de-Rosa, que seguía llorando, secó sus lágrimas por un momento, y levantándose, dijo a Hassán: "¡Oh bienamado hermano mío, voy a enseñarte cómo has de servirte de ese tambor!" Y cogió el tambor, y apoyándoselo en el costado, hizo como si tocase sobre la piel de gallo con los dedos. Después dijo a Hassán: "¡Hay que hacer así!" y Hassán dijo: "¡Ya he comprendido, hermana mía!" Y a su vez cogió el tambor de manos de la joven, y tocó como había visto hacerlo a Botón-de-Rosa, pero con mucha fuerza. Y al instante surgieron de todos los puntos del horizonte camellos grandes, dromedarios de carrera, mulas y caballos. Y todo aquel rebaño al galope acudió a alinearse tumultuosamente en una fila muy larga con los camellos primero, detrás los dromedarios, y por último las mulas y los caballos.

Entonces las siete princesas escogieron los animales mejores y despidieron a los demás. Y cargaron a los que habían escogido con fardos preciosos, regalos, efectos y provisiones de boca. Y en el lomo de un gran dromedario de carrera, pusieron un magnífico palanquín con dos asientos para los dos esposos. Y entonces comenzaron las despedidas. ¡Oh! ¡cuán dolorosas fueron! ¡Pobre Botón-de-Rosa! ¡Estabas triste y llorabas! ¡Cómo se derretía tu corazón al besar a Hassán, que se marchaba con la hija del rey! ¡Y gemías cual una tórtola a la que se separase de tu tórtolo violentamente! ¡Ah! ¡no sabías aún ¡oh tierna Botón-de-Rosa! cuánta amargura guarda la copa de la separación! ¡Y no podías esperar que tu bienamado Hassán, cuya dicha preparabas, ¡oh llena de piedad! hubiera de sustraerse a tu dolor tan pronto! ¡Pero abriga la certeza de que le verás! ¡Tranquiliza, pues, tu alma preciosa y refresca tus ojos! ¡A fuerza de llorar, tus mejillas, de rosas que eran, se han hecho semejantes a flores de granado! ¡Cesa de llorar, Botón-de-Rosa!, ¡tranquiliza tu alma preciosa y refresca tus ojos! ¡volverás a ver a Hassán, pues así lo quiere el Destino!

Y la caravana se puso en marcha entre los gritos desgarradores de las despedidas, y desapareció a lo lejos, mientras Botón-de-Rosa caía desvanecida. Y con la rapidez del ave, atravesó la caravana valles y montañas, llanuras y desiertos, y con el asentimiento de Alah, que escribióle la seguridad, llegó a Bassra sin contratiempo.

Cuando llegaron a la puerta de la casa, Hassán oyó a su madre gemir y deplorar dolorosamente la ausencia de su hijo; y se le llenaron de lágrimas los ojos, y llamó a la puerta. Y desde dentro, preguntó la voz cascada de la pobre vieja: "¿Quién hay a la puerta?" Y dijo Hassán: "¡Ábrenos!" Y con sus débiles piernas fue ella a abrir la puerta temblando, y a pesar de tener la vista debilitada por las lágrimas, reconoció a su hijo Hassán. ¡Entonces lanzó un prolongado suspiro y cayó desmayada! Y Hassán le prodigó sus cuidados, con ayuda de su esposa, y la hizo volver en sí. Entonces se le colgó al cuello ella, y se besaron con ternura, llorando de alegría. Y tras de los primeros transportes, Hassán dijo a su madre: "¡Oh madre, he aquí a tu hija, mi esposa, que te traigo para servirte!"

La vieja miró a Esplendor, y al verla tan bella, quedó deslumbrada y creyó que perdía la razón. Y le dijo: "¡Quienquiera que seas, hija mía, bienvenida seas a la casa que iluminas!" Y preguntó a Hassán: "Hijo mío ¿cómo se llama tu esposa?" El joven contestó: "Esplendor, ¡oh madre mía!" Ella dijo: "¡Oh conveniencia del nombre! Qué bien inspirado estuvo quien te buscó ese nombre, ¡oh hija de bendición!" Y la cogió de la mano y se sentó a su lado en la vieja alfombra de la casa. Y Hassán, entonces, se puso a contar a su madre toda su historia, desde su desaparición súbita hasta su regreso a Bassra, sin olvidar un detalle. Y la madre quedó maravillada de lo que oía en el límite de la maravilla, y no supo qué hacer para honrar, con arreglo a su rango, a la hija del rey de reyes del Gennistán.

Por lo pronto, se apresuró a ir al zoco a comprar todo género de provisiones de primera calidad, y después fue al zoco de las sederías, y compró diez trajes espléndidos, lo más caro que tenían los mercaderes de más prestigio; y se los llevó a la esposa de Hassán, y la vistió con ellos, poniéndole a la vez los diez, uno encima de otro, para demostrarle así que nada era demasiado para su rango y su mérito. Y la besó como si fuese su propia hija. Y luego se puso a guisar manjares extraordinarios y pasteles a ningunos otros parecidos. Y no escatimó nada para halagarla, colmándola de cuidados y de atenciones delicadas. Tras de lo cual, se encaró con su hijo, y le dijo: "No sé ¡oh Hassán! pero me parece que la ciudad de Bassra no es digna del rango de tu esposa; más valdría en todos sentidos para nosotros que nos fuésemos a vivir a Bagdad, la Ciudad de Paz, bajo el ala protectora del califa Harún Al-Raschid. ¡Y además, hijo mío, henos aquí muy ricos repentinamente, y temo mucho que, de seguir en Bassra, donde se nos conoce por pobres, llamemos la atención de un modo sospechoso, y a causa de nuestras riquezas se nos acuse de practicar la alquimia! ¡Lo mejor, a mi entender, es que nos vayamos cuanto antes a Bagdad, donde desde un principio nos tomarán por príncipes o emires lejanos!" Y Hassán contestó a su madre: "¡Excelente idea!" Y se levantó en aquella hora y en aquel instante, y vendió los muebles y la casa. Tras de lo cual, cogió el tambor mágico e hizo resonar la piel de gallo.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 593ª NOCHE

Ella dijo:

"...Tras de lo cual, cogió el tambor mágico e hizo resonar la piel de gallo. Y al punto surgieron del fondo de los aires grandes dromedarios que fueron a ponerse en fila a lo largo de la casa. Y Hassán y la madre de Hassán y la esposa de Hassán cogieron lo que habían guardado como lo mejor por ser cosas preciosas y ligeras de peso, y montando en su palanquín, pusieron los dromedarios a paso de carrera. Y en menos tiempo del que se necesita para distinguir la mano derecha de la mano izquierda, llegaron a orillas del Tigris en las puertas de Bagdad. Y Hassán tomó la delantera, y fue en busca de un corredor para que le adquiriese, por el precio de cien mil dinares, un magnífico palacio propiedad de un visir entre los visires. Y apresuróse a conducir allá a su madre y a su esposa. Y amuebló el palacio con un lujo fastuoso, y compró esclavos de ambos sexos, y mozos jóvenes y eunucos. Y no escatimó nada para que su tren de casa fuese el más notable de toda la ciudad de Bagdad.

Instalado de aquel modo, Hassán llevó desde entonces en la Ciudad de Paz una vida deliciosa con su esposa Esplendor, rodeados ambos de cuidados minuciosos por parte de la venerable y anciana madre, que todos los días se ingeniaba para confeccionar un manjar nuevo y ejecutar las recetas de cocina que aprendía de sus vecinas y que se diferenciaban mucho de las recetas de Bassra; porque en Bagdad había muchos platos que no podían fabricarse en ninguna otra parte sobre la faz de la tierra. Y he aquí que al cabo de nueve meses de llevar aquella vida encantadora y disfrutar de aquella alimentación especial, la esposa de Hassán parió felizmente dos hijos varones y gemelos, como lunas. Y al uno se le llamó Nasser, y al otro Manssur.

Pero, al cabo de un año, el recuerdo de las siete princesas se ofreció a la memoria de Hassán a la vez que el recuerdo del juramento que les había hecho. Y experimentó el más vivo deseo de volver a ver a Botón-de-Rosa principalmente. Hizo, pues, los preparativos necesarios para aquel viaje, compró las telas más hermosas y las cosas más hermosas que pudo encontrar en Bagdad y en todo el Irak y le parecieron más dignas de ofrecerse como regalos, y participó a su madre el proyecto que había formado, añadiendo: "Sólo quiero recomendarle una cosa hasta el límite de la recomendación y mientras dure mi ausencia: que guardes cuidadosamente el manto de plumas de mi esposa Esplendor, que tengo escondido en el sitio más secreto de la casa. ¡Porque, ¡oh madre mía! has de saber que si, para nuestra mayor desgracia, mi esposa querida tuviese ocasión de volver a ver ese manto, se acordaría al instante de su instinto original, que es el vuelo de las aves, y no podría por menos de volar de aquí, aun contra los impulsos de su corazón! ¡Ten, pues, mucho cuidado, madre mía, de no mostrarle ese manto! ¡Porque, si tal desgracia sucediera, sin duda moriría yo de pena o me mataría! Además, te recomiendo que la cuides bien, ya que está delicada y acostumbrada a los mimos, y que no dejes de servirla por ti misma con preferencia a las servidoras, que no saben como tú lo que es preciso y lo que no es preciso, lo que conviene y lo que no conviene, lo que es fino y lo que es grosero. Y sobre todo, madre mía, no la permitas poner el pie fuera de la casa, ni sacar la cabeza por una ventana, ni siquiera subir a la terraza del palacio, pues temo mucho que el aire libre y el espacio la incite de alguna manera o por alguna parte. ¡He ahí mis recomendaciones! ¡Y si quieres mi muerte, no tienes más que despreciarlas!"

Y contestó la madre de Hassán: "¡Guárdeme Alah de desobedecerte! ¡oh hijo mío! ¡Roguemos al Profeta! ¿Acaso me he vuelto loca para tener necesidad de tantas recomendaciones o infringir la menor de tus órdenes? ¡Parte, pues, tranquilo, ¡oh Hassán! y calma tu espíritu! ¡Y a tu regreso, con la gracia de Alah, no tendrás más que preguntar a Esplendor si ha marchado todo con arreglo a tus deseos! ¡Pero, a mi vez quiero pedirte una cosa, ¡oh hijo mío! y es que no prolongues tu ausencia lejos de nosotras más que el tiempo preciso para ir y volver tras una corta estancia junto a las siete princesas!"

Así se hablaron uno a otro Hassán y la madre de Hassán. Y no sabían lo que les reservaba lo desconocido en el libro del Destino, en tanto que la bella Esplendor oía todas las palabras que se dijeron y las fijaba en su memoria.

Así, pues, Hassán prometió a su madre que no se ausentaría más que estrictamente el tiempo necesario, y se despidió de ella, y fue a besar a su esposa Esplendor, y a sus dos hijos, Nasser y Manssur, que mamaban al pecho de su madre. Tras de lo cual, tocó la piel de gallo del tambor...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 594ª NOCHE

Ella dijo:

"...Tras de lo cual, tocó la piel de gallo del tambor y montó en un dromedario de carrera que hubo de presentarse; y después de reiterar por segunda vez a su madre todas sus recomendaciones, le besó la mano. Luego habló al dromedario, que estaba en cuclillas, y al punto se levantó sobre sus cuatro patas y salió disparando por los aires mejor que por tierra, entregando sus miembros al viento y devorando a su paso la distancia. Y no fue ya más que un punto en la lejanía del espacio.

No tiene utilidad, en verdad, decir la intensidad de alegría con que fue recibido Hassán a su llegada ante las siete princesas, y sobre todo la dicha que sintió Botón-de-Rosa y cómo adornaron el palacio con guirnaldas de flores y lo iluminaron. Mejor será que le dejemos contando a sus hermanas cuanto tenía que contarles, especialmente el nacimiento de sus dos hijos gemelos Nasser y Manssur; dejémosle, además, dedicarse con ellas a la caza y a las diversiones; hacedme el favor, ¡oh mis honorables y generosos oyentes que me rodeáis! de volver conmigo al palacio de Hassán, en Bagdad, donde dejamos a la anciana madre de Hassán y a su esposa Esplendor.

¡Hacedme ese favor, ¡oh mis señores de mano abierta! y veréis y oiréis lo que vuestros oídos honorables y vuestros ojos admirables jamás oyeron, escucharon ni sospecharon! Y desciendan sobre vosotros las bendiciones del Distribuidor y sus favores más escogidos. ¡Escuchadme bien, señores!

Es el caso ¡oh ilustrísimos! que cuando partió Hassán, su esposa Esplendor no se movió ni abandonó un instante a la madre de Hassán en el transcurso de dos días. Pero, a la mañana del tercer día, besó la mano de la anciana señora, dándole los buenos días, y le dijo: "¡Oh madre mía, quisiera ir al hammam, pues hace mucho tiempo ya que no tomo baños a causa de estar criando a Nasser y a Manssur!" Y la anciana señora dijo: "¡Ya Alah! ¡qué palabras tan fuera de lugar, hija mía! ¡Qué calamidad sería ir al hammam! ¿No sabes que tú y yo somos extranjeras que no conocemos para nada los hammams de esta ciudad? ¿Y cómo vas a ir allí sin que te conduzca tu esposo, que te habría de preceder para pedir de antemano una sala y asegurarse de que todo está limpio y de que no caen de la bóveda piojos, chinches y polillas? Pero tu esposo se halla ausente, y yo no conozco a nadie que pueda reemplazarle en una circunstancia tan grave; y no puedo acompañarte yo misma a causa de mi mucha edad y de mi debilidad. ¡No obstante, si quieres, hija mía, haré que te calienten agua aquí mismo, y te lavaré la cabeza y te daré un baño delicioso en el hammam de nuestra casa!

¡Precisamente tengo todo lo necesario para el caso, y hasta he recibido anteayer una caja de tierra perfumada de Alepo, y ámbar y pasta depilatoria, y henné! Así, pues, hija mía, puedes estar tranquila en cuanto a eso. ¡Será un baño excelente!"

Pero Esplendor contestó: "¡Oh mi señora! ¿desde cuándo se niega a las mujeres permiso para ir al hammam? ¡Por Alah, que si hubieses dicho esas cosas a una esclava misma, no las hubiera soportado, y antes que continuar en vuestra casa te hubiera pedido que la subastaras en el zoco! ¡Los hombres ¡oh mi señora! son tan insensatos, que imaginan que todas las mujeres se parecen y que hay que tomar contra ellas mil precauciones, a cual más tiránica, para impedirles hacer cosas ilícitas! ¡Tú, sin embargo, debes tener muy bien sabido que, cuando una mujer ha resuelto firmemente hacer una cosa, siempre encuentra manera de conseguir su propósito, a despecho de todos los obstáculos, y que nada puede detenerla en sus deseos, aunque sean irrealizables o estén llenos de desastres!

¡Ah! ¡ay de mi juventud! ¡se sospecha de mí, y no se tiene fe ninguna en mi castidad! ¡Y ya sólo me resta morir!" ¡Y habiendo dicho estas palabras, se puso a verter lágrimas, y a llamar sobre su cabeza las más negras calamidades!

Entonces la madre de Hassán acabó por dejarse conmover por sus lloros y gemidos, comprendiendo, por otra parte, que en adelante no habría modo de apartarla de su propósito. Levantóse, pues, a pesar de su mucha edad y de la prohibición expresa de su hijo, y preparó todo lo que se necesitaba para el baño en cuanto a ropa blanca limpia y perfumes. Luego dijo a Esplendor: "¡Vamos, hija mía, ven y no te entristezcas más! ¡Pero líbrenos Alah de la cólera de tu esposo!" Y salió del palacio con ella y la acompañó al hammam más renombrado de la ciudad.

¡Ah! ¡cuánto mejor hubiera hecho la madre de Hassán en no dejarse conmover por las quejas de Esplendor, y en no franquear el umbral de aquel hammam! ¿Pero quién puede leer en el libro de los Destinos, aparte del Único Vidente? ¿Y quién puede decir de antemano lo que ha de hacer entre dos pasos de camino? ¡No obstante, nosotros, que somos musulmanes, creemos y nos confiamos a la Voluntad Suprema! Y decimos: "¡No hay más Dios que Alah y Mahomed es el Enviado de Alah!" Rogad al Profeta, ¡oh creyentes, ilustres oyentes míos!

Cuando la bella Esplendor, precedida por la madre de Hassán, que llevaba el paquete de ropa blanca limpia, hubo penetrado en el hammam, las mujeres que había echadas en el salón central de entrada lanzaron un grito de admiración, de tanto como las sedujo la belleza de la joven...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 595ª NOCHE

Ella dijo:

"...Cuando la bella Esplendor, precedida por la madre de Hassán, que llevaba el paquete de ropa blanca limpia, hubo penetrado en el hammam, las mujeres que había echadas en el salón central de entrada lanzaron un grito de admiración, de tanto como las sedujo la belleza de la joven. ¡Y ya no le quitaron el ojo! ¡Tal fue su deslumbramiento al ver a la joven envuelta en sus velos todavía! ¡Pero cuál no sería su delirio cuando, tras de quitarle la ropa, se quedó desnuda por completo!

¡Oh arpa de Daúd el rey, que encantabas al león Saúl; y tú, hija del desierto, amante de Antara, el guerrero de cabellos crespos, ¡oh virgen Abla! la de hermosas caderas, que sublevaste en todos sentidos a las tribus de Arabia, haciéndolas chocar unas con otras! y tú, Sett Budur, hija del rey Ghayur, señor de El-Budur y de El-Kussus, tú cuyos ojos de incendio turbaron en extremo a los genn y a los efrits; y tú, música de los manantiales, y tú, canto primaveral de los pájaros, ¿a qué quedáis reducidos ante la desnudez de aquella gacela? ¡Loores a Alah, que te creó ¡oh Esplendor! y mezcló en tu cuerpo de gloria los rubíes y el almizcle, el ámbar puro y las perlas, ¡oh toda de oro!

Así, pues, las mujeres del hammam, para considerarla mejor, prescindieron de su baño y su pereza, y la siguieron paso a paso. Y la fama de sus encantos cundió enseguida desde el hammam por todo el contorno, y en un instante invadieron las salas, hasta el punto de no poderse circular por ellas, mujeres atraídas por la curiosidad de ver tal maravilla de belleza. Y entre aquellas mujeres desconocidas encontrábase precisamente una de las esclavas de Sett Zobeida, esposa del califa Harún Al-Raschid. Y aquella joven esclava, que se llamaba Tohfa, quedó aun más estupefacta que las otras de la belleza perfecta de aquella luna mágica; y con los ojos muy abiertos, se inmovilizó en primera fila mirándola bañarse en la piscina. Y cuando Esplendor hubo terminado su baño y estuvo vestida, la esclava no pudo menos de seguirla fuera del hammam, atraída por ella como por una piedra de imán, y echó a andar detrás de ella por la calle hasta que Esplendor y la madre de Hassán llegaron a su morada. Entonces la joven esclava Tohfa, como no podía entrar en el palacio, se limitó a llevarse los dedos a los labios, lanzando a Esplendor, a la vez que una rosa, un beso sonoro. Pero, desgraciadamente para ella, el eunuco que había a la puerta vio la rosa y el beso, y en extremo enfadado, empezó a dirigirle espantosas injurias, poniendo los ojos en blanco; lo cual la decidió, aunque suspirando, a volver sobre sus pasos. Y entró en el palacio del califa, apresurándose a ir al lado de su ama Sett Zobeida.

Y he aquí que Sett Zobeida vio que su esclava preferida estaba muy pálida y muy emocionada; y le preguntó: "¿Dónde estuviste, ¡oh gentil! que vuelves en ese estado de palidez y de emoción?" La esclava dijo: "En el hammam, ¡oh mi señora!" Sett Zobeida preguntó: "¿Y qué viste en el hammam, Tohfa mía, para volver a mí tan trastornada y con los ojos tan lánguidos?" La esclava contestó: "¿Y cómo ¡oh mi señora! no han de languidecer mis ojos y mi alma, y no ha de invadir mi corazón la melancolía, después de ver a la que me ha arrebatado la razón?"

Sett Zobeida se echó a reír, y dijo: "¿Qué me cuentas ¡oh Tohfa! y de quién me hablas?" La esclava dijo: "¿Qué adolescente delicada o qué joven, qué pavo real o qué gacela ¡oh mi señora! la igualarán jamás en encantos y en belleza? Sett Zobeida dijo: "¡Oh loca Tohfa! ¿querrás por fin decidirte a decirme su nombre?"

La esclava dijo: "No lo sé, ¡oh mi señora! ¡Pero ¡oh mi señora! por los méritos de tus beneficios sobre mi cabeza, te juro que ninguna criatura en la faz de la tierra, en el pasado, en el presente o en el futuro, es comparable a ella! Todo lo que de ella sé es que habita en el palacio situado a orillas del Tigris y que tiene una puerta grande por el lado de la ciudad y otra puerta por el lado del río. ¡Y me han dicho, además, en el hammam, que era esposa de un rico mercader llamado Hassán Al-Bassri! ¡Ah mi señora! si me ves toda temblorosa entre tus manos, no es solamente la emoción suscitada por su belleza, sino del temor extremado que me invade al pensar en las consecuencias funestas que sobrevendrían si, por desgracia, nuestro señor el califa llegara a oír hablar de ella. ¡Seguramente haría que mataran al marido, y despreciando todas las leyes de equidad, se casaría con esa milagrosa joven! ¡Y de tal suerte vendería los bienes inestimables de su alma inmortal por la posesión temporal de una criatura hermosa, pero perecedera!"

Al oír estas palabras de su esclava Tohfa, Sett Zobeida, que sabía cuán prudente y mesurada era de ordinario en sus discursos, quedó estupefacta, y le dijo: "Pero ¡oh Tohfa! ¿estás bien segura, al menos, de que no has visto en sueños solamente semejante maravilla de belleza?" La esclava contestó: "¡Juro por mi cabeza y por el peso del agradecimiento que debo a tus bondades para conmigo, ¡oh mi señora! que no sólo la he visto, sino que acabo de arrojar una rosa y un beso a esa joven que no tiene igual en ninguna tierra y en ningún clima, lo mismo entre los árabes que entre los turcos o los persas!"

Sett Zobeida exclamó entonces: "¡Por la vida de mis antepasados los Puros, que es preciso que yo también contemple a esa piedra preciosa única, y que la vea con mis ojos!"

Al punto hizo llamar al portaalfanje Massrur, y después que él hubo besado la tierra entre sus manos, le dijo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 596ª NOCHE

Ella dijo:

"...Al punto hizo llamar al portaalfanje Massrur, y después que él hubo besado la tierra entre sus manos, le dijo: "¡Oh Massrur! ¡ve a toda prisa al palacio que tiene dos puertas, una que da al río y otra que mira a la ciudad! ¡Y allí preguntarás por la joven que habita en él, y me la traerás, bajo pena de tu cabeza!" Y contestó Massrur: "¡Oír es obedecer!" Y salió, sacando la cabeza antes que los pies, y corrió al palacio consabido que, en efecto, era el de Hassán. Y franqueó la puerta grande a la vista del eunuco, que le reconoció y se inclinó ante él hasta tierra. Y llegó a la puerta de entrada, a la cual llamó.

Al momento fue a abrir la anciana madre de Hassán. Y Massrur entró en el vestíbulo y deseó la paz a la anciana señora. Y la madre de Hassán le devolvió su zalema, y le preguntó: "¿Qué deseas?"

Él dijo: "¡Soy Massrur el portaalfanje! Vengo enviado aquí por El-Sayeda Zobeida, hija de El-Kassem, esposa de Al-Emir Al-Mumenin Harún Al-Raschid, sexto de los descendientes de Al-Abbas, tío del Profeta (¡con Él la paz de Alah y sus bendiciones!) ¡Y vengo para llevar conmigo al palacio, a presencia de mi señora, a la hermosa joven que habita en esta morada!"

Al oír estas palabras, exclamó la aterrada y temblorosa madre de Hassán: "¡Oh Massrur! ¡somos extranjeras aquí, y mi hijo, el esposo de la joven en cuestión, se halla ausente, de viaje! ¡Y antes de partir me ha prohibido expresamente que la dejara salir de la casa, ni conmigo ni con ninguna otra persona, y bajo ningún pretexto! ¡Y tengo miedo de que, por dejarla salir, sobrevenga, a causa de su belleza, algún accidente que obligue a mi hijo a darse la muerte a su regreso! ¡Te suplicamos, pues, ¡oh bienhechor Massrur! que tengas piedad de nuestra aflicción, y no nos pidas una cosa que está por encima de nuestra voluntad y de nuestros medios concederte!"

Massrur contestó: "¡Nada temas, mi buena señora! ¡en la certeza de que ningún accidente sensible acaecerá a la joven! Se trata sencillamente de que mi señora Sett Zobeida vea esa joven hermosura para asegurarse por sus propios ojos si la fama exagera la nota de sus encantos y de su esplendor. Por cierto que no es la primera vez que se me ha encargado una misión análoga; y puedo asegurarte que ni una ni otra tendréis que arrepentiros de vuestra sumisión a semejante deseo, ¡sino al contrario! ¡Y además, lo mismo que voy a conduciros con toda seguridad entre las manos de Sett Zobeida, me comprometo a traeros sanas y salvas a vuestra casa!"

Cuando la madre de Hassán comprendió que toda resistencia sería inútil y hasta perjudicial, dejó a Massrur en el vestíbulo y entró a vestir a Esplendor y a adornarla, y a vestir también a los dos pequeñuelos, Nasser y Manssur. Y cogió en brazos a ambos pequeñuelos y dijo a Esplendor: "Ya que tenemos que ceder ante el deseo de Sett Zobeida, ¡vamos todos juntos!" Y pasó al vestíbulo antes que ella, y dijo a Massrur: "¡Ya estamos dispuestas!" Y Massrur salió y abrió la marcha, seguido por la madre de Hassán, que llevaba a los dos pequeñuelos e iba a su vez seguida de Esplendor, completamente envuelta en sus velos. Y de tal suerte las condujo Massrur al palacio del califa hasta ponerlas delante del ancho trono bajo en que aparecía, reposando sentada majestuosamente, El-Sayeda Zobeida rodeada por la muchedumbre numerosa de sus esclavas y de sus favoritas, en la primera fila de la cuales se mantenía la pequeña Tohfa.

Entonces, entregando ambos pequeñuelos a Esplendor, que seguía envuelta siempre en sus velos, la madre de Hassán besó la tierra entre las manos de Sett Zobeida, y después de la zalema hubo de cumplimentarle. Y Sett Zobeida, le devolvió su zalema, le tendió la mano, que la anciana se llevó a los labios, y le rogó que se levantase. Luego se encaró con la esposa de Hassán, y le dijo: "¿Por qué ¡oh bienvenida! no te desembarazas de tus velos? ¡Aquí no hay hombres!" E hizo seña a Tohfa, que al punto se acercó a Esplendor, ruborizándose, y empezó por tocar la orla de su velo, llevándose después a los labios y a la frente los dedos que rozaron el cendal. Luego le ayudó a quitarse el velo grande y le levantó por sí misma el velillo del rostro.

¡Oh Esplendor! ¡Ni la luna llena cuando sale de debajo de una nube, ni el sol con todo su brillo, ni el tierno balanceo de la rama en la tibieza de la primavera, ni las brisas del crepúsculo, ni el agua riente, ni nada de cuanto encanta a los humanos por la vista, por el oído o por el entendimiento, hubiera podido arrebatar, cual tú lo hiciste, la razón de las que te miraban! ¡Con el irradiar de tu belleza, se iluminó y resplandeció todo el palacio! ¡Con la alegría de tu presencia, saltaron como corderos los corazones y bailaron en los pechos! ¡Y la locura soplaba sobre todas las cabezas! Y las esclavas te contemplaban con admiración, musitando: "¡Oh Esplendor!"

Pero nosotros ¡oh oyentes míos! decimos: "Loores a Alah, que formó el cuerpo de la mujer cual el lirio del valle, y lo dio a sus creyentes como un anticipo del Paraíso...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 597ª NOCHE

Ella dijo:

"...Pero nosotros ¡oh oyentes míos! decimos: "Loores a Alah, que formó el cuerpo de la mujer cual el lirio del valle, y lo dio a sus creyentes como un anticipo del Paraíso!"

Cuando Sett Zobeida se repuso del deslumbramiento en que se encontraba, se levantó de su trono y se acercó a Esplendor, a quien hubo de abrazar y oprimir contra su seno, besándole los ojos. Luego la hizo sentarse al lado suyo en el trono, y se quitó y le puso al cuello un collar de diez sartas de perlas gruesas que llevaba ella desde que se casó con Al-Raschid.

Luego le dijo: "¡Oh soberana de los encantos! ¡en verdad que se equivocó mi esclava Tohfa al hablarme de tu belleza! ¡Porque tu belleza está por encima de todas las palabras! Pero dime, ¡oh perfecta! ¿conoces el canto, el baile o la música? ¡Porque, cuando se es como eres tú, se sobresale en todo!" Esplendor contestó: "¡En verdad ¡oh mi señora! que no sé cantar, ni bailar, ni tocar el laúd y la guitarra; y no sobresalgo en ninguna de las artes que por lo general conocen las jóvenes. Sin embargo, poseo una ciencia única, que quizá te parezca maravillosa: ¡consiste en volar por los aires como los pájaros!"

Al oír estas palabras de Esplendor, exclamaron todas las mujeres: "¡Oh encanto! ¡Oh prodigio!" Y Sett Zobeida dijo: "¿Cómo vacilar en creerte dotada de semejante aptitud, aunque me asombre en extremo? ¿No eres ya más armoniosa que el cisne y más ligera a la vista que las aves? ¡Pero si quieres encadenar nuestra alma tras de ti, consiente en hacer ante nuestros ojos la prueba de un vuelo sin alas!" Ella dijo: "¡Alas poseo precisamente, oh mi señora! pero no las llevo encima. ¡No obstante, puedo tenerlas, si tal es tu voluntad! ¡No tienes más que pedir a la madre de mi esposo que me traiga mi manto de plumas!"

Al punto Sett Zobeida se encaró con la madre de Hassán, y le dijo: "¡Oh venerable dama, madre nuestra! ¿quieres ir a buscar ese manto de plumas, para que yo vea el uso que hace de él tu encantadora hija?" Y pensó la pobre mujer: "¡Henos aquí perdidos sin remisión a todos! ¡La vista de su manto va a traerle a la memoria su instinto original, y sólo Alah sabe lo que ha de suceder!" ,Y contestó con temblorosa voz: "¡Oh mi señora, mi hija Esplendor se halla turbada por tu majestad, y no sabe ya lo que se dice!

¿Acaso se han llevado alguna vez trajes de plumas, que son una vestidura que no conviene más que a los pájaros?"

Pero intervino Esplendor, y dijo a Sett Zobeida: "¡Por tu vida ¡oh mi señora! te juro que mi manto de plumas está guardado en un cofre escondido en nuestra casa!" Entonces Sett Zobeida se quitó del brazo un brazalete precioso que valía tanto como todos los tesoros de Khosroes y de Kaissar, y se lo ofreció a la madre de Hassán, diciéndole: "¡Oh madre nuestra! ¡por mi vida sobre ti, te conjuro a que vayas a tu casa a buscar ese manto de plumas, únicamente para verlo una vez! Y lo recuperarás enseguida en el mismo estado que lo traigas".

Pero la madre de Hassán juró que nunca había visto aquel manto de plumas ni nada que se le pareciese. Entonces gritó Sett Zobeida: "¡Ya Massrur!" Y al punto el portaalfanje del califa se presentó entre las manos de su soberana, que le dijo: "¡Massrur, corre enseguida a casa de estas damas, y busca en ella por todas partes un manto de plumas que está guardado en un cofre escondido!"

Y Massrur obligó a la madre de Hassán a que le entregara las llaves de la casa, y corrió a hacer pesquisas por todas partes hasta que acabó por encontrar el manto de plumas en un cofre escondido bajo tierra. Y se lo llevó a Sett Zobeida, quien, después de admirarlo largamente y maravillarse del arte con que estaba hecho, se lo entregó a la bella Esplendor.

Entonces Esplendor empezó por examinarlo pluma a pluma, y comprobó que estaba intacto como el día en que se lo arrebató Hassán. Y lo desdobló y se metió dentro, recogiéndose los extremos y abrochándoselo. ¡Y se tornó semejante a un gran pájaro blanco! ¡Y ante el asombro de los circunstantes, patinó primero durante algún tiempo, volvió sobre sus pasos sin tocar el suelo, y se elevó hasta el techo balanceándose! Luego descendió ligera y aérea, y se puso a horcajadas en un hombro a sus dos hijos, diciendo a Sett Zobeida y a las damas: "Veo que os han gustado mis vuelos. Voy, pues, a daros más gusto aún". Y tomó impulso, y se lanzó a la ventana más alta, posándose en el alféizar. Y desde allí exclamó: "¡Os advierto que os abandono!"

Y en extremo emocionada, dijo Sett Zobeida: "¿Cómo es posible ¡oh Esplendor! que nos dejes ya, privándonos para siempre de tu belleza, ¡oh soberana de las soberanas!?" Esplendor contestó: "¡Ay! sí, ¡oh mi señora! ¡Quien se marcha no vuelve!"

Luego encaróse con la pobre madre de Hassán, desolada, sollozante, abatida en la alfombra, y le dijo: "¡Oh madre de Hassán! ¡créeme que me aflige mucho marcharme así, y me entristezco por causa tuya y por tu hijo Hassán, mi esposo, pues los días de la separación desgarrarán su corazón y ennegrecerán nuestra vida, ¡pero ¡ay! no puedo más! Siento que invade mi alma la embriaguez del aire, y es preciso que eche a volar por el espacio. Pero si tu hijo quiere encontrarme algún día, no tendrá más que ir a buscarme a las islas Wak-Wak.

Adiós, pues, ¡oh madre de mi esposo!" Y habiendo dicho estas palabras, Esplendor se elevó por los aires y fue a posarse un instante sobre la cúpula del palacio para alisar sus plumas. Luego reanudó su vuelo, y desapareció en las nubes con sus dos hijos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 598ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y habiendo dicho estas palabras, Esplendor se elevó por los aires y fue a posarse un instante sobre la cúpula del palacio para alisar sus plumas. Luego reanudó su vuelo, y desapareció en las nubes con sus dos hijos.

En cuanto a la pobre madre de Hassán, estuvo a punto de expirar de dolor, y quedó sin movimiento, desplomada en el suelo. Y Sett Zobeida se inclinó sobre ella y le prodigó por sí misma los cuidados necesarios; y cuando la hubo reanimado un poco, le dijo: "¡Ah madre mía! ¿por qué en vez de negarlo todo, no me has prevenido de que Esplendor podía hacer semejante uso de esa ropa encantada, de ese manto fatal! ¡Me hubiese guardado mucho entonces de dejarlo en su poder! Pero, ¿cómo iba yo a adivinar que la esposa de tu hijo pertenecía a la raza de los genn aéreos? ¡Te ruego, pues, mi buena madre, que me perdones por mi ignorancia y que no censures con exceso un acto que no premedité!"

Y dijo la pobre vieja: "¡Oh mi señora, yo sola tengo la culpa! ¡Y la esclava nada tiene que perdonar a su soberana! ¡Cada cual lleva colgado al cuello su destino! ¡Y el mío y el de mi hijo, es morir de dolor!" ¡Y buscó ella a los nietos y no los encontró; y buscó a la esposa de su hijo y no la encontró! Entonces rompió en lágrimas y en sollozos, más próxima a la muerte que a la vida. E hizo erigir en la casa tres tumbas, una grande y dos pequeñas, junto a las cuales se pasaba los días y las noches gimiendo y llorando.

Y recitaba estos versos y muchos otros:

¡Oh nietos míos! ¡como la lluvia por las ramas secas, corre mi llanto por mis mejillas arrugadas!

¡El adiós de vuestra marcha, es el adiós a nuestra vida! ¡Vuestra pérdida es la pérdida de nuestra alma, y yo ¡ay! sigo aquí!

¡Vosotros erais mi alma! ¿Cómo habiéndome abandonado mi alma, puedo vivir todavía ¡oh pobres pequeñuelos míos!? ¡Y yo sigo aquí!

¡Y esto es lo referente a ella! Pero respecto a Hassán, cuando hubo pasado tres meses con las siete princesas, pensó en partir para no poner en inquietud a su madre y a su esposa. Y golpeó la piel de gallo del tambor; y se presentaron los dromedarios. Y cargaron cinco dromedarios con lingotes de oro y de plata y cinco con pedrerías. Y le hicieron prometer que volvería a verlas al cabo de un año. Luego le besaron todas, una tras de otra, poniéndose en fila; y cada cual a su vez le dedicó una o dos estrofas muy tiernas, en las que le expresaban cuánto les afligía su partida. Y se balanceaban rítmicamente sobre sus caderas, marcando la cadencia de los versos. Y Hassán les respondió con este poema improvisado:

¡Mis lágrimas son perlas, de las cuales os ofrezco un collar, hermanas mías! ¡He aquí que en el día de la marcha, afirmado sobre los estribos, ya no puedo volver riendas!

¡Oh hermanas mías! ¿Cómo me arrancaré de vuestros brazos amantes? ¡Mi cuerpo se aleja; pero mi alma queda con vosotras! ¡Ay! ¡ay! ¿cómo volver ya riendas con el pie en el estribo?

Después se alejó Hassán en su dromedario, a la cabeza del convoy, y llegó felizmente a Bagdad, la ciudad de Paz. Pero, al entrar en su casa, casi no reconoció Hassán a su madre, de tanto como había cambiado la infortunada a fuerza de lágrimas, de ayuno y de vigilias. Y como no veía que acudiese su esposa con los niños, preguntó a su madre: "¿Dónde está la mujer? ¿Y dónde están los niños?" Y su madre no pudo responder más que con sollozos. Y Hassán echó a correr como un loco por las habitaciones, y en la sala de reunión vio abierto y vacío el cofre en que hubo de guardar el manto encantado. ¡Y se volvió y advirtió en medio de la estancia las tres tumbas!

Entonces se desplomó cuan largo era, sin conocimiento, dando en la piedra con la frente. Y a pesar de los cuidados de su madre, que voló en socorro suyo, permaneció en aquel estado desde por la mañana hasta por la noche. Pero acabó por volver en sí, y desgarró sus vestiduras y se cubrió la cabeza con ceniza y polvo. Luego precipitóse de improviso sobre su espada y quiso atravesarse con ella. Pero su madre se interpuso entre él y la espada, extendiendo los brazos. Y le apoyó la cabeza en su pecho, y le hizo sentarse, aunque no tardó él en retorcerse de desesperación por el suelo como una serpiente. Y se puso ella a contarle poco a poco todo lo que había sucedido durante su ausencia, y concluyó diciéndole: "Ya ves, hijo mío, que a pesar de la inmensidad de nuestra desdicha, no debe la desesperación entrar en tu corazón, puesto que puedes encontrar a tu esposa en las islas Wak-Wak...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 599ª NOCHE

Ella dijo:

"...Ya ves, hijo mío, que a pesar de la inmensidad de nuestra desdicha, no debe la desesperación entrar en tu corazón, puesto que puedes encontrar a tu esposa en las islas Wak-Wak".

Al oír estas palabras de su madre, Hassán sintió que una esperanza repentina refrescaba los abanicos de su alma, y levantándose al instante, dijo a su madre: "¡Parto para las islas Wak-Wack!" Luego pensó: "¿Dónde podrán estar situadas esas islas cuyo nombre se asemeja al grito de un ave de rapiña? ¿Estarán en los mares de la India, o del Sindh, o de Persia o de China?" Y para esclarecer su espíritu acerca del particular, salió de la casa, y todo se puso negro y sin límites a sus ojos, y fue en busca de los sabios y los letrados de la corte del califa, y les preguntó por turno si conocían los mares en que estaban situadas las islas Wak-Wak. Y contestaron todos: "¡No lo sabemos! ¡Y no hemos oído en nuestra vida hablar de la existencia de esas islas!" Entonces Hassán comenzó otra vez a desesperarse, y regresó a la casa con el pecho oprimido por el viento de la muerte. Y dijo a su madre, dejándose caer en el suelo: "¡Oh madre! ¡no es a las islas Wak-Wak adonde tengo que ir, sino más bien a los lugares donde se ha aposentado la Madre de los Buitres!"

Y rompió en lágrimas, con la cabeza en la alfombra. Pero de pronto se levantó, y dijo a su madre: "¡Alah me envía el pensamiento de volver al lado de las siete princesas que me llaman hermano suyo, para preguntarles el camino de las islas Wak-Wak!" Y sin más tardanza, se despidió de la pobre madre, mezclando sus lágrimas con las de ella, y montó en el dromedario de que no había prescindido desde su regreso. Y llegó felizmente al palacio de las siete hermanas, en las Montañas de las Nubes.

Cuando sus hermanas le vieron llegar, le recibieron con los transportes de la felicidad más viva. Y le besaron, lanzando gritos de alegría y deseándole la bienvenida. Y cuando le tocó a Botón-de-Rosa el turno de besar a su hermano, vio con los ojos de su corazón amante el cambio operado en las facciones de Hassán y la turbación de su alma. Y sin hacerle la menor pregunta, rompió en lágrimas sobre su hombro. Y Hassán lloró con ella, y le dijo: "¡Ah! ¡Botón-de-Rosa, hermana mía, sufro cruelmente, y vengo a ti para buscar el único remedio que puede aliviar mis males! ¡Oh perfumes de Esplendor! ¡no os traerá ya el viento para refrescar mi alma!"

Tras pronunciar estas palabras, Hassán lanzó un grito desesperado y cayó privado de conocimiento.

Al ver aquello, las princesas, asustadas, se aglomeraron en torno a él, llorando, y Botón-de-Rosa le roció el rostro con agua de rosas y le regó con sus lágrimas. Y por siete veces trató de incorporarse Hassán, y por siete veces cayó en tierra. Por último pudo volver a abrir los ojos después de un desmayo más largo que los otros todavía, y contó a sus hermanas toda la triste historia, desde el principio hasta el fin. Luego añadió: "¡Y ahora ¡oh compasivas hermanas! vengo a preguntaros por el camino que conduce a las islas Wak-Wak! Porque, al partir, mi esposa Esplendor dijo a mi pobre madre: "¡Si algún día quiere encontrarme tu hijo, no tendrá más que buscarme en las islas Wak-Wak!"

Cuando las hermanas de Hassán oyeron estas últimas palabras, bajaron la cabeza, presa de un estupor sin límites y estuvieron mirándose sin hablar durante largo rato. Por último, rompieron el silencio y exclamaron todas a la vez: "Alza tu mano hacia la bóveda del cielo ¡oh Hassán! e intenta cogerla o tocarla. ¡Más fácil aún sería que llegar a esas islas Wak-Wak en que se halla tu esposa con tus hijos!"

Al oír estas palabras, las lágrimas de Hassán corrieron a torrentes e inundaron sus vestiduras. Y cada vez más emocionadas con su dolor, las siete princesas se esforzaron por consolarle. Y Botón-de-Rosa le rodeó tiernamente el cuello con sus brazos, y le dijo besándole: "¡Oh hermano mío! tranquiliza tu alma y refresca tus ojos, soportando con paciencia el destino adverso, porque ha dicho el Maestro de los Proverbios: "¡La paciencia es la llave del consuelo, y el consuelo hace lograr el propósito!" Y ya sabes ¡oh hermano mío! que todo destino debe cumplirse; ¡pero jamás muere en el año noveno el que ha de vivir diez años! anímate, pues, y seca tus lágrimas; y yo haré cuanto pueda por facilitarte los medios de que llegues al lado de tu mujer y de tus hijos, si tal es la voluntad de Alah (¡exaltado sea!). ¡Ah! ¡Qué maldito manto de plumas! ¡Cuántas veces tuve la idea de decirte que lo quemaras y me contuve por no contrariarte! En fin, ¡lo que está escrito, está escrito! ¡Vamos a tratar de remediar, entre todos tus males, el más irremediable!" Y se encaró con sus hermanas y se echó a sus pies, y las conjuró a que la auxiliaran para descubrir el medio de que su hermano encontrase el camino de las islas Wak-Wak. Y sus hermanas se lo prometieron de todo corazón amistoso.

Y he aquí que las siete princesas tenían un tío, hermano de su padre, que quería muy particularmente a la mayor de las hermanas; e iba a verla con regularidad una vez al año. Y el tal tío se llamaba Abd Al-Kaddús...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 600ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y he aquí que las siete princesas tenían un tío, hermano de su padre, que quería muy particularmente a la mayor de las hermanas; e iba a verla con regularidad una vez al año. Y el tal tío se llamaba Abd Al-Kaddús. Y en su última visita había dado a su preferida, la mayor de las princesas, un saquito lleno de sahumerios, diciéndole que no tenía más que quemar un poco de estos sahumerios, si algún día se encontraba en cualquier circunstancia en que creyese tener necesidad de su auxilio. Así es que, cuando Botón-de-Rosa la hubo suplicado de aquel modo que interviniese, la mayor de las princesas pensó que acaso su tío pudiera salvar al pobre Hassán. Y dijo a Botón-de-Rosa: "¡Ve enseguida a buscarme el saco de perfumes y el pebetero de oro!" Y Botón-de-Rosa corrió en busca de ambas cosas, y las entregó a su hermana, que abrió el saco, tomó de él un poco de perfume y lo echó en el pebetero en medio de la brasa, pensando mentalmente en su tío Abd Al-Kaddús, y llamándole.

En cuanto disipóse la humareda del pebetero, he aquí que se alzó un torbellino de polvo que iba acercándose, y tras él apareció, montado en un elefante blanco, el jeique Abd Al-Kaddús. Y se apeó de su elefante, y dijo a la mayor de las hermanas y a las princesas, hijas de su hermano: "¡Heme aquí! ¿A qué se debe que haya llegado a mi olfato el olor del perfume? ¿En qué puedo serte útil, hija mía?" Y la joven se colgó de su cuello y le besó la mano, y contestó: "¡Oh mi tío querido! Ya hace más de un año que no venías a vernos, y tu ausencia nos inquietaba y nos atormentaba. ¡Por eso he quemado el perfume, para verte y quedarme tranquila!"

Dijo él: "Eres la más encantadora de las hijas de mi hermano, ¡oh preferida mía! Sin embargo, no creas que, porque retardé este año mi llegada, te he olvidado. ¡Precisamente quería venir a verte mañana! ¡Pero no me ocultes nada, pues sin duda tienes que pedirme alguna cosa!"

Ella contestó: "Alah te guarde y prolongue tus días, ¡oh tío mío! Ya que me lo permites, quisiera pedirte una cosa, efectivamente" Dijo él: "¡Habla! ¡Te la concedo de antemano!" Entonces la joven hubo de contarle toda la historia de Hassán y añadió: "¡Y ahora, por todo favor, te pido que digas a nuestro hermano Hassán qué tiene que hacer para llegar a esas islas Wak-Wak!"

Al oír estas palabras, el jeique Abd Al-Kaddús bajó la cabeza y se metió un dedo en la boca, reflexionando profundamente durante una hora de tiempo. Luego se sacó de la boca el dedo, levantó la cabeza, y sin decir una palabra, se puso a trazar sobre la arena varias figuras. Por fin rompió el silencio, y dijo a las princesas, meneando la cabeza: "¡Hijas mías, decid a vuestro hermano que se atormenta inútilmente! ¡Es imposible que pueda ir a las islas Wak-Wak!" Entonces las jóvenes se encararon con Hassán, y le dijeron, con lágrimas en los ojos: "¡Ay, oh hermano nuestro!" Pero Botón-de-Rosa le cogió de la mano, le hizo acercarse, y dijo al jeique Abd Al-Kaddús: "¡Mi buen tío, pruébale lo que acabas de decirnos, y dale consejos prudentes, que los escuchará con corazón sumiso!" Y el anciano dio a besar su mano a Hassán, y le dijo: "¡Has de saber, hijo mío, que te atormentas inútilmente! ¡Es imposible que puedas ir a las islas Wak-Wak, aun cuando acudieran en tu ayuda toda la caballería volante de los genn, los cometas errantes y los planetas giratorios! Porque esas islas Wak-Wak, hijo mío, son islas habitadas por amazonas vírgenes, y donde reina precisamente el rey de reyes del Gennistán, padre de tu esposa Esplendor. Y de esas islas, a las que no ha ido nadie nunca y de las que nadie ha vuelto, te separan siete vastos mares, siete valles sin fondo y siete montañas sin cima. ¡Y se hallan situadas en los confines extremos de la tierra, allende los cuales no existe nada que se sepa! Así es que no creo que de ningún modo llegues a salvar los obstáculos diversos que de ellas te separan. ¡Y me parece que el partido más prudente que puedes tomar es volverte a tu casa o permanecer aquí con tus hermanas, que son encantadoras! Pero en cuanto a las islas Wak-Wak, ¡no pienses más en ellas!"

Al oír estas palabras del jeique Abd Al-Kaddús, Hassán se puso amarillo como el azafrán, lanzó un grito desesperado y cayó desmayado. Y las princesas no pudieron reprimir sus sollozos; y la más joven desgarró sus vestiduras y se maltrató el rostro; y empezaron a llorar y a lamentarse todas juntas en torno de Hassán. Y una vez que él recobró el conocimiento, no pudo por menos de llorar, apoyando la cabeza en el regazo de Botón-de-Rosa. Y el anciano acabó por conmoverse ante aquel espectáculo, y compadecido de tanto dolor, encaróse con las princesas, que se quejaban lamentablemente, y les dijo con tono agrio: "¡Callaos!" Y las princesas reprimieron los gritos que pugnaban por salir de sus gargantas, y aguardaron con ansiedad lo que iba a decir su tío. Y el jeique Abd Al-Kaddús apoyó su mano en el hombro de Hassán, y le dijo: "¡Cesa en tus gemidos, hijo mío, y cobra ánimos! Porque, con ayuda de Alah, te proporcionaré un medio mejor de conseguir tu propósito. ¡Levántate, pues, y sígueme...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 601ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y el jeique Abd Al-Kaddús apoyó su mano en el hombro de Hassán, y le dijo: "¡Cesa en tus gemidos, hijo mío, y cobra ánimos! Porque, con ayuda de Alah, te proporcionaré un medio mejor de conseguir tu propósito. ¡Levántate, pues, y sígueme!" Y Hassán, a quien estas palabras habían vuelto a la vida de repente, se irguió sobre sus pies, se despidió rápidamente de sus hermanas, besó varias veces a Botón-de-Rosa, y dijo al anciano: "¡Soy tu esclavo!"

Entonces el jeique Abd Al-Kaddús hizo montar a Hassán con él a la grupa del elefante blanco, y habló a la bestia inmensa, que se puso en movimiento. ¡Y rápido cual el granizo que cae, el rayo que hiere y el relámpago que brilla, el gran elefante agitó sus miembros por el viento y echó a volar y se sumergió en las llanuras del espacio, devorando a su paso las distancias!

Y he aquí que en tres días y tres noches de semejante velocidad recorrieron un camino de siete años. Y llegaron a una montaña azul cuyos alrededores todos eran azules, y en medio de la cual había una caverna con la entrada obstruida por una puerta de acero azul. Y el jeique Abd Al-Kaddús llamó a aquella puerta, y salió a abrirle un negro azulado que llevaba en una mano un sable azul y en la otra un escudo de metal azul. Y con una prontitud increíble, el jeique arrebató aquellas armas de las manos del negro, que retiróse al punto para dejarle pasar, y seguido por Hassán, entró en la caverna, cuya puerta cerró detrás de ellos el negro.

Entonces caminaron aproximadamente una milla por una ancha galería en que la luz era azul y las rocas transparentes y azules, y al extremo de la cual se encontraron frente a dos enormes puertas de oro. Y el jeique Abd Al-Kaddús abrió una de aquellas puertas, y dijo a Hassán que le esperara hasta que estuviese de vuelta. Y desapareció en el interior. Pero al cabo de una hora, regresó llevando de la brida a un caballo azul, todo teñido y enjaezado de colores azules, en el cual hizo que montase Hassán. Y abrió entonces la segunda puerta de oro, y ante ellos se desplegó de pronto el espacio azul, y a sus pies una inmensa pradera sin horizonte. Y el jeique dijo a Hassán: "Hijo mío, ¿sigues siempre decidido a partir y a afrontar los peligros sin número que te esperan? ¿O acaso quieres mejor, como yo te aconsejaría, volver sobre tus pasos y regresar al lado de mis sobrinas las siete princesas, que sabrán consolarte de la pérdida de tu esposa Esplendor?"

Hassán contestó: "¡Mil veces prefiero afrontar los peligros de la muerte a sufrir por más tiempo los tormentos de la ausencia!" El jeique repuso: "Hijo mío Hassán, ¿no tienes una madre para la cual será tu ausencia una fuente inagotable de lágrimas? ¿Y no querrás mejor volver junto a ella para consolarla?" El joven contestó: "¡No volveré al lado de mi madre sin mi esposa y mis hijos!" Entonces le dijo el jeique Abd Al-Kaddús: "¡Pues bien, Hassán; parte bajo la protección de Alah!" Y le entregó una carta en que estaba escrita con tinta azul la dirección siguiente: "Al muy ilustre y muy glorioso jeique de los jeiques, nuestro señor el venerable Padre-de-las-Plumas".

Luego le dijo: "Toma esta carta, hijo mío, y ve adonde te conduzca tu caballo. Llegará a la montaña negra, cuyos alrededores son negros, y se parará delante de una caverna negra. Entonces echarás pie a tierra, y después de haber atado la brida a la silla, dejarás entrar al caballo solo en la caverna. Y esperarás a la puerta, y verás salir a un anciano negro, vestido de negro, y negro por todas partes, excepción hecha de una luenga barba blanca que le baja hasta las rodillas. Entonces le besarás la mano, te pondrás en tu cabeza la orla de su traje, y le entregarás esta carta que te doy para que te sirva de presentación cerca de él. ¡Porque es el jeique Padre-de-las-Plumas! ¡es mi señor y la corona de mi cabeza! ¡Y sólo él puede ayudarte sobre la tierra en tu temeraria empresa! Tratarás, pues, de que te sea propicio, y harás cuanto él te diga que hagas. ¡Uassalam!"

Entonces Hassán se despidió del jeique Abd Al-Kaddús, y espoleó los flancos de su caballo azul, que relinchó y partió como una flecha. Y el jeique Abd Al-Kaddús volvió a la gruta azul.

Y durante diez días dejó Hassán que el caballo caminase a su antojo, con tanta velocidad, que no le adelantarían el vuelo de los pájaros ni los remolinos de las tempestades. ¡Y anduvo de tal suerte un trayecto de diez años en línea recta! Y llegó, por último, al pie de una cadena de montañas negras, de cima invisible, que se extendían de Oriente a Occidente. Y conforme se iba acercando a estas montañas, el caballo se puso a relinchar, aflojando su marcha...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 602ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y conforme se iba acercando a estas montañas, el caballo se puso a relinchar, aflojando su marcha. Y al instante, de todas partes a la vez, más numerosos que las gotas de lluvia, acudieron unos caballos negros que fueron a olfatear al caballo azul de Hassán y a restregarse contra él. Y Hassán quedó asombrado de su número, y temió que quisiesen estorbarle el camino; pero prosiguió su marcha y llegó a la entrada de la caverna negra que había en medio de rocas más negras que el ala de la noche. Y aquella era precisamente la caverna de que le había hablado el jeique Abd Al-Kaddús. Y se apeó, y tras de haber atado la brida al arzón de la silla, dejó entrar solo a su caballo en la caverna; y se sentó a la puerta, como hubo de ordenarle el jeique.

Pero no habría transcurrido una hora, cuando vio salir de la gruta a un venerable anciano, vestido de negro, y negro él mismo de pies a cabeza, excepción hecha de la luenga barba blanca que le llegaba a la cintura. Era el jeique de los jeiques, el muy glorioso Alí Padre-de-las-Plumas, hijo de la reina Balbis, esposa de Soleimán (¡con todos ellos la paz de Alah y sus bendiciones!). Y Hassán, al verle, se echó a sus pies, poniendo sobre su cabeza la orla del traje del anciano, colocándose así bajo su protección. Luego le presentó la carta de Abd Al-Kaddús. Y el jeique Padre-de-las-Plumas tomó la carta, y sin decir una sola palabra, entró otra vez en la gruta. Y ya comenzaba Hassán a desesperar, como no le veía volver, cuando he aquí que apareció, pero vestido entonces de blanco. E hizo a Hassán señas de que le siguiera, y echó a andar delante de él por la gruta. Y Hassán le siguió, y llegó tras del otro a una inmensa sala cuadrada, pavimentada de pedrerías y cada uno de cuyos cuatro rincones lo ocupaba un anciano vestido de negro y sentado sobre una alfombra, en medio de una cantidad infinita de manuscritos, con un pebetero de oro en que ardían perfumes ante él; y cada uno de aquellos cuatro sabios estaba rodeado por otros siete sabios, discípulos suyos, que copiaban los manuscritos y leían o reflexionaban. Pero cuando entró el jeique Alí Padre-de-las-Plumas, todos aquellos venerables personajes se levantaron en su honor; y los cuatro sabios principales abandonaron sus rincones y fueron a sentarse junto a él en medio de la sala. Y cuando todo el mundo hubo ocupado su sitio, el jeique Alí se encaró con Hassán y le dijo que contara su historia ante aquella asamblea de sabios.

Entonces Hassán, muy emocionado, empezó primero por derramar lágrimas a torrentes; luego, no bien pudo secarlas, con la voz entrecortada por sollozos, se puso a contar toda su historia, desde su rapto, llevado a cabo por Bahram el Gauro, hasta su encuentro con el jeique Abd Al-Kaddús, discípulo del jeique Padre-de-las-Plumas y tío de las siete princesas. Y en tanto que duró el relato, no le interrumpieron los sabios; pero, cuándo hubo concluido, exclamaron todos a una, encaramándose con su maestro: "¡Oh venerable maestro! ¡oh hijo de la reina Balkis! digna de piedad es la suerte de este joven, pues sufre como esposo y como padre. ¡Y quizá podamos contribuir a devolverle esa joven tan bella y esos dos hijos tan hermosos!" Y contestó el jeique Alí: "Venerables hermanos míos, se trata de un asunto de importancia. Y tan bien como yo sabéis vosotros cuán difícil es llegar a las islas Wak-Wak, y cuánto más difícil todavía es volver de ellas. Y ya sabéis toda la dificultad que hay, una vez que se llega a esas islas después de todos los obstáculos salvados, en acercarse a las amazonas vírgenes, guardias del rey de los genn y de sus hijas. En esas condiciones, ¿cómo queréis que Hassán encuentre a la princesa Esplendor, hija de su poderoso rey?" Los jeiques contestaron: "¿Quién podrá negar que tienes razón venerable padre? ¡Pero ese joven te ha sido recomendado particularmente por nuestro hermano el honorable e ilustre jeique Abd Al-Kaddús, y no puedes por menos de acoger sus intenciones de un modo favorable!"

Y Hassán, por su parte, al oír estas palabras, se arrojó a los pies del jeique, se cubrió la cabeza con la orla del manto del anciano, y abrazándole las rodillas le conjuró a que le devolviera a su esposa y a sus hijos. Y asimismo besó las manos de todos los jeiques, que unieron sus ruegos a los de él, suplicando al maestro de todos, al jeique Padre-de-las-Plumas, que tuviese piedad del infortunado joven. Y el jeique Alí contestó: "¡Por Alah!, que en mi vida vi a ninguno despreciar la existencia tan resueltamente como este joven Hassán! ¡No sabe lo que desea ni lo que le espera este temerario! ¡Pero, en fin, quiero hacer por él cuanto de mí dependa!"

Habiendo hablado así, el jeique Alí Padre-de-las Plumas reflexionó durante una hora de tiempo en medio de sus viejos discípulos respetuosos;

luego levantó la cabeza, y dijo a Hassán: "¡Ante todo, voy a darte una cosa que te resguardará en caso de peligro!" Y se arrancó de la barba un mechón de pelos del sitio donde eran más largos, y se los entregó a Hassán, diciéndole...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 603ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y se arrancó de la barba un mechón de pelos del sitio donde eran más largos, y se los entregó a Hassán, diciéndole: "¡Esto hago por ti! ¡Si alguna vez te hallaras en medio de un gran peligro, no tienes más que quemar un pelo de este mechón, y al instante iré en socorro tuyo!" Luego alzó la cabeza hacia la bóveda de la sala, y dio una palmada, como para llamar a alguien. Y al punto descendió de la bóveda, presentándose entre sus manos, un efrit entre los efrits alados. Y le preguntó el jeique: "¿Cómo te llamas, ¡oh efrit!?" El efrit dijo: "Tu esclavo Dahnasch ben-Forktasch, oh jeique Alí Padre-de-las-Plumas!" Y le dijo el jeique: "¡Aproxímate!" Y el efrit Dahnasch se aproximó al jeique Alí, que acercó su boca al oído del otro y le dijo algo en voz baja. Y el efrit contestó con un movimiento de cabeza que significaba: "¡Está bien!" Y el jeique se encaró con Hassán, y le dijo: "Mira, hijo mío, súbete a la espalda de ese efrit. Él te transportará a las regiones de las nubes, y desde allí te bajará a una tierra que es de alcanfor blanco. Y allí ¡oh Hassán! te dejará el efrit, porque no puede llegar más lejos. Y entonces habrás de caminar completamente solo por esa tierra de alcanfor blanco. Y una vez que hayas salido de ella, te encontrarás frente a las islas Wak-Wak. ¡Y allí, Alah proveerá!"

Entonces Hassán besó de nuevo las manos del jeique Padre-de-las-Plumas, se despidió de los demás sabios, dándoles las gracias por sus bondades, y se puso a horcajadas sobre los hombros de Dahnasch, que elevóse con él por los aires. Y el efrit le llevó a la región de las nubes, y desde allí bajó con él a la tierra de alcanfor blanco, donde hubo de dejarle para desaparecer luego.

Así, ¡oh Hassán, oriundo de Bassra! ¡tú, a quien antaño admiraban en los zocos de tu ciudad natal y hacías volar todos los corazones y pasmarse de tu hermosura a los que te miraban; tú, que viviste dichoso tanto tiempo entre las princesas y suscitaste en sus almas tanta ternura y tanto dolor! he aquí que, impulsado por tu amor a Esplendor, llegas, en alas del efrit, a esta tierra de alcanfor blanco, donde vas a experimentar lo que ninguno antes que tú y ninguno después que tú ha experimentado ni experimentará jamás.

En efecto, cuando el efrit le hubo dejado en aquella tierra, Hassán echó a andar en línea recta por un suelo brillante y perfumado. Y anduvo así mucho tiempo, y acabó por vislumbrar a lo lejos, en medio de una pradera, una especie de tienda. Y se dirigió por aquel lado y acabó por llegar muy cerca de tal tienda. Pero como en aquel momento caminaba por un césped muy espeso, dio con el pie sobre algo que se ocultaba entre la hierba; y lo miró y vio que era un cuerpo blanco como una masa de plata y del tamaño de una de las columnas de la ciudad de Iram. Y he aquí que era un gigante, y la tienda que Hassán veía no era otra cosa que su oreja, la cual le servía de pantalla para el sol. Y al verse despertado así de su sueño, el gigante se levantó rugiendo, y sintió tanta cólera, que se le llenó de aliento el vientre, mientras los esfuerzos tan considerables que para ello realizaba hacían gemir a su trasero; lo que produjo, a manera de trueno, una serie de cuescos extraordinarios que tiraron a Hassán de bruces en tierra, lanzándole por el aire después con los ojos desorbitados de terror. Y antes de que volviese a caer al suelo, el gigante le atrapó al vuelo por el cuello, en el sitio en que la piel es más blanda, y con la fuerza de su brazo le tuvo suspendido en el aire, cual el gorrión en la garra del halcón. Y volteándole con el brazo, se dispuso a aplastarle contra la tierra, pulverizándole los huesos y convirtiendo su longitud en anchura.

Cuando Hassán comprendió lo que le iba a suceder, agitóse con todas sus fuerzas, y exclamó: "¡Ah! ¿quién me salvará? ¡Ah! ¿quién me libertará? ¡Oh gigante, ten piedad de mí!"

Al oír aquellos gritos de Hassán, se dijo el gigante: "¡Alah, que no canta mal este pájaro! Y me gustan sus trinos. ¡Así es que se lo voy a llevar a nuestro rey!" Y le cogió delicadamente por un pie para no hacerle daño, y penetró en una espesa floresta, dentro de la cual, en medio de un claro, aparecía sentado sobre una roca que le servía de trono el rey de los gigantes de la tierra de alcanfor blanco. Y estaba rodeado de sus guardias, que eran cincuenta gigantes de una estatura de cien codos cada uno. Y el que llevaba a Hassán se acercó al rey, y le dijo: "¡Oh rey nuestro! ¡he aquí un pajarillo que he cogido y que te traigo a causa de su hermosa voz! ¡Porque trina de un modo agradable!" Y dio dos golpes en la nariz de Hassán, que no entendía el lenguaje del gigante, creyó que había llegado su última hora, y empezó a temblar, exclamando: "¡Ah! ¿quién me salvará? ¡Ah! ¿quién me libertará?" Al oír aquella voz, el rey se convulsionó y se bamboleó de alegría, y dijo al gigante: "¡Por Alah, que es encantador! ¡Hay que llevárselo enseguida a mi hija para que la divierta!" Y añadió, encarándose con el gigante: "¡Sí! date prisa a meterlo en una jaula y a colgarlo en la habitación de mi hija, junto a su lecho, a fin de que la distraiga con sus cantos y sus trinos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 604ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Sí! ¡date prisa a meterlo en una jaula y a colgarlo en la habitación de mi hija, junto a su lecho, a fin de que la distraiga con sus cantos y sus trinos!"

Entonces el gigante apresuróse a meter a Hassán en una jaula con dos grandes recipientes, uno para la comida y otro para el agua. Y también le puso dos cañas para que pudiera saltar y cantar a su antojo; y le llevó a la habitación de la hija del rey, y le colgó a su cabecera.

Cuando la hija del rey vio a Hassán, quedó encantada de su figura y de sus lindas formas, y se puso a hacerle mil caricias y a mimarle de mil modos. Y le hablaba con una voz muy dulce para domesticarle, aunque Hassán no entendía su lenguaje para nada. Pero, como veía que ella no le quería mal, trató de enternecerla con su destino, llorando y gimiendo. Y la princesa tomaba siempre sus gemidos y suspiros por cánticos armoniosos; y con ello experimentaba un placer extremado. Y acabó por sentir una inclinación extraordinaria hacia él; y no podía pasarse sin él a ninguna hora del día ni de la noche. Y al acercársele, sentía que todo su ser se impresionaba; y no comprendía qué manifestaciones pudieran hacerse con un pájaro tan pequeño. Y con frecuencia le hacía señas y le hablaba por gestos; pero tampoco la entendía él, y estaba muy lejos de adivinar todo el provecho que podría sacarse de una joven tan agraciada, aunque fuese giganta.

Pero un día la hija del rey sacó a Hassán de la jaula para limpiarla y cambiarle de ropa. Y cuando le hubo desnudado, vio ¡oh prodigioso descubrimiento! que no estaba del todo desprovisto de lo que tenían los gigantes de su padre, por más que, en proporción, fuese aquello extremadamente diminuto. Y pensó: "¡Por Alah, que es la primera vez que veo un pájaro con estas cosas!" Y empezó a manosear a Hassán, y a darle vueltas y más vueltas en todos sentidos, maravillándose de lo que por instantes iba descubriendo en él. Y en sus manos Hassán parecía exactamente un gorrión entre las manos del cazador. Y al ver que entre sus manos el cohombro se convertía en calabacino, la joven giganta se echó a reír de tal manera, que se cayó de lado. Y exclamó: "¡Qué pájaro más asombroso! ¡Canta como los pájaros, y se porta con las mujeres tan cumplidamente como los hombres gigantes!"

Y como quería devolverle cumplimiento por cumplimiento, lo oprimió contra ella, y se puso a acariciarle por todas partes, cual si fuese un hombre de veras, haciéndole mil proposiciones, aunque no con palabras, pues un pájaro no podría entenderlas, sino con gestos y hechos, de modo que el pájaro hubo de portarse con ella absolutamente como un gorrión con su gorriona. ¡Y desde aquel momento Hassán se convirtió en el gorrión de la hija del rey!

¡Pero, a pesar de verse agasajado y mimado y acariciado cual un pájaro, y a despecho de lo que experimentaba entre las suntuosidades de la gigantesca hija del rey, y de lo que él le hacía sentir a su vez a ella, y no obstante todo el bienestar con que vivía en su jaula, donde la princesa le encerraba cada vez que había concluido su cosa con él, estaba lejos de olvidar a su esposa Esplendor, hija del rey de reyes del Gennistán, y a las islas Wak-Wak, término de su viaje de las cuales sabía que no se encontraba muy distanciado! Y para salir de su apuro, de buena gana hubiera hecho uso del tambor mágico y del mechón de pelos; pero, al cambiarle de ropa, la hija del rey de los gigantes le había dejado sin los objetos preciosos; y por más que los reclamaba por señas y con todos los gestos que se hacen en árabe, no comprendía ella lo que él le pedía, y siempre creía que deseaba la copulación. Con lo cual, cada vez que pedía el tambor, se le respondía con una copulación, y cada vez que reclamaba el mechón de pelos, tenía que efectuar una copulación; sucedió aquello tantas y tantas veces, en verdad, que al cabo de algunos días se quedó el joven en un estado a ningún otro parecido, y ya no se atrevía a hacer un gesto ni la menor seña por temor a la respuesta en acción de la terrible giganta.

¡Eso fue todo!

Y la situación de Hassán no cambiaba; y él se desmejoraba y palidecía en su jaula, sin saber qué partido tomar, cuando un día la giganta, después de caricias más multiplicadas que de ordinario, se adormeció teniéndole oprimido contra ella, y le dejó escaparse. Y al punto precipitóse Hassán al cofre donde estaban sus antiguos efectos, y cogió el mechón de barba, del que hubo de quemar algunos pelos, llamando con el pensamiento al jeique Alí Padre-de-las-Plumas. Y he aquí que...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 605ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y al punto precipitóse Hassán al cofre donde estaban sus antiguos efectos, y cogió el mechón de barba, del que hubo de quemar algunos pelos, llamando con el pensamiento al jeique Alí Padre-de-las-Plumas. Y he aquí que retembló el palacio, y de debajo, de tierra surgió el jeique vestido de negro ante Hassán, que se arrojó a sus plantas. Y le preguntó el jeique: "¿Qué quieres, Hassán?" Y el joven le dijo: "¡Por favor, no hagas ruido, que va a despertarse! ¡Y entonces me veré entre sus manos obligado sin remedio a hacer de pájaro!" Y le mostró con el dedo a la giganta dormida. Entonces el jeique le cogió de la mano, y en virtud de su poder oculto, le condujo fuera del palacio. Luego le dijo: "Cuéntame qué te ha sucedido". Y Hassán le contó cuanto había hecho desde su llegada a la tierra de alcanfor blanco, y añadió: "¡Y por Alah, que si hubiese estado un día más junto a esa giganta, se me habría salido el alma por la nariz!"

Y le dijo el jeique: "¡Ya te previne, sin embargo, de lo que tendrías que sufrir! ¡Pero todo eso sólo es el principio! ¡Y además, tengo que decirte, ¡oh hijo mío! por si te decides a volver sobre tus pasos, que en las islas Wak-Wak no surtirá ya efecto la virtud de mis pelos, y te verás abandonado a tus propios recursos!" Y dijo Hassán: "¡A pesar de todo, es preciso que vaya en busca de mi esposa! ¡Y todavía me queda este tambor mágico, que en caso de peligro podrá servirme para sacarme de apuros!" Y el jeique Alí miró el tambor, y dijo: "¡Oh! ¡lo reconozco! ¡Es el que pertenecía a Bahram el Gauro, uno de mis antiguos discípulos, el único que ha dejado de seguir la vía de Alah! ¡Pero ¡oh Hassán! has de saber que tampoco ese tambor podrá servirte en las islas Wak-Wak, donde se deshacen todos los encantamientos, y donde los genios que habitan la isla no obedecen más que a su rey!" Y dijo Hassán: "¡El que ha de vivir diez años no morirá en el año noveno! ¡Si mi destino es morir en esas islas, no tengo en ello inconveniente! ¡Te suplico, pues, ¡oh venerable jeique de los jeiques! que me digas el camino que debo seguir para ir allá!" Y entonces el jeique Alí, por toda respuesta, le cogió de la mano, y le dijo: "¡Cierra los ojos y ábrelos!" Y Hassán cerró los ojos para abrirlos un instante después. Y había desaparecido todo, lo mismo el jeique Padre-de-las-Plumas que el palacio de la hija del rey y que la tierra de alcanfor blanco. Y se vio en la playa de una isla cuyos guijarros eran piedras preciosas de distintos colores. Y no sabía él si por fin había llegado a las islas tan deseadas.

Pero apenas había tenido tiempo de echar una ojeada a la derecha y otra ojeada a la izquierda, cuando de pronto cayeron sobre él bandadas de pájaros blancos muy grandes, salidos de los guijarros marinos y de la espuma de las olas y que cubrieron el cielo con una nube densa y baja. Y el vuelo enemigo avanzó contra él en remolinos, con un estrépito de picos amenazadores y de alas agitadas; y al mismo tiempo lanzaron todos los gaznates aéreos un grito ronco, mil veces repetido, en el cual Hassán reconoció por fin las sílabas Wak-Wak que daban nombre a las islas. Entonces comprendió que había llegado a aquellas tierras prohibidas, y que las aves de allí le consideraban como un intruso y trataban de rechazarle hacia el mar. Y Hassán corrió a refugiarse en una cabaña que se erguía no lejos de allí, y se puso a reflexionar acerca de las circunstancias.

De improviso oyó gemir la tierra y la sintió temblar bajo sus pies; y escuchó, reteniendo la respiración, y en lontananza vio espesarse otra nube, de la que poco a poco surgieron al sol puntas de lanzas y de cascos, y brillaron armaduras. ¡Las amazonas! ¿Adónde huir? Y el galope furioso se aproximó en un abrir y cerrar de ojos, rápido cual el granizo que cae, cual el relámpago que brilla. Y ante él aparecieron, formadas en cuadro movible y formidable, guerreras montadas en yeguas leonadas como el oro puro, de cola larga, de jarretes vigorosos, con las riendas altas y libres, más veloces que el viento del Norte cuando sopla con violencia por el lado del mar tempestuoso. Y cada una de aquellas guerreras, armadas para el combate, llevaba al costado un sable pesado, una larga lanza en una mano y en la otra una porción de armas que asustaban al verlas; y con sus muslos oprimían cuatro javelinas que mostraban sus cabezas espantables.

Pero, no bien aquellas guerreras divisaron al audaz Hassán de pie en el umbral de la cabaña, pararon en seco sus yeguas encabritadas. Y al dar en el suelo toda la masa de cascos hizo volar por el cielo los guijarros de la playa y se hundió profundamente en la arena. Y los nasales dilatados de los animales palpitantes se estremecían al mismo tiempo que las aletas de la nariz de las jóvenes guerreras; y las caras descubiertas bajo los yelmos de viseras altas eran hermosas como lunas; y las grupas redondas y pesadas se juntaban y confundían con las grupas leonadas de las yeguas. Y las luengas cabelleras, morenas, rubias, leonadas y negras, se mezclaban ondulantes con las colas y las crines. Y las cabezas de metal y las corazas de esmeralda refulgían al sol cual inmensas joyas y llameaban sin consumirse.

Pero entonces, de en medio de aquel cuadro de luz, se adelantó una amazona más alta que todas las demás...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 606ª NOCHE

Ella dijo:

"...Pero entonces, de en medio de aquel cuadro de luz, se adelantó una amazona más alta que todas las demás, cuyo rostro no estaba descubierto bajo el yelmo, sino completamente oculto con la visera calada, y cuyo pecho de senos firmes relucía bajo la protección de una cota de mallas de oro más apretadas que las alas de las langostas. Y detuvo bruscamente su yegua a algunos pasos de Hassán. Y Hassán, sin saber si sería para él hostil u hospitalaria, comenzó por hundir ante ella la frente en el polvo, levantando luego la cabeza y diciéndole: "¡Oh soberana mía! ¡Soy un extranjero a quien el Destino ha conducido a esta tierra, y me pongo bajo la protección de Alah y bajo tu salvaguardia! ¡No me rechaces! ¡Oh soberana mía! ¡Ten piedad del desdichado que va en busca de su esposa y de sus hijos!"

Al oír estas palabras de Hassán, la jinete se apeó de su caballo, y volviéndose hacia sus guerreras, las despidió con un gesto. Y acercóse a Hassán, que al punto hubo de besarle pies y manos y se llevó a la frente el borde de su manto. Y ella le examinó con atención; luego, levantóse la visera, se mostró a él al descubierto. Y al verla, Hassán lanzó un grito y retrocedió espantado; porque, en lugar de una joven tan bella, por lo menos como las guerreras adolescentes que acababa de ver, tenía ante sí una vieja de feo aspecto, que poseía una nariz tan gorda cual una berenjena, cejas atravesadas, mejillas arrugadas y flácidas, ojos que se injuriaban ¡oh calamidad!¡Con lo cual se asemejaba del todo a un cerdo! Así es que Hassán, para no verse obligado a mirar por más tiempo aquel rostro, se tapó los ojos con la orla de su vestido. Y la vieja tomó este gesto por una gran prueba de respeto, persuadiéndose de que Hassán sólo lo hacía para no parecer insolente si la miraba cara a cara; y quedó en extremo conmovida por aquella muestra de respeto, y le dijo: "¡Oh extranjero! calma tu inquietud. ¡Desde este momento estás bajo mi protección! ¡Y te prometo mi auxilio en cuanto necesites! Luego añadió: "¡Pero, ante todo, es preciso que nadie te vea en esta isla! ¡Y a ese fin, aunque estoy impaciente por conocer tu historia, voy a correr a traerte los efectos indispensables para disfrazarte de amazona, con objeto de que en lo sucesivo no se te pueda distinguir entre las jóvenes guerreras vírgenes, guardias del rey y de las hijas del rey!" Y se marchó para volver al cabo de algunos instantes con una coraza, un sable, una lanza, un casco y otras armas en un todo semejantes a las que llevaban las amazonas. Y se las dio a Hassán, que cubrióse con ellas. Entonces le cogió de la mano y le condujo a una roca que se alzaba a orillas del mar, y sentándose allá con él, le dijo: "¡Ahora ¡oh extranjero! date prisa a contarme la causa que te ha impulsado hasta estas islas que ningún adamita se atrevió a abordar antes que tú!" Y después de haberle dado las gracias por sus bondades, Hassán contestó: "¡Oh mi señora! ¡mi historia es la de un desdichado que ha perdido el único bien que poseía, y recorre la tierra con la esperanza de encontrarlo!" Y le contó sus aventuras sin omitir un detalle.

Y la vieja amazona le preguntó: "¿Y cómo se llama la joven esposa tuya, y cómo se llaman tus hijos?" Él dijo: "¡En mi país mis hijos se llamaban Nasser y Maussur, y mi esposa se llamaba Esplendor! ¡Pero ignoro el nombre que llevan en el país de los genn!" Y acabando de hablar, Hassán se echó a llorar abundantes lágrimas.

Cuando la vieja hubo oído la historia de Hassán y hubo visto su dolor, quedó completamente conquistada por la compasión, y le dijo: "Te juro, ¡oh Hassán! que no se interesaría por su hijo una madre más de lo que yo quiero interesarme por tu suerte. Y puesto que dices que acaso se encuentre tu esposa en medio de mis amazonas, mañana te las haré ver desnudas a todas en el mar. ¡Y después haré que desfilen una por una delante de ti para que me digas si entre ellas reconoces a tu esposa!"

Así habló la vieja Madre-de-las-Lanzas a Hassán Al-Bassri. Y le tranquilizó, afirmándole que, por medio de aquella estratagema, no dejarían de descubrir a la joven Esplendor. Y pasó con él aquel día, y le paseó por la isla, haciéndole admirar todas sus maravillas. Y acabó por quererle con un cariño grande, y le decía: "Cálmate, hijo mío! ¡Te he puesto en mis ojos! ¡Y aunque para tu placer me pidieras a todas mis guerreras, que son jóvenes vírgenes, te las daría de todo corazón amistoso!" Y le contestaba Hassán: "¡Oh mi señora! ¡Por Alah que no te abandonaré hasta que mi alma me abandone!"

Y he aquí que al día siguiente, conforme con su promesa, la vieja Madre-de-las-Lanzas se puso a la cabeza de sus guerreras al son de los tambores. Y disfrazado de amazona, hallábase sentado Hassán en la roca que dominaba el mar. ¡Y de tal modo asemejábase a alguna hija entre las hijas de los reyes!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 607ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y he aquí que al día siguiente, conforme con su promesa, la vieja Madre-de-las-Lanzas se puso a la cabeza de sus guerreras al son de los tambores. Y disfrazado de amazona, hallábase sentado Hassán en la roca que dominaba el mar. ¡Y de tal modo asemejábase a alguna hija entre las hijas de los reyes!

Entretanto, las jóvenes guerreras se apeaban de sus caballos a una señal de la vieja Madre-de-las-Lanzas que mandaba en ellas, desembarazándose de sus armas y de sus corazas. Y surgieron derechas como husos y brillantes ¡oh delirio de lises y de rosas! cual las lises surgen de sus hojas y las rosas de sus espinas. Y blancas y ligeras, se metieron en el mar. Y la espuma mezclóse con sus cabelleras libres y retorcidas o peinadas y enhiestas como torres. Y las protuberancias de las olas se confundían con las protuberancias de sus grupas vírgenes. Y se creerían corolas deshojadas sobre el agua.

Pero entre tantos rostros de luna y talles flexibles, entre tantos ojos negros y dientes blancos, entre tantas cabelleras de colores distintos y grupas de bendición, por más que miró Hassán no reconoció la incomparable belleza de su bienamada Esplendor. Y dijo a la vieja: "¡Oh mi buena madre, no está Esplendor entre ellas!"

Y contestó la anciana jinete: "¿Quién sabe, hijo mío? ¡Quizá la distancia no te permita enterarte bien!" Y dio una palmada, y salieron del agua todas las jóvenes y fueron a ponerse en fila sobre la arena, húmedas de pedrerías aún. Y una tras otra, flexibles y ondulantes, pasaron por delante de la roca en que estaba Hassán con la Madre-de-las-Lanzas, sin llevar encima de sí, por toda armadura, más que sus cabellos esparcidos por la espalda, y ataviadas solamente con las joyas de su carne desnuda.

¡A la sazón, ¡oh Hassán! fue cuando viste lo que viste! ¡Oh conejos de todos los colores y de todas las variedades entre los muslos de aquellas jóvenes hijas de reyes! Estabais gordos, erais redondos, estabais rollizos, erais blancos, erais cual cúpula, erais grandes, erais abovedados, erais altos, erais estrechos, erais abombados, estabais cerrados, estabais intactos, erais estrechos, erais cual sargos, erais pesados, erais morrudos, erais mudos, erais cual nidos, estabais sin orejas, erais cálidos, erais cual tiendas, estabais pelados teníais hocicos, erais sordos, estabais escondidos, erais pequeños, estabais hendidos, erais sensibles, erais cual golfos marinos, estabais secos, erais excelentes; pero de ningún modo podríais compararos con la historia de Esplendor.

Así es que Hassán dejó pasar a todas las jóvenes, y dijo a la anciana Madre-de-las-Lanzas: "¡Oh mi señora! ¡por tu vida sobre mí, que no hay entre todas esas jóvenes ni una sola que de cerca o de lejos se parezca a Esplendor!" Y la vieja guerrera le dijo, asombrada: "¡Entonces, ¡oh Hassán! después de todas las que viste, no quedan más que las siete hijas de nuestro rey! ¡Te ruego, pues, que me des algunas señas por las cuales pueda yo reconocer a tu esposa cuando llegue la ocasión, y descríbemela con sus particularidades! ¡Y retendré tu descripción en la memoria, e informada de ese modo, no dejaré de encontrar a la que deseas!"

Y Hassán contestó: "Describírtela, ¡oh señora! es morir de impotencia; porque ninguna lengua sabría expresar todas sus perfecciones. Pero quiero darte una idea aproximada. Tiene ¡oh mi señora! un rostro tan blanco cual un día de bendición; una cintura tan fina, que el sol no lograría alargar su sombra en el suelo; una cabellera negra y larga, que cae sobre su espalda como la noche sobre el día; unos senos que agujerean las telas más duras; una lengua cual la de las abejas; una saliva como el agua de la fuente Salsabil; unos ojos como el manantial de Kausar; una fragilidad de rama de jazmín; unos dientes cual granizos; un grano de belleza en la mejilla derecha y un antojo en el ombligo; una boca cual una cornalina, que bebe en copa y jarro; mejillas cual anémonas de Nemán; un vientre elástico y deslumbrador, tan espacioso y tan blanco como una tina de mármol; una grupa más sólida y mejor construida que la cúpula del templo de Iram; muslos vaciados en el molde de la perfección, tan dulces como los días de la reunión tras de la ausencia amarga, entre los cuales se asienta el trono del califa, santuario del reposo y de la embriaguez, y cuyo logogrifo lo describió el poeta así:

¡Mi nombre, objeto de tantos desvelos; se compone de dos letras ramosas! ¡Multiplicad cuatro por cinco y seis por diez y lo obtendréis!

Y cuando hubo dicho estas palabras, Hassán no pudo reprimir por más tiempo sus lágrimas, y se echó a llorar. Luego exclamó: "¡Mi tormento ¡oh Esplendor! es tan amargo como el tormento del derviche que ha perdido su escudilla, o el sufrimiento del peregrino que tiene una herida en el talón, o el dolor del amputado que se ve sin piernas y sin brazos!"

Cuando la anciana amazona hubo oído todo aquello, bajó la cabeza durante un momento, sumida en profunda reflexión, y luego dijo a Hassán: "¡Qué calamidad! ¡oh Hassán! ¡Te perderás sin remedio y me perderás contigo! ¡Porque la joven que acabas de describirme es sin duda una de las siete hijas de nuestro poderoso rey! ¡Qué propósitos abrigas y cuán loca es tu audacia! ¡Entre tú y ella hay la distancia que entre la tierra y el cielo, y si persistes en tu deseo, correrás a tu perdición! ¡Escúchame, pues, Hassán! ¡Renuncia a ese proyecto temerario, y no te expongas a rendir tu alma...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 608ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Escúchame, pues, Hassán! ¡Renuncia a este proyecto temerario, y no te expongas a rendir tu alma!". Al oír estas palabras de la vieja, Hassán quedase tan turbado, que se cayó desvanecido; y cuando volvió en sí, lloró tan amargamente, que se le inundaron de lágrimas las vestiduras, y en el límite de la desesperación, exclamó: "¡Así, pues, ¡oh mi caritativa tía! es preciso que me vuelva desesperado, después de haber venido de tan lejos, y en el momento en que estoy próximo a conseguir mi propósito! ¿Cómo, tras las seguridades que me diste, iba yo a dudar del éxito de mi empresa y del alcance de tu poder? ¿No eres tú quien manda en las tropas de las Siete Islas, y para quien no es imposible ninguna hazaña de este género?"

Ella contestó: "¡Sí, por cierto, hijo mío, tengo mucho ascendiente sobre mis tropas y sobre cada una en particular de las amazonas que las componen! ¡Por eso, para apartarte de tu proyecto insensato, quiero que escojas entre todas estas jóvenes guerreras la que más te guste, y te la daré en vez de tu esposa! ¡Y después regresarás con ella a tu país, y estarás al abrigo de la venganza de nuestro rey! ¡De no hacerlo así, son inevitables mi pérdida y la tuya!"

Pero a este consejo de la vieja, Hassán sólo contestó con nuevas lágrimas y nuevos sollozos. Y conmovida ante el exceso de su dolor, la vieja le dijo: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh Hassán! ¿qué más quieres que haga en favor tuyo? ¡Si llega a descubrirse ya que te he dejado arribar a nuestras islas, no me pertenecerá mi alma!"

Y exclamó Hassán: "¡Por Alah, ¡oh mi señora! te aseguro que no he mirado de manera inconveniente a esas jóvenes, ni he prestado mucha atención a su desnudez!" Y dijo la vieja: "¡Pues precisamente has hecho mal, ¡oh Hassán! porque en toda tu vida volverás a disfrutar de un espectáculo semejante! ¡De todos modos, si no te incita ninguna de esas vírgenes a decidirte a regresar a tu país y poner así en salvo tu alma, te cargaré de riquezas y productos preciosos de nuestras islas, y te colmaré de bienes que te harán rico y dichoso para el resto de tus días!" Pero Hassán se precipitó a los pies de la vieja, le abrazó las rodillas, y le dijo llorando: "¡Oh bienhechora mía! ¡oh pupila de mis ojos! ¡oh soberana mía! ¿cómo voy a regresar a mi país después de haber sufrido tantas fatigas y afrontado tantos peligros? ¿Cómo podría dejar esta isla sin haber visto a la bienamada cuyo amor me condujo aquí? ¡Ah! ¡piensa ¡oh mi señora! que quizá sea la voluntad del Destino que yo encuentre a mi esposa tras de todos los sufrimientos que hube de soportar!" Y cuando dijo estas palabras, Hassán no pudo reprimir el impulso de su alma, e improvisó estas estrofas:

¡Oh reina de la belleza! ¡Ten piedad del prisionero de dos pupilas que subyugaron a los reyes de los Khosroes!

¡Ni las rosas, ni los nardos, ni las esencias aromáticas podrían substituir con sus virtudes aromáticas a tu aliento!

¡La brisa de las llanuras del paraíso se detiene en tus cabellos para perfumar a los felices que la respiran!

¡Las pléyades que brillan por la noche toman de tus ojos su claridad, y los astros nocturnos son los únicos dignos de servir de collar a tu garganta!, ¡oh blanca joven!

Cuando la anciana amazona oyó estos versos de Hassán, vio que verdaderamente sería cruel arrebatarle para siempre la esperanza de volver a ver a su esposa, y se compadeció de su dolor, y le dijo: "Hijo mío, aleja de tu pensamiento la aflicción y la desesperación. ¡Porque ya estoy en absoluto decidida a intentarlo todo para devolverte a tu esposa!" Luego añadió: "Al instante voy a empezar a trabajar en favor tuyo con toda mi alma, ¡oh pobre! ¡Porque bien veo que el enamorado carece de oído y de entendimiento! Te dejo, pues, para ir al palacio de la reina de esta isla en que nos encontramos, que es una de las siete islas Wak-Wak. Porque es preciso que sepas que cada una de estas siete islas está habitada y gobernada por una de las siete hijas de nuestro rey, las cuales son hermanas por el mismo padre, pero no de la misma madre. Y la que aquí nos gobierna es la mayor de las hermanas, y se llama la princesa Nur Al-Huda. Y voy en su busca para hablarle en favor tuyo. ¡Calma, pues, tu alma, refresca tus ojos, y espera mi vuelta con el corazón tranquilo!". Y se despidió de él y se dirigió al palacio de la princesa Nur Al-Huda.

Llegada que fue a presencia de la princesa, la vieja amazona, que era respetada y querida por las hijas del rey y por el propio rey a causa de su sabiduría y de la educación y los cuidados que había dado y tenido con las jóvenes princesas, se inclinó y besó la tierra entre las manos de Nur Al-Huda. Y al punto levantóse la princesa en honor suyo, y la besó y la hizo sentarse a su lado, y le dijo: "¡Inschalah! ¡Ojalá sean de buen presagio las nuevas que me traes! ¡Y si tienes que hacerme alguna petición o pedirme algún favor habla! ¡Heme aquí escuchándote atenta!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 609ª NOCHE

Ella dijo:

"¡...habla! ¡Heme aquí escuchándote atenta!". La vieja Madre-de-las-Lanzas contestó: "¡Oh reina del siglo y del tiempo! ¡oh hija mía! vengo a ti para anunciarte un acontecimiento extraordinario que espero te sirva de distracción y de diversión. Has de saber, en efecto, que he encontrado tendido en la playa de nuestra isla a un joven de belleza maravillosa que lloraba con amargura. ¡Y como le interrogara acerca de su estancia allí, me contestó que su destino habíale arrojado a nuestras costas cuando iba en busca de su esposa! ¡Y como yo le rogara que me dijese quién era su esposa, me hizo de ella una descripción que hubo de sumirme en una gran emoción a causa tuya y a causa de tus hermanas las demás princesas! ¡Y para decir toda la verdad, debo revelarte, ¡oh reina mía! que jamás vieron mis ojos entre los genn y los efrits un joven tan hermoso como aquél!"

Cuando la princesa Nur Al-Huda hubo oído estas palabras de la vieja, montó en una cólera terrible, y gritó a la anciana amazona: "¡Oh vieja de maldición, oh hija de los mil cornudos de la infamia! ¿cómo te has atrevido a introducir a un varón en medio de nuestras vírgenes, en nuestros dominios? ¡Ah! ¡vástago de impudicia! ¿quién me dará a beber un buche de tu sangre, o comer un bocado de tu carne?".

Y la anciana guerrera se puso a temblar como una caña en medio de la tempestad, y cayó a las plantas de la princesa, que hubo de gritarle: "¿Es que no temes el castigo que atraerán sobre ti mi venganza y mi enojo? ¡Por la cabeza de mi padre, el gran rey de los genn, que no sé qué me retiene en este momento para no hacer que te corten en pedazos, a fin de que en el porvenir sirvas de escarmiento a los guías de infamia que quieran introducir en nuestras islas viajeros!"

Luego añadió: "¡Pero, ante todo, date prisa a ir en busca de ese adamita temerario que ha osado violar nuestras fronteras!" Y levantóse la vieja, sin saber ya en su terror distinguir su mano derecha de su mano izquierda, y salió para ir en busca de Hassán. Y pensaba: "¡Esta afrentosa calamidad que Alah me envía por mediación de la reina, me ha sido suscitada sólo por culpa de ese joven Hassán! ¿Por qué no le obligué a abandonar esta isla y a dejarnos ver la anchura de su espalda?" Y llegó de tal suerte al paraje en que se hallaba Hassán, y le dijo en cuanto le divisó: "Levántate, ¡oh tú, cuyo término final está próximo! ¡Y ven a ver a la reina, que tiene que hablarte!". Y Hassán siguió a la vieja, diciendo: "¡Ya salam! ¿En qué abismo voy a ser precipitado?" Y de aquella manera llegó al palacio, entre las manos de la princesa. Y le recibió ella sentada en su trono y con el rostro enteramente cubierto por su velo. Y Hassán no encontró nada mejor que hacer en tan penosa circunstancia que empezar por besar la tierra ante el trono, y después de la zalema dirigir un cumplimiento en verso a la princesa.

Entonces se encaró ella con la anciana y le hizo una seña que significaba: "¡Interrógale!" Y la anciana dijo a Hassán: "¡Nuestra poderosa reina te devuelve la zalema y te pregunta cuál es el nombre de tu esposa y cuál es el nombre de tus hijos!" Y ayudado por el Destino, contestó Hassán, encarándose con la princesa: "Reina del universo, soberana del siglo y del tiempo, ¡oh única de la época y de las edades! por lo que respecta a mi miserable nombre, sabe que me llamo Hassán el atribulado. ¡Pero respecto al nombre de mi esposa, lo ignoro! ¡En cuanto a mis hijos, uno se llama Nasser y otro Manssur!" La reina le preguntó por mediación de la anciana: "¿Y por qué te ha dejado tu esposa?" El dijo: "¡Por Alah, que no lo sé! ¡Pero debió hacerlo a pesar suyo!" La reina le preguntó: "¿De dónde se marchó? ¿Y cómo?" Él dijo: "¡Se marchó de Bagdad, del propio palacio del califa Harún Al-Raschid, Emir de los Creyentes! ¡Y le bastó ponerse su manto de plumas y elevarse por los aires!".

La reina preguntó: "¿Y no te dijo nada al marcharse?" Él contestó: "Dijo a mi madre: «¡Si tu hijo, torturado por el dolor de mi ausencia, quiere algún día encontrarme, no tendrá más que ir en busca mía a las islas Wak-Wak! Y ahora, adiós, ¡oh madre de Hassán! ¡En verdad que me aflige mucho tener que marcharme así, y me entristezco con toda el alma, pues los días de la separación le desgarrarán el corazón y ennegrecerán vuestra vida; pero ¡ay, que ya no puedo más! ¡Siento que invade mi alma la embriaguez del aire, y es preciso que tienda el vuelo por el espacio!» ¡Así habló mi esposa! ¡Y tendió el vuelo! ¡Y desde entonces es negro el mundo ante mis ojos, y en mi pecho habita la desolación!"

La princesa Nur Al-Huda contestó, meneando la cabeza: "¡Por Alah! ¡sin duda que, si tu esposa no quisiera verte más, no habría revelado a tu madre el paraje en que se hallaba! ¡Pero, por otra parte, si te amase, verdaderamente, no te habría abandonado así!"

Entonces juró Hassán con los más firmes juramentos que su esposa le amaba verdaderamente, que le había dado mil pruebas de su afecto y de su abnegación, pero que no pudo resistir a la tentación del aire y a la de su instinto original, que era el vuelo de las aves. Y añadió: "¡Oh reina, ya te he contado mi triste historia! ¡Y heme aquí ante ti, suplicando de tu clemencia que me perdones este paso audaz, y me ayudes a buscar a mi esposa y a mis hijos! ¡Por Alah sobre ti, ¡oh soberana mía! no me rechaces!"

Cuando la princesa Nur Al-Huda hubo oído estas palabras de Hassán, reflexionó durante una hora de tiempo; luego levantó la cabeza, y dijo a Hassán: "¡Por más que reflexiono acerca del género de suplicio que mereces, no encuentro más que uno suficiente para castigar tu temeridad!" Entonces, aunque muy aterrada, la vieja se arrojó a los pies de su ama, y le cogió la orla de su traje, cubriéndose con ella la cabeza, y le dijo: "¡Oh gran reina...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 610ª NOCHE

Ella dijo:

"...Entonces, aunque muy aterrada, la vieja se arrojó a los pies de su ama, y le cogió la orla de su traje, cubriéndose con ella la cabeza, y le dijo: "¡Oh gran reina! ¡por mis títulos de nodriza que te ha criado, no te apresures a castigarle, máxime sabiendo ya que es un pobre extranjero que afrontó muchos peligros y experimentó muchas tribulaciones! Y sólo merced a la larga vida que le tiene decretado el Destino, pudo resistir los tormentos que saliéronle al paso. ¡Y lo más grande y más digno de tu nobleza ¡oh reina! es que lo perdones y no violes a costa suya los derechos de la hospitalidad! Además, considera que únicamente el amor le impulsó a esta empresa fatal; y que se debe perdonar mucho a los enamorados. Por último, ¡oh reina mía y corona de nuestra cabeza! has de saber que si me atreví a hablarte de este joven tan hermoso, es porque ninguno entre los hijos de los hombres sabe como él construir versos e improvisar odas. ¡Y para comprobar mi aserto, no tendrás más que mostrarle al descubierto tu rostro, y verás cómo sabe celebrar tu belleza!" Al oír estas palabras de la anciana, la reina sonrió, y dijo: "¡En verdad que no faltaba ya más que eso para colmar la medida!" Pero, no obstante la severidad de su actitud, la princesa Nur había quedado conmovida hasta el fondo de sus entrañas por la belleza de Hassán, y nada más de su gusto que experimentar las dotes del joven, lo mismo con versos que con lo que siempre es consecuencia de los versos. Así, pues, fingió dejarse convencer por las palabras de su nodriza, y levantándose el velo, mostró al descubierto su rostro.

Al ver aquello, Hassán lanzó un grito tan estridente, que se estremeció el palacio; y cayó sin conocimiento. Y la vieja le prodigó los cuidados oportunos y le hizo volver en sí; luego le preguntó: "¿Pero qué tienes, hijo mío? ¿Y qué viste para turbarte de ese modo?"

Y Hassán contestó: "¡Ah! ¡lo que he visto, ya Alahi! ¡La reina es mi propia esposa, o por lo menos, se parece a mi esposa como la mitad de un haba partida se parece a su hermana!"

Y al oír estas palabras, la reina se echó a reír de tal manera, que se cayó de lado y dijo: "¡Este joven está loco! ¡Pues decir que soy su esposa! ¡Por Alah! ¿y desde cuándo son fecundadas las vírgenes sin auxilio del varón y tienen hijos del aire y del tiempo?"

Luego encaróse con Hassán, y le dijo riendo: "¡Oh querido mío! ¿quieres decirme, al menos, para que me entere, en qué me parezco a tu esposa y en qué no me parezco a ella? ¡Porque noto que, a pesar de todo, sientes una perplejidad grande con respecto a mí!"

El joven contestó: "¡Oh soberana de reyes, asilo de grandes y pequeños! ¡fue tu belleza quien me volvió loco! ¡Porque te pareces a mi esposa en los ojos más luminosos que estrellas, en la frescura de tu tez, en el encarnado de tus mejillas, en la forma erecta de tus hermosos senos, en la dulzura de tu voz, en la ligereza y elegancia de tu cintura y en otros muchos atractivos de que no hablaré por respeto a lo que permanece velado! ¡Pero, mirando bien tus encantos, encuentro entre tú y ella una diferencia, visible solamente para mis ojos de enamorado, y que no te podría expresar con la palabra!"

Cuando la princesa Nur Al-Ruda oyó estas frases de Hassán comprendió que el corazón del joven jamás se decidiría por ella; y concibió un violento despecho, y se juró descubrir cuál de sus hermanas las princesas era aquella de quien Hassán habíase convertido en esposo sin consentimiento del rey, padre de todas. Y se dijo: "¡Me vengaré así de Hassán y de su esposa, saciando en ambos mi justo rencor!" Pero ocultó sus pensamientos en el fondo de su alma, y encarándose con la vieja, dijo: "¡Oh nodriza! ve pronto a buscar a mis seis hermanas, a cada una en la isla que habita, y diles que me pesa en extremo su ausencia, pues hace ya más de dos años que no me han visitado. ¡E invítales de parte mía a que vengan a verme, y tráetelas contigo! ¡Pero líbrate sobre todo de decirles una palabra de lo que ha sucedido ni de anunciarles la llegada de un extranjero joven que va en busca de su esposa! ¡Ve, y no tardes!"

La anciana, que no podía suponer las intenciones de la princesa, salió del palacio enseguida, y rápida como el relámpago, voló a las islas en que se hallaban las seis princesas, hermanas de Nur Al-Ruda. Y sin dificultad logró decidir a las cinco primeras a que la siguieran. Pero cuando llegó a la séptima isla, donde habitaba la princesa más joven con su padre, el rey de reyes de los genn, le costó mucho trabajo hacerla acceder al deseo de Nur Al-Huda. Porque, no bien fue la princesa más joven a pedir a su padre el rey permiso para ir con la Madre-de-las-Lanzas a visitar a su hermana mayor, el rey, conmovido hasta el límite de la conmoción por aquella demanda, exclamó: "¡Ah hija mía bienamada, preferida de mi corazón! Algo en mi alma me dice que no te veré ya como te alejes de este palacio. Y además, esta noche he tenido un sueño aterrador que voy a contarte. Sabe, pues, hija mía, ¡oh pupila de mis ojos!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 611ª NOCHE

Ella dijo:

"...Sabe, pues, hija mía, ¡oh pupila de mis ojos! que esta noche un ensueño pesó sobre mi sueño y oprimió mi pecho. En efecto, durante mi ensueño, paseábame por entre un tesoro oculto a todas las miradas y cuyas riquezas sólo se mostraban a mis ojos. Y admiraba yo cuanto veía; pero no se detenían mis miradas más que sobre siete piedras preciosas que brillaban con resplandor espléndido en medio de todo lo demás. Pero la más pequeña era la más hermosa y la más atrayente. Así es que, para admirarla mejor y ponerla al abrigo de las miradas, la cogí en mi mano, la apreté contra mi corazón y abandoné el tesoro, llevándomela conmigo. Y cuando la tenía ante mis ojos bajo los rayos del sol, un pájaro de especie extraordinaria, y como nunca se ha visto en estas islas, cayó de pronto sobre mí, me arrancó la piedra preciosa y emprendió el vuelo. Y quedé sumido en el estupor y en el dolor más vivo. Y al despertar, tras de toda una noche de tormentos, hice venir a los intérpretes de ensueños y les pedí la explicación de lo que en mi ensueño había visto. Y me contestaron: «¡Oh rey nuestro! ¡Las siete piedras preciosas son tus siete hijas, y la piedra más pequeña, arrebatada de entre tus manos por el pájaro, es tu hija más pequeña, que por fuerza arrancarán a tu afecto! ¡Y he aquí, hija mía, que ahora tengo mucho miedo a dejarte que te alejes con tus hermanas y la Madre-de-las-Lanzas para ir a ver a tu hermana mayor Nur Al-Huda, pues no sé qué contratiempos pueden surgir en tu viaje, ya al ir, ya al volver!"

Y Esplendor (que ella propia era la esposa de Hassán), contestó: "¡Oh soberano y padre mío! ¡oh gran rey! no ignoras que mi hermana mayor, Nur Al-Huda, ha preparado en honor mío una fiesta, y me espera con la más viva impaciencia. Y hace ya más de dos años que pienso siempre en ir a verla; y debe tener ahora toda clase de motivos para no estar muy satisfecha de mi conducta. Pero no temas nada, ¡Oh padre mío! Y no olvides que hace algún tiempo, cuando hice con mis compañeras un viaje lejano, también me creíste perdida para siempre; y me guardaste luto. ¡Y sin embargo, volví sin contratiempos y con buena salud!

¡De la misma manera me ausentaré esta vez todo lo más un mes, al cabo del cual regresaré, si Alah quiere! Además, si se tratase de alejarme de nuestro reino, comprendo tu emoción; pero aquí, en nuestras islas, ¿a qué enemigo puedo temer? ¿Quién podrá llegar a las islas Wak-Wak, después de haber cruzado la Montaña-de-las-Nubes, las Montañas Azules, las Montañas Negras, los Siete Valles, los Siete Mares y la Tierra de Alcanfor Blanco, sin perder mil veces su alma en el camino? ¡Ahuyenta, pues, de tu espíritu toda inquietud, ¡oh padre mío! refresca tus ojos y tranquiliza tu corazón!"

Cuando el rey de los genn oyó estas palabras de su hija, consintió en dejarla marchar, aunque de muy mala gana, y haciéndole prometer que no estaría con su hermana más que unos días. Y le dio una escolta de mil amazonas, y la besó con ternura. Y Esplendor se despidió de él, y después de ir a besar a sus dos hijos al sitio en donde estaban ocultos, sin que nadie sospechara su existencia, pues desde su llegada se los confió a dos esclavas abnegadas, siguió a la vieja y a sus hermanas, encaminándose a la isla en que reinaba Nur Al-Huda. Y he aquí que, para recibir a sus hermanas, Nur Al-Huda se había puesto un traje de seda roja, adornado con pájaros de oro cuyos ojos, picos y uñas eran de rubíes y esmeraldas; y cargada de atavíos y pedrerías, hallábase sentada sobre el trono en la sala de audiencias. Y ante ella manteníase de pie Hassán; y a su derecha estaban formadas en filas unas jóvenes con espadas desnudas; y a su izquierda había otras jóvenes con largas lanzas puntiagudas.

En aquel momento llegó la Madre-de-las-Lanzas con las seis princesas. Y pidió audiencia, y por orden de la reina introdujo primero a la mayor de las seis, que se llamaba Nobleza-de-la-Raza. Iba vestida con un traje de seda azul y era aún más bella que Nur Al-Huda. Y se adelantó hasta el trono, y besó la mano de su hermana, que hubo de levantarse en honor suyo y la besó y la hizo sentarse a su lado.

Luego se encaró con Hassán, y le dijo: "Dime, ¡oh adamita! ¿es ésta tu esposa?" Y contestó Hassán: "¡Por Alah, ¡oh mi señora! que es maravillosa y bella como la luna al salir; tiene cabellera de carbón, mejillas delicadas, boca sonriente, senos erguidos, coyunturas finas y extremidades exquisitas! y diré, para celebrarla, en verso:

¡Avanza vestida de azul, y se la creería un pedazo arrancado del azul de los cielos!

¡En sus labios trae una colmena de miel, en sus mejillas un pensil de rosas, y en su cuerpo, corolas de jazmín!

¡Al ver su talle recto y fino y su grupa monumental, se la tomaría por una caña hundida en un montículo de movible arena!

"Así la veo, ¡oh mi señora! ¡Pero entre ella y mi esposa hay una diferencia que se niega a expresar mi lengua!"

Entonces Nur Al-Huda hizo seña a la vieja nodriza para que introdujera a su segunda hermana. Y entró la joven, vestida con un traje de seda color de albaricoque. Y era aún más bella que la primera; y se llamaba Fortuna-de-la-Casa. Y tras de besarla, su hermana la hizo sentarse al lado de la anterior, y preguntó a Hassán si reconocía en ella a su esposa. Y Hassán contestó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 612ª NOCHE

Ella dijo:

"...y preguntó a Hassán si reconocía en ella a su esposa. Y Hassán contestó: "¡Oh soberana mía! arrebata la razón de quienes la miran, y encadena los corazones de quienes se acercan a ella; y he aquí los versos que me inspira:

¡La lucha del verano en medio de una noche de invierno, no es más hermosa que tu llegada, oh joven!

Las trenzas negras de tus cabellos, prolongadas hasta tus tobillos, y las bandas tenebrosas que te ciñen la frente, me impulsan a decirte:

"¡Ensombreces la aurora con el ala de la noche!" Pero tú me contestas: "¡No, no! ¡sólo es una nube que ha ocultado la luna!"

"¡Así la veo, oh soberana mía! ¡Pero entre ella y mi esposa hay una diferencia que mi lengua es impotente para describir!" Entonces Nur Al-Huda hizo seña a la Madre-de-las-Lanzas, que apresuróse a introducir a la tercera hermana. Y entró la joven vestida con un traje de seda granate; y era aún más bella que las dos primeras, y se llamaba Claridad-Nocturna. Y después de besarla, su hermana la hizo sentarse al lado de la anterior, y preguntó a Hassán si reconocía en ella a su esposa.

Y Hassán contestó: "¡Oh reina mía y corona de mi cabeza! en verdad que hace huir la razón de los más prudentes, y mi asombro ante ella me induce a improvisar estos versos:

¡Te balanceas ligera cual la gacela, ¡oh llena de gracia! y tus párpados, a cada movimiento, lanzan flechas mortales!

¡Oh sol de belleza! ¡Tu aparición llena de gloria los cielos y las tierras, y tu desaparición tiende tinieblas sobre la faz del universo!

"Así la veo, ¡oh reina del tiempo! ¡Pero, a pesar de todo, mi alma se niega a reconocer en ella a mi esposa, no obstante la semejanza extremada de las facciones y el ademán!" Entonces, a una seña de Nur Al-Huda, la vieja amazona introdujo a la cuarta hermana, que se llamaba Pureza-del-Cielo. Y la joven iba vestida con un traje de seda amarilla con dibujos a lo ancho y a lo largo. Y besó a su hermana, que la hizo sentarse al lado de las otras. Y al verla Hassán, improvisó estos versos:

¡Aparece como la luna llena en una noche feliz, y sus miradas mágicas alumbran nuestro camino!

¡Si me acerco a ella para calentarme con el fuego de sus ojos, al punto véome rechazado por los centinelas que la defienden: sus dos senos firmes y duros cual la piedra del granito!

"Y no la describo toda entera, porque para ello tendría que improvisar una oda larga. ¡Sin embargo, ¡oh mi señora! debo decirte que no es mi esposa, aunque su semejanza con ella asombre! Entonces Nur Al-Huda hizo entrar a su quinta hermana, que se llamaba Blanca-Aurora, y que se adelantó moviendo las caderas; y era tan flexible como una rama de ban y tan ligera como un tierno pavo real. Y tras de haber besado a su hermana mayor, sentóse en el sitio que le asignaron, al lado de las demás, y se arregló los pliegues de su traje de seda verde labrado de oro. Y Hassán, al verla, improvisó estos versos:

¡La flor roja de la granada no está mejor velada con sus hojas verdes que vestida estás tú ¡oh joven! con esa camisa encantadora!

Y si te pregunto: "¿Qué vestidura es esa que tan bien sienta a tus mejillas solares?" Me respondes: "¡No tiene nombre, porque es mi camisa!"

Y exclamo yo: "¡Oh maravillosa camisa tuya, causa de tantas heridas mortales! ¡te llamaré la camisa que parte corazones!

¿Y no eras tú aún más maravillosa, ¡oh joven!? Si te yergues con tu belleza para deslumbrar ojos humanos, tus caderas te dicen: "¡No te muevas! ¡no te muevas! ¡Lo que va detrás de nosotras es demasiado abrumador para nuestras fuerzas!"

Y si entonces avanzo implorándote ardientemente, tu belleza me dice: "¡Anda! ¡anda!" Pero cuando me dispongo a obrar, me dice tu pudor: "¡No! ¡no!"

Cuando Hassán hubo recitado estos versos, toda la concurrencia quedó maravillada de su talento; y la propia reina, a pesar de su rencor, no pudo por menos de mostrarle su admiración. Así es que la vieja amazona, protectora de Hassán, se aprovechó del buen cariz que tomaba el asunto para tratar de volver a Hassán a la gracia de la vengativa princesa, y le dijo: "¡Oh soberana mía! ¿te había engañado al hablarte del arte admirable de este joven para la construcción de versos? ¿Y acaso no es delicado y discreto en sus improvisaciones? ¡Te ruego, pues, que olvides por completo la audacia de su empresa, y le agregues a tu persona en adelante como poeta, utilizando su talento, para las fiestas y ocasiones solemnes!"

Pero la reina contestó: "¡Sí!" ¡más quisiera acabar la prueba ante todo! ¡Haz que entre ahora mi hermana pequeña...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 613ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Sí! ¡más quisiera acabar la prueba ante todo! ¡Haz que entre ahora mi hermana pequeña!" Y salió la vieja, y un instante después volvió llevando de la mano a la joven menor, la cual se llamaba Ornamento-del-Mundo, ¡y no era otra que Esplendor!

¡Así entraste, ¡oh Esplendor! e ibas vestida sólo con tu belleza, desdeñando atavíos y velos engañosos! ¡Pero qué Destino tan lleno de calamidades te seguía los pasos! ¡Tú lo ignorabas, sin saber todavía cuanto estaba escrito con respecto a ti en el libro de la suerte!

Cuando Hassán, que se hallaba de pie en medio de la sala, vio llegar a Esplendor, lanzó un grito estridente y cayó en tierra, privado de sentido. Y al oír aquel grito. Esplendor se volvió y reconoció a Hassán. Y conmovida de ver a su esposo, a quien creía tan lejos, se desplomó cuán larga era, contestando con otro grito, y perdió el conocimiento.

Al ver aquello, la reina Nur Al-Huda no dudó ni por un instante de que su última hermana fuese la esposa de Hassán, y no pudo disimular más tiempo sus celos y su furor. Y gritó a sus amazonas: "¡Coged a ese adamita y arrojadle de la ciudad!" Y las guardias ejecutaron la orden, y se llevaron a Hassán y fueron a arrojarle de la ciudad a la playa. Luego la reina encaróse con su hermana, a la cual habían hecho volver de su desmayo, y le gritó: "¡Oh libertina! ¿cómo te arreglaste para conocer a ese adamita? ¡Y cuán criminal fue en todos sentidos tu conducta! ¡No solamente te casaste sin el consentimiento de tu padre y de tu familia, sino que abandonaste a tu esposo y dejaste tu casa! ¡Y así has envilecido tu raza y la nobleza de tu raza! ¡Esa ignominia no puede lavarse más que con tu sangre!" Y gritó a sus mujeres: "¡Traed una escala, y atad a ella por los cabellos a esa criminal, y azotadla hasta que brote sangre!" Luego salió de la sala de audiencias con sus hermanas, y fue a su aposento para escribir a su padre el rey una carta en la cual le enteraba con todos sus detalles de la historia de Hassán y su hermana, y al mismo tiempo que el oprobio salpicado sobre toda la raza de los genn, le participaba el castigo que creyó oportuno imponer a la culpable. Y terminaba la carta pidiendo a su padre que le respondiera lo más pronto posible para decirle su opinión acerca del castigo definitivo que pensaba infligir a la hija criminal. Y confió la carta a una mensajera rápida, que apresuróse a llevársela al rey.

Cuando el rey leyó la carta de Nur Al-Ruda, vio ennegrecerse el mundo ante sus ojos, e indignado hasta el límite de la indignación por la conducta de su hija menor, contestó a su hija mayor que todo castigo sería leve en comparación con el delito, y que había de condenar a muerte a la culpable; pero que, a pesar de todo, dejaba el cuidado de ejecutar esta orden a la prudencia y justicia de la joven.

Y he aquí que, mientras Esplendor, abandonada en manos de su hermana, gemía atada por los cabellos a la escala, y esperaba el suplicio, Hassán, a quien habían arrojado a la playa, acabó por volver de su desmayo, y hubo de pensar en la gravedad de su desgracia, cuyo alcance, por cierto, no suponía aún. ¿Qué iba a esperar ya? Ahora que ningún poder lograría socorrerle, ¿qué iba a intentar y cómo iba a arreglarse para salir de aquella isla maldita? Y se incorporó, presa de la desesperación, y echó a andar sin rumbo a lo largo del mar, confiando todavía en hallar algún remedio para sus males. Y entonces acudieron a su memoria estos versos del poeta:

¡Cuando no eras más que un germen en el seno de tu madre, formé tu destino con arreglo a Mi justicia, y lo orienté en el sentido de Mi Visión!

¡Deja, pues, ¡oh criatura! que sigan su curso los acontecimientos: no puedes oponerte a ello!

¡Y si la adversidad se cierne sobre tu cabeza, deja a tu destino el cuidado de desviarla!

Este precepto de prudencia reanimó un tanto el valor de Hassán, que continuó caminando a la ventura por la playa y tratando de adivinar lo sucedido durante su desmayo, y por qué le habían abandonado de aquel modo sobre la arena. Y mientras reflexionaba de tal suerte, encontróse con dos pequeñas amazonas de unos diez años que estaban pegándose puñetazos. Y no lejos de ellas, vio tirado en tierra un gorro de cuero sobre el cual aparecían trazados dibujos y escrituras. Y se acercó a las niñas, procuró separarlas, y les preguntó por el motivo de su querella. Y le dijeron que se disputaban la posesión de aquel gorro. Entonces Hassán les preguntó si querían que actuara de juez y si se entregaban a él para que las pusiera de acuerdo acerca de la posesión del gorro. Y en cuanto las niñas aceptaron la proposición, Hassán cogió el gorro, y les dijo: "¡Pues bien; voy a tirar al aire una piedra, y el gorro será para aquella de vosotras dos que antes me la traiga...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 614ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Pues bien; voy a tirar al aire una piedra, y el gorro será para aquella de vosotras dos que antes me la traiga". Y dijeron las pequeñas amazonas: "¡Excelente idea!" Entonces Hassán cogió un guijarro de la playa y lo lanzó a lo lejos con todas sus fuerzas. Y en tanto que las muchachas corrían en pos del guijarro, Hassán se puso el gorro en la cabeza, para probárselo, y se lo dejó puesto. Pero, al cabo de unos instantes, volvieron las niñas, y gritaba la que había cogido el guijarro: "¿Dónde estás, ¡oh hombre!? ¡He ganado yo!"

Y llegó hasta el sitio en que estaba Hassán, y se puso a mirar por todos lados, sin ver a Hassán. Y su hermana también miraba en torno suyo por todas direcciones, pero no veía a Hassán. Y Hassán se preguntaba: "¡El caso es que estas pequeñas amazonas no son ciegas! ¿Por qué no me ven, entonces?" Y les gritó: "¡Estoy aquí! ¡Venid!" Y las chiquillas miraron en la dirección de donde partía la voz, pero no vieron a Hassán; y tuvieron miedo, y se echaron a llorar. Y Hassán se acercó a ellas y las tocó en el hombro, y les dijo: "¡Heme aquí! ¿Por qué lloráis, niñas?" Y las muchachas levantaron la cabeza, pero no vieron a Hassán. Y se aterraron tanto entonces, que echaron a correr con todas sus fuerzas, lanzando gritos estridentes, como si las persiguiese un genni de mala especie. Y a la sazón se dijo Hassán: "¡No cabe duda! ¡Este gorro está encantado! ¡Y su encanto consiste en hacer invisible a quien lo lleva en la cabeza!" Y se puso a bailar de alegría, diciéndose: "¡Alah me lo envía! ¡Porque, con este gorro en la cabeza, puedo correr a ver a mi esposa sin que a mí me vea nadie!"

Y al punto retornó a la ciudad, y para comprobar mejor las virtudes de aquel gorro, quiso experimentar su efecto ante la amazona vieja. Y la buscó por todas partes, y acabó por encontrarla en su aposento del palacio, sujeta con una cadena a una anilla empotrada en la pared, por orden de la princesa. Entonces, para asegurarse de si era invisible realmente, se acercó a un estante en el que habían colocado vasos de porcelana, y tiró al suelo el vaso más grande, que fue a romperse a los pies de la vieja. Y lanzó entonces ella un grito de espanto, creyéndolo una fechoría de los malos efrits que estaban a las órdenes de Nur Al-Huda. Y le pareció oportuno pronunciar las fórmulas conjuratorias, y dijo: "¡Oh efrit! ¡por el nombre grabado en el sello de Soleimán, te ordeno que me digas tu nombre!"

Y contestó Hassán: "¡No soy un efrit, sino tu protegido Hassán Al-Bassri! ¡Y vengo a libertarte!" Y diciendo estas palabras, se quitó su gorro mágico y dejóse ver y reconocer. Y exclamó la vieja: "¡Ah! ¡desgraciado de ti, infortunado Hassán! ¿acaso no sabes que la reina se ha arrepentido ya de no haber hecho que te dieran la muerte a su vista, y que por todas partes ha enviado esclavos en tu persecución, prometiendo un quintal de oro como recompensa a quien te entregue a ella, muerto o vivo? ¡No pierdas un instante, pues, y salva tu cabeza apelando a la fuga!" Luego puso a Hassán al corriente de los suplicios terribles que para hacer morir a su hermana preparaba la reina con el asentimiento del rey de los genn.

Pero Hassán contestó: "¡Alah la salvará y nos salvará a todos de las manos de esa princesa cruel! ¡Mira este gorro! ¡Está encantado! ¡Y merced a él puedo andar por todas partes siendo invisible!" Y exclamó la anciana: "¡Loores a Alah, que reanima las osamentas de los muertos, ¡oh Hassán! y te ha enviado para salvación nuestra ese gorro! ¡Date prisa a libertarme, a fin de que te enseñe el calabozo en que está encerrada tu esposa!" Y Hassán cortó las ligaduras de la vieja, y la cogió de la mano, y se cubrió la cabeza con el gorro encantado. Y al punto se hicieron invisibles ambos. Y la vieja le condujo al calabozo en que yacía su esposa Esplendor atada por los cabellos a una escala y esperando a cada instante la muerte en medio de suplicios. Y la oyó él recitar a media voz estos versos:

¡La noche es oscura, y triste es mi soledad! ¡oh ojos míos, dejad que corra el manantial de mis lágrimas! ¡Mi bienamado está lejos de mí! ¿De dónde ha de llegarme la esperanza, si mi corazón y la esperanza han partido con él?

¡Brotad, oh lágrimas mías ¡brotad de mis ojos! pero ay! ¿conseguiréis apagar alguna vez el fuego que me devora las entrañas?... ¡Oh fugitivo amante! ¡sepultada en mi corazón está tu imagen, y ni los mismos gusanos de la tumba conseguirán borrarla!

Y aunque hubiera preferido no obrar precipitadamente, a fin de evitar a su esposa una emoción demasiado grande, Hassán, al oír y ver a su bienamada Esplendor, no pudo resistir por más tiempo los tormentos que le agitaban, y se quitó el gorro y se abalanzó a ella, rodeándola con sus brazos. Y ella le reconoció, y se desmayó contra su pecho. Y ayudado por la vieja, Hassán cortó las ligaduras, y con mucho cuidado, la hizo volver en sí, y se la sentó en las rodillas, haciéndole aire con la mano. Y abrió los ojos ella, y con lágrimas en las mejillas, le preguntó: "¿Has bajado del cielo, o has salido del seno de la tierra? ¡Oh esposo mío! ¡ay! ¡ay! ¿qué podemos contra el Destino? ¡Lo que está escrito debe suceder! ¡Date prisa, pues, a dejar que mi destino siga su curso, y vuélvete por donde viniste para no causarme el dolor de verte a ti también víctima de la crueldad de mi hermana!"

Pero Hassán contestó: "¡Oh bienamada! ¡oh luz de mis ojos! ¡he venido para libertarte y llevarte conmigo a Bagdad, lejos de este país cruel!" Pero exclamó ella: "¡Ah Hassán! ¿qué nueva imprudencia vas a cometer todavía? ¡Por favor, retírate, y no aumentes mis sufrimientos con los tuyos!" Pero Hassán contestó: "¡Oh Esplendor, alma mía! has de saber que no saldré de este palacio sin ti y sin nuestra protectora, que es esta buena tía que aquí ves. ¡Y si me preguntas de qué medio voy a valerme, te enseñaré este gorro...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 615ª NOCHE

Ella dijo:

¡Y si me preguntas de qué modo voy a valerme, te enseñaré este gorro!" Y Hassán le hizo ver el gorro encantado, lo probó ante ella, desapareciendo de repente en cuanto se lo puso en la cabeza, y le contó luego cómo lo había arrojado en su camino Alah para que fuese causa de su liberación. Y con las mejillas cubiertas de lágrimas de alegría y de arrepentimiento, Esplendor dijo a Hassán: "¡Alah! de todos los sinsabores que hemos sufrido tengo yo la culpa por haber abandonado sin permiso tuyo nuestra morada de Bagdad. ¡Oh mi señor bienamado! ¡por favor, no me hagas ya los reproches que merezco, pues bien veo ahora que una mujer debe saber todo lo que su esposo vale! ¡Y perdóname mi falta, para la cual imploro indulgencia ante Alah y ante ti! ¡Y discúlpame un poco teniendo en cuenta que mi alma no supo resistirse a la emoción que la embargó al ver el manto de plumas!"

¡Y contestó Hassán: "¡Por Alah, ¡oh Esplendor! que sólo yo soy culpable por haberte dejado sola en Bagdad! ¡Debí llevarte conmigo siempre! ¡Pero puedes estar tranquila de que en el porvenir así lo haré!" Y habiendo dicho estas palabras, se la echó a la espalda, cogió también de la mano a la vieja, y se cubrió la cabeza con el gorro. Y los tres se tornaron invisibles. Y salieron del palacio, y a toda prisa se encaminaron a la séptima isla, en que estaban ocultos sus dos hijitos, Nasser y Manssur.

Entonces Hassán, aunque se hallaba en el límite de la emoción por haber vuelto a ver a sus dos hijos sanos y salvos, no quiso perder tiempo en efusiones de ternura; y confió ambos niños a la vieja, la cual se los colocó a horcajadas uno en cada hombro. Después, sin que la viese nadie, Esplendor consiguió atrapar tres mantos de plumas completamente nuevos; y se los pusieron. Luego cogiéronse de la mano los tres, y abandonando sin pena las islas Wak-Wak, volaron hacia Bagdad.

Y he aquí que Alah les escribió la seguridad, y tras de un viaje hecho por pequeñas etapas, llegaron a la Ciudad de Paz una mañana. Y aterrizaron en la terraza de su morada; y bajaron por la escalera y penetraron en la sala donde estaba la pobre madre de Hassán, a quien los pesares y las inquietudes habían puesto enferma y casi ciega. Y Hassán escuchó un instante a la puerta, y oyó gemir y desesperarse dentro a la pobre mujer.

Entonces llamó, y la voz de la vieja hubo de preguntar: "¿Quién hay a la puerta?" Hassán contestó: "¡Oh madre mía! ¡el Destino, que quiere reparar sus rigores!"

Al oír estas palabras, sin saber aún si aquello era una ilusión o la realidad, la madre de Hassán corrió con sus débiles piernas a abrir la puerta. Y vio a su hijo Hassán con su esposa y sus hijos, y a la vieja amazona, que se mantenía discretamente detrás de ellos. Y como la emoción era demasiado fuerte para ella, la anciana cayó desvanecida en brazos de los recién llegados. Y Hassán la hizo volver en sí bañándola con sus lágrimas. Y Esplendor avanzó hacia ella y la colmó de mil caricias, pidiéndole perdón por haberse dejado vencer por su instinto original. Después hicieron adelantarse a la Madre-de-las-Lanzas y se la presentaron como su salvadora y la causante de su liberación. Y entonces Hassán contó a su madre todas las aventuras maravillosas que le habían sucedido, y que es inútil repetir. Y a la vez glorificaron al Altísimo, que permitió se reunieran.

Y desde entonces vivieron todos juntos la vida más deliciosa y más llena de dicha. Y merced al tambor mágico, no dejaron de ir cada año todos en caravana a visitar a las siete princesas, hermanas de Hassán, que vivían sobre la Montaña de las Nubes, en el palacio de cúpula verde. ¡Y después de numerosos años, fue a visitarle la Destructora inexorable de alegrías y placeres! ¡Loores y gloria a Quien domina en el imperio de lo visible y de lo indivisible, al Viviente, al Eterno, que no conoce la muerte!

Cuando Schehrazada hubo contado de tal modo aquella historia, la pequeña Doniazada se colgó a su cuello, y la besó en la boca, y le dijo: "¡Oh hermana mía! ¡cuán maravillosa y gustosa es esa historia, y cuán encantadora y deleitosa es! ¡Ah! ¡cuánto quiero a Botón-de-Rosa, y cómo siento que Hassán no la tomara por esposa al mismo tiempo que a Esplendor!"

Y el rey Schahriar dijo: "¡Asombrosa es esa historia, Schehrazada! ¡Y me hizo olvidarme de muchas cosas que desde mañana quiero poner en ejecución!"

Y dijo Schehrazada: "¡Sí, ¡oh rey! pero nada es, comparada con la que todavía tengo que contarte, relativa al Cuesco histórico!" Y exclamó el rey Schahriar: "¿Cómo dices Schehrazada? ¿Y qué cuesco histórico es ese que no conozco?"

Schehrazada dijo: "¡Es el que voy a someter mañana al rey, si estoy con vida aún!" Y el rey Schahriar se dijo: "¡En verdad que no la mataré mientras no me haya instruido acerca de lo que dice!"

Y en aquel momento Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 616ª NOCHE

Ella dijo:

"Esta anécdota, ¡oh rey afortunado!, nos la transmite El diván de las gentes alegres y despreocupadas. ¡Y no quiero diferir por más tiempo el contártela!" Y dijo Schehrazada:

El diván de las gentes alegres y despreocupadas

El cuesco histórico

Se cuenta —pero Alah es más sabio— que en la ciudad de Kaukabán, en el Yamán, había un beduino de la tribu de los Fazli, llamado Abul-Hossein, quien ya hacía largos años que abandonó la vida de los beduinos, y se había convertido en un ciudadano distinguido y en un mercader entre los mercaderes más opulentos. Y se casó por primera vez en la época de su juventud; pero Alah llamó a la esposa a Su misericordia al cabo de un año de matrimonio. Así es que los amigos de Abul-Hossein no cesaban de apremiarle con respecto a un nuevo matrimonio, repitiéndole las palabras del poeta:

¡Levántate, compañero, y no dejes transcurrir en balde la estación de primavera!

¡Ahí está la joven! ¡Cásate! ¿No sabes que en la casa una mujer es un almanaque excelente para todo el año?

Y Abul-Hossein, por último, sin poder ya resistirse a todas las insinuaciones de sus amigos, se decidió a entablar negociaciones con las damas viejas componedoras de matrimonios; y acabó por casarse con una joven tan hermosa cual la luna cuando brilla sobre el mar. Y con motivo de sus nupcias dio grandes festines, a los que invitó a todos sus amigos y conocidos, así como a ulemas, fakires, derviches y santones. Y abrió de par en par las puertas de su casa, e hizo que sirvieran a sus invitados manjares de toda especie, y entre otras cosas, arroz de siete colores diferentes, y sorbetes, y corderos rellenos de avellanas, almendras, alfónsigos y pasas, y una cría de camello asada entera y servida en un pedazo. Y todo el mundo comió y bebió y disfrutó de júbilo, de alegría y de contento. Y se paseó y exhibió a la esposa ostentosamente siete veces seguidas, vestida cada vez con un traje distinto y más hermoso que el anterior. E incluso por octava vez la pasearon en medio de la concurrencia, para satisfacción de los invitados que no habían podido recrear sus ojos en ella lo bastante. Tras de lo cual, las damas de edad la introdujeron en la cámara nupcial y la acostaron en un lecho alto como un trono, y la prepararon en todos sentidos para la entrada del esposo.

Entonces, destacándose del cortejo, Abul-Hossein penetró lentamente y con dignidad en el aposento de la desposada. Y sentóse un instante en el diván para probarse a sí propio y mostrar a su esposa y a las damas del cortejo cuán lleno estaba de tacto y de mesura. Luego se levantó con cortesía para recibir las felicitaciones de las damas y despedirse de ellas antes de acercarse al lecho, donde le esperaba modestamente su esposa, cuando he aquí ¡oh calamidad! que de su vientre, que estaba atiborrado de viandas pesadas y de bebidas, escapó un cuesco ruidoso hasta el límite del ruido, terrible y prolongado. ¡Alejado sea el Maligno!

Al oír aquel ruido, cada dama se encaró con la que tenía al lado, poniéndose a hablar en voz alta y fingiendo no haber oído nada; y también la desposada, en lugar de echarse a reír o de burlarse, se puso a hacer sonar sus brazaletes. Pero Abul-Hossein, confuso hasta el límite de la confusión, pretextó una necesidad urgente, y con vergüenza en el corazón, bajó al patio, ensilló su yegua, saltó al lomo del animal, y abandonó su casa, y la boda, y la desposada, huyó a través de las tinieblas de la noche. Y salió de la ciudad, y se adentró en el desierto. Y de tal suerte llegó a orillas del mar, en donde vio un navío que partía para la India. Y se embarcó en él, y llegó a la costa de Malabar.

Allí hizo amistad con varias personas oriundas del Yamán, que le recomendaron al rey del país. Y el rey le dio un cargo de confianza y le nombró capitán de su guardia. Y vivió en aquel país diez años, honrado y respetado, y con la tranquilidad de una vida deliciosa. Y cada vez que el recuerdo del cuesco asaltaba su memoria, lo ahuyentaba como se ahuyentan los malos olores.

Pero al cabo de aquellos diez años le poseyó la nostalgia del país natal; y poco a poco enfermó de languidez; y sin cesar suspiraba pensando en su casa y en su ciudad; y creyó morir de aquel deseo reconcentrado. Pero un día, sin poder ya resistir a los apremios de su alma, ni siquiera se tomó tiempo para despedirse del rey, y se evadió y retornó al país de Hadramón, en el Yemán. Allí disfrazóse de derviche y fue a pie a la ciudad de Kaukabán; y ocultando su nombre y su condición, llegó de tal modo a la colina que dominaba la ciudad. Y con los ojos llenos de lágrimas vio la terraza de su antigua casa y las terrazas contiguas, y se dijo: "¡Menos mal si no me reconoce nadie! ¡Haga Alah que todos hayan olvidado mi historia!"

Y pensando así bajó de la colina y tomó por atajos extraviados para llegar a su casa. Y en el camino vio a una vieja que, sentada en el umbral de una puerta, quitaba piojos de la cabeza a una niña de diez años; y decía la niña a la vieja: "¡Oh madre mía! desearía saber la edad que tengo, porque una de mis compañeras quiere hacer mi horóscopo. ¿Vas a decirme, pues, en qué año he nacido?"

Y la vieja reflexionó un momento, y contestó: "¡Naciste, ¡oh hija mía! en el mismo año y en la misma noche en que Abul-Hossein soltó el cuesco!"

Cuando el desdichado Abul-Hossein oyó estas palabras, hubo de desandar lo andado y echó a correr con piernas más ligeras que el viento. Y se decía: "¡He aquí que tu cuesco es ya una fecha en los anales! ¡Y se transmitirá a través de las edades mientras de las palmeras nazcan flores!" Y no dejó de correr y de viajar hasta llegar al país de la India. Y vivió en el destierro con amargura hasta su muerte. ¡Sean con él la misericordia de Alah y su piedad!

Después Schehrazada todavía dijo aquella noche:

LOS DOS CHISTOSOS

He llegado a saber también, ¡oh rey afortunado! que en la ciudad de Damasco, en Siria, había antaño un hombre reputado por sus buenas jugarretas, sus chistes y sus atrevimientos, y en El Cairo, otro hombre no menos famoso por las mismas cualidades. Y he aquí que el bromista de Damasco, que a menudo oía hablar de su compañero de El Cairo, anhelaba mucho conocerle, tanto más cuanto que sus clientes habituales le decían de continuo: "¡No cabe duda! ¡el egipcio es incuestionablemente mucho más intencionado, más inteligente, más listo y más chistoso que tú! ¡Y su trato es mucho más divertido que el tuyo! ¡Si acaso no nos creyeras, no tienes más que ir a El Cairo a verle actuar, y comprobarás su superioridad!" Y arregláronse de manera que se dijo el hombre: "¡Por Alah ¡ya veo que no me queda más remedio que ir a El Cairo a observar por mis propios ojos si es cierto lo que de él se dice!"

Y lio sus bártulos y abandonó Damasco, que era su ciudad, y partió para El Cairo, adonde llegó, con asentimiento de Alah, en buena salud. Y sin tardanza preguntó por la morada de su rival, y estuvo a visitarle. Y fue recibido con todas las consideraciones de una hospitalidad amplia, y fue honrado y albergado tras los deseos de bienvenida más cordiales.

Luego pusiéronse ambos a contarse mutuamente las cosas más importantes del mundo, y pasaron la noche charlando alegremente.

Pero al día siguiente, el hombre de Damasco dijo al hombre de El Cairo: "¡Por Alah, ¡oh compañero! que no he venido desde Damasco a El Cairo más que para juzgar por mis propios ojos acerca de las buenas jugarretas y de las bromas que sin cesar gastas por la ciudad! ¡Y desearía regresar a mi país enriquecido con tu instrucción! ¿Quieres, pues, que atestigüe lo que tan ardientemente deseo ver?" El otro dijo: "¡Por Alah, ¡oh compañero! sin duda te engañaron los que te han hablado de mí! ¡Apenas si sé diferenciar mi mano izquierda de mi mano derecha! ¿Cómo voy, pues, a instruir en la delicadeza y en el ingenio a un noble damasquino como tú? ¡Pero salgamos a pasear, ya que mi deber de huésped consiste en hacer que veas las cosas buenas que hay en nuestra ciudad!"

Salió, pues, con él, y ante todo, le llevó a la mezquita de Al-Azhar, a fin de que pudiese contar a los habitantes de Damasco las maravillas de la instrucción y de la ciencia. Y de camino, al pasar por junto a los mercaderes de flores, se hizo un ramo de flores, con hierbas aromáticas, con clavelinas, con rosas, con albahaca, con jazmines, con ramas de menta y mejorana. Y así llegaron ambos a la mezquita, y pasaron al patio. Pero al entrar divisaron ante la fuente de las abluciones, acurrucadas en los retretes, personas que estaban evacuando imperiosas necesidades. Y el hombre de El Cairo dijo al de Damasco: "Vamos a ver, compañero. Si tuvieras que gastar una broma a esas personas acurrucadas en fila, ¿cómo te arreglarías... ?

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 618ª NOCHE

Ella dijo:

"...Vamos a ver, compañero. Si tuvieras que gastar una broma a esas personas acurrucadas en fila, ¿cómo te arreglarías?" El otro contestó: "¡Lo más indicado sería pasar por detrás de ellas con una escoba de esparto, y como por inadvertencia, haciendo que barría, pincharlas en el trasero con las espinas de la escoba!" El hombre de El Cairo dijo: "Ese procedimiento, compañero, sería algo torpe y grosero. ¡Y verdaderamente resultan soeces semejantes bromas! ¡He aquí lo que haría yo!" Y después de hablar así, se acercó con aire amable y simpático a las personas puestas en cuclillas, diciendo: "Con tu permiso, ¡oh mi señor!" Y cada cual hubo de contestarle, en el límite de la confusión y del furor: "¡Alah arruine tu casa, ¡oh hijo de alcahuete! ¿Acaso celebramos un festín aquí?" Y al ver la cara indignada de las personas aludidas, reían en extremo todos los circunstantes reunidos en el patio de la mezquita.

De modo que, cuando el hombre de Damasco hubo visto aquello con sus propios ojos, encaróse con el hombre de El Cairo, y le dijo: "¡Por Alah, que me venciste. oh jeique de los bromistas! Y razón tiene el proverbio que dice: "¡Sutil como el egipcio, que pasa por el ojo de una aguja!"

Después Schehrazada todavía dijo aquella noche:

ARDID DE MUJER

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que, en una ciudad entre las ciudades, una joven de alto rango, cuyo esposo se ausentaba a menudo para hacer viajes próximos y lejanos, acabó por no resistir ya a las incitaciones de su tormento y escogió para sí, a manera de bálsamo calmante, un muchacho, que no tenía par entre los jóvenes de aquel tiempo. Y se amaron ambos con un amor extraordinario; y se satisficieron mutuamente con toda alegría y toda tranquilidad, levantándose para comer, comiendo para acostarse y acostándose para copular. Y de aquella manera vivieron durante un largo transcurso de tiempo.

Y he aquí que un día solicitó con malas intenciones al muchacho un jeique de barba blanca, un pérfido redomado, semejante al cuchillo del vendedor de colocasias. Pero el joven no quiso prestarse a lo que le pedía el jeique, y enfadándose con él, le pegó mucho en la cara y le arrancó su barba de confusión. Y el jeique fue al walí de la ciudad para quejarse del mal trato que acababa de sufrir; y el walí mandó detener y encarcelar al muchacho.

Entretanto, se enteró la joven de lo que acababa de sucederle a su enamorado, y al saber que estaba preso, tuvo una pena muy violenta. Así es que no tardó en combinar un plan para liberar a su amigo, y adornándose con sus atavíos más hermosos, fue al palacio del walí, solicitó audiencia y la introdujeron en la sala de las peticiones. Y en verdad ¡por Alah! que, nada más que con mostrarse de aquel modo en su esbeltez, habría podido obtener de antemano la concesión de todas las peticiones de la tierra a lo ancho y a lo largo. De manera que, después de las zalemas, dijo al walí: "¡Oh nuestro señor walí! el desgraciado joven, a quien hiciste encarcelar, es mi propio hermano y el único sostén de mi casa. Y ha sido calumniado por los testigos del jeique y por el mismo jeique, que es un pérfido, un disoluto. ¡Vengo, pues, a solicitar de tu justicia la libertad de mi hermano, sin lo cual va a arruinarse mi casa, y yo moriré de hambre!"

Pero no bien el walí hubo visto a la joven, se le afectó mucho el corazón por causa suya; y se enamoró de ella; y le dijo: "¡Claro que estoy dispuesto a libertar a tu hermano! ¡Pero conviene que antes entres en el harén de mi casa, que yo iré a buscarte allí después de las audiencias, para hablar acerca del asunto contigo!" Mas comprendiendo ella lo que pretendía él, se dijo: "¡Por Alah ¡oh barba de pez! que no me tocarás hasta que las ranas críen pelo!"

Y contestó: "¡Oh nuestro señor el walí! ¡es preferible que vayas tú a mi casa, donde tendremos tiempo sobrado para hablar acerca del asunto con más tranquilidad que aquí, en donde al fin y al cabo soy una extraña!" Y le preguntó el walí en el límite de la alegría: "¿Y dónde está tu casa?" Ella dijo: "¡En tal sitio! ¡Y te espero allí esta tarde al ponerse el sol!" Y salió de casa del walí, a quien dejó sumido en un mar agitado, y fue en busca del kadí de la ciudad. Entró, pues, en casa del kadí, que era un hombre de edad, y le dijo: "¡Oh nuestro amo el kadí!" Él dijo: "¿Qué hay?"

Ella continuó: "¡Te suplico que detengas tus miradas en mi tribulación, y Alah lo aprobará!"

El preguntó: "¿Quién te ha oprimido?" Ella contestó: "Un jeique pérfido que, valiéndose de testigos falsos, logró que encarcelasen a mi hermano, único sostén de mi casa. ¡Y vengo a rogarte que intercedas con el walí para que suelten a mi hermano!" Y he aquí que, cuando el kadí vio y oyó a la joven, quedó locamente enamorado de ella, y le dijo: "Con mucho gusto me interesaré por tu hermano. Pero empieza por entrar en el harén y esperarme allí. Y entonces hablaremos del asunto. ¡Y todo saldrá a medida de tu deseo!" Y se dijo la joven: "¡Ah hijo de alcahuete! ¡como no me poseas para cuando las ranas críen pelo!" Y contestó: "¡Oh amo nuestro! ¡Mejor será que te espere en mi casa, donde no nos molestará nadie!" El preguntó: "¿Y dónde está tu casa?"

Ella dijo: "¡En tal sitio! ¡Y te espero allí esta misma tarde después de que se ponga el sol!" Y salió de casa del kadí y fue en busca del visir del rey.

Cuando estuvo en presencia del visir, le contó el encarcelamiento del muchacho, que decía era hermano suyo, y le suplicó que diera orden de que le libertaran. Y le dijo el visir: "¡No hay inconveniente! ¡Pero entra ahora a esperar en el harén, adonde iré a reunirme contigo para hablar acerca del asunto!" Ella dijo: "¡Por la vida de tu cabeza, ¡oh amo nuestro! soy muy tímida, y ni siquiera sabré conducirme en el harén de tu señoría! ¡Pero mi casa es más a propósito para conversaciones de ese género, y te esperaré en ella esta misma noche una hora después de ponerse el sol!" Y le indicó el sitio en que estaba situada su casa, y salió de allí para ir a palacio en busca del rey de la ciudad.

Y he aquí que cuando entró en la sala del trono, el rey se dijo, maravillado de su belleza: "¡Por Alah! ¡Qué buen bocado para tomárselo caliente aún y en ayunas!" Y le preguntó: "¿Quién te ha oprimido?"

Ella dijo: "¡No me han oprimido, puesto que existe la justicia del rey!" Dijo él: "¡Sólo Alah es justo! ¿Pero qué puedo hacer en tu favor?" Ella dijo: "¡Dar orden para que pongan en libertad a mi hermano, encarcelado injustamente!" Dijo él: "¡Fácil es la cosa! ¡Ve a esperarme en el harén, hija mía! ¡Y no ocurrirá más que lo que te convenga!"

Ella dijo: "En ese caso ¡oh rey! mejor te esperaré en mi casa. Porque ya sabe nuestro rey que para esta clase de cosas son necesarios muchos preparativos, como baño, limpieza y otros requisitos parecidos. ¡Y nada de eso puedo hacerlo bien más que en mi casa, la cual habrá de ser honrada y bendita por siempre en cuanto pisen en ella los pasos de nuestro rey!"

Y el rey dijo: "¡Sea, pues, así!" Y se pusieron ambos de acuerdo acerca de la hora y el sitio del encuentro. Y la joven salió de palacio y fue en busca de un carpintero...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 620ª NOCHE

...de un carpintero, al cual dijo: "¡Esta tarde me enviarás a casa un armario grande con tres entrepaños superpuestos, y del que cada entrepaño tenga una puerta independiente que se cierre bien con un candado!" El carpintero contestó : "Por Alah, ¡oh mi ama! ¡Que las cosa no es tan fácil de hacer de aquí a esta tarde!" Ella dijo: "¡Te pagaré lo que quieras!" Dijo él: "En ese caso, estará listo. ¡Pero el precio que de ti quiero no es oro ni plata, ¡oh mi señora! sino solamente lo que tú sabes! ¡Entra, pues, en la trastienda, a fin de que pueda hablar contigo!" Al oír estas palabras del carpintero, contestó la joven: "¡Oh carpintero de bendición, que hombre de tan poco tacto eres! ¡Por Alah! ¿Es que esta miserable trastienda tuya resulta a propósito para una conversación como la que quieres mantener? ¡Mejor será que vengas esta noche a mi casa después de enviarme el armario, y me hallarás dispuesta a conversar contigo hasta por la mañana!" Y el carpintero contestó: "¡De todo corazón amistoso y como homenaje debido!" Y continuó la joven: "¡Bueno! ¡Pero el armario que vas a hacerme no ha de tener cuatro entrepaños, sino cinco! ¡Porque, si he de guardar en él todo lo que tengo que guardar, necesito cinco entrepaños!"

Y después de darle las señas de su casa, se separó del carpintero y regresó a su domicilio.

Ya en él, sacó de un cofre cinco ropones de hechuras y colores distintos, los dejó cuidadosamente e hizo aportar manjares y bebidas, y colocar flores y quemar perfumes. Y de esta manera aguardó la llegada de sus invitados.

Y he aquí que al oscurecer llevó el armario consabido el mozo del carpintero; y la joven mandó colocarlo en la sala de visitas. Luego despidió al mozo, y antes de que tuviese tiempo de probar los candados del armario, llamaron a la puerta, y entró el primero de los invitados, que era el walí de la ciudad. Y levantóse en honor suyo, y besó la tierra entre sus manos, y le invitó a sentarse, y le sirvió refrescos. Luego empezó a posar en él unos ojos de un palmo de largos, y a lanzarle miradas abrasadoras, de modo que el walí hubo de levantarse acto seguido, y haciendo muchos gestos y tembloroso ya, quiso poseerla al instante.

Pero dijo la joven, desasiéndose de él: "¡Oh mi señor! ¡Cuán refinado eres! ¡Comienza por desnudarte para tener soltura de movimientos!" Y dijo el walí: "¡No hay inconveniente!" Y se quitó sus vestiduras. Y ella le presentó un ropón de seda amarilla y de forma extraordinaria, un gorro del mismo color, para que se los pusiese en lugar de sus trajes de color oscuro, como suele hacerse en los festines de libertinos. Y el walí se apropió del ropón amarillo, y el gorro amarillo, y se dispuso a divertirse. Pero en aquel mismo momento llamaron a la puerta con violencia.

Y preguntó el walí, muy contrariado: "¿Esperas a algunas vecinas o a alguna proveedora?" Ella contestó aterrada: "¡Por Alah, que no! ¡Pero he olvidado que esta misma noche volvía de viaje mi esposo! ¡Y él mismo es quien llama a la puerta en este momento!" El walí preguntó: "¿Y qué va a ser de mí entonces? ¿Y qué voy a hacer?"

Ella dijo: "¡No tienes más que un modo de salvarte, y consiste en meterte en este armario!" Y abrió la puerta del primer entrepaño del armario, y dijo al walí: "¡Métete ahí dentro!" Dijo él: "¿Y cómo voy a caber?" Ella dijo: "¡Acurrucándote!" Y encorvándose por la cintura, entró el walí en el armario, y se acurrucó allí. Y la joven cerró con llave la puerta y fue a abrir al que llamaba.

Y he aquí que era el kadí.

Y le recibió como había recibido al walí, y cuando llegó el momento oportuno, le puso un ropón rojo de forma extraordinaria y un gorro del mismo color; y como quería él arrojarse sobre ella, le dijo: "¡No, por Alah! ¡Antes tendrás que escribirme una orden disponiendo que suelten a mi hermano!" Y el kadí le escribió la orden consabida, y se la entregó en el mismo momento en que llamaban a la puerta. Y exclamó la joven con acento aterrado: "¡Es mi esposo, que vuelve de viaje!" E hizo encaramarse al kadí hasta el segundo entrepaño del armario, y fue a abrir al que llamaba a la puerta de la casa.

Y precisamente era el visir. Y ocurrió lo que les había sucedido a los otros dos; y ataviado con un ropón verde y un gorro verde, hubo de meterse en el tercer entrepaño del armario en el momento de llegar a su vez el rey de la ciudad. Y del propio modo, se atavió el rey con un ropón azul y un gorro azul, y en el instante en que se disponía a verificar lo que le había llevado allí, resonó la puerta, y ante el terror de la joven, se vio obligado a trepar al cuarto entrepaño del armario, donde hubo de acurrucarse en una postura muy penosa para él, que estaba bastante grueso.

Entonces quiso caer sobre la joven el carpintero, que le miraba con ojos devoradores y quería cobrarse el armario. Pero le dijo ella: "¡Oh carpintero! ¿Por qué has hecho tan pequeño el quinto entrepaño del armario? ¡Apenas si puede guardarse ahí el contenido de una caja pequeña!"

Dijo él: "¡Por Alah, que en ese entrepaño quepo yo y aun cuatro más gordos que yo!" Ella dijo: "Prueba, a ver si cabes" Y encaramándose en banquetas superpuestas, el carpintero se metió en el quinto entrepaño, donde quedó encerrado bajo llave inmediatamente.

Enseguida, cogiendo la orden que le había dado el kadí, la joven fue en busca de los celadores de la cárcel, los cuales, al ver el sello estampado debajo del escrito, soltaron al muchacho.

Entonces volvieron ella y él a la casa a toda prisa, y para festejar su reunión, copularon de firme y durante largo tiempo con muchos ruidos y jadeos. Y los cinco encerrados oían desde dentro del armario todo aquello, pero no se atrevían a moverse ni podían tampoco. Y acurrucados en los entrepaños unos encima de otros, no sabían cuándo se les libertaría.

Y he aquí que, no bien la joven y el muchacho terminaron con sus escarceos, recogieron cuantas cosas preciosas pudieron llevarse, las metieron en cofres, vendieron todo lo demás, y abandonaron aquella ciudad para ir a otra ciudad y a otro reino. ¡Y esto en cuanto a ellos! ¡Pero en cuanto a los otros cinco, he aquí lo que les sucedió! Al cabo de dos días de estar allí, los cinco se sintieron poseídos por una necesidad imperiosa de orinar.

Y el primero que se meó fue el carpintero. Y cayeron los orines en la cabeza del rey. Y en el mismo momento se puso el rey a mear encima de la cabeza de su visir, que se orinó en la cabeza del kadí, el cual se meó en la cabeza del walí. Entonces alzaron la voz todos, excepto el rey y el carpintero, gritando: "¡Qué asco!" Y el kadí reconoció la voz del visir, el cual reconoció la voz del kadí. Y se dijeron unos a otros: "¡Henos aquí caídos en la trampa! ¡Menos mal que ha escapado el rey!"

Pero en aquel momento les gritó el rey, que habíase callado por dignidad: "¡No digáis eso, porque también estoy aquí! ¡Y no sé quién me ha meado en la cabeza!" Entonces exclamó el carpintero: "¡Alah eleve la dignidad del rey! ¡Me parece que he sido yo! ¡Porque estoy en el quinto entrepaño!"

Luego añadió: "¡Por Alah! ¡Soy el causante de todo esto, pues el armario es obra mía!"

Entretanto, regresó de su viaje el esposo de la joven; y los vecinos, que no se habían dado cuenta de la marcha de la joven, lo vieron llegar y llamar a su puerta inútilmente. Y les preguntó el porqué no le respondía nadie desde dentro. Y no supieron informarle acerca del particular. Entonces, hartos de esperar, derribaron la puerta entre todos y penetraron en el interior; pero se encontraron con la casa vacía y sin más mueble que el armario consabido. Y oyeron voces de hombres dentro del armario. Y ya no dudaron que el armario estaba habitado por genn...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 622ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y oyeron voces de hombres dentro del armario. Y ya no dudaron que el armario estaba habitado por genn. Y en alta voz dijeron que iban a prender fuego al armario y a quemarlo con quienes encerrase. Y cuando iban a poner en práctica su proyecto, se dejó oír desde dentro del armario la voz del kadí, que gritaba: "Deteneos, ¡oh buenas gentes! ¡No somos ni genn ni ladrones, sino que somos tal y cual!"

Y en pocas palabras les puso al corriente del ardid de que habían sido víctimas. Entonces los vecinos, con el esposo a la cabeza, rompieron los candados y libertaron a los cinco presos, a quienes hallaron vestidos con los trajes extraños que la joven les hizo ponerse. Y al ver aquello, ninguno pudo por menos de reír la aventura. Y para consolar al esposo de la marcha de su mujer, le dijo el rey: "¡Te nombro mi segundo visir!"

Y tal es esta historia. ¡Pero Alah es más sabio! Y tras de hablar así, Schehrazada dijo al rey Schahriar: "¡Pero no creas ¡oh rey! que todo esto es comparable a la Historia del dormido despierto!" Y como el rey Schahriar frunciese las cejas al oír este título, que era desconocido para él, Schehrazada dijo sin más tardanza:

HISTORIA DEL DORMIDO DESPIERTO

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que antaño, en tiempos del califa Harún Al-Raschid, había en Bagdad un joven soltero, llamado Abul-Hassán, que llevaba una vida muy extraña y muy extraordinaria. Porque sus vecinos jamás le veían tratar dos días seguidos a la misma persona ni invitar en su casa a ningún habitante de Bagdad, pues cuantos a su casa iban eran extranjeros. Así es que las gentes de su barrio, como ignoraban lo que hacía, le habían puesto el mote de Abul-Hassán el Disoluto.

Tenía él costumbre de ir todas las tardes a apostarse al extremo del puente de Bagdad, y allá esperaba que pasase algún extranjero; y en cuanto divisaba uno, fuese rico o pobre, joven o viejo, se adelantaba a él sonriendo y lleno de urbanidad, y después de las zalemas y los deseos de bienvenida, le invitaba a aceptar la hospitalidad de su casa durante la primera noche que residiese en Bagdad. Y se lo llevaba con él, y le albergaba lo mejor que podía; y como se trataba de un individuo muy jovial y de carácter complaciente, le hacía compañía toda la noche y no escatimaba nada para darle la mejor idea de su generosidad. Pero al día siguiente le decía: "¡Oh huésped mío! has de saber que, si te invité a mi casa cuando en esta ciudad sólo Alah te conoce, es porque tengo mis razones para obrar de esa manera. Pero hice juramento de no tratar jamás dos días seguidos al mismo extranjero, aunque sea el más encantador y el más delicioso entre los hijos de los hombres. ¡Así, pues, heme aquí precisado a separarme de ti, e incluso te ruego que, si alguna vez me encuentras por las calles de Bagdad, hagas como que no me conoces para no obligarme a que me aparte de ti!"

Y tras de hablar así, Abul-Hassán conducía a su huésped a cualquier khan de la ciudad, le daba todos los informes que pudiera necesitar, se despedía de él y no volvía a verle ya. Y si por casualidad ocurría que se encontrase más tarde por los zocos con alguno de los extranjeros que había recibido en su casa, fingía no conocerle, e incluso volvía a otro lado la cabeza para no verse obligado a hablarle o saludarle. Y continuó obrando de tal suerte, sin dejar nunca ni una sola tarde de llevarse a su casa un nuevo extranjero.

Pero una tarde, al ponerse el sol, cuando estaba sentado, según tenía por costumbre, al extremo del puente de Bagdad esperando la llegada de algún extranjero, vio avanzar en dirección suya a un rico mercader vestido a la manera de los mercaderes de Mossul, y seguido por un esclavo de alta estatura y de aspecto imponente. Era nada menos que el califa Harún Al-Raschid, disfrazado, como solía hacerlo todos los meses, a fin de ver y examinar por sus propios ojos lo que ocurría en Bagdad. Y Abul-Hassán, al verle, ni por asomo se figuró quién era; y levantándose del sitio en que estaba sentado, avanzó a él, y después de la zalema más graciosa y el deseo de bienvenida, le dijo: "¡Oh mi señor, bendita sea tu llegada entre nosotros! Hazme el favor de aceptar por esta noche mi hospitalidad en lugar de ir a dormir en el khan. ¡Y ya tendrás tiempo mañana por la mañana de buscar tranquilamente alojamiento!" Y para decidirle a aceptar su oferta, en pocas palabras le contó que desde hacía mucho tiempo tenía costumbre de dar hospitalidad, sólo por una noche, al primer extranjero que veía pasar por el puente. Luego añadió: "Alah es generoso, ¡oh mi señor! ¡En mi casa encontrarás amplia hospitalidad, pan caliente y vino clarificado!"

Cuando el califa hubo oído las palabras de Abul-Hassán, le pareció tan extraña la aventura y tan singular Abul-Hassán, que ni por un instante vaciló en satisfacer su anhelo de conocerle más a fondo. Así es que, tras de hacerse rogar un momento por pura fórmula y para no resultar un hombre mal educado, aceptó la oferta, diciendo: "¡Por encima de mi cabeza y de mi oído! ¡Alah aumente sobre ti sus beneficios!, ¡oh mi señor! ¡Heme aquí pronto a seguirte!" Y Abul-Hassán mostró el camino a su huésped y le condujo a su casa, conversando con él con mucho agrado.

Aquella noche la madre de Hassán había preparado una comida excelente. Y les sirvió primero bollos tostados con manteca y rellenos con picadillo de carne y piñones, luego un capón muy gordo rodeado de cuatro pollos grandes, luego un pato relleno de pasas y alfónsigos, y por último, unos pichones en salsa. Y en verdad que todo aquello era exquisito al paladar y agradable a la vista.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 624ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y en verdad que todo aquello era exquisito al paladar y agradable a la vista. Así es que, sentándose ambos ante las bandejas, comieron con gran apetito; y Abul-Hassán escogía los trozos más delicados para dárselos a su huésped. Después, cuando acabaron de comer, el esclavo les presentó el jarro y la jofaina; y se lavaron las manos, en tanto que la madre de Hassán retiraba las fuentes de manjares para servir los platos de frutas llenos de uvas, dátiles y peras, así como otros platos con botes llenos de confituras, pastas de almendras y toda clase de cosas deliciosas. Y comieron hasta la saciedad para comenzar a beber luego.

Entonces Abul-Hassán llenó de vino la copa del festín, y con ella en la mano, se encaró con su huésped, y le dijo: "¡Oh huésped mío! Ya sabes que el gallo no bebe nunca sin llamar con cacareos antes a las gallinas para que vayan a beber con él. Por tanto, si yo me llevase a los labios esta copa para beber estando solo, la bebida detendríase en mi gaznate, y moriría yo seguramente. Ruégote, pues, que por esta noche dejes la sobriedad para quienes estén de mal humor, y busques conmigo la alegría en el fondo de la copa. ¡Porque, en verdad, ¡oh huésped mío! que mi felicidad alcanza su límite extremado al tener yo en mi casa a un personaje tan honorable como tú!"

El califa, que no quería desairarle, y que, además, deseaba hacerle hablar, no rehusó la copa y se puso a beber con él. Y cuando empezó el vino a aligerarles las almas, dijo el califa a Abul-Hassán: "¡Oh mi señor! Ahora que existe entre nosotros el pan y la sal, ¿quieres decirme el motivo que te induce a portarte así con extranjeros a quienes no conoces, y contarme, a fin de que yo la oiga, tu historia, que debe ser asombrosa?"

Y contestó Abul-Hassán: "Has de saber ¡oh huésped mío! que mi historia no es asombrosa, sino instructiva únicamente. Me llamo Abul-Hassán, y soy hijo de un mercader que a su muerte me dejó lo bastante para vivir con toda holgura en Bagdad, nuestra ciudad. Y como yo había sido educado muy severamente en vida de mi padre, me apresuré a hacer cuanto estaba en mi mano para ganar el tiempo perdido en mi juventud. Pero como estaba naturalmente dotado de reflexión, tuve la precaución de dividir mi herencia en dos partes: una que convertí en oro y otra que conservé como reserva. Y cogí el oro realizado con la primera parte, y empecé a dilapidarlo a manos llenas, tratando a jóvenes de mi edad, a quienes regalaba y atendía con una esplendidez y una generosidad de emir. Y no escatimaba nada para que nuestra vida estuviese llena de delicias y comodidades.

Pero, gastando de tal suerte, advertí que, al cabo de un año no me quedaba ya ni un solo dinar en el fondo de la arquilla, y volví la vista a mis amigos, pero habían desaparecido. Entonces fui en busca suya, y les pedí que a su vez me ayudasen en la situación penosa por que atravesaba. Pero, uno tras de otro, todos me pusieron algún pretexto que les impedía ir en mi ayuda, y ninguno de ellos accedió a ofrecerme algo para que subsistiese ni un solo día. Entonces volví en mí, y comprendí cuánta razón tuvo mi padre para educarme con severidad.

Y regresé a mi casa, y me puse a reflexionar acerca de lo que me quedaba que hacer. Y a la sazón hice hincapié en una resolución que desde entonces mantengo sin vacilar. Juré ante Alah, en efecto, que jamás frecuentaría el trato de los individuos de mi país, ni daría en mi casa hospitalidad a nadie más que a extranjeros; pero la experiencia me ha enseñado también que la amistad corta y efusiva es preferible con mucho a la amistad larga y que acaba mal, ¡e hice juramento de no tratar nunca dos días seguidos al mismo extranjero invitado en mi casa, aunque sea el más encantador y el más delicioso entre los hijos de los hombres! Porque ya he experimentado cuán crueles son los lazos del afecto, y hasta qué punto impiden saborear en su plenitud las alegrías de la amistad.

Así, pues, ¡oh huésped mío! no te asombres de que mañana por la mañana, tras esta noche en que la amistad se nos deja ver bajo el aspecto más atrayente, me encuentre obligado a decirte adiós. ¡E incluso si, más tarde, me encontraras en las calles de Bagdad, no tomes a mal que no te reconozca ya siquiera!"

Cuando el califa hubo oído estas palabras de Abul-Hassán, le dijo: "¡Por Alah, que tu conducta es una conducta maravillosa, y en mi vida he visto conducirse con tanta prudencia como tú a ningún joven disoluto! Así es que mi admiración por ti llega a sus límites extremos: con los fondos que te reservaste de la segunda parte de tu patrimonio, supiste llevar una vida inteligente que te permite disfrutar cada noche del trato de un hombre distinto con quien puedes variar siempre de placeres y conversaciones, y que no podrá hacerte experimentar sensaciones desagradables". Luego añadió: "Pero ¡oh mi señor! lo que me has dicho respecto a nuestra separación de mañana me produce una pena extremada. Porque yo quería corresponder de algún modo a lo bien que conmigo te portaste y a la hospitalidad de esta noche.

Te ruego, pues, ahora, que manifiestes un deseo, y te juro por la Kaaba santa que me comprometo a satisfacerlo. ¡Háblame, por tanto, con toda sinceridad, y no temas que resulte excesiva tu petición, pues los bienes de Alah son numerosos sobre este mercader que te habla, y no me será difícil realizar nada, con ayuda de Alah...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 625ª NOCHE

Ella dijo:

"...y no me será difícil realizar nada, con ayuda de Alah!"

Al oír estas palabras del califa disfrazado de mercader, Abul-Hassán contestó sin turbarse ni manifestar el menor asombro: "¡Por Alah, ¡oh mi señor! que mis ojos están pagados ya con verte, y tus beneficios estarían de más! ¡Te doy las gracias, pues, por tu buena voluntad para conmigo; pero, como no tengo ningún deseo que satisfacer ni ninguna ambición que realizar, me noto muy perplejo al responderte! ¡Porque me basta con mi suerte, y no deseo más que vivir como vivo, sin tener necesidad de nadie nunca!" Pero el califa insistió: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh mi señor! no rechaces mi oferta, y deja a tu alma expresar un deseo, a fin de que yo lo satisfaga! ¡De no ser así, me marcharé de aquí con el corazón muy torturado y muy humillado! ¡Porque más pesa un beneficio recibido que una mala acción, y el hombre bien nacido debe siempre devolver duplicado el bien que se le hace! ¡Así, pues, habla y no temas molestarme!"

Entonces, al ver que no podía comportarse de otro modo, AbulHassán bajó la cabeza y se puso a reflexionar profundamente acerca de la petición que se veía obligado a hacer; levantó de pronto luego la cabeza, y exclamó: "¡Pues bien; ya di con ello! Pero se trata de una petición loca, sin duda. ¡Y me parece que no voy a indicártela para no separarme de ti haciéndote formar con respecto a mí tan mala idea!"

El califa dijo: "¡Por la vida de mi cabeza! ¿Y quién puede decir de antemano si una idea es loca o razonable? ¡En verdad que no soy más que un mercader! pero, a pesar de todo, puedo hacer bastante más de lo que parece a juzgar por mi oficio ¡Habla pronto, pues!" Abul-Hassán contestó: "Hablaré, ¡oh mi señor! pero por los méritos de nuestro Profeta (con Él la paz y la plegaria), te juro que sólo el califa podría realizar lo que yo deseo. ¡Pues, para complacerme, sería preciso que me convirtiese yo, aunque fuese nada más que por un día, en califa en lugar de nuestro amo el Emir de los Creyentes Harún Al-Raschid!" El califa preguntó: "Pero, vamos a ver, ya Abul-Hassán ¿qué harías si fueses califa un día solamente?"

El otro contestó: "¡Escucha!" Y Abul-Hassán se interrumpió un momento, luego dijo:

"Has de saber ¡oh mi señor! que la ciudad de Bagdad está dividida en barrios y que cada barrio tiene al frente un jeique al que llaman al-balad. Pero, para desgracia de este barrio en que habito, el jeique-al-balad que lo regentea es un hombre tan feo y tan horroroso, que ha debido nacer sin duda de la copulación de una hiena con un cerdo. Su presencia resulta pestilente, porque no tiene por boca una boca vulgar, sino un brocal sucio comparable al agujero de una letrina; sus ojos de pez le salen de los lados y parece que se le van a saltar hasta caer a sus pies; sus labios tumefactos se dirían una llaga maligna, y cuando habla, lanzan chorros de saliva; sus orejas son unas orejas de puerco; sus mejillas, fláccidas y pintadas, se asemejan al trasero de un mono viejo; sus mandíbulas carecen de dientes a fuerza de mascar basuras; su cuerpo está aquejado de todas las enfermedades; en cuanto a su ano, ya no existe; a fuerza de servir de estuche a las herramientas de arrieros, poceros y barrenderos, está atacado de podredumbre y lo reemplazan ahora unos tapones de lana que impiden que se le salgan por allí las tripas.

"Y este innoble depravado es quien se permite poner en conmoción a todo el barrio con ayuda de otros dos depravados que voy a describirte. Porque no hay villanía que no cometa y calumnia que no difunda, y como tiene un alma excrementicia, ejerce su maldad de mujerzuela vieja sobre las personas honradas, tranquilas y limpias. Pero como no puede encontrarse a la vez en todas partes para infestar el barrio con su pestilencia, tiene a su servicio dos ayudantes tan infames como él.

"El primero de estos infames es un esclavo de rostro imberbe como el de los eunucos, de ojos amarillos y de voz tan desagradable como el sonido que se escapa del trasero de los asnos. Y ese esclavo, hijo de zorra y de perro, se hace pasar por un noble árabe, cuando sólo es un rumí de la más vil y de la más baja extracción. Su oficio consiste en ir a hacer compañía a los cocineros, a los criados y a los eunucos en casa de los visires y de los grandes del reino para sorprender los secretos de sus amos y contárselos a su jefe, el jeique al-balad, y traerlos y llevarlos por las tabernas y los sitios peores. Ninguna tarea le repugna, y lame los traseros cuando de ese modo puede encontrar un dinar de oro.

"En cuanto al segundo infame, es una especie de bufón de ojos saltones que se ocupa en decir chistes y gracias por los zocos, en donde se le conoce por su cráneo calvo como un casco de cebolla y su tartamudez, que es tan penosa, que a cada palabra que dice parece que va a vomitar los hígados. ¡Además, ningún mercader le invita a que se siente en su tienda, ya que está tan gordo y tan macizo, que cuando se sienta en una silla, vuela hecha pedazos la silla a causa de su peso! ¡Pero éste no es tan depravado como el primero, aunque es bastante más tonto!

"Por tanto, ¡oh mi señor! si yo fuese únicamente un día Emir de los Creyentes, no intentaría enriquecerme ni enriquecer a los míos, sino que me apresuraría a librar a nuestro barrio de esos tres horribles canallas, y los echaría al hoyo de la basura, una vez que hubiese castigado a cada cual con arreglo al grado de su ignominia. Y de tal suerte devolvería la tranquilidad a los habitantes de nuestro barrio. ¡Y eso es todo lo que deseo!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 627ª NOCHE

Ella dijo:

"Y de tal suerte devolvería la tranquilidad a los habitantes de nuestro barrio. ¡Y eso es todo lo que deseo!"

Cuando el califa hubo oído estas palabras de Abul-Hassán, le dijo: "En verdad, ya Abul-Hassán, que tu deseo es el deseo de un hombre que va por el buen camino y el de un corazón excelente, porque sólo los hombres buenos y los corazones excelentes sufren cuando la impunidad resulta el pago de los malos. ¡Pero no creas que tu deseo es tan difícil de realizar como me hiciste creer, pues bien convencido estoy de que si lo supiese el Emir de los Creyentes, a quien tanto le gustan las aventuras singulares, se apresuraría a entregar su poderío entre tus manos por un día y una noche!"

Pero Abul-Hassán se echó a reír, y contestó: "¡Por Alah! ¡demasiado se me alcanza que cuanto acabamos de decir no es más que una broma! ¡Y a mi vez estoy convencido de que, si el califa se enterase de mi extravagancia, haría que me encerraran como a un loco! ¡Así, pues, te ruego, que, si por casualidad tus relaciones te llevan a presencia de algún personaje de palacio, no le hables nunca de lo que dijimos bajo la influencia de la bebida!"

Y para no contrariar a su huésped, le dijo el califa: "¡Te juro que a nadie le hablaré de ello!" Pero en su interior se prometió no dejar pasar aquella ocasión de divertirse como jamás lo había hecho desde que recorría su ciudad disfrazado con toda clase de disfraces. Y dijo a Abul-Hassán; "¡Oh huésped mío! ¡conviene que a mi vez te eche yo de beber, pues hasta el presente fuiste tú quien se tomó el trabajo de servirme!" Y cogió la botella y la copa, vertió vino en la copa, echando en ella diestramente un poco de bang de la calidad más pura, y ofreció la copa a Abul-Hassán, diciéndole: "¡Que te sea sano y delicioso!" Y Abul-Hassán contestó: "¿Cómo rehusar la bebida que nos ofrece la mano del invitado? ¡Pero, por Alah sobre ti, ¡oh mi señor! como mañana no podré levantarme para acompañarte fuera de mi casa, te ruego que al salir no te olvides de cerrar bien detrás de ti la puerta!"

Y el califa se lo prometió así. Tranquilo ya por aquel lado, Abul-Hassán tomó la copa y la vació de un solo trago. Pero al punto surtió su efecto el bang, y Abul-Hassán rodó por tierra, dando con la cabeza antes que con los pies, de manera tan rápida, que el califa se echó a reír. Tras de lo cual llamó al esclavo que esperaba sus órdenes, y le dijo: "¡Cárgate a la espalda a este hombre, y sígueme!" Y el esclavo obedeció, y cargándose a la espalda a Abul-Hassán, siguió al califa, que le dijo: "¡Acuérdate bien del emplazamiento de esta casa, a fin de que puedas volver a ella cuando yo te lo ordene!"

Y salieron a la calle, olvidándose de cerrar la puerta, no obstante la recomendación.

Llegados que fueron a palacio, entraron por la puerta secreta y penetraron en el aposento particular en que estaba situada la alcoba. Y el califa dijo a su esclavo: "¡Quítale la ropa a este hombre, vístele con mi traje de noche, y échale en mi propio lecho!" Y cuando el esclavo hubo ejecutado la orden, el califa le envió a buscar a todos los dignatarios del palacio, visires, chambelanes y eunucos, así como a todas las damas del harén; y cuando se presentaron todos entre sus manos, les dijo: "Es preciso que mañana por la mañana estéis todos en esta habitación, y que cada cual de vosotros se ponga a las órdenes de este hombre que está echado en mi lecho y vestido con mi ropa. Y no dejéis de guardarle las mismas consideraciones que a mí mismo, y en todo os portaréis con él como si yo mismo fuese. Y al contestar a sus preguntas, le daréis el tratamiento de Emir de los Creyentes; y tendréis mucho cuidado de no contrariarle en ninguno de sus deseos. ¡Porque si alguno de vosotros, aunque fuese mi propio hijo, no interpreta bien las intenciones que os indico, en aquella hora y en aquel instante será ahorcado a la puerta principal de palacio!"

Al oír estas palabras del califa, todos los circunstantes contestaron: "¡Oír es obedecer!" Y a una seña del visir se retiraron en silencio, comprendiendo que, cuando el califa les había dado aquellas instrucciones, era porque quería divertirse de una manera extraordinaria. Cuando se marcharon, Al-Raschid se encaró con Giafar y con el portaalfanje Massrur, que se habían quedado en la habitación, y les dijo: "Ya habéis oído mis palabras. ¡Pues bien: es preciso que mañana seáis vosotros los primeros que os levantéis y vengáis a esta habitación para poneros a las órdenes de mi sustituto, que es éste que aquí veis! Y no habéis de asombraros por ninguna de las cosas que os diga, para sacaros de vuestro error simulado. Y haréis dádivas a quienes él os indique, aunque tuvierais que agotar todos los tesoros del reino; y recompensaréis, y castigaréis, y ahorcaréis, y mataréis, y nombraréis, y destituiréis exactamente como él os diga que hagáis. Y no tendréis necesidad de ir a consultarme antes. ¡Yo estaré escondido cerca, y veré y oiré cuanto ocurra! ¡Y sobre todo, obrad de manera que ni por un momento pueda sospechar que todo lo que sucede se reduce a una broma combinada por orden mía!

¡Eso es todo! ¡Y que se cumpla así!"

Luego añadió: "¡No dejéis tampoco, en cuanto os despertéis, de ir a sacarme de mi sueño a la hora de la plegaria matinal...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 629ª NOCHE

Ella dijo:

“¡No dejéis tampoco, en cuanto os despertéis, de ir a sacarme de mi sueño a la hora de la plegaria matinal!"

Y he aquí que al día siguiente, a la hora indicada, no dejaron Giafar y Massrur de ir a despertar al califa, que al punto corrió a colocarse detrás de una cortina en la misma habitación en que dormía Abul-Hassán. Y desde allí podía oír y ver todo lo que iba a ocurrir, sin exponerse a que Abul-Hassán le advirtiera entre los presentes.

Entonces entraron Giafar y Massrur, así como todos los dignatarios, las damas y los esclavos, y cada cual se colocó en el sitio de costumbre, con arreglo a su categoría. Y reinaban en la habitación una gravedad y un silencio como si se tratase del despertar del Emir de los Creyentes. Cuando todos estuvieron formados por orden, el esclavo designado de antemano se acercó a Abul-Hassán, que seguía dormido, y le aplicó a la nariz un hisopo empapado en vinagre. Y al punto estornudó Abul-Hassán una vez, dos veces y tres veces, arrojando por la nariz largos filamentos producidos por el efecto del bang. Y el esclavo recogió aquellas mucosidades en una bandeja de oro para que no cayesen en el lecho o en la alfombra; luego secó la nariz y el rostro a Abul-Hassán y le roció con agua de rosas. Y Abul-Hassán acabó por salir de su sopor, y abrió los ojos, despertándose.

¡Y se vio de primera intención en un lecho magnífico, cuya colcha era un magnífico y admirable brocado de oro rojo constelado de perlas y pedrerías! ¡Y alzó los ojos y se vio en un salón de paredes y techo tapizados de raso, con cortinas de seda y vasos de oro y de cristal en los rincones! Y giró los ojos a su alrededor y se vio rodeado de mujeres jóvenes y de esclavos jóvenes, de una belleza subyugante, que se inclinaban a su vista, y detrás de ellos divisó a la muchedumbre de visires, emires, chambelanes, eunucos negros y tañedores de instrumentos prontos a pulsar las cuerdas armoniosas y acompañar a las cantarinas colocadas en un círculo sobre un estrado. Y junto a él, encima de un taburete, reconoció por el color de los trajes, el manto y el turbante del Emir de los Creyentes.

Cuando Abul-Hassán vio todo aquello, cerró de nuevo los ojos para dormirse otra vez, de tan convencido como estaba de que se hallaba bajo el efecto de un sueño. Pero en el mismo momento se acercó a él el gran visir

Giafar, y después de besar la tierra por tres veces, le dijo con acento respetuoso: "¡Oh Emir de los Creyentes, permite que te despierte tu esclavo, pues ya es la hora de la plegaria matinal!"

Al oír estas palabras de Giafar, Abul-Hassán se restregó los ojos repetidas veces, luego se pellizcó en un brazo tan cruelmente que hubo de lanzar un grito de dolor, y se dijo: "¡No, por Alah, no estoy soñando! ¡Heme aquí convertido en califa!" Pero vaciló aún, y dijo en voz alta: "¡Por Alah, que todo esto es producto de mi razón extraviada por tanta bebida como ingerí ayer con el mercader de Mossul, y también es efecto de la disparatada conversación que con él tuve!" Y se volvió del lado de la pared para dormirse de nuevo. Y como ya no se movía, Giafar se aproximó más a él, y le dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡permite que tu esclavo se asombre al ver que su señor falte a su costumbre de levantarse para la plegaria!" En aquel mismo momento, a una seña de Giafar, las tañedoras de instrumentos hicieron oír un concierto de arpas, de laúdes y de guitarras, y las voces de las cantarinas resonaron armoniosamente. Y Abul-Hassán volvióse hacia las cantarinas, diciéndose en alta voz: "¿Y desde cuándo, ¡ya Abul-Hassán! los durmientes oyen lo que tú oyes y ven lo que tú ves?" Y acto seguido se levantó en el límite de la estupefacción y del encanto, aunque dudando siempre de la realidad de todo aquello. Y se puso las manos delante de los ojos a modo de pantalla, para distinguir mejor y probarse mejor sus impresiones, diciéndose: "¡Ualah! ¡Qué extraño! ¡Qué asombroso! ¿Dónde estás, Abul-Hassán, ¡oh hijo de tu madre!? ¿Sueñas o no sueñas? ¿Desde cuándo eres califa? ¿Desde cuándo este palacio, este lecho, estos dignatarios, estos eunucos, estas mujeres encantadoras, estas tañedoras de instrumentos, estas cantarinas hechiceras y todo esto es tuyo?"

Pero en aquel momento cesó el concierto, y Massrur el portaalfanje se acercó al lecho, besó la tierra por tres veces, e incorporándose, dijo a Abul-Hassán: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡permite al último de tus esclavos que te diga que ya ha pasado la hora de la plegaria, y es tiempo de ir al diwán para despachar los asuntos del reino!" Y Abul-Hassán, cada vez más estupefacto, sin saber ya qué partido tomar en su perplejidad, acabó por mirar a Massrur entre ambos ojos, y le dijo con cólera: "¿Quién eres tú? ¿Y quién soy yo?"

Massrur contestó con acento respetuoso: "Tú eres nuestro amo el Emir de los Creyentes, el califa Harún Al-Raschid, quinto de los Ani-Abbas, descendiente del tío del Profeta (¡con él la plegaria y la paz!) ¡Y el esclavo que te habla es el pobre, el despreciable, el ínfimo Massrur, honrado con el cargo augusto que consiste en llevar el alfanje de la voluntad de nuestro señor...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 630ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Y el esclavo que te habla es el pobre, el despreciable, el ínfimo Massrur, honrado con el cargo augusto que consiste en llevar el alfanje de la voluntad de nuestro señor!" Al oír estas palabras de Massrur, le gritó Abul-Hassán: "¡Mientes, hijo de mil cornudos!" Pero Massrur, sin turbarse contestó: "¡Oh mi señor! ¡en verdad que, al oír hablar así al califa, moriría de dolor otro cualquiera! ¡Pero yo, tu antiguo esclavo, que desde hace tan largos años estoy a tu servicio y vivo a la sombra de tus beneficios y de tu bondad, sé que el vicario del Profeta sólo me habla así para poner a prueba mi fidelidad! ¡Por favor, pues, ¡oh mi señor! te suplico que no me sometas a prueba más tiempo! ¡Si alguna pesadilla fatigó tu sueño esta noche, ahuyéntala y tranquiliza a tu esclavo tembloroso!"

Al oír estas palabras de Massrur, Abul-Hassán no pudo contenerse por más tiempo, y lanzando una inmensa carcajada, se tiró en el lecho, y empezó a revolcarse, enredándose en la colcha y alzando las piernas por encima de su cabeza. Y Harún Al-Raschid, que oía y veía todo aquello desde detrás de la cortina, hinchaba los carrillos para sofocar la risa que le embargaba.

Cuando Abul-Hassán se estuvo riendo en aquella postura durante una hora de tiempo, acabó por calmarse un poco, y levantándose acto seguido, hizo seña de que se aproximara a un esclavo negro, y le dijo: "¡Oye! ¿me conoces? ¿Y podrías decirme quién soy?"

El negro bajó los ojos con respeto y modestia, y contestó: "Eres nuestro amo el Emir de los Creyentes Harún Al-Raschid, califa del Profeta (¡bendito sea!) y vicario en la tierra del Soberano de la Tierra y del Cielo". Pero Abul-Hassán le gritó: "¡Mientes, ¡oh rostro de pez! oh hijo de mil alcahuetes! "

Se encaró entonces con una de las esclavas que estaban allí presentes, y haciéndole seña de que se aproximara, le tendió un dedo, diciéndole: "¡Muerde este dedo! ¡Así veré si duermo o estoy despierto!" Y la joven, que sabía que el califa estaba viendo y oyendo cuanto pasaba, se dijo para sí: "¡Esta es la ocasión de mostrar al Emir de los Creyentes todo lo que sé hacer para divertirle!" Y juntando los dientes con todas sus fuerzas, mordió el dedo hasta llegar al hueso. Y lanzando un grito de dolor, exclamó Abul-Hassán: "¡Ay! ¡Ah! ¡ya veo que no duermo! ¡Qué he de dormir!"

Y preguntó a la joven: "¿Podrías decirme si me conoces y si soy verdaderamente quien has dicho?" Y la esclava contestó, extendiendo los brazos: "¡El nombre de Alah sobre el califa y alrededor suyo! ¡Eres mi señor! ¡el Emir de los Creyentes Harún Al-Raschid, vicario de Alah!"

Al oír estas palabras, exclamó Abul-Hassán: "Hete aquí en una noche convertido en vicario de Alah, ¡oh Abul-Hassán! ¡oh hijo de tu madre!" Luego, rehaciéndose, gritó a la joven: "¡Mientes, oh zorra! ¿Acaso no sé bien yo quién soy?"

Pero en aquel momento acercóse al lecho el jefe eunuco, y después de besar por tres veces la tierra, se levantó, y encorvado por la cintura, se dirigió a Abul-Hassán, y le dijo: "¡Perdóneme nuestro amo! ¡Pero es la hora en que nuestro amo tiene costumbre de satisfacer sus necesidades en el retrete!" Y le pasó el brazo por los sobacos, y le ayudó a salir del lecho. Y en cuanto Abul-Hassán estuvo de pie sobre sus plantas, la sala y el palacio retemblaron al grito con que le saludaban todos los presentes: "¡Alah haga victorioso al califa!" Y pensaba Abul-Hassán: "¡Por Alah ¿no es cosa maravillosa? ¡Ayer era Abul-Hassán! ¿Y hoy soy Harún Al-Raschid?" Luego se dijo: "¡Ya que es la hora de mear, vamos a mear! ¡Pero no estoy ahora muy seguro de si también es la hora en que asimismo satisfago la otra necesidad!"

Pero sacóle de estas reflexiones el jefe eunuco, que le ofreció un calzado descubierto, bordado de oro y perlas, y que era alto del talón por estar especialmente destinado a usarlo en el retrete. ¡Pero Abul-Hassán, que en su vida había visto nada parecido, cogió aquel calzado, y creyendo sería algún objeto precioso que le regalaban, se lo metió en una de las amplias mangas de su ropón!

Al ver aquello, todos los presentes, que hasta entonces habían logrado retener la risa, no pudieron comprimir por más tiempo su hilaridad. Y los unos volvieron la cabeza, en tanto que los otros, fingiendo besar la tierra ante la majestad del califa, cayeron convulsos sobre sus alfombras. Y detrás de la cortina, el califa era presa de tal acceso de risa silenciosa, que cayó de costado al suelo.

Entretanto, el jefe eunuco, sosteniendo a Abul-Hassán por debajo del hombro, le condujo a un retrete pavimentado de mármol blanco, en tanto que todas las demás habitaciones del palacio estaban cubiertas de ricas alfombras. Tras de lo cual, volvió con él a la alcoba, en medio de los dignatarios y de las damas, alineados todos en dos filas. Y al punto se adelantaron otros esclavos que estaban dedicados especialmente al tocado y que le quitaron sus efectos de noche y le presentaron la jofaina de oro, llena de agua de rosas, para sus abluciones. Y cuando se lavó, sorbiendo con delicia el agua perfumada, le pusieron sus vestiduras reales, le colocaron la diadema, y le entregaron el cetro de oro.

Al ver aquello, Abul-Hassán pensó: "¡Vamos a ver! ¿Soy o no soy Abul-Hassán?" Y reflexionó un instante, y con acento resuelto, gritó en alta voz para ser oído por todos los presentes: "¡Yo no soy Abul-Hassán! ¡Que empalen a quien diga que soy Abul-Hassán! ¡Soy Harún Al-Raschid en persona!"

Y tras de pronunciar estas palabras, ordenó Abul-Hassán con un acento de mando tan firme como si hubiese nacido en el trono: "¡Marchen!" Y al punto se formó el cortejo; y colocándose el último, Abul-Hassán siguió al cortejo que le condujo a la sala del trono. Y Massrur le ayudó a subir al trono, donde sentóse él entre las aclamaciones de todos los presentes. Y se puso el cetro en las rodillas, y miró a su alrededor. Y vio que todo el mundo estaba colocado por orden en la sala de cuarenta puertas; y vio una muchedumbre innumerable de guardias con alfanjes brillantes, y visires y emires, y notables, y representantes de todos los pueblos del imperio, y otros más. Y entre la silenciosa multitud divisó algunas caras que conocía muy bien: Giafar el visir, Abu-Nowas, Al-Ijli, Al-Rakashi, Ibdán, Al-Farazadk, Al-Loz, Al-Sakar, Omar Al-Tartis, Abu-Ishak, Al-Khalia y Padim.

Y he aquí que mientras paseaba de aquel modo sus miradas de rostro en rostro, se adelantó Giafar, seguido de los principales dignatarios, todos vestidos con trajes espléndidos; y llegando ante el trono, se prosternaron con la faz en tierra, y permanecieron en aquella postura hasta que les ordenó que se levantaran. Entonces Giafar sacó de debajo de su manto un gran rollo que deshizo y del cual extrajo un legajo de papeles que se puso a leer uno tras otro y que eran los proyectos ordinarios. Y aunque Abul-Hassán jamás había entendido en semejantes asuntos, ni por un instante se turbó; y en cada uno de los asuntos que se le sometieron, dictó sentencia con tanto tacto y con justicia tanta, que el califa, que había ido a ocultarse detrás de una cortina de la sala del trono, quedó del todo maravillado.

Cuando Giafar hubo terminado su exposición, Abul-Hassán le preguntó: "¿Dónde está el jefe de policía?" Y Giafar le designó con el dedo a Ahmad-la-Tiña, jefe de policía, y le dijo: "Este es, ¡oh Emir de los Creyentes!"

Al verse aludido, el jefe de policía se destacó del sitio que ocupaba, y se acercó gravemente al trono, al pie del cual se prosternó con la faz en la tierra. Y después de permitirle que se levantara, le dijo Abul-Hassán: "¡Oh jefe de policía! ¡lleva contigo diez guardias, y ve al instante a tal barrio, tal calle y tal casa! En ella encontrarás a un horrible cerdo que es jeique-al-balad del barrio, y le hallarás sentado entre sus dos compadres, dos canallas no menos innobles que él. Apodérate de sus personas, y para acostumbrarles a lo que tienen que sufrir, empieza por dar a cada uno cuatrocientos palos en la planta de los pies...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 632ª NOCHE

Ella dijo:

"...Apodérate de sus personas, y para acostumbrarles a lo que tienen que sufrir, empieza por dar a cada uno cuatrocientos palos en la planta de los pies. Tras de lo cual, les subirás en un camello sarnoso, vestidos de andrajos y con la cara vuelta hacia la cola del camello, y les pasearás por todos los barrios de la ciudad, haciendo pregonar al pregonero público: "¡Este es el principio del castigo impuesto a los calumniadores, a los que manchan a las mujeres, a los que turban la paz de sus vecinos y babean sobre las personas honradas!" Efectuado esto, harás empalar por la boca al jeique-al-balad, ya que por ahí es por donde ha pecado y ya que en la actualidad no tiene ano; y arrojarás su cuerpo podrido a los perros. Cogerás luego al hombre imberbe de ojos amarillos, que es el más infame de los dos compadres que ayudan en su vil tarea al jeique-al-balad, y harás que le ahoguen en el hoyo de los excrementos de la casa de su vecino Abul-Hassán. ¡Después le tocará el turno al segundo compadre! A éste, que es un bufón y un tonto ridículo, no le harás sufrir más castigo que el siguiente: mandarás a un carpintero hábil que construya una silla hecha de manera que vuele en pedazos cada vez que vaya a sentarse en ella el hombre consabido, ¡y le condenarás a sentarse toda su vida en esa silla! ¡Ve, y ejecuta mis órdenes!"

Al oír estas palabras, el jefe de policía Ahmad-la-Tiña, que había recibido de Giafar la orden de ejecutar todos los mandatos que le formulara Abul-Hassán, se llevó la mano a la cabeza para indicar con ello que estaba dispuesto a perder su propia cabeza si no ejecutaba puntualmente las órdenes recibidas. Luego besó la tierra por segunda vez entre las manos de Abul-Hassán y salió de la sala del trono.

¡Eso fue todo! Y el califa, al ver a Abul-Hassán desempeñar con tanta gravedad prerrogativas de la realeza, experimentó un placer extremado. Y Abul-Hassán continuó juzgando, nombrando, destituyendo y ultimando los asuntos pendientes hasta que el jefe de policía estuvo de vuelta al pie del trono. Y le preguntó: "¿Ejecutaste mis órdenes?" Y después de prosternarse como de ordinario, el jefe de policía sacó de su seno un papel y se lo presentó a Abul-Hassán, que lo desdobló y lo leyó por entero. Era precisamente el proceso verbal de la ejecución de los tres compadres, firmado por los testigos legales y por personas muy conocidas en el barrio. Y dijo Abul-Hassán: "¡Está bien! ¡Quedo satisfecho! ¡Sean por siempre castigados así los calumniadores, los que manchan a las mujeres y cuantos se mezclan en asuntos ajenos!"

Tras de lo cual Abul-Hassán hizo seña al jefe tesorero para que se acercara, y le dijo: "Coged del tesoro al instante un saco de mil dinares de oro, y ve al mismo barrio adonde he enviado al jefe de policía y pregunta por la casa de Abul-Hassán el que llaman el Disoluto. Y como este Abul-Hassán, que está muy lejos de ser un disoluto, es un hombre excelente y de agradable compañía, todo el mundo se apresurará a indicarte su casa. Entonces entrarás en ella y dirás que tienes que hablar con su venerable madre; y después de las zalemas y las consideraciones debidas a esta excelente anciana, le dirás: "¡Oh madre de Hassán! he aquí un saco de mil dinares de oro que te envía nuestro amo el califa. Y este regalo no es nada en proporción a tus méritos. ¡Pero en este momento está vacío el tesoro, y el califa siente no poder hacer más por ti hoy! ¡Y sin más tardanza, le entregarás el saco y volverás a darme cuenta de tu misión!" Y el jefe tesorero contestó con el oído y la obediencia, y apresuróse a ejecutar la orden.

Hecho lo cual, Abul-Hassán indicó con una seña al gran visir Giafar que se levantara el diwán. Y Giafar transmitió la seña a los visires, a los emires, a los chambelanes y a los demás concurrentes, y todos, después de prosternarse al pie del trono, salieron en el mismo orden que cuando entraron. Y sólo se quedaron con Abul-Hassán el gran visir Giafar y el portaalfanje Massrur, que se acercaron a él y le ayudaron a levantarse, cogiéndole uno por debajo del brazo derecho y otro por debajo del brazo izquierdo. Y le condujeron hasta la puerta del aposento interior de las mujeres, en donde habían servido el festín del día. Y al punto las damas de servicio fueron a reemplazar junto a él a Giafar y a Massrur, y le introdujeron en la sala del festín.

Enseguida dejóse oír un concierto de laúdes, de tiorbas, de guitarras, de flautas, de oboes y de clarinetes que acompañaban a frescas voces de jóvenes, con tanto encanto, melodía y justeza, que Abul-Hassán no sabía por cuál decidirse, entusiasmado hasta el límite extremo del entusiasmo. Y acabó por decirse: "¡Ahora ya no puedo dudar! Soy realmente el Emir de los Creyentes Harún Al-Raschid. ¡Porque no va a ser un sueño todo esto! De ser así ¿vería, oiría, sentiría y andaría como lo hago? ¡En la mano tengo este papel con el proceso verbal de la ejecución de los tres compadres; escucho estos cánticos y estas voces; y todo lo demás, y estos honores, y estas consideraciones son para mí! ¡Soy el califa!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y como era discreta, se calló.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 634ª NOCHE

Ella dijo:

¡Soy el califa!" Y miró a su derecha y miró a su izquierda; y lo que vio le afirmó todavía más en la idea de su realeza. Estaba en medio de una sala espléndida, donde brillaba el oro en todas las paredes, donde los colores más agradables dibujábanse de manera variada en los tintes de los tapices, y donde ponían un resplandor incomparable siete áureas arañas de siete brazos colgadas del techo azul. Y en medio de la sala, en taburetes bajos, había siete grandes bandejas de oro macizo cubiertas con manjares admirables, cuyo olor embalsamaba el aire con ámbar y especias. Y alrededor de estas bandejas hallábanse de pie, en espera de una seña, siete jóvenes de belleza incomparable, vestidas con trajes de colores y hechuras diferentes. Y cada una tenía en la mano un abanico, dispuestas a refrescar el aire en torno de Abul-Hassán.

Entonces Abul-Hassán, que aun no había comido nada desde la víspera, se sentó ante las bandejas; y al punto las siete jóvenes se pusieron a agitar todas a la vez sus abanicos para hacer aire en torno suyo. Pero como no estaba él acostumbrado a recibir tanto aire mientras comía, miró a las jóvenes una tras de otra con sonrisa graciosa, y les dijo: "¡Por Alah ¡oh jóvenes! que me parece bastante para darme aire una sola persona! Venid, pues, todas a sentaros a mi alrededor para hacerme compañía. ¡Y decid a esa negra que está ahí que venga a hacernos aire!" Y las obligó a sentarse a su derecha, a su izquierda y delante de él, de modo que, por cualquier lado que se volviese, tuviese a la vista un espectáculo agradable.

Entonces comenzó a comer; pero, al cabo de algunos instantes, advirtió que las jóvenes no se atrevían a tocar la comida por consideración a él; y las invitó repetidas veces a que se sirvieran sin escrúpulos, e incluso les ofreció con su propia mano pedazos escogidos. Luego las interrogó por el nombre de cada una; y le contestaron: "¡Nos llamamos Grano-de-Almizcle, Cuello-de-Alabastro, Hoja-de-Rosa, Corazón-de-Granada, Boca-de-Coral, Nuez-Moscada y Caña-de-Azúcar!" Y al oír nombres tan graciosos, exclamó él: "¡Por Alah, que se os amoldan esos nombres, oh jóvenes! ¡Porque ni el almizcle, ni el alabastro, ni la rosa, ni la granada, ni el coral, ni la nuez moscada, ni la caña de azúcar pierden sus cualidades al pasar por vuestra gracia!" Y mientras duró la comida, continuó diciéndoles palabras tan exquisitas, que el califa, que le observaba con gran atención oculto detrás de una cortina, se felicitó cada vez más de haber organizado semejante diversión.

Cuando se terminó la comida, las jóvenes avisaron a los eunucos que al punto llevaron con qué lavarse las manos. Y las jóvenes apresuráronse a tomar de manos de los eunucos la jofaina de oro, el jarro y las toallas perfumadas, y poniéndose de rodillas ante Abul-Hassán, le vertieron agua en las manos. Luego le ayudaron a levantarse; y cuando los eunucos descorrieron una gran cortina, apareció otra sala en que estaban colocadas las frutas sobre bandejas de oro. Y las jóvenes le acompañaron hasta la puerta de aquella sala, y se retiraron.

Entonces, sostenido por dos eunucos, Abul-Hassán llegó hasta el centro de aquella sala, que era más hermosa y estaba mejor decorada que la anterior. Y en cuanto se sentó, un nuevo concierto, dado por otra orquesta de músicas y cantarinas, hizo oír acordes admirables. Y muy entusiasmado, Abul-Hassán advirtió en las bandejas diez hileras alternadas de las frutas más raras y más exquisitas; y había siete bandejas; y cada bandeja estaba debajo de una araña colgada del techo; y ante cada bandeja hallábase una joven más hermosa y mejor adornada que las anteriores; y también tenía cada cual un abanico. Y Abul-Hassán las examinó una tras de otra y quedó encantado de su belleza. Y las invitó a sentarse a su alrededor; y para animarlas a comer, no dejó de servirlas por sí mismo en vez de dejarlas servirle. Y se informó de sus nombres, y supo decir a cada una un cumplimiento apropiado al presentarles un higo, o un racimo de uvas, o una raja de sandía, o un plátano. Y el califa, que le escuchaba, se divertía en extremo y estada cada vez más satisfecho de ver lo que el otro daba de sí.

Cuando Abul-Hassán hubo probado de todas las frutas que había en las bandejas, y también se las hizo probar a las jóvenes, levantóse, ayudado por los eunucos, que le introdujeron en una tercera sala más hermosa sin duda que las dos primeras...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 636ª NOCHE

Ella dijo:

"...levantóse, ayudado por los eunucos, que le introdujeron en una tercera sala más hermosa sin duda que las dos primeras.

Era la sala de las confituras. Había, en efecto, siete bandejas, cada una debajo de una araña, y ante cada bandeja una joven de pie; y en aquellas bandejas, dentro de botes de cristal y de fuentes de plata sobredorada, se contenían confituras excelentes. Y las había de todos colores y de todas especies. Y había confituras líquidas y confituras secas, y pasteles de hojaldre, ¡y todo!

Y en medio de un nuevo concierto de voces e instrumentos, Abul-Hassán probó un poco de cada dulce perfumado, y también hizo que los probaran las jóvenes, a quienes, de la misma manera que a las anteriores, invitó a hacerle compañía. Y a cada una supo decirle una palabra agradable que respondiera al nombre que le había preguntado.

Tras de lo cual le introdujeron en la cuarta sala, que era la sala de las bebidas, y que era la más sorprendente y la más maravillosa con mucho. Debajo de las siete arañas de oro del techo, había siete bandejas con frascos de todas las formas y de todos los tamaños, dispuestos en filas simétricas; y hacíanse oír músicas y cantarinas invisibles para los ojos del espectador; y ante las bandejas se erguían siete jóvenes que no iban vestidas con trajes pesados, como sus hermanas de las demás salas, sino sencillamente envueltas en una camisa de seda; y eran de colores distintos y de aspecto distinto: la primera era morena, la segunda negra, la tercera blanca, la cuarta rubia, la quinta gruesa, la sexta delgada y la séptima roja. Y Abul-Hassán las examinó con más gusto y atención aún, porque podía fácilmente entrever sus formas y atractivos bajo la transparencia de la tela sutil.

Con extremada complacencia las invitó a sentarse a su alrededor y a echarle de beber. Y empezó a preguntar su nombre a cada joven, según le iban presentando las copas. Y cada vez que vaciaba una copa, daba a la joven correspondiente un beso, un mordisco o un pellizco en la nalga. Y continuó jugando de tal modo con ellas hasta que el niño heredero se puso a gritar. Entonces, para apaciguarle, preguntó a las siete jóvenes: "¡Por vida mía! ¿quién de vosotras quiere encargarse de este niño inoportuno?" Y por toda respuesta a esta pregunta, las siete jóvenes se lanzaron a la vez sobre el mamoncillo y quisieron darle de mamar. Y cada cual lo atraía a sí por un lado o por otro, riendo y dando gritos, de modo que el padre del niño, sin saber ya a quien escuchar ni a quien atender, se lo guardó de nuevo, diciendo: "¡Ha vuelto a dormirse!"

¡Eso fue todo!

Y el califa, que iba siguiendo por todas partes a Abul-Hassán y se ocultaba detrás de las cortinas, regocijábase en silencio con lo que veía y oía, y bendecía al Destino que lo puso en el camino de un hombre como aquél. Pero, entretanto, una de las jóvenes, que había recibido de Giafar las instrucciones necesarias, tomó una copa y echó en ella disimuladamente unos pocos polvos narcóticos de los que el califa empleó la noche anterior para dormir a Abul-Hassán. Luego ofreció la copa a Abul-Hassán riendo, y le dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡te suplico que bebas todavía esta copa, la cual despertará quizás al querido niño!"

Riendo a carcajadas, contestó Abul-Hassán: "¡Sí, ualáh!" Y tomó la copa que le ofrecía la joven, y se la bebió de un trago. Luego se dispuso a hablar con la que le había servido de beber; pero sólo consiguió abrir la boca para balbucear algo y cayó desplomado, dando con la cabeza antes que con los pies.

Entonces el califa, que con todo aquello se había divertido hasta el límite de la diversión, y que no esperaba más que aquel sueño de Abul-Hassán, salió de detrás de la cortina, sin poder tenerse ya en pie a fuerza de reír tanto. Y encaróse con los esclavos que acudieron y les ordenó que quitaran a Abul-Hassán las vestiduras reales que le habían puesto por la mañana, y le vistieran con sus trajes usuales. Y cuando se hubo ejecutado esta orden, hizo llamar al esclavo que raptó a Abul-Hassán, y le ordenó que se le cargara a hombros, le transportara a su casa y le acostara en su lecho. Pues el califa dijo para sí: "¡Como esto dure más, voy a morirme de risa, o se va él a volver loco!" Y el esclavo, cargándose a la espalda a Abul-Hassán, le sacó de palacio por la puerta secreta, y corrió a dejarle en su lecho, dentro de su casa, cuya puerta tuvo cuidado de cerrar al retirarse.

En cuanto a Abul-Hassán...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 637ª NOCHE

Ella dijo:

"...En cuanto a Abul-Hassán, permaneció dormido en un profundo sueño hasta el día siguiente al mediodía, y no se despertó hasta que disipóse por completo en su cerebro el efecto del bang. Y pensó antes de poder abrir los ojos: "¡He reflexionado, y la que prefiero entre todas las jóvenes es sin duda Caña-de-Azúcar, y también Boca-de-Coral, y en tercer lugar solamente Aderezo-de-Perlas, la rubia que me sirvió ayer la última copa!" Y llamó en alta voz: "¡Hola! ¡Venid, oh jóvenes! ¡Caña-de-Azúcar, Boca-de-Coral, Aderezo-de-Perlas, Alba-del-Día, Estrella-de-la-Mañana, Grano-de-Almizcle, Cuello-de-Alabastro, Cara-de-Luna, Corazón-de-Granada, Flor-de-Manzano, Hoja-de-Rosa, ¡Hola! ¡Acudid! ¡Ayer estaba un poco fatigado! ¡Pero hoy va bien el niño!"

Y esperó un momento. Pero como nadie contestaba ni acudía a sus voces, hubo de enojarse, y abriendo los ojos, se incorporó a medias. Y entonces se vio en su habitación, pero ni por asomo en el palacio suntuoso en que había habitado la víspera y desde donde había mandado como amo en toda la tierra. Y le pareció que se encontraba bajo el efecto de un sueño, y para disiparlo, se puso a gritar con todas sus fuerzas: "Vamos a ver, Giafar, ¡oh hijo de perro! Y tú alcahuete Massrur, ¿dónde estáis?"

Al oír estos gritos, acudió la anciana madre, y le dijo: "¿Qué te pasa, hijo mío? ¡El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti! ¿Qué sueño tuviste, ¡oh hijo mío! ¡oh Abul-Hassán!?" E indignado al ver a la anciana a su cabecera, le gritó Abul-Hassán: "¿Quién eres, anciana? ¿Y quién es ese Abul-Hassán?" Ella dijo: "¡Por Alah! ¡Soy tu madre! Y tú eres mi hijo, tú eres Abul-Hassán, ¡oh hijo mío! ¿Qué extrañas palabras escucho de tu boca? ¡Parece que no me reconoces!" Pero Abul-Hassán le gritó: "¡Atrás! ¡oh maldita vieja! ¡Estás hablando con el Emir de los Creyentes, con el califa Harún Al-Raschid! ¡Quítate de la vista del vicario de Alah en la tierra!"

Al oír estas palabras, la pobre vieja empezó a golpearse la cara, exclamando: "¡El nombre de Alah sobre ti, oh hijo mío! ¡Por favor, no alces la voz para decir semejantes locuras! ¡Van a oírte los vecinos, y estaremos perdidos sin remedio! ¡Ojalá desciendan sobre tu razón la seguridad y la calma!" Abul-Hassán exclamó: "Te digo que salgas al instante, ¡oh vieja execrable! ¿Estás loca para confundirme con tu hijo? ¡Yo soy Harún Al-Raschid, Emir de los Creyentes, señor de Oriente y de Occidente!"

Ella se golpeó el rostro, y dijo lamentándose: "¡Alah confunda al Maligno! Y líbrete de la posesión la misericordia del Altísimo, ¡oh hijo mío! ¿Cómo pudo entrar en tu espíritu cosa tan insensata? ¿No ves que esta habitación en que te hallas ni por asomo es el palacio del califa, y que desde que naciste has vivido aquí, y que jamás habitaste fuera de aquí con más personas que con tu anciana madre que te quiere, hijo mío, ya Abul-Hassán? ¡Escúchame, ahuyenta de tu pensamiento esos ensueños vanos y peligrosos que te han asaltado esta noche, y para calmarte, bebe un poco de agua de este jarro!;"

Entonces Abul-Hassán cogió de manos de su madre el jarro, bebió un buche de agua, y dijo algo calmado: "¡Bien puede ocurrir, en efecto, que yo sea Abul-Hassán!" Y bajó la cabeza, y con la mano apoyada en la mejilla, reflexionó durante una hora de tiempo, y sin levantar la cabeza, dijo hablando consigo mismo como quien sale de un profundo sueño: "¡Sí, por Alah, bien puede ocurrir, en efecto, que yo sea Abul-Hassán! ¡Soy Abul-Hassán sin duda alguna! ¡Esta habitación es mi habitación! ¡ualahí! ¡La reconozco ahora! ¡Y tú eres mi madre, y yo soy tu hijo! ¡Sí, yo soy Abul-Hassán!"

Y añadió: "¿Pero por qué sortilegio me han invadido la razón tales locuras?"

Al oír estas palabras, la pobre vieja lloró de alegría, sin dudar ya de que su hijo estuviese completamente calmado. Y después de secarse las lágrimas, se disponía a llevarle de comer y a pedirle detalles del extraño sueño que acababa de tener, cuando Abul-Hassán, que desde hacía un momento miraba fijamente delante de sí, saltó de pronto como un loco, y cogiendo por la ropa a la pobre mujer, empezó a zarandearla, gritándole: "¡Ah infame vieja! ¡si no quieres que te estrangule, vas a decirme al instante qué enemigos me han destronado, y quién me ha encerrado en esta prisión, y quién eres tú para alojarme en este miserable tugurio! ¡Ah! ¡teme los efectos de mi cólera cuando vuelva yo al trono! ¡Tiembla a la venganza de tu augusto soberano el califa Harún Al-Raschid, que sigo siendo yo!"

A fuerza de zarandearla, acabó por dejar que se le escapase de las manos. Y cayó ella en la estera, sollozando y lamentándose. Y en el límite de la rabia, Abul-Hassán se metió otra vez en el lecho, y permaneció con la cabeza entre las manos, presa de pensamientos tumultuosos. Pero, al cabo de cierto tiempo, se levantó la anciana, y como se le enternecía el corazón a causa de su hijo, no vaciló en llevarle, aunque temblando, un poco de jarabe con agua de rosas, y le decidió a tomar un buche, y para hacerle cambiar de ideas, le dijo: "¡Escucha, hijo mío, lo que tengo que contarte! Es una cosa que estoy convencida de que te alegrará mucho. Porque has de saber que ayer vino aquí, de parte del califa, el jefe de policía para detener al jeique al-balad y a sus dos compadres; y después de hacer que a cada uno le dieran cuatrocientos palos en la planta de los pies, mandó que les pasearan, montados al revés en un camello sarnoso, por los barrios de la ciudad, entre la rechifla y los salivazos de las mujeres y de los niños. ¡Tras de lo cual hizo empalar por la boca al jeique-al-balad, luego hizo arrojar en el hoyo de los excrementos de nuestra casa al segundo compadre, y al tercero le condenó a un suplicio extremadamente complicado, que consiste en obligarle a que se siente toda su vida en una silla que se rompe bajo su peso...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 639ª NOCHE

Ella dijo:

"...un suplicio extremadamente complicado, que consiste en obligarle a que se siente toda su vida en una silla que se rompe bajo su peso!"

Cuando Abul-Hassán hubo oído aquellas palabras, que, en opinión de la buena vieja, contribuirían a ahuyentar la turbación que oscurecía el alma de su hijo, quedó éste más persuadido que nunca de su realeza y de su dignidad hereditaria de Emir de los Creyentes. Y dijo a su madre: "¡Oh vieja de desgracia! al contrario de convencerme, tus palabras no hacen más que afirmarme en la idea, que no he abandonado nunca, de que soy Harún Al-Raschid. ¡Y para demostrártelo, has de saber que yo mismo di orden a mi jefe de policía Ahmad-la-Tiña de castigar a los tres canallas de este barrio! Cesa, pues, de decirme que sueño o que estoy poseído por el soplo del Cheitán. ¡Prosternate, pues, ante mi gloria, besa la tierra entre mis manos, y pídeme perdón por las palabras desconsideradas y de duda que emitiste con respecto a mí!"

Al oír estas palabras de su hijo, la madre ya no abrigó la menor duda acerca de la locura de Abul-Hassán, y le dijo: "¡Que Alah el misericordioso haga descender sobre tu cabeza el rocío de su bendición. ¡oh Abul-Hassán! y te perdone y te conceda la gracia de que vuelvas a ser un hombre dotado de razón y de buen sentido! ¡Y te suplico ¡oh hijo mío! que dejes de pronunciar y de adjudicarte el nombre del califa, porque pueden oírte los vecinos y contar tus palabras al walí, que hará entonces que te detengan y te ahorquen a la puerta de palacio!" Luego, sin poder ya resistirse a su emoción, empezó a lamentarse y a golpearse el pecho con desesperación.

Y he aquí que, al ver aquello, en vez de apaciguarse, Abul-Hassán se excitó más; e irguióse sobre ambos pies, asió un palo, y precipitándose sobre su madre, extraviado de furor, le gritó con voz aterradora: "¡Te prohíbo ¡oh maldita! que vuelvas a llamarme Abul-Hassán! ¡Soy Harún Al-Raschid, y si todavía dudas de ello, te inculcaré esta creencia en la cabeza a estacazos!" Y al oír estas palabras, aunque temblaba toda de miedo y de emoción, la anciana no olvidó que Abul-Hassán era su hijo, y mirándole como mira a su vástago una madre, le dijo con voz dulce: "¡Oh hijo mío!

¡no creo que la ley de Alah y de su Profeta falte de tu espíritu hasta el punto de que llegues a olvidarte del respeto que un hijo debe a la madre que le ha llevado nueve meses en su seno y le ha nutrido con su leche y su ternura! Permíteme, por tanto, decirte por última vez que te equivocas, dejando sumergirse tu razón en ese extraño ensueño y arrogándote ese título augusto de califa que sólo pertenece a nuestro señor y soberano el Emir de los Creyentes Harún Al-Raschid. Y sobre todo, te haces culpable de una ingratitud muy grande para con el califa, precisamente al día siguiente de aquel en que nos ha colmado con sus beneficios. ¡Porque has de saber que el jefe tesorero de palacio vino ayer a nuestra casa, enviado por el propio Emir de los Creyentes, y me entregó por orden suya un saco con mil dinares de oro, acompañándolo de excusas por la exigüidad de la suma y prometiéndome que no sería el último regalo de su generosidad!"

Al oír estas palabras de su madre, Abul-Hassán perdió los postreros escrúpulos que pudieran quedarle con referencia a su antiguo estado, y quedó convencido de que siempre fue califa, puesto que él mismo había enviado el saco con mil dinares a la madre de Abul-Hassán. Miró, pues, a la pobre mujer con los ojos fuera de sus órbitas y amenazadores, y le dijo: "¿Acaso pretendes decir, para tu desgracia, ¡oh vieja calamitosa! que no soy yo quien te ha enviado el saco del oro, y que no vino a entregártelo ayer por orden mía mi jefe tesorero? Y después de eso, ¿te atreverás todavía a llamarme hijo tuyo y a decirme que soy Abul-Hassán el Disoluto?" Y como su madre se tapara los oídos para no escuchar estas palabras que la trastornaban, Abul-Hassán no pudo contenerse más, y excitado hasta el límite del frenesí, se arrojó a ella con el palo en la mano y empezó a molerla a golpes.

Entonces la pobre anciana, no pudiendo pasar en silencio su dolor y su indignación por aquella manera de tratarla, empezó a chillar pidiendo socorro a los vecinos, y gritando: "¡Oh! ¡qué calamidad la mía! Acudid, ¡oh musulmanes!" Y Abul-Hassán, a quien aquellos gritos excitaban más aún, continuó pegando a la anciana con el palo, mientras le gritaba de vez en cuando: "¿Soy o no soy el Emir de los Creyentes?" Y a pesar de los golpes, contestaba la madre: "¡Eres mi hijo! ¡Eres Abul-Hassán el Disoluto!"

Entretanto, atraídos los vecinos por los gritos y el estrépito...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 640ª NOCHE

Ella dijo:

¡Entretanto, atraídos los vecinos por los gritos y el estrépito, penetraron en la estancia, y se interpusieron entre la madre y el hijo para separarlos, y arrebataron el palo de manos de Abul-Hassán, e indignados por la conducta de un hijo así le sujetaron para que no se moviera y le preguntaron: "¿Te has vuelto loco, Abul-Hassán, para levantar así la mano a tu madre, a esta pobre vieja? ¿Olvidaste completamente los preceptos del Libro Santo?"

Pero les gritó Abul-Hassán, con los ojos brillantes de furor: "¿Qué es eso de Abul-Hassán? ¿A quién dais ese nombre?" Y al oír esta pregunta, los vecinos se quedaron extremadamente perplejos, y acabaron por preguntarle: "¿Cómo? ¿Acaso no eres tú Abul-Hassán el Disoluto? ¿Y no es esta buena vieja tu madre, que te ha educado y criado con su leche y su ternura?" Él contestó: "¡Ah, hijos de perros, quitaos de mi vista! ¡Yo soy vuestro amo el califa Harún Al-Raschid, Emir de los Creyentes!"

Al oír estas palabras de Abul-Hassán, los vecinos quedaron en absoluto convencidos de su locura; y sin querer dejar ya en libertad de acción a aquel hombre a quien habían visto poseído por la ceguera del furor, le ataron de pies y manos, y enviaron a uno de ellos a buscar al portero del hospital de locos. Y al cabo de una hora, seguido de dos robustos celadores, llegó el portero del hospital de locos con todo un arsenal de cadenas y grilletes y llevando en la mano un latiguillo de nervio de buey.

Como al ver aquello, Abul-Hassán hacía grandes esfuerzos para librarse de sus ligaduras y dirigía injurias a los presentes, el portero comenzó por aplicarle en el hombro dos o tres latigazos con el nervio de buey. Tras de lo cual, sin reparar en sus protestas ni en los títulos que se adjudicaba, le cargaron de cadenas de hierro y le transportaron al hospital de locos en medio de la muchedumbre de transeúntes, que le daban unos un puñetazo y otros un puntapié, creyéndole loco.

Cuando llegó al hospital de locos, le encerraron en una jaula de hierro, como si fuese una bestia feroz, y la primera precaución fue administrarle una paliza de cincuenta latigazos con el nervio de buey. Y a partir de aquel día, sufrió una paliza de cincuenta latigazos con el nervio de buey cada mañana y cada tarde, de modo que, al cabo de diez días de hallarse sometido a semejante tratamiento, cambió de piel como una serpiente. Entonces volvió en sí, y pensó: "¡A qué estado me veo reducido ahora! ¡Debo ser yo el equivocado, puesto que todo el mundo me trata de loco! ¡Sin embargo, no es posible que sólo fuera efecto de un sueño todo lo que me sucedió en palacio! En fin, no quiero profundizar más en esta cuestión ni seguir tratando de comprenderla, porque voy a volverme realmente loco. ¡Después de todo, no es ésta la única cosa que no puede llegar a comprender la razón del hombre, y encomiendo a Alah la solución!"

Mientras estaba sumido en estos nuevos pensamientos, llegó su madre, bañada en lágrimas, para ver en qué estado se encontraba y si tenía sentimientos más razonables. Y le vio tan flaco y extenuado, que prorrumpió en sollozos; pero consiguió sobreponerse a su dolor y acabó por poder saludarle tiernamente; y Abul-Hassán le devolvió la zalema con voz tranquila, como un hombre sensato, contestándole: "Contigo el saludo y la misericordia de Alah y sus bendiciones, ¡oh madre mía!" Y la madre sintió una alegría grande al oír que la llamaba madre, y le dijo: "El nombre de Alah sobre ti, ¡oh hijo mío! ¡Bendito sea Alah, que te ha devuelto la razón y puso en su sitio tu cerebro volcado!" Y Abul-Hassán contestó con acento muy contrito: "Pido perdón a Alah y a ti, ¡oh madre mía! ¡En verdad que no comprendo cómo pude decir todas las locuras que dije, y cometer excesos que sólo un insensato es capaz de realizar! ¡Por lo visto, fue el Cheitán quien me poseyó y me impulsó a dejarme llevar de semejantes arrebatos! ¡Porque no cabe duda de que a otros les hizo caer en extravagancias mayores todavía! ¡Pero ha tenido buen fin todo, y heme aquí repuesto de mi extravío!" Y al oír estas palabras, notó la madre que sus lágrimas de dolor se tornaban en lágrimas de dicha, y exclamó: "Tan alegre está mi corazón ¡oh hijo mío! como si acabase yo de echarte al mundo por segunda vez. ¡Bendito sea por siempre Alah!" Luego añadió...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 642ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Bendito sea por siempre Alah!" Luego añadió: "Claro que tú no tienes culpa por qué reprocharte; ¡oh hijo mío! pues todo el mal que nos ha sucedido se debe a aquel mercader extranjero a quien invitaste la tarde última a comer y beber contigo, y que se marchó por la mañana sin tomarse el trabajo de cerrar tras él la puerta. ¡Y ya debes saber que cada vez que queda abierta la puerta de una casa antes de salir el sol, el Cheitán entra en la casa y se posesiona del espíritu de los habitantes!

¡Y entonces ocurre lo que ocurre!

¡Demos, pues, gracias a Alah por no haber permitido que caigan sobre nuestras cabezas desgracias peores!" Y contestó Abul-Hassán: "Tienes razón, ¡oh madre! ¡Obra fue de la posesión del Cheitán! Por lo que a mí respecta, bien hube de advertir al mercader de Mossul que cerrara tras de sí la puerta para evitar que entrase el Cheitán en nuestra casa; pero no lo hizo, ¡y con ello nos causó tantos contratiempos!" Luego añadió: "¡Ahora que noto bien que no tengo el cerebro volcado y que se acabaron las extravagancias, te ruego ¡oh tierna madre! que hables con el portero del hospital de locos para que me libren de esta jaula y de los suplicios que soporto aquí a diario!"

Y sin más dilación, corrió la madre de Abul-Hassán a advertir al portero que su hijo había recobrado la razón. Y el portero fue con ella para examinar a Abul-Hassán e interrogarle. Y como las respuestas eran sensatas y el interpelado reconocía que era Abul-Hassán y no Harún Al-Raschid, el portero le sacó de la jaula y le libró de las cadenas. Y sin poder tenerse sobre sus piernas, Abul-Hassán regresó lentamente a su casa, ayudado por su madre, y estuvo acostado durante varios días hasta que le volvieron las fuerzas y se le pasaron un poco los efectos de los golpes recibidos.

Entonces, como empezaba a aburrirle la soledad, se decidió a reanudar su vida de antes, y a ir a sentarse en el extremo del puente, a la puesta del sol, para esperar la llegada del huésped extranjero que le deparase el Destino.

Y he aquí que aquella tarde era precisamente la de primero de mes; y el califa Harún Al-Raschid, que tenía la costumbre de disfrazarse de mercader a principio de cada mes, había salido en secreto de su palacio en busca de alguna aventura, y también para ver por sí mismo si reinaba en la ciudad el orden conforme a sus deseos. Y de tal suerte llegó al puente, al extremo del cual estaba sentado Abul-Hassán. Y Abul-Hassán, que acechaba la aparición de extranjeros, no tardó en divisar al mercader de Mossul a quien ya había albergado, y que se adelantaba, seguido, como la primera vez, de un esclavo corpulento.

Al verle, quizás porque considerase al mercader causa inicial de sus desgracias, quizás porque tenía la costumbre de hacer como que no conocía a las personas que había invitado en su casa, Abul-Hassán apresuróse a volver la cara en dirección al río para no verse obligado a saludar a su antiguo huésped. Pero el califa, que estaba enterado por sus espías de cuanto le sucedió a Abul-Hassán desde su ausencia y del trato que hubo de sufrir en el hospital de locos, no quiso dejar pasar aquella ocasión de divertirse más aún a costa de hombre tan singular. Y además, el califa, que tenía un corazón generoso y magnánimo, había resuelto reparar un día, en la medida de sus fuerzas, el daño sufrido por Abul-Hassán, devolviéndole con beneficios, de una manera o de otra, el placer que experimentó en su compañíía. Así es que, en cuanto vio a Abul-Hassán, se acercó a él, y asomó la cabeza por encima del hombro de Abul-Hassán, que mantenía obstinadamente vuelto el rostro hacia el lado del río, y mirándole a los ojos, le dijo: "La zalema contigo, ¡oh amigo mío Abul-Hassán! ¡Mi alma desea besarte!"

Pero Abul-Hassán le contestó sin mirarle y sin moverse: "¡Entre tú y yo no hay zalema que valga! ¡Vete! ¡No te conozco!" Y exclamó el califa: "¿Cómo Abul-Hassán? ¿Es que no reconoces al huésped a quien albergaste toda una noche en tu casa?" El otro contestó: "¡No, por Alah, no te reconozco! ¡Vete por tu camino!" Pero Al-Raschid insistió cerca de él, y dijo: "¡Sin embargo, yo bien te reconozco, y no puedo creer que me hayas olvidado tan completamente, cuando apenas ha transcurrido un mes desde que tuvo lugar nuestra última entrevista y la velada agradable que pasé en tu casa solo contigo!" Y como Abul-Hassán continuara sin contestar y haciéndole señas para que se marchase, el califa le echó los brazos al cuello y empezó a besarle, y le dijo: "¡Oh hermano mío Abul-Hassán! ¡me parece muy mal que procedas conmigo de ese modo! En cuanto a mí, estoy decidido a no abandonarte sin que me hayas conducido por segunda vez a tu casa y me hayas contado la causa de tu resentimiento para conmigo.

¡Porque, por la manera de rechazarme, veo que tienes que reprocharme algo!"

Abul-Hassán exclamó con acento indignado: "¿Conducirte yo a mi casa por segunda vez, ¡oh rostro de mal agüero!? ¡Vamos, vuelve las espaldas y hazme ver la amplitud de tus hombros!" Pero el califa le besó por segunda vez, y le dijo: "¡Ah, amigo mío Abul-Hassán, qué duramente me tratas! ¡Si por acaso mi presencia en tu casa ocasionó alguna desgracia, puedes estar bien seguro de que aquí me tienes dispuesto a reparar todo el daño que involuntariamente te causase! ¡Cuéntame, pues, lo que haya pasado y el daño que hayas sufrido, para que pueda yo ponerle remedio!" Y a pesar de las protestas de Abul-Hassán, sentóse en el puente al lado suyo, y le pasó el brazo por el cuello, como haría un hermano con su hermano, y aguardó la respuesta...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 643ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y a pesar de las protestas de Abul-Hassán, sentóse en el puente al lado suyo, y le pasó el brazo por el cuello, como haría un hermano con su hermano, y aguardó la respuesta.

Entonces Abul-Hassán, conquistado por las caricias, acabó por decir: "Con mucho gusto te contaré las cosas extraordinarias que me ocurrieron a raíz de aquella velada, y las desgracias que se desarrollaron. ¡Y todo fue por culpa de la puerta que no cerraste tras de ti, y por la cual entró la Posesión!" ¡Y le contó todo lo que en realidad creyó ver y suponía que era indudablemente una ilusión suscitada por el Cheitán, y todas las desgracias y los malos tratos que hubo de soportar en el hospital de locos, y el escándalo dado en el barrio con todo aquel asunto, y la mala fama que había adquirido definitivamente ante todos sus vecinos! ¡Y no omitió ningún detalle, y puso en su relato una vehemencia tal, y narró con tanta credulidad la historia de su presunta Posesión, que el califa no pudo menos que soltar una gran carcajada! Y Abul-Hassán no supo con exactitud a qué atribuir esta risa, y le preguntó: "¿Es que no te da lástima de la desgracia que descendió sobre mi cabeza, pues que así te burlas de mí? ¿O acaso te imaginas que soy yo quien me burlo de ti contándote una historia imaginaria? ¡Si así es, voy a disipar tus dudas y a probártelo de antemano!" Y así diciendo, se sacó las mangas del ropón y dejó al desnudo sus hombros, su espalda y su trasero, y de aquel modo enseñó al califa las cicatrices y los rosetones de su piel maltratada por los latigazos del nervio de buey.

Al ver aquello el califa no pudo menos de compadecer realmente la suerte del desdichado Abul-Hassán. Cesó entonces de abrigar con respecto a él la menor intención de broma, y aquella vez le besó con afección muy verdadera, y le dijo: "¡Por Alah sobre ti, hermano mío Abul-Hassán! te suplico que vuelvas a llevarme a tu casa esta noche, porque anhelo regocijarme el alma con tu hospitalidad. ¡Y verás cómo mañana te devuelve Alah tu beneficio centuplicado!"

Y siguió prodigándole tan buenas palabras y besándole tan afectuosamente, que no obstante su resolución de no recibir nunca por dos veces a la misma persona, le decidió a llevarle a su casa. Pero, por el camino, le dijo Abul-Hassán: "Cedo a tus inoportunidades, aunque de mala gana. Y en cambio, no quiero pedirte más que una sola cosa: que esta vez, al salir de mi casa mañana por la mañana ¡no te olvides de cerrar detrás de ti la puerta!" Y sofocando en su interior la risa que le producía la creencia que Abul-Hassán tenía siempre de que el Cheitán había entrado en su casa por la puerta abierta, le prometió con juramento que tendría cuidado de cerrarla. Y de tal suerte llegaron a la casa.

Cuando entraron y descansaron un poco, les sirvió el esclavo, y después de la comida les llevó las bebidas. Y con la copa en la mano, se pusieron a hablar agradablemente de unas cosas y de otras hasta que en su corazón fermentó la bebida. Entonces el califa encaminó diestramente la conversación hacia motivos de amor, y preguntó a su huésped si alguna vez se había enamorado de mujeres violentamente, o si ya estaba casado, o si había permanecido siempre soltero.

Abul-Hassán contestó: "Debo decirte ¡oh mi señor! que hasta hoy no me han gustado verdaderamente más que los compañeros alegres, los manjares delicados, las bebidas y los perfumes; y nada en la vida encontré superior a la conversación con amigos, teniendo la copa en la mano. Pero eso no significa que, al llegar la ocasión, no sepa yo reconocer los méritos de una mujer, sobre todo si se pareciera a una de las maravillosas jóvenes que el Cheitán me hizo ver en aquellos sueños fantásticos que me volvieron loco; una de esas jóvenes que siempre están de buen humor, que saben cantar, tañer instrumentos, danzar y calmar al niño que hemos heredado; que consagran su vida a complacernos y a divertirnos. En verdad que, si encontrase una joven así, me apresuraría a comprársela a su padre y a casarme con ella y a sentir por ella un afecto profundo. ¡Pero las que son así sólo están con el Emir de los Creyentes, o por lo menos con el gran visir Giafar!

Por eso ¡oh mi señor! en vez de escoger una mujer que estropeara mi vida con su mal humor o sus imperfecciones, prefiero mucho más la sociedad de los amigos de paso y de las botellas rancias que aquí ves. ¡Y de esta manera transcurre tranquila mi vida, y si quedo pobre, me comeré sólo el pan negro de la miseria!"

Y diciendo estas palabras, Abul-Hassán vació de un trago la copa que le ofrecía el califa, y al punto dio en la alfombra con la cabeza antes que con los pies. Porque el califa tuvo también cuidado aquella vez de mezclar al vino unos polvos de bang. Y, a una seña de su amo, el esclavo cargó con

Abul-Hassán a la espalda y salió de la casa, seguido por el califa, quien, como aquella vez no tenía intención de volver a Abul-Hassán a su casa, no dejó de cerrar cuidadosamente detrás de sí la puerta. Y llegaron al palacio, y sin hacer ruido, penetraron en él por la puerta secreta, y llegaron a los aposentos reservados...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 644ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y llegaron al palacio, y sin hacer ruido, penetraron en él por la puerta secreta, y llegaron a los aposentos reservados.

Entonces el califa mandó que echaran a Abul-Hassán en su propio lecho, como la primera vez, e hizo que le vistieran de la misma manera. Y dio las mismas órdenes que antes, y recomendó a Massrur que fuera a despertarle por la mañana temprano, antes de la hora de la plegaria. Y fue a acostarse en una habitación vecina.

Al día siguiente, a la hora indicada, cuando le despertó Massrur, el califa marchó a la habitación en que todavía estaba aletargado Abul-Hassán, e hizo ir a su presencia a todas las jóvenes que la vez primera se hallaban en las diferentes salas por donde pasó Abul-Hassán, así como a todas las músicas y cantarinas. Y las hizo ponerse en orden, y les dio instrucciones. Luego, tras de hacer aspirar un poco de vinagre a Abul-Hassán, que al punto estornudó, echando por la nariz alguna mucosidad, se escondió detrás de la cortina y dio la señal convenida.

Inmediatamente las cantarinas mezclaron a coro sus voces deliciosas al son de arpas, de flautas y de oboes, y dejaron oír un concierto comparable al concierto de los ángeles en el paraíso. Y en aquel momento salió Abul-Hassán de su letargo, y antes de abrir los ojos oyó aquella música llena de armonía, que acabó de despertarle. Y abrió entonces los ojos y se vio rodeado por las veintiocho jóvenes que hubo de encontrar de siete en siete en las cuatro salas; y las reconoció de una ojeada, así como el lecho, la habitación, las pinturas y los adornos. Y también reconoció las mismas voces que le encantaron la primera vez. E incorporase a la sazón con los ojos fuera de las órbitas, sentándose en la cama, y se pasó la mano por la cara varias veces para asegurarse bien de su estado de vigilia.

En aquel momento, tal como se había convenido de antemano, cesó el concierto y reinó en la habitación un silencio grande. Y todas las damas bajaron modestamente los ojos ante los ojos augustos que las miraban. Entonces Abul-Hassán, en el límite de la estupefacción, se mordió los dedos, y exclamó en medio del silencio: "¡Desgraciado de ti, ya Abul-Hassán! ¡oh hijo de tu madre! ¡Ahora le toca el turno a la ilusión; pero mañana serán contigo el nervio de buey, las cadenas, el hospital de locos y la jaula de hierro!"

Luego gritó aún: "¡Ah, infame mercader de Mossul! ¡así te ahogaras en el fondo del infierno, en brazos de tu señor el Cheitán! Sin duda volviste a dejar entrar en mi casa al Cheitán por no haber cerrado la puerta, y me posee ya. Y ahora el Maligno me vuelca el cerebro y me hace ver cosas extravagantes. ¡Alah te confunda, oh Cheitán! con tus secuaces y con todos los mercaderes de Mossul. ¡Y ojalá la ciudad de Mossul entera se derrumbe sobre sus habitantes y los sepulte a todos en sus escombros!"

Luego cerró los ojos, y los abrió, y los volvió a cerrar, y los volvió a abrir repetidas veces, y exclamó: "¡Oh pobre Abul-Hassán! lo mejor que puedes hacer es dormirte de nuevo tranquilo, y no despertarte hasta que estés bien seguro de que el Maligno te ha salido del cuerpo y tienes el cerebro en su sitio acostumbrado. ¡De no ser así, ya sabes lo que te aguarda mañana!" Y diciendo estas palabras, se echó otra vez en el lecho, se tapó la cabeza con la colcha, y para hacerse la ilusión de que dormía se puso a roncar como un camello en celo o como un rebaño de búfalos en el agua.

Y he aquí que, al ver y oír aquello desde detrás de la cortina, el califa tuvo un acceso de risa tan grande, que creyó ahogarse.

En cuanto a Abul-Hassán, no consiguió dormir, porque su preferida la joven Caña-de-Azúcar, siguiendo las instrucciones recibidas, se aproximó al lecho donde él roncaba sin dormir, y sentándose al borde de la cama, dijo con amable voz a Abul-Hassán: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡prevengo a Tu Alteza que ha llegado el momento de despertarse para la plegaria de la mañana!" Pero Abul-Hassán gritó con sorda voz desde debajo de la colcha: "¡Confundido sea el Maligno! Retírate, ¡oh Cheitán!" Sin desconcertarse, añadió Caña-de-Azúcar: "¡Sin duda el Emir de los Creyentes se halla bajo el influjo de un mal sueño! ¡No es Cheitán quien te habla, ¡oh mi señor! sino la pequeña Caña-de-Azúcar! ¡Alejado sea el Maligno! Soy la pequeña Caña-de-Azúcar, ¡oh Emir de los Creyentes...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 645ª NOCHE

Ella dijo:

"...Soy la pequeña Caña-de-Azúcar, ¡oh Emir de los Creyentes!"

Al oír estas palabras, Abul-Hassán separó la colcha, y abriendo los ojos, vio, en efecto, sentada al borde de la cama a su preferida la pequeña Caña-de-Azúcar, y de pie ante él, en tres filas, a las demás jóvenes, a quienes reconoció una por una: Hoja-de-Rosa, Cuello-de-Alabastro, Aderezo-de-Perlas, Estrella-de-la-Mañana, Alba-del-Día, Grano-de Almizcle, Corazón-de-Granada, Boca-de-Coral, Nuez-Moscada, Fuerza-de-los-Corazones, y las otras. Y al ver aquello, se restregó los ojos hasta hundírselos en el cráneo, y exclamó: "¿Quiénes sois? ¿y quién soy yo?" Y todas contestaron a coro con tonalidades diferentes: "¡Gloria a nuestro amo el califa Harún Al-Raschid, Emir de los Creyentes, rey del mundo!" Y en el límite de la estupefacción, preguntó Abul-Hassán: "¿Pero es que no soy Abul-Hassán el Disoluto?" Ellas contestaron a coro con tonalidades diferentes: "¡Alejado sea el Maligno! ¡No eres Abul-Hassán, sino Abul-Hossn! ¡Eres nuestro soberano y la corona de nuestra cabeza!" Y Abul-Hassán se dijo: "¡Ahora voy a saber con certeza si duermo o estoy despierto!" Y encarándose con Caña-de-Azúcar, le dijo: "¡Ven por aquí, pequeña!" Y Caña-de-Azúcar, adelantó la cabeza, y Abul-Hassán le dijo: "¡Muérdeme en la oreja!" Y Caña-de-Azúcar clavó sus dientes en el lóbulo de la oreja de Abul-Hassán, pero tan cruelmente, que empezó él a chillar de una manera espantosa. Luego exclamó: "¡Claro que soy el Emir de los Creyentes, Harún Al-Raschid en persona!"

Enseguida empezaron a tocar al mismo tiempo los instrumentos de música un atrayente paso de danza, y las cantarinas entonaron a coro una canción animada. Y cogiéndose de la mano, todas las jóvenes hicieron un gran corro en la habitación, y levantando los pies con ligereza, se pusieron a bailar alrededor del lecho, respondiendo con el estribillo al canto principal de tan gracioso modo y tan locamente, que Abul-Hassán, exaltado de pronto y poseído de entusiasmo, arrojó las mantas y almohadas, tiró al aire su gorro de dormir, saltó del lecho, se desnudó completamente, quitándose a toda prisa sus vestiduras, y con el zib enhiesto y el trasero al descubierto, se metió entre las jóvenes y se puso a bailar con ellas, haciendo mil contorsiones, y moviendo el vientre, el zib y el trasero en medio de las carcajadas y del tumulto progresivo. E hizo tantas bufonadas, y tales movimientos divertidos hubo de ejecutar, que el califa, detrás de la cortina, no pudo reprimir la explosión de su hilaridad, ¡y empezó a lanzar una serie de carcajadas tan fuertes, que dominaron la algazara del baile y el canto y el ruido de los tambores, de los instrumentos de cuerda y de los instrumentos de viento! Y le dio hipo, y se cayó de trasero, y estuvo a punto de perder el conocimiento. Pero logró levantarse, y descorriendo la cortina, sacó la cabeza, y gritó: "Abul-Hassán, ya Abul-Hassán, ¿es que juraste hacerme morir ahogado por la risa?"

Al ver al califa y al oír el sonido de su voz, cesó el baile de improviso, las jóvenes quedáronse inmóviles en el lugar que ocupaban respectivamente, y se interrumpió tan por completo el ruido, que se oiría resonar una aguja que cayese en el suelo. Y Abul-Hassán, estupefacto, se detuvo como los demás y volvió la cabeza en dirección de la voz. Y divisó al califa, y al primer golpe de vista, reconoció en él al mercader de Mossul.

Entonces, rápida cual el relámpago que brilla, asaltó su cerebro la comprensión de la causa a que hubo de obedecer cuanto le había sucedido. Y adivinó de pronto toda la broma. Así es que, lejos de desconcertarse o de turbarse, fingió no reconocer la persona del califa; y queriendo divertirse a su vez, se adelantó hacia el califa, y le gritó: "¡Hola! ¡hola! hete aquí ya, ¡oh mercader de mi trasero! ¡Espera, y verás cómo voy a enseñarte a dejar abiertas las puertas de las personas honradas!" Y el califa se echó a reír muy a gusto y contestó: "¡He jurado por los méritos de mis santos abuelos ¡oh Abul-Hassán, hermano mío! que te concederé cuanto tu alma pueda desear para indemnizarte de todas las tribulaciones que te hemos causado! ¡Y en adelante, se te tratará en mi palacio como hermano mío!" Y le besó con efusión, estrechándole contra su pecho.

Tras de lo cual, se encaró con las jóvenes y les ordenó que vistieran a su hermano Abul-Hassán con trajes de su ropero particular, escogiendo lo más rico y suntuoso que había. Y las jóvenes se apresuraron a ejecutar la orden. Y cuando Abul-Hassán estuvo completamente vestido, el califa le dijo: "¡Habla ya, Abul-Hassán! ¡Cuanto me pidas te será concedido al instante!"

Y Abul-Hassán besó la tierra entre las manos del califa, y contestó: "¡No quiero pedir a nuestro generoso señor más que una cosa: que me otorgue el favor de vivir a su sombra toda mi vida!"

Y extremadamente conmovido por la delicadeza de sentimientos de Abul-Hassán, le dijo el califa: "¡Mucho aprecio tu desinterés, ya Abul-Hassán! Así es que, no solamente te escojo en este instante para compañero de copa y hermano mío, sino que te concedo entrada libre y salida libre a todas horas del día y de la noche, sin demanda de audiencia y sin demanda de ausencia. ¡Más aún! quiero que ni siquiera te esté prohibido, como a los demás, el acceso al aposento de Sett Zobeida, la hija de mi tío. ¡Y cuando entre yo allí, irás conmigo, sea la hora que sea del día o de la noche!"

Al propio tiempo el califa destinó a Abul-Hassán un espléndido alojamiento en el palacio, y empezó por darle, como primeros emolumentos, diez mil dinares de oro. Y le prometió que cuidaría por sí mismo que no careciese de nada nunca. Tras de lo cual le abandonó para ir al diwán a arreglar los asuntos del reino...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 647ª NOCHE

Ella dijo:

"...Tras de lo cual le abandonó para ir al diwán a arreglar los asuntos del reino.

Entonces Abul-Hassán no quiso retrasar por más tiempo el informar a su madre de cuanto acababa de sucederle. Y corrió a buscarla, y le contó al detalle los sucesos extraños que habían ocurrido, desde el principio hasta el fin. Pero no hay utilidad en repetirlos. Y al ver que ella no conseguía entenderlos bien, no dejó de explicarle que era el propio califa quien le hizo víctima de todas aquellas jugarretas sin otro objeto que divertirse. Y añadió: "¡Pero ya que todo ha terminado con ventaja para mí, glorificado sea Alah el Bienhechor!" Luego se apresuró a dejar a su madre, prometiéndole que volvería a verla todos los días, y emprendió de nuevo el camino de palacio, en tanto que la noticia de su aventura con el califa y de su nueva situación se esparcía por todo el barrio, y desde allí se extendió a todo Bagdad para difundirse después por las provincias cercanas y distantes.

En cuanto a Abul-Hassán, el favor de que gozaba cerca del califa, al revés de volverle arrogante o desagradable, no hizo más que aumentar su buen humor, su carácter jovial y su alegría. Y no se pasaba día en que con sus agudezas llenas de gracia y con sus bromas no divirtiese al califa y a todas las personas de palacio, grandes y pequeñas. Y el califa, que no podía prescindir de su trato, le llevaba con él a todas partes, incluso a los aposentos reservados y a las habitaciones de Sett Zobeida, lo cual era un favor que jamás había otorgado ni siquiera a su gran visir Giafar. Pero no tardó en notar Sett Zobeida que Abul-Hassán, cada vez que se encontraba con el califa en el aposento de las mujeres, obstinábase en fijar los ojos en una de las mujeres del séquito, en la que se llamaba Caña-de-Azúcar, y que bajo las miradas de Abul-Hassán, la joven se ponía roja de placer. Por eso dijo un día a su esposo. "¡Oh Emir de los Creyentes! sin duda habrás notado, como yo, las señas inequívocas de amor que se hacen Abul-Hassán y la pequeña Caña-de-Azúcar. ¿Qué te parecería un matrimonio entre ambos?"

El califa contestó: "Bien. No veo inconveniente. Por cierto que debí pensar en ello hace tiempo. Pero los asuntos del reino me distrajeron de ese cuidado. Y me contraría mucho, pues desde la segunda velada que pasé en su casa, tengo prometido buscar a Abul-Hassán una esposa selecta. Y veo que Caña-de-Azúcar sirve para el caso. Y sólo nos resta ya interrogar a ambos para saber si es de su gusto el matrimonio".

Al punto hicieron ir a Abul-Hassán y a Caña-de-Azúcar, y les preguntaron si consentían en casarse uno con otro. Y Caña-de-Azúcar, por toda respuesta, se limitó a enrojecer en extremo, y se arrojó a los pies de Sett Zobeida, besándole la orla del traje en acción de gracias. Pero Abul-Hassán contestó: "En verdad, ¡oh Emir de los Creyentes! que abrumaste con tu generosidad a tu esclavo Abul-Hassán. Pero antes de tomar por esposa a esta encantadora joven cuyo solo nombre indica ya sus cualidades exquisitas, quisiera, con tu permiso, que nuestra ama le hiciese una pregunta..." Y Sett Zobeida sonrió, y dijo: "¿Y qué pregunta es ésa, ¡oh Abul-Hassán!?"

Abul-Hassán contestó: "¡Oh mi señora! quisiera saber si a mi esposa le gusta lo que a mí me gusta. ¡Tengo que declararte ¡oh mi señora! que las únicas cosas que estimo son la animación del vino, el placer de los manjares y la alegría del canto y de los versos hermosos! Si a Caña-de-Azúcar, pues, le gustan esas cosas, y además es sensible y no dice nunca que no a lo que tú sabes, ¡oh mi señora! consiento en amarla con un amor grande. ¡De no ser así, por Alah, que permaneceré soltero!" Y al oír estas palabras, Sett Zobeida se encaró con Caña-de-Azúcar, riendo, y le preguntó: "Ya lo has oído... ¿Qué contestas a eso?" Y Caña-de-Azúcar respondió haciendo con la cabeza una seña que significaba que sí.

Entonces el califa hizo ir sin tardanza al kadí y a los testigos, que escribieron el contrato de matrimonio. Y con aquel motivo se dieron en palacio grandes festines y hubo grandes festejos durante treinta días y treinta noches, al cabo de los cuales pudieron ambos esposos gozar uno de otro con toda tranquilidad. ¡Y pasaban la vida comiendo, bebiendo y riendo a carcajadas, sin tasar sus gastos! Y nunca estaban vacías en su casa las bandejas de manjares, de fruta, de pastelería y de bebidas, y la alegría y las delicias marcaban todos sus instantes. Así es que, al cabo de cierto tiempo, a fuerza de gastarse el dinero en festines y en diversiones, no les quedó ya nada entre las manos. Y como, preocupado con sus asuntos, el califa hubo de olvidarse de señalar a Abul-Hassán emolumentos fijos, una mañana se despertaron desprovistos de todo dinero, y aquel día no pudieron arreglarse con los traficantes que les hacían todos los adelantos. Y se creyeron muy desdichados, y por discreción no se atrevieron a ir a pedir nada al califa o a Sett Zobeida. Entonces bajaron la cabeza y se pusieron a reflexionar acerca de la situación. Pero Abul-Hassán fue el primero en levantar la cabeza, y dijo: "¡La verdad es que fuimos pródigos! Y no quiero exponerme a la vergüenza de ir a pedir oro, como un mendigo. ¡Y menos quiero que vayas a pedírselo tú a Sett Zobeida! Así es que he pensado lo que tenemos que hacer, ¡oh Caña-de-Azúcar!". Y Caña-de-Azúcar contestó, suspirando: "¡Habla! ¡Dispuesta estoy a ayudarte en tus proyectos, pues no vamos a ir pordioseando, y por otra parte, tampoco vamos a cambiar de vida y a disminuir nuestros gastos, si no queremos exponernos a que los demás nos traten con menos consideración!"

Y dijo Abul-Hassán: "¡Bien sabía yo ¡oh Caña-de-Azúcar! que jamás te negarías a ayudarme en las diversas circunstancias por que los designios del destino nos hicieran atravesar! Pues bien; has de saber que sólo disponemos de un medio para salir del apuro, ¡oh Caña-de-Azúcar!" Ella contestó: "¡Dilo ya!" Él dijo: "¡Dejarnos morir...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 648ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Dejarnos morir!"

Al oír estas palabras, la joven Caña-de-Azúcar exclamó espantada: "¡No, por Alah, yo no quiero morir! ¡Emplea para ti solo ese medio!" Abul-Hassán contestó, sin conmoverse ni enfadarse: "¡Ah, hija de mujer! ¡bien decía yo, de soltero, que nada valía tanto como la soledad! ¡Y la poca solidez de tu juicio acaba de demostrármelo mejor que nunca! ¡Si en vez de contestarme con tanta prontitud te hubieras tomado la pena de pedirme explicaciones, te habrías alegrado en extremo de esa muerte que te propongo y que vuelvo a proponerte! ¿No comprendes que se trata de morir con una muerte fingida y no con una muerte verdadera, a fin de tener oro para todo lo que nos queda de vida?"

Al oír estas palabras, Caña-de-Azúcar se echó a reír, y preguntó: "¿Y cómo vamos a arreglarnos?" Dijo él: "¡Escucha, pues! Y no olvides nada de lo que voy a indicarte. ¡Mira! Cuando yo me muera, o mejor dicho, cuando yo finja morirme, porque soy yo el que primero morirá, cogerás un sudario y me amortajarás. Hecho lo cual, me pondrás en medio de esta habitación en que estamos, en la posición prescrita, con el turbante encima de la cara, y el rostro y los pies vueltos en dirección a la Kaaba santa, hacia la Meca. ¡Luego empezarás a lanzar gritos agudos, a chillar desaforadamente, a verter lágrimas ordinarias y extraordinarias, a desgarrarte las vestiduras y a aparentar que te arrancas el cabello! Y cuando todo esté a punto, irás bañada en llanto y con los cabellos despeinados a presentarte a tu señora Sett Zobeida, y con palabras entrecortadas por sollozos y desmayos diversos, le contarás mi muerte en términos enternecedores; luego te tirarás al suelo, en donde estarás una hora de tiempo para no recobrar el sentido hasta que te notes anegada en el agua de rosas con que no dejarán de rociarte. ¡Y entonces ¡oh Caña-de-Azúcar! verás cómo va a entrar en nuestra casa el oro!"

Al oír estas palabras, Caña-de-Azúcar contestó: "En verdad que es hacedera esa muerte. ¡Y consiento en ayudarte a llevarla a cabo!" Luego añadió: "¿Pero cuándo y de qué manera tengo yo que morirme?" Dijo él:

"Primero harás lo que acabo de decirte. ¡Y después Alah proveerá!" Y añadió: "¡Mira! ¡Ya estoy muerto!" Y se tendió en medio de la habitación, y se hizo el muerto.

Entonces Caña-de-Azúcar le desnudó, le amortajó con un sudario, le volvió los pies en dirección a la Meca y le colocó el turbante encima del rostro. Tras lo cual se puso a ejecutar todo lo que Abul-Hassán le había dicho que hiciera en cuanto a gritos penetrantes, chillidos desaforados, lágrimas ordinarias y extraordinarias, desgarrar de trajes, tirones de cabellos y arañar de mejillas. Y cuando estuvo en el estado prescripto, con el rostro amarillo como el azafrán y los cabellos desordenados, fue a presentarse a Sett Zobeida, y empezó por dejarse caer a los pies de su señora cuan larga era, lanzando un gemido capaz de enternecer un corazón de roca.

Al ver aquello, Sett Zobeida, que ya había oído desde su aposento los gritos penetrantes y los chillidos de duelo lanzados por Caña-de-Azúcar desde lejos, no dudó ya al ver en aquel estado a su favorita Caña-de-Azúcar, que la muerte habíase cebado en su esposo Abul-Hassán. Así es que, afligida hasta el límite de la aflicción, le prodigó por sí misma cuantos cuidados requería su estado, y se la echó en las rodillas, y consiguió volverla a la vida. Pero Caña-de-Azúcar, desolada y con los ojos bañados en lágrimas, continuó gimiendo y arañándose y tirándose de los pelos y golpeándose las mejillas, mientras suspiraba entre sollozos el nombre de Abul-Hassán. Y acabó por contar con palabras entrecortadas que por la noche había muerto él de una indigestión. Y dándose en el pecho un golpe último, añadió: "Ya no me queda que hacer más que morirme a mi vez. ¡Pero que Alah prolongue en tanto la vida de nuestra señora!" Y se dejó caer una vez más a los pies de Sett Zobeida; y se desmayó de dolor.

Al ver aquello, todas las mujeres empezaron a lamentarse en torno de ella, y a apenarse por la muerte de aquel Abul-Hassán que tanto las había divertido en vida con sus bromas y su buen humor.

Y sus llantos y suspiros demostraron a Caña-de-Azúcar, que había vuelto de su desmayo a fuerza de agua de rosas con que la rociaron, la parte que tomaban en su pena y en su dolor.

En cuanto a Sett Zobeida, que también lloraba con las mujeres de su séquito la muerte de Abul-Hassán, acabó por llamar a su tesorera, después de todas las fórmulas de pésame que se usan en semejantes circunstancias, y le dijo: "¡Ve enseguida a coger de mi arquilla particular un saco de diez mil dinares de oro, y dáselo a la pobre, a la desolada Caña-de-Azúcar, a fin de que pueda hacer que se celebren dignamente los funerales de su esposo Abul-Hassán!" Y la tesorera se apresuró a ejecutar la orden, y cargó el saco de oro a espaldas de un eunuco, que fue a dejarlo a la puerta del aposento de Abul-Hassán.

Luego Sett Zobeida abrazó a su servidora y le prodigó palabras dulces para consolarla, y la acompañó hasta la salida, diciéndole: "¡Qué Alah te haga olvidar tu aflicción ¡oh Caña-de-Azúcar! y cure tus heridas y prolongue tu vida tantos años como dejó de vivir el difunto!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 649ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Que Alah te haga olvidar tu aflicción ¡oh Caña-de-Azúcar! y cure tus heridas y prolongue tu vida tantos años como dejó de vivir el difunto!" Y la desolada Caña-de-Azúcar besó la mano de su señora, llorando, y regresó a su aposento completamente sola.

Entró, pues, en la habitación donde la esperaba Abul-Hassán, siempre tendido como un muerto y envuelto en el sudario, y cerró la puerta al entrar, y empezó por soltar una carcajada de buen augurio. Y dijo a Abul-Hassán: "¡Levántate ya de entre los muertos ¡oh padre de la sagacidad! y ven a arrastrar conmigo este saco de oro, fruto de tu malicia! ¡Por Alah, que no va a ser hoy cuando nos muramos de hambre!" Y Abul-Hassán, ayudado por su mujer, se apresuró a desembarazarse del sudario, y saltando sobre ambos pies, corrió adonde estaba el saco de oro y lo arrastró hasta el centro de la habitación, y se puso a bailar alrededor en un pie.

Tras de lo cual se encaró con su esposa y la felicitó por el éxito obtenido, y le dijo: "Pero no es esto todo, ¡oh mujer! ¡Ahora te toca a ti morirte como yo lo he hecho, y a mí me toca ganar el saco! Y así veremos si soy tan hábil con el califa como lo has sido tú con Sett Zobeida. ¡Porque conviene que el califa, que tanto se divirtió a expensas mías en otra ocasión, sepa ahora que no sólo es él quien gasta bromas! ¡Pero es inútil perder tiempo en vana palabrería! ¡Vamos, muérete!"

Y Abul-Hassán acomodó a su mujer en el sudario con que le había amortajado ella, la colocó en medio de la estancia, en el mismo sitio en que estuvo él tendido, le volvió los pies en dirección a la Meca y le recomendó que no diese señal de vida, aunque le sintiera llegar. Hecho lo cual, se atavió de mala manera, deshizo a medias su turbante, se frotó los ojos con cebolla para hacer que lloraba copiosamente, y desgarrándose el traje y mesándose la barba y dándose en el pecho grandes puñetazos, corrió en busca del califa, que en aquel momento estaba en medio del diwán, rodeado de su gran visir Giafar, de Massrur y de varios chambelanes.

Al ver en aquel estado de aflicción y de inconsciencia al mismo Abul-Hassán que de ordinario era tan jovial y despreocupado, el califa llegó al límite del asombro y de la aflicción, e interrumpiendo la sesión del diwán, se levantó de su sitio y corrió hacia Abul-Hassán, a quien pidió que enseguida le manifestase la causa de su dolor. Pero Abul-Hassán, que se llevaba el pañuelo a los ojos, sólo contestó redoblando en sus llantos y sollozos y dejando escapar de sus labios al fin, entre mil suspiros y mil desmayos fingidos, el nombre de Caña-de-Azúcar, mientras decía: "¡Ay! ¡oh pobre Caña-de-Azúcar! ¡Ay! ¡oh infortunada! ¿Qué será de mí sin ti?"

Al oír estas palabras y estos suspiros, el califa comprendió que Abul-Hassán acababa de anunciarle la muerte de su esposa Caña-de-Azúcar, y quedó extremadamente afectado. Y se le saltaron lágrimas de los ojos, y dijo a Abul-Hassán, echándole un brazo por los hombros: "¡Alah la tenga en su misericordia! ¡Y prolongue tus días con todos los que se le arrebataron a esa esclava dulce y encantadora! ¡Te la dimos con el fin de que fuese para ti motivo de alegría, y he aquí ahora que se torna en motivo de duelo! ¡Pobre Caña-de-Azúcar!" Y el califa no pudo por menos de llorar ardientes lágrimas. Y se secó los ojos con el pañuelo. Y Giafar y los demás visires y todos los presentes lloraron también ardientes lágrimas, y se secaron los ojos como lo había hecho el califa.

Luego asaltó al califa la misma idea que a Sett Zobeida: e hizo ir al tesorero, y le dijo: "¡Cuenta al instante a Abul-Hassán diez mil dinares para los gastos de los funerales de su difunta esposa! ¡Y dispón que se los lleven a la puerta de su aposento!" Y el tesorero contestó con el oído y la obediencia, y se apresuró a ejecutar la orden. Y Abul-Hassán, más desolado que nunca, besó la mano al califa y se retiró sollozando.

Cuando llegó a la habitación en que le esperaba Caña-de-Azúcar, envuelta siempre en el sudario, exclamó: "¡Pues bien! ¿crees que eres tú sola quien ha ganado tantas monedas de oro como lágrimas has vertido? ¡Mira! ¡Ahí tienes mi saco!" Y arrastró el saco hasta el centro de la habitación, y después de ayudar a Caña-de-Azúcar a salir del sudario, le dijo: "¡Bueno! pero no es esto todo, ¡oh mujer! ¡Ahora hay que obrar de modo que, cuando se sepa nuestra estratagema, no nos atraigamos la cólera del califa y de Sett Zobeida!

He aquí, pues, lo que tenemos que hacer..." Y empezó a instruir a Caña-de-Azúcar sobre sus intenciones acerca del particular.

¡Y tal es lo referente a ellos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 650ª NOCHE

Ella dijo:

¡Y tal es lo referente a ellos!

En cuanto al califa, cuando hubo terminado la sesión del diwán, la cual abrevió aquel día, por cierto, se apresuró a ir con Massrur al palacio de Sett Zobeida para darle el pésame por la muerte de su esclava favorita. Y entreabrió la puerta del aposento de su esposa, y la vio echada en su lecho rodeada de sus mujeres, que le secaban los ojos y la consolaban. Y se acercó a ella, y le dijo: "¡Oh hija del tío! ¡ojalá vivas tantos años como se perdieron para tu pobre favorita Caña-de-Azúcar!" Al oír este cumplimiento de pésame Sett Zobeida, que esperaba la llegada del califa para darle ella el pésame por la muerte de Abul-Hassán, quedó extremadamente sorprendida, y creyendo que el califa estaba mal informado, exclamó: "Preservada sea la vida de mi favorita Caña-de-Azúcar, ¡oh Emir de los Creyentes! ¡A mí es a quien toca participar de tu duelo! ¡Ojalá vivas y sobrevivas por mucho tiempo a tu compañero el difunto Abul-Hassán! ¡Si me ves tan afligida, no es más que por causa de la muerte de tu amigo, no por la de Caña-de-Azúcar, que ¡bendito sea Alah! goza de buena salud!"

Al oír estas palabras, el califa, que tenía los mayores motivos para creer que estaba bien informado de la verdad, no pudo por menos de sonreír, y encarándose con Massrur, le dijo: "Por Alah, ¡oh Massrur! ¿qué te parecen estas palabras de tu ama? He aquí que ella, tan sensata y prudente por lo común, tiene los mismos desvaríos que las demás mujeres. ¡Qué verdad es que todas son iguales al final! ¡Vengo a consolarla, y quiere apenarme y engañarme anunciándome una noticia falsa! ¡En fin, háblale tú! ¡Y dile lo que viste y oíste como yo! ¡Quizá cambie entonces de táctica, y no intente ya engañarnos!" Y para obedecer al califa, Massrur dijo a la princesa: "¡Oh mi señora! ¡nuestro Emir de los Creyentes tiene razón! ¡Abul-Hassán goza de buena salud y de fuerzas excelentes, aunque deplora la pérdida de su esposa Caña-de-Azúcar, tu favorita, muerta anoche de una indigestión! Porque has de saber que Abul-Hassán acaba de salir hace un instante del diván, adonde ha ido a anunciarnos por sí mismo la muerte de su esposa. ¡Y se ha vuelto a su casa muy desolado, y gratificado, merced a la generosidad de nuestro amo, con un saco de diez mil dinares de oro para los gastos de los funerales!"

Estas palabras de Massrur, lejos de persuadir a Sett Zobeida, no hicieron más que confirmarla en la creencia de que el califa tenía ganas de broma, y exclamó: "¡Por Alah, ¡oh Emir de los Creyentes! que no es hoy el día más a propósito para gastar las bromas que acostumbras! Bien sé lo que me digo, y mi tesorera te dirá lo que me cuestan los funerales de Abul-Hassán. ¡Más valdría que tomáramos parte en el duelo de nuestra esclava, en lugar de reír sin tacto y sin medida, como lo estamos haciendo!" Y al oír estas palabras, el califa sintió que le invadía la cólera, y exclamó: "¿Qué dices, ¡oh hija del tío!? ¡Por Alah! ¿es que te has vuelto loca para decir semejantes cosas? ¡Te digo que quien ha muerto es Caña-de-Azúcar! ¡Y además, es inútil que disputemos acerca del asunto, pues inmediatamente voy a darte pruebas de lo que afirmo!" Y se sentó en el diván y se encaró con Massrur, y le dijo: "¡Aunque no tengo necesidad de más pruebas que las que conozco, ve ya al aposento de Abul-Hassán para ver cuál de los dos esposos es el muerto! ¡Y vuelve al punto a decirnos lo que haya!" Y en tanto que Massrur se apresuraba a ejecutar la orden, el califa se encaró con Sett Zobeida, y le dijo: "¡Oh hija del tío! ¡ahora vamos a ver quién de nosotros dos tiene razón! ¡Pero desde el momento en que insistes de ese modo acerca de cosa tan clara, voy a apostar en contra tuya lo que quieras!"

Ella contestó: "¡Acepto la apuesta! ¡Y voy a apostar lo que más me gusta en el mundo, que es mi pabellón de pinturas, contra lo que quieras proponerme, por muy poco valor que tenga!" Él dijo: "¡Contra tu apuesta arriesgo lo que más me gusta en el mundo, que es mi palacio de recreo! ¡Creo que de esa manera no abuso! ¡Porque mi palacio de recreo es superior con mucho, en valor y en belleza, a tu pabellón de pinturas!"

Sett Zobeida contestó muy molesta: "¡No se trata de saber ahora, para estar aún más disconforme, si tu palacio es superior a mi pabellón! ¡Por otra parte, no tendrías más que escuchar lo que se dice a espaldas tuyas! Pero antes hemos de sancionar nuestra apuesta. ¡Sea, pues, la Fatiha entre nosotros!" Y dijo el califa: "¡Bueno, sea la Fatiha del Korán entre nosotros!" Y recitaron a la vez el capítulo liminar del libro santo para sellar su apuesta...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 651ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y recitaron a la vez el capítulo liminar del libro santo para sellar su apuesta. Y en medio de un silencio hostil, esperaron la vuelta del portaalfanje Massrur. ¡Y he aquí lo referente a ellos!

En cuanto a Abul-Hassán, que estaba al acecho para enterarse de lo que iba a ocurrir, vio desde lejos avanzar a Massrur y comprendió el propósito que le guiaba. Y dijo a Caña-de-Azúcar: "¡Oh Caña-de-Azúcar! ¡he aquí que Massrur viene derecho a nuestra casa! Sin duda alguna le han mandado venir con motivo del desacuerdo que seguramente ha surgido entre el califa y Sett Zobeida acerca de nuestra muerte. ¡Date prisa a hacerte la muerta una vez más, a fin de que te amortaje yo sin tardanza!" Al punto se hizo la muerta Caña-de-Azúcar, y Abul-Hassán la amortajó con el sudario y la colocó como la primera vez para sentarse inmediatamente junto a ella, con el turbante deshecho, la cara alargada y el pañuelo en los ojos.

En aquel mismo momento entró Massrur. Y al ver a Caña-de-Azúcar amortajada en medio de la habitación y a Abul-Hassán sumido en desesperación, no pudo menos de emocionarse, y pronunció: "¡No hay más dios que Alah! Muy grande es mi aflicción por ti, ¡oh pobre Caña-de-Azúcar, hermana nuestra! ¡oh tú, antaño tan gentil y tan dulce! ¡Cuán doloroso para todos nosotros es tu destino! ¡Y cuán rápida fue para ti la orden del retorno hacia Quien te ha creado! ¡Ojalá te conceda, al menos, su compasión y su gracia el Retribuidor!"

Luego besó a Abul-Hassán, y se apresuró a despedirse de él, muy triste, para ir a dar cuenta al califa de lo que había comprobado. Y no le desagradaba hacer ver así a Sett Zobeida cuán obstinada era y cuán equivocada estaba en contradecir al califa.

Entró, pues, en el aposento de Sett Zobeida, y después de haber besado la tierra, dijo: "¡Alah prolongue la vida de nuestra señora! ¡La difunta está amortajada en medio de la habitación, y ya tiene hinchado el cuerpo debajo del sudario, y huele mal! ¡En cuanto al pobre Abul-Hassán, me parece, que no sobrevive a su esposa!"

Al oír estas palabras de Massrur, al califa se le quitó un peso de encima y se regocijó infinitamente; luego, encarándose con Sett Zobeida, que habíase puesto muy amarilla, le dijo: "¡Oh hija del tío! ¿a qué esperas para llamar al escriba que ha de inscribir a mi nombre el pabellón de pinturas?"

Pero Sett Zobeida empezó a injuriar a Massrur, y en el límite de la indignación, dijo al califa: "¿Cómo puedes tener confianza en las palabras de ese eunuco embustero e hijo de embustero? ¿Acaso no he visto aquí por mí misma, y mis esclavas la han visto conmigo hace una hora, a mi favorita Caña-de-Azúcar, que lloraba desolada la muerte de Abul-Hassán?" Y excitándose con sus propias palabras, tiró su babucha a la cabeza de Massrur, y le gritó "Sal de aquí, ¡oh hijo de perro!" Y Massrur, más estupefacto todavía que el califa, no quiso irritar más a su ama, y doblándose por la cintura, se apresuró a escapar, meneando la cabeza.

Entonces, llena de cólera, Sett Zobeida se encaró con el califa, y le dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡nunca imaginé que un día te pusieras de acuerdo con ese eunuco para darme un disgusto tan grande y hacerme creer lo que no es! Porque no me cabe duda de que lo que ha contado Massrur lo convinisteis de antemano con objeto de disgustarme. De todos modos, para probarte de manera indudable que soy yo quien tiene razón, a mi vez voy a enviar a alguien para que se vea cuál de nosotros ha perdido la apuesta. ¡Y si eres tú quien dice verdad seré una insensata y todas mis mujeres serán tan insensatas como su ama! ¡Si, por el contrario, soy yo quien tiene razón, quiero que, además de la ganancia de la apuesta, me concedas la cabeza del impertinente eunuco de pez!"

El califa, que sabía por experiencia propia cuán irritable era su prima, dio inmediatamente su consentimiento a cuanto ella le pedía. Y Sett Zobeida hizo presentarse enseguida a la anciana nodriza que la había criado y en la cual tenía toda su confianza, y le dijo: "¡Oh, nodriza! Ve ahora a casa de Abul-Hassán, el compañero de nuestro Señor el califa, y sencillamente mira quién se ha muerto en esa casa, si es Abul-Hassán o si es su esposa Caña-de-Azúcar. ¡Y vuelve al punto a contarme lo que hayas visto y sepas!"

Y la nodriza contestó con el oído y la obediencia, y a pesar de sus piernas viejas, apretó el paso en dirección a la casa de Abul-Hassán. Pero Abul-Hassán, que vigilaba constantemente las idas y venidas a su casa, divisó desde lejos a la anciana nodriza, que se acercaba trabajosamente; y comprendió por qué la habían enviado, y se encaró con su esposa, y exclamó riendo: "¡Oh Caña-de-Azúcar! ¡ya estoy muerto!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 652ª NOCHE

Ella dijo:

"¡Oh Caña-de-Azúcar! ¡ya estoy muerto!". Y como no tenía tiempo que perder, se amortajó por sí mismo con el sudario y se echó en tierra con los pies en dirección a la Meca. Y Caña-de-Azúcar le puso el turbante encima de la cara; y con la cabellera despeinada, empezó a golpearse las mejillas y el pecho, lanzando gritos de duelo. Y en aquel momento entró la anciana nodriza. ¡Y vio lo que vio! Y se acercó muy triste a la desolada Caña-de-Azúcar, y le dijo: "¡Que Alah otorgue sobre tu cabeza los años que se perdieron para el difunto! ¡Ay hija mía Caña-de-Azúcar! ¡hete aquí sola en la viudez en medio de tu juventud! ¿Qué va a ser de ti sin Abul-Hassán, ¡oh Caña-de-Azúcar!?" Y estuvo llorando con ella algún tiempo. Luego le dijo: "Hija mía, tengo que dejarte, bien a pesar mío. ¡Pero he de volver a toda prisa junto a mi señora Sett Zobeida para librarla de la aflictiva inquietud en que la ha sumido ese embustero descarado, el eunuco Massrur, que le afirmó que eras tú la muerta en vez de Abul-Hassán!" Y Caña-de-Azúcar, gimiendo, dijo: "¡Pluguiera a Alah, ¡oh madre mía! que hubiese dicho la verdad ese eunuco! ¡No estaría aquí llorando como lo hago! ¡Pero no va a tardar mucho en llegarme mi hora! ¡Mañana, lo más tarde, me enterrarán, muerta de dolor!" Y diciendo estas palabras, redobló en sus llantos, suspiros y lamentos. Y más enternecida que nunca, la nodriza la besó otra vez y salió lentamente para no importunarla, y cerró la puerta tras de sí. Y fue a dar cuenta a su señora de lo que había visto y oído. Y cuando acabó de hablar, hubo de sentarse, falta de aliento por lo mucho que había trabajado para su avanzada edad.

Cuando Sett Zobeida oyó la relación de su nodriza, encaróse, altanera, con el califa, y le dijo: "¡Ante todo, hay que ahorcar a tu esclavo Massrur, ese eunuco impertinente!" Y en el límite de la perplejidad, el califa hizo ir a su presencia a Massrur, y le miró con cólera y quiso reprocharle su mentira. Pero no le dejó tiempo Sett Zobeida. Excitada por la presencia de Massrur, se encaró con su nodriza, y le dijo: "¡Repite ante ese hijo de perro, ¡oh nodriza! lo que acabas de decirnos!" Y la nodriza, que aún no había recobrado el aliento, se vio obligada a repetir su relación ante Massrur, quien irritado por sus palabras, no pudo por menos de gritarle, a pesar de la presencia del califa y de Sett Zobeida: "¡Ah vieja desdentada! ¿cómo te atreves a mentir tan impúdicamente y a envilecer tus cabellos blancos? ¿Es que vas a hacerme creer que no he visto con mis propios ojos a Caña-de-Azúcar muerta y amortajada?" Y la nodriza, sofocada, adelantó la cabeza con furia, y le gritó: "Tú solo eres el embustero, ¡oh negro de betún! ¡No deberían condenarte a muerte en la horca, sino cortándote en pedazos y haciéndote comer tu propia carne!"

Y replicó Massrur: "¡Cállate, vieja chocha! ¡Ve a contar tus historias a las muchachas del harem!" Pero Sett Zobeida, furiosa ante la insolencia de Massrur, prorrumpió en sollozos, tirándole a la cabeza los cojines, los vasos, los jarros y los taburetes, y le escupió en el rostro, y acabó por dejarse caer en su lecho, llorando.

Cuando el califa hubo visto y oído todo aquello, llegó al límite de la perplejidad, y dio una palmada, y dijo: "¡Por Alah, que no sólo es Massrur el embustero! Yo también soy un embustero, y la nodriza también es una embustera, y tú también eres una embustera, ¡oh hija del tío!" Luego bajó la cabeza y no dijo nada más. Pero, al cabo de una hora de tiempo, levantó la cabeza, y dijo: "¡Por Alah, que nos hace falta saber la verdad ahora! ¡Lo único que nos queda que hacer es ir a casa de Abul-Hassán, para ver con nuestros ojos cuál de todos nosotros es el embustero y cuál es el veraz!" Y se levantó y rogó a Sett Zobeida que le acompañara; y seguido de Massrur, de la nodriza y de la muchedumbre de mujeres, se encaminó al aposento de Abul-Hassán.

Y he aquí que, al ver acercarse aquel cortejo, Caña-de-Azúcar no pudo por menos de inquietarse y conmoverse mucho, aunque Abul-Hassán la había prevenido de antemano que la cosa tendría buen fin, y exclamó: "¡Por Alah! ¡no siempre que se cae queda entero el jarro!" Pero Abul-Hassán se echó a reír, y dijo: "Murámonos ambos; ¡oh Caña-de-Azúcar!" Y tendió en tierra a su mujer, la amortajó con el sudario, se metió por sí mismo en una pieza de seda que sacó de un cofre, y se tendió junto a ella, sin olvidarse de ponerse el turbante encima de la cara con arreglo al rito. Y apenas había terminado sus preparativos, la comitiva entró en la sala.

Cuando el califa y Sett Zobeida vieron el espectáculo fúnebre que se presentaba a sus ojos, se quedaron inmóviles y mudos. Y Sett Zobeida, a quien tantas emociones en tan poco tiempo habían trastornado completamente, se puso de pronto muy pálida, dio un grito y cayó desmayada en brazos de sus mujeres. Y cuando volvió de su desmayo, vertió un torrente de lágrimas, y exclamó: "¡Ay de ti, oh Caña-de-Azúcar! ¡no pudiste sobrevivir a tu esposo, y has muerto de pena!" Pero el califa, que no quería oírle aquello y que, además, lloraba también la muerte de su amigo Abul-Hassán, se encaró con Sett Zobeida, y le dijo: "¡No, ¡por Alah! no es Caña-de-Azúcar quien ha muerto de pena, sino el pobre Abul-Hassán, que no pudo sobrevivir a su esposa! ¡Eso es lo cierto...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 653ª NOCHE

Ella dijo:

"...el califa, que no quería oírle decir aquello, y que, además, lloraba también la muerte de su amigo Abul-Hassán, se encaró con Sett Zobeida, y le dijo: "¡No, ¡por Alah! no es Caña-de-Azúcar quien ha muerto de pena, sino el pobre Abul-Hassán, que no pudo sobrevivir a su esposa! ¡Eso es lo cierto!" Y añadió: "¡Y he aquí que lloras y te desmayas porque te parece que tienes razón!" Y contestó Sett Zobeida: "¡Y a ti te parece que tienes razón, a pesar mío, porque ese maldito esclavo te ha mentido!" Y añadió: "¡Bueno! ¿pero dónde están los servidores de Abul-Hassán? ¡Que vayan a buscarlos ya! ¡Y como han amortajado a sus amos, ellos nos dirán cuál de ambos murió primero, y cuál murió de pena!" Y dijo el califa: "Tienes razón, ¡oh hija mía! ¡Y por Alah, que prometo diez mil dinares de oro a quien me dé la noticia!"

Pero apenas había pronunciado estas palabras el califa, cuando se dejó oír una voz que salía de debajo del sudario de la derecha, y decía: "¡Que me cuenten los diez mil dinares, pues anuncio a nuestro señor el califa, que soy yo, Abul-Hassán, quien se murió el segundo, de dolor sin duda!"

Al oír aquella voz, Sett Zobeida y las mujeres, poseídas de espanto, lanzaron un gran grito y se precipitaron a la puerta, en tanto que, por el contrario, el califa, que comprendió enseguida la jugarreta de Abul-Hassán, se reía de tal manera, que se cayó de trasero en medio de la sala, y exclamó: "¡Por Alah, ya Abul-Hassán, que ahora soy yo quien va a morirse a fuerza de reír!"

Luego, cuando el califa acabó de reír y Sett Zobeida se repuso de su terror, Abul-Hassán y Caña-de-Azúcar salieron de su sudario, y en medio de las risas de todos, decidiéronse a contar el motivo que hubo de impulsarles a gastar aquella broma. Y Abul-Hassán se arrojó a los pies del califa; y Caña-de-Azúcar besó los pies de su ama; y ambos pidieron perdón con acento muy arrepentido. Y añadió Abul-Hassán: "¡Mientras estuve soltero, ¡oh Emir de los Creyentes! desprecié el dinero! ¡Pero esta Caña-de-Azúcar, que debo a tu generosidad, posee tanto apetito, que se come los sacos con su contenido, y por Alah, que es capaz de devorar todo el tesoro del califa con el tesorero!" Y el califa y Sett Zobeida se echaron a reír a carcajadas otra vez. Y perdonaron a ambos e hicieron que acto seguido les contasen los diez mil dinares que ganó con su respuesta Abul-Hassán, y además otros diez mil por haberse librado de la muerte.

Tras de lo cual, el califa, a quien aquella farsa había hecho ocuparse de los gastos y necesidades de Abul-Hassán, no quiso que su amigo careciese de paga fija en adelante. Y dio orden a su tesorero para que mensualmente le pagaran emolumentos iguales a los de su gran visir. Y con más deseos que antes, quiso también que Abul-Hassán siguiese siendo su amigo íntimo y su compañero de copa. ¡Y vivieron todos la más deliciosa vida hasta que llegó la Separadora de amigos, la Destructora de palacios y Constructora de tumbas, la Inexorable, la Inevitable!

Y cuando aquella noche Schehrazada acabó de contar esta historia, dijo al rey Schahriar: "¡Esto es cuanto se ¡oh rey! acerca del Dormido Despierto. ¡Pero, si me lo permites, voy a contarte otra historia que supera con mucho y en todos sentidos a la que acabas de oír!"

Y dijo el rey Schahriar: "¡Antes de permitírtelo, quiero que me digas el título de esa historia, Schehrazada!". Ella dijo: "¡Es la historia de los Amores de Zein Al-Mawassif!" Dijo él: "¿Y qué historia es esa que no conozco?"

Schehrazada sonrió, y dijo:

LOS AMORES DE ZEIN AL-MAWASSIF

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que en las edades y los años de hace mucho tiempo, había un joven de lo más hermoso que se llamaba Anís y que sin duda era el más rico, el más generoso, el más delicado, el más excelente y el más delicioso de su tiempo. Y como, además, le gustaba cuanto hay de gustoso en la tierra, —las mujeres, los amigos, la buena comida, la poesía, la música, los perfumes, los jardines, los baños, los paseos y todos los placeres— vivía con la holgura de la vida dichosa.

Una tarde el hermoso Anís dormía una agradable siesta, como tenía costumbre, echado bajo un algarrobo de su jardín. Y tuvo un ensueño en el cual se vio jugando y entreteniéndose con cuatro hermosos pájaros y una paloma de blancura deslumbrante. Y sentía un placer intenso al acariciarlos, alisando su plumaje y besándolos, cuando un gran cuervo muy feo se abalanzó de pronto a la paloma, con el pico amenazador, dispersando a sus camaradas, los cuatro pájaros tan hermosos. Y Anís se despertó muy afectado, y se incorporó y salió en busca de alguien que le explicase aquel ensueño. Pero estuvo andando durante mucho tiempo sin encontrar a nadie. Y pensaba ya en volverse a su casa, cuando acertó a pasar por las cercanías de una morada de magnífico aspecto, de la cual oyó que, al acercarse él, se elevaba una voz de mujer, encantadora y melancólica, que cantaba estos versos:

¡La dulce aurora de la mañana fresca conmueve el corazón de los enamorados! ¿Pero es mi corazón cautivo el libre corazón de los enamorados?

¡Oh frescura de las mañanas! ¿calmaste alguna vez un amor igual al que siente mi corazón por un joven cervatillo, más delicado que la flexible rama del ban?

Y Anís sintió que le penetraban en el alma los acentos de aquella voz; y acuciado por el deseo de conocer a la que la poseía, se aproximó a la puerta, que encontrábase a medio abrir, y miró adentro. Y vio un jardín magnífico donde se perdían las miradas en parterres armoniosos; calles floridas y boscajes de rosas, jazmines, violetas, narcisos y otras mil flores, habitados por todo un pueblo cantor bajo el cielo de Alah.

Así es que, atraído por la pureza de aquellos lugares, Anís no vaciló en franquear la puerta y adentrarse en el jardín. Y en el fondo de la espesura, a lo último de una avenida cortada por tres arcos, divisó un grupo blanco de jóvenes en libertad...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 655ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y en el fondo de la espesura, a lo último de una avenida cortada por tres arcos, divisó un grupo blanco de jóvenes en libertad. Y se encaminó por aquel lado, y llegó hasta el primer arco, en el que se leía esta inscripción grabada en caracteres color de bermellón:

¡Oh casa! ¡Ojalá no trasponga tu umbral nunca la tristeza, ni nunca pese el tiempo sobre la cabeza de tus habitantes!

¡Ojalá dures eternamente, ¡oh casa! para abrir tus puertas a la hospitalidad, y jamás seas demasiado estrecha para los amigos!

Y llegó al segundo arco y leyó en él esta inscripción grabada en letras de oro:

¡Oh casa de dicha! ¡Ojalá dures tanto tiempo como han de regocijarse tus boscajes con la armonía de tus pájaros!

¡Que los perfumes de la amistad te embalsamen tanto tiempo como han de languidecer tus flores por saberse tan bellas! ¡Y que tus poseedores vivan en la serenidad tanto tiempo como han de ver tus árboles madurar sus frutos, y han de lucir nuevas estrellas en la bóveda de los cielos!

Y llegó de tal suerte debajo del tercer arco, en el que leyó estos versos grabados en caracteres azules:

¡Oh casa de lujo y de gloria! ¡Ojalá te eternices en tu belleza bajo la cálida luz y bajo las tinieblas dulces, a despecho del tiempo y las mudanzas!

Cuando hubo franqueado el último arco, llegó al final de la avenida; y ante él, al pie de los peldaños de mármol lavado que conducían a la morada, vio a una joven que debía tener más de catorce años de edad, pero que indudablemente no había cumplido los quince años. Y estaba tendida en una alfombra de terciopelo y apoyada en cojines. Y la rodeaban y estaban a sus órdenes otras cuatro jóvenes. Y era hermosa y blanca como la luna, con cejas puras y tan delicadas cual un arco formado con almizcle precioso, con ojos grandes y negros cargados de exterminios y asesinatos, con una boca de coral tan pequeña como una nuez moscada y con un mentón que decía perfectamente: "¡Heme aquí!" Y sin disputa habría abrasado de amor con tantos encantos a los corazones más fríos y más endurecidos.

Así es que el hermoso Anís se adelantó hacia la bella joven, se inclinó hasta el suelo, se llevó la mano al corazón, a los labios y a la frente, y dijo: "La zalema contigo, ¡oh soberana de las puras!" Pero ella le contestó: "¿Cómo te atreviste ¡oh joven impertinente! a entrar en paraje prohibido y que no te pertenece?" Él contestó: "¡Oh mi señora! ¡la culpa no es mía, sino tuya y de este jardín! ¡Por la puerta entreabierta he visto este jardín con sus parterres de flores, sus jazmines, sus mirtos y sus violetas, y he visto que todo el jardín con sus parterres y sus flores se inclinaba ante la luna de belleza que se sentaba aquí mismo donde te hallas tú! ¡Y mi alma no pudo resistir al deseo que la impulsaba a venir a inclinarse y rendir homenaje con las flores y los pájaros!"

La joven se echó a reír, y le dijo: "¿Cómo te llamas?" Dijo él: "Tu esclavo Anís, ¡oh mi señora!" Dijo ella: "¡Me gustas infinitamente, ya Anís! ¡Ven a sentarte a mi lado!"

Le hizo, pues, sentarse al lado suyo, y le dijo: "¡Ya Anís! ¡tengo ganas de distraerme un poco! ¡Sabes jugar al ajedrez?" Dijo él: "¡Sí, por cierto!" Y ella hizo señas a una de las jóvenes, quien al punto les llevó un tablero de ébano y marfil con cantoneras de oro, y los peones del ajedrez eran rojos y blancos y estaban tallados en rubíes los peones rojos y tallados en cristal de roca los peones blancos. Y le preguntó ella: "¿Quieres los rojos o los blancos?" Él contestó: "¡Por Alah, ¡oh mi señora! que he de coger los blancos, porque los rojos tienen el color de las gacelas, y por esa semejanza y por muchas otras más, se amoldan a ti perfectamente!" Ella dijo: "¡Puede ser!" Y se puso a arreglar los peones.

Y empezó el juego.

Pero Anís, que prestaba más atención a los encantos de su contrincante que a los peones del ajedrez, se sentía arrebatado hasta el éxtasis por la belleza de las manos de ella, que parecíanle semejantes a la pasta de almendra, y por la elegancia y la finura de sus dedos, comparables al alcanfor blanco. Y acabó por exclamar: "¿Cómo voy a poder ¡oh mi señora! jugar sin peligro contra unos dedos así?" Pero le contestó ella embebida en su juego: "¡Jaque al rey! ¡Jaque al rey, ya Anís! ¡Has perdido!"

Luego, como viera que Anís no prestaba atención al juego, le dijo: "¡Para que estés más atento al juego, Anís, vamos a jugar en cada partida una apuesta de cien dinares!"

Él contestó: "¡Bueno!" Y arregló los peones. Y por su parte, la joven, que tenía por nombre Zein Al-Mawassif, se quitó en aquel momento el velo de seda que le cubría los cabellos y apareció cual una resplandeciente columna de luz. Y Anís, que no lograba separar sus miradas de su contrincante, continuaba sin darse cuenta de lo que hacía: tan pronto cogía peones rojos en vez de peones blancos, como los movía atravesados, de modo que perdió seguidas cinco partidas de cien dinares cada una. Y le dijo Zein Al-Mawassif: "Ya veo que no estás más atento que antes. ¡Juguemos una apuesta más fuerte! ¡A mil dinares la partida!" Pero Anís, a pesar de la suma empeñada, no se condujo mejor; y perdió la partida.

Entonces le dijo ella: "¡Juguemos todo tu oro contra todo el mío!" Aceptó él, y perdió. Entonces se jugó sus tiendas, sus casas, sus jardines y sus esclavos, y los perdió unos tras de otros. Y ya no le quedó nada entre las manos.

Entonces Zein Al-Mawassif se encaró con él y le dijo: "Eres un insensato, Anís. Y no quiero que tengas que arrepentirte de haber entrado en mi jardín y de haber entablado amistad conmigo. ¡Te devuelvo, pues, cuanto perdiste! ¡Levántate, Anís, y vete en paz por donde viniste!" Pero Anís contestó: "¡No, por Alah, ¡oh soberana mía! que no me apena lo más mínimo lo que perdí! Y si mi vida me pides, te perteneceré al instante. ¡Pero, por favor, no me obligues a abandonarte!"

Ella dijo: "¡Puesto que no quieres recuperar lo que has perdido, ve, al menos, en busca del kadí y de los testigos, y tráeles aquí para que extiendan una donación en regla de los bienes que te he ganado!" Y fue Anís a buscar al kadí y a los testigos. Y el kadí, aunque estuvo a punto de que se le cayera el cálamo de entre los dedos al ver la belleza de Zein Al-Mawassif, redactó el acta de donación e hizo poner en ella sus sellos a los dos testigos.

Luego se marchó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 656ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y el kadí, aunque estuvo a punto de que se le cayera el cálamo de entre los dedos al ver la belleza de Zein Al-Mawassif, redactó el acta de donación e hizo poner en ella sus sellos a los dos testigos.

Luego se marchó.

Entonces Zein Al-Mawassif se encaró con Anís y le dijo, riendo: "Ahora puedes marcharte, Anís. ¡Ya no nos conocemos!" Dijo él: "¡Oh soberana mía! ¿vas a dejarme partir sin la satisfacción del deseo?" Ella dijo: "¡Con mucho gusto accederé a lo que quieres, Anís; pero todavía me queda que pedirte algo! ¡Aun tendrás que traerme cuatro vejigas de almizcle puro, cuatro onzas de ámbar gris, cuatro mil piezas de brocado de oro de la mejor calidad y cuatro mulas enjaezadas!" Dijo él: "Por encima de mi cabeza, ¡oh mi señora!"

Ella preguntó: "¿Cómo te arreglarás para proporcionármelas, si ya no posees nada?" Dijo él: "¡Alah proveerá! Tengo amigos que me prestarán todo el dinero que me haga falta". Ella dijo: "Entonces date prisa a traerme lo que te he pedido". Y Anís, sin dudar que sus amigos fuesen en su ayuda, salió para ir a buscarlos.

Entonces Zein Al-Mawassif dijo a una de sus mujeres, que se llamaba Hubub: "Sal detrás de él, ¡oh Hubub! y espíale. Y cuando veas que todos los amigos de que habló se niegan a ir en su ayuda y le rechazan con un pretexto o con otro, te acercarás a él, y le dirás: "¡Oh amo mío, Anís! mi ama Zein Al-Mawassif me envía a ti para decirte que quiere verte al instante!" Y le traerás contigo, y le introducirás en la sala de recepción. ¡Y entonces sucederá lo que suceda!"

Y Hubub contestó con el oído y la obediencia, y se apresuró a salir detrás de Anís y a seguir sus pasos.

En cuanto a Zein Al-Mawassif, entró en su casa y empezó por ir al hammam para tomar un baño. Y después del baño, sus doncellas le prodigaron los cuidados que requiere un tocado extraordinario; luego depilaron lo que tenían que depilar, frotaron lo que tenían que frotar; alargaron lo que tenían que alargar y oprimieron lo que tenían que oprimir. Luego la vistieron con un traje bordado de oro fino, y le pusieron en la cabeza una lámina de plata para que sirviera de sostén a una rica diadema de perlas que por detrás se hacía un nudo cuyos dos cabos, adornados cada uno con un rubí del tamaño de un huevo de paloma, le caían por los hombros deslumbradores cual la plata virgen. Luego acabaron de trenzar sus hermosos cabellos negros, perfumados de almizcle y de ámbar, en veinticuatro trenzas que le arrastraban hasta los pies. Y cuando terminaron de adornarla, y quedó semejante a una recién casada, se echaron a sus plantas, y le dijeron con voz temblorosa de admiración: "¡Alah te conserve en tu esplendor, ¡oh ama nuestra Zein Al-Mawassif! y aleje de ti por siempre la mirada de los envidiosos, y te preserve del mal de ojo!" Y mientras ella ensayaba en la habitación un modo gallardo de andar, no cesaron de hacerle mil y mil cumplimientos desde el fondo de su alma.

Entretanto, volvió la joven Hubub con el hermoso Anís, al que se llevó cuando sus amigos le rechazaron negándose a ir en su ayuda. Y le introdujo a la sala en donde se hallaba su ama Zein Al-Mawassif.

Cuando el hermoso Anís advirtió a Zein Al-Mawassif en todo el esplendor de su belleza, se detuvo deslumbrado, y se preguntó: "¿Pero es ella, o una de las recién casadas que sólo se ven en el paraíso?" Y Zein Al-Mawassif, satisfecha del efecto producido en Anís, fue a él sonriendo, le cogió de la mano y le condujo hasta el diván amplio y bajo que se sentaba ella, y le hizo sentarse al lado suyo. Luego ordenó por señas a sus mujeres que llevaran una mesa grande y baja, hecha de un solo trozo de plata, y en la cual había grabados estos versos gastronómicos:

¡Hunde las cucharas en las salseras grandes, y regocija tus ojos y regocija tu corazón con todas estas especies admirables y variadas!

¡Guisados y cochifritos, asados y cocidos, confituras y helados, fritadas y compotas al aire libre o al horno!

¡Oh codornices! ¡oh pollos! ¡oh capones! ¡oh enternecedores! ¡os adoro!

¡Y vosotros, corderos cebados durante tanto tiempo con alfónsigos, y ahora rellenos de uvas en esta bandeja, ¡oh excelencias!

¡Aunque no tenéis alas como las codornices y los pollos y los capones, me gustáis mucho!

¡En cuanto a ti, ¡oh kabab a la parrilla! que Alah te bendiga! ¡Jamás me verá tu color dorado decirle que no!

¡Y a ti, ensalada de verdolaga, que en esta escudilla bebes el alma misma de los olivos, te pertenece mi espíritu, ¡oh amiga mía!

¡A la vista de esta pareja de pescados asentados en el fondo del plato sobre menta fresca, te estremeces de placer en mi pecho, ¡oh corazón mío!

¡Y tú, bienhadada boca mía, cállate y sueña con comer estas delicias de las que por siempre hablarán los anales!

Entonces las doncellas les sirvieron los manjares perfumados. Y ambos comieron juntos hasta la saciedad y se endulzaron. Y les llevaron los frascos de vino, y bebieron ambos en la misma copa. Y Zein Al-Mawassif se inclinó hacia Anís, y le dijo: "¡He aquí que hemos comido juntos el pan y la sal, y ya eres mi huésped! No creas, pues, que voy a quedarme ahora con la menor cosa de lo que te ha pertenecido. ¡Así es que, quieras o no, te devuelvo cuanto te he ganado!" Y Anís no tuvo más remedio que aceptar como regalo los bienes que le habían pertenecido. Y se arrojó a los pies de la joven, y le expresó su gratitud. Pero ella le levantó, y le dijo: "Si verdaderamente, Anís, quieres agradecerme este don, no tienes más que seguirme a mi lecho. ¡Y allí me probarás positivamente si eres un buen jugador de ajedrez...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 658ª NOCHE

Ella dijo:

"...no tienes más que seguirme a mi lecho. ¡Y allí me probarás positivamente si eres un buen jugador de ajedrez!" Y saltando sobre ambos pies, contestó Anís: "¡Por Alah, ¡oh mi señora! que en el lecho vas a ver cómo el rey blanco supera a todos los jinetes!" Y diciendo estas palabras, la cogió en brazos, y cargado con aquella luna, corrió a la alcoba, cuya puerta hubo de abrirle la servidora Hubub. Y allí jugó con la joven una partida de ajedrez siguiendo todas las reglas de un arte consumado, e hizo que la sucediese una segunda partida y una tercera partida, y así sucesivamente hasta la partida decimoquinta, haciendo portarse tan valientemente al rey en todos los asaltos, que la joven, maravillada y sin alientos, hubo de darse por vencida, y exclamó: "Triunfaste, ¡oh padre de las lanzas y de los jinetes!" Luego añadió: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh mi señor! di al rey que descanse!" Y se levantó riendo y puso fin por aquella noche a las partidas de ajedrez.

Entonces, nadando con alma y cuerpo en el océano de las delicias, reposaron un momento en brazos uno de otro. Y Zein Al-Mawassif dijo a Anís: "Llegó la hora del descanso bien ganado, ¡oh invencible Anís! ¡Pero, para juzgar mejor todavía de tu valer, deseo saber por ti si en el arte de los versos eres tan excelente como en el juego de ajedrez! ¿Podrías, pues, ordenar rítmicamente los diversos episodios de nuestro encuentro y de nuestro juego, de manera que se nos quedaran bien en la memoria?" Y contestó Anís: "La cosa es muy sencilla para mí, ¡oh señora mía!" Y se sentó en la cama perfumada, y mientras Zein Al-Mawassif le pasaba el brazo por el cuello y le acariciaba dulcemente, improvisó él esta oda sublime:

¡Levantaos para escuchar la historia de una joven de catorce años y un cuarto de año, a quien encontré en un paraíso, y era más bella que las lunas en el cielo de Alah!

¡Como una gacela, se balanceaba en el jardín y las ramas flexibles de los árboles se inclinaban hacia ella, y la cantaban los pájaros! ¡Y aparecí, y le dije; "¡La zalema contigo, ¡oh sedosa de mejillas, oh soberana! ¡Dime, para que lo sepa, el nombre de aquella cuyas miradas me vuelven loco!"

¡Con acento más dulce que el tintineo de las perlas en la copa, me dijo: "¿No darás con mi nombre tú solo? ¿Tan ocultas están mis cualidades, que no puede mi rostro reflejarlas a tu vista?

¡Contesté: "¡No, por cierto! ¡No, por cierto! ¿Sin duda te llamas Ornamento de las Cualidades? ¡Dame una limosna, ¡oh Ornamento de las Cualidades!

¡Y en cambio, ¡oh joven! aquí tienes almizcle, aquí tienes ámbar, aquí tienes perlas, aquí tienes oro y alhajas y todas las gemas y sedas!"

¡Entonces brilló en sus dientes jóvenes el relámpago de su sonrisa, y me dijo: "¡Heme aquí, pues! Heme aquí, ¡oh caros ojos míos!"

¡Éxtasis de mi alma, ¡oh su cintura desceñida! ¡oh su camisa descubierta! ¡oh su carne al desnudo! ¡oh diamantes! ¡Satisfacción de mis deseos! ¡Emanaciones suyas, que eran perfumes al besar! ¡Olor de piel suprema calor de regazo! ¡Oh frescura, mil besos!

¡Si la hubieseis visto, censores que me impugnáis! ¡Escuchad! ¡Os cantaré toda mi embriaguez, y quizás comprendáis!

¡Su inmensa cabellera, color de noche, se despliega triunfal sobre la blancura de su espalda hasta llegar al suelo! ¡Y las rosas de sus mejillas incendiarias alumbrarían el infierno!

¡Un arco precioso son sus cejas puras; matan sus párpados, cargados de flechas; y es un alfanje cada una de sus miradas!

¡Su boca es un frasco de vino añejo; su saliva es agua de fuente; sus dientes son un collar de perlas acabadas de coger del mar!

¡Su cuello, cual el cuello del antílope, es elegante y está tallado admirablemente; su pecho es una losa de mármol sobre la que descansan dos copas invertidas!

¡Su vientre tiene un hoyo que embalsama con los perfumes más ricos; y debajo, enfrontando mi espera, gordo y rollizo, alto como un trono de rey, asentado entre dos columnas de gloria, está aquel que es la locura de los más cuerdos!

¡Por unos lados liso y por otros barbudo, es tan sensible, que se encabrita como un mulo en cuanto se le toca!

¡Tiene los ojos rojos, tiene los labios carnosos y dulces, tiene el hocico fresco y encantador!

¡Si te aproximas a él con valentía, le encontrarás caliente, sólido, resuelto y suntuoso, sin temer las fatigas, ni los asaltos, ni las batallas!

¡Así eres, ¡oh Zein Al-Mawassif! completa de encantos y de cortesía! ¡Y por eso no olvidaré las delicias de nuestras noches, ni la hermosura de nuestros amores!

Al oír esta oda improvisada en honor suyo, Zein Al-Mawassif se sintió transportada de placer y se expansionó hasta el límite de la expansión...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 659ª NOCHE

Ella dijo:

"Al oír esta oda improvisada en honor suyo, Zein Al-Mawassif se sintió transportada de placer y se expansionó hasta el límite de la expansión. Y dijo a Anís, besándole: "¡Oh Anís, qué excelencia! ¡Por Alah, ya no quiero vivir más que contigo!" Y pasaron juntos el resto de la noche entre escarceos diversos, caricias, copulaciones y otras cosas semejantes, hasta la mañana. Y dejaron transcurrir el día, uno junto a otro, tan pronto descansando como comiendo y bebiendo y divirtiéndose hasta la noche. Y continuaron viviendo de tal suerte durante un mes en medio de transportes de alegría y de voluptuosidad.

Pero, al cabo del mes, la joven Zein Al-Mawassif, que era una mujer casada, recibió una carta de su esposo en que le anunciaba su próximo regreso. Y cuando la hubo leído, exclamó: "¡Ojalá se le rompan las piernas! ¡Alejada sea la fealdad! ¡He aquí que nuestra deliciosa vida va a verse turbada por la llegada de ese rostro de mal agüero!" Y enseñó a su amigo la carta, y le dijo: "¿Qué partido vamos a tomar, ¡oh Anís!?" Él contestó: "Me entrego enteramente a ti, ¡oh Zein! ¡Porque, en cuestión de astucias y sutilezas, las mujeres superaron siempre a los hombres!" Ella dijo: "¡Está bien! ¡Pero te advierto que mi marido es un hombre muy violento, y sus celos no tienen límites! ¡Y nos resultará muy difícil el no despertar sus sospechas!" Y reflexionó una hora de tiempo, y dijo: "¡Para introducirte en casa después de su llegada maldita, no veo otro medio que hacerte pasar por un mercader de perfumes y especias! ¡Medita, pues, acerca de este oficio, y sobre todo ten mucho cuidado con contrariarle en nada durante los tratos!" Y se pusieron ambos de acuerdo respecto a los medios de que se valdrían para engañar al marido.

Entretanto, regresó de viaje el marido, y llegó al límite de la sorpresa al ver a su mujer toda amarilla de pies a cabeza. La astuta se había puesto en aquel estado frotándose con azafrán. Y su marido, muy asombrado, le preguntó qué enfermedad tenía; y contestó ella: "Si tan amarilla me ves, ¡ay! no es a causa de una enfermedad, sino a causa de la tristeza y de la inquietud en que estuve durante tu ausencia! ¡Por favor no vuelvas a viajar sin llevar contigo un acompañante que te defienda y te cuide! ¡Y entonces estaré más tranquila por ti!" Él contestó: "¡Lo haré de todo corazón! ¡Por vida mía, que es sensata tu idea! ¡Tranquiliza, pues, tu alma, y procura recuperar tu color brillante de otras veces!" Luego la besó y se fue a su tienda, porque era un gran mercader, judío de religión. ¡Y su esposa, la joven, era, asimismo, judía como él!

Y he aquí que Anís, que había adquirido todos los informes referentes al nuevo oficio que tenía que ejercer, esperaba al marido a la puerta de su tienda. Y para entablar amistad con él, le ofreció perfumes y especias a un precio muy inferior al corriente. Y el marido de Zein Al-Mawassif, que tenía el alma endurecida de los judíos, quedó tan satisfecho de aquel negocio y del comportamiento de Anís y de sus buenas maneras, que se hizo su cliente habitual. Y a los pocos días, acabó por proponerle que se asociara con él, en caso de poder aportar suficiente capital. Y no dejó Anís de aceptar una oferta que sin duda le aproximaría a su bienamada Zein Al-Mawassif,

y contestó que abrigaba ese mismo deseo y que anhelaba mucho ser socio de un mercader tan estimable. Y sin tardanza redactaron su contrato de asociación, y le pusieron sus sellos en presencia de dos testigos entre los notables del zoco.

Y he aquí que aquella misma tarde el esposo de Zein Al-Mawassif, para festejar su contrato de asociación, invitó a su nuevo asociado a que fuese a su casa para compartir su comida. Y se lo llevó consigo; y como era judío, y los judíos no tienen vergüenza y no guardan a sus mujeres ocultas a las miradas de los extraños, quiso hacerle conocer a su esposa. Y fue a prevenirle de la llegada de su asociado Anís, y le dijo: "Es un joven rico y de buenas maneras. ¡Y deseo que vengas a verle!" Y aunque transportada de alegría al saber aquella noticia, Zein Al-Mawassif no quiso dejar traslucir sus sentimientos, y fingiendo hallarse extremadamente indignada, exclamó: "¡Por Alah! ¿cómo te atreves, ¡oh padre de la barba! a introducir a extraños en la intimidad de tu casa? ¿Y de qué modo pretendes imponerme la dura necesidad de mostrarme a ellos, con el rostro descubierto o velado? ¡El nombre de Alah sobre mí y alrededor de mí! ¿Es que, porque tú hayas encontrado un socio, debo yo olvidar la modestia que conviene a las jóvenes ¡Antes me dejaría cortar en pedazos!"

Pero contestó el: "¡Qué palabras tan desconsideradas dices, oh mujer! ¿Y desde cuándo hemos resuelto hacer como los musulmanes, que tienen por ley esconder a sus mujeres? ¡Qué vergüenza tan inaudita y qué modestia tan extemporánea! ¡Nosotros somos moisitas, y tus escrúpulos a ese respecto resultan excesivos en una moisita!" Y le habló así. Pero pensaba para su ánima: "¡Qué bendición sobre mi casa es el tener una esposa tan casta, tan modesta, tan prudente y tan llena de timidez!" Luego se puso a hablar con tanta elocuencia, que acabó por convencerla para que fuera a cumplir por sí misma los deberes de hospitalidad para con el recién venido.

Y he aquí que Anís y Zein Al-Mawassif, al verse, se guardaron mucho de aparentar que se conocían. Y durante toda la comida, Anís tuvo los ojos bajos muy honestamente; y fingía gran discreción, y no miraba más que al marido. Y el propio judío pensaba: "¡Qué joven tan excelente!" Así es que, cuando se hubo terminado la comida, no dejó de invitar a Anís para que al día siguiente fuera también a hacerle compañía en la mesa. Y Anís volvió al día siguiente, y al otro día; y cada vez se portaba en todo con un tacto y una discreción admirables.

Pero al judío le había chocado ya una cosa extraña que ocurría en cuanto se encontraba en la casa Anís. Efectivamente, había en la casa un pájaro domesticado...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 660ª NOCHE

Ella dijo:

"...Efectivamente, había en la casa un pájaro domesticado, a quien amaestró el judío, y que reconocía y quería mucho a su amo. Pero, mientras duró la ausencia del judío, aquel pájaro hubo de cifrar su afecto en Anís y tomó la costumbre de posársele en la cabeza y en los hombros y hacerle mil caricias, de modo que, cuando su amo el judío regresó de viaje, no quiso el pájaro reconocerle ya, considerándole como un extraño. Y ya no había píos de alegría, aleteos y caricias más que para el joven Anís, socio de su amo. Y el judío pensó para sí: "¡Por Muza y Aarún! ¡pues no me ha olvidado este pájaro! ¡Y su conducta para conmigo da más valor todavía a los sentimientos de mi esposa, que ha caído enferma de dolor por mi ausencia!" ¡Así pensaba! Pero no tardó en chocarle y en hacer que le asaltasen mil ideas torturadoras otra cosa extraña.

Porque notó que su esposa, tan reservada y tan modesta en presencia de Anís, tenía sueños extraordinarios en cuanto se dormía. Tendía los brazos, jadeaba, suspiraba y hacía mil contorsiones pronunciando el nombre de Anís y hablándole como hablan las enamoradas más apasionadas. Y el judío se quedó extremadamente asombrado al comprobar aquello varias noches sucesivas, y pensó: "¡Por el Pentateuco, que esto viene a demostrarme que todas las mujeres son iguales y que, cuando una de ellas es virtuosa y casta y continente como mi esposa, tiene que satisfacer de una manera o de otra sus malos deseos, aunque sea en sueños! ¡Alejado sea de nosotros el Maligno! ¡Qué calamidad son estas criaturas formadas con la llama del infierno!" Luego se dijo: "¡He de poner a prueba a mi esposa! ¡Si resiste a la tentación y permanece casta y reservada, lo del pájaro y lo de los sueños no será más que una coincidencia entre las coincidencias sin resultados!"

Y he aquí que, cuando llegó la hora de la comida acostumbrada, el judío anunció a su esposa y a su socio que estaba invitado a casa del walí con motivo de un gran pedido de mercaderías; y les rogó que esperasen su regreso para empezar a comer. Luego les dejó y salió al jardín. Pero, en vez de ir a casa del walí, se apresuró a volver sobre sus pasos y a subir al piso superior de la casa; allí, desde una habitación cuya ventana daba a la sala de reunión, podría vigilar lo que iba a ocurrir.

No se hizo esperar mucho el resultado, que por parte de los amantes se manifestó con besos y caricias de una intensidad y una pasión increíbles. Y como no quería el judío descubrir su presencia ni dejarles adivinar que no había ido a casa del walí, se vio obligado durante una hora de tiempo a asistir a las manifestaciones desenfrenadas de ambos amantes. Pero, tras de esta espera dolorosa, bajó a reunirse con ellos y entró en la sala con rostro sonriente, como si nada supiera. Y mientras duró la comida, se guardó bien de dejarles adivinar sus sentimientos, y tuvo muchas más consideraciones y atenciones para el joven Anís, quien, por otra parte, se mostró todavía más reservado y más discreto que de costumbre.

Pero cuando se terminó la comida y se marchó el joven Anís, el judío se dijo: "¡Por los cuernos de nuestro señor Muza, que he de abrasarles el corazón al separarlos!" Y sacó del seno una carta que abrió y leyó; luego exclamó: "He aquí que voy a verme obligado a partir de nuevo para un viaje largo. ¡Porque me llega esta carta de mis corresponsales del extranjero, y es preciso que vaya a verles para arreglar con ellos un importante asunto comercial!" Y Zein Al-Mawassif supo disimular perfectamente la alegría que le causaba esta noticia, y dijo: "¡Oh esposo mío bienamado! ¡vas a dejarme morir durante tu ausencia! ¡Dime, por lo menos, cuánto tiempo vas a estar lejos de mí!" Dijo él: "¡Tres años, o acaso cuatro años, ni más ni menos!" Ella exclamó: "¡Oh, pobre Zein Al-Mawassif! ¡Tu mala suerte no te deja nunca disfrutar de la presencia de tu esposo! ¡Oh desesperación de mi alma!"

Pero le dijo él: "¡No te desesperes más por eso! Porque para no dejarte sola esta vez y exponerte a la tristeza, quiero que vengas conmigo! ¡Levántate, pues, y ordena que tus doncellas Hubub, Khutub, Sukub y Rukub te ayuden a hacer tu equipaje para la marcha!"

Al oír estas palabras, a la quebrantada Zein Al-Mawassif se le puso el color muy amarillo, y sus ojos humedeciéronse con lágrimas, y no pudo pronunciar ni una sola palabra. Y su marido, que interiormente se dilataba de contento, le preguntó con acento muy afectuoso: "¿Qué te pasa, Zein?" Ella contestó: "¡Nada, por Alah! ¡Solamente estoy un poco emocionada con esta agradable noticia de saber que ya no voy a separarme de ti!"

Luego se levantó y se puso a hacer los preparativos de la marcha, ayudada por sus doncellas, a la vista de su esposo el judío. Y no sabía cómo enterar de la triste nueva a Anís. Por fin pudo disponer de un momento para trazar sobre la puerta de entrada estos versos de adiós a su amigo:

¡A ti mis penas, Anís! ¡Hete aquí solo, con el corazón sangrando por vivas heridas!

¡Los celos más que la necesidad ocasionan nuestra separación! ¡Y la alegría hubo de entrar en el alma del envidioso a la vista de mi dolor y de mi desesperación!

¡Pero por Alah juro que no me poseerá otro que no seas tú, Anís, aunque venga acompañado de mil intercesores!

Tras de lo cual montó en el camello preparado para ella, y segura de no volver a ver ya a Anís, se metió en su litera, dedicando versos de adiós a la casa y al jardín. Y se puso en marcha toda la caravana, con el judío a la cabeza, Zein Al-Mawassif en medio y las doncellas a la cola. Y esto es lo referente a Zein y a su esposo el judío...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 662ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y esto es lo referente a Zein y a su esposo el judío.

¡Pero he aquí lo que atañe a Anís!

Cuando al día siguiente vio que no iba al zoco su asociado el mercader judío, quedó extremadamente sorprendido y esperó su llegada hasta la tarde. Pero en vano. Entonces decidióse a ir a ver por sí mismo la causa de semejante ausencia. Y llegó de tal suerte ante la puerta de entrada, y leyó la inscripción que Zein Al-Mawassif había grabado allí. Y comprendió su sentido, y trastornado se dejó caer en tierra, presa de la desesperación. Y cuando se repuso un poco de la emoción que hubo de causarle aquella ausencia de su bienamada, preguntó a los vecinos. Y así fue como se enteró de que su esposo el judío se la había llevado con sus doncellas y un gran equipaje, que cargaron en diez camellos, y con víveres para un viaje muy largo.

Al saber esta noticia, Anís caminó como un insensato por entre las soledades del jardín; e improvisó estos versos:

¡Para llorar el recuerdo de la bienaventurada, detengámonos aquí en el límite de árboles de su jardín, donde se yergue su querida casa, donde sus huellas, como en mi corazón, no pueden ser borradas ni por los vientos del Norte ni por los vientos del Sur!

¡Se marchó, pero mi corazón está con ella, atado al aguijón que apresura la marcha de los camellos!

¡Ah, ven, oh noche! ¡ven a refrescar mis mejillas ardientes y a calmar el fuego que me consume el corazón!

¡Oh brisa del desierto! a ti, cuyo soplo perfumó su aliento, ¿no te ha recetado ningún colirio para secar mis lágrimas, ningún remedio para reanimar mi cuerpo helado?

¡Ay! ¡ay! ¡el conductor de la caravana dio señal de partir en medio de las tinieblas de la noche, antes que el soplo del céfiro matinal viniera a vivificar las cañadas!

¡Se arrodillaron los camellos; hiciéronse los fardos; metíase ella en la litera; se marchó!

¡Ay! ¡se marchó, y me ha dejado sin poder seguir sus huellas! ¡La sigo desde lejos, regando con mis lágrimas el polvo!

Luego, mientras se entregaba de este modo a sus reflexiones y recuerdos, oyó graznar a un cuervo que tenía su nido en una palmera del jardín. E improvisó esta estrofa:

¡Oh cuervo! ¿qué tienes que hacer ya en el jardín de mi bienamada? ¿Vienes a gemir con tu voz lúgubre por los tormentos de mi amor? ¡Ay! ¡ay! ¡gritas a mi oído! y el eco infatigable repite sin cesar: ¡Ay! ¡ay!

Luego, sin poder ya resistirse a tantas penas y tormentos, se echó Anís en el suelo y se sintió invadido por el sopor. Y he aquí que en sueños se le apareció su bienamada; y se encontraba dichoso él con ella; y la oprimía en sus brazos, y hacía ella lo mismo.

Pero despertóse de pronto y quedó desvanecida la ilusión. Y para consolarse, sólo pudo él improvisar estos versos:

¡Salve, imagen de la bienamada! ¡Te me apareces en medio de las tinieblas de la noche, y vienes a calmar por un instante la violencia de mi amor!

¡Me habla ella, me sonríe, me hace mil tiernas caricias; tengo en mis manos toda la felicidad de la tierra, y me despierto bañado en lágrimas!

Así se lamentaba el joven Anís. Y continuó viviendo a la sombra de la casa abandonada, sin alejarse más que para tomar algún alimento en su vivienda.

Y he aquí lo referente a él.

En cuanto a la caravana, cuando llegó a un mes de distancia de la ciudad consabida, hizo alto. Y el judío mandó armar las tiendas cerca de una ciudad situada a orillas del mar. Allí quitó a su esposa los ricos trajes que la cubrían, cogió una vara larga y flexible, y le dijo: "¡Ah, miserable traidora! ¡tu piel manchada sólo se podrá limpiar con esto! ¡Que venga ahora a librarte de entre mis manos ese joven Anís!" Y a pesar de sus gritos y protestas, le fustigó dolorosamente con toda su fuerza.

Luego le envolvió un manto de crines viejo, y fue a la ciudad en busca de un herrador, y le dijo:

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 663ª NOCHE

Ella dijo:

"...y fue a la ciudad en busca de un herrador, y le dijo: "Vas a herrar sólidamente los pies de esta esclava; tras de lo cual le herrarás las manos. ¡Y me servirá de cabalgadura!" Y el herrador asombrado, miró al viejo, y le dijo: "¡Por Alah, que es la primera vez que me llaman para herrar a seres humanos! ¿Pues qué ha hecho esta joven para merecer ese castigo?" El viejo dijo: "¡Por el Pentateuco! ésa es la pena con que nosotros los judíos castigamos a nuestros esclavos cuando tenemos queja de su conducta". Pero el herrador, deslumbrado por la belleza de Zein Al-Mawassif e impresionado en extremo por sus encantos, miró al judío con desprecio e indignación, y le escupió en la cara; y en lugar de tocar a la joven, improvisó esta estrofa:

¡Ojalá ¡oh mulo! te herraran a ti en toda tu piel antes de torturar sus pies delicados! ¡Si fueras sensato, con anillos de oro adornarías sus pies encantadores!

¡Porque bien seguro estoy de que, al comparecer ante el Juez Soberano, será declarada inocente y pura tan bella criatura!

Luego corrió el herrador en busca del walí de la ciudad y le contó lo que había visto, describiéndole la belleza maravillosa de Zein Al-Mawassif y el trato cruel que quería hacerle soportar su esposo el judío. Y el walí ordenó a los guardias que inmediatamente fueran al campamento y trajeran a su presencia a la bella esclava, al judío y a las demás mujeres de la caravana. Y los guardias se apresuraron a ejecutar la orden. Y al cabo de una hora, volvieron e introdujeron en la sala de audiencias, ante el walí, al judío, a Zein Al-Mawassif y a las cuatro doncellas Hubub, Khutub, Sukub y Rukub. Y deslumbrado por la belleza de Zein Al-Mawassif, el walí le preguntó: "¿Cómo te llamas, hija mía?" Ella dijo, moviendo las caderas: "Tu esclava Zein Al-Mawassif, ¡oh amo nuestro!" Y él le preguntó: "¿Y quién es este hombre tan feo?" Ella contestó: "¡Es judío ¡oh mi señor! que me separó de mi padre y de mi madre, y me violentó, y con toda clase de malos tratos quiso forzarme a abjurar de la santa fe de mis padres musulmanes! ¡Y me hace sufrir tortura a diario, y por ese procedimiento intenta vencer mi resistencia! ¡Y en prueba de lo que revelo a nuestro amo, aquí tenéis las huellas de los golpes con que no cesa de martirizarme!" Y con mucho rubor descubrió la parte alta de los brazos y enseñó los verdugones que los surcaban. Luego añadió: "¡Y por cierto ¡oh amo nuestro! que el honorable herrador puede dar testimonio del trato bárbaro que quería hacerme sufrir ese judío! ¡Y mis doncellas confirmarán mis palabras! ¡Por lo que a mí respecta, soy una musulmana, una creyente, y atestiguo que no hay más Dios que Alah y que Mohamed es el Enviado de Alah!

Al oír estas palabras, el walí se encaró con las doncellas Hubub, Khutub, Sukub y Rukub, y les preguntó: "¿Es cierto lo que dice vuestra ama?" Ellas contestaron: "¡Es cierto!" Entonces el walí se encaró con el judío, y con los ojos chispeantes, le dijo: "¡Mal hayas, enemigo de Alah! ¿Por qué arrebataste esta joven a su padre y a su madre, a su casa y a su patria, y la torturaste, e intentaste hacerle renegar de nuestra santa religión y precipitarla en los horribles errores de tu creencia maldita?"

El judío contestó: "¡Oh amo nuestro! ¡por vida de la cabeza de Yacub, de Muza y de Aarún, te juro que esta joven es mi esposa legal!" Entonces exclamó el walí: "¡Que le den una paliza!" Y los guardias le tiraron al suelo y le aplicaron cien palos en la planta de los pies, cien palos en la espalda y cien palos en las nalgas. Y como continuara en sus gritos y vociferaciones, protestando y afirmando que Zein Al-Mawassif le pertenecía legalmente, el walí dijo: "¡Ya que no quiere declarar, que le corten las manos y los pies, y que le fustiguen!"

Al oír esta terrible sentencia, exclamó el judío: "¡Por los cuernos sagrados de Muza! ¡si sólo eso basta para salvarme, declaro que no es mi esposa esta mujer y que se la he quitado a su familia!"

Entonces pronunció el walí: "¡Ya que ha declarado, que le encarcelen! ¡Y que esté preso toda su vida! ¡Sean castigados así los judíos descreídos!" Y al punto los guardias ejecutaron la orden. Y arrastraron al judío hasta la cárcel. Y sin duda allí moriría en su descreimiento y en su fealdad. ¡Que Alah no tenga nunca compasión de él! ¡Y precipite su alma judía en el fuego del último piso del infierno! ¡Pero nosotros somos creyentes! ¡Y reconocemos que no hay más Dios que Alah y que Mohamed es el Enviado de Alah!

En cuanto a Zein Al-Mawassif, besó la mano del walí, y acompañada por sus cuatro doncellas Hubub, Khutub, Sukub y Rukub, volvió a las tiendas y ordenó a los camelleros que levantaran el campo y se pusieran en camino para el país de su bienamado Anís.

Y he aquí que viajó sin contratiempos la caravana, y hacia la noche del tercer día, llegó a un monasterio cristiano que estaba habitado por cuarenta monjes y por su patriarca. Y este patriarca, que se llamaba Danis, estaba precisamente sentado a la puerta del monasterio, tomando el fresco, cuando acertó a pasar por allí en su camello la joven sacando la cabeza fuera de la litera. Y a la vista de aquel rostro de luna, el patriarca sintió que se rejuvenecía su vieja carne muerta; y se le estremecieron los pies, la espalda, el corazón y la cabeza. Y se levantó de su asiento e hizo señas a la caravana para que se detuviese, e inclinándose hasta el suelo ante la litera de Zein Al-Mawassif, invitó a la joven a apearse y descansar con todo su acompañamiento. Y la instó vivamente a pasar la noche en el monasterio, asegurándole que de noche estaban los caminos infestados de bandoleros salteadores. Y Zein Al-Mawassif no quiso rehusar la oferta de esta hospitalidad, aunque viniera de cristianos y monjes; se apeó de su litera y entró en el monasterio seguida por sus cuatro acompañantes.

Y he aquí que el patriarca Danis, abrasado de amor por la belleza y los encantos de Zein Al-Mawassif...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 665ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y he aquí que el patriarca Danis, abrasado de amor por la belleza y los encantos de Zein Al-Mawassif, no sabía cómo arreglarse para declararle su pasión. Y en efecto, la cosa era muy ardua. Por último creyó dar con un buen medio, que consistió en enviar con la joven al monje menos elocuente entre los cuarenta monjes del monasterio. Y llegó a presencia de la joven aquel monje, con intención de hablar en pro de su patriarca. Pero al ver a aquella luna de belleza, sintió que se le trababa en la boca la lengua con mil nudos, y que su zib, por el contrario, hablaba elocuentemente por debajo de la ropa, irguiéndose como una trompa de elefante.

Y al ver aquello, Zein Al-Mawassif se echó a reír con toda su alma en compañía de Hubub, Khutub, Sukub y Rukub. Luego, viendo que el monje permanecía sin hablar con la herramienta preparada, hizo una seña a sus doncellas, que se levantaron al punto y le echaron de su habitación.

Entonces, al ver que el monje volvía con un aire muy mohíno, se dijo el patriarca Danis: "¡Sin duda no ha sabido convencerla!" Y mandó a ella un segundo monje. Y el segundo monje fue a presencia de Zein Al-Mawassif; pero le sucedió exactamente lo mismo que le había sucedido al primero. Y le echaron, y volvió cabizbajo junto al patriarca, quien envió entonces al tercero, luego al cuarto y al quinto, y así sucesivamente hasta el cuadragésimo. Y cada vez que enviaba a alguno para preparar el terreno, el monje enviado regresaba sin conseguir ningún resultado, no habiendo podido exponer la misión de su patriarca, y no habiendo manifestado su presencia más que por la elevación de la herencia paterna.

Cuando el patriarca vio todo aquello, se acordó del proverbio que dice: "¡Hay que rascarse con las uñas propias y andar con los propios pies!"

Y resolvió obrar por sí mismo.

Entonces se levantó y entró con paso grave y mesurado en la habitación en que se hallaba Zein Al-Mawassif. ¡Y he aquí lo que pasó! Exactamente igual que a sus monjes le sucedió todo lo que a los otros les había sucedido en cuanto a lengua trabada con mil nudos y elocuencia de herramienta. Y ante la risa y la befa de la joven y sus acompañantes, salió de la habitación con la nariz alargada hasta los pies.

Pero, no bien salió él, Zein Al-Mawassif se levantó, y dijo a sus acompañantes: "¡Por Alah! ¡tenemos que escapar de este monasterio lo más pronto posible, porque mucho me temo que esos monjes terribles y su patriarca repugnante vengan a violentarnos esta noche y a mancharnos con su contacto envilecedor!" Y a favor de las tinieblas, se deslizaron fuera del monasterio las cinco, y volviendo a montar en sus camellos, continuaron la marcha a su país.

Y he aquí lo referente a ellas.

En cuanto al patriarca y a los cuarenta monjes, cuando se despertaron por la mañana y advirtieron la desaparición de Zein Al-Mawassif, sintieron que se les retorcían de desesperación las tripas. Y se reunieron en su iglesia para cantar como asnos, según tenían por costumbre. Pero en vez de cantar antífonas y de recitar sus plegarias ordinarias, he aquí lo que improvisaron:

El primer monje cantó:

¡Congregaos, hermanos míos, antes de que os abandone mi alma, porque ha llegado mi última hora!

¡El fuego del amor consume mis huesos, la pasión devora mi corazón, y ardo por una belleza que ha venido a esta región para herirnos a todos con flechas mortales, disparadas por las pestañas de sus párpados!

Y el segundo monje respondió con este canto:

¡Oh tú que viajas lejos de mí! ¿por qué, ya que me arrebataste el corazón, no me has llevado contigo?

¡Te marchaste llevándote mi reposo! ¡Ah! ¡Ojalá vuelvas pronto para verme expirar en tus brazos!

El tercer monje cantó:

¡Oh tú, cuya imagen brilla en mis ojos, llena mi alma y habita en mi corazón!

¡Tu recuerdo es más dulce para mi espíritu que lo dulce que la miel es para los labios del niño; y tus dientes, que sonríen en mis ensueños, son más brillantes que la espada de Asrael!

¡Todo pasó cual una sombra, vertiendo llama devoradora en mis entrañas!

¡Si alguna vez en sueños te acercas a mi lecho, le encontrarás bañado con mi llanto!

El cuarto monje respondió:

¡Reprimamos nuestras lenguas, hermanos míos, y no dejemos escapar más palabras superfluas que nos aflijan los corazones sufridores!

¡Oh luna llena de la belleza! ¡tu amor ha esparcido en mi cabeza oscura sus rayos brillantes, y me han incendiado en una pasión infinita!

El quinto monje cantó, sollozando:

¡Mi único deseo es mi bienamada! ¡Su belleza borra el resplandor de la luna; su saliva es más dulce que el agua preciosa de las uvas; la anchura de sus caderas alaba a su Creador!

¡He aquí que mi corazón se consume en la llama del amor que ella me ha inspirado, y mis ojos manan lágrimas cual gotas de ágata!

Entonces prosiguió el sexto monje:

¡Oh ramas cargadas de rosas! ¡oh estrellas de los cielos! ¿dónde está la que apareció en nuestro horizonte, y cuya influencia mortal hace perecer a los hombres sin ayuda de armas, sólo con su mirada?

Luego el séptimo monje entonó este canto:

¡Mis ojos, que la han perdido, se llenan de lágrimas; el amor se acrecienta y la paciencia disminuye!

¡Oh dulce encantadora, aparecida en nuestros caminos! ¡el amor se acrecienta y la paciencia disminuye!

Y así, sucesivamente, entonaron todos los demás monjes un canto improvisado a su vez por cada cual, hasta que le llegó el turno al patriarca, quien con voz sollozante cantó entonces:

¡Mi alma está llena de turbación, y me ha abandonado la esperanza!

¡Una belleza arrebatadora pasó por nuestro cielo y me robó el reposo!

¡Ahora huye de mis párpados el sueño, y la tristeza los consume!

¡A Ti, Señor, me quejo de mis sufrimientos! ¡Haz que, al partir mi alma, mi cuerpo se desvanezca como una sombra!

Cuando hubieron terminado con sus cánticos, los monjes pegaron la cara a las baldosas de su iglesia, y lloraron mucho tiempo. Tras de lo cual resolvieron dibujar de memoria el retrato de la fugitiva, y colocarlo en el altar de su descreimiento. Pero no pudieron realizar su propósito, porque les sorprendió la muerte y puso término a sus tormentos cuando se hubieron cavado por sí mismos sus tumbas en el monasterio.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente:

Y CUANDO LLEGÓ LA 666ª NOCHE

Ella dijo:

"...porque les sorprendió la muerte y puso término a sus tormentos cuando se hubieron cavado por sí mismo sus tumbas en el monasterio. ¡He aquí lo referente a los cuarenta monjes y a su patriarca!

En cuanto a la caravana, la vigilancia de Alah le escribió la seguridad, y tras de un viaje sin contratiempos, llegó al país natal con buena salud. Y ayudada por sus acompañantes, Zein Al-Mawassif descendió de su litera y echó pie a tierra en su jardín. Y entró en la morada, e hizo al punto prepararlo todo, y perfumar el lecho con ámbar precioso, antes de enviar a Hubub para que avisara su regreso a su bienamado Anís.

Y he aquí que en aquel momento Anís, que continuaba pasándose días y noches bañado en lágrimas, estaba echado, somnoliento, en su cama, y tenía un sueño en el que veía distintamente a su bienamada de regreso. Y como tenía fe en los sueños, se levantó muy emocionado, y al punto se encaminó a la casa de Zein Al-Mawassif para cerciorarse si era verdad el sueño. Y franqueó la puerta del jardín. Y enseguida aspiró en el aire el perfume de ámbar y almizcle de su bienamada. Y voló a la vivienda y entró en la habitación donde esperaba su llegada Zein Al-Mawassif, dispuesta ya. Y cayeron uno en brazos de otro, y permanecieron mucho tiempo enlazados, prodigándose muestras apasionadas de su amor. Y para no desmayarse de alegría y de emoción bebieron en un jarro lleno de una bebida refrescante que tenía azúcar, limones y agua de flores. Tras de lo cual se expansionaron mutuamente, contándose cuanto les había sucedido durante su ausencia; y no se interrumpían más que para acariciarse y besarse tiernamente. Y sólo Alah sabe el número y la intensidad de las pruebas de amor de aquella noche. Y al día siguiente enviaron a la joven Hubub en busca del kadí y de los testigos, quienes acto seguido extendieron su contrato de matrimonio. ¡Y vivieron todos una vida dichosa hasta la llegada de la Segadora de jóvenes y jovenzuelas! ¡Pero gloria y loor a Quien con Su Justicia distribuye belleza y placeres! ¡Y sean la plegaria y la paz para el Señor de los Enviados, Mohamed, que ha reservado el paraíso a sus creyentes!

Cuando Schehrazada hubo contado así esta historia, exclamó la pequeña Doniazada: "¡Oh hermana mía! ¡cuánto sabor, cuántas delicias, cuánta pureza y cuánta excelencia hay en tus palabras!" Y Schehrazada dijo: "¿Pues qué será todo eso comparado con lo que todavía tengo que contar del Joven Holgazán, si es que antes quiere permitírmelo el rey?" Y el rey Schahriar dijo: "¡Claro, Schehrazada, que quiero permitírtelo esta noche aun, porque me han satisfecho tus palabras, y no conozco la Historia del joven holgazán!"

Y dijo Schehrazada:

HISTORIA DEL JOVEN HOLGAZÁN

Se cuenta -entre muchas cosas- que un día, estando sentado en su trono el califa Harún Al-Raschid, entró un pequeño eunuco que llevaba en las manos una corona de oro rojo incrustada de perlas, de rubíes y de todas las especies más inestimables de gemas y pedrerías. Y aquel eunuco niño besó la tierra entre las manos del califa, y dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! nuestra ama Sett Zobeida me envía a transmitirte sus zalemas y sus homenajes y a decirte, al propio tiempo, que a esta maravillosa corona que aquí ves, y que ya conoces, le falta todavía en su remate una gema grande, y no se ha podido encontrar una lo bastante hermosa para que ocupe este sitio vacío. ¡Y ha mandado hacer pesquisas por todas partes en casa de los mercaderes, y ha revuelto sus propios tesoros; pero hasta el presente no pudo aún encontrar la piedra digna de rematar esta corona! Por eso anhela que por tu cuenta mandes hacer pesquisas a tal fin para satisfacer su deseo".

Entonces el califa se encaró con sus visires, emires, chambelanes y lugartenientes, y les dijo: "¡Buscad todos una gema tan grande y tan hermosa como la que desea Sett Zobeida!"

Y he aquí que todos buscaron una gema así en las pedrerías de sus esposas pero no encontraron nada que se amoldase a lo que anhelaba Sett Zobeida. Y dieron cuenta al califa de la inutilidad de sus investigaciones. Y al califa se le oprimió mucho el pecho al saber tal noticia, y les dijo: "¿Cómo, siendo yo califa y rey de reyes, va a serme imposible poseer cosa tan miserable como una piedra? ¡Maldición sobre vuestras cabezas! ¡Id a investigar en casa de los mercaderes!" E hicieron pesquisas en casa de todos los mercaderes, los cuales contestaron unánimes: "¡No busquéis más! ¡Nuestro señor el califa sólo podrá encontrar esa gema en casa de un joven de Bassra que se llama Abu-Mohammad-Huesos-Blandos!" Y fueron a dar cuenta al califa de lo que habían hecho y sabido, diciéndole: "¡Nuestro señor el califa sólo podrá encontrar esa gema en casa de un joven de Bassra, que se llama Abu- Mohammad-Huesos-Blandos! "

Entonces el califa ordenó a su visir Giafar que mandara avisar al emir de Bassra, a fin de que inmediatamente se pusiera en busca de aquel Abu-Mohammad-Huesos-Blandos para conducirle con toda urgencia a Bagdad, entre sus manos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 667ª NOCHE

Ella dijo:

"...en busca de aquel Abu-Mohammad-Huesos-Blandos para conducirle con toda urgencia a Bagdad, entre sus manos. Y al punto escribió Giafar una misiva apropiada, y encargó al portaalfanje Massrur que a toda prisa fuera a Bassra para llevársela por sí mismo al emir El-Zobeidi, gobernador de la ciudad. Y Massrur partió sin tardanza a cumplir su misión.

Cuando el emir El-Zobeidi, gobernador de Bassra, recibió la misiva del califa, hubo de contestar con el oído y la obediencia; y tras de rendir al emisario del califa todos los honores y miramientos debidos, le dio guardias para que le condujeran a casa de Abu-Mohammad-Huesos-Blandos. Y llegó Massrur al palacio habitado por aquel joven; y fue recibido en la puerta por una tropa de esclavos ricamente vestidos, a los cuales dijo: "¡Advertid a vuestro amo que el Emir de los Creyentes le reclama en Bagdad!" Y los esclavos entraron a avisar a su amo.

Algunos instantes después, apareció en el umbral de su morada el propio joven Abu-Mohammad y vio al emisario del califa con los guardias del emir de Bassra; y se inclinó hasta el suelo ante él, y dijo: "¡Obediencia a las órdenes del Emir de los Creyentes!" Luego añadió: "¡Pero os suplico ¡oh honorables! que entréis un instante a honrar mi casa!" Massrur contestó: "¡No podemos retardarnos mucho aquí, a causa de la urgencia de las órdenes del Emir de los Creyentes, que está esperando tu llegada en Bagdad!" Dijo él: "No obstante, es preciso que me deis tiempo para hacer mis preparativos de viaje. ¡Entrad, pues, a descansar!" Todavía pusieron algunas dificultades Massrur y sus acompañantes, por pura fórmula; pero acabaron por seguir al joven.

Y desde el vestíbulo vieron magníficas cortinas de terciopelo azul recamado de oro y mármoles preciosos y tallas de madera y toda clase de maravillas, y por doquiera, igual en las tapicerías que en los muebles, igual en las paredes que en los techos, metales preciosos y titilar de pedrerías. Y el huésped hizo que les condujeran a una sala de baño, deslumbradora de limpieza y perfumada cual un corazón de rosal, tan espléndida como no poseía ninguna el palacio del califa. Y terminado el baño, les vistieron los esclavos a todos con suntuosos trajes de brocado verde, sembrados de motivos de perlas, de oro afiligranado y de pedrerías de todos colores. Y haciendo votos por ellos para después del baño, los esclavos les ofrecieron copas de sorbetes y refrescos en bandejas de porcelana dorada. Tras de lo cual entraron cinco mozalbetes, hermosos como el ángel Harut, que de parte del amo dieron a cada uno una bolsa con cinco mil dinares de oro de regalo, después de hacer los votos consecutivos al baño. Y entonces entraron los primeros esclavos que les habían llevado al hammam; y les rogaron que les siguieran, y les condujeron a la sala de reunión, donde les esperaba Abu-Mohammad, sentado en un diván de seda y apoyando los brazos en cojines orlados de perlas. Y se levantó en honor suyo y les hizo sentarse a su lado, y comió y bebió con ellos toda clase de manjares admirables y bebidas como no las había más que en el palacio de los Kaissares.

Entonces se levantó el joven, y dijo: "¡Soy el esclavo del Emir de los Creyentes! ¡Ya están hechos los preparativos, y podemos partir para Bagdad!" Y salió con ellos, y mientras los otros montaban de nuevo en sus caballos, los esclavos que tenía a sus órdenes le ayudaron a poner el pie en el estribo y a acomodarse en una mula blanca como la plata virgen, cuya silla y cuyos arreos titilaban con todas las luces de los oros y pedrerías que la adornaban. Y Massrur y el joven Abu-Mohammad se pusieron a la cabeza de la escolta y salieron de Bassra para emprender el camino de Bagdad. Y después de un viaje feliz, llegaron a la Ciudad de Paz, y entraron en el palacio del Emir de los Creyentes.

Cuando se le introdujo a presencia del califa, el joven besó por tres veces la tierra entre sus manos y tomó una actitud llena de modestia y de deferencia. Y el califa le invitó a sentarse. Y el joven se sentó respetuosamente al borde del asiento, y con un lenguaje muy distinguido, dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! tu esclavo sumiso ha sabido, sin que se lo digan, el motivo porque se le llamó ante su soberano. ¡Por eso, en vez de una sola gema, ha creído era su deber de humilde súbdito traer al Emir de los Creyentes lo que le ha concedido la suerte!" Y cuando hubo dicho estas palabras, añadió: "¡Si nuestro amo el califa me lo permite, voy a hacer abrir los cofres que traje conmigo en calidad de regalo de un leal a su soberano!" Y le dijo el califa: "No veo inconveniente en ello".

Entonces Abu-Mohammad mandó subir los cofres a la sala de recepción. Y abrió el primer cofre, y entre otras maravillas que arrebataban la razón, sacó de él tres árboles de oro con los troncos de oro, las ramas y las hojas de esmeraldas y aguas marinas y las frutas de rubíes, perlas y topacios en lugar de naranjas, manzanas y granadas.

Luego, mientras el califa se maravillaba de la hermosura de aquellos árboles, abrió el segundo cofre, y entre otros esplendores, sacó de él...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 668ª NOCHE

Ella dijo:

"...Luego, mientras el califa se maravillaba de la hermosura de aquellos árboles, abrió el segundo cofre, y entre otros esplendores sacó de él un pabellón de seda y oro, incrustado de perlas, jacintos, esmeraldas, rubíes y zafiros y otras muchas gemas de nombres desconocidos; y el poste central de aquel pabellón era de madera de áloe indio; y todas las franjas de aquel pabellón estaban salpicadas de gemas de todos colores, y por dentro estaba adornado con dibujos de un arte maravilloso que representaban graciosos retozos de animales y vuelos de pájaros; y todos estos animales y estos pájaros eran de oro, crisólitos, granates, esmeraldas y otras muchas variedades de gemas y metales preciosos.

Y cuando el joven Abu-Mohammad sacó de aquel cofre tan distintos objetos, que iba colocando en la alfombra según los sacaba y de cualquier modo, se puso de pie, y sin mover la cabeza, alzó y bajó las cejas. Y al punto se armó por sí mismo en medio de la sala todo el pabellón con tanta prontitud, orden y simetría como si lo hubiesen manejado veinte personas expertas; y los tres árboles maravillosos fueron a plantarse por sí mismos a la entrada del pabellón para protegerlo con su sombra.

Entonces Abu-Mohammad miró por segunda vez al pabellón y dejó oír un ligerísimo silbido. Y al punto se pusieron a cantar todos los pájaros de gemas que había dentro, y los animales de oro se pusieron a responderles con dulzura y armonía. Y al cabo de un instante, Abu-Mohammad dejó oír otro silbido, y el coro entero se interrumpió en la nota comenzada.

Cuando el califa y todos los presentes vieron y oyeron cosas tan extraordinarias, no supieron si soñaban o estaban despiertos. Y Abu-Mohammad besó una vez más la tierra entre las manos de Al-Raschid, y dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! no creas que te traigo con alma interesada estos pequeños obsequios que tienen la suerte de no disgustarte, sino que te los traigo en calidad de homenaje de un leal a su dueño soberano. Y no son nada en comparación de los que pienso ofrecerte aún, siempre que me lo permitas".

Cuando el califa se repuso un poco del asombro en que le había sumido la contemplación de aquellas cosas como nunca hubo visto, dijo al joven: "¿Puedes decirme ¡oh joven! de dónde te vienen todas esas cosas, siendo un simple súbdito entre mis súbditos? ¡Te conocen por el nombre de Abu-Mohammad-Huesos-Blandos, y sé que tu padre sólo era un ventosista del hammam que murió sin dejarte ninguna herencia! ¿A qué se debe, pues, el hecho de que, en tan poco tiempo y tan joven todavía, hayas llegado a semejante grado de riqueza, de distinción y de poderío?" Y contestó Abu-Mohammad: "¡Te contaré, pues, mi historia, ¡oh Emir de los Creyentes! que es una historia tan maravillosa y está tan llena de hechos extraordinariamente prodigiosos, que si se escribiera con agujas de tatuaje en el ángulo interior del ojo, serviría sin duda de lección rica en provecho para los que quisieran aprovecharse de ella!" Y dijo Al-Raschid, extremadamente intrigado: "¡Date prisa entonces a hacernos oír lo que tienes que decirnos, ¡ya Abu-Mohammad!"

Y dijo el joven:

"Sabe, pues, ¡oh Emir de los Creyentes! (¡Alah aumente tu poderío y tu gloria!) que, en efecto, se me conoce de ordinario con el nombre de Abu-Mohammad-Huesos-Blandos, soy hijo de un antiguo y pobre ventosista de hammam que murió sin dejarnos a mi madre ni a mí nada con qué atender a nuestra subsistencia. Así es que te han dicho verdad quienes te dieron estos detalles; pero no te dijeron por qué ni cómo me vino aquel mote. ¡Pues helo aquí!

Desde mi niñez ¡oh Emir de los Creyentes! era yo el muchacho más holgazán y más perezoso que podría encontrarse sobre la faz de la tierra. Y eran tan grandes, en verdad, mi holgazanería y mi pereza, que si estaba tumbado en el suelo a mediodía y el sol caía a plomo sobre mi cráneo descubierto, no tenía yo arrestos para cambiar de postura, y me dejaba cocer como una colocasia por no mover una pierna o un brazo. Con lo cual no tardé en tener un cráneo a prueba de toda clase de golpes; y si quieres ¡oh Emir de los Creyentes! mandar ahora a tu portaalfanje Massrur que me parta la cabeza, verás cómo se mella su alfanje y se hace trizas contra los huesos de mi cráneo.

Cuando murió mi difunto padre (¡Alah le tenga en su misericordia!), era yo un mozo de quince años; pero no parecía tuviese más de dos años de edad, pues continuaba sin querer trabajar ni moverme de un sitio; y mi pobre madre se veía obligada a servir a la gente del barrio para alimentarme, mientras yo me pasaba los días tumbado de lado, y no tenía fuerza ni para levantar la mano con objeto de espantarme las moscas que habían establecido su domicilio en todos los agujeros de mi cara...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 669ª NOCHE

Ella dijo:

"...las moscas que habían establecido su domicilio en todos los agujeros de mi cara.

Un día, por una casualidad muy rara entre las casualidades, mi madre, que había estado bregando todo un mes al servicio de quienes le daban trabajo, fue a mí llevando en la mano cinco monedas de plata, fruto de toda su labor. Y me dijo: "¡Oh hijo mío! ¡acabo de saber que nuestro vecino el jeique Muzaffar va a partir para la China! Ya sabes, hijo mío, que ese venerable jeique es un hombre excelente, un hombre de bien que no desprecia ni rechaza a los pobres como nosotros. Toma, pues, los cinco dracmas de plata y levántate para acompañarme a casa del jeique; y le entregarás estos cinco dracmas y le rogarás que en China te compre mercaderías para revenderlas tú aquí luego y de las cuales (¡Alah lo quiera así, compadeciéndose de nosotros!) sacarás sin duda alguna un beneficio considerable. ¡He aquí, pues, ¡oh hijo mío! una buena ocasión de enriquecernos! ¡Y quien rehúsa el pan de Alah es un descreído!"

Al oír este discurso de mi madre, se me aumentó más aún la holgazanería, y me hice completamente el muerto. ¡Y mi madre me suplicó y me conjuró de todas maneras, por el nombre de Alah y por la tumba de mi padre, y por todo! ¡Pero en vano! Porque yo hice como que roncaba. Entonces me dijo mi madre: "¡Por las virtudes de tu padre, te juro ¡oh Abu-Mohammad-Huesos Blandos! que, si no quieres escucharme y acompañarme a ver al jeique, no volveré a darte de comer ni de beber, y te dejaré morir de inanición!" Y dijo estas palabras con tan resuelto acento, ¡oh Emir de los Creyentes! que comprendía que aquella vez pondría en práctica sus palabras; y dejé oír un sonido sordo que significaba: "¡Ayúdame a sentarme!" Y me cogió del brazo y me ayudó a incorporarme y a sentarme. Entonces, aniquilado de fatiga, me eché a llorar, y entre mis gemidos, suspiraba: "¡Dame mis zapatos!" ¡Y me los llevó, y le dije: "¡Pónmelos!" Y me los puso. Y le dije: "¡Ayúdame a ponerme en pie!" Y me levantó y me hizo ponerme en pie. Y llorando hasta rendir el alma, le dije: "¡Sostenme para que ande!" Y se puso detrás de mí y me sostuvo, empujándome suavemente para hacerme avanzar. Y eché a andar despacio, parándome a cada paso para tomar aliento, e inclinando la cabeza sobre los hombros como para rendir el alma. Y acabé por llegar de esta manera a la orilla del mar, donde vi al jeique Muzaffar rodeado de sus allegados y amigos, disponiéndose a embarcar para ponerse en marcha. Y mi llegada fue acogida con asombro por todos los presentes, que exclamaban al mirarme: "¡Qué prodigio! ¡Es la primera vez que vemos andar a Abu-Mohammad-Huesos-Blandos! ¡Y es la primera vez que sale de su casa!"

Cuando estuve al lado del jeique, le dije: "¡Oh tío mío! ¿eres el jeique Muzaffar?" Él me dijo: "Para servirte, ¡oh Abu-Mohammad, oh hijo de mi amigo el difunto ventosista a quien Alah tenga en Su gracia y en Su piedad!" Yo le dije, dándole las cinco monedas de plata: "¡Toma estos cinco dracmas ¡oh jeique! y cómprame con ellos mercaderías de la China! ¡Y quizás así por mediación tuya, tengamos ocasión de enriquecernos!" Y el jeique Muzaffar no se negó a tomar los cinco dracmas; y se los guardó en el cinturón, diciendo: "¡En el nombre de Alah!" Y me dijo: "¡Con la bendición de Alah!"

Y se despidió de mí y de mi madre; y acompañado de varios mercaderes que se habían juntado con él para el viaje, se embarcó con rumbo a China.

Alah escribió la seguridad al jeique Muzaffar., que llegó sin contratiempos al país de la China. Y compró, como todos los mercaderes que iban con él, lo que tenía que comprar, y vendió lo que tenía que vender, y traficó e hizo lo que tenía que hacer. Tras de lo cual, volvió a embarcarse, para regresar al país con sus compañeros, en el mismo navío que habían fletado en Bassra. Y se dieron a la vela y abandonaron la China.

Al cabo de diez días de navegación, una mañana se levantó de pronto el jeique Muzaffar, se golpeó con desesperación las manos, y exclamó: "¡Arriad las velas!" Y los mercaderes le preguntaron, muy sorprendidos: "¿Qué ocurre, ¡oh jeique Muzaffar!?" Él dijo: "¡Ocurre que hay que volver a la China!" Y en el límite de la estupefacción, le preguntaron: "¿Por qué, ¡oh jeique Muzaffar!?" Él dijo: "¡Habéis de saber que me olvidé de comprar el pedido de mercancías para el cual me dio los cinco dracmas de plata Abu-Mohammad-Huesos-Blandos!" Y le dijeron los mercaderes: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh jeique nuestro! no nos obligues por tan poca cosa a volver a China después de todas las fatigas pasadas y los peligros corridos y la ya tan larga ausencia de nuestro país!" El jeique dijo: "¡Es absolutamente preciso que volvamos a China! ¡Porque he empeñado mi palabra en la promesa que hice a Abu-Mohammad y a su pobre madre, la mujer de mi amigo el difunto ventosista!" Los demás le dijeron: "No te detenga eso, ¡oh jeique! ¡Porque estamos dispuestos a pagarte cinco dinares de oro cada cual como intereses de las cinco monedas de plata que has de devolver a Abu-Mohammad-Huesos-Blandos! ¡Y a nuestra llegada le darás todo ese oro!" El jeique dijo: "¡Acepto en nombre suyo vuestra oferta!" Entonces cada mercader pagó al jeique Muzaffar cinco dinares de oro destinados a mí, y prosiguieron su viaje.

Durante la travesía hizo escala el navío, para aprovisionarse, en una isla entre las islas. Y los mercaderes y el jeique Muzaffar desembarcaron para pasear por tierra. Y después de pasear y respirar el aire de aquella isla, se disponía el jeique a embarcarse otra vez, cuando a la orilla del mar vio a un mercader de monos que tenía en venta unos veinte animales de esta especie. Y he aquí que, entre todos aquellos monos, había uno de aspecto muy miserable, pelado, tembloroso y con lágrimas en los ojos. Y cada vez que su amo volvía la cabeza para hablar con el jeique y sus acompañantes, no dejaban los demás monos de saltar sobre su miserable compañero, y morderle y arañarle y mearle en la cabeza.

Y al jeique Muzaffar, que tenía un corazón compasivo, le conmovió el estado de aquel pobre mono, y preguntó al mercader: "¿Cuánto vale ese mono?" El mercader dijo: "Ese no es muy caro, ¡oh mi señor! ¡Para desembarazarme de él, te lo dejo en cinco dracmas solamente!" Y el jeique se dijo: "¡Precisamente es la cantidad que me dio el huérfano! ¡Y voy a comprarle este animal, a fin de que le sirva para enseñarlo por los zocos y ganar así su pan y el de su madre!" Y pagó al mercader los cinco dracmas, e hizo que se llevara el mono al navío un marinero. Tras de lo cual se embarcó con sus compañeros los mercaderes para ponerse en marcha.

Antes de hacerse a la vela, vieron a unos pescadores que se sumergían hasta el fondo del mar, y salían llevando siempre en las manos conchas llenas de perlas.

Y también lo vio el mono...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 670ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y también lo vio el mono. Y al punto dio un brinco y saltó al mar. Y se zambulló hasta el fondo del agua para salir al cabo de cierto tiempo, llevando en las manos y en la boca conchas llenas de perlas de tamaño y hermosura maravillosos. Y trepó al navío y entregó al jeique su pesca. Luego le hizo con la mano varias señas, que significaban: "¡Cuélgame algo al cuello!" Y el jeique le colgó al cuello un saco, y el mono saltó de nuevo al mar, y salió con el saco atestado de conchas llenas de perlas más gruesas y más hermosas que las anteriores. Luego volvió a saltar al mar varias veces seguidas, y cada vez iba a entregar al jeique el saco lleno de su pesca maravillosa.

¡Eso fue todo!

Y el jeique y todos los mercaderes estaban en el límite de la estupefacción. Y se decían: "¡No hay poder ni fuerza más que en Alah el Omnipotente! ¡Porque este mono posee secretos que no conocemos nosotros! ¡Pero todo se debe a la suerte de Abu-Mohammad-Huesos-Blandos, el hijo del ventosista!" Tras de lo cual se hicieron a la vela y abandonaron la isla de las perlas. Y después de una navegación excelente, arribaron a Bassra.

En cuanto echó pie a tierra, el jeique Muzaffar fue a llamar a nuestra puerta. Y preguntó desde dentro mi madre: "¿Quién es?" Y contestó él: "¡Soy yo! Abre, ¡oh madre de Abu-Mohammad! ¡Vuelvo de la China!" Y me gritó mi madre: "¡Levántate, Huesos-Blandos! ¡Ahí tienes al jeique Muzaffar, que vuelve de la China! ¡Ve a abrirle la puerta, y a saludarle y a desearle la bienvenida! ¡Y le preguntarás qué te ha traído, confiando en que, por mediación suya, te haya enviado Alah con qué atender a nuestras necesidades!" Y le dije: "Ayúdame a levantarme y a andar!" Y ella lo hizo así. Y enredándome los pies en la orla de mi ropón, me arrastré hasta la puerta, abriéndola.

Y entró en el vestíbulo el jeique Muzaffar seguido de sus esclavos, y me dijo: "¡La zalema y la bendición con aquel cuyos cinco dracmas han dado buena suerte a nuestro viaje! ¡He aquí, ¡oh hijo mío! lo que ese dinero te ha proporcionado!" E hizo poner en fila en el vestíbulo los sacos de perlas, me entregó el oro que le dieron los mercaderes, y me puso en la mano la cuerda con que estaba atado el mono. Luego me dijo: "¡Ahí tienes todo lo que te han proporcionado los cinco dracmas! ¡En cuanto a este mono, ¡oh hijo mío! no le maltrates, porque es un mono de bendición!" Y se despidió de nosotros y se marchó con sus esclavos.

Entonces ¡oh Emir de los Creyentes! me encaré con mi madre, y le dije: "¡Ya ves ¡oh madre mía! quién de nosotros tenía más razón! Tú me has torturado la vida, diciéndome todos los días: "¡Levántate, Huesos-Blandos, y trabaja!"

Y yo te decía: "¡Quién me ha creado, me hará vivir!" Y me contestó mi madre: "¡Tienes razón, hijo mío! ¡Cada cual lleva colgado al cuello su destino, y haga lo que haga, no escapará a él! “Luego me ayudó a contar las perlas y a clasificarlas según su tamaño y su hermosura.

Y abandoné la holgazanería y la pereza, y empecé a ir todos los días al zoco para vender las perlas a los mercaderes. Y logré un beneficio inmenso, que me permitió comprar tierras, casas, tiendas, jardines, palacios y esclavos y esclavas y mozos jóvenes.

Y he aquí que el mono me seguía a todas partes, y comía de lo que yo comía y bebía de lo que yo bebía, y jamás me perdía de vista. Pero un día, estando yo sentado en el palacio que hice edificar para mí, el mono me hizo señas de que quería un tintero, un papel y un cálamo. Y le llevé las tres cosas. Y cogió el papel, poniéndoselo en la mano izquierda, como hacen los escribas, y cogió el cálamo, mojándolo en el tintero, y escribió: "¡Oh Abu-Mohammad! ¡ve a buscarme un gallo blanco! ¡Y ven a reunirte conmigo en el jardín!" Y cuando leí aquellas líneas, fui a buscar un gallo blanco, y corrí al jardín para dárselo al mono, a quien encontré con una serpiente entre sus manos. Y cogió el gallo y le azuzó hacia la serpiente. Y al punto empezaron a pelearse ambos animales, y el gallo acabó por vencer y matar a la serpiente. Luego, al revés de lo que hacen los gallos, la devoró por completo.

Entonces el mono cogió al gallo, le arrancó todas las plumas, y las plantó una tras otra en el jardín. Después mató al gallo y con su sangre regó todas las plumas. Y cogió la molleja del gallo, la limpió y la puso en medio del jardín. Tras de lo cual...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 671ª NOCHE

La pequeña Doniazada dijo a su hermana: "¡Oh hermana mía! ¡por favor, date prisa a decirnos qué hizo el mono de Abu-Mohammad después de plantar en el jardín las plumas del gallo y de regarlas con la sangre del gallo!" Y dijo Schehrazada: "¡De todo corazón amistoso!" Y continuó así:

"...Cogió la molleja del gallo, la limpió y la puso en medio del jardín. Tras de lo cual fue ante cada pluma, hizo crujir sus mandíbulas lanzando algunos gritos que no pude comprender y volvió a mí para dar un salto prodigioso que le alzó del suelo y le hizo desaparecer de mi vista por los aires. Y al mismo tiempo, en el jardín todas las plumas del gallo se convirtieron en árboles de oro con ramas y hojas de esmeraldas y aguamarinas que a manera de frutas ostentaban rubíes, perlas y toda clase de pedrerías. Y la molleja del gallo se convirtió en este pabellón maravilloso que me he permitido ofrecerte con tres árboles de mi jardín, ¡oh Emir de los Creyentes!

Entonces, rico ya con aquellos bienes inestimables, de los que cada piedra valía un tesoro, pedí en matrimonio a la hija del cherif de Bassra, descendiente de nuestro Profeta. Y cuando hubo visitado mi palacio y mi jardín, el cherif me concedió su hija. ¡Y ahora vivo con ella entre delicias y felicidades! ¡Y todo fue debido a que durante mi juventud tuve confianza en la generosidad sin límites del Retribuidor, que jamás abandona en la necesidad a sus creyentes!"

Cuando el califa Harún Al-Raschid hubo oído esta historia, maravillóse hasta el límite de la maravilla, y exclamó: "¡Los favores de Alah son ilimitados!" Y retuvo al lado suyo a Abu-Mohammad para que dictara a los escribas de palacio esta historia. Y no le dejó partir de Bagdad hasta verle colmado de honores y de regalos de una magnificencia igual a la de que su huésped había hecho alarde para con él.

¡Pero Alah es más generoso y más poderoso!

Cuando el rey Schahriar oyó esta historia, dijo a Schehrazada: "¡Oh Schehrazada! ¡me satisface esa historia por su moraleja!" Y Schehrazada dijo: "¡Está bien, ¡oh rey! pero nada es comparada con la que quiero contarte esta noche!"

Y dijo...

Historia del joven Nur y de la franca heroica

Y dijo Schehrazada:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que en la antigüedad del tiempo y el pasado de la edad y del momento, había en el país de Egipto un hombre entre los notables, llamado Corona, que se pasó la vida viajando por tierra y por mar, por islas y desiertos, y por comarcas conocidas y desconocidas, sin temor ni peligros, ni fatigas, ni tormentos, y afrontando riesgos tan horribles, que con oírlos solamente, hasta a los niños se les pondrían blancos del todo los cabellos. Pero, rico ya, dichoso y respetado, el mercader Corona había renunciado a los viajes para vivir dentro de su palacio en la serenidad, sentado a su gusto en el diván y con la frente ceñida por su turbante de muselina blanca inmaculada. Y nada le faltaba para la satisfacción de sus deseos. Porque los palacios de reyes y sultanes no podían competir en magnificencia con los aposentos de él, con sus armarios y sus cofres, llenos de suntuosidades, de trajes de Mordín, de telas de Baalbeck, de sedas de Homs, de armas de Damasco, de brocados de Bagdad, de gasas de Mossul, de mantos del Magreb y bordados de la India. Y poseía gran número de esclavos negros y esclavos blancos, mamelucos turcos, concubinas, eunucos, caballos de raza y mulas, camellos de la Bactriana y dromedarios de carrera, mozuelos de Grecia y de Siria, jovenzuelas de Circasia, eunucos pequeños de Abisinia, y mujeres de todos los países. Y por tanto, era sin duda alguna el mercader más satisfecho y más honrado de su tiempo.

Pero el bien más preciado y la cosa más espléndida que poseía el mercader Corona, lo constituía su propio hijo, joven de catorce años, que era indiscutiblemente, y con mucho, más hermoso que la luna en su decimocuarto día. Pues nada, ni la lozanía de la primavera, ni los ramajes flexibles del árbol ban, ni la rosa en su cáliz, ni el alabastro transparente, igualaba a la delicadeza de su adolescencia feliz, a la soltura de sus andares, a los tiernos colores de su rostro y a la blancura pura de su cuerpo encantador. Y por cierto que, inspirado en sus perfecciones, le ha cantado así el poeta:

¡Mi joven amigo, que tan hermoso es!, me ha dicho: "¡Oh poeta! ¡te falta elocuencia!" Yo le digo: "¡Oh mi señor! ¡la elocuencia nada tiene que hacer en nuestro caso! ¡Tú eres el rey de la belleza, y en ti es todo igualmente perfecto!

¡Pero -si se me permite tener una preferencia- ¡oh, qué hermosa es en tu mejilla esa mancha negra, gota de ámbar sobre una mesa de mármol blanco! ¡Y he aquí los alfanjes de tus pupilas, que declaran la guerra a los indiferentes!"

Y ha dicho otro poeta:

¡En el rumor de un combate, pregunté a los que se mataban: "¿Por qué vertéis esa sangre?" Me dijeron: "¡Por los hermosos ojos del adolescente!"

Y ha dicho un tercero:

¡Por sí mismo viene él a visitarme, y al verme todo conmovido y turbado, dice: "¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?" Yo le digo: "¡Aleja las flechas de tus ojos adolescentes!"

Y ha dicho otro:

¡Lunas y gacelas vienen a competir con él en encantos y en belleza; pero yo les digo: "¡Oh gacelas! ¡huid pronto y no os comparéis con ese cervatillo! ¡Y vosotras, ¡oh lunas! absteneos! ¡Son inútiles todos vuestros esfuerzos!"

Y ha dicho otro:

¡Esbelto jovenzuelo! ¡Lo negro de su cabellera y la blancura de su frente sumen respectivamente al mundo en la noche y en el día!

¡Oh! ¡No despreciéis el grano de belleza de su mejilla! ¡No es hermosa en su rojo esplendor la tierna anémona más que a causa de la gota negra que adorna su corola!

Y ha dicho otro:

¡Al contacto de su rostro, se purifica el agua de la belleza! ¡Y sus párpados suministran a los arqueros flechas para traspasar el corazón de sus enamorados! Pero loadas sean tres perfecciones; ¡su belleza, su gracia y mi amor!

¡Sus ropas ligeras dibujan los contornos de sus graciosas nalgas, cual nubes transparentes dejan divisar la dulce imagen de la luna! Loadas sean estas tres perfecciones: ¡sus ropas ligeras, sus graciosas nalgas y mi amor!

¡Negras son las pupilas de sus ojos, negra la mancha que adorna su mejilla, y también negras mis lágrimas! ¡Loadas sean por su perfecta negrura!

¡Su frente, las facciones tan finas de su rostro y mi cuerpo consumido por su amor, se asemejan al final del cuarto creciente de la luna: ellas, por su brillo, y mi cuerpo consumido, por la forma! ¡Loadas sean sus perfecciones!

¡Aunque están empapadas con mi sangre, no han envejecido sus pupilas y siguen siendo suaves como el terciopelo! ¡Loadas sean por tres veces sus pupilas!

¡El día de nuestra unión aplacó él mi sed con la pureza de sus labios y de su sonrisa! ¡Ah! ¡yo le doy, en cambio, para que use de ella a discreción, mis bienes, mi sangre y mi vida! ¡Y loados sean por siempre sus labios puros y su sonrisa!

Finalmente, ha dicho un poeta, entre otros mil que le han cantado:

¡Por los arcos abovedados que resguardan sus ojos, y por sus ojos, que disparan los dardos encantadores de sus visuales;

Por sus formas delicadas; por la cortante cimitarra de sus miradas; por la suprema elegancia de su porte; por el color de su negra cabellera;

Por sus ojos lánguidos que arrebatan el sueño y dictan la ley en el imperio del amor;

Por los bucles de sus cabellos, comparables a escorpiones, que clavan en los corazones dardos de desesperación;

Por las rosas y los lirios que florecen en sus mejillas; por los rubíes de sus labios, en que brilla la sonrisa; por sus dientes de perlas deslumbrantes;

Por el suave olor de sus cabellos; por los ríos de vino y de miel que fluyen de su boca cuando habla;

Por la rama de su talle flexible; por su andar ligero; por su grupa fastuosa, que tiembla cuando anda o cuando está en reposo;

Por la seda de su piel de albaricoque; por las gracias y la elegancia que acompañan a sus pasos;

Por la afabilidad de sus maneras, el sabor de sus palabras, la nobleza de su nacimiento y la cuantía de su fortuna;

¡Por todos estos raros dones, juro que el sol de mediodía es menos resplandeciente que su rostro; que la luna nueva no es más que una recortadura de sus uñas; que el olor del almizcle es menos dulce que su aliento, y que la brisa embalsamada roba el perfume de su cabellera!

Y he aquí que un día en que el admirable joven, hijo de Corona el mercader, estaba sentado en la tienda de su padre, algunos jóvenes amigos suyos fueron a charlar con él, y le propusieron...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 672ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y he aquí que un día en que el admirable joven, hijo de Corona el mercader, estaba sentado en la tienda de su padre, algunos jóvenes amigos suyos fueron a charlar con él, y le propusieron ir a pasearse a un jardín de la propiedad de uno de ellos, y le dijeron: "¡Oh Nur, ya verás qué hermoso es ese jardín!" Y les contestó Nur: "¡Está bien! Pero antes tengo que pedir permiso a mi padre". Y fue a pedir a su padre el tal permiso. Y el mercader Corona no puso dificultades, y además de conceder a Nur la autorización, le dio una bolsa llena de oro para que no fuese a expensas de sus camaradas.

Entonces Nur y los jóvenes montaron en mulas y asnos, y llegaron a un jardín que encerraba cuanto puede halagar los ojos y endulzar la boca. Y entraron por una puerta abovedada, hermosa cual la puerta del Paraíso, formada por listas alternadas de mármoles de color y sombreada por parras trepadoras cargadas de uvas rojas y negras, blancas y doradas, como ha dicho el poeta:

¡Oh racimos de uvas llenas de vinos, deliciosas cual sorbetes y vestidas de negro como cuervos!

¡Brillando entre las sombrías hojas, parecéis tiernos dedos femeninos frescamente teñidos de henné;

Y de todas maneras nos embriagáis: ¡Si colgáis de las cepas con gracia, nos arrebatáis el alma con vuestra hermosura; si descansáis en el fondo del lagar, os transformáis en una miel embriagadora!

Y cuando entraron, vieron encima de aquella puerta abovedada estos versos grabados en hermosos caracteres azules:

¡Ven, amigo! ¡si quieres disfrutar de la hermosura de un jardín, ven a mirarme!

¡Tu corazón olvidará sus penas al fresco contacto de la brisa que constantemente corre por mis avenidas, a la vista de las flores que me visten con sus lindos ropajes y sonríen en sus mangas de pétalos!

¡El cielo generoso riega con abundancia mis árboles de ramas inclinadas bajo el peso de sus frutos! ¡Y cuando los ramajes se balanceen bailando entre los dedos del céfiro, verás a las Pléyades arrojarles, entusiasmadas, el oro líquido y las perlas de las nubes a manos llenas!

¡Y si fatigado de jugar con los ramajes, el céfiro los abandona para acariciar la onda de los arroyos que corren a su encuentro, le verás dejarlos enseguida para ir a besar en la boca a mis flores!

Cuando hubieron franqueado aquella puerta, vieron al guarda del jardín sentado bajo el enrejado de parras trepadoras y hermoso cual el ángel Rizán, que guarda los tesoros del Paraíso. Y se levantó en honor suyo, y fue a ellos, y tras de las zalemas y los deseos de bienvenida, les ayudó a descender de sus monturas, y quiso servirles por sí mismo de guía para mostrarles con todos sus detalles las bellezas del jardín. Y pudieron así admirar las claras aguas que serpenteaban entre las flores y las abandonaban con pena, las plantas cargadas de perfumes, los árboles fatigados de tanta fruta, los pájaros cantores, los boscajes de flores, los arbustos de especies, todo cuanto convertía a aquel jardín en una parte suelta de los jardines edénicos. Pero lo que les encantaba por encima de toda ponderación, era el espectáculo, a ningún otro parecido, de los árboles frutales milagrosos, cantados respectivamente por todos los poetas, como atestiguan entre mil estos diversos poemas:

Las granadas

¡Deliciosas, de corteza pulida, granadas entreabiertas, caras de rubíes encerradas en membranas de plata, sois gotas cuajadas de una sangre virginal!

¡Oh granadas de piel fina, senos de adolescentes erguidas que adelantaran el pecho en presencia de los machos!

¡Cúpulas! ¡cuando os miro, aprendo arquitectura, y si os como, sano de todas las enfermedades!

Las manzanas

¡Bellas de rostro exquisito, ¡oh manzanas dulces y almizcladas! sonreís al mostrar en vuestros colores rojos y amarillos, respectivamente, la tez de un amante dichoso y la de un amante desdichado; y en vuestro doble rostro unís el rubor a un amor sin esperanza!

Los albaricoques

Albaricoques de almendras sabrosas, ¿quién podrá poner en duda vuestra excelencia? ¡Cuando estáis sin granar aún, sois flores semejantes a estrellas, y cuando sois frutas maduras entre el follaje, redondas y completamente de oro, se os tomaría por minúsculos soles!

Los higos

¡Oh blancos, oh negros, oh higos bienvenidos a mis bandejas! ¡me gustáis tanto como las blancas vírgenes de Grecia, tanto como las ardientes hijas de Etiopía!

¡Oh amigos míos predilectos! estáis tan seguros de los deseos tumultuosos que me asaltan a vuestra vista, que tomáis una actitud descuidada, ¡oh perezosos!

¡Tiernos amigos, arrugados ya por las desilusiones en las ramas altas que os balancean a merced de todos los vientos, sois dulces y olorosos como la flor seca de la manzanilla!

¡Y entre todos vuestros hermanos, sólo vosotros ¡oh jugosas! sabéis dejar brillar, en el momento del deseo, la gota de jugo hecha con miel y sol!

Las peras

¡Oh jóvenes, todavía vírgenes y un tanto ácidas al paladar! ¡oh sinaíticas, oh jónicas, oh aleppinas!

¡Vosotras que, balanceándoos sobre vuestras espléndidas caderas y colgadas de un tallo tan fino, esperáis a los amantes que os comerán sin duda!

¡Oh peras! amarillas o verdes, gordas o alargadas, de dos en dos en las ramas o solitarias,

¡Siempre sois deseables y exquisitas para nuestro paladar, ¡oh aguanosas, oh buenas, que nos reserváis nuevas sorpresas cada vez que tocamos vuestra carne!

Los alberchigos

¡Resguardamos con el bozo nuestras mejillas para que no nos azote el aire fuerte o cálido! ¡Por todas nuestras caras somos de terciopelo y estamos rojos y redondos por haber rodado durante mucho tiempo entre sangre de vírgenes!

¡Por eso son exquisitos nuestros matices y es nuestra piel tan delicada! ¡Prueba, pues, nuestra carne y muerde en ella clavando bien tus dientes; pero no toques al hueso que tenemos por corazón: ¡te envenenaría!

Las almendras

¡Me dijeron: "Vírgenes tímidas, nos envolvemos en nuestros triples mantos verdes, como las perlas en sus conchas!

¡Y aunque somos muy dulces por dentro, y tan exquisitas para quien sabe vencer nuestra resistencia, queremos ser amargas y duras en apariencia mientras somos jóvenes!

¡Pero, cuando avanzamos en edad, no somos ya tan rigurosas! ¡Estallamos entonces, y nuestro corazón, intacto y blanco, se ofrece con su frescura al caminante!"

Y exclamé: "¡Oh almendras cándidas, oh pequeñuelas que cabéis todas juntas en la palma de mi mano, oh gentiles!

¡Vuestra verde pelusa es la mejilla todavía imberbe de mi amigo; sus grandes ojos alargados están en las dos mitades de vuestro cuerpo, y sus uñas toman su linda forma a vuestra pulpa!

¡Hasta la infidelidad en vosotras se torna cualidad, porque vuestro corazón, tan a menudo doble y compartido, permanece blanco a pesar de todo, al igual de la perla engastada en un trozo de jade!"

Las azufaifas

¡Mira las azufaifas, colgadas de las ramas en racimos con cadenas de flores, como campanillas de oro que besaron los tobillos de las mujeres!

¡Son los frutos del árbol Sidrah que se yergue a la diestra del trono de Alah! ¡Bajo su sombra reposan las huríes! ¡Su madera sirvió para construir las tablas de Moisés; y al pie suyo brotan los cuatro maravillosos manantiales del Paraíso!

Las naranjas

¡Cuando el céfiro sopla sobre la colina, las naranjas se mecen en sus ramas, y ríen con gracia entre el zumbido de sus flores y sus hojas!

¡Parecéis mujeres que un día de fiesta adornan sus cuerpos jóvenes con hermosos trajes de brocado de oro rojo!, ¡oh naranjas!

¡Sois flores por el olor y frutas por el sabor! ¡Y aunque sois globos de fuego, encerráis la frescura de la nieve! ¡Nieve maravillosa que no se derrite en medio del fuego! ¡Maravilloso fuego sin llama y sin calor!

Y si contemplo vuestra piel luciente, ¿me es posible no pensar en mi amiga, la joven de lindas mejillas, cuyo trasero de oro está también granulado?

Las cidras

¡Las ramas de los citroneros se abaten hacia tierra, cargadas con sus riquezas!

¡Y entre las hojas, los pebeteros de oro de las cidras exhalan perfumes que levantan el corazón, y emanaciones que devuelven el alma a los agonizantes!

Los limones

¡Mira estos limones que empiezan a madurar! ¡Es nieve que se tiñe con colores de azafrán; es plata que se convierte en oro; es la luna que se torna en sol!

¡Oh limones, bolas de crisólito, senos de vírgenes, alcanfor puro! ¡Oh limones! ¡Oh limones...!

Los plátanos

¡Plátanos de formas atrevidas, carne mantecosa como un pastel;

¡Plátanos de piel lisa y dulce, que dilatáis los ojos de las jóvenes;

¡Plátanos! ¡Cuando os deslizáis por nuestros gaznates, no herís nuestros órganos satisfechos de sentiros!

¡Ora colguéis del tallo poroso de vuestra madre, pesados cual lingotes de oro,

¡Ora maduréis lentamente en nuestros techos, ¡oh pomos llenos de oro!

¡Siempre sabéis complacer nuestros sentidos! ¡Y entre todas las frutas, sólo vosotros estáis dotados de un corazón compasivo, ¡oh consoladores de viudas y de divorciadas!

Los dátiles

¡Somos los hijos sanos de las palmeras, los beduinos de carne morena! ¡Crecemos escuchando a la brisa tocar sus flautas entre nuestras cabelleras!

¡Desde la infancia, nuestro padre el sol nos ha alimentado con su luz; y durante mucho tiempo nos hemos amamantado en los púdicos pechos de nuestra madre!

¡Somos los preferidos del. pueblo libre que levanta sus tiendas espaciosas y no conoce los vestíbulos de los ciudadanos;

¡El pueblo de veloces yeguas, de camellas flacas, de vírgenes arrebatadoras, de generosa hospitalidad y de sólidas cimitarras!

¡Y quien ha disfrutado del reposo a la sombra de nuestras palmas, anhela oírnos murmurar sobre su tumba!

Y tales son, entre millares, algunos de los poemas dedicados a las frutas. Pero se necesitaría toda una vida para decir los versos dedicados a flores como las que encerraba aquel maravilloso jardín: jazmines, jacintos, lirios acuáticos, mirtos, claveles, narcisos y rosas en todas sus variedades.

Pero ya el guarda del jardín había conducido a los jóvenes, por entre las avenidas, a un pabellón hundido en medio del verdor. Y les invitó a entrar allí para descansar, y les hizo sentarse en almohadones de brocado alrededor de un estanque de agua, rogando al joven Nur que se colocara en medio de ellos. Y para que se refrescara el rostro, le ofreció un abanico de plumas de avestruz, en el cual había inscrito este verso...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 673ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y para que se refrescara el rostro, le ofreció un abanico de plumas de avestruz, en el cual había inscrito este verso:

¡Soy blanca ala infatigable, y mis ráfagas perfumadas, que acarician el rostro del que amo, dan una idea de la brisa del Paraíso!

Luego, tras de quitarse sus mantos y turbantes, los jóvenes se pusieron a hablar y a divertirse, y no podían apartar sus miradas de su hermoso camarada Nur. Y el guarda les sirvió por sí mismo la comida, que era muy espléndida, y estaba compuesta de pollos, patos, codornices, pichones, perdices y corderos rellenos, sin contar las cestas llenas de frutas cogidas en la rama. Y después de la comida, los jóvenes se lavaron las manos con jabón mezclado con almizcle, y se secaron con toallas de seda bordadas de oro.

Entonces entró el guarda con un hermoso ramo de rosas, y dijo: "Antes de tocar a las bebidas, ¡oh amigos míos! conviene que preparéis vuestra alma para el placer con los colores y el perfume de las rosas". Y exclamaron ellos: "Verdad dices, ¡oh guarda!" Dijo él: "Está bien. ¡Pero no os daré estas rosas más que a cambio de un poema hermoso acerca de esta flor admirable!"

Entonces el joven a quien pertenecía el jardín cogió la cesta de rosas de manos del guarda, hundió en ella la cabeza, aspiró el ramo lentamente, luego hizo una seña con la mano para imponer silencio, e improvisó:

¡Virgen odorífera, pero tan tímida en tu juventud, que ocultabas el rojo de tu bello rostro en la seda verde de tus mangas

¡Oh rosa soberana! ¡entre todas las flores, eres la sultana en medio de tus esclavas, y el hermoso emir en el círculo de sus guerreros!

¡En tu corola llena de bálsamo encierras la esencia de todos los pomos!

¡Oh rosa amorosa! ¡tus pétalos entreabiertos al soplo del céfiro son labios de una belleza joven que se dispusiera a dar un beso a su amigo!

¡Eres en tu frescura ¡oh rosa! más dulce que la mejilla sombreada del mozalbete, y más deseable que la boca viva de una joven intacta!

¡La sangre delicada que colorea tu carne dichosa te hace comparable a la aurora veteada de oro, a la copa llena de un vino purpúreo, a una floración de rubíes en rama de esmeralda!

¡Oh rosa voluptuosa, pero tan cruel con los amantes groseros, que, cuando te golpean sin cuidado, les castigas con las flechas de tu carcaj de oro!

¡Oh maravillosa, oh regocijada, oh deleitosa! ¡también sabes retener a los refinados que te aprecian! ¡Para ellos te revistes con las gracias de trajes de distintos colores, y sigues siendo la bienamada a quien no se abandona nunca!

Al oír esta admirable loa de la rosa, los jóvenes no pudieron contener su entusiasmo, y lanzaron mil exclamaciones y repitieron a coro, moviendo la cabeza: "¡Y sigues siendo la bienamada a quien no se abandona nunca!" Y el que acababa de improvisar el poema vació al punto el cesto y cubrió de rosas a sus huéspedes. Luego llenó de vino la anchurosa copa y la hizo circular en torno. Y cuando le llegó la vez, el joven Nur cogió la copa con cierto temor; porque jamás hasta entonces había bebido vino, y su paladar ignoraba el sabor de las bebidas fermentadas, como su cuerpo ignoraba el contacto de las mujeres. Estaba virgen, en efecto, y sus padres, en vista de su tierna edad, aun no le habían regalado una concubina, como es costumbre entre los notables que quieren dar a sus hijos púberes experiencias y sabiduría en esta materia antes del matrimonio. ¡Y sus compañeros sabían este detalle de la virginidad de Nur, y al invitarle a aquella jira en el jardín, se habían propuesto despertar sus deseos!

Así es que al verle con la copa en la mano y vacilando como ante una cosa prohibida, los jóvenes empezaron a reír con grandes carcajadas, de modo que Nur, enojado y un tanto mortificado, acabó por llevarse resueltamente la copa a los labios y de un trago la vació hasta la última gota. Y al ver aquello, prorrumpieron los jóvenes en un grito de triunfo. Y el dueño de la casa acercóse a Nur con la copa llena de nuevo, y le dijo: "¡Qué razón tienes ¡oh Nur! al no privarte por más tiempo ya de ese licor precioso que embriaga! ¡Es el padre de las virtudes, el específico contra todas las penas, la panacea para los males del cuerpo y del alma! ¡A los pobres les da riqueza, a los cobardes valor, a los débiles fuerza y poder! ¡Oh, Nur, encantador amigo mío! ¡aquí yo y todos nosotros somos servidores y esclavos tuyos! ¡Pero, por favor, toma esta copa y bebe de este vino, que es menos embriagador que tus ojos!" Y Nur no pudo rechazarlo, y de un trago vació la copa que le ofrecía su huésped.

Entonces comenzó a circular por su razón el fermento de la embriaguez; y uno de los jóvenes exclamó, dirigiéndose al huésped: "Bien está todo esto, ¡oh generoso amigo! pero ¿podría ser completo nuestro placer sin escuchar el canto y la música de labios femeninos?...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 674ª NOCHE

Ella dijo:

"...Bien está todo esto, ¡oh generoso amigo! pero ¿podría ser completo nuestro placer sin escuchar el canto y la música de labios femeninos? ¿Acaso no conoces las palabras del poeta:

¡Vamos! ¡ofreced una ronda de vino en la copa pequeña y en la grande!

¡Y tú, amigo mío, toma el licor de manos de una belleza semejante a la luna!

¡Pero para vaciar tu vaso aguarda a que toque la música; siempre vi beber con gusto al caballo cuando silban al lado suyo!

Cuando el joven dueño del jardín hubo oído estos versos, contestó con una sonrisa; luego se levantó al punto y salió de la sala de reunión para volver transcurrido un momento llevando de la mano a una joven enteramente vestida de seda azul. Era una esbelta egipcia admirablemente formada, derecha como la letra alef, de ojos babilónicos, de cabellos negros cual las tinieblas, y blanca como la plata en la mina o como una almendra mondada. Y estaba tan bella y tan brillante en su traje oscuro, que se la hubiera tomado por la luna de verano en medio de una noche de invierno. Después de esto, ¿cómo no iba a tener senos de marfil blanco, un vientre armonioso, muslos de gloria y nalgas rellenas, como almohadones, debajo de las cuales había una cosa lisa, rosada y embalsamada, semejante a una bolsita fruncida en medio de un envoltorio grande? ¿Y acaso no es precisamente de aquella egipcia de quien ha dicho el poeta:

¡Avanza cual la corza, arrastrando tras de ella a los leones vencidos por las ojeadas aceradas del arco de sus cejas!

¡Para protegerla, la noche hermosa de su cabellera arma sobre ella una tienda sin columnas, una tienda milagrosa!

¡Con la manga de su traje tapa las rosas ruborosas de sus mejillas! pero ¿podrá impedir a los corazones que se embriaguen con el ámbar de su piel perfumada?

¡Y si llega a levantar el velo que oculta su rostro, entonces, ¡vergüenza sobre ti, hermoso azul de los cielos! ¡Y tú, cristal de roca, humíllate ante sus ojos de pedrería!

Y el joven dueño del jardín dijo a la joven: "¡Oh bella soberana de los astros! ¡sabe que no te hicimos venir a nuestro jardín más que para complacer a nuestro huésped y amigo Nur a quien tienes aquí, y que por primera vez nos honra hoy con su visita!"

Entonces la joven egipcia fue a sentarse junto a Nur, lanzándole una mirada extraordinaria; luego se sacó de debajo del velo una bolsa de seda verde, y la abrió y extrajo de ella treinta y dos pedazos de madera, que acopló de dos en dos, como se acoplan los machos con las hembras y las hembras con los machos, y acabó por formar así un hermoso laúd indio. Y se recogió las mangas hasta los codos, descubriendo sus muñecas y sus brazos, apoyó el laúd en su seno, como apoyaría a su hijo una madre, y lo rozó con las uñas de sus dedos. Y el laúd estremecióse a esta caricia y gimió resonante; y no pudo menos de pensar repentinamente en su propio origen y en su destino: se acordó de la tierra en que fue plantado, de las aguas que le regaron siendo árbol, de los lugares donde hubo vivido en la inmovilidad de su tronco, de los pájaros que cobijó, de los leñadores que lo talaron, del hábil obrero que lo labró, del barnizador que revistióle de brillo, del barco que le había transportado, y de todas las lindas manos por las cuales hubo de pasar.

Y asaltado por estos recuerdos, gimió y cantó con armonía, y en su lenguaje parecía responder con estas coplas rimadas a las uñas que le interrogaban:

¡En otro tiempo fui una rama verde habitada por ruiseñores, y les mecía amorosamente cuando cantaban!

¡Diéronme así el sentimiento de la armonía; y no me atrevía yo a agitar mi follaje por escucharlos atentamente!

¡Pero un día me derribó en tierra una mano bárbara, y me convirtió, como veis, en laúd frágil!

¡Sin embargo, no me quejo de mi destino; porque cuando me rozan uñas firmes, me estremezco con todas mis cuerdas y sufro con gusto lo que me golpea una mano hermosa!

¡En desquite de mi esclavitud reposo sobre senos de jóvenes, y los brazos de las huríes se enlazan con amor en torno a mi cintura!

¡Con mis acordes sé deleitar a los amigos que gustan de las reuniones alegres; y cantando como mis pájaros, sé embriagar sin la ayuda del copero!

Tras de este preludio sin palabras, en que el laúd habíase expresado en un lenguaje sensible al alma sólo, la bella egipcia cesó por un momento de tocar; luego, volviendo sus miradas hacia el joven Nur, cantó estos versos, acompañándose...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 675ª NOCHE

Ella dijo:

"...volviendo sus miradas hacia el joven Nur, la bella egipcia cantó estos versos, acompañándose:

¡La noche es clara y transparente, y en la umbría cercana, el ruiseñor suspira sus transportes, como un amante apasionado!

¡Ah! ¡despiértate! ¡la desnudez del cielo y su frescura invitan al placer a nuestra alma, y esta noche la luna está llena de sortilegios! ¡Ven!

¡No temamos a los envidiosos, y aprovechémonos del sueño de nuestros censores para sumirnos impunemente en el seno de las voluptuosidades! ¡No siempre están las noches estrelladas y embalsamadas! ¡Ven!

¿Acaso, para disfrutar del placer tranquilo, no tienes mirtos, rosas, flores de oro y perfumes?

¿Y no posees las cuatro cosas necesarias para el regocijo ideal: un amigo, una amante, una bolsa llena y vino?

¿Qué más se necesita para ser dichoso? ¡Aprovéchate de ello cuanto antes! ¡mañana se desvanecerá todo! ¡He aquí la copa del placer!

Al oír estos versos, el joven Nur embriagado de vino y de amor, dirigió miradas inflamadas a la bella esclava, que le respondió con una sonrisa atrayente. Entonces se inclinó él a ella poseído de deseo; y ella, al punto, asestó contra él los botones de sus senos, le besó entre los ojos y se le abandonó del todo entre sus manos. Y Nur, cediendo a la turbación de sus sentidos y a la calentura que le abrasaba, pegó sus labios a la boca de la joven y la aspiró como a una rosa. Pero ella. advertida por las miradas de los demás jóvenes, se desenlazó de aquel primer abrazo del joven para volver a coger el laúd, y cantar:

¡Por la hermosura de tu rostro, por tus mejillas, parterre de rosas, por el vino precioso de tu saliva, te juro que eres el espíritu de mi espíritu, la luz de mis ojos, el bálsamo de mis párpados, y que sólo te amo a ti!, ¡oh vida de las almas!

Al oír esta ardiente declaración, Nur, transportado de amor, improvisó a su vez lo siguiente:

¡Oh, tú, cuyo porte es gallardo como el de un barco pirata sobre el mar, bella de mirada de halcón!

¡Oh joven vestida de gracia, la de boca adornada con dos sartas de perlas, la de mejillas florecidas de rosas en un parterre de difícil acceso;

¡Oh propietaria de una cabellera de esplendor que se esparce a derecha y a izquierda en toda su longitud, negra como un negro joven que se vendiera en almoneda!

¡Te conviertes en pensamiento tiránico de mi alma! ¡A la vista de tus encantos, el amor entró en mi corazón profundamente y lo tiñó con el color oscuro de la cochinilla, que es el tinte más indeleble! ¡Y su fuego me consumió el hígado hasta la locura!

¡Así, pues, quiero darte mis bienes y mi alma toda! Y si me preguntaras: "¿Sacrificarías por mí tu sueño?", te contestaría yo: "¡Sí, por cierto, e incluso mis ojos, oh maga!"

Cuando el joven a quien pertenecía el jardín vio el estado en que se encontraba su amigo Nur, le pareció que había llegado el momento de dejar a la bella egipcia que le iniciara en las alegrías del amor. E hizo inmediatamente señas a los jóvenes, que se levantaron uno tras otro y se retiraron de la sala del festín, dejando a Nur cara a cara con la bella egipcia.

Tan pronto como la joven se vio sola con el hermoso Nur, se irguió cuan larga era y se despojó de todos sus adornos y de sus trajes para quedarse enteramente desnuda, con sólo su cabellera por todo velo. Y fue a sentarse en las rodillas de Nur, y le besó entre los ojos, y le dijo: "Has de saber ¡oh ojos míos! que el regalo guarda proporción siempre con la generosidad del donante. ¡Por tanto, en vista de tu hermosura y de que me gustas, te hago el don de todo lo que poseo! ¡Toma mis labios, toma mi lengua, toma mis senos, toma mi vientre y todo lo demás!" Y aceptó Nur el maravilloso obsequio, y en cambio, le hizo don de otro más maravilloso todavía. Y la joven le preguntó cuando hubieron acabado, encantada y sorprendida de su generosidad y su destreza: "¡El caso es ¡oh Nur! que tus compañeros decían que estabas virgen!" Él dijo: "¡Es verdad!" Ella dijo: "¡Qué asombroso! ¿Y cómo fuiste tan experto en tu primer ensayo?" Él dijo riendo: "¡Siempre salen chispas cuando se frota el pedernal!"

Y así fue cómo entre rosas y escarceos múltiples, el joven Nur conoció el amor en los brazos de una egipcia bella y sana cual el ojo del gallo, y blanca cual la almendra mondada...

PERO CUANDO LLEGÓ LA 676ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y así fue como entre rosas, alegrías y escarceos múltiples, el joven Nur conoció el amor en los brazos de una egipcia bella y sana cual el ojo del gallo y blanca cual la almendra mondada.

Está escrito en su destino que así tenía que suceder su iniciación. Pues si no, ¿cómo se comprenderían las cosas aun más maravillosas que marcarían sus pasos por el camino llano de la vida feliz?

Una vez que terminaron sus escarceos, se levantó el joven Nur, porque comenzaban a brillar estrellas en el cielo, y el soplo de Dios alzábase con el viento de la noche. Y dijo él a la joven: "¡Con tu permiso!"

Y a pesar de las súplicas de ella para retenerle, no quiso retrasarse más, y la abandonó para montar en su mula y regresar lo más pronto posible a su casa, donde ya le esperaban con ansiedad su padre Corona y su madre.

Y he aquí que, en cuanto él franqueó el umbral, su madre, llena de inquietud por aquella desacostumbrada ausencia de su hijo, corrió a su encuentro, le estrechó en sus brazos, y le dijo: "¿Dónde estuviste, querido mío, que tanto tardaste en volver a casa?" Pero en cuanto Nur abrió la boca, su madre notó que había tomado vino y le olió el aliento. Y le dijo: "¡Ah! ¿qué has hecho, desgraciado Nur? ¡Qué calamidad como llegue a olerte tu padre!" Porque, aunque Nur había soportado la bebida mientras estuvo en brazos de la egipcia, cuando se expuso al aire libre se dislocó la razón y titubeaba a derecha y a izquierda como un beodo. Así es que su madre se apresuró a llevarle al lecho y a acostarle, arropándole mucho.

Pero en aquel momento llegó a la habitación el mercader Corona, que era un observante fiel de la ley de Alah, que prohíbe a los creyentes bebidas fermentadas. Y al ver acostado a su hijo, pálido y con el rostro descompuesto, preguntó a su esposa: "¿Qué le pasa?" Ella contestó: "¡Tiene un dolor muy fuerte de cabeza, ocasionado por el exceso de aire de ese jardín adonde le permitiste que fuera con sus camaradas!" Y el mercader Corona, muy apesadumbrado por aquel reproche de su esposa y por la indisposición de su hijo, se inclinó sobre Nur para preguntarle cómo estaba; pero le olió el aliento, e indignado, sacudió del brazo a Nur, y le gritó:

"¿Cómo se entiende, hijo libertino? ¡has infringido la ley de Alah y de su profeta, y te atreves a entrar en casa sin purificarte la boca!" Y siguió amonestándole con dureza.

Entonces Nur, que se hallaba en completo estado de embriaguez, sin saber a punto fijo lo que hacía, levantó la mano y asestó a su padre, el mercader Corona, un puñetazo que le alcanzó al ojo derecho, y lo hizo con tanta violencia, que le derribó a tierra.

En el límite de la indignación, el anciano Corona juró por el divorcio y por el tercer poder, que al día siguiente echaría de casa a su hijo Nur después de cortarle la mano derecha. Luego abandonó la habitación.

Cuando la madre de Nur oyó aquel tremendo juramento, contra el cual no había recurso ni remedio posible, desgarró sus ropas con desesperación, y se pasó toda la noche lamentándose y llorando junto al lecho de su hijo sumido en la embriaguez. Pero como la cosa urgía, consiguió disiparle los vapores del vino, haciéndole sudar y orinar mucho. Y como no se acordara él de nada de lo que había sucedido, le contó ella la acción que hubo de cometer y el terrible juramento de su padre Corona. Luego le dijo: "¡Ay de nosotros! ¡ahora son inútiles las lamentaciones! ¡Y el único partido que puedes tomar, hasta tanto que el destino haya cambiado el aspecto de las cosas, es alejarte cuanto antes ¡oh Nur! de casa de tu padre! ¡Parte, hijo mío!, para la ciudad de AlIskandaria, y aquí tienes una bolsa con mil dinares de oro y cien dinares! Cuando te falte poco para agotar este dinero, pídeme otra, cuidando de darme noticias tuyas".

Y se echó a llorar, besándole.

Entonces, tras de haber vertido por su parte muchas lágrimas de arrepentimiento, se ató Nur la bolsa a la cintura, despidióse de su madre, y salió de la casa ocultamente para ganar al punto el puerto de Bulak y desde allí bajar por el Nilo en un navío hasta Al-Iskandaria, en donde desembarcó con buena salud.

Y he aquí que Nur se encontró con que Al-Iskandaria era una ciudad maravillosa, habitada por gentes de lo más encantadoras, y dotada de un clima delicioso; de jardines llenos de rumores y flores, de hermosas calles y de zocos magníficos. Y hubo de complacerse, pues, en recorrer los diversos barrios de la ciudad y todos los zocos, uno tras otro. Y al pasar por el zoco de los mercaderes de flores y frutas, que era particularmente agradable...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente. .

PERO CUANDO LLEGÓ LA 677ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y al pasar por el zoco de los mercaderes de flores y frutas, que era particularmente agradable, vio que pasaba un persa montado en una mula, llevando a la grupa una maravillosa joven de aspecto delicioso y estatura de cinco palmos largos. Era blanca como la bellota en su cáscara, como la breca en la pecera, como palmera en el desierto. Su rostro era más deslumbrante que el resplandor del sol, y bajo la guardia de los arcos tensos de sus cejas, brillaban dos grandes ojos negros, originarios de Babilonia. Y a través de la tela transparente que la envolvía, se adivinaban en ella esplendores a ningunos otros parecidos: mejillas suaves cual el raso más hermoso y sembradas de rosas; dientes que eran dos collares de perlas; senos firmes y amenazadores; caderas ondulosas; muslos semejantes a las colas rollizas de los carneros de Siria, y guardando en su cima de nieve un tesoro incomparable, y soportando un trasero formado en su totalidad con una pasta de perlas, de rosas y de jazmines. ¡Gloria a su Creador!

Así es que, cuando el joven Nur vio a aquella joven, que superaba en esplendores a la morena egipcia del jardín, no pudo menos de seguir a la mula feliz que la llevaba. Y echó a andar detrás de ella hasta que llegaron a la plaza del Mercado de Esclavos.

Entonces el persa se apeó de la mula, y tras de ayudar a la joven para que se apease a su vez, la cogió de la mano y se la entregó al subastador público para que la subastase en el mercado. Y el subastador, apartando a la muchedumbre, hizo sentarse a la joven en medio de la plaza sobre un sillón de marfil enriquecido de oro. Luego paseó sus miradas por los que lo rodeaban, y gritó:

"¡Oh mercaderes! ¡oh compradores! ¡oh dueños de riquezas! ¡Ciudadanos y beduinos! ¡oh presentes que me rodeáis de cerca o de lejos, abrid la subasta! ¡Nadie censura al primer postor!

¡Examinad y hablad! ¡Alah es omnipotente y omnisciente! ¡Abrid la subasta!"

Entonces se adelantó en primer término un anciano, que era el síndico de los mercaderes de la ciudad y ante quien ninguno se atrevió a alzar la voz para pujar. Y lentamente dio la vuelta al sillón en que estaba la joven, y después de examinarla con gran atención, dijo: "¡Abro la subasta ofreciendo novecientos veinticinco dinares!"

Al punto gritó con toda su alma el subastador: "¡Se abre la subasta con una oferta de novecientos veinticinco dinares! ¡Oh abridor! ¡Oh omnisciente! ¡Oh generoso! ¡En novecientos veinticinco dinares está tasada la perla incomparable!" Luego, como nadie quería aumentar la puja por consideración al venerable síndico, el subastador encaróse con la joven, y le preguntó: "¿Consientes ¡oh soberana de las lunas! en pertenecer a nuestro venerable síndico?" Y contestó la joven debajo de sus velos: "¿Estás loco, ¡oh subastador! o solamente tienes dislocación de la lengua, ya que me haces semejante ofrecimiento?"

Y preguntó el subastador, cohibido: "¿Y por qué, ¡oh soberana de las bellas!?" Y dijo la joven, descubriendo con una sonrisa las perlas de su boca: "¡Oh subastador! ¿no te da vergüenza ante Alah y por tu barba querer entregar jóvenes de mi calidad a un anciano como éste, decrépito y sin facultades, al cual más de una vez sin duda su mujer le habrá, reprochado su frialdad en términos violentos e indignados? ¿Y acaso no sabes que es a ese viejo precisamente a quien se aplican estos versos del poeta:

¡Me pertenece en propiedad un zib calamitoso! ¡Es de cera que se derrite, pues cuanto más se le toca, más se ablanda!

¡Por más razones que le expongo, se obstina en dormir cuando hace falta que se despierte! ¡Es un zib perezoso!

¡Pero en cuanto estoy con él a solas, he aquí que de pronto se siente poseído de ardor guerrero! ¡Ah! ¡es un zib calamitoso!

¡Es avaro cuando tiene que alardear de generosidad, y pródigo cuando tiene que hacer economías! ¡Hijo de perro! ¡Si duermo, se despierta al punto; y si me despierto, al punto se duerme!

¡Es un zib calamitoso! ¡Maldito sea quien se compadezca de él!

Cuando los presentes oyeron estas palabras y estos versos de la joven, se pusieron extremadamente serios en vista de aquella falta de consideración y de respeto para con el síndico. Y el subastador dijo a la joven: "¡Por Alah, ¡oh mi señora! que estás haciendo que se me ennegrezca el rostro en presencia de los mercaderes! ¿Cómo puedes decir semejantes cosas de nuestro síndico, que es un hombre respetable y prudente, incluso un sabio?"

Pero ella contestó: "¡Ah! ¡tanto mejor entonces, si es un sabio! ¡Ojalá le aproveche la lección! ¿Para qué sirven los sabios sin zib? ¡Mejor será que vaya a esconderse...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 678ª NOCHE

Ella dijo:

"¿...Para qué sirven los sabios sin zib? ¡Mejor será que vaya a esconderse!"

Entonces, para que la joven no siguiese en sus insultos al viejo síndico, el subastador se apresuró a continuar la subasta, chillando a toda voz: "¡Oh mercaderes! ¡oh compradores! ¡la subasta está abierta y permanece abierta! ¡Para el mejor postor será la hija de reyes!" Entonces adelantóse otro mercader, que no había presenciado lo que acababa de ocurrir, y que dijo, deslumbrado por la belleza de la joven: "¡Para mí, por novecientos cincuenta dinares!"

Pero al verle, la joven lanzó una carcajada; y cuando se acercó él a ella para examinarla mejor, le dijo: "Dime, ¡oh jeique! ¿tienes en tu casa un alfanje fuerte?" Él contestó: "Sí, ¡por Alah! ¡oh señora mía! Pero ¿para qué lo quieres?"

Ella contestó: ".¿No ves que ante todo necesitas cortarte un buen pedazo de esa berenjena que llevas a modo de nariz? No ignorarás que a ti mejor que a nadie cuadran estas palabras del poeta:

¡En su rostro se eleva un inmenso minarete que por sus dos puertas podría dar acceso a todos los humanos! ¡Y de una vez se despoblaría la tierra entonces!

Cuando el mercader de la nariz gorda hubo oído estas palabras de la joven, sintió tanta ira, que estornudó muy fuerte; luego, cogiendo por el cuello al subastador, le asestó golpes en la nuca, gritando: "¡Maldito subastador! ¿es que sólo nos has traído a esta impúdica esclava para que nos injurie y nos convierta en motivo de escarnio?" Y el subastador, muy pesaroso, se encaró con la joven, y le dijo: "¡Por Alah, que en todo el tiempo que llevo ejerciendo mi oficio, nunca tuve una jornada tan mala como ésta! ¿No podrás reprimir los desórdenes de tu lengua, y dejarnos ganar nuestro sustento?" Luego, para poner fin a los murmullos que se alzaban, continuó la subasta.

Entonces se presentó un tercer mercader muy barbudo, que quiso comprar la hermosa esclava. Pero antes de que abriese la boca para pujar, la joven se echó a reír, y exclamó: "Mira., ¡oh subastador! En casa de este hombre está cambiado el orden de la Naturaleza; es un carnero de cola gorda, ¡pero le ha salido la cola en el mentón! ¡Y claro está que no pensarás en cederme a un hombre que posee una barba tan larga, y por consiguiente, un ingenio tan corto! ¡Porque ya sabes que la inteligencia y la razón están en orden inverso con la longitud de la barba!"

¡Al oír estas palabras, el subastador, en el límite de la desesperación, no quiso llevar más adelante aquella venta! Y exclamó: "¡Por Alah, que ya no ejerzo más por hoy mi oficio!" Y cogiendo de la mano a la joven, poseído de terror, se la entregó a su antiguo amo el persa, diciéndole: "¡Es invendible entre nosotros! ¡Que Alah abra para ti por otra parte la puerta de la venta y de la compra!"

Y sin turbarse ni conmoverse, el persa se encaró con la joven, y le dijo: "¡Alah es el más generoso! ¡Ven, hija mía, que acabaremos por encontrar al comprador que te corresponda!" Y se la llevó consigo y se marchó, cogiéndola de la mano, mientras que con la otra mano conducía de la brida a la mula, y la joven lanzaba con sus ojos a los que la miraban largas flechas negras y aceradas.

¡Y he aquí que sólo entonces fue cuando advertiste al joven Nur, ¡oh maravillosa! y a su vista, sentiste que el deseo te mordía el hígado y el amor te trastornaba las entrañas! Y te paraste de pronto y dijiste a tu amo el persa: "¡A éste es a quien quiero! ¡Véndeme a él!" Y el persa se volvió y divisó a su vez a aquel joven adornado con todos los encantos de la juventud y de la belleza, y elegantemente envuelto en un manto color de pasa. Y dijo a la joven: "Ese joven estaba entre los presentes hace un momento en la subasta, y no se adelantó a pujar. ¿Cómo quieres, pues, que vaya a proponerte a él? ¿No ves que un paso así haría bajar mucho el precio de la venta?" Ella contestó: "No hay inconveniente en que así sea. No quiero pertenecer a nadie más que a ese hermoso joven. Y no me poseerá ninguno otro". Y se adelantó resueltamente hacia el joven Nur, y le dijo, deslizándole una mirada cargada de tentaciones: "¿Es que no soy lo bastante bella ¡oh mi señor! para que te dignes pujar tú?" El joven contestó: "¡Oh soberana mía! ¿acaso hay por el mundo una belleza que se te pueda comparar?" Ella preguntó: "¿Por qué, pues, me has desdeñado, cuando me proponían al mejor postor?" ¡Sin duda no me encuentras de tu agrado!" El joven contestó: "Alah te bendiga, ¡oh mi señora! En verdad que de estar en mi país te hubiese comprado con todas las riquezas y los bienes todos que posee mi mano. ¡Pero aquí no soy más que un extranjero y no poseo, por todo recurso, más que una bolsa con mil dinares!" Ella dijo: "¡Ofrécela para comprarme y no te arrepentirás!" Y el joven Nur, sin poder resistir a la tentación de la mirada fija en él, se quitó el cinturón en que tenía guardados los mil dinares, y contó y pesó el oro ante el persa. Y ultimaron el trato ambos tras de hacer ir al kadí y a los testigos para la legalización del contrato de venta y compra. Y al fin de confirmar el acto, declaró la joven: "¡Consiento en que se me venda a este hermoso joven por los mil dinares entregados a mi amo el persa!" Y los presentes se dijeron unos a otros: "¡Ualah! ¡están hechos el uno para el otro!" Y el persa dijo a Nur: "¡Ojalá sea para ti ella motivo de bendiciones! ¡Regocijáos juntos con vuestra juventud! ¡por igual merecéis la dicha que os espera...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 679ª NOCHE

Ella dijo:

"¡...por igual merecéis la dicha que os espera!"

Entonces el joven Nur, seguido por la joven de caderas ondulantes, se encaminó al khan grande de la ciudad, y apresuróse a alquilar allí una habitación en que alojarse. Y se excusó con la joven por no poder ofrecerle nada mejor, diciendo: "¡Por Alah, oh mi señora! que si estuviese yo en El Cairo, mi ciudad, te alojaría en un palacio digno de ti! ¡Pero te repito que aquí no soy más que un extranjero! ¡Y para atender a nuestras necesidades, sólo llevo encima lo justo con lo que pagar este alojamiento!" Ella se sacó del dedo una sortija que tenía engastado un rubí de gran valor, y le dijo: "Toma esto, y ve a venderlo al zoco. ¡Y compra lo que haga falta para un festín de dos personas; y gasta sin temor y compra los víveres y bebidas mejores que haya, sin olvidar las flores, las frutas y los perfumes!" Y Nur se apresuró a ejecutar la orden, y no tardó en volver cargado con provisiones de todas clases. Y se recogió las mangas y el ropón, y puso el mantel, y sirvió con mucho cuidado el festín. Luego sentóse junto a la joven, que le miraba sonriendo; y para empezar, se pusieron a comer bien y a beber bien. Y cuando estuvieron hartos y la bebida comenzó a producir su efecto, el joven Nur, que estaba un poco intimidado por los ojos brillantes de su esclava, no quiso dejarse llevar de los deseos tumultuosos que le agitaban sin informarse antes del país y del origen de la joven. Y le tomó la mano y la besó, y le dijo: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh mi señora! ¿No podrías decirme ya tu nombre y tu país?" Ella contestó: "¡Precisamente ¡oh Nur! yo misma iba a hablarte de ello la primera!" Y se paró un momento y dijo:

"Has de saber ¡oh Nur! que me llamo Mariam, y que soy la hija única del poderoso rey de los francos que reina en la ciudad de Constantinia. Así, pues, no tienes por qué asombrarte cuando sepas que en mi infancia recibí la mejor educación y que tuve maestros de todo. También me enseñaron a manejar la aguja y el huso, a hacer pinturas y bordados, a tejer tapices y ceñidores y a labrar telas de oro sobre fondo de plata o de plata sobre fondo de oro. Y asimismo aprendí cuanto pudiera adornar el ingenio y realzar la belleza. Y crecí de tal suerte en el palacio de mi padre, lejos de todas las miradas. Y las mujeres de palacio, mirándome con ojos de ternura, decían que era yo la maravilla de mi tiempo. Así es que no dejaron de ir a pedirme en matrimonio gran número de príncipes y reyes que reinaban en tierras y en islas; pero mi padre el rey rechazó todas sus proposiciones, sin querer separarse de su única hija, a la que quería más que a su vida y más que a los numerosos hijos varones, hermanos míos, que tenía.

"Por aquel entonces, habiendo yo caído enferma, hice la promesa de que, si recobraba la salud, iría en peregrinación a un monasterio muy venerado entre los francos. Y cuando estuve curada, quise cumplir mi promesa, y me embarqué con una de mis damas de honor, hija de un grande entre los grandes de la corte de mi padre el rey. Pero en cuanto perdimos de vista la tierra, atacaron y abordaron nuestro navío unos piratas musulmanes, y yo misma, con todo mi séquito, fui reducida a esclavitud y conducida a Egipto, en donde me vendieron al mercader persa que viste en el zoco y que, felizmente para mi virginidad, es eunuco. Y también para suerte mía y porque así lo quiso mi destino, mi amo, estando yo en su casa, sufrió una larga y peligrosa enfermedad durante la cual le prodigué los cuidados más atentos. Así es que, en cuanto recobró la salud, quiso probarme su gratitud por las muestras de afecto que yo le había dado mientras duró su dolencia, y me rogó que le pidiese cuanto pudiera anhelar mi alma. Y por todo favor yo reclamé de él que me vendiera a alguno que pudiese utilizar lo que en mí había de utilizable, pero que no me cediera más que a quien yo escogiese por mí misma. Y al instante me lo prometió el persa, y se apresuró a venderme en la plaza del mercado, ¡desde donde pude fijar en ti mi elección, ¡oh ojos míos! excluyendo a todos los viejos y decrépitos personajes que me codiciaban!"

Y tras de hablar así, la joven franca miró a Nur con ojos en que llameaba el oro de las tentaciones, y le dijo: "¿Podría, tal como soy, pertenecer a otro que no fueras tú, ¡oh joven!?" Y con un ademán rápido, retiró sus velos y se desnudó por completo para aparecer en su deliciosa desnudez.

¡Bendito sea el vientre que la llevó! ¡Sólo entonces pudo Nur darse cuenta de la bendición que había descendido sobre su cabeza! Y vio que la princesa era una belleza suave y blanca como un tejido de lino, y que esparcía por doquiera el delicado olor del ámbar, al igual de la rosa, que segrega por sí misma su perfume original. Y la estrechó en sus brazos, y cuando la exploró en su profundidad íntima, hubo de encontrar en ella una perla intacta aún. Y con aquel descubrimiento se puso jubiloso hasta el límite del júbilo, y se inflamó hasta el límite de la inflamación. Y empezó a pasarle la mano por sus miembros encantadores y su cuello delicado, y a hundirla entre las olas y bucles de su cabellera, haciendo chasquear los besos en sus mejillas como guijarros que sonasen al caer en el agua; y se endulzaba con sus labios, y le daba palmadas en las nalgas temblorosas. ¡Eso fue todo, en verdad!

Y a su vez, no dejó ella de hacer ver una parte considerable de los dones que poseía y de las maravillosas aptitudes de las griegas, las amorosas facultades de las egipcias, los movimientos lascivos de las muchachas árabes y la fogosidad de los etíopes, el candor asustado de las francas, y la ciencia consumada de las indias, la experiencia de las hijas de Circasia y los deseos apasionados de las rubias, la coquetería de las hijas del Yamán y la violencia muscular de las mujeres del Alto Egipto, la pequeñez de órganos de las chinas, el ardor de las hijas de Hedjaz, y el vigor de las mujeres del Irak y la delicadeza de las persas. Así es que no cesaron de suceder los enlazamientos a los abrazos, los besos a las caricias y las copulaciones a las locuras, durante toda la noche, hasta que, un poco fatigados de sus transportes y de sus múltiples asaltos, se durmieron por fin uno en brazos de otro, ebrios de goces.

¡Gloria a Alah, que no ha creado espectáculo más encantador que el de dos amantes dichosos que, después de embriagarse con las delicias de la voluptuosidad, reposan en su cama, con los brazos entrelazados, las manos unidas y los corazones latiendo juntos!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 700ª NOCHE

Ella dijo:

¡Gloria a Alah, que no ha creado espectáculo más encantador que el de dos amantes dichosos, que después de embriagarse con las delicias de la voluptuosidad, reposan en su cama, con los brazos entrelazados, las manos unidas y los corazones latiendo juntos!

Cuando se despertaron al día siguiente, no dejaron de repetir sus escarceos, con más intensidad, calor, multiplicidad, repeticiones, vigor y experiencia que la víspera. Así es que la princesa franca, maravillada y en el límite de la admiración al ver tantas facultades reunidas en los hijos de los musulmanes, se dijo: "¡En verdad que cuando una religión inspira y desarrolla en sus creyentes tales alardes de valor, de heroísmo y de aptitud, es incontestablemente la mejor, la más humana y la única verdadera entre todas las religiones!" Y en el momento quiso ennoblecerse con el Islam.

Encaróse con Nur, y le preguntó: "¿Qué tengo que hacer para ennoblecerme con el Islam, ¡oh ojos míos!? ¡Porque quiero hacerme musulmana como tú, ya que la paz de mi alma no se hallaba con los francos, que hacen una virtud de la horrible continencia y nada estiman tanto como un sacerdote castrado! ¡Son unos pervertidos que ignoran el valor inestimable de la vida! ¡Son unos desgraciados a quienes no calienta con sus rayos el sol! ¡Así es que mi alma quiere morar aquí, donde florecerá con todas sus rosas y cantará con todos sus pájaros! ¡Dime, pues, qué tengo que hacer para convertirme en musulmana!"

Y Nur, lleno de dicha por haber contribuido así, en la medida de sus fuerzas, a convertir a la princesa franca, le dijo: "¡Oh mi señora! ¡nuestra religión es sencilla e ignora las complicaciones externas! ¡Tarde o temprano, reconocerán todos los descreídos la superioridad de nuestras creencias, y se encaminarán a nosotros por sí mismos, como se sale de las tinieblas a la luz, de lo incomprensible a lo claro y de lo imposible a lo natural! En cuanto a ti, ¡oh princesa de bendición! para lavarte de la mugre cristiana, no tienes más que pronunciar estas palabras: "¡No hay más Dios que Alah y Mohamed es el Enviado de Alah! ¡Y al instante te volverás creyente musulmana!" Al oír estas palabras, la princesa Mariam, hija del rey de los francos, levantó el dedo y pronunció: "¡Atestiguo y certifico que no hay más Dios que Alah y que Mohamed es el Enviado de Alah!" ¡Y al instante se ennobleció con el Islam! ¡Gloria a Quien con procedimientos sencillos abre los ojos de los ciegos, torna sensibles los oídos de los sordos, desata la lengua de los mudos y ennoblece los corazones pervertidos, al Dueño de las virtudes, al Distribuidor de gracias, al Bueno para sus creyentes! ¡Amín!

Realizado de tal modo aquel acto importante (¡loado sea Alah!) se levantaron ambos de su lecho de voluptuosidad, y fueron a los retretes, haciendo luego sus abluciones y las plegarias prescritas. Tras de lo cual comieron y bebieron y se pusieron a charlar con mucho agrado y a divagar amistosamente. Y cada vez se maravillaba más Nur de los conocimientos numerosos de la princesa y de su sabiduría y sagacidad.

Por la tarde, a la hora de la plegaria del asr, el joven Nur se dirigió a la mezquita, y la princesa Mariam fue a pasearse por el lado de la Columna del Mástil. ¡Y he aquí lo referente a ellos!

Pero en cuanto al rey de los francos de Constantinia, padre de Mariam, cuando supo la captura de su hija por los piratas musulmanes, afligióse hasta el límite de la aflicción y se desesperó hasta sentirse morir. Y envió a todas partes jinetes y patricios para que hicieran las pesquisas necesarias y rescataran a la princesa y la salvaran, de grado o por fuerza, de las manos de sus raptores. Pero cuantos se encargaron de aquellas pesquisas regresaron al cabo de cierto tiempo sin haberse enterado de nada. Entonces hizo ir a su visir, que también era jefe de policía, un viejecillo tuerto del ojo derecho y cojo de la pierna izquierda, pero un verdadero demonio entre los espías; porque era capaz de desenredar, sin romperlos, los hilos enredados de una tela de araña, de sacar los dientes a un dormido sin despertarle, de escamotear los bocados entre los labios de un beduino hambriento, y de horadar por tres veces seguidas, a un negro sin que el negro pudiese ni revolverse siquiera. Y le dio la orden de recorrer todos los países musulmanes y que no volviera sin la princesa. Y le prometió toda clase de honores y de prerrogativas a su regreso, pero haciéndole entrever el palo para en caso de que fracasase. Y se apresuró a partir el visir tuerto y cojo. Y empezó a viajar, disfrazado, por países amigos y enemigos, sin dar con ninguna pista, hasta que llegó a Al-Iskandaria.

Y aquel día precisamente fue a la Columna del Mástil, con los esclavos que le habían acompañado, para recrearse un momento. Y quiso el destino que se encontrase con la princesa Mariam, la cual tomaba el fresco por aquellos contornos. Así es que, en cuanto la reconoció, se bamboleó de alegría, y se precipitó a su encuentro. Y llegado que fue ante ella, puso una rodilla en tierra y quiso besarle las manos. Pero la princesa, que había adquirido todas las virtudes musulmanas y la decencia para con los hombres, aplicó una tremenda bofetada a aquel visir franco tan feo, y le gritó: "¡Perro maldito! ¿qué vienes a hacer en tierra musulmana? ¿Acaso crees que voy a caer en tu poder...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 701ª NOCHE

Ella dijo:

"...Pero la princesa, que había adquirido todas las virtudes musulmanas y la decencia para con los hombres, aplicó una tremenda bofetada a aquel visir franco tan feo, y le gritó: "¡Perro maldito! ¿qué vienes a hacer en tierra musulmana? ¿Acaso crees que voy a caer en tu poder?"

El franco contestó: "¡Oh princesa! Yo no tengo la culpa de esto. ¡Culpa sólo a tu padre el rey, que me ha amenazado con el palo si no te encuentro! Es preciso, pues, que vengas con nosotros, de grado o por fuerza, para salvarme de ese suplicio espantoso. ¡Además, tu padre está muriéndose de desesperación al saber que eres cautiva de los infieles, y tu madre está bañada en lágrimas de pensar en los malos tratos que debiste sufrir entre las manos de esos bandidos perforadores!" Pero la princesa Mariam contestó: "¡Nada de eso! He encontrado la paz de mi alma aquí mismo. ¡Y no abandonaré esta tierra de bendición! ¡Vuélvete, pues, por donde has venido, antes de que te haga yo empalar precisamente aquí en lo alto de la Columna del Mástil!

Al oír estas palabras, el franco cojo comprendió que no decidiría a la princesa para que le siguiese de buen grado, y le dijo: "Con tu permiso, ¡oh mi señora!" E hizo seña de que se apoderaran de ella a sus esclavos, que al punto la rodearon, la amordazaron, y aunque ella se defendió y les arañaba cruelmente, se la cargaron a la espalda, y al caer la noche la transportaron a bordo de un navío que se hacía a la vela para Constantinia. ¡Y he aquí lo referente al visir tuerto y cojo y a la princesa Mariam!

En cuanto al joven Nur, cuando vio que la princesa Mariam no volvía al khan, no supo a qué atribuir su tardanza. Y como avanzaba la noche y aumentaba su inquietud, salió del khan y echó a andar por las calles desiertas, con la esperanza de encontrarla, y acabó por llegar al puerto. Unos bateleros le enteraron allí de que acababa de zarpar un navío y que habían llevado a bordo de él a una joven cuyas señas coincidían exactamente con las que les daban.

Al enterarse de aquella marcha de su bienamada, Nur empezó a lamentarse y a llorar, sin interrumpir sus sollozos más que para decir a gritos: "¡Mariam!" Entonces, conmovido por su belleza y por su desesperación, un anciano que le veía quejarse de tal suerte, se acercó a él y le interrogó bondadosamente acerca de la causa de sus lágrimas. Y Nur le contó la desgracia que acababa de sucederle. Entonces le dijo el anciano: "¡No llores más, hijo mío, y no te desesperes!

El navío que acaba de zarpar se hizo a la vela con rumbo a Constantinia, y precisamente yo, que soy capitán marino, voy también a hacerme a la vela esta noche para esa ciudad con los cien musulmanes que llevo a bordo. ¡No tienes, pues, más que embarcarte conmigo, y encontrarás al objeto de tus deseos!" Y con lágrimas en los ojos, besó Nur la mano al capitán marino y se apresuró a embarcarse con él en el navío, que salió disparando a toda vela por el mar.

Y he aquí que Alah les escribió la seguridad, y al cabo de una navegación de cincuenta y un días, llegaron a la vista de Constantinia, donde no tardaron en echar pie a tierra. Pero al punto les prendieron los soldados francos que guardaban la costa, y les despojaron y metieron en la cárcel, siguiendo órdenes del rey, que quería vengarse así en todos los mercaderes extranjeros de la afrenta hecha a su hija en los países musulmanes.

Porque la princesa Mariam había llegado a Constantinia la misma víspera de aquel día. Y en cuanto cundió por la ciudad la nueva de su regreso, se adornaron en honor suyo todas las calles, y toda la población corrió a su encuentro. Y el rey y la reina montaron a caballo con todos los grandes dignatarios de palacio, y fueron a recibirla al desembarcar. Y tras de haber besado con ternura a su hija, la reina le preguntó ansiosamente si estaba virgen todavía o si, para desgracia suya y para oprobio de su nombre, había perdido el sello inestimable. Pero, echándose a reír ante todos los concurrentes, la princesa contestó: "¿Qué me preguntas, ¡oh madre mía!? ¿Acaso crees que se puede permanecer virgen en el país de los musulmanes? ¿Ignoras que en los libros de los musulmanes se dice: "¡Ninguna mujer envejecerá virgen en el Islam...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 702ª NOCHE

Ella dijo:

"¿Ninguna mujer envejecerá virgen en el Islam?"

Cuando la reina -que no había hecho públicamente esta pregunta a su hija más que para esparcir, en cuanto llegase, la noticia de que su virginidad permanecía intacta y de que su honor estaba a salvo- oyó estas palabras tan insólitas y pronunciadas en presencia de toda la corte, se puso muy amarilla y cayó desmayada en brazos de sus doncellas, que estaban asombradas ante aquel escándalo tan enorme. Y el rey, muy furioso con aquella aventura y sobre todo en vista de la franqueza con que su hija se avenía a lo que le había ocurrido, sintió que la bolsa de la hiel se le reventaba dentro del hígado, e indignado hasta el límite de la indignación, se llevó a la princesa y entró a toda prisa en el palacio en medio de la consternación general, de narices alargadas de dignatarios y caras indigestas de ancianas matronas pudibundas. Y convocó con urgencia a su Consejo de Estado, y pidió su opinión a los visires y a los patriarcas. Y contestaron los visires y los patriarcas consultados: "Nuestra opinión es que, para purificar a la princesa de la impureza de los musulmanes, sólo hay un medio, y consiste en lavarla con la sangre de ellos. ¡Es preciso, pues, sacar de la cárcel cien musulmanes, y cortarles la cabeza! ¡Y se recogerá la sangre que brote de sus cuellos, y en ella se bañará el cuerpo de la princesa, como si se tratase de un segundo bautismo!"

Entonces, el rey ordenó que cogieran a los cien musulmanes que acababan de meter en la cárcel, y entre los cuales se encontraba, como es sabido, el joven Nur. Y empezaron por cortar la cabeza al capitán marino. Luego cortaron la cabeza a todos los mercaderes. Y cada vez recogían en un baño la sangre que brotaba de los cuellos sin cabeza. Y llegó el turno al joven Nur. Y ya le conducían al sitio de la ejecución, vendándole los ojos y colocándole en la alfombra ensangrentada, en tanto que el ejecutor blandía su alfanje para hacerle saltar del cuello la cabeza, cuando se acercó al rey una vieja y le dijo: "¡Oh rey del tiempo! ¡Ya se han cortado las cien cabezas, y el baño está lleno de sangre! ¡Debes perdonar, pues, a ese joven musulmán que queda, y dármelo para dedicarle al servicio de la iglesia!" Y exclamó el rey: "¡Por el Mesías, que dices la verdad! Ya se hallan ahí las cien cabezas, y el baño está lleno. ¡Quédate, pues, con él y utilízale en servicio de la iglesia!" Y la vieja, que era la celadora de la iglesia, dio las gracias al rey, y mientras éste se retiraba con sus visires para proceder al bautismo de sangre de la princesa, se llevó al joven Nur. Y encantada de su belleza, le condujo a la iglesia sin tardanza.

Allí la vieja ordenó al joven Nur que se desnudase, y le dio un largo ropón negro, un gorro alto de sacerdote, un velo negro muy grande para cubrir aquel gorro, una estola y un cinturón ancho. Y le vistió por sí misma para enseñarle cómo debía servirse de aquellas prendas, y le dio sus instrucciones para que se dedicase, como era debido, al servicio de la iglesia. Y durante siete días consecutivos vigiló su trabajo y fomentó sus aptitudes, en tanto que él se lamentaba con su corazón de creyente por verse obligado a hacer semejante farsa al servicio de los descreídos.

Pero por la tarde del séptimo día, la vieja dijo a Nur: "Has de saber, hijo mío, que dentro de unos instantes la princesa Mariam, que ha sido purificada con el bautismo de sangre va a venir a la iglesia para pasar aquí toda la noche en devoción y hacerse perdonar de esa manera los actos de su pasado. Por tanto, te aviso su llegada, a fin de que, cuando yo me vaya a acostar, te quedes a la puerta para prestarle el servicio que pida o para llamarme en caso de que cayese desvanecida de contrición a causa de sus antiguos pecados. ¿Has comprendido bien?" Y contestó Nur, chispeantes los ojos: "He comprendido, ¡oh mi señora!"

Entretanto, llegó al vestíbulo de la iglesia la princesa Mariam vestida de negro desde la cabeza hasta los pies y con el rostro cubierto por un velo negro, y después de inclinarse profundamente ante Nur, a quien tomaba por un sacerdote a causa de sus hábitos, penetró en la iglesia, cuya puerta hubo de abrirle la anciana celadora, y con paso lento se dirigió hacia una especie de oratorio interior, de aspecto muy tenebroso. Entonces, sin querer distraerla de sus devociones, la vieja se apresuró a retirarse; y tras de recomendar mucho a Nur que vigilara la puerta, se retiró a descansar a su habitación...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 703ª NOCHE

Ella dijo:

"...se retiró a descansar a su habitación.

Cuando se cercioró Nur de que la anciana celadora, dormida ya, roncaba como una fiera, deslizóse hasta la iglesia y se dirigió al sitio en que se hallaba la princesa Mariam, el cual consistía en un oratorio alumbrado por una lámpara que ardía ante imágenes de impiedad (¡que el fuego las destruya!). Y entró sigilosamente en aquel oratorio, y dijo con voz temblorosa: "Soy Nur, ¡oh Mariam!" Y al reconocer la voz de su bienamado, la princesa creyó en un principio que soñaba y luego acabó por arrojarse en sus brazos. Y en el límite de la emoción, se besaron ambos en silencio durante largo rato. Y cuando pudieron hablar, contáronse mutuamente lo que les había sucedido desde el día de la separación. Y juntos dieron gracias a Alah, que hubo de permitir su encuentro.

Tras de lo cual, para celebrar con alegría aquel momento, la princesa se apresuró a quitarse los hábitos de duelo que su madre la reina la obligó a llevar para recordarle de continuo la pérdida de su virginidad. Y enteramente desnuda, se sentó en las rodillas de Nur, el cual por su parte, había arrojado lejos de sí su traje y sus prendas de sacerdote cristiano. Y comenzaron una serie de caricias extraordinarias y tales como nunca las había visto aquel lugar de perdición de las almas descreídas. Y en toda la noche no cesaron de abandonarse sin restricciones de ningún género a los regocijos más diversos de voluptuosidad, dándose mutuas pruebas de su grande y violento amor. Y en aquel momento sentíase Nur revivir con tanta intensidad, que hubiera podido degollar uno tras otro, sin interrumpirse, a mil sacerdotes con sus patriarcas. i Alah extermine a los impíos y dé fuerza y valor a sus verdaderos creyentes!

Cuando al apuntar el alba las campanas de la iglesia tocaron el primer toque de llamada para los descreídos, la princesa Mariam, aunque con lágrimas en los ojos, se apresuró a ponerse otra vez sus hábitos de duelo; y también Nur se vistió con sus vestiduras de impiedad (¡que Alah, que ve el fondo de las conciencias, les excuse por aquella necesidad cruel a que se hallaron reducidos!). Pero antes de separarse y tras de haberle besado por última vez, la princesa dijo a Nur: "¡Después de los siete días que llevas en esta ciudad ¡oh Nur! supongo que conocerás a fondo el emplazamiento y los alrededores de esta iglesia!"

Y contestó Nur: "Sí, ¡oh mi señora!" Ella dijo: "Pues bien; entonces escucha mis palabras y no las olvides. ¡Porque acabo de combinar ahora mismo un proyecto que nos permitirá escapar para siempre de este país! A tal fin, mañana a primera hora de la noche, no tendrás más que abrir la puerta de la iglesia que da hacia el mar, e ir sin tardanza a la costa. Allí encontrarás un navío pequeño con una tripulación de diez hombres, cuyo capitán se apresurará a darte la mano al verte llegar. Pero aguarda a que te llame por tu nombre; y sobre todo ¡no te precipites!

En cuanto a mí, no tengas ninguna inquietud; ya sabré reunirme contigo sin dificultad. ¡Y Alah nos librará de entre estas manos!" Luego, antes de despedirse de él, añadió aún: "¡No te olvides tampoco, ¡oh Nur! para hacer una buena despedida a los patriarcas, de escamotear del tesoro de la iglesia todo lo que encuentres más pesado respecto al valor y más ligero respecto al peso, y de vaciar antes de marcharte la arquilla en que los infieles depositan las ofrendas en oro que hacen a los jefes de su impostura!"

Y tras de haber hecho repetir a Nur, palabra por palabra, las instrucciones que acababa de darle, la princesa salió de la iglesia y volvió con ojos contritos al palacio en que la esperaba su madre para predicarle el arrepentimiento y la continencia. ¡Ojalá se vean siempre los creyentes preservados de la continencia impura y no se arrepientan más que del daño hecho al prójimo! ¡Amín!

Así, pues, a primera hora de la noche, después de cerciorarse de los ronquidos de la anciana celadora de la iglesia, no dejó Nur de meter mano a las cosas preciosas del tesoro subterráneo, y de vaciar en su cinturón de sacerdote todo el oro y la plata contenidos en el arca de los patriarcas. Y cargado con aquellos despojos que hubo de tomar a los descreídos, salió a toda prisa a la orilla del mar por la puerta que le fue indicada. Y siguiendo las instrucciones que le dio la princesa encontró el bajel cuyo capitán recibióle con toda cordialidad en compañía de su carga preciosa, dándole la mano y llamándole por su nombre. Y al punto se dio la señal de marcha.

Pero los marineros, en vez de obedecer la orden de su capitán y soltar las amarras que sujetaban el navío a los postes de la orilla, empezaron a murmurar, y uno de ellos levantó la voz y dijo: "¡Oh capitán! ¡bien sabes, no obstante, que hemos recibido órdenes completamente distintas del rey nuestro señor, que quiere que mañana embarque en nuestro navío su visir para ver si encuentra a los piratas musulmanes que parece amenazan con llevarse a la princesa Mariam!" Pero exclamó el capitán, en el límite del furor ante semejante resistencia: "¿Quién se atreve a resistirse a mis órdenes?" Y blandiendo su sable, de un solo tajo derribó la cabeza del que había hablado. Y en la noche flameó el sable, rojo de sangre, como una antorcha. Pero aquel rasgo de energía no impidió que continuaran murmurando los demás marineros, que eran hombres de cuidado. Así es que todos compartieron la suerte de su camarada, perdiendo la cabeza de sobre sus hombros, los diez uno tras otro, a impulso del sable rápido como el relámpago. Y el capitán empujó con el pie sus cuerpos hacia el mar...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 704ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y el capitán empujó con el pie sus cuerpos hacia el mar. Hecho lo cual, encaróse con Nur, y en un tono de mando que no admitía réplica, le gritó: "¡Yalah! ¡Vamos! ¡Suelta las amarras, despliega las velas y cuida las jarcias, mientras yo me ocupo del timón!" Y dominado por el ascendiente que sobre él ejercía el terrible capitán, y como, además, no disponía de armas con qué defenderse y tratar de echar pie a tierra para ponerse en salvo, no tuvo más remedio Nur que obedecer, y aunque era inexperto en cosas de mar, ejecutó la maniobra lo mejor que pudo. Y dirigido desde la barra por la mano firme del capitán, el pequeño navío alejóse a toda vela, y empujado por el viento propicio, puso la proa hacia Al-Iskandaria.

Entretanto, el pobre Nur se lamentaba desde lo más profundo de su alma, sin atreverse a quejarse descaradamente en presencia del barbudo capitán, que le miraba con ojos chispeantes; y se decía: "¡Vaya una calamidad que ha caído sobre mi cabeza en el momento en que creía yo acabadas mis tribulaciones! ¡Y cada contratiempo que me ocurre es peor que el anterior! ¡Si al menos comprendiese yo algo de todo esto! Y luego, ¿qué va a ser de mí al lado de este hombre feroz? ¡Sin duda que no saldré vivo de entre sus manos!" Y siguió dejándose llevar así de sus desoladores pensamientos durante toda la noche, cuidando de las velas y de los aparejos.

Por la mañana, a la vista de una ciudad donde iban a anclar para contratar más tripulantes, el capitán se levantó de pronto, presa de gran agitación, y empezó por tirar el turbante a sus pies. Luego, como Nur le mirara estupefacto, sin comprender nada, se echó a reír, y arrancándose a dos manos la barba y los bigotes, se transformó de improviso en una joven como la luna cuando sale sobre el mar. Y Nur reconoció a la princesa Mariam. Y una vez que se le hubo pasado la emoción, se arrojó a los pies de ella, en el límite de la admiración y de la alegría, y le confesó que había tenido mucho miedo a aquel terrible capitán que con tanta facilidad separaba de los hombros las cabezas de las personas. Y la princesa Mariam se rio mucho de su terror; y tras de abrazarse, apresuróse cada cual a maniobrar para entrar en el puerto de la ciudad. Y cuando estuvieron en tierra, contrataron a varios marineros, y se hicieron a la mar otra vez. Y la princesa Mariam, que entendía a maravilla la navegación y conocía las rutas marinas y los vientos y las corrientes, siguió dando de día las órdenes necesarias en el transcurso del viaje.

Pero por la noche no dejaba de acostarse junto a su bienamado Nur y de saborear, en medio de la frescura marina, bajo el cielo puro, todas las voluptuosidades del amor. ¡Alah los guarde y los conserve y aumente sobre ellos sus favores!

Alah les decretó hasta el fin del viaje una navegación sin contratiempo, y no tardaron en divisar la Columna del Mástil. Y cuando el navío estuvo amarrado al puerto y los hombres de la tripulación bajaron a tierra, dijo Nur a la princesa Mariam: "¡Henos por fin en tierra musulmana! ¡Espérame aquí un momento solamente, que voy a comprarte todo lo preciso para que entres decentemente en la ciudad, pues veo que no tienes ropa, ni velo, ni babuchas!" Y contestó Mariam: "Sí, ve a comprarme todo eso, ¡pero no tardes en volver!" Y Nur bajó a tierra para comprar aquellos objetos. ¡Y he aquí lo referente a ellos!

¡Pero he aquí ahora lo referente al rey de los francos de Constantinia! Al día siguiente de la partida nocturna de la princesa fueron a anunciarle su desaparición, y no pudieron darle otro detalle sino que había ido a hacer sus devociones a la gran iglesia patriarcal. Pero en el mismo instante llegó la anciana celadora, que iba a anunciarle la desaparición del nuevo servidor de la iglesia, e inmediatamente le enteraron también de la marcha del navío y de la muerte de los diez marineros cuyos cuerpos decapitados se hallaron en la playa. Y el rey de los francos, bullendo de furor reconcentrado en su vientre, reflexionó durante una hora de tiempo, y dijo: "¡Puesto que mi navío ha desaparecido, no cabe duda que ha transportado a mi hija!" Y sobre la marcha llamó al capitán del puerto y al visir tuerto y cojo, y les dijo: "¡Ya os habréis enterado de lo que acaba de suceder! Sin duda ha partido mi hija para el país de los musulmanes en busca de sus perforadores. ¡Como no deis con ella, viva o muerta, nada os salvará del palo que os espera! ¡Salid!"

Entonces el viejo visir tuerto y cojo y el capitán del puerto se apresuraron a fletar un navío, y sin tardanza se hicieron a la vela con rumbo a Al-Iskandaria, adonde llegaron en el mismo momento que ambos fugitivos. Y reconocieron el navío amarrado al puerto. Y también divisaron, sin dejar lugar a duda, a la princesa Mariam, que estaba sentada sobre cubierta en un montón de jarcias. Y al punto hicieron destacarse en una barca a unos cuantos hombres armados, que se abalanzaron de pronto al navío de la princesa, consiguieron apoderarse de ella de improviso, la amordazaron y la transportaron a bordo de su nave después de prender fuego al navío. Y sin pérdida de tiempo llegaron a alta mar y pusieron la proa con rumbo a Constantinia, teniendo la fortuna de arribar allá sin contratiempo. Y se apresuraron a hacer entrega de la princesa Mariam a su padre...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 705ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y se apresuraron a hacer entrega de la princesa Mariam a su padre.

Cuando el rey de los francos vio entrar a su hija, y sus ojos se encontraron con los ojos de ella, no pudo contener la violencia de sus sentimientos, e inclinándose en su trono y adelantando los puños, le gritó: "¡Mal hayas, hija maldita! ¡Sin duda abjuraste de las creencias de tus antepasados, ya que así abandonas las moradas de tu padre y vas en busca de los descreídos que te quitaron el sello! ¡En verdad que tu muerte apenas podrá lavar la afrenta hecha al nombre cristiano y al honor de nuestra raza! ¡Ah, maldita! ¡prepárate a ser ahorcada a la puerta de la iglesia!" Pero, lejos de turbarse, contestó la princesa Mariam: "Ya conoces mi franqueza, padre mío. No soy tan culpable como crees. Porque, ¿qué crimen cometí al querer volver a una tierra en que calienta el sol con sus rayos y en que los hombres son fuertes y enteros? ¿Y qué iba a hacer aquí entre sacerdotes y eunucos?"

Al oír estas palabras, la cólera del rey llegó a sus límites extremos, y gritó a sus verdugos: "¡Quitad de mi vista a esa hija ignominiosa, y lleváosla para hacerla perecer con la muerte más cruel!"

Cuando los verdugos se disponían a prender a la princesa, el viejo visir tuerto avanzó hacia el trono renqueando, y después de besar la tierra entre las manos del rey, dijo: "¡Oh rey del tiempo! ¡permite a tu esclavo formular un ruego antes de la muerte de la princesa!" El rey dijo: "Habla, ¡oh mi viejo visir abnegado! ¡oh sostén de la cristiandad!" Y dijo el visir: "Has de saber ¡oh rey! que desde hace mucho tiempo tu indigno esclavo está prendado de los encantos de la princesa. Por eso vengo a rogarte que no la hagas morir, y como única recompensa por las pruebas acumuladas que te di de mi abnegación en interés de su trono y de la cristiandad, me la concedas por esposa. ¡Y el caso es que, como soy tan feo, este matrimonio, que resulta para mí un favor, podrá servir al mismo tiempo de castigo a los pecados de la princesa! ¡Por lo demás, me comprometo a tenerla encerrada en el fondo de mi palacio, al abrigo de toda fuga y de las asechanzas de los musulmanes para en adelante!"

Al oír estas palabras de su viejo visir, dijo el rey: "¡No hay inconveniente! Pero ¿qué vas a hacer ¡oh pobre! con este tizón quemado en los fuegos del infierno? ¿Y no temes las funestas consecuencias de ese matrimonio? ¡Por el Mesías que, en tu lugar, me metería yo en la boca el dedo durante largo rato para reflexionar acerca de un asunto tan grave!"

Pero el visir contestó: "¡Por el Mesías, que no me hago ilusiones a ese respecto, y no ignoro la gravedad de la situación! ¡Pero ya sabré obrar con el tacto bastante para impedir que mi esposa se entregue a excesos reprensibles!" Y al oír estas palabras, echándose a reír, el rey de los francos bamboleó en su trono, y dijo al viejo visir: "¡Oh padre claudicante! ¡espero ver crecer en tu cabeza dos colmillos de elefante! ¡Pero te prevengo que, como dejes escapar de tu palacio a mi hija o no la impidas añadir una aventura más a sus aventuras tan deshonrosas para nuestro nombre, tu cabeza saltará de tus hombros! ¡Con esa única condición te doy mi consentimiento!" Y el viejo visir aceptó la condición, y besó los pies al rey.

Al punto se informó de aquel matrimonio a todos los sacerdotes, monjes y patriarcas, así como a todos los dignatarios de la cristiandad. Y con tal motivo se dieron grandes fiestas en palacio. Y terminadas las ceremonias, el viejo repugnante visir penetró en la cámara de la princesa. ¡Que Alah impida a la fealdad tocar al esplendor! ¡Y ojalá entregue el alma ese inmundo cerdo antes que mancillar las cosas puras!

¡Pero ya volveremos a encontrarle!

En cuanto a Nur, que había bajado a tierra para comprar las cosas necesarias al tocado de la princesa, cuando volvió con el velo, el traje y un par de babuchas de cuero amarillo limón, vio que una muchedumbre inmensa iba y venía por el puerto. Y preguntó la causa de tal tumulto; y le dijeron que la tripulación de un barco franco acababa de abordar y quemar de improviso un navío amarrado no lejos de allá, llevándose a una joven que se hallaba en él. Y al escuchar esta noticia, a Nur se le mudó el color y cayó al suelo sin conocimiento.

Cuando, al cabo de cierto tiempo, volvió de su desmayo, hubo de contar a los presentes su triste aventura. Pero no hay utilidad en repetirla. Y todos empezaron a censurar su conducta y a dirigirle mil reproches, diciéndole: "¡No tienes más que tu merecido! ¿Por qué la dejaste sola? ¿Qué necesidad tenías de ir a comprarle un velo y babuchas nuevas de cuero amarillo limón? ¿No podía ella bajar a tierra con sus ropas viejas y cubrirse el rostro por el momento con un trapo o un trozo de velo o cualquier otra tela? ¡Sí, por Alah, no tienes más que tu merecido!"

A la sazón llegó un jeique, que era el propietario del khan donde se alojaron Nur y la princesa a raíz de su encuentro. Y reconoció al pobre Nur, y al verle en un estado tan lastimoso, le preguntó la causa. Y cuando estuvo al corriente de la historia, le dijo: "¡En verdad que el velo era tan superfluo como el traje nuevo y las babuchas amarillas! Pero más superfluo aún sería seguir hablando de ello. ¡Ven conmigo, hijo mío! Eres joven, y en vez de llorar por una mujer y desesperarte, debes aprovecharte cuanto antes de tu juventud y de tu salud. ¡Ven! ¡Todavía no se ha extinguido en nuestro país la raza de las jóvenes hermosas! ¡Y ya sabremos encontrar para ti una egipcia bella y experta que sin duda alguna te resarcirá y te consolará de la pérdida de esa princesa franca...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 706ª NOCHE

Ella dijo:

¡Y ya sabremos encontrar para ti una egipcia bella y experta que sin duda alguna te resarcirá y te consolará de la pérdida de esa princesa franca!" Pero contestó Nur, sin dejar de llorar: "¡No por Alah, mi buen tío, que nada podrá resarcirme de la pérdida de la princesa ni hacerme olvidar mi dolor!" El jeique preguntó: "Pues entonces, ¿qué vas a hacer ahora? ¡El navío se alejó con la princesa, y nada podrán ya tus lamentos!" El joven dijo: "¡Pues por eso voy a volver a la ciudad del rey de los francos, y sacaré de allí a mi bienamada!"

El otro dijo: "¡Ah hijo mío, no escuches los dictados de tu alma temeraria! Si conseguiste llevártela contigo la primera vez, ten cuidado con la segunda tentativa, y no olvides el proverbio que dice: «¡No siempre que se cae queda intacto el jarro!»" Pero Nur contestó: "¡Te agradezco tus consejos de prudencia, tío mío; pero nada impedirá que vaya a recuperar a mi bienamada, aunque tuviera que exponer a la muerte mi alma preciosa!" Y como, por voluntad de la suerte, se encontraba en el puerto un navío pronto a hacerse a la vela con rumbo a las islas de los francos, el joven Nur se presentó a embarcarse en él, y al punto levaron el ancla.

Razón tenía el jeique, propietario del khan, en advertir a Nur los peligros en medio de los cuales iba a arrojarse desatentadamente. En efecto, el rey de los francos, desde que ocurrió la última aventura a su hija, había jurado por el Mesías y por los libros de la impiedad exterminar por tierra y por mar a la raza de los musulmanes; y había mandado fletar cien navíos de guerra para dar caza a los barcos de los musulmanes y asolar las costas y sembrar por doquiera ruina, carnicería y muerte. Así es que, en el momento en que entraba en el mar de las islas el navío donde se hallaba Nur, fue visto por uno de aquellos barcos de guerra, y capturado y conducido al puerto del rey de los francos, precisamente el primer día de las fiestas que se daban para celebrar las nupcias del visir tuerto con la princesa Mariam. Y para celebrar mejor aquellas fiestas y satisfacer su sed de venganza, el rey dio orden de hacer morir en el palo a todos los prisioneros musulmanes.

Se ejecutó, naturalmente, orden tan feroz, y todos los prisioneros musulmanes fueron empalados, uno tras otro, a la puerta del palacio en que tenía lugar la boda. Y ya no quedaba por empalar más que el joven Nur, cuando el rey, que asistía con toda su corte a la ejecución, le miró atentamente, y dijo: "¡No estoy seguro; pero, ¡por el Mesías! me parece que éste es el joven que cedí, hace algún tiempo, a la celadora de la iglesia! ¿A qué se debe que esté aquí después de evadirse la primera vez?"

Y añadió: "¡Hola! ¡hola! ¡que le empalen por haberse evadido!" Pero en aquel momento se adelantó el visir tuerto, y dijo al rey: "¡Oh rey del tiempo! ¡también yo hice a mi vez una promesa! ¡Y consiste en inmolar a la puerta de mi palacio tres musulmanes jóvenes para atraer la bendición sobre mi matrimonio! ¡Te ruego, pues, que me facilites los medios de cumplir mi promesa, dejándome escoger tres prisioneros entre la redada de prisioneros!" Y dijo el rey: "¡Por el Mesías, que no sabía yo tu promesa! ¡De no ser así, te hubiera cedido no tres, sino treinta prisioneros! Y el visir se llevó consigo a Nur, con intención de regar con la sangre del joven el umbral de su palacio; pero después de haber pensado que su promesa no se cumpliría por completo mientras no sacrificase a tres musulmanes a la vez, arrojó a Nur, todo encadenado, en la cuadra del palacio, adonde por el momento pensaba torturarle de hambre y sed.

Y he aquí que el visir tuerto tenía en su cuadra dos caballos gemelos de una hermosura milagrosa, de la raza más noble de Arabia, y cuya genealogía llevaban colgada al cuello en una bolsa sujeta por una cadena de turquesas y de oro. Uno de ellos era blanco como una paloma y se llamaba Sabik, y el otro era negro como un cuervo y se llamaba Lahik. Y aquellos dos maravillosos caballos eran famosos entre los francos y los árabes, y daban envidia a reyes y sultanes. Uno de aquellos caballos, empero, tenía en un ojo una nube blanca; y la ciencia de los más hábiles veterinarios no pudo conseguir que desapareciese. Y el mismo tuerto había tratado de curarle, porque estaba muy versado en las ciencias y en la medicina; pero no hizo más que agravar el mal y aumentar la opacidad de la nube.

Cuando Nur, conducido por el visir, llegó a la cuadra, observó la nube en el ojo del caballo y se sonrió. Y el visir vióle sonreír de aquella manera, y le dijo: "¡Oh musulmán! ¿de qué te sonríes?" El joven dijo: "¡De esa nube!" El visir dijo: "¡Oh musulmán! ¡ya sé que los de tu raza son muy entendidos en caballos y conocen mejor que nosotros el arte de cuidarlos! ¿Es por eso por lo que te sonríes?" Y Nur, que precisamente sabía a maravilla el arte veterinario, contestó: "¡Tú lo has dicho! ¡En todo el reino de los cristianos no hay veterinario que pueda curar a ese caballo! ¡Pero yo puedo hacerlo! ¿Qué me darás si mañana te encuentras a tu caballo con los ojos tan sanos como los de la gacela?" El visir contestó: "¡Te concederé la vida y la libertad y te nombraré en el momento jefe de mis caballerizas y veterinario del palacio!" Nur dijo: "¡En ese caso, desátame las ligaduras!" Y el visir desató las ligaduras que sujetaban los brazos de Nur; y Nur cogió enseguida sebo, cera, cal y ajo, y lo mezcló con extracto de cebollas concentrado, e hizo un emplasto que aplicó al ojo del caballo. Tras de lo cual se acostó en el camastro de la cuadra, y dejó a Alah el cuidado de la cura...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 707ª NOCHE

Ella dijo:

"...Tras de lo cual se acostó en el camastro de la cuadra, y dejó a Alah el cuidado de la cura.

Al día siguiente por la mañana fue renqueando el visir tuerto a levantar el emplasto por sí mismo. Y su asombro y su alegría llegaron a los límites extremos cuando vio que el ojo del caballo estaba limpio como la luz de la mañana. Y llegaron a tanto sus transportes, que puso a Nur su propio manto y en el momento le nombró jefe de sus caballerizas y primer veterinario del palacio. Y le dio por habitación el aposento situado encima de las cuadras, enfrente del palacio en que se hallaban sus propios aposentos, que sólo estaban separados por el patio. Tras de lo cual se fue para asistir a las fiestas que se daban con motivo de sus bodas con la princesa. ¡Y no sabía que el hombre jamás escapa a su destino, y de cuanto prepara la suerte a quienes de antemano tiene reservado para servir de escarmiento a las generaciones!

Había llegado el séptimo día de las fiestas, y aquella misma noche el feo viejo debía entrar en posesión de la princesa. (¡Alejado sea el Maligno!) Y he aquí que precisamente la princesa estaba asomada a su ventana y oía los últimos tumultos y los gritos lanzados a lo lejos en honor suyo. Y pensaba, muy triste, en su bienamado Nur, el vigoroso y hermoso joven de Egipto, que había cortado la flor de su virginidad. Y a este recuerdo bañaba su alma una gran melancolía, y le subían las lágrimas a los ojos. Y se decía ella: "¡En verdad que nunca dejaré que se aproxime a mí ese viejo repulsivo! ¡Antes le mataré y luego me tiraré al mar por la ventana!" Y mientras dejábase impregnar por la amargura de estos pensamientos, oyó debajo de sus ventanas una hermosa voz de joven que en medio de la noche cantaba versos árabes acerca de la separación de los amantes. Era Nur, que en aquel momento, cuando terminó de cuidar a los dos caballos, había subido a su aposento y también se había asomado a su ventana para pensar en su bienamada. Y cantaba estas palabras del poeta:

¡Oh felicidad desaparecida; vengo a buscarte lejos de nuestras moradas, en un país cruel, o a hacerme, por lo menos, la ilusión de encontrarte! ¡Ay de mí!

¡Mis sentidos equivocados creen reconocerte en todo lo que tiene algo de gracia o algún encanto atrayente! ¡Ay de mí!

¡Si en la lejanía suspira sus melodías una flauta o un laúd le responde con sus acordes armoniosos, se me mojan de lágrimas los ojos al pensar en nosotros dos! ¡Ay de ambos!

Cuando la princesa Mariam hubo oído este canto con que el bienamado de su corazón expresaba los sentimientos de su amor fiel, reconoció su voz al punto y se emocionó hasta el límite de la emoción.

Pero como era prudente y avispada, supo dominarse para no hacerse traición ante las doncellas que la rodeaban, y empezó por mandarlas que se marchasen. Después cogió un papel y un cálamo, y escribió lo que sigue:

"¡En el nombre de Alah el Clemente, el Misericordioso! ¡Y ahora, que la paz de Alah sea contigo, ¡oh Nur! así como Su misericordia y Su bendición!

"¡Quiero decirte que tu esclava Mariam te saluda y arde en deseos de reunirse contigo! Escucha, pues, lo que te dice aquí, y haz lo que te ordena.

"A primera hora de la noche, hora propicia a los amantes, coge los dos corceles, Sabik y Lahik, y condúcelos fuera de la ciudad, detrás de la puerta del Sultán, donde me esperarás. ¡Y si te preguntan que adónde llevas los caballos, contesta que los sacas para que den un paseo!"

Luego dobló este billete, lo escondió en un pañuelo de seda, y agitó el pañuelo desde la ventana en dirección a Nur. Y cuando vio que él la había advertido y que estaba ya cerca, arrojó por la ventana el pañuelo. Y Nur lo recogió, lo abrió y se encontró con el billete, que hubo de leer para llevárselo después a los labios y a la frente en señal de asentimiento. Y se apresuró a volver a las cuadras, donde esperó con la más viva impaciencia la primera hora de la noche. Ensilló entonces a los dos nobles animales y salió de la ciudad con ellos, sin que nadie le estorbase el camino. Y esperó a la princesa detrás de la puerta del Sultán, teniendo de la brida a los caballos.

Precisamente en aquel momento, terminadas las fiestas y llegada la noche, el viejo tuerto tan feo y tan repugnante penetraba en la cámara de la princesa para cumplir lo que tenía que cumplir. Y la princesa, al verle entrar, se estremeció de horror, de tan repulsivo como era el aspecto de él. Pero como ella tenía que seguir un plan que no quería hacer fracasar, trató de dominar sus sentimientos de repulsión, y levantándose en honor suyo, le invitó a sentarse junto a ella en el diván. Y le dijo el viejo cojo: "¡Oh soberana mía! ¡eres la perla de Oriente y de Occidente, y a tus pies es donde debiera yo prosternarme!" Y contestó la princesa: "¡Está bien! pero dejémonos de cumplimientos. ¿Dónde está la cena? ¡Tengo mucha hambre, y ante todo debemos empezar por comer!"

Al punto llamó el viejo a las esclavas, y en un instante se sirvieron bandejas cubiertas de los manjares más raros y más exquisitos, que se componían de cuanto vuela por los aires, nada por los mares, anda por la tierra y crece en los árboles de los huertos y en los arbustos de los parterres. Y se pusieron ambos a comer juntos; y la princesa se desvivía por ofrecerle los mejores bocados; y el viejo estaba entusiasmado de tales atenciones y se le dilataba el pecho y se felicitaba de alcanzar sus propósitos con mucha más facilidad de lo que creía. Pero de pronto cayó de espaldas sin conocimiento, dando con la cabeza antes que con los pies. Porque la princesa había logrado echar disimuladamente en la copa un poco de bang marroquí capaz de derribar a un elefante y dejarle más ancho que largo. ¡Loores a Alah, que no permite que la fealdad mancille la pureza...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 708ª NOCHE

Ella dijo:

"...un poco de bang marroquí capaz de derribar a un elefante y de dejarle más ancho que largo. ¡Loores a Alah, que no permite que la fealdad mancille la pureza!

Cuando la princesa Mariam vio al visir rodar de tal modo como un cerdo hinchado, se levantó en aquella hora y en aquel instante, tomó dos sacos que llenó de pedrerías y de joyas, cogió un alfanje que tenía la hoja empapada en sangre de leones, se lo sujetó a la cintura, se cubrió con amplio velo, y valiéndose de una cuerda se descolgó por la ventana al patio para salir desde allí del palacio sin ser notada y correr en dirección a la puerta del Sultán, adonde llegó sin contratiempo. Y no bien divisó a Nur, se lanzó hacia él, y sin darle tiempo para besarla siquiera, saltó a lomos del caballo Lahik, y gritó a Nur: "¡Monta en Sabik, y sígueme!" Y renunciando a toda reflexión, Nur a su vez saltó a lomos del otro caballo y le puso a galope tendido para alcanzar a su bienamada, que estaba ya lejos. Y corrieron de tal suerte durante toda la noche hasta la aurora.

Cuando le pareció a la princesa que había puesto una distancia grande entre ellos dos y los que pudieran perseguirles, consintió en detenerse un momento para descansar y dar aliento a los dos nobles brutos. Y como el paraje a que habían llegado era delicioso y tenía prados verdes, boscajes, árboles frutales, flores y agua corriente, y la frescura de la hora les invitaba al placer tranquilo, quedaron encantados de poder sentarse por fin uno al lado del otro en la paz de aquellos lugares, y de contarse mutuamente lo que sufrieron durante su separación. Y después de beber hasta saciarse agua de arroyo y de refrescarse con frutas cogidas a discreción en los propios árboles, hicieron sus abluciones y se tendieron uno en brazos de otro, frescos, bien dispuestos y enamorados. Y de una vez se resarcieron de todo el tiempo perdido en abstinencia. Luego, halagados por la dulzura del aire y el silencio, se dejaron llevar del sueño bajo las caricias de la brisa de la mañana.

Estuvieron dormidos de aquel modo hasta mediar el día, y sólo se despertaron cuando oyeron resonar la tierra como si la golpearan millares de cascos de caballos. Y abrieron los ojos, y vieron el ojo del sol oscurecido por un torbellino de polvo, en medio de cuya densidad brillaban relámpagos como en un cielo tempestuoso. Y no tardaron en percibir galope de caballos y tintineo de armas. ¡Les perseguía un ejército entero!

En efecto, por la mañana de aquel día, el rey de los francos se había levantado muy temprano para ir a saber por sí mismo noticias de su hija la princesa y tranquilizarse con respecto a ella, porque estaba muy lejos de creer en el éxito del matrimonio de ella con un viejo que sin duda tenía la médula derretida desde hacía mucho tiempo. Pero su sorpresa llegó a los límites extremos al no encontrar a su hija y al ver al visir tendido en tierra, privado de sentido y con la cabeza entre los pies. Y como ante todo quería saber lo que había sido de la princesa, aplicó vinagre a la nariz del visir, quien recobró al punto el uso de sus facultades. Y con voz aterradora, le gritó el rey: "¡Oh maldito! ¿dónde está mi hija Mariam, esposa tuya? El viejo contestó:"¡Oh rey, no lo sé!" Entonces, lleno de furor, sacó el rey su sable, y de un solo tajo partió en dos la cabeza del visir; y salió el alma por las mandíbulas, brillando. ¡Alah aloje por siempre su alma descreída en el último piso del infierno!

Al mismo tiempo llegaron, temblando, los palafreneros, para anunciar al rey la desaparición del nuevo veterinario y de los dos caballos Sabik y Lahik. Y ya el rey no dudó de la fuga de su hija con el jefe de las caballerizas, y al punto hizo llamar a tres de sus primeros patricios y les ordenó que cada uno se pusiera a la cabeza de tres mil hombres y le acompañaran a ir en busca de su hija. Y agregó a este ejército los patriarcas y los grandes de su corte, se adelantó él mismo al frente de las tropas, y se puso en persecución de la fugitiva, a la cual alcanzó en la pradera consabida.

Cuando Mariam vio acercarse aquel ejército, montó a caballo, y gritó a Nur: "¡Deseo ¡oh Nur! que vayas a mi zaga, porque voy a atacar yo sola a nuestros enemigos, y a defenderte y defenderme de ellos, aunque sean innumerables como los granos de arena!" Y blandiendo su alfanje, improvisó estos versos:

¡Quiero mostrar hoy mi vigor y mi valentía, y aplastar yo sola a mis enemigos coaligados!

¡Demoleré hasta los cimientos los baluartes de los francos, y mi sable afilado partirá las cabezas de sus jefes!

¡Tiene mi caballo el color de la noche, y mi bravura es resplandeciente como el día!

Ya se comentará hoy lo que digo: ¡porque soy la amazona única entre los mortales!

Dijo, y se lanzó contra el ejército de su padre...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 709ª NOCHE

Ella dijo:

"...Cuando la princesa hubo improvisado estos versos, se lanzó contra el ejército de su padre. Y el rey la vio llegar, girando en sus órbitas unos ojos que parecían de azogue. Y exclamó: "¡Por la fe del Mesías, que es lo bastante insensata para atacarnos!" Y detuvo la marcha de sus tropas, y avanzó solo hacia su hija, gritándole: "¡Oh hija de la perversidad! ¡he aquí que te atreves a retarme y te dispones a atacar al ejército de los francos! ¡Oh insensata! ¿es que renunciaste a todo pudor y renegaste de la religión de tus padres? ¿E ignoras que, si no te confías a mi clemencia, te espera una muerte segura?" Ella contestó: "¡Lo que ha pasado es irrevocable, y consiste en el misterio de la ley musulmana! ¡Creo en Alah el Único y en su Enviado Mahomed el Bendito, hijo de Abdalah! ¡Y jamás renunciaré a mi creencia y a la fidelidad de mi afecto por el joven de Egipto, aunque tuviera que apurar la copa de mi ruina!" Dijo, e hizo caracolear a su caballo espumeante a la vista del ejército de los francos, y cantó estas estrofas guerreras, hendiendo el aire con su sable centelleante:

¡Qué dulce es combatir en el día de la batalla! ¡Ven a mí, si te atreves, vil barahúnda! ¡Venid, cristianos, a afrontar mis golpes que aplastan!

¡Hundiré en el polvo vuestras cabezas cortadas, y heriré en el corazón a vuestro poderío! ¡Y los cuervos graznarán sobre vuestras moradas y anunciarán vuestra destrucción!

¡En el filo de mi alfanje beberéis tragos amargos como el jugo de la coloquíntida! ¡Y serviré a vuestro rey la copa de las calamidades para quitarle por siempre el sabor del agua clara!

¡Ea! ¡venid a mí, si existe un bravo entre vosotros! ¡Venid a aliviar mi pena y a curar mi dolor con vuestra sangre!

¡Adelantaos, si es que no está forjada con cobardía vuestra alma, y veréis cómo os acoge la punta de mi alfanje bajo la polvareda!

Así cantó la heroica princesa. Y se inclinó sobre el caballo, le besó en el cuello, le acarició con la mano, y le dijo al oído: "¡Ya te ha llegado ¡oh Lahik! el día digno de tu raza y de tu nobleza!" Y el hijo de árabes se estremeció y relinchó, y saltó más rápido que el viento Norte, echando lumbre por la nariz. Y la princesa Mariam, lanzando un espantoso rugido, cargó sobre el ala izquierda de los francos, y al galope de su corcel segó con su alfanje diecinueve cabezas de jinetes. Luego volvió a colocarse en medio de la arena, y desafió a los francos con grandes gritos.

Al ver aquello, el rey llamó a uno de los tres patricios jefes de sus tropas, que se llamaba Barbut. Era un hábil guerrero, vivo como el fuego y el sostén más firme del trono del rey franco, y el primero de los grandes de su reino y de su corte por su fuerza y por su valentía; y la caballería era su fuerte. Y a la llamada de su rey, se adelantó el patricio Barbut, hirviendo de ardor, montado en un caballo de noble raza y jarretes robustos; y le resguardaba una cota de oro sobrecargada de adornos, con mallas apretadas como alas de langosta. Y consistían sus armas en un sable afilado y destructor, una lanza enorme semejante al mástil de un barco, y con un golpe de la cual hubiese derribado una montaña, cuatro javelinas aguzadas y una maza espantosa erizada de clavos. Y bordado así de hierro y de armas ofensivas y defensivas, era comparable a una torre.

El rey le dijo: "¡Oh Barbut! ¡Ya ves la matanza que ha hecho esta hija desnaturalizada! ¡A ti te incumbe someterla y traérmela viva o muerta!" Luego le hizo bendecir por los patriarcas, los cuales iban cubiertos con vestiduras abigarradas y enarbolando cruces por encima de sus cabezas, y leyeron sobre la cabeza del guerrero el Evangelio, implorando en favor suyo a los ídolos de su terror y de su impiedad. ¡Pero nosotros, musulmanes, invocamos a Alah el Único, que está lleno de fuerza y majestad!

En cuanto al patricio Barbut acabó de besar el estandarte de la cruz, se lanzó a la arena bramando como un elefante furioso y vomitando su lengua horribles injurias para la religión de los creyentes. ¡Maldito sea! Pero la princesa, por su parte, le vio llegar a ella, y rugió cual una leona madre de leoncillos; y gruñendo, mugiendo y rápida como un ave de presa, lanzó su corcel Lahik contra su adversario. Y se entrechocaron ambos como dos montañas desquiciadas, y se acometieron con furor, aullando con la fuerza de los demonios. Luego se separaron e hicieron varias evoluciones, y volvieron a encontrarse con rabia en un nuevo asalto, parando los golpes mutuos con una destreza y una rapidez maravillosas que llevaban a los ojos la estupefacción. Y la polvareda que los cascos de los caballos levantaban les hurtaba a las miradas a veces; y era tan fuerte el calor abrumador, que las piedras llameaban cual tizones. Y duró la lucha una hora con igual heroísmo por una y otra parte.

Pero el patricio Barbut, que perdió alientos el primero, quiso acabar ya; y se cambió la maza de armas de la mano derecha a la mano izquierda, asió una de sus cuatro javelinas y la lanzó contra la princesa, acompañándola de un grito semejante al estrépito del trueno. Y se escapó de su mano el arma cual relámpago que cegase la mirada. Pero la princesa la vio venir, esperó a que estuviese próxima, y la desvió prestamente con un revés de su alfanje; y la javelina fue silbando a hundirse a lo lejos en la arena. Y cuando el ejército todo vio aquello, se sintió poseído de asombro.

Entonces Barbut cogió una segunda javelina, y la disparó con furor, gritando: "¡Hiera y mate!" Pero la princesa evitó el tiro y lo hizo inútil. Y la tercera y la cuarta javelinas corrieron la misma suerte. Entonces Barbut, tremendo de furor y loco de humillación, tomó otra vez su maza con la mano derecha, rugió como un león, y la lanzó con toda la fuerza de su brazo, apuntando a su adversaria. Y la enorme maza hendió pesadamente el aire y llegó hasta Mariam, la cual hubiese sido aplastada sin remedio, si la heroína no la cogiese al vuelo y la retuviese en la mano; pues Alah habíala dotado de destreza, de astucia y de fuerza. ¡Y la blandió ella a su vez! Y las miradas de quien la veía cegaban de admiración. Y como una loba, corrió hacia el patricio y le gritó, mientras su respiración silbaba cual la víbora cornuda: "¡Mal hayas, maldito! ¡Ven aquí para aprender a manejar una maza de armas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 710ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y como una loba, corrió hacia el patricio, y le gritó, mientras su respiración silbaba cual la víbora cornuda: "¡Mal hayas, maldito! ¡Ven aquí para aprender a manejar una maza de armas!"

Cuando el patricio Barbut vio que su adversaria blandía de aquel modo la maza en el aire, creyó que cielo y tierra desvanecíanse a su vista. Y desalentado, olvidando todo valor y toda presencia de ánimo, volvió la espalda, protegiéndose en su fuga con el escudo. Pero la princesa heroica le siguió de cerca, le apuntó, y haciendo voltear la pesada maza de armas, se la lanzó a la espalda. Y la maza voltigeante fue a caer sobre el escudo con más fuerza que una roca disparada por una máquina de guerra. Y derribó del caballo al patricio, rompiéndole cuatro costillas. Y rodó él por el polvo, se revolcó en su sangre y arañó la tierra con sus uñas. Y fue la suya una muerte sin agonía, porque Azrael, ángel de la muerte, se acercó a él a última hora, y le arrancó el alma, que fue a rendir cuenta de sus errores y de su descreimiento a Quien conoce los secretos y penetra los sentimientos.

Entonces la princesa Mariam, a galope tendido, hizo rozar la tierra el vientre de su caballo, recogió la enorme lanza de su enemigo muerto, y se alejó a alguna distancia. Y allá hundió en tierra profundamente la lanza, y haciendo cara a todo el ejército de su padre, detuvo bruscamente su caballo dócil, se apoyó en la larga lanza, y se mantuvo inmóvil en aquella actitud con la cabeza erguida y provocadora. Y de tal modo, formando un solo cuerpo con su caballo y su lanza clavada en el suelo, era inquebrantable como una montaña e inmutable como el Destino.

Cuando el rey de los francos vio sucumbir de tal suerte al patricio Barbut, en su dolor se golpeó el rostro, desgarró sus vestiduras y llamó al segundo patricio jefe de su ejército, que se llamaba Bartú y era un héroe reputado entre los francos por su intrepidez y su valor en los combates singulares. Y le dijo: "¡Oh patricio Bartú! ¡A ti te incumbe ahora vengar la muerte de Barbut, hermano tuyo en armas!" Y el patricio Bartú contestó, inclinándose: "¡Escucho y obedezco!" Y lanzando su caballo a la arena, corrió hacia la princesa.

Pero la heroína, siempre en la misma actitud, no se movió: y su corcel se mantuvo firme y apuntalado sobre sus patas como un puente. Y he aquí que llegó a ella el galope furioso del patricio, que había soltado las riendas a su caballo y acudía enristrando su lanza cuyo hierro se asemejaba al aguijón del escorpión. Y se verificó tumultuosamente el doble choque.

Entonces avanzaron un paso todos los guerreros para ver mejor las terribles maravillas de aquel combate, parecido al cual jamás lo habían presenciado sus ojos. Y corría por todas las filas un escalofrío de admiración.

Pero ya los adversarios, envueltos en espesa polvareda, se asaltaban de un modo salvaje, y hacían gemir el aire con los golpes que se distribuían. Y así combatieron durante mucho rato, con la rabia en el alma y lanzándose injurias espantosas. Y el patricio no tardó en reconocer la superioridad de su enemiga, y se dijo: "¡Por el Mesías, que llegó la hora de manifestar todo mi poder!" Y asió una pica mensajera de muerte, la enarboló y la lanzó apuntando a su adversaria, y gritando: "¡Para ti!"

¡Pero no sabía que la princesa Mariam era la heroína incomparable de Oriente y de Occidente, la amazona de tierras y desiertos, y la guerrera de llanuras y montañas!

Había ella observado el movimiento del patricio y comprendido su intención. Y cuando la pica enemiga partió al vuelo en dirección suya, esperó que rozase su pecho, la cogió al vuelo de pronto, y encarándose con el patricio estupefacto, le hirió en mitad del vientre con aquella arma, que le salió centelleante por las vértebras dorsales. Y cayó él cual una torre que se derrumba; y el ruido de sus armas hizo retemblar los ecos. Y su alma fue a reunirse para siempre con la de su compañero en las llamas inextinguibles encendidas por la cólera del Juez Supremo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 711ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y cayó él cual una torre que se derrumba; y el ruido de sus armas hizo retemblar los ecos. Y su alma fue a reunirse para siempre con la de su compañero en las llamas inextinguibles encendidas por la cólera del Juez Supremo.

Entonces la princesa Mariam hizo de nuevo caracolear a su caballo en torno del ejército, gritando: "¿En dónde están los esclavos? ¿En dónde están los jinetes? ¿En dónde están los héroes? ¿En dónde está el visir tuerto, ese perro cojo? ¡Que se presente aquí, si tiene valor para ello, el más valiente de vosotros! ¡Vergüenza sobre vosotros, ¡oh cristianos! que tembláis ante el brazo de una mujer!

Al oír y ver todo aquello, el rey de los francos, extremadamente mortificado, y muy desesperado por la pérdida de sus dos patricios, hizo ir al tercero, que se llamaba Fassián, es decir, el Pedorro, ya que era famoso por sus follones y sus cuescos, y también era un pederasta ilustre, y le dijo: "¡Oh Fassián, cuya pederastia es tu principal virtud! ¡a ti te corresponde ahora combatir con esa maldita, y vengar con su muerte la de tus compañeros!" Y después de responder con el oído y la obediencia, el patricio Fassián lanzó su caballo al galope, soltando tras de sí un trueno de cuescos retumbantes, capaces de hacer blanquear de terror los cabellos de un niño en la cuna, y de henchir las velas de un navío.

Pero ya, por su parte, Sett Mariam había tomado campo, y había lanzado a Lahik en un galope más rápido que el relámpago que brilla y el granizo que cae. Y saltaron ambos uno sobre otro como dos carneros, y se encontraron con tanta violencia, que se hubiera creído el suyo el choque de dos montañas. Y el patricio, precipitándose sobre la princesa, dio un grito estridente y le tiró un derrote furibundo. Pero lo evitó ella con ligereza, paró diestramente la lanza de su adversario y la rompió en dos. Luego, en el momento en que el patricio Fassián, impulsado por la velocidad adquirida, pasaba junto a ella, se volvió de pronto, efectuando un giro rápido, y con el mango de su propia lanza le hirió ambos hombros con tanta violencia, que le hizo perder los estribos. Y acompañando aquel movimiento con un grito terrible, se precipitó sobre él, que yacía de espaldas, y le metió la lanza por la boca, y le clavó en el suelo la cabeza, hundiendo profundamente en tierra la punta del arma.

Al ver aquello, todos los guerreros quedaron mudos de estupefacción al pronto. Luego sintieron de improviso pasar sobre sus cabezas el escalofrío del pánico; porque ya no sabían si la heroína que acababa de realizar tales hazañas era una criatura humana o un demonio. Y volviendo la espalda, trataron de salvarse por medio de la fuga, azotando el viento con sus piernas. Pero Sett Mariam echó a correr tras ellos, devorando a su paso la distancia. Y les alcanzaba por grupos o separadamente, les hería con su alfanje, voltigeante, y les hacía beber de un trago la muerte, sumergiéndoles en el océano de los destinos.

¡Y estaba tan alegre su corazón, que parecíale que el mundo no podría contenerlo! Y mató a los que mató, e hirió a los que hirió, y cubrió de muertos la tierra en todos sentidos. Y con los brazos alzados al cielo en señal de desesperación, el rey de los francos huía con sus guerreros corriendo en medio de sus tropas desbandadas, de sus patriarcas y de sus sacerdotes, como correría en medio de un rebaño de carneros el pastor perseguido por la tempestad. Y la princesa no cesó de perseguirles de aquel modo, haciendo una gran matanza, hasta el momento en que el sol se cubrió por completo con el manto de la palidez.

Sólo entonces pensó Mariam en detener su carrera victoriosa. Volvió, pues, sobre sus pasos, y fue en busca de su bienamado Nur, que ya comenzaba a inquietarse por ella, y reposó en sus brazos aquella noche, olvidando con las caricias compartidas y las voluptuosidades del amor, los peligros que acababa de afrontar para salvarle y librarse por siempre de sus perseguidores cristianos. Y al día siguiente, después de discutir ampliamente acerca del paraje que habitarían mejor en adelante, decidieron probar el clima de Damasco. Y se pusieron en camino para aquella ciudad deliciosa.

¡Y he aquí lo referente a ellos!

En cuanto al rey de los francos, cuando estuvo de regreso en Constantinia, con la nariz bastante alargada y el saco de su estómago revuelto a causa de la muerte de sus tres patricios Barbut, Bartú y Fassián, y a causa también de la derrota de su ejército, convocó su Consejo de Estado, y después de exponer su desgracia con los menores detalles, preguntó qué partido debía tomar. Y añadió: "¡Ya no sé adónde habrá ido esa hija de los mil cornudos del impudor! ¡Pero me inclino a creer que habrá ido a algún país musulmán de esos en que dice que los hombres son machos robustos e incansables! ¡Porque esa hija de zorra es un tizón inflamado del infierno! ¡Y los cristianos no le parecían lo bastante membrudos para calmar sus deseos incesantes! ¡Os pido, pues, que me digáis ¡oh patriarcas! qué debo hacer en tan enojosa situación!" Y tras de reflexionar durante una hora de tiempo, los patriarcas y los monjes y los grandes del reino contestaron: “Nosotros creemos ¡oh rey del tiempo! que, después de lo que ha pasado, ya no te queda más que un partido que tomar, y es enviar, con regalos, una carta al poderoso jefe de los musulmanes, al califa Harún Al-Raschid, que es señor de las tierras y de los países adonde van a llegar ambos fugitivos; y en esa carta que has de escribirle de tu puño y letra, le harás toda clase de promesas y juramentos de amistad para que acceda a detener a los fugitivos y a enviarlos con escolta a Constantinia. ¡Y no por eso te comprometerás ni nos comprometeremos a nada con ese jefe de descreídos, sino que, en cuanto nos devuelva a los fugitivos, nos apresuraremos a exterminar a los musulmanes de la escolta y a olvidar nuestros juramentos y nuestros compromisos, como tenemos costumbre de hacer cuantas veces celebramos un tratado con esos infieles, sectarios de Mahomed!" Así hablaron los patriarcas y consejeros del rey de los francos. ¡Malditos sean en esta vida y en la otra por su descreimiento y por su felonía...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 712ª NOCHE

Ella dijo:

"...Así hablaron los patriarcas y consejeros del rey de los francos. ¡Malditos sean en esta vida y en la otra por su descreimiento y por su felonía!

Y he aquí que el rey de los francos, que tenía un alma tan mala como la de sus patriarcas, no dejó de seguir aquel consejo lleno de perfidia. ¡Pero ignoraba que, tarde o temprano, la perfidia se vuelve siempre contra sus autores, y que el ojo de Alah vela siempre por sus creyentes y les defiende contra las emboscadas de sus inmundos enemigos!

Tomó, pues, un papel y un cálamo y escribió en caracteres griegos al califa Harún Al-Raschid una carta en que, después de las fórmulas más respetuosas y más llenas de admiración y de amistad, le decía:

"¡Oh poderoso emir de nuestros hermanos los musulmanes! tengo una hija desnaturalizada, llamada Mariam, que se ha dejado seducir por un joven egipcio de El Cairo, el cual me la raptó y la condujo a los países que se hallan bajo tu reino y tu dominación. Por consiguiente, te suplico ¡oh poderoso emir de los musulmanes! que te sirvas hacer las pesquisas necesarias para dar con ella, y me la envíes cuanto antes con una escolta de seguridad.

"¡Y yo, en cambio, colmaré de honores y consideraciones a esa escolta que has de enviarme con mi hija, y haré todo lo que pueda serte grato! Por tanto, para mostrarte mi agradecimiento y darte prueba de mis sentimientos de amistad, te prometo, entre otras cosas, mandar edificar una mezquita en mi capital por los arquitectos que tú mismo escojas. Y además, te enviaré riquezas indiscutibles, como jamás las ha visto parecidas el hombre: jóvenes comparables a huríes, jóvenes imberbes como lunas, tesoros que no podrá destruir el fuego, perlas, pedrerías, caballos, yeguas y potros, camellas y crías de camello, y mulas con cargas preciosas conteniendo los mejores productos de nuestro clima. ¡Y si no te bastara todo eso, disminuiré los confines de mi reino para aumentar tus dominios y tus fronteras! ¡Y sello con mi sello estas promesas yo, César, rey de los adoradores de la Cruz!"

Y después de sellar esta carta, el rey de los francos se la entregó al nuevo visir que había nombrado en lugar del viejo tuerto y cojo, y le dirigió estas palabras: "Si obtuvieras audiencia de ese Harún, le dirás: "¡Oh poderosísimo califa! vengo a reclamar cerca de ti a nuestra princesa: porque tal es el motivo de la importante misión que nos está confiada: ¡Si acoges favorablemente nuestra demanda, puedes contar con el agradecimiento de nuestro señor el rey, que te mandará los más ricos presentes!" Luego, para excitar aun más el celo de su visir, a quien enviaba como embajador, el rey de los francos le prometió a él también, si tenía un feliz éxito su embajada, darle a su hija en matrimonio y colmarle de riquezas y de prerrogativas. Después le despidió, y le recomendó expresamente que entregara la carta al propio califa. Y tras de besar la tierra entre las manos del rey, se puso en camino el visir.

Y he aquí que, después de un largo viaje, llegó con su séquito a Bagdad, donde empezó por tomarse un descanso de tres días. Luego preguntó dónde estaba el palacio del califa, y cuando se lo indicaron, se presentó en él para pedir audiencia al Emir de los Creyentes. Y cuando se le introdujo en el diwán de las recepciones, el visir, postrándose a los pies del califa, besó por tres veces la tierra entre sus manos, le dijo en pocas palabras el objeto de la misión que le estaba confiada, y le entregó la carta de su señor el rey de los francos, padre de la princesa Mariam. Y Al-Raschid desprecintó la carta, la leyó, y tras de darse cuenta de todo su alcance, se mostró propicio a la demanda que contenía la esquela, aunque procedía de un rey descreído. E hizo escribir inmediatamente a los gobernadores de todas las provincias musulmanas para darles las señas de la princesa Marian y de su acompañante, con orden expresa de hacer todas las pesquisas necesarias para dar con ambos, amenazándoles con los peores castigos en caso de fracaso o negligencia, encargándoles que los enviaran a su corte sin tardanza y con buena escolta tan pronto como los descubrieran. Y a caballo o a lomos de dromedarios de carrera, partieron correos en todas direcciones, llevando cada cual una carta para un walí de provincia. Y mientras tanto, el califa retuvo consigo en el palacio al embajador franco y a todo su séquito. ¡Y he aquí lo referente a estos diversos reyes y a sus negociaciones!

¡Pero he aquí ahora lo referente a ambos amantes! Cuando la princesa hubo derrotado por sí sola al ejército de su padre el rey de los francos, y dejó para pasto de buitres a los tres patricios que midieron sus fuerzas con ella, se encaminó a Siria con Nur, y llegó felizmente a las puertas de Damasco. Pero como viajaban por etapas pequeñas, deteniéndose en los sitios hermosos para entregarse a las manifestaciones de su amor, y no se preocupaban de las emboscadas que pudieran tenderles sus enemigos, llegaron a Damasco algunos días más tarde que los veloces correos del califa, los cuales les habían precedido y comunicaron al walí de la ciudad las órdenes concernientes a ambos. Y como no sospechaban lo que les esperaba allí, dieron su nombre sin desconfianza a los espías de la policía, que les reconocieron al punto y los mandaron detener por los guardias del walí. Y sin pérdida de tiempo, los guardias les hicieron retroceder en su camino, sin permitirles la entrada en la ciudad, y rodeándoles de armas amenazadoras les obligaron a acompañarles a Bagdad, adonde llegaron extenuados de fatiga al cabo de diez días de marcha forzada a través del desierto. Y fueron introducidos en el diwán de audiencias por los guardias del palacio...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 713ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y fueron introducidos en el diwán de audiencias, rodeados por los guardias del palacio. Y cuando estuvieron en la presencia augusta del califa, se prosternaron ante él, y besaron la tierra entre sus manos. Y dijo el chambelán que estaba de servicio entonces: "¡Oh Emir de los Creyentes! he aquí a la princesa Mariam, hija del rey de los francos, y a Nur, su raptor, hijo del mercader Corona, de El Cairo. ¡Y siguiendo órdenes del walí de la ciudad, se les ha detenido a ambos en Damasco!"

Entonces el califa posó sus ojos en Mariam, y quedó entusiasmado de la elegancia de su figura y de la belleza de sus facciones; y le preguntó: "¿Eres tú la que se llama Mariam y es hija del rey de los francos?"

Ella contestó: "Sí, yo misma soy la princesa Mariam, esclava tuya únicamente, ¡oh Emir de los Creyentes, protector de la Fe, descendiente del príncipe de los enviados de Alah!" Y el califa, muy asombrado de aquella respuesta, se encaró luego con Nur, y también quedó encantado de los hechizos de su juventud y de su hermosura; y le dijo: "¿Y tú eres el joven Nur, hijo de Corona, el mercader de El Cairo?" El aludido contestó: "Sí, soy yo, tu esclavo, ¡oh Emir de los Creyentes, sostén del imperio, defensor de la Fe!"

Y le dijo el califa: "¿Cómo te has atrevido a raptar a esta princesa franca, con menosprecio de la ley?" Entonces Nur, aprovechándose del permiso para hablar, contó toda su aventura con los menores detalles al califa, que escuchó su relato con mucho interés. Pero no hay utilidad en repetirlo.

Entonces Al-Raschid se encaró con la princesa Mariam, y le dijo: "Has de saber que tu padre, el rey de los francos, me ha enviado a este embajador que ves aquí, con una carta escrita de su puño y letra. ¡Y me afirma su gratitud y su intención de levantar una mezquita en su capital si consiento en mandarte a sus Estados! ¿Qué tienes que responder a eso?" Y Mariam levantó la cabeza, y con voz segura y deliciosa a la vez, contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! eres el representante de Alah sobre la tierra y el que mantiene la ley de Su Profeta Mahomed (¡con Él por siempre la paz y la plegaria!) Yo me he vuelto musulmana, y creo en la unidad de Alah, y la profeso en tu augusta presencia, y digo: ¡No hay más Dios que Alah, y Mahomed es el Enviado de Alah! ¿Podrás, pues, ¡oh Emir de los Creyentes! enviarme al país de los infieles que buscan competidores a Alah, creer en la divinidad de Jesús, hijo del hombre, adorar a los ídolos, reverencian la cruz y rinde un culto supersticioso a toda clase de criaturas muertas en la impiedad y precipitadas en las llamas de la cólera de Alah? Si obrares así, entregándome a esos cristianos, yo en el día del Juicio, en que nada valdrán todas las grandezas y sólo se mirará a los corazones, te acusaré, por tu conducta ante Alah y ante nuestro Profeta, primo tuyo (¡con Él la plegaria y la paz!) "

Cuando el califa hubo oído estas palabras de Mariam y su profesión de fe, se entusiasmó con toda el alma al saber que era musulmana semejante heroína, y exclamó con lágrimas en los ojos: "¡Oh Mariam, hija mía! ¡ojalá no permita nunca Alah que yo entregue a los infieles una musulmana que cree en la unidad de Alah y en Su Profeta! ¡Que Alah te guarde y te conserve y esparza sobre ti su misericordia y sus bendiciones, aumentando la convicción de tu fe! ¡Y ahora, en vista, de tu heroísmo y tu bravura, puedes reclamarlo todo de mí; y juro que no te rehusaré nada, aunque sea la mitad de mi imperio! ¡Alegra, pues, tus ojos, dilata tu corazón y desecha toda inquietud! Y para que a tal fin haga yo lo que sea preciso, dime si te gustaría que se convirtiese en tu esposo legal ese joven, hijo de nuestro servidor Corona, el mercader de El Cairo".

Y contestó Mariam: "¿Cómo no voy a desearlo, ¡oh Emir de los Creyentes!? ¿No es él quien me ha comprado? ¿No es él quien ha tomado lo que había que tomar en mí? ¿No es él quien ha expuesto por mí su vida con frecuencia? ¿Y no es él, en fin, quien ha dado paz a mi alma revelándome la pureza de la fe musulmana?"

Al punto el califa hizo llamar al kadí y a los testigos, y extender inmediatamente el contrato de matrimonio. Luego mandó acercarse al visir, embajador de los francos, y le dijo: "Ya ves con tus propios ojos y oyes con tus propios oídos que no puedo acceder a la demanda de tu señor, ya que la princesa Mariam nos pertenece al hacerse musulmana. ¡De no obrar así, cometería yo una acción de la que tendría que dar cuenta a Alah y a su profeta el día del Juicio! Porque está escrito en el Libro de Alah: "¡Nunca será posible a los infieles prevalecer sobre los creyentes!" ¡Vuelve pues, al lado de tu señor, y entérale de lo que viste y oíste...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 714ª NOCHE

Ella dijo:

"¡Nunca será posible a los infieles prevalecer sobre los creyentes!" ¡Vuelve, pues, al lado de tu señor, y entérale de lo que viste y oíste!"

Cuando el embajador, en vista de aquello, comprendió que el califa no quería entregarle la hija del rey de los francos, se atrevió a indignarse, lleno de despecho y de soberbia, porque Alah no le había dejado entrever las consecuencias de sus palabras; y exclamó: "¡Por el Mesías, que aunque sea veinte veces más musulmana, habré de llevársela a mi señor su padre! ¡Si no vendrá él a invadir tu reino y cubrirá con sus tropas tu país desde el Eufrates hasta el Yaman!"

Al oír estas palabras, exclamó el califa en el límite de la indignación: "¿Cómo se entiende? ¿es que este perro cristiano se atreve a proferir amenazas? ¡Que le corten la cabeza y que la pongan a la entrada de la ciudad, crucificando su cuerpo, para que sirva de escarmiento a los embajadores de los infieles!"

Pero la princesa Mariam exclamó: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡no manches tu alfanje glorioso con la sangre de ese perro! ¡Yo misma le trataré como se merece!" Y habiendo dicho estas palabras, tiró del sable que el visir franco llevaba al costado, y enarbolándolo, le quitó de un solo tajo la cabeza y la arrojó por la ventana. Y rechazó el cuerpo con el pie, haciendo seña a los esclavos de que se lo llevaran.

Al ver aquello, el califa quedó maravillado de la prontitud con que la princesa había procedido a semejante ejecución, y la puso su propio manto. Y también hizo que pusieran a Nur un ropón de honor, y les colmó a ambos de ricos presentes; y de acuerdo con el deseo que manifestaron, les dio una magnífica escolta para que les acompañara hasta El Cairo, y les entregó cartas de recomendación para el walí de Egipto y los ulemas.

De tal suerte regresaron Nur y la princesa Mariam a Egipto, a casa de los ancianos padres. Y al ver el mercader Corona que su hijo le llevaba a su casa una princesa en calidad de nuera, llegó al límite del orgullo y perdonó a Nur por su conducta de antes. E invitó a una gran fiesta que hubo de dar en honor suyo a todos los grandes de El Cairo, que colmaron de presentes a los jóvenes esposos, rivalizando en obsequiosidad unos con otros.

¡Y el joven Nur y la princesa Mariam vivieron largos años en el límite de la dilatación y el desahogo sin privarse de nada en absoluto, y comiendo bien, y bebiendo bien, y copulando mucho, a su antojo y durante largo tiempo, en medio de los honores y de la prosperidad, llevando la vida más tranquila y más deliciosa, hasta que fue a visitarles la Destructora de felicidades, la Separadora de amigos y sociedades, la que derriba casas y palacios y llena el vientre de las tumbas! ¡Pero gloria al Único Viviente que no conoce la muerte y que tiene en Sus manos las llaves de lo Visible y de lo Invisible! ¡Amín!

Cuando el rey Schahriar hubo oído esta historia, se incorporó de repente, y exclamó: "¡En verdad que me ha entusiasmado esa historia tan heroica!" Y tras de hablar así, se sentó de nuevo en los cojines, pensando: "¡Me parece que, después de ésa, ya no tendrá más historias que contarme! ¡Y por lo tanto voy a reflexionar acerca de lo que me toca hacer con respecto a su cabeza!"

Pero Schehrazada, que le había visto fruncir las cejas, se dijo: "¡No hay tiempo que perder!" Y exclamó: "¡Oh rey! admirable es realmente esa historia tan heroica; pero, ¿a qué se reduce en comparación con las que aun tengo que contarte, siempre que me lo permitas?"

Y preguntó el rey: "¿Qué estás diciendo, Schehrazada? ¿Qué historias piensas contarme todavía que sean más admirables o más hermosas que ésa?"

Y Schehrazada, sonriendo, dijo: "¡El rey juzgará! ¡Pero esta noche, para terminar nuestra velada, no debo referir más que una anécdota corta, de las que no resultan fatigosas de escuchar! Está sacada de Los consejos de la generosidad y de la experiencia".

Consejos de la generosidad y de la experiencia

Saladino y su visir

Y dijo al punto:

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que el visir del victorioso rey sultán Saladino tenía, entre los esclavos favoritos de su pertenencia, a un joven cristiano perfectamente hermoso, al cual quería en extremo, y tan agraciado como jamás le habían encontrado semejante los ojos de los hombres. Y he aquí que un día en que el visir se paseaba con aquel joven, del que no podía separarse, reparó en él el sultán Saladino, que le hizo seña para que se acercara. Y tras de echar una mirada entusiasta al joven, el sultán Saladino preguntó al visir. "¿De dónde te ha venido este joven?" Y el visir contestó un poco azorado: "¡De Alah!, ¡oh mi señor!" Y el sultán Saladino sonrió, y dijo prosiguiendo su camino: "¡He aquí cómo ahora ¡oh visir nuestro! has encontrado la manera de subyugarnos con la belleza de un astro y cautivarnos con los encantos de una luna!"

Esto impresionó mucho al visir, que se dijo: "¡Ya no puedo, en verdad, reservarme este joven, habiéndose fijado el sultán en él!" Y preparó un rico regalo, llamó al hermoso joven cristiano, y le dijo: "¡Por Alah, ¡oh joven! que de no haberse visto precisada a ello mi alma, no se habría separado de ti nunca!" Y le entregó el regalo, diciendo: "¡Llevarás este regalo en mi nombre a nuestro amo el sultán, y tú mismo formarás parte del obsequio, pues a partir de este instante te cedo a nuestro amo!" Y al propio tiempo le dio, para que se lo entregase al sultán Saladino, un billete en que había escrito estas dos estrofas:

¡He aquí ¡oh mi señor! una luna llena para tu horizonte; porque no hay en la tierra un horizonte más digno de esta luna!

¡Para serte agradable, no vacilo en separarme de mi alma preciosa, a fin de dártela, aunque ¡oh rareza sin par! no sé de ningún hombre que haya nunca consentido en deshacerse voluntariamente de su alma!

Y el regalo satisfizo muchísimo al sultán Saladino, el cual, generoso y magnánimo como de costumbre, no dejó de indemnizar a su visir por aquel sacrificio, colmándole de riquezas y favores, y haciéndole comprender en toda ocasión hasta qué punto había entrado en su gracia y en su amistad...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 715ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y el regalo satisfizo muchísimo al sultán Saladino, el cual generoso y magnánimo como de costumbre, no dejó de indemnizar a su visir por aquel sacrificio, colmándole de riquezas y favores, y haciéndole comprender en toda ocasión hasta qué punto había entrado en su gracia y en su amistad.

A la sazón adquirió el visir, para aumentar el número de esclavas de su harén, una joven entre las jóvenes más deliciosas y perfectas del tiempo. Y desde su llegada, aquella joven supo captarse el corazón del visir; pero antes de aficionarse a ella, como lo había hecho con el joven, se dijo él:"¡Quién sabe si la fama de esta perla nueva no llegará a oídos del sultán! Más me valdrá regalársela también al sultán antes que mi corazón se aficione a esta joven esclava. ¡De tal modo será menos grande el sacrificio y la pérdida menos cruel!" Así pensando, hizo ir a la joven, la cargó con un regalo para el sultán todavía más rico que el de la primera vez, y le dijo: "¡Tú misma formarás parte del obsequio!" Y le dio, para que se lo entregase al sultán, un billete en que había escrito estos versos:

¡Oh mi señor! ¡en tu horizonte ha aparecido ya una luna, y he aquí el sol ahora!

¡Con lo cual se unen en el mismo cielo estos dos astros de luz para formar, con destino a tu reino, la más hermosa de las constelaciones!

Y he aquí que, después de aquello, el crédito del visir se duplicó en el ánimo del sultán Saladino, quien no perdonaba ocasión de demostrar, ante toda su corte, la estimación y amistad que sentía por él. Y esto hizo que el visir tuviese de tal suerte muchos enemigos y envidiosos, los cuales, proyectando su perdición resolvieron desorientar al sultán con respecto a él. Valiéndose de diversas alusiones y afirmaciones, dejaron entrever a Saladino que el visir conservaba siempre mucha inclinación hacia el joven cristiano, y que no cesaba en desearle ardientemente y de llamarle con toda su alma, sobre todo cuando la brisa fresca del Norte le incitaba al recuerdo de los antiguos paseos. Y le dijeron que se reprochaba con amargura el don que le hizo, y hasta que se mordía los dedos y se saltaba las muelas de despecho y de arrepentimiento. Pero el Sultán Saladino, lejos de prestar oído a aquellas murmuraciones indignas del visir, en quien había puesto toda su confianza, gritó con furiosa voz a los que pronunciaban aquellos discursos: "¡Dejad de mover esas lenguas de perdición contra el visir, o al instante vuestras cabezas os saltarán de los hombros!"

Luego, como era avisado y justo, les dijo: "¡Sin embargo, quiero comprobar esas mentiras y calumnias, y dejar que se vuelvan contra vosotros vuestras propias armas! ¡Voy, pues, a poner a prueba la rectitud de alma de mi visir!" Y llamó al joven, y le preguntó: "¿Sabes escribir?" El aludido contestó: "Sí, ¡oh mi señor!" El sultán dijo: "¡Toma entonces un papel y un cálamo y escribe lo que voy a dictarte!" Y dictó, como si estuviese redactada por el propio niño, la siguiente carta dirigida al visir:

"¡Oh mi antiguo amo bienamado! Por el sentimiento que tú mismo debes experimentar por mí, comprenderás la ternura que por ti siento y el recuerdo que dejaron en mi alma nuestras delicias de antaño. Por eso me quejo a ti de mi suerte actual en el palacio, donde nada puede hacerme olvidar tus bondades, máxime cuando aquí la majestad del sultán y el respeto que le tengo me impiden disfrutar de sus favores. Te ruego, pues, busques un procedimiento para arrancarme del sultán de una u otra manera. ¡Por lo demás, el sultán hasta ahora no ha estado a solas conmigo, y me verás lo mismo que me dejaste!"

Y escrita esta carta, el sultán hizo que la llevara un esclavo de palacio, que se la entregó al visir, diciéndole: "Tu antiguo esclavo el niño cristiano me encarga que te entregue esta carta de parte suya". Y el visir cogió la carta, la miró un momento, y sin abrirla, escribió las siguientes estrofas al dorso:

"¿Desde cuándo el hombre de experiencia expone, como el insensato, su cabeza en las fauces del león?

"¡No soy de esos cuya razón se somete y sucumbe al amor, ni de los que dan que reír a los envidiosos que ejecutan maniobras solapadas!

"¡Cuando hice el sacrificio de mi alma dándola, es porque sabía bien que, una vez que saliera el alma, no debería ya volver a habitar el cuerpo abandonado!"

Al recibir esta respuesta, el sultán Saladino se entusiasmó, y no dejó de leerla ante la expresión de despecho de los envidiosos. Luego mandó llamar a su visir, y después de darle nuevas pruebas de amistad, le preguntó:

"¿Puedes decirnos ¡oh padre de la sabiduría! cómo te arreglas para tener tanto poder sobre ti mismo?"

Y el visir contestó: "¡Jamás dejo que mis pasiones lleguen al umbral de mi voluntad!" ¡Pero Alah es más sabio todavía!

Luego dijo Schehrazada: "¡Ahora que te conté ¡oh rey afortunado! cómo la voluntad del prudente le ayuda a dominar sus pasiones, ¡voy a contarte una historia de amor apasionado!"

Y dijo:

LA TUMBA DE LOS AMANTES

Esta historia nos la trasmite en sus escritos Abdalah, hijo de Al-Kaissi.

Dice:

Iba yo un año en peregrinación a la Santa Casa de Alah. Y cuando hube cumplido con todos mis deberes de peregrino, volví a Medina para visitar una vez más la tumba del Profeta (¡Con Él la paz y la bendición de Alah!) Y he aquí que estando yo sentado cierta noche en un jardín, no lejos de la tumba venerada, oí una voz que cantaba muy dulcemente en medio del silencio.

Encantado, presté toda mi atención, y escuchando de aquel modo, entendí estos versos que la tal voz cantaba:

¡Oh ruiseñor de mi alma, que exhalas tus cantos en recuerdo de la bienamada...! ¡Oh tórtola de su voz! ¿cuándo responderás a mis gemidos?

¡Oh noche! ¡Cuán larga resultas para aquellos a quienes atormenta la fiebre de la impaciencia, para aquellos a quienes torturan las preocupaciones de la ausencia!

¡Oh luminosa aparecida! ¿acaso no brillaste como un faro en mi camino más que para desaparecer y dejarme errar a ciegas en las tinieblas?

Luego se hizo el silencio. Y miré a todos lados para ver quién acaba de cantar aquellas estrofas apasionadas, cuando se presentó a mí el poseedor de la voz. Y a la claridad que caía del cielo nocturno, vi que era un joven hermoso hasta arrebatar las almas y que tenía bañado en lágrimas el rostro.

Me volví hacia él, y no pude menos que gritar: "¡Ya Alah! ¡qué joven tan hermoso!" Y le tendí los brazos. Y él me miró, y me preguntó: "¿Quién eres y qué me quieres?" Y contesté, inclinándome ante su belleza: "¿Qué voy a querer de ti que no sea bendecir a Alah al mirarte? Por lo que a mí y a mi nombre se refiere, soy tu esclavo Abdalah, hijo de Ma'amar Al-Kaissi. ¡Oh mi señor, cómo desea mi alma conocerte! Tu cántico que oí hace un momento me ha impresionado, y tu presencia acaba de transportarme. ¡Y aquí me tienes dispuesto a sacrificarte mi vida, si pudiera serte útil!" Entonces me miró el joven, ¡ah, con qué ojos! y me dijo: "¡Siéntate, pues, a mi lado!" Y me senté muy cerca de él, con el alma estremecida, y me dijo: "¡Escucha ahora, ya que te he llegado al corazón, lo que acaba de sucederme!"

Y prosiguió en estos términos: "Soy Otbah, hijo de Al-Hubab, hijo de Al-Mundhir, hijo de Al-Jamuh el Ansarita. Y he aquí que ayer por la mañana hacía yo mis devociones en la mezquita de la tribu, cuando vi entrar, ondulando sobre su cintura y sus caderas, a varias mujeres muy hermosas, que acompañaban a una joven cuyos encantos borraban los de todas las demás. Y en un momento dado aquella luna se acercó a mí, sin ser notada entre la muchedumbre de fieles, y me dijo: "¡Otbab! ¿qué te parecería la unión con la que es tu amante y desea ser tu esposa?" Luego, antes de que yo tuviese tiempo de abrir la boca para contestarle, ella me dejó y desapareció en medio de sus acompañantes. Después salieron de la mezquita todas juntas, y se perdieron entre la multitud de peregrinos. Y a pesar de todos los esfuerzos que hice para encontrarla, no pude volver a verla desde aquel instante. Y mi alma y mi corazón están con ella. ¡Y mientras no me sea posible volver a verla, no disfrutaré de dicha alguna, aunque gozase de las delicias del paraíso...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 717ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y mi alma y mi corazón están con ella. ¡Y mientras no me sea posible volver a verla, no disfrutaré de dicha alguna, aunque gozase de las delicias del paraíso!"

Habló así, y a medida que se coloreaban sus mejillas sombreadas, crecía mi cariño hacia él. Y le dije cuando calló: "¡Oh Otbah! ¡oh primo mío! ¡pon tu esperanza en Alah, y ruégale que te otorgue el perdón de tus pecados! Por lo que a mí se refiere, heme aquí dispuesto a ayudarte con todo mi poder y con todos mis medios para que encuentres a la joven de tus pensamientos. ¡Porque al verte sentí que mi alma iba por sí misma en pos de tu persona, y lo que haga yo por ti en lo sucesivo será únicamente por ver bajarse contentos hacia mí tus ojos!" Y así diciendo, le oprimí contra mí afectuosamente, y le besé como un hermano besaría a su hermano; y durante toda la noche no cesé de tranquilizar su alma querida. Y en verdad que en toda mi vida olvidaré aquellos momentos deliciosos e incompletos pasados al lado suyo.

Al día siguiente fui con él a la mezquita, y le dejé pasar el primero por consideración. Y estuvimos juntos allí, desde por la mañana hasta mediodía, hora en que las mujeres suelen ir a la mezquita. Pero, con gran desaliento por nuestra parte, observamos que ya estaban en la mezquita todas las mujeres, sin que entre ellas se encontrara la joven. Y al ver yo la pena que aquel descubrimiento producía en mi joven amigo, le dije: "¡No te inquietes por eso! ¡Voy a preguntar por tu bienamada a estas mujeres que ayer estaban con ella!"

Y salí corriendo hasta llegar junto a ellas, y conseguí al fin que me enterasen de que la joven era una virgen de muy alta estirpe que se llamaba Riya, y era hija de Al-Ghitrif, jefe de la tribu de los Bani-Sulem. Y les pregunté: "¡Oh mujeres de bien! ¿por qué no ha venido ella hoy con vosotras?" Contestaron: "¿Cómo ha de hacerlo, si su padre, que custodió a los peregrinos durante la travesía por el desierto desde el Irak hasta la Meca, ha regresado ayer con sus jinetes a su tribu, que está a orillas del Eufrates, y ha llevado consigo a su hija Riya?" Y les di las gracias por sus informes, y volví al lado de Otbah; y le dije: "¡Las noticias que te anuncio ¡ay! no están de acuerdo con mis deseos!" Y le puse al corriente de la marcha de Riya con su padre hacia la tribu. Luego le dije: "Pero tranquiliza tu alma, ¡oh Otbah! ¡oh primo mío! porque Alah me ha concedido riquezas numerosas, y estoy dispuesto a gastarlas para hacerte llegar al logro de tus fines. ¡Y desde este momento voy a tomar parte en el asunto, y a llevarlo a buen término, con ayuda de Alah!" Y añadí: "¡Pero has de tomarte el trabajo de acompañarme!" Y se levantó y me acompañó hasta la mezquita de sus parientes los Ansaritas.

Allí esperamos a que se reuniese el pueblo, y saludé a la asamblea, y dije: "¡Oh creyentes Ansaritas reunidos aquí! ¿qué opinión tenéis acerca de Otbah y del padre de Otbah?" Y contestaron a la vez: "¡Todos creemos que son árabes, pertenecientes a una familia ilustre y de una noble tribu!" Y les dije: "Sabed, pues, que Otbah, hijo de Al-Hubab, está consumido por una pasión violenta. ¡Y vengo precisamente a rogaros que unáis vuestros esfuerzos a los míos para asegurar su dicha!" Contestaron: "¡De todo corazón amistoso!" Dije: "¡En este caso, tenéis que acompañarme a las tiendas de los Bani-Sulem para ver al jeique Al-Ghitrif, su jefe, a fin de pedirle en matrimonio a su hija Riya para vuestro primo Otbah, hijo de Al-Hubab!" Y todos contestaron con el oído y la obediencia. Entonces monté a caballo, y también Otbah; y la asamblea hizo lo mismo. Y pusimos a galope tendido nuestros caballos sin detenernos. Y de tal suerte conseguimos llegar a las tiendas de los jinetes del jeique Al-Ghitrif, a seis jornadas de Medina.

Cuando nos vio llegar el jeique Al-Ghitrif, salió a nuestro encuentro hasta la puerta de su tienda, y después de las zalemas, le dijimos: "Venimos a pedirte hospitalidad, ¡oh padre de los árabes!" Él contestó: "Bienvenidos seáis a nuestras tiendas ¡oh nobles huéspedes!" Y así diciendo, al punto dio a sus esclavos las órdenes necesarias para recibirnos como era debido. Y los esclavos extendieron en honor nuestro esteras y alfombras, y mataron carneros y camellos para ofrecernos un espléndido festín...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 718ª NOCHE

Ella dijo:

"...y mataron carneros y camellos para ofrecernos un espléndido festín. Pero cuando llegó el momento de sentarnos a tomar parte en el festín, nos negamos a ello; y en nombre de toda la asamblea, declaré yo al jeique Al-Ghitrif: "¡Por los merecimientos sagrados del pan y de la sal, y por la fe de los árabes, que no tocaremos ninguno de estos manjares mientras no hayas accedido a nuestra demanda!" Y dijo Al-Ghitrif: "¿Y cuál es vuestra demanda?" Contesté: "¡Venimos a solicitarte para el matrimonio de tu noble hija Riya con Otbah; hijo de Al-Hubab el Ansarita, hijo de Al-Mundhir, hijo de Al-Jamuh, el bravo, el bueno, el ilustre, el victorioso, el excelente!" Y cambiando repentinamente de color, el padre de Riya nos dijo inmediatamente con voz tranquila: "¡Oh hermanos árabes! dueña de su voluntad es la que me hacéis el honor de pedirme en matrimonio para el ilustre Otbah, hijo de Al-Hubab. Y no he de contrariar su voluntad. ¡Ella es, pues, quien tiene que hablar! ¡Y al mismo instante voy a buscarla para pedirle su opinión!" Y se levantó, alejándose de nosotros, muy pálido, llena de cólera la nariz y con una cara que por sí sola desmentía el sentido de sus palabras.

Se fue, pues, a su tienda en busca de su hija Riya, la cual, muy asustada por la expresión de su rostro, le preguntó: "¡Oh padre mío! ¿por qué la cólera altera de modo tan violento la tranquilidad de tu alma?" Y se sentó él en silencio junto a su hija; y según supimos más tarde, acabó por decirle: "¡Has de saber ¡oh Riya, hija mía! que acabo de dar hospitalidad a unos Ansaritas que vinieron a mí con el fin de pedirte en matrimonio para uno de ellos!"

Ella dijo: "¡Oh padre! ¡la familia de los Ansaritas es una de las más ilustres entre los árboles! ¡Y has hecho bien en darles hospitalidad! Pero dime, ¿para cuál de ellos acaban de pedirme en matrimonio?" Él contestó: "¡Para Otbah, hijo de Hubab!" Ella dijo: "¡Se trata de un joven conocido! ¡Y es digno de entrar en tu raza!" Pero exclamó él, lleno de furor: "¿Qué palabras acabas de pronunciar? ¿Es que has entablado relaciones con él? ¡Porque por Alah he jurado a mi hermano en otro tiempo que te concedería en matrimonio a su hijo, y ninguno, a no ser el hijo de tu tío, es digno de entrar en mi familia!" Ella dijo: "¡Oh padre! ¿y qué vas a responder a los

Ansaritas? ¡Son árabes llenos de nobleza y muy susceptibles en todas las cuestiones de preeminencia y honor! Y si me niegas en matrimonio a uno de ellos, vas a atraer sobre ti y la tribu su rencor y el efecto de su venganza. ¡Porque se creerán menospreciados por ti y no te lo perdonarán!"

Él dijo: "¡Verdad dices! Pero voy a disimular mi negativa pidiendo para ti una dote exorbitante. Porque dice el proverbio: "¡Si no quieres casar a tu hija, exagera tu petición de dote!"

Dejó, pues, a su hija y volvió a nuestro lado para decirnos: "La hija de la tribu ¡oh huéspedes míos! no se opone a vuestra petición de matrimonio; pero exige una dote que sea digna de sus méritos. ¿Quién de entre vosotros podrá darme el valor de esa perla incomparable?" A estas palabras, se adelantó Otbah y dijo: "¡Yo!" El jeique dijo: "¡Pues bien; mi hija pide mil brazaletes de oro rojo, cinco mil monedas de oro del cuño de Hajar, un collar de cinco mil perlas, mil piezas de tela de seda indiana, doce pares de botas de cuero amarillo, diez sacos de dátiles del Irak, mil cabezas de ganado, una yegua de la tribu de Anazi, cinco cajas de almizcle, cinco pomos de esencia de rosas y cinco cajas de ámbar gris!"

Y añadió, encarándose con Otbah: "¿Eres hombre que se preste a esta demanda?" Y contestó Otbah: "¿Lo dudas, oh ¡padre de los árabes!? ¡No solamente accedo a pagarte la dote pedida, sino que añadiré a ella algo más aún!"

Entonces yo me volví a Medina con mi amigo Otbah, y no sin muchos esfuerzos y trabajos, logramos reunir todas las cosas pedidas. Y gasté sin tasa mi dinero, con más gusto que si hubiese hecho para mí todas aquellas compras. Y regresamos a las tiendas de los Bani-Sulem con todas nuestras compras, y nos apresuramos a entregárselas al jeique Al-Ghitrif. Y sin poder ya retirarse de su palabra, el jeique se vio obligado a recibir a todos sus huéspedes los Ansaritas, que se reunieron para cumplimentarle por el matrimonio de su hija. Y comenzaron los festejos y duraron cuarenta días. Y degolláronse camellos y corderos en gran número, y se guisaron en calderas manjares de todas clases, de los que cada individuo de la tribu podía comer a su antojo.

Al cabo de aquel tiempo, preparamos un palanquín suntuoso que pusimos al lomo de un tronco de camellos, y en él colocamos a la recién casada. Y partimos todos en el límite de la alegría, seguidos por una caravana entera de camellos cargados con presentes. Y mi amigo Otbah estaba lleno de gozo en espera del día de la llegada, en que por fin se encontraría a solas con su bienamada. Y durante todo el viaje no la abandonaba un instante, y le hacía compañía en su palanquín, de donde no bajaba más que para favorecerme con una conversación de amistad, confianza y gratitud...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 719ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y durante todo el viaje no la abandonaba un instante, y le hacía compañía en su palanquín, de donde no bajaba más que para favorecerme con una conversación de amistad, confianza y gratitud. Y yo me regocijaba con toda el alma y me decía: "¡Hete aquí ¡oh Abdalah! convertido en amigo de Otbah, porque, olvidando tus propios sentimientos, supiste conmover su corazón uniéndole a Riya! ¡No dudes de que algún día será recompensado con creces tu sacrificio! ¡Y también tú disfrutarás del cariño de Otbah hasta el límite de lo deseable y exquisito!"

Estábamos a una jornada de marcha de Medina, cuando al anochecer nos detuvimos para descansar en un oasis. Y la paz era completa; y la luz de la luna reía ante la alegría de nuestro campamento; y por encima de nuestras cabezas, doce palmeras, que parecían doce jóvenes, acompañaban con los susurros de sus ramas la canción de la brisa nocturna. Y como los autores del mundo en días antiguos, disfrutábamos de la hora llena de quietud, de la frescura del agua, de la hierba espesa y de la dulzura del aire.

Pero ¡ay! no se puede escapar al destino, aunque se tengan alas para rehuirle. ¡Y mi amigo Otbah tenía que apurar hasta las heces la copa inevitable! En efecto, de improviso turbó nuestro reposo el ataque de unos jinetes armados que cayeron sobre nosotros lanzando gritos y aullidos. Eran jinetes de la tribu de los Bani-Sulem, enviados por el jeique Al-Ghitrif para que raptaran a su hija. Porque no se había atrevido a violar en sus tiendas las leyes de la hospitalidad, y había esperado a que nos alejáramos para hacer que nos atacaran de aquel modo sin faltar ya a las costumbres del desierto. Pero no contaba con el valor de Otbah y de nuestros jinetes, que resistieron con gran valor el ataque de los Bani-Sulem, y tras de matar gran número de ellos, acabaron por derrotarles. Pero en medio de la refriega, mi amigo Otbah recibió una lanzada, y cuando estuvo de vuelta en el campamento, cayó muerto en mis brazos.

Al ver aquello, la joven Riya lanzó un grito angustioso y se desplomó sobre el cuerpo de su amante. Y se pasó toda la noche lamentándose. Y cuando llegó la mañana, nos la encontramos muerta de desesperación. ¡Que

Alah les tenga a ambos en Su Misericordia! Y cavamos para ellos una tumba en la arena, y les enterramos uno junto al otro. Y con el alma dolorida, regresamos a Medina. Y cuando terminé lo que tenía que terminar, me volví a mi país.

Pero siete años más tarde, me invadió el deseo de hacer otra peregrinación a los santos lugares. Y mi alma anheló ir a visitar la tumba de Otbah y de Riya. Y cuando llegué a la tumba, la vi sombreada por un árbol hermoso de especie desconocida, que habían plantado piadosamente los de la tribu de los Ansaritas. Y me senté en la piedra, a la sombra del árbol, llorando y con el alma entristecida. Y pregunté a los que me acompañaban: "¡Oh amigos míos! ¿cuál es el nombre de este árbol que llora conmigo la muerte de Otbah y de Riya?" Y me contestaron: "Se llama el Árbol de los Amantes". ¡Ah! ¡ojalá, oh Otbah! reposes en la paz de tu Señor, a la sombra del árbol que se lamenta encima de tu tumba!

EL DIVORCIO DE HIND

Cuentan que la joven Hind, hija de Al-Nemán, era la joven más bella entre las jóvenes de su tiempo, y sus ojos, su finura y sus encantos la hacían parecerse en todo a una gacela. Y he aquí que la fama de su belleza llegó a oídos de Al-Hajage, gobernador del Irak; y éste la pidió en matrimonio. Pero el padre de Hind no quiso concedérsela por menos de una dote de doscientos mil dracmas de plata, a pagar antes del matrimonio, con la condición de pagarle también, en caso de divorcio, otros doscientos mil dracmas. Y Al-Hajage aceptó todas las condiciones, y se llevó a Hind a su casa.

Pero Al-Hajage, para amargura y calamidad suyas, era impotente. Y había venido al mundo con un zib de lo más deforme y con el ano obstruido. Y como con aquella constitución no podía vivir el niño, el diablo se apareció bajo forma humana a la madre, y le previno que, si quería que viviese su hijo, tenía que darle de mamar, en vez de leche, sangre de dos cabritos negros, de un cabrón negro y de una serpiente negra. Y la madre siguió aquel consejo y obtuvo el efecto deseado. Sin embargo, la impotencia y la deformidad, que son dones de Satán y no de Alah el Generoso, continuaron siendo patrimonio del niño cuando se hizo hombre

Así es que, cuando Al-Hajage se llevó a Hind a su casa, estuvo mucho tiempo sin atreverse a acercarse a ella más que de día y sin tocarla, a pesar de todo el deseo que tenía de hacerlo.

Y no tardó Hind en conocer el motivo de aquella abstinencia, y lo lamentó mucho con sus esclavas.

Y he aquí que un día fue a verla Al-Hajage, como de costumbre, para regocijarse los ojos con su belleza. Y estaba ella de espaldas a la puerta, distraída en mirarse al espejo, y cantando estos versos:

¡Hind, yegua de noble sangre árabe, hete aquí condenada a vivir con un miserable mulo!

¡Oh! ¡desembarazadme de estos ricos trajes de púrpura, y devolvedme mis ropas de pelo de camello!

¡Abandonaré este palacio odioso para volver a los lugares donde las tiendas negras de la tribu crujen al viento de mi desierto!

¡Allá donde la flauta y el céfiro se hablan con melodías a través de los agujeros de la tienda, melodías más dulces para mí que la música de laúdes y tambores!

¡Y donde los jóvenes de la tribu, criados con sangre de leones, son potentes y hermosos como leones!

¡Aquí, morirá Hind sin posteridad, al lado de un miserable mulo!

Cuando Al-Hajage oyó el canto en que Hind le comparaba con un mulo, salió de la habitación, lleno de desaliento, sin que su esposa advirtiese su presencia y su desaparición, y mandó al instante que buscaran al kadí Abdalah, hijo de Taher, para hacer pronunciar su divorcio. Y Abdalah se presentó a Hind, y le dijo: "¡Oh hija de Al-Nemán! ¡he aquí que Al-Hajage Abu-Mohammad te envía doscientos mil dracmas de plata, y al propio tiempo me encarga de llenar en nombre suyo las formalidades de su divorcio contigo!"

Y exclamó Hind: "¡Gracias a Alah, he aquí atendido mi ruego, y heme aquí en libertad para volverme con mi padre! ¡Oh hijo de Taher! no podías darme una noticia más agradable que la de que estoy libre de ese perro inoportuno. ¡Guárdate, pues, esos doscientos mil dracmas, como recompensa por la feliz noticia que me traes!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 720ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Guárdate, pues, esos doscientos mil dracmas, como recompensa por la feliz noticia que me traes!"

Entonces el califa Abd Al-Malek ben-Merwán, que había oído hablar de la incomparable belleza y del ingenio de Hind, la deseó, y envió a pedirla en matrimonio. Pero ella le contestó con una carta en que, después de las alabanzas a Alah y de las fórmulas de respeto, le decía: "¡Sabe ¡oh Emir de los Creyentes! que el perro ha manchado el vaso al tocarlo con el hocico para olerlo!"

Y cuando recibió esta carta, el califa se echó a reír a carcajadas, y al punto escribió esta respuesta: "¡Oh Hind! ¡si el perro manchó el vaso al tocarlo con el hocico, lo lavaremos siete veces, y con el uso que hagamos de él, lo purificaremos! "

Y al ver que el califa, a pesar de los obstáculos que ella le oponía, continuaba deseándola ardientemente, Hind no pudo por menos de inclinarse. Aceptó, pues, pero poniendo una condición, como se lo escribió en otra carta en que, después de las alabanzas y las fórmulas, decía: "¡Sabe ¡oh Emir de los Creyentes! que no partiré más que con una condición: que Al-Hajage, con los pies descalzos, conduzca de la brida, durante todo este viaje, mi camello hasta tu palacio!"

Esta carta hizo reír al califa aún más que la primera. Y transmitió a Al-Hajage la orden de conducir de la brida el camello de Hind. Y no obstante todo su despecho, como Al-Hajage sabía bien que no podía hacer más que obedecer las órdenes del califa, fue con los pies descalzos hasta la morada de Hind, y cogió al camello por la brida. Y montó Hind en su litera, y durante todo el camino no dejó de divertirse con toda el alma a costa de su conductor. Y llamó a su nodriza, y le dijo: "¡Oh nodriza mía! descorre un poco las cortinas del palanquín!" Y la nodriza separó las cortinas, y sacó Hind la cabeza por la portezuela, y tiró a tierra un dinar de oro que fue a caer en medio del barro. Y se encaró con su antiguo esposo, y le dijo: "¡Oh canciller, devuélveme esa moneda de plata!" Y Al-Hajage recogió la moneda y se la entregó a Hind, diciéndole: "¡Es un dinar de oro y no una moneda de plata!" Y echándose a reír, exclamó Hind: "¡Loores a Alah, que hace convertirse la plata en oro, a pesar de la suciedad del barro!" Y Al-Hajage, al oír estas palabras, comprendió que aquello era una nueva burla de Hind para humillarle. Y se puso muy colorado de vergüenza y de cólera. ¡Pero bajó la cabeza y se vio obligado a ocultar su rencor contra Hind, convertida en esposa del califa!

Cuando Schehrazada hubo contado esta historia, se calló. Y le dijo el rey Schahriar: "Me gustan esas anécdotas, Schehrazada. Pero querría oír ahora una historia maravillosa. ¡Y si es que no sabes más, dímelo para que me entere!"

Y Schehrazada exclamó: "¿Y dónde hay una historia más maravillosa que la que precisamente voy a contar enseguida al rey, siempre que me lo permita?"

Y dijo Schahriar: "¡Te lo permito!"

HISTORIA MARAVILLOSA DEL ESPEJO DE LAS VÍRGENES

Y Schehrazada dijo al rey Schahriar:

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! ¡oh dotado de ideas excelentes! que en la antigüedad del tiempo y el pasado de las edades y de los momentos, había en la ciudad de Bassra un sultán que era un joven admirable y delicioso, lleno de generosidad y de valentía, de nobleza y de poderío, y se llamaba el sultán Zein. Pero, a pesar de las grandes cualidades y de los dones de todas clases, que hacían que no tuviese par a lo largo ni a lo ancho del mundo, el tal joven y encantador sultán Zein era un extraordinario disipador de riquezas, un pródigo que no tenía freno ni orden, y que, con las liberalidades de su mano abierta a jóvenes favoritos glotones en extremo, y con lo que gastaba en las mujeres innumerables de todos colores y de todas estaturas que mantenía en palacios suntuosos, y con la compra no interrumpida de nuevas jóvenes que a diario le procuraban, en estado de virginidad, por precios exorbitantes, para que las metiese el diente, había acabado por agotar completamente los inmensos tesoros acumulados desde hacía siglos por sus abuelos los sultanes y los conquistadores. Y un día su visir fue a anunciarle, después de besar la tierra entre sus manos, que las arcas del oro estaban vacías y que no había con qué pagar al día siguiente a los proveedores del palacio; y no bien le hubo anunciado aquella mala noticia, por miedo al palo se apresuró a marcharse como había venido.

Cuando el joven sultán Zein se enteró así de que habíanse consumido todas sus riquezas, se arrepintió de no haber pensado en reservarse una parte para los días negros del destino; y se entristeció en el alma hasta el límite de la tristeza. Y se dijo: "Ya no te queda, sultán Zeid, más que huir de aquí y dejar el trono decadente del reino de tus padres, a quien quiera apoderarse de él, abandonando a su suerte a tus favoritos tan queridos, a tus concubinas jóvenes, a tus mujeres y tus asuntos de gobierno. Porque es preferible ser un mendigo en el camino de Alah, a ser un rey sin riquezas y sin prestigio, y ya conoces el proverbio que dice: "¡Más vale estar en la tumba que en la pobreza!"

Y así pensando, esperó que llegara la noche para disfrazarse y salir por la puerta secreta de su palacio sin ser visto por nadie. Y se disponía a coger un báculo y a ponerse en camino cuando Alah el Omnividente, el Omnioyente, le trajo a la memoria las últimas palabras y recomendaciones de su padre. Porque, antes de morir, su padre le había llamado, y entre otras cosas le había dicho: "¡Y sobre todo ¡oh hijo mío! no olvides que, si el destino se vuelve un día contra ti, encontrarás en el armario del archivo un tesoro que te permitirá hacer frente a todos los embates de la suerte!"

Cuando Zein recordó estas palabras, que habíanse borrado completamente de su memoria, corrió sin tardanza al armario del archivo y lo abrió, temblando de alegría. Pero por más que miró, hojeó y examinó, revolviendo papeles y registros y desordenando los anales del reino, no encontró en aquel armario ni oro, ni olor de oro, ni plata, ni olor de plata, ni joyas, ni pedrerías, ni nada que de cerca o de lejos se pareciese a aquellas cosas. Y desesperado hasta no poder contener más desesperación su pecho, y muy furioso por haber visto defraudada su esperanza, empezó a sacarlo todo y a tirar los papeles del reino en todas direcciones, y a pisotearlos con rabia, cuando de pronto sintió que resistía a su mano devastadora un objeto duro como de metal. Y lo cogió, y cuando lo hubo mirado, vio que era un pesado cofrecillo de cobre rojo. Y se apresuró a abrirlo; y no encontró dentro más que un billete doblado y sellado con el sello de su padre. Entonces, aunque estaba muy descorazonado, rompió el precinto y leyó en el papel estas palabras trazadas de puño y letra de su padre: "¡Ve, hijo mío, a tal sitio del palacio, llévate un azadón y cava por ti mismo la tierra con tus manos, invocando a Alah!"

Cuando hubo leído este billete, Zein se dijo: "¡He aquí que tengo que hacer ahora el trabajo penoso de los labradores! ¡Pero ya que tal es la voluntad de mi padre, no quiero desobedecerlo!" Y bajó al jardín, cogió el azadón que estaba apoyado contra el muro de la casa del jardinero y fue al sitio designado, que era un subterráneo situado debajo del palacio...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 721ª NOCHE

La pequeña Doniazada, hermana de Schehrazada, se levantó de la alfombra en que estaba acurrucada y exclamó: "¡Oh hermana mía! ¡cuán dulces y amables y sabrosas en su frescura son tus palabras!" Y dijo Schehrazada, besando en los ojos a su hermana: "¡Sí! pero ¿qué es lo anterior comparado con lo que voy a contar esta noche, siempre que me lo permita este rey bien educado y dotado de buenas maneras? Y dijo el rey Schahriar: "¡Permitido!"

Entonces Schehrazada continuó así:

"...El joven Zein cogió un azadón y fue al subterráneo, situado debajo del palacio. Y encendió una antorcha, y a aquella claridad empezó por golpear el suelo del subterráneo con el mango de su azadón, y de tal suerte acabó por percibir una resonancia profunda. Y se dijo "¡Ahí es donde tengo que cavar!" Y se puso a cavar de firme; y levantó más de la mitad de las baldosas del pavimento sin dar con la menor apariencia del tesoro. Y dejó la tarea para descansar, y apoyándose contra el muro, pensó: "¡Por Alah! ¿y desde cuándo, sultán Zein, necesitas correr detrás de tu destino y buscarlo hasta en las profundidades de la tierra, en vez de esperarlo sin preocupaciones, sin fatigas y sin trabajo? ¿Es que no sabes que lo que pasó, pasado está y lo que se escribió, escrito está y deberá ocurrir?"

Sin embargo, cuando descansó un poco, continuó su tarea, quitando las baldosas sin muchas esperanzas; y he aquí que de repente dejó al descubierto una piedra blanca, que hubo de levantar; y debajo encontró una puerta que tenía puesto un candado de acero. Y rompió aquel candado a azadonazos y abrió la puerta.

Entonces se vio en lo alto una magnífica escalera de mármol blanco que daba acceso a una amplia sala cuadrada, toda de porcelana blanca de China y de cristal, y cuyo artesonado y techo y columnata eran de lapislázuli celeste. Y vio en aquella sala cuatro estrados de nácar, sobre cada uno de los cuales había diez ánforas grandes de alabastro y de pórfido alternadas. Y se preguntó: "¿Quién sabe qué contendrán estas hermosas ánforas? ¡Es muy probable que mi difunto padre hiciera que las llenaran de vino añejo, el cual ahora debe alcanzar los límites extremos de la excelencia!" Y así pensando, subió uno de los cuatro estrados, se acercó a una de las ánforas y quitó la tapa. Y ¡oh sorpresa! ¡oh alegría! ¡oh danza!

vio que estaba llena de polvo de oro hasta el borde. Y para cerciorarse de ello mejor, metió el brazo sin poder llegar al fondo, y lo sacó todo dorado y reluciente de sol. Y se apresuró a quitar la tapa a otra ánfora y vio que estaba llena de dinares de oro y de zequíes de oro de todos tamaños. Y examinó una tras otra las cuarenta ánforas, y vio que todas las de alabastro estaban repletas de dinares y de zequíes de oro.

Al ver aquello, el joven Zein se dilató y se esponjó y se tambaleó y se convulsionó; luego se puso a gritar de alegría, y dejando su antorcha en una cavidad de la pared de cristal, inclinó hacia él una de las ánforas de alabastro, y se echó por la cabeza, por los hombros, por el vientre y por todas partes polvo de oro; y se bañó en ello con una voluptuosidad que no sintió nunca en los hammams más deliciosos. Y exclamó: "¡Vaya, vaya, sultán Zein! ¿con que querías coger el báculo del derviche y ya te disponías a recorrer los caminos de Alah mendigando? ¡Y he aquí que la bendición ha descendido sobre tu cabeza, porque no dudaste de la generosidad del Donador y derrochaste a mano abierta los primeros bienes que te dio! Refréscate, pues, los ojos y tranquiliza tu alma. ¡Y no temas poder agotar de nuevo los dones incesantes de Quien te ha creado!" Y al mismo tiempo inclinó todas las demás ánforas de alabastro, y vertió en la sala de porcelana el contenido. E hizo lo propio con las ánforas de pórfido, cuyos dinares y zequíes hacían estremecerse con sus caídas sonoras y sus tintineos los ecos de la porcelana y el armonioso cristal. Y sumergió su cuerpo amorosamente en medio de aquel amontonamiento de oro, en tanto que, a la luz de la antorcha, la sala blanca y azul unía el resplandor de sus paredes milagrosas a las fulgurantes chispas y las llamaradas gloriosas que escapábanse del seno de aquel incendio frío.

Cuando el joven sultán se bañó en oro de aquel modo, recreándose en ello para olvidar el recuerdo de la miseria que había amenazado su vida y le tuvo a punto de abandonar el palacio de sus padres, se levantó chorreando cascadas inflamadas, y más calmado ya, se puso a examinarlo todo con extremada curiosidad, asombrándose de que su padre el rey hubiese hecho abrir aquel subterráneo y construir en él aquella sala admirable tan secretamente, que nadie en el palacio oyó nunca hablar de semejante cosa. Y sus ojos atentos acabaron por notar en un rincón, escondido entre dos columnas, un minúsculo cofrecillo, semejante en un todo, aunque más pequeño, al que había encontrado en el armario del archivo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 722ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y sus ojos atentos acabaron por notar en un rincón, escondido entre dos columnas, un minúsculo cofrecillo, semejante en un todo, aunque más pequeño, al que había encontrado en el armario del archivo. Y lo abrió, y encontró dentro una llave de oro incrustada de pedrerías. Y se dijo: "¡Por Alah! ¡esta llave debe ser la que abre el candado que he roto!" Luego reflexionó y pensó: "El caso es que ¿cómo iba a cerrarse entonces el candado desde afuera? Esta llave, por consiguiente, debe servir para otra cosa". Y se puso a buscar por todas partes a ver si descubría para qué servía la llave. Y examinó con atención extremada todas las paredes de la sala, y acabó por encontrar, en medio de un testero, una cerradura. Y pareciéndole que sería la correspondiente a la llave que tenía él, la probó , y al punto cedió y se abrió de par en par una puerta. Y así pudo penetrar en otra sala, todavía más maravillosa que la anterior. Porque toda ella, desde el suelo hasta el techo, era de loza verde con labrados de oro, y se la creería tallada en esmeralda marina. Y verdaderamente, era tan hermosa en su desnudez de todo adorno, que en ningún sueño se hubiera imaginado otra parecida. Y en medio de aquella sala se mantenían de pie, bajo la bóveda, seis jóvenes como lunas y brillando de por sí con un brillo que iluminaba toda la sala. Y se erguían sobre pedestales de oro macizo; y no hablaban. Y encantado, a la vez que estupefacto, avanzó Zein hacia ellas para verlas más de cerca y hacerles su zalema; pero advirtió que no estaban vivas, sino que cada cual estaba hecha de un solo diamante.

Al ver aquello, exclamó Zein, en el límite del asombro: "¡Ya Alah! ¿cómo se arreglaría mi difunto padre para poseer semejantes maravillas?" Y las examinó aun con más atención, y observó que, erguidas sobre sus pedestales, rodeaban al séptimo pedestal, el cual permanecía sin ninguna joven, cubierto con una tapicería de seda en que había escritas estas palabras:

¡Has de saber ¡oh hijo mío Zein! que me ha costado mucho trabajo adquirir estas jóvenes de diamante. Pero por más que sean maravillosas de belleza, no creas que son lo más admirable de la tierra. Porque existe una séptima joven, más brillante e infinitamente más bella, que las supera, y ella sola vale más que mil como las que estás viendo. Si anhelas, pues, verla y hacerla tuya para colocarla encima del séptimo pedestal que la aguarda, no tienes más que hacer aquello que la muerte no me permitió llevar a cabo. Ve a la ciudad de El Cairo y busca en ella a uno de mis antiguos criados llamado Mubarak, a quien no te costará ningún trabajo descubrir. Y después de las zalemas, cuéntale lo que te ha sucedido. Y te reconocerá como hijo mío y te conducirá hasta el sitio en que se halla esa incomparable joven. Y la adquirirás. ¡Y regocijará tu vista para el resto de tus días! ¡Uassalam, ya Zein!

Cuando el joven Zein hubo leído estas palabras, se dijo: "¡Ciertamente, me guardaré muy mucho de aplazar ese viaje a El Cairo! ¡Porque muy maravilloso ejemplar ha de ser la séptima joven para que mi padre me asegure que ella sola vale tanto como las reunidas aquí y otras mil análogas!" Y teniendo decidido partir, salió del subterráneo un instante para volver con una banasta que llenó de dinares y de zequíes de oro. Y la transportó a su aposento. Y se pasó parte de la noche llevando a sus habitaciones algo de aquel oro, sin que nadie notase sus idas y venidas. Y cerró la puerta del subterráneo, y subió a acostarse para descansar.

Pero al día siguiente convocó a sus visires, emires y grandes del reino, y les participó su intención de ir a Egipto para cambiar de aires. Y encargó para que gobernara el reino durante su ausencia a su gran visir, que era el mismo precisamente que tanto hubo de temer al palo en vista de la mala noticia anunciada. La escolta que debía acompañarle en el viaje estaba compuesta de un número reducido de esclavos, escogidos cuidadosamente. Y partió él sin pompa ni cortejo. Y Alah le escribió la seguridad, y llegó sin contratiempo a El Cairo.

Allí se apresuró a pedir noticias de Mubarak, y le dijeron que en El Cairo no conocían por este nombre más que a un rico mercader, síndico del zoco, que vivía con toda comodidad y holgura en su palacio, cuyas puertas estaban abiertas para los pobres y para los extranjeros. Y Zein se hizo conducir al palacio de aquel Mubarak, y se encontró a la puerta con gran número de esclavos y eunucos que, tras de avisar a su amo, se apresuraron a desearle la bienvenida. Y le hicieron pasar por un patio grande y atravesar una sala magníficamente adornada, en la cual le esperaba el amo de la casa sentado en un diván de seda. Y se retiraron.

Entonces avanzó Zein hacia su huésped, que levantóse en honor suyo y, después de las zalemas, le rogó que se sentara a su lado, diciéndole: "¡Oh mi señor! ¡La bendición entró en mi casa al mismo tiempo que tú!" Y le abrazó con gran cordialidad, y se guardó mucho de faltar a los deberes de hospitalidad y preguntándole su nombre y la causa que motivaba su presencia. Así es que fue Zein quien interrogó a su huésped, diciéndole: "¡Oh mi señor! aquí donde me ves, acabo de llegar de Bassra, que es mi país, en busca de un hombre llamado Mubarak, que en otro tiempo se contó entre los esclavos del difunto rey de quien soy hijo. Y si me preguntaras mi nombre, te diría que me llamo Zein. ¡Y ahora soy yo mismo el sultán de Bassra!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 723ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y si me preguntaras mi nombre, te diría que me llamo Zein. ¡Y ahora soy yo mismo el sultán de Bassra!"

Al oír estas palabras, el mercader Mubarak, en el límite de la emoción, se levantó del diván, y arrojándose a los pies de Zein besó la tierra entre sus manos, y exclamó: "¡Loores a Alah, ¡oh mi señor! que ha permitido la reunión del amo y del esclavo! ¡Ordena y te responderé con el oído y la obediencia! ¡Porque yo mismo soy ese Mubarak, esclavo de tu padre el difunto rey! ¡No muere el hombre que engendra! ¡Oh hijo de mi amo! ¡Este palacio es tu palacio, y yo soy propiedad tuya!" Entonces Zein, levantando del suelo a Mubarak, le contó cuanto le había sucedido, desde el principio hasta el fin, y sin omitir un detalle. Pero no hay utilidad en repetirlo. Y añadió: "¡Por tanto, vengo a Egipto para que me ayudes a encontrar esa maravillosa joven de diamante!" Y contestó Mubarak: "¡De todo corazón leal y como homenaje debido! Soy el esclavo no liberto, y mi vida y mis bienes te pertenecen por derecho propio. ¡Pero antes de ir en busca de la joven de diamante, ¡oh mi señor! conviene que descanses de las fatigas del viaje y que me permitas dar un festín en honor tuyo!" Pero Zein contestó: "Has de saber ¡oh Mubarak! que, por lo que afecta a tu calidad de esclavo, puedes considerarte libre en adelante, porque te liberto y excluyo tu persona de mis bienes y propiedades. ¡En cuanto a la joven de diamante, es preciso que vayamos en su busca sin tardanza, pues no me ha fatigado el viaje, y la impaciencia que me embarga me impediría disfrutar del menor reposo!"

Entonces, viendo lo firme que era la resolución del príncipe Zein no quiso contrariarle, y después de besar por segunda vez la tierra entre sus manos para darle gracias por el don que acababa de hacerle de su libertad, y tras de besarle la orla del manto y cubrirse con ella la cabeza, se levantó y dijo a Zein: "¡Oh mi señor! ¿pero has reflexionado acerca de los peligros que vas a correr en esta expedición? ¡Porque la joven de diamante está en el palacio del Anciano de las Tres Islas! Y las Tres Islas se hallan situadas en un país cuyo umbral no puede trasponer la generalidad de los hombres. Sin embargo, yo puedo conducirte, pues conozco la fórmula que hay que pronunciar para penetrar en él." Y contestó el príncipe Zein: "Estoy pronto a afrontar todos los peligros con tal de adquirir esa joven de diamante, ya que no sucederá nada que no deba suceder. ¡Y heme aquí con el pecho hinchado por todo mi valor para ir en busca del Anciano de las Tres Islas!"

Entonces ordenó Mubarak a los esclavos que dispusieran todo lo necesario para la marcha. Y tras de hacer sus abluciones y la plegaria, montaron a caballo y se pusieron en camino. Y viajaron días y noches por llanuras y desiertos y por parajes solitarios en donde no había más que hierba y la presencia de Alah. Y durante aquel viaje se ofreció a ellos sin cesar el espectáculo de cosas, a cual más extraña, que encontraban por primera vez en su vida. Y acabaron por llegar a una pradera deliciosa, en donde se apearon de los camellos, y encarándose con los esclavos que les seguían, les dijo Mubarak: "¡Os quedaréis en esta pradera para guardar los camellos y las provisiones hasta nuestro regreso!" Y rogó a Zein que le siguiera, y le dijo: "¡Oh mi señor, no hay recurso ni poder más que en Alah el Omnipotente! Henos aquí en el umbral de las tierras prohibidas donde se halla la joven de diamante. Tenemos que avanzar completamente solos, sin vacilar en adelante ni por un momento. ¡Y ahora es cuando hemos de manifestar nuestra entereza y nuestro valor!" Y el príncipe Zein le siguió, y caminaron largo tiempo, sin detenerse, hasta que llegaron al pie de una alta montaña que tapaba todo el horizonte con una muralla inflexible.

Entonces el príncipe Zein se encaró con Mubarak, y le dijo: "¡Oh Mubarak! ¿y qué poder nos hará escalar ahora esta montaña inaccesible? ¿Y quién nos dará alas para llegar a su cúspide?" Y Mubarak contestó: "¡No tenemos necesidad de escalarla ni de llegar a su cúspide con alas que nos permitan ascender!" Y sacó del bolsillo un libro antiguo, en el cual había trazados al revés caracteres desconocidos, semejantes a patas de hormigas, y se puso a leer en voz alta ante la montaña, moviendo la cabeza, unos versículos en lengua incomprensible. Y al punto, girando sobre sí misma por ambos lados a la vez, se separó en dos partes la montaña, dejando junto al suelo un espacio lo bastante ancho para permitir pasar a un solo hombre. Y Mubarak cogió de la mano al príncipe, y resueltamente se aventuró el primero por aquel espacio angosto. Y anduvieron de tal suerte, uno detrás de otro, durante una hora de tiempo, y llegaron al otro extremo del pasadizo. Y en cuanto salieron se acercaron y unieron de una manera tan perfecta las dos mitades de la montaña, que no dejaron entre ellas ni un intersticio por el que pudiese penetrar siquiera la punta de una aguja.

Y a la salida se encontraron en la ribera de un lago tan grande como el mar y del seno del cual emergían a lo lejos tres islas cubiertas de vegetación. Y la ribera donde estaban recreaba la vista con árboles, arbustos y flores, que se miraban en el agua y embalsamaban el aire con los aromas más dulces, en tanto que los pájaros cantaban en diversos tonos melodías que arrebataban el espíritu y cautivaban el corazón.

Mubarak se sentó en la ribera, y dijo a Zein: "¡Oh mi señor! lo mismo que yo, estás viendo a lo lejos esas islas. ¡A ellas precisamente es adonde tenemos que ir!" Y Zein preguntó muy sorprendido: "¿Y cómo vamos a atravesar ese lago, tan vasto cual un mar, para ir a esas islas?" El otro contestó: "No te inquietes por eso, porque dentro de unos instantes vendrá por nosotros una barca para transportarnos a esas islas, hermosas cual las tierras prometidas por Alah a sus creyentes. Pero ¡oh mi señor! te suplico que, suceda lo que suceda y veas lo que veas, no hagas la menor reflexión. ¡Y sobre todo, ¡oh mi señor! por muy singular que te parezca la cara del barquero, y por muy extraordinario que le encuentres, guárdate de mover la lengua! ¡Porque si, una vez embarcados, tienes la desgracia de pronunciar una sola palabra, la barca se hundirá en las aguas con nosotros!" Y contestó Zein, extremadamente impresionado: "¡Me guardaré la lengua entre los dientes y mis reflexiones en el espíritu...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 724ª NOCHE

Ella dijo:

"¡...me guardaré la lengua entre los dientes y mis reflexiones en el espíritu!"

Mientras hablaban así, vieron de repente aparecer en el lago una barca con un barquero, y estaba tan cerca de ellos, que no supieron si había salido del seno del agua o si había bajado del fondo del aire. Y aquella barca era de madera de sándalo rojo y en medio tenía un mástil del ámbar más fino, y jarcias de seda. En cuanto al barquero, poseía cuerpo de ser humano, hijo de Adán, pero su cabeza se parecía a la de un elefante y ostentaba dos orejas que le caían hasta tierra y arrastraban tras él como la cola de Agar.

Cuando la barca estuvo solo a cinco codos de la orilla, se detuvo, y el barquero con cabeza de elefante estiró la trompa y tomó con ella, uno tras otro, a ambos compañeros, y los transportó a la barca con tanta facilidad como si fuesen plumas, y les colocó con mucho cuidado. Y al punto sumergió en el agua su trompa, y utilizándola a la vez como remo y timón, se alejó de la orilla. Y alzó sus inmensas orejas rastreras y las desplegó por encima de su cabeza al viento, que hubo de henchirlas tumultuosamente como si fuesen velas. Y maniobró con ellas, volviéndolas hacia el lado de la brisa, con más seguridad con que un capitán haría maniobrar los aparejos de su barco. E impulsada de aquel modo, voló la barca cual un pájaro en el lago.

Cuando llegaron a orillas de una de las islas, el barquero les cogió de nuevo con la trompa, a uno tras de otro, y les dejó en la arena, sin lastimarles, para desaparecer al punto con su barca.

Entonces Mubarak cogió de la mano al príncipe y se internó con él en el interior de la isla, siguiendo un sendero pavimentado con pedrerías de todos colores en vez de guijarros. Y caminaron de aquella manera hasta que llegaron ante un palacio enteramente construido con piedras de esmeralda y rodeado de un ancho foso, en cuyos bordes había plantados de trecho en trecho árboles tan altos que cubrían todo el palacio con su sombra. Y frente a la puerta principal de entrada, que era de oro macizo, había un puente formado de conchas y que lo menos medía seis toesas de largo por tres de ancho. Y sin atreverse a franquear aquel puente, Mubarak se detuvo, y dijo el príncipe: "No podemos ir más adelante. ¡Pero si queremos ver al Anciano de las Tres Islas, podemos hacer un conjuro mágico!" Y extrajo de un saco que llevaba oculto entre la ropa cuatro tiras de seda amarilla. Y con una se rodeó la cintura, y se puso otra a la espalda. Luego dio las otras dos al príncipe, que hizo el mismo uso de ellas. Y entonces Mubarak extrajo del saco dos alfombras preciosas de seda fina, las extendió en el suelo y esparció encima algunos granos de almizcle de ámbar, murmurando fórmulas de encanto. Después se sentó, con las piernas cruzadas, en medio de una de aquellas alfombras, y dijo al príncipe: "¡Ponte en medio de la otra alfombra!" Y Zein ejecutó la orden, y Mubarak le dijo: "Ahora voy a conjurar al Anciano de las Tres Islas, que habita este palacio. ¡Haga Alah que venga a nosotros sin encolerizarse! Porque he de advertirte ¡oh mi señor! que no estoy muy seguro de la manera cómo va a recibirnos, y siento inquietud por las consecuencias de nuestra empresa; pues si no le agrada nuestra llegada a la isla, aparecerá bajo la forma de un monstruo espantoso, pero si no le molesta nuestra venida, se mostrará bajo la forma de un amable y noble Adamita.

En cuanto esté ante nosotros, tendrás que levantarte en honor suyo, y sin salirte de la alfombra le harás las zalemas más respetuosas, y le dirás: "¡Oh poderoso señor, soberano de soberanos! ¡henos aquí en el recinto de tu soberanía y habiendo entrado por la puerta de tu protección! Por lo que a mí se refiere, soy tu esclavo Zein, sultán de Bassra, hijo del difunto sultán a quien se llevó el ángel de la muerte después de que finara en la paz de su Señor. ¡Y vengo a solicitar de tu generosidad y de tu poder los mismos favores que dispensaste a mi difunto padre, servidor tuyo!" Y si te pregunta qué gracia quieres que te conceda, le contestarás: "¡Oh soberano mío! ¡lo que vengo a solicitar de tu generosidad es la séptima joven de diamante!"

Y contestó Zein: "¡Escucho y obedezco!"

Entonces, cuando acabó de instruir así al príncipe Zein, Mubarak empezó a hacer conjuros, fumigaciones, recitados, abjuraciones y ensalmos, que para Zein no tenían significación ninguna. E inmediatamente se ocultó el sol tras un montón de nubes negras, y toda la isla se cubrió de espesas tinieblas, y brilló un largo relámpago que fue seguido de un trueno. Y levantóse un viento furioso que sopló hacia ellos; y oyeron un grito espantoso que estremeció los aires; y hubo un temblor de tierra semejante al que el ángel Israfil ha de causar el día del juicio.

Cuando Zein vio y oyó todo aquello, se sintió poseído de una gran emoción, que tuvo cuidado de no dejar traslucir, sin embargo; y pensó para sí: "¡Por Alah, que esto es un presagio bastante malo!" Pero Mubarak, que le adivinó el pensamiento, empezó a sonreír, y le dijo: "No tengas miedo, ¡oh mi señor! ¡Estas señales, por el contrario, deben tranquilizarnos! ¡Todo va bien, con ayuda de Alah!"

Efectivamente, en el mismo instante en que él pronunciaba estas palabras...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 725ª NOCHE

Ella dijo:

"...Efectivamente, en el mismo instante en que él pronunciaba estas palabras, apareció ante ellos el Anciano de las Tres Islas bajo la forma de un Adamita de aspecto venerable, ¡y tan hermoso, que no le superaría en perfección nadie más que Aquel a quien pertenecen toda hermosura, toda cualidad y toda gloria! (¡Exaltado sea!) Y se acercó a Zein, sonriéndole como sonreiría un padre a su hijo. Y Zein se apresuró a levantarse en honor suyo, sin abandonar, no obstante, el centro de la alfombra, para inclinarse luego ante él y besar la tierra entre sus manos. Y no dejó de hacerle las zalemas y los cumplimientos indicados por Mubarak. Y sólo entonces le expuso el motivo de su viaje a la isla.

Cuando el Anciano de las Islas hubo oído las palabras de Zein y comprendió bien su significación, sonrió con una sonrisa aun más atrayente, y dijo a Zein: "¡Oh Zein! en verdad que quise a tu padre con un cariño grande; y cada vez que venía a verme hacíale yo don de una joven de diamante; y me cuidaba de hacérsela transportar yo mismo a Bassra por temor de que la deterioraran los camelleros. Pero no creas que a ti te profeso menos amistad, ¡oh Zein! Pues has de saber que, por propio impulso, prometí a tu padre tomarte bajo mi protección, y le alenté a escribir las dos advertencias y a ocultarlas, una en el armario del archivo y otra en el cofre del subterráneo. Y heme aquí dispuesto a darte la joven de diamante, que por sí sola vale tanto como las demás reunidas y otras mil análogas. ¡Pero ¡oh Zein! no podré hacerte ese regalo maravilloso más que a cambio de otro que quiero pedirte!" Y contestó Zein: "¡Por Alah, ¡oh mi señor! que cuanto me pertenece es propiedad tuya, y yo mismo me hallo incluido ante lo que te pertenece!"

Y el Anciano sonrió, y contestó: "¡Está bien, ¡oh Zein! pero mi petición es muy difícil de satisfacer! ¡Y no sé si alguna vez lograrás complacerme!" El joven preguntó: "¿Y qué es ello?" El otro dijo: "¡Es preciso que me busques, para traérmela a esta isla, una joven de quince años que sea una virgen intacta y a la par una belleza sin rival!" Y exclamó Zein: "Si eso es todo lo que me pides, ¡oh mi señor! ¡por Alah, que me será fácil satisfacerte! ¡Porque nada en nuestro país es más corriente que las jóvenes de quince años vírgenes a la par que bellas!"

A estas palabras, el Anciano miró a Zein y se echó a reír de tal manera, que se cayó de trasero. Y cuando se hubo calmado un poco preguntó a Zein: "¿Tan fácil es encontrar lo que te pido, ¡oh Zein!?" Y Zein contestó: "¡Oh mi señor! ¡no solamente puedo procurarte una, sino diez jóvenes como la que pides! ¡En cuanto a mí, ya tengo en mi palacio un número considerable de jóvenes de esa clase, y están bien intactas, y me deleito arrebatándoles su virginidad!"

Al oír estas palabras, el Anciano no pudo menos de echarse a reír por segunda vez. Luego, con tono lleno de piedad, dijo a Zein: "Has de saber, hijo mío, que lo que te pido es una cosa tan rara, que nadie hasta hoy pudo traérmela. ¡Y si crees que son vírgenes las jóvenes que posees, te equivocas y te haces ilusiones! Porque ignoras que las mujeres disponen de mil medios para hacer creer en su virginidad, y consiguen engañar a los hombres más experimentados en asaltos. ¡Pero como por el aplomo de tus palabras veo que no sabes nada acerca de ellas, voy a suministrarte un medio de comprobar su estado de abertura o de cerrazón sin tocarlas con el dedo, sin desnudarlas y sin infundir en ellas sospechas! ¡Pues desde el momento que te pido una joven virgen, es indispensable que ningún hombre la haya tocado ni le haya visto con los ojos sus órganos más delicados!"

Cuando el joven Zein oyó estas palabras del Anciano de las Islas, se dijo: "¡Por Alah, que debe estar loco! Si tan difícil como pretende es saber si una joven está intacta, ¿cómo quiere que pueda yo encontrar una para él sin verla ni tocarla?" Y reflexionó durante un momento, y exclamó de pronto: "¡Por Alah, ya adivino! ¡Me guiaré por el olfato!" El anciano sonrió y dijo: "¡La virginidad no tiene olor!" El joven dijo: "¡Pues la miraré fijamente a los ojos!" El Anciano dijo: "¡La virginidad no se lee en los ojos!" El joven preguntó: "Entonces, ¿cómo voy a arreglarme, ¡oh mi señor!?" El Anciano dijo: "¡Eso es precisamente lo que voy a indicarte!" Y de improviso desapareció a sus ojos; pero fue para volver al cabo de un momento, y llevaba un espejo en la mano. Y se encaró con Zein, y le dijo: "Debo decirte, ¡oh Zein! que a un hijo de Adán le es imposible conocer en la cara de una hija de Eva si está virgen o perforada. Ese conocimiento no pertenece más que Alah y a los elegidos de Alah. Así es que, como yo no te lo puedo enseñar de otro modo, para darte ese conocimiento te traigo este espejo, que ha de ser más seguro que todas las conjeturas de los hombres.

En cuanto veas a una joven de quince años perfectamente bella y a la que creas virgen, o a la que como tal te presenten, no tendrás más que mirar este espejo y al punto verás aparecer en él la imagen de la joven consabida. Y no temas examinar esta imagen, porque la contemplación de una imagen en un espejo no constituye ningún atentado a la virginidad de un cuerpo, como lo constituiría la contemplación directa del cuerpo mismo. Si la joven no está virgen, lo advertirás al examinar su historia, que se te aparecerá hinchada y abierta cual un abismo, y también verás que se empaña el espejo, como si tuviera vaho. Pero si, por el contrario, quisiera Alah que la joven haya permanecido virgen, verás aparecer una historia no mayor que una almendra mondada, y el espejo se conservará claro, puro y limpio de todo vaho...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 726ª NOCHE

Ella dijo:

¡Pero si, por el contrario, quisiera Alah que la joven haya permanecido virgen, verás aparecer una historia no mayor que una almendra mondada, y el espejo se conservará claro, puro y limpio de todo vaho!"

Y cuando hubo hablado así, el Anciano de las Islas entregó a Zein el espejo mágico, añadiendo: "Deseo ¡oh Zein! que el Destino te haga encontrar lo más pronto posible la virgen de quince años que te pido. ¡Y no olvides que es preciso sea perfectamente bella! Porque, ¿de qué sirve la virginidad sin belleza? ¡Y ten cuidado de este espejo, cuya pérdida sería para ti una lástima irreparable! Y contestó Zein con el oído y la obediencia; y tras de despedirse del Anciano de las Tres Islas, desanduvo con Mubarak el camino del lago. Y fue a ellos con su barca el barquero de la cabeza de elefante y les pasó de la misma manera que antes les había pasado. Y de nuevo se abrió la montaña para hacerles paso. Y se apresuraron a reunirse con los esclavos que guardaban los caballos.

Y regresaron a El Cairo.

Y he aquí que el príncipe Zein consintió por fin en tomarse algunos días de descanso en el palacio de Mubarak para reponerse de las fatigas y emociones del viaje. Y pensaba: "¡Ya Alah! ¡qué infeliz es el anciano de las Islas, que no vacila en darme la más maravillosa de sus jóvenes de diamante a cambio de una Adamita virgen! ¡Y se imagina que la raza de las vírgenes se ha extinguido sobre la faz de la tierra!" Luego, cuando le pareció que se había tomado el descanso necesario, llamó a Mubarak, y le dijo: "¡Oh Mubarak! levantémonos y vayamos a Bagdad y a Bassra, donde las jóvenes vírgenes son tan innumerables como la langosta. Y escogeremos la más bella entre todas. ¡Y vendremos a ofrecérsela al Anciano de las Tres Islas a cambio de la joven de diamante!" Pero contestó Mubarak: "¿Y para qué, ¡oh mi señor!? ¿No estamos en El Cairo, la ciudad de ciudades, lugar preferido por las personas deliciosas y punto de reunión de todas las bellezas de la tierra? ¡No te preocupes, pues, por eso, y déjame obrar en consecuencia!" El joven preguntó: "¿Y qué vas a hacer?" El otro dijo: "Entre otras, conozco a una vieja taimada, muy experta en jóvenes, y que nos proporcionará más de las que deseemos. Voy, pues, a encargarle que nos traiga aquí todas las jóvenes de quince años que se encuentren, no sólo en El Cairo, sino en todo Egipto. Y para que nos resulte más fácil la tarea, le recomendaré que haga por sí misma selección, no trayéndonos aquí más que las que juzgue dignas de ser ofrecidas como regalo a reyes y sultanes. Y a fin de estimular su celo, le prometeré un suntuoso bakhchich. Y de tal suerte, no dejará en Egipto una joven presentable sin traérnosla, con o sin consentimiento de sus padres. Y elegiremos la que nos parezca más bella entre las egipcias, y la compraremos; y si pertenece a una familia de notables, la pediré para ti en matrimonio, y te casarás con ella, solamente por fórmula, pues no has de tocarla, desde luego. Tras de lo cual iremos a Damasco, luego a Bagdad y a Bassra, y allí haremos las mismas pesquisas. Y en cada ciudad compraremos o nos procuraremos, por medio del matrimonio aparente, la que nos haya conmovido más con su belleza, después, claro está, de haber comprobado su virginidad valiéndonos del espejo. Y sólo entonces reuniremos a todas las jóvenes que nos hayamos proporcionado de ese modo, y escogeremos entre todas las que nos parezca indudablemente la más maravillosa. ¡Y de tal suerte, mi señor, habrás cumplido tu promesa al Anciano de las Tres Islas, quien, a su vez, cumplirá la suya, dándote a cambio de la maravillosa virgen de quince años la joven de diamante!" Y contestó Zein: "¡Tu idea ¡oh Mubarak! es de lo más excelente! ¡Y de tu boca acaban de salir las palabras de la sabiduría y de la elocuencia!"

Entonces Mubarak fue en busca de la consabida vieja taimada, que no tenía igual para argucias y artificios de todas clases, pues era capaz de dar lecciones de sagacidad, picardía y sutileza al propio Eblis. Y después de ponerle en la mano, para empezar, un bakhchich de cierta importancia, le expuso el motivo que le impulsaba a verla, y añadió "Porque esta joven que te pido, escogida entre todas las jóvenes de quince años que se encuentran en Egipto, y que ha de ser incomparablemente bella y virtuosa en absoluto, está destinada a ser la esposa del hijo de mi amo. Y ten la seguridad de que tus pesquisas y trabajos se te retribuirán liberalmente. ¡Y habrás de alabarte de nuestra generosidad!" Y contestó la vieja: "¡Oh mi señor! tranquiliza tu espíritu y refresca tus ojos, pues ¡por Alah! que voy a consagrarme a satisfacer tu deseo hasta más allá de lo que me pides. Porque has de saber que tengo en mi mano jóvenes de quince años vírgenes y que todas son hijas de hombres honorables y de notables. ¡Y te las llevarás todas, una tras otra, y te verás perplejo para elegir entre todas esas lunas a cual más maravillosa! "

Así habló la vieja taimada. Pero, a pesar de toda su sagacidad y su ciencia, no sabía nada en absoluto de lo referente al espejo. Así es que con su aplomo de siempre salió a recorrer la ciudad, poniendo en juego sus argucias, en busca de jóvenes...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 727ª NOCHE

Ella dijo:

"...Así es que con su aplomo de siempre salió a recorrer la ciudad, poniendo en juego sus argucias, en busca de jóvenes. Y efectivamente, no tardó en llevar al palacio de Mubarak un primer grupo muy considerable de jóvenes selectas, todas de quince años de edad, más bien menos que más, y todas intactas en cuanto a su virginidad. Y una tras otra, envueltas en sus velos, con los ojos modestamente bajos, las introdujo en la sala en que les esperaba el príncipe Zein, provisto de su espejo y sentado junto al mercader Mubarak. Y al ver todos aquellos párpados bajos y aquellos rostros cándidos y aquel gesto púdico, nadie hubiera podido dudar de la pureza y de la virginidad de las jóvenes que introducía la vieja. ¡Pero he aquí que existía el espejo, y nada podía engañar al espejo, ni párpados bajos, ni rostros cándidos, ni gesto púdico! En efecto, cada vez que entraba una joven, el príncipe Zein, sin pronunciar palabra, volvía el espejo hacia la joven que había que inspeccionar, y miraba. Y aparecía ella en el espejo toda desnuda, a pesar de las numerosas vestiduras que la cubrían; y no resultaba invisible ninguna parte de su cuerpo; y se reflejaba su historia con sus menores detalles, igual que si se la hubiese colocado en un cofrecillo de cristal diáfano.

Y he aquí que, cada vez que el príncipe Zein inspeccionaba en el espejo a las jóvenes que entraban, estaba lejos de ver una historia minúscula en forma de almendra sin cáscara; y se asombraba prodigiosamente al comprobar en qué abismo sin fondo habría podido arrojarse o arrojar desatentadamente al Anciano de las Tres Islas, a no ser por el recurso del espejo mágico. Y después del examen desechaba a todas las que entraban, sin explicar, empero, a la vieja el verdadero motivo de su abstención; porque no quería perjudicar a aquellas jóvenes descubriendo lo que había velado Alah y revelando lo que por lo común estaba oculto. Y se limitaba a limpiar con la manga cada vez el vaho denso que acababa de empañar el espejo al aparecer la imagen. Y sin desalentarse y excitada por la esperanza de la remuneración, la vieja le llevó un segundo grupo, más importante todavía que el primero, y un tercero, y un cuarto, y un quinto grupo, pero sin más resultado que la vez primera. ¡Y de tal suerte, ¡oh Zein! viste las historias de las egipcias, de las coptas, de las nubias, de las abisinias, de las sudanesas, de las maghrenias, de las árabes y de las beduinas! Y en verdad que, entre tantas, las había que eran excelentes hasta cierto punto, y pertenecían a propietarias incomparablemente bellas y deliciosas. ¡Pero ni una sola vez viste, entre todas aquellas historias, la historia requerida, virgen de todo contacto, semejante a una almendra mondada!

Y en vista de ello, sin haber podido encontrar en Egipto, lo mismo entre las hijas de los grandes que entre las del pueblo, una joven que tuviera las condiciones necesarias, el príncipe y Mubarak juzgaron que ya no les quedaba que hacer más que abandonar aquel país para ir a continuar sus pesquisas en Siria por el pronto. Y partieron para Damasco, y alquilaron un magnífico palacio en el barrio más hermoso de la ciudad. Y Mubarak se puso al habla con las viejas casamenteras y con las alcahuetas, y les expuso lo que tenía que exponerles. Y le contestaron todas con el oído y la obediencia. Y entraron en negociaciones con las jóvenes, hijas de grandes y pequeños, lo mismo con las musulmanas que con las judías y las cristianas. Y sin sospechar las virtudes del espejo mágico, del que ignoraban hasta la existencia las llevaron por turno a la sala reservada para la inspección. Pero con las sirias ocurrió exactamente igual que había ocurrido con las egipcias y las otras; pues, no obstante su apostura modesta y la pureza de sus miradas y sus mejillas ruborizadas de pudor y sus quince años, todas tenían la historia perforada. Y las alcahuetas y las demás viejas se vieron obligadas a volverse con las narices tan largas que les llegaban hasta los pies.

¡Y he aquí lo referente a ellas!

¡Pero he aquí ahora lo referente al príncipe Zein y a Mubarak! Cuando comprobaron que la Siria, como el Egipto, estaba completamente limpia de jóvenes con las historias todavía selladas, se quedaron muy estupefactos; y Zein pensó: "¡Es inconcebible!" Y dijo a Mubarak: "¡Oh Mubarak! creo que nada tenemos que hacer ya en este país, y que necesitamos buscar por otras comarcas lo que deseamos. ¡Porque mi corazón y mi espíritu están pendientes de la séptima joven de diamante, y me hallo dispuesto siempre a continuar las pesquisas para dar con la virgen de quince años que ha de entregarse al Anciano de las Islas a cambio de su regalo!" Y contestó Mubarak: "¡Escucho y obedezco!" Y añadió: "Mi opinión es que sería inútil ir a otra parte que no fuera el Irak. Porque sólo allí tenemos probabilidad de encontrar lo que buscamos. ¡Preparemos, pues, la caravana, y vamos a Bagdad, la ciudad de paz...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 728ª NOCHE

Ella dijo:

¡Preparemos, pues, la caravana y vamos a Bagdad, la ciudad de paz!"

Y Mubarak hizo los preparativos de marcha, y cuando la caravana estuvo completa, emprendió con el príncipe Zein el camino que a través del desierto conduce a Bagdad. Y Alah les escribió la seguridad; y no se encontraron con beduinos salteadores de caminos, y llegaron con buena salud a la ciudad de paz.

Empezaron, como habían hecho en Damasco, por alquilar un palacio situado a orillas del Tigris y que tenía unas vistas maravillosas y un jardín semejante al Jardín-de-las-Delicias del califa. Y mantuvieron un tren de casa extraordinario, gastando con esplendidez y dando festines sin igual. Y cuando sus invitados habían comido y bebido hasta la saciedad, mandaban distribuir las sobras entre los pobres y derviches. Y había entre aquellos derviches uno que se llamaba Abu-Bekr, y que era un desvergonzado, un canalla de lo más detestable, que odiaba a la gente rica por ser rica precisamente y él pobre. Pues la miseria endurece el corazón del hombre dotado de alma baja, en tanto que ennoblece el corazón del hombre dotado de alma elevada. Y como veía la abundancia y los bienes de Alah en la morada de los recién venidos, no necesitó más para tomar aversión a ambos. Y así es que un día entre los días, fue a la mezquita para la plegaria de la tarde, y exclamó en medio de la muchedumbre congregada allí: "¡Oh creyentes! habéis de saber que han venido a habitar en nuestro barrio dos extranjeros que a diario gastan sumas considerables y hacen alarde de sus riquezas, únicamente para deslumbrar los ojos de los pobres como nosotros. ¡Pero no sabemos quiénes son esos extranjeros e ignoramos si son unos malvados que se escaparon de un país con bienes considerables para venir a derrochar en Bagdad el producto de sus latrocinios y el dinero de viudas y de huérfanos! ¡Por el nombre de Alah y los méritos de nuestro señor Mohamed (¡con Él la plegaria y la paz!), os conjuro, pues, a que os pongáis en guardia contra esos desconocidos y no aceptéis nada de su falsa generosidad! Además, si nuestro amo el califa llega a saber que en nuestro barrio hay hombres así, a todos nos hará responsables de sus hazañas y nos castigará por no haberle advertido. ¡Pero en cuanto a mí, he de declararos que retiro mis dos manos de ese asunto y que no tengo nada de común con esos extranjeros ni con los que aceptan sus invitaciones y entran en su casa!" Y todos los presentes contestaron a una: "Ciertamente, tienes razón ¡oh jeique Abu-Bekr! ¡Y quedas encargado de redactar una queja al califa acerca del particular para que examine el caso!"

Después salió de la mezquita toda la asamblea. Y el derviche Abu-Bekr regresó a su casa para meditar la manera de hacer daño a los dos extranjeros.

Entretanto, no tardó Mubarak en saber, por decreto del Destino, lo que acababa de ocurrir en la mezquita; y le atemorizaron mucho los manejos del derviche, y pensó que, como la cosa moviera ruido, no le sería posible inspirar confianza a las alcahuetas y casamenteras. Así es que, sin pérdida de tiempo, metió en un saco quinientos dinares de oro y corrió a casa del derviche. Y llamó a la puerta, y fue a abrirle el derviche, y al reconocerle, le preguntó con acento colérico: "¿Quién eres? ¿Y qué quieres?" Y el otro contestó: "Soy tu esclavo Mubarak, ¡oh imán Abu-Bekr, amo mío! Y vengo a verte de parte del emir Zein, que ha oído hablar de tu ciencia, de tus conocimientos y de tu influencia en la ciudad, y me ha enviado para que te rinda sus homenajes y le ponga por completo a tu disposición. Y a fin de demostrarte su buena voluntad, me ha encargado que te entregue esta bolsa con quinientos dinares, como homenaje de un leal a su soberano, excusándose contigo de no guardar proporción el regalo con la inmensidad de tus merecimientos. ¡Pero si Alah quiere, en días sucesivos no dejará de probarte más aún todo lo agradecido y lo perdido que se halla en el desierto sin límites de tu benevolencia!"

Cuando el derviche Abu-Bekr vio el saco de oro y computó su contenido, se le enternecieron mucho los ojos y se le endulzaron las intenciones. Y contestó: "¡Oh mi señor! ¡ardientemente imploro que me perdone tu amo el emir por lo que mi lengua haya podido decir acerca de él sin pensar, y me arrepiento hasta el límite del arrepentimiento por haber faltado a mis deberes para con su persona! Te ruego, pues, seas mi delegado acerca de él para exponerle mi contrición en cuanto a lo pasado y mis disposiciones en cuanto al porvenir. ¡Porque a partir de hoy, si Alah quiere, voy a reparar en público las desconsideraciones en que haya podido incurrir, y en vista de eso, me haré acreedor a los favores del emir!"

Y contestó Mubarak: "¡Loores a Alah, que llena de buenas intenciones tu corazón, oh amo mío Abu-Bekr! ¡Pero te suplico que después de la plegaria, no te olvides de ir a honrar nuestro umbral con tu presencia y a deleitar nuestro espíritu con tu trato! ¡Porque sabemos que la bendición acompañará los pasos de tu santidad en nuestra morada!" Y cuando hubo hablado así, besó la mano al derviche y retornó a la casa.

En cuanto a Abu-Bekr, no dejó de ir a la mezquita a la hora de la plegaria, e irguiéndose en medio de los fieles congregados, exclamó: "¡Oh creyentes, hermanos míos! ¡ya sabéis que no hay nadie que no tenga enemigos; y ya sabéis también que la envidia se ensaña principalmente en aquellos sobre quienes han descendido los favores y las bendiciones de Alah! Así, pues, para descargar mi conciencia, he de deciros que los dos extranjeros de quienes ayer os hablé desconsideradamente, son personas dotadas de nobleza, de tacto, de virtudes y de cualidades inestimables. Además, los informes que adquirí respecto a ellos me permiten afirmar que uno de los tales es un emir de alto rango y mucho mérito, y su presencia sólo bien puede hacer a nuestro barrio. Es preciso, por tanto, que le honréis donde le encontréis, y que le rindáis los honores debidos a su rango y a su calidad. ¡Uassalam!"

Y el derviche Abu-Bekr destruyó así en el espíritu de sus oyentes el efecto de sus palabras de la víspera. Y los dejó para volver a su casa con objeto de cambiarse de ropa y vestirse con un capote nuevo, cuyos bordes le arrastraban y cuyas amplias mangas le llegaban hasta las rodillas. Y fue a visitar al príncipe Zein, y entró en la sala reservada a los visitantes...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 729ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y fue a visitar al príncipe Zein, y entró en la sala reservada a los visitantes. Y se inclinó hasta la tierra en presencia del príncipe, que le devolvió su zalema y le recibió con cordialidad y le invitó a sentarse en el diván al lado suyo. Luego mandó que le sirvieran de comer y de beber, y le hizo compañía, compartiendo la comida con él y con Mubarak. Y charlaron como dos excelentes amigos. Y el derviche, completamente conquistado por los modales del príncipe, le preguntó: "¡Oh mi señor Zein! ¿piensas iluminar por mucho tiempo nuestra ciudad con tu presencia?" y Zein, que, no obstante su tierna edad, era muy avisado y sabía sacar provecho de las ocasiones deparadas por el Destino, le contestó: "Sí, ¡oh mi señor imán! ¡Mi intención es vivir en Bagdad hasta que logre mi propósito!" Y Abu-Bekr dijo: "¡Oh mi señor emir! ¿cuál es el noble propósito que persigues? ¡Tu esclavo estará muy contento de poder ayudarte en algo, y se interesará por ti de todo corazón amistoso!" Y contestó el príncipe Zein: "Sabe entonces, ¡oh venerable jeique Abu-Bekr! que mi anhelo se cifra en el matrimonio. En efecto, deseo encontrar, para tomarla por esposa, una joven de quince años que sea a la vez excesivamente bella y virgen en absoluto. Y es preciso que su belleza sea tal, que no tenga ella par entre las jóvenes de su tiempo, y que su virginidad sea de buena ley, por fuera y por dentro. Y ése es el propósito que persigo y el motivo que me condujo a Bagdad tras de impulsarme a residir en Egipto y en Siria". Y contestó el derviche: "¡En verdad, ¡oh amo mío! que eso es cosa muy rara y muy difícil de encontrar! Y si Alah no me hubiera puesto en tu camino, tu estancia en Bagdad no habría visto jamás su término, y en vano hubieran perdido el tiempo en pesquisas todas las casamenteras. ¡Pero yo sé dónde podrás encontrar esa perla única, y te lo diré si es que me lo permites!"

Al oír estas palabras, Zein y Mubarak no pudieron por menos de sonreír. Y Zein le dijo: "¡Oh santo derviche! ¿estás bien seguro de la virginidad de la que me hablas? Y de ser así, ¿cómo te arreglaste para adquirir esa certeza? Si viste por ti mismo a esa joven lo que debe permanecer oculto, ¿cómo quieres que sea virgen? ¡Porque la virginidad reside tanto en la conservación del sello como en que permanezca invisible!" Y Abu-Bekr contestó: "¡Claro que no lo he visto! ¡Pero me cortaría la mano derecha si no estuviese como te he indicado! Y además, ¿cómo vas a arreglarte tú mismo, ¡oh mi señor! para tener una certeza tan completa antes de la noche de bodas?" Y contestó Zein: "¡Es muy sencillo: sólo necesitaré verla un instante, toda vestida y completamente envuelta en sus velos!" Y el derviche no quiso echarse a reír, por consideración a su huésped, y limitóse a contestar: "¡Buen fisonomista debe ser nuestro amo el emir para adivinar de esa manera, sin ver más que los ojos tras el velo, el estado de la virginidad en una joven a quien no conozca!" Y dijo Zein: "¡Así es! ¡Y no tienes más que dejarme ver a la joven, si verdaderamente crees que es posible la cosa! ¡Y ten la seguridad de que sabré corresponder a tus servicios y estimarlos en más de su valor!" Y contestó el derviche: "¡Escucho y obedezco!" Y salió en busca de la consabida joven.

Porque Abu-Bekr conocía a una joven que podía llenar las condiciones requeridas, y que no era otra que la hija del jeique de los derviches de Bagdad. Y su padre habíala criado alejada de todas las miradas, haciéndola llevar una vida sencilla y recatada, con arreglo a los preceptos sublimes del Libro. Y creció ella en la morada ignorando la fealdad, y cuajó como una flor. Y era blanca y elegante y deliciosamente formada, pues había salido sin defecto del molde de la belleza. Y sus proporciones eran admirables, y negros sus ojos, y bruñidos como trozos de luna sus miembros delicados. ¡Y era toda redonda y finísima al mismo tiempo! En cuanto a lo que estaba situado entre las columnas, no sabría describirlo nadie, porque nadie lo había visto. ¡He aquí por qué el espejo mágico será el único que la refleje por primera vez y pueda permitir esta descripción con asentimiento de Alah!

El derviche Abu-Bekr fue, pues, a casa del jeique de la corporación, y tras de las zalemas y cumplimientos por una y otra parte, le espetó un largo discurso, basado en diversos textos del Libro santo acerca de la necesidad que del matrimonio tienen las jóvenes púberes, y acabó por exponerle la situación con todos sus detalles, añadiendo: "¡Porque ese emir tan noble, tan rico y tan generoso, está dispuesto a pagarte la dote que pidas por tu hija; pero en cambio, exige, como única condición, posar una sola mirada en ella estando tu hija vestida por completo y enteramente envuelta en el izar!" Y el jeique de los derviches, padre de la joven, hubo de reflexionar durante una hora de tiempo, y contestó: "¡No hay inconveniente!" Y fue en busca de su esposa, madre de la joven, y le dijo: "¡Oh madre de Latifah! ¡levántate y coge a nuestra hija Latifah y echa a andar detrás de nuestro hijo, el derviche Abu-Bekr, que te conducirá a un palacio donde el destino de tu hija le espera hoy...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 730ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Oh madre de Latifah! ¡levántate y coge a nuestra hija Latifah y echa a andar detrás de nuestro hijo, el derviche Abu-Bekr, que te conducirá a un palacio donde el destino de tu hija la espera hoy!" Y la esposa del jeique de los derviches obedeció enseguida y se envolvió en sus velos y fue al aposento de su hija, y le dijo: "¡Oh hija mía Latifah! ¡tu padre desea que salgas hoy por primera vez conmigo!" Y tras de peinarla y vestirla salió con ella y siguió, a diez pasos de distancia, al derviche Abu-Bekr; que las condujo al palacio donde les esperaban Zein y Mubarak sentados en el diván de la sala de audiencia.

Y entraste ¡oh Latifah! mostrando tus grandes ojos negros, muy asombrados tras el velillo de tu rostro. Porque en tu vida habías visto otra cara de hombre que la cara venerable de tu padre, el jeique de los derviches. ¡Y no bajaste los ojos, pues no conocías la falsa modestia, ni el falso pudor, ni ninguna de las cosas que de ordinario aprenden las hijas de los hombres para cautivar los corazones, sino que lo mirabas todo con tus hermosos ojos negros de gacela temblorosa, vacilante y encantadora!

Y al verte aparecer, el príncipe Zein sintió que se le huía la razón, porque entre todas las mujeres de su palacio de Bassra y todas las jóvenes de Egipto y de Siria no había visto a ninguna que, de cerca o de lejos, se pudiera comparar a ti en belleza. Y el espejo te reflejó toda desnuda. Y así pudo ver él, acurrucada en lo alto de las columnas, semejante a una pequeñísima palomita blanca, una milagrosa historia sellada con el sello intacto de Soleimán (¡con Él la paz y la plegaria!) Y la consideró más atentamente, y en el límite del júbilo comprobó que tu historia ¡oh Latifah! era de todo punto semejante a una almendra mondada. ¡Gloria a Alah que conserva los tesoros y los reserva a sus creyentes!

Cuando el príncipe Zein, gracias al espejo mágico, vio cómo estaba la joven que hubo de buscar, encargó a Mubarak que inmediatamente fuera a hacer la petición de matrimonio. Y Mubarak, acompañado de Abu-Bekr, el derviche, fue al punto a casa del jeique de los derviches, le transmitió la petición de matrimonio y le pidió su consentimiento. Y le condujo al palacio; y se envió a buscar al kadí y a los testigos; y se extendió el contrato de matrimonio. Y se celebraron las bodas con una pompa extraordinaria; y Zein dio grandes festines e hizo muchas dádivas a los pobres del barrio. Y cuando se marcharon todos los invitados, Zein retuvo con él al derviche Abu-Bekr, y le dijo: "Has de saber, ¡oh Abu-Bekr! que esta misma tarde partimos para un país bastante lejano. Y mientras vuelvo a Bassra he aquí para ti diez mil dinares de oro, como remuneración por tus buenos servicios. ¡Pero Alah es más grande, y algún día podré probarte mejor mi gratitud!" Y le dio los diez mil dinares, pensando nombrarle un día gran chambelán, cuando llegara a su reino. Y después que el derviche le besó las manos, dio la señal de partida. Y colocaron a la joven virgen en una litera a lomos de un camello. Y Mubarak abrió la marcha, y Zein marchó el último. Y acompañados de su séquito, emprendieron el camino de las Tres Islas.

Como las Tres Islas estaban muy lejos de Bagdad, el viaje duró largos meses, durante los cuales el príncipe Zein se sentía a diario más prendado cada vez de los encantos de la maravillosa joven virgen convertida en su esposa legal. Y la amó con todo su corazón, porque ella atesoraba en sí dulzura, hechizos, gentileza y virtudes naturales. Y por primera vez experimentó él los efectos del verdadero amor, cuya existencia nunca hasta entonces hubo supuesto. Así es que, con gran amargura en el corazón, vio llegar el momento de entregar la joven al Anciano de las Tres Islas. Y varias veces estuvo tentado de desandar el camino y volverse a Bassra, llevándose a la joven. Pero le retenía el juramento que había hecho al Anciano de las Tres Islas, y no podía dejar de mantenerlo.

Entre tanto, llegaron al territorio vedado, y por el mismo camino y los mismos procedimientos de antes, arribaron a la isla en que residía el Anciano. Y tras de las zalemas y los cumplimientos, Zein le presentó a la joven toda tapada. Y al propio tiempo le entregó el espejo, y sus mismos ojos parecían dos espejos. Y al cabo de algunos instantes se acercó a Zein, y colgándose a su cuello, le besó con mucha efusión, y le dijo: "En verdad, sultán Zein, que estoy muy contento de tu diligencia por complacerme y del resultado de tus pesquisas. ¡Porque la joven que me traes es tal y como yo la anhelaba! ¡Es admirablemente bella y supera en encantos y en perfecciones a todas las jóvenes de la tierra! Además, está virgen y con virginidad de buena ley, ya que se la diría sellada con el sello de nuestro señor Soleimán ben-Daúd (¡con ambos la plegaria y la paz!) ¡Por lo que a ti se refiere, no tienes más que volver a tus Estados; y cuando entres en la segunda sala de loza, en donde están las seis estatuas, encontrarás allí la séptima que te he prometido y que por sí sola vale más que otras mil juntas!" Y añadió: "¡Haz comprender ahora a la joven que me la cedes y que ya no tiene nada de común contigo!"

Al oír estas palabras la encantadora Latifah, que también sentía mucho afecto por el hermoso príncipe Zein, lanzó un profundo suspiro y se echó a llorar. Y Zein se echó a llorar asimismo. Y muy triste, le explicó todo lo concertado entre él y el Anciano de las Islas, desmayándose de dolor Latifah. Y tras de haber besado la mano al Anciano, el joven emprendió de nuevo con Mubarak el camino de Bassra. Y durante todo el viaje no cesaba de pensar en aquella Latifah tan encantadora y tan dulce, y se recriminaba amargamente por haberla engañado haciéndole pensar que era su esposa, y se creía causante de la desdicha de ambos. Y no podía consolarse de ello.

Y he aquí que llegó en aquel estado de desolación a Bassra, donde grandes y pequeños celebraron su regreso con muchos festejos. Pero el príncipe Zein se había puesto muy triste, sin tomar parte en aquellos regocijos, y a pesar de todos los requerimientos de su fiel Mubarak, se negaba a bajar al subterráneo en que debía encontrar a la joven de diamante, tanto tiempo anhelada. Por fin, cediendo a los consejos de Mubarak, a quien hubo de nombrar visir en cuanto llegó a Bassra, consintió en bajar al subterráneo. Y atravesó la sala de porcelana y de cristal, toda llena de dinares y polvo de oro, y penetró en la sala de loza verde incrustada de oro...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 731ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y atravesó la sala de porcelana y de cristal, toda llena de dinares y polvo de oro, y penetró en la sala de loza verde incrustada de oro. Y vio las seis estatuas en sus respectivos sitios; y lanzó una mirada distraída al séptimo pedestal de oro. Y he aquí que en él se erguía sonriente una joven desnuda, más brillante que el diamante, en la cual reconoció el príncipe Zein, en el límite de la emoción, la que había conducido a las Tres Islas. Y sólo supo abrir la boca, inmóvil, sin poder pronunciar una sola palabra. Y dijo Latifah: "¡Sí, yo soy Latifah, a quien no esperabas encontrar aquí! ¡Ay! ¡ya veo que venías en espera de poseer algo más preciado que yo!"

Y al fin pudo expresarse Zein, y exclamó: "¡No, por Alah, ¡oh mi señora! que bajé aquí sin que lo dictase el corazón, el cual sólo por ti latía! ¡Pero bendito sea Alah, que ha permitido nuestra unión!"

Y cuando pronunciaba estas palabras se dejó oír el fragor de un trueno, que hizo retemblar el subterráneo, y en aquel mismo momento apareció el Anciano de las Islas. Y sonreía con bondad. Y se acercó a Zein, y le cogió la mano y la puso en la mano de la joven, diciéndole: "¡Oh Zein! has de saber que desde que naciste te tuve bajo mi protección. Tenía, pues, que asegurar tu dicha. Y nada mejor que darte el único tesoro que es inestimable. Y ese tesoro, más hermoso que todas las jóvenes de diamante y todas las pedrerías de la tierra, lo constituye esta joven virgen. ¡Porque la virginidad, unida a la belleza del cuerpo y a la excelencia del alma, es la triaca que procura todos los remedios y vale por todas las riquezas! Y hablando así, besó a Zein y desapareció.

¡Y el sultán Zein y su esposa Latifah, en el límite de la dicha, se amaron con un amor grande, y vivieron largos años la vida más deliciosa y más selecta, hasta que fue a visitarles la Separadora inevitable de los amantes y de las sociedades! ¡Gloria al Único Viviente que no conoce la muerte!

Cuando Schehrazada hubo acabado de contar esta historia, se calló. Y dijo el rey Schahriar: "¡Ese Espejo de las Vírgenes, Schehrazada, es extremadamente asombroso!"

Schehrazada sonrió, y dijo: "Sí, ¡oh rey! Pero, ¿qué es en comparación de la lámpara mágica?"

Y el rey Schahriar preguntó: "¿Qué lámpara mágica es esa que no conozco?" Y dicho Schehrazada: "¡La Lámpara de Aladino! ¡Y precisamente voy a hablarte de ella esta noche!"

Y dijo:

Historia de Aladino y de la lámpara mágica

Al príncipe Rolando Bonaparte.

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! ¡oh dotado de buenos modales! que en la antigüedad del tiempo y el pasado de las edades y de los momentos, en una ciudad entre las ciudades de la China, y de cuyo nombre no me acuerdo en este instante, había —pero Alah es más sabio— un hombre que era sastre de oficio y pobre de condición. Y aquel hombre tenía un hijo llamado Aladino que era un niño mal educado y que desde su infancia resultó un galopín muy enfadoso. Y he aquí que, cuando el niño llegó a la edad de diez años, su padre quiso hacerle aprender por lo pronto algún oficio honrado; pero, como era muy pobre, no pudo atender a los gastos de la instrucción y tuvo que limitarse a tener con él en la tienda al hijo, para enseñarle el trabajo de aguja en que consistía su propio oficio. Pero Aladino, que era un niño indómito, acostumbrado a jugar con los muchachos del barrio, no pudo amoldarse a permanecer un solo día en la tienda. Por el contrario, en lugar de estar atento al trabajo, acechaba el instante en que su padre se veía obligado a ausentarse por cualquier motivo o a volver la espalda para atender a un cliente, y al punto el niño recogía la labor a toda prisa y corría a reunirse por calles y jardines con los bribonzuelos de su calaña. Y tal era la conducta de aquel rebelde, que no quería obedecer a sus padres ni aprender el trabajo de la tienda.

Así es que su padre, muy apenado y desesperado por tener un hijo tan dado a todos los vicios, acabó por abandonarle a su libertinaje; y su dolor le hizo contraer una enfermedad, de la que hubo de morir. ¡Pero no por eso se corrigió Aladino de su mala conducta!

Entonces la madre de Aladino, al ver que su esposo había muerto y que su hijo no era más que un bribón, con el que no se podía contar para nada, se decidió a vender la tienda y todos los utensilios de la tienda, a fin de poder vivir algún tiempo con el producto de la venta. Pero como todo se agotó enseguida, tuvo necesidad de acostumbrarse a pasar sus días y sus noches hilando lana y algodón para ganar algo y alimentarse y alimentar al ingrato de su hijo.

En cuanto a Aladino, cuando se vio libre del temor a su padre, no le retuvo ya nada y se entregó a la pillería y la perversidad. Y se pasaba todo el día fuera de casa para no entrar más que a las horas de comer. Y la pobre y desgraciada madre, a pesar de las incorrecciones de su hijo para con ella y del abandono en que la tenía, siguió manteniéndole con el trabajo de sus manos y el producto de sus desvelos, llorando sola lágrimas muy amargas. Y así fue cómo Aladino llegó a la edad de quince años. Y era verdaderamente hermoso y bien formado, con dos magníficos ojos negros, y una tez de jazmín, y un aspecto de lo más seductor.

Un día entre los días, estando él en medio de la plaza que había a la entrada de los zocos del barrio, sin ocuparse más que de jugar con los pillastres y vagabundos de su especie, acertó a pasar por allí un derviche maghrebín, que se detuvo mirando a los muchachos obstinadamente. Y acabó por posar en Aladino sus miradas y por observarle de una manera bastante singular y con una atención muy particular, sin ocuparse ya de los otros niños camaradas suyos. Y aquel derviche, que venía del último confín del Maghreb, de las comarcas del interior lejano, era un insigne mago muy versado en la astrología y en la ciencia de las fisonomías; y en virtud de su hechicería podría conmover y hacer chocar unas con otras las montañas más altas. Y continuó observando a Aladino con mucha insistencia y pensando: "¡He aquí por fin el niño que necesito, el que busco desde hace largo tiempo y en pos del cual partí del Maghreb, mi país...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 732ª NOCHE

Ella dijo:

“¡He aquí por fin el niño que necesito, el que busco desde hace largo tiempo y en pos del cual partí del Maghreb, mi país!" Y aproximóse sigilosamente a uno de los muchachos, aunque sin perder de vista a Aladino, le llamó aparte sin hacerse notar, y por él se informó minuciosamente del padre y de la madre de Aladino, así como de su nombre y de su condición. Y con aquellas señas, se acercó a Aladino sonriendo, consiguió atraerle a una esquina, y le dijo: "¡Oh hijo mío! ¿no eres Aladino, el hijo del honrado sastre?" Y Aladino contestó: "Sí, soy Aladino. ¡En cuanto a mi padre, hace mucho tiempo que ha muerto!" Al oír estas palabras, el derviche maghrebín se colgó al cuello de Aladino, y le cogió en brazos, y estuvo mucho tiempo besándole en las mejillas, llorando ante él en el límite de la emoción. Y Aladino, extremadamente sorprendido, le preguntó: "¿A qué obedecen tus lágrimas, señor? ¿Y de qué conocías a mi difunto padre?"

Y contestó el maghrebín, con una voz muy triste y entrecortada: "¡Ah hijo mío! ¿cómo no voy a verter lágrimas de duelo y de dolor, si soy tu tío, y acabas de revelarme de una manera tan inesperada la muerte de tu difunto padre, mi pobre hermano? ¡Oh hijo mío! ¡has de saber, en efecto, que llego a este país después de abandonar mi patria y afrontar los peligros de un largo viaje, únicamente con la halagüeña esperanza de volver a ver a tu padre y disfrutar con él la alegría del regreso y de la reunión! ¡Y he aquí ¡ay! que me cuentas su muerte!"

Se detuvo un instante, como sofocado de emoción; luego añadió: "¡Por cierto ¡oh hijo de mi hermano! que, en cuanto te divisé, mi sangre se sintió atraída por tu sangre y me hizo reconocerte enseguida, sin vacilación, entre todos tus camaradas! ¡Y aunque cuando yo me separé de tu padre no habías nacido tú, pues aun no se había casado, no tardé en reconocer en ti sus facciones y su semejanza! ¡Y eso es precisamente lo que me consuela un poco de su pérdida! ¡Ah! ¡qué calamidad cayó sobre mi cabeza! ¿Dónde estás ahora, hermano mío, a quien creí abrazar al menos una vez después de tan larga ausencia y antes de que la muerte viniera a separarnos para siempre? ¡Ay! ¿quién puede envanecerse de impedir que ocurra lo que tiene que ocurrir? En adelante, tú serás mi consuelo y reemplazarás a tu padre en mi afección, puesto que tienes sangre suya y eres su descendiente; porque dice el proverbio: "¡Quien deja posteridad no muere!"

Luego el maghrebín sacó de su cinturón diez dinares de oro y se los puso en la mano a Aladino, preguntándole: "¡Oh hijo mío! ¿dónde habita tu madre, la mujer de mi hermano?" Y Aladino, completamente conquistado por la generosidad y la cara sonriente del maghrebín, le cogió de la mano, le condujo al extremo de la plaza y le mostró con el dedo el camino de su casa, diciendo: "¡Allí vive!" Y el maghrebín le dijo: "Estos diez dinares que te doy ¡oh hijo mío! se los entregarás a la esposa de mi difunto hermano, transmitiéndole mis zalemas. ¡Y le anunciarás que tu tío acaba de llegar de viaje, tras larga ausencia en el extranjero, y que espera, si Alah quiere, poder presentarse en la casa mañana para formular por sí mismo los deseos a la esposa de su hermano y ver los lugares donde pasó su vida el difunto y visitar su tumba!"

Cuando Aladino oyó estas palabras del maghrebín, quiso inmediatamente complacerle, y después de besarle la mano se apresuró a correr con alegría a su casa, a la cual llegó, al contrario que de costumbre, a una hora que no era la de comer, y exclamó al entrar: "¡Oh madre mía! ¡vengo a anunciarte que, tras larga ausencia en el extranjero, acaba de llegar de viaje mi tío, y te trasmite sus zalemas!" Y contestó la madre de Aladino, muy asombrada de aquel lenguaje insólito y de aquella entrada inesperada: "¡Cualquiera diría, hijo mío, que quieres burlarte de tu madre! Porque, ¿quién es ese tío de que me hablas? ¿Y de dónde y desde cuándo tienes un tío que esté vivo todavía?"

Y dijo Aladino: "¿Cómo puedes decir, ¡oh madre mía! que no tengo tío ni pariente que esté vivo aún, si el hombre en cuestión es hermano de mi difunto padre? ¡Y la prueba está en que me estrechó contra su pecho y me besó llorando y me encargó que viniera a darte la noticia y a ponerte al corriente!" Y dijo la madre de Aladino: "Sí, hijo mío, ya sé que tenías un tío; pero hace largos años que murió. ¡Y no supe que desde entonces tuvieras nunca otro tío!" Y miró con ojos muy asombrados a su hijo Aladino, que ya se ocupaba de otra cosa. Y no le dijo nada más acerca del particular en aquel día. Y Aladino, por su parte, no le habló de la dádiva del maghrebín.

Al día siguiente, Aladino salió de casa a primera hora de la mañana; y el maghrebín, que ya andaba buscándole, le encontró en el mismo sitio que la víspera, dedicado a divertirse, como de costumbre, con los vagabundos de su edad. Y se acercó inmediatamente a él, le cogió de la mano, le estrechó contra su corazón, y le besó con ternura. Luego sacó de su cinturón dos dinares y se los entregó, diciendo: "Ve a buscar a tu madre y dile, dándole estos dos dinares: «¡Mi tío tiene intención de venir esta noche a cenar con nosotros, y por esto te envía este dinero para que prepares manjares excelentes»" Luego añadió, inclinándose hacia él: "¡Y ahora, ya Aladino, enséñame por segunda vez el camino de tu casa!" Y contestó Aladino: "Por encima de mi cabeza y de mis ojos, ¡oh tío mío!" Y echó a andar delante y le enseñó el camino de su casa. Y el maghrebín le dejó y se fue por su camino...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 733ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y el maghrebín le dejó y se fue por su camino. Y Aladino entró en la casa, contó a su madre lo ocurrido y le entregó los dos dinares, diciéndole: "¡Mi tío va a venir esta noche a cenar con nosotros!"

Entonces, al ver los dos dinares, se dijo la madre de Aladino: "¡Quizá no conociera yo a todos los hermanos del difunto!" Y se levantó y a toda prisa fue al zoco, en donde compró las provisiones necesarias para una buena comida, y volvió para ponerse a preparar los manjares. Pero como la pobre no tenía utensilios de cocina, fue a pedir prestados a las vecinas las cacerolas, platos y vajilla que necesitaba. Y estuvo cocinando todo el día; y al hacerse la noche, dijo a Aladino: "¡La comida está dispuesta, hijo mío, y como tu tío no sepa bien el camino de nuestra casa, debes salirle al encuentro o esperarle en la calle!"

Y Aladino contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y cuando se disponía a salir, llamaron a la puerta. Y corrió a abrir él. Era el maghrebín. E iba acompañado de un mandadero que llevaba a la cabeza una carga de frutas, de pasteles y bebidas. Y Aladino les introdujo a ambos. Y el mandadero se marchó cuando dejó su carga y le pagaron. Y Aladino condujo al magbrebín a la habitación en que estaba su madre. Y el maghrebín se inclinó y dijo con voz conmovida: "La paz sea contigo, ¡oh esposa de mi hermano!" Y la madre de Aladino le devolvió la zalema. Entonces el maghrebín se echó a llorar en silencio. Luego preguntó: "¿Cuál es el sitio en que tenía costumbre de sentarse el difunto?" Y la madre de Aladino le mostró el sitio en cuestión; y al punto se arrojó al suelo el maghrebín y se puso a besar aquel lugar y a suspirar con lágrimas en los ojos y a decir: "¡Ah, qué suerte la mía! ¡Ah, qué miserable suerte fue haberte perdido! ¡oh hermano mío! ¡oh estría de mis ojos!"

Y continuó llorando y lamentándose de aquella manera, y con una cara tan transformada y tanta alteración de entrañas, que estuvo a punto de desmayarse, y la madre de Aladino no dudó ni por un instante de que fuese el propio hermano de su difunto marido. Y se acercó a él, le levantó del suelo, y le dijo: "¡Oh hermano de mi esposo! ¡vas a matarte en balde a fuerza de llorar! ¡Ay, lo que está escrito debe ocurrir!" Y siguió consolándole con buenas palabras hasta que le decidió a beber un poco de agua para calmarse y sentarse a comer.

Cuando estuvo puesto el mantel, el maghrebín comenzó a hablar con la madre de Aladino. Y le contó lo que tenía que contarle, diciéndole:

"¡Oh mujer de mi hermano! no te parezca extraordinario el no haber tenido todavía ocasión de verme y el no haberme conocido en vida de mi difunto hermano. Porque hace treinta años que abandoné este país y partí para el extranjero, renunciando a mi patria. Y desde entonces no he cesado de viajar por las comarcas de la India y del Sindh, y de recorrer el país de los árabes y las tierras de otras naciones. ¡Y también estuve en Egipto y habité la magnífica ciudad de Masr, que es el milagro del mundo! Y tras de residir allá mucho tiempo, partí para el país del Maghreb central, en donde acabé por fijar residencia durante veinte años.

"Por aquel entonces, ¡oh mujer de mi hermano! un día entre los días, estando en mi casa, me puse a pensar en mi tierra natal y en mi hermano. Y se me exacerbó el deseo de volver a ver mi sangre; y eché a llorar y empecé a lamentarme de mi estancia en país extranjero. Y al fin se hicieron tan intensas las nostalgias de mi separación y de mi alejamiento del ser que me era caro, que me decidí a emprender el viaje a la comarca que vio surgir mi cabeza de recién nacido. Y pensé para mi ánima: «¡Oh hombre! ¡cuántos años van transcurridos desde el día en que abandonaste tu ciudad y tu país y la morada del único hermano que posees en el mundo! ¡Levántate, pues, y parte a verle de nuevo antes de la muerte! Porque, ¿quién sabe las calamidades del Destino, los accidentes de los días y las revoluciones del tiempo? ¿Y no sería una suprema desdicha que murieras antes de regocijarte los ojos con la contemplación de tu hermano, sobre todo ahora que Alah (¡glorificado sea!) te ha dado la riqueza, y tu hermano acaso siga en una condición de estrecha pobreza? ¡No olvides, por tanto, que con partir verificarás dos acciones excelentes: volver a ver a tu hermano y socorrerle!»

"Y he aquí que, dominado por estos pensamientos, ¡oh mujer de mi hermano! me levanté al punto y me preparé para la marcha. Y tras de recitar la plegaria del viernes y la Fatiha del Corán, monté a caballo y me encaminé a mi patria. Y después de muchos peligros y de las prolongadas fatigas del camino, con ayuda de Alah (¡glorificado y venerado sea!) acabé por llegar con bien a mi ciudad, que es ésta. Y me puse inmediatamente a recorrer calles y barrios en busca de la casa de mi hermano. Y Alah permitió que entonces encontrase a este niño jugando con sus camaradas. ¡Y por Alah el Todopoderoso, ¡oh mujer de mi hermano! que, apenas le vi, sentí que mi corazón se derretía de emoción por él; y como la sangre reconocía a la sangre; no vacilé en suponer en él al hijo de mi hermano! Y en aquel mismo momento olvidé mis fatigas y mis preocupaciones, y creí enloquecer de alegría...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 734ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y en aquel mismo momento olvidé mis fatigas y mis preocupaciones, y creí enloquecer de alegría. Pero ¡ay! que no tardé en saber, por boca de este niño, ¡que mi hermano había fallecido en la misericordia de Alah el Altísimo! ¡Ah! ¡terrible noticia que me hace caer de bruces, abrumado de emoción y de dolor! Pero ¡oh mujer de mi hermano! ya te contaría el niño probablemente que, con su aspecto y su semejanza con el difunto, he logrado consolarme un poco, haciéndome recordar el proverbio que dice: "¡El hombre que deja posteridad, no muere!"

Así habló el maghrebín. Y advirtió que, ante aquellos recuerdos evocados, la madre de Aladino lloraba amargamente. Y para que olvidara sus tristezas y se distrajera de sus ideas negras, se encaró con Aladino, y variando la conversación, le dijo: "Hijo mío, ¿qué oficio aprendiste y en qué trabajo te ocupas para ayudar a tu pobre madre y vivir ambos?"

Al oír aquello, avergonzado de su vida por primera vez, Aladino bajó la cabeza mirando al suelo. Y como no decía palabra, contestó en lugar suyo su madre: "¿Un oficio? ¡oh hermano de mi esposo! ¿tener un oficio Aladino? ¿Quién piensa en eso? ¡Por Alah, que no sabe nada absolutamente! ¡Ah! ¡nunca vi un niño tan travieso! ¡Se pasa todo el día corriendo con otros niños del barrio, que son unos vagabundos, unos pillastres, unos haraganes como él, en vez de seguir el ejemplo de los hijos buenos, que están en la tienda con sus padres! ¡Sólo por causa suya murió su padre, dejándome amargos recuerdos! ¡Y también yo me veo reducida a un triste estado de salud! Y aunque apenas si veo con mis ojos, gastados por las lágrimas y las vigilias, tengo que trabajar sin descanso y pasarme días y noches hilando algodón para tener con qué comprar dos panes de maíz, lo preciso para mantenernos ambos. ¡Y tal es mi condición! ¡Y te juro por tu vida, ¡oh hermano de mi esposo! que sólo entra él en casa a las horas precisas de las comidas! ¡Y esto es todo lo que hace! Así es que a veces, cuando me abandona de tal suerte, por más que soy su madre pienso cerrar la puerta de la casa y no volver a abrírsela, a fin de obligarle a que busque un trabajo que le dé para vivir. ¡Y luego me falta valor para hacerlo; porque el corazón de una madre es compasivo y misericordioso! ¡Pero mi edad avanza, y me estoy haciendo muy vieja, oh hermano de mi esposo! ¡Y mis hombros no soportan las fatigas que antes! ¡Y ahora apenas si mis dedos me permiten dar vuelta al huso! ¡Y no sé hasta cuándo voy a poder continuar una tarea semejante sin que me abandone la vida, como me abandona mi hijo, este Aladino, que tienes delante de ti, ¡oh hermano de mi esposo!"

Y echó a llorar.

Entonces el maghrebín se encaró con Aladino, y le dijo: "¡Ah! ¡oh hijo de mi hermano! ¡en verdad que no sabía yo todo eso que a ti se refiere! ¿Por qué marchas por esa senda de haraganería? ¡Qué vergüenza para ti, Aladino! ¡Eso no está bien en hombres como tú! ¡Te hallas dotado de razón, hijo mío, y eres un vástago de buena familia! ¿No es para ti una deshonra dejar así que tu pobre madre, una mujer vieja, tenga que mantenerte, siendo tú un hombre con edad para tener una ocupación con que pudierais manteneros ambos...? ¡Y por cierto ¡oh hijo mío! que gracias a Alah, lo que sobra en nuestra ciudad son maestros de oficio! ¡Sólo tendrás, pues, que escoger tú mismo el oficio que más te guste, y yo me encargaré de colocarte! ¡Y de ese modo, cuando seas mayor, hijo mío, tendrás entre las manos un oficio seguro que te proteja contra los embates de la suerte! ¡Habla ya! ¡Y si no te agrada el trabajo de aguja, oficio de tu difunto padre, busca otra cosa y avísamelo! Y yo te ayudaré todo lo que pueda, ¡oh hijo mío!"

Pero en vez de contestar, Aladino continuó con la cabeza baja y guardando silencio, con lo cual indicaba que no quería más oficio que el de vagabundo. Y el maghrebin advirtió su repugnancia por los oficios manuales, y trató de atraérsele de otra manera. Y le dijo, por tanto: "¡Oh hijo de mi hermano! ¡no te enfades ni te apenes por mi insistencia! ¡Pero déjame añadir que, si los oficios te repugnan, estoy dispuesto, caso de que quieras ser un hombre honrado, a abrirte una tienda de mercader de sederías en el zoco grande! Y te surtiré la tienda con las telas más caras y brocados de la calidad más fina. ¡Y así te harás con buenas relaciones entre los mercaderes al por mayor! Y te acostumbrarás a vender y comprar, tomar y dar. Y será excelente tu reputación en la ciudad. ¡Y con ello honrarás la memoria de tu difunto padre! ¿Qué dices a esto, ¡oh Aladino, hijo mío!?"

Cuando Aladino escuchó esta proposición de su tío y comprendió que podría convertirse en un gran mercader del zoco, en un hombre de importancia, vestido con buenas ropas, con un turbante de seda y un lindo cinturón de diferentes colores, se regocijó en extremo. Y miró al maghrebín sonriendo y torciendo la cabeza, lo que en su lenguaje significaba claramente: "¡Acepto!".

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 735ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y miró al maghrebín sonriendo y torciendo la cabeza, lo que en su lenguaje significaba claramente: "¡Acepto!" Y el maghrebín comprendió entonces que le agradaba la proposición, y dijo a Aladino: "Ya que quieres convertirte en un personaje de importancia, en un mercader con tienda abierta, procura en lo sucesivo hacerte digno de tu nueva situación. Y sé un hombre desde ahora, ¡oh hijo de mi hermano! Y mañana, si Alah quiere, te llevaré al zoco, y empezaré por comprarte un hermoso traje nuevo, como lo llevan los mercaderes ricos, y todos los accesorios que exige. ¡Y hecho esto, buscaremos juntos una tienda buena para instalarse en ella!"

¡Eso fue todo!

Y la madre de Aladino, que oía aquellas exhortaciones y veía aquella generosidad, bendecía a Alah el Bienhechor, que de manera tan inesperada le enviaba a un pariente que la salvaba de la miseria y llevaba por el buen camino a su hijo Aladino. Y sirvió la comida con el corazón alegre, como si se hubiese rejuvenecido veinte años. ¡Y comieron y bebieron, sin dejar de charlar de aquel asunto, que tanto les interesaba a todos! Y el maghrebín empezó por iniciar a Aladino en la vida y los modales de los mercaderes, y por hacerle que se interesara mucho en su nueva condición. Luego, cuando vio que, la noche iba ya mediada, se levantó y se despidió de la madre de Aladino y besó a Aladino. Y salió, prometiéndole que volvería al día siguiente. Y aquella noche, con la alegría, Aladino no pudo pegar los ojos y no hizo más que pensar en la vida encantadora que le esperaba.

Y he aquí que al día siguiente, a primera hora, llamaron a la puerta. Y la madre de Aladino fue a abrir por sí misma, y vio que precisamente era el hermano de su esposo, el maghrebín, que cumplía su promesa de la víspera. Sin embargo, a pesar de las instancias de la madre de Aladino, no quiso entrar, pretextando que no era hora de visitas, y solamente pidió permiso para llevarse a Aladino consigo al zoco. Y Aladino, levantado y vestido ya, corrió a ver a su tío, y le dio los buenos días y le besó la mano.

El maghrebín le cogió de la mano y se fue con él al zoco. Y entró con él en la tienda del mejor mercader y pidió un traje que fuese el más hermoso y el más lujoso entre los trajes a la medida de Aladino. Y el mercader le enseñó varios a cual más hermoso. Y el maghrebín dijo a Aladino: "¡Escoge tú mismo el que te guste, hijo mío!" Y en extremo encantado de la generosidad de su tío, Aladino escogió uno que era todo de seda rayada y reluciente. Y también escogió un turbante de muselina de seda recamada de oro fino, un cinturón de Cachemira y botas de cuero rojo brillante. Y el maghrebín lo pagó todo sin regatear y entregó el paquete a Aladino, diciéndole: "¡Vamos ahora al hammam para que estés bien limpio antes de vestirte de nuevo!" Y le condujo al hammam, y entró con él en una sala reservada, y le bañó con sus propias manos; y se bañó él también. Luego pidió los refrescos que suceden al baño; y ambos bebieron con delicia y muy contentos,

Entonces se puso Aladino el suntuoso traje consabido de seda rayada y reluciente, se colocó el hermoso turbante, se ciñó al talle el cinturón de Indias y se calzó las botas rojas. Y de este modo estaba hermoso cual la luna y comparable a algún hijo de rey o de sultán. Y en extremo encantado de verse transformado así, se acercó a su tío y le besó la mano y le dio muchas gracias por su generosidad. Y el maghrebín le besó, y le dijo: "¡Todo esto no es más que el comienzo!" Y salió con él del hammam, y lo llevó a los zocos más frecuentados, y le hizo visitar las tiendas de los grandes mercaderes. Y hacíale admirar las telas más ricas y los objetos de precio, enseñándole el nombre de cada cosa en particular; y le decía: "¡Como vas a ser mercader es preciso que te enteres de los pormenores de ventas y compras!" Luego le hizo visitar los edificios notables de la ciudad y las mezquitas principales y los khans en que se alojaban las caravanas. Y terminó el paseo, haciéndole ver los palacios del sultán y los jardines que los circundaban. Y por último le llevó al khan grande, donde paraba él, y le presentó a los mercaderes conocidos suyos, diciéndoles: "¡Es el hijo de mi hermano!" Y les invitó a todos a una comida que dio en honor de Aladino, y les regaló con los manjares más selectos, y estuvo con ellos y con Aladino hasta la noche.

Entonces se levantó y se despidió de sus invitados, diciéndoles que iba a llevar a Aladino a su casa. Y en, efecto, no quiso dejar volver solo a Aladino, y le cogió de la mano y se encaminó con él a casa de la madre. Y al ver a su hijo tan magníficamente vestido, la pobre madre de Aladino creyó perder la razón de alegría. Y empezó a dar gracias y a bendecir mil veces a su cuñado, diciéndole: "¡Oh hermano de mi esposo! ¡aunque toda la vida estuviera dándote gracias, jamás te agradecería bastante tus beneficios!" Y contestó el maghrebín: "¡Oh mujer de mi hermano! ¡no tiene ningún mérito, verdaderamente ningún mérito, el que yo obre de esta manera, porque Aladino es hijo mío, y mi deber es de servirle de padre en lugar del difunto! ¡No te preocupes, pues, por él y estate tranquila!" Y dijo a la madre de Aladino, levantando los brazos al cielo: "¡Por el honor de los santos antiguos y recientes, ruego a Alah que te guarde y te conserve, ¡oh hermano de mi esposo! y prolongue tu vida para nuestro bien, a fin de que seas el ala cuya sombra proteja siempre a este niño huérfano! ¡Y ten la seguridad de que él, por su parte, obedecerá siempre tus órdenes y no hará más que lo que le mandes!"

Y dijo el maghrebín: "¡Oh mujer de mi hermano! Aladino se ha convertido en hombre sensato, porque es un excelente mozo, hijo de buena familia. ¡Y espero desde luego que será digno descendiente de su padre y refrescará tus ojos!" Luego añadió: "Dispensadme ¡oh mujer de mi hermano! porque mañana viernes no se abra la tienda prometida; pues ya sabes que el viernes están cerrados los zocos y que no se puede tratar de negocios. ¡Pero pasado mañana, sábado, se hará, si Alah quiere! Mañana, sin embargo, vendré por Aladino para continuar instruyéndole, y le haré visitar los sitios públicos y los jardines situados fuera de la ciudad, adonde van a pasearse los mercaderes ricos, a fin de que así pueda habituarse a la contemplación del lujo y de la gente distinguida. ¡Porque hasta hoy no ha frecuentado más trato que el de los niños, y es preciso que conozca ya a hombres y que ellos le conozcan!" Y se despidió de la madre de Aladino, besó a Aladino y se marchó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 736ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y se despidió de la madre de Aladino, besó a Aladino y se marchó. Y Aladino pensó durante la noche en todas las cosas hermosas que acababa de ver y en las alegrías que acababa de experimentar; y se prometió nuevas delicias para el siguiente día. Así es que se levantó con la aurora, sin haber podido pegar los ojos, y se vistió sus ropas nuevas, y empezó a andar de un lado para otro, enredándose los pies con aquel traje largo, al cual no estaba acostumbrado. Luego, como su impaciencia le hacía pensar que el maghrebín tardaba demasiado, salió a esperarle a la puerta, y acabó por verle aparecer. Y corrió a él como un potro y le besó la mano. Y el maghrebín le besó y le hizo muchas caricias, y le dijo que fuera a advertir a su madre de que se le llevaba. Después le cogió de la mano y se fue con él. Y echaron a andar juntos, hablando de unas cosas y de otras; y franquearon las puertas de la ciudad, de donde nunca había salido aún Aladino. Y empezaron a aparecer ante ellos las hermosas casas particulares y los hermosos palacios rodeados de jardines; y Aladino los miraba maravillado, y cada cual le parecía más hermoso que el anterior. Y así anduvieron mucho por el campo, acercándose más cada vez al fin que se proponía el maghrebín. Pero llegó un momento en que Aladino comenzó a cansarse, y dijo al maghrebín: "¡Oh tío mío! ¿tenemos que andar mucho todavía? ¡Mira que hemos dejado atrás los jardines, y ya sólo tenemos delante de nosotros la montaña! ¡Además, estoy fatigadísimo, y quisiera tomar un bocado!" Y el maghrebín se sacó del cinturón un pañuelo con frutas y pan, y dijo a Aladino: "Aquí tienes, hijo mío, con qué saciar tu hambre y tu sed. ¡Pero aún tenemos que andar un poco para llegar al paraje maravilloso que voy a enseñarte y que no tiene igual en el mundo! ¡Repón tus fuerzas y toma alientos, Aladino, que ya eres un hombre!" Y continuó animándole, a la vez que le daba consejos acerca de su conducta en el porvenir, y le impulsaba a separarse de los niños para acercarse a los hombres sabios y prudentes. ¡Y consiguió distraerle de tal manera, que acabó por llegar con él a un valle desierto al pie de la montaña, y en donde no había más presencia que la de Alah!

¡Allí precisamente terminaba el viaje del maghrebín! ¡Y para llegar a aquel valle había salido del fondo del Maghreb y había ido a los confines de la China!

Se encaró entonces con Aladino, que estaba extenuado de fatiga, y le dijo sonriendo: "¡Ya hemos llegado, hijo mío Aladino!" Y se sentó en una roca y le hizo sentarse al lado suyo y le abrazó con mucha ternura, y le dijo: "Descansa un poco, Aladino. Porque al fin voy a mostrarte lo que jamás vieron los ojos de los hombres. Sí, Aladino; vas a ver aquí mismo un jardín más hermoso que todos los jardines de la tierra. Y sólo cuando hayas admirado las maravillas de ese jardín tendrás verdaderamente razón para darme gracias y olvidarás las fatigas de la marcha y bendecirás el día en que me encontraste por primera vez". Y le dejó descansar un instante, con los ojos muy abiertos de asombro al pensar que iba a ver un jardín en un paraje donde no había más que rocas desperdigadas y matorrales. Luego le dijo: "¡Levántate ahora, Aladino, y recoge entre esos matorrales las ramas más secas y los trozos de leña que encuentres, y tráemelos! ¡Y entonces verás el espectáculo gratuito a que te invito!"

Aladino se levantó y se apresuró a recoger entre los matorrales y la maleza una gran cantidad de ramas secas y trozos de leña, y se los llevó al maghrebín, que le dijo: "Ya tengo bastante. ¡Retírate ahora y ponte detrás de mí!" Y Aladino obedeció a su tío, y fue a colocarse a cierta distancia detrás de él.

Entonces el maghrebín sacó del cinturón un eslabón, con el que hizo lumbre, y prendió fuego al montón de ramas y hierbas secas, que llamearon crepitando. Y al punto sacó del bolsillo una caja de concha, la abrió y tomó un poco de incienso, que arrojó en medio de la hoguera. Y levantóse una humareda muy espesa que apartó él con sus manos a un lado y a otro, murmurando fórmulas en una lengua incomprensible en absoluto para Aladino. Y en aquel mismo momento tembló la tierra y se conmovieron sobre su base las rocas y se entreabrió el suelo en un espacio de unos diez codos de anchura. Y en el fondo de aquel agujero apareció una losa horizontal de mármol de cinco codos de ancho con una anilla de bronce en medio.

Al ver aquello, Aladino, espantado, lanzó un grito, y cogiendo con los dientes el extremo de su traje, volvió la espalda y emprendió la fuga, agitando las piernas. Pero de un salto cayó sobre él el maghrebín y le atrapó. Y le miró con ojos medrosos, le zarandeó teniéndole cogido de una oreja, y levantó la mano y le aplicó una bofetada tan terrible, que por poco le salta los dientes, y Aladino quedó todo aturdido y se cayó al suelo.

Y he aquí que el maghrebín no le había tratado de aquel modo más que por dominarle de una vez para siempre, ya que le necesitaba para la operación que iba a realizar, y sin él no podía intentar la empresa para la que había venido. Así es que cuando le vio atontado en el suelo le levantó, y le dijo con una voz que procuró hacer muy dulce: "¡Sabe, Aladino, que si te traté así fue para enseñarte a ser un hombre! ¡Porque soy tu tío, el hermano de tu padre, y me debes obediencia!" Luego añadió con una voz de lo más dulce: "¡Vamos, Aladino, escucha bien lo que voy a decirte, y no pierdas ni una sola palabra! ¡Porque si así lo haces sacarás de ello ventajas considerables y enseguida olvidarás los trabajos pasados!" Y le besó, y teniéndole para en adelante completamente sometido y dominado, le dijo: "¡Ya acabas de ver, hijo mío, cómo se ha abierto el suelo en virtud de las fumigaciones y fórmulas que he pronunciado! ¡Pero es preciso que sepas que obré de tal suerte únicamente por tu bien; porque debajo de esta losa de mármol que ves en el fondo del agujero con un anillo de bronce se halla un tesoro que está inscripto a tu nombre y no puede abrirse más que con tu presencia! ¡Y este tesoro, que te está destinado, te hará más rico que todos los reyes! Y para demostrarte que ese tesoro está destinado a ti y no a ningún otro, sabe que sólo a ti en el mundo es posible tocar esta losa de mármol y levantarla; pues yo mismo, a pesar de todo mi poder, que es grande, no podría echar mano a la anilla de bronce ni levantar la losa, aunque fuese mil veces más poderoso y más fuerte de lo que soy. ¡Y una vez levantada la losa no me sería posible penetrar en el tesoro, ni bajar un escalón siquiera!

¡A ti únicamente incumbe hacer lo que no puedo hacer yo por mí mismo! ¡Y para ello no tienes más que ejecutar al pie de la letra lo que voy a decirte! ¡Y así serás el amo del tesoro, que partiremos con toda equidad en dos partes iguales, una para ti y otra para mí!"

Al oír estas palabras del maghrebín, el pobre Aladino se olvidó de sus fatigas y de la bofetada recibida, y contestó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 738ª NOCHE

Ella dijo:

"...Al oír estas palabras del maghrebín, el pobre Aladino se olvidó de sus fatigas y de la bofetada recibida, y contestó: "¡Oh tío mío! ¡mándame lo que quieras y te obedeceré!" Y el maghrebín le cogió en brazos y le besó varias veces en las mejillas, y le dijo: "¡Oh Aladino! ¡eres para mí más querido que un hijo, pues que no tengo en la tierra más parientes que tú; tú serás mi único heredero, ¡oh hijo mío! Porque, al fin y al cabo, por ti, en suma, es por quien trabajo en este momento y por quien vine desde tan lejos. Y si estuve un poco brusco, comprenderás ahora que fue para decidirte a no dejar de alcanzar en vano tu maravilloso destino. ¡He aquí, pues, lo que tienes que hacer! ¡Empezarás por bajar conmigo al fondo del agujero, y cogerás la anilla de bronce y levantarás la losa de mármol!" Y cuando hubo hablado así, se metió él primero en el agujero y dio la mano a Aladino para ayudarle a bajar. Y ya abajo, Aladino le dijo: "¿Pero cómo voy a arreglarme ¡oh tío mío! para levantar una losa tan pesada siendo yo un niño? ¡Si, al menos, quisieras ayudarme tú, me prestaría a ello con mucho gusto!" El maghrebín contestó: "¡Ah, no! ¡Ah, no! ¡Si, por desgracia, echara yo una mano, no podrías hacer nada ya y tu nombre se borraría para siempre del tesoro! ¡Prueba tú solo y verás cómo levantas la losa con tanta facilidad como si alzaras una pluma de ave! ¡Sólo tendrás que pronunciar tu nombre y el nombre de tu padre y el nombre de tu abuelo al coger la anilla!"

Entonces se inclinó Aladino y cogió la anilla y tiró de ella, diciendo: "¡Soy Aladino, hijo del sastre Mustafá, hijo del sastre Alí!" Y levantó con gran facilidad la losa de mármol, y la dejó a un lado. Y vio una cueva con doce escalones de mármol que conducían a una puerta de dos hojas de cobre rojo con gruesos clavos. Y el maghrebín le dijo: "Hijo mío Aladino, baja ahora a esa cueva. Y cuando llegues al duodécimo escalón entrarás por esa puerta de cobre, que se abrirá sola delante de ti. Y te hallarás debajo de una bóveda grande dividida en tres salas que se comunican unas con otras. En la primera sala verás cuatro grandes calderas de cobre llenas de oro líquido, y en la segunda sala cuatro grandes calderas de plata llenas de oro, y en la tercera sala cuatro grandes calderas de oro llenas de dinares de oro. Pero pasa sin detenerte y recógete bien el traje, sujetándotelo a la cintura para que no toques a las calderas; porque si tuvieras la desgracia de tocar con los dedos o rozar siquiera con tus ropas una de las calderas o su contenido, al instante te convertirás en una mole de piedra negra. Entrarás, pues, en la primera sala, y muy de prisa pasarás a la segunda, desde la cual, sin detenerte un instante, penetrarás en la tercera, donde verás una puerta claveteada, parecida a la de entrada, que al punto se abrirá ante ti. Y la franquearás, y te encontrarás de pronto en un jardín magnífico plantado de árboles agobiados por el peso de sus frutas. ¡Pero no te detengas allí tampoco! Lo atravesarás, caminando adelante todo derecho, y llegarás a una escalera de columnas con treinta peldaños, por los que subirás a una terraza. Cuando estés en esta terraza, ¡oh Aladino! ten cuidado, porque enfrente de ti verás una especie de hornacina al aire libre; y en esta hornacina, sobre un pedestal de bronce, encontrarás una lamparita de cobre. Y estará encendida esta lámpara. ¡Ahora, fíjate bien, Aladino! ¡cogerás esta lámpara, la apagarás, verterás en el suelo el aceite y te la esconderás en el pecho enseguida! Y no temas mancharte el traje, porque el aceite que viertas no será aceite, sino otro líquido que no deja huella alguna en las ropas. ¡Y volverás a mí por el mismo camino que hayas seguido! Y al regreso, si te parece, podrás detenerte un poco en el jardín, y coger de este jardín tantas frutas como quieras. Y una vez que te hayas reunido conmigo, me entregarás la lámpara, fin y motivo de nuestro viaje y origen de nuestra riqueza y de nuestra gloria en el porvenir, ¡oh hijo mío!"

Cuando el maghrebín hubo hablado así, se quitó un anillo que llevaba al dedo y se lo puso a Aladino en el pulgar, diciéndole: "Este anillo, hijo mío, te pondrá a salvo de todos los peligros y te preservará de todo mal. ¡Reanima, pues, tu alma, y llena de valor tu pecho, porque ya no eres un niño, sino un hombre! ¡Y con ayuda de Alah, te saldrá bien todo! ¡Y disfrutaremos de riquezas y de honores durante toda la vida, y gracias a la lámpara!" Luego añadió: "¡Pero te encarezco una vez más, Aladino, que tengas cuidado de recogerte mucho el traje y de ceñírtelo cuanto puedas, porque, de no hacerlo así, estás perdido y contigo el tesoro!"

Luego le besó, y acariciándole varias veces en las mejillas, le dijo: "¡Vete tranquilo!"

Entonces, en extremo animado, Aladino bajó corriendo por los escalones de mármol, y alzándose el traje hasta más arriba de la cintura, y ciñéndoselo bien, franqueó la puerta de cobre, cuyas hojas se abrieron por sí solas al acercarse él. Y sin olvidar ninguna de las recomendaciones del maghrebín, atravesó con mil precauciones la primera, la segunda y la tercera salas, evitando las calderas llenas de oro; llegó a la última puerta, la franqueó, cruzó el jardín sin detenerse, subió los treinta peldaños de la escalera de columnas, se remontó a la terraza y encaminóse directamente a la hornacina que había frente a él. Y en el pedestal de bronce vio la lámpara encendida...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 739ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y en el pedestal de bronce vio la lámpara encendida. Y tendió la mano y la cogió. Y vertió en el suelo el contenido, y al ver que inmediatamente quedaba seco el depósito, se la ocultó en el pecho, sin temor a mancharse el traje. Y bajó de la terraza y llegó de nuevo al jardín.

Libre entonces de su preocupación, se detuvo un instante en el último peldaño de la escalera para mirar al jardín. Y se puso a contemplar aquellos árboles, cuyas frutas no había tenido tiempo de ver a la llegada. Y observó que los árboles de aquel jardín, en efecto, estaban agobiados bajo el peso de sus frutas, que eran extraordinarias de forma, de tamaño y de color. Y notó que, al contrario de lo que ocurre con los árboles de los huertos, cada rama de aquellos árboles tenía frutas de diferentes colores. Las había blancas, de un blanco transparente como el cristal, o de un blanco turbio como el alcanfor, o de un blanco opaco como la cera virgen. Y las había rojas, de un rojo como los granos de la granada o de un rojo como la naranja sanguínea. Y las había verdes, de un verde oscuro y de un verde suave; y había otras que eran azules y violetas y amarillas; y otras que ostentaban colores y matices de una variedad infinita.

¡El pobre de Aladino no sabía que las frutas blancas eran diamantes, perlas, nácar y piedras lunares; que las frutas rojas eran rubíes, carbunclos, jacintos, coral y cornalinas; que las verdes eran esmeraldas, berilos, jade, prasios y aguas-marinas; que las azules eran zafiros, turquesas, lapislázuli y lazulitas; que las violetas eran amatistas, jaspes y sardoinas; que las amarillas eran topacios, ámbar y ágatas; y que las demás, de colores desconocidos, eran ópalos, venturimas, crisólitos, cimófanos, hematitas, turmalinas, peridotos azabache y crisopacios! Y caía el sol a plomo sobre al jardín. Y los árboles despedían llamas de todas sus frutas, sin consumirse.

Entonces, en el límite del placer, se acercó Aladino a uno de aquellos árboles y quiso coger algunas frutas para comérselas. Y observó que no se les podía meter el diente, y que no se asemejaban más que por su forma a las naranjas, a los higos, a los plátanos a las uvas, a las sandías, a las manzanas y a todas las demás frutas excelentes de la China. Y se quedó muy desilusionado al tocarlas; y no las encontró nada de su gusto. Y creyó que sólo eran bolas de vidrio coloreado, pues en su vida había tenido ocasión de ver piedras preciosas. Sin embargo, a pesar de su desencanto, se decidió a coger algunas para regalárselas a los niños que fueron antiguos camaradas suyos, y también a su pobre madre. Y cogió varias de cada color, llenándose con ellas el cinturón, los bolsillos y el forro de la ropa, guardándoselas asimismo entre el traje y la camisa y entre la camisa y la piel; y se metió tal cantidad de aquellas frutas, que parecía un asno cargado a un lado y a otro. Y agobiado por todo aquello, se alzó cuidadosamente el traje ciñéndoselo mucho a la cintura, y lleno de prudencia y de precaución atravesó con ligereza las tres salas de calderas y ganó la escalera de la cueva, a la entrada de la cual le esperaba ansiosamente el maghrebín.

Y he aquí que, en cuanto Aladino franqueó la puerta de cobre y subió el primer peldaño de la escalera, el maghrebín, que se hallaba encima de la abertura, junto a la entrada misma de la cueva, no tuvo paciencia para esperar a que subiese todos los escalones y saliese de la cueva por completo, y le dijo: "Bueno, Aladino, ¿dónde está la lámpara?" Y Aladino contestó: "La tengo en el pecho!" El otro dijo: "¡Sácala ya y dámela!" Pero Aladino le dijo: "¿Cómo quieres que te la dé pronto, ¡oh tío mío! si está entre todas las bolas de vidrio con que me he llenado la ropa por todas partes? ¡Déjame antes subir esta escalera, y ayúdame a salir del agujero; y entonces descargaré todas estas bolas en lugar seguro, y no sobre estos peldaños, por los que rodarían y se romperían! ¡Y ahí podré sacarme del pecho la lámpara y dártela cuando esté libre de esta impedimenta insuperable! ¡Por cierto que se me ha escurrido hacia la espalda y me lastima violentamente en la piel, por lo que bien quisiera verme desembarazado de ella!" Pero el maghrebín, furioso por la resistencia que hacía Aladino y persuadido de que Aladino sólo ponía estas dificultades porque quería guardarse para él la lámpara, le gritó con una voz espantosa como la de un demonio: "¡Oh hijo de perro! ¿quieres darme la lámpara enseguida, o morir?" Y Aladino, que no sabía a qué atribuir este cambio de modales de su tío, y aterrado al verle en tal estado de furor, y temiendo recibir otra bofetada más violenta que la primera, se dijo: "¡Por Alah, que más vale resguardarse! ¡Y voy a entrar de nuevo en la cueva mientras él se calma!" Y volvió la espalda, y recogiéndose el traje, entró prudentemente en el subterráneo.

Al ver aquello, el maghrebín lanzó un grito de rabia, y en el límite del furor, pataleó y se convulsionó, arrancándose las barbas de desesperación por la imposibilidad en que se hallaba de correr tras de Aladino a la cueva vedada por los poderes mágicos. Y exclamó: "¡Ah maldito Aladino! ¡vas a ser castigado como mereces!" Y corrió hacia la hoguera, que no se había apagado todavía, y echó en ella un poco de polvo de incienso que llevaba consigo, murmurando una fórmula mágica. Y al punto la losa de mármol que servía para tapar la entrada de la cueva se cerró por sí sola y volvió a su sitio primitivo, cubriendo herméticamente el agujero de la escalera; y tembló la tierra y se cerró de nuevo; y el suelo se quedó tan liso como antes de abrirse. Y Aladino encontróse de tal suerte encerrado en el subterráneo.

Porque, como ya se ha dicho, el maghrebín era un mago insigne venido del fondo del Maghreb, y no un tío ni un pariente cercano o lejano de Aladino. Y había nacido verdaderamente en Africa, que es el país y el semillero de los magos y hechiceros de peor calidad...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 740ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y había nacido verdaderamente en Africa, que es el país y el semillero de los magos y hechiceros de peor calidad. Y desde su juventud habíase dedicado con tesón al estudio de la hechicería y de los hechizos, y el arte de la geomancia, de la alquimia, de la astrología, de las fumigaciones y de los encantamientos. Y al cabo de treinta años de operaciones mágicas, por virtud de su hechicería, logró descubrir que en un paraje desconocido de la tierra había una lámpara extraordinariamente mágica que tenía el don de hacer más poderoso que los reyes y sultanes todos al hombre que tuviese la suerte de ser su poseedor. Entonces hubo de redoblar sus fumigaciones y hechicería, y con una última operación geomántica logró enterarse de que la lámpara consabida se hallaba en un subterráneo situado en las inmediaciones de la ciudad de Kolo-ka-tsé, en el país de China. (Y aquel paraje era precisamente el que acabamos de ver con todos sus detalles.) Y el mago se puso en camino sin tardanza, y después de un largo viaje había llegado a Kolo-ka-tsé, donde se dedicó a explorar los alrededores y acabó por delimitar exactamente la situación del subterráneo con lo que contenía. Y por su mesa adivinatoria se enteró de que el tesoro y la lámpara mágica estaban inscriptos, por los poderes subterráneos, a nombre de Aladino, hijo de Mustafá el sastre, y de que sólo él podría hacer abrirse el subterráneo y llevarse la lámpara, pues cualquier otro perdería la vida infaliblemente si intentaba la menor empresa encaminada a ello. Y por eso se puso en busca de Aladino, y cuando le encontró, hubo de utilizar toda clase de estratagemas y engaños para atraérsele y conducirle a aquel paraje desierto, sin despertar sus sospechas ni las de su madre. Y cuando Aladino salió con bien de la empresa, le había reclamado tan presurosamente la lámpara porque quería engañarle y emparedarle para siempre en el subterráneo. ¡Pero ya hemos visto cómo Aladino, por miedo a recibir una bofetada, se había refugiado en el interior de la cueva, donde no podía penetrar el mago, y cómo el mago, con objeto de vengarse, habíale encerrado allí dentro contra su voluntad para que se muriese de hambre y de sed!

Realizada aquella acción, el mago, convulso y echando espuma, se fue por su camino, probablemente a Africa, su país.

¡Y he aquí lo referente a él! Pero seguramente nos lo volveremos a encontrar.

¡He aquí ahora lo que atañe a Aladino!

No bien entró otra vez en el subterráneo, oyó el temblor de tierra producido por la magia del maghrebín, y aterrado, temió que la bóveda se desplomase sobre su cabeza, y se apresuró a ganar la salida. Pero al llegar a la escalera, vio que la pesada losa de mármol tapaba la abertura; y llegó al límite de la emoción y del pasmo. Porque, por una parte, no podía concebir la maldad del hombre a quien creía tío suyo y que le había acariciado y mimado, y por otra parte, no había para qué pensar en levantar la losa de mármol, pues le era imposible hacerlo desde abajo. En estas condiciones, el desesperado Aladino empezó a dar muchos gritos, llamando a su tío y prometiéndole, con toda clase de juramentos, que estaba dispuesto a darle enseguida la lámpara.

Pero claro es que sus gritos y sollozos no fueron oídos por el mago, que ya se encontraba lejos. Y al ver que su tío no le contestaba, Aladino empezó a abrigar algunas dudas con respecto a él, sobre todo al acordarse de que le había llamado hijo de perro, gravísima injuria que jamás dirigiría un verdadero tío al hijo de su hermano.

De todos modos, resolvió entonces ir al jardín, donde había luz, y buscar una salida por donde escapar de aquellos lugares tenebrosos. Pero al llegar a la puerta que daba al jardín observó que estaba cerrada y que no se abría ante él entonces. Enloquecido ya, corrió de nuevo a la puerta de la cueva y se echó llorando en los peldaños de la escalera. Y ya se veía enterrado vivo entre las cuatro paredes de aquella cueva, llena de negrura y de horror, a pesar de todo el oro que contenía. Y sollozó durante mucho tiempo, sumido en su dolor. Y por primera vez en su vida dio en pensar en todas las bondades de su pobre madre y en su abnegación infatigable, no obstante la mala conducta y la ingratitud de él. Y la muerte en aquella cueva hubo de parecerle más amarga, por no haber podido refrescar en vida el corazón de su madre mejorando algo su carácter y demostrándola de alguna manera su agradecimiento. Y suspiró mucho al asaltarle este pensamiento, y empezó a retorcerse los brazos y a restregarse las manos, como generalmente hacen los que están desesperados, diciendo, a modo de renuncia a la vida: "¡No hay recurso ni poder más que en Alah!"

Y he aquí que, con aquel movimiento, Aladino frotó sin querer el anillo que llevaba en el pulgar y que le había prestado el mago para preservarle de los peligros del subterráneo. Y no sabía aquel maghrebín maldito que el tal anillo había de salvar la vida de Aladino precisamente, pues de saberlo, no se lo hubiera confiado desde luego, o se hubiera apresurado a quitárselo, o incluso no hubiera cerrado el subterráneo mientras el otro no se lo devolviese. Pero todos los magos son, por esencia, semejantes a aquel maghrebín hermano suyo: a pesar del poder de su hechicería y de su ciencia maldita, no saben prever las consecuencias de las acciones más sencillas, y jamás piensan en precaverse de los peligros más vulgares. ¡Porque con su orgullo y su confianza en sí mismos, nunca recurren al Señor de las criaturas, y su espíritu permanece constantemente oscurecido por una humareda más espesa que la de sus fumigaciones, y tienen los ojos tapados por una venda, y van a tientas por las tinieblas!

Y he aquí que, cuando el desesperado Aladino frotó, sin querer, el anillo que llevaba en el pulgar y cuya virtud ignoraba...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 741ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y he aquí que, cuando el desesperado Aladino frotó, sin querer, el anillo que llevaba en el pulgar y cuya virtud ignoraba, vio surgir de pronto ante él, como si brotara de la tierra, un inmenso y gigantesco efrit, semejante a un negro embetunado, con una cabeza como un caldero, y una cara espantosa, y unos ojos rojos, enormes y llameantes, el cual se inclinó ante él, y con una voz tan retumbante cual el rugido del trueno, le dijo "¡Aquí tienes entre tus manos a tu esclavo! ¿Qué quieres? Habla. ¡Soy el servidor del anillo en la tierra, en el aire y en el agua!"

Al ver aquello, Aladino, que no era valeroso, quedó muy aterrado; y en cualquier otro sitio y en cualquier otra circunstancia hubiera caído desmayado o hubiera procurado escapar. Pero en aquella cueva, donde ya se creía muerto de hambre y de sed, la intervención de aquel espantoso efrit parecióle un gran socorro, sobre todo cuando oyó la pregunta que le hacía. Y al fin pudo mover la lengua y contestar: "¡Oh gran jeique de los efrits del aire, de la tierra y del agua, sácame de esta cueva!" Apenas había él pronunciado estas palabras, se conmovió y se abrió la tierra por encima de su cabeza, y en un abrir y cerrar de ojos sintióse transportado fuera de la cueva, en el mismo paraje donde encendió la hoguera el magbrebín. En cuanto al efrit, había desaparecido.

Entonces, todo tembloroso de emoción todavía, pero muy contento por verse de nuevo al aire libre, Aladino dio gracias a Alah el Bienhechor que le había librado de una muerte cierta y le había salvado de las emboscadas del maghrebín. Y miró en torno suyo y vio a lo lejos la ciudad en medio de sus jardines. Y se apresuró a desandar el camino por donde le había conducido el mago, dirigiéndose al valle sin volver la cabeza atrás ni una sola vez. Y extenuado y falto de aliento, llegó ya muy de noche a la casa en que le esperaba su madre lamentándose, muy inquieta por su tardanza. Y corrió ella a abrirle, llegando a tiempo para acogerle en sus brazos, en los que cayó el joven desmayado, sin poder resistir más la emoción.

Cuando a fuerza de cuidados volvió Aladino de su desmayo, su madre le dio a beber de nuevo un poco de agua de rosas. Luego, muy preocupada, le preguntó qué le pasaba. Y contestó Aladino: "¡Oh madre mía, tengo mucha hambre! ¡Te ruego, pues, que me traigas algo de comer, porque no he tomado nada desde esta mañana!"

Y la madre de Aladino corrió a llevarle lo que había en la casa. Y Aladino se puso a comer con tanta prisa, que su madre le dijo, temiendo que se atragantara: "¡No te precipites, hijo mío, que se te va a reventar la garganta! ¡Y si es que comes tan aprisa para contarme cuanto antes lo que me tienes que contar, sabe que tenemos por delante nuestro todo el tiempo! ¡Desde el momento en que volví a verte estoy tranquila, pero Alah sabe cuál fue mi ansiedad cuando noté que avanzaba la noche sin que estuvieses de regreso!"

Luego se interrumpió para decirle: "¡Ah hijo mío! ¡modérate, por favor, y coge trozos más pequeños!" Y Aladino, que había devorado en un momento todo lo que tenía delante, pidió de beber, y cogió el cantarillo de agua y se lo vació en la garganta sin respirar. Tras de lo cual se sintió satisfecho, y dijo a su madre: "¡Al fin voy a poder contarte ¡oh madre mía! todo lo que me aconteció con el hombre a quien tú creías mi tío, y que me ha hecho ver la muerte a dos dedos de mis ojos! ¡Ah! ¡tú no sabes que ni por asomo era tío mío ni hermano de mi padre ese embustero que me hacía tantas caricias y me besaba tan tiernamente, ese maldito maghrebín, ese hechicero, ese mentiroso, ese bribón, ese embaucador, ese enredador, ese perro, ese sucio, ese demonio que no tiene par entre los demonios sobre la faz de la tierra! ¡Alejado sea el Maligno!"

Luego añadió: "¡Escucha ¡oh madre! lo que me ha hecho!" Y dijo todavía: "¡Ah! ¡qué contento estoy de haberme librado de sus manos!" Luego se detuvo un momento, respiró con fuerza, y de repente, sin tomar aliento, contó cuanto le había sucedido, desde el principio hasta el fin, incluso la bofetada, la injuria y lo demás, sin omitir un solo detalle. Pero no hay ninguna utilidad en repetirlo.

Y cuando hubo acabado su relato se quitó el cinturón y dejó caer en el colchón que había en el suelo la maravillosa provisión de frutas transparentes y coloreadas que hubo de coger en el jardín. Y también cayó la lámpara en el montón, entre bolas de pedrería.

Y añadió él para terminar: "¡Esa es ¡oh madre! mi aventura con el mago, y aquí tienes lo que me ha reportado mi viaje al subterráneo!" Y así diciendo, mostraba a su madre las bolas maravillosas, pero con un aire desdeñoso que significaba: "¡Ya no soy un niño para jugar con bolas de vidrio!"

Mientras estuvo hablando su hijo Aladino la madre le escuchó, lanzando, en los pasajes más sorprendentes o más conmovedores del relato, exclamaciones de cólera contra el mago y de conmiseración para Aladino. Y no bien acabó de contar él tan extraña aventura, no pudo ella reprimirse más, y se desató en injurias contra el maghrebín, motejándole con todos los dicterios que para calificar la conducta del agresor puede encontrar la cólera de una madre que ha estado a punto de perder a su hijo. Y cuando se desahogó un poco, apretó contra su pecho a su hijo Aladino y le besó llorando, y dijo: "¡Debemos gracias a Alah ¡oh hijo mío! que te ha sacado sano y salvo de manos de ese hechicero maghrebín! ¡Ah traidor, maldito! ¡Sin duda quiso tu muerte por poseer esa miserable lámpara de cobre que no vale medio dracma! ¡Cuánto le detesto! ¡Cuánto abomino de él! ¡Por fin te recobré, pobre niño mío, hijo mío Aladino! ¡Pero qué peligros no corriste por culpa mía, que debí adivinar, no obstante, en los ojos bizcos de ese maghrebín, que no era tío tuyo ni nada allegado, sino un mago maldito y un descreído!"

Y así diciendo, la madre se sentó en el colchón con su hijo Aladino, y le meció dulcemente. Y Aladino, que no había dormido desde hacía tres días, preocupado por su aventura con el maghrebín, no tardó en cerrar los ojos y en dormirse en las rodillas de su madre, halagado por el balanceo. Y le acostó ella en el colchón con mil precauciones, y no tardó en acostarse y en dormirse también junto a él.

Al día siguiente, al despertarse...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 742ª NOCHE

Ella dijo:

"...Al día siguiente, al despertarse, empezaron por besarse mucho, y Aladino dijo a su madre que su aventura le había corregido para siempre de la travesura y haraganería, y que en lo sucesivo buscaría trabajo como un hombre. Luego, como aun tenía hambre, pidió el desayuno, y su madre le dijo: "¡Ay hijo mío! ayer por noche te di todo lo que había en casa, y ya no tengo ni un pedazo de pan. ¡Pero ten un poco de paciencia y aguarda a que vaya a vender el poco de algodón que hube de hilar estos últimos días, y te compraré algo con el importe de la venta!"

Pero contestó Aladino: "Deja el algodón para otra vez, ¡oh madre! y coge hoy esta lámpara vieja que me traje del subterráneo, y ve a venderla al zoco de los mercaderes de cobre. ¡Y probablemente sacarás por ella algún dinero que nos permita pasar todo el día!" Y contestó la madre de Aladino: "¡Verdad dices, hijo mío! ¡Y mañana cogeré las bolas de vidrio que trajiste también de ese lugar maldito, e iré a venderlas en el barrio de los negros, que me las comprarán a más precio que los mercaderes de oficio!"

La madre de Aladino cogió, pues, la lámpara para ir a venderla; pero la encontró muy sucia, y dijo a Aladino: "¡Primero, hijo mío, voy a limpiar esa lámpara, que está sucia, a fin de dejarla reluciente y sacar por ella el mayor precio posible!" Y fue a la cocina, se echó en la mano un poco de ceniza, que mezcló con agua, y se puso a limpiar la lámpara. Pero apenas había empezado a frotarla, cuando surgió de pronto ante ella, sin saberse de dónde había salido, un espantoso efrit, más feo indudablemente que el del subterráneo, y tan enorme que tocaba el techo con la cabeza. Y se inclinó ante ella y dijo con voz ensordecedora: "¡Aquí tienes entre tus manos a tu esclavo! ¿Qué quieres? Habla. ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde me arrastro!"

Cuando la madre de Aladino vio esta aparición, que estaba tan lejos de esperarse, como no estaba acostumbrada a semejantes cosas, se quedó inmóvil de terror; y se le trabó la lengua y se le abrió la boca; y loca de miedo y horror, no pudo soportar por más tiempo el tener a la vista una cara tan repulsiva y espantosa como aquella, y cayó desmayada.

Pero Aladino, que se hallaba también en la cocina, y que estaba ya un poco acostumbrado a caras de aquella clase, después de la que había visto en la cueva, quizás más fea y monstruosa, no se asustó tanto como su madre. Y comprendió que la causante de la aparición del efrit era aquella lámpara; y se apresuró a quitársela de las manos a su madre, que seguía desmayada; y la cogió con firmeza entre los diez dedos, y dijo al efrit: "¡Oh servidor de la lámpara! ¡tengo mucha hambre, y deseo que me traigas cosas excelentes en extremo para que me las coma!" Y el genni desapareció al punto, pero para volver un instante después, llevando en la cabeza una gran bandeja de plata maciza, en la cual había doce platos de oro llenos de manjares olorosos y exquisitos al paladar y a la vista, con seis panes muy calientes y blancos como la nieve y dorados por en medio, dos frascos grandes de vino añejo, claro y excelente, y en las manos un taburete de ébano incrustado de nácar y de plata, y dos tazas de plata. Y puso la bandeja en el taburete, colocó con presteza lo que tenía que colocar y desapareció discretamente.

Entonces Aladino, al ver que su madre seguía desmayada, le echó en el rostro agua de rosas, y aquella frescura, complicada con las deliciosas emanaciones de los manjares humeantes, no dejó de reunir los espíritus dispersos y de hacer volver en sí a la pobre mujer. Y Aladino se apresuró a decirle: "¡Vamos, ¡oh madre! eso no es nada! ¡Levántate y ven a comer! ¡Gracias a Alah, aquí hay con qué reponerte por completo el corazón y los sentidos y con qué aplacar nuestra hambre! ¡Por favor, no dejemos enfriar estos manjares excelentes!"

Cuando la madre de Aladino vio la bandeja de plata encima del hermoso taburete, los doce platos de oro con su contenido, los seis maravillosos panes, los dos frascos y las dos tazas, y cuando percibió su olfato el olor sublime que exhalaban todas aquellas cosas buenas, se olvidó de las circunstancias de su desmayo, y dijo a Aladino: "¡Oh hijo mío! ¡Alah proteja la vida de nuestro sultán! ¡Sin duda ha oído hablar de nuestra pobreza y nos ha enviado esta bandeja con uno de sus cocineros!"

Pero Aladino contestó: "¡Oh madre mía! ¡no es ahora el momento oportuno para suposiciones y votos! Empecemos por comer, y ya te contaré después lo que ha ocurrido".

Entonces la madre de Aladino fue a sentarse junto a él, abriendo unos ojos llenos de asombro y de admiración ante novedades tan maravillosas; y se pusieron ambos a comer con gran apetito. Y experimentaron con ello tanto gusto, que se estuvieron mucho rato en torno a la bandeja, sin cansarse de probar manjares tan bien condimentados, de modo y manera que acabaron por juntar la comida de la mañana con la de la noche. Y cuando terminaron por fin, reservaron para el día siguiente los restos de la comida. Y la madre de Aladino fue a guardar en el armario de la cocina los platos y su contenido, volviendo enseguida al lado de Aladino para escuchar lo que tenía él que contarle acerca de aquel generoso obsequio. Y Aladino le reveló entonces lo que había pasado, y cómo el genni servidor de la lámpara hubo de ejecutar la orden sin vacilación.

Entonces la madre de Aladino, que había escuchado el relato de su hijo con un espanto creciente, fue presa de gran agitación, y exclamó: "¡Ah hijo mío! por la leche con que nutrí tu infancia te conjuro a que arrojes lejos de ti esa lámpara y te deshagas de ese anillo, don de los malditos efrits, pues no podré soportar por segunda vez la vista de caras tan feas y espantosas, y me moriré a consecuencia de ello sin duda. Por cierto que me parece que estos manjares que acabo de comer se me suben a la garganta y van a ahogarme. Y además, nuestro profeta Mohamed (¡bendito sea!) nos recomendó mucho que tuviéramos cuidado con los genni y los efrits, y no buscáramos su trato nunca!"

Aladino contestó: "¡Tus palabras, madre mía, están por encima de mi cabeza y de mis ojos! ¡Pero, realmente, no puedo deshacerme de la lámpara ni del anillo! Porque el anillo me fue de suma utilidad al salvarme de una muerte segura en la cueva, y tú misma acabas de ser testigo del servicio que nos ha prestado esta lámpara, la cual es tan preciosa, que el maldito maghrebín no vaciló en venir a buscarla desde tan lejos. ¡Sin embargo, madre mía, para darte gusto y por consideración a ti, voy a ocultar la lámpara, a fin de que su vista no te hiera los ojos y sea para ti motivo de temor en el porvenir!"

Y contestó la madre de Aladino: "¡Haz lo que quieras, hijo mío! ¡Pero, por mi parte, declaro que no quiero tener que ver nada con los efrits, ni con el servidor del anillo, ni con el de la lámpara! ¡Y deseo que no me hables más de ellos, suceda lo que suceda...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 743ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Y deseo que no me hables más de ellos, suceda lo que suceda!"

Al otro día, cuando se terminaron las excelentes provisiones, Aladino, sin querer recurrir tan pronto a la lámpara, para evitar a su madre disgustos, cogió uno de los platos de oro, se lo escondió en la ropa, y salió con intención de venderlo en el zoco e invertir el dinero de la venta en proporcionarse las provisiones necesarias en la casa. Y fue a la tienda de un judío, que era más astuto que el Cheitán. Y sacó de su ropa el plato de oro y se lo entregó al judío, que lo cogió, lo examinó, lo raspó, y preguntó a Aladino con aire distraído: "¿Cuánto pides por esto?" Y Aladino, que en su vida había visto platos de oro y estaba lejos de saber el valor de semejantes mercaderías, contestó: "¡Por Alah, oh mi señor! tú sabrás mejor que yo lo que puede valer ese plato; y yo me fío en tu tasación y en tu buena fe!" Y el judío, que había visto bien que el plato era del oro más puro, se dijo: "He ahí un mozo que ignora el precio de lo que posee. ¡Vaya un excelente provecho que me proporciona hoy la bendición de Abraham!" Y abrió un cajón, disimulado en el muro de la tienda, y sacó de él una sola moneda de oro, que ofreció a Aladino, y que no representaba ni la milésima parte del valor del plato, y le dijo: "¡Toma, hijo mío, por tu plato! ¡Por Moisés y Aarón, que nunca hubiera ofrecido semejante suma a otro que no fueses tú; pero lo hago sólo por tenerte por cliente en lo sucesivo!" Y Aladino cogió a toda prisa el dinar de oro, y sin pensar siquiera en regatear, echó a correr muy contento. Y al ver la alegría de Aladino y su prisa por marcharse, el judío sintió mucho no haberle ofrecido una cantidad más inferior todavía, y estuvo a punto de echar a correr detrás de él para rebajar algo de la moneda de oro; pero renunció a su proyecto al ver que no podía alcanzarle.

En cuanto a Aladino, corrió sin pérdida de tiempo a casa del panadero, le compró pan, cambió el dinar de oro y volvió a su casa para dar a su madre el pan y el dinero, diciéndole: "¡Madre mía, ve ahora a comprar con este dinero las provisiones necesarias porque yo no entiendo de esas cosas!" Y la madre se levantó y fue al zoco a comprar todo lo que necesitaban. Y aquel día comieron y se saciaron. Y desde entonces, en cuanto les faltaba dinero, Aladino iba al zoco a vender un plato de oro al mismo judío, que siempre le entregaba un dinar, sin atreverse a darle menos después de haberle dado esta suma la primera vez y temeroso de que fuera a proponer su mercancía a otros judíos, que se aprovecharían con ello, en lugar suyo, del inmenso beneficio que suponía el tal negocio. Así es que Aladino, que continuaba ignorando el valor de lo que poseía, le vendió de tal suerte los doce platos de oro. Y entonces pensó en llevarle el bandejón de plata maciza; pero como le pesaba mucho, fue a buscar al judío, que se presentó en la casa, examinó la bandeja preciosa, y dijo a Aladino: "¡Esto vale dos monedas de oro!" Y Aladino, encantado, consintió en vendérselo, y tomó el dinero, que no quiso darle el judío más que mediante las dos tazas de plata como propina.

De esta manera tuvieron aún para mantenerse durante unos días Aladino y su madre. Y Aladino continuó yendo a los zocos a hablar formalmente con los mercaderes y las personas distinguidas: porque desde su vuelta había tenido cuidado de abstenerse del trato de sus antiguos camaradas, los niños del barrio; y a la sazón procuraba instruirse escuchando las conversaciones de las personas mayores; y como estaba lleno de sagacidad, en poco tiempo adquirió toda clase de nociones preciosas que muy escasos jóvenes de su edad serían capaces de adquirir.

Entretanto, de nuevo hubo de faltar dinero en la casa, y como no podía obrar de otro modo, a pesar de todo el terror que inspiraba a su madre, Aladino se vio obligado a recurrir a la lámpara mágica. Pero advertida del proyecto de Aladino, la madre se apresuró a salir de la casa, sin poder sufrir el encontrarse allí en el momento de la aparición del efrit. Y libre entonces de obrar a su antojo, Aladino cogió la lámpara con la mano, y buscó el sitio que había que tocar precisamente, y que se conocía por la impresión dejada con la ceniza en la primera limpieza; y la frotó despacio y muy suavemente. Y al punto apareció el genni, que inclinóse, y con voz muy tenue, a causa precisamente de la suavidad del frotamiento, dijo a Aladino: "¡Aquí tienes entre tus manos a tu esclavo! ¿Qué quieres? Habla. ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde me arrastro!" Y Aladino se apresuró a contestar: "¡Oh servidor de la lámpara! tengo mucha hambre, y deseo una bandeja de manjares en un todo semejante a la que me trajiste la primera vez" Y el genni desapareció, pero para reaparecer, en menos de un abrir y cerrar de ojos, cargado con la bandeja consabida, que puso en el taburete; y se retiró sin saberse por dónde.

Poco tiempo después volvió la madre de Aladino; y vio la bandeja con su aroma y su contenido tan encantador; y no se maravilló menos que la primera vez. Y se sentó al lado de su hijo, y probó los manjares, encontrándolos más exquisitos todavía que los de la primera bandeja. Y a pesar del terror que le inspiraba el genni servidor de la lámpara, comió con mucho apetito; y ni ella ni Aladino pudieron separarse de la bandeja hasta que se hartaron completamente; pero como aquellos manjares excitaban el apetito conforme se iba comiendo, no se levantó ella hasta el anochecer, juntando así la comida de la mañana con la de mediodía y con la de la noche. Y Aladino hizo lo propio.

Cuando se terminaron las provisiones de la bandeja, como la vez primera...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 744ª NOCHE

Ella dijo:

"...Cuando se terminaron las provisiones de la bandeja, como la vez primera, Aladino no dejó de coger uno de los platos de oro e ir al zoco, según tenía por costumbre, para vendérselo al judío, lo mismo que había hecho con los otros platos. Y cuando pasaba por delante de la tienda de un venerable jeique musulmán, que era un orfebre muy estimado por su probidad y buena fe, oyó que le llamaban por su nombre y se detuvo. Y el venerable orfebre hizo señas con la mano y le invitó a entrar un momento en la tienda. Y le dijo: "Hijo mío, he tenido ocasión de verte pasar por el zoco bastante veces, y he notado que llevabas siempre entre la ropa algo que querías ocultar; y entrabas en la tienda de mi vecino el judío para salir luego sin el objeto que ocultabas. ¡Pero tengo que advertirte de una cosa que acaso ignores, a causa de tu tierna edad! Has de saber, en efecto, que los judíos son enemigos natos de los musulmanes; y creen que es lícito escamotearnos nuestros bienes por todos los medios posibles. ¡Y entre todos los judíos, precisamente ése es el más detestable, el más listo, el más embaucador y el más nutrido de odio contra nosotros los que creemos en Alah el Único! ¡Así, pues, si tienes que vender alguna cosa, ¡oh hijo mío! empieza por enseñármela, y por la verdad de Alah el Altísimo te juro que la tasaré en su justo valor, a fin de que al cederla sepas exactamente lo qué hacer! Enséñame, pues, sin temor ni desconfianza lo que ocultas en tu traje, ¡y Alah maldiga a los embaucadores y confunda al Maligno! ¡Alejado sea por siempre!"

Al oír estas palabras del viejo orfebre, Aladino, confiado, no dejó de sacar de debajo de su traje el plato de oro y mostrárselo. Y el jeique calculó al primer golpe de vista el valor del objeto y preguntó a Aladino: "¿Puedes decirme ahora, hijo mío, cuántos platos de esta clase vendiste al judío y el precio a que se los cediste?" Y Aladino contestó: "¡Por Alah, ¡oh tío mío! que ya le he dado doce platos como éste a un dinar cada uno!"

Al oír estas palabras, el viejo orfebre llegó al límite de la indignación, y exclamó: "¡Ah maldito judío, hijo de perro, posteridad de Eblis!" Y al propio tiempo puso el plato en la balanza, lo pesó, y dijo: "¡Has de saber, hijo mío, que este plato es del oro más fino y que no vale un dinar, sino doscientos dinares exactamente! ¡Es decir, que el judío te ha robado a ti solo tanto como roban en un día, con detrimento de los musulmanes, todos los judíos del zoco reunidos!" Luego añadió: "¡Ah hijo mío, lo pasado pasado está, y como no hay testigos, no podemos hacer empalar a ese judío maldito! ¡De todos modos, ya sabes a qué atenerte en lo sucesivo! Y si quieres, al momento voy a contarte doscientos dinares por tu plato. ¡Prefiero, sin embargo, que antes de vendérmelo vayas a proponerlo y que te lo tasen otros mercaderes, y si te ofrecen más, consiento en pagarte la diferencia y algo más de sobreprecio!" Pero Aladino, que no tenía ningún motivo para dudar de la reconocida probidad del viejo orfebre, se dio por muy contento con cederle el plato a tan buen precio. Y tomó los doscientos dinares. Y en lo sucesivo no dejó de dirigirse al mismo honrado orfebre musulmán para venderle los otros once platos y la bandeja.

Y he aquí que, enriquecidos de aquel modo, Aladino y su madre no abusaron de los beneficios del Retribuidor. Y continuaron llevando una vida modesta, distribuyendo a los pobres y a los menesterosos lo que sobraba a sus necesidades. Y entretanto, Aladino no perdonó ocasión de seguir instruyéndose y afinando su ingenio con el contacto de las gentes del zoco, de los mercaderes distinguidos y de las personas de buen tono que frecuentaban los zocos. Y así aprendió en poco tiempo las maneras del gran mundo, y mantuvo relaciones sostenidas con los orfebres y joyeros, de quienes se convirtió en huésped asiduo. ¡Y habituándose entonces a ver joyas y pedrerías, se enteró de que las frutas que se había llevado de aquel jardín y que se imaginaba serían bolas de vidrio coloreado, eran maravillas inestimables que no tenían igual en casa de los reyes y sultanes más poderosos y más ricos! Y como se había vuelto muy prudente y muy inteligente, tuvo la precaución de no hablar de ello a nadie, ni siquiera a su madre. Pero en vez de dejar las frutas de pedrería tiradas debajo de los cojines del diván y por todos los rincones, las recogió con mucho cuidado y las guardó en un cofre que compró a propósito. Y he aquí que pronto habría de experimentar los efectos de su prudencia de la manera más brillante y más espléndida.

En efecto, un día entre los días, charlando él a la puerta de una tienda con algunos mercaderes amigos suyos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 745ª NOCHE

Ella dijo:

"...En efecto, un día entre los días, charlando él a la puerta de una tienda con algunos mercaderes amigos suyos, vio cruzar los zocos a dos pregoneros del sultán armados de largas pértigas, y les oyó gritar al unísono en alta voz: "¡Oh vosotros todos, mercaderes y habitantes! ¡De orden de nuestro amo magnánimo, el rey del tiempo y el señor de los siglos y de los momentos, sabed que tenéis que cerrar vuestras tiendas al instante y encerraros en vuestras casas, con todas las puertas cerradas por fuera y por dentro! ¡porque va a pasar, para ir a tomar su baño en el hammam, la perla única, la maravillosa, la bienhechora, nuestra joven ama Badrú'l-Budur, luna llena de las lunas llenas, hija de nuestro glorioso sultán! ¡Séale el baño delicioso! ¡En cuanto a los que se atrevan a infringir la orden y a mirar por puertas o ventanas, serán castigados con el alfanje, el palo o el patíbulo! ¡Sirva, pues, de aviso a quienes quieran conservar su sangre en su cuello!"

Al oír este pregón público Aladino se sintió poseído de un deseo irresistible por ver pasar a la hija del sultán, a aquella maravillosa Badrú'l-Budur, de quien se hacían lenguas en toda la ciudad y cuya belleza de luna y perfecciones eran muy elogiadas. Así es que en vez de hacer como todo el mundo y correr a encerrarse en su casa, se le ocurrió ir a toda prisa al hammam y esconderse detrás de la puerta principal para poder, sin ser visto, mirar a través de las junturas y admirar a su gusto a la hija del sultán cuando entrase en el hammam.

Y he aquí que a los pocos instantes de situarse en aquel lugar vio llegar el cortejo de la princesa, precedido por la muchedumbre de eunucos. Y la vio a ella misma en medio de sus mujeres, cual la luna en medio de las estrellas, cubierta con sus velos de seda. Pero en cuanto llegó al umbral del hammam se apresuró a destaparse el rostro; y apareció con todo el resplandor solar de una belleza que superaba a cuanto pudiera decirse. Porque era una joven de quince años, más bien menos que más, derecha como la letra alef, con una cintura que desafiaba a la rama tierna del árbol han, con una frente deslumbradora, como el cuarto creciente de la luna en el mes de Ramadán, con cejas rectas y perfectamente trazadas, con ojos negros, grandes y lánguidos, cual los ojos de la gacela sedienta, con párpados modestamente bajos y semejantes a pétalos de rosa, con una nariz impecable como labor selecta, una boca minúscula con dos labios encarnados, una tez de blancura lavada en el agua de la fuente Salsabil, un mentón sonriente, dientes como granizos, de igual tamaño, un cuello de tórtola, y lo demás, que no se veía, por el estilo. Y de ella es de quien ha dicho el poeta:

¡Sus ojos magos, avivados con kohl negro, traspasan los corazones con sus flechas aceradas!

¡A las rosas de sus mejillas roban los colores las rosas de los ramos!

¡Y su cabellera es una noche tenebrosa iluminada por la irradiación de su frente!

Cuando la princesa llegó a la puerta del hammam, como no temía las miradas indiscretas, se levantó el velillo del rostro, y apareció así en toda su belleza. Y Aladino la vio, y en un momento sintió bullirle la sangre en la cabeza tres veces más de prisa que antes. Y sólo entonces se dio cuenta él, que jamás tuvo ocasión de ver al descubierto rostros de mujer, de que podía haber mujeres hermosas y mujeres feas y de que no todas eran viejas semejantes a su madre.

Aquel descubrimiento, unido a la belleza incomparable de la princesa, le dejó estupefacto y le inmovilizó en un éxtasis detrás de la puerta. Y ya hacía mucho tiempo que había entrado la princesa en el hammam, mientras él permanecía aún allí asombrado y todo tembloroso de emoción. Y cuando pudo recobrar un poco el sentido, se decidió a escabullirse de su escondite y a regresar a su casa, ¡pero en qué estado de mudanza y turbación! Y pensaba: "¡Por Alah ¿quién hubiera podido imaginar jamás que sobre la tierra hubiese una criatura tan hermosa?! ¡Bendito sea El que la ha formado y la ha dotado de perfección!" Y asaltado por un cúmulo de pensamientos, entró en casa de su madre, y con la espalda quebrantada de emoción y el corazón arrebatado de amor por completo, se dejó caer en el diván, y estuvo sin moverse.

Y he aquí que su madre no tardó en verle en aquel estado tan extraordinario, y se acercó a él y le preguntó con ansiedad qué le pasaba. Pero él se negó a dar la menor respuesta. Entonces le llevó la bandeja de los manjares para que almorzase; pero él no quiso comer. Y le preguntó ella: "¿Qué tienes, ¡oh hijo mío!? ¿Te duele algo? ¡Dime qué te ha ocurrido!"

Y acabó él por contestar: "¡Déjame!" Y ella insistió para que comiese, y hubo de instarle de tal manera, que consintió él en tocar los manjares, pero comió infinitamente menos que de ordinario, y tenía los ojos bajos, y guardaba silencio, sin querer contestar a las preguntas inquietas de su madre. Y estuvo en aquel estado de somnolencia, de palidez y de abatimiento hasta el día siguiente.

Entonces la madre de Aladino, en el límite de la ansiedad, se acercó a él, con lágrimas en los ojos, y le dijo: "¡Oh hijo mío! ¡por Alah sobre ti, dime lo que te pasa y no me tortures más el corazón con tu silencio! ¡Si tienes alguna enfermedad, no me la ocultes, y enseguida iré a buscar al médico! Precisamente está hoy de paso en nuestra ciudad un médico famoso del país de los árabes, a quien ha hecho venir ex profeso nuestro sultán para consultarle. ¡Y no se habla de otra cosa que de su ciencia y de sus remedios maravillosos! ¿Quieres que vaya a buscarle?

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 746ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Y no se habla de otra cosa que de su ciencia y de sus remedios maravillosos! ¿Quieres que vaya a buscarle?" Entonces Aladino levantó la cabeza, y con un tono de voz muy triste, contestó: "¡Sabe ¡oh madre! que estoy bueno y no sufro de enfermedad! ¡Y si me ves en este estado de mudanza, es porque hasta el presente me imaginé que todas las mujeres se te parecían! ¡Y sólo ayer hube de darme cuenta de que no había tal cosa!"

Y la madre de Aladino alzó los brazos y exclamó: "¡Alejado sea el Maligno! ¿qué estás diciendo, Aladino?" El joven contestó: "¡Estate tranquila, que sé bien lo que digo! ¡Porque ayer vi entrar en el hammam a la princesa Badrú'l-Budur, hija del sultán, y su sola vista me reveló la existencia de la belleza! ¡Y ya no estoy para nada! ¡Y por eso no tendré reposo ni podré volver a mí mientras no la obtenga de su padre el sultán en matrimonio!"

Al oír estas palabras, la madre de Aladino pensó que su hijo había perdido el juicio, y le dijo: "¡El nombre de Alah sobre ti, hijo mío! ¡Vuelve a la razón! ¡ah! ¡pobre Aladino, piensa en tu condición y desecha esas locuras!"

Aladino contestó: "¡Oh madre mía! no tengo para qué volver a la razón, pues, no me cuento en el número de los locos. ¡Y tus palabras no me harán renunciar a mi idea de matrimonio con El Sett Badrú'l-Budur, la hermosa hija del sultán! ¡Y tengo más intención que nunca de pedírsela a su padre en matrimonio!"

Ella dijo: "¡Oh hijo mío! ¡por mi vida sobre ti, no pronuncies tales palabras, y, ten cuidado de que no te oigan en la vecindad y transmitan tus palabras al sultán, que te haría ahorcar sin remisión! Y además, si de verdad tomaste una resolución tan loca, ¿crees que vas a encontrar quien se encargue de hacer esa petición?"

El joven contestó: "¿Y a quién voy a encargar de una misión tan delicada estando tú aquí, ¡oh madre!? ¿y en quién voy a tener más confianza que en ti? ¡Sí, ciertamente, tú serás quien vaya a hacer al sultán esa petición de matrimonio!" Ella exclamó: "¡Alah me preserve de llevar a cabo semejante empresa, oh hijo mío! ¡Yo no estoy, como tú, en el límite de la locura! ¡Ah! ¡bien veo al presente que te olvidas de que eres hijo de uno de los sastres más pobres y más ignorados de la ciudad, y de que tampoco yo, tu madre, soy de familia más noble o más esclarecida! ¿Cómo, pues, te atreves a pensar en una princesa que su padre no concederá ni aún a los hijos de poderosos reyes y sultanes?"

Aladino permaneció en silencio un momento; luego contestó: "Sabe ¡oh madre! que ya he pensado y reflexionado largamente en todo lo que acabas de decirme; pero eso no me impide tomar la resolución que te he explicado; ¡sino al contrario! ¡Te suplico, pues, que si verdaderamente soy tu hijo y me quieres, me prestes el servicio que te pido! ¡Si no, mi muerte será preferible a mi vida, y sin duda alguna me perderás muy pronto! ¡Por última vez, ¡oh madre mía! no olvides que siempre seré tu hijo Aladino!"

Al oír estas palabras de su hijo, la madre de Aladino rompió en sollozos, y dijo lacrimosa: "¡Oh hijo mío! ¡ciertamente, soy tu madre, y tú eres mi único hijo, el núcleo de mi corazón! ¡Y mi mayor anhelo siempre fue verte casado un día y regocijarme con tu dicha antes de morirme! ¡sí, pues, si quieres casarte, me apresuraré a buscarte mujer entre las gentes de nuestra condición! ¡Y aún así, no sabré qué contestarles cuando me pidan informes acerca de ti, del oficio que ejerces, de la ganancia que sacas y de los bienes y tierras que posees! ¡Y me azora mucho eso! Pero, ¿qué no será tratándose, no ya de ir a gentes de condición humilde, sino a pedir para ti al sultán de la China su hija única El Sett Badrú'l-Budur? ¡Vamos, hijo mío, reflexiona un instante con moderación! ¡Bien sé que nuestro sultán está lleno de benevolencia y que jamás despide a ningún súbdito suyo sin hacerle la justicia que necesita! ¡También sé que es generoso con exceso y que nunca rehúsa nada a quien ha merecido sus favores con alguna acción brillante, algún hecho de bravura o algún servicio grande o pequeño!

Pero, ¿puedes decirme en qué has sobresalido tú hasta el presente y qué títulos tienes para merecer ese favor incomparable que solicitas? Y además, ¿dónde están los regalos que, como solicitante de gracias, tienes que ofrecer al rey en calidad de homenaje de súbdito leal a su soberano?"

El joven contestó: "¡Pues bien; si no se trata más que de hacer un buen regalo para obtener lo que anhela tanto mi alma, precisamente creo que ningún hombre sobre la tierra puede competir conmigo en ese terreno! Porque has de saber ¡oh madre! que esas frutas de todos colores que me traje del jardín subterráneo y que creía eran sencillamente bolas de vidrio sin valor ninguno, y buenas, a lo más, para que jugasen los niños pequeños, son pedrerías inestimables como no las posee ningún sultán en la tierra. ¡Y vas a juzgar por ti misma, a pesar de tu poca experiencia en estas cosas! No tienes más que traerme de la cocina una fuente de porcelana en que quepan, y ya verás qué efecto tan maravilloso producen...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Historia de Aladino y la lámpara mágica (Continuación)

...hijo y me excuse si la ternura de madre me ha impulsado a venir a transmitirte una petición tan singular!"

Cuando el sultán, que había escuchado estas palabras con mucha atención, pues era justo y benévolo, vio que había callado la madre de Aladino, lejos de mostrarse indignado de su demanda, se echó a reír con bondad, y le dijo: "¡Oh pobre! ¿y qué traes en ese pañuelo que sostienes por las cuatro puntas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 749ª NOCHE

Ella dijo:

"...se echó a reír con bondad, y le dijo: "¡Oh pobre! ¿y qué traes en ese pañuelo que sostienes por las cuatro puntas?

Entonces la madre de Aladino desató el pañuelo en silencio, y sin añadir una palabra presentó al sultán la fuente de porcelana en que estaban dispuestas las frutas de pedrerías. Y al punto se iluminó todo el diwán con su resplandor, mucho más que si estuviese alumbrado con innúmeras arañas y antorchas. Y el sultán quedó deslumbrado de su claridad y le pasmó su hermosura. Luego cogió la porcelana de manos de la buena mujer y examinó las maravillosas pedrerías, una tras otra, tomándolas entre sus dedos. Y estuvo mucho tiempo mirándolas y tocándolas, en el límite de la admiración. Y acabó por exclamar, encarándose con su gran visir: "¡Por vida de mi cabeza, ¡oh visir mío! qué hermoso es todo esto y qué maravillosas son esas frutas! ¿Las viste nunca parecidas u oíste hablar siquiera de la existencia de cosas tan admirables sobre la faz de la tierra? ¿Qué te parece? ¡Di!" Y el visir contestó: "¡En verdad ¡oh rey del tiempo! que nunca he visto ni nunca he oído hablar de cosas tan maravillosas! ¡Ciertamente, estas pedrerías son únicas en su especie! ¡Y las joyas más preciosas del armario de nuestro rey no valen, reunidas, tanto como la más pequeña de estas frutas, a mi entender!" Y dijo el rey: "¿No es verdad ¡oh visir mío! que el joven Aladino, que por mediación de su madre me envía un presente tan hermoso, merece, sin duda alguna, mejor que cualquier hijo de rey, que se acoja bien su petición de matrimonio con mi hija Badrú'l-Budur?"

A esta pregunta del rey, la cual estaba lejos de esperarse, al visir se le mudó el color y se le trabó mucho la lengua y se apenó mucho. Porque, desde hacía largo tiempo, le había prometido el sultán que no daría en matrimonio a la princesa a otro que no fuese un hijo que tenía el visir y que ardía de amor por ella desde la niñez. Así es que, tras largo rato de perplejidad, de emoción y de silencio, acabó por contestar con voz muy triste: "Sí, ¡oh rey del tiempo! Pero Tu Serenidad olvida que ha prometido la princesa al hijo de tu esclavo. ¡Sólo te pido, pues, como gracia, ya que tanto te satisface este regalo de un desconocido, que me concedas un plazo de tres meses, al cabo del cual me comprometo a traer yo mismo un presente más hermoso todavía que éste para ofrecérselo de dote a nuestro rey, en nombre de mi hijo!"

Y el rey, que a causa de sus conocimientos en materia de joyas y pedrerías sabía bien que ningún hombre, aunque fuese hijo de rey o de sultán, sería capaz de encontrar un regalo que compitiese de cerca ni de lejos con aquellas maravillas, únicas en su especie, no quiso desairar a su viejo visir rehusándole la gracia que solicitaba, por muy inútil que fuese; y con benevolencia le contestó: "¡Claro está ¡oh visir mío! que te concedo el plazo que pides! ¡Pero has de saber que, si al cabo de esos tres meses no has encontrado para tu hijo una dote que ofrecer a mi hija que supere o iguale solamente a la dote que me ofrece esta buena mujer en nombre de su hijo Aladino, no podré hacer más por tu hijo, a pesar de tus buenos y leales servicios!" Luego se encaró con la madre de Aladino, y le dijo con mucha afabilidad: "¡Oh madre de Aladino! ¡puedes volver con toda alegría y seguridad al lado de tu hijo y decirle que su petición ha sido bien acogida y que mi hija está comprometida con él en adelante! ¡Pero dile que no podrá celebrarse el matrimonio hasta pasados tres meses, para dar tiempo a preparar el equipo de mi hija y hacer el ajuar que corresponde a una princesa de su calidad!"

Y la madre de Aladino, en extremo emocionada, alzó los brazos al cielo e hizo votos por la prosperidad y la dilatación de la vida del sultán y se despidió para volar llena de alegría a su casa en cuanto salió de palacio. Y no bien entró en ella, Aladino vio su rostro iluminado por la dicha y corrió hacia ella y le preguntó, muy turbado: "Y bien, ¡oh madre! ¿debo vivir o debo morir?" Y la pobre mujer, extenuada de fatiga, comenzó por sentarse en el diván y quitarse el velo del rostro, y le dijo: "Te traigo buenas noticias, ¡oh Aladino! ¡La hija del sultán está comprometida contigo para en adelante! ¡Y tu regalo, como ves, ha sido acogido con alegría y contento! ¡Pero hasta dentro de tres meses no podrá celebrarse tu matrimonio con Badrú'l-Budur! ¡Y esta tardanza se debe al gran visir, barba calamitosa, que ha hablado en secreto con el rey y le ha convencido para retardar la ceremonia, no sé por qué razón! Pero ¡inschalah! todo saldrá bien. Y será satisfecho tu deseo por encima de todas las previsiones, ¡oh hijo mío!" Luego añadió: "¡En cuanto a ese gran visir, ¡oh hijo mío! que Alah le maldiga y le reduzca al estado peor! ¡Porque estoy muy preocupada por lo que le haya podido decir al oído al rey! ¡A no ser por él, el matrimonio hubiera tenido lugar, al parecer, hoy o mañana, pues le han entusiasmado al rey las frutas de pedrería del plato de porcelana!"

Luego, sin interrumpirse para respirar, contó a su hijo todo lo que había ocurrido desde que entró en el diwán hasta que salió, y terminó diciendo: "Alah conserve la vida de nuestro glorioso sultán, y te guarde para la dicha que te espera, ¡oh hijo mío Aladino!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 750ª NOCHE

Ella dijo:

"...Alah conserve la vida de nuestro glorioso sultán, y te guarde para la dicha que te espera, ¡oh hijo mío Aladino!"

Y al oír lo que acababa de anunciarle su madre, Aladino osciló de tranquilidad y contento, y exclamó: "¡Glorificado sea Alah, ¡oh madre! que hace descender Sus Gracias a nuestra casa y te da por hija a una princesa que tiene sangre de los más grandes reyes!" Y besó la mano a su madre y le dio muchas gracias por todas las penas que hubo de tomarse para la consecución de aquel asunto tan delicado. ¡Y su madre le besó con ternura y le deseó toda clase de prosperidades, y lloró al pensar que su esposo el sastre, padre de Aladino, no estaba allí para ver la fortuna y los efectos maravillosos del destino de su hijo, el holgazán de otro tiempo!

Y desde aquel día pusiéronse a contar, con impaciencia extremada, las horas que les separaban de la dicha que se prometían hasta la expiración del plazo de tres meses. Y no cesaban de hablar de sus proyectos y de los festejos y limosnas que pensaban dar a los pobres, sin olvidar que ayer estaban ellos mismos en la miseria y que la cosa más meritoria a los ojos del Retribuidor era, sin duda alguna, la generosidad.

Y he aquí que de tal suerte transcurrieron dos meses. Y la madre de Aladino, que salía a diario para hacer las compras necesarias con anterioridad a las bodas, había ido al zoco una mañana y comenzaba a entrar en las tiendas, haciendo mil pedidos grandes y pequeños, cuando advirtió una cosa que no había visto al llegar. Vio, en efecto, que todas las tiendas estaban decoradas y adornadas con follaje, linternas y banderolas multicolores que iban de un extremo a otro de la calle, y que todos los tenderos, compradores y grandes del zoco, lo mismo ricos que pobres, hacían grandes demostraciones de alegría, y que todas las calles estaban atestadas de funcionarios de palacio ricamente vestidos con sus brocados de ceremonia y montados en caballos enjaezados maravillosamente, y que todo el mundo iba y venía con una animación inesperada. Así es que se apresuró a preguntar a un mercader de aceite, en cuya casa se aprovisionaba, qué fiesta, ignorada por ella, celebraba toda aquella alegre muchedumbre, y qué significaban todas aquellas demostraciones. Y el mercader de aceite, en extremo asombrado de semejante pregunta, la miró de reojo, y contestó: "¡Por Alah, que se diría que te estás burlando! ¿Acaso eres una extranjera para ignorar así la boda del hijo del gran visir con la princesa Badru'l-Budur, hija del sultán? ¡Y precisamente ésta es la hora en que ella va a salir del hammam! ¡Y todos esos jinetes ricamente vestidos con trajes de oro son los guardias que le darán escolta hasta el palacio!"

Cuando la madre de Aladino hubo oído estas palabras del mercader de aceite, no quiso saber más, y enloquecida y desolada echó a correr por los zocos, olvidándose de sus compras a los mercaderes, y llegó a su casa, adonde entró, y se desplomó sin aliento en el diván, permaneciendo allí un instante sin poder pronunciar una palabra. Y cuando pudo hablar, dijo a Aladino, que había acudido: "¡Ah, hijo mío, el Destino ha vuelto contra ti la página fatal de su libro, y he aquí que todo está perdido, y que la dicha hacia la cual te encaminabas se ha desvanecido antes de realizarse!" Y Aladino, muy alarmado del estado en que veía a su madre y de las palabras que oía, le preguntó: "¿Pero qué ha sucedido de fatal, ¡oh madre!? ¡Dímelo pronto!" Ella dijo: "¡Ay! ¡hijo mío, el sultán se olvidó de la promesa que nos hizo! ¡Y hoy precisamente casa a su hija Badrú'l-Budur con el hijo del gran visir, de ese rostro de brea, de ese calamitoso a quien yo temía tanto! ¡Y toda la ciudad está adornada, como en las fiestas mayores, para la boda de esta noche!"

Al escuchar esta noticia, Aladino sintió que la fiebre le invadía el cerebro y hacía bullir su sangre a borbotones precipitados. Y se quedó un momento pasmado y confuso, como si fuera a caerse. Pero no tardó en dominarse, acordándose de la lámpara maravillosa que poseía, y que le iba a ser más útil que nunca. Y se encaró con su madre, y le dijo con acento muy tranquilo: "¡Por tu vida, ¡oh madre! se me antoja que el hijo del visir no disfrutará esta noche de todas las delicias que se promete gozar en lugar mío! No temas, pues, por eso, y sin más dilación, levántate y prepáranos la comida. ¡Y ya veremos después lo que tenemos que hacer con asistencia del Altísimo!"

Se levantó, pues, la madre de Aladino y preparó la comida, comiendo Aladino con mucho apetito para retirarse a su habitación inmediatamente, diciendo: "¡Deseo estar solo y que no se me importune!" Y cerró tras de sí la puerta con llave, y sacó la lámpara mágica del lugar en que la tenía escondida. Y la cogió y la frotó en el sitio que conocía ya. Y en el mismo momento se le apareció el efrit esclavo de la lámpara, y dijo:

"¡Aquí tienes entre tus manos a tu esclavo! ¿Qué quieres? Habla. ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde me arrastro!"

Y Aladino le dijo: "¡Escúchame bien, ¡oh servidor de la lámpara! pues ahora ya no se trata de traerme de comer y de beber, sino de servirme en un asunto de mucha más importancia! Has de saber, en efecto, que el sultán me ha prometido en matrimonio su maravillosa hija Badrú'l-Budur, tras de haber recibido de mí un presente de frutas de pedrería. Y me ha pedido un plazo de tres meses para la celebración de las bodas. ¡Y ahora se olvidó de su promesa, y sin pensar en devolverme mi regalo, casa a su hija con el hijo del gran visir! ¡Y como no quiero que sucedan así las cosas, acudo a ti para que me auxilies en la realización de mi proyecto!" Y contestó el efrit: "Habla, ¡oh mi amo Aladino! ¡Y no tienes necesidad de darme tantas explicaciones! ¡Ordena y obedeceré!: Y contestó Aladino: "¡Pues esta noche, en cuanto los recién casados se acuesten en su lecho nupcial, y antes de que ni siquiera tengan tiempo de tocarse, los cogerás con lecho y todo y los transportarás aquí mismo, en donde ya veré lo que tengo que hacer!" Y el efrit de la lámpara se llevó la mano a la frente, y contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y desapareció...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 751ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y el efrit de la lámpara se llevó la mano a la frente, y contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y desapareció. Y Aladino fue en busca de su madre y se sentó junto a ella y se puso a hablar con tranquilidad de unas cosas y de otras, sin preocuparse del matrimonio de la princesa, como si no hubiese ocurrido nada de aquello. Y cuando llegó la noche dejó que se acostara su madre, y volvió a su habitación, en donde se encerró de nuevo con llave, y esperó el regreso del efrit.

¡Y he aquí lo referente a él!

¡He aquí ahora lo que atañe a las bodas del hijo del gran visir!

Cuando tuvieron fin la fiesta y los festines y las ceremonias y las recepciones y los regocijos, el recién casado, precedido por el jefe de los eunucos, penetró en la cámara nupcial. Y el jefe de los eunucos se apresuró a retirarse y a cerrar la puerta detrás de sí. Y el recién casado, después de desnudarse, levantó las cortinas y se acostó en el lecho para esperar allí la llegada de la princesa. No tardó en hacer su entrada ella, acompañada de su madre y las mujeres de su séquito, que la desnudaron, la pusieron una sencilla camisa de seda y destrenzaron su cabellera. Luego la metieron en el lecho a la fuerza, mientras ella fingía hacer mucha resistencia y daba vueltas en todos sentidos para escapar de sus manos, como suelen hacer en semejantes circunstancias las recién casadas. Y cuando la metieron en el lecho, sin mirar al hijo del visir, que estaba ya acostado, se retiraron todas juntas, haciendo votos por la consumación del acto. Y la madre, que salió la última, cerró la puerta de la habitación, lanzando un gran suspiro, como es costumbre.

No bien estuvieron solos los recién casados, y antes de que tuviesen tiempo de hacerse la menor caricia, sintiéronse de pronto elevados con su lecho, sin poder darse cuenta de lo que les sucedía. Y en un abrir y cerrar de ojos se vieron transportados fuera del palacio y depositados en un lugar que no conocían, y que no era otro que la habitación de Aladino. Y dejándoles llenos de espanto, el efrit fue a prosternarse ante Aladino, y le dijo: "Ya se ha ejecutado tu orden, ¡oh mi señor! ¡Y heme aquí dispuesto a obedecerte en todo lo que tengas que mandarme!" Y le contestó Aladino: "¡Tengo que mandarte que cojas a ese joven y le encierres durante toda la noche en el retrete! ¡Y ven aquí a tomar órdenes mañana por la mañana!"

Y el genni de la lámpara contestó con el oído y la obediencia y se apresuró a obedecer.

Cogió, pues, brutalmente al hijo del visir y fue a encerrarle en el retrete, metiéndole la cabeza en el agujero. Y sopló sobre él una bocanada fría y pestilente que le dejó inmóvil como un madero en la postura en que estaba. ¡Y he aquí lo referente a él!

En cuanto a Aladino, cuando estuvo solo con la princesa Badrú'l-Budur, a pesar del gran amor que por ella sentía, no pensó ni por un instante en abusar de la situación. Y empezó por inclinarse ante ella, llevándose la mano al corazón, y le dijo con voz apasionada: "¡Oh princesa, sabe que aquí estás más segura que en el palacio de tu padre el sultán! ¡Si te hallas en este lugar que desconoces, sólo es para que no sufras las caricias de ese joven cretino, hijo del visir de tu padre! ¡Y aunque es a mí a quien te prometieron en matrimonio, me guardaré bien de tocarte antes de tiempo y antes de que seas mi esposa legítima por el Libro y la Sunnah!"

Al oír estas palabras de Aladino, la princesa no pudo comprender nada, primeramente porque estaba muy emocionada, y además, porque ignoraba la antigua promesa de su padre y todos los pormenores del asunto. Y sin saber qué decir, se limitó a llorar mucho. Y Aladino, para demostrarle bien que no abrigaba ninguna mala intención con respecto a ella y para tranquilizarla, se tendió vestido en el lecho, en, el mismo sitio que ocupaba el hijo del visir, y tuvo la precaución de poner un sable desenvainado entre ella y él, para dar a entender que antes se daría la muerte que tocarla, aunque fuese con las puntas de los dedos. Y hasta volvió la espalda a la princesa para no importunarla en manera alguna. Y se durmió con toda tranquilidad, sin volver a ocuparse de la tan deseada presencia de Badrú'l-Budur, como si estuviese solo en su lecho de soltero.

En cuanto a la princesa, la emoción que le producía aquella aventura tan extraña, y la situación anómala en que se encontraba, y los pensamientos tumultuosos que la agitaban, mezcla de miedo y de asombro, la impidieron pegar los ojos en toda la noche. Pero sin duda tenía menos motivo de queja que el hijo del visir, que estaba en el retrete con la cabeza metida en el agujero y no podía hacer ni un movimiento a causa de la espantosa bocanada que le había echado el efrit para inmovilizarle.

De todos modos, la suerte de ambos esposos fue bastante aflictiva y calamitosa para una primera noche de bodas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 752ª NOCHE

Ella dijo:

"...De todos modos, la suerte de ambos esposos fue bastante aflictiva y calamitosa para una primera noche de bodas.

Al siguiente día por la mañana, sin que Aladino tuviese necesidad de frotar la lámpara de nuevo, el efrit, cumpliendo la orden que se le dio, fue solo a esperar que se despertase el dueño de la lámpara. Y como tardara en despertarse, lanzó varias exclamaciones que asustaron a la princesa, a la cual no era posible verle. Y Aladino abrió los ojos, y en cuanto hubo reconocido al efrit, se levantó del lado de la princesa, y se separó del lecho un poco, para no ser oído más que por el efrit, y le dijo: "Date prisa a sacar del retrete al hijo del visir, y vuelve a dejarle en la cama en el sitio que ocupaba. Luego llévalos a ambos al palacio del sultán, dejándolos en el mismo lugar de donde los trajiste. ¡Y sobre todo, vigílales bien para impedirles que se acaricien, ni siquiera que se toquen!" Y el efrit de la lámpara contestó con el oído y la obediencia, y se apresuró primero a quitar el frío al joven del retrete y a ponerle en el lecho, al lado de la princesa para transportar enseguida a ambos a la cámara nupcial del palacio del sultán en menos tiempo del que se necesita para parpadear, sin que pudiesen ellos ver ni comprender lo que les sucedía, ni a qué obedecía tan rápido cambio de domicilio. Y a fe que era lo mejor que podía ocurrirles, porque la sola vista del espantable genni servidor de la lámpara, sin duda alguna les habría asustado hasta morir.

Y he aquí que, apenas el efrit transportó a los dos recién casados a la habitación del palacio, el sultán y su esposa hicieron su entrada matinal, impacientes por saber cómo había pasado su hija aquella noche de bodas y deseosos de felicitarla y de ser los primeros en verla para desearle dicha y delicias prolongadas. Y muy emocionados se acercaron al lecho de su hija, y la besaron con ternura entre ambos ojos, diciéndole: "Bendita sea tu unión, ¡oh hija de nuestro corazón! ¡Y ojalá veas germinar de tu fecundidad una larga sucesión de descendientes hermosos e ilustres que perpetúen la gloria y la nobleza de tu raza! ¡Ah! ¡dinos cómo has pasado esta primera noche, y de qué manera se ha portado contigo tu esposo!" Y tras de hablar así, se callaron, aguardando su respuesta. Y he aquí que de pronto vieron que, en lugar de mostrar un rostro fresco y sonriente, estallaba ella en sollozos y les miraba con ojos muy abiertos, tristes y preñados de lágrimas.

Entonces quisieron interrogar al esposo, y miraron hacia el lado del lecho en que creían que aún estaría acostado; pero, precisamente en el mismo momento en que entraron ellos, había salido él de la habitación para lavarse todas las inmundicias con que tenía embadurnada la cara. Y creyeron que había ido al hammam del palacio para tomar el baño, como es costumbre después de la consumación del acto. Y de nuevo se volvieron hacia su hija y le interrogaron ansiosamente, con el gesto, con la mirada y con la voz, acerca del motivo de sus lágrimas y su tristeza. Y como continuara ella callada, creyeron que sólo era el pudor propio de la primera noche de bodas lo que la impedía hablar, y que sus lágrimas eran lágrimas propias de las circunstancias, y esperaron un momento. Pero como la situación amenazaba con durar mucho tiempo y el llanto de la princesa aumentaba, a la reina le faltó paciencia; y acabó por decir a la princesa, con tono malhumorado: "Vaya, hija mía, ¿quieres contestarme y contestar a tu padre ya? ¿Y vas a seguir así por mucho rato todavía? También yo, hija mía, estuve recién casada como tú y antes que tú; pero supe tener tacto para no prolongar con exceso esas actitudes de gallina asustada. ¡Y además, te olvidas de que al presente nos estás faltando al respeto que nos debes con no contestar a nuestras preguntas!"

Al oír estas palabras de su madre, que se había puesto seria, la pobre princesa, abrumada en todos sentidos a la vez, se vio obligada a salir del silencio que guardaba, y lanzando un suspiro prolongado y muy triste, contestó: "¡Alah me perdone si falté al respeto que debo a mi padre y a mi madre; pero me disculpa el hecho de estar en extremo turbada y muy emocionada y muy triste y muy estupefacta de todo lo que me ha ocurrido esta noche!" Y contó todo lo que le había sucedido la noche anterior, no como las cosas habían pasado realmente, sino sólo como pudo juzgar acerca de ellas con sus ojos. Dijo que apenas se acostó en el lecho al lado de su esposo, el hijo del visir, había sentido conmoverse el lecho debajo de ella; que se había visto transportada en un abrir y cerrar de ojos desde la cámara nupcial a una casa que jamás había visitado antes; que la habían separado de su esposo, sin que pudiese ella saber de qué manera le habían sacado y reintegrado luego; que le había reemplazado, durante toda la noche, un joven hermoso, muy respetuoso desde luego y en extremo atento, el cual, para no verse expuesto a abusar de ella, había dejado su sable desenvainado entre ambos y se había dormido con la cara vuelta a la pared; y por último que a la mañana, vuelto ya al lecho su esposo, de nuevo se la había transportado con él a su cámara nupcial del palacio, apresurándose él a levantarse para correr al hammam con objeto de limpiarse un cúmulo de cosas horribles que le cubrían la cara. Y añadió: "¡Y en ese momento os vi entrar a ambos para darme los buenos días y pedirme noticias! ¡Ay de mí! ¡Ya sólo me resta morir!" Y tras de hablar así, escondió la cabeza en las almohadas, sacudida por sollozos dolorosos.

Cuando el sultán y su esposa oyeron estas palabras de su hija Badrú'l-Budur, se quedaron estupefactos, y mirándose con los ojos en blanco y las caras alargadas, sin dudar ya de que hubiese ella perdido la razón aquella noche en que su virginidad fue herida por primera vez. Y no quisieron dar fe a ninguna de sus palabras; y su madre le dijo con voz confidencial...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 753ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y no quisieron dar fe a ninguna de sus palabras; y su madre le dijo con voz confidencial: "¡Así ocurren siempre estas cosas, hija mía! ¡Pero guárdate bien de decírselo a nadie, porque estas cosas no se cuentan nunca! ¡Y las personas que te oyeran te tomarían por loca! Levántate, pues, y no te preocupes por eso, y procura no turbar con tu mala cara los festejos que se dan hoy en palacio en honor tuyo, y que van a durar cuarenta días y cuarenta noches, no solamente en nuestra ciudad, sino en todo el reino. ¡Vamos, hija mía, alégrate y olvida ya los diversos incidentes de esta noche!"

Luego la reina llamó a sus mujeres y las encargó que se cuidaran del tocado de la princesa; y con el sultán, que estaba muy perplejo, salió en busca del yerno, el hijo del visir. Y acabaron por encontrarle cuando volvía del hammam. Y para saber a qué atenerse con respecto a lo que decía su hija, la reina empezó a interrogar al asustado joven acerca de lo que había pasado. Pero no quiso él declarar nada de lo que hubo de sufrir, y ocultando toda la aventura por miedo de que le tomaran a broma y le rechazaran otra vez los padres de su esposa, se limitó a contestar: "¡Por Alah! ¿y qué ha pasado para que me interroguéis con ese aspecto tan singular?" Y entonces, cada vez más persuadida la sultana de que todo lo que había contado su hija era efecto de alguna pesadilla, creyó lo más oportuno no insistir con su yerno, y le dijo: "¡Glorificado sea Alah por todo lo que pasó sin daño ni dolor! ¡Te recomiendo, hijo mío, mucha suavidad con tu esposa, porque está delicada!"

Y después de estas palabras le dejó y fue a sus aposentos para ocuparse de los regocijos y diversiones del día. ¡Y he aquí lo referente a ella y a los recién casados!

En cuanto a Aladino, que sospechaba lo que ocurría en palacio, pasó el día deleitándose al pensar en la broma excelente de que acababa de hacer víctima al hijo del visir. Pero no se dio por satisfecho, y quiso saborear hasta el fin la humillación de su rival. Así es que le pareció lo más acertado no dejarle un momento de tranquilidad; y en cuanto llegó la noche cogió su lámpara y la frotó. Y se le apareció el genni, pronunciando la misma fórmula que las otras veces.

Y le dijo Aladino: "¡Oh servidor de la lámpara, ve al palacio del sultán! ¡Y en cuanto veas acostados juntos a los recién casados, cógelos con lecho y todo y tráemelos aquí, como hiciste la noche anterior!"

Y el genni se apresuró a ejecutar la orden, y no tardó en volver con su carga, depositándola en el cuarto de Aladino para coger enseguida al hijo del visir y meterle de cabeza en el retrete. Y no dejó Aladino de ocupar el sitio vacío y de acostarse al lado de la princesa, pero con tanta decencia como la vez primera. Y tras de colocar el sable entre ambos, se volvió de cara a la pared y se durmió tranquilamente. Y al siguiente día todo ocurrió exactamente igual que la víspera, pues el efrit, siguiendo las órdenes de Aladino, volvió a dejar al joven junto a Badrú'l-Budur, y les transportó a ambos con el lecho a la cámara nupcial del palacio del sultán.

Pero el sultán más impaciente que nunca por saber de su hija después de la segunda noche, llegó a la cámara nupcial en aquel mismo momento, completamente solo, porque temía el malhumor de su esposa la sultana y prefería interrogar por sí mismo a la princesa. Y no bien el hijo del visir, en el límite de la mortificación, oyó los pasos del sultán, saltó del lecho y huyó fuera de la habitación para correr a limpiarse en el hammam. Y entró el sultán y se acercó al lecho de su hija; y levantó las cortinas; y después de besar a la princesa, le dijo: "¡Supongo, hija mía, que esta noche no habrás tenido una pesadilla tan horrible como la que ayer nos contaste con sus extravagantes peripecias! ¡Vaya! ¿quieres decirme cómo has pasado esta noche?" Pero en vez de contestar, la princesa rompió en sollozos, y se tapó la cara con las manos para no ver los ojos irritados de su padre, que no comprendía nada de todo aquello. Y estuvo esperando él un buen rato para darle tiempo a que se calmase; pero como ella continuara llorando y suspirando, acabó por enfurecerse y sacó su sable, y exclamó: "¡Por mi vida, que si no quieres decirme enseguida la verdad, te separo de los hombros la cabeza!"

Entonces, doblemente espantada, la pobre princesa se vio en la precisión de interrumpir sus lágrimas; y dijo con voz entrecortada: "¡Oh padre mío bienamado! ¡por favor, no te enfades conmigo! ¡Porque, si quieres escucharme ahora que no está mi madre para excitarte contra mí, sin duda alguna me disculparás y me compadecerás y tomarás las precauciones necesarias para impedir que me muera de confusión y espanto! ¡Pues si vuelvo a soportar las cosas terribles que he soportado esta noche, al día siguiente me encontrarás muerta en mi lecho! ¡Ten piedad de mí, pues, ¡oh padre mío! y deja que tu oído y tu corazón se compadezcan de mis penas y de mi emoción...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 754ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Ten piedad de mí, pues, ¡oh padre mío! y deja que tu oído y tu corazón se compadezcan de mis penas y de mi emoción!" Y como entonces no sentía la presencia de su esposa, el sultán, que tenía un corazón compasivo, se inclinó hacia su hija, y la besó y la acarició y apaciguó su inquieta alma. Luego le dijo: "¡Y ahora, hija mía, calma tu espíritu y refresca tus ojos! ¡Y con toda confianza cuéntale a tu padre detalladamente los incidentes que esta noche te han puesto en tal estado de emoción y de terror!" Y apoyando la cabeza en el pecho de su padre, la princesa le contó sin olvidar nada, todas las molestias que había sufrido las dos noches que acababa de pasar, y terminó su relato añadiendo: "Mejor será, ¡oh padre mío bienamado! que interrogues también al hijo del visir, a fin de que te confirme mis palabras!"

Y el sultán, al oír el relato de aquella extraña aventura, llegó al límite de la perplejidad, y compartió la pena de su hija, y como la amaba tanto, sintió humedecerse de lágrimas sus ojos. Y le dijo él: "La verdad, hija mía, es que yo solo soy el causante de todo esto tan horrible que te sucede, pues te casé con un pasmado que no sabe defenderte y resguardarte de esas aventuras singulares. ¡Porque lo cierto es que quise labrar tu dicha con ese matrimonio, y no tu desdicha y tu muerte! ¡Por Alah, que enseguida voy a hacer que venga el visir y el cretino de su hijo, y les voy a pedir explicaciones de todo esto! ¡Pero, de todos modos, puedes estar tranquila en absoluto, hija mía, porque no se repetirán esos sucesos! ¡Te lo juro por vida de mi cabeza!" Luego se separó de ella, dejándola al cuidado de sus mujeres, y regresó a sus aposentos, hirviendo en cólera.

Al punto hizo ir a su gran visir, y en cuanto se presentó ante sus manos, le gritó: "¿Dónde está el entrometido de tu hijo? ¿Y qué te ha dicho de los sucesos ocurridos estas dos últimas noches?" El gran visir contestó, estupefacto: "No sé a qué te refieres, ¡oh rey del tiempo! ¡Nada me ha dicho mi hijo que pueda explicarme la cólera de nuestro rey! ¡Pero, si me lo permites, ahora mismo iré a buscarle y a interrogarle!" Y dijo el sultán: "¡Ve! ¡Y vuelve pronto a traerme la respuesta!" Y el gran visir, con la nariz muy alargada, salió doblando la espalda, y fue en busca de su hijo, a quien encontró en el hammam dedicado a lavarse las inmundicias que le cubrían. Y le dijo: "¡Oh hijo de perro! ¿por qué me has ocultado la verdad? ¡Si no me pones enseguida al corriente de los sucesos de estas dos últimas noches, será éste tu último día!" Y el hijo bajó la cabeza y contestó: "¡Ay! ¡oh padre mío! ¡sólo la vergüenza me impidió hasta el presente revelarte las enfadosas aventuras de estas dos últimas noches y los incalificables tratos que sufrí, sin tener posibilidad de defenderme ni siquiera de saber cómo y en virtud de qué poderes enemigos nos ha sucedido todo eso a ambos en nuestro lecho!". Y contó a su padre la historia con todos sus detalles, sin olvidar nada. Pero no hay utilidad en repetirla.

Y añadió: "¡En cuanto a mí, ¡oh padre mío! prefiero la muerte a semejante vida! ¡Y hago ante ti el triple juramento del divorcio definitivo con la hija del sultán! ¡Te suplico, pues, que vayas en busca del sultán y le hagas admitir la declaración de nulidad de mi matrimonio con su hija Badrú'l-Budur! ¡Porque es el único medio de que cesen esos malos tratos y de tener tranquilidad! ¡Y entonces podré dormir en mi lecho en lugar de pasarme las noches en los retretes!"

Al oír estas palabras de su hijo, el gran visir quedó muy apenado. Porque la aspiración de su vida había sido ver casado a su hijo con la hija del sultán, y le costaba mucho trabajo renunciar a tan gran honor. Así es que, aunque convencido de la necesidad del divorcio en tales circunstancias, dijo a su hijo: "Claro ¡oh hijo mío! que no es posible soportar por más tiempo semejantes tratos. ¡Pero piensa en lo que pierdes con ese divorcio! ¿No será mejor tener paciencia todavía una noche, durante la cual vigilaremos todos junto a la cámara nupcial, con los eunucos armados de sables y de palos? ¿Qué te parece?" El hijo contestó: "Haz lo que gustes, ¡oh gran visir, padre mío! ¡En cuanto a mí, estoy resuelto a no entrar ya en esa habitación de brea!"

Entonces el visir separóse de su hijo, y fue en busca del rey. Y se mantuvo de pie entre sus manos, bajando la cabeza. Y el rey preguntó: "¿Qué tienes que decirme?" El visir contestó: "¡Por vida de nuestro amo, que es muy cierto lo que ha contado la princesa Badrú'l-Budur! ¡Pero la culpa no la tiene mi hijo! De todos modos, no conviene que la princesa siga expuesta a nuevas molestias por causa de mi hijo. ¡Y si lo permites, mejor será que ambos esposos vivan en adelante separados por el divorcio!"

Y dijo el rey: "¡Por Alah, que tienes razón! ¡Pero, de no ser hijo tuyo el esposo de mi hija, la hubiese dejado libre a ella con la muerte de él! ¡Que se divorcien, pues!" Y al punto dio el sultán las órdenes oportunas para que cesaran los regocijos públicos, tanto en el palacio como en la ciudad y en todo el reino de la China, e hizo proclamar el divorcio de su hija Badrú'l-Budur con el hijo del gran visir, dando a entender que no se había consumado nada y que la perla continuaba virgen y sin perforar.

PERO CUANDO LA 755ª NOCHE

Ella dijo:

"...E hizo proclamar el divorcio de su hija Badrú'l-Budur con el hijo del gran visir, dando a entender que no se había consumado nada y que la perla continuaba virgen y sin perforar. En cuanto al hijo del gran visir, el sultán, por consideración a su padre, le nombró gobernador de una provincia lejana de China, y le dio orden de partir sin demora. Lo cual fue ejecutado.

Cuando Aladino, al mismo tiempo que los habitantes de la ciudad, se enteró, por la proclama de los pregoneros públicos, del divorcio de Badrú'l-Budur sin haberse consumado el matrimonio y de la partida del burlado, se dilató hasta el límite de la dilatación, y se dijo: "¡Bendita sea esta lámpara maravillosa, causa inicial de todas mis prosperidades! ¡Preferible es que haya tenido lugar el divorcio sin una intervención más directa del genni de la lámpara, el cual, sin duda, habría acabado con ese cretino!" Y también se alegró de que hubiese tenido éxito su venganza sin que nadie, ni el rey, ni el gran visir, ni su misma madre sospechara la parte que había tenido él en todo aquel asunto. Y sin preocuparse ya, como si no hubiese ocurrido nada anómalo desde su petición de matrimonio, esperó con toda tranquilidad a que transcurriesen los tres meses del plazo exigido, enviando a palacio, en la mañana que siguió al último día del plazo consabido, a su madre, vestida con sus trajes mejores, para que recordase al sultán su promesa.

Y he aquí que, en cuanto entró en el diwán la madre de Aladino, el sultán, que estaba dedicado a despachar los asuntos del reino, como de costumbre, dirigió la vista hacia ella y la reconoció enseguida. Y no tuvo ella necesidad de hablar, porque el sultán recordó por sí mismo la promesa que le había dado y el plazo que había fijado. Y se encaró con su gran visir, y le dijo: "¡Aquí está ¡oh visir! la madre de Aladino! Ella fue quien nos trajo, hace tres meses, la maravillosa porcelana llena de pedrerías. ¡Y me parece que, con motivo de expirar el plazo, viene a pedirme el cumplimiento de la promesa que le hice concerniente a mi hija! ¡Bendito sea Alah, que no ha permitido el matrimonio de tu hijo, para que así haga honor a la palabra dada cuando olvidé mis compromisos por ti!" Y el visir, que en su fuero interno seguía estando muy despechado por todo lo ocurrido, contestó: "¡Claro ¡oh mi señor! que jamás los reyes deben olvidar sus promesas! ¡Pero el caso es que, cuando se casa a la hija, debe uno informarse acerca del esposo, y nuestro amo el rey no ha tomado informes de este Aladino y de su familia! ¡Pero yo sé que es hijo de un pobre sastre muerto en la miseria, y de baja condición! ¿De dónde puede venirle la riqueza al hijo de un sastre?" El rey dijo: "La riqueza viene de Alah, ¡oh visir!" El visir dijo: "Así es, ¡oh rey! ¡Pero no sabemos si ese Aladino es tan rico realmente como su presente dio a entender! Para estar seguros no tendrá el rey más que pedir por la princesa una dote tan considerable que sólo pueda pagarla un hijo de rey o de sultán. ¡Y de tal suerte el rey casará a su hija sobre seguro, sin correr el riesgo de darle otra vez un esposo indigno de sus méritos!" Y dijo el rey: "De tu lengua brota elocuencia, ¡oh visir! ¡Di que se acerque esa mujer para que yo le hable!" Y el visir hizo una seña al jefe de los guardias, que mandó avanzar hasta el pie del trono a la madre de Aladino.

Entonces la madre de Aladino se prosternó y besó la tierra por tres veces entre las manos del rey, quien le dijo: "¡Has de saber ¡oh tía! que no he olvidado mi promesa ¡Pero hasta el presente no hablé aún de la dote exigida por mi hija, cuyos méritos son muy grandes! Dirás, pues, a tu hijo, que se efectuará su matrimonio con mi hija El Sett Badrú'l-Budur cuando me haya enviado lo que exijo como dote para mi hija, a saber: cuarenta fuentes de oro macizo llenas hasta los bordes de la mismas especies de pedrerías en forma de frutas de todos colores y todos tamaños, como las que me envió en la fuente de porcelana; y estas fuentes las traerán a palacio cuarenta esclavas jóvenes, bellas como lunas, que serán conducidas por cuarenta esclavos negros, jóvenes y robustos; e irán todos formados en cortejo, vestidos con mucha magnificencia, y vendrán a depositar en mis manos las cuarenta fuentes de pedrerías. ¡Y eso es todo lo que pido, mi buena tía! ¡Pues no quiero exigir más a tu hijo, en consideración al presente que me ha entregado ya!"

Y la madre de Aladino, muy aterrada por aquella petición exorbitante, se limitó a prosternarse por segunda vez ante el trono; y se retiró para ir a dar cuenta de su misión a su hijo. Y le dijo: "¡Oh, hijo mío, ya te aconsejé desde un principio que no pensaras en el matrimonio con la princesa Badrú'l-Budur!" Y suspirando mucho contó a su hijo la manera, muy afable desde luego, que tuvo de recibirla el sultán, y las condiciones que ponía antes de consentir definitivamente en el matrimonio. Y añadió: "¡Qué locura la tuya!, ¡oh hijo mío! ¡Admito lo de las fuentes de oro y las pedrerías exigidas, porque imagino que serás lo bastante sensato para ir al subterráneo a despojar a los árboles de sus frutas encantadas! Pero, ¿quieres decirme cómo vas a arreglarte para disponer de las cuarenta esclavas jóvenes y de los cuarenta jóvenes negros? ¡Ah! ¡hijo mío, la culpa de esta pretensión tan exorbitante la tiene también ese maldito visir, porque le vi inclinado al oído del rey, cuando yo entraba, y hablarle en secreto! ¡Créeme, Aladino, renuncia a ese proyecto que te llevará a la perdición sin remedio!" Pero Aladino se limitó a sonreír, y contestó a su madre: "¡Por Alah, ¡oh madre! que al verte entrar con esa cara tan triste creí que ibas a darme una mala noticia! ¡Pero ya veo que te preocupas siempre por cosas que verdaderamente no valen la pena! ¡Porque has de saber que todo lo que acaba de pedirme el rey como precio de su hija no es nada en comparación con lo que realmente podría darle! Refresca, pues, tus ojos y tranquiliza tu espíritu. Y por tu parte, no pienses más que en preparar la comida, pues tengo hambre. ¡Y deja para mí el cuidado de complacer al rey...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 756ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y por tu parte, no pienses más que en preparar la comida, pues tengo hambre. ¡Y deja para mí el cuidado de complacer al rey! Y he aquí que, en cuanto la madre salió para ir al zoco a comprar las provisiones necesarias, Aladino se apresuró a encerrarse en su cuarto. Y cogió la lámpara y la frotó en el sitio que sabía. Y al punto apareció el genni, quien después de inclinarse ante él dijo: "¡Aquí tienes entre tus manos a tu esclavo! ¿Qué quieres? Habla. ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde me arrastro!" Y Aladino le dijo: "Sabe, ¡oh efrit! que el sultán consiente en darme a su hija, la maravillosa Badrú'l-Budur, a quien ya conoces; pero lo hace a condición de que le envíe lo más pronto posible cuarenta bandejas de oro macizo, de pura calidad, llenas hasta los bordes de frutas de pedrerías semejantes a las de la fuente de porcelana, que las cogí en los árboles del jardín que hay en el sitio donde encontré la lámpara de que eres servidor. ¡Pero no es eso todo! Para llevar esas bandejas de oro llenas de pedrerías, me pide, además, cuarenta esclavas jóvenes, bellas como lunas, que han de ser conducidas por cuarenta negros jóvenes, hermosos, fuertes y vestidos con mucha magnificencia. ¡Eso es lo que, a mi vez exijo de ti! ¡Date prisa a complacerme, en virtud del poder que tengo sobre ti como dueño de la lámpara!" Y el genni contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y desapareció, pero para volver al cabo de un momento.

Y le acompañaban los ochenta esclavos consabidos, hombres y mujeres, a los que puso en fila en el patio, a lo largo del muro de la casa. Y cada una de las esclavas llevaba en la cabeza una bandeja de oro macizo lleno hasta el borde de perlas, diamantes, rubíes, esmeraldas, turquesas y otras mil especies de pedrerías en forma de frutas de todos colores y de todos tamaños. Y cada bandeja estaba cubierta con una gasa de seda con florones de oro en el tejido. Y verdaderamente eran las pedrerías mucho más maravillosas que las presentadas al sultán en la porcelana. Y una vez alineados contra el muro los cuarenta esclavos, el genni fue a inclinarse ante Aladino, y le preguntó: "¿Tienes todavía ¡oh mi señor! que exigir alguna cosa al servidor de la lámpara?" Y Aladino le dijo: "¡No, por el momento nada más!" Y al punto desapareció el efrit.

En aquel instante entró la madre de Aladino cargada con las provisiones que había comprado en el zoco. Y se sorprendió mucho al ver su casa invadida por tanta gente; y al punto creyó que el sultán mandaba detener a Aladino para castigarle por la insolencia de su petición. Pero no tardó Aladino en disuadirla de ello, pues sin darle lugar a quitarse el velo del rostro, le dijo: "¡No pierdas el tiempo en levantarte el velo, ¡oh madre! porque vas a verte obligada a salir sin tardanza para acompañar al palacio a estos esclavos que ves formados en el patio! ¡Como puedes observar, las cuarenta esclavas llevan la dote reclamada por el sultán como precio de su hija! ¡Te ruego, pues, que antes de preparar la comida, me prestes el servicio de acompañar al cortejo para presentárselo al sultán!"

Inmediatamente la madre de Aladino hizo salir de la casa por orden a los ochenta esclavos, formándolos en hilera por parejas: una esclava joven precedida de un negro, y así sucesivamente hasta la última pareja. Y cada pareja estaba separada de la anterior por espacio de diez pies. Y cuando traspuso la puerta la última pareja, la madre de Aladino echó a andar detrás del cortejo. Y Aladino cerró la puerta, seguro del resultado, y fue a su cuarto a esperar tranquilamente el regreso de su madre.

En cuanto salió a la calle la primera pareja comenzaron a aglomerarse los transeúntes; y cuando estuvo completo el cortejo, la calle habíase llenado de una muchedumbre inmensa, que prorrumpía en murmullos y exclamaciones. Y acudió todo el zoco para ver el cortejo y admirar un espectáculo tan magnífico y tan extraordinario. ¡Porque cada pareja era por sí sola una cumplida maravilla; pues su atavío admirable de gusto y esplendor, su hermosura, compuesta de una belleza blanca de mujer y una belleza negra de negro, su buen aspecto, su continente aventajado, su marcha reposada y cadenciosa, a igual distancia, el resplandor de la bandeja de pedrerías que llevaba en la cabeza cada joven, los destellos lanzados por las joyas engastadas en los cinturones de oro de los negros, las chispas que brotaban de sus gorros de brocado en que balanceábanse airones, todo aquello constituía un espectáculo arrebatador, a ningún otro parecido, que hacía que ni por un instante dudase el pueblo de que se trataba de la llegada a palacio de algún asombroso hijo de rey o de sultán.

Y en medio de la estupefacción de todo un pueblo, acabó el cortejo por llegar a palacio. Y no bien los guardias y porteros divisaron a la primera pareja, llegaron a tal estado de maravilla que, poseídos de respeto y admiración, se formaron espontáneamente en dos filas para que pasaran. Y su jefe, al ver al primer negro, convencido de que iba a visitar al rey el sultán de los negros en persona, avanzó hacia él y se prosternó y quiso besarle la mano, pero entonces vio la hilera maravillosa que le seguía. Y al mismo tiempo le dijo el primer negro, sonriendo, porque había recibido del efrit las instrucciones necesarias: "¡Yo y todos nosotros no somos más que esclavos del que vendrá cuando llegue el momento oportuno!" Y tras de hablar así, franqueó la puerta seguido de la joven que llevaba la bandeja de oro y de toda la hilera de parejas armoniosas. Y los ochenta esclavos franquearon el primer patio y fueron a ponerse en fila por orden en el segundo patio, al cual daba el diwán de recepción.

En cuanto el sultán, que en aquel momento despachaba los asuntos del reino, vio en el patio aquel cortejo magnífico, que borraba con su esplendor el brillo de todo lo que él poseía en el palacio, hizo desalojar el diwán inmediatamente, y dio orden de recibir a los recién llegados. Y entraron éstos gravemente, de dos en dos, y se alinearon con lentitud, formando una gran media luna ante el trono del sultán. Y cada una de las esclavas jóvenes, ayudada por su compañero negro, depositó en la alfombra la bandeja que llevaba. Luego se prosternaron a la vez los ochenta y besaron la tierra entre las manos del sultán, levantándose enseguida, y todos a una descubrieron con igual diestro ademán las bandejas rebosantes de frutas maravillosas. Y con los brazos cruzados sobre el pecho permanecieron de pie, en actitud del más profundo respeto.

Sólo entonces fue cuando la madre de Aladino, que iba la última, se destacó de la media luna que formaban las parejas alternadas, y después de las prosternaciones y las zalemas de rigor, dijo al rey, que había enmudecido por completo ante aquel espectáculo sin par: "¡Oh rey del tiempo! ¡mi hijo Aladino, esclavo tuyo, me envía con la dote que has pedido como precio de Sett Badrú'l-Budur, tu hija honorable! ¡Y me encarga te diga que te equivocaste al apreciar la valía de la princesa, y que todo esto está muy por debajo de sus méritos! ¡Pero cree que le disculparás por ofrecerte tan poco, y que admitirás este insignificante tributo en espera de lo que piensa hacer en lo sucesivo!"

Así habló la madre de Aladino. Pero el rey, que no estaba en estado de escuchar lo que ella le decía, seguía absorto y con los ojos muy abiertos ante el espectáculo que se ofrecía a su vista. Y miraba alternativamente las cuarenta bandejas, el contenido de las cuarenta bandejas, las esclavas jóvenes que habían llevado las cuarenta bandejas y los jóvenes negros que habían acompañado a las portadoras de las bandejas. ¡Y no sabía que debía admirar más, si aquellas joyas, que eran las más extraordinarias que vio nunca en el mundo, o aquellas esclavas jóvenes, que eran como lunas, o aquellos esclavos negros, que se dirían otros tantos reyes! Y así se estuvo una hora de tiempo, sin poder pronunciar una palabra ni separar sus miradas de las maravillas que tenía ante sí. Y en lugar de dirigirse a la madre de Aladino para manifestarle su opinión acerca de lo que le llevaba, acabó por encararse con su gran visir y decirle: "¡Por mi vida! ¿qué suponen las riquezas que poseemos y qué supone mi palacio ante tal magnificencia? ¿Y qué debemos pensar del hombre que, en menos tiempo del preciso para desearlos, realiza tales esplendores y nos los envía? ¿Y qué son los méritos de mi hija comparados con semejante profusión de hermosura?" Y no obstante el despecho y el rencor que experimentaba por cuanto le había sucedido a su hijo, el visir no pudo menos de decir: "¡Sí, por Alah, hermoso es todo esto; pero, aun así, no vale lo que un tesoro único como la princesa Badrú'l-Budur!" Y dijo el rey: "¡Por Alah! ya lo creo que vale tanto como ella y la supera con mucho en valor. ¡Por eso no me parece mal negocio concedérsela en matrimonio a un hombre tan rico, tan generoso y tan magnífico como el gran Aladino, nuestro hijo!" Y se encaró con los demás visires y emires y notables que le rodeaban, y les interrogó con la mirada. Y todos contestaron inclinándose profundamente hasta el suelo por tres veces para indicar bien su aprobación a las palabras de su rey. Entonces no vaciló más el rey...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 757ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y todos contestaron inclinándose profundamente hasta el suelo por tres veces para indicar bien su aprobación a las palabras de su rey.

Entonces no vaciló más el rey. Y sin preocuparse ya de saber si Aladino reunía todas las cualidades requeridas para ser esposo de una hija de rey, se encaró con la madre de Aladino, y le dijo: "¡Oh venerable madre de Aladino! ¡te ruego que vayas a decir a tu hijo que desde este instante ha entrado en mi raza y en mi descendencia, y que ya no aguardo más que a verle para besarle como un padre besaría a su hijo, y para unirle a mi hija Badrú'l-Budur por el Libro y la Sunnah!"

Y después de las zalemas, por una y otra parte, la madre de Aladino se apresuró a retirarse para volar enseguida a su casa, desafiando a la rapidez del viento, y poner a su hijo Aladino al corriente de lo que acababa de pasar. Y le apremió para que se diera prisa a presentarse al rey, que tenía la más viva impaciencia por verle. Y Aladino, que con aquella noticia veía satisfechos sus anhelos después de tan larga espera, no quiso dejar ver cuán embriagado de alegría estaba. Y contestó, con aire muy tranquilo y acento mesurado: "Toda esta dicha me viene de Alah y de tu bendición, ¡oh madre! y de tu celo infatigable". Y le besó las manos y la dio muchas gracias y le pidió permiso para retirarse a su cuarto, a fin de prepararse para ir a ver al sultán.

No bien estuvo solo, Aladino cogió la lámpara mágica, que hasta entonces había sido de tanta utilidad para él, y la frotó como de ordinario. Y al instante apareció el efrit, quien, después de inclinarse ante él, le preguntó con la fórmula habitual qué servicio podía prestarle. Y Aladino contestó: "¡Oh efrit de la lámpara! ¡deseo tomar un baño! ¡Y para después del baño quiero que me traigas un traje que no tenga igual en magnificencia entre los sultanes más grandes de la tierra, y tan bueno, que los inteligentes puedan estimarlo en más de mil millares de dinares de oro, por lo menos! ¡Y basta por el momento! "

Entonces, tras de inclinarse en prueba de obediencia, el efrit de la lámpara dobló completamente el espinazo, y dijo a Aladino: "Móntate en mis hombros, ¡oh dueño de la lámpara!" Y Aladino se montó en los hombros del efrit, dejando colgar sus piernas sobre el pecho del genni; y el efrit le elevó por los aires, haciéndole invisible, como él lo era, y le transportó a un hammam tan hermoso, que no podría encontrársele igual en casa de los reyes y kaissares. Y el hammam era todo de jade y alabastro transparente, con piscinas de cornalina rosa y coral blanco y con ornamentos de piedra de esmeralda de una delicadeza encantadora. ¡Y verdaderamente podían deleitarse allá los ojos y los sentidos, porque en aquel recinto nada molestaba a la vista en el conjunto ni en los detalles! Y era deliciosa la frescura que se sentía allí y el calor estaba graduado y proporcionado. Y no había ni un bañista que turbara con su presencia o con su voz la paz de las bóvedas blancas. Pero en cuanto el genni dejó a Aladino en el estrado de la sala de entrada, apareció ante él un joven efrit de lo más hermoso, semejante a una muchacha, aunque más seductor, y le ayudó a desnudarse, y le echó por los hombros una toalla grande perfumada, y le cogió con mucha precaución y le condujo a la más hermosa de las salas, que estaba toda pavimentada de pedrerías de colores diversos. Y al punto fueron a cogerle de manos de su compañero otros jóvenes efrits, no menos bellos y no menos seductores, y le sentaron cómodamente en un banco de mármol, y se dedicaron a frotarle y a lavarle con varias clases de aguas de olor; le dieron masaje con un arte admirable, y volvieron a lavarle con agua de rosas almizclada. Y sus sabios cuidados le pusieron la tez tan fresca como un pétalo de rosa blanca y encarnada, a medida de los deseos. Y se sintió ligero hasta el punto de poder volar como los pájaros. Y el joven y hermoso efrit que habíale conducido se presentó para volver a cogerle y llevarle al estrado, donde le ofreció, como refresco, un delicioso sorbete de ámbar gris. Y se encontró con el genni de la lámpara, que tenía entre sus manos un traje de suntuosidad incomparable. Y ayudado por el joven efrit de manos suaves, se puso aquella magnificencia, y estaba semejante a cualquier rey entre los grandes reyes, aunque tenía mejor aspecto aún. Y de nuevo le tomó el efrit sobre sus hombros y le llevó, sin sacudidas, a la habitación de su casa.

Entonces, Aladino se encaró con el efrit de la lámpara, y le dijo: "Y ahora ¿sabes lo que tienes que hacer?" El genni contestó: "No, ¡oh dueño de la lámpara! ¡Pero ordena y obedeceré en los aires por donde vuelo o en la tierra por donde me arrastro!" Y dijo Aladino: "Deseo que me traigas un caballo de pura raza, que no tenga hermano en hermosura ni en las caballerizas del sultán ni en las de los monarcas más poderosos del mundo. Y es preciso que sus arreos valgan por sí solos mil millares de dinares de oro, por lo menos. Al mismo tiempo me traerás cuarenta y ocho esclavos jóvenes, bien formados, de talla aventajada, y llenos de gracia, vestidos con mucha limpieza, elegancia y riqueza, para que abran la marcha delante de mi caballo veinticuatro de ellos puestos en dos hileras de a doce, mientras los otros veinticuatro irán detrás de mí en dos hileras de a doce también. Tampoco has de olvidarte, sobre todo, de buscar para el servicio de mi madre, doce jóvenes como lunas, únicas en su especie, vestidas con mucho gusto y magnificencia y llevando en los brazos cada una un traje de tela y color diferentes y con el cual pueda vestirse con toda confianza una hija de rey. Por último, a cada uno de mis cuarenta y ocho esclavos le darás, para que se lo cuelgue al cuello, un saco con cinco mil dinares de oro, a fin de que haga yo de ello el uso que me parezca. ¡Y eso es todo lo que deseo de ti por hoy...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 759ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Y eso es todo lo que deseo de ti por hoy!"

Apenas acabó de hablar Aladino, cuando el genni, después de la respuesta con el oído y la obediencia, apresuróse a desaparecer, pero para volver al cabo de un momento con el caballo, los cuarenta y ocho esclavos jóvenes, las doce jóvenes, los cuarenta y ocho sacos con cinco mil dinares cada uno y los doce trajes de tela y color diferentes. Y todo era absolutamente de la calidad pedida, aunque más hermoso aún. Y Aladino se posesionó de todo y despidió al genni, diciéndole: "¡Te llamaré cuando tenga necesidad de ti!" Y sin pérdida de tiempo se despidió de su madre, besándola una vez más las manos, y puso a su servicio a las doce esclavas jóvenes, recomendándoles que no dejaran de hacer todo lo posible por tener contenta a su ama y que le enseñaran la manera de ponerse los hermosos trajes que habían llevado.

Tras de lo cual Aladino se apresuró a montar a caballo y a salir al patio de la casa. Y aunque subía entonces por primera vez a lomos de un caballo, supo sostenerse con una elegancia y una firmeza que le hubieran envidiado los más consumados jinetes. Y se puso en marcha, con arreglo al plan que había imaginado para el cortejo, precedido por veinticuatro esclavos formados en dos hileras de a doce, acompañado por cuatro esclavos que iban a ambos lados llevando los cordones de la gualdrapa del caballo, y seguido por los demás, que cerraban la marcha.

Cuando el cortejo echó a andar por las calles se aglomeró en todas partes, lo mismo en zocos que en ventanas y terrazas, una inmensa muchedumbre mucho más considerable que la que había acudido a ver al primer cortejo. Y siguiendo las órdenes que les había dado Aladino, los cuarenta y ocho esclavos empezaron a coger oro de sus sacos y a arrojárselo a puñados a derecha y a izquierda al pueblo que se aglomeraba a su paso. Y resonaban por toda la ciudad las aclamaciones, no sólo a causa de la generosidad del magnífico donador, sino también a causa de la belleza del jinete y de sus esclavos espléndidos. Porque en su caballo, Aladino estaba verdaderamente muy arrogante, con su rostro al que la virtud de la lámpara mágica hacía aún más encantador, con su aspecto real y el airón de diamantes que se balanceaba sobre su turbante. Y así fue como, en medio de las aclamaciones y la admiración de todo un pueblo, Aladino llegó a palacio precedido por el rumor de su llegada; y todo estaba preparado allí para recibirle con todos los honores debidos al esposo de la princesa Badrú'l-Budur.

Y he aquí que el sultán le esperaba precisamente en la parte alta de la escalera de honor, que empezaba en el segundo patio. Y no bien Aladino echó pie a tierra, ayudado por el propio gran visir, que le tenía el estribo, el sultán descendió en honor suyo dos o tres escalones. Y Aladino subió en dirección a él y quiso prosternarse entre sus manos; pero se lo impidió el sultán, que recibióle en sus brazos y le besó como si de su propio hijo se tratara, maravillado de su arrogancia, de su buen aspecto y de la riqueza de sus atavíos. Y en el mismo momento retembló el aire con las aclamaciones lanzadas por todos los emires, visires y guardias, y con el sonido de trompetas, clarinetes, oboes y tambores. Y pasando el brazo por el hombro de Aladino, el sultán le condujo al salón de recepciones, y le hizo sentarse a su lado en el lecho del trono, y le besó por segunda vez, y le dijo: "¡Por Alah, ¡oh hijo mío Aladino! que siento mucho que mi destino no me haya hecho encontrarte antes de este día, y haber diferido así tres meses tu matrimonio con mi hija Badrú'l-Budur, esclava tuya!" Y le contestó Aladino de una manera encantadora, que el sultán sintió aumentar el cariño que le tenía, y le dijo: "¡En verdad, ¡oh Aladino! ¿qué rey no anhelaría que fueras el esposo de su hija?!" Y se puso a hablar con él y a interrogarle con mucho afecto, admirándose de la prudencia de sus respuestas y de la elocuencia y sutileza de sus discursos. Y mandó preparar, en la misma sala del trono, un festín magnífico, y comió solo con Aladino, haciéndose servir por el gran visir, a quien se le había alargado con el despecho la nariz hasta el límite del alargamiento, y por los emires y los demás altos dignatarios.

Cuando terminó la comida, el sultán, que no quería prolongar por más tiempo la realización de su promesa, mandó llamar al kadí y a los testigos, y les ordenó que redactaran inmediatamente el contrato de matrimonio de Aladino y su hija la princesa Badrú'l-Budur. Y en presencia de los testigos el kadí se apresuró a ejecutar la orden y a extender el contrato con todas las fórmulas requeridas por el Libro y la Sunnah. Y cuando el kadí hubo acabado, el sultán besó a Aladino y le dijo: "¡Oh hijo mío! ¿penetrarás en la cámara nupcial para que tenga efecto la consumación esta misma noche?" Y contestó Aladino: ¡Oh rey del tiempo! sin duda que penetraría esta misma noche para que tuviese efecto la consumación, si no escuchase otra voz que la del gran amor que experimento por mi esposa. Pero deseo que la cosa se haga en un palacio digno de la princesa y que le pertenezca en propiedad. Permíteme, pues, que aplace la plena realización de mi dicha hasta que haga construir el palacio que le destino. ¡Y a este efecto, te ruego que me otorgues la concesión de un vasto terreno situado frente por frente de tu palacio, a fin de que mi esposa no esté alejada de su padre y yo mismo esté siempre cerca de ti para servirte! ¡Y por mi parte, me comprometo a hacer construir este palacio en el plazo más breve posible!" Y el sultán contestó: "¡Ah! ¡hijo mío, no tienes necesidad de pedirme permiso para eso! Aprópiate de todo el terreno que te haga falta enfrente de mi palacio. ¡Pero te ruego que procures se acabe ese palacio lo más pronto posible, pues quisiera gozar de la posteridad de mi descendencia antes de morir!" Y Aladino sonrió, y dijo: "Tranquilice su espíritu el rey respecto a esto. ¡Se construirá el palacio con más diligencia de la que pudiera esperarse!" Y se despidió del sultán, que le besó con ternura, y regresó a su casa con el mismo cortejo que le había acompañado y seguido por las aclamaciones del pueblo y por votos de dicha y prosperidad.

En cuanto entró en su casa puso a su madre al corriente de lo que había pasado, y se apresuró a retirarse a su cuarto completamente solo. Y cogió la lámpara mágica y la frotó como de ordinario.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 760ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y cogió la lámpara mágica y la frotó como de ordinario. Y no dejó el efrit de aparecer y de ponerse a sus órdenes. Y le dijo Aladino: "¡Oh efrit de la lámpara! Ante todo, te felicito por el celo que desplegaste en servicio mío. Y después tengo que pedirte otra cosa, según creo, más difícil de realizar que cuanto hiciste por mí hasta hoy, a causa del poder que ejercen sobre ti las virtudes de tu señora, que es esta lámpara de mi pertenencia. ¡Escucha! ¡quiero que en el plazo más corto posible me construyas, frente por frente del palacio del sultán, un palacio que sea digno de mi esposa El Sett Badrú'l-Budur! ¡Y a tal fin, dejo a tu buen gusto y a tus conocimientos acreditados el cuidado de todos los detalles de ornamentación y la elección de materiales preciosos, tales como piedras de jade, pórfido, alabastro, ágata, lazulita, jaspe, mármol y granito! Solamente te recomiendo que en medio de ese palacio eleves una gran cúpula de cristal, construida sobre columnas de oro macizo y de plata, alternadas, y agujereada con noventa y nueve ventanas enriquecidas con diamantes, rubíes, esmeraldas y otras pedrerías, pero procurando que la ventana número noventa y nueve quede imperfecta, no de arquitectura, sino de ornamentación. Porque tengo un proyecto sobre el particular. Y no te olvides de trazar un jardín hermoso, con estanques y saltos de agua y plazoletas espaciosas. Y sobre todo, ¡oh efrit! pon un tesoro enorme lleno de dinares de oro en cierto subterráneo, cuyo emplazamiento has de indicarme. ¡Y en cuanto a lo demás, así como en lo referente a cocinas, caballerizas y servidores, te dejo en completa libertad, confiando en tu sagacidad y en tu buena voluntad!" Y añadió: "¡Enseguida que esté dispuesto todo, vendrás a avisarme!"

Y contestó el genni: "¡Escucho y obedezco!" Y desapareció.

Y he aquí que al despuntar del día siguiente estaba todavía en su lecho Aladino, cuando vio aparecer ante él al efrit de la lámpara, quien, después de las zalemas de rigor, le dijo: "¡Oh dueño de la lámpara, se han ejecutado tus órdenes!¡Y te ruego que vayas a revisar su realización!" Y Aladino se prestó a ello, y el efrit le transportó inmediatamente al sitio designado, y le mostró frente por frente al palacio del sultán, en medio de un magnífico jardín, y precedido de dos inmensos patios de mármol, un palacio mucho más hermoso de lo que el joven esperaba. Y tras de haberle hecho admirar la arquitectura y el aspecto general, el genni le hizo visitar una por una todas las habitaciones y dependencias. Y parecióle a Aladino que se habían hecho las cosas con un fasto, un esplendor y una magnificencia inconcebibles; y en un inmenso subterráneo encontró un tesoro formado por sacos superpuestos y llenos de oro, que se apilaban hasta la bóveda. Y también visitó las cocinas, las reposterías, las despensas y las caballerizas, encontrándolas muy de su gusto y perfectamente limpias; y se admiró de los caballos y yeguas, que comían en pesebres de plata, mientras los palafreneros los cuidaban y les echaban el pienso. Y pasó revista a los esclavos de ambos sexos y a los eunucos, formados por orden, según la importancia de sus funciones. Y cuando lo hubo visto todo y examinado todo, se encaró con el efrit de la lámpara, el cual sólo para él era visible y le acompañaba por todas partes, y hubo de felicitarle por la presteza, el buen gusto y la inteligencia de que había dado prueba en aquella obra perfecta. Luego añadió: "¡Pero te has olvidado, ¡oh efrit! de extender desde la puerta de mi palacio a la del sultán una gran alfombra que permita que mi esposa no se canse los pies al atravesar esa distancia!" Y contestó el genni: "¡Oh dueño de la lámpara! tienes razón. ¡Pero eso se hace en un instante!"

Y efectivamente, en un abrir y cerrar de ojos se extendió en el espacio que separaba ambos palacios una magnífica alfombra de terciopelo con colores que armonizaban a maravilla con los tonos del césped y de los macizos.

Entonces Aladino, en el límite de la satisfacción, dijo al efrit: "¡Todo está perfectamente ahora! ¡Llévame a casa!" Y el efrit le cogió y le transportó a su cuarto cuando en el palacio del sultán los individuos de la servidumbre comenzaban a abrir las puertas para dedicarse a sus ocupaciones.

Y he aquí que, en cuanto abrieron las puertas, los esclavos y los porteros llegaron al límite de la estupefacción al notar que algo se oponía a su vista en el sitio donde la víspera se veía un inmenso meidán para torneos y cabalgatas. Y lo primero que vieron fue la magnífica alfombra de terciopelo que se extendía entre el césped lozano y casaba sus colores con los matices naturales de flores y arbustos. Y siguiendo con la mirada aquella alfombra, entre las hierbas del jardín milagroso divisaron entonces el soberbio palacio construido con piedras preciosas y cuya cúpula de cristal brillaba como el sol. Y sin saber ya qué pensar, prefirieron ir a contar la cosa al gran visir, quien, después de mirar el nuevo palacio, a su vez fue a prevenir de la cosa al sultán, diciéndole: "No cabe duda, ¡oh rey del tiempo! ¡El esposo de Sett Badrú'l-Budur es un insigne mago!"

Pero el sultán le contestó:

¡Mucho me asombra, ¡oh visir! que quieras insinuarme que el palacio de que me hablas es obra de magia! ¡Bien sabes, sin embargo, que el hombre que me hizo el don de tan maravillosos presentes es muy capaz de hacer construir todo un palacio en una sola noche, teniendo en cuenta las riquezas que debe poseer y el número considerable de obreros de que se habrá servido, merced a su fortuna! ¿Por qué, pues, vacilas en creer que ha obtenido ese resultado por medio de fuerzas naturales? ¿No te cegarán los celos, haciéndote juzgar mal de los hechos e impulsándote a murmurar de mi yerno Aladino?" Y comprendiendo, por aquellas palabras, que el sultán quería a Aladino, el visir no se atrevió a insistir por miedo a perjudicarse a sí mismo, y enmudeció por prudencia. ¡Y he aquí lo referente a él!

En cuanto a Aladino...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 761ª NOCHE

Ella dijo:

"...En cuanto a Aladino, una vez que el efrit de la lámpara le transportó a su antigua casa, dijo a una de las doce esclavas jóvenes que fueran a despertar a su madre, y les dio a todas orden de ponerle uno de los hermosos trajes que había llevado, y de ataviarla lo mejor que pudieran. Y cuando estuvo vestida su madre conforme el joven deseaba, le dijo él que había llegado el momento de ir al palacio del sultán para llevarse a la recién casada y conducirla al palacio que había hecho construir para ella. Y tras de recibir las instrucciones necesarias, la madre de Aladino salió de su casa acompañada por sus doce esclavas, y no tardó Aladino en seguirla a caballo en medio de su cortejo. Pero, llegados que fueron a cierta distancia del palacio, se separaron, Aladino para ir a su nuevo palacio, y su madre para ver al sultán.

No bien los guardias del sultán divisaron a la madre de Aladino en medio de las doce jóvenes que le servían de cortejo, corrieron a prevenir al sultán, que se apresuró a ir a su encuentro. Y la recibió con las señales del respeto y los miramientos debidos a su nuevo rango. Y dio orden al jefe de los eunucos para que la introdujera en el harén, a presencia de Sett Badrú'l-Budur. Y en cuanto la princesa la vio y supo que era la madre de su esposo Aladino, se levantó en honor suyo y fue a besarla. Luego la hizo sentarse a su lado, y la regaló con diversas confituras y golosinas, y acabó de hacerse vestir por sus mujeres y de adornarse con las más preciosas joyas con que le obsequió su esposo Aladino. Y poco después entró el sultán, y pudo ver al descubierto entonces por primera vez, gracias al nuevo parentesco, el rostro de la madre de Aladino. Y en la delicadeza de sus facciones notó que debía haber sido muy agraciada en su juventud, y que aun entonces, vestida como estaba con un buen traje y arreglada con lo que más la favorecía, tenía mejor aspecto que muchas princesas y esposas de visires y de emires. Y la cumplimentó mucho por ello, lo cual conmovió y enterneció profundamente el corazón de la pobre mujer del difunto sastre Mustafá, que fue tan desdichada, y hubo de llenársele de lágrimas los ojos.

Tras de lo cual se pusieron a departir los tres con toda cordialidad, haciendo así más amplio conocimiento, hasta la llegada de la sultana, madre de Badrú'l-Budur. Pero la vieja sultana estaba lejos de ver con buenos ojos aquel matrimonio de su hija con el hijo de gentes desconocidas; y era del bando del gran visir, que seguía estando muy mortificado en secreto por el buen cariz que el asunto tomaba en detrimento suyo. Sin embargo, no se atrevió a poner demasiada mala cara a la madre de Aladino, a pesar de las ganas que tenía de hacerlo; y tras de las zalemas por una y otra parte, se sentó con los demás, aunque sin interesarse en la conversación.

Y he aquí que cuando llegó el momento de las despedidas para marcharse al nuevo palacio, la princesa Badrú'l-Budur se levantó y besó con mucha ternura a su padre y a su madre, mezclando a los besos muchas lágrimas, apropiadas a las circunstancias. Luego, apoyándose en la madre de Aladino, que iba a su izquierda, y precedida por diez eunucos vestidos con ropa de ceremonia y seguida de cien jóvenes esclavas ataviadas con una magnificencia de libélulas, se puso en marcha hacia el nuevo palacio, entre dos filas de cuatrocientos jóvenes esclavos y negros alternados que formaban entre los dos palacios y tenían cada cual una antorcha de oro en que ardía una bujía grande de ámbar y de alcanfor blanco. Y la princesa avanzó lentamente en medio de aquel cortejo, pasando por la alfombra de terciopelo, mientras que a su paso se dejaba oír un concierto admirable de instrumentos en las avenidas del jardín y en lo alto de las terrazas del palacio de Aladino. Y a lo lejos resonaban las aclamaciones lanzadas por todo el pueblo, que había acudido a las inmediaciones de ambos palacios, y unía el rumor de su alegría a toda aquella gloria. Y acabó la princesa por llegar a la puerta del nuevo palacio, en donde la esperaba Aladino. Y salió él a su encuentro sonriendo, y ella quedó encantada de verle tan hermoso y tan brillante. Y entró con él en la sala del festín, bajo la cúpula grande con ventanas de pedrerías. Y sentáronse los tres ante las bandejas de oro debidas a los cuidados del efrit de la lámpara; y Aladino estaba sentado en medio, con su esposa a la derecha y su madre a la izquierda. Y empezaron a comer al son de una música que no se veía y que era ejecutada por un coro de efrits de ambos sexos. Y Badrú'l-Budur, encantada de cuanto veía y oía decía para sí: "¡En mi vida me imaginé cosas tan maravillosas!" Y hasta dejó de comer para escuchar mejor los cánticos y el concierto de los efrits. Y Aladino y su madre no cesaban de servirla y de echarle de beber bebidas que no necesitaba, pues ya estaba ebria de admiración. Y fue para ellos una jornada espléndida que no tuvo igual ni en los tiempos de Iskandar y de Soleimán...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 762ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y fue para ellos una jornada espléndida que no tuvo igual ni en los tiempos de Iskandar y de Soleimán.

Y cuando llegó la noche levantaron los manteles e hizo al punto su entrada en la sala de la cúpula un grupo de danzarinas. Y estaba compuesto de cuatrocientas jóvenes, hijas de mareds y de efrits, vestidas como flores y ligeras como pájaros. Y al son de una música aérea se pusieron a bailar varias clases de motivos y con pasos de danza como no pueden verse más que en las regiones del paraíso. Y entonces fue cuando Aladino se levantó y cogiendo de la mano a su esposa se encaminó con ella a la cámara nupcial con paso cadencioso. Y les siguieron ordenadamente las esclavas jóvenes, precedidas por la madre de Aladino. Y desnudaron a Badrú'l-Budur; y no le pusieron sobre el cuerpo más que lo estrictamente necesario para la noche. Y así era ella comparable a un narciso que saliera de su cáliz. Y tras de desearles delicias y alegrías, les dejaron solos en la cámara nupcial. Y por fin pudo Aladino, en el límite de la dicha, unirse a la princesa Badrú'l-Budur, hija del rey. Y su noche, como su día, no tuvo par ni en los tiempos de Iskandar y de Soleimán.

Al día siguiente, después de toda una noche de delicias, Aladino salió de los brazos de su esposa Badrú'l-Budur para hacer que al punto le pusieran un traje más magnífico todavía que el de la víspera, y disponerse a ir a ver al sultán. Y mandó que le llevaran un soberbio caballo de las caballerizas pobladas por el efrit de la lámpara, y lo montó y se encaminó al palacio del padre de su esposa en medio de una escolta de honor. Y el sultán le recibió con muestras del más vivo regocijo, y le besó y le pidió con mucho interés noticias suyas y noticias de Badrú'l-Budur. Y Aladino le dio la respuesta conveniente acerca del particular, y le dijo: "¡Vengo sin tardanza ¡oh rey del tiempo! para invitarte a que vayas hoy a iluminar mi morada con tu presencia y a compartir con nosotros la primera comida que celebramos después de las bodas! ¡Y te ruego que, para visitar el palacio de tu hija, te hagas acompañar del gran visir y de los emires!" Y el sultán, para demostrarle su estimación y su afecto, no puso ninguna dificultad al aceptar la invitación, y se levantó en aquella hora y en aquel instante, y seguido de su gran visir y de sus emires salió con Aladino.

He aquí que, a medida que el sultán se aproximaba al palacio de su hija, su admiración crecía considerablemente y sus exclamaciones se hacían más vivas, más acentuadas y más altisonantes. Y eso que aún estaba fuera del palacio. ¡Pero cómo se maravilló cuando estuvo dentro! ¡No veía por doquiera más que esplendores, suntuosidades, riquezas, buen gusto, armonía y magnificencia! Y lo que acabó de deslumbrarle fue la sala de la cúpula de cristal, cuya arquitectura aérea y cuya ornamentación no podía dejar de admirar. Y quiso contar el número de ventanas enriquecidas con pedrerías, y vio que, en efecto, ascendían al número de noventa y nueve, ni una más ni una menos. Y se asombró enormemente. Pero asimismo notó que la ventana que hacía el número noventa y nueve no estaba concluida y carecía de todo adorno; y se encaró con Aladino y le dijo, muy sorprendido: "¡Oh hijo mío Aladino! ¡he aquí, ciertamente, el palacio más maravilloso que existió jamás sobre la faz de la tierra! ¡Y estoy lleno de admiración por cuanto veo! Pero, ¿puedes decirme qué motivo te ha impedido acabar la labor de esa ventana que con sus imperfecciones afea la hermosura de sus hermanas?" Y Aladino sonrió y contestó: "¡Oh rey del tiempo! te ruego que no creas fue por olvido o por economía o por simple negligencia por lo que dejé esa ventana en el estado imperfecto en que la ves, porque la he querido así a sabiendas. Y el motivo consiste en dejar a tu alteza el cuidado de hacer acabar esa labor para sellar de tal suerte en la piedra de este palacio tu nombre glorioso y el recuerdo de tu reinado. ¡Por eso te suplico que consagres con tu consentimiento la construcción de esta morada que, por muy confortable que sea, resulta indigna de los méritos de mi esposa, tu hija!" Y extremadamente halagado por aquella delicada atención de Aladino, el rey le dio las gracias y quiso que al instante se comenzara aquel trabajo. Y a este efecto dio orden a sus guardias para que hicieran ir al palacio, sin demora, a los joyeros más hábiles y mejor surtidos de pedrerías, para acabar las incrustaciones de la ventana. Y mientras llegaban fue a ver a su hija y pedirle noticias de su primera noche de bodas. Y sólo por la sonrisa con que le recibió ella y por su aire satisfecho comprendió que sería superfluo insistir. Y besó a Aladino, felicitándole mucho, y fue con él a la sala en que ya estaba preparada la comida con todo el esplendor conveniente. Y comió de todo, y le parecieron los manjares los más excelentes que había probado nunca, y el servicio muy superior al de su palacio, y la plata y los accesorios admirables en absoluto.

Entre tanto llegaron los joyeros y orfebres...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer, la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 763ª NOCHE

Ella dijo:

"...Entretanto llegaron los joyeros y orfebres a quienes habían ido a buscar los guardias por toda la capital; y se pasó recado al rey, que enseguida subió a la cúpula de las noventa y nueve ventanas. Y enseñó a los orfebres la ventana sin terminar, diciéndoles: "¡Es preciso que en el plazo más breve posible acabéis la labor que necesita esta ventana en cuanto a incrustaciones de perlas y pedrerías de todos colores!" Y los orfebres y joyeros contestaron con el oído y la obediencia, y se pusieron a examinar con mucha minuciosidad la labor y las incrustaciones de las demás ventanas, mirándose unos a otros con ojos muy dilatados de asombro. Y después de ponerse de acuerdo entre ellos, volvieron junto al sultán, y tras de las prosternaciones, le dijeron: "¡Oh rey del tiempo! ¡no obstante todo nuestro repuesto de piedras preciosas, no tenemos en nuestras tiendas con qué adornar la centésima parte de esta ventana!" Y dijo el rey: "¡Yo os proporcionaré lo que os haga falta!" Y mandó llevar las frutas de piedras preciosas que Aladino le había dado como presente, y les dijo: "¡Emplead lo necesario y devolvedme lo que sobre!" Y los joyeros tomaron sus medidas e hicieron sus cálculos, repitiéndolos varias veces, y contestaron: "¡Oh rey del tiempo! ¡con todo lo que nos das y con todo lo que poseemos no habrá bastante para adornar la décima parte de la ventana!" Y el rey se encaró con sus guardias, y les dijo: "¡Invadid las casas de mis visires, grandes y pequeños, de mis emires y de todas las personas ricas de mi reino, y haced que os entreguen de grado o por fuerza todas las piedras preciosas que posean!" Y los guardias se apresuraron a ejecutar la orden.

En espera de que regresasen, Aladino, que veía que el rey empezaba a estar inquieto por el resultado de la empresa y que interiormente se regocijaba en extremo de la cosa, quiso distraerle con un concierto. E hizo una seña a uno de los jóvenes efrits esclavos suyos, el cual hizo entrar al punto un grupo de cantarinas, tan hermosas, que cada una de ellas podía decir a la luna: "¡Levántate para que me siente en tu sitio!", y dotadas de una voz encantadora que podía decir al ruiseñor: "¡Cállate para escuchar cómo canto!" Y en efecto, consiguieron con la armonía que el rey tuviese un poco de paciencia.

Pero en cuanto llegaron los guardias el sultán entregó enseguida a joyeros y orfebres las pedrerías procedentes del despojo de las consabidas personas ricas, y les dijo: "Y bien, ¿qué tenéis que decir ahora?" Ellos contestaron: "¡Por Alah, ¡oh señor nuestro! ¡que aun nos falta mucho! ¡Y necesitaremos ocho veces más materiales que los que poseemos al presente! ¡Además, para hacer bien este trabajo precisamos por lo menos un plazo de tres meses, poniendo manos a la obra de día y de noche!"

Al oír estas palabras, el rey llegó al límite del desaliento y de la perplejidad, y sintió alargársele la nariz hasta los pies, de lo que le avergonzaba su impotencia en circunstancias tan penosas para su amor propio. Entonces Aladino, sin querer ya prolongar más la prueba a la que le hubo de someter, y dándose por satisfecho, se encaró con los orfebres y los joyeros, y les dijo: "¡Recoged lo que os pertenece y salid!" Y dijo a los guardias: "¡Devolved las pedrerías a sus dueños!" Y dijo al rey: "¡Oh rey del tiempo! ¡no sería bien que admitiera de ti yo lo que te di una vez! ¡Te ruego, pues, veas con agrado que te restituya yo estas frutas de pedrerías y te reemplace en lo que falta hacer para llevar a cabo la ornamentación de esa ventana! ¡Solamente te suplico que me esperes en el aposento de mi esposa Badrú'l-Budur, porque no puedo trabajar ni dar ninguna orden cuando sé que me están mirando!" Y el rey se retiró con su hija Badrú'l-Budur para no importunar a Aladino.

Entonces Aladino sacó del fondo de un armario de nácar la lámpara mágica, que había tenido mucho cuidado de no olvidar en la mudanza de la antigua casa al palacio, y la frotó como tenía por costumbre hacerlo. Y al instante apareció el efrit y se inclinó ante Aladino esperando sus órdenes. Y Aladino le dijo: "¡Oh efrit de la lámpara! ¡te he hecho venir para que hagas, de todo punto semejante a sus hermanas, la ventana número noventa y nueve!" Y apenas había él formulado esta petición cuando desapareció el efrit. Y oyó Aladino como una infinidad de martillazos y chirridos de limas en la ventana consabida; y en menos tiempo del que el sediento necesita para beberse un vaso de agua fresca, vio aparecer y quedar rematada la milagrosa ornamentación de pedrerías de la ventana. Y no pudo encontrar la diferencia con las otras. Y fue en busca del sultán y le rogó que le acompañara a la sala de la cúpula.

Cuando el sultán llegó frente a la ventana, que había visto tan imperfecta unos instantes atrás, creyó que se había equivocado de sitio, sin poder diferenciarla de las otras. Pero cuando, después de dar vuelta varias veces a la cúpula, comprobó que en tan poco tiempo se había hecho aquel trabajo, para cuya terminación exigían tres meses enteros todos los joyeros y orfebres reunidos, llegó al límite de la maravilla, y besó a Aladino entre ambos ojos, y le dijo: "¡Ah! ¡hijo mío, Aladino, conforme te conozco más, me pareces más admirable...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 764ª NOCHE

Ella dijo:

"...y besó a Aladino entre ambos ojos, y le dijo: "¡Ah! ¡hijo mío Aladino, conforme te conozco más me pareces más admirable!" Y envió a buscar al gran visir y le mostró con el dedo la maravilla que le entusiasmaba, y le dijo con acento irónico: "Y bien, visir, ¿qué te parece?" Y el visir, que no se olvidaba de su antiguo rencor, se convenció cada vez más, al ver la cosa, de que Aladino era un hechicero, un herético y un filósofo alquimista. Pero se guardó mucho de dejar traslucir sus pensamientos al sultán, a quien sabía muy adicto a su nuevo yerno, y sin entrar en conversación con él le dejó con su maravilla y se limitó a contestar: "¡Alah es el más grande!"

Y he aquí, que, desde aquel día, el sultán no dejó de ir a pasar, después del diwán, algunas horas cada tarde en compañía de su yerno Aladino y de su hija Badrú'l-Budur, para contemplar las maravillas del palacio, en donde siempre encontraba cosas nuevas más admirables que las antiguas, y que le maravillaban y le transportaban.

En cuanto a Aladino, lejos de envanecerse con lo agradable de su vida, tuvo cuidado de consagrarse, durante las horas que no pasaba con su esposa Badrú'l-Budur, a hacer el bien a su alrededor y a informarse de las gentes pobres para socorrerlas. Porque no olvidaba su antigua condición y la miseria en que había vivido con su madre en los años de su niñez. Y además, siempre que salía a caballo se hacía escoltar por algunos esclavos que, siguiendo órdenes suyas, no dejaban de tirar en todo el recorrido puñados de dinares de oro a la muchedumbre que acudía a su paso. Y a diario, después de la comida de mediodía y de la noche, hacía repartir entre los pobres las sobras de su mesa, que bastarían para alimentar a más de cinco mil personas. Así es que su conducta tan generosa y su bondad y su modestia le granjearon el afecto de todo el pueblo y le atrajeron las bendiciones de todos los habitantes. Y no había ni uno que no jurase por su nombre y por su vida. Pero lo que acabó de conquistarle los corazones y cimentar su fama fue cierta; gran victoria que logró sobre unas tribus rebeladas contra el sultán, y donde había dado prueba de un valor maravilloso y de cualidades guerreras que superaban a las hazañas de los héroes más famosos. Y Badrú'l-Budur le amó cada vez más, y cada vez felicitóse más de su feliz destino, que le había dado por esposo al único hombre que se la merecía verdaderamente. Y de tal suerte vivió Aladino varios años de dicha perfecta entre su esposa y su madre, rodeado del afecto y la abnegación de grandes y pequeños, y más querido y más respetado que el mismo sultán, quien, por cierto, continuaba teniéndole en alta estima y sintiendo por él una admiración ilimitada.

¡Y he aquí lo referente a Aladino!

¡He aquí ahora lo que se refiere al mago maghrebín a quien encontramos al principio de todos estos acontecimientos y que, sin querer, fue causa de la fortuna de Aladino!

Cuando abandonó a Aladino en el subterráneo, para dejarle morir de sed y de hambre, se volvió a su país del fondo del Maghreb lejano. Y se pasaba el tiempo entristeciéndose con el mal resultado de su expedición y lamentando las penas y fatigas que había soportado tan vanamente para conquistar la lámpara mágica. Y pensaba en la fatalidad que le había quitado de los labios el bocado que tanto trabajo le costó confeccionar. Y no transcurría día sin que el recuerdo lleno de amargura de aquellas cosas asaltase su memoria y le hiciese maldecir a Aladino y el momento en que se encontró con Aladino. Y un día que estaba más lleno de rencor que de ordinario acabó por sentir curiosidad por los detalles de la muerte de Aladino. Y a este efecto, como estaba muy versado en la geomancia, cogió su mesa de arena adivinatoria, que hubo de sacar del fondo de un armario, sentóse sobre una estera cuadrada, en medio de un círculo trazado con rojo, alisó la arena, arregló los granos machos y los granos hembras, y las madres y los hijos, murmuró las fórmulas geománticas, y dijo: "Está bien, ¡oh arena! veamos. ¿Qué ha sido de la lámpara mágica? ¿Y cómo murió ese hijo de alcahuete, ese miserable, que se llamaba Aladino?" Y pronunciando estas palabras agitó la arena con arreglo al rito. Y he aquí que nacieron las figuras y se formó el horóscopo. Y el maghrebín, en el límite de la estupefacción, después de un examen detallado de las figuras del horóscopo, descubrió sin ningún género de duda que Aladino no estaba muerto, sino muy vivo, que era dueño de la lámpara mágica y que vivía con esplendor, riquezas y honores, casado con la princesa Badrú'l-Budur, hija del rey de la China, a la cual amaba y la cual le amaba, y por último, que no se le conocía en todo el imperio de la China e incluso en las fronteras del mundo más que con el nombre del emir Aladino.

Cuando el mago se enteró de tal suerte, por medio de las operaciones de su geomancia y de su descreimiento, de aquellas cosas que estaban tan lejos de esperarse, espumajeó de rabia y escupió al aire y al suelo, diciendo: "Escupo en tu cara, ¡oh hijo de bastardos y de zorras! Piso tu cabeza, ¡oh Aladino alcahuete! ¡oh perro hijo de perro! ¡Oh pájaro de horca! ¡oh rostro de pez y de brea!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 765ª NOCHE

Ella dijo:

"...Escupo en tu cara, ¡oh hijo de bastardos y de zorras! Piso tu cabeza, ¡oh Aladino alcahuete! ¡oh perro hijo de perro! ¡oh pájaro de horca! ¡Oh rostro de pez y de brea!" Y durante una hora de tiempo estuvo escupiendo al aire y al suelo, hollando con los pies a un Aladino imaginario y abrumándole a juramentos atroces y a insultos de todas las variedades, hasta que se calmó un poco. Pero entonces resolvió vengarse a toda costa de Aladino y hacerle expiar las felicidades de que en detrimento suyo gozaba con la posesión de aquella lámpara mágica que le había costado al mago tantos esfuerzos y tantas penas inútiles. Y sin cavilar un instante se puso en camino para la China. Y como la rabia y el deseo de venganza le daban alas, viajó sin detenerse, meditando largamente sobre los medios de que se valdría para apoderarse de Aladino; y no tardó en llegar a la capital del reino de China. Y paró en un khan, donde alquiló una vivienda. Y desde el día siguiente a su llegada empezó a recorrer los sitios públicos y los lugares más frecuentados; y por todas partes sólo oyó hablar del emir Aladino, de la hermosura del emir Aladino, de la generosidad del emir Aladino y de la magnificencia del emir Aladino.

Y se dijo: "¡Por el fuego y por la luz que no tardará en pronunciarse este nombre para sentenciarlo a muerte!"

Y llegó al palacio de Aladino, y exclamó al ver su aspecto imponente: "¡Ah! ¡ah! ¡ahí habita ahora el hijo del sastre Mustafá, el que no tenía un pedazo de pan que echarse a la boca al llegar la noche! ¡ah! ¡ah! ¡pronto verás, Aladino, si mi Destino vence o no al tuyo, y si obligo o no a tu madre a hilar lana, como en otro tiempo, para no morirse de hambre, y si cavo o no con mis propias manos la fosa adonde irá ella a llorar!" Luego se acercó a la puerta principal del palacio, y después de entablar conversación con el portero consiguió enterarse de que Aladino había ido de caza por varios días.

Y pensó: "¡He aquí ya el principio de la caída de Aladino! ¡En ausencia suya podré obrar más libremente! ¡Pero, ante todo, es preciso que sepa si Aladino se ha llevado la lámpara consigo o si la ha dejado en el palacio!" Y se apresuró a volver a su habitación del khan, donde cogió su mesa geomántica y la interrogó. Y el horóscopo le reveló que Aladino había dejado la lámpara en el palacio.

Entonces el maghrebín ebrio de alegría, fue al zoco de los caldereros y entró en la tienda de un mercader de linternas y lámparas de cobre, y le dijo: "¡Oh mi señor! ¡necesito una docena de lámparas de cobre completamente nuevas y muy bruñidas!" Y contestó el mercader: "¡Tengo lo que necesitas!" Y le puso delante doce lámparas muy brillantes y le pidió un precio que le pagó el mago sin regatear. Y las cogió y las puso en un cesto que había comprado en casa del cestero. Y salió del zoco.

Y entonces se dedicó a recorrer las calles con el cesto de lámparas al brazo, gritando: "¡Lámparas nuevas! ¡A las lámparas nuevas! ¡Cambio lámparas nuevas por otras viejas! ¡Quien quiera el cambio que venga por la nueva!" Y de este modo se encaminó al palacio de Aladino. En cuanto los pilluelos de las calles oyeron aquel pregón insólito y vieron el amplio turbante del maghrebín dejaron de jugar y acudieron en tropel. Y se pusieron a hacer piruetas detrás de él, mofándose y gritando a coro: "¡Al loco! ¡al loco!" Pero él, sin prestar la menor atención a sus burlas, seguía con su pregón, que dominaba las cuchufletas: "¡Lámparas nuevas! ¡A las lámparas nuevas! ¡Cambio lámparas nuevas por otras viejas! ¡Quien quiera el cambio que venga por la nueva!" Y de tal suerte, seguido por la burlona muchedumbre de chiquillos, llegó a la plaza que había delante de la puerta del palacio y se dedicó a recorrerla de un extremo a otro para volver sobre sus pasos y recomenzar, repitiendo, cada vez más fuerte, su pregón sin cansarse. Y tanta maña se dio, que la princesa Badrú'l-Budur, que en aquel momento se encontraba en la sala de las noventa y nueve ventanas, oyó aquel vocerío insólito y abrió una de las ventanas y miró a la plaza. Y vio a la muchedumbre insolente y burlona de pilluelos, y entendió el extraño pregón del maghrebín. Y se echó a reír. Y sus mujeres entendieron el pregón también y se echaron a reír con ella, y le dijo una: "¡Oh mi señora! ¡precisamente hoy, al limpiar el cuarto de mi amo Aladino, he visto en una mesita una lámpara vieja de cobre! ¡Permíteme, pues, que vaya a cogerla y a enseñársela a ese viejo maghrebín, para ver si, realmente, está tan loco como nos da a entender su pregón; y si consiente en cambiárnosla por una lámpara nueva!" Y he aquí que la lámpara vieja de que hablaba aquella esclava era precisamente la lámpara mágica de Aladino. ¡Y por una desgracia escrita por el Destino, se había olvidado él, antes de partir, de guardarla en el armario de nácar en que generalmente la tenía escondida, y la había dejado encima de la mesilla! ¿Pero es posible luchar contra los decretos del Destino?

Por otra parte, la princesa Badrú'l-Budur ignoraba completamente la existencia de aquella lámpara y sus virtudes maravillosas. Así es que no vio ningún inconveniente en el cambio de que le hablaba su esclava, y contestó: "¡Desde luego! ¡Coge esa lámpara y dásela al agha de los eunucos, a fin de que vaya a cambiarla por una lámpara nueva y nos riamos a costa de ese loco!"

Entonces la joven esclava fue al aposento de Aladino, cogió la lámpara mágica que estaba encima de la mesilla y se la entregó al agha de los eunucos. Y el agha bajó al punto a la plaza, y le dijo: "¡Mi señora desea cambiar esta lámpara por una de las nuevas que llevas en ese cesto!"

Cuando el mago vio la lámpara la reconoció al primer golpe de vista y empezó a temblar de emoción. Y el eunuco le dijo: "¿Qué te pasa? ¿Acaso encuentras esta lámpara demasiado vieja para cambiarla?" Pero el mago, que había dominado ya su excitación, tendió la mano con la rapidez del buitre que cae sobre la tórtola, cogió la lámpara que le ofrecía el eunuco y se la guardó en el pecho. Luego presentó al eunuco el cesto, diciendo: "¡Coge la que más te guste!" Y el eunuco escogió una lámpara muy bruñida y completamente nueva, y se apresuró a llevársela a su ama Badrú'l-Budur, echándose a reír y burlándose de la locura del maghrebín...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 766ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y el eunuco escogió una lámpara muy bruñida y completamente nueva, y se apresuró a llevársela a su ama Badrú'l-Budur, echándose a reír y burlándose de la locura del maghrebín.

¡Y he aquí lo referente al agha de los eunucos y al cambio de la lámpara mágica en ausencia de Aladino!

En cuanto al mago, echó a correr enseguida, tirando el cesto con su contenido a la cabeza de los pilluelos, que continuaban mofándose de él, para impedirles que le siguieran. Y de tal modo desembarazado, franqueó recintos de palacios y jardines y se aventuró por las calles de la ciudad, dando mil rodeos, a fin de que perdieran su pista quienes hubiesen querido perseguirle. Y cuando llegó a un barrio completamente desierto, se sacó del pecho la lámpara y la frotó. Y el efrit de la lámpara respondió a esta llamada, apareciéndose ante él al punto, y diciendo: "¡Aquí tienes entre tus manos a tu esclavo! ¿Qué quieres? Habla. ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde me arrastro!" Porque el efrit obedecía indistintamente a quienquiera que fuese el poseedor de aquella lámpara, aunque como el mago, fuera por el camino de la maldad y de la perdición.

Entonces el maghrebín le dijo: "¡Oh efrit de la lámpara! te ordeno que cojas el palacio que edificaste para Aladino y lo transportes con todos los seres y las cosas que contiene a mi país que ya sabes cuál es, y que está en el fondo del Maghreb, entre jardines. ¡Y también me transportarás a mí allá con el palacio!" Y contestó el mared esclavo de la lámpara: "¡Escucho y obedezco! ¡Cierra un ojo y abre un ojo, y te encontrarás en tu país, en medio del palacio de Aladino!" Y efectivamente, en un abrir y cerrar de ojos se hizo todo. Y el maghrebin se encontró transportado, con el palacio de Aladino, en medio de su país, en el Maghreb africano.

¡Y esto es lo referente a él!

Pero en cuanto al sultán, padre de Badrú'l-Budur, al despertarse el siguiente día salió de su palacio, como tenía por costumbre, para ir a visitar a su hija, a la que quería tanto. Y en el sitio en que se alzaba el maravilloso palacio no vio más que un amplio meidán agujereado por las zanjas vacías de los cimientos. Y en el límite de la perplejidad, ya no supo si habría perdido la razón; y empezó a restregarse los ojos para darse cuenta mejor de lo que veía. ¡Y comprobó que con la claridad del sol saliente y la limpidez de la mañana no había manera de engañarse, y que el palacio ya no estaba allí! Pero quiso convencerse más aún de aquella realidad enloquecedora, y subió al piso más alto, y abrió la ventana que daba enfrente de los aposentos de su hija. Y no vio palacio ni huella de palacio, ni jardines ni huella de jardines, sino sólo un inmenso meidán, donde, de no estar las zanjas, habrían podido los caballeros justar a su antojo.

Entonces, desgarrado de ansiedad, el desdichado padre empezó a golpearse las manos una contra la otra y a mesarse la barba llorando; por más que no pudiese darse cuenta exacta de la naturaleza y de la magnitud de su desgracia. Y mientras de tal suerte desplomábase sobre el diván, su gran visir entró para anunciarle, como de costumbre, la apertura de la sesión de justicia. Y vio el estado en que se hallaba, y no supo qué pensar. Y el sultán le dijo: "¡Acércate aquí!" Y el visir se acercó, y el sultán le dijo: "¿Dónde está el palacio de mi hija?" El otro dijo: "¡Alah guarde al sultán! ¡pero no comprendo lo que quieres decir!" El sultán dijo: "¡Cualquiera creería, ¡oh visir! que no estás al corriente de la triste nueva!"

El visir dijo: "Claro que no lo estoy, ¡oh mi señor! ¡por Alah, que no sé nada, absolutamente nada!" El sultán dijo: "¡Entonces no has mirado hacia el palacio de Aladino!" El visir dijo: "¡Ayer tarde estuve a pasearme por los jardines que lo rodean, y no he notado ninguna cosa de particular, sino que la puerta principal estaba cerrada a causa de la ausencia del emir Aladino!"

El sultán dijo: "¡En ese caso, ¡oh visir! mira por esta ventana y dime si no notas ninguna cosa particular en ese palacio que ayer viste con la puerta cerrada!" Y el visir sacó la cabeza por la ventana y miró, pero fue para levantar los brazos al cielo, exclamando: "¡Alejado sea el Maligno! ¡el palacio ha desaparecido!" Luego se encaró con el sultán, y le dijo: "Y ahora, ¡oh mi señor! ¿vacilas en creer que ese palacio, cuya arquitectura y ornamentación admirabas tanto, sea otra cosa que la obra de la más admirable hechicería?" Y el sultán bajó la cabeza y reflexionó durante una hora de tiempo. Tras de lo cual levantó la cabeza, y tenía el rostro revestido de furor. Y exclamó: "¿Dónde está ese malvado, ese aventurero, ese mago, ese impostor, ese hijo de mil perros, que se llama Aladino?"

Y el visir contestó, con el corazón dilatado de triunfo: "¡Está ausente de caza; pero me ha anunciado su regreso para hoy antes de la plegaria de mediodía! ¡Y si quieres, me encargo de ir yo mismo a informarme cerca de él sobre lo que ha sido del palacio con su contenido!" Y el rey se puso a gritar: "No, ¡por Alah! ¡Hay que tratarle como a los ladrones y a los embusteros! ¡Que me le traigan los guardias cargado de cadenas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 767ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Hay que tratarle como a los ladrones y a los embusteros! ¡Que me le traigan los guardias cargado de cadenas!"

Al punto el gran visir salió a comunicar la orden del sultán al jefe de los guardias, instruyéndole acerca de cómo debía arreglarse para que no se le escapara Aladino. Y acompañado de cien jinetes, el jefe de los guardias salió de la ciudad al camino por donde tenía que volver Aladino y se encontró con él a cien parasanges de las puertas. Y enseguida hizo que le cercaran los jinetes, y le dijo: "Emir Aladino, ¡oh amo nuestro! ¡dispénsanos, por favor! ¡pero el sultán, de quien somos esclavos, nos ha ordenado que te detengamos y te pongamos entre sus manos cargado de cadenas como los criminales! ¡Y no podemos desobedecer una orden real! ¡Pero repetimos que nos dispenses por tratarte así, aunque a todos nosotros nos ha inundado tu generosidad!"

Al oír estas palabras del jefe de los guardias, a Aladino se le trabó la lengua de sorpresa y de emoción. Pero acabó por poder hablar, y dijo: "¡Oh buenas gentes! ¿Sabéis, al menos, por qué motivo os ha dado el sultán semejante orden, siendo yo inocente de todo crimen con respecto a él o al Estado?" Y contestó el jefe de los guardias: "¡Por Alah, que no lo sabemos!" Entonces Aladino se apeó de su caballo, y dijo: "¡Haced de mí lo que os haya ordenado el sultán, pues las órdenes del sultán están por encima de la cabeza y de los ojos!" Y los guardias, muy a disgusto suyo, se apoderaron de Aladino, le ataron los brazos, le echaron al cuello una cadena muy gorda y muy pesada, con la que también le sujetaron por la cintura, y cogiendo el extremo de aquella cadena le arrastraron a la ciudad, haciéndole caminar a pie mientras ellos seguían a caballo su camino.

Llegados que fueron los guardias a los primeros arrabales de la ciudad, los transeúntes que vieron de este modo a Aladino no dudaron de que el sultán, por motivos que ignoraban, se disponía a hacer que le cortaran la cabeza. Y como Aladino se había captado, por su generosidad y su afabilidad, el afecto de todos los súbditos del reino, los que le vieron apresuráronse a echar a andar detrás de él, armándose de sables unos, de estacas otros y de piedras y palos los demás. Y aumentaban en número a medida que el convoy se aproximaba a palacio; de modo que ya eran millares y millares al llegar a la plaza del meidán. Y todos gritaban y protestaban, blandiendo sus armas y amenazando a los guardias, que a duras penas pudieron contenerles y penetrar en palacio sin ser maltratados. Y en tanto que los otros continuaban vociferando y chillando en el meidán para que se les devolviese sano y salvo a su señor Aladino, los guardias introdujeron a Aladino, que seguía cargado de cadenas, en la sala donde le esperaba el sultán lleno de cólera y ansiedad.

No bien tuvo en su presencia a Aladino, poseído de un furor inconcebible, no quiso perder el tiempo en preguntarle qué había sido del palacio que guardaba a su hija Badrú'l-Budur, y gritó al portaalfanje: "¡Corta enseguida la cabeza de este impostor maldito!" Y no quiso oírle ni verle un instante más. Y el portaalfanje se llevó a Aladino a la terraza, desde la cual se dominaba el meidán en donde estaba apiñada la muchedumbre tumultuosa, hizo arrodillar a Aladino sobre el cuero rojo de las ejecuciones, y después de vendarle los ojos le quitó la cadena que llevaba al cuello y alrededor del cuerpo, y le dijo: "¡Pronuncia tu acto de fe antes de morir!" Y se dispuso a darle el golpe de muerte, volteando por tres veces y haciendo flamear el sable en el aire en torno a él. Pero en aquel momento, al ver que el portaalfanje iba a ejecutar a Aladino, la muchedumbre empezó a escalar los muros del palacio y a forzar las puertas. Y el sultán vio aquello, y temiéndose algún acontecimiento funesto se sintió poseído de gran espanto. Y se encaró con el portaalfanje, y le dijo: "¡Aplaza por el instante el acto de cortar la cabeza a ese criminal!"

Y dijo al jefe de los guardias: "¡Haz que pregonen al pueblo que le otorgo la gracia de la sangre de ese maldito!" Y aquella orden, pregonada enseguida desde lo alto de las terrazas, calmó el tumulto y el furor de la muchedumbre, e hizo abandonar su propósito a los que forzaban las puertas y a los que escalaban los muros del palacio.

Entonces Aladino, a quien se había tenido cuidado de quitar la venda de los ojos y a quien habían soltado las ligaduras que le ataban las manos a la espalda, se levantó del cuero de las ejecuciones en donde estaba arrodillado y alzó la cabeza hacia el sultán, y con los ojos llenos de lágrimas le preguntó: "¡Oh rey del tiempo! ¡suplico a tu alteza que me diga solamente el crimen que he podido cometer para ocasionar tu cólera y esta desgracia!" Y con el color muy amarillo y la voz llena de cólera reconcentrada, el sultán le dijo: "¿Qué te diga tu crimen, miserable? ¿Es que finges ignorarlo? ¡Pero no fingirás más cuando yo te haya hecho ver con tus propios ojos!" Y le gritó: "¡Sígueme!" Y echó a andar delante de él y le condujo al otro extremo del palacio, hacia la parte que daba al segundo meidán, donde se erguía antes el palacio de Badrú'l-Budur rodeado de sus jardines, y le dijo: "¡Mira por esta ventana y dime, ya que debes saberlo, qué ha sido del palacio que guardaba a mi hija!" Y Aladino sacó la cabeza por la ventana y miró. Y no vio ni palacio, ni jardín, ni huella de palacio, o de jardín, sino el inmenso meidán desierto, tal como estaba el día en que dio él al efrit de la lámpara orden de construir allí la morada maravillosa. Y sintió tal estupefacción y tal dolor y tal conmoción, que estuvo a punto de caer desmayado. Y no pudo pronunciar una sola palabra. Y el sultán le gritó: "Dime, maldito impostor, ¿dónde está el palacio y dónde está mi hija, el núcleo de mi corazón, mi única hija?" Y Aladino lanzó un gran suspiro y vertió abundantes lágrimas; luego dijo: "¡Oh rey del tiempo, no lo sé!" Y le dijo el sultán: "¡Escúchame bien! No quiero pedirte que restituyas tu maldito palacio; pero sí te ordeno que me devuelvas a mi hija. Y si no lo haces al instante o si no quieres decirme qué ha sido de ella, ¡por mi cabeza, que haré que te corten la cabeza!" Y en el límite de la emoción, Aladino bajó los ojos y reflexionó durante una hora de tiempo. Luego levantó la cabeza, y dijo: "¡Oh rey del tiempo! ¡ninguno escapa a su destino! ¡Y si mi destino es que se me corte la cabeza por un crimen que no he cometido, ningún poder logrará salvarme! Sólo te pido, pues, antes de morir, un plazo de cuarenta días para hacer las pesquisas necesarias con respecto a mi esposa bienamada, que ha desaparecido con el palacio mientras yo estaba de caza y sin que pudiera sospechar cómo ha sobrevenido esta calamidad: te lo juro por la verdad de nuestra fe y los méritos de nuestro señor Mohamed (¡con él la plegaria y la paz!) ".

El sultán contestó: "Está bien; te concederé lo que me pides. ¡Pero has de saber que, pasado ese plazo, nada podrá salvarte de entre mis manos si no me traes a mi hija! ¡Porque sabré apoderarme de ti y castigarte, sea donde sea el paraje de la tierra en que te ocultes!"

Al oír estas palabras Aladino salió de la presencia del sultán, y muy cabizbajo atravesó el palacio en medio de los dignatarios, que se apenaban mucho al reconocerle y verle tan demudado por la emoción y el dolor. Y llegó ante la muchedumbre y empezó a preguntar, con torvos ojos: "¿Dónde está mi palacio? ¿Dónde está mi esposa?" Y cuantos le veían y oían se dijeron: "¡El pobre ha perdido la razón! ¡El haber caído en desgracia con el sultán y la proximidad de la muerte le han vuelto loco!"

Al ver que ya sólo era para todo el mundo un motivo de compasión, Aladino se alejó rápidamente, sin que nadie tuviese corazón para seguirle. Y salió de la ciudad, y comenzó a errar por el campo, sin saber lo que hacía...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 768ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y salió de la ciudad, y comenzó a errar por el campo, sin saber lo que hacía. Y de tal suerte llegó a orillas de un gran río, presa de la desesperación, y diciéndose: "¿Dónde hallarás tu palacio, Aladino, y a tu esposa Badrú'l-Budur, ¡oh pobre!? ¿A qué país desconocido irás a buscarla, si es que está viva todavía? ¿Y acaso sabes siquiera cómo ha desaparecido?" Y con el alma oscurecida por estos pensamientos, y sin ver ya más que tinieblas y tristeza delante de sus ojos, quiso arrojarse al agua y ahogar allí su vida y su dolor. ¡Pero en aquel momento se acordó de que era un musulmán, un creyente, un puro! Y dio fe de la unidad de Alah y de la misión de Su Enviado. Y reconfortado con su acto de fe y su abandono a la voluntad del Altísimo, en lugar de arrojarse al agua se dedicó a hacer sus abluciones para la plegaria de la tarde. Y se puso en cuclillas a la orilla del río y cogió agua en el hueco de las manos y se puso a frotarse los dedos y las extremidades. Y he aquí que, al hacer estos movimientos, frotó el anillo que le había dado en la cueva el maghrebín. Y en el mismo momento apareció el efrit del anillo, que se prosternó ante él, diciendo "¡Aquí tienes entre tus manos a tu esclavo! ¿Qué quieres? Habla. ¡Soy el servidor del anillo en la tierra, en el aire y en el agua!" Y Aladino reconoció perfectamente, por su aspecto repulsivo y por su voz aterradora, al efrit que en otra ocasión hubo de sacarle del subterráneo. Y agradablemente sorprendido por aquella aparición, que estaba tan lejos de esperarse en el estado miserable en que se encontraba, interrumpió sus abluciones y se irguió sobre ambos pies, y dijo al efrit: "¡Oh efrit del anillo, oh compasivo, oh excelente! ¡Alah te bendiga y te tenga en su gracia! Pero apresúrate a traerme mi palacio y mi esposa, la princesa Badrú'l-Budur!" Pero el efrit del anillo le contestó: "¡Oh dueño del anillo! ¡lo que me pides no está en mi facultad, porque en la tierra, en el aire y en el agua yo sólo soy servidor del anillo! ¡Y siento mucho no poder complacerte en esto, que es de la competencia del servidor de la lámpara! ¡A tal fin, no tienes más que dirigirte a ese efrit, y él te complacerá!"

Entonces Aladino, muy perplejo, le dijo: "¡En ese caso, ¡oh efrit del anillo! y puesto que no puedes mezclarte en lo que no te incumbe, transportando aquí el palacio de mi esposa, por las virtudes del anillo a quien sirves te ordeno que me transportes a mí mismo al paraje de la tierra en que se halla mi palacio, y me dejes, sin hacerme sufrir sacudidas, debajo de las ventanas de mi esposa, la princesa Badrú'l-Budur!"

Apenas había formulado Aladino esta petición, el efrit del anillo contestó con el oído y la obediencia, y en el tiempo que se tarda solamente en cerrar un ojo y abrir un ojo, le transportó al fondo del Maghreb, en medio de un jardín magnífico, donde se alzaba, con su hermosura arquitectural, el palacio de Badrú'l-Budur. Y le dejó con mucho cuidado debajo de las ventanas de la princesa, y desapareció.

Entonces, a la vista de su palacio, sintió Aladino dilatársele el corazón y tranquilizársele el alma y refrescársele los ojos. Y de nuevo entraron en él la alegría y la esperanza. Y de la misma manera que está preocupado y no duerme quien confía una cabeza al vendedor de cabezas cocidas al horno, así Aladino, a pesar de sus fatigas y sus penas, no quiso descansar lo más mínimo. Y se limitó a elevar su alma hacia el Creador para darle gracias por sus bondades y reconocer que sus designios son impenetrables para las criaturas limitadas. Tras de lo cual se puso muy en evidencia debajo de las ventanas de su esposa Badrú'l-Budur.

Y he aquí que, desde que fue arrebatada con el palacio por el mago maghrebín, la princesa tenía la costumbre de levantarse todos los días a la hora del alba, y se pasaba el tiempo llorando y las noches en vela, poseída de tristes pensamientos en su dolor por verse separada de su padre y de su esposo bienamado, además de todas las violencias de que la hacía víctima el maldito maghrebín, aunque sin ceder ella. Y no dormía, ni comía, ni bebía. Y aquella tarde, por decreto del destino, su servidora había entrado a verla para distraerla. Y abrió una de las ventanas de la sala de cristal, y miró hacia fuera, diciendo: "¡Oh mi señora! ¡ven a ver cuán hermosos están los árboles y cuán delicioso es el aire esta tarde!" Luego lanzó de pronto un grito, exclamando: "¡Ya setti, ya setti! ¡He ahí a mi amo Aladino, he ahí a mi amo Aladino! ¡Está bajo las ventanas del palacio!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 769ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Ya setti, ya setti! ¡He ahí a mi amo Aladino, he ahí a mi amo Aladino! ¡Está bajo las ventanas del palacio!"

Al oír estas palabras de su servidora, Badrú'l-Budur se precipitó a la ventana, y vio a Aladino, el cual la vio también. Y casi enloquecieron ambos de alegría. Y fue Badrú'l-Budur la primera que pudo abrir la boca, y gritó a Aladino: "¡Oh querido mío! ¡ven pronto, ven pronto! ¡mi servidora va a bajar para abrirte la puerta secreta! ¡Puedes subir aquí sin temor! ¡El mago maldito está ausente por el momento!" Y cuando la servidora le hubo abierto la puerta secreta, Aladino subió al aposento de su esposa y la recibió en sus brazos. Y se besaron, ebrios de alegría, llorando y riendo. Y cuando estuvieron un poco calmados se sentaron uno junto al otro, y Aladino dijo a su esposa: "¡Oh Badrú'l-Budur! ¡antes de nada tengo que preguntarte qué ha sido de la lámpara de cobre que dejé en mi cuarto sobre una mesilla antes de salir de caza!" Y exclamó la princesa: "¡Oh! ¡querido mío, esa lámpara precisamente es la causa de nuestra desdicha! ¡Pero todo ha sido por mi culpa, sólo por mi culpa!" Y contó a Aladino cuanto había ocurrido en el palacio desde su ausencia, y cómo, por reírse de la locura del vendedor de lámparas, había cambiado la lámpara de la mesilla por una lámpara nueva, y todo lo que ocurrió después, sin olvidar un detalle. Pero no hay utilidad en repetirlo. Y concluyó diciendo: "Y sólo después de transportarnos aquí con el palacio es cuando el maldito maghrebín ha venido a revelarme que, por el poder de su hechicería y las virtudes de la lámpara cambiada, consiguió arrebatarme a tu afecto con el fin de poseerme. ¡Y me dijo que era maghrebín y que estábamos en Maghreb, su país!"

Entonces Aladino, sin hacerle el menor reproche, le preguntó: "¿Y qué desea hacer contigo ese maldito?" Ella dijo: "Viene una vez al día, nada más, a hacerme una visita, y trata por todos los medios de seducirme. ¡Y como está lleno de perfidia, para vencer mi resistencia no ha cesado de afirmarme que el sultán te había hecho cortar la cabeza por impostor, y que, al fin y al cabo, no eras más que el hijo de una pobre gente, de un miserable sastre llamado Mustafá, y que sólo a él debías la fortuna y los honores de que disfrutabas! Pero hasta ahora no ha recibido de mí, por toda respuesta, más que el silencio del desprecio y que le vuelva la espalda. ¡Y se ha visto obligado a retirarse siempre con las orejas caídas y la nariz alargada! ¡Y a cada vez temía yo que recurriese a la violencia! Pero hete aquí ya. ¡Loado sea Alah!"

Y Aladino le dijo: "Dime ahora ¡oh Badrú'l-Budur! en qué sitio del palacio está escondida, si lo sabes, la lámpara que consiguió arrebatarme ese maldito maghrebín". Ella dijo: "Nunca la deja en el palacio, sino que la lleva en el pecho continuamente. ¡Cuántas veces se la he visto sacar en mi presencia para enseñármela como un trofeo!"

Entonces Aladino le dijo: "¡Está bien! pero ¡por tu vida, que no ha de seguir enseñándotela mucho tiempo! ¡Para eso únicamente te pido que me dejes un instante sólo en esta habitación!" Y Badrú'l-Budur salió de la sala y fue a reunirse con sus servidoras.

Entonces Aladino frotó el anillo mágico que llevaba al dedo, y dijo al efrit que se presentó: "¡Oh efrit del anillo! ¿conoces las diversas especies de polvos soporíferos?" El efrit contestó: "Es lo que mejor conozco!" Aladino dijo: "¡En ese caso te ordeno que me traigas una onza de bang cretense, una sola toma del cual sea capaz de derribar a un elefante!" Y desapareció el efrit, pero para volver al cabo de un momento, llevando en los dedos una cajita, que entregó a Aladino, diciéndole: "¡Aquí tienes, ¡oh amo del anillo! bang cretense de la calidad más fina!" Y se fue.

Aladino llamó a su esposa Badrú'l-Budur, y le dijo. "¡Oh mi señora Badrú'l-Budur! si quieres que triunfemos de ese maldito maghrebín, no tienes más que seguir el consejo que voy a darte. ¡Y te advierto que el tiempo apremia, pues me has dicho que el maghrebín estaba a punto de llegar para intentar seducirte! ¡He aquí, pues, lo que tendrás que hacer!" Y le dijo: "¡Harás estas cosas, y le dirás estas otras cosas!" Y le dio amplias instrucciones respecto a la conducta que debía seguir con el mago. Y añadió: "En cuanto a mí, voy a ocultarme en este arca. ¡Y saldré en el momento oportuno!" Y le entregó la cajita de bang, diciendo: "¡No te olvides de lo que acabo de indicarte!" Y la dejó para ir a encerrarse en el arca.

Entonces la princesa Badrú'1-Budur, a pesar de la repugnancia que le producía desempeñar el papel consabido, no quiso perder la oportunidad de vengarse del mago, y se propuso seguir las instrucciones de su esposo Aladino. Se levantó, pues, y mandó a sus mujeres que la peinaran y la pusieran el tocado que sentaba mejor a su cara de luna, y se hizo vestir con el traje más hermoso de sus arcas. Luego se ciñó el talle con un cinturón de oro incrustado de diamantes, y se adornó el cuello con un collar de perlas dobles de igual tamaño, excepto la de en medio, que tenía el volumen de una nuez; y en las muñecas y en los tobillos se puso pulseras de oro con pedrerías que casaban maravillosamente con los colores de los demás adornos. Y perfumada y semejante a una hurí, se miró enternecida en su espejo, mientras sus mujeres maravillábanse de su belleza y prorrumpían en exclamaciones de admiración. Y se tendió perezosamente en los almohadones, esperando la llegada del mago...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 770ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y se tendió perezosamente en los almohadones, esperando la llegada del mago.

No dejó éste de ir a la hora anunciada. Y la princesa, contra lo que acostumbraba, se levantó en honor suyo, y con una sonrisa le invitó a sentarse junto a ella en el diván. Y el maghrebín, muy emocionado por aquel recibimiento, y deslumbrado por el brillo de los hermosos ojos que le miraban y por la belleza arrebatadora de aquella princesa tan deseada, sólo se permitió sentarse al borde del diván por cortesía y deferencia. Y la princesa, siempre sonriente, le dijo: "¡Oh mi señor! no te asombres de verme hoy tan cambiada, porque mi temperamento, que por naturaleza es muy refractario a la tristeza, ha acabado por sobreponerse a mi pena y a mi inquietud. Y además, he reflexionado sobre tus palabras con respecto a mi esposo Aladino, y ahora estoy convencida de que ha muerto a causa de la terrible cólera de mi padre el rey.

¡Lo que está escrito ha de ocurrir! Y mis lágrimas y mis pesares no darán vida a un muerto. Por eso he renunciado a la tristeza y al duelo y he resuelto no rechazar ya tus proposiciones y tus bondades. ¡Y ése es el motivo de mi cambio de humor!" Luego añadió: "¡Pero aun no te he ofrecido los refrescos de amistad!" Y se levantó, ostentando su deslumbradora belleza, y se dirigió a la mesa grande en que estaba la bandeja de los vinos y sorbetes, y mientras ella llamaba a una de sus servidoras para que sirviera la bandeja, echó un poco de bang cretense en la copa de oro que había en la bandeja. Y el maghrebín no sabía cómo darle gracias por sus bondades. Y cuando se acercó la doncella con la bandeja de los sorbetes, cogió él la copa y dijo a Badrú'l-Budur: "¡Oh princesa! ¡por muy deliciosa que sea esta bebida no podrá refrescarme tanto como la sonrisa de tus ojos!" Y tras de hablar así se llevó la copa a los labios y la vació de un solo trago, sin respirar. ¡Pero al instante fue a caer sobre el tapiz con la cabeza antes que con los pies, a las plantas de Badrú'l-Budur!

Al ruido de la caída Aladino lanzó un inmenso grito de triunfo y salió del armario para correr enseguida hacia el cuerpo inerte de su enemigo. Y se precipitó sobre él, le abrió la parte superior del traje y le sacó del pecho la lámpara que estaba allí escondida. Y se encaró con Badrú'l-Budur, que acudía a besarle en el límite de la alegría, y le dijo: "¡Te ruego que me dejes solo otra vez! ¡Porque ha de terminarse hoy todo!" Y cuando se alejó Badrú'l-Budur, frotó la lámpara en el sitio que sabía, y al punto vio aparecer al efrit de la lámpara, quien, después de la fórmula acostumbrada, esperó la orden. Y Aladino le dijo: "¡Oh efrit de la lámpara! ¡por las virtudes de esta lámpara que sirves, te ordeno que transportes este palacio, con todo lo que contiene, a la capital del reino de la China, situándolo exactamente en el mismo lugar de donde lo quitaste para traerlo aquí! ¡Y hazlo de manera que el transporte se efectúe sin conmoción, sin contratiempos y sin sacudidas!" Y el genni contestó: "¡Oír es obedecer!" Y desapareció. Y en el mismo momento, sin tardar más tiempo del que se necesita para cerrar un ojo y abrir un ojo, se hizo el transporte, sin que nadie lo advirtiera; porque apenas si se hicieron sentir dos ligeras agitaciones, una al salir y otra a la llegada.

Entonces Aladino, después de comprobar que el palacio estaba en realidad frente por frente al palacio del sultán, en el sitio que ocupaba antes, fue en busca de su esposa Badrú'l-Budur, y la besó mucho, y le dijo: "¡Ya estamos en la ciudad de tu padre! ¡Pero, como es de noche, más vale que esperemos a mañana por la mañana para ir a anunciar al sultán nuestro regreso! Por el momento, no pensemos más que en regocijarnos con nuestro triunfo y con nuestra reunión, ¡oh Badrú'l-Budur!" Y como desde la víspera Aladino aun no había comido nada, se sentaron ambos y se hicieron servir por los esclavos una comida suculenta en la sala de las noventa y nueve ventanas cruzadas. Luego pasaron juntos aquella noche en medio de delicias y dicha.

Al día siguiente salió de su palacio el sultán para ir, según su costumbre, a llorar por su hija en el paraje donde no creía encontrar más que las zanjas de los cimientos. Y muy entristecido y dolorido, echó una ojeada por aquel lado, y se quedó estupefacto al ver ocupado de nuevo el sitio del meidán por el palacio magnífico, y no vacío, como él se imaginaba. Y en un principio creyó que sería efecto de la niebla o de algún ensueño de su espíritu inquieto, y se frotó los ojos varias veces. Pero como la visión subsistía siempre, ya no pudo dudar de su realidad, y sin preocuparse de su dignidad de sultán echó a correr agitando los brazos y lanzando gritos de alegría, y atropellando a guardias y porteros subió la escalera de alabastro sin tomar aliento, no obstante su edad, y entró en la sala de la bóveda de cristal con noventa y nueve ventanas, en la cual precisamente esperaban su llegada, sonriendo, Aladino y Badrú'l-Budur. Y al verle se levantaron ambos y corrieron a su encuentro. Y besó él a su hija, derramando lágrimas de alegría y en el límite de la ternura; y ella también...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 771ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y besó a su hija, derramando lágrimas de alegría y en el límite de la ternura; y ella también. Y cuando pudo abrir la boca y articular una palabra, dijo: "¡Oh hija mía! veo con asombro que no se te ha demudado el rostro ni se te ha puesto la tez más amarilla, a pesar de todo lo sucedido desde el día en que te vi por última vez! ¡Sin embargo, ¡oh hija de mi corazón! debes haber sufrido mucho, y no habrás visto sin alarmas y terribles angustias cómo te transportaban de un sitio a otro con todo el palacio! ¡Porque, nada más que con pensarlo, yo mismo me siento invadido por el temblor y el espanto! ¡Date prisa, pues, ¡oh hija mía! a explicarme el motivo de tan escaso cambio en tu fisonomía, y a contarme, sin ocultarme nada, cuánto te ha ocurrido desde el comienzo hasta el fin!"

Badrú'l-Budur contestó: "¡Oh padre mío! has de saber que si se me ha demudado tan poco el rostro es porque ya he ganado lo que había perdido con mi alejamiento de ti y de mi esposo Aladino. Pues la alegría de volver a encontraros a ambos me devuelve mi frescura y mi color de antes. Pero he sufrido y he llorado mucho, tanto por verme arrebatada a tu afecto y al de mi esposo bienamado, como por haber caído en poder de un maldito mago mahgrebín, que es el causante de todo lo que ha sucedido, y que me decía cosas desagradables y quería seducirme después de raptarme. ¡Pero todo fue por culpa de mi atolondramiento, que me impulsó a ceder a otro lo que no me pertenecía!" Y enseguida contó a su padre toda la historia con los menores detalles, sin olvidar nada. Pero no hay ninguna utilidad en repetirla. Y cuando acabó de hablar, Aladino, que no había abierto la boca hasta entonces, se encaró con el sultán, estupefacto hasta el límite de la estupefacción, y le mostró, detrás de una cortina, el cuerpo inerte del mago, que tenía la cara toda negra por efecto de la violencia del bang, y le dijo: "¡He aquí al impostor, causante de nuestra pasada desdicha y de mi caída en desgracia! ¡Pero Alah le ha castigado!"

Al ver aquello, el sultán, enteramente convencido de la inocencia de Aladino, le besó muy tiernamente oprimiéndole contra su pecho y le dijo: "¡Oh hijo mío Aladino! ¡no me censures con exceso por mi conducta para contigo, y perdóname los malos tratos que te infligí! ¡Porque merece alguna excusa el afecto que experimento por mi hija única Badrú'l-Budur, y bien sabes que el corazón de un padre está lleno de ternura, y que hubiese preferido yo perder todo mi reino antes que un cabello de la cabeza de mi hija bienamada!" Y contestó Aladino: "Verdaderamente, tienes excusa, ¡oh padre de Badrú'l-Budur! porque sólo el afecto que sientes por tu hija, a la cual creías perdida por mi culpa, te hizo usar conmigo procedimientos enérgicos. Y no tengo derecho a reprocharte de ninguna manera. Porque a mí me correspondía prevenir las asechanzas pérfidas de ese infame mago y tomar precauciones contra él. ¡Y no te darás cuenta bien de toda su malicia hasta que, cuando tenga tiempo, te relate yo la historia de cuanto me ocurrió con él!"

Y el sultán besó a Aladino una vez más, y le dijo: "En verdad ¡oh Aladino! que es absolutamente preciso que busques ocasión de contarme todo eso. ¡Pero aun es más urgente desembarazarse ya del espectáculo de ese cuerpo maldito que yace inanimado a nuestros pies, y regocijarnos juntos con tu triunfo!" Y Aladino dio orden a sus efrits jóvenes de que se llevaran el cuerpo del maghrebín y lo quemaran en medio de la plaza del meidán sobre un montón de estiércol y echaran las cenizas en el hoyo de la basura. Lo cual se ejecutó puntualmente en presencia de toda la ciudad reunida, que se alegraba de aquel castigo merecido y de la vuelta del emir Aladino a la gracia del sultán.

Tras de lo cual, por medio de los pregoneros, que iban seguidos por tañedores de clarinetes, de timbales y de tambores, el sultán hizo anunciar que daba libertad a los presos en señal de regocijo público; y mandó repartir muchas limosnas a los pobres y a los menesterosos. Y por la noche hizo iluminar toda la ciudad, así como su palacio y el de Aladino y Badrú'l-Budur. Y así fue cómo Aladino, merced a la bendición que llevaba consigo, escapó por segunda vez a un peligro de muerte. Y aquella misma bendición debía aún salvarle por tercera vez, como vais a saber, ¡oh oyentes míos!

En efecto, hacía ya algunos meses que Aladino estaba de regreso y llevaba con su esposa una vida feliz bajo la mirada enternecida y vigilante de su madre, que entonces era una dama venerable de aspecto imponente, aunque desprovista de orgullo y de arrogancia, cuando la esposa del joven entró un día, con rostro un poco triste y dolorido, en la sala de la bóveda de cristal, donde él estaba casi siempre para disfrutar la vista de los jardines, y se le acercó, y le dijo: "¡Oh mi señor Aladino! Alah, que nos ha colmado con sus favores a ambos, hasta el presente me ha negado el consuelo de tener un hijo. Porque ya hace bastante tiempo que estamos casados y no siento fecundadas por la vida mis entrañas. ¡Vengo, pues, a suplicarte que me permitas mandar venir al palacio a una santa vieja llamada Fatmah, que ha llegado a nuestra ciudad hace unos días, y a quien todo el mundo venera por las curaciones y alivios que proporciona y por la fecundidad que otorga a las mujeres sólo con la imposición de sus manos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 772ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Vengo, pues, a suplicarte que me permitas mandar venir al palacio a una santa vieja llamada Fatmah, que ha llegado a nuestra ciudad hace unos días, y a quien todo el mundo venera por las curaciones y alivios que proporciona y por la fecundidad que otorga a las mujeres sólo con la imposición de sus manos!"

Aladino, que no quería contrariar a su esposa Badrú'l-Budur, no puso ninguna dificultad para acceder a su deseo, y dio orden a cuatro eunucos de que fueran en busca de la vieja santa y la llevaran al palacio. Y los eunucos ejecutaron la orden y no tardaron en regresar con la santa vieja, que iba con el rostro cubierto por un velo muy espeso y con el cuello rodeado por un inmenso rosario de tres vueltas que le bajaba hasta la cintura. Y llevaba en la mano un gran báculo, sobre el cual apoyaba su marcha vacilante por la edad y las prácticas piadosas. Y en cuanto la vio la princesa salió vivamente a su encuentro, y le besó la mano con fervor, y le pidió su bendición. Y la santa vieja, con acento muy digno, invocó para ella las bendiciones de Alah y sus gracias, y pronunció en su favor una larga plegaria, con el fin de pedir a Alah que prolongase y aumentase en ella la prosperidad y la dicha y satisficiese sus menores deseos. Y Badrú'l-Budur la rogó que se sentara en el sitio de honor en el diván, y le dijo: "¡Oh santa de Alah! ¡te agradezco tus buenas intenciones y tus plegarias! ¡Y como sé que Alah no ha de negarte nada de lo que le pidas, espero de su bondad, por intercesión tuya, lo que es el más ferviente anhelo de mi alma!"

La santa contestó: "¡Yo soy la más humilde de las criaturas de Alah; pero Él es el Omnipotente, el Excelente! ¡No tengas miedo, pues, ¡oh mi señora Badrú'l-Budur! a formular lo que anhele tu alma!" Y Badrú'l-Budur se puso muy colorada, y bajó la voz, y con acento muy ardiente dijo: "¡Oh santa de Alah! ¡deseo de la generosidad de Alah tener un hijo! ¡Dime qué tengo que hacer para eso y qué beneficios y qué buenas acciones habré de llevar a cabo para merecer semejante favor! ¡Habla! ¡Estoy dispuesta a todo para obtener ese bien, que lo estimo en más que mi propia vida! ¡Y para demostrarte mi gratitud, yo te daré, en cambio, cuanto puedas anhelar y desear, no para ti, que ya sé ¡oh madre de todos nosotros! que te hallas al abrigo de las necesidades de las criaturas débiles, sino para alivio de los infortunados y de los pobres de Alah!"

Al oír estas palabras de la princesa Badrú'l-Budur, los ojos de la santa, que hasta entonces habían permanecido bajos, se abrieron y se iluminaron tras el velo con un brillo extraordinario, e irradió su rostro cual si tuviese fuego dentro, y todas sus facciones expresaron el sentimiento de un éxtasis de júbilo. Y miró a la princesa durante un momento sin pronunciar ni una palabra; luego tendió los brazos hacia ella, y le hizo en la cabeza la imposición de las manos, moviendo los labios como si rezase una plegaria entre dientes, y acabó por decirle: "¡Oh hija mía! ¡oh mi señora Badrú'l-Budur! ¡los santos de Alah acaban de dictarme el medio infalible de que debes valerte para ver habitar en tus entrañas la fecundidad! ¡Pero ¡oh hija mía! entiendo que ese medio es muy difícil, si no imposible, de emplear, porque se necesita un poder sobrehumano para realizar los actos de fuerza y valor que reclama!" Y al oír estas palabras la princesa Badrú'l-Budur no pudo reprimir más su emoción, y se arrojó a los pies de la santa, rodeándola las rodillas con sus brazos, y le dijo: "¡Por favor, ¡oh madre nuestra! ¡indícame ese medio, sea cual sea, pues nada resulta imposible de realizar para mi esposo bienamado, el emir Aladino! ¡Ah! ¡habla, o a tus pies moriré de deseo reconcentrado!"

Entonces la santa levantó un dedo en el aire, y dijo: "Hija mía, para que la fecundidad penetre en ti es necesario que cuelgues en la bóveda de cristal de esta sala un huevo del pájaro rokh, que habita en la cima más alta del monte Cáucaso. ¡Y la contemplación de ese huevo, que mirarás todo el tiempo que puedas durante días y días, modificará tu naturaleza íntima y removerá el fondo inerte de tu maternidad! ¡Y eso es lo que tenía que decirte, hija mía!" Y Badrú'l-Budur exclamó: "¡Por mi vida, ¡oh madre nuestra! que no sé cuál es el pájaro rokh, ni jamás vi huevos suyos; pero no dudo de que Aladino podrá al instante procurarme uno de esos huevos fecundantes, aunque el nido de esa ave esté en la cima más alta del monte Cáucaso!"

Luego quiso retener a la santa, que se levantaba ya para marcharse, pero ésta le dijo: "No, hija mía; déjame ahora marcharme a aliviar otros infortunios y dolores más grandes todavía que los tuyos. ¡Pero mañana ¡inschalah! yo misma vendré a visitarte y a saber noticias tuyas, que son preciosas para mí!" Y no obstante todos los esfuerzos y ruegos de Badrú'l-

Budur, que, llena de gratitud, quería hacerle don de varios collares y otras joyas de valor inestimable, no quiso detenerse un momento más en el palacio, y se fue como había ido, rehusando todos los regalos.

Algunos momentos después de partir la santa, Aladino fue al lado de su esposa y la besó tiernamente, como lo hacía siempre que se ausentaba, aunque fuese por un instante; pero le pareció que tenía ella un aspecto muy distraído y preocupado; y le preguntó la causa con mucha ansiedad...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 773ª NOCHE

Ella dijo:

"...Pero le pareció que tenía ella un aspecto muy distraído y preocupado; y le preguntó la causa con mucha ansiedad. Entonces le dijo Sett Badrú'l-Budur, sin tomar aliento: "¡Seguramente moriré si no tengo lo más pronto posible un huevo del pájaro rokh, que habita en la cima más alta del monte Cáucaso!" Y al oír estas palabras Aladino se echó a reír, y dijo: "¡Por Alah, ¡oh mi señora Badrú'l-Budur! si no se trata más que de obtener ese huevo para impedir que mueras, refresca tus ojos! ¡Pero para que yo lo sepa, dime solamente qué piensas hacer con el huevo de ese pájaro!"

Y Badrú'l-Budur contestó: "¡Es la santa vieja quien acaba de prescribirme que lo mire, como remedio soberanamente eficaz contra la esterilidad de la mujer! ¡Y quiero tenerlo para colgarlo del centro de la bóveda de cristal de la sala de las noventa y nueve ventanas!" Y Aladino contestó: "Por encima de mi cabeza y de mis ojos, ¡oh mi señora Badrú'l-Budur! ¡al instante tendrás ese huevo de rokh!"

Al punto dejó a su esposa y fue a encerrarse en su aposento. Y se sacó del pecho la lámpara mágica, que llevaba siempre consigo desde el terrible peligro que hubo de correr por culpa de su negligencia, y la frotó. Y en el mismo momento se apareció ante él el efrit de la lámpara, pronto a ejecutar sus órdenes. Y Aladino le dijo: "¡Oh excelente efrit, que me obedeces merced a las virtudes de la lámpara que sirves! ¡te pido que al instante me traigas, para colgarlo del centro de la bóveda de cristal, un huevo del gigantesco pájaro rokh, que habita en la cima más alta del monte Cáucaso!"

Apenas Aladino había pronunciado estas palabras, el efrit se convulsionó de manera espantosa, y le llamearon los ojos, y lanzó ante Aladino un grito tan amedrentador, que se conmovió el palacio en sus cimientos, y como una piedra disparada con honda, Aladino fue proyectado contra el muro de la sala de un modo tan violento, que por poco entra su longitud en su anchura. Y le gritó el efrit con su voz poderosa de trueno:

"¿Cómo te atreves a pedirme eso, miserable Adamita? ¡Oh el más ingrato entre las gentes de baja condición! ¡he aquí que ahora, no obstante los servicios que te presté con todo el oído y con toda la obediencia, tienes la osadía de ordenarme que vaya a buscar al hijo del rokh, mi amo supremo, para colgarle en la bóveda de tu palacio! ¿Ignoras, insensato, que yo y la lámpara y todos los genni servidores de la lámpara somos esclavos del gran rokh, padre de los huevos? ¡Ah! ¡suerte tienes con estar bajo la salvaguardia de la lámpara que sirvo, y con llevar al dedo ese anillo lleno de virtudes saludables! ¡De no ser así, ya hubiera entrado tu longitud en tu anchura!"

Y dijo Aladino, estupefacto e inmóvil contra el muro: "¡Oh efrit de la lámpara! ¡por Alah, que no es mía esta petición, sino que se la sugirió a mi esposa Badrú'l-Budur la santa vieja, madre de la fecundación y curadora de la esterilidad!"

Entonces se calmó de repente el efrit y recobró su acento acostumbrado para con Aladino, y le dijo: "¡Ah! ¡lo ignoraba! ¡Ah! ¡está bien! ¿conque es esa criatura la que aconsejó el atentado? ¡Puedes alegrarte mucho, Aladino, de no haber tenido la menor participación en ello! ¡Pues has de saber que por ese medio se quería obtener tu destrucción y la de tu esposa y la de tu palacio! La persona a quien llamas santa vieja no es santa ni vieja, sino un hombre disfrazado de mujer. Y ese hombre no es otro que el propio hermano del maghrebín, tu enemigo exterminado. Y se asemeja a su hermano como media haba se asemeja a su hermana.

Y cierto es el proverbio que dice: "¡El hermano menor de un perro es más inmundo que su hermano mayor, porque la posteridad de un perro siempre está bastardeándose!" Y ese nuevo enemigo, a quien no conoces, todavía está más versado en la magia y en la perfidia que su hermano mayor. Y cuando, por medio de las operaciones de su geomancia, se enteró de que su hermano había sido exterminado por ti y quemado por orden del sultán, padre de tu esposa Badrú'l-Budur, determinó vengarle en todos vosotros, y vino desde Maghreb aquí disfrazado de vieja santa para llegar hasta este palacio. ¡Y consiguió introducirse en él y sugerir a tu esposa esa petición perniciosa, que es el mayor atentado que se puede realizar contra mi amo supremo el rokh! Te prevengo, pues, acerca de sus proyectos pérfidos, a fin de que los puedas evitar. ¡Uassalam!" Y tras de haber hablado así a Aladino, desapareció el efrit.

Entonces Aladino, en el límite de la cólera, se apresuró a ir a la sala de las noventa y nueve ventanas en busca de su esposa Badrú'l-Budur. Y sin revelarle nada de lo que el efrit acababa de contarle, le dijo: "¡Oh Badrú'l-Budur, ojos míos! Antes de traerte el huevo del pájaro rokh es absolutamente necesario que oiga yo con mis propios oídos a la santa vieja que te ha recetado ese remedio. ¡Te ruego, pues, que envíes a buscarla con toda urgencia, y que, con pretexto de que no la recuerdas exactamente, le hagas repetir su prescripción, mientras yo estoy escondido detrás del tapiz!" Y contestó Badrú'l-Budur: "¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos!" Y al punto envió a buscar a la santa vieja.

En cuanto ésta hubo entrado en la sala de la bóveda de cristal, y cubierta siempre con su espeso velo que le tapaba la cara, se acercó a Badrú'l-Budur...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 774ª NOCHE

Ella dijo:

"...En cuanto ésta hubo entrado en la sala de la bóveda de cristal, y cubierta siempre con su espeso velo que le tapaba la cara, se acercó a Badrú'l-Budur, Aladino salió de su escondite, abalanzándose a ella con el alfanje en la mano, y antes de que ella pudiese decir: "¡Bem!", de un solo tajo le separó la cabeza de los hombros.

Al ver aquello, exclamó Badrú'l-Budur, aterrada: "¡Oh mi señor Aladino! ¡qué atentado acabas de cometer!" Pero Aladino se limitó a sonreír, y por toda respuesta se inclinó, cogió por el mechón central la cabeza cortada, y se la mostró a Badrú'1-Budur. Y en el límite de la estupefacción y del horror, vio ella que la tal cabeza, excepto el mechón central, estaba afeitada como la de los hombres, y que tenía el rostro prodigiosamente barbudo. Y sin querer asustarla más tiempo, Aladino le contó la verdad con respecto a la presunta Fatmah, falsa santa y falsa vieja, y concluyó: "¡Oh Badrú'l-Budur! ¡demos gracias a Alah, que nos ha librado por siempre de nuestros enemigos!" Y se arrojaron ambos en brazos uno de otro, dando gracias a Alah por sus favores.

Y desde entonces vivieron una vida feliz con la buena vieja, madre de Aladino, y con el sultán, padre de Badrú'l-Budur. Y tuvieron dos hijos hermosos como la luna. Y a la muerte del sultán, reinó Aladino en el reino de la China. Y de nada careció su dicha hasta la llegada inevitable de la Destructora de delicias y Separadora de amigos.

Después de contar así esta historia, Schehrazada dijo: "¡Y esto es ¡oh rey afortunado! cuanto sé acerca de Aladino y de la Lámpara Mágica! ¡Pero Alah es más sabio!"

Y dijo el rey Schahriar: "Admirable es esa historia, Schehrazada".

"En este caso, ¡oh rey! permite a tu esclava Schehrazada que te cuente la Historia de Kamar y de la experta Halima".

Y el rey Schahriar exclamó: "¡Desde luego, Schehrazada!"

Pero ella sonrió y contestó: "Está bien ¡oh rey! Pero antes, para revelarte el valor que tiene la admirable virtud de la paciencia y hacerte esperar, sin cólera contra tu servidora, la suerte llena de felicidad que Alah destina a tu raza por mediación mía, quiero contarte enseguida lo que nos transmitieron nuestros padres los Antiguos sobre el medio de adquirir La verdadera ciencia de la vida..."

Y dijo el rey: "¡Oh hija de mi visir! date prisa a indicarme el medio de hacer esa adquisición. Pero ¡oh Schehrazada! ¿cuál es la suerte que Alah, por mediación tuya, destina a mi raza, si no tengo posteridad?"

Y dijo Schehrazada: "¡Permite ¡oh rey! a tu servidora Schehrazada que no te hable todavía de lo que ha pasado de misterioso en las veinte noches de silencio que tu bondad le ha concedido para reposar de una indisposición, y durante las cuales se ha revelado a tu servidora el esplendor de tu destino!" Y sin añadir nada más a este respecto, Schehrazada, la hija del visir, dijo:

La parábola de la verdadera ciencia de la vida

Cuentan que en una ciudad entre las ciudades, donde se enseñaban todas las ciencias, vivía un joven que era hermoso y estudioso. Y aunque nada faltara a la felicidad de su vida, le poseía el deseo de aprender siempre más. Un día, merced al relato de un mercader viajero, le fue revelado que en cierto país muy lejano existía un sabio que era el hombre más santo del Islam y que él solo poseía tanta ciencia, sabiduría y virtud como todos los sabios del siglo reunidos. Y se enteró de que aquel sabio, a pesar de su fama, ejercía sencillamente el oficio de herrero, que su padre y su abuelo habían ejercido antes que él. Y cuando hubo oído estas palabras entró en su casa, cogió sus sandalias, su alforja y su báculo, y abandonó inmediatamente su ciudad y sus amigos, y se encaminó al país lejano en que vivía el santo maestro, con objeto de ponerse bajo su dirección y adquirir un poco de su ciencia y de su sabiduría. Y anduvo durante cuarenta días y cuarenta noches, y después de muchos peligros y fatigas, gracias a la seguridad que escribióle Alah, llegó a la ciudad del herrero.

Al punto fue al zoco de los herreros y se presentó a aquel cuya tienda le habían indicado todos los transeúntes. Y luego de besarle la orla del traje, se mantuvo de pie delante de él en actitud de respeto. Y el herrero, que era un hombre de edad, con el rostro marcado por la bendición, le preguntó: "¿Qué deseas, hijo mío?" El otro contestó: "¡Aprender ciencia!" Y el herrero, por toda respuesta, le puso entre las manos la cuerda del fuelle de fragua y le dijo que tirara. Y el nuevo discípulo contestó con el oído y la obediencia, y al punto se puso a estirar y aflojar la cuerda del fuelle, sin interrupción, desde el momento de su llegada hasta la puesta del sol. Y al día siguiente se dedicó al mismo trabajo, así como los días posteriores, durante semanas, meses y todo un año, sin que nadie en la fragua, ni el maestro ni los numerosos discípulos, cada uno de los cuales tenía una tarea tan ruda como la suya, le dirigiesen una sola vez la palabra, y sin que nadie se quejase ni siquiera murmurase de aquel duro trabajo silencioso. Y de tal suerte pasaron cinco años. Y un día el discípulo se aventuró muy tímidamente a abrir la boca, y dijo: "¡Maestro!" Y el herrero interrumpió su trabajo. Y en el límite de la ansiedad, hicieron lo mismo todos los discípulos. Y el herrero, en medio del silencio de la fragua, se encaró con el joven, y le preguntó: "¿Qué quieres?"

El otro dijo: "¡Ciencia!" Y el herrero dijo: "¡Tira de la cuerda!" Y sin pronunciar una palabra más, reanudó el trabajo de la fragua. Y transcurrieron otros cinco años, durante los cuales, desde por la mañana hasta por la noche, el discípulo tiró de la cuerda del fuelle sin interrupción y sin que nadie le dirigiese la palabra ni una sola vez. Pero cuando alguno de los discípulos tenía necesidad de un informe acerca de algo, le estaba permitido escribir la demanda y presentársela al maestro por la mañana al entrar en la fragua. Y sin leer nunca el escrito, el maestro lo arrojaba al fuego de la fragua o se lo metía entre los pliegues del turbante. Si arrojaba al fuego el escrito, sin duda era porque la demanda no merecía respuesta. Pero si colocaba el papel en el turbante, el discípulo que se lo había presentado encontraba por la noche la respuesta del maestro escrita con caracteres de oro en la pared de su celda.

Cuando transcurrieron diez años, el viejo herrero se acercó al joven y le tocó en el hombro. Y por primera vez, desde hacía diez años, soltó el joven la cuerda del fuelle de fragua. Y descendió a él una gran alegría. Y el maestro le habló, diciendo: "Hijo mío, ya puedes volver a tu país y a tu morada llevando en tu corazón toda la ciencia del mundo y de la vida. ¡Pues todo eso adquiriste al adquirir la virtud de la paciencia!"

Y le dio el beso de paz. Y el discípulo regresó iluminado a su país, entre sus amigos; y vio claro en la vida.

Y exclamó el rey Schahriar: "¡Oh Schehrazada! ¡cuán admirable es esa parábola! ¡Y cómo me da que pensar!" Y por un instante permaneció absorto en sus pensamientos. Luego añadió: "¡Date prisa ahora ¡oh Schehrazada! a contarme la historia de Kamar y de la experta Halima!"

Pero Schehrazada dijo: "¡Permíteme ¡oh rey! que todavía retrase el relato de esa historia, porque esta noche no se siente mi espíritu inclinado a ella, y permíteme empezar antes la historia más amable, más lozana y más pura que conozco!"

Y dijo el rey: "Desde luego, ¡oh Schehrazada! estoy dispuesto a escucharte, porque también mi espíritu esta noche se inclina a las cosas amables. ¡Y además, esa espera me hará aprovechar la parábola de la paciencia!"

Entonces dijo Schehrazada:

FARIZADA LA DE SONRISA DE ROSA

He llegado a saber ¡oh rey afortunado, oh dotado de buenas maneras! que en los días de antaño, hace ya mucho tiempo —pero Alah es el único sabio —, había un rey de Persia llamado Khosrú Schah, a quien el Retribuidor había dotado de poderío, de juventud y de hermosura, y en cuyo corazón hubo de poner tal sentimiento de la justicia, que, bajo su reinado, el tigre y la cabra marchaban uno al lado de otra y bebían en el mismo arroyo. Y aquel rey, al que le gustaba cerciorarse por sus propios ojos de cuanto pasaba en la ciudad de su trono, tenía costumbre de pasearse de noche, disfrazado de mercader extranjero, en compañía de su visir o de alguno de los dignatarios de su palacio.

Una noche en que daba una vuelta por un barrio de gente pobre, al pasar por cierta callejuela escuchó unas voces jóvenes que se dejaban oír al final de la tal calleja. Y se acercó, con su acompañante, a la humilde morada de donde partían las voces, y aplicando un ojo a una rendija de la puerta miró adentro. Y divisó, sentadas sobre una estera en torno de una luz, a tres jóvenes que hablaban después de la comida. Y aquellas tres jóvenes, que parecíanse como pueden parecerse tres hermanas, eran perfectamente bellas. Y la más joven era visiblemente, y con mucho, la más bella.

Y decía la primera: "Mi deseo, puesto que se trata de manifestar un deseo, sería, hermanas mías, llegar a ser la esposa del repostero del sultán. Porque ya sabéis cuánto me gustan los manjares de repostería, sobre todo esos admirables y delicados y deliciosos bocados de hojaldre que se llaman "bocados del sultán". ¡Y para hacerlos a punto no hay como el repostero jefe del sultán! ¡Ah hermanas mías! ¡qué envidia me tendríais entonces al ver cómo ese régimen de repostería fina redondearía mis formas con grasa blanca, y me embellecería, y me afirmaría el color!"

Y decía la segunda: "Yo, hermanas mías, no soy tan ambiciosa. Me contentaría sencillamente con llegar a ser la esposa del cocinero del sultán. ¡Ah! ¡cómo lo deseo! ¡Eso me permitiría satisfacer mis apetitos reconcentrados en todo el tiempo que llevo anhelando probar tantos manjares extraordinarios que sólo en palacio se comen! ¡Especialmente hay, entre otras cosas, ciertas bandejas de cohombros rellenos y cocidos al horno, que nada más que con verlos pasar en la cabeza de los que los llevan los días de festines dados por el sultán, siento mi corazón lleno todo de emoción! ¡Oh! ¡Lo que yo comería de ese plato! ¡Sin embargo, no me olvidaría de convidaros alguna vez, si mi esposo el cocinero me lo permitiera; pero creo que no me lo permitiría!"

Y cuando hubieron manifestado así sus deseos las dos hermanas, se encararon con su hermana pequeña, que guardaba silencio, y le preguntaron, burlándose de ella: "Y tú, ¡oh pequeñuela! ¿qué deseas? ¿Y por qué bajas los ojos y no dices nada? ¡Pero no te apures, que nosotras te prometemos, para cuando tengamos los esposos que preferimos, tratar de casarte con algún palafrenero del sultán o con algún otro dignatario de la misma categoría, a fin de que siempre estés cerca de nosotras! Habla, ¿en qué piensas?"

Y confusa y ruborizada, la pequeña contestó con una voz dulce como agua de manantial: "¡Oh hermanas mías!" Y no pudo decir más. Y riéndose de su timidez, las dos jóvenes la acosaron a preguntas y bromas hasta que la decidieron a hablar. Y sin levantar los ojos, dijo la menor: "¡Oh hermanas mías! ¡yo desearía llegar a ser la esposa de nuestro amo el sultán! Y le daría una posteridad bendita. Y los hijos que Alah hiciera nacer de nuestra unión serían dignos de su padre. Y la hija que me gustaría tener ante mi vista sería una sonrisa del cielo mismo: ¡sus cabellos serían de oro por un lado y de plata por otro; sus lágrimas, cuando llorara, serían un gotear de perlas; sus risas, cuando riera, serían dinares de oro tintineantes, y sus sonrisas, cuando solamente sonriera, serían otros tantos botones de rosa que abriesen en sus labios!"

¡Eso fue todo!

Y el sultán Khosrú y su visir veían y oían. Pero temiendo que les advirtiesen, se decidieron a alejarse sin enterarse de más. Y en extremo divertido, Khosrú Schah sintió nacer en su alma el prurito de satisfacer los tres deseos; y sin comunicar ni por asomo su propósito a su acompañante, le dio orden de que se fijara bien en la casa para ir a ella al día siguiente por las tres jóvenes y llevárselas a palacio. Y el visir contestó con el oído y la obediencia, y al día siguiente se apresuró a ejecutar la orden del sultán, llevándole a su presencia las tres hermanas.

El sultán, que estaba sentado en su trono, les hizo con la cabeza y con los ojos una seña que quería decir: "¡Acercaos!" Y se acercaron ellas, temblorosas, enredándose en sus pobres trajes de tela grosera; y el sultán les dijo con una sonrisa de bondad: "La paz sea con vosotras, ¡oh jóvenes! ¡Estamos en el día de vuestro destino y en el que se realizará vuestro deseo! ¡Y conozco el tal deseo, ¡oh jóvenes! porque nada hay oculto para los reyes! Tú, la primera, verás cumplido tu deseo, y el repostero mayor será tu esposo hoy mismo. ¡Y tú, la segunda, tendrás por esposo a mi cocinero mayor!" Y habiendo hablado así, se detuvo el rey, y encaróse con la más pequeña, la cual, en extremo emocionada, sentía paralizársele el corazón y estaba a punto de desplomarse en la alfombra. Y se irguió él sobre ambos pies, y cogiéndole de la mano la hizo sentarse junto a él en el lecho del trono, diciéndole: "¡Eres la reina! ¡Y este palacio es tu palacio, y yo soy tu esposo!"

Y efectivamente, aquel mismo día se celebraron las bodas de las tres hermanas, las de la sultana con un esplendor sin precedentes, y las de la esposa del cocinero y la esposa del repostero con arreglo al ceremonial acostumbrado en matrimonios vulgares. Así es que en el corazón de las dos hermanas mayores penetraron la envidia y el odio; y desde aquel momento proyectaron la perdición de su hermana pequeña. Sin embargo, tuvieron buen cuidado de no dejar transparentar sus sentimientos lo más mínimo, y aceptaron con gratitud fingida las muestras de afecto que no cesó de prodigarles su hermana la sultana, quien; en contra de las costumbres reales, las admitía en su intimidad, a pesar de su linaje oscuro. Y lejos de sentirse satisfechas de la dicha que Alah les proporcionaba, experimentaban, en presencia de su hermana menor, las peores torturas del odio y de la envidia.

Y de tal suerte pasaron nueve meses, al cabo de los cuales, con ayuda de Alah, la sultana dio a luz un hijo príncipe, hermoso como el cuarto creciente de la luna nueva. Y las dos hermanas mayores, que, a petición de la sultana, la asistían al parto y actuaban de comadronas, lejos de conmoverse por las bondades de su hermana menor para con ellas y por la belleza del recién nacido, encontraron al fin la ocasión que buscaban de destrozar el corazón de la joven madre. Cogieron pues, al niño, mientras la madre aun era presa de los dolores del parto, le pusieron en un cesto de mimbre, que escondieron por el pronto, y le reemplazaron con un pequeño perro muerto, que presentaron a todas las mujeres de palacio, haciéndole pasar por el fruto del alumbramiento de la sultana. Y al saber esta noticia, el sultán Khosrú Schah vio ennegrecerse el mundo ante su vista; y en el límite de la pena fue a encerrarse en sus aposentos, negándose a despachar los asuntos del reino. Y la sultana quedó sumida en la aflicción, y sintió su alma humillada y su corazón destrozado.

En cuanto al recién nacido, le abandonaron sus tías en el cesto a la corriente del agua del canal que pasaba al pie del palacio. Y quiso la suerte que el intendente de los jardines del sultán, que se paseaba a lo largo del canal, divisase el cesto que flotaba en el agua. Y lo atrajo al borde del canal con ayuda de una azada, lo examinó y descubrió al hermoso niño. Y experimentó igual asombro que el de la hija del Faraón al ver a Moisés en los cañaverales.

Y he aquí que hacía largos años que estaba casado el intendente de los jardines y anhelaba tener uno, dos o tres niños que bendijeran a su Creador. Pero hasta entonces no fueron tomados en consideración por el Altísimo sus deseos y los de su esposa. Y sufrían ambos con el estéril aislamiento en que tenían que vivir. Así es que cuando el intendente de los jardines descubrió aquel niño, de belleza sin par, le cogió con el cesto, y en el límite de la alegría corrió hasta el final del jardín, en donde estaba su casa, y entró en el aposento de su mujer, y le dijo con voz emocionada: "La paz sea contigo, ¡oh hija del tío! ¡He aquí el don que nos hace el Generoso en este día bendito! Sea este niño que te traigo nuestro hijo, como hijo es del Destino".

Y le contó cómo le había hallado flotando en el cesto sobre el agua del canal; y le afirmó que Alah era quien se lo enviaba, premiando por fin de esta manera la constancia de sus plegarias. Y la esposa del intendente de los jardines tomó al niño y le prohijó.

¡Gloria a Alah, que ha llevado al seno de las mujeres estériles el sentimiento de la maternidad, como ha infundido en el corazón de las gallinas desgraciadas el deseo de empollar los guijarros...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 775ª NOCHE

Ella dijo:

"...¡Gloria a Alah, que ha llevado al seno de las mujeres estériles el sentimiento de la maternidad, como ha infundido en el corazón de las gallinas desgraciadas el deseo de empollar los guijarros!

Y he aquí que al año siguiente la pobre madre privada tan impíamente del fruto de su fecundidad, parió, con permiso del Donador, otro hijo más hermoso que el anterior. Pero las dos hermanas espiaban el parto con ojos llenos de interés por fuera y de odio por dentro; y sin tener para su hermana y el recién nacido más piedad que la primera vez, se apoderaron del niño a escondidas y le echaron al canal en un cesto, como habían hecho con el mayor. Y exhibieron por todo el palacio un pequeño gato, proclamando que acababa de parirlo la sultana. Y la consternación entró en los corazones. Y sin duda alguna, en el límite de la vergüenza, el sultán habríase dejado llevar de la rabia y del furor si no practicase en su alma la virtud de la humildad ante los decretos de la insondable justicia. Y la sultana quedó sumida en la amargura y la desolación, y su corazón lloró todas las lágrimas de los dolores.

Pero viendo al niño, Alah, que vela por el destino de los pequeñuelos, le puso a la vista del intendente, que se paseaba a orillas del canal. Y como la vez primera, el intendente le salvó de las aguas, y se lo llevó a su esposa, que le quiso como si fuese su propio hijo, y le crio con los mismos cuidados que al primero.

Y he aquí que, a fin de que no fuesen frustrados siempre los deseos de Sus Creyentes, Alah puso la fecundidad en el vientre de la sultana, que parió por tercera vez. Pero entonces dio a luz una princesa. Y las dos hermanas, cuyo odio, lejos de saciarse, les había hecho proyectar la perdición irremisible de su hermana menor, hicieron sufrir a la niña el mismo trato. Pero fue recogida por el intendente de corazón compasivo, como los dos príncipes hermanos suyos, con los cuales se crio, educó y se vio atendida.

Pero aquella vez, cuando las dos hermanas, después de realizado su proyecto, exhibieron, en lugar de la niña recién nacida, una pequeña rata ciega, el sultán, a pesar de toda su magnanimidad, no pudo contenerse por más tiempo, y exclamó: "¡Alah maldice mi raza por culpa de la mujer con quien me he casado! ¡Escogí un monstruo para madre de mi posteridad! ¡Sólo la muerte podrá librar de él a mi morada!" Y pronunció la sentencia de muerte de la sultana, y mandó a su portaalfanje que cumpliera su misión. Pero cuando vio bañada en lágrimas ante él y presa de un dolor sin límites a la que su corazón había amado, el sultán sintió que se apoderaban de él una gran piedad. Y volviendo la cabeza, ordenó que la alejaran y la encerraran para el resto de sus días en una mazmorra en lo último del palacio. Y dejó de verla desde aquel momento, abandonándola a sus lágrimas. Y la pobre madre hubo de conocer todos los dolores de la tierra.

Y las dos hermanas gozaron todas las alegrías del odio satisfecho, y pudieron saborear sin amargura en adelante los manjares y reposterías que confeccionaban sus esposos.

Pasaron los días y los años con igual rapidez sobre la cabeza de los inocentes que sobre la cabeza de los culpables, llevando a unos y a otros lo que les tenía deparado su destino, y he aquí que cuando llegaron a la adolescencia los tres hijos adoptivos del intendente de los jardines, se convirtieron en un deslumbramiento de los ojos. Y se llamaban: el mayor Farid, el segundo Faruz y la niña Farizada, y era Farizada una sonrisa del cielo mismo. Sus cabellos eran de oro por un lado y de plata por otro; sus lágrimas, cuando lloraba, eran un gotear de perlas; sus risas, cuando reía, eran dinares de oro tintineantes, y sus sonrisas, botones de rosa abriendo en sus labios bermejos.

Por eso, cuantos se acercaban a ella, así su padre como su madre y sus hermanos, no podían por menos, cuando la llamaban por su nombre, diciendo: "¡Farizada!" de añadir: "¡la de sonrisa de rosa!"; pero lo más frecuente era que la llamasen sencillamente "La de sonrisa de rosa". Y todos se maravillaban de su belleza, de su sabiduría, de su amabilidad, de su destreza en los ejercicios cuando montaba a caballo para acompañar a sus hermanos en la caza, tirar con el arco y lanzar la barra o la azagaya; de la elegancia de sus maneras, de sus conocimientos en poesía y en ciencias ocultas y del esplendor de su cabellera, que era de oro por un lado y de plata por otro. Y al verla tan hermosa, a la par que tan perfecta, las amigas de su madre lloraban de emoción.

Y así fue como crecieron los pequeñuelos del intendente de los jardines del rey. Y aquel hombre no tardó en llegar a la última vejez, rodeado del afecto y del respeto de los niños y con los ojos refrescados por su hermosura. Y pronto precedióle en la misericordia del Retribuidor su esposa, que ya había vivido lo que le correspondía de vida. Y aquella muerte fue para todos ellos causa de tanto pesar y tanta pena, que el intendente no pudo determinarse a habitar por más tiempo en la casa donde la difunta fue el manantial de su serenidad y de su dicha. Y se arrojó a los pies del sultán y le suplicó que se dignase relevarle de las funciones que llevaba a cabo entre sus manos desde hacía largos años. Y el sultán, muy apenado por el alejamiento del servidor tan fiel, accedió a su petición con mucho sentimiento. Y no le dejó partir hasta que le hubo hecho don de un magnífico dominio próximo a la ciudad, con grandes dependencias de tierras laborables, de bosques y praderas, con un palacio ricamente amueblado, con un jardín de arte perfecto trazado por el propio intendente y con un parque de vasta extensión cercado por altas murallas y poblado con pájaros de todos colores y animales salvajes y domésticos.

Allá se fue aquel hombre de bien a vivir retirado con sus hijos adoptivos. Y allá, rodeado de sus cuidados afectuosos, finó en la paz de su Señor. ¡Alah le tenga en su compasión! Y le lloraron sus hijos adoptivos como jamás se lloró a padre alguno. Y se llevó con él, bajo la losa que no se abre, el secreto del nacimiento de los niños, del cual, por otra parte, sólo estaba enterado a medias.

Y en aquel dominio maravilloso continuaron viviendo los dos adolescentes en compañía de su hermana menor. Y como se les había hecho observar los principios de la honradez y la sencillez, no tenían otro anhelo ni otra ambición que continuar, durante toda su existencia, viviendo en aquella unión perfecta y en medio de aquella existencia tranquila.

Farid y Faruz iban de caza con frecuencia a los bosques y praderas que circundaban sus dominios. Y a Farizada la de sonrisa de rosa le gustaba sobre todo recorrer sus jardines. Y un día, cuando se disponía a ir allá, como tenía por costumbre, fueron sus esclavas a decirle que una buena vieja de rostro señalado por la bendición solicitaba la merced de descansar una hora o dos a la sombra de aquellos hermosos jardines. Y Farizada, cuyo corazón era tan compasivo como hermosa su alma y bello su rostro, quiso recibir por sí misma a la buena vieja. Y le ofreció de comer y beber, y le presentó una fuente de porcelana con hermosas frutas, reposterías, confituras secas y confituras en su jugo. Tras de lo cual la llevó a sus jardines, sabedora de que siempre es provechoso hacer compañía a las personas de experiencia y oír las palabras que dicta la sabiduría.

Y se pasearon juntas por los jardines. Y Farizada la de sonrisa de rosa ayudaba a andar a la buena vieja. Y llegadas que fueron ambas al árbol más hermoso de los jardines, Farizada la hizo sentarse a la sombra de aquel hermoso árbol. Y en el transcurso de la conversación acabó por preguntar a la vieja qué le parecía el sitio en que estaba y si lo encontraba de su agrado.

Entonces, tras de reflexionar una hora de tiempo, la vieja levantó la cabeza y contestó: "En verdad ¡oh mi señora! que me he pasado la vida recorriendo las tierras de Alah, a lo ancho y a lo largo, y nunca descansé en un sitio más delicioso. ¡Pero, ¡oh mi señora! ya que eres única en la tierra, como la luna y el sol lo son en el cielo, quisiera que tuvieses en este hermoso jardín, a fin de que también fuese único en su especie, las tres cosas incomparables que le faltan!" Y Farizada la de sonrisa de rosa quedó extremadamente asombrada al saber que a su jardín le faltaban tres cosas incomparables, y dijo a la vieja: "¡Por favor, mi buena madre, date prisa a decirme, para que yo lo sepa, cuáles son esas tres cosas incomparables que ignoro!" Y contestó la vieja: "¡Oh mi señora! para corresponder a la hospitalidad que acabas de ejercer con corazón tan compasivo para una vieja desconocida, voy a revelarte la existencia de esas tres cosas".

Se calló un instante todavía; luego dijo:

"Has de saber, pues, ¡oh mi señora! que, si en estos jardines se hallara la primera de esas tres cosas incomparables, vendrían a mirarla todos los pájaros de estos jardines, y al verla, cantarían a coro. Porque ruiseñores y pinzones, alondras y currucas, jilgueros y tórtolas, ¡oh mi señora! y todas las especies infinitas de los pájaros, reconocerían la supremacía de su hermosura. ¡Y es ¡oh mi señora! Bulbul el-Hazar, el Pájaro que habla!

"Si tuvieras en tus jardines la segunda de esas cosas incomparables, ¡oh mi señora! la brisa que hace cantar a los árboles de estos jardines se detendría para escucharla; y los laúdes y las arpas y las guitarras de estas moradas verían romperse sus cuerdas. Porque la brisa que hace cantar a los árboles de los jardines, los laúdes y las arpas y las guitarras ¡oh mi señora! reconocen la supremacía de su hermosura. ¡Y es el Árbol que canta! Pues ni la brisa en los árboles, ¡oh mi señora! ni los laúdes, ni las arpas, ni las guitarras producen una armonía comparable al concierto de las mil bocas invisibles que hay en las hojas del Árbol que canta.

"Y si tuvieras en tus jardines la tercera de estas cosas incomparables, ¡oh mi señora! todas las aguas de estos jardines detendrían su rumoroso curso y la contemplarían. Porque todas las aguas, las de la tierra y las de los mares, las de los jardines, reconocen la supremacía de su hermosura. ¡Y es el Agua Color de Oro! Pues si en un estanque vacío ¡oh mi señora! se vierte solamente una gota de esa agua, se hincha y crece, multiplicándose en surtidores de oro, y no cesa de brotar y caer, sin que el estanque se desborde nunca. Y con esa agua toda de oro y transparente como el topacio transparente, es con la que gusta de aplacar su sed Bulbul el-Hazar, el Pájaro que habla; y en esa agua toda de oro y tan fresca como fresco es el topacio, es en la que gustan de remojarse las mil bocas invisibles del Árbol de hojas cantarinas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 776ª NOCHE

Ella dijo:

"...las mil bocas invisibles del Árbol de hojas cantarinas".

Y tras de hablar así, añadió la vieja: "¡Oh mi señora, oh princesa! si tuvieras en tus jardines esas cosas maravillosas, exaltarían tu belleza, ¡oh propietaria de una cabellera de esplendor!"

Cuando Farizada la de sonrisa de rosa hubo oído estas palabras de la vieja, exclamó: "¡Oh rostro de bendición, madre mía, cuán admirable es todo eso! ¡Pero no me has dicho en qué lugar se hallan esas tres cosas incomparables!" Y contestó la vieja, incorporándose para marcharse: "¡Oh mi señora! esas tres maravillas, dignas de tus ojos, se encuentran en un paraje situado hacia los confines de la India. Y el camino que allá conduce pasa precisamente por detrás de este palacio que habitas. Si quieres, pues, enviar allí a alguno para que te las busque, no tienes más que decirle que siga ese camino durante veinte días, y al vigésimo día pregunte al primer transeúnte con quien se encuentre: «¿Dónde están el Pájaro que habla, el Árbol que canta y el Agua Color de Oro?» Y el transeúnte no dejará de informarle acerca del particular. ¡Y pluguiera a Alah remunerar tu alma generosa con la posesión de esas cosas creadas para tu belleza! Uassalam, ¡oh bienhechora, oh bendita!"

Y tras de hablar así, la vieja acabó de envolverse en sus velos, y se retiró murmurando bendiciones.

Ya había desaparecido la anciana, cuando Farizada, vuelta del ensueño en que teníala sumida la revelación de aquellas cosas tan extraordinarias, quiso llamarla de nuevo y correr en pos de ella para pedirle informes más precisos acerca del lugar que las encubría y de los medios para llegar allí. Pero al ver que era demasiado tarde, se puso a repetir palabra por palabra las escasas indicaciones que había oído, a fin de no olvidarse de nada. Y con ello sentía crecer en su alma el deseo irresistible de poseer o solamente de ver tales maravillas, por mucho que procurara no pensar más en ellas. Y empezó a recorrer entonces las avenidas de sus jardines y los rincones familiares que le eran tan queridos; pero le parecieron exentos de encanto y pletóricos de aburrimiento; y encontró inoportunas las voces de sus pájaros, que saludaban al pasar.

Y Farizada la de sonrisa de rosa se puso muy triste y lloró caminando por las avenidas. Y las lágrimas que derramaba dejaban en la arena tras ella un reguero de gotas de sus ojos cuajadas en perlas.

Entretanto regresaron de la caza sus hermanos Farid y Faruz, y como no encontraron a su hermana Farizada en el bosque de los jardines, donde, por lo general, esperaba su vuelta, apenáronse por aquella negligencia y dedicáronse a buscar a la joven. Y sobre la arena de las avenidas vieron las perlas cuajadas de sus ojos, y se dijeron: "¡Oh qué triste está nuestra hermana! ¿Y qué motivo de pena habrá anidado en su alma para hacerla llorar así?" Y siguieron sus huellas, guiados por las perlas de las avenidas, y la hallaron bañada en lágrimas en el fondo de la espesura. Y corrieron a ella y la besaron y la acariciaron para calmar su alma querida. Y le dijeron: "¡Oh hermana Farizada! ¿dónde están las rosas de tu alegría y el oro de tu buen humor? Respóndenos, ¡oh hermana!"

Farizada les sonrió, porque les quería; y en sus labios nació de pronto un leve botón de rosa enrojecido; y les dijo: "¡Oh hermanos míos!" Y no se atrevió a decir más, muy avergonzada de su primer deseo. Y ellos le dijeron: "¡Oh Farizada la de sonrisa de rosa, oh hermana nuestra! ¿qué emociones desconocidas turban así tu alma? ¡Cuéntanos tus penas, si es que no dudas de nuestro cariño!" Y Farizada, decidiéndose por fin a hablar, les dijo: "¡Oh hermanos míos! ¡ya no me gustan mis jardines!" Y rompió a llorar, y de sus ojos desbordaron las perlas. Y como ellos callaron, inquietos y entristecidos por noticia tan grave, les dijo: "¡Oh! ¡ya no me gustan mis jardines! ¡Les falta el Pájaro que habla, el Árbol que canta y el Agua Color de Oro!"

Y dejándose arrastrar de pronto por la intensidad de su deseo, Farizada contó sin interrupción a sus hermanos la visita de la buena vieja, y con acento excitado en extremo, les explicó en qué consistía la excelencia del Pájaro que habla, del Árbol que canta y del Agua Color de Oro.

Cuando la hubieron escuchado, sus hermanos llegaron al límite del asombro, y le dijeron: "¡Oh bienamada hermana nuestra! calma tu alma y refresca tus ojos. Porque aunque esas cosas estuvieran en la inaccesible cima de la montaña Kaf, iríamos a conquistarlas para ti. Pero para facilitar nuestras pesquisas, ¿podrás decirnos solamente en qué lugar nos es posible encontrarlas?" Y Farizada, muy ruborosa de haber expresado así su primer deseo, les explicó lo que sabía con respecto al paraje en que debían hallarse aquellas cosas y añadió: "¡Eso, y nada más, es cuanto sé!" Y exclamaron a la vez ambos hermanos: "¡Oh hermana nuestra! ¡vamos a partir en busca de esas cosas!" Pero ella les gritó asustada: "¡Oh, no! ¡oh, no! ¡No partáis!"

Farid, el mayor, dijo: "Tu deseo está por encima de nuestra cabeza y de nuestros ojos, ¡oh Farizada! Pero a quien corresponde realizarlo es sólo a mí, que soy el mayor. ¡Todavía está ensillado mi caballo, y me conducirá sin cansarse a los confines de la India, donde se hallan esas tres maravillas, que he de traerte, si Alah quiere!" Y encaróse con su hermano Faruz, y le dijo: "Tú, hermano mío, te quedarás aquí para velar por nuestra hermana durante mi ausencia. ¡Porque no conviene que la dejemos completamente sola en la casa!" Y corrió en aquel mismo instante en busca de su caballo, saltó a lomos del bruto, e inclinándose, besó a su hermano Faruz y a su hermana Farizada, la cual le dijo toda desolada: "¡Oh hermano mayor! por favor abandona ese viaje lleno de peligros, y apéate del caballo. ¡Antes que sufrir con tu ausencia prefiero no ver ni poseer nunca al Pájaro que habla, al Árbol que canta y al Agua Color de Oro!" Pero Farid le dijo, volviéndola a besar: "¡Oh hermana mía! desecha tus temores, pues mi ausencia no será de larga duración, y con ayuda de Alah no me ocurrirá ningún contratiempo ni nada enfadoso en este viaje. ¡Y además, con objeto de que no te atormente la inquietud durante mi ausencia, toma este cuchillo que te confío!" Y se sacó del cinturón un cuchillo que tenía el mango incrustado con las primeras perlas vertidas por los ojos de Farizada en la niñez, y sé lo entregó, diciendo: "Este cuchillo ¡oh Farizada! te dará cuenta de mi estado. Sácalo de la vaina de cuando en cuando, y examina la hoja. Si la ves tan limpia y brillante como está en este momento, será prueba de que sigo con vida y lleno de salud; pero si la ves empañada y mohosa, has de saber que me ha ocurrido un grave contratiempo o que estoy cautivo; y si ves que gotea sangre, ¡ten la certeza de que ya no me cuento entre los vivos! ¡Y en ese caso, tú y mi hermano invocaréis para mí la compasión del Altísimo!" Dijo, y sin querer escuchar más, partió al galope de su caballo por el camino que conducía a la India.

Durante veinte días y veinte noches viajó por soledades en que no había más presencia que la de la hierba verde y la de Alah. Y al vigésimo día de su viaje llegó a cierta pradera al pie de una montaña.

Y en aquella pradera había un árbol. Y a la sombra de aquel árbol estaba sentado un jeique muy viejo. Y el rostro de aquel jeique tan viejo desaparecía por completo bajo sus largos cabellos, bajo los mechones de sus cejas y bajo los pelos de una barba que era prodigiosa y blanca como la lana recién cardada. Y sus brazos y sus piernas eran de una delgadez extremada. Y sus manos y sus pies terminaban en uñas de una longitud extraordinaria y con la mano izquierda desgranaba un rosario, en tanto que la mano derecha la tenía inmóvil a la altura de su frente, con el índice levantado, con arreglo al rito, para atestiguar la Unidad del Altísimo. Y era, a no dudar, un viejo asceta retirado del mundo quién sabe desde qué tiempos desconocidos.

Y como precisamente él era el primer hombre con quien se encontraba en aquel vigésimo día de su viaje, el príncipe Farid echó pie a tierra, y teniendo su caballo de la brida avanzó hasta el jeique, y le dijo: "La zalema contigo, ¡oh santo hombre!" Y el anciano le devolvió su zalema, pero con una voz tan apagada por el espesor de su bigote y de su barba, que el príncipe Farid no pudo percibir más que palabras ininteligibles.

Entonces el príncipe Farid, que sólo se había detenido para pedir informes sobre lo que iba a buscar tan lejos de su país, se dijo: "¡Es preciso que le entienda!" Y sacó de su zurrón de viaje unas tijeras, y dijo al jeique: "¡Oh venerable tío! ¡permíteme que te preste algunos cuidados, de los cuales no has tenido tiempo de ocuparte por ti mismo, sumido como estás sin cesar en pensamientos de santidad!" Y como el viejo jeique no opusiera negativa ni resistencia, Farid empezó a cortarle y a arreglar a su antojo la barba, el bigote, las cejas, los cabellos y las uñas, de modo y manera que el jeique quedó con ello rejuvenecido en veinte años por lo menos. Y tras de prestar este servicio al anciano, le dijo, como es costumbre entre los barberos: "¡Que te sirva de frescura y de delicia!"

Cuando el viejo jeique sintióse de tal suerte aliviado de cuanto le abrumaba el cuerpo, se mostró en extremo satisfecho, y sonrió al viajero. Luego le dijo, con voz más clara ya que la de un niño: "Alah haga descender sobre ti sus bendiciones ¡oh hijo mío! por el beneficio que este anciano te debe. ¡También yo, quienquiera que seas, ¡oh viajero de bien! estoy dispuesto a ayudarte con mis consejos y con mi experiencia!" Y Farid apresuróse a contestarle: "Vengo desde muy lejos en busca del Pájaro que habla, del Árbol que canta y del Agua Color de Oro. ¿Puedes decirme, pues, en qué lugar me será posible encontrarlos? ¿O acaso no sabes nada de esas cosas?"

Al oír estas palabras del joven viajero, el jeique cesó de desgranar su rosario, de tan emocionado como se hallaba. Y no contestó. Y Farid le preguntó: "Mi buen tío ¿por qué no hablas? ¡Para que no se enfríe aquí mi caballo, date prisa a decirme si sabes lo que te pregunto o si no lo sabes!" Y acabó el jeique por decirle: "Ciertamente, ¡oh hijo mío! conozco el lugar en que se encuentran esas tres cosas y el camino que allá conduce. ¡Pero tan grande es a mis ojos el servicio que me has prestado, que no puedo decidirme a exponerte, en cambio, a los peligros terribles de semejante empresa!" Luego añadió: "¡Ah! ¡hijo mío, mejor será que te apresures a volver sobre tus pasos y a regresar a tu país!" Y dijo Farid, lleno de arrestos: "Mi buen tío, indícame únicamente el camino que tengo que seguir, y no te preocupes de lo demás. ¡Porque Alah me ha dotado de brazos que saben defender a su propietario!" Y preguntó con lentitud el jeique: "¿Pero cómo van a defenderte contra lo Invisible, ¡oh hijo mío! máxime cuando Los de lo Invisible son millares y millares?"

Farid meneó la cabeza y contestó: "No hay fuerza ni poder más que en Alah el Exaltado, ¡oh venerable jeique! ¡Al cuello llevo mi destino, y si lo rehuyera me perseguiría! ¡Dime, pues, ya que lo sabes, qué tengo que hacer! ¡Y con ello harás que te quede muy reconocido!"

Cuando el Anciano del Árbol vio que no podía disuadir de su propósito al joven viajero, metió la mano en un saco que llevaba colgado a la cintura y extrajo de él una bola de granito rojo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 777ª NOCHE

Ella dijo:

"...Cuando el Anciano del Árbol vio que no podía disuadir de su propósito al joven viajero, metió la mano en un saco que llevaba colgado de la cintura y extrajo de él una bola de granito rojo. Y ofreció esta bola al viajero, diciéndole: "Ella te conducirá donde tiene que conducirte. Monta a caballo y arrójala delante de ti. Rodará y tú la seguirás hasta el paraje en que se pare. Entonces echarás pie a tierra y atarás tu caballo por la brida a esta bola, y el animal no se moverá del sitio en que le dejes hasta tu vuelta. Y treparás a esa montaña cuya cima se divisa desde aquí. Y a tu paso verás por todas partes grandes piedras negras, y oirás voces que no son las voces de los torrentes ni las de los vientos en los abismos, sino voces de Los de lo Invisible. Y te gritarán palabras que hielan la sangre de los hombres. Pero no las escuches. Porque si vuelves la cabeza, para mirar detrás de ti mientras te llaman tan pronto de cerca como de lejos, en el mismo instante te convertirás en una piedra negra semejante a las piedras negras de la montaña; pero si resistiendo a esa llamada llegas a la cima, encontrarás allí una jaula, y en la jaula al Pájaro que habla. Y le dirás «La zalema contigo, ¡oh Babul el-Hazar! ¿Dónde está el Árbol que canta? ¿Dónde está el Agua Color de Oro?» Y el Pájaro que habla te responderá: «¡Uassalam!"

Y tras de hablar así, el jeique lanzó un profundo suspiro. Y nada más.

Entonces Farid apresuróse a montar a caballo; y con todas sus fuerzas arrojó ante sí la bola. Y la bola de granito rojo rodó, rodó, rodó. Y al caballo de Farid, que era un relámpago entre los corredores, le costaba trabajo seguirla por entre las breñas que franqueaba, las zanjas que saltaba y los obstáculos que salvaba. Y continuó la bola rodando así, con una velocidad no interrumpida, hasta que tropezó con los primeros peñascos de la montaña. Entonces se detuvo.

Y el príncipe Farid se apeó del caballo, y enrolló la brida en la bola de granito. Y el caballo se inmovilizó sobre sus cuatro patas, y no se meneó más que si estuviese clavado al suelo.

Al punto el príncipe Farid comenzó a escalar la montaña. Y en un principio no oyó nada. Pero a medida que iba subiendo veía cubrirse el suelo de bloques de basalto negro que semejaban figuras humanas petrificadas. Y no sabía que eran los cuerpos de los jóvenes señores que le precedieron en aquellos lugares de desolación Y de pronto dejóse oír entre las rocas un grito, cual jamás en su vida lo había oído el príncipe, y que fue seguido de otros gritos, a derecha y a izquierda, que nada tenían de humano. Y no eran los aullidos de los vientos salvajes en las soledades, ni los mugidos de las aguas de los torrentes, ni el ruido de las cataratas que se despeñan en los abismos, pues eran las voces de Los de lo Invisible. Y decían unas: "¿Qué quieres? ¿Qué quieres?" Y decían otras: "¡Detenedle! ¡Matadle!" Y decían otras: "¡Empujadle! ¡Tiradle!" Y se burlaban de él otras, gritando: "¡Huy! ¡Huy! ¡Joven! ¡Joven! ¡Huy! ¡Huy! ¡Huy! ¡Ven! ¡Ven!"

Pero el príncipe Farid continuó subiendo constantemente, sin dejarse engañar por aquellas voces. Y tan numerosas y tan terribles hiciéronse las voces bien pronto, y su aliento le pasaba a veces tan cerca del rostro al joven, y resultaba tan espantoso aquel estrépito a derecha y a izquierda, por delante y por detrás, y eran tan amenazadoras, y tan apremiante hacíase su llamamiento, que, a pesar suyo el príncipe Farid tuvo una vacilación, y olvidando la advertencia del Anciano del Árbol, volvió la cabeza al sentir el aliento más fuerte de una de las veces. Y en el mismo momento resonó un espantoso aullido lanzado por millares de voces y seguido de un silencio prolongado. Y el príncipe Farid quedó convertido en piedra de basalto negro.

Y al pie de la montaña sucedióle lo propio al caballo, que hubo de quedar convertido en bloque informe. Y la bola de granito rojo de nuevo emprendió, rodando, el camino del Árbol del Anciano.

Y he aquí que aquel día, como tenía por costumbre, la princesa Farizada sacó el cuchillo de la vaina, que llevaba constantemente al cinto. Y se puso pálida y temblorosa al ver la hoja, limpia y brillante todavía la víspera, toda empañada y enmohecida entonces. Y desplomándose en los brazos del príncipe Faruz, que acudió al llamarle ella, exclamó: "¡Ah! ¿dónde estás, hermano mío? ¿Por qué te dejé partir? ¿Qué ha sido de ti en esos países extranjeros? ¡Desgraciada de mí! ¡Oh culpable Farizada, ya no te quiero!" Y los sollozos la sofocaban e hinchaban su pecho. Y el príncipe Faruz, no menos afligido que su hermana, se puso a consolarla; luego le dijo: "Lo pasado, pasado, ¡oh Farizada! pues todo lo que está escrito debe ocurrir. Ahora me toca a mí ir en busca de nuestro hermano, y traerte, al mismo tiempo, las tres cosas que han ocasionado el cautiverio a que debe estar él reducido en este momento. Y exclamó Farizada, suplicante: "No, no, por favor, no partas, si ha de ser para ir en busca de lo que ha deseado mi alma insaciable ¡Oh hermano mío! ¡si te ocurriera algún contratiempo moriría yo!" Pero estas quejas y lágrimas no disuadieron de su resolución al príncipe Faruz. Y montó a caballo, y después de decir adiós a su hermana le dio un rosario de perlas hecho con las segundas lágrimas que lloró Farizada en la niñez, y le dijo: "¡Si estas perlas ¡oh Farizada! cesaran de correr unas tras otras entre tus dedos y pareciera que estaban pegadas, sería señal de que había yo sufrido la misma suerte que nuestro hermano!" Y Farizada, muy triste, dijo, besándole: "¡Haga Alah, ¡oh bienamado hermano mío! que no sea así! ¡Y ojalá regreses a la morada con nuestro hermano mayor!" Y el príncipe Faruz emprendió a su vez el camino que conducía a la India.

Y al vigésimo día de su viaje encontró al Anciano del Árbol, que estaba sentado, como le había visto el príncipe Farid, con el índice de la mano derecha alzado a la altura de su frente. Y después de las zalemas, el anciano, al ser interrogado, informó al príncipe de la suerte de su hermano e hizo cuanto pudo para disuadirle de su propósito. Pero, al ver que de nada servía su insistencia, le entregó la bola de granito rojo. Y ésta le condujo al pie de la montaña fatal.

Y el príncipe Faruz se aventuró resueltamente por la montaña, y a su paso alzáronse las voces, pero él no las escuchaba. Y no respondía a las injurias, a las amenazas y a los llamamientos. Y había ya llegado a la mitad de su ascensión, cuando de pronto oyó gritar tras él: "¡Hermano mío! ¡hermano mío! ¡no huyas de mí!" Y olvidando toda prudencia, Faruz se volvió al oír esta voz, y al instante quedó convertido en bloque de basalto negro.

Y desde su palacio, Farizada, que ni de día ni de noche abandonaba el rosario de perlas, y sin cesar pasaba las cuentas entre sus dedos, advirtió que no obedecían al movimiento que les imprimía ella, y vio que estaban pegadas unas a otras. Y exclamó: "¡Oh pobres hermanos míos, víctimas de mis caprichos! ¡Iré a reunirme con vosotros!" Y reconcentró en sí misma todo su dolor, y sin perder el tiempo en lamentaciones inútiles se disfrazó de caballero, se armó, se equipó, y partió a caballo, emprendiendo igual camino que sus hermanos.

Y al vigésimo día se encontró con el viejo jeique sentado debajo del árbol al borde del camino. Y le saludó con respeto, y le dijo: "¡Oh santo anciano, padre mío! ¿no has visto pasar, con intervalos de veinte días, a dos señores jóvenes y hermosos que buscaban el Pájaro que habla, el Árbol que canta y el Agua Color de Oro?" Y el anciano contestó: "¡Oh mi señora Farizada, la de sonrisa de rosa! les he visto y les enseñé el camino. ¡Pero ¡ay! les han detenido en su empresa Los de lo Invisible, como antes que a ellos les sucedió a tantos otros señores!"

Al ver que el santo hombre la llamaba por su nombre, Farizada llegó al límite de la perplejidad, y el anciano le dijo: "¡Oh dueña del esplendor! no te engañaron quienes te han hablado de las tres cosas incomparables en cuya busca vinieron tantos príncipes y señores. ¡Pero no te han dicho los peligros que hay que arrostrar para intentar una aventura tan singular como la que tú persigues!" E hizo saber a Farizada todo lo que se exponía al ir en busca de sus hermanos y de las tres maravillas. Y Farizada dijo: "¡Oh santo hombre! ¡mi alma interior está toda turbada por tus palabras, porque es muy asustadiza! ¿Pero cómo voy a retroceder, si se trata de encontrar a mis hermanos? ¡Oh santo hombre! escucha el ruego de una hermana amante, e indícame los medios para librarles del encanto!" Y contestó el viejo jeique: "¡Oh Farizada, hija de rey! he aquí la bola de granito que te pondrá sobre su pista. Pero no podrás librarles hasta que te hayas apoderado de las tres maravillas. Y ya que expones tu alma sólo a causa del amor de tus hermanos, y no impulsada por el deseo de conquistar lo imposible, lo imposible será esclavo tuyo. Porque has de saber que ninguno entre los hijos de los hombres puede resistir al llamamiento de las voces de lo Invisible. Por eso, para vencer a lo Invisible, hay que prevenirse de maña contra ello, pues la fuerza es suya. ¡Y la maña de los hijos de los hombres vencerá a todas las fuerzas de lo Invisible!"

Cuando hubo hablado así, el Anciano del Árbol entregó la bola de granito rojo a Farizada; luego se sacó del cinturón una vedija de lana, y dijo: "¡Con esta ligera vedija de lana ¡oh Farizada! vencerás a todos Los de lo Invisible!" Y añadió: "Inclina hacia mí la gloria de tu cabeza, ¡oh Farizada!" Y ella inclinó hacia el Anciano su cabeza con cabellos de oro por un lado y de plata por otro. Y dijo el Anciano: "¡Con esta ligera vedija triunfe la hija de los hombres de las fuerzas de los que están en los aires y de todas las emboscadas de lo Invisible!" Y partiendo en dos la vedija, metió a Farizada cada mechón en una oreja, y con la mano le hizo seña de partir. Y Farizada dejó al Anciano, y arrojó con ímpetu la bola en dirección a la montaña.

Y cuando hubo llegado a las primeras rocas, y echado pie a tierra avanzó hacia la altura, y a su paso las voces alzáronse de entre los bloques de basalto negro con una algarabía espantosa. Pero ella apenas oía un vago rumor, sin entender ninguna palabra y sin percibir ningún llamamiento, y por consiguiente no experimentaba temor alguno. Y subió sin detenerse, aun cuando era muy delicada y sus pies no habían hollado nunca más que la fina arena de las avenidas. Y llegó sin desfallecer a la cima de la montaña. Y en medio de la explanada que había en la cumbre advirtió delante de ella una jaula de oro sobre un pedestal de oro. Y vio en la jaula al Pájaro que habla.

Y Farizada se dirigió a él, y echó mano a la jaula, exclamando: "¡Pájaro! ¡Pájaro! ¡Ya te tengo! ¡Ya te tengo! ¡Y no te escaparás!" Y al propio tiempo se quitó, arrojándolos lejos de sí, los tapones de lana inútiles a la sazón, que la habían hecho sorda a los llamamientos y a las amenazas de lo Invisible. Porque ya habían muerto todas las voces de lo Invisible y dormía en la montaña un gran silencio.

Y del seno de aquel gran silencio, en la transparente sonoridad, se elevó la voz del Pájaro que habla...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 779ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y del seno de aquel gran silencio, en la transparente sonoridad, se elevó la voz del Pájaro que habla. Y con todas las armonías que atesoraba en sí, decía cantando en su lengua de pájaro:

¿Cómo, cómo
¡Oh Farizada, Farizada,
La de sonrisa de rosa!
¡Ah, ah! - ¡Ah, ah!
¿Cómo podré
Tener ganas
¡Oh noche! ¡Los ojos!
de escapar?
¡Ah, ah! - ¡Oh noche!
¡Yo sé, yo sé
Mejor que tú, mejor que tú
Quién eres, quién eres,
Farizada, Farizada!
¡Ah, ah! - ¡Ah, ah!
¡Los ojos! ¡oh noche! ¡Los ojos!
Mejor que tú, sé yo
Quién eres, quién eres,
Quién eres, quién eres,
Farizada, Farizada!
¡Los ojos! ¡los ojos! ¡los ojos!
¡Farizada, Farizada!
¡Tu esclavo soy,
Tu esclavo fiel,
Farizada, Farizada!

Así cantó ¡oh laúdes! el Pájaro que habla. Y Farizada, entusiasmada hasta el límite del entusiasmo, olvidó con ello sus penas y fatigas; y cogiendo la palabra al milagroso Pájaro que acababa de declararse esclavo suyo, se apresuró a decirle: "¡Oh Bulbul el-Hazar, oh maravilla del aire! ¡si eres mi esclavo, demuéstralo, demuéstralo!"

Y para responder, cantó Bulbul:

¡Farizada, Farizada,
ordena, ordena!
¡Porque oírte, porque oírte, porque oírte,
para mí es obedecerte!

Entonces Farizada le dijo que tenía que pedirle varias cosas, y empezó por rogarle que primero le indicara dónde se encontraba el Árbol que canta. Y Bulbul le dijo con sus cánticos que se dirigiera a la otra vertiente de la montaña. Y Farizada se dirigió a la vertiente opuesta a la que había franqueado, y miró. Y vio en medio de aquella vertiente un árbol tan inmenso, que hubiera podido su sombra cobijar todo un ejército. Y se asombró ella con toda su alma, y no supo cómo tenía que arreglarse para desarraigar y llevarse el tal árbol. Y Bulmul, que veía su perplejidad, le expresó, cantando, que no tenía necesidad de desarraigar el añoso árbol, sino que bastaba con cortar la rama más pequeña y plantarla en donde le pareciera, viéndola al punto echar raíces y convertirse en un árbol tan hermoso como el que veía. Y Farizada dirigióse al Árbol, y oyó el canto que se exhalaba de él. ¡Y comprendió que se hallaba en presencia del Árbol que canta! Porque ni la brisa en los jardines de Persia, ni los laúdes indios, ni las arpas de Siria, ni las guitarras de Egipto, produjeron jamás una armonía comparable al concierto de las mil bocas invisibles que había en las hojas de aquel Árbol músico.

Y cuando Farizada, repuesta ya del entusiasmo en que la había sumido aquella música, cogió una rama del Árbol que canta, regresó al lado de Bulbul y le rogó que le indicara dónde estaba el Agua Color de Oro. Y el Pájaro que habla le dijo que se dirigiera hacia Occidente y fuera a mirar detrás de la roca azul que vería allí. Y Farizada se dirigió hacia Occidente, y vio una roca de turquesa tenue. Y echó a andar por aquel lado, y detrás de la roca de turquesa tenue vio surgir un minúsculo arroyuelo semejante a oro en fusión. Y aquella agua, toda de oro, del arroyuelo emanado por la roca de turquesa, era más admirable todavía por ser transparente y fresca como el agua misma de los topacios.

Y en la roca, dentro de una cavidad, había un ánfora de cristal. Y Farizada cogió el ánfora y la llenó de agua espléndida. Y regresó al lado de Bulbul, con el ánfora de cristal al hombro y en la mano la rama cantarina.

Y así fue como Farizada la de sonrisa de rosa poseyó las tres cosas incomparables.

Y dijo a Bulbul: "¡Oh el más hermoso! todavía me queda por hacerte un ruego. ¡Y para que accedieras a él vine desde tan lejos en busca tuya!" Y como el Pájaro la invitase a hablar, dijo ella con temblorosa voz: "¡Mis hermanos, ¡oh Bulbul! mis hermanos!"

Cuando Bulbul oyó estas palabras se mostró muy preocupado. Porque sabía que no le era posible luchar con Los de lo Invisible y sus encantamientos, y que incluso él estaba siempre sometido a ellos. Pero pronto pensó que, puesto que la suerte había hecho triunfar a la princesa, podía en adelante sin temor servirla con exclusión de sus antiguos amos.

Y en respuesta, cantó:

Con gotas, con gotas, con gotas
Del Agua del ánfora de cristal,
¡Oh Farizada, oh Farizada!
Con gotas, con gotas, con gotas,
Riega, ¡oh rosa, oh rosa!
Riega, ¡oh rosa, oh rosa!
Con gotas, con gotas, con gotas,
¡Oh Farizada, oh Farizada!

Y Farizada cogió con una mano el ánfora de cristal y con la otra la jaula de oro de Bulbul y la rama cantarina, y empezó a bajar por la vereda. Y en cuanto encontraba una piedra de basalto negro la rociaba con algunas gotas de Agua Color de Oro. Y la piedra adquiría vida y se convertía en hombre. Y como no dejó pasar ninguna sin hacer lo propio, recuperó de tal suerte a sus hermanos.

Y Farid y Faruz, libertados así, corrieron a besar a su hermana. Y todos los señores, a quienes ella había sacado de su sueño de piedra, fueron a besarle la mano. Y se declararon esclavos suyos. Y bajaron a la llanura todos juntos y de nuevo montaron en sus caballos cuando Farizada les hubo librado del encanto también. Y se encaminaron al lugar en que estaba el Árbol del Anciano. Pero el Anciano ya no estaba en la pradera, y el Árbol ya no estaba tampoco en la pradera. Y como Farizada le interrogase, contestó Bulbul con voz que se tornó grave de pronto: "¿Para qué quieres ver otra vez al Anciano, ¡oh Farizada!? Ha prestado a la hija de los hombres la enseñanza que encierra la vedija de lana que triunfa de las voces malas, de las voces odiosas, de las voces inoportunas y de todas las voces que turban el alma íntima y la impiden llegar a las cumbres. Y al igual que el maestro queda oscurecido por su enseñanza, el Anciano del Árbol ha desaparecido cuando te ha transmitido su sabiduría, ¡oh Farizada! Y en lo sucesivo no se adueñarán de tu alma los males que afligen a la mayoría de los hombres. Porque ya no entregarás tu alma a los acontecimientos exteriores, que sólo existen para quien se ocupa de ellos. ¡Y has aprendido a conocer la serenidad, que es madre de todas las bienandanzas!"

Así se expresó el Pájaro que habla, en el paraje donde se alzaba antes el Árbol del Anciano. Y todos se maravillaron de la belleza de su lenguaje y de la profundidad de sus pensamientos.

Y el grupo que servía de cortejo a Farizada continuó su camino. Pero pronto empezó a disminuir, pues cuando uno tras otro encontraban el camino por donde habían llegado, los señores librados del encanto por Farizada iban a reiterarle la expresión de su gratitud, y besándole la mano se despedían de ella y de sus hermanos. Y en la noche del vigésimo día la princesa Farizada y los príncipes Farid y Faruz llegaron con seguridad a su morada.

En cuanto echaron pie a tierra Farizada se apresuró a colgar la jaula en un boscaje de su jardín. Y no bien Bulbul hubo lanzado la primera nota de su voz, todos los pájaros acudieron a mirarle, y al verle le saludaron a coro. Porque risueñores y pinzones, alondras y currucas, jilgueros y tórtolas, y todas las especies infinitas de los pájaros que habitan en los jardines, reconocieron al instante la supremacía de su hermosura. Y en voz alta y en voz baja, a manera de almeas, acompañaron con su gorjeo aquellas melopeas solitarias. Y siempre que daba fin a un trino bien hecho, manifestaban su entusiasmo con aclamaciones llenas de armonía en el lenguaje de las aves.

Y Farizada se acercó al estanque grande de alabastro, donde tenía costumbre de mirarse los cabellos, que eran de oro por un lado y de plata por otro, y vertió en él una gota del agua contenida en el ánfora de cristal. Y la gota de oro se hinchó y creció y se multiplicó en chispeantes surtidores, y no cesó de brotar y caer, llevando una frescura de gruta marina al aire incandescente.

Y con sus propias manos plantó Farizada la rama del Árbol que canta. Y al punto echó raíces la rama, y en unos instantes se convirtió en un árbol tan hermoso como aquel de donde fue cogida. Y se exhaló de él un canto tan lindo, que ni la brisa de los jardines de Persia, ni los laúdes indios, ni las arpas de Siria, ni las guitarras de Egipto podrían producir aquella celeste armonía. Y para escuchar a las mil bocas invisibles de las hojas musicales detuvieron su rumoroso curso los arroyos, callaron sus voces hasta las aves, y recogió sus sedas la brisa vagabunda de las avenidas.

Y en la morada recomenzó una vida con días de dichosa monotonía. Y Farizada reanudó sus paseos por los jardines, deteniéndose largas horas a charlar con el Pájaro que habla, a escuchar al Árbol que canta y a mirar al Agua Color de Oro. Y Farid y Faruz se entregaron a sus partidas de caza y a sus cabalgatas.

Pero un día, en la selva, al pasar por una vereda tan estrecha que no pudieron separarse a tiempo, ambos hermanos se encontraron con el sultán, que estaba cazando...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 780ª NOCHE

Ella dijo:

"...Pero un día, en la selva, al pasar por una vereda tan estrecha que no pudieron separarse a tiempo, ambos hermanos se encontraron con el sultán, que estaba cazando. Y a toda prisa apeáronse de los caballos y se prosternaron con la frente en tierra. Y el sultán, en el límite de la sorpresa al ver en aquella selva a dos jinetes que no conocía y vestidos tan ricamente como los de su séquito, tuvo curiosidad por verles la cara, y les dijo que se levantaran. Y se pusieron de pie ambos hermanos, y se mantuvieron entre las manos del sultán en una actitud llena de nobleza que cuadraba maravillosamente con su aspecto respetuoso. Y al sultán le conmovió su hermosura, y estuvo algún tiempo admirándoles sin hablar y considerándoles desde la cabeza hasta los pies. Luego les preguntó quiénes eran y dónde vivían. Porque su corazón sentíase atraído hacia ellos y se había emocionado. Y contestaron: "¡Oh rey del tiempo! somos hijos de tu difunto esclavo el antiguo intendente de los jardines. ¡Y vivimos cerca de aquí, en la casa que debemos a tu generosidad!" Y el sultán se alegró mucho de conocer a los hijos de su fiel servidor; pero le asombró que no se hubiesen presentado en palacio hasta aquel día para formar parte de su séquito. Y contestaron: "¡Oh rey del tiempo! ¡perdónanos porque hasta el día nos hayamos abstenido de presentarnos entre tus generosas manos; pero tenemos una hermana, la menor de nosotros, que es la última recomendación de nuestro padre y por la cual velamos con tanto cariño que no podemos pensar en abandonarla!" Y el sultán quedó en extremo conmovido de aquella unión fraternal, y cada vez se felicitó más por su encuentro, diciéndose: "¡Jamás hubiese creído que existieran en mi reino jóvenes tan cumplidos y tan desprovistos de ambición a la vez!" Y sintió un deseo irresistible de visitarles en su morada para refrescarse mejor los ojos con su contemplación. Y así se lo manifestó enseguida a ambos jóvenes, que respondieron con el oído y la obediencia, y se apresuraron a darle escolta. Y el príncipe Farid pronto tomó la delantera para advertir a su hermana Farizada la llegada del sultán.

Y Farizada, que no tenía costumbre de recibir gente, no supo cómo comportarse para hacer dignamente los honores de su casa al sultán. Y en esta perplejidad, no halló nada mejor que ir a consultar a su amigo Bulbul, el pájaro que habla. Y le dijo: "¡Oh Bulbul! el sultán nos ha hecho el honor de venir a ver nuestra casa, y debemos obsequiarle. ¡Date prisa en decirme cómo podremos corresponder de manera que salga contento de nuestra casa!" Y contestó Bulbul: "¡Oh mi señora! Inútil es que la cocinera prepare bandejas y bandejas de manjares. Porque no hay más que un plato que convenga hoy al sultán, y es preciso servírselo. ¡Y es un plato de cohombros rellenos de perlas!" Y Farizada quedó asombrada, y creyendo que al Pájaro se le había trabado la lengua, exclamó: "¡Pájaro! ¡Pájaro! ¡No sabes lo que dices! ¡Cohombros rellenos de perlas! ¡Pero si eso es un guiso nunca oído! ¡Si el rey nos hace el honor de asistir a una comida en nuestra casa, sin duda es para comer y no para tragar perlas! ¡Por lo visto, quieres decir "un plato de cohombros con relleno de arroz!, ¡oh Bulbul!" Pero el Pájaro que habla exclamó, impaciente: "¡Nada de eso! ¡Nada de eso! ¡Nada de eso! ¡Nada de eso! ¡Relleno de perlas, de perlas, de perlas! ¡Pero no de arroz, no de arroz, no de arroz!"

Y Farizada, que tenía plena confianza en el milagroso Pájaro, se apresuró a dar orden a la vieja cocinera de preparar el plato de cohombros con perlas. Y como no faltaban perlas en la morada, no fue difícil encontrarlas en una cantidad lo bastante grande para preparar el plato.

Entretanto hizo su entrada en el jardín el sultán, acompañado del príncipe Faruz. Y Farid, que le esperaba en el umbral, le tuvo el estribo y le ayudó a echar pie a tierra. Y Farizada la de sonrisa de rosa, con el rostro velado por primera vez (pues se lo había recomendado Bulbul), fue a besarle la mano. Y el sultán quedó en extremo conmovido de su gracia y de la pureza de jazmín que exhalaba toda ella, y al pensar en su vejez sin posteridad, lloró. Luego dijo, bendiciéndola: "¡Quien deja posteridad no muere! ¡Alah te conceda ¡oh padre de tan hermosos hijos! un sitio escogido a Su diestra entre los Bienaventurados!" Después añadió, posando de nuevo sus miradas en Farizada, inclinada: "¡Y tú, ¡oh hija de mi servidor, oh tallo perfumado! condúcenos a algún sombrajo delicioso que nos resguarde del calor!"

Y precedido por la temblorosa Farizada, y seguido de ambos hermanos el sultán echó a andar en pos de la frescura.

Y lo primero que hirió los ojos del sultán Khosru Schah fue el surtidor de Agua Color de Oro. Y se detuvo un momento a mirarlo con admiración, y exclamó: "¡Agua maravillosa, la que tanto complace a la vista!" Y se adelantó para contemplarla más de cerca, y de pronto percibió el concierto del Árbol que canta. Y prestó oído entusiasmado a aquella música que caía del cielo, y estuvo largo rato escuchándola. Luego exclamó. "¡Oh! ¡jamás oí semejante música!" Y cuando, para escucharla mejor, avanzaba en la dirección por donde creía encontraría, he aquí que la música cesó, y un gran silencio adormeció todo el jardín. Y del seno de aquel gran silencio se elevó la voz del Pájaro que habla, y con un cántico solitario, brillante y entusiasta. Y decía: "¡Bienvenido el sultán Khosrú Schah! ¡Bienvenido! ¡Bienvenido! ¡Bienvenido!" Y tras la última nota emitida por aquella voz que encantaba el aire todo el coro de pájaros contestó en su lenguaje: "¡Bienvenido! ¡Bienvenido! ¡Bienvenido!"

Y el sultán Khosrú Schah quedó maravillado de todo aquello, y su alma, ya tan conmovida por cuanto había sentido en tan poco tiempo, llegó a una ternura sin límites. Y exclamó él: "¡He aquí la casa de la dicha! ¡Oh! daría mi poderío y mi trono por habitar con vosotros, ¡oh hijos de mi intendente!" Luego, cuando se disponía a interrogar a Farizada y a sus hermanos acerca de la procedencia de aquellas maravillas, de que no llegaba a darse cuenta exacta, le enseñaron el Árbol que canta y el Pájaro que habla. Y Farizada le dijo: "¡En cuanto a la procedencia de estas maravillas, es una historia que contaré a nuestro amo el sultán cuando descanse!"

E invitó al sultán a sentarse bajo el boscaje mismo que servía de cobijo a Bulbul, y adonde acababan de servir la comida en una bandeja grande. Y el sultán se sentó bajo el boscaje en el sitio de honor. Y en un plato de oro le ofrecieron los cohombros con perlas.

Y el sultán, a quien, por cierto, le gustaban mucho los cohombros rellenos, cuando los vio en el plato, que por sí misma le ofrecía Farizada, se emocionó con aquella atención que no esperaba. Pero no tardó en llegar al límite del asombro al ver que, en vez de estar rellenos, como es corriente, con arroz y alfónsigos, los cohombros estaban condimentados con perlas. Y dijo a Farizada y a sus hermanos: "¡Por vida mía! ¡qué novedad en el condimento de los cohombros! ¿Y desde cuándo reemplazan las perlas al arroz y a los alfónsigos?" y ya estaba Farizada a punto de soltar el plato y huir llena de confusión, cuando el Pájaro que habla, levantando la voz, llamó al sultán por su nombre, diciéndole: "¡Oh amo nuestro Khosrú Schah!" Y el sultán alzó la cabeza hacia el Pájaro, que continuó con voz grave:

"¡Oh amo nuestro Khosrú Schah! ¿Y desde cuándo pueden convertirse en animales al nacer los hijos de un sultán de Persia? ¡Si antaño ¡oh rey del tiempo! creíste cosa tan increíble, no tienes derecho a asombrarte de cosa tan sencilla como la de hoy!" Luego añadió: "¡Acuérdate ¡oh amo nuestro! de las palabras que hace veinte años oíste una noche en cierta morada humilde! ¡Si las olvidaste, ¡oh amo nuestro! permite al esclavo de Farizada que te las repita!"

Y con voz semejante a la dulce habla de las vírgenes, el Pájaro dijo: "¡Oh hermanas mías! ¡cuando yo sea la esposa del sultán le daré una posteridad bendita! ¡Porque los hijos que Alah hará nacer de nuestra unión serán de todo punto dignos de su padre; y la hija que refrescará nuestros ojos será una sonrisa del cielo mismo! ¡Sus cabellos serán de oro por un lado y de plata por otro; sus lágrimas, cuando llore, serán perlas; sus risas, dinares de oro, y sus sonrisas, botones de rosa!"

Al oír estas palabras, el sultán escondió la cabeza entre las manos y empezó a sollozar. Y su antiguo dolor se hizo más vivo que en los días amargos del pasado. Y todos los pensamientos acumulados en el fondo de su alma desesperada afluyeron a su corazón de pronto, y lo desgarraron.

Pero enseguida se elevó de nuevo la voz de Bulbul, cantarina de alegría. Y decía: "¡Levanta tus velos, ¡oh Farizada! ante tu padre!"

Y Farizada, que no sabía desobedecer la voz de su amigo, se levantó los velos. Y con ellos se desprendió la banda que sujetaba su cabellera. Y el sultán, al ver aquello, se incorporó con los brazos en alto, dando un grito horrible. Y le gritó la voz de Bulbul: "Es tu hija, ¡oh rey!" Porque por un lado eran de oro los cabellos de la joven y por el otro lado eran de plata; y en sus párpados había dos perlas de júbilo, y en su boca un botón de rosa.

Y en el mismo momento miró el rey a los dos hermanos, que eran hermosos. Y se reconoció en ellos. Y le gritó la voz de Bulbul: "Son tus hijos, ¡oh rey!"

Y mientras el sultán Khosrú Schah permanecía aún inmóvil de emoción, el Pájaro que habla le contó rápidamente, así como a sus hijos, su verdadera historia, desde el principio hasta el fin, sin olvidar ni un detalle. Pero no hay utilidad en repetirla.

Y antes de que acabara su relato, el sultán y sus hijos, reunidos unos en brazos de otros, mezclaban ya sus lágrimas y sus besos. ¡Loores a Alah, el Magno, el Insondable, que reúne después de separar!

Y cuando se repusieron un poco de su emoción, el sultán dijo: "¡Oh hijos míos, vamos a toda prisa en busca de vuestra madre!" Pero ¡oh oyentes míos renunciemos a describir lo que pasó cuando la pobre madre, que vivía solitaria en el fondo de su mazmorra, volvió a ver a su esposo el sultán, y se reconoció madre de Farizada la de sonrisa de rosa y de sus hermanos los dos jóvenes espléndidos. Y sean dadas gracias Alah, cuya bondad es infinita y cuya justicia no defrauda nunca; a Alah, que hizo morir de rabia, en el día del triunfo, a las dos hermanas envidiosas, y que deparó las más prolongadas delicias y la vida llena de dicha al rey Khosrú Schah, a su esposa la sultana, al hermoso príncipe Farid, al hermoso príncipe Faruz y a la hermosa princesa Farizada, hasta que llegó la Separadora de amigos y la Destructora de sociedades. Y gloria a Aquel que en su eternidad no conoce la mudanza.

Y es ésta la maravillosa historia de Farizada la de sonrisa de rosa. ¡Pero Alah es más sabio!

Cuando Schehrazada hubo contado esta historia, la pequeña Doniazada exclamó: "¡Oh hermana mía! ¡cuán dulces y encantadoras y frescas y sabrosas son tus palabras! ¡Y qué admirable es esa historia!"

Y dijo el rey Schahriar: "¡Es verdad!"

Y Doniazada creyó ver humedecidos los ojos del rey, y dijo al oído de Schehrazada: "¡Oh hermana mía! ¡veo como una lágrima en el ojo izquierdo del rey y como otra lágrima en su ojo derecho!"

Schehrazada miró al rey con una mirada furtiva, sonrió, y dijo, besando a la pequeñuela: "¡Ojalá no experimente el rey menos placer en oír la historia de Kamar y de la experta Halima!" Y dijo el rey Schahriar: "¡No conozco esa historia, Schehrazada, y ya sabes que la aguardo y la deseo!"

Ella dijo: "¡Si Alah quiere, y si el rey me lo permite, la empezaré mañana!". Y el rey Schahriar, que se acordaba de la parábola de la verdadera ciencia, se dijo: "¡Tendré paciencia hasta mañana para oír esa historia!".

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

La pequeña Doniazada exclamó: "¡Oh hermana mía Schehrazada! ¡por Alah sobre ti, date prisa a contarnos la Historia de Kamar y de la experta Halima!"

Y dijo Schehrazada:

Historia de Kamar y de la experta Halima

Cuentan que, en la antigüedad del tiempo —¡pero Alah es más sabio! —, existía un mercader muy estimado, que se llamaba Abd el-Rahmán, y a quien Alah el Generoso había favorecido con una hija y un hijo. Dio el nombre de Estrella-de-la-Mañana a la niña, en vista de su perfecta belleza, y de Kamar al niño, por ser éste absolutamente como la luna. Pero cuando crecieron, el mercader Abd el-Rahmán, al ver cuántos encantos y perfecciones les había concedido Alah, tuvo por ellos un miedo infinito al mal de ojo de los envidiosos y a las argucias de los corrompidos, y los encerró en su casa, hasta la edad de catorce años, sin permitirles ver a nadie, más que a la vieja esclava, que les cuidaba desde niños. Pero un día en que, contra su costumbre, el mercader Abd el-Rahmán parecía predispuesto a expansiones, su esposa, madre de los niños, le dijo: "¡Oh padre de Kamar! he aquí que nuestro hijo Kamar acaba de llegar a su nubilidad, y en adelante puede comportarse como los hombres. Pero tú no has reparado en ello. ¿Es una muchacha o un muchacho? Di".

Y el mercader Abd el-Rahmán, extremadamente asombrado, le contestó: "¡Un muchacho!" Ella dijo: "En ese caso, ¿por qué te obstinas en tenerle oculto a los ojos de todo el mundo, como si fuese una muchacha, y no le llevas contigo al zoco, y le haces sentarse junto a ti en la tienda para que empiece a conocer gente y la gente le conozca, y sepa así, por lo menos, que tienes un hijo capaz de sucederte y de llevar a buen fin los negocios de venta y compra? De no ser así, cuando termine tu larga vida (¡pluguiera a Alah concedértela sin fin!) ninguno sospechará la existencia de tu heredero, quien, por más que diga a la gente: "¡Soy hijo del mercader Abd el-Rahmán!", verá que le contestan con una incredulidad indignada y justificada: "¡No te hemos visto nunca! ¡Y nunca oímos decir que el mercader Abd el-Rahmán hubiese dejado hijos ni nada que de lejos o de cerca se pareciese a un hijo!" ¡Y entonces ¡oh calamidad sobre nuestra cabeza! el gobierno vendrá a incautarse de tus bienes y privará a tu hijo de lo que le corresponde!" Y tras de hablar así, con mucha animación, continuó en el mismo tono: "¡Y lo mismo ocurre con nuestra hija Estrella-de-la-Mañana! ¡Yo quisiera darla a conocer a nuestras relaciones, en espera de que sea pedida en matrimonio por la madre de algún joven de su condición, y podamos, a nuestra vez, regocijarnos con sus esponsales! ¡Porque el mundo ¡oh padre de Kamar! se compone de vida y de muerte, e ignoramos cuál será el día de nuestro destino!"

Al oír estas palabras de su esposa, el mercader Abd el-Rahmán reflexionó una hora de tiempo; luego levantó la cabeza, y contestó: "¡Oh hija del tío! nadie puede rehuir el destino atado a su cuello. ¡Pero bien sabes que, si guardé así a nuestros hijos en la casa, fue sólo porque temía por ellos al mal de ojo! ¿A qué, pues, reprocharme mi prudencia y olvidar mi solicitud?" Ella dijo: "¡Alejado sea el Maligno, el Maléfico! Ruega al Profeta, ¡oh jeique!" Él dijo: "¡La bendición de Alah sea con Él y con todos los suyos!" Ella insistió: "Y ahora pon tu confianza en Alah, que sabrá resguardar a nuestro hijo de las malas influencias y del ojo nefasto. ¡Y por cierto que aquí tienes el turbante de seda blanca de Mossul que he confeccionado para Kamar, y en el cual he tenido cuidado de coser el estuche de plata que guarda el rollito de versículos santos, preservador de todo maleficio! ¡Puedes, por tanto, llevarte hoy sin escrúpulos a Kamar para hacerle visitar el zoco y enseñarle por fin la tienda de su padre!" Y sin esperar el asentimiento de su esposo, fue a buscar al muchacho, a quien ya se había cuidado de vestir con sus mejores ropas, y le condujo entre las manos de su padre, que se dilató y se esponjó a su vista, y murmuró "¡Maschalah! ¡El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti! ¡ya Kamar!" Luego, convencido por su esposa, se levantó, le cogió de la mano, y salió con él...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 781ª NOCHE

Ella dijo:

"...se levantó, le cogió de la mano, y salió con él.

Y he aquí que, en cuanto franquearon el umbral de su casa y dieron algunos pasos por la calle, se encontraron rodeados por los transeúntes que, al verlos, se paraban, turbados hasta el límite extremo de la turbación, a causa del adolescente y de su belleza, llena de condenación para las almas. Pero aun fue más cuando llegaron a la puerta del zoco. Allí los transeúntes dejaron en absoluto de circular, y unos se acercaban para besar las manos a Kamar, después de las zalemas al padre, y otros exclamaban: "¡Ya Alah! ¡El sol sale por segunda vez esta mañana! ¡La tierna media luna de Ramadán brilla sobre las criaturas de Alah! ¡La luna nueva aparece en el zoco hoy!" Y así se expresaban por doquiera, absortos de admiración, y hacían votos por el adolescente, aglomerándose en muchedumbre alrededor suyo. Y por más que el padre, lleno de cólera reconcentrada y de confusión, les apostrofaba y denostaba, ellos no hacían caso y seguían contemplando la belleza extraordinaria que hacía su milagrosa entrada en el zoco aquel día de bendición.

Y con ello daban razón al poeta, aplicándose a sí mismos estas palabras:

Señor, has creado la Belleza para arrebatarnos la razón, y nos dices: "¡Temed mi reprobación!"

¡Señor, eres manantial de toda hermosura, y te gusta lo que es hermoso! ¿Cómo se arreglarían tus criaturas para no amar la Belleza o reprimir su deseo ante lo que es bello?

Cuando el mercader Abd el-Rahmán se vio de aquel modo entre filas compactas de hombres y mujeres, de pie entre sus manos y contemplando inmóviles a su hijo, llegó al límite de la perplejidad, y mentalmente se dedicó a abrumar de maldiciones a su esposa y a injuriarla con todas las injurias que hubiese querido lanzar a aquellos importunos, haciéndola responsable de aquello tan enfadoso que le ocurría. Luego, tras muchas argumentaciones inútiles, rechazó con rudeza a los que le rodeaban y ganó a toda prisa su tienda, que hubo de abrir para instalar en ella al punto a Kamar, pero de manera que las importunidades de los que pasaban sólo le alcanzasen de lejos.

Y la tienda se convirtió en el punto de parada del zoco entero y la aglomeración de grandes y pequeños se hizo más intensa de hora en hora porque los que habían visto querían ver más, y los que no habían visto se obstinaban con todas sus fuerzas en ver algo.

Y he aquí que, a la sazón, avanzó hacia la tienda un derviche de mirada extática, que en cuanto divisó al hermoso Kamar, sentado junto a su padre y tan hermoso, se detuvo, lanzando profundos suspiros y con voz extremadamente conmovida recitó esta estrofa:

¡Veo la rama del árbol balanceándose sobre un tallo de azafrán a la luz de la luna de Ramadán!

Y pregunté: "¿Cómo es tu nombre?, ¿cómo es tu nombre?' Me contesta "¡Lu-lu!", y exclamó: "¡Li! ¡li!", pero me dice: "¡La! ¡la!"

Tras de lo cual, el viejo derviche, sin dejar de acariciarse la barba, que tenía larga y blanca, se acercó a la delantera de la tienda entre las filas de los circunstantes, que se separaban a su paso por respeto a su mucha edad. Y miró al muchacho con los ojos llenos de lágrimas y le ofreció una rama de menta dulce. Luego sentóse en el banco que allí había, lo más cerca posible del joven. Y sin ninguna duda, al verle en aquel estado, podían aplicársele estas palabras del poeta:

¡Mientras, el mozalbete de hermoso rostro permanecía en su sitio, su hermoso rostro era la luna apareciéndose a los ayudantes de Ramadán!

¡Mirad! ¡A pasos lentos se adelanta un jeique de aspecto venerable y ascético!

¡Durante mucho tiempo estudió el amor, trabajando en sus investigaciones noche y día y adquirió un singular saber acerca de lo lícito y lo ilícito!

¡Cultivó a la vez jovenzuelos y jovenzuelas, que le pusieron más delgado que un mondadientes! ¡Huesos de una piel vieja!

¡Jeique pederasta como un maghrebín, siempre seguido de su muchachito!

¡Pero más bien superficial para las mujeres, a lo que se dice, aunque versado en el estudio del sexo ácido y del sexo dulce; pues, en un momento dado, entre el joven Zeid y la joven Zeinab no advierte diferencia!

¡Es prodigioso con su corazón tierno y con lo demás duro como el granito! ¡Para el cabrón y para la cabra, para el imberbe y el barbudo, siempre erguido!

¡Pederasta es el jeique como un maghrebín!

Cuando las personas, que se aglomeraban delante de la tienda, vieron el estado de éxtasis del derviche, se participaron unas a otras sus reflexiones, diciendo: "¡Ualalah! ¡todos los derviches se parecen! Son como el cuchillo del vendedor de colocasias: ¡no diferencian el macho de la hembra!" Y exclamaban otras: "¡Alejado sea el Maligno! ¡El derviche se abrasa por el lindo mozuelo! ¡Alah confunda a los derviches de su especie!"

En cuanto al mercader Abd el-Rahmán, padre del joven Kamar, se dijo, al ver todo aquello: "Lo más sensato que podemos hacer será volver a casa más pronto que de costumbre". Y para decidir a marcharse al derviche, sacó del cinturón una moneda y se la ofreció, diciendo: "Toma tu suerte de hoy, ¡oh derviche!" Y al mismo tiempo se encaró con su hijo Kamar, y le dijo: "¡Ah! ¡hijo mío, que Alah trate como se merece a tu madre, que tantos sinsabores nos está causando hoy!"

Pero como el derviche no se movía de su sitio ni tendía la mano para coger la moneda ofrecida, le dijo: "¡Levántate, tío, que vamos a cerrar la tienda y nos marchamos por nuestro camino!"

Y hablando así, se irguió sobre ambos pies y se dispuso a cerrar las dos hojas de la puerta.

Entonces el derviche se vio obligado a levantarse del banco en que estaba clavado, y salió a la calle, pero sin poder separar un instante sus miradas del joven Kamar. Y cuando el mercader y su hijo, tras de cerrar la tienda, se abrieron paso entre la muchedumbre y se encaminaron a la salida, el derviche les siguió fuera del zoco, pisándoles los talones y acompasando su andar con el báculo, hasta la puerta de su casa. Y al ver la tenacidad del derviche y sin atreverse a injuriarle, por respeto a la religión, y también a causa de la gente que le miraba, el mercader se encaró con él, y le preguntó: "¿Qué quieres, ¡oh derviche!?"

El aludido contestó: "¡Oh mi señor! deseo con vehemencia ser esta noche invitado tuyo, y ya sabes que el invitado es el huésped de Alah (¡exaltado sea!)". Y dijo el padre de Kamar: "¡Bienvenido sea el huésped de Alah! Entra, pues, ¡oh derviche!"

Pero se dijo para sí, aparte: "¡Por Alah, que me enteraré de lo que persigue! ¡Si este derviche tiene malas intenciones para con mi hijo, y si su mal destino le impulsa a intentar algo, con gestos o palabras, seguramente le mataré y le enterraré en el jardín, escupiendo sobre su tumba! ¡De todos modos, empezaré por hacer que le den de comer, suerte deparada a todo huésped encontrado en el camino de Alah!" Y le introdujo en la casa, hizo que la negra le llevara el jarro y la palangana para las abluciones, y de comer y beber. Y una vez que hizo las abluciones, invocando el nombre de Alah, el derviche se puso en actitud de orar, y no salió de ella más que para recitar todo el capítulo de "la Vaca", al que hizo seguir el capítulo de "la Mesa" y el de "la Inmunidad". Tras de lo cual formuló el "Bismilah" y probó los alimentos servidos en la bandeja, pero con discreción y dignidad. Y dio gracias a Alah por sus beneficios.

Cuando el mercader Abd el-Rahmán se enteró, por la negra, de que el derviche había terminado su comida, se dijo: "¡Ha llegado el momento de aclarar la situación!" Y se encaró con su hijo, y le dijo: "¡Oh Kamar! ve con nuestro huésped el derviche, pregúntale si tiene todo lo que necesita, y conversa con él un rato, porque las palabras de los derviches, que recorren la tierra de ancho a largo, son a menudo gratas de escuchar, y sus historias provechosas para el espíritu de quien las escucha. Siéntate, pues, muy cerca de él, y si te coge la mano, no la retires, pues a quien enseña le gusta sentir entre él y su discípulo un contacto directo que contribuye a transmitir mejor la enseñanza. ¡Y guarda con él en todo las consideraciones y la obediencia que te imponen su calidad de huésped y su mucha edad!"

Y tras de predicar así a su hijo, le envió junto al derviche, y se apresuró a apostarse en cierto sitio del piso superior, desde donde podía, sin ser notado, ver todo y escuchar todo lo que pasaba en la sala en que estaba el derviche.

Y he aquí que, en cuanto apareció en el umbral el hermoso adolescente, el derviche fue presa de tal emoción que le brotaron lágrimas de los ojos y se puso a suspirar como una madre que hubiese perdido y encontrado a su hijo. Y Kamar se acercó a él, con voz dulce, y hasta poder tornar en miel la amargura de la mirra, le preguntó si no le faltaba nada y si tenía su parte en los bienes de Alah para Sus criaturas. Y fue a sentarse muy cerca de él con gracia y elegancia, y al sentarse, sin hacerlo a propósito, descubrió un muslo blanco y tierno como pasta de almendras. Y entonces fue cuando el poeta hubiera podido decir con toda verdad, sin temor a ser desmentido:

¡Un muslo ¡oh creyentes! todo de perlas y de almendras! ¡No os asombréis, pues, si es hoy la Resurrección, pues jamás se resucita mejor que cuando están al aire los muslos!

Pero el derviche, al verse solo con el jovenzuelo, lejos de tomarse con él confianza de ningún género, retrocedió algunos pasos del sitio en que estaba, yendo a sentarse un poco más lejos, en la estera, con una actitud irreprochable de decencia y de respeto para sí mismo. Y allá continuó mirándole en silencio, llenos de lágrimas los ojos y presa de la misma emoción que le había inmovilizado en el banco de la tienda. Y Kamar quedó muy sorprendido de aquel modo de portarse que tenía el derviche; y le preguntó por qué se retiraba y si tenía queja de él o de la hospitalidad de su casa. Y el derviche, por toda respuesta, recitó de manera muy sentida estas hermosas palabras del poeta:

¡Mi corazón está prendado de la Belleza, pues por el amor a la Belleza se alcanza la cima de la perfección!

¡Pero mi amor es sin deseo y está libre de cuanto atañe a los sentidos! ¡Y abomino de quienes aman de otra manera!

¡Eso fue todo!

Y el padre de Kamar veía y oía, y estaba en el límite de la perplejidad. Y se decía: "Me humillo ante Alah, a quien ofendí al suponer intenciones perversas en ese honrado derviche! ¡Alah confunda al Tentador, que sugiere al hombre tales pensamientos con respecto a sus semejantes!" Y edificado con la conducta del derviche, bajó a toda prisa y entró en la sala. E hizo zalemas y formuló sus deseos al huésped de Alah, y acabó por decirle: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh hermano mío! te conjuro a que me cuentes el motivo de tu emoción y de tus lágrimas y a que me expliques por qué la presencia de mi hijo te hace lanzar tan profundos suspiros. ¡Porque semejante efecto, ciertamente, debe obedecer a una causa!"

El derviche dijo: "Verdad dices, ¡oh padre de la hospitalidad!" El mercader dijo: "¡En ese caso, no me obligues a estar más tiempo sin saber por ti esa causa!" El derviche dijo: "¡Oh mi señor! ¿por qué me fuerzas a avivar una herida que se cierra y a revolver en mi carne el cuchillo?"

El mercader dijo: "¡Por los derechos que me confiere la hospitalidad, te ruego ¡oh hermano mío! que satisfagas mi curiosidad!" Entonces dijo el derviche: "Sabe, pues, ¡oh mi señor!...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 782ª NOCHE

Ella dijo:

"...Entonces dijo el derviche:

"Sabe, pues, ¡oh mi señor! que soy un pobre derviche que peregrina continuamente por las tierras y las comarcas de Alah, maravillándose día y noche con la obra del Creador.

"Y he aquí que un viernes por la mañana me condujo mi destino a la ciudad de Bassra. Y al entrar en ella observé que los zocos y las tiendas y los almacenes estaban abiertos, con todas las mercancías expuestas en los escaparates, así como todas las vituallas, y en general, cuanto se vende y se compra, cuanto se come y se bebe; pero también observé que ni en los zocos ni en las tiendas se veían huellas de mercader o de comprador, de mujer o de muchacha, de yente o de viviente, y estaba todo tan abandonado y tan desierto, que en ninguna calle había ni siquiera un perro o un gato o un grupo de niños jugando, sino por doquiera la soledad y el silencio y sólo la presencia de Alah. Y me asombré de todo aquello, y dije para mi ánima: «¿Quién sabe adónde han podido ir los habitantes de esta ciudad, con sus gatos y sus perros, para abandonar de tal manera en los escaparates todas estas mercancías?» Pero como me torturaba interiormente un hambre horrible, no me entretuve en estas reflexiones, y escogiendo el mejor escaparate de repostero, comí lo que me deparaba mi suerte para satisfacción de mis anhelos de repostería. Tras de lo cual me dirigí a un escaparate de asados, y me comí dos o tres chuletas de cordero cebado y uno o dos pollos asados, que todavía conservaban el calor del horno, con algunos panecillos tostados como en mi vida los había probado mi lengua de derviche peregrino ni los habían olido mis narices, y di gracias a Alah por sus dones sobre la cabeza de Sus pobres. Luego subí a la tienda de un mercader de sorbetes, y me bebí una o dos jarras de cierto sorbete perfumado con nadd y con benjuí, solamente para acallar las primeras solicitaciones de mi gaznate, que desde hacía tanto tiempo había olvidado las bebidas de los ciudadanos ricos. Y di gracias al Bienhechor, que no olvida a Sus Creyentes y les da en la tierra un anticipo de la fuente Salsabil.

"Cuando me hube tranquilizado interiormente de aquel modo, me puse a reflexionar acerca de la extraña situación de aquella ciudad que, a no dudar, debía haber sido abandonada por sus habitantes hacía unos instantes nada más. Y mi perplejidad aumentaba con mis reflexiones; y comenzaba a sentir mucho miedo del eco de mis pasos en aquella soledad, cuando oí resonar un rumor de instrumentos musicales, que avanzaba precisamente en dirección mía, como podía percibirse escuchando con detenimiento.

"Entonces, con el espíritu un poco turbado por las cosas asombrosas de que yo era único testigo, no dudé de que estaba en una ciudad hechizada, y de que el concierto que oía lo daban los efrits y los genn malhechores (¡que Alah los confunda!) Y víctima de un miedo atroz, me precipité al fondo de un granero, y me escondí detrás de un costal de habas. Pero como en mí era natural ¡oh mi señor! estar bajo la dominación del vicio de la curiosidad —¡que Alah me perdone!—. me situé, a pesar de todo, de manera que pudiese mirar a la calle desde atrás del costal para ver sin ser visto.

Apenas había acabado de acomodarme en la postura menos fatigosa, cuando vi avanzar por la calle un cortejo deslumbrador, no de genn o de efrits, sino sin duda de huríes del Paraíso. Eran cuarenta jóvenes de rostro de luna que avanzaban con su belleza sin velos, en dos hileras, a un paso que por sí solo constituía una música. E iban precedidas de un grupo de tañedoras de instrumentos y de danzarinas, que llevaban el compás de la música con sus movimientos de pájaros. Porque pájaros eran, en verdad, y más blancas que las palomas y más ligeras, ciertamente. ¿Pues podían ser tan armoniosas y tan aéreas las hijas de los hombres? ¿Y no pertenecían más bien a ciertas especies llegadas del palacio de Iram de las Columnas o de los jardines del Edén, para encantar la tierra con su estancia?

"Quienesquiera que fuesen, ¡oh mi señor! apenas la última pareja había pasado por delante de la tienda donde yo estaba escondido detrás del costal de habas, cuando vi avanzar sobre una yegua de frente estrellada, que llevaban de la brida dos negras jóvenes, a una dama revestida de tanta juventud y de tanta belleza, que su vista acabó de dislocarme la razón, y perdí la respiración y estuve a punto de caerme de espaldas detrás del costal de habas, ¡oh señor mío! Y deslumbraba aun más ella, porque sus vestiduras estaban sembradas de pedrerías, y sus cabellos, su cuello, sus muñecas y sus tobillos desaparecían con el resplandor de los diamantes y los collares y pulseras de perlas y gemas preciosas. Y a su derecha marchaba una esclava, que tenía en la mano un sable desnudo con la empuñadura hecha de una sola esmeralda. Y la yegua que la conducía avanzaba como una reina orgullosa de la corona que llevase a la cabeza. Y la visión de esplendor alejóse inmediatamente, dejándome un corazón apuñalado por la pasión, un alma reducida para siempre a la esclavitud y unos ojos que recuerdan y dicen al ver cualquier belleza: «¿Quién eres tú en comparación con ella?»

"Cuando el cortejo se perdió de vista por completo y la música de las tañedoras de instrumentos no llevó hasta mí más que sones lejanos, me decidí a salir de detrás del costal de habas y de la tienda a la calle. E hice bien, porque en el mismo momento vi con sorpresa extremada que los zocos se animaban y todos los mercaderes salían como de debajo de la tierra para ir a ocupar sus respectivos puestos, y el tratante de granos propietario de la tienda en que me había ocultado yo apareció, salido de no sé dónde, y se dedicó a vender sus granos a los que cebaban aves y a otros compradores. Y yo, cada vez más perplejo, me decidí a abordar a un transeúnte y a preguntarle qué significaba el espectáculo de que fui testigo y el nombre de la dama maravillosa que montaba en la yegua de frente estrellada. Pero, con gran asombro mío, el hombre me lanzó una mirada enloquecida, se puso muy amarillo, y recogiéndose la orla del traje me volvió la espalda y echó a correr con una carrera más rápida que si le persiguiese la hora de su destino. Y abordé a otro transeúnte y le hice la misma pregunta. Pero, en vez de contestarme, hizo como que no me había visto ni oído, y continuó su camino mirando a otro lado. Y todavía interrogué a una porción de personas más; pero ni una quiso responder a mis preguntas y todo el mundo huía de mí como si saliese yo de una fosa de excrementos o como si blandiese una espada cercenadora de cabezas.

Entonces me dije a mí mismo: «¡Oh derviche amigo! para averiguar el asunto sólo te resta entrar en la tienda de un barbero a que te afeite la cabeza, y a interrogar al barbero al mismo tiempo. Porque ya sabes que las gentes que ejercen este oficio tienen la lengua cosquillosa y siempre la palabra en la punta de la lengua. ¡Y quizá únicamente él te enterará de lo que intentas saber!» Y cuando hube reflexionado de tal suerte, entré en casa de un barbero, y después de pagarle generosamente con todo lo que poseía, le hablé de lo que tenía tantas ganas de saber y le pregunté quién era la dama de belleza sobrenatural. Y el barbero, bastante aterrado, giró los ojos de derecha a izquierda, y acabó por contestar: «¡Por Alah, ¡oh tío mío derviche! si quieres conservar la cabeza sobre el cuello y el cuello sano y salvo, guárdate bien de hablar a nadie de lo que tuviste la mala suerte de ver! ¡Y hasta harías bien, para mayor seguridad, en dejar inmediatamente nuestra ciudad, donde estás perdido sin remedio! Y esto es todo lo que puedo decirte acerca del particular, porque se trata de un misterio que tortura a toda la ciudad de Bassra, donde las gentes mueren como langostas si tienen la desgracia de no ocultarse con anterioridad a la llegada del cortejo. En efecto, la esclava que lleva el alfanje desnudo corta la cabeza de los indiscretos que tienen la curiosidad de mirar pasar al cortejo o que no se esconden a su paso. ¡Y he aquí cuanto puedo decirte!»

"Entonces yo ¡oh mi señor! cuando el barbero hubo acabado de afeitarme la cabeza, abandoné la tienda y me apresuré a salir de la ciudad, y no tuve tranquilidad hasta que me hallé muy lejos. Y viajé por tierras y desiertos, hasta que llegué a vuestra ciudad. Y tenía siempre habitada el alma por la belleza entrevista, y pensaba en ella día y noche, hasta el punto de que con frecuencia me olvidaba de comer y de beber. ¡Y en esta disposición fue como acerté a pasar hoy por delante de la tienda de tu señoría, y vi a tu hijo Kamar, cuya hermosura me recordó de una manera exacta la de la joven sobrenatural de Bassra, a quien se parece como un hermano se parece a su hermano! ¡Y me conmovió de tal modo esta semejanza, que no pude contener mis lágrimas, lo cual, sin duda, es propio de un insensato! ¡Y ésa es ¡oh mi señor! la causa de mis suspiros y de mi emoción!"

Y cuando el derviche hubo terminado de tal suerte su relato, de nuevo rompió en lágrimas, mirando al joven Kamar; y añadió entre sollozos: "Por Alah sobre ti, ¡oh señor mío! Ahora que te he contado lo que tenía que contarte, y como no quiero abusar de la hospitalidad que has concedido a un servidor de Alah, ábreme la puerta de salida y déjame marchar en tal estado por mi camino. Y si me es posible formular un anhelo sobre la cabeza de mis bienhechores, ¡pluguiera a Alah, que ha creado dos criaturas tan perfectas como tu hijo y la joven de Bassra, acabar Su obra permitiendo que se uniesen!"

Y tras de hablar así, el derviche se levantó, no obstante los ruegos del padre de Kamar, que le instaba a quedarse, invocó una vez más la bendición sobre sus huéspedes, y se marchó, suspirando, como había venido. Y he aquí lo referente a él.

En cuanto al joven Kamar, no pudo cerrar los ojos en toda la noche, de tan preocupado como estaba por el relato del derviche y de tanto como hubo de impresionarle la descripción que hizo de la joven. Y al día siguiente por la aurora entró en el aposento de su madre y la despertó, y le dijo: "¡Oh madre! ¡hazme un fardo de ropa, pues tengo que partir al instante para la ciudad de Bassra, donde me aguarda mi destino!" Y al oír estas palabras, su madre empezó a lamentarse, llorando, y llamó a su esposo y le participó aquella noticia tan asombrosa y tan inesperada. Y el padre de Kamar trató, aunque en vano, de hacer ponerse en razón a su hijo, que no quiso escuchar ningún argumento, y que dijo, a manera de conclusión: "¡Si no parto enseguida para Bassra, seguramente moriré!" Y en vista de lenguaje tan decisivo y de resolución tan firme, el padre y la madre de Kamar se limitaron a suspirar, aceptando lo que estaba escrito por el Destino. Y el padre de Kamar no dejó de echar en cara a su esposa todas las contrariedades que les habían ocurrido desde la hora en que hubo de escuchar sus consejos él y había conducido a Kamar al zoco.

Y se decía: "¡He aquí en lo que pararon tus cuidados y tu prudencia, ¡ya Abd el-Rahmán! ¡No hay recurso ni fuerza más que en Alah el Todopoderoso! ¡Lo que está escrito ha de ocurrir, y nadie puede luchar contra los designios de la suerte!" Y la madre de Kamar, doblemente entristecida por ser víctima de los reproches de su esposo y por la pena que le producía el proyecto de su hijo, se vio obligada a hacerle sus preparativos de marcha. Y le dio un saquito, en que había metido cuarenta gruesas piedras preciosas, como rubíes, diamantes y esmeraldas, diciéndole: "Lleva contigo muy cuidadosamente este saquito, ¡oh hijo mío! ¡Podrá serte útil, si llega a faltarte dinero!" Y su padre le dio noventa mil dinares de oro para sus gastos de viaje y su estancia en el extranjero. Y ambos se abrazaron, llorando, y se despidieron de él. Y su padre le recomendó al jefe de la caravana que partía para el Irak. Y después de besar la mano a su padre y a su madre, Kamar salió para Bassra, acompañado por los votos de sus padres. Y Alah le escribió la seguridad, y llegó él sin contratiempo a aquella ciudad...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 783ª NOCHE

Ella dijo:

"...y llegó él sin contratiempo a aquella ciudad.

Y aconteció que el día de su llegada era precisamente un viernes por la mañana; y Kamar pudo observar que cuanto le había contado el derviche era la pura verdad. Y vio, en efecto, que los zocos estaban vacíos, las calles desiertas y las tiendas abiertas, pero sin vendedores ni compradores. Y como tenía hambre, comió y bebió de lo que le convino, hasta la saciedad. Y apenas había acabado su comida, oyó la música y se apresuró a esconderse, como lo había hecho el derviche. Y enseguida vio aparecer a la bella joven con sus cuarenta mujeres. Y a la vista de su belleza le poseyó una emoción tan fuerte que se cayó desvanecido en su escondite.

Cuando recobró el sentido vio que los zocos estaban animados y llenos de transeúntes, que iban y venían, exactamente igual que si no se hubiese interrumpido el movimiento comercial. Y detallando aún en su espíritu los encantos sobrenaturales de la joven, comenzó por ir a comprarse trajes magníficos, de lo más rico y suntuoso que pudo encontrar en casa de los principales mercaderes. Y se presentó después en el hammam, del cual salió brillante como un rey joven, tras de tomar un baño prolongado y minucioso. Y solamente entonces se dedicó a buscar la tienda del barbero que la otra vez había afeitado la cabeza al derviche, y no tardó en encontrarla. Y entró en la tienda, y después de las zalemas por una y otra parte, dijo al barbero: "¡Oh padre de manos ligeras! deseo hablarte en secreto. ¡Te ruego, pues, que cierres tu tienda a los clientes que tienes costumbre de recibir, y toma esto para indemnizarte de la pérdida de tu tiempo!" Y le entregó una bolsa llena de dinares de oro, la cual se apresuró el barbero a guardarse en su cinturón, tras de tomarla a peso con un leve movimiento de mano. Y cuando ambos estuvieron solos en la tienda, Kamar le dijo: "¡Oh padre de manos ligeras! soy extranjero en esta ciudad. ¡Y únicamente deseo saber por ti el motivo del abandono matinal de los zocos este viernes!" Y conquistado por la generosidad del joven y por su aire de emir, el barbero le contestó: "¡Oh mi señor! se trata de un secreto que no he tratado de penetrar nunca, y hago como todo el mundo y tengo cuidado de ocultarme todos los viernes por la mañana. Pero, ya que la cosa te preocupa, voy a hacer por ti lo que no haría por mi hermano. Te pondré, pues, en comunicación con mi mujer, que sabe todo lo que pasa en la ciudad, porque vende perfumes en todos los harenes de Bassra y en los palacios de los grandes y del sultán. Y como, por tu talante, veo que estás impaciente por esclarecer este asunto, y que, por otra parte, te ha agradado mi proposición, voy al instante en busca de la hija de mi tío para someterle el caso. ¡Espérame, pues, tranquilamente en la tienda hasta mi regreso!"

Y el barbero dejó a Kamar en la tienda y se apresuró a ir en busca de su mujer, a quien explicó el motivo que le llevaba; y al mismo tiempo le entregó la bolsa llena de dinares de oro. Y la esposa del barbero, que era fértil de ingenio y servicial de corazón, contestó: "Bienvenido sea a nuestra ciudad. ¡Heme aquí pronta a servirle con mi cabeza y mis ojos! ¡Ve a buscarle y tráemele para que le ponga al corriente de lo que quiere saber!" Y el barbero regresó a su tienda, donde encontró sentado a Kamar esperándole, y le dijo: "¡Oh hijo mío! levántate y ven conmigo a ver a tu madre, la hija de mi tío, que me encarga te diga: "¡El asunto es fácil!"

Y le cogió de la mano y le condujo a su casa, donde su esposa dio al joven la bienvenida con acento afable y atrayente, y le hizo sentarse en el sitio de honor del diván, y le dijo: "¡Familia y comodidad al huésped encantador! ¡La casa es tu casa y esclavos tuyos los dueños de la casa! ¡Estás por encima de nuestra cabeza y de nuestros ojos! ¡Ordena! ¡Oír es obedecer!" Y se apresuró a ofrecerle en una bandeja de cobre los refrescos y las confituras de la hospitalidad, y le obligó a tomar una cucharada de cada especie, formulando cada vez el deseo de que obtuviese: "¡Delicias y reparación para el corazón del huésped!"

Entonces Kamar cogió un puñado grande de dinares de oro y se lo puso en las rodillas a la esposa del barbero, diciendo: "¡Dispénsame lo poco que es! ¡Pero ¡inschalah! ya sabré agradecer mejor tus bondades!"

Luego le dijo: "¡Ahora, madre mía, cuéntame todo lo que sepas acerca de lo que sabes!"

Y dijo la esposa del barbero: "Sabe ¡oh hijo mío! ¡oh luz de mis ojos y corona de mi cabeza! que el sultán de Bassra recibió un día en calidad de regalo del sultán de la India una perla tan hermosa, que debió nacer de un rayo de sol posado en alguna hueva milagrosa del mar. Era a la vez blanca y dorada, según como se la mirara, y parecía encender en su seno un incendio en leche. Y el rey la estuvo contemplando durante todo un día, y para no separarse de ella nunca, quiso llevarla sujeta a su cuello con una cinta de seda. Pero como era virgen e imperforada, mandó llamar a todos los joyeros de Bassra, y les dijo: Deseo que agujereéis con destreza esta perla soberana. Y quien sepa hacerlo, sin estropear la maravillosa substancia que la compone, podrá pedirme cuanto quiera, y será complacido con creces. ¡Pero si no obtiene un resultado perfecto o si su mal destino le hace estropearla lo más mínimo, puede contarse en la pira de los muertos, porque haré que le corten la cabeza después de obligarle a sufrir todos los suplicios a que se haya hecho acreedor por su torpeza sacrílega! ¿Qué os parece, ¡oh joyeros!?"

"Al oír estas palabras del sultán, y comprendiendo que arriesgaban sus almas, los joyeros sintieron un miedo extremado, y contestaron: «Oh rey del tiempo ¡es cosa muy delicada una perla como ésa! Y sabido es que, para horadar las perlas ordinarias, hacen falta una habilidad y un pulso muy raros, y que pocos maestros joyeros obtienen en ello buen resultado sin algunos accidentes inevitables. Te suplicamos, pues, que no nos obligues a lo que nuestros débiles medios no pueden soportar, porque declaramos que de nuestras manos jamás podrá salir una habilidad como la que es preciso desplegar para eso. ¡Sin embargo, podemos indicarte quién sabrá llevar a cabo ese prodigio de arte, y es nuestro jeique!» Y el rey preguntó: «¿Y quién es vuestro jeique?» Ellos contestaron: «¡El maestro joyero Obeid! ¡Es infinitamente más hábil que nosotros, y tiene un ojo en la punta de cada dedo y una delicadeza extremada en cada ojo!» Y dijo el rey: «¡Id a buscármele, y no tardéis!» Y los joyeros se apresuraron a obedecer y volvieron con su jeique, el maestro Obeid, quien, tras de besar la tierra entre las manos del rey, se mantuvo de pie esperando órdenes. Y el rey le explicó el trabajo que exigía de él y la recompensa o el castigo que le esperaba en caso de éxito o de fracaso. Y al propio tiempo le enseñó la perla. Y el joyero Obeid tomó la maravillosa perla y la examinó una hora de tiempo, y contestó:

«¡Moriré si no la horado!»

Y acto seguido se puso en cuclillas, con permiso del rey, y sacando de su cinturón ciertas herramientas sutiles, colocó la perla entre ambos dedos gordos de sus pies juntos, y con una habilidad y una ligereza increíbles, manejó sus herramientas igual que un niño manejaría un peón, y en menos tiempo del que se necesita para horadar un huevo, perforó la perla de parte a parte, sin una rebaja ni la menor lasca, con dos agujeros iguales y simétricos. Luego la limpió con el revés de la manga y se la ofreció al rey, el cual se dilató y osciló de satisfacción y de contento. Y se la colgó al cuello con un cordón de seda, y subió a sentarse en su trono. Y miró a todos lados con ojos iluminados de alegría, en tanto que la perla era cual un sol que le colgase del cuello.

"Tras de lo cual se encaró con el joyero Obeid, y le dijo: «¡Oh maestro Obeid! ¡di ya lo que deseas!» Y el joyero reflexionó una hora de tiempo, y contestó: «¡Alah prolongue los días del rey! pero el esclavo cuyas manos tullidas han tenido el honor insigne de tocar la perla maravillosa y de devolvérsela a nuestro amo, perforada con arreglo a su deseo, posee una esposa muy joven, a la que tiene que mimar mucho, pues ya es bastante viejo, y cuando los hombres están de regreso en la vida, si no quieren hacerse antipáticos a sus esposas, deben tratarlas con toda clase de miramientos y no hacer nada sin consultarlas. El esclavo, pues, querría ir a pedir opinión a su esposa con respecto a la petición que le permite hacer nuestro amo magnánimo, y ver si no tiene ella misma que formular un deseo preferible al que pudiera imaginar yo. ¡Porque Alah no sólo le ha dado juventud y gracia, sino un ingenio fértil y perspicaz y una cordura a toda prueba!»

Y dijo el rey: «¡Date prisa, Osta-Obeid, a ir a consultar a tu esposa y volver a traerme la respuesta, pues no tendré reposo espiritual mientras no haya cumplido mi promesa!» Y el joyero salió del palacio y fue en busca de su esposa y le sometió el caso. Y exclamó la joven: «¡Glorificado sea Alah, que hace que llegue mi día antes de tiempo! ¡En efecto, tengo que formular un deseo y poner en práctica una idea singular en verdad! Gracias a los beneficios de Alah y a la prosperidad de tus negocios, somos ricos y estamos al abrigo de la necesidad para el resto de nuestros días. Por ese lado nada tenemos, pues, que desear y el anhelo que quiero satisfacer no costará un dracma al tesoro del reino. ¡Helo aquí! ¡Ve a pedir sencillamente al rey que me dé permiso para pasearme todos los viernes con un cortejo, semejante al de las hijas de los reyes, por los zocos y las calles de Bassra, sin que ose nadie mostrarse entonces en la calle, so pena de perder la cabeza! ¡Y eso es cuanto deseo del rey como recompensa a tu trabajo referente a la perla perforada!»

"Al oír estas palabras de su joven esposa, el joyero llegó al límite del asombro, y se dijo: «¡Alah karim! ¡Muy sagaz tiene que ser quien pueda envanecerse de saber lo que bulle en el cerebro de una mujer!» Pero como amaba a su esposa, y era viejo y muy feo además, ni quiso contrariarla, y se limitó a contestar: «¡Oh hija del tío! tu deseo está por encima de la cabeza y de los ojos. ¡Pero si cuando pase el cortejo abandonan sus tiendas los mercaderes de los zocos para ir a ocultarse, los perros y los gatos devastarán los escaparates y cometerán otros males que han de pesar sobre nuestra conciencia!» Ella dijo: «Para evitarlo, a los habitantes y guardias de los zocos se les dará orden de encerrar aquel día a todos los perros y a todos los gatos. ¡Pues deseo que queden abiertas las tiendas mientras pasa mi cortejo! ¡Y todos, grandes y pequeños, irán a ocultarse en las mezquitas, cuyas puertas se cerrarán para que nadie pueda asomar la cabeza y mirar!»

"Entonces el joyero Obeid fue en busca del rey, y extremadamente confuso, le transmitió el deseo de su esposa. Y el rey le dijo: «¡No hay inconveniente!» Y por los pregoneros públicos hizo proclamar en toda la ciudad la orden de que los habitantes dejaran abiertas sus tiendas todos los viernes, dos horas antes de la plegaria, y fueran a ocultarse en las mezquitas, guardándose muy mucho de mostrar en la calle sus cabezas, so pena de verlas saltar de sus hombros. Y les recomendó que encerraran a los perros y a los gatos, a los asnos y a los camellos y a cuantos animales de carga pudiesen circular por los zocos.

"Y desde entonces la esposa del joyero se pasea así todos los viernes, dos horas antes de la plegaria de mediodía, sin que se atreva a mostrarse por las calles hombre, ni perro, ni gato. ¡Y precisamente es a ella misma, ya sidi Kamar, a quien viste esta mañana con su belleza verdaderamente sobrenatural, en medio de su cortejo de jóvenes y precedida de la esclava que llevaba en la mano el sable desnudo para cortar la cabeza de quien osase mirarla pasar!"

Y cuando la esposa del barbero hubo contado así a Kamar lo que él quería saber, se calló un momento, le observó sonriendo y añadió: "¡Pero bien veo, ¡oh propietario del rostro encantador! ¡oh mí señor bendito! que no te satisface este relato y que deseas de mi algo más: por ejemplo, que te indique un medio de volver a ver a la maravillosa joven, esposa del anciano joyero!" Y contestó Kamar: "¡Oh madre mía! Tal es, en efecto, el deseo íntimo de mi corazón. Porque para verla vine de mi país, después de haber abandonado la morada, donde mi ausencia deja llorando a un padre y a una madre que me quieren bien". Y la esposa del barbero dijo: "¡En ese caso, ¡oh hijo mío! enumérame algunas de las cosas preciosas y de valor que posees!" Él dijo: "¡Oh madre mía! entre otras cosas buenas, tengo conmigo piedras preciosas de cuatro clases: las piedras de la primera clase valen quinientos dinares de oro cada una; las de la segunda clase valen setecientos dinares de oro cada una; las de la tercera, ochocientos cincuenta, y las de la cuarta, mil dinares de oro cada una, por lo menos". Ella preguntó: "¿Y está tu alma dispuesta a ceder cuatro de esas piedras, cada una de clase diferente?" Él contestó: "¡Mi alma está dispuesta a ceder gustosa todas las piedras que poseo y todo lo que en mi mano haya!" Ella dijo: "¡Pues bien; levántate, ¡oh hijo! ¡oh corona de la cabeza de los más generosos! y ve al zoco de los joyeros y orfebres en busca del joyero Osta-Obeid, y haz exactamente lo que voy a decirte!"

Y le indicó cuanto quiso indicarle para hacerle llegar al fin deseado, y añadió: "Para todo se necesita prudencia y paciencia, hijo mío. ¡Pero cuando hayas hecho lo que acabo de indicarte no te olvides de venir a darme cuenta de ello y de traer contigo cien dinares de oro para mi esposo el barbero, que es un pobre...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 784ª NOCHE

Ella dijo:

"...y de traer contigo cien dinares de oro para mi esposo el barbero, que es un pobre!" Y Kamar contestó con el oído y la obediencia y salió de la casa del barbero, repitiéndose, para grabarlas bien en su memoria, las instrucciones de la vendedora de perfumes, esposa del barbero. Y bendecía a Alah, que en su camino puso, como piedra indicadora, a aquella mujer de bien.

Y de tal suerte llegó al zoco de los joyeros y orfebres, en donde todo el mundo se apresuró a indicarle la tienda del jeique de los joyeros Osta-Obeid. Y entró en la tienda y vio entre sus aprendices al joyero, a quien saludó con la mayor cortesía, llevándose la mano al corazón, a los labios y a la cabeza, y diciendo: "¡La paz sea contigo!"

Osta-Obeid le devolvió la zalema y le recibió con finura y le rogó que se sentara. Y Kamar sacó entonces de su bolsa una gema escogida, pero de la especie menos hermosa de las cuatro que poseía, y le dijo: "¡Oh maestro! ¡anhelo vivamente que para esta gema me hagas una montura digna de tus capacidades, pero de la manera más simple y con un peso que no exceda de un miskal!" Y al mismo tiempo le entregó veinte monedas de oro, diciendo: "¡Esto ¡oh maestro! no es más que un ínfimo anticipo de la cantidad con que pienso remunerar el trabajo que me hagas!" Y asimismo entregó una moneda de oro a cada uno de los numerosos aprendices, y también a cada uno de los numerosos mendigos que habían hecho su aparición en la calle en cuanto vieron entrar en la tienda a aquel joven extranjero vestido tan suntuosamente. Y tras de portarse de tal modo, se retiró él, dejando a todo el mundo maravillado de su liberalidad, de su belleza y de sus modales distinguidos.

En cuanto a Osta-Obeid, no quiso retrasar lo más mínimo la confección de la sortija, y como estaba dotado de una destreza extraordinaria y tenía a su disposición medios que ningún otro joyero poseía en el mundo, la empezó y la concluyó al terminar el día, dejándola toda cincelada y limpia. Y como el joven Kamar no debía volver hasta el día siguiente, se la llevó consigo por la noche para enseñársela a su esposa, la joven consabida, pues la piedra le parecía maravillosa, y de un agua tan limpia, que daba gana de humedecerse con ella la boca.

Cuando la joven esposa de Osta-Obeid hubo visto la sortija, la encontró muy hermosa, y preguntó: "¿Para quién?" Él contestó: "Para un joven extranjero, que es mucho más deslumbrador que esta maravillosa gema. Porque has de saber que el dueño de esta sortija que ya me ha pagado de antemano como nunca se me pagó trabajo alguno, es hermoso y encantador, con ojos que hieren de deseo, mejillas como pétalos de anémona en un parterre lleno de jazmines, una boca como el sello de Soleimán, labios empapados en sangre de cornalinas, y un cuello como el cuello del antílope, que soporta graciosamente su cabeza fina cual un tallo soporta su corola. Y para resumir lo que está por encima de toda alabanza, bástete oír que es hermoso, verdaderamente hermoso, y tan encantador como hermoso, lo que le hace parecerse a ti, no sólo por sus perfecciones, sino también por su tierna edad y por las facciones de su rostro".

Así describió el joyero a su esposa al joven Kamar, sin advertir que sus palabras acababan de encender en el corazón de la joven una pasión repentina y tanto más viva cuanto que el objeto de ella era invisible. Y aquel propietario de una frente en que iban a crecer cuernos como cohombros en un terreno estercolado, olvidaba que no existe tercería peor ni de éxito más seguro que la de un marido que ante su esposa ensalza los méritos y la belleza de un desconocido, sin cuidarse de las consecuencias. Así es como Alah el Altísimo, cuando quiere que se cumplan los designios decretados con respecto a sus criaturas, las hace tantear en las tinieblas de la ceguera.

Y he aquí que la joven esposa del joyero oyó aquellas palabras y las retuvo en el fondo de su espíritu, pero sin dejar traslucir, ni por asomo, los sentimientos que la agitaban. Y dijo a su esposo con acento indiferente: "¡Déjame ver esa sortija!" Y Osta-Obeid se la entregó, y ella la miró con aire distraído y se la puso en el dedo, impensadamente. Luego dijo: "¡Parece que la han hecho a medida de mi dedo! ¡Mira qué bien me está!" Y contestó el joyero: "¡Vivan los dedos de las huríes! ¡Por Alah, ¡oh mi señora! que, como el propietario de esta sortija está dotado de generosidad y de galantería, mañana le rogaré que me la venda al precio que sea, y te la traeré!"

Mientras tanto, Kamar había ido a dar cuenta a la esposa del barbero de la manera como se había conducido con arreglo a sus instrucciones; y le entregó cien monedas de oro en calidad de regalo para aquel pobre barbero. Y preguntó a su protectora qué le quedaba que hacer. Y ella le dijo: "¡Mira!

Cuando veas al joyero, no admitas la sortija que te tenga hecha. Finges que te está muy estrecha en el dedo, y se la das de regalo; y preséntale otra gema mucho más hermosa que la primera, de las que valen a setecientos dinares la pieza, y dile que te la monte con cuidado. Al mismo tiempo, dale sesenta dinares de oro para él y dos para cada uno de sus obreros, como gratificación. Y tampoco olvides a los mendigos de la puerta. Y conduciéndote así, irán a tu gusto las cosas. ¡Y no te olvides ¡oh hijo! de volver a darme cuenta del asunto y de traer contigo algo para mi pobre esposo el barbero!"

Y contestó Kamar: "¡Escucho y obedezco!"

Y salió de casa de la mujer del barbero, y al día siguiente no dejó de ir al zoco en busca del joyero Osta-Obeid, el cual en cuanto le advirtió, levantóse en honor suyo, y después de las zalemas y cumplimientos, le presentó la sortija. Y Kamar hizo como que se la probaba, y dijo después: "Por Alah, ¡oh maestro Obeid! que la sortija está muy bien hecha, pero me viene un poco estrecha al dedo. ¡Toma! ¡te la doy para que se la regales a cualquiera de las numerosas esclavas de tu harem! Y aquí tienes otra gema, que prefiero a la anterior, y que, montada sencillamente, resultará mucho más hermosa". Y así diciendo, le entregó una gema de setecientos dinares de oro; y al mismo tiempo le dio sesenta dinares de oro para él y dos para cada uno de sus aprendices, diciendo: "¡Sólo es para que refresquéis con un sorbete pero, si este trabajo se acaba con prontitud, espero que quedaréis satisfechos del modo como seréis remunerados!" Y salió, distribuyendo a derecha e izquierda monedas de oro a los mendigos congregados delante de la puerta de la tienda.

Cuando el joyero vio tanta liberalidad en su joven cliente, quedó extremadamente sorprendido. Y a la noche, una vez que hubo entrado en su casa, no se cansaba de alabar en presencia de su esposa a aquel generoso extranjero, del que decía: "¡Por Alah, que no se contenta con ser hermoso, como jamás lo fueron los más hermosos, sino que tiene la mano abierta de los hijos de los reyes!" Y cuanto más hablaba, hacía incrustarse más en el corazón de su mujer el amor sentido por el joven Kamar. Y cuando él la hubo entregado la sortija, don de su cliente, se la puso ella lentamente en el dedo, y preguntó: "¿Y no te ha encargado otra?" Él dijo: "¡Sí, por cierto! Y tanto he trabajado en ella todo el día, que aquí la tienes acabada". Ella dijo: "¡Déjamela ver!" Y la cogió, la miró, sonriendo, y dijo: "¡Quisiera quedarme con ella!" Él dijo: "¿Quién sabe? ¡Capaz es de dejármela, como ha hecho con su hermana!"

Mientras tanto, Kamar había ido a concertarse con la esposa del barbero acerca de lo que había pasado y de lo que tenía que hacer. Y le entregó cuatrocientos dinares de oro para su pobre esposo el barbero.

Y ella le dijo: "Hijo mío, tu asunto va por el camino mejor. Cuando veas al joyero, no admitas la sortija encargada, sino haz como que te está muy grande, y déjasela de regalo. Luego entrégale otra piedra preciosa, de las que valen casi a novecientos dinares de oro la pieza; y en espera de que terminen el trabajo, da cien dinares para el maestro y tres para cada uno de los aprendices. ¡Y al volver a darme cuenta de la marcha del asunto, no te olvides de traer para mi pobre esposo el barbero algo con que pueda comprarse un pedazo de pan! Y Alah te guarde y prolongue tus días preciosos, ¡oh hijo de la generosidad!"

Y he aquí que Kamar siguió puntualmente el consejo de la vendedora de perfumes. Y el joyero no encontró ya palabras ni expresión con qué pintar a su mujer la liberalidad del hermoso extranjero. Y ella le dijo, probándose la nueva sortija: "¿No te da vergüenza ¡oh hijo del tío! no haber invitado todavía a tu casa a un hombre que tan generoso se ha mostrado contigo? ¡Y sin embargo, gracias a los beneficios de Alah, no eres avaro ni descendiente de una familia de avaros; pero me parece que a veces faltas a las prácticas sociales! ¡Así, es absolutamente un deber de parte tuya rogar a ese extranjero que venga a tomar mañana la sal de tu hospitalidad!

Por su parte, Kamar, después de haber consultado a la mujer del barbero, a la cual entregó para aquel pobre hombre ochocientos dinares de gratificación, lo preciso para que comprara un pedazo de pan, no dejó de presentarse en la tienda del joyero, a fin de probarse la tercera sortija. Y después de ponérsela en el dedo, se la sacó, la miró un instante con cierto desdén, y dijo: "Está bastante bien; pero no me gusta del todo esta piedra. ¡Quédate, pues, con ella para una de tus esclavas, y móntame esta otra gema! Y aquí tienes un anticipo de doscientos dinares y cuatro para cada uno de tus aprendices. ¡Y perdóname todas las molestias que te causo!" Y así diciendo, le entregó una gema blanca y maravillosa que valía mil dinares de oro. Y en el límite de la confusión, le dijo el joyero: "¡Oh mi señor! ¿querrías honrar mi casa con tu presencia y concederme la gracia de ir a cenar conmigo esta noche? ¡Porque tus beneficios están por encima de mí, y mi corazón se siente atraído por tu mano generosa!"

Y contestó Kamar: "¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos!" Y le dio las señas del khan donde paraba.

Y he aquí que, llegada la noche, el joyero se presentó en el khan consabido para recoger a su invitado. Y le condujo a su casa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 785ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y le condujo a su casa, donde le festejó con una recepción suntuosa y un espléndido festín. Y tras de retirar las bandejas de manjares y bebidas, una esclava les sirvió sorbetes preparados por las propias manos de la joven dueña de la casa. No obstante, a pesar del deseo que de ello tenía, no quiso infringir la costumbre de las recepciones, donde las mujeres jamás toman parte en las comidas, y permaneció en el harem. Y se limitó a esperar allí que produjese efecto su estratagema.

Y he aquí que, apenas Kamar y su huésped probaron el delicioso sorbete, cayeron ambos en un profundo sueño; porque la joven había tenido cuidado de echar en las copas un polvo adormecedor. Y la esclava que les servía se retiró en cuanto los vio tendidos sin movimiento.

Entonces la joven, vestida solamente con su camisa, y preparada toda ella como para la primera entrada nupcial, levantó el cortinaje y penetró en la sala del festín. Y quien hubiese visto a aquella joven, en todo el esplendor de su belleza, con sus ojos cargados de crímenes, habría sentido que se le desmenuzaba el corazón y que la razón se le huía. Avanzó ella, pues, hasta Kamar, a quien hasta entonces no había entrevisto más que por la ventana, cuando entraba él en la casa, y se puso a contemplarle. Y vio que era en absoluto de su conveniencia. Y empezó por sentarse junto a él, y se puso a acariciarle el rostro dulcemente con la mano. Y de pronto, aquella gallina hambrienta se arrojó glotonamente sobre el jovenzuelo y empezó a picotearle los labios y las mejillas con tanta violencia, que hizo saltar la sangre. Y aquellos picotazos crueles duraron algún tiempo y fueron reemplazados por tales movimientos, que sólo Alah sabría lo que pudo ocurrir a consecuencia de toda aquella agitación de la gallina montada a horcajadas sobre el joven gallo dormido.

Y con aquel juego transcurrió la noche entera.

Pero cuando apareció la mañana, aquella ardiente jovenzuela se decidió a levantarse; y se sacó del seno cuatro tabas de cordero y se las metió en el bolsillo de Kamar. Y hecho lo cual, le dejó y volvió al harem. Y mandó a la sala del festín a la esclava confidente que de ordinario ejecutaba sus órdenes, la misma que llevaba el alfanje desnudo al paso del cortejo por los zocos de Bassra. Y la esclava, para disipar el sueño del joven Kamar y del viejo joyero, les echó en las narices unos polvos que eran poderoso antídoto. Y no tardaron en producir su efecto aquellos polvos, porque los dos durmientes se despertaron después de estornudar. Y la joven esclava dijo al joyero: "¡Oh amo vuestro! nuestra ama Halima me envía a despertarte y te dice: "Es la hora de la plegaria de la mañana, y he aquí que desde el minarete el muezín hace el llamamiento a los creyentes. ¡Y he aquí, además, la palangana para las abluciones!" Y exclamó el viejo, aturdido aún: "¡Por Alah! ¡qué pesadamente se duerme en esta habitación! ¡Siempre que me acuesto aquí no me despierto hasta muy entrado el día!"

Kamar no supo qué responder. Pero, al levantarse para hacer sus abluciones, sintió que le ardían como el fuego los labios y el rostro, sin contar lo que no se veía. Y se asombró de ello en extremo, y dijo al joyero: "No sé qué será, pero siento que los labios y el rostro me arden como el fuego y me queman como carbones encendidos. ¿A qué obedecerá?"

Y el viejo contestó: "¡Oh! eso no es nada. ¡Sencillamente picaduras de mosquitos!" Y dijo Kamar: "Está bien; pero ¿cómo es que en tu rostro no veo trazas de picaduras de mosquitos, si has dormido a mi lado?" El otro contestó: "¡Por Alah, que es verdad! Sin embargo, has de saber ¡oh cara hermosa! que a los mosquitos les gustan las mejillas jóvenes y vírgenes de pelo, y detestan los rostros barbudos. Y he aquí que bajo tu lindo semblante circula una sangre delicada, mientras que de mis mejillas descienden unas barbas luengas". Dicho esto, hicieron sus abluciones, se dedicaron a la plegaria y almorzaron juntos. Tras de lo cual, Kamar se despidió de su huésped, y salió para ir en busca de la mujer del barbero.

Y he aquí que se encontró con que estaba ella esperándole. Y le acogió riéndose, y le dijo: "¡Vamos, ¡oh hijo! cuéntame la aventura de esta noche, por más que la veo escrita con mil signos en tu rostro!" Él dijo: "¡Estos signos son simples picaduras de mosquitos y nada más, madre mía!" Y la mujer del barbero se rio aun más fuerte al oír estas palabras, y dijo: "¿De verdad son picaduras de mosquitos? ¿Y no ha tenido otros resultados tu visita a la casa de la que amas?" Él contestó: "¡Por Alah, que no, a no ser estas cuatro tabas de jugar los niños, y que me he encontrado en el bolsillo, sin saber cómo han entrado en él!"

Ella dijo: "¡Enséñamelas!" Y las cogió, las miró un momento, y continuó diciendo: "Eres muy inocente, hijo mío, al no haber adivinado que en tu cara llevas todavía la huella, no de picaduras de mosquitos, sino de besos apasionados de la que amas. En cuanto a esos huesos, que ella misma te ha metido en el bolsillo, son un reproche que te dirige por haberte pasado el tiempo durmiendo, pudiéndolo emplear mejor con ella. Ha querido decirte: "Eres un niño que se pasa el tiempo durmiendo. Aquí tienes unas tabas, como cumple a los niños que no saben divertirse con otro juego". Tal es la explicación de estas tabas, hijo mío. Y ha sido hablar bastante claro para la primera vez. Y por otra parte, no tienes más que hacer la prueba esta misma noche. En efecto, te aprovecharás de la invitación del joyero, el cual, sin duda, te convidará de nuevo a cenar, ¡y creo que no te olvidarás de portarte de manera que te satisfaga y la satisfaga, y hagas dichosa a tu madre que te quiere, hijo mío! ¡Y para cuando estés de vuelta en mi casa, ¡oh pupila del ojo! piensa en la miserable condición de mi pobrísimo esposo el barbero!"

Y Kamar contestó: "¡Por encima de la cabeza y de los ojos!" Y regresó al khan en que se alojaba. Y he aquí lo referente a él.

En cuanto a la joven Halima, preguntó a su esposo, el viejo joyero, cuando fue él a buscarla al harem: "¿Cómo te has portado con tu huésped el joven extranjero?" Él contestó: "Con todas las galanterías y todas las consideraciones, ¡oh Halima! ¡Pero ha debido pasar muy mala noche, porque le han picado con encarnizamiento los mosquitos!" Ella dijo: "Tú tienes la culpa por no haberle hecho dormir con mosquitero. Pero, sin duda, estará menos incómodo la próxima noche. Pues supongo que le invitarás otra vez. ¡Y es lo menos que con él puedes hacer en agradecimiento por todas las pruebas de generosidad con que te ha colmado!" Y el joyero sólo pudo responder con el oído y la obediencia, máxime cuando él también sentía gran afecto por el joven.

Así es que, cuando Kamar llegó a la tienda, no dejó de invitarle el joyero, y aquella noche sucedió lo mismo que la anterior, a pesar del mosquitero. Porque, una vez que la bebida adormecedora hubo surtido su efecto, la joven Halima se pasó toda la noche agitándose y moviéndose a horcajadas sobre el gallo dormido, y de manera aun más extraordinaria que la primera vez. Y cuando, por la mañana, el joven Kamar salió de su profundo sueño, merced a los polvos que le echaron en las narices, sintió que le ardía el rostro y que tenía todo el cuerpo acribillado a succiones, mordiscos y otras cosas semejantes realizadas por su ardiente enamorada. Pero no dejó entrever nada al joyero, que le interrogaba sobre cómo había dormido, y tras de despedirse de él, salió para ir a dar cuenta a la mujer del barbero de lo que había pasado. Y al mirar en su bolsillo, encontró un cuchillo que le habían metido allí.

Y enseñó a su protectora aquel cuchillo, dándole quinientos dinares de oro de gratificación para aquel pobre barbero esposo suyo. Y después de besarle la mano, exclamó la vieja al ver el cuchillo: "¡Alah os resguarde de la desgracia, ¡oh hijo mío! He aquí que tu bienamada está irritada, y te amenaza con matarte si te vuelve a encontrar dormido. ¡Porque ésa es la explicación del cuchillo encontrado en tu bolsillo!" Y preguntó Kamar, muy perplejo: "¿Pero qué voy a hacer para no dormirme? ¡La noche última estaba yo resuelto a velar a todo trance, pero no lo conseguí!" Ella contestó: "Pues bien; para ello, no tendrás más que dejar beber al joyero solo y fingiendo que te tomas la copa de sorbete, cuyo contenido arrojarás detrás de ti, simularás dormir en presencia de la esclava. ¡Y de tal suerte conseguirás el objeto deseado!" Y Kamar contestó con el oído y la obediencia, y no dejó de seguir exactamente aquel excelente consejo.

Y he aquí que pasaron las cosas de la manera prevista por la vieja. Porque el joyero, por consejo de su esposa, invitó a Kamar a la tercera cena, con arreglo a la costumbre que exige sea el huésped invitado tres noches seguidas. Y cuando la esclava que había llevado los sorbetes vio dormidos a ambos hombres, se retiró para anunciar a su señora que ya se había producido el efecto deseado.

Al escuchar esta noticia, la ardiente Halima, furiosa de ver que el joven no había comprendido ninguna de sus advertencias, entró en la sala del festín, cuchillo en mano, dispuesta a hundirlo en el corazón del imprudente. Pero de pronto Kamar se irguió sobre ambos pies, riendo, y se inclinó hasta tierra ante la joven, que hubo de preguntarle: "¡Ah! ¿y quién te ha enseñado esa estratagema?" Y Kamar no le ocultó que había obrado de acuerdo con los consejos de la mujer del barbero. Y ella sonrió, y dijo: "¡Es lista la vieja! Pero en adelante sólo tienes que tratar conmigo. ¡Y no te arrepentirás!" Y así diciendo, atrajo hacia ella al jovenzuelo, de carne virgen todavía de todo contacto de mujer, y manipuló con él de manera tan experta...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 786ª NOCHE

Ella dijo:

"...y manipuló con él de manera tan experta, que el joven aprendió de pronto a declinar todos los casos sin vacilar, a poner el régimen pasivo en acusativo, y a exigir el régimen directo en su misión activa. ¡Y en aquella batalla de piernas y de muslos se portó con tanta valentía y tal maestría de choques de vaivén, que aquella noche fue la noche del gallo por excelencia! ¡Loores a Alah, que da alas al primer vuelo de los pájaros, que hace danzar al cabrón desde su nacimiento, que hace desarrollarse el cuello del león joven, que hace saltar al río brotando de la roca y que pone en el corazón de sus creyentes un instinto invencible y hermoso como el canto del gallo por la aurora!

Cuando por medio de aquel valiente justador, que acababa de romper el cascarón, la experta Halima hubo aplacado el ardor que la consumía, le dijo, entre mil caricias: "Sabe ¡oh fruto de mi corazón! que ya no podré pasarme sin ti. ¡Por tanto, no te creas que me bastarán una o dos noches, una o dos semanas, uno o dos meses, uno o dos años! Quiero pasarme contigo la vida entera, abandonando al esposo viejo y feo, y siguiéndote a tu patria. Escúchame, pues, y si me amas y te ha satisfecho la experiencia de esta noche, haz lo que voy a decirte. ¡Helo aquí!

Cuando mi anciano esposo te invite a cenar una vez más, contéstale: "¡Por Alah, tío mío, que lbn-Adán es demasiado pesado por naturaleza, y tiene muy densa la sangre! ¡Y cuando reitera las visitas a casa de los demás, hace que se harten de él ricos y pobres! ¡Excúsame, por no poder aceptar tu graciosa oferta, pues temería cometer una indiscreción reteniéndote tres o cuatro noches fuera de tu harem!" Y tras de hablarle así, le rogarás que alquile para ti una casa en la vecindad nuestra, con pretexto de que así podréis veros cómodamente ambos y pasar juntos, por turno, parte de la noche, sin que ello resulte importuno para uno ni para otro. Desde luego, sé que mi marido vendrá a consultármelo, y le afirmaré en ese proyecto. ¡Y cuando lo realicemos, Alah se encargará de lo demás!" Y el joven Kamar contestó: "¡Oír es obedecer!" Y le juró conformarse con todos sus deseos, y para sellar su juramento, hizo con ella una repetición de regímenes todavía más detallada que la primera. Y en verdad que aquella noche funcionó con celo el báculo del peregrino sobre el camino allanado ya por la primera marcha del jinete.

Hecho lo cual, Kamar, por consejo de su enamorada, fue a tenderse junto al joyero, como si nada hubiese pasado. Y por la mañana, cuando los polvos antídotos despertaron al joyero, Kamar quiso despedirse de él, como tenía por costumbre. Pero el otro le retuvo a la fuerza, y le invitó a compartir con él una vez más la comida de la noche. Y Kamar no olvidó la recomendación de su enamorada, y no quiso aceptar la invitación del joyero pero le participó el plan concertado, y le dijo que era el único medio de no importunarse uno a otro en lo sucesivo. Y contestó el viejo joyero: "¡No hay inconveniente!" Y sin más tardanza se levantó y fue a alquilar la casa inmediata a la suya, la amuebló ricamente e instaló en ella a su joven amigo. Y por su parte, la experta Halima se cuidó de hacer practicar, con gran secreto, en la medianería, una abertura grande, que se disimulaba por ambos lados con un armario.

Así es que, al día siguiente, quedó Kamar extremadamente asombrado al ver entrar en su aposento a su enamorada, como si surgiera de lo invisible. Pero ella, tras de haberle colmado de caricias, le descubrió el misterio del armario, y acto seguido le hizo seña de que se dedicara a su oficio de gallo. Y Kamar se prestó a ello con diligencia y celeridad, y manejó siete veces seguidas el báculo del peregrino. Tras de lo cual, la joven Halima, húmeda aún del ardor satisfecho, sacó de su seno un puñal espléndido de la pertenencia de su esposo el joyero, que lo había labrado por sí mismo con el mayor cuidado y cuyo puño había adornado con hermosas piedras preciosas, y se lo entregó a Kamar, diciéndole: "Guárdate este puñal en el cinturón y preséntate en la tienda de Osta-Obeid, mi marido; enséñale el puñal y pregúntale si le gusta y cuánto vale. Y te preguntará cómo es que lo tienes; dile entonces, que, al pasar por el zoco de los armeros, has oído a dos hombres hablar entre sí y que uno de ellos decía al otro: "¡Mira el regalo que me ha hecho mi amante, que me da los objetos que pertenecen a su anciano marido, el más feo y el más repugnante de los maridos ancianos!" Y añade que, cuando se te acercó el hombre que así hablaba, le compraste el puñal. ¡Abandona la tienda luego y ven a toda prisa a casa, donde me encontrarás en el armario para recoger el puñal!" Y tomando el puñal, Kamar se presentó en la tienda del joyero, donde desempeñó el papel que le había indicado su amada.

Cuando el joyero vio el puñal y oyó las palabras de Kamar, se sintió muy turbado, y contestó con frases entrecortadas, como hombre a quien se le extravía la razón. Y al ver el estado del joyero, Kamar salió de la tienda y corrió a devolver el puñal a su amada, que ya le esperaba en el armario. Y le pintó el estado cruel y el desvarío en que hubo de dejar a su marido el joyero.

En cuanto al desdichado Osta-Obeid, corrió a su vez a la casa, presa de los tormentos de los celos y silbando cual una serpiente furiosa. Y entró, con los ojos fuera de las órbitas, gritando: "¿Dónde está mi puñal?" Y Halima aparentando el aire más inocente, contestó, abriendo unos ojos muy extrañados: "Está en su sitio, en la arquilla. ¡Pero, por Alah, que me guardaré de dártelo, ¡oh hijo del tío! porque veo que tienes extraviada la razón y temo que quieras herir con él a alguien!" Y el joyero insistió, jurando que no quería herir a nadie. Entonces, abriendo la arquilla, le presentó ella el puñal. Y exclamó él: "¡Oh, prodigio!" Ella preguntó: "Pues, ¿qué tiene de sorprendente?" Él dijo: "¡Hace un instante creí ver este puñal en el cinturón de mi joven amigo!" Ella dijo: "¡Por mi vida! ¿has podido abrigar sospechas infundadas de tu esposa, ¡oh el más indigno de los hombres!?" Y el joyero le pidió perdón y se esforzó cuanto pudo por aplacar la cólera de la joven.

Y he aquí que, al día siguiente, Halima, tras de haber jugado con su amante una partida de ajedrez en siete asaltos, pensó de qué medio se valdría para hacer que el viejo joyero se divorciara de ella, y dijo a Kamar: "Ya has visto que el primer medio no nos ha dado resultado. Ahora voy a vestirme de esclava, y me conducirás a la tienda de mi marido. Y me levantarás el velo, diciéndole que acabas de comprarme en el mercado. ¡Y veremos si eso le abre los ojos!" Y se levantó y se vistió de esclava, efectivamente, y acompañó a su amante a la tienda de su marido. Y dijo Kamar al anciano joyero "Mira qué esclava acabo de comprar por mil dinares de oro. ¡A ver si te gusta!" Y así diciendo, le levantó el velo. Y el joyero creyó desmayarse al reconocer a su mujer, adornada con magníficas pedrerías labradas por él mismo y llevando en los dedos las sortijas que le había regalado Kamar. Y exclamó: "¿Cómo se llama esta esclava?" Y Kamar contestó: "¡Halima! " Y al oír estas palabras, el joyero sintió que se le secaba la garganta, y cayó de espaldas. Y Kamar y la joven se aprovecharon del desmayo para retirarse.

Cuando Osta-Obeid volvió de su desvanecimiento, corrió a su casa con todas sus fuerzas, y estuvo a punto de morirse de sorpresa y de espanto al encontrar a su esposa con el mismo atavío con que acababa de verla, y exclamó: "¡No hay fuerza y protección más que en Alah el Omnisciente!" Y ella le dijo: "Y bien, ¡oh hijo del tío! ¿de qué te asombras?" Él dijo: "¡Alah confunda al Maligno! ¡Acabo de ver una esclava que ha comprado mi amigo y que parece ser tú misma, de tanto como se te asemeja!" Y Halima, fingiendo sofocarse de indignación, exclamó: "¿Cómo ¡oh calamitoso de barba blanca! te atreves a ultrajarme con sospechas tan vergonzosas? ¡Ve a convencerte por tus propios ojos, y corre a casa de tu vecino para ver si encuentras allí a la esclava!" Él dijo: "¡Tienes razón! ¡No hay sospecha que ceda a semejante prueba!" Y bajó la escalera, y salió de su casa para ir a la de su amigo Kamar.

Y como había pasado por el armario, ya se encontraba allí Halima cuando entró su esposo. Y confuso ante tan gran parecido, el infortunado no supo más que murmurar: "¡Alah es grande! ¡Él crea los juegos de la Naturaleza y cuanto le place!" Y regresó a su casa en el límite de la turbación y de la perplejidad; y al encontrar a su mujer como la había dejado, no pudo por menos de colmarla de elogios y pedirle perdón. Luego se volvió a su tienda.

En cuanto a Halima, fue a reunirse con Kamar, pasando por el armario, y le dijo: "¡Ya ves que no hay medio de abrir los ojos a ese padre de la barba vergonzosa! Ya sólo nos queda marcharnos de aquí sin tardanza. ¡He tomado mis medidas, y están prontos los camellos cargados, así como los caballos, y la caravana no espera a nadie más que a nosotros para partir!" Y se levantó, y envolviéndose en sus velos, le decidió a llevarla al sitio en que se hallaba la caravana. Y montaron ambos en los caballos que les aguardaban, y partieron. Y Alah les escribió la seguridad, y llegaron a Egipto sin ningún incidente desagradable.

Cuando llegaron a la casa del padre de Kamar, y el venerable mercader se enteró del regreso de su hijo, la alegría dilató todos los corazones, y Kamar fue recibido con lágrimas de dicha. Y cuando Halima entró en la casa, todos los corazones quedaron deslumbrados por su belleza. Y el padre de Kamar preguntó a su hijo: "¡Oh hijo mío! ¿es una princesa?" El joven contestó: "No es una princesa, sino aquella cuya hermosura motivó mi viaje. Pues de ella es de quien nos habló el derviche. ¡Y ahora me propongo casarme con ella conforme a la Sunnah y a la Ley!" Y contó a su padre, desde el principio hasta el fin, toda su historia. Pero no hay utilidad en repetirla.

Al saber aquella aventura de su hijo, el venerable mercader Abd el-Rahmán exclamó: "¡Oh hijo mío! ¡Sea contigo mi maldición en este mundo y en el otro si persistes en querer casarte con esa mujer salida del infierno! ¡Ah! ¡teme ¡oh hijo mío! que un día se conduzca contigo de manera tan desvergonzada como con su primer marido! ¡Mejor será que me dejes buscar para ti una esposa entre las jóvenes de buena familia!" Y le amonestó largamente, y le habló tan cuerdamente, que contestó Kamar: "Haré lo que deseas, ¡oh padre mío!" Y al oír estas palabras, el venerable mercader besó a su hijo y ordenó que al punto encerraran a Halima en un pabellón retirado, mientras tomaba una decisión con respecto a ella.

Tras de lo cual, se ocupó de buscar por toda la ciudad una esposa conveniente para su hijo. Y después de numerosos pasos dados por la madre de Kamar cerca de las mujeres de los notables y de los mercaderes ricos, se celebraron los esponsales de Kamar con la hija del kadí, la cual, sin duda, era la jovenzuela más bella de El Cairo. Y con aquel motivo, durante cuarenta días enteros no se escatimaron los festines, ni las iluminaciones, ni las danzas, ni los juegos. Y el último día tuvo lugar una fiesta reservada especialmente a los pobres, a quienes se cuidaron de invitar a sentarse en torno a las bandejas servidas para ellos con toda generosidad.

Y he aquí que Kamar, que por sí mismo vigilaba a los servidores durante aquel festín, advirtió entre los pobres a un hombre peor vestido que los más pobres y quemado del sol, llevando en su cara las huellas de prolongadas fatigas y de penas abrasadoras. Y al detener en él sus miradas para llamarle, reconoció al joyero Osta-Obeid. Y corrió a participar su descubrimiento a su padre, que le dijo: "¡Ha llegado el momento de reparar, en cuanto nos es posible, el daño que cometiste por instigación de la desvergonzada a quien he encerrado!" Y se adelantó al anciano joyero, que ya se disponía a alejarse, y llamándole por su nombre, le abrazó tiernamente y le interrogó acerca del motivo que habíale reducido a tal estado de pobreza. Y Osta-Obeid le contó que se había marchado de Bassra para que no se difundiese su aventura y no tuviesen ocasión de burlarse de él sus enemigos, pero en el desierto había caído en manos de bandoleros árabes, que le quitaron cuanto poseía. Y el venerable Abd el-Rahmán se apresuró a hacer que le condujeran al hammam, y después del baño que le vistieran con ricos trajes; luego le dijo: "¡Eres mi huésped, y te debo verdad! Sabe, pues, que tu esposa Halima está aquí, encerrada por orden mía en un pabellón retirado. Y pensaba devolvértela con escolta a Bassra pero ya que Alah te condujo hasta aquí, es porque, de antemano, estaba señalada la suerte de esa mujer. Voy, pues, a conducirte a su aposento, y la perdonarás o la tratarás como se merezca. Porque no debo ocultarte que conozco toda la penosa aventura, de que es única culpable tu mujer; pues el hombre que se deja seducir por una mujer no tiene nada que reprocharse, dado que no puede resistir al instinto que Alah ha infundido en él; pero la mujer no está constituida de igual manera, y si no rechaza la aproximación y el ataque de los hombres, siempre será culpable. "¡Ah, hermano mío, se necesita gran acopio de sabiduría y paciencia en el hombre que posee una mujer!" Y dijo el joyero: "¡Tienes razón, hermano mío! Mi mujer es la única culpable en este caso. Pero ¿dónde está?" Y dijo el padre de Kamar: "¡En ese pabellón que ves delante de ti, y cuyas llaves aquí tienes!" Y el joyero cogió las llaves con gran alegría y fue al pabellón, cuyas puertas hubo de abrir, y entró en el aposento de su mujer. Y avanzó hacia ella sin decir una palabra, y echándola de repente al cuello las dos manos, la estranguló, exclamando: "¡Mueran así las desvergonzadas de tu especie...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 787ª NOCHE

Ella dijo:

"...la estranguló, exclamando: "¡Mueran así las desvergonzadas de tu especie!"

Y el mercader Abd el-Rahmán, para acabar de reparar los yerros de su hijo Kamar con el joyero, creyó equitativo y meritorio ante Alah el Altísimo casar, el mismo día de las bodas de Kamar, a su hija Estrella-de-la-Mañana con Osta-Obeid. ¡Pero Alah es más grande y más generoso!

Tras de contar así esta historia, Schehrazada se calló.

Y exclamó el rey Schahriar: "Haga Alah ¡oh Schehrazada! que todas las mujeres desvergonzadas sufran la suerte de la esposa del joyero. ¡Porque así es como debieran terminar varias historias de las que me has contado! Con frecuencia, en efecto, me he irritado en el alma, Scheharazada, al ver que ciertas mujeres tenían un fin contrario a mis ideas y a mis inclinaciones. ¡Pues ya sabes cómo he tratado, por mi parte, a la esposa impúdica y maligna (que Alah no la tenga en su compasión), así como a todas sus infieles esclavas!"

Pero Schehrazada, sin querer que el rey se entregase por mucho tiempo a tales pensamientos, se guardó mucho de responder al particular, y apresuróse a comenzar, como sigue, la Historia de la pierna de carnero.

HISTORIA DE LA PIERNA DE CARNERO

Cuentan —¡pero Alah es más sabio!— que en El Cairo, bajo el reinado de un rey entre los reyes de aquel país, había una mujer dotada de tanta astucia y de tanta destreza, que pasar por el ojo de la aguja más pequeña era para ella tan sencillo como beberse un sorbo de agua. Y he aquí que Alah (que distribuye a su antojo cualidades y defectos) había infundido a aquella mujer tal ardor de temperamento, que si le hubiese cabido en suerte ser una de las cuatro esposas de un creyente y compartir con justicia las cuatro noches en cuatro lotes, uno para cada una, se hubiera muerto de deseo reconcentrado. Así es que supo ella arreglarse de manera que llegó, no sólo a ser la esposa única de un hombre, sino a casarse a la vez con dos hombres, de la raza de los gallos del Alto Egipto, que podían consolar una tras otra a veinte gallinas. Y había usado de tanta sutileza, y tan bien supo tomar sus medidas, que ninguno de los dos hombres sospechaba un reparto tan contrario a la ley y a las costumbres de los verdaderos creyentes. Y por cierto que favorecía los manejos de ella la profesión que ejercían sus dos maridos, porque uno era ladrón nocturno y el otro ratero diurno. Con lo cual, cuando uno regresaba a casa por la noche, una vez terminada su tarea, el otro había salido ya en busca de algún trabajo apropiado. En cuanto a sus nombres, se llamaban: el ladrón, Haram, y el ratero, Akil.

Y transcurrieron días y meses, y el ladrón Haram y el ratero Akil se dedicaban con provecho en casa a su oficio de gallos, y fuera de casa al de zorros.

Un día entre los días, el ladrón Haram, después que el heredero de su padre hubo consolado a la hija del tío más excelentemente aún que de costumbre, dijo a la mujer: "Un asunto de gran importancia ¡oh mujer! me obliga a ausentarme por algún tiempo. ¡Plugue a Alah escribirme el éxito, a fin de que esté yo de vuelta junto a ti lo más pronto posible!" Y contestó la mujer: "El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti, ¡oh cabeza de los hombres! Pero ¿qué va a ser de esta desventurada mientras dura la ausencia de su enamorado?" Y se desoló mucho y le dijo mil palabras de desconsuelo, y sólo le dejó partir después de las más cálidas pruebas de afecto. Y cargado con un saco de provisiones de boca que la joven había tenido cuidado de prepararle para el viaje, el ladrón Haram se fue por su camino, satisfecho y chasqueando la lengua de contento.

Haría apenas una hora de tiempo que había partido él, cuando regresó Akil el ratero. Y quiso la suerte que, teniendo necesidad de abandonar la ciudad, precisamente fuese a anunciar su marcha a su esposa. Y la joven no dejó de hacer presente a su otro marido toda la pena que le producía su alejamiento, y después de las pruebas diversas y multiplicadas de una pasión extraordinaria, le llenó de provisiones de boca un saco para el viaje, y le dijo adiós, invocando sobre su cabeza las bendiciones de Alah (¡exaltado sea!) Y el ratero Akil salió de su casa alabándose de tener una esposa tan cálida y tan atenta y chasqueando la lengua de contento.

Y como por lo general, a cada criatura le espera su destino en cualquier encrucijada del camino, ambos maridos debían encontrar el suyo donde menos pensaban. En efecto, al fin de la jornada, el ratero Akil entró en un khan que le pillaba de camino, proponiéndose pasar allí la noche. Y al entrar en el khan, sólo encontró en él a un viajero, con el cual entabló conversación enseguida, después de las zalemas y cumplimientos por una y otra parte. Y he aquí que su interlocutor era precisamente el ladrón Haram, que tomó el mismo camino que su asociado, a quien no conocía. Y el primero dijo al segundo: "¡Oh compañero! ¡parece que estás muy fatigado!" Y el otro contestó: "¡Por Alah! ¡hoy me he hecho de una tirada todo el camino de El Cairo! Y tú, compañero, ¿de dónde vienes?" El aludido contestó: "¡De El Cairo también! Y glorificado sea Alah, que pone en mi camino un compañero tan agradable para continuar el viaje. Porque ha dicho el profeta (¡con él la plegaria y la paz!): "¡Un compañero es la mayor provisión para el camino!" ¡Pero, entretanto, para sellar nuestra amistad, partamos juntos el mismo pan y probemos la misma sal! ¡He aquí ¡oh compañero! mi saco de provisiones, en el que tengo, para ofrecértelos, dátiles frescos y asado con ajo!" Y el otro contestó: "Alah aumente tus bienes, ¡oh compañero! Acepto la oferta de todo corazón amistoso. ¡Pero permíteme que también contribuya con lo mío!" Y mientras el primero sacaba del saco sus provisiones, puso él las suyas en la estera donde estaban sentados.

Cuando acabaron ambos de colocar sobre la estera lo que tenían que ofrecerse, advirtieron que llevaban provisiones exactamente iguales: panes de sésamo, dátiles y media pierna de carnero. Y hubieron de asombrarse hasta el límite extremo del asombro en cuanto observaron que las dos medias piernas de carnero se acoplaban con perfecta exactitud. Y exclamaron: "¡Alahu akbar! ¡estaba escrito que esta pierna de carnero vería reunirse sus dos mitades, a pesar de la muerte, el horno y el guiso!"

Luego el ratero preguntó al ladrón: "Por Alah sobre ti, ¡oh compañero! ¿puedo saber de dónde procede ese trozo de pierna de carnero?" Y el ladrón contestó: "¡Me lo ha dado la hija de mi tío antes de ponerme en marcha! Pero, por Alah sobre ti, ¡oh compañero! ¿puedo, a mi vez, saber de dónde sacaste esa media pierna?" Y el ratero dijo: "¡También me la metió en el saco la hija del tío! Pero ¿puedes decirme en qué barrio se encuentra tu honorable casa?" El aludido dijo: "¡Junto a la Puerta de las Victorias!" Y el otro exclamó: "¡Y la mía también!" Y de pregunta en pregunta, pronto ambos ladrones adquirieron la convicción de que desde el día de su matrimonio eran, sin saberlo, asociados de la misma cama y del mismo tizón. Y exclamaron: "¡Alejado sea el Maligno! ¡He aquí que nos ha burlado la maldita!"

Luego, aunque en un principio este descubrimiento les incitó a realizar alguna violencia, como eran avisados y prudentes, acabaron por pensar que el mejor partido que podían tomar consistía en volver sobre sus pasos y esclarecer por sus propios ojos y sus propias orejas lo que tenían que esclarecer con la taimada. Y de acuerdo sobre el particular, emprendieron de nuevo ambos la ruta de El Cairo, y no tardaron en llegar a su vivienda común.

Cuando, tras de abrirles la puerta, la joven vio juntos a sus dos maridos, no pudo dudar de que habían descubierto su estratagema, y como era prudente y avisada, comprendió que sería inútil buscar entonces un pretexto con que ocultar por más tiempo la verdad. Y pensó: "¡El corazón del hombre más duro no puede resistir a las lágrimas de la mujer amada!" Y de pronto, estallando en sollozos y despeinándose los cabellos, se arrojó a los pies de sus dos maridos, implorando su misericordia.

Y he aquí que la amaban ambos y tenían el corazón prendado por los encantos de ella. Así que, a pesar de tan notoria perfidia, sintieron que no se había debilitado su afecto hacia ella y la levantaron y le otorgaron su perdón, pero después de haberle hecho los cargos con ojos furibundos. Luego, como ella permaneciera silenciosa con un aire muy contrito, le dijeron que aquello no era todo, pues tenía que cesar sin tardanza aquel estado de cosas tan contrario a las costumbres y usos de los creyentes. Y añadieron: "¡Es absolutamente necesario que, al punto, te decidas a escoger entre nosotros dos al que quieras conservar como esposo!"

Al oír estas palabras de sus dos maridos, la joven bajó la cabeza, y reflexionó profundamente. Y por más que la apremiaron ellos para que, sin tardanza, tomase una determinación, les fue imposible hacerle designar al que prefería, porque a ambos les encontraba iguales gallardía, fuerza y resistencia. Pero como, impacientes por el silencio de ella, le gritasen con voz amenazadora que tenía que escoger, acabó por levantar la cabeza, y dijo: "¡No hay recurso y misericordia más que en Alah el Altísimo, el Todopoderoso! ¡Oh hombres! ¡ya que me obligáis a escoger entre vosotros y a tomar un partido me lastima al afecto que os dediqué por igual, y como, hecha la reflexión y pesadas las consecuencias, no tengo ningún motivo para preferir el uno al otro, he aquí lo que os propongo! Ambos vivís de vuestra destreza, y sobre eso tenéis tranquila la conciencia, y Alah, que juzga las acciones de sus criaturas conforme a las aptitudes que les ha puesto en el corazón, no os rechazará del seno de Su bondad. Tú, Akil, escamoteas durante el día, y tú, Haram, robas por la noche. ¡Pues bien; declaro ante Alah y ante vosotros que conservaré como esposo a aquel de vosotros dos que dé la mejor prueba de destreza y realice la proeza más ingeniosa!" Y ambos contestaron con el oído y la obediencia, admitiendo enseguida la proposición y preparándose al punto a rivalizar en ingenio.

Y he aquí que el ratero Akil fue quien empezó a actuar, yendo con su asociado Haram al zoco de los cambistas. Y le mostró con el dedo a un viejo judío que se paseaba con lentitud de una tienda a otra, y dijo: "¿Ves ¡oh Haram! a ese hijo de perro? ¡Pues me comprometo a quitarle su saco de cambista antes de que acabe de dar ese paseo!" Y habiendo hablado así, ligero como una pluma, se acercó al judío que paseaba y le sustrajo el saco lleno de dinares de oro que llevaba consigo. Y volvió al lado de su compañero, el cual, poseído de extremado pavor, quiso evitarle en un principio para no arriesgarse a que le detuvieran como cómplice del otro; pero maravillado luego de golpe de mano tan feliz, empezó a felicitarle por la maestría de que acababa de dar prueba, y le dijo: "¡Por Alah! ¡me parece que, por mi parte, jamás podré llevar a cabo una empresa tan brillante! ¡Yo creía que robar a un judío era cosa que superaba a las fuerzas de un creyente!" Pero el ratero se echó a reír, y le dijo: "¡Oh pobre! ¡eso no es más que el principio de la cosa, pues no es así como pretendo apropiarme el saco del judío! Porque un día u otro podría ponerse sobre mi pista la justicia y obligarme a decir la verdad. ¡Quiero convertirme en propietario legal del saco con su contenido, conduciéndome de manera que el propio kadí me adjudique lo que le pertenece a ese judío relleno de oro!" Y así diciendo, se marchó a un rincón retirado del zoco, abrió el saco, contó las monedas de oro, que contenía, quitó de ellas diez dinares y puso en su lugar un anillo de cobre que le pertenecía. Tras de lo cual volvió a cerrar el saco cuidadosamente, y acercándose de nuevo al judío despojado, se lo deslizó diestramente en el bolsillo del kaftán, como si no hubiese pasado nada.

La destreza es un don de Alah, ¡oh creyentes!

Y he aquí que, apenas había dado algunos pasos el judío, cuando el ratero se lanzó otra vez sobre él, pero entonces muy ostensiblemente, gritándole: "¡Miserable hijo de Aarón, se acerca tu castigo! ¡Devuélveme mi saco o vamos ambos a casa del kadi!" Y en el límite de la sorpresa, al verse tratado así por un hombre a quien no conocía, ni de padre, ni de madre, y a quien nunca en su vida había visto, el judío, para eludir los golpes, empezó a deshacerse en excusas, y juró por Ibrahim, Ishak y Yacub que su agresor se equivocaba de persona y que, por su parte, jamás se le había ocurrido, ni por pienso, arrebatarle el saco. Pero Akil, sin querer escuchar sus protestas, amotinó contra el judío a todo el zoco y acabó por agarrarle del kaftán, diciéndole: "¡Yo y tú a casa del kadí!" Y como el otro se resistiese, le cogió de la barba, y entre el tumulto le arrastró a la presencia del kadí.

Y el kadí preguntó: "¿De qué se trata?" Y al punto contestó Akil: "¡Oh nuestro amo el kadí! este judío, de la tribu de los judíos, que traigo entre tus manos, dispensadoras de justicia, es sin duda el ladrón más audaz que ha entrado en la sala de tus decretos. ¡He aquí que, después de haberme robado mi saco lleno de oro, se atreve a pasearse por el zoco con la tranquilidad del musulmán irreprochable!" Y gimió el judío, con la barba a medio arrancar: "¡Oh nuestro amo el kadí, protesto de eso! ¡Jamás he visto ni conocido a este hombre que me ha maltratado y reducido al estado lamentable en que me hallo, después de haber amotinado al zoco contra mí y haber destruido para siempre mi crédito y arruinado mi reputación de cambista irreprochable!"

Pero Akil exclamó: "¡Oh maldito hijo de Israel! ¿desde cuándo la palabra de un perro de tu raza prevalece sobre la palabra de un creyente? ¡Oh nuestro amo el kadí! ¡este embaucador niega su robo con tanta audacia como cierto mercader de las Indias, cuya historia contaré a tu señoría, si no la conoce!"

Y el kadí contestó: "¡No conozco la historia del mercader de las Indias! ¿Pero qué le sucedió? ¡Dímelo brevemente!" Y Akil dijo: "¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos! ¡oh amo nuestro! Para hablar brevemente, te diré que el tal mercader de las Indias era un hombre que había conseguido inspirar tanta confianza a la gente del zoco, que un día le confiaron en depósito una importante cantidad de dinero, sin pedirle recibo. Y se aprovechó de esta circunstancia para negar el depósito el día en que fue a reclamárselo el propietario. Y como éste no podía exhibir contra el demandado testigos ni escrituras, sin duda el mercader se habría comido con toda tranquilidad la hacienda ajena, si el kadí de la ciudad, con su talento, no hubiese logrado hacerle declarar la verdad. ¡Y obtenida esta declaración, le hizo aplicar doscientos palos en la planta de los pies, y le echó de la ciudad!" Luego continuó Akil: "¡Y ahora, ¡oh nuestro amo el kadí! espero de Alah que tu señoría, llena de sagacidad y de talento, hallará fácilmente el medio de demostrar la doblez de este judío! ¡Y primeramente permite a tu esclavo que te ruegue des orden de registrar a mi ladrón para convencerte de su robo!"

Cuando el kadí hubo oído este discurso de Akil, ordenó a los guardias que registraran al judío. Y no tardaron mucho tiempo en encontrarle encima el saco consabido. Y el acusado, gimiendo, insistió en que el saco era de su propiedad legítima. Y por su parte, Akil aseguraba, con toda clase de juramentos e injurias dirigidas al descreído, que él reconocía perfectamente el saco que le habían sustraído. Y el kadí, como juez avisado, ordenó entonces que cada una de las partes declarase lo que había dentro del saco en litigio. Y el judío declaró: "¡En el saco ¡oh amo nuestro! hay quinientos dinares de oro que metí en él esta mañana, ni uno más, ni uno menos!" Y Akil exclamó: "¡Mientes, ¡oh hijo de judíos! a no ser que, al revés de lo que ocurre con los de tu raza, me devuelvas más de lo que cogiste! Yo declaro que en el saco sólo hay cuatrocientos noventa dinares, ni uno más, ni uno menos. ¡Y, además, debe estar guardado ahí un anillo de cobre con mi sello, como no sea que lo hayas tú quitado ya!" Y el kadí abrió el saco en presencia de los testigos, y su contenido hubo de dar la razón al ratero. Y al punto el kadí entregó el saco a Akil y ordenó que inmediatamente se administrase una paliza al judío, ¡que se había quedado mudo de estupefacción!

Cuando el ladrón Haram vio el éxito de la acertada jugarreta de su asociado Akil, le felicitó y le dijo que a él le resultaría muy difícil superarle. No obstante, se citó con él para aquella misma noche en las inmediaciones del palacio del sultán, a fin de intentar, a su vez, alguna hazaña que no fuese indigna de la maravillosa jugarreta de que acababa de ser testigo.

Así es que, al caer la noche, ya estaban en el punto de cita convenido ambos asociados. Y Haram dijo a Akil: "Compañero, te has reído de la barba de un judío y de la del kadí. Yo quiero obrar sobre el propio sultán. ¡Aquí tienes una escala de cuerda, de la que voy a valerme para penetrar en el aposento del sultán! ¡Pero tienes que acompañarme para ser testigo de lo que ocurra!" Y a Akil, que no estaba acostumbrado al robo, sino sencillamente a las raterías, en un principio le asustó mucho la temeridad de aquella tentativa; pero se avergonzó de retroceder ante su asociado, y le ayudó a arrojar por encima de la muralla del palacio la escala de cuerda. Y treparon ambos por ella, bajaron por el lado opuesto, atravesaron los jardines y se adentraron en el mismo palacio, a favor de las tinieblas, y se deslizaron por las galerías hasta el propio aposento del sultán; y levantando una cortina, Haram hizo a su compañero ver al sultán dormido y junto al cual había un mozalbete que le hacía cosquillas en la planta de los pies...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 788ª NOCHE

Ella dijo:

"...Un mozalbete que le hacía cosquillas en la planta de los pies. E incluso el mozalbete aquél, que favorecía el dormir del rey con semejante maniobra, parecía abrumado de sueño, y para no dejarse vencer por el sopor mascaba un trozo de almácigo.

Al ver aquello, Akil, lleno de pavor, estuvo a punto de caerse de espaldas, y Haram le dijo al oído: "¿Por qué te asustas así compañero? ¡Tú has hablado con el kadí, y yo, a mi vez, quiero hablar con el rey!" Y dejándole escondido detrás de la cortina, se acercó al mozalbete con una agilidad maravillosa, le amordazó, le ató, y le colgó del techo como a un fardo. Luego se sentó en el sitio del otro, y se puso a hacer cosquillas al rey en la planta de los pies con la ciencia de un masajista del hammam. Y al cabo de un momento, maniobró de manera que se despertase el sultán, quien empezó a bostezar. Y Haram, imitando la voz de un mozalbete, dijo al sultán: "¡Oh rey del tiempo! ya que tu Alteza no duerme, ¿quiere que le cuente algo?" Y cuando contestó el sultán: "¡Está bien!" Haram dijo: "En una ciudad entre las ciudades había ¡oh rey del tiempo! un ladrón llamado Haram y un ratero llamado Akil, que rivalizaban en audacia y destreza. ¡Y he aquí lo que cada uno de ellos hizo un día!" Y contó al sultán la jugarreta de Akil con todos sus detalles, y llevó su audacia hasta enterarle de cuanto pasaba en su propio palacio, cambiando solamente el nombre del sultán y el lugar de la escena. Y cuando hubo terminado su relato, dijo: "Y ahora, ¡oh rey del tiempo! ¿me dirás a cuál de ambos compañeros encuentra más hábil tu señoría?"

Y contestó el sultán: "¡Indudablemente, al ladrón que se introdujo en el palacio del rey!"

Cuando hubo oído esta respuesta, Haram pretextó una urgente necesidad de orinar, y salió como si fuera a los retretes. Y fue a reunirse con su compañero, que, durante todo el tiempo que duró la conversación, estuvo sintiendo que el alma se le escapaba de terror por la nariz. Y de nuevo emprendieron el camino que ya habían recorrido y salieron del palacio tan felizmente como habían entrado.

Al día siguiente, el sultán, que estaba muy asombrado de no haber vuelto a ver a su favorito, a quien creía en los retretes, llegó al límite de la sorpresa al hallarle colgado del techo, exactamente igual que en la historia que oyó contar. Y enseguida adquirió la certeza de que él mismo acababa de ser víctima de tan audaz ladrón. Pero, lejos de irritarse contra quien así le había burlado, quiso conocerle; y a tal fin hizo proclamar, por los pregoneros públicos, que perdonaba al que se introdujo de noche en su palacio y le prometía una gran recompensa si se presentaba ante él. Y fiado en esta promesa, fue Haram al palacio y se presentó entre las manos del sultán, que hubo de alabarle mucho por su valor, y para recompensar tanta maestría, le nombró en el momento jefe de policía del reino. Y la joven, por su parte, al enterarse de la cosa, no dejó de escoger a Haram por único esposo, y vivió con él entre delicias y alegrías. ¡Pero Alah es más sabio!

Y Schehrazada no quiso dejar al rey aquella noche bajo la impresión de esta historia, e inmediatamente comenzó a contarle la prodigiosa historia que sigue.

Dijo:

LAS LLAVES DEL DESTINO

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que el califa Mohammad ben-Theilún, sultán de Egipto, era un soberano tan mesurado y bueno como cruel y opresor fue su padre Theilún. Porque, lejos de obrar como éste, torturando a sus súbditos con objeto de que pagasen tres y cuatro veces los mismos impuestos, y haciendo que les administrasen palizas para obligarles a desenterrar los pocos dracmas que guardaban bajo tierra por temor a los recaudadores, se apresuró a hacer que renaciera la tranquilidad y de nuevo se aposentara entre su pueblo la justicia. Y los tesoros que su padre Theilún había acumulado a fuerza de violencia los empleaba él en proteger a los poetas y a los sabios, en recompensar a los valientes y en acudir en ayuda de los pobres y de los desgraciados. Así es que Alah el Retribuidor hizo que todo saliese bien bajo el reinado bendito de aquel rey; pues jamás fueron tan regulares y abundantes las crecidas del Nilo, jamás las mieses fueron tan ricas y multiplicadas, jamás estuvieron tan verdes los campos de alfalfa y de altramuz y jamás los mercaderes vieron afluir a sus tiendas tanto oro.

Un día entre los días el sultán Mohammad hizo ir a su presencia a todos los dignatarios de su palacio para interrogarles, por turno, acerca de sus funciones, de sus servicios pretéritos y de la paga que recibían del tesoro. Porque de tal suerte quería enterarse por sí mismo de su conducta y de sus medios de existencia, diciéndose: "Si veo que alguno tiene un empleo penoso y una paga ligera, disminuiré su trabajo y aumentaré su sueldo pero si veo que uno tiene una paga considerable y un empleo fácil, disminuiré su sueldo y aumentaré su trabajo".

Y los primeros que se presentaron entre sus manos fueron sus visires, que eran cuarenta, todos ancianos venerables, con luengas barbas blancas y rostro marcado por la sabiduría. Y llevaban a la cabeza tiaras enturbantadas, enriquecidas con piedras preciosas; y se apoyaban en largas pértigas con remate de ámbar, signo de su poder. Luego llegaron los walíes de provincias los jefes del ejército y cuantos, de cerca o de lejos, tenían que mantener la tranquilidad y hacer justicia. Y unos tras de otros, se arrodillaron y besaron la tierra entre las manos del califa, que les interrogó largamente, y les retribuyó o destituyó con arreglo a lo que opinaba de sus méritos.

Y el último que se presentó fue el eunuco portaalfanje, ejecutor de la justicia. Y aunque estaba gordo, como hombre bien alimentado que no tiene nada que hacer, ofrecía un aspecto muy triste y en vez de ir orgullosamente con su alfanje desnudo al hombro, llevaba la cabeza baja y tenía el alfanje envainado. Y cuando estuvo entre las manos del sultán Mohammad ben-Theilún, besó la tierra y dijo: "¡Oh señor nuestro y corona de nuestra cabeza! ¡he aquí que por fin va a lucir el día de la justicia para el esclavo ejecutor de la justicia! ¡Oh mi señor, oh rey del tiempo! desde la muerte de tu difunto padre, el sultán Theilún (¡Alah lo tenga en Su misericordia!), he visto disminuir día por día las ocupaciones de mi cargo y desaparecer el provecho que me proporcionaban. Y mi vida, que antaño era dichosa, transcurre ahora aburrida e inútil. Y si el Egipto continúa de tal suerte gozando de tranquilidad y de abundancia, corro mucho riesgo de morirme de hambre, no dejando ni siquiera lo preciso para que me compren un sudario (¡Alah prolongue la vida de nuestro señor!)".

Cuando el sultán Mohammad ben-Theilún hubo oído estas palabras de su portaalfanje, reflexionó durante un buen rato, y comprendió que tales quejas eran justificadas, porque el provecho mayor que su cargo le producía al verdugo no procedía de su paga, que era poco considerable, sino de los dones y herencias que sacaba de quienes ejecutaba.

Y exclamó: "¡De Alah venimos y a Él retornaremos! ¡Verdad es que la dicha de todos es una ilusión, y que lo que ocasiona la alegría de uno hace correr las lágrimas de otro! ¡Oh portaalfanje! ¡tranquiliza tu alma y refresca tus ojos, pues en adelante, para ayudarte a subsistir, ahora que casi no se retribuyen tus funciones, recibirás cada año doscientos dinares de emolumentos! ¡Y haga Alah que, durante todo mi reinado permanezca siendo tu alfanje tan inútil como lo es en este momento y se cubra con el orín pacífico de reposo!" Y el portaalfanje besó la orla del traje del califa y se volvió a su sitio. He narrado lo anterior para demostrar qué soberano tan justo y clemente era el sultán Mohammad.

Cuando ya iba a levantarse la sesión, el sultán divisó, detrás de las filas de dignatarios, a un jeique de edad, con la cara llena de arrugas y cargado de espaldas, que aun no había sido interrogado. Y le hizo seña de que se acercara, y le preguntó cuál era su empleo en el palacio. Y el jeique contestó: "¡Oh rey del tiempo! mi empleo se reduce sencillamente a vigilar un cofrecillo que me fue entregado; para su custodia, por tu padre el difunto sultán. ¡Y por este empleo se me dan del tesoro todos los meses diez dinares de oro!" Y el sultán Mohammad se asombró de aquello, y dijo: "¡Oh jeique! ¡ése es un sueldo muy crecido para un empleo tan descansado! Pero ¿qué hay en el cofrecillo?" El otro contesté: "¡Por Alah, ¡oh señor nuestro! que hace cuarenta años que lo guardo, e ignoro lo que contiene!" Y dijo el sultán: "¡Ve a traerlo cuanto antes!" Y el jeique se apresuró a ejecutar la orden.

Y he aquí que el cofrecillo que el jeique llevó al sultán era de oro macizo y estaba ricamente labrado. Y por orden del sultán, lo abrió el jeique por primera vez. Pero no contenía más que un manuscrito trazado con letras brillantes sobre piel de gacela teñida de púrpura. Y en el fondo había un poco de tierra roja.

Y el sultán cogió el manuscrito de piel de gacela, que estaba escrito en caracteres brillantes, y quiso leer lo que decía. Pero, aunque se hallaba muy versado en la escritura y en las ciencias, no pudo descifrar ni una sola palabra de los caracteres desconocidos que había trazados en él. Y ni los visires ni los ulemas que estaban presentes lograron un resultado mejor. Y el sultán hizo ir, unos tras otros, a todos los sabios afamados de Egipto, Siria, Persia e India; pero ninguno de ellos pudo decir siquiera en qué lenguaje estaba escrito aquel manuscrito. Porque, por lo general, los sabios no son más que pobres ignorantes con sus grandes turbantes por toda ciencia.

Entonces el sultán Mohammad hizo publicar por todo el imperio que otorgaría la mayor de las recompensas a quien pudiera solamente indicarle un hombre lo bastante instruido para descifrar los desconocidos caracteres.

Poco tiempo después de la publicación de aquel aviso; se presentó en la audiencia del sultán un anciano de turbante blanco, y después de obtener permiso para hablar, dijo: "¡Alah prolongue la vida de nuestro amo el sultán! ¡El esclavo que está entre tus manos es un antiguo servidor de tu padre, el difunto sultán Theilún, y hoy mismo acaba de volver del destierro a que había sido condenado! ¡Alah tenga en su compasión al difunto, que me condenó a verme relegado! ¡Pero me presento entre tus manos ¡oh señor soberano nuestro! para decirte que sólo un hombre puede leer el manuscrito de piel de gacela! Y es su dueño legítimo, el jeique Hassán Abdalah, hijo de El-Aschar, que hace cuarenta años fue arrojado a un calabozo por orden del difunto sultán. ¡Y sólo Alah sabe si gemirá él allá aún o si estará muerto!" Y el sultán preguntó: "¿Por qué motivo se encerró en un calabozo al jeique Hassan Abdalah?"

El otro contestó: "¡Porque el difunto sultán quería obligar por fuerza al jeique a leerle el manuscrito, después que le desposeyó de él!"

Al oír estas palabras, el sultán Mohammad al punto envió a los jefes de los guardias a visitar todas las prisiones, con la esperanza de encontrar en ellas al jeique Hassán Abdalah vivo todavía, y hacerle salir de allí. Y quiso la suerte que aún estuviese vivo el jeique. Y los jefes de los guardias, por orden del sultán, le vistieron con un traje de honor, y le llevaron entre las manos de su amo. Y el sultán Mohammad vio que el prisionero era un hombre de aspecto venerable y de rostro dolorido por los sufrimientos. Y se levantó en honor suyo, y le rogó que perdonara el injusto trato que le había hecho sufrir su padre, el califa Theilún. Luego le hizo sentarse junto a él, y entregándole el manuscrito de piel de gacela, le dijo: "¡Oh venerable jeique! ¡no quiero guardar por más tiempo este objeto que no me pertenece, aunque por él poseyera todos los tesoros de la tierra!"

Al oír estas palabras del sultán, el jeique Hassán Abdalah vertió abundantes lágrimas, y volviendo hacia el cielo las palmas de las manos, exclamó: "¡Señor, fuente de toda sabiduría eres Tú, que en el mismo suelo haces brotar el veneno y la planta salutífera! ¡En el fondo de un calabozo pasé cuarenta años de mi vida, y he aquí que es al hijo de mi opresor a quien ahora tengo que agradecer el morir al sol! ¡Señor, loores y gloria a Ti, cuyos decretos son insondables!"

Luego se encaró con el sultán, y dijo: "¡Oh amo, nuestro soberano! ¡lo que rehusé a la violencia se lo concedo a la bondad! ¡Este manuscrito, para la posesión del cual arriesgué varias veces mi vida, te pertenece como propiedad legítima en lo sucesivo! ¡Es el principio y fin de toda ciencia, y el único bien que traje de la ciudad de Scheddad ben-Aad, la ciudad misteriosa donde no puede entrar ningún humano, Aram-de-las-columnas!"

El califa abrazó al anciano, y le dijo: "¡Oh padre mío! ¡por favor, apresúrate a decirme lo que sepas con respecto a ese manuscrito de piel de gacela y a la ciudad de Scheddad ben-Aad, Aram-de-las-columnas!" Y contestó el jeique Hassán Abdalah: "¡Oh rey! la historia de este manuscrito es la historia de toda mi vida. ¡Y si estuviera escrita con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de lección a quien la leyera con respeto!" Y contó:

"Has de saber ¡oh rey del tiempo! que mi padre era uno de los mercaderes más ricos y más respetados de El Cairo. Y yo soy su hijo único. Y mi padre no escatimó nada para mi instrucción, y me dio los mejores maestros de Egipto. Así que a los veinte años ya era yo famoso entre los ulemas por mi saber y mis conocimientos en los libros de los antiguos. Y queriendo regocijarme con mis bodas, mi padre y mi madre me dieron por esposa a una joven virgen de ojos llenos de estrellas, de talle flexible y gracioso, y gacela por la elegancia y la ligereza. Y mis bodas fueron magníficas. Y pasé con mi esposa días de tranquilidad y noches de ventura. Y de tal suerte viví diez años tan hermosos como la primera noche nupcial.

Pero ¡oh mi señor! ¿quién puede saber lo que le reserva la suerte del mañana? Al cabo de aquellos diez años, que pasaron como el sueño de una noche tranquila, fui presa del Destino, y todos los azotes cayeron a la vez sobre la dicha de mi casa. Porque en el transcurso de unos días, la peste hizo perecer a mi padre, el fuego devoró mi casa y las aguas del mar se tragaron a los navíos que traficaban a lo lejos con mis riquezas. Y pobre y desnudo como el niño al salir del seno de su madre, no tuvo más recurso que la misericordia de Alah y la piedad de los creyentes. Y hube de frecuentar el patio de las mezquitas con los mendigos de Alah; y vivía en la compañía de los santones de hermosas palabras. Y en los días peores me ocurría con frecuencia volver sin un pedazo de pan a mi albergue, y después de haber ayunado toda la jornada, no tener nada que comer por la noche. Y sufría en extremo con mi propia miseria y la de mi madre, de mi esposa y de mis hijos.

Un día en que Alah no había enviado ninguna limosna a su mendigo, mi esposa se quitó su último vestido y me lo entregó llorando, y me dijo: "Ve a ver si lo vendes en el zoco, a fin de comprar a nuestros hijos un pedazo de pan". Y cogí el vestido de la mujer, y salí para ir a venderlo a la salud de nuestros hijos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 789ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y cogí el vestido de la mujer, y salí para ir a venderlo a la salud de nuestros hijos. Y cuando me dirigía al zoco, me encontré con un beduino montado en una camella roja. Y al verme, el beduino paró de repente a su camella, la hizo arrodillarse, y me dijo: "La zalema contigo, ¡oh hermano mío! ¿No podrías indicarme la casa de un rico mercader que se llama el jeique Hassán Abdalah, hijo de Al-Achar?" Y yo ¡oh mi señor! tuve vergüenza de mi pobreza, aunque la pobreza, como la riqueza, nos viene de Alah, y contesté, bajando la cabeza: "Y contigo la zalema y la bendición de Alah, ¡oh padre de los árabes! ¡Pero en El Cairo, que yo sepa, no hay ningún hombre con el nombre que acabas de pronunciar!" Y quise continuar mi camino. Pero el beduino se apeó de su camella, y tomando mis manos en las suyas, me dijo, con acento de reproche: "Alah es grande y generoso, ¡oh hermano mío! ¿Acaso no eres tú el jeique Hassán Abdalah, hijo de Al-Achar? ¿Y es posible que te desentiendas del huésped que Alah te envía, ocultando tu nombre?" Entonces yo, en el límite de la confusión, no pude contener mis lágrimas, y rogándole que me perdonara, le cogí las manos para besárselas; pero no quiso dejarme hacer, y me estrechó en sus brazos, como haría un hermano con su hermano. Y le conduje a mi casa.

Y mientras de aquel modo caminaba con el beduino, que llevaba del ronzal a su camella, mi corazón y mi espíritu estaban torturados por la idea de no tener nada para agasajar al huésped. Y cuando llegué, me apresuré a contar a la hija de mi tío el encuentro que acababa de tener; y ella me dijo: "¡El extranjero es el huésped de Alah, y para él será incluso el pan de los hijos! Vuélvete, pues, a vender el traje que te di, y con el dinero que por ello saques compra con qué alimentar a nuestro huésped. ¡Y si deja sobras, nos las comeremos nosotros!" Y para salir, tenía yo que pasar por el vestíbulo en que había dejado al beduino. Y como ocultara yo el traje, me dijo él: "¿Qué llevas entre la ropa, hermano mío?" Y contesté, bajando la cabeza, confuso: "¡Nada!" Pero él insistió, diciendo: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh hermano mío! te suplico me digas qué llevas escondido entre las vestiduras!" Y contesté, muy azorado: "¡Es el traje de la hija de mi tío, que se lo llevo a nuestra vecina, la cual tiene el oficio de remendar trajes!" Y el beduino insistió aún, y me dijo: "Déjame ver ese traje, ¡oh hermano mío!" Y ruborizándome, le enseñé el traje; y exclamó él: "¡Alah es clemente y generoso, oh hermano mío! ¡Lo que ibas a hacer ahora era vender en subasta el traje de tu esposa, madre de tus hijos, para cumplir con el extranjero los deberes de hospitalidad!" Y me abrazó, y me dijo: "¡Toma, ya Hassán Abdalah, aquí tienes diez dinares de oro, que proceden de Alah, a fin de que los gastes y nos compres con ellos lo preciso para nuestras necesidades y las de tu casa!" Y no pude rechazar la oferta del huésped, y cogí las monedas de oro. Y en mi casa entraron el bienestar y la abundancia.

Y he aquí que, a diario, me entregaba el beduino la misma suma, y por orden suya la gastaba yo de la misma manera. Y duró aquello quince días.

Y glorifiqué al Retribuidor por sus beneficios.

Y he aquí que, a la mañana del decimosexto día, mi huésped el beduino me dijo, después de las zalemas: "Ya Hassán Abdalah, ¿quieres venderte a mí?" Y yo le contesté: "¡Oh mi señor! ¡ya soy tu esclavo, y te pertenezco por agradecimiento!" Pero me dijo él: "¡No Hassán Abdalah, no es eso lo que quiero decirte! Al preguntarte si te vendes a mí, es porque deseo comprarte realmente. ¡Así es que no voy a regatear tu venta, y te dejo que tú mismo fijes el precio en que quieres venderte!"

Ni por un instante dudé de que hablara en broma, y contesté, burlándome: "El precio de un hombre libre ¡oh mi señor! está fijado por el Libro en mil dinares, si se le mata de un solo golpe. ¡Pero si se hacen varias intentonas para matarle, produciéndole dos o tres o cuatro heridas o si se le corta en pedazos, entonces su precio llega a mil quinientos dinares!"

Y me dijo el beduino: "¡No hay inconveniente, Hassán Abdalah! ¡te pagaré esta última suma, si consientes en tu venta!" Y comprendiendo entonces que mi huésped no bromeaba, sino que estaba seriamente decidido a comprarme, pensé para mi ánima: "Alah es quien te envía este beduino para salvar a tus hijos del hambre y de la miseria, ya jeique Hassán! ¡Si tu destino es ser cortado en pedazos, no te escaparás de él!" Y contesté: "¡Oh hermano árabe, acepto mi venta! ¡Pero permíteme solamente consultar acerca de ello a mi familia!" Y me contestó: "¡Está bien!" Y me dejó y salió para dedicarse a sus asuntos.

Y he aquí ¡oh rey del tiempo! que fui en busca de mi madre, de mi esposa y de mis hijos, y les dije: "¡Alah os salva de la miseria!" Y les conté la proposición del beduino. Y al oír mis palabras, mi madre y mi esposa se maltrataron el rostro y el pecho, exclamando: "¡Oh calamidad sobre nuestra cabeza! ¿Qué quiere hacer de ti ese beduino?" Y corrieron a mí los niños y se cogieron a mis ropas. Y lloraban todos. Y añadió mi esposa, que era prudente y de buen consejo: "¿Quién sabe si ese beduino maldito, como te opongas a tu venta, reclamará lo que ha gastado aquí? Así es que, para que no te pille desprevenido, es preciso que vayas cuanto antes en busca de alguien que consienta en comprar esta miserable casa, última hacienda que te queda, y con el dinero que te produzca pagarás a ese beduino. Y de tal suerte no le deberás nada, y quedará libre tu persona". Y estalló en sollozos; pensando ver ya a nuestros hijos sin asilo, en la calle. Y yo me puse a reflexionar acerca de la situación, y ya estaba en el límite de la perplejidad. Y pensaba de continuo: "¡Oh Hassán Abdalah! ¡no desaproveches la ocasión que Alah te depara! ¡Con la suma que te ofrece el beduino por tu venta aseguras el pan de tu casa!"

Luego pensé: "¿Pero por qué quiere él comprarte? ¿Y qué quiere hacer de ti? ¡Si aun fueras joven e imberbe! ¡Pero si tienes la barba como la cola de Agar, y ni siquiera tentarías a un indígena del Alto Egipto! ¡Por lo visto, quiere matarte poco a poco, ya que te paga con arreglo a la segunda condición!"

Sin embargo, cuando, al caer la tarde, regresó a casa el beduino, yo había tomado mi partido y tenía decidido lo que había de hacer. Y le recibí con cara sonriente, y después de las zalemas, le dije: "¡Te pertenezco!" Entonces se desató el cinturón, sacó de él mil quinientos dinares de oro, y me los contó, diciendo: "¡Ruega por el Profeta, ya Hassán Abdalah!" Y contesté: "¡Con él la plegaria, la paz y las bendiciones de Alah!" Y me dijo: "Pues bien, hermano mío, ahora que te vendiste, puedes estar sin temor, porque tu vida será salva y tu libertad completa. Al hacer tu adquisición solamente deseé tener un compañero agradable y fiel en el largo viaje que quiero emprender. Porque ya sabes que el Profeta (¡Alah lo tenga en su gracia!) ha dicho: "¡Un compañero es la mejor provisión para el camino!"

Entonces entré muy alegre en el aposento donde se hallaban mi madre y mi esposa, y puse delante de ellas, en la estera, los mil quinientos dinares de mi venta. Y al ver aquello, sin querer escuchar mis explicaciones, empezaron ellas a lanzar gritos estridentes, mesándose los cabellos y lamentándose, como se hace junto al ataúd de los muertos. Y exclamaban: "¡Es el precio de la sangre! ¡Qué desgracia! ¡que desgracia! ¡Jamás tocaremos el precio de tu sangre! ¡Antes morir de hambre con los niños!" Y al ver la inutilidad de mis esfuerzos para calmarlas, las dejé un rato para que desahogaran su dolor. Luego me puse a hacerles razonamientos, jurándoles que el beduino era un hombre de bien con intenciones excelentes; y acabé por conseguir que amenguaran un poco sus lamentos. Y me aproveché de aquella calma para besarlas, así como a los niños, y decirles adiós. Y con el corazón dolorido, las dejé bañadas en las lágrimas de la desolación. Y abandoné la casa en compañía de mi amo el beduino.

Y en cuanto estuvimos en el zoco de las acémilas, por indicación suya compré una camella conocida por su rapidez. Y por orden de mi amo llené los sacos de provisiones necesarias para un viaje largo. Y terminados todos nuestros preparativos, ayudé a mi amo a montar en su camella, monté yo en la mía, y después de invocar el nombre de Alah nos pusimos en camino.

Y viajamos sin interrupción, y pronto ganamos el desierto, en donde no había más presencia que la de Alah, y en donde no se veía huella de viajeros en la movible arena. Y mi amo el beduino se guiaba, en aquellas inmensidades, por indicaciones conocidas sólo de él y de su cabalgadura. Y así caminamos, bajo un sol abrasador, durante diez días, cada uno de los cuales me pareció más largo que una noche de pesadillas.

Al undécimo día por la mañana llegamos a una llanura inmensa, cuyo suelo brillante parecía formado de pepitas de plata...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 790ª NOCHE

Ella dijo:

"...Al undécimo día por la mañana llegamos a una llanura inmensa, cuyo suelo brillante parecía formado de pepitas de plata. Y en medio de aquella llanura se elevaba una alta columna de granito. Y en lo alto de la columna se erguía un joven de cobre rojo, que tenía la mano derecha extendida y abierta, con una llave colgando de cada uno de sus cinco dedos. Y la primera llave era de oro, la segunda de plata, la tercera de cobre chino, la cuarta de hierro y la quinta de plomo. Y cada una de estas llaves era un talismán. Y el hombre que se apropiara de cada una de aquellas llaves tenía que sufrir la suerte que iba aneja a ella. Porque eran las llaves del Destino: la llave de oro era la llave de las miserias, la llave de plata la de los sufrimientos, la llave de cobre chino la de la muerte, la llave de hierro la de la gloria y la llave de plomo la de la sabiduría y de la dicha.

Pero yo ¡oh mi señor! en aquel tiempo ignoraba estas cosas que mi amo era solo en conocer. Y mi ignorancia fue causa de todas mis desventuras. Pero las desventuras, como las venturas, nos vienen de Alah el Retribuidor. Y la criatura debe aceptarlas con humildad.

El caso es ¡oh rey del tiempo! que, cuando llegamos al pie de la columna, mi amo el beduino hizo arrodillarse a su camella y echó pie a tierra. Y yo hice lo que él. Y allá mi amo sacó de su carcaj un arco de forma extraña, y puso en él una flecha. Y tendió el arco y lanzó la flecha al joven de cobre rojo. Pero, sea por torpeza real, sea por torpeza fingida, la flecha no dio en el blanco. Y entonces me dijo el beduino: "Ya Hassán Abdalah, ahora es cuando puedes rescatarte conmigo, y si quieres, comprar tu libertad. Porque sé que eres fuerte y listo, y sólo tú podrás dar en el blanco. ¡Coge, pues, este arco y procura tirar esas llaves!"

Entonces, ¡oh mi señor! feliz yo de poder pagar mi deuda y rescatar mi libertad a aquel precio, no vacilé en obedecer a mi amo. Y cogí el arco, y al examinarle, observé que era de fabricación india y había salido de manos de un obrero hábil. Y deseoso de mostrar a mi amo mi saber y mi destreza, estiré el arco con fuerza y di en la mano del joven de la columna. Y a la primera flecha hice caer una llave: y era la llave de oro. Y muy orgulloso y alegre, la recogí y se la presenté a mi amo. Pero no quiso cogerla, y me dijo, rechazándola: "¡Guárdatela para ti ¡oh pobre! como premio por tu destreza!" Y le di las gracias, y me metí en el cinturón la llave de oro. Y no sabía que era la llave de las miserias.

Luego, al segundo tiro, hice caer otra llave, que era la llave de plata. Y el beduino no quiso tocarla, y yo me la guardé en el cinturón con la primera. Y no sabía que era la llave de los sufrimientos.

Tras de lo cual, con otras dos flechas, descolgué dos llaves más: la llave de hierro y la llave de plomo. Y una era la de la gloria, y otra la de la sabiduría y la dicha. Pero yo no lo sabía. Y sin darme tiempo a recogerlas, mi amo se apoderó de ellas, lanzando exclamaciones de alegría y diciendo: "¡Bendito sea el seno que te ha llevado!, ¡oh Hassán Abdalah! ¡Bendito sea quien adiestró tu brazo y ejercitó tu golpe de vista!" Y me estrechó en sus brazos, y me dijo: "¡En adelante eres tu propio amo!" Y le besé la mano, y de nuevo quise devolverle la llave de oro y la llave de plata. Pero las rehusó, diciendo: "¡Para ti!"

Entonces saqué del carcaj la quinta flecha, y me apercibí a tirar la última llave, la de cobre chino, que no sabía era la llave de la muerte. Pero mi amo se opuso vivamente a mi propósito, deteniéndome el brazo y exclamando: "¿Qué vas a hacer, desgraciado?" Y muy aturdido, dejé caer inadvertidamente la flecha a tierra. Y precisamente se me clavó en el pie izquierdo y me le atravesó, haciéndome una herida dolorosa. ¡Y aquello fue el principio de mis desventuras!

Cuando mi amo, afligido por aquel accidente que hubo de sobrevenirme, me curó la herida como mejor pudo, ayudóme a montar en mi camella. Y proseguimos nuestro camino.

Después de tres días y tres noches de una marcha muy penosa a causa del pie herido, llegamos a una pradera, donde nos detuvimos para pasar la noche. Y en aquella pradera había árboles de una especie que yo no había visto nunca. Y aquellos árboles ostentaban hermosos frutos maduros, cuya apariencia, fresca y encantadora, excitaba la mano a cogerlos. Y yo, acuciado por la sed, me arrastré hasta uno de aquellos árboles, y me apresuré a coger uno de aquellos frutos. Y era de un color rojo dorado y de un perfume delicioso. Y me lo llevé a la boca y lo mordí. Y he aquí que clavé los dientes con tanta fuerza, que no pude desencajar las mandíbulas. Y quise gritar, pero de mi boca no salió más que un sonido inarticulado y sordo. Y sufría horriblemente. Y eché a correr de un lado para otro con mi pierna coja y con el fruto cogido entre mis mandíbulas encajadas, y empecé a gesticular como un loco. Luego me tiré al suelo con los ojos fuera de las órbitas.

Entonces mi amo el beduino, al verme en aquel estado, se asustó mucho al principio. Pero cuando comprendió la causa de mi tormento, se acercó a mí e intentó desencajarme las mandíbulas. Pero sus esfuerzos sólo sirvieron para aumentar mi mal. Y al ver aquello, me dejó y fue a recoger al pie de los árboles algunos de los frutos caídos. Y los contempló atentamente, y acabó por escoger uno y tirar los demás. Y volvió conmigo y me dijo: "¡Mira este fruto, Hassán Abdalah! ¡Ya ves los insectos que lo roen y lo destruyen! Pues bien; estos insectos van a servir de remedio para tu mal. ¡Pero se necesitan calma y paciencia!" Y añadió: "¡Porque he calculado que, poniendo en el fruto que obstruye tu boca alguno de estos insectos, se dedicarán o roerlo, y en dos o tres días, a lo más, estarás libre!" Y como se trataba de un hombre de experiencia, le dejé hacer, pensando: "¡Ya Alah! ¡tres días y tres noches de semejante suplicio! ¡Oh! ¡preferible la muerte!" Y sentándose a la sombra junto a mí, mi amo hizo lo que había dicho, llevando al fruto maldito los insectos salvadores. Y en tanto que los insectos roedores comenzaban su obra, mi amo sacó de su saco de provisiones dátiles y pan seco, y se puso a comer. Y de cuando en cuando se interrumpía para recomendarme paciencia, diciéndome: "¿Ves, ya Hassán, cómo tu glotonería me detiene en mi camino y retrasa la ejecución de mis proyectos? ¡Pero soy prudente y no me atormento con exceso por este contratiempo! ¡Haz como yo!" Y se dispuso a dormir, y me aconsejó que hiciese lo propio.

Pero ¡ay! que me pasé sufriendo la noche y el día siguiente. Y aparte los dolores de mis mandíbulas y de mi pie, estaba torturado por la sed y el hambre. Y para consolarme, el beduino me aseguraba que adelantaba el trabajo de los insectos. Y de tal suerte me hizo tener paciencia hasta el tercer día. Y por la mañana de aquel tercer día al fin sentí que se me desencajaban las mandíbulas. E invocando y bendiciendo el nombre de Alah, tiré el fruto maldito con los insectos salvadores.

Entonces, libre ya, mi primer cuidado fue registrar el saco de provisiones y palpar el odre que contenía el agua. Pero observé que mi amo lo había agotado todo en los tres días que duró mi suplicio, y me eché a llorar, acusándole de mis sufrimientos. Pero él, sin alterarse, me dijo con dulzura: "Eres injusto, Hassán Abdalah. ¿Acaso también yo iba a dejarme morir de hambre y de sed? ¡Pon, pues, tu confianza en Alah y en Su Profeta, y levántate en busca de un manantial donde aplacar tu sed!"

Y entonces me levanté y me dediqué a buscar agua o alguna fruta que me fuese conocida. Pero no había allí otros frutos que los de la especie perniciosa cuyos efectos hube de experimentar. Por fin, a fuerza de pesquisas, acabé por descubrir en el hueco de una roca un pequeño manantial de agua brillante y fresca, que invitaba a aplacar la sed.

Y me puse de rodillas, ¡y bebí, y bebí, y bebí! Y me detuve un instante, y seguí bebiendo. Tras de lo cual, un poco calmado, consentí en ponerme en camino, y seguí a mi amo, que ya se había alejado en su camella roja. Pero no habría dado cien pasos mi cabalgadura, cuando sentí que me acometían retorcijones tan violentos, que creí tener en las entrañas todo el fuego del infierno. Y me puse a gritar: ¡Oh madre mía! ¡Ya Alah! ¡Oh madre mía!" Y en vano traté de moderar el paso de mi camella que, a grandes zancadas, corría con toda su velocidad en pos de su rápida compañera. Y con los saltos que daba y el vaivén de su paso, se hizo tan intenso mi suplicio que empecé a dar aullidos espantosos y a lanzar tales imprecaciones contra mi camella, contra mí mismo y contra todo, que acabó por oírme el beduino, y retrocediendo hasta mí, me ayudó a parar mi camella y a echar pie a tierra. Y me acurruqué en la arena, y —dispensa esta confianza a tu esclavo, ¡oh rey del tiempo!— di libre curso al torrente que llevaba dentro. Y sentí como si se me desgarrasen todas las entrañas. Y en mi pobre vientre se levantó una tempestad completa, con todos los truenos de la Creación, mientras mi amo el beduino me decía: "¡Ya Hassán Abdalah, ten paciencia!" Y a consecuencia de todo aquello, caí desmayado en el suelo.

No sé cuánto tiempo duró mi desmayo. Pero cuando volví en mí, me vi otra vez a lomos de la camella, que seguía a su compañera. Y era por la tarde. Y se ponía el sol detrás de una montaña alta, al pie de la cual llegábamos. Y nos paramos a descansar. Y mi amo dijo: "¡Loado sea Alah, que no permite que nos quedemos en ayunas hoy! ¡Pero no te preocupes tú de nada, y estate tranquilo, pues mi experiencia del desierto y de los viajes me hará encontrar un alimento sano y refrescante donde tú no podrías recoger más que venenos!" Y tras de hablar así, fue al matorral formado por plantas de hojas apretadas, carnosas y cubiertas de espinas, poniéndose a cortar con un sable algunas de ellas. Y las mondó, y extrajo una pulpa amarilla y azucarada, parecida, en el sabor, a la de los higos. Y me dio cuanta quise; Y comí hasta que estuve harto y refrescado.

Entonces empecé a olvidar un poco mis sufrimientos; y confié en pasar por fin la noche tranquilamente en un sueño, de cuyo sabor hacía tanto tiempo que no me acordaba. Y al salir la luna, extendí en tierra mi capote de pelo de camello, y ya me aprestaba a dormir, cuando me dijo mi amo el beduino: "¡Ya Hassán Abdalah, ahora es cuando tienes ocasión de probarme si realmente me guardas alguna gratitud...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 791ª NOCHE

Ella dijo

"...Ya Hassán Abdalah ahora es cuando tienes ocasión de probarme si realmente me guardas alguna gratitud! Porque deseo que esta noche asciendas a esa montaña, y cuando hayas llegado a la cima, esperes allí la salida del sol. Entonces, de pie, mirando a oriente, recitarás la plegaria de la mañana; luego bajarás: ¡Y ése es el servicio que te pido! Pero guárdate bien de dejarte sorprender por el sueño, ¡oh hijo de El-Aschar! ¡Pues las emanaciones de esta tierra son en extremo malsanas, y tu salud se resentiría de ello sin remedio!"

Entonces, ¡oh mi señor! a pesar de mi estado de fatiga excesiva y de mis sufrimientos de toda especie, contesté con el oído y la obediencia, porque no me olvidaba de que el beduino había dado el pan a mis hijos, a mi esposa y a mi madre; y también se me ocurrió que, si acaso yo me negara a prestarle aquel extraño servicio, me abandonaría él en aquellos lugares salvajes.

Poniendo mi confianza en Alah, trepé, pues, a la montaña, y no obstante el estado de mi pie y de mi vientre, llegué a la cima al mediar la noche. Y el suelo estaba allí blanco y pelado, sin un arbusto ni la menor brizna de hierba. Y el viento helado, que soplaba con violencia por aquella cúspide, y el cansancio de todos aquellos días calamitosos, me sumieron en un estado de modorra tal, que no pude por menos de dejarme caer en tierra y dormirme hasta por la mañana, a pesar de todos los esfuerzos de mi voluntad.

Cuando me desperté acababa de aparecer el sol en el horizonte. Y quise al punto seguir las instrucciones del beduino. Hice, pues, un esfuerzo para saltar sobre ambos pies, pero enseguida caí al suelo, inerte, porque mis piernas, gordas a la sazón cual patas de elefante, estaban flojas y doloridas, y se negaban en absoluto a sostener mi cuerpo y mi vientre, que estaban hinchados como un odre. Y la cabeza me pesaba sobre los hombros más que si fuese toda de plomo; y no podía yo levantar mis brazos paralizados.

Entonces, temiendo disgustar al beduino, obligué a mi cuerpo a obedecer al esfuerzo de mi voluntad, y aunque a trueque de los sufrimientos horribles que experimentaba, conseguí ponerme en pie. Y me volví hacia oriente, y recité la plegaria de la mañana. Y el sol saliente iluminaba mi pobre cuerpo y proyectaba en occidente su sombra desmesurada.

Y he aquí que, cumplido de tal suerte mi deber, pensé bajar de la montaña. Pero era tan pina su pendiente y tan débil estaba yo, que, al primer paso que quise dar, se me doblaron las piernas con mi peso y caí y rodé como una bola con asombrosa rapidez. Y las piedras y las zarzas a que intentaba yo agarrarme desesperadamente, lejos de detener mi carrera, no hacían más que arrancar jirones de mi carne y de mis vestiduras. Y no cesé de rodar de aquel modo, regando el suelo con mi sangre, hasta que llegué al principio de la montaña, al paraje donde se hallaba mi amo el beduino.

Y he aquí que estaba echado de bruces en tierra y trazaba líneas en la arena con tanta atención, que ni siquiera advirtió mi presencia ni se dio cuenta de la manera como llegaba yo. Y cuando le distrajeron del trabajo en que estaba absorto mis gemidos insistentes, exclamó, sin volverse hacia mí y sin mirarme: "¡Al hamdú lilah! ¡Hemos nacido bajo una feliz influencia, y todo nos saldrá bien! ¡Gracias a ti, ya Hassán Abdalah, pude descubrir por fin lo que buscaba desde hace luengos años, midiendo la sombra que proyectaba tu cabeza desde lo alto de la montaña!"

Luego añadió, sin levantar tampoco la cabeza: "¡Date prisa a venir a ayudarme a cavar el suelo en el sitio donde he clavado mi lanza!" Pero como no contestase yo más que con un silencio entrecortado por gemidos lamentables, acabó por levantar la cabeza y volverse hacia mi lado. Y vio en que estado me encontraba y que seguía inmóvil en tierra y encogido como una bola. Y avanzó a mí, y me gritó: "Imprudente Hassán Abdalah, ya veo que me has desobedecido y que te dormiste en la montaña. ¡Y los vapores malsanos se te han metido en la sangre y te han envenenado!" Y como daba yo diente con diente y movía a compasión el verme, se calmó y me dijo: "¡Bueno! ¡pero no desesperes de mi solicitud! ¡Voy a curarte!" Y así diciendo, se sacó del cinturón un cuchillo de hoja pequeña y cortante, y antes de que yo tuviese tiempo de oponerme a sus propósitos, me pinchó profundamente en varios sitios, en el vientre, en los brazos, en los muslos y en las piernas. Y al punto salió de las incisiones agua en abundancia; y me desinflé como un pellejo vacío. Y se me quedó la piel flotando sobre los huesos, como un vestido demasiado ancho que se hubiese comprado en almoneda. Pero no tardé en aliviarme un poco; y a pesar de mi debilidad, pude levantarme y ayudar a mi amo en el trabajo para que me reclamaba.

Nos pusimos, pues, a cavar la tierra en el mismo sitio en que estaba clavada la lanza del beduino. Y no tardamos en descubrir un ataúd de mármol blanco. Y el beduino levantó la tapa del ataúd, y encontró en él algunos huesos humanos y el manuscrito de piel de gacela teñida de púrpura que tienes entre las manos, ¡oh rey del tiempo! y en el cual hay trazados caracteres de oro que brillan.

Y mi amo cogió el manuscrito, temblando, y aunque estaba escrito en lengua desconocida, se puso a leerlo con atención. Y a medida que lo iba leyendo, su frente pálida se coloreaba de placer y sus ojos brillaban de alegría. Y acabó por exclamar: "¡Ahora conozco el camino de la ciudad misteriosa! ¡Oh Hassán Abdalah! regocíjate, que pronto entraremos en Aram-de-las-Columnas, donde jamás ha entrada ningún adamita. ¡Y allí hallaremos el principio de las riquezas de la tierra, germen de todos los metales preciosos: el azufre rojo!"

Pero yo, que ante aquella idea de viajar más, me asustaba hasta el límite extremo del susto, exclamé, al oír estas palabras: "¡Ah! ¡señor, perdona a tu esclavo! ¡Pues aunque haya compartido él tu alegría, cree que los tesoros le aprovechan poco, y prefiere ser pobre y estar con buena salud en El Cairo a ser rico sufriendo todas las miserias en Aram-de-las-Columnas!" Y al oír estas palabras, mi amo me miró con piedad, y me dijo: "¡Oh pobre! ¡Por tu dicha trabajo tanto como por la mía! ¡Y hasta el presente siempre lo hice así!" Y exclamé: "¡Verdad es, por Alah! Pero ¡ay, que a mí solo me tocó llevar la peor parte, y el Destino se ha desencadenado contra mí!"

Y sin prestar más atención a mis quejas y recriminaciones, mi amo hizo gran acopio de la planta de pulpa parecida en el sabor a la pulpa de los higos. Luego montó en su camella. Y me vi obligado a hacer lo que él. Y proseguimos nuestro camino por oriente, bordeando los flancos de la montaña.

Y aun viajamos durante tres días y tres noches. Y al cuarto día por la mañana divisamos ante nosotros, en el horizonte, como un anchuroso espejo que reflejase el sol. Y al aproximarnos a ello, vimos que era un río de mercurio que nos cortaba el camino. Y estaba surcado por un puente de cristal sin balaustrada, tan estrecho, tan pendiente y tan escurridizo, que ningún hombre dotado de razón intentaría pasar por él.

Pero mi amo el beduino, sin vacilar un momento, echó pie a tierra y me ordenó hacer lo propio y desensillar a las camellas para dejarlas paciendo hierba en libertad. Luego sacó de las alforjas unas babuchas de lana, que hubo de calzarse, y me dio otro par, ordenándome que le imitara. Y me dijo que le siguiera sin mirar a derecha ni a izquierda. Y cruzó con paso firme el puente de cristal. Y yo, todo tembloroso, me vi obligado a seguirle. Y Alah no me escribió aquella vez la muerte por ahogo en el mercurio. Y llegué a la otra orilla.

Después de algunas horas de marcha en silencio, llegamos a la entrada de un valle negro, rodeado por todos lados de rocas negras, y donde no crecían más que árboles negros. Y a través del follaje negro vi deslizarse espantables serpientes gordas, negras y cubiertas de escamas. Y poseído de terror, volví la espalda para huir de aquel lugar de horror. Pero no pude dar con el sitio por donde había entrado, pues en torno mío alzábanse por todas partes, como paredes de un pozo, rocas negras.

Y al ver aquello, me dejé caer en tierra, llorando, y grité a mi amo: "¡Oh hijo de gentes de bien! ¿por qué me has conducido a la muerte por el camino de los sufrimientos y de las miserias? ¡Ay de mí! ¡Ya nunca volveré a ver a mis hijos y a su madre y a mi madre! ¡Ah! ¿por qué me sacaste de mi vida pobre, pero tan tranquila? ¡Verdad es que yo solamente era un mendigo en el camino de Alah, pero frecuentaba el patio de las mezquitas, y oía las hermosas sentencias de los santones...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 792ª NOCHE

Ella dijo:

"...y oía las hermosas sentencias de los santones!" Y mi amo, sin enfadarse, me dijo: "Sé hombre, Hassán Abdalah, y cobra valor. ¡Porque no morirás aquí, y pronto volverás a El Cairo, sin ser ya pobre entre los pobres, sino rico cual el más rico de los reyes!"

Y tras de hablar así, mi amo se sentó en tierra, abrió el manuscrito de piel de gacela, y se puso a hojearle, mojándose el pulgar, y a leerle tranquilamente como si estuviese en medio de su harem. Luego, al cabo de una hora de tiempo, levantó la cabeza, me llamó y me dijo: "¿Quieres, ya Hassán Abdalah, que salgamos de aquí cuanto antes y demos fin a nuestro viaje?" Y exclamé. "¡Ya Alah! ¡claro que quiero!" Y añadí: "Por favor, dime solamente qué tengo que hacer para eso. ¿Es preciso que recite todos los capítulos del Korán? ¿O acaso es preciso que repita todos los nombres y todos los atributos sagrados de Alah? ¿O bien es preciso que haga voto de ir en peregrinación diez años seguidos a la Meca y a Medina? ¡Habla, ¡oh mi señor! que estoy dispuesto a todo, y aun a más!"

Entonces mi amo, mirándome siempre con bondad, me dijo: "¡No, Hassán Abdalah, no! Lo que quiero pedirte es más sencillo que todo eso. Sólo tienes que coger este arco y esta flecha que ves aquí, y recorrer este valle hasta que encuentres una gran serpiente con cuernos negros. ¡Y como eres diestro, la matarás de primera intención, y me traerás su cabeza y su corazón! ¡Y esto es todo lo que necesito que hagas, si quieres salir de estos lugares de desolación!" Y al oír estas palabras, exclamé: "¡Ah! ¿Conque es una cosa tan fácil? ¿Por qué, entonces, ¡oh mi señor! no lo haces tú mismo? ¡Por mi parte, declaro que voy a dejarme morir aquí mismo, sin preocuparme de mi vida miserable!" Pero el beduino me tocó el hombro, y me dijo: "¡Acuérdate ¡oh Hassán Abdalah! del traje de tu esposa y del pan de tu casa!" Y a este recuerdo, rompí a llorar, y comprendí que no podía rehusar nada al hombre que había salvado a mi casa y a los de mi casa. Y temblando, cogí el arco y la flecha, y me encaminé hacia las rocas negras, por donde veía arrastrarse a los reptiles aterradores. Y no estuve mucho tiempo sin descubrir al que buscaba, y al cual reconocí por los cuernos que coronaban su cabeza negra y hedionda. E invocando el nombre de Alah, apunté y disparé la flecha. Y saltó herida la serpiente, se agitó, estremeciéndose de una manera terrible, y se estiró para caer luego inmóvil en el suelo. Y cuando tuve la certeza de que estaba bien muerta, le corté la cabeza con mi cuchillo, y abriéndole el vientre, le saqué el corazón. Y llevé a mi amo el beduino ambos despojos.

Y mi amo me recibió con afabilidad, cogió los dos despojos de la serpiente, y me dijo: "¡Ahora ven a ayudarme a encender lumbre!" Y recogí hierbas secas y ramas pequeñas, llevándoselas. Y con ellas hizo un montón muy grande. Luego se sacó del pecho un diamante, lo volvió hacia el sol, que se hallaba en el punto más alto del cielo, y con ello produjo un rayo de luz que prendió enseguida fuego al montón de ramaje seco.

Encendida ya la lumbre, el beduino se sacó de entre el traje un vasito de hierro y una redoma, que estaba tallada en un solo rubí, y contenía una materia roja. "¡Ya ves esta redoma de rubí, Hassán Abdalah; pero no sabes lo que contiene!" Y se interrumpió un momento, y añadió: "¡Es la sangre del Fénix!" Y así diciendo, destapó la redoma, echó su contenido en el vaso de hierro, y lo mezcló con el corazón y los sesos de la serpiente cornuda. Y puso el vaso en la lumbre, y abriendo el manuscrito de piel de gacela, leyó palabras ininteligibles para mi entendimiento.

Y de pronto se irguió sobre ambos pies, dejó al descubierto sus hombros, como hacen los peregrinos de la Meca al partir, y empapando un extremo de su cinturón en la sangre del Fénix mezclada con los sesos y el corazón de la serpiente, me ordenó que le frotara la espalda y los hombros con aquella mixtura. Y me puse a ejecutar la orden. Y a medida que le frotaba, veía que la piel de los hombros y la espalda se le hinchaba y estallaba para dar paso a unas alas que, aumentando a ojos vistas, no tardaron en llegarle hasta el suelo. Y el beduino las agitó con fuerza, y tomando impulso de improviso, se elevó por los aires. Y prefiriendo yo mil muertes antes que quedar abandonado en aquellos lugares siniestros, recurrí a lo que me quedaba de fuerza y de valor, y me agarré fuertemente al cinturón de mi amo, una de cuyas puntas colgaba, por fortuna. Y con él fui transportado fuera de aquel valle negro, del que no esperaba salir ya. Y llegamos a la región de las nubes.

No podría decirte ¡oh mi señor! cuánto tiempo duró nuestra carrera aérea. Pero si sé que al punto nos encontramos por sobre una llanura inmensa, con el horizonte limitado a lo lejos por un recinto de cristal azul.

Y el suelo de aquella llanura parecía formado con polvo de oro, y sus guijarros con piedras preciosas. Y en medio de aquella llanura se alzaba una ciudad llena de palacios y de jardines.

Y exclamó mi amo: "¡Ahí está Aram-de-las-Columnas!" Y cesando de mover sus alas, se dejó caer, y yo con él. Y tocamos tierra al pie mismo de las murallas de la ciudad de Scheddad, hijo de Aad. Y poco a poco disminuyeron y desaparecieron las alas de mi amo.

Y he aquí que aquellas murallas estaban construidas con ladrillos de oro alternados con ladrillos de plata, y en ellas se abrían ocho puertas semejantes a las puertas del Paraíso. La primera era de rubí, la segunda de esmeralda, la tercera de ágata, la cuarta de coral, la quinta de jaspe, la sexta de plata y la séptima de oro.

Y penetramos en la ciudad por la puerta de oro, y avanzamos invocando el nombre de Alah. Y atravesamos calles bordeadas de palacios con columnatas de alabastro y jardines donde el aire que se respiraba era de leche y los arroyos de aguas embalsamadas. Y llegamos a un palacio que dominaba la ciudad y que estaba construido con un arte y una magnificencia inconcebibles, y cuyas terrazas estaban sostenidas por mil columnas de oro con balaustradas formadas de cristales de color y con muros incrustados de esmeraldas y zafiros. Y en el centro del palacio se glorificaba un jardín encantado, cuya tierra, odorífera como el almizcle, estaba regada por tres ríos de vino puro, de agua de rosas y de miel. Y en medio del jardín se alzaba un pabellón con bóveda formada por una sola esmeralda, que resguardaba a un trono de oro rojo incrustado de rubíes y de perlas. Y en el trono había un cofrecillo de oro.

Aquel cofrecillo ¡oh rey del tiempo! era precisamente el que ahora tienes entre tus manos.

Y mi amo el beduino cogió el cofrecillo y lo abrió. Y encontró dentro unos polvos rojos, y exclamó: "¡He aquí el Azufre rojo, ya Hassán Abdalah! ¡Esta es la Kimia de los sabios y de los filósofos, todos los cuales murieron sin dar con ella!" Y dije yo: "¡Tira ese vil polvo ¡oh mi señor! y llenemos mejor ese cofrecillo con riquezas de las que rebosan en este palacio!" Y mi amo me miró con conmiseración, y me dijo: "¡Oh pobre! ¡Ese polvo es la fuente misma de todas las riquezas de la tierra! Y un sólo grano de este polvo basta para convertir en oro los metales más viles. ¡Es la Kimia! ¡Es el Azufre rojo!, ¡oh pobre ignorante! ¡Con este polvo, si quiero, construiré palacios más hermosos que éste, fundaré ciudades más magníficas que ésta, compraré la vida de los hombres y la conciencia de los puros, seduciré a la propia virtud y me haré rey, hijo de rey!" Y le dije: "Y con ese polvo, ¡oh mi señor! ¿podrás prolongar un sólo día tu vida o borrar una hora de tu existencia pasada?" Y me contestó: "¡Sólo Alah es grande!"

Y como yo no estaba seguro de la eficacia de las virtudes de aquel Azufre rojo, preferí recoger las piedras preciosas y las perlas. Y ya me había llenado con ellas el cinturón, los bolsillos y el turbante, cuando exclamó mi amo: "¡Mal hayas, hombre de espíritu grosero! ¿Qué estás haciendo? ¿Ignoras que, si nos lleváramos una sola piedra de este palacio y de esta tierra, caeríamos heridos de muerte en el instante?" Y salió del palacio a grandes pasos, llevándose el cofrecillo. Y yo, bien a pesar mío, vacié mis bolsillos, mi cinturón y mi turbante, y seguí a mi amo, no sin volver bastantes veces la cabeza hacia aquellas riquezas incalculables. Y en el jardín me reuní con mi amo, que me cogió de la mano para atravesar la ciudad, temeroso de que me dejara yo tentar por cuanto se ofrecía a mi vista y estaba al alcance de mis dedos. Y salimos de la ciudad por la puerta de rubí.

Y cuando nos aproximamos al horizonte de cristal azul, se abrió ante nosotros y nos dejó pasar. Y cuando le hubimos franqueado, nos volvimos para mirar por última vez la llanura milagrosa y la ciudad de Aram; pero llanura y ciudad habían desaparecido. Y nos encontramos a orillas del río de mercurio, que atravesamos por el puente de cristal como la primera vez. Y en la otra orilla hallamos a nuestras camellas paciendo hierba juntas. Y me acerqué a la mía como a un antiguo amigo. Y después de asegurar bien las correas de las sillas, montamos en nuestros brutos; y me dijo mi amo: "¡Ya regresamos a Egipto!" Y alcé los brazos en acción de gracias a Alah por aquella buena noticia.

Pero ¡oh mi señor! en mi cinturón estaban siempre la llave de oro y la llave de plata, y no sabía yo que eran las llaves de las miserias y de los sufrimientos.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 793ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y no sabía yo que eran las llaves de las miserias y de los sufrimientos.

Así es que durante todo el viaje, hasta nuestra llegada a El Cairo, soporté muchas miserias y muchas privaciones, y sufrí todos los males, que hubo de ocasionarme la pérdida de mi salud. Pero, por una fatalidad cuya causa ignoraba siempre, sólo yo era víctima de los contratiempos del viaje, mientras que mi amo, tranquilo, dilatado hasta el límite de la dilatación, parecía prosperar con todos los males que me asaltaban. Y pasaba sonriente por entre plagas y peligros, y marchaba por la vida como sobre un tapiz de seda.

Y de tal suerte llegamos a El Cairo, y mi primer cuidado fue correr a mi casa enseguida. Y me encontré la puerta rota y abierta y los perros errantes habían hecho de mi morada asilo suyo. Y nadie estaba allí para recibirme. Y no vi ni trazos de mi madre, de mi esposa y de mis hijos. Y un vecino, que me había visto entrar y oía mis gritos de desesperación, abrió su puerta, y me dijo: "¡Ya Hassán Abdalah, prolónguense tus días con los días que perdieron ellos! ¡En tu casa han muerto todos!" Y al oír esta noticia, caí al suelo, inanimado.

Y he aquí que, cuando volví de mi desmayo, vi a mi lado a mi amo el beduino, que me auxiliaba y me echaba en la cara agua de rosas. Y ahogándome de lágrimas y de sollozos, aquella vez no pude menos de lanzar imprecaciones contra él y acusarle de ser causante de todas mis desdichas. Y durante largo rato le abrumé con injurias, haciéndole responsable de los males que pesaban sobre mí y se encarnizaban conmigo. Pero él, sin perder su serenidad y sin abandonar su calma, me tocó en el hombro, y me dijo: "¡Todo nos viene de Alah y a Alah va todo!" Y cogiéndome de la mano, me arrastró fuera de mi casa.

Y me condujo a un palacio magnífico a orillas del Nilo, y me obligó a habitar allí con él. Y como veía que nada conseguía distraer a mi alma de sus males y de sus penas, con la esperanza de consolarme, quiso compartir conmigo cuanto poseía. Y llevando la generosidad a sus límites extremos, se dedicó a iniciarme en las ciencias misteriosas, y me enseñó a leer en los libros de alquimia y a descifrar los manuscritos cabalísticos. Y con frecuencia, hacía traer ante mí quintales de plomo que ponía en fusión, y echando entonces una partícula de azufre rojo del cofrecillo, convertía el vil metal en el oro más puro. Sin embargo, aun rodeado de tesoros, y en medio de la alegría y las fiestas que a diario daba mi amo, yo tenía el cuerpo afligido de dolores y mi alma era desgraciada. Y ni siquiera podía soportar el peso ni el contacto de los ricos trajes y de las telas preciosas con que me obligaba él a cubrirme. Y se me servían los manjares más delicados y las bebidas más deliciosas; pero en vano, pues yo sólo sentía repugnancia por todo aquello. Y tenía para mí aposentos soberbios, y lechos de madera olorosa, y divanes de púrpura; pero el sueño no cerraba mis ojos. Y los jardines de nuestro palacio, refrescados por la brisa del Nilo, estaban poblados de los más raros árboles, traídos de la India, de Persia, de China y de las Islas, sin reparar en gastos; y unas máquinas construidas con arte elevaban el agua del Nilo y la hacían caer en surtidores refrescantes dentro de estanques de mármol y de pórfido; pero yo no sentía ningún gusto con todas aquellas cosas, porque un veneno sin antídoto había saturado mi carne y mi espíritu.

En cuanto a mi amo el beduino, sus días transcurrían en el seno de los placeres y de las voluptuosidades, y sus noches eran un anticipo de las alegrías del Paraíso. Y habitaba él, no lejos de mí, en un pabellón colgado de telas de seda brochadas de oro, donde la luz era dulce como la de la luna. Y aquel pabellón estaba entre bosquecillos de naranjos y de limoneros, con cuyo aroma se mezclaba el de los jazmines y las rosas. Y allí era donde cada noche recibía a numerosos convidados, a quienes trataba magníficamente. Y cuando sus corazones y sus sentidos estaban preparados a la voluptuosidad, a causa de los vinos exquisitos y de la música y los cantos, hacía desfilar ante los ojos de ellos a jóvenes hermosas como huríes, compradas a peso de oro en los mercados de Egipto, de Persia y de Siria. Y si alguno de los convidados posaba una mirada de deseo en cualquiera de ellas, mi amo la cogía de la mano, y presentándosela al que la deseaba, le decía: "¡Oh mi señor! ¡permíteme que conduzca esta esclava a tu casa!" Y de tal suerte, cuantos se acercaban a él se hacían amigos suyos. Y ya no se le llamaba más que el Emir Magnífico.

Un día, mi amo, que a menudo iba a visitarme al pabellón donde mis sufrimientos me forzaban a vivir solitario, fue a verme de improviso, llevando consigo una nueva joven. Y tenía él la cara iluminada por la embriaguez y el placer, y unos ojos exaltados que brillaban con un fuego extraordinario. Y fue a sentarse muy cerca de mí, puso en sus rodillas a la joven, y me dijo: "¡Ya Hassán Abdalah. voy a cantar! Todavía no has oído mi voz. ¡Escucha! Y cogiéndome de la mano, se puso a cantar estos versos con una voz extática, llevando el compás con la cabeza:

¡Ven, joven! ¡El sabio es quien deja a la alegría ocupar su vida por entero!

¡Guarden el agua para la plegaria, las gentes religiosas!

¡Tú, échame de ese vino, que harás más exquisita la rojez de tus mejillas!

¡Quiero beber hasta perder la razón!

¡Pero bebe tú primero, bebe sin temor, y dame la copa que perfuman tus labios!

¡No tenemos por testigos más que a los naranjos, que esparcen sus perfumes en el viento, y a los arroyos rientes que corren fugitivos!

¡Cánteme tu voz cosas apasionadas, y enmudecerán los ruiseñores envidiosos!

¡Canta sin temor, cántame cosas apasionadas, que estoy solo para escucharte!

¡Y no oirás otro ruido que el de las rosas que se abren y el latir de mi corazón!

¡Estoy solo para escucharte, estoy solo para verte! ¡Oh! ¡Deja caer tu velo!

¡Que no tenemos por testigos de nuestros placeres más que a la luna y a sus compañeras!

¡E inclínate y déjame besar tu frente! ¡Déjame besar tu boca y tus ojos y tu seno blanco cual la nieve!

¡Ah! ¡Inclínate sin temor, que no tenemos por testigos más que a los jazmines y a las rosas!

¡Ven a mis brazos, que el amor me abrasa y ya no puedo más! ¡Pero baja tu velo antes que nada, porque si Alah nos viera, tendría envidia!

Y tras de cantar así, mi amo el beduino lanzó un gran suspiro de dicha, inclinó la cabeza sobre el pecho y pareció dormirse. Y la joven, que estaba en sus rodillas, se desenlazó de sus brazos para no turbar su reposo y se esquivó ligeramente. Y me aproximé yo a él para taparle y recostar su cabeza en un cojín, y advertí que su aliento había cesado; y me incliné sobre él en el límite de la ansiedad, ¡y observé que había muerto como los predestinados, sonriendo a la vida! ¡Alah le tenga en su compasión!

Entonces yo, con el corazón oprimido por la desaparición de mi amo, que, a pesar de todo, siempre había estado para conmigo lleno de serenidad y de benevolencia, y olvidando que se habían acumulado sobre mi cabeza todas las desdichas desde el día en que hube de encontrarme con él, ordené que se le hiciesen funerales magníficos. Yo mismo lavé su cuerpo con aguas aromáticas, cerré cuidadosamente con algodón perfumado todas sus aberturas naturales, le depilé, peiné con esmero su barba, teñí sus cejas, ennegrecí sus pestañas y le afeité la cabeza. Luego le envolví en una especie de sudario de cierto tisú maravilloso que se labró para un rey de Persia, y le metí en un ataúd de madera de áloe incrustado en oro.

Tras de lo cual convoqué los numerosos amigos con que se había hecho la generosidad de mi amo; y ordené a cincuenta esclavos, vestidos todos con trajes apropiados a las circunstancias, que llevaran por turno el ataúd a hombros. Y formado ya el cortejo, salimos para el cementerio. Y un número considerable de plañideras, que había yo pagado a tal efecto, seguía al cortejo, lanzando gritos lamentables y agitando sus pañuelos por encima de sus cabezas, mientras abrían la marcha los lectores del Korán, cantando los versículos sagrados, a los cuales respondía la muchedumbre, repitiendo: "¡No hay más Dios que Alah! ¡Y Mohamed es el enviado de Alah!" Y cuantos musulmanes pasaban apresurábanse a ayudar a llevar el ataúd, aunque sólo fuese tocándolo con la mano. Y le sepultamos entre los lamentos de todo un pueblo. Y sobre su tumba hice degollar un rebaño entero de carneros y crías de camello.

Habiendo cumplido de tal modo mis deberes para con mi difunto amo, y después de presidir el festín de los funerales, me aislé en el palacio para empezar a poner en orden los asuntos de la sucesión. Y mi primer cuidado fue comenzar por abrir el cofrecillo de oro para ver si aún tenía los polvos del Azufre rojo. Pero no encontré más que lo poco que ahora queda y que tienes ante los ojos, ¡oh rey del tiempo! Porque, con sus prodigalidades inusitadas, mi amo había ya agotado todo para transformar en oro quintales de plomo. Pero lo poco que todavía quedaba en el cofrecillo bastaba para enriquecer al más poderoso de los reyes. Y no estaba inquieto yo por eso. Además, ni siquiera me preocupaba por las riquezas, dado el estado lamentable en que me encontraba. Sin embargo, quise saber lo que contenía el manuscrito misterioso de piel de gacela, que mi amo no había querido dejarme leer nunca, aunque me había enseñado a descifrar los caracteres talismánicos. Y lo abrí y recorrí su contenido. Y solamente entonces ¡oh mi señor! fue cuando supe, entre otras cosas extraordinarias que te diré un día, las virtudes fastas y nefastas de las cinco llaves del Destino. Y comprendí que el beduino me había comprado y llevado consigo sólo para sustraerse a las tristes propiedades de las dos llaves de oro y de plata, atrayendo sobre mí sus malas influencias. Y hube de invocar en mi ayuda todos los pensamientos más hermosos del Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!) para no maldecir al beduino y escupir sobre su tumba.

Así es que me apresuré a sacar de mi cinturón las dos llaves fatales, y para desembarazarme de ellas para siempre, las eché en un crisol y encendí debajo lumbre, a fin de derretirlas y volatilizarlas. Y al mismo tiempo me dediqué a la busca de las dos llaves de la gloria, de la sabiduría y de la dicha. Pero por más que registré en los menores rincones del palacio, no pude encontrarlas. Y volví al crisol, y puse todo mi ahínco en la fusión de las dos llaves malditas.

Mientras estaba yo ocupado en aquel trabajo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 794ª NOCHE

Ella dijo:

"...Mientras estaba yo ocupado en aquel trabajo, creyendo verme desembarazado para siempre de mi mal destino con la anulación de las dos llaves nefastas, y en tanto que activaba el fuego para favorecer aquella destrucción, que no se hacía tan de prisa como yo quisiera, de pronto vi el palacio invadido por los guardias del califa, que se precipitaron sobre mí y me arrastraron entre las manos de su amo.

Y tu padre, el califa Theilún ¡oh mi señor! me dijo con severidad que estaba enterado de que yo poseía el secreto de la alquimia, y que era necesario que en el momento se lo revelara y le hiciera aprovecharse de él. Pero como yo sabía ¡ay! que el califa Theilún, opresor del pueblo, emplearía la ciencia contra la justicia y para el mal, me negué a hablar. Y en el límite de la cólera, el califa hizo que me cargaran de cadenas y me arrojaran al más negro de los calabozos. Y al mismo tiempo mandó saquear y destruir, de arriba a abajo, nuestro palacio, y se apoderó del cofrecillo de oro que contenía el manuscrito de piel de gacela y las escasas partículas de polvo rojo. Y encargó la custodia del cofrecillo a ese venerable jeique que la ha traído entre tus manos, ¡oh rey del tiempo! Y a diario me sometía a tortura, esperando así obtener de la debilidad de mi carne la revelación de mi secreto.

Pero Alah dióme la virtud de la paciencia. Y durante años y años he vivido de tal manera, aguardando de la muerte mi liberación. ¡Y ahora ¡oh mi señor! moriré consolado, ya que mi perseguidor fue a rendir cuenta a Alah de sus acciones, y yo pude hoy acercarme al más justo y al más grande de los reyes!"

Cuando el sultán Mohammed ben-Theilún hubo oído este relato del venerable Hassán Abdalah, se levantó de su trono y abrazó al anciano, exclamando: "¡Loores a Alah, que permite a su servidor reparar la injusticia y calmar los daños!" Y en el acto nombró a Hassán Abdalah gran visir, y le puso su propio manto real. Y le confió al cuidado de los médicos más expertos del reino, a fin de que contribuyesen a su curación. Y ordenó a los escribas más hábiles del palacio que escribieran cuidadosamente en letras de oro aquella historia extraordinaria y la conservaran en el archivo del reino.

Tras de lo cual, sin dudar ya de la virtud del Azufre rojo, el califa quiso experimentar su efecto sin tardanza. Y mandó echar y poner en fusión, en calderas enormes de barro cocido, mil quintales de plomo; y lo mezcló con las escasas partículas de Azufre rojo que quedaban en el fondo del cofrecillo, pronunciando las palabras mágicas que le dictó el venerable Hassán Abdalah. Y al punto convirtióse todo el plomo en el oro más puro.

Entonces, sin querer que todo aquel tesoro se gastara en cosas fútiles, el sultán resolvió emplearlo en una obra que resultase agradable al Altísimo. Y decidió la construcción de una mezquita que no tuviese igual en todos los países musulmanes. E hizo ir a los arquitectos más famosos de su imperio, y les ordenó que trazaran los planos de aquella mezquita con arreglo a sus indicaciones, sin pensar en las dificultades de la ejecución ni en las sumas de dinero que pudiera costar. Y al pie de la colina que dominaba la ciudad trazaron los arquitectos un cuadrilátero inmenso, cada uno de cuyos lados miraba a uno de los cuatro puntos cardinales del cielo. Y en cada ángulo dispusieron una torre de proporción admirable, cuya parte alta estaba adornada con una galería y coronada por una cúpula de oro. Y en cada fachada de la mezquita alzaron mil pilastras que soportaban arcos de una curvatura elegante y sólida, y allí establecieron una terraza cuya balaustrada era de oro maravillosamente cincelado. Y en el centro del edificio erigieron una cúpula inmensa, de construcción tan ligera y aérea, que parecía colocada entre el cielo y la tierra, sin punto de apoyo. Y la bóveda de la cúpula se recubrió de esmalte color azul y salpicado de estrellas de oro. Y el pavimento se formó con mármoles raros. Y el mosaico de los muros se hizo con jaspe, pórfido, ágatas, nácar opalino y gemas preciosas. Y los pilares y los arcos se cubrieron con versículos del Korán, entrelazados, esculpidos y pintados con colores puros. Y para que aquel maravilloso edificio estuviese al abrigo del fuego, no se empleó en su construcción madera alguna. Y en la erección de aquella mezquita se invirtieron siete años enteros y siete mil hombres y siete mil quintales de dinares de oro. Y se la llamó la Mezquita del sultán Mohammed ben-Theilún. Y todavía se la conoce con este nombre en nuestros días.

En cuanto al venerable Hassán Abdalah, no tardó en recobrar su salud y sus fuerzas, y vivió honrado y respetado hasta la edad de ciento veinte años, que fue el término marcado por su destino. ¡Pero Alah es más sabio! ¡Él es el único viviente!

Y tras de contar así esta historia, Schehrazada se calló. Y dijo el rey Schahriar: "¡Ciertamente, nadie puede rehuir su destino! ¡Pero cómo me ha entristecido esta historia!, ¡oh Schehrazada!"

Y Schehrazada dijo: "Perdóneme el rey; pero por eso voy a contar enseguida la historia de Las babuchas inservibles, entresacada del Diván de los fáciles donaires y de la alegre sabiduría, del jeique Magid-Eddin Abu-Taher Mohammad. (¡Alah le cubra con su Misericordia y le tenga en Su Gracia!)".

Y dijo Schehrazada:

El diván de los fáciles donaires y de la alegre sabiduría

Las Babuchas Inservibles

Cuentan que había en El Cairo un droguero llamado Abu-Cassem Et-Tamburi, que era muy célebre por su avaricia. Y he aquí que, aunque Alah le deparaba la riqueza y la prosperidad en sus negocios de venta y compra, vivía y vestía como el más pobre de los mendigos, y no llevaba encima más ropas que pingos y harapos; y estaba su turbante tan viejo y tan sucio, que ya no era posible distinguir su color; pero, de toda su indumentaria, lo que más pregonaba la sordidez del individuo eran sus babuchas, pues no solamente estaban claveteadas con enormes tachuelas y eran resistentes como máquina de guerra, con suelas más gordas que la cabeza del hipopótamo y recompuestas mil veces, sino que sus palas habían sido remendadas, durante veinte años que hacía que las babuchas eran babuchas, por los más hábiles zapateros remendones y zurradores de El Cairo, que agotaron su arte para unir los trozos dispersos de aquel calzado. Y a consecuencia de todo eso, las babuchas de Abu-Cassem pesaban tanto ya, que desde hacía mucho tiempo se habían hecho proverbiales en todo el Egipto; porque cuando se quería expresar la pesadez de algo, se las tomaba siempre como término comparativo.

Así, cuando un invitado prolongaba demasiado su visita en casa de su huésped, se decía de él: "¡Tiene la sangre como las babuchas de Abu-Cassem!" Y cuando un maestro de escuela, de la especie de los maestros de escuela afligidos de pedantería, quería alardear de ingenio, se decía de él: "¡Alejado sea el Maligno! ¡Tiene el ingenio tan pesado como las babuchas de Abu-Cassem!" Y cuando un mandadero estaba abrumado por el peso de su carga, suspiraba, diciendo: "¡Alah maldiga al propietario de esta carga! ¡Pesa tanto como las babuchas de Abu-Cassem!" Y cuando en algún harén una matrona vieja, de la especie maldita de las viejas gruñonas, quería impedir que se divirtieran entre sí las jóvenes esposas de su amo, se decía:

"¡Haga Alah que se quede tuerta la calamitosa! ¡Es tan pesada como las babuchas de Abu-Cassem!". Y cuando un manjar demasiado indigesto obstruía los intestinos y producía una tempestad dentro del vientre, se decía: "¡Líbreme Alah! ¡Este manjar maldito es tan pesado como las babuchas de Abu-Cassem!" Y así sucesivamente en cuantas circunstancias la pesadez hacía sentir su peso.

Un día en que Abu-Cassem había hecho un negocio de compra y venta más ventajoso todavía que de costumbre, estaba de muy buen humor. Así es que, en vez de dar un festín grande o pequeño, como es uso entre los mercaderes a quienes Alah favorece con un éxito de mercado, le pareció más conveniente ir a tomar un baño en el hammam, en donde no tenía idea de haber puesto los pies nunca. Y tras de cerrar su tienda, se dirigió al hammam, cargándose las babuchas a la espalda en vez de ponérselas; porque lo hacía así desde mucho tiempo atrás para no destrozarlas. Y llegado que fue al hammam, dejó en el umbral sus babuchas con todos los pares de calzado que allí estaban puestos en fila, como es costumbre.

Y entró a tomar su baño.

Y he aquí que Abu-Cassem tenía tanta grasa infiltrada en la piel que a los frotadores y masajistas les costó un trabajo extremado llenar su cometido; y no lo consiguieron más que al fin de la jornada, cuando ya se habían marchado todos los bañistas. Y por fin pudo salir del hammam Abu-Cassem, y buscó sus babuchas; pero ya no estaban allí, y en lugar de ellas había un hermoso par de pantuflas de cuero amarillo limón. Y Abu-Cassem se dijo: "Sin duda Alah me las envía, sabiendo que desde hace tiempo estoy pensando en comprarlas parecidas. ¡O acaso sean de alguien que las ha cambiado por las mías sin darse cuenta!". Y lleno de alegría por verse exento del disgusto de tener que comprar otras, las cogió y se marchó.

Pero las pantuflas de cuero amarillo limón pertenecían al kadí, que aún se hallaba en el hammam. Y en cuanto a las babuchas de AbuCassem, al ver el hombre encargado de la custodia del calzado que aquel horror olía y apestaba la entrada del hammam, se apresuró a recogerlas y a esconderlas en un rincón. Luego, como había transcurrido la jornada y la hora de su guardia había pasado, se marchó, sin acordarse de volver a ponerlas en su sitio.

Así es que, cuando concluyó de bañarse el kadí, los servidores del hammam, que se desvivían por servirle, buscaron en vano sus pantuflas; y acabaron por encontrar en un rincón las fabulosas babuchas que al punto reconocieron como las de Abu-Cassem. Y lanzándose en su persecución, y cuando le atraparon, le llevaron al hammam con el cuerpo del delito al hombro. Y tras de coger lo que le pertenecía, el kadí hizo que devolvieran al otro sus babuchas, y a pesar de sus protestas, le envió a la cárcel. Y para no morirse en la cárcel, Abu-Cassem no tuvo más remedio, bien a pesar suyo, que mostrarse generoso en propinas con los guardias y oficiales de la policía; pues, como era sabido que estaba tan relleno de dinero como podrido de avaricia, no le costó poco recobrar su libertad.

Y de tal suerte pudo salir de la prisión Abu-Cassem; pero en extremo afligido y despechado, y atribuyendo a sus babuchas su desdicha, corrió a tirarlas al Nilo para desembarazarse de ellas.

Y he aquí que algunos días después, al retirar unos pescadores su red, que pesaba más que de costumbre, encontraron en ellas las babuchas, reconociéndolas al punto como las de Abu-Cassem. Y observaron, llenos de furor, que las tachuelas con que estaban claveteadas habían estropeado las mallas de la red. Y corrieron a la tienda de Abu-Cassem y arrojaron con violencia las babuchas dentro de ella, maldiciendo a su propietario. Y como las babuchas habían sido arrojadas con ímpetu, dieron en los frascos de agua de rosas y otras aguas que había en las anaquelerías, y los derribaron, rompiéndolos en mil pedazos.

Al ver aquello, el dolor de Abu-Cassem llegó a su límite extremo, y exclamó él: "¡Ah! ¡babuchas malditas, hijas de mi trasero, no me causáis más que estragos!". Y las cogió y se fue a su jardín y se puso a cavar un agujero para enterrarlas allí. Pero un vecino suyo, que estaba resentido con él, aprovechó la ocasión para vengarse, y corrió enseguida a advertir al walí que Abu-Cassem se hallaba desenterrando un tesoro en su jardín. Y como el walí tenía conocimiento de la riqueza y la avaricia del droguero, no dudó de la realidad de aquella noticia, y al punto envió a los guardias para que se apoderaran de Abu-Cassem y le llevaran a su presencia. Y por más que el desgraciado Abu-Cassem juró que no se había encontrado ningún tesoro, sino que solamente había querido enterrar sus babuchas, el walí no se avino a creer cosa tan extraña y tan contraria a la avaricia legendaria del acusado, y como, fuese por lo que fuese, contaba éste con dinero, obligó al afligido Abu-Cassem a desembolsar una importante suma para obtener su libertad.

Y libre ya, después de aquella formalidad dolorosa, Abu-Cassem...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 795ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y libre ya, después de aquella formalidad dolorosa; Abu-Cassem empezó a mesarse las barbas con desesperación, y cogiendo sus babuchas, juró desembarazarse de ellas a toda costa. Y anduvo al azar mucho tiempo, reflexionando acerca del medio mejor de llevarlo a término, y acabó por decidirse a arrojarlas en un canal situado en el campo, muy lejos. Y supuso que ya no volvería a oír hablar de ellas. Pero quiso la suerte que el agua del canal arrastrase las babuchas hasta la entrada de un molino cuyas ruedas movían aquel canal. Y las babuchas se engancharon en las ruedas y las hicieron saltar, alterando su marcha. Y acudieron a reparar el daño los dueños del molino, y observaron que todo ello obedecía a las enormes babuchas que encontraron enganchadas en el engranaje, y que al punto reconocieron como las babuchas de Abu-Cassem. Y de nuevo encarcelaron al desgraciado droguero, y aquella vez le condenaron a pagar una fuerte indemnización a los propietarios del molino por el daño que les había ocasionado. Y además hubo de pagar crecida fianza para recobrar su libertad. Y al propio tiempo se le devolvieron sus babuchas.

Entonces, en el límite de la perplejidad, regresó a su casa, y subiendo a la terraza, se recostó en la baranda y se puso a reflexionar profundamente sobre lo que haría. Y había colocado en la terraza cerca de él las babuchas; pero les daba la espalda, con objeto de no verlas. Y en aquel momento, precisamente, un perro de los vecinos divisó las babuchas, y lanzándose desde la terraza de sus amos a la de Abu-Cassem, cogió con la boca una de las babuchas y se puso a jugar con ella. Y estando en lo mejor de su juego con la babucha, el perro la tiró lejos, y el Destino funesto la hizo caer de la terraza en la cabeza de una vieja que pasaba por la calle. Y el peso formidable de la babucha barbada de hierro aplastó a la vieja, dejándola más ancha que larga. Y los parientes de la vieja reconocieron la babucha de Abu-Cassem, y fueron a querellarse al kadí, reclamando el precio de la sangre de su parienta o la muerte de Abu-Cassem. Y el infortunado se vio obligado a pagar el precio de la sangre, con arreglo a la ley. Y además, para librarse de la cárcel tuvo que pagar una gruesa fianza a los guardias y a los oficiales de policía.

Pero aquella vez había ya tomado su resolución. Regresó, pues, a su casa, cogió las dos babuchas fatales, y volviendo a casa del kadí, alzó las dos babuchas por encima de su cabeza, y exclamó con una vehemencia que hizo reír al kadí, a los testigos y a los circunstantes: "¡Oh señor kadí, he aquí la causa de mis tribulaciones! Y pronto me voy a ver reducido a mendigar en el patio de las mezquitas. ¡Te suplico, pues, que te dignes dictar un decreto que declare que Abu-Cassem ya no es propietario de las babuchas, pues las lega a quien quisiera cogerlas, y que ya no es responsable de las desgracias que ocasionen en el porvenir!" Y tras de hablar así, tiró las babuchas en medio de la sala de los juicios, y huyó con los pies descalzos, mientras, a fuerza de reír, se caían de trasero todos los presentes. ¡Pero Alah es más sabio!

Y sin detenerse, Schehrazada contó aún:

BAHLUL, BUFÓN DE AL-RASCHID

He llegado a saber que el califa Harún Al-Raschid tenía, viviendo con él en su palacio, a un bufón encargado de divertirle en sus momentos de humor sombrío. Y aquel bufón se llamaba Bahlul el Cuerdo. Y un día le dijo el califa: "Ya Bahlul, ¿sabes el número de locos que hay en Bagdad?". Y Bahlul contestó: "¡Oh mi señor! un poco larga sería la lista". Y dijo Harún: "Pues quedas encargado de hacerla. ¡Y supongo que será exacta!" Y Bahlul hizo salir de su garganta una carcajada prolongada. Y le preguntó el califa: "¿Qué te pasa?" Y Bahlul dijo: "¡Oh mi señor! soy enemigo de todo trabajo fatigoso. ¡Por eso, para complacerte, voy enseguida a extender la lista de los cuerdos que hay en Bagdad! Porque ése es un trabajo que apenas exigirá el tiempo que se tarda en beber un sorbo de agua. Y con esta lista, que será muy corta, ¡por Alah que te enterarás del número de locos que hay en la capital de tu imperio!"

Y estando sentado en el trono del califa, aquel mismo Bahlul recibió, por esta temeridad, una tanda de palos que le propinaron los ujieres. Y los gritos espantosos que con tal motivo hubo de lanzar pusieron en conmoción a todo el palacio y llamaron la atención del propio califa. Y al ver que su bufón lloraba ardientes lágrimas, intentó consolarle. Pero Bahlul le dijo: "¡Ay! ¡oh Emir de los Creyentes! ¡mi dolor no tiene consuelo, pues no es por mí por quien lloro, sino por mi amo el califa! Si yo, en efecto, he recibido tantos golpes por haber ocupado un instante su trono, ¿qué tunda no le amenazará a él después de ocuparlo años y años?".

Y también el mismo Bahlul tuvo la suficiente cordura para tomar horror al matrimonio. Y con el objeto de jugarle una mala pasada, Harún le hizo casarse a la fuerza con una joven de entre sus esclavas, asegurándole que le haría dichoso, y que incluso él respondería de la cosa. Y Bahlul se vio obligado a obedecer, y entró en la cámara nupcial, donde esperaba su joven esposa, que era de una belleza selecta. Pero apenas se había echado junto a ella, cuando se levantó de pronto con terror y huyó de la habitación, como si le persiguiesen enemigos invisibles, y echó a correr por el palacio, igual que un loco. Y el califa, informado de lo que acababa de pasar, hizo ir a Buhlul a su presencia, y le preguntó, con voz severa: "¿Por qué ¡oh maldito! has inferido esa ofensa a tu esposa?".

Y contestó Bahlul: "¡Oh mi señor! ¡el terror es un mal que no tiene remedio! Claro que yo no tengo que formular reproche alguno contra la esposa que has tenido la generosidad de concederme, porque es hermosa y modesta. Pero ¡oh mi señor! apenas entré en el lecho nupcial, cuando oí distintamente varias voces que salían a la vez del seno de mi esposa. Y una de ellas me pedía un traje, y otra me reclamaba un velo de seda; y ésta, unas babuchas; y aquélla, una túnica bordada; y la de más allá, otras cosas. ¡Entonces, sin poder reprimir mi espanto, y no obstante tus órdenes y los encantos de la joven, hui a todo correr, temiendo volverme más loco y más desgraciado todavía de lo que soy!"

Y el mismo Bahlul rehusó un día cierto regalo de mil dinares que le ofreció por dos veces el califa. Y como el califa, extremadamente asombrado de aquel desinterés, le preguntara la razón que para ello tenía, Bahlul, que estaba sentado con una pierna extendida y la otra encogida, se limitó a extender bien ostensiblemente ante Al-Raschid ambas piernas a la vez, siendo ésta toda su respuesta. Y al ver semejante grosería y tan suprema falta de respeto para con el califa, el jefe eunuco quiso hacerle violencia y castigarle; pero Al-Raschid se lo impidió con una seña, y preguntó a Bahlul a qué obedecía aquel olvido de las prácticas corteses. Y Bahlul contestó: "¡Oh mi señor! ¡si hubiera extendido la mano para recibir tu regalo habría perdido para siempre el derecho de extender las piernas!".

Y por último, el propio Bahlul fue quien, entrando un día en la tienda de campaña de Al-Raschid, que regresaba de una expedición guerrera, le encontró sediento y pidiendo a grandes gritos un vaso de agua. Y Bahlul echó a correr para llevarle un vaso de agua fresca, y presentándoselo, le dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡te ruego que antes de beber me digas a qué precio habrías pagado este vaso de agua si, por casualidad, hubiese sido imposible de encontrar o difícil de procurártelo!" Y dijo Al-Raschid: "¡Sin duda habría dado, por tenerlo, la mitad de mi imperio!"

Y dijo Bahlul: "¡Bébetelo ahora, y Alah lo vuelva lleno de delicias para tu corazón!" Y cuando el califa hubo acabado de beber, Bahlul le dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! y si, ahora que te lo has bebido, ese vaso de agua no pudiera salir de tu cuerpo por culpa de alguna retención de orina en tu vejiga honorable, ¿a qué precio pagarías la manera de hacerlo salir?" Y Al-Raschid contestó: "¡Por Alah, que en ese caso daría todo mi imperio de ancho y de largo!"

Y Bahlul, poniéndose muy triste de pronto, dijo: "¡Oh mi señor! ¡un imperio que no pesa en la balanza más que un vaso de agua o un chorro de orines no debería producir todas las preocupaciones que te proporciona y las guerras sangrientas que nos ocasiona!"

Al oír aquello, Harún se echó a llorar.

Y aun dijo aquella noche Schehrazada:

LA INVITACIÓN A LA PAZ UNIVERSAL

Cuentan que un venerable jeique rural tenía en su cortijo un hermoso corral, al que dedicaba todos sus afanes, y que estaba bien provisto de aves machos y aves hembras que le producían muy buenos huevos y soberbios pollos sabrosos de comer. Y entre las aves machos poseía un grande y hermoso gallo de voz clara y plumaje brillante y dorado, el cual, además de todas sus cualidades de belleza exterior, estaba dotado de instinto vigilante, de sabiduría y de experiencia en las cosas del mundo, las mudanzas del tiempo y los reveses de la vida. Y estaba lleno de justicia y de atención para sus esposas, y cumplía sus deberes respecto a ellas con tanto celo como imparcialidad, para no dejar entrar los celos en sus corazones y la animosidad en sus miradas. Y entre todos los habitantes del corral se le citaba como modelo de maridos por su potencia y su bondad. Y su amo le había puesto de nombre Voz-de-Aurora.

Un día, mientras sus esposas dedicábanse a cuidar de sus pequeñuelos y a peinarse las plumas, Voz-de-Aurora salió a visitar las tierras del cortijo. Y sin dejar de maravillarse de lo que veía, revolvía y picoteaba a más y mejor en el suelo, según iba encontrando a su paso granos de trigo o de cebada o de maíz o de sésamo o de alforfón o de mijo. Y como sus hallazgos y pesquisas le llevaron más lejos de lo que hubiese querido, en un momento dado se vio fuera del cortijo y del villorrio, y completamente solo en un paraje abrupto que jamás había visto. Y por más que miró a derecha y a izquierda, no vio ninguna cara amiga ni ningún ser que le fuese familiar. Y empezó a quedarse perplejo, y dejó oír algunos gritos leves de inquietud. Y en tanto que tomaba sus disposiciones para volver sobre sus pasos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 796ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y en tanto que tomaba sus disposiciones para volver sobre sus pasos, he aquí que su mirada se posó en un zorro que a lo lejos iba en dirección suya a grandes zancadas. Y al ver aquello, tembló por su vida, y volviendo la espalda a su enemigo, tomó impulso con toda la fuerza de sus alas abiertas, y ganó la altura de un muro en ruinas, donde no había más que el sitio preciso para agarrarse, y donde no podría atraparle de ninguna manera el zorro.

Y llegó al pie del muro el zorro, sin aliento, husmeando y ladrando. Pero, al ver que no había medio de encaramarse hasta donde estaba el volátil que apetecía, levantó la cabeza hacia él, y le dijo: "La paz sea contigo, ¡oh rostro de buen augurio! ¡oh hermano mío! ¡oh encantador camarada!" Pero Voz-de-Aurora no le devolvió su zalema y ni quiso mirarle. Y el zorro, al ver aquello, le dijo: "¡Oh amigo mío! ¡oh tierno! ¡oh hermoso! ¿por qué no quieres favorecerme con un saludo o con una mirada, cuando tan vehementemente deseo anunciarte una gran noticia?" Pero el gallo declinó con su silencio toda proposición y toda cortesía, y el zorro insistió: "¡Ah! ¡hermano mío, si supieras solamente lo que tengo el encargo de anunciarte, bajarías cuanto antes a abrazarme y a besarme en la boca!" Pero el gallo continuaba fingiendo indiferencia y distracción; y sin contestar nada, miraba a lo lejos con ojos redondos y fijos. Y el zorro añadió: "Sabe, pues, ¡oh hermano mío! que el sultán de los animales, que es el señor León, y la sultana de las aves, que es la señora Águila, acaban de darse cita en una verdeante pradera adornada de flores y de arroyos, y han congregado en torno suyo a los representantes de todas las fieras de la Creación: los tigres, las hienas, los leopardos, los linces, las panteras, los chacales, los antílopes, los lobos, las liebres, los animales domésticos, los buitres, los gavilanes, los cuervos, las palomas, las tórtolas, las codornices, las perdices, las aves de corral y todos los pájaros. Y cuando estuvieron entre sus manos los representantes de todos sus súbditos, nuestros dos soberanos proclamaron, por real decreto, que en adelante habrán de reinar juntas, en toda la superficie de la tierra habitable, la seguridad, la fraternidad y la paz; que el afecto, la simpatía, la camaradería y el amor habrán de ser los únicos sentimientos permitidos entre las tribus de las fieras, de los animales domésticos y de las aves; que el olvido deberá borrar las antiguas enemistades y los odios de raza; y que la meta a que deben tender todos los esfuerzos es la dicha general y universal. Y decidieron que cualquier transgresión que se realizara de tal estado de cosas se llevaría sin tardanza al tribunal supremo y se juzgaría y se condenaría sin remisión. Y me nombraron heraldo del presente decreto, y me encargaron ir proclamando por toda la tierra la decisión de la asamblea, con orden de darles los nombres de los rebeldes, a fin de que se les castigase con arreglo a la gravedad de su rebeldía. Y por eso ¡oh hermano mío gallo! me ves actualmente al pie de este muro en que estás encaramado, pues en verdad que soy yo, yo con mis propios ojos, yo y no otro, el representante, el comisionado, el heraldo y el apoderado de nuestros señores y soberanos. Y por eso te abordé hace poco con el deseo de paz y las palabras de amistad, ¡oh hermano mío!"

¡Eso fue todo!

Pero el gallo, sin prestar a toda aquella elocuencia más atención que si no la oyese, continuaba mirando a lo lejos en actitud indiferente y con unos ojos redondos y distraídos, que cerraba de cuando en cuando, meneando la cabeza. Y el zorro, cuyo corazón ardía en deseos de triturar deliciosamente aquella presa, insistió: "¡Oh hermano mío! ¿por qué no quieres honrarme con una respuesta o acceder a dirigirme una palabra o posar solamente tu mirada en mí, que soy el emisario de nuestro sultán el león, soberano de los animales, y de nuestra sultana el águila, soberana de las aves? Permíteme, pues, que te recuerde que, si persistes en tu silencio para conmigo, me veré obligado a dar cuenta de la cosa al consejo; y sería muy de lamentar que cayeses bajo el peso de la nueva ley, que es inexorable en su deseo de establecer la paz universal, aun a trueque de hacer degollar a la mitad de los seres vivos. ¡Así es que por última vez te ruego ¡oh hermano mío encantador! que me digas solamente por qué no me respondes!"

A la sazón el gallo, que hasta entonces se había encastillado en su altanera indiferencia, estiró el pescuezo, e inclinando a un lado la cabeza, posó la mirada de su ojo derecho en el zorro, y le dijo: "En verdad ¡oh hermano mío! que tus palabras están por encima de mi cabeza y de mis ojos, y te honro en mi corazón como enviado y comisionado y mensajero y apoderado y embajador de nuestra sultana el águila. ¡Pero no vayas a creer que, si no te respondía, era por arrogancia o por rebeldía o por cualquier otro sentimiento reprobable; no, por tu vida que no, si no solamente porque me tenía turbado lo que veía y sigo viendo ante mí allá lejos!"

Y el zorro preguntó: "Por Alah sobre ti, ¡oh hermano mío! ¿Y qué veías y sigues viendo para que así te turbe? ¡Alejado sea el Maligno! ¡Supongo que no será nada grave ni calamitoso!" Y el gallo estiró el pescuezo más todavía, y dijo: "¿Cómo, ¡oh hermano mío!? ¿Acaso no divisas lo que estoy divisando yo, por más que Alah puso encima de tu venerable hocico dos ojos penetrantes, aunque un poco bizcos, dicho sea sin ánimo de ofenderte?" Y el zorro preguntó con inquietud: "¡Pero acaba, por favor, de decirme qué ves! ¡Porque tengo los ojos hoy un poco malos, aunque no sabía que fuese bizco ni por asomo, dicho sea sin ánimo de contrariarte!"

Y el gallo Voz-de-Aurora dijo: "¡La verdad es que estoy viendo levantarse una nube de polvo, y en el aire diviso una bandada de halcones de caza que describen inciertos giros!" Y al oír estas palabras, el zorro se echó a temblar, y preguntó, en el límite de la ansiedad: "¿Y es eso todo lo que divisas, ¡oh rostro de buen augurio!? ¿Y no ves correr a nadie por el suelo?" Y el gallo fijó en el horizonte una mirada prolongada, imprimiendo a su cabeza un movimiento de derecha a izquierda, y acabó por decir: "¡Sí! veo que por el suelo corre a cuatro pies un animal de patas largas, grande, delgado, con cabeza fina y puntiaguda y largas orejas gachas. ¡Y se acerca a nosotros con rapidez!" Y el zorro preguntó, temblando con todo su cuerpo: "¿No será un perro lebrel lo que ves, ¡oh hermano mío!? ¡Alah nos proteja!" Y el gallo dijo: "¡No sé si es un lebrel, porque nunca los he visto de esa especie, y sólo Alah lo sabrá! Pero, de todos modos, creo que es un perro, ¡oh cara hermosa!"

Cuando el zorro hubo oído estas palabras, exclamó: "¡Me veo obligado ¡oh hermano mío! a despedirme de ti!" Y así diciendo, le volvió la espalda y echó a correr azorado, confiándose a la Madre-de-la-Seguridad. Y el gallo le gritó: "¡Escucha, escucha, hermano mío, que ya bajo, que ya bajo! ¿Por qué no me esperas?" Y el zorro dijo: "¡Es que siento una gran antipatía por el lebrel, que no se cuenta entre mis amigos ni entre mis relaciones!" Y el gallo añadió: "¿Pero no me has dicho hace un instante ¡oh rostro de bendición! que venías como comisionado y heraldo de parte de nuestros soberanos para proclamar el decreto de la paz universal, decidida en asamblea plena de los representantes de nuestras tribus?" Y el zorro contestó desde muy lejos: "¡Sí, por cierto! ¡sí, por cierto! ¡oh hermano mío gallo! pero ese lebrel entrometido (¡Alah le maldiga!) se abstuvo de ir al congreso, y su raza no ha enviado allá ningún representante, y su nombre no se ha pronunciado en la proclamación de las tribus adheridas a la paz universal. ¡Y por eso ¡oh gallo lleno de ternura! siempre existirá enemistad entre mi raza y la suya, y aversión entre mi individuo y el suyo! ¡Y que Alah te conserve con buena salud hasta mi regreso!"

Y tras de hablar así, el zorro desapareció en la lejanía. Y de tal suerte escapó el gallo a los dientes de su enemigo, gracias a su ingenio y a su sagacidad. Y se dio prisa en bajar desde lo alto del muro y a volver al cortijo, glorificando a Alah, que le reintegraba a su corral en seguridad. Y se apresuró a contar a sus esposas y a sus vecinos la jugarreta que acababa de hacer a su enemigo hereditario. Y todos los gallos del corral lanzaron al aire el canto sonoro de su alegría para celebrar el triunfo de Voz-de-Aurora.

Y aquella noche aun dijo Schehrazada:

LAS AGUJETAS

Se cuenta que un rey entre los reyes estaba un día sentado en su trono, en medio de su diwán, y daba audiencia a sus súbditos, cuando entró un jeique, hortelano de oficio, que llevaba a la cabeza un cesto de hermosas frutas y de legumbres diversas, primicias de la estación. Y besó la tierra entre las manos del rey, e invocó sobre él las bendiciones y le ofreció como regalo el cesto de primicias. Y después de devolverle la zalema, el rey le preguntó: "¿Y qué hay en este cesto cubierto de hojas, ¡oh jeique!?" Y el hortelano dijo: "¡Oh rey del tiempo! ¡son las primeras verduras y las primeras frutas nacidas en mis tierras, que te traigo como primicias de la estación!" Y el rey dijo: "¡Las acepto de corazón amistoso!" Y quitó las hojas que preservaban del mal de ojo al contenido del cesto, y vio que había en él magníficos cohombros rizados, gombos muy tiernos, dátiles, berenjenas, limones y otras diversas frutas y legumbres tempranas. Y exclamó: "¡Maschala!" y cogió un cohombro rizado y lo engulló con mucho gusto. Luego dijo a los eunucos que llevaran los demás al harén. Y los eunucos se apresuraron a ejecutar la orden. Y también se deleitaron mucho las mujeres comiendo aquellas primicias. Y cada cual cogió lo que quería, felicitándose mutuamente diciendo: "¡Que las primicias del año que viene nos den salud y nos encuentren con vida y con belleza!" Luego distribuyeron a las esclavas lo que quedaba en el cesto. Y de común acuerdo, dijeron: "¡Por Alah, que son exquisitas estas primicias! ¡Y tenemos que dar una buena propina al hombre que las ha traído!" Y enviaron al felah, por mediación de los eunucos, cien dinares de oro.

Y el rey, asimismo, estaba extremadamente satisfecho del cohombro rizado que había comido, y aun añadió doscientos dinares al donativo de sus mujeres. Y de tal suerte percibió el felah trescientos dinares de oro por su cesto de primicias.

Pero no fue eso todo. Porque el sultán que le había hecho diversas preguntas acerca de cosas agrícolas y de otras cosas más, le había encontrado en absoluto de su conveniencia y se había complacido con sus respuestas, pues el felah tenía la palabra elegante, la lengua expedita, la réplica en los labios, el ingenio fértil, la actitud muy cortés y el lenguaje correcto y distinguido. Y el sultán quiso hacer de él su comensal inmediatamente, y le dijo: "¡Oh jeique! ¿sabes hacer compañía a los reyes?"

Y el felah contestó: "Sé". Y el sultán le dijo: "Bueno, ¡oh jeique! ¡Vuélvete enseguida a tu pueblo para llevar a tu familia lo que Alah te ha concedido hoy, y regresa conmigo a toda prisa para ser mi comensal en adelante!"

Y el felah contestó con el oído y la obediencia. Y después de llevar a su familia los trescientos dinares que Alah le había otorgado, volvió al lado del rey, que en aquel momento estaba cenando. Y el rey le mandó sentarse junto a él, ante la bandeja, y le hizo comer y beber lo que tenía gana. Y le encontró aún más divertido que la primera vez, y acabó de encariñarse con él, y le preguntó:

"¿Verdad que sabes historias hermosas de contar y de escuchar, ¡oh jeique!?"

Y el felah contestó: "¡Sí, por Alah! ¡Y la próxima noche le contaré una al rey!" Y al oír esta noticia, el rey llegó al límite del júbilo y se estremeció de contento. Y para dar a su comensal una prueba de cariño y de amistad, hizo salir de su harén a la más joven y más bella mujer del séquito de la sultana, una muchacha virgen y sellada...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 797ª NOCHE

Ella dijo:

"...hizo salir de su harén a la más joven y bella mujer del séquito de la sultana, una muchacha virgen y sellada, y se la dio como regalo, aunque la había hecho apartar para sí mismo el día en que la compraron, reservándosela como bocado selecto. Y puso a disposición de los recién casados un hermoso aposento del palacio, contiguo al suyo, y magníficamente amueblado y provisto de todas las comodidades. Y tras de desearles todo género de delicias aquella noche, les dejó solos y entró en su harén.

Cuando la joven se hubo desnudado, esperó, acostada, que fuera a ella su nuevo señor. Y el jeique hortelano, que en su vida había visto ni probado la carne blanca, se maravilló de lo que veía y glorificó en su corazón a Quien forma la carne blanca. Y se acercó a la joven, y empezó a hacer con ella todas las locuras usuales en casos como aquél. Y he aquí que, sin que pudiese él saber cómo ni por qué, el niño de su padre no quiso levantar cabeza y siguió adormecido con la mirada sin vida y mustio. Y por más que el frutero le amonestaba y alentaba, no quiso oír nada, y permaneció obstinado, oponiendo a todas las exhortaciones una inercia y una tozudez inexplicable. Y el pobre frutero llegó al límite de la confusión, y exclamó: "¡En verdad que es cosa prodigiosa!"

Y la joven, con objeto de despertar los deseos del niño, se puso a hacerle cosquillas y a juguetear con él con mano ardiente, y a mimarle con todos los mimos, y a hacerle entrar en razón, tan pronto con caricias como con golpes; pero tampoco consiguió decidirle a despertarse.

Y acabó por exclamar: "¡Oh mi señor! ¡puede que Alah lo anime!" Y al ver que nada servía de nada, dijo: "¡Oh mi señor! ¿a que no sabes por qué no quiere despertarse el niño de su padre?" El jeique dijo: "¡No, por Alah, que no lo sé!" Ella dijo: "¡Pues porque su padre tiene agujetas!" El jeique preguntó: "¿Y qué hay que hacer ¡oh perspicaz para curar las agujetas!?" Ella dijo: "No te preocupes por eso. ¡Yo sé lo que tengo que hacer!" Y se levantó en aquella hora y en aquel instante, tomó incienso macho, y echándolo en un pebetero se puso a dar fumigaciones a su esposo, como se hace sobre el cuerpo de los muertos, diciendo: "¡Alah resucite a los muertos! ¡Alah despierte a los dormidos!" Y hecho lo cual, cogió un cántaro lleno de agua y empezó a regar al niño de su padre, como se hace con el cuerpo de los muertos antes de amortajarles. Y tras de bañarle así, cogió un pañuelo de muselina y cubrió con él al niño dormido, como se cubre a los muertos con el sudario. Y después de llevar a cabo todas aquellas ceremonias preparatorias de un sepelio, y que ella hacía por simulacro, llamó a las numerosas esclavas que el sultán había puesto a su servicio y al de su esposo, y les mostró lo que tenía que mostrarles del pobre frutero, que estaba tendido inmóvil, con el cuerpo cubierto a medias por el pañuelo y envuelto en una nube de incienso. Y al ver aquello, lanzando gritos de hilaridad y carcajadas, las mujeres echaron a correr por el palacio, contando lo que acababan de ver a todas las que no lo habían visto.

Por la mañana, el sultán, que se había levantado más temprano que de costumbre, envió a buscar a su comensal el frutero, y le formuló los deseos de la mañana, y le preguntó: "¿Cómo se ha pasado la noche, ¡oh jeique!?" Y el felah contó al sultán cuanto le había ocurrido, sin ocultar un detalle. Y el sultán, al oír aquello, se echó a reír de tal manera, que se cayó de trasero; luego exclamó: "¡Por Alah, que la joven que de tan oportuna manera ha tratado tus agujetas es una joven dotada de ciencia y de ingenio y de gracia! ¡Y la recupero para mi uso personal!" Y la hizo ir, y le ordenó que le contara lo que había pasado. Y la joven repitió al rey la cosa tal como había sucedido, y le narró con todos sus detalles los esfuerzos que había hecho para disipar el sueño del testarudo niño de su padre, y el tratamiento que acabó por aplicarle sin resultado. Y en el límite del júbilo, el rey se encaró con el felah, y le preguntó: "¿Es verdad eso?" Y el felah hizo con la cabeza un signo afirmativo y bajó los ojos. Y le dijo el rey, riendo a más y mejor: "¡Por mi vida sobre ti, ¡oh jeique! vuelve a contarme lo que ha pasado!" Y cuando el pobre hombre hubo repetido su relato, el sultán se echó a llorar de alegría, y exclamó: "¡Ualah! ¡es cosa prodigiosa!" Luego, como desde el minarete el muezín acababa de llamar a la plegaria, el sultán y el frutero cumplieron sus deberes para con su Creador, y el sultán dijo: "¡Ahora ¡oh jeique de los hombres deliciosos! date prisa a contarme las historias prometidas, para completar mi alegría!" Y el frutero dijo: "¡De todo corazón amistoso y como homenaje debido a nuestro generoso señor!" Y sentándose con las piernas encogidas frente al rey, contó:

HISTORIA DE LOS DOS TRAGADORES DE HASCHISCH

Has de saber ¡oh mi señor y corona de mi cabeza! que en una ciudad entre las ciudades había un hombre que tenía el oficio de pescador y la distracción de tomar haschisch. Y he aquí que cuando había cobrado el producto de una jornada de trabajo, se comía una parte de su ganancia en provisiones de boca y el resto en esa hierba alegre de que se extrae el haschisch. Y tomaba al día tres tomas de haschisch: una se la tragaba por la mañana en ayunas, otra a mediodía y otra al ponerse el sol. Y de tal suerte se pasaba la vida muy alegremente y haciendo extravagancias. Y esto no le impedía ir a su trabajo, que era la pesca; pero con frecuencia lo hacía de una manera muy singular, como vas a ver.

Una tarde, tras de tomar una dosis de haschisch más fuerte que de costumbre, empezó por encender una vela de sebo, y se sentó delante de ella y se puso a hablar consigo mismo, formulándose las preguntas y las respuestas, y disfrutando todas las delicias del ensueño y del placer tranquilo. Y así permaneció mucho tiempo, y sólo le sacaron de su ensueño la frescura de la noche y la claridad de la luna llena. Y dijo entonces, hablando consigo mismo: "¡Eh, amigo, mira! La calle está silenciosa, la brisa es fresca y la claridad de la luna invita al paseo. ¡Harás bien, pues, en salir a tomar el aire y a mirar el aspecto del mundo ahora que las gentes no circulan y no pueden distraerte de tu placer y tu fasto solitario!" Y pensando de este modo, el pescador salió de su casa y encaminó su paseo por el lado del río. Era en el decimocuarto día de la luna, y la noche estaba toda iluminada. Y al mirar reflejado en el piso el disco argénteo, el pescador tomó por agua aquel reflejo de la luna, y su extravagante imaginación le dijo: "Por Alah, ¡oh pescador! hete aquí llegado a orillas del río, y en el ribazo no hay ningún otro pescador. ¡Por tanto, harás bien en ir enseguida a coger tu sedal y volver para ponerte a pescar lo que te depare tu suerte de esta noche!" Así pensó en su locura, y así lo hizo. Y cuando cogió su sedal, fue a sentarse en una escarpadura, y se puso a pescar en medio de la claridad lunar, arrojando el hilo con el anzuelo al caudal blanco reflejado en el piso.

Y he aquí que, atraído por el olor de la carne que servía de cebo, un perro enorme fue a arrojarse sobre el sedal, y lo devoró. Y se le clavó el anzuelo en el gaznate, y le molestó tanto, que empezó a dar sacudidas desesperadas para librarse del hilo. Y el pescador, que creía haber cogido un pez monstruoso, tiraba todo lo que podía; y el perro, que sufría de un modo insoportable, tiraba por su parte, lanzando aullidos tremendos; de modo que el pescador, que no quería dejar escapar su presa, acabó por ser arrastrado y rodó por tierra. Y creyendo entonces que iba a ahogarse en el río que le mostraba su haschisch, se puso a dar gritos espantosos, pidiendo socorro. Y al oír aquel ruido, acudieron los guardias del barrio, y el pescador, al verles, les gritó: "¡Socorredme, ¡oh musulmanes! ¡Ayudadme a sacar el monstruoso pez de las profundidades del río, adonde va a arrastrarme! ¡Yalah, yalah! ¡venid aquí, valientes, que me ahogo!" Y los guardias le preguntaron, muy sorprendidos: "¿Qué te ocurre, ¡oh pescador!? ¿Y de qué río hablas? ¿Y de qué pez se trata?" Y les dijo: "Alah os maldiga, ¡oh hijos de perros! ¿Vais a gastarme ahora bromas o a ayudarme a salvar mi alma del ahogo y a sacar el pez fuera del agua?" Y los guardias, que al principio se rieron de aquella extravagancia, se irritaron contra él al oírle tratarles de hijos de perros, y se arrojaron sobre él, y después de molerle a golpes, le condujeron a casa del kadí.

Y he aquí que también el kadí, con permiso de Alah, era muy dado al haschisch...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 798ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y he aquí que también el kadí, con permiso de Alah, era muy dado al haschisch. Y cuando, a la primera ojeada que dirigió al pescador, comprendió que el hombre a quien los guardias acusaban de haber turbado el reposo del barrio estaba bajo el poder de la alegre droga que tanto consumía él mismo, se apresuró a amonestar severamente a los guardias y a mandarles que se fueran. Y recomendó a sus esclavos que tuvieran mucho cuidado con el pescador y que le dieran una buena cama para que pasase la noche con toda tranquilidad. Y en su fuero interno se prometió tenerle por compañero del placer que pensaba disfrutar al siguiente día.

En efecto, después de pasarse toda la noche en reposo y calma y de llevarse buena vida, al día siguiente, por la noche, fue llamado el pescador a la presencia del kadí, que le recibió con toda cordialidad y le trató como a un hermano. Y tras de cenar con él, se sentó al lado suyo ante las velas encendidas, y ofreciéndole haschisch, se dedicó a tomarlo en su compañía. Y entre ambos consumieron una dosis capaz de derribar con las cuatro patas en alto a un elefante de cien años.

Cuando se disolvió bien el haschisch en su razón, exaltó las disposiciones naturales de sus caracteres. Y quitándose la ropa, se quedaron completamente desnudos, y empezaron a bailar, a cantar y hacer mil extravagancias.

Pero en aquel momento se paseaban por la ciudad el sultán y su visir, disfrazados ambos de mercaderes. Y oyeron todo el ruido que salía de la casa del kadí; y como no estaban cerradas las puertas, entraron y se encontraron al kadí y al pescador en el delirio de la alegría. Y al ver entrar a los huéspedes del destino, el kadí y su compañero dejaron de bailar y les desearon la bienvenida y les hicieron sentarse con cordialidad, sin que, por lo demás, le azorase su presencia. Y al ver el sultán bailar al kadí de la ciudad todo desnudo frente a un hombre todo desnudo también, y que tenía un zib de longitud interminable y negro y revoltoso, abrió mucho los ojos, e inclinándose al oído de su visir, le dijo: "¡Por Alah! No está nuestro kadí tan bien provisto como su negro compañero". Y el pescador se encaró con él, y dijo: "¿Qué estás hablando así al oído de ése? ¡Sentaos ambos, que os lo ordeno yo, vuestro señor, el sultán de la ciudad! Si no, voy a hacer que al instante os rebane la cabeza mi visir el bailarín. ¡Porque supongo no ignoráis que yo soy el sultán en persona, que éste es mi visir, y que en la palma de mi mano derecha tengo, como a un pez, al mundo entero!" Y al oír estas palabras, el sultán y el visir comprendieron que estaban en presencia de dos comedores de haschisch de la variedad más extraordinaria. Y el visir, para divertir al sultán, dijo al pescador. "¿Y desde cuándo ¡oh mi señor! eres sultán de la ciudad? ¿Y podrías decirme qué fue de tu predecesor, nuestro antiguo amo?"

El otro dijo: "La verdad es que le destroné, diciéndole: «¡Vete!» Y se fue. ¡Y me quedé en lugar suyo!"

Y el visir preguntó: "¿Y no protestó el sultán?"

El pescador dijo: "¡Ni siquiera! Incluso se alegró de descargar sobre mi el pesado fardo del reino. Y yo, con objeto de corresponder a sus amabilidades, le guardé conmigo para que me sirviera. ¡Y ya le contaré historias, si algún día se arrepiente de su dimisión!"

Y tras de hablar así, el pescador añadió: "¡Oh, qué ganas tengo de mear!" Y enarbolando su interminable herramienta, se acercó al sultán y se dispuso a desahogarse encima de él. Y por su parte, dijo el kadí: "¡También yo tengo mucha gana de mear!" Y se acercó al visir, y también quiso hacer lo mismo que el pescador. Y al ver aquello, el sultán y el visir, en el colmo de la hilaridad, se levantaron, saltando sobre sus pies, y huyeron, exclamando: "¡Alah maldiga a los comedores de haschisch de vuestra especie!" Y les costó mucho trabajo a ambos escapar de los dos extravagantes compañeros.

Y he aquí que al día siguiente el sultán, que quería poner remate a la diversión de su velada de la víspera, ordenó a los guardias que avisaran al kadí de la ciudad que tenía que presentarse en el palacio con el huésped que albergaba en su casa. Y el kadí, acompañado del pescador, no tardó en llegar entre las manos del sultán, que le dijo: "¡Te he hecho venir con tu compañero, ¡oh representante de la ley! a fin de que me enseñes cuál es el modo más cómodo de mear! ¿Es preciso, en efecto, ponerse en cuclillas, alzándose con cuidado la ropa, como prescribe el rito? ¿O tal vez es preferible hacer como los cochinos descreídos, que mean de pie? ¿O acaso hay que mearse en sus semejantes, poniéndose completamente desnudo, como hicieron anoche dos tragadores de haschisch que yo conozco?"

Cuando el kadí hubo oído estas palabras del sultán —y como, por otra parte, sabía que el sultán tenía costumbre de pasearse disfrazado por la noche—, comprendió que su extravagancia y su delirio de la víspera bien pudieron tener por testigo al propio sultán, y llegó al límite del estremecimiento al pensar que había faltado el respeto al sultán y al visir. Y cayó de rodillas, gritando: "¡Amán! ¡Amán! ¡oh mi señor! ¡fue el haschisch lo que me indujo a la grosería y a la descortesía!"

Pero el pescador, que a causa de las dosis diarias de haschisch que tomaba, continuaba en estado de embriaguez, dijo al sultán: "Bueno, ¿y qué? ¡Si tú estás en tu palacio, nosotros estábamos en el nuestro anoche!"

Y en extremo divertido con los modales del pescador, el sultán le dijo: "¡Oh el más divertido parlanchín de mi reino! ya que tú eres sultán y yo lo soy también, te suplico que en lo sucesivo me hagas compañía en mi palacio. ¡Y puesto que sabes contar historias, supongo que querrás endulzarnos el oído con alguna!"

Y el pescador contestó:

"¡De todo corazón amistoso y como homenaje debido! ¡Pero no sin que hayas perdonado a mi visir, que está de rodillas a tus pies!" Y el sultán se apresuró a dar orden de levantarse al kadí, y le perdonó su extravagancia de la víspera y le dijo que retornara a su casa y a sus funciones. Y únicamente retuvo consigo al pescador, quien, sin esperar a más, le contó, como sigue, la historia del "kadí Padre-del-Cuesco".

HISTORIA DEL KADÍ PADRE-DEL-CUESCO

Cuentan que en la ciudad de Trablús, de Siria, en tiempo del califa Harún Al-Raschid, había un kadí que ejercía las funciones de su cargo con una severidad y un rigor extremados, lo cual era notorio entre los hombres.

Y he aquí que aquel kadí funesto tenía a su servicio a una vieja negra de piel ruda y endurecida como el cuero de un búfalo del Nilo. Y era ella la única mujer que poseía en su harén. ¡Alah le rechace de Su misericordia! Porque aquel kadí era de una mezquindad extremada, a la que sólo podía igualar su rigor en los juicios que fallaba. ¡Alah le maldiga! Y aunque era rico, no vivía más que de pan duro y cebollas. Y no obstante, estaba lleno de ostentación y se avergonzaba de su avaricia pues quería siempre dar prueba de fasto y de generosidad, por más que viviese con la economía de un camellero próximo a agotar sus provisiones. Y para hacer creer en un lujo que su casa ignoraba, tenía la costumbre de cubrir el taburete de comer con un mantel adornado de franjas de oro. Y de tal suerte, cuando, por casualidad, entraba alguien para cualquier asunto a la hora de la comida, el kadí no dejaba de llamar a su negra y de decirle en voz alta: "¡Pon el mantel de franjas de oro!" Y pensaba que así hacía creer a la gente que su mesa era suntuosa y que los manjares equivalían en bondad y en cantidad a la hermosura del mantel con franjas de oro. Pero jamás había sido invitado nadie a una de aquellas comidas servidas en el mantel espléndido; y nadie, por el contrario, ignoraba la verdad con respecto a la avaricia sórdida del kadí. De modo que, por lo general, se decía cuando se había comido mal en un festín: "¡Lo han servido en el mantel del kadí!"

Y así, aquel hombre, a quien Alah había dotado de riquezas y de honores, vivía una vida que no contentaría a los perros de la calle. ¡Confundido sea por siempre!

Un día, algunas personas que querían inclinarle en favor suyo en cierto juicio, le dijeron: "¡Oh nuestro amo el kadí! ¿por qué no tomas esposa? ¡Porque la vieja negra que tienes en tu casa no es digna de tus méritos!"

Y contestó él: "¿Quiere buscarme mujer alguno de vosotros?" Y contestó uno de los presentes: "¡Oh amo nuestro! yo tengo una hija muy bella, y honrarías a tu esclavo si quisieras tomarla por esposa". Y el kadí aceptó la oferta; y enseguida se celebró el matrimonio; y aquella misma noche se condujo a la joven a casa de su esposo. Y la tal joven estaba muy asombrada de que no se le preparase comida, ni siquiera se le preguntara acerca del particular; pero, como era discreta y muy reservada, no hizo ninguna reclamación, y queriendo conformarse a las costumbres de su esposo, procuró distraerse. En cuanto a los testigos de la boda y a los invitados, presumían que aquella unión del kadí daría lugar a alguna fiesta, o por lo menos a una comida; pero fueron vanas sus esperanzas, y transcurrieron las horas sin que el kadí invitase a nadie.

Y se retiró cada cual maldiciendo al destino.

Volviendo a la recién casada, es el caso que, después de haber sufrido cruelmente con aquel ayuno tan riguroso y tan prolongado, por fin oyó a su esposo llamar a la negra de piel de búfalo y ordenarle que colocara el taburete de comer, poniendo el mantel de franjas de oro y los ornamentos mejores. Y la infortunada creyó entonces que por fin iba a resarcirse del ayuno penoso a que acababa de ser condenada, ella, que en casa de su padre había vivido siempre nadando en la abundancia, en el lujo y en el bienestar. Pero ¡ay de ella! ¿qué sentiría cuando la negra llevó, por toda bandeja de manjares, una fuente con tres pedazos de pan negro y tres cebollas? Y como no se atreviera ella a hacer un movimiento ni se explicase aquello, el kadí cogió con cierto sentimiento un pedazo de pan y una cebolla, dio una parte igual a la negra, e invitó a su joven esposa a hacer honor al festín, diciéndole: "¡No temas abusar de los dones de Alah!" Y empezó a comer él mismo con una prisa que denotaba hasta qué punto saboreaba la excelencia de aquella comida. Y también la negra se tragó de un bocado la cebolla, única comida del día. Y la pobre esposa, burlada, trató de hacer lo que ellos; pero, como estaba acostumbrada a los manjares más delicados, no pudo tragar bocado. Y acabó por levantarse de la mesa en ayunas, maldiciendo en su alma la negrura de su destino. Y de tal suerte transcurrieron tres días de abstinencia, con el mismo llamamiento a la hora de comer, los mismos adornos hermosos en la mesa, el mismo mantel de franjas de oro, el pan negro y las tristes cebollas. Pero, al cuarto día, el kadí oyó unos gritos terribles...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 799ª NOCHE

Ella dijo:

"...Pero, al cuarto día, el kadí oyó unos gritos terribles que partían del harén. Y fue la negra a anunciarle alzando los brazos al cielo, que su ama se había rebelado contra todos los de la casa, y acababa de enviar a buscar a su padre. Y el kadí, furioso, entró en el aposento de la joven con los ojos llameantes, le lanzó toda clase de injurias, y acusándola de entregarse a todas las variedades del libertinaje, le cortó los cabellos a la fuerza y la repudió, diciéndole: "¡Quedas divorciada por tres veces!" Y la echó violentamente y cerró la puerta detrás de ella.

¡Alah le maldiga, que merece la maldición!

Pocos días después de su divorcio, el ruin hijo de ruin, con motivo de sus funciones, que le hacían indispensable para mucha gente, encontró otro cliente que le propuso a su hija en matrimonio. Y se casó con la joven, que fue servida de la misma manera, y que, sin poder soportar más de tres días el régimen de cebollas, se rebeló y también fue repudiada. Pero no sirvió aquello de lección a las demás personas, pues aun encontró el kadí varias jóvenes con quienes casarse, y se fue casando con ellas sucesivamente para repudiarlas al cabo de un día o dos a causa de su rebeldía ante el pan negro y las cebollas.

Pero, cuando los divorcios se multiplicaron de manera tan exagerada, el rumor de la mezquindad del kadí llegó a oídos que hasta entonces no se habían enterado de ella, y su conducta para con sus mujeres se hizo motivo de todas las conversaciones en los harenes. Y perdió todo el crédito posible con las casamenteras, y dejó en absoluto de ser un buen partido.

Una noche se paseaba por los alrededores de la ciudad el kadí, atormentado por la herencia de su padre, a la cual no quería ya ninguna mujer, cuando vio acercarse una dama en una mula de color castaño. Y quedó conmovido por la apostura elegante de ella y por sus ricos vestidos. Así es que retorciéndose el bigote, avanzó hacia ella con galante cortesanía, le hizo una profunda reverencia, y después de las zalemas, le dijo: "¡Oh noble dama! ¿de dónde vienes?" Ella contestó: "¡Del camino que dejo atrás!"

Y el kadí sonrió, y dijo: "¡Sin duda! ¡sin duda! ya lo sé; pero ¿de qué ciudad?" Ella contestó: "¡De Mossul!" El preguntó: "En ese caso, ¿quieres servirme de esposa en adelante, y que yo, en cambio, sea para ti el hombre?" Ella contestó: "Dime dónde vives y mañana te mandaré la respuesta". Y el kadí le explicó quién era y dónde vivía. ¡Pero ya lo sabía ella! Y le dejó, dedicándole de soslayo la más comprometedora de las sonrisas.

Y he aquí que al siguiente día por la mañana la joven envió al kadí un mensaje para informarle de que consentía en casarse con él mediante un donativo de cincuenta dinares. Y el ruin, con un violento esfuerzo de su avaricia, en vista de la pasión que experimentaba por la joven, hizo contarle y entregarle los cincuenta dinares, y encargó a la negra que fuese a buscarla. Y sin faltar a sus compromisos, la joven, en efecto, fue a casa del kadí; y enseguida se llevó a cabo el matrimonio, ante testigos, que se marcharon inmediatamente sin que tampoco se les obsequiara.

Y el kadí, fiel a su régimen, dijo a la negra con tono enfático: "¡Pon el mantel de franjas de oro!" Y como de ordinario, en la mesa suntuosamente adornada, se sirvieron, por todo manjar, los tres panes duros y las tres cebollas. Y la recién casada cogió la tercera ración con muy buen talante, y cuando hubo acabado, dijo: "¡Alhamdú lillah! ¡Loor a Alah! ¡Qué excelente comida acabo de hacer!" Y acompañó esta exclamación con una sonrisa de extremada satisfacción. Y exclamó el kadí, al oír y ver aquello: "¡Glorificado sea el Altísimo que, en Su generosidad, me ha deparado al fin una esposa que reúne en sí todas las perfecciones y sabe contentarse con el presente, dando gracias a su Creador por lo mucho y por lo poco!" Pero el ciego miserable, el cochino (¡Alah le confunda!) no sabía que su suerte estaba echada en el cerebro maligno de su joven esposa.

Y he aquí que, al día siguiente, por la mañana, el kadí fue al diwán, y durante su ausencia, la joven se dedicó a visitar, una tras otra, todas las habitaciones de la casa. Y de tal suerte llegó a un gabinete cuya puerta, cuidadosamente cerrada y provista de tres candados enormes y asegurada por tres fuertes barras de hierro, le inspiró viva curiosidad. Y después de dar muchas vueltas y examinar bien lo que tenía que examinar, acabó por distinguir una rendija de poco más de un dedo de ancho en una moldura. Y miró por aquella rendija, y se sintió extremadamente sorprendida y alegre al ver que estaba acumulado allí dentro el tesoro del kadí en oro y en plata, guardado en amplios vasos de cobre puestos en el suelo. Y al punto ideó aprovecharse sin tardanza de aquel descubrimiento inesperado: y corrió a buscar una varilla larga hecha con un tallo de palmera, untó la punta con una pasta pegajosa y la introdujo por la rendija de la moldura. Y a fuerza de dar vueltas a la varilla, se pegaron varias monedas de oro, retirándolas ella enseguida.

Y fue a su aposento y llamó a la negra, y le dijo, dándole las monedas de oro: "¡Ve inmediatamente al zoco, y compra tortas calientes todavía del horno con sésamo por encima, arroz con azafrán, carne tierna de cordero y todo lo mejor que encuentres de frutas y pastelerías!" Y la negra, asombrada, contestó con el oído y la obediencia, y se apresuró a ejecutar las órdenes de su ama, quien, a su regreso del zoco, le hizo poner los platos y compartir con ella las suculentas cosas que había traído. Y exclamó la negra, que por primera vez en su vida hacía una comida tan excelente: "Alah te alimente ¡oh mi señora! y haga que se te conviertan en grasa de buena calidad las cosas deliciosas con que acabas de nutrirme. ¡Por tu vida, que en esta sola comida, debida a la generosidad de tu mano, me has hecho comer manjares tan suculentos como no los probé jamás en todo el tiempo que llevo sirviendo en casa del kadí!" Y la joven le dijo: "¡Pues bien; si deseas a diario un alimento análogo y aún superior al de hoy, no tienes más que obedecer a todo lo que te diga, y guárdate la lengua dentro de la boca en presencia del kadí!" Y la negra invocó sobre ella las bendiciones, y le dio gracias y le besó la mano, prometiéndole obediencia y abnegación. Porque no era dudosa la elección entre la largueza y buena vida por una parte, y por otra la privación y la economía sórdida.

Y cuando, hacia mediodía, regresó el kadí a la casa, gritó a la negra: "¡Oh esclava, pon el mantel de franjas de oro!" Y cuando estuvo sentado, su mujer se levantó y le sirvió por sí misma los restos de la excelente comida. Y comió él con mucho apetito y le alegró un trato tan bueno, y preguntó: "¿De dónde proceden estas provisiones?" Ella contestó: "¡Oh mi señor! ¡en esta ciudad tengo muchas parientas, y una de ellas es quien me ha enviado hoy este regalo, que me agrada, por poder compartirlo con mi señor!" Y el kadí se felicitó en el alma por haberse casado con una mujer que tenía parientes tan preciosos.

Y he aquí que el día siguiente la varilla de palmera obró como la primera vez, y extrajo del tesoro del kadí algunas monedas de oro, con las cuales la esposa del kadí mandó comprar provisiones admirables, entre ellas un cordero relleno de alfónsigos, e invitó a algunas vecinas suyas a compartir con ella la excelente comida. Y pasaron el tiempo juntas de la manera más agradable hasta la hora de que volviese el kadí. Y entonces se separaron las mujeres, prometiéndose que se repetiría con toda amabilidad aquel día de bendición.

Y el kadí, en cuanto entró, gritó a la negra: "¡Pon el mantel de franjas de oro!" Y cuando estuvo servida la comida, el miserable (¡Alah le maldiga!) se asombró mucho de ver en las bandejas carnes y provisiones más delicadas y más selectas todavía que las de la víspera. Y preguntó, lleno de inquietud: "¡Por mi cabeza! ¿de dónde proceden estos manjares tan costosos?" Y la joven, que le servía por sí misma, contestó: "¡Oh señor! tranquiliza tu alma y refresca tus ojos, y no pienses más que en comer y regocijarte en tu fuero interno, sin atormentarte más por los bienes que Alah nos depara. ¡Porque una de mis tías me ha enviado estas bandejas de manjares, y me tendré por muy dichosa si le satisfacen a mi señor!"

Y en el límite de la alegría, por tener una esposa tan bien emparentada y tan amable y tan atenta, el kadí sólo pensó ya en aprovecharse lo más que pudiera de tanto honor gratuito. Así es que, al cabo de un año de aquel régimen, creó tanta grasa y se le desarrolló el vientre de manera tan notoria, que cuando los habitantes de la ciudad querían establecer un término comparativo con respecto a una cosa enorme, decían: "¡Es tan gordo como el vientre del kadí!"

Pero el miserable (¡alejado sea el Maligno!) no sabía lo que le esperaba, y que su mujer había jurado vengar a todas las pobres mujeres con quienes él hubo de casarse para hacerlas morir casi de inanición y echarlas después de haberles cortado los cabellos y haberlas repudiado con el triple divorcio definitivo. Y he aquí cómo se arregló la joven para alcanzar el fin deseado y jugarle una mala pasada.

Entre las vecinas a quienes daba de comer a diario se encontraba una pobre mujer encinta, madre ya de cinco hijos, y cuyo marido era un mandadero que apenas ganaba con qué atender a las necesidades urgentes de la casa. Y la esposa del kadí le dijo un día: "¡Oh vecina mía! Alah te ha dado una familia numerosa, y tu hombre no tiene con qué alimentarla. ¡Y hete aquí de nuevo encinta por voluntad del Altísimo! ¿Quieres, pues, cuando hayas parido tu futuro recién nacido, dármele, a fin de que yo le cuide y le eduque como si fuera mi propio hijo, ya que Alah no me favorece con la fecundidad? ¡Y en cambio te prometo que no carecerás de nada y que la prosperidad favorecerá tu casa! ¡Pero solamente te pido que no hables de la cosa a nadie, y me entregues a escondidas el niño, con objeto de que nadie del barrio sospeche la verdad!" Y la mujer del mandadero aceptó la oferta y prometió reserva. Y el día de su parto, que tuvo lugar con gran secreto, entregó a la esposa del kadí el niño recién nacido, que era un muchacho tan abultado como dos muchachos de su especie.

Y he aquí que aquel día la joven preparó por sí misma, para la hora de comer, un plato compuesto de una mezcla de habas, guisantes, judías blancas, coles, lentejas, cebollas, cabezas de ajo, harinas diversas y toda clase de cereales pesados y especias molidas. Y cuando entró el kadí, con mucha hambre, porque tenía completamente vacío su enorme vientre, ella le sirvió aquel guisado, bien sazonado, que le pareció a él delicioso y del cual comió glotonamente. Y repitió varias veces, y acabó por devorar todo el plato, diciendo: "¡Jamás comí un manjar que pasara con tanta facilidad por el gaznate! ¡Deseo ¡oh mujer! que todos los días me prepares un plato mayor que éste del mismo guiso! ¡Pues supongo que tus parientes no interrumpirán su generosidad!" Y contestó la joven: "¡Que te sea delicioso y de fácil digestión!" Y el kadí le agradeció su deseo, y una vez más se felicitó por tener una esposa tan perfecta y cuidadosa de sus gustos.

Pero apenas había transcurrido una hora desde que se terminó la comida, cuando el vientre del kadí empezó a hincharse y a aumentar por momentos; y en su interior se hizo oír un gran estrépito como el estruendo de una tempestad; y conmovieron sus paredes unos gruñidos sordos como truenos amenazadores, tan pronto acompañados de terribles retorcijones, como de espasmos y de dolores. Y se le puso el color muy amarillo, y empezó a gimotear y a rodar por el suelo como un tonel, sujetándose el vientre a dos manos y exclamando: "¡Ya Alah! ¡en mi vientre hay una tempestad! ¡Ah! ¿Quién me librará de ella?" Y a poco, no pudo menos que lanzar aullidos bajo el impulso de crisis más fuertes de su vientre, que ya estaba más hinchado que un odre lleno. Y a los gritos que daba acudió su esposa, y para aliviarle le hizo tomar un puñado de polvos de anís y de hinojo, que en breve debían producir su efecto. Y al mismo tiempo, para consolarle y animarle, se puso a acariciarle por todas partes, como se acaricia a un niño enfermo, y a frotarle dulcemente el sitio dolorido, pasándole la mano por él con regularidad.

Y de repente interrumpió su masaje, lanzando un grito penetrante, seguido de repetidas exclamaciones de sorpresa y espanto, diciendo: "¡Yuh! ¡yuh! ¡milagro! ¡prodigio! ¡oh mi señor! ¡oh mi señor!" Y no obstante los violentos dolores, que le hacían contorsionarse, el kadí preguntó: "¿Qué te pasa? ¿Y de qué milagro se trata?" Ella dijo: "¡Yuh! ¡yuh! ¡oh mi señor! ¡oh mi señor!" El preguntó: "¿Qué te pasa? ¡Di!" Ella contestó: "¡El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti!" Y de nuevo le pasó la mano por el vientre tempestuoso, añadiendo: "¡Exaltado sea el Altísimo! ¡Él puede hacer y hace todo lo que quiere! Cúmplanse Sus decretos, ¡oh mi señor!"

Y el kadí preguntó, entre dos quejidos. "¿Qué te pasa, ¡oh mujer!? ¡Habla! ¡Qué Alah te maldiga por torturarme así!" Ella dijo: "¡Oh mi señor!, ¡oh mi señor! cúmplase su voluntad! ¡Estás encinta! ¡Y el parto viene muy de prisa!"

Al oír estas palabras de su esposa, el kadí se incorporó, a pesar de los cólicos y los espasmos, y exclamó: "¿Estás loca, ¡oh mujer!? ¿Y desde cuándo se quedan encinta los hombres?" Ella dijo: "¡Por Alah, que no lo sé! Pero el niño se mueve en tu vientre. ¡Y le siento patear, y toco su cabeza con mis manos!" Y añadió: "¡Alah arroja donde quiere la semilla de la fecundidad! ¡Exaltado sea! Ruega al Profeta, ¡oh hombre!" Y dijo el kadí, presa de convulsiones: "¡Con él las bendiciones y todas las gracias!" Y como sus dolores aumentaban, volvió a revolcarse, aullando, como un loco; y se retorcía las manos, y ya no podía ni respirar, de tan violento como era el combate que se libraba en su vientre.

¡Y he aquí que de pronto llegó el alivio! Largo y resonante, y le salió de dentro un cuesco espantoso que hizo estremecerse toda la casa y desmayarse al kadí bajo el violento impulso de su choque. Y por el aire enrarecido de la casa continuó rodando en gradación atenuada una serie numerosa de otros cuescos. Luego, tras un último estrépito, semejante al fragor del trueno, se restableció el silencio en la morada.

Y poco a poco fue volviendo en sí el kadí, y vio ante él, echado en una colchoneta, a un recién nacido, en mantillas, que lloraba haciendo muecas. Y vio que su esposa decía: "¡Loores a Alah y a Su Profeta por este feliz alumbramiento! Alhandú Lillah, ¡oh hombre!" Y empezó a invocar todos los nombres sagrados sobre el pequeñuelo que venía al mundo y sobre la cabeza de su esposo. Y el kadí no sabía si estaba dormido o despierto, o si los dolores que hubo de sentir habían destruido sus facultades intelectuales. Sin embargo, no podía desmentir el testimonio de sus sentidos; y la vista de aquel niño recién nacido y la cesación de sus dolores y el recuerdo de la tempestad que le había salido del vientre, le obligaban a creer en su asombroso alumbramiento. Y el amor maternal se sobrepuso y le hizo aceptar al niño, y decir: "¡Alah arroja las semillas y crea donde quiere! ¡Y hasta los hombres, si están predestinados a ello, pueden quedarse encinta y parir a la postre!" Luego se encaró con su esposa, y le dijo: "¡Oh mujer! ¡es necesario que te ocupes de buscar una nodriza para este niño! ¡Porque yo no puedo criarle!" Y ella contestó: "Ya he pensado en ello. ¡Y la nodriza está esperando en el harén! ¿Pero estás seguro ¡oh mi señor! que no se te han desarrollado los senos y no puedes criar a este niño? ¡Porque ya sabes que nada hay mejor que la leche de la madre!" Y el kadí, cada vez más absorto, se palpó el pecho con ansiedad, y contestó: "¡No, por Alah!, están como estaban, sin nada dentro!"

¡Eso fue todo!

Y la maligna joven se regocijaba en el alma del éxito de su estratagema. Luego, queriendo llevar su burla hasta el límite, obligó al kadí a meterse en la cama y a estar sin salir de ella, como las parturientas, cuarenta días y cuarenta noches. Y se puso a hacerle las tisanas que se dan de ordinario a las paridas y a cuidarle y a mimarle en todos los sentidos. Y el kadí, extremadamente fatigado de los dolorosos retorcijones que había tenido y de todo su trastorno interno, no tardó en dormirse profundamente para no despertarse hasta mucho tiempo después, sano de cuerpo, pero muy enfermo de espíritu...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 800ª NOCHE

Ella dijo:

"...para no despertarse hasta mucho tiempo después, sano de cuerpo, pero muy enfermo de espíritu. Y su primer cuidado fue rogar a su esposa que guardara escrupulosamente el secreto de aquella aventura, diciéndole: "¡Qué calamidad para nosotros si la gente se enterara de que el kadí ha parido un niño viable!" Y la maligna, lejos de tranquilizarle sobre el particular, se complació en aumentar su inquietud, diciéndole: "¡Oh mi señor! ¡no somos los únicos en conocer este acontecimiento maravilloso y bendito! ¡Porque todas nuestras vecinas, lo saben ya por la nodriza, que, a pesar de mis recomendaciones, ha ido a revelar el milagro y a chismorrear de un lado a otro; y es muy difícil impedir a una nodriza que charle, como también detener ahora la difusión de esta noticia por la ciudad!"

Y extremadamente mortificado al saberse motivo de todas las conversaciones y objeto de comentarios más o menos descorteses, el kadí se pasó los cuarenta días del puerperio quieto en el lecho, sin osar moverse por temor a las complicaciones y a los flujos de sangre, y reflexionando, cejijunto, acerca de su triste situación.

Y se decía: "Seguramente, la malignidad de mis enemigos, que son numerosos, me acusará ahora de cosas más o menos ridículas; por ejemplo, de haberme dejado ensartar de una manera extraordinaria, diciendo: "¡El kadí es un marica! ¡Alah! ¡no valía la pena, verdaderamente, mostrarse tan severo en sus juicios, si tenía que acabar porque le ensartaran y por parir! ¡Por Alah, que nuestro kadí es un marica extraño!" ¡Por otra parte, bien sabe Alah que hace mucho tiempo que no me ocupo de semejante cosa, y no es mi edad la más a propósito para tentar a los aficionados a eso!"

Así pensaba el kadí, sin ocurrírsele que su ruindad era la que le había traído aquel estado de cosas. Y cuando más reflexionaba, más se ennegrecía el mundo ante él y su posición le parecía más irrisoria y digna de piedad. Así es que, cuando su esposa creyó oportuno que se levantara sin temor a las complicaciones puerperales, se apresuró él a salir del lecho y a lavarse, pero sin atreverse a abandonar su casa para ir al hammam. Y con objeto de evitar las burlas y alusiones que en lo sucesivo no dejaría de oír si continuaba habitando en la ciudad, resolvió abandonar Trablús y reveló este proyecto a su esposa, quien, simulando una gran pena por verle alejarse de su casa y prescindir de su situación de kadí, no dejó de abundar en su opinión, empero, y de alentarle a que se marchara, diciéndole: "Ciertamente, ¡oh mi señor! tienes razón al abandonar esta ciudad maldita habitada por las malas lenguas; pero hazlo por algún tiempo solamente y hasta que se olvide esta aventura. ¡Y entonces volverás para educar a este niño, de quien eres a la vez padre y madre, y a quien, si te parece, llamaremos, para recordar su maravilloso nacimiento, Fuente-de-los-Milagros!" Y contestó el kadí: "¡No hay inconveniente!" Y salió de su casa por la noche, dejando allí a su mujer al cuidado de Fuente-de-los-Milagros. Y de los efectos y muebles de la casa. Y salió de la ciudad, evitando las calles frecuentadas, y partió en dirección de Damasco.

Y llegó a Damasco, después de un viaje fatigoso, aunque consolándose con pensar que en aquella ciudad nadie le conocía ni conocía su historia. Pero tuvo la desgracia de oír contar su historia en todos los sitios públicos por todos los narradores, a oídos de los cuales había llegado ya. Y como se temía él, los narradores de la ciudad, cada vez que la contaban, no dejaban de añadir un detalle nuevo para hacer reír a sus oyentes, y de atribuir al kadí órganos extraordinarios, y de endosarle todas las herramientas de los muleteros de Trablús, y de adjudicarle el nombre que temía él tanto, llamándole hijo, nieto y biznieto del nombre que ni a sí mismo se pronuncia. Pero, felizmente para él; nadie conocía su rostro, y pudo de tal suerte pasar inadvertido. Y cuando, por la tarde, cruzaba por los lugares donde se estacionaban narradores, no podía por menos de pararse para escuchar su historia, que en boca de ellos resultaba prodigiosa; porque ya no era un niño lo que había tenido, sino una pollada de niños en ringlera; y tanta hilaridad producía aquello a la concurrencia, que él mismo acababa por reírse como los demás, dichoso de no ser reconocido, y diciéndose: "¡Por Alah, que me motejen de lo que quieran, pero que no me reconozcan!" Y de tal suerte vivió muy retraído y con una economía mayor aún que antes. Y así y todo, acabó por agotar el repuesto de dinero que se había llevado consigo, y acabó por vender, para vivir, sus vestiduras; pues no se determinaba a pedir dinero a su mujer, por mediación de un correo, para no verse obligado a revelarle el lugar en que se hallaba su tesoro. Porque el pobre no sospechaba que aquel tesoro estaba descubierto hacía mucho tiempo. Y se imaginaba que su esposa seguía viviendo a costa de sus parientes y de sus vecinas, como le había hecho creer ella. Y llegó a un grado tal su estado de miseria, que vióse obligado él, antiguo kadí, a ponerse a jornal con un albañil, para llevar durante todo el día cal y yeso.

De tal suerte transcurrieron algunos años. Y el desgraciado, que soportaba el peso de todas las maldiciones lanzadas contra él por las víctimas de sus juicios y las víctimas de su mezquindad, se había quedado tan flaco como un gato abandonado en un granero. Y entonces pensó en volver a Trablús, confiando en que los años hubieran borrado el recuerdo de su aventura. Y partió de Damasco, y después de un viaje muy duro para su cuerpo debilitado, llegó a la entrada de Trablús, su ciudad. Y en el momento en que franqueaba la puerta, vio a unos niños que jugaban entre sí, y oyó que uno de ellos decía al otro: "¿Cómo quieres ganar el juego tú, que naciste en el año nefasto del kadí padre-del-cuesco?" Y el infortunado se alegró mucho al oír aquello, pensando: "¡Por Alah! se ha olvidado tu aventura, puesto que otro kadí, que no eres tú, es quien sirve de proverbio a los niños" Y se acercó al que había hablado del año del kadí padre-del-cuesco, y le preguntó: "¿Quién es ese kadí de que hablas, y por qué le llaman padre-del-cuesco?" Y el niño contó toda la historia de la malicia de la esposa del kadí, con todos sus detalles, desde el principio hasta el fin. Pero no hay utilidad en repetirla.

Cuando el viejo mezquino hubo oído el relato del niño, ya no dudó de su desgracia, y comprendió que había sido el juguete y la burla de la malicia de su esposa. Y dejando a los niños con su juego, se precipitó en dirección de su casa, queriendo, en su furor, castigar a la audaz que se había burlado de él tan cruelmente. Pero, al llegar a la casa, la encontró con las puertas abiertas a los cuatro vientos, el techo hundido, los muros a medio derribar, y devastada de arriba a abajo; y corrió al tesoro, pero ya no había allí tesoro, ni huella de tesoro, ni olor de tesoro, ni nada absolutamente. Y los vecinos que acudieron al verle llegar, en medio de la hilaridad general, le enteraron de que hacía mucho tiempo que se había marchado su esposa, creyéndole muerto, y que se había llevado consigo, no se sabía a qué país lejano, cuanto había en la casa. Y al enterarse así de la totalidad de su desgracia, y al verse blanco del sarcasmo público, el viejo miserable se apresuró a abandonar su ciudad sin volver la cabeza. Y nunca más se oyó hablar de él.

Y tal es ¡oh rey del tiempo! —continuó el tragador de haschisch— la historia del kadí padre-del-cuesco, que hasta mí ha llegado. ¡Pero Alah es más sabio!"

Y al oír esta historia, el sultán se bamboleó de satisfacción y de contento, le regaló al pescador un ropón de honor, y le dijo: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh boca de azúcar! cuéntame alguna otra entre las historias que conoces!"

Y contestó el tragador de haschisch: "¡Escucho y obedezco!"

Y contó:

EL POLLINO KADÍ

"He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que en una ciudad del país de Egipto había un hombre que tenía la profesión de recaudador de contribuciones, y que, por consiguiente, se veía obligado a ausentarse de su casa con frecuencia. Y como no estaba dotado de gallardía para las lides amorosas, su esposa no dejaba de aprovechar las ausencias de él para recibir a su amante, que era un jovenzuelo como la luna y siempre dispuesto a satisfacerla en sus deseos. Así es que ella le amaba en extremo, y a cambio de los placeres que le proporcionaba él, no se limitaba a hacerle probar todo lo que era bueno en su jardín, sino que, como no era rico y todavía no sabía ganar dinero en los negocios de venta y compra, se gastaba ella con él todo lo necesario, sin pedirle nunca que se lo reintegrara de otro modo que con caricias, copulaciones y otras cosas análogas. Y así vivían ambos la vida más deliciosa, satisfaciéndose y amándose entre sí con arreglo a sus capacidades. ¡Gloria a Alah, que da potencia a unos y aflige de impotencia a otros! Sus decretos son insondables.

Y he aquí que un día en que el recaudador de contribuciones, esposo de la joven, tenía que partir para asuntos del servicio, preparó su pollino, llenó sus alforjas con papeles oficiales y con ropa, y dijo a su esposa que le llenara el otro bolso de las alforjas con provisiones para el camino. Y la joven, feliz por librarse de él, se apresuró a darle cuanto deseaba, pero no pudo encontrar pan, pues se había acabado la hornada de la semana, y la negra precisamente estaba amasando lo de la semana próxima. Entonces, sin poder esperar a que se cociese el pan de la casa, el recaudador de contribuciones se fue al zoco para procurárselo. Y dejó al pollino enalbardado por el momento en la cuadra ante el pesebre...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 801ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y dejó al pollino enalbardado por el momento en la cuadra ante el pesebre. Y su esposa se quedó en el patio para esperar allí su regreso, y de pronto vio entrar a su amante, que creía que ya se había marchado el recaudador de contribuciones. Y dijo a la joven: "Tengo una apremiante necesidad de dinero. ¡Y es preciso que me des enseguida trescientos dracmas!" Y contestó ella: "¡Por el Profeta! ¡No los tengo hoy, y no sé de dónde sacarlos!" Y dijo el jovenzuelo: "¿Para qué está el pollino, ¡oh hermana mía!? Dame el pollino de tu marido, que está ahí enalbardado delante del pesebre, para que lo venda. ¡Y sin duda sacaré por él los trescientos dracmas, que me son imprescindibles, absolutamente imprescindibles!" Y la joven exclamó muy asustada: "¡Por el Profeta, que no sabes lo que dices! ¿Y cuando vuelva mi marido, y no encuentre a su pollino? ¡Ni siquiera pienses en ello! ¡Sin duda me regañaría por haber perdido el burro, habiéndome encargado que me quedara aquí, y me pegaría!" Pero el jovenzuelo se puso tan compungido y la rogó con tanta elocuencia que le diera el pollino, que no pudo ella resistirse a sus ruegos, y no obstante todo el terror que le inspiraba su esposo el recaudador, le dejó llevarse el pollino, aunque después de haberle quitado los arreos.

Y he aquí que, algunos instantes más tarde, volvió el marido con los panecillos debajo del brazo, y fue a la cuadra para meterlos en las alforjas y coger el pollino. Y vio colgado de un clavo el cabezal del animal, y la albarda y las alforjas encima de la paja, pero no el pollino, ni trazas del pollino, ni el olor del pollino. Y extremadamente sorprendido, buscó a su esposa, y le dijo: "¡Oh mujer! ¿dónde está el pollino?" Y su esposa, sin inmutarse, contestó con voz tranquila: "¡Oh hijo del tío! ¡el pollino acaba de salir, y desde la puerta se encaró conmigo, y me dijo que iba a celebrar audiencia en el diwán de justicia de la ciudad!" Al oír estas palabras, el recaudador, lleno de cólera, levantó la mano a su mujer, y le gritó: "¡Oh desvergonzada! ¿te atreves a burlarte de mí? ¿Es que no sabes que de un solo puñetazo puedo dejarte más ancha que larga?" Y dijo ella, sin perder nada de su aplomo: "¡El nombre de Alah sobre ti y sobre mí, y alrededor de ti y alrededor de mí! ¿Por qué voy a burlarme de ti, ¡oh hijo del tío!? ¿Y desde cuándo soy capaz de engañarte en algo? Además de que, caso de que me atreviera a ello, tu perspicacia y tu fino ingenio hubieran echado por tierra enseguida mis groseras y pesadas invenciones. ¡Pero, con tu permiso, ¡oh hijo del tío! creo que debo decirte al fin una cosa que hasta ahora no me atreví a contarte, temiendo que su revelación atrajera sobre nosotros alguna desgracia sin remedio! ¡Has de saber, en efecto, que tu pollino está hechizado, y que, de cuando en cuando, se transforma en kadí!" Y al oír aquello, el recaudador exclamó: "¡Ya Alah!"

Pero la joven sin darle tiempo a lanzar otras exclamaciones, ni a reflexionar, ni a hablar, continuó en el mismo tono de seguridad tranquila: "En efecto; la primera noche que vi salir de la cuadra a un hombre desconocido a quien no había visto entrar allí y con quien jamás me había encontrado antes, tuve un miedo espantoso, y volviéndole la espalda y levantándome el vestido para cubrirme con él la cara, porque no llevaba velo a la cabeza en aquel momento, quise recurrir a la fuga para mayor seguridad, ya que tú estabas ausente de la casa. Pero el hombre se me acercó, y me dijo con voz llena de gravedad y bondad, sin alzar hacia mí sus ojos, por temor a ofender mi pudor: «¡Tranquiliza tu alma, hija mía, y refresca tus ojos! ¡No soy para ti un desconocido, puesto que soy el pollino del hijo de tu tío! Pero mi naturaleza real es la de un ser humano, kadí de profesión. Y me transformaron en pollino los enemigos que tengo, que están versados en la hechicería y en los encantamientos. Y como no conozco las ciencias ocultas, me veo privado de recursos y armas contra ellos. Sin embargo, como, a pesar de todo, son creyentes, permiten que de vez en cuando, en los días de sesiones de justicia, recobre mi forma humana, dejando de ser pollino, para ir a dar audiencia en el diwán. ¡Y de tal suerte tengo que vivir, siendo pollino unas veces y kadí otras, hasta que Alah el Altísimo quiera librarme de los encantos de mis enemigos y romper el hechizo que me escribieron! Pero ¡oh caritativa! te suplico por tu padre, por tu madre y por todos los tuyos, que me hagas el favor de no hablar de mi estado a nadie, ni siquiera a mi amo, el hijo de tu tío, el recaudador de contribuciones. Pues, si conociera mi secreto, como es un hombre de fe esclarecida y un observante riguroso de la religión, sería capaz de desembarazarse de mí para no tener en su casa a un ser que está a merced de los hechizos; y me vendería a cualquier felah, que me maltrataría desde por la mañana hasta por la noche y me daría de comer habas podridas, mientras que aquí estoy a gusto en todos sentidos». Luego añadió: «¡Aun tengo otra cosa que pedirte, ¡oh mi señora! ¡oh buena! ¡caritativa! y es que ruegues a mi amo el recaudador, el hijo de tu tío, que no me espolee muy fuerte en el trasero cuando tiene prisa, porque tengo esta parte de mi persona, por desgracia, afligida de una extremada sensibilidad y de una delicadeza inconcebible!»

"Y tras de hablar así, nuestro pollino, convertido en kadí, me dejó sumida en una gran perplejidad y se fue a presidir el diwán. Y allá le encontrarás, si quieres.

¡En cuanto a mí, ¡oh hijo del tío! ya no podía guardar por más tiempo para mí sola este abrumador secreto, sobre todo ahora que aparezco como culpable y corro riesgo de atraerme tu cólera y caer en tu desgracia! ¡Y pido perdón a Alah por faltar con ello a la promesa que hice al pobre kadí de no hablar a nadie nunca de su estado de pollino! ¡Y desde el momento en que la cosa está hecha, permíteme ¡oh mi señor! que te de un consejo, y es que no te deshagas de ese pollino, que no solamente es un excelente animal lleno de celo, sobrio, al que no se le escapan cuescos, que es muy decente y sólo muy de tarde en tarde saca su herramienta cuando se le mira, sino que, en caso necesario, podrá darte muy buenos consejos acerca de cuestiones delicadas de jurisprudencia y de la legalidad de tal o cual procedimiento!"

Cuando el recaudador de contribuciones hubo oído estas palabras de su esposa, que había escuchado en una actitud cada vez más sorprendida, llegó al límite de la perplejidad, y dijo: "¡Sí, por Alah, que la cosa es asombrosa! ¿Pero qué voy a hacer ahora que no tengo pollino disponible y necesito irme a recaudar las contribuciones de los pueblos de los alrededores? ¿Sabes, por lo menos, a qué hora va a volver? ¿O no te ha dicho nada respecto a eso?" Y la joven contestó: "No, no ha precisado hora. ¡Solamente me ha dicho que iba a celebrar audiencia en el diwán! ¡En cuanto a mí, bien sé lo que haría si estuviera en tu lugar! ¡Pero no tengo para qué dar consejos a quien es más inteligente e incontestablemente más listo y perspicaz que yo!"

Y el buen hombre dijo: "Di siempre lo que se te ocurra. ¡Ya veré yo si no eres completamente tonta!" Ella dijo: "Pues bien; yo en tu lugar, iría directamente al diwán en que se halla el kadí, llevaría en la mano un puñado de habas, y cuando estuviera en presencia del infeliz hechizado que preside el diwán, le enseñaría desde lejos las habas, que tendría en la mano, y por señas le haría comprender que tengo necesidad de sus servicios como pollino. ¡Y me comprendería, y como sabe cumplir con su deber, saldría del diwán y me seguiría, máxime cuando viera las habas, que son su alimento favorito, y no podría por menos de echar a andar detrás de mí!"

Y he aquí que el recaudador de contribuciones, al oír estas palabras, le pareció muy razonable la idea de su esposa, y dijo: "Creo que es lo mejor que puedo hacer. Decididamente, eres una mujer de buen consejo". Y salió de la casa después de haber cogido un puñado de habas, con objeto de atraerse al pollino por medio de la gula, su vicio principal, si no podía llevársele por persuasión. Y cuando se marchaba él, su mujer le gritó aún: "¡Y sobre todo ¡oh hijo del tío! ¡Guárdate bien, ocurra lo que ocurra, de dejarte llevar por tu genio y maltratarle; porque ya sabes que es muy susceptible, y además, como pollino y kadí, es doblemente testarudo y vengativo!" Y tras este último consejo de su mujer, el recaudador de contribuciones se encaminó al diwán y entró en la sala de audiencia, donde estaba sentado el kadí sobre su estrado.

Y se detuvo a lo último de la sala, detrás de los concurrentes, y levantando la mano en que tenía el puñado de habas, se puso a hacer con la otra mano al kadí señas de invitación apremiante, que querían significar claramente: "¡Ven pronto! ¡Tengo que hablarte!" Y el kadí acabó por advertir aquellas señales, y reconociendo al hombre que actuaba de recaudador principal de contribuciones, creyó que quería decirle particularmente algo importante o transmitirle alguna comunicación urgente de parte del walí. Y al instante se levantó, suspendiendo la sesión de justicia, y siguió al vestíbulo al recaudador quien, para atraerle mejor, iba delante de él enseñándole las habas y animándole con el gesto y con la voz, como se hace con los pollinos.

Y he aquí que, en cuanto estuvieron ambos en el vestíbulo, el recaudador se inclinó al oído del kadí, y le dijo: "Por Alah, ¡oh amigo mío! que estoy muy contrariado y muy apenado y muy enfadado con el hechizo que te tiene encantado. Y no es por contrariarte, ciertamente, por lo que vengo aquí a buscarte, sino porque es absolutamente preciso que parta enseguida para asuntos del servicio, y no puedo esperar a que acabes tu misión aquí. ¡Te ruego, pues, que, sin tardanza, te transformes en pollino y me dejes montar en tu lomo!" Y al ver que el kadí retrocedía asustado, conforme le iba oyendo, el recaudador habló con un acento de gran conmiseración, y añadió: "¡Te juro por el Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!) que, si quieres seguirme enseguida, nunca más te pincharé en el trasero con la espuela, pues ya sé que tienes muy sensible y muy delicada esa parte de tu persona! ¡Vamos, ven, mi querido pollino; mi buen amigo! ¡Y esta noche tendrás doble ración de habas y de alfalfa fresca!"

¡Eso fue todo!

Y el kadí, creyendo que tenía que habérselas con algún loco escapado del maristán, retrocedía cada vez más hacia la entrada de la sala, en el colmo de la estupefacción y del terror y más amarillo que el azafrán. Pero el recaudador, al ver que iba a escapársele, dio una vuelta rápida y se interpuso entre él y la puerta del diwán, cortándole la retirada. Y el kadí, como no veía ningún guardia ni nadie a quien pedir socorro, se decidió por la dulzura, la prudencia y el miramiento, y dijo al recaudador: "A lo que entiendo, parece ser ¡oh mi señor! que has perdido tu pollino y estás deseoso de reemplazarle. Nada más justo, a mi juicio. He aquí, pues, de parte mía, trescientos dracmas que te doy para que puedas comprar otro. Y como hoy es día de mercado en el zoco de las acémilas, te será fácil escoger por ese precio el más hermoso de los asnos. ¡Uassalam!" Y así diciendo, sacó del cinturón los trescientos dracmas, se los entregó al recaudador, que aceptó la oferta, y volvió a la sala de audiencia, tomando una actitud grave y reflexiva, como si acabaran de comunicarle un asunto de gran importancia. Y se decía a sí mismo: "¡Por Alah! ¡culpa mía fue si he perdido de tal suerte los trescientos dracmas! Pero más vale eso que haber provocado un escándalo ante los que vienen a pedirme justicia. ¡Además, ya entraré otra vez en posesión de ese dinero explotando a mis querellantes!" Y se sentó en su sitio, y continuó la sesión de justicia. Y he aquí lo referente a él.

¡En cuanto al recaudador, he aquí ahora lo que a él atañe! Cuando llegó al zoco de las acémilas para comprar un pollino, se dedicó a examinar con atención, y tomándose el tiempo suficiente, todos los animales, uno tras otro. Y acabó por encontrar un pollino muy bueno que le pareció que tenía todas las condiciones requeridas, y se aproximó a él para examinarle de cerca, y de pronto observó que era su propio pollino. Y el pollino le reconoció también, y echando las orejas atrás, se puso a resoplar y a rebuznar de alegría. Pero el recaudador, muy molesto al ver aquel cinismo después de cuanto había sucedido, retrocedió golpeándose las manos, y exclamó: "¡No, por Alah, no será a ti a quien compre cuando tenga necesidad de un pollino fiel, pues, con eso de ser kadí unas veces y pollino otras, no me convienes!" Y se alejó, malhumorado por la audacia de su pollino, que se atrevía a invitarle a que se le llevara. Y fue a comprar otro, y se apresuró a volver a su casa para aparejarle y montarle después de contar a su esposa cuanto acababa de sucederle.

Y de tal suerte, merced al ingenio lleno de recursos de la joven esposa del recaudador, todo el mundo quedó satisfecho, y no se lesionó a nadie. Porque el enamorado logró el dinero de que tenía necesidad, el marido se procuró un pollino mejor sin gastar un dracma de su bolsillo, y el kadí no tardó en recuperar su dinero, ganado honradamente, a costa de los que iban a pedirle justicia y le quedaron agradecidos, el doble de lo que había dado al recaudador.

Y esto es ¡oh rey afortunado! todo lo que sé respecto al pollino kadí. ¡Pero Alah es más sabio!"

Cuando el sultán hubo oído esta historia, exclamó: "¡Oh boca de azúcar! ¡oh el más delicioso de los compañeros! ¡te nombro mi gran chambelán!" Y en el momento hizo que le pusieran las insignias de su cargo, y le hizo sentarse más cerca de él, y le dijo: "Por mi vida sobre ti, ¡oh gran chambelán mío! sin duda conocerás alguna otra historia. ¡Y quisiera oírtela contar!"

Y el pescador tragador de haschisch convertido en chambelán de palacio por decreto del Destino, contestó: "¡De todo corazón amistoso y como homenaje debido!" Y meneando la cabeza, contó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 802ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y el pescador tragador de haschisch, convertido en chambelán de palacio por decreto del Destino, contestó: "¡De todo corazón amistoso y como homenaje debido!" Y meneando la cabeza contó:

EL KADÍ Y EL BUCHE

"He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que, en una ciudad entre las ciudades, había un hombre y su esposa, que eran gente pobre, vendedores ambulantes de maíz tostado, que tenían una hija como la luna y en estado de merecer. Y quiso Alah que un kadí la pidiera en matrimonio y la obtuviera de sus padres, que enseguida dieron su consentimiento, aunque el kadí era de una gran fealdad, con unos pelos de barba tan duros como púas de erizo, y tuerto de un ojo, y tan viejo, que habría podido pasar por padre de la joven. Pero era rico y gozaba de toda consideración. Y los padres de la joven, sin fijarse más que en lo que aquel matrimonio mejoraría su estado y condición, no pensaron que, si la riqueza contribuye a la felicidad, no constituye el fondo de ella. Pero el kadí, por cierto, era quien pronto debía experimentarlo por su cuenta y riesgo.

Empezó, pues, por intentar hacerse agradable, a pesar de las desventajas ajenas a su persona en cuanto a la vejez y fealdad, por colmar todos los días de nuevos presentes a su joven esposa y por satisfacer sus menores caprichos. Pero olvidaba que ni los regalos ni la satisfacción de los caprichos valen lo que el amor joven, que aplaca los deseos. Y lamentaba en el alma no encontrar lo que esperaba de su esposa, quien, por otra parte, no podía darle lo que no conocía por falta de experiencia.

Tenía el kadí bajo su mano a un joven escriba, a quien quería mucho, y con el cual no podía por menos de hablar muy a menudo de su esposa. Y tampoco podía por menos, aunque estuviese en pugna con la costumbre, de divagar con el jovenzuelo acerca de la belleza de su esposa y del amor que sentía por ella, y de la frialdad de su esposa para con él, no obstante todo lo que por ella hacía. ¡Porque así es como Alah ciega a la criatura que merece la perdición! ¡Más aún! Para que se cumpliesen los supremos decretos, el kadí llevó su locura y su ceguera hasta mostrar un día por la celosía al adolescente a su joven esposa. Y como era muy hermoso y amable, la joven amó al joven. Y como cuando dos corazones se buscan acaban siempre por encontrarse y unirse, a pesar de todos los obstáculos, ambos jóvenes pudieron burlar la vigilancia del kadí y adormecer sus celos despiertos. Y la jovenzuela amó al jovenzuelo más que a las niñas de sus ojos, y al darle su alma, se abandonó a él con todo el cuerpo. Y el joven escriba supo corresponder y le hizo experimentar lo que nunca había conseguido producir el kadí. Y de tal suerte vivieron ambos en el límite de la dicha, viéndose con frecuencia y amándose más cada día. Y el kadí se mostraba satisfecho de ver que su esposa se ponía aun más hermosa y llena de juventud, salud y lozanía. Y cada cual era feliz a su manera.

Y he aquí que la joven, para poder entrevistarse sin peligro con su enamorado, había convenido con él que, cuando fuese blanco el pañuelo que colgaba de la ventana que daba al jardín podía entrar a hacerle compañía; pero cuando el pañuelo fuera rojo, debía abstenerse de ello y marcharse, porque la tal señal significaba que el kadí estaba en casa.

Pero quiso el Destino que un día, cuando acababa ella de tender el pañuelo blanco, después de salir el kadí para el diwán, oyese a la puerta golpes precipitados y gritos; y enseguida vio entrar a su marido apoyado en brazos de los eunucos, y muy amarillo, y muy demudado de color y de aspecto. Y los eunucos le explicaron que había acometido al kadí en el diwán una indisposición repentina, y se había apresurado a ir a casa para que le cuidaran y descansar. Y efectivamente, tanto movía a piedad el aspecto del pobre viejo, que la joven, no obstante el contratiempo que acaba él de producir y el trastorno que ocasionaba, empezó a rociarle con agua de rosas y a prodigarle sus cuidados. Y ayudándole a desnudarse, le acostó en el lecho, que le preparó por sí misma, y en donde, merced a las solicitudes de su esposa, no tardó él en dormirse. Y la joven quiso aprovechar aquel alivio súbito de su marido para ir a tomar un baño en el hammam. Y contrariada como estaba, se olvidó de quitar el pañuelo blanco de las entrevistas y de tender el de las prohibiciones. Y cogiendo un paquete de ropa blanca perfumada, salió de casa y fue al hammam.

Y he aquí que el joven escriba, al ver en la ventana el pañuelo blanco, ganó con paso ligero la terraza contigua, desde la cual saltó a la del kadí, como de costumbre, y penetró en la habitación en que, por lo general, se hallaba su amante esperándole completamente desnuda entre las mantas del lecho. Y como las celosías de la habitación estaban cerradas del todo y en el aposento reinaba una gran oscuridad, precisamente para favorecer el sueño del kadí, y como a menudo la joven le recibía en silencio por broma y no daba señales de estar allí, se acercó al lecho, riendo, y levantando las mantas, echó mano con viveza a la presunta historia de la joven para hacerle cosquillas. Y he aquí que (¡alejado sea el Maligno!) fue a parar a una cosa fláccida y blanda que se perdía entre maleza, y que no era otra cosa que la vieja herramienta del kadí. Y en vista de aquel contacto, retiró la mano con horror y espanto, pero no con la suficiente rapidez para que el kadí, despertado con sobresalto y súbitamente repuesto de su indisposición, no agarrase aquella mano que le había hurgado en el vientre y no se precipitase con furor sobre su propietario. Y como la cólera le daba fuerzas, mientras que el estupor clavaba en la inmovilidad al propietario de la mano, le derribó en el centro de la habitación echándole la zancadilla, y apoderándose de él y levantándole en alto en la oscuridad, le arrojó en el cajón donde se guardan de día los colchones, y que estaba abierto y vacío por haber sacado ya los colchones. Y echó la tapa enseguida, y cerró el cajón con llave, sin pararse a mirar la cara del que había encerrado. Tras de lo cual, como aquella excitación, que le había hecho tomar sangre rápidamente, produjo en él una reacción saludable, recobró por completo las fuerzas, y vistiéndose, preguntó al eunuco adónde había ido su esposa, y corrió a esperarla en el umbral del hammam. Pues se decía: "Antes de matar al intruso es preciso que yo sepa si estaba en connivencia con mi esposa. Por eso voy allí a esperar a que salga ella, y la llevaré a casa, y ante testigos, la carearé con el encerrado. Porque, ya que soy kadí, conviene que las cosas se hagan legalmente. Y entonces veré si sólo hay un culpable o si se trata de dos cómplices. ¡En el primer caso, con mi propia mano ejecutaré ante los testigos al encerrado; y en el segundo caso, les estrangularé a ambos con mis diez dedos!"

Y reflexionando así y barajando en su cerebro estos proyectos de venganza, se dedicó a parar a todas las bañistas que entraban en el hammam, diciendo a cada una: "¡Por Alah sobre ti, di a mi mujer que salga enseguida, porque tengo que hablarle!" Pero les decía estas palabras con tanta brusquedad y excitación, y tenía los ojos tan llameantes, y el color tan amarillo, y los gestos tan desordenados, y la voz tan temblorosa, y tanto furor denotaba su aspecto, que las mujeres, aterradas, huían de él dando agudos gritos, pues le tomaban por loco. Y la primera de entre ellas que dio en voz alta el recado en medio del hammam, llevó a la memoria de la joven esposa del kadí el recuerdo de su negligencia y de su olvido con respecto al pañuelo blanco dejado en la ventana. Y se dijo: "¡No cabe duda! ¡estoy perdida sin remedio! ¡Y sólo Alah sabe lo que habrá sucedido a mi amante!" Y se dio prisa en tomar el baño, en tanto que en la sala se sucedían con rapidez los recados de las bañistas que iban entrando, y el kadí se tornaba en el único motivo de conversación de las asustadas mujeres. Pero ninguna de ellas, por fortuna, conocía a la joven, quien, por otra parte, fingía que no le interesaba lo que se decía, como si la cosa no le importara. Y cuando estuvo vestida, fue a la sala de entrada, en donde vio a una pobre vendedora de garbanzos que estaba sentada ante el montón de los garbanzos que vendía a las bañistas. Y la llamó y le dijo: "¡Aquí tienes, mi buena tía, un dinar para ti, si quieres prestarme por una hora tu velo azul y el cesto vacío que hay a tu lado!" Y la vieja, entusiasmada con aquella dádiva, le dio el cesto de mimbre y el pobre velo de tela grosera. Y la joven se envolvió en el velo, tomó el cesto en la mano, y así disfrazada salió del hammam.

Y en la calle vio a su marido, que iba y venía delante de la puerta, y que maldecía en voz alta de los hammams y de las que iban a los hammams y de los propietarios de los hammams y de los constructores de los hammams. Y se le salían de las órbitas los ojos y la espuma de la boca. Y se acercó ella a él, y disfrazando la voz e imitando la de las vendedoras ambulantes, le preguntó si quería comprar garbanzos. Y entonces él se puso a maldecir de los garbanzos y de las vendedoras de garbanzos y de los plantadores de garbanzos y de los comedores de garbanzos. Y la joven, riéndose de aquella locura, se alejó en dirección a su casa y sin ser reconocida bajo su disfraz. Y entró, y subió a su estancia inmediatamente, y oyó gemidos. Y como no veía a nadie en el aposento, cuyas ventanas se había apresurado a abrir, sintió miedo, y ya se disponía a llamar al eunuco para que la tranquilizara, cuando oyó con precisión que los gemidos partían del cajón de los colchones. Y corrió a aquel cajón, que tenía la llave puesta, y lo abrió, exclamando: "¡En nombre de Alah el Clemente, el Misericordioso..."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 803ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y corrió a aquel cajón, que tenía la llave puesta, y lo abrió, exclamando: "¡En el nombre de Alah el Clemente, el Misericordioso!" Y se encontró con su amante, que estaba próximo a expirar por falta de aire. Y no obstante toda la emoción que sentía, no pudo por menos de echarse a reír al verle acurrucado y con los ojos en blanco. Pero se apresuró a rociarlo con agua de rosas y a volverle a la vida. Y cuando le vio repuesto y ágil, hizo que le explicara rápidamente lo sucedido; y al punto dio con la manera de arreglarlo todo.

En efecto; en la cuadra había una burra que la víspera había parido un buchecillo. Y la joven corrió a la cuadra, cogió en brazos al gracioso buchecillo, y transportándole a su habitación le metió en el cajón donde estuvo encerrado su amante y cerró con llave la tapa. Y tras de besar a su amante, se despidió de él, diciéndole que no volviese hasta que viese la señal del pañuelo blanco. Y por su parte se apresuró a volver al hammam, y vio a su marido paseándose todavía de un lado a otro y maldiciendo de los hammams y de todo lo que traen consigo. Y al verla entrar, la llamó él, y le dijo: "¡Oh vendedora de garbanzos! ¡di a mi mujer que, si se retrasa más todavía en salir, juro a Alah que la mataré antes de la noche y que hundiré el hammam sobre su cabeza!" Y la joven, riendo con toda el alma, entró en el vestíbulo del hammam, entregó el velo y el cesto a la vendedora de garbanzos, e inmediatamente salió con su paquete al brazo y contoneando las caderas.

En cuanto la divisó su marido, el kadí, avanzó hacia ella, y gritó: "¿Dónde estabas? ¿dónde estabas? ¡Hace dos horas que te aguardo! ¡Anda, sígueme! ¡Ven!, ¡oh maligna! ¡oh perversa! ¡Ven!" Y deteniendo su marcha, contestó la joven: "¡Por Alah! ¿qué te pasa? ¡El nombre de Alah sobre mí! ¿Qué te pasa, ¡oh hombre!? ¿Te has vuelto loco de pronto para dar así un espectáculo en la calle, tú, el kadí de la ciudad? ¿O es que tu enfermedad te ha obstruido la razón y te ha trastornado el juicio hasta el punto de faltar al respeto en público y en la calle a la hija de tu tío?" Y el kadí replicó: "¡Basta de palabrería inútil! ¡Ya dirás en casa lo que quieras! ¡Sígueme!" Y echó a andar delante de ella, gesticulando, gritando y dando rienda suelta a su cólera, aunque sin aludir de un modo directo a su esposa, que le seguía silenciosamente a diez pasos de distancia.

Y llegados que fueron a su casa, el kadí encerró a su esposa en la habitación de arriba, y fue a buscar al jeique del barrio y a cuatro testigos legales, así como a cuantos vecinos pudo encontrar. Y les llevó a todos a la habitación del cofre en la cual estaba encerrada su esposa, y donde quería que actuasen de testigos de lo que iba a ocurrir. Cuando el kadí y todos los que le acompañaban entraron en el aposento, vieron a la joven, cubierta con sus velos todavía, que se había retirado a un rincón y que hablaba consigo mismo de manera que pudiesen oír todos. Y decía: "¡Oh, qué calamidad la nuestra! ¡ay! ¡ay! ¡pobre esposo mío! ¡Esta indisposición le ha vuelto loco! ¡Sin duda tiene que haberse vuelto completamente loco para cubrirme así de injurias y para introducir en el harén a hombres extraños! ¡Qué calamidad la nuestra! ¡Haber en el harén extraños que van a mirarme! ¡Ay! ¡ay! ¡está loco, completamente loco!"

Y en efecto; el kadí se hallaba en tal estado de furor, de amarillez y de sobreexcitación, que, con su barba temblorosa y sus ojos que echaban llamas, tenía toda la apariencia de un individuo atacado de fiebre alta y de delirio. Así es que algunos de los que le acompañaban intentaron calmarle y aconsejarle que volviera en sí; pero sus palabras sólo conseguían excitarle más, y les gritaba: "¡Entrad! ¡entrad! ¡No escuchéis a la menguada! ¡No os dejéis enternecer por los lamentos de la pérfida! ¡Ahora veréis! ¡Ahora veréis! ¡Ha llegado su último día! ¡Ha llegado la hora de la justicia! ¡Entrad! ¡Entrad!"

Cuando hubieron entrado todos, el kadí cerró la puerta y se dirigió al cofre de los colchones, ¡y levantó la tapa! Y he aquí que el buchecillo sacó la cabeza, movió las orejas, miró a todos con sus ojos grandes y dulces, respiró ruidosamente, y alzando la cola y poniéndola muy tiesa, se puso a rebuznar de alegría por haber vuelto a ver la luz, llamando a su madre.

Al ver aquello, el kadí llegó al límite extremo de la rabia y del furor y le acometieron convulsiones y espasmos; y de pronto se precipitó sobre su esposa, intentando estrangularla. Y ella empezó a gritar, corriendo por la habitación: "¡Por el Profeta! ¡que quiere estrangularme! Detened al loco, ¡oh musulmanes! ¡Socorro!"

Y al ver todos los presentes, efectivamente, la espuma de la rabia en los labios del kadí, ya no dudaron de su locura, y se interpusieron entre él y su esposa, y le cogieron en brazos y a la fuerza le tiraron a la alfombra, en tanto que él articulaba palabras ininteligibles y trataba de escaparse de ellos para matar a su mujer. Y extremadamente afectado por ver al kadí de la ciudad en aquel estado, el jeique del barrio, observando su locura furiosa, no pudo menos, a pesar de todo, de decir a los presentes: "¡No hay que perderle de vista ¡ay! hasta que Alah le calme y le haga entrar en razón!"

Y exclamaron todos: "¡Ojalá le cure Alah! ¡Un hombre tan respetable como era! ¡Qué enfermedad tan funesta!" Y algunos decían: "¿Cómo puede tener celos de un buche?" Y preguntaban otros: "¿Cómo ha entrado ese buche en el cofre de los colchones?" Y otros decían: "¡Ay! ¡él mismo es quien ha encerrado dentro al buche, tomándole por un hombre!" Y el jeique del barrio añadió, para concluir: "¡Alah venga en su ayuda y aleje al Maligno!"

Y se retiraron todos, excepto los que sujetaban al kadí sobre la alfombra, porque, de repente, acometió al kadí una crisis de furor tan violenta, y se puso a gritar tan fuerte palabras ininteligibles, y a debatirse con tanto encarnizamiento, siempre tratando de lanzarse sobre su esposa, quien desde lejos le hacía disimuladamente muecas y señales burlonas, que se le rompieron las venas del cuello y murió, escupiendo una bocanada de sangre. ¡Alah le tenga en su compasión, porque no sólo era un kadí íntegro, sino que dejó a su esposa, la consabida joven, riquezas bastantes para que pudiese vivir con holgura y casarse con el joven escriba a quien amaba y que la amaba!"

Y tras de contar así esta historia, el pescador tragador de haschisch, al ver que el rey le escuchaba con entusiasmo, se dijo: "¡Voy a contarle otra cosa todavía!"

Y dijo:

EL KADÍ AVISADO

"Cuentan que había en El Cairo un kadí que hubo de cometer tantas prevaricaciones y de pronunciar tantas sentencias interesadas, que se le destituyó de sus funciones, y para no morirse de hambre se veía obligado a vivir de trapisondas.

Y he aquí que un día, por más que se devanaba los sesos, no se le ocurrió medio de hacerse con algún dinero, porque ya había agotado todos los recursos de su ingenio, del mismo modo que hubo de exprimir los de su vida. Y viéndose reducido a aquel extremo, llamó al único esclavo que le quedaba, y le dijo: "¡Oh Mubarak! estoy muy enfermo hoy y no puedo salir de casa; pero tú puedes ir a ver si encuentras algo de comer, o a procurarme algunas personas que quieran hacerme consultas jurídicas. ¡Y ya sabré recompensar bien tu trabajo!" Y el esclavo, que era un pillastre tan avezado como su amo a las jugarretas y a las trapisondas, y que estaba tan interesado como él en el éxito del proyecto, salió, diciéndose: "Voy a molestar, unos tras otro, a varios transeúntes y a entablar disputa con ellos. ¡Y como no todo el mundo sabe que mi amo está destituido, les llevaré a su presencia, con pretexto de arreglar el litigio, y haré que vacíen su cinturón en manos de él!" Y así pensando, tropezó con un paseante que iba delante de él y que caminaba tranquilamente con el báculo apoyado a dos manos en la nuca, y echándole la zancadilla, le hizo rodar por el lodo. Y el pobre hombre, con los vestidos sucios y los zapatos despellejados, se levantó furioso con intención de castigar a su agresor. Pero al reconocer en él al esclavo del kadí, no quiso medir sus fuerzas con las del otro, y todo corrido se contentó con decir, evadiéndose cuanto antes: "¡Alah confunda al Maligno!"

Y aquel taimado esclavo, al ver que no había tenido éxito la primera intentona, prosiguió su camino, diciéndose: "Este procedimiento no da resultado. ¡Vamos a ver si encontramos otro, porque todo el mundo conoce a mi amo y me conoce a mí!"

Y mientras reflexionaba sobre lo que tenía que hacer, vio a un servidor que llevaba a la cabeza una bandeja con un soberbio pato relleno y circundado de tomates, pepinillos y berenjenas, muy bien arreglado todo. Y siguió al que lo llevaba, que se dirigía al horno público para hacer cocer el pato allí, y le vio entrar y entregar la bandeja al dueño del horno, diciéndole: "¡Volveré a buscarlo dentro de una hora!" Y se marchó.

Entonces se dijo el esclavo del kadí: "¡Ya hice negocio!" Y al cabo de cierto tiempo, entró en el horno, y dijo: "¡La zalema sea contigo, ya hagg Mustafá!" Y el amo del horno reconoció al esclavo del kadí, a quien no había visto desde hacía mucho tiempo, pues en casa del kadí nunca había nada para enviar al horno; y contestó: "Y contigo la zalema, ¡oh hermano mío Mubarak! ¿Cómo por aquí? ¡Hace mucho tiempo que mi horno no se enciende para nuestro amo el kadí! ¿En qué puedo servirte hoy y qué me traes?" Y dijo el esclavo: "¡Nada más que lo que ya tienes, porque vengo a recoger el pato relleno que está en el horno!" Y contestó el hornero: "¡Pero este pato ¡oh hermano mío! no es tuyo!" El esclavo dijo: "No hables así, ¡oh jeique! ¿Cómo dices que no es mío este pato? ¡Yo soy quien le vio salir del huevo, quien le ha cebado, quien le ha degollado, quien le ha rellenado y quien le ha preparado!" Y dijo el hornero: "¡Por Alah, que no lo dudo! ¿Pero qué tengo que decir, cuando venga a quien me lo ha traído?" El esclavo contestó: "¡No creo que venga! Pero, en fin, si lo hace, le dirás sencillamente, a modo de broma, porque es un hombre muy bromista y a quien le gustan muchos los chistes: "¡Ualah, ¡oh hermano mío! en el momento en que ponía al fuego la bandeja, lanzó el pato de pronto un grito estridente y echó a volar...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 804ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Ualah, ¡oh hermano mío! en el momento en que ponía al fuego la bandeja, lanzó el pato de pronto un grito estridente y echó a volar!" Y añadió: "¡Dame ahora el pato, que debe estar bastante cocido!" Y el hornero, riéndose de aquellas palabras que acababa de oír, sacó el pato del horno y se lo entregó con toda confianza al esclavo del kadí que apresuróse a llevárselo a su amo y comérselo con él, chupándose los dedos.

Entretanto, el que llevó el pato al horno volvió y pidió su bandeja, diciendo: "Ya debe estar a punto el pato, ¡oh maestro!" Y el hornero contestó: "¡Ualah! ¡en el momento en que le ponía al horno ha dado un grito estridente y ha echado a volar!" Y el hombre, que en realidad no tenía nada de bromista, se puso furioso al convencerse de que el hornero quería burlarse de él, y exclamó: "¿Cómo te atreves ¡oh infeliz! a reírte en mis barbas?" Y de palabras en palabras y de injurias en injurias, ambos hombres se enredaron a golpes. Y no tardó la muchedumbre en agruparse desde fuera al oír los gritos y en invadir el horno enseguida. Y se decían unos a otros: "¡El hagg Mustafá se está pegando con un hombre a causa de la resurrección de un pato relleno!" Y la mayoría se ponía a favor del amo del horno, cuya buena fe y honradez eran proverbiales desde hacía tiempo, en tanto que otros únicamente se permitían emitir alguna duda acerca de aquella resurrección.

Y he aquí que entre las gentes que se agolpaban alrededor de los dos hombres que estaban pegándose encontrábase una mujer encinta a quien la curiosidad había llevado a la primera fila. Pero fue para su desgracia, pues cuando retrocedía el hornero para alcanzar con más tino a su adversario, recibió en pleno vientre la mujer el golpazo terrible que estaba destinado a otro que nada tenía que ver con ella. Y se cayó al suelo, lanzando un chillido de gallina violentada, y abortó en aquella hora y en aquel instante.

Y he aquí que el esposo de la mujer consabida, que habitaba una frutería de la vecindad, fue avisado al punto, y acudió con un palo enorme y exclamando: "¡Voy a horadar al hornero, y al padre del hornero, y a su abuelo y a quitarle la existencia!" Y extenuado ya de su primera lucha, y al ver echarse sobre él a aquel hombre furioso y armado del palo terrible, el hornero no pudo sostenerse más tiempo, y echó a correr, saliendo al patio. Y viendo que le perseguían, escaló un muro, trepó a una terraza contigua y desde allí se dejó caer a tierra. Y quiso el Destino que cayese precisamente encima de un maghrebín que dormía en la planta baja de la casa envuelto en mantas. Y como el hornero pesaba mucho y caía desde muy alto, le rompió todas las costillas. Y el maghrebín expiró sin más ni más. Y acudieron todos sus allegados, los demás maghrebines del zoco, y detuvieron al hornero, moliéndole a golpes, y se dispusieron a arrastrarle ante el kadí. Y el dueño del pato, al ver detenido al hornero, se apresuró, por su parte, a congregar a los maghrebines. Y acompañada de gritos y vociferaciones, toda aquella muchedumbre se encaminó al diwán de justicia.

Pero en aquel momento el criado del kadí, que se había comido el pato, había vuelto a ver lo que pasaba, mezclándose con la multitud, y dijo a todos los querellantes: "¡Seguidme, ¡oh buenas gentes! que yo os enseñaré el camino!" Y les condujo a casa de su amo.

Y el kadí, con una apostura digna, empezó por hacer pagar derechos dobles a todos los querellantes. Luego se encaró con el acusado, al cual señalaban todos los dedos, y le dijo: "¿Qué tienes que responder con respecto al pato, ¡oh hornero!?" Y el buen hombre, comprendiendo que, en el caso presente, más valía mantener su primera afirmación, a causa del esclavo del kadí, contestó: "¡Por Alah, ¡oh nuestro amo el kadí! que el animal ha lanzado un grito estridente y, todo relleno, se ha elevado de entre los adornos que le guarnecían y ha echado a volar!" Y al oír aquello, exclamó el dueño del pato: "¡Ah! hijo de perro, ¿todavía te atreves a decir eso delante del señor kadí?" Y el kadí, tomando una actitud de indignación, dijo al que le interrumpía: "Y tú ¡oh descreído! ¡oh impío! ¿cómo te atreves a no creer que Quien ha de resucitar a todas las criaturas en el Día de la Retribución, haciendo que se reúnan sus huesos dispersos por toda la superficie de la tierra, no pueda devolver la vida a un pato que tiene cabales los huesos y a quien sólo le faltan las plumas?" Y al oír estas palabras, exclamó la muchedumbre: "¡Gloria a Alah, que resucita a los muertos!" Y se puso a burlarse del desdichado portador del pato, que se marchó arrepentido de su falta de fe.

Tras de lo cual, el kadí se encaró con el marido de la mujer que había abortado, y le dijo: "¿Y qué tienes que decir tú contra este hombre?" Y cuando hubo escuchado la queja, dijo: "Bien se ve la cosa, y no hay lugar a duda. Ciertamente, el hornero es culpable del aborto. ¡Y se impone para él la pena del talión estrictamente!" Y se encaró con el marido, y le dijo: "La ley te da la razón y yo te otorgo el derecho de llevar a tu mujer a casa del culpable, con objeto de que te la vuelva a dejar encinta. ¡Y estará a expensas de él en los seis primeros meses del embarazo, pues que el aborto ha tenido lugar al sexto mes!" Y al oír esta sentencia, exclamó el marido: "¡Por Alah, ¡oh señor kadí! desisto de mi querella, y que Alah perdone a mi adversario!" Y se marchó.

Entonces el kadí dijo a los parientes del maghrebín muerto: "Y vosotros, ¡oh maghrebines! ¿qué motivo de queja tenéis contra este hombre, hornero de profesión?" Y los maghrebines expusieron su querella, haciendo muchos gestos y soltando un diluvio de palabras, y mostraron el cuerpo inanimado de su pariente, reclamando el precio de la sangre. Y el kadí les dijo: "Ciertamente, ¡oh maghrebines! os corresponde el precio de la sangre, porque abundan las pruebas contra el hornero. ¡Así es que no tenéis más que decirme si queréis que se os pague naturalmente este precio, es decir, sangre por sangre, o indemnización!"

Y los maghrebines, hijos de una raza feroz, contestaron a coro: "Sangre por sangre, ¡oh señor kadí!" Y les dijo éste: "¡Así sea, pues! Coged al hornero, envolvedle en las mantas de vuestro pariente muerto, y ponedle debajo del minarete de la mezquita del sultán Hassán. ¡Y hecho lo cual, que se suba al minarete el hermano de la víctima y se deje caer desde arriba sobre el hornero para aplastarle como aplastó él a su hermano!" Y añadió: "¿Dónde estás, ¡oh hermano de la víctima!?" Y al oír estas palabras, salió de entre los maghrebines un maghrebín, y exclamó: "¡Por Alah, ¡oh señor kadí! desisto de mi querella contra este hombre! ¡Y que Alah le perdone!"

Y la muchedumbre que había asistido a todos estos debates se retiró maravillada de la ciencia jurídica del kadí, de su espíritu de equidad, de su competencia y de su sagacidad. Y cuando el rumor de aquella historia llegó a oídos del sultán, el kadí volvió a la gracia y fue repuesto en sus funciones, en tanto que el que hubo de reemplazarle se veía destituido, sin haber dado motivo alguno, únicamente por carecer de un genio tan fértil como el del que se comió el pato."

Y el pescador tragador de haschisch, al ver que el rey seguía escuchándole con la misma atención entusiasta, se sintió extremadamente halagado en su amor propio, y contó aún:

LA LECCIÓN DEL CONOCEDOR DE MUJERES

"He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que había en El Cairo dos jóvenes, uno casado y otro soltero, a quienes unía una estrecha amistad. El casado se llamaba Ahmad, y el que no lo era se llamaba Mahmud. Y he aquí que Ahmad, que era dos años mayor que Mahmud, se aprovechaba del ascendiente que le daba esta diferencia de edad para actuar de educador y de maestro con su amigo, particularmente en lo que se refería al conocimiento de mujeres. Y de continuo le hablaba sobre el particular, contándole mil casos debidos a su experiencia, y diciéndole siempre, en resumen: "¡Ahora, ¡oh Mahmud! ya puedes decir que has tratado en tu vida a alguien que conoce a fondo a estas criaturas maliciosas! ¡Y debes considerarte muy dichoso de tenerme por amigo para prevenirte contra todas sus asechanzas!" Y cada día estaba Mahmud más maravillado de la ciencia de su amigo, y estaba persuadido de que jamás mujer alguna, por muy astuta que fuese, podría engañarle ni siquiera burlar su vigilancia. Y le decía con frecuencia: "¡Oh Ahmad, cuán admirable eres!" Y Ahmad se pavoneaba con aire protector, dando golpecitos en el hombro a su amigo, y diciendo: "¡Ya te enseñaré a ser como yo!"

Pero un día en que Ahmad le repetía: "¡Ya te enseñaré a ser como yo! ¡Porque se instruye uno con el experimento, y no con el que enseña sin tener experiencia!" el joven Mahmud le dijo: "Por Alah, ¡oh amigo mío! antes de enseñarme a sorprender la malicia de las mujeres, ¿no podrías enseñarme la manera de ponerme en relaciones con alguna...?

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 805ª NOCHE

Ella dijo:

"¿...no podrías enseñarme la manera de ponerme en relaciones con alguna?" Y Ahmad contestó con su tono de maestro de escuela: "¡Por Alah, que es la cosa más sencilla! No tienes más que ir mañana a la fiesta que se da en las tiendas del Muled-el-Nabi y observar bien a las mujeres que por allá pululan. Y escogerás una que vaya acompañada de un niño pequeño y que tenga al mismo tiempo buen aspecto y hermosos ojos brillantes bajo el velo de la cara. Y después de fijar tu elección, comprarás dátiles y garbanzos escarchados de azúcar, y se los ofrecerás al niño, y jugarás con él, teniendo mucho cuidado de no levantar los ojos hacia su madre; y le acariciarás amablemente y le besarás. Y sólo cuando te hayas ganado la simpatía del niño, pedirás a su madre, pero sin mirarla, el favor de dejarte llevar al niño. Y durante todo el camino espantarás las moscas de la cara del niño, y le hablarás en su lengua, contándole mil locuras. Y la madre acabará por dirigirte la palabra. ¡Y si lo hace, ten la seguridad de ser gallo!" Y le abandonó después de hablar así, y Mahmud, en el límite de la admiración hacia su amigo, se pasó toda la noche repitiéndose la lección que acababa de oír.

Y he aquí que al día siguiente, muy temprano, se apresuró a ir al Muled, en donde puso en práctica el consejo de la víspera con una precisión que demostraba cuánto confiaba en la experiencia de su amigo. Y con gran maravilla por su parte, el resultado superó a sus esperanzas. Y quiso la suerte que la mujer que acompañó a su casa, y cuyo niño llevó a hombros, fuese precisamente la propia esposa de su amigo Ahmad. Y cuando iba a casa de ella, estaba muy lejos de pensar que traicionaba a su amigo, porque, por una parte, jamás había estado en casa de él, y por otra parte, como nunca la había visto descubierta ni cubierta, no podía adivinar que aquella mujer era la esposa de Ahmad. En cuanto a la joven, se alegraba mucho de poder por fin averiguar el grado de perspicacia de su marido, que también la perseguía con su ciencia de las mujeres y el conocimiento de sus malicias.

Por lo demás, aquel primer encuentro entre el joven Mahmud y la esposa de Ahmad se pasó muy agradablemente para ambos. Y el joven, que estaba virgen todavía e inexperimentado, saboreó en su plenitud el placer de sentirse apresado por los brazos y las piernas de una egipcia versada en el oficio. Y quedaron tan contentos uno de otro, que en los días sucesivos repitieron varias veces la maniobra. Y la mujer se regocijaba de humillar así, sin que lo supiese él, al presuntuoso de su esposo; y el esposo se asombraba de no encontrar ya a su amigo Mahmud a las horas que tenía costumbre de encontrarle, y se decía: "¡Ha debido hallar una mujer, aprovechándose de mis lecciones y de mis consejos!"

Sin embargo, al cabo de cierto tiempo, yendo un viernes a la mezquita, vio a su amigo Mahmud en el patio, junto a la fuente de las abluciones. Y se acercó a él, y después de las zalemas y saludos, le preguntó muy complacido si había triunfado en sus tanteos y si era hermosa la mujer. Y Mahmud, extremadamente feliz de poder confiarse a su amigo, exclamó: "¡Ya Alah! ¿qué si es hermosa? ¡De manteca y de leche! ¡Y gorda y blanca! ¡De almizcle y de jazmín! ¡Y qué inteligencia! ¡Y cómo guisa para agasajarme en cada uno de nuestros encuentros! ¡Pero me parece ¡oh amigo mío Ahmad! que el marido es un tonto irremediable y un entrometido!" Y Ahmad se echó a reír, y dijo: "¡Por Alah! ¡la mayoría de los maridos son así! ¡Está bien! ya veo que has sabido aprovechar bien mis consejos. Continúa conduciéndote del mismo modo, ¡oh Mahmud!" Y entraron juntos a la mezquita para rezar la plegaria, y se perdieron de vista luego.

Y he aquí que Ahmad, al salir de la mezquita aquel día viernes, sin saber cómo pasar el tiempo, pues estaban cerradas las tiendas, fue de visita a casa de un vecino que habitaba en la casa contigua a la suya y subió a sentarse con él a la ventana que daba a la calle. Y de pronto vio llegar a su amigo Mahmud, a él mismo, con su persona y con sus ojos, que al punto entró en la casa, sin llamar siquiera, lo que era prueba irrecusable de que dentro estaban en connivencia con él y esperaban su llegada. Y Ahmad, estupefacto de lo que acababa de ver, pensó primero en precipitarse directamente en su casa y sorprender a su amigo con su mujer y castigarles a ambos. Pero reflexionó que, al oír el ruido que haría al golpear la puerta, su esposa, que era una ladina, podía esconder bien al joven o hacerle evadirse por la terraza; y se decidió a entrar en su casa de otra manera, sin llamar la atención.

En efecto; había en su casa una cisterna dividida en dos mitades, una de las cuales pertenecía al vecino en cuya casa estaba sentado, e iba a desembocar en su patio. Y Ahmad se dijo: "¡Por Alah, ¡oh vecino! ahora me acuerdo de que esta mañana dejé caer mi bolsa en el pozo. Con tu permiso, voy a bajar al pozo para buscarla. Y ya subiré a mi casa por el lado que da a mi patio". Y contestó el vecino: "¡No hay inconveniente! Iré a alumbrarte, ¡oh hermano mío!" Pero Ahmad no quiso aceptar aquel servicio, prefiriendo bajar a oscuras para que la luz no diese la alerta en su casa al salir del pozo. Y tras de despedirse de su amigo, bajó al pozo.

Las cosas fueron bien durante el descenso; pero cuando hubo que subir por el otro lado, la fatalidad se opuso de un modo singular. En efecto; ya había trepado Ahmad, con ayuda de brazos y piernas, hasta la mitad del pozo, cuando la sirviente negra, que iba a sacar agua, se asomó y miró al oír ruido en el agujero. Y vio aquella forma negra que se movía en la semioscuridad, y lejos de reconocer a su amo, se sintió poseída de terror, y soltando de sus manos la cuerda del cubo, huyó gritando como una loca: "¡El efrit! ¡El efrit que sale del pozo! ¡oh musulmanes! ¡Socorro!" Y como lo habían soltado, el cubo fue a caer a plomo en la cabeza de Ahmad, dejándolo medio muerto.

Cuando la negra dio la voz de alerta de aquel modo, la esposa de Ahmad se apresuró a hacer escapar a su amante, y bajó al patio, y asomándose al brocal, preguntó: "¿Quién está en el pozo?" Y reconoció entonces la voz de su marido que, a pesar de su accidente, tenía fuerzas para lanzar mil injurias espantosas contra el pozo y contra los propietarios del pozo y contra los que bajan al pozo y contra los que sacan agua del pozo. Y le preguntó ella: "¡Por Alah y por el Nabi! ¿qué hacías en el fondo del pozo?" Y contestó él: "Cállate ya, ¡oh maldita! ¡Es que buscaba la bolsa que dejé caer esta mañana! ¡En vez de hacerme preguntas, mejor sería que me ayudaras a salir de aquí dentro!" Y riendo para sus adentros, porque había comprendido la verdadera razón a que obedecía el descenso al pozo, la joven fue a llamar a los vecinos, que acudieron a sacar con cuerdas al desgraciado Ahmad, que no podía moverse de tanto como le había lastimado el cubo. Y se hizo transportar a su lecho sin decir nada, pues sabía que en aquella circunstancia lo más prudente era disimular su rencor. Y se sentía muy humillado, no solamente en su dignidad, sino sobre todo en su experiencia con las mujeres y en el conocimiento de sus malicias. Y determinó ser más circunspecto la próxima vez, y se puso a reflexionar acerca del medio de que se valdría para sorprender a la maligna.

Así es que, cuando al cabo de algún tiempo pudo levantarse, no tuvo más preocupación que la de su venganza. Y un día en que estaba escondido detrás de la esquina de la calle, divisó a su amigo Mahmud, que acababa de deslizarse en su casa, cuya puerta entreabierta se cerró en cuanto hubo entrado él. Y Ahmad se precipitó allí y empezó a dar en la puerta golpes redoblados...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 806ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y Ahmad se precipitó allí y empezó a dar golpes redoblados. Y su mujer, sin vacilar, dijo a Mahmud: "¡Levántate y sígueme!" Y bajó con él, y después de dejarle en un rincón detrás de la misma puerta de la calle, abrió a su esposo, diciéndole: "¡Por Alah! ¿qué ocurre para que llames de ese modo?" Pero Ahmad, cogiéndola de la mano y arrastrándola vivamente al interior, corrió, vociferando, a la habitación de arriba para sorprender a Mahmud que, mientras tanto, había abierto tranquilamente la puerta, detrás de la cual hubo de esconderse, y se había dado a la fuga. Y al ver cuán vanas resultaban sus pesquisas, Ahmad estuvo a punto de morirse de rabia, y resolvió repudiar a su mujer en el momento. Luego pensó que más valía tener paciencia por algún tiempo aún, y devoró en silencio su rencor.

Y he aquí que la ocasión que buscaba no tardó en presentarse por sí misma algunos días después de este incidente. En efecto, el tío de Ahmad y padre de su esposa daba un festín con motivo de la circuncisión de un niño que acababa de tener en su vejez. Y Ahmad y su esposa estaban invitados a ir a pasar en su casa el día y la noche. Y entonces pensó en poner en ejecución un proyecto que había ideado. Fue, pues, en busca de su amigo Mahmud, que continuaba siendo el único en ignorar que engañaba a su amigo, y cuando lo encontró le invitó a acompañarle para participar del festín del tío. Y se sentaron todos, ante las bandejas cargadas de manjares, en medio del patio iluminado y colgado de tapices y adornado de banderolas y estandartes. Y las mujeres podían ver así, desde las ventanas del harén, sin ser vistas, cuanto pasaba en el patio y oír lo que se decía. Y durante la comida, Ahmad llevó la conversación por el camino de las anécdotas licenciosas, que gustaban muy particularmente al padre de su esposa. Y cuando cada cual hubo contado lo que sabía sobre aquel motivo alegre, Ahmad dijo, mostrando a su amigo Mahmud: "¡Por Alah! nuestro hermano Mahmud, a quien tenéis aquí, me contó una vez cierta anécdota verdadera, de la que fue héroe él mismo, y que por sí sola es más regocijante que todo lo que acabamos de oír". Y exclamó el tío: "Cuéntanosla, ¡oh saied Mahmud!" Y dijo Ahmad: "¡Ya sabes que me refiero a la historia de la joven gorda y blanca como la manteca!" Y Mahmud, halagado por ser objeto de todos los ruegos, se puso a contar su primera entrevista con la joven que iba acompañada de su niño a las tiendas del Muled. Y empezó a dar detalles tan precisos acerca de la joven y de su casa, que el tío de Ahmad no tardó en advertir que se trataba de su propia hija. Y Ahmad no cabía en sí de júbilo, convencido de que por fin iba a probar ante testigos la infidelidad de su esposa y a repudiarla privándola de todos sus derechos a la dote del matrimonio. Y ya iba el tío a levantarse con las cejas fruncidas para hacer quién sabe qué, cuando se dejó oír un grito estridente y doloroso, como de un niño a quien se hubiese pellizcado; y vuelto de pronto a la realidad por aquel grito, Mahmud tuvo la suficiente presencia de ánimo para cambiar el hilo de la historia, terminando así: "Y llevando yo a hombros el niño de la joven, quise, una vez que entré en el patio, subir al harén con el niño. Pero (¡alejado sea el Maligno!) había dado, para mi desgracia, con una mujer honrada que, al comprender mi audacia, me arrebató de los brazos el niño y me dio en el rostro un puñetazo del que todavía tengo señal. ¡Y me expulsó, amenazándome con llamar a los vecinos! ¡Alah la maldiga!"

Y el tío, padre de la joven, al oír este final de la historia, se echó a reír a carcajadas, así como todos los concurrentes. Pero sólo Ahmad no tenía gana de reír, y se preguntaba, sin poder comprender el motivo, por qué habría variado así Mahmud el final de su historia. Y terminada la comida, se acercó a él, y le preguntó: "Por Alah sobre ti, ¿quieres decirme por qué no has contado la cosa como pasó?" Y contestó Mahmud: "¡Escucha! Por ese grito de niño que todo el mundo ha oído, acabo de comprender que aquel niño y su madre se encontraban en el harén, y que, por consiguiente, también debía encontrarse el marido en el número de los invitados. ¡Y me he apresurado a volver inocente a la mujer para no atraernos sobre ambos una aventura desagradable! ¿Pero no es cierto ¡oh hermano mío! que, a pesar de la modificación, la historia ha divertido mucho a tu tío?"

Pero Ahmad, muy amarillo, abandonó a su amigo sin contestar a la pregunta. Y al día siguiente repudió a su mujer y partió para la Meca, a fin de santificarse con los peregrinos, de tal suerte pudo Mahmud, después del plazo legal, casarse con su amante y vivir dichoso con ella, porque no presumía ni por asomo de conocer a las mujeres ni de estar ducho en el arte de sorprender sus estratagemas y prevenir sus jugarretas. ¡Pero Alah es el único sabio!"

Y tras de contar así esta historia, se calló el pescador tragador de haschisch, que se había convertido en chambelán.

Y exclamó el sultán, en el límite del entusiasmo: "¡Oh chambelán mío! ¡oh lengua de miel! ¡te nombro gran visir!" Y como en aquel momento precisamente entraban en la sala de audiencias dos querellantes reclamando del sultán justicia, el pescador, convertido en gran visir, quedó encargado, acto seguido, de escuchar su querella, de arreglar su diferencia y de dictar sentencia en el litigio. Y el nuevo gran visir revestido con las insignias de su cargo, dijo a ambos querellantes: "Aproximaos y contad el motivo que os trae entre las manos de nuestro señor el sultán".

Y he aquí su historia:

LA SENTENCIA DEL TRAGADOR DE HASCHISCH

"Cuando el nuevo gran visir ¡oh rey afortunado! —continuó el agricultor que había llevado los cohombros— ordenó a los querellantes que hablaran, el primero dijo: "¡Oh mi señor! ¡tengo queja de este hombre!" Y el visir preguntó: "¿Y cuál es tu queja?" El interpelado dijo: "¡Oh mi señor! abajo, a la puerta del diwán, tengo una vaca con su ternero. Y he aquí que esta mañana iba yo con ellos a mi prado de alfalfa para que pastaran: y mi vaca iba delante de mí, y su ternerillo la seguía, haciendo cabriolas, cuando vi llegar en dirección nuestra a este hombre que aquí ves, montado en una yegua que iba acompañada de su cría, una potranca contrahecha y digna de lástima, un verdadero aborto.

Al ver a la potranca, mi ternerillo corrió a entablar conocimiento con ella, y empezó a saltar en torno suyo y a acariciarla en la barriga con su hocico, a husmearla y a jugar con ella de mil maneras, tan pronto alejándose, para buscarla luego mimosamente, como levantando por el aire con sus pezuñitas los guijarros del camino.

Y de pronto, ¡oh mi señor! este hombre que ves aquí, que es un bruto, este propietario de la yegua se apeó del animal y se acercó a mi ternero, juguetón y hermoso, y le echó una cuerda al pescuezo, diciéndome: "¡Me lo llevo! ¡Porque no quiero que se pervierta mi ternero jugando con esa miserable potranca, hija de tu vaca y posteridad suya!" Y se encaró con mi ternero, y le dijo: "Ven, ¡oh hijo de mi yegua y descendencia suya!" ¡Y a pesar de mis gritos de asombro y de mis protestas, se llevó a mi ternero, dejándome la miserable potranca, que está abajo con su madre, y amenazándome con matarme si intentaba yo recuperar lo que me pertenece y es de mi propiedad ante Alah que nos ve y ante los hombres!"

Entonces el nuevo gran visir, que era el pescador tragador de haschisch, se encaró con el otro litigante, y le dijo: "Y tú, ¡oh hombre! ¿qué tienes que decir después de las palabras que acabas de oír?" Y el hombre contestó: "¡Oh mi señor! ¡notorio es, en verdad, que el ternero es producto de mi yegua y que la potranca desciende de la vaca de este hombre!"

Y dijo el visir: "¿Acaso ahora las vacas paren potrancas y las yeguas terneros? ¡Se trata de una cosa que hasta hoy no podía admitirse por un hombre dotado de buen sentido!" Y contestó el hombre: "¡Oh mi señor! ¿no sabes que nada es imposible para Alah, que crea lo que quiere y siembra donde quiere, y que la criatura no tiene que hacer más que inclinarse, loarle y glorificarle?" Y dijo el gran visir: "¡Ciertamente, ciertamente! ¡verdad dices, ¡oh hombre! y nada es imposible para el poder del Altísimo, que puede hacer que los terneros desciendan de las yeguas y los potros de las vacas!" Luego añadió: "¡Pero antes de dejarte el ternero hijo de tu yegua y de devolver al que se querella de ti lo que le pertenece, quiero asimismo poneros a ambos por testigos de otro efecto de la omnipotencia del Altísimo!"

Y el visir ordenó que le llevasen un ratón y un costal grande lleno de trigo. Y dijo a los dos querellantes: "¡Mirad con atención lo que va a pasar, y no pronunciéis ni una palabra! Luego se encaró con el segundo litigante, y le dijo: "¡Tú, ¡oh dueño del ternero hijo de la yegua! torna este costal de trigo y cárgale a lomos de este ratón!" Y exclamó el hombre: "¡Oh mi señor! ¿cómo voy a poner este costal tan grande encima de este ratón sin que le aplaste?" Y el visir le dijo: "¡Oh hombre de poca fe! ¿cómo te atreves a dudar de la omnipotencia del Altísimo, que ha hecho nacer de tu yegua el ternero?" Y ordenó a los guardias que se apoderaran del hombre, y en castigo a su ignorancia y a su impiedad, le aplicaran una paliza. E hizo devolver al primer querellante el ternero con su madre, ¡y también le dio la potranca con su madre!"

Y tal es ¡oh rey del tiempo! —continuó el agricultor que había llevado el cesto de frutas— la historia completa del pescador tragador de haschisch, convertido en gran visir del sultán. Y este último detalle sirve para demostrar cuán grande era su sabiduría, cómo sabía extraer la verdad por la reducción al absurdo, y cuánta razón había tenido el sultán en nombrarle gran visir, y en tenerle por comensal, y en colmarle de honores y prerrogativas. ¡Pero Alah es más generoso y más prudente y más magnánimo y más bienhechor!".

Cuando el sultán hubo oído de labios del frutero esta serie de anécdotas, se irguió sobre ambos pies, en el límite del júbilo, y exclamó: "¡Oh jeique de los hombres deliciosos! ¡oh lengua de azúcar y de miel! ¿quién, pues, merece ser gran visir mejor que tú, que sabes pensar con precisión, hablar con armonía y contar con gracia, delicias y perfección?" Y en el momento le nombró gran visir, y le hizo su comensal íntimo, y no se separó ya de él hasta la llegada de la Separadora de amigos y Destructora de sociedades.

"¡Y ahí tienes —continuó Schehrazada hablando con el rey Schahriar — cuanto he leído ¡oh rey afortunado! en "El Diván de los fáciles donaires y de la alegre sabiduría!"

Y su hermana Doniazada exclamó: "¡Oh hermana mía! ¡cuán dulces y sabrosas y deleitosas y regocijantes y deliciosas en su frescura son tus palabras!" Y dijo Schehrazada: "¿Pues qué es eso comparado con lo que contaré mañana al rey acerca de la bella princesa Nurennahar, caso de que me halle con vida y me lo permita nuestro señor el rey?" Y el rey Schahriar le dijo: "¡Claro que lo permitiré, pues quiero oír esa historia, que no conozco!"

PERO CUANDO LLEGÓ LA 807ª NOCHE

La pequeña Doniazada dijo a su hermana: "¡Oh hermana mía! ¡date prisa a empezar la historia prometida, ya que te lo permite nuestro señor, este rey dotado de buenas maneras!" Y dijo Schehrazada: "¡De todo corazón amistoso y como homenaje debido a este rey bien educado!"

Y contó:

Historia de la princesa Nurennahar y de la bella gennia

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que en la antigüedad del tiempo y el pasado de las edades y de los momentos había un rey valeroso y poderoso, que fue dotado por Alah el Generoso con tres hijos como lunas y que se llamaban: el mayor, Alí; el segundo Hassán, y el pequeño, Hossein. Y estos tres príncipes se educaron en el palacio de su padre con la hija de su tío, la princesa Nurennahar, que era huérfana de padre y madre, y que no tenía par en belleza, en ingenio, en encantos y en perfecciones entre las hijas de los hombres, pues por los ojos era comparable a la gacela asustada; por la boca a las corolas de las rosa y a las perlas; por las mejillas a los narcisos y a las anémonas, y por el talle a la flexible rama del árbol ban. Y creció con los tres jóvenes príncipes, hijos de su tío, entre alegrías y felicidades, jugando con ellos, comiendo con ellos y durmiendo con ellos.

Y el sultán, tío de Nurennahar, tuvo siempre pensado dársela en matrimonio a algún hijo del rey, entre sus vecinos, cuando llegase ella a púber. Pero al tomar la princesa el velo de la pubertad, no tardó en advertir él que sus hijos, los tres príncipes, la amaban apasionadamente con un amor igual y deseaban con su corazón conquistarla y poseerla. Y se le turbó mucho el alma y quedó muy perplejo, y se dijo: "Si doy la princesa Nurennahar a uno de sus primos con preferencia a los otros dos, éstos no quedarán contentos y murmurarán de mi decisión; y mi corazón no podrá sufrir el verles entristecidos y dolidos; y si la caso con algún otro príncipe extranjero, mis tres hijos llegarán al límite de la pena y de la angustia, y se les ennegrecerá y resentirá el alma; y quién sabe si en este caso no se matarán de desesperación, o no huirán de nuestra morada a algún país lejano en guerra. ¡En verdad, que el asunto está lleno de escollos y peligros y no es nada fácil de resolver!"

Y el sultán estuvo reflexionando acerca del particular mucho tiempo, y de pronto levantó la cabeza y exclamó: "¡Por Alah, que todo está resuelto!" Y llamó, acto seguido, a los tres príncipes Alí, Hassán y Hossein, y les dijo: "¡Oh hijos míos! a mis ojos tenéis exactamente los mismos méritos, y no puedo determinarme a preferir a uno de vosotros, en detrimento de sus hermanos, concediéndole en matrimonio a la princesa Nurennahar; y tampoco puedo casarla con vosotros tres a la vez. Pero he dado con un medio de satisfaceros por igual, sin lesionar a ninguno, y de mantener entre vosotros la concordia y el afecto. A vosotros, pues, cumple ahora escucharme atentamente y ejecutar lo que vais a oír. He aquí el plan que he discurrido: que cada uno de vosotros se vaya a viajar por diferente país, y que me traiga de allá la rareza que le parezca más singular y más extraordinaria. ¡Y daré la princesa, hija de nuestro tío, a quien vuelva con la maravilla más asombrosa! ¡Si consentís en ejecutar este plan que someto a vuestro criterio, estoy dispuesto a daros cuanto oro sea necesario para vuestro viaje y para la compra del objeto de vuestra elección!"

Los tres príncipes, que siempre fueron hijos sumisos y respetuosos, se adhirieron de común acuerdo a aquel proyecto de su padre, persuadido cada cual de que sería él quien llevara la rareza más maravillosa y llegaría a ser esposo de su prima Nurennahar. Y al verles el sultán tan bien dispuestos, les condujo al tesoro, y les dio cuantos sacos de oro quisieron. Y después de recomendarles que no prolongaran demasiado su estancia en los países extranjeros, se despidió de ellos abrazándoles e invocando sobre sus cabezas las bendiciones. Y disfrazados de mercaderes ambulantes, y seguidos de un solo esclavo cada cual, salieron ellos de su morada en la paz de Alah, montados en sus caballos de noble raza.

Y comenzaron juntos su viaje, yendo a parar a un khan situado en un paraje en que el camino se dividía en tres. Y tras de regalarse con una comida que hubieron de prepararles los esclavos, quedó concertado entre ellos que su ausencia duraría un año, ni un día más ni un día menos. Y se dieron cita en el mismo khan para la vuelta, con la condición de que el que llegara primero esperaría a sus hermanos, a fin de que se presentaran los tres juntos ante su padre el sultán. Y terminada que fue su comida, se lavaron las manos; y después de abrazarse y desearse recíprocamente un retorno feliz, montaron a caballo, y cada cual tomó un camino diferente.

El príncipe Alí, que era el mayor de los tres hermanos, luego de tres meses de viaje por llanuras y montañas, praderas y desiertos, llegó a un país de la India marítima, que era el reino de Bischangar. Y se fue a habitar en el khan principal de los mercaderes, y alquiló la vivienda mayor y más limpia para él y para su esclavo. Y en cuanto descansó de las fatigas del viaje, salió para examinar la ciudad, que tenía tres murallas, y era de una amplitud de dos parasangas a la redonda.

Y sin tardanza se encaminó al zoco, que le pareció admirable, formado como estaba por varias calles importantes que desembocaban en una plaza central con un hermoso estanque de mármol en medio. Y todas aquellas calles estaban abovedadas y frescas y bien alumbradas por las aberturas que tenían en su parte alta. Y cada calle la ocupaban mercaderes de distinta especie, pero que tenían oficios análogos. Porque en una no se veían más que telas finas de las Indias, estofas pintadas de colores vivos y puros con dibujos que representaban animales, paisajes, bosques, jardines y flores, brocados de Persia y sedas de la China. Mientras que en otra se veían hermosas porcelanas, lozas brillantes, vasos de lindas formas, bandejas labradas y tazas de todos tamaños. En tanto que en la de al lado se veían grandes chales de Cachemira, que doblados cabrían en el hueco de la mano, de tan fino y delicado como era su tejido; alfombras para plegaria y tapices de todos tamaños. Y más hacia la izquierda por ambos lados con puertas de acero, estaba la calle de los plateros y joyeros, relampagueante de pedrerías, de diamantes y de filigranas de oro y plata en prodigiosa confusión. Y al pasearse por aquellos zocos deslumbradores, observó con sorpresa que entre la multitud de indios y de indias que se agrupaban ante los escaparates de las tiendas, incluso las mujeres del pueblo llevaban collares, brazaletes y adornos en las piernas, en los pies, en las orejas y hasta en la nariz, y que cuanto más blanco era el color de las mujeres, más elevado era su rango y más preciosas y espléndidas sus preseas, aun cuando el color negro de las otras tuviese la ventaja de hacer resaltar mejor el brillo de las joyas y la blancura de las perlas.

Pero lo que sobre todo encantó al príncipe Alí fue la gran cantidad de mozalbetes que vendían rosas y jazmines, y el mohín insinuante con que ofrecían estas flores, y la fluidez con que se escurrían entre la compacta muchedumbre de las calles. Y admiró la predilección singular de los indios por las flores, que llegaba hasta el punto de que no solamente las llevaban en el pelo y en la mano, sino también en las orejas y en las narices. Y además, todas las tiendas estaban provistas de búcaros llenos de aquellas rosas y de aquellos jazmines; y el zoco estaba embalsamado con su olor, y se paseaba uno por allí como por un jardín colgante.

Cuando el príncipe Alí se regocijó de aquel modo los ojos con el espectáculo de todas aquellas cosas hermosas, quiso descansar un poco, y aceptó la invitación de un mercader que estaba sentado delante de su tienda y con el gesto y la sonrisa le incitaba a que entrara a descansar. Y en cuanto entró, el mercader le cedió el sitio de honor, y le ofreció refrescos, y no le hizo ninguna pregunta ociosa o indiscreta, y no le comprometió a hacer ninguna compra, que tan lleno de cortesía y dotado de buenas maneras estaba. Y el príncipe Alí apreció en extremo todo aquello, y se dijo: "¡Qué encantador país! ¡Y qué habitantes tan deliciosos!" Y quiso comprarle en el momento todo lo que tenía en su tienda, de tanto como le sedujo la finura y el don de gentes del mercader. Pero luego reflexionó que no sabría qué hacer después con todas aquellas mercancías, y se limitó, por el pronto, a entablar más amplio conocimiento con el mercader.

Y he aquí que, mientras conversaba con él y le interrogaba acerca de los usos y costumbres de los indios, vio pasar por delante de la tienda a un subastador que llevaba al brazo un alfombrín de seis pies cuadrados. Y parándose de repente, el vendedor aquel volvió la cabeza de derecha a izquierda, y voceó: "¡Oh gente del zoco! ¡oh compradores! ¡no perderá quien compre! ¡En treinta mil dinares de oro la alfombra! ¡La alfombra de plegaria ¡oh compradores! en treinta mil dinares de oro! ¡No perderá quien compre!"

Al oír este pregón, el príncipe Alí se dijo: "¡Qué país tan prodigioso! ¡una alfombra de plegaria en treinta mil dinares de oro! ¡he ahí una cosa como jamás la oí! ¿No querrá bromear este vendedor?" Luego, al ver que el vendedor repetía su pregón volviéndose hacia él, como quien habla en serio, le hizo seña de que se aproximara y le dijo que le mostrase la alfombra más de cerca. Y el vendedor extendió la alfombra sin decir palabra; y el príncipe Alí la examinó con detenimiento, y acabó por decir: "¡Oh vendedor! ¡por Alah que no veo por qué puede valer esta alfombra el precio exorbitante a que la voceas!" Y el vendedor sonrió, y dijo: "¡Oh mi señor! ¡no te asombres tan pronto de este precio, que no es excesivo en comparación con lo que realmente vale la alfombra! ¡Y mayor aún será tu asombro cuando te diga que tengo orden de hacer subir tal precio en subasta hasta cuarenta mil dinares de oro, y de no entregar la alfombra más que a quien me pague esta suma al contado!" Y el príncipe Alí exclamó: "Verdaderamente, ¡oh vendedor! es preciso ¡por Alah! que, para valer semejante precio, esta alfombra sea admirable por algo que ignoro o que no distingo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 808ª NOCHE

Ella dijo:

"...Verdaderamente, ¡oh vendedor! es preciso ¡por Alah! que, para valer semejante precio, esta alfombra sea admirable por algo que ignoro o que no distingo". Y dijo el vendedor: "¡Tú lo has dicho, señor! ¡Has de saber que, en efecto, esta alfombra está dotada de una virtud invisible que hace que al sentarse en ella sea uno transportado inmediatamente adonde quiera ir, y con tanta rapidez, que se efectúa en menos tiempo del que se tarda en cerrar un ojo y abrir el otro! Y ningún obstáculo es capaz de detenerla en su marcha, porque ante ella se aleja la tempestad, huye la tormenta, se entreabren las montañas y las murallas, y por lo mismo, resultan inútiles y vanos los candados más sólidos. ¡Y tal es ¡oh mi señor! la virtud invisible de esta alfombra de plegaria! "

Y tras de hablar así, sin añadir una palabra más, el vendedor comenzaba a doblar la alfombra como para marcharse, cuando exclamó el príncipe Alí, en el límite de la alegría: "¡Oh vendedor de bendición! ¡si esta alfombra es verdaderamente tan extraordinaria como me dan a entender tus palabras, dispuesto estoy a pagarte no solamente los cuarenta mil dinares de oro que pides, sino otros mil más de regalo para ti por el corretaje! ¡Pero es preciso que vea con mis ojos y toque con mis manos!" Y el vendedor contestó sin inmutarse: "¿Dónde están los cuarenta mil dinares de oro, ¡oh mi señor!? ¿Y dónde están los otros mil que me promete tu generosidad?" Y contestó el príncipe Alí: "¡Están en el khan principal de los mercaderes, donde me alojo con mi esclavo! ¡Y allá iré contigo para contártelos, una vez que haya visto y tocado!" Y contestó el vendedor: "¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos! ¡Pero el khan principal de los mercaderes está bastante lejos, y llegaremos más de prisa en esta alfombra que con nuestros pies!" Y encarándose con el dueño de la tienda, le dijo: "¡Con tu permiso!" Y se metió en la trastienda, y extendiendo la alfombra, rogó al príncipe que se sentara en ella. Y sentándose junto a él, le dijo: "¡Oh mi señor! ¡desea mentalmente que se te transporte a tu khan y a tu propio domicilio!" Y el príncipe Alí formuló en su alma el deseo. Y antes de que tuviese tiempo de despedirse del dueño de la tienda, que le había recibido tan finamente, se vio transportado a su propio aposento, sin sacudidas y sin incomodidad, en la misma postura en que estaba, y sin poder darse cuenta de si había surcado los aires o había pasado por debajo de tierra. Y el vendedor continuaba a su lado, sonriente y satisfecho. Y ya había acudido entre sus manos el esclavo para ponerse a sus órdenes.

Al adquirir aquella certeza de la virtud maravillosa de la alfombra, el príncipe Alí dijo a su esclavo: "¡Cuenta al instante a este hombre bendito cuarenta bolsas de mil dinares y ponle en la otra mano una bolsa de mil dinares!" Y el esclavo ejecutó la orden. Y dejando la alfombra al príncipe Alí, le dijo el vendedor: "¡Buena adquisición has hecho, ¡oh mi señor!" Y se fue por su camino.

En cuanto al príncipe Alí, convertido de tal suerte en poseedor de la alfombra encantada, llegó el límite de la satisfacción y de la alegría al pensar que había encontrado una rareza tan extraordinaria no bien llegó a aquella ciudad y a aquel reino de Bischangar. Y exclamó: "¡Maschalah! ¡Alhamdú lillah! ¡He aquí que sin esfuerzo he conseguido lo que me proponía con mi viaje, y ya no dudo de ganar a mis hermanos! ¡Y yo soy quien llegaré a esposo de la hija de mi tío, la princesa Nurennahar! Y además, ¿cuál no será la alegría de mi padre y el asombro de mis hermanos cuando yo les haya hecho comprobar las cosas extraordinarias que puede hacer esta alfombra preciosa? ¡Porque es imposible que mis hermanos, por muy favorable que sea su destino, logren encontrar un objeto que de cerca o de lejos pueda compararse con éste!" Y así pensando, se dijo: "¿Y si partiera enseguida para mi país, ahora que para mí no existen distancias?" Luego, tras de reflexionar, se acordó del plazo de un año que había convenido con sus hermanos, y comprendió que, si partía al instante, corría el riesgo de tener que esperarles mucho tiempo en el khan de los tres caminos, punto de cita. Y se dijo: "Entre espera y espera, prefiero pasar el tiempo aquí y no en el desierto khan de los tres caminos. Voy, pues, a distraerme en este país admirable, y al mismo tiempo a instruirme con lo que conozco". Y desde el día siguiente, reanudó sus visitas a los zocos y sus paseos por la ciudad de Bischangar.

Y de tal suerte pudo admirar las curiosidades verdaderamente singulares de aquel país de la India. Entre otras cosas notables, vio, en efecto, un templo de ídolos todo de bronce, con una cúpula situada sobre una terraza a cincuenta codos de altura, y esculpida y coloreada con tres franjas de pinturas muy animadas y de gusto delicado; y todo el templo estaba adornado con bajos relieves de un trabajo exquisito y con dibujos entrelazados; y se hallaba enclavado en medio de un vasto jardín plantado de rosas y otras flores buenas de oler y de mirar. Pero lo que constituía el atractivo principal de aquel templo de ídolos (¡confundidos y rotos sean!) era una estatua de oro macizo, de la altura de un hombre, que tenía por ojos dos rubíes movibles, y dispuestos con tanto arte, que parecían dos ojos con vida y miraban a quien se ponía delante de ellos, siguiendo todos sus movimientos. Y por la mañana y por la noche los sacerdotes de los ídolos celebraban en el templo las ceremonias de su culto descreído, haciéndolas seguir de juegos, de conciertos de instrumentos, de concursos de mimos, de cantos de almeas, danzas de bailarinas y de festines. Y por cierto que aquellos sacerdotes sólo se alimentaban con las ofrendas que continuamente les llevaba la muchedumbre de peregrinos desde el fondo de los países más distantes.

Y durante su estancia en Bischangar, el príncipe Alí pudo también ser espectador de una gran fiesta que se celebraba en aquel país todos los años, y a la cual asistían los walíes de todas las provincias, los jefes del ejército, los brahmanes, que son los sacerdotes de los ídolos, y los jefes del culto descreído y una muchedumbre innumerable de pueblo. Y toda aquella asamblea se congregaba en una llanura inmensa, dominada por un edificio de altura prodigiosa, que albergaba al rey y a su corte, y estaba sostenido por ochenta columnas y pintado por fuera con paisajes, animales, pájaros, insectos y hasta moscas y mosquitos, y todo al natural. Y junto a este edificio había tres o cuatro estrados de una extensión considerable, en donde se sentaba el pueblo. Y lo singular de todas aquellas construcciones consistía en que eran movibles y se las transformaba por momentos, cambiándolas de fachada y de decorado. Y empezó el espectáculo con un concurso de equilibristas de una ingeniosidad extremada, y con juegos de manos y danzas de fakires. Luego se vieron avanzar en orden de batalla, alineados a poca distancia unos de otros, mil elefantes enjaezados suntuosamente y cargado cada uno con una torre cuadrada de madera dorada, con bailarines y tañedoras de instrumentos en cada torre. Y aquellos elefantes tenían la trompa y las orejas pintadas de bermellón y de cinabrio, los colmillos dorados por completo, y en sus cuerpos había dibujadas, con colores vivos, figuras que ostentaban millares de piernas y de brazos en contorsiones terroríficas o grotescas. Y cuando aquel rebaño formidable llegó ante los espectadores, dos elefantes, que no estaban cargados con torres y que eran los mayores de aquel millar, salieron de las filas y avanzaron hasta el centro del círculo que formaban los estrados. Y uno de ellos, al son de los instrumentos, se puso a bailar, sosteniéndose de pie sobre sus patas traseras unas veces y sobre las delanteras otras. Luego trepó con agilidad hasta la parte alta de un poste clavado en tierra perpendicularmente, y agarrándose al extremo con las cuatro patas a la vez, se puso a batir el aire con su trompa y a estirar las orejas y a mover la cabeza en todos sentidos al compás de los instrumentos, mientras el otro elefante se balanceaba agarrado al extremo de otro colocado horizontalmente por en medio sobre un soporte y con una piedra de un tamaño prodigioso sujeta al otro extremo para servir de contrapeso al animal, que subía y bajaba marcando con la cabeza la cadencia de la música.

Y el príncipe Alí quedó maravillado de todo aquello y de otras muchas cosas también. Así es que se dedicó a estudiar con interés creciente las costumbres de aquellos indios, tan distintos a la gente de su país, y continuó paseando y visitando a los mercaderes y a los notables del reino. Pero, como estaba atormentado de continuo por su amor a su prima Nurennahar, aunque no había transcurrido el año, no pudo permanecer alejado de su país por más tiempo y resolvió abandonar la India para acercarse al objeto de sus pensamientos, persuadido de que sería más feliz al no sentirse separado de ella por una distancia tan grande. Y cuando su esclavo se hubo arreglado con el portero sobre el precio de la vivienda, se sentó con él en la alfombra encantada y se recogió en sí mismo deseando con vehemencia ser transportado al khan de los tres caminos. Y como abriera los ojos, que hubo de cerrar por un instante para abstraerse, advirtió que había llegado al khan consabido. Y se levantó de la alfombra y entró en el khan con sus ropas de mercader, y se dispuso a esperar allí tranquilamente el regreso de sus hermanos. ¡Y esto es lo referente a él!

¡En cuanto al príncipe Hassán, segundo de los tres hermanos, he aquí lo que le aconteció!

No bien se puso en camino, se encontró con una caravana que iba a Persia. Y se agregó a aquella caravana, y después de un viaje por llanuras y montañas, desiertos y praderas, llegó con ella a la capital del reino de Persia, que era la ciudad de Schiraz. Y por indicación de los mercaderes de la caravana, con los cuales había entablado amistad, fue a parar al khan principal de la ciudad. Y al día siguiente al de su llegada, en tanto que sus antiguos compañeros de viaje abrían los fardos e instalaban sus mercancías, él se apresuró a salir para ver lo que hubiese de ver. Y se hizo conducir al zoco, que en aquel país se llamaba Bazistán, maravillándose de la prodigiosa cantidad de cosas hermosas que descubría en las tiendas. Y por doquiera veía corredores y pregoneros que iban y venían en todos sentidos desenrollando hermosas piezas de seda, alfombras hermosas y otras cosas buenas que vendían en subasta.

Y he aquí que el príncipe Hassán vio, entre todos aquellos hombres tan atareados, a uno que tenía en la mano un canuto de marfil de una longitud de un pie y un dedo de grueso. Y aquel hombre, en vez de tener el aspecto ávido y presuroso de los demás pregoneros y corredores, se paseaba con lentitud y gravedad sosteniendo el canuto de marfil como un rey sostendría el cetro de su imperio, y más majestuosamente aún...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 809ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y aquel hombre, en vez de tener el aspecto ávido y presuroso de los demás pregoneros y corredores, se paseaba con lentitud y gravedad, sosteniendo el canuto de marfil como un rey sostendría el cetro de su imperio, y más majestuosamente aún. Y el príncipe Hassán se dijo: "¡He aquí un corredor que me inspira confianza!" Y ya iba a encararse con él para rogarle que le mostrara el canuto que llevaba de manera tan respetuosa, cuando le oyó gritar, pero con voz impregnada de un gran orgullo y de un énfasis magnífico: "¡Oh compradores! ¡no perderá quien compre! ¡En treinta mil dinares de oro el canuto de marfil! ¡Muerto está quien lo hizo, y nunca más ha de dejarse ver! ¡Aquí tenéis el canuto de marfil! ¡Hace ver lo que hace ver! ¡No perderá quien le compre! ¡Quien quiera ver, puede ver! ¡Hace ver lo que hace ver! ¡Aquí tenéis el canuto de marfil!"

Al oír este pregón, el príncipe Hassán, que ya había dado un paso en dirección al vendedor, retrocedió con asombro, y encarándose con el mercader contra cuya tienda estaba apoyado, le dijo: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh mi señor! dime si ese hombre, que a tan exorbitante precio pregona ese canuto de marfil, tiene sana la razón, o si ha perdido todo buen sentido, o si sólo por broma se conduce así!" Y contestó el dueño de la tienda: "¡Por Alah, ¡oh mi señor! puedo atestiguarte que ese hombre es el más honrado y el más cuerdo de nuestros subastadores; y a él es a quien los mercaderes utilizan con más frecuencia, a causa de la confianza que les inspira, y porque es el más antiguo en el oficio! ¡Y respondo de su buen sentido, a no ser que lo haya perdido esta mañana; pero no lo creo! ¡Preciso es, pues, que ese canuto valga los treinta mil dinares y aun más para que lo vocee a ese precio! ¡Y los valdrá por algo que no se note! ¡Por lo demás, si quieres, voy a llamarle, y le interrogarás tú mismo! Por tanto, te ruego que subas a sentarte en mi tienda y a descansar un momento".

Y el príncipe Hassán aceptó la oferta, muy de agradecer, del mercader; y en cuanto estuvo sentado el joven, se acercó a la tienda el vendedor, que había sido llamado por su nombre. Y el mercader le dijo:

"¡Oh subastador amigo! el señor mercader que aquí ves está muy asombrado de oírte pregonar en treinta bolsas ese canutito de marfil; y yo mismo estaría igual de asombrado si no te tuviera por un hombre dotado de exacta probidad. ¡Responde, pues, a este señor, a fin de que no siga formando de ti una opinión desventajosa!" Y el vendedor se encaró con el príncipe Hassán, y le dijo: "¡En verdad ¡oh mi señor! que está permitida la duda a quien no ha visto! ¡Pero cuando hayas visto, no dudarás ya! En cuanto al precio del canuto, no es de treinta mil dinares, precio sólo para apertura de la subasta, sino de cuarenta mil. ¡Y tengo orden de no dejarlo en menos, y de no cedérselo más que a quien lo pague al contado!" Y el príncipe Hassán dijo: "¡Quisiera creerte bajo tu palabra ¡oh vendedor! pero aun tengo que saber la causa de que ese canuto merezca tal consideración y por qué singularidad se recomienda a la atención!" Y dijo el vendedor: "¡Has de saber ¡oh mi señor! que, si miras con este canuto por el extremo que está provisto de este cristal, sea cualquiera la cosa que desees ver, quedarás satisfecho al punto, y la verás!" Y dijo el príncipe Hassán: "¡Si es verdad lo que dices, ¡oh vendedor de bendición! no solamente te pagaré el precio que pides, sino mil dinares más de corretaje para ti!" Y añadió: "¡Date prisa a enseñarme por qué extremo debo mirar!" Y el vendedor se lo enseñó. Y el príncipe miró, deseando ver a la princesa Nurennahar. Y de pronto la vio, sentada en la bañera de su hammam, entre las manos de sus esclavas, que procedían a su tocado. Y reía ella, jugueteando con el agua, y se miraba en su espejo. Y al verla tan hermosa y tan próxima a él, el príncipe Hassán, en el límite de la emoción, no pudo menos de lanzar un grito agudo, y estuvo a punto de dejar escapar de su mano el canuto.

Y tras de adquirir así la prueba de que aquel canuto era la cosa más maravillosa que había en el mundo, no vaciló ni un instante en comprarlo, convencido de que jamás encontraría una rareza semejante para llevarla como fruto de su viaje, aunque durara este viaje diez años y tuviese él que recorrer el Universo. E hizo seña al vendedor para que le siguiese. Y después de despedirse del mercader, fue al khan donde se alojaba, e hizo que su esclavo contase al vendedor las cuarenta bolsas, añadiendo otra por el corretaje. Y se convirtió en poseedor del canuto de marfil.

Y cuando el príncipe Hassán hubo hecho esta preciosa adquisición, no dudó de su preponderancia sobre sus hermanos, ni de su victoria ante ellos, ni de la conquista de su prima Nurennahar. Y lleno de alegría, como tenía tiempo sobrado, pensó en dedicarse a estudiar los usos y costumbres de los persas, y a ver las curiosidades de la ciudad de Schiraz. Y se pasó los días paseando, mirando y escuchando. Y como estaba bien dotado de ingenio y tenía un alma sensible, frecuentó el trato de los hombres instruidos y de los poetas, y aprendió de memoria los poemas persas más hermosos. Y sólo entonces fue cuando se decidió a regresar a su país; y aprovechando la salida de la misma caravana, se agregó a los mercaderes que la componían y se puso en camino. Y Alah le escribió la seguridad, y llegó sin contratiempo al khan de los tres caminos, que era el punto de cita. Y se encontró allá con su hermano el príncipe Alí. Y se quedó con él, esperando el regreso de su tercer hermano. ¡Y esto es lo referente a él!

¡En cuanto al príncipe Hossein, que era el más joven de los tres príncipes, te ruego ¡oh rey afortunado! que acerques a mí tu oído, pues he aquí lo que le aconteció!

Después de un largo viaje que nada tuvo de extraordinario verdaderamente, llegó a una ciudad que le dijeron era Samarcanda. Y en efecto, era Samarcanda al-Ajam, la propia ciudad en que ahora reina tu glorioso hermano Schahzamán, ¡oh rey del tiempo! Y al día siguiente al de su llegada el príncipe Hossein se presentó en el zoco, que en la lengua del país se llama Bazar. Y aquel bazar le pareció muy hermoso. Y mientras se paseaba, mirando a todos lados con sus dos ojos, vio de pronto a dos pasos de él un vendedor que tenía en la mano una manzana. Y era tan admirable aquella manzana, roja por un lado y dorada por otro, y gorda como una sandía, que al punto deseó comprarla el príncipe Hossein, y preguntó al que la llevaba: "¿Cuánto vale esta manzana, ¡oh vendedor!?" Y dijo el vendedor: "El precio de tasa ¡oh mi señor! es treinta mil dinares de oro. ¡Pero tengo orden de no cederla más que en cuarenta mil dinares, y al contado!" Y el príncipe Hossein exclamó: "¡Por Alah, ¡oh hombre! que esta manzana es muy hermosa, y jamás la vi igual en mi vida! ¡Pero sin duda quieres burlarte al pedir un precio tan exorbitante!" Y contestó el vendedor: "No, ¡oh mi señor! y por Alah que este precio que pido no es nada en comparación con el valor real de esta manzana. Porque, por muy hermosa y admirable que a la vista sea, nada es eso en comparación con su aroma. ¡Y por muy bueno y delicioso que su aroma sea, nada es en comparación con sus virtudes! ¡Y por muy maravillosas que sean sus virtudes, ¡oh corona de mi cabeza! ¡oh hermoso señor mío! nada son en comparación con los efectos benéficos que reporta a los hombres!" Y dijo el príncipe Hossein: "¡Oh vendedor! ya que así es, date prisa a hacerme aspirar primero su aroma. ¡Y luego me dirás cuáles son sus virtudes y efectos!" Y tendiendo la mano, el vendedor acercó la manzana a la nariz del príncipe, que hubo de aspirarla. Y tan penetrante y tan suave parecióle su aroma, que exclamó:

"¡Ya Alah! ¡se me ha pasado todo el cansancio del viaje, y estoy como si acabara de salir del seno de mi madre! ¡Ah! ¡qué inefable aroma!" Y dijo el vendedor: "Pues bien, señor; ya que por ti mismo acabas de experimentar efectos tan inesperados aspirando el aroma de esta manzana, has de saber que la tal manzana no es natural, sino fabricada por la mano del hombre; y no es fruto de un árbol ciego e insensible, sino fruto del estudio y las vigilias de un gran sabio, de un filósofo muy célebre, que se pasó toda la vida haciendo investigaciones y experiencias respecto a las virtudes de las plantas y de los minerales. Y logró la composición de esta manzana, que encierra en si la quintaesencia de todos los cuerpos simples, de todas las plantas útiles y de todos los minerales curativos. En efecto, no hay enfermo, cualquiera que sea la calamidad de que esté afligido, aun cuando se trate de la peste, de la fiebre purpúrea o de la lepra, que no recobre la salud al olerla, aunque esté moribundo. Y tú mismo inclusive acabas de sentir hasta cierto punto su efecto, pues que con su olor se te ha disipado el cansancio del viaje. Pero, para mayor certeza, quiero que con ella cure ante tus ojos un enfermo aquejado de un mal incurable, a fin de que estés seguro de sus virtudes y propiedades, como lo están todos los habitantes de esta ciudad. ¡No tienes, en efecto, más que interrogar a los mercaderes que se han congregado aquí, y la mayoría de entre ellos te dirán que, si están con vida todavía, es únicamente merced a esta manzana que ves!"

Y he aquí que, mientras hablaba así el vendedor, varias personas se habían parado y le habían rodeado, diciendo: "¡Sí, por Alah, que todo eso es verdad! ¡Esa manzana es la reina de las manzanas y el más excelente de los remedios! ¡Y saca de las puertas de la muerte a los enfermos más desesperados!" Y como para confirmar todo lo bien que hablaban de ella, acertó a pasar por allí un pobre hombre ciego y paralítico, a quien un mozo llevaba a hombros en una banasta. Y el vendedor se acercó a él con viveza y le puso la manzana junto a la nariz. Y de repente el enfermo se levantó en la banasta, y saltando como un gato por encima de la cabeza del que le llevaba, echó a correr, abriendo unos ojos como tizones. Y todo el mundo le vio y dio fe de ello.

Entonces, convencido de la eficacia de aquella manzana maravillosa, el príncipe Hossein dijo al vendedor: "¡Oh rostro de buen augurio, te ruego que me sigas a mi khan!" Y le llevó al khan en que se alojaba y le pagó los cuarenta mil dinares, y le dio una bolsa de mil dinares de regalo por el corretaje. Y convertido en poseedor de la manzana maravillosa, esperó con paciencia la salida de alguna caravana para volver a su país. Porque estaba persuadido de que con aquella manzana triunfaría fácilmente de sus dos hermanos y sería esposo de la princesa Nurennahar. Y cuando la caravana estuvo dispuesta, partió de Samarcanda, y después de las fatigas de un largo viaje, llegó en seguridad, con permiso de Alah, al khan de los tres caminos, donde le esperaban sus dos hermanos Alí y Hassán.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 810ª NOCHE

Ella dijo:

...Y tras de abrazarse con mucha ternura y felicitarse mutuamente por su dichoso arribo, los tres príncipes se sentaron a comer juntos. Y después de la comida tomó la palabra el príncipe Alí, que era el mayor, y dijo: "¡Oh hermanos míos! tenemos por delante toda la vida para contarnos las particularidades de nuestro viaje. ¡Ahora sólo se trata de mostrarnos unos a otros la rareza traída, motivo y fruto de nuestra empresa, a fin de que podamos hacernos justicia de antemano y ver aproximadamente a quien dará la preferencia nuestro padre el sultán con respecto a nuestra prima, la princesa Nurennahar!"

Y se calló por un momento, y añadió: "Por mi parte, como soy vuestro hermano mayor, voy a revelaros mi hallazgo. Sabed, pues, que mi viaje fue a la India marítima, al reino de Bischangar. Y todo lo que he traído es esta alfombra de plegaria sobre la cual me veis sentado, y que es de lana corriente y de una apariencia sin suntuosidad. ¡Pero, merced a esta alfombra, espero conquistar a nuestra prima!" Y contó a sus hermanos toda la historia de la alfombra volante, y sus virtudes, y cómo se había servido de ella para, en un abrir y cerrar de ojos, regresar desde el reino de Bischangar. Y para dar más valor a sus palabras, rogó a sus hermanos que se sentaran con él en la alfombra, y les hizo efectuar por el aire un viaje, que duró lo que un parpadeo, y que en otros vehículos hubiera necesitado meses para llevarlo a cabo. Luego añadió: "¡Ahora supongo que me diréis si lo que habéis traído puede compararse con mi alfombra!" Y cuando hubo acabado de ensalzar de tal suerte el objeto que poseía, se calló.

Y a su vez tomó la palabra el príncipe Hassán, y dijo: "En verdad ¡oh hermano mío! que esta alfombra volante es cosa prodigiosa, y en mi vida la he visto parecida. Pero por muy admirable que sea, ambos convendréis conmigo en que puede haber en el mundo otras cosas dignas de atención; y para daros prueba de ello, aquí tenéis este canuto de marfil, que a primera vista no parece una rareza tan extraordinaria. No obstante, podéis creer que me ha costado lo que me ha costado y que, a pesar de su apariencia modesta, es un objeto de lo más maravilloso. Y no dudaréis en creerme cuando hayáis aplicado un ojo al extremo de este canuto, donde tiene este cristal. ¡Mirad de la manera que voy a enseñaros!"

Y acercó el canuto de marfil a su ojo derecho, cerrando su ojo izquierdo, y diciendo: "¡Oh canuto de marfil, hazme ver enseguida a la princesa Nurennahar!" Y miró a través del cristal. ¡Y sus dos hermanos, que tenían los ojos fijos en él, llegaron al límite del asombro al ver que de repente se le demudaba el semblante y se ponía muy amarillo, como bajo la pesadumbre de una gran aflicción! Y antes de que tuviesen tiempo de interrogarle, exclamó: "¡No hay fuerza ni recurso más que en Alah! ¡Oh hermanos míos! ¡en vano fue que los tres emprendiéramos un viaje tan penoso en espera de la dicha! ¡Ay! dentro de algunos instantes nuestra prima estará sin vida ya, porque acabo de verla en su lecho rodeada por sus mujeres llorosas y por los eunucos desesperados. ¡Vosotros mismos juzgaréis, por cierto, del estado lamentable a que se ve reducida para calamidad nuestra!" Y así diciendo, entregó el canuto de marfil al príncipe Alí, indicándole que formulara mentalmente el anhelo de ver a la princesa. Y el príncipe miró a través del cristal y retrocedió tan afligido como su hermano. Y el príncipe Hossein le quitó de las manos el canuto, y vio el mismo espectáculo entristecedor. Pero, lejos de mostrarse tan afligido como sus hermanos, se echó a reír, y dijo: "¡Oh hermanos míos! ¡refrescad vuestros ojos y calmad vuestra alma, pues, aunque a juzgar por lo que hemos visto, es bastante grave la enfermedad de nuestra prima, no podrá resistir a las propiedades de esta manzana que aquí veis, y cuyo solo aroma resucita a los muertos en el fondo de sus sepulcros!" Y en pocas palabras les contó la historia de la manzana y sus virtudes y los efectos de sus virtudes, y les aseguró que sin duda curaría a su prima.

Al oír estas palabras, exclamó el príncipe Alí: "En ese caso, ¡oh hermano mío! no tenemos más que transportarnos con toda diligencia a nuestro palacio, utilizando para ello mi alfombra. Y experimentarás en nuestra bienamada prima la virtud salvadora de esa manzana".

Y los tres príncipes dieron orden a sus esclavos de que montaran a caballo para reunirse con ellos más tarde, y les despidieron. Luego, sentándose en la alfombra, formularon a su vez el mismo deseo de ser transportados al aposento de la princesa Nurennahar. Y en un abrir y cerrar de ojos encontráronse en medio de la habitación de la princesa sentados en la alfombra.

Así es que, cuando las mujeres y los eunucos de Nurennahar vieron de pronto en la estancia a los tres príncipes, sin comprender cómo habían llegado, se sintieron poseídos de terror y asombro. Y los eunucos les desconocieron en un principio, tomándoles por extranjeros, y ya estaban a punto de arrojarse sobre ellos, cuando volvieron de su error. Y los tres hermanos se levantaron de la alfombra enseguida; y el príncipe Hossein se acercó con presteza al lecho en que yacía Nurennahar en la agonía, y le acercó a las narices la manzana maravillosa. Y la princesa abrió los ojos, movió de un lado a otro la cabeza, mirando con ojos asombrados a las personas que la rodeaban, y se incorporó. Y sonrió a sus primos y les dio a besar su mano, deseándoles la bienvenida, y se informó de su viaje. Y le hicieron presente cuán dichosos eran de haber llegado a tiempo para contribuir a su curación, con ayuda de Alah. Y las mujeres la enteraron de cómo habían llegado los tres hermanos, y de cómo la había vuelto a la vida el príncipe Hossein, haciéndole aspirar el olor de la manzana. Y Nurennahar les dio las gracias a todos, y al príncipe Hossein en particular. Luego, como mandara ella que la vistiesen, sus primos se despidieron, haciendo votos por la larga duración de su vida, y se retiraron.

Y dejando a su prima al cuidado de las mujeres, los tres hermanos fueron a echarse a los pies de su padre el sultán, y le presentaron sus respetos. Y el sultán, que ya estaba prevenido por los eunucos de la llegada y de la curación de la princesa, les levantó y les abrazó y se alegró de verles llegar con buena salud. Y tras de dar rienda suelta de aquel modo a su mutuo afecto, los tres príncipes presentaron al sultán la rareza que había traído cada uno de ellos. Y después que le hubieron explicado lo que tenían que explicarle acerca del particular, le suplicaron que diera su opinión y manifestara su preferencia.

Cuando el sultán hubo oído todo lo que sus hijos quisieron decirle para encomiar lo que habían traído, y cuando hubo escuchado sin interrumpirles lo que le contaban con respecto a la curación de su prima, se quedó silencioso por algún tiempo reflexionando profundamente. Tras de lo cual levantó la cabeza, y les dijo: "¡Oh hijos míos! el asunto es muy delicado, y resulta todavía más difícil de resolver que antes de vuestra marcha. Porque por un lado encuentro que las rarezas que me traéis se equiparan con toda justicia, y por otro lado veo que, cada una por su parte, todas han contribuido por igual a la curación de vuestra prima. En efecto, el canuto de marfil fue el primero en descubrir lo que ocurría a la princesa; y la alfombra os transportó a presencia suya con toda diligencia; y la ha curado la manzana. Pero no se habría producido, con asentimiento de Alah, tan maravilloso resultado si hubiese faltado alguna de esas rarezas. Así es que al presente veis a vuestro padre más perplejo aún que antes para hacer su elección. ¡Y vosotros mismos, que estáis dotados del sentido de la justicia, debéis hallaros tan perplejos y fluctuantes como yo me hallo!"

Y habiendo hablado de tal suerte con sabiduría e imparcialidad, el sultán se puso a reflexionar acerca de la situación. Y al cabo de una hora de tiempo exclamó: "¡Oh hijos míos! me queda un solo medio para salir del atolladero. Y voy a indicároslo. Consiste ¡oh hijos míos! en lo siguiente: Como hasta la noche os queda tiempo todavía, coged cada cual un arco y una flecha, y saliendo de la ciudad, id al meidán donde se celebran las justas de caballeros y yo iré con vosotros. ¡Y declaro que daré por esposa la princesa Nurennahar a aquel de vosotros que tire la flecha más lejos!" Y los tres príncipes contestaron con el oído y la obediencia. Y fueron juntos al meidán, seguidos de numerosos oficiales de palacio.

Y como el príncipe Alí era el mayor, cogió su arco y una flecha y tiró el primero; y el príncipe Hassán tiró el segundo, y su flecha fue a caer más lejos que la de su hermano mayor. Y el tercero en tirar fue el príncipe Hossein; pero ninguno de los oficiales apostados de trecho en trecho en un largo recorrido vio caer su flecha, que hendió los aires en línea recta y se perdió en la lejanía. Y corrieron y la buscaron; pero a pesar de todas las pesquisas y de la atención que en ello se puso, no fue posible encontrar la flecha.

Entonces, ante todos sus oficiales reunidos, el sultán dijo a los tres príncipes: "¡Oh hijos míos! ¡ya veis que la suerte está echada! Aunque parezca que tú, ¡oh Hossein! eres quien llegó más lejos, no eres el vencedor, porque es necesario que se encuentre la flecha para que la victoria se pronuncie evidente y cierta. Y me veo en la obligación de declarar vencedor a mi segundo hijo Hassán, cuya flecha ha caído más lejos que la de su hermano mayor. Así, pues, ¡oh hijo mío Hassán! eres tú, incontestablemente, quien llegará a ser esposo de la hija de su tío, la princesa Nurennahar. ¡Porque ése es tu destino!"

Y habiendo decidido de tal suerte, el sultán dio al punto las órdenes oportunas para los preparativos y las ceremonias de las bodas de su hijo Hassán con la princesa Nurennahar. Y pocos días después se celebraron las nupcias con gran magnificencia. ¡Y he aquí lo referente al príncipe Hassán y a su esposa Nurennahar!

En cuanto al príncipe Alí, no quiso asistir a las ceremonias del matrimonio, y como era muy viva su pasión por su prima y no tenía objeto en lo sucesivo, no pudo resolverse a vivir en palacio, y en sesión pública renunció de buen grado a la sucesión al trono de su padre. Y vistió el hábito de derviche y fue a ponerse bajo la dirección espiritual de un jeique reputado por su santidad, su ciencia y su vida ejemplar en el fondo de la más retirada de las soledades. ¡Y esto es lo referente a él!

¡Pero por lo que atañe al príncipe Hossein, cuya flecha habíase perdido en la lejanía, he aquí lo que le aconteció...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 811ª NOCHE

Ella dijo:

...Pero por lo que atañe al príncipe Hossein, cuya flecha habíase perdido en la lejanía, he aquí lo que le aconteció!

Así como su hermano Alí se había abstenido de asistir a las bodas del príncipe Hassán y la princesa Nurennahar, también se abstuvo de tomar parte en ellas. Pero no vistió, como su hermano, el hábito de derviche, y lejos de renunciar a la vida del mundo, resolvió averiguar qué era lo que hubo de privarle de su merecido, y a tal fin se dedicó a la busca de la flecha, que no creía irremediablemente desaparecida. Y mientras en el palacio proseguían las fiestas con motivo de las bodas, salió sin tardanza, a escondidas de su servidumbre, y fue al paraje del meidán en que tuvo lugar la experiencia. Y desde allí echó a andar en línea recta, en la dirección seguida por la flecha, mirando a derecha y a izquierda con atención a cada paso. Y así llegó muy lejos, sin descubrir nada. Pero, en vez de desalentarse, continuó andando más y más, siempre en línea recta, hasta que llegó a una pared de rocas que tapaban completamente el horizonte. Y se dijo que; si la flecha había de encontrarse en alguna parte, no podría estar ya más que allí, puesto que no habría podido clavarse en aquel muro de rocas. Y apenas había él acabado de formular para sí este pensamiento, cuando divisó en tierra, caída con la punta hacia adelante y no clavada en el suelo, la flecha marcada con su nombre, la misma que hubo de lanzar con su propia mano. Y se dijo: "¡Oh prodigio! ¡Ualahi! ni yo ni nadie en el mundo podríamos con nuestro solo esfuerzo disparar tan lejos una flecha. Y el caso es que no solamente ha llegado a esta distancia inaudita, sino que incluso ha debido rebotar con vigor contra la roca, que la ha rechazado con su resistencia. ¡He ahí una cosa extraordinaria! ¿Y quién sabe qué misterio hay en todo esto?"

Y cuando, tras de recoger la flecha, estaba tan pronto contemplándola como mirando la roca en que había rebotado, observó en aquella roca una cavidad tallada en forma de puerta. Y se acercó a ella y vio que, realmente, era una puerta disimulada, sin candado ni cerradura, tallada a golpes en la roca, y que solo se advertía por la ligera separación que la circundaba. Y con un movimiento muy natural en caso semejante, la empujó, sin poder creer que fuera a abrirse con aquella presión. Y se asombró mucho al notar que la puerta cedía bajo su mano y giraba sobre sí misma, lo mismo que si descansase sobre goznes engrasados recientemente. Y sin reflexionar mucho en lo que hacía, entró el joven, con su flecha en la mano, en la galería de pendiente suave a que daba acceso aquella puerta. Pero en cuanto hubo él franqueado el umbral, como movida por su propio esfuerzo, la puerta volvió a girar sobre sí misma y tapó por completo la entrada de la galería. Y el príncipe se encontró sumido en densas tinieblas. Y por más que trató de abrir la puerta otra vez, sólo consiguió lastimarse las manos y romperse las uñas.

Entonces, como ya no podía pensar en salir, y como estaba dotado de un corazón valeroso, no vaciló en aventurarse por las tinieblas siguiendo la pendiente suave de la galería. Y enseguida vio brillar una luz, hacia la cual hubo de dirigirse presuroso; y se encontró en la salida de la galería. Y de pronto se vio bajo el cielo, frente a una llanura verdeante, en medio de la cual se alzaba un magnífico palacio. Y antes de que tuviese tiempo de admirar la arquitectura de aquel palacio, salió de él una dama que avanzó hacia el joven rodeada por un grupo de otras damas, de las cuales, a no dudar, era el ama, a juzgar solamente por su belleza milagrosa y su porte majestuoso. E iba vestida con telas inconsútiles y llevaba sueltos los cabellos, que le caían hasta los pies. Y se adelantó con paso ligero hasta la entrada de la galería, y extendiendo la mano con un gesto lleno de cordialidad, dijo: "Bienvenido seas aquí, ¡oh príncipe Hossein!"

Y el joven príncipe, que se había inclinado profundamente al verla, llegó al límite del asombro cuando oyó llamarle por su nombre a una dama a quien jamás había visto y que vivía en un país del que jamás había oído hablar él, aunque estuviese tan próximo a la capital de su reino. Y como abriera ya la boca para manifestar su sorpresa, la maravillosa joven le dijo: "¡No me interrogues! ¡Yo misma satisfaré tu legítima curiosidad cuando estemos en mi palacio!" Y sonriendo, le cogió de la mano y le condujo por las avenidas a la sala de recepción, que se abría por un pórtico de mármol que daba al jardín. Y le hizo sentarse junto a ella en el sofá que había en medio de aquella sala espléndida. Y tomándole una mano entre las suyas, le dijo: "¡Oh encantador príncipe Hossein! tu sorpresa cesará cuando sepas que te conozco desde que naciste y que te sonreí en tu cuna. Y mi destino está escrito sobre ti. Y yo fui quien hice poner a la venta en Samarcanda la manzana milagrosa que compraste, y en Mischangar la alfombra de plegaria que se llevó tu hermano Alí, y en Schiraz el canuto de marfil que encontró tu hermano Hassán. Y esto debe bastar para hacerte comprender que no ignoro nada de lo que te concierne. Y puesto que mi destino va unido al tuyo, me ha parecido que eras digno de una dicha mayor que la de ser esposo de tu prima Nurennahar. Y por eso hice desaparecer tu flecha y la traje hasta aquí, con objeto de que vinieras tú mismo. ¡Y de ti solo depende ahora dejar escapar la felicidad de entre tus dedos!"

Y tras de pronunciar estas últimas palabras con un tono impregnado de gran ternura, la bella princesa gennia bajó los ojos y se ruborizó mucho. Y su tierna belleza resultó así más exquisita. Y el príncipe Hossein, que sabía bien que su prima Nurennahar no podría ya pertenecerle, al ver cuán superior a ella era la princesa gennia en belleza, en atractivos, en atavíos, en ingenio y en riquezas, al menos según podía él conjeturar por lo que acababa de ver y por la magnificencia del palacio en que se hallaba, no tuvo más que bendiciones para su destino, que le había conducido, como de la mano, hasta aquellos lugares tan próximos y tan ignorados; e inclinándose ante la bella gennia, le dijo: "¡Oh princesa de los genn! ¡oh dama de la belleza! ¡oh soberana! ¡la dicha de ser esclavo de tus ojos y verme encadenado a tus perfecciones, sin méritos por mi parte, es capaz de arrebatar la razón a un ser humano como yo! ¡Ah! ¿cómo es posible que una hija de los genn pueda posar sus miradas en un adamita inferior y preferirle a los reyes invisibles que gobiernan los países del aire y las comarcas subterráneas? ¿Acaso es ¡oh princesa! que estás enfadada con tus padres, y, a consecuencia de un disgusto, has venido a habitar en este palacio en que me recibes sin el consentimiento de tu padre, el rey de los genn, y de tu madre, la reina de los genn, y de tus demás parientes? ¡Y quizá, en ese caso, vaya a ser yo para ti causa de sinsabores y motivo de molestias y fastidios!" Y así diciendo, el príncipe Hossein se inclinó hasta la tierra y besó la orla del traje de la gennia princesa, que le dijo, levantándole y cogiéndole la mano: "Sabe ¡oh príncipe Hossein! que yo soy mi única dueña y que obro siempre a mi antojo, sin sufrir jamás que nadie, entre los genn, se inmiscuya en lo que hago o pienso hacer. ¡Puedes estar tranquilo, a ese respecto, y nada nos sucederá que no sea grato!" Y añadió: "¿Quieres ser mi esposo y amarme mucho?" Y el príncipe Hossein exclamó: "¡Ya Alah! ¿qué si quiero? ¡Pues si daría mi vida entera por pasar un día, no ya como tu esposo, sino como el último de tus esclavos!" Y tras de hablar así, se arrojó a los pies de la bella gennia, que le levantó y dijo: "¡Puesto que así lo quieres, te acepto por esposo y soy tu esposa para en lo sucesivo!" Y añadió: "¡Y ahora, como ya debes tener hambre, vamos a tomar juntos nuestra primera comida!"

Y le condujo a una segunda sala, todavía más espléndida que la primera, iluminada por una infinidad de bujías perfumadas de ámbar, colocadas con una simetría que daba gusto verlas. Y se sentó con él ante una admirable bandeja de oro cargada de manjares de un aspecto regocijante para el corazón. Y se dejó oír enseguida, al son de los instrumentos de armonía, un coro de voces de mujeres que parecía descender del mismo cielo. Y la hermosa gennia se puso a servir con sus propias manos a su reciente esposo, ofreciéndole los trozos más delicados de los manjares, cuyos nombres le iba diciendo. Y al príncipe le parecían exquisitos aquellos manjares de que nunca había oído hablar, así como los vinos, las frutas, los pasteles y las confituras, cosas todas ellas como jamás las había probado en las fiestas y bodas de los seres humanos.

Y cuando se terminó la comida, la bella gennia princesa y su esposo fueron a sentarse en una tercera sala, coronada por una cúpula y más hermosa que la anterior. Y apoyaban la espalda en cojines de seda con flores de diferentes colores, hechos a aguja con una delicadeza maravillosa. Y enseguida entraron en la sala muchas bailarinas, hijas de genn, y bailaron una danza arrebatadora con la ligereza de los pájaros. Y al mismo tiempo se dejaba oír una música invisible, pero presente, que llegaba de arriba. Y continuó la danza hasta que se levantaron la hermosa gennia y su esposo. Y con un ritmo más armonioso, salieron de la sala las bailarinas como una bandada de aves, marchando delante de los recién casados hasta la puerta de la cámara, en que estaba preparado el lecho nupcial. Y se pusieron en hilera para que entrasen ellos, y se retiraron después, dejándoles en libertad de acostarse o de dormir.

Y los dos jóvenes esposos se acostaron en el lecho perfumado, y no lo hicieron para dormir, sino para gozar...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 812ª NOCHE

Ella dijo:

...Y los dos jóvenes esposos se acostaron en el lecho perfumado, y no lo hicieron para dormir, sino para gozar. Y de aquel modo pudo el príncipe Hossein probar y comparar. Y encontró en aquella gennia virgen una excelencia a que jamás se habían aproximado, ni por asomo, las más maravillosas jóvenes hijas de los humanos. Y cuando de nuevo quiso recrearse con sus atractivos incomparables, encontró el sitio tan intacto como si no lo hubieran tocado. Y entonces comprendió que en las hijas de los genn se reconstituía la virginidad indefinidamente. Y se deleitó hasta el límite del deleite con aquel hallazgo. Y cada vez hubo de felicitarse más de su destino, que le había conducido de la mano hacia aquella historia inesperada. Y se pasó aquella noche, y otras muchas noches, y otros días, en las delicias de los predestinados. Y lejos de disminuir su amor con la posesión, lo que ocurría era que aumentaba con los nuevos descubrimientos que sin cesar hacía en su bella gennia princesa, lo mismo en los encantos de su espíritu que en las perfecciones de su persona.

Y he aquí que, al cabo de seis meses de aquella vida dichosa, el príncipe Hossein, que siempre había sentido mucho afecto filial por su padre, pensó que su prolongada ausencia debía tenerle sumido en un dolor sin límites, máxime siendo inexplicable, y experimentó un deseo ardiente de volver a verle. Y se lo confío sin rodeos a su esposa la gennia, que en un principio se alarmó mucho de aquella resolución, pues temía que fuese un pretexto para abandonarla. Pero el príncipe Hossein le había dado y continuaba dándole tantas pruebas de adhesión, y tantas muestras de violenta pasión, y le habló de su anciano padre con tal ternura y tal elocuencia, que no quiso ella oponerse a la expansión filial. Y le dijo abrazándole: "¡Oh bienamado mío! en verdad que, si sólo escuchara a mi corazón, no podría decidirme a verte alejar de nuestras moradas, aunque sólo fuese por un día o por menos tiempo aún. Pero estoy ya tan convencida de tu adhesión a mí, y tengo tanta confianza en la firmeza de tu amor y en la verdad de tus palabras, que no quiero negarte el permiso de ir a ver a tu padre el sultán. ¡Pero es con la condición de que tu ausencia no dure mucho y de que así me lo jures, a fin de tranquilizarme!" Y el príncipe Hossein se echó a los pies de su esposa la gennia para demostrarle cuán lleno de agradecimiento estaba por su bondad para con él, y le dijo: "¡Oh soberana mía! ¡oh dama de la belleza! se todo lo que vale el favor que me otorgas, y por mucho que te diga para darte gracias, ten la seguridad de que pienso más aún. Y por mi cabeza te juro que mi ausencia será de corta duración. Y además, amándote como te amo, ¿crees que podría gastar más tiempo del necesario para ir a ver a mi padre y volver? Tranquiliza, pues, tu alma y refresca tus ojos, porque todo el tiempo estaré pensando en ti y no me sucederá nada desagradable, ¡inschalah!"

Y estas palabras acabaron de calmar la emoción de la encantadora gennia, que contestó, abrazando de nuevo a su esposo: "Parte, pues, ¡oh bienamado mío! bajo la salvaguardia de Alah, y vuelve a mí con buena salud. Pero antes he de rogarte no tomes a mal que te haga algunas indicaciones con respecto a la manera como tienes que portarte en el palacio de tu padre mientras dure tu ausencia de aquí. Y ante todo creo preciso que tengas mucho cuidado de no hablar de nuestro matrimonio a tu padre el sultán o a tus hermanos, ni de mi calidad de hija del rey de los genn, ni del lugar en que habitamos, ni del camino que a él conduce. ¡Diles únicamente a todos que se contenten con saber que eres perfectamente dichoso, que se ven satisfechos todos tus deseos, que no anhelas nada más que vivir en la bienandanza en que vives y que el solo motivo que te lleva a su lado es sencillamente el de hacer cesar las inquietudes que pudieran tener respecto a tu destino!"

Y habiendo hablado así, la gennia dio a su esposo veinte jinetes genn bien armados, bien montados y bien equipados, e hizo que le llevaran un caballo tan hermoso como no lo había en el palacio ni en el reino de su padre. Y cuando todo estuvo dispuesto, el príncipe Hossein se despidió de su esposa la gennia princesa, besándola y renovando la promesa que le había hecho de volver enseguida. Luego se aproximó al hermoso caballo inquieto, le acarició con la mano, le habló al oído, le besó y saltó a la silla con gracia. Y su esposa le vio y le admiró. Y después que se dieron el último adiós, partió él a la cabeza de sus jinetes.

Y como no era largo el camino que conducía a la capital de su padre, el príncipe Hossein no tardó en llegar a la entrada de la ciudad. Y en cuanto le reconoció, el pueblo se alegró mucho de verle, y le recibió con aclamaciones y le acompañó con gritos de júbilo hasta el palacio del sultán. Y su padre, al verle, se sintió muy feliz y le recibió en sus brazos, llorando y lamentando con su ternura paterna el dolor y la aflicción en que hubo de sumirle una ausencia tan larga e inexplicable. Y le dijo: "¡Ah! ¡hijo mío, creí que no iba a tener el consuelo de volver a verte! ¡Porque tenía motivo para temer que, a consecuencia de la decisión de la suerte ventajosa para tu hermano Hassán, te hubieses dejado arrastrar a cualquier acto de desesperación!" Y contestó el príncipe Hossein: "Ciertamente, ¡oh padre mío! fue muy cruel para mí la pérdida de mi prima la princesa Nurennahar, cuya conquista había sido el único objeto de mis deseos. Y el amor es una pasión que no se abandona a voluntad, sobre todo cuando es un sentimiento que nos domina, que nos martiriza y que no nos da tiempo de recurrir a los consejos de la razón. Pero ¡oh padre mío! supongo que no habrás olvidado que al disparar mi flecha, cuando acudí con mis hermanos al concurso del meidán, me sucedió una cosa extraordinaria e inexplicable: a pesar de todas las pesquisas que se hicieron, no pudo encontrarse mi flecha, disparada en una llanura uniforme y despareja. Y he aquí que, vencido de tal modo por el destino adverso, no quise perder tiempo en lamentos sin haber satisfecho por completo mi curiosidad hacia aquella aventura que no comprendía. Y me alejé durante las ceremonias de las bodas de mi hermano, sin que lo advirtiese nadie, y volví yo solo al meidán para ver si encontraba mi flecha. Y me puse a buscarla andando en línea recta, en la dirección que me parecía debió seguir, y mirando por todos lados, acá y allá, a mi derecha y a mi izquierda. Pero fueron inútiles todas mis pesquisas, aunque no me desalenté. Y proseguí mi marcha, siempre fijando los ojos de un lado a otro y tomándome el trabajo de reconocer y examinar la menor cosa que de cerca o de lejos pudiese parecerse a una flecha. Y de aquella manera recorrí una distancia muy larga, y acabé por pensar que no era posible que una flecha, aunque la disparase un brazo mil veces más fuerte que el mío, pudiese llegar tan lejos, y por preguntarme si no habría perdido todo mi buen sentido al mismo tiempo que mi flecha. Y ya me disponía a abandonar la empresa, sobre todo al ver que llegaba a una línea de rocas que tapaban completamente el horizonte, cuando de pronto, al pie mismo de una de aquellas rocas, vi mi propia flecha, no clavada en el suelo por la punta, sino caída a cierta distancia del sitio en que había debido rebotar. Y aquel descubrimiento me sumió en una perplejidad grande en vez de regocijarme. Porque yo no podía imaginarme razonablemente que fuese capaz de lanzar tan lejos una flecha. Y entonces ¡oh padre mío! tuve la explicación de aquel misterio y de cuanto me había acaecido en mi viaje a Samarcanda. Pero es un secreto que no puedo ¡ay! revelarte sin faltar a un juramento. Y todo lo que puedo decirte ¡oh padre mío! es que, desde aquel momento, me olvidé de mi prima, y de mi derrota, y de todas mis tribulaciones, y entré en el camino llano de la dicha. Y comenzó para mí una vida de delicias, que no han sido turbadas más que por el alejamiento en que me encontraba de un padre a quien quiero más que a nada en el mundo, y por el sentimiento que tenía al pensar en lo inquieto que por mi suerte debía estar él. Y entonces creí era mi deber de hijo venir a verte y a tranquilizarte. ¡Y éste es ¡oh padre mío! el único motivo de mi llegada!"

Cuando el sultán hubo oído estas palabras de su hijo, y sólo comprendió por ellas que poseía la felicidad, contestó: "¡Oh hijo mío! ¿qué más podría desear para su hijo un padre afectuoso? Claro que me hubiese gustado mucho más verte disfrutar de esa dicha al lado mío, en mis postreros años, que en un paraje cuya situación y existencia ignoro aún. Pero ¿no puedes decirme, por lo menos, hijo mío, adónde tengo que dirigirme para tener con frecuencia noticias tuyas, y no estar en el estado de inquietud en que hubo de sumirme tu ausencia?" Y contestó el príncipe Hossein: "Sabe, para tranquilidad tuya, ¡oh padre mío! que yo mismo tendré cuidado de venir a verte con tanta frecuencia, que hasta temo ser importuno. Pero respecto al paraje en que se puedan tener noticias mías, te suplico que me dispenses de que te lo revele, porque se trata de un misterio de la fe que he jurado y de la promesa que he de mantener". Y sin querer insistir más sobre el particular, el sultán dijo al príncipe Hosseín: ¡Oh hijo mío! Alah me libre de penetrar más en el secreto, a pesar tuyo. Cuando quieras puedes regresar a ese lugar de delicias en que habitas. Solamente tengo que pedirte que también a mí, padre tuyo, me hagas una promesa, y es la de volver a verme una vez al mes, sin miedo a importunarme, como dices, ni a molestarme. Pues ¿qué ocupación más grata puede tener un padre amante que la de caldearse el corazón con la proximidad de sus hijos, y refrescarse el alma con su presencia, y alegrarse los ojos con su contemplación?" Y el príncipe Hossein contestó con el oído y la obediencia, y después de prestarse al juramento pedido, permaneció en el palacio tres días enteros; al cabo de los cuales se despidió de su padre, y a la mañana del cuarto día, por el alba, partió a la cabeza de sus jinetes, hijos de genn, como había venido...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 813ª NOCHE

Ella dijo:

...Y el príncipe Hossein contestó con el oído y la obediencia, y después de prestarse al juramento pedido, permaneció en el palacio tres días enteros, al cabo de los cuales se despidió de su padre, y a la mañana del cuarto día, por el alba, partió, a la cabeza de sus jinetes, hijos de genn, como había venido.

Y su esposa la bella gennia le recibió con alegría infinita y con un placer tanto más vivo cuanto que no se esperaba verle volver tan pronto. Y celebraron juntos aquel regreso feliz, amándose mucho de las maneras más agradables y diversas.

Y a partir de aquel día, nada perdonó la hermosa gennia para hacer a su esposo lo más atractiva posible la estancia en la morada encantada. Y fueron variaciones continuas en el modo de respirar el aire, de pasearse, de comer, de beber, de divertirse, de ver bailar a las bailarinas, de oír cantar a las almeas, de escuchar los instrumentos de armonía, de recitar poesías, de oler el perfume de las rosas, de engalanarse con las flores del jardín, de coger a porfía en las ramas las hermosas frutas maduras y de jugar al incomparable juego de los amantes, que es el juego de ajedrez del lecho, teniendo en cuenta todas las combinaciones sabias de que es susceptible juego tan delicado. Y al cabo de un mes de llevar aquella vida deliciosa, el príncipe Hossein, que ya había puesto a su esposa al corriente de la promesa que hubo de hacer a su padre el sultán, se vio obligado a interrumpir sus placeres y a despedirse de la entristecida gennia. Y equipado y ataviado con más magnificencia que la primera vez, montó en su hermoso caballo y se puso a la cabeza de sus jinetes, los hijos de los genn, para ir a hacer una visita a su padre el sultán.

Y he aquí que, desde que partió la última vez del palacio de su padre, los consejeros favoritos del sultán, que juzgaban del poderío del príncipe Hossein y de sus desconocidas riquezas por las pruebas que de ello había dado él en los tres días que pasó en el palacio, no dejaron, durante su ausencia, de abusar de la libertad que el sultán les concedía para hablarle y del ascendiente que sobre él habían adquirido, para tratar de hacer nacer en su alma sospechas contra su hijo y hacerle creer que el príncipe le hacía sombra. Y le manifestaron que la prudencia más elemental exigía que supiese, por lo menos, en qué lugar se hallaba el retiro de su hijo y de dónde sacaba todo el oro necesario para dispendios como los que había hecho durante su estancia y para el fasto de que alardeaba, únicamente con intención, decían, de humillar a su padre y de demostrar que no tenía necesidad de sus liberalidades ni de su tutela para vivir como un príncipe. Y le dijeron que era muy de temer que se hiciese popular y sublevase a los súbditos fieles contra su soberano para ponerse en lugar suyo.

Pero aunque aquellas palabras dejaron en él alguna duda, el sultán no quiso creer que su hijo Hossein, el preferido, fuese capaz de conspirar contra él, meditando un proyecto tan pérfido como aquél. Y contestó a sus consejeros favoritos: "¡Oh vosotros cuya lengua segrega la duda y la suspicacia! ¿acaso ignoráis que mi hijo Hossein me quiere y que estoy tanto más seguro de su ternura y de su fidelidad cuanto que jamás le he dado motivo para que esté descontento de mí?" Pero el más atendido de los favoritos repuso: "¡Oh rey del tiempo, que Alah te conceda larga vida! Pero ¿supones que el príncipe Hossein ha olvidado tan pronto lo que a él le parece una injusticia de tu parte por lo que concierne a la decisión de la suerte con respecto a la princesa Nurennahar? ¿Y no se te ocurre, aunque de todo se deduce claramente, que el príncipe Hossein no ha tenido el buen acuerdo de aceptar con sumisión el decreto del Destino en vez de imitar el ejemplo de su hermano mayor, quien, antes de rebelarse contra la cosa escrita, ha preferido vestir el hábito del derviche e ir a ponerse bajo la dirección espiritual de un santo jeique versado en el conocimiento del Libro? Y además, ¡oh amo nuestro! ¿no observaste antes que nosotros que, a la llegada del príncipe Hossein, él y sus gentes estaban descansados y sus trajes y los adornos y monturas de sus caballos tenían el mismo brillo que si acabaran de salir de la mano del fabricante? ¿Y no has notado que hasta los caballos tenían el pelo seco y reluciente y no estaban más fatigados que si viniesen de un simple paseo? ¡Pues todo eso ¡oh rey! servirá para probarte que el príncipe Hossein ha establecido su residencia secreta muy cerca de la capital para poder ejecutar a su antojo sus planes perniciosos, y fomentar disturbios en el pueblo, y entregarse a sus propagandas subversivas! ¡Habríamos, pues, faltado a nuestro deber ¡oh gran rey! si no nos hubiésemos impuesto la cruel obligación de despertar tu atención en un asunto tan delicado como importante y grave, a fin de que te decidas a velar por tu propia conservación y por el bien de tus súbditos fieles!"

Cuando el favorito hubo acabado este discurso lleno de malicia y de suspicacia, el sultán dijo: "En verdad que no sé si debo creer o no creer esas cosas sorprendentes. ¡De todos modos, os agradezco vuestra advertencia, y abriré más los ojos en el porvenir!" Y les despidió, sin hacerles ver cuánto se le había impresionado y alarmado el alma con sus palabras. Y con objeto de poder confundirles un día o darles las gracias por su consejo bien intencionado, resolvió vigilar los actos y pasos de su hijo Hossein a su próximo retorno.

Y he aquí que no tardó en llegar el príncipe, cumpliendo su promesa. Y su padre el sultán le recibió con la misma alegría y la misma satisfacción que la primera vez, teniendo mucho cuidado de no participarle las sospechas que despertaron en su espíritu los visires interesados en la perdición del joven. Pero al día siguiente llamó a una vieja, famosa en el palacio por su hechicería y su malicia, y que era capaz de destejer, sin romperlos, los hilos de una tela de araña. Y cuando estuvo ella entre sus manos, le dijo: "¡Oh vieja de bendición! ha llegado el día en que vas a poder probar tu abnegación en interés de tu rey. Sabe, pues, que desde que he vuelto a ver mi hijo Hossein no he podido obtener de él que me diga en qué lugar se ha establecido. Y por no importunarle no he querido hacer valer mi autoridad y obligarle, a pesar suyo, a revelar su secreto. Así es que te he hecho llamar, ¡oh reina de las hechiceras! porque te creo lo bastante hábil para satisfacer mi curiosidad sin que mi hijo ni nadie en el palacio pueda sospecharlo. He de pedirte, pues, que pongas en juego toda tu perspicacia y tu inteligencia, que no tiene igual, para observar a mi hijo desde el momento de su partida, que tendrá lugar mañana por el alba. O quizá sea mejor todavía que vayas hoy mismo, sin pérdida de tiempo, al sitio en que encontró su flecha, cerca de la línea de rocas que limita la llanura por Oriente. ¡Porque allí ha encontrado su Destino al mismo tiempo que su flecha!" Y la vieja hechicera contestó con el oído y la obediencia, y salió para ir a las proximidades de las rocas y ocultarse allí de manera que pudiese verlo todo sin ser vista.

Y he aquí que al día siguiente abandonó el palacio el príncipe Hossein con sus jinetes al despuntar el día, para no llamar la atención de los oficiales y de los transeúntes. Y llegado que fue a la excavación donde estaba la puerta de piedra, desapareció con cuantos le acompañaban. Y la vieja hechicera vio todo aquello y se asombró hasta el límite extremo del asombro.

Y cuando se repuso de su emoción salió de su escondrijo, y fue derecha a la cavidad por donde había visto desaparecer personas y caballos. Pero a pesar de su diligencia, y por más que miró en todas direcciones, yendo y volviendo sobre sus pasos varias veces, no dio con ninguna abertura ni con ninguna entrada. Porque la puerta de piedra, que había sido visible para el príncipe Hossein desde que llegó por primera vez allí, sólo se aparecía a ciertos hombres cuya presencia era agradable a la bella gennia, pero nunca y en ningún caso se aparecía aquella puerta a las mujeres, sobre todo a las viejas feas y horribles a la vista. Y rabiosa por no poder llevar más adelante sus investigaciones, la hechicera no pudo desahogarse de otro modo que lanzando un cuesco, que hizo saltar los guijarros y levantó polvareda. Y con la nariz alargada hasta los pies, volvió al lado del sultán, y le dio cuenta de todo lo que había visto, añadiendo: "¡Oh rey del tiempo! no he perdido la esperanza de ser más afortunada la vez próxima. ¡Y solamente te pido que tengas algo de paciencia y no te informes los medios de que pienso servirme!" Y el sultán, que ya estaba muy satisfecho de aquel primer resultado, contestó a la vieja: "¡Estás en completa libertad de acción! ¡Ve con la protección de Alah, y yo esperaré aquí con paciencia el efecto de tus promesas!" Y para estimularla le dio de regalo un maravilloso diamante, y le dijo: "Acepta esto como prueba de mi satisfacción. ¡Pero sabe que nada es en comparación de lo que pienso recompensarte si obtienes éxito en tu empresa!" Y la vieja besó la tierra entre las manos del rey, y se fue por su camino.

Y he aquí que, un mes después de aquel acontecimiento, salió por la puerta de piedra, como la última vez, el príncipe Hossein con su séquito de veinte jinetes soberbiamente equipados. Y al costear las rocas divisó a una pobre vieja que estaba tendida en el suelo y gemía de una manera lamentable, como una persona aquejada de un mal violento. Y estaba vestida de harapos y lloraba. Y el príncipe Hossein, compadecido, detuvo su caballo, y preguntó dulcemente a la vieja cuál era su mal y qué podía hacer él para aliviarla. Y la vieja artificiosa, que había ido a apostarse allí para conseguir lo que se proponía, contestó, sin levantar la cabeza, con voz entrecortada por gemidos y ahogos: "¡Oh mi caritativo señor! ¡Alah es quien te envía para cavarme la tumba, porque voy a morir! ¡Ah, se me escapa el alma! ¡Oh mi señor! ¡había yo salido de mi pueblo para ir a la ciudad, y en el camino se apoderó de mí una fiebre roja, que me ha dejado sin fuerzas aquí, lejos de todo ser humano, y sin esperanza de que me socorrieran!" Y el príncipe Hossein, que tenía un corazón compasivo, dijo a la vieja: "¡Permite, mi buena tía, que te levanten dos de mis hombres y te lleven al sitio adonde yo mismo voy a volver para que te cuiden!" E hizo seña a dos de sus acompañantes para que incorporaran a la vieja. Y así lo hicieron; y uno de ellos la puso luego a la grupa de su caballo. Y el príncipe desanduvo el camino, y llegó con sus jinetes a la puerta de piedra, que hubo de abrirse para dejarles entrar...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 814ª NOCHE

Ella dijo:

...Y el príncipe desanduvo el camino, y llegó con sus jinetes a la puerta de piedra, que hubo de abrirse para dejarles entrar.

Y al verlos volver sobre sus pasos de tal modo, y sin comprender qué motivo les había obligado a ello, la princesa gennia se apresuró a salir al encuentro de su esposo el príncipe Hossein, quien, sin apearse del caballo, le mostró con el dedo a la vieja, que parecía una agonizante, y a quien dos jinetes acababan de dejar en tierra, sosteniéndola por debajo de los brazos, y le dijo: "¡Oh soberana mía! Alah puso en nuestro camino a esta pobre vieja en el estado lamentable en que la ves, y es preciso que le procuremos socorro y asistencia. ¡La recomiendo, pues, a tu compasión, rogándote le prodigues cuantos cuidados juzgues necesarios!" Y la gennia princesa, que tenía fijas en la vieja sus miradas, dio orden a sus mujeres de que la cogieran de manos de los jinetes y la llevaran a un aposento reservado, tratándola con las mismas consideraciones y la misma atención que tendrían para su propia persona. Y cuando se alejaron con la vieja las mujeres, la bella gennia dijo a su esposo, bajando la voz: "¡Alah premie tu compasión, que parte de un corazón generoso! Pero desde ahora puedes estar tranquilo por esa vieja, que no está más enferma que mis ojos, y yo sé la causa que aquí la trae y cuáles son las personas que la han impulsado a ello y lo que se propuso al apostarse en tu camino. ¡Mas no tengas temor por eso, y estate seguro de que, tramen lo que tramen contra ti con intención de mortificarte y de perjudicarte, yo sabré defenderte, haciendo vanas cuantas emboscadas te preparen!" Y abrazándole de nuevo, le dijo: "¡Parte bajo la protección de Alah!" Y el príncipe Hossein, habituado ya a no pedir explicaciones a su esposa la gennia, se despidió de ella y otra vez emprendió su camino hacia la capital de su padre, adonde no tardó en llegar con su séquito. Y el sultán le recibió como de costumbre, sin dejar entrever ante él ni ante sus consejeros los sentimientos que le embargaban.

En cuanto a la vieja hechicera, las dos doncellas de la bella gennia la condujeron, pues, a un hermoso aposento reservado y la ayudaron a acostarse en un lecho con colchones de raso bordado, sábanas de seda fina y mantas de tisú de oro. Y una de ellas le ofreció una taza llena de agua de la Fuente de los Leones, diciéndole: "¡Aquí tienes una taza de agua de la

Fuente de los Leones, que cura las enfermedades más tenaces y devuelve la salud a los moribundos!" Y la vieja bebió el contenido de la taza, y unos instantes después exclamó: "¡Qué licor tan admirable! ¡Me siento curada, como si me hubieran sacado con tenazas el mal! ¡Por favor, daos prisa a conducirme a presencia de vuestra ama, con objeto de darle gracias por su bondad y hacerle patente mi gratitud!" Y se levantó acto seguido, fingiendo encontrarse restablecida de un mal que no hubo de sufrir. Y las dos doncellas la llevaron por varios aposentos, a cual más magnífico, hasta la sala en que se hallaba su ama.

Y he aquí que la bella gennia estaba sentada en un trono de oro macizo, enriquecido de pedrerías, y rodeada por muchas de sus damas de honor, que eran todas encantadoras e iban vestidas de manera tan maravillosa como su señora. Y la vieja hechicera, deslumbrada con todo lo que veía, se prosternó a los pies del trono, balbuceando gracias. Y le dijo la gennia: "Me satisface ¡oh buena mujer! que te hayas curado. Y ahora eres libre de permanecer en mi palacio todo el tiempo que quieras. ¡Y mis mujeres van a ponerse a tu disposición para enseñarte mi palacio!" Y la vieja, tras de besar la tierra por segunda vez, se levantó y se dejó guiar por las dos jóvenes, que le enseñaron el palacio con todos sus detalles maravillosos. Y cuando la hicieron recorrerlo por completo, se dijo ella que más valdría retirarse entonces que había visto lo que quería ver. Y expuso este deseo a las dos jóvenes, después de darles las gracias por su amabilidad. Y la hicieron salir por la puerta de piedra, deseándole feliz viaje. Y en cuanto se vio ella en medio de las rocas retrocedió para observar el emplazamiento de la puerta y poder encontrarla; pero como la puerta era invisible para las mujeres de su especie, la buscó en vano; y se vio obligada a volverse sin dar con el camino.

Y cuando llegó a presencia del sultán le dio cuenta de todo lo que había hecho, de cuanto había visto y de la imposibilidad en que se hallaba de encontrar la entrada del palacio. Y el sultán, bastante satisfecho con aquellas explicaciones, convocó a sus visires y a sus favoritos y les puso al corriente de la situación, pidiéndoles su opinión.

Y unos le aconsejaron que condenara a muerte al príncipe Hossein, diciéndole que conspiraba contra su trono, y otros opinaron que más valdría apoderarse de él y encerrarle para el resto de sus días. Y el sultán se encaró con la vieja, y le preguntó: "¿Y a ti qué te parece?" Ella dijo: "¡Oh rey del tiempo! me parece que lo mejor sería utilizar las relaciones que tiene tu hijo con esa gennia para pedir y obtener de ella maravillas como las que hay en su palacio. ¡Y si se niega él o se niega ella, sólo entonces habrá que pensar en el procedimiento violento que acaban de indicarte los visires!" Y dijo el rey: "¡No hay inconveniente!" E hizo ir a su hijo, y le dijo: "¡Oh hijo mío! ya que eres más rico y más poderoso que tu padre, ¿podrás traerme, la próxima vez, alguna cosa que me complazca, por ejemplo, una tienda hermosa que me sirva para la caza y para la guerra?" Y el príncipe Hossein contestó como debía, haciendo patente a su padre la alegría que sentiría al poder satisfacerle.

Y cuando estuvo de vuelta junto a su esposa la gennia, le participó el deseo de su padre, y contestó ella: "¡Por Alah! ¡lo que nos pide el sultán es una bagatela!" Y llamó a su tesorera, y le dijo: "Id por el pabellón mayor que haya en mi tesoro! ¡Y decid a vuestro guarda Schaibar que me lo traiga!" Y la tesorera se apresuró a ejecutar la orden. Y volvió unos instantes después acompañada del guarda del tesoro, que era un genni de especie muy particular. En efecto, era de pie y medio de alto, tenía una barba de treinta pies, un bigote espeso y erguido hasta las orejas, y unos ojos como los ojos del cerdo, muy metidos en la cabeza, que era tan gorda como su cuerpo; y llevaba en un hombro una barra de hierro que pesaba cinco veces más que él, y en la otra mano llevaba un paquetito envuelto. Y la gennia le dijo: "¡Oh Schaibar! vas a acompañar enseguida a mi esposo, el príncipe Hossein, a presencia de su padre el sultán. ¡Y harás lo que debas hacer!" Y Schaibar contestó con el oído y la obediencia, y preguntó: "¿Y es preciso también ¡oh mi señora! que lleve el pabellón que tengo en la mano?" Ella dijo: "¡Claro! ¡pero antes lo desenvolverás aquí para que lo vea el príncipe Hossein!" Y Schaibar fue al jardín y desdobló el paquete que llevaba. Y de él salió un pabellón que, completamente desplegado, podría resguardar a todo un ejército, y que tenía la propiedad de agrandarse y achicarse con arreglo a lo que tenía que cubrir. Y tras de enseñarlo, lo volvió a plegar e hizo con él un paquete que cabía en la palma de la mano. Y dijo el príncipe Hossein: "¡Vamos a ver al sultán!"

Y cuando el príncipe Hossein, con Schaibar de espolique, llegó a la capital de su padre, todos los transeúntes corrieron a esconderse en las casas y en las tiendas, cuyas puertas se apresuraron a cerrar, poseídos de espanto a la vista del genni enano, que iba con su barra de hierro al hombro. Y a su llegada a palacio, los porteros, los eunucos y los guardias se pusieron en fuga, lanzando gritos de terror. Y entraron ambos en el palacio y se presentaron al sultán, que estaba rodeado de sus visires y de sus favoritos y charlaba con la vieja hechicera. Y avanzando hasta las gradas del trono, Schaibar esperó a que el príncipe Hossein hubiese saludado a su padre, y dijo: "¡Oh rey del tiempo! ¡te traigo el pabellón!" Y lo desplegó en medio de la sala, y se puso a agrandarlo y a achicarlo, manteniéndose a cierta distancia. Luego blandió de pronto la barra de hierro, y la descargó en la cabeza del gran visir y le mató del golpe. Después mató de la misma manera a los demás visires y a todos los favoritos, que, inmóviles de espanto, no tenían fuerzas ni para levantar un brazo con objeto de defenderse. Y mató más tarde a la vieja hechicera, diciéndole: "¡Para que aprendas a hacerte la agonizante!" Y cuando mató de tal modo a todos los que tenía que matar, volvió a echarse al hombro la barra, y dijo al rey: "¡Les he castigado para que expíen sus malos consejos! En cuanto a ti, ¡oh rey! aunque has sido débil de voluntad, como si pensaste matar o encarcelar al príncipe Hossein fue sólo impulsado por ellos, te indulto de la misma pena. Pero te destituyo de tu realeza. ¡Y si piensa protestar alguno en la ciudad, le mataré! ¡E incluso mataré a toda la ciudad, si se niega a reconocer por rey al príncipe Hossein! ¡Y ahora, baja ya y vete, o te mato!" Y el rey se apresuró a obedecer, y bajando de su trono salió de su palacio y se fue a vivir en soledad con su hijo Alí, sometiéndose a la obediencia del santo derviche.

En cuanto al príncipe Hassán y a su esposa Nurennahar, como no habían intervenido en la conspiración, cuando el príncipe Hossein fue rey les asignó como feudo la provincia más hermosa del reino y mantuvo con ellos las relaciones más cordiales. Y el príncipe Hossein vivió con su esposa, la bella gennia, en medio de delicias y prosperidades. Y dejaron ambos numerosa posteridad, que, a la muerte de ellos, reinó durante años y años. ¡Pero Alah es más sabio!

Y tras de contar así esta historia, Schehrazada se calló. Y le dijo su hermana Doniazada: "¡Oh hermana mía! ¡cuán dulces y sabrosas y deleitosas son tus palabras!"

Y Schehrazada sonrió, y dijo: "¿Pues qué es eso comparado con lo que os contaré aún, si el rey me lo permite?" Y el rey Schahriar se dijo: "¿Qué podrá contarme aún que no conozca yo?" Y dijo a Schehrazada: "¡Tienes permiso para ello!"

Y Schehrazada dijo:

HISTORIA DE SARTA-DE-PERLAS

En los anales de los sabios y los libros del pasado se cuenta que el Emir de los Creyentes Al-Motazid Bi'llah, decimosexto califa de la casa de Abbas, nieto de Al-Mota-wakkil, nieto de Harún Al-Raschid, era un príncipe dotado de alma superior, de corazón intrépido y de sentimientos elevados, lleno de distinción y de elegancia, de nobleza y de gracia, de bravura y de gallardía, de majestad y de inteligencia, igualando a los leones en fuerza y en valor, y además, con un ingenio tan fino, que estaba considerado como el poeta más grande de su tiempo. Y en Bagdad, su capital, tenía, para ayudarle a llevar los asuntos de su inmenso imperio, sesenta visires llenos de un celo infatigable, que velaban por los intereses del pueblo con la misma incansable actividad que su señor. Con lo cual no permanecía oculto para él nada de cuanto pasaba en su reino, en los países que extendíanse desde el desierto de Scham hasta los confines del Maghreb, y desde las montañas del Khorassán y el mar occidental hasta los límites profundos de la India y del Afghanistán, ni siquiera el acontecimiento más fútil en apariencia.

Y he aquí que un día en que se paseaba con Ahmad Ibn-Hamdún el narrador, su íntimo y preferido compañero de copa, y el mismo a quien debemos la transmisión oral de tantas hermosas historias y poemas maravillosos de nuestros padres antiguos, llegó ante una morada de apariencia señorial, deliciosamente recatada entre jardines, y cuya armónica arquitectura pregonaba los gustos de su propietario con mucha más delicadeza de lo que hubiese hecho la lengua más elocuente. Porque para quien, como el califa, tenía los ojos sensibles y el alma atenta, aquella morada era la elocuencia misma.

Y estando ambos sentados en el banco de mármol que daba frente a la morada, y mientras descansaban allí de su paseo, respirando la suave brisa que llegaba embalsamada con el alma de los lirios y de los jazmines, vieron aparecer ante ellos, saliendo de lo umbrío del jardín, a dos jóvenes hermosos cual la luna en su decimocuarto día. Y charlaban los tales entre sí, sin advertir la presencia de los dos extranjeros sentados en el banco de mármol. Y uno de ellos decía a su interlocutor: "¡Haga el cielo ¡oh amigo mío! que en este día de esplendor vengan a visitar a nuestro amo huéspedes del azar! ¡Porque le entristece que haya llegado la hora de la comida sin que esté allí nadie para hacerle compañía, cuando, por lo general, tiene siempre a su lado amigos y extranjeros a quienes regala con delicias y a quienes alberga magníficamente!" Y contestó el otro joven: "Cierto que es la primera vez que sucede semejante cosa y se encuentra solo nuestro amo en la sala de los festines. Muy extraño es que, a pesar de la dulzura de este día de primavera, ningún paseante se haya fijado, para descansar, en nuestros jardines, tan hermosos, que de ordinario vienen a visitarlos desde el interior de las provincias.

Al oír estas palabras de los dos jóvenes, Al-Motazid quedó extremadamente asombrado de saber que no sólo existía en su capital un señor de alto rango, cuya morada le era desconocida, sino que aquel señor llevaba una vida tan singular y no le gustaba la soledad en las comidas. Y pensó: "¡Por Alah! ¡A mí, que soy el califa, a menudo me gusta estar a solas conmigo mismo, y moriría en el más breve plazo si tuviese que sentir a perpetuidad una vida extraña al lado de mí! ¡que tan inestimable es a veces la soledad!"

Luego dijo a su fiel comensal: "¡Oh lbn-Hamdún! ¡oh narrador de lengua de miel! tú, que conoces todas las historias del pasado y nada ignoras de los acontecimientos contemporáneos, ¿sabías de la existencia del hombre propietario de este palacio? ¿Y no te parece que nos urge entablar conocimiento con uno de nuestros súbditos, cuya vida es tan diferente a la vida de los demás hombres, y tan asombrosa de fasto solitario? Y además, ¿no me dará eso ocasión de ejercer con uno de mis súbditos nobles una generosidad que yo quisiera fuese todavía más magnífica que aquella con la cual debe tratar él a sus huéspedes fortuitos?" Y contestó el narrador lbn-Hamdún: "Sin duda que el Emir de los Creyentes no tendrá que arrepentirse de su visita a este señor desconocido para nosotros. ¡Voy, pues que tal es el deseo de mi señor, a llamar a esos dos encantadores jóvenes y a anunciarles nuestra visita al propietario de ese palacio!" Y se levantó del banco, así como Al-Motazid, que iba disfrazado de mercader, según su costumbre. Y apareció ante los dos buenos mozos, a los cuales dijo: "¡Por Alah sobre vosotros dos! id a prevenir a vuestro amo de que a su puerta hay dos mercaderes extranjeros que solicitan la entrada en su morada y reclaman el honor de presentarse entre sus manos".

Y en cuanto oyeron ambos jóvenes estas palabras, volaron, jubilosos, a la morada, en el umbral de la cual no tardó en aparecer el dueño del dominio en persona, y era un hombre de rostro claro, de facciones finas y delicadas, de aspecto elegante y de actitud llena de simpatía...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 815ª NOCHE

Ella dijo:

...Y era un hombre de rostro claro, de facciones finas y delicadas, de aspecto elegante y de actitud llena de simpatía. E iba vestido con una túnica de seda de Nischabur, llevaba a los hombros un manto de terciopelo con franjas de oro, y en un dedo ostentaba un anillo de rubíes. Y se adelantó hacia ellos con una sonrisa de bienvenida en los labios y llevándose la mano izquierda al corazón, les dijo: "¡La zalema y la cordialidad para los señores benévolos que nos favorecen con el favor supremo de su llegada!"

Y entraron en la morada, y al ver los visitantes su maravillosa disposición, la creyeron un trozo del propio Paraíso, porque su hermosura interior superaba con mucho a su hermosura externa, y sin duda haría perder al enamorado torturado el recuerdo de su bienamada.

Y en la pila de alabastro de la sala de reunión, donde cantaba un surtidor de diamante, mirábase un jardinillo que era una delicia de frescura y un encanto. Porque aunque el jardín grande circundaba la morada con todas las flores y todas las frondas que adornan la tierra de Alah, y aunque por su esplendor era una locura de vegetación, el jardinillo era una cordura indudablemente. Y las plantas que lo componían eran cuatro flores, sí, sólo eran cuatro flores, en verdad, pero como no las habían contemplado ojos humanos más que en los primeros días de la tierra.

La primera flor era una rosa inclinada sobre el tallo y sola en absoluto, no la de los rosales, sino la rosa original, cuya hermana había florecido en el Edén antes de la bajada furiosa del ángel. Y era una llama de oro rojo encendida por sí misma, un fuego de alegría avivado desde dentro, una aurora magnífica, vivaz, encarnadina, aterciopelada, fresca, virginal, inmaculada, deslumbradora. Y contenía en su corola la púrpura necesaria para la túnica de un rey. En cuanto a su olor hacía entreabrirse en un latido los abanicos del corazón, y decía al alma: "¡Embriágate!", y prestaba alas al cuerpo, diciéndole: ¡Vuela! "

Y la segunda flor era un tulipán erguido en su tallo y solo en absoluto, no un tulipán de cualquier parterre real, sino el tulipán antiguo, regado con sangre de dragones, aquel cuya especie, abolida, florecía en Iram-de-las-Columnas, y cuyo color decía a la copa de vino añejo: "¡Yo embriago sin que me toquen los labios!", y al tizón inflamado: "¡Yo quemo, pero no me consumo!"

Y la tercera flor era un jacinto erguido en su tallo y solo en absoluto, no el de los jardines, sino el jacinto padre de los lirios, el que tiene un blanco puro, el delicado, el oloroso, el frágil, el cándido jacinto que decía al cisne cuando salía del agua: "¡Soy más blanco que tú!"

Y la cuarta flor era un clavel inclinado sobre su tallo y solo en absoluto, no, ¡oh! no el clavel de las terrazas que riegan por la noche las jóvenes, sino un globo incandescente, una partícula del sol que se hunde por Poniente, un pomo de olor encerrando el alma volátil de la pimienta, el propio clavel cuyo hermano fue ofrecido por el rey de los genn a Soleimán para que con él adornara la cabellera de Balkis y prepararse el Elixir de larga vida, el Bálsamo espiritual, el Alcali real y la Triaca.

Y sólo con tocar estas cuatro flores, aunque no fuese más que en imagen, el agua de la pila tenía numerosos estremecimientos de emoción, incluso cuando se callaba el surtidor musical y cesaba la lluvia de diamante. Y como sabían que eran tan hermosas, las cuatro flores se inclinaban sonrientes sobre sus tallos y se miraban con atención.

Y excepto estas cuatro flores que había en aquella pila, nada adornaba aquella sala de mármol blanco y de frescura. Y descansaba allí satisfecha la mirada, sin pedir nada más.

Cuando el califa y su compañero se sentaron en el diván, cubierto con un tapiz de Khorassán, el huésped, tras de nuevos deseos de bienvenida, les invitó a compartir con él la comida, compuesta de cosas exquisitas que acababan de llevar en bandejas de oro los servidores y que colocaban en taburetes de bambú. Y la comida se celebró con la cordialidad de que usan los amigos para con sus amigos, y se animó con la entrada que, a una señal del huésped, hicieron cuatro jóvenes de rostro de luna, que eran la primera una tañedora de laúd, la segunda una tañedora de címbalos, la tercera una cantarina y la cuarta una danzarina. Y en tanto que con la música, el canto y la gracia de los movimientos completaban entre las cuatro la armonía de aquella sala y encantaban el aire, el huésped y sus dos invitados probaban los vinos en las copas y se endulzaban con las frutas cogidas en rama, tan hermosas, que sólo podrían proceder de árboles del Paraíso.

Y el narrador lbn-Hamdún, aunque estaba habituado a que le tratase suntuosamente su señor, se sintió con el alma tan exaltada por los vinos generosos y por tantas lindezas reunidas, que se volvió hacia el califa con ojos inspirados, y con la copa en la mano recitó un poema que acababa de surgir en él al recuerdo de un joven amigo que poseía:

Y dijo con su hermosa voz rítmica:

¡Oh tú, cuya mejilla está modelada en la rosa silvestre y moldeada como la de un ídolo de la China!

¡Oh jovenzuelo de ojos de azabache, de formas de hurí! ¡abandona tus posturas perezosas, cíñete los riñones y haz reír en la copa este vino color de tulipán nuevo!

¡Porque hay horas para la prudencia y otras para la locura! ¡Échame de este vino hoy! ¡Pues ya sabes que me gusta la sangre extraída de la garganta de los barriles cuando es pura como tu corazón!

¡Y no me digas que este licor es pérfido! ¿Qué importa la embriaguez a quien nació ebrio? ¡Hoy mis anhelos son complicados al igual de tus bucles!

¡Y no me digas que para los poetas es funesto el vino! ¡Porque mientras sea, como hoy, azul la túnica del cielo y verde el traje de la tierra, querré beber hasta morir!

¡A fin de que los jóvenes de rostro hermoso que vayan a visitar mi tumba, al respirar el olor del vino, victorioso de la tierra, que exhalarán mis cenizas, se sientan ebrios ya por el solo efecto de este olor!

Y acabando de improvisar este poema, el narrador levantó los ojos hacia el califa para sorprender en su rostro el efecto producido por los versos. Pero en vez de la satisfacción que esperaba ver, notó tal expresión de contrariedad y de cólera reconcentrada, que dejó escapar de su mano la copa llena de vino. Y tembló con toda el alma, y se habría creído perdido sin remisión, si no hubiese notado también que el califa no parecía haber oído los versos recitados, y si no le hubiese visto con los ojos extraviados y como distraídos en la solución de un problema insondable. Y se dijo: "¡Por Alah, que hace un instante tenía el rostro satisfecho, y hele aquí ahora negro de contrariedad y tan tempestuoso como no lo he visto nunca! ¡Y sin embargo, por más que estoy acostumbrado a leer sus pensamientos en la expresión de sus facciones y a adivinar sus sentimientos, no sé a qué atribuir esta mudanza súbita! ¡Alah aleje el Maligno y nos preserve de sus maleficios!"

Y mientras él se torturaba de tal suerte el espíritu para llegar a penetrar el motivo de aquella cólera, el califa lanzó de pronto a su huésped una mirada cargada de desconfianza, y contrariando todas las reglas de la hospitalidad, y a despecho de la costumbre que exige que jamás el huésped y el invitado se pregunten sus nombres y cualidades, preguntó al dueño del dominio con voz que intentaba reprimir: "¿Quién eres, ¡oh hombre!?"

El huésped, que al oír esta pregunta había cambiado de color y se sintió en extremo mortificado, no quiso, empero, negarse a contestar, y dijo: "Me llaman generalmente Abu'l Hassán Alí ben-Ahmad Al-Khorassani".

Y añadió el califa: "¿Y sabes quién soy?" Y contestó el huésped, más pálido aún: "No, por Alah, que no tengo ese honor, ¡oh mi señor!"

Entonces, advirtiendo cuán penosa se hacía la situación, Ibn-Hamdún se levantó, y dijo al joven: "¡Oh huésped nuestro! estás en presencia del Emir de los Creyentes, el califa Al-Motazid Bi'llah, nieto de Al-Motawakkil Ala'llah".

Al oír estas palabras, el dueño del dominio se levantó a su vez en el límite de la emoción, y besó la tierra: "¡Oh Emir de los Creyentes, por las virtudes de tus generosos antecesores los beneméritos, te conjuro a que perdones a tu esclavo los errores en que sin duda alguna, por inadvertencia, haya podido incurrir para con tu augusta persona, o la falta de cortesía de que haya podido hacerse reo, o la falta de consideraciones, o la falta de generosidad!" Y contestó el califa: "¡Oh hombre! no tengo que reprocharte ninguna falta de ese género. Por el contrario, has dado prueba conmigo de una generosidad que te envidiarían los más munificentes entre los reyes. ¡Y si te he interrogado, por lo visto fue porque una causa muy grande me impulsó a ello de pronto, cuando yo no pensaba más que en darte las gracias por todo lo que de hermoso había visto en tu casa!"

Y dijo el huésped, azorado: "¡Oh mi señor soberano! ¡por favor, no hagas pesar tu cólera sobre tu esclavo sin haberle convencido de su crimen antes!" Y dijo el califa: "¡Al primer golpe de vista he notado ¡oh hombre! que en tu casa todo, desde los muebles hasta las mismas ropas que sobre ti llevas, ostenta el nombre de mi abuelo Al-Motawakkil Ala'llah! ¿Puedes explicarme circunstancia tan extraña? ¿Y no debo pensar en algún saqueo clandestino del palacio de mis santos abuelos? Habla sin reticencias, o te espera la muerte al instante".

Y en lugar de turbarse, el huésped recobró su aire afable y su sonrisa y con su voz más apacible dijo: "Sean contigo las gracias y la protección del Todopoderoso, ¡oh mi señor! ¡Ciertamente, hablaré sin reticencias pues la verdad es tu ropa interior, la sinceridad tu traje exterior, y en tu presencia nadie podría expresarse de otro modo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 816ª NOCHE

Ella dijo:

"¡Ciertamente hablaré sin reticencias, pues la verdad es tu ropa interior, la sinceridad tu traje exterior, y en tu presencia nadie podría expresarse de otro modo!"

Y el califa le dijo: "¡En ese caso, siéntate y habla!"

"Has de saber ¡oh Emir de los Creyentes! (¡pluguiera a Alah prolongarte triunfos y favores!) que no soy, como pudiera suponerse, ni un hijo del rey, ni un cherif, ni un hijo de visir, ni nada que de cerca o de lejos tenga que ver con la nobleza de nacimiento. Pero mi historia es una historia tan extraña, que si se escribiese con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de enseñanza a quien la leyera con respeto y atención. Porque, aunque yo no sea noble, hijo de noble, ni de una familia noble, creo que puedo afirmar a mi señor, sin ánimo de mentir, que la tal historia le satisfará, si quiere prestarme oído, y aplacará su cólera acumulada contra el esclavo que le habla".

Y Abu'l Hassán dejó de hablar por un instante, coordinó sus recuerdos, los precisó en su pensamiento, y continuó de este modo:

"He nacido en Bagdad ¡oh Emir de los Creyentes! de un padre y una madre que sólo me tenían a mi por toda posteridad. Y mi padre era un simple mercader del zoco, si bien era el más rico entre los mercaderes y el más respetado. Y no era mercader en un zoco únicamente, sino que en cada zoco tenía una tienda que era la más hermosa, lo mismo en el zoco de los cambistas, que en el de los drogueros, que en el de los mercaderes de telas. Y en cada una de sus tiendas tenía un representante hábil para las operaciones de venta y de compra. Y en el piso de encima de cada trastienda poseía un cuarto reservado en que poder ponerse cómodo, al abrigo de las idas y venidas, y dormir la siesta en la época de los calores, mientras que, para refrescarse durante su sueño, un esclavo desempeñaba las funciones de hacerle aire con un abanico, abanicándole con respeto los testículos especialmente. Pues mi padre tenía los testículos sensibles al calor, y nada le hacía tanto bien como la brisa del abanico.

Como yo era su único hijo, me quería con ternura, no me privaba de nada y no perdonaba ningún dispendio para mi educación. Y además, de año en año se multiplicaban sus riquezas, gracias a la bendición, y resultaban difíciles de enumerar. Y entonces fue cuando, al llegar la hora de su Destino, murió (¡Plegue a Alah cubrirle con Su misericordia, admitirle en Su paz y alargar con los días que perdió el difunto la vida del Emir de los Creyentes!)

En cuanto a mí, habiendo heredado de mi padre bienes inmensos, continué haciendo marchar, como en vida suya, los negocios del zoco. Y por cierto que no me privaba de nada, comiendo, bebiendo y divirtiéndome en la medida de mis fuerzas con mis amigos predilectos. Y me pareció que la vida era excelente, y traté de hacérsela a los demás tan agradable como resultaba para mí. Por eso era mi dicha completa y sin amargura, y no deseaba yo nada mejor que mi vida de todos los días. Porque todo eso que los hombres llaman ambición, y que los vanidosos llaman gloria, y que los pobres de espíritu llaman renombre, y los honores y el ruido, eran un sentimiento insoportable para mí. Y me prefería yo a todo eso. Y a las satisfacciones de fuera prefería la tranquilidad de mi existencia, y a las falsas grandezas mi sencilla felicidad escondida entre mis amigos de rostro dulce.

Pero ¡oh mi señor! por muy sencilla y límpida que sea una vida, jamás está libre de complicaciones. Y yo mismo había de experimentarlo pronto como mis semejantes. Y fue bajo el aspecto más encantador como entró en mi vida la complicación. Pues Alah, ¿hay en la tierra encanto comparable al de la belleza cuando, para manifestarse, elige el rostro y las formas de una adolescente de catorce años? ¿Y hay ¡oh mi señor! adolescente más seductora que la que no se espera, cuando, para abrasarnos el corazón, tiene el rostro y las formas de una jovenzuela de catorce años? Porque bajo ese aspecto, y no bajo otro, fue como se me apareció ¡oh Emir de los Creyentes! la que para siempre había de sellarme la razón con el sello de su imperio.

En efecto, estaba un día yo sentado delante de mi tienda, y charlaba de unas cosas y de otras con mis amigos habituales, cuando vi detenerse frente a mí a una arrebatadora y sonriente joven, ataviada con dos ojos babilónicos, que me lanzó una mirada, una sola mirada, y nada más. Y como bajo la picadura de una flecha acerada, me estremecí en mi alma y en mi carne, y sentí que se conmovía todo mi ser como ante la llegada misma de mi dicha. Y al cabo de un instante avanzó hacia mí la joven, y me dijo: "¿Es aquí, por ventura, la tienda reservada del señor Abu'l Hassán Alí ben-Ahmad Al-Khorassani?" Y me preguntó esto ¡oh mi señor! con una voz de agua corriente; y se erguía ante mí, esbelta y flexible en su gracia; y bajo el velo de muselina, su boca de virgen niña era una corola de púrpura abriéndose sobre dos húmedas hileras de granizos. Y contesté, levantándome en honor suyo: "¡Sí, ¡oh mi señora! ésta es la tienda de tu esclavo!" Y mis amigos, por discreción, se levantaron todos y se marcharon.

Entonces la joven entró en la tienda, ¡oh Emir de los Creyentes! arrastrando mi razón tras su hermosura. Y se sentó en el diván como una reina, y me preguntó: "¿Y dónde está él?" Muy azorado y trabándoseme de emoción la lengua, contesté: "Soy yo mismo, ¡ya setti!" Y sonrió ella con la sonrisa de su boca, y me dijo: "Di entonces a ese dependiente tuyo que me cuente trescientos dinares de oro". Y al instante me encaré con mi primer contable, y le di orden de pesar trescientos dinares y entregárselos a aquella dama sobrenatural. Y tomó ella el saco de oro que le entregaba mi empleado, y levantándose se marchó, sin tener una palabra de agradecimiento ni un gesto de despedida. Y en verdad, ¡oh Emir de los Creyentes! que mi razón no pudo hacer otra cosa que continuar tras ella, atada a sus pies.

Y he aquí que, cuando la hermosa joven hubo desaparecido, mi dependiente me dijo respetuosamente: "¡Oh mi señor! ¿a nombre de quién debo inscribir la suma adelantada?" Yo contesté: "¡Ah! ¿lo sé yo acaso? ¿Y desde cuándo inscriben los humanos en sus libros de cuentas los nombres de las huríes? Si quieres, escribe: Adelantada la suma de trescientos dinares a la Abrasadora-de-Corazones".

Cuando mi primer contable oyó estas palabras, se dijo: "¡Por Alah! Mi amo, que de ordinario es tan mirado, no obra conmigo de un modo tan inconsecuente más que para poner a prueba mi sagacidad y mi deber. ¡Voy, pues, a echar a correr detrás de la desconocida y a preguntarle su nombre!" Y sin consultarme sobre el particular, salió de la tienda, lleno de celo, y echó a correr en pos de la joven, que ya se había perdido de vista. Y al cabo de cierto tiempo volvió a la tienda, pero con la mano en su ojo izquierdo y con el rostro bañado en lágrimas. Y se fue, cabizbajo, a ocupar su sitio en la caja, limpiándose las mejillas. Y le pregunté: "¿Qué te pasa?" Me contestó: "Alejado sea el Maligno, ¡oh mi señor! Creí obrar bien siguiendo a la joven señora que estaba aquí, con intención de preguntarle su nombre. Pero en cuanto sintió que la seguían se volvió bruscamente hacia mí, y me asestó en el ojo izquierdo un puñetazo que por poco me parte la cabeza. Y aquí me tienes con un ojo aplastado por una mano más fuerte que la de un herrero".

¡Eso fue todo!

¡Loores a Alah, ¡oh mi señor! que esconde tanta fuerza en las manos de las gacelas y pone tanta prontitud en sus movimientos!

Y todo aquel día permanecí con el espíritu encadenado por el recuerdo de aquellos ojos de asesinato, y con el alma torturada a la par que refrescada por el paso de la que me arrebató la razón.

Y he aquí que al día siguiente a la misma hora, mientras yo me abismaba en su amor, vi de pie ante mi tienda a la encantadora, que me miraba sonriendo. Y a su vista estuvo a punto de huírseme de alegría la poca razón que me quedaba. Y cuando abría yo la boca para desearle la bienvenida, me dijo ella: "Sin duda, ya Abu'l Hassán, habrás dicho para tu ánima, pensando en mí: "¿Qué trapisonda no será, que ha cogido lo que ha cogido y se ha marchado tan tranquila?"

Pero yo contesté: "El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti, ¡oh mi soberana! ¡No has hecho más que tomar lo que te pertenecía, pues aquí todo es de tu propiedad, el recipiente con el contenido! ¡En cuanto a tu esclavo, su alma ya no es de él desde que viniste, y está comprendida en el lote de objetos sin valor de esta tienda!" Y al oír aquello, la joven se levantó el velillo del rostro, y se inclinó como una rosa en el tallo de un lirio, y se sentó riendo, con un ruido de brazaletes y de sedas. Y entró con ella en la tienda el olor balsámico de todos los jardines.

Luego me dijo: "¡Sí así es, ya Abu'l Hassán, cuéntame quinientos dinares!" Y contesté: "¡Escucho y obedezco!" Y tras de hacer pesar los quinientos dinares, se los di. Y los tomó y se marchó. Y esto fue todo. Y como la víspera, continué sintiéndome prisionero de sus encantos y cautivo de su belleza. Y sin saber qué sortilegio era el que me había dejado sin pensamiento ni raciocinio, no pude determinarme a tomar un partido o a hacer un esfuerzo que me sacara del estado de embrutecimiento en que me hallaba sumido.

Pero al día siguiente, estando yo más pálido e inactivo que nunca, apareció ante mí ella, con sus largos cabellos de llama y de tinieblas y su sonrisa enloquecedora. Y sin pronunciar una palabra aquella vez, puso el dedo en un tapete de terciopelo del que pendían joyas inestimables, y se limitó a acentuar su sonrisa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 817ª NOCHE

Ella dijo:

...Sin pronunciar una palabra aquella vez, puso el dedo en un tapete de terciopelo del que pendían joyas inestimables, y se limitó a acentuar su sonrisa. Y al instante ¡oh Emir de los Creyentes! aparté el tapete de terciopelo, lo doblé con todo lo que contenía, y se lo entregué a la hechicera, que lo cogió y se marchó sin más ni más.

Pero al verla desaparecer aquella vez, no pude determinarme a seguir inmóvil, y sobreponiéndome a mi timidez, que me hacía temer una afrenta semejante a la que había sufrido mi contable, me levanté y seguí sus huellas. Y caminando de tal suerte tras ella, llegué a orillas del Tigris, donde la vi embarcarse en un barquito que, con remos rápidos, ganó el palacio de mármol del Emir de los Creyentes Al-Motawakkil, abuelo tuyo, ¡oh mi señor! Y al ver aquello, llegué al límite de la inquietud y pensé para mi ánima: "¡Hete aquí ahora, ya Abu'l Hassán, metido en aventuras y llevado en el molino de la complicación!"

Y a pesar mío, medité en esta frase del poeta:

¡Ten cuidado y examina bien el brazo blanco y dulce de la bienamada, el cual te parece más blando, para apoyar en él tu frente, que el plumón de los cisnes!

Y permanecí pensativo mucho rato, mirando sin verla el agua del río, y toda mi vida, pasada sin tropiezos y tan dulcemente monótona, desfiló ante mis ojos, siguiendo la corriente de aquella agua, en barcas sucesivas y semejantes todas. Y de pronto reapareció ante mis ojos la barca colgada de púrpura que la joven hubo de utilizar y que entonces estaba amarrada al pie de la escalera de mármol y sin remeros. Y exclamé: "¡Por Alah! ¿no te da vergüenza de tu vida somnolienta, ya Abu'l Hassán? ¿Y cómo te atreves a vacilar entre esa pobre vida y la vida ardiente que llevan los que no temen la complicación? Por lo visto, no conoces esta otra frase del poeta:

¡Levántate, amigo, y sacude tu modorra! ¡La rosa de la dicha no florece en el sueño! ¡No dejes pasar sin quemarlos los instantes de esta vida! ¡Siglos tendrás para dormir!

Y reconfortado con estos versos y con el recuerdo de la emocionante joven, entonces, que ya sabía donde habitaba, resolví no perdonar nada para llegar hasta ella. Y alimentando este proyecto, fui a casa y entré en el aposento de mi madre, que me quería con toda su ternura, y sin ocultarle nada le conté lo que acaecía en mi vida. Y mi madre, asustada, me estrechó contra su corazón y me dijo: "¡Alah te resguarde ¡oh hijo mío! y preserve tu alma de la complicación! ¡Ah! hijo mío Abu'l Hassán, único lazo que me une a la vida, ¿en dónde vas a comprometer tu reposo y el mío? Si esa joven habita en el palacio del Emir de los Creyentes, ¿cómo te obstinas en querer encontrártela de nuevo? ¿No ves el abismo a que corres al atreverte a dirigirte, aunque no sea más que con el pensamiento, a la morada de nuestro señor el califa? ¡Oh hijo mío! ¡por los nueve meses durante los cuales incubé tu vida, te suplico que abandones el proyecto de volver a ver a esa desconocida y no dejes que en tu corazón se imprima una pasión funesta!" Y contesté, procurando tranquilizarla: "¡Oh madre mía! apacigua tu alma cara y refresca tus ojos. No sucederá nada que no debe suceder. Y lo que está escrito ha de ocurrir. ¡Y Alah es el más grande!"

Y al día siguiente, que había ido yo a mi tienda del zoco de los joyeros recibí la visita del representante mío que estaba al frente de los negocios de mi tienda del zoco de los drogueros. Y era un hombre de edad, en quien mi difunto padre tenía una confianza ilimitada y a quien consultaba todos los asuntos difíciles o complicados. Y después de las zalemas y deseos de rigor, me dijo: "¡Ya sidi! ¿a qué obedece esa mudanza que veo en tu fisonomía y esa palidez y ese aire preocupado? ¡Alah nos preserve de malos negocios y de clientes de mala fe! ¡Pero sea cual sea la desgracia que haya podido sobrevenirte, no es irremediable, puesto que estás con buena salud!" Y le dije: "No, por Alah ¡oh venerable tío! que no tengo malos negocios ni soy víctima de la mala fe de otro. Pero mi vida ha cambiado por completo de rumbo. Y ha entrado en mí la complicación al pasar una jovenzuela de catorce años".

Y le conté lo que me había sucedido, sin olvidar un detalle. Y le describí, como si se encontrase allí ella, a la arrebatadora de mi corazón.

Y tras de haber reflexionado un momento, me dijo el venerable jeique: "Ciertamente, el asunto es complicado. Pero no está por encima de la experiencia de tu viejo esclavo, ¡oh mi señor! En efecto, entre mis conocimientos tengo a un hombre que se aloja en el propio palacio del califa Al-Motawakkil, pues se trata del sastre de los funcionarios y de los eunucos. Por tanto, voy a presentarte a él; y le encargarás algún trabajo, remunerándoselo espléndidamente. ¡Y te será él de gran utilidad entonces!" Y sin tardanza me condujo al palacio y entró conmigo a ver al sastre, que nos recibió con afabilidad. Y para inaugurar mis pedidos de ropa, le enseñé uno de mis bolsillos, que en el camino había tenido cuidado de descoser, y le rogué que me lo recosiera con urgencia. Y el sastre lo hizo de buen grado. Y para remunerar su trabajo, le deslicé en la mano diez dinares de oro, excusándome por lo poco que era y prometiéndole indemnizarle espléndidamente al segundo pedido. Y el sastre no supo qué pensar de mi manera de conducirme; pero mirándome con estupefacción, me dijo: "¡Oh mi señor! vistes como un mercader y estás lejos de tener sus modales. Por lo general, un mercader repara en gastos y no saca un dracma sin estar seguro de ganar diez. ¡Y tú, por una labor insignificante, me das el precio de un traje de emir!"

Luego añadió: "¡Sólo los enamorados son tan magníficos! ¡Por Alah sobre ti!, ¡oh mi señor! ¿acaso estás enamorado?" Yo contesté, bajando los ojos: "¿Cómo no estarlo después de haber visto lo que he visto?" Él me preguntó: "¿Y quién es el objeto de tus tormentos? ¿Es un cervatillo o una gacela?" Yo contesté: "¡Una gacela!" Él me dijo: "Está bien. ¡Aquí me tienes dispuesto, ¡oh mi señor! a servirte de guía, si su morada es este palacio, ya que se trata de una gacela, y aquí se encuentran las más hermosas variedades de esa especie!" Yo dije: "¡Sí, aquí es donde habita!" Él dijo: "¿Y cuál es su nombre?" Yo dije: "¡Sólo Alah le conoce, y tú mismo quizá!" Él dijo: "Descríbemela entonces". Y se la describí lo mejor que pude, y exclamó él: "¡Por Alah, que es nuestra señora Sarta-de-Perlas, la tañedora de laúd del Emir de los Creyentes Al-Motawakkil Ala'llah! Y añadió: "He aquí precisamente a su pequeño eunuco, que se dirige hacia nosotros. ¡No dejes escapar la ocasión de sobornarle ¡oh mi señor! para que te sirva de introductor ante su señora Sarta-de-Perlas!"

Y, efectivamente, ¡oh Emir de los Creyentes! vi entrar en el taller del sastre a un esclavito blanco, tan hermoso como la luna del mes de Ramadán. Y después de saludarnos con amabilidad, dijo al sastre, indicándole una pequeña túnica de brocado: "¿Cuánto cuesta esta túnica de brocado, ¡oh jeique Alí!? ¡Precisamente tengo necesidad de ella para acompañar a mi ama Sarta-de-Perlas!" Y al punto descolgué yo la túnica del sitio en que estaba, y se la entregué, diciendo: "¡Está pagada, y te pertenece!"

El niño me miró sonriendo de soslayo, igual que su ama, y me dijo cogiéndome de la mano y llevándome aparte: "Sin duda alguna eres Abu'l Hassán Alí ben-Ahmad Al-Khorassani". Y en el límite del asombro, al ver yo tanta sagacidad en un niño y al oír que me llamaba por mi nombre, le puse en el dedo un anillo de precio, que hube de quitarme, y contesté: "Verdad dices, ¡oh encantador jovenzuelo! Pero ¿quién te ha revelado mi nombre?" Él dijo: "Por Alah, ¿cómo no he de saberlo, cuando mi ama lo pronuncia tantas veces al día delante de mí todo el tiempo que lleva enamorada de Abu'l Hassán Alí el magnífico señor? ¡Por los méritos del Profeta (¡con Él las gracias y las bendiciones!), que si estás tan enamorado de mi ama como ella lo está de ti, me encontrarás dispuesto a secundarte para llegar hasta ella!"

Entonces ¡oh Emir de los Creyentes! juré al niño, con los juramentos más sagrados, que estaba perdidamente enamorado de su señora, y que sin duda moriría como no la viera enseguida...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 818ª NOCHE

Ella dijo:

...Entonces ¡oh Emir de los Creyentes! juré al niño, con los juramentos más sagrados, que estaba perdidamente enamorado de su señora, y que sin duda moriría como no la viera enseguida. Y el niño eunuco me dijo: "Ya que así es, ¡oh mi señor Abu'l Hassán! te pertenezco en absoluto, ¡Y no quiero tardar más en ayudarte a tener una entrevista con mi señora!" Y me dejó, diciéndome: "¡Vuelvo al instante!"

Y en efecto, no tardó en volver a casa del sastre en busca mía. Y llevaba un paquete, que desenvolvió; e hizo salir de él una túnica de lino bordada de oro fino y un manto, que era uno de los mantos del propio califa, como pude observar por las señales que lo distinguían y por el nombre inscrito en la trama con letras de oro, y que era el nombre de Al-Motawakkil Ala'llah. Y me dijo el pequeño eunuco: "Te traigo ¡oh mi señor Abu'l Hassán, la ropa con que se viste el califa cuando va por la noche al harén!" Y me obligó a ponérmela, y me dijo: "Una vez que hayas llegado a la larga galería interior, en que están los aposentos reservados de las favoritas, tendrás mucho cuidado, al pasar, de ir cogiendo granos de almizcle del pomo que aquí ves, y de ir dejando uno a la puerta de cada aposento, pues el califa acostumbra a hacer eso todas las noches cuando atraviesa la galería del harén. ¡Y una vez que hayas llegado a la puerta que tiene el umbral de mármol azul, la abrirás sin llamar, y te encontrarás en los brazos de mi señora!" Luego añadió: "¡Respecto a tu salida de allí después de la entrevista, Alah proveerá!"

Tras de darme estas instrucciones, me dejó, deseándome buena suerte, y desapareció.

Entonces yo, ¡oh mi señor! aunque no estaba acostumbrado a aquella clase de aventuras y se trataba de mi entrada en la complicación, no vacilé en vestirme con la ropa del califa, y como si toda mi vida hubiese habitado en el palacio y hubiese nacido allí, me puse en marcha resueltamente, atravesando patios y columnatas, y llegué a la galería de los aposentos reservados para el harén. Y al punto saqué de mi bolsillo el pomo que contenía los granos de almizcle, y conforme a las instrucciones del eunuco, al llegar a la puerta de cada favorita no dejé de echar un grano de almizcle en el platillo de porcelana que estaba allí a ese efecto. Y de tal suerte llegué a la puerta que tenía el umbral de mármol azul. Y ya me disponía a empujarla para penetrar por fin en el aposento de la tan deseada, felicitándome de que hasta entonces no me hubiera reconocido nadie, cuando de pronto oí un rumor muy pronunciado, y en el mismo momento me sorprendió la claridad de gran número de antorchas. Y he aquí que llegaba el califa Al-Motawakkil en persona, rodeado de la muchedumbre de sus cortesanos y de su séquito habitual. Y sólo tuve tiempo para volver sobre mis pasos, sintiendo que el corazón se me sobresaltaba de emoción. Y mientras huía por la galería, oía las voces de las favoritas, que desde dentro lanzaban exclamaciones, diciendo: "¡Por Alah, qué cosa tan asombrosa! He aquí que el Emir de los Creyentes pasa hoy por la galería por segunda vez. Él fue sin duda quien pasó hace un momento, echando en la salvilla de cada cual el grano de almizcle acostumbrado. ¡Y además le hemos reconocido por el perfume de su ropa!"

Y continué huyendo desatentadamente; pero hube de pararme, no pudiendo avanzar más por la galería sin peligro de descubrirme. Y oía siempre el rumor de la escolta, y veía acercarse las antorchas. Entonces, sin querer ser sorprendido en aquella situación y con aquel disfraz, empujé la primera puerta que se ofreció a mi mano, y me precipité dentro, olvidando que iba disfrazado de califa y todo lo consiguiente. Y me hallé en presencia de una joven de rasgados ojos asustados, que, levantándose sobresaltada de la alfombra en que estaba tendida, lanzó un grito estridente de terror y de confusión, y con rápido ademán se levantó la orla de su traje de muselina y se cubrió con ella el rostro y los cabellos.

Y ante ella me quedé muy embobado, muy perplejo y deseando con el alma, para escapar a aquella situación, que se abriese la tierra a mis pies y me tragase. ¡Ah! en verdad que lo deseaba ardientemente, y además maldecía la confianza inmoderada que tuve en aquel eunuco de perdición, quien, a no dudar, iba a ser la causa de mi muerte por ahogo o por empalamiento. Y conteniendo la respiración, esperaba ver salir de labios de aquella joven espantada los gritos de alarma que harían de mí un motivo de lástima y un ejemplo del castigo reservado a los aficionados a las complicaciones.

Y he aquí que tras la orla de muselina se movieron los labios jóvenes, y la voz que salía de allí era encantadora, y me decía: "¡Bienvenido seas a mi aposento, ¡oh Abu'l Hassán! ya que eres el que ama a mi hermana Sarta-de-Perlas y es amado por ella!" Y al oír estas palabras inesperadas, ¡oh mi señor! me eché de bruces en tierra entre las manos de la joven, y le besé el borde de sus vestiduras y me cubrí la cabeza con su velo protector. Y me dijo ella: "¡Bienvenida y larga vida a los hombres generosos, ya Abu'l Hassán! ¡Con tus procedimientos has superado a mi hermana Sarta-de-Perlas! ¡Y cuán ventajosamente saliste de las pruebas a que hubo de someterte ella! De modo que no cesa de hablarme de ti y de la pasión que has sabido inspirarle. Puedes, pues, bendecir tu destino, que te ha traído a mí, cuando hubiera podido conducirte a tu perdición, disfrazado como estás con esa ropa del califa. ¡Y puedes estar tranquilo a este respecto, porque voy a arreglarlo todo de manera que no suceda nada más que lo que está marcado con el sello de la prosperidad!"

Y sin saber cómo darle las gracias, continué besándole en silencio el borde de su túnica. Y añadió: ella: "Solamente, ya Abu'l Hassán, quisiera, antes de intervenir en interés tuyo, estar bien segura de tus intenciones con respecto a mi hermana. ¡Porque no conviene que haya equívocos acerca del particular!" Y contesté, alzando los brazos: "Alah te guarde y te conserve en el camino de la rectitud, ¡oh caritativa señora mía! ¡Por tu vida! ¿crees acaso que mis intenciones pudieran no ser puras y desinteresadas? No deseo, en efecto, más que una cosa, y es volver a ver a tu dichosa hermana Sarta-de-Perlas, sencillamente para que mis ojos se regocijen con su vista y mi lánguido corazón vuelva a la vida. ¡Sólo deseo eso y nada más! ¡Y pongo por testigo de mis palabras a Alah el Omnividente, que nada ignora de mis pensamientos!"

Entonces me dijo ella: "¡En ese caso, ya Abu'l Hassán, nada perdonaré para hacerte lograr el móvil lícito de tus deseos!"

Y tras de hablar así, dio una palmada, y dijo a una pequeña esclava que acudió a aquella señal: "Ve en busca de tu ama Sarta-de-Perlas, y dile: «Tu hermana Pasta-de-Almendras te envía la zalema y te ruega que vayas a verla sin tardanza, pues se siente esta noche con el pecho oprimido, y sólo tu presencia podrá dilatárselo. ¡Y además, entre tú y ella hay un secreto! "

Y la esclava salió inmediatamente a ejecutar la orden.

A los pocos momentos ¡oh mi señor! la vi entrar con su belleza, en la plenitud de su gracia. E iba envuelta en un velo grande de seda azul por todo vestido; y tenía los pies descalzos y los cabellos sueltos.

Y he aquí que en un principio no me vio, y dijo a su hermana Pasta-de-Almendras: "Aquí me tienes, querida mía. Salgo del hammam y todavía no he podido vestirme. ¡Pero dime pronto qué secreto hay entre tú y yo!"

Y por toda respuesta mi protectora me mostró con el dedo a Sarta-de-Perlas, haciéndome seña de que me aproximara. Y salí de la sombra en que permanecía.

Al verme, mi bienamada no manifestó vergüenza ni azoramiento, sino que fue a mí, blanca y temblorosa, y se arrojó en mis brazos como un niño en los brazos de su madre. Y creí tener contra mi corazón a todas las huríes del Paraíso. Y no sabía ¡oh mi señor! si era ella un rollo de manteca o una pasta de almendras, de tan tierna y frágil como la sentía por doquiera. ¡Bendito sea Quien la ha formado! Mis brazos no osaban oprimir aquel cuerpo infantil. Y al besarla entró en mí una nueva vida de cien años.

Y así permanecimos enlazados no sé cuánto tiempo. Pues creo que debí caer en el éxtasis o en algo parecido...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 819ª NOCHE

Ella dijo:

...Y así permanecimos enlazados no sé cuánto tiempo. Pues creo que debí caer en el éxtasis o en algo parecido.

Pero cuando volví a la realidad un poco, iba a contarle todo lo que había sufrido, y he aquí que oímos en la galería un rumor creciente. Y era el propio califa, que iba a ver a su favorita Pasta-de-Almendras, hermana de Sarta-de-Perlas. Y sólo tuve tiempo para levantarme y meterme en un cofre grande, que cerraron ellas encima de mí como si no hubiese pasado nada.

Y tu abuelo el califa Al-Motawakkil ¡oh mi señor! entró en el aposento de su favorita, y advirtiendo a Sarta-de-Perlas, le dijo:

"Por vida mía, ¡oh Sarta-de-Perlas! que me alegro de encontrarte hoy con tu hermana Pasta-de-Almendras. ¿Dónde estabas estos últimos días, que no te veía yo por ninguna parte en el palacio ni oía tu voz que tanto me gusta?" Y añadió, sin aguardar respuesta: "¡Coge ya el laúd que tienes abandonado y cántame una cosa apasionada, acompañándote con él!"

Y a Sarta-de-Perlas, que sabía que el califa estaba en extremo enamorado de una joven esclava llamada Benga, no le costó trabajo dar con la canción requerida; porque, como ella misma estaba enamorada, dejóse llevar sencillamente de sus sentimientos, y afinando su laúd, se inclinó ante el califa y cantó:

¡El bienamado a quien amo! ¡ah! ¡ah!
Con su mejilla aterciopelada ¡oh noche!
Supera en dulzura ¡oh los ojos!
¡A la mejilla lavada de las rosas! ¡oh noche!
¡El bienamado a quien amo ¡ah! ¡ah!
Es un lozano jovenzuelo ¡oh noche!
Cuya amorosa mirado ¡ah! ¡ah!
Habría hechizado ¡oh los ojos!
¡A los reyes de Babilonia! ¡oh noche!
¡Y tal es! ¡ah! ¡ah!
¡El bienamado a quien amo!

Cuando el califa Al-Motawakkil hubo oído este canto, quedó extremadamente emocionado, y encarándose con Sarta-de-Perlas, le dijo: "¡Oh joven bendita! ¡oh boca de ruiseñor! para darte una prueba de mi satisfacción, quiero que me formules un deseo. ¡Y por los merecimientos de mis gloriosos antecesores, los beneméritos, te juro que aun la mitad de mi reino te concederé!"

Sarta-de-Perlas contestó, bajando los ojos: "¡Alah prolongue la vida de nuestro señor! ¡pero no deseo nada más que la continuación de la gracia del Emir de los Creyentes sobre mi cabeza y la de mi hermana Pasta-de-Almendras!" Y dijo el califa: "¡Es preciso, Sarta-de-Perlas, que me pidas algo!" Entonces ella dijo: "¡Puesto que me lo ordena nuestro amo, he de pedirle que me liberte y me deje, por toda hacienda, los muebles de este aposento y cuanto contiene este aposento!" Y le dijo el califa: "Dueña de ello eres, ¡oh Sarta-de-Perlas! Y tu hermana Pasta-de-Almendras tendrá por aposento en lo sucesivo el pabellón más hermoso de palacio. ¡Y como eres libre, puedes quedarte o marcharte!" Y levantándose, salió del cuarto de su favorita para ir en busca de la joven Benga, favorita del momento.

En cuanto se marchó él, mi amiga mandó a su eunuco que avisase a los mandaderos y cargadores, e hizo transportar a mi casa todos los muebles del aposento, las tapicerías, los cofres y las alfombras. Y el cofre en que yo estaba encerrado salió el primero, a hombros de los mozos, y gracias a la Seguridad, llegó sin contratiempos a mi casa. Y aquel mismo día ¡oh Emir de los Creyentes! me casé ante Alah con Sarta-de-Perlas, en presencia del kadí y de los testigos. ¡Y lo demás pertenece al misterio de la fe musulmana!

¡Y tal es ¡oh mi señor! la historia de estos muebles, de estas tapicerías y de estas ropas marcadas con el nombre de tu glorioso abuelo el califa Al-Motawakkil Ala'llah. Y —¡lo juro por mi cabeza!— no he añadido a esta historia una sílaba, ni la he disminuido en una sílaba. ¡Y el Emir de los Creyentes es la fuente de toda generosidad y la mina de todos los beneficios!"

Y tras de hablar así Abu'l Hassán se calló. Y el califa Al-Motazid Bi'llah exclamó: "¡Tu lengua ha segregado la elocuencia ¡oh huésped nuestro! y tu historia es una historia maravillosa! ¡Así, pues, para demostrarte la alegría que experimento, te ruego que me traigas un cálamo y una hoja de papel!" Y cuando Abu'l Hassán llevó el cálamo y el papel, el califa se los entregó al narrador Ibn-Hamdún, y le dijo: "¡Escribe lo que yo te dicte!"

Y le dictó: "¡En el nombre de Alah el Clemente, el Misericordioso! Por este firmán, firmado de nuestro puño y sellado con nuestro sello, eximimos de impuestos durante toda su vida a nuestro fiel súbdito Abu'l Hassán Alí ben-Ahmad Al-Khorassani. ¡Y le nombramos nuestro principal chambelán!" Y después de sellar el firmán, se lo entregó, y añadió: "¡Y desearé verte en mi palacio como fiel comensal y amigo mío!"

Y desde entonces Abu'l Hassán fue el compañero inseparable del califa Al-Motazid Bi'llah. Y vivieron todos entre delicias, hasta la inevitable separación que hace habitar las tumbas a los mismos que habitaban los palacios más hermosos. ¡Gloria al Altísimo que habita un palacio por encima de todos los niveles!

Y tras de contar así su historia, Schehrazada no quiso dejar pasar aquella noche sin empezar la historia de las dos vidas del sultán Mahmud.

Las dos vidas del sultán Mahmud

Schehrazada dijo al rey Schahriar:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el sultán Mahmud, que fue uno de los más cuerdos y de los más gloriosos entre los sultanes de Egipto, con frecuencia se sentaba solo en su palacio, presa de accesos de tristeza sin causa, durante los cuales el mundo entero se ennegrecía ante su rostro. Y en aquellos momentos la vida le parecía llena de insulsez y desprovista de toda significación. Y sin embargo, no le faltaba ninguna de las cosas que hacen la dicha de las criaturas; porque Alah le había otorgado sin tasa la salud, la juventud, el poderío y la gloria, y para capital de su imperio le había dado la ciudad más deliciosa del Universo, la cual, para regocijar el alma y los sentidos, tenía la hermosura de su tierra, la hermosura de su cielo y la hermosura de sus mujeres, doradas como las aguas del Nilo. Pero todo eso se borraba a los ojos de él durante sus reales tristezas; y envidiaba entonces la de los felahs encorvados sobre los surcos de la tierra, y la de los nómadas perdidos en los desiertos sin agua.

Un día en que, con los ojos anegados en la negrura de sus preocupaciones, se hallaba sumido en un abatimiento más acentuado que de ordinario, rehusando comer, beber y ocuparse de los asuntos del reino y sin desear más que morir, el gran visir entró en la estancia en que el soberano estaba echado con la cabeza entre las manos, y después de los homenajes debidos, le dijo: "¡Oh mi amo soberano! a la puerta se halla, en solicitud de audiencia, un viejo jeique venido de los países del extremo Occidente, del fondo del Maghreb lejano. Y a juzgar por la conversación que tuve con él y por las escasas palabras que de su boca oí, sin duda es el sabio más prodigioso, el médico más extraordinario y el mago más asombroso que ha vivido entre los hombres. ¡Y como sé que mi soberano es presa de la tristeza y del abatimiento, quisiera que ese jeique obtuviese permiso para entrar, con la esperanza de que su proximidad contribuya a ahuyentar los pensamientos que pesan sobre las visiones de nuestro rey!".

El sultán Mahmud hizo con la cabeza una seña de asentimiento, y al punto el gran visir introdujo en la sala del trono al jeique extranjero...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 820ª NOCHE

Ella dijo:

...y al punto el gran visir introdujo en la sala del trono al jeique extranjero.

Y en verdad que el hombre que entró más bien era la sombra de un hombre que una criatura viva entre las criaturas. Y suponiendo que se le pudiese echar una edad, habría que calcularla por centenares de años. Por todo vestido flotaba sobre su grave desnudez una barba prodigiosa, mientras un ancho cinturón de cuero blando ceñía su cintura apergaminada. Y se le habría tomado por algún antiquísimo cuerpo semejante a los que a veces extraen de las sepulturas graníticas los labradores de Egipto, si no le ardiesen en la faz, por debajo de sus cejas terribles, dos ojos en que vivía la inteligencia.

Y el puro anciano, sin inclinarse ante el sultán, dijo con una voz sorda que nada tenía de voz de la tierra: "¡La paz sea contigo, sultán Mahmud! Me envían a ti mis hermanos los santones del extremo Occidente. ¡Vengo a que te des cuenta de los beneficios del Retribuidor sobre tu cabeza!"

Y sin hacer un gesto, avanzó hacia el rey con un paso solemne, y cogiéndole de la mano lo obligó a levantarse y a acompañarle hasta una de las ventanas de las salas del trono.

Aquella sala del trono tenía ventanas, y cada una de las tales ventanas tenía distinta orientación. Y el viejo jeique dijo al sultán: "¡Abre la ventana!" Y el sultán obedeció como un niño, y abrió la primera ventana. Y el viejo jeique le dijo sencillamente: "¡Mira!"

Y el sultán Mahmud sacó la cabeza por la ventana y vio un inmenso ejército de jinetes que, con la espada desenvainada; se precipitaban a toda brida desde las alturas de la ciudadela del monte Makattam. Y las primeras columnas de aquel ejército, que ya había llegado al pie mismo del palacio, echaron pie a tierra y empezaron a escalar las muzallas, lanzando clamores de guerra y de muerte. Y al ver aquello comprendió el sultán que sus tropas se habían amotinado e iban a destronarle. Y cambiando de color exclamó: "¡No hay más Dios que Alah! ¡Ha llegado la hora de mi destino!"

Al punto cerró el jeique la ventana, pero para abrirla de nuevo por sí mismo un instante después. Y había desaparecido todo el ejército. Y sólo la ciudadela se elevaba pacíficamente en lontananza, agujereando con sus minaretes el cielo de mediodía.

Entonces, sin dar al rey tiempo para reponerse de su profunda emoción, le condujo a la segunda ventana, desde la cual se avizoraba la ciudad inmensa, y le dijo: "¡Abre y mira!" Y el sultán Mahmud abrió la ventana, y el espectáculo que se ofreció a su vista le hizo retroceder con horror. Los cuatrocientos minaretes que dominaban las mezquitas, las cúpulas de las mezquitas, los domos de los palacios y las terrazas que se extendían por millares hasta los confines del horizonte, no eran más que un brasero humeante y llameante, del cual partían, para desplegarse en la región media del aire, nubes negras que cegaban el ojo del sol entre aullidos de espanto. Y un viento salvaje impulsaba llamas y cenizas hacia el propio palacio, que enseguida se encontró envuelto por un mar de fuego, del que no estaba separado más que por el fresco cendal de sus jardines. Y en el límite del dolor, al ver aniquilada su hermosa ciudad, el sultán dejó caer sus brazos, y exclamó: "¡Sólo Alah es grande! ¡Las cosas tienen su destino, como todas las criaturas! ¡Mañana el desierto se reunirá con el desierto a través de las llanuras sin nombre de una tierra que fue ilustre entre todas! ¡Gloria al único Viviente!" Y lloró por su ciudad y por sí mismo. Pero el jeique cerró al punto la ventana, y la abrió de nuevo al cabo de un instante. Y había desaparecido toda huella de incendio. Y la ciudad de El Cairo se extendía en su gloria intacta, en medio de sus vergeles y de sus palmeras, mientras las cuatrocientas voces de los muezines anunciaban a los creyentes la hora de la plegaria y se confundían en una misma ascensión hacia el Señor del Universo.

Y al punto el jeique, llevándose al rey, le condujo a la tercera ventana, que daba sobre el Nilo, y le hizo abrirla. Y el sultán Mahmud vio que el río se salía de cauce y sus olas invadían la ciudad, y anegando enseguida las terrazas más altas, iban a estrellarse con furia contra las murallas del palacio. Y una ola más fuerte que las anteriores derribó de una vez todos los obstáculos que se oponían a su paso y fue a meterse en el piso inferior del palacio. Y el edificio, desmoronándose como un terrón de azúcar en el agua, se hundió por un lado, y estaba ya casi derruido, cuando el jeique cerró de pronto la ventana y la abrió de nuevo. Y fue como si no hubiese habido la menor crecida. Y el hermoso río continuaba paseándose con majestad, como antes, entre los infinitos campos de pastos y durmiendo en su lecho.

Y el jeique hizo que abriera el rey la cuarta ventana, sin darle tiempo para reponerse de su sorpresa. Esta cuarta ventana tenía vistas a la admirable llanura verdeante que se extiende a las puertas de la ciudad hasta perderse de vista, llena de aguas corrientes y de sus rebaños lucidos; la que han cantado todos los poetas desde Omar; donde los plantíos de rosas, de albahacas, de narcisos y de jazmines alternaban con bosquecillos de naranjos; donde en los árboles habitan tórtolas y ruiseñores a los que sumen en delirio plantas amorosas; donde la tierra es tan fértil y está tan adornada como en los antiguos jardines del Iram-de-las-Columnas, y tan embalsamada como las praderas del Edén. Y en vez de prados y bosques de árboles frutales, el sultán Mahmud no vio más que un horrible desierto rojo y blanco, abrasado por un sol inexorable, un desierto pedregoso y arenoso, que servía de refugio a hienas y chacales y de campo de acción a serpientes y alimañas dañinas. Y aquella siniestra visión no tardó en borrarse, como las anteriores, cuando el jeique, con su propia mano, hubo cerrado y vuelto a abrir la ventana. Y de nuevo la llanura se hizo magnífica y sonrió el cielo con todas las flores de sus jardines.

Eso fue todo, y el sultán Mahmud no sabía si dormía, si velaba o si estaba bajo la acción de algún sortilegio o alguna alucinación. Pero el jeique, sin dejarle que se calmara después de todas las violentas impresiones que acababa de experimentar, de nuevo le cogió de la mano, sin que el otro pensara siquiera en oponer la menor resistencia, y le condujo junto a un pequeño estanque que refrescaba la sala con su murmullo de agua. Y le dijo: "¡Inclínate sobre el estanque y mira!" Y el sultán Mahmud inclinóse sobre el estanque para mirar, y he aquí que, con un movimiento brusco, el jeique le metió la cabeza por entero en el agua.

Y el sultán Mahmud se vio naufragando al pie de una montaña que dominaba el mar. Y todavía, como en tiempos de su esplendor, estaba revestido de sus atributos reales con su corona a la cabeza. Y no lejos de allí le miraban unos felahs como a un objeto raro, y se le señalaban unos a otros, riéndose mucho. Y al ver aquello, el sultán Mahmud sintió un furor sin límites, más aún contra el jeique que contra los felahs, y exclamó: "¡Ah! ¡maldito mago, causante de mi naufragio! ¡ojalá me llevase Alah a mi reino para que yo te castigara con arreglo a tu crimen! ¿Por qué me engañaste tan cobardemente?" Luego, en un rapto, se acercó a los felahs y les dijo con tono solemne: "¡Soy el sultán Mahmud! ¡Idos!" Pero ellos continuaron riéndose con las bocas abiertas hasta las orejas. ¡Ah, qué bocas! ¡eran grutas! ¡eran grutas! Y para evitar que le tragasen vivo, quiso huir; pero el que parecía jefe de los felahs se acercó a él, le quitó su corona y sus atributos y los arrojó al mar, diciendo: "¡Oh pobre! ¿para qué llevas encima tanto hierro? ¡Hace mucho calor para cubrirse de ese modo! Toma, ¡oh pobre! ¡Aquí tienes vestidos como los nuestros!" Y desnudándole, le puso un traje de cotonada azul, le metió los pies en un par de babuchas viejas, amarillas, con suela de cuero de hipopótamo, y le puso a la cabeza un gorrito de fieltro color castaño claro. Y le dijo: "¡Vamos, ¡oh pobre! ven a trabajar con nosotros, si no quieres morirte de hambre aquí donde trabaja todo el mundo!" Pero dijo el sultán Mahmud: "¡Yo no sé trabajar!" Y el felah le dijo: "¡En ese caso, nos servirás de mozo de carga y de burro a la vez...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y CUANDO LLEGÓ LA 821ª NOCHE

Ella dijo:

"¡...nos servirás de mozo de carga y de burro a la vez!" Y como ya habían acabado su jornada de trabajo, les pareció muy bien cargar una espalda ajena con el peso de sus herramientas de labor. Y el sultán Mahmud, doblado bajo la carga de azadas, rastrillos, azadones y mielgas, y sin poder arrastrarse apenas, se vio obligado a seguir a los felahs. Y cansado y sin poder respirar casi, llegó con ellos al pueblo, donde fue víctima de las persecuciones de los chicos, que corrían desnudos detrás de él, haciéndole sufrir mil vejaciones. Y para que pasase la noche, le metieron en una cuadra abandonada, donde le echaron, para que comiera, un pan duro y una cebolla. Y al día siguiente se había convertido en burro de verdad, en burro con cola, cascos y orejas. Y le echaron una cuerda al pescuezo, y le pusieron una albarda al lomo y se lo llevaron al campo para que arrastrase el arado. Pero como se mostraba reacio, le confiaron al molinero del pueblo, que enseguida le hizo ponerse en razón, obligándole a dar vueltas a la rueda del molino después de vendarle los ojos. Y estuvo cinco años dando vueltas a la rueda del molino, sin descansar más que el tiempo preciso para comerse su ración de habas y beberse un cubo de agua. Y fueron cinco años de palos, de aguijonazos, de injurias humillantes y de privaciones. Y ya no le quedaba más consuelo y alivio que la serie de cuescos que desde por la mañana hasta por la noche soltaba en respuesta a las injurias, dando vueltas al molino. Y he aquí que de repente se derrumbó el molino, y de nuevo se vio él bajo su prístina forma de hombre y no de burro. Y se paseaba por los zocos de una ciudad que no conocía; y no sabía adónde ir. Y como ya estaba cansado de andar, buscaba con la vista un sitio en que descansar, cuando un mercader viejo, que por su aspecto comprendió que era extranjero, le invitó cortésmente a entrar en su tienda. Y al ver que estaba fatigado, le hizo sentarse en un banco, y le dijo: "¡Oh extranjero! eres joven y no serás desgraciado en nuestra ciudad, donde los jóvenes son muy apreciados y muy buscados, sobre todo cuando son buenos mozos, como tú. Dime, pues, si estás dispuesto a habitar en nuestra ciudad, cuyas costumbres son muy favorables a los extranjeros que quieren establecerse en ella". Y contestó el sultán Mahmud: "¡Por Alah, que no pido nada mejor que vivir aquí, con tal de que encuentre otra cosa de comer que las habas con que me he alimentado durante cinco años!" Y el viejo mercader le dijo: "¿Qué hablas de habas, ¡oh pobre!? ¡Aquí te alimentarás con cosas exquisitas y reconfortantes para la tarea que tienes que cumplir! ¡Escúchame, pues, con atención, y sigue el consejo que voy a darte!"

Y añadió: "Date prisa a ir a apostarte a la puerta del hammam de la ciudad, que está ahí, a la vuelta de la calle. Y abordando a cada mujer que salga, le preguntarás si tiene marido. ¡Y la que te diga que no lo tiene será tu esposa en el momento, según la costumbre del país! ¡Y sobre todo, ten mucho cuidado de hacer la pregunta a todas las mujeres sin excepción que veas salir del hammam, pues de no hacerlo así correrías el peligro de que te expulsaran de nuestra ciudad!" Y el sultán Mahmud fue a apostarse a la puerta del hammam, y no llevaba mucho rato allí, cuando vio salir a una espléndida jovenzuela de trece años. Y al verla, pensó: "¡Por Alah, que con ésta me consolaría bien de todas mis desdichas!" Y la paró y le dijo: "¡Oh mi señora! ¿eres casada o soltera?" Ella contestó: "Soy casada desde el año pasado". Y he aquí que salía del hammam una vieja de fealdad espantosa. Y a su vista se estremeció de horror el sultán Mahmud, y pensó: "¡Ciertamente, prefiero morir de hambre y volver a ser burro o mozo de carga antes que casarme con esa antigualla! ¡Pero ya que el viejo mercader me ha dicho que haga la pregunta a todas las mujeres, tendré que decidirme a interrogarla a la calamitosa!" Y la abordó y le dijo, volviendo la cabeza: "¿Eres casada o soltera?" Y la espantosa vieja contestó babeando: "Soy casada, ¡oh corazón mío!" ¡Ah! ¡qué peso se quitó él de encima! Y dijo: "Me alegro tanto, ¡oh tía mía!" Y pensó: "¡Alah tenga en Su misericordia al desgraciado extranjero que me ha precedido!" Y la vieja continuó su camino, y he aquí que salió del hammam una estantigua mucho más desagradable que la anterior y mucho más horrible. Y el sultán Mahmud se acercó a ella temblando, y le preguntó: "¿Eres casada o soltera?" Y contestó ella, sonándose con los dedos: "Soy soltera, ¡oh ojos míos!" Y el sultán Mahmud exclamó: "¡Vaya, vaya! pues yo soy un burro, ¡oh tía mía! soy un burro. ¡Mírame las orejas, y la cola, y el zib! Son las orejas, y la cola, y el zib de un burro. ¡Las personas no se casan con los burros!"

Pero la horrible vieja se acercó a él y quiso besarle. Y el sultán Mahmud, en el límite de la repugnancia y del terror, se puso a gritar: "¡No, no, que soy un burro, ya setti, que soy un burro! ¡Por favor, no te cases conmigo, que soy un pobre burro de molino! ¡Ay, ay!" Y haciendo un esfuerzo sobrehumano, sacó la cabeza del estanque.

Y el sultán Mahmud se vio en medio de la sala del trono de su palacio, con su gran visir a la derecha y el jeique extranjero a la izquierda. Y una de sus favoritas le presentaba en una bandeja de oro una copa de sorbete que había pedido algunos instantes antes de la entrada del jeique. ¡Vaya, vaya! ¿conque seguía siendo sultán? ¿conque seguía siendo sultán? ¡Y no podía llegar a creer semejante prodigio! Y se puso a mirar a su alrededor, palpándose y restregándose los ojos. ¡Vaya, vaya! Era hermoso y era el sultán, el propio sultán Mahmud, y no el pobre náufrago, ni el mozo de carga, ni el burro del molino, ni el esposo de la formidable estantigua. ¡Ah! ¡por Alah, que era grato volver a encontrarse sultán después de aquellas tribulaciones! Y cuando abría la boca para pedir la explicación de fenómeno tan extraño, se elevó la voz sorda del puro anciano, que le decía:

"¡Sultán Mahmud, he venido a ti, enviado por mis hermanos los santones del extremo Occidente, para que te des cuenta de los beneficios que el Retribuidor ha hecho caer sobre tu cabeza!"

Y tras de hablar así, desapareció el jeique maghrebín, sin que se supiese si había salido por la puerta o si había volado por las ventanas. Y cuando se hubo calmado su emoción, el sultán Mahmud comprendió la lección que de su señor había recibido. Y comprendió que su vida era buena y que hubiese podido ser el más desgraciado de los hombres. Y comprendió que todas las desgracias que había entrevisto, bajo la mirada dominadora del anciano, hubiesen podido ser desgracias reales de su vida si el Destino lo hubiera querido. Y cayó de rodillas bañado en lágrimas. Y desde entonces ahuyentó de su corazón toda tristeza. Y viviendo en la dicha, repartió dicha en torno suyo. Y tal es la vida real del sultán Mahmud, y tal otra hubiese sido la vida que habría podido llevar a un sencillo cambio del Destino. ¡Porque Alah es el amo Todopoderoso!

Tras de contar así esta historia, Schehrazada se calló. Y exclamó el rey Schahriar: "¡Qué enseñanza guarda para mí lo que contaste, oh Schehrazada!"

Y la hija del visir sonrió, y dijo: "¡Pues esa enseñanza, ¡oh rey! no es nada en comparación de la que encierra el tesoro sin fondo!" Y dijo Schahriar: "¡No sé cuál es ese tesoro, Schehrazada!"

EL TESORO SIN FONDO

Y dijo Schehrazada:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! ¡oh dotado de buenas maneras! que el califa Harún Al-Rashid que era el príncipe más generoso de su época y el más magnífico, a veces tenía la debilidad (¡sólo Alah no tiene debilidades!) de alardear, en la conversación, de que ningún hombre entre los vivos competía con él en generosidad y en mano abierta.

Y he aquí que un día, mientras él se alababa así de los dones que, en suma, no le había concedido el Retribuidor más que para que precisamente usase de ellos con generosidad, el gran visir Giafar alma delicada, no quiso que su señor continuara por más tiempo faltando al deber de la humildad para con Alah.

Y resolvió tomarse la libertad de abrirle los ojos.

Se prosternó, pues, entre sus manos, y después de besar por tres veces la tierra, le dijo:

"¡Oh Emir de los Creyentes! ¡oh corona de nuestras cabezas! perdona a tu esclavo si se atreve a alzar la voz en tu presencia para advertirte que la principal virtud del creyente es la humildad ante Alah, única cosa de que puede estar orgullosa la criatura. Porque todos los bienes de la tierra, y todos los dones del espíritu, y todas las cualidades del alma no son para el hombre más que un simple préstamo del Altísimo (¡exaltado sea!). Y el hombre no debe enorgullecerse de este préstamo más que el árbol por estar cargado de frutos o el mar por recibir las aguas del cielo.

¡En cuanto a las alabanzas que te merece tu munificencia, mejor es que dejes las hagan tus súbditos, que sin cesar dan gracias al cielo por haberles hecho nacer en tu imperio, y que no tienen otro gusto que pronunciar tu nombre con gratitud!"

Luego añadió: "¡Por otra parte!, oh mi señor no creas que eres el único a quien Alah ha cubierto con sus inestimables dones! Sabe, en efecto, que en la ciudad de Bassra hay un joven que, aunque es un simple particular vive con más fasto y magnificencia que los reyes más poderosos. ¡Se llama Abulcassem, y ningún príncipe en el mundo, incluso el Emir de los Creyentes mismo, le iguala en mano abierta y en generosidad...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 822ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Se llama Abulcassem, y ningún príncipe en el mundo, incluso el Emir de los Creyentes mismo, le iguala en mano abierta y en generosidad!"

Cuando el califa hubo oído estas últimas palabras de su visir, se sintió extremadamente despechado, y se puso muy colorado y se le inflamaron los ojos; y mirando a Giafar con altivez, le dijo: "¡Mal hayas!, ¡oh perro entre los visires! ¿cómo te atreves a mentir delante de tu señor, olvidando que semejante conducta acarreará tu muerte sin remedio?" Y contestó Giafar: "¡Por vida de tu cabeza, ¡oh Emir de los Creyentes! que las palabras que osé pronunciar en tu presencia son palabras de verdad! Y si he perdido todo crédito en tu ánimo, puedes comprobarlas y castigarme luego si te parece que son falsas. Por lo que a mí respecta, ¡oh mi señor! no temo afirmarte que en mi último viaje a Bassra he sido el huésped deslumbrado del joven Abulcassem. Y todavía no han olvidado mis ojos lo que han visto, mis oídos lo que han oído, y mi espíritu lo que le ha encantado. ¡Por eso, aun a riesgo de atraerme la desgracia de mi señor, no puedo menos de proclamar que Abulcassem es el hombre más magnífico de su tiempo!"

Y tras de hablar así, calló Giafar.

El califa, en el límite de la indignación, hizo seña al jefe de los guardias para que detuviese a Giafar. Y en el momento se ejecutó la orden. Y después de aquello, Al-Rashid salió de la sala, y sin saber cómo desahogar su cólera, fue al aposento de su esposa Sett Zobeida, que palideció de espanto al verle con el rostro de los días negros.

Y con las cejas contraídas y los ojos dilatados, Al-Rashid fue a echarse en el diván, sin pronunciar una palabra. Y Sett Zobeida, que sabía cómo abordarle en sus momentos de mal humor, se guardó mucho de importunarle con preguntas ociosas; pero tomando un aire de extremada inquietud, le llevó una copa llena de agua perfumada de rosa, y ofreciéndosela, le dijo:

"El nombre de Alah sobre ti, ¡oh hijo del tío! ¡Que esta bebida te refresque y te calme! La vida está formada de dos colores: blanco y negro. ¡Ojalá marque tus largos días sólo el blanco!"

Y dijo Al-Rashid: "¡Por el mérito de nuestros antecesores, los gloriosos, que marcará mi vida el negro, ¡oh hija del tío! ¡Mientras vea delante de mis ojos al hijo del Barmacida, a ese Giafar de maldición, que se complace en criticar mis palabras, en comentar mis acciones y en dar preferencia sobre mí a oscuros particulares de entre mis súbditos!" Y enteró a su esposa de lo que acababa de pasar, y se quejó a ella de su visir en términos que le hicieron comprender que la cabeza de Giafar corría aquella vez el mayor peligro. Así es que al principio no dejó ella de abundar en el sentir de él, manifestando su indignación por ver que el visir se permitía tales libertades para con su soberano. Luego, muy hábilmente, le hizo ver que era preferible diferir el castigo sólo el tiempo preciso para enviar a Bassra a cualquiera que diese fe de la cosa.

Y añadió: "Entonces podrás asegurarte de la verdad o de la falsedad de lo que te ha contado Giafar y tratarle en consecuencia". Y Harún, a quien había calmado a medias el lenguaje lleno de cordura de su esposa, contestó: "Verdad dices, ¡oh Zobeida! Ciertamente, debo esa justicia a un hombre cual el hijo de Yahia. Y como no puedo tener una confianza absoluta en la relación que me haga quien envíe a Bassra, quiero ir yo mismo a esa ciudad para comprobar la cosa. Y entablaré conocimiento con ese Abulcassem. Y te juro que le costará la cabeza a Giafar si me ha exagerado la generosidad de ese joven o si me ha dicho mentira".

Y sin más tardanza en ejecutar su proyecto, se levantó en aquella hora y en aquel instante, y sin querer escuchar lo que decía Sett Zobeida para decidirle a no hacer completamente solo ese viaje, se disfrazó de mercader del Irak, recomendó a su esposa que durante su ausencia velara por los asuntos del reino, y saliendo del palacio por una puerta secreta, abandonó Bagdad.

Y Alah le escribió la seguridad; y llegó sin contratiempo a Bassra, y paró en el khan principal de los mercaderes. Y sin tomarse tiempo siquiera para descansar y probar un bocado, se apresuró a interrogar al portero del khan acerca de lo que le interesaba, preguntándole, después de las fórmulas de la zalema: "¿Es cierto, ¡oh jeique! que en esta ciudad hay un hombre llamado Abulcassem que supera a los reyes en generosidad, en mano abierta y en magnificencia?"

Y contestó el viejo portero, meneando la cabeza con aire suficiente: "¡Alah haga descender sobre él Sus bendiciones! ¿Qué hombre no ha sentido los efectos de su generosidad? ¡Por mi parte, ya sidi! aun cuando en mi cara tuviera cien bocas y en cada una cien lenguas y en cada lengua un tesoro de elocuencia, no podría hablarte como es debido de la admirable generosidad del señor Abulcassem!"

Y luego, como llegaran de viaje con sus fardos otros mercaderes, el portero del khan no tuvo tiempo de ser más explícito. Y Harún se vio obligado a alejarse, y subió a reponer sus fuerzas y a descansar algo aquella noche.

Al día siguiente, muy de mañana, salió del khan y fue a pasearse por los zocos. Y cuando los mercaderes hubieron abierto sus tiendas, se acercó a uno de ellos, al que le pareció el de más importancia, y le rogó que le indicara el camino que conducía a la morada de Abulcassem. Y el mercader, muy asombrado, le dijo: "¿De qué lejano país llegas para ignorar la morada del señor Abulcassem? ¡Aquí es más conocido que lo que fue nunca un rey en su propio imperio!" Y Harún manifestó que, en efecto, llegaba de muy lejos; pero que el objeto de su viaje era precisamente entablar conocimiento con el señor Abulcassem. Entonces el mercader ordenó a uno de sus criados que sirviera de guía al califa, diciéndole: "¡Conduce a este honorable extranjero al palacio de nuestro magnífico señor!"

Y he aquí que el tal palacio era un palacio admirable. Y estaba enteramente construido con piedras de talla en mármol jaspeado, con puertas de jade verde. Y Harún quedó maravillado de la armonía de su construcción; y al entrar en el patio vio una multitud de pequeños esclavos blancos y negros, elegantemente vestidos, que se divertían jugando en espera de las órdenes de su amo. Y abordó a uno de ellos y le dijo: "¡Oh joven! te ruego que vayas a decir al señor Abulcassem: "¡Oh mi señor! ¡en el patio hay un extranjero que ha hecho el viaje de Bagdad a Bassra con el sólo propósito de regocijarse los ojos con tu rostro bendito!" Y el joven esclavo al punto advirtió en el lenguaje y el aspecto de quien se dirigía a él que no era un hombre vulgar. Y corrió a avisar a su amo, el cual fue hasta el patio para recibir al huésped extranjero. Y después de las zalemas y los deseos de bienvenida, le cogió de la mano y le condujo a una sala que era hermosa por sí propia y por su perfecta arquitectura.

Y en cuanto estuvieron sentados en el amplio diván de seda bordada de oro que daba vuelta a la sala, entraron doce esclavos blancos, jóvenes y muy hermosos, cargados con vasos de ágata y de cristal de roca. Y los vasos estaban enriquecidos de gemas y de rubíes y llenos de licores exquisitos.

Luego entraron doce jóvenes como lunas, que llevaban fuentes de porcelana llenas de frutas y de flores las unas, y grandes copas de oro llenas de sorbetes de nieve de un sabor excelente las otras. Y aquellos jóvenes esclavos y aquellas jóvenes miraron si estaban en su punto los licores, los sorbetes y los demás refrescos antes de presentárselos al huésped de su señor. Y probó Harún aquellas diversas bebidas, y aunque estaba acostumbrado a las cosas más deliciosas de todo el Oriente, hubo de confesar que jamás había bebido nada comparable a ellas. Tras de lo cual, Abulcassem hizo pasar a su convidado a una segunda sala, donde estaba servida una mesa cubierta de platos de oro macizo con los manjares más delicados. Y con sus propias manos le ofreció los bocados selectos. Y a Harún le pareció extraordinario el aderezo de los tales manjares.

Luego, terminada la comida, el joven cogió de la mano a Harún y le llevó a una tercera sala, amueblada con más riqueza que las otras dos. Y unos esclavos, más hermosos que los anteriores, llevaron una prodigiosa cantidad de vasos de oro incrustados de pedrerías y llenos de toda clase de vinos, como también tazones de porcelana llenos de confituras secas y bandejas cubiertas de pasteles delicados. Y mientras Abulcassem servía a su convidado, entraron cantarinas y tañedoras de instrumentos, dando principio a un concierto que habría conmovido al granito. Y se decía Harún en el límite del entusiasmo: "¡En mi palacio tengo, ciertamente, cantarinas de voces admirables, y aun cantores como Ishak, que no ignoran ningún resorte del arte; pero ninguno de ellos podría compararse con éstas! ¡Por Alah! ¿cómo ha podido arreglarse un simple particular, un habitante de Bassra, para reunir semejante ramillete de cosas perfectas?"

Y en tanto que Harún estaba particularmente atento a la voz de una almea, cuya dulzura le encantaba, Abulcassem salió de la sala y volvió un momento después llevando en una mano una varita de ámbar y en la otra un arbolito con el tronco de plata, las ramas y las hojas de esmeraldas y las frutas de rubíes. Y en la copa de aquel árbol estaba encaramado un pavo real de una hermosura que glorificaba a quien lo había fabricado. Y dejando aquel árbol a los pies del califa, Abulcassem tocó con su varita la cabeza del pavo real. Y al punto la hermosa ave abrió sus alas y desplegó el esplendor de su cola, y se puso a girar con rapidez sobre sí misma. Y a medida que giraba esparcía por todos lados emanaciones tenues de perfumes de ámbar, de nadd, de áloe y otros olores de que estaba lleno y que embalsamaban la sala.

Pero estando Harún ocupado en contemplar el árbol y el pavo real, Abulcassem cogió con brusquedad uno y otro y se los llevó. Y Harún se resintió mucho por aquel acto inesperado, y dijo para sí: "¡Por Alah! ¡qué cosa tan extraña! ¿Y qué significa todo esto? ¿Y es así como se portan los huéspedes con sus invitados? Me parece que este joven no sabe hacer las cosas tan bien como Giafar me hizo presumir. Me quita el árbol y el pavo real cuando me ve ocupado precisamente en mirarlos. Sin duda alguna teme que yo le ruegue que me lo regale. ¡Ah! no me pesa haber comprobado por mí mismo esa famosa generosidad que, según mi visir, no tiene igual en el mundo!"

Mientras asaltaban el espíritu del califa estos pensamientos, el joven Abulcassem volvió a la sala. Y le acompañaba un joven esclavo tan hermoso como el sol. Y aquel amable niño llevaba un traje de brocado de oro realzado con perlas y diamantes. Y tenía en el mano una copa hecha de un solo rubí y llena de un vino de púrpura. Y se acercó a Harún, y después de besar la tierra entre sus manos le presentó la copa. Y Harún la cogió y se la llevó a los labios. Pero ¡cual no sería su asombro cuando, tras de beberse el contenido, advirtió, al devolvérsela al lindo esclavo, que todavía estaba llena hasta el borde! Así es que la cogió otra vez de manos del niño, y llevándosela a la boca la vació hasta la última gota. Luego se la entregó al esclavito, observando que de nuevo se llenaba sin que nadie vertiese nada dentro.

Al ver aquello, Harún llegó al límite de la sorpresa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 823ª NOCHE

Ella dijo:

...Al ver aquello, Harún llegó al límite de la sorpresa, y no pudo por menos de preguntar a que obedecía. Y Abulcassem contestó: "Señor, nada tiene de asombroso. ¡Esta copa es obra de un antiguo sabio que poseía todos los secretos de la tierra!" Y habiendo pronunciado estas palabras, cogió de la mano al niño y salió de la sala con precipitación. Y el impetuoso Harún se indignó ya. Y pensó: "¡Por vida de mi cabeza! o este joven ha perdido la razón, o lo que todavía es peor, no ha conocido nunca los miramientos que se deben al huésped y las buenas maneras. Me trae todas esas curiosidades sin que yo se las pida, las ofrece a mis ojos, y cuando advierte que me gusta verlas se las lleva. ¡Por Alah, que jamás vi nadie tan mal educado y tan grosero! ¡Maldito Giafar! ¡Ya te enseñaré, si Alah quiere, a juzgar a los hombres y a revolver la lengua en la boca antes de hablar!"

En tanto que Al-Rashid se hacía estas reflexiones acerca del carácter de su huésped, le vio entrar en la sala por tercera vez. Y a algunos pasos de él le seguía una joven como no se encontraría más que en los jardines del Edén. Y estaba toda cubierta de perlas y de pedrerías y aun más ataviada con su belleza que con sus galas. Y al verla, Harún se olvidó del árbol, del pavo real y de la copa inagotable, y sintió que el encanto le penetraba el alma. Y después de hacerle una profunda reverencia, la joven fue a sentarse entre sus manos, y en un laúd hecho de madera de áloe, de marfil, de sándalo y de ébano, se puso a tocar de veinticuatro maneras diferentes, con un arte tan perfecto, que Al-Rashid no pudo contener su admiración, y exclamó: "¡Oh jovenzuela! ¡cuán digna de envidia es tu suerte!" Pero en cuanto Abulcassem notó que su convidado estaba encantado de la joven, la cogió de la mano al punto y se la llevó de la sala con presteza.

Cuando el califa vio aquella conducta de su huésped, quedó extremadamente mortificado, y temiendo dejar estallar su resentimiento, no quiso permanecer más tiempo en una morada donde se le recibía de manera tan extraña. Así es que, en cuanto el joven volvió a la sala, le dijo, levantándose: "¡Oh generoso Abulcassem! estoy muy confundido, en verdad, de la manera como me has tratado, sin conocer mi rango y mi condición. Permíteme, pues, que me retire y te deje tranquilo, sin abusar por más tiempo de tu munificencia". Y por temor a molestarle, no quiso el joven oponerse a su deseo, y haciéndole una graciosa reverencia, le condujo hasta la puerta de su palacio, pidiéndole perdón por no haberle recibido tan magníficamente como se merecía.

Y Harún emprendió de nuevo el camino de su khan, pensando con amargura: "¡Qué hombre tan lleno de ostentación ese ese Abulcassem! Se complace en poner de manifiesto sus riquezas a los ojos de los extraños para satisfacer su orgullo y su vanidad. Si en eso estriba su largueza, seré yo un insensato y un ciego. ¡Pero no! En el fondo, ese hombre no es más que un avaro de la especie más detestable. ¡Y pronto sabrá Giafar lo que cuesta engañar a su soberano con la más vulgar mentira!"

Y reflexionando de tal suerte, Al-Raschid llegó a la puerta del khan. Y vio en el patio de entrada un gran cortejo en forma de media luna, compuesto de un número considerable de jóvenes esclavos blancos y negros, los blancos a un lado y los negros a otro. Y en el centro de la media luna se mantenía la hermosa joven del laúd que le había encantado en el palacio de Abulcassem, teniendo a su derecha al amable niño cargado con la copa de rubíes y a su izquierda a otro muchacho, no menos simpático y hermoso, cargado con el árbol de esmeraldas y el pavo real.

No bien Al-Raschid franqueó la puerta del khan, todos los esclavos se prosternaron en el suelo, y la exquisita joven avanzó entre sus manos y le presentó en un cojín de brocado un rollo de papel de seda. Y Al-Raschid, muy sorprendido de todo aquello, cogió la hoja, la desenrolló, y vio que contenía estas líneas:

"La paz y la bendición para el huésped encantador cuya llegada honró nuestra morada y la perfumó. Y ahora, ¡oh padre de los convidados graciosos! dígnate posar tu vista en los escasos objetos sin valor que envía a tu señoría nuestra mano de poco alcance, y admitirlos de parte nuestra como humilde homenaje de nuestra lealtad para con el que ha iluminado nuestro techo. Hemos notado, en efecto, que los diversos esclavos que forman el cortejo, los dos muchachos y la joven, así como el árbol, la copa y el pavo real, no han desagradado de particular manera a nuestro convidado; y por eso le suplicamos que los considere como si siempre le hubiesen pertenecido. Por lo demás, de Alah viene todo y a Él retorna todo. ¡Uassalam!"

Cuando Al-Raschid hubo acabado de leer esta carta y hubo comprendido todo su sentido y todo su alcance, quedó extremadamente maravillado de semejante largueza, y exclamó: "¡Por los méritos de mis antecesores (¡Alah honre sus rostros!), convengo en que he juzgado mal al joven Abulcassem! ¿Qué eres tú, liberalidad de Al-Raschid, al lado de semejante liberalidad? ¡Caigan sobre tu cabeza las bendiciones de Alah, ¡oh visir mío Giafar! que eres causa de que yo me haya curado de mi falso orgullo y de mi arrogancia! ¡He aquí que, en efecto, sin la menor pena y sin que parezca molestarle lo más mínimo, un simple particular acaba de exceder en generosidad y en munificencia al monarca más rico de la tierra!" Luego, recapacitando de pronto, pensó: "Bueno; pero, por Alah, ¿cómo un simple particular puede ofrecer tales presentes, y dónde ha podido procurarse o encontrar tantas riquezas? ¿Y cómo es posible que un hombre lleve en mis Estados una vida más fastuosa que la de los reyes sin que sepa yo por qué medio ha llegado a semejante grado de riqueza? ¡Es preciso, en verdad, que sin tardanza, y aun a riesgo de parecer inoportuno, vaya a comprometerle para que me descubra cómo ha podido reunir una fortuna tan prodigiosa!"

Al punto, dominado por la impaciencia de satisfacer su curiosidad, dejando en el khan a sus nuevos esclavos y lo que le llevaban, Al-Raschid volvió al palacio de Abulcassem. Y cuando estuvo en presencia del joven, le dijo, después de las zalemas:

"¡Oh mi generoso señor! ¡Alah aumente sobre ti Sus beneficios y haga durar los favores de que te ha colmado! Pero son tan considerables los presentes que me ha hecho tu mano bendita, que temo, al aceptarlos, abusar de mi calidad de convidado y de tu generosidad sin igual. ¡Permite, pues, que, sin temor a ofenderte, me sea dable devolvértelos, y que, encantado de tu hospitalidad, vaya a Bagdad, mi ciudad, a publicar tu magnificencia!"

Pero Abulcassem contestó con un aire muy afligido: "Al hablar así, señor, sin duda es porque tienes algún motivo de queja de mi recibimiento, o acaso porque mis presentes te han desagradado por su poca importancia. De no ser así no habrías vuelto desde tu khan para hacerme sufrir esta afrenta". Y Harún, disfrazado siempre de mercader, contestó: "Alah me libre de responder a tu hospitalidad con semejante proceder, ¡oh más que generoso Abulcassem! ¡Mi venida obedece únicamente al escrúpulo que me asalta al verte prodigar así objetos tan raros a extranjeros a quienes has visto por primera vez, y a mi temor de ver agotarse, sin que recojas de ello la satisfacción que mereces, un tesoro que, por muy inagotable que sea, debe tener un fondo!"

Al oír estas palabras de Al-Raschid, Abulcassem no pudo por menos de sonreír, y contestó: "Calma tus escrúpulos, ¡oh mi señor! si verdaderamente es ése el motivo que me ha procurado el placer de tu visita. Has de saber, en efecto, que todos los días de Alah pago las deudas que tengo con el Creador (¡glorificado y exaltado sea!), haciendo a los que llaman a mi puerta uno o dos o tres regalos equivalentes a los que están entre tus manos. Porque el tesoro que me concedió el Distribuidor de riquezas es un tesoro sin fondo". Y como viera reflejarse un asombro grande en las facciones de su huésped, añadió: "¡Ya veo, ¡oh mi señor! que es preciso que te haga confidente de ciertas aventuras de mi vida y que te cuente la historia de ese tesoro sin fondo, que es una historia tan asombrosa y tan prodigiosa, que si se escribiera con agujas en el ángulo interior del ojo serviría de enseñanza a quien la leyera con atención!"

Y tras de hablar así, el joven Abulcassem cogió de la mano a su huésped y le condujo a una sala llena de frescura, donde perfumaban el aire varios pebeteros muy gratos y donde se veía un amplio trono de oro con ricos tapices para los pies. Y el joven hizo subir a Harún al trono, se sentó a su lado y empezó de la manera siguiente su historia: "Has de saber, ¡oh mi señor! (¡Alah es señor de todos nosotros!) que soy hijo de un gran joyero, oriundo de El Cairo, que se llamaba Abdelaziz. Pero, aunque nacido en El Cairo, como su padre y su abuelo, mi padre no había vivido toda su vida en su ciudad natal. Porque poseía tantas riquezas, que, temiendo atraerse la envidia y la codicia del sultán de Egipto, que en aquel tiempo era un tirano sin remedio, se vio obligado a dejar su país y a venir a establecerse en esta ciudad de Bassra, a la sombra tutelar de los Bani-Abbas. (¡Qué Alah extienda sobre ellos sus bendiciones!) Y mi padre no tardó en casarse con la hija única del mercader más rico de la ciudad. Y yo nací de este matrimonio bendito. Y antes de mí y después de mí no vino a aumentar la genealogía ningún otro fruto. De modo que, al incautarme de todos los bienes de mi padre y de mi madre después de su muerte (¡Alah les conceda la salvación y esté satisfecho de ellos!), tuve que administrar, muy joven todavía, una gran fortuna en bienes de todas clases y en riquezas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 824ª NOCHE

Ella dijo:

"...tuve que administrar, muy joven todavía, una gran fortuna en bienes de todas clases y en riquezas. Pero como me gustaba el dispendio y la prodigalidad, me dediqué a vivir con tanta profusión, que en menos de dos años se vio disipado todo mi patrimonio. ¡Porque, ¡oh mi señor! de Alah nos viene todo y a Él vuelve todo! Entonces, viéndome en un estado de completa penuria, me puse a reflexionar sobre mi conducta pasada. Y pensando en la vida y el papel que había hecho en Bassra, resolví dejar mi ciudad natal para ir a pasar en otra parte días miserables: que la pobreza es más soportable ante ojos extraños. Vendí, pues, mi casa, única hacienda que me quedaba, y me agregué a una caravana de mercaderes, con los cuales fui primero a Mossul y luego a Damasco. Tras de lo cual atravesé el desierto para ir en peregrinación a la Meca; y desde allí volví al gran Cairo, cuna de nuestra raza y de nuestra familia.

Y he aquí que, estando yo en aquella ciudad de hermosas casas y de mezquitas innumerables, rememoré que allí era donde había nacido Abdelaziz, el rico joyero, y al recordarlo no pude por menos de lanzar profundos suspiros y de llorar. Y me figuré el dolor de mi padre si hubiese visto la deplorable situación de su hijo único y heredero. Y preocupado con estos pensamientos que me enternecían, llegué, paseando, a orillas del Nilo, por detrás del palacio del sultán. Y he aquí que en una ventana apareció una cabeza arrebatadora, que me dejó inmóvil mirándola. Pero de repente se retiró, y no vi nada más. Y permanecí allí con beatitud hasta la noche, esperando en vano una nueva aparición. Y acabé por retirarme, aunque muy a mi pesar, e ir a pasar la noche en el khan donde paraba.

Pero al día siguiente, como se ofrecieran a mi espíritu sin cesar las facciones de la jovenzuela, no dejé de apostarme debajo de la ventana consabida. Pero fueron vanas mi paciencia y mi esperanza, pues no se mostró el delicioso rostro, si bien se estremeció un poco la cortina de la ventana, y creí adivinar tras de la celosía un par de ojos babilónicos. Y aquella abstención me afligió mucho, sin desanimarme, no obstante, porque no dejé de volver al mismo sitio al día siguiente.

¡Y cuál no sería mi emoción cuando vi entreabrirse la celosía y descorrerse la cortina para dejar aparecer la luna llena de su rostro! Y me apresuré a prosternarme con la faz contra la tierra, y levantándome después, dije: "¡Oh dama soberana! soy un extranjero llegado hace poco a El Cairo y que ha inaugurado su entrada en esta ciudad con la contemplación de tu belleza. ¡Ojalá que el Destino, que me ha conducido de la mano hasta aquí, acabe su obra con arreglo a los deseos de tu esclavo!" Y me callé, esperando la respuesta. Y en vez de contestarme, la joven mostró una actitud tan asustadiza, que no supe si debía permanecer allí o echar a correr. Y me decidí a permanecer en mi puesto aún, insensible a todos los peligros que pudiera correr. Hice bien, pues de pronto la joven se inclinó sobre el alféizar de su ventana, y me dijo con voz temblorosa: "Vuelve a medianoche. ¡Pero huye ahora cuanto antes!" Y tras estas palabras, desapareció con precipitación y me dejó en el límite del asombro, del amor y del júbilo. Y al instante me olvidé de mis desgracias y de mi penuria. Y me apresuré a volver a mi khan para mandar llamar al barbero público, que se dedicó a afeitarme la cabeza, los sobacos y las ingles, a arreglarme y a hermosearme. Luego fui al hammam de los pobres, en donde, por algunas monedas, tomé un baño perfecto y me perfumé y me refresqué para salir de allí completamente aseado y con el cuerpo ligero como una pluma.

Así es que, cuando llegó la hora indicada, a favor de las tinieblas me puse debajo de la ventana del palacio. Y encontré una escala de seda que colgaba desde aquella ventana hasta el suelo. Y como a la sazón no tenía nada que perder más que una vida a la que no me ataba ya ningún lazo y que carecía de sentido, trepé por la escala y penetré por la ventana al aposento. Atravesé rápidamente dos habitaciones y llegué a otra, en donde, sobre un lecho de plata, estaba tendida, sonriendo, la que yo esperaba. ¡Ah, señor mercader, huésped mío, qué encanto era aquella obra del Creador! ¡Qué ojos y qué boca! A su vista sentí que se me huía la razón, y no pude pronunciar ni una palabra. Pero se incorporó ella a medias, y con una voz más dulce que el azúcar cande me dijo que me acomodara a su lado en el lecho de plata. Luego me preguntó con interés quién era. Y le conté mi historia con toda sinceridad desde el principio hasta el fin, sin omitir un detalle. Pero no hay utilidad en repetirla.

Y he aquí que la joven, que me había escuchado con mucha atención, pareció realmente conmovida de la situación a que hubo de reducirme el Destino. Y al ver yo aquello, exclamé: "¡Oh mi señora! ¡por muy desgraciado que yo sea, ceso de estar quejoso, ya que eres lo bastante buena para compadecerte de mis desgracias!" Y ella tuvo la respuesta oportuna, e insensiblemente nos enredamos en una charla que cada vez se hizo más tierna e íntima. Y acabó ella por declararme que, por su parte, había sentido cierta inclinación hacia mí al verme. Y exclamé: "¡Loores a Alah, que enternece los corazones y dulcifica los ojos de las gacelas!" A lo cual tuvo ella también la respuesta oportuna, y añadió: "¡Ya que me has enterado de quién eres, Abulcassem, no quiero que sigas ignorando quién soy yo!"

Y tras de quedarse silenciosa un momento, dijo: "Sabe, ¡oh Abulcassem! que soy la esposa favorita del sultán y que me llamo Sett Labiba. Pero a pesar de todo el lujo con que vivo aquí, no soy dichosa. Porque, además de estar rodeada de rivales celosas y prontas a perderme, el sultán, que me ama, no puede llegar a satisfacerme, pues Alah, que distribuye la potencia a los gallos, se olvidó de él al hacer la distribución. Y por eso, al verte bajo mi ventana, lleno de valor y desdeñando el peligro, me pareció que eras un hombre potente. Y te he llamado para hacer la experiencia. ¡De ti, pues, depende ahora demostrarme que no me equivoqué en mi elección y que tu gallardía es igual a tu temeridad!"

Entonces, ¡oh mi señor! yo, que no necesitaba que me incitasen a obrar, puesto que no había ido allí más que para eso, no quise perder un tiempo precioso cantando versos, como es costumbre en tales circunstancias, y me aresté al asalto. Pero en el mismo momento en que nuestros brazos se enlazaban, llamaron fuertemente a la puerta de la habitación. Y la bella Labiba me dijo muy asustada: "Nadie tiene derecho para llamar así no siendo el sultán: ¡Estamos vencidos y perdidos sin remedio!"

Al punto pensé en la escala de la ventana para escaparme por donde había subido. Pero quiso la suerte que precisamente llegase el sultán por aquel lado; y no me quedaba ninguna probabilidad de fuga. Así es que, tomando el único partido que me quedaba, me escondí debajo del lecho de plata, mientras la favorita del sultán se levantaba para abrir.

Y en cuanto la puerta estuvo abierta, entró el sultán seguido de sus eunucos, y antes de que yo tuviese tiempo siquiera para darme cuenta de lo que iba a suceder, me sentí cogido debajo del lecho por veinte manos terribles y negras, que me sacaron como a un fardo y me levantaron del suelo. Y aquellos eunucos corrieron cargados conmigo hasta la ventana, en tanto que otros eunucos negros, cargados con la favorita, ejecutaban la misma maniobra hacia otra ventana. Y todas las manos a la vez soltaron su carga, precipitándonos ambos desde lo alto del palacio al Nilo.

Y he aquí que estaba escrito en mi destino que yo tenía que escapar a la muerte por ahogo. Por eso, aunque aturdido por la caída, después de ir a parar al fondo del río logré salir a la superficie del agua y ganar, a favor de la oscuridad, la ribera opuesta al palacio. Y libre ya de un peligro tan grande, no quise irme sin haber intentado extraer a aquella cuya pérdida fue debida a mi imprudencia, y entré en el río con más bríos que había salido, y me sumergí y me volví a sumergir diversas veces para ver si daba con ella. Pero fueron vanos mis propósitos, y como me faltaban las fuerzas, me vi en la necesidad de ganar tierra otra vez para salvar mi alma. Y muy triste, me lamenté por la muerte de aquella encantadora favorita, diciéndome que no debí acercarme a ella estando bajo la influencia de la mala suerte, ya que la mala suerte es contagiosa.

Así es que, penetrado de dolor y abrumado de remordimientos, me apresuré a huir de El Cairo y de Egipto y a tomar el camino de Bagdad, la ciudad de paz.

Y he aquí que Alah me escribió la seguridad, y llegué a Bagdad sin contratiempos, pero en una situación muy triste, porque estaba sin dinero y de toda mi fortuna anterior me quedaba un dinar de oro justo en el fondo de mi cinturón. Y no bien fui al zoco de los cambistas, cambié mi dinar en monedas pequeñas, y para ganarme la vida compré una bandeja de mimbre y confituras, manzanas de olor, bálsamos, dulces secos y rosas. Y me puse a pregonar mi mercancía a la puerta de las tiendas, vendiendo todos los días y ganando para el sustento del día siguiente.

Y he aquí que este pequeño comercio me daba buen resultado, porque yo tenía una voz hermosa y no pregonaba mi mercancía como los mercaderes de Bagdad, sino cantando en vez de gritar. Y un día en que cantaba con una voz más clara aún que de costumbre, un venerable jeique, propietario de la tienda más hermosa del zoco, me llamó, escogió una manzana de olor de mi bandeja, y tras de aspirar su perfume repetidamente, mirándome con atención, me invitó a sentarme junto a él. Y me senté, y me hizo diversas preguntas, inquiriendo quién era y cómo me llamaba. Pero yo, muy apurado por sus preguntas, contesté: "¡Oh mi señor! relévame de hablar de cosas de que no puedo acordarme sin avivar heridas que el tiempo empieza a cerrar. ¡Porque el solo hecho de pronunciar mi propio nombre sería para mí un sufrimiento!" Y debí pronunciar estas palabras suspirando y con un acento tan triste, que el anciano no quiso ni apremiarme a ello. Al punto cambió de conversación, limitándose a preguntar sobre la venta y compra de mis confituras; luego, despidiéndose de mí, sacó de su bolsa diez dinares de oro, que me puso entre las manos con mucha delicadeza, y me abrazó como un padre abrazaría a su hijo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 825ª NOCHE

Ella dijo:

"...sacó de su bolsa diez dinares de oro, que me puso entre las manos con mucha delicadeza, y me abrazó como un padre abrazaría a su hijo.

Y he aquí que alabé con toda mi alma a aquel venerable jeique, cuya liberalidad resultaba para mí más preciosa dada mi penuria, y pensé en que los señores más dignos de consideración a quienes tenía yo costumbre de presentar mi bandeja de mimbre jamás me habían dado la centésima parte de lo que acababa de recibir de aquella mano, que no dejé de besar con respeto y gratitud. Y al día siguiente, aunque no estaba muy seguro de las intenciones de mi bienhechor de la víspera, no dejé tampoco de ir al zoco. Y en cuanto me advirtió él, me hizo seña de que me acercara, y cogió un poco de incienso de mi bandeja. Luego me hizo sentar muy cerca de él, y tras de algunas preguntas y respuestas, me invitó con tanto interés a contarle mi historia, que aquella vez no pude defenderme sin que se enfadara. Le enteré, pues, de quién era y de todo lo que me había ocurrido, sin ocultarle nada. Y cuando le hube hecho esta confidencia, me dijo, con una gran emoción en la voz: "¡Oh hijo mío! en mí encontrarás un padre más rico que Abdelaziz (¡Alah esté satisfecho de él!) y que no sentirá por ti menos afecto. Como no tengo hijos ni esperanzas de tenerlos, te adopto. ¡Así, pues, ¡oh hijo mío! calma tu alma y refresca tus ojos, porque, si Alah quiere, vas a olvidar junto a mí tus pasados males!"

Y habiendo hablado así, me besó y me estrechó contra su corazón. Luego me obligó a tirar mi bandeja de mimbre con su contenido, cerró su tienda, y cogiéndome de la mano me condujo a su morada, donde me dijo: "Mañana partiremos para la ciudad de Bassra, que también es mi ciudad, y donde quiero vivir contigo en adelante, ¡oh hijo mío!"

Y efectivamente, al otro día tomamos juntos el camino de Bassra, mi ciudad natal, adonde llegamos sin contratiempo, gracias a la seguridad de Alah. Y cuantos me encontraban y me reconocían se regocijaban de verme convertido en hijo adoptivo de un mercader tan rico.

En cuanto a mí, no tengo para qué decirte, señor, que puse toda mi inteligencia y todo mi saber en complacer al anciano. Y estaba él encantado de mis complacencias para con su persona, y me decía a menudo: "Abulcassem, ¡qué día tan bendito fue el de nuestro encuentro en Bagdad!

¡Cuán hermoso es mi destino, que te puso en mi camino, oh hijo mío! ¡Y cuán digno eres de mi afecto, de mi confianza y de lo que he hecho por ti y pienso hacer para tu porvenir!" Y estaba yo tan conmovido por los sentimientos que me demostraba él, que, a pesar de la diferencia de edad, le quería verdaderamente y me adelantaba a todo lo que pudiera complacerle. Así, por ejemplo, en vez de ir a divertirme con los jóvenes de mi edad, le hacía compañía, sabiendo que le hubiera dado celos la menor cosa o el menor gesto que no tuviese destinado para él.

Y he aquí, que al cabo de un año, mi protector se sintió aquejado, por orden de Alah, de una enfermedad gravísima, hasta el punto de que todos los médicos desesperaron de curarle. Así es que se apresuró a llamarme a su lado, y me dijo: "Sea contigo la bendición, ¡oh hijo mío Abulcassem! Me has dado la felicidad en el transcurso de un año entero, mientras que la mayoría de los hombres apenas pueden contar con un día feliz en toda su vida. Hora es ya, pues, antes de que la Separadora venga a detenerse a mi cabecera, de que pague yo las muchas deudas que contraje contigo. Sabe, pues, hijo mío, que tengo que revelarte un secreto cuya posesión te hará más rico que todos los reyes de la tierra. Porque, si no tuviera yo por toda hacienda más que esta casa con las riquezas que contiene, me parecería que sólo te dejaba una fortuna exigua; pero todos los bienes que he amontonado en el curso de mi vida, aunque considerables para un mercader, no son nada en comparación del tesoro que quiero descubrirte. No te diré desde cuándo, por quién, ni de qué manera se encuentra en nuestra casa el tesoro, pues lo ignoro. Todo lo que sé es que es muy antiguo. ¡Mi abuelo, al morir, se lo descubrió a mi padre, quien también me hizo la misma confidencia pocos días antes de su muerte!"

Y tras de hablar así, el anciano se inclinó a mi oído, mientras lloraba yo al ver que se le escapaba la vida, y me enteró del sitio de la morada en que estaba el tesoro. Luego me aseguró que por muy grande que fuese la idea que pudiera yo formarme de las riquezas que encerraba, me parecerían más considerables todavía de lo que me figuraba. Y añadió: "Y hete aquí, ¡oh hijo mío! dueño absoluto de todo eso. Ten muy abierta la mano, sin temor a llegar nunca a agotar lo que no tiene fondo. ¡Sé dichoso! ¡Uassalam!" Y habiendo pronunciado estas últimas palabras, falleció en la paz. (¡Que Alah le tenga en Su misericordia y extienda a él Sus bendiciones!).

Y he aquí que, después de haber cumplido con él los últimos deberes, como único heredero, tomé posesión de todos sus bienes, y fui a ver al tesorero sin tardanza. Y deslumbrado, pude comprobar que mi difunto padre adoptivo no había exagerado su importancia; y me dispuse a hacer de ello el mejor uso posible.

En cuanto a todos los que me conocían y habían asistido a mi primera ruina, quedaron convencidos enseguida de que iba a arruinarme por segunda vez. Y se dijeron entre sí: "Aun cuando el pródigo Abulcassem tuviera todos los tesoros del Emir de los Creyentes, los disiparía sin vacilar". Así es que cuál no fue su asombro cuando, en lugar de ver en mis negocios el menor desorden, advirtieron que, por el contrario, eran más florecientes cada día. Y no llegaban a concebir cómo podía aumentar mi hacienda prodigándola, máxime cuando veían que cada vez hacía yo gastos más extraordinarios, y que tenía a mis expensas a todos los extranjeros de paso por Bassra, albergándolos como a reyes.

Así es que pronto corrió por la ciudad el rumor de que yo había encontrado un tesoro, y no fue preciso más para atraer sobre mí la codicia de las autoridades. En efecto, no tardó el jefe de policía en venir un día a buscarme, y después de recapacitar algún tiempo, me dijo "¡Señor Abulcassem, mis ojos ven y mis oídos oyen! Pero como ejerzo mis funciones para vivir, mientras que tantos otros viven para ejercer funciones, no vengo a pedirte cuenta de la vida fastuosa que llevas y a interrogarte por un tesoro que tanto interés tienes en guardar. Vengo a decirte sencillamente que si soy un hombre avisado se lo debo a Alah y no me enorgullezco de ello. Pero el pan está caro y nuestra vaca ya no da leche". Y comprendiendo yo el motivo del paso que daba, le dije: "¡Oh padre de los hombres de ingenio! ¿cuánto te hace falta para comprar pan a tu familia y reemplazar la leche que ya no da tu vaca?" Él contestó: "Nada más que diez dinares de oro al día, ¡oh mi señor!" Yo dije: "Eso no es bastante, y quiero darte ciento al día. ¡Y a tal fin no tendrás más que venir aquí a primeros de cada mes, y mi tesorero te contará los tres mil dinares necesarios a tu subsistencia!" Al oírlo, quiso él besarme la mano, pero me defendí de ello, sin olvidar que todos los dones son un préstamo del Creador. Y se marchó, invocando sobre mí las bendiciones.

Y he aquí que, al otro día de la visita del jefe de policía, el kadí me hizo llamar a su casa y me dijo: "¡Oh joven! Alah es el dueño de los tesoros y le corresponde por derecho la quinta parte de ellos. ¡Paga, pues, la quinta parte de tu tesoro y serás el tranquilo poseedor de las otras cuatro partes!" Yo contesté: "No sé qué quiere significar nuestro amo el kadí a su servidor. Pero me comprometo a darle todos los días, para los pobres de Alah, mil dinares de oro, a condición de que me dejen en paz". Y el kadí aprobó mis palabras y aceptó mi proposición.

Pero, algunos días más tarde, vino un guardia a buscarme de parte del walí de Bassra. Y cuando estuve en su presencia, el walí, que me había acogido con una actitud benévola, me dijo: "¿Me crees lo bastante injusto para quitarte tu tesoro si me lo enseñaras?" Y yo contesté:

"¡Alah prolongue mil años los días de nuestro amo el walí! Pero, aunque me arranque la carne con tenazas al rojo, no descubriré el tesoro que está, efectivamente, en mi poder. Sin embargo, consiento en pagar cada día a nuestro amo el walí dos mil dinares de oro para los menesterosos que conozca". Y ante una oferta que le pareció tan considerable, el walí no vaciló en aceptar mi proposición, y me despidió después de colmarme de atenciones.

Y desde entonces pago fielmente a estos tres funcionarios el tributo diario que les he prometido. Y en cambio, me dejan ellos que lleve la vida de largueza y de generosidad para la cual he nacido. ¡Y ése es, ¡oh mi señor! el origen de una fortuna que ya veo que te asombra y cuya cuantía no conoce nadie más que tú!"

Cuando el joven Abulcassem hubo acabado de hablar, el califa, en el límite del deseo de ver al maravilloso tesoro, dijo a su huésped: "¡Oh generoso Abulcassem! ¿es realmente posible que haya en el mundo un tesoro que tu generosidad no sea capaz de agotar pronto? No, por Alah, no puedo creerlo, y si no fuera exigir demasiado de ti, te rogaría que me lo enseñaras, jurándote por los derechos sagrados de la hospitalidad, sobre mi cabeza y por cuanto pueda hacer inviolable un juramento, que no abusaré de tu confianza y que tarde o temprano sabré corresponder a este favor único".

Al oír estas palabras del califa, a Abulcassem se le cambió el color y se le demudó la fisonomía, y contestó con triste acento: "Mucho me aflige, señor, que tengas esa curiosidad, que no puedo satisfacer más que con condiciones muy desagradables, aunque tampoco puedo decidirme a dejarte partir de mi casa con un deseo reconcentrado y un anhelo sin satisfacer. Así, pues, será preciso que te vende los ojos y que te conduzca, tú sin armas y con la cabeza descubierta, y yo con la cimitarra en la mano, pronto a descargarla sobre ti si intentas violar las leyes de la hospitalidad. No obstante, bien sé que, aun obrando así, cometo una imprudencia grande y que no debería ceder a tu pretensión. ¡En fin, sea como está escrito para nosotros en este día bendito! ¿Estás dispuesto a aceptar mis condiciones?"

El califa contestó: "Estoy dispuesto a seguirte y acepto esas condiciones y otras mil semejantes. Y te juro por el Creador del cielo y de la tierra que no te arrepentirás de haber satisfecho mi curiosidad. ¡Por lo demás, apruebo tus precauciones y ni por asomo me ofendo por ellas!"

Inmediatamente Abulcassem le puso una venda en los ojos, y cogiéndole de la mano le hizo bajar por una escalera disimulada a un jardín de vasta extensión. Y allí, después de varias vueltas por las avenidas que se entrecruzaban, le hizo penetrar en un profundo y espacioso subterráneo cuya entrada tapaba una gran piedra a ras del suelo. Y pasaron a un largo corredor en cuesta, que se abría en una gran sala sonora. Y Abulcassem quitó la venda al califa, que vio maravillado aquella sala iluminada sólo con el resplandor de los carbunclos incrustados en todas las paredes, así como en el techo. Y en medio de aquella sala se veía un estanque de alabastro blanco de cien pies de circunferencia lleno de monedas de oro y de cuantas joyas pueda soñar el cerebro más exaltado. Y alrededor de aquel estanque brotaban, como flores que surgieran de un suelo milagroso, doce columnas de oro que sostenían otras tantas estatuas de gemas de doce colores.

Y Abulcassem condujo al califa al borde del estanque, y le dijo: "Ya ves este montón de dinares de oro y de joyas de todas formas y de todos colores. ¡Pues bien; todavía no ha bajado más que dos dedos, aunque la profundidad del estanque es insondable! ¡Pero no hemos terminado!" Y le condujo a una segunda sala, semejante a la primera por la refulgencia de las paredes, pero más vasta aún, con un estanque en medio lleno de piedras talladas y de piedras en cabujones, y sombreado por dos hileras de árboles análogos al que le había regalado. Y por la bóveda de aquella sala corría en letras brillantes esta inscripción:

"No tema el dueño de este tesoro agotarlo; no podría dar fin a él. ¡Mejor es que lo utilice para llevar una vida agradable y para adquirir amigos, porque la vida es una y no vuelve, y vida sin amigos no es vida!"

Tras de lo cual Abulcassem todavía hizo visitar a su huésped otras varias salas que en nada desmerecían de las anteriores; luego, al ver que ya estaba fatigado de contemplar tantas cosas deslumbradoras, le condujo fuera del subterráneo, tras de vendarle los ojos, empero.

Una vez que regresaron al palacio, el califa dijo a su guía: "¡Oh mi señor...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 826ª NOCHE

Ella dijo:

...Una vez que regresaron al palacio, el califa dijo a su guía: "¡Oh mi señor! después de lo que acabo de ver, y a juzgar por la joven esclava y los dos amables muchachos que me has dado, entiendo que no solamente debes ser el hombre más rico de la tierra, sino indudablemente el hombre más dichoso. ¡Porque en tu palacio debes poseer las más hermosas hijas de Oriente y las jóvenes más hermosas de las islas del mar!" Y contestó tristemente el joven: "¡Cierto ¡oh mi señor! que en mi morada tengo esclavas de una belleza notable; pero ¿me es dado amarlas a mí, cuya memoria llena la querida desaparecida, la dulce, la encantadora, la que por causa mía fue precipitada en las aguas del Nilo? ¡Ah! ¡mejor quisiera no tener por toda fortuna más que la contenida en el cinturón de un mandadero de Bassra y poseer a Labiba, la sultana favorita, que vivir sin ella con todos mis tesoros y todo mi harén!" Y el califa admiró la constancia de sentimientos del hijo de Abdelaziz; pero le exhortó a esforzarse cuanto pudiera para sobreponerse a sus penas. Luego le dio gracias por el magnífico recibimiento que le había hecho, y se despidió de él para volverse a su khan, habiéndose asegurado de tal suerte por sí mismo de la verdad de los asertos de su visir Giafar, a quien había hecho arrojar a un calabozo. Y emprendió otra vez al día siguiente el camino de Bagdad con todos los servidores, la joven, los dos mozalbetes y todos los presentes que debía a la generosidad sin par de Abulcassem.

Y he aquí que, no bien estuvo de regreso en palacio, Al-Rashid se apresuró a poner de nuevo en libertad a su gran visir Giafar, y para demostrarle cuánto sentía el haberle castigado de manera preventiva, le dio de regalo a los dos mozalbetes y le devolvió toda su confianza. Luego, tras de contarle el resultado de su viaje, le dijo: "¡Y ahora, ¡oh Giafar! dime qué debo hacer para corresponder al buen comportamiento de Abulcassem! Ya sabes que el agradecimiento de los reyes debe superar al bien que se les haga. Si me limitara a enviar al magnífico Abulcassem lo más raro y más precioso que tengo en mi tesoro, sería poca cosa para él. ¿Cómo vencerle, pues, en generosidad?"

Y Giafar contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡el único medio de que dispones para pagar tu deuda de agradecimiento es nombrar a Abulcassem rey de Bassra!" Y Al-Rashid contestó: "Verdad, dices, ¡oh visir mío! Ese es el único medio de corresponder con Abulcassem. ¡Y enseguida vas a partir para Bassra y a entregarle las patentes de su nombramiento, conduciéndole aquí luego para que podamos festejarle en nuestro palacio!" Y Giafar contestó con el oído y la obediencia, y partió sin demora para Bassra. Y Al-Rashid fue a buscar a Sett Zobeida a su aposento, y le regaló la joven, el árbol y el pavo real, sin guardar para sí más que la copa. Y la joven le pareció a Zobeida tan encantadora, que dijo a su esposo, sonriendo, que la aceptaba con más gusto aún que los otros presentes. Luego hizo que le narrara los detalles de aquel viaje asombroso.

En cuanto a Giafar, no tardó en volver de Bassra con Abulcassem, a quien había tenido cuidado de poner al corriente de lo que había sucedido y de la identidad del huésped que había alojado en su morada.

Y cuando entró el joven en la sala del trono, el califa se levantó en honor suyo, avanzó hacia él, sonriendo, y le besó como a un hijo. Y quiso ir por sí mismo con él hasta el hammam, honor que todavía no había otorgado a nadie desde su advenimiento al trono. Y después del baño, mientras les servían sorbetes, helados de almendras y frutas, fue allí a cantar una esclava llegada al palacio recientemente. Pero no bien hubo mirado Abulcassem el rostro de la joven esclava, lanzó un gran grito y cayó desvanecido. Y Al-Rashid, acudiendo solícito a socorrerle, le tomó en sus brazos y le hizo recobrar el sentido poco a poco.

Y he aquí que la joven cantarina no era otra que la antigua favorita del sultán de El Cairo, a quien un pescador había sacado de las aguas del Nilo y se la había vendido a un mercader de esclavos. Y aquel mercader, después de tenerla escondida en su harén mucho tiempo, la había conducido a Bagdad y se la había vendido a la esposa del Emir de los Creyentes.

Así es como Abulcassem convertido en rey de Bassra, recuperó a su bienamada y pudo en lo sucesivo vivir con ella entre delicias hasta la llegada de la Destructora de placeres, ¡la Constructora inexorable de tumbas!

"Pero no sabes ¡oh rey! —continuó Schehrazada— que esta historia es, ni por asomo, tan asombrosa y está tan llena de utilidad moral como la Historia complicada del adulterino simpático".

Y preguntó el rey Schahriar frunciendo las cejas: "¿De qué adulterino quieres hablar, Schehrazada?"

Y la hija del visir contestó: "¡De aquel precisamente cuya vida agitada ¡oh rey! voy a contarte!"

Y dijo:

HISTORIA COMPLICADA DEL ADULTERINO SIMPÁTICO

Se cuenta —¡pero Alah es más sabio!— que en una ciudad entre las ciudades de nuestros padres árabes había tres amigos que eran genealogistas de profesión. Ya se explicará esto, si Alah quiere.

Y los tales tres amigos eran al mismo tiempo bravos entre los listos. Y era tanta su listeza, que por diversión podían quitar su bolsa a un avaro sin que se enterase. Y tenían costumbre de reunirse todos los días en una habitación de un khan aislado, que habían alquilado a este efecto, y donde, sin que se les molestara, podían concertar a su gusto la mala pasada que proyectaban jugar a los habitantes de la ciudad o la hazaña que tenían en preparación para pasar el día alegremente. Pero también hay que decir que de ordinario sus actos y gestos estaban desprovistos de maldad y llenos de oportunidad, como que sus maneras eran por cierto distinguidas y simpático su rostro. Y como les unía una amistad de hermanos enteramente, juntaban sus ganancias y se las repartían con toda equidad, fuesen considerables o módicas. Y siempre gastaban la mitad de estas ganancias en comprar haschisch para emborracharse por la noche, después de un día bien empleado. Y su borrachera ante las bujías encendidas era siempre de buena ley y jamás degeneraba en pendencias o en palabras impropias, sino al contrario. Porque el haschisch exaltaba más bien sus cualidades fundamentales y avivaba su inteligencia. Y en aquellos momentos encontraban expedientes maravillosos que, en verdad, hubiesen hecho las delicias de quien los escuchase.

Un día, cuando el haschisch hubo fermentado en su razón, les sugirió cierta estratagema de una audacia sin precedente. Porque una vez combinado su plan, se fueron muy de mañana a las cercanías del jardín que rodeaba el palacio del rey. Y allí se pusieron a armar querella y a dirigirse invectivas de un modo ostensible, lanzándose mutuamente, contra su costumbre, las imprecaciones más violentas, y amenazándose, a vuelta de muchos gestos y ojos inyectados, con matarse o por lo menos, con ensartarse por detrás.

Cuando el sultán, que se paseaba por su jardín, hubo oído aquellos gritos y el tumulto que se alzaba, dijo: "¡Que me traigan a los individuos que hacen todo ese ruido!" Y al punto corrieron chambelanes y eunucos a apoderarse de ellos, y les arrastraron, moliéndolos a golpes, entre las manos del sultán.

Y he aquí que, en cuanto estuvieron en su presencia, el sultán, que había sido molestado en su paseo matinal por aquellos gritos intempestivos, les preguntó con cólera: "¿Quiénes sois, ¡oh forajidos!? ¿Y por qué armáis querella sin vergüenza bajo los muros del palacio de vuestro rey?" Y contestaron: "¡Oh rey del tiempo! Nosotros somos maestros de nuestro arte. Y cada uno de nosotros ejerce una profesión diferente. En cuanto a la causa de nuestro altercado —¡perdónenos nuestro señor!—, era precisamente nuestro arte. Porque discutíamos la excelencia de nuestras profesiones, y como poseemos nuestro arte a la perfección, cada cual de nosotros pretendía ser superior a los otros dos. Y de palabra en palabra nos hemos dejado invadir por la cólera; y se ha recorrido la distancia que media de ella a las invectivas y las groserías. ¡Y así fue como, olvidando la presencia de nuestro amo el sultán, nos hemos tratado mutuamente de maricas y de hijos de zorra, y de tragadores de zib! ¡Alejado sea el maligno! ¡La cólera es mala consejera, ¡oh amo nuestro! y hace perder a las gentes bien educadas el sentimiento de su dignidad! ¡Qué vergüenza sobre nuestra cabeza! ¡Sin duda merecemos ser tratados sin clemencia por nuestro amo el sultán!"

Y el sultán les preguntó: "¿Cuáles son vuestras profesiones?" Y el primero de los tres amigos besó la tierra entre las manos del sultán, y levantándose, dijo: "Por lo que a mí respecta, ¡oh mi señor! soy genealogista de piedras finas, y es muy general el admitir que soy un sabio dotado del talento más distinguido en la ciencia de las genealogías lapidarias!" Y le dijo el sultán, muy asombrado: "¡Por Alah, que, a juzgar por tu mirada atravesada, más pareces un bellaco que un sabio! ¡Y sería la primera vez que viera yo reunidas en el mismo hombre la ciencia y la diablura! Pero, sea de ello lo que sea, ¿puedes decirme, al menos, en qué consiste la genealogía lapidaria...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 827ª NOCHE

Ella dijo:

"...Pero, sea de ello lo que sea, ¿puedes decirme, al menos, en qué consiste la genealogía lapidaria?" Y contestó el interpelado: "Es la ciencia que trata del origen y de la raza de las piedras preciosas, y el arte de diferenciarlas, al primer golpe de vista, de las piedras falsas, y de distinguir unas de otras a la vista y al tacto.

Y el sultán exclamó: "¡Qué cosa tan extraña! ¡Pero ya pondré a prueba su ciencia y juzgaré de su talento!" Y se encaró con el segundo comedor de haschisch y le preguntó: "¿Y cuál es tu profesión?" Y el segundo hombre, tras de besar la tierra entre las manos del sultán, se levantó y dijo: "Por mi parte, ¡oh rey del tiempo! soy genealogista de caballos. Y están todos acordes en considerarme como el hombre más sabio entre los árabes en el conocimiento de la raza y del origen de los caballos. Porque, al primer golpe de vista, sin equivocarme nunca, puedo decir si un caballo viene de la raza de Anazeh o de la tribu de los Muteyr o de los Beni-Khaled o de la tribu de los Dafir o del Jabal Schammar. Y puedo adivinar con certeza si se ha criado en las altas planicies del Nejed o en medio de los prados de los Nefuds, y si es de la raza de los Kehilán El-Ajuz, o de los Seglawi-Jedrán, o de los Seglawi-Scheyfi, o de los Hamdani Simri, o de los Kehilán El Krusch. Y puedo decir la distancia exacta de pies que puede recorrer ese caballo en un tiempo dado a galope, al paso y al trote ligero. Y puedo revelar las enfermedades ocultas del animal y sus enfermedades futuras, y decir de qué mal han muerto el padre, la madre y los antecesores hasta la quinta generación ascendente. Y puedo curar las enfermedades caballunas reputadas incurables, y poner en pie a un animal agónico. Y he aquí ¡oh rey del tiempo! una parte solamente de lo que sé, pues, por temor a exagerar mis méritos, no me atrevo a enumerarte los demás detalles de mi ciencia. ¡Pero Alah es más sabio!" Y después de hablar así, bajó los ojos con modestia, inclinándose ante el sultán.

Y al oír y al escuchar, exclamó el sultán: "¡Por Alah que ser sabio y forajido a la vez resulta un prodigio asombroso! ¡Pero ya sabré comprobar lo que dice y experimentar su ciencia genealógica!"

Luego se encaró con el tercer genealogista y le preguntó: "¿Y cuál es tu profesión, ¡oh tú, tercero!?"

Y el tercer comedor de haschisch, que era el más avispado de los tres, contestó, después de los homenajes debidos: "¡Oh rey del tiempo! mi profesión es la más noble sin disputa y la más difícil. Porque si estos dos sabios compañeros míos son genealogistas en piedras y en caballos, yo soy genealogista de la especie humana. Y si mis compañeros son sabios entre los más distinguidos, yo paso por corona de su cabeza incontestablemente. Porque ¡oh mi señor y corona de mi cabeza! Yo tengo el poder de conocer el verdadero origen de mis semejantes, no el origen indirecto, sino el directo, el que la madre del niño apenas puede conocer y el padre ignora generalmente. Sabe, en efecto, que a la sola vista de un hombre y a la sola audición del timbre de su voz, puedo decirle sin vacilar si es hijo legítimo o si es adulterino, y a decirle, además si su padre y su madre han sido hijos legítimos o productos de copulación ilícita, y revelarle lo legal o lo ilegal del nacimiento de los miembros de su familia, remontándome hasta nuestro padre Ismael ben-Ibrahim (con ambos las gracias de Alah, y la más escogida de las bendiciones). Y de tal suerte he podido, gracias a la ciencia de que me ha dotado el Retribuidor (¡exaltado sea!), desengañar a buen número de grandes señores acerca de la nobleza de su nacimiento, y probarles con las pruebas más fehacientes que no eran más que el resultado de una copulación de su madre, ora con un camellero, ora con un arriero, ora con un cocinero, ora con un falso eunuco, ora con un negro de betún, ora con un esclavo entre los esclavos o con cualquier otro análogo. ¡Y si ¡oh mi señor! la persona que examino es una mujer, también puedo, sólo con mirarla al rostro a través de su velo, decirle su raza, su origen y hasta la profesión de sus padres! Y he aquí ¡oh rey del tiempo! una parte solamente de lo que sé, pues la ciencia de la genealogía humana abarca tanto, que para enumerarte nada más que sus diversas ramas necesitaría estar un día entero con mi pesada presencia delante de los ojos de nuestro amo el sultán. Así pues ¡oh mi señor! Ya ves que mi ciencia es más admirable, y con mucho, que la de estos dos sabios compañeros míos, porque ningún hombre más que yo solo posee esta ciencia sobre la superficie de la tierra, y nadie la ha poseído antes que yo. ¡Pero de Alah nos viene toda ciencia, todo conocimiento es un préstamo de Su generosidad, y el mejor de Sus dones es la virtud de la humildad!"

Y después de hablar así, el tercer genealogista bajó los ojos con modestia, inclinándose de nuevo, y retrocedió en medio de sus compañeros puestos en fila ante el rey.

Y el rey se dijo en el límite del asombro: "¡Por Alah, qué enormidad! ¡Si están justificados los asertos de este último, sin duda es el sabio más extraordinario de este tiempo y de todos los tiempos! Voy, pues, a quedarme con estos tres genealogistas en mi palacio hasta que se presente una ocasión que nos permita experimentar su asombroso saber. ¡Y si se demuestran que no tienen fundamentos sus pretensiones, les espera el palo!"

Y tras de hablar así consigo mismo, el sultán se encaró con su gran visir, y le dijo: "Que no se pierda de vista a estos tres sabios, dándoles una habitación en el palacio, así como una ración de pan y de carne al día y agua a discreción".

Y en aquella hora y en aquel instante se ejecutó la orden. Y los tres amigos se miraron, diciéndose con los ojos: "¡Qué generosidad! ¡Jamás oímos decir que un rey fuera tan munificente como este rey y tan sagaz! Pero nosotros, por Alah, no somos genealogistas de balde. Y más pronto o más tarde nos llegará nuestra hora".

Pero, volviendo al sultán, no tardó en ofrecerse la ocasión que deseaba. En efecto, un rey vecino le envió presentes muy raros, entre los cuales había una piedra preciosa de maravillosa hermosura, blanca y transparente y de un agua más pura que el ojo del gallo. Y acordándose de las palabras del genealogista lapidario, el sultán mandó a buscarle, y después que le hubo enseñado la piedra, le pidió que la examinase y le dijese qué opinaba de ella. Pero el genealogista lapidario contestó: "Por vida de nuestro amo el rey, que no tengo necesidad de examinar esa piedra en todos sus aspectos, ya por transparencia, ya por reflexión, ni de tomarla en mi mano, ni siquiera de mirarla. ¡Pues, para juzgar de su valor y su hermosura, sólo necesito tocarla con el dedo meñique de mi mano izquierda teniendo los ojos cerrados!".

Y el rey, más asombrado todavía que la primera vez, se dijo: "¡He aquí por fin el momento en que vamos a saber si son ciertas sus pretensiones!" Y presentó la piedra al genealogista lapidario, que, con los ojos cerrados, extendió el dedo meñique y la rozó. Y al punto retrocedió con viveza, y sacudió su mano como si se la hubiesen mordido o quemado, y dijo: "¡Oh mi señor! ¡esta piedra no tiene valor ninguno, sino que tiene un gusano en su corazón!"

Y al oír estas palabras, el sultán sintió que se le llenaba de furor la nariz, y exclamó: "¿Qué estás diciendo, ¡oh hijo de alcahuete!? ¿No sabes que esta piedra es de un agua admirable, transparente hasta más no poder y llena de brillo, y que me la ha regalado un rey entre los reyes?" Y no escuchando más que su indignación, llamó al funcionario del palo y le dijo: "¡Pincha el ano de este indigno embustero!"

Y el funcionario del palo, que era un gigante extraordinario, cogió al genealogista y lo levantó como a un pájaro, y se dispuso a ensartarle, pinchándole lo que le tenía que pinchar, cuando el gran visir, que era un anciano lleno de prudencia y de moderación y de buen sentido, dijo al sultán: "¡Oh rey del tiempo! claro que este hombre ha debido exagerar sus méritos, y la exageración es condenable en todo.

Pero quizá no esté completamente desprovisto de verdad lo que se ha aventurado a decir, y en este caso su muerte no estaría suficientemente justificada ante el Dueño del Universo. ¡Por otra parte, ¡oh mi señor! la vida de un hombre, quienquiera que sea, es más preciosa que la piedra más preciosa, y pesa más en la balanza del Pesador! Por eso mejor es diferir el suplicio de este hombre hasta después de la prueba. Y la prueba sólo puede obtenerse rompiendo esa piedra en dos. Y entonces, si se encuentra el gusano en el corazón de esa piedra, el hombre tendrá razón; pero si la piedra está intacta y sin lasca interna, el castigo de ese hombre será prolongado y acentuado por el funcionario del palo".

Y comprendiendo el sultán la justicia que había en las palabras de su gran visir, dijo: "¡Que partan en dos esta piedra!" Y al instante rompieron la piedra. Y el sultán y todos los presentes llegaron al límite extremo del asombro al ver salir un gusano blanco del propio corazón de la piedra. Y en cuanto estuvo al aire, aquel gusano se consumió en su propio fuego en un instante, sin dejar la menor traza de su existencia.

Cuando el sultán volvió de su emoción preguntó al genealogista: "¿De qué medio te has valido para advertir en el corazón de la piedra la existencia de ese gusano que ninguno de nosotros pudo ver?" Y el genealogista contestó con modestia: "¡Me ha bastado la finura de vista del ojo que tengo en la punta de mi dedo meñique y la sensibilidad de este dedo para el calor y el frío de esa piedra!"

Y el sultán, maravillado de su ciencia y de su sagacidad, dijo al funcionario del palo: "¡Suéltale!" Y añadió: "¡Que le den hoy doble ración de pan y de carne y agua a discreción!"

¡Y he aquí lo referente al genealogista lapidario!

¡Pero he aquí ahora lo que atañe al genealogista de caballos! Algún tiempo después de aquel acontecimiento de la gema habitada por el gusano, el sultán recibió del interior de la Arabia, en prueba de lealtad de parte de un poderoso jefe de tribu, un caballo bayo oscuro de una hermosura admirable. Y encantado de aquel presente, se pasaba los días enteros admirándole en la caballeriza, Y como no olvidaba la presencia del genealogista de caballos en el palacio, hizo que le trasmitieran la orden de presentarse ante él. Y cuando estuvo entre sus manos le dijo: "¡Oh hombre! ¿sigues pretendiendo entender de caballos de la manera que nos dijiste no hace mucho tiempo? ¿Y te sientes dispuesto a probarnos tu ciencia del origen y de la raza de los caballos?" Y el segundo genealogista contestó: "Claro que sí, ¡oh rey del tiempo!" Y el sultán exclamó: "¡Por la verdad de Quien me colocó como soberano por encima de los cuellos de Sus servidores y dice a los seres y a las cosas: «¡Sed!» para que sean, que como haya el menor error, falsedad o confusión en tu declaración, te haré morir con la peor de las muertes!" Y el hombre contestó: "¡Entiendo y me someto!" Y el sultán dijo entonces: "¡Que traigan el caballo delante de este genealogista!"

Y cuando tuvo delante de él al noble bruto, el genealogista le lanzó una ojeada, una sola, contrajo sus facciones, sonrió, y dijo encarándose con el sultán: "¡He visto y he sabido!"

Y el sultán le preguntó: "¿Qué has visto ¡oh hombre! y qué has sabido...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 828ª NOCHE

Ella dijo:

...el genealogista de caballos lanzó, pues, al noble bruto una ojeada, una sola, contrajo sus facciones, sonrió, y dijo encarándose con el sultán: "¡He visto y he sabido!" Y el sultán le preguntó: "¿Qué has visto ¡oh hombre! y qué has sabido?" Y el genealogista contestó: "He visto ¡oh rey del tiempo! que este caballo es, efectivamente, de una hermosura rara y de una raza excelente, que sus proporciones son armónicas y su aspecto está lleno de arrogancia, que su poder es muy grande y su acción ideal; que tiene la espaldilla muy fina, la estampa soberbia, el lomo alto, las patas de acero, la cola levantada y formando un arco perfecto, y las crines pesadas, espesas y barriendo el suelo; y en cuanto a la cabeza, tiene todas las señales distintivas que son esenciales en la cabeza de un caballo del país de los árabes: es ancha, y no pequeña, desarrollada en las regiones altas, con una gran distancia de las orejas a los ojos, una gran distancia de un ojo a otro, y una distancia pequeñísima de una oreja a otra; y la parte delantera de esta cabeza es convexa; y los ojos están a flor de cabeza y son hermosos como los ojos de las gacelas; y el espacio que hay en torno de ellos está sin pelo y deja al desnudo, en su vecindad inmediata, el cuero negro, fino y lustroso; y el hueso de la carrillada es grande y delgado, y el de la quijada queda de relieve; y la cara se estrecha por abajo y termina casi en punta al extremo del belfo; y los nasales, cuando están quietos, quedan al nivel de la cara y sólo parecen dos hendiduras hechas en ella; y la boca tiene el labio inferior más ancho que el labio superior; y las orejas son anchas, largas finas y cortadas delicadamente como las orejas del antílope; en fin, es un animal de todo punto espléndido. Y su color bayo oscuro es el rey de los colores. Y sin duda alguna este animal sería el primer caballo de la tierra, y en ninguna parte se le podría encontrar igual, si no tuviese una tara que acaban de descubrir mis ojos, ¡oh rey del tiempo!"

Cuando el sultán hubo oído esta descripción del caballo, que tanto le gustaba, quedó al pronto maravillado, sobre todo teniendo en cuenta la simple mirada echada negligentemente al animal por el genealogista. Pero cuando oyó hablar de una tara llamearon sus ojos y se le oprimió el pecho, y con una voz que la cólera hacía temblar preguntó al genealogista: "¿Qué estás diciendo, ¡oh taimado maldito!? ¿Y qué hablas de taras con respecto a un animal tan maravilloso y que es el único retoño de la raza más noble de Arabia?"

Y el genealogista contestó sin inmutarse: "¡Desde el momento en que el sultán se enfade por las palabras de su esclavo, el esclavo no dirá más!"

Y exclamó el sultán: "¡Di lo que tengas que decir!"

Y el hombre contestó: "¡No hablaré si no me da el rey libertad para ello!"

Y dijo el rey: "¡Habla, pues, y no me ocultes nada!"

Entonces dijo él: "¡Sabe ¡oh rey! que este caballo es de pura y verdadera raza por parte de padre, pero nada más que por parte de padre! ¡En cuanto a su madre, no me atrevo a hablar!"

Y gritó el rey con el rostro convulso: "¿Quién es su madre, pues? ¡dínoslo enseguida!"

Y el genealogista dijo: "Por Alah, ¡oh mi señor! que la madre de este caballo soberbio es de una raza animal diferente en absoluto. ¡Porque no es una yegua, sino una hembra de búfalo marino!"

Al oír estas palabras del genealogista, el sultán se encolerizó hasta el límite extremo de la cólera y se hinchó y se deshinchó después, y no pudo pronunciar una palabra al pronto. Y acabó por exclamar: "¡Oh perro de los genealogistas! ¡preferible es tu muerte a tu vida!" E hizo una seña al funcionario del palo, diciéndole: "¡Pincha el ano de ese genealogista!" Y el gigante del palo cogió en brazos al genealogista, y poniéndole el ano sobre la consabida punta perforadora, iba ya a dejarle caer sobre ella con todo su peso para dar vueltas luego al berbiquí, cuando el gran visir, que era hombre dotado del sentido de la justicia, suplicó al rey que retrasara por algunos instantes el suplicio, diciéndole: "¡Oh mi señor soberano! claro que este genealogista está afligido de un espíritu imprudente y de un raciocinio débil para así pretender que este caballo puro desciende de una madre hembra de búfalo marino. Así es que, para probarle bien que se merece su suplicio, valdría más hacer venir aquí al caballerizo que ha traído este caballo de parte del jefe de las tribus árabes. ¡Y nuestro amo el sultán le interrogará en presencia de este genealogista, y le pedirá que nos entregue la bolsita que contiene el acta de nacimiento de este caballo y que da fe de su raza y de su origen, pues ya sabemos que todo caballo de sangre noble debe llevar atada a su cuello una bolsita, a manera de estuche, que contenga sus títulos y su genealogía!"

Y dijo el sultán: "¡No hay inconveniente!" Y dio orden de llevar a su presencia al caballerizo en cuestión.

Cuando el caballerizo entró entre las manos del sultán y hubo oído y comprendido lo que se le pedía, contestó: "¡Escucho y obedezco! ¡Y aquí está el estuche!" Y sacándose del seno una bolsita de cuero labrado e incrustado de turquesas, se la entregó al sultán, que enseguida desató los cordones y sacó un pergamino, en el cual estaban estampados los sellos de todos los jefes de la tribu en que había nacido el caballo y los testimonios de todos los testigos presentes al acto de cubrir el padre a la madre. Y aquel pergamino decía en definitiva que el potranco consabido había tenido por padre a un semental de pura sangre de la raza de los Seglawi-Jedrán y por madre a una hembra de búfalo marino, a quien el semental había encontrado un día que viajaba a orillas del mar, y que la había cubierto por tres veces, relinchando sobre ella de una manera que no dejaba lugar a dudas. Y decía también que aquella hembra de búfalo marino fue capturada por los jinetes, y había dado a luz aquel potranco bayo oscuro, y le había criado ella misma durante un año en medio de la tribu. Y tal era el resumen del contenido del pergamino.

Cuando el sultán hubo oído la lectura que del documento le había hecho el propio gran visir, y la enumeración de los nombres de jeiques y testigos que lo habían sellado, quedó extremadamente confuso de hecho tan extraño, al mismo tiempo muy maravillado de la ciencia adivinatoria e infalible del genealogista de caballos. Y se encaró con el funcionario del palo, y le dijo: "¡Quítale de encima de la plancha del berbiquí!"

Y una vez que de nuevo estuvo el genealogista de pie entre las manos del rey, le preguntó éste: "¿Cómo pudiste juzgar de una sola ojeada la raza, el origen, las cualidades y el nacimiento de este potro? Porque tu aserto, por Alah ha resultado cierto y se ha probado de manera irrefutable. ¡Date prisa, pues, a iluminarme respecto a las señales por las cuales has conocido la tara de este animal espléndido!" Y contestó el genealogista: "La cosa es fácil, ¡oh mi señor! No he tenido más que mirar los cascos de este caballo. Y nuestro amo puede hacer lo que he hecho yo". Y el rey miró los cascos del animal y vio que estaban hendidos y eran pesados y largos, como los de los búfalos, en vez de estar unidos y ser ligeros y redondos como los de los caballos. Y al ver aquello exclamó el sultán: "¡Alah es Todopoderoso!"

Y se encaró con los servidores, y les dijo: "¡Que le den hoy a ese sabio genealogista doble ración de carne, así como dos panes y agua a discreción!"

¡Y he aquí lo referente a él!

Pero respecto al genealogista de la especie humana, ocurrió cosa muy distinta.

En efecto, cuando el sultán hubo visto aquellos dos descubrimientos extraordinarios, debidos a los dos genealogistas con la gema que contenía un gusano en su corazón y con el potro nacido de un semental de pura sangre y de una hembra de búfalo marino, y cuando hubo puesto a prueba por sí mismo la ciencia prodigiosa de ambos hombres, se dijo: "¡Por Alah, que no lo sé; pero creo que el tercer bellaco debe ser un sabio más prodigioso todavía! ¡Y quién sabe si irá a descubrir algo que no sepamos!" Y le hizo llevar a su presencia acto seguido, y le dijo: "Debes acordarte ¡oh hombre! de lo que te adelantaste a decir en mi presencia con respecto a tu ciencia de la genealogía de la especie humana, que te permite descubrir el origen directo de los hombres, lo cual no puede conocer apenas la madre del niño, y lo ignora el padre, generalmente. Y también debes acordarte de que aventuraste un aserto parecido respecto a las mujeres. Deseo, pues, saber por ti si persistes en tus afirmaciones y si estás dispuesto a demostrarlas ante nuestros ojos". Y el genealogista de la especie humana, que era el tercer comedor de haschisch, contestó: "Así hablé, ¡oh rey del tiempo! Y persisto en mis afirmaciones. ¡Y Alah es el más grande!"

Entonces el sultán se levantó de su trono, y dijo al hombre: "¡Echa a andar detrás de mí!" Y el hombre echó a andar detrás del sultán, que le condujo a su harén, en contra de lo establecido por la costumbre, aunque después de haber hecho prevenir a las mujeres por los eunucos para que se envolvieran en sus velos y se taparan el rostro. Y llegados que fueron ambos al aposento reservado a la favorita del momento, el sultán se encaró con el genealogista, y le dijo: "¡Besa la tierra en presencia de tu señora y mírala para decirme luego lo que hayas visto!"

Y el comedor de haschisch dijo al sultán: "Ya la he examinado, ¡oh rey del tiempo!" Y he aquí que no había hecho más que posar en ella una mirada, una sola, y nada más.

Y el sultán le dijo: "¡En ese caso, echa a andar detrás de mí!"

Y salió, y el genealogista echó a andar detrás de él, y llegaron a la sala del trono. Y tras de hacer evacuar la sala, el sultán se quedó solo con su gran visir y el genealogista, a quien preguntó: "¿Qué has descubierto en tu señora?" Y contestó el interpelado: "¡Oh mi señor! he visto en ella una mujer adornada de gracias, de encantos, de elegancia, de lozanía; de modestia y de todos los atributos y todas las perfecciones de la belleza. Y sin duda no se podría desear nada más en ella, porque tiene todos los dones que pueden encantar el corazón y refrescar los ojos, y por cualquier parte que se la mire está llena de proporción y armonía; y si he de juzgar por su aspecto exterior y por la inteligencia que anima su mirada, sin duda debe poseer en su centro interior todas las cualidades deseables de listeza y de comprensión. Y he aquí lo que he visto en esa dama soberana, ¡oh mi señor! ¡Pero Alah es omnisciente!"

El sultán le dijo: "¡No se trata de eso, ¡oh genealogista! sino de que digas qué has descubierto con respecto al origen de tu señora, mi honorable favorita...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 829ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando el genealogista hubo dicho al sultán: "Y he aquí lo que he visto en esa dama soberana, ¡oh mi señor! ¡Pero Alah es omnisciente!", el sultán le dijo: "¡No se trata de eso, ¡oh genealogista! sino de que me digas qué has descubierto con respecto al origen de tu señora, mi honorable favorita!" Y tomando de pronto una actitud reservada y discreta, el genealogista contestó: "¡Es cosa delicada, ¡oh rey del tiempo! y no sé si debo hablar o callarme!" Y el sultán exclamó: "¡Por Alah, que no te he hecho venir más que para que hables! Vamos desembucha lo que tengas guardado, y mide tus palabras, ¡oh bellaco!" Y el genealogista, sin inmutarse, dijo: "¡Por vida de nuestro amo, que esa dama sería el ser más perfecto entre las criaturas si no tuviese un defecto original que desluce sus perfecciones personales!"

Al oír estas últimas frases y la palabra "defecto", el sultán, frunciendo las cejas e invadido por el furor, sacó de repente su cimitarra y saltó hacia el genealogista para cortarle la cabeza, gritando: "¡Oh perro, hijo de perro! por lo visto vas a decirme que mi favorita desciende de algún búfalo marino o que tiene un gusano en un ojo o en otra parte! ¡Ah! ¡hijo de los mil cornudos de la impudicia, así esta hoja te deje más ancho que largo!" Y de un trago le habría hecho beber la muerte infaliblemente, si no se hubiese encontrado allí el visir, prudente y juicioso, para desviar su brazo y decirle: "¡Oh mi señor! ¡mejor será no quitar la vida a este hombre, sin estar convencido de su crimen!"

Y el sultán dijo al hombre, a quien había derribado y a quien tenía bajo su rodilla: "¡Pues bien; habla! ¿Cuál es ese defecto que has encontrado en mi favorita?"

Y el genealogista de la especie humana contestó con el mismo acento tranquilo de antes: "¡Oh rey del tiempo! ¡mi señora, tu honorable favorita, es un dechado de belleza y de perfecciones; pero su madre era una danzarina pública, una mujer libre de la tribu errante de los Ghaziyas, una hija de prostituta!"

Al oír estas palabras, se hizo tan intenso el furor del sultán que se le quedaron los gritos en el fondo de la garganta. Y sólo al cabo de un momento pudo expresarse, diciendo a su gran visir: "¡Ve enseguida a traerme aquí al padre de mi favorita, que es el intendente de mi palacio!" y continuó teniendo bajo su rodilla al genealogista, que era el tercer comedor de haschisch. Y cuando hubo llegado el padre de su favorita, le gritó: "¿Ves este palo? ¡Pues bien; si no quieres verte sentado en su punta date prisa a decirme la verdad con respecto al nacimiento de tu hija, mi favorita!" Y el intendente de palacio, padre de la favorita, contestó: "¡Escucho y obedezco!"

Y dijo: "Has de saber ¡oh mi señor soberano! que voy a decirte la verdad, pues, que tal es la única salvación. En mi juventud vivía yo la vida libre del desierto, y viajaba escoltando a las caravanas, que me pagaban el tributo del pasaje por el territorio de mi tribu. Y he aquí que un día en que habíamos acampado junto a los pozos de Zobeida (¡sean con ella las gracias y la misericordia de Alah!), acertó a pasar un grupo de mujeres de la tribu errante de los Ghaziyas, cuyas hijas, cuando llegan a la pubertad, se prostituyen con los hombres del desierto, viajando de una tribu a otra y de un campamento a otro, ofreciendo sus gracias y su ciencia del amor a los cabalgadores jóvenes. Y aquel grupo se quedó con nosotros durante algunos días, y nos dejó luego para ir a buscar a los hombres de la tribu vecina. Y he aquí que después de su marcha, cuando ya se habían perdido de vista, descubrí acurrucada debajo de un árbol, a una pequeñuela de cinco años, a quien su madre, una Ghaziya, había debido perder u olvidar en el oasis, junto a los pozos de Zobeida. Y en verdad ¡oh mi señor soberano! que aquella muchacha, morena como el dátil maduro, era tan menuda y tan hermosa, que acto seguido declaré que la tomaba a mi cargo. Y aunque estaba asustada como una corza joven en su primera salida por el bosque, conseguí domesticarla, y se la confié a la madre de mis hijos, que la educó como si fuese su propia hija. Y creció entre nosotros y se desarrolló tan bien, que, cuando estuvo en la pubertad, ninguna hija del desierto, por muy maravillosa que fuera, podía compararsela. Y yo ¡oh mi señor! sentía que mi corazón estaba prendado de ella, y sin querer unirme a ella de manera ilícita, la tomé por mujer legítima, desposándola, a pesar de su origen inferior. Y gracias a la bendición, me dio ella la hija que te has dignado elegir para favorita tuya ¡oh rey del tiempo! Y ésta es la verdad acerca de la madre de mi hija, y acerca de su raza y de su origen. Y juro por la vida de nuestro profeta Mahomed (¡con Él la plegaria y la paz!) que no he quitado una sílaba. ¡Pero Alah es más verídico y el único infalible!"

Cuando el sultán hubo oído esta declaración sin artificio, se sintió aliviado de una preocupación torturadora y de una inquietud dolorosa. Porque se había imaginado que su favorita era hija de una prostituta entre las Ghaziyas, y acababa de saber precisamente lo contrario, pues, aunque era Ghaziya, la madre había permanecido virgen hasta su matrimonio con el intendente del palacio. Y entonces se dejó llevar de la sorpresa que le producía la ciencia del perspicaz genealogista. Y le preguntó: "¿Cómo te has arreglado para adivinar ¡oh sabio! que mi favorita era una hija de Ghaziya, hija de danzarina, la cual era hija de prostituta?" Y el genealogista comedor de haschisch contestó: "¡Escucha! Primero mi ciencia (¡Alah es más sabio!) me puso en camino de este descubrimiento. ¡Y luego me fijé en la circunstancia de que las mujeres de raza Ghaziya tienen todas, como tu favorita, las cejas muy espesas y juntas en el entrecejo, y también, como ella, tienen los ojos más intensamente negros de Arabia!"

Y el rey, maravillado de lo que acababa de oír, no quiso despedir al genealogista sin darle una prueba de su satisfacción. Se encaró, pues, con los servidores, que ya habían entrado de nuevo, y les dijo: "¡Dad hoy a este distinguido sabio doble ración de carne y dos panes del día, así como agua a discreción!"

¡Y he aquí lo referente al genealogista de la especie humana! Pero no es todo, porque no se ha acabado.

En efecto, al siguiente día, el sultán, que se había pasado la noche reflexionando sobre lo que habían hecho los tres compañeros y sobre la profundidad de su ciencia en las diversas ramas de la genealogía, se dijo para sí: "¡Por Alah! después de lo que me ha dicho este genealogista de la especie humana respecto al origen de la raza de mi favorita, no queda por hacer más que declararle el hombre más sabio de mi reino. ¡Pero quisiera saber antes qué me dice respecto a mi origen, al de este sultán, que es descendiente auténtico de tantos reyes!"

Al instante puso en acción su pensamiento, e hizo llevar de nuevo entre sus manos al genealogista de la especie humana, y le dijo: "¡Ahora ¡oh padre de la ciencia! que no tengo ningún motivo para dudar de tus palabras, quisiera oírte hablarme de mi origen y del origen de mi raza real!" Y el otro contestó: "Por encima de mi cabeza y de mis ojos, ¡oh rey del tiempo! pero no sin que antes me hayas prometido la seguridad. Porque dice el proverbio: "¡Pon distancia entre la cólera del sultán y tu cuello, y mejor es que hagas que te ejecuten por contumacia!" ¡Y yo ¡oh mi señor! soy sensible y delicado, y prefiero el palo por contumacia al palo eficaz que ensarta y profundiza en el agujero por una cuestión de raza!"

Y le dijo el sultán: "¡Por mi cabeza que te concedo la seguridad, y que, sea como sea lo que digas, estás absuelto de antemano!" Y le tiró el pañuelo de la salvaguardia. Y el genealogista recogió el pañuelo de la salvaguardia, y dijo: "¡En este caso, ¡oh rey del tiempo! te ruego que no dejes estar en esta sala otra persona que nosotros dos!" Y el rey le preguntó: "¿Por qué ¡oh hombre!?" El otro dijo: "¡Porque ¡oh mi señor! Alah Todopoderoso posee entre sus nombres benditos el sobrenombre de "Velador", pues le gusta velar con los velos del misterio las cosas cuya divulgación sería perjudicial!"

Y el sultán ordenó salir a todo el mundo, incluso a su gran visir.

Entonces, al encontrarse a solas con el sultán, el genealogista avanzó hacia él, e inclinándose a su oído, le dijo: "¡Oh rey del tiempo! ¡tú no eres más que un adulterino, y de mala calidad!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 830ª NOCHE

Ella dijo:

...Entonces, al encontrarse a solas con el sultán el genealogista avanzó hacia él, e inclinándose a su oído, le dijo: "¡Oh rey del tiempo! ¡tú no eres más que un adulterino, y de mala calidad!"

Al oír estas terribles palabras, cuya audacia era inusitada, el sultán se puso muy amarillo de color y cambió de talante, y sus miembros cayeron desmadejados; y perdió el oído y la vista; y quedó como un beodo que no hubiera bebido vino; y se tambaleó, con espuma en los labios; y acabó por caer desfallecido en el suelo, y permaneció en aquella posición mucho tiempo, sin que el genealogista supiese con exactitud si estaba muerto de la impresión, o medio muerto, o vivo todavía. Pero el sultán acabó por volver en sí, y levantándose, y recobrado el sentido por completo, se encaró con el genealogista y le dijo: "Ahora, ¡oh hombre! como se me pruebe que tus palabras son verídicas y adquiera yo la certeza de ellas con pruebas positivas, juro por la verdad de Quien me colocó por encima de los cuellos de Sus servidores, que quiero firmemente abdicar un trono del que sería indigno y desposeerme de mi poder real en favor tuyo. Porque eres el que mejor lo merece, y nadie como tú sabrá hacerse digno de esa posición. ¡Pero si advierto la mentira en tus palabras te degollaré!"

Y el genealogista contestó: "¡Escucho y obedezco! ¡No hay inconveniente!"

Entonces el sultán se irguió sobre ambos pies sin más dilación ni tardanza, se precipitó con la espada en la mano al aposento de la sultana madre, y penetró en él, y le dijo: "¡Por el que elevó el cielo y lo separó del agua, que si no me respondes con la verdad a lo que voy a preguntarte te cortaré en pedazos con esto!" Y blandió su arma, girando unos ojos de incendio y babeando de furor. Y la sultana madre, asustada y azorada a la vez por un lenguaje tan poco usual, exclamó: "¡El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti! ¡Cálmate ¡oh hijo mío! e interrógame acerca de todo lo que desees saber, que no te responderé más que con arreglo a los preceptos del Verídico!" Y el sultán le dijo: "Date prisa a decirme, entonces, sin ningún preámbulo ni entrada en materia, si soy hijo de mi padre el sultán y si pertenezco a la raza real de mis antepasados. ¡Porque sólo tú puedes revelármela".

Y contestó ella: "Te diré, pues, sin preámbulos, que eres hijo auténtico de un cocinero. ¡Y si quieres saber cómo, helo aquí!"

"Cuando tu antecesor el sultán, a quien hasta ahora creías tu padre, me hubo tomado por esposa, cohabitó conmigo como es de rigor. Pero Alah no le favoreció con la fecundidad, y no pude darle una posteridad que le trajese alegría y asegurase el trono a su raza. Y cuando vio que no tendría hijos, quedó sumido en una tristeza que le hizo perder el apetito, el sueño y la salud. Y su madre no le dejaba parar, impulsándole a tomar nueva esposa. Y tomó una segunda esposa. Pero Alah no le favoreció con la fecundidad. Y de nuevo le aconsejó su madre una tercera esposa. Entonces, al ver que iba a acabar por quedar relegada a última fila, resolví poner a salvo mi influencia, poniendo al mismo tiempo a salvo la herencia del trono. Y esperé la ocasión propicia para realizar tan excelente intención."

"Un día, el sultán, que continuaba sin tener ningún apetito y adelgazando, tuvo mucha gana de comerse un pollo relleno. Y dio al cocinero orden de degollar una de las aves que estaban encerradas en jaulas en las ventanas de palacio. Y vino el hombre para coger el ave en su jaula. Entonces yo, al examinar bien a aquel cocinero, le encontré de lo más a propósito para la obra proyectada, pues era un gallardo joven corpulento y gigantesco. Y asomándome a la ventana, le hice señas para que subiera por la puerta secreta. Y lo recibí en mi aposento. Y lo que pasó entre él y yo sólo duró el tiempo preciso, porque en cuanto hubo acabado su misión le hundí en el corazón un puñal. Y cayó de bruces, muerto, dando con la cabeza antes que con los pies. E hice que mis fieles servidoras le cogieran y le enterraran en secreto en una fosa cavada por ellas en el jardín. Y aquel día no comió el sultán pollo relleno, y montó en una gran cólera a causa de la desaparición inexplicable de su cocinero. Pero nueve meses más tarde, día por día, te eché al mundo con tan buen aspecto como sigues teniendo. Y tu nacimiento fue causa de alegría para el sultán, que recobró su salud y su apetito, y colmó de favores y de presentes a sus visires, a sus favoritos y a todos los habitantes de palacio, y dio grandes festejos y regocijos públicos, que duraron cuarenta días y cuarenta noches. Y ésta es la verdad acerca de tu nacimiento, de tu raza y de tu origen. Y te juro por el Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!) que no he dicho más que lo que sabía. ¡Y Alah es omnisciente!"

Al oír este relato, el sultán se levantó y salió del aposento de su madre llorando. Y entró en la sala del trono, y se sentó en tierra, frente al tercer genealogista, sin decir una palabra. Y seguían rodando lágrimas de sus ojos, y se deslizaban por los intersticios de su barba que la tenía muy larga. Y al cabo de una hora de tiempo levantó la cabeza y dijo al genealogista: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh boca de verdad! dime cómo has podido descubrir que yo era un adulterino de mala calidad!" Y el genealogista contestó: "¡Oh mi señor! cuando cada uno de nosotros tres hubo probado los talentos que poseía, y de los que quedaste extremadamente satisfecho, ordenaste que nos dieran como recompensa doble ración de carne y de pan y agua a discreción. Y por la mezquindad de semejante regalo y la naturaleza misma de esa generosidad, juzgué que no podías ser más que hijo de un cocinero, posteridad de un cocinero y sangre de un cocinero. Porque los reyes hijos de reyes no tienen costumbre de corresponder al mérito con distribuciones de carne u otra cosa análoga, sino que recompensan los méritos con magníficos presentes, ropones de honor y riquezas sin cuento. Así es que no pude por menos de adivinar tu baja extracción adulterina con aquella prueba incontestable. ¡Y no hay mérito alguno en este descubrimiento!"

Cuando el genealogista hubo cesado de hablar, el sultán se levantó y le dijo: "¡Quítate la ropa!" Y el genealogista obedeció, y el sultán, despojándose de sus ropas y de sus atributos reales, se los puso al otro con sus propias manos. Y le hizo subir al trono, y doblándose ante él, besó la tierra entre sus manos y le rindió los homenajes de un vasallo a su soberano. Y en aquella hora y en aquel instante hizo entrar al gran visir, a los demás visires y a todos los grandes del reino, y le hizo reconocer por ellos como a su legítimo soberano. Y el nuevo sultán envió al punto a buscar a sus amigos los otros dos genealogistas comedores de haschisch, y a uno le nombró guardián de su derecha y a otro guardián de su izquierda. Y conservó en sus funciones al antiguo gran visir, a causa de su sentimiento de la justicia.

Y fue un gran rey.

¡Y he aquí lo referente a los tres genealogistas!

Pero, volviendo al antiguo sultán, su historia no hace más que comenzar. ¡Porque hela aquí...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discreta.

Y su hermana, la pequeña Doniazada, que de día en día y de noche en noche se volvía más hermosa y más desarrollada y más comprensiva y más atenta y más silenciosa, se levantó a medias de la alfombra en que estaba acurrucada y le dijo: "¡Oh hermana mía, cuán dulces y sabrosas y regocijantes y deleitosas son tus palabras!" Y Schehrazada le sonrió, la besó y le dijo: "Sí; pero ¿qué es eso comparado con lo que voy a contar la noche próxima, siempre que quiera permitírmelo nuestro señor el rey?

Y dijo el sultán Schahriar: "¡Oh Schehrazada, no lo dudes! Claro que puedes decirnos mañana la continuación de esa historia prodigiosa que no hace más que empezar apenas. ¡Y si no estás fatigada, puedes proseguirla esta misma noche, que tanto deseo saber lo que va a ocurrirle al antiguo sultán, a ese hijo adulterino! ¡Alah maldiga a las mujeres execrables!

Sin embargo, debo ahora declarar que la esposa del sultán, madre del adulterino, sólo fornicó con el cocinero abrigando un propósito excelente. ¡Alah extienda sobre ella Su misericordia! ¡Pero por lo que respecta a la maldita, a la desvergonzada, a la hija de perro que hizo lo que hizo con el negro Massaud, no trataba de asegurar el trono para mis descendientes, la maldita! ¡Ojalá no la tenga Alah jamás en Su compasión!"

Y tras de hablar así, el rey Schahriar, frunciendo terriblemente las cejas y mirando con los ojos en blanco y de reojo, añadió: "¡En cuanto a ti Schehrazada, empiezo a creer que acaso no seas como todas esas desvergonzadas a quienes he hecho cortar la cabeza!"

Y Schehrazada se inclinó ante el rey huraño, y dijo: "¡Que Alah prolongue la vida de nuestro señor y me otorgue vivir hasta mañana para contarle lo que le aconteció al adulterino simpático!" Y tras de hablar así, se calló.

Y CUANDO LLEGÓ LA 831ª NOCHE

La pequeña Doniazada dijo a Schehrazada: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh hermana mía! si no tienes sueño, date prisa a decirnos, por favor, lo que fue del antiguo sultán, hijo adulterino del cocinero!"

Y dijo Schehrazada: "¡De todo corazón y como homenaje debido a nuestro señor, este rey magnánimo!"

Y continuó la historia en estos términos: ... Pero, volviendo al antiguo sultán, su historia no hace más que comenzar. ¡Porque hela aquí!

Una vez que hubo abdicado su trono y su poderío entre las manos del tercer genealogista, el antiguo sultán vistió el hábito de derviche peregrino, y sin entretenerse en despedidas que ya no tenían importancia para él, y sin llevar nada consigo, se puso en camino para el país de Egipto, donde contaba con vivir en olvido y soledad, reflexionando sobre su destino. Y Alah le escribió la seguridad, y después de un viaje lleno de fatigas y de peligros llegó a la ciudad espléndida de El Cairo, esa inmensa ciudad tan diferente de las ciudades de su país, y cuya vuelta exige tres jornadas y media de marcha por lo menos. Y vio que verdaderamente era una de las cuatro maravillas del mundo, contando el puente de Sanja, el faro de Al-Iskandaria y la mezquita de los Ommiadas en Damasco. Y le pareció que estaba lejos de haber exagerado las bellezas de aquella ciudad y de aquel país el poeta que ha dicho:

"¡Egipto! ¡tierra maravillosa cuyo polvo es de oro, cuyo río es una bendición y cuyos habitantes son deleitosos, perteneces al victorioso que sabe conquistarte!"

Y paseándose, y mirando, y maravillándose sin cansarse, el antiguo sultán, bajo sus hábitos de derviche pobre, se sentía muy dichoso de poder admirar a su antojo y marchar a su gusto y detenerse a voluntad, desembarazado de los fastidios y cargos de la soberanía. Y pensaba: "¡Loores a Alah el Retribuidor! Él da a unos el poderío con los agobios y las preocupaciones, y a otros la pobreza con la despreocupación y la ligereza de corazón. ¡Y estos últimos son los más favorecidos! ¡Bendito sea!" Y de tal suerte llegó, rico de visiones encantadoras, ante el propio palacio del sultán de El Cairo, que a la sazón era el sultán Mahmud.

Y se detuvo bajo las ventanas del palacio, y apoyado en su bastón de derviche, se puso a reflexionar sobre la vida que pudiera llevar en aquella morada imponente el rey del país, y sobre el cortejo de preocupaciones, inquietudes y fastidios diversos en que debería estar sumido constantemente, sin contar su responsabilidad ante el Altísimo, que ve y juzga los actos de los reyes. Y se alegraba en el alma por haber tenido la idea de librarse de una vida tan pesada y tan complicada, y por haberla cambiado, merced a la revelación de su nacimiento, por una existencia de aire libre y libertad, sin tener por toda hacienda y por toda renta más que su camisa, su capote de lana y su báculo. Y sentía una gran serenidad que le refrescaba el alma y acababa de hacerle olvidar sus pasadas emociones.

En aquel preciso momento el sultán Mahmud, de vuelta de la caza, entraba en su palacio. Y atisbó al derviche apoyado en su báculo, sin ver lo que le rodeaba y con la mirada perdida en la contemplación de cosas lejanas. Y quedó conmovido por la apostura noble de aquel derviche y por su actitud distinguida y su aire distraído. Y se dijo: "¡Por Alah, he aquí el primer derviche que no tiende la mano al paso de los señores ricos! ¡Sin duda alguna debe ser su historia una singular historia!" Y despachó hacia él a uno de los señores de su séquito para que le invitase a entrar en el palacio, porque deseaba charlar con él. Y el derviche no pudo por menos de obedecer al ruego del sultán. Y aquello fue para él un segundo cambio de destino.

Y tras de descansar un poco de las fatigas de la caza, el sultán Mahmud hizo entrar al derviche a su presencia, y le recibió con afabilidad, y le preguntó con bondad por su estado, diciéndole: "La bienvenida sea contigo, ¡oh venerable derviche de Alah! ¡A juzgar por tu aspecto, debes ser hijo de los nobles Árabes del Hedjaz o del Yemen!" Y contestó el derviche: "Sólo Alah es noble, ¡oh mi señor! Yo no soy más que un pobre hombre, un mendigo". Y el sultán insistió: "¡No diré que no! Pero ¿cuál es el motivo de tu venida a este país y de tu presencia bajo los muros de este palacio, ¡oh derviche!? ¡Ciertamente, debe ser eso una historia asombrosa!" Y añadió: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh derviche bendito! cuéntame tu historia sin ocultarme nada!" Y al oír estas palabras del sultán, el derviche no pudo por menos de dejar escapar de sus ojos una lágrima, y le oprimió el corazón una emoción grande. Y contestó: "No te ocultaré nada de mi historia, señor, aunque sea para mí un recuerdo lleno de amargura y de dulzura. ¡Pero permíteme que no te la cuente en público!" Y el sultán Mahmud se levantó de su trono, descendió hasta donde estaba el derviche, y cogiéndole de la mano le condujo a una sala apartada, en donde se encerró con él. Luego le dijo: "Ya puedes hablar sin temor, ¡oh derviche!"

Entonces el antiguo sultán dijo, sentado en la alfombra frente al sultán Mahmud: "¡Alah es el más grande! ¡he aquí mi historia!" Y contó cuanto le había ocurrido, desde el principio hasta el fin, sin olvidar un detalle, y cómo había abdicado el trono y se había disfrazado de derviche para viajar y tratar de olvidar sus desdichas. Pero no hay utilidad en repetirlo.

Cuando el sultán Mahmud hubo oído las aventuras del presunto derviche, se arrojó a su cuello y le besó con efusión, y le dijo: "¡Gloria al que abate y eleva, humilla y honra con los decretos de Su sabiduría y de Su omnipotencia!" Luego añadió: "¡En verdad, ¡oh hermano mío! que tu historia es una gran historia y la enseñanza que encierra es una enseñanza grande! Te doy gracias, pues, por haberme ennoblecido los oídos y enriquecido el entendimiento. El dolor, ¡oh hermano mío! es un fuego que purifica, y los reveses del tiempo curan los ojos ciegos de nacimiento".

Luego dijo: "Y ahora que la sabiduría ha elegido para domicilio tu corazón, y la virtud de la humanidad para con Alah te ha dado más títulos de nobleza que da a los hombres un milenio de dominación, ¿me será permitido expresar un deseo, ¡oh magno!?" Y el antiguo sultán dijo: "Por encima de mi cabeza y de mis ojos, ¡oh rey magnánimo!" Y dijo el sultán Mahmud: "¡Quisiera ser amigo tuyo!"

Y tras de hablar así, abrazó de nuevo al antiguo sultán convertido en derviche, y le dijo: "¡Qué vida tan admirable va a ser la nuestra en lo sucesivo, ¡oh hermano mío! Saldremos juntos, entraremos juntos, y por la noche disfrazados, nos iremos a recorrer los diversos barrios de la ciudad para beneficiarnos moralmente con esos paseos. Y todo en este palacio te pertenecerá a medias con toda cordialidad. ¡Por favor, no me rechaces, porque la negativa es una de las formas de la mezquindad!".

Y cuando el sultán-derviche hubo aceptado con corazón conmovido la oferta amistosa, el sultán Mahmud añadió: "¡Oh hermano mío y amigo mío! Sabe a tu vez que también yo tengo en mi vida una historia. Y esta historia es tan asombrosa que, si se escribiera con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de lección saludable a quien la leyese con deferencia. ¡Y no quiero tardar más en contártela, con el fin de que desde el principio de nuestra amistad sepas quién soy y quién he sido!"

Y el sultán Mahmud, recopilando sus recuerdos, dijo al sultán-derviche, que ya era amigo suyo:

HISTORIA DEL MONO JOVENZUELO

"Has de saber, ¡oh hermano mío! que el comienzo de mi vida ha sido de todo punto semejante al fin de tu carrera, pues si tú empezaste por ser sultán para luego vestir los hábitos de derviche, a mí me ha sucedido precisamente lo contrario. Porque primero fui derviche, y el más pobre de los derviches, para llegar luego a ser rey y a sentarme en el trono del sultanato de Egipto.

He nacido, en efecto, de un padre muy pobre que ejercía por las calles el oficio de reguero. Y a diario llevaba a su espalda un odre de piel de cabra lleno de agua, y encorvado bajo su peso, regaba por delante de las tiendas y de las casas mediante un exiguo estipendio. Y yo mismo, cuando estuve en edad de trabajar, le ayudaba en su tarea, y llevaba a la espalda un odre de agua proporcionado a mis fuerzas, y aun más pesado de lo conveniente. Y cuando mi padre falleció en la misericordia de su Señor, me quedó por toda herencia, por toda sucesión y por todo bien, el odre grande de piel de cabra que servía para el riego. Y a fin de poder atender a mi subsistencia, me vi obligado a ejercer el oficio de mi padre, que era muy estimado por los mercaderes delante de cuyas tiendas regaba y por los porteros de los señores ricos.

Pero, ¡oh hermano mío! la espalda del hijo nunca es tan resistente como la de su padre, y pronto tuve que abandonar el trabajo penoso del riego para no fracturarme los huesos de la espalda o quedarme irremediablemente jorobado, de tanto como pesaba el enorme odre paterno. Y como no tenía bienes, ni rentas, ni olor siquiera de estas cosas, tuve que hacerme derviche mendigo y tender la mano a los transeúntes en el patio de las mezquitas y en los sitios públicos. Y cuando llegaba la noche me tendía cuan largo era a la entrada de la mezquita de mi barrio, y me dormía después de comerme la exigua ganancia del día, diciéndome, como todos los desdichados de mi especie: "¡El día de mañana, si Alah quiere, será más próspero que el de hoy!" Y tampoco olvidaba que todo hombre tiene fatalmente su hora sobre la tierra, y que la mía tenía que llegar, tarde o temprano, quisiera o no quisiera yo. Y por eso no dejaba de pensar en ella y la vigilaba como el perro en acecho vigila a la liebre.

Pero, entretanto, vivía la vida del pobre, en la indigencia y en la penuria, y sin conocer ninguno de los placeres de la existencia. Así es que la primera vez que tuve entre las manos cinco dracmas de plata, don inesperado de un generoso señor, a la puerta del cual había ido yo a mendigar el día de sus bodas, y me vi poseedor de aquella suma, me prometí agasajarme y pagarme algún placer delicado. Y apretando en mi mano los dichosos cinco dracmas, eché a correr hacia el zoco principal, mirando con mis ojos y olfateando con mi nariz por todos los lados para elegir lo que iba a comprar.

Y he aquí que de repente oí grandes carcajadas en el zoco...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 832ª NOCHE

Ella dijo:

...Y he aquí que de repente oí grandes carcajadas en el zoco, y vi una multitud de personas de cara satisfecha y bocas abiertas que se habían agrupado en torno a un hombre que llevaba de una cadena a un mono joven de trasero sonrosado. Y mientras andaba, aquel mono hacía con los ojos, con la cara y con las manos numerosas señas a los que le rodeaban, con el propósito evidente de divertirse a costa de ellos y de hacer que le dieran alfónsigos, garbanzos y avellanas.

Y yo, al ver aquel mono, me dije: "Ya Mahmud, ¿quién sabe si tu destino no está atado al cuello de ese mono? ¡Hete aquí ahora rico con cinco dracmas de plata que vas a gastarte, para dar gusto a tu vientre, de una vez o en dos veces o en tres veces a lo más! ¿No harías mejor, teniendo ese dinero, en comprar a su amo ese mono para hacerte exhibidor de monos y ganar con seguridad tu pan de cada día, en lugar de continuar llevando esta vida de mendicidad a la puerta de Alah?"

Y así pensando, me aproveché de un claro en la muchedumbre para acercarme al propietario del mono, y le dije: "¿Quieres venderme ese mono con su cadena por tres dracmas de plata?" Y me contestó: "¡Me ha costado diez dracmas contantes y sonantes; pero, por ser para ti, te lo dejaré en ocho!" Yo dije: "¡Cuatro!" Él dijo: "¡Siete! Yo dije: "¡Cuatro y medio!" Él dijo: "¡Cinco, la última palabra! ¡Y ruego por el Profeta!"

Y contesté: "¡Con Él las bendiciones, la plegaria y la paz de Alah! ¡Acepto el trato, y aquí tienes los cinco dracmas!" Y abriendo mis dedos, que tenían los cinco dracmas encerrados en el hueco de mi mano con más seguridad que en una arquilla de acero, le entregué la suma, que era todo mi haber y todo mi capital, y en cambio cogí el mono, y me le llevé de la cadena.

Pero entonces reflexioné que no tenía domicilio ni cobijo en que resguardarle, y no había ni que pensar en hacerle entrar conmigo en el patio de la mezquita donde habitaba al aire libre, porque me hubiese echado el guardián a vuelta de muchas injurias para mí y para mi mono. Y entonces me dirigí a una casa vieja en ruinas que no tenía en pie más que tres muros, y me instalé allí para pasar la noche con mi mono. Y el hambre empezaba a torturarme cruelmente, y a aquella hambre venía a sumarse el deseo reconcentrado de golosinas del zoco que no había podido satisfacer y que me sería imposible aplacar en adelante, pues la adquisición del mono me lo había llevado todo. Y mi perplejidad, extremada ya, se duplicaba entonces con la preocupación de alimentar a mi compañero, mi ganapán futuro. Y empezaba a arrepentirme de mi compra, cuando de pronto vi que mi mono daba una sacudida, haciendo varios movimientos singulares. Y en el mismo momento, sin que tuviese tiempo yo de darme cuenta de la cosa, vi, en lugar del repulsivo animal de trasero reluciente, a un jovenzuelo como la luna en su decimocuarto día. Y en mi vida había yo visto una criatura que pudiese compararse con él en hermosura, en gracias y en elegancia. Y erguido en una actitud encantadora, se dirigió a mí, con una voz dulce como el azúcar, diciendo: "¡Mahmud, acabas de gastar en comprarme los cinco dracmas de plata que eran todo tu capital y toda tu fortuna, y en este instante no sabes qué hacer para procurarte algún alimento que nos baste a mí y a ti!"

Y contesté: "Por Alah, que dices verdad, ¡Oh jovenzuelo! Pero ¿cómo es esto? ¿Y quién eres? ¿Y de dónde vienes? ¿Y qué quieres?" Y me dijo sonriendo: "Mahmud, no me hagas preguntas. Mejor será que tomes este dinar de oro y compres todo lo necesario para nuestro regalo. ¡Y sabe, Mahmud, que, en efecto, tu destino, como pensaste, está atado a mi cuello, y vengo a ti para traerte la buena suerte y la dicha!" Luego añadió: "¡Pero date prisa, Mahmud, a ir a comprar de comer porque tenemos mucha hambre tú y yo!" Y al punto ejecuté sus órdenes, y no tardamos en hacer una comida de calidad excelente, la primera de esta especie, para mí desde mi nacimiento. Y como ya iba muy avanzada la noche, nos acostamos uno junto a otro. Y al ver que, indudablemente, era él más delicado que yo, le tapé con mi viejo capote de lana de camello. Y se durmió muy apretado a mí, como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. Y yo no me atrevía a hacer el menor movimiento por miedo a molestarle o a que creyera en tales o cuales intenciones por mi parte, y a verle entonces recobrar su forma prístina de mono con el trasero desollado. ¡Y por vida mía, que entre el contacto delicioso de aquel cuerpo de jovenzuelo y la piel de cabra de los odres que me habían servido de almohadas desde la cuna, verdaderamente había diferencia! Y me dormí a mi vez, pensando que dormía al lado de mi destino. Y bendije al Donador, que me lo otorgaba bajo su aspecto tan hermoso y seductor.

Al día siguiente el jovenzuelo, que hubo de levantarse más temprano que yo, me despertó y me dijo: "¡Mahmud! ¡Ya es tiempo, después de esta noche pasada de cualquier manera, de que vayas a alquilar en nuestro nombre un palacio que sea el más hermoso entre los palacios de esta ciudad! Y no temas que te falte dinero para comprar los muebles y tapices más caros y más preciosos que encuentres en el zoco". Y contesté con el oído y la obediencia y ejecuté sus órdenes sin pérdida de momento.

He aquí que, cuando estuvimos instalados en nuestra morada, que era la más espléndida de El Cairo, alquilada a su propietario mediante diez sacos de mil dinares de oro, el jovenzuelo me dijo: "¡Mahmud! ¿cómo no te da vergüenza acercarte a mí y vivir a mi lado, vestido de harapos como vas y con el cuerpo sirviendo de refugio a todas las variedades de pulgas y de piojos? ¿Y a qué esperas para ir al hammam a purificarte y a mejorar tu estado? Porque, respecto a dinero, tienes más que el que necesitarían los sultanes dueños de imperios. ¡Y en cuanto a ropa, sólo tienes que tornarte el trabajo de escoger!" Y contesté con el oído y la obediencia, y me apresuré a tomar un baño asombroso, y salí del hammam ligero, perfumado y embellecido.

Cuando el jovenzuelo me vio reaparecer ante él, transformado y vestido con ropas de la mayor riqueza, me contempló detenidamente y quedó satisfecho de mi apostura. Luego me dijo: "¡Mahmud! así es como quería verte. ¡Ven a sentarte ahora junto a mí!" Y me senté junto a él, pensando para mi ánima: "¡Vaya! ¡me parece que ha llegado el momento!" Y me dispuse a no rezagarme de ninguna manera ni por ningún estilo.

Y he aquí que, al cabo de un momento, el jovenzuelo me dio amigablemente en el hombro, y me dijo: "¡Mahmud!" Y contesté: "¡Ya sidi!" Él me dijo: "¿Que te parecería que llegara a ser tu esposa una jovenzuela hija de rey más hermosa que la luna del mes de Ramadán?" Yo dije: "La tendría por muy bienvenida, ¡oh mi señor!" Él dijo: "¡En ese caso, levántate, Mahmud, toma este paquete y ve a pedir en matrimonio su hija mayor al sultán de El Cairo! ¡Porque está escrita en tu destino ella! Y al verte comprenderá su padre que eres tú quien tiene que ser esposo de su hija. ¡Pero, al entrar, no te olvides de ofrecer al sultán, como presente, este paquete, después de las zalemas!" Y contesté: "¡Escucho y obedezco!" Y sin vacilar un instante, pues que tal era mi destino, tomé conmigo un esclavo para que me llevara el paquete por el camino, y me presenté en el palacio del sultán.

Y al verme vestido con tanta magnificencia, los guardias de palacio y los eunucos me preguntaron respetuosamente qué deseaba. Y cuando se informaron de que yo deseaba hablar al sultán y llevaba un regalo para entregárselo en propia mano, no pusieron ninguna dificultad para hacer, en mi nombre, una petición de audiencia e introducirme a su presencia al punto. Y yo, sin perder la serenidad, como si toda mi vida hubiese sido comensal de reyes, dirigí la zalema al sultán con mucha deferencia, pero sin ridiculeces, y él me la devolvió con una actitud graciosa y benévola. Y tomé el paquete de manos del esclavo, y se lo ofrecí, diciendo: "¡Dígnate aceptar este modesto presente, ¡oh rey del tiempo! aunque no vaya por el camino de tus méritos, sino por el humilde sendero de mi incapacidad!" Y el sultán mandó a ver qué contenía. Y vio joyeles y atavíos y adornos de una magnificencia tan increíble como nunca hubo de verlos. Y maravillado, prorrumpió en exclamaciones referentes a la hermosura de aquel regalo, y me dijo: "¡Queda aceptado! Pero date prisa a manifestarme qué deseas y qué puedo darte en cambio. ¡Porque los reyes no deben quedarse atrás en liberalidades y atenciones!" Y sin esperar a más, contesté: "¡Oh rey del tiempo! ¡mi deseo es llegar a ser conexo y pariente tuyo en tu hija mayor, esa perla escondida, esa flor en su cáliz, esa virgen sellada y esa dama oculta en sus velos!"

Cuando el sultán hubo oído mis palabras y comprendido mi demanda, me miró durante una hora de tiempo y me contestó: "¡No hay inconveniente!" Luego se encaró con su visir, y le dijo: "¿Qué te parece la demanda de este eminente señor? ¡En ciertos signos de su fisonomía conozco que viene enviado por el Destino para ser mi yerno!" Y contestó el visir interrogado: "¡Las palabras del rey están por encima de nuestra cabeza! Y no es el señor una conexión indigna de nuestro amo ni una parentela para rechazarla. ¡Nada más lejos de eso! ¡Pero acaso fuera mejor, no obstante este regalo, pedirle una prueba de su poderío y su capacidad!" Y el sultán le dijo: "¿Qué tengo que hacer para ello? Aconséjame, ¡oh visir!"

El aludido dijo: "Mi opinión ¡oh rey del tiempo! es que le enseñes el diamante más hermoso del tesoro y no le concedas en matrimonio tu hija la princesa más que con la condición de que, para presente de boda traiga un diamante del mismo valor".

Entonces yo, aunque estaba muy violentamente emocionado en mi interior por todo aquello, pregunté al sultán: "Si traigo una piedra que sea hermana de ésta y de todo punto igual, ¿me darás a la princesa?"

Él me contestó: "Si realmente me traes una piedra idéntica a ésta, mi hija será tu esposa". Y examiné la piedra, la di vueltas en todos sentidos y la retuve en mi imaginación. Luego se la devolví al sultán y me despedí de él, pidiéndole permiso para volver al día siguiente.

Y cuando llegué a nuestro palacio me dijo el jovenzuelo: "¿Cómo va el asunto?" Y le puse al corriente de lo que había pasado, describiéndole la piedra como si la tuviese entre mis dedos. Y me dijo: "La cosa es fácil. Hoy, sin embargo, es tarde ya; pero mañana ¡inschalah! te daré diez diamantes exactamente iguales al que me has descrito...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 833ª NOCHE

Ella dijo:

"...Hoy, sin embargo, es tarde ya; pero mañana ¡inschalah! te daré diez diamantes exactamente iguales al que me has descrito".

Y, efectivamente, al día siguiente por la mañana el jovenzuelo salió al jardín del palacio, y al cabo de una hora me entregó los diez diamantes, todos exactamente iguales en hermosura al del sultán, tallados en forma de huevo de paloma y puros como el ojo del sol. Y fui a presentárselos al sultán, diciéndole: "¡Oh mi señor! dispénsame la pequeñez. Pero no me ha parecido bien traer un solo diamante y he creído que debía traer diez. ¡Puedes escoger y tirar luego los que no te gusten!". Y el sultán mandó al gran visir que abriera el cofrecillo de esmalte que guardaba aquellas piedras, y quedó maravillado de su brillo y de su hermosura, y muy sorprendido de ver que en realidad había diez, todos exactamente iguales al que poseía él.

Y cuando volvió de su asombro se encaró con el gran visir, y sin dirigirle la palabra le hizo con la mano un gesto que significaba: "¿Qué debo hacer?" Y el visir, de la misma manera, contestó con un gesto que quería decir: "¡Hay que concederle tu hija!"

Y al punto se dieron órdenes para que se hiciesen todos los preparativos de nuestro matrimonio. Y mandaron al kadí y a los testigos que escribieran el contrato de matrimonio acto seguido. Y cuando estuvo extendida esta acta legal me la entregaron, con arreglo al ceremonial de rigor. Y como yo había querido que asistiese a la ceremonia el jovenzuelo, a quien presenté al sultán como pariente cercano mío, me apresuré a enseñarle el contrato con el fin de que lo leyese por mí, ya que yo no sabía leer ni escribir. Y tras de leerlo en voz alta desde el principio hasta el fin, me lo devolvió, diciéndome: "Está conforme a lo establecido y acostumbrado. Y hete aquí casado legalmente con la hija del sultán".

Luego me llamó aparte y me dijo: "¡Bien está todo esto, Mahmud; pero ahora exijo de ti una promesa!" Y contesté: "¡Oh, por Alah! ¿qué promesa puedes pedirme mayor que la de darte mi vida, que ya te pertenece?" Y sonrió y me dijo: "¡Mahmud! No quiero que llegues a consumar el matrimonio mientras yo no te dé permiso para penetrar en ella. ¡Porque antes tengo que hacer una cosa!"

Y contesté: "¡Oír es obedecer!"

Así es que, cuando llegó la noche de la penetración, entré en el aposento de la hija del sultán. Pero, en vez de hacer lo que hacen los esposos en semejante caso, me senté lejos de ella, en un rincón, a pesar del deseo que me embargaba. Y me limité a mirarla desde lejos, detallando con mis ojos sus perfecciones. Y me conduje de tal suerte la segunda noche y la tercera noche, aunque cada mañana, como es costumbre, iba la madre de mi esposa a preguntarle cómo había pasado la noche, diciéndole: "¡Espero de Alah que no habrá habido contratiempos y que se habrá verificado la prueba de tu virginidad!"

Pero mi esposa contestaba: "¡No me ha hecho nada todavía!" Por tanto, a la mañana de la tercera noche la madre de mi esposa se afligió hasta el límite de la aflicción, y exclamó: "¡Oh, qué calamidad para nosotros! ¿por qué nos trata tu esposo de esta manera humillante y persiste en abstenerse de tu penetración? ¿Y qué van a pensar de esta conducta injuriosa nuestros parientes y nuestros esclavos? ¿Y no tendrán derecho a creer que esta abstención se debe a algún motivo inconfesable o a alguna razón tortuosa?" Y llena de inquietud, en la mañana del tercer día fue a contar la cosa al sultán, que dijo: "¡Si esta noche no le quita la doncellez le degollaré!"

Y esta noticia llegó a oídos de mi joven esposa, que fue a contármela.

Entonces no vacilé ya en poner al jovenzuelo al corriente de la situación. Y me dijo: "¡Mahmud, ha llegado el momento oportuno! Pero antes de quitarle la doncellez hay que tener en cuenta una condición, y es que, cuando estés solo con ella, le pidas un brazalete que lleva en el brazo derecho. Y lo cogerás y me lo traerás inmediatamente. Después de lo cual te está permitido llevar a cabo la penetración y complacer a su madre y a su padre".

Y contesté: "¡Escucho y obedezco!"

Y cuando me reuní con ella al llegar la noche, le dije: "Por Alah sobre ti, ¿tienes realmente deseo de que esta noche te dé yo gusto y alegría?" Y me contestó: "Ese deseo tengo en verdad" Y añadí: "¡Dame, entonces, el brazalete que llevas en el brazo derecho!" Y exclamó ella: "Te lo daré; pero no sé qué podrá sobrevenir si abandono entre tus manos este brazalete, que es un amuleto que me dio mi nodriza cuando era yo muy niña". Y así diciendo, se lo quitó del brazo y me lo dio. Y al instante fui a entregárselo a mi amigo el jovenzuelo, que me dijo: "¡Esto es lo que necesitaba! Ahora puedes volver para ocuparte de la penetración".

Y me apresuré a regresar a la cámara nupcial para cumplir mi promesa concerniente a la toma de posesión y dar gusto con ello a todo el mundo.

Y he aquí que, a partir del momento en que penetré junto a mi esposa, que me esperaba completamente preparada en su lecho, ignoro ¡oh hermano mío! lo que me ocurrió. Todo lo que sé es que de pronto vi que mi habitación y mi palacio se derretían como ensueños, y me vi acostado al aire libre en medio de la casa en ruinas adonde había conducido al mono cuando efectué su adquisición. Y estaba despojado de mis ricas vestiduras y medio desnudo entre los andrajos de mi antigua miseria. Y reconocí mi vieja túnica llena de remiendos de telas de todos colores, y mi báculo de derviche mendigo, y mi turbante con tantos agujeros como una criba de mercader de granos.

Al ver aquello ¡oh hermano mío! no me di cuenta exacta de lo que significaba, y me pregunté: "Ya Mahmud, ¿estás en estado de vigilia o de sueño? ¿Sueñas o eres realmente Mahmud el derviche mendigo?" Y cuando acabé de recobrar el sentido me levanté y di una sacudida, como había visto hacer al mono la otra vez. Pero seguí siendo quien era, un pobre hijo de pobre y nada más.

Entonces, con el alma dolorida y el espíritu conturbado empecé a caminar sin rumbo, pensando en la inconcebible fatalidad que me había llevado a aquella situación. Y vagando de tal suerte, llegué a una calle poco frecuentada, en donde vi a un maghrebín del Barbar sentado en un alfombrín y teniendo ante sí una esterilla cubierta de papeles escritos y de diversos objetos adivinatorios.

Y yo, contento por aquel encuentro, me acerqué al maghrebín con objeto de que me sacara la suerte y me dijera mi horóscopo, y le dirigí una zalema que me devolvió. Y me senté en tierra con las piernas encogidas, me acurruqué frente a él y le rogué que consultara a lo Invisible con respecto a mí.

Entonces el maghrebín, tras de considerarme con ojos por donde pasaban hojas de cuchillo, exclamó: "¡Oh derviche! ¿eres tú quien ha sido víctima de una execrable fatalidad que te ha separado de tu esposa?" Y exclamé: "¡Ah, ualah! ¡ah ualah! ¡yo mismo soy!" Él me dijo: "¡Oh pobre! el mono que compraste en cinco dracmas de plata, y que tan súbitamente se metamorfoseó en un jovenzuelo lleno de gracia y de belleza, no es un ser humano de entre los hijos de Adán, sino un genni de mala calidad. No se ha servido de ti más que para lograr sus fines. Porque has de saber que desde hace mucho tiempo está prendado apasionadamente de la hija del sultán, la misma con quien te ha hecho casarte. Pero como, a pesar de todo su poder, no conseguía acercarse a ella, porque llevaba ella un brazalete talismánico, se ha valido de ti para obtener el brazalete y adueñarse de la princesa impunemente. Pero espero no tardar mucho en destruir el poder peligroso de ese mal sujeto, que es uno de los genios adulterinos que se rebelaron contra la ley de nuestro señor Soleimán (¡con Él la plegaria y la paz!)".

Y tras hablar así, el maghrebín tomó una hoja de papel, trazó en ella caracteres complicados, y me la entregó diciendo: "¡Oh derviche! no dudes de la grandeza de tu destino, anímate y ve al paraje que voy a indicarte. Y allí esperarás a que pase una tropa de personajes, a quienes observarás con atención. ¡Y cuando divises al que parece su jefe le entregarás este billete, y satisfará tus deseos!" Luego me dio las instrucciones necesarias para llegar al paraje de que se trataba, y añadió: "¡En cuanto a la remuneración que me debes, ya me lo darás cuando se cumpla tu destino!"

Entonces, después de dar gracias al maghrebín, cogí el billete y me puse en camino para el paraje que me había indicado. Y a tal fin, anduve toda la noche y todo el día siguiente y parte de la segunda noche. Y llegué entonces a una llanura desierta, donde por toda presencia no había más que el ojo invisible de Alah y la hierba silvestre. Y me senté y esperé con impaciencia lo que iba a ocurrir. Y escuché a mi alrededor como un vuelo de pájaros nocturnos que no veía. Y el escalofrío de la soledad empezaba a hacer temblar mi corazón, y el espanto de la noche llenaba mi alma. Y he aquí que de repente vislumbré a distancia gran número de antorchas que parecían caminar hacia mí ellas solas. Y pronto pude distinguir las manos que las llevaban; pero las personas a quienes pertenecían aquellas manos permanecían invisibles en el fondo de la noche, y no las veían mis ojos. Y de tal suerte pasaron por delante de mí de dos en dos un número infinito de antorchas llevadas por manos sin propietarios. Y por último, vi rodeado de gran número de luces a un rey en su trono, revestido de esplendor. Y llegado que fue delante de mí, me miró y me consideró, en tanto que mis rodillas se entrechocaban de terror, y me dijo: "¿Dónde está el billete de mi amigo el mahgrebín barbari?" Y tendí el billete, que desdobló él, mientras se detenía la procesión. Y gritó él a alguien que yo no veía: "¡Ya Atrasch, ven aquí!" Y al punto, saliendo de la sombra, avanzó un mensajero todo equipado, que besó la tierra entre las manos del rey. Y el rey le dijo: "¡Ve enseguida a El Cairo a encadenar al genni Fulano, y tráemele sin tardanza!" Y el mensajero obedeció y desapareció al instante.

Y he aquí que, al cabo de una hora, volvió con el jovenzuelo encadenado, que se había vuelto horrible de mirar y estaba desfigurado hasta dar asco. Y el rey le gritó: "¿Por qué ¡oh maldito! has quitado el bocado de la boca a este adamita? ¿Y por qué te has comido tú el bocado?" Y el otro contestó: "El bocado está intacto todavía, y yo soy quien le ha preparado". Y el rey dijo: "¡Es preciso que al instante devuelvas el brazalete talismánico a este hijo de Adán, pues de no hacerlo así tendrás que entendértelas conmigo!" Pero el genni, que era un cochino obstinado, contestó con altanería: "¡El brazalete lo tengo yo, y no lo tendrá nadie más!" Y así diciendo, abrió una boca como un horno, y echó en ella el brazalete, que desapareció dentro.

Al ver aquello, el rey nocturno alargó el brazo, e inclinándose, cogió al genni por la nuca, y dándole vueltas como a una honda, le lanzó contra tierra, gritándole: "¡Para que aprendas!" Y del golpe le dejó más ancho que largo. Luego mandó a una de las manos portadoras de antorchas que sacara el brazalete de dentro de aquel cuerpo sin vida y me lo devolviera. Lo cual fue ejecutado en el momento.

Y en cuanto estuvo entre mis dedos aquel brazalete, ¡oh hermano mío! el rey y todo su séquito...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 834ª NOCHE

Ella dijo:

...Y en cuanto estuvo entre mis dedos aquel brazalete, ¡oh hermano mío! el rey y todo su séquito de manos desaparecieron, y me encontré vestido con mis ricos trajes en medio de mi palacio, en el propio aposento de mi esposa. Y la hallé sumida en un sueño profundo. Pero en cuanto le puse el brazalete en el brazo se despertó y lanzó un grito de alegría al verme. Y como si nada hubiese pasado, me tendí junto a ella. Y lo demás es misterio de la fe musulmana, ¡oh hermano mío!

Y al día siguiente su padre y su madre llegaron al límite de la alegría al saber que yo había vuelto de mi ausencia, y se olvidaron de interrogarme sobre el particular, de tanto júbilo como les producía el saber que había quitado a su hija la virginidad. Y desde entonces vivimos todos en paz, concordia y armonía.

Y algún tiempo después de mi matrimonio, mi tío el sultán, padre de mi esposa, murió sin dejar hijo varón, y como yo estaba casado con su hija mayor, me legó su trono. Y llegué a ser lo que soy, ¡oh hermano mío! Y Alah es el más grande. ¡Y de Él procedemos y a Él volveremos!"

Y el sultán Mahmud, cuando hubo contado así su historia a su nuevo amigo el sultán-derviche, le vio extremadamente asombrado de una aventura tan singular, y le dijo: "No te asombres, ¡oh hermano mío! porque todo lo que está escrito ha de ocurrir, y nada es imposible para la voluntad de Quien lo ha creado todo. Y ahora que me he mostrado a ti con toda verdad, sin temor a desmerecer ante tus ojos al revelarte mi humilde origen, y precisamente para que mi ejemplo te sirva de consuelo y para que no te creas inferior a mí en rango y en valor individual, puedes ser amigo mío con toda tranquilidad; porque, después de lo que te he contado, nunca me creeré con derecho a enorgullecerme de mi posición ante ti, ¡oh hermano mío!" Luego añadió: "Y para que tu situación sea más regular, ¡oh hermano mío de origen y de rango! te nombro mi gran visir. ¡Y así serás mi brazo derecho y el consejero de mis actos; y no se hará nada en el reino sin intervención tuya y sin que tu experiencia lo haya aprobado de antemano!"

Y sin más tardanza, el sultán Mahmud convocó a los emires y a los grandes de su reino, e hizo reconocer al sultán-derviche como gran visir, y le puso por sí mismo un magnífico ropón de honor, y le confió el sello del reino.

Y el nuevo gran visir celebró diwán aquel día mismo, y así continuó en los días sucesivos, cumpliendo los deberes de su cargo con tal espíritu de justicia y de imparcialidad, que las gentes, advertidas de aquel nuevo estado de cosas, venían desde el fondo del país para reclamar sus decretos y entregarse a sus decisiones, tomándole por juez supremo en sus diferencias. Y ponía él tanta prudencia y moderación en sus juicios, que obtenía la gratitud y la aprobación de los mismos contra quienes pronunciaba sus sentencias. En cuanto a sus ratos de ocio, los pasaba en la intimidad del sultán, de quien se había convertido en compañero inseparable y amigo a toda prueba.

Un día, sintiéndose el sultán Mahmud con el espíritu deprimido, se apresuró a ir en busca de su amigo, y le dijo: "¡Oh hermano y visir mío! Hoy me pesa el corazón, y tengo deprimido el espíritu". Y el visir, que era el antiguo sultán de Arabia, contestó: "¡Oh rey del tiempo! En nosotros están alegrías y penas, y nuestro propio corazón es quien las segrega. Pero a menudo la contemplación de las cosas externas puede influir en nuestro humor. ¿Has ensayado hoy con tus ojos la contemplación de las cosas externas?" Y contestó el sultán: "¡Oh visir mío! He ensayado hoy con mis ojos la contemplación de las pedrerías de mi tesoro, y he tomado unos tras otros entre mis dedos los rubíes, las esmeraldas, los zafiros y las gemas de todas las series de colores, pero no me han incitado al placer, y mi alma ha seguido melancólica y encogido mi corazón. Y he entrado en mi harén luego, y he pasado revista a todas mis mujeres, las blancas, las morenas, las rubias, las cobrizas, las negras, las gordas y las finas; pero ninguna de ellas ha conseguido disipar mi tristeza. Y luego he visitado mis caballerizas, y he mirado mis caballos y mis yeguas y mis potros; pero con toda su hermosura no han podido alzar el velo que ennegrece el mundo ante mi vista. Y ahora, ¡oh visir mío lleno de sabiduría! vengo en busca tuya para que descubras un remedio a mi estado o me digas las palabras que curan."

Y contestó el visir: "¡Oh mi señor! ¿qué te parecería una visita al asilo de los locos, al maristán, que tantas veces quisimos ver juntos, sin haber ido todavía? Porque opino que los locos son personas dotadas de un entendimiento diferente al nuestro, y que hallan entre las cosas relaciones que los que no están locos no distinguen nunca, y que son visitados por el espíritu. ¡Y acaso esa visita levante la tristeza que pesa sobre tu alma y dilate tu pecho!" Y contestó el sultán: "¡Por Alah, ¡oh visir mío! vamos a visitar a los locos del maristán!"

Entonces el sultán y su visir, el antiguo sultán-derviche, salieron de palacio, sin llevar consigo ningún séquito, y anduvieron sin detenerse hasta el maristán, que era la casa de locos. Y entraron y la visitaron por entero; pero, con extremado asombro suyo, no encontraron allí más habitantes que el llavero mayor y los celadores; en cuanto a los locos, ni sombra ni olor de ellos había. Y el sultán preguntó al llavero mayor: "¿Dónde están los locos?" Y el interpelado contestó: "¡Por Alah, ¡oh mi señor! que desde hace un largo transcurso de tiempo no los tenemos ya, y el motivo de esta penuria reside sin duda en que se debilita la inteligencia en las criaturas de Alah!" Luego añadió: "A pesar de todo, ¡oh rey del tiempo! podemos enseñarte tres locos que están aquí desde hace cierto tiempo, y que nos fueron traídos, uno tras otro, por personas de alto rango, con prohibición de enseñárselos a quienquiera que fuese, pequeño o grande. ¡Pero para nuestro amo el sultán nada está oculto!" Y añadió: "Sin duda alguna son grandes sabios, porque se pasan el tiempo leyendo en los libros". Y llevó al sultán y al visir a un pabellón reservado, donde les introdujo para alejarse luego respetuosamente.

Y el sultán Mahmud y su visir vieron encadenados al muro tres jóvenes, uno de los cuales leía mientras los otros dos escuchaban atentamente. Y los tres eran hermosos, bien formados, y no ofrecían ningún aspecto de demencia o de locura. Y el sultán se encaró con su acompañante, y le dijo: "¡Por Alah, oh visir mío! que el caso de estos tres jóvenes debe ser un caso muy asombroso, y su historia una historia sorprendente!" Y se volvió hacia ellos, y les dijo: "¿Es realmente por causa de locura por lo que habéis sido encerrados en este maristán?"

Y contestaron: "No, por Alah; no somos ni locos ni dementes, ¡oh rey del tiempo! y ni siquiera somos idiotas o estúpidos. ¡Pero tan singulares son nuestras aventuras y tan extraordinarias nuestras historias, que si se grabaran con agujas en el ángulo de nuestros ojos serían una lección saludable para quienes se sintieran capaces de descifrarlas!" Y a estas palabras, el sultán y el visir se sentaron en tierra frente a los tres jóvenes encadenados, diciendo: "¡Nuestro oído está abierto, y pronto nuestro entendimiento!"

Entonces el primero, el que leía en el libro, dijo:

HISTORIA DEL PRIMER LOCO

"Mi oficio ¡oh señores míos y corona de mi cabeza! era el de mercader en el zoco de sederías, como lo fueron antes que yo mi padre y mi abuelo. Y no vendía más mercancías que artículos indios de todas las especies y de todos los colores, pero siempre de precios muy elevados. Y vendía y compraba con mucho provecho y beneficio, según costumbre de los grandes mercaderes.

Un día estaba yo sentado en mi tienda, como era usual en mí, cuando acertó a pasar una dama vieja que me dio los buenos días y me gratificó con la zalema. Y al devolverle yo sus salutaciones y cumplimientos, se sentó ella en el borde de mi escaparate, y me interrogó, diciendo: "¡Oh mi señor! ¿tienes telas selectas originarias de la India?" Yo contesté: "¡Oh mi señora! en mi tienda tengo con qué satisfacerte". Y dijo ella: "¡Haz que me saquen una de esas telas para que la vea!" Y me levanté y saqué para ella del armario de reservas una pieza de tela india del mayor precio, y se la puse entre las manos. Y la cogió, y después de examinarla quedó muy satisfecha de su hermosura, y me dijo: "¡Oh mi señor! ¿cuánto vale esta tela?" Yo contesté: "Quinientos dinares". Y al punto sacó ella su bolsa y me contó los quinientos dinares de oro; luego cogió la pieza de tela y se marchó por su camino. Y de tal suerte ¡oh nuestro señor sultán! le vendí por aquella suma una mercancía que no me había costado más que ciento cincuenta dinares. Y di gracias al Retribuidor por Sus beneficios.

Al siguiente día volvió a buscarme la vieja dama, y me pidió otra pieza, y me la pagó también a quinientos dinares, y se marchó a buen paso con su compra. Y de nuevo volvió al siguiente día para comprarme otra pieza de tela india, que pagó al contado; y durante quince días sucesivos ¡oh mi señor sultán! obró de tal suerte, compró y pagó con la misma regularidad. Y al decimosexto día la vi llegar como de ordinario y escoger una nueva pieza. Y se disponía a pagarme, cuando advirtió que había olvidado su bolsa, y me dijo: "¡Ya Khawaga! he debido olvidar mi bolsa en casa". Y contesté: "¡Ya setti! no corre prisa. ¡Si quieres traerme el dinero mañana, bienvenida seas; si no, bienvenida seas también!" Pero ella protestó, diciendo que nunca consentiría en tomar una mercancía que no había pagado, y yo, por mi parte, insistí varias veces: "¡Puedes llevártela por amistad y simpatía para tu cabeza!" Y entre nosotros tuvo lugar un torneo de mutua generosidad, ella rehusando y yo ofreciendo. Porque ¡oh mi señor! convenía que, después de beneficiarme tanto con ella, obrase yo tan cortésmente, y hasta estuviese dispuesto, en caso necesario, a darle de balde una o dos piezas de tela. Pero al fin dijo ella: "¡Ya Khawaga! veo que no vamos a entendernos nunca si continuamos de este modo. Así es que lo más sencillo sería que me hicieras el favor de acompañarme a casa para pagarte allí el importe de tu mercancía". Entonces, sin querer contrariarla, me levanté, cerré mi tienda y la seguí.

Y anduvimos, ella delante y yo diez pasos detrás de ella, hasta que llegamos a la entrada de la calle en que se hallaba su casa. Entonces se detuvo, y sacándose del seno un pañuelo, me dijo: "Es preciso que consientas en dejarte vendar los ojos con este pañuelo". Y yo, muy asombrado de aquella singularidad, le rogué cortésmente que me diera la razón de ello, Y me dijo: "Es porque en esta calle por donde vamos a pasar hay casas con las puertas abiertas y en cuyos vestíbulos están sentadas mujeres que tienen la cara descubierta; de suerte que tal vez se posara tu mirada en alguna de ellas, casada o doncella, y entonces podrías comprometer el corazón en un asunto de amor, y estarías atormentado toda tu vida; porque en este barrio de la ciudad hay más de un rostro de mujer casada o de virgen tan bello, que seduciría al asceta más religioso. Y temo mucho por la paz de tu corazón...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 835ª NOCHE

Ella dijo:

"...porque en este barrio de la ciudad hay más de un rostro de mujer casada o de virgen tan bello que seduciría al asceta más religioso. Y temo por la paz de tu corazón".

Y al escucharla pensé: "Por Alah, que es de buen consejo esta vieja". Y consentí en lo que me pedía. Entonces ella me vendó los ojos con el pañuelo, y me impidió así ver. Luego me cogió de la mano, y caminó conmigo hasta que llegamos ante una casa cuya puerta golpeó con la aldaba de hierro. Y nos abrieron desde dentro al instante. Y en cuanto entramos mi vieja conductora me quitó la venda, y advertí con sorpresa que me encontraba en una morada decorada y amueblada con todo el lujo de los palacios de los reyes, y ¡por Alah!, oh nuestro señor sultán, que en mi vida había visto yo nada parecido ni soñado cosa tan maravillosa.

En cuanto a la vieja, me rogó que la esperara en la habitación en que me hallaba, y que daba a una sala más hermosa aún y con galería. Y dejándome solo en aquella habitación, desde la cual podía yo ver cuanto pasaba en la otra, se marchó.

Y he aquí que, desde la puerta de la segunda sala, vi amontonadas negligentemente en un rincón todas las preciosas telas que había vendido yo a la vieja. Y al punto entraron dos jóvenes como dos lunas, cada una de las cuales llevaba un cubo lleno de agua de rosas. Y dejaron sus cubos en las baldosas de mármol blanco, y acercándose al montón de telas preciosas cogieron una al azar y la cortaron en dos pedazos, como hubiesen hecho con una rodilla de cocina. Cada una se dirigió luego hacia donde estaba su cubo, y remangándose hasta los sobacos metió el trozo de tela preciosa en el agua de rosas, y se puso a humedecer y a lavar las baldosas y a secarlas después con otros retales de mis telas preciosas para frotarlas y sacarles brillo por último con lo que quedaba de las piezas que habían costado quinientos dinares cada una. Y cuando aquellas jóvenes hubieron acabado el tal trabajo y el mármol quedó como la plata, cubrieron el suelo con tejidos tan hermosos que el producto de la venta de mi tienda entera no daría la suma necesaria para la adquisición del menos rico de ellos. Y sobre estos tejidos extendieron una alfombra de pelo de cabra almizclada y cojines rellenos de plumas de avestruz. Tras de lo cual llevaron cincuenta alfombrines de brocado de oro, y los colocaron ordenadamente alrededor de la alfombra central; después se retiraron.

Y he aquí que entraron, de dos en dos y cogidas de las manos, unas jóvenes, que fueron a situarse cada una ante uno de los alfombrines de brocado; y como eran cincuenta, se colocaron por orden ante sus alfombrines respectivos.

Y he aquí que, bajo un palio llevado por diez lunas de belleza, apareció a la puerta de la sala una joven tan deslumbradora en su blancura y con tanto brillo en sus ojos negros, que mis ojos se cerraron por sí mismos. Y cuando los abrí vi junto a mí a mi conductora, la vieja dama, que me invitaba a acompañarla para presentarme a la joven, que ya estaba perezosamente acostada en la alfombra central, en medio de las cincuenta jóvenes erguidas sobre los alfombrines de brocado. Pero me alarmé mucho al verme convertido en blanco de las miradas de aquellos cincuenta y un pares de ojos negros, y me dije: "¡No hay poder ni recurso más que en Alah el Glorioso, el Altísimo! ¡Es evidente que desean mi muerte!"

Cuando estuve entre sus manos, la real joven me sonrió, me deseó la bienvenida y me invitó a sentarme junto a ella en la alfombra. Y muy confuso y azorado, me senté para obedecerla, y me dijo ella: "¡Oh joven! ¿qué opinas de mí y de mi belleza? ¿Crees que reúno condiciones para ser tu esposa?"

Al oír estas palabras contesté asombrado hasta el límite extremo del asombro: "¡Oh mi señora! ¿cómo me atrevería a creerme digno de tal favor? ¡En verdad que no estimo mi valer en tanto como para llegar a ser un esclavo, o menos todavía, entre tus manos!" Pero ella repuso: "No, por Alah, ¡oh joven! mis palabras no contienen ningún engaño, y nada de evasivo hay en mi lenguaje, que es sincero. ¡Respóndeme, pues, con toda sinceridad y ahuyenta todo temor de tu espíritu, porque mi corazón se desborda de amor por ti!"

Al oír estas palabras, ¡oh nuestro señor sultán! comprendí, a no dudar, que la joven tenía realmente intención de casarse conmigo, pero sin que me fuese posible adivinar por qué razón me había escogido entre millares de jóvenes y cómo me conocía. Y acabé por decirme: "¡Oh! lo inconcebible tiene la ventaja de no ocasionar pensamientos torturadores. No trates, pues, de comprenderlo y deja que las cosas sigan su curso". Y contesté: "¡Oh mi señora! si en realidad no hablas para que se rían de mí estas honorables jóvenes, acuérdate del proverbio que dice:

"¡Cuando la chapa está al rojo, está a punto para el martillo!"

Por otra parte, me parece que mi corazón está tan inflamado de deseo, que ya es hora de realizar nuestra unión. ¡Dime, pues, por tu vida, qué debo traerte como dote y la viudedad que debo señalarte!" Y contestó ella sonriendo: "Dote y viudedad están pagadas y no tienes que ocuparte de ello". Y añadió: "Puesto que ése es también tu deseo, voy al instante a enviar a buscar al kadí y a los testigos, a fin de que podamos unirnos sin dilación".

Y, efectivamente, ¡oh mi señor! no tardaron en llegar el kadí y los testigos. Y anudaron el nudo por la vía lícita. Y quedamos casados sin dilación. Y después de la ceremonia se marchó todo el mundo. Y me pregunté: "¡Oh! ¿estoy despierto o soñando?" Y aún me asombré más cuando ella mandó a sus hermosas esclavas que prepararan el hammam para mí y me condujeran allá. Y las jóvenes me hicieron entrar en una sala de baño perfumada con áloe de Comorín, y me confiaron a las bañeras, que me desnudaron, y me friccionaron y me dieron un baño que me dejó más ligero que los pájaros. Después vertieron encima de mí los perfumes más exquisitos, me cubrieron con un rico atavío y me presentaron refrescos y sorbetes de toda especie. Tras de lo cual me hicieron dejar el hammam y me condujeron al aposento íntimo de mi reciente esposa, que me esperaba ataviada sólo con su belleza.

Y al punto vino ella a mí, y se echó sobre mí, y se restregó conmigo con un ardor asombroso. Y yo ¡oh mi señor! sentí que mi alma se albergaba por entero donde tú sabes, y di cima a la obra para la que había sido requerido y a la tarea que se me pedía, y vencí lo que hasta entonces pertenecía al dominio de lo invencible, y abatí lo que estaba por abatir, y arrebaté lo que estaba por arrebatar, y tomé lo que pude y di lo que era necesario, y me levanté, y me eché, y cargué, y descargué, y clavé, y forcé, y llené, y barrené, y reforcé, y excité, y apreté, y derribé, y avancé, y recomencé, y de tal manera, ¡oh mi señor sultán! que aquella noche Quien tú sabes fue realmente el valiente a quien llaman el cordero, el herrero, el aplastante, el calamitoso, el largo, el férreo, el llorón, el abridor, el agujereador, el frotador, el irresistible, el báculo del derviche, la herramienta prodigiosa, el explorador, el tuerto acometedor, el alfanje del guerrero, el nadador infatigable, el ruiseñor canoro, el padre de cuello gordo, el padre del turbante, el padre de cabeza calva, el padre de los estremecimientos, el padre de las delicias, el padre de los terrores, el gallo sin cresta ni voz, el hijo de su padre, la herencia del pobre, el músculo caprichoso y el grueso nervio dulce. Y creo ¡oh mi señor sultán! que aquella noche cada remoquete fue acompañado de su explicación, cada cualidad de su prueba y cada atributo de su demostración. Y nos interrumpimos en nuestros trabajos sólo porque ya había transcurrido la noche y teníamos que levantarnos para la plegaria de la mañana.

Y continuamos viviendo juntos de tal suerte ¡oh rey del tiempo! durante veinte noches consecutivas, en el límite de la embriaguez y de la felicidad. Y al cabo de este tiempo vino a ofrecerse a mi memoria el recuerdo de mi madre, y dije a mi esposa la joven: "¡Ya setti! hace mucho tiempo que estoy ausente de casa, y mi madre, que no tiene noticias mías, debe sentir gran inquietud por mí. Además, los negocios de mi comercio han debido sufrir quebranto con haber estado cerrada mi tienda todos estos días pasados".

Y me contestó ella: "¡No te apures por eso! De buena gana consiento en que vayas a ver a tu madre y a tranquilizarla. Y hasta puedes ir allá a diario y ocuparte de tus negocios, si eso te gusta; pero exijo que te conduzca y te traiga aquí siempre la vieja dama". Y contesté: "¡No hay inconveniente!"

En vista de lo cual, fue la vieja, me puso un pañuelo a los ojos, me condujo al sitio donde me había vendado los ojos la vez primera, y me dijo: "Vuelve aquí esta noche a la hora de la plegaria y me hallarás en este mismo sitio para conducirte a casa de tu esposa". Y dichas estas palabras me quitó la venda y me dejó.

Y me apresuré a correr a mi casa, en donde encontré a mi madre sumida en la desolación y bañada en lágrimas de desesperación, dedicándose a coser ropas de luto. Y en cuanto me vio se abalanzó a mí y me estrechó en sus brazos, llorando de alegría; y le dije: "No llores, ¡oh madre mía! y refresca tus ojos, porque esta ausencia me ha llevado a disfrutar una felicidad a que nunca me hubiera atrevido a aspirar". Y la enteré de mi dichosa aventura, y exclamó ella en un transporte: "Pluguiera a Alah protegerte y resguardarte, ¡oh hijo mío! Pero prométeme que vendrás a visitarme a diario, pues mi ternura necesita ser pagada con tu afecto". Y no me negué a prometérselo, ya que mi esposa me había dejado en libertad de salir. Tras de lo cual invertí el resto de la jornada en mis negocios de venta y compra en la tienda del zoco, y cuando llegó la hora, regresé al lugar indicado, donde encontré a la vieja, que me vendó los ojos como de ordinario, y me condujo al palacio de mi esposa, diciéndome: "¡Más te vale esto; pues, como te he dicho ya, hijo mío, en esta calle hay una porción de mujeres, casadas y doncellas, que están sentadas en el portal de su casa y que no tienen más que un deseo todas y es aspirar el amor que pasa como se absorbe el aire y como se bebe el agua corriente! ¿Y qué sería de tu corazón si cayeras en sus redes?"

Al llegar al palacio en que yo habitaba a la sazón, mi esposa me recibió con transportes indecibles, y yo respondí como el yunque responde al martillo. Y mi gallo sin cresta ni voz no le anduvo a la zaga a aquella gallina apetitosa y no amenguó su reputación de valiente agujereador, pues, por Alah, ¡oh mi señor! el cordero no dio aquella noche menos de treinta topetazos a aquella oveja batalladora, y no cesó la lucha hasta que su contrincante hubo pedido gracia, dándose por vencida.

Y durante tres meses continué viviendo aquella vida tan activa, llena de combates nocturnos, de batallas matinales y de asaltos diurnos. Y en mi interior me maravillaba todos los días de mi suerte, diciéndome: "¡Qué suerte la mía que me ha hecho entablar conocimiento con esta ardiente jovenzuela y me la ha dado por esposa! ¡Y qué destino tan asombroso el que, al mismo tiempo que este rollo de manteca fresca, me ha deparado un palacio y riquezas como no las poseen los reyes!" Y no se pasaba día sin que me sintiese tentado de informarme, por las esclavas, del nombre y calidad de la que se había casado conmigo sin conocerla yo y sin saber de quién era hija o pariente. Pero un día entre los días, encontrándome a solas con una joven negra de entre las esclavas negras de mi esposa, le pregunté acerca del particular, diciéndole: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh joven bendita! ¡oh blanca por dentro! dime lo que sepas con respecto a tu señora, y guardaré profundamente tus palabras en el rincón más oscuro de mi memoria!" Y temblando de miedo me contestó la joven negra: "¡Oh mi señor! la historia de mi señora es una cosa de lo más extraordinaria: pero temo, si te la revelo, ser condenada a muerte sin remisión ni dilación. Todo lo que puedo decirte es que ella se ha fijado en ti un día en el zoco, y te ha escogido por puro amor". Y no pude sacarle más que estas palabras. Y como insistiera yo, hasta me amenazó con ir a contar a su señora mi tentativa de provocación a las palabras indiscretas. Entonces la dejé irse por su camino, y me volví al lado de mi esposa para emprender una escaramuza sin importancia.

Y transcurría mi vida de tal suerte, entre placeres violentos y torneos de amor, cuando una siesta, estando yo en mi tienda, con permiso de mi esposa, al echar una mirada a la calle divisé a una joven tapada con el velo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 836ª NOCHE

Ella dijo:

...Y transcurría mi vida de tal suerte, entre placeres violentos y torneos de amor, cuando una siesta, estando yo en mi tienda, con permiso de mi esposa, al echar una mirada a la calle divisé a una joven tapada con el velo, que avanzaba hacia mí de manera ostensible. Y cuando llegó delante de mi tienda me dirigió la más graciosa zalema, y me dijo: "¡Oh mi señor! mira este gallo de oro adornado de diamantes y de piedras preciosas, que he ofrecido en vano, por el precio de coste, a todos los mercaderes del zoco. Pero son gentes sin gusto ni delicadeza de apreciación, pues me han contestado que una joya así no es de fácil venta y que no podrían colocarla ventajosamente. ¡Por eso vengo a ofrecértela a ti, que eres hombre de gusto, por el precio que quieras ofrecerme tú mismo!"

Y contesté: "Tampoco yo tengo ninguna necesidad de este joyel. Pero, para darte gusto, te ofreceré por él cien dinares, ni uno más ni uno menos". Y contestó la joven: "Tómalo. pues, y que sea para ti una compra ventajosa!" Y aunque realmente no tenía yo el menor deseo de adquirir aquel gallo de oro, pensé, no obstante, que aquella figura le gustaría a mi esposa por recordarle mis cualidades fundamentales, y fui a mi armario y cogí los cien dinares de trato. Pero cuando quise ofrecérselos a la joven, los rehusó ella, diciéndome: "En verdad que no tienen ninguna utilidad para mí, y no deseo otro pago que el derecho de darte un solo beso en la mejilla. Y éste es mi único deseo, ¡oh joven!" Y me dije para mí: "¡Por Alah, que un solo beso en mi mejilla por una alhaja que vale más de mil dinares de oro es un precio tan singular como barato!" Y no vacilé en dar mi consentimiento.

Entonces la joven ¡oh mi señor! avanzó hacia mí, y levantándose el velillo del rostro me dio un beso en la mejilla —¡ojalá le resultase delicioso!—; pero al mismo tiempo, como si se le hubiese abierto el apetito al probar mi piel, clavó en mi carne sus dientes de tigre joven, y me dio un mordisco cuya cicatriz tengo todavía. Luego se alejó riendo con risa de satisfacción, mientras yo me limpiaba la sangre que corría por mi mejilla. Y pensé: "¡Tu caso ¡oh! es un caso sorprendente! ¡Y pronto verás cómo todas las mujeres del zoco vienen a pedirte, quién una muestra de tu mejilla, quién una muestra de tu mentón, quién una muestra de lo que tú sabes, y quizás valga más, en ese caso, arrinconar tus mercancías para no vender ya más que pedazos de ti mismo!"

Y llegada que fue la noche, medio risueño, medio furioso, salí al encuentro de la vieja, que me esperaba, como de ordinario, en la esquina de nuestra calle, y que, después de haberme puesto una venda en los ojos, me condujo al palacio de mi esposa. Y por el camino la oí que refunfuñaba entre dientes palabras confusas que me parecieron amenazas; pero pensé: "¡Las viejas son personas a quienes gusta gruñir y que pasan sus viejos días decrépitos murmurando de todo y chocheando!"

Al entrar en casa de mi esposa la encontré sentada en la sala de recepción, con los párpados contraídos y vestida de pies a cabeza de color rojo escarlata, como el que llevan los reyes en sus horas de ira. Y tenía el continente agresivo y el rostro revestido de palidez. Y al ver aquello dije para mí: "¡Oh Conservador, resguárdame!" Y sin saber a qué atribuir aquella actitud hostil, me acerqué a mi esposa, quien, en contra de su costumbre, no se había levantado para recibirme y me volvía la cabeza; y ofreciéndole el gallo de oro que acababa de adquirir, le dije: "¡Oh mi señora! acepta este precioso gallo, que es un objeto verdaderamente admirable, y que es curioso mirar; porque le he comprado para que te recrees con él". Pero al oír estas palabras se oscureció su frente y sus ojos se entenebrecieron, y antes de que yo tuviese tiempo de evadirme, recibí una bofetada tan terrible que me hizo girar como un trompo y por poco me rompe la mandíbula izquierda. Y me gritó: "¡Oh perro hijo de perro! si realmente has comprado este gallo, ¿a qué obedece ese mordisco que tienes en la mejilla?"

Y yo, aniquilado por la sacudida del violento bofetón, me sentí en peligro, y tuve que hacer grandes esfuerzos sobre mí mismo para no caerme cuan largo era. Pero aquello no era más que el principio, ¡oh mi señor! no era ¡ay! más que el principio del principio. Porque vi que a una seña de mi esposa, se abrían los cortinajes del fondo y entraban cuatro esclavas conducidas por la vieja. Y llevaban el cuerpo de una joven con la cabeza cortada y colocada en medio de su cuerpo. Y al instante reconocí en aquella cabeza la de la joven que me había dado la alhaja a cambio de un mordisco. Y la vista de aquella acabó de derretirme, y rodé por el suelo sin conocimiento. Cuando volví en mí, ¡oh señor sultán! me vi encadenado en este maristán. Y los celadores me enteraron de que me había vuelto loco. Y no me dijeron nada más.

Y tal es la historia de mi presunta locura y de mi encarcelamiento en esta casa de locos. Y Alah es quien os envía a ambos, ¡oh mi señor sultán! y tú, ¡oh prudente y juicioso visir! para sacarme de aquí. Y por la lógica o la incoherencia de mis palabras podréis juzgar si realmente estoy poseído por el espíritu, o si estoy siquiera atacado de delirio, de manía o de idiotez, o si estoy, en fin, sano de entendimiento".

Cuando el sultán y su visir, que era el antiguo sultán-derviche adulterino, oyeron la historia del joven, quedaron pensativos, con la frente baja y los ojos fijos en el suelo durante una hora de tiempo. Tras de lo cual el sultán fue el primero que levantó la cabeza, y dijo a su acompañante: "¡Oh visir mío! por la verdad de Quien me hizo gobernante de este reino, juro que no tendré reposo y no comeré ni beberé sin haber dado con la joven que se casó con este joven. Apresúrate, pues, a decirme qué tenemos que hacer para ello". Y contestó el visir: "¡Oh rey del tiempo! es preciso que nos llevemos sin tardanza a este joven, abandonando momentáneamente a los otros dos jóvenes encadenados, y que recorramos con él las calles de la ciudad de oriente a occidente y de derecha a izquierda, hasta que encuentre él la entrada de la calle en donde la vieja acostumbraba a vendarle los ojos. Y entonces le vendaremos los ojos, y se acordará él del número de pasos que daba en compañía de la vieja, y de tal suerte nos hará llegar ante la puerta de la casa, a la entrada de la cual le quitaban la venda. Y allá nos iluminará Alah acerca de la conducta que debemos observar en tan delicado asunto".

Y dijo el sultán: "Sea conforme a tu consejo, ¡oh visir mío lleno de sagacidad!" Y se levantaron ambos al instante, hicieron caer las cadenas del joven y se le llevaron fuera del maristán. Y todo sucedió según las previsiones del visir. Porque, después de recorrer gran número de calles de diversos barrios, acabaron por llegar a la entrada de la calle consabida, la cual reconoció sin dificultad el joven. Y con los ojos vendados como otras veces, supo calcular los pasos, e hizo que se parasen ante un palacio cuya vista sumió al sultán en la consternación. Y exclamó: "Alejado sea el Maligno, ¡oh visir mío! Este palacio está habitado por una esposa entre las esposas del antiguo sultán de El Cairo, el que me ha legado el trono a falta de hijos varones en su posteridad. ¡Y esta esposa del antiguo sultán, padre de mi mujer, habita aquí con su hija, que indudablemente será la joven que se ha casado con este joven! Alah es el más grande, ¡oh visir! ¡Por lo visto, está escrito en el destino de todas las hijas de reyes que se casen con cualquiera, como nosotros mismos lo hemos sido! ¡Los decretos del Retribuidor siempre están justificados; pero ignoramos los motivos a que obedecen!" Y añadió: "Apresurémonos a entrar para saber la continuación de este asunto". Y llamaron en la puerta con la aldaba de hierro, que hubo de resonar. Y dijo el joven: "¡Bien recuerdo este sonido!" Y al punto abrieron la puerta unos eunucos, que se quedaron absortos al reconocer al sultán, al gran visir y al joven, esposo de su señora...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente

Y CUANDO LLEGÓ LA 837ª NOCHE

Ella dijo:

...Y llamaron con la aldaba de hierro, y al punto abrieron la puerta unos eunucos, que se quedaron absortos al reconocer al sultán, al gran visir y al joven, esposo de la joven. Y uno de ellos echó a correr para prevenir a su señora de la llegada del soberano y de sus acompañantes.

Entonces la joven se engalanó y arregló y salió del harén, y fue a la sala de recepción para rendir sus homenajes al sultán, esposo de su hermana de padre, pero no de madre, y besarle la mano. Y el sultán la reconoció, efectivamente, e hizo un signo de inteligencia a su visir. Luego dijo a la princesa: "¡Oh hija del tío! Alah me libre de hacerte reproches por tu conducta, pues el pasado pertenece al Dueño del cielo, y sólo el presente nos pertenece. Por eso deseo al presente que te reconcilies con este joven, esposo tuyo, que es un joven que posee preciosas cualidades fundamentales y que, sin guardarte rencor ninguno, no pide más que volver a tu gracia. Por otra parte, te juro por los méritos de mi difunto tío el sultán, tu padre, que tu esposo no ha cometido falta grave contra el pudor conyugal. ¡Y ya ha expiado bien duramente la debilidad de un momento!" Y contestó la joven: "Los deseos de nuestro señor sultán son órdenes y están por encima de nuestra cabeza y de nuestros ojos". Y el sultán se alegró mucho de aquella solución, y dijo: "Siendo así, ¡oh hija del tío! nombro a tu esposo mi primer chambelán. Y en adelante será mi comensal y mi compañero de copa. Y le enviaré a ti esta misma noche, a fin de que realicéis ambos, sin testigos molestos, la reconciliación prometida. ¡Pero permíteme que por el momento me le lleve, porque tenemos que escuchar juntos las historias de sus dos compañeros de cadena!" Y se retiró, añadiendo: "Desde luego, queda convenido entre vosotros dos que en lo sucesivo le dejarás ir y venir libremente, sin venda en los ojos, y por su parte promete él que jamás, bajo ningún pretexto, se dejará besar por una mujer, sea casada o doncella".

"Y éste es ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada— el final de la historia que contó al sultán y a su visir el primer joven, el que leía el libro en el maristán. ¡Pero en cuanto al segundo joven, uno de los dos que escuchaban la lectura, he aquí lo referente a él!"

Cuando el sultán, así como el visir y el nuevo chambelán, estuvieron de vuelta en el maristán, se sentaron en tierra frente al segundo joven, diciendo: "Ahora te toca a ti". Y el segundo joven dijo:

HISTORIA DEL SEGUNDO LOCO

"¡Oh nuestro señor sultán, y tú, juicioso visir, y tú, antiguo compañero mío de cadena! Sabed que el motivo de mi encarcelamiento en este maristán es todavía más sorprendente que el que conocéis ya, porque si este compañero mío fue encerrado como loco sin estarlo, fue por culpa suya y a causa de su credulidad y confianza en sí mismo. ¡Pero si yo he pecado ha sido precisamente por el exceso contrario, como vais a ver, siempre que queráis permitirme proceder con orden!" Y el sultán y su visir y su nuevo chambelán, que era el antiguo loco primero, contestaron de común acuerdo: "¡Desde luego!" Y el visir añadió: "Por cierto que, cuando más orden pongas en tu relato quedaremos mejor dispuestos para considerar que estás comprendido injustamente en el número de los locos y los dementes".

Y el joven comenzó su historia en estos términos:

"Sabed, pues, ¡oh señores míos y corona de mi cabeza! que también yo soy un mercader hijo de mercader, y que antes de que me arrojasen a este maristán tenía en el zoco una tienda, donde vendía brazaletes y adornos de todas clases a las mujeres de los señores ricos. Y en la época en que comienza esta historia no tenía yo más que dieciséis años de edad, y ya estaba reputado en el zoco por mi gravedad, mi honestidad, mi cabeza pesada y mi seriedad con los negocios. Y nunca trataba yo de entablar conversación con las damas clientes mías; y no les decía más que las palabras precisas para ultimar los tratos. Y además practicaba los preceptos del Libro, y nunca levantaba los ojos para mirar a una mujer entre las hijas de los musulmanes. Y los mercaderes me citaban como ejemplo a sus hijos cuando les llevaban consigo por primera vez al zoco. Y más de una madre se había ya puesto al habla con mi madre, pensando en mí para algún matrimonio honorable. Pero mi madre se reservaba la respuesta para mejor ocasión, y eludía la cuestión, pretextando mi poca edad y mi calidad de hijo único y mi temperamento delicado.

Un día estaba yo sentado ante mi libro de cuentas y repasaba el contenido, cuando vi entrar en mi tienda una remilgada negrita, que, después de saludarme con respeto, me dijo: "¿Es ésta la tienda del señor mercader Fulano?" y yo dije: "¡Esta es, en verdad!" Entonces ella, con precauciones infinitas y mirando prudentemente a derecha y a izquierda con sus ojos de negra, se sacó del seno un billetito, que me tendió, diciendo:

"Esto de parte de mi señora. Y aguarda el favor de una respuesta". Y entregándome el papel se mantuvo a distancia en espera de mi contestación.

Y yo, después de desdoblar el billete, lo leí, y me encontré con que contenía una oda escrita en versos inflamados en loor y honor míos. Y los versos finales formaban con su trama el nombre de la que se decía enamorada de mí.

Entonces, ¡oh mi señor sultán! me mostré extremadamente enfadado por aquella audacia, y estimé que era un atentado grave a mi buena conducta, o acaso una tentativa para arrastrarme a alguna aventura peligrosa o complicada. Y cogí aquella declaración, y la rompí, y la pisoteé. Luego avancé hacia la negrita, y la cogí de una oreja, y le administré algunos bofetones y algunos torniscones bien dados. Y rematé el correctivo dándole un puntapié que la hizo rodar fuera de mi tienda. Y la escupí en el rostro muy ostensiblemente, con objeto de que viesen mi acción todos mis vecinos y no pudiesen dudar de mi honradez y de mi virtud, y le grité: "¡Ah! ¡hija de los mil cornudos de la impudicia, ve a contar todo eso a tu señora, la hija de alcahuetes!" Y al ver aquello todos mis vecinos murmuraron entre sí con admiración; y uno de ellos me mostró con el dedo a su hijo, diciéndole: "¡Caiga la bendición de Alah sobre la cabeza de este joven virtuoso! ¡Ojalá ¡oh hijo mío! llegaras tú a saber a su edad rechazar las ofertas de las malignas y los perversos que acechan a los jóvenes hermosos!"

Y he aquí ¡oh señores míos! lo que hice a los dieciséis años. Y sólo ahora es cuando veo con lucidez todo lo que mi conducta tuvo de grosera, desprovista de discernimiento, llena de estúpida vanidad y de amor propio fuera de lugar, hipócrita, cobarde y brutal. Y aunque más tarde hube de experimentar sinsabores, como consecuencia de aquella tontería, considero que merecí más aún, y que esta cadena, que actualmente llevo al cuello por un motivo distinto en absoluto, debió serme infligida a raíz de aquel primer acto insensato. Pero, de todos modos, no quiero confundir el mes de Chabán con el mes de Ramadán, y continúo procediendo con orden en el relato de mi historia.

Pues bien, ¡oh mis señores! tras de aquel incidente transcurrieron días y meses, y me convertí en todo un hombre. Y hube de conocer a las mujeres y todo lo consiguiente, aunque era soltero; y sentía que había llegado en realidad el momento de elegir una joven que fuese mi esposa ante Alah y madre de mis hijos. Por cierto que había de quedar bien servido, como vais a oír. Pero no anticiparé nada, y procederé con orden.

En efecto, una siesta vi acercarse a mi tienda, entre cinco o seis esclavas blancas que la servían de cortejo, a una joven de amor, ataviada con las alhajas más preciosas, las manos teñidas de henné y las trenzas de sus cabellos flotando sobre sus hombros, que avanzó con gracia, contoneándose con nobleza y coquetería...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 838ª NOCHE

Ella dijo:

...a una joven de amor, ataviada con las alhajas más preciosas, las manos teñidas de henné y las trenzas de sus cabellos flotando sobre sus hombros, que avanzó con gracia, contoneándose con nobleza y coquetería. Y como una reina, entró en mi tienda, seguida de sus esclavas, y se sentó después de favorecerme con una zalema graciosa. Y me dijo ¡Oh joven! ¿tienes un buen surtido de adornos de oro y plata?" Y contesté: "¡Oh mi señora! ¡los tengo de todas las especies posibles y de las demás!" Entonces me pidió que le enseñara anillos de oro para los tobillos. Y le llevé lo más hermoso y más pesado que tenía en anillos de oro para los tobillos. Y les echó una mirada distraída y me dijo: "¡Pruébamelos!" Y al punto se bajó una de sus esclavas y levantándole la orla de su traje de seda descubrió ante mis ojos el tobillo más fino y más blanco que salió de los dedos del Creador. Y le probé los anillos; pero no pude encontrar en mi tienda ninguno bastante estrecho para la finura de sus piernas moldeadas en el molde de la perfección. Y al ver mi azoramiento ella sonrió y dijo: "No te importe, ¡oh joven! Ya te tomaré otra cosa. Pero el caso es que me habían dicho en mi casa que yo tenía las piernas de elefante. ¿Es verdad eso?" Y exclamé: "El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti y sobre la perfección de tus tobillos, ¡oh mi señora! ¡Al verlos se moriría de envidia la gacela!" Entonces me dijo ella: "¡Enséñame brazaletes!" Y con los ojos llenos todavía de la visión de sus tobillos adorables y de sus piernas de perdición, busqué lo más fino y más estrecho que tenía en brazaletes de oro y de esmalte, y se lo traje. Pero me dijo ella: "Pruébamelos tú mismo. Estoy muy cansada hoy".

Y al punto se precipitó una de sus esclavas a alzar las mangas de su señora. Y a mis ojos apareció un brazo ¡ay! ¡ay! como un cuello de cisne, más blanco y más liso que el cristal y rematado por una muñeca y una mano y unos dedos ¡ay! ¡ay! de azúcar cande, ¡oh mi señor! de dátiles confitados, una alegría para el alma, una delicia, una pura delicia suprema. E inclinándome, probé mis brazaletes en aquel brazo milagroso. Pero los más estrechos, los confeccionados para manos de niño, bailaban vergonzosamente en sus finas muñecas transparentes; y me apresuré a retirarlos, temeroso de que su contacto lastimase aquella piel cándida. Y sonrió ella de nuevo al ver mi confusión, y me dijo: "¿Qué has visto, ¡oh joven!? ¿Soy manca, o acaso tengo manos de pato, o quizá un brazo de hipopótamo?" Y exclamé: "El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti, y sobre la redondez de tu brazo blanco, y sobre la forma de tus dedos de hurí, ¡oh mi señora!" Y me dijo ella: "¿Verdad que sí? Pues, sin embargo, en casa me afirmaron lo contrario con frecuencia".

Luego añadió: "Enséñame collares y colgantes de oro". Y tambaleándome sin haber probado el vino, me apresuré a mostrarle lo más rico y ligero que tenía yo en collares y colgantes de oro.

Y al punto, con religioso cuidado, una de sus esclavas descubrió, al mismo tiempo que el cuello de su ama, parte de su pecho. Y los dos senos, ¡ah! ¡ah! los dos a la vez, ¡oh mi señor! los dos pechitos de marfil rosa, aparecieron redondos y erguidos sobre la nieve deslumbradora del pecho; y se dirían colgados del cuello de mármol puro, como dos hermosos niños gemelos colgados al cuello de su madre. Y al ver aquello no pude por menos de gritar, volviendo la cabeza: "¡Tapa, tapa! ¡Que Alah corra sus velos!"

Y me dijo ella: "¿Es que no vas a probarme los collares y colgantes? ¡Pero no te importe! Ya te tomaré otra cosa. Sin embargo, dime antes si soy deforme, o tetuda como la hembra del búfalo, y negra y velluda. ¿O acaso estoy tan flaca y seca como un pescado salado, y tan lisa como el banco de un carpintero?" Y exclamé: "El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti, y sobre tus carnes ocultas, y sobre tus frutos ocultos, y sobre toda tu hermosura oculta, ¡oh mi señora!" Y dijo ella: "¿Entonces me han engañado los que me afirmaron a menudo que no podía encontrarse nada más feo que mis formas ocultas?" Y añadió: "Está bien; pero ya que no te atreves ¡oh joven! a probarme estos collares de oro y estos colgantes, ¿podrías, al menos, probarme cinturones?"

Y luego de traerle lo más flexible y ligero que tenía en cinturones de filigrana de oro, los puse a sus pies discretamente. Pero me dijo ella: "¡No, no! ¡por Alah, pruébamelos tú mismo!" Y yo ¡oh mi señor sultán! tuve que responder con el oído y la obediencia, y adivinando de antemano cuál sería la finura de aquella gacela, escogí el cinturón más pequeño y más estrecho, y por encima de sus trajes y velos se lo ceñí al talle. Pero aquel cinturón, confeccionado de encargo para una princesa niña, resultaba muy ancho para aquel talle tan fino que no proyectaba sombra en el suelo, y tan derecho que habría causado la desesperación de un escriba de la letra alef, y tan flexible que habría hecho secarse de despecho al árbol ban, y tan tierno que habría hecho derretirse de envidia a un rollo de manteca fina, y tan gracioso que habría puesto en fuga, avergonzado, a un tierno pavo real, y tan ondulante que habría hecho perderse al tallo del bambú. Y al ver que no lograba mi propósito, me quedé muy perplejo y no supe cómo excusarme.

Pero me dijo ella: "Por lo visto, debo ser contrahecha, con una joroba doble por detrás y una joroba doble por delante, con un vientre de forma innoble y una espalda de dromedario!" Y exclamé: "El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti, y sobre tu talle, y sobre lo que le precede, y sobre lo que le acompaña, y sobre todo lo que le sigue. ¡oh mi señora!" Y ella me dijo: "Estoy asombrada, ¡oh joven! ¡Porque en casa me han confirmado a menudo esta opinión desventajosa de mí misma! ¡De todos modos, ya que no puedes encontrar cinturón para mí, creo que no te será imposible encontrar pendientes de anilla y un frontal de oro para sujetarme los cabellos!" Y así diciendo, se levantó por sí misma el velillo del rostro, e hizo aparecer a mi vista su cara, que era la luna llena en su decimocuarta noche. Y al ver aquellas dos piezas preciosas de sus ojos babilónicos, y sus mejillas de anémona, y su boquita, estuche de coral, que encerraba un brazalete de perlas, y todo su rostro conmovedor, se me paró la respiración y no pude hacer un movimiento para buscar lo que me pedía. Y sonrió ella, y me dijo: "Comprendo ¡oh joven! que te hayas asombrado de mi fealdad. Ya sé, porque me lo han repetido muchas veces, que mi rostro es de una fealdad espantosa, picado de viruela y apergaminado, que soy tuerta del ojo derecho y bizca del ojo izquierdo, que tengo una nariz gorda y horrible, y una boca fétida, con los dientes desencajados y movibles, y, por último, que estoy mutilada y rapada de orejas. ¡Y no hay para qué hablar de mi piel, que es sarnosa, ni de mis cabellos, que son lacios y quebradizos, ni de todos los horrores invisibles de mi interior!"

Y exclamé: "El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti, ¡oh mi señora! y sobre tu belleza invisible, ¡oh revestida de esplendor! y sobre tu pureza, ¡oh hija de los lirios! y sobre tu olor, ¡oh rosa! y sobre tu brillo y tu blancura, ¡oh jazmín! y sobre cuanto en ti puede verse, olerse o tocarse. ¡Y dichoso aquel que pueda verte, olerte o tocarte!"

Y me quedé aniquilado de emoción, ebrio con una embriaguez mortal.

Entonces la joven de amor me miró con una sonrisa de sus ojos rasgados, y me dijo: "¡Ay! ¡ay! ¿por qué, pues, me detesta mi padre hasta el punto de atribuirme todas las fealdades que te he enumerado? Porque es mi mismo padre, y no otro, quien me ha hecho creer siempre en todos esos presuntos horrores de mi persona. ¡Pero loado sea Alah, que me demuestra lo contrario por intervención tuya! Porque ahora estoy convencida de que no me ha engañado mi padre, sino que es presa de una alucinación que le hace verlo todo feo en torno mío. Y para desembarazarse de mi vista, que le pesa, está dispuesto a venderme como a una esclava en el mercado de esclavas de desecho". Y yo ¡oh mi señor! exclamé: "¿Y quién es tu padre, ¡oh soberana de la belleza!?" Ella me contestó: "¡El jeique al-Islam en persona!"

Y exclamé inflamado: "Entonces, por Alah, mejor que venderte en el mercado de esclavas, ¿no consentiría en casarte conmigo?"

Ella dijo: "Mi padre es un hombre íntegro y concienzudo. ¡Y como se imagina que su hija es un monstruo repelente, no querrá tener sobre la conciencia la unión de ella con un joven como tú! Pero puedes, a pesar de todo, aventurar tu petición. Y a tal fin, voy a indicarte el medio de que te has de valer para tener más probabilidades de convencerle".

Y tras de hablar así, la joven del perfecto amor reflexionó un momento, y me dijo: "¡Escucha! Cuando te presentes a mi padre, que es el Jeique al-Islam, y le hagas tu petición de matrimonio, te dirá seguramente: "¡Oh hijo mío! conviene que abras los ojos. Has de saber que mi hija es una impedida, una lisiada, una jorobada, una..." Pero le interrumpirás para decirle: "¡Que me place! ¡que me place!" Y continuará él: "Mi hija es tuerta, desorejada, repugnante, coja, babosa, meona..." Pero le interrumpirás para decirle: "¡Que me place! ¡que me place!" Y continuará él: "¡Oh pobre! mi hija es antipática, viciosa, pedorrera, mocosa..." Pero le interrumpirás para decirle: "¡Que me place! ¡que me place!" Y continuará él: "¡Pero si no sabes ¡oh pobre! que mi hija es bigotuda, barriguda, tetuda, manca, contrahecha de un pie, bizca del ojo izquierdo, con nariz gorda y aceitosa, con la cara picada de viruela, con la boca fétida, con los dientes desencajados y movibles, mutilada por dentro, calva, espantosamente sarnosa, un horror absolutamente, una abominable maldición!"

Y tras de dejarle que acabe de verter sobre mí esta horrible cuba de dicterios, le dirás: "¡Vaya, por Alah, que me place, que me place...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 839ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y tras de dejarle que acabe de verter sobre mí esta horrible cuba de dicterios, le dirás: "¡Vaya por Alah, que me place, que me place!"

Y yo, ¡oh mi señor! al oír estas palabras, y nada más que a la idea de que tales apelativos pudiesen aplicarse por su padre a aquella joven del perfecto amor, sentía que la sangre se me subía a la cabeza de indignación y de cólera. Pero, en fin, como había que pasar por semejante prueba para llegar a casarme con aquel modelo de gacelas, le dije: "Dura es la prueba, ¡oh mi señora! y puede que muera yo al oír a tu padre tratarte de tal suerte. ¡Pero Alah me dará las fuerzas y el valor necesarios!" Luego le pregunté: "¿Y cuándo podré presentarme entre las manos de tu padre el venerable Jeique al-Islam para hacer mi petición?" Ella me contestó: "Mañana a media mañana sin falta".

Tras estas palabras, se levantó y me abandonó, seguida de sus jóvenes esclavas, saludándome con una sonrisa. Y mi alma siguió sus huellas y quedó atada a sus pasos, por más que yo permaneciese en mi tienda presa de las angustias de la ausencia y de la pasión.

Así es que al día siguiente, a la hora indicada, no dejé de correr a la residencia del Jeique al-Islam, al cual pedí audiencia, diciendo que era para un negocio urgente de suma importancia. Y me recibió sin tardanza, y me devolvió mi zalema con consideración, y me rogó que me sentara. Y observé que era un anciano de aspecto venerable, de barba blanca inmaculada y de una actitud llena de nobleza y grandeza; pero en su rostro y en sus ojos tenía una sombra de tristeza sin esperanza y de dolor sin remedio. Y pensé: "¡Ya apareció aquello! Tiene la alucinación de la fealdad. ¡Ojalá le cure Alah!"

Luego, sin sentarme hasta que me invitó la segunda vez, por respeto y deferencia para su edad y su alta dignidad, de nuevo le hice mis zalemas y cumplimientos, y los reiteré por tercera vez, levantándome siempre. Y habiendo demostrado de tal suerte mi cortesía y mi mundanidad, volví a sentarme, pero en el mismo borde de la silla, y esperé a que iniciase él la conversación y me interrogara sobre lo que me llevaba allí.

Y, efectivamente, después que el agha de servicio nos hubo ofrecido los refrescos de rigor, y el Jeique al-Islam hubo cambiado conmigo algunas palabras sin importancia acerca del calor y la sequía, me dijo:

"¡Oh joven mercader! ¿en qué puedo satisfacerte?" Y contesté: "¡Oh mi señor! ¡me he presentado entre tus manos para implorarte y solicitarte con respeto a la dama escondida tras la cortina de castidad de tu honorable casa, la perla sellada con el sello de la conservación y la flor oculta en el cáliz de la modestia, tu hija sublime, la virgen insigne a la cual yo, indigno, anhelo unirme por los lazos lícitos y el contrato legal!"

A estas palabras, vi ennegrecerse y amarillear luego el rostro del venerable anciano e inclinarse su frente hacia el suelo con tristeza. Y se quedó por un momento sumido en penosas reflexiones relativas a su hija, sin duda alguna. Luego levantó la cabeza lentamente y me dijo con acento de tristeza infinita: "Alah conserve tu juventud y te favorezca siempre con sus gracias, ¡oh hijo mío! ¡Pero la hija que tengo en mi casa detrás de la cortina de castidad es una calamidad! Y nada se puede hacer con ella, y nada se puede sacar de ella. Porque..."

Pero yo ¡oh mi señor sultán! le interrumpí de pronto para exclamar: "¡Que me place! ¡que me place!" Y el venerable anciano me dijo: "¡Alah te colme con sus gracias, ¡oh hijo mío! Pero mi hija no le conviene a un joven tan hermoso como tú, lleno de amables cualidades, de fuerza y de salud. Porque es una pobre criatura enfermiza, parida por su madre antes de tiempo a consecuencia de un incendio. Y es tan contrahecha y fea como hermoso y bien formado eres tú. ¡Y como debes saber el motivo que me hace negarme a tu petición, te la describiré tal y como es, si quieres, pues en mi corazón reside el temor de Alah, y no quisiera contribuir a inducirte a error!"

Pero exclamé: "¡Yo la admiro con todos los defectos y estoy satisfecho de ella, de lo más satisfecho!" Pero él me dijo: "¡Ah hijo mío, no obligues a un padre que tiene la dignidad de su vida privada a hablarte de su hija en términos penosos! Pero tu insistencia me fuerza a decirte que, casándote con mi hija, te casarás con el monstruo más espantoso de este tiempo. Porque es una criatura cuya sola contemplación..."

Pero temiendo yo la espantosa enumeración de los horrores con que se disponía a afligir mi oído, le interrumpí para exclamar con un acento en que puse toda mi alma y todo mi deseo: "¡Que me place! ¡que me place!" Y añadí: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh padre nuestro! ahórrame el dolor de hablar de tu honorable hija en términos penosos, pues, sea cual sea lo que puedas decirme y por muy odiosa que sea la descripción que me hagas, seguiré solicitándola en matrimonio, porque tengo una afición especial a los horrores cuando son del género de los que afligen a tu hija, y repito que la acepto tal como es, y que estoy satisfecho, satisfecho, satisfecho!"

Cuando el Jeique al-Islam me hubo oído hablar de tal suerte; y comprendió que mi resolución era inquebrantable y mi deseo inmutable, se golpeó las manos una contra otra con sorpresa y asombro, y me dijo: "He librado mi conciencia ante Alah y ante ti, ¡oh hijo mío! y sólo a ti podrás culpar de tu acto de locura. Pero, por otra parte, los preceptos divinos me prohíben impedir el deseo de satisfacerlo, y no puedo por menos que darte mi consentimiento". Y en el límite de la dicha, le besé la mano, y anhelé que se llevase a cabo el matrimonio y se celebrase aquel mismo día. Y me dijo él suspirando: "¡Ya no hay inconveniente!"

Y se extendió y legalizó por los testigos el contrato de matrimonio; y quedó estipulado que yo aceptaba a mi esposa con sus defectos, sus deformidades, sus achaques, sus malas hechuras, su conformación, sus dolencias, sus fealdades y otras cosas parecidas. Y también quedó estipulado que si, por una u otra razón, me divorciaba de ella tendría que pagarle, como rescate del divorcio y como viudedad, veinte bolsas de mil dinares de oro. Y desde luego acepté de todo corazón las condiciones. E incluso hubiese aceptado cláusulas mucho más desventajosas.

Y he aquí que, después de la redacción del contrato, mi tío, padre de mi esposa, me dijo: "¡Oh joven! mejor te será consumar en mi casa el matrimonio y establecer aquí tu domicilio conyugal. Porque el transporte de tu esposa inválida desde aquí a tu casa presentaría graves inconvenientes". Y contesté: "¡Escucho y obedezco!"

Y en mi interior ardía de impaciencia, y me decía: "¡Por Alah ¿es verdaderamente posible que yo, el oscuro mercader, haya llegado a ser dueño de esa joven del perfecto amor, la hija del venerado Jeique al-Islam? ¿Y soy yo verdaderamente el que va a regocijarse con su belleza, y a disfrutarla a su antojo, y a comer y a beber lo que tenga gana en sus encantos ocultos, y a endulzarme con ellos hasta la saciedad?"

Y cuando por fin llegó la noche penetré en la cámara nupcial después de recitar la plegaria de la noche, y con el corazón latiendo de emoción me acerqué a mi esposa y levanté el velo que cubría su cabeza y le destapé el rostro.

Y miré con mi alma y mis ojos.

Y (¡que Alah confunda al Maligno ¡oh mi señor sultán! y nunca te haga testigo de un espectáculo semejante al que se ofreció a mis miradas!) vi la criatura humana más deforme, la más repulsiva, la más repelente, la más detestable, la más repugnante y la más nauseabunda que se puede ver en la más penosa de las pesadillas. Y en verdad que era de una fealdad mucho más espantosa que la que me había descrito la joven, y un monstruo de deformidad, y un guiñapo tan lleno de horror, que me sería imposible ¡oh mi señor! hacerte su descripción sin sentir arcadas y caer a tus pies sin conocimiento. Pero bástame decirte que la que era esposa mía con mi propio consentimiento encerraba en su persona nauseabunda todos los vicios legales y todas las abominaciones ilegales, todas las impurezas, todas las fetideces, todas las aversiones, todas las atrocidades, todas las fealdades y todas las repugnancias que pueden afligir a los seres sobre quienes pesa la maldición. Y tapándome las narices y volviendo la cabeza dejé caer otra vez su velo, y me alejé de ella hasta el rincón más retirado de la estancia, pues, aun cuando hubiese sido yo un tebaico comedor de cocodrilo, no habría podido inducir a mi alma a una aproximación carnal con una criatura que hasta tal punto ofendía a la paz de su Creador.

Y sentándome en mi rincón con la cara vuelta a la pared sentía yo invadir mi entendimiento de todas las preocupaciones y subirme por los riñones todos los dolores del mundo. Y gemí en el fondo del núcleo de mi corazón. Pero no tenía derecho a decir una sola palabra o a emitir la menor queja, pues la había aceptado por esposa por propio impulso. Porque yo era, con mis propios ojos, quien había interrumpido al padre siempre para exclamar: "¡Que me place! ¡que me place!" Y me decía: "¡Sí, sí! ¡ahí tienes a la joven del perfecto amor! ¡Ah! ¡muérete! ¡muérete! ¡muérete! ¡ah idiota! ¡ah buey estúpido! ¡oh cerdo pesado!" Y me mordía los dedos y me pellizcaba los brazos en silencio. Y por momentos fermentaba en mí una cólera contra mí mismo, y pasé de mala manera toda aquella noche de mi destino, como si hubiese estado en medio de torturas en la prisión del Meda o del Deilamita...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 840ª NOCHE

Ella dijo:

...Y pasé de mala manera toda aquella noche de mi destino, como si hubiese estado en medio de torturas en la prisión del Meda o del Deilamita.

Así es que, en cuanto llegó el alba, me apresuré a huir de la cámara de mis bodas y a correr al hammam para purificarme del contacto de aquella esposa de horror. Y después de hacer mis abluciones con arreglo a lo que establece para los casos de impureza el ceremonial del Ghosl, me dejé llevar del sueño un poco. Tras de lo cual me reintegré a mi tienda y me senté allí con la cabeza víctima del vértigo, ebrio sin haber bebido vino.

Y al punto mis amigos y los mercaderes que me conocían y los particulares más distinguidos del zoco comenzaron a presentarse a mí, unos separadamente y otros de dos en dos, o de tres en tres, o varios a la vez, e iban a felicitarme y a ofrecer sus respetos. Y me decían: "¡Bendición! ¡bendición! ¡bendición! ¡La alegría sea contigo! ¡la alegría sea contigo!" Y me decían otros: "¡Eh, vecino! ¡no sabíamos que erais tan poco espléndido! ¿Dónde está el festín, dónde están las golosinas, dónde están los sorbetes, dónde están los pasteles, dónde están los platos de halawa, dónde está tal cosa, dónde está tal otra? ¡Por Alah, vamos a creer que los encantos de tu joven esposa te han turbado el cerebro y te han hecho olvidar a tus amigos y perder la memoria de tus obligaciones elementales! ¡Pero no te importe! ¡Y que la alegría sea contigo! ¡que la alegría sea contigo!"

Y yo, ¡oh mi señor! sin poder darme exacta cuenta de si se burlaban de mí o me felicitaban realmente, no sabía qué actitud adoptar, y me contentaba con hacer algunos gestos evasivos y contestar con palabras sin alcance. Y sentía que se me atascaba de rabia reconcentrada la nariz y que mis ojos estaban próximos a romper en lágrimas de desesperación.

Y de tal suerte duró mi suplicio desde por la mañana hasta la hora de la plegaria de mediodía, y ya se habían ido a la mezquita la mayor parte de los mercaderes o dormían la siesta, cuando he aquí que, a algunos pasos de mí, surge la joven del perfecto amor, la verdadera, la que era autora de mi desventura y causa de mis torturas. Y avanzaba hacia mí sonriendo en medio de sus cinco esclavas, y se inclinaba blandamente, y se contoneaba de derecha a izquierda voluptuosamente, con sus colas y sus sedas, flexible como una tierna rama de ban en medio de un jardín de olores. Y estaba ataviada más suntuosamente aún que el día anterior, y tan emocionantes eran sus andares, que, para verla mejor, los habitantes del zoco se pusieron en fila a su paso. Y con un aire infantil entró ella en mi tienda, y me dirigió la más graciosa zalema, y me dijo, sentándose: "¡Sea para ti este día una bendición, ¡oh mi señor Ola-Ed-Din, y que Alah sostenga tu bienestar y tu dicha y lleve al colmo tu contento! ¡Y que la alegría sea contigo! ¡la alegría contigo!"

En cuanto la oí, ¡oh mi señor! fruncí las cejas y mascullé maldiciones en mi corazón. Pero cuando vi con qué audacia se divertía ella conmigo y cómo iba a provocarme después de perpetuar su hazaña, no pude contenerme más tiempo; y toda mi grosería de antaño, de cuando era virtuoso, afluyó a mis labios; y estallé en injurias, diciéndole: "¡Oh caldera llena de pez! ¡oh cacerola de betún! ¡olla de perfidia! ¿qué te hice para que me tratases con esa negrura y me sumieras en un abismo sin salida? ¡Alah te maldiga y maldiga el instante de nuestro encuentro y ennegrezca tu rostro para siempre, ¡oh desvergonzada!"

Pero ella, sin conmoverse lo más mínimo, contestó sonriendo: "Pues qué, ¡oh estúpido! ¿has olvidado ya tus incorrecciones para conmigo, y tu desprecio por mi oda en verso, y el mal trato que hiciste sufrir a mi mensajera, la negrita, y las injurias que le dirigiste, y el puntapié con que la gratificaste, y los improperios que me transmitiste por conducto suyo?" Y tras de hablar así, la joven recogió sus velos y se levantó para partir.

Pero yo ¡oh mi señor! comprendí que no había recolectado más que lo que sembré, y sentí todo el peso de mi brutalidad pasada, y qué cosa tan odiosa de todo punto era la virtud áspera, y qué cosa tan detestable era la hipocresía de la religiosidad.

Y sin más tardanza me arrojé a los pies de la joven del perfecto amor, y le supliqué que me perdonara, diciéndole: "¡Estoy arrepentido! ¡estoy arrepentido! ¡en verdad que estoy de lo más arrepentido!"

Y le dije palabras tan dulces y tan enternecedoras como gotas de lluvia en un desierto ardoroso. Y acabé por decidirla a quedarse; y se dignó dispensarme, y me dijo: "¡Por esta vez te perdonaré, pero no vuelvas a empezar!" Y exclamé besándole la orla de su traje y cubriéndome con ella la frente: "¡Oh mi señora! ¡estoy bajo tu salvaguardia y soy tu esclavo que espera su liberación de lo que tú sabes por conducto tuyo!" Y ella me dijo sonriendo: "Ya he pensado en ello. ¡Y lo mismo que supe cogerte en mis redes sabré sacarte de ellas!" Y exclamé: "¡Yalah! ¡yalah! ¡date prisa! ¡date prisa!"

Entonces me dijo: "Atiende bien a mis palabras y sigue mis instrucciones. ¡Y podrás verte desembarazado de tu esposa sin trabajo!" Y me incliné: "¡Oh rocío! ¡oh refresco!" Y continuó ella: "¡Escucha! Levántate y ve al pie de la ciudadela en busca de los saltimbanquis, titiriteros, charlatanes, bufones, danzantes, funámbulos, bailarines, conductores de monos, exhibidores de osos, tamborileros, clarinetes, flautines, timbaleros y demás farsantes, y te concertarás con ellos para que sin tardanza vayan a buscarte al palacio del Jeique al-Islam, padre de tu esposa. Y cuando lleguen estarás sentado tomando refrescos con él en las gradas del patio. Y en cuanto entren te felicitarán y se congratularán, exclamando: "¡Oh hijo de nuestro tío! ¡oh sangre nuestra! ¡oh vena de nuestros ojos! ¡compartimos tu alegría en este bendito día de tus bodas! En verdad, ¡oh hijo de nuestro tío! que nos alegramos por ti del rango a que has llegado. Y aun cuando te avergüences de nosotros, tenemos el honor de pertenecerte; y aun cuando, olvidándote de tus parientes, nos eches, y aun cuando nos despidas, no te dejaremos, porque eres hijo de nuestro tío, sangre nuestra y vena de nuestros ojos".

Y entonces tú aparentarás estar muy confuso ante la divulgación de tu parentesco con tales individuos, y para librarte de ellos empezarás a repartirles a puñados dracmas y dinares. Y al ver aquello el Jeique al-Islam te preguntará, sin duda alguna; y le contestarás bajando la cabeza: "Es preciso que diga la verdad, puesto que están ahí mis parientes para traicionarme. Mi padre era, en efecto, un bailarín, exhibidor de osos y de monos, y tal es la profesión de mi familia y su origen. Pero más tarde el Retribuidor abrió para nosotros la puerta de la fortuna, y hemos adquirido la consideración de los mercaderes del zoco y de su síndico".

Y el padre de tu esposa te dirá: "Así, pues, ¿eres un hijo de bailarín de la tribu de los funámbulos y de los cabalgadores de monos?" Y contestarás: "No hay medio de que yo reniegue de mi origen y de mi familia por amor a tu hija y en honor suyo. ¡Porque la sangre no reniega de la sangre ni el arroyo de su manantial!" Y te dirá él, sin duda alguna: "En ese caso ¡oh joven! ha habido ilegalidad en el contrato de matrimonio, ya que nos has ocultado tu abolengo y tu origen. ¡Y no conviene que sigas siendo esposo de la hija del Jeique al-Islam, jefe supremo de los kadíes, que se sienta en la alfombra de la ley, y que es un cherif y un saied cuya genealogía se remonta a los padres del apóstol de Alah! Y no conviene que su hija, por muy olvidada que se halle en cuanto a los beneficios del Retribuidor, esté a merced del hijo de un titiritero".

Y tú replicarás: "¡Está bien! ¡está bien, ya entendí! tu hija es mi esposa legal y cada cabello suyo vale mil vidas. ¡Y por Alah, que no me separaré de ella aun cuando me dieras los reinos del mundo!" Pero poco a poco te dejarás persuadir, y cuando se pronuncie la palabra divorcio consentirás, a regañadientes, en separarte de tu esposa. Y por tres veces pronunciarás, en presencia del Jeique al-Islam y dos testigos, la fórmula del divorcio. Y de tal suerte, desligado, volverás a buscarme aquí. ¡Y Alah arreglará lo que haya que arreglar!"

Entonces yo, al oír este discurso de la joven del perfecto amor, sentí que se me dilataban los abanicos del corazón, y exclamé: "¡Oh reina de la inteligencia y de la belleza! ¡heme aquí dispuesto a obedecerte por encima de mi cabeza y de mis ojos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 841ª NOCHE

Ella dijo:

"...al oír este discurso de la joven del perfecto amor, sentí que se me dilataban los abanicos del corazón, y exclamé: "¡Oh reina de la inteligencia y de la belleza! ¡heme aquí dispuesto a obedecerte por encima de mi cabeza y de mis ojos!" Y tras de despedirme de ella dejándola en mi tienda, fui a la plaza que hay al pie de la ciudadela y me puse al habla con el jefe de la corporación de titiriteros, saltimbanquis, charlatanes, bufones, danzantes, funámbulos, bailarines, conductores de monos, exhibidores de osos, tamborileros, clarinetes, flautines, pífanos, timbaleros y demás farsantes; y me concerté con aquel jefe para que me ayudara en mi proyecto, prometiéndole una remuneración considerable. Y habiendo obtenido de él promesa de su concurso, le precedí en el palacio del Jeique al-Islam, padre de mi esposa, al lado del cual subí a sentarme en el estrado del patio.

Y no llevaría una hora de plática con él, bebiendo sorbetes, cuando de improviso, por la puerta principal que había yo dejado abierta, hizo su entrada, precedida por cuatro saltimbanquis que marchaban a la cabeza, y por cuatro funámbulos que caminaban con la punta de los dedos gordos de los pies, y por cuatro titiriteros que andaban con las manos, en medio de una algazara extraordinaria, toda la tribu tamborileante, ululante, galopante, aullante, danzante, gesticulante y abigarrada de la payasería que había sentado sus reales al pie de la ciudadela. Y estaban todos: los conductores de monos con sus animales, los exhibidores de osos con sus mejores ejemplares, los bufones con sus oropeles, los charlatanes con sus gorros altos de fieltro y los instrumentistas con sus ruidosos instrumentos, que producían una algarabía inmensa. Y se pusieron en fila por orden en el patio, los monos y los osos en medio, y cada cual haciendo lo suyo. Pero de pronto resonó un violento golpe de tabbl, y todo el estrépito cesó por ensalmo. Y el jefe de la tribu se adelantó hasta las gradas del palacio, y en nombre de todos mis parientes congregados me arengó con voz magnífica, deseándome prosperidad y larga vida y soltándome el discurso que yo le había enseñado.

Y, efectivamente, ¡oh mi señor! todo pasó como había previsto la joven. Porque el Jeique al-Islam, al tener, por boca del propio jefe de la tribu, la explicación de aquella baraúnda, me pidió su confirmación. Y yo aseguré que, en efecto, era primo, por parte de padre y de madre, de todos aquellos individuos, y que yo mismo era hijo de un titiritero conductor de monos; y le repetí todas las palabras del papel que me había enseñado la joven, y que ya conoces, ¡oh rey del tiempo! Y el Jeique al-Islam, poniéndose muy demudado y muy indignado, me dijo: "No puedes permanecer en la casa y en la familia del Jeique al-Islam, pues temo que te escupan al rostro y te traten con menos miramientos que a un perro cristiano o a un puerco judío".

Y empecé por responder: "¡Por Alah, que no me divorciaré de mi esposa aunque me ofrezcas el reino del Irak!" Y el Jeique al-Islam, que sabía bien que el divorcio a la fuerza estaba prohibido por la Schariat, me llamó aparte y me suplicó, con toda clase de palabras conciliadoras, que consintiera en aquel divorcio, diciéndome: "¡Vela mi honor y Alah velará el tuyo!"

Y acabé por condescender a aceptar el divorcio, y pronuncié ante testigos, refiriéndome a la hija del Jeique al-Islam: "¡La repudio una vez, dos veces, tres veces, la repudio!" Esta es fórmula del divorcio irrevocable. Y tras de pronunciarla, a insistentes requerimientos del propio padre, me encontré al mismo tiempo exento del tributo del rescate y de la viudedad y libre de la más espantosa pesadilla que ha pesado nunca sobre el pecho de un ser humano.

Y sin perder tiempo en saludar al padre de la que durante una noche fue mi esposa, salí corriendo, sin mirar atrás, y llegué sin aliento a mi tienda, donde seguía esperándome la joven del perfecto amor. Y con su más dulce lenguaje me deseó ella la bienvenida, y con toda la cortesía de sus modales me felicitó por el éxito, y me dijo: "Ahora ha llegado el momento de nuestra unión. ¿Qué te parece, ¡oh mi señor!?" Y contesté: "¿Será en mi tienda o en tu casa?"

Y ella sonrió y me dijo: "¡Oh pobre! ¿pero acaso no sabes cuánto tiene que cuidar su persona una mujer para hacer las cosas como es debido? ¡Habrá de ser en mi casa!" Y contesté: "Por Alah, ¡oh soberana mía! ¿desde cuándo los lirios van al hammam y la rosa al baño? Mi tienda es lo bastante grande para que quepas en ella, lirio o rosa. Y si ardiera mi tienda quedaría mi corazón". Y me contestó ella riendo: "¡Verdaderamente, prosperas! ¡Y hete aquí curado de tus antiguas maneras, tan ordinarias! Y sabes devolver un cumplimiento perfectamente". Y añadió: "Ahora levántate, cierra tu tienda y sígueme".

Yo, que no esperaba más que estas palabras, me apresuré a contestar: "Escucho y obedezco". Y saliendo de la tienda el último, la cerré con llave, y seguí a diez pasos de distancia al grupo formado por la joven y sus esclavas. Y de tal suerte llegamos ante un palacio cuya puerta se abrió al acercarnos. Y en cuanto entramos fueron a mí dos eunucos y me rogaron que les acompañara al hammam. Y decidido a hacerlo todo sin pedir explicaciones, me dejé conducir por los eunucos al hammam, donde me hicieron tomar un baño para limpieza y para frescura. Tras de lo cual, vestido con ropas finas y perfumado con ámbar chino, fui conducido a los aposentos interiores, donde me esperaba, perezosamente tendida en un lecho de brocado, la joven de mis deseos y del perfecto amor.

No bien nos quedamos solos me dijo ella: "Ven aquí, ven, ¡oh estúpido! ¡Por Alah, que se necesita ser un tonto hasta el último límite de la tontería, para haber rehusado hace tiempo una noche como ésta! Pero, para no azorarte, no te recordaré el pasado". Y yo, ¡oh mi señor a la vista de aquella joven toda desnuda ya, y tan blanca y tan fina, y de la riqueza de sus partes delicadas, y de la gordura de su trasero rollizo, y de la excelente calidad de sus diversos atributos, sentí que en mí se reparaban todos mis yerros anteriores y retrocedí para saltar. Pero ella me retuvo con un gesto y una sonrisa, y me dijo:

"Antes del combate, ¡oh Jeique! es preciso que yo sepa si conoces el nombre de tu adversario. ¿Cómo se llama?" Y contesté: "¡La fuente de las gracias!" Ella dijo: "¡No!" Yo dije: "¡El padre de la blancura!" Ella dijo: "¡No!" Yo dije: "¡El pasto dulce!" Ella dijo: "¡No!" Yo dije :"¡El sésamo descortezado!" Ella dijo: "¡No!" Yo dije: "¡La albahaca de los puentes!" Ella dijo: "¡No!" Yo dije: "¡El mulo terco!" Ella dijo: "¡No!" Yo dije: "Pues, por Alah, ¡oh mi señora! que no conozco ya más que un nombre, y es el último: ¡el albergue de mi padre Mansur!" Ella dijo: "¡No!" Y añadió "¡Oh estúpido! ¿qué te han enseñado entonces los sabios teólogos y los maestros de gramática?" Yo dije: "¡Nada absolutamente!" Ella dijo: "¡Pues escucha! He aquí algunos de sus nombres: el estornino mudo, el carnero gordo, la lengua silenciosa, el elocuente sin palabras, la rosca adaptable, la grapa a la medida, el mordedor rabioso, el sacudidor infatigable, el abismo magnífico, el pozo de Jacob, la cuna del niño, el nido sin huevo, el pájaro sin plumas, el pichón sin mancha, el gato sin bigotes, el pollo sin voz y el conejo sin orejas".

Y habiendo acabado de adornar de este modo mi entendimiento y de aclarar mi juicio, me tomó de pronto entre sus piernas y sus brazos, y me dijo: "¡Yalah! ¡yalah oh infeliz! sé rápido en el asalto, y pesado en el descenso, y ligero en el peso, y fuerte en el abrazo, y nadador de fondo, y tapón hermético, y saltador sin tregua. Porque el detestable es el que se levanta una vez o dos veces para sentarse luego, y el que alza la cabeza para bajarla, y el que se pone de pie para caer. Brío, pues, ¡oh valiente!" Y yo ¡oh mi señor! contesté: "¡Oye, por tu vida, ¡oh mi señora! procedamos con orden, procedamos con orden!" Y añadí: "¿Por quién vamos a empezar?" Ella contestó: "A tu gusto. ¡oh truhán!" Yo dije: "¡Entonces vamos a dar primero su comida al estornino mudo!" Ella dijo: "Ya está esperando! ¡ya está esperando!"

Entonces ¡oh mi señor sultán! dije a mi niño: "¡Satisface al estornino!" Y el niño contestó con el oído y la obediencia, y fue pródigo y generoso en la pitanza del estornino mudo, que, de repente, empezó a expresarse en el lenguaje de los estorninos, diciendo: "¡Alah aumente tu hacienda! ¡Alah aumente tu hacienda!

Y dije al niño: "¡Haz ahora una zalema al carnero gordo, que está esperando!" Y el niño hizo al carnero consabido la zalema más profunda. Y el carnero contestó en su lenguaje: "¡Alah aumente tu hacienda! ¡Alah aumente tu hacienda!"

Y dije al niño: "¡Habla ahora a la lengua silenciosa!" Y el niño frotó su dedo contra la lengua silenciosa, que al punto contestó con armoniosa voz: "¡Alah aumente tu hacienda! ¡Alah aumente tu hacienda!"

Y dije al niño: "¡Domestica al mordedor rabioso!" Y el niño se puso a acariciar con muchas precauciones al mordedor consabido, y lo hizo de modo que salió de sus fauces sin daño y sin rabia, y el mordedor, satisfecho de su valor y de su obra, le dijo: "¡Te rindo homenaje! ¡vaya una pócima que me has dado!"

Y dije al niño: "¡Llena el pozo de Jacob, ¡oh tú!, más paciente que Jacob!" Y el niño contestó al punto: "¡Que me traga! ¡que me traga!" Y el pozo consabido se llenó sin fatiga ni objeción y quedó tapado herméticamente.

Y dije al niño: "¡Calienta al pájaro sin plumas!" Y el niño contestó como el martillo al yunque; y el pájaro, caliente, contestó: "¡Ya echo humo! ¡ya echo humo!"

Y dije al niño: "¡Oh excelente! ¡da de comer ahora al pollo sin voz!" Y el excelente muchacho no dijo que no, y dio de comer con profusión al pollo consabido, que se puso a cantar, diciendo: "¡Bendición! ¡bendición!

Y dije al niño: "No te olvides de este buen conejo sin orejas, y sácale de su sueño, ¡oh padre de vista sin par!" Y el niño, siempre despierto, habló al conejo, por más que éste no tenía orejas, y le dio tan buenos consejos, que hubo de exclamar el aludido: "¡Qué maravilla! ¡qué maravilla...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 842ª NOCHE

Ella dijo:

...Y el niño, siempre despierto, habló al conejo, por más que éste no tenía orejas, y le dio tan buenos consejos, que hubo de exclamar el aludido: "¡Qué maravilla! ¡qué maravilla!"

Y continué, ¡oh mi señor! alentando al niño a conversar de aquel modo con su adversario, cambiando cada vez de motivo de conversación, y haciéndole aludir a cada tributo, tomando y dando, sin olvidar al gato sin bigotes, ni al pichón sin mancha, ni a la cuna, que estaba muy caliente, ni al nido sin huevo, que estaba nuevecito, ni a la grapa a la medida, que encajó sin arañarse, ni al abismo magnético, donde se sumergió oblicuamente para permanecer púdico, e hizo pedir gracia a la propietaria, diciendo: "¡Abdico! ¡Abdico! ¡Ah! ¡qué garrote!", ni a la rosca adaptable, de la que salió más invulnerable y más considerable, ni, por último, al albergue de mi padre Mansur, más caliente que un horno, y del que salió más gordo y más pesado que una cotufa.

Y no cejamos en la lucha, ¡oh mi señor sultán! hasta la aparición de la mañana, en que hubimos de recitar la plegaria e ir al baño.

Y cuando salimos del hammam y nos reunimos para la comida de la mañana la joven del perfecto amor me dijo: "Por Alah, ¡oh truhán! que verdaderamente has sobresalido, y me favoreció la suerte que me hizo recuperarte. Ahora hay que hacer lícita nuestra unión. ¿Qué te parece? ¿Quieres seguir conmigo con arreglo a la ley de Alah, o quieres renunciar para siempre a volver a verme?" Y contesté: "Antes sufrir la muerte roja que no volver a regocijarme con ese rostro de blancura, ¡oh mi señora!" Y ella me dijo: "¡En ese caso, sean con nosotros el kadi y los testigos!" Y mandó llamar acto seguido al kadí y a los testigos y redactar sin tardanza nuestro contrato de matrimonio. Tras de lo cual tomamos juntos nuestra primera comida, y esperamos a hacer la digestión y evitar todo peligro de dolor de vientre, para recomenzar nuestros escarceos y diversiones y unir la noche con el día.

Y durante treinta noches y treinta días ¡oh mi señor! viví aquella vida con la joven del perfecto amor, cepillando lo que había que cepillar, limando lo que había que limar y rellenando lo que había que rellenar, hasta que un día, víctima de una especie de vértigo, se me escapó el decir a mi contrincante: "¡No sé a qué obedece; pero ¡por Alah! que no puedo clavar hoy el duodécimo clavo!" Y exclamó ella: "¿Cómo? ¿cómo dices? ¡Pues si precisamente el duodécimo es el más necesario! ¡Los demás no valen!" y le dije: "Imposible, imposible".

Entonces ella se echó a reír, y me dijo: "¡Necesitas reposo! ¡Ya te lo daremos!" Y no oí más, porque me abandonaron las fuerzas, ¡ya sidi! y rodé por el suelo como un burro sin ronzal.

Y cuando volví de mi desvanecimiento me vi encadenado en este maristán, en compañía de estos dos honorables jóvenes, camaradas míos. E interrogados los celadores, me dijeron: "¡Es para que reposes! ¡es para que reposes!" Y por tu vida, ¡oh mi señor! que ya me noto muy reposado y reanimado, y pido a tu generosidad que arregle mi reunión con la joven del perfecto amor. En cuanto a decir su nombre y su calidad, está más allá de mis conocimientos. Y te he contado todo lo que sabía".

Cuando el sultán Mahmud y su visir, el antiguo sultán-derviche, oyeron esta historia del segundo joven, se maravillaron hasta el límite de la maravilla del orden y de la claridad con que les había sido contada. Y el sultán dijo al joven: "¡Por vida mía! que aunque no hubiese sido ilícito el motivo de tu prisión, yo te habría libertado después de oírte". Y añadió: "¿Podrías conducirnos al palacio de la joven?" El interpelado contestó: "¡A ojos cerrados podría!" Entonces el sultán y el visir y el chambelán, que era el antiguo loco primero, se levantaron; y el sultán dijo al joven, después de hacer caer sus cadenas: "¡Precédenos en el camino que conduce a casa de tu esposa!" Y ya se disponían a salir los cuatro, cuando el tercer joven, que aún tenía las cadenas al cuello, exclamó: "¡Oh señores míos! ¡por Alah sobre todos nosotros, escuchad mi historia antes de marcharos, porque es tan extraordinaria como las de mis dos compañeros!"

Y le dijo el sultán: "Refresca tu corazón y calma tu espíritu, porque no tardaremos en volver".

Y anduvieron, precedidos del joven, hasta llegar a la puerta de un palacio, a la vista del cual exclamó el sultán: "¡Alahu akbar! ¡Confundido sea Eblis el Tentador! Porque este palacio ¡oh amigos míos es la morada de la tercera hija de mi tío el difunto sultán! Y nuestro destino es un destino prodigioso. ¡Loores a Quien reúne lo que estaba separado y reconstituye lo que estaba disuelto!" Y penetró en el palacio, seguido de sus acompañantes, e hizo anunciar su llegada a la hija de su tío, que se apresuró a presentarse entre sus manos.

¡Y he aquí que, efectivamente, era la joven del perfecto amor! Y besó la mano al sultán, esposo de su hermana, y se declaró sumisa a sus órdenes. Y el sultán le dijo: "¡Oh hija del tío! te traigo a tu esposo, este excelente mozo, a quien nombro ahora mismo mi segundo chambelán, y que en lo sucesivo será mi comensal y mi compañero de copa. Porque conozco su historia y el equívoco pasado que ha tenido lugar entre vosotros dos. Pero en adelante no se repetirá la cosa ya, porque está él ahora descansado y reanimado".

Y la joven contestó: "¡Escucho y obedezco! ¡Y desde el momento que está bajo tu salvaguardia y tu garantía, y que me aseguras que está restablecido, consiento en vivir de nuevo con él!" Y el sultán le dijo: "Gracias te sean dadas, ¡oh hija del tío! ¡Me quitas del corazón un peso muy grande!" Y añadió: "Permítenos solamente llevárnosle por una hora de tiempo. ¡Porque tenemos que escuchar juntos una historia que debe ser de lo más extraordinaria!" Y se despidió de ella y salió con el joven, convertido en su segundo chambelán, con su visir y con su primer chambelán.

Y cuando llegaron al maristán fueron a sentarse en su sitio frente al tercer joven que estaba en ascuas esperándoles, y que, con la cadena al cuello, comenzó al punto en estos términos su historia:

HISTORIA DEL TERCER LOCO

"Has de saber, ¡oh mi soberano señor! y tú, ¡oh visir de buen consejo! vosotros, honrados chambelanes, antiguos compañeros míos de cadena, sabed que mi historia no tiene ninguna relación con las que se acaban de contar, porque si mis dos compañeros han sido víctimas de unas jóvenes, a mí me ha ocurrido una cosa muy distinta. Ya comprobaréis mi aserto por vosotros mismos.

Es el caso ¡oh señores míos! que era yo un niño todavía cuando mi padre y mi madre fallecieron en la misericordia del Retribuidor. Y fui recogido por vecinos misericordiosos, pobres como nosotros, que no podían gastar en mi instrucción por no tener lo necesario, y me dejaban vagabundear por las calles, con la cabeza al aire y las piernas desnudas, sin tener por todo vestido más que media camisa de cotonada azul. Y no debía ser yo repugnante a la vista, porque los transeúntes que me veían recocerme al sol, a menudo se paraban para exclamar: "¡Alah preserve del mal de ojo a este niño! Es tan hermoso como un trozo de luna". Y a veces algunos de ellos me compraban halawa con garbanzos o caramelo amarillo y flexible, de ese que se estira como un bramante, y al dármelo me acariciaban en la mejilla, o me pasaban la mano por la cabeza, o me tiraban cariñosamente del mechón que tenía yo en medio de mi cráneo pelado. Y yo abría una boca enorme y me tragaba de un bocado toda la confitura. Lo cual hacía prorrumpir en exclamaciones admirativas a los que me miraban y abrir los ojos con envidia a los pilluelos que jugaban conmigo. Y de tal suerte llegué a los doce años de edad.

Un día entre los días había yo ido con mis camaradas habituales a buscar nidos de gavilán y de cuervo en los tejados de las casas ruinosas, cuando divisé dentro de una choza recubierta con ramajes de palmera, en el fondo de un patio abandonado, la forma indecisa e inmóvil de un ser vivo. Y como sabía que los genn y los mareds frecuentan las casas desiertas, pensé: "¡Este es un mared!" Y poseído de espanto, bajé a escape del tejado de la ruina y quise echar a correr para distanciarme de aquel mared. Pero de la choza salió una voz muy dulce, que me llamó, diciendo: "¿Por qué huyes, hermoso niño? ¡Ven a probar la sabiduría! Ven a mí sin miedo. No soy ni un genn ni un efrit, sino un ser humano que vive en la soledad y en la contemplación. Ven, hijo mío, que te enseñaré la sabiduría...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 843ª NOCHE

Ella dijo:

"...Ven, hijo mío, y te enseñaré la sabiduría". Y retenido de pronto en mi fuga por una fuerza irresistible, volví sobre mis pasos y me dirigí a la choza, en tanto que la voz dulce continuaba diciéndome: "¡Ven, hermoso niño, ven!" Y entré en la choza y vi que la forma inmóvil era un viejo muy anciano que debía tener un número incalculable de años. Y a pesar de su mucha edad, su rostro era como el sol. Y me dijo: "Bienvenido sea el huérfano que viene a heredar mi enseñanza!" Y me dijo aún: "Yo seré tu padre y tu madre". Y me cogió de la mano y añadió: "Y tú serás mi discípulo". Y tras de hablar así me dio el beso de paz, y me hizo sentarme a su lado, y comenzó al instante mi instrucción. Y quedé subyugado por su palabra y por la hermosura de su enseñanza; y por ella renuncié a mis juegos y a mis camaradas. Y fue él para mí un padre y una madre. Y le demostré un respeto profundo, una ternura extremada y una sumisión sin límites. Y transcurrieron cinco años, durante los cuales adquirí una instrucción admirable. Y mi espíritu se alimentó con el pan de la sabiduría.

Pero ¡oh mi señor! toda sabiduría es vana si no se siembra en un terreno cuyo fondo sea propicio. Porque se borra al primer roce del rastrillo de la locura, que rae la capa fértil. Y debajo sólo quedan la sequía y la esterilidad.

Y pronto había de experimentar yo por mí mismo la fuerza de los instintos victoriosos de los preceptos.

Un día, en efecto, habiéndome enviado mi maestro, el viejo sabio, a mendigar nuestra subsistencia en el patio de la mezquita, me dediqué a esta tarea; y después de ser favorecido con la generosidad de los creyentes, salí de la mezquita y emprendí el camino de nuestro retiro. Pero por el camino ¡oh mi señor! me crucé con un grupo de eunucos en medio de los cuales se contoneaba una joven tapada, cuyos ojos tras el velo me parecieron encerrar el cielo todo. Y los eunucos iban armados de largas pértigas, con las cuales daban en el hombro a los transeúntes para alejarles del camino seguido por su señora. Y por todos lados oía yo murmurar a la gente: "¡La hija del sultán! ¡la hija del sultán!"

Y volví al lado de mi maestro ¡oh mi señor! con el alma emocionada y el cerebro en desorden.

Y de una vez olvidé las máximas de mi maestro, y mis cinco años de sabiduría, y los preceptos de la renunciación. Y mi maestro me miró tristemente, en tanto que lloraba yo. Y nos pasamos toda la noche uno junto a otro sin pronunciar una palabra. Y por la mañana, tras de besarle la mano, como tenía por costumbre, le dije: "¡Oh padre mío y madre mía, perdona a tu indigno discípulo! ¡Pero es preciso que mi alma vuelva a ver a la hija del sultán, aunque no sea más que para posar en ella una sola mirada! Y mi maestro me dijo: "¡Oh hijo de tu padre y de tu madre! ¡oh niño mío! ya que tu alma lo desea, verás a la hija del sultán! ¡Pero piensa en la distancia que hay entre los solitarios de la sabiduría y los reyes de la tierra! ¡Oh hijo de tu padre y de tu madre, alimentado con mi ternura! ¿olvidas cuán incompatible es la sabiduría con el trato de las hijas de Adán, sobre todo cuando son hijas de reyes? ¿Y has renunciado, por lo visto, a la paz de tu corazón? ¿Y quieres que muera yo persuadido de que a mi muerte desaparecerá el último observante de los preceptos de la soledad? ¡Oh hijo mío! ¡nada tan lleno de riqueza como la renunciación, y nada tan satisfactorio como la soledad!" Pero yo contesté: "¡Oh padre mío y madre mía! si no veo a la princesa, aunque no sea más que para posar en ella una sola mirada, moriré".

Entonces, al ver mi tristeza y mi aflicción, mi maestro, que me quería, me dijo: "Hijo. ¿Satisfaría todos tus deseos una mirada que posases en la princesa?" Y contesté: "¡Sin duda alguna!" Entonces mi maestro se acercó a mí suspirando, frotó el arco de mis cejas con una especie de ungüento, y en el mismo instante desapareció parte de mi cuerpo y no quedó visible de mi persona más que la mitad de un hombre, un tronco dotado de movimiento. Y mi maestro me dijo: "Transpórtate ahora a la ciudad. Y allá esperarás así lo que ansías". Y contesté con el oído y la obediencia, y me transporté en un abrir y cerrar de ojos a la plaza pública, donde, en cuanto llegué, me vi rodeado de una muchedumbre innumerable. Y todos me miraban con asombro. Y de todos lados acudían para contemplar a un ser tan singular que sólo tenía de hombre la mitad y que se movía con tanta rapidez. Y enseguida cundió por la ciudad el rumor de tan extraño fenómeno, y llegó hasta el palacio en que vivía la hija del sultán con su madre. Y ambas desearon satisfacer su curiosidad para conmigo, y enviaron a los eunucos para que me cogieran y me llevaran a presencia suya. Y fui conducido al palacio e introducido en el harén, donde la princesa y su madre satisficieron su curiosidad para conmigo, mientras yo miraba. Tras de lo cual hicieron que me cogieran los eunucos, y me transportaran al sitio de que me sacaron.

Y con el alma más atormentada que nunca y el espíritu más trastornado regresé a la choza de mi maestro.

Y me le encontré acostado en la estera, con el pecho oprimido y la tez amarilla, como si estuviese en agonía. Pero tenía yo entonces demasiado ocupado el corazón para atormentarme por él. Y me preguntó con voz débil: "¿Has visto ¡oh hijo mío! a la hija del sultán?" Y contesté: "Sí, pero ha sido peor que si no la hubiera visto. ¡Y en adelante no podrá tener reposo mi alma si no consigo sentarme junto a ella y saciar mis ojos del placer de mirarla!" Y me dijo él, lanzando un profundo suspiro: "¡Oh bienamado discípulo mío! ¡cómo tiemblo por la paz de tu corazón! ¡Ah! ¿qué relación podrá existir jamás entre los de la Soledad y los del Poder?" Y contesté: "¡Oh padre mío! mientras no descanse mi cabeza junto a la suya, mientras no la mire y no toque con mi mano su cuello encantador, me creeré en el límite extremo de la desdicha y moriré de desesperación".

Entonces mi maestro, que me quería, inquieto por mi razón a la vez que por la paz de mi corazón, me dijo, mientras le sacudían dolorosamente las boqueadas: "¡Oh hijo de tu padre y de tu madre! ¡oh niño que llevas en ti la vida y olvidas cuán turbadora y corruptora es la mujer! vete a satisfacer todos tus deseos; pero como último favor te suplico que caves aquí mi tumba y me sepultes sin poner ninguna piedra indicadora del lugar en que yo repose. Acércate, hijo mío, para que te dé el medio de lograr tus propósitos".

Y yo ¡oh mi señor! me incliné sobre mi maestro, que me frotó los párpados con una especie de kohl en polvo negro muy fino, y me dijo: "¡Oh antiguo discípulo mío! hete aquí hecho invisible para los ojos de los hombres, gracias a las virtudes de este kohl. ¡Y que la bendición de Alah sea sobre tu cabeza y te preserve, en la medida de lo posible, de las emboscadas de los malditos que siembran la confusión entre los elegidos de la Soledad!"

Y tras de hablar así, mi venerable maestro quedó como si no hubiera existido nunca. Y me apresuré a enterrarle en una fosa que cavé en la choza donde había él vivido. ¡Alah le admita en Su misericordia y le dé un sitio escogido! Tras de lo cual me apresuré a correr al palacio de la hija del sultán.

Y he aquí que, como yo era invisible a todos los ojos, entré en el palacio sin ser notado, y prosiguiendo mi camino penetré en el harén y fui derecho al aposento de la princesa. Y la encontré acostada en su lecho, durmiendo la siesta, y sin llevar encima por todo vestido más que una camisa de tisú de Mossul. Y yo, que en mi vida había tenido todavía ocasión de ver la desnudez de una mujer, ¡oh mi señor! fui presa de una emoción que acabó de hacerme olvidar todas las sabidurías y todos los preceptos. Y exclamé: "¡Alah! ¡Alah!"

Y lo hice en voz tan alta, que la joven entreabrió los ojos, lanzando un suspiro, despierta a medias y dando media vuelta en su lecho. Pero aquello fue todo, felizmente. ¡Y yo ¡oh mi señor! vi entonces lo inexpresable! Y quedé asombrado de que una joven tan frágil y tan fina poseyese un trasero tan gordo. Y muy maravillado, me aproximé más, sabiendo que era invisible, y muy dulcemente puse el dedo en aquel trasero para tentarle y satisfacer aquel deseo de mi corazón. Y observé que era rollizo y duro y mantecoso y granulado. Pero no volvía de la sorpresa en que me había sumido su volumen, y me pregunté: "¿Para qué tan gordo? ¿para qué tan gordo?" Y tras de reflexionar acerca del particular, sin dar con una respuesta satisfactoria, me apresuré a ponerme en contacto con la joven. Y lo hice con precauciones infinitas para no despertarla. Y cuando me pareció que había pasado el primer momento de peligro me aventuré a hacer algún movimiento. Y poco a poco, poco a poco, el niño que tú sabes ¡oh mi señor! entró en juego a su vez. Pero se guardó mucho de ser grosero y de utilizar en modo alguno procedimientos reprobables; y también él se limitó a entablar conocimiento con lo que no conocía. Y nada más ¡oh mi señor! Y a ambos nos pareció que, para ser la primera vez, habíamos visto lo bastante para formar juicio.

Pero he aquí que, en el momento mismo en que iba a levantarme, el Tentador me impulsó a pellizcar a la joven, precisamente en medio de una de aquellas asombrosas redondeces cuyo volumen me tenía perplejo, y no pude resistir a la tentación, y ya ves, pellizqué a la joven en medio de aquella redondez. Y (¡alejado sea el Maligno!) fue tan viva la impresión que experimentó ella, que saltó del lecho, despierta ya del todo, lanzando un grito de espanto, y llamó a su madre a grandes voces...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 844ª NOCHE

Ella dijo:

...fue tan viva la impresión que experimentó ella, que saltó del lecho, despierta ya del todo, lanzando un grito de espanto, y llamó a su madre a grandes voces.

Al oír las señales de alarma de su hija y sus gritos de terror y sus voces pidiendo socorro, acudió la madre enredándose los pies en la ropa y seguida de cerca por la vieja nodriza de la joven y por los eunucos. Y la joven continuaba gritando, llevándose la mano al sitio de su pellizco: "¡En Alah me refugio del Cheitán lapidado!"

Y su madre y la vieja nodriza le preguntaron al mismo tiempo: "¿Qué ocurre? ¿qué ocurre? ¿Y por qué te llevas la mano al honorable? ¿Y qué tiene el honorable? ¿Y qué le ha sucedido al honorable? ¡Enséñanos el honorable!" Y la nodriza se encaró con los eunucos, lanzándoles una mirada atravesada, y les gritó: "¡Retiraos un poco!" Y los eunucos se alejaron, maldiciendo entre dientes a la vieja calamitosa.

¡Eso fue todo! y yo veía sin ser visto, merced al kohl de mi difunto maestro. (¡Que Alah le tenga en su gracia!)

El caso es que, al sentirse acosada por las preguntas apremiantes que en un instante le hicieron su madre y su nodriza, alargando el cuello para ver qué era la cosa, la joven, ruburosa y dolorida, acabó por pronunciar: "¡Es esto! ¡es esto! ¡el pellizco! ¡el pellizco!" Y las dos mujeres miraron y vieron en el honorable la huella roja y ya hinchada de mi pulgar y de mi dedo del corazón. Y retrocedieron asustadas y en extremo indignadas, exclamando: "¡Oh maldita! ¿quién te ha hecho eso? ¿quién te ha hecho eso?" Y la joven se echó a llorar, diciendo: "¡No lo sé! ¡no lo sé!" Y añadió: "¡Me han pellizcado mientras soñaba que me comía un cohombro muy gordo!" Y al oír estas palabras, las dos mujeres se inclinaron al mismo tiempo, y miraron detrás de las cortinas y debajo de las tapicerías y del mosquitero; y como no encontraron nada sospechoso, dijeron a la joven: "¿Estás bien segura de que no te has pellizcado tú misma durmiendo?"

Ella contestó: "¡Antes me moriría que pellizcarme tan cruelmente!"

Entonces dio su opinión la vieja nodriza, diciendo: "No hay recurso ni poder más que en Alah el Altísimo, el Omnipotente. ¡Quien ha pellizcado a nuestra hija es un innombrable entre los innombrables que pueblan el aire! Y ha debido entrar aquí por esa ventana abierta, y al ver a nuestra hija con el honorable al aire no ha podido resistir al deseo de pellizcarla ahí mismo. Y eso es lo que ha pasado por lo visto". Y tras de hablar así corrió a cerrar la ventana y la puerta, y añadió: "Antes de poner a nuestra hija una compresa de agua fresca y vinagre es preciso que nos apresuremos a ahuyentar al Maligno. Y no hay más que un medio eficaz, y consiste en quemar en la estancia estiércol de camello. Porque el estiércol de camello es incompatible con el olor de los genn, de los mareds y de todos los innombrables. ¡Y yo sé las palabras que hay que pronunciar al tiempo de esa fumigación!"

Y al punto gritó a los eunucos agrupados detrás de la puerta: "¡Traednos pronto un cesto con estiércol de camello!"

Y en tanto que los eunucos iban a ejecutar la orden, la madre se acercó a su hija, y le preguntó: "¿Estás segura ¡oh hija mía! de que el Maligno no te ha hecho nada más? ¿Y no has sentido nada que indique lo que quiero decirte?"

La joven dijo: "¡No sé!" Entonces la madre y la nodriza bajaron la cabeza y examinaron a la joven. Y vieron ¡oh mi señor! que, conforme te dije, todo estaba en su sitio y que no había ninguna huella de violencia por delante ni por detrás. Pero la nariz de la maldita nodriza, que era perspicaz, le hizo decir: "¡He sentido en nuestra hija el olor de un genni macho!" Y gritó a los eunucos: "¿Dónde está el estiércol, ¡oh malditos!?" Y en aquel momento llegaron los eunucos con el cesto; y se apresuraron a pasárselo a la vieja por la puerta entreabierta un instante.

Entonces, después de quitar las alfombras que cubrían el suelo, la vieja nodriza derramó el estiércol del cesto en las baldosas de mármol y le prendió fuego. Y no bien se elevó el humo se puso a murmurar sobre el fuego palabras desconocidas, trazando en el aire signos mágicos.

Y he aquí que el humo del estiércol quemado, que llenaba el aposento, atacó a mis ojos de una manera tan insoportable que se me llenaron de agua, y me vi obligado a secármelos repetidamente con los bajos de mi ropa. Y no se me ocurrió ¡oh mi señor! que, con esta maniobra, me iba quitando el kohl, cuyas virtudes me hacían invisible y del que había tenido la imprevisión de no llevarme un buen repuesto antes de la muerte de mi maestro.

Y efectivamente, oí que las tres mujeres lanzaron de pronto tres gritos simultáneos de espanto, señalando con el dedo el sitio donde yo estaba: "¡Ahí está el efrit! ¡ahí está el efrit! ¡ahí está el efrit!" Y pidiendo socorro a los eunucos, que al punto invadieron la habitación y se arrojaron sobre mí y quisieron matarme. Pero les grité con la voz más terrible que pude: "¡Si me hacéis el menor daño llamaré en mi ayuda a mis hermanos los genn, que os exterminarán y harán que se derrumbe este palacio sobre la cabeza de sus habitantes!"

Entonces se atemorizaron y se contentaron con sujetarme. Y me gritó la vieja: "¡Los cinco dedos de mi mano izquierda en tu ojo derecho y los cinco dedos de mi otra mano en tu ojo izquierdo!" Y yo le dije: "¡Cállate, ¡oh hechicera maldita! o llamo a mis hermanos los genn, ¡que te dejarán más ancha que larga!" Entonces ella tuvo miedo y se calló. Pero fue para exclamar al cabo de un momento: "Como es un efrit no podemos matarle. ¡Pero podemos encadenarle para el resto de sus años!"

Y dijo a los eunucos: "Cogedle y conducidle al maristán, y echadle una cadena al cuello, y remachad la cadena en el muro. ¡Y decid a los celadores que, si le dejan escapar, su muerte será segura!"

Y al punto, ¡oh mi señor! me trajeron los eunucos, alargándoseme la nariz, y me metieron en este maristán, donde encontré a mis dos antiguos compañeros, que ahora son tus honorables chambelanes. ¡Y tal es mi historia! Y tal es ¡oh mi señor sultán! el motivo de mi encarcelamiento en esta prisión de locos y de esta cadena que llevo al cuello. Y ya te he contado todo de cabo a rabo, y por eso espero de Alah y de ti ser absuelto de mis errores, y que tu bondad me libre de estos cerrojos para llevarme adonde sea, pero quitándome esta argolla. Y lo mejor sería que yo llegara a ser el esposo de la princesa por quien estoy loco. ¡Y el Altísimo está por encima de nosotros!"

Cuando el sultán Mahmud hubo oído esta historia se encaró con su visir, el antiguo sultán-derviche, y le dijo: "¡Ve ahí como ha enlazado el Destino los acontecimientos de nuestra familia! ¡Porque la princesa de quien está enamorado este joven es la última hija del difunto sultán, padre de mi esposa! Y ya no nos queda por hacer más que dar a este suceso la continuación correspondiente".

Y se encaró con el joven, y le dijo: "¡En verdad que tu historia es una historia asombrosa, y aunque no me hubieras pedido en matrimonio a la hija de mi tío, yo te la habría concedido para demostrarte el contento que me producen tus palabras!" E hizo caer sus cadenas al instante, y le dijo: "En lo sucesivo serás mi tercer chambelán; y voy a dar las órdenes para la celebración de tus desposorios con la princesa cuyas ventajas conoces ya".

Y el joven besó la mano del generoso sultán. Y salieron del maristán todos y se presentaron en el palacio, donde se dieron grandes fiestas y grandes regocijos públicos con motivo de las dos reconciliaciones anteriores y del matrimonio del joven con la princesa. Y todos los habitantes de la ciudad, pequeños y grandes, fueron invitados a tomar parte en los festines, que debían durar cuarenta días y cuarenta noches, en honor del matrimonio de la hija del sultán con el discípulo del sabio y de la reunión de aquellos a quienes la suerte había desunido.

Y vivieron todos en las delicias íntimas y las alegrías de la amistad hasta la inevitable separación".

"Y tal es ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada— la historia complicada del adulterino simpático, que era sultán, y que se convirtió en derviche errante para ser elegido visir luego por Mahmud el sultán, y de lo que le sucedió con su amigo y con los tres jóvenes encerrados por locos en el maristán. ¡Pero Alah es más grande, y más generoso, y más sabio!" Después añadió, sin interrumpirse: "¡Pero no creas que esta historia es más admirable o más instructiva que las Palabras bajo las noventa y nueve cabezas cortadas!"

Y el rey Schahriar exclamó: "¿Cuáles son esas palabras, Schehrazada, y esas cabezas cortadas, de las que nada sé?"

Y dijo Schehrazada:

Palabras bajo las noventa y nueve cabezas cortadas

Se cuenta —¡pero Alah sabe distinguir lo real de lo irreal y diferenciarlo infaliblemente!— que, en la antigüedad del tiempo, había, en una ciudad entre las ciudades de los Rums antiguos, un rey de alto rango y de señalado mérito, señor de vidas y haciendas, de fuerzas y ejércitos. Y este rey tenía en más aprecio que a sus tesoros todos, a un hijo adolescente que era perfectamente hermoso. Y el tal adolescente, hijo de rey, no sólo era hermoso a la perfección, sino que estaba dotado de una sabiduría que maravillaba a la tierra. Y por cierto que esta historia no será más que la confirmación de sabiduría tan admirable y de la belleza del joven príncipe.

Y para poner a prueba sus cualidades, Alah el Altísimo hizo que el tiempo se volviera hacia el lado nefasto, para los días del rey y de la reina, padre y madre del joven. Y rey y reina, que había llegado al colmo del poderío y de las riquezas, despertáronse un día en su palacio vacío, más pobres y más miserables que los mendigos en el camino de la generosidad. Porque nada es más fácil para el Altísimo que hacer desplomarse los tronos más sólidos y hacer que los animales rapaces y las aves nocturnas habiten los palacios...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 845ª NOCHE

Ella dijo:

...y más miserables que los mendigos en el camino de la generosidad. Porque nada es más fácil para el Altísimo que hacer desplomarse los tronos más sólidos y hacer que los animales rapaces y las aves nocturnas habiten los palacios.

Y he aquí que, ante aquel revés ofensivo del Destino y aquel golpe inesperado de la suerte, el joven sintió que el corazón se le templaba como la plancha humeante en el agua, y tomó a su cargo la tarea de levantar el ánimo de sus padres y de sacarles del estado en que se hallaban. Y dijo al rey pobre: "¡Oh padre mío! por Alah, dime si quieres inclinar tu oído hacia tu hijo, que desea hablarte". Y contestó el rey levantando la cabeza: "¡Oh hijo mío! ¡ya que eres el elegido de la inteligencia, habla y te obedeceremos!" Y dijo el joven: "Levántate, ¡oh mi señor! y partamos para las tierras de que ignoro hasta el nombre. Pues ¿a qué lamentarse ante lo irreparable cuando todavía somos dueños del presente? ¡En otros sitios encontraremos una vida nueva y alegrías renovadas!" Y el viejo rey contestó: "¡Oh admirable hijo mío, piadoso y lleno de deferencia! tu consejo es una inspiración del Dueño de la Sabiduría. ¡Y sea para Alah y para ti el cuidado de este asunto!"

Entonces se levantó el joven, y después de prepararlo todo para el viaje, cogió a su padre y a su madre de la mano y salió con ellos al camino del Destino. Y viajaron cruzando llanuras y desiertos, y no cesaron de andar hasta que llegaron a la vista de una ciudad grande y bien construida. Y el joven dejó a su padre y a su madre descansando a la sombra de las murallas, y entró solo en aquella ciudad. Y los transeúntes a quienes preguntó le informaron de que aquella ciudad era la capital de un sultán justo y magnánimo que hacía honor a reyes y sultanes. Entonces combinó él su plan y su proyecto, y al punto se volvió al lado de sus padres, a los cuales dijo: "Tengo intención de venderos al sultán de esta ciudad, que es un gran sultán. ¿Qué os parece, ¡oh padres míos!? Y contestaron ellos: "¡Oh hijo nuestro! tú sabes mejor que nosotros lo que conviene y lo que no conviene, porque el Altísimo ha puesto la ternura en tu corazón y en tu espíritu toda la inteligencia. Y no podemos por menos de obedecerte con seguridad y confianza, pues hemos puesto nuestra esperanza en Alah y en ti, ¡oh hijo nuestro! ¡Y todo lo que a ti te parezca bien será de nuestro agrado!" Y de nuevo cogió el joven de la mano a sus viejos padres y se encaminó con ellos al palacio del sultán. Y les dejó en el patio del palacio y pidió que le introdujeran en la sala del trono para hablar al rey. Y como tenía un aspecto noble y hermoso, al punto fue introducido en la sala de audiencias. Y presentó sus homenajes al sultán, quien, cuando le miró, comprendió que, a no dudar, era hijo de grandes de la tierra, y le dijo: "¿Qué deseas, ¡oh joven esclarecido!?" Y el joven, tras de besar por segunda vez la tierra entre las manos del rey, contestó: "¡Oh mi señor! Traigo conmigo un cautivo, piadoso y temeroso del Señor, un modelo de honradez y de pundonor; y también traigo conmigo una cautiva, agradable de carácter, y dulce de maneras, y graciosa de lenguaje, y llena de todas las cualidades requeridas para esclava. Y ambos han conocido días mejores, y ahora se hallan perseguidos por el Destino. Por eso deseo venderlos a Tu Alteza, a fin de que sean servidores entre tus pies y esclavos a tu disposición, como los tres somos bienes inmobiliarios tuyos".

Cuando el rey hubo oído de labios del joven estas palabras, pronunciadas con delicioso acento, le dijo: "¡Oh joven sin par, que vienes a nos, caído del cielo acaso! siendo de tu propiedad los dos cautivos de que me hablas, no pueden por menos de complacerme. ¡Date prisa, pues, a ir a buscarlos, con objeto de que yo los vea y te los compre!" Y el joven volvió junto a su padre el rey pobre y junto a su madre la reina pobre, y cogiendo de las manos a ambos, que se prestaron a obedecerle, los llevó a presencia del rey.

Y el rey, a la primera mirada que echó al padre y a la madre del joven, se maravilló hasta el límite de la maravilla, y dijo: "Si éstos son esclavos, ¿cómo serán los reyes?" Y les preguntó: "¿Sois esclavos ambos y propiedad de este hermoso joven?" Y contestaron ellos: "Somos, en verdad, esclavos suyos y propiedad suya en todos sentidos, ¡oh rey del tiempo!" Entonces el rey se encaró con el joven, y le dijo: "Fija tú mismo el precio que te convenga para la venta de estos dos cautivos, que no tienen igual en la morada de los reyes". Y dijo el joven: "¡Oh mi Señor! no hay tesoro que pueda indemnizarme de la pérdida de estos dos cautivos. Por eso no te los cederé a peso de oro ni de plata, sino que los dejaré entre tus manos en depósito hasta el día que designe la suerte. Y como precio de esta cesión temporal no quiero pedirte más que una cosa, tan preciosa en su género como lo son ambos entre las criaturas de Alah. En efecto, por la cesión del cautivo te pido el caballo más hermoso de tus cuadras, completamente ensillado, embridado y enjaezado, y por la cesión de la cautiva te pido un equipo como el que llevan los hijos de los reyes. Y pongo por condición que el día en que te devuelva el caballo y el equipo me devuelvas tú a los dos cautivos, que habrán sido una bendición para ti y para tu reino". Y contestó el sultán: "¡Sea como deseas!" Y en aquella hora y en aquel instante hizo que sacaran de las caballerizas y dieran al joven el caballo más hermoso que hubiese relinchado bajo la mirada del sol, un alazán tostado, de nasales palpitantes, de ojos a flor de cabeza, que venteaba el aire y golpeaba el suelo, pronto a la carrera y al vuelo. E hizo sacar del vestuario y entregárselo al joven, que se lo puso enseguida, el equipo más hermoso que llevó nunca un caballero en los torneos de justadores. Y estaba tan hermoso con todo ello el nuevo jinete, que el rey exclamó: "Si quieres quedarte conmigo, ¡oh caballero! te colmaré de beneficios!" Y dijo el joven: "Que Alah aumente el resto de tus días ¡oh rey del tiempo! Pero no se encuentra aquí mi destino. Y es preciso que vaya yo a buscarlo donde me espera".

Y tras de hablar así dijo adiós a sus padres, se despidió del rey y partió al galope de su alazán. Y atravesó llanuras y desiertos, ríos y torrentes, y no cesó de viajar mientras no hubo llegado a la vista de otra ciudad mayor y mejor construida que la primera.

En cuanto entró en aquella ciudad se alzó a su paso un murmullo de extrañeza, y cada uno de sus pasos fue acogido con exclamaciones de sorpresa y de compasión. Y oía que decían unos: "¡Qué lástima para su juventud! ¿Por qué viene un jinete tan hermoso a exponerse a la muerte sin motivo?" Y decían otros: "¡Será el centésimo! ¡será el centésimo! ¡Es el más hermoso de todos! ¡Es un hijo de rey!" Y decían otros: "¡Un joven tan tierno no podrá tener éxito donde han fracasado tantos sabios!" Y el murmullo y las exclamaciones aumentaban conforme avanzaba él por las calles de la ciudad. Y acabó por hacerse tan densa la aglomeración en torno suyo y delante de él, que no pudo hacer avanzar a su caballo sin riesgo de atropellar a algún habitante. Y muy perplejo, se vio obligado a detenerse, y preguntó a los que le obstruían el camino: "¿Por qué ¡oh buenas gentes! impedís que un extranjero y su caballo vayan a reposar de sus fatigas? ¿Y por qué me rehusáis hospitalidad tan unánimemente?".

Entonces salió de en medio de la muchedumbre un anciano, que se adelantó hacia el joven, cogió de la brida al caballo, y dijo: "¡Oh hermoso joven! ¡ojalá te resguarde Alah de la calamidad! Que nadie puede evitar su destino, puesto que llevamos el destino atado al cuello, ningún hombre sensato podrá negarlo nunca; pero que en medio de una juventud en flor vaya alguien a arrojarse en la muerte, sin más ni más, es cosa que se halla en el dominio de la demencia. ¡Te suplicamos, pues, y yo te lo suplico en nombre de todos los habitantes, ¡oh noble extranjero! que vuelvas sobre tus pasos y no expongas tu alma así a una perdición sin remedio!" Y contestó el joven: "¡Oh venerable jeique! ¡no entro en esta ciudad con intención de morir! ¿Cuál es, pues, el acontecimiento singular que parece amenazarme, y cuál es ese peligro de muerte que voy a correr?" Y contestó el anciano: "Pues bien; si es cierto, como acaban de indicarnos tus palabras, que ignoras la calamidad que te espera en caso de seguir este camino, ¡voy a revelártela!" Y en medio del silencio de la muchedumbre, dijo: "Has de saber ¡oh hijo de reyes! ¡oh hermoso joven sin par en el mundo! que la hija de nuestro rey es un princesa joven que, a no dudar, es la más bella entre todas las mujeres de este tiempo. Y he aquí que ha resuelto no casarse más que con el que responda de manera satisfactoria a todas las preguntas que ella le haga; pero a condición de que la muerte será el castigo de quien no pueda adivinar su pensamiento o deje pasar una pregunta sin contestarla como es debido. Y ya ha hecho cortar de tal suerte la cabeza a noventa y nueve jóvenes, todos hijos de reyes, de emires o de grandes personajes, entre los cuales había algunos que estaban instruidos en todas las ramas de los conocimientos humanos. Y la tal hija de nuestro rey habita de día en lo alto de una torre que domina la ciudad, y desde cuya altura hace las preguntas a los jóvenes que se presentan para resolverlas. ¡Así, pues, ya estás advertido! ¡Y por Alah sobre ti, ten piedad de tu juventud y apresúrate a volver con tu padre y tu madre, que te quieren, no vaya a ocurrir que la princesa oiga hablar de tu llegada y te haga llamar a su presencia! Y Alah te preserve de toda desgracia, ¡oh hermoso joven!"

Al oír estas palabras del anciano, el joven hijo de rey contestó: "Junto a esa princesa es donde me espera mi destino. ¡Oh vosotros todos! ¡indicadme el camino!" Entonces se exhalaron de toda aquella muchedumbre suspiros y gemidos, quejas y lamentos. Y alrededor del joven se alzaron gritos que decían: "¡Va a la muerte! ¡va a la muerte! ¡Es el centésimo! ¡es el centésimo!" Y se puso en marcha con él toda la marejada de circunstantes. Y le escoltaron miles de personas que habían cerrado sus tiendas y dejado sus ocupaciones por seguirle. Y de tal suerte avanzó por el camino que conducía a su destino.

Y no tardó en llegar a la vista de la torre, y en la terraza de aquella torre divisó a la princesa, que estaba sentada en su trono, revestida de la púrpura real y rodeada de sus esclavas jóvenes, vestidas de púrpura como ella. Y del rostro de la princesa, cubierto asimismo con un velo rojo, no se distinguían más que dos gemas sombrías, que eran los ojos, semejantes a dos lagos negros alumbrados por dentro. Y circundando toda la terraza, colgadas a igual distancia unas de otras por debajo de la princesa, se balanceaban las noventa y nueve cabezas cortadas.

Entonces el joven príncipe paró su caballo a alguna distancia de la torre, de manera que pudiese ver a la princesa y ser visto por ella, oír y ser oído. Y ante aquel espectáculo se acalló todo el tumulto de la muchedumbre. Y en medio de aquel silencio se hizo oír la voz de la princesa, que decía: "Puesto que eres el centésimo, ¡oh temerario joven! será porque sin duda estás pronto a responder a mis preguntas". Y el joven, orgullosamente erguido en su caballo, contestó: "Pronto estoy, ¡oh princesa!"

Y se hizo más completo el silencio, y dijo la princesa: "¡Empieza entonces por decirme sin vacilar, ¡oh joven! después de posar tus ojos en mí y en las que me rodean, a quién me asemejo y a quién se asemejan ellas, sentadas en lo alto de la torre!"

Y después de posar los ojos en la princesa y en las que la rodeaban, el joven contestó sin vacilar:

"¡Oh princesa! tú te asemejas a un ídolo, y las que te rodean se asemejan a las servidoras del ídolo. Y también te asemejas al sol, y las que te rodean a los rayos del sol. Y asimismo te asemejas a la luna, y esas jóvenes a las estrellas que sirven de cortejo a la luna. ¡Y por último, te comparo con el mes de Nissán, que es el mes de las flores, y a todas esas jóvenes con las flores que vivifica él con su aliento!"

Cuando la princesa hubo oído esta respuesta, que la muchedumbre había acogido con un murmullo de admiración, se mostró satisfecha, y dijo: "Has acertado, ¡oh joven! y tu primera respuesta no merece la muerte. Pero ya que has resuelto mi primera pregunta, comparándonos, a mí y a estas jóvenes, primero con un ídolo y con las servidoras del ídolo y con las estrellas que dan cortejo a la luna, y por último, con el mes de Nissán y con las flores que nacen en el mes de Nissán, no te haré preguntas demasiado complicadas ni demasiado difíciles de resolver. Y por lo pronto, voy a exigirte que me digas al pie de la letra lo que significan estas palabras:

"Da a la desposada de Occidente el hijo del rey de Oriente, y nacerá de ellos un niño que será sultán de las caras hermosas".

Y el joven, sin vacilar un instante, contestó: "¡Oh princesa! esas palabras encierran todo el secreto de la piedra filosofal, y quieren decir místicamente lo que sigue:

Haz corromper con la humedad que viene de Occidente la tierra sana adámica que viene de Oriente, y de esta corrupción se engendrará el mercurio filosófico, que es todopoderoso en la Naturaleza, y que engendrará el sol, y el oro hijo del sol, y la luna, y la plata hija de la luna, y que convertirá los guijarros en diamantes...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 846ª NOCHE

Ella dijo:

"...el sol, y el oro hijo del sol, y la luna, y la plata hija de la luna, y que convertirá los guijarros en diamantes".

Y al oír esta respuesta la princesa hizo un signo de asentimiento; y dijo: "Ya que has sabido ¡oh joven! explicar el sentido oculto del matrimonio del hijo de Oriente con la hija de Occidente, también por esta vez escapas a la muerte suspendida sobre tu cabeza. ¿Pero podrás decirme ahora lo que da sus virtudes a los talismanes?"

Y el joven contestó desde su caballo: "¡Oh princesa! los talismanes deben sus virtudes sublimes y sus efectos maravillosos a las letras que los componen, porque las letras se relacionan con los espíritus. Y si me preguntaras qué es un espíritu, te diría que es un rayo o una emanación de las virtudes de la omnipotencia y de los atributos del Altísimo. Y los espíritus que residen en el mundo inteligible mandan en los que habitan en el mundo sublunar. ¡Y las letras forman las palabras, y las palabras componen las oraciones; y sólo los espíritus representados por las letras y reunidos en las oraciones escritas sobre los talismanes son los que hacen esos prodigios que asombran a los hombres vulgares, pero no turban a los sabios, que no ignoran el poder de las palabras y saben que las palabras gobiernan siempre al mundo, y que las frases escritas o proferidas pueden derribar a los reyes y arruinar sus imperios!"

Al oír esta respuesta del joven, que la multitud había acogido con exclamaciones de alegría y de asombro, la princesa dijo: "Has acertado ¡oh joven! a explicarme el poder de las palabras y de las frases que gobiernan el mundo y son más poderosas que los reyes todos. ¡Pero no sé si vas a poder responderme a la pregunta siguiente! ¿Sabrás decirme, en efecto, cuáles son los dos enemigos eternos?"

Y el joven, sobre su caballo, contestó: "¡Oh princesa! no diré que los dos enemigos eternos son el cielo y la tierra, porque la distancia que los separa no es una real, y el espacio que se abre entre ellos no es un espacio real, pues esa distancia y ese espacio, que parecen abismos, pueden llenarse en un instante, y el cielo puede unirse con la tierra en menos de un abrir y cerrar de ojos; que para operar esta unión no son necesarios ejércitos de genn y seres humanos, ni millares de alas, sino simplemente una cosa más poderosa que todas las fuerzas del genn y humanas, y más ligera y más dotada de virtud que las alas del águila y de la paloma, ¡y es la plegaria!

Y no te diré ¡oh princesa! que los dos enemigos eternos son la noche y el día, porque los une la mañana y los separa el crepúsculo, respectivamente. Y no te diré que los dos enemigos eternos son el sol y la luna, porque iluminan la tierra y están unidos por los mismos beneficios. ¡Y no te diré que los dos enemigos eternos son el alma y el cuerpo, porque si conocemos al uno, ignoramos completamente la otra, y no se puede emitir opinión acerca de lo que no se conoce! Pero sí te afirmo ¡oh princesa! que los dos enemigos eternos son la muerte y la vida, porque tan nefasta resulta la una como la otra, pues se sirven del ser creado como de un juguete que se disputan sin tregua a costa del tal juguete, y el juguete es quien acaba por ser la verdadera víctima de ese juego, en tanto que ellas no hacen más que crecer y prosperar. En verdad, he ahí a los dos enemigos eternos, enemigos de ellos mismos y enemigos de las criaturas".

Al oír esta respuesta del joven, la muchedumbre entera exclamó con una sola voz: "¡Loores a Quien te ha dotado de tanta prudencia y ha adornado tu espíritu con tanto raciocinio y saber!" Y la princesa, sentada en la torre en medio de las jóvenes vestidas, como ella, de púrpura real, dijo: "Has acertado ¡oh joven! en tu respuesta acerca de los dos enemigos eternos, enemigos de ellos mismos y enemigos de las criaturas. Pero no estoy segura de que contestes a la pregunta que voy a hacerte. ¿Puedes decirme, en efecto, cuál es el árbol de doce ramas que llevan cada una dos racimos, uno formado por treinta frutos blancos y otro por treinta frutos negros?"

Y el joven contestó, sin vacilar: "Esa pregunta ¡oh princesa! puede resolverla un niño. ¡Porque ese árbol no es otro que el año, que tiene doce meses, compuesto cada uno de dos partes, los dos racimos; pues cada racimo tiene treinta noches, que son los treinta frutos negros, y treinta días, que son los treinta frutos blancos!"

Y esta respuesta, acogida con admiración, como las anteriores, hizo decir a la princesa: "Has acertado, ¡oh joven! ¿Pero crees que podrás decirme cuál es la tierra que no ha visto el sol más que una vez ?"

Él contestó: "¡El fondo del mar Rojo al pasar por él los hijos de Israel por orden de Moisés! (¡Con Él la plegaria y la paz!)".

Ella dijo: "¡Sí, por cierto! ¿Pero puedes decirme quién ha inventado el gong?"

Él contestó: "Quien ha inventado el gong no es otro que Noé, cuando iba a bordo del arca".

Ella dijo: "¡Está bien! ¿Pero sabrás decirme cuál es la acción ilegal, hágase o no se haga?"

Él contestó: "¡La plegaria de un hombre ebrio!"

Ella preguntó: "¿Y cuál es el lugar de la tierra que está más cerca del cielo? ¿Es una montaña o una llanura?"

Él dijo: "¡La Kaaba santa, en la Meca!"

Ella dijo: "¡Acertaste! ¿Pero puedes revelarme cuál es la cosa amarga que hay que tener oculta?"

Él contestó: "La pobreza, ¡oh princesa! Porque, aunque joven, ya he probado la pobreza, y aunque soy hijo de rey, he experimentado su amargura. ¡Y me ha parecido que es más amarga que la mirra y que el ajenjo! ¡Y hay que ocultarla a todos los ojos, pues los primeros que se reirían de ella serían los amigos y los vecinos; y las lamentaciones sólo desprecio traen consigo!"

Ella dijo: "Has hablado con precisión y de acuerdo con mi pensamiento. ¿Pero quieres decirme qué cosa es más preciosa después de la salud?"

Él contestó: "La amistad cuando es tierna. Pero para encontrar el amigo capaz de ternura es preciso ponerle a prueba primero y escogerle luego. Y una vez que se haya escogido este primer amigo, no hay que renunciar a él nunca, pues no se conservará por mucho tiempo al segundo. Por eso, antes de escogerle, hay que examinarle bien para ver si es sabio o ignorante, porque más fácil sería que se volviera blanco el cuervo que hacer que el ignorante comprenda la sabiduría; pues las palabras del sabio, aunque nos pegue con un bastón, son preferibles a las alabanzas y a las flores del ignorante, que el sabio no deja escapar de su boca una palabra sin haber consultado a su corazón".

Ella preguntó: "¿Y cuál es el árbol más difícil de enderezar?" Y el joven contestó sin vacilar: "¡El mal carácter! Cuentan que había un árbol plantado a orillas del agua, en un terreno propicio, y no daba frutos. Y después de prodigarle toda clase de cuidados, sin obtener el menor resultado, su dueño quiso talarlo, y el árbol le dijo: "¡Transpórtame a otro paraje y te daré frutos!" Y su dueño le dijo: "Estás aquí a la orilla del agua y no has producido nada. ¿Cómo vas a ser fecundo si te transporto a otra parte?" ¡Y lo taló! Y el joven se interrumpió un momento, y dijo: "Cuentan también que un día se hizo entrar a un lobo en una escuela para enseñarle a leer. Y a fin de enseñarles los elementos de la lengua, le decía el maestro: "Alef, Ba, Ta..." Pero el lobo contestaba: "Carnero, cabrón, oveja...", porque eso era lo que estaba en su pensamiento y en su naturaleza. Y también cuentan que se quiso acostumbrar a un burro a que fuera limpio e inspirarle gustos delicados. Y le hicieron entrar en el hammam, y le dieron un baño, y le perfumaron y le instalaron en una sala magnífica, y le hicieron sentarse sobre rica alfombra. Y he aquí que él hizo todo lo que de insólito puede hacer un burro en un herbazal, desde los ruidos más inconvenientes hasta las exhibiciones menos delicadas. Tras de lo cual derribó en la alfombra con la cabeza la estufa de cobre que estaba llena de ceniza, y se puso a revolcarse en la ceniza con las cuatro patas al aire, y las orejas hacia atrás, restregándose con ella el lomo y ensuciándose a su sabor. Y su amo dijo a los esclavos que acudieron para corregirle: "Dejadle que se revuelque; luego cogedle y dejadle en libertad en su cuadra. Porque no podríais cambiar su temperamento. Y por último, cuentan que un día decían a un gato: "Abstente de robar y te haremos un collar de oro, y a diario te daremos de comer hígado y pulmón y riñones y huevos de pollo y de ratón". Y el gato contestó francamente: "Si robar ha sido el oficio de mi padre y de mi abuelo, ¿cómo queréis que renuncie a él por daros gusto?"

¡Eso fue todo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 847ª NOCHE

Ella dijo:

...Eso fue todo!

Y el joven príncipe, después de hablar así acerca del carácter del hombre y acerca de su naturaleza, dijo: "¡Oh princesa, nada más tengo que añadir!"

Entonces, del seno de aquella multitud aglomerada al pie de la torre, se elevaron al cielo gritos de admiración. Y dijo la princesa: "En verdad ¡oh joven! que has triunfado. ¡Pero no se han acabado las preguntas, y para cumplir las condiciones es preciso que te interrogue hasta la hora de la plegaria de la tarde!" Y el joven dijo: "¡Oh princesa! aun podrás hacerme preguntas, que te parecerán insolubles, pero yo las resolveré con ayuda del Altísimo. Por eso te suplico que no te canses la voz en interrogarme de ese modo, y permíteme que te diga que, sin duda alguna, sería preferible te hiciese yo mismo una pregunta. ¡Y si respondes a ella que me corten la cabeza como a mis predecesores; pero si no respondes a ella se celebrará sin tardanza nuestro matrimonio!" Y dijo la princesa: "¡Formula tu pregunta, pues acepto la condición!"

Y el joven preguntó: "¿Puedes decirme ¡oh princesa! cómo es posible que yo, esclavo tuyo, mientras estoy a caballo en este noble bruto, esté a caballo sobre mi propio padre, y cómo es posible que, mientras me hago visible a todos los ojos, esté arropado con las ropas de mi madre?"

Y la princesa reflexionó una hora de tiempo: pero no supo dar con ninguna respuesta. Y dijo: "¡Explícalo tú mismo!"

Entonces el joven, ante todo el pueblo congregado, contó a la princesa toda su historia, desde el principio hasta el fin, sin olvidar un detalle. Pero no hay utilidad en repetirla. Y añadió: "¡Y ve ahí cómo, habiendo cambiado por el caballo a mi padre el rey, y por este equipo a mi madre la reina, me encuentro a caballo sobre mi propio padre y arropado con las ropas de mi madre!"

¡Eso fue todo!

Y así fue como el joven hijo del rey pobre y de la reina pobre llegó a ser esposo de la princesa de los enigmas. Y así fue cómo, convertido en rey a la muerte del padre de su esposa, pudo restituir el caballo y el equipo al rey de la ciudad, que se los había prestado, y hacer ir a su lado a su padre y a su madre para vivir con ellos y con su esposa en el límite de los placeres y de las delicias. Y tal es la historia del joven que dijo palabras oportunas debajo de las noventa y nueve cabezas cortadas. ¡Pero Alah es más sabio!

Y Schehrazada, tras de contar así esta historia, se calló. Y dijo el rey Schahriar: "Me gustan, Schehrazada, las palabras de ese joven. Pero hace tiempo que no me cuentas anécdotas cortas y deliciosas, y temo que hayas agotado tus conocimientos sobre el particular".

Y Schehrazada contestó vivamente: "Las anécdotas cortas son las que conozco mejor, ¡oh rey afortunado! ¡Y por cierto que no quiero tardar en demostrártelo!"

Y dijo al punto:

LA MALICIA DE LAS ESPOSAS

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que en la corte de cierto rey vivía un hombre que tenía el oficio de bufón y el estado de soltero. Un día entre los días su amo el rey le dijo: "¡Oh padre de la sabiduría, eres soltero, y deseo verdaderamente verte casado!" Y el bufón contestó. "¡Oh rey del tiempo! ¡por tu vida, relévame de esa bienaventuranza! Soy soltero, y temo mucho al sexo contrario. Sí, en verdad, temo mucho caer con alguna libertina, adulterina o fornicadora de mala especie. Porque, entonces, ¿qué sería de mí? Por favor, ¡oh rey del tiempo! no me obligues a ser bienaventurado a pesar de mis vicios y de mi indignidad".

El rey, a estas palabras, se echó a reír de tal manera que se cayó de trasero. Y dijo: "¡No hay remedio! hoy mismo tienes que casarte". Y el bufón tomó una actitud reservada, bajó la cabeza, cruzó las manos sobre el pecho, y contestó suspirando: "¡Taieb! ¡Está bien! ¡Bueno!"

Entonces el rey hizo llamar a su gran visir, y le dijo: "Hay que buscar a este fiel servidor nuestro que aquí ves una esposa que sea bella y de conducta irreprochable y esté llena de decencia y de modestia". Y el visir contestó con el oído y la obediencia, y al instante fue en busca de una antigua proveedora de palacio, y le dio orden de facilitar inmediatamente al bufón del sultán una esposa que llenara las condiciones precitadas. Y la vieja no estaba desprevenida; y se levantó en aquella hora y en aquel instante y dio al bufón para esposa una mujer joven que reunía tales y cuales condiciones. Y se celebró el matrimonio aquel mismo día. Y el rey quedó contento, y no dejó de colmar a su bufón de presentes y favores con ocasión de sus bodas.

Y he aquí que el bufón vivió en paz con su esposa durante medio año, o acaso siete meses. Tras de lo cual le sucedió lo que tenía que sucederle, porque nadie escapa a su destino.

En efecto, la mujer con quien el rey habíale casado ya había tenido tiempo de buscarse para su placer cuatro hombres además de su esposo, cuatro exactamente y de cuatro variedades. Y el primero de estos queridos entre los amantes era pastelero de profesión; y el segundo era verdulero y el tercero era carnicero de carne de carnero; y el cuarto era el más distinguido, pues era clarinete mayor de la música del sultán y jeique de la corporación de clarinetes, un personaje importante.

Y un día el bufón, antiguo solterón y nuevo padre de los cuernos, habiendo sido llamado junto al rey y muy de mañana, dejó a su esposa en el lecho todavía y se apresuró a presentarse en palacio. Y quisieron las circunstancias que aquella mañana el pastelero se sintiese con ganas de copular, y fuese, aprovechando la salida del esposo, a llamar a la puerta de la joven. Y le abrió ella y le dijo: "Hoy vienes más temprano que de costumbre". Y contestó él: "Sí, ¡ualah! tienes razón. Pero el caso es que esta mañana había yo preparado ya la masa para hacer mis platos de pastelería, y la había enrollado y adelgazado y reducido a hojas, e iba a rellenarla de alfónsigos y de almendras, cuando advertí que aún era muy de mañana y que todavía no estaban para venir los compradores. Entonces me dije a mí mismo: "¡Oh! levántate, y sacúdete la harina que tienes en el traje y preséntate esta fresca mañana en casa de tu amada, y regocíjate con ella, porque es para regocijar". Y contestó la joven: "¡Bien pensado, por Alah!" Y acto seguido ella fue para él como una masa bajo el rodillo, y él fue para ella como el relleno de un pastel. Y aun no habían acabado su tarea, cuando oyeron llamar a la puerta. Y el pastelero preguntó a la mujer: "¿Quién podrá ser?" Y ella contestó: "No lo sé; pero, por lo pronto, ve a ocultarte en los retretes". Y el pastelero, para más seguridad, se apresuró a ir a encerrarse donde ella le había dicho que fuera.

Y fue ella a abrir la puerta, y vio que tenía delante a su segundo amante, el verdulero, que le llevaba de regalo un manojo de verduras, las primeras de la estación. Y ella le dijo: "Has venido demasiado pronto, y esta hora no es tu hora". Y dijo él: "¡Por Alah, que tienes razón! Pero el caso es que esta mañana, cuando volvía yo de mi huerto, me dije a mí mismo: "¡Oh! verdaderamente es demasiado temprano para ir al zoco, y lo mejor sería que fueras a llevar este manojo de verduras frescas a tu amada, que regocijará tu corazón, porque es muy amable". Y dijo ella: "¡Sé, pues, bien venido!" Y le regocijó el corazón, y él le dio lo que a ella le gustaba más, un cohombro heroico y una calabaza de valía. Y aún no habían acabado su trabajo de huertanos, cuando oyeron llamar a la puerta, y preguntó él: "¿Quién será?" Y contestó ella: "No lo sé; pero por lo pronto, ve a ocultarte enseguida en los retretes". Y se apresuró él a ir a encerrarse allá dentro. Y se encontró con que ya estaba ocupado el sitio por el pastelero, y le dijo: "¿Qué es esto? ¿Y qué haces aquí?" Y el otro contestó: "Soy lo que tú eres y hago lo que vienes a hacer tú mismo". Y se pusieron uno al lado del otro, el verdulero llevando a la espalda el manojo de verduras, que la joven le había recomendado que se llevara para no hacer sospechar de su presencia en la casa.

Entretanto, la joven había ido a abrir la puerta. Y se encontró con que tenía delante a su tercer amante, el carnicero, que llegaba llevándole de regalo una hermosa piel de carnero de lanas rizadas, a la cual se habían dejado los cuernos. Y le dijo ella: "¡Es demasiado pronto! ¡es demasiado pronto!" Y contestó él: "Sí, ¡por Alah! pero ya había degollado los carneros de la venta, y ya los tenía colgados en mi tienda, cuando me dije a mí mismo: "¡Oh! todavía están vacíos los zocos, y lo mejor que puedes hacer es ir a llevar de regalo a tu amada esta hermosa piel con sus cuernos, que le servirá de muelle alfombra. Y como ella está llena de agrado, hará que sea para ti la mañana más blanca que de costumbre". Y contestó ella: "¡Entra entonces!" Y fue para él más tierna que la cola de un carnero de la variedad de los gordos, y él le dio lo que el cordero da a la oveja. Y aún no habían acabado de tomar y de dar, cuando oyeron llamar a la puerta. Y dijo ella: "¡Vamos, de prisa! ¡coge tu piel con cuernos y ve a esconderte en los retretes!" Y él hizo lo que ella le decía. Y se encontró con que los retretes ya estaban ocupados por el pastelero y el verdulero; y les dirigió la zalema, y ellos le devolvieron su zalema; y les preguntó: "¿Cuál es el motivo de vuestra presencia aquí?"

Y le contestaron: "¡El mismo que te trae!" Entonces él se puso al lado de ellos en los retretes.

Entretanto la mujer, que había ido a abrir, vio que tenía delante a su cuarto amigo, el clarinete mayor de la música del sultán. Y le hizo entrar, diciéndole: "En verdad que llegas más temprano que de costumbre esta mañana". Y contestó él: "¡Por Alah, que tienes razón! Pero el caso es que, al salir esta mañana para enseñar a los músicos del sultán, advertí que era muy pronto todavía, y me dije a mí mismo: "¡Oh! lo mejor que puedes hacer es ir a esperar la hora de la lección en casa de tu amada, que es encantadora y te hará pasar los momentos más deliciosos". Y contestó ella: "La idea es excelente". Y tocaron el clarinete; y aún no habían acabado el primer tiempo de la canción, cuando oyeron en la puerta golpes presurosos. Y el clarinete mayor preguntó a su amiga: "¿Quién es?" Ella contestó: "Alah sólo es omnisciente. Acaso sea mi marido. Y más te vale correr a encerrarte con tu clarinete en los retretes". Y él se apresuró a obedecer, y en el sitio consabido se encontró con el pastelero, el verdulero y el carnicero. Y les dijo: "La paz sea con vosotros, ¡oh compañeros! ¿Qué hacéis puestos en fila en este sitio singular?" Y ellos contestaron: "¡Y contigo sean la paz de Alah y sus bendiciones! ¡Hacemos aquí lo que vienes a hacer tú mismo!" Y él se puso en fila, el cuarto, al lado de los otros.

Y he aquí que el quinto que había llamado a la puerta era, en efecto, el bufón del sultán, esposo de la joven. Y se sujetaba el vientre a dos manos, y decía: "¡Alejado sea el Maligno, el Pernicioso! Dame pronto una infusión de anís y de hinojo, ¡oh mujer! ¡Se me remueve el vientre! ¡se me remueve el vientre! ¡No me ha sido posible permanecer más tiempo al lado del sultán, y vuelvo para acostarme! Venga la infusión de anís y de hinojo, ¡oh mujer!" Y corrió directo a los retretes, sin notar el terror de su mujer, y al abrir la puerta vio a los cuatro hombres acurrucados por orden en las baldosas, encima del agujero, uno delante de otro...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 848ª NOCHE

Ella dijo:

...Y corrió directo a los retretes, sin notar el terror de su mujer, y al abrir la puerta vio a los cuatro hombres acurrucados por orden en las baldosas, encima del agujero, uno delante de otro.

Al ver aquello, el bufón del sultán no pudo dudar de la realidad de su desdicha. Pero, como estaba lleno de prudencia y de sagacidad, se dijo: "Si les amenazo me matarán sin remedio. Así es que lo mejor será fingir imbecilidad".

Y habiéndolo pensado así, se puso de rodillas a la puerta de los retretes, y gritó a los cuatro mozos acurrucados: "¡Oh santos personajes de Alah, os reconozco! ¡Tú que estás cubierto de manchas de lepra blanca, y a quien los ojos profanos de los ignorantes tomarían por un pastelero, eres, sin duda alguna, el santo patriarca Job el ulcerado, el leproso, el cubierto de costras! ¡Y tú, ¡oh santo hombre! que llevas a la espalda ese manojo de verduras excelentes, eres, sin duda alguna, el gran Khizr, guardián de los vergeles y los huertos, el que reviste de coronas verdes a los árboles, hace correr las aguas fugitivas, despliega la alfombra verdeante de las praderas, y cubierto con su manto verde por las tardes combina las tintas ligeras con que se coloran los cielos en el crepúsculo! ¡Y tú, ¡oh gran guerrero! que llevas en tus hombros esa piel de león y en tu cabeza esos dos cuernos de carnero, eres, sin duda alguna, el gran Iskandar, que tiene dos cuernos! ¡Y tú, en fin, ángel bienaventurado que llevas en tu diestra ese clarinete glorioso, eres, sin duda alguna, el ángel del Juicio final!"

Al oír este discurso del bufón del sultán, los cuatro enamorados se pellizcaron mutuamente en los muslos, y se dijeron por lo bajo unos a otros, mientras el bufón continuaba a alguna distancia, de rodillas, besando la tierra: "¡La suerte nos favorece! Y ya que nos cree realmente personajes santos, confirmémosle en su creencia. Porque ésa es para nosotros la única probabilidad de salvación".

Y se levantaron al instante y dijeron: "Sí, por Alah, no te equivocas, ¡oh hombre! Somos, en efecto, quienes has nombrado. Y hemos venido a visitarte, entrando por los retretes, porque éste es el único sitio de la casa que está a cielo abierto". Y el bufón les dijo, prosternado siempre: "¡Oh santos e ilustres personajes, Job el leproso, Khizr padre de las estaciones, Iskandar el bicorne, y tú, mensajero anunciador del Juicio! ¡ya que me hacéis el honor insigne de visitarme, permitidme que formule un deseo entre vuestras manos!"

Y contestaron ellos: "¡Habla! ¡habla!" Dijo él: "¡Hacedme el favor de acompañarme al palacio del sultán de esta ciudad, que es mi amo, a fin de que os haga entablar conocimiento con él, y en vista de eso, esté él obligado conmigo y me tenga en su gracia!"

Y aunque vacilando, contestaron: "¡Te concedemos ese favor!"

Entonces el bufón les llevó a presencia del sultán, y dijo: "¡Oh soberano amo nuestro! ¡permite a tu esclavo que te presente a los cuatro personajes que aquí ves! Este primero, que está enharinado, es nuestro señor Job el leproso; y este que lleva a la espalda ese manojo de hortalizas, es nuestro señor Khizr, guardián de las fuentes, padre del verdor; y este que lleva en los hombros esa piel de animal que le toca con dos cuernos, es el gran rey guerrero Iskandar el bicorne; y finalmente, este último, que lleva en la mano un clarinete, es nuestro señor Israfil, el anunciador del Juicio final". Y añadió, mientras el sultán llegaba al límite del asombro: "Y he aquí ¡oh mi señor sultán! que debo el gran honor de la visita de estos personajes sublimes a la insigne santidad de la esposa que me deparaste generosamente. Les he encontrado, en efecto, acurrucados uno detrás de otro, en los retretes de mi harén privado; y el primer acurrucado era el profeta Job (¡con él la plegaria y la paz!), y el último acurrucado era el ángel Israfil (¡con él la paz y los favores del Altísimo!) ".

Al oír estas palabras de su bufón miró con atención a los cuatro personajes consabidos; y de repente le acometió tal risa, que le dieron convulsiones y se tambaleó, y echó las piernas al aire, cayéndose de trasero. Tras de lo cual exclamó: "¿Pero es que quieres ¡oh pérfido! hacerme morir de risa? ¿O acaso te has vuelto loco?"

Y dijo el bufón: "¡Por Alah, ¡oh mi señor! te cuento lo que he visto, y todo lo que he visto te lo he contado!"

Y el rey exclamó riendo: "¿Pero no ves que el que llamas profeta Khizr no es más que un verdulero, y que el que llamas Profeta Job no es más que un pastelero, y que el que llamas gran Iskandar no es más que un carnicero y que el que llamas ángel Israfil no es más que un clarinete mayor, director de mi música?" Y el bufón dijo: "¡Por Alah, ¡oh mi señor! te cuento lo que he visto, y todo lo que he visto te lo he contado!"

Entonces comprendió el rey toda la magnitud del infortunio de su bufón; y se encaró con los cuatro asociados de la esposa libertina, y les dijo: "¡Oh hijos de mil cornudos! ¡contadme la verdad de la cosa, o haré que os corten los testículos!" Y los cuatro, temblando, contaron al rey lo que era verdad y lo que no era verdad, sin mentir, de tanto como temían que les quitasen la herencia de su padre. Y el rey, maravillado, exclamó: "¡Que Alah extermine el sexo pérfido y a la casta de las fornicadoras y de las traidoras!"

Y se encaró con su bufón, y le dijo: "¡Te otorgo el divorcio con tu esposa, ¡oh padre de la sabiduría! a fin de que vuelvas a quedarte soltero!" Y le puso un magnífico ropón de honor. Luego se encaró con los cuatro compañeros, y les dijo: "¡En cuanto a vosotros, es tan enorme vuestro crimen, que no escaparéis al castigo que os espera!"

E hizo seña a su portaalfanje para que se acercara, y le dijo: "¡Córtales los testículos, a fin de que se conviertan en eunucos al servicio de nuestro fiel servidor, este honorable soltero!"

Entonces el primero de los copuladores culpables, el pastelero, llamado también Job el leproso, se adelantó y besó la tierra entre las manos del rey, y dijo: "¡Oh gran rey! ¡oh el más magnánimo entre los sultanes! si te cuento una historia más prodigiosa que la historia de nuestros amores con la antigua esposa de este honorable soltero, ¿me concederás la gracia de mis testículos?"

Y el rey se encaró con su bufón y le preguntó por señas qué le parecía la proposición del pastelero. Y como el bufón decía que sí con la cabeza, el rey dijo al pastelero: "¡Sí, por cierto, oh pastelero! ¡Si me cuentas la historia consabida y la encuentro extraordinaria o maravillosa, te haré gracia de lo que tú sabes!"

Y dijo el pastelero:

HISTORIA CONTADA POR EL PASTELERO

"He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que había cierta mujer que por naturaleza era una fornicadora asombrosa y una compañera de calamidad. Y estaba casada —así lo había querido el Destino— con un honrado kayem-makan, gobernador de la ciudad en nombre del sultán. Y aquel honrado funcionario no tenía la menor idea —así lo había querido su destino— de la malicia de las mujeres y de sus perfidias, pero ni la menor idea, ni la menor. Y además hacía mucho tiempo que no podía hacer nada con aquel tizón que tenía por esposa, nada absolutamente, nada absolutamente. Así es que la mujer se disculpaba a sí misma sus liviandades y fornicaciones, diciéndose: "Tomo el pan donde lo encuentro, y la carne donde la veo colgada".

Y he aquí que el que ella amaba entre todos los que ardían por ella era un joven saiss, un palafrenero de su esposo el kayem-makan. Pero, como desde hacía algún tiempo el esposo no se movía de la casa, las entrevistas de ambos amantes cada vez eran más raras y dificultosas. Pero no tardó en hallar un pretexto para tener más libertad, y dijo entonces a su marido: "¡Oh mi señor! acabo de saber que se ha muerto la vecina de mi madre, y para cumplir con las conveniencias y los deberes de buena vecindad, querría ir a pasar los tres días de los funerales en casa de mi madre". Y el kayem-makan contestó: "¡Alah repare esa muerte alargando tus días! Puedes ir a casa de tu madre para pasar los tres días de los funerales". Pero ella dijo: "Está bien, ¡oh mi señor! ¡pero soy una mujer joven y tímida, y me da mucho miedo andar sola por las calles para ir a casa de mi madre, que está lejos!" Y el kayem-makan dijo: "¿Y por qué has de ir sola? ¿No tenemos en casa un saiss, lleno de celo y buena voluntad, para que te acompañe en andanzas como ésta? Hazle llamar y dile que ponga al asno la albarda roja para que montes en ella, y te acompañe, marchando a tu lado y llevando de la brida al asno. ¡Y recomiéndale bien que no excite al asno con la lengua o con el aguijón, no vaya a ser que tropiece y te caigas!" Y contestó ella: "Está bien, ¡oh mi señor! pero llámale tú mismo para hacerle esas recomendaciones, porque yo no sabría". Y el honrado kayem-makam hizo llamar al saiss, que era un joven gallardo, de poderosa musculatura, y le dio sus instrucciones.

Y el tunante, al oír aquellas palabras de su amo, quedó extremadamente satisfecho.

E hizo subir a su señora, que era la esposa del kayem-makam, en el burro, cuya montura había sido recubierta con una gualdrapa roja, y salió con ella. Pero, en lugar de ir a casa de la madre para los funerales consabidos, los dos se fueron a un jardín que conocían, llevando consigo provisiones de boca y vinos exquisitos. Y se pusieron a disfrutar de la sombra y del fresco, y el saiss, a quien su padre había dotado de una herencia voluminosa, sacó generosamente toda su mercancía y la mostró a los ojos entusiasmados de la joven, que la cogió en sus manos y la hurgó para examinar la calidad. Y encontrándola de primer orden, se la apropió, sin más ni más, con asentimiento del propietario...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 849ª NOCHE

Ella dijo:

...Y encontrándola de primer orden, se la apropió, sin más ni más, con asentimiento del propietario. Y su longitud y su anchura se la adaptaban admirablemente, mejor aún que si se tratase de una mercancía encargada a la medida. Y por eso apreciaba ella tanto al propietario de la mercancía. Y así se explica que, sin experimentar un momento de laxitud, no la dejase ella hasta que no vio ya a enhebrar el hilo en la aguja.

Entonces se levantaron ambos; y el saiss hizo que la joven enalbardara al asno. Y se marcharon juntos a casa del saiss, donde, después de dar su ración al asno, se apresuraron a ponerse en postura de tomar ellos mismos su ración. Y se agasajaron mutuamente hasta la saciedad y se durmieron una hora de tiempo. Tras de lo cual se despertaron para calmar de nuevo su apetito y no cesaron hasta por la mañana. Pero fue para levantarse e ir juntos al jardín y recomenzar las manipulaciones de la víspera y las mismas diversiones.

Y durante tres días obraron de tal suerte, sin tregua ni descanso, haciendo girar la rueda por el agua, y rechinar sin interrupción el huso del jovenzuelo, y dar de mamar de su madre al cordero, y entrar el dedo en el anillo, y reposar el niño en su cuna, y abrazarse los dos gemelos, y meter el tornillo en la rosca, y alargar el cuello del camello, y picotear el gorrión a la gorriona, y piar en su nido caliente el hermoso pájaro, y atascarse de grano el pichón, y ramonear el gazapo, y rumiar el ternero, y triscar el cabrito, y pegarse piel con piel, hasta que el padre de los asaltos, que nunca quedaba mal, cesó por sí mismo de tocar la zampoña.

Y a la mañana del cuarto día el saiss dijo a la joven, esposa del kayem-makam: "Han transcurrido los tres días de asueto. Levantémonos y vamos a casa de tu esposo". Pero ella contestó: "¡Quiá! ¡Cuando se tienen tres días de asueto es para tomarse otros tres! Además, todavía no hemos tenido tiempo material de regocijarnos verdaderamente, yo de tenerte todo mío, y tú de tenerme toda tuya. ¡En cuanto a ese absurdo entrometido, déjale que se constipe solo en casa, consigo mismo por compañía y edredón, y plegado sobre sí mismo, como hacen los perros, con la cabeza metida entre sus dos piernas!"

Dijo así, y así lo hicieron. Y se pasaron juntos aún tres días más fornicando y copulando en el límite del holgorio y del júbilo. Y por la mañana del séptimo día se fueron a casa del kayem-makam, a quien encontraron sentado muy preocupado, teniendo frente a él a una negra vieja que le hablaba. Y el infortunado pobre hombre, que estaba lejos de suponer los excesos de la pérfida, la recibió con cordialidad y afabilidad, y le dijo: "¡Bendito sea Alah, que te devuelve sana y salva! ¿Por qué has tardado tanto, ¡oh hija del tío!? ¡Nos has tenido muy inquietos!" Y contestó ella: "Oh mi señor, ¡en casa de la difunta me confiaron al niño para que le consolara y le hiciera más tolerable el destete. Y como he tenido que cuidar a ese niño, me he visto precisada a detenerme hasta ahora". Y dijo el kayem-makam: "La razón es de peso, y debo creerla, y ¡me alegra mucho volverte a ver!" Y tal es mi historia, ¡oh rey lleno de gloria!"

Cuando el rey hubo oído esta historia del pastelero, se echó a reír de tal manera, que se cayó de trasero.

Pero el bufón exclamó: "¡El caso del kayem-makam es menos enorme que el mío! Y esa historia es menos extraordinaria que mi historia". Entonces el rey se encaró con el pastelero y le dijo: "Ya que así lo juzga el ofendido, no puedo hacerte gracia ¡oh crapuloso! más que de un testículo."

Y el bufón que triunfaba y se vengaba de tal suerte, dijo sentenciosamente: "Es el justo castigo a la férula de los crapulosos que manipulan y copulan el montículo de una mula que acumula sin escrúpulo para que le taponen el trasero".

Luego añadió: "¡Oh rey del tiempo! ¡otórgale, a pesar de todo, la gracia del segundo testículo!"

Y en aquel momento se adelantó el segundo fornicador, que era el verdulero; y besó la tierra entre las manos del sultán, y dijo: "¡Oh gran rey! ¡oh el más generoso de los reyes! ¿me harás gracia de lo que tú sabes, si te maravillas de mi historia?" Y el rey se encaró con el bufón, quien dio por señas su consentimiento. Y dijo el rey al verdulero: "¡Si es maravillosa, te concederé lo que pides!"

Entonces el verdulero, que había pasado por Khizr, el profeta verde, dijo:

HISTORIA CONTADA POR EL VERDULERO

"Cuentan ¡oh rey del tiempo! que había un hombre que tenía el oficio de astrónomo, y sabía leer en los rostros y adivinar los pensamientos por la fisonomía. Y aquel astrónomo tenía una esposa que era de una insigne belleza y de un encanto singular. Y la tal esposa siempre y en todas partes estaba elogiando sus propias virtudes y alardeando de sus méritos, diciendo: "¡Oh hombre! no hay en mi sexo quien me iguale en pureza, en nobleza de sentimientos y en castidad". Y el astrónomo, que era un gran fisonomista, no dudó de sus palabras; tanto candor e inocencia reflejaba, en efecto, el rostro de ella. Y se decía él: "¡Ualahí! no hay hombre que tenga una esposa comparable a mi esposa, vaso de todas las virtudes". Y por doquiera iba proclamando los méritos de su esposa, y cantando sus alabanzas, y maravillándose de su apostura y de su decencia, por más que la verdadera decencia por parte de él hubiese sido no hablar nunca de su harén ante extraños. Pero los sabios, ¡oh mi señor! y los astrónomos en particular, no siguen las costumbres de todo el mundo. Por eso las aventuras que les ocurren no son como las aventuras de todo el mundo.

Y un día, estando él decantando, como solía, las virtudes de su esposa ante una asamblea de personas extrañas, se levantó un hombre que le dijo: "Eres un embustero, ¡oh astrónomo!" Y a él se le puso la tez amarilla, y con voz agitada por la cólera preguntó: "¿Y dónde está la prueba de mi embuste?" El otro dijo: "¡Eres un embustero, o si no, un imbécil, porque tu mujer no es más que una prostituta!"

Al oír esta injuria suprema, el astrónomo se arrojó sobre aquel hombre para estrangularle y chuparle la sangre. Pero los presentes les separaron y dijeron al astrónomo: "Si no prueba su aserto, te lo abandonaremos para que le chupes la sangre". Y el insultante dijo: "¡Oh hombre! levántate, pues, y ve a anunciar a tu virtuosa esposa que te vas a ausentar por cuatro días. Y dile adiós, y sal de tu casa y escóndete en un sitio desde donde puedas verlo todo sin ser visto. Y verás lo que verás. ¡Uassalam!"

Y dijeron los presentes: "Sí, ¡por Alah! comprueba sus palabras de ese modo. ¡Y si son falsas, le chuparás la sangre!"

Entonces el astrónomo, con la barba temblorosa de cólera y de emoción, fue en busca de su virtuosa esposa, y le dijo: "¡Oh mujer! levántate y prepárame provisiones para un viaje que voy a hacer y que me tendrá ausente cuatro días o quizá seis". Y exclamó la esposa: "¡Oh mi señor! ¿quieres sumir mi alma en la desolación y hacerme perecer de pena? ¿Por qué no me llevas contigo para que viaje en tu compañía y te sirva y te cuide en el camino si estuvieras fatigado o indispuesto? ¿Y por qué abandonarme aquí sola con el hirviente dolor de tu ausencia?"

Y al oír estas palabras, el astrónomo se dijo: "¡Por Alah, que mi esposa no tiene igual entre las elegidas de la especie femenina!" Y contestó a su esposa: "¡Oh luz de mis ojos! no te apenes por esta ausencia que sólo ha de durar cuatro días o quizá seis. Y no pienses más que en cuidarte y en estar buena". Y la esposa empezó a llorar y a gemir, diciendo: "¡Oh cuánto sufro! ¡oh qué desgraciada soy, y cuán abandonada y poco amada me veo!" Y el astrónomo trató de calmarla lo mejor que pudo, diciéndole: "¡Tranquiliza tu alma y refresca tus ojos, que a mi vuelta te traeré buenos regalos!" Y dejándola arrasada en las lágrimas de la desolación, desmayada en brazos de las negras, se fue por su camino.

Pero al cabo de dos horas volvió sobre sus pasos y entró sigilosamente por la puerta excusada del jardín, y fue a apostarse en un sitio que conocía, y desde donde podía ver todo lo que ocurriera en la casa sin ser visto...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 850ª NOCHE

Ella dijo:

...en un sitio que conocía, y desde donde podía ver todo lo que ocurriera en la casa sin ser visto.

Y no hacía una hora de tiempo que estaba en su escondite, cuando he aquí que vio entrar a un hombre a quien reconoció al punto el vendedor de cañas de azúcar establecido enfrente de la casa. Y llevaba en la mano una caña de azúcar escogida. Y en el mismo momento vio que su esposa le salía al encuentro al otro, contoneándose, y le decía: "¿Es ésa toda la caña de azúcar que me traes, ¡oh padre de las cañas de azúcar!?" Y dijo el hombre: "¡Oh dueña mía! ¡la caña de azúcar que estás viendo no es nada comparada con la que no ves!"

Y ella le dijo: "¡Dámela! ¡dámela!"

Y dijo él: "¡Tómala! ¡tómala!" Luego añadió: "Está bien; pero ¿dónde está el entrometido de mi trasero; tu marido el astrónomo?" Ella dijo: "¡Así Alah le rompa las piernas y los brazos! ¡Se ha marchado de viaje por cuatro días o tal vez por seis! ¡Ojalá le aplaste un minarete!"

Y el hombre sacó su caña de azúcar y se la dio a la joven, que supo mondarla y exprimirla y hacer con ella lo que se hace en semejante caso con todas las cañas de azúcar de esa especie. Y la besó él, y le besó ella, y la abrazó él, y también le abrazó ella, y la cargó él con una carga pesada e inexorable. Y se regocijó con sus encantos hasta que la hizo toda suya.

Luego la dejó y se fue por su camino.

¡Eso fue todo! Y el astrónomo veía y oía. Y he aquí que, al cabo de algunos instantes, vio entrar a otro hombre, a quien reconoció como el pollero del barrio. Y la joven le salió al encuentro, meneando las caderas, y le dijo: "La zalema contigo, ¡oh padre de los pollos! ¿Qué me traes hoy?" Él contestó: "¡Un pollito ¡oh dueña mía! que es un excelente animalito, presumido y regordito, muy jovencito y revoltosito, fuerte de patitas, y tocado con un gorrito adornado de una crestecita que no tiene igual entre los pollitos, y que te ofrezco, si me lo permites!" Y dijo la joven: "¡Lo permito! ¡lo permito!" Dijo él: "¡Que te lo meto! ¡que te lo meto!"

Y con el pollito del pollero ¡oh mi señor! hicieron exactamente lo mismo que se había hecho antes con la caña de azúcar de las batallas. Tras de lo cual se levantó el hombre, estiró sus piernas y se fue por su camino.

¡Eso fue todo!

Y el astrónomo veía y oía. Y he aquí que al cabo de algunos instantes entró un hombre a quien reconoció al punto por el arriero mayor del barrio. Y la joven corrió a él, y le abrazó, diciéndole: "¿Qué traes hoy a tu ánade, ¡oh padre de los asnos!?" Él dijo: "¡Un plátano, ¡oh dueña mía! ¡un plátano!" Ella dijo, riendo: "Alah te condene, ¡oh marrano! ¿Dónde está ese plátano?" Él dijo: "¡Oh sultana! ¡oh dotada de piel suave y diáfana! ¡Este plátano lo recibí de mi padre cuando era él conductor de caravana y es mi única herencia llana!" Ella dijo: "¡No veo en tu mano más que tu palo de conductor de asnos! ¿Dónde está el plátano?" Él dijo: "Es una fruta ¡oh sultana! que se amilana a la vista profana y que se esconde por miedo a que la estropeen. ¡Pero mira cómo se endereza! ¡mira cómo se endereza!"

¡Eso fue todo!

Pero antes de que se comiese ella el plátano, ¡oh mi señor! el astrónomo, que había visto y oído todo, lanzó un grito estridente y cayó convertido en cuerpo sin vida. ¡Sea con él la misericordia de Alah!

Y la joven, que prefería el plátano a la caña de azúcar y al pollo, se casó, después del plazo legal, con el arriero mayor de su barrio.

Y tal es mi historia, ¡oh rey lleno de gloria!"

Y el rey, al oír esta historia del verdulero, se tambaleó de satisfacción y se convulsionó de contento. Y dijo a su bufón: "Esta historia ¡oh padre de la sabiduría! es más enorme que tu historia. Y tenemos que otorgar a ese verdulero la gracia de sus dos testículos". Y dijo al hombre: "¡Y ahora a la fila!"

Y el verdulero retrocedió hasta la fila de sus compañeros y se adelantó el tercer fornicador, que era el carnicero de carne de carnero. Y pidió el mismo favor, y el sultán, como era justiciero, no pudo negárselo, aunque imponiéndole las mismas condiciones que a los otros. Entonces el carnicero, que también fue el bicorne Iskandar, dijo:

HISTORIA CONTADA POR EL CARNICERO

En El Cairo había una vez cierto hombre, y aquel hombre tenía una esposa ventajosamente conocida por su gentileza, su buen carácter, su ligereza de sangre, su obediencia y su temor al Señor. Y tenía ella en su casa un par de patos cebados y rollizos con deliciosa grasa; y también tenía, pero en el fondo de su astucia y de su casa, un amante por el que estaba completamente loca.

Y ocurrió que el tal amante fue un día a hacerle una visita en secreto, y vio con ella a los dos maravillosos patos; y de improviso se le abrió el apetito; y dijo a la mujer: "¡Oh mi amada! debieras guisar estos dos patos, y rellenarlos de la manera más excelente, a fin de que diéramos gusto al gaznate con ellos. Porque mi alma anhela hoy ardientemente carne de pato". Y ella contestó: "Nada más sencillo, y mi gusto es satisfacer tus anhelos. Y por tu vida, ¡oh mi amado! que voy a degollar los dos patos y a rellenarlos; y te daré los dos; y los tomarás y te los llevarás a tu casa, y te los comerás para delicia y satisfacción de tu corazón. ¡Y de ese modo no podrá enterarse de a qué saben ni a qué huelen el funesto entrometido de mi esposo!"

Y preguntó él: "¿Y cómo vas a arreglarte?" Ella contestó: "Le jugaré una mala pasada de las mías que le dé que sentir; y te daré a ti los dos patos; que nadie me es tan querido como tú, ¡oh luz de mis ojos! Y así ese entrometido no se enterará de a qué saben ni a qué huelen estos patos". Y acto seguido se abrazaron mutuamente. Y mientras se condimentaban los patos, el joven se fue por su camino. Y he aquí lo referente a él.

Pero, volviendo a la joven, cuando, al ponerse el sol, regresó de su trabajo su marido, ella le dijo: "En verdad, ¡oh hombre! ¿cómo aspiras a esa calificación de hombre, estando de tal modo desprovisto de la virtud de la generosidad, que es la que hace a los hombres verdaderamente dignos de este nombre? Porque jamás has invitado a tu casa a nadie, ni me has dicho ningún día entre los días: "¡Oh mujer! hoy tengo un huésped en casa". Y tampoco te has dicho nunca a ti mismo: "Si continúo viviendo con tanta avaricia, la gente acabará por declarar que soy un miserable ignorante de las vías de la hospitalidad". Y el hombre contestó: "¡Oh mujer! ¡nada más fácil que reparar ese olvido! Y mañana ¡inschalah! te compraré carne de cordero y arroz; y guisarás para comer o para cenar cualquier cosa excelente de tu agrado, a fin de que yo invite a comer a alguno de mis amigos íntimos". Y dijo ella: "No, por Alah, ¡oh hombre! En vez de esa carne, prefiero que me compres picadillo de carne, con objeto de que haga un relleno que me servirá para rellenar nuestros dos patos después que tú me los degüelles. Y los asaré. Porque nada hay tan sabroso como los patos asados y rellenos, y nada puede blanquear mejor que los patos el rostro del huésped ante su invitado". Y contestó él: "¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos! ¡Así sea!"

Y al amanecer del siguiente día el hombre degolló a los dos rollizos patos, y fue a comprar un ratl de picadillo de carne, y un rail de arroz, y una onza de especias picantes y otros condimentos. Y lo llevó todo a casa, y dijo a su esposa: "Procura tener a punto los patos rellenos para mediodía, porque vendré a esa hora con mis invitados". Y se fue por su camino.

Entonces se levantó ella y desplumó los patos, y los limpió, y los rellenó con un relleno maravilloso compuesto de picadillo de carne, arroz, alfónsigos, almendras, uvas, piñones y especias finas, y calculó la cocción hasta que estuvo perfectamente en su punto. Y mandó a su negrita que llamase a su bienamado el joven, quien acudió enseguida. Y le abrazó ella, y la abrazó él, y después de endulzarse y satisfacerse mutuamente, le entregó ella los dos deliciosos patos enteros, continente y contenido. Y los tomó él y se fue por su camino.

Y esto es definitivamente lo referente a él...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 851ª NOCHE

Ella dijo:

...le entregó ella los dos deliciosos patos enteros, continente y contenido. Y los tomó él y se fue por su camino.

Y esto es definitivamente lo referente a él...

En cuanto al esposo de la joven, no dejó de ser exacto de hora. Y llegó a su casa a mediodía, acompañado de un amigo, y llamó a la puerta. Y se levantó ella, y fue a abrirles, y les invitó a entrar, y les recibió con cordialidad. Luego llamó aparte a su marido, y le dijo: "¿Hemos matado los dos patos a la vez, y resulta que no traes contigo más que a un hombre? Pues si todavía podrían venir cuatro invitados más para hacer honor a mi cocina. Vamos, sal y ve enseguida a buscar a otros dos amigos tuyos, o hasta tres, para comer los patos". Y el hombre salió dócilmente para hacer lo que ella le ordenaba.

Entonces fue ella en busca del invitado, y se presentó a él con el semblante demudado, y le dijo con voz temblorosa de emoción: "¡Oh! ¡ay de ti! ¡Estás perdido sin remedio! ¡Por Alah, que no debes tener hijos ni familia, cuando así vas, cabizbajo, a una muerte segura!" Y al oír estas palabras, el invitado sintió que el terror le invadía y le penetraba profundamente en el corazón. Y preguntó: "¿Qué ocurre, pues, ¡oh mujer de bien!? ¿Y qué terrible desgracia es la que me amenaza en tu casa?" Y ella contestó: "¡Por Alah! ¡ya no puedo guardar el secreto! Sabe, pues, que mi marido está muy quejoso de tu conducta para con él, y te ha traído aquí sólo con intención de privarte de tus testículos y reducirte a la condición de eunuco castrado. ¡Y cuando así te veas, quedes muerto o quedes vivo, serás objeto de compasión y lástima!" Y añadió: "¡Mi marido ha ido a buscar a dos amigos suyos para que le ayuden a castrarte!"

Al oír esta revelación de la joven, el invitado se levantó en aquella hora y en aquel instante, y de un salto salió a la calle y echó a correr. Y en el mismo momento entró el marido, acompañado entonces de dos amigos. Y la joven le recibió exclamando: "¿Para qué me di tan malos ratos? ¿para qué me di tan malos ratos? ¡Los patos! ¡los patos!" Y preguntó él: "¡Por Alah! ¿qué pasa, y a qué vienen esos arrebatos? ¿a qué vienen esos arrebatos?" Ella dijo: "¿Para eso hice tan buenos platos? ¿Por qué me di tan malos ratos? ¡Ay, desgraciada de mí! ¡Los patos! ¡los patos!" Él preguntó: "¿Pero qué les ocurre a los patos? ¡Por Alah, cállate y no toques a rebato, y dime qué les ocurre a los patos! ¡Si no, te mato! ¡si no, te mato!" Ella dijo: "¡No seas pazguato! ¡no seas pazguato! ¡Échales un galgo a los patos! ¡échales un galgo a los patos! ¡Tu huésped se los llevó, pensando que le salían baratos, y se escapó por la ventana hace un rato!" Y añadió: "¡Hemos sido unos mentecatos!"

Al oír estas palabras de su esposa, el hombre salió a la calle a toda prisa, y vio que su invitado corría a más no poder, con la túnica entre los dientes. Y le gritó: "¡Por Alah sobre ti, vuelve, vuelve, y no te lo quitaré todo! ¡Vuelve, y por Alah, no te quitaré más que la mitad!" (Quería decir con eso ¡oh rey del tiempo! que no se quedaría más que con un pato y le dejaría el otro pato). Pero al oírle gritar de tal suerte, el fugitivo, convencido de que sólo le llamaba para quitarle un compañón en vez de los dos, exclamó, sin dejar de huir: "¿Quitarme un compañón? ¡No te relamas, buey! ¡Corre detrás de mí, si quieres arrancarme uno de mis compañones!"

Y tal es mi historia, ¡oh rey de la gloria!"

Y al oír esta historia del carnicero, el rey por poco se desmaya de risa. Tras de lo cual se encaró con el bufón, y le preguntó: "¿Le quitamos un compañón, o le dejamos con los dos?" Y dijo el bufón: "Dejémosle sus compañones, porque quitárselos sería poco. Y a mí me tiene eso sin cuidado". Y el sultán dijo al hombre: "¡Retírate de nuestra vista! "

Y cuando el hombre se retiró hasta la fila de sus compañeros, se adelantó el cuarto fornicador, que suplicó al sultán le concediera el mismo favor con la misma condición. Y cuando el sultán le dio su consentimiento, el cuarto fornicador, que era el clarinete mayor, el mismo que había pasado por ser el ángel Israfil, dijo:

HISTORIA CONTADA POR EL CLARINETE MAYOR

Cuentan que en una ciudad entre las ciudades de Egipto había un hombre de edad ya avanzada que tenía un hijo púber, galán holgazán y solapado, que no pensaba mañana y noche más que en hacer fructificar la herencia de su padre. Y el tal hombre de edad, padre del galán, tenía en su casa, a pesar de su mucha edad, una esposa de quince años, que era bella a la perfección. Y el hijo no cesaba de rondar en torno a la esposa de su padre, con intención de enseñarle la verdadera resistencia del hierro y su diferencia de la cera blanda. Y el padre, que sabía que su hijo era un bergante de la peor especie, no sabía cómo arreglarse para poner a su esposa al abrigo de las hazañas del muchacho. Y acabó por creer que la garantía más segura para él sería tomar una segunda esposa además de la primera, de modo que, teniendo dos mujeres, una al lado de otra, se vigilasen una a otra y se precaviesen mutuamente contra las emboscadas del hijo. Y eligió una segunda esposa más hermosa y más joven todavía, y la albergó con la primera. Y cohabitó con cada una de ellas alternativamente.

Y he aquí que el enamoradizo joven, al comprender la estratagema de su padre, se dijo: "¡Está bien, por Alah! ahora me comeré un bocado doble". Pero le resultaba muy difícil realizar su proyecto, porque el padre, cada vez que se veía obligado a salir, tenía la costumbre de decir a sus dos jóvenes esposas: "Guardaos bien contra las tentativas del bergante de mi hijo. Porque es un libertino insigne que me quita la vida, y ya me ha forzado a divorciarme de tres esposas anteriores a vosotras. ¡Tened cuidado! ¡tened cuidado!" Y las dos jóvenes contestaban: "¡Ualahí! ¡si alguna vez intentara dirigirse a nosotras con el menor gesto o nos dijera la menor palabra inconveniente, le azotaríamos la cara con nuestras babuchas!"

Y el viejo insistía, diciendo: "¡Tened cuidado! ¡tened cuidado!" Y ellas contestaban: "¡Sabemos guardarnos nosotras solas! ¡sabemos guardarnos nosotras solas!" Y el bergante se decía: "¡Por Alah, ya veremos si me azotan la cara con sus babuchas, ya lo veremos!"

Un día, habiéndose agotado la provisión de trigo, el viejo dijo a su hijo: "Vamos al mercado del trigo para comprar un saco o dos". Y salieron juntos, echando a andar el padre delante de su hijo. Y las dos esposas subieron a la terraza de la casa para verlos salir.

Y he aquí que en el trayecto se acordó el viejo que no había cogido sus babuchas, que tenía la costumbre de llevarlas en la mano por el camino o de colgárselas al hombro. Y dijo a su hijo: "Vuelve enseguida a casa por ellas". Y el tunante volvió a la casa en un vuelo, y divisando a las dos jóvenes, esposas de su padre, sentadas en la terraza, les gritó desde abajo: "¡Mi padre me envía a vosotras con una comisión!" Ellas preguntaron: "¿Cuál?"

Él dijo: "¡Me ha ordenado que venga aquí y suba a besaros cuanto quiera a las dos, a las dos!" Y ellas respondieron: "¿Qué estás diciendo ¡oh perro!? Por Alah, tu padre no ha podido encomendarte nunca semejante misión; y mientes, ¡oh bribón de la peor especie! ¡oh cochino!"

Él dijo: "¡Ualahí, yo no miento!" Y añadió: "¡Voy a probaros que no miento!" Y con toda su voz gritó a su padre, que estaba lejos: "¡Oh padre mío! ¡oh padre mío! ¿una solamente o las dos? ¿una solamente o las dos?" Y el viejo contestó con toda su voz: "¡Las dos, ¡oh desalmado! las dos a la vez! ¡Y que Alah te maldiga!" Claro es ¡oh mi señor sultán! que el viejo quería con ello significar a su hijo que le llevase las dos babuchas y no que besase a sus dos esposas.

Al oír esta respuesta de su esposo, las dos jóvenes se dijeron una a otra: "¡El tunante no ha mentido! Dejémosle, pues, hacer con nosotras lo que su padre le ha mandado que haga".

Y así fue ¡oh mi señor sultán! cómo merced a aquella astucia de las babuchas, el bergante pudo subir a ver a las dos truchas y tener con ellas extraordinarias luchas. Tras de lo cual llevó a su padre las babuchas. Y desde aquel momento las dos jóvenes quisieron besarle la boca en ocasiones muchas, diciéndole: "¡Escucha! ¡escucha!" Y las pupilas del viejo no vieron nada porque estaban papuchas.

Y tal es mi historia, ¡oh rey lleno de gloria!"

Cuando el rey hubo oído esta historia de su clarinete mayor, llegó al límite del júbilo, y le concedió la indulgencia plenaria que pedía para sus testículos. Luego despidió a los cuatro fornicadores, diciéndoles: "¡Ante todo, besad la mano a mi fiel servidor, a quien habéis engañado, y pedidle perdón!" Y contestaron ellos con el oído y la obediencia, y se reconciliaron con el bufón, y desde entonces vivieron en las mejores relaciones con él. Y él hizo lo propio.

"Pero —continuó Schehrazada— es tan larga la historia de la malicia de las esposas, ¡oh rey afortunado! que prefiero contarte por el pronto la maravillosa Historia de Alí Babá y los cuarenta ladrones.

Historia de Alí Babá y los cuarenta ladrones

Y Schehrazada dijo al rey Schahriar:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que por los años de hace mucho tiempo y en los días del pasado ido, había, en una ciudad entre las ciudades de Persia, dos hermanos, uno de los cuales se llamaba Kassim y el otro Alí Babá. ¡Exaltado sea Aquel ante quien se borran todos los nombres, apelativos y motes, y que ve las almas en su desnudez y las conciencias en su profundidad, el Altísimo, el Dueño de los destinos! ¡Amín!

¡Y prosigo!

Cuando el padre de Kassim y de Alí Babá, que era un pobre hombre vulgar, hubo fallecido en la misericordia de su Señor, los dos hermanos se repartieron con toda equidad en el reparto lo poco que les había tocado de herencia; pero no tardaron en comerse la exigua ración de su patrimonio, y de la noche a la mañana se encontraron sin pan ni queso y muy alargados de nariz y de cara. ¡Y he ahí lo que trae el ser tonto en la primera edad y olvidar los consejos de los cuerdos!

Pero el mayor, que era Kassim, al verse a punto de derretirse de inanición en su piel, se puso pronto al acecho de una situación lucrativa. Y como era avisado y estaba lleno de astucia, no tardó en entablar conocimiento con una alcahueta (¡alejado sea el Maligno!), que, después de poner a prueba sus facultades de cabalgador y sus virtudes de gallo saltarín y su potencia de copulador, le casó con una joven que tenía buena cama, buen pan y músculos perfectos, y que era cosa excelente. ¡Bendito sea el Retribuidor! Y de tal suerte, además de refocilarse con su esposa, tuvo él una tienda bien provista en el centro del zoco de los mercaderes. Porque tal era el destino escrito sobre su frente desde su nacimiento.

¡Y esto es lo referente a él!

En cuanto al segundo hermano, que era Alí Babá, he aquí lo que le sucedió. Como por naturaleza estaba exento de ambición, tenía gustos modestos, se contentaba con poco y no tenía los ojos vacíos; se hizo leñador y se dedicó a llevar una vida de pobreza y de trabajo. Pero a pesar de todo, supo vivir con tanta economía, merced a las lecciones de la dura experiencia, que pudo ahorrar algún dinero, empleándolo prudentemente en comprarse primero un asno, después dos asnos y después tres asnos. Y los llevaba a la selva consigo todos los días, y los cargaba con los leños y los haces que antes se veía obligado a llevar a cuestas.

Convertido de tal suerte en propietario de tres asnos, Alí Babá inspiró tanta confianza a la gente de su corporación, todos pobres leñadores, que uno de ellos tuvo por un honor para sí ofrecerle su hija en matrimonio. Y en el contrato ante el kadí y los testigos se inscribieron los tres asnos de Alí Babá por toda dote y toda viudedad de la joven, quien, por cierto, no aportaba a casa de su esposo ningún equipo ni nada que se le pareciese, ya que era hija de pobres. Pero la pobreza y la riqueza no duran más que un tiempo limitado, en tanto que Alah el Exaltado es el eterno Viviente.

Y gracias a la bendición, Alí Babá tuvo de su esposa, la hija de leñadores, niños como lunas, que bendecían a su Creador. Y vivía modestamente dentro de la honradez, en la ciudad, con toda su familia, del producto de la venta de sus leños y haces, sin pedir a su Creador nada más que esta sencilla dicha tranquila.

Un día entre los días, estando Alí Babá ocupado en cortar leña en una espesura virgen del hacha, mientras sus asnos se pavoneaban paciendo y regoldándose no lejos de allí en espera de su carga habitual, se hizo sentir en el bosque para Alí Babá la fuerza del Destino. ¡Pero Alí Babá no podía sospecharlo, pues creía que desde hacía años seguía su curso su destino!

Fue primero en la lejanía un ruido sordo, que se acercó rápidamente, hasta poderse distinguir con el oído pegado al suelo, como un galope multiplicado y creciente. Y Alí Babá, hombre pacífico que detestaba las aventuras y las complicaciones, se asustó mucho de encontrarse solo sin más acompañantes que sus tres asnos en aquella soledad. Y su prudencia le aconsejó que sin tardanza trepase a la copa de un árbol alto y gordo que se alzaba en la cima de un pequeño montículo y que dominaba toda la selva. Y apostado y escondido así entre las ramas, pudo examinar de qué se trataba.

¡Hizo bien!

Porque apenas se acomodó allí, divisó una tropa de jinetes, armados terriblemente, que avanzaban a buen paso hacia el lado donde se encontraba él. Y a juzgar por sus caras negras, por sus ojos de cobre nuevo y por sus barbas separadas ferozmente por en medio en dos alas de cuervo de presa, no dudó de que fuesen ladrones, salteadores de caminos, de la más detestable especie.

En lo cual no se equivocaba Alí Babá.

Cuando estuvieron muy cerca del montículo abrupto adonde Alí Babá —invisible pero viendo— se había encaramado, echaron pie a tierra a una seña de su jefe, que era un gigante, desembridaron sus caballos, colgaron al cuello de cada uno un saco de forraje lleno de cebada, que llevaban a la grupa detrás de la silla, y los ataron por el ronzal a los árboles de los alrededores. Tras de lo cual cogieron los zurrones y se los cargaron a hombros. Y como pesaban mucho aquellos zurrones, los bandoleros caminaban agobiados por su peso.

Y desfilaron todos en buen orden por debajo de Alí Babá, que los pudo contar fácilmente y observar que eran cuarenta: ni uno más, ni uno menos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 852ª NOCHE

Ella dijo:

...cuarenta: ni uno más, ni uno menos.

Y así, cargados, llegaron al pie de una roca grande que había en la base del montículo, y se detuvieron, colocándose en fila. Y su jefe, que iba a la cabeza, dejó por un instante en el suelo su pesado zurrón, se irguió cuan alto era frente a la roca; y exclamó con voz estruendosa, dirigiéndose a alguien o a algo invisible para todas las miradas: "¡Sésamo, ábrete!"

Y al punto se entreabrió con amplitud la roca.

Entonces el jefe de los bandoleros ladrones se retiró un poco para dejar pasar delante de él a sus hombres. Y cuando hubieron entrado todos, se cargó a la espalda su zurrón otra vez, y penetró el último.

Luego exclamó con una voz de mando que no admitía réplica: "¡Sésamo, ciérrate!"

Y la roca se cerró herméticamente, como si nunca la hechicería del bandolero la hubiese partido por virtud de la fórmula mágica. Al ver aquello, Alí Babá se asombró en su alma prodigiosamente, y se dijo: "¡Menos mal si, con su ciencia de la hechicería, no descubren mi escondite y me ponen entonces más ancho que largo!" Y se guardó bien de hacer el menor movimiento, no obstante toda la inquietud que sentía por sus asnos que continuaban retozando libremente en la espesura.

En cuanto a los cuarenta ladrones, después de una estancia bastante prolongada en la caverna donde Alí Babá les había visto meterse, indicaron su reaparición con un ruido subterráneo semejante a un trueno lejano. Y acabó por volver a abrirse la roca y dejar salir a los cuarenta con su jefe a la cabeza y llevando en la mano sus zurrones vacíos. Y cada cual se acercó a su caballo, le embridó de nuevo y saltó encima después de sujetar el zurrón a la silla. Y el jefe se volvió entonces hacia la abertura de la caverna y pronunció en voz alta la fórmula: "¡Sésamo, ciérrate!" Y las dos mitades de la roca se juntaron y se soldaron sin ninguna huella de separación. Y con sus caras de brea y sus barbas de cerdos, tomaron otra vez el camino por donde habían venido. Y esto es lo referente a ellos.

Pero volviendo a Alí Babá, la prudencia que le había tocado en suerte entre los dones de Alah hizo que permaneciese aún en su escondite, no obstante todo el deseo que tenía de ir a reunirse con sus asnos. Porque se dijo: "Bien pueden esos terribles bandoleros ladrones haberse dejado olvidado algo en su caverna y volver sobre sus pasos de improviso, sorprendiéndome aquí mismo. ¡Y entonces, ya Alí Babá verías cuán caro le sale a un pobre diablo como tú ponerse en el camino de tan poderosos señores!"

Por tanto, tras de reflexionar así, Alí Babá se limitó sencillamente a seguir con los ojos a los formidables jinetes hasta que los hubo perdido de vista. Y sólo mucho tiempo después de desaparecer ellos y de quedarse de nuevo la selva sumida en un silencio tranquilizador fue cuando, por fin, se decidió a bajar del árbol, aunque con mil precauciones y volviéndose a derecha y a izquierda cada vez que abandonaba una rama alta para situarse en una rama más baja.

Cuando estuvo en tierra, Alí Babá avanzó hacia la roca consabida, pero con mucho cuidado y de puntillas, conteniendo la respiración. Y bien habría querido ir antes a ver sus asnos y a tranquilizarse con respecto a ellos, ya que eran toda su fortuna y el pan de sus hijos; pero en su corazón se había encendido una curiosidad sin precedente por cuanto hubo de ver y oír desde la copa del árbol. Y, además, era su destino quien le empujaba de modo irresistible a aquella aventura.

Llegado que fue ante la roca, Alí Babá la inspeccionó de arriba a abajo, y la encontró lisa y sin grietas por donde hubiera podido deslizarse la punta de una aguja. Y se dijo: "¡Sin embargo, ahí dentro se han metido los cuarenta, y los he visto con mis propios ojos desaparecer ahí dentro! ¡Ya Alah! ¡Qué sutileza! ¡Y quién sabe qué han entrado a hacer en esa caverna defendida por toda clase de talismanes, cuya primera palabra ignoro!"

Luego pensó: "¡Por Alah! ¡he retenido, sin embargo, la fórmula que abre y la fórmula que cierra! ¡No sé si ensayarla un poco, solamente para ver si en mi boca tienen la misma virtud que en boca de ese espantoso bandido gigante!"

Y olvidando toda su antigua pusilanimidad, e impelido por la voz de su destino, Alí Babá el leñador se encaró con la roca y dijo: "¡Sésamo, ábrete!"

Y no bien fueron pronunciadas con insegura voz las dos palabras mágicas, la roca se separó y se abrió con amplitud. Y Alí Babá, presa de extremado espanto, quiso volver la espalda a todo aquello y escapar de allí a todo correr, pero la fuerza de su destino le inmovilizó ante la abertura y le obligó a mirar. Y en lugar de ver allí dentro una caverna de tinieblas y de horror, llegó al límite de la sorpresa al ver abrirse ante él una ancha galería que daba al ras de una sala espaciosa abierta en forma de bóveda en la misma piedra y recibiendo mucha luz por agujeros angulares situados en el techo. De modo que se decidió a adelantar un pie y a penetrar en aquel lugar que a primera vista, no tenía particularmente nada de aterrador.

Pronunció, pues, la fórmula propiciatoria: "¡En el nombre de Alah el Clemente, el Misericordioso!", la cual acabó de reconfortarle, y avanzó resueltamente sin temblar hasta la sala abovedada. Y en cuanto hubo llegado allá vio que las dos mitades de la roca se juntaban sin ruido y tapaban completamente la abertura; lo cual no dejó de inquietarle, a pesar de todo, ya que la constancia en el valor no era su fuerte. Sin embargo, pensó que más tarde podría, merced a la fórmula mágica, hacer que por sí mismas se abrieran ante él todas las puertas. Y a la sazón dedicóse a mirar con toda tranquilidad el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Y vio, colocadas a lo largo de las paredes hasta la bóveda, pilas y pilas de ricas mercancías, y fardos de telas de seda y de brocado, y sacos con provisiones de boca, y grandes cofres llenos hasta los bordes de plata amonedada, y otros llenos de plata en lingotes, y otros llenos de dinares de oro y de lingotes de oro en filas alternadas. Y como si todos aquellos cofres y todos aquellos sacos no bastasen a contener las riquezas acumuladas, el suelo estaba cubierto de montones de oro, de alhajas y de orfebrerías, hasta el punto de que no se sabía dónde poner el pie sin tropezar con alguna joya o derribar algún montón de dinares flamígeros. Y Alí Babá, que en su vida había visto el verdadero color del oro ni conocido su olor siquiera, se maravilló de todo aquello hasta el límite de la maravilla. Y al ver aquellos tesoros amontonados allí de cualquier modo, y aquellas innumerables suntuosidades, las menores de las cuales hubiesen adornado ventajosamente el palacio de un rey, se dijo que debía hacer no años, sino siglos que aquella gruta servía de depósito, al mismo tiempo que de refugio, a generaciones de ladrones hijos de ladrones, descendientes de los saqueadores de Babilonia.

Cuando Alí Babá volvió un poco de su asombro, se dijo: "¡Por Alah, ¡ya Alí Babá! he aquí que a tu destino se le pone el rostro blanco, y te transporta desde el lado de tus asnos y de tus haces hasta el centro de un baño de oro como no lo han visto más que el rey Soleimán e Iskandar el de los dos cuernos! Y de improviso aprendes las fórmulas mágicas y te sirves de sus virtudes y te haces abrir las puertas de roca y las cavernas fabulosas, ¡oh leñador bendito! Esa es una gran merced del Retribuidor, que así te hace dueño de las riquezas acumuladas por los crímenes de generaciones de ladrones y de bandidos. ¡Y si ha ocurrido todo eso, claro está que es para que en adelante puedas hallarte con tu familia al abrigo de la necesidad, utilizando de buena manera el oro del robo y del pillaje!"

Y quedando en paz con su conciencia después de tal razonamiento, Alí Babá el pobre, se inclinó hacia un saco de provisiones, lo vació de su contenido y lo llenó de dinares de oro y otras piezas de oro amonedado, sin tocar a la plata y a los demás objetos de la galería. Luego volvió a la sala abovedada, y de la propia manera llenó un segundo saco, luego un tercer saco y varios sacos más, todos los que le parecieron que podrían llevar sus tres asnos sin cansarse. Y hecho esto se volvió hacia la entrada de la caverna y dijo: "¡Sésamo, ábrete!" Y al instante las dos hojas de la puerta roqueña se abrieron de par en par, y Alí Babá corrió a reunir sus asnos y los hizo aproximarse a la entrada. Y los cargó de sacos, que tuvo cuidado de ocultar hábilmente, poniendo encima ramaje. Y cuando hubo acabado esta tarea pronunció la fórmula que cierra, y al punto se juntaron las dos mitades de la roca.

Entonces Alí Babá hizo ponerse en marcha delante de él a sus asnos cargados de oro, arreándolos con voz llena de respeto y no abrumándolos con las maldiciones y las injurias horrísonas que les dirigía de ordinario cuando arrastraban las patas.

Porque si Alí Babá, como todos los conductores de asnos, gratificaba a sus brutos con apelativos tales como: "¡Oh religión del zib!" o "¡historia de tu hermana!" o "¡historia de marica!" o "¡venta de alcahueta!", claro que no era para asustarlos, pues los quería igual que a sus hijos, sino sencillamente para hacerlos entrar en razón. Pero aquella vez comprendió que no podía aplicarles con verdadera justicia tales calificativos, pues llevaban sobre ellos más oro del que había en las arcas del sultán. Y sin arrearlos de otro modo, emprendió con ellos de nuevo el camino de la ciudad...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 853ª NOCHE

Ella dijo:

...Y sin arrearlos de otro modo, emprendió con ellos de nuevo el camino de la ciudad.

Y he aquí que, al llegar a su casa, Alí Babá encontró la puerta cerrada por dentro con el pestillo grande de madera, y se dijo: "¡Voy a ensayar en ella la virtud de la fórmula!" Y dijo: "¡Sésamo, ábrete!" Y al punto, separándose de su pestillo, la puerta se abrió de par en par. Y Alí Babá, sin anunciar su llegada, penetró con sus asnos en el patiezuelo de su casa. Y dijo, encarándose con la puerta: "¡Sésamo, ciérrate!" Y la puerta, girando sobre sí misma, fue a reunirse con su pestillo. Y de tal suerte quedó convencido Alí Babá que en adelante sería detentador de un incomparable secreto dotado de un poder misterioso, cuya adquisición no le había costado otro tormento que una emoción pasajera, debida, más bien que a otra cosa, a la cara avinagrada de los cuarenta y al aspecto amedrentador de su jefe.

Cuando la esposa de Alí Babá vio a los asnos en el patio y a Alí Babá disponiéndose a descargarlos, acudió dando palmadas de sorpresa, y exclamó: "¡Oh hombre! ¿cómo te has arreglado para abrir la puerta, que yo misma había cerrado con pestillo? ¡El nombre de Alah sobre todos nosotros! ¿Y qué traes este bendito día en esos sacos tan grandes y tan pesados que no he visto nunca en casa?"

Y Alí Babá, sin responder a la primera pregunta, dijo: "Estos sacos nos vienen de Alah, ¡oh mujer! Pero ven ya a ayudarme para llevarlos a la casa, en vez de abrumarme a preguntas acerca de las puertas y de los pestillos". Y como ella los palpara de continuo, comprendió contenían monedas, y pensó que aquellas monedas debían ser monedas de cobre antiguas o algo parecido. Y aquel descubrimiento, aunque era muy incompleto y estaba por debajo de la realidad, sumió a su espíritu en una gran inquietud. Y acabó por persuadirse de que su esposo se había asociado a unos ladrones o a otras gentes parecidas, pues, si no, ¿cómo explicarse la presencia de tantos sacos repletos de monedas? Así es que, cuando todos los sacos fueron llevados al interior, ella no pudo contenerse más, y estallando de pronto, empezó a golpearse las mejillas a dos manos y a desgarrarse las vestiduras, exclamando: "¡Oh calamidad nuestra! ¡Oh perdición sin remedio de nuestros hijos! ¡Oh poder!"

Al oír los gritos y lamentos de su esposa, Alí Babá llegó al límite de la indignación, y le gritó: "Poder de tu ojo, ¡oh maldita! ¿Qué tienes que chillar así? ¿Y por qué quieres atraer sobre nuestras cabezas el castigo de los ladrones?"

Ella dijo: "La desgracia va a entrar en esta casa con estos sacos de monedas, ¡oh hijo del tío! Por mi vida sobre ti, date prisa a ponerlos otra vez a lomos de los asnos y a llevártelos lejos de aquí. ¡Porque mi corazón no está tranquilo sabiéndolos en nuestra casa!"

Él contestó: "¡Alah confunda a las mujeres desprovistas de juicio! ¡Bien veo ¡oh hija del tío! que te imaginas que he robado estos sacos! Pues bien; desengáñate y refresca tus ojos, porque nos vienen del Retribuidor, que me ha hecho encontrar mi destino hoy en la selva. Ya te contaré cómo ha tenido lugar ese encuentro, pero no sin haber vaciado estos sacos para enseñarte su contenido".

Y cogiendo los sacos por un extremo, Alí Babá los vació sobre la estera, uno tras otro. Y cayeron chorros de oro sonoro, lanzando millares de destellos en la pobre vivienda del leñador. Y Alí Babá, satisfecho de ver a su mujer deslumbrada por aquel espectáculo, se sentó en el montón de oro, recogió debajo de sí las piernas, y dijo: "Escúchame ahora, ¡oh mujer!" Y le hizo el relato de su aventura, desde el principio hasta el fin, sin omitir un detalle. Pero no hay utilidad en repetirlo.

Cuando la esposa de Alí Babá hubo oído el relato de la aventura, sintió que el espanto se alejaba de su corazón para que lo reemplazase una alegría grande, y se dilató, y se esponjó, y dijo: "¡Oh día de leche! ¡oh día de blancura! ¡Loores a Alah, que ha hecho entrar en nuestra morada los bienes mal adquiridos por esos cuarenta bandidos salteadores de caminos, y que de tal suerte ha vuelto lícito lo que era ilícito! ¡Él es el Generoso, el Retribuidor!"

Y se levantó en aquella hora y en aquel instante, y se sentó sobre sus talones ante el montón de oro, y se dedicó a contar uno por uno los innumerables dinares. Pero Alí Babá se echó a reír y le dijo: "¿Qué haces, ¡oh pobre!? ¿Cómo se te ocurre contar todo eso? Lo mejor es que te levantes y vengas a ayudarme a abrir un hoyo en nuestra cocina para guardar cuanto antes este oro y hacer desaparecer así sus huellas. ¡Si no, corremos riesgo de atraer sobre nosotros la codicia de nuestros vecinos y de los agentes de policía!"

Pero la esposa de Alí Babá, que era partidaria del orden en todo, y que quería tener una idea exacta acerca de la cuantía de las riquezas que les entraban en aquel día bendito, contestó: "No, ciertamente, no quiero perder tiempo en contar este oro. Pero no puedo dejar que se guarde sin haberlo pesado o medido por lo menos. Por eso te suplico ¡oh hijo del tío! que me des tiempo para ir a buscar una medida de madera en la vecindad. Y lo iré midiendo mientras tú abres el hoyo. ¡Y de tal suerte podremos gastar a sabiendas con nuestros hijos lo necesario y lo superfluo!"

Y Alí Babá, aunque esta precaución le pareció por lo menos superflua, no quiso contrariar a su mujer en una ocasión tan llena de alegría para todos ellos, y le dijo: "¡Sea! ¡Pero ve y vuelve pronto, y sobre todo guárdate bien de divulgar nuestro secreto o de decir la menor palabra acerca de él".

Cuando la esposa de Alí Babá salió en busca de la medida consabida, pensó, que lo más rápido sería ir a pedir una a la esposa de Kassim, la rica, la infatuada, la que nunca se dignaba invitar a ninguna comida en su casa al pobre Alí Babá ni a su mujer, ya que no tenía fortuna ni relaciones, la que jamás había enviado ninguna golosina y aniversarios, ni siquiera había comprado para ellos un puñado de garbanzos, como compra la gente pobre a los niños de gente pobre. Y después de las zalemas de ceremonia le rogó que le prestara una medida de madera por algunos momentos.

Cuando la esposa de Kassim hubo oído la palabra medida, quedó extremadamente asombrada, pues sabía que Alí Babá y su mujer eran muy pobres, y no podía comprender para qué necesitaban aquel utensilio, del que no se sirven, por lo general, más que los propietarios de grandes provisiones de grano, en tanto que los demás se limitan a comprar el grano del día o de la semana en casa del tratante en granos. Así es que, aunque en otras circunstancias, sin duda alguna, se lo hubiese negado todo bajo cualquier pretexto, aquella vez la picó demasiado la curiosidad para dejar escapar semejante ocasión de satisfacerla.

Le dijo, pues: "¡Alah aumente sobre vuestras cabezas sus favores! ¿Pero quieres la medida grande o pequeña, ¡oh madre de Ahmad!?" La aludida contestó "Mejor será la pequeña, ¡oh mi señora!" Y la esposa de Kassim fue a buscar la medida consabida.

Y he aquí que no en vano aquella mujer fue objeto de un trato de alcahuetería (¡Alah rehúse sus gracias a los individuos de esta especie y confunda a todas las taimadas!), pues queriendo saber a toda costa qué clase de grano pretendía medir su parienta pobre, ideó una de tantas supercherías que como siempre tienen entre sus dedos las hijas de zorra. Y, en efecto, corrió en busca de sebo y untó con él diestramente el fondo de la medida por debajo, por donde se asienta ese utensilio. Luego volvió al lado de su parienta, excusándose por haberla hecho esperar, y le entregó la medida. Y la mujer de Alí Babá se deshizo en cumplimientos y se apresuró a volver a su casa.

Y comenzó por colocar la medida en medio del montón de oro. Y se puso a llenarla y a vaciarla un poco más lejos, marcando en la pared con un trozo de carbón tantos trazos negros como veces la había vaciado. Y cuando acababa de dar fin a su trabajo entró Alí Babá, que había terminado, por su parte, de abrir el hoyo en la cocina. Y su esposa le enseñó los trazos de carbón en la pared, exultando de alegría, y le dejó el cuidado de guardar todo el oro, para ir por sí misma con toda diligencia a devolver la medida a la impaciente esposa de Kassim. Y no sabía la pobre que debajo de la medida había quedado pegado un dinar de oro al sebo de la perfidia.

Entregó, pues, la medida a su parienta rica, la que fue colocada por la alcahueta, y le dio muchas gracias y le dijo: "He querido ser puntual contigo, ¡oh mi señora! a fin de que otra vez no dejes de tener conmigo tanta amabilidad". Y se fue por su camino. ¡Y esto es lo referente a la esposa de Alí Babá!

En cuanto a la esposa de Kassim, solamente esperó la taimada a que su parienta volviera la espalda, para dar vuelta a la medida de madera y mirar la parte de abajo. Y llegó al límite de la estupefacción al ver pegada en el sebo una moneda de oro en vez de algún grano de habas, de cebada o de avena. Y la piel del rostro se le puso de color de azafrán, y los ojos de color de betún muy oscuro. Y su corazón se sintió roído de celos y de envidia devoradora. Y exclamó: "¡Destrucción sobre su morada! ¿Desde cuándo esos miserables tienen el oro así para pesarlo y medirlo?" Y era tanto el furor inexpresable que la embargaba, que no pudo esperar a que su esposo regresase de su tienda, sino que le envió a su servidora para que le buscara a toda prisa.

Y no bien Kassim, sin aliento, franqueó el umbral de la casa, le acogió con exclamaciones furibundas, como si le hubiese sorprendido triturando a algún mozalbete.

Luego, sin darle tiempo para reponerse de aquella tempestad, le puso debajo de la nariz el consabido dinar de oro, y le gritó: "¡Ya lo ves! ¡Pues bien, esto no es más que lo que les sobra a esos miserables! ¡Ah! te crees rico y a diario te felicitas por tener tienda y clientes mientras tu hermano no tiene más que tres asnos por toda hacienda. Desengáñate, ¡oh jeique! Alí Babá, ese desmañado, ese barriga hueca, ese insignificante, no se contenta con contar su oro como tú: ¡lo mide! ¡Por Alah que lo mide, como el tratante en granos hace con el grano!"

Y con una tempestad de palabras, de gritos y vociferaciones le puso al corriente del asunto y le explicó la estratagema de que se había valido para hacer el asombroso descubrimiento de la riqueza de Alí Babá. Y añadió: "¡No es eso todo!, ¡oh jeique! ¡A ti te incumbe ahora descubrir el origen de la fortuna de tu miserable hermano, ese hipócrita maldito, que finge pobreza y maneja el oro por medidas y a brazadas!"

Al oír estas palabras de su esposa, Kassim no dudó de la realidad de la fortuna de su hermano. Y lejos de sentirse feliz por saber que el hijo de su padre y de su madre estaba al abrigo de toda necesidad para lo sucesivo, y de regocijarse con su dicha, alimentó una envidia biliosa y sintió que se le rompía de despecho la bolsa de la hiel...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 854ª NOCHE

Ella dijo:

...alimentó una envidia biliosa y sintió que se le rompía de despecho la bolsa de la hiel. Y se irguió en aquella hora y en aquel instante, y corrió a casa de su hermano para ver por sus propios ojos lo que tenía que ver allí.

Y encontró a Alí Babá con el pico en la mano todavía, pues acababa de guardar su oro. Y abordándole sin dirigirle la zalema y sin llamarle por su nombre ni por su apellido y sin tratarle siquiera de hermano, pues se había olvidado de tan próximo parentesco desde que se casó con el rico producto de la alcahueta, le dijo: "¡Ah! ¿con que así ¡oh padre de los asnos! te haces el reservado y el misterioso con nosotros? ¡Sí, continúa simulando pobreza y miseria y haciéndote el menesteroso delante de la gente para medir luego el oro en tu yacija de piojos y chinches como el tratante en granos mide su grano!"

Al oír estas palabras, Alí Babá llegó al límite de la turbación y de la perplejidad, no porque fuese avaro o interesado, sino porque temía la maldad y la avidez de ojos de su hermano y de la esposa de su hermano, y contestó: "¡Por Alah sobre ti, no sé a qué aludes! ¡Explícate, pues, pronto, y no me faltarán para ti franqueza y buenos sentimientos, por más que desde hace años hayas olvidado tú el lazo de la sangre y vuelvas la cara cuando te encuentras con la mía y con la de mis hijos!"

Entonces dijo el imperioso Kassim: "¡No se trata de eso ahora, Alí Babá! ¡Se trata solamente de que no finjas ignorancia conmigo, porque estoy enterado de lo que tienes interés en mantener oculto!" Y mostrándole el dinar de oro untado de sebo aún, le dijo. mirándole atravesado: "¿Cuántas medidas de dinares como éste tienes en tu granero, ¡oh trapisonda!? ¿Y dónde has robado tanto oro, di ¡oh vergüenza de nuestra casa!?" Luego le reveló en pocas palabras cómo su esposa había untado de sebo por debajo la medida que le había prestado, y cómo se había pegado a ella aquella moneda de oro.

Cuando Alí Babá hubo oído estas palabras de su hermano, comprendió que el mal ya estaba hecho y no podía repararse. Así es que, sin dejar que se prolongase más el interrogatorio, y sin hacer ante su hermano la menor demostración de asombro o de pena por verse descubierto, dijo: "Alah es generoso, ¡oh hermano mío! ¡Nos envía Sus dones antes de que los deseemos! ¡Exaltado sea!" Y le contó con todos sus detalles su aventura de la selva, aunque sin revelarle la fórmula mágica. Y añadió: "Somos ¡oh hermano mío! hijos del mismo padre y de la misma madre. ¡Por eso todo lo que me pertenece te pertenece, y quiero, si me haces la merced de aceptarlo, ofrecerte la mitad del oro que he traído de la caverna!".

Pero el mercader Kassim, cuya avidez igualaba a su negrura de alma, contestó: "Ciertamente, así lo entiendo yo también. Pero quiero saber, además, cómo podré entrar yo mismo en la roca si me da la gana. Y te prevengo que, si me engañas acerca del particular, iré enseguida a denunciarte a la justicia como cómplice de los ladrones. ¡Y no podrás por menos de perder con esa combinación!"

Entonces el bueno de Alí Babá, pensando en la suerte de su mujer y de sus hijos en caso de denuncia, e impelido más por su natural complacencia que por el miedo a las amenazas de un hermano de alma bárbara, le reveló las dos palabras de la fórmula mágica, tanto la que servía para abrir las puertas como la que servía para cerrarlas. Y Kassim, sin tener siquiera para él una frase de reconocimiento, le dejó bruscamente, resuelto a apoderarse él solo del tesoro de la caverna.

Así, pues, al día siguiente, antes de la aurora, salió para la selva, llevándose por delante diez mulos cargados con cofres grandes que se proponía llenar con el producto de su primera expedición. Además se reservaba, una vez que se hubiera enterado de las provisiones y riquezas acumuladas en la gruta, para hacer un segundo viaje con mayor número de mulos y hasta con todo un convoy de camellos, si era necesario. Y siguió al pie de la letra las indicaciones de Alí Babá, que había llevado su bondad hasta brindarse como guía, pero fue rechazado duramente por los dos pares de ojos suspicaces de Kassim y de su esposa, la resultante del alcahueteo.

Y enseguida llegó al pie de la roca, que hubo de reconocer entre todas las rocas por su aspecto enteramente liso y su altura rematada por un árbol grande. Y alzó ambos brazos hacia la roca, y dijo: "¡Sésamo, ábrete!" Y la roca de pronto se partió por la mitad. Y Kassim, que ya había atado los mulos a los árboles, penetró en la caverna, cuya abertura se cerró al punto sobre él, gracias a la fórmula para cerrar. ¡Pero no sabía él lo que le esperaba!

Y en un principio quedó deslumbrado a la vista de tantas riquezas acumuladas, de tanto oro amontonado y de tantas joyas apelotonadas. Y sintió un deseo más intenso de hacerse dueño de aquel fabuloso tesoro. Y comprendió que para llevarse todo aquello no solamente le hacía falta una caravana de camellos, sino reunir todos los camellos que viajan desde los confines de la China hasta las fronteras del Irán. Y se dijo que la próxima vez tomaría las medidas necesarias para organizar una verdadera expedición que se apoderase de aquel botín, contentándose a la sazón con llenar sus diez mulos. Y terminado este trabajo volvió a la galería que conducía a la roca cerrada, y exclamó:

"¡Cebada, ábrete!"

Porque el deslumbrante Kassim, con el espíritu enteramente turbado por el descubrimiento de aquel tesoro, había olvidado por completo la palabra que tenía que decir. Y fue para perderse sin remedio. Porque dijo varias veces: "¡Cebada, ábrete!" Pero la roca permaneció cerrada. Entonces dijo:

"¡Avena, ábrete!"

Y la roca no se movió.

"¡Haba, ábrete!"

Pero no se produjo ninguna ranura.

Y Kassim empezó a perder la paciencia, y gritó sin tomar aliento: "¡Centeno, ábrete! ¡Mijo, ábrete! ¡Garbanzo, ábrete! ¡Maíz, ábrete! ¡Alforfón, ábrete! ¡Trigo, ábrete! ¡Arroz, ábrete! ¡Algarroba, ábrete!"

Pero la puerta de granito permaneció cerrada. Y Kassim, en el límite del espanto al advertir que se quedaba encerrado por haber perdido la fórmula, se puso a recitar, ante la roca impasible, todos los nombres de los cereales y de las diferentes variedades de granos que la mano del sembrador lanzó sobre la superficie de los campos en la infancia del mundo. Pero el granito permaneció inquebrantable. Porque el indigno hermano de Alí Babá no se olvidó, entre todos los granos, más que de un solo grano, el mismo a que estaban unidas las virtudes mágicas, el misterioso sésamo. Así es como tarde o temprano, y con frecuencia más temprano que tarde, el Destino ciega la memoria de los malos, les quita clarividencia y les arrebata la vista y el oído por orden del Poderoso sin límites. Por eso el Profeta (¡con Él las bendiciones y la más escogida de las zalemas!) ha dicho, hablando de los malos: "Alah les retirará el don de Su Clarividencia y les dejará tanteando en las tinieblas. ¡Entonces, ciegos, sordos y mudos, no podrán volver sobre sus pasos!"

Y, además, el Enviado (¡Alah le tenga en Sus mejores gracias!) ha dicho de ellos: "Por siempre han sido cerrados con el sello de Alah sus corazones y sus oídos y velados con una venda sus ojos. ¡Les está reservado un suplicio espantoso!"

Así, pues, cuando el malvado Kassim, que ni por asomo se esperaba aquel desastroso acontecimiento, hubo visto que no poseía ya la fórmula virtual, se dedicó a devanarse el cerebro en todos sentidos para encontrarla, pero muy inútilmente, pues su memoria estaba despojada para siempre jamás del nombre mágico. Entonces, presa del miedo y de la rabia, dejó los sacos llenos de oro y se puso a recorrer la caverna en todas direcciones en busca de alguna salida. Pero no encontró por doquiera más que paredes graníticas exasperantemente lisas. Y como una bestia feroz o un camello cansado, echaba por la boca espuma de baba y de sangre y se mordía los dedos con desesperación. Pero no fue aquél todo su castigo; porque aún le quedaba morir. ¡Lo cual no había de tardar!

En efecto, a la hora de mediodía los cuarenta ladrones regresaron a su caverna, como acostumbraban hacer a diario...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 855ª NOCHE

Ella dijo:

...En efecto, a la hora de mediodía los cuarenta ladrones regresaron a su caverna, como acostumbraban hacer a diario. Y he aquí que vieron atados a los árboles los diez mulos cargados con grandes cofres. Y al punto, a una seña de su jefe, desenvainaron sus terribles armas y lanzaron a toda brida sus caballos hacia la entrada de la caverna. Y echaron pie a tierra, y comenzaron a dar vueltas en torno de la roca para dar con el hombre a quien podían pertenecer los mulos. Pero como con sus pesquisas no conseguían nada, el jefe se decidió a penetrar en la caverna. Alzó, pues, su sable hacia la puerta invisible, pronunciando la fórmula, y la roca se partió en dos mitades, que giraron en sentido inverso.

Y he aquí que el encerrado Kassim, que había oído a los caballos y las exclamaciones de sorpresa y de cólera de los bandoleros ladrones, no dudó de su perdición irremisible. Sin embargo, como le era cara su alma, quiso intentar ponerla a salvo. Y se acurrucó en un rincón dispuesto a lanzarse fuera en cuanto pudiese. Así es que en cuanto se hubo pronunciado la palabra "sésamo" y él la hubo oído, maldiciendo de su flaca memoria, y en cuanto vio practicarse la abertura, se lanzó fuera como un carnero, cabizbajo, y lo hizo tan violentamente y con tan poco discernimiento, que tropezó con el propio jefe de los cuarenta, el cual se cayó al suelo cuan largo era. Pero en su caída el terrible gigante arrastró consigo a Kassim, y le echó una mano a la boca y otra al vientre. Y en el mismo momento los demás bandoleros, que iban en socorro de su jefe, cogieron todo lo que pudieron coger del agresor, del violador, y cortaron con sus sables todo lo que cogieron. Y así es cómo, en menos de un abrir y cerrar de ojos, Kassim fue mutilado de piernas, brazos, cabeza y tronco, y expiró su alma antes de consultarse. Porque tal era su destino. ¡Y esto es lo referente a él!

En cuanto a los ladrones, no bien hubieron limpiado sus sables entraron en su caverna y encontraron alineados junto a la puerta los sacos que había preparado Kassim. Y se apresuraron a vaciarlos en donde se habían llenado, y no advirtieron la cantidad que faltaba y que se había llevado Alí Babá. Luego sentáronse en corro para celebrar consejo, y deliberaron ampliamente acerca del acontecimiento. Pero, ignorantes como estaban de haber sido espiados por Alí Babá, no pudieron llegar a comprender cómo había logrado alguien introducirse en su morada, y desistieron de reflexionar más tiempo acerca de una cosa que no tenía solución. Y después de descargar sus nuevas adquisiciones y tomar algún reposo, prefirieron abandonar su caverna y montar de nuevo a caballo para salir a los caminos y asaltar las caravanas. Porque eran hombres activos que no gustaban de discursos largos ni de palabras.

Pero ya volveremos a encontrarles cuando llegue el momento.

Proseguiremos el relato con orden. ¡Y vamos, por lo pronto, con la esposa de Kassim! ¡Ahí! ¡la maldita fue causa de la muerte de su marido, quien, por otra parte, se tenía bien merecido su fin! Porque la perfidia de aquella mujer inventora de la estratagema del sebo adherente había sido el punto de partida del degollamiento final. Así es que, sin dudar de que enseguida estaría él de regreso, había preparado ella una comida especial para regalarle. Pero cuando vio que llegó la noche y que no llegaba Kassim, ni la sombra de Kassim, ni el olor de Kassim, se alarmó en extremo, no porque le amase de un modo desmedido, sino porque le era necesario para su vida y para su codicia. Por tanto, cuando su inquietud llegó a los últimos límites, se decidió a ir en busca de Alí Babá, ella, que jamás hasta entonces había querido condescender a franquear el umbral de la casa del otro. ¡Hija de zorra! Entró con el semblante demudado, y dijo a Alí Babá: "La zalema sobre ti, ¡oh hermano preferido de mi esposo! Los hermanos se deben a los hermanos, y los amigos a los amigos, así, pues, vengo a rogarte que me tranquilices acerca de la suerte que haya podido correr tu hermano, quien ha ido a la selva, como sabes, y a pesar de lo avanzado de la noche todavía no está de regreso. ¡Por Alah sobre ti, ¡oh rostro de bendición! apresúrate a ir a ver qué le ha sucedido en esa selva!"

Y Alí Babá, que estaba notoriamente dotado de un alma compasiva, compartió la alarma de la esposa de Kassim, y le dijo: "¡Que Alah aleje las desgracias de la cabeza de tu esposo, hermana mía! ¡Ah! ¡si Kassim hubiese querido escuchar mi consejo fraternal me habría llevado consigo de guía! ¡Pero no te inquietes con exceso por su tardanza; pues, sin duda, le habrá parecido conveniente, para no llamar la atención de los transeúntes, no entrar en la ciudad hasta bien avanzada la noche!"

Aquello era verosímil, aun cuando, en realidad, Kassim no fuese ya Kassim, sino seis trozos de Kassim, dos brazos, dos piernas; un tronco y una cabeza, que dejaron los ladrones dentro de la galería, detrás de la puerta rocosa, a fin de que espantasen con su vista y repeliesen con su hedor a cualquiera que tuviese la audacia de franquear el umbral prohibido.

Así, pues, Alí Babá tranquilizó como pudo a la mujer de su hermano, y le hizo comprender que de nada servirían las pesquisas en la noche negra. Y la invitó a pasar la noche con ellos con toda cordialidad. Y la esposa de Alí Babá le hizo acostarse en su propio lecho, mientras que Alí Babá le aseguraba que por la aurora iría a la selva.

Y en efecto, a los primeros resplandores del alba el excelente Alí Babá ya estaba en el patio de su casa con sus tres asnos. Y partió con ellos sin tardanza, después de recomendar a la esposa de Kassim que moderara su aflicción y a su propia esposa que la cuidase y no la dejase carecer de nada.

Al acercarse a la roca, Alí Babá se vio obligado a declararse, no viendo los mulos de Kassim, que había debido pasar algo, tanto más cuanto que ni por asomo los había visto en la selva. Y aumentó su inquietud al ver manchado de sangre el suelo junto a la roca. Así es que, no sin gran emoción, pronunció las dos palabras mágicas que abrían, y entró en la caverna.

Y el espectáculo de los seis fragmentos de Kassim espantó sus miradas e hizo temblar sus rodillas. Y estuvo a punto de caerse desmayado en el suelo. Pero los sentimientos fraternales le hicieron sobreponerse a su emoción, y no vaciló en hacer todo lo posible por cumplir los últimos deberes para con su hermano, que era musulmán al fin y al cabo, e hijo del mismo padre y de la misma madre. Y se apresuró a coger en la caverna dos sacos grandes, en los cuales metió los seis despojos de su hermano, el tronco en uno y la cabeza con los cuatro miembros en el otro. Y con ello hizo una carga para uno de sus asnos, cubriéndolo cuidadosamente de leña y de ramaje. Luego se dijo que, ya que estaba allí, más valía aprovechar la ocasión para coger algunos sacos de oro, con objeto de que no se fuesen de vacío los asnos. Cargó, pues, a los otros dos asnos con sacos llenos de oro, poniendo leña y hojas por encima, como la vez primera. Y después de mandar que se cerrase a la puerta rocosa, emprendió el camino de la ciudad, deplorando en el alma el triste fin de su hermano.

En cuanto hubo llegado al patio de su casa, Alí Babá llamó a la esclava Luz Nocturna para que le ayudara a descargar los asnos.

La esclava Luz Nocturna era una joven que Alí Babá y su esposa habían recogido de niña y educado con los mismos cuidados y la misma solicitud que si hubiesen sido sus propios padres. Y había crecido en casa de ellos, ayudando a su madre adoptiva en las faenas caseras y haciendo el trabajo de diez personas. Además, era agradable, dulce, diestra, entendida y fecunda en invenciones para resolver las cuestiones más arduas y lograr éxito en las cosas más difíciles.

Así es que, en cuanto bajo ella, empezó por besar la mano de su padre adoptivo y le deseó la bienvenida, como tenía costumbre de hacer cada vez que entraba él en la casa. Alí Babá le dijo: "¡Oh Luz Nocturna! ¡hoy es el día en que me vas a dar prueba de tu listeza, de tu abnegación y de tu discreción!" Y le contó el fin funesto de su hermano, y añadió: "Y ahora ahí le tienes, hecho seis pedazos, en el tercer asno. ¡Y es preciso que, mientras yo subo a anunciar la fúnebre noticia a su pobre viuda, pienses en el medio de que nos valdremos para hacerle enterrar como si hubiera muerto de muerte natural, sin que nadie pueda sospechar la verdad!"

Y ella contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y Alí Babá, dejándola reflexionar acerca de la situación, subió a ver a la viuda de Kassim.

Y he aquí que llevaba él una cara tan compungida, que, al verle entrar la esposa de Kassim, empezó a lanzar chillidos a más no poder. Y se dispuso a desollarse las mejillas, a mesarse los cabellos y a desgarrarse las vestiduras. Pero Alí Babá supo contarle el suceso con tanto miramiento, que consiguió evitar los gritos y lamentos que hubiesen atraído a los vecinos y provocado un trastorno en el barrio. Y sin darle tiempo para saber si debía chillar o si no debía chillar, añadió: "Alah es generoso, y me ha otorgado más riqueza de la que necesito. Por tanto, si dentro de la desgracia sin remedio que te aflige hay alguna cosa que pueda consolarte, yo te ofrezco juntar los bienes que Alah me ha enviado con los que te pertenecen y hacer que en adelante entres en mi casa en calidad de segunda esposa. Y así tendrás en la madre de mis hijos una hermana amante y atenta. ¡Y todos viviremos juntos con tranquilidad, hablando de las virtudes del difunto!"

Tras de hablar así, se calló Alí Babá, esperando la respuesta. Y Alah iluminó en aquel momento el corazón de la que antaño fue objeto de un trato de alcahuetería, y lo desembarazó de sus taras. ¡Porque es el Todopoderoso! Y comprendió ella la bondad de Alí Babá y la generosidad de su oferta, y consintió en ser su segunda esposa. Y a consecuencia de su matrimonio con aquel hombre bendito, se tornó en una mujer de bien. ¡Y esto es lo referente a ella!

En cuanto a Alí Babá, que por aquel medio logró impedir los gritos penetrantes y la divulgación del secreto, dejó a su nueva esposa entre las manos de su antigua esposa, y bajó a reunirse con la joven Luz Nocturna.

Y se encontró con que volvía ella de la calle. Porque Luz Nocturna no había perdido el tiempo, y ya había combinado toda una norma de conducta para circunstancia tan difícil. En efecto, había ido a la tienda del mercader de drogas que habitaba enfrente y le había pedido cierta especie de triaca específica para curar las enfermedades mortales. Y el mercader le había dado aquella triaca por el dinero que ella le presentó, pero no sin haberle preguntado de antemano, quién estaba enfermo en casa de su amo. Y Luz Nocturna había contestado suspirando: "¡Oh, qué calamidad la nuestra! el mal rojo aqueja al hermano de mi amo Alí Babá, que ha sido transportado a nuestra casa para que esté mejor cuidado. ¡Pero nadie entiende nada de su enfermedad! ¡Está él inmóvil, con cara de azafrán; está mudo; está ciego, y está sordo! ¡Ojalá esta triaca ¡oh jeique! le saque de un trance tan malo!" Y tras de hablar así, se había llevado la triaca consabida, de la que, en realidad, ya no podía hacer uso Kassim, y había ido a reunirse con su amo Alí Babá.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 856ª NOCHE

Ella dijo:

...se había llevado la triaca consabida, de la que, en realidad. ya no podía hacer uso Kassim, y había ido a reunirse con su amo Alí Babá. Y en pocas palabras le puso al corriente de lo que pensaba hacer. Y él aprobó su plan, y le manifestó cuánta admiración sentía por su ingeniosidad.

En efecto, al día siguiente, la diligente Luz Nocturna fue a casa del mismo mercader de drogas, y con el rostro bañado en lágrimas y con muchos suspiros e hipos que entrecortaban los suspiros, le pidió cierto electuario que por lo general no se da más que a los moribundos sin esperanza. Y se marchó diciendo: "¡Ay de nosotros! ¡si no surte efecto este remedio todo se ha perdido!" Y al mismo tiempo tuvo cuidado de poner a todas las gentes del barrio al corriente del supuesto caso desesperado de Kassim, hermano de Alí Babá.

Así es que, cuando al día siguiente por el alba las gentes del barrio se despertaron sobresaltadas por gritos penetrantes y lamentables, no dudaron de que aquellos gritos los daban la esposa de Kassim, la joven Luz Nocturna y todas las mujeres de la familia para anunciar la muerte de Kassim.

Entretanto, Luz Nocturna continuaba poniendo en ejecución su plan.

En efecto, ella se había dicho: "¡Hija mía, no consiste todo en hacer pasar una muerte violenta por una muerte natural; se trata de conjurar un peligro mayor! ¡Y estriba en no dejar que la gente advierta que el difunto está cortado en seis pedazos! ¡Sin lo cual no quedará el jarro sin alguna raja!"

Y corrió sin tardanza a casa de un viejo zapatero remendón del barrio, que no la conocía, y mientras le deseaba la zalema le puso en la mano un dinar de oro, y le dijo: "¡Oh jeique Mustafá, tu mano nos es necesaria hoy!" Y el viejo zapatero remendón, que era un buen hombre, lleno de simpatía y de alegría, contestó: "¡Oh jornada bendita por tu blanca llegada! ¡oh rostro de luna! ¡Habla, ¡oh mi señora! y te contestaré por encima de mi cabeza y de mis ojos!" Y Luz Nocturna dijo: "¡Oh tío mío Mustafá! deseo sencillamente que te levantes y vengas conmigo. ¡Pero antes, si te parece, coge cuanto necesites para coser cuero!" Y cuando hubo hecho él lo que ella le pedía, cogió ella una venda y le vendó de pronto los ojos, diciéndole: "¡Es condición necesaria esto! ¡Sin ella no hay nada de lo dicho!"

Pero él se puso a gritar, diciendo: "¿Vas a hacerme renegar, por un dinar, de la fe de mis padres, ¡oh joven! o a obligarme a cometer algún latrocinio o crimen extraordinario?"

Pero ella le dijo: "Alejado sea el Maligno, ¡oh jeique! ¡Ten la conciencia tranquila! ¡No temas nada de eso, pues solamente se trata de una pequeña labor de costura!" Y así diciendo, le deslizó en la mano una segunda moneda de oro, que le decidió a seguirla.

Y Luz Nocturna le cogió de la mano y le llevó, con los ojos vendados, a la bodega de la casa de Alí Babá. Y allí le quitó la venda, y mostrándole el cuerpo del difunto, que había reconstituido poniendo los pedazos en su sitio respectivo, le dijo: "¡Ya ves que es para hacer que cosas los seis despojos que aquí tienes por lo que me he tomado la pena de conducirte de la mano!" Y como el jeique retrocediera asustado, la avisada Luz Nocturna le deslizó en la mano una nueva moneda de oro y le prometió otra más si el trabajo se hacía con rapidez. Lo cual decidió al zapatero remendón a poner manos a la obra. Y cuando hubo acabado, Luz Nocturna le vendó de nuevo los ojos, y tras de darle la recompensa prometida, le hizo salir de la bodega y le condujo hasta la puerta de su tienda, donde le dejó después de devolverle la vista. Y se apresuró a regresar a casa, volviéndose de cuando en cuando para ver si la observaba el zapatero remendón.

Y en cuanto llegó lavó el cuerpo reconstituido de Kassim, le perfumó con incienso y le roció con aguas aromáticas, y ayudada por Alí Babá, le envolvió en el sudario. Tras de lo cual, a fin de que no pudiesen sospechar de nada los hombres que llevaban las angarillas encargadas, fue a hacerse cargo ella misma de las tales angarillas, y las pagó liberalmente. Luego, ayudada siempre por Alí Babá, puso el cuerpo en la madera mortuoria y lo cubrió todo con cendales y telas compradas para la circunstancia.

Mientras tanto, llegaron el imam y los demás dignatarios de la mezquita y se cargaron a hombros las angarillas cuatro de los vecinos que acudieron. Y el imam se puso a la cabeza del cortejo, seguido por los lectores del Corán. Y detrás de los portadores echó a andar Luz Nocturna, arrasada en llanto, lanzando gritos lamentables, golpeándose el pecho con mucha fuerza y mesándose los cabellos, en tanto que Alí Babá cerraba la marcha, acompañado de los vecinos, que se separaban por turno, de vez en vez, para sustituir y dar descanso a los otros portadores, y así hasta que llegaron al cementerio, mientras en la casa de Alí Babá las mujeres que acudieron a la ceremonia fúnebre mezclaban sus lamentos y llenaban de gritos espantosos todo el barrio. Y de tal suerte la verdad de aquella muerte quedó cuidadosamente al abrigo de toda divulgación, sin que nadie pudiese tener la menor sospecha con respecto a la funesta aventura. ¡Y esto es lo referente a todos ellos!

En cuanto a los cuarenta ladrones, que a causa de la putrefacción de los seis fragmentos de Kassim abandonados en la caverna, se habían abstenido de volver durante un mes a su retiro, al regresar a la caverna llegaron al límite del asombro por no encontrar ni despojos de Kassim, ni putrefacción de Kassim, ni nada que de cerca o de lejos se pareciese a semejante cosa. Y aquella vez reflexionaron seriamente acerca de la situación, y el jefe de los cuarenta dijo: "¡Oh hombres! estamos descubiertos, y ya no hay que dudar de ello, y se conoce nuestro secreto. Y si no intentamos poner un pronto remedio, todas las riquezas que nuestros antecesores y nosotros hemos amontonado con tantos trabajos como fatigas nos serán arrebatadas enseguida por el cómplice del ladrón a quien hemos castigado. Es preciso, pues, que, sin pérdida de tiempo, tras de haber hecho perecer al uno hagamos perecer al otro. Sentado esto, no queda más que un medio de lograr nuestro propósito, y es que alguno que sea tan audaz como listo vaya a la ciudad disfrazado de derviche extranjero, ponga en juego todos sus recursos para descubrir si se habla del individuo a quien hemos cortado en seis pedazos, y averigüe en qué casa vivía ese hombre. Pero todas esas pesquisas deberán hacerse con la mayor cautela, porque una palabra escapada podrá comprometer el asunto y perdernos sin remedio. ¡Así es que estimo que quien asuma esta tarea debe comprometerse a sufrir pena de muerte si da prueba de ligereza en el cumplimiento de su misión!"

Y al punto exclamó uno de los ladrones: "¡Yo me ofrezco para la empresa y acepto las condiciones!"

Y el jefe y los camaradas le felicitaron y le colmaron de elogios. Y se marchó disfrazado de derviche.

Y he aquí que entró en la ciudad cuando todas las casas y tiendas estaban cerradas todavía a causa de la hora temprana, excepto la tienda del jeique Mustafá, el zapatero remendón. Y el jeique Mustafá, con la lezna en la mano, se dedicaba a confeccionar una babucha de cuero azafranado. Y alzó los ojos y vio al derviche, que le miraba trabajar, admirándole, y que se apresuró a desearle la zalema. Y el jeique Mustafá le devolvió la zalema, y el derviche se maravilló de verle, a su edad, con tan buenos ojos y con los dedos tan expertos. Y el viejo, muy halagado, se pavoneó y contestó: "¡Por Alah, ¡oh derviche! que todavía puedo enhebrar la aguja al primer intento, y hasta puedo coser las seis partes de un muerto en el fondo de una bodega sin luz!"

Y el derviche ladrón, al oír estas palabras, creyó volverse loco de alegría, y bendijo su destino, que le conducía por el camino más corto al fin deseado. Así es que no dejó escapar la ocasión, y fingiendo asombro, exclamó: "¡Oh rostro de bendición! ¿Las seis partes de un muerto? ¿Qué quieres decir con estas palabras? ¿Acaso en este país tienen costumbre de cortar a los muertos en seis partes y de coserlos luego? ¿Y hacen eso para ver qué tienen dentro?"

A estas palabras el jeique Mustafá se echó a reír, y contestó: "¡No, por Alah! aquí no hay esa costumbre. ¡Pero yo sé lo que sé, y lo que yo sé no lo sabrá nadie! ¡Para ello tengo varias razones, cada una más seria que las otras! ¡Y además, se me ha acortado la lengua esta mañana y no obedece a mi memoria!" Y el derviche ladrón se echó a reír a su vez, tanto a causa de la manera que tenía de pronunciar sus sentencias el jeique zapatero remendón, como para atraerse al buen hombre. Luego, simulando que le estrechaba la mano, le deslizó en ella una moneda de oro, y añadió: "¡Oh hijo de hombres elocuentes! ¡oh tío! Alah me guarde de querer mezclarme en lo que no me incumbe. Pero sí en calidad de extranjero que quiere ilustrarse pudiera dirigirte un ruego, sería el de que me hicieras el favor de decirme dónde se encuentra la casa en cuya bodega estaban las seis partes del muerto que remendaste".

Y el viejo zapatero remendón contestó: "¿Y cómo voy a hacerlo, ¡oh jefe de los derviches! si ni yo mismo conozco esa casa? Has de saber, en efecto, que he sido conducido con los ojos vendados por una joven hechicera que ha hecho marchar las cosas con una celeridad sin par. Claro es, sin embargo, hijo mío, que, si me vendaran los ojos de nuevo, quizá pudiera encontrar la casa guiándome por ciertas observaciones que hice al paso y palpando todo en mi camino. Porque debes saber ¡oh sabio derviche! que el hombre ve con sus dedos tanto como con sus ojos, sobre todo si no tiene la piel tan dura como el lomo del cocodrilo. Y por mi parte, sé decir que, entre los clientes cuyos honorables pies calzo, tengo varios ciegos más clarividentes, merced al ojo que tienen en la punta de cada dedo, que el maldito barbero que me afeita la cabeza todos los viernes acuchillándome el cuero cabelludo. (¡Que Alah se lo haga expiar!)...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 857ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y por mi parte, sé decir que, entre los clientes cuyos honorables pies calzo, tengo varios ciegos más clarividentes, merced al ojo que tienen en la punta de cada dedo, que el maldito barbero que me afeita la cabeza todos los viernes acuchillándome el cuero cabelludo atrozmente. (¡Que Alah se lo haga expiar!)" Y el derviche ladrón exclamó: "Bendito sea el seno que te ha lactado, y ojalá puedas por mucho tiempo todavía enhebrar la aguja y calzar pies honorables, ¡oh jeique de buen augurio! ¡En verdad que no anhelo otra cosa que someterme a tus indicaciones, con el objeto de que procures buscar la casa en cuya bodega pasan cosas tan prodigiosas!"

Entonces el jeique Mustafá se decidió a levantarse, y el derviche le vendó los ojos y le llevó de la mano por la calle, y marchó a su lado, conduciéndole unas veces y guiado por él otras, a tientas, hasta la misma casa de Alí Babá. Y dijo el jeique Mustafá: "Es aquí, sin duda, y no en otra parte. ¡Conozco la casa por el olor a estiércol de asno, que se exhala de ella y por este poyo con que tropecé la vez primera!" Y el ladrón, en el límite de la alegría, antes de quitar la venda al zapatero remendón, se apresuró a hacer en la puerta de la casa una señal con un trozo de tiza que llevaba consigo. Luego devolvió la vista a su acompañante, le gratificó con una nueva moneda de oro, y le despidió después de darle las gracias y de prometerle que no dejaría de comprar babuchas en su casa durante el resto de sus días. Y se apresuró a emprender otra vez el camino de la selva para anunciar al jefe de los cuarenta su descubrimiento. Pero no sabía que corría derecho a hacer saltar de sus hombros su cabeza, como se va a ver.

En efecto, cuando la diligente Luz Nocturna salió para ir a la compra, notó en la puerta, al regresar del zoco, la señal blanca que había hecho el derviche ladrón. Y la examinó atentamente, y pensó para su alma escrupulosa: "Esta señal no se ha hecho sola en la puerta. Y la mano que la ha hecho no puede ser más que una mano enemiga. ¡Hay que conjurar, pues, los maleficios, parando el golpe!" Y corrió a buscar un trozo de tiza, y puso la misma señal, y en el mismo sitio exactamente, en las puertas de todas las casas de la calle, a derecha y a izquierda. Y cada vez que marcaba una señal decía mentalmente, dirigiéndose al autor de la señal primera: "¡Mis cinco dedos en tu ojo izquierdo y mis otros cinco dedos en tu ojo derecho!" Porque sabía que no había fórmula más poderosa para conjurar las fuerzas invisibles, evitar los maleficios y hacer recaer sobre la cabeza del maleficador las calamidades perpetradas o inminentes.

Así es que, al siguiente día, cuando los ladrones, informados por su camarada, entraron de dos en dos en la ciudad para invadir la casa con el signo, se encontraron en el límite de la perplejidad y del embarazo al observar que todas las puertas de las casas del barrio tenían la misma marca exactamente. Y a una seña de su jefe se apresuraron a regresar a su caverna de la selva para no llamar la atención de los transeúntes. Y cuando de nuevo estuvieron juntos, arrastraron al centro del círculo que formaban al ladrón guía que tan mal había tomado sus precauciones, le condenaron a muerte acto seguido, y a una señal dada por su jefe le cortaron la cabeza.

Pero como la venganza que había que tomar del principal autor de todo aquello se hacía más urgente que nunca, un segundo ladrón se ofreció para ir a informarse. Y admitida por el jefe su pretensión, entró en la ciudad, se puso al habla con el jeique Mustafá, se hizo conducir ante la casa que presumían era la casa de los seis despojos cosidos, e hizo una señal roja sobre la puerta en un sitio poco visible. Luego regresó a la caverna. Pero no sabía que cuando una cabeza está marcada para el salto fatal no puede menos de dar ese mismo salto y no otro.

En efecto, cuando los ladrones, guiados por su camarada, llegaron a la calle de Alí Babá, se encontraron con que todas las puertas estaban señaladas con el signo rojo, exactamente en el mismo sitio. Porque la astuta Luz Nocturna, sospechándose algo, había tomado sus precauciones, como la vez primera. Y al regreso a la caverna, la cabeza del guía tuvo que sufrir la misma suerte que la de su predecesor. Pero aquello no contribuyó a hacer luz en el asunto para los ladrones, y sólo sirvió para rebajar de la partida a los dos jayanes más valerosos.

Así es que, cuando el jefe hubo reflexionado durante un buen rato acerca de la situación, levantó la cabeza y se dijo: "¡En adelante no me fiaré más que de mí mismo!" Y completamente solo partió para la ciudad.

Y he aquí que no obró como los otros. Porque, cuando se hizo indicar la casa de Alí Babá por el jeique Mustafá, no perdió el tiempo en marcar la puerta con tiza roja, blanca o azul, sino que se estuvo contemplándola atentamente para fijar bien en la memoria su emplazamiento, ya que por fuera tenía la misma apariencia que todas las casas vecinas. Y una vez terminado su examen volvió a la selva, congregó a los treinta y siete ladrones supervivientes, y les dijo: "Ya está descubierto el autor del daño que se nos ha causado, pues bien conozco ahora su casa. ¡Y por Alah que su castigo será un castigo terrible! En cuanto a vosotros, valientes míos, apresuraos a traerme aquí treinta y ocho tinajas grandes de barro, barnizado por dentro, de cuello ancho y de vientre redondo. Y han de estar vacías las treinta y ocho tinajas, excepción de una sola, que llenaréis con aceite de oliva. Y cuidad de que no tengan ninguna raja. Y volved sin demora". Y los ladrones, acostumbrados a ejecutar sin discutirlas las órdenes de su jefe, contestaron con el oído y la obediencia, y se apresuraron a ir a procurarse en el zoco de los cacharreros las treinta y ocho tinajas consabidas, y a llevárselas a su jefe de dos en dos sobre sus caballos.

Entonces el jefe de los ladrones dijo a sus hombres: "¡Quitaos vuestras ropas y que cada uno de vosotros se meta en una tinaja sin conservar consigo más que sus armas, su turbante y sus babuchas!" Y los treinta y siete ladrones, sin decir una palabra, subieron de dos en dos a lomos de los caballos que llevaban las tinajas. Y como cada caballo llevaba dos tinajas, una a la derecha y otra a la izquierda, cada ladrón se deslizó en una tinaja, desapareciendo por completo. Y de tal suerte se encontraron replegados sobre sí mismos, en las tinajas, las pantorrillas tocando con las nalgas y las rodillas a la altura del mentón, como deben estar los polluelos en el huevo al vigesimoprimer día. Y así instalados, sostenían una cimitarra en una mano y una estaca en la otra mano, con las babuchas cuidadosamente guardadas debajo del trasero.

Y el trigésimo séptimo ladrón hacía pareja y contrapeso a la única tinaja llena de aceite.

Cuando los ladrones acabaron de colocarse dentro de las tinajas en la posición menos incómoda, avanzó el jefe, les examinó a uno tras de otro y tapó las bocas de las tinajas con fibras de palmera, de modo que ocultase el contenido y al mismo tiempo que permitiese a sus hombres respirar libremente. Y para que no pudiera asaltar al espíritu de los transeúntes ninguna duda acerca del contenido, tomó aceite de la tinaja que estaba llena y frotó con él cuidadosamente las paredes exteriores de las tinajas nuevas. Y así dispuesto todo, el jefe de los ladrones se disfrazó de mercader de aceite, y guiando hacia la ciudad a los caballos portadores de la mercancía improvisada, actuó de conductor de aquella caravana.

Y he aquí que Alah le escribió la seguridad, y llegó él sin contratiempo, por la tarde, a casa de Alí Babá. Y como si todas las cosas estuviesen dispuestas a favorecerle, no tuvo que tomarse el trabajo de llamar a la puerta para ejecutar el propósito que le llevaba, pues en el umbral estaba sentado Alí Babá en persona, que tomaba el fresco tranquilamente antes de la plegaria de la tarde...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 858ª NOCHE

Ella dijo:

...pues en el umbral estaba sentado Alí Babá en persona, que tomaba el fresco tranquilamente antes de la plegaria de la tarde. Y el jefe de los ladrones se apresuró a parar los caballos, avanzó entre las manos de Alí Babá, y le dijo, después de las zalemas y cumplimientos: "¡Oh mi señor! tu esclavo es mercader de aceite y no sabe dónde ir a alojarse por esta noche en una ciudad en que no conoce a nadie. ¡Espera, pues, de tu generosidad que le concedas hasta mañana por la mañana hospitalidad, por Alah, a él y a sus bestias en el patio de tu casa!"

Al escuchar esta petición, Alí Babá se acordó de la época en que era pobre y sufría la inclemencia del tiempo, y al punto se le ablandó el corazón. Y lejos de reconocer al jefe de los ladrones, a quien tiempo atrás había visto y oído en la selva, se levantó en honor suyo y le contestó: "¡Oh mercader de aceite, hermano mío! que la morada te proporcione descanso, y ojalá encuentres en ella comodidad y familia. ¡Bienvenido seas!" Y así diciendo, le cogió de la mano y le introdujo en el patio con sus caballos. Y llamó a Luz Nocturna y a otro esclavo, y les dio orden de ayudar al huésped de Alah a descargar las tinajas y dar de comer a los animales. Y cuando pusieron en fila por orden las tinajas en el fondo del patio y los caballos quedaron atados a lo largo del muro, con su saco lleno de cebada y avena al cuello cada uno, Alí Babá, siempre lleno de cortesía y amabilidad, volvió a coger de la mano a su huésped y le condujo al interior de su casa, donde le hizo sentarse en el sitio de honor, y se sentó a su lado para tomar la comida de la noche. Y cuando ambos hubieron comido y bebido y dado gracias a Alah por sus favores, Alí Babá no quiso molestar a su huésped, y se retiró diciéndole: "¡Oh mi señor! la casa es tu casa, y lo que hay en la casa te pertenece".

Y he aquí que, cuando ya se marchaba, el mercader de aceite, que era el jefe de los ladrones, le llamó, diciéndole: "Por Alah sobre ti ¡oh huésped mío! enséñame el lugar de tu honorable casa donde me sea posible dar reposo al interior de mis intestinos, y también mear". Y Alí Babá, enseñándole el gabinete de los desahogos, situado precisamente en un rincón de la casa, muy cerca del sitio en que estaban alineadas las tinajas, contestó: "¡Ahí está!" Y se apresuró a esquivarse para no entorpecer las funciones digestivas del mercader de aceite.

Y el jefe de los ladrones no dejó de hacer, en efecto, lo que tenía que hacer. No obstante, cuando hubo concluido, se acercó a las tinajas, y se inclinó sobre cada una de ellas, diciendo en voz baja: "¡Oh compañero! ¡en cuanto oigas resonar la tinaja en que estás al chinarrazo que le lanzaré desde el sitio en que me alojo, no dejes de salir y de venir a mí!" Y dando así a su gente orden de lo que tenía que hacer, volvió a la casa. Y Luz Nocturna, que le esperaba a la puerta de la cocina con una linterna de aceite en la mano, le condujo al aposento que le había preparado, y se retiró. Y para estar bien dispuesto a la hora de ejecutar su proyecto, apresuróse él a tumbarse en la cama en que pensaba dormir hasta media noche. Y no tardó en roncar como un caldero de lavanderas.

Y entonces sucedió lo que tenía que suceder.

SIN TÍTULO

En efecto, estando Luz Nocturna en su cocina, dedicada a preparar los platos y las cacerolas, se apagó de pronto la lámpara, falta de aceite. Y he aquí que precisamente se había agotado la provisión de aceite de la casa, y Luz Nocturna, que se había olvidado de procurarse otra por el día, se desoló mucho con aquel contratiempo, y llamó a Abdalah, el nuevo esclavo de Alí Babá, a quien participó su contrariedad y su apuro. Pero Abdalah le dijo, echándose a reír: "Por Alah sobre ti, ¡oh hermana mía Luz Nocturna! ¿cómo puedes decir que carecemos de aceite en casa, cuando en el patio hay en este momento, alineadas contra el muro, treinta y ocho tinajas llenas de aceite de oliva que, a juzgar por el olor de los recipientes que lo contienen, debe ser de calidad suprema? ¡Ah! ¡hermana mía, esta noche no reconocen mis ojos a la diligente, a la entendida, a la llena de recursos Luz Nocturna!" Luego añadió: "¡Voy otra vez a dormir, hermana mía, que mañana tengo que levantarme con el alba, a fin de acompañar al hammam a nuestro amo Alí Babá!" Y la dejó para irse a roncar como un búfalo de los pantanos cerca de la habitación en que dormía el mercader de aceite.

Entonces Luz Nocturna, un poco confusa por las palabras de Abdalah, cogió el cacharro del aceite y fue al patio para llenarlo en una de las tinajas. Y se acercó a la primera tinaja, la destapó, y metió el cacharro por la boca. Y —¡oh trastorno de las entrañas! ¡oh dilatación de los ojos! ¡oh garganta oprimida!— el cacharro, en vez de sumergirse en el aceite, dio con violencia en una cosa resistente. Y aquella cosa se movió; y salió de ella una voz que dijo: "¡Por Alah, que la china que ha tirado es lo menos una roca! ¡Vamos, ha llegado el momento!" Y sacudió la cabeza y se contrajo para salir de la tinaja.

¡Eso fue todo!

¿Y qué criatura humana, al encontrar en una tinaja un ser vivo en vez de encontrar aceite, no se hubiese imaginado que llegaba la hora fatal del Destino? Así es que la joven Luz Nocturna, muy asustada en el primer momento, no pudo por menos de pensar: "¡Muerta soy! ¡Y todo el mundo en casa puede tenerse ya por muerto sin remedio!"

Pero he aquí que de improviso la violencia de su emoción le devolvió todo su valor y toda su presencia de ánimo. Y en lugar de ponerse a dar gritos espantosos y a promover un escándalo, se inclinó sobre la boca de la tinaja y dijo: "No, no, ¡oh valiente! ¡Tu amo duerme aún! ¡Espera a que se despierte!" Porque, como Luz Nocturna era tan sagaz, lo había adivinado todo. Y para asegurarse de la gravedad de la situación, quiso inspeccionar todas las demás tinajas, aunque la tentativa no estaba exenta de peligro; y se fue aproximando a cada una, palpó la cabeza que salía en cuanto se levantaba la tapa, y dijo a cada cabeza: "¡Paciencia y hasta pronto!" Y de tal suerte contó treinta y siete cabezas de ladrones barbudos, y se encontró con que la trigésima octava tinaja era la única que estaba llena de aceite. Entonces llenó su cacharro con toda tranquilidad, y corrió a encender su lámpara para volver enseguida a poner en ejecución el proyecto de liberación que acababa de suscitar en su espíritu el peligro inminente. Entonces Luz Nocturna llenó de aquel aceite hirviendo el cubo mayor de la cuadra, se acercó a una de las tinajas, levantó la tapa, y de una vez vertió el líquido exterminador sobre la cabeza que salía. Y el bandido propietario de la cabeza quedó irrevocablemente escaldado, y se tragó la muerte con un grito que no hubo de salir.

Y Luz Nocturna, con mano firme, hizo sufrir la misma suerte a todos los encerrados en las tinajas, que murieron asfixiados y hervidos, pues ningún hombre, aunque esté encerrado en siete tinajas, puede escapar al destino que lleva atado a su cuello.

Realizada su hazaña, Luz Nocturna apagó la lumbre de debajo de la caldera, volvió a tapar las tinajas con las tapas de fibra de palmera, y tornó a la cocina, en donde sopló la linterna, quedándose a oscuras, resuelta a vigilar la continuación de la cosa. Y de tal suerte apostada en acecho, no tuvo que esperar mucho.

En efecto, hacia medianoche, el mercader de aceite se despertó, fue a sacar la cabeza por la ventana que daba al patio, y no viendo luz en ninguna parte ni oyendo ningún ruido, supuso que toda la casa estaría durmiendo. Entonces, conforme había dicho a sus hombres, cogió unas chinitas que llevaba consigo y las tiró unas tras otras a las tinajas. Y como tenía buena vista y buena puntería, acertó a dar en todas deduciéndolo por el sonido producido en la tinaja al chinarrazo. Luego esperó, sin dudar de que iba a ver surgir a sus valientes blandiendo las armas. Pero no se movió nadie. Entonces, imaginándose que se habrían dormido en sus tinajas, les tiró más chinas; pero no apareció ni una cabeza y no se produjo ni un movimiento. Y el jefe de los ladrones se irritó extremadamente contra sus hombres, a quienes creía durmiendo; y bajó hacia ellos pensando: "¡Hijos de perros!

¡no sirven para nada!" Y se abalanzó a las tinajas; pero fue para retroceder, de tan espantoso como era el olor a aceite frito y a carne abrasada que se exhalaba de ellas. Sin embargo, se aproximó de nuevo a las tinajas, tocándolas con la mano, y notó que estaban tan calientes como un horno. Entonces recogió un tallo de paja, lo encendió y miró dentro de las tinajas. Y vio uno tras otro a sus hombres, abrasados y humeantes, con cuerpos sin alma.

Al ver aquello, el jefe de los ladrones, comprendiendo de qué muerte tan atroz habían perecido sus treinta y siete compañeros, dio un salto prodigioso hasta el borde de la tapia del patio, saltó a la calle y echó a correr. Y desapareció y se sumergió en la noche, devorando a su paso la distancia...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 859ª NOCHE

Ella dijo

...Y desapareció y se sumergió en la noche, devorando a su paso la distancia. Y llegado que fue a su caverna, se perdió en negras reflexiones acerca de lo que tendría que hacer en adelante para vengar todo lo que había de vengar.

¡Y por el momento, esto es lo referente a él!

En cuanto a Luz Nocturna, que acaba de salvar la casa de su amo y las vidas que en ella se albergaban, una vez que se hubo dado cuenta de que todo peligro estaba conjurado por la fuga del falso mercader de aceite, esperó tranquilamente a que despuntara el día para ir a despertar a su amo Alí Babá. Y cuando él estuvo vestido, creyendo que no se le había despertado tan temprano más que para que fuese al hammam, Luz Nocturna le llevó ante las tinajas, y le dijo: "¡Oh mi señor! ¡levanta la primera tapa y mira!" Y cuando hubo mirado, Alí Babá llegó al límite del espanto y del horror. Y Luz Nocturna se apresuró a contarle todo lo que había pasado, desde el principio hasta el fin, sin omitir un detalle. Pero no hay utilidad en repetirlo. Y también le contó la historia de las señales blancas y rojas en las puertas, de que no había juzgado conveniente hablarle. Pero respecto a esta historia, tampoco hay utilidad en repetirla.

Cuando Alí Babá hubo oído el relato de su esclava Luz Nocturna lloró de emoción, y estrechando con ternura a la joven contra su corazón, le dijo: "¡Oh hija de bendición, bendito sea el vientre que te ha llevado! En verdad que el pan que comiste en nuestra morada no fue comido por la ingratitud. ¡Y en lo sucesivo estarás al frente de mi casa y serás la mayor de mis hijas!" Y continuó prodigándole frases amables y dándole muchas gracias por su valentía, su sagacidad y su abnegación.

Tras de la cual, Alí Babá, ayudado por Luz Nocturna y por el esclavo Abdalah, procedió a enterrar a los ladrones, a quienes se decidió, después de reflexionar, a hacer desaparecer cavando para ellos una fosa enorme en el jardín y metiéndoles allá revueltos, sin ninguna ceremonia, para no llamar la atención de los vecinos. Y así es como acabó de desembarazarse de aquella ralea maldita. ¡Qué bien hizo!

Y transcurrieron varios días entre alegrías y congratulaciones en casa de Alí Babá. Y no dejaron de contarse pormenores de aquella aventura prodigiosa, dando gracias a Alah por su liberación y de hacer todos los comentarios consiguientes. Y Luz Nocturna estaba más mimada que nunca; y Alí Babá, con sus dos esposas, y sus hijos, se ingeniaba por demostrarle su reconocimiento y su amistad.

Pero un día, el hijo mayor de Alí Babá, que estaba al frente de los negocios de compra y venta de la antigua tienda de Kassim, dijo a su padre al regresar del zoco: "¡Oh padre mío! no sé qué hacer para devolver a mi vecino, el mercader Hussein, todas las atenciones con que no cesa de abrumarme desde su reciente instalación en nuestro zoco. Ya va para cinco veces que he aceptado, sin corresponder, el compartir su comida de mediodía. Así es que quisiera ¡oh padre! obsequiarle, aunque no sea más que una sola vez, para indemnizarle con la suntuosidad del festín, en esa vez única, de todos los gastos que ha hecho en honor mío. ¡Porque convendrás conmigo en que no sería decoroso tardar más tiempo en devolverle las consideraciones que para mí tuvo!" Y Alí Babá contestó: "Sin duda ¡oh hijo mío! se trata del más usual de los deberes. ¡Y debiste hacerme pensar en ello antes! Pero precisamente mañana es viernes, día de descanso, y te aprovecharás de esta circunstancia para invitar a hagg Hussein, tu vecino, a venir a compartir con nosotros el pan y la sal de la noche. Y si busca evasivas por discreción, no temas insistir y tráele a nuestra casa, donde creo hallará un agasajo no muy indigno de su generosidad".

En efecto, al día siguiente, después de la plegaria, el hijo de Alí Babá invitó a hagg Hussein, el mercader recientemente establecido en el zoco, a acompañarle para darle un paseo. Y encaminó el paseo en compañía de su vecino precisamente por la parte del barrio en que estaba su morada. Y Alí Babá, que les esperaba en el umbral, avanzó a ellos con cara sonriente, y después de las zalemas y los deseos recíprocos, manifestó a hagg Hussein su gratitud por las atenciones prodigadas a su hijo, y le invitó, porfiándole mucho, a entrar a descansar en su casa y a compartir con él y con su hijo la comida de la noche. Y añadió: "Bien sé que, por más que haga, no podré corresponder a tus bondades para con mi hijo. ¡Pero, en fin, creemos que aceptarás el pan y la sal de nuestra hospitalidad!" Pero hagg Hussein contestó: "Por Alah, ¡oh mi señor! tu hospitalidad sin duda es una hospitalidad generosa; pero ¿cómo voy a aceptarle, si desde mucho tiempo atrás tengo hecho juramento de no tocar jamás los alimentos que estén sazonados con sal y de no probar jamás este condimento?" Y Alí Babá contestó: "¡No te importe eso, ¡oh hagg bendito! pues no tendré más que decir una palabra en la cocina, y se guisarán los manjares sin sal y sin nada que se le parezca!"

Y tanto porfió al mercader, que le obligó a entrar en la casa. Y al punto corrió a prevenir a Luz Nocturna para que tuviese cuidado de no echar sal a los alimentos y preparase especialmente aquella noche los manjares y los rellenos y los pasteles sin ayuda de aquel condimento usual. Y Luz Nocturna, extremadamente sorprendida del horror que el nuevo huésped sentía por la sal, no supo a qué atribuir un gusto tan extraordinario, y se puso a reflexionar acerca de la cosa. Sin embargo, no dejó de avisar a la cocinera negra para que tuviese en cuenta la extraña orden de su amo Alí Babá.

Cuando estuvo dispuesta la comida, Luz Nocturna la sirvió en las bandejas y ayudó al esclavo Abdalah a llevarlas a la sala de reunión. Y como por naturaleza era curiosa, no dejó de echar de vez en cuando una ojeada al huésped a quien no le gustaba la sal. Y cuando se terminó la comida salió Luz Nocturna para dejar que Alí Babá charlase a sus anchas con el huésped invitado.

Pero al cabo de una hora la joven hizo de nuevo su entrada en la sala. Y con gran sorpresa de Alí Babá, iba vestida de danzarina, la frente diademada de zequíes de oro, el cuello adornado con un collar de granos de ámbar amarillo, el talle preso en un cinturón de mallas de oro, y llevaba pulseras con cascabeles de oro en las muñecas y en los tobillos. Y de su cinturón colgaba, como es costumbre en las danzarinas de profesión, el puñal con mango de jade y larga hoja calada y puntiaguda que sirve para mimar las figuras de la danza. Y sus ojos de gacela enamorada, ya tan grandes de por sí y con un brillo tan profundo, estaban duramente alargados con khol negra hasta las sienes, lo mismo que sus cejas, dibujadas en arco amenazador. Y así ataviada y emperejilada, avanzó a pasos acompasados, muy derecha y con los senos enhiestos. Y detrás de ella entró el joven esclavo Abdalah, llevando en su mano izquierda, a la altura del rostro, una pandera con sonajas de metal, en la cual tocaba a compás, pero muy lentamente, ritmando los pasos de su compañera. Y cuando llegaron ante su amo, Luz Nocturna se inclinó graciosamente, y sin darle tiempo a reponerse de la sorpresa que le había producido aquella entrada inesperada, se encaró con el joven Abdalah y le hizo una ligera seña con los ojos. Y de repente se aceleró el ritmo de la pandera de un modo muy cadencioso, y Luz Nocturna, escurriéndose como un pájaro, bailó.

Y bailó todos los pasos, incansable, y esbozó todas las figuras como nunca lo hubiese hecho en los palacios de los reyes una danzarina de profesión. Y bailó como sólo quizá había bailado el pastor David ante Saúl negro de tristeza.

Y bailó la danza de los velos, y la del pañuelo, y la del bastón. Y bailó las danzas de las judías, y las de las griegas, y las de las etíopes, y las de las persas, y las de las beduinas, con una ligereza tan maravillosa, que, en verdad, sólo Balkis, la reina enamorada de Soleimán, las había podido bailar iguales.

Y en cuanto hubo bailado todo aquello, cuando el corazón de su amo, y el del hijo de su amo, y el del mercader invitado por su amo quedaron suspensos de sus pasos y los ojos quedaron fijos en la soltura de su cuerpo, esbozó la ondulante danza del puñal. En efecto, sacando de improviso el arma dorada de su vaina de plata, y muy conmovedora de gracia y de actitudes, al ritmo acelerado de la pandera surgió, con el puñal amenazador, combada, flexible, ardiente, ronca y salvaje, con ojos como relámpagos y sostenida por alas que no se veían. Y la amenaza del arma tan pronto se dirigía a un enemigo invisible del aire como volvía su punta hacia los hermosos senos de la joven exaltada. Y la concurrencia lanzó en aquel momento un prolongado grito de horror, al ver tan próximo a la punta mortal el corazón de la danzarina. Pero poco a poco se hizo más lento el ritmo de la pandera y la cadencia amenguó y se atenuó hasta el silencio de la piel sonora. Y Luz Nocturna, con el pecho hinchado como una ola de mar, cesó de bailar.

Y se volvió hacia el esclavo Abdalah, quien, a una nueva seña, le tiró la pandera desde su sitio. Y ella la cogió al vuelo, y volviéndola del revés se sirvió de ella como de un platillo para tendérsela a los tres espectadores y solicitar su liberalidad, como es costumbre de almeas y danzarinas. Y Alí Babá, que, si bien un poco molesto por la acción inesperada de su servidora, se había dejado conquistar por tanto encanto y tanto arte, echó un dinar de oro en la pandera. Y Luz Nocturna le dio las gracias con una profunda reverencia y una sonrisa, y tendió la pandera al hijo de Alí Babá, que no fue menos generoso que su padre.

Entonces, con la pandera siempre en la mano izquierda, se la presentó al huésped a quien no le gustaba la sal. Y hagg Hussein sacó su bolsa, y ya se disponía a extraer de ella algún dinero para dárselo a la tan deseable danzarina, cuando de pronto Luz Nocturna, que había retrocedido dos pasos, saltó hacia adelante como un gato montés y le sepultó en el corazón, hasta la empuñadura, el puñal que blandía en la mano derecha. Y hagg Hussein, con los ojos hundidos de repente en las órbitas, abrió la boca y la volvió a cerrar, lanzando apenas un suspiro; luego se desplomó sobre la alfombra, dando con la cabeza antes que con los pies, y convertido ya en cuerpo sin alma.

Alí Babá y su hijo, en el límite del espanto y de la indignación, se abalanzaron sobre Luz Nocturna, que, temblando de emoción, limpiaba con su chal de seda el puñal ensangrentado. Y como la creyeran presa de delirio y de locura, y la cogieran la mano para arrancarle el arma, ella les dijo con voz tranquila: "¡Oh amos míos! ¡Loores a Alah, que ha armado el brazo de una débil muchacha para vengaros del jefe de vuestros enemigos! ¡Ved si este muerto no es el mercader de aceite, el propio capitán de los ladrones con sus mismos ojos, el hombre que no quería probar la sal sagrada de la hospitalidad!" Y así diciendo, despojó de su manto el cuerpo yacente, e hizo ver bajo su larga barba y el disfraz con que se había embozado para la circunstancia al enemigo que juró destruirles.

Cuando Alí Babá hubo reconocido de tal suerte, en el cuerpo inanimado de hagg Hussein, al mercader de aceite dueño de las tinajas y jefe de los ladrones, comprendió que por segunda vez debía su salvación y la de toda su familia a la abnegación valiente y al valor de la joven Luz Nocturna. Y la estrechó contra su pecho y la besó entre ambos ojos, y le dijo, con lágrimas en los ojos: "¡Oh Luz Nocturna, hija mía! ¿quieres, para llevar mi felicidad hasta el límite, entrar definitivamente en mi familia, casándote con mi hijo, este hermoso joven que aquí tienes?"

Y Luz Nocturna besó la mano de Alí Babá y contestó: "¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos!"

Y se celebró sin tardanza el matrimonio de Luz Nocturna con el hijo de Alí Babá, ante el kadí y los testigos, en medio de regocijos y diversiones. Y se enterró secretamente el cuerpo del jefe de los ladrones en la fosa común que había servido de sepultura a sus antiguos compañeros.

¡Maldito sea!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 860ª NOCHE

Ella dijo:

...Y después del matrimonio de su hijo, Alí Babá, que se había hecho prudente y seguía los consejos de Luz Nocturna y escuchaba sus avisos, aún se abstuvo por algún tiempo de volver a la caverna, por temor de encontrarse allí con los dos ladrones cuya suerte ignoraba, y que en realidad, como sabes, ¡oh rey afortunado! habían sido ejecutados por orden de su capitán. Y sólo al cabo de un año, cuando estuvo completamente tranquilo por esa parte, se decidió a ir a visitar la caverna en compañía de su hijo y de la avispada Luz Nocturna.

Y Luz Nocturna, que iba observándolo todo por el camino, vio, al llegar a la roca, que los arbustos y las hierbas grandes obstruían por completo la vereda que conducía allí, y que, además, en el suelo no había huella alguna de pasos humanos ni el menor vestigio de caballos. Y sacó en consecuencia que nadie había ido allí desde hacía mucho tiempo. Y dijo a Alí Babá: "¡Oh tío mío! no hay inconveniente. ¡Podemos entrar ahí dentro sin correr peligro!"

Entonces Alí Babá, extendiendo la mano hacia la puerta de piedra, pronunció la fórmula mágica, diciendo: "¡Sésamo, ábrete!" Y lo mismo que antes, obedeciendo a las dos palabras y como movida por servidores invisibles, la puerta se abrió en la roca, y dejó el paso libre a Ali Babá, a su hijo y a la joven Luz Nocturna. Y Alí Babá comprobó que nada había cambiado, en efecto, desde su última visita al tesoro, y hubo de complacerse en enseñar a Luz Nocturna y a su esposo las fabulosas riquezas de que en lo sucesivo era único poseedor.

Y cuando lo hubieron examinado todo en la caverna, llenaron de oro y pedrerías tres sacos grandes que habían llevado, y se volvieron a su casa después de pronunciar la fórmula que cerraba. Y desde entonces vivieron en paz y con felicidades, utilizando con moderación y prudencia las riquezas que les había deparado El Donador, que es el Único grande, el Generoso.

Y así es como Alí Babá, el leñador que por toda fortuna tenía tres asnos, se tornó, gracias a su destino y a la bendición, en el hombre más rico y más honrado de su ciudad natal. ¡Gloria a Quien da sin cuento a los humildes de la tierra!

"Y he aquí ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada— cuanto sé de la historia de Alí Babá y de los cuarenta ladrones. ¡Pero Alah es más sabio!

Y el rey Schahriar dijo: "¡Cierto, Schehrazada, que esa historia es una historia asombrosa! Y la joven Luz Nocturna no tiene par entre las mujeres de ahora. Y bien lo sé yo, que me he visto obligado a hacer que corten la cabeza a todas las desvergonzadas de mi palacio".

Pero Schehrazada, al ver que el rey fruncía ya las cejas al asaltarle aquel recuerdo, y se excitaba penosamente por las cosas pasadas, se apresuró a comenzar en estos términos la Historia de...

Los encuentros de Al-Rashid en el puente de Bagdad

Y viendo Schehrazada que, al recuerdo de las tribulaciones antiguas; el rey Schahriar fruncía ya las cejas, se apresuró a empezar la nueva historia, diciendo:

He llegado a saber ¡oh rey del tiempo! ¡oh corona de mi cabeza! que, un día entre los días, el califa Harún Al-Rashid (¡Alah le tenga en Su gracia!) salió de su palacio en compañía de su visir Giafar y de Massrur, su portaalfanje ambos disfrazados, como él mismo lo iba, de mercaderes nobles de la ciudad. Y había llegado ya con ellos al puente de piedra que une las dos riberas del Tigris, cuando en la misma entrada del puente vio, sentado en tierra sobre sus piernas encogidas, a un ciego de mucha edad que pedía limosna por Alah a los transeúntes en el camino de la generosidad. Y el califa interrumpió su paseo ante el viejo achacoso, y puso un dinar de oro en la palma de la mano que le tendía el mendigo. Y éste le detuvo bruscamente por la mano al querer el califa proseguir su camino, y le dijo: "¡Oh generoso donador! que Alah recompense con Sus más escogidas bendiciones esta acción de tu alma piadosa. Pero te suplico que, antes de marcharte, no me niegues el favor que voy a pedirte. Levanta el brazo y dame un puñetazo o una bofetada en el lóbulo de la oreja".

Y tras de hablar así, se soltó de la mano que tenía cogida, a fin de que el extranjero pudiese aplicarle la consabida bofetada. Sin embargo, por miedo a que se pasase de largo sin complacerle, tuvo cuidado de cogerle por la orla de su luengo traje.

Y al ver y oír aquello: "¡Oh tío! ¡Alah me libre de obedecer a tu mandato! Porque quien da una limosna por Alah no debe borrar su mérito maltratando al que beneficia con esa limosna. Y el maltrato al cual me mandas que te someta es una acción indigna de su creyente". Y tras de hablar así hizo un esfuerzo para que le soltará el ciego. Pero no había contado con la vigilancia del ciego, que, suponiendo el movimiento del califa, hizo por su parte un esfuerzo mucho más grande para que no se soltara. Y le dijo: "¡Oh mi generoso señor! perdóname mi importunidad y el atrevimiento de mi conducta. Y déjame implorarte aún que me des esa bofetada en el lóbulo de la oreja. De no ser así, prefiero que recojas tu limosna. Porque sólo con esa única condición puedo aceptarla sin perjurar ante Alah y contravenir al juramento que hice de cara a Quien te ve y me ve". Luego añadió: "Si supieras ¡oh mi señor! el motivo de mi juramento no vacilarías en darme la razón".

Y el califa pensó: "¡Contra la importunidad de este viejo ciego no hay recurso más que en Alah el Todopoderoso!" Y como no quería ser por mucho tiempo pasto de la curiosidad de los transeúntes, se apresuró a hacer lo que le pedía el ciego, quien, inmediatamente de recibir la bofetada, le soltó, dándole gracias y alzando las dos manos al cielo para invocar sobre su cabeza las bendiciones.

Y Al-Rashid después de aquello, se alejó con sus dos acompañantes, y dijo a Giafar: "¡Por Alah, que la historia de ese ciego debe ser una historia asombrosa, y su caso un caso muy extraño! Así, pues, vuelve adonde se halla él y dile que vas de parte del Emir de los Creyentes para ordenarle que mañana esté en palacio a la hora de la plegaria de mediodía". Y Giafar volvió junto al ciego y le comunicó la orden de su señor.

Luego fue a reunirse con el califa. Y habían dado pocos pasos, cuando divisaron en la orilla izquierda del puente, sentado casi enfrente del ciego, un segundo mendigo lisiado de ambas piernas y con la boca hendida. Y a una seña de su amo, el portaalfanje Massrur se acercó al lisiado de ambas piernas que tenía la boca hendida, y le dio la limosna que estaba escrita en su suerte aquel día. Y el hombre levantó la cabeza y se echó a reír, diciendo: "¡Ah, ualah! en toda mi vida de maestro de escuela he ganado tanto como acabo de recibir de manos de tu generosidad, ¡oh mi señor!" Y Al-Rashid, que había oído la respuesta, se encaró con Giafar, y le dijo: "¡Por vida de mi cabeza! si es un maestro de escuela y se ve reducido a mendigar por los caminos, sin duda debe ser extraña su historia. Date prisa a ordenarle que mañana esté a la puerta de mi palacio a la misma hora que el ciego".

Y se ejecutó la orden. Y continuaron su paseo.

Pero aún no habían tenido tiempo de alejarse del lisiado, cuando le oyeron invocar a grandes gritos las bendiciones sobre la cabeza de un jeique que se había acercado a él. Y miraron hacia allá para ver de qué se trataba. Y vieron que el jeique procuraba esquivarse, muy confuso por las bendiciones y alabanzas de que era objeto. Y por las palabras del lisiado comprendieron que la limosna que el jeique acababa de entregarle era más considerable todavía que la de Massrur, y que nunca la había recibido igual el pobre hombre. Y Harún manifestó a Giafar su asombro al ver que un simple particular daba una prueba de largueza mayor que la suya propia, y añadió: "Me gustaría conocer a ese jeique y profundizar en el motivo de su generosidad. Ve, pues, ¡oh Giafar! a decirle que tiene que presentarse entre mis pianos mañana por la siesta, a la misma hora que el ciego y el lisiado". Y se ejecutó la orden.

Y ya iban a proseguir su camino, cuando vieron avanzar por el puente un magnífico cortejo, como no pueden ostentarlo, por lo general, más que los reyes y los sultanes. Pero lo precedían a caballo unos heraldos que gritaban: "¡Paso a nuestro amo, el esposo de la hija del todopoderoso rey de la China y de la hija del poderoso rey del Sind y de la India!" Y a la cabeza del cortejo, en un caballo cuyo aspecto pregonaba su raza, caracoleaba un emir o quizá un hijo de rey, que tenía una apostura brillante y llena de nobleza. E inmediatamente detrás de él iban dos sais que conducían, con un ronzal de seda azul, a un camello maravillosamente enjaezado y cargado con un palanquín en que, bajo un palio de brocado rojo, estaban sentadas, una a la derecha y otra a la izquierda, las dos jóvenes princesas, esposas del jinete, con el rostro cubierto por un velo de seda anaranjada. Y cerraba el cortejo una orquesta de músicos que tocaban aires indios y chinos en sus instrumentos de formas desconocidas.

Y Harún, maravillado a la par que sorprendido, dijo a sus acompañantes: "He aquí un extranjero notable, de los que raramente vienen a mi capital. Y aunque he recibido a los reyes y a los príncipes y a los emires más imponentes de la tierra, y aunque los jefes de los descreídos de allende los mares, los del país de los francos y los de las regiones del extremo Occidente, me han enviado embajadas y diputaciones, ninguno de los que hemos visto podía compararse con éste en fausto y en belleza". Luego se encaró con su portaalfanje Massrur, y le dijo: "Date prisa ¡oh Massrur! a seguir a ese cortejo, con objeto de que veas lo que haya que ver, y vuelvas sin tardanza para informarme en palacio, teniendo antes cuidado, sin embargo, de incitar a ese noble extranjero a presentarse mañana entre mis manos a la misma hora que el ciego y el lisiado y el jeique generoso".

Y cuando Massrur se marchó para ejecutar la orden, el califa y Giafar atravesaron el puente por fin. Pero apenas habían llegado al extremo, divisaron en medio del meidán que se abría frente a ellos, y que servía para justas y torneos, una gran aglomeración de espectadores que miraban a un joven montado en una hermosa yegua blanca, a la que lanzaba a toda brida por uno y otro lado, castigándola a latigazos y espolazos sin compasión y de manera que el animal echaba espuma y sangre y le temblaban las patas y el cuerpo todo.

Al ver aquello, el califa, que era aficionado a los caballos y no podía sufrir que se les maltratara, llegó al límite de la indignación, y preguntó a los espectadores: "¿Por qué se porta de modo tan bárbaro ese joven con esa hermosa yegua dócil?" Y contestaron: "No lo sabemos, y sólo Alah lo sabe. ¡Pero todos los días a la misma hora vemos llegar al joven con su yegua, y asistimos a este espectáculo inhumano!" Y añadieron: "Al fin y al cabo, es dueño legítimo de su yegua y puede tratarla a su antojo". Y Harún se encaró con Giafar y le dijo: "Te dejo el cuidado ¡oh Giafar! de informarte por ese joven de la causa que le impulsa a maltratar de tal suerte a su yegua. Y si se niega a revelártela, le dirás quién eres y le ordenarás que se presente entre mis manos mañana por la siesta, a la misma hora que el ciego, el lisiado, el jeique generoso y el jinete extranjero".

Y dejó el meidán para regresar a palacio solo aquel día...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 861ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y Giafar contestó con el oído y la obediencia, y el califa le dejó en el meidán para regresar a palacio solo aquel día.

Y he aquí que al siguiente, después de la plegaria intermedia de mediodía, el califa entró en el diwán de audiencias, y el gran visir Giafar al punto introdujo en su presencia a los cinco personajes con quienes se habían encontrado la víspera en el puente de Bagdad, a saber: el ciego que se hacía abofetear, el maestro de escuela lisiado, el jeique generoso, el noble jinete a cuya zaga tocaban aires indios y chinos, y el joven dueño de la yegua blanca. Y cuando los cinco estuvieron prosternados ante su trono y hubieron besado la tierra entre sus manos, el califa les hizo con la cabeza seña de que se levantaran, y Giafar les colocó por orden, uno junto a otro, en la alfombra que había al pie del trono.

Entonces Al-Rashid se encaró con el joven dueño de la yegua blanca, y le dijo: "¡Oh joven que ayer te mostraste tan inhumano con la hermosa yegua blanca tan dócil que montabas! ¿puedes decirme, para que yo lo sepa, el motivo que impulsaba a tu alma a portarte de modo tan bárbaro con un animal mudo que no puede responder a las injurias con injurias y a los golpes con golpes? Y no me digas que obrabas así para guiar o para desbravar a tu yegua. Porque en mi vida he desbravado y guiado yo mismo gran número de potros y potrancas, pero nunca he tenido necesidad de maltratar, como tú lo hacías, a los animales que he enseñado. Y tampoco me digas que hostigabas así a tu yegua para divertir a los espectadores, pues no solamente no les divertía ese espectáculo inhumano, sino que les escandalizaba y a mí también me escandalizaba con ellos. Y en poco estuvo ¡por Alah! que me diese a conocer en público para castigarte como merecías y poner fin a un espectáculo tan repugnante. Habla, pues, sin mentir y sin ocultarme nada del motivo de tu conducta, porque es el único medio que te queda de escapar a mi rencor y de entrar en mi gracia. Y si tu relato me satisface y tus palabras disculpan tu conducta, dispuesto estoy incluso a perdonarte y a olvidar todo lo que de ofuscante hubiese en tu manera de obrar".

Cuando el joven dueño de la yegua blanca hubo oído las palabras del califa, se le puso la tez muy amarilla y bajó la cabeza guardando silencio, presa visiblemente de un embarazo muy grande y de una pena sin límites. Y como continuara erguido de tal suerte, sin poder llegar a pronunciar una sola palabra, mientras brotaban lágrimas de sus ojos y le caían en el pecho, el califa cambió de tono con él, y más intrigado que nunca, le dijo con voz dulce: "¡Oh joven! olvida que estás en presencia del Emir de los Creyentes y habla con toda libertad, como si estuvieras entre tus amigos, pues bien veo que tu historia debe ser una historia muy extraña y el motivo de tu conducta un motivo muy extraño. Y te juro, por los méritos de mis antecesores los Gloriosos, que no se te hará ningún mal".

Y Giafar, por su parte, se puso a hacer al joven, con la cabeza y con los ojos, señas inequívocas de estímulo que significaban claramente: "Habla con toda confianza. Y no tengas la menor inquietud".

Entonces el joven comenzó a recobrar el aliento perdido, y tras de alzar la cabeza, besó la tierra una vez más entre las manos del sultán, y dijo:

Historia del joven dueño de la yegua blanca

"Has de saber ¡oh Emir de los Creyentes! que soy muy conocido en mi barrio, donde me llaman Sidi Nemán. Y la historia que es mi historia y que, por orden tuya, voy a contarte, constituye un misterio de la fe musulmana. Y si estuviera escrita con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de enseñanza a quien la leyera con espíritu atento".

Y el joven se calló un instante para reunir en la memoria todos sus recuerdos, y prosiguió:

"Cuando murió mi padre, me dejó lo que Alah me había escrito para herencia. Y advertí que los beneficios de Alah sobre mi cabeza eran más numerosos y más escogidos de lo que anhelara nunca mi alma. Y además observé que de día en día yo iba siendo el hombre más rico y más considerado de mi barrio. Pero mi nueva vida, lejos de infundirme pedantería y orgullo, no hizo más que desarrollar mis acentuadas aficiones a la calma y a la soledad. Y continué viviendo soltero, felicitándome todas las mañanas de Alah por no tener preocupaciones de familia ni responsabilidades. Y me decía todas las noches: «¡Ya Sidi Nemán, cuán modesta y tranquila es tu vida! ¡Y cuán deleitosa es la soledad del celibato!»

Pero, un día entre los días, ¡oh mi señor! me desperté con un violento e incomprensible deseo de cambiar de vida repentinamente. Y entró en mi alma este deseo bajo la forma del matrimonio. Y en aquella hora y en aquel instante, me levanté, movido por los movimientos interiores de mi corazón, diciéndome:

"¿No te da vergüenza, ya Sidi Nemán, vivir de tal suerte, solo en esta morada, como un chacal en su guarida, sin ninguna presencia dulce al lado tuyo, sin un cuerpo de mujer fresco siempre para refrescarte los ojos y sin ningún afecto que te haga sentir que en realidad vives del soplo de tu Creador?

¿Esperas, pues, para conocer las ventajas de nuestras jóvenes a que los años te hayan vuelto impotente y bueno, cuando más, para ver sin consecuencias!"

Ante estos pensamientos tan naturales, que acudían a mi espíritu por vez primera, no vacilé ya más en seguir las incitaciones de mi alma, puesto que el alma nos es cara y todos sus anhelos merecen ser satisfechos.

Pero como yo no conocía a mujeres casamenteras que pudiesen buscarme una esposa entre las hijas de los notables de mi barrio y de los mercaderes ricos del zoco, y como, por otra parte, estaba muy resuelto a casarme con conocimiento de causa, es decir, dándome cuenta por mis propios ojos de los encantos y cualidades de mi esposa, y no siguiendo la costumbre que exige no se vea el rostro de la desposada más que después de extendido el contrato y de las ceremonias matrimoniales, me decidí a elegir a mi esposa sencillamente entre las hermosas esclavas que se venden y se compran.

Así salí de mi casa inmediatamente y me dirigí al zoco de los esclavos, diciéndome: "¡Ya Sidi Nemán, excelente es tu determinación de tomar esposa entre las jóvenes esclavas en vez de buscar alianza con las muchachas notables! Porque con eso eludes muchos fastidios y trabajos, no sólo evitándote el tener a tu espalda la nueva familia de tu esposa, y en tu estómago las miradas, de continuo enemigas, de la madre de tu esposa, vieja calamitosa ciertamente, y en tus hombros la carga de los hermanos mayores y menores de tu esposa, y de los parientes viejos y jóvenes de tu esposa, y de las relaciones enfadosas y pesadas de tu tío, padre de tu esposa, sino también alejando de ti las futuras recriminaciones de la hija de notables, que no dejaría de hacerte sentir en toda ocasión que era de extracción superior a la tuya, y que para con ella no tenías más que deberes, y que le debías todos los miramientos y todas las obligaciones.

Y entonces sería cuando podrías desear tu vida de soltero y morderte los dedos hasta hacerte sangre. ¡Mientras que escogiendo por ti mismo una esposa probada con tus ojos y con tus dedos y que no tenga nada que la ate y esté sola en absoluto con su belleza, simplificas tu existencia, te evitas complicaciones y tienes todas las ventajas del matrimonio sin tener sus inconvenientes!"

Y alimentando aquella mañana estos pensamientos nuevos, ¡oh Emir de los Creyentes! llegué al zoco de esclavas para escoger una esposa agradable con quien vivir entre dulzuras de todas clases, amor mutuo y bendiciones. Porque como por naturaleza estaba yo capacitado para el afecto, anhelaba con todas mis fuerzas encontrar en la joven de mi agrado las cualidades de alma y cuerpo que me permitieran consagrar a ella las reservas acumuladas de una ternura de la que todavía no había consagrado la menor partícula a ningún otro ser viviente.

Aquel era precisamente día de mercado, y un arribo reciente había traído a Bagdad hacía poco muchachas jóvenes de Circasia, de Jonia, de Arabia, del país de los Rums, de la ribera anadoliana, de Serendib, de la India y de la China.

Cuando llegué al centro del mercado, los corredores y los subastadores ya habían dispuesto allí los diversos lotes separadamente para evitar los desórdenes que hubiese ocasionado la mezcla de aquellas razas distintas. Y en cada uno de aquellos lotes se ponía bien de relieve a cada joven, de modo que se la pudiese examinar en todos sentidos y que cada trato se ultimase a sabiendas y sin engaños.

Y el Destino quiso —¡nadie podría escapar a su destino!— que mis primeros pasos se encaminasen por sí mismos hacia el grupo de las jóvenes llegadas de las Islas del extremo Norte.

Además, aunque mis pasos no se hubiesen encaminado por sí mismos hacia aquel lado, hacia aquel habrían mirado mis ojos inmediatamente. Porque aquel grupo se distinguía, entre los grupos más sombríos que estaban próximos a él, por su claridad y por una cascada de pesadas cabelleras, amarillas como el oro, que ondulaban sobre cuerpos de una blancura de plata virgen. Y las jóvenes que en pie integraban aquel grupo se parecían todas de manera extraña, como las hermanas se asemejan a sus hermanas cuando son del mismo padre y de la misma madre.

Y todas tenían los ojos azules cual la turquesa iránica cuando todavía conserva la humedad de la roca...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 862ª NOCHE

Ella dijo:

...Y todas tenían los ojos azules cual la turquesa iránica cuando todavía conserva la humedad de la roca.

Y yo, que en mi vida ¡oh mi señor! había tenido ocasión de ver jóvenes de una belleza tan extraña, estaba maravillado y sentía que se me salía el pecho del alma en pos de aquel espectáculo emocionante. Y al cabo de una hora de tiempo, sin poder llegar a fijar mi elección en alguna de ellas, que todas eran igualmente hermosas, cogí de la mano a la que me parecía que era la más joven y enseguida la adquirí sin regatear ni escatimar. Porque la circundaban por entero las gracias, y era como la plata en la mina y como la almendra mondada, clara y pálida hasta el exceso, con su vellón de seda amarilla, con inmensos ojos mágicos, azules, bajo sombrías pestañas curvadas como las hojas de las cimitarras y velando una mirada de dulzura marina. Y a su vista me acordé de esos versos del poeta:

¡Oh tú, cuya preciosa tez está matizada de ámbar como la tez de la rosa china, y cuya boca con su contenido es una manzanilla purpúrea que floreciera sobre dos sartas de granizos!

¡Oh poseedora de dos ojos de ágata sombreados por pétalos de jacinto y más rasgados que los de una antigua faraona!

¡Oh espléndida! ¡Si te comparase a las más bellas de nuestras amadas me equivocaría, pues eres bella sin comparación!

¡Pues aunque sólo tuvieras el grano de belleza que se aloja en el hoyuelo amable de la comisura de tus labios, harías que los humanos titubearan en la locura!

¡Aunque sólo tuvieras esas piernas esbeltas que se yerguen mirándose en el espejo de tus pies desnudos, superarían ellas a los juncos que se miran en el agua!

¡Aunque sólo tuvieras ese talle dócil al ritmo de tus esplendores, darías envidia a las ramas tiernas del árbol ban!

¡Y aunque sólo tuvieras ése tu porte, más magnífico que el de un navío sobre el mar cuando lo tripulan piratas, martirizarías con tus pupilas a los corazones todos!

Y cogí, pues, de la mano a la joven, ¡oh mi señor! y tras de proteger con mi manto su desnudez, me la llevé a mi morada. Y me complació con su dulzura, su silencio y su modestia. Y comprendí hasta qué punto me atraía su belleza exótica, su palidez, sus cabellos amarillos como el oro en fusión y sus ojos azules, siempre bajos, que eludían siempre los míos por timidez, sin duda alguna. Y como ella no hablaba nuestra lengua y yo no hablaba la suya, evité fatigarla con preguntas que quedarían sin respuestas. Y di gracias al Donador, que había conducido a mi morada una mujer cuya contemplación ya por sí sola constituía un encanto.

Pero la misma noche de su entrada en la casa no dejé de notar en ella cosas singulares. Porque en cuanto cayó la noche, sus ojos azules sé hicieron más sombríos, y su mirada, anegada en dulzura durante el día, se tornó chispeante, como animada de un fuego interior. Y la poseyó una especie de exaltación que se traducía en sus facciones por una palidez mayor aún y por ligero temblor de los labios. Y de cuando en cuando miraba hacia la puerta, como si deseara tomar el aire. Pero como la hora nocturna no era favorable al paseo, y además ya era tiempo de tomar nuestra cena, me senté y la hice sentarse a mi lado.

Y mientras esperábamos a que nos sirvieran la comida, quise aprovechar la oportunidad para hacerle comprender hasta qué punto su llegada era una bendición para mí y los tiernos sentimientos que germinaban en mi corazón al verla. Y la acaricié dulcemente, y traté de mimarla y de domesticar su alma extranjera. Y la cogí la mano dulcemente y me la llevé a los labios y al corazón. Y pasé ligeramente mis dedos por la seda incitante de su cabellera, con tanto cuidado como si tocara una antiquísima tela pronta a abrirse al menor contacto. Y ya no olvidaré ¡oh mi señor! lo que hube de experimentar a aquel contacto. En vez de sentir la tibieza de los cabellos vivos, fue como si las crines amarillas de sus trenzas se hubiesen extraído de algún metal helado, o como si mi mano, al acariciar aquel vellón, rozara seda empapada en nieve derretida. Y a la sazón no dudé de que su cabellera estuviese desde un principio tejida por entero con hilillos de filigrana de oro.

Y pensé con mi alma en la omnipotencia infinita del Dueño de las criaturas, que en nuestros climas hace don a nuestras jóvenes de sus cabelleras negras y cálidas como el ala de la noche, y corona la frente de las claras hijas del Norte con esa corona de llama congelada.

Y ¡oh mi señor! no pude por menos de emocionarme con una emoción mezcla de asombro a la par que de delicias al saberme esposo de una criatura tan rara y tan diferente a las mujeres de nuestros climas. Y hasta tuve la percepción de que ella no era de mi sangre ni de nuestra extracción común. Y en poco estuvo que no le atribuyera de pronto dones sobrenaturales y virtudes desconocidas. Y la miré con admiración y asombro.

Pero enseguida entraron los esclavos llevando a la cabeza las bandejas cargadas de manjares, que colocaron ante nosotros. Y observé que, no bien vio aquellos manjares, se acentuaba el azoramiento de mi esposa, y que por sus mejillas de raso mate pasaban alternativas de rubor y de palidez, en tanto que se dilataban sus ojos, fijos en los objetos sin verlos.

Y atribuyendo todo aquello a su timidez y a su ignorancia de nuestras costumbres, quise animarla a probar los manjares servidos, y empecé por un plato de arroz cocido con manteca, del que me puse a comer utilizando para ello los dedos, como hacemos generalmente. Pero aquello, en lugar de abrir el apetito en el alma de mi esposa, debió ocasionarle, a no dudar, un sentimiento parecido a la repulsión, si no a la náusea. Y lejos de seguir mi ejemplo, volvió ella la cabeza y miró en torno suyo como buscando algo. Después, tras de un largo rato de vacilación, como viera que mi mirada le suplicaba que tocase a los manjares, se sacó del seno un estuchito tallado en un hueso de niño, y extrajo de él un finísimo tallo de grama, semejante a esos menudos tallos que utilizamos de limpia-oídos. Y cogió delicadamente con dos dedos aquel tallito puntiagudo y se puso a pinchar con él lentamente el arroz y a llevárselo a los labios más lentamente todavía y grano a grano. Y entre cada dos de sus minúsculos bocados dejaba transcurrir un largo intervalo de tiempo. De modo que ya había acabado yo mi comida cuando ella aún no habría tomado de aquella manera más de una docena de granos de arroz. Y eso fue cuanto quiso comer aquella noche. Y me pareció adivinar, por un gesto vago, que estaba harta. Y no quise aumentar su azoramiento ni enfadarla insistiendo para que tomase algún otro alimento.

Y aquello no hizo más que afirmarme en la creencia de que mi esposa extranjera era un ser diferente a los habitantes de nuestros países. Y pensaba para mi fuero interno: "¿Cómo no ha de ser distinta a las mujeres de aquí esta joven que, para alimentarse, sólo necesita la pitanza que un pajarito? Y si así es en cuanto a las necesidades de su cuerpo, ¿qué será en cuanto a las necesidades de su alma?" Y resolví consagrarme por completo a tratar de adivinar su alma, que me parecía impenetrable.

Y procurando darme a mí mismo una explicación plausible de su manera de obrar, me imaginé que no tendría ella costumbre de comer con hombres, menos aún con un marido, ante quien tal vez la habrían enseñado a que se contuviera. Y me dije: "¡Sí, eso es! Ha llevado la continencia demasiado lejos porque es sencilla e inocente. ¡O acaso haya cenado ya! O bien si no lo ha hecho todavía, se reserva para comer sola y con libertad".

Y al punto me levanté y la cogí de la mano con precauciones infinitas, y la conduje a la estancia que le había hecho preparar. Y allí la dejé sola, a fin de que quedase libré de obrar a su antojo. Y me retiré discretamente.

Y por miedo a molestarla o a parecerle importuno, no quise entrar aquella noche en el aposento de mi esposa, como, por lo general, hacen los hombres en la noche nupcial, sino que, al contrario, pensé que con mi discreción me atraería la gracia de mi esposa y así le demostraría que los hombres de nuestros países están lejos de resultar brutales y desprovistos de cortesía y saben, cuando es preciso, aparecer delicados y reservados. No obstante, ¡oh Emir de los Creyentes! por tu vida te juro que aquella noche no me faltó el deseo de penetrar en mi clara esposa, la joven hija de hombres del Norte, que era dulce a mi vista y que había sabido encantar mi corazón con su gracia extraña y el misterio que la envolvía. Pero era mi placer demasiado precioso para comprometerme precipitando los acontecimientos, y sólo ganancias podría reportarme el preparar el terreno y dejar que el fruto perdiera su acidez y llegara a plena madurez con la lozanía conveniente. Sin embargo, pasé aquella noche presa del insomnio, pensando en la belleza rubia de la joven extranjera que perfumaba mi morada, y cuyo cuerpo lustral me parecía sabroso como el albaricoque cogido bajo el rocío, y aterciopelado como él, y como él deseable...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 863ª NOCHE

Ella dijo:

...pensando en la belleza rubia de la joven extranjera que perfumaba mi morada, y cuyo cuerpo lustral me parecía sabroso como el albaricoque cogido bajo el rocío, y aterciopelado como él y como él deseable.

Y al día siguiente, cuando nos reunimos para comer, la acogí con semblante sonriente e inclinándome ante ella, como había visto hacer en otras ocasiones a los emires de Occidente llegados aquí o enviados de parte del rey de los francos. Y la hice sentarse a mi lado ante las bandejas de manjares, entre los cuales había, como la víspera, un plato de arroz cocido con manteca y cuyos granos estaban sueltos, maravillosamente condimentados y perfumados con manteca. Pero mi esposa se condujo exactamente igual que la víspera, sin tocar más que al plato de arroz, con exclusión de todos los demás manjares y pinchando lentamente los granos uno a uno con el limpia oídos para llevárselos a la boca.

Y yo, aún más sorprendido que la víspera por aquella manera de comer, pensé: "¡Por Alah! ¿dónde ha podido aprender a comer el arroz de esta manera? Acaso con su familia, en su país. ¿O tal vez lo hace así porque come muy poco? ¿O es que quiere contar los granos de arroz, a fin de no comer una vez más que otra? Pero si se conduce así por espíritu de economía y para enseñarme a no ser pródigo, por Alah que se equivoca, pues nada tenemos que temer por ese lado, y no será eso lo que pueda arruinarnos un día. Porque, gracias al Retribuidor, tenemos para vivir con gran desahogo y sin privarnos de lo necesario ni de lo superfluo.

Pero, hubiera o no comprendido mis pensamientos y mi perplejidad, mi esposa no dejó de comer de aquella manera incomprensible. Y como si hubiera querido apenarme más todavía, pinchó los granos de arroz más de tarde en tarde, y acabó por limpiar el tallito puntiagudo sin decirme una sola palabra ni mirarme, guardándolo en su estuche de hueso. Y aquello fue todo lo que la vi hacer aquella mañana. Y he aquí que, por la noche, al cenar, ocurrió exactamente lo mismo, así como al día siguiente y cuantas veces nos pusimos ante el mantel extendido para comer juntos.

Cuando me di cuenta de que no era posible que una mujer viviese con tan poco alimento como la veía tomar, ya no dudé de que tras ello hubiese algún misterio más extraño todavía que la existencia de mi esposa. Y aquello me hizo tomar el partido de aguardar aún, abrigando la esperanza de que con el tiempo se acostumbraría ella a vivir conmigo, como anhelaba mi alma. Pero no tardé en advertir que era vana mi esperanza y que, costase lo que costase, tenía que decidirme a dar con la explicación de aquella manera de vivir tan distinta a la nuestra. Y he aquí que se presentó la ocasión por sí misma cuando yo menos la esperaba.

En efecto, al cabo de quince días de paciencia y de discreción por mi parte, resolví intentar una visita por primera vez a la cámara nupcial. Y una noche en que yo creía que mi esposa dormía hacía largo rato, me dirigí muy sigilosamente al aposento que ocupaba ella en el lado opuesto al mío, y llegué a la puerta de su cuarto, apagando mis pasos por temor a turbar su sueño. Porque no quería despertarla muy bruscamente, a fin de poder contemplarla a mi sabor dormida, figurándomela, con sus párpados cerrados y sus largas pestañas curvadas, tan hermosa como las huríes del cielo.

Y he aquí que, cuando llegué a la puerta, oí dentro los pasos de mi esposa. Y como yo no podía comprender qué propósito la retenía aún despierta a hora tan avanzada de la noche, me indujo la curiosidad a esconderme detrás de la cortina de la puerta para ver qué ocurría. Y enseguida se abrió la puerta, y mi esposa apareció en el umbral vestida con sus trajes de calle y deslizándose por las baldosas de mármol sin hacer el menor ruido. Y la miré al pasar ella por delante de mí en la oscuridad, y asombrado se me congeló la sangre en el corazón. En medio de las tinieblas, su faz entera aparecía iluminada por los dos tizones de sus ojos, semejantes a los ojos de los tigres, que se dice que arden en la oscuridad e iluminan el camino del exterminio y la matanza. Y se parecía a esas figuras medrosas que en sueños nos envían los genn malhechores cuando quieren hacernos prever las catástrofes que traman contra nosotros. ¡Hasta ella me parecía una gennia de la especie más cruel, con su cara pálida, sus ojos incendiarios y sus cabellos amarillos, que se erizaban de un modo terrible en su cabeza! Y yo ¡oh mi señor! sentí que se me encajaban y se me rompían las mandíbulas, y que se me secaba la saliva en la boca, que me quedaba sin aliento. Por otra parte, aunque hubiese podido moverme, me habría guardado mucho de hacer el menor acto de presencia detrás de aquella cortina, en aquel sitio que no me correspondía.

Esperé, pues, a que ella se alejase para salir de mi escondrijo, recobrando el aliento perdido. Y me dirigí a la ventana que daba al patio de la casa, y miré a través de la celosía. Y pude ver que abría ella la puerta de la calle y salía, hollando apenas el suelo con sus pies desnudos. Y la dejé alejarse un poco, y corrí a la puerta que había dejado ella entreabierta y la seguí de lejos, llevando mis sandalias en la mano. Y afuera todo estaba iluminado por el cuarto menguante de la luna, y el cielo entero se desplegaba sublime, como todas las noches, con sus luces titilantes. Y a pesar de mi emoción, elevé mi alma hacia el Dueño de las criaturas y dije mentalmente: "¡Oh Señor, Dios de exaltación y de verdad! ¡sé testigo de que he obrado con discreción y honradez respecto de mi esposa, esa hija de extranjeros, aunque desconozco todo lo referente a ella, que acaso pertenezca a una raza descreída que ofenda Tu faz, Señor! Y ahora no sé qué va a hacer esta noche bajo la claridad propicia de Tu cielo. Pero que ni de cerca ni de lejos aparezca yo como cómplice de sus acciones. Porque de antemano las repruebo si son contrarias a Tu ley y a la enseñanza de Tu Enviado (¡con Él la paz y la plegaria!)"

Y tras de calmar así mis escrúpulos, no vacilé más en seguir a mi esposa adonde fuese.

Y he aquí que atravesó ella todas las calles de la ciudad, caminando con notable seguridad, como si hubiese nacido entre nosotros y se hubiese criado en nuestros barrios. Y yo la seguía de lejos al revolar de su cabellera, que huía siniestramente detrás de ella en la noche. Y llegó ella a las últimas casas, traspuso las puertas de la ciudad y penetró en los campos deshabitados que desde hace centenares de años sirven de morada a los muertos. Y dejó atrás el primer cementerio, cuyas tumbas eran excesivamente antiguas, y se apresuró a entrar en el que se seguía enterrando a diario. Y yo pensaba: "Seguramente tiene aquí muerta una amiga o una hermana de las que con ella vinieron de países extranjeros. Y quiere cumplir sus deberes cerca de ella durante la noche, en medio de la soledad y del silencio". Pero de pronto recordé su aspecto terrible y sus ojos inflamados, y de nuevo se me agolpó la sangre en el corazón.

Y he aquí que surgió de entre las tumbas una forma cuya especie no podía yo adivinar aún y que salió al encuentro de mi esposa. Y por el horror de su fisonomía y por su cabeza de hiena carnicera, reconocí una ghula en aquella forma sepulcral.

Y caí en tierra detrás de una tumba, porque me flaquearon las piernas. Y merced a aquella circunstancia, a pesar de la sorpresa espantosa que me embargaba, pude ver a la ghula, que no me veía, aproximarse a mi esposa y cogerla de la mano para llevarla al borde de una fosa. Y se sentaron ambas, una frente a otra, al borde de aquella fosa. Y la ghula se inclinó hasta el suelo y se incorporó sosteniendo en sus manos un objeto redondo, que entregó en silencio a mi esposa. Y en aquel objeto reconocí un cráneo humano recientemente separado de un cuerpo sin vida. Y mi esposa, lanzando un grito de bestia feroz, clavó con fruición sus dientes en aquella carne muerta y se puso a roerla de un modo horroroso.

Al ver aquello, ¡oh mi señor! sentí que el cielo se desplomaba con todo su peso sobre mi cabeza. Y en mi espanto, debí lanzar un grito de horror que traicionó mi presencia. Porque de improviso vi a mi esposa de pie sobre la tumba que me cobijaba. Y mirábame con los ojos del tigre hambriento cuando va a caer sobre su presa. Y ya no dudé de mi perdición irremisible. Y antes de que yo tuviese tiempo de hacer el menor movimiento para defenderme o para pronunciar una fórmula invocadora que me precaviera contra los maleficios; la vi extender el brazo por encima de mí y gritar ciertas sílabas en una lengua desconocida que tenía acentos semejantes a los rugidos que se oyen en los desiertos.

Apenas hubo ella vomitado aquellas sílabas diabólicas, de repente me vi metamorfoseado en perro...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 864ª NOCHE

Ella dijo:

...Y apenas hubo ella vomitado aquellas sílabas diabólicas, de repente me vi metamorfoseado en perro. Y mi esposa se precipitó sobre mí, seguida de la espantable ghula. Y tan violentamente la emprendieron ambas conmigo a puntapiés, que no sé cómo no me quedé muerto en el sitio. Sin embargo, el peligro extremado en que me encontraba y el apego a la vida me dieron fuerza y valor para saltar sobre mis cuatro patas y ponerme en fuga con el rabo entre las piernas, perseguido con igual furor por mi esposa y por la ghula. Y sólo cuando me arrojaron muy lejos del cementerio fue cuando cesaron de maltratarme y de correr detrás de mí, que ladraba de dolor lamentablemente y me caía cada diez pasos. Y las vi volverse al cementerio. Y me apresuré a franquear las puertas de la ciudad, como un perro perdido y desgraciado.

Y al día siguiente, tras de una noche pasada dando tumbos por la ciudad y evitando los mordiscos de los perros de barrio, que me perseguían como a intruso, se me ocurrió la idea de refugiarme en cualquier parte para escapar a sus ataques crueles. Y me metí con viveza en la primera tienda abierta a aquella hora temprana. Y fui a esconderme en un rincón para sustraerme a su vista.

Aquella tienda era de un vendedor de cabezas y patas de carnero. Y el tendero me protegió en un principio contra mis agresores, que querían penetrar en persecución mía hasta el interior de la tienda. Y consiguió echarlos y alejarlos; pero fue para volver a mi lado con el propósito evidente de espantarme. Y vi, en efecto, que no podía contar con el asilo y la protección que esperaba. Porque aquel tripicallero era una de esas personas escrupulosas hasta más no poder y supersticiosamente fanáticas, que tienen a los perros por animales inmundos y no encuentran bastante agua ni jabón para lavar su ropa cuando, por casualidad, les roza un perro al pasar junto a ellos. Se acercó, pues, a mí, y me conminó con el gesto y con la voz a que me marchara de su tienda cuanto antes. Pero yo hice la rosca, gimoteando con aullidos lamentables y mirándole a los pies con ojos implorantes. Entonces, un tanto apiadado, soltó el bastón con que me amenazaba, y como aspiraba a desembarazar a todo trance de mi presencia su tienda, cogió uno de los admirables pedazos olorosos de patas cocidas, y sosteniéndolo en la punta de los dedos de modo que yo lo viera bien, salió a la calle. Y atraído por el tufillo de aquel buen bocado, ¡oh mi señor! me levanté de mi rincón y seguí al tripicallero, quien me arrojó el pedazo en cuanto me vio fuera de su tienda, y se volvió a su casa. Y no bien hube devorado aquella carne excelente, quise volver a toda prisa a mi rincón. Pero no había contado con el vendedor de cabezas, quien, previendo mi impulso, permanecía en el umbral, inconmovible, con el terrible bastón de nudos en la mano. Y hube de mirarle en actitud suplicante, meneando la cola para indicarle que imploraba de él me otorgase el favor de aquel refugio. Pero se mantuvo inflexible, y hasta empezó a enarbolar su bastón, gritándome con voz que no me dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones: "Vete ¡oh proxeneta!"

Entonces, muy humillado y temiendo, además, los ataques de los perros del barrio, que ya empezaban a caer sobre mí desde todos los puntos del zoco, eché a correr y alcancé a toda prisa la tienda abierta de un panadero, que estaba muy próxima a la del tripicallero.

Y he aquí que, a primera vista, aquel panadero me pareció, muy al contrario del vendedor de cabezas de carnero, devorado por los escrúpulos y dominado por las supersticiones, un hombre alegre y de buen augurio. Y lo era, en efecto. Y en el momento en que yo llegué delante de su tienda estaba él sentado en su estera tomando el desayuno. Y aunque yo no le había dado ninguna prueba de mis ganas de comer, su alma compasiva le indujo enseguida a arrojarme un trozo grande de pan empapado en salsa de tomate, diciéndome con cariñosa voz: "¡Toma, ¡oh pobre! come a tu gusto!" Pero yo, lejos de abalanzarme con avidez y glotonería sobre el bien de Alah, como hacen, por lo general, los demás perros, miré al generoso panadero haciéndole una seña con la cabeza y meneando la cola para patentizarle mi gratitud. Y debió conmoverle mi cortesía y verlo con agrado, porque le vi sonreírme con bondad. Y aunque no me torturaba el hambre y no tenía gana de comer, no dejé de coger con los dientes el trozo de pan, únicamente por complacerle, y me lo comí con bastante lentitud para darle a entender que lo hacía por consideración a él y en honor suyo. Y él lo comprendió todo, y me llamó y me hizo seña de que me sentara junto a su tienda. Y me senté, dejando oír pequeños gruñidos de placer y mirando a la calle para indicarle que por el momento no le pedía otra cosa que su protección. Y gracias a Alah, que le había dotado de inteligencia, comprendió todas mis intenciones, y me hizo caricias que me animaron y me dieron confianza: osé, pues, introducirme en su casa. Pero fui bastante hábil para darle a entender que sólo lo haría con su permiso. Y lejos de oponerse a mi entrada, se mostró, por el contrario, lleno de afabilidad y me indicó un sitio donde podría instalarme sin incomodarle. Y tomé posesión de aquel sitio, que desde entonces conservé todo el tiempo que viví en la casa.

Y a partir de aquel momento mi amo sintió por mí una gran afección y me trató con benevolencia extremada. Y no podía almorzar; ni comer, ni cenar sin tenerme a su lado y darme una ración más que suficiente. Y por mi parte yo le demostraba toda la fidelidad y toda la abnegación de que puede ser capaz la mejor alma perruna. Y a causa del agradecimiento que sentía por sus cuidados, tenía los ojos fijos constantemente en él y no le dejaba dar un paso en la casa o por la calle sin ir detrás de él fielmente, tanto más cuanto que hube de notar que mi atención le gustaba, y que si por casualidad se disponía a salir sin que yo, por algún indicio, me hubiese dado cuenta de antemano, no dejaba de llamarme familiarmente, silbándome. Y al punto me lanzaba yo a la calle desde mi sitio; y saltaba y me deshacía en cabriolas, dando mil vueltas en un instante y haciendo mil idas y venidas a la puerta. Y no cesaba en tales alborozos hasta que salía él a la calle. Y entonces le acompañaba por donde fuera, siguiéndole o corriendo delante de él y mirándole de cuando en cuando para demostrarle mi alegría y mi contento.

Hacía ya algún tiempo que estaba yo en casa de mi amo el panadero, cuando un día entre los días entró en la tienda una mujer que compró un panecillo que acababa de salir muy hueco del horno.

Tras de pagar a mi amo, la mujer cogió el pan y se dirigió a la puerta. Pero mi amo, que advirtió que era falsa la moneda que acababa de tomar, llamó a la mujer y le dijo: "¡Oh tía, que Alah alargue tu vida! ¡pero si no te enfada, prefiero otra moneda a ésta! Y al mismo tiempo mi amo le tendió la moneda consabida. Pero la mujer, que era una vieja empedernida, se negó con muchas protestas a tomar su moneda, pretendiendo que era buena, y diciendo: "¡Además, no soy yo quien la ha fabricado, y las monedas no se pueden escoger como las sandías y los cohombros!" Y mi amo no quedó ni por asomo convencido con los argumentos sin consistencia de aquella vieja, y le dijo con voz tranquila y no sin cierto desdén: "Tu moneda es tan visiblemente falsa, que hasta este perro mío que aquí ves, y que sólo es un animal mudo sin discernimiento, no se equivocaría al verla". Y sencillamente, con objeto de humillar a aquella calamitosa, y sin creer ni por pienso en el buen resultado del acto que iba a llevar a cabo, me gritó, llamándome por mi nombre: "¡Bakht! ¡Bakht! ¡ven! ¡ven aquí!" Y al oír su voz, acudí a él, meneando la cola. Y al punto cogió él el cajón de madera donde guardaba su dinero y lo volcó en el suelo, esparciendo ante mí todas las monedas que contenía.

Y me dijo: "¡Aquí! ¡aquí! ¿Ves todo este dinero? ¡Mira bien todas estas monedas! ¡Y dime si no hay entre ellas una moneda falsa!" Y yo examiné atentamente todas las monedas, una tras otra, empujándola ligeramente con la pata, y no tardé en caer sobre la moneda falsa. Y la dejé a un lado, separándola del montón y poniendo encima la pata para hacer comprender a mi amo que había dado con ella. Y le miré, dando pequeños chillidos y meneándome mucho.

Al ver aquello, mi amo, que estaba lejos de esperar semejante prueba de perspicacia en un animal de mi especie, llegó al límite extremo de la sorpresa y de la maravilla, y exclamó: "¡Alah es el más grande! ¡Y sólo en Alah está la omnipotencia!" Y la vieja, sin poder negar ya lo que sus propios ojos habían visto, y espantada además de lo que presenciaba, se apresuró a recoger su moneda falsa y a dar en cambio una buena. Y salió a toda prisa, enredándose en la cola de su traje.

En cuanto a mi amo, sin volver del asombro que hubo de producirle mi perspicacia, llamó a sus vecinos y a todos los tenderos del zoco...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 865ª NOCHE

Ella dijo:

...En cuanto a mi amo, sin volver del asombro que hubo de producirle mi perspicacia, llamó a sus vecinos y a todos los tenderos del zoco. Y les contó, con admiración, lo que había pasado, no sin exagerar mi mérito, que ya de por sí era bastante asombroso.

Al oír aquel relato de mi amo todos los presentes se hicieron lenguas de mi inteligencia, diciendo que jamás habían visto un perro tan maravilloso. Y para comprobar por sí mismos las palabras de mi amo, no porque sospechasen de su buena fe, sino sólo con el fin de alabarme más, quisieron poner a prueba mi sagacidad. Y fueron a buscar todas las monedas falsas que tenían en sus casas, y me las enseñaron juntas con otras de buena ley. Y al ver aquello, pensé: "¡Ya Alah! ¡asombra el número de monedas falsas que hay en casa de toda esta gente!"

Sin embargo, como no quería con mi retraimiento que se ennegreciera el rostro de mi amo en presencia de sus vecinos, examiné con atención todas las monedas que me pusieron delante de los ojos. Y no se presentó ni una sola falsa sobre la cual no pusiese yo la pata y la separase de las demás.

Y mi fama cundió por todos los zocos de la ciudad, y llegó hasta los harenes merced a la locuacidad de la esposa de mi amo. Y desde por la mañana hasta por la noche asaltaba la panadería una muchedumbre de curiosos que querían experimentar mi habilidad para distinguir la moneda falsa. Y toda la jornada estaba yo ocupado en complacer así a los clientes, más numerosos de día en día, que iban a casa de mi amo desde los barrios más apartados de la ciudad. Y de tal suerte, mi reputación procuró a mi amo más ganancias que las de todos los panaderos de la ciudad reunidos. Y no cesaba mi amo de bendecir mi llegada, que había sido para él tan preciosa como un tesoro. Y su fortuna, debida a sus sentimientos caritativos, hubo de apenar al vendedor de cabezas de carnero, que se mordía los dedos de rabia. Y devorado por la envidia, no dejó de prepararme emboscadas para llevarme con él unas veces, y otras para darme disgustos, excitando contra mí, en cuanto yo salía, a todos los perros del barrio. Pero yo no tenía nada que temer; pues, por una parte, estaba bien guardado por mi amo y por otra, estaba bien defendido por los tenderos, admirados de mi habilidad.

Y hacía ya algún tiempo que vivía yo de aquel modo, rodeado de la consideración general; y hubiera estado verdaderamente contento de mi vida, si no asaltase de continuo mi memoria el recuerdo de mi antiguo estado de criatura humana. Y lo que sobre todo me hacía sufrir no era el ser un perro entre los perros, sino el verme privado del uso de la palabra y el estar reducido a expresarme con la mirada solamente y con las patas o con gritos inarticulados. Y a veces, cuando me acordaba de la terrible noche del cementerio, se me erizaban los pelos del lomo y me estremecía.

Un día entre los días, una vieja de aspecto respetable fue, como todo el mundo, a comprar pan a la panadería, atraída por mi reputación. Y como todo el mundo, cuando cogió el pan y tuvo que pagar, no dejó de tirarme algunas monedas entre las cuales había puesto a propósito, para hacer la experiencia, una moneda falsa. Y al punto separé de las demás la moneda de mala ley y puse la pata encima, mirando a la vieja, como para invitarla a comprobar si había acertado. Y cogió ella la moneda, diciendo: "¡Has acertado! ¡es la falsa!" Y me miró con gran admiración, pagó a mi amo el pan que había comprado, y al marcharse me hizo una seña imperceptible que significaba claramente: "¡Sígueme!"

Y he aquí, ¡oh Emir de los Creyentes! que adiviné que aquella mujer se interesaba por mí de un modo muy particular, pues la atención con que me había examinado era muy distinta de la manera cómo me miraban los demás. Sin embargo, como medida de prudencia, la dejé marcharse, contentándome con mirarla solamente. Pero después de dar algunos pasos, se volvió ella hacia mí, y al ver que yo no hacía más que mirarla sin moverme de mi sitio, me hizo otra seña más apremiante que la primera. Entonces, impulsado por una curiosidad más fuerte que mi prudencia, aprovechándome de que mi amo estaba a lo último de la tienda ocupado en cocer pan, salté a la calle y seguí a aquella señora. Y eché a andar detrás de ella, parándome de cuando en cuando, vacilante y meneando la cola. Pero, animado por ella, acabé por sobreponerme a mi inquietud y llegué con ella a su casa.

Y abrió ella la puerta de la casa, entró la primera y me invitó con voz muy dulce a hacer lo propio, diciéndome: "¡Entra, entra, ¡oh pobre! que no te arrepentirás!" Y entré detrás de ella.

Entonces, después de cerrar la puerta, me llevó a los aposentos interiores y abrió una estancia, en la que me introdujo. Y vi sentada en un diván a una joven como la luna, que bordaba. Y aquella joven, al verme, se tapó inmediatamente con el velo; y la señora vieja le dijo: "¡Oh hija mía! te traigo al famoso perro del panadero, el mismo que tan bien sabe diferenciar las monedas buenas de las monedas falsas.

Y ya sabes las dudas que te participé desde que corrió el primer rumor acerca del particular. Y hoy he ido a comprar pan en casa de su amo el panadero y he sido testigo de la verdad de los hechos; y me hice seguir por este perro tan raro que maravilla a Bagdad. ¡Dime, pues, tu opinión, ¡oh hija mía! a fin de que sepa si me he equivocado en mis conjeturas!" Y al punto contestó la joven: "¡Por Alah ¡oh madre! que no te equivocaste! Y enseguida voy a probártelo".

Y la joven se levantó en aquella hora y en aquel instante, cogió un tazón de cobre rojo lleno de agua, murmuró sobre él ciertas palabras que no entendí, y rociándome con algunas gotas de aquella agua, dijo: "¡Si naciste perro, sigue siendo perro; pero si naciste ser humano, sacúdete y recobra tu forma primitiva en virtud de esta agua!" Y al instante me sacudí. Y se rompió el encanto, y perdí la forma de perro para convertirme en hombre, que era mi estado natural.

Entonces, conmovido de agradecimiento, me eché a los pies de mi libertadora para darle gracias por tan gran beneficio; y besé la orla de su traje; y le dije: "¡Oh joven bendita! Alah te premie con Sus mejores dones el beneficio sin igual de que te soy deudor y con el que no has vacilado en favorecer a un hombre que no conoces, que es extraño en tu casa. ¿Cómo encontraré palabras para darte gracias y bendecirte como mereces? Sabe, al menos, que no me pertenezco ya que me has comprado por un precio que excede en mucho a mi valor. Y a fin de que conozcas con exactitud al esclavo que ahora es de tu propiedad y posesión, voy a contarte mi historia en pocas palabras para no pesar sobre tus oídos ni fatigar tu entendimiento".

Y entonces le dije quién era y cómo, siendo soltero, me decidí súbitamente a tomar mujer y a escogerla, no entre las hijas de los notables de Bagdad, nuestra ciudad, sino entre las esclavas extranjeras que se venden y se compran. Y mientras mi libertadora y su madre me escuchaban con atención, les conté también cómo me había seducido la extraña belleza de la joven del Norte, y mi matrimonio con ella, y mi complacencia y mis miramientos para su persona, y mi proceder delicado, y mi paciencia al soportar sus maneras extraordinarias.

Y les hice el relato del espantoso descubrimiento nocturno, y de todo lo consiguiente, desde el principio hasta el fin, sin ocultarles un detalle.

Cuando mi libertadora y su madre oyeron mi relato, llegaron al límite de la indignación contra mi esposa, la joven del Norte. Y la madre de mi libertadora me dijo: "¡Oh hijo mío! ¡qué conducta tan extraña ha sido tu conducta! ¿Cómo ha podido inclinarse tu alma hacia una hija de extranjeros, cuando nuestra ciudad es tan rica en jóvenes de todos los colores, y cuando tan escogidos y tan numerosos son los beneficios de Alah sobre las cabezas de nuestras jóvenes?

Ciertamente, tendrías que estar hechizado para haber elegido de ese modo sin discernimiento y haber confiado tu destino en las manos de una persona que se diferenciaba de ti en la sangre, en la raza, en la lengua y en el origen. Y bien veo que todo ha sido instigación del Cheitán, del Maligno, del Lapidado. ¡Pero demos gracias a Alah, que, por mediación de mi hija, te ha librado de la maldad de la extranjera y te ha devuelto tu anterior forma de ser humano!" Y tras de besarle las manos, contesté: "¡Oh madre mía bendita! me arrepiento, ante Alah y ante tu faz venerable, de mi acción desconsiderada. Y no anhelo otra cosa que entrar en tu familia como he entrado en tu misericordia. Así, pues si quieres aceptarme por esposo legítimo de tu hija la del alma noble, no tienes más que pronunciar la palabra de conformidad". Y contestó ella: "¡Por mi parte, no veo inconveniente en ello! ¿Pero qué te parece a ti, hija mía? ¿Te conviene este excelente joven que Alah ha puesto en nuestro camino?" Y mi joven libertadora contestó: "Sí, por Alah, me conviene, ¡oh madre mía! Pero no es eso todo. Es preciso primero que para en adelante le pongamos al abrigo de las asechanzas y de la maldad de su antigua esposa. ¡Porque no es suficiente haber roto el encanto por el cual le había excluido ella de la sociedad de los seres humanos, y tenemos que reducirla para siempre a la imposibilidad de hacerle daño!"

Y tras de hablar así, salió de la habitación en que estábamos, volviendo al cabo de un instante con un frasco entre los dedos. Y me entregó aquel frasco, que estaba lleno de agua, y me dijo: "Sidi Nemán, mis libros antiguos, que acabo de consultar, me afirman que la perversa extranjera no está en tu casa a la hora de ahora y tardará en volver. Y también me afirman que la taimada finge, ante tus servidores, que siente gran inquietud por tu ausencia. Apresúrate, pues, mientras ella está fuera, a volver a tu casa con el frasco que acabo de poner entre tus manos, y a esperarla en el patio, de modo que cuando vuelva se encuentre bruscamente cara a cara contigo. Y presa del asombro que le acometerá al verte de nuevo sin esperar, volverá la espalda para emprender la fuga. Y al punto la rociarás con el agua de este frasco, gritándole: "¡Abandona tu forma humana, y conviértete en yegua!" Y ella enseguida se tornará yegua entre las yeguas. Y saltarás a su lomo, y la cogerás por la crin, y sin hacer caso de su resistencia, harás que la pongan en la boca un bocado doble a toda prueba. Y para castigarla como se merece, la emprenderás con ella a latigazos hasta que el cansancio te obligue a interrumpirte. Y todos los días de Alah le harás sufrir un trato análogo. Y de tal suerte será como la domines. Sin lo cual, su maldad acabará por sobreponerse. Y te hará padecer".

Y yo ¡oh Emir de los Creyentes! contesté con el oído y la obediencia, y me apresuré a ir a mi casa para esperar la llegada de mi antigua esposa, situándome disimuladamente de modo que la viese venir desde lejos y pudiese presentarme cara a cara de ella con brusquedad. Y he aquí que no tardó en mostrarse. Y a pesar de la emoción que me embargó a su vista y a la vista de su belleza conmovedora, no dejé de hacer aquello para lo cual había ido. Y logré a satisfacción convertirla en yegua.

Y desde entonces, tras de unirme por los lazos lícitos con mi libertadora, que era de mi sangre y de mi raza, no dejé de hacer sufrir a la yegua que viste en el meidán ¡oh Emir de los Creyentes! el trato cruel, sin duda alguna, que ha herido tu vista, pero que tiene justificación en la perniciosa maldad de la extranjera.

¡Y ésta es mi historia!"

Cuando el califa hubo oído este relato de Sidi Nemán, se asombró mucho en su alma, y dijo al joven: "Ciertamente, tu historia es singular, y resulta merecido el trato que haces sufrir a esta yegua blanca. Sin embargo, me gustaría verte interceder con tu esposa para que consintiese en buscar el modo de no castigarla a diario con tanto rigor, aunque conservando a esa yegua con su forma de yegua.

¡Pero si la cosa no es posible, Alah es el más grande!"

Y tras de hablar así, Al-Rashid se encaró con el segundo personaje, que era el hermoso jinete que cuando se le encontró iba a la cabeza del cortejo en un caballo que con su aspecto pregonaba su raza, aquel jinete que caracoleaba como un emir o un hijo de rey y cuyo cortejo seguían un palanquín en que iban sentadas dos princesas jóvenes y unos músicos que tocaban aires indios y chinos, y le dijo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 866ª NOCHE

La pequeña Doniazada exclamó: "¡Oh hermana mía! ¡por favor, apresúrate a decirnos qué pasó cuando el califa se hubo encarado con el joven jinete detrás del cual tocaban aires indios y chinos!"

Y contestó Schehrazada: "¡De todo corazón amistoso!"

Y continuó de esta manera:

"...Cuando el califa se encaró con el hermoso jinete que estaba de pie entre sus manos, y a quien había encontrado caracoleando sobre un caballo que con su aspecto pregonaba su raza, le dijo: "¡Oh joven! por la cara me has parecido un noble extranjero, y para facilitarte el acceso a mi palacio te he hecho venir a mi presencia a fin de que nuestro oído y nuestra vista se regocijen contigo. Así, pues, si tienes alguna cosa que pedirnos, o alguna cosa admirable que contarnos, no te detengas más". Y después de besar la tierra entre las manos del califa, el joven se inclinó y contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! el motivo de mi llegada a Bagdad no es una embajada o comisión, como tampoco una simple curiosidad, sino sencillamente el deseo de volver a ver el país en que nací y donde he de vivir hasta mi muerte. ¡Pero tan asombrosa es mi historia, que no vacilo en contársela a nuestro dueño el Emir de los Creyentes!"

Historia del jinete detrás del cual tocaban aires indios y chinos

Has de saber ¡oh mi señor y corona de nuestra cabeza! que por mi antiguo oficio, que también fue el oficio de mi padre y del padre de mi padre, era yo un leñador y el más pobre entre los leñadores de Bagdad. Y era mucha mi miseria, y a diario estaba agravada por la presencia, en mi casa, de la hija de mi tío, mi propia esposa, mujer de mal carácter, avara, pendenciera, dotada de ojos vacíos y de espíritu mezquino. Además, no servía para nada absolutamente, y la escoba de nuestra cocina se hubiera podido comparar con ella en ternura y en flexibilidad. Y como era más tenaz que una mosca borriquera y más escandalosa que una gallina asustada, había yo decidido, tras de muchas disputas y sinsabores, no dirigirle la palabra nunca y ejecutar, sin discutir, todos sus caprichos, con objeto de tener alguna tranquilidad a mi regreso del trabajo fatigoso de la jornada. Con lo cual, cuando el Donador retribuía mis desvelos con algunos dracmas de plata, la maldita no dejaba de acudir a apoderarse de ellos en cuanto franqueaba yo el umbral. Y así es como transcurría mi vida, ¡oh Emir de los Creyentes!

Un día entre los días, teniendo necesidad de comprarme una cuerda para atar los haces, pues la que poseía estaba toda deshilachada, me decidí, a pesar del mucho terror que me inspiraba la idea de dirigir la palabra a mi esposa, a participarle la necesidad que tenía de comprar aquella cuerda nueva. Y apenas salieron de mi boca las palabras "comprar" y "cuerda", ¡oh Emir de los Creyentes! creí que sobre mi cabeza se abrían todas las puertas de las tempestades. Y aquello fue una tormenta desencadenada de injurias y de recriminaciones que no es preciso repetir en presencia de nuestro amo. Y puso fin al altercato, diciéndome: "¡Ah, el peor de los tunantes y de los malos sujetos! Sin duda sólo me reclamas ese dinero para ir a gastártelo con las pelandruscas de Bagdad. Pero estate tranquilo, porque vigilo tu conducta ojo avizor. Y si realmente reclamas para una cuerda ese dinero, saldré contigo a fin de que la compres en mi presencia. ¡Y además, no saldrás de casa sin mí en lo sucesivo!"

Y así diciendo, me arrastró airadamente al zoco, y ella misma pagó al mercader la cuerda que me era necesaria para ganarme el pan. Pero Alah sabe a costa de cuántos regateos y miradas atravesadas, dirigidas alternativamente a mí y al asustado mercader, se ultimó aquella accidentada compra.

Pero ¡oh mi señor! aquello no era más que el principio de mi infortunio de aquel día. Porque, al salir del zoco, como quisiera yo despedirme de mi esposa para ir a mi trabajo, me dijo ella: "¿Cómo, cómo se entiende? ¡Yo voy contigo, y no te dejo!" Y sin más ni más, saltó al lomo de mi asno, y añadió: "En adelante, con objeto de vigilar tu trabajo, te acompañaré a la montaña donde aseguras que pasas el día".

Y al escuchar semejante noticia, ¡oh mi señor! vi ennegrecerse ante mí el mundo entero, y comprendí que ya no me quedaba más remedio que morir. Y me dije: "¡He aquí ¡oh pobre! que la calamitosa no va ya a dejarte en paz! Antes, al menos, tenías alguna tranquilidad cuando estabas solo en la selva. ¡Pero ahora se terminó aquello! ¡Muere en tu miseria y en tu desesperación! ¡No hay recurso ni poder más que en Alah el Misericordioso! ¡De Él venimos y a Él volveremos!" Y una vez que hube llegado a la selva, resolví echarme de bruces y dejarme morir de muerte negra.

Y así pensando, sin contestar una palabra, eché a andar detrás del asno que llevaba a cuestas el peso que gravitaba sobre mi alma y sobre mi vida.

Y he aquí que, de camino, el alma del hombre, que le es cara a la vida, me sugirió, a fin de evitar la muerte, un proyecto en el cual no había pensado hasta entonces. Y no dejé de ponerlo en ejecución al punto.

En efecto, no bien llegamos al pie de la montaña y mi esposa se apeó del asno, le dije: "Escucha, ¡oh mujer! ¡ya que no es posible ocultarte nada, voy a declararte que la cuerda que acabamos de comprar no la tenía yo destinada a atar mis haces, sino que debía servir para enriquecernos por siempre!" Y estando mi esposa bajo la impresión en que habíala sumido esta declaración inesperada, la conduje hacia el brocal de un pozo antiguo, seco desde hacía años, y le dije: "¿Ves este pozo? ¡Pues bien; contiene nuestro destino! Y voy a cogerlo con la cuerda". Y como la hija del tío estuviese más perpleja cada vez, añadí: "¡Sí, por Alah! hace mucho tiempo que he tenido la revelación de un tesoro oculto en este pozo y que está escrito en mi destino. ¡Y hoy es el día en que tengo que bajar a buscarlo! ¡Y por eso me decidí a rogarte que me compraras esa cuerda!"

Apenas hube pronunciado las palabras del tesoro y de bajar al pozo, realizóse plenamente lo que yo había previsto. Porque mi esposa exclamó: "¡No, por Alah! ¡yo soy quien bajará ahí dentro! Porque tú nunca sabrías abrir el tesoro y apoderarte de él. Y además, no tengo confianza en tu honradez". Y al punto se quitó su velo, y me dijo: "Vamos, date prisa a atarme con esa cuerda y a hacerme bajar a ese pozo".

Y yo, ¡oh mi señor! después de poner algunas dificultades, nada más que por fórmula, y ganarme algunas injurias por mi vacilación, suspiré: "Hágase la voluntad de Alah y tu voluntad, ¡oh hija de hombres de bien!" Y la até fuertemente con la cuerda, pasándosela por debajo de los brazos, y la dejé escurrirse a lo largo del pozo. Y cuando sentí que había llegado al fondo, lo solté todo, tirando la cuerda al fondo del pozo. Y lancé un suspiro de satisfacción como no se había exhalado de mi pecho desde que salí del seno de mi madre. Y grité a la calamitosa: "¡Oh hija de hombres de bien! ¡ten la amabilidad de permanecer ahí hasta que yo venga a sacarte!"

Y sin escuchar su respuesta, me volví tranquilamente a mi trabajo, y me puse a hacer haces cantando, cosa que no me había ocurrido desde mucho tiempo atrás.

Y poseído de felicidad, creí que me habían crecido alas, pues me sentía ligero como los pájaros.

Libre así de la causa de mis tribulaciones, por fin pude gustar el sabor de la tranquilidad y de la paz. Pero, al cabo de dos días, pensé para mi ánima: "Ya Ahmad, la ley de Alah y de Su enviado (¡con Él la plegaria y las bendiciones!) no permite a la criatura quitar la vida a otra criatura hecha a su imagen. Y al abandonar en el fondo del pozo a la hija de tu tío, le expones a morir de inanición. Claro que una criatura semejante merece el peor de los tratos. Pero no cargues tu conciencia con su muerte y sácala del fondo del pozo. ¡Y además, quién sabe si esa lección la habrá corregido para siempre su mal carácter!"

Y sin poder resistir a este aviso de mi conciencia, me dirigí al pozo, y grité a la hija de mi tío, echándola otra cuerda: "Vamos, date prisa a atarte, que ya te saco. Espero que esta lección te habrá corregido". Y cuando sentí que cogían la cuerda en el fondo del pozo esperé un momento para dar tiempo a mi esposa a que se atara con ella fuertemente. Tras de lo cual, sintiendo que imprimía sacudidas a la cuerda para significarme que ya estaba dispuesta, la izé a duras penas, de tan pesado como era el peso que había al extremo de la cuerda. Y cuál no sería mi espanto ¡oh Emir de los Creyentes! al ver atado a aquella cuerda, en lugar de la hija de mi tío, un genni gigante de aspecto poco tranquilizador...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 867ª NOCHE

Ella dijo:

...Y cuál no sería mi espanto ¡oh Emir de los Creyentes! al ver atado a aquella cuerda, en lugar de la hija de mi tío, un genni gigante de aspecto poco tranquilizador, que, en cuanto hubo tocado tierra, se inclinó ante mí y me dijo: "¡Cuántas gracias tengo que darte, ya Sidi Ahmad, por el servicio que acabas de hacerme! Has de saber, en efecto, que me cuento en el número de los genn que no tienen la facultad de volar por los aires y sólo pueden arrastrarse por la tierra, por más que de esta manera sea grande su velocidad y les permita andar tan de prisa como los genn aéreos. Y he aquí que desde hace años yo, genni terrestre, había elegido este pozo antiguo para hacer de él mi morada. Y acá vivía muy en paz, cuando, hace dos días, bajó a mi mansión la peor mujer del Universo. No ha cesado de atormentarme desde que me tocó por compañera, y durante todo este tiempo me ha obligado a maniobrar con ella sin descanso, a mí, que hace años que vivía en el celibato y había perdido la costumbre de la copulación. ¡Ya Alah, cuán agradecido te estoy por haberme librado de esa calamitosa! ¡Ah! ciertamente, un servicio tan importante no quedará sin recompensa, porque ha caído en el alma de quien sabe su valor. He aquí, pues, lo que puedo y quiero hacer por ti".

Y se interrumpió un momento para tomar aliento, en tanto que yo, tranquilizado por sus buenas intenciones para conmigo, pensaba: "¡Por Alah! esa mujer es cosa tan espantosa, que ha conseguido asustar a los mismos genn y a los más gigantescos de entre los genn. ¿Cómo pude resistir tanto tiempo su malicia y su maldad?" Y lleno de conmiseración para mí mismo y para mi compañero de infortunio, le escuché entonces, prosiguiendo él de este modo: "Sí, ya Sidi Ahmad; de leñador que eres, voy a hacer de ti un igual de los reyes más poderosos. Y he aquí cómo. Sé que el sultán de la India tiene una hija única, que es una adolescente como la luna en su décimo cuarto día. Y es púber precisamente, con catorce años y cuarto de edad y virgen como la perla en su nácar. Y quiero hacer que te la dé en matrimonio su padre el sultán de la India, que la quiere más que a su propia vida. Y para realizar este proyecto, voy a ir a buen paso, lo más de prisa que pueda, al palacio del sultán, en la India, y entraré en el cuerpo de la joven princesa y tomaré posesión de su espíritu momentáneamente. Y de tal suerte, convertida en posesa, parecerá loca a cuantos la rodean, y su padre, el sultán, procurará que la curen los médicos más hábiles de la India. Pero ninguno podrá adivinar la verdadera causa del mal, que será mi presencia en el cuerpo de la joven; y todos los cuidados que con ella tengan fracasarán bajo mi aliento y por mi voluntad. Y entonces te presentarás tú, y serás quien cure a la princesa. ¡Y voy a indicarte los medios para ello!" Y tras de hablar así, el genni se sacó del pecho algunas hojas de un árbol desconocido, las cuales me entregó, añadiendo: "Una vez que se te haya introducido a presencia de la princesa enferma, la examinarás como si ignorases completamente su mal, tomarás actitudes cabizbajas y pensativas para imponer con ellas a tu alrededor, y acabarás por coger una de estas hojas que empaparás en agua y con la cual frotarás el rostro de la joven. Y al punto me veré forzado a salir de su cuerpo, y en aquella hora y en aquel instante recobrará ella la razón y tornará a su estado prístino. Y en vista de ello, como recompensa a la curación verificada, serás esposo de la joven, hija del rey.

Ésta es, ya Sidi Ahmad, la manera como quiero corresponder al servicio capital que me has hecho librándome de esa mujer aterradora que ha venido a hacerme imposible la estancia en mi pozo, el tranquilo paraje donde esperaba yo que transcurriesen mis días en el retraimiento. ¡Y Alah maldiga a la calamitosa!"

Y tras de hablar así, el genni se despidió de mí, apremiándome para que me pusiese en camino hacia el país de la India; me deseó buen viaje y desapareció a mis ojos, corriendo por la superficie de la tierra como un navío empujado por la tempestad.

Entonces, ¡oh mi señor! al saber que en la India me esperaba mi destino, no vacilé en seguir las instrucciones del genni y en ponerme al punto en camino para aquel país lejano. Y Alah me escribió la seguridad, y después de un largo viaje lleno de fatigas, de privaciones y de peligros que no hay ninguna utilidad en narrar a nuestro amo, llegué sin contratiempo al país de la India, donde reinaba el sultán padre de mi futura esposa la princesa.

Y llegado de tal suerte al término de mi viaje, me enteré de que, en efecto, hacía ya algún tiempo que habíase declarado la locura de la princesa, la cual tenía sumidos en la mayor consternación a la corte y a todo el país, y que, después de haber empleado en vano la ciencia de los médicos más hábiles, el sultán había prometido en matrimonio la princesa al que la curara.

Entonces yo, ¡Oh Emir de los Creyentes! seguro de las instrucciones que me había dado el genni y sin ninguna inquietud respecto al éxito, me presenté a la audiencia que una vez al día concedía el sultán a los que querían ensayar una cura para el espíritu de la princesa. Y entré con toda confianza en el aposento donde estaba encerrada la joven, y no dejé de poner en práctica la lección del genni, adoptando todo género de actitudes importantes para que se me tomase completamente en serio. Luego, una vez que impuse a cuantos me rodeaban, y sin hacer ninguna pregunta acerca del estado de la enferma, mojé una de las hojas que poseía y froté con ella el rostro de la princesa.

Y al instante, la joven fue presa de convulsiones, lanzó un grito estridente y cayó desvanecida. Era que el genni, con la impetuosidad de su salida del cuerpo de la joven, había producido aquel estado que hubiera podido asustar a cualquier otro que no fuese yo. Pero, lejos de mostrarme alarmado, rocié con agua de rosas el rostro de la joven y la hice volver en sí. Y se despertó en su cabal razón, y se puso a hablar a todo el mundo con cordura, dulzura y aplomo, reconociendo a quienes la rodeaban y llamando por su nombre a cada cual.

Y fue inmenso el júbilo en palacio y en toda la ciudad. Y el sultán de la India, en agradecimiento al servicio prestado, no renegó de su promesa, y me concedió a su hija. Y aquel mismo día se celebraron nuestras bodas con la mayor pompa, en medio del regocijo y la felicidad de todo el pueblo.

En cuanto a la segunda princesa, a quien viste sentada en el lado izquierdo del palanquín, ¡oh Emir de los Creyentes! he aquí lo que pasó.

Cuando el genni gigante hubo abandonado el cuerpo de la princesa de la India, en virtud del pacto concertado entre nosotros, torturó su espíritu para saber adónde iría a habitar en lo sucesivo, pues que ya no tenía albergue y el pozo seguía ocupado por la calamitosa hija de mi tío. Por otra parte, durante su estancia en el cuerpo de la joven, había acabado por tomarle el gusto a aquella especie de retiro, y se había prometido, a su salida de allí, ir a escoger el cuerpo de otra joven. Tras de reflexionar, pues, un instante, hizo su composición de lugar, y a toda velocidad se dirigió al reino de la China como un gran navío ahuyentado por la tempestad.

Y no encontró nada mejor que ir a alojarse en el cuerpo de la hija del sultán de la China, una joven princesa de catorce años y cuarto y virgen como la perla en su nácar. Y de repente, la princesa se entregó a una serie de contorsiones y movimientos desordenados y a un desbordamiento de palabras incoherentes que hicieron creer en su locura. Y por más que el desdichado sultán de la China llamó a presencia de su hija a los más hábiles médicos chinos, no consiguió que su hija volviera a su estado anterior. Y con su palacio y su reino, quedó sumido en la desolación y la desesperación, pues la princesa era su única hija y era tan amable como encantadora y hermosa. Pero al fin Alah se apiadó de él, e hizo llegar hasta sus oídos el rumor de la curación maravillosa, merced a mis cuidados, de la princesa india que había llegado a ser mi esposa. Y al punto envió un embajador al padre de mi esposa para que me rogara que fuese a curar a su hija, la princesa de la China, prometiéndomela en matrimonio, caso de éxito.

Entonces fui en busca de mi joven esposa, hija del sultán de la India, y la puse al corriente de la demanda y de la proposición que se me hacía. Y logré convencerla de que podía muy bien aceptar por hermana a la princesa de la China que me ofrecían por esposa en caso de curación. Y partí para la China.

Pero ¡oh Emir de los Creyentes! todo lo que acabo de contarte acerca de la posesión de la princesa china por el genni sólo hube de saberlo al llegar a la China, y de los propios labios del genni en cuestión. Porque hasta entonces yo no conocía con exactitud la naturaleza del mal que sufría la princesa china, y suponía que mis hojas llegarían a curar cualquier dolencia. Por eso hube de partir lleno de confianza, sin sospechar que era mi antiguo amigo, el genni gigante, quien había causado el daño eligiendo para domicilio el cuerpo de la hija del sultán.

Así es que, una vez que entré en el aposento de la princesa china, adonde había pedido que me dejaran solo con la enferma, fue extremado mi asombro al reconocer la voz de mi amigo el genni gigante, que me decía por boca de la princesa: "¡Cómo! ¿eres tú, ya Sidi-Ahmad? ¿Eres tú, a quien he colmado de beneficios, quien viene a echarme de la morada que he escogido para mi vejez? ¿No te da vergüenza corresponder al bien con el mal? ¿Y no temes que, si me fuerzas a salir de aquí, vaya yo derecho a las Indias para entregarme, durante tu ausencia, a diversas copulaciones extremadas con la persona de tu esposa india, y la mate luego?"

Y como no era poco lo que me asustaba aquella amenaza, se aprovechó de ello para contarme su historia a partir del día en que había salido del cuerpo de mi esposa india, y por mi bien me abjuró a que le dejara vivir tranquilamente en el nuevo alojamiento que había escogido.

Entonces, yo, muy perplejo, y sin querer caer en falta de gratitud con aquel excelente genni que, en suma, había sido el causante de mi fortuna, ya iba a decidirme a volver al lado del sultán de la China para declararle que me sentía incapaz de librar, con mi ciencia, de su mal a la princesa, cuando Alah infundió en mi espíritu una estratagema. Me encaré, pues, con el genni, y le dijo: "¡Oh jefe de los genn y corona suya, oh excelente! no es para curar a la princesa de China por lo que he venido aquí, sino que hice todo este viaje para rogarte, por el contrario, que vengas en mi socorro. Sin duda te acordarás de aquella mujer con quien pasaste en el pozo algunos malos ratos. Pues bien; aquella mujer era mi esposa, la hija de mi tío. Y fui yo quien la arrojó a aquel pozo para tener paz. Y he aquí que la calamidad me persigue, porque no sé quién ha podido sacar de allí a esa hija de perro. Pero el caso es que está en libertad y me persigue los pasos. Va detrás de mí por todas partes, y ¡qué desgracia la nuestra! dentro de un instante estará aquí mismo. Y ya la oigo gritar con su voz aborrecible en el patio del palacio. Por favor, ayúdame, ¡oh amigo mío! ¡Vengo a implorar tu concurso...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 868ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y ya la oigo gritar con su voz aborrecible en el patio del palacio. Por favor, ayúdame, ¡oh amigo mío! ¡Vengo a implorar tu concurso!"

Cuando el genni hubo oído mis palabras, sintió que le poseía un terror indescriptible, y exclamó: "¡Mi concurso! ¡ya Alah! ¡mi concurso! ¡Que mis hermanos los genn me preserven de encontrarme nunca cara a cara con una mujer semejante! ¡Amigo Ahmad, arréglate como puedas! En cuanto a mí nada podría hacer. Y me voy al instante".

Dijo, y salió con estrépito del cuerpo de la princesa para echar a correr y devorar a su paso la distancia: parecía un navío grande ahuyentado en el mar por la tempestad.

Y la princesa china volvió a la razón. Y llegó a ser mi segunda esposa.

Y desde entonces viví con las dos jóvenes reales entre delicias de todas clases y placeres delicados.

Y a la sazón pensé, antes de ser sultán de la India o de la China y de encontrarme en la imposibilidad de viajar, en volver a ver el país en que nací como leñador, esta ciudad de Bagdad, ciudad de paz.

Y ya sabes ¡oh Emir de los Creyentes! por qué me has encontrado en el puente de Bagdad a la cabeza de mi cortejo, seguido del palanquín que llevaba a mis dos esposas, las princesas de la India y de la China, en honor de las cuales los músicos tocaban en sus instrumentos aires indios y chinos.

¡Pero Alah es más sabio!"

Cuando el califa hubo oído el relato del noble jinete, se levantó en honor suyo y le invitó a sentarse junto a él en el lecho del trono. Y le felicitó por haber sido escogido por los decretos del Todopoderoso para convertirse, de pobre leñador que era, en heredero del trono de la India y del trono de la China. Y añadió: "¡Alah selle nuestra amistad y te guarde y te conserve para dicha de tus futuros reinos!"

Tras de lo cual, Al-Rashid se encaró con el tercer personaje, que era el venerable jeique de mano generosa, y le dijo: "¡Oh jeique! te he encontrado ayer en el puente de Bagdad, y lo que he visto de tu generosidad, de tu modestia y de tu humildad ante Alah me ha incitado a tratarte más de cerca.

Y estoy convencido de que las vías de que plugo al Retribuidor servirse para gratificarte con Sus dones deben ser extraordinarias. Tengo mucha curiosidad por saberlas por ti mismo, y para darme esa satisfacción, te he hecho venir. Háblame, pues, con sinceridad, a fin de que me regocije participando de tu dicha con más conocimiento. ¡Y ten la seguridad de que, digas lo que digas, de antemano estás cubierto con el pañuelo de mi protección y de mi salvaguardia!"

Y después de besar la tierra entre las manos del califa, contestó el jeique de mano generosa: "¡Oh Emir de los Creyentes! te haré el relato fiel de lo que merece ser contado en mi vida. ¡Y si mi historia es asombrosa, más asombrosos todavía son el poderío y la munificencia del Dueño del Universo!"

Y contó su historia como sigue:

HISTORIA DEL JEIQUE DE MANO GENEROSA

"Has de saber ¡oh mi señor y señor de todo beneficio! que toda mi vida ejercí el oficio de pobre cordelero, trabajando en el cáñamo, como antes que yo habían trabajado mi padre y mis antepasados. Y lo que ganaba con mi oficio apenas bastaba para alimentarnos a mí, a mi esposa y a mis hijos. Pero, exento de capacidades para ejercer otra profesión, me contentaba, sin renegar demasiado, con lo poco que nos deparaba el Retribuidor, y sólo atribuía mi miseria a mi falta de maña y a la pesadez de mi espíritu. Y en eso no me equivocaba; debo declararlo con toda humildad ante el Dueño de la inteligencia. Pero ¡oh mi señor! la inteligencia no ha sido nunca patrimonio de los cordeleros que trabajan en cáñamo y su sitio predilecto no iba a estar debajo del turbante de un cordelero que trabajara en cáñamo. Por eso, al fin y al cabo, no me quedaba más que comer el pan de Alah sin emitir aspiraciones más irrealizables que pasar de un salto la cumbre de la montaña Kaf.

Un día entre los días, estando yo sentado en mi tienda con una cuerda de cáñamo sujeta al dedo gordo del pie y acabando de confeccionarla, vi acercarse dos ricos habitantes de mi barrio que tenían costumbre de ir a sentarse delante de mi tienda, para charlar de unas cosas y de otras, tomando el aire de la tarde. Y aquellos dos notables de mi barrio estaban unidos por la amistad, y les gustaba discutir entre sí, tan pronto sobre una cosa como sobre otra, desgranando su rosario de ámbar. Pero jamás, en la animación de sus charlas, habían llegado a pronunciar una palabra más alta que otra ni a salirse de la cortesía que los amigos deben tener con los amigos en las relaciones de la vida. Bien al contrario, cuando uno hablaba el otro escuchaba, y viceversa. Con lo cual sus discursos eran siempre sensatos, y yo mismo, no obstante mi poca inteligencia, solía sacar provecho de tan buenas palabras.

Y aquel día, una vez que me hicieron la zalema y yo se la devolví como es debido, fueron a su sitio habitual delante de mi tienda y continuaron una charla que ya habían iniciado, en su paseo. Y uno de ellos que se llamaba Si Saad, dijo a otro, que se llamaba Si Saadi: "¡Oh amigo mío Saadi! no es por contradecirte; pero, por Alah, un hombre no puede ser dichoso en este mundo más que teniendo bienes y grandes riquezas para vivir con toda independencia. Y por otra, parte, los pobres no son pobres más que porque han nacido en la pobreza, transmitida de padres a hijos, o porque, nacidos con riquezas, las han perdido a causa de la prodigalidad, de la relajación, de algún mal negocio o sencillamente por una de esas fatalidades contra las cuales es impotente la criatura. De todos modos, ¡oh Saadi! mi opinión es que los pobres sólo son pobres porque no pueden llegar a acumular una cantidad de dinero lo bastante importante para permitirles enriquecerse definitivamente con algún negocio comercial emprendido a tiempo. Y entiendo que si, enriquecidos de tal suerte, hacen un uso conveniente de su riqueza, no solamente serán ricos, sino que llegarán a ser más opulentos por el tiempo".

A lo cual respondió Si Saadi, diciendo: "¡Oh amigo mío Saad! no es por contradecirte; pero por Alah que estoy contrariado por no ser de tu opinión. Por lo pronto, claro que más vale, generalmente, vivir con desahogo que con pobreza. Pero la riqueza por sí misma no tiene nada que pueda tentar a un alma sin ambición. A lo más, es útil para sembrar dádivas, en torno nuestro. ¡Pero cuántos inconvenientes tiene! ¿No sabemos algo de eso por nosotros mismos, que a diario tenemos que aguantar tantos ajetreos y sinsabores? ¿Y no es, en suma, preferible a la nuestra la suerte de nuestro amigo Hassán el cordelero? Y además, ¡oh Saad! el medio que propones para que un pobre se vuelva rico no me parece tan seguro como a ti. Considera, en efecto, que ese medio es muy problemático, porque depende de una porción de circunstancias y coincidencias tan problemáticas como él mismo, y que sería demasiado prolijo discutir. Por mi parte, creo que un pobre desprovisto de todo dinero en un principio tiene, por lo menos, tantas probabilidades de hacerse rico como si poseyera algo; quiero decirte, pues, que sin un ahorro inicial puede llegar a ser inmensamente rico sin tomarse el menor trabajo, sencillamente porque tal sea su destino. Por eso entiendo que es del todo inútil hacer economías en previsión de los días. malos, pues los días malos como los buenos nos vienen de Alah, y hacemos mal en escatimar los bienes que nos depara el Retribuidor en el presente, tratando de apartar lo que nos sobre. Este exceso, ¡oh Saad! si existe, debe ir a parar a los pobres de Alah; y reservárnoslo supone falta de confianza en la generosidad del Retribuidor. En cuanto a mí, ¡oh amigo mío! no se pasa día en que no me despierte diciéndome: "¡Regocíjate, ya Si Saadi, porque quien sabe en qué consistirá hoy el beneficio que te haga tu Señor!" Y jamás ha sido defraudada mi fe en el Retribuidor. Y por eso en mi vida he trabajado ni me he preocupado nunca del mañana. Y ésta es mi opinión".

Al oír estas palabras de su amigo, el notable Si Saad contestó: "¡Oh Saadi! bien se me alcanza que por hoy sería verdaderamente inútil persistir en sostener mi opinión en contra de la tuya. Por eso, en vez de discutir sin objeto, prefiero intentar una experiencia que pueda convencerte de la excelencia de mi manera de considerar la vida. Quiero, pues, ir sin tardanza en busca de un hombre verdaderamente pobre, nacido de un padre tan miserable como él, a quien daré sin más ni más una suma importante que le sirva de ahorro inicial. Y como el hombre que escogeré tendrá que haber dado prueba de honradez, la experiencia nos probará quién de nosotros dos tiene razón, si tú, que todo lo esperas del Destino, o yo, que entiendo es preciso que cada uno edifique por sí mismo la propia casa".

Y contestó Si Saadi: "Está muy bien, ¡oh amigo mío! Y para dar con el hombre pobre y honrado de que hablas, no tenemos necesidad de ir a buscarle lejos. He aquí a nuestro amigo Hassán el cordelero, que, verdaderamente, reúne las condiciones requeridas. ¡Y no podrá caer tu liberalidad sobre cabeza más digna...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 869ª NOCHE

Ella dijo:

"...He aquí a nuestro amigo Hassán el cordelero, que, verdaderamente, reúne las condiciones requeridas. ¡Y no podrá caer tu liberalidad sobre cabeza más digna!"

Y contestó Si Saad: "¡Por Alah, que dices verdad! Y sólo por olvido quise buscar fuera de aquí lo que tenemos al alcance de la mano".

Luego se encaró conmigo y me dijo: "¡Ya Hassán! sé que tienes una numerosa familia, la cual tiene a su vez bocas numerosas y dientes numerosos, y que ni uno de los cinco hijos con que te ha gratificado el Donador está todavía en edad de ayudarte a la menor cosa. Por otra parte, sé que el cáñamo sin trabajar, aunque no está demasiado caro a la cotización actual del zoco, precisa de algún dinero para comprarlo. Y para disponer de ese dinero hay que haber hecho economías. Y las economías no son posibles en un hogar como el tuyo, donde el haber es más exiguo que el debe. Así, pues, ¡ya Hassán! para ayudarte a salir de la miseria, quiero hacerte don de una suma de doscientos dinares de oro, que te servirán de fondo inicial para ampliar tu comercio cordelero. ¡Dime, pues, si con esa suma de doscientos dinares crees que podrás sacar adelante el negocio, haciendo fructificar el dinero con habilidad y sagacidad!"

Y yo ¡oh Emir de los Creyentes! contesté: "¡Oh amo mío! ¡que Alah alargue tu vida y te haga recuperar el céntuplo de lo que me ofrece tu munificencia! Y puesto que te dignas interrogarme, me atrevo a decirte que en mi tierra el grano cae en un suelo fértil, y que, sin presumir con exceso de mis aptitudes, una suma mucho menor entre mis manos bastaría, no solamente para que fuera yo tan rico como los principales cordeleros de mi profesión, sino hasta para que fuera yo solo más opulento que todos los cordeleros reunidos de esta ciudad de Bagdad, no obstante lo populosa y grande que es —siempre que Alah me favorezca—, ¡inschalah!"

Y Si Saad, muy satisfecho de mi respuesta, me dijo: "¡Me inspiras mucha confianza, ya Hassán!" Y se sacó del seno una bolsa, que puso entre mis manos, y me dijo: "Toma esta bolsa que contiene los doscientos dinares consabidos. ¡Y ojalá hagas de ellos un uso afortunado y prudente y encuentres ahí el germen de la riqueza! ¡Y ten la seguridad de que yo y mi amigo Si Saadi nos regocijaremos en extremo si un día sabemos que en la prosperidad eres más dichoso que en medio de privaciones!

Entonces, ¡oh mi señor! tomando la bolsa, llegué al límite de los transportes de alegría. Y era tal mi emoción, que me sentí incapaz de hacer decir a mi lengua las palabras de gratitud que convenía pronunciar en semejante circunstancia; y a duras penas pude inclinarme hasta tierra y coger el borde del traje de mi bienhechor, llevándomelo a los labios y a la frente. Pero él se apresuró a retirarlo con modestia y se despidió de mí. Y acompañado de su amigo Si Saadi, se levantó para continuar su interrumpido paseo.

En cuanto a mí, cuando se hubieron alejado ellos, el primer pensamiento que asaltó naturalmente mi espíritu fue buscar un sitio donde guardar bien la bolsa de doscientos dinares para que estuviera segura del todo. Y como en mi pobre casita, compuesta de una sola pieza, no había ni armario, ni olor a armario, ni cajón, ni cofre, ni nada semejante donde esconder un objeto que se tuviese que esconder, quedé extremadamente perplejo, y por un momento pensé en ir a enterrar aquel dinero en algún paraje desierto, fuera de la ciudad, mientras daba con el modo de hacerlo fructificar. Pero volví de mi acuerdo al pensar que mi mala suerte podría hacer que se descubriera mi escondite o que algún labrador me viera. Y al punto se me ocurrió la idea de que lo mejor sería ocultar la bolsa en los pliegues de mi turbante. Y en aquella hora y en aquel instante me levanté, cerré la puerta de la tienda, y desenrollé mi turbante en toda su extensión. Y empecé por sacar de la bolsa diez monedas de oro que aparté para gastarlas, y envolví el resto, con la bolsa, en los pliegues de la tela, cogiéndola por un extremo. Y anudando este extremo a la bolsa, lo junté con mi gorro y me hice de nuevo el turbante con cuatro vueltas perfectamente combinadas. Y entonces pude respirar más a mis anchas.

Acabado este trabajo, volví a abrir la puerta de mi tienda, y me apresuré a ir al zoco para aprovisionarme de cuanto tenía necesidad. Comencé por comprarme una buena cantidad de cáñamo, que llevé a mi tienda. Tras de lo cual, como hacía tiempo que no había yo visto carne en mi casa, fui a la carnicería y compré una espaldilla de cordero. Y emprendí el camino a casa para llevar a mi mujer aquella espaldilla de cordero, a fin de que nos la guisase con tomates. Y de antemano me regocijaba con el júbilo de los niños a la vista de aquel manjar suculento.

Pero ¡oh mi señor! mi presunción era demasiado notoria para que se quedase sin castigo. Porque me había yo puesto a la cabeza aquella espaldilla, y caminaba moviendo mucho los brazos, con el espíritu perdido en mis ensueños de opulencia. Y he aquí que un gavilán hambriento se abalanzó a la espaldilla de cordero, y antes de que yo pudiese alzar los brazos o hacer el menor movimiento, me la arrebató, así como el turbante con lo que contenía, y remontó el vuelo llevándose la espaldilla en el pico y el turbante en las garras.

Y al ver aquello, me puse a lanzar gritos tan desaforados, que los hombres, mujeres y niños de la vecindad se conmovieron y juntaron sus gritos a los míos para asustar al ladrón y hacerle soltar su presa. Pero en vez de producir este efecto, nuestros gritos no hicieron más que excitar al gavilán a acelerar el movimiento de sus alas. Y pronto desapareció en los aires con mi hacienda y mi suerte.

Y yo, despechado y entristecido, tuve que resignarme a comprar otro turbante, lo que ocasionó una nueva disminución en los dinares de oro que había tenido cuidado de sacar de la bolsa, y que a la sazón constituían todo mi haber. Y he aquí que, como había gastado buena parte de ello en la compra de mis provisiones de cáñamo, lo que me quedaba estaba lejos de bastar para hacerme concebir en adelante sólidas esperanzas en mi porvenir de opulencia. Pero en verdad que lo que me causó más pena y ensombreció el mundo ante mis ojos fue el pensamiento de que mi bienhechor Si Saad tuviera que arrepentirse de haber escogido tan mal al hombre a quien había confiado su dinero y el éxito de la experiencia proyectada. Y me decía yo, además, que cuando él se enterara de la funesta aventura, acaso la considerase una invención de mi parte y me abrumara con su desprecio.

De todos modos, ¡oh mi señor! mientras duraron los escasos dinares que me quedaron después del robo llevado a cabo por el gavilán, no tuvimos en casa demasiados motivos de queja. Pero cuando se gastó la última moneda menuda, no tardamos en caer en la misma miseria de tiempo atrás, y me vi en igual imposibilidad de salir de mi estado. Sin embargo, me guardé bien de murmurar contra los decretos del Altísimo, y pensé: "¡Oh pobre! ¡el Retribuidor te ha dado bienes cuando menos lo esperabas, y te los ha quitado casi al mismo tiempo, porque así le plugo, y suyos eran esos bienes! ¡Resígnate ante Sus Decretos, y sométete a Su voluntad!"

Y mientras a mí me agitaban estos sentimientos, estaba de lo más inconsolable mi mujer, a quien yo no había podido por menos de participar la pérdida que sufrí y de dónde me llegaba. Y para colmo de infortunio, como en mi turbación también se me había escapado decir a mis vecinos que con mi turbante perdía el valor de ciento noventa dinares de oro, mis vecinos, para quienes era conocida mi pobreza desde hacía mucho tiempo, se rieron de mis palabras con sus hijos, persuadidos de que la pérdida de mi turbante me había vuelto loco.

Y las mujeres decían a mi paso, riendo: "¡Ahí va el que dejó echar a volar su razón con su turbante!"

¡Eso fue todo!

Y he aquí ¡oh Emir de los Creyentes! que haría unos diez meses que el gavilán me había ocasionado aquella desgracia, cuando los dos señores amigos Si Saad y Si Saadi pensaron ir a pedirme cuentas del uso que había hecho yo de la bolsa de doscientos dinares. Y mientras se dirigían a mí, Si Saad decía a Si Saadi: "¡Ya hace días que pensaba en nuestro amigo Hassán, complaciéndome mucho en la satisfacción que voy a tener al hacerte testigo de nuestra experiencia! Vas a notar en él un cambio tan grande, que nos costará trabajo reconocerle".

Y como ya estaban muy próximos a la tienda, Si Saadi contestó sonriendo "Me parece, por Alah, ¡oh amigo mío Saad! que te comes el cohombro antes de que esté maduro. Por lo que a mí respecta, con mis propios ojos veo yo a Hassán sentado como de ordinario, con el cáñamo sujeto al dedo gordo del pie; pero no asombra mi vista ningún cambio notable de su persona. Porque hele aquí tan pobremente vestido como antes, y la única diferencia que observo en él es que su turbante es un poco menos feo y grasiento que el que tenía hace diez meses. Además, míralo por ti mismo, y verás que lo que he dicho no tiene vuelta de hoja".

A la sazón, Si Saad, que ya había llegado ante la tienda, me examinó y vio también que en mi estado no había alteración ni mejora en mi aspecto. Y entraron en mi casa ambos amigos, y después de las zalemas de rigor, Si Saad me dijo: "Y bien, Hassán, ¿a qué obedece esa cara demudada y ese aire compungido? ¡Por lo visto, tus negocios te dan que hacer y el cambio de vida te entristece un poco!"

Y con los ojos bajos, contesté: "¡Oh mis señores! Alah prolongue vuestra vida; pero el Destino siempre es enemigo mío y las tribulaciones del presente son peores que las del pasado. ¡En cuanto a la confianza que mi amo Si Saad ha cifrado en su esclavo, se ve defraudada, no ciertamente por culpa de su esclavo sino por culpa de la hostilidad del Destino!" Y les conté mi aventura con todos los detalles, tal como te la he contado, ¡oh Emir de los Creyentes! Pero no hay utilidad en repetirla.

Cuando hube terminado mi relato, vi que Si Saadi sonreía con malicia, mirando a Si Saad, que estaba muy abatido. Y hubo un momento de silencio, al cabo del cual me dijo Si Saad: "En verdad que el éxito no es tal como yo esperaba. Pero no voy a hacerte reproches, aunque esa historia del gavilán sea un poco extraña, y me induzca, en uso de mi derecho, a no creerla y a suponer que te has divertido, te has regalado y has estado de comilona con el dinero que te di para que de él hicieras un uso muy distinto. De todos modos, deseo intentar la experiencia contigo una vez más, y entregarte otra suma igual a la primera. ¡Porque no quiero que mi amigo Saadi se salga con la suya después de una sola tentativa por mi parte!"

Y tras de hablar así, me contó doscientos dinares, diciéndome: "Quiero creer que esta vez no guardarás esa suma en tu turbante...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 870ª NOCHE

Ella dijo:

"...Quiero creer que esta vez no guardarás esa suma en tu turbante". Y cuando ya le cogía yo las manos para llevármelas a los labios, me dejó y se fue con su amigo.

Por lo que a mí respecta, no reanudé mi trabajo cuando se marcharon, y me apresuré a cerrar la tienda y a entrar en casa, sabiendo que a aquella hora no encontraría allí a mi mujer ni a los niños. Y puse aparte diez dinares de oro de los doscientos, y envolví los otros ciento noventa en un lienzo, atándolo. Y ya sólo me quedaba dar con un lugar seguro para esconder aquel dinero. Así es que, después de haber reflexionado mucho tiempo, se me ocurrió meterlo en el fondo de una cuba llena de salvado, donde me imaginaba con razón que nadie pensaría en ir a buscarlo. Y tras de colocar otra vez la cuba en su rincón, salí mientras mi mujer entraba a preparar la comida. Y dejándola sola le dije que iba a comprar cáñamo, pero que volvería a la hora de comer. Y he aquí que mientras yo estaba en el zoco para hacer aquella compra, acertó a pasar por mi calle un vendedor de esa tierra que limpia los cabellos y de la cual se sirven las mujeres en el hammam, y se anunció con su pregón. Y mi mujer, que desde hacía mucho tiempo no se había limpiado el cabello, llamó al vendedor. Pero como no tenía dinero encima, no sabía qué hacer para pagarle, y pensó, diciéndoselo a sí misma: "Esta cuba de salvado que hace tanto tiempo que está aquí, por el momento no nos es de ninguna necesidad. Voy, pues, a dársela al vendedor a cambio de la tierra de limpiar el cabello".

Y así lo hizo.

Y tras de consentir el vendedor en este cambio, quedó ultimado el trato. Y se llevó la cuba con su contenido.

En cuanto a mí, a la hora de comer volví cargado con cuanto cáñamo podía llevar a cuestas, y lo puse en el sobradillo que a este efecto había dispuesto en la casa. Luego me apresuré a echar disimuladamente una ojeada a la cuba que contenía mi fortuna. Y vi lo que vi. Y pregunté con precipitación a mi mujer por qué había quitado la cuba de su sitio habitual. Y me contestó contándome tranquilamente el cambio consabido. Y con la impresión entró la muerte roja en mi alma. Y me desplomé en el suelo como un hombre atacado de vértigo. Y exclamé: "Alejado sea el Lapidado, ¡oh mujer! Acabas de cambiar mi destino, tu destino y el destino de nuestros hijos por un poco de tierra de limpiar los cabellos. ¡Esta vez estamos perdidos sin remedio!" Y en pocas palabras la puse al corriente de la cosa.

Y ella empezó a lamentarse, a golpearse el pecho, a mesarse los cabellos y a desgarrarse los vestidos con desesperación. Y exclamó: "¡Oh, qué desgracia por culpa mía! He vendido la fortuna de los niños a ese vendedor de tierra de limpiar, a quien no conozco. Es la primera vez que pasa por nuestra calle, y ya no volveré a encontrarle nunca, sobre todo ahora que habrá descubierto la bolsa."

Luego, tras de la reflexión, hubo de reprocharme mi falta de confianza en ella para un asunto de tanta importancia, diciéndome que seguramente se habría evitado aquella desgracia si yo le hubiese dado parte de mi secreto. Y sin duda sería demasiado prolijo contarte, ¡oh mi señor! pues no ignoras cuán elocuentes son las mujeres en la aflicción, todo lo que el dolor le puso entonces en la boca. Y yo no sabía qué hacer para calmarla. Le decía: "¡Oh hija del tío, modérate, por favor! ¿No ves que vas a atraer con tus gritos y tus llantos a todos los vecinos, y verdaderamente no hay necesidad de que se enteren de esta segunda desgracia, cuando no tienen ya bastante sonrisas y palabras burlonas para hacer befa de nosotros y humillarnos con lo del gavilán? Y ahora tendrían doble gusto en bromearnos por nuestra candidez.

Así que es preferible para nosotros, que ya hemos aguantado sus bromas, ocultar esta pérdida y soportarla pacientemente, sometiéndonos a los decretos del Altísimo. Todavía hemos de bendecirle por no haber querido quitarnos de Sus dones más que ciento noventa monedas, dejándonos estas diez, cuyo empleo no dejará de proporcionarnos algún desahogo." Pero, por muy buenas que fuesen mis razones, a mi mujer le costó mucho trabajo rendirse a ellas. Y sólo conseguí consolarla poco a poco, diciéndole: "Es verdad que somos pobres. Pero, en suma, ¿qué tienen más que nosotros en la vida los ricos? ¿No respiramos el mismo aire? ¿No disfrutamos del mismo cielo y de la misma luz? ¿Y no se mueren ellos como nosotros?" Y hablando así, ¡oh mi señor! no solamente acabé por convencerla, sino por convencerme a mí mismo. Y reanudé mi trabajo, con el espíritu tan libre como si no nos hubiesen sucedido aquellas dos aflictivas aventuras.

Una sola cosa, sin embargo, continuaba apenándome: me sentía inquieto al preguntarme a mí mismo cómo iba a resistir la presencia de Si Saad, mi bienhechor, cuando fuera a pedirme cuentas del empleo de los doscientos dinares de oro. Y esta idea ennegrecía ante mi rostro el mundo y la vida.

Por fin llegó el tan temido día que me puso en presencia de ambos amigos. Y felicitándose por haber tardado tanto en ir a saber noticias mías, Si Saad debía decir sin duda a Si Saadi: "No nos apresuremos a ir en busca de Hassán el cordelero. Porque cuanto más retrasemos nuestra visita, más se habrá enriquecido, y será mayor la satisfacción que yo tenga." Y Si Saadi supongo que respondería, sonriendo: "¡Por Alah, que no deseo otra cosa que estar de acuerdo contigo! No obstante, me temo que el pobre Hassán todavía tenga que recorrer mucho camino antes de llegar al paraje donde le espera la opulencia. Pero ya hemos llegado. ¡Y él mismo ha de decirnos cómo van sus negocios!"

Y yo ¡oh Emir de los Creyentes! estaba tan confuso, que no tenía más que un deseo, y era el de ocultarme a su vista; y con todas mis fuerzas anhelaba que la tierra se abriese y me tragase. Así es que cuando estuvieron delante de la tienda, hice como que no les advertía, y aparenté estar muy atareado en mi trabajo de cordelero. Y sólo levanté los ojos para mirarles cuando me hicieron la zalema y me vi obligado a devolvérsela. Y para que no durasen mucho rato mi suplicio y mi azoramiento, no quise esperar a que me preguntaran, y me encaré resueltamente con Si Saad y le conté, sin tomar aliento, la segunda desgracia que me había ocurrido, es decir, el cambio que mi mujer hizo de la cuba de salvado, donde escondí la bolsa, por un poco de tierra de limpiar el cabello. Y habiéndome desahogado así un tanto, bajé los ojos, me volví a mi sitio y reanudé mi trabajo sujetando de nuevo la madeja de cáñamo al dedo gordo de mi pie izquierdo.

Y pensé: "Ya he dicho lo que tenía que decir. ¡Y Alah sólo sabe lo que sucederá!"

Pero, lejos de enfadarse conmigo o de injuriarme, motejándome de embustero y de hombre de mala fe, Si Saad supo contenerse, sin demostrar ni por asomo el despecho que sentía al ver que el Destino le quitaba la razón con tanta persistencia. Y se contentó con decirme: "Después de todo, Hassán, es posible que sea verdad cuanto me cuentas, y que verdaderamente se haya esfumado la segunda bolsa, como se esfumó su hermana. Sin embargo, es un poco asombroso, en verdad, que el gavilán y el vendedor de tierra de limpiar se hayan presentado, precisamente en el momento en que te hallabas distraído o ausente. ¡De cualquier modo, renuncio a intentar nuevas experiencias en lo sucesivo!" Luego se encaró con Si Saadi, y le dijo: "Pero ¡oh Saadi! no persisto menos en pensar que sin dinero nada es posible, y que un pobre permanecerá pobre mientras con su trabajo no fuerce al Destino para que le sea favorable".

Pero Si Saadi contestó: "¡Qué error el tuyo, ¡oh generoso Saad! Para que prevaleciera tu opinión, no has vacilado en tirar cuatrocientos dinares, llevándose la mitad un gavilán y la otra mitad un vendedor de tierra de limpiar los cabellos. Pues bien, por mi parte, no seré tan generoso como tú has sido, sino que solamente quiero, a mi vez, tratar de probarte que la marcha del Destino es la única norma de nuestra vida, y que los decretos del Destino son los únicos elementos de buena o mala suerte con que podemos contar." Luego se encaró conmigo, y enseñándome un gran trozo de plomo que acababa de coger del suelo, me dijo: "¡Oh Hassán, de quien huyó la suerte hasta el presente! quisiera ayudarte, como lo ha hecho mi generoso amigo Si Saad. Pero Alah no me ha favorecido con tantas riquezas, y todo lo que puedo darte es este pedazo de plomo, que sin duda ha perdido algún pescador al recoger sus redes."

A estas palabras de Si Saadi, su amigo Si Saad se echó a reír a carcajadas, creyendo que quería gastarme una broma. Pero Si Saadi no prestó atención a ello, y con grave ademán me ofreció el trozo de plomo, diciéndome: "Tómalo, y deja que se ría Si Saad. Porque llegará el día en que este trozo de plomo te será más útil, si tal es tu destino, que toda la plata de las minas".

Y sabiendo hasta qué punto era hombre de bien Si Saadi, y cuán grande era su sabiduría, no quise desairarle haciendo la menor observación. Y cogí el trozo de plomo que me ofrecía, y lo guardé cuidadosamente en mi cinturón, vacío de toda moneda. Y no dejé de darle gracias calurosamente por sus buenos deseos y por sus buenas intenciones. Y acto seguido los dos amigos me dejaron para continuar su paseo, en tanto que yo de nuevo me entregaba a mi trabajo. Y cuando, por la noche, regresé a casa, y después de cenar me desnudé para acostarme, sentí que algo caía al suelo de pronto. Y lo busqué y lo recogí, encontrándome con que era el trozo de plomo que me había echado al cinturón. Y sin darle la menor importancia, lo puse donde primero se me ocurrió, y me tumbé en el colchón, no tardando en dormirme...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 871ª NOCHE

Ella dijo:

...en el colchón, no tardando en dormirme.

Y he aquí que aquella noche, cuando se despertó tan temprano como de costumbre un pescador de mi vecindad, advirtió, al repasar sus redes antes de cargárselas a la espalda, que les faltaba un trozo de plomo precisamente en un sitio en que la carencia de plomo constituía un defecto grave para el buen funcionamiento de lo que le proporcionaba el pan. Y como no tenía a mano otro plomo de recambio y no era hora de ir a comprarlo en el zoco, pues todas las tiendas estaban cerradas, sintió una perplejidad grande al pensar que si no se iba de pesca dos horas antes del día no tendría con qué alimentar a su familia al día siguiente. Y entonces se decidió a decir a su mujer que, a pesar de lo intempestivo de la hora y el trastorno que aquello suponía, fuera a despertar a sus vecinos más próximos y a exponerle la situación, rogándoles que le dieran un trozo de plomo que supliese al que faltaba a su red.

Y como precisamente éramos nosotros los vecinos más próximos al pescador, la mujer llamó a nuestra puerta, mientras sin duda pensaba: "Voy a pedir plomo a Hassán el cordelero, aunque por experiencia sé que a su casa hay que ir cuando no se tiene necesidad de nada". Y siguió llamando a la puerta hasta que me desperté. Y grité: "¿Quién hay en la puerta?" Ella contestó: "¡Soy yo, la hija del tío de tu vecino el pescador! ¡Oh Hassán! se me ha ennegrecido el rostro por turbar así tu sueño; pero se trata de lo que da el pan al padre de mis hijos, y obligo a mi alma a este acto de mala educación. Por favor, dispénsame, y para que no te tenga levantado más tiempo, dime si dispones de un trozo de plomo que prestar a mi esposo para que arregle sus redes".

Y al punto me acordé del plomo que me había dado Si Saadi, y pensé: "¡Por Alah, que no podré utilizarlo mejor que haciendo ese servicio a mi vecino el padre de sus hijos!" Y contesté a la vecina que precisamente tenía un trozo de plomo que podía servirle, y fui a buscar a tientas el trozo consabido, y se lo entregué a mi mujer para que se lo diera a la vecina.

Y la pobre mujer, satisfecha de no haber andado en vano y de no volverse a su casa sin resultado, dijo a mi mujer: "¡Oh vecina nuestra! ¡qué gran servicio es el que nos presta esta noche el jeique Hassán! ¡Así es que, en cambio, todo el pescado que coja mi esposo a la primera redada estará escrito a vuestra salud, y os lo traeremos mañana por encima de nuestra cabeza!" Y se apresuró a ir a entregar el trozo de plomo a nuestro vecino el pescador, que compuso con él sus redes, y salió de pesca dos horas antes del día, como de costumbre.

Y he aquí que la primera redada, a nuestra salud, no proporcionó más que un solo pez. Pero aquel pez era de más de un codo de largo y grueso en proporción. Y el pescador lo apartó en su cesto y prosiguió su pesca. Pero, de todo el pescado que cogió, ni un solo pez igualaba al primero en hermosura ni en tamaño. Así es que, cuando el pescador acabó de pescar, su primer cuidado, antes de ir a vender al zoco el producto de su pesca, fue poner el pez apartado en una almohada de follaje oloroso y llevárnoslo, diciéndonos: "¡Alah haga que os parezca delicioso y agradable!" Y añadió: "Os ruego que admitáis esta dádiva, aunque no sea suficiente ni oportuna. Y dispensadme su escasez, ¡oh vecinos! Porque así es vuestra suerte, ya que eso constituye toda mi primera redada."

Y contesté: "Ve ahí un trato en el que sales perdiendo, ¡oh vecino! Porque ésta es la primera vez que se vende un pez tan hermoso y de tanta valía por un trozo de plomo que apenas vale una ínfima moneda de cobre. Pero lo recibimos como regalo de tu parte, para no desairarte, y porque lo haces de corazón amistoso y generoso." Y aún cambiamos algunos cumplidos, y se marchó.

Y entregué a mi esposa el pez del pescador, diciéndole: "Ya ves ¡oh mujer! que no estaba equivocado Si Saadi cuando me decía que un pedazo de plomo podría serme más útil, si Alah quisiera, que todo el oro del Sudán. He aquí un pez como jamás lo han tenido en sus bandejas los emires y los reyes." Y aunque le regocijaba mucho el ver aquel pez, no dejó de replicarme mi esposa: "¡Si, por Alah! pero ¿cómo voy a arreglarme para guisarlo? No tenemos parrillas ni tampoco tenemos una olla bastante grande para cocerle en ella entero".

Y contesté "¡No te apures por eso, pues nos le comeremos con mucho gusto entero o en pedazos! No tengas escrúpulos por su presentación, y no temas cortarle en pedazos para ponerle guisado". Y partiéndole por la mitad, mi mujer le sacó las entrañas, y vio en medio de aquellas entrañas una cosa que brillaba con vivo resplandor. La cogió, la lavó en el cubo, y vimos que era un trozo de vidrio del tamaño de un huevo de paloma y transparente como el agua de roca. Y tras de contemplarlo algún tiempo, se lo dimos a nuestros hijos para que les sirviese de juguete y no molestaran a su madre, que preparaba el excelente pez.

Y he aquí que por la noche, a la hora de cenar, mi mujer advirtió que, aunque no había encendido todavía su lámpara de aceite iluminaba la estancia una luz que no había traído ella. Y miró a todos lados para ver de dónde procedía aquella luz, y vio que la proyectaba el huevo de vidrio abandonado en el suelo por los niños. Y cogió aquel huevo y lo puso al borde del aparador, en el sitio ordinario de la lámpara. Y llegamos al límite del asombro al ver la vivacidad de la luz que salía de él, y exclamé: "Por Alah, ¡oh mujer! he aquí que el trozo de plomo de Si Saadi no sólo nos alimentaba sino que nos alumbra y nos dispensará, para en lo sucesivo, de comprar aceite para arder".

Y a la claridad maravillosa de aquel huevo de vidrio, nos comimos el deleitoso pescado, comentando nuestro doble provecho de aquel día bendito y glorificando al Retribuidor por sus beneficios. Y aquella noche nos acostamos satisfechos de nuestra suerte y sin desear nada mejor que la continuación de aquel estado de cosas.

Y he aquí que al día siguiente, gracias a la lengua larga de la hija del tío, no tardó en correr por todo el barrio el rumor de que en el vientre del pescado habíamos descubierto aquel vidrio luminoso. Y enseguida recibió mi mujer la visita de una judía, vecina nuestra, cuyo marido era joyero del zoco. Y tras de las zalemas y salutaciones por una y otra parte, la judía, después de contemplar durante largo rato el huevo de vidrio, dijo a mi esposa: "¡Oh vecina mía Aischah! da gracias a Alah, que me ha conducido hoy a tu casa. ¡Porque, como me gusta este trozo de vidrio, y tengo otro trozo de vidrio muy parecido con el que me adorno algunas veces y que hace pareja con éste, quisiera comprártelo, y te ofrezco por él, sin regatear, la enorme suma de diez dinares de oro nuevo!"

Pero nuestros hijos que oyeron hablar de vender su juguete, se echaron a llorar, rogando a su madre que lo guardara para ellos. Y a fin de apaciguarlos, y también porque aquel huevo nos servía de lámpara, ella declinó oferta tan tentadora, con gran despecho de la judía, que se marchó cariacontecida.

A la sazón volví ya del trabajo y mi mujer me puso al corriente de lo que acababa de pasar. Y le contesté: "En verdad ¡oh hija del tío! que si este huevo de vidrio no tuviese algún valor, esa hija de judíos no nos habría ofrecido la suma de diez dinares. Supongo, pues, que volverá otra vez para ofrecernos más. Pero ya veré yo el modo de hacer subir la oferta". Y aquello me indujo al punto a pensar en las palabras de Si Saadi, que me había predicho que un trozo de plomo seguramente podría hacer la fortuna de un hombre, si tal era su destino. Y esperé con toda confianza a que por fin se mostrase mi destino después de huirme durante tanto tiempo.

Aquella misma noche, de acuerdo con mis presentimientos, la judía, esposa del joyero, fue a hacer una segunda visita a mi esposa; y tras de las zalemas y salutaciones de rigor, le dijo: "¡Oh vecina mía Aischah! ¿cómo puedes despreciar los dones del Retribuidor? ¡Y al despreciarlos rechazas el pan que te ofrezco por un trozo de vidrio! ¡Pero ya que se trata del bien de tus hijos, sabe que he hablado de ese huevo con mi marido, y como estoy encinta y no conviene que el deseo de las mujeres encinta se reconcentre sin verse cumplido, ha consentido en dejarme que te ofrezca veinte dinares de oro nuevo a cambio de tu trozo de vidrio!"

Pero mi mujer, que había recibido instrucciones mías a este respecto, contestó: "¡Ay, Ualah! ¡oh vecina! me haces volver en mí. Pero yo no tengo voto en casa, pues el hijo de mi tío es el amo de la casa y de su contenido, y a él es a quien tienes que dirigirte. ¡Espera, pues, a su regreso para hacerle esa oferta!"

Y cuando regresé, la judía me repitió lo que había dicho a mi esposa, y añadió: "Te traigo el pan de tus hijos, ¡oh hombre! por un trozo de vidrio. Porque debe satisfacerse mi antojo de mujer encinta, y mi esposo no quiere tener sobre su conciencia la reconcentración del deseo de las mujeres encinta. ¡Por eso ha consentido en dejarme proponerte ese cambio y esa venta, con gran pérdida para él!"

Y yo, ¡oh mi señor! dejando a aquella judía que me dijera cuánto quería darme, me tomé tiempo para responderle y acabé por mirarla sin decir una palabra, meneando la cabeza por toda respuesta.

Al ver aquello, a la hija de judíos se le puso muy amarilla la tez, me miró con ojos llenos de desconfianza, y me dijo: "Ruega a tu Profeta ¡oh musulmán!" Y contesté: "¡Con Él la plegaria y la paz ¡oh descreída! y las más escogidas bendiciones del Dios único!"

Y ella repuso: "¿A qué vienen esos ojos vacíos ¡oh padre de tus hijos! y ese ademán negativo para los beneficios del Retribuidor sobre tu casa por mediación nuestra?" Yo contesté: "¡Los beneficios de Alah sobre Sus criaturas ¡oh hija de descreídos! son ya incalculables! ¡Glorificado sea, sin mediación de los que se apartan del camino derecho!" Y ella me dijo:

"¿Entonces rehúsas los veinte dinares de oro?" Y tras de hacer de nuevo yo el signo negativo, me dijo ella: "¡Pues bien, ¡oh vecino! te ofrezco por tu vidrio cincuenta dinares de oro! ¿Estás satisfecho?" Y con mi gesto más indiferente, de nuevo hice un signo negativo de cabeza. Y me puse a mirar a otra parte...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 872ª NOCHE

Ella dijo:

...Y con mi gesto más indiferente, de nuevo hice un signo negativo de cabeza. Y me puse a mirar a otra parte.

Entonces la mujer del joyero recogió sus velos como para marcharse, se dirigió a la puerta, hizo ademán de abrirla, y como decidiéndose de pronto, se encaró conmigo y me dijo: "¡La última palabra! ¡Cien dinares de oro! ¡Y eso que no sé si mi marido querrá darme tan formidable suma!"

Y entonces accedí a contestar, y le dije, no sin un aire de profunda indiferencia: "No es para que te marches disgustada, ¡oh vecina! pero estás muy lejos de ponerte en razón. Porque este huevo de vidrio, por el que me ofreces el precio irrisorio de cien dinares, es una cosa maravillosa, y su historia es tan maravillosa como él mismo. Por eso, y únicamente para darte gusto a ti y a nuestro vecino, y para no hacer que se reconcentre el deseo de una mujer encinta, me limitaré a reclamar, como precio de ese huevo luminoso, la suma de cien mil dinares de oro, ni uno más, ni uno menos. ¡Y si quieres, lo tomas, y si no, lo dejas, pues más me ofrecerán otros joyeros que están más al corriente que tu marido del valor real de las cosas hermosas y únicas! En cuanto a mí, ante Alah el Omnisciente juro que no variaré de tasación ni para aumentarla ni para disminuirla. ¡Uassalam!"

Cuando la mujer del judío hubo oído estas palabras y comprendido su significado, no supo replicar nada, y me dijo, marchándose: "Yo ni vendo ni compro, sino que es mi marido quien manda. Si la cosa le conviene, ya te hablaré de ello. ¡Prométeme, sin embargo, tener paciencia y esperar, antes de entrar en tratos con otros joyeros, a que él vea por sí mismo ese huevo de vidrio!"

Y se lo prometí.

Y se marchó.

Después de aquella discusión, ¡oh Emir de los Creyentes! ya no dudé de que el tal huevo, que yo creía de vidrio, era una gema entre las gemas del mar, desprendida de la corona de algún rey marino. Y por otra parte, yo, como todo el mundo, sabía que en las profundidades yacen tesoros con los que se adornan las hijas del mar y las reinas del mar. Y aquel hallazgo sirvió para confirmarme en mi creencia. Y glorifiqué al Retribuidor, que, por conducto del pez del pescador, había puesto entre mis manos aquella maravillosa muestra de los adornos de las jóvenes marinas. Y determiné no desdecirme de la cifra de cien mil dinares que había dicho a la mujer del judío, pensando que mejor habría hecho en no apresurarme a fijar de aquel modo la tasación, cuando tal vez hubiera podido obtener más del joyero judío. Pero como había fijado esta cifra solemnemente, no quise desdecirme, y me prometí mantenerme en lo que hube de indicar.

Y como había yo previsto, no tardó en presentarse en mi casa el joyero judío en persona. Y tenía un aire de redomado que no me anunciaba nada bueno, sino que me advertía que el hijo de cochinos iba a utilizar toda su astucia para escamotearme la gema como el que no quiere la cosa. Y por mi parte, me puse en guardia, adoptando la actitud más sonriente y más amable, y le rogué que tomara asiento en la estera. Y después de las zalemas y salutaciones de rigor, me dijo él: "¡Espero ¡oh vecino! que no estará el cáñamo demasiado caro en estos tiempos y que los negocios de tu tienda serán benditos!" Y yo contesté en el mismo tono: "La bendición de Alah no falta a Sus creyentes, ¡oh vecino! Y espero que a ti te serán favorables en el zoco de los joyeros". Y me dijo él: "¡Por vida de Ibrahim y de Yacub, ¡oh vecino! créeme que peligran, créeme que peligran! Y apenas si tenemos para comer un pedazo de pan y de queso". Y durante un buen rato continuamos hablando de tal suerte, sin abordar la única cuestión que nos interesaba, hasta que el judío, al ver que nada sacaba de mí por ese medio, acabó por ser el primero en decirme: "La hija de mi tío ¡oh vecino! me ha hablado de cierto huevo de vidrio, sin gran valor por lo demás, que sirve de juguete a tus hijos, y ya sabes que cuando una mujer está encinta, como lo está la mía, tiene antojos extraños y estrambóticos. Pero, desgraciadamente, nos vemos precisados a satisfacer tales antojos, hasta cuando son irrealizables, a trueque de que el objeto deseado llegue a imprimirse en el cuerpo del niño y a deformarle. Y en el caso actual, como el deseo de mi mujer se ha cifrado en ese huevo de vidrio, mucho me temo que, si no lo satisfago, se reproduzca ese huevo en tamaño natural sobre la nariz de nuestro hijo, cuando nazca, o sobre cualquier parte más delicada todavía y que la decencia me impide nombrar. Te ruego, pues, ¡oh vecino! que me enseñes, ante todo, ese huevo de vidrio, y en caso de que viera que me es imposible adquirir uno parecido en el zoco, tengas a bien cedérmelo mediante un precio razonable que tú me indicarás, sin aprovecharte demasiado de mi situación".

Y a estas palabras del judío, contesté: "Escucho y obedezco".

Y me levanté y fui hacia mis hijos, que jugaban en el patio con el huevo consabido y se lo quité de las manos, a pesar de sus gritos y sus protestas. Luego volví a la estancia donde me esperaba el judío sentado en la estera, y cerré la puerta y las ventanas, de modo que fuese completa la oscuridad, disculpándome por obrar así. Y hecho lo cual, me saqué del seno el huevo y lo puse bien a la vista, sobre un taburete, ante el judío.

Y al punto se iluminó la habitación como si ardieran en ella cuarenta antorchas. Y al ver aquello, el judío no pudo menos de exclamar: "¡Es una de las gemas que adornan la corona de Soleimán ben Daud!" Y tras de asombrarse de tal suerte, comprendió que había hablado demasiado, y se rehízo, diciendo: "Pero ya las he tenido semejantes entre mis manos. ¡Y como no eran de fácil venta, me he apresurado a revenderlas con pérdida! ¡Ah! ¿por qué estará encinta ahora la hija del tío para obligarme a adquirir una cosa invendible?"

Luego me dijo: "¿Cuánto pides ¡oh vecino! por este huevo marino?"

Yo contesté: "No está en venta, ¡oh vecino! pero te lo daré para no hacer que se reconcentre el deseo de la hija de tu tío. Y ya he marcado el precio de esta cesión. ¡Alah es testigo de que no me desdeciré!" Y me dijo él: "¡Sé razonable, ¡oh hijo de gentes de bien! y no arruines mi casa! ¡Aunque vendiera mi tienda y mi casa y aunque me vendiera yo mismo en el zoco de los subastadores, con mi mujer y mis hijos, no llegaría a realizar la cifra exorbitante que has señalado, en broma sin duda alguna! ¡Cien mil dinares de oro, ya Alah! ¡cien mil dinares de oro, ¡oh jeique! ni uno más, ni uno menos! ¡Es mi muerte lo que reclamas!"

Y tras de volver a abrir la puerta y las ventanas, contesté tranquilamente: "¡Cien mil dinares de oro, ni uno más, que el aumento sería ilícito! ¡Pero ni uno menos! ¡Lo tomas, si quieres, y si no lo dejas!" Y añadí: "Y cuenta que, si yo hubiera sabido que este huevo maravilloso era una gema entre las gemas marinas de la corona de Soleimán ben Daud (¡con ambos la plegaria y la paz!), no hubiese pedido cien mil dinares, sino diez veces cien mil, y además, algunos collares y joyeles de tu tienda como presente para mi mujer, que ha preparado el negocio difundiendo nuestro descubrimiento. Date, pues, por muy contento con pagar ese precio irrisorio, ¡oh hombre! y ve en busca de tu oro".

Y el joyero judío, con la nariz muy alargada al ver que nada podía hacer, se reconcentró un instante, luego me miró con resolución, y dijo, lanzando un gran suspiro: "¡El oro está a la puerta! ¡Dame la gema!" Y así diciendo, sacó la cabeza por la ventana y gritó a un esclavo negro que permanecía estacionado en la calle y tenía de la brida a un mulo cargado con varios sacos: "¡Hola Mubarak! ¡sube aquí los sacos y la balanza!"

Y el negro subió a mi casa los sacos llenos de dinares, y el judío los abrió uno tras otro y me pesó los cien mil dinares, como yo los había pedido, ni uno más, ni uno menos. Y la hija de mi tío sacó de nuestro cofre grande de madera, único que poseíamos, toda la ropa que contenía, y lo llenamos con el oro del judío. Y sólo entonces me saqué del seno, donde la había guardado para que estuviese segura, la gema salomónica, y se la entregué al judío, diciéndole: "¡Ojalá la revendas diez veces más cara de lo que acabas de comprarla!" Y él se echó a reír con una boca que le llegaba hasta las orejas, diciéndome: "¡Por Alah, ¡oh jeique! que no está de venta! La destino a satisfacer el antojo de mi mujer encinta".

Y se despidió de mí y me hizo ver la anchura de sus hombros.

¡Y esto es lo referente a él!

¡...Pero he aquí ahora lo que atañe a Si Saad, a Si Saadi y al destino que me trajo el pez...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 873ª NOCHE

Ella dijo:

¡Pero he aquí ahora lo que atañe a Si Saad, a Si Saadi y al destino que me trajo el pez!

Cuando de la noche a la mañana me vi más rico de lo que nunca había deseado mi alma, y rodeado de oro y opulencia, no me olvidé de que, al fin y al cabo, sólo era un antiguo cordelero pobre, hijo de cordelero, y di gracias al Retribuidor por Sus beneficios y me puse a pensar en el uso que en adelante habría de hacer de mis riquezas. Pero habría querido primeramente besar la tierra entre las manos de Si Saadi, para demostrarle mi gratitud y hacer lo mismo con Si Saad, a quien, en último término, debía el ser quien era, por más que él no viera realizadas, como Si Saadi, sus buenas intenciones para conmigo. Pero me lo impidió la timidez; y además, yo no sabía con exactitud dónde vivían ambos. Por eso preferí esperar a que fuesen ellos por propio impulso a pedir noticias del pobre cordelero Hassán. (¡Alah le tenga en Su compasión al tal antiguo Hassán, que ya ha fallecido y tuvo una juventud tan miserable!)

Y entretanto, decidí hacer el mejor uso posible de la fortuna que me había sido escrita. Y lo primero que hice no fue comprarme ricos trajes ni cosas suntuosas, sino en ir en busca de todos los cordeleros pobres de Bagdad, que vivían en el mismo estado de miseria en que había vivido yo tanto tiempo, y congregándolos les dije: "He aquí que el Retribuidor me ha escrito el bienestar y me ha enviado Sus beneficios, siendo yo el último en merecerlos. Y por eso ¡oh hermanos musulmanes! deseo que los favores del Altísimo no se acumulen sobre la misma cabeza y que os aprovechéis de ellos con arreglo a vuestras necesidades. Así es que desde hoy os tomo a todos a mi servicio, empleándoos en trabajar para mí en la obra de cordelería, en la seguridad de que se os pagará liberalmente, según vuestra habilidad, a fin de la jornada. De esta manera tendréis la certeza de ganar abundantemente el pan de vuestra familia sin tener que preocuparos del día de mañana. Y ya sabéis por qué os he congregado en este local. Y esto es lo que tenía que deciros. ¡Pero Alah es más generoso y más magnánimo!"

Y los cordeleros me dieron gracias y alabaron mis buenas intenciones con respecto a ellos, y aceptaron lo que les propuse. Y desde entonces continúan trabajando por mi cuenta con tranquilidad, contentos de tener asegurada su vida y la de sus hijos. Y yo, merced a esta organización, cada vez aumento más mis rentas y consolido mi situación.

Ya hacía algún tiempo que había abandonado yo mi pobre casa antigua para establecerme en otra que había hecho construir a todo costo entre jardines, cuando Si Saad y Si Saadi pensaron por fin en ir a saber noticias del pobre cordelero Hassán conocido de ellos. Y fue extremado su asombro cuando nuestros antiguos vecinos, a quienes preguntaron al ver mi tienda cerrada como si me hubiese muerto, les aseguraron que no solamente estaba vivo todavía, sino que era uno de los mercaderes más ricos de Bagdad, que habitaba un maravilloso palacio rodeado de jardines y que ya no me llamaba Hassán el cordelero, sino Si Hassán el Magnífico. Entonces, tras de hacer que les dieran señas más precisas acerca del lugar en que se hallaba mi palacio, se dirigieron a él y no tardaron en llegar ante la puerta principal que daba acceso a los jardines. Y el portero les hizo atravesar un bosque de naranjos y de limoneros cargados de frutos y cuyas raíces se refrescaban en el agua que perpetuamente corría por una reguera que partía del río. Y cuando llegaron a la sala de recepción, estaban ya encantados de la frescura, del sombrajo, del murmullo del agua y del canto de los pájaros.

Y no bien me anunció su llegada uno de mis esclavos, les salí al encuentro apresuradamente y quise cogerles la orla del traje para besársela. Pero me lo impidieron y me abrazaron como si fuese su hermano, y les invité a entrar en el kiosco que había en el jardín, rogándoles que se sentaran en el sitio de honor que les correspondía. Y me senté un poco más lejos, como era debido.

Y después de hacer que les sirvieran sorbetes y refrescos, les conté cuanto me había sucedido punto por punto, sin olvidar el menor detalle. Pero no hay utilidad en repetirlo. Y Si Saadi, en el límite de la satisfacción, se encaró con su amigo y le dijo: "Ya lo ves, ¡oh Si Saad!" Y no le dijo nada más.

Y aún no habían vuelto del asombro en que hubo de sumirlos mi historia, cuando dos de mis hijos, que se divertían en el jardín, entraron de improviso, llevando en sus manos un gran nido de ave que acababa de coger para ellos en la copa de una palmera el esclavo que vigilaba sus juegos. Y nos asombramos mucho al ver que aquel nido, que tenía pollos de gavilán, estaba hecho en un turbante. Y al examinar más de cerca aquel turbante, observé, sin que me cupiese duda alguna, que era el mismo que en otro tiempo me había llevado el gavilán ladrón. Y me encaré con mis huéspedes, y les dije: "¡Oh mis señores! ¿os acordáis todavía del turbante que llevaba yo el día en que Si Saad me hizo don de los primeros doscientos dinares?" Y contestaron: "No, por Alah, no nos acordamos con exactitud". Y Si Saad añadió: "¡Pero lo reconoceré, indudablemente, si están en él los ciento noventa dinares!" Y contesté: "¡Oh mis señores, no lo dudéis!" Y saqué los pajarillos, dándoselos a los niños, y desbaraté el nido, y desenrollé el turbante en toda su longitud. Y de la punta colgaba intacta, y atada como yo la había atado, la bolsa de Si Saad con los dinares que contenía.

Y aún no habían vuelto de su asombro mis dos huéspedes, cuando entró uno de los palafreneros llevando en las manos una cuba de salvado que al punto reconocí como la que mi mujer hacía cedido en otro tiempo al mercader de tierra para limpiar el cabello. Y me dijo: "¡Oh mi señor! esta cuba, que he comprado hoy en el zoco, porque se me había olvidado coger pienso para el caballo que montaba, contiene un saco atado que traigo entre tus manos". Y reconocimos la segunda bolsa de Si Saad.

Y desde entonces ¡oh Emir de los Creyentes! los tres vivimos como amigos, convencidos para siempre del poder del Destino, y maravillados de las vías que utiliza para llevar a cabo sus decretos.

Y como los bienes de Alah deben volver a sus pobres, no dejé de invertirlos en hacer las dádivas y limosnas prescritas. Y por eso me has visto dar esa limosna al mendigo del puente de Bagdad.

¡Y tal es mi historia!"

Cuando el califa hubo oído este relato del jeique generoso, le dijo: "¡Ciertamente, ¡oh jeique Hassán! las vías del Destino son maravillosas, y como prueba en apoyo de lo que me has contado, voy a enseñarte algo!"

Y se encaró con el visir del Tesoro y le dijo unas palabras al oído. Y el visir salió para volver al cabo de algunos instantes con un estuche en la mano. Y el califa lo cogió, lo abrió, y enseñó el contenido al jeique, quien al punto reconoció la gema salomónica cedida al joyero judío. Y Al-Rashid le dijo: "Esta gema entró en mi tesoro el mismo día que se la vendiste al judío".

Luego se encaró con el cuarto personaje, que era el maestro de escuela lisiado y con la boca hendida, y le dijo: "Cuenta lo que tengas que contarnos".

Y tras de besar la tierra entre las manos del califa, el hombre dijo:

Historia del maestro de escuela lisiado y con la boca hendida

"Sabe ¡oh Emir de los Creyentes! que, por mi parte, empecé a ganarme la vida como maestro de escuela, y tenía bajo mi mano unos ochenta muchachos. Y la historia de lo que me sucedió con estos muchachos es prodigiosa.

Debo empezar por decirte ¡oh mi señor! que yo era para ellos severo hasta el límite de la severidad, e inflexible y riguroso, hasta el punto de exigir que, incluso en las horas de recreo, continuasen trabajando, y no los enviaba a sus casas hasta una hora después de ponerse el sol. Y aun entonces no dejaba de vigilarlos, siguiéndolos por zocos y barrios, para impedirles que jugaran con granujillas que los pervirtieran.

Y he aquí que fue precisamente mi rigor el que atrajo sobre mi cabeza las calamidades, como vas a ver ¡oh Emir de los Creyentes! En efecto, al entrar un día entre los días en la sala de lectura en el momento en que todos mis alumnos estaban reunidos, los vi de pronto erguirse sobre sus piernas a todos y exclamar con una sola voz "¡Oh maestro, que amarillo tienes hoy el rostro!" Y me sorprendió mucho aquello; pero como no sentía ningún dolor interno que pudiese amarillearme de tal suerte el rostro, no me preocupé excesivamente de aquella noticia, y abrí la clase como de costumbre, gritándoles: "Empezad, ¡oh granujas! que ha llegado la hora de trabajar". Pero he aquí que el alumno monitor avanzó hacia mí con un aire preocupado, y me dijo: "¡Por Alah, ¡oh maestro! tienes muy amarillo el rostro hoy, y Alah aleje tu mal! Si estás muy enfermo, yo daré la clase en lugar tuyo". Y al mismo tiempo, todos los alumnos, demostrando gran inquietud, me miraban llenos de conmiseración, como si ya estuviese yo a punto de rendir el alma. Y acabé por impresionarme mucho, y me dije a mí mismo: "¡Oh! por lo visto debes estar muy mal sin darte cuenta de ello. Y las peores enfermedades son las que entran en el cuerpo subrepticiamente, sin que su presencia se revele por molestias muy marcadas". Y me levanté en aquella hora y en aquel instante, confié la dirección de la clase al alumno monitor, y entré en mi harén, donde me acosté cuan largo era, diciendo a mi esposa: "¡Prepárame contra la ictericia!" Y lo dije lanzando muchos suspiros y quejándome, como si ya estuviese bajo la acción de todas las pestes y enfermedades rojas.

A la sazón, el alumno monitor llamó a la puerta y pidió permiso para entrar. Y me entregó la suma de ochenta dracmas, diciéndome: "¡Oh maestro! los buenos de tus alumnos acaban de verificar una colecta entre ellos para hacerte este presente, a fin de que nuestra maestra pueda cuidarte bien sin reparar en gastos".

Y me conmoví mucho con aquel rasgo de mis alumnos, y para demostrarles mi satisfacción, les di un día de asueto, sin sospechar que se había fraguado todo con este único fin. ¿Pero quién puede adivinar toda la malicia que se oculta en el pecho de los niños?

En cuanto a mí, pasé todo aquel día muy apurado, aunque la vista del dinero que habíame venido de manera tan inesperada me daba cierto gusto. Y al día siguiente volvió a verme el alumno monitor, y al encontrarse conmigo exclamó: "Alah aleje de ti todo mal, ¡oh maestro! ¡Pero aún tienes la tez más amarilla que ayer! ¡Descansa! ¡descansa! ¡Y no te preocupes de los demás...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 874ª NOCHE

Ella dijo:

"...Alah aleje de ti todo mal, ¡oh maestro! ¡Pero aún tienes la tez más amarilla que ayer! ¡Descansa! ¡Y no te preocupes de los demás!" Y muy impresionado con las palabras del maligno muchacho, me dije a mí mismo: "Cuídate bien, ¡oh maestro! cuídate bien a costa de tus alumnos". Y así pensando, dije al monitor: "¡Da tú la clase como si yo estuviera allí!" Y empecé a gemir y a lamentarme de mí mismo. Y dejándome en aquel estado, el muchacho se apresuró a reunirse con los demás alumnos para ponerlos al corriente de la situación.

Y aquel estado de cosas duró una semana entera, al cabo de la cual el alumno monitor me llevó otra suma de ochenta dracmas, diciéndome: "Es la colecta que han hecho los buenos de tus alumnos, a fin de que nuestra maestra te pueda cuidar bien". Y aún me conmoví mucho más que la vez primera, y me dije: "¡Oh! en verdad que tu enfermedad es una enfermedad bendita que te proporciona dinero sin trabajos ni esfuerzos, y que, al fin y al cabo, no te hace sufrir. ¡Ojalá dure mucho tiempo todavía, para mayor bien tuyo!"

Y desde aquel momento decidí fingir que seguía enfermo, persuadido a la larga de que mi organismo no estaba realmente atacado, y diciéndome: "Jamás tus lecciones te producirán tanto como tu enfermedad".

Y a partir de aquel momento, me tocó a mí hacer creer en lo que no existía. Y cada vez que el alumno monitor volvía a verme le decía yo: "¡Voy a morir de inanición, porque mi estómago rehúsa los alimentos!" Pero no era verdad, pues nunca había comido yo con tanto apetito ni me había encontrado mejor.

Y continué viviendo de tal suerte durante algún tiempo, cuando he aquí que un día entró el alumno en el preciso momento en que me disponía a comer un huevo. Y al verle, mi primer impulso fue el de ocultar el huevo en mi boca, por temor de que, al encontrarme comiendo, sospechara la verdad y advirtiese mi falsía. Y como el huevo quemaba, me producía dolores intolerables. Y el empecatado chiquillo, que sin duda alguna debía saber a qué atenerse acerca de la situación, en vez de marcharse persistió en mirarme con aire compasivo y diciéndome: "¡Oh maestro, qué inflamadas tienes las mejillas y cuánto debes sufrir! Eso seguramente debe ser un absceso maligno". Luego, como en mi tortura se me salían los ojos de la cabeza y no le contestaba, me dijo: "¡Hay que abrirlo! ¡hay que abrirlo!"

Y avanzó hacia mí con presteza, y quiso clavarme en la mejilla una aguja gorda. Pero entonces salté sobre ambos pies vivamente, y corrí a la cocina, donde escupí el huevo, que ya me había quemado gravemente las mejillas. Y a consecuencia de aquella quemadura, ¡oh Emir de los Creyentes! se me declaró en la mejilla un verdadero absceso y me hizo ver la muerte roja. Y me hizo ir al barbero, que me sacó la mejilla para vaciarme el absceso. Y a consecuencia de aquella operación se me quedó la boca hendida y deformada.

Y he aquí el porqué de la rasgadura y de la deformación de mi boca. En cuanto al por qué de mi lisiadura, ¡helo aquí!

Cuando, al cabo de algún tiempo, me repuse de las consecuencias de la herida, volví a la escuela, donde fui más riguroso y severo que nunca para con mis alumnos, cuya turbulencia había que reprimir. Y cuando la conducta de uno de ellos dejaba algo que desear, le corregía a estacazos. Así acabé por enseñarles a respetarme de tal modo, que, cuando me ocurría estornudar, abandonaban al instante sus libros y cuadernos, se erguían sobre sus pies con los brazos cruzados y se inclinaban ante mí hasta tierra, exclamando de común acuerdo: "¡Bendición! ¡bendición!" Y yo contestaba, como era razón: "¡Y con vosotros el perdón! ¡y con vosotros el perdón!" Y también les enseñaba otras mil cosas, a cual más provechosa e instructiva. Porque no quería que sus padres gastasen en vano el dinero que me daban por su educación. Y de tal suerte esperaba hacer de los chicos excelentes sujetos y comerciantes respetables.

Un día, que era día de salida, los llevé de paseo un poco más lejos que de costumbre. Y de haber andado mucho, teníamos mucha sed. Y como precisamente habíamos llegado junto a un pozo, decidí bajar a él para aplacar mi sed con el agua fresca que contenía y coger un cubo de ella, si podía, para los chicos.

Y al ver que no había cuerda, cogí todos los turbantes de los alumnos, y haciendo con los mismos una cuerda bastante larga, me la até a la cintura y ordené a mis alumnos que me bajaran al pozo. Y al punto me obedecieron. Y me vi colgado del orificio del pozo. Y me bajaron con precaución para que no diese con la cabeza en la piedra. Y he aquí que el tránsito del calor al fresco y de la luz a la oscuridad me hizo estornudar. Y no pude reprimir un estornudo. Y sea involuntariamente, sea por costumbre, sea por malicia, mis escolares soltaron la cuerda con un ademán unánime, se cruzaron de brazos y exclamaron todos a la vez, como lo hacían en la escuela: "¡Bendición! ¡bendición!" Pero no pude contestarles en aquella circunstancia, porque caí pesadamente al fondo del pozo. Y como el agua no tenía mucha profundidad, no me ahogué; pero me rompí ambas piernas y la clavícula, en tanto que los chicos, espantados no sé si de su hazaña o de su atolondramiento, huyeron a todo correr.

Y yo lanzaba tales gritos de dolor, que unos transeúntes, de quienes llamé la atención, me sacaron del pozo. Y como me hallaba en un estado lamentable, me colocaron en un asno y me llevaron a casa, donde estuve postrado durante un tiempo considerable. Pero jamás me curé de mi accidente. Y no pude volver a ejercer mi profesión de maestro de escuela.

Y por eso ¡oh Emir de los Creyentes! me vi obligado a mendigar para dar de comer a mi mujer y a mis hijos. Y así es como me has visto y socorrido generosamente en el puente de Bagdad.

¡Y tal es mi historia!"

Y cuando el maestro de escuela lisiado y con la boca hendida acabó de contar de tal suerte la causa de su lisiadura y de su deformidad, Massrur, el portaalfanje, le hizo volver a la fila. Y el ciego que se hacía abofetear en el puente avanzó a tientas entre las manos del califa, y obedeciendo a la orden que le habían dado, contó así lo que tenía que contar. Dijo:

Historia del ciego que se hacía abofetear en el puente

"Has de saber ¡oh Emir de los Creyentes! que, por lo que a mí respecta, en tiempos de mi juventud yo era conductor de camellos. Y gracias a mi trabajo y a mi perseverancia, acabé por ser propietario de ochenta camellos de mi exclusiva pertenencia. Y los alquilaba a las caravanas que comerciaban de un país en otro, y en época de peregrinación, lo cual me valía crecidos beneficios y hacía aumentar de año en año mi capital y mis intereses. Y con mis beneficios aumentaba de día en día mi deseo de ser más rico aún, y no pensaba nada menos que en llegar a ser el más rico de los conductores de camellos del Irak.

Un día entre los días, regresando yo de Bassra de vacío con mis ochenta camellos, a los que había conducido a aquella ciudad cargados de mercaderías con destino a la India, y habiendo hecho alto junto a un depósito de agua para darles de beber y dejarlos pacer por las cercanías, vi avanzar en dirección mía a un derviche. Y el tal derviche me abordó con aire cordial, y después de las zalemas por una y otra parte, se sentó a mi lado. Y reunimos nuestras provisiones, y con arreglo a las costumbres del desierto, tomamos juntos nuestra comida. Tras de lo cual nos pusimos a hablar de unas cosas y de otras y nos interrogamos mutuamente acerca de nuestro viaje y de su punto de destino. Y él me dijo que se dirigía a Bassra y yo le dije que iba a Bagdad. Y cuando reinó la intimidad entre nosotros, le hablé de mis negocios y de mis ganancias y le di cuenta de mis proyectos de riquezas y de opulencia.

Y dejándome hablar hasta que concluí, el derviche me miró sonriendo y me dijo: "¡Oh mi señor Babá-Abdalah, cuánto trabajo te tomas para llegar a un resultado tan poco proporcionado, cuando a veces basta un recodo del camino para que el destino os haga, en un abrir y cerrar de ojos, no solamente más rico que todos los conductores de camellos del Irak, sino más poderoso que todos los reyes de la tierra reunidos!". Luego añadió: "¡Oh mi señor Babá-Abdalah! ¿Oíste alguna vez hablar de tesoros escondidos y de riquezas subterráneas?" Y contesté: "Ciertamente, ¡oh derviche! he oído hablar a menudo de tesoros escondidos y de riquezas subterráneas. Y todos sabemos que cada uno de nosotros puede, si tal es el decreto del Destino, despertarse un día más opulento que los reyes todos. Y no hay un labrador que, al labrar su tierra, no piense que llegará día en que caiga sobre la piedra sellada de algún tesoro maravilloso, y no hay un pescador que, al arrojar sus redes al agua, no piensa en que llegará día en que saque la perla o la gema marina que le llevará al límite de la opulencia. ¡Pues no soy un ignorante, ¡oh derviche! y además estoy persuadido de que los hombres de tu corporación conocen secretos y palabras de gran poder!"

Y al oír este discurso, el derviche cesó de escarbar en la arena con su báculo, me miró de nuevo y me dijo: "¡Oh mi señor Babá-Abdalah! creo que hoy no has tenido un mal encuentro al encontrarte conmigo, y se me antoja que este día es para ti precisamente el día en que hará recodo el camino que te conduzca frente a tu destino". Y le dije: "¡Por Alah, ¡oh derviche! que le acogeré con firmeza y con ojos llenos, y tráigame lo que me traiga, lo aceptaré con corazón agradecido!" Y me dijo él: "¡Entonces, levántate ¡oh pobre! y sígueme!"

Y se irguió sobre ambos pies, y echó a andar delante de mí. Y le seguí, pensando: "¡Sin duda hoy es el día de mi destino, después de tanto tiempo como llevo aguardándole!" Y al cabo de una hora de marcha llegamos a un pequeño valle bastante espacioso, cuya entrada era tan estrecha que mis camellos apenas podían pasar por ella uno a uno. Pero no tardó en ensancharse el terreno con el valle, y nos vimos al pie de una montaña tan impracticable, que no había ni que pensar que una criatura humana llegase por allí nunca hasta nosotros. Y el derviche me dijo: "Henos aquí llegados adonde había que llegar. Por lo que a ti respecta, para tus camellos y haz que se sienten, a fin de que, cuando llegue el momento de cargarlos con lo que vas a ver, no nos cueste trabajo el hacerlo". Y contesté con el oído y la obediencia, y me dediqué a sentar a todos los camellos, uno tras de otro, en el amplio espacio que se extendía al pie de aquella montaña, tras de lo cual me reuní con el derviche y le encontré con un eslabón en la mano prendiendo fuego a un montón de leña seca. Y en cuanto brotó llama del montón de leña, el derviche arrojó a él un puñado de incienso macho, pronunciando palabras cuyo significado no comprendí. Y al punto se elevó por el aire una columna de humo que el derviche partió en dos con su báculo. Y enseguida una roca grande, frente a la cual nos encontrábamos, se separó por la mitad y nos dejó ver una ancha abertura en el sitio donde un instante antes había una muralla lisa y vertical...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 875ª NOCHE

Ella dijo:

...Y enseguida una roca grande, frente a la cual nos encontrábamos, se separó por la mitad y nos dejó ver una ancha abertura en el sitio donde un instante antes había una muralla lisa y vertical. Y dentro aparecían montones de oro amonedado y de pedrerías, como esos montículos de sal que se ven a orillas del mar. Y a la vista de aquel tesoro, me abalancé sobre el primer montón de oro, con la rapidez del halcón que cae sobre la paloma, y empecé por llenar un saco de que ya me había provisto. Pero el derviche se echó a reír, y me dijo: "¡Oh pobre, estás haciendo un trabajo poco productivo! ¿No ves que si llenas de oro amonedado tus sacos, pesarán demasiado para cargarlos en tus camellos? ¡Llénalos mejor con esas pedrerías amontonadas que hay un poco más allá, y una sola de las cuales vale por sí más que cada uno de esos montones de oro, siendo cien veces más ligera que una moneda de ese metal!"

Y contesté: "No hay inconveniente, ¡oh derviche!" Porque comprendí cuán justa era su observación. Y uno tras otro, llené mis sacos con aquellas pedrerías, y los cargué de dos en dos a lomos de mis camellos. Y cuando de tal suerte hube cargado a mis ochenta camellos, el derviche, que me había mirado hacer, sonriendo sin moverse de su sitio, se levantó y me dijo: "Ya no tenemos más que cerrar el tesoro y marcharnos". Y tras de hablar así, entró en la roca, y le vi que se dirigía a una orza labrada que había encima de un zócalo de madera de sándalo. Y en mi fuero interno me decía yo: "¡Por Alah, qué lástima no tener conmigo ochenta mil camellos que cargar con esas pedrerías y esas monedas y esas orfebrerías, en vez de los ochenta que son de mi propiedad únicamente!"

Y he aquí que vi al derviche acercarse a la consabida orza preciosa y levantar la tapa. Y sacó de ella un bote de oro, que se metió en el seno. Y como yo le mirara con una especie de interrogación en los ojos, me dijo: "¡No es nada! ¡Un poco de pomada para los ojos!" Y no me dijo más. Y como, impulsado por la curiosidad, quería yo avanzar a mi vez para coger de aquella pomada buena para los ojos, me lo impidió, diciendo: "Bastante tenemos por hoy, y ya es tiempo de que salgamos de aquí". Y me empujó hacia la salida, y pronunció ciertas palabras que no comprendí. Y al punto se juntaron las dos partes de la roca, y en lugar de la anchurosa abertura apareció una muralla tan lisa como si acabasen de tallarla en la misma piedra de la montaña.

Y el derviche se encaró entonces conmigo y me dijo: "¡Oh Babá-Abdalah! vamos ahora a salir de este valle. Y una vez que lleguemos al paraje donde hubimos de encontrarnos, dividiremos ese botín con toda equidad, y nos lo repartiremos amistosamente".

Y enseguida hice levantarse a mis camellos. Y desfilamos en buen orden por donde habíamos entrado al valle, y fuimos juntos hasta el camino de las caravanas, donde debíamos separarnos para seguir cada cual el suyo, yo hacia Bagdad y el derviche hacia Bassra. Pero en el camino me había dicho yo, pensando en el reparto consabido: "¡Por Alah! este derviche pide demasiado por lo que ha hecho. ¡Verdad es que él me ha revelado el tesoro, y lo ha abierto, merced a su ciencia de la hechicería, que el Libro Santo reprueba! ¿Pero qué hubiera hecho sin mis camellos? ¡Y hasta puede ser que sin mi presencia no hubiera tenido éxito la cosa, ya que el tesoro indudablemente está escrito a mi nombre, en mi suerte y en mi destino! Creo, pues, que si le doy cuarenta camellos cargados de estas pedrerías salgo perdiendo yo, que me he fatigado cargando los sacos mientras él descansaba sonriendo; y al fin y al cabo, yo soy el dueño de los camellos. No conviene, por tanto, que le deje hacer el reparto a su antojo. Y sabré hacerle atender a razones".

Así es que, cuando llegó el momento del reparto, dije al derviche: "¡Oh santo hombre! tú que, según los principios de tu corporación, debes preocuparte muy poco de los bienes del mundo, ¿qué vas a hacer de esos cuarenta camellos con su carga, que tan indiferente me reclamas como precio de tus indicaciones?" Y lejos de escandalizarse por mis palabras o de enfadarse, como yo esperaba, el derviche me contestó con voz pausada: "Babá-Abdalah, estás en lo cierto al decir que debo ser hombre que se preocupa muy poco de los bienes de este mundo. Así, no es por mí por quien reclamo la parte que me corresponde en un reparto equitativo, sino para distribuirla por el mundo a todos los pobres y a todos los desheredados. En cuanto a lo que tú llamas injusticia, piensa, ya Babá-Abdalah, que con cien veces menos de lo que te he dado serías ya el más rico de los habitantes de Bagdad. Y olvidas que nada me obligaba a hablarte de ese tesoro, y que hubiera podido guardar para mí solo el secreto.

¡Desecha, pues, la avidez y conténtate con lo que Alah te ha dado, sin tratar de contravenir nuestro acuerdo!"

Entonces, aunque convencido de la mala calidad de mis pretensiones y seguro de mi falta de derecho, cambié la cuestión de aspecto y de forma y contesté: "¡Oh derviche! me has convencido de mis errores. Pero permíteme que te recuerde que eres un excelente derviche que ignora el arte de conducir camellos y no sabe más que servir al Altísimo. Por lo visto, olvidas el apuro en que te verías al querer conducir a tantos camellos acostumbrados a la voz de su amo. Si quieres creerme, coge lo menos posible, sin perjuicio de volver más tarde al tesoro para cargar de nuevo con pedrerías, ya que puedes abrir y cerrar a tu antojo la entrada de la gruta. Escucha, pues, mi consejo y no expongas tu alma a sinsabores y preocupaciones a que no está acostumbrada". Y el derviche, como si no pudiese rehusarme nada, contestó: "Confieso ¡oh Babá-Abdalah! que de primera intención no había reflexionado en lo que acabas de recordarme; y heme aquí ya extremadamente inquieto por las consecuencias de ese viaje, solo con todos esos camellos. Escoge, pues, de los cuarenta camellos que me corresponden los veinte que te plazca escoger, y déjame los veinte restantes. ¡Después vete bajo la salvaguardia de Alah!"

Y yo, muy sorprendido de encontrar en el derviche tanta facilidad para dejarse persuadir, me apresuré a escoger primero los cuarenta que me correspondían del reparto y luego los otros veinte que me cedía el derviche. Y tras de darle gracias por sus buenos oficios, me despedí de él y me puse en camino para Bagdad, mientras él guiaba sus veinte camellos por el lado de Bassra.

Y he aquí que no había dado yo más que unos veinte pasos, cuando el cheitán infundió en mi corazón la envidia y la ingratitud. Y empecé a deplorar la pérdida de mis veinte camellos, y más aún las riquezas que llevaban de carga al lomo. Y me dije: "¿Por qué me arrebata mis veinte camellos ese derviche maldito, si es dueño del tesoro y puede sacar de allá cuantas riquezas quiera?" Y de repente paré mis animales y eché a correr detrás del derviche, llamándole con todas mis fuerzas y haciéndole señas para que detuviese sus animales y me esperase. Y oyó mi voz y se detuvo. Y cuando le alcancé, le dije: "¡Oh hermano mío derviche! en cuánto te he dejado he empezado a preocuparme mucho por ti, debido al interés que me tomo por tu tranquilidad. Y no he querido resolverme a separarme de ti sin hacerte considerar una vez más cuán difíciles de conducir son veinte camellos cargados, sobre todo cuando se es, como tú, ¡oh hermano mío derviche! un hombre que no está acostumbrado a este oficio y a este género de ocupación. ¡Créeme que te encontrarás mucho mejor si no te llevas más que diez camellos a lo sumo, aliviándote de los otros diez en un hombre como yo, a quien no cuesta más trabajo cuidar de ciento que de uno solo!" Y mis palabras produjeron el efecto que yo anhelaba, pues el derviche me cedió sin ninguna resistencia los diez camellos que le pedía, de modo que sólo le quedaron diez, y yo me vi dueño de setenta camellos con sus cargas, cuyo valor superaba a las riquezas de todos los reyes de la tierra reunidos.

Después de aquello parece ¡oh Emir de los Creyentes! que yo debía tener motivo para estar satisfecho. Pues bien; ni por asomo lo estaba. Y mis ojos permanecieron tan vacíos como antes, si no más, y mi avidez iba en aumento con mis adquisiciones. Y empecé a redoblar mis solicitudes, mis ruegos y mis importunidades para decidir al derviche a rematar su generosidad accediendo a cederme los diez camellos que le quedaban. Y le abracé y le besé las manos, y tanto hice, que no tuvo el valor de rehusármelos, y me anunció que me pertenecían, diciéndome: "¡Oh hermano Babá-Abdalah! haz buen uso de las riquezas que te vienen del Retribuidor y acuérdate del derviche que te encontró en el recodo de tu destino...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 876ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Oh hermano Babá-Abdalah! haz buen uso de las riquezas que te vienen del Retribuidor, y acuérdate del derviche que te encontró en el recodo de tu destino".

Y yo, ¡oh mi señor! en vez de llegar al límite de la satisfacción por haberme convertido en propietario de toda la carga de pedrerías, me sentí impulsado por la avidez de mis ojos a pedir otra cosa más. Y aquello era lo que debía ocasionar mi perdición. Me vino a la mente, en efecto, la idea de que el bote de oro que contenía la pomada, y que el derviche había sacado de la orza preciosa antes de salir de la gruta, también tenía que pertenecerme como lo demás. Porque me decía yo: "¡Quién sabe las virtudes que podrá tener esa pomada! Y además, claro es que tengo derecho a llevarme ese bote, pues el derviche puede procurarse en la gruta otros iguales cuando le plazca". Y este pensamiento me determinó a hablarle del particular. Así es que, cuando acababa de abrazarme para despedirse de mí, le dije: "Por Alah sobre ti ¡oh hermano derviche! ¿Qué quieres hacer con este bote de pomada que te has escondido en el seno? ¿Y de qué le puede servir esa pomada a un derviche que de ordinario no utiliza pomadas ni olor de pomada ni sombra de pomada? ¡Mejor es que me des ese bote, a fin de que yo me lo lleve con lo demás como recuerdo tuyo!"

A la sazón yo esperaba que, irritado por mi insistencia, el derviche me rehusase sencillamente el bote consabido. Y estaba dispuesto a basarme en su negativa para arrebatárselo a la fuerza, pues que yo era, con mucho, el más fuerte, y en caso de que se resistiera, a dejarle en el sitio en aquel paraje desierto. Pero, en contra de mis suposiciones, el derviche me sonrió con bondad, se sacó del seno el bote, y me lo presentó graciosamente diciéndome: "¡Toma, aquí tienes el bote, ¡oh hermano Babá-Abdalah! y ojalá satisfaga el último de tus deseos! Por otra parte, si crees que puedo hacer más por ti, no tienes más que hablar, y aquí estoy dispuesto a complacerte".

Cuando tuve el bote entre las manos, lo abrí, y mirando su contenido, dije al derviche: "¡Por Alah sobre ti, ¡oh hermano derviche! completa tus bondades diciéndome cómo se usa y qué virtudes tiene esta pomada que desconozco!" Y añadió: "Sabe, ya que lo preguntas, que esta pomada ha sido triturada por los dedos de los genn subterráneos, que han puesto en ella facultades maravillosas. En efecto, si se aplica un poco alrededor del ojo izquierdo y en el párpado, hace aparecer ante quien la ha utilizado los escondrijos donde se encuentran los tesoros de la tierra. Pero si, por desgracia, se aplica esta pomada al ojo derecho, de repente queda uno ciego de ambos ojos a la vez. Y tal es la virtud y tal es el uso de esta pomada, ¡oh hermano Babá Abdalah! ¡Uassalam!"

Y tras de hablar así, quiso de nuevo despedirse de mí. Pero le retuve por la manga, y le dije: "¡Por tu vida! hazme el último favor aplicándome tú mismo esta pomada en el ojo izquierdo, pues sabrás hacerlo mucho mejor que yo, y estoy en el límite de la impaciencia por experimentar la virtud de esta pomada de la que soy poseedor". Y el derviche no quiso hacerse rogar más, y siempre amable y tranquilo, tomó un poco de pomada con la yema del dedo y me la aplicó alrededor del ojo izquierdo y en el párpado izquierdo, diciéndome "¡Abre el ojo izquierdo y cierra el derecho!"

Y abrí el ojo izquierdo untado de pomada, ¡oh Emir de los Creyentes! y cerré el ojo derecho. Y al punto desaparecieron todas las cosas visibles a mis ojos habitualmente para dejar sitio a planos superpuestos de grutas subterráneas y marinas, de troncos de árboles gigantescos ahuecados por la base, de estancias abiertas en roca y de escondrijos de todas clases. Y todo aquello estaba lleno de tesoros de pedrerías, orfebrerías, joyeles, alhajas y dinero de todos los colores y de todas las formas. Y vi metales en sus minas, plata virgen y oro natural, piedras cristalizadas en su ganga y filones preciosos circundando la tierra. Y no cesé de mirar y de maravillarme, hasta que sentí que mi ojo derecho, que me veía obligado a tener cerrado, se fatigaba y quería abrirse. Entonces lo abrí, y al punto los objetos del paisaje que me rodeaba se pusieron por sí solos en su sitio habitual, y todos los planos, debidos al efecto de la pomada mágica, desaparecieron, alejándose.

Y asegurándome así de la verdad acerca del efecto real de aquella pomada cuando se aplicaba al ojo izquierdo, no pude por menos de abrigar dudas acerca del efecto de su aplicación al ojo derecho. Y me dije para mi fuero interno: "Entiendo que el derviche está lleno de astucia y de doblez, y ha estado conmigo tan asequible y tan afable para engañarme a la postre. Porque no es posible que la misma pomada produzca dos efectos tan contrarios en las mismas condiciones, sencillamente a causa de la diferencia de sitio". Y dije al derviche riendo: ¿¡Eh, ualah! ¡oh padre de la astucia, creo que te ríes de mí al presente! Porque no es posible que una misma pomada produzca efectos tan opuestos uno a otro. Antes bien, me parece, pues que no la has ensayado en ti mismo, que, aplicada al ojo derecho, esta pomada tendrá la virtud de poner a mi disposición los tesoros que me ha enseñado mi ojo izquierdo. ¿Qué opinas? ¡Puedes hablar sin reticencias! Y por cierto que, me des o me quites la razón, quiero experimentar en mi propio ojo el efecto de esta pomada al lado derecho, a fin de no tener ya duda. Te ruego, pues, que me la apliques sin tardanza al ojo derecho, porque es preciso que me ponga en camino antes de ocultarse el sol".

Pero por primera vez desde que nos encontramos, el derviche tuvo un movimiento de impaciencia, y me dijo: "¡Babá-Abdalah, tu petición es irrazonable y nociva, y no puedo resolverme a hacerte mal después de haberte hecho bien! ¡No me obligues, pues, con tu obstinación a obedecerte en una cosa de la que te arrepentirás toda tu vida!" Y añadió: "Separémonos, pues, como hermanos, y que cada cual vaya por su camino". Pero yo ¡oh mi señor! no le dejé, y cada vez estaba más persuadido de que las dificultades que ponía no tenían otro objeto que impedirme tener en mi mano, perteneciéndome absolutamente, los tesoros que podía ver con mi ojo izquierdo. Y le dije: "Por Alah, ¡oh derviche! si no quieres que me separe de ti con el corazón descontento por cosa tan fútil, después de tantas de importancia como me has concedido, no tienes más que untarme el ojo derecho con esta pomada, pues yo no sabría. Y en verdad que no te dejaré más que con esta condición".

Entonces el derviche se puso muy pálido y su rostro tomó un aire de dureza que no conocía yo en él, y me dijo: "Te vuelves ciego con tus propias manos". Y tomó un poco de pomada y me la aplicó alrededor del ojo derecho y en el párpado derecho. Y ya no vi más que tinieblas con mis dos ojos, y me convertí en el ciego que ves, ¡oh Emir de los Creyentes!

Y al sentirme en aquel estado lamentable, volví en mí de pronto y exclamé, tendiendo los brazos al derviche: "Sálvame de la ceguera, ¡oh hermano mío!" Pero no obtuve ninguna respuesta, y se mantuvo él sordo a mis súplicas y a mis gritos, y le oí poner en marcha los camellos y alejarse, llevándose lo que había sido mi parte y mi destino. Entonces me dejé caer al suelo, y estuve sin conocimiento un largo transcurso de tiempo. Y sin duda habría muerto de dolor y de confusión en aquel sitio, si al día siguiente no me hubiese recogido y traído a Bagdad una caravana que volvía de Bassra.

Y desde entonces, tras de haber visto pasar al alcance de mi mano la fortuna y el poder, me vi reducido a este estado de mendigo por los caminos de la generosidad. Y en mi corazón entró el arrepentimiento por mi avaricia y por lo que abusé de los beneficios del Retribuidor, y para castigarme yo mismo, me impuse la penitencia de una bofetada de mano de toda persona que me diera limosna.

Y tal es mi historia, ¡oh Emir de los Creyentes! Y te la he contado sin ocultar en nada mi impiedad y la bajeza de mis sentimientos. Y heme aquí dispuesto a recibir una bofetada de mano de cada uno de los honorables circunstantes, aunque no sea ése bastante castigo.

¡Pero Alah es infinitamente misericordioso!"

Cuando el califa hubo oído esta historia del ciego, le dijo: "¡Oh Babá-Abdalah! ¡Indudablemente tu crimen es un crimen grande y la avidez de tus ojos una avidez imperdonable! Pero creo que te han redimido ya tu arrepentimiento y tu humildad ante el Misericordioso. Y por eso quiero que en adelante esté asegurada tu vida por cuenta de mi tesorero, para no verte sufrir esa penitencia pública que te has impuesto. Y en consecuencia, el visir del tesoro te dará a diario diez dracmas de moneda mía para tu subsistencia. ¡Y Alah te tenga en Su misericordia!"

Y ordenó que también se entregase igual suma al maestro de escuela lisiado y con la boca hendida, y retuvo junto a él, para tratarlos mejor según se merecía su rango y con toda la magnificencia que acostumbraba, al joven dueño de la yegua blanca, al jeique Hassán y al jinete detrás del cual tocaban aires indios y chinos.

"¡Pero no creas ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada— que esta historia es comparable de cerca ni de lejos a la de La princesa Suleika Y como el rey Schahriar no conocía esta historia, Schehrazada dijo:

HISTORIA DE LA PRINCESA SULEIKA

He llegado a saber ¡oh rey del tiempo! que en el trono de los califas de Damasco había un rey entre los Ommiadas que tenía como visir a un hombre dotado de cordura, de saber y de elocuencia, el cual había leído los libros de los antiguos y los anales y las obras de los poetas, reteniendo lo que había leído, y cuando era necesario, sabía contar a su señor las historias que hacen agradable la vida y deleitable el tiempo. Un día entre los días, como viera que su señor el rey sentía cierto aburrimiento, decidió distraerle, y le dijo: "¡Oh mi señor! con frecuencia me has interrogado acerca de los acontecimientos de mi vida y acerca de lo que me había ocurrido antes de que llegase a ser tu esclavo y el visir de tu poderío. Y hasta el presente me he excusado siempre de contestarte, por temor a aparecer importuno o atacado de pedantería, y he preferido contarte lo que hubo de ocurrirles a otros ajenos a mí. Pero aunque la buena educación nos prohíbe hablar de nosotros mismos, hoy quiero narrarte la aventura singular que influyó en toda mi vida, y a la cual debo el haber llegado hasta el umbral de tu grandeza". Y al ver que su señor le escuchaba con toda atención, contó así su historia:

"Nací ¡oh mi señor y corona de mi cabeza! en esta bienhadada ciudad de Damasco, de un padre que se llamaba Abdalah y que era uno de los mercaderes más estimables de todo el país de Scham. Y no se escatimó nada para mi educación, pues recibí lecciones de los maestros más versados en el estudio de la teología, de la jurisprudencia, del álgebra, de la poesía, de la astronomía, de la caligrafía, de la aritmética y de las tradiciones de nuestra fe. Y también me enseñaron cuantas lenguas se hablan en el dominio de su soberanía, de un mar a otro mar, con objeto de que, si un día recorría el mundo por amor a los viajes, me pudiera servir tal enseñanza en los países de los hombres. Y así es como aprendí, entre todos los dialectos de nuestra lengua, el habla de los persas, de los griegos, de los tártaros, de los kurdos, de los indios y de los chinos. Y supieron mis maestros enseñarme todo aquello de tal manera, que retuve cuanto aprendí, y se me ponía por modelo ante los estudiantes desaplicados...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 877ª NOCHE

La pequeña Doniazada se levantó de la alfombra en que estaba acurrucada y besó a su hermana y le dijo: "¡Oh Schehrazada! por favor, date prisa a contarnos la historia que comenzaste, que es la de la princesa Suleika". Y dijo Schehrazada: "De todo corazón amistoso y como homenaje debido a este rey dotado de buenos modales". Y añadió:

El visir del rey de Damasco continuó en estos términos la historia que contaba a su señor:

Cuando, gracias a las lecciones de mis maestros, aprendí ¡oh mi señor! todas las ciencias de mi tiempo, así como los dialectos de nuestra lengua y el habla de los persas, de los griegos, de los tártaros, de los kurdos, de los indios y de los chinos, y gracias al método excelente de mis maestros hube de retener cuanto aprendí, mi padre, tranquilo por mi suerte, vio sin amargura acercársele el momento escrito para término de la vida de cada criatura. Y antes de fallecer en la misericordia de su Señor, me llamó a su lado y me dijo: "¡Oh hijo mío! he aquí que la Separadora va a cortar el hilo de mi vida, y te vas a quedar sin una cabeza que te guíe por el mar de los acontecimientos. Pero me consuelo de dejarte solo al pensar que, merced a la educación que recibiste, sabrás acelerar la llegada del destino favorable. No obstante, ¡oh hijo mío! ninguno entre los hijos de Adán puede saber lo que le reserva la suerte, y ninguna precaución puede prevalecer contra los dictados del Libro del Destino. Si llegara día, por tanto, en que el tiempo se volviera en contra tuya ¡oh hijo mío! y tu vida se tornara negra, no tienes más que ir al jardín de esta casa y colgarte de la rama mayor del añoso árbol que ya conoces.

¡Y así te libertarás!"

Y tras de pronunciar tan extrañas palabras murió mi padre en la paz del Señor, sin haber tenido tiempo para explicarse mejor o rectificar semejante consejo. Y mientras duraron los funerales y en los días del duelo, no dejé de reflexionar acerca de aquellas palabras tan singulares en boca de un hombre tan prudente y temeroso de Alah como lo había sido mi padre durante toda su vida. Y me preguntaba sin cesar: "¿Cómo es posible que mi padre me haya aconsejado, contraviniendo los preceptos del Libro Santo, que me dé la muerte ahorcándome, en caso de reveses de fortuna, mejor que confiarme a la solicitud del Dueño de las criaturas? No alcanza a comprenderlo mi entendimiento".

Más tarde, poco a poco se fue borrando en mí el recuerdo de aquellas palabras, y como me gustaban el placer y el derroche, en cuanto me vi en posesión de la herencia que me correspondía, no tardé en seguir el curso de todas mis inclinaciones. Y viví varios años en el seno de las locuras y de las prodigalidades, de modo que acabé por comerme todo mi patrimonio, y un día me desperté tan desnudo como salí del seno de mi madre. Y me dije, mordiéndome los dedos: "¡Oh Hassán, hijo de Abdalah! hete aquí reducido a la miseria por culpa tuya y no por la traición del tiempo. Y ya no te queda por toda hacienda más que esta casa con este jardín. Y vas a verte obligado a venderlos para mantenerte algún tiempo todavía. ¡Tras de lo cual quedarás reducido a la mendicidad, pues te abandonarán tus amigos, y nadie otorgará crédito a quien ha arruinado su casa con sus propias manos!"

Y así pensando, cogí una cuerda gruesa y bajé al jardín. Y resuelto ya a ahorcarme, me dirigí al árbol consabido, busqué la rama mayor, la sujeté, y después de colocar dos piedras grandes al pie del añoso árbol, até la cuerda a la rama por un extremo. Y con el otro extremo hice un nudo corredizo que me pasé al cuello; y pidiendo perdón a Alah por mi acto, salté al espacio desde la parte de arriba de las piedras. Y ya me balanceaba estrangulado, cuando la rama crujió con mi peso y se separó del tronco. Y caí al suelo con ella antes de que la vida hubiese abandonado mi cuerpo.

Y cuando volví de aquella especie de desmayo en que me había sumido y comprendí que no estaba muerto, me mortificó mucho haber gastado semejante esfuerzo de voluntad para llegar a aquel fracaso final. Y ya me incorporaba con objeto de repetir mi acto criminal, cuando vi caer del árbol un guijarro, y advertí que aquel guijarro ardía en el suelo como un carbón encendido. Y con gran sorpresa mía noté que donde acababa de tener lugar mi caída el suelo estaba cubierto de aquellos guijarros brillantes, y que aún seguían cayendo del árbol, precisamente del mismo sitio por donde se había desprendido la rama. Y me volví a subir en las dos piedras grandes, y miré más de cerca la rotura. Y vi que por aquel lado el tronco no estaba lleno, sino hueco, y que de la cavidad se escapaban aquellos guijarros, que eran diamantes, esmeraldas y otras piedras de todos los colores.

Al ver aquello, ¡oh mi señor! comprendí la verdadera significación de las palabras de mi padre, y deduje su verdadero sentido, acordándome de que mi padre, lejos de aconsejarme que me ahorcara me había aconsejado sencillamente que me colgara de la rama mayor del árbol, sabiendo de antemano que cedería con mi peso y dejaría al descubierto el tesoro que él mismo había metido para mí en el tronco vacío del añoso árbol, en previsión de los malos días.

Y con el corazón dilatado de alegría, corrí a la casa para buscar un hacha, y agrandé la rotura. Y me encontré con que el inmenso tronco del añoso árbol estaba hueco y lleno hasta la base de rubíes, diamantes, turquesas, perlas, esmeraldas y todas las especies de gemas terrestres y marinas.

Entonces, tras de glorificar a Alah por sus beneficios y bendecir en mi corazón la memoria de mi padre, cuya prudencia había previsto mis locuras y me había reservado aquella salvación inesperada, renegué de mi antigua vida y de mis costumbres disipadas y pródigas, y resolví hacerme un hombre digno de mis extravagancias, y decidí ir al reino de Persia, donde me atraía con una atracción invencible la famosa ciudad de Schiraz, de la que con frecuencia había oído hablar a mi padre como de una ciudad en que estuvieran reunidas todas las elegancias del espíritu y todas las dulzuras de la vida. Y me dije: "¡Oh Hassán! en esa ciudad de Schiraz te instalarás como mercader de pedrerías y entablarás conocimiento con los hombres más deliciosos de la tierra. ¡Y como sabes hablar el persa, no tendrá eso ninguna dificultad para ti!"

E hice inmediatamente lo que tenía resuelto hacer. Y Alah me escribió la seguridad, y tras de un largo viaje, llegué sin contratiempo a la ciudad de Schiraz, donde reinaba entonces el gran rey Sabur-Schah.

Y paré en el khan más lujoso de la ciudad, en el que alquilé una hermosa habitación. Y sin tomarme tiempo para descansar, cambié mis ropas de viaje por vestiduras nuevas y muy hermosas, y me fui a pasear por las calles y zocos de aquella ciudad espléndida.

Y he aquí que, al salir de la gran mezquita de porcelana, cuya hermosura había conmovido mi corazón y me había sumido en el éxtasis de la plegaria, vi que venía en dirección mía un visir entre los visires del rey. Y también me vio él, y se paró frente a mí, contemplándome como si yo fuese un ángel. Luego me abordó y me dijo: "¡Oh el más hermoso de los adolescentes! ¿De qué país eres? ¡Porque tu traje me indica que eres extranjero en nuestra ciudad!" Y contesté inclinándome: "¡Soy de Damasco, ¡oh mi señor! y he venido a Schiraz para instruirme con el trato de sus habitantes!" Y al oír mis palabras, el visir se dilató considerablemente, y me estrechó en sus brazos, y me dijo: "¡Hermosas palabras las de tu boca!, ¡oh hijo mío! ¿Qué edad tienes?" Y contesté: "¡Tu esclavo se halla en su decimosexto año!" Y él se dilató aún más, pues descendía de los compañeros de Loth, y me dijo: "Es la edad más hermosa, ¡oh hijo mío! es la edad más hermosa. Y si no tienes que hacer nada mejor, ven conmigo a palacio y te presentaré a nuestro rey, que gusta de los rostros hermosos, y te nombrará chambelán entre sus chambelanes. Y sin duda serás la gloria de los chambelanes y corona suya". Y le dije: "¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos, y escucho y obedezco!"

Entonces me cogió de la mano. E hicimos el camino juntos, charlando de unas cosas y de otras. Y se asombraba él mucho, al oírme hablar el persa, lengua que no era la mía, con desenfado y pureza. Y se maravillaba de mi cara y de mi elegancia. Y me decía: "¡Por Alah, si todos los jóvenes de Damasco son como tú, esa ciudad será una región del paraíso, y la parte del cielo que hay encima de Damasco será el paraíso mismo!" Y de tal suerte llegamos al palacio del rey Sabur-Schah, en presencia del cual me introdujo, y que, en efecto, sonrió al ver mi rostro, y me dijo: "¡Bienvenido sea a mi palacio el rostro de Damasco!" Y añadió: "¿Cómo te llamas, ¡oh hermoso adolescente!?" Y contesté: "Tu esclavo Hassán, ¡oh rey del tiempo!" Y al oírme hablar así, se dilató y se esponjó, y me dijo: "Jamás nombre alguno cuadró mejor a un rostro semejante, ¡oh Hassán!" Y añadió: "¡Te nombro mi chambelán, a fin de que mis ojos se regocijen todas las mañanas viéndote!" Y besé la mano del rey, y le di gracias por la bondad que me demostraba. Y el visir me llevó consigo y me hizo quitar mis trajes, y me vistió él mismo con ropa de paje. Y me dio la primera lección de indumentaria precisa para nuestras funciones de chambelán. Y no sabía yo cómo expresarle mi gratitud por todas sus atenciones. Y él me tomó bajo su protección. Y me hice amigo suyo. Y por su parte, todos los demás chambelanes, que eran jóvenes y muy hermosos, se hicieron amigos míos. Y parecía que iba a ser deliciosa en aquel palacio mi vida, pues que tanta alegría me proporcionaba ya y tantos placeres me prometía.

Y he aquí que hasta entonces ¡oh mi señor! para nada absolutamente había intervenido en mi vida la mujer. Pero pronto debía hacer su aparición. Y con ella, mi vida había de entrar en la complicación...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 878ª NOCHE

Ella dijo:

...Y he aquí que hasta entonces ¡oh mi señor! para nada absolutamente había intervenido en mi vida la mujer. Pero pronto debía hacer su aparición. Y con ella, mi vida había de entrar en la complicación.

En efecto, debo apresurarme a decirte ¡oh mi señor! que mi protector me había dicho el primer día: "Sabe ¡oh querido mío! que está prohibido a todos los chambelanes de las doce cámaras, así como a todos los dignatarios de palacio, oficiales y guardias, pasearse después de cierta hora de la noche por los jardines de palacio. Porque, a partir de esa hora, los jardines están reservados sólo a las mujeres del harén, a fin de que puedan ir allá a tomar el aire y charlar entre sí. Y si alguno, para su desdicha, es sorprendido en el jardín a esa hora, arriesga su cabeza". Y yo hube de prometerme no correr nunca aquel riesgo.

Pero una tarde, a causa de la frescura y la dulzura del aire, me dejé ganar por el sueño en un banco de los jardines. Y no sé cuánto tiempo estuve dormido. Y entre sueños oía voces de mujeres que decían: "¡Oh! ¡es un ángel, es un ángel, es un ángel! ¡Oh! ¡qué hermoso, qué hermoso, qué hermoso!" Y me desperté de repente. Y no vi nada más que oscuridad. Y comprendí que, si me sorprendían a aquella hora en los jardines, corría mucho riesgo de perder la cabeza, no obstante todo el interés que inspiraba al rey y a su visir. Y enloquecido con esta idea, me erguí sobre ambos pies para correr al palacio antes de que me advirtiesen en aquellos lugares prohibidos. Pero he aquí que, de improviso salió de la sombra y del silencio una voz de mujer, muy risueña de timbre, que me decía: "¿Adónde vas, adónde vas, ¡oh hermoso despierto!?" Y más asustado que si me persiguen los guardias todos del harén, quise huir de aquel sitio, sin pensar más que en llegar al palacio. Pero no bien hube dado algunos pasos, a la vuelta de una avenida, bajo la luna, que salía de detrás de una nube, vi aparecer una dama de belleza y de blancura extraordinarias, que se irguió ante mí sonriendo con dos grandes ojos de gacela enamorada. Y su porte era tan majestuoso como real era su actitud. Y la luna que brillaba en el cielo era menos brillante que su rostro.

Y ante aquella aparición, descendida sin duda del paraíso, no pude por menos de pararme. Y lleno de confusión, bajé los ojos y me mantuve en la actitud de la deferencia. Y me dijo ella con su voz amable: "¿Adónde ibas tan de prisa, ¡oh luz de los ojos!? ¿Y quién te obliga a correr así?" Y contesté: "¡Oh señora! si perteneces a este palacio, no puedes ignorar las razones que me impulsan a alejarme tan precipitadamente de estos lugares. Debes saber, en efecto, que está prohibido a los hombres retardarse en los jardines, pasada cierta hora, y que les va la cabeza en contravenir esta prohibición. Por favor, déjame, pues, alejarme antes de que me adviertan los guardias". Y la joven señora, sin dejar de reír, me dijo: "¡Oh brisa del corazón! ¡un poco tarde te acuerdas de retirarte! La hora de que hablas ha pasado hace mucho tiempo. ¡Y mejor harías, en vez de procurar ponerte a salvo en pasar aquí el resto de la noche, que será para ti una noche bendita, una noche de blancura!" Pero yo, más asustado y más tembloroso que nunca, sólo pensaba en la fuga, y me lamentaba, diciendo: "¡Estoy perdido sin remedio! ¡Oh hija de gentes de bien, o mi señora, quienquiera que seas, no me ocasiones la muerte con el atractivo de tus encantos!" Y quise escaparme. Pero ella me lo impidió extendiendo el brazo izquierdo, y con su mano derecha se quitó completamente su velo, y me dijo, cesando de reír: "Mírame, pues, joven insensato, y dime si todas las noches las puedes encontrar más bellas o más jóvenes que yo. Apenas tengo dieciocho años, y no me ha tocado ningún hombre. Respecto a mi rostro, que no es feo de mirar, ninguno antes que tú pudo envanecerse de haberlo entrevisto. Me ultrajarías, pues, violentamente si te obstinaras en rehuirme". Y le dije: "¡Oh soberana mía! ¡ciertamente, eres la luna llena de la belleza, y aunque la noche, celosa, oculta a mis ojos parte de tus encantos, lo que de ellos descubro basta para encantarme! Pero te suplico que te pongas por un instante en mi situación, y verás cuán triste y delicada es".

Y contestó ella: "Convengo contigo ¡oh núcleo del corazón! en que tu situación es, en efecto, delicada; pero su delicadeza no proviene del peligro que corres, sino del propio objeto que la ocasiona. ¡Porque no sabes quién soy, ni cuál es mi rango en el palacio! Y en cuanto al peligro que corres, sería real para otro que tú, ya que te tengo bajo mi salvaguardia y mi protección. Dime, pues, tu nombre, quién eres y cuáles son tus funciones en palacio". Y contesté: "¡Oh mi señora! soy Hassán de Damasco, el nuevo chambelán del rey Sabur-Schah y el favorito del visir del rey Sabur-Schah". Y exclamó ella: "¡Ah! ¿conque eres tú el hermoso Hassán que ha volcado el cerebro del descendiente de Loth? ¡Cuán feliz soy por tenerte esta noche para mí sola, ¡oh querido mío! ¡Ven corazón mío, ven! ¡Y deja de envenenar los momentos de dulzura y de gracia con penosas reflexiones!"

Y tras de hablar así, la hermosa joven me atrajo a la fuerza hacia ella, y frotó su rostro contra el mío, y aplicó sus labios a mis labios con pasión. Y yo, ¡oh mi señor! aunque era la primera vez que me ocurría una aventura semejante, sentía en aquel contacto vivir furiosamente en mí al niño de su padre, y tras de besar en un transporte a la joven, que estaba en éxtasis, saqué el niño y lo encaminé al nido. Pero, al verlo, en vez de empezar a moverse animándose, la joven se desenlazó de pronto y me rechazó rudamente, lanzando un grito de alarma. Y apenas tuve tiempo de guardarme al niño, pues al punto vi salir de un bosquecillo de rosas a diez jóvenes que echaron a correr hacia nosotros; riendo a más no poder.

Y al divisarlas, ¡oh mi señor! comprendí que lo habían visto todo y oído todo, y que la joven consabida se había divertido a costa mía, y que sólo habló conmigo por broma, con el objeto evidente de hacer reír a sus compañeras. Y por cierto que, en un abrir y cerrar de ojos, todas las jóvenes me habían rodeado, risueñas y saltarinas como corzas domesticadas. Y sin cesar en sus carcajadas, me miraban con ojos encendidos de malicia y de curiosidad, y decían a la que hubo de interpelarme: "¡Oh hermana nuestra Kairia, qué bien te has portado! ¡Oh qué bien te has portado! ¡Cuán hermoso era el niño! ¡y vivaz!" Y otra dijo: "¡Y rápido!" Y otra dijo: "¡E irritable!" Y otra dijo: "¡Y galante!" Y otra dijo: "¡Y encantador!" Y otra dijo: "¡Y grande!" Y otra dijo: "¡Y robusto!" Y otra dijo: "¡Y vehemente!" Y otra dijo: "¡Y sorprendente!" Y otra dijo: "¡Un sultán!"

Y a la sazón prorrumpieron en prolongadas carcajadas, mientras yo estaba en el límite del azoramiento y de la confusión. Porque en mi vida ¡oh mi señor! había mirado a una mujer a la cara, ni había tratado con mujeres. Y aquéllas tenían un desenfado y una audacia sin precedentes en los anales de la impudicia. Y allí me quedé, en medio de su delirio, desconcertado, vergonzoso y con la nariz alargada hasta los pies, como un tonto.

Pero de repente salió del bosquecillo de rosas, cual la luna que se eleva, una duodécima joven, cuya aparición hizo cesar súbitamente todas las risas y todas las bromas. Y era soberana su belleza y a su paso hacía inclinarse los tallos de las flores. Y avanzó hacia nuestro grupo, que hubo de abrirse al acercarse ella; y la joven me miró largamente y me dijo: "En verdad ¡oh Hassán de Damasco! que tu audacia es mucha audacia, y el atentado que cometiste en la persona de esta joven merece un castigo. ¡Y por mi vida te juro que lo siento por tu juventud y tu hermosura!"

Entonces la joven que fue causa de toda aquella aventura, y que se llamaba Kairia, se adelantó y besó la mano de la que acababa de hablar así, y le dijo: "¡Oh nuestra señora Suleika! ¡por tu vida preciosa, perdónale su impulso de hace poco, que sólo prueba su impetuosidad! ¡Y su suerte está entre tus manos! ¿Es que vamos a abandonar o a dejar sin socorro a este hermoso asaltante, a este perpetrador de atentados contra las jóvenes vírgenes?" Y la que se llamaba Suleika reflexionó un instante y contestó: "Pues bien: por esta vez le perdonamos, ya que tú, que has sufrido su atentado, intercedes en favor suyo. ¡Sea salva su cabeza, y véase él libre del peligro en que se encuentra! Y para que se acuerde de las jóvenes que le han salvado, conviene que tratemos de hacerle algo más agradable aún su aventura de esta noche. Llevémosle, pues, con nosotras y hagámosle entrar en nuestros aposentos privados, que ningún hombre hasta ahora violó con su presencia".

Tras de hablar así, hizo cierta seña a una de las jóvenes que la acompañaban, la cual desapareció enseguida bajo los cipreses, ligera, para volver al cabo llevando en brazos un montón de sedas. Y desenvolvió a mis pies las tales sedas, que constituían un encantador traje de mujer; y entre todas me ayudaron a ponérmelo encima de mis ropas. Y disfrazado de tal modo, me mezclé al grupo que formaban ellas. Y pasando por entre los árboles, ganamos los aposentos privados.

Y he aquí que, al entrar en la sala de recepciones reservadas al harén, que era toda de mármol calado e incrustado de perlas y turquesas, las jóvenes me dijeron al oído que en aquella sala era donde la hija única del rey tenía costumbre de recibir a sus visitas y a sus amigas. Y también me revelaron que la hija única del rey no era otra que la propia princesa Suleika.

Y observé que en medio de aquella sala tan hermosa y tan desamueblada había veinte alfombrines grandes de brocado dispuestos en redondo sobre el tapiz central. Y todas las jóvenes, que ni por un instante habían dejado de hacerme zalamerías ni de dirigirme ojeadas llameantes, fueron a sentarse en buen orden sobre los alfombrines de brocado, obligándome a que me sentara en medio de ellas, junto a la princesa Suleika misma, que me miraba con ojos que traspasaban mi alma.

Entonces Suleika pidió refrescos, y seis nuevas esclavas, no menos bellas y ricamente vestidas, aparecieron al instante, y empezaron por ofrecernos servilletas de seda en bandejas de oro, en tanto que las seguían diez más con grandes porcelanas, cuya contemplación ya era por sí sola un refresco...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 879ª NOCHE

Ella dijo:

...en tanto que las seguían diez más con grandes porcelanas, cuya contemplación ya era por sí sola un refresco. Y nos sirvieron las porcelanas, que contenían sorbetes de nieve, leche cuajada, confituras de toronja, rebanadas de cohombro y limones. Y la princesa Suleika se sirvió la primera, y con la misma cuchara de oro que se había llevado a los labios me ofreció un poco de confitura y una rebanada de toronja, dándome luego otra cucharada de leche cuajada. Después circuló de mano en mano varias veces la misma cuchara, de modo que todas las jóvenes sirviéronse repetidamente de aquellas cosas excelentes hasta que no quedó nada en las porcelanas. Y entonces las esclavas nos presentaron en copas de cristal agua muy pura.

Y no dejó de hacerse la conversación tan viva como si hubiéramos bebido los fermentos de los vinos todos. Y me asombré del atrevimiento de los discursos que salían de labios de aquellas jóvenes, las cuales reían a carcajadas en cuanto una de ellas aventuraba una broma picante y mordaz acerca del niño de su padre, cuya contemplación las tenía preocupadas con exceso. Y la encantadora Kairia, contra quien iba dirigido mi atentado, si atentado hubo, no me guardaba ningún rencor, y se había colocado de frente a mí. Y me miraba sonriendo, y con el lenguaje de los ojos me daba a entender que me perdonaba mi ligereza del jardín. Y yo, por mi parte, levantaba los ojos hacia ella de cuando en cuando, y luego los bajaba vivamente en cuanto notaba que ella tenía la vista fija en mí; porque, no obstante los esfuerzos que hacía yo para aparentar cierto aplomo en mi rostro, seguían teniendo, en medio de aquellas extraordinarias jóvenes, un aspecto muy azorado. Y la princesa Suleika y sus acompañantes, que demasiado lo comprendían, trataban, por su parte, de darme ánimos a todo trance. Y Suleika acabó por decirme: "¿Cuándo vas a mostrarte tranquilo y seguro, ¡oh Hassán, oh damasquino!? ¿Acaso crees que estas inocentes jóvenes comen carne humana? ¿Y no sabes que no corres ningún peligro en los aposentos de la hija del rey, donde jamás se atrevería un eunuco a penetrar sin permiso? Olvida pues, por un instante que hablas con la princesa Suleika, y figúrate que estás charlando con sencillas hijas de mercaderes modestos de Schiraz. Levanta la cabeza ¡oh Hassán! y mira a la cara a todas estas jóvenes encantadoras. ¡Y cuando las hayas examinado con la mayor atención, date prisa a decirnos con toda franqueza, y ya sin temor a enfadarnos, cuál de entre nosotras te gusta más!"

Estas palabras de la princesa Suleika, ¡oh rey del tiempo! en vez de darme ánimo y tranquilidad, no hicieron más que aumentar mi turbación y mi embarazo, y sólo supe balbucear palabras incoherentes, sintiendo que se me subía al rostro el rubor de la emoción. Y en aquel momento hubiera querido que la tierra se abriese y me devorase. Y Suleika, al ver mi perplejidad, me dijo: "Ya veo ¡oh Hassán! que te he pedido una cosa que te pone en un aprieto. Porque sin duda temes, al declarar tu preferencia por una, disgustar a las demás e indisponerlas contra ti. Pues bien; estás equivocado si te oscurece el entendimiento ese temor. Has de saber, en efecto, que yo y mis compañeras estamos tan unidas y existen tantos lazos de ternura entre nosotros, que, hiciera un hombre lo que hiciera con una de nosotras, no podría alterar nuestros sentimientos mutuos. Desecha, pues, de tu corazón los temores que te hacen tan prudente, examínanos a tu antojo, e incluso si deseas que nos pongamos completamente desnudas delante de ti, dilo sin reticencia, y lo ejecutaremos por encima de nuestras cabezas y de nuestros ojos. Pero apresúrate a decirnos cuál es la elegida de tu gusto". Entonces ¡oh mi señor! hice una llamada al valor que me volvía a impulsos de estas palabras alentadoras, y aunque las compañeras de Suleika, eran perfectamente bellas, y hubiese sido muy difícil al ojo más experto hallar diferencia entre ellas, y aunque, por otra parte, la princesa Suleika era por sí misma tan maravillosa al menos como sus doncellas, mi corazón deseó ardientemente a la que fue la primera en hacerlo latir con tanta violencia en el jardín, a la vivaracha y deliciosa Kairia, a la bienamada del niño de su padre. Pero, aun con todo el deseo que tenía de hacerlo me guardé bien de revelar mis sentimientos, que era muy fácil, a despecho de las palabras tranquilizadoras de Suleika, que atrajeran sobre mi cabeza los rencores de todas aquellas vírgenes. Y tras de examinarlas a todas con la mayor atención, me limité a encararme con la princesa Suleika y a decirle: "¡Oh mi señora! debo empezar por decirte que nunca me atrevería a comparar el brillo de la luna con el titilar de las estrellas. Y es tanta tu belleza, que los ojos no acertarían a tener miradas más que para ella". Y diciendo estas palabras, no pude por menos de dirigir una ojeada de inteligencia a la deleitable Kairia para darle a entender que sólo la cortesía me dictaba aquella adulación a la princesa.

Y cuando hubo oído mi respuesta, Suleika me dijo, sonriendo: "Has estado galante, ¡oh Hassán! por más que la adulación sea aparente. ¡Apresúrate, pues, ahora que tienes más libertad para hablar, a descubrirnos el fondo de tu corazón, diciéndonos cuál, entre todas estas jóvenes, es la que te cautiva más!" Y por su parte, las jóvenes unieron sus ruegos a los de la princesa para apremiarme a que les revelara mi preferencia. Y Kairia era entre todas quien se mostraba más decidida a hacerme hablar, pues ya había adivinado mis pensamientos secretos.

Entonces, desechando el resto de timidez que me quedaba, cedí a tan reiteradas instancias de las jóvenes y de su señora, me encaré con Suleika, y le dije señalando con un ademán de mi mano a la joven Kairia: "¡Oh soberana mía! ¡ésa es la que prefiero! ¡Sí, por Alah, hacia la amable Kairia va mi mayor deseo!".

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando todas las jóvenes se echaron a reír a carcajadas a la vez, sin que en sus rostros alegres apareciese el menor indicio de agravio. Y pensé para mi ánima, mirándolas cómo se empujaban con el codo y se morían de risa: "¡Qué cosa tan prodigiosa! ¿Se trata de mujeres entre las mujeres y de jóvenes entre las jóvenes? ¿Pues cuándo las criaturas de ese sexo han adquirido esa indiferencia y tanta virtud para no sentirse envidiosas y no arañarse el rostro al saber un triunfo de una semejante suya? ¡Por Alah! ni las hermanas obrarían ante sus hermanas con tanta amabilidad y desinterés. He aquí algo que va más allá del entendimiento".

Pero la princesa Suleika no me dejó sumido por mucho tiempo en aquella perplejidad, y me dijo: "Felicidades, felicidades, ¡oh Hassán de Damasco! ¡Por mi vida, que los jóvenes de tu país tienen buen gusto, vista fina y sagacidad! Y me satisface mucho ¡oh Hassán! que hayas dado la preferencia a mi favorita Kairia, que es la preferida de mi corazón y la más querida. Y no te arrepentirás de tu elección, ¡oh tunante! Además, te hallas muy distante de conocer todo el mérito y todo el valor de la elegida, pues ninguna de nosotras, tales como somos, puede compararse de cerca ni de lejos con ella en encantos, perfecciones corporales o atractivo espiritual. Y somos esclavas suyas, en verdad, aunque engañen las apariencias".

Luego, todas, una tras otra, empezaron a felicitar a la encantadora Kairia y a gastarle bromas por el triunfo que acababa de obtener. Y no se quedaba ella corta en las réplicas, y para cada una de sus compañeras tenía la respuesta conveniente, en tanto que yo llegaba al límite del asombro.

Tras de lo cual, Suleika tomó de junto a ella un laúd, y lo puso en las manos de su favorita Kairia, diciéndole: "¡Alma de mi alma, conviene que hagas ver a tu enamorado un poco de lo que sabes, a fin de que no crea que hemos exagerado tus méritos!" Y la deleitable Kairia cogió el laúd de manos de Suleika, lo templó, y después de un preludio arrebatador, cantó en sordina, acompañándose:

¡Soy la educanda del amor, que me ha enseñado las buenas maneras!

Y ha puesto en mi alma tesoros que reserva para ese joven corzo que me ha punzado el corazón, con los escorpiones negros de sus hermosas sienes.

¡Mientras viva, amaré al joven que ha escogido mi corazón, porque soy fiel al objeto de mi amor!

¡Oh enamorados! ¡cuando hayáis escogido un objeto amable, amadle mucho y no os separéis de él nunca! ¡Objeto que se pierde no se encuentra jamás!

¡Por lo que a mí respecta, amo a ese joven corzo de formas graciosas, cuya mirada ha penetrado en mi corazón más profundamente que el filo de una hoja cortante!

¡La belleza escribió en su frente joven líneas encantadoras de sentido conciso!

¡Su mirada de hechicería es tan encantadora que fascina a los corazones todos con el arco tirante en que brillan sus flechas negras!

¡Oh tú, sin quien yo ya no podré pasarme y a quien no sabré reemplazar en mi intimidad!

¡Ven al hammam conmigo! ¡Arderán los nardos, y sus vapores llenarán la sala!

¡Y cantaré sobre tu corazón nuestro amor!

Cuando hubo acabado de cantar, posó los ojos en mí tan tiernamente, que olvidando de pronto toda mi timidez y la presencia de la hija del rey y de sus maliciosas acompañantas, me arrojé a los pies de Kairia, transportado de amor y en el límite del placer. Y aspirando el perfume que se exhalaba de sus finos vestidos y sintiendo el calor que su carne me comunicaba, llegué a tal estado de embriaguez, que de repente la cogí en mis brazos, y empecé a besarla con vehemencia en donde podía, mientras ella desfallecía como una tórtola. Y no volví a la realidad hasta oír las grandes carcajadas que lanzaban las jóvenes al verme fuera de mí como un morueco ayuno desde su pubertad...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 880ª NOCHE

Ella dijo:

...Y no volví a la realidad hasta oír las grandes carcajadas que lanzaban las jóvenes al verme fuera de mí como un morueco ayuno desde su pubertad.

A continuación se pusieron a comer y a beber y a decir locuras y a hacerme caricias y mimos disimuladamente, hasta que entró una esclava vieja, la cual hubo de advertir a la reunión que pronto llegaría el día. Y contestaron todas a una: "¡Oh nodriza nuestra señora, tu advertencia está por encima de nuestras cabezas y de nuestros ojos!" Y Suleika se levantó, diciéndome: "Ya es tiempo ¡oh Hassán! de ir a descansar. Y puedes contar con mi protección para llegar a unirte con tu enamorada, porque nada perdonaré para hacerte llegar a la satisfacción de tus deseos. Pero, por el momento, vamos a hacerte salir sin miedo del harén".

Y dijo algunas palabras al oído de su vieja nodriza, que me miró un instante a la cara y me cogió de la mano, diciéndome que la siguiera. Y después de inclinarme ante aquella bandada de palomas, y de lanzar una ojeada apasionada a la deleitable Kairia, me dejé conducir por la vieja, que me llevó por varias galerías, y dando mil rodeos me hizo llegar a una puertecita de la que tenía la llave. Y abrió aquella puerta. Y me deslicé afuera, y advertí que estaba al otro lado del recinto de palacio.

Ya era de día, y me apresuré a regresar a palacio ostensiblemente por la puerta principal, de modo que me notasen los guardias. Y corrí a mi cuarto, en donde, no bien hube franqueado el umbral, me encontré con mi protector el visir descendiente de Loth, que me esperaba en el límite de la impaciencia y de la inquietud. Y se levantó vivamente al verme entrar, y me estrechó en sus brazos, y me besó tiernamente diciéndome: "¡Oh Hassán! mi corazón estaba contigo, y he tenido mucho cuidado por ti. Y no he cerrado los ojos en toda la noche, pensando que, como eres extranjero en Schiraz, corrías peligros nocturnos a causa de los bribones que infestan las calles. ¡Ah querido mío! ¿dónde has estado lejos de mí?" Y me guardé bien de contarle mi aventura ni de decirle que había pasado la noche con mujeres, y sencillamente me limité a contestarle que me había encontrado con un mercader de Damasco establecido en Bagdad, que acababa de partir para El-Bassra con toda su familia, y que me había retenido en su casa toda la noche. Y mi protector se vio obligado a creerme, y se contentó con lanzar algunos suspiros y reprenderme amistosamente. ¡Y he aquí lo referente a él!

En cuanto a mí, sentía con el corazón y el espíritu ligados a los encantos de la deleitable Kairia, y pasé todo aquel día y toda aquella noche recordando las menores circunstancias de nuestra entrevista. Y al día siguiente todavía estaba absorto en mis recuerdos, cuando un eunuco fue a llamar a mi puerta y me dijo: "¿Es aquí donde habita el señor Hassán de Damasco, chambelán de nuestro amo el rey Sabur-Schah?" Y contesté: "¡En su casa estás!" Entonces él besó la tierra entre mis manos y se incorporó para sacarse del seno un papel enrollado que hubo de entregarme. Y se fue por donde había venido.

Y al punto desdoblé el papel, y vi que contenía estas líneas, trazadas con letras complicadas:

"Si el corzo del país de Schám viene esta noche a pasear entre las ramas su esbeltez a la luz de la luna, se encontrará con una corza joven en celo, desfalleciendo sólo con sentirle acercarse, la cual en su lenguaje le dirá cuán conmovido tiene el corazón por haber sido elegida entre las corzas de la selva y preferida entre sus compañeras".

Y ¡oh mi señor! al leer esta carta, me sentí ebrio sin haber probado el vino. Porque, aunque desde la primera noche hube de comprender que la deleitable Kairia sentía alguna inclinación por mí, no esperaba yo una prueba de adhesión semejante. Así es que, en cuanto pude disimular mi emoción, me presenté en casa de mi protector el visir y le besé la mano. Y predisponiéndole así en mi favor, le pedí permiso para ir a ver a un derviche de mi país, recientemente llegado de la Meca, que me había invitado a pasar con él la noche. Y habiéndoseme dado permiso, volví a mi cuarto y escogí, entre mis pedrerías, las más hermosas esmeraldas, los rubíes más puros, los diamantes más blancos, las perlas más gruesas, las turquesas más delicadas y los zafiros más perfectos, y con un hilo de oro los ensarté como un rosario. Y en cuanto descendió la noche sobre los jardines, me perfumé con almizcle puro, y gané sigilosamente los boscajes por la puertecilla disimulada, cuyo camino conocía, y que hallé abierta para mí.

Y llegué a los cipreses, al pie de los cuales me había dejado llevar del sueño la primera noche, y esperé anhelante la llegada de la bienamada. Y la impaciencia me abrasaba el alma, y me parecía que nunca iba a llegar el momento de nuestra entrevista. Y he aquí que, de pronto, bajo los rayos de la luna, movióse entre los cipreses una blancura ligera, y la deleitable Kairia se mostró ante mis ojos extáticos. Y me prosterné a sus pies, dando con la cara en tierra, sin poder decir una palabra, y permanecí en aquel estado hasta que me dijo ella con su voz de agua corriente: "¡Oh Hassán de mi amor! ¡levántate, y en vez de ese silencio tierno y apasionado, dame verdaderas pruebas de tu inclinación hacia mí! ¿Es posible ¡oh Hassán! que me hayas encontrado realmente más hermosa y más deseable que todas mis compañeras, deliciosas jóvenes, perlas imperforadas, e incluso más que la princesa Suleika? Tendré que oírlo por segunda vez aún para dar crédito a mis oídos". Y tras de hablar así, se inclinó hacia mí y me ayudó a levantarme. Y yo le cogí la mano y me la llevé a mis labios apasionados, y le dije: "¡Oh soberana de las soberanas! ante todo, toma este rosario de mi país, cuyas cuentas desgranarás durante los días de tu vida dichosa, acordándote del esclavo que te lo ha ofrecido. Y con este rosario, ínfimo don de un pobre; acepta también la declaración de un amor que estoy dispuesto a legalizar ante el kadí y los testigos".

Y me contestó ella: "Estoy radiante de haberte inspirado tanto amor, ¡oh Hassán, por quien expongo mi alma a los peligros de esta noche! Pero ¡ay! no sé si mi corazón debe regocijarse de su conquista, o si debo mirar nuestro encuentro como principio de las calamidades y desdichas de mi vida".

Y tras de hablar así, reclinó su cabeza sobre mi hombro mientras le agitaban el pecho los suspiros. Y le dije: "¡Oh dueña mía! ¿por qué en esta noche de blancura ves el mundo tan negro ante tu rostro? ¿Y por qué invocar sobre tu cabeza las calamidades con tan falsos presentimientos?" Y ella me dijo: "¡Haga Alah ¡oh Hassán! que sean falsos esos presentimientos! Pero no creas que es tan insensato el temor que viene a turbar nuestro placer en este momento tan deseado de nuestro encuentro. ¡Ay! demasiado fundados son mis presentimientos". Y se calló por un momento y me dijo: "Porque has de saber ¡oh el más amado de los amantes! que la princesa Suleika te ama secretamente y que se dispone a declararte su amor de un momento a otro. ¿Cómo recibirás semejante declaración? ¿Y el amor que dices sentir por mí podrá resistir a la gloria de tener por amante a la más bella y a la más poderosa entre las hijas de reyes?"

Pero la interrumpí para exclamar: "¡Sí, por tu vida, ¡oh deleitable Kairia! tú preponderarás siempre en mi corazón sobre la princesa Suleika!

¡Y plugiera a Alah que tuvieses una rival más formidable todavía, y ya verás cómo nada podría extinguir la constancia de mi corazón subyugado por tus encantos! Y aun cuando el rey Sabur-Schah, padre de Suleika, no tuviera hijos que le sucediesen y dejase el trono de Persia a quien fuera el esposo de su hija, yo te sacrificaría mi destino, ¡oh la más amable de las jóvenes!" Y Kairia prorrumpió en exclamaciones, diciendo: "¡Oh infortunado Hassán! ¡qué ceguera la tuya! ¿Olvidas que no soy más que una esclava al servicio de la princesa Suleika? Si respondieras con una negativa a la declaración de su amor, atraerías sobre mi cabeza y sobre la tuya su resentimiento, y ambos estaríamos perdidos sin remedio. Por tanto, para nuestro propio interés, es preferible que cedas a la más fuerte. Se trata del único medio de salvación. Y Alah llevará su bálsamo al corazón de los afligidos". Y yo, lejos de someterme a su consejo, me sentí en el límite de la indignación solamente con pensar que se me hubiera supuesto lo bastante pusilánime para ceder a tales cálculos, y exclamé, estrechando en mis brazos a la deleitable Kairia: "¡Oh resumen de los más hermosos dones del Creador! no tortures mi alma con tan penosos discursos. Y ya que el peligro amenaza tu cabeza encantadora, emprendamos juntos la fuga a mi país. Allá hay desiertos donde nadie podría dar con nuestras huellas. ¡Y gracias al Retribuidor, soy bastante rico para hacerte vivir entre esplendores aunque sea al extremo del mundo habitado!"

Al oír estas palabras, mi amiga se dejó caer con gracia en mis brazos, y me dijo: "Pues bien, Hassán; ya no dudo de tu afecto, y quiero sacarte del error a que voluntariamente te he inducido con objeto de poner a prueba tus sentimientos. Has de saber, pues; que no soy la que crees, no soy Kairia la favorita de la princesa Suleika. La princesa Suleika soy yo misma, y la que tú creías que era la princesa Suleika es precisamente mi favorita Kairia. Y he urdido esta estratagema para estar más segura de tu amor. Por cierto que al punto vas a tener la confirmación de mis asertos".

Y a estas palabras, hizo una seña, y de la sombra de los cipreses salió la que yo creía que era la princesa Suleika, y que era realmente la favorita Kairia. Y fue a besar la mano a su señora, y se inclinó ante mí ceremoniosamente. Y la deleitable princesa me dijo: "Ahora ¡oh Hassán! que sabes que me llamo Suleika y no Kairia, ¿me amarás tanto y tendrás para una princesa los mismos tiernos sentimientos que tenías para una simple favorita de princesa?" Y yo ¡oh mi señor! no dejé de dar la respuesta oportuna...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 881ª NOCHE

Ella dijo:

...Y yo ¡oh mi señor! no dejé de dar la respuesta oportuna, diciendo a Suleika que no podía concebir el exceso de mi dicha ni por qué había yo podido merecer que ella se dignase bajar su mirada hasta un esclavo como yo, y con ello hacer mi destino más envidiable que el de los hijos de los reyes más grandes. Pero ella me interrumpió para decirme: "¡Oh Hassán! no te asombres de lo que hice por ti. ¿No te he visto una noche dormido bajo los árboles a la luz de la luna? Pues desde aquel momento mi corazón quedó subyugado por tu hermosura, y no pude por menos de darme a ti para no contrariar los impulsos de mi corazón".

Entonces, y en tanto que la amable Kairia se paseaba no lejos de nosotros para vigilar los alrededores, dimos curso al río de nuestro ardor, sin que ocurriera, empero, nada ilícito. Y nos pasamos la noche besándonos y departiendo tiernamente, hasta que la favorita fue a prevenirnos de que había llegado el momento de separarnos. Pero antes de que yo dejase a Suleika, ella me dijo: "¡Oh Hassán, sea contigo mi recuerdo! Te prometo hacerte saber pronto hasta qué punto me eres querido".

Y me arrojé a sus pies para expresarle mi gratitud por todos sus favores. Y nos separamos con lágrimas de pasión en los ojos. Y salí de los jardines, dando los mismos rodeos que la primera vez.

Al día siguiente esperé con toda mi alma una señal de mi bienamada que me permitiese contar con una cita en los jardines. Pero transcurrió la jornada sin traerme la realización de mi más cara esperanza. Y aquella noche no pude cerrar los ojos, con la incertidumbre en que estaba acerca del motivo de aquel silencio. Y al otro día, a pesar de la presencia de mi protector, que trataba de adivinar la causa de mis preocupaciones, y no obstante las palabras que me dirigía para distraerme, yo lo veía todo negro ante mis ojos, y no quise tocar ningún alimento. Y cuando llegó la tarde, bajé a los jardines antes de la hora de retreta, y con gran asombro vi que todos los boscajes estaban ocupados por guardias, y sospechando algún grave acontecimiento, me apresuré a volver a mis habitaciones. Y al llegar, me encontré con un eunuco de la princesa que me esperaba. Y estaba tembloroso y no parecía tranquilo, aunque se hallaba en mi cuarto, como si de todos los rincones fuesen a salir hombres armados para descuartizarle. Y me entregó a toda prisa un rollo de papel, semejante al que ya me había entregado en otra ocasión, y se esquivó rápidamente.

Y desdoblé el rollo consabido y leí lo que sigue:

"Has de saber ¡oh núcleo de la ternura! que la joven corza ha estado a punto de ser sorprendida por los cazadores cuando dejó a su gracioso corzo. Y ahora está vigilada por los cazadores que ocupan toda la selva. Guárdate bien, pues, de ir por la noche a la luz de la luna en busca de tu corza. Ten mucho cuidado y presérvate de las emboscadas de nuestros perseguidores. Y sobre todo, no te dejes llevar de la desesperación, ocurra lo que ocurra y oigas lo que oigas estos días. Y que ni mi misma muerte te haga perder la razón hasta el punto de olvidar la prudencia ¡Uassalam!"

Con la lectura de esta carta, ¡oh rey del tiempo! mi ansiedad y mis presentimientos llegaron a su límite extremo, y me dejé llevar por el torrente de mis tumultuosos pensamientos. Así es que cuando al día siguiente corrió por el palacio, como un batir de alas de búho, el rumor de la muerte tan repentina como inexplicable de la princesa Suleika, mi dolor llegó al colmo, y sin un mohín de asombro, caía desmayado en brazos de mi protector, dando con la cabeza antes que con los pies. Y permanecí en un estado próximo a la muerte durante siete días y siete noches, al cabo de los cuales, merced a los cuidados atentos que me prodigaba mi protector, volví a la vida, pero con mi alma llena de duelo y mi corazón poseído definitivamente por la desgana de vivir. Y sin poder sufrir el quedarme por más tiempo en aquel palacio ensombrecido por el duelo de mi bienamada resolví huir secretamente en la primera ocasión, para hundirme en las soledades donde por toda presencia no hay más que la de Alah y la de la hierba salvaje.

Y en cuanto se espesaron las tinieblas de la noche, recogí los diamantes y pedrerías más preciosas que poseía, pensando: "¡Pluguiera al Destino que me hubiese muerto antaño en Damasco, ahorcado en la rama del árbol añoso en el jardín de mi padre, mejor que vivir en lo sucesivo una vida de duelo y de dolor más amarga que la mirra!" Y aproveché una ausencia de mi protector para deslizarme fuera del palacio y de la ciudad de Schiraz, en pos de soledades lejos de las comarcas de los hombres.

Y anduve sin interrupción toda aquella noche y todo el día siguiente, cuando he aquí, que, al caer la tarde, estando yo parado al borde del camino, junto a una fuente, oí detrás de mí el galope de un caballo, y vi a pocos pasos, cerca ya, a un jinete joven cuyo rostro, iluminado por las tintas rojas del sol poniente, me pareció más hermoso que el del ángel Raduán. E iba vestido con trajes espléndidos, como no los llevan más que los emires y los hijos de reyes. Y me miró, haciéndome con la mano solamente el saludo cortés, sin pronunciar las palabras consagradas para la zalema usual entre musulmanes.

Y a pesar de todo, le invité a descansar y a dar de beber a su caballo, diciéndole: "¡Señor, séate propicia la frescura de la tarde, y sea esta agua deliciosa para la fatiga de tu noble corcel!" Y sonrió él a estas palabras, y saltando a tierra, ató su caballo por la brida junto a la fuente, se acercó a mí, y de improviso me rodeó con sus brazos y me besó con un ardor singular. Y sorprendido y encantado a la vez, le miré más atentamente y lancé un grito prolongado al reconocer en aquel joven a mi bienamada Suleika, a quien creía bajo la losa de la tumba.

Y ahora, ¡oh mi señor! ¿cómo decirte la dicha que llenó mi alma al recobrar a Suleika? Pelos me saldrían en la lengua antes de que pudiese darte una idea de la intensidad de la alegría que embargó nuestros corazones en aquellos instantes venturosos. Básteme decirte que, después de permanecer largo tiempo en brazos uno de otro, Suleika me puso al corriente de cuanto había pasado durante todos aquellos días de mi reciente dolencia. Y a la sazón comprendí cómo, denunciada a su padre el rey, había sido ella víctima de una vigilancia estrechísima, y prefiriendo entonces todo a la vida que le hacían llevar, había simulado la muerte, y gracias a la complicidad de su favorita había podido escapar del palacio, espiar todos mis movimientos, seguirme desde lejos, y así, segura de mi amor para en lo sucesivo, quería vivir conmigo, lejos de las grandezas, y consagrarse enteramente a hacer mi dicha. Y nos pasamos la noche entre delicias compartidas bajo la mirada del cielo. Y al día siguiente montamos juntos en el mismo caballo, y emprendimos el camino que conducía a mi país. Y Alah nos escribió la seguridad, y llegamos con buena salud a Damasco, donde el Destino me puso en tu presencia ¡oh rey del tiempo! y me hizo visir de tu poderío.

Y tal es mi historia. ¡Y Alah es más sabio!"

"Pero no creas ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada— que esta historia de la princesa Suleika puede compararse a la menor de las historias extraídas de los Ocios encantadores de la adolescencia desocupada".

Y sin dejar tiempo al rey para que diese su opinión acerca de la historia de la princesa Suleika, no quiso que transcurriera aquella noche sin empezar a contarlas.

LOS OCIOS ENCANTADORES DE LA ADOLESCENCIA DESOCUPADA

El mozalbete de la cabeza dura y su hermana la del pie pequeño

Se cuenta —pero Alah es más sabio— que en una ciudad entre las ciudades de un país entre los países, había un hombre honrado y sumiso a la voluntad del Altísimo, con una esposa excelente y temerosa del Todopoderoso, y había tenido ella —gracias a la bendición— dos hijos, un niño y una niña. Y el muchacho había nacido con una cabeza voluntariosa y dura, y la niña con un alma dulce y unos piececitos deliciosos. Y cuando los dos niños eran ya mayorcitos murió su padre. Pero a la hora de la muerte llamó a su esposa y le dijo: "¡Oh hija del tío! te recomiendo muy particularmente que veles por nuestro hijo, pupila de nuestros ojos; que no le regañes, haga lo que haga; que no le contradigas nunca, diga lo que diga, y sobre todo, que le dejes hacer siempre lo que quiera en cualquier circunstancia de su vida (¡ojalá sea larga y próspera!) " Y cuando su esposa se lo prometió llorando, ya había muerto él dichoso y sin desear nada más.

Y la madre no dejó de cumplir la última recomendación de su difunto esposo. Y al cabo de cierto tiempo se acostó para morir (¡solo Alah es el eterno viviente!) y llamó a su hija, la hermana del muchacho, y le dijo: "¡Hija mía, has de saber que tu difunto padre (¡sea con él la misericordia del Clemente!) me hizo jurar, a su muerte, que jamás contrariaría los deseos de tu hermano! ¡Ahora júrame a tu vez, para que yo muera tranquila, que cumplirás esta recomendación!" Y la joven prestó el juramento a su madre, que murió contenta en la paz de su Señor.

Y he aquí que, en cuanto estuvo enterrada la madre, el mozalbete fue en busca de su hermana y le dijo: "Escucha, ¡oh hija de mi padre y de mi madre! Quiero, en esta hora y en este instante, reunir en casa todo lo que posee nuestra mano en muebles, cosechas, búfalos, cabras, y en una palabra, cuanto nos ha dejado nuestro padre, y quemar el continente con el contenido". Y la joven, llena de estupor, abrió sus grandes ojos, y exclamó, olvidando la recomendación: "¡Oh querido! pero, si haces eso, ¿qué va a ser de nosotros?" Y contestó él: "¡Ya verás!"

E hizo lo que había dicho. Amontonando todo en la casa, le prendió fuego. Y se convirtió en llamas todo, bienes y fondos. Y advirtiendo el mozalbete que su hermana había conseguido esconder en casa de los vecinos diferentes objetos para salvarlos del desastre, se dedicó a la busca de las tales cosas y dio con ellas siguiendo las huellas de los piececitos de su hermana. Y cuando las encontró, las prendió fuego a una tras de otra, continente y contenido. Pero los propietarios, mirándole con malos ojos, se armaron de horquillas y se pusieron en persecución del hermano y de la hermana, para matarlos. Y le dijo la joven, muriéndose de miedo: "¡Ya ves ¡oh hermano mío! lo que has hecho! ¡Pongámonos a salvo! ¡ah! ¡pongámonos a salvo!" Y emprendieron juntos la fuga, poniendo pies en polvorosa.

Y estuvieron corriendo un día y una noche, y de tal suerte lograron escapar de los que aspiraban a su muerte. Y llegaron a una hermosa propiedad en donde hacían la recolección unos labradores. Y para poder vivir ambos hermanos se ofrecieron a ayudar, y en vista de su buena cara, fueron admitidos.

Y he aquí que, días más tarde, estando el mozalbete solo en la casa con los tres hijos del amo, les hizo mil caricias para atraérselos, y les dijo: "¡Vamos a la era para jugar a que trillamos el grano!" Y cogidos de las manos se fueron los cuatro a la era consabida. Y para dar comienzo al juego, el mozalbete hizo primero de grano, y los niños se divirtieron trillándole, aunque sin hacerle daño, lo preciso para que el juego resultase más a lo vivo. Y les tocó a su vez convertirse en grano. E hicieron de grano. Y el mozalbete los trilló como si fuesen granos. Y los trilló tan bien, que les hizo papilla. Y murieron en la era. ¡Y he aquí lo referente a ellos!

Pero, volviendo a la joven, hermana del mozalbete, es el caso que cuando notó la ausencia de su hermano pensó fundadamente que estaría cometiendo alguna acción destructora. Y se puso en busca suya, y acabó por encontrarle cuando acababa él de aplastar a los tres niños, hijos del propietario. Y al ver aquello, le dijo: "¡Pongámonos a salvo pronto!, ¡oh hermano mío! ¡pongámonos a salvo pronto! ¡Mira lo que has hecho! ¡Con lo bien que estábamos en esta propiedad!" Y cogiéndole de la mano, le obligó a emprender la fuga con ella. Y como la cosa entraba en sus proyectos, se dejó él arrastrar. Y partieron. Y cuando el padre de los niños regresó a la casa, y tras de buscar a sus hijos los halló hechos papillas en la era, y se enteró de la desaparición del hermano y de la hermana, exclamó, encarándose con su gente: "¡Hay que echar a correr detrás de esos dos infames que han pagado nuestros beneficios y la hospitalidad matando a mis tres hijos!" Y se armaron de un modo terrible con flechas y estacas, y persiguieron al hermano y a la hermana, tomando los mismos senderos que ellos. Y a la caída de la noche llegaron a un árbol muy gordo y muy alto, al pie del cual se acostaron en espera del día.

Y he aquí que el hermano y la hermana se habían escondido precisamente en la copa de aquel árbol. Y al despertar por el alba, vieron al pie del árbol a todos los hombres que les perseguían, y que dormían aún. Y el mozalbete dijo a su hermana, mostrándole al amo, padre de los tres niños: "¿Ves a ese tan alto que está durmiendo? ¡Pues bien; voy a hacer mis necesidades sobre su cabeza!" Y la hermana, llena de terror, se dio un manotazo en la boca, y le dijo: "¡Estamos perdidos sin remedio! No hagas eso, ¡oh querido mío! ¡Todavía no saben que estamos escondidos encima de su cabeza, y si continúas tranquilo, se marcharán y nos veremos libres!" Pero dijo él: "¡No quiero!" Y añadió: "¡Tengo que hacer mis necesidades en la cabeza de ese hombre alto!" Y se acurrucó en la rama más alta, y se meó, y dejó caer sus excrementos en la cabeza y el rostro del amo, que hubo de quedar inundado.

¡Eso fue todo!

Y el hombre, al sentir aquellas cosas, se despertó sobresaltado, y divisó en la copa del árbol al mozalbete, que se limpiaba tranquilamente con las hojas. Y en el límite extremo del furor, cogió su arco y disparó sus flechas al hermano y a la hermana. Pero como el árbol era muy alto, las flechas no les alcanzaban, enredándose en las ramas. Entonces despertó a sus gentes y les dijo: "¡Derribad ese árbol!" Y la joven al oír estas palabras, dijo a su hermano el mozalbete: "¡Ya lo ves! ¡Estamos perdidos!" Él preguntó: "¿Quién te lo ha dicho?" Ella contestó: "¡Vaya un suplicio que nos harán sufrir a causa de lo que has hecho!" Él dijo: "¡Todavía no estamos entre sus manos!"

Y en el mismo momento, un gran pájaro rokh, que los había visto pasar por allí, descendió sobre ellos y se los llevó a ambos en sus garras. Y emprendió el vuelo con ellos, en tanto que el árbol caía a impulso de los hachazos, y el amo, burlado, estallaba de rabia y de furor reconcentrados.

En cuanto al pájaro rokh, continuaba elevándose por los aires, con el hermano y la hermana en sus garras. Y ya se disponía a dejarlos en cualquier parte de tierra firme, para lo cual sólo tenía que atravesar un brazo de mar sobre el que se cernía, cuando el mozalbete dijo a su hermana, la joven: "¡Hermana mía, voy a hacer cosquillas en el trasero a este pájaro...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 882ª NOCHE

Ella dijo:

...el mozalbete dijo a su hermana, la joven: "¡Hermana mía, voy a hacer cosquillas en el trasero a este pájaro!" Y la joven, con el corazón agitado de espanto, exclamó con temblorosa voz: "¡Oh! ¡por favor, querido, no hagas eso, no hagas eso! ¡Porque nos soltará, y nos caeremos!" Él dijo: "¡Tengo muchas ganas de hacer cosquillas en el trasero a este pájaro!" Ella dijo: "¡Moriremos!" Él dijo: "¡Lo haré! ¡Y va a ser así!" E hizo lo que había dicho. Y el pájaro cosquilleado se sobresaltó mucho, de tanto como le desagradó la cosa, y soltó su presa, que era el hermano y la hermana.

Y cayeron al mar. Y fueron a parar al fondo del mar, que era excesivamente profundo. Pero, como sabían nadar, pudieron salir a la superficie del agua y ganar la orilla.

Sin embargo, no veían nada y no distinguían nada, exactamente igual que si estuviesen en medio de una noche negra. Porque el país en que se hallaban era el país de las tinieblas.

Y el mozalbete, sin vacilar, buscó a tientas guijarros, y restregó dos, uno contra otro, hasta que salieron chispas. Y recogió leña en gran cantidad y con ella hizo un montón enorme, al que prendió fuego por medio de los dos guijarros. Y cuando ardió todo el montón, vieron claro. Pero, en el mismo momento, oyeron un espantoso mugido, como mil voces de búfalos salvajes reunidas en una sola. Y a la claridad de la hoguera, vieron avanzar hacia ellos, terrible, una ghula negra y gigantesca, que gritaba con sus fauces abiertas como un horno: "¿Quién es el temerario que enciende luz en el país que he consagrado a las tinieblas?"

Y a la hermana le dio aquello mucho miedo. Y con voz apagada, dijo a su hermano el mozalbete: "¡Oh hijo de mi padre y de mi madre! esta vez vamos a morir indudablemente. ¡Oh! ¡tengo miedo a esa ghula!" Y se acurrucó contra él, dispuesta a morir, y desmayada ya. Pero el muchacho, sin perder ni por un instante su presencia de ánimo, se irguió sobre ambos pies, hizo frente a la ghula, y una a una cogió las mayores brasas ardientes de la hoguera y empezó a lanzarlas con tino en la ancha boca abierta de la ghula. Y cuando de aquel modo hubo él arrojado la última brasa grande, la ghula estalló por la mitad. Y el sol alumbró de nuevo aquel país consagrado a las tinieblas. Porque, volviendo su gigantesco trasero contra el sol, la ghula le había impedido alumbrar aquella tierra. ¡Y he aquí lo referente al trasero de la ghula!

¡Pero he aquí ahora lo que atañe al rey de aquella tierra! Cuando el rey que reinaba en el país hubo visto relucir el sol después de tantos años pasados en tinieblas negras, comprendió que la terrible ghula había muerto, y salió de su palacio, seguido de sus guardias, para ponerse en busca del valiente que había librado de la opresión y de la oscuridad al país. Y al llegar a orillas del mar, vio desde lejos el montón de leña que humeaba aún, y encaminó sus pasos por aquel lado. Y al ver avanzar toda aquella tropa armada con el rey que brillaba a su cabeza, la hermana se sintió poseída de un terror grande, y dijo a su hermano: "¡Oh hijo de mi padre y de mi madre, huyamos! ¡Ah! ¡huyamos!" Y preguntó él: "¿Por qué vamos a huir? ¿Y quién nos amenaza?" Ella dijo: "¡Por Alah sobre ti, vámonos antes de que nos den alcance esas gentes armadas que avanzan hacia nosotros!" Pero dijo él: "¡No quiero!"

Y ni se movió siquiera.

Y el rey llegó con su tropa a las proximidades de la hoguera humeante, y encontró a la ghula hecha mil pedazos. Y junto a ella vio una pequeña sandalia de muchacha. Era una sandalia que se le había salido de su piececito a la hermana cuando corría a refugiarse con su hermano detrás de un montículo, adonde había ido él a tenderse para descansar algo. Y el rey dijo a sus gentes: "¡Indudablemente es una sandalia de la que ha matado a la ghula y nos ha librado de la oscuridad! Buscad bien y la encontraréis". Y la joven oyó estas palabras, y se atrevió a salir detrás del montículo y a acercarse al rey. Y se arrojó a sus plantas, implorando la salvaguardia. Y el rey vio en el pie de ella la sandalia compañera de la que se había encontrado. Y levantó a la joven y la besó, y le dijo: "¡Oh joven bendita! ¿eres tú quien ha matado a esta terrible ghula?" Ella contestó: "Es mi hermano, ¡oh rey!" Él preguntó: "¿Y dónde está ese valiente?"

Ella dijo: "¿No le harás daño nadie?" Él dijo: "¡Al contrario!"

Entonces fue detrás de la roca y cogió de la mano al mozalbete, que se dejó hacer. Y le condujo ella a presencia del rey, que le dijo: "¡Oh jefe de los valientes y corona suya! te doy en matrimonio a mi única hija y tomo por esposa a esta joven del pie pequeño, cuya sandalia me he encontrado".

Y el muchacho dijo: "¡No hay inconveniente!"

Y vivieron todos en las delicias, contentos y prosperando.
Luego dijo Schehrazada:

LA PULSERA DE TOBILLO

Se dice, entre lo que se dice, que en una ciudad había tres hermanas, hijas del mismo padre, pero no de la misma madre, que vivían juntas hilando lino para ganarse la vida. Y las tres eran como lunas; pero la más pequeña era la más hermosa y la más dulce y la más encantadora y la más diestra de manos, pues ella sola hilaba más que sus dos hermanas reunidas, y lo que hilaba estaba mejor y sin defecto por lo general. Lo cual daba envidia a sus dos hermanas, que no eran de la misma madre.

Un día fue ella al zoco, y con el dinero que había ahorrado de la venta de su lino se compró un búcaro pequeño de alabastro, que era de su gusto, a fin de tenerlo delante con una flor dentro cuando hilara el lino. Pero no bien regresó a casa con su búcaro en la mano, sus dos hermanas se burlaron de ella y de su compra, tildándola de derrochadora y de extravagante. Y muy conmovida y muy avergonzada, no supo ella qué decir, y para consolarse cogió una rosa y la puso en el búcaro. Y se sentó ante su búcaro y ante su rosa y se puso a hilar su lino.

Y he aquí que el búcaro de alabastro que había comprado la joven hilandera era un búcaro mágico. Y cuando su dueña quería comer, él le proporcionaba manjares deliciosos, y cuando ella quería vestirse, él la satisfacía. Pero la joven, temerosa de que le tuviesen más envidia todavía sus hermanas, que no eran de la misma madre, se guardó bien de revelarles las virtudes de su búcaro de alabastro. Y en presencia de ellas aparentaba que vivía como ellas y vestía como ellas, y aún más modestamente. Pero cuando salían sus hermanas se encerraba completamente sola en su cuarto, ponía delante de ella su búcaro de alabastro, le acariciaba dulcemente, y le decía: "¡Oh bucarito mío! ¡oh bucarito mío! ¡hoy quiero tal y cual cosa!" Y al punto el búcaro de alabastro le proporcionaba cuantas ropas hermosas y golosinas había pedido ella. Y a solas consigo misma, la joven se vestía con trajes de seda y oro, se adornaba con alhajas, se ponía sortijas en todos los dedos, pulseras en las muñecas y en los tobillos y comía golosinas deliciosas. Tras de lo cual el búcaro de alabastro hacía desaparecer todo. Y la joven lo cogía de nuevo, e iba a hilar su lino en presencia de sus hermanas, poniéndose delante el búcaro con su rosa. Y de tal suerte vivió cierto espacio de tiempo, pobre ante sus envidiosas hermanas y rica ante sí misma.

Un día, entre los días, el rey de la ciudad, con motivo de su cumpleaños, dio en su palacio grandes festejos, a los cuales fueron invitados todos los habitantes. Y las tres jóvenes también fueron invitadas. Y las dos hermanas mayores se ataviaron con lo mejor que tenían y dijeron a su hermana pequeña: "Tú te quedarás para guardar la casa". Pero, en cuanto se marcharon ellas, la joven fue a su cuarto, y dijo a su búcaro de alabastro: "¡Oh bucarito mío! esta noche quiero de ti un traje de seda verde, una veste de seda roja y un manto de seda blanca, todo de lo más rico y más bonito que tengas, y hermosas sortijas para mis dedos, y pulseras de turquesas para mis muñecas, y pulseras de diamantes para mis tobillos. Y dame también todo lo preciso para que yo sea la más bella en palacio esta tarde". Y tuvo cuanto había pedido. Y se atavió, y se presentó en el palacio del rey, y entró en el harén, donde había festejos aparte reservados para las mujeres. Y apareció como la luna en medio de las estrellas. Y no la reconoció radie, ni siquiera sus hermanas, de tanto como realzaba su belleza natural el esplendor de su indumentaria. Y todas las mujeres iban a extasiarse ante ella, y la miraban con ojos húmedos. Y ella recibía sus homenajes como una reina, con dulzura y amabilidad, de modo que conquistó todos los corazones y dejó entusiasmadas a todas las mujeres.

Pero cuando la fiesta tocaba a su fin, la joven, sin querer que sus hermanas regresasen a casa antes que ella, aprovechó el momento en que atraían toda la atención las cantarinas, para deslizarse fuera del harén y salir del palacio. Mas, en su precipitación por huir, dejó caer, al correr, una de las pulseras de diamantes de sus tobillos en la pila a ras de tierra que servía de abrevadero a los caballos del rey. Y no advirtió la pérdida de su pulsera de tobillo, y volvió a casa, donde llegó antes que sus hermanas.

Al día siguiente...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 883ª NOCHE

Ella dijo:

Al día siguiente los palafreneros llevaron a los caballos del hijo del rey a beber en el abrevadero; pero no quiso acercarse al abrevadero ninguno de los caballos del hijo del rey. Y todos juntos retrocedieron, asustados, con los nasales dilatados y resoplando con violencia. Porque habían visto algo que brillaba y lanzaba chispas en el fondo del agua. Y los palafreneros les hicieron acercarse de nuevo al agua, silbando con insistencia, aunque sin llegar a convencerles, pues los animales tiraban de la cuerda, encabritándose y dando vueltas. Entonces los palafreneros registraron el abrevadero, y descubrieron la pulsera de diamantes que había dejado caer de su tobillo la joven.

Cuando el hijo del rey, que según su costumbre, vigilaba cómo se cuidaba a los caballos, hubo examinado la pulsera de diamantes que acababan de entregarle los palafreneros, se maravilló de la finura del tobillo que debía oprimir, y pensó: "¡Por vida de mi cabeza, que no hay tobillo de mujer lo bastante fino para caber en una pulsera tan pequeña!" Y la dio vueltas en todos sentidos, y se encontró con que las piedras eran tan hermosas que la menor de entre ellas valdría por todas las gemas que adornaban la diadema de su padre el rey. Y se dijo: "¡Por Alah, que es preciso que tome yo por esposa a la propietaria de un tobillo tan encantador y dueña de esta pulsera!" Y en aquella hora y en aquel instante se fue a despertar a su padre el rey, y le enseñó la pulsera, diciéndole: "Quiero tomar por esposa a la propietaria de un tobillo tan encantador y dueña de esta pulsera". Y el rey le contestó: "¡Oh hijo mío! no hay inconveniente. Pero ese asunto incumbe a tu madre, y ella es a quien tienes que dirigirte. ¡Porque yo no entiendo de esas cosas, y ella entiende!"

Y el hijo del rey fue en busca de su madre, y enseñándole la pulsera y contándole la historia, le dijo: "Tú eres ¡oh madre! quien puede casarme con la propietaria de un tobillo tan encantador, a la cual está unido mi corazón. ¡Porque mi padre me ha dicho que tú entendías de estas cosas, y que él no entendía!". Y se irguió sobre ambos pies, y llamó a sus mujeres, y salió con ellas en busca de la dueña de la pulsera. Y recorrieron todas las casas de la ciudad, y entraron en todos los harenes, probando en el pie de todas las mujeres mayores y de todas las jóvenes la pulsera de tobillo. Pero todos los pies resultaron demasiado grandes para la estrechez del objeto. Y al cabo de quince días de pesquisas vanas y pruebas, llegaron a casa de las tres hermanas, y lanzó un estridente grito de alegría al comprobar que se ajustaba a maravilla al tobillo de la más pequeña.

Y la reina besó a la joven, y también la besaron las demás damas del séquito de la reina. Y la cogieron de la mano, y la condujeron a palacio, donde al punto quedó decidido su matrimonio con el hijo del rey. Y comenzaron las ceremonias de las bodas, que debían durar cuarenta días y cuarenta noches.

Y he aquí que el último día, después de ser conducida la joven al hammam, sus hermanas, a quienes se había llevado ella consigo, a fin de que compartiesen su alegría y se convirtieran en grandes damas de palacio, la vistieron y la peinaron. Y como, confiada en el afecto que le mostraban, les había revelado ella el secreto y las virtudes del búcaro de alabastro, no les fue difícil obtener del búcaro mágico todos los trajes, todos los atavíos y todas las alhajas que se necesitaban para adornar a la recién casada como nunca fue adornada hija de rey o de sultán. Y cuando acabaron de peinarla le clavaron en sus hermosos cabellos grandes alfileres de diamantes a manera de airón.

Y he aquí que, apenas quedó clavado el último alfiler, la joven desposada se metamorfoseó repentinamente en tórtola con un pequeño moño en la cabeza. Y salió volando muy de prisa por la ventana del palacio.

Porque los alfileres que sus hermanas le habían clavado en los cabellos eran alfileres mágicos, dotados del poder de transformar a las jóvenes en tórtolas, y la envidia que sentían ambas hermanas les había impulsado a pedir esos alfileres al búcaro de alabastro.

Y las dos hermanas, que en aquel momento se encontraban solas con su hermana pequeña, se guardaron mucho de contar la verdad al hijo del rey. Y se limitaron a decirle que su hermana había salido un momento y que no había vuelto. Y el hijo del rey, viendo que no aparecía, mandó hacer pesquisas por toda la ciudad y todo el reino. Pero las pesquisas no dieron resultado. Y la desaparición de la joven le sumió en la consunción y la amargura. ¡Y he aquí lo referente al desolado hijo del rey, consumido de amor!

En cuanto a la tórtola, todas las mañanas y todas las tardes iba a posarse en la ventana de su joven esposo, y arrullaba con voz melancólica durante mucho rato, ¡mucho rato! Y al hijo del rey le parecía que aquel arrullo respondía a su propia tristeza; y le tomó gran cariño. Y un día, al ver que ella no se asustaba aunque se acercase él, tendió la mano y la atrapó. Y la tórtola se echó a temblar entre sus manos y empezó a dar sacudidas, sin dejar de arrullar tristemente. Y él se puso a acariciarla con delicadeza, alisándole las plumas y rascándole la cabeza. Y he aquí que, al rascarle la cabeza, sintió bajo sus dedos unos pequeños objetos duros corno cabezas de alfiler. Y los extrajo del moño delicadamente, uno tras otro. Y cuando él le hubo sacado el último alfiler, la tórtola dio una sacudida y de nuevo se tornó en joven.

Y ambos vivieron entre delicias, contentos y prosperando. Y las dos malas hermanas se murieron de envidia y de una reconcentración de sangre. Y Alah otorgó a los amantes numerosos hijos, tan hermosos como sus padres.

Y aquella noche aún dijo Schehrazada:

Historia del macho cabrío y de la hija del rey

Se cuenta, entre lo que se cuenta, que en una ciudad de la India había un sultán a quien Alah, que es grande y generoso, había hecho padre de tres princesas como lunas, perfectas en todos sentidos y deliciosas para la mirada del espectador. Y su padre el sultán, que las amaba en extremo, quiso, en cuanto fueron púberes, buscarles esposos que fuesen capaces de estimarlas en su valor y de hacer su dicha. Y a tal fin llamó a su esposa la reina, y le dijo: "He aquí que nuestras tres hijas, las bienamadas de su padre, han llegado a la nubilidad, y cuando el árbol está en su primavera, conviene, para que no se pierda, que tenga flores anunciadoras de hermosos frutos. Por eso es preciso que busquemos a nuestras hijas esposos que las hagan dichosas". Y dijo la reina. "La idea es excelente".

Y tras de haber deliberado entre sí acerca de los medios mejores de conseguir su objeto, resolvieron hacer anunciar por los pregoneros públicos, en toda la extensión del reino, que las tres princesas estaban en edad de casarse, y que todos los hijos de emires y de grandes señores, amén de los simples particulares y de los hombres del pueblo, debían presentarse bajo las ventanas del palacio en un día fijo. Porque la reina había dicho a su esposo: "La dicha en el matrimonio no depende ni de la riqueza ni del nacimiento, sino sólo del designio del Todopoderoso. Lo mejor es, pues, dejar que el Destino elija por sí mismo a los esposos de nuestras hijas.

Y cuando llegue el día de elegirlos, no tendrán ellas más que tirar su pañuelo por la ventana sobre la muchedumbre de pretendientes. Y aquellos sobre quienes caigan los tres pañuelos serán los esposos de nuestras tres hijas". Y el sultán hubo de responder: "La idea es excelente". Y así se hizo.

De modo que cuando llegó el día fijado por los pregoneros públicos, y se llenó con la muchedumbre de pretendientes el meidán que se extendía al pie del palacio, abrióse la ventana, y la hija mayor del rey apareció, como la luna, la primera con su pañuelo en la mano. Y tiró el pañuelo al aire. Y se lo llevó el viento y lo hizo caer sobre la cabeza de un joven emir, brillante y hermoso.

Luego apareció, como la luna, en la ventana la segunda hija del rey, y tiró su pañuelo, que fue a caer sobre la cabeza de un joven príncipe tan hermoso y tan encantador como el primero.

Y la tercera hija del sultán arrojó su pañuelo a la muchedumbre. Y el pañuelo se agitó un instante, se inmovilizó un instante, y cayó para ir a engancharse en los cuernos de un macho cabrío que se hallaba entre los pretendientes. Pero el sultán, aunque había prometido solemnemente su hija a cualquier espectador sobre quien cayera el pañuelo, tuvo por nula la experiencia, y la hizo repetir. Y la joven princesa arrojó de nuevo al aire su pañuelo, que, tras de vacilar entre dos aires, por encima del meidán, cayó con rapidez y en línea recta sobre los cuernos del mismo macho cabrío. Y el sultán, en el límite de la contrariedad dio por nula esta segunda elección de la suerte, e hizo repetir la prueba a su hija. Y por tercera vez el pañuelo voltejeó algún tiempo en el aire, y fue a posarse precisamente en la cabeza cornuda del macho cabrío...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 884ª NOCHE

Ella dijo:

...Y por tercera vez el pañuelo voltejeó algún tiempo en el aire, y fue a posarse precisamente en la cabeza cornuda del macho cabrío. Al ver aquello, el despecho del sultán, padre de la joven, llegó a sus límites extremos, y exclamó él: "¡No, por Alah, prefiero verla envejecer virgen en mi palacio a verla convertida en esposa de un macho cabrío inmundo!" Pero, a estas palabras de su padre, la joven se echó a llorar; y corrían por sus mejillas numerosas lágrimas y acabó por decir entre dos sollozos: "Ya que ése es mi Destino, ¡oh padre! ¿Por qué quieres impedir que se cumpla? ¿Por qué interponerte entre mi suerte y yo? ¿No sabes que cada criatura lleva atado al cuello su Destino? Y si el mío va atado a ese macho cabrío, ¿por qué impedirme que sea su esposa?" Y por otra parte, sus dos hermanas, que en secreto tenían mucha envidia de ella porque era la más joven y la más bonita, unieron sus protestas a las suyas, pues la realización de aquel matrimonio con el macho cabrío las vengaba hasta más allá de sus deseos. Y tanto y tanto porfiaron entre las tres, que su padre el sultán acabó por dar su consentimiento para un matrimonio tan extraño y tan extraordinario.

Y al punto se dio orden para que se celebrasen las bodas de las tres princesas con toda la pompa deseable y con arreglo al ceremonial de rigor. Y toda la ciudad estuvo iluminada y empavesada durante cuarenta días y cuarenta noches, en el transcurso de los cuales se dieron grandes festejos y magníficos festines, con danzas, cantos y conciertos de instrumentos. Y no cesó de reinar la alegría en todos los corazones, y hubiera sido completa si cada uno de los invitados no estuviesen un poco preocupados por los resultados de semejante unión entre una princesa virgen y un macho cabrío cuya apariencia era la de un macho cabrío terrible entre todos los machos cabríos. Y durante aquellos días preparatorios de la noche nupcial, el sultán y su esposa, así como las mujeres de los visires y de los dignatarios fatigaron su lengua en querer disuadir a la joven de la consumación de su matrimonio con aquel animal de olor repugnante, de ojos encendidos y de herramienta espantosa. Pero ella contestaba siempre a todos y a todas con estas palabras: "Cada cual lleva colgado al cuello su Destino y si el mío es ser esposa del macho cabrío, nadie podrá oponerse a ello".

Y he aquí que, cuando llegó la noche de la consumación, se condujo a la princesa, con sus hermanas, al hammam. Tras de lo cual las arreglaron, adornaron y peinaron. Y cada cual fue conducida a la cámara nupcial que le tenía escrito el Destino. ¡Y sucedió lo que sucedió, en cuanto a las dos hermanas mayores!

¡Pero he aquí lo que le aconteció a la princesita con su marido el macho cabrío! No bien el macho cabrío fue introducido en el cuarto de la joven y se cerró la puerta tras ellos, el macho cabrío besó la tierra entre las manos de su esposa, y dando una sacudida repentina, arrojó su piel de macho cabrío y se tornó en un joven tan hermoso como el ángel Harut. Y se acercó a la joven, y la besó entre ambos ojos, luego en el mentón, luego en el cuello, luego en todas partes, y le dijo: "¡Oh vida de las almas! no intentes saber quién soy. Bástate saber que soy más poderoso y más rico que tu padre el sultán y que todos los hijos del tío que tienen por esposos tus hermanas. Mucho tiempo hace que en mi corazón se albergaba tu amor, y hasta ahora no pude llegar hasta ti. ¡Y si me encuentras de tu gusto y quieres conservarme, no tienes más que hacerme una promesa!" Y la princesa, que encontraba al hermoso joven muy de su conveniencia y absolutamente de su gusto, contestó: "¿Y cuál es la promesa que tengo que hacerte? ¡Dila, y me someteré a ella, aunque sea muy difícil de cumplir, por el amor de tus ojos!" Él dijo: "La cosa es sencilla, ¡ya setti! Únicamente pido que me prometas no revelar a nadie nunca el poder que poseo de transformarme a mi antojo. Porque si alguien un día sospechase solamente que soy macho cabrío a la vez que ser humano, yo desaparecería al instante, y te sería difícil encontrar mis huellas". Y la joven le prometió la cosa con todo género de seguridades, y añadió: "¡Prefiero morir a perder un esposo tan hermoso como tú!"

Entonces, sin tener ya motivos fundados para desconfiar uno de otro, se dejaron llevar de su inclinación natural. Y se amaron con un amor grande, y se pasaron aquella noche, noche de bendición, labios sobre labios y piernas sobre piernas, entre delicias puras y trueques encantadores. Y no cesaron en sus escarceos y empresas hasta que nació la mañana. Y el joven abandonó entonces las blancuras de la joven, y recobró su forma prístina de macho cabrío barbudo, con cuernos, pezuñas hendidas, mercancías enormes y todo lo consiguiente. Y de cuanto había tenido lugar no quedó nada, a no ser algunas manchas de sangre en la toalla de honor.

Y he aquí que, cuando la madre de la princesa entró por la mañana, como es costumbre, a saber noticias de su hija y a examinar con sus propios ojos la toalla de honor, llegó al límite del asombro al observar que el honor de la joven estaba de manifiesto en la toalla, y que la cosa era indudable. Y vio que su hija estaba lozana y contenta, y que a sus pies, en la alfombra, estaba sentado el macho cabrío rumiando discretamente. Y al ver aquello, corrió en busca de su esposo el sultán, padre de la princesa, que vio lo que vio, y no quedó menos estupefacto que su esposa. Dijo a su hija: "¡Oh hija mía! ¿es verdad eso?" Ella contestó: "¡Es verdad, padre mío!" Él preguntó: "¿Y no te has muerto de vergüenza y de dolor?" Ella contestó: "¡Por Alah! ¿para qué iba a morirme, siendo mi esposo tan diligente y tan encantador?" Y la madre de la princesa preguntó: "¿Por lo visto no tienes motivo de queja?" Ella dijo: "¡Ni por asomo!" Entonces dijo el sultán: "Si no tiene motivo de queja de su esposo, es porque es feliz con él. ¿Y qué más podemos desear para nuestra hija?" Y la dejaron vivir en paz con su esposo el macho cabrío.

Al cabo de cierto tiempo, con motivo de su cumpleaños, organizó el rey un gran torneo en la plaza del meidán, debajo de las ventanas de palacio. E invitó para aquel torneo a todos los dignatarios de su palacio, así como a los dos esposos de sus hijas. En cuanto al macho cabrío, no le invitó por no exponerse a la burla de los espectadores.

Y comenzó el torneo.

Y sobre sus corceles devoradores del aire, los caballeros justaron con grandes gritos, lanzando sus djerids. Y entre todos se distinguieron los dos esposos de las princesas. Y ya les aclamaba con entusiasmo la muchedumbre de espectadores, cuando entró en el meidán un soberbio caballero que sólo con su aspecto hacía fruncir la frente de los guerreros. Y provocó a justa, uno tras de otro, a los emires vencedores, y al primer disparo de su djerid los desmontó. Y fue aclamado por la muchedumbre como héroe de la jornada.

Así es que cuando el joven jinete pasó bajo las ventanas de palacio saludando al rey con su djerid, como es costumbre, las dos princesas lanzáronle miradas cargadas de odio. Pero la más joven, aunque reconoció en él a su propio esposo, no dejó traslucir nada en su rostro para no traicionar su secreto; pero se quitó una rosa de sus cabellos y se la arrojó. Y el rey, la reina y sus hermanas lo vieron, y se disgustaron mucho.

Y al segundo día hubo de celebrarse en el meidán otra justa. Y de nuevo fue héroe de la jornada el hermoso joven desconocido. Y cuando pasaba por debajo de las ventanas de palacio, la más joven de las princesas le arrojó ostensiblemente un jazmín que se había quitado de los cabellos. Y el rey y la reina y las dos hermanas, lo vieron y se molestaron en extremo. Y el rey dijo para sí: "¡Ahora resulta que esta hija desvergonzada declara públicamente sus sentimientos a un extraño, no contenta con habernos hecho ver negro el mundo desde que se casó con el macho cabrío de perdición!" Y la reina le lanzó miradas atravesadas. Y sus dos hermanas se sacudieron las vestiduras con horror, mirándola.

Y al tercer día, cuando el vencedor de la última justa, que era el mismo hermoso caballero, pasó bajo las ventanas de palacio, la joven princesa, esposa del macho cabrío, se quitó de los cabellos, para arrojársela, una flor de tamarindo. Porque no había podido contenerse al ver tan espléndido a su esposo.

Cuando observaron aquello, la cólera del sultán y la indignación de la sultana y el furor de las dos hermanas estallaron con violencia. Y al sultán se le pusieron encarnados los ojos, y le temblaron las orejas, y se le estremecieron las narices. Y cogió por los cabellos a su hija y quiso matarla y hacer desaparecer sus huellas. Y le gritó: "¡Ah, maldita desvergonzada! no contenta con hacer entrar en mi linaje a un macho cabrío, he aquí ahora que provocas públicamente a los extraños y atraes sobre ti sus deseos. ¡Muere, pues, y líbranos de tu ignominia!" Y se dispuso a aplastarle la cabeza contra las baldosas de mármol. Y la pobre princesa, llena de espanto al ver la muerte ante sus ojos, no pudo por menos —que tan preciada y cara es la propia alma— de exclamar: "¡Voy a decir la verdad! ¡Perdonadme, que voy a decir la verdad!" Y sin tomar aliento, contó a su padre, a su madre y a sus hermanas lo que le había sucedido con el macho cabrío, y quién era el macho cabrío, y cómo el macho cabrío era macho cabrío a la vez que ser humano. Y les dijo que era su propio esposo el hermoso caballero vencedor en las justas.

¡Eso fue todo!

Y el sultán y la esposa del sultán, y las dos hijas del sultán, hermanas de la princesita, se mostraron prodigiosamente asombrados y se maravillaron del Destino de la joven. ¡Y he aquí lo referente a ellos!

Pero, volviendo al macho cabrío, el caso es que desapareció. Y ya no hubo ni macho cabrío, ni joven hermoso, ni olor de macho cabrío, ni vestigio de joven. Y la princesita, tras de esperar en vano varios días y varias noches, comprendió que no volvería él a aparecer; y quedó triste, doliente, sollozante y sin esperanza...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 885ª NOCHE

Ella dijo:

...Pero, volviendo al macho cabrío, el caso es que desapareció. Y ya no hubo ni macho cabrío, ni joven hermoso, ni olor de macho cabrío, ni vestigio de joven. Y la princesa, tras de esperar en vano varios días y varias noches, comprendió que no volvería él a aparecer; y quedó triste, doliente, sollozante y sin esperanza.

Y vivió de tal suerte durante algún tiempo, entre lágrimas continuas y presa de la consunción, rehusando todo consuelo y toda distracción. Y contestaba a cuantos trataban de hacerle olvidar su desdicha: "Es inútil; soy la más infortunada entre las criaturas, y moriré de pena indudablemente".

Pero, antes de morir, quiso saber por sí misma si en toda la extensión de la tierra de Alah existía una mujer tan abandonada de la suerte y tan desgraciada como ella. Y primero decidió viajar e interrogar a todas las mujeres de las ciudades por donde pasara. Luego abandonó aquella primera idea para hacer construir, sin reparar en gastos, un hamman espléndido que no tenía igual en todo el reino de la India. E hizo que los pregoneros públicos anunciasen por todo el Imperio que la entrada al hamman sería gratuita para todas las mujeres que quisieran ir a bañarse allí, pero a condición de que cada favorecida contase a la hija del rey, para distraerla, la desdicha mayor o la mayor tristeza que hubiera afligido su vida. En cuanto a las que no tuviesen nada que contar a este respecto, no tenían permiso para entrar en el hanunam.

Así es que no tardaron en afluir al hamman de la princesa todas las afligidas del reino, todas las abandonadas de la suerte, las desgraciadas de todos los colores, las miserables de todas las especies, las viudas y las divorciadas, y cuantas, de una manera o de otra, fueron heridas por las vicisitudes del tiempo, y las traiciones de la vida. Y cada una, antes de bañarse, contaba a la hija del rey lo que había experimentado de más entristecedor en su vida. Las hubo que contaron el número de golpes con que las gratificaban sus esposos, y las hubo que vertieron lágrimas al hacer el relato de su viudez, en tanto que otras manifestaban su amargura por ver que sus esposos daban preferencia sobre ellas a cualquier rival horrible y vieja o cualquier negra de labios de camello, y hasta las hubo que tuvieron palabras conmovedoras para hacer el relato de la muerte de un hijo único o de un marido muy amado. Y de tal suerte transcurrió en el hammam un año entre historias negras y lamentaciones. Pero la princesa no dio con una mujer, entre los millares que había visto, cuya desdicha pudiese compararse con la suya en intensidad y en profundidad. Y cada vez sumíase más en la tristeza y en la desesperación.

Y he aquí que un día entró en el hamman una pobre vieja, temblorosa ya bajo el soplo de la muerte, que se apoyaba en un báculo para andar. Y se acercó a la hija del rey, y le besó la mano, y le dijo: "Por lo que a mí respecta, ¡ya setti! mis desdichas son más numerosas que mis años, y antes de acabar de contártelas se me secaría la lengua. Por eso no te diré más que la última desgracia que me ha ocurrido, y que, por cierto, es la mayor de todas, pues es la única cuyo sentido y motivo no comprendí. Y esa desgracia me aconteció ayer precisamente durante el día. ¡Y si estoy temblando tanto delante de ti, ¡ya setti! es por haber visto lo que he visto! Escucha:

"Has de saber, ¡ya setti! que por toda hacienda no poseo más que esta única camisa de cotonada azul que ves sobre mí. Y como necesitaba lavarla, a fin de que me fuese posible presentarme de una manera conveniente ,en el hamman de tu generosidad, me decidí a ir a la orilla del río, a un lugar solitario donde pudiese desnudarme sin ser vista y lavar mi camisa."

"Y la cosa se hizo sin contratiempos, y ya había lavado mi camisa y la había tendido al sol en los guijarros, cuando vi avanzar en dirección mía una mula sin mulero que iba con dos odres llenos de agua. Y creyendo que el mulero llegaría enseguida, me apresuré a ponerme mi camisa, que sólo estaba seca a medias, y dejé pasar a la mula. Pero como no veía ni mulero ni sombra de mulero, sentí gran perplejidad al pensar en aquella mula sin dueño que marchaba por la ribera meneando la cabeza, segura del camino y de la dirección que llevaba. E impulsada por la curiosidad, me erguí sobre ambos pies y la seguí de lejos. Y pronto llegó ante un montículo, no muy separado de la orilla del agua, y se detuvo, golpeando la tierra con un casco. Y por tres veces golpeó así la tierra con el casco de su pata derecha y al tercer golpe se entreabrió el montículo y la mula descendió al interior por una pendiente suave. Y a pesar de mi sorpresa extremada, no pude impedir a mi alma seguir a aquella mula. Y entré en el subterráneo detrás de ella.

Y no tardé en llegar de tal suerte a una cocina grande que, sin duda alguna, debía ser la cocina de algún palacio de debajo de tierra. Y vi hermosas marmitas alineadas por orden en los fogones, cantando y esparciendo un tufillo de primer orden que dilató los abanicos de mi corazón y vivificó las membranas de mis narices.

Y se me despertó un gran apetito, y mi alma anheló ardientemente probar aquella cocina excelente. Y no pude resistir a las solicitudes de mi alma. Y como no veía cocinero, ni pinche ni nadie a quien pedir algo por Alah, me acerqué a la marmita que exhalaba más exquisito olor, y levanté la tapa. Y me envolvió una gran nube aromática, y desde el fondo de la marmita me gritó de repente una voz: "¡Eh! ¡eh! ¡que esto es para nuestra señora! ¡No lo toques, o morirás!" Y yo, poseída de espanto, dejé caer la tapa sobre la marmita y salí de la cocina a escape. Y llegué a una segunda sala un poco más pequeña, en la que estaban alineados en bandejas pasteles de buena calidad, y tortas que olían bien, y una porción de cosas de primer orden buenas de comer. Y sin poder resistir a las solicitaciones de mi alma, tendí la mano hacia una de las bandejas y cogí una torta húmeda y tibia todavía. Y he aquí que recibí en la mano un cachete que me hizo soltar la torta; y de en medio de la bandeja salió una voz que me gritó: "¡Eh! ¡eh¡¡que esto es para nuestra señora! , ¡No lo toques, o morirás!" Y mi susto llegó a sus límites extremos, y corrí en línea recta, temblándome mis viejas piernas que me fallaban. Y después de cruzar galerías y galerías, me vi de pronto en una gran sala abovedada, de una belleza y una riqueza que nada tenían que envidiar a los palacios de los reyes, sino al contrario. Y en medio de aquella sala había un gran estanque de agua viva. Y alrededor de aquel estanque había cuarenta tronos, uno de los cuales era más alto y más espléndido que los demás."

"Y no vi a nadie en aquella sala, que sólo estaba habitada por la frescura y la armonía. Y llevaba allí un rato admirando toda aquella hermosura, cuando, en medio del silencio, hirió mis oídos un ruido semejante al que hacen esas pezuñas de un rebaño de cabras al andar por las piedras. Y sin saber de qué podía tratarse, me apresuré a esconderme debajo de un diván que estaba apoyado en la pared, de modo que pudiese mirar sin ser vista. Y el ruido de las pezuñas golpeando el suelo se acercó a la sala, y enseguida vi entrar cuarenta machos cabríos de barbas largas. Y el último iba montado en el penúltimo. Y todos fueron a colocarse en buen orden, cada cual ante un trono, alrededor del estanque. Y el que cabalgaba en su compañero se apeó del lomo de su cabalgadura y fue a colocarse ante el trono principal. Luego todos los demás machos cabríos se inclinaron ante él, dando con la cabeza en el suelo, y así permanecieron un momento sin moverse. Después se levantaron todos a una, y al mismo tiempo que su jefe, dieron tres sacudidas. Y en el mismo instante cayeron sus pieles de machos cabríos. Y vi a cuarenta jóvenes como lunas, el más hermoso de los cuales era el jefe. Y descendieron al estanque, con su jefe a la cabeza, y se bañaron en el agua. Y salieron de ella con unos cuerpos como el jazmín, que bendecían a su Creador. Y fueron a sentarse en sus tronos, completamente desnudos en su hermosura."

"Y mientras contemplaba al joven sentado en el trono grande y me maravillaba a su vista en mi corazón, vi de pronto gotear de sus ojos gruesas lágrimas. Y también caían lágrimas, aunque menos numerosas, de los ojos de los demás jóvenes. Y todos empezaron a suspirar, diciendo: "¡Oh señora nuestra! ¡oh señora nuestra!" Y su joven jefe suspiraba: "¡Oh soberana de la gracia y de la belleza!" Luego oí gemidos que salían de la tierra, bajaban de la bóveda; partían de los muros, de las puertas y de todos los muebles, repitiendo con acento de pena y de dolor estas mismas palabras: "¡Oh señora nuestra! ¡oh soberana de la gracia y de la belleza!"

"Y cuando hubieron llorado y suspirado y gemido durante una hora, el joven se levantó y dijo: "¿Cuándo vas a venir? ¡Yo no puedo salir! ¡Oh soberana mía! ¿cuándo vas a venir, ya que yo no puedo salir?" Y bajó de su trono, y volvió a entrar en su piel de macho cabrío. Y todos bajaron de sus tronos igualmente, y volvieron a entrar en sus pieles de machos cabríos. Y se fueron como habían venido."

"Y cuando dejé de oír en el suelo el ruido de sus pezuñas, me levanté de mi escondite, y también me marché como había venido. Y no pude respirar a mis anchas hasta que me vi fuera del subterráneo."

"Y tal es mi historia, ¡oh princesa! Y constituye la mayor desdicha de mi vida. Porque no solamente me fue imposible satisfacer mi deseo en las marmitas y las bandejas, sino que no comprendí nada de cuanto de prodigioso vi en aquel subterráneo. ¡Y eso es precisamente la mayor desdicha de mi vida!"

Cuando la vieja hubo terminado de tal suerte su relato, la hija del rey, que la había escuchado con el corazón palpitante, no dudó ya de que fuese su bienamado el macho cabrío que cabalgaba, y creyó morirse de emoción. Y cuando por fin pudo hablar, dijo a la vieja: "¡Oh madre mía! Alah el Misericordioso te ha conducido aquí sólo para que tu vejez sea feliz por mediación mía. Porque en adelante serás para mí una madre, y cuanto posee mi mano estará en tu mano. Pero si en algo estimas los beneficios de Alah sobre tu cabeza, por favor levántate ahora mismo y condúceme al paraje donde has visto entrar a la mula con los dos odres. ¡Y no te pido que vengas conmigo, sino que me indiques el paraje solamente!" Y la vieja contestó con el oído y la obediencia. Y cuando se alzó la luna sobre la terraza del hammam, salieron ambas y fueron a la orilla del río.

Y enseguida vieron a la mula, que iba en dirección suya, cargada con sus dos odres llenos de agua. Y la siguieron de lejos, y la vieron llamar con el casco al pie del montículo, y adentrarse en el subterráneo abierto delante de ella. Y la hija del rey dijo a la vieja: "Espérame aquí". Pero la vieja no quiso dejarla entrar sola, y la siguió, no obstante su emoción.

Y entraron en el subterráneo y llegaron a la cocina. Y de todas las hermosas marmitas rojas alineadas por orden en los hornillos, y que cantaban con armonía, se exhalaban tufillos de primer orden que dilataban los abanicos del corazón, vivificaban las membranas de las narices y disipaban las preocupaciones de las almas en pena. Y a su paso se alzaban por sí mismas las tapas de las marmitas, y salían de ellas voces alegres que decían: "¡Bienvenida sea nuestra señora! ¡bienvenida!" Y en la segunda sala estaban alineadas las bandejas que contenían pasteles excelentes, y tortas ahuecadas, y otras cosas buenas y tiernas que halagaban la vista del espectador. Y de todas las bandejas, y del fondo de las artesas que contenían el pan reciente, exclamaban voces dichosas a su paso: "¡Bienvenida! ¡bienvenida!" Y el aire mismo parecía agitado en torno de ellas por estremecimientos de dicha y resonaba con exclamaciones de júbilo.

Y la vieja, que veía y oía todo aquello, dijo a la hija del rey, mostrándole la entrada de las galerías que conducían a la sala abovedada: "¡Oh mi señora! por ahí es por donde tienes que entrar. En cuanto a mí, aquí te espero, pues el sitio de las servidoras es la cocina, y no las salas del trono".

Y la princesa, cruzando las galerías, penetró sola en la sala grande que le había descrito la vieja, mientras a su paso las alegres voces hacían oír conciertos de bienvenida...

Y CUANDO LLEGÓ LA 886ª NOCHE

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Ella dijo:

...Y la princesa, cruzando las galerías, penetró en la sala grande que le había descrito la vieja, mientras a su paso las alegres voces hacían oír conciertos de bienvenida. Y lejos de esconderse debajo del diván, como lo había hecho la vieja, fue a sentarse en el trono grande que se elevaba en el sitio de honor, al borde del estanque. Y por toda precaución se echó sobre el rostro su velillo.

Apenas habíase instalado de tal modo, como una reina en su trono, se oyó un ruido muy tenue, no de pezuñas golpeando el suelo, sino de pasos ligeros que anunciaban a quien los daba. Y entró el joven, como un diamante.

Y ocurrió lo que ocurrió.

Y en el corazón de ambos enamorados sucedió la alegría a los tormentos. Y se unieron como el amante se une a su amante, en tanto que desde la bóveda y desde los muros y desde todos los rincones del aposento se dejaba oír la armonía de los cánticos y se elevaban las voces de los servidores en honor de la hija del sultán.

Y después de algún tiempo pasado allí por los amantes entre delicias y placeres encantadores, regresaron al palacio del sultán, donde fue acogida su llegada con entusiasmo, igual por parientes que por grandes y chicos, en medio de regocijos y de cánticos, mientras todos los habitantes empavesaban la ciudad.

Y desde entonces vivieron contentos y prosperando. ¡Pero Alah es el más grande!

Y sin sentirse fatigada aquella noche, Schehrazada dijo todavía:

Historia del hijo de rey con la tortuga gigantesca

Se cuenta, entre lo que se cuenta, que, en la antigüedad del tiempo y el pasado de la edad y del momento, había un poderoso sultán a quien el Retribuidor había concedido tres hijos. Y estos tres hijos, que eran varones indomables y heroicos guerreros, se llamaban: el mayor, Schater-Alí; el segundo, Schater-Hossein, y el más pequeño, Schater-Mohammad. Y el tal pequeño era con mucho el más hermoso, el más valiente y el más generoso de los tres hermanos. Y su padre los quería con igual cariño, por lo que había resuelto dejar, después de su muerte, una parte igual de sus bienes y de su reino a cada uno. Porque era justo y leal. Y no quería favorecer a uno con detrimento de los otros, ni perjudicar a uno en beneficio de los otros.

Y cuando llegaron ellos a la edad de casarse, su padre el rey se vio perplejo y vacilante, y para tomar consejo, llamó a su visir, hombre sabio, íntegro y lleno de prudencia, y le dijo: "¡Oh visir mío! tengo muchas ganas de hallar esposas para mis tres hijos, que están en edad de casarse, y te he llamado para contar con tu opinión sobre el particular". Y el visir reflexionó durante una hora de tiempo, luego levantó la cabeza y contestó: "¡Oh rey del tiempo! ¡se trata de una cosa muy delicada!" Después añadió: "La suerte y la mala suerte están en lo invisible; y nadie podría forzar los decretos del Destino. Por eso mi idea es que los tres hijos de nuestro señor el rey dejen a su destino la elección de sus esposas. Y a tal fin, lo mejor que pueden hacer los tres príncipes es subir a la terraza de palacio con su arco y sus flechas. Y allí se les vendarán los ojos y se les hará dar varias vueltas. Tras de lo cual, cada uno de ellos tirará una flecha desde donde se haya parado. Y se visitarán las casas sobre las cuales caigan las flechas; y nuestro señor el sultán llamará al propietario de cada una de estas casas y le pedirá en matrimonio a su hija para el príncipe propietario de la flecha correspondiente, ya que la joven habrá sido escrita así en su suerte por el Destino".

Cuando el sultán oyó estas palabras de su visir, le dijo: "¡Oh visir mío! tu consejo es un consejo excelente, y tendré en cuenta tu opinión". Y al punto hizo llamar a sus tres hijos, que volvían de caza; y les participó la decisión tomada con respecto a ellos entre él y el visir, y subió con ellos a la terraza de palacio, seguido de sus visires y de todos sus dignatarios.

Y cada uno de los tres príncipes, que habían subido a la terraza con su arco y su carcaj, escogió una flecha y tendió su arco. Y les vendaron los ojos.

Y el hijo mayor del rey, después de que le hicieron girar sobre sí mismo, apuntó con su flecha el primero desde donde se había parado. Y la flecha, lanzada por la cuerda muy floja, voló por los aires y fue a caer en la morada de un gran señor.

Y el segundo hijo del rey lanzó a su vez su flecha, que fue a caer en la terraza del oficial mayor de las tropas del reino.

Y el tercer hijo del rey, que era el príncipe Schater-Mohammad, lanzó su flecha en la dirección en que se había vuelto. Y la flecha fue a caer en una casa a cuyo propietario no se conocía.

Y fueron a visitar las tres casas consabidas. Y resultó que la hija del gran señor y la hija del oficial del ejército eran dos jóvenes como lunas. Y sus padres llegaron al límite del contento por casarlas con dos hijos del rey. Pero cuando fueron a visitar la tercera casa, que era aquella donde había caído la flecha de Schater-Mohammad, advirtieron que no estaba habitada más que por una gigantesca tortuga solitaria.

Y el sultán, padre de Schater-Mohammad, y los visires y los emires y los chambelanes vieron a la tortuga, que vivía completamente sola en aquella casa, y se asombraron prodigiosamente. Pero como ni por un instante había que pensar en dársela por esposa el príncipe Schater-Mohammad, el sultán decidió repetir la experiencia. Y, por consiguiente, el joven príncipe volvió a subir a la terraza, llevando al hombro su arco y su carcaj, y ante toda la concurrencia lanzó una segunda flecha a la suerte. Y la flecha, conducida por su Destino, fue a caer precisamente sobre la casa habitada por la enorme tortuga solitaria.

Al ver aquello, el sultán quedó extremadamente contrariado, y dijo al príncipe: "Por Alah, ¡oh hijo mío! que la bendición no guía hoy tu mano. ¡Ruega al Profeta!" Y contestó el joven: "¡Sean con Él, con Sus compañeros y con Sus fieles la salutación y las bendiciones!" Y el sultán repuso: "¡Invoca el nombre de Alah y lanza la flecha para hacer la experiencia por tercera vez!" Y dijo el joven príncipe: "¡En el nombre de Alah el Clemente sin límites, el Misericordioso!" Y aflojando su arco lanzó por tercera vez la flecha, que, dirigida por el Destino, fue a caer una vez más sobre la casa en que vivía solitaria la enorme tortuga.

Cuando el sultán vio sin género de duda que la prueba era tan precisa y tan fehaciente en favor de la tortuga gigantesca, decidió que su hijo menor, el príncipe Schater-Mohammad, se quedase soltero. Y le dijo "¡Oh hijo mío! ¡como esa tortuga no es de nuestra raza, ni de nuestra especie, ni de nuestra religión, más vale que no te cases con nadie hasta que Alah nos vuelva a Su gracia!" Pero Schater-Mohammad exclamó: "¡Por los méritos del Profeta! (¡con Él la plegaria y la paz!), la época de mi soltería ha pasado; y puesto que la tortuga me ha sido escrita por el Destino, consiento en casarme con ella". Y contestó el sultán en el límite del asombro: "Ciertamente, ¡oh hijo mío! te ha sido escrita la tortuga por el Destino; pero ¿desde cuándo los hijos de Adán toman por esposas a las tortugas? ¡Se trata de una cosa prodigiosa!" Pero el príncipe contestó: "¡A esa tortuga es a la que quiero por esposa, y no a otra!"

Y el sultán, que amaba a su hijo, no intentó contrariarle ni apenarle, y volviendo de su decisión, dio su consentimiento para tan extraño matrimonio.

Y se celebraron grandes fiestas y grandes regocijos y grandes festines, con danzas, cantos y conciertos de instrumentos, en honor de las bodas de Schater-Alí y Schater-Hossein, los dos hijos mayores del sultán. Y cuando transcurrieron los cuarenta días y las cuarenta noches que duraron los festejos de cada boda, los dos príncipes entraron en los aposentos de sus esposas en la noche nupcial, y consumaron su matrimonio con toda felicidad y gallardía.

Pero cuando tocó el turno a las bodas del joven príncipe Schater-Mohammad con su esposa la enorme tortuga solitaria, los dos hermanos mayores y las dos esposas de ambos hermanos, y los padres, y todas las mujeres de los emires y de los dignatarios, negaron su presencia a la ceremonia, y no perdonaron nada para que aquellos festejos resultasen entristecedores y lúgubres. Así es que el joven príncipe quedó muy humillado en su alma, y sufrió toda clase de vejaciones en miradas, sonrisas y espaldas vueltas. Pero en cuanto a lo que pasó durante la noche nupcial, cuando el príncipe entró en el aposento de su esposa, nadie lo pudo saber. Porque todo pasó tras el velo, que sólo pueden penetrar los ojos de Alah. Y lo mismo ocurrió la siguiente noche y las demás noches. ¡Y asombrábanse todos de que hubiese podido celebrarse semejante unión! Y ninguno comprendía cómo un hijo de Adán podía cohabitar con una tortuga, aunque fuese tan grande como un tonel de los mayores. ¡Y esto es lo referente a las bodas del príncipe Schater-Mohammad con su esposa la tortuga!

Por lo que respecta al sultán, los años, las preocupaciones del reino y las emociones de todas clases, sin contar la pena que le había producido el matrimonio de su hijo pequeño, curvaron su espalda y adelgazaron sus huesos. Y enflaqueció, y amarilleó, y perdió el apetito. Y con sus fuerzas disminuyó su vista y se quedó completamente ciego. Cuando sus tres hijos, que querían a su padre tanto como les quería él, vieron el estado en que se hallaba, resolvieron no dejar que cuidasen de su salud las mujeres del harem, que eran ignorantes y supersticiosas; y pensaron de qué medios se valdrían para devolver a su padre las fuerzas con la salud. Y dieron con uno, y tras de besar la mano al rey, le dijeron: "¡Oh padre nuestro! he aquí que tu tez amarillea y disminuye tu apetito y se debilita tu vista. ¡Y si las cosas continúan así, no nos quedará más remedio que desgarrarnos las vestiduras de color por perder contigo nuestro sostén y nuestro guía! Es preciso, pues, que escuches nuestro consejo, porque somos tus hijos y tú eres nuestro padre. Opinamos que en adelante deben ser nuestras esposas quienes te preparen el alimento, y no las mujeres de tu harén. Porque nuestras esposas son muy expertas en arte culinario, y guisarán para ti manjares que te devolverán el apetito, y con el apetito las fuerzas, y con las fuerzas la salud, y con la salud la excelencia de la vista y la curación de tus ojos enfermos". Y el sultán se conmovió mucho ante aquella atención de sus hijos, y les contestó: "Que Alah os inunde con Sus gracias, ¡oh hijos de vuestro padre! ¡Pero eso va a ser una molestia muy grande para vuestras esposas...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 887ª NOCHE

Ella dijo:

"...Que Alah os inunde con Sus gracias, ¡oh hijos de vuestro padre! ¡Pero eso va a ser una molestia muy grande para vuestras esposas!" Mas ellos empezaron a protestar, diciendo: "¡Una molestia! ¿Pues no son tus esclavas? ¿Y qué tienen que hacer de más urgencia que preparar manjares que contribuyan a tu restablecimiento? Y hemos pensado ¡oh padre! que lo mejor para ti sería que cada una te preparara una bandeja de manjares cocinados por ella, a fin de que tu alma pueda escoger entre todos el que te sea más agradable por el aspecto, por el olor y por el sabor. Y de tal suerte te volverá la salud y curarán tus ojos". Y el sultán los abrazó y les dijo: "¡Vosotros sabréis mejor que yo lo que me conviene!"

Y en vista de aquella innovación, que los regocijó hasta el límite del regocijo, los tres príncipes fueron en busca de sus tres esposas, y les mandaron que prepararan cada cual una bandeja de manjares que fuesen admirables a la vista y al olfato. Y cada uno estimuló a su esposa respectiva, diciéndole: "¡Es preciso que nuestro padre prefiera los manjares de mi casa a los de la casa de mis hermanos!"

Y, entretanto, los dos hermanos mayores no cesaron de burlarse de su hermano menor, preguntándole con mucha ironía qué iba a enviar su esposa, la enorme tortuga, para hacer volver el apetito a su padre y dulcificar el paladar. Pero él no contestaba a sus preguntas e interrogaciones más que con una sonrisa tranquila.

En cuanto a la esposa de Schater-Mohammad, que era la gigantesca tortuga solitaria, no esperaba más que aquella ocasión para demostrar de lo que era capaz. Y en aquella hora y en aquel instante puso manos a la obra. Y empezó por enviar a la esposa del hijo mayor del rey su servidora de confianza, con encargo de pedirle que tuviera la bondad de recoger para ella, la tortuga, todas las cagarrutas de las ratas y ratones de su casa, ya que ella, la tortuga, tenía una necesidad urgente de aquello para condimentar el arroz, los rellenos y los demás manjares, y nunca se servía de otros condimentos que de aquellos. Y al oír semejante cosa, se dijo la esposa de Schater-Alí: "¡No, por Alah! me guardaré mucho de dar esas cagarrutas de ratas y ratones que me pide esa miserable tortuga. ¡Porque ya sabré yo utilizarlas como condimentos mejor que ella!" Y contestó a la servidora: "Siento tener que contestar con una negativa. ¡Pero, por Alah, que apenas si me basta para mi uso personal la cagarruta de que dispongo!" Y la servidora volvió a llevar esta respuesta a su ama la tortuga.

Entonces la tortuga se echó a reír, y se convulsionó de alegría. Y envió su servidora de confianza a la esposa del segundo hijo del rey, con encargo de pedirle toda la basura de pollos y de palomas que tuviese al alcance de la mano, bajo pretexto de que ella, la tortuga, tenía una apremiante necesidad de aquella para salpimentar los manjares que preparase para el sultán. Pero la servidora volvió al lado de su ama sin nada en la mano y con ásperas palabras en la lengua de parte de la esposa de Schater-Hossein. Y la tortuga, al no ver nada en manos de su servidora, y al oír las palabras ásperas que llevaba en la lengua de parte de la esposa del segundo hijo del sultán, se bamboleó de satisfacción y de contento, y se echó a reír de tal manera, que se cayó de trasero.

Tras de lo cual preparó los manjares como mejor sabía, los colocó en la bandeja, tapó la bandeja con una tapadera de mimbre, y lo cubrió todo con un pañuelo de lino perfumado de rosa. Y mandó a su fiel servidora que llevara la bandeja al sultán, mientras que, por su parte, las otras dos esposas de los príncipes hacían llevar las suyas por esclavas.

Y llegó, pues, el momento de la comida; y el sultán sentose ante las tres bandejas; pero en cuanto se levantó la tapa de la bandeja de la primera princesa, se exhaló de ella un olor infecto y nauseabundo de cagarruta de rata capaz de asfixiar a un elefante. Y al sultán le afectó tan desagradablemente aquel olor, que le dio vueltas la cabeza y se cayó desmayado, con los pies junto al mentón. Y sus hijos se apresuraron a rodearle, y le rociaron con agua de rosas, y le abanicaron y consiguieron hacerle recobrar el conocimiento. Y al acordarse entonces de la causa de su indisposición, no pudo por menos de dar rienda suelta a su cólera contra su nuera y abrumarla de maldiciones.

Y al cabo de cierto tiempo se le pudo calmar, y tanto y tanto hubo de porfiársele, que se le decidió a que probara la segunda bandeja. Pero en cuanto se la destapó, llenó la sala de un olor atroz y fétido, como si acabasen de quemar allí la basura de todas las aves de corral de la ciudad. Y aquel olor penetró en la garganta, en la nariz y en los ojos delicados del desdichado sultán, que a la sazón creyó que se iba a quedar ciego del todo y a morir. Pero se apresuraron a abrir las ventanas, y a llevarse la bandeja causante de todo el mal, y a quemar incienso y benjuí para purificar el aire y contrarrestar el mal olor.

Y cuando el asqueado sultán respiró un poco el aire libre y pudo hablar, exclamó: "¿Qué daño he hecho a vuestras esposas ¡oh hijos míos! para que así maltraten a un anciano y le caven la tumba en vida? ¡Eso es un crimen que castiga Alah!" Y los dos príncipes esposos de las que habían preparado las bandejas se mostraron muy cariacontecidos, y contestaron que aquello era una cosa que escapaba a su entendimiento.

Y, entretanto, el joven príncipe Schater-Mohammad fue a besar la mano de su padre, y le suplicó que olvidara sus impresiones desagradables para no pensar más que en el gusto que le iba a dar la tercera bandeja.

Y el sultán, al oír aquello, llegó al límite de la cólera y de la indignación, y exclamó: "¿Qué dices, ¡oh Schater-Mohammad!? ¿Te burlas de tu anciano padre? ¿Que toque yo ahora a los manjares preparados por la tortuga, cuando los preparados por dedos de mujeres son ya tan horribles y tan espantosos? Bien veo que entre los tres habéis jurado hacer estallar mi hígado y darme a beber de un trago la muerte". Pero el joven príncipe se arrojó a los pies de su padre, y le juró por su vida y por la verdad sagrada de la fe que la tercera bandeja le haría olvidar sus tribulaciones, y que él, Schater-Mohammad, consentía en tomarse todos los manjares si no eran del agrado de su padre. Y suplicó y rogó e insistió e intercedió con tanto fervor y tanta humildad en favor de la bandeja, que el rey acabó por dejarse ablandar, e hizo seña a un esclavo para que levantara la tapa de la tercera bandeja, mientras pronunciaba la fórmula: "¡Me refugio en Alah el Protector!"

Pero he aquí que, al ser levantada la tapa, se desprendió de la bandeja de la tortuga un tufillo compuesto de los más suaves aromas de cocina, y tan exquisito y tan deliciosamente penetrante, que en el mismo momento se dilataron los abanicos del corazón del sultán, y se ensancharon los abanicos de sus pulmones, y se estremecieron los abanicos de sus narices, y le volvió el apetito desaparecido desde hacía tanto tiempo, y se abrieron sus ojos y se aclaró su vista. Y se le puso sonrosado el color y reposado el aspecto de su rostro. Y se estuvo comiendo sin interrupción durante una hora de tiempo. Tras de lo cual bebió un excelente sorbete de almizcle y nieve machacada, y regoldó de gusto varias veces con regüeldos que partían del fondo de su estómago satisfecho. Y en el límite de la holgura y del bienestar, dio gracias por Sus beneficios al Retribuidor, diciendo: "¡Al Gamdú lilah!"

Y no supo cómo expresar a su hijo pequeño lo satisfecho que estaba de los manjares cocinados por su esposa la tortuga. Y Schater-Mohammad aceptó las felicitaciones con modestia para no dar envidia a sus hermanos e indisponerlos contra él. Y dijo a su padre: "¡Esto ¡oh padre! no es más que una pequeña parte de los talentos de mi esposa! ¡Pero, si Alah quiere, día llegará en que le sea dado merecer con más razón tus cumplimientos!" Y le rogó que, puesto que estaba satisfecho, fuese en lo porvenir la tortuga quien quedase encargada únicamente de suministrar todos los días las bandejas de manjares. Y el sultán aceptó, diciendo: "De todo corazón paternal y afectuoso, ¡oh hijo mío!"

Y con aquel régimen se restableció completamente. Y también se le curaron los ojos.

Y para celebrar su curación y el recobro de su vista, el sultán dio en palacio una gran fiesta, con un festín magnífico, al cual convidó a sus tres hijos con sus esposas. Y las princesas se arreglaron como mejor pudieron para presentarse al sultán de modo que hiciesen honor a sus esposos y les blanquease el rostro ante su padre.

Y la enorme tortuga también se arregló para que blanquease en público el rostro de su esposo a causa de la hermosura de su atavío y de la elegancia de su indumentaria. Y cuando estuvo ataviada a su gusto, mandó a su servidora de confianza que fuese a ver a la mayor de sus cuñadas para rogarle que prestase a la tortuga el pato grande que tenía en su corral, porque la tortuga se proponía ir al palacio a caballo sobre tan hermosa montura. Pero la princesa le contestó, por la mediación de la lengua de la servidora, que si ella, la princesa, tenía un pato tan hermoso, era para servirse de él para su propio uso. Y al oír esta respuesta, la tortuga se cayó de trasero a fuerza de reír, y envió a la servidora a casa de la segunda princesa con encargo de pedirle, en calidad de simple préstamo por un día, el gran macho cabrío que le pertenecía. Pero la servidora volvió al lado de su ama para transmitirle con su lengua una negativa acompañada de palabras agrias y comentarios desagradables. Y la tortuga se convulsionó y se bamboleó y llegó al límite de la dilatación y de la holgura.

Y cuando llegó la hora del festín, y las mujeres de la sultana, por orden de su ama, se colocaron ordenadamente ante la puerta exterior del harén para recibir a las tres esposas de los hijos del rey, vieron alzarse de improviso una nube de polvo que se acercó rápidamente. Y en medio de aquella nube apareció enseguida un pato gigantesco que corría a ras del suelo, espatarrado, con el pescuezo estirado; agitando las alas, y llevando a su lomo, encaramada de cualquier manera y con la cara demudada de espanto, a la primera princesa. E inmediatamente detrás de ella, a caballo sobre un macho cabrío bramador y revoltoso, toda cascarrienta y polvorienta, aparecía la segunda princesa.

Y al ver aquello, el sultán y su esposa se disgustaron en extremo, y se les puso muy negro el rostro de vergüenza y de indignación. Y el sultán rompió en reprimendas y reproches contra ellas, diciéndoles: "¡He aquí que, no contentas con haber querido mi muerte por asfixia y envenenamiento, queréis que sea yo la burla del pueblo, y comprometernos a todos y deshonrarnos en público!" Y la sultana también las recibió con palabras airadas y ojos atravesados. Y no se sabe lo que habría sucedido si no hubiesen anunciado la proximidad del cortejo de la tercera princesa. Y el corazón del sultán y el de su esposa se atemorizaron; porque se decían: "Si han venido de este modo las dos primeras, que pertenecen a nuestra especie de seres humanos, ¿cómo va a venir la tercera, que pertenece a la raza de las tortugas?" E invocaron el nombre de Alah, diciendo: "¡No hay recurso ni refugio más que en Alah, que es grande y poderoso!" Y esperaron la calamidad, conteniendo la respiración...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 888ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y esperaron la calamidad, conteniendo la respiración.

Y he aquí que primero apareció en el meidán un equipo de corredores anunciando la llegada de la esposa del príncipe Schater-Mohammad. Y enseguida avanzaron cuatro hermosos sais vestidos de brocado y de espléndidas túnicas con mangas que les arrastraban, gritando, con una larga vara en la mano: "¡Paso a la hija de reyes!" Y apareció el palanquín, recubierto de estofas preciosas de hermosos colores, llevado en hombros de sombríos negros, y fue a detenerse al pie de las gradas de entrada. Y salió de él una princesa vestida de esplendor y de belleza, a quien nadie conocía. Y como esperaban que también se apease la tortuga, creyeron que aquella princesa era la dama de honor. Pero cuando vieron que subía sola la escalera y que el palanquín se alejaba, se vieron obligados todos a reconocer en ella a la esposa de Schater-Mohammad, y a recibirla con todos los honores debidos a su rango y con toda la cordialidad deseable. Y el corazón del sultán se dilató de satisfacción a la vista de aquella belleza, de su gracia, de su tacto, de sus buenas maneras y de todo el encanto que emanaba de ella y del menor de sus gestos o movimientos.

Y como había llegado el momento de tomar parte en el festín, el sultán invitó a sus hijos y a las esposas de sus hijos a situarse en torno de él y de la sultana. Y empezó la comida.

Y he aquí que el primer manjar servido en la bandeja fue, como es de rigor, un gran plato de arroz cocido con manteca. Pero antes de que nadie tuviese tiempo de probar un bocado, la hermosa princesa lo alzó por encima de ella y se lo vertió todo entero en los cabellos. Y en el mismo momento todos los granos de arroz se convirtieron en perlas, que corrieron a lo largo de los hermosos cabellos de la princesa y se esparcieron a su alrededor y cayeron al suelo haciendo un ruido maravilloso.

Y sin dar tiempo a que los convidados hubiesen vuelto de su asombro frente a prodigio tan admirable, la princesa cogió una sopera grande que contenía un potaje verde y espeso de mulukhia, y se lo vertió tal como estaba sobre la cabeza. Y el potaje verde se transformó al punto en una infinidad de esmeraldas del agua más hermosa, que corrieron a lo largo de sus cabellos y de sus vestidos, y se desparramaron en torno a ella, mezclando en el suelo sus hermosas tonalidades verdes con los albores puros de las perlas.

Y el espectáculo de aquellos prodigios maravilló en extremo al sultán y a los convidados. Y las servidoras se apresuraron a poner en el mantel del festín otras bandejas de arroz y de potaje de mulukhia. Y las otras dos princesas, muy amarillas de envidia, no quisieron quedar oscurecidas por el éxito de su cuñada, y cogieron a su vez los platos de manjares. Y la mayor cogió el plato de arroz, y la segunda el plato de potaje verde. Y se los vertieron, respectivamente, en su propia cabeza. Y el arroz siguió siendo arroz en los cabellos de la una y se le pegó de un modo terrible a la cabeza, pringándola. Y el potaje verde siguió siendo potaje, y corrió por los cabellos y la cabeza de la otra, revistiéndola por entero de una capa verde semejante a la boñiga de vaca, pegajosa y horrible en extremo.

Y al ver aquello, el sultán se disgustó hasta el límite del disgusto, y mandó a sus dos nueras mayores que se levantaran de la sala para ponerse lejos de su vista. Y les manifestó que no quería volver a verlas más, ni percibir su olor siquiera. Y ellas se levantaron en aquella hora y en aquel instante, y se fueron de la presencia de él, con sus esposos, avergonzadas, humilladas y asqueantes. ¡Y esto es lo referente a ellas!

Pero en cuanto a la princesa maravillosa y a su esposo el príncipe Schater-Mohammad, se quedaron solos en la sala con el sultán, que los besó y los estrechó contra su corazón efusivamente, y les dijo: "¡Vosotros solos sois mis hijos!" Y al instante quiso inscribir el trono a nombre de su hijo menor, y congregó a los emires y a los visires, e inscribió ante ellos el trono sobre la cabeza de Schater-Mohammad, en calidad de herencia y sucesión, con exclusión de sus demás herederos. Y les dijo a ambos: "Deseo que en adelante habitéis conmigo en palacio, porque sin vosotros me moriría indudablemente". Y contestaron ellos: "¡Oír es obedecer! ¡Y tu deseo está por encima de nuestra cabeza y de nuestros ojos!"

Y la princesa maravillosa, para no verse tentada a volver a tomar su forma de tortuga, que podía ocasionar alguna emoción desagradable al viejo sultán, dio orden a su servidora de que le llevase el caparazón que había dejado en casa. Y cuando tuvo el caparazón entre las manos, le prendió fuego hasta que se consumió. Y desde entonces permaneció siempre bajo su forma de princesa. ¡Y gloria a Alah, que la dotó de un cuerpo sin defecto, maravilla de los ojos!

Y el Retribuidor continuó colmándolos con sus gracias y les concedió muchos hijos. Y vivieron contentos y prosperando.

Al ver que el rey la escuchaba sin desagrado, Schehrazada contó aún aquella noche la historia de:

LA HIJA DEL VENDEDOR DE GARBANZOS

Ha llegado hasta mi conocimiento entre lo que ha llegado hasta mi conocimiento, que en la ciudad de El Cairo había un honrado y respetable vendedor de garbanzos, a quien el Donador había concedido tres hijas por toda posteridad. Y aunque por lo general las hijas no traen consigo bendiciones, el vendedor de garbanzos aceptaba con resignación el don de su Creador y profesaba mucho cariño a sus tres hijas. Ellas, por cierto, eran como lunas, y la más pequeña superaba a sus hermanas en belleza, en encantos, en gracia, en sagacidad, en inteligencia y en perfecciones. Y se llamaba Zeina.

Todas las mañanas las tres jóvenes iban a casa de su maestra, que les enseñaba el arte del bordado en seda y en terciopelo. Porque su padre, el vendedor de garbanzos, hombre excelente, quería que tuviesen una educación esmerada, a fin de que el Destino les pusiese en el camino de su matrimonio, hijos de mercaderes y no hijos de cualquier vendedor como él.

Y todas las mañanas, al ir a casa de su maestra de bordados, las jóvenes pasaban por debajo de la ventana del sultán con su talle ondulante, con su aspecto de princesas y con sus tres pares de ojos babilónicos, que aparecían con toda su belleza fuera del velo del rostro.

Y el hijo del sultán, al verlas llegar cada mañana, les gritaba desde su ventana con voz provocadora: "¡La zalema sobre las hijas del vendedor de garbanzos! ¡La zalema sobre las tres letras derechas del alfabeto!" Y la mayor y la mediana contestaban siempre al saludo con una leve sonrisa de sus ojos; mas la pequeña no contestaba nada absolutamente y seguía su camino sin levantar siquiera la cabeza. Pero si el hijo del sultán insistía, pidiendo, por ejemplo, noticias de los garbanzos, y del precio actual de los garbanzos, y de la venta de los garbanzos, y de la buena o mala calidad de los garbanzos, y de la salud del vendedor de garbanzos, entonces era la pequeña la única que contestaba, sin tomarse siquiera la molestia de mirarle: "¿Y qué hay de común entre los garbanzos y tú, ¡oh rostro de pez!?" Y las tres se echaban a reír y se marchaban por su camino.

Y he aquí que al hijo del sultán, que estaba apasionadamente prendado de la menor de las hijas del mercader de garbanzos, la pequeña Zeina, no cesaban de desolarle la ironía, el desdén y la mala gana con que ella respondía a sus deseos. Y un día en que la joven se había burlado de él más que de ordinario al contestar a sus preguntas, el príncipe comprendió que jamás obtendría de ella nada por la galantería, y decidió vengarse humillándola y castigándola en la persona de su padre. Porque sabía que la joven Zeina quería a su padre hasta el límite extremo del afecto.

Y se dijo: "Así le haré sentir el peso de mi poder".

Y como era hijo del sultán y tenía un poder omnímodo sobre las almas, hizo ir al vendedor de garbanzos y le dijo: "¿Eres el padre de las tres jóvenes?" Y el vendedor contestó temblando: "Sí, por Alah, ¡ya sidi!" Y el hijo del sultán le dijo: "Pues bien, ¡oh hombre! quiero que mañana a la hora de la plegaria vengas aquí, entre mis manos, vestido y desnudo a la vez, riendo y llorando en el mismo momento y a caballo sobre una caballería al mismo tiempo que andando por tu pie. ¡Y si, por desgracia tuya, llegas a mí como estás, sin haber cumplido mis condiciones, o si aunque hayas cumplido una, no llenas las otras dos, estás perdido sin remedio y tu cabeza saltará de tus hombros!" Y el vendedor de garbanzos besó la tierra y se marchó, pensando: "¡En verdad que la cosa es enorme! ¡Y mi perdición no tiene remedio, indudablemente!"

Y llegó al lado de sus hijas, con el color muy amarillo, vuelto el saco de su estómago y la nariz alargada hasta sus pies.

Y sus hijas vieron su inquietud y su perplejidad, y la más pequeña, que era la joven Zeina, le preguntó: "¿Por qué ¡oh padre mío! veo amarillear tu tez y ennegrecerse el mundo ante tu rostro?" Y le contestó él: "¡Oh hija mía! ¡en mi ser íntimo llevo una calamidad y en mi pecho una opresión!" Y ella le dijo: "Cuéntame la calamidad, ¡oh padre! pues quizás así cese la opresión y se dilate tu pecho...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 889ª NOCHE

Ella dijo:

"...La joven dijo a su padre el vendedor de garbanzos: "Cuéntame la calamidad, ¡oh padre mío! pues quizás así cese la opresión y se dilate tu pecho". Y le contó él la cosa desde el principio hasta el fin, sin olvidar un detalle. Pero no hay ninguna utilidad en repetirla. Cuando la joven Zeina oyó el relato de la aventura de su padre y supo el motivo de su pena, de su cambio de color y de su opresión de pecho, se echó a reír con mucha, mucha gana, hasta casi desmayarse. Luego se encaró con él, y le dijo: "Pero ¿no se trata más que de eso, ¡oh padre mío!? ¿Por Alah, no tengas inquietud ni preocupaciones y sigue mis consejos! Y verás cómo al hijo del sultán, a ese cualquiera, le llega la vez de morderse los dedos y de reventar de despecho. ¡Escucha!". Y reflexionó un instante y dijo: "En cuanto a la primera condición, no tienes más que ir a casa de nuestro vecino el pescador y rogarle que te venda una de sus redes. Y me traerás esa red, y con ella te haré un traje para que te lo pongas sobre la carne, después de haberte quitado toda la ropa. Y de tal suerte, estarás vestido y desnudo a la vez."

"Y en cuanto a la segunda condición, no tiene más que coger una cebolla antes de ir al palacio del sultán. Y en el umbral te frotarás con ella los ojos. Y estarás llorando y risueño en el mismo momento."

"Y, por último, en cuanto a la tercera condición, ve ¡oh padre! a casa de nuestro vecino el arriero y ruégale que te deje el buche que le nació este año. Y te le llevarás, y cuando hayas llegado a casa del hijo del sultán, de ese granuja, montarás en el buche, y como tocarás el suelo con los pies, andarás por tu pie al mismo tiempo que el buche avance. ¡Y de tal suerte, irás montado y a pie al mismo tiempo!"

"¡Y ésta es mi opinión! ¡Y Alah es más poderoso y el único inteligente!"

Cuando el vendedor de garbanzos, padre de la ingeniosa Zeina, hubo oído estas palabras de su hija, la besó entre ambos ojos, y le dijo: "¡Oh hija de tu padre y de tu madre! ¡oh Zeina! ¡quien engendra hijas como tú no muere! ¡Gloria a Quien ha puesto tanta inteligencia detrás de tu frente y tanta sagacidad en tu espíritu!" Y en aquella hora y en aquel instante, el mundo se blanqueó ante su rostro, huyeron de su corazón las preocupaciones, y se le dilató el pecho. Y comió un bocado y bebió un jarro de agua, y salió a hacer cuanto le había indicado su hija.

Y al día siguiente, cuando todo estuvo dispuesto como era debido, el vendedor de garbanzos se fue a palacio, y entró en el aposento del hijo del sultán de la manera y el modo requeridos, vestido y desnudo a la vez, riendo y llorando al mismo tiempo, andando y cabalgando en el mismo momento, en tanto que el borriquillo, asustado, se había puesto a rebuznar y a echar cuescos en medio de la sala de recepción.

Al ver aquello, el hijo del sultán llegó al límite del furor y del despecho, y como no podía hacer sufrir al vendedor de garbanzos el trato con que le había amenazado, pues había cumplido las condiciones requeridas, sintió que la bolsa de la hiel estaba a punto de estallarle en el hígado. Y se juró a sí mismo vengarse en la propia joven, exterminándola sin remisión. Y echó al vendedor de garbanzos, y se puso a meditar el plan de sus asechanzas contra la joven. ¡Y he aquí lo referente a él!

Pero, por lo que respecta a la joven Zeina, como estaba llena de previsión y sus ojos veían desde lejos y su nariz olfateaba la proximidad de los acontecimientos, sospechó enseguida, por la manera como su padre le contó el estado de furor en que se hallaba el hijo del sultán, que aquel mal sujeto iba a atacarla de un modo peligroso. Y se dijo: "¡Antes de que nos ataque, ataquémosle!" Y se irguió sobre ambos pies y fue en busca de un armero muy experto en su oficio, y le dijo: "Quiero ¡oh padre de manos hábiles! que me fabriques a mi medida una armadura toda de acero, y perneras y brazaletes y un casco del mismo metal. Pero es preciso que todos estos objetos estén hechos de tal manera, que al menor movimiento en la marcha o al menor contacto produzcan un ruido ensordecedor y un estrépito espantoso". Y el armero contestó con el oído y la obediencia, y no tardó en entregarle los objetos consabidos, tales como los había encargado.

Y he aquí que, cuando llegó la noche, la joven Zeina se disfrazó terriblemente poniéndose el traje de hierro, y se echó al bolsillo un par de tijeras y una navaja de afeitar, y cogió en la mano una horquilla puntiaguda, y se dirigió así a palacio.

Y en cuanto desde lejos vieron llegar a aquel guerrero espantable, el portero y los guardias de palacio huyeron en todas direcciones. Y en el interior del palacio los esclavos siguieron el ejemplo del portero y de los guardias, y cada cual se apresuró a esconderse para resguardarse en cualquier rincón seguro, aterrados por el estrépito ensordecedor que producían las diversas partes del traje de hierro, y por el aspecto amedrentador de quien lo llevaba, y por la horquilla que blandía. Y de tal suerte, la hija del vendedor de garbanzos, sin encontrar ningún obstáculo ni la menor señal de resistencia, llegó sin contratiempo a la habitación en que de ordinario se hallaba la mala persona del hijo del sultán.

Y al oír todo aquel ruido terrible y al ver entrar a quien lo producía, el hijo del sultán se sintió poseído de un gran espanto, y creyó que veía aparecer a un efrit raptor de almas. Y se puso muy pálido, empezó a temblar y a rechinar los dientes, y cayó al suelo, exclamando "¡Oh poderoso efrit raptor de almas! ¡perdóname y Alah te perdonará!" Pero la joven le contestó, hablando con voz terrible: "¡Cose tus labios y tus mandíbulas, ¡oh proxeneta! o te clavo esta horquilla en un ojo!" Y el asustado mozo juntó sus labios y sus mandíbulas, y no se atrevió a decir una palabra ni a hacer un movimiento. Y la hija del vendedor de garbanzos se acercó a él, que estaba tendido en el suelo, inmóvil y desmayado; y sacando las tijeras y la navaja, le afeitó la mitad de sus tiernos bigotes, el lado izquierdo de su barba, el lado derecho de sus cabellos y ambas cejas. Tras de lo cual le restregó la cara con estiércol de asno y le metió un pedazo en la boca. Y hecho aquello, se fue como había venido, sin que nadie se atreviese a estorbarle el paso. Y regresó sin contratiempos a su casa, donde se apresuró a quitarse su traje de hierro y a acostarse al lado de sus hermanas para dormir muy bien hasta por la mañana.

Y aquel día, como de ordinario, después de lavarse y peinarse y arreglarse, las tres hermanas salieron de su casa para ir a casa de su maestra de bordado. Y como todas las mañanas, pasaron por debajo de la ventana del hijo del sultán. Y le vieron sentado junto a la ventana, según su costumbre, pero con la cara y la cabeza arrebozadas en un pañuelo, de modo que sólo tenía al descubierto los ojos. Y las tres, comportándose con él al revés de como lo hacían por lo general, le miraron con insistencia y coquetería. Y el hijo del sultán se dijo: "No sé; pero me parece que se amansan. ¡Acaso sea porque el pañuelo que me envuelve la cabeza y el rostro hace que resulten más hermosos mis ojos!" Y les gritó: "¡Eh! ¡las tres letras derechas del alfabeto. ¡oh hijas de mi corazón! la zalema sobre vosotras tres! ¿Cómo van los garbanzos esta mañana?" Y la más joven de las tres hermanas, la pequeña Zeina, levantó la cabeza hacia él y contestó por sus hermanas: "¡Eh, ualah! y la zalema sobre ti, ¡oh rostro entrapado! ¿Cómo tienes esta mañana el lado izquierdo de tu barba y de tus bigotes, y cómo tienes la mitad derecha del cráneo, y cómo están tus hermosas cejas, y has encontrado de tu gusto el estiércol de asno, ¡oh querido mío!? ¡Ojalá haya sido de deliciosa digestión para tu corazón!"

Y así diciendo, echó a correr con sus hermanas, riendo a carcajadas, y haciendo desde lejos, al hijo del sultán, muecas burlonas y provocativas. ¡Esto fue todo!

Y al oír y ver, el hijo del sultán comprendió, sin quedarle lugar a duda, que el efrit de la noche anterior no era otro que la hija del vendedor de garbanzos. Y en el límite de la rabia, sintió que se le subía a la nariz la hiel de su vejiga, y juró que se apoderaría de la joven o moriría. Y tras de combinar su plan, esperó algún tiempo para que le creciesen la barba, los bigotes, las cejas y los cabellos, e hizo ir a su presencia al vendedor de garbanzos, padre de su joven adversaria, el cual se dijo, dirigiéndose al palacio: "¿Quién sabe qué calamidad me prepara ahora ese proxeneta?" Y llegó, muy seguro, entre las manos del hijo del sultán, que le dijo: "¡Oh hombre! ¡quiero que me concedas en matrimonio a tu tercera hija, de quien estoy locamente prendado! ¡Y como te atrevas a rehusármela, tu cabeza saltará de tus hombros!" Y el vendedor de garbanzos contestó: "¡No hay inconveniente! ¡Pero concédame un plazo el hijo de nuestro amo el sultán, a fin de que vaya yo a consultar a mi hija antes de casarla!" Y contestó el joven: "Ve a consultarla; ¡pero sabe que, si rehúsa, sufrirá como tú la muerte negra!"

Y el azorado vendedor de garbanzos fue en busca de su hija, y la puso al corriente de la situación, y dijo: "¡Oh hija mía, se trata de una calamidad inevitable!" Pero la joven se echó a reír, y le dijo: "Por Alah, ¡oh padre! no hay en ello ni calamidad ni olor de calamidad. Porque ese matrimonio es una bendición para mí y para ti y para mis hermanas. Y doy desde luego mi consentimiento.

Y el vendedor de garbanzos fue a llevar la respuesta de su hija al hijo del sultán, que osciló de satisfacción y de contento. Y dio orden de hacer sin tardanza los preparativos de las bodas, que comenzaron al punto. ¡Y he aquí lo referente a él!

Pero en cuanto a la joven, fue en busca de un confitero experto en el arte de confeccionar muñecas de azúcar, y le dijo: "Deseo de ti que me hagas una muñeca toda de azúcar, que sea de mi estatura y tenga mis facciones y mi color, con cabellos de azúcar hilado y hermosos ojos negros, y boca pequeña, y nariz bonita, y largas cejas rectas, y con todo lo necesario en las demás partes". Y el confitero, que poseía unos dedos muy hábiles, le confeccionó una muñeca que tenía las facciones de ella y un parecido exacto, tan bien hecha, que no le faltaba más que hablar para ser una hija de Adán.

Y he aquí que, cuando llegó la noche nupcial de la penetración, la joven, ayudada por sus hermanas, que eran sus damas de honor, puso su propia camisa en el cuerpo de la muñeca, y la acostó en el lecho en lugar suyo, y corrió sobre ella el mosquitero. Y dio las instrucciones necesarias a sus hermanas y fue a esconderse en la habitación, detrás del lecho.

Y cuando llegó el momento de la penetración, ambas jóvenes, hermanas de Zeina, guiaron al esposo y le introdujeron en la cámara nupcial. Y tras de formular los deseos de rigor y hacerle recomendaciones referentes a su hermana pequeña, diciéndole: "¡Es delicada, y te la confiamos! ¡Es amable y dulce, y no tendrás queja de ella!", se despidieron de él y le dejaron solo en la habitación.

Y el hijo del sultán, acordándose entonces de todas las vejaciones que le había hecho sufrir la hija del vendedor de garbanzos, y de todas sus humillaciones, y de todos los desdenes con que le había abrumado, se acercó a la joven que creía acostada bajo el mosquitero, y que le esperaba sin salir de su inmovilidad. Y de pronto desenvainó su enorme sable, y con todas sus fuerzas le asestó un golpe que hizo rodar por todos lados la cabeza en añicos. Y uno de los trozos le entró en la boca, que tenía él abierta para proferir injurias dirigidas a su víctima. Y sintió el sabor del azúcar, y se asombró prodigiosamente, y exclamó: "¡Por vida mía! he aquí que, después de haberme hecho comer en vida el amargo estiércol de los asnos, me hace gustar, después de muerta, la dulzura exquisita de su carne".

Y persuadido de que acababa de cercenar la cabeza a tan deliciosa criatura, dio rienda suelta a su desesperación, y quiso abrirse el vientre con el sable que le había servido para destrozar a la muñeca.

Pero de repente la verdadera joven salió de su escondite, y le sujetó el brazo por detrás, y le besó, diciéndole: "¡Perdónanos y Alah nos perdonará!"

Y el hijo del sultán olvidó todas sus tribulaciones al ver la sonrisa de la exquisita adolescente a quien había deseado tanto. Y la perdonó y la amó. Y vivieron prósperamente, dejando numerosa posteridad.

Y como Schehrazada no se sentía fatigada aquella noche, contó aún al rey Schahriar la historia siguiente, que es la del Desligador:

EL DESLIGADOR

Se cuenta que en la ciudad de Damasco, en el país de Scham, había en su tienda un joven mercader que era cual la luna en su decimocuarta noche, tan hermoso y atrayente, que ni uno solo de los compradores del zoco se resistía a su maravillosa belleza. Porque era, en verdad, una alegría para los ojos que le miraban y una condenación para el alma del espectador.

Y de él es de quien ha dicho el poeta:

¡Mi señor es el rey de la belleza, y en su cuerpo, obra de su Creador, no hay ni un rincón despreciable, pues todo es igualmente perfecto!

¡Son sus formas tan delicadas como duro es su corazón; sus rasgados ojos declaran la guerra a los indiferentes y producen incendios en los corazones más fríos!

¡Sus cabellos son enroscados y negros como escorpiones; su talle flexible como la rama del árbol ban y fino como el tallo del bambú!

¡Y su grupa, que es notable, tiembla, cuando se balancea, como la leche cuajada en la escudilla del beduino!

Un día entre los días, el joven, como de ordinario, estaba sentado delante de su tienda, con sus grandes ojos negros y la seducción de su rostro, cuando entró una dama para hacer compras. Y la recibió él con dignidad, y trabaron conversación acerca de la venta y la compra. Pero, al cabo de un momento, absolutamente subyugada por sus encantos, le dijo la dama: "¡Oh rostro de luna! quisiera volver a verte mañana. ¡Y quedarás contento de mí!" Y le dejó, tras de comprar algo que pagó sin regatear, y se fue por su camino.

Y como le había prometido, volvió a la tienda al día siguiente a la misma hora. Pero llevaba de la mano a una adolescente mucho más joven que ella, y más bonita y más atractiva y más deseable. Y el joven mercader, al ver a la recién llegada, no se ocupó ya más que de ella, y no reparó en la primera más que si no la viese. Y ésta acabó por decirle al oído: "¡Oh rostro bendito! ¡por Alah, que no has escogido mal! Y si quieres, serviré de intermediaria entre tú y esta adolescente, que es mi propia hija". Y dijo el joven: "En tu mano está la bendición, ¡oh dama selecta! Ciertamente, por el Profeta (¡con él la plegaria y la paz!), es extremado mi deseo de esta adolescente hija tuya. Pero ¡ay! el deseo no es la realidad, y a juzgar por las apariencias, tu hija es demasiado rica para mí". Pero ella protestó diciendo:

"¡Por el Profeta, ¡oh hijo mío! no te preocupes de eso! Porque te hacemos gracia de la dote que el esposo debe inscribir a nombre de la esposa, y tomamos a nuestro cargo todos los gastos de la boda y demás dispendios. ¡Tú no tienes más que dejarnos, y te encontrarás con buena cama, pan caliente, carne firme y bienestar! ¡Porque, cuando se halla un ser tan hermoso como tú, se le toma tal y como es, sin pedirle otra cosa que el que se porte con gallardía en el momento que tú sabes, y permanezca seco y duro mucho tiempo!"

Y el joven contestó: "No hay inconveniente".

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 890ª NOCHE

Ella dijo:

"...seco y duro mucho tiempo!" Y el joven contestó: "No hay inconveniente".

Y acto seguido se pusieron de acuerdo respecto a todo, y se convino en que las bodas se celebrarían en el más breve plazo, sin ceremonias ni invitaciones, sin músicos ni danzarinas ni cantarinas, y sin paseos ni cortejos.

Y en el día fijado se hizo ir al kadí y a los testigos. Y se redactó con arreglo a las prescripciones de la Ley. Y la madre, en presencia del kadí y de los testigos, introdujo al joven en la cámara nupcial, y le dejó solo con su esposa, diciéndoles: "Gozad de vuestro destino, ¡oh hijos míos!"

Y aquella noche no hubo en toda la ciudad de Damasco, ni en el país de Scham, un grupo más hermoso que el que formaban ambos jóvenes enlazados, adaptándose uno a otro como las dos mitades de la misma almendra.

Y al día siguiente, después de una noche pasada entre delicias; el joven se levantó y fue a hacer sus abluciones en el hammam. Tras de lo cual se marchó a su tienda como de ordinario, y allí permaneció hasta que se cerró el zoco. Y entonces se levantó y volvió a su nueva casa para encontrarse de nuevo con su esposa, entró en el harén, y fue derecho a la cámara nupcial, donde la víspera había probado tantas cosas excelentes. Y he aquí que, bajo el mosquitero, dormía su esposa, con los cabellos en desorden, al lado de un mozalbete con mejillas vírgenes de pelo, que la estrechaba con amor contra sí.

Al ver aquello, el mundo se ennegreció ante el rostro del joven, que se precipitó fuera de la cámara para ir en busca de la madre y hacerle ver lo que había que ver. Y encontró a la madre, que estaba sentada precisamente en el umbral de la habitación y que, al verle con el color tan amarillo y muy emocionado, le dijo: "¿Qué te pasa, ¡oh hijo mío!? ¡Ruega al Profeta!" Y contestó el joven: "¡Con Él la plegaria y la paz! ¿Qué es eso, ¡oh tía!? ¿Qué es eso que he visto en el lecho? ¡Me refugio en Alah contra las asechanzas del Lapidario!" Y escupió con violencia en tierra, como si lo hiciese sobre alguien que estuviese a sus pies. Y dijo la madre: "¿Y a qué viene ¡oh hijo mío! toda esa cólera y toda esa emoción? ¿Es porque tu esposa está con otra persona? Pero, ¡por los méritos del Profeta! ¿crees que puede una alimentarse del aire? ¿Y crees que te he dado por esposa a mi hija, sin exigir de ti nada en calidad de dote ni de viudedad, para que vengas ahora reprobando su conducta y contrariando sus caprichos? ¡Es esa mucha pretensión de parte tuya, hijo mío! ¡Porque bien debiste figurarte que dos mujeres como nosotras no podrían mantenerte si no estuvieran en libertad de acción! ¿Comprendes ya?"

Y el joven, estupefacto por todo lo que oía, no supo otra cosa que murmurar: "¡Me refugio en Alah! ¡Él es el Misericordioso!" Y la madre añadió: "¡Vaya, no te quejes más! ¡Pero si nuestra manera de vivir no te conviene, hijo mío, no tienes más que hacernos ver la anchura de tus hombros!"

Al oír estas palabras, el joven, en el límite de la cólera, exclamó, de manera que fuese oído tanto por la madre como por la hija: "¡Me divorcio! ¡por Alah y por el Profeta, que me divorcio!"

Y al propio tiempo salió de debajo del mosquitero la joven desperezándose, y al oír la fórmula del divorcio, se apresuró a bajarse el velo del rostro para no estar descubierta ante el que en adelante sería para ella un extraño. Y al mismo tiempo que ella salió de debajo del mosquitero la persona con quien ella estaba enlazada tan amorosamente. Y he aquí que aquella persona, que de lejos parecía un mozalbete imberbe, era una joven, como podía observarse sólo al ver la ola de sus cabellos, desatados de pronto, que le acariciaban los tobillos.

Y mientras el desgraciado joven permanecía inmóvil de asombro, hicieron su aparición dos testigos que había ocultado la madre detrás de una cortina, y le dijeron: "¡Hemos oído la fórmula del divorcio, y damos fe de que te has divorciado de tu esposa!" Y la madre le dijo, riendo: "Pues bien, hijo mío, ¡ya no te queda más remedio que irte!

Y para que no te marches mal impresionado, has de saber que la joven que ves aquí, y que estaba acostada con tu esposa, es mi hija menor. ¡Y lo que has pensado es un pecado que tienes sobre la conciencia! Pero sabe también que tu esposa estaba casada primero con un joven a quien amaba y que la amaba. Pero un día disputaron, y en el calor de la disputa, mi yerno dijo a mi hija: "¡Quedas divorciada tres veces!" Ya sabes que ésa es la fórmula más grave del divorcio y la más solemne. Y el que la pronuncia no puede volver a casarse con su primera esposa, si un día lo desea, mientras su esposa no consume un nuevo matrimonio con un segundo marido que, a su vez, la repudie.

Necesitábamos, pues, un desligador, hijo mío. Y he buscado mucho tiempo a ese desligador, sin encontrarle. Y acabé por encontrarte. Y al verte, comprendí que serías un desligador perfecto. Y te escogí. Y ha sucedido lo que ha sucedido. ¡Uassalam!"

Y a continuación le echó de la casa a empujones, y cerró la puerta, mientras el primer esposo, ante el mismo kadí y los mismos testigos, suscribía un segundo contrato de matrimonio con su primera esposa.

"Y tal es ¡oh rey afortunado! la historia del Desligador. Pero se halla lejos de ser tan deliciosa como la Historia del capitán de policía".

EL CAPITÁN DE POLICÍA

En otro tiempo había en El Cairo un kurdo, que llegó a Egipto bajo el reinado del victorioso rey Saladino (¡Alah le tenga en Su gracia!). Y aquel kurdo era un hombre de una corpulencia terrible, con bigotes enormes y una barba que le subía hasta los ojos, y cejas que le tapaban los ojos, y con mechones de pelo que le salían de la nariz y de las orejas. Y tenía un aspecto tan terrible, que no tardó en llegar a ser capitán de policía. Y los pilluelos del barrio, sólo con verle lejos, se daban a la fuga, echando a correr más de prisa que si hubiesen visto aparecer una ghula. Y las madres amenazaban a sus hijos con llamar al capitán kurdo cuando no los podían soportar.

En una palabra, era el terror del barrio y de la ciudad.

Un día entre los días, sintió él que le pesaba la soledad, y pensó en lo bueno que sería encontrar en su casa carne fresca para meterle el diente cuando volviera por la noche. En vista de lo cual, fue en busca de una casamentera, y le dijo: "Deseo mujer. Pero tengo mucha experiencia, y sé cuántas tribulaciones traen de ordinario consigo las mujeres. Por eso, como quiero tener las menos complicaciones posibles, deseo que me busques una joven virgen que no se haya separado nunca de la ropa de su madre, y que esté dispuesta a vivir conmigo en una casa que se compone de una sola habitación. Y pongo por condición la de que jamás ha de salir de esa habitación ni de esa casa. ¡Y ahora dime si puedes o no puedes encontrarme esa joven!" Y la casamentera contestó: "¡Puedo! ¡Dame algo de señal!"

Y el capitán de policía le entregó un dinar en señal, y se fue por su camino. Y la casamentera se irguió sobre ambos pies, y se dedicó a la busca de la joven consabida.

Y tras de varios días de pesquisas y negociaciones, de preguntas y respuestas, acabó por encontrar una joven que consintiera en vivir con el kurdo sin salir nunca de la casa, compuesta de una sola habitación. Y la casamentera fue a participar al capitán de policía el éxito de sus buenos oficios, y le dijo: "He encontrado para ti una joven virgen que jamás se ha separado de su madre, y que me ha dicho cuando le he impuesto la condición: "¡Vivir con el valiente capitán o permanecer aquí encerrada con mi madre da lo mismo!". Y el kurdo quedó muy satisfecho de esta respuesta, y preguntó a la casamentera: "¿Y cómo es?" Ella contestó: "¡Es gorda y rolliza y blanca!" Él dijo: "¡Eso es lo que me gusta!"

Así, pues, como el padre de la joven estaba conforme, y como la madre estaba conforme, y como la hija estaba conforme, y como el kurdo estaba conforme, se celebró la boda sin tardanza. Y el kurdo, padre de bigotes grandes, se llevó a la joven gorda y rolliza y blanca a su casa, compuesta de una sola habitación, y se encerró con ella y con su destino.

Y sólo Alah sabe lo que pasó aquella noche.

Y al día siguiente el kurdo fue a evacuar los asuntos propios de la policía, diciéndose al salir de su casa. "He hecho mi suerte con esta joven". Y por la noche, al volver a su casa, le bastó una mirada para asegurarse de que todo estaba en orden en su casa. Y se decía a diario: "Todavía no ha nacido quien meta la nariz en mi cena". Y su tranquilidad era perfecta y su seguridad absoluta. Y a pesar de toda su experiencia, no sabía que la mujer es sagaz de nacimiento, y que cuando desea algo nada puede detenerla. Y pronto iba a tener prueba de ello.

En efecto, había en la misma calle, frente a la ventana de la casa, un carnicero que vendía carne de carnero. Y el tal carnicero tenía un hijo de lo más truhán, que por naturaleza estaba lleno de atractivo y de alegría, y que, desde por la mañana hasta por la noche, cantaba sin parar con una voz hermosa. Y la joven esposa del capitán kurdo quedó subyugada por los encantos y la voz del hijo del carnicero, y sucedió entre ellos lo que sucedió.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 891ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y la joven esposa del capitán kurdo quedó subyugada por los encantos del hijo del carnicero, y sucedió entre ellos lo que sucedió. Y el señor kurdo volvió aquel día más temprano que de costumbre, e introdujo la llave en la cerradura para abrir la puerta. Y su esposa, que estaba copulando en aquel momento, oyó rechinar la llave y lo dejó todo para saltar sobre ambos pies. Y se apresuró a ocultar a su amante en un rincón de la habitación, detrás de la cuerda en que estaban colgados los trajes de su esposo y los suyos propios. Luego cogió un velo grande, en el cual se envolvía de ordinario, y bajó la escalerilla para salir al encuentro de su marido el capitán, el cual, sólo con subir la mitad de los escalones, había olfateado ya que en su casa pasaba algo que no pasaba de ordinario. Y dijo a su mujer: "¿Quién hay? ¿Y por qué tienes ese velo?" Y ella contestó: "¡La historia de este velo ¡oh dueño mío! es una historia que, si estuviese escrita con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de lección a quien la leyera con respeto! ¡Pero empieza por sentarte en el diván para que te la cuente!" Y le llevó al diván, le rogó que se sentara, y continuó así: "Has de saber, en efecto, que en la ciudad de El Cairo había un capitán de policía, hombre terrible y celoso, que vigilaba a su mujer de continuo. Y para estar seguro de su fidelidad la había encerrado en una casa como ésta, con una sola habitación. Pero a pesar de todas sus precauciones, la mujer le ponía cuernos con todo su corazón, y sobre los cuernos insensibles de él copulaba con el hijo de su vecino el carnicero, de modo y manera que, un día en que había vuelto más temprano que de costumbre, el capitán sospechó algo. Y, en efecto, cuando su mujer le oyó entrar, se apresuró a ocultar a su amante y llevó a su marido a un diván, igual que yo he hecho contigo. ¡Y entonces le echó por la cabeza una tela que tenía en la mano, y le apretó el cuello con todas sus fuerzas, de esta manera!" Y así diciendo, la joven echó la tela por la cabeza del kurdo, y le apretó el cuello, riendo y continuando así su historia: "Y cuando el hijo de perro tuvo la cabeza y el cuello bien cogidos con la tela, la joven gritó a su amante, que estaba escondido detrás de las ropas del marido: "¡Eh, querido mío, ponte en salvo! ¡pronto, pronto!" Y el joven carnicero se apresuró a salir de su escondite y a precipitarse por la escalera a la calle: ¡Y tal es la historia de la tela que tenía yo en la mano, ¡ya sidi!"

Y tras de contar así esta historia, y al ver que su amante estaba en salvo ya, la joven aflojó la tela que tenía fuertemente enrollada al cuello de su marido el kurdo, y se echó a reír de tal manera que cayó de trasero.

En cuanto el capitán kurdo, libre ya de la estrangulación, no supo si debía reír o enfadarse por la historia y la broma de su mujer. Por lo demás, kurdo era y kurdo siguió siendo. Por eso jamás comprendió nada de aquel incidente. Y continuaron creciéndole los bigotes y los pelos. Y murió como un bienaventurado, contento y prosperando, tras de haber dejado muchos hijos.

Y aquella noche todavía dijo Schehrazada la historia siguiente, que es un torneo de generosidad entre tres personas de diferente especie, a saber: entre un marido, un amante y un ladrón.

¿CUÁL ES EL MÁS GENEROSO?

Cuentan que había en Bagdad un primo y una prima que desde la infancia se amaban con un amor extremado. Y sus padres les destinaron uno para otro, diciendo siempre: "¡Cuando Habib sea mayor, le casaremos con Habiba!" Y ambos habían vivido y crecido juntos, y con ellos había crecido su mutuo afecto. Pero cuando estuvieron en edad de casarse, el Destino no decretó su matrimonio. Porque los padres, que habían sufrido reveses de fortuna, quedaron muy pobres; y el padre y la madre de Habiba se consideraron favorecidos aceptando por esposo para su hija a un respetable jeique que era uno de los mercaderes más ricos de Bagdad y la había pedido en matrimonio.

Y cuando de tal suerte quedó decidido su matrimonio con el jeique, la joven Habiba quiso ver por última vez a su primo Habib y le dijo llorando: "¡Oh hijo de mi tío! ¡oh bien amado mío! ¡ya sabes lo que ha pasado, y que mis padres me han dado en matrimonio a un jeique a quien no he visto nunca y que no me ha visto nunca! Y he aquí que con este matrimonio se nos desbarata nuestro amor, ¡oh primo mío! ¡Y quizá nuestra muerte sea preferible a nuestra vida!" Y Habib contestó sollozando: "¡Oh bienamada prima mía! ¡amargo es nuestro destino, y nuestra vida no tendrá objeto en adelante! ¿Cómo podremos, lejos uno de otro seguir saboreando el gusto de la vida y deleitándonos con las bellezas de la tierra? ¡Ay! ¡ay! ¡oh prima mía! ¿cómo vamos a soportar el peso de nuestro destino?" Y lloraron uno junto a otro y casi se desmayaron de pena. Pero los separaron, diciéndoles que estaban esperando a la desposada para conducirla a casa del esposo.

Y condujeron a la desolada Habiba, en medio de un cortejo, a la casa del jeique. Y después de las ceremonias de rigor y los deseos y las invocaciones y las bendiciones, dio fin la boda, y se marchó todo el mundo, dejando con su esposo a la recién casada.

Y cuando llegó el momento de la consumación, el jeique penetró en la cámara nupcial, y vio a su esposa llorando en los cojines y con el pecho henchido de sollozos. Y pensó: "Seguramente, llora por lo que lloran todas las jóvenes que se separan de su madre. Pero generalmente no dura mucho eso, por fortuna. ¡Con aceite se abren los candados más duros, y con dulzura se amansa a los cachorros de león!" Y se acercó a ella, que seguía llorando, y le dijo: "¡Ya setti Habiba! ¡oh luz del alma! ¿Por qué maltratas así la hermosura de tus ojos? ¿Y qué dolor es el tuyo, que te hace olvidar hasta la presencia de alguien nuevo para ti?". Pero la joven, al oír la voz de su esposo, redobló en sus lágrimas y sollozos y hundió más la cabeza en las almohadas. Y el jeique le dijo muy apurado: "¡Ya setti Habiba! ¡si lloras por verte separada de tu madre, iré a buscarla al instante!" Y la joven, por toda respuesta, sacudió la cabeza, sin levantarla de las almohadas, llorando más fuerte, y eso fue todo. Y su esposo le dijo: "¡Si lloras tanto por tu padre, o por una hermana tuya, o por tu nodriza, o por algún animal doméstico, gallo, gato o gacela, dímelo, y por Alah, que iré a buscarle!".

Pero la respuesta fue un signo negativo de cabeza en las almohadas. Y el jeique reflexionó un instante, y dijo: "¿Lloras quizá por la casa de tus padres, donde has pasado tu infancia y tu adolescencia, ¡oh Habiba!? Si lloras por eso dímelo, y te cogeré de la mano y te llevaré allá". Y la joven, un tanto amansada por las buenas palabras de su esposo, levantó un poco la cabeza; y sus hermosos ojos estaban llenos de lágrimas y su rostro encantador era como una llama. Y contestó con voz temblorosa de llanto: "¡Ya sidi! ¡no es por mi madre por quien lloro, ni por mi padre ni por mi hermana, ni por mi nodriza, ni por mis animales domésticos! Te suplico, pues, que me dispenses de revelarte el motivo de mis lágrimas y de mi pena".

Y el excelente jeique, que por primera vez veía al descubierto el rostro de su mujer, quedó muy conmovido por su belleza, por el encanto infantil que se desprendía de toda ella y por la dulzura de su habla. Y le dijo: "¡Ya setti Habiba! ¡oh la más bella entre las jóvenes y corona suya! si no es el alejamiento de tu familia y de tu casa lo que te da tanta pena, es porque hay otro motivo. Y te ruego que me lo digas para remediarlo".

Y contestó ella: "¡Por favor, dispénsame de contestártelo!" Dijo él: "Entonces ese motivo no es otro que la repugnancia y la aversión que sientes por mí. Pues ¡por tu vida, que si me hubieses dicho, por la intermediaria de tu madre, que no querías ser mi esposa, claro es que no te habría obligado a entrar a pesar tuyo en mi casa!"

Y dijo ella: "¡No, por Alah!, ¡oh mi señor! el motivo de mi pena no se debe a repugnancia o aversión! ¿Cómo iba a abrigar semejantes sentimientos para quien no había visto nunca? ¡Se debe a otra cosa que no puedo revelarte!"

Pero tanto y con tanta bondad la porfió él, que la joven, con los ojos bajos, acabó por confesarle su amor a su primo, diciendo: "¡El motivo de mis lágrimas y de mi pena es un ser querido que ha quedado en casa, el hijo de mi tío, con el que he crecido, y que me ama y a quien amo desde la infancia! ¡Y el amor ¡oh mi señor! es una planta cuyas raíces agarran en el corazón, y para arrancarla habría que arrancar el corazón con ella!".

Al oír esta revelación de su esposa, el jeique bajó la cabeza sin decir palabra. Y reflexionó una hora de tiempo; luego levantó la cabeza y dijo a la joven: "¡Oh señora mía! la ley de Alah y de su Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!) prohíbe al creyente obtener del creyente nada por violencia. Y si no se debe coger por fuerza al creyente el pedazo de pan, ¿qué será cuando se trata de arrebatarle el corazón?

¡Así, pues, tranquiliza tu alma y refresca tus ojos, que no sucederá nada más que lo que está escrito en tu destino!" Y añadió: "Levántate, pues, ¡oh esposa mía de un momento! y con mi consentimiento y de mi agrado, ve a buscar al que tiene sobre ti derechos más efectivos que los míos, y entrégate a él libremente. Y volverás aquí por la mañana, antes de que se despierten los criados y te vean entrar. ¡Porque desde este momento eres como una hija de mi carne y de mi sangre! Y el padre no toca a su hija. ¡Y cuando muera yo serás mi heredera!"

Y añadió aún: "¡Levántate sin vacilar, hija mía, y ve a consolar a tu primo, que debe llorarte como se llora a los muertos!"

Y la ayudó a levantarse, y por sí mismo le puso sus hermosas vestiduras y sus pedrerías de novia, y la acompañó hasta la puerta. Y salió ella a la calle, con sus hermosas vestiduras y sus pedrerías, como un ídolo paseado por los descreídos en un día de fiesta...

En ese momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 892ª NOCHE

Ella dijo

"...Y salió ella a la calle, con sus hermosas vestiduras y sus pedrerías, como un ídolo paseado por los descreídos en un día de fiesta. Pero apenas había dado veinte pasos por la calle, por donde no pasaba ni un alma a aquella hora de la noche, surgió desde la sombra, de improviso, una forma negra y se lanzó a ella. Era un ladrón que estaba al acecho de cualquier caza nocturna, y al ver brillar sus pedrerías, se había dicho: "¡Ahora puedo enriquecerme para toda la vida!" Y la paró brutalmente y se apresuró a despojarla, diciéndole, con voz sofocada y amedrentadora: "¡Si abres la boca para gritar, te dejaré más ancha que larga!" Y ya había echado mano a los collares, cuando su mirada se encontró con la belleza de aquel rostro; y pensó, muy conmovido: "¡Por Alah, que me la voy a llevar toda entera, porque es más preciosa que todos los tesoros!" Y le dijo: "¡Oh señora mía; no te haré daño ninguno! Pero no te me resistas, y ven conmigo de buen grado. ¡Y nuestra noche será una noche bendita!" Porque pensaba: "¡Es una almea! Pues sólo las almeas salen por la noche vestidas con tanto esplendor. ¡Y debe volver de la boda de algún gran señor!"

Y la joven se echó a llorar por toda respuesta. Y el ladrón le dijo: "¡Por Alah! ¿Por qué lloras? ¡Hago juramento de no maltratarte ni despojarte si te entregas a mí libremente!" Y al propio tiempo la cogió de la mano y quiso llevársela. Entonces le dijo ella a través de sus lágrimas quién era; y le contó la generosidad de su esposo el jeique. Y no le ocultó nada de su historia. Y añadió: "Y ahora estoy en tus manos. ¡Haz de mí lo que quieras!"

Cuando el ladrón, que era el más hábil desvalijador de toda la corporación de ladrones de Bagdad, hubo oído la historia singular de la joven y comprendido todo el alcance del proceder generoso de su esposo el jeique, bajó un instante la cabeza y reflexionó profundamente. Luego levantó la cabeza y dijo a la joven: "¿Y dónde vive el hijo de tu tío a quien amas?" Ella dijo: "¡En tal barrio y tal calle, donde ocupa la habitación que da al jardín de la casa!" Y dijo el ladrón: "¡Oh señora mía! ¡no se dirá que dos amantes han sido molestados en su amor por un ladrón! ¡Plegue a Alah concederte sus gracias más escogidas en esta noche que vas a pasar con tu primo! ¡Por lo que a mí respecta, voy a conducirte y a darte escolta para evitarte malos encuentros con otros ladrones!"

Y añadió: "¡Oh mi señora! ¡si el viento es de todos, la flauta no es mía!"

Y tras de hablar así, el ladrón cogió de la mano a la joven y le dio escolta, con todos los miramientos de que se hace alarde con una reina, hasta la casa de su amante. Y se despidió de ella después de besarle la orla del traje, y se fue por su camino.

Y la joven empujó la puerta del jardín, atravesó el jardín, y fue derecha al cuarto de su primo. Y le oyó sollozar completamente solo, pensando en ella. Y llamó a la puerta; y preguntó la voz de su primo, entrecortada por las lágrimas: "¿Quién hay en la puerta?" Ella dijo: "¡Habiba!" Y exclamó él desde dentro: "¡Oh voz de Habiba!" Y dijo aún: "¡Habiba ha muerto! ¿Quién eres tú, que me hablas con su voz?" Ella dijo: "¡Soy Habiba, la hija de tu tío!"

Y la puerta se abrió, y Habib cayó desmayado en brazos de su prima. Y cuando, gracias a los cuidados de Habiba, volvió de su desmayo, Habiba le hizo descansar junto a ella, puso la cabeza de él sobre sus rodillas y le hizo el relato de lo que le había ocurrido con su esposo el jeique y con el ladrón generoso. Y al oír aquello, Habib se conmovió tanto, que no pudo articular palabra. Luego se levantó de repente, y dijo a su prima: "Ven, ¡oh bienamada prima mía!" Y la cogió de la mano, sin querer conocerla, y salió con ella a la calle, y la condujo sin pronunciar palabra, a la morada de su esposo el jeique.

Cuando el jeique vio volver a su esposa con su primo el joven Habib, y comprendió la razón que así le llevaba a ambos a su morada, los introdujo en su propia habitación, y les besó como un padre besaría a sus hijos, y les dijo con voz llena de gravedad: "¡Cuando el creyente ha dicho a su esposa: "¡Eres hija de mi carne y de mi sangre!", ningún poder logrará hacerle desdecirse de sus palabras! Así, pues, nada me debéis, ¡oh hijos míos! ¡Porque estoy ligado por mis propias palabras!"

Y tras de hablar así, inscribió a nombre de ellos su casa y sus bienes, y se marchó a habitar en otra ciudad.

Y Schehrazada dejó al rey Schahriar el cuidado de concluir, sin preguntarle nada a este respecto. Y aquella noche todavía dijo:

EL BARBERO EMASCULADO

Cuentan que había en El Cairo un mozalbete sin igual en belleza y en méritos. Y tenía por amiga, a quien amaba mucho y que le amaba, una joven cuyo esposo era un yuzbaschi, jefe de cien guardias de policía, hombre lleno de ímpetu y de bravura, con manos que hubiesen podido aplastar al joven sólo con un dedo. Y el tal yuzbaschi tenía todas las cualidades relevantes para satisfacer a su harén; pero el joven no tenía barba, y la esposa era de las que prefieren la carne de cordero, y una yegua de las que gustan de sentirse cabalgadas, con preferencia, por los jovenzuelos.

Un día entre los días, el yuzbaschi entró en su casa y dijo a su joven esposa: "¡Oh hija del tío! estoy invitado a ir esta tarde a tal sitio de los jardines para tomar el aire con mis amigos. Por tanto, si se me necesita para cualquier asunto, ya sabes dónde enviar a buscarme". Y su esposa le dijo: "¡Nadie deseará de ti otra cosa que saber que disfrutas de delicias y contento! ¡Ve a divertirte en los jardines, ¡oh mi señor! y que eso te dilate y te esponje para alegría nuestra!" Y el yuzbaschi se fue por su camino, felicitándose una vez más por tener una esposa tan atenta y bien dotada y obediente y bien educada.

Y en cuanto él hubo vuelto la espalda, su esposa exclamó: "¡Loores a Alah, que aleja de nosotros por esta tarde a ese cerdo salvaje! ¡He aquí que voy a enviar a buscar al pendiente de mi corazón!" Y llamó al pequeño eunuco que tenía a su servicio, y le dijo: "¡Oh muchacho! ve enseguida a buscar de mi parte a Fulano. Y si no le encuentras en su casa, búscale por doquiera hasta que le encuentres, y dile: "¡Mi señora te envía la zalema y te pide que vayas a su casa al momento!" Y el eunuco salió de casa de su señora, y como no encontró al joven en su casa, se dedicó a recorrer, en busca suya, todas las tiendas del zoco adonde tenía él costumbre de ir a sentarse. Y acabó por encontrarle en la tienda de un barbero, donde había ido para que le afeitasen la cabeza. Y se acercó a él precisamente en el momento en que el barbero le anudaba al cuello una toalla limpia y le decía: "¡Haga Alah que el refresco te sea delicioso!" Y aproximándose el eunuco al joven, se inclinó hacia él, y le dijo al oído: "¡Mi señora te envía sus zalemas más escogidas, y me encarga que te diga que hoy la ribera se ha aclarado y el yuzbaschi está en los jardines! Si deseas la posesión, pues, no tienes más que ir sin dilación ni tardanza". Y al oír aquello, el mozalbete no pudo sufrir el permanecer allí un momento más, y gritó al barbero: "¡Sécame pronto la cabeza, que me voy, y ya vendré otra vez! Y diciendo estas palabras, puso en su mano un dracma de plata, como si ya tuviese la cabeza arreglada por el barbero. Y el barbero, al ver aquella generosidad, se dijo: "¡Me da un dracma sin haberle afeitado nada! ¿Qué sería si le hubiese afeitado la cabeza? ¡Por Alah, he aquí un cliente al que no perderé de vista! ¡Sin duda alguna, cuando le afeite la cabeza me dará un puñado de dracmas!"

Entretanto el joven se levantó con rapidez, y salió a la calle. Y el barbero le acompañó hasta el umbral de la tienda, diciéndole: "¡Alah contigo, ¡oh mi señor! Espero que, cuando hayas ventilado los asuntos que tienes pendientes, volverás a esta tienda, de donde saldrás más hermoso todavía que al entrar. ¡Alah contigo!" Y el joven contestó: "¡Taieb! Está bien; ya volveré". Y se marchó a escape y desapareció por un recodo de la calle.

Y llegó a la casa de su amiga, esposa del yuzbaschi. Y ya iba a llamar a la puerta, cuando, con extremada sorpresa por parte suya, vio surgir ante él al barbero, que venía por el otro lado de la calle. Y sin saber qué era lo que obligaba a correr así al barbero, que le llamaba por señas desde lejos, no llegó a llamar. Y el barbero le dijo: "¡Oh mi señor, Alah contigo! Te ruego no olvides mi tienda, que se ha perfumado e iluminado con tu llegada. Y ha dicho el sabio: "¡Cuando te endulces en un paraje, no busques otro!" Y el gran médico de los árabes, Abu Alí el Hossein Ibn Sina (¡con él las gracias del Altísimo!), ha dicho: "¡Ninguna leche para el niño es comparable a la leche de la madre! ¡Y nada más dulce para la cabeza que la mano de un barbero hábil!" Espero, pues, de ti ¡oh mi señor! que reconocerás mi tienda entre todas las tiendas de los demás barberos del zoco". Y dijo el joven: "¡Ualah! ciertamente que la reconoceré, ¡oh barbero!" Y empujó la puerta que ya se había abierto por dentro, y se apresuró a cerrarla detrás de sí. Y subió a reunirse con su amante para hacer su cosa acostumbrada con ella.

En cuanto al barbero, en lugar de volver a su tienda, se quedó quieto en la calle frente a la puerta, diciéndose: "¡Lo mejor será que espere aquí mismo a este cliente inesperado, a fin de conducirle a mi tienda, no vaya a ser que la confunda con las de mis vecinos!" Y sin quitar los ojos de la puerta un instante, se paró definitivamente. Pero, volviendo al yuzbaschi, cuando llegó al sitio de la cita, el amigo que le había invitado le dijo: "¡Ya sidi! perdóname la descortesía sin par de que soy culpable para contigo. Pero acaba de morir mi madre, y es preciso que prepare el entierro. Dispénsame, pues, por no poder disfrutar hoy de tu compañía, y perdóname mis malas maneras. Alah es generoso, y en breve volveremos aquí juntos". Y se despidió de él, excusándose mucho más aún, y se fue por su camino. Y el yuzbaschi, con la nariz muy alargada, dijo para sí: "¡Alah maldiga a las viejas calamitosas que ennegrecen de tan mala manera los días de diversión! ¡Y súmalas el Maligno en el agujero más profundo del quinto infierno!" Y así diciendo, escupió al aire con furor...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 893ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y el yuzbaschi, con la nariz muy alargada, dijo para sí: "¡Alah maldiga a las viejas calamitosas que ennegrecen de tan mala manera los días de diversión! ¡Y súmalas el Maligno en el agujero más profundo del quinto infierno!" Y así diciendo, escupió al aire con furor, murmurando para su barba: "Escupo sobre ti y sobre la tierra que te cubrirá, ¡oh madre de las calamidades!" Y emprendió el camino de su casa, y llegó a su calle girándole de cólera los ojos. Y divisó al barbero, que estaba parado, con la cabeza vuelta hacia la ventana de la casa, como un perro que espera que le echen un hueso. Y le abordó y le dijo: "¿Qué esperas, ¡oh hombre!? ¿Y qué hay de común entre esta casa y tú?" Y el barbero se inclinó hasta tierra y contestó: "¡Oh sidi yuzbaschi! ¡espero aquí al mejor cliente de mi tienda! ¡Porque mi pan está entre sus manos!" Y el yuzbaschi le preguntó muy asombrado: "¿Qué dices, ¡oh secuaz de los efrits!? ¿Acaso se ha convertido ahora mi casa en punto de cita de los clientes de barberos de tu especie? ¡Vete, ¡oh proxeneta! o conocerás la fuerza de mi brazo!" Y dijo el barbero: "¡El nombre de Alah sobre ti ¡oh mi señor yuzbaschi! y sobre tu casa y sobre los habitantes de tu honorable casa, receptáculo de la honestidad y de todas las virtudes! ¡Pero por tu preciosa vida te juro que mi mejor cliente ha entrado aquí mismo! ¡Y como ya lleva mucho tiempo, y mi trabajo y mi tienda me ponen en la imposibilidad de esperar más, te ruego que le digas, cuando le veas, que no se retarde!" Y el esposo de la joven le dijo: "¿Y qué clase de hombre es tu cliente, oh hijo de alcahuetes y descendencia de procuradores!?" El aludido dijo: "¡Es un buen mozo, con unos ojos así, y una estatura así, y lo demás por el estilo! ¡Es un perfecto schalabi, un elegante, un refinado de maneras y de aspecto, y generoso, y delicioso, un terrón de azúcar, ya sidi un panal de miel, ualahi!"

Cuando el capitán de los cien guardias de policía oyó este elogio y esta descripción del que había entrado en su casa, cogió al barbero por la nuca, y sacudiéndolo repetidas veces, le dijo: "¡Oh posteridad de proxenetas e hijo de zorras!" Y el barbero sacudido exclamó: "¡No hay inconveniente!" Y el yuzbaschi continuó: "¿Cómo te atreves a pronunciar semejantes palabras con relación a mi casa?" Y el barbero dijo: "¡Oh mi señor! ya verás lo que te dice mi cliente cuando le hayas dicho: "¡El barbero de manos suaves te espera en la puerta!" Y el yuzbaschi le gritó, echando espuma: "¡Pues bien; quédate aquí aguardando a que vaya yo a comprobar tus palabras!" Y se precipitó en su casa.

Y he aquí que, mientras tanto, la joven, que había visto y oído desde detrás de la ventana cuanto acababa de pasar en la calle, había tenido tiempo de esconder a su amante en la cisterna de la casa. Y cuando el yuzbaschi penetró en las habitaciones, ya no había allí ni joven, ni olor de joven, ni nada que se le pareciese de cerca o de lejos. Y preguntó a su esposa: "Por Alah, ¡oh mujer! ¿es posible verdaderamente creer que haya penetrado en casa un hombre?" Y la esposa, fingiéndose en extremo enfadada de aquella suposición, exclamó: "¡Qué vergüenza para nuestra casa y para mí misma! ¿Cómo iba a entrar aquí un hombre, ¡oh mi señor!?" Y el yuzbaschi dijo: "¡Es que el barbero que está en la calle me ha dicho que esperaba a que saliese de casa un joven de entre sus clientes!" Ella dijo: "¿Y no le has aplastado contra el muro?" Él dijo: "¡Voy a hacerlo ahora!" Y bajó, y cogió al barbero por la nuca, y le volteó, gritándole: "¡Oh alcahuete de tu madre y de tu esposa! ¿Cómo te has atrevido a decir semejantes palabras del harén de un creyente?" Y ya iba sin duda a hacerle entrar su longitud en su anchura, cuando el barbero exclamó: "¡Por la verdad que nos ha revelado el Profeta, ¡oh yuzbaschi! que he visto con mis ojos entrar en la casa al joven! ¡Pero no lo he visto salir!" Y el otro dejó de darle volteretas, y llegó al límite de la perplejidad al oír a aquel hombre sostener semejante cosa cara a cara de la muerte. Y le dijo: "No quiero matarte sin probarte que has mentido, ¡oh perro! ¡Ven conmigo!" Y le arrastró a la casa, y empezó a recorrer con él todas las habitaciones del piso bajo, las de arriba y de todas partes. Y cuando lo hubieron examinado todo y visitado todo, bajaron al patio y registraron por todos los rincones, sin encontrar nada. Y el yuzbaschi se encaró con el barbero y le dijo: "¡No hay nada!" Y el otro dijo: "Es verdad; pero queda todavía esta cisterna que no hemos visitado".

¡Eso fue todo! Y el joven oía sus idas y venidas, y su conversación. Y al escuchar aquellas últimas palabras de cisterna y de visita a la cisterna, maldijo en su alma al barbero, pensando: "¡Ah, hijo de prostitutas de infamia! ¡Va a hacer que me cojan!" Y por su parte, la esposa oyó que el barbero hablaba de visitar la cisterna, y bajó a toda prisa, gritando a su esposo: "¿Hasta cuándo ¡oh hombre! vas a hacer recorrer tu casa y tu harén a ese producto de los mil cornudos de la impudicia? ¿Y no te da vergüenza introducir de tal suerte en la intimidad de tu morada a un extraño de la especie de éste? ¿A qué esperas para castigarle como se merece su crimen?" Y el yuzbaschi dijo: "Verdad dices, ¡oh mujer! hay que castigarle. Pero tú eres la calumniada, y a ti te corresponde castigarle. ¡Castígale con arreglo a la gravedad y a la naturaleza de sus imputaciones!"

Entonces la joven subió a coger un cuchillo de la cocina, y lo calentó hasta que estuvo al rojo blanco. Y se acercó al barbero, a quien el yuzbaschi ya había tendido en tierra de un solo empellón. Y con el cuchillo incandescente, le cauterizó los compañones y le quemó la piel, en tanto que el yuzbaschi le sujetaba contra el suelo. Tras de lo cual le echaron a la calle, gritándole: "¡Eso te enseñará a hablar mal de los harenes de las personas honradas!" Y el infortunado barbero permaneció donde le dejaron, hasta que unos transeúntes compasivos le recogieron y llevaron a su tienda. ¡Y he aquí lo referente a él!

Pero en cuanto al joven encerrado en la cisterna, no bien cesaron todos los ruidos de la casa, se apresuró a escapar de su escondite echando a correr. ¡Y Alah veló lo que tenía que velar!

Y Schehrazada no quiso dejar pasar aquella noche sin contar todavía al rey Schahriar la Historia de Fairuz y de su esposa.

FAIRUZ Y SU ESPOSA

Cuentan que cierto rey estaba sentado un día en la terraza de su palacio tomando el aire y alegrándose los ojos con la contemplación del cielo que tenía sobre su cabeza y de los hermosos jardines que tenía a sus pies. Y su mirada tropezó de pronto, en la terraza de una casa situada frente al palacio, con una mujer como no la había visto igual en belleza. Y se encaró con los que le rodeaban y les preguntó: "¿A quién pertenece esa casa?" Y le contestaron: "A tu servidor Fairuz. ¡Y ésa es su esposa!" Entonces bajó de la terraza el rey; y la pasión le había puesto ebrio sin vino, y el amor se albergaba en su corazón. Y llamó a su servidor Fairuz y le dijo: "¡Toma esta carta y ve a tal ciudad, y vuelve con la respuesta!" Y Fairuz cogió la carta, y fue a su casa, y guardó la carta debajo de la almohada, y así pasó aquella noche. Y cuando llegó la mañana, se levantó, despidiéndose de su esposa, y salió para la ciudad consabida, ignorando los proyectos que abrigaba contra él su soberano.

En cuanto al rey, se levantó a toda prisa no bien partió el esposo, y se dirigió disfrazado a casa de Fairuz y llamó a la puerta. Y la esposa de Fairuz preguntó: "¿Quién hay a la puerta?" Y contestó él: "¡Soy el rey, señor de tu esposo!" Y ella abrió. Y entró el rey, y se sentó, diciendo: "Venimos a visitarte". Y ella sonrió, y contestó: "¡Me refugio en Alah contra esta visita! ¡Porque, en verdad, no espero de ella nada bueno!" Pero el rey dijo: "¡Oh deseo de los corazones! ¡soy el señor de tu marido, y me parece que no me conoces!" Y contestó ella: "Claro que te conozco ¡oh mi señor y dueño! y conozco tu proyecto y sé lo que quieres y que eres el amo de mi esposo. Y para demostrarte que comprendo muy bien lo que te propones, te aconsejo ¡oh soberano mío! que tengas la suficiente alteza de alma para aplicarte a ti mismo estos versos del poeta:

¡No pisaré el camino que conduce a la fuente, mientras otros caminantes puedan posar sus labios sobre la piedra húmeda que aplacaría mi sed!

¡Cuando el sonsoneante enjambre de moscas inmundas cae sobre mis bandejas, por mucha que sea el hambre que me tortura, retiro al punto mi mano de los manjares condimentados para mi placer!

¿No evitan los leones el camino que conduce a la orilla del agua, cuando los perros son libres de lengüetear en el mismo sitio?

Y tras de recitar estos versos, la esposa de Fairuz añadió: "Y tú, ¡oh rey! ¿vas a beber en la fuente donde otros posaron sus labios antes que tú?" Y el rey, al oír estas palabras, la miró con estupefacción. Y se impresionó tanto, que volvió la espalda, sin hallar una palabra de respuesta; y en su prisa por huir, olvidó en la casa una de sus sandalias.

Y tal fue su caso.

¡Pero he aquí lo que aconteció a Fairuz! Cuando salió de su casa para ir adonde le había enviado el rey, buscó la carta en su bolsillo, pero no la encontró. Y se acordó de que la había dejado debajo de la almohada. Y volvió a su casa, y entró en el preciso momento en que el rey acababa de irse. Y vio la sandalia del rey en el umbral. Y al punto comprendió el motivo de que se le enviara fuera de la ciudad, hacia un país lejano. Y se dijo: "¡El rey mi señor no me envía allá más que para dar libre curso a su pasión inconfesable!" Sin embargo, guardó silencio, y penetrando en su cuarto sin hacer ruido, cogió la carta de donde la había dejado, y salió sin que su esposa advirtiese su entrada. Y se apresuró a dejar la ciudad y a ir a cumplir la misión que le había encargado su señor el rey. Y Alah le escribió la seguridad, y llevó él la carta a su destinatario, y volvió a la ciudad del rey con la respuesta oportuna. Y antes de ir a descansar a su casa, se apresuró a presentarse entre las manos del rey, quien, para recompensarle por su diligencia, le hizo un presente de cien dinares.

Y no se dijo y pronunció nada acerca de lo consabido.

Y tras de tomar los cien dinares, Fairuz fue al zoco de los joyeros y de los orfebres, e invirtió toda la suma en comprar cosas magníficas entre preseas para uso de las mujeres. Y se lo llevó todo a su esposa, diciéndole: "¡Para celebrar mi regreso!"

Y añadió: "¡Toma esto y cuanto aquí te pertenezca, y vuelve a casa de tu padre!"

Y ella le preguntó: "¿Por qué?" Él dijo: "En verdad que mi señor el rey me ha colmado de bondades. Y como quiero que lo sepa todo el mundo, y que tu padre se regocije al ver sobre ti todas esas preseas, deseo que vayas adonde te he dicho". Y ella contestó: "¡Con cariño y de todo corazón jubiloso!" Y se atavió con cuanto le había llevado su esposo y con cuanto ella poseía ya, y fue a casa de su padre. Y su padre se regocijó mucho de su llegada y de ver todo lo que de hermoso llevaba encima ella, que permaneció en casa de su padre un mes entero, sin que su esposo Fairuz pensase en ir a buscarla y sin que ni siquiera mandase a pedir noticias suyas.

Así es que, al cabo de aquel mes de separación, el hermano de la joven fue en busca de Fairuz y le dijo: "¡Oh Fairuz! ¡si no quieres revelar el motivo de tu cólera contra tu esposa y del abandono en que la dejas, ven y queréllate con nosotros ante nuestro señor el rey!"

Y Fairuz contestó: "¡Aunque vosotros queráis querellaros, yo no me querellaré!" Y el hermano de la joven dijo: "¡De todos modos ven, y me oirás querellarme!" Y se fue con él a ver al rey.

Y encontraron al rey en la sala de audiencias, y al kadí sentado al lado suyo. Y el hermano de la joven, después de besar la tierra entre las manos del rey, dijo: "¡Oh señor nuestro, vengo a querellarme de una cosa!" Y el rey le dijo: "Las querellas competen al señor kadí. ¡A él es a quien tienes que dirigirte!" Y el hermano de la joven se encaró con el kadí, y dijo: "¡Alah asista a nuestro señor el kadí! He aquí la cosa y la querella: Hemos alquilado a este hombre, en calidad de simple arrendamiento, un hermoso jardín, protegido por altas tapias y resguardado, maravillosamente cuidado y plantado de flores y de árboles frutales. Pero este hombre, después de cortar todas las flores y comerse todas las frutas, ha derribado las tapias, ha dejado el jardín a merced de los cuatro vientos y ha sembrado por doquiera la devastación. ¡Y ahora quiere rescindir el contrato y devolvernos nuestro jardín en el estado en que lo ha puesto! ¡Y tal es la querella y el asunto, ya sidi kadí!"

Y el kadí se encaró con Fairuz y le dijo: "¿Y qué tienes que decir, tú, ¡oh joven!?" Y el aludido contestó: "¡La verdad es que les devuelvo el jardín en mejor estado que se hallaba antes!" Y el kadí dijo al hermano: "¿Es verdad que devuelve el jardín en mejor estado, como acaba de declarar?" Y el hermano dijo: "¡No! ¡Pero deseo saber por él qué motivo le ha impulsado a devolvérnoslo!"

Y el kadí preguntó, encarándose con Fairuz: "¿Qué tienes que decir, ¡oh joven!?" Y Fairuz contestó: "¡Yo se lo devuelvo de buena gana y de mala gana a la vez! Y el motivo de esta restitución, ya que desean conocerlo, es que un día entré en el jardín consabido, y he visto en la tierra huellas de pasos de león y de su planta. Y he tenido miedo de que el león me devorase si me aventuraba de nuevo por allí. Y por eso he devuelto el jardín a sus propietarios. Y no lo hice más que por respeto al león y por miedo por mí...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 894ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y por eso he devuelto el jardín a sus propietarios. Y no lo hice más que por respeto al león y por miedo por mí".

Cuando el rey, que estaba tendido en los cojines y que escuchaba sin que lo pareciese, hubo oído las palabras de su servidor Fairuz y comprendido su alcance y significación, se levantó acto seguido y dijo al joven: "¡Oh Fairuz! calma tu corazón, desecha tus escrúpulos y vuelve a tu jardín. ¡Porque te juro por la verdad y la santidad del Islam que tu jardín es el mejor defendido y el mejor guardado que encontré en mi vida; y sus murallas están al abrigo de todos los asaltos; y sus árboles, sus frutos y sus flores son los más sanos y los más hermosos que vi nunca!"

Y Fairuz comprendió. Y volvió con su esposa. Y la amó.

Y de esta manera, ni el kadí ni ninguno de los numerosos concurrentes que había en la sala de audiencias pudieron comprender nada de la cosa, que permaneció secreta entre el rey y Fairuz y el hermano de la esposa. ¡Pero Alah es Omnisciente!

Y todavía dijo Schehrazada:

EL NACIMIENTO Y EL INGENIO

Había un hombre, sirio de nacimiento, a quien Alah había dotado, como a todos los schamitas de su raza, de una sangre pesada y de un ingenio espeso. Porque es cosa notoria que, cuando Alah distribuyó sus dones a los humanos, puso en cada tierra las cualidades y los defectos que debían transmitirse a todos los que nacieran allí. Así es como otorgó el ingenio y la listeza a los habitantes de El Cairo, la fuerza copulativa a los del Alto Egipto, el amor de la poesía a nuestros padres árabes, la bravura a los jinetes del centro, costumbres ordenadas a los habitantes del Irak, cordialidad a los individuos de las tribus errantes, y muchos otros dones a otros muchos países; pero a los sirios no les dio más que el amor a la ganancia e ingenio para el comercio, y les olvidó totalmente cuando distribuyó los dones gratos. Por eso, haga lo que haga, un sirio schamita, de los países que se extienden desde el mar salado a los confines del desierto de Damasco, será siempre un zopenco de sangre gorda, y su ingenio no se avivará nunca más que ante el incentivo grosero de la ganancia y del tráfico.

Y he aquí que el sirio en cuestión se despertó, un día entre los días, con deseo de ir a traficar a El Cairo. Y sin duda alguna era su mal destino quien le sugería aquella idea de ir a vivir entre las gentes más deliciosas y más ingeniosas de la tierra. Pero, como todos los de su raza, estaba lleno de pedantería, y pensó que deslumbraría a aquellas gentes con las cosas hermosas que iba a llevar consigo. En efecto, metió en cofres lo más suntuoso que poseía de sederías, telas preciosas, armas labradas y otras cosas semejantes, y llegó a la ciudad resguardada, a Misr Al-Kahira, ¡a El Cairo!

Y empezó por alquilar un local para sus mercancías y una vivienda para él mismo en un khan de la ciudad, situado en el centro de los zocos. Y se dedicó a ir todos los días a casa de los clientes y de los mercaderes, invitándoles a visitar sus mercancías. Y continuó obrando de tal suerte durante algún tiempo, hasta que, un día entre los días, estando de paseo y mirando a derecha y a izquierda, se encontró con tres mujeres jóvenes que avanzaban inclinándose y contoneándose, y reían diciéndose cosas así y asá. Y cada una era más hermosa que la otra y más atrayente y más encantadora. Y cuando las divisó, se le pusieron tiesos y provocadores los bigotes; y al ver que le miraban de reojo, se acercó a ellas y les dijo: "¿Podréis venir esta noche a hacerme agradable compañía en mi khan para divertirme?" Y ellas contestaron, risueñas: "En verdad que sí, y haremos lo que nos digas que hagamos para complacerte". Y preguntó él: "¿En mi casa o en vuestra casa, ¡oh mis señoras!?" Ellas contestaron: "¡Por Alah, en tu casa! ¿Acaso crees que nuestros maridos nos dejan introducir en casa hombres extraños?" Y añadieron ellas: "¡Esta noche iremos a tu casa! Dinos dónde te alojas".

Él dijo: "Me alojo en un cuarto de tal khan, en tal calle". Ellas dijeron: "En ese caso, nos prepararás la cena y nos la tendrás caliente; e iremos a visitarte después de la hora de la plegaria de la noche". Y dijo: "Así se habla". Y le dejaron ellas para proseguir su camino. Y por su parte, él se encargó de las provisiones, y compró pescado, cohombros, ostras, vino y perfumes, y lo llevó todo a su cuarto; y preparó cinco especies de manjares a base de carne, sin contar el arroz y las verduras; y los guisó por sí mismo; y lo tuvo todo dispuesto en las mejores condiciones.

Y cuando se acercó la hora de cenar, llegaron las tres mujeres, como le habían prometido, envueltas en kababits de tela azul que hacían que no se las conociese. Pero al entrar, se quitaron de los hombros aquellas envolturas, y fueron a sentarse como lunas. Y el sirio se levantó y se sentó enfrente de ellas, como un bobalicón, tras de ponerles delante las bandejas cargadas de manjares. Y comieron con arreglo a su capacidad. Y luego él les llevó el taburete de los vinos. Y circuló entre ellos la copa. Y a las invitaciones apremiantes de las jóvenes, el sirio no se negó a beber ninguna vez, y bebió de tal modo, que se le iba la cabeza en todas direcciones. Y entonces fue cuando, un poco envalentonado, miró cara a cara a sus compañeras y pudo admirar su belleza y maravillarse de sus perfecciones. Y fluctuó entre la perplejidad y la estupefacción. Y osciló entre la extravagancia y el azoramiento. Y ya no sabía distinguir el macho de la hembra. Y su estado fue memorable y su destino deplorable. Y miró sin ver y comió sin beber. Y manipuló con los pies y anduvo con la cabeza. Y giró los ojos y sacudió la nariz. Y moqueó y estornudó. Y rio y lloró. Tras de lo cual se encaró con una de las tres, y le preguntó: "¡Por Alah sobre ti, ya setti! ¿cómo es tu nombre?" Ella contestó: "Me llamo ¿Has-visto-nunca-nada-como-yo?" Y a él se le huyó más la razón, y exclamó: "¡No, walahi, nunca he visto nada como tú!" Luego se tendió en el suelo, apoyándose en los codos, y preguntó a la segunda: "¿Y cuál es tu nombre, ya setti, ¡oh sangre de la vida de mi corazón!?"

Ella contestó: "¡No-has-visto-nunca-a-nadie-que-se-me-parezca!" Y exclamó él: "¡Inschalah! así lo habrá querido Alah, oh mi señora No-has-visto-nunca-a-nadie-que-se-me-parezca!"

Luego se encaró con la tercera y le preguntó: "¿Y cuál es tu honorable nombre, ya setti, ¡oh quemadura de mi corazón!?" Ella contestó: "¡Mírame-y-me-conocerás!" Y al oír esta tercera respuesta, el sirio rodó por tierra, exclamando con toda su voz: "No hay inconveniente, ¡oh mi señora Mírame-y-me-conocerás!"

Y ellas continuaron haciendo circular la copa y vaciándola en el gaznate de él, hasta que se cayó dando con la cabeza antes que con los pies y deteniéndosele la circulación. Entonces, al verle en aquel estado, se levantaron ellas y le quitaron el turbante y le pusieron un gorro de loco. Luego miraron a su alrededor, y se apropiaron de cuanto dinero y cosas de precio les deparó la suerte. Y cargadas con el botín y con el corazón ligero, le dejaron roncando como un búfalo en su khan y abandonaron la morada a su propietario. Y el velador veló lo que tenía que velar.

Al día siguiente, cuando el sirio se repuso de su borrachera, se vio solo en su cuarto, y no tardó en comprobar que su cuarto estaba barrido de cuanto contenía. Y de pronto recobró completamente el sentido, y exclamó: "¡No hay majestad ni poder más que en Alah el Glorioso, el Grande!" Y se precipitó fuera del khan con el gorro de loco en la cabeza, y empezó a preguntar a todos los transeúntes si habían encontrado a Fulana, Mengana y Zutana. Y decía los nombres que le habían revelado las jóvenes. Y las gentes, al verle ataviado de tal modo, lo creían escapado del maristán, y contestaban: "¡No, por Alah, nunca hemos visto nada como tú!" Y decían otros: "¡Nunca hemos visto a nadie que se te parezca!" Y decían otros: "¡En verdad que te miramos, pero no te conocemos!"

Así es que, harto de preguntar, ya no supo él a quién recurrir ni a quién quejarse, y acabó por encontrar al fin a un transeúnte caritativo y de buen consejo, que le dijo: "Escúchame, ¡oh sirio! lo mejor que puedes hacer en estas circunstancias es volverte a Siria sin tardanza ni dilación, pues en El Cairo ya ves que las gentes saben volcar los cerebros duros igual que los ligeros y jugar con los huevos tan bien como con las piedras".

Y el sirio, con la nariz alargada hasta los pies, se volvió a Siria, su país, de donde no debía haber salido nunca.

Y como les han sucedido con frecuencia aventuras semejantes por eso los nacidos en Siria hablan tan mal de los hijos de Egipto.

Y Schehrazada, habiendo acabado de contar esta historia, se calló. Y el rey Schahriar le dijo: "¡Oh Schehrazada! ¡me han complacido en extremo estas anécdotas, y con ellas me encuentro más instruido y esclarecido!" Y Schehrazada sonrió y dijo: "¡Sólo Alah es el Instructor y el Esclarecedor!" Y añadió: "¿Pero qué son estas anécdotas, si se las compara con la Historia del libro mágico?"

Y dijo el rey Schahriar: ¿Qué libro mágico es ése ¡oh Schehrazada! y qué historia es la suya?"

Y ella dijo: "¡Me reservo para contártela la próxima noche, ¡oh rey! si Alah quiere y si tal es tu gusto!" Y dijo el rey: "¡Claro que quiero escuchar la próxima noche esa historia que no conozco!"

Y CUANDO LLEGÓ LA 895ª NOCHE

La pequeña Doniazada se levantó de la alfombra en que estaba acurrucada, y dijo: "¡Oh hermana mía! ¿cuándo vas a empezar la Historia del libro mágico? Y Schehrazada contestó: "¡Sin tardanza ni dilación, pues que así lo desea nuestro señor el rey!"

HISTORIA DEL LIBRO MÁGICO

Y dijo:

En los anales de los pueblos y en los libros de tiempos antiguos se cuenta —pero Alah es el único que conoce el pasado y ve el porvenir— que una noche entre las noches, el califa, hijo de los califas ortodoxos de la posteridad de Abbas, Harún Al-Raschid, que reinaba en Bagdad, se incorporó en su lecho, presa de la opresión, y, vestido con sus ropas de dormir, mandó que fuese a su presencia Massrur, porta alfanje de su gracia, el cual se presentó al punto entre sus manos.

Y le dijo el califa: "¡Oh Massrur! esta noche resulta abrumadora y pesada para mi pecho, y deseo que disipes mi malestar". Y Massrur contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! levántate y vamos a la terraza a mirar con nuestros propios ojos el dosel de los cielos salpicado de estrellas y a ver pasearse a la luna brillante, mientras sube hasta nosotros la música de las aguas chapoteantes y los lamentos de las norias cantarinas, de las que ha dicho el poeta:

¡La noria, que por cada ojo vierte llanto gimiendo, es semejante al enamorado que se pasa los días en una queja monótona, a pesar de la magia que inunda su corazón!

Y el mismo poeta ¡oh Emir de los Creyentes! es quien ha dicho, hablando del agua corriente:

¡Mi preferida es una joven que me evita tener que beber y me divierte!

¡Porque ella es un jardín, sus ojos son las fuentes, y su voz es el agua corriente!

Y Harún escuchó a su porta alfanje y sacudió la cabeza y dijo: "¡No tengo ganas de eso esta noche!" Y dijo Massrur: "¡Oh Emir de los Creyentes! en tu palacio hay trescientas sesenta jóvenes de todos colores, semejantes a otras tantas lunas y gacelas, y vestidas con trajes tan hermosos como flores. Levántate y vamos a pasarles revista, sin que nos vean, a cada cual en su aposento. Y oirás sus cánticos y verás sus juegos y asistirás a sus escarceos. Y quizá entonces tu alma se sienta atraída por alguna de ellas. Y la tendrás por compañera esta noche, y se entregará a sus juegos contigo. ¡Y ya veremos lo que te queda de tu malestar!"

Pero Harún dijo: "¡Oh Massrur! ve a buscarme a Giafar inmediatamente". Y el aludido contestó con el oído y la obediencia. Y fue a buscar a Giafar a su casa, y le dijo: "Ven con el Emir de los Creyentes". Y el otro contestó: "¡Escucho y obedezco!" Y se levantó en aquella hora y en aquel instante, se vistió y siguió a Massrur al palacio. Y se presentó ante el califa, que permanecía en el lecho; y besó la tierra entre sus manos y dijo: "¡Haga Alah que no sea para algo malo!" Y dijo Harún: "Sólo es para bien, ¡oh Giafar! Pero esta noche estoy aburrido y fatigado y oprimido. Y he enviado a Massrur para decirte que vengas aquí a distraerme y a disipar mi fastidio". Y Giafar reflexionó un instante, y contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! cuando nuestra alma no quiere alegrarse ni con la belleza del cielo, ni con los jardines, ni con la dulzura de la brisa, ni con la contemplación de las flores, ya no queda más que un remedio, y es el libro. Porque ¡oh Emir de los Creyentes! un armario de libros es el más hermoso de los jardines. ¡Y un paseo por sus estantes es el más dulce y el más encantador de los paseos! ¡Levántate, pues, y vamos a buscar un libro al azar en los armarios de los libros!"

Y Harún contestó: "Verdad dices, ¡oh Giafar! pues ése es el mejor remedio para el fastidio. Y no había pensado en ello". Y se levantó, y acompañado de Giafar y de Massrur, fue a la sala donde estaban los armarios de los libros.

Y Giafar y Massrur sostenían sendas antorchas, y el califa cogía libros de los armarios magníficos y de los cofres de madera aromática, y los abría y los cerraba. Y de tal suerte examinó varios estantes, y acabó por echar mano a un libro viejísimo que abrió al azar. Y encontró algo que hubo de interesarle vivamente, porque, en vez de abandonar el libro al cabo de un instante, se sentó y se puso a hojearlo página por página y a leerlo atentamente. Y he aquí que de pronto se echó a reír de tal modo, que se cayó de trasero. Luego volvió a coger el libro y continuó su lectura. Y he aquí que de sus ojos brotó el llanto; y se echó a llorar de tal manera, que se mojó toda la barba con lágrimas que corrían por sus intersticios hasta caer sobre el libro que tenía él en las rodillas. Después cerró el libro, se lo metió en la manga y se levantó para salir.

Cuando Giafar vio al califa llorar y reír de tal suerte, no pudo por menos de decir a su soberano: "¡Oh Emir de los Creyentes y soberano de ambos mundos! ¿cuál puede ser el motivo que te hace reír y llorar casi en el mismo momento?" Y el califa, al oír aquello, se encolerizó hasta el límite de la cólera, y gritó a Giafar con voz irritada: "¡Oh perro entre los perros de los Barmecidas! ¿a qué viene esa impertinencia de parte tuya? ¿Y por qué te inmiscuyes en donde no debes? ¡Acabas de arrogarte el derecho a ser enfadoso y petulante; y te has extralimitado! ¡Y ya no te falta más que insultar al califa! Pero ¡por mis ojos, que desde el momento en que te has mezclado en lo que no te concierne, quiero que la cosa tenga todas las consecuencias correspondientes! Te ordeno pues, que vayas a buscar a alguien que me diga por qué he reído y llorado con la lectura de este libro y adivine lo que hay en este volumen desde la primera página hasta la última. Y si no encuentras a ese hombre, te cortaré el cuello, y entonces te enseñaré lo que me ha hecho reír y llorar".

Cuando Giafar oyó estas palabras y advirtió aquella cólera, dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! he cometido una falta. Y la falta es natural en personas como yo; pero el perdón es natural en quienes tienen un alma como la de Tu Grandeza". Y Harún contestó: "¡No! ¡acabo de hacer un juramento! Tienes que ir en busca de alguien que me explique todo el contenido de este libro, o si no, te cortaré la cabeza al punto". Y dijo Giafar: "¡Oh Emir de los Creyentes! Alah creó los cielos y los mundos en seis días, y si hubiera querido, los habría creado en una hora. Y si no lo hizo, fue para enseñar a sus criaturas que es necesario obrar con paciencia y moderación en todo, incluso al hacer el bien. Mucho más cuando se trata de hacer lo contrario del bien, ¡oh Emir de los Creyentes! ¡De todos modos, si quieres absolutamente que vaya yo a buscar a la persona consabida que adivine lo que te ha hecho reír y llorar, concede a tu esclavo un plazo sólo de tres días!"

Y dijo el califa: "¡Si no me traes a la persona de que se trata, perecerás con la más horrible de las muertes!"

Y Giafar contestó a esto: "Voy a cumplir la misión".

Y salió, acto seguido, con el color cambiado, el alma turbada y el corazón lleno de amargura y de pena.

Y se fue a su casa, con el corazón amargado, para decir adiós a su padre Yahia y a su hermano El-Fadl, y para llorar. Y le dijeron ellos: "¿Por qué vienes en ese estado de turbación y de tristeza, ¡oh Giafar!?" Y les contó lo que había ocurrido entre él y el califa y les puso al corriente de la condición impuesta.

Y añadió: "El que juegue con una punta acerada se pinchará la mano; y el que luche con el león perecerá. En cuanto a mí, renuncio a mi plaza al lado del sultán; porque en lo sucesivo la estancia junto a él sería el mayor de los peligros para mí, así como para ti, ¡oh padre mío! y para ti, ¡oh hermano mío! Mejor será, pues, que me aleje de su vista. Porque la preservación de la vida es cosa inestimable y jamás se sabe todo lo que vale. Y el alejamiento es el preservativo mejor de nuestros cuellos. Por otra parte, ha dicho el poeta:

¡Preserva tu vida de los peligros que la amenazan y deja que la casa se queje a su constructor!

Y su padre y su hermano contestaron a esto: "¡No partas, ¡oh Giafar! porque probablemente te perdonará el califa!" Pero Giafar dijo: "¡Para ello ha impuesto la condición! Pero ¿cómo voy a encontrar alguien que sea capaz de adivinar a primera vista el motivo que ha hecho reír y llorar al califa, así como el contenido, desde el principio hasta el fin, de ese libro calamitoso?" Y Yahia contestó entonces: "Verdad dices, ¡oh Giafar! Para resguardar las cabezas, no queda otro remedio que partir. Y lo mejor es que te marches a Damasco, y que vivas allí hasta que se termine este revés de fortuna y vuelva el Destino dichoso". Y Giafar preguntó: "¿Y qué va a ser de mi esposa y de mi harén durante mi ausencia?" Y dijo Yahia: "Parte, y no te preocupes de los demás. Esas son puertas que no tienes tiempo de abrir. ¡Parte para Damasco, pues tal es para ti el decreto del Destino...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 896ª NOCHE

Ella dijo:

"...Esas son puertas que no tienes tiempo de abrir. ¡Parte para Damasco, pues tal es para ti el decreto del Destino!" Y añadió: "Respecto a lo que pueda sobrevenir después de tu marcha, Alah proveerá".

Por consiguiente, Giafar el visir inclinó el oído a las palabras de su padre, y sin dilación ni tardanza, tomó consigo un saco que contenía mil dinares, se ciñó su cinturón y su espada, se despidió de su padre y de su hermano, montó en una mula, y sin hacerse acompañar por su esclavo ni por un servidor, se puso en camino para Damasco. Y viajó en línea recta a través del desierto, y no cesó de viajar hasta el décimo día, en que llegó a la llanura verde, El Marj, que está a la entrada de Damasco la regocijante.

Y vio el hermoso minarete de la Desposada, que emergía del verdor que lo circundaba, y estaba cubierto desde la base hasta lo más alto de tejas doradas; y los jardines regados por aguas corrientes, donde vivían los macizos de flores; y los campos de mirtos, y los montes de violetas, y los campos de laureles rosas. Y se detuvo a mirar toda aquella hermosura, escuchando a los pájaros cantores en los árboles. Y vio que era una ciudad cuyo igual no se había creado en la superficie de la tierra. Y miró a la derecha, y miró a la izquierda, y acabó por divisar a un hombre. Y se acercó a él y le dijo: "¡Oh hermano mío! ¿cuál es el nombre de esta ciudad?" Y el aludido contestó: "¡Oh mi señor! esta ciudad en los tiempos antiguos se llamaba Julag, y de ella es de quien habla el poeta en estos versos:

¡Me llamo Julag, y cautivo los corazones! ¡Por mí corren hermosas aguas, por mí y fuera de mí!

Jardín de Edén en la tierra y patria de todos los esplendores, ¡oh Damasco!

¡No olvidaré nunca tus bellezas, ni nada me gustará tanto como tú! ¡Y benditas sean tus terrazas y cuantas maravillas vivientes brillan en tus terrazas!

Y el hombre que recitó estos versos añadió: "También se llama Scham, o dicho de otro modo, Grano-de-Belleza, porque es el grano de belleza de Dios en la tierra".

Y Giafar experimentó un vivo placer en oír estas explicaciones. Y dio gracias al hombre, y se apeó de su mula, y la cogió de la brida para aventurarse con ella entre las casas y las mezquitas. Y se paseó lentamente, examinando una tras de otra las hermosas casas delante de las cuales paseaba. Y mirando así, divisó, al fondo de una calle bien barrida y regada, una casa magnífica en medio de un gran jardín. Y en el jardín vio una tienda de seda labrada, tapizada con hermosos tapices del Khorassán y ricas telas, y bien provista de cojines de seda, de sillas y de lechos para reposo. Y en medio de la tienda estaba sentado un joven como la luna cuando sale en su decimocuarto día. Y aparecía negligentemente vestido, sin llevar a la cabeza más que un pañuelo, y en el cuerpo más que una túnica de color de rosa. Y ante él había un grupo de personas atentas, y bebidas de todas las especies finas. Y Giafar se detuvo un momento a contemplar la escena, y quedó muy contento de lo que veía en aquel joven. Y al mirar más atentamente, divisó al lado del joven a una muchacha joven como el sol en un cielo sereno. Y tenía un laúd al pecho, como un niño en los brazos de su madre. Y lo tañía, cantando estos versos:

¡Pobres de los que tienen su corazón entre las manos de sus amados; porque, si quieren recuperarlo, lo encontrarán muerto!

¡Lo confiaron en manos de sus amados cuando lo sentían enamorado; y se vieron obligados a abandonarlos!

¡Pequeño, lo arrancan del fondo de sus entrañas! ¡Oh pájaro! repite: "¡Lo arrancaron pequeño!"

¡Lo mataron injustamente; el bienamado coquetea con su humilde enamorado!

¡Yo soy quien busca los efectos del amor, yo soy el amor, el hermano del amor y suspiro!

¡Ved al que el amor ha envejecido! ¡Aunque su corazón no haya cambiado, lo enterraron!

Y al oír estos versos y aquel canto, Giafar experimentó un placer infinito, y se le conmovieron los órganos con los acentos de aquella voz, y dijo: "¡Por Alah, qué hermoso!" Pero ya la joven había preludiado de otro modo, con el laúd en las rodillas, y cantaba estos versos:

¡Poseído por tales sentimientos, estás enamorado! ¡No hay de qué asombrarse, pues, si te amo yo!

¡Levanto hacia ti mi mano, pidiendo gracia y piedad para mi humildad! ¡Ojalá te muestres caritativo!

¡He pasado mi vida solicitando tu consentimiento; pero nunca tuve dentro de mí la sensación de que fueras caritativo!

¡Y a causa de la toma de posesión del amor, me he convertido en un esclavo, y tengo envenenado el corazón, y corren mis lágrimas!

Cuando se terminó el canto de este poema, avanzó Giafar cada vez más, dominado por el placer que sentía al oír y al mirar a la joven que cantaba. Y de pronto le advirtió el joven, que estaba tendido en la tienda, y se incorporó a medias, y llamó a uno de sus jóvenes esclavos, y le dijo: "¿Ves a ese hombre que está ahí, en la entrada, frente a nosotros?" Y el muchacho dijo: "¡Sí!" Y dijo el joven: "Debe ser un extranjero, pues veo en él las huellas del viaje. Corre a buscarle y guárdate bien de ofenderle". Y el chico contestó: "¡Con gusto y alegría!" Y se apresuró a ir en busca de Giafar —que ya le había visto acercarse— y le dijo: "¡En el nombre de Alah, ¡oh mi señor! por favor, ten la generosidad de venir a ver a nuestro amo!" Y Giafar franqueó la puerta con el mozalbete, y al llegar a la entrada de la tienda entregó su mula a los diligentes esclavos, y traspuso el umbral. Y el joven ya estaba erguido sobre ambos pies en honor suyo; y avanzó hacia él extendiendo mucho las dos manos, y le saludó como si le conociera de siempre, y después de dar gracias a Alah por habérsele enviado, cantó:

¡Bienvenido seas, oh visitante! ¡Nos alegras con tu presencia y nos haces revivir con esta unión!

¡Por tu rostro juro que vivo cuando apareces y muero cuando desapareces!

Y tras de cantar esto en honor de Giafar, le dijo: "Dígnate sentarte, ¡oh mi dulce señor! ¡Y loores a Alah por tu feliz arribo!" Y recitó la plegaria del envío de Alah, y continuó así su canto:

¡Si de antemano hubiéramos estado prevenidos de tu llegada, a tus pies hubiéramos extendido por alfombra la pura sangre de nuestros corazones y el terciopelo negro de nuestros ojos!

¡Porque tu sitio está por encima de nuestros párpados!

Y cuando hubo acabado este canto, se acercó a Giafar, le besó en el pecho, exaltó sus virtudes, y le dijo: "¡Oh mi señor! ¡este día es un día feliz, y si no fuese ya de fiesta, yo habría hecho que lo fuese para dar gracias a Alah!" Y al punto se agruparon entre sus manos los esclavos; y les dijo él: "¡Traednos lo que ya está dispuesto!" Y llevaron las bandejas de manjares, de viandas y de todas las demás cosas excelentes, y el joven dijo a Giafar: "¡Oh mi señor! los sabios dicen: "¡Si te invitan, satisface tu alma con lo que tengas ante ti!" Pero si hubiésemos sabido que ibas a favorecernos hoy con tu llegada, te hubiéramos servido la carne de nuestros cuerpos y sacrificado nuestros hijos pequeños". Y Giafar contestó: "¡Echo, pues, mano a los manjares, y comeré hasta que me sacie!" Y el joven se puso a servirle con su propia mano los trozos más delicados y a conversar con él con toda cordialidad y con todo gusto. Luego les llevaron el jarro y la jofaina, y se lavaron las manos. Tras de lo cual el joven hizo pasar a Giafar a la sala de bebidas, donde dijo a la joven que cantara. Y ella cogió el laúd, lo templó, lo apoyó sobre su seno, y tras de tararear un instante, cantó:

¡Se trata de un visitante cuya llegada ha sido respetada por todos, más dulce que el ingenio y la esperanza de consumo!

¡Esparce ante el alba las tinieblas de sus cabellos, y el alba no aparece por vergüenza!

¡Y cuando mi destino quiso matarme, le pedí protección; y su llegada hizo revivir un alma a quien reclamaba la muerte!

¡Me he tornado en esclava del Príncipe de los Enamorados, y mi sino se reduce ya a estar bajo la dominación del amor!

Y Giafar se sintió poseído de una alegría excesiva, igual a la de su joven huésped. Sin embargo, no cesaba de preocuparle lo que le había ocurrido con el califa. Y su rostro y su actitud denotaban esta preocupación, que no pasó inadvertida a los ojos del joven, el cual notó que estaba inquieto, asustado, pensativo y con incertidumbre por algo. Y por su parte, Giafar comprendió que el joven se había dado cuenta de su estado y que por discreción se reprimía para no preguntarle la causa de su turbación. Pero el joven acabó por decirle: "¡Oh mi señor! escucha lo que han dicho los sabios:

¡No te asustes ni te aflijas por las cosas que deben suceder, sino, antes bien, levanta la copa de este vino, veneno que ahuyenta las preocupaciones y los fastidios!

¿No ves cómo unas manos pintaron hermosas flores en los ropajes de la bebida?

¡El fruto de la rama de vid, los lirios y los narcisos, y la violeta y la flor rayada de Nemán!

¡Si te asalta el fastidio, mécele para que se adormezca entre licores, flores y favoritas!

Luego dijo a Giafar: "No te oprimas ni contraigas el pecho, ¡oh mi señor!" Y dijo a la joven: "¡Canta!" Y ella cantó. Y Giafar, que se deleitaba con aquellos cánticos y estaba maravillado de ellos, acabó por decir: "No cesemos de regocijarnos con el canto y las palabras hasta que cierre el día y venga la noche con las tinieblas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 897ª NOCHE

Ella dijo:

"...No cesemos de regocijarnos con el canto y las palabras hasta que cierre el día y venga la noche con las tinieblas".

Y a continuación ordenó el joven a los esclavos que fueran a buscar caballos. Y obedecieron al punto los esclavos; y ofrecieron al huésped de su señor una yegua de reyes. Y ambos saltaron a lomos de sus monturas, y se dedicaron a recorrer Damasco y a mirar el espectáculo de los zocos y de las calles, hasta que llegaron ante una fachada brillantemente iluminada y decorada con linternas de todos colores; y delante de una cortina había una lámpara grande de cobre cincelado que colgaba de una cadena de oro. Y dentro de la morada había pabellones rodeados de estatuas maravillosas y conteniendo todas las especies de aves y todas las variedades de flores; y en medio de todos aquellos pabellones había una sala con cúpula y ventanas de plata. Y el joven abrió la puerta de la tal sala. Y apareció ésta como un hermoso jardín del paraíso, animado por los cantos de los pájaros y los perfumes de las flores y el susurrar de los arroyos. Y la sala entera resonaba con los diversos lenguajes de aquellos pájaros, y estaba alfombrada con alfombras de seda y bien provista de cojines de brocado y plumas de avestruz. Y también contenía un número incalculable de toda clase de objetos suntuosos y de artículos de precio, y estaba perfumada por el olor de las flores y de las frutas; y encerraba un número inconcebible de cosas magníficas, como platos de plata, vasos de plata, copas preciosas, pebeteros y provisiones de ámbar gris, polvo de áloe y frutas secas.

En una palabra, era como aquella morada descrita en estos versos del poeta:

¡La casa era perfectamente espléndida, y brillaba con todo el resplandor de su magnificencia!

Y cuando Giafar se hubo sentado, el joven le dijo: "¡Con tu llegada, ¡oh señor e invitado mío! han descendido del cielo sobre nuestra cabeza un millar de bendiciones!" Y aún le dijo otras cosas amables, y le preguntó por fin: "¿Y cuál es el motivo a que debemos el honor de tu llegada a nuestra ciudad? ¡Aquí encuentras familia y holgura con toda cordialidad!"

Y Giafar contestó: "Yo soy ¡oh mi señor! soldado de profesión, y mando una compañía de soldados. Y soy oriundo de la ciudad de Bassra, de donde vengo en este momento. Y la causa de mi llegada aquí es que, no pudiendo pagar al califa el tributo que le debo, me he asustado por mi vida, y he emprendido la fuga, cabizbajo, con terror. Y no he cesado de correr por llanuras y desiertos hasta que el Destino me ha conducido hasta ti". Y el joven dijo: "¡Oh llegada bendita! ¿Y cuál es tu nombre?" El aludido contestó: "Mi nombre es como el tuyo, ¡oh mi señor!" Y al oír esto, el joven sonrió y dijo, risueño: "¡Oh mi señor! ¡entonces te llamas Abul Hassán! Pero te ruego que no tengas ninguna opresión de pecho ni ninguna turbación de tu corazón". Y dio orden para que los sirvieran. Y les llevaron bandejas llenas de todas clases de cosas delicadas y deliciosas; y comieron y quedaron satisfechos. Tras de lo cual se levantó la mesa y se les llevó el jarro y la jofaina. Y se lavaron las manos, y fueron a la sala de las bebidas, que estaba llena de flores y frutas. Y el joven habló a la joven, refiriéndose a la música y al canto. Y ella los encantó a ambos y los deleitó con la perfección de su arte; y hasta la morada y sus muros se conmovieron y agitaron. Y Giafar, en el paroxismo de su entusiasmo, se quitó la ropa y la arrojó a lo lejos después de hacerla trizas. Y el joven le dijo: "¡Ualahí! ¡ojalá sea efecto del placer esa desgarradura, y no efecto del sentimiento y de la pena! Y Alah aleje de nosotros la amargura del enemigo". Luego hizo señas a uno de sus esclavos, quien al punto llevó a Giafar ropas nuevas que costaban cien dinares, y le ayudó a ponérselas. Y el joven dijo a la joven: "¡Cambia el tono del laúd!" Y ella cambió el tono y cantó estos versos:

¡Mi mirada celosa está clavada en él! ¡Y si mira él a otro, me tortura!

¡Doy fin a mis deseos y a mi canto, gritando!: "¡Mi amistad hacia ti durará hasta que la muerte se albergue en mi corazón!"

Y terminado este cántico, de nuevo Giafar se despojó de sus ropas, gritando. Y el joven le dijo: "¡Ojalá mejore Alah tu vida y haga que su principio sea su fin y que su fin sea su principio!" Y los esclavos volvieron a poner a Giafar otras ropas más hermosas que las primeras. Y la joven ya no dijo nada durante una hora de tiempo, en tanto que charlaban los dos hombres. Luego el joven dijo a Giafar: "Escucha ¡oh mi señor! lo que el poeta ha dicho del país adonde te ha conducido el Destino, para dicha nuestra, en este día bendito".

Y dijo a la joven: "Cántanos las palabras del poeta referente al valle nuestro que en la antigüedad se llamaba valle de Rabwat".

Y la joven cantó:

¡Oh generosidad de nuestra noche en el valle de Rabwat, adonde lleva sus perfumes el delicado céfiro!

¡Es un valle cuya hermosura es como un collar: lo rodean árboles y flores!

¡Sus campos están tapizados con flores de todas las variedades, y los pájaros vuelan por encima de ellas!

¡Cuando sus árboles nos ven sentados debajo, nos arrojan por sí mismos sus frutos!

¡Y mientras cambiamos sobre el césped las copas desbordantes de la charla y de la poesía, el valle es generoso con nosotros y su céfiro nos trae lo que las flores nos envían!

Cuando la joven hubo acabado de cantar, Giafar se despojó de sus ropas por tercera vez. Y el joven se levantó, y le besó en la cabeza, e hizo que le pusieran otra vestidura. Porque aquel joven, como se verá, era el hombre más generoso y el más magnífico de su tiempo, y la largueza de su mano y la alteza de su alma eran por lo menos tan grandes como las de Hatim, jefe de la tribu de Thay. Y continuó charlando con él acerca de los acontecimientos de aquellos días y utilizando otros motivos de conversación y contando anécdotas y hablando de las obras maestras de la poesía. Y le dijo: "¡Oh mi señor! no apesadumbres tu espíritu con cavilaciones y preocupaciones". Y Giafar le dijo: "¡Oh mi señor! he abandonado mi país sin tomarme tiempo para comer ni beber. Y lo he hecho con intención de divertirme y de ver mundo. Pero si Alah me concede el regreso a mi país, y mi familia, mis amigos y mis vecinos me interrogan y me preguntan dónde he estado y qué he visto, les diré los beneficios con que me has favorecido y los favores que has amontonado sobre mi cabeza en la ciudad de Damasco, en el país de Scham. Y les contaré lo que he visto por acá y lo que he visto por allá, y les dedicaré hermosos discursos y charlas instructivas acerca de todo aquello con que se enriquezca mi espíritu junto a ti en la ciudad". Y el joven contestó: "¡Me refugio en Alah ¡contra las ideas de orgullo! Él es el Único generoso". Y añadió: "¡Estarás conmigo el tiempo que quieras, diez años o más, lo que gustes! Porque la casa es tu casa, con su dueño y con lo que contiene".

Y entretanto, como la noche avanzaba, entraron los eunucos y dispusieron para Giafar un lecho delicado en el sitio de honor de la sala. Y extendieron un segundo lecho al lado del de Giafar. Y se fueron después de disponerlo todo y ponerlo todo en orden. Y Giafar el visir, al ver aquello, dijo para sí: "¡Por lo visto, mi huésped es soltero! Y por eso han dispuesto su lecho al lado del mío. Creo que podré aventurar una pregunta". Y efectivamente, aventuró la pregunta, interrogando a su huésped: "¡Oh mi señor! ¿eres soltero o casado?" Y el joven contestó: "¡Casado!, ¡oh mi señor!" Y Giafar replicó a esto: "¿Por qué, pues, si estás casado, vas a dormir al lado mío, en lugar de entrar en tu harén y de acostarte como los hombres casados?" Y el joven contestó: "Por Alah, ¡oh mi señor! No va a echar a volar el harén con su contenido y ya tendré más tarde tiempo de ir a acostarme allá. Pero ahora sería en mí incorrecto y grosero y descortés dejarte solo para ir a acostarme en mi harén, tratándose de un hombre como tú, de un visitante, ¡de un huésped de Alah! ¡Una acción así sería contraria a la cortesía y a los deberes de hospitalidad! ¡Y mientras tu presencia ¡oh mi señor! se digne favorecer esta casa, no reposaré mi cabeza en mi harén, ni me acostaré allí, y obraré de este modo hasta que nos despidamos tú y yo en el día que te convenga y elijas, cuando quieras volver en paz y seguridad a tu ciudad y a tu país!" Y Giafar dijo para sí: "¡Qué cosa tan prodigiosa y tan excesivamente maravillosa!" Y durmieron juntos aquella noche.

Y al día siguiente muy de mañana, se levantaron y fueron al hammam, donde ya el joven —que, en realidad, se llamaba Ataf el Generoso— había enviado para uso de su huésped un envoltorio con vestidos magníficos. Y después de tomar el más delicioso de los baños, montaron en caballos espléndidos que se encontraron ensillados ya a la puerta del hammam, y se dirigieron al cementerio para visitar la tumba de la Dama, y pasaron todo aquel día recordando las vidas de los hombres y sus muertes. Y continuaron viviendo de tal suerte, a diario visitando tan pronto un sitio como otro, y durmiendo de noche juntos, de la manera consabida, y así en el transcurso de cuatro meses...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 898ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y continuaron viviendo de tal suerte, a diario visitando tan pronto un sitio como otro, y durmiendo de noche juntos, de la manera consabida, y así en el transcurso de cuatro meses.

Pero, al cabo de este tiempo, el alma de Giafar se tornó triste y abatido su espíritu; y un día entre los días se sentó y lloró. Y al verle bañado en lágrimas, Ataf el Generoso le interrogó diciéndole: "Alah aleje de ti la aflicción y la pena, ¡oh mi señor! ¿Por qué te veo llorar? ¿Y qué es lo que te produce pena? Si tienes pesadumbre en el corazón, ¿por qué no me revelas el motivo que te lo apesadumbra y te amarga el alma?" Y Giafar contestó: "¡Oh mi señor! ¡me siento con el pecho en extremo oprimido, y quisiera andar al azar por las calles de Damasco, y también quisiera calmar mi espíritu con la contemplación de la mezquita de los Ommiadas!" Y Ataf el Generoso contestó: "¿Y quién puede impedírtelo, ¡oh hermano mío!? ¿No eres libre de ir a pasearte por donde quieras y a refrescar tu alma como desees para que tu pecho se dilate y tu espíritu se esparza y regocije? ¡En verdad ¡oh hermano mío! que todo eso es una nimiedad, una verdadera nimiedad!" Y ya se levantaba Giafar para salir, cuando su huésped le detuvo para decirle: "¡Oh mi señor! ten la bondad de esperar un momento, a fin de que nuestros criados te ensillen una hacanea". Pero Giafar contestó: "¡Oh amigo mío! prefiero ir a pie; porque el hombre que va a caballo no puede divertirse mirando y observando lo que hay en torno suyo, sino que es la gente quien se divierte mirándole y observándole". Y Ataf el Generoso le dijo: "¡Sea! ¡pero déjame al menos, darte este saco de dinares para que puedas hacer dádivas por el camino y distribuir el dinero a la multitud, tirándoselo a puñados!" Y añadió: "Ahora puedes ir a pasearte. ¡Y ojalá te calme eso el espíritu, y te apacigüe, y te haga volver a nosotros alegre y contento!"

A continuación Giafar admitió de su generoso huésped un saco de trescientos dinares, y salió de la morada, acompañado por los votos de su amigo. Y echó a andar lentamente, pensando en la condición que le había impuesto el califa, y muy desesperado de no encontrar ninguna solución y de que ninguna aventura le hubiese permitido todavía adivinar la cosa y encontrar al hombre que pudiese adivinarla; y de tal suerte llegó ante la magnífica mezquita, y subió los treinta peldaños de mármol de la puerta principal, y contempló con admiración los hermosos azulejos, los dorados, las pedrerías y los mármoles magníficos que la adornaban por doquiera, y los hermosos estanques en que había un agua tan pura que no se veía. Y se recogió y rezó su plegaria y escuchó el sermón, y permaneció allí hasta mediodía, sintiendo que a su alma descendía una gran frescura y le calmaba el corazón.

Luego salió de la mezquita, e hizo dádivas a los mendigos de la puerta, recitando estos versos:

¡He visto las bellezas acumuladas en la mezquita de lulag, y en sus murallas está explicada la significación de la belleza!

¡Si el pueblo frecuenta las mezquitas, dile que su puerta de entrada siempre está abierta de par en par!

Y cuando abandonó la hermosa mezquita, continuó su paseo por los barrios y las calles, mirando y observando, hasta que llegó ante una casa espléndida, de apariencia señorial, adornada de ventanas de plata con marcos de oro que arrebataban la razón y con cortinas de seda en cada ventana. Y frente a la puerta había un banco de mármol cubierto con un tapiz. Y como Giafar ya se sentía cansado de su paseo, se sentó en aquel banco, y se puso a pensar en sí mismo, en su propio estado, en los acontecimientos últimos y en lo que pudo pasar en Bagdad durante su ausencia. Y he aquí que de pronto se separó la cortina de una de las ventanas, y una mano muy blanca, seguida de su propietaria, apareció con una pequeña regadera de oro. Y aquella mujer, que era como la luna llena, tenía unas miradas que arrebataban la razón y un rostro que carecía de hermano. Y permaneció un momento regando sus flores, que estaban en jardineras sobre las ventanas, flores de albahaca, de jazmín doble, de clavel y de alelí. Y mientras regaba ella con su mano las flores olorosas, sus gracias se mostraban llenas de equilibrio, de simetría y de armonía. Y al verla, se sintió Giafar con el corazón herido de amor. Y se irguió sobre ambos pies y se inclinó hasta el suelo ante ella. Y cuando la joven acabó de regar sus plantas, miró a la calle y advirtió a Giafar, que estaba inclinado hasta el suelo. Y en un principio tuvo intención de cerrar su ventana y desaparecer. Luego reaccionó, y asomándose desde el alféizar, dijo a Giafar: "¿Es tu casa esta casa?" Y contestó él: "No, por Alah ¡oh mi señora! la casa no es mi casa; ¡pero el esclavo que hay a su puerta es tu esclavo! ¡Y espera tus órdenes!" Y ella dijo: "Pues si esta casa no es tuya, ¿qué haces ahí, y por qué no te vas?" Y contestó: "¡Porque me he parado aquí, ya setti, para componer en tu honor unos versos!" Y ella preguntó: "¿Y qué dices de mí en tus versos, ¡oh hombre!?"

Y al punto recitó Giafar este poema, que improvisó:

¡Apareció ella envuelta en un traje blanco, con miradas y párpados de maravilla!

Y le dije: "¡Ven, ¡oh única! ven sin otra zalema que la de tus ojos! ¡Contigo seré dichoso, hasta en mi corazón dichoso!

¡Bendito sea El que ha vestido con rosas tus mejillas! ¡Él puede crear sin obstáculo lo que quiera!

¡Blanco es tu traje, como tu mano y como tu destino; y es blanco sobre blanco, y blanco sobre blanco!

Luego, como quisiera ella retirarse, a pesar de estos versos, exclamó él: "Aguarda, por favor, ¡oh mi señora! ¡He aquí otros versos que he compuesto, dedicados a tu fisonomía y a tu expresión!" Y ella dijo: "¿Y qué dices de mi expresión y de mi fisonomía?" Y él recitó estos versos:

¿Ves aparecer su cara, que, a pesar del velo, brilla tanto como la luna en el horizonte?

¡Su esplendor alumbra la sombra de los templos en donde se la adora, y el sol entra en tinieblas cuando ella pasa!

¡Su frente eclipsa a la rosa y su mejilla a la manzana! ¡Y su mirada expresiva conmueve al pueblo y le encanta!

¡Por ella, si un mortal la viese, sería víctima del amor y se abrasaría en los fuegos del deseo!

Cuando la joven hubo oído esta improvisación, dijo a Giafar: "¡Muy bien! ¡Pero estas palabras me gustan más que tú!" Y le lanzó una ojeada que le traspasó, y cerró la ventana y desapareció vivamente. Y Giafar el visir se estuvo quieto en el banco, anhelando y esperando que la ventana se abriese por segunda vez y le permitiese dirigir una segunda mirada a la admirable joven. Y cada vez que quería él levantarse para marcharse, su instinto le decía: "¡Siéntate!" Y no cesó de conducirse así hasta que llegó la noche. Entonces se levantó, con el corazón prendado, y volvió a casa de Ataf el Generoso. Y se encontró con que el propio Ataf le esperaba a la puerta de su casa, en el umbral, y exclamaba al verle: "¡Oh mi señor! ¡me has tenido hoy excesivamente desolado con tu ausencia! Y eran para ti mis pensamientos, a causa de la larga espera y de la tardanza de tu regreso". Y se le echó sobre el pecho y le besó entre los ojos. Pero Giafar no contestaba nada y estaba distraído. Y Ataf le miró y leyó en su rostro muchas palabras, encontrándole, efectivamente, muy cambiado de color y amarillo e inquieto. Y le dijo: "¡Oh mi señor! ¡veo demudada tu cara y trastornado tu espíritu!" Y Giafar contestó: "¡Oh mi señor! desde el momento en que te he dejado hasta el presente, he sufrido un violento dolor de cabeza y un ataque nervioso, porque esta noche he dormido sobre una oreja. ¡Y en la mezquita no oía nada de las plegarias que recitaban los creyentes! ¡Y es lastimoso mi estado y lamentable mi condición!"

Entonces Ataf el Generoso cogió de la mano a su huésped y le condujo a la sala donde por lo general se complacían en charlar. Y los esclavos llevaron las bandejas de manjares para la comida de la noche. Pero Giafar no pudo comer nada, y levantó la mano. Y el joven le preguntó: "¿Por qué, ¡oh mi señor! levantas la mano y la alejas de los manjares?" Y el otro contestó: "Porque me pesa la comida de esta mañana y me impide cenar. ¡Pero no tiene importancia eso, pues creo que una hora de sueño hará que pase la cosa, y mañana no habrá nada en mi estómago!"

En vista de aquello, Ataf mandó hacer el lecho de Giafar más temprano que de costumbre, y Giafar se acostó con el espíritu muy deprimido. Y se echó encima la manta, y se puso a pensar en la joven, en su belleza, en su elegancia, en su apostura, en sus proporciones felices y en cuanto el Donador (¡glorificado sea!) le había concedido de belleza, de magnificencia y de esplendor. Y con ello olvidó todo lo que le había sucedido en los días de su pasado, lo ocurrido con el califa, la condición impuesta, su familia, sus amigos y su país. Y era tanto el zumbar de sus pensamientos, que sintióse poseído de vértigo y se le quedó el cuerpo molido. Y no cesó de dar vueltas y vueltas con fiebre en su lecho hasta por la mañana. Y estaba como cualquiera que se hubiese perdido en el mar del amor.

Y cuando llegó la hora en que tenían costumbre de levantarse, Ataf se levantó el primero y se inclinó sobre él y le dijo: "¿Cómo va tu salud? Mis pensamientos han sido para ti esta noche. Y he notado que en toda la noche has gustado del sueño". Y Giafar contestó: "¡Oh hermano mío! ¡no me siento bien, y estoy desesperado!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 899ª NOCHE

Ella dijo:

“¡ Oh hermano mío! ¡no me siento bien, y estoy desesperado!" Al oír estas palabras, Ataf el Generoso, el Excelente, se emocionó hasta el límite extremo de la emoción, y al punto envió un esclavo blanco en busca de un médico. Y el esclavo blanco fue a toda prisa a cumplir su misión, y no tardó en volver con el mejor médico de Damasco y el más hábil de los médicos de su tiempo.

Y el médico, que era un gran sabio, se acercó a Giafar, que estaba tendido en su lecho, con los ojos perdidos, y le miró al rostro, y le dijo: "¡No te turbes a mi vista, y que el don de la salud sea contigo! ¡Dame la mano!" Y le cogió la mano, y le tomó el pulso, y vio que todo estaba en su sitio, y no había ninguna molestia, ni sufrimiento, ni dolor, y que las pulsaciones eran fuertes y las intermitencias eran regulares. Y al observar todo esto, comprendió la causa del mal y que el enfermo estaba enfermo de amor. Y no quiso hablar de su descubrimiento al enfermo delante de Ataf. Y para hacer las cosas con elegancia y discreción, cogió un papel y escribió su prescripción. Y puso cuidadosamente aquel papel debajo de la cabeza de Giafar, diciéndole: "¡El remedio está bajo tu cabeza! Te he recetado una purga. Si la tomas, te curarás". Y tras de hablar así, el médico se despidió de Giafar para ir a visitar a sus demás enfermos, que eran numerosos. Y Ataf le acompañó hasta la puerta, y le preguntó: "¡Oh señor! ¿qué tiene?"

Y contestó el otro: "Ya lo he puesto en el papel". Y se marchó.

Y Ataf volvió junto a su huésped, y le encontró acabando de recitar este poema:

¡Un médico viene a mí un día, y me coge la mano y me toma el pulso! Pero le digo: "¡Deja mi mano, porque el fuego está en mi corazón!"

Y me dice: "¡Bebe jarabe de rosas después de mezclarlo bien con el agua de la lengua! ¡Y no se lo digas a nadie!"

Y contesto: "¡Conozco mucho el jarabe de rosas: es el agua de las mejillas que me han destrozado el corazón!"

"Pero ¿cómo podré procurarme el agua de la lengua? ¿Y cómo podré refrescar el fuego ardiente que se alberga dentro de mí?"

Y él me dice: "¡Estás enamorado!" Yo le digo: "¡Sí!" Y él contesta: "¡El único remedio para eso es tener aquí al objeto de tu amor!"

Y Ataf, que no había oído el poema y no había cogido más que el último verso, sin comprenderlo, se sentó a la cabecera del lecho e interrogó a su huésped acerca de lo que había dicho y recetado el médico.

Y Giafar contestó: "¡Oh hermano mío! me ha escrito un papel que está ahí, debajo de la almohada". Y Ataf sacó el papel de debajo de la almohada, y lo leyó. Y encontró estas líneas trazadas de mano del médico:

"¡En el nombre de Alah el Curador, maestro de las curaciones y de los regímenes buenos! ¡He aquí lo que hay que tomar con la ayuda y la bendición de Alah! Tres medidas de esencia pura de la amada mezcladas con un poco de prudencia y de temor a ser espiado por los envidiosos; además, tres medidas de excelente unión clasificada con un grano de ausencia y de alejamiento; además, dos pesas de afecto puro y de discreción sin mezcla con la madera de la separación; hacer una mixtura de ello con un poco de extracto de incienso de besos, dados en los dientes y en el centro; dos medidas de cada variedad, más cien besos dados en las dos hermosas granadas consabidas, cincuenta de los cuales deben ser endulzados pasando por los labios, como hacen las palomas, y veinte como lo hacen los pajarillos; además, dos medidas iguales de movimientos de Alepo y de suspiros del Irak; además, dos okes de puntas de lenguas en la boca y fuera de la boca, bien mezcladas y trituradas; después poner en un crisol tres dracmas de granos de Egipto, adicionándoles grasa de buena calidad, haciéndolo cocer en el agua del amor y el jarabe del deseo sobre un fuego de leña de placer en el retiro del ardor; tras de lo cual se decantará el total en un diván bien mullido, y se añadirán dos okes de jarabe de saliva, y se beberá en ayunas durante tres días. Y al cuarto día, en la comida de mediodía, se tomará una raja de melón del deseo, con leche de almendras y zumo de limón del acuerdo, y por último, con tres medidas de buena maniobra de muslos. Y acabar con un baño en beneficio de la salud. ¡Y la zalema!"

Cuando Ataf el Generoso hubo acabado la lectura de esta receta, no pudo por menos de reír y dar palmadas. Luego miró a Giafar, y le dijo: "¡Oh hermano mío! este médico es un gran médico y su descubrimiento un gran descubrimiento. ¡He aquí que ha averiguado que estás enfermo de amor!" Y añadió "Dime, pues, cómo y de quién te has enamorado". Pero Giafar, cabizbajo, no dio respuesta alguna ni quiso pronunciar ninguna palabra. Y Ataf se apenó mucho por el silencio que el otro guardaba y había guardado con él, y se afligió mucho por su falta de confianza, y le dijo: "¡Oh hermano mío! ¿no eres para mí más que un amigo? ¿no estás en mi casa como el alma en el cuerpo? ¿Y no hay entre tú y yo cuatro meses pasados en la ternura, la camaradería, la charla y la amistad pura? ¿Por qué, pues, ocultarme tu estado? ¡Por lo que a mí respecta, estoy muy entristecido y asustado de verte solo y sin guía en asunto tan delicado! Porque eres un extranjero en esta capital, y yo soy un hijo de la ciudad, y puedo ayudarte con eficacia, y disipar tu turbación y tu inquietud. ¡Por mi vida, que te pertenece, y por el pan y la sal que hay entre nosotros, te suplico que me reveles tu secreto!" Y no cesó de hablarle de tal suerte, hasta que le decidió a hablar. Y Giafar levantó la cabeza, y le dijo: "No te ocultaré por más tiempo el motivo de mi turbación, ¡oh hermano mío! Y en lo sucesivo no censuraré ya a los enamorados que enferman de inquietud y de impaciencia. ¡Porque he aquí que me ha sucedido una cosa que jamás pensé que me sucedería, no, jamás! ¡Y no sé lo que eso va a traerme, porque mi caso es un caso embarazoso y complicado con pérdida de la vida!"

Y le contó lo que le había ocurrido: cómo se había sentado en el banco de mármol, se había abierto la ventana enfrente de él y había aparecido una joven, la más bella de su tiempo, que había regado el jardín de su ventana. Y añadió: "¡Ahora mi corazón tumultuoso está agitado de amor por ella, que ha cerrado súbitamente su ventana después de lanzar una sola ojeada a la calle en donde yo estaba, y la ha cerrado tan de prisa como si hubiese sido vista al descubierto por un extraño! Y heme aquí ya incapaz de nada e imposibilitado de comer y de beber a causa de la excesiva excitación y del ardor de amor en que estoy por ella; y ha truncado mi sueño la fuerza de mi deseo por ella que se ha albergado en mi corazón". Y añadió: "Y tal es mi caso, ¡oh hermano mío Ataf! y ya te he contado cuanto me ha ocurrido, sin ocultarte nada".

Cuando el generoso Ataf oyó las palabras de su huésped y comprendió su alcance, bajó la cabeza y reflexionó una hora de tiempo. Porque acababa de descubrir, sin género de duda, en vista de todos los detalles e indicios oídos y de la descripción de la casa, de la ventana y de la calle, que la joven consabida no era otra que su propia esposa, la hija de su tío, a la cual amaba y de la cual era amado, y que habitaba en una casa separada, con sus esclavas y sus servidores. Y dijo para sí: "¡Oh Ataf! ¡no hay recurso ni poder más que en Alah el Altísimo, el Magno, pues venimos de Alah y a Él volveremos!" Y su generosidad y su grandeza de alma tomaron al punto una decisión, y pensó: "¡No seré semejante en mi amistad al que construyere sobre arena y sobre agua, y por el Dios magnánimo, que serviré a mi huésped con mi alma y mis bienes!"

Y así pensando, con rostro sonriente y tranquilo, se encaró con su huésped, y le dijo: "¡Oh hermano mío! calma tu corazón y refresca tus ojos, porque pongo sobre mi cabeza el llevar a buen fin tu asunto en el sentido que deseas. Conozco, en efecto, a la familia de la joven de quien me has hablado, y que es una mujer divorciada de su marido hace unos días. Y desde esta hora y este instante voy a ocuparme de tu asunto. Por lo que a ti respecta, ¡oh hermano mío! espera mi regreso con toda tranquilidad y ponte contento". Y aún le dijo otras palabras para calmarle, y salió de su casa.

Y fue a la casa donde vivía su esposa, la joven que había visto Giafar, y entró en la sala de los hombres sin cambiar de traje y sin dirigir la palabra a nadie, y llamó a uno de los pequeños eunucos, y le dijo: "¡Ve a casa de mi tío, padre de tu señora, y dile que venga"! Y el eunuco se apresuró a ir a casa del suegro y a llevarle a casa de su amo.

Y Ataf se levantó en honor suyo para recibirle, y le abrazó, y le hizo sentarse, y le dijo: "¡Oh tío mío! ¡todo es para bien! Sabe que, cuando Alah envía sus beneficios a sus servidores, les enseña al mismo tiempo el camino que tienen que seguir. Y he aquí que he encontrado mi camino, porque mi corazón se inclina hacia la Meca y anhela ir a visitar la casa de Alah y besar la piedra negra de la Kaaba santa, además de ir a El-Medinah a visitar la tumba del Profeta (¡con Él la plegaria, la paz, las gracias y las bendiciones!). Y he resuelto visitar en este año esos lugares santos, e ir a ellos en peregrinación, para volver hecho un perfecto hajj. Por eso no conviene dejar tras de mí atadores, deudas ni obligaciones, ni nada que pueda proporcionarme preocupaciones, pues ningún hombre sabe si será amigo de su destino al día siguiente. ¡Y por eso ¡oh tío! te llamo para entregarte el acta de divorcio de tu hija, esposa mía!"

Cuando el tío del generoso Ataf, padre de su esposa, hubo oído estas palabras y comprendido que Ataf quería divorciarse, quedó extremadamente conmovido, y exagerando en su espíritu la gravedad del caso, dijo: "¡Oh Ataf, hijo mío! ¿qué te obliga a recurrir a semejantes procedimientos? ¡Si vas a partir dejando aquí a tu esposa, por muy larga que sea tu ausencia y por mucha duración que le des, no por eso dejará tu esposa de ser esposa tuya y dependencia tuya y propiedad tuya! Nada te obliga a divorciarte, ¡oh hijo mío!" Y Ataf contestó, mientras de sus ojos rodaban lágrimas: "¡Oh tío mío! ¡he hecho ese juramento, y lo que está escrito debe ocurrir!"

Y el padre de la joven, consternado con estas palabras de Ataf, sintió entrar la desolación en su corazón. Y la joven esposa de Ataf se quedó como muerta al saber esta noticia, y su estado fue un estado lamentable, y su alma nadó en la noche, en la amargura y en el dolor, porque desde la infancia amaba a su esposo Ataf, que era el hijo de su tío, y sentía una ternura extremada por él...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 900ª NOCHE

Ella dijo:

"...Porque desde la infancia amaba a su esposo Ataf, que era el hijo de su tío, y sentía una ternura extremada por él.

En cuanto a Ataf, tras de dar aquella noticia a su tío, se apresuró a ir en busca de su huésped, y le dijo: "¡Oh hermano mío! he estado ocupándome de la joven divorciada, y Alah ha querido llevar a buen fin mi empresa. Regocíjate, pues, porque tu unión con ella será fácil ahora. Levántate y desecha tu tristeza y tu malestar". Y Giafar se levantó al punto, y desapareció su malestar, comió y bebió con apetito, y dio gracias a su Creador. Y Ataf le dijo entonces: "Ahora has de saber ¡oh hermano mío! que para que yo pueda intervenir más eficazmente todavía en la cosa, no conviene que el padre de tu amada, al cual voy a volver a hablar de tu matrimonio, sepa que eres un extranjero, y me diga: "¡Oh Ataf! ¿y desde cuándo los padres casan a sus hijas con hombres extranjeros a quienes no conocen?" Por eso mi propósito es que seas ventajosamente conocido por el padre de la joven. Y a tal fin, haré armar para ti, fuera de la ciudad, unas tiendas con hermosas alfombras, cojines, cosas suntuosas y caballos. Y sin que nadie sepa que sales de aquí, irás a habitar en esas hermosas tiendas, que serán tu campamento de viaje, y harás una entrada pomposa en nuestra ciudad. Y yo, por mi parte, tendré cuidado de difundir por toda la ciudad el rumor de que eres un gran personaje de Bagdad, ¡y hasta diré que eres Giafar Al-Barmaki en persona, y que vienes, de parte del Emir de los Creyentes, a visitar nuestra ciudad! Y el walí de Damasco, el kadí y el naieb, a quien yo mismo habré ido a informar de la llegada del visir Giafar, saldrán en persona a tu encuentro, y te harán sus zalemas y besarán la tierra entre tus manos. Y entonces dirás a cada uno las palabras que debes decir, y les tratarás con arreglo a su rango. Y también yo iré a visitarte a tu tienda, y nos dirás a todos: "¡Vengo a vuestra ciudad para cambiar de aires y encontrar una esposa de mi gusto! ¡Y como he oído hablar de la belleza de la hija del emir Amr, a ella es a quien quisiera tener por esposa!" Y entonces ¡oh hermano mío! no sucederá más que lo que anhelas".

Así habló el generoso Ataf al huésped de quien no conocía nombre ni posición, y que no era otro que Giafar Al-Barmaki con sus propios ojos. Y se conducía de tal suerte con él solo porque era su huésped y había probado el pan y la sal de su hospitalidad. Porque el generoso Ataf estaba dotado de un alma generosa y de sentimientos sublimes. Y antes de él jamás hubo sobre la tierra hombre que se le pudiese comparar, y después de él no lo habrá jamás tampoco.

Por lo que respecta a Giafar, cuando hubo oído aquellas palabras de su amigo, se irguió sobre ambos pies y cogió la mano de Ataf y quiso besársela; pero Ataf lo comprendió, y retiró vivamente su mano. Y Giafar continuó callando su nombre y ocultando a su huésped su alta condición de gran visir y cabeza de los Barmecidas y corona suya, dio gracias con efusión a su huésped, y pasó con él aquella noche, y se acostó en el mismo lecho que él. Y al día siguiente, al despuntar el alba, se levantaron ambos, e hicieron sus abluciones y recitaron sus plegarias de la mañana. Luego salieron juntos, y Ataf acompañó a su amigo hasta las afueras de la ciudad.

Tras de lo cual Ataf hizo preparar las tiendas y todo lo necesario, como caballos, camellos, mulas, esclavos, mamalik, cofres conteniendo toda clase de regalos para repartir y cajones conteniendo sacos de oro y plata. Y envió todo aquello fuera de la ciudad, secretamente, y fue en busca de su amigo, y le puso un traje de gran visir, de lo más suntuoso y de mucho valor. Y mandó que levantaran para él, en la tienda principal, un trono de gran visir, y le hizo sentarse allí. ¡Y no sabía que aquel a quien iba a llamar en lo sucesivo gran visir Giafar era en realidad el propio Giafar, hijo de Yahía el Barmecida! Y hecho y combinado aquello, envió esclavos mensajeros al naiab de Damasco para anunciarle la llegada de Giafar el gran visir, enviado en comisión por el califa.

Y en cuanto el naieb de Damasco se enteró de aquel acontecimiento, salió de la ciudad, acompañado por los notables de la ciudad de su autoridad y de su gobierno, y fue al encuentro del visir Giafar y besó la tierra entre sus manos, y le dijo: "¡Oh mi señor! ¿por qué no nos has informado antes de tu llegada bendita, a fin de que hubiésemos podido prepararte una recepción digna de tu rango?". Y Giafar contestó: "¡No hay para qué! Plegue a Alah favorecerte y aumentar tu buena salud; pero no he venido aquí más que con intención de cambiar de aires y visitar la ciudad. Y por cierto que voy a permanecer aquí muy poco tiempo, lo preciso para casarme. Porque me he enterado de que el emir Arar tiene una hija de noble raza, y deseo de ti que hables del asunto con su padre y que me la obtengas de él por esposa". Y el naieb de Damasco contestó: "Escucho y obedezco. Precisamente su esposo acaba de divorciarse de ella, porque desea ir al Hedjaz en peregrinación. Y en cuanto haya transcurrido el tiempo legal de la separación, no habrá ya ningún inconveniente para que se celebren los esponsales de tu Honor".

Y se despidió de Giafar, y en aquella hora y en aquel instante fue en busca del padre de la joven, esposa divorciada del generoso Ataf, y le hizo ir a las tiendas y le dijo que el gran visir Giafar había manifestado deseos de casarse con su hija, que era de noble linaje. Y el emir Arar no pudo contestar más que con el oído y la obediencia.

Entonces Giafar dio orden de llevar los ropones de honor y el oro de los sacos y de que lo distribuyeran. E hizo ir al kadí y a los testigos, y les mandó extender sin tardanza el contrato de matrimonio. E hizo inscribir, como dote y viudedad de la joven, diez cofres de suntuosidades y diez sacos de oro. Y ordenó sacar los regalos, grandes y pequeños, y los hizo distribuir, con la generosidad de un Barmecida, a los concurrentes ricos y pobres, para que todo el mundo quedase contento. Y cuando estuvo escrito el contrato sobre una tela de raso, mandó llevar agua con azúcar, e hizo poner ante los invitados las mesas de manjares y de cosas excelentes. Y todo el mundo comió y se lavó las manos. Luego se sirvieron los dulces y las frutas y las bebidas refrescantes. Y cuando se dio fin a todo y se revisó el contrato, el naieb de Damasco dijo al visir Giafar: "¡Voy a preparar una casa para tu residencia y para recibir a tu esposa!"

Y Giafar contestó: "No es posible. He venido aquí en comisión oficial del Emir de los Creyentes, y he de llevarme conmigo a mi esposa a Bagdad, donde solamente deberán tener lugar las ceremonias de las bodas". Y el padre de la desposada dijo: "Celebremos ya los desposorios, y parte cuando te plazca". Y Giafar contestó: "¡Tampoco puedo acceder a eso, porque primero es preciso que haga yo preparar el equipo de tu hija, y una vez que esté dispuesto y sólo entonces, partiré". Y el padre contestó: "¡No hay inconveniente!".

Y cuando estuvo dispuesto el equipo y todas las cosas se encontraron a punto, el padre de la desposada hizo sacar el palanquín y sentarse dentro a su hija. Y el convoy emprendió el camino de las tiendas, entre una muchedumbre. Y después de las despedidas por una y otra parte, se dio la señal de marcha. Y Giafar en su caballo y la desposada en el soberbio palanquín, emprendieron la ruta de Bagdad con un séquito numeroso y bien ordenado.

Y viajaron durante cierto tiempo. Y ya habían llegado al paraje llamado Tiniat el'lgab, que está a media jornada del camino de Damasco, cuando Giafar miró atrás y divisó en lontananza, por la parte de Damasco, a un jinete que galopaba hacia ellos. Y al punto mandó parar la caravana para ver de qué se trataba. Y cuando el jinete estuvo muy cerca de ellos, Giafar le miró, y he aquí que era Ataf el Generoso, que iba gritando: "No te detengas, ¡oh hermano mío!". Y se acercó a Giafar y le abrazó y le dijo: "¡Oh mi señor! no tengo ningún sosiego lejos de ti. ¡Oh hermano mío Abu'l-Hassán! más me hubiera valido no haberte visto ni conocido nunca, porque ahora no podré soportar tu ausencia". Y Giafar le dio las gracias y le dijo: "No he podido corresponder a todos los beneficios de que me has colmado. Pero ruego a Alah que facilite nuestra reunión para pronto y para no separarnos ya nunca. ¡Él es Todopoderoso, y puede lo que quiera!" Luego Giafar se apeó del caballo, e hizo extender un tapiz de seda, y se sentó al lado de Ataf. Y les sirvieron una bandeja con un gallo asado, pollos, dulces y otras cosas delicadas. Y comieron. Y les llevaron frutas secas, y confituras secas y dátiles maduros. Luego bebieron durante una hora de tiempo, y volvieron a montar en sus caballos. Y Giafar dijo a Ataf: "¡Oh hermano mío! cada viajero debe partir hacia su punto de destino".

Y Ataf le estrechó contra su pecho, y le besó entre ambos ojos y le dijo: "¡Oh hermano mío Abu'l-Hassán! no interrumpas el envío de tus cartas a nosotros y no prolongues tu ausencia a costa de nuestro corazón. Y tenme al corriente de cuanto te ocurra, de modo que me parezca que estoy cerca de ti". Y aún se dijeron otras palabras de adiós, y se despidieron uno de otro, y cada cual se fue por su camino. ¡Y he aquí lo referente al gran visir Giafar, de quien su amigo no sospechaba que fuese el propio Giafar, y a Ataf el Generoso!

He aquí ahora lo referente a la joven divorciada, nueva esposa de Giafar...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 901ª NOCHE

Ella dijo:

"...He aquí ahora lo referente a la joven divorciada, nueva esposa de Giafar. Cuando advirtió que los camellos y la caravana habían detenido su marcha, sacó la cabeza fuera de la litera, y vio a su primo Ataf sentado en tierra sobre el tapiz al lado de Giafar, y que ambos comían y bebían juntos y se decían adiós. Y dijo ella para sí: "¡Por Alah! ése es mi primo Ataf, y ese otro es el hombre que me vio a la ventana y sobre el cual hasta creo que dejé caer agua cuando regaba el jardín de mi ventana. Y sin duda alguna el amigo de mi primo es él. Se ha prendado de amor por mí y se ha lamentado por ello ante mi primo Ataf. Y me ha descrito, y ha descrito mi casa; y entonces la generosidad y la grandeza de alma de mi primo le han impulsado a divorciarse para que su amigo me tome por esposa". Y pensando de este modo, se puso a llorar sola en la litera, y a lamentarse por lo que les había ocurrido, por su separación de su primo, a quien amaba, de sus parientes y de su ciudad. Y recordó cuanto era y cuanto había sido.

Y de sus ojos cayeron lágrimas abrasadoras, mientras recitaba estos versos:

¡Lloro el recuerdo de los sitios que amaba y de las bellezas que he perdido! ¡Oh! ¡no censuréis al enamorado si un día se vuelve loco!

¡Porque los seres queridos habitan en esos sitios, en esos parajes! ¡Oh, loores a Alah! ¡cuán dulce es su habitación!

¡Alah proteja los días pasados entre nosotros, ¡oh queridos amigos míos! y ojalá nos reúna la dicha en la misma casa!

Y cuando acabó este recitado, lloró y se lamentó, y recitó aún:

¡Asombrado estoy de vivir todavía sin vosotros, en medio de todas las preocupaciones que nos abruman!

¡Deseo por vosotros, caros ausentes bienamados, que con vosotros quede mi corazón herido!

Tras de lo cual lloró y sollozó más aún, y no pudo por menos de recordar estos versos:

¡Venid, ¡oh vosotros a quienes he dado mi alma! ¡He deseado arrancarla de vosotros, pero no lo pude conseguir!

¡Y tú, apiádate del resto de una vida que te he sacrificado antes de que yo lance mi última mirada a la hora de la muerte!

¡Si os hubierais perdido todos, no me asombraría; mi asombro existiría si su destino perteneciese a otro!

¡Y he aquí lo referente a ella!

Pero he aquí ahora lo relativo al gran visir Giafar. En cuanto la caravana se puso en marcha otra vez, se acercó él al palanquín y dijo a la recién casada: "¡Oh señora del palanquín, el viaje nos ha matado!". Pero a estas palabras, ella le miró con dulzura y modestia, y contestó: "No debo hablarte, porque soy la prima-esposa de tu amigo y compañero Ataf, príncipe de la generosidad y de la abnegación. Si hay en ti el menor sentimiento humano, debes hacer por él lo que en su abnegación ha hecho él mismo por ti".

Cuando Giafar hubo oído estas palabras, se le turbó mucho el alma; pero comprendiendo lo difícil de la situación, dijo a la joven: "¡Oh tú! ¿eres verdaderamente su prima-esposa?"

Y ella dijo: "¡Sí! Yo soy la que viste a la ventana en tal día, cuando ocurrieron tales y cuales cosas y tu corazón se prendó de mí. Y se lo contaste todo. Y él se divorció. Y mientras expiraba el plazo legal, ha preparado cuanto me está causando tanta pena ahora. Y ya que te he explicado la situación, no te queda más remedio que conducirte como un hombre".

Cuando Giafar oyó estas palabras empezó a sollozar muy fuerte, diciendo: "De Alah procedemos y tornamos a Él. ¡Oh tú! He aquí que ahora estás prohibida para mí, y serás entre mis manos un depósito sagrado hasta que vuelvas al sitio que quieras indicar". Entonces dijo a uno de sus servidores: "Quedas encargado de la guardia de tu señora". Y así continuaron viajando día y noche, ¡y esto es lo referente a ellos!

Pero he aquí lo referente al califa Harún Al-Raschid.

Enseguida de partir Giafar, se sintió a disgusto y lleno de pena por su ausencia. Y tuvo una gran impaciencia y le atormentó el deseo de volver a verle. Y se arrepintió de las condiciones irrealizables que le había impuesto, obligándolo con ello a errar por desiertos y soledades como un vagabundo y forzándolo a abandonar su comarca natal. Y despachó emisarios en todas direcciones para buscarle. Pero no pudo saber noticia alguna de él, y quedó disgustado por no tenerle junto a sí. Y le añoraba y le esperaba.

Y he aquí que, cuando Giafar estuvo próximo a Bagdad con su caravana, el califa se enteró de ello y se regocijó en el alma, y sintió que se le aligeraba el corazón y se le dilataba el pecho. Y salió a su encuentro, y en cuanto estuvo a su lado, le besó y le estrechó contra su seno. Y entraron juntos en palacio, y el Emir de los Creyentes hizo sentarse al lado suyo a su visir, y le dijo: "Ahora cuéntame tu historia, a partir del momento en que abandonaste este palacio, y todo lo que te ha sucedido durante tu ausencia".

Y Giafar le contó todo lo que le había sucedido desde el momento de su marcha hasta el de su regreso. Pero no hay ninguna utilidad en repetirlo. Y el califa se asombró mucho, y dijo: "¡Ualahí! me has causado mucha pena con tu ausencia. ¡Pero ahora tengo muchas ganas de conocer a tu amigo! Y en cuanto a la joven del palanquín, mi opinión es que inmediatamente debes divorciarte de ella y ponerla en camino, para que regrese acompañada de un servidor de confianza. Porque si tu compañero encuentra en ti un enemigo, se hará enemigo nuestro; y si encuentra en ti un amigo, se hará también amigo nuestro. Y le haremos venir entre nosotros, y le veremos, y tendremos el gusto de oírle y pasaremos el tiempo con él alegremente.

Un hombre así no es de despreciar, y de su generosidad sacaremos una enseñanza grande y otras muchas cosas útiles".

Y Giafar contestó: "Oír es obedecer". E hizo arreglar, para la joven consabida, una casa muy hermosa con un jardín delicioso; y puso a su disposición todo un séquito de esclavos y de servidores. Y además le envió tapices y porcelanas y todas las demás cosas de que podía tener necesidad. Pero nunca se acercó a ella ni trató de verla nunca. Y a diario le transmitía sus zalemas y palabras tranquilizadoras concernientes a su regreso y a su reunión con su primo. Y le dio mil dinares al mes para los gastos de su existencia. ¡Y esto es lo referente a Giafar, al califa y a la joven del palanquín!

¡Por lo que a Ataf respecta, las cosas sucedieron de modo muy distinto! En efecto, no bien se despidió de Giafar y desanduvo su camino, cuantos le tenían envidia se aprovecharon de los acontecimientos para combinar su perdición, embaucando al naieb de Damasco. Y dijeron al naieb: "¡Oh señor nuestro! ¿cómo es posible que no vuelvas tus ojos hacia Ataf? ¿No sabes que el visir Giafar era amigo suyo? ¿Y no sabes que Ataf ha echado a correr detrás de él para decirle adiós después de regresar nuestras gentes, y le ha acompañado hasta Katifa? ¿Y no sabes que Giafar le dijo entonces?: "¿No necesitas nada de mí, ¡oh Ataf!?". Y Ataf contestó: "Sí, necesito una cosa. Y es un edicto del califa por el cual sea destituido el naieb de Damasco". Y así se ha acordado y prometido entre ellos. Y lo más prudente que puedes hacer es invitarle a tu mantel para la comida de la mañana, antes de que él te invite al suyo para la comida de la noche. Porque el éxito estriba en la ocasión, y el asalto no aprovecha más que a quien lo da".

Y el naieb de Damasco les contestó: "Bien dicho. Traédmele, pues, inmediatamente". Y fueron a casa de Ataf, que descansaba tranquilamente, ignorando que pudiese nadie tramar contra él cosa alguna. Y se abalanzaron a él, armados de sables y garrotes, y le maltrataron hasta que estuvo cubierto de sangre. Y le arrastraron a la presencia del naieb. Y el naieb ordenó que saquearan su casa. Y sus esclavos, sus riquezas y toda su familia pasaron a manos de los saqueadores. Y Ataf preguntó "¿Cuál es mi crimen?". Y le contestaron: "¡Oh rostro de brea! ¿tan ignorante estás de la justicia de Alah (¡exaltado sea!) que atacas al naieb de Damasco, nuestro señor y nuestro padre, y crees que vas a poder dormir en paz después en tu casa?" Y se ordenó al portaalfanje que le cortara la cabeza en aquella hora y en aquel instante. Y el portaalfanje le desgarró un trozo del traje y le vendó los ojos. Y ya esgrimía el alfanje sobre su cuello, cuando uno de los emires que asistían a la ejecución se levantó y dijo: "¡Oh naieb! no te apresures tanto a hacer cortar la cabeza de este hombre. Porque la precipitación es un consejo del Cheitán, y dice el proverbio: "Sólo consigue su propósito el que alberga a la paciencia en su corazón, mientras el error es patrimonio de quien se precipita".

No te apresures, pues, a poner en peligro el cuello de este hombre, porque quizá no sean más que unos embusteros los que han hablado mal de él. Y nadie se halla exento de envidia. Así, pues, ten paciencia, porque acaso más tarde te arrepentirás de haberle quitado la vida injustamente.

¿Y quién sabe lo que sucedería si el visir Giafar se entera del trato que has hecho sufrir a su amigo y compañero? ¡Y entonces es cuando tu cabeza no estará segura sobre tus hombros...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 902ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Y entonces es cuando tu cabeza no estará segura sobre tus hombros! ".

Cuando el naieb de Damasco oyó estas palabras, salió de su sueño y levantó la mano, y detuvo el alfanje que tan de cerca amenazaba la vida de Ataf. Y ordenó que solamente se encarcelase a Ataf y se le echase una cadena al cuello. Y a pesar de sus gritos y súplicas, le arrastraron a la cárcel de la ciudad y le encadenaron por el cuello, como había sido ordenado. Y Ataf se pasaba las noches y los días llorando, poniendo Alah por testigo y suplicándole que le librara de su aflicción y de sus desdichas. Y vivió tres meses de aquella manera.

Una noche entre las noches se despertó, se humilló ante Alah, y recorrió su prisión hasta donde le permitía su cadena. Y observó que estaba solo en su prisión y que el carcelero que la víspera le había llevado el pan y el agua se había olvidado de cerrar la puerta detrás de él. Y por la puerta entreabierta penetraba un débil resplandor. Y al ver aquello, Ataf sintió de pronto que se le henchían los músculos de una fuerza extraordinaria, y alzando los ojos en dirección al cielo de Alah, hizo un gran esfuerzo y de primera intención rompió la cadena que le sujetaba. Y a tientas, con mil precauciones, se aventuró por los recovecos de la cárcel dormida, y acabó por encontrarse ante la propia puerta que daba a la calle. Y no le costó trabajo encontrar la llave, colgada en un rincón. Y abriendo sin hacer el menor ruido, salió a la calle y se perdió en la noche. Y las tinieblas de Alah le protegieron hasta por la mañana. Y no bien se abrieron las puertas de la ciudad, salió él, mezclándose con la muchedumbre, y apresuró su marcha en dirección a Alepo. Y después de largas caminatas, llegó sin contratiempo a la ciudad de Alepo y entró en la mezquita principal. Y se encontró allí con un grupo de extranjeros que se disponían de modo manifiesto a partir. Y les preguntó adónde iban. Y le contestaron: "¡A Bagdad!" Y al punto exclamó Ataf: "¡Y yo con vosotros!" Y ellos le dijeron: "¡Esa es la tierra a que pertenecen nuestros cuerpos; pero nuestra subsistencia está al lado de Alah solamente!". Y partieron con Ataf entre ellos. Y al cabo de veinte días de camino llegaron a la ciudad de Kufa; y prosiguieron el viaje hasta llegar a Bagdad: Y Ataf vio una ciudad con grandes edificios, y elegante, y rica en palacios magníficos que ascendían hasta el cielo, y en deleitables jardines; y contenía por igual a sabios y a ignorantes, a pobres y a ricos, a buenos y a malos. Y entró él en la ciudad con su traje de pobre, con un turbante sucio y desgarrado a la cabeza, y una barba inculta y cabellos demasiado largos. Y era lamentable su condición. Y franqueó la puerta de la primera mezquita que encontró. Y hacía dos días que no había comido. Y estaba sentado en un rincón, descansando y reflexionando tristemente, cuando entró en la mezquita un vagabundo, de la especie de los vagabundos que mendigan a las puertas de Alah, y fue a sentarse precisamente enfrente de él. Y se descargó un zurrón viejo que llevaba al hombro, y lo abrió y sacó un pan, luego un pollo, luego otro pan, luego confituras, luego una naranja, luego aceitunas, luego pasteles de dátiles y luego un cohombro. Y el hambriento Ataf veía con sus ojos y olía con su nariz. Y el vagabundo se puso a comer y Ataf a mirarle cómo engullía con calma aquella comida que se diría la del propio mantel de Issa, hijo de Miriam (¡con ambos la paz y la bendición de Alah!) Y Ataf, que no solamente no había comido desde hacía dos días, sino que ni siquiera se había hartado ninguna vez desde hacía cuatro meses, dijo para sí: "¡Por Alah, que me tomaría un bocado de ese excelente pollo, y un pedazo de ese pan, y por lo menos una raja de ese cohombro delicioso!". Y tanto le salía a los ojos el deseo del pan y del pollo y del cohombro, que el vagabundo le miró. Y torturado por su hambre extremada, Ataf no pudo por menos de llorar. Y el vagabundo movió la cabeza contemplándole, y cuando hubo tragado el bocado de cosas buenas que a la sazón le llenaba la boca, tomó la palabra y dijo: "¿Por qué ¡oh padre de la barba sucia! haces como los extranjeros y como los perros famélicos, que piden con la mirada el pedazo que se come su amo? ¡Por la protección de Alah, que aun cuando viertas lágrimas bastantes para alimentar el Yaxarte, el Bactros, y el Dajlah, y el Eufrates, y el río de Bassra, y el río de Antioquía, y el Oronto, y el Nilo de Egipto, y el mar salado, y la profundidad de todos los océanos, no te cederé ni un trozo de lo que como! Pero si quieres comer pollo blanco, y pan caliente, y cordero tierno, y todas las confituras y pasteles de Alah, no tienes más que llamar en la casa del gran visir Giafar, hijo de Yahia el Barmecida. Porque ha recibido en Damasco la hospitalidad de un hombre llamado Ataf, y en recuerdo suyo y en honor suyo prodiga así sus beneficios; y no se levanta ni se acuesta sin hablar de él".

Cuando Ataf oyó estas palabras al vagabundo del zurrón bien provisto, alzó los ojos al cielo y dijo: "¡Oh Tú, cuyos designios son impenetrables, he aquí que de nuevo prodigas Tus beneficios sobre Tu servidor!".

Y recitó estos versos:

¡Confía tus asuntos al Creador en cuanto los veas embrollados! ¡Luego siéntate con tus penas y desecha tus pensamientos!

Después fue a casa de un mercader de papel y le pidió por caridad un trozo de papel y el préstamo de un cálamo sólo por el tiempo preciso para escribir unas palabras. Y el mercader accedió a darle lo que le pedía. Y Ataf escribió lo que sigue:

"¡De parte de tu hermano Ataf, a quien Alah conoce! Quien posea el mundo no se enorgullezca, porque día llegará en que se vea arruinado y permanezca solo en el polvo con su amargo destino. Si me vieras, no me reconocerías por mi pobreza y mi miseria, pues los reveses del tiempo, el hambre, la sed y un largo viaje han reducido mi alma y mi cuerpo al estado de inanición. Y mira por dónde te encuentro al llegar aquí. ¡Y la paz sea contigo!".

Luego dobló el papel y devolvió el cálamo a su propietario, dándole muchas gracias. Y preguntó dónde estaba la casa de Giafar. Y cuando se la indicaron, se detuvo y se quedó de pie ante la puerta a cierta distancia. Y los guardias de la puerta le vieron así, de pie y sin pronunciar una palabra, y tampoco le hablaron. Y cuando ya empezaba a sentirse muy azorado por aquella situación, pasó junto a él un eunuco vestido con un traje magnífico y con cinturón de oro. Y Ataf se le aproximó y le besó la mano y le dijo: "¡Oh mi señor! el enviado de Alah (¡con Él la plegaria y la paz!) ha dicho: "El intermediario de una buena acción vale tanto como el que hace la buena acción, y el que la hace se halla entre los bienaventurados de Alah en el cielo" Y el eunuco preguntó: "¿Y qué necesitas?". Ataf dijo: "Deseo de tu bondad que lleves este papel al dueño de esa casa, diciéndole: "Tu hermano Ataf está a la puerta".

Cuando el eunuco hubo oído estas palabras, montó en cólera y los ojos se le salieron de la cabeza, y gritó: "¡Oh descarado embustero! ¿cómo pretendes ser hermano del visir Giafar?" Y con un bastón de oro que llevaba en la mano golpeó a Ataf en el rostro. Y brotó la sangre del rostro de Ataf, que cayó al suelo cuan largo era, porque la fatiga, el hambre y las lágrimas le habían debilitado en extremo.

Pero, como dice el Libro: "Alah ha puesto el instinto de la bondad en el corazón de ciertos esclavos, lo mismo que ha puesto el instinto de la maldad en el de los otros". Así es que un segundo eunuco, que veía desde lejos lo que pasaba, se acercó al primero, lleno de cólera y de indignación por lo que acababa de hacer, y movido a piedad por Ataf. Y el primer eunuco le dijo: "¿No has oído que pretende ser hermano del visir Giafar?". Y el segundo eunuco le contestó: "¡Oh mal hombre, hijo de la maldad, esclavo de la maldad! ¡oh maldito! ¡oh cochino! ¿Acaso Giafar es uno de nuestros profetas? ¿No es un perro de la tierra como nosotros? Todos los hombres son hermanos, que tienen por padre y por madre a Adán y Eva, y ha dicho el poeta:

¡Los hombres, por comparación, son todos hermanos! ¡Su padre es Adán y su madre es Eva!

"Y la diferencia que hay entre unos y otros sólo estriba en la mayor o menor bondad de los corazones".

Y tras de hablar así se inclinó sobre Ataf y le incorporó y le hizo sentarse, y secó la sangre que le corría por la cara y le lavó y sacudió el polvo de la ropa, y le preguntó: "¡Oh hermano mío! ¿qué es lo que deseas?". Y Ataf contestó: "Solamente deseo que lleven a Giafar este papel y lo entreguen entre sus manos". Y el servidor de corazón compasivo cogió el papel de manos de Ataf y entró en la sala donde se hallaba el gran visir Giafar el Barmecida, en medio de sus oficiales, de sus parientes y de sus amigos, sentados unos a su derecha y otros a su izquierda. Y todos bebían y recitaban versos, y se regocijaban con música de laúdes y de cánticos deliciosos. Y el visir Giafar; con la copa en la mano, decía a los que les rodeaban: "¡Oh vosotros todos los que os reunís aquí! la ausencia de los ojos no impide ver la presencia en el corazón. Y nada puede hacerme que no piense en mi hermano Ataf ni hable de él. Es el hombre más magnífico de su tiempo y de su edad. Me ha regalado caballos, esclavos jóvenes blancos y negros, muchachas y hermosas telas, y cosas suntuosas, en cantidad bastante para constituir la dote y la viudedad de mi esposa. Y si no se hubiese conducido así, habría perecido yo, sin duda, y estaría perdido sin remedio. ¡Fue mi bienhechor sin saber quién era yo, y se mostró generoso sin la menor mira de provecho o interés!".

Cuando el excelente servidor hubo oído estas palabras de su señor, se regocijó en el alma, y avanzó e inclinó su cuello y su cabeza ante él, y le presentó el papel. Y Giafar lo cogió, y habiéndolo leído, quedó tan trastornado que parecía que había bebido veneno. Y ya no supo qué hacer ni qué decir. Y cayó de bruces, teniendo todavía en la mano la copa de cristal y el papel. Y la copa se rompió en mil pedazos y le hirió profundamente en la frente. Y corrió su sangre, y de su mano se escapó el papel. Cuando el servidor vio aquello, se apresuró a poner pies en polvorosa por miedo a las consecuencias. Y los amigos del visir Giafar levantaron a su señor y le restañaron la sangre. Y exclamaron: "¡No hay recurso ni fuerza más que en Alah el Altísimo, el Todopoderoso! Estos malditos están siempre afligidos del mismo carácter: turban la vida de los reyes en sus placeres e interrumpen su buen humor. ¡Por Alah, que quien ha escrito este papel merece sencillamente ser arrastrado a casa del walí para que le aplique quinientos palos y le meta en la cárcel!".

Y acto seguido, los esclavos del visir salieron a la busca del que había escrito el papel. Y Ataf evitó la pesquisa, diciendo: "Es mío, ¡oh mis señores!". Y se apoderaron de él y le arrastraron a presencia del walí, y pidieron para él quinientos palos. Y el walí se los concedió. Y además hizo escribir en las cadenas de Ataf: "Cadena perpetua". ¡Así se portaron con Ataf el Generoso! Y de nuevo le arrojaron a un calabozo, donde estuvo aún dos meses, y donde se perdieron y borraron sus huellas.

Y al cabo de estos dos meses le nació un niño al Emir de los Creyentes Harún Al-Raschid, quien, con tal motivo, ordenó que se distribuyesen limosnas y se hiciesen dádivas a todo el mundo, y que se libertase de cárceles y calabozos a los presos. Y entre los que se soltaron se encontró Ataf el Generoso.

Cuando Ataf se vio libre de la prisión, débil, hambriento, arruinado y desnudo, alzó sus miradas al cielo y exclamó: "¡Gracias te sean dadas, Señor, en toda circunstancia!" Y sollozó y dijo: "Sin duda he sufrido todo esto a causa de alguna falta cometida por mí en el pasado, pues Alah me ha favorecido con sus mejores beneficios y yo le he correspondido con la desobediencia y la rebeldía. ¡Pero le suplico que me perdone, aunque haya ido demasiado lejos en el libertinaje y en mi abominable conducta!".

Luego recitó estos versos:

¡Oh Dios! ¡el adorador hace lo que no debería hacer; es pobre y depende de ti!

¡En los placeres de la vida, se olvida; y como lo hace por ignorancia, perdónale sus culpas!

Y todavía vertió algún llanto más y dijo para sí: "¿Qué voy a hacer ahora? Si parto para mi país tan débil como estoy, moriré antes de llegar; y si, por suerte mía, llego, no habrá ninguna seguridad para mi vida, a causa del naieb; y si me quedo aquí entre los mendigos, mendigando yo también, ninguno de ellos me admitirá en la corporación, ya que nadie me conoce; y no podré proporcionarme a mí mismo la menor ayuda ni la menor utilidad. Por eso, lo que voy a hacer es abandonar mi destino al Dueño de los destinos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 903ª NOCHE

Ella dijo:

"...Por eso, lo que voy a hacer es abandonar mi destino al Dueño de los destinos.

He aquí que todo se vuelve contra mí y todo sale al contrario de lo que yo esperaba.

Y el poeta estaba en lo cierto cuando decía:

¡Oh amigo! ¡he corrido a través del mundo, de Oriente a Occidente! ¡Pero todo lo que encontré fueron penas y fatigas!

¡He tratado a los hombres de la época! ¡Pero no he encontrado ni un amigo agradable ni mi igual!

Y de nuevo lloró y exclamó: "¡Oh Dios! ¡dame la virtud de la paciencia!" Tras de lo cual se levantó y se dirigió a una mezquita, entrando en ella. Y allí se quedó hasta la tarde. Y aunque aumentaba su hambre, dijo: "Por Tu magnanimidad y Tu majestad, Señor, juro que no pediré nada a nadie más que a Ti". Y se quedó en la mezquita, sin tender la mano a ningún creyente, hasta la caída de la noche y entonces salió, diciendo: "Conozco la frase del Profeta (¡con Él la bendición y la paz de Alah!) que dice: "Alah te dejaría dormir en el santuario; pero tú debes abandonarlo a Sus adoradores, porque el santuario se hizo para la plegaria y no para el sueño". Y anduvo algún tiempo por las calles, y acabó por llegar a una construcción en ruinas, donde entró para pasar la noche y dormir. Y tropezó en la oscuridad y cayó de bruces. Y notó que había caído sobre el mismo obstáculo que le había hecho tropezar. Y vio que era un cadáver de un hombre recientemente asesinado. Y a su lado estaba, en el suelo, el cuchillo del asesinato.

Y ante aquel descubrimiento, Ataf se levantó vivamente, con sus andrajos cubiertos de sangre. Y allí permaneció inmóvil, perplejo y sin saber qué partido tomar, diciéndose: "¿Me quedaré o huiré?" Y mientras estaba en aquella situación acertaron a pasar por delante de la entrada de la ruina el walí y sus agentes de policía, y Ataf les gritó "¡Venid a ver esto!" Y entraron ellos con sus antorchas y se encontraron con el cuerpo del asesinado, y con el cuchillo al lado suyo, y con el desdichado Ataf de pie a la cabecera del cadáver y manchados de sangre sus andrajos. Y le gritaron: "¡Oh miserable! ¡tú eres quien le ha matado!" Y Ataf no dio respuesta alguna. Entonces se apoderaron de él, y el walí dijo: "Amarradle y arrojadle al calabozo hasta que demos cuenta del asunto al gran visir Giafar. Y si Giafar ordena su muerte, le ejecutaremos".

E hicieron como habían dicho.

En efecto, al día siguiente, el hombre encargado de los escritos escribió a Giafar una comunicación concebida así: "Entramos en una ruina y nos encontramos en ella a un hombre que había matado a otro. Y le interrogamos, y con su silencio declaró que era el autor del asesinato. ¿Cuáles son, pues, tus órdenes?". Y el visir les ordenó que le condenaran a muerte. Y en consecuencia, sacaron a Ataf de la prisión, le arrastraron a la plaza donde se ahorcaba y se cortaban cabezas, arrancaron una tira de sus andrajos y le vendaron con ella los ojos. Y le entregaron al portaalfanje. Y el portaalfanje preguntó al walí: "¿Le corto el cuello, ¡oh mi señor!?". Y el walí contestó: "¡Córtaselo!". Y el portaalfanje blandió su hoja bien afilada, que brilló y lanzó chispas en el aire; y la hizo voltear, y ya la bajaba para hacer saltar la cabeza, cuando se dejó oír un grito detrás de él: "¡Detén tu mano!". Y aquella era la voz del gran visir Giafar, que volvía de paseo. Y el walí se puso ante él, y besó la tierra entre sus manos. Y Giafar le preguntó: "¿Por qué hay aquí tanta gente?". Y el walí contestó: "Porque se procedía a la ejecución de un joven de Damasco, al que encontramos ayer en unas ruinas, y que a todas nuestras preguntas, repetidas por tres veces, ha contestado con el silencio en lo que afecta al asesinado, hombre de sangre noble".

Y dijo Giafar: "¡Oh! ¿cómo va a venir de Damasco hasta aquí un hombre para arriesgarse en semejante empresa? ¡Ualahí, eso no es posible!". Y ordenó que llevaran a su presencia al hombre. Y cuando el hombre estuvo entre sus manos, Giafar no le reconoció, porque la fisonomía de Ataf había cambiado y su buena cara y su buen aspecto se habían desvanecido.

Y Giafar le preguntó: "¿De qué país eres, ¡oh joven!?". Y el otro contestó: "¡Soy un hombre de Damasco!". Y Giafar preguntó: "¿De la ciudad misma o de los pueblos que la rodean?".

Y Ataf contestó: "¡Ualahí! ¡oh mi señor! de la propia ciudad de Damasco, en donde he nacido". Y Giafar preguntó: "¿Conociste, por casualidad, allí a un hombre reputado por su generosidad y su mano abierta, que se llamaba Ataf?". Y el condenado a muerte contestó: "¡Le he conocido cuando tú eras amigo suyo y vivías con él en tal casa, en tal calle y en tal barrio, ¡oh mi señor! y cuando ambos ibais a pasea操 juntos por los jardines! ¡Le he conocido cuando te casaste con su prima-esposa! ¡Le he conocido cuando os despedisteis en el camino de Bagdad y cuando bebisteis en la misma copa!" Y Giafar contestó: "Sí, es cierto cuanto dices con respecto a Ataf, pero ¿qué ha sido de él después de separarse de mí?" Y el otro contestó: "¡Oh mi señor! ¡le ha perseguido el Destino y le ha ocurrido tal y cual cosa!". Y le hizo el relato de cuanto le había ocurrido desde el día de su separación en el camino que conducía a Bagdad hasta el momento en que el portaalfanje iba a cercenarle el cuello.

Y recitó estos versos:

¡El tiempo ha hecho de mí su víctima, mientras tú vives en la gloria! ¡Los lobos tratan de devorarme, y he aquí que llegas tú, el león!

¡Apagas la sed de cualquier sediento que se presenta! ¿Es posible que tenga yo sed, siendo tú siempre nuestro refugio?

Y cuando hubo recitado estos versos, gritó: "¡Oh mi señor Giafar, te reconozco!". Y gritó también: "¡Soy Ataf!". Y Giafar, por su parte, se irguió sobre ambos pies, lanzando un grito estridente, y se precipitó en los brazos de Ataf. Y tanta fue la emoción de ambos, que perdieron el conocimiento por unos instantes. Y cuando volvieron en sí se besaron y se interrogaron mutuamente acerca de lo que les había sucedido, desde el principio hasta el fin. Y aún no habían acabado de hacerse confidencias, cuando se dejó oír un grito penetrante; y se volvieron y vieron que había sido lanzado por un jeique que se adelantaba diciendo: "¡No es humano lo que hace!". Y le miraron, y vieron que el tal jeique era un anciano que tenía la barba teñida con henné y la cabeza cubierta con un pañuelo azul. Y al verle, Giafar le mandó avanzar y le preguntó qué quería. Y el jeique de la barba teñida exclamó: "¡Oh hombres! ¡alejad del alfanje al inocente! ¡Porque el crimen que se le imputa no es un crimen cometido por él, y el cadáver del joven asesinado no es obra suya, y él nada tiene que ver con eso! ¡Porque yo mismo soy el único matador!"

Y Giafar el visir le dijo: "Entonces ¿eres tú quien le ha matado?" El aludido contestó: "¡Sí!" El visir preguntó: "¿Y por qué le has matado? ¿Es que no albergas en tu corazón el temor de Alah, ya que de tal suerte matas a un hijo de sangre noble, a un Haschimita?". Y el jeique contestó: "Ese joven a quien habéis encontrado muerto era propiedad mía, y le había criado yo mismo. Y todos los días tomaba dinero mío para sus gastos. Pero, en vez de serme fiel, iba a divertirse tan pronto con el llamado Schumuschag como con el llamado Nagisch, y con Ghasis, y con Ghubar, y con Ghouschir, y con muchos otros libertinos; se pasaba los días con ellos, abandonándome. Y todos se envanecían en mis barbas de haberle poseído, hasta Odis el basurero y Abu-Butrán el zapatero remendón.

Y mis celos aumentaban a diario. Y por más que le predicaba e intentaba disuadirle de obrar así, él no aceptaba ningún consejo ni ninguna reprimenda; por fin, aquella noche lo sorprendí con el llamado Schumuschag el mondonguero; y al ver aquello, el mundo se ennegreció ante mi rostro, ¡y en las mismas ruinas donde le sorprendí le maté! Y con ello me libré de todos los tormentos que me ocasionaba. ¡Y tal es mi historia!".

Luego añadió: "Y he guardado silencio hasta hoy. Pero al saber que iban a ejecutar a un inocente en lugar del culpable, no he podido callar mi secreto, y he venido para sacar al inocente de debajo del alfanje. Y heme aquí ante vosotros. ¡Herid mi nuca y tomad vida por vida! ¡Pero antes libertad a ese joven inocente que no tiene que ver nada en este asunto!".

Y Giafar, al oír estas palabras del jeique, reflexionó un instante, y dijo: "¡El caso es dudoso! ¡Y en la duda, se debe alejar la mano! ¡Oh jeique! ¡vete en la paz de Alah, y séate perdonado tu crimen!". Y le despidió.

Tras de lo cual cogió a Ataf de la mano, y le estrechó de nuevo contra su pecho, y le condujo al hammam. Y cuando el arruinado Ataf se refrescó y restauró, fue con él al palacio del califa. Y entró a ver al califa y besó la tierra entre sus manos, y dijo: "Ahí está ¡oh Emir de los Creyentes! Ataf el Generoso, el que ha sido mi huésped en Damasco, quien me ha tratado con tantos miramientos, tanta bondad y tanta generosidad, y quien me ha preferido a su propia alma". Y Al-Raschid dijo: "¡Tráemele inmediatamente!". Y Giafar le condujo tal y como estaba, débil, extenuado y temblando de emoción todavía. Y sin embargo, Ataf no dejó de rendir sus homenajes al califa, de la mejor manera y con el lenguaje más elocuente. Y Al-Raschid suspiró al verle, y le dijo: "¡En qué estado te hallo!, ¡oh pobre!". Y Ataf se echó a llorar; e invitado por Al-Raschid, contó toda su historia, desde el principio hasta el fin. Y mientras él la contaba, Al-Raschid lloraba y sufría, así como el desolado Giafar.

Y he aquí que, entretanto, entró el jeique de la barba teñida, que había sido indultado por Giafar. Y el califa se echó a reír al verle.

Luego rogó a Ataf el Generoso que se sentara, y le hizo repetir su historia. Y cuando Ataf hubo acabado de hablar, el califa miró a Giafar y le dijo: "¡Cuéntame ¡oh Giafar! lo que piensas hacer por tu hermano Ataf!" Y Giafar contestó: "Por lo pronto, le pertenece mi sangre y soy su esclavo. Además, tengo para él cofres que contienen tres millones de dinares de oro, y otros tantos millones en caballos de raza, mozalbetes, esclavos negros y blancos, jóvenes de todos los países y todo género de suntuosidades. Y se quedará con nosotros para que nos regocijemos con su compañía". Y añadió: "¡Por lo que respecta a su prima-esposa, es cosa a tratar entre yo y él!".

Y el califa comprendió que había llegado el momento de dejar juntos a los dos amigos; y les permitió salir. Giafar condujo a Ataf a su casa, y le dijo: "¡Oh hermano mío Ataf! has de saber que la hija de tu tío, que te ama, está intacta, y que no he visto descubierto su rostro desde el día de nuestra separación...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 904ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Oh hermano mío Ataf! has de saber que la hija de tu tío, que te ama, está intacta, y que no he visto descubierto su rostro desde el día de nuestra separación. Y he aquí que me he desligado de ella, y me he divorciado en honor tuyo; y he anulado nuestro contrato. Y en el mismo estado en que se hallaba te devuelvo el precioso depósito que pusiste entre mis manos".

Y así lo hizo. Y Ataf y su prima se reunieron con la misma ternura y el mismo afecto que antes.

Pero en cuanto al naieb de Damasco, que había sido el autor de todos los sufrimientos de Ataf, el califa mandó emisarios, que le arrestaron, y le rodearon de cadenas, y le arrojaron a un calabozo. Y allí quedó hasta nueva orden.

Y Ataf pasó en Bagdad varios meses, disfrutando de una dicha perfecta, al lado de su prima, y al lado de su amigo Giafar, y en la intimidad de Al-Raschid. Y bien hubiera querido pasarse toda la vida en Bagdad; pero de Damasco le llegaron numerosas cartas de sus parientes y de sus amigos, que le suplicaban volviera a su país, y pensó que tenía el deber de hacerlo. Y fue a pedir el beneplácito al califa, que le concedió la autorización, no sin pena y suspiros amistosos. Y no quiso, empero, dejarle partir sin darle pruebas duraderas de su benevolencia. Y le nombró walí de Damasco, y le dio todas las insignias de su cargo. E hizo que le acompañara una escolta de jinetes, de mulos y de camellos cargados con regalos magníficos. Y así fue escoltado Ataf hasta Damasco.

Y toda la ciudad se iluminó y empavesó con motivo del regreso de Ataf, el más generoso de los hijos de la ciudad. Porque Ataf era querido y respetado por todas las clases populares, y sobre todo por los pobres, que habían llorado siempre su ausencia.

Pero, volviendo al naieb, llegó un segundo decreto del califa condenándole a muerte por sus injusticias. Pero el generoso Ataf intercedió en favor suyo ante Al-Raschid, que se limitó entonces a conmutarle la pena de muerte por la de destierro de por vida.

En cuanto al libro mágico en que el califa había leído las cosas que le habían hecho reír y llorar, no se habló más de él. Porque Al-Raschid, con la alegría de volver a ver a su visir Giafar, no se acordó ya de las cosas pasadas. Y Giafar, que por su parte, no había logrado adivinar el contenido de aquel libro ni encontrar hombre capaz de adivinarlo, se guardó mucho de iniciar conversación a este respecto. Y por cierto que no hay ninguna utilidad en saber semejante cosa, ya que desde entonces vivieron todos con dicha, tranquilidad y amistad sin mácula, y gozando de todos los placeres de la vida hasta la llegada de la Destructora de alegrías y Constructora de tumbas, la que está mandada por el Dueño de los destinos, el Único Viviente, el Misericordioso para sus creyentes.

"Y esto es ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada— lo que nos han transmitido los narradores acerca de Ataf el Generoso, que habitaba en Damasco. Pero su historia no puede compararse de cerca ni de lejos con la que me reservo contarte, si mis palabras no han pesado en tu espíritu".

Y Schahriar contestó: "¿Qué dices, ¡oh Schehrazada!? Esa historia me ha instruido y me ha ilustrado y me ha hecho reflexionar. Y heme aquí dispuesto a escucharte como el primer día".

HISTORIA ESPLÉNDIDA DEL PRÍNCIPE DIAMANTE

A la condesa Jacques de Chabannes La Palite.

Y dijo Schehrazada:

Se cuenta en los libros de las gentes perfectas, sabios y poetas que abrieron el palacio de su inteligencia a los que van a tientas por la pobreza —¡loores múltiples y escogidos al que sobre la tierra ha dotado de excelencia a ciertos hombres, lo mismo que ha colocado en el firmamento el sol, tragaluz de la casa de Su gloria, y en el borde del cielo la aurora, antorcha de la sala nocturna de Su belleza; que ha vestido a los cielos con un manto de raso húmedo y a la tierra con un manto de verdor brillante; que ha adornado los jardines con sus árboles y los árboles con sus trajes verdes; que ha dado a los sedientos los manantiales de hermosas aguas, a los borrachos la sombra de las viñas, a las mujeres su hermosura, a la primavera las rosas, a las rosas la sonrisa, y para celebrar a las rosas, la garganta cantarina del ruiseñor; que ha puesto a la mujer ante los ojos del hombre, y el deseo en el corazón del hombre, joyel en medio de la piedra! — se cuenta, repito, que en un reino entre los grandes reinos había un rey magnífico, cada paso del cual era una felicidad, con esclavas que constituían la fortuna y la dicha, y el cual superaba a Khosroes-Anuschirwán en justicia y a Hatim-Tai en generosidad.

Y aquel rey de frente serena se llamaba Schams-Schah, y tenía un hijo de maneras exquisitas y de hechizos encantadores, semejante en belleza a la estrella Canopea cuando brilla sobre el mar.

Y aquel príncipe jovenzuelo, que se llamaba Diamante, fue un día en busca de su padre, y le dijo: "¡Oh padre mío! hoy está triste mi alma por vivir en la ciudad, y desea que vaya yo de caza y de paseo para recrearnos. Si no, el fastidio hará que me desgarre hasta abajo las vestiduras".

Cuando el rey Schams-Schah hubo oído estas palabras-de su hijo, se apresuró, movido del gran cariño que por él sentía, a dar las órdenes oportunas para la cacería y el paseo en cuestión. Y los montoneros y los halconeros prepararon los halcones, y los palafreneros ensillaron a los caballos de montaña. Y el príncipe Diamante se puso a la cabeza de una brillante tropa de jóvenes de complexión robusta, y se encaminó con ellos a los lugares en donde anhelaba cazar para disipar su hastío.

Y cabalgando entre el tumulto heroico, acabó por llegar al pie de una montaña que tocaba al cielo con su cima. Y al pie de la tal montaña había un árbol corpulento; y al pie de tal árbol corría un arroyo; y en el tal arroyo bebía un gamo, con la cabeza inclinada hacia el agua. Y Diamante, entusiasmado al ver aquello, mandó a sus gentes que detuvieran sus caballos y le dejaran ir solo a la busca y captura de aquella presa. Y con todo el ímpetu de su corcel, se lanzó sobre el hermoso animal salvaje...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 905ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y con todo el ímpetu de su corcel, se lanzó sobre el hermoso animal salvaje, el cual, comprendiendo que en aquel instante corría su vida gran peligro, dio un salto tremendo, y tras de desviarse rápidamente, se puso fuera del alcance con sus cuatro patas, devorando a su paso la distancia en la llanura. Y Diamante, abandonado a la embriaguez de la carrera, siguió al gamo por el desierto, alejándose de su séquito armado. Y continuó su persecución por arenas y piedras, hasta que al caballo, todo espumeante y sin aliento, le colgó seca la lengua en aquel desierto donde no aparecía huella ni olor de un hijo de Adán, y donde, por toda presencia no había más que la de lo Invisible.

A la sazón había llegado él frente a una colina arenosa que se interponía ante la vista y detrás de la cual había desaparecido el gamo. Y el desesperado Diamante subió a aquella colina, y llegado que fue a la otra vertiente, vio de pronto desarrollarse a sus miradas un espectáculo distinto. Porque, en lugar de la aridez inexorable del desierto, vivía allí una vida de verdor cierto oasis refrescante, entrecruzado de arroyos y adornado con macizos naturales de flores rojas y de flores blancas, comparables al crepúsculo vespertino y al crepúsculo matutino. Y Diamante sintió holgarse su alma y dilatarse su corazón, igual que si estuviese en el jardín de que Rizwán es el guardián alado.

Cuando el príncipe Diamante hubo contemplado la obra admirable de su Creador, y dado de beber por sí mismo a su caballo, en el hueco de la mano, el agua deliciosa del oasis, se levantó y dio expansión a sus miradas para juzgar las cosas al detalle. Y he aquí que vio un trono solitario al abrigo de un árbol añoso cuyas raíces debían llegar hasta las puertas interiores de la tierra. Y en aquel trono estaba sentado un viejo rey, con la cabeza coronada con la corona real y los pies desnudos, reflexionando. Y Diamante le abordó con la zalema, respetuoso. Y el viejo rey le devolvió su zalema, y le dijo: "¡Oh hijo de reyes! ¿a qué obedece el que hayas atravesado el desierto terrible en donde ni siquiera el pájaro puede agitar sus alas y donde la sangre de las alimañas feroces se torna hiel?" Y

Diamante le contó su aventura, y añadió: "Y tú, ¡oh venerable rey! ¿puedes decirme el motivo de tu estancia en este sitio rodeado de desolación? Porque tu historia debe ser una historia extraña". Y el viejo rey contestó: "¡Ciertamente, mi historia es extraña y prodigiosa! Pero lo es de tal modo, que más valdría que renunciaras a oírla relatar de mi boca. De no hacerlo así, constituirá para ti un motivo de lágrimas y calamidades". Pero el príncipe Diamante dijo: "Puedes hablar, ¡oh venerable! porque me he criado con leche de mi madre, y soy hijo de mi padre". E insistió mucho para decidirle a que le relatara lo que anhelaba oír.

Entonces el viejo rey, que estaba sentado en el trono debajo del árbol, dijo: "Escucha, pues, las palabras que van a salir de la cáscara de mi corazón. Recógelas y ponlas en la orla de tu traje". Y bajó la cabeza un instante, luego la levantó, y habló así:

"Has de saber ¡oh joven! que antes de mi llegada a este islote perdido en medio del desierto, yo reinaba en las tierras de Babil, en medio de mis riquezas, de mi corte, de mis ejércitos y de mi gloria. Y Alah el Altísimo (¡exaltado sea!) me había concedido una posteridad de siete hijos reales que bendecían a su creador y constituían la alegría de mi corazón. Y todo era paz y prosperidad en mi Imperio, cuando un día mi hijo mayor supo, por boca de un caravanero, que en las comarcas lejanas de Sinn y de Masinn había una princesa, hija del rey Qamús, hijo de Tammuz, la cual se llamaba Mohra, y no tenía par en el mundo; que la perfección de su belleza ennegrecía el rostro de la luna nueva, y que Josef y Zuleikha tenían, ante ella, la oreja horadada por la argolla de la esclavitud. En una palabra, que estaba modelada con arreglo a estos versos del poeta:

¡Es una belleza ladrona de corazones, espléndida por todos lados! ¡Los bucles de sus cabellos son el nardo del jardín de la excelencia, y su mejilla es la rosa lozana!

¡Sus labios tienen a la vez rubíes y azúcar cande!

¡Sus dientes son de una pureza asombrosa, y hasta en la cólera sonríen!

¡Es una belleza ladrona de corazones, espléndida por todos lados!

"Y el caravanero enteró también a mi hijo de que el tal rey Qamús no tenía otra hija que aquella bienaventurada. Y como retoño encantador de la hermosura había llegado a la primavera de su desarrollo, y las abejas empezaban a agruparse junto a su cuerpo florido, se hizo urgente, según la costumbre, reunir, para escoger esposo, a los príncipes de todas las comarcas, siempre que estuviesen en edad de merecer y de ser admitidos.

Pero se impuso por toda condición la de que los pretendientes respondieran a una pregunta que les haría la princesa, y que consistía sencillamente en estas palabras: "¿Qué clase de relaciones hay entre Piña y Ciprés?". Y esto era cuanto del pretendiente se reclamaba a modo de viudedad para la princesa, pero con la cláusula de que a aquel que no pudiera contestar satisfactoriamente a la pregunta se le cortaría la cabeza, clavándola en el pináculo del palacio.

Y he aquí que cuando mi hijo mayor supo estos detalles por boca del caravanero, se abrasó su corazón como carne a la parrilla; y fue a mí vertiendo llanto cual un chaparrón tempestuoso. Estaba decidido a arriesgar su vida. Y gimiendo me pidió permiso de partir, para irse a ver si obtenía a la princesa de los países de Sinn y de Massin. Y aunque yo estaba en extremo asustado de aquella empresa loca, por más que procuré remediar semejante situación, la medicina del aviso no dio resultado en la vehemencia del mar del amor. Y dije entonces a mi hijo: "¡Oh luz de mis ojos! si, a trueque de morir de tristeza, no puedes por menos de ir a las comarcas de Sinn y de Massin, donde reina el rey Qamús, hijo de Tammuz, padre de la princesa Mohra, yo te acompañaré, llevándote a la cabeza de mis ejércitos. Y si el rey Qamus consiente de buen grado en concederme a su hija para ti, todo irá bien; pero de no ser así, ¡por Alah! que haré derrumbarse sobre su cabeza los escombros de su palacio y aventaré su reino. Y de tal suerte la joven se tornará en cautiva tuya y propiedad tuya". Pero parece que mi hijo mayor no encontró de su gusto este proyecto, y me contestó: "No es digno de nosotros, ¡oh padre nuestro! tomar por fuerza lo que no se conceda por persuasión. Es preciso, pues, que vaya yo mismo a dar la respuesta exigida y a contestar a la hija del rey."

"Entonces comprendí mejor que nunca que ninguna criatura puede borrar lo escrito por el Destino, ni siquiera un carácter de las palabras que en el libro de los destinos traza el escriba alado. Y viendo que la cosa estaba así decretada en la suerte de mi hijo, le concedí, no sin muchos suspiros, el permiso de partir. Y acto seguido se despidió él de mí y se fue en busca de su destino.

Y llegó a las comarcas profundas donde reinaba el rey Qamús, y se presentó en el palacio donde residía la princesa Mohra, y no pudo contestar a la pregunta de que te he hablado, ¡oh extranjero! Y la princesa hizo que le cortaran la cabeza sin piedad, y la mandó clavar en el pináculo de su palacio. Y al tener noticia de ello, lloré todas mis lágrimas de desesperación. Y vestido con trajes de luto, permanecí enterrado con mi dolor durante cuarenta días. Y mis íntimos se cubrieron la cabeza con polvo. Y nos desgarramos la vestidura de la paciencia. Y los gritos de duelo hicieron retemblar todo el palacio con un ruido parecido al de la resurrección.

Entonces mi segundo hijo produjo en mi corazón con su propia mano la segunda herida penosa, tragando, como su hermano, la bebida de la muerte. Porque, como el mayor, quiso intentar la empresa. Igual ocurrió después a mis otros cinco hijos, que de la propia manera pusiéronse por turno en marcha hacia el camino de la defunción, y perecieron mártires del sentimiento del amor.

Y mordido incurablemente por el Destino negro, y abatido por un dolor sin esperanza, abandoné la realeza y mi país, y salí errante por el camino de la fatalidad. Y atravesé, como un sonámbulo, llanuras y desiertos. Y llegué, como ves, con la corona a la cabeza y los pies descalzos, al rincón en que estoy esperando la muerte sobre este trono". Cuando el príncipe Diamante oyó este relato del viejo rey. Quedó herido por la flecha del sentimiento torturador, y lanzó suspiros de amor que echaban chispas. Porque, como dice el poeta:

¡El amor se ha insinuado en mí sin que yo haya visto al objeto que lo infunde por el oído solamente!

¡E ignoro lo que ha pasado entre la amiga desconocida y mi corazón!

¡Y esto es lo referente al anciano rey de Babil, que estaba sentado sobre el trono en el oasis, y a su dolorosa historia!

En cuanto a los compañeros de cacería de Diamante, se inquietaron mucho por la desaparición del príncipe, y al cabo de cierto tiempo, a pesar de la orden que les había dado de no seguirle, se pusieron en busca suya, y acabaron por encontrarle cuando salía del oasis. Y llevaba él la cabeza inclinada tristemente sobre el pecho y el rostro atacado de palidez. Y le rodearon, cual las mariposas a la rosa, y le presentaron un caballo de repuesto, rápido en la carrera, un céfiro por la ligereza, pues marchaba más de prisa que la imaginación. Y Diamante confió su primer caballo a las gentes de su séquito, y montó en el que le presentaban, que tenía una silla dorada y unas bridas enriquecidas con perlas. Y llegaron todos sin contratiempo al palacio del rey Schams-Schah, padre de Diamante.

Y en lugar de encontrarse a su hijo con el rostro satisfecho y el corazón dilatado a consecuencia de aquel paseo y de aquella cacería, el rey le halló muy alterado de color y sumido en un océano de pena negra. Porque el amor le había penetrado hasta los huesos, le había tornado débil y sin energías, y al presente le consumía el corazón y el hígado...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 906ª NOCHE

Ella dijo:

Porque el amor le había penetrado hasta los huesos, le había tornado débil y sin energías, y al presente le consumía el corazón y el hígado. Y el rey, a fuerza de súplicas y de ruegos, acabó por decidir a su hijo a revelarle la causa de su doloroso estado. Y al descorrerse el velo de aquel camino oculto, el rey besó a su hijo y le estrechó contra su pecho y le dijo: "¡No te importe! refresca tus ojos y calma tu alma cara, pues voy a enviar embajadores míos al rey Qamús, hijo de Tammuz, que reina en las comarcas de Sinn y de Massin, con una carta de mi puño y letra, en que le pediré en matrimonio para ti a su hija Mohra. Y le mandaré, en camellos, fardos de trajes preciosos, joyas valiosas y presentes de todos los colores, dignos de reyes. Y si por desdicha para su vida, el padre de la princesa Mohra no accede a nuestra demanda y con ello se torna en motivo de humillación y de pena para nosotros, enviaré contra él ejércitos de devastación que harán hundirse en sangre su trono y arrojarán al viento su corona. ¡Y de tal suerte nos apoderaremos honorablemente de la bella Mohra la de maneras encantadoras! ".

Así habló, con su trono dorado, el rey Schams-Schah a su hijo Diamante ante los visires, los emires y los ulemas, que aprobaron con la cabeza las palabras reales.

Pero el príncipe Diamante contestó: "¡Oh asilo del mundo! eso no puede hacerse; antes bien, iré yo mismo y daré la respuesta exigida. Y sólo por mis méritos me llevaré a la princesa milagrosa".

Y al oír esta respuesta de su hijo, el rey Schams-Schah empezó a lanzar gemidos dolorosos, y dijo: "¡Oh alma de tu padre! hasta ahora he conservado por ti la claridad de mis ojos y la vida de mi cuerpo, porque tú eres el único consuelo de mi viejo corazón de rey y el único sostén de mi frente. ¿Cómo, pues, puedes abandonarme para correr en pos de una muerte sin remedio?" Y continuó hablando en estos términos para enternecer su corazón. Pero fue en vano. Y para no verle morir de pena reconcentrada ante sus ojos, se vio obligado a dejarle en libertad de partir.

Y el príncipe Diamante montó en un caballo hermoso como un animal feérico, y emprendió el camino que conducía al reino de Qamús. Y su padre y su madre y todos los suyos se retorcieron las manos de desesperación, y quedaron sumidos en el pozo sin fondo de su desolación.

Y el príncipe Diamante recorrió etapa tras etapa, y gracias a la seguridad que le fue escrita, acabó por llegar a la capital profunda del reino de Qamús. Y se encontró frente a un palacio más alto que una montaña. Y en los pináculos de aquel palacio había colgadas millares de cabezas de príncipes y de reyes, unas con su corona y otras desnudas y melenudas. Y en la plaza del meidán se habían armado tiendas de tisú de oro y de raso chino; con cortinas de muselina dorada.

Y cuando hubo contemplado todo aquello, el príncipe Diamante observó que en la puerta principal del palacio estaba colgado un tambor enriquecido de pedrerías, así como el palillo correspondiente. Y sobre el tambor aparecía escrito en letras de oro: "Todo aquel, de sangre real, que desee ver a la princesa Mohra, debe hacer sonar este tambor por medio de este palillo". Y Diamante, sin vacilar, se apeó de su caballo, y fue resueltamente a la puerta consabida. Y tomó el palillo enriquecido de pedrerías, y tocó el tambor con tanta fuerza, que el sonido que sacó de él hizo retemblar toda la ciudad.

Y al punto se presentaron los criados del palacio y condujeron al príncipe a presencia del rey Qamús. Y a la vista de su hermosura, el rey quedó seducido hasta el alma y quiso salvarle de la muerte.

Y entonces le dijo: "¡Ay de tu juventud, oh hijo mío! ¿Por qué quieres perder la vida, como todos los que no pudieron responder a la pregunta de mi hija? Renuncia a esa empresa, ten compasión de ti mismo, y serás mi chambelán. Porque nadie, a no ser Alah el Omnisciente, desentraña los misterios ni puede explicar las ideas fantásticas de una joven".

Y como el príncipe Diamante persistiera en su propósito, el rey Qamús aún le dijo: "Escucha, ¡oh hijo mío! Me duele mucho ver exponerse a esa muerte sin gloria a tan hermoso joven de las comarcas orientales. Por eso te ruego que, antes de afrontar la prueba fatal, reflexiones durante tres días y vuelvas luego a pedir la audiencia que ha de separar tu graciosa cabeza del reino de tu cuerpo". Y le hizo seña de que se retirara.

Y el príncipe Diamante se vio obligado a salir del palacio aquel día. Y para pasar el tiempo, se dedicó a andar por zocos y tiendas, y observó que las gentes de aquel país de Sinn y de Massin estaban llenas de tacto y de inteligencia. Pero se sintió atraído invenciblemente por la morada donde vivía aquella cuya influencia le había atraído desde el fondo de su país como el imán atrae a la aguja. Y llegó ante el jardín del palacio, y pensó que, si conseguía introducirse en aquel jardín, podría atisbar a la princesa y satisfacer su alma con la vista. Pero no sabía cómo arreglarse para entrar sin que le detuviesen los guardias en las puertas, cuando advirtió un canal que iba a desaguarse en el jardín por debajo de la muralla. Y se dijo que bien podría él entrar en el jardín con el agua. Así es que, tirándose de pronto al canal, entró sin dificultad en el jardín. Y se sentó un instante, en un paraje retirado, para que se le secasen al sol las vestiduras.

Entonces se levantó y empezó a pasearse a pasos lentos por entre los macizos. Y admiraba aquel jardín verdeante, bañado por el agua de los arroyos, donde la tierra estaba adornada como un rico en día de fiesta; donde la rosa blanca sonreía a su hermana la rosa roja; donde el lenguaje de los ruiseñores, enamorados de sus amantes, las rosas, era conmovedor como una hermosa música puesta a versos tiernos; donde se manifestaban múltiples bellezas sobre los lechos de flores de los parterres; donde las gotas de rocío, sobre el púrpura de las rosas, eran como las lágrimas de una joven honesta que ha recibido una ligera afrenta; donde los pájaros, ebrios de alegría, cantaban en el vergel todos los cánticos de su gaznate, mientras que, entre las ramas de los cipreses erguidos a orillas del agua, arrullaban las tórtolas, que tienen el cuello adornado con el collar de la obediencia; donde todo era tan perfectamente hermoso, en fin, que los jardines de Irem, en comparación con aquél, sólo hubieran sido un matorral de abrojos.

Y paseándose de aquel modo, con lentitud y precaución, el príncipe Diamante se encontró de pronto, a la vuelta de una avenida, frente a un estanque de mármol blanco, al borde del cual estaba extendido un tapiz de seda. Y en aquel tapiz estaba sentada perezosamente, como una pantera en reposo, una joven tan bella, que a su resplandor brillaba todo el jardín. Y tan penetrante era el aroma de los bucles de sus cabellos, que iba hasta el cielo a perfumar de ámbar el cerebro de las huríes.

Y el príncipe Diamante, a la vista de aquella bienaventurada a quien no podía dejar de mirar, como el hidrópico no puede dejar de beber agua del Eufrates, comprendió que semejante belleza no podía adjudicarse más que a Mohra, aquella por quien millares de almas se sacrificaban como las mariposas en la llama.

Y he aquí que, mientras permanecía él en el éxtasis y la contemplación, una joven del séquito de Mohra se acercó al sitio donde estaba escondido, y se dispuso a llenar con agua del arroyo una copa de oro que llevaba en la mano. Y de improviso la joven lanzó un grito de horror y dejó caer en el agua su copa de oro. Y corriendo temblorosa y con la mano en el corazón, se volvió al lado de sus compañeras. Y éstas la condujeron al punto a presencia de su señora Mohra para que explicase el motivo de su atolondramiento y la caída de la copa en el agua.

Y la joven, que tenía el nombre de Rama de Coral, cuando pudo reprimir un poco los latidos de su corazón, dijo a la princesa: "¡Oh corona de mi cabeza! ¡oh mi señora! estando yo inclinada sobre el arroyo, vi reflejarse en él de repente el rostro tierno de un joven tan hermoso, que no supe si pertenecía a un hijo de los genn o de los hombres. Y en mi emoción, dejé caer de mi mano al agua la copa de oro...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 907ª NOCHE

Ella dijo:

"...reflejarse en él de repente el rostro tierno de un joven tan hermoso, que no supe si pertenecía a un hijo de los genn o de los hombres. Y en mi emoción, dejé caer de mi mano al agua la copa de oro".

Al oír estas palabras de Rama de Coral, la princesa Mohra ordenó que, para comprobar la cosa, fuese enseguida otra de sus mujeres a mirar en el agua. Y al punto corrió al arroyo una segunda joven, y al ver reflejarse el rostro encantador, volvió corriendo, con el corazón abrasado y gimiendo de amor, a decir a su señora: "¡Oh nuestra señora Mohra! ¡no estoy segura, pero creo que esa imagen que se refleja en el agua es de un ángel o de un hijo de los genn! ¡O quizá sea que la propia luna ha bajado al arroyo!"

A estas palabras de su servidora, la princesa Mohra sintió chispear en su alma el tizón de la curiosidad; y en su corazón surgió el deseo de ver por sí misma. Y se irguió sobre sus pies encantadores, y orgullosa a la manera de los pavos reales, se dirigió al arroyo. Y vio la imagen de Diamante. Y se puso muy pálida, y se sintió presa del amor.

Y tambaleándose ya y sostenida por sus mujeres, hizo llamar a toda prisa a su nodriza y le dijo: "Ve ¡oh nodriza! y tráeme a ése cuyo rostro se refleja en el agua. ¡Porque si no lo haces, me muero!" Y la nodriza contestó con el oído y la obediencia, y se alejó, mirando a todos lados. Y al cabo de cierto tiempo fue a caer su mirada en el rincón donde estaba escondido el príncipe de cuerpo encantador, el joven de cara de sol, aquel de quien tenían envidia los astros. Y por su parte, al verse descubierto, el hermoso Diamante tuvo de pronto la idea de simular la locura para salvar su vida.

Así es que, cuando la nodriza, que acababa de coger al joven por la mano con todas las precauciones que se toman para tocar las alas de la mariposa, le hubo conducido ante su señora sin par, aquel joven de cara de sol, aquel príncipe de cuerpo encantador, se echó a reír como los insensatos, y empezó a decir: "¡Estoy hambriento y no tengo hambre!" Y a decir también: "¡La mosca se ha convertido en búfalo!" Y a decir también: "¡Una montaña de algodón se ha vuelto de arcilla por efecto del agua!" Y dijo igualmente, poniendo los ojos en blanco: "¡La cera se ha derretido bajo la acción de la nieve; el camello ha comido carbón; el ratón ha devorado al gato!" Y añadió: "¡Yo, y solamente yo, voy a comerme el mundo entero!" Y continuó soltando de tal suerte, sin perder aliento, una porción de palabras sin orden ni concierto y sin ton ni son, hasta que la princesa quedó convencida de su locura.

Entonces, cuando ella hubo admirado la hermosura de él detenidamente, se emocionó su corazón y se turbó su espíritu, y dijo, llena de pena, encarándose con sus servidoras: "¡Ay! ¡qué lástima!" Y tras de pronunciar estas palabras se agitó y se tambaleó como un pollo medio muerto. Porque por primera vez entraba en su seno el amor y producía los efectos habituales.

Al cabo de algún tiempo pudo arrancarse a la contemplación del joven, y dijo tristemente a sus mujeres: "Ya veis que este joven está loco, pues tiene el espíritu habitado por los genn. Y ya sabéis que los locos de Alah son santos muy grandes, y que es tan grave faltar al respeto a los santos como dudar de la misma existencia de Alah o del origen divino del Korán. Hay que dejarle, pues, aquí en toda libertad, a fin de que viva a su gusto y haga lo que quiera. Y no pretenda nadie contrariarle o negarle cualquier cosa que anhele o pida". Luego se encaró con el joven, a quien tomaba por un santón, y le dijo, besándole la mano con religioso respeto: "¡Oh santón venerado! haznos la merced de elegir por morada este jardín y el pabellón que ves en este jardín, donde tendrás cuanto te sea necesario". Y el joven santón, que era el propio Diamante con sus mismos ojos, contestó, abriendo mucho los párpados: "¡Necesario! ¡necesario! ¡necesario!" Y añadió: "¡Nada! ¡nada! ¡nada!"

Entonces le dejó la princesa, tras de inclinarse ante él por última vez, y se marchó edificada y desolada, seguida de sus acompañantas y de la vieja nodriza.

Y, en consecuencia, el joven santón vióse desde entonces rodeado de toda clase de miramientos y cuidados. Y el pabellón que se le cedió para vivienda fue ataviado por las más abnegadas entre las esclavas de Mohra, y desde por la mañana hasta por la noche lo llenaban bandejas cargadas de manjares de todas clases y confituras de todos los colores. Y la santidad del joven sirvió de general edificación al palacio. Y rivalizaban en ir a cuál más pronto a barrer el suelo hollado por él y a recoger los restos de su comida o las recortaduras de sus uñas o cualquier otra cosa semejante para guardarla como amuleto.

Un día entre los días, la joven que se llamaba Rama de Coral, y que era la favorita de la princesa Mohra, entró en el aposento del joven santón, que estaba solo, y se acercó a él, muy pálida y temblorosa de emoción, y abatió la cabeza ante sus plantas humildemente, y lanzando suspiros y gemidos le dijo: "¡Oh corona de mi cabeza! ¡oh dueño de las perfecciones! Alah el Altísimo, autor de la belleza que te distingue, hará más en favor tuyo por mediación mía, si accedes a ello. Mi corazón, que tiembla por ti, está entristecido y se derrite de amor como la cera, porque las flechas de tus miradas lo han atravesado y el dardo del amor lo ha penetrado. Dime, pues, por favor, quién eres y cómo has llegado a este jardín, con objeto de que, conociéndote mejor, pueda yo servirte más eficazmente". Pero Diamante, que temía algún ardid de la princesa Mohra, no se dejó conquistar por las frases suplicantes y las miradas apasionadas de la joven, y continuó expresándose como los que tienen realmente sometido el espíritu al poder de los genn. Y Rama de Coral, gemebunda y suspirante, continuó suplicando al joven y dando vueltas a su alrededor, cual la mariposa nocturna en torno de la llama. Y como él se abstenía siempre de responder concretamente, acabó ella por decirle: "¡Por Alah sobre ti y por el Profeta! ábreme los abanicos de tu corazón y aventa para acá tu secreto. Porque no cabe duda de que guardas un secreto. Y yo tengo un corazón que es un cofrecillo cuya llave se pierde cuando se cierra. ¡Date prisa, pues, en vista del amor por ti que hay ya en ese cofrecillo, a decirme con toda confianza lo que indudablemente tienes que decirme!"

Cuando el príncipe Diamante hubo oído estas palabras de la encantadora Rama de Coral, quedó convencido de que en sus palabras se hacía sentir el olor del amor, y por tanto, no había ningún inconveniente en explicar la situación a aquella encantadora joven. La miró, pues, un momento sin hablar, luego sonrió, y abriendo los abanicos de su corazón, le dijo: "¡Oh encantadora! si llegué hasta aquí después de haber sufrido mil penalidades y de exponerme a grandes peligros, fue únicamente con la esperanza de contestar a la pregunta de la princesa Mohra, que dice así: "¿Qué clase de relaciones hay entre Piña y Ciprés?" Por tanto, ¡oh compasiva! si sabes la verdadera respuesta que hay que dar a esta pregunta obscura, dímela, y la sensibilidad de mi corazón trabajará en favor tuyo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 908ª NOCHE

Ella dijo:

"...y la sensibilidad de mi corazón trabajará en favor tuyo". Y añadió: "¡No lo dudes!" Y Rama de Coral contestó: "¡Oh joven insigne! claro que no dudo de la sensibilidad del gamo de tu corazón; pero si quieres que te responda con respecto a la pregunta obscura, prométeme por la verdad de nuestra fe que me tomarás por esposa y en tu reino me pondrás a la cabeza de todas las damas del palacio de tu padre". Y el príncipe Diamante cogió la mano de la joven y la besó y la puso sobre su corazón, prometiéndole los desposorios y el rango que pedía.

Cuando la joven Rama de Coral tuvo esta promesa y esta seguridad del príncipe Diamante, se tambaleó de satisfacción y de contento, y le dijo: "¡Oh capital de mi vida! has de saber que debajo del lecho de marfil de la princesa Mohra está un negro sombrío. Y el tal negro ha venido a establecer allí su morada, ignorado por todos, excepto por la princesa, después de huir de su país, que es la ciudad de Wakak. Y precisamente ese negro calamitoso es quien ha incitado a nuestra princesa a formular pregunta tan obscura a los hijos de reyes. Por lo tanto, si quieres conocer la verdadera solución del problema es preciso que vayas a la ciudad de Wakak. Y de esta sola manera podrá descubrirse el secreto. ¡Y esto es cuanto sé acerca de la clase de relaciones que hay entre Piña y Ciprés! ¡Pero Alah es más sabio!"

Cuando el príncipe Diamante hubo oído estas palabras de boca de Rama de Coral, dijo para sí: "¡Oh corazón mío! conviene tener un poco de paciencia antes de que se haga para nosotros la claridad detrás de la cortina del misterio. Porque, por el pronto, ¡oh corazón mío! sin duda tendrás que experimentar en esta ciudad del negro, o sea en la ciudad de Wakak, muchas cosas enojosas que te pesarán". Luego se encaró con la joven, y le dijo: "¡Oh caritativa! en verdad que mientras no vaya a la ciudad de Wakak, que es la ciudad del negro, y no penetre el misterio de que se trata, me parecerá que me está prohibido el reposo. Pero si Alah me depara la seguridad y me hace obtener el resultado apetecido, cumpliré entonces tu deseo. Si no lo hago, consiento en no volver a levantar la cabeza hasta el día de la resurrección".

Y tras de hablar así, el príncipe Diamante se despidió de la suspirante, la gemebunda, la sollozante Rama de Coral, y con el corazón derretido, salió del jardín, sin ser visto, y se dirigió al khan en donde había dejado sus efectos de viaje, y montó en un caballo hermoso como un animal feérico, y salió al camino de Alah.

Pero como ignoraba hacia qué lado estaba situada la ciudad de Wakak, y el camino que había que tomar para llegar a ella, por dónde había de pasar para llegar a ella, empezó a girar la cabeza en busca de algún indicio que pudiera orientarle, cuando divisó a un derviche que iba en dirección suya, vestido con un traje verde y calzados los pies con babuchas de cuero amarillo limón, llevando un báculo en la mano, y semejante a Khizr el Guardián, de tan radiante como tenía el rostro y claro el espíritu ante las cosas. Y Diamante fue en busca de aquel derviche venerable, y le abordó con la zalema, apeándose del caballo. Y cuando le devolvió la zalema el derviche, le preguntó el príncipe: "¿Hacia qué lado ¡oh venerable! está situada la ciudad de Wakak, y a qué distancia se halla?" Y el derviche, tras de mirar atentamente al príncipe durante una hora de tiempo, le dijo: "¡Oh hijo de reyes! abstente de aventurarte en un camino sin salida y en una ruta espantosa. Renuncia a tan loco proyecto, y ocúpate en otra tarea, porque, aunque te pasaras toda la vida en busca de ese camino, no encontrarías ni vestigios de él. ¡Además, al querer ir a la ciudad de Wakak, entregas, al viento de la muerte, tu existencia y tu vida cara!" Pero el príncipe Diamante le dijo: "¡Oh respetable y venerado jeique! el asunto que me mueve es un asunto decisivo, y mi propósito es un propósito tan importante, que prefiero sacrificar mil vidas como la mía antes que renunciar a ello. Así, pues, si sabes algo referente a ese camino, sírveme de guía como Khizr el Guardián".

Cuando el derviche vio que Diamante en manera alguna desistía de su idea, no obstante los útiles consejos de todas clases que seguía dándole, le dijo: "¡Oh joven bendito! sabe que la ciudad de Wakak está situada en el centro de la montaña Kaf, allí donde los genn, los mareds y los efrits habitan por dentro y fuera. Y para llegar allá hay tres caminos: el de la derecha, el de la izquierda y el del medio; pero es preciso ir por el camino de la derecha, y no por el de la izquierda, como tampoco debe intentarse tomar el de en medio. Además, cuando hayas viajado un día y una noche, y aparezca la verdadera aurora, verás un minarete en el cual se encuentra una losa de mármol con una inscripción en caracteres kúficos. Hay que leer esa inscripción precisamente. ¡Y tendrás que ajustar tu conducta a esa lectura!"

Y el príncipe Diamante dio gracias al anciano y le besó la mano. Luego volvió a montar en su caballo y emprendió el camino de la derecha, que debía conducirle a la ciudad de Wakak.

Y anduvo por aquel camino un día y una noche, y llegó al pie del minarete que le indicó el derviche. Y vio que el minarete era tan grande como el firmamento cerúleo. Y estaba empotrada en él una losa de mármol grabada con caracteres kúficos. Y decían así los tales caracteres:

"Los tres caminos que tienes ante ti ¡oh caminante! Conducen todos al país de Wakak. Si tomas el de la izquierda, experimentarás gran número de vejaciones. Si tomas el de la derecha, te arrepentirás. Si tomas el de en medio, te ocurrirá algo espantoso".

Cuando hubo descifrado esta inscripción y comprendido todo su alcance, el príncipe Diamante cogió un puñado de tierra, y echándola por la abertura de su traje, dijo: "¡Que yo me vea reducido a polvo, pero que llegue a la meta!" Y se acomodó de nuevo en la silla, y sin vacilar, tomó por el más peligroso de los tres caminos, el de en medio. Y anduvo por él resueltamente un día y una noche. Y a la mañana, se ofreció a su vista un ancho espacio que estaba cubierto de árboles con ramas que llegaban hasta el cielo. Y los árboles estaban dispuestos en hilera para servir de límite y abrigo contra el viento salvaje a un jardín verdeante. Y la puerta de aquel jardín aparecía cerrada por un bloque de granito. Y para guardar aquella puerta y aquel jardín había un negro cuyo rostro daba un tinte sombrío a todo el jardín y a quien robaba sus tinieblas la noche sin luna. Y aquel producto de brea era gigantesco. Su labio superior se alzaba muy por encima de sus narices, que tenían forma de berenjena, y el labio de abajo le caía hasta el cuello. Llevaba al pecho una muela de molino que le servía de escudo; y una espada de hierro chino iba sujeta a su cinturón, que lo constituía una cadena de hierro tan gorda, que por cada uno de sus anillos hubiera podido pasar con toda facilidad un elefante de guerra.

Y en aquel momento, el tal negro estaba echado cuán largo era sobre pieles de animales, y de su ancha boca abierta salían ronquidos hijos del trueno.

Y el príncipe Diamante echó pie a tierra sin conmoverse, ató la brida de su caballo a la cabecera del negro, y retirando la puerta de granito, entró en el jardín.

Y el aire de aquel jardín era tan excelente, que las ramas de los árboles se balanceaban como personas ebrias. Y debajo de los árboles pacían gamos grandes que llevaban sujetos a sus cuernos adornos de oro guarnecidos de pedrerías, cubriéndoles los lomos un ropaje bordado y llevando atados al cuello pañuelos de brocado. Y todos aquellos gamos, con sus patas delanteras y sus patas traseras, con sus ojos y sus cejas, se pusieron a hacer señas expresivas a Diamante para que no entrase. Pero Diamante, sin tener en cuenta sus advertencias, y antes bien, pensando que aquellos gamos sólo agitaban así sus ojos, sus cejas y sus extremidades para manifestarle el gusto que tenían en recibirle, empezó a circular tranquilamente por las avenidas de aquel jardín.

Y paseándose de tal modo, acabó por llegar a un palacio al que no habría igualado el del Kessra o el de Kaissar. Y la puerta de aquel palacio estaba entreabierta como el ojo del amante. Y por la abertura de aquella puerta se mostraba una cabeza encantadora de jovenzuela, que era feérica y que habría hecho retorcerse de envidia a la luna nueva. Y aquella cabecita, cuyos ojos avergonzarían a los del narciso, miraba a un lado y a otro, sonriendo.

Pero, en cuanto advirtió a Diamante, quedó estupefacta a la vez que rendida a su hermosura. Y permaneció algunos instantes en aquel estado; luego le devolvió la zalema, y le dijo: "¿Quién eres, ¡oh joven lleno de audacia! que te permites penetrar en este jardín donde ni los pájaros se atreven a agitar sus alas?"

Así habló a Diamante la joven, que se llamaba Latifa y era bella hasta constituir el alboroto del tiempo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 909ª NOCHE

Ella dijo:

...Así habló a Diamante la joven, que se llamaba Latifa y era bella hasta constituir el alboroto del tiempo. Y Diamante se inclinó hasta besar la tierra entre sus manos, y tras de incorporarse luego, contestó: "¡Oh retoño del jardín de la perfección! ¡oh mi señora! ¡soy Fulano, hijo de Mengano, y he venido aquí para tal y cual cosa!" Y le contó su historia desde el principio hasta el fin, sin omitir un detalle. Pero no hay utilidad de repetirla.

Y Latifa, cuando oyó su historia, le cogió de la mano y le hizo sentarse al lado de ella en la alfombra tendida bajo la parra trepadora de la entrada. Luego, empleando palabras dulces, le dijo: "¡Oh ciprés ambulante del jardín de la belleza! ¡lástima de juventud la tuya!" Después dijo: "¡Qué malhadada idea tuviste! ¡qué proyecto tan difícil de ejecutar meditaste! ¡cuántos peligros corres!" Y aun dijo: "Hay que renunciar a eso, si en algo estimas tu alma cara. Y quédate aquí conmigo; a fin de que tu mano bendita acaricie el cuello de mi deseo. Porque la unión con una hermosa que tiene cara de hada, como yo, es más deseable que la busca de lo desconocido". Pero Diamante contestó: "Mientras no vaya a la ciudad de Wakak y no resuelva el problema que me trae, a saber: "¿Qué clase de relaciones hay entre Piña y Ciprés?", me están prohibidos los placeres y la dicha. Pero cuando haya ejecutado mi proyecto, ¡oh encantadora! pondré el collar de la unión al cuello de tu deseo, casándome contigo". Y Latifa suspiró, diciendo: "¡Oh corazón abandonado! Luego hizo seña de que se acercaran a unas escanciadoras con mejillas de rosa. E hizo llegar a unas jóvenes cuya contemplación asombraba al sol y a la luna, y cuyos cabellos ondulados hacían experimentar una torsión involuntaria a los corazones de los amantes. Y circularon las copas de bienvenida para festejar al huésped encantador con música y cánticos. Y las delicias de las mujeres, unidas a las de la armonía, seducían y arrebataban los corazones, fuesen abiertos o cerrados.

Pero, cuando se vaciaron las copas, el príncipe Diamante se irguió sobre ambos pies para despedirse de la jovenzuela. Y le dijo, después de formularle sus votos y darle las gracias: "¡Oh princesa el mundo! tengo que despedirme de ti ahora; porque ya sabes que el camino que he de recorrer es largo, y si permaneciese un momento más, el fuego de tu amor prendería llamas en las mieses de mi alma. Pero si Alah quiere; cuando logre mi propósito volveré a cortar aquí las rosas del deseo y a apagar la sed de mi sediento corazón".

Cuando la jovenzuela vio que el príncipe Diamante, por quien se abrasaba, persistía en su resolución de abandonarla, se irguió también sobre ambos pies, y cogió un báculo en forma de serpiente, sobre el cual murmuró algunas palabras en una lengua incomprensible. Y de improviso lo enarboló y con él golpeó en el hombro al príncipe de modo tan violento, que le hizo girar sobre sí mismo por tres veces y caer a tierra para perder al punto su figura humana. Y se convirtió en un gamo entre los gamos.

Y enseguida Latifa hizo que le pusiesen en los cuernos adornos semejantes a los que llevaban los otros gamos, y le ató al pescuezo un pañuelo de seda bordada, y le soltó por el jardín, gritándole: "¡Vete con tus semejantes, ya que no has querido a una hermosa con cara de hada!" Y Diamante el gamo echó a andar con sus cuatro patas, animal por la forma, pero semejante a los hijos de Adán en cualidades interiores y en las sensaciones.

Y caminando así con sus cuatro patas por las avenidas donde erraban los demás animales metamorfoseados, Diamante el gamo se dedicó a reflexionar profundamente acerca de su nueva situación y del modo de recobrar su libertad y evadirse de las manos de aquella hechicera. Y vagando de tal suerte, llegó a un rincón del jardín en que la tapia era mucho más baja que en ningún sitio. Y tras de elevar su alma hacia el dueño de los destinos, tomó impulso y franqueó la tapia de un salto. Pero no tardó en advertir que seguía encontrándose en el mismo jardín, exactamente igual que si no hubiese franqueado la tapia; y entonces se convenció de que continuaban los efectos del encanto. Por otra parte, saltó la tapia de la propia manera siete veces seguida; pero sin mejor resultado, pues siempre se encontraba en el mismo sitio. Entonces llegó a los límites extremos su perplejidad, y el sudor de la impaciencia transpiró en sus cascos. Y dedicóse a ir y venir a lo largo de la tapia, como haría un león encerrado, hasta que se encontró frente a una abertura en forma de ventana abierta en la tapia y que había permanecido invisible a sus miradas. Y se deslizó por aquella abertura, y tras de mil trabajos se encontró fuera del recinto del jardín aquella vez.

Y fue a parar a un segundo jardín que perfumaba el cerebro con su buen olor. Y se le apareció un palacio al final de las avenidas de aquel jardín. Y en una ventana de aquel palacio vio una joven y encantadora cara con tiernos colores de tulipán, cuyas pupilas habrían dado envidia a la gacela de China. Sus cabellos, color de ámbar, habían retenido todos los rayos del sol, y su tez era de jazmín persa. Y la joven mantenía erguida la cabeza, y sonreía en dirección a Diamante.

Cuando Diamante el gamo estuvo muy próximo a su ventana, ella se levantó a toda prisa y bajó al jardín. Y arrancó algunos puñados de hierba, y como para atraerle e impedirle que huyera al acercársele, le tendió la hierba desde lejos muy cariñosamente, chasqueando la lengua. Y Diamante el gamo, que no esperaba otra cosa que ver cómo salía de aquel segundo paso, se acercó a la joven, acudiendo como los animales hambrientos. Y al punto la joven, que se llamaba Gamila, y que era hermana de padre de Latifa, pero no de la misma madre, cogió el cordón de seda que llevaba al cuello el príncipe gamo y lo utilizó de ronzal para conducirle al interior del palacio. Y se apresuró a ofrecerle frutas y refrescos exquisitos. Y bebió él hasta que estuvo harto.

Y hecho lo cual, inclinó la cabeza y la apoyó en el hombro de la joven, y se echó a llorar. Y Gamila, muy conmovida al ver que de tal suerte fluían lágrimas de los ojos de aquel gamo, le acarició delicadamente con su dulce mano. Y al sentir que le compadecía, el gamo humilló su cabeza a los pies de la joven, y lloró aún más. Y ella dijo: "¡Oh gamo mío querido! ¿por qué lloras? ¡te quiero más que a mí misma!" Pero él redobló en su llanto y lagrimeo, y restregó su cabeza contra los pies de la dulce y compasiva Gamila, que a la sazón comprendió, sin género de duda, que le suplicaba le devolviese su figura humana.

Entonces, aunque tenía mucho miedo a su hermana mayor, la maga Latifa, se levantó ella y cogió de un agujero del muro una cajita enriquecida con pedrerías. Y acto seguido hizo las abluciones rituales, se puso siete trajes de lino recién planchados y tomó de la cajita un poco del electuario que contenía...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 910ª NOCHE

Ella dijo:

...Y acto seguido hizo las abluciones rituales, se puso siete trajes de lino recién planchados y tomó de la cajita un poco del electuario que contenía. Y dio de comer al gamo aquel electuario. Y en el mismo momento le tiró con fuerza del cordón mágico que le rodeaba el cuello. Y al punto el gamo dio una sacudida, y abandonando su forma de animal, recobró su apariencia de hijo de Adán.

Luego fue a besar la tierra entre las manos de la joven Gamila, y en acción de gracias, le dijo: "He aquí ¡oh princesa! que me has salvado de las garras de la desdicha y me has devuelto mi vida de ser humano. ¿Cómo podría, pues, mi lengua darte gracias con arreglo a tus méritos, cuando todos los pelos de mi cuerpo celebran con alabanzas tu benevolencia y tu generosidad, ¡oh bienhechora!?" Pero Gamila se apresuró a ayudarle a incorporarse, y después de ponerle vestiduras reales, le dijo: "¡Oh joven príncipe cuya blancura se manifiesta a través de tus vestidos y cuya belleza ilumina nuestra morada y este jardín! ¿quién eres y cuál es tu nombre? ¿Qué motivo nos hace el honor de tu venida y cómo has sido preso en las redes de mi hermana Latifa?"

Entonces el príncipe Diamante contó a su libertadora toda su historia. Y cuando hubo acabado de hablar él, le dijo ella: "¡Oh Diamante! renuncia, por favor, a la idea peligrosa y sin fruto que te asalta. y no expongas a los poderes desconocidos tu juventud encantadora y tu vida que tan preciosa es. Porque está fuera de toda sabiduría el exponerse a perecer sin motivo. Mejor será que te quedes aquí y llenes la copa de tu vida, con el vino de la voluptuosidad. ¡Porque aquí me tienes dispuesta a servirte conforme a tu deseo, y a poner tu bienestar por encima del mío, obedeciéndote como un niño a la voz de su madre!" Y Diamante contestó: "¡Oh princesa! el agradecimiento que hacia ti siento pesa tanto sobre las alas de mi alma, que sin tardanza debería hacer con mi piel sandalias y calzarlas en tus pequeños pies. Porque me has revestido con la vestidura de la forma humana, sacándome de mi piel de gamo y librándome de los artificios de la hechicería de tu hermana. Pero, hoy por hoy, si tu generosidad quiere llegar hasta mí, te suplico que me concedas sin tardanza licencia por algunos días, a fin de que consiga yo realizar mi deseo. Y cuando, merced a la seguridad que espero de Alah el Altísimo, regrese de la ciudad de Wakak, únicamente me ocuparé de darte gusto y de volver a ver tus pies mágicos. Y con ello no haré más que cumplir los deberes de un corazón que sabe el agradecimiento".

Cuando la joven vio que Diamante, a pesar de que ella seguía insistiendo para ablandarle, no accedía a lo que le proponía ella, y permanecía apegado a su idea desesperante, no pudo por menos de permitirle partir. Así es que, lanzando quejas, suspiros y gemidos, le dijo: "¡Oh ojos míos! ¡ya que nadie puede rehuir el destino que lleva atado al cuello, y puesto que tu destino es abandonarme a raíz de nuestro encuentro, quiero darte, para ayudarte en tu empresa, asegurar tu regreso y resguardar tu alma cara, tres cosas que me tocaron en herencia!" Y cogió un cajón que había en otro agujero del muro, lo abrió y sacó de él un arco de oro con sus flechas, una espada de acero chino y un puñal con el puño de jade, y se los entregó a Diamante, diciéndole: "Este arco y sus flechas han pertenecido al profeta Saleh (¡con él la plegaria y la paz!). Esta espada que es conocida bajo el nombre de Escorpión de Soleimán, es tan excelente que si se golpeara con ella una montaña la partiría como jabón. Y por último, este puñal, fabricado en otro tiempo por el sabio Tammuz, es inapreciable para quien lo posee, porque preserva de todo ataque la virtud oculta en su hoja". Luego añadió: "Sin embargo, ¡oh Diamante! no podrás llegar a la ciudad de Wakak, que está separada de nosotros por siete océanos, como no te ayude mi tío Al-Simurg. Por eso acerco mis labios a tu oído para que escuches bien las instrucciones que van a salir de ellos en tu honor". Y se calló un momento, y dijo: "Has de saber, en efecto, ¡oh amigo Diamante! que a una jornada de marcha de aquí hay una fuente; y muy cerca de esa fuente se encuentra el palacio de un rey negro llamado Tak-Tak. Y este palacio de Tak-Tak está guardado por cuarenta etíopes sanguinarios, cada uno de los cuales manda un ejército de cinco mil negros feroces. Pero el tal rey Tak-Tak, será benévolo contigo a causa de los objetos de que te hago entrega; e incluso se portará contigo muy amistosamente, aunque de ordinario acostumbra a mandar asar a los transeúntes del camino y a comérselos sin pan ni condimentos. Y permanecerás dos días en su compañía. Tras de lo cual hará que te acompañen al palacio de mi tío Al-Simurg, gracias al cual acaso puedas llegar a la ciudad de Wakak y resolver el problema de la clase de relaciones que hay entre Piña y Ciprés". Y como conclusión, dijo: "¡Sobre todo, oh Diamante, guárdate bien de desviarte ni en un pelo siquiera de lo que te digo!" Luego le besó, llorando, y le dijo: "Y ahora que a causa de tu ausencia mi vida se convierte en desdicha para mi corazón, hasta tu regreso no sonreiré más, no hablaré más y abriré sin cesar a mi espíritu la puerta de la tristeza. De mi corazón se elevarán suspiros constantemente, y ya no tendré noticias de mi cuerpo. Porque, sin fuerza y sin sostén interior, mi cuerpo no será en lo sucesivo más que el espejo de mi alma". Luego se puso a recitar estas estrofas:

¡No rechaces mi corazón lejos de esos ojos de quienes está enamorado el narciso!

¡Oh abstemio! ¡no se deben desoír las quejas de los beodos, sino conducirlos de nuevo a la taberna!

¡Mi corazón no podrá librarse del ejército de tu bozo; y como una rosa rota, la abertura de mi traje no podrá zurcirse!

¡Oh tiránica belleza! ¡oh hermoso, moreno y encantador! ¡mi corazón yace a tus pies de jazmín!

¡Mi corazón de muchacha sencilla, en la tierna edad de la adolescencia, yace a los pies del raptor de corazones!

Después la joven dijo adiós a Diamante, invocando sobre él las bendiciones y deseándole la seguridad. Y se apresuró a entrar de nuevo en el palacio para ocultar las lágrimas que le cubrían el rostro.

En cuanto a Diamante, se marchó, montado en su caballo hermoso como un hijo de los genn, y prosiguió su camino, etapa tras de etapa, preguntando por la ciudad de Wakak.

Y cabalgando de este modo acabó por llegar sin contratiempo a una fuente. Aquella era precisamente la fuente de que le había hablado la joven. Y allí era donde se alzaba el castillo fortificado del rey de los negros, el terrible Tak-Tak. Y Diamante vio que, en efecto, las cercanías del castillo estaban guardadas por etíopes de diez codos de altos, con caras espantosas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 911ª NOCHE

Ella dijo:

...el castillo fortificado del rey de los negros el terrible Tak-Tak. Y Diamante vio que, en efecto, las cercanías de aquel castillo estaban guardadas por etíopes de diez codos de alto, con caras espantosas. Y sin dejar que el temor invadiera su pecho, ató su caballo a un árbol que había junto a la fuente, y se sentó a la sombra para descansar. Y oyó que los negros decían entre sí: "Vaya, por fin, después de tanto tiempo, viene un ser humano a abastecernos de carne fresca. Apoderémonos de esa presa, a fin de que nuestro rey Tak-Tak se endulce con ella la boca y el paladar". Y acto seguido, diez o doce etíopes de los más feroces avanzaron hacia Diamante para apoderarse de él y presentárselo en el asador a su rey.

Cuando Diamante vio que su vida estaba realmente en peligro, sacó de su cinto la espada salomónica, y abalanzándose sobre sus agresores, expidió a gran número de ellos por la llanura de la muerte. Y cuando aquellos hijos del infierno llegaron a su destino, se enteró por correo de la noticia el rey Tak-Tak, quien, montando en roja cólera, envió al punto, para que se apoderase del audaz, al jefe de los negros, el embetunado Mak-Mak. Y el tal Mak-Mak, que era una calamidad reconocida, se puso a la cabeza del ejército de embetunados, cayendo como la irrupción de un enjambre de abejorros. Y de sus ojos salía la muerte negra, buscando víctimas.

Al ver aquello, el príncipe Diamante se irguió sobre ambos pies, y le esperó, firme de piernas. Y silbando como una víbora cornuda, y mugiendo con sus anchas narices, el calamitoso Mak-Mak fue derecho a Diamante, blandiendo su maza destructora de cabezas, y la hizo voltear de tal manera, que retembló el aire. Pero, en aquel mismo momento, el bienamado Diamante alargó su brazo armado con el puñal de Tammuz, y rápido como el relámpago, clavó la hoja en el costado del gigante etíope, e hizo beber de un trago la muerte a aquel hijo de mil cornudos. Y al punto se acercó el ángel de la muerte a aquel maldito, llevándoselo a su última morada.

En cuanto a los negros del séquito de Mak-Mak, cuando vieron a su jefe caer al suelo más ancho que largo, echaron a correr y volaron como los pajarillos ante el Padre de pico gordo. Y Diamante les persiguió, y mató a los que mató.

Cuando el rey Tak-Tak se enteró de la derrota de Mak-Mak, la cólera invadió sus narices tan violentamente, que ya no pudo él distinguir su mano derecha de su mano izquierda. Y su estupidez le incitó a ir a atacar por sí mismo al jinete de los precipicios y barrancos, corona de los jinetes, a Diamante. Pero, a la vista del héroe rugiente, el hijo negro de la impúdica de nariz gorda sintió aflojársele los músculos, revolverse el saco del estómago y pasar sobre su cabeza el viento de la muerte. Y Diamante, tomándole de blanco, y disparando sobre él una de las flechas del profeta Saleh (¡con él la plegaria y la paz!), le hizo tragar el polvo de sus talones, y de una vez envió a un alma a habitar los lugares fúnebres donde se ha aposentado la Alimentadora de buitres.

Tras de lo cual Diamante hizo papilla a los negros que rodeaban a su rey muerto, y abrió un camino recto a su caballo por entre sus cuerpos sin alma. Y de tal suerte llegó vencedor a la puerta del palacio en que había reinado Tak-Tak. Y llamó en la puerta como un amo que llamara en su propia morada. Y la que salió a abrirle era una reina a quien había quitado su trono y su herencia aquel Tak-Tak de mal agüero. Y era una joven semejante a la gacela asustada, y cuya faz era tan picante, que derramaba sal sobre la herida del corazón de los amantes. Y si no había ido más allá para salir al encuentro de Diamante, en verdad que era porque la pesadez de las caderas que colgaban de su talle frágil se lo habían impedido, y porque su trasero, adornado de diversos hoyuelos, era tan notable y bendito, que no podía ella moverlo a su antojo, pues le temblaba su propio impulso, como la leche cuajada en la escudilla del beduino y como la salsa de membrillo en medio de la bandeja perfumada con benjuí.

Y recibió a Diamante con efusiones propias de una cautiva para con su libertador. Y quiso hacerle sentar en el trono del rey difunto; pero Diamante se negó, y cogiéndole la mano, la invitó a subir por sí misma al trono que Tak-Tak arrebató a su padre. Y no le pidió nada a cambio de tantos beneficios. Entonces subyugada por su generosidad, ella le dijo: "¡Oh hermoso! ¿a qué religión perteneces para hacer así el bien sin esperanza de recompensa?" Y Diamante contestó: "¡Oh princesa! ¡mi fe es la fe del Islam, y su creencia es mi creencia!" Y ella le preguntó: "¿Y en qué consisten ¡oh mi señor! esa fe y esa creencia?" Él contestó: "Consisten sencillamente en atestiguar la Unidad con la profesión de fe que nos ha sido revelada por nuestro Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!)" Y ella preguntó: "¿Y puedes hacerme la merced de revelarme a tu vez esa profesión de fe que torna tan perfectos a los hombres?" Él dijo: Consiste en estas únicas palabras: "No hay más Dios que Alah, y Mahomed es el enviado de Alah!" Y quienquiera que la pronuncie con convicción, en aquella hora y en aquel instante queda ennoblecido con el Islam. ¡Y aunque sea el último de los descreídos, al punto se torna en igual del más noble de los musulmanes!" Y cuando hubo oído estas palabras, la princesa Aziza sintió que su corazón se conmovía con la verdadera fe; y levantó la mano espontáneamente, y llevando el índice a la altura de sus ojos, pronunció la schehada, y al punto se ennobleció con el Islam...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 912ª NOCHE

Ella dijo:

...levantó la mano espontáneamente, y llevando el índice a la altura de sus ojos, pronunció la schehada, y al punto se ennobleció con el Islam. Tras de lo cual dijo a Diamante: "¡Oh mi señor! ahora que me has hecho reina y que me veo iluminada en la vida de la rectitud, heme aquí entre tus manos dispuesta a servirte con mis ojos y a ser una esclava entre las esclavas de tu harén. ¿Quieres, pues, haciéndome favor con ello, aceptar por esposa a la reina de este país y vivir con ella en donde te plazca, llevándola de séquito en la aureola de tu belleza?" Y Diamante contestó: "¡Oh mi señora! tan querida eres para mí como mi propia vida; pero en este momento me requiere un asunto muy importante, por el cual abandoné padre, morada, reino y país. Y hasta puede que mi padre, el rey Schams-Schah, a la hora de ahora me llore como muerto o peor todavía. Y no obstante, es preciso que yo vaya adonde me espera mi destino, a la ciudad de Wakak. Y a mi vuelta, ¡inschalah! me casaré contigo, y te llevaré a mi país, y me refocilaré con tu belleza. Pero, por el momento, deseo saber de ti, si lo sabes, dónde se halla Al-Simurg, tío de la princesa Latifa. Porque sólo ese Al-Simurg podrá guiarme a la ciudad de Wakak. Pero ignoro su morada, no sé siquiera quién es, ni si es un genio o un ser humano. Así, pues, si tienes algunas referencias del tío de Gamila, el precioso Al-Simurg, date prisa a participármelas, a fin de que vaya yo en busca suya. Y eso es cuanto te pido por el momento, ya que deseas serme agradable".

Cuando la reina Aziza enteróse del proyecto de Diamante, se apenó en el corazón y se afligió en extremo. Pero al ver que ni sus lágrimas ni sus suspiros podían disuadir de su resolución al joven príncipe, se levantó de su trono, y cogiéndole de la mano, le condujo en silencio por las galerías del palacio y salió con él al jardín.

Y era un jardín semejante a aquel de quien Rizwán es el guardián alado. Un seto de rosas formaban las avenidas, y el céfiro, que pasaba por encima de aquellas rosas y parecía aventar almizcle, perfumaba el olfato y embalsamaba el cerebro. Allí entreabríase el tulipán embriagado con su propia sangre, y el ciprés se agitaba con todos sus susurros para alabar a su manera el canto cadencioso del ruiseñor. Allí corrían los arroyos como niños risueños, al pie de las rosas, que hacían rimar con ellos sus capullos.

Y arrastrando tras ella sus pesados esplendores, a despecho de su talle frágil, que sucumbía bajo tan considerable carga, la princesa Aziza llegó de tal modo con Diamante al pie de un árbol corpulento cuya generosa sombra protegía en aquel momento el sueño de un gigante. Y aproximó sus labios al oído de Diamante, y le dijo en voz baja: "Ese que ves aquí acostado es precisamente el que buscas, el tío de Gamila, Al-Simurg el Volador. Si, cuando salga él de su sueño, quiere tu suerte que abra el ojo derecho antes que el ojo izquierdo, es que le satisface verte, y comprendiendo por tus armas que te envía la hija de su hermano, hará por ti lo que le pidas. Pero si, por tu mala suerte y tu irremediable destino, es su ojo izquierdo el que primero se abra a la luz, estás perdido sin remedio; porque se apoderará de ti, a pesar de tu valentía, y alzándote del suelo con la fuerza de su brazo, te tendrá suspendido como el pajarillo en las garras del halcón, ¡y te estrellará contra el suelo, pulverizando tus huesos encantadores, ¡oh querido mío! y haciendo entrar en su anchura la longitud de tu cuerpo deseable!" Luego añadió: "¡Y ahora, que Alah te guarde y te conserve y te acelere tu regreso al lado de una enamorada a quien ya asaltan los sollozos por tu ausencia!"

Y le dejó para alejarse a toda prisa con los ojos llenos de lágrimas y las mejillas semejantes a flores de granado.

Y Diamante esperó, durante una hora de tiempo, a que el gigante Al-Simurg el Volador saliese de su ensueño. Y pensaba para su ánima: "¿Por qué se llamará el Volador este gigante? ¿Y cómo, siendo tan gigantesco, puede elevarse sin alas por el aire y moverse de otra manera que un elefante?" Luego, perdiendo la paciencia al ver que Al-Simurg continuaba roncando debajo del árbol con un ruido semejante precisamente al que produciría un rebaño de elefantes pequeños, se inclinó y le hizo cosquillas en la planta de los pies. Y con aquel contacto, el gigante se convulsionó de pronto y batió el aire con sus piernas, lanzando un cuesco espantoso. Y en el mismo momento abrió ambos ojos a la vez...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 913ª NOCHE

Ella dijo:

...se convulsionó de pronto y batió el aire con sus piernas, lanzando un cuesco. Y en el mismo momento abrió ambos ojos a la vez. Y vio al joven príncipe y comprendió que era el autor de la trastada hecha en su pie cosquilleado. Así es que, alzando la pierna, le soltó en pleno rostro una pedorrera que duró una hora de tiempo y que envenenaría a todos los seres animados en cuatro parasangas a la redonda. Y sólo gracias a la virtud que tenían las armas de que era portador, pudo Diamante escapar de aquel soplo infernal.

Y cuando el gigante Al-Simurg hubo agotado su provisión, se sentó sobre su trasero, y mirando al joven con estupefacción, le dijo: "¡Cómo! ¿Es que no te has muerto del efecto que produce mi trasero, ¡oh ser humano!?" Y así diciendo, le miró atentamente, y vio las armas de que era portador el joven. Entonces se irguió sobre ambos pies y se inclinó ante Diamante, y le dijo: "¡Oh mi señor! ¡dispensa mi comportamiento! Pero si hubieras hecho que algún esclavo me avisara de tu llegada, habría yo cubierto con mis propios pelos el suelo que tenías que pisar. Espero, pues, que no me guardarás rencor en tu corazón por lo que de mi parte ha sido involuntario y sin intención maligna. Así, pues, hazme el favor de decirme qué asunto tan importante es el que te ha impulsado a venir hasta este lugar, adonde no pueden llegar ni seres humanos ni animales. Apresúrate ya a explicármelo, a fin de que yo obre en favor tuyo, si es posible, y lleve a buen término tu empresa".

Y tras de manifestar a Al-Simurg su simpatía, Diamante le contó toda su historia, sin omitir un detalle. Luego le dijo: "Y he venido hasta ti ¡oh Padre de los Voladores! sólo para tener tu ayuda y llegar hasta la ciudad de Wakak, surcando los océanos infranqueables".

Cuando Al-Simurg hubo oído el relato de Diamante, se llevó la mano al corazón, a los labios y a la frente, y contestó: "Por encima de mi cabeza y de mis ojos". Luego añadió: "Vamos a partir sin tardanza para la ciudad de Wakak; pero antes he de preparar mis provisiones de boca. Para lo cual, voy a cazar asnos salvajes de los que pueblan la selva, y me apoderaré de algunos para hacer kababs con su carne y odres con su pellejo. Y cuando ambos estemos provistos de cosas tan necesarias, tú te montarás a caballo en mis hombros, y echaré a volar contigo. Y así te pasaré por los siete océanos. Y cuando yo esté debilitado por la fatiga, me darás kababs y agua, hasta que lleguemos a la ciudad de Wakak".

Y de acuerdo con su discurso, al punto púsose a cazar, y cogió siete asnos salvajes, uno para la travesía de cada océano, e hizo los kababs y los odres consabidos. Luego volvió al lado de Diamante y le hizo montar en sus hombros tras de llenar con los kababs de los asnos salvajes unas alforjas que se había pasado al cuello, tras de cargarse los siete odres llenos de agua de manantial.

Cuando Diamante se vio montado de tal modo a hombros del gigante Al-Simurg, dijo para sí: "¡Este gigante, que es mayor que un elefante, pretende volar conmigo sin alas por los aires! ¡Por Alah, que es cosa prodigiosa y de la que no oí hablar nunca!" Y mientras reflexionaba de este modo, oyó de pronto un ruido como el que produce el viento al pasar por el intersticio de una puerta, y vio que el vientre del gigante se inflaba a ojos vistas y alcanzaba enseguida las dimensiones de una cúpula. Y aquel ruido de viento a la sazón se hizo semejante al de un fuelle de herrero, a medida que se inflaba el vientre del gigante. Y de pronto Al-Simurg golpeó el suelo con el pie, y en un instante se remontó con su carga por encima del jardín. Luego continuó subiendo por el cielo, haciendo maniobrar sus piernas como un sapo en el agua. Y llegado que fue a una altura conveniente, tomó en línea recta hacia Occidente. Y cuando, a pesar suyo, sentía que no iba bien y estaba a más altura de la que deseaba, soltaba uno o dos o tres o cuatro cuescos de fuerza y duración variadas. Y cuando, por el contrario, a consecuencia de esta pérdida, se le desinflaba el vientre, aspiraba aire con todas sus aberturas superiores, o sea boca, nariz y oídos. Y al punto se remontaba por el cielo cerúleo, y seguía en línea recta con la rapidez del ave.

Y viajaron de tal suerte como pájaros, cerniéndose por encima de las aguas, y franqueando uno tras otro los océanos. Y cada vez que surcaban uno de los siete mares, bajaban a descansar un momento en tierra firme para comer kababs de asno salvaje y beber agua de los odres. Al propio tiempo, el gigante renovaba su provisión de fuerzas volátiles, acostándose unas horas para reponerse de las fatigas del viaje...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 914ª NOCHE

Ella dijo:

"...Al propio tiempo, el gigante renovaba su provisión de fuerzas volátiles, acostándose unas horas para reponerse de las fatigas del viaje. Y al cabo de siete días de travesía aérea, llegaron una mañana encima de una ciudad toda blanca que dormía en medio de sus jardines. Y el Volador dijo a Diamante: "En lo sucesivo serás un hijo para mí, y no me arrepiento de las fatigas que he soportado para traerte hasta aquí. Ahora voy a dejarte en la terraza más alta de esta ciudad, que es precisamente la ciudad de Wakak, y en la que sin duda hallarás la solución del problema que buscas y dice así: "¿Qué clase de relaciones hay entre Piña y Ciprés?" Sí, ésta es la ciudad del negro sombrío que se encuentra debajo del lecho de marfil de la princesa Mohra. Y aquí es donde podrás saber por qué ese negro es el padre de todo este asunto tan complicado". Y tras de hablar así descendió, desinflándose poco a poco, y depositó dulcemente y sin sacudidas al príncipe Diamante en la terraza consabida. Y al despedirse de él, le entregó un mechón de pelos de su barba diciéndole: "Guarda cuidadosamente estos pelos de mi barba y no te separes de ellos nunca. Y cuando estés apurado y tengas necesidad de mí para que te saque del apuro o para que te lleve al sitio donde te encontré, no tendrás más que quemar uno de estos pelos, y me verás sin tardanza ante ti". Y acto seguido volvió a inflarse y se remontó por los aires, bogando con soltura y rapidez en pos de su morada.

Y Diamante, sentado en aquella terraza, se puso a reflexionar en lo que tenía que hacer. Y se preguntaba cómo se arreglaría para bajar de aquella terraza sin ser notado por las gentes que habitaban la casa, cuando vio salir de la escalera y avanzar hacia él un joven de una belleza sin par y que era precisamente el dueño de aquella morada. Y el joven le abordó con la zalema, sonriéndole, y le deseó la bienvenida, diciendo: "¡Qué mañana tan luminosa la que trae para mí tu llegada a mi terraza, ¡oh el más hermoso de los humanos! ¿Eres un ángel, un genni o un ser humano?" Y Diamante contestó: "¡Oh caro jovenzuelo! soy un ser humano encantado de inaugurar este día con tu contemplación deliciosa. Y me hallo aquí porque me ha conducido mi destino. Y esto es cuanto puedo decirte acerca de mi presencia en tu morada bendita". Y tras de hablar así estrechó al jovenzuelo contra su pecho. Y se juraron ambos amistad. Y bajaron juntos a la sala de los amigos, y comieron y bebieron en compañía. ¡Loores al que une a dos seres hermosos y allana en su camino las dificultades y simplifica las complicaciones!

Cuando estuvo consolidada la amistad entre Diamante y el jovenzuelo, que se llamaba Farah, y era precisamente el favorito del sultán de la ciudad de Wakak, Diamante le dijo: "¡Oh amigo mío Farah!, ya que eres tan querido del sultán y compañero íntimo suyo, en vista de lo cual no podrá permanecer oculto para ti ningún asunto de este reino, ¿puedes hacerme, en nombre de la amistad, un servicio que no te ocasionará ningún gasto?" Y contestó el joven Farah: "Por encima de mi cabeza y de mis ojos, ¡oh amigo mío Diamante! Habla, y si es preciso que venda mi piel para hacerte sandalias con ella, me someteré con alegría y contento". Y entonces le dijo Diamante: "¿Puedes decirme sencillamente qué clase de relaciones hay entre Piña y Ciprés? ¿Y puedes explicarme también por qué el negro sombrío está echado debajo del lecho de marfil de la princesa Mohra, hija del rey Tammuz ben Qamús, señor de las comarcas de Sinn y de Masinn?"

Al oír esta pregunta de Diamante, al joven Farah se le demudó mucho el semblante y se le puso muy amarilla la tez y turbada la mirada. Y empezó a temblar como si estuviese delante del ángel Asrail. Y al verle en aquel estado, Diamante le prodigó las más dulces palabras para calmar su alma y lavarla del susto. Y el joven Farah acabó por decirle: "¡Oh Diamante! sabe que el rey ha ordenado se haga morir a todo habitante o a todo viajero que pronuncie el nombre de Ciprés o de Piña. Porque Ciprés es precisamente el nombre de nuestro rey y Piña es el de nuestra reina. Y he aquí todo lo que se acerca de tan temible cuestión.

En cuanto a la clase de relaciones que haya entre el rey Ciprés y la reina Piña, las ignoro, de la propia manera que mi lengua no puede decir nada respecto a lo que tenga que ver en tan peligroso asunto el negro consabido. Todo lo que puedo decirte para darte gusto ¡oh Diamante!, es que nadie más que el propio rey Ciprés conoce este secreto oculto. Y me ofrezco a conducirte a palacio y a ponerte en presencia del rey. Y no dejarás de entrar en su gracia, y acaso puedas desanudar directamente entonces tan difícil nudo".

Y Diamante dio las gracias a su amigo por aquella intervención, y convino con él respecto al día en que harían aquella visita al rey Ciprés. Y cuando llegó el momento esperado, fueron juntos a palacio; e iban cogidos de la mano, y parecían dos ángeles. Y el rey Ciprés se dilató y se holgó al ver entrar a Diamante. Y después de admirarle una hora de tiempo, le ordenó que se acercara. Y Diamante avanzó entre las manos del rey, y tras de los homenajes y deseos, le ofreció como presente una perla roja que llevaba colgada de un rosario de ámbar amarillo, tan preciosa, que no se hubiera podido pagar su valor con todo el reino de Wakak, y los reyes más poderosos no hubieran podido procurarse otra igual. Y Ciprés quedó muy contento, y aceptó el regalo, diciendo: "Lo admito de corazón". Luego añadió: "¡Oh jovenzuelo circundado de gracia! en justa correspondencia, puedes pedirme cualquier favor, que de antemano te está concedido". Y no bien oyó estas palabras que esperaba, contestó Diamante: "¡Oh rey del tiempo! ¡Alah me libre de pedir otro favor que el de ser tu esclavo! ¡Sin embargo, si quieres permitírmelo y consientes en dejar a salvo mi vida, te diré lo que llevo en el corazón!" Y añadió...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 915ª NOCHE

Ella dijo:

"...te diré lo que llevo en el corazón!" Y añadió: "¡Oh mi señor! bien dichosos son los sordos y los ciegos por no estar expuestos a las calamidades, las cuales nos entran por los ojos y por los oídos. ¡Porque en mi caso fueron mis oídos los que atrajeron sobre mí la mala suerte! Porque ¡oh asilo del mundo! desde el día nefasto en que oí mencionar delante de mí lo que voy a contarte, ya no he tenido reposo ni sueño" Y le contó toda su historia con los menores detalles. Y no hay utilidad en repetirla. Luego añadió: "Y ahora que el Destino me ha gratificado con la vista de tu presencia luminosa, ¡oh rey del tiempo! y que quieres concederme, como favor insigne, la merced que me permites solicitarte, te pediré sencillamente que me digas exactamente qué clase de relaciones hay entre nuestro señor rey Ciprés y nuestra señora la reina Piña, y que me digas también qué tiene que ver en el asunto el negro sombrío que a la hora de ahora está tendido debajo del lecho de marfil de la princesa Mohra, hija del rey Tammuz ben Qamús, soberano de las comarcas de Sinn y de Massin".

Así habló Diamante al rey Ciprés, señor de la ciudad de Wakak. Y a medida que hablaba Diamante, el rey Ciprés cambiaba sensiblemente de color y de intenciones. Y cuando Diamante acabó su discurso Ciprés se había puesto como una llama; y en sus ojos ardía un incendio. Y en su pecho le roncaba el hervidero interior, de todo punto semejante al furor de la caldera en el brasero. Y permaneció un momento sin poder emitir sonidos. Y de improviso estalló, diciendo: "Mal hayas, ¡oh extranjero! ¡Por vida de mi cabeza, que si no fueras sagrado para mí después del juramento que hice de dejar a salvo tu vida, en este mismo instante te separaría del cuerpo la cabeza!" Y Diamante dijo: "¡Oh rey del tiempo! ¡perdona a tu esclavo su indiscreción! Pero la he cometido porque me lo permitiste. Y ahora, por mucho que digas, no puedes menos de ceder a mi demanda, después de tu promesa. Porque me has ordenado que formule un deseo entre tus manos, y lo único que me interesa es precisamente la cosa que sabes".

Y el rey Ciprés, al oír este discurso de Diamante, llegó al límite de la perplejidad y de la desesperación. Y tan pronto se inclinaba su alma a desear la muerte de Diamante como a mantener sus propios compromisos. Pero el primer deseo era mucho más violento. Sin embargo, consiguió dominarse temporalmente, y dijo a Diamante: "¡Oh hijo del rey Schams-Schah! ¿por qué quieres obligarme a echar inútilmente por el aire tu vida? ¿No te valdrá más que renuncies a la idea peligrosa que te preocupa, y que me pidas otra cosa en cambio, aunque sea la mitad de mi reino?" Pero Diamante insistió, diciendo: "Mi alma no anhela nada más, ¡oh rey Ciprés!" Entonces le dijo el rey: "No hay inconveniente en complacerte. ¡No obstante, ten presente que, cuando te haya revelado lo que quieres saber, haré que sin remisión te corten la cabeza!" Y Diamante dijo: "Por encima de mi cabeza y de mis ojos, ¡oh rey del tiempo! ¡Cuando me haya enterado de la solución que anhelo, o sea de la clase de relaciones que hay entre nuestro señor el rey Ciprés y nuestra señora la reina Piña, y qué tiene que ver el negro con la princesa Mohra, haré mis abluciones y moriré con la cabeza cortada!"

Entonces el rey Ciprés se mostró muy pesaroso, no solamente porque se veía obligado a revelar un secreto que estimaba más que su alma, sino a causa de la muerte segura de Diamante. Permaneció, pues, con la cabeza baja y la nariz alargada durante una hora de tiempo. Tras de lo cual hizo evacuar la sala del trono por los guardias, a los cuales dio, por señas, algunas órdenes. Y salieron los guardias, y volvieron al cabo de un momento, llevando atado con una correa de cuero rojo enriquecida de pedrerías a un hermoso perro lebrel de la especie de los lebreles de color castaño claro. Y luego extendieron ceremoniosamente un gran tapiz de brocado de forma cuadrada. Y el lebrel fue a sentarse en una esquina del tapiz, tras de lo cual entraron en la sala algunas esclavas, en medio de las cuales iba una maravillosa joven de cuerpo delicado, con las manos atadas a la espalda, bajo la mirada vigilante de doce etíopes sanguinarios. Y las esclavas hicieron sentarse a aquella joven en la esquina opuesta del tapiz, y pusieron delante de ella una bandeja con la cabeza de un negro. Y aquella cabeza estaba conservada en sal y hierbas aromáticas y parecía recién cortada. Después el rey hizo una nueva seña. Y al punto entró el cocinero mayor de palacio, seguido de portadores de toda clase de manjares agradables a la vista y al gusto; y colocó todos aquellos manjares en un mantel delante del perro lebrel. Y cuando el animal comió y se sació, colocaron las sobras en un plato sucio, de mala calidad, delante de la hermosa joven que tenía atadas las manos. Y ella se puso primero a llorar y luego a sonreír, y las lágrimas que caían de sus ojos se convertían en perlas, y las sonrisas de sus labios en rosas. Y los etíopes recogieron delicadamente las perlas y las rosas y se las dieron al rey.

Tras de lo cual el rey Ciprés dijo a Diamante: "¡Ha llegado el momento de tu muerte con el alfanje o con la cuerda!" Pero Diamante dijo: "Sí, ciertamente, ¡oh rey! pero no antes de que me expliques lo que acabo de ver. ¡Cuando lo hagas, moriré!"

Entonces el rey Ciprés recogió la orla de su traje real sobre su pie izquierdo, y apoyando la barba en la palma de su mano derecha, habló así:

"Has de saber, pues, ¡oh hijo del rey Schams-Schah! que la joven que estás viendo con las manos atadas a la espalda, y cuyas lágrimas y sonrisa son perlas y rosas, se llama Piña. Es mi esposa. Y yo, el rey Ciprés, soy señor de este país y de esta ciudad, que es la ciudad de Wakak...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 916ª NOCHE

Ella dijo:

"...Has de saber, pues, ¡oh hijo del rey Schams-Schah! que la joven que estás viendo con las manos atadas a la espalda, y cuyas lágrimas y sonrisas son perlas y rosas, se llama Piña. Es mi esposa. Y yo, el rey Ciprés, soy señor de este país y de esta ciudad, que es la ciudad de Wakak.

Un día entre los días de Alah, salí de mi ciudad para cazar, cuando he aquí que en la llanura me asaltó una sed ardiente. Y como una persona perdida en el desierto, iba yo de un lado a otro en busca de agua. Y tras de muchas penalidades y mucha ansiedad, acabé por descubrir una tenebrosa cisterna abierta por los pueblos antiguos. Y di gracias al Altísimo por aquel descubrimiento, aunque ya no tenía fuerzas ni para moverme. Sin embargo, cuando invoqué el nombre de Alah, conseguí tocar los bordes de aquella cisterna, a la que era difícil acercarse a causa de los desprendimientos de tierra y de las ruinas que la circundaban. Luego, sirviéndome de mi gorro como un cubo, y de mi turbante añadido a mi cinturón como de una cuerda, solté todo en la cisterna. Y ya se me refrescaba el corazón sólo con oír el ruido del agua contra mi gorro. Pero ¡ay! cuando quise tirar de la cuerda improvisada, no puede sacar nada. Porque mi gorro se había vuelto tan pesado como si contuviese todas las calamidades. Y me costó un trabajo infinito tratar de moverlo, sin conseguirlo. Y en el límite de la desesperación, y sin poder soportar la sed que me abrasaba, exclamé: "¡No hay recurso ni fuerza más que en Alah! ¡Oh seres que habéis establecido vuestra residencia en esta cisterna! seáis genn o seres humanos, tened compasión de un pobre de Alah a quien hace agonizar la sed, y dejadme que saque el cubo. ¡Oh habitantes ilustres de este pozo! me falta el aliento y se me detiene en la boca la respiración".

Y me puse a proclamar de tal suerte mi tormento y a gemir mucho, hasta que al fin llegó desde el pozo a mi oído una voz que dejó oír estas palabras: "Más vale la vida que la muerte. ¡Oh servidor de Alah! si nos sacas de este pozo, te recompensaremos. ¡Más vale la vida que la muerte!"

Entonces, olvidando por un instante mi sed, hice acopio de las energías que me quedaban, y sacando fuerzas de flaqueza, por fin logré extraer del pozo mi cubo con su carga. Y vi, agarradas con los dedos a mi gorro, dos viejísimas mujeres ciegas, con la espalda curvada como un arco, y tan delgadas, que habrían pasado por el ojo de una aguja de ensalmar. Se les hundían los párpados en la cabeza, tenían sin dientes las mandíbulas, su cabeza oscilaba lamentablemente, temblaban sus piernas, y tenían los cabellos tan blancos como algodón cardado. Y cuando, poseído de piedad y olvidando finalmente mi sed, les pregunté la causa de que habitaran en aquella antigua cisterna, ellas me dijeron: "¡Oh joven caritativo! en otro tiempo incurrimos en la cólera de nuestro señor, el rey de los genn de la Primera División, que nos privó de la vista e hizo que nos arrojaran en este pozo. Y henos aquí dispuestas, por gratitud, a hacer que obtengas cuanto puedas desear. Vamos a indicarte antes, empero, el modo de curarnos nuestra ceguera. Y una vez curadas, quedaremos obligadas por tus beneficios". Y prosiguieron en estos términos: "A poca distancia de aquí, en tal paraje, hay un río a cuyas orillas suele ir a pastar una vaca de tal color. Ve a buscar boñiga fresca de esa vaca, úntanos los ojos con ella, y en el mismo instante recobraremos la vista. Pero en el momento en que aparezca esa vaca tienes que ocultarte de ella, porque si te ve, no estercolará".

Entonces yo, teniendo presente este discurso, me dirigí al río consabido, que no había visto en mis correrías anteriores, y llegué al paraje indicado, acurrucándome allí detrás de unas cañas. Y no tardé en ver salir del río una vaca blanca como la plata. Y en cuanto estuvo al aire, estercoló abundantemente, poniéndose después a pacer hierba. Tras de lo cual volvió a entrar en el río y desapareció.

Enseguida me levanté de mi escondrijo y recogí la boñiga de la vaca blanca, y regresé a la cisterna. Y apliqué aquella boñiga en los ojos de las viejas, y al punto se tornaron clarividentes y miraron a todos lados.

Entonces me besaron las manos, y me dijeron: "¡Oh señor nuestro! ¿quieres riqueza, salud o una partícula de belleza?" Y contesté sin vacilar: "¡Oh tías mías! Alah el Generoso me ha otorgado riqueza y salud. ¡En cuanto a la belleza, jamás se tiene entre las manos lo bastante para satisfacer al corazón! ¡Dadme esa partícula de que habláis!" Y me dijeron: "¡Por encima de nuestra cabeza y de nuestros ojos! te daremos esa partícula de belleza. Es la propia hija de nuestro rey. Se asemeja a la risueña hoja del jardín, y ella misma es una rosa, cultivada o salvaje. Son lánguidos sus ojos como los de una persona ebria, y uno de sus besos calma mil penas de las más negras. En cuanto a su belleza general, domina al sol, abrasa a la luna y hace desfallecer a los corazones todos, y sus padres, que la quieren extremadamente, a cada instante la estrechan contra su pecho e inauguran todas sus jornadas admirando la hermosura de su hija. Tal como es, con todo lo que tiene oculto, te pertenecerá; y disfrutarás de ella; y viceversa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 917ª NOCHE

Ella dijo:

"...sus padres, que la quieren extremadamente, a cada instante la estrechan contra su pecho e inauguran todas sus jornadas admirando la hermosura de su hija. Tal como es, con todo lo que tiene oculto, te pertenecerá; y disfrutarás de ella; y viceversa. Vamos, pues, a conducirte al lado suyo, y haréis ambos lo que tengáis que hacer. Pero ten cuidado de que no te vean sus padres, sobre todo cuando estéis enlazados; porque te arrojarían vivo al fuego. Sin embargo, el mal no sería irremediable, porque estaremos allí siempre para velar por ti y salvarte de la muerte. Y todo saldrá bien, porque iremos a buscarte en secreto, y te untaremos el cuerpo con aceite de la serpiente faraónica, de modo que, aunque estuvieras mil años en la hoguera o en la horca, no experimentaría tu cuerpo el menor daño, y el fuego resultaría para ti un baño tan fresco cual los manantiales del jardín de Irem".

Y tras de prevenirme así de cuanto debía sucederme, y tranquilizándome de antemano por el resultado de la aventura, las dos viejas me transportaron, con una rapidez que me dejó atónito, al palacio consabido, que era el del rey de los genn de la Primera División. Y creí verme de repente en el paraíso sublime. Y en la sala retirada donde me introdujeron, vi a la que me había deparado mi destino, una joven iluminada por su propia belleza, y acostada en su lecho, apoyando la cabeza en una almohada encantadora. Y en verdad que el resplandor de sus mejillas avergonzaba al mismo sol; y mirándola demasiado tiempo, se os lavarían las manos de la razón y de la vida. Y enseguida la flecha penetrante del deseo por unirme a ella entró profundamente en mi corazón. Y permanecí en su presencia, con la boca abierta, en tanto que el niño que me tocó en herencia se conmovía considerablemente y pretendía nada menos que salir a tomar el aire.

Al ver aquello, la joven lunar frunció las cejas, como si la moviese un sentimiento de pudor, a la vez que su mirada llena de malicia daba su consentimiento. Y me dijo con un tono que quería hacer iracundo: "¡Oh ser humano! ¿de dónde has venido y hasta dónde llega tu audacia? ¿Es que no temes lavarte de tu propia vida las manos?" Y comprendiendo los verdaderos sentimientos que la animaban con respecto a mí contesté: "¡Oh mi deliciosa señora! ¿qué vida es preferible en este instante en que mi alma goza contemplándote? ¡Por Alah! estás escrita en mi destino, y he venido aquí precisamente por obedecer a mi destino. Te suplico, pues, por los diamantes de tus ojos, que no perdamos en palabras sin objeto un tiempo que se podría emplear de manera útil".

Entonces la joven abandonó de pronto su postura displicente, y corrió a mí, cual movida de un deseo irresistible, y me tomó en sus brazos, y me estrechó contra ella con calor, y se puso muy pálida y cayó desvanecida en mis brazos. Y no tardó en moverse, jadeando y estremeciéndose, de modo y manera que, sin interrupción, entró el niño en su cuna, sin gritos ni sufrimientos, igual que el pez en el agua. Y mi espíritu conmovido, libre de inconvenientes de los celos, ya sólo se preocupó del goce puro y sin trabas. Y nos pasamos todo el día y toda la noche sin hablar, ni comer, ni beber, haciendo contorsiones de piernas y de riñones y todo lo consiguiente respecto a movimientos de avance y retroceso. Y el cordero corneador no perdonó a aquella oveja batalladora, y sus sacudidas eran las de un verdadero padre de cuello gordo, y la confitura que le sirvió era una confitura de nervio gordo, y el padre de la blancura no fue inferior a la herramienta prodigiosa, y la carne dulce fue la ración del asaltante tuerto, y el mulo terco fue domado por el báculo del derviche, y el estornino mudo se acordó con el ruiseñor modulador, y el conejo sin orejas marchó a compás con el gallo sin voz, y el músculo caprichoso hizo moverse a la lengua silenciosa, y en una palabra, se arrebató lo que había que arrebatar, y se redujo lo que había que reducir; y no cesamos en nuestra tarea hasta la aparición de la mañana, en que nos interrumpimos para recitar la plegaria e ir al baño.

Y de tal modo nos pasamos un mes, sin que nadie sospechara mi presencia en el palacio ni la vida extraordinaria que llevábamos, toda llena de copulaciones sin palabras y de otras cosas semejantes. Y habría sido completa mi alegría, a no ser por la aprensión que no cesaba de sentir mi amiga, temerosa de ver nuestro secreto descubierto por su padre y su madre, aprensión tan viva, en verdad, que partía el corazón.

Y he aquí que no dejó de llegar el tan temido día. Porque una mañana el padre de la joven, al despertarse, fue al aposento de su hija, y observó que su belleza lunar y su lozanía había disminuido y que una especie de fatiga profunda alteraba sus facciones y las velaba de palidez. Y al instante llamó a la madre y le dijo: "¿Por qué ha cambiado el color del rostro de nuestra hija? ¿No ves que el viento funesto de otoño ha marchitado las rosas de sus mejillas?" Y la madre miró durante largo rato en silencio y con aire suspicaz a su hija, que dormía apaciblemente, y sin pronunciar palabra se acercó a ella, le levantó con un movimiento brusco la camisa, y con los dedos de la mano izquierda separó las dos mitades encantadoras de cierta parte inferior de su hija. Y con sus ojos vio lo que vio, o sea la prueba fehaciente de la virginidad volatilizada de aquel conejo color de jazmín...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 918ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y con sus ojos vio lo que vio, o sea la prueba fehaciente de la virginidad volatilizada de aquel conejo color de jazmín. Y al comprobar aquello, casi se desmayó de emoción, y exclamó: "¡Oh su pudor y su honor saqueados! ¡Qué hija tan desvergonzada y tan tranquila! ¡Qué manchas tan indelebles sobre el vestido de su castidad!" Luego la sacudió furiosamente y la despertó, gritándole: "¡Si no dices la verdad, ¡oh perra! te haré probar la muerte roja!"

Y la joven, despertando sobresaltada con aquello, y al ver a su madre, con la nariz llena de cólera negra contra ella, sospechó lo que ocurría y comprendió vagamente que había llegado el momento grave. Así es que no trató de negar lo que era innegable, ni de confesar lo que era inconfesable, sino que tomó el partido de bajar la cabeza y los párpados y de guardar silencio. Y de cuando en cuando, abrumada por la ola de palabras tempestuosas lanzadas por su madre, se contentaba con alzar los párpados un instante para bajarlos enseguida sobre sus ojos asombrados. En cuanto a responder de una manera o de otra, se guardó mucho de hacerlo. Y cuando, a vuelta de preguntas, amenazas y ruidos tormentosos, sintió la madre que se le atropellaba la voz y su garganta se negaba a emitir sonidos, dejó allí a su hija y salió alborotada a dar orden de que hicieran pesquisas por todo el palacio para encontrar al perpetrador del estrago. Y no tardaron en encontrarme, pues se hicieron las pesquisas; siguiéndome la pista por mi olor de ser humano, perceptible para el olfato de ellos.

Y por consiguiente se apoderaron de mí y me hicieron salir del harén y del palacio; y acumulando una enorme cantidad de leña, me desnudaron y se dispusieron a arrojarme a la pira. Y en aquel preciso momento las dos viejas de la cisterna se acercaron a mí, y dijeron a los guardias: "Vamos a verter sobre el cuerpo de este ser humano malhechor esta zafra de aceite de quemar, a fin de que el fuego lama mejor sus miembros y nos libre más pronto de su presencia de mal agüero". Y los guardias no pusieron ningún inconveniente, sino al contrario. Entonces las dos viejas me vertieron sobre el cuerpo una zafra llena de aceite salomónico, cuyas virtudes me habían explicado, y me frotaron con él todos los miembros, sin omitir una partícula de mi persona. Tras de lo cual los guardias me colocaron en medio de la inmensa hoguera, a la que prendieron fuego. Y a los pocos instantes me rodearon las llamas furiosas. Pero las lenguas rojas que me lamían eran para mí más dulces y más frescas que la caricia del agua en los jardines del Irem. Y permanecía desde por la mañana hasta por la noche en medio de aquella hornaza, tan intacto como el día que salí del vientre de mi madre.

Y he aquí que los genn de la Primera División, que atizaban el fuego donde me creían en estado de osamenta, preguntaron a su señor qué tenían que hacer con mis cenizas. Y el rey les ordenó que recogieran las cenizas y las arrojaran de nuevo al fuego. Y la reina añadió: "¡Pero antes os mearéis todos encima!". Y cumpliendo esta orden, los servidores genn apagaron el fuego para recoger mis cenizas y mearse encima. Y me encontraron sonriente e intacto, en el estado que ya he dicho.

Al ver aquello, el rey y la reina de los genn de la Primera División no dudaron de mi poder. Y reflexionaron con su espíritu, y opinaron que tenía el deber de respetar en lo sucesivo a un personaje tan eminente. Y les pareció conveniente casar a su hija conmigo. Y fueron a darme la mano, y se excusaron por su conducta para conmigo, y me trataron con mucho honor y cordialidad. Y cuando les revelé que era hijo del rey de Wakak, se regocijaron hasta el límite del regocijo, bendiciendo la suerte que unía a su hija con el más noble de los hijos de Adán. Y celebraron con pompa y ostentación mi matrimonio con aquella hermosa de cuerpo de rosa.

Y cuando, al cabo de algunos días, experimenté el deseo de volver a mi reino, pedí permiso para hacerlo a mi tío, padre de mi esposa. Y aunque para ellos era doloroso separarse de su hija, no quisieron oponerse a mi deseo. Y mandaron prepararnos un carro de oro, al que unieron seis pares de genn aéreos, y me dieron, en calidad de regalos, un número considerable de joyas y gemas espléndidas. Y después de los adioses y los votos, en un abrir y cerrar de ojos fuimos transportados a la ciudad de Wakak, mi ciudad.

Has de saber ahora ¡oh joven! que esta adolescente que ves delante de ti, con las manos atadas a la espalda, es la hija de mi tío, el rey de los genn de la Primera División. Ella precisamente es mi esposa, y se llama Piña. Y de ella se ha tratado hasta el presente, y a ella también he de referirme en lo que ahora voy a contarte.

En efecto, una noche, algún tiempo después de mi regreso, estaba yo dormido al lado de mi esposa Piña. Y a causa del calor, que era grande, me desperté, contra mi costumbre, y observé que, a pesar de la temperatura de aquella noche sofocante, los pies y las manos de Piña estaban más fríos que la nieve. Y me extrañó aquel frío singular, y creyendo en alguna dolencia profunda de mi esposa, la desperté dulcemente y le dije: "¡Encantadora mía, tu cuerpo está helado! ¿Sufres o no sientes nada?". Y ella me contestó con acento indiferente: "No es nada. Hace un rato satisfice una necesidad, y a causa de la ablución que hice luego se me han puesto fríos los pies y las manos". Y yo creí que su discurso era verídico, y me volví a acostar sin decir palabra.

Pero, algunos días después, ocurrió otra vez lo mismo, y mi esposa, interrogada por mí, me dio la misma contestación. Aquella vez, sin embargo, no me quedé satisfecho, y en mi espíritu penetraron confusamente vagas sospechas. Y estuve inquieto desde entonces. No obstante, guardé aquellas sospechas en el cofrecillo de mi corazón, y puse la cerradura del silencio a la puerta de mi lengua...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 919ª NOCHE

Ella dijo:

"...No obstante, guardé aquellas sospechas en el cofrecillo de mi corazón, y puse la cerradura del silencio a la puerta de mi lengua. Y por intentar una distracción de mi inquietud, fui a mis cuadras a mirar mis hermosos caballos. Y vi que los caballos que tenía reservados para mi uso personal a causa de su velocidad, que superaba a la del viento, estaban tan delgados y extenuados que los huesos se les clavaban en la piel, y tenían desollado el lomo por varios sitios. Y sin enterarme de nada más, hice ir a mi presencia a los palafreneros, y les dije: "¡Oh hijos de perro! ¿qué es esto? ¿Y a qué obedece esto?". Y se prosternaron con la faz contra el suelo ante mi ira, y uno de ellos levantó un poco la cabeza, temblando, y me dijo: "¡Oh señor nuestro! si me haces gracia de la vida, te diré una cosa en secreto". Y le tiré el pañuelo de la seguridad, diciéndole: "¡Dime la verdad, y no me ocultes nada, porque, si no, te espera el palo!". Entonces dijo él: "Sabe ¡oh señor nuestro! que todas las noches sin falta nuestra señora la reina, vestida con sus trajes reales, adornada con sus atavíos y sus joyas, semejantes a Balkis con sus preseas, viene a la cuadra, escoge uno de los caballos particulares de nuestro amo, lo monta, y va a pasearse. Y cuando regresa, al terminar la noche, el caballo no vale para nada, y cae al suelo, extenuado. ¡Y ya hace mucho tiempo que dura este estado de cosas, del que no nos hemos atrevido nunca a avisar a nuestro señor el sultán!"

Al enterarme de aquellos detalles tan extraños, se me turbó el corazón, y mi inquietud se hizo tumultuosa, y en mi espíritu arraigaron profundamente las sospechas. Y de tal suerte transcurrió para mí la jornada, sin que tuviese yo un momento de calma para ocuparme de los asuntos del reino. Y esperé la noche con una impaciencia que distendía mis piernas y mis brazos a pesar mío. Así es que cuando llegó la hora de la noche en que de ordinario iba yo en busca de mi esposa, entré en su aposento y la encontré desnuda ya y estirando los brazos. Y me dijo: "Estoy muy cansada y sólo tengo ganas de acostarme. Mira cómo se abate el sueño sobre mis ojos. ¡Ah, durmamos!" Y yo, por mi parte, supe disimular mi agitación interna, y fingiendo estar más extenuado todavía que ella, me eché a su lado, y aunque estaba muy despierto, me puse a respirar roncando, como los que duermen en la taberna.

Entonces esta mujer de mala fortuna se levantó como un gato, y aproximó a mis labios una taza cuyo contenido hubo de verter en mi boca. Y tuve fuerza de voluntad para no traicionarme; pero, volviéndome un poco hacia la pared, como si continuase durmiendo, escupí sin ruido en la almohada el bang líquido que me había dado. Y sin dudar del efecto del bang, no tuvo ella cuidado para ir y venir por la habitación, y lavarse y arreglarse, ponerse kohl en los ojos, y nardo en los cabellos, y surma indio en los ojos, y missi también indio en los dientes, y perfumarse con esencia volátil de rosas y cubrirse de alhajas, y echar a andar como si estuviera borracha.

Entonces, esperando a que hubiese salido ella, me levanté de mi lecho, y echándome sobre los hombros una abaya con capucha, la seguí a pasos recatados, con los pies descalzos. Y la vi dirigirse a las cuadras, y escoger un caballo tan hermoso y tan ligero como el de Schirin. Y montó en él, y se marchó. Y quise montar también a caballo para seguirla; pero pensé que el ruido de los cascos llegaría a oídos de aquella esposa desvergonzada, y quedaría advertida de lo que debía permanecer oculto para ella. Así es que, apretándome el cinturón a la manera de los sais y de los mensajeros, eché a correr sigilosamente detrás del caballo de mi esposa, agitando mis piernas con rapidez. Y si tropezaba, me levantaba; y si caía, me levantaba también, sin perder ánimos. Y de tal modo continué mi carrera, lastimándome los pies con los guijarros del camino.

Y has de saber ¡oh joven! que, sin que yo hubiese pensado en darle orden de seguirme, este perro lebrel que está de pie delante de ti, con el cuello adornado por un collar de oro, había salido detrás de mí y corría fielmente, sin ladrar.

Y al cabo de aquella carrera sin tregua, mi esposa llegó a una llanura desolada donde no había más que una sola casa, baja y constituida con barro, que estaba habitada por negros. Y se apeó del caballo y entró en la casa de los negros. Y quise penetrar detrás de ella; pero se cerró la puerta antes de que yo hubiese llegado al umbral, y me contenté con mirar por un tragaluz para ver si me enteraba de la cosa.

Y he aquí que los negros, que eran siete, semejantes a búfalos, acogieron a mi esposa con injurias espantosas, y se apoderaron de ella, y la tiraron al suelo, y la pisotearon, golpeándola tanto, que la creí ya con los huesos molidos y el alma expirante. Pero, lejos de mostrarse dolida por aquel trato feroz del que hasta hoy tienen señales sus hombros, su vientre y su espalda, ella se limitaba a decir a los negros: "¡Oh queridos míos! por el ardor de mi amor hacia vosotros, os juro que he venido un poco retrasada esta noche sólo porque mi esposo el rey, ese sarnoso, ese trasero infame, ha estado despierto hasta después de su hora habitual. De no ser así, ¿hubiera yo esperado tanto tiempo para venir y hacer disfrutar a mi alma con la bebida de nuestra unión?".

Y al ver aquello, no sabía yo dónde estaba ya, ni si era presa de un sueño horrible. Y pensé para mi ánima: "¡Ya Alah! ¡jamás he pegado a Piña, ni siquiera con una rosa! ¿Cómo se explica, pues, que soporte semejantes golpes sin morir?" Y mientras yo reflexionaba así, vi que los negros, apaciguados por las excusas de mi esposa, la desnudaron por completo, desgarrándole sus trajes reales, y le arrancaron las alhajas y sus adornos, precipitándose después todos sobre ella, como un solo hombre, para asaltarla por todos lados a la vez. Y a estas violencias respondía ella con suspiros de contento, ojos en blanco y jadeos.

Entonces, sin poder soportar por más tiempo aquel espectáculo, me precipité por el tragaluz en medio de la sala, y cogiendo una maza entre las mazas que había allí me aproveché de la estupefacción de los negros, que creían que había bajado entre ellos algún genni, para arrojarme sobre ellos y matarlos a golpazos asestados en sus cabezas. Y de tal suerte desenlacé de mi esposa a cinco de ellos, y los precipité en el infierno derecho. Viendo lo cual, los otros dos negros que quedaban se desenlazaron de mi esposa por sí mismos y buscaron su salvación en la fuga. Pero conseguí atrapar a uno, y de un golpe le tendí a mis pies; y como solamente estaba aturdido cogí una cuerda y quise atarle las manos y los pies. Y cuando me inclinaba, mi esposa acudió de pronto por detrás, y me empujó con tanta fuerza, que di de bruces en el suelo. Entonces el negro aprovechó la ocasión para levantarse y echarse encima de mi pecho. Y ya levantaba su maza para terminar conmigo de una vez, cuando mi fiel perro, este lebrel de color castaño claro, le saltó a la garganta y le derribó, rodando por el suelo con él. Y al punto aproveché aquel instante favorable para caer sobre mi adversario y agarrotarle brazos y piernas. Luego le tocó el turno a Piña, a la cual até, sin pronunciar palabra, mientras me salían chispas de los ojos.

Hecho esto, arrastré al negro fuera de la casa y lo até a la cola de mi caballo. Después cogí a mi esposa y la puse atravesada en la silla, como un fardo, delante de mí. Y seguido de mi perro lebrel, que me había salvado la vida, regresé a mi palacio, en donde, con mi propia mano, corté la cabeza al negro, cuyo cuerpo, arrastrado a lo largo de la ruta, no era ya más que un pingajo jadeante, y di a comer su carne a mi perro. E hice salar aquella cabeza, que precisamente es la que aquí estás viendo en esa bandeja que tiene delante Piña. E infligí por todo castigo a esa desvergonzada esposa mía la contemplación diaria de la cabeza cortada de su amante negro. Y he aquí lo referente a ellos dos.

Pero, volviendo al séptimo negro, que logró ponerse en fuga, no cesó de correr hasta que hubo llegado a las comarcas de Sinn y de Massin, donde reina el rey Tammuz ben Qamús. Y tras de una serie de maquinaciones, el negro consiguió ocultarse debajo del lecho de marfil de la princesa Mohra, hija del rey Tammuz. Y al presente es su consejero íntimo. Y en el palacio nadie conoce su presencia debajo del lecho de la princesa.

¡Y he aquí ¡oh joven! la historia de cuanto me ocurrió con Piña! Y eso es lo referente al negro sombrío que a la hora de ahora está debajo del lecho de marfil de la hija del rey de Sinn y de Massin, Mohra, la matadora de tantos jóvenes reales".

Así habló el rey Ciprés, señor de la ciudad de Wakak, al joven príncipe Diamante. Luego añadió...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 920ª NOCHE

Ella dijo:

...Así habló el rey Ciprés, señor de la ciudad de Wakak, al joven príncipe Diamante. Luego añadió: "¡Y ahora que has oído lo que no sabe ningún ser humano, pon la cabeza que ya no te pertenece, y lava de la vida tus manos!".

Pero Diamante contestó: "¡Oh rey del tiempo! sé que mi cabeza se halla entre tus manos, y estoy dispuesto a separarme de ella sin excesiva pena. ¡No obstante, hasta el presente no está suficientemente esclarecido para mi espíritu el punto más importante de esa historia, pues todavía no sé por qué el séptimo negro ha ido a refugiarse precisamente debajo del lecho de la princesa Mohra, y no en otro lugar de la tierra, y sobre todo, ignoro cómo ha consentido esa princesa en tenerle en su morada! Entérame, por tanto, de cómo ha pasado la cosa; y una vez enterado, haré mis abluciones y moriré".

Cuando el rey Ciprés oyó estas palabras de Diamante, quedóse prodigiosamente sorprendido. Porque no se esperaba semejante pregunta ni, por cierto, había tenido nunca la curiosidad de saber por sí mismo los detalles que pedía Diamante. Pero, no queriendo aparecer ignorante de tan importante cuestión, dijo al joven príncipe: "¡Oh viajero! lo que preguntas pertenece al dominio de los secretos de Estado, y si yo accediera a revelártelo, atraería sobre mi cabeza y sobre mi reino las peores calamidades. ¡Por eso prefiero hacerte gracia de la vida y de tu cabeza y perdonarte tu indiscreción! ¡Date prisa, pues, a salir de palacio, antes de que me retracte de mi decisión de dejarte marchar en libertad!".

Y Diamante, que no esperaba salvarse a tan poca costa, besó la tierra entre las manos del rey Ciprés, e instruido para en lo sucesivo de lo que tanto ansiaba conocer, salió del palacio dando gracias a Alah, que le había deparado la seguridad. Y fue a despedirse de su joven amigo, el hermoso Farah, que derramó lágrimas por su marcha. Luego subió a la terraza y quemó uno de los pelos de Al-Simurg. Y al punto apareció ante él el Volador, precedido de una ráfaga tempestuosa. Y cuando se informó de su deseo, le tomó a hombros, le hizo atravesar los siete océanos y le llevó a su habitación, cordial y amablemente. Y le hizo descansar en ella unos días. Tras de lo cual lo transportó al lado de la deliciosa reina Aziza, en medio de las rosas y sus capullos. Y el joven vio que la deliciosa Aziza, lloraba su ausencia y suspiraba por su vuelta, con las mejillas semejantes a la flor del granado. Y al verle entrar acompañado de Al-Simurg el Volador, desfalleció su corazón, y se levantó temblorosa como la corza a quien se parecía. Y Al-Simurg el Volador, para no importunarlos, salió de la casa y los dejó reunirse con libertad. Y cuando, al cabo de una hora de tiempo, entró de nuevo, los encontró enlazados todavía, esplendores sobre esplendores.

Y Diamante, que ya tenía sus proyectos, dijo a Al-Simurg: "¡Oh bienhechor nuestro! ¡oh padre de los gigantes y corona suya! ¡ahora deseo de ti que nos transportes a casa de tu sobrina la encantadora Gamila, que me espera en las ascuas enrojecidas del deseo!". Y el excelente Al-Simurg los tomó a ambos, en un hombro a cada uno, y en un abrir y cerrar de ojos los transportó al lado de la gentil Gamila, a quien encontraron sumida en la tristeza, sin tener noticias de su cuerpo, y dedicada a suspirar estas estrofas:

¡No rechaces mi corazón lejos de esos ojos, de quienes está enamorado el narciso!

¡Oh abstemio! ¡no se deben desoír las quejas de los beodos, sino conducirlos de nuevo a la taberna!

¡Mi corazón no podrá librarse del ejército de tu bozo; y como una rosa rota, la abertura de mi traje no podrá zurcirse!

¡Oh tiránica belleza! ¡oh hermoso, moreno y encantador! ¡mi corazón yace a tus pies de jazmín!

¡Mi corazón de muchacha sencilla, en la tierna edad de la adolescencia, yace a los pies del raptor de corazones!

Y Diamante, que no había olvidado las atenciones que debía a aquella compasiva Gamila, que le había sacado de su piel de gamo y librado a los artificios de su hermana Latifa, la hechicera, sin contar el don de las armas mágicas con que le había revestido, no dejó de manifestarle con calor sus sentimientos de gratitud. Y después de los transportes de alegría por volver a encontrarse, rogó a la reina Aziza que le dejara una hora con Gamila, sin testigos. Y a Aziza le pareció justificada la petición y equitativo el reparto, y salió con Al-Simurg.

Y cuando, al cabo de una hora de tiempo, entró de nuevo, encontró a Gamila desfallecida en los brazos de Diamante.

Entonces Diamante, que gustaba de hacer cada cosa a su tiempo, se encaró con sus dos esposas y con Al-Simurg, y les dijo: "Creo que ya es hora de arreglar las cuentas a la maga Latifa, que es tu hermana, ¡ya

Gamila! e hija de tu hermano, ¡oh padre de los Voladores!". Y contestaron todos: "¡No hay inconveniente!". Luego Al-Simurg, a instancias de Diamante, se transportó al lado de su sobrina la maga Latifa, y de improviso le ató los brazos a la espalda y la llevó a presencia de Diamante. Y al verla, dijo el joven príncipe: "Sentémonos en corro aquí para juzgarla y meditemos el castigo que ha de imponérsele". Y cuando se colocaron unos frente a otros, Al-Simurg dio su opinión, diciendo: "Hay que desembarazar, sin vacilaciones, a la raza humana de esta malhechora. Mi opinión es que sin tardanza la colguemos cabeza abajo y la empajemos luego. O también, después de colgarla, podríamos dar a comer su carne a los buitres y a las aves de rapiña". Y Diamante se encaró con la reina Aziza y le preguntó su opinión. Y Aziza dijo: "¡Entiendo que mejor es olvidar sus yerros para con nuestro esposo Diamante, y perdonarla para solemnizar nuestra unión en este día bendito!" Y Gamila, a su vez, opinó que se debía absolver a su hermana, y pedirle, en compensación, que devolviera la forma humana a todos los jóvenes a quienes había convertido en gamos. Entonces dijo Diamante: "¡Pues bien; sean con ella el perdón y la seguridad!" Y le tiró su pañuelo. Luego dijo: "¡Convendría que me dejarais con ella una hora de tiempo!". Y al punto accedieron ellos a su deseo. Y cuando de nuevo entraron en la sala, encontraron a Latifa perdonada y contenta en brazos del joven.

Y cuando Latifa hubo devuelto en forma primitiva a los príncipes y demás individuos a quienes con sus hechicerías había convertido en gamos, y los hubo despedido tras de darle de comer y vestirlos, Al-Simurg se echó a la espalda a Diamante y a sus tres esposas, y los transportó en poco tiempo a la ciudad del rey Tammuz ben Qamús, padre de la princesa Mohra. Y levantó tiendas fuera de la ciudad para que las ocupasen y les dejó descansando un poco, para ir él por sí mismo, a instancias de Diamante, al harén donde se encontraba la favorita Rama de Coral. Y previno a la joven de la llegada de Diamante, que esperaba ella entre suspiros y dolores de corazón. Y no le costó trabajo decidirla a dejarse conducir por él junto a su enamorado. Y la transportó a la tienda en que Diamante estaba amodorrado, y la dejó sola con él, llevándose a las otras tres esposas. Y Diamante, tras de las expansiones propias del regreso, supo demostrar a Rama de Coral que no olvidaba sus promesas, y acto seguido le habló con el lenguaje oportuno. Y ella se dilató de satisfacción y de contento, y la encontraron encantadora las tres esposas de Diamante.

Cuando se arreglaron de aquel modo entre Diamante y sus cuatro esposas las cuestiones íntimas, se pensó en la realización del proyecto principal. Y Diamante abandonó el campamento, y se encaminó solo a la ciudad, y llegó a la plaza del meidán, frente al palacio de Mohra, en donde aparecían clavadas a millares las cabezas de príncipes y reyes, con sus coronas unas y desnudas y melenudas otras. Y se lanzó al tambor, y le hizo sonar con fuerza para anunciar que estaba dispuesto a dar a la princesa Mohra la respuesta que exigía ella a sus pretendientes...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 921ª NOCHE

Ella dijo:

...para anunciar que estaba dispuesto a dar a la princesa Mohra la respuesta que exigía ella a sus pretendientes. Y los guardias al punto le llevaron a presencia del rey Tammuz ben Qamús, que reconoció en él al joven cuya hermosura le había seducido, y a quien hubo de decir la vez primera: "Reflexiona durante tres días, y vuelve luego a pedir la audiencia que ha de separar tu graciosa cabeza del reino de tu cuerpo".

Y he aquí que a la sazón le hizo seña para que se acercase, y le dijo: "¡Oh hijo mío, que Alah te proteja! ¿Persistes siempre en querer desentrañar los misterios y explicar las ideas fantásticas de una joven?". Y dijo Diamante: "¡De Alah nos viene la ciencia de la adivinación, y no debemos enorgullecernos de los dones de Alah! Nadie conoce ese secreto que tu hija ha escondido en el cofrecillo de su corazón, y cuya apertura pide; pero yo tengo la clave de él". Y dijo el rey: "¡Lástima de tu juventud! ¡Acabas de lavar tus manos de la vida!".

Y como no esperaba ya hacer que el joven desistiera de su funesto proyecto, dio orden a los esclavos para que previnieran a su señora Mohra de que un príncipe extranjero venía a tratar de explicar sus fantasmagorías, con objeto de ser admitido por ella.

Y precedida por el aroma de sus bucles perfumados, entró enseguida en la sala de audiencias la joven princesa de maneras encantadoras, Mohra la bienaventurada, causa de tantas vidas truncadas, aquella a quien no se podía dejar de mirar, como el hidrópico no puede dejar de beber el agua del Eufrates, y por quien millares de almas se sacrificaban como las mariposas en la llama. Y a la primera ojeada reconoció ella en Diamante al joven santón del jardín, al adolescente con cara de sol, al cuerpo encantador cuya vista tanto le había trastornado el corazón. Y por consiguiente, llegó entonces al límite del asombro; pero no tardó en comprender que había sido engañada por aquel santón, que desapareció de la noche a la mañana sin dejar rastro. Y se puso furiosa en el alma; y se dijo: "No se me escapará esta vez". Y sentándose en el lecho del trono, al lado de su padre, miró al joven cara a cara con ojos tenebrosos, y le dijo: "¡Nadie ignora la pregunta! ¡Responde! ¿Qué clase de relaciones hay entre Piña y Ciprés?".

Y Diamante contestó: "Nadie ignora la respuesta, ¡oh princesa! Pero hela aquí: las relaciones entre Piña y Ciprés son de mala calidad. Porque Piña, que es la esposa de Ciprés, rey de la ciudad de Wakak, ha recibido el justo pago de lo que ha hecho. ¡Y hay negros mezclados en el asunto!".

Al oír estas palabras de Diamante, la princesa Mohra se puso muy amarilla de color, y apoderóse de su corazón el temor. Sin embargo, sobreponiéndose a su inquietud, dijo: "No están claras esas palabras. Cuando des más explicaciones sabré si conoces la verdad o si mientes". Cuando Diamante vio que la princesa Mohra no quería rendirse a la evidencia y se negaba a entender las medias palabras, le dijo: "¡Oh princesa! ¡si deseas que te lo cuente con más extensión, alzando la cortina que oculta lo que debe estar oculto, empieza por decirme quién te ha enterado de esas cosas que debe ignorar una joven virgen! ¡Porque es posible que retengas aquí a alguien cuya llegada ha constituido una calamidad para todos los príncipes que me precedieron!".

Y tras de hablar así, Diamante se encaró con el rey, y le dijo: "¡Oh rey del tiempo! ¡no conviene que ignores en adelante el misterio en que vive tu honorable hija, y te ruego que le ordenes responda a la pregunta que le he hecho!". Y el rey se encaró con la hermosa Mohra, y le hizo con los ojos una seña que quería decir: "¡Habla!" Pero Mohra guardó silencio, y a pesar de las señas reiteradas de su padre, no quiso libertarse la lengua del nudo que la ataba.

Entonces Diamante cogió de la mano al rey Tammuz, y sin pronunciar palabra, le condujo al aposento de Mohra. Y de repente se inclinó, y con un solo movimiento levantó el lecho de marfil de la princesa. Y he aquí que, de improviso, la redoma del secreto de Mohra se hizo añicos contra la piedra del abridor, y su consejero, el negro, apareció a los ojos de todos con su cabeza crespa.

Al ver aquello, el rey Tammuz y todos los presentes quedaron sumidos en la estupefacción; luego bajaron la cabeza con vergüenza, y se les cubrió de sudor el cuerpo. Y el viejo rey no preguntó más, sin querer que su deshonor apareciese en toda plenitud ante las personas de su corte. Y sin pedir siquiera otras explicaciones, entregó a su hija entre las manos de Diamante para que dispusiese de ella a su antojo. Y añadió: "¡Solamente te pido ¡oh hijo mío! que te vayas de aquí cuanto antes, llevándote a esta hija desvergonzada, a fin de que no vuelva yo a oír hablar de ella y mis ojos no sufran más el verla!".

En cuanto al negro, fue empalado.

Y no dejó Diamante de obedecer al viejo rey, y cogiendo de la mano a la confusa princesa, se la llevó a sus tiendas, atada de pies y manos y, rogó a Al-Simurg el Volador que le transportara con todas sus mujeres a la entrada de la ciudad de su padre, el rey Schams-Schah. Lo cual fue ejecutado al instante. Y el excelente Al-Simurg despidióse de Diamante entonces, sin querer aceptar su reconocimiento. E inflándose, se marchó por su camino. ¡Y esto es lo referente a él!

En cuanto al rey Schams-Schah, padre de Diamante, cuando corrió hasta él la noticia de la llegada de su hijo bienamado, la noche de la pena se tornó para él en la mañana de la alegría, después de que la ausencia convirtió en fuente sus dos ojos. Y salió al encuentro de su hijo, mientras la proclamación de la buena nueva se esparcía por toda la ciudad y en todas se exteriorizaba el júbilo. Y se acercó al príncipe, temblando de emoción, y le estrechó contra su pecho, y le besó en la boca y en los ojos, y lloró mucho y ruidosamente sobre él. Y Diamante, apretando los puños, procuraba reprimir sus llantos y suspiros. Y cuando, por fin, se calmaron un poco las primeras exaltaciones, y pudo hablar el viejo rey, dijo a su hijo Diamante: "¡Oh ojo y lámpara de la casa de tu padre..."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 922ª NOCHE

Ella dijo:

"...¡Oh ojo y lámpara de la casa de tu padre! cuéntame al detalle la historia de tu viaje, a fin de que yo viva con el pensamiento los días de tu dolorosa ausencia". Y Diamante contó al viejo rey Schams-Schah todo lo que le había sucedido, desde el principio hasta el fin. Pero no hay utilidad en repetirlo. Luego le presentó, una tras de otra, a sus cuatro esposas, y acabó por hacer llevar a su presencia a la princesa Mohra, atada de pies y manos. Y le dijo: "Ahora a ti corresponde ¡oh padre mío! ordenar lo que te plazca respecto a ella".

Y el viejo rey, a quien el Altísimo había dotado de cordura y de inteligencia, pensó en su espíritu que su hijo debía amar desde el fondo de su corazón a aquella joven funesta, causante de la muerte de tantos príncipes hermosos, ya que por ella fue por quién hubo de soportar todas aquellas penas y todas aquellas fatigas. Y se dijo que, si dictaba una sentencia severa, le afligiría sin duda alguna. Así es que, tras de reflexionar un instante todavía, le dijo: "¡Oh hijo mío! el que, a vuelta de muchas penas y dificultades, obtiene una perla inapreciable, debe guardarla cuidadosamente. Claro que esta princesa de espíritu fantástico se ha hecho culpable, por su ceguera, de acciones reprensibles; pero es preciso considerarlas como llevadas a cabo por voluntad del Altísimo. Y si por culpa suya se privó de la vida a tantos jóvenes, fue porque el escriba de la suerte lo había escrito así en el libro del Destino. Por otra parte, no olvides ¡oh hijo mío! que esta joven te ha tratado con muchos miramientos cuando hubiste de introducirte, en calidad de santón, en su jardín. Por último, ya sabes que la mano del deseo de quienquiera, sea el negro o cualquier otro en el mundo, no ha tocado el fruto del tierno arbolillo de su ser, y que nadie ha saboreado el gusto de la manzana de su barbilla ni del alfónsigo de sus labios".

Y Diamante se conmovió con las palabras de tan dulce lenguaje, máxime cuando sus cuatro esposas, las bienaventuradas de modales encantadores, apoyaron con su asentimiento aquel discurso. En vista de lo cual, escogiendo un día y un momento favorables, aquel jovenzuelo de sol se unió con aquella luna pérfida, semejante a la serpiente guardadora del tesoro. Y tuvo de ella, como de sus cuatro esposas legítimas, hijos maravillosos, cuyos pasos fueron otras tantas felicidades, y que tuvieron por esclavas, como su padre Diamante el Espléndido y su abuelo Schams-Schah el Magnífico, a la fortuna y a la dicha.

Y tal es la historia del príncipe Diamante, con cuantas cosas extraordinarias le sucedieron. ¡Gloria, pues, a quien reserva los relatos de los antiguos para lección de los modernos, a fin de que las gentes aprendan sabiduría!"

Y el rey Schahriar, que había escuchado aquella historia con extremada atención, dio gracias por primera vez a Schehrazada, diciendo: "Loores a ti, ¡oh boca de miel! ¡Me hiciste olvidar amargas preocupaciones!"

Luego se ensombreció su rostro repentinamente. Y al ver aquello, Schehrazada se apresuró a decir: "Está bien, ¡oh rey del tiempo! Pero ¿qué vale esto comparado con lo que voy a contarte del Maestro de las divisas y de las risas?".

Y dijo el rey Schahriar: "¿Quién es ¡oh Schehrazada! ese maestro de las divisas y de las risas a quien no conozco?"

Y dijo Schehrazada:

Algunas tonterías y teorías del maestro de las divisas y de las risas

En los anales de los antiguos y en los libros de los sabios se cuenta, y se nos ha transmitido por la tradición, ¡oh rey del tiempo! que en la ciudad de El Cairo, residencia del buen humor y de la gracia, había un hombre de apariencia estúpida que, bajo su aspecto de bufón extravagante, ocultaba un fondo sin igual de listeza, de sagacidad, de inteligencia y de cordura, a más de ser indudablemente el hombre más divertido, más instruido y más ingenioso de su tiempo. Tenía por nombre Goha, y por oficio ninguno en absoluto, aunque circunstancialmente ejercía el cargo de predicador en las mezquitas.

Un día le dijeron sus amigos: "¡Oh Goha! ¿no te da vergüenza pasarte la vida sin hacer nada, y no usar tus manos, con sus diez dedos, más que para llevártelas llenas a la boca? ¿Y no piensas que ya es hora de que ceses en tu vida de holgazanería y te amoldes al modo de ser de todo el mundo?".

Y he aquí que él no contestó nada. Pero un día atrapó una cigüeña grande y hermosa, dotada de alas magníficas, que la hacían volar muy alto por el cielo, y de un pico maravilloso, terror de los pájaros, y de dos tallos de lirio por patas. Y cuando la cogió, subió con ella a su terraza, en presencia de los que le habían hecho reproches, y con un cuchillo le cortó las magníficas plumas de las alas, y el largo pico maravilloso, y las encantadoras patas tan finas, y empujándola con el pie hacia el vacío, le dijo: "¡Vuela, vuela!". Y sus amigos le gritaron, escandalizados: "Alah te maldiga, ¡oh Goha! ¿A qué viene esa locura?". Y les respondió él: "Esta cigüeña me molestaba y pesaba sobre mi vista porque no era como los demás pájaros. Pero ahora le he hecho semejante a todo el mundo".

Y otro día dijo a los que le rodeaban: "¡Oh musulmanes, y vosotros, cuantos estáis aquí presentes! ¿sabéis por qué Alah el Altísimo, el Generoso (¡glorificado y venerado sea!) no dio alas al camello y al elefante?". Y los demás se echaron a reír, y contestaron: "No, por Alah, que no lo sabemos, ¡oh Goha! Pero tú, a quien nada se oculta de las ciencias y de los misterios, dínoslo pronto para que nos instruyamos". Y Goha les dijo: "Voy a decíroslo. Porque si el camello y el elefante tuvieran alas, cagarían con todo su peso sobre las flores de vuestros jardines y las aplastarían".

Y otro día, un amigo de Goha fue a llamar a su puerta y dijo: "¡Oh Goha! en nombre de la amistad, préstame tu burro, que le necesito para hacer con él un trayecto urgente". Y Goha, que no tenía gran confianza en aquel amigo, contestó: "Bien quisiera prestarte el burro, pero no está aquí, que le he vendido". Mas en aquel momento mismo empezó a rebuznar el burro desde la cuadra, y el hombre oyó a aquel burro que parecía no iba nunca a terminar de rebuznar, y dijo a Goha: "¡Pues si tienes ahí a tu burro!". Y Goha contestó con acento muy ofendido: "¡Vaya, por Alah! ¿conque ahora resulta que crees al burro y no me crees a mí? ¡Vete, que no quiero verte más!"

Y otra vez, el vecino de Goha fue en busca suya para invitarle a una comida, diciéndole: "Ven ¡oh Goha! a comer en mi casa". Y Goha aceptó la invitación. Y cuando ambos estuvieron sentados ante la bandeja de manjares, les sirvieron una gallina. Y tras de intentar masticarla varias veces, acabó Goha por renunciar a tocar aquella gallina, que era una vieja entre las gallinas más viejas, y tenía la carne correosa; y se limitó a sorber un poco del caldo en que estaba cocida. Tras de lo cual se levantó, y cogiendo la gallina, la colocó en dirección a la Meca, y se dispuso a recitar sobre ella su plegaria. Y su huésped, enfadado, le dijo: "¿Qué vas a hacer, ¡oh descreído!?, ¿Y desde cuándo los musulmanes recitan sus plegarias sobre las gallinas?". Y contestó Goha: "¡Oh tío! ¡qué ilusiones te haces! ¡Esta ave de corral, sobre la que voy a recitar mi plegaria, no es un ave de corral! ¡De ave de corral tiene solamente la apariencia, pues, en realidad, es una santa mujer vieja convertida en gallina, o acaso en venerable santón! ¡Porque la han puesto a la lumbre, y la lumbre la ha respetado!".

Otra vez salió con una caravana, y las provisiones de boca eran exiguas, y el hambre de los caravaneros era considerable. Por lo que a Goha respecta, su estómago le requería tan insistentemente, que hubiera él devorado la ración de los camellos. El caso es que cuando, en la primera parada, se sentó todo el mundo para comer, Goha hizo gala de una reserva y de una discreción que maravillaron a sus compañeros. Y como le instaran para que cogiera el pan y el huevo duro que le correspondía, contestó: "¡No, por Alah! ¡comed vosotros y satisfaceos, que a mí me sería imposible comer un pan entero y un huevo duro yo solo! Así, pues, tome cada uno de vosotros el pan y el huevo duro que le corresponde, y luego, si os parece bien, me daréis la mitad de cada pan y de cada huevo; porque no cabe más en mi estómago; que es delicado".

Y en otra ocasión, fue a casa del carnicero y le dijo: "¡Hoy es día de fiesta en casa! Dame, pues, el mejor trozo que tengas de carne del carnero gordo". Y el carnicero apartó para él todo el solomillo del carnero, que tenía un peso considerable, y se lo entregó. Y Goha llevó todo el solomillo a su mujer, diciéndole: "Haznos con este excelente solomillo filetes con cebollas. Y sazónalo bien a mi gusto". Luego salió a dar una vuelta por el zoco.

Y he aquí que la esposa se aprovechó de la ausencia de Goha para asar a toda prisa el solomillo de carnero y comérselo con su hermano, sin dejar nada. Y cuando volvió Goha, sintió el apetitoso tufillo de los filetes asados, y se le dilataron las narices, y se le conmovió el estómago. Pero, cuando estuvo sentado ante la bandeja, su mujer le llevó por toda comida un pedazo de queso griego y un pan duro. En cuanto al kabab, ni rastro de él había. Y Goha, que no había hecho más que pensar en aquel kabab, dijo a su mujer: "¡Oh hija del tío! ¿y el kabab? ¿Cuándo vas a servírmelo?". Y ella contestó: "¡La misericordia de Alah sobre ti y sobre el kabab! Lo ha devorado el gato mientras yo estaba en el retrete". Y Goha, sin decir palabra, se levantó y cogió al gato y le pesó en la balanza de la cocina. Y observó que pesaba bastante menos que el solomillo de carnero que había llevado él. Y se encaró con su esposa, y le dijo: "¡Oh hija de perros! ¡oh desvergonzada! Si este gato que tengo se ha comido la carne, ¿dónde está el peso del gato? Y si lo que tengo es sólo el gato, ¿dónde está la carne?".

Y otro día, estando su esposa ocupada en la cocina, le entregó al niño de pecho, hijo suyo, que tenía tres meses, y le dijo: "¡Oh padre de Abdalah! ten al niño y mécele, mientras estoy junto al fogón. Luego te le cogeré". Y Goha accedió a quedarse con el niño, aunque aquello no le agradaba mucho. Y en aquel preciso momento sintió el niño ganas de mear, y empezó a mearse en el caftán nuevo de su padre. Y Goha, en el límite de la contrariedad, se apresuró a dejar en el suelo al niño; y presa del furor, empezó a mearse en él, a su vez. Y al verle su esposa conducirse de aquel modo, acudió gritando: "¡Oh rostro de brea! ¿qué haces al niño?". Y él le contestó: "¿Estás ciega? ¿Pues no ves que me meo en él para no tratarle como a un hijo extraño? Porque, si hubiese sido hijo de un extraño quien se hubiese meado en mí, y no mi propio hijo, en verdad que hubiese vaciado mi interior sin duda alguna en su cara".

Y una noche en que estaba reunido con sus amigos, le dijeron éstos: "¡Ya Si-Goha! puesto que estás tan instruido en las ciencias y tan versado en la astronomía, ¿puedes decirnos qué es la luna cuando pasa su último cuarto?", Y Goha contestó: "¿Qué os ha enseñado entonces el maestro de escuela, ¡oh compañeros!? ¡Por Alah! ¡pues cada vez que una luna está en su último cuarto, se la rompe para hacer de ella estrellas!".

Y otro día, Goha fue en busca de un vecino suyo y le dijo: "El vecino se debe a su vecino. Préstame una marmita para cocer en casa una cabeza de carnero...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 923ª NOCHE

Ella dijo:

"...Préstame una marmita para cocer en casa una cabeza de carnero". Y el vecino prestó a Goha la marmita en cuestión. Y se coció en ella lo que se coció. Y al día siguiente Goha devolvió la marmita a su propietario. Pero había tenido cuidado de meter en ella otra marmita más pequeña. Y el vecino se asombró mucho, cuando recuperó lo que le pertenecía, al ver que le había dado fruto. Y dijo a Goha: "¡Ya Si-Goha! ¿qué marmita es esta pequeña que veo dentro de mi marmita?". Y dijo Goha: "No sé; pero supongo que será que tu marmita ha parido esta noche". Y dijo el otro: "¡Alahu akbar! se trata de un beneficio de la bendición por mediación tuya, ¡oh rostro de buen augurio!". Y colocó en el vasar de la cocina la marmita y su hija.

Al cabo de cierto tiempo volvió Goha a casa de su vecino y le dijo: "¡Si no fuera por miedo a molestarte, ¡oh vecino! te pediría la marmita con su hija, que las necesito hoy!". Y el otro contestó: "De todo corazón amistoso, ¡oh vecino!". Y le entregó la marmita con la otra más pequeña dentro. Y Goha las cogió y se marchó. Y transcurrieron varios días sin que Goha devolviese lo que se había llevado. Y el vecino fue a buscarle, y le dijo: "¡Ya Si-Goha! no es por falta de confianza en ti, pero en casa necesitamos hoy el utensilio que te llevaste". Y Goha preguntó: "¿Qué utensilio, ¡oh vecino!?". Y el otro dijo: "¡La marmita que te presté y engendró!" Y contestó Goha: "¡Alah la tenga en su misericordia! Se ha muerto". Y dijo el vecino: "¡No hay más dios que Alah! ¿Cómo se entiende, ¡oh Goha!? ¿Es que puede morirse una marmita?" Y Goha dijo: "¡Todo lo que engendra, muere! ¡De Alah venimos, y a Él retornaremos!".

Y otra vez, un felah regaló a Goha una gallina cebada. Y Goha hizo guisar la gallina e invitó al felah a la comida. Y se comieron la gallina y quedaron muy satisfechos. Pero, al cabo de cierto tiempo, llamó a la puerta de Goha otro felah y pidió albergue. Y Goha le abrió y le dijo: "Bienvenido seas, pero ¿quién eres?" Y el felah contestó: "Soy vecino del que te regaló la gallina". Y Goha contestó: "Por encima de mi cabeza y de mis ojos". Y le albergó con toda cordialidad y le dio de comer y no le hizo carecer de nada. Y el otro se marchó tan contento. Y algunos días después llamó a la puerta un tercer felah. Y Goha preguntó: "¿Quién es?". Y dijo el hombre: "Soy vecino del vecino del que te ha regalado la gallina". Y Goha dijo: "No hay inconveniente". Y le hizo entrar y sentarse ante la bandeja de manjares. Pero, por todo alimento y por toda bebida, puso delante de él una marmita con agua caliente, en la superficie de la cual se veían algunas gotitas de grasa. Y el felah, viendo que no había más, preguntó: "¿Qué es esto, ¡oh huésped mío!?". Y Goha contestó: "¿Esto? pues la substancia de la substancia del agua en que se coció la gallina".

Y un día en que los amigos de Goha querían divertirse a costa suya, se concertaron entre sí, y le llevaron al hammam. Y llevaron huevos sin que Goha lo sospechara. Y cuando estuvieron en el hammam y se desnudaron todos, entraron con Goha en la sala de las sudaciones y dijeron: "¡Ha llegado el momento! Cada cual de nosotros va a poner un huevo". Y añadieron: "Aquel de nosotros que no pueda poner tendrá que pagar la entrada al hammam a todos los demás". Y acto seguido se pusieron todos en cuclillas, cacareando a más y mejor, a manera de gallinas. Y cada uno de ellos acabó por sacar un huevo de debajo de sí. Y al ver aquello, Goha enarboló de pronto el niño de su padre, y lanzando el cacareo de gallo, se precipitó sobre sus amigos, disponiéndose a asaltarlos. Y se levantaron muy de prisa todos, gritándole: "¿Qué vas a hacer, ¡oh miserable!?" Y Goha contestó: "¿No lo estáis viendo? ¡Por mi vida! ¡veo gallinas delante de mí, y como soy el único gallo, tengo que montarlas!".

También hemos llegado a saber que Goha tenía costumbre de ponerse todas las mañanas a la puerta de su casa y de recitar a Alah esta plegaria: "¡Oh Generoso! tengo que pedirte cien dinares de oro, ni uno más ni uno menos, porque los necesito. ¡Pero si, en vista de Tu generosidad, se pasase de la cifra de ciento, aunque sólo fuese en un dinar, o sí, por mi carencia de méritos, faltara un solo dinar de los ciento que te pido, no aceptaría el don!".

Y he aquí que entre los vecinos de Goha había un judío enriquecido (¡de Alah nos viene la riqueza!) con toda clase de negocios reprensibles (¡sepultado sea en los fuegos del quinto infierno!). Y el tal judío oía todos los días a Goha recitar en voz alta aquella plegaria delante de su puerta. Y pensó para sí: "¡Por vida de Ibraim y de Yacub, que voy a hacer con Goha un experimento! Y ya veré cómo sale de la prueba." Y cogió una bolsa con noventa y nueve dinares de oro nuevo, y desde su ventana la tiró a los pies de Goha cuando éste recitaba su plegaria acostumbrada de pie ante el umbral de su casa. Y Goha recogió la bolsa, mientras el judío le vigilaba para ver en qué paraba el asunto. Y vio a Goha desatar los cordones de la bolsa, vaciando el contenido en su regazo y contando los dinares uno a uno. Luego oyó que Goha, al notar que faltaba un dinar para los cientos que había pedido, exclamaba, alzando las manos hacia su Creador: "¡Oh Generoso! ¡loado y reverenciado y glorificado seas por tus beneficios! pero el don no está completo, y en vista de mi promesa, no puedo aceptarlo tal y como viene". Y añadió: "Por eso voy a gratificar con ello a mi vecino el judío, que es un hombre pobre, cargado de familia y un modelo de honradez". Y así diciendo, cogió la bolsa y la tiró dentro de la casa del judío. Luego se fue por su camino.

Cuando el judío vio y oyó todo aquello, llegó al límite de la estupefacción, y se dijo: "¡Por los cuernos luminosos de Mussa! nuestro vecino Goha es un hombre lleno de candor y de buena fe. Pero no puedo verdaderamente opinar con respecto a él mientras no haya comprobado la segunda parte de su aserto". Y al día siguiente tomó la bolsa, metió en ella cien dinares más uno, y la tiró a los pies de Goha en el momento en que éste recitaba su acostumbrada plegaria delante de su puerta. Y Goha, que demasiado sabía de dónde caía la bolsa, pero continuaba fingiendo creer en la intervención del Altísimo, se inclinó y recogió el don. Y cuando contó de un modo ostensible las monedas de oro, se encontró con que aquella vez era ciento uno el número de dinares. Entonces dijo, levantando las manos al cielo: "¡Ya Alah, tu generosidad no tiene límites! He aquí me has concedido lo que te pedía con toda confianza, y aun has querido colmar mi deseo, dándome más de lo que anhelaba. Así es que, para no herir tu bondad, acepto este don tal como viene, aunque en esta bolsa hay un dinar más de los que yo pedía". Y tras de hablar así, se guardó la bolsa en el cinturón e hizo andar una tras otra a sus dos piernas. Cuando el judío, que miraba a la calle, vio que Goha se guardaba de tal suerte la bolsa en su cinturón y se marchaba tranquilamente, se puso muy amarillo de color y sintió que de cólera se le salía el alma por la nariz. Y se precipitó fuera de su casa y corrió detrás de Goha, gritándole: "¡Espera!, ¡oh Goha, espera!". Y Goha dejó de andar, y encarándose con el judío, le preguntó: "¿Qué te pasa?". El otro contestó: "¡La bolsa! ¡devuélveme la bolsa!". Y dijo Goha: "¿Devolverte la bolsa de cien dinares y un dinar que Alah me ha deparado? ¡Oh perro de judíos! ¿es que esta mañana ha fermentado tu razón en tu cráneo? ¿O acaso piensas que debo dártela como te di la de ayer? En este caso, puedes desengañarte, porque ésta la guardo por miedo a ofender al

Altísimo en Su Generosidad para conmigo, que soy indigno de ella. Bien sé que hay un dinar de más en esta bolsa, pero eso no perjudica a los demás. ¡Por lo que a ti respecta, ya estás yendo!" Y enarboló un grueso garrote nudoso, e hizo ademán de dejarlo caer con todo su peso sobre la cabeza del judío. Y el desgraciado de la descendencia de Yacub se vio obligado a volverse con las manos vacías y la nariz alargada hasta los pies.

Y otro día Si-Goha escuchaba en la mezquita predicar al khateb. Y en aquel momento el khateb explicaba a sus oyentes un extremo de derecho canónico, diciendo: "¡Oh creyentes! sabed que si a la caída de la noche el marido cumple con su esposa los deberes de un buen esposo, se verá recompensado por el Retribuidor como si hubiese sacrificado un carnero. Pero si la copulación lícita tiene lugar durante el día, se le tendrá en cuenta al marido como si se tratara del rescate de un esclavo. ¡Y si la cosa se realiza a media noche, la recompensa será igual a la obtenida por el sacrificio de un camello!".

Y he aquí que, de vuelta en su casa, Si-Goha transmitió a su esposa estas palabras. Luego se acostó a su lado para dormir. Pero la mujer, sintiéndose poseída de violentos deseos, dijo a Goha: "Levántate ¡oh hombre! a fin de que ganemos la recompensa que se obtiene por el sacrificio de un carnero". Y Goha dijo: "Está bien". E hizo la cosa y volvió a acostarse. Pero a media noche de nuevo se sintió la hija de perro con el organismo en disposición copulativa y volvió a despertar a Goha, diciéndole: "Ven ¡oh hombre! para que juntos nos procuremos el beneficio que reporta el sacrificio de un camello...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 924ª NOCHE

Ella dijo:

"...Ven ¡oh hombre! para que juntos nos procuremos el beneficio de un camello". Y Goha se despertó refunfuñando, y con los ojos medio cerrados, hizo la cosa en cuestión. Y al punto se volvió a dormir.

Pero a primera hora de la mañana, la esposa, asaltada de nuevos deseos, sacó de su sueño a Goha, diciéndole: "¡Date prisa ¡oh hombre! a despertarte antes de que salga el sol, que tenemos que hacer juntos lo que nos proporcionará, de parte del Retribuidor, el precio acordado por rescate de un esclavo!"

Pero aquella vez Goha no quiso oír, y contestó: ¡Oh mujer! ¿y qué esclavitud peor que la de un hombre que se ve obligado a sacrificar a su propio niño? Deja, pues, al niño de su padre, y rescátame el primero a mí, que soy tu esclavo".

Y otro día, en otra mezquita, Si-Goha, escuchaba piadosamente al imam, que decía: "¡Oh creyentes que evitáis a vuestras mujeres para correr en pos de las nalgas de los mancebos! sabed que cada vez que un creyente realiza con su esposa el acto conyugal, Alah levanta para él un kiosco en el paraíso". Y de vuelta en su casa, Goha contó a su mujer la cosa, porque así salió en la conversación, aunque sin darle importancia. Pero la esposa, que no había dejado salir por la otra oreja lo que le había entrado por una, esperó a que estuviesen acostados los niños, y dijo a Goha: "¡Bueno, ven para que hagamos que nos levanten un kiosco a nombre de nuestros hijos!" Y Goha contestó: "No hay inconveniente". Y metió la herramienta del albañil en el cajón de la argamasa. Luego se acostó.

Pero al cabo de una hora de tiempo, la esposa de ojos vacíos despertó a Goha, y le dijo: "Me he olvidado de que tenemos una hija casadera que debe habitar sola. Levantemos un kiosco para ella". Y Goha dijo: "¡Vaya, ualahí! ¡Sacrifiquemos al muchacho por la muchacha!" E introdujo al niño consabido en la cuna que le reclamaba. Luego se echó en su colchón, resoplando, y se volvió a dormir. Pero a media noche la esposa le tiró del pie, reclamando otro quiosco para su madre. Pero Goha exclamó: "¡Sea la maldición de Alah con los pedigüeños indiscretos! ¿Acaso no sabes ¡oh mujer de ojos vacíos! que la generosidad de Alah prescindiría de nosotros si le obligáramos a levantar tantos kioscos a nuestro nombre?"

Y siguió roncando.

Y un día entre los días, una mujer devota entre las vecinas de Goha estaba orando, cuando, por inadvertencia, se le escapó un cuesco. Y como no acostumbraba a hacerlo, no supo con exactitud si el cuesco consabido lo había engendrado ella realmente, o si el ruido que oyó provenía del roce de su pie contra las baldosas o de un gemido lanzado al orar. Y llena de escrúpulos, fue a consultar a Goha, de quien sabía estaba muy versado en la jurisprudencia. Y se lo explicó y le pidió su opinión. Y Goha, a manera de respuesta, soltó al punto un cuesco de importancia y preguntó a la devota: "¿Era un ruido como éste, tía mía?" Y la vieja devota contestó: "¡Era un poco más fuerte!" Y Goha lanzó al punto un segundo cuesco más importante que el primero, y preguntó a la devota: "¿Era así?" Y ella contestó: "¡Era un poco más fuerte todavía!". Entonces Goha exclamó: "¡No, por Alah, entonces no era un ventoseo, sino una tempestad! ¡Vete segura, ¡oh madre de los Ventoseos! porque si no, a fuerza de hacer ganas, voy a hacer pasteles!"

Y un día, el asombroso conquistador tártaro Timur-Lenk, el Cojo de hierro, pasó cerca de la ciudad donde residía Si-Goha. Y se reunieron los habitantes, y después de discutir mucho la manera de impedir al khan tártaro que devastara su ciudad, acordaron rogar a Si-Goha que les sacara de tan cruel apuro. Y al punto Si-Goha hizo que le llevaran toda la muselina que había disponible en los zocos, y con ella se fabricó un turbante del tamaño de una rueda de carro. Luego montó en su burro, y salió de la ciudad al encuentro de Timur. Y cuando estuvo en su presencia, el tártaro observó aquel turbante extraordinario, y dijo a Goha: "¿Cómo traes ese turbante?" Y Goha contestó: "¡Oh soberano del mundo! es mi gorro de noche, y te suplico que me dispenses por haber venido entre tus manos con este gorro de noche; pero dentro de un instante tendré mi gorro de día, que viene detrás cargado en un carromato alquilado a tal fin". Entonces Timur-Lenk, espantado del enorme tocado de los habitantes, no pasó por aquella ciudad. Y lleno de simpatía por Goha, le retuvo a su lado, y le preguntó: "¿Quién eres?" Y Goha contestó: "¡Aquí donde me ves, soy el dios de la tierra!"

Y Timur, que era de raza tártara, en aquel momento estaba rodeado de algunos mozalbetes, que eran los más hermosos de su nación, y tenían, como es corriente en los de su raza, los ojos muy pequeños y encogidos. Y dijo a Goha, mostrándole aquellos niños: "Y bien, ¡oh dios de la tierra! ¿encuentras de tu gusto a estos lindos niños que aquí ves? ¿Tiene par su belleza?" Y Goha dijo: "No es por disgustarte, ¡oh soberano del mundo! pero me parece que estos niños tienen los ojos demasiado pequeños, y a causa de ello carece de gracia su rostro". Y Timur le dijo: "¡No te preocupen por eso! ¡Y puesto que eres el dios de la tierra, hazme el favor de agrandarle los ojos!" Y Goha contestó: "¡Oh mi señor! ¡respecto a ojos del rostro, sólo Alah puede agrandarlos, pues, por mi parte, yo, que soy el dios de la tierra, sólo puedo agrandarle el ojo que tienen de cintura para abajo!" Y al oír estas palabras, Timur comprendió con qué clase de granuja tenía que habérselas, y se regocijó con su réplica, y en lo sucesivo, lo retuvo con él, como bufón habitual.

Y un día, Timur, que no solamente era cojo y tenía un pie de hierro, sino también tuerto y extremadamente feo, charlaba de unas cosas y de otras con Goha. Y a la sazón entró el barbero de Timur, y después de afeitarle la cabeza, le presentó un espejo para que se mirase. Y Timur se echó a llorar. Y siguiendo su ejemplo, Goha rompió en llanto, y lanzó suspiros tras gemidos, e invirtió en ello una o dos o tres horas de tiempo. Así es que ya había acabado de llorar Timur, y Goha seguía sollozando y lamentándose. Y Timur, asombrado, le dijo:

¿Qué te pasa? Si yo he llorado, fue porque me miré en el espejo de este barbero de mal augurio y me encontré verdaderamente feo. Pero ¿por qué motivo viertes tú tantas lágrimas y continúas gimiendo tan lamentablemente?" Y Goha contestó: "Dicho sea con todo respeto. ¡oh soberano nuestro! he de hacerte observar que ha bastado que te mires un breve instante en el espejo para llorar dos horas de tiempo. ¿Qué tiene, pues, que quien te está mirando todo el día llore más tiempo que tú?" Y a estas palabras, en vez de enfadarse, Timus se echó a reír de tal manera, que se cayó de trasero.

Y otro día, estando Timur a la mesa, eructó muy cerca de la cara de Goha. Y exclamó Goha: "¡Oh soberano mío! ¡eructar es un acto vergonzoso!" Y Timur, asombrado, dijo: "En nuestro país no se tiene por vergonzoso el eructo". Y Goha no contestó nada; pero, al final de la comida, soltó un cuesco ruidoso. Y exclamó Timur, enfadado: "¡Oh hijo de perro! ¿qué haces? ¿Y no te da vergüenza?" Y Goha contestó: "¡Oh mi señor! en nuestro país no se tiene eso por vergonzoso. ¡Y como sé que no comprendes la lengua de nuestro país, no he tenido escrúpulo en hacerlo!"

Otro día, en otra ocasión, Goha reemplazaba al khateb en la mezquita de un pueblo vecino. Y cuando hubo acabado de predicar, dijo a sus oyentes, meneando la cabeza: "¡Oh musulmanes! el clima de vuestra ciudad es exactamente el mismo que el de mi pueblo". Y ellos dijeron: "¿Por qué lo dices?". Él contestó, "Porque acabó de tentarme el zib, y lo encuentro como en mi pueblo, flojo y colgante sobre mis testículos. ¡La zalema con todos vosotros, que me voy!"

Y otro día predicaba Goha en la mezquita, Y a manera de conclusión, alzó las manos al cielo, y dijo: "Dámoste gracias y te glorificamos por Tus bondades, ¡oh Dios verídico y todopoderoso que no nos has colocado el culo en la mano!" Y asombrados por aquella acción de gracias, sus oyentes le preguntaron: "¿Qué quieres decir con esa extraña plegaria, ¡oh khateb!?" Y Goha dijo: "¡Pues bien claro está, por Alah! Si el Donador nos hubiese creado con el culo en la mano, nos mancharíamos la nariz cien veces al día".

Y otra vez, subido también en el púlpito, tomó la palabra; diciendo: "¡Oh musulmanes! ¡loores a Alah, que no nos ha colocado detrás lo que tenemos delante!" Y le preguntaron: "¿Por qué dices eso...?

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 925ª NOCHE

Ella dijo:

"...¡Oh musulmanes! ¡loores a Alah, que no nos ha colocado detrás lo que tenemos delante!" Y le preguntaron: "¿Por qué dices eso?" Él dijo: "Porque si el báculo estuviera situado detrás, cada cual, sin querer, podría tornarse semejante a los compañeros de Loth, haciendo aquello a lo que sólo pudo sustraerse Loth".

Y un día encontrándose sola y completamente desnuda, la mujer de Goha se puso a contar su historia con mucha fruición, diciendo "¡Oh caro tesoro! ¿por qué no tendré dos o tres o cuatro como tú? Eres manantial de mis placeres, y me procuras preciosas ventajas". Y he aquí que quiso el Destino que llegase Goha mientras tanto. Y oyó aquellas palabras, y comprendió por qué se expresaba así su esposa. Entonces sacó su herencia, y le dijo, llorando: "¡Oh hijo de perro! ¡oh proxeneta! ¡cuántas calamidades has traído sobre mi cabeza! ¡Ojalá no hubieras sido nunca el niño de tu padre!"

Y otro día penetró Goha en la viña de su vecino, y se puso a comer uvas como un zorro, cogiendo los racimos por el rabo y sacándoselos de la boca sin un grano. Y he aquí que de repente apareció el vecino, amenazándole con un garrote y gritándole: "¿Qué haces ahí, ¡oh maldito!?" Y Goha contestó: "Tenía retorcijones, y he entrado aquí para descargarme el vientre". Y el otro preguntó: "Si es verdad eso, vamos a ver dónde está lo que has hecho". Y Goha se quedó muy perplejo por un instante; pero, tras de mirar a un lado y a otro buscando con qué justificarse, mostró al viñero una boñiga de asno, diciéndole: "Aquí tienes la prueba". Y el hombre dijo: "¡Cállate!, ¡oh embustero! ¿Desde cuándo eres un burro?" Y al punto sacó Goha su zib, que era enorme, y dijo: "Desde que el Retribuidor me gratificó con la herramienta calamitosa que estás viendo".

Y un día se paseaba Goha a orillas del río; y vio un grupo de lavanderas lavando su ropa interior. Y las lavanderas, al verle, se acercaron a él y le rodearon como un enjambre de abejas. Y una de ellas, levantándose la ropa, dejó al descubierto el cebón. Y Goha lo advirtió y volvió la cabeza, diciendo: "En ti me refugio, ¡oh Protector del Pudor!" Pero las lavanderas le dijeron alborotadas: "¿Qué te pasa, ¡oh pillastre!? ¿Acaso no sabes el nombre de este bienaventurado?" Él dijo: "¡Demasiado sé que se llama el

Origen de mis males!" Pero ellas exclamaron: "¡Quiá! ¡Si es el Paraíso del Pobre!" Entonces Goha pidió permiso para retirarse, apartándose un poco, y envolvió al niño con la tela de su turbante, como en un sudario, y se acercó de nuevo a las lavanderas, que le preguntaron: "¿Qué es eso, ¡oh Goha!?" Él dijo: "Es un pobre que ha muerto, y desea entrar en el paraíso consabido". Y se echaron ellas a reír hasta caerse. Y al propio tiempo notaron que fuera del sudario colgaba una cosa y que era la bolsa enorme de Goha. Y le dijeron: "¡Bueno! pero ¿qué es eso que cuelga de tal modo por debajo del muerto, como dos huevos de avestruz?" Él dijo: "¡Son los dos hijos de este pobre, que han venido a visitar su tumba!"

Y una vez que estaba Goha de visita en casa de la hermana de su esposa. Y le dijo ella: "¡Ya Si-Goha! me veo precisada a ir al hammam, por lo que te ruego que tengas cuidado de mi mamoncillo durante mi ausencia". Y se marchó. Entonces el pequeñuelo empezó a gritar y a chillar. Y Goha, muy fastidiado, se dispuso a hacer por calmarle. Sacó, pues, su rahat-lucum y se lo dio a chupar al mamoncillo, que no tardó en dormirse. Y cuando estuvo de vuelta la madre y vio al niño dormido, dio muchas gracias a Goha, que le dijo: "De nada, ¡oh hija del tío! y si hubiera hecho contigo lo que con él y hubieses probado mi narcótico, también te hubieras dormido, dando con la cabeza antes que con los pies".

Y otra vez se disponía Goha a violar a su burro a la puerta de una mezquita aislada. Y acertó a pasar un hombre que iba a hacer sus devociones en aquella mezquita. Y vio a Goha que estaba muy ocupado en la cosa consabida. Y asqueado, escupió en el suelo manifiestamente. Y Goha le miró atravesado, y le dijo: "¡Da gracias a Alah, que si no tuviera yo ahora entre manos una cosa tan urgente, ya te enseñaría a escupir aquí".

>Y otra vez Goha estaba tumbado en el camino, a pleno sol, un día de calor, teniendo en la mano su garboso báculo al descubierto. Y le dijo un transeúnte: "Vergüenza sobre ti, ¡oh Goha! ¿Qué estás haciendo?" Y Goha contestó: "Calla, ¡oh hombre! y vete de mi vista. ¿No ves que he sacado a tomar el aire a mi niño para refrescarle?"

Y otro día fueron a preguntar a Goha en consulta jurídica: "Si en la mezquita suelta un cuesco el imam, ¿qué debe hacer la asamblea?" Y Goha contestó sin vacilar: "¡Es evidente que lo que debe hacer es responder!"

Y Goha y su mujer iban por la orilla del río un día de crecida. Y de pronto, dando un mal paso, la mujer resbaló y cayó al agua. Y como la corriente era muy fuerte, se la llevó. Y Goha no vaciló en tirarse al agua para pescar a su mujer: pero, en lugar de seguir la corriente, fue en dirección contraria. Y la gente que se había reunido le hizo observar aquello, y le dijo: "¿Qué buscas, ya Si-Goha?"

Y contestó él:

"¡Por Alah! ¡busco a la hija del tío, que se ha caído al agua!" Y le contestaron: "¡Pero ¡oh Goha! ha debido arrastrarla la corriente, y la estás buscando contra la corriente!" Dijo él: "¡Quiá! ¡Conozco a mi esposa mejor que vosotros! ¡Tiene un carácter tan atrabiliario, que de antemano estoy seguro de que ha ido contra la corriente!"

Y otro día llevaron un hombre a presencia de Goha, que desempeñaba entonces las funciones de kadí. Y le dijeron: "El hombre que ves aquí ha sido sorprendido en plena calle mientras se dedicaba a violar a un gato". Y como había testigos del hecho, el hombre no pudo negar de una manera aceptable. Y Goha le dijo: "¡Vamos, habla! ¡Si me dices la verdad, te será otorgada la indulgencia de Alah! ¡Dime, pues, cómo te has arreglado para violar al gato!" Y el hombre contestó: "Por Alah, ¡oh nuestro señor el kadí! ¡he acercado lo que tú sabes a la puerta de la gracia, y he forzado esta puerta sujetando las patas del animal con mis manos y su cabeza con mis rodillas! ¡Y como la cosa había resultado bien la vez primera, he cometido la torpeza de reincidir! Confieso mi falta, ¡oh señor kadí!"

Pero Goha exclamó: "Mientes, ¡oh hijo de proxenetas! ¡Porque yo he intentado más de treinta veces hacer lo mismo que tú, sin obtener buen resultado nunca!" Y mandó que le dieran una paliza.

Otro día, estando Goha de visita en casa del kadí de la ciudad, se presentaron dos querellantes, y dijeron: "¡Oh señor kadí! Nuestras casas se hallan tan próximas, que se tocan. Y he aquí que esta noche ha venido un perro a ensuciarse entre nuestras dos puertas, a igual distancia. Y venimos en tu busca para que nos digas a quién incumbe recoger la cosa". Y el kadí se encaró con Goha, y le dijo con acento irónico: "A tu juicio dejo la tarea de examinar este caso y de sentenciarlo". Y Goha se encaró con ambos querellantes, y dijo a uno: "Vamos a ver, ¡oh hombre! ¿ha ocurrido el hecho evidentemente más cerca de tu puerta?" El hombre contestó: "¡La verdad es que la cosa ha tenido lugar en medio exactamente!" Y Goha preguntó al segundo: "¿Es cierto, o quizá la cosa está más hacia tu casa?" El otro contestó "¡La mentira es ilícita! La cosa ha tenido lugar exactamente entre nosotros dos, en la calle". Entonces Goha dijo, a manera de sentencia: "Ya está resuelto el asunto. Esa tarea no os incumbe ni a uno ni a otro, sino a quien, por deber de su cargo, corresponde el cuidado de las calles, es decir, a nuestro señor el kadí".

Y otro día el hijo de Goha, que tenía cuatro años de edad, había ido con su padre a casa de unos vecinos que estaban de fiesta. Y le presentaron una hermosa berenjena, preguntándole: "¿Qué es esto?" Y el niño contestó: "¡Un ternerillo que todavía no ha abierto los ojos!" Y todo el mundo se echó a reír, mientras Goha exclamaba: "¡Por Alah, que no soy yo quien se lo ha enseñado!"

Y, finalmente, estando Goha otro día con ganas de copulación, sacó al aire el niño de su padre. Y he aquí que, por casualidad, una mosca de la miel se posó en la cabeza de la herramienta. Y Goha se pavoneó, exclamando...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 926ª NOCHE

"...Y he aquí que, por casualidad, una mosca de la miel se posó en la cabeza de la herramienta. Y Goha se pavoneó, exclamando: "Por Alah, que sabes lo que es bueno, ¡oh mosca! Porque ésta es una flor digna de ser escogida entre todas las flores para hacer miel".

"Y estas son ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada— solamente algunas entre las numerosas gracias, palabras, tonterías y teorías del maestro de las divisas y de la risa, el delicioso e inolvidable Si-Goha. ¡La misericordia y la bendición de Alah sean con él! ¡Y ojalá se conserve viva su memoria hasta el día de la Retribución!"

Y dijo el rey Schahriar: "¡Esas gracias de Goha me han hecho olvidar las más graves preocupaciones, Schehrazada!" Y la pequeña Doniazada exclamó: "¡Oh hermana mía! ¡cuán dulces y sabrosas y frescas son tus palabras!"

Y Schehrazada dijo: "Pero ¿qué es eso comparado con la Historia de la jovenzuela obra maestra de los corazones, lugarteniente de los pájaros?" Y el rey Schahriar exclamó: "¡Por Alah, ¡oh Schehrazada! que conozco bastantes jovenzuelas, y he visto más aún; pero no recuerdo ese nombre! ¿Quién es, pues, Obra maestra de los corazones, y cómo es lugarteniente de los pájaros?"

Historia de la jovenzuela obra maestra de los corazones, lugarteniente de los pájaros

Y dijo Schehrazada:

He llegado a saber ¡oh rey afortunado! que en Bagdad, ciudad de paz y morada de todas las alegrías y residencia de los placeres y jardín del ingenio, el califa Harún Al-Raschid, vicario del Señor de los tres mundos y Emir de los Creyentes, tenía por compañero de copa y amigo preferido, entre sus íntimos y coperos, a aquel cuyos dedos manejaban la armonía, cuyas manos eran las bienamadas de los laúdes y cuya voz era enseñanza para los ruiseñores, al músico rey de los músicos y maravilla de la música de su tiempo, al prodigioso cantor Ishak Al-Dadim, de Mossul. Y el califa, que le quería con un cariño extremado, habíale dado por morada el más hermoso de sus palacios y el más selecto. Y tenía Ishak por cargo y misión instruir en el arte del canto y en la armonía a las jóvenes más a propósito entre las que se compraban en el zoco de las esclavas y en los mercados del mundo para el harén del califa. Y en cuanto una de ellas se distinguía entre sus compañeras y las adelantaba en el arte del canto, del laúd y de la guitarra, Ishak la conducía ante el califa, y la hacía cantar y tocar delante de él. Y si gustaba al califa, la hacían entrar en su harén inmediatamente. Pero si no le gustaba bastante volvía a ocupar su sitio entre las discípulas del palacio de Ishak.

Un día entre los días, el Emir de los Creyentes, sintiéndose el pecho oprimido, mandó buscar a su gran visir Giafar el Barmecida, y a Ishak, su compañero de copa, y a Massrur, el portaalfanje de su venganza. Y cuando estuvieron entre sus manos, les ordenó que se disfrazaran como acababa de hacer él mismo. Y disfrazados de tal modo, parecían un simple grupo de particulares. Y Al-Fazl, el hermano de Giafar, y Yunús el letrado se juntaron a ellos, disfrazados también. Y todos salieron del palacio sin ser notados, y llegaron al Tigris, y llamaron a un batelero, y se hicieron conducir hasta Al-Taf, barrio de Bagdad. Y aterrizaron allá y caminaron al azar por la ruta de los encuentros fortuitos y de las aventuras inopinadas.

Y mientras marchaban charlando y riendo, vieron ir hacia ellos a un anciano de barba blanca y de aspecto venerable, que se inclinó ante Ishak y le besó la mano. E Ishak le reconoció como uno de los proveedores que aprovisionaban de jóvenes y de mozalbetes el palacio del califa. Y a aquel jeique precisamente era al que se dirigía Ishak cada vez que deseaba una nueva tanda de discípulas para su escuela de música.

Y he aquí que, precisamente cuando el jeique hubo abordado de tal modo a Ishak, sin sospechar que iba acompañado del Emir de los Creyentes y de su visir Giafar y de sus amigos, se excusó mucho por haberle molestado e interrumpido su paseo, y añadió: "¡Oh mi señor! hace mucho tiempo que deseo verte. E incluso tenía decidido ir a buscarte en tu palacio. Pero ya que Alah me ha puesto hoy en el camino de tu gracia, voy a hablarte enseguida de lo que preocupa a mi espíritu". E Ishak preguntó: "¿Y de qué se trata, pues, ¡oh venerable!? ¿Y en qué puedo servirte?" Y el mercader de esclavos contestó: "Escucha. En este momento tengo, en el depósito de esclavos, una joven que está muy diestra ya en el laúd y que no tardará en hacer honor a tu escuela, pues se halla muy bien dotada, y mejor que ninguna sabrá ella aprovecharse de tu admirable enseñanza. Y como, además, su gracia es continuación de los dones de su espíritu, creo que no dejarás de echar sobre ella una ojeada y de prestar por un instante tu oído precioso a la prueba de su voz. Y si te place ella, todo saldrá a pedir de boca. De no ser así, la venderé a cualquier mercader, y sólo me restará renovar mis excusas por la molestia que te ocasiono a ti y a estos honorables señores, amigos tuyos".

Al oír estas palabras del viejo mercader de esclavos, Ishak consultó con una rápida ojeada al califa, y contestó: "¡Oh tío! precédenos, pues, al depósito de esclavos, y prevén a la joven consabida, a fin de que se prepare a ser vista y oída poro todos nosotros. Porque me acompañarán mis amigos". Y el jeique contestó con el oído y la obediencia, y desapareció a buen paso, en tanto que el califa y sus compañeros se dirigían más despacio al depósito de esclavos, guiados por Ishak, que conocía el camino.

Y aunque la aventura no tenía nada de extraordinaria, la aceptaron de buena gana, como a orillas del mar acepta el pescador la suerte que Alah ha escrito para su primera redada. Y al acercarse al depósito de esclavos, vieron que era un edificio alto de murallas y amplio de espacio, que podría alojar cómodamente a todas las tribus del desierto. Y franquearon la puerta y entraron en una sala grande, reservada para la venta y la compra, y rodeada de bancos en que se sentaban los compradores. Y también sentáronse ellos en aquellos bancos, mientras el anciano, que les había precedido, iba a buscar a la joven. Y habíase preparado para ella, precisamente en medio de la sala, una especie de trono de madera preciosa, cubierto con la tela bordada de Jonia, al pie del cual se hallaba un laúd de Damasco con cuerdas de plata y oro.

Y de pronto la joven que esperaban hizo su entrada con la gracia de una rama que se balanceaba. Y se sentó en el trono preparado, saludando a la concurrencia. Y parecía el sol cuando brilla en lo alto del cielo de mediodía. Y aunque le temblaban un poco las manos, cogió el laúd, lo apoyó contra su seno como haría una hermana con su hermanito, e hizo brotar del instrumento un preludio que entusiasmó los espíritus. E inmediatamente hirió en otro tono las cuerdas dóciles, y cantó estos versos del poeta:

¡Suspira, ¡oh mañana! a fin de que uno de tus suspiros flotantes se destaque y llegue hasta la tierra de la amada! ¡Y lleva mi saludo perfumado a todo el caro y brillante grupo!

¡Y di a mi amiga que me he dejado el corazón en prenda de su amor! ¡Porque mi deseo es más fuerte que cuanto de ordinario desalienta a los enamorados!

¡Dile que ha herido con un golpe mortal mi corazón y mis ojos! ¡Pero mi pasión aumenta y se exalta cada vez más!

¡Y mi espíritu, lacerado por el amor todas las noches, ha hecho olvidar a mis párpados el arte de hacerse obedecer del sueño!

Cuando la joven hubo acabado de cantar estos versos, el califa no pudo por menos de exclamar: "¡Maschalah sobre tu voz y sobre tu arte!, ¡oh bendita! En verdad que has triunfado". Pero de repente se acordó de su disfraz, y no dijo más, temiendo que le reconocieran. E Ishak tomó a su vez la palabra para cumplimentar a la joven. Pero no había acabado de abrir la boca, cuando la armoniosa jovenzuela se levantó vivamente de su asiento y fue a él y le besó respetuosamente la mano, diciendo: "¡Oh mi señor! los brazos se inmovilizan en tu presencia, y a tu vista, las lenguas se callan, y la elocuencia frente a ti se torna muda. Y sólo tú, por lo que a mí respecta, puedes ser quien descorra el velo". Y le dijo estas palabras mientras sus ojos lloraban.

Al ver aquello, le preguntó Ishak, muy sorprendido y emocionado...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 927ª NOCHE

Ella dijo:

"...Al ver aquello, le preguntó Ishak, muy sorprendido y emocionado: "¡Oh preciosa joven! ¿por qué se entristece tu alma y hace llorar a tus ojos? ¿Y quién eres, ¡oh tú a quien no conozco!?"

Y la joven bajó los ojos sin contestar, e Ishak comprendió que no quería hablar en público. Y tras de consultar con la mirada al califa intrigado, hizo correr la cortina que aislaba de la esclava la almoneda de los compradores, y dijo dulcemente: "Tal vez ahora quieras explicarte con todo desahogo y libertad".

Y la joven, en cuanto se vio sola con Ishak, se levantó el velo del rostro con un gesto lleno de gracia, y apareció como era en verdad, muy hermosa, blanca cual la luna nueva, con un bucle negro en cada sien, una nariz recta y pura como el nácar transparente, una boca tallada en pulpa de granadas maduras, y un mentón adornado por una sonrisa. Y en aquel rostro libertado del velo se rasgaban unos grandes ojos negros hasta amenazar a las sienes con pasar de ellas.

Y tras de mirarla un momento sin hablar, Ishak le dijo más dulcemente todavía: "Habla ¡oh joven! con toda confianza". Entonces dijo ella, con una voz semejante a la voz del agua en las fuentes: "La duración de la espera y el tormento de mi espíritu han hecho que ya no se me reconozca, y las lágrimas que he vertido han lavado de su frescura a mis mejillas. Y no abre ninguna de las rosas de antaño". E Ishak sonrió y dijo, interrumpiéndola: "Y desde cuándo ¡oh joven! florecen las rosas sobre la faz de la luna llena? ¿Y por qué tratas de rebajar con tus palabras tu propia belleza?" Ella contestó: "¿A qué podrá aspirar una belleza que hasta ahora no vivió más que para sí misma? ¡Oh mi señor! desde hace meses pasaban los días en este depósito de esclavos, ingeniándome yo, a cada nueva almoneda, por encontrar un pretexto para que no se me vendiera; porque siempre esperaba tu llegada y mi entrada en tu escuela de música, cuya fama se ha extendido hasta las llanuras de mi país".

Y mientras ella hablaba de este modo, entró su propietario el mercader. E Ishak le preguntó: "¿Qué precio pones a la jovenzuela? Y ante todo, ¿cuál es su nombre?" Y el jeique contestó: "¡Respecto a su nombre, ¡oh mi señor! la llamamos Tohfa Al-Kulub, Obra Maestra de los Corazones! Porque ningún otro apelativo, en verdad, le va tan bien. En cuanto a su precio, debo decirte que ha sido discutido muchas veces entre los ricos aficionados que se presentaban con frecuencia, seducidos por sus ojos, y yo. Por lo menos, vale diez mil dinares. Y debo advertir, a fin de que lo sepas, que ella es la que hasta ahora ha impedido a los compradores llevar más adelante sus negociaciones. Porque cada vez que yo le hacía ver, a petición suya, el rostro de los que se presentaban a comprar, ella me contestaba, sabiendo que no la vendería sin su consentimiento: "¡Este me disgusta por tal y cual motivo, y con este otro no congeniaría nunca a causa de esto y de aquello!" Y de tal modo ha acabado por alejar de ella completamente a los compradores ordinarios y desalentar a los extraños. Porque todos acabaron por saber de antemano que encontraría en ellos algún grave defecto e imperfección, y les contó, sin omitir un detalle, cuanto había pasado. Y por eso la honradez me fuerza a no pedirte como precio de esta joven esclava más que la suma de diez mil dinares, con la que apenas cubro gastos". E Ishak sonrió, y dijo: "¡Oh jeique! añade aún dos veces diez mil dinares y quizás obtenga ella entonces el precio conveniente".

Y tras de hablar así ante el mercader asombrado, añadió: "Es preciso que hoy mismo conduzcan a la joven a mi morada, a fin de que se te cuente el precio convenido entre nosotros". Y le dejó, después de sonreír a la conmovida joven, y fue en busca del califa y sus demás acompañantes. Y los encontró en el límite de la impaciencia, y les contó, sin omitir un detalle, cuanto había pasado. Y salieron todos juntos del depósito de esclavos para proseguir su paseo a capricho de su mutuo destino.

En cuanto a la jovenzuela Obra Maestra de los Corazones, su amo el viejo jeique se apresuró a conducirla, en aquella hora y en aquel instante, al palacio de Ishak, y a percibir los treinta mil dinares en que convinieron como precio de compra. Luego se marchó por su camino.

Entonces las pequeñas esclavas de la casa se agruparon en torno de ella, y la condujeron al hammam, donde le dieron un baño delicioso, y la vistieron, la peinaron y la cubrieron de adornos de todas clases, como collares, sortijas, pulseras de brazo y de tobillos, velos bordados de oro y pectorales de plata. Y la hermosa palidez de su rostro brillante y terso era cual la luna del mes de Ramadán por encima del jardín de un rey.

Cuando el maestro Ishak vio a la jovenzuela Obra Maestra de los Corazones con aquel nuevo esplendor, más conmovida y más conmovedora que una recién casada en el día de sus bodas se felicitó de la adquisición que había hecho y dijo para sí: "¡Por Alah! que cuando esta jovencita haya pasado algunos meses en mi escuela y se perfeccione más todavía en el arte del laúd y del canto, y cuando, merced al júbilo de su corazón, haya acabado de recobrar su belleza nativa, será para el harén del califa una adquisición insigne; porque esta joven no es una hija de Adán, sino una hurí selecta, en verdad".

Y dio las órdenes oportunas para que se pusiera a disposición de ella cuanto era necesario a sus estudios de armonía, y recomendó que no se descuidase nada, para que la estancia en el palacio de la música le fuese agradable de todo punto. Y así se hizo. Y de tal suerte, se allanó todo para la jovenzuela, el camino del arte y de la belleza.

Un día entre los días, habiéndose dispersado por los jardines que les estaban reservados sus compañeras las jóvenes tañedoras de laúd y de guitarra, y hallándose el palacio de la música completamente vacío de sus jóvenes lunas, la jovenzuela Obra Maestra de los Corazones se levantó del diván en que descansaba, y entró sola en la sala de clase. Y se sentó en su sitio, y se puso el laúd contra el pecho, con el gesto del cisne que se mete la cabeza bajo el ala. Y había recobrado por entero su belleza, sin estar como antes pálida y desmadejada. Así, en una platabanda, en la segunda primavera, la anémona reemplaza al narciso de mejillas descoloridas por la muerte del invierno. Y de tal suerte, era una seducción para los ojos, un encanto para los corazones y un cántico de alegría para quien la había modelado.

Y completamente sola, hizo cantar a su laúd, sacándole del seno de madera una serie de preludios que hubiesen embriagado a la más refractaria de las criaturas. Luego volvió al primer tono, con un arte que superaba a los trinos y gorjeos de las aves canoras. Porque, en verdad, en cada uno de sus dedos había oculto un milagro.

Y nadie, ciertamente, sospechaba que en el palacio de Ishak el propio maestro tuviese en aquella joven su igual y aun su superior. Porque desde el día en que la emoción había hecho temblar en el depósito de esclavas las manos y la voz de la maravillosa jovenzuela, no había vuelto ella a tener ocasión de cantar en público, sin hacer, como sus compañeras, más que escuchar las enseñanzas de Ishak y tocar y cantar luego, pero no sola, sino a coro con todas las alumnas. Así, pues, cuando hubo hecho expresar a la madera armoniosa del laúd todas las voces de los pájaros que poblaron antaño el árbol de donde salió él, levantó la cabeza y dejó caer de sus labios, cantando, estos versos del poeta...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 928ª NOCHE

Ella dijo:

"...Así, pues, cuando hubo hecho expresar a la madera armoniosa del laúd todas las voces de los pájaros que poblaron antaño el árbol de donde salió él, levantó la cabeza y dejó caer de sus labios, cantando, estos versos del poeta:

¡Cuando el alma desea a la que es la única compañera posible, nada podrá hacerla retroceder, ni siquiera el Destino!

¡Oh tú, que me torturaste hasta destrozar para siempre mi corazón! ¡Toma mi vida entera y haz de ella propiedad tuya, pues que sólo la languidez que tu ausencia me produce logrará abatirme y hacerme morir!

Me has dicho, riendo: "¡Yo sola sabré curar el mal que sufres, y del que ningún médico ha sabido librarte; y una sola de mis miradas bastará como remedio para tu estado doliente!"

¿Cuánto tiempo todavía ¡oh cruel! vas a estar chanceándote de mi herida? ¿Acaso no ha creado el Señor a nadie más que a mí, sobre la tierra inmensa, para servir de blanco a las azagayas de tus burlas?

Mientras ella cantaba, Ishak, que desde por la mañana estaba con el sultán, había regresado, sin mandar a los servidores que anunciasen su llegada. Y desde el vestíbulo de su casa oyó aquella voz milagrosa y tan dulce, que cantaba como la brisa de prima mañana cuando saluda a las palmeras, y más reconfortante para el espíritu del oyente que el aceite de almendras para el cuerpo del luchador.

Y quedó Ishak tan conmovido por los acentos de aquella voz unida al acompañamiento del laúd, y que sin duda alguna sólo podía ser una voz entre las voces de la tierra, a no ser que se tratase de un efluvio llegado de los acordes edénicos, que no pudo por menos de lanzar un grito estridente de sobresalto a la par que de admiración. Y la joven cantarina Tohfa oyó aquel grito, y acudió, llevando todavía en las manos el laúd. Y halló a su amo Ishak apoyado en la pared del vestíbulo, con una mano sobre el corazón, tan pálido y tan emocionado, que tiró ella el laúd y corrió a él, llena de ansiedad, exclamando: "Sean contigo las gracias del Altísimo, ¡oh mi señor! y la liberación de todo mal. ¡Ojalá no tengas ninguna indisposición ni molestia!" Y reponiéndose, Ishak preguntó en voz baja: "¿Eras tú ¡oh Tohfa! quien tocaba y cantaba en la sala vacía?" Y la joven se turbó y enrojeció y no supo qué respuesta dar a una pregunta cuyo motivo no comprendía. Pero como insistiera Ishak, temió ella contrariarle si seguía callando, y contestó: "¡Ay! ¡oh mi señor! ¡era tu servidora Tohfa!" Y al oír aquello, Ishak bajó la cabeza y dijo: "¡Ha llegado el día de la confesión! ¡Oh Ishak de alma orgullosa, que te creías el primero de tu siglo en voz y en armonía, no eres más que un esclavo desprovisto de todo talento, en presencia de esa joven hija del cielo!"

Y en el límite de la emoción, cogió la mano de la jovenzuela y se la llevó con respeto a los labios y después a la frente. Y Tohfa se sintió desfallecer, y a pesar de todo, tuvo fuerzas para retirar vivamente la mano, exclamando: "El nombre de Alah sobre ti, ¡oh mi señor! ¿Desde cuándo el amo ha de besar la mano de la esclava?" Pero él contestó con toda humildad: "¡Cállate!, ¡oh Obra Maestra de los Corazones! ¡oh la primera de las criaturas! ¡cállate! Ishak ha encontrado su maestro, aunque hasta el presente pensó que no tenía igual. Pues juro por el Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!), juro que hasta el presente creí que no tenía igual, y ahora mi arte, al lado del tuyo, no es más que un dracma al lado de un dinar. ¡Oh Tohfa! eres la excelencia misma. Y en esta hora y en este instante, voy a conducirte ante el Emir de los Creyentes Harún Al-Raschid. Y cuando chispee sobre ti su mirada, serás una princesa entre las mujeres, como ya eres una reina entre las criaturas de Dios. Y así se consagrarán tu arte y tu belleza. Loores y loores, pues, a ti ¡oh mi soberana Obra Maestra de los Corazones! ¡Y solamente pido a Alah que, cuando tu maravilloso destino te haya sentado en el sitio escogido del palacio del Emir de los Creyentes, no ahuyentes de ti el recuerdo de tu esclavo Ishak el vencido!"

Y Tohfa contestó, con los ojos llenos de lágrimas: "¡Oh mi señor! ¿cómo he de olvidarte a ti, que eres la fuente de toda la fortuna y hasta la fuerza de mi corazón?" E Ishak le tomó la mano y le hizo jurar sobre el Libro que no le olvidaría. Y añadió: "¡Sí, por cierto! tu destino es un destino maravilloso, y en tu frente veo marcado el deseo del Emir de los Creyentes. Déjame, por tanto, rogarte que cantes en presencia del califa lo que hace un momento cantabas para ti sola, cuando yo te oía detrás de la puerta, contándome ya en el número, de los predestinados".

Y cuando obtuvo esta promesa de la joven, le dijo todavía: "¡Oh Obra Maestra de los Corazones! ¿puedes ahora, como último favor, decirme a qué sucesión de acontecimientos misteriosos se debe el que una reina se halle mezclada en el número de esclavas que se venden y se compran, cuando sería imposible valuar su rescate, aunque se acumularan ante ella todos los tesoros ocultos de las minas y todas las riquezas subterráneas y marinas que Alah el Altísimo ha metido en el corazón de los elementos?"

Y a estas palabras, Tohfa sonrió y dijo: "¡Oh mi señor! la historia de tu servidora Tohfa es una historia extraña, y su caso es muy sorprendente; porque si se escribiera con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de enseñanza al lector atento. Y un día cercano, si Alah quiere, te contaré esta historia, que es la de mi vida y de mi llegada a Bagdad. Pero por hoy bástete saber que soy presa de un maghrebín, y que he vivido entre maghrebines". Y añadió: "¡Estoy entre tus manos, pronta a seguirte al palacio del Emir de los Creyentes!"

E Ishak, que era de carácter reservado y delicado, se guardó bien de insistir para enterarse de más, y levantándose, dio una palmada, y ordenó a las esclavas que acudieron que prepararan la ropa de salir de su señora Tohfa. Y al punto abrieron ellas los grandes cofres de ropa, y sacaron una porción de maravillosos trajes rayados de seda de Nishabur, perfumados con esencias volátiles, y ligeros al tacto y a la vista. Y también sacaron de las arquillas de alhajas un surtido de joyas agradables de mirar. Y vistieron a su señora, la jovenzuela, con siete trajes superpuestos, de colores diferentes, y la sembraron de pedrerías, y la dejaron semejante a un ídolo chino.

Y terminados aquellos cuidados, se pusieron al lado suyo y la sostuvieron a derecha y a izquierda, en tanto que otras jóvenes se encargaban de llevar los bajos orlados de las colas. Y salieron con ella de la escuela de música, precedidos de Ishak, que abría la marcha con un negrito portador del laúd milagroso.

Y llegó el cortejo al palacio del califa, y entró en la sala de espera. E Ishak se apresuró a ir primero a presentarse solo ante el califa, y le dijo, tras de los homenajes debidos y rendidos: "¡He aquí ¡oh Emir de los Creyentes! que conduzco hoy entre tus manos una jovenzuela única entre las más bellas, un don escogido, un milagro de su creador, un tránsfuga del paraíso, maestra mía y no discípula mía, la maravillosa cantarina Tohfa, Obra Maestra de los Corazones!"

Y Al-Raschid sonrió y dijo: "¿Y dónde está esa obra maestra, ¡oh Ishak!? ¿Será acaso la joven a quien apenas vi un día en el depósito de esclavos, pues permanecía invisible y velada a los ojos del comprador?" Y contestó Ishak: "Esa misma es, ¡oh mi señor! ¡Y por Alah, que está más fresca a la vista que la mañana fresca, y es más armoniosa al oído que el cántico del agua en los guijarros!"

Y Al-Raschid contestó: "Entonces, ¡oh Ishak! no tardes más en hacer entrar a la mañana y a la que está más fresca que la mañana. Y no nos prives por más tiempo de la música del agua y de la que es más armoniosa que la música del agua. Porque, en verdad, que la mañana jamás debe estar oculta, ni el agua cesar de cantar...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 929ª NOCHE

Ella dijo:

"...no tardes más en hacer entrar a la mañana, y a la que está más fresca que la mañana. Y no nos prives por más tiempo de la música del agua y de la que es más armoniosa que la música del agua. Porque, en verdad, que la mañana jamás debe estar oculta, ni el agua cesar de cantar".

Y salió Ishak para ir en busca de Tohfa, mientras el califa se asombraba en el alma de verle alabar por primera vez, y con tanta vehemencia, a una cantarina. Y dijo a Giafar: "¿No es prodigioso ¡oh visir! que Ishak se exprese con tanta admiración acerca de otro que no sea él mismo? Ve ahí lo que me deja asombrado hasta el límite del asombro". Y añadió: "Pero vamos a ver de qué se trata".

Y al cabo de algunos instantes, precedida por Ishak, que le llevaba delicadamente de la mano, entró la jovenzuela. Y sobre ella chispeó la mirada del Emir de los Creyentes. Y se le conmovió el espíritu ante la gracia de ella; y se le regocijaron los ojos con aquellos andares encantadores que hacían pensar en la seda flotante de los cendales. Y en tanto que él la contemplaba, inclinóse ella entre sus manos y se levantó el velo del rostro. Y apareció como la luna en su decimocuarta noche, pura, deslumbradora, blanca y serena. Y aunque estaba turbada por hallarse en presencia del Emir de los Creyentes, no se olvidó de lo que le exigían los buenos modales, la cortesía y la educación, y con voz a ninguna otra parecida, saludó al califa, diciendo: "La zalema sobre ti, ¡oh descendiente del más noble entre los hijos de los hombres! ¡oh posteridad bendita de nuestro señor Mahomed (¡con Él la plegaria, la paz y las gracias escogidas!), redil y asilo de los que van por el camino de la rectitud, íntegro justiciero de los tres mundos! La zalema sobre ti de parte de la más sumisa y de la más deslumbrada de tus esclavas".

Y al oír estas palabras dichas con un acento tan delicioso, Al-Raschid se dilató y se holgó, y exclamó: "¡Maschalah! ¡oh molde de la perfección!" Y la miró aún más atentamente, y creyó volverse loco de alegría. Y Giafar y Massrur también creyeron volverse locos de alegría. Luego Al-Raschid se levantó de su trono y descendió hacia la jovenzuela, y se acercó a ella, y muy dulcemente le echó sobre el rostro su velillo de seda: lo que significaba que para en lo sucesivo pertenecía a su harén y que cuanto ella era se hundía para en lo sucesivo en el misterio prescrito a las elegidas de los Creyentes.

Tras de lo cual la invitó a sentarse, y le dijo: "¡Oh Obra Maestra de los Corazones! En verdad que eres un don escogido. Pero ¿no podrías con tu venida, que ilumina la morada, hacer entrar la armonía en el palacio? ¡Nuestro oído te pertenece, como nuestra vista!" Y Tohfa tomó el laúd de manos del pequeño esclavo negro, y se sentó al pie del trono del califa para preludiar al punto de una manera que conmovería al oído más refractario. Y el milagro de sus dedos era una realidad más emocionante que la garganta de los pájaros. Luego, en medio de respiraciones contenidas, dejó cantar en sus labios estos versos del poeta:

¡Cuando, en los límites del horizonte, sale de su lecho la joven luna y se encuentra de pronto con el rey de púrpura que se acuesta, muy avergonzada de que se le haya sorprendido sin el velo del rostro, esconde su palidez tras de una leve nube!

¡Espera a que el brillante emir haya desaparecido, para continuar su paseo por el tranquilo cielo de la tarde!

¡Si la reina no ha podido sobreponerse a su terror ante la proximidad del rey, ¿cómo podría una joven, sin morir al instante, sostener la mirada de su sultán?!

Y Al-Raschid miró a la joven con amor, complacencia y dulzura, y quedó tan encantado de sus dones naturales, de la hermosura de su voz y de la excelencia de la ejecución y de su canto, que descendió del trono y fue a sentarse junto a ella en la alfombra, y le dijo: "¡Oh Tohfa! ¡Por Alah, que verdaderamente eres un don escogido!" Luego se encaró con Ishak, y le dijo: "En verdad, ¡oh Ishak! que no has sido justo en tu apreciación de esta maravilla, no obstante todo lo que nos has dicho. Porque no temo aventurar que a ti mismo te supera incontestablemente. Y estaba escrito que nadie más que el califa debía hacerle justicia". Y Giafar exclamó: "¡Por vida de tu cabeza, ¡oh mi señor! que dices bien! ¡Esta jovenzuela arrebata la razón!" Y dijo Ishak: "En verdad, ¡oh Emir de los Creyentes! que no dejo de reconocerlo, máxime cuando, al oírla por primera vez, sentí enseguida que todo mi arte y lo que Alah me había repartido de talento no eran ya nada a mis propios ojos. Y exclamé: "¡Oh Ishak! ¡hoy es para ti el día de la confesión!"

Y dijo el califa: "Entonces, está bien".

Luego rogó a Tohfa que recomenzara el mismo cántico. Y al oírla de nuevo, prorrumpió en exclamaciones de placer y se tambaleó. Y dijo a Ishak: "¡Por los méritos de mis antepasados! me has traído un presente que vale el imperio del mundo". Después, sin poder dominar su emoción, y no queriendo aparecer demasiado expansivo ante sus acompañantes, el califa se levantó y dijo a Massrur, el eunuco: "¡Oh Massrur! levántate y conduce a tu señora Tohfa al aposento de honor del harén. Y ten cuidado de que no carezca de nada". Y el castrado porta alfanje salió llevándose a Tohfa. Y con los ojos húmedos, el califa la miró alejarse con su andar de gacela, sus atavíos y sus trajes rayados. Y dijo a Ishak: "Va vestida con gusto. ¿De dónde le vienen esos trajes como no los he visto semejantes en mi palacio?" Y dijo Ishak: "Le vienen de tu esclavo, en vista de tus generosidades sobre mi cabeza, ¡oh mi señor! Constituyen un presente que procede de ti y se han hecho por mediación mía. Pero ¡por vida tuya! nada son todos los presentes del mundo comparados con su belleza". Y el califa, que jamás caía en falta de munificencia, se encaró con Giafar y le dijo: "¡Oh Giafar! ¡da enseguida a nuestro fiel Ishak cien mil dinares por cuenta del tesoro y entrégale diez ropones de honor del guardarropa selecto!"

Luego, con el rostro transfigurado, y libre de todo género de preocupaciones del espíritu, Al-Raschid dirigióse al aposento reservado adonde Tohfa fue conducida por el portaalfanje. Y entró en el cuarto de la joven, diciendo: "La seguridad contigo, ¡oh Obra Maestra de los Corazones!" Y se acercó a ella, y la tomó en sus brazos, recatándose tras el velo del misterio. Y se encontró con una virgen pura, intacta como la perla marina recién cogida. Y disfrutó de ella.

Y desde aquel día Tohfa ocupó un alto puesto en el corazón del califa, hasta el punto de no poder soportar él ni por un solo instante la ausencia de la joven. Y acabó por ponerse entre las manos de ella todos los asuntos del reino. Porque había observado que se trataba de una mujer inteligente. Y ella tenía, para sus gastos habituales, doscientos mil dinares al mes y cincuenta esclavos a su servicio, de día y de noche. Y con los regalos y cosas de valor que poseía hubiera podido comprar todo el país del Irak y las tierras del Nilo.

Y de tal manera se incrustó el amor de aquella joven en el corazón del califa, que no quiso él fiar a nadie su custodia. Y cuando salía de verla, se guardaba la llave del aposento reservado. E incluso un día en que cantaba ella delante de él, sintió él tal acceso de exaltación, que hizo ademán de besarle la mano. Pero retrocedió de un salto, y al hacer aquel brusco movimiento, rompió su laúd. Y lloró. Y Al-Raschid, muy emocionado en extremo, le secó las lágrimas, y con voz temblorosa le preguntó por qué lloraba, y exclamó: "¡Haga Alah, ¡oh Tohfa! que jamás caiga de uno solo de tus ojos la gota de una lágrima!" Y Tohfa dijo: "¿Quién soy yo ¡oh mi señor! para que pretendas besar mi mano? ¿Quieres, por lo visto, que Alah y su Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!) me castiguen por ello y hagan desvanecerse mi felicidad? ¡Porque nadie en el mundo gozó de semejante honor!" Y Al-Raschid quedó muy satisfecho de su respuesta, y le dijo: "Ahora que sabes ¡oh Tohfa! el verdadero puesto que ocupas en mi espíritu, no volveré a intentar lo que tanto te ha emocionado. Refresca, pues, tus ojos, y sabe que no amo a nadie más que a ti, y que moriré amándote". Y Tohfa cayó a los pies del califa y le rodeó las rodillas con sus brazos. Y el califa la levantó y la besó, y le dijo: "Tú sola eres reina para mí. Y estás incluso por encima de Sett Zobeida, la hija de mi tío".

Un día, Al-Raschid había ido de caza, y Tohfa hallábase sola en su pabellón, sentada a la luz de un candelabro de oro que la iluminaba con sus velas perfumadas. Y leía ella un libro. Y de pronto cayó en sus rodillas una manzana olorosa. Y la joven levantó la cabeza y vio, en la parte de fuera, a la persona que había lanzado la manzana. Y era Sett Zobeida. Y Tohfa se levantó a toda prisa, y después de hacer respetuosas zalemas, dijo: "¡Oh señora mía, dispénsame! ¡Por Alah, que si yo hubiera estado en libertad de acción, todos los días habría ido a rogarte que admitieras mis servicios de esclava! ¡Que Alah no nos prive nunca de tus pasos!" Y Zobeida entró en el aposento de la favorita, y se sentó junto a ella. Y tenía el rostro triste y preocupado. Y dijo: "¡Oh Tohfa! conozco tu gran corazón, y no me sorprenden tus palabras. Porque la generosidad es en ti un don natural. ¡Por vida del Emir de los Creyentes! no tengo costumbre de salir de mis habitaciones y de ir a visitar a las esposas y favoritas del califa, mi primo y esposo. Pero hoy vengo a exponerte la situación humillante por la que atravieso desde tu entrada en el palacio. Sabe, en efecto, que estoy completamente abandonada, y me veo reducida a la condición de concubina seca. Porque el Emir de los Creyentes ya no viene a verme y ni siquiera pide noticias mías".

Y se echó a llorar. Y Tohfa lloró con ella y estuvo a punto de desmayarse. Y Zobeida le dijo: "He venido, pues, a dirigirte una súplica, es que obres de manera que Al-Raschid me conceda una noche al mes solamente, a fin de que no me vea por completo reducida a la condición de esclava".

Y Tohfa besó la mano a la princesa, y le dijo: "¡Oh corona de mi cabeza! ¡oh señora mía! con toda el alma anhelo que el califa pase todo el mes y no una noche contigo, a fin de que se reconforte tu corazón, y sea perdonada yo, que con mi llegada fui la causa de tu pena. Y ojalá un día no sea yo más que una esclava entre tus manos de reina y de señora".

Entretanto, Al-Raschid regresó de la caza, y se dirigió inmediatamente al pabellón de su favorita. Y Sett Zobeida, viéndole desde lejos, se apresuró a huir, después de que Tohfa le hubo prometido su intervención. Y Al-Raschid entró y se sentó sonriendo, e hizo sentarse a Tohfa sobre sus rodillas. Luego comieron y bebieron juntos, y se desnudaron. Y sólo entonces habló Tohfa de Sett Zobeida, y le suplicó que calmara su corazón y pasara con ella la noche. Y sonrió él y dijo: "Ya que tan urgente es mi visita a Sett Zobeida, debiste ¡oh Tohfa! hablarme de ello antes de que nos desnudáramos".

Pero ella contestó:

"Lo hice así, para dar la razón al poeta, que ha dicho":

¡Ninguna suplicante deberá presentarse velada: porque intercede mejor la que intercede completamente desnuda!"

Y cuando Al-Raschid oyó aquello, se contentó y estrechó a Tohfa contra su pecho. Y pasó lo que pasó. Tras de lo cual hubo de dejarla para hacer lo que ella le pedía con respecto a Sett Zobeida. Y cerró la puerta con llave, y se marchó.

¡Y esto es lo referente a él!

En cuanto a Tohfa, lo que le sucedió desde aquel instante es tan prodigioso y asombroso, que debe narrarse lentamente

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 930ª NOCHE

Ella dijo:

"...En cuanto a Tohfa, lo que le sucedió desde aquel instante es tan prodigioso y asombroso, que debe narrarse lentamente.

Cuando Tohfa se encontró sola en su aposento, volvió a coger el libro, y continuó su lectura. Luego, sintiéndose un poco cansada; tomó el laúd y se puso a tocar para ella. Y lo hizo tan bien, que bailaron de gusto hasta las cosas inanimadas.

Y de pronto sintió instintivamente que algo inusitado pasaba en su habitación, alumbrada en aquel momento por la luz de las velas. Y se volvió y vio, en medio del cuarto, a un viejo que bailaba en silencio. Y bailaba un baile extático, como no lo podría bailar jamás ningún ser humano.

Y Tohfa sintióse escalofriada de espanto. Porque las ventanas y las puertas estaban cerradas y las salidas estaban celosamente guardadas por los eunucos. Y no se acordaba de haber visto nunca en el palacio la cara de aquel extraño anciano. Así es que se apresuró a pronunciar mentalmente la fórmula del exorcismo: "¡Me refugio en Alah el Altísimo contra el Lapidado!" Y se dijo: "Claro que no voy a demostrar que me he dado cuenta de la presencia de este ser extraño. ¡Lo mejor será que continúe tañendo, y suceda lo que Alah quiera!" Y sin interrumpir su música, tuvo fuerzas para continuar el aire comenzado, pero sus dedos temblaban sobre el instrumento.

Y he aquí que, al cabo de una hora de tiempo, el jeique bailarín dejó de bailar, se acercó a Tohfa, y besó la tierra entre sus manos, diciendo: "Lo has hecho muy bien, ¡oh la más exaltada de Oriente y de Occidente! ¡Ojalá nunca el mundo se vea privado de tu vista y de tus perfecciones! ¡Oh Tohfa! ¡oh Obra Maestra de los Corazones! ¿no me conoces?" Y exclamó ella: "¡No, por Alah, no te conozco! Pero me parece que eres un genni del país de Gennistán. ¡Alejado sea el Maligno!"

Y contestó él, sonriendo: "Verdad dices, ¡oh Tohfa! Soy el jefe de todas las tribus del Gennistan, ¡soy Eblis!"

Y Tohfa exclamó: "¡El nombre de Alah sobre mí y alrededor de mí! ¡Me refugio en Alah!"

Pero Eblis le cogió la mano, la besó y se la llevó a los labios y a la frente, y dijo: "No temas nada, ¡oh Tohfa! porque desde hace mucho tiempo, eres mi protegida y la bienamada de la joven reina de los genn, Kamariya, que es en cuanto a belleza entre las hijas de los genn lo que tú misma eres entre las hijas de Adán. Sabe, en efecto, que desde hace mucho tiempo vengo con ella a visitarte todas las noches sin que tú lo sospeches y a admirarte sin que lo sepas. Porque nuestra encantadora reina Kamariya está enamorada de ti hasta la locura y no jura más que por tu nombre y por tus ojos. Y cuando viene aquí y te ve mientras estás dormida, se derrite de deseo y se muere por tu belleza. Y el tiempo transcurre para ella lánguidamente, excepto por la noche cuando viene en busca tuya y disfruta de tu contemplación sin que tú la veas. Vengo, pues, a ti en calidad de mensajero a contarte sus penas y la languidez que la invade lejos de ti, y a decirte de su parte y de mi parte que, si quieres, te conduciré al Gennistán, en donde se te elevará a la categoría más alta entre los reyes de los genn. Y gobernarás nuestros corazones, como aquí gobiernas los corazones de los hijos de los hombres. Y he aquí que hoy las circunstancias se prestan maravillosamente a tu viaje. Porque vamos a celebrar las bodas de mi hija y la circuncisión de mi hijo. Y la fiesta se iluminará con tu presencia; y los genn se conmoverán con tu llegada, y te querrán todos para reina suya. Y residirás entre nosotros mientras quieras. Y si no te gusta el Gennistán y no te amoldas a nuestra vida, que es una vida de continuos festejos, aquí hago ahora juramento de traerte al sitio de donde te saque, sin insistencias ni dificultades".

Y cuando hubo oído este discurso de Eblis (¡confundido sea!), la espantada Tohfa no se atrevió a rehusar la proposición por miedo a complicaciones diabólicas. Y contestó que sí con un movimiento de cabeza. Y al punto Eblis cogió con una mano el laúd que le confió Tohfa, y la cogió a ella misma con la otra mano, diciendo: "¡Bismilah!" Y conduciéndola de aquel modo, abrió las puertas sin ayuda de llaves, y caminó con ella hasta llegar a la entrada de los retretes. Porque los retretes, y en ocasiones los pozos y las cisternas, son los únicos parajes de que se sirven los genn de debajo de tierra y los efrits para llegar a la superficie de la tierra. Y por este motivo es por lo que no entra en los retretes ningún hombre sin pronunciar la fórmula del exorcismo y sin refugiarse en Alah con el espíritu. Y así como salen por las letrinas, los genn vuelven a sus dominios por el mismo sitio. Y no se conoce excepción de esta regla ni abolición de esta costumbre.

Así es que cuando la espantada Tohfa se vio delante de los retretes con el jeique Eblis, se le turbó la razón. Pero Eblis se puso a charlar para aturdirla, y bajó con ella al seno de la tierra por el ancho agujero de las letrinas. Y franqueando sin contratiempos aquel pasadizo difícil, otra vez se encontraron al aire libre, bajo el cielo. Y a la salida del subterráneo les esperaba un caballo ensillado, sin dueño ni conductor. Y el jeique Eblis dijo a Tohfa: "¡Bismilah, oh mi señora!" Y sosteniendo los estribos, la hizo sentarse en el caballo, cuya silla tenía un respaldo grande. Y se instaló ella lo mejor que pudo, y el caballo al punto se agitó debajo de ella como una ola, y de improviso abrió en la noche unas alas inmensas. Y se elevó con ella por los aires, mientras el jeique Eblis volaba a su lado por propio impulso. Y tanto miedo hubo de dar todo aquello a la joven, que se desmayó en la silla.

Y cuando, gracias al aire fuerte que se había levantado, volvió ella de su desmayo, se vio en una vasta pradera tan llena de flores y de frescura, que se creería contemplar un traje ligero teñido de hermosos colores. Y en medio de aquella pradera se alzaba un palacio con torres altas, que se erguían en el aire, y flanqueado de ciento ochenta puertas de cobre rojo. Y en el umbral de la puerta principal se hallaban los jefes de los genn, vestidos con hermosas vestiduras. Y cuando aquellos jefes divisaron al jeique Eblis, gritaron todos: "¡Ahí viene Sett Tohfa!" Y en cuanto se paró el caballo ante la puerta, se agruparon todos en torno de la joven, la ayudaron a echar pie a tierra, y la llevaron al palacio besándole las manos. Y dentro del palacio vio ella una sala formada por cuatro salas sucesivas, que tenía paredes de oro y columnas de plata, una sala capaz de hacer salir pelos en la lengua al que tratara de describirla. Y en el fondo se veía un trono de oro rojo incrustado de perlas marinas. Y la hicieron sentarse con gran pompa en aquel trono. Y los jefes de los genn formáronse en las gradas del trono, en derredor suyo y a sus pies. Y por el aspecto eran semejantes a los hijos de Adán, salvo dos de ellos, que tenían una cara espantosa. Porque cada uno de ambos no tenía más que un ojo abierto a lo largo en medio de la cabeza, y colmillos saledizos, como los de los cerdos salvajes.

Y cuando cada cual ocupó su sitio con arreglo a su categoría y todo el mundo quedó tranquilo, vióse avanzar a una reina joven, graciosa y bella, cuya faz era tan brillante que iluminaba la sala en torno suyo. Y detrás de ella iban otras tres jóvenes feéricas, contoneándose a más y mejor. Y llegadas que fueron ante el trono de Tohfa, la saludaron con una graciosa zalema. Y la joven reina, que marchaba a la cabeza, subió luego las gradas del trono, a la vez que las bajaba Tohfa. Y cuando estuvo frente a Tohfa, la reina la besó repetidamente en las mejillas y en la boca.

Aquella reina era precisamente la reina de los genn, la princesa Kamariya, la que estaba enamorada de Tohfa. Y las otras tres eran sus hermanas; y una de ellas se llamaba Gamra, la segunda Scharara y la tercera Wakhirna.

Y tan dichosa sentíase Kamariya de ver a Tohfa, que no pudo por menos de volver a levantarse de su sitial de oro para ir a besarla una vez más y a estrecharla contra su seno, acariciándole las mejillas.

Y al ver aquello, el jeique Eblis se echó a reír, y exclamó: "¡Vaya un grupo! ¡Sed amables, y cogedme entre vosotras dos!"

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 931ª NOCHE

Ella dijo:

...Y al ver aquello, el jeique Eblis se echó a reír, y exclamó: "¡Vaya un grupo! ¡Sed amables, y cogedme entre vosotras dos!" Y una gran carcajada recorrió la asamblea de los genn. Y también se rio Tohfa. Y la bella Kamariya le dijo: "¡Oh hermana mía! te amo, y los corazones son tan profundos, que no pueden tener por testigos más que a las almas. Y mi alma es testigo de que yo te amaba ya antes de haberte visto". Y por no parecer mal educada, Tohfa contestó: "¡Por Alah! también tú me eres cara, ya setti Kamariya. Y me he tornado en esclava tuya desde que te he visto". Y Kamariya le dio gracias, y la besó más, y le presentó a sus tres hermanas, diciendo: "Estas están casadas con nuestros jefes". Y Tohfa hizo un saludo apropiado a cada una de ellas. Y ellas fueron por turno a inclinarse ante Tohfa.

Tras de lo cual entraron los esclavos de los genn con el bandejón de los manjares, y pusieron el mantel. Y la reina Kamariya invitó a Tohfa a sentarse con ella y sus hermanas en torno a la bandeja, en medio de la cual había grabado estos versos:

Estoy hecha para llevar manjares de todas clases; La generosidad es lo que soporto; comed, pues, sin dejar nada, de lo que traigo.

Las manos de los más poderosos vienen a hacerme señas; Que cada cual de vosotros me designe cuál es su preferencia insigne.

Merezco que tan gran honor se me asigne, a causa de los manjares que ostento.

Cuando leyeron estos versos, tocaron a los manjares. Pero Tohfa no comía con apetito, porque estaba preocupada con la contemplación de aquellos dos jefes de los genn, que tenían un rostro repulsivo. Y no pudo por menos de decir a Kamariya: "¡Por vida tuya, ¡oh hermana mía! que mis ojos no pueden ya sufrir la vista de ese que está ahí y de ese otro que está a su lado! ¿Por qué son tan horribles, y quiénes son?" Y Kamariya se echó a reír y contestó: "¡Oh mi señora! ése es el jefe Al-Schisbán, y ese otro es el magno Maimún, el portaalfanje. Si te parecen feos, es porque, a causa de su orgullo, no han querido hacer como todas nosotras y como todos los genn, cambiando su forma prístina por la de seres humanos. Porque has de saber que todos los jefes que estás viendo, en su estado normal, son semejantes a esos dos en la forma, y en el aspecto; pero hoy, para no asustarte, han tomado la apariencia de hijos de Adán, para que te familiarices con ellos y estés a gusto". Y Tohfa contestó: "¡Oh mi señora! en verdad que no puedo mirarlos. ¡Sobre todo, qué espantoso es ese Maimún! ¡Le tengo miedo verdaderamente! ¡Sí, me dan mucho miedo esos dos gemelos!" Y Kamariya no pudo por menos de echarse a reír a carcajadas. Y Al-Schisbán, uno de los dos jefes de cara espantable la vio reír y le dijo: "¿A qué vienen esas risas, ¡oh Kamariya!?"

Y ella le habló en una lengua que no podría entender ningún oído de hijo de Adán, y le explicó lo que Tohfa había dicho con respecto a él y con respecto a Maimún. Y el maldito Al-Schisbán, en vez de enfadarse, se echó a reír con una risa tan prodigiosa, que al pronto se creería que había irrumpido en la sala una tempestad violenta.

Y terminó la comida en medio de la risa general de los jefes de los genn. Y cuando todo el mundo se lavó las manos, llevaron los frascos de vinos. Y el jeique Eblis se acercó a Tohfa, y dijo: "¡Oh mi señora! regocijas esta sala y la iluminas y la embelleces con tu presencia. Pero ¿a qué exaltación no llegaríamos reinas y reyes, si quisieras hacernos oír algo tocado por tu laúd, acompañándolo con tu voz? Porque he aquí que ya la noche abrió sus alas para marcharse, y no tardará mucho tiempo en hacerlo. Antes, pues, de que nos deje, favorécenos, ¡oh Obra Maestra de los Corazones!"

Y Tohfa contestó: "¡Oír es obedecer!"

Y cogió el laúd y lo tañó maravillosamente, hasta el punto de que a todos los que la escuchaban les pareció que el palacio bailaba con ellos, como un navío anclado, lo cual era efecto de la música.

Y cantó ella estos versos:

¡La paz sea con todos vosotros, que habéis jurado guardarme fidelidad!

¿No habíais dicho que me encontraría con vosotros, ¡oh vosotros los que os encontráis conmigo!?

¡Os haré reproches con una voz más dulce que la brisa de la mañana, más fresca que el agua pura cristalizada!

¡Porque tengo destrozados mis párpados, fieles a las lágrimas, por más que la sinceridad esencial de mi alma es un remedio para los que la ven!, ¡oh amigos míos!

Y al oír estos versos y su música, los jefes de los genn llegaron al éxtasis del gozo. Y aquel perverso y feo Maimún se entusiasmó tanto, que se puso a bailar con un dedo metido en el culo.

Y el jeique Eblis dijo a Tohfa: "¡Por favor, cambia de tono, porque al entrar en mi corazón el placer ha detenido mi sangre y mi respiración!" Y la reina Kamariya se levantó y fue a besarla entre ambos ojos, diciéndole: "¡Oh frescura del alma! ¡Oh corazón de mi corazón!" Y la conjuró para que tañera más.

Y Tohfa contestó: "¡Oír es obedecer!" Y cantó esto, con acompañamiento:

¡A menudo, cuando aumenta la languidez, consuelo a mi alma con la esperanza!

¡Maleables como la cera serán las cosas difíciles, si tu alma conoce la paciencia; y cuando está lejos se acercará, si te resignas!

Y fue cantando con tan hermosa voz, que todos los jefes de los genn se pusieron a bailar. Y Eblis se acercó a Tohfa, y le besó la mano y le dijo: "¡Oh maravillosa! ¿sería abusar de tu generosidad pedirte un nuevo cántico?" Y Tohfa contestó: "¿Por qué no me lo pide Sett Kamariya?" Y al punto acudió la joven reina, y besando ambas manos a Tohfa, le dijo: "¡Por mi vida sobre ti, canta otra vez!" Y Tohfa dijo: "¡Por Alah! tengo la voz cansada de cantar; pero, si quieres, os diré, sin cantarlos, sino recitándolos con su ritmo, los cantos del céfiro, de las flores y de las aves. Y para empezar, os diré primero el canto del céfiro".

Y dejó a un lado su laúd, y en medio del silencio de los genn, y bajo la sonrisa entusiasmada de las jóvenes reinas de los genn, dijo: "He aquí el Canto del céfiro:

Soy el mensajero de los amantes; llevo los suspiros de los que se lamentan a causa del amor.

Transmito con fidelidad los secretos de los enamorados, y repito las palabras como las he oído.

Soy tierno para los viajeros del amor. Ante ellos, mi aliento se torna más dulce, y me desahogo en mimos y lagoterías.

Amoldo mi conducta a la del amante. Si es bueno, le acaricio con un soplo aromático; pero si es malo, le molesto con un soplo inoportuno.

Cuando mi inquietud agita el follaje, el que ama no puede contener los suspiros. Y en cuanto mi murmullo le acaricia, dice sus penas al oído de su dueña.

Mi esencia se compone de dulzura y ternura, y soy como un laúd en el aire incandescente.

Si soy inquieto, no es por efecto de un capricho vano, sino por seguir a mis hermanas las estaciones en sus cambios y en su curso.

Se me cree útil, cuando solamente soy encantador. En la estación de primavera, soplo desde el Norte, fertilizando así los árboles y haciendo la noche comparable al día.

En la estación cálida, parte de Oriente mi carrera para favorecer a los frutos y vestir a los árboles con su hermosura plena.

En otoño, vengo del Sur para que mis bienamados los frutos lleguen a su perfección y maduren convenientemente.

En invierno, por fin, parte de Occidente mi carrera. Y de tal suerte, alivio a mis amigos los árboles del peso fatigoso de sus frutos, y seco las hojas por conservar la vida de las hermosas ramas.

Yo soy quien hace conversar a las flores con las flores, quien mece las mieses, quien otorga a los arroyos sus cadenas argénteas.

Yo soy quien fecunda a la palmera, quien revela a la amante los secretos del corazón que ella ha inflamado, y es mi aliento perfumado quien anuncia al peregrino del amor que se acerca a la tienda de su bienamada.

"Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! —continuó Tohfa—, os diré el Canto de la Rosa...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 932ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! —continuó Tohfa—, os diré el Canto de la Rosa. Helo aquí:

Soy la que hace su visita entre el invierno y el verano. Pero mi visita es tan corta como la aparición del fantasma nocturno.

Apresuraos a disfrutar el corto espacio de mi floración, y acordaos que el tiempo es un alfanje afilado.

Tengo el color de la amante a la vez que el traje del amante. Embalsamo a quien aspira mi aliento, y converso con la joven que me recibe de mano de su amigo, sintiendo una emoción desconocida.

Soy un huésped que nunca resultó inoportuno; y quien espere poseerme por mucho tiempo se equivoca. Soy aquella de quien está enamorada el ruiseñor.

Pero, con toda mi gloria, ¡ay! soy la más castigada de todas mis hermanas. Tierna aún, por doquiera que florezco, un círculo de espinas me oprime en todos sentidos.

Como flechas aceradas, esparcen mi sangre por mis vestiduras y las tiñen de bermejo color. Estoy eternamente herida.

Sin embargo, a pesar de cuanto sufro, sigo siendo la más elegante entre las efímeras. Me llaman Orgullo de la mañana. Brillante de lozanía, me adorno con mi propia hermosura.

Pero he aquí la mano terrible de los hombres, que me coge de en medio de mi jardín de hojas para llevarme a la prisión del alambique, entonces se liquida mi cuerpo y se abrasa mi corazón; se desgarra mi piel y se pierde mi fuerza; corren mis lágrimas y nadie tiene piedad de mí.

Mi cuerpo es presa del ardor del fuego, mis lágrimas de la sumersión y mi corazón del borboteo. El sudor que segrego es indicio irrecusable de mis tormentos.

Aquellos a quienes consume un mal abrasador se alivian con mi alma volátil; y aquellos a quienes agita el deseo aspiran con delicia el almizcle de mis antiguos trajes.

Así es que, cuando mi hermosura exterior abandona a los hombres, mis cualidades interiores con mi alma se quedan entre ellos.

Y los contemplativos, que saben extraer de mis encantos pasajeros una alegoría, no añoran la época en que mi flor adornaba los jardines; pero los amantes querrían que durara siempre esa época.

Y ahora, ¡oh señores míos y señoras mías! si queréis, os diré el Canto del Jazmín. Helo aquí:

Cesad de apenaros, ¡oh vosotros todos los que a mí os acercáis! que soy el jazmín. En el azul estallan mis estrellas, más blancas que la plata en la mina.

Nazco directamente del seno de la divinidad, y reposo en el seno de las mujeres.

Soy un adorno maravilloso para llevarlo en la cabeza.

Bebed vino en compañía, y burlaos de quien pasa su tiempo en languidez.

Mi color recuerda el alcanfor, ¡oh mis señores! y mi olor es el padre de los olores, el me hace estar presente todavía cuando ya estoy lejos.

Mi nombre, Yas-min, brinda un enigma cuyo significado verdadero no puede por menos de gustar a los novicios en la vida ingeniosa.

Está compuesto de dos palabras diferentes, desesperación y error. Indico, pues, con mi lenguaje mudo, que la desesperación es un error.

Por eso llevo conmigo la dicha y pronostico la felicidad y la alegría.

Soy el jazmín. Y mi color recuerda el alcanfor, ¡oh mis señores!

Y ahora, ¡oh señores míos y señoras mías! si queréis, os diré el Canto del Narciso. Helo aquí:

No me ofusca mi hermosura porque mis ojos sean lánguidos, porque me balancee armoniosamente y porque tenga un noble origen.

Siempre junto a las flores, me complazco en mirarlas; charlo con ellas a la luz de la luna, y constantemente soy su camarada.

Mi hermosura me otorga el primer puesto entre mis compañeras, y no obstante, soy su servidor. Así, puedo enseñar a quienquiera que lo desee las obligaciones propias del servicio.

Me ajusto a los riñones el cinturón de la obediencia, y me mantengo en pie como un buen servidor.

No me siento con las demás flores, ni alzo la cabeza hacia mi comensal.

Jamás soy avaro de mi perfume para aquel que desee aspirarlo, y jamás me rebelo a la mano que me coge.

A cada instante aplaco mi sed en mi cáliz, que es para mí un vestido de pureza.

Un tallo de esmeralda sírveme de base, y mi vestido está formado de oro y plata.

Cuando reflexiono sobre mis imperfecciones, no puedo por menos de bajar, confundido, mis ojos hacia tierra. Y cuando medito en lo que un día llegaré a ser, mi tez cambia de color.

Porque quiero, con la humildad de mis miradas, confesar mis defectos y hacerme perdonar mis guiños de ojos, y si a menudo bajo la cabeza, no es por mirarme en las aguas y admirarme, sino para pensar en el momento cruel de mi término.

Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el Canto de la Violeta. Helo aquí:

Estoy vestida con el manto de una hoja verde y con un ropón de honor ultramarino. Soy una cosita ínfima de aspecto delicioso.

Llámase a la rosa Orgullo de la mañana. Yo soy su misterio.

¡Pero cuán digna de envidia es mi hermana la rosa, que vive la vida de los bienaventurados y muere mártir de su hermosura!

Yo me amustio desde mi infancia, consumida de pena, y nazco vestida de luto.

¡Qué cortos son los instantes en que disfruto una vida agradable! ¡Ay! ¡ay! ¡qué largos son los instantes en que vegeto seca y despojada de mis trajes de hojas!

Ved. En cuanto abro mi corola, vienen a cogerme y a separarme de mis raíces sin darme tiempo de llegar al término de mi desarrollo.

No faltan entonces gentes que, abusando de mi debilidad, me tratan con violencia sin que las conmuevan mi modestia ni mis atractivos.

Hablo de placer a los que están junto a mí, y gusto a los que me advierten. Sin embargo, apenas pasa un día, y hasta menos de un día, no se me estima ya.

Y se me vende al más bajo precio tras de hacer el mayor caso de mí; y acábase por encontrarme defectos tras de haberme colmado de elogios.

De noche, por influjo del Destino enemigo, mis pétalos se enrollan y se mustian; y por la mañana, estoy pálida y seca.

Entonces es cuando me recogen las gentes estudiosas que conocen mis virtudes, con mi auxilio, alejan los males, aplacan los dolores y dulcifican los caracteres secos.

Fresca, hago disfrutar a los hombres la dulzura de mi perfume, el encanto de mi flor; seca les devuelvo la salud.

Pero, entre los hijos de los hombres, cuántos ignoran mis cualidades interiores y no se dignan escrutar mis ribetes de sabiduría.

Ofrezco, sin embargo, tantos motivos de reflexión a los meditativos, que procuran instruirse estudiándome. Porque mi modo de ser atrae a los que escuchan la voz de la razón.

Pero me consuelo de ser desconocida tan a menudo, viendo cómo mis flores, sobre sus tallos, se asemejan a un ejército cuyos jinetes, con cascos de esmeralda, hubieran adornado de zafiros sus lanzas y arrebatado oportunamente con sus lanzas las cabezas de sus enemigos.

Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el Canto del nenúfar. Helo aquí:

Tan temeroso y púdico es mi natural, que, no pudiendo decidirme a vivir desnudo al aire, rehúyo las miradas y me escondo en el agua. Y con mi corola inmaculada, me dejo adivinar más bien que ver.

Escuchen con avidez mis lecciones los enamorados, y tengan miramientos conmigo, y pórtense con prudencia.

Los lugares acuáticos son mi lecho de reposo, porque me gusta el agua límpida y corriente, y no me separo de ella ni por la mañana ni por la noche, ni en el invierno ni en el verano.

Y ¡qué cosa tan extraordinaria! atormentado de amor por esa agua, no ceso de suspirar tras ella, y presa de la sed ardiente del deseo, la acompaño por doquiera.

¿Vióse jamás nada parecido? Estar en el agua y sentirse devorado por la sed más ardiente.

De día, bajo los rayos del sol, despliego mi cáliz dorado; pero cuando la noche envuelve a la tierra con su manto y se extiende sobre las aguas, la onda me atrae hacia sí.

Y se inclina mi corola, y hundiéndome en el seno nativo, me retiro al fondo de mi nido de verdor y de agua y vuelvo a mis pensamientos solitarios, porque mi cáliz, sumergido en el agua nocturna, contempla entonces, como un ojo vigilante, lo que hace su dicha.

Y los hombres irreflexivos no saben ya dónde estoy, y no sospechan mi dicha escondida, y ningún censor viene a importunarme para alejarme de mi fresca bienamada.

Además de que, adonde quiera que me llevan mis deseos, mi bienamada permanece al lado mío.

Si le ruego que alivie el ardor que me inflama, me empapa ella en su dulce licor, y si le pido asilo, complaciente, ábreme su seno para ocultarme en él.

Mi existencia se halla ligada a la suya, y la dulzura de mi vida depende del tiempo que viva ella conmigo.

Ella sola puede darme el último grado de la perfección, y sólo a sus cualidades debo mis virtudes.

Tan temeroso y púdico es mi natural, que, no pudiendo decidirme a vivir desnudo al aire, huyo las miradas y me escondo en el agua. Y con mi corola inmaculada, me dejo adivinar más bien que ver.

"Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el Canto del Alelí...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 933ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y ahora, si queréis, ¡oh señores y señoras mías! os diré el Canto del Alelí. Helo aquí:

Las revoluciones del tiempo han cambiado mi color primitivo, descomponiéndolo en los tres matices diferentes que constituyen mis variedades.

La primera se presenta con la vestidura amarilla del mal de amor; la segunda se ofrece a las miradas vestida con el traje blanco de la inquietud que producen los tormentos de la ausencia; y la tercera aparece bajo el velo azul de la pena de amor.

Cuando soy blanco, no tengo brillo ni perfume. Así es que el olfato desdeña mi corola, y nadie viene a levantar el velo que cubre mis hechizos.

Pero me alegro de verme tan abandonado, porque así lo quería. (Guardo cuidadosamente mi secreto, encierro en mí mismo mi perfume, y disimulo mis tesoros con tanto esmero para que ni los deseos ni los ojos puedan gozar de ellos).

Cuando soy amarillo me propongo, por el contrario, seducir; a tal fin, adopto un aire de voluptuosidad; desde por la mañana hasta por la noche esparzo mi olor almizclado; y en el crepúsculo de la mañana y en el de la tarde dejo escapar mi aromático aliento.

No me censuréis, ¡oh hermanas mías! si, acuciado por los deseos, confío mi pasión al soplo del céfiro. La amante que traiciona su deseo no es culpable, sino que está vencida por la violencia de su amor.

Pero cuando soy azul, reprimo mi ardor durante el día, soporto mi pena con paciencia, y no exhalo el aroma de mi corazón.

Incluso a aquellos que me aman, nada les respondo cuando la luz del sol ofende al misterio en que me complazco; ni les manifiesto el secreto de mi alma, ni siquiera traiciono mi presencia con mi aroma.

Pero en cuanto la noche me cubre con sus sombras, muestro mis tesoros a mis amigos, y me quejo de mis males a los que sufren las mismas penas que yo, y cuando, en el jardín donde están sentados mis amigos, dan la vuelta las copas de vino, yo bebo a mi vez en mi propio corazón.

Entonces, cuando el instante me parece favorable, exhalo mis emanaciones nocturnas, y esparzo un perfume tan dulce cual la sociedad de un amigo muy querido.

También entonces, si se busca mi presencia y se me acaricia delicadamente, cedo con presteza a la invitación, sin quejarme de lo que me hacen sufrir los corazones duros.

¡Ah! Me gustan las tinieblas que los amantes escogen para sus entrevistas, en que la enamorada desfallece con los brazos abiertos. Me gustan las tinieblas que me permiten exhalar al viento mis endechas perfumadas, quitarme los velos que tapan mi desnudez, y presentar a mis hermanas sin perfumes el homenaje de mi incienso.

Y ahora, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré, si queréis, el Canto de la Albahaca. Helo aquí:

Ha llegado el momento, hermanas mías, de que adornéis a satisfacción el jardín en que moro. Dadme órdenes, y admitidme de comensal, por favor.

Mis hojas frescas y delicadas os anuncian mis raras cualidades. Soy amiga de los arroyos; comparto los secretos de los que conversan a la luz de la luna, y soy su depositaria más fiel.

Admitidme de comensal, ¡oh hermanas mías! Así como la danza no sería agradable sin el sonido de los instrumentos, el ingenio de las personas deliciosas no sería regocijante sin mi presencia.

Mi seno encierra un perfume precioso que penetra hasta el fondo de los corazones. Estoy prometida a los elegidos en el paraíso.

Ya os he dicho ¡oh hermanas mías! que no soy indiscreta. No obstante, quizá hayáis oído decir que existe un delator entre los individuos de mi familia: ¡la menta!

Pero os ruego que no le hagáis reproches: sólo difunde su propio olor, y sólo divulga un secreto que la concierne.

El que es indiscreto para sí mismo no puede compararse con quien revela secretos que se le han confiado, y no merece el apelativo injurioso de delator.

De todos modos, no estoy ligada a la menta por lazos de parentesco próximo. Reflexionad en esto, ¡oh hermanas mías! Soy amiga de los ruiseñores; conozco los secretos de los enamorados que hablan a la luz de la luna; soy una depositaria fiel.

Ha llegado el momento de que adornéis a satisfacción el jardín en que moro, dadme órdenes, y admitidme de comensal, por favor.

Y ahora, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré, si queréis, el Canto de la Manzanilla. Helo aquí:

Si te encuentras en estado de comprender los emblemas, levántate, y ven a aprovecharte de los que se te ofrecen. Si no, duerme, ya que no sabes interpretar la Naturaleza. Pero hay que confesar que es muy culpable tu ignorancia.

¿Cómo no han de ser deliciosos los días en que mi flor se abre? Ha llegado la época de que embellezca yo los campos y mi hermosura sea más dulce y más grata.

Mis pétalos blancos sirven para que se me reconozca desde lejos, y mi disco amarillo imprime dulce languidez a mi corola.

Se puede comparar la diferencia de mis dos colores a la que existe entre los versículos del Korán, que unos son claros y otros oscuros.

Aprende a desentrañar el sentido oculto de mi muerte aparente, que tiene lugar cada año, y de los tormentos que el Destino me hace sufrir.

Con frecuencia venías a admirarme cuando mi flor abierta encantaba las campiñas; y poco después has venido de nuevo, pero no me has encontrado. Y no comprendiste.

Así, cuando mis querellas dolorosas suben en pos de mis hermanas las palomas, supones que estos gemidos son un cántico de placer, y retozas, dichoso, sobre el césped esmaltado con mis flores. ¡Ay! no has comprendido.

Mis pétalos blancos sirven para que se me reconozca desde lejos. Pero es enfadoso que no sepas distinguir mi alegría de mi tristeza.

Y ahora, ¡oh señores míos y señoras mías! si queréis, os diré el Canto de la Alhucema. Helo aquí:

¡Oh! ¡Cuán dichosa soy de no contarme en el número de las flores que adornan los parterres! No corro riesgo de caer en manos viles, y estoy al abrigo de los discursos frívolos.

Al revés que a las plantas hermanas mías, la Naturaleza me ha hecho crecer lejos de los arroyos; y no me gustan los lugares cultivados y las tierras civilizadas.

Soy salvaje. Lejos de la sociedad, resido en los desiertos y en las soledades. Porque no me gusta mezclarme con la muchedumbre.

Como nadie me siembra ni cultiva, nadie tiene que echarme en cara los cuidados que me ha prestado. ¡Soy libre, libre! Y jamás me tocaron las manos del esclavo ni del hombre de las ciudades.

Pero si vas al Najd de Arabia, me encontrarás: allí, lejos de las moradas de los hombres pálidos, hacen mi dicha las llanuras espaciosas, y la sociedad de las gacelas y de las abejas es mi único placer.

Allí, el ajenjo amargo es mi hermano en soledad. Soy la bienamada de los anacoretas y de los contemplativos. Y he consolado a Agar y he curado a Ismael.

Soy libre, libre y semejante a las hijas de sangre noble, a quienes no se pone a la venta en los mercados de las ciudades.

No me buscan los libertinos, sino que sólo me estima el que, abrigando el propósito inquebrantable, se descubre la pierna y se lanza sobre el rápido corcel, con una brizna de mi tallo en la oreja.

Quisiera que estuvieses en el desierto de Najd, de donde soy originaria, cuando la brisa de la mañana vaga al lado mío por los valles.

Mi olor fresco y aromático perfuma al beduino solitario, y mi discreta exhalación regocija el olfato de los que descansan junto a mí.

Así es que, cuando el rudo camellero describe mis raras cualidades a las gentes de las caravanas, no puede menos de hablar de mí con ternura.

Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré, para terminar, el Canto de la Anémona. Helo aquí:

Si mi interior estuviera conforme con mi exterior, no me vería obligada a quejarme y a envidiar la suerte de mis hermanas.

Se ensalzan sin cesar los ricos matices de mi vestido, y el mayor elogio que se hace de las mejillas de las vírgenes es encontrarles parecido con mi tinte encarnado.

Y, sin embargo, quien me ve me desdeña; no me colocan en los vasos que decoran las salas de los festines; nadie elogia mis gracias; no participo de los homenajes que se rinden a mis hermanas; se me relega al último lugar en los parterres; se llega hasta excluirme de ellos por completo; y parece que a la vez repugno a la vista y al olfato.

¡Ay de mí! ¿Dónde está, pues, la causa de tan marcada indiferencia? ¡Ay! ¡ay! me supongo que obedecerá a que tengo negro el corazón.

¿Pero qué puedo yo contra los designios del Destino? Si mi interior está lleno de defectos y tengo negro el corazón, ¿no hay hermosura en mi exterior?

Renuncio a luchar. ¡Ay de mí! Si mi interior estuviera conforme con mi exterior, no me vería obligada a quejarme y a envidiar la suerte de mis hermanas. Me imagino que toda mi desgracia procede de mi corazón.

Y ahora que he acabado los cantos del céfiro y de las flores, os diré, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! algunos cantos de aves. He aquí primeramente el Canto de la Golondrina...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 934ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y ahora que he acabado los cantos del céfiro y de las flores, os diré, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! algunos cantos de aves. He aquí primeramente el Canto de la Golondrina:

Si utilizo para vivienda las terrazas y las casas, apartándome con ello de mis semejantes los pájaros que habitan en las concavidades de los árboles y en las ramas, es porque a mis ojos nada hay preferible a la condición de extraño. Me mezclo, pues, con los humanos porque no son de mi especie, y precisamente para ser extraña entre ellos.

Vivo siempre como viajera, y así disfruto la compañía de la gente instruida. Lejos de su patria, siempre es uno acogido con bondad y de manera cortés.

Cuando me establezco en una casa, no me permito hacer el menor agravio a sus habitantes. Me limito a levantar allí mi celda con materiales cogidos a orillas de los arroyos.

Aumento el número de los individuos de la casa; pero no pido que me hagan participar de sus provisiones, pues voy a buscar mi sustento en los lugares desiertos, así, el cuidado que pongo en abstenerme de lo que mis huéspedes poseen me atrae su afecto; porque si quisiera participar de su alimento, no me admitirían en sus moradas.

Estoy junto a ellos cuando se hallan reunidos; pero me alejo cuando toman su comida. Porque es de sus buenas cualidades de lo que deseo participar y no de sus festines; es su mérito lo que busco y no su trigo; anhelo su amistad y no su grano.

¡Así, es que, como me abstengo escrupulosamente de lo que poseen los hombres, tengo su afecto, y se me recibe en sus moradas como a una pupila a quien se estrecha contra el seno!

"Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el Canto del Búho. He aquí:

Me llaman maestro de la sabiduría, ¡ay! ¿quién conoce la sabiduría? La sabiduría, la paz y la dicha no se encuentran más que en el aislamiento. En él, al menos, hay probabilidades de encontrarlas.

Desde que nací, me aparté del mundo. Porque lo mismo que una sola gota de agua da origen a un torrente, la sociedad da origen a calamidades. Así es que no cifré en ella mi felicidad nunca.

Una cavidad de cualquier mina muy antigua constituye mi vivienda solitaria. Allí, lejos de compañeros, amigos y allegados, estoy al abrigo de tormentos y nada tengo que temer de los envidiosos.

Dejo los palacios suntuosos a los infortunados que en ellos residen, y los manjares delicados a los pobres ricos que de ellos se alimentan.

En mi soledad austera he aprendido a reflexionar y a meditar. Mi alma especialmente ha atraído mi atención. He pensado en el bien que puede hacer y en el mal de que puede ser culpable. He fijado mi atención en las cualidades reales e internas.

Así he aprendido que no existen alegrías ni placeres y que el mundo es un gran vacío erigido sobre el vacío. Hablo oscuramente, pero yo me entiendo. Hay cosas que es funesto explicar.

He olvidado, pues, lo que mis semejantes tienen derecho a esperar de mí, y lo que yo tengo derecho a esperar de ellos. He abandonado mi familia, mis bienes y mi país. He pasado con indiferencia por encima de los castillos. He escogido el viejo agujero de la muralla. Me prefiero a mí mismo.

Por eso me llaman el maestro de la sabiduría. ¡Ay! ¿quién conoce la sabiduría?

Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el Canto del Halcón. Helo aquí

Es verdad que soy taciturno. Soy, incluso, muy sombrío a veces. Ciertamente, no soy el ruiseñor lleno de fatuidad, cuyo canto habitual fatiga a las aves, y a quien la intemperancia de su lengua atrae todas las desdichas.

Soy fiel a las normas del silencio. La discreción de mi lengua acaso sea mi único mérito, y el cumplimiento de mis deberes mi perfección acaso.

Reducido al cautiverio por los hombres, permanezco reservado, y jamás descubro el fondo de mi pensamiento. Nunca se me verá llorar sobre los vestigios de mi pasado. La instrucción es lo que busco en mis viajes.

Así es que mi amo acaba por quererme y temeroso de que mi imparcialidad y mi reserva me atraigan odio, me tapa la vista con la caperuza, de acuerdo con estas palabras del Korán: "¡No desparrames la vista!"

Enlaza mi lengua sobre mi pico con el lazo que cumple estas palabras del Korán: "¡No muevas la lengua!"

Me oprime, en fin, con las trabas designadas por este versículo del Korán: "¡No andes por la tierra con petulancia!"

Sufro al verme atado así; pero, silencioso siempre, no me quejo de los males que soporto.

Así se ha hecho mi instrucción, madurando por mucho tiempo mis pensamientos en la noche de la caperuza. ¡Y entonces es cuando los reyes se tornan servidores míos, su mano real es punto de partida de mi vuelo y su puño queda debajo de mis pies orgullosos!

Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el Canto del Cisne. Helo aquí:

Dueño de mis deseos, dispongo del aire, de la tierra y del agua.

Mi cuerpo es nieve, mi cuello es un lirio, y mi pico un cofrecillo de ámbar dorado.

Mi realeza está hecha de blancura, de soledad y de dignidad. Conozco los misterios de las aguas, los tesoros que guardan en su fondo y las maravillas marinas.

Y mientras yo viajo y bogo, impulsado por mi propio velamen, el indiferente que vive en la arena no recoge nunca las perlas marinas y no puede aspirar más que a la espuma amarga.

Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el Canto de la Abeja. Helo aquí:

Construyo mi casa sobre las colinas. Me alimento de lo que se puede coger sin lastimar los árboles y de lo que se puede comer sin escrúpulo.

Me poso en las flores y en las frutas, sin destruir jamás una fruta ni chafar una flor; de ella saco solamente una substancia ligera como el rocío.

Contenta de mi delicado botín vuelvo a mi morada, donde me dedico a mis trabajos, a mi meditación y a la gracia que me ha sido predestinada.

Mi casa está construida con arreglo a las leyes de una arquitectura severa; y el propio Euclides se instruiría admirando la geometría de mis alvéolos.

Mi cera y mi miel son productos de la unión de mi ciencia con mi trabajo. La cera es resultado de mis afanes, y la miel es fruto de mi instrucción.

Sólo después de hacerles sentir la amargura de mi aguijón, concedo mis gracias a los que las desean.

Si buscas alegorías, voy a brindarte una muy instructiva. Piensa en que no puedes gozar de mis favores más que sufriendo con paciencia la amargura de mis desdenes y mis heridas.

El amor torna ligero lo más pesado. Si comprendes, acércate; si no, quédate donde estás.

Y ahora, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré, si queréis, el Canto de la Mariposa. Helo aquí:

Soy la amante abrasada eternamente en el amor de mi bien amada la llama.

La ley que rige mi vida consiste en consumirme de deseo y de ardor.

Los malos tratos de que mi amiga me hace objeto, lejos de disminuir mi amor, no hacen más que aumentarlo, y me precipito a ella, impulsada por el deseo de ver consumada nuestra unión.

Pero ella me rechaza con crueldad y desgarra el tejido de gasa de mis alas. ¡Jamás sufrió un amante lo que sufro yo!

Y la vela me responde: "Si me amas de verdad, no te apresures a condenarme, porque sufro los mismos tormentos que tú...

Que un enamorado se abrase, nada tiene de asombroso; pero sí debe sorprender que su querida corra la misma suerte.

El fuego me ama como yo le amo; y sus suspiros inflamados me queman y me derriten.

Quiere acercarse a mí, y me devora; quiere unirse a mí en amor, pero sólo puede realizar sus deseos destruyéndome.

Por el fuego me arrancaron de mi morada con mi hermana la miel. Luego, al separarme de ella, pusieron entre nosotros un espacio inmenso.

Mi suerte se reduce a esparcir mi luz, a arder, a verter lágrimas. Y me consumo para alumbrar a los demás".

Así me habló la vela. Pero el fuego encarándose con nosotras dos, nos dijo:

"¡Oh vosotras las atormentadas por mi llama! ¿por qué os quejáis del dulce instante de la unión?

¡Dichosos los que beben, mientras yo soy su copero! ¡Dichosa vida la del que, consumido por mi llama inmortal, muere por obedecer las leyes del amor!"

"Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el Canto del Cuervo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 935ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y ahora, si queréis, ¡oh señores y señoras mías! os diré el Canto del Cuervo. Helo aquí:

Sí, ya sé que, vestido de negro, vengo a turbar, con mi grito importuno, lo más puro, y a hacer amargo lo más dulce.

Lo mismo al salir la aurora que a la noche, me dirijo a los campamentos primaverales y los excito a la separación.

Si veo una dicha completa, proclamo su próximo fin; si diviso un palacio magnífico, anuncio su ruina inminente.

Sí, ya sé que me reprochan todo eso, y que soy de peor agüero que Kascher y más siniestro que Jader.

Pero ¡oh tú que cesuras mi conducta! si conocieras tu verdadera dicha como conozco yo la mía, no vacilarías en cubrirte, como yo, con una vestidura negra; y a todas horas me contestarías con lamentaciones.

Pero vanos placeres ocupan tus momentos, y tu vanidad te retiene alejado de los senderos de la sabiduría.

Olvidas que el amigo sincero es el que te habla con franqueza y no el que te oculta tus errores; que es el que te reprende y no el que te disculpa; que es el que te enseña la verdad y no el que venga sus injurias.

Porque quien te amonesta despierta en ti la virtud cuando duerme, y te pone en guardia inspirándote temores saludables.

Por lo que a mí respecta, vestido de luto, lloro por la vida fugitiva que se nos escapa, y no puedo por menos de gemir cuantas veces columbro una caravana cuyo conductor acelera la marcha.

Por tanto, soy semejante al predicador de la mezquita, y no es cosa nueva que los predicadores vayan vestidos de negro.

Pero ¡ay! que sólo objetos mudos e inanimados responden a mi voz profética.

¡Oh tú, que tan duro tienes el oído! despiértate por fin, y comprende lo que indica la niebla matinal: ¡no hay en la tierra nadie que no deba esforzarse por entrever algo del mundo invisible!

¡Pero no me oyes, no me oyes! ¡Y por fin me doy cuenta de que estoy hablando con un muerto!

Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el Canto de la Abubilla. Helo aquí:

Cuando vine de Saba, como mensajera de amor, entregué al rey dorado la carta de la reina de rasgados ojos cerúleos.

Y me dijo Soleimán: "¡Oh abubilla! me has traído de Saba una noticia que hace bailar mi corazón".

Y me colmó de favores, y me puso a la cabeza esta corona encantadora que llevo desde entonces.

Y me enseñó la sabiduría. Por eso vuelvo con frecuencia a la soledad de mis pensamientos, y recuerdo su enseñanza tal como me la facilitó.

Me dijo: "Has de saber ¡oh abubilla! que si el corazón tuviera cuidado de instruirse, la inteligencia penetraría el sentido de las cosas; si el espíritu fuera bueno, vería los signos de la verdad; si la conciencia supiera comprender, se enteraría sin dificultad de las buenas noticias.

Si el alma se abriera a las influencias místicas, recibiría luces sobrenaturales; si el interior fuese puro, quedarían al descubierto los misterios de las cosas, y la Dueña Divina se dejaría ver.

Si nos despojáramos de la vestidura del amor propio, no existirían ya en la vida obstáculos, y el espíritu no segregaría ya pensamientos helados.

De tal suerte tu temperamento podría adquirir el grado de equilibrio que constituye la salud espiritual, y serías tu propio médico.

Sabrías refrescarte con el abanico de la esperanza y prepararte tú misma el mirabolano del refugio, la besetén de la corrección, la azufaifa de la solicitud y el tamarindo de la dirección.

Sabrías molerte en el mortero de la paciencia, tamizarte por el tamiz de la humanidad, y administrarte los remedios espirituales, después de la vigilia nocturna, en la soledad de la mañana, frente a frente de la Divina Amiga.

Porque quien no sabe extraer un sentido alegórico del chirrido agrio de la puerta, del ronroneo de la mosca y del movimiento de los insectos que se deslizan por el polvo.

Quien no sabe comprender lo que indican la marcha de la nube, el resplandor del espejismo y el color de la niebla, no se cuenta en el número de las personas inteligentes".

Y tras de recitar así estos versos de flores y de aves, la joven Tohfa se calló.

Entonces, desde todos los puntos del palacio, se alzaron entusiastas exclamaciones de los genn. Y el jeique Eblis fue a besarle los pies, y las reinas, en el límite de la exaltación, fueron a abrazarla llorando. Y todos juntos se pusieron a hacer con las manos y con los ojos gestos y señas que significaban claramente: "¡Tenemos la lengua trabada de admiración, y no pueden salir palabras de nuestra boca!" Luego empezaron a saltar en sus asientos cadenciosamente y levantando las piernas en el aire, lo que significaba claramente en su lenguaje de genn: "¡Qué hermoso es! ¡Tú has sobresalido! Estamos maravillados. ¡Te lo agradecemos mucho!" Y el efrit Maimún, así como su compañero en fealdad, se levantó y se puso a bailar con el dedo metido en el culo, lo que significaba manifiestamente en su lenguaje: "Estoy loco de entusiasmo".

Y Tohfa, conmovida al ver el efecto producido en los genn por aquellos cantos y aquellos poemas, les dijo: "¡Por Alah, ¡oh señores míos y señoras mías! que si no estuviera fatigada, aún os hubiera dicho otros cantos y otros versos concernientes a las demás flores olorosas, hierbas y aves, especialmente los cantos del Ruiseñor, de la Codorniz, del Estornino, del Canario, de la Tórtola, de la Paloma, de la Zorita, del Jilguero, del Pavo Real, del Faisán, de la Perdiz, del Milano, del Buitre, del Águila y del Avestruz; y os hubiera dicho los cantos de algunos animales, como el Perro, el Camello, el Caballo, el Onagro, el Asno, la Jirafa, la Gacela, la Hormiga, el Carnero, el Zorro, la Cabra, el Lobo, el León y muchos otros más. Pero ¡inschalah! ya nos reuniremos en otra ocasión. Por el momento, ruego al jeique Eblis que me lleve al palacio de mi amo el Emir de los Creyentes, que debe estar muy inquieto por mí. Y dispensadme por no poder asistir a la circuncisión del niño y a las bodas de la joven efrita.

¡De verdad, no puedo!"

Entonces le dijo el jeique Eblis: "Verdaderamente, ¡oh Obra Maestra de los Corazones! se nos derrite el corazón al saber que quieres dejarnos tan pronto. ¿No habría manera de que te quedaras todavía un poco con nosotros? ¡Nos das a probar el dulce y nos lo quitas de los labios! ¡Por Alah sobre ti, ¡oh Tohfa! favorécenos con algunos instantes más!" Y Tohfa contestó: "En verdad que la cosa está por encima de mi capacidad. Y es preciso que vuelva al lado del Emir de los Creyentes, porque ¡oh Eblis! no ignoras que los hijos de la tierra no pueden disfrutar la verdadera dicha más que en la tierra. ¡Y mi alma se entristece por estar tan lejos de sus semejantes! ¡Oh vosotros todos! ¡no me retengáis aquí por más tiempo contra los impulsos de mi corazón!"

Entonces Eblis le dijo: "Por encima de mi cabeza y de mis ojos; pero antes ¡oh Tohfa! quiero decirte que conozco a tu antiguo maestro de música, el admirable Ishak Ibn-Ibrahim de Mossul".

Luego sonrió y dijo: "Y él también me conoce, pues en cierta velada de invierno pasaron entre nosotros ciertas cosas que no dejaré de contarte a mi vez ¡inschalah! algún día. Porque la historia de mis relaciones con él es una historia larga; y aún no ha debido olvidar las posiciones de laúd que hube de enseñarle ni la joven de una noche que hube de procurarle. Y no es ahora el momento oportuno para contarte todo eso, ya que tanta prisa tienes por volver con el Emir de los Creyentes. Sin embargo, no se dirá que has salido de entre nosotros sin nada entre las manos. Por eso voy a enseñarte un recurso de laúd, con el cual serás exaltada por el mundo entero, y serás todavía más amada por tu amo el califa".

Y ella contestó: "Haz lo que te plazca".

Entonces Eblis tomó el laúd de la joven y tocó una pieza por un método nuevo, con escalas maravillosas, repeticiones insólitas y temblores perfeccionados. Y oyendo aquella música, parecióle a Tohfa que cuanto había aprendido hasta aquel momento era erróneo, y que lo que acaba de aprender del jeique Eblis (¡confundido sea!) era fuente y base de toda armonía. Y se regocijó al pensar que podría hacer oír aquella música nueva a su amo el Emir de los Creyentes y a Ishak Al-Nadim. Y para tener la certeza de que no se equivocaría, quiso repetir, en presencia del que lo había tocado, el aire oído. Tomó, pues, su laúd de manos de Eblis, y guiándose por el primer tono que él le dio, repitió la pieza a la perfección. Y exclamaron todos los genn: "¡Excelente!" Y Eblis le dijo: "Hete aquí ahora, ¡oh Tohfa! en los límites extremos del arte. Así es que voy a extenderte un diploma signado por todos los jefes de los genn, en el cual se te reconocerá y proclamará como la mejor tañedora de laúd de la tierra. Y en ese mismo diploma te nombraré "lugarteniente de los pájaros". Porque los poemas que nos has recitado y los cantos con que nos has favorecido te hacen sin par; y mereces estar a la cabeza de los pájaros músicos".

Y el jeique Eblis mandó llamar al escriba principal, que tomó una piel de gallo, y acto seguido la preparó para extender el diploma en cuestión...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 936ª NOCHE

Ella dijo:

...Y el jeique Eblis mandó llamar al escriba principal, que tomó una piel de gallo, y acto seguido la preparó para extender el diploma en cuestión. Luego escribió encima, con una letra hermosa, en caracteres kúficos de renglones perfectos, lo que le dictó el jeique Eblis. Y quedó patente y reconocido en aquel diploma que la joven Tohfa sería en lo sucesivo lugarteniente de los pájaros, y que, en virtud de decreto especial, se la nombraba sultana de las teñedoras de laúd y de las cantarinas. Y se formalizó aquel diploma con el sello del jeique Eblis, y se marcó con los sellos de los demás jefes de los genn. Y después lo guardaron en un cofrecillo de oro, y se lo entregaron ceremoniosamente a Tohfa, que lo acogió y se lo llevó a la frente en acción de gracias.

Entonces Eblis hizo una seña a los que le rodeaban, y al punto entraron unos genn cargados con un armario cada cual. Y pusieron delante de Tohfa aquellos armarios, que eran doce, todos iguales. Y Eblis los abrió uno por uno, con objeto de enseñar el contenido a Tohfa, diciéndole: "¡Son de tu propiedad!" Y he aquí que el primer armario estaba enteramente lleno de pedrerías; el segundo, de dinares de oro; el tercero, de oro en lingotes; el cuarto, de joyas de orfebrería; el quinto, de candelabros de oro; el sexto, de confituras secas y de mirabolano, el séptimo, de lencería de seda; el octavo, de aceites y perfumes; el noveno, de instrumentos musicales; el décimo, de vajilla de oro; el undécimo, de trajes de brocado y el duodécimo, de trajes de seda de todos los colores.

Y cuando Tohfa hubo mirado el contenido de aquellos doce armarios, Eblis hizo una nueva seña a los portadores, que al punto se echaron a la espalda los armarios y se pusieron en fila detrás de Tohfa.

Entonces fueron las reinas de los genn a decir adiós, llorando a la lugarteniente de los pájaros; y la reina Kamariya le dijo: "¡Oh hermana mía! ya que nos abandonas, ¡ay! permitirás, al menos, que alguna vez vayamos a verte al pabellón en que habitas, y nos regocijemos los ojos con tu presencia, que arrebata la razón. ¡Pero supongo que también querrás que en adelante, en vez de permanecer invisible, tome yo forma de mujer terrestre y te despierte con mi aliento!" Y dijo Tohfa: "De todo corazón amistoso, ¡oh hermana mía Kamariya! Sin duda me regocijaré al despertarme bajo el soplo de tu aliento y al sentirte acostada al lado mío". Y a continuación se besaron por última vez, y se hicieron mil zalemas y mil juramentos de amantes.

Entonces Eblis dobló la espalda ante Tohfa, y la tomó a horcajadas en su cuello. Y en medio de adioses y suspiros de pena, echó a volar con ella seguido de cerca por los genn portadores que llevaban a la espalda los armarios. Y en un abrir y cerrar de ojos, llegaron todos, sin contratiempo, al pabellón del Emir de los Creyentes de Bagdad. Y Eblis depositó delicadamente a Tohfa en su lecho; y los portadores alinearon por orden contra la pared los doce armarios. Y tras de besar la tierra entre las manos de la lugarteniente de los pájaros, se retiraron todos, con Eblis a la cabeza, sin hacer el menor ruido, como habían venido.

Cuando Tohfa se encontró en su cuarto y en su lecho, le pareció que nunca había salido de él, y creyó que cuanto le había sucedido no era más que un sueño. Así es que, para cerciorarse de la realidad de sus sensaciones, tomó consigo el laúd, y lo templó y tañó con arreglo al método nuevo que había aprendido de Eblis, improvisando versos relativos al regreso. Y el eunuco que custodiaba el pabellón oyó tocar y cantar dentro del cuarto, y exclamó: "¡Por Alah, que es la música de mi señora Tohfa!"

Y se precipitó afuera, corriendo como un hombre perseguido por una horda de beduinos, y cayendo y levantándose, de tan emocionado como estaba, llegó al lado del jefe eunuco, Massrur el portaalfanje, que hacía la guardia, como de costumbre, a la puerta del Emir de los Creyentes. Y cayó a sus plantas, diciendo: "¡Ya sidi! ¡ya sidi!" Y Massrur le dijo: "¿Qué te ocurre? ¿Y qué vienes a hacer aquí a semejante hora?" Y el eunuco dijo: "¡Date prisa ¡ya sidi! a despertar al Emir de los Creyentes! ¡Traigo una buena noticia!" Y Massrur empezó a regañarle, diciéndole: "¿Estás loco ¡oh Sawab! para creerme capaz de despertar a esta hora a nuestro amo el califa?" Pero el otro se puso a insistir de tal manera y a gritar tan fuerte, que el califa acabó por oír el ruido y despertarse. Y preguntó desde adentro: "¡Ya Massrur! ¿a qué obedece todo ese tumulto de fuera?" Y Massrur, temblando, contestó: "Es Sawab el guardián del pabellón, ¡oh mi señor! que viene a buscarme para decirme: "¡Despierta al Emir de los Creyentes!" Y el califa preguntó: "¿Qué tienes que decirme, ¡oh Sawab!?" Y el eunuco sólo pudo balbucear: "¡Ya sidi! ¡ya sidi!" Entonces Al-Raschid dijo a una de las jóvenes esclavas que dentro velaban su sueño: "Ve a ver de qué se trata".

Entonces salió la joven a buscar a los eunucos, e hizo entrar al que custodiaba el pabellón. Y se hallaba él en tal estado, que, al ver al Emir de los Creyentes, se olvidó de besar la tierra entre sus manos, y le gritó, como si hablase a uno de sus semejantes en eunuquez: "¡Yalah, levántate pronto! Mi señora Tohfa está en su cuarto cantando y tocando el laúd. Vamos, ven a oírla ya, ¡oh hombre!" Y el califa, estupefacto, miró al esclavo sin poder pronunciar una palabra. Y el otro le dijo: "¿No has oído el principio de mi discurso? ¡No estoy loco, por Alah! Te digo que mi señora Tohfa está sentada en su dormitorio, tocando el laúd y cantando. ¡Ven pronto! ¡Date prisa!" Y Al-Raschid se levantó y se puso a toda prisa el primer traje que encontró a mano, sin comprender, por otra parte, ni una palabra de las del eunuco, al cual dijo: "¡Mal hayas! ¿Qué dices? ¿Cómo te atreves a hablarme de tu señora Sett Tohfa? ¿No sabes que ha desaparecido de su cuarto, aun cuando estaban cerradas puertas y ventanas, y que mi visir Giafar, que lo sabe todo, me ha afirmado que su desaparición no es natural, sino obra de los genn y de sus maleficios? ¿Y no sabes que, generalmente, no se vuelve a ver a las personas que se han llevado los genn? ¡Mal hayas, ¡oh esclavo! que te atreves a venir a despertar a tu señor a causa de un sueño grotesco que has tenido en tu cerebro negro!" Y el esclavo dijo: "¡No he tenido ningún sueño ni empeño, no he comido beleño, y por lo tanto, levántate, dueño, como yo te enseño! ¡Y ven a ver, risueño, a ese maravilloso diseño!" Y el califa, a pesar de todo, no pudo por menos de echarse a reír a carcajadas al observar la locura del eunuco Sawab. Y le dijo: "¡Si es cierto tu discurso, para bien tuyo será; porque te libertaré y te daré mil dinares de oro; pero si todo eso es falso, y de antemano te digo que eso es falso y producto de un ensueño de negro, te haré crucificar". Y el eunuco exclamó, alzando los brazos al cielo: "¡Oh Alah! ¡oh Protector! ¡oh Dueño de la salvaguardia! haz que no haya tenido yo en mi cerebro negro un sueño ni una visión".

Y echó a andar el primero, abriendo la marcha el califa, diciendo: "Las orejas son para oír y los ojos para ver. Ven, pues, para ver y escuchar con tus ojos y con tus orejas".

Y cuando Al-Raschid hubo llegado a la puerta del pabellón, oyó el sonido del laúd y la voz de Tohfa cantando. Y precisamente en aquel momento cantaba y tocaba con arreglo al método que le había enseñado el jeique Eblis. Y Al-Raschid, trastornado y reteniendo a duras penas la razón que se le huía, metió la llave en la cerradura; y su mano se negaba a abrir, de tanto como temblaba. Por fin, al cabo de un momento, se reanimó, y apoyándose en la puerta, que hubo de ceder, entró diciendo: "¡Bismilah! ¡Confundido sea el Maligno! ¡Me refugio en Alah contra los maleficios!"

Cuando Tohfa vio entrar al Emir de los Creyentes tan trastornado y tembloroso de emoción como estaba, se levantó vivamente y corrió a su encuentro. Y le rodeó con sus brazos y le estrechó contra su corazón. Y Al-Raschid lanzó un grito como si rindiera el alma, y se desplomó desmayado, dando con la cabeza antes que con los pies. Y Tohfa le roció con agua de rosas almizclada, y le remojó las sienes y la frente hasta que volvió él de su desmayo. Y permaneció un momento como un hombre ebrio. Y a lo largo de sus mejillas corrían lágrimas y mojaban su barba. Y cuando recobró el sentido por completo, pudo por fin llorar libremente con toda su alegría en el seno de su bienamada, que lloraba también. Y las frases que se dijeron y las caricias que se prodigaron están por encima de todos los discursos. Y Al-Raschid le dijo: "¡Oh Tohfa! ciertamente, tu ausencia es cosa extraordinaria; pero tu regreso lo es más todavía y va más allá del entendimiento". Y ella contestó: "¡Por tu vida!, ¡oh mi señor! ¡que es verdad! Pero ¿qué dirás cuando, tras de contarte todo, te lo haya enseñado todo?"

Y sin darle tiempo a replicar, le explicó la entrada silenciosa del viejo jeique en el pabellón, la danza enloquecida de Eblis, la bajada por las letrinas, lo referente al caballo alado y la residencia de los genn, hablándole asimismo de las reinas de los genn, y sobre todo de la belleza de Kamariya, enumerándole los manjares y los honores, los cantos de las flores y de las aves, la lección de música de Eblis, y por último, lo relativo al diploma que le habían extendido, nombrándola lugarteniente de los pájaros. Y desdobló ante el califa el diploma consabido escrito en piel de gallo. Luego, cogiéndole de la mano, le mostró, uno tras de otro, los doce armarios con su contenido, que no podrían describir mil lenguas ni anotar mil registros...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 937ª NOCHE

Ella dijo:

...le mostró, uno tras de otro, los doce armarios con su contenido, que no podrían describir mil lenguas ni anotar mil registros. Y aquellos armarios fueron los que más tarde sirvieron de base a las riquezas de los Bani-Barmak y de los Bani-Abbas.

En cuanto a Al-Raschid, en su alegría por encontrar a su bienamada Obra Maestra de los Corazones, hizo decorar e iluminar Bagdad desde un río al otro río, y dio festejos espléndidos en los que no quedó olvidado ningún pobre. Y en el transcurso de estos festejos, Ishak Al-Nadim, a quien se encumbró más que nunca con honores y dignidades, cantó en público el canto que, por agradecimiento, no dejó de enseñarle Tohfa y que ella misma había aprendido de Eblis (¡Confundido sea!).

Y Al-Raschid y Obra Maestra de los Corazones no cesaron de vivir una vida deliciosa, con prosperidad y amor, hasta la llegada ineluctable de la Proveedora de tumbas.

"Y tal es ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada— la historia de la joven Tohfa, Obra Maestra de los Corazones, lugarteniente de los pájaros".

Y el rey Schahriar se maravilló de este relato de Schehrazada hasta el límite de la maravilla, sobre todo de los poemas y cantos de las flores y las aves, y especialmente del canto de la Abubilla y del canto del Cuervo. Y pensó para su ánima: "¡Por Alah, que esta hija de mi visir ha sido para mí una bendición insigne! Y una persona de su mérito y de sus cualidades no merece la muerte. Es preciso, pues, antes de que decida definitivamente con respecto a ella, que reflexione algún tiempo todavía. ¡Y además, puede saber otras historias no menos admirables, y contármelas!" Y se sintió en un estado de exaltación como no lo había experimentado hasta entonces; de modo que no pudo por menos de estrechar de pronto a Schehrazada contra su corazón, y decirle: "Benditas sean las mujeres que se te parecen, ¡oh Schehrazada! Esa historia me ha conmovido en extremo con los cantos de flores y aves que contiene y con la gran enseñanza con que me han enriquecido esos poemas. Así, pues, ¡oh virtuosa y dilecta hija de mi visir! si aún tienes que contarme una o dos o tres o cuatro historias como esa, no vaciles en comenzar. ¡Porque esta noche me noto el alma apaciguada y refrescada con tus palabras, y el corazón conquistado por tu elocuencia!"

Y Schehrazada contestó: "No soy más que la esclava de mi amo el rey, y sus alabanzas están por encima de mis méritos. Pero, ya que lo deseas, me gustaría narrarte ciertos hechos relativos a mujeres, a capitanes de policía y a otras cosas parecidas, aunque tengo mucho miedo de que mis palabras ofendan a tu espíritu y a tu amor por la moral, pues serán un poco libres y atrevidas. Porque ¡oh rey del tiempo! el pueblo ignora generalmente el lenguaje discreto, y sus expresiones traspasan a veces los límites de las conveniencias. ¡Por tanto, si quieres que salte por encima de ellas, saltaré; pero, si quieres que me calle, me callaré!" Y dijo el rey Schahriar: "¡Claro que puedes hablar, Schehrazada! porque nada podrá asombrarme de parte de las mujeres, y sé que son semejantes a una costilla torcida; y es notorio que, cuando se quiere enderezar una costilla torcida, se la tuerce más; y si se insiste, se la rompe.

¡Habla, pues, sin reticencias, que la cordura no habita lejos de nosotros desde el día en que tuvo lugar la traición de la esposa maldita que sabes!" Y pronunciadas estas últimas palabras, el semblante del rey Schahriar se oscureció de repente, hundiéndose sus ojos, se fruncieron sus cejas, palideció su tez, y su estado se tornó en muy mal estado. Y todo esto sucedió sólo al recuerdo evocado de la antigua desventura. Así es que, al ver aquella mudanza que no anunciaba nada tranquilizador, la pequeña Doniazada tuvo cuidado de exclamar al punto: "¡Oh hermana mía! por favor, date prisa a contarnos lo que nos has anunciado respecto a los capitanes de policía y a las mujeres, y no temas nada por parte de este rey bien educado, que ya sabe que las mujeres son como las pedrerías, unas con manchas, taras y defectos, y otras puras, transparentes y a toda prueba. ¡Y mejor que tú y mejor que yo sabrá él hallar la diferencia y no confundir las joyas con los guijarros!"

Y Schehrazada dijo: "Verdad dices, ¡oh pequeña! ¡Así es que, de todo corazón amistoso, voy a contar a nuestro amo la Historia de Al-Malek Al-Zaher Rokn Al-Din Baibars Al-Bondokdari y de sus capitanes de policía, y lo que les sucedió!"

Historia de Baibars y de los capitanes de policía

Schehrazada dijo:

Se cuenta —¡pero Alah el Invisible es más sabio!— que en otro tiempo había en el país de Egipto, en El Cairo, un sultán entre los sultanes valerosos y poderosos de la ilustrísima raza de los Baharirtas turcomanos. Y se llamaba el sultán Al-Malek Al-Zaher Rokn Al-Din Baibars Al-Bondokdari. Y bajo su reinado, brilló el Islam con un esplendor sin precedente, y el Imperio se extendió gloriosamente desde el límite extremo de Oriente a los confines profundos de Occidente. Y sobre la faz de la tierra de Alah, y bajo el cielo cerúleo no quedó en pie ninguna plaza fuerte de los francos y de los nazarenos, cuyos reyes fueron alfombra para los pies de aquel sultán. Y en las llanuras verdes, y en los desiertos, y sobre las aguas, no se elevaba ninguna voz que no fuese la voz de un Creyente, ni se oían pasos que no fuesen los pasos de quien caminaba por la vía de la rectitud. ¡Bendito sea por siempre el que nos enseñó el camino, el Bienamado. hijo de Abdalah el Khoreichita, nuestro señor y soberano Ahmad-Mahomed, el Enviado (¡con él la plegaria y la paz y las más escogidas bendiciones! ¡Amín!)

Y he aquí que el sultán Baibars amaba a su pueblo y era por él amado; y cuanto de cerca o de lejos se refería a su pueblo, bien con respecto a indumentaria y costumbres, bien con respecto a tradiciones y usos locales, le interesaba en extremo. Así es que no solamente le gustaba ver todas las cosas con sus propios y ojos y escucharlas a los narradores; y había encumbrado hasta las más altas categorías a aquellos de sus oficiales, guardias y familiares que mejor sabían contar las cosas del pasado y exponer las cosas del presente.

Así es que, una noche que se hallaba más dispuesto que de costumbre a escuchar y a instruirse, reunió a todos los capitanes de policía de El Cairo, y les dijo: "Quiero que esta noche me contéis lo más digno de contarse entre lo que conozcáis". Y contestaron ellos: "¡Por encima de nuestras cabezas y de nuestros ojos! Pero ¿quiere nuestro amo que contemos algo que nos haya sucedido personalmente, o algo que sepamos que le ha sucedido a otro?" Y dijo Baibars: "Delicada es la pregunta. ¡Por eso, que cada uno de vosotros quede en libertad de contar lo que quiera, pero con la condición de que sea de lo más sorprendente!" Y contestaron: "Está bien, ualah, ¿oh señor nuestro! ¡Te pertenece nuestro ingenio, así como nuestra lengua y nuestra felicidad!"

Y el primero que avanzó entre las manos de Baibars, para empezar su relato, era un capitán de policía que se llamaba Moin Al Din, con el hígado ulcerado de amor por las mujeres y el corazón enredado en las colas de ellas sin cesar. Y tras de los deseos de larga vida al sultán, dijo: "¡Yo ¡oh rey del tiempo! te contaré un suceso extraordinario que me concierne personalmente y que me ocurrió en los primeros tiempos de mi carrera!"

Y se expresó así:

Historia contada por el primer capitán de policía

"Has de saber ¡oh mi señor y corona de mi cabeza! que cuando entré al servicio de la policía de El Cairo, a las órdenes de nuestro jefe Alam Al-Din Sanjar, estaba yo muy reputado, y todo hijo de alcahuete, de perro o de ahorcado, incluso todo hijo de zorra, me temía y me temblaba igual que a una calamidad, y huía de mí como del mal de aire amarillo. Y cuando yo iba a caballo por la ciudad, las gentes de esa clase me señalaban con el dedo y se guiñaban los ojos de modo convenido, en tanto que otros amontonaban en el suelo con sus manos las zalemas respetuosas con que me saludaban al pasar. Y yo no me preocupaba de sus gestos más que de una mosca que me hubiera rozado el zib. Y seguía mi camino con actitud altanera.

Un día, estaba sentado en el patio del walí, con la espalda apoyada contra el muro, y pensaba en mi grandeza y en mi importancia, cuando de pronto vi caer del cielo en mi regazo algo tan pesado como la sentencia del juicio final. Y era un bolsa llena y precintada. Y la tomé en mis manos y la abrí y vertí el contenido en los pliegues de mi ropa. Y conté hasta cien dracmas, ni uno más, ni uno menos. Y por más que miré a todos lados, encima de mi cabeza y a mi alrededor, no puede descubrir a la persona que la había dejado caer. Y dije: "¡Loores al Señor, Rey de los reinos de lo Visible y de lo Invisible!" E hice desaparecer a la hija en el seno de su padre. ¡Y he ahí lo referente a ella!

Al día siguiente, me reclamaba mi servicio en el mismo sitio que la víspera; y llevaba allí un momento, y he aquí que me cayó pesadamente un objeto en la cabeza y me puso de muy malhumor. Y miré con ademán furioso, y vi ¡por Alah! que era una bolsa llena, de todo punto hermana de la querida de su padre a quien hube de conceder el derecho de asilo junto a mi corazón. Y la envié a recalentarse en el mismo sitio para que hiciera compañía a su hermana mayor y protegiera su pudor contra los deseos indiscretos. Y lo mismo que la víspera, levanté la cabeza y la bajé, y volví el cuello y lo revolví, y giré sobre mí mismo y me inmovilicé, y miré a mi derecha y a mi izquierda, pero sin conseguir hallar ni rastro del expedidor de aquella encantadora bien venida. Y me pregunté: "Duermes o no duermes?" Y contesté: "No duermo. No, ¡por Alah! no está conmigo el sueño". Y como si nada hubiese pasado, me recogí la orla del traje, y salí del palacio con aire indiferente, escupiendo en el suelo a cada paso.

Pero a la tercera vez tomé mis precauciones. En efecto, no bien llegué al muro consabido, contra el cual de ordinario me pavoneaba admirándome, me tendí en tierra, y simulando dormir, me puse a roncar con tanto ruido como el de una manada de camellos escapados. Y de repente, ¡oh mi señor sultán! sentí en mi ombligo una mano que buscaba no sé qué. Y como no tenía nada que perder con aquella intervención, dejé que la mano consabida hurgara en la mercancía de arriba a abajo; y cuando me pareció que se aventuraba por el camino más angosto del distrito, la cogí bruscamente, diciendo: "¿Por dónde te metes, ¡oh hermana mía!?" Y me incorporé, abriendo los ojos, y vi que la propietaria de la gentil mano, adornada de sortijas de diamantes, que había huroneado en aquel camino de perdición, era una joven feérica, ¡oh mi señor sultán! que me miraba riendo. Y era como el jazmín. Y le dije: "Confianza y amistad, ¡oh mi señora! El mercader y su mercancía son de tu propiedad. Pero dime de qué parterre eres la rosa, de qué ramillete eres el jacinto, de qué jardín eres el ruiseñor, ¡oh la más deseable de las jóvenes!". Y mientras hablaba así, tuve mucho cuidado de no soltarla.

Entonces, sin el menor azoramiento en el gesto ni en la voz, la joven me hizo seña de que me levantara, y me dijo: "¡Ya Si-Moin! levántate y sígueme, si deseas saber quién soy y cuál es mi nombre". Y yo, sin vacilar ni un instante, como si la conociese desde hacía mucho tiempo, o como si fuera yo su hermano de leche, me levanté, y después de sacudirme el traje y ajustarme el turbante, eché a andar a diez pasos de ella para no llamar la atención, pero sin perderla de vista ni un momento. Y de tal suerte llegamos al fondo de un retirado callejón sin salida, en donde me hizo señas de que podía acercarme sin temor. Y la abordé sonriendo, y sin tardanza quise hacer respirar a su lado el aire al niño de su padre. Y para no quedar por tonto ni por idiota, hice salir al niño consabido, y le dije: "Aquí le tienes,

¡oh mi señora!". Pero ella me miró con aire despreciativo, y me dijo: "Guárdale, ¡oh capitán Moin! porque se va a resfriar". Y contesté con el oído y la obediencia, y añadí: "No hay inconveniente, que tú eres quien manda, y yo soy el colmado por tus favores. Pero ¡oh hija legítima! ya que lo que te tienta no es este grueso nervio de confitura, ni este zib con sus anejos, ¿por qué me has gratificado con dos bolsas llenas y me has hecho cosquillas en el ombligo, y me has traído hasta aquí, a este oscuro callejón propicio a los saltos y a los asaltos?". Y ella me contestó: "¡Oh capitán Moin! eres el hombre de esta ciudad en quien tengo más confianza, y por eso me he dirigido a ti con preferencia a ningún otro. ¡Pero es por otro motivo del que te crees!". Y yo dije: "¡Oh mi señora! cualquiera que sea el motivo, lo agradezco. ¡Habla! ¿Qué servicio exiges del esclavo a quien has comprado por dos bolsas de cien dracmas?".

Y ella sonrió y me dijo:

"¡Ojalá vivas mucho tiempo! ¡Escucha! Has de saber ¡oh capitán Moin! que soy una mujer que está prendada de una jovenzuela. Y su amor chisporrotea como fuego en mis entrañas. Y aunque tuviera yo mil lenguas y mil corazones, no sería más viva esta pasión que tanto me penetra. Y la adorada no es otra que la hija del kadí de la ciudad. Y entre ella y yo ha ocurrido lo que ha ocurrido. Y eso es un misterio de amor. Y entre ella y yo existe un apasionado pacto acordado con promesas y con juramentos. Porque ella arde por mí con un ardor igual. Y jamás se casará ella, y jamás me tocará a mí un hombre. Y nuestras relaciones databan ya de hacía algún tiempo, y éramos inseparables, comiendo juntas y bebiendo en el mismo jarro y durmiendo en el mismo lecho, cuando un día su padre, el kadí de barba maldita, advirtió nuestras relaciones y las cortó de raíz, aislando completamente a su hija y diciéndome que me rompería las manos y los pies si entraba en su morada. Y desde entonces no he podido ver a la adorada, quien, según he sabido indirectamente, está como loca a causa de nuestra separación. ¡Y precisamente para aliviar mi corazón y proporcionarle alguna alegría me he decidido a venir en busca tuya, ¡oh capitán sin par! convencida de que sólo de ti pueden venir la alegría y el alivio!".

Por lo que a mí respecta, ¡oh mi señor sultán! al oír estas palabras de la incomparable joven que tenía delante de mis ojos, me quedé estupefacto hasta el límite de la estupefacción, y dije para mí: "¡Oh Alah Todopoderoso! ¿Y desde cuándo las jovenzuelas se transforman en jovenzuelos, y las cabras en machos cabríos? ¿Y qué clase de pasión y qué especie de amor pueden ser la pasión y el amor de una mujer por otra mujer? ¿Y cómo de la noche a la mañana puede crecer el cohombro con sus anejos donde no está dispuesto el terreno para cultivarlo?". Y golpeé mis manos una contra otra con sorpresa, y dije a la joven: "¡Oh señora mía! ¡por Alah, que no comprendo nada de lo que me ha narrado tu gracia! Explícamelo antes al detalle desde el principio. ¡Porque ¡ualahí! jamás oí decir que fuese cosa corriente el que las corzas suspirasen por las corzas y las gallinas por las gallinas!". Y ella me dijo: "Cállate, ¡oh capitán! porque eso es un misterio de amor, y son pocas las personas capaces de comprenderlo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 938ª NOCHE

Ella dijo:

"...Cállate, ¡oh capitán! porque eso es un misterio de amor, y son pocas las personas capaces de comprenderlo. Bástete saber que cuento contigo, para que me ayudes a penetrar en casa del kadí; y obrando así, te harás acreedor a la gratitud de una mujer que no ha de olvidarte". Y al oír aquello, me maravillé en extremo, y pensé: "¡Vaya, ualahí, ¡oh maese Moin! hete aquí ahora solicitado para proxeneta de una mujer con otra mujer! ¡Es una aventura que no tiene igual en la historia del proxenetismo! ¡No hay inconveniente en que cargues con ello tu conciencia!" Y dije a la joven dorada: "Pichona mía, el asunto de que me hablas es un asunto muy delicado; y aunque no comprendo sus circunstancias, puedes contar con mi obediencia, así como con mi abnegación. Pero, ¡por tu vida! ¿cómo voy a serte útil en todo eso?" Ella dijo: "¡Facilitándome la entrada en casa de mi adorada, la hija del kadí!". Y contesté: "Está bien, ¡oh tórtola mía! pero ten en cuenta quien soy yo y quien es esa bienaventurada hija del kadí. ¡Por la verdad de tu gracia, piensa en la gran distancia que nos separa!".

Y ella me dijo con aire de suficiencia:

¡Oh pobre! no vayas a creer que estoy tan desprovista de buen sentido como para introducirte en casa de la jovenzuela, ¡no, por Alah! Quiero sencillamente que me sirvas de bastón de apoyo en mi marcha en pos de la astucia y de la estratagema. ¡Y me ha parecido que sólo tú, ¡oh capitán! podías hacer lo que anhelo!" Y dije: "Escucho y obedezco, y soy un bastón ciego y sordo entre tus manos, cordera mía". Entonces me dijo ella: "Escucha, pues, y obedece. Esta noche, ataviada como un pavo real con mis mejores vestidos, y velada de manera que no me reconozca nadie más que tú en el barrio, iré a sentarme junto a la casa del kadí, padre de mi amante. Entonces tú y los guardias que tienes a tus órdenes, atraídos por el perfume penetrante que exhalaré, os dirigiréis al sitio donde yo me encuentre. Y tú avanzarás respetuosamente hacia mí, y me preguntarás: "¿Qué haces sola en la calle a hora tan tardía, ¡oh dama de alto rango!" Y yo contestaré: "Ualahí, ¡oh gallardo capitán! soy una joven del barrio de la ciudadela, y mi padre es uno de los emires del sultán. Pero hoy he salido de nuestra casa y de nuestro barrio, y he ido a la ciudad para hacer algunas compras. Y una vez comprado lo que quería y encargado lo que tenía que encargar, se me ha hecho tarde, pues cuando llegué a nuestro barrio de la ciudadela, vi que ya estaban cerradas las puertas. Y entonces, creyendo encontrar alguna persona conocida en cuya casa pudiese pasar la noche, he vuelto a la ciudad; pero mi mala suerte ha hecho que no encuentre a nadie. Y desolada por hallarme así, siendo la hija de un notable, sin amparo en medio de la noche, he venido a sentarme en el umbral de esta morada, que me han dicho es la del kadí, a fin de que su sombra me proteja. Y mañana por la mañana volveré a casa de mis padres, que ya deben creerme muerta, o por lo menos, perdida". Entonces tú, ¡oh capitán Moin! como eres inteligente, verás que, en efecto, voy vestida con ricos vestidos, y pensarás: "A un musulmán no le está permitido dejar en la calle a una mujer tan bella y tan joven, toda cubierta de perlas y de joyas, que puede ser violentada y robada por cualquier facineroso. Además de que, si en el barrio ocurriera semejante cosa, yo mismo, el capitán Moin, con mis ojos, sería responsable del atentado ante nuestro amo el sultán. Es preciso, pues, que, de una u otra manera, tome bajo mi protección a tan encantadora persona. Por tanto, voy a poner cerca de ella a uno de mis hombres armados, para que la guarde hasta mañana, o quizás sea mucho mejor —porque no tengo bastante confianza en mis guardias— buscar sin tardanza una morada de personas respetables que la alberguen honorablemente hasta mañana. ¡Y por Alah, que no veo dónde podría encontrarse mejor ni más considerada que en casa de nuestro amo el kadí, a cuya puerta la ha hecho sentarse la suerte! ¡Llevémosla, pues, a esa casa! Y sin duda alguna, obtendré por ello buena recompensa, sin contar con que la gratitud puede inclinar en favor mío el hígado de esa joven, cuyos ojos han producido en mis entrañas un incendio". Y tras de pensar tan cuerdamente, harás resonar la aldaba de la puerta del kadí, y me harás entrar en su harén. Y así me encontraré reunida con mi amante. Y se satisfará mi deseo. Y éste es mi plan, ¡oh capitán! Y ésta es mi explicación. ¡Uassalam!".

Entonces ¡oh mi señor sultán! contesté a la joven: "Alah aumente Sus favores sobre tu cabeza, ¡oh mi señora! He ahí un plan asombroso y fácil de ejecutar. La inteligencia es un don del Retribuidor". Y a continuación, poniéndome de acuerdo con ella respecto a la hora del encuentro, le besé la mano; y cada cual de nosotros se fue por su camino.

Y llegó la tarde, luego la hora de queda, luego la de la plegaria; y unos momentos después, salí a hacer mi ronda nocturna al frente de mis hombres armados de alfanjes desnudos. Y de barrio en barrio, hacia media noche llegamos a la calle donde debía encontrarse la joven de los amores extraños. Y el olor rico y asombroso que percibí desde que entré en la calle me hizo presagiar su presencia. Y enseguida oí el tintineo de sus pulseras de manos y tobillos. Y dije a mis hombres: "Me parece ¡oh hijos míos! que veo allí una sombra. Pero ¡qué rico olor!". Y miraron ellos en todas direcciones para descubrir la procedencia del aroma. Y vimos a la hermosa consabida, cubierta de sedería y cargada de brocados, que nos miraba llegar, inclinada y con el oído atento. Y me acerqué a ella, haciéndome el ignorante, y le dirigí la palabra, diciendo: "¿Qué clase de dama eres ¡oh mi señora! para no temer nada de la noche y de los transeúntes, tan bella como eres y ataviada y completamente sola como estás?". A lo cual me dio ella la respuesta que habíamos convenido la víspera; y me encaré con mis hombres, como para pedirles su opinión. Y me contestaron: "¡Oh jefe nuestro! si quieres, conduciremos a esta mujer a tu casa, donde estará mejor que en ninguna otra parte. Y no dudamos de que sabrá agradecértelo, porque indudablemente es rica, y bella, y va adornada con cosas preciosas. ¡Y harás de ella lo que quieras; y por la mañana se la devolverás a su madre amada!". Y les grité: "¡Callaos! ¡Me refugio en Alah contra vuestras palabras! ¿Acaso mi casa es digna de recibir a semejante hija de emir? ¡Y además, ya sabéis que vivo muy lejos de aquí! Lo mejor será pedir hospitalidad para ella al kadí del barrio, cuya casa está aquí precisamente". Y mis hombres me contestaron con el oído y la obediencia, y empezaron a llamar a la puerta del kadí, la cual abrióse al punto. Y apareció en la entrada el propio kadí, apoyado en los hombros de dos esclavos negros. Y después de las zalemas por una y otra parte, le conté la cosa y sometí el asunto a su criterio mientras la joven se mantenía de pie, cuidadosamente envuelta en sus velos. Y el kadí me contestó: "¡Bienvenida sea aquí! ¡Mi hija la cuidará y velará porque quede contenta!" Y acto seguido le puse entre las manos aquel depósito peligroso, y le confié el peligro viviente. Y la llevó a su harén, y yo me fui por mi camino.

Al día siguiente volví a casa del kadí para hacerme cargo del depósito que hube de confiarle; y decía para mi fuero interno: "¡Vaya, ualahí, que la noche ha debido ser de toda blancura para esas dos jóvenes! Pero en verdad que, por mucho que me devane los sesos, nunca llegaré a saber lo que ha pasado entre esas gacelas enamoradas. ¿Se oyó jamás hablar de una aventura semejante?" Y entretanto, llegué a la casa del kadí; y en cuanto entré, advertí un movimiento extraordinario y un tumulto de servidores asustados y de mujeres enloquecidas. Y de pronto, el kadí en persona, aquel jeique de barba blanca, se precipitó sobre mí y me gritó: "¡Vergüenza sobre las nulidades! ¡Has traído a mi casa una persona que se me ha llevado toda mi fortuna! Es preciso que des con ella, porque, si no, iré a quejarme de ti al sultán, que te hará probar la muerte roja". Y como yo le pidiera más amplios detalles, me explicó, entre una porción de interjecciones, gritos, amenazas e injurias dirigidas a la joven, que por la mañana la mujer a quien había dado asilo a instancias mías había desaparecido de su harén sin despedirse; y con ella había desaparecido el cinturón suyo, del kadí, que contenía seis mil dinares, todo su haber. Y añadió: "¡Tú conoces a esa mujer, y por consiguiente, a ti te reclamo mi dinero!"

Pero yo ¡oh mi señor! quedé tan estupefacto por aquella noticia, que me fue imposible articular palabra. Y me mordí la extremidad de la palma de la mano, diciéndome: "¡Oh proxeneta! hete aquí en la pez y en la brea. ¿En dónde estás, y en dónde está ella?".

Luego, al cabo de un momento, pude hablar, y contesté el kadí. "¡Oh nuestro amo el kadí! si la cosa ha pasado así, es porque tenía que ocurrir, pues lo que tiene que ocurrir no puede evitarse. Concédeme solamente tres días de plazo para ver si puedo enterarme de algo concerniente a esa persona prodigiosa. Y si no lo consigo, pondrás entonces en ejecución tu amenaza relativa a la pérdida de mi cabeza". Y el kadí me miró atentamente, y me dijo: "¡Te concedo los tres días que pides!" Y salí de allí muy pensativo, diciéndome: "¡Y no hay remedio! ¡Ah! en verdad que eres un idiota; más aún, un zopenco y un imbécil. ¿Cómo vas a arreglarte para reconocer, en medio de toda la ciudad de El Cairo, a una mujer velada? ¿Y qué vas a hacer para inspeccionar los harenes sin penetrar en ellos? Mira, más te valdrá que te vayas a dormir esos tres días de plazo, y que a la mañana del tercero te presentes en casa del kadí para rendirle cuentas de tu responsabilidad". Y habiéndolo decidido así en mi espíritu, regresé a mi casa y me tendí en la estera, donde me pasé los tres días consabidos, negándome a salir, pero sin poder cerrar los ojos de tanto como me preocupaba aquel mal negocio. Y cuando expiró el plazo, me levanté y salí para casa del kadí. Y con la cabeza baja, me encaminaba en pos de mi condena, cuando, al pasar por una calle situada no lejos de la morada del kadí, divisé de pronto, detrás de una ventana enrejada y entreabierta, a la joven de mis tribulaciones. Y me miró ella riendo, y me hizo con sus párpados una seña que quería decir: "¡Sube enseguida!" Y me apresuré a aprovecharme de aquella invitación, de la cual dependía mi vida, y en un abrir y cerrar de ojos llegué junto a la joven, y olvidándome de la zalema, le dije: "¡Oh hermana mía! ¡y yo que no cesaba de buscarte por todos los rincones de la ciudad! ¡Ah, en qué negocio tan malo me has metido! ¡Por Alah, que vas a hacerme descender las gradas de la muerte roja!" Y ella fue a mí, y me besó y me estrechó contra su pecho: "¿Cómo tienes tanto miedo, siendo el capitán Moin? ¡Bah! no me cuentes nada de lo que te ha sucedido, porque lo sé todo. Pero como es fácil sacarte del apuro, he esperado, para hacerlo, el último momento. ¡Y precisamente para salvarte es por lo que te he llamado, aunque fácilmente hubiera podido dejarte proseguir tu camino en pos de la condena sin remisión!" Y le di las gracias, y como era tan encantadora, no pude por menos de besar su mano, causante de mi presente calamidad. Y me dijo ella: "Estate tranquilo y calma tu inquietud, porque no te sucederá nada malo. ¡Por lo pronto, levántate y mira!" Y me cogió de la mano y me introdujo en una habitación en que había dos cofres llenos de joyas, de rubíes, de otras piedras preciosas y de objetos raros y suntuosos. Luego abrió otro cofre que estaba lleno de oro, y poniéndolo delante de mí, me dijo: "Y bien, si lo deseas, puedes coger de este cofre los seis mil dinares que han desaparecido del cinturón de ese kadí de betún, padre de mi adorada. Pero ¡oh capitán! sabe que se puede hacer algo mejor que devolver el dinero a ese barbudo de mala sombra. Además, he quitado ese dinero sólo para que se muera de rabia reconcentrada, sabiéndole tan avaro e interesado como inoportuno. No he obrado, pues, por codicia; y cuando una persona es tan rica como yo, no roba por robar. Por cierto que su hija está bien enterada de que no he dado ese golpe más que para acelerar el decreto de su destino. Pero mira el plan que tengo para acabar de hacer perder la razón a ese viejo cabrón tullido. Escucha bien mis palabras, y retenlas". Y se interrumpió un momento, y dijo: "Helo aquí: Enseguida vas a ir a casa del kadí, que debe esperarte en la parrilla de la impaciencia, y le dirás: "Señor kadí, solamente por descargo de conciencia me he pasado estos tres días haciendo pesquisas por toda la ciudad con respecto a esa joven a quien diste asilo una noche, a instancias mías, y a quien ahora acusas de haberte robado seis mil dinares de oro. Por lo que respecta a mí, al capitán Moin, demasiado sé que esa mujer no ha salido de tu morada desde que entró en ella; porque a pesar de las investigaciones que en todos sentidos han hecho nuestros hombres y todos los capitanes de policía de los demás barrios, no se ha encontrado rastro ni vestigio de la joven. Y ninguna de las mujeres espías que hemos enviado a los harenes ha tenido noticia de ella. Tú, sin embargo, vienes a decirnos y a declararnos que la joven te ha robado. Pero hay que probar esa afirmación. Porque yo no sé ¡por Alah! si este extraordinario asunto se reducirá a que la joven haya sido, en tu propia casa, víctima de un atentado, o por lo menos, objeto de una negra maquinación. Y como nuestras pesquisas casi han probado que no se encuentra ella en la ciudad, convendría ¡oh señor kadí! hacer un registro en tu casa para comprobar si no quedan huellas de la joven perdida, y para cerciorarme de si mi suposición es exacta o errónea. ¡Y Alah es más sabio!"

"¡Y de tal suerte, ¡oh capitán Moin! —continuó la prodigiosa joven—, de acusado te convertirás en acusador! Y el kadí verá ennegrecerse el mundo ante sus ojos, y le acometerá una cólera grande; y se le pondrá el rostro como el pimentón, y exclamará: "¡Muy aventurado es, maese Moin, hacer semejantes suposiciones! Pero no importa; puedes comenzar tu registro enseguida. Pero luego, cuando quede bien probado que te equivocas, te tendrás más merecido el castigo que te imponga el sultán". Entonces, llevando de testigos a tus hombres, harás un registro en la casa. Y desde luego, no has de encontrarme. Y cuando hayas registrado primero la terraza y luego las habitaciones, los cofres y los armarios, sin obtener resultado, bajarás la cabeza, invadido de cruel azoramiento, y empezarás a lamentarte y a excusarte. Y en aquel momento estarás en la cocina de la casa. Entonces, como por casualidad, mirarás al fondo de una zafra grande de aceite, levantando la tapa, y exclamarás: "¡Eh, un instante! ¡atención! ahí dentro veo algo". Y meterás el brazo en la zafra y tocarás dentro una cosa así como un paquete de ropa. Y lo sacarás, y verás, y todos los presentes lo verán contigo, mi velo, mi camisa, mi calzón y el resto de mi ropa. Y estará todo manchado de sangre coagulada. Al ver aquello, quedarás triunfante, y el kadí quedará confuso; y se le pondrá amarillo el color, y le temblarán las coyunturas; y se desplomará, y acaso muera. Y si no se muere de repente, hará todo lo posible por echar tierra al asunto, a fin de que no se mezcle su nombre en tan singular aventura. Y comprará tu silencio con mucho oro. Y así lo deseo para ti, ¡oh capitán Moin!"

Al oír este discurso, comprendí el plan maravilloso que había combinado ella para vengarse del kadí. Y admiré su espíritu ingenioso, su astucia y su inteligencia. Y me consideré redimido de trabajar en lo sucesivo, y permanecí asombrado y como atontado. Pero no tardé en despedirme de la joven para seguir el camino emprendido. Y cuando le besaba yo la mano, me deslizó ella entre los dedos una bolsa de cien dinares, diciéndome: "Para tus gastos de hoy, ¡oh mi señor! Pero ¡inschalah! pronto tendrás más pruebas de la generosidad de tu agradecida". Y le di las gracias vivamente, y tan conquistado estaba por ella, que no pude por menos de decirle: "Por tu vida, ¡oh señora mía! ¿consentirás en casarte conmigo cuando este asunto se termine?" Y ella se echó a reír, y me dijo: "Olvidas ¡ya saied Moin! que ya estoy casada y ligada por promesas, por fe y por juramento con la que posee mi corazón. ¡Pero sólo Alah conoce el porvenir! Y no sucederá nada que no deba suceder. ¡Uassalam...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 939ª NOCHE

Ella dijo:

"...ya estoy casada y ligada por promesas, por fe y por juramento con la que posee mi corazón. ¡Pero sólo Alah conoce el porvenir! Y no sucederá nada que no deba suceder. ¡Uassalam!"

Y salí de su casa, bendiciéndola, y sin tardanza me presenté con mis hombres ante el kadí, que exclamó en cuanto me vio: "¡Bismilah! ¡ya está ahí mi deudor! pero ¿dónde está mi hacienda?". Y contesté: "¡Oh señor kadí, mi cabeza no es nada al lado de la cabeza del kadí, y no tengo nadie que me apoye! Pero si la razón está de parte mía, lucirá claramente". Y el kadí, furioso, me gritó: "¿Qué estás hablando de razón? ¿Acaso piensas poder disculparte o librarte de lo que te espera, si no has encontrado a la mujer y mi hacienda? ¡Por Alah, que entre la razón y tú hay una distancia considerable!"

Entonces yo, con mucho aplomo, le miré fijamente a los ojos, y le recité la asombrosa historia que hube de aprender y que de acusado me convertía en acusador. Y el efecto que produjo fue exactamente igual a como lo había previsto la joven. Porque el kadí, indignado, vio ennegrecerse el mundo ante sus ojos; y le llenó el pecho una cólera grande; y se le puso el rostro como el pimentón; y exclamó: "¿Qué estás diciendo; ¡oh el más insolente de los soldados!? ¡No temes hacer semejantes suposiciones con respecto a mí, delante de mí y en mi casa? ¡Pero no importa! Ya que tienes sospechas, puedes practicar un registro enseguida. Y cuando quede bien demostrado que obraste arbitrariamente, será más importante el castigo que te imponga el sultán". Y mientras hablaba así, se había puesto como una marmita al rojo en la que se echara agua fría.

Entonces invadimos la casa, y registramos por todas partes, en todos los rincones y escondrijos, de arriba a abajo, sin perdonar un cofre, un agujero ni un armario. Y mientras duraron las pesquisas, no dejé de vislumbrar, a medida que huía ella de una habitación a otra para escapar de miradas extrañas, a la encantadora gacela de quien su semejante estaba enamorada. Y pensé para mí: "¡Maschalah, ua bismilah! ¡Y el nombre de Alah sobre ella y alrededor de ella! ¡Qué rama tan flexible! ¡Qué elegancia y qué hermosura! ¡Bendito sea el seno que la ha llevado, y loores al Creador, que la ha moldeado en el molde de la perfección!". Y comprendí hasta cierto punto por qué una joven así podía subyugar a otra semejante a ella, pues me dije: "¡El botón de rosa se inclina hacia el botón de rosa y el narciso hacia el narciso!" Y me alegró tanto aquello, que hubiera querido comunicárselo sin tardanza a la joven prodigiosa, a fin de que me diese ella su aprobación y no me considerara desprovisto en absoluto de pensamientos delicados y discernimiento.

Y he aquí que de tal suerte llegamos hasta la cocina, acompañados del kadí, que estaba más furioso que nunca, sin encontrar nada sospechoso y sin descubrir ningún rastro ni vestigio de la mujer.

Entonces, siguiendo las instrucciones de mi docta maestra, fingí que estaba muy avergonzado de mi arbitrario proceder, y me excusé ante el kadí, que se regocijaba con mi azoramiento, y me humillé a él. Pero todo ello tenía por objeto dar el golpe preparado. Y aquel kadí de ingenio espeso se dejó coger en la tela de araña, y se aprovechó de aquella ocasión para abrumarme con lo que él creía su triunfo. Y me dijo: "Bueno, ¿a qué han quedado ahora reducidas tus acusaciones amenazadoras y tus imputaciones ofensivas, insolente embustero, e hijo de embustero, y embusteros también de generación en generación? ¡Pero no tengas cuidado, que pronto verás lo que cuesta faltar al respeto al kadí de la ciudad!" Y mientras tanto, apoyado en una enorme zafra de aceite sin tapa, tenía yo la cabeza baja y el aire contrito. Pero de repente levanté la cabeza y exclamé: "¡Por Alah! no estoy seguro; pero me parece que de esta zafra sale cierto olor de sangre". Y miré en la zafra y metí el brazo, y lo saqué diciendo: "¡Alah akbar! ibismilah!" Y cogí el paquete de ropa manchada de sangre arrojado en la zafra, antes de desaparecer, por mi joven maestra. Y allí estaba su velo, su pañuelo de la cabeza, su pañuelo del seno, su calzón, su camisa, sus babuchas y otras ropas que no recuerdo, todo ensangrentado.

Al ver aquello, el kadí, como había previsto la joven, se quedó confuso y lleno de estupor; y se puso muy amarillo de color; y le temblaron las coyunturas; y se desplomó en el suelo, desmayado, dando con la cabeza antes que con los pies. Y en cuanto recobró el sentido, no dejé de hacer ver que se habían vuelto las tortas, y le dije: "Pues bien, ya El-Kadí, ¿quién de entre nosotros es el embustero y quién el verídico? ¡Loores a Alah! ¡Creo que estoy desagraviado de haber perpetrado el supuesto robo en connivencia con la joven! Pero ¿qué has hecho tú de tu sabiduría y de tu jurisprudencia? ¿Y cómo, siendo rico como lo eres, y nutrido en las leyes, has echado sobre tu conciencia el dar asilo a una pobre mujer para engañarla, robándola y asesinándola tras de violentarla probablemente de la peor manera? ¡Por mi vida! ése es un acto espantoso del que hay que dar cuenta sin tardanza a nuestro señor el sultán. Porque no cumpliría con mi deber callándole la cosa; y como nada queda oculto, no dejaría de enterarse por otro conducto; y con ello perdería yo a la vez mi plaza y mi cabeza".

Y el infortunado kadí, en el límite del asombro, permanecía delante de mí con los ojos muy abiertos, como si no oyera nada ni comprendiera nada de aquello. Y lleno de turbación y de angustia, seguía inmóvil, semejante a un árbol muerto. Porque, como en su espíritu se había hecho la noche, ya no sabía distinguir su brazo derecho de su brazo izquierdo, ni lo verdadero de lo falso. Y cuando estuvo un poco repuesto de su atontamiento, me dijo: "¡Oh capitán Moin! se trata de un asunto oscuro que sólo Alah puede comprender. ¡Pero si quieres no divulgarlo, no te arrepentirás!" Y así diciendo, se dedicó a colmarme de consideraciones y miramientos. Y me entregó un saco que contenía tantos dinares de oro como los que él había perdido. Y de tal suerte compró mi silencio y extinguió un fuego cuyos estragos temía.

Entonces me despedí del kadí, dejándole aniquilado, y fui a dar cuenta del hecho a la joven, que me recibió riendo, y me dijo: "¡Seguramente no sobrevivirá al golpe!". Y lo cierto ¡oh mi señor sultán! es que no se pasaron tres días sin que llegara a mí la noticia de que el kadí había muerto por rotura de su bolsa de la hiel. Y como no dejara yo de visitar a la joven para ponerla al corriente de lo que había pasado, las servidoras me enteraron de que su señora acababa de marcharse con la hija del kadí a una propiedad que poseía en el Nilo, cerca de Tantah. Y maravillado de todo aquello, sin llegar a comprender qué podrían hacer juntas aquellas dos gacelas sin clarinete, hice lo posible por seguir sus huellas, pero sin lograrlo. Y desde entonces espero que un día u otro quieran ellas darme noticias suyas y esclarecer para mi espíritu un asunto tan difícil de comprender.

Y tal es mi historia, ¡oh mi señor sultán! y tal es la aventura más singular que me ha ocurrido desde que ejerzo las funciones con que me ha investido tu confianza".

Cuando el capitán de policía Moin Al-Din acabó este relato, avanzó entre las manos del sultán Baibars un segundo capitán, y después de los deseos y los votos, dijo: "Yo ¡oh mi señor sultán! te contaré también una aventura personal, y que, si Alah quiere, dilatará tu pecho". Y dijo:

Historia contada por el segundo capitán de policía

Has de saber ¡oh mi señor sultán! que, antes de aceptarme por esposo, la hija de mi tío (¡Alah la tenga en Su misericordia!) me dijo: "¡Oh hijo del tío! si Alah quiere, nos casaremos; pero no podré tomarte por esposo mientras no aceptes de antemano mis condiciones, que son tres, ¡ni una más, ni una menos!" Y contesté: "¡No hay inconveniente! Pero ¿cuáles son?". Ella me dijo: "¡No tomarás nunca haschisch, no comerás sandía y no te sentarás nunca en una silla!". Y contesté: "Por tu vida, ¡oh hija del tío! duras son esas condiciones. Pero, tales como son, las acepto de corazón sincero, aunque no comprendo el motivo a que obedecen". Ella me dijo: "Pues son así. ¡Y pueden tomarse o dejarse!" Y dije: "¡Las tomo, y de todo corazón amistoso!".

Y se celebró nuestro matrimonio, y se realizó la cosa, y todo pasó como debía pasar. Y vivimos juntos varios años en perfecta unión y tranquilidad.

Pero llegó un día en que mi espíritu anheló saber el motivo de las tres famosas condiciones relativas al haschisch, a las sandías y a la silla; y me decía yo: "¿Pero qué interés puede tener la hija de tu tío en prohibirte esas tres cosas cuyo uso en nada puede lesionarla? ¡Ciertamente, en todo esto debe haber un misterio que me gustaría mucho aclarar!" Y sin poder ya resistir a las solicitudes de mi alma y a la intensidad de mis deseos, entré en la tienda de uno de mis amigos, y por el pronto me senté en una silla rellena de paja. Luego hice que me llevaran una sandía excelente, tras de tenerla en agua para que se refrescara. Y después de comerla con delectación, absorbí un grano de haschisch en pasta, y emprendí el vuelo hacia el ensueño y el placer tranquilo. Y me sentí perfectamente dichoso; y mi estómago era dichoso a causa de la sandía; y a causa de la silla rellena, también era muy dichoso mi trasero, privado del placer de las sillas durante tanto tiempo.

Pero ¡oh mi señor sultán! cuando volví a mi casa, aquello fue tremendo. Porque, no bien estuve en presencia suya, mi mujer se echó el velo por el rostro, como si, en lugar de ser su esposo, no fuera yo para ella más que un hombre extraño, y mirándome con ira y desprecio, me gritó: "¡Oh perro hijo de perro! ¿es así como mantienes tus compromisos? ¡Vamos, sígueme! ¡Iremos a casa del kadí para arreglar el divorcio!" Y yo, con el cerebro nublado todavía por el haschish, y con el vientre pesado aún a causa de la sandía, y con el cuerpo descansado por haber sentido debajo de mis nalgas, después de tanto tiempo, una silla mullida, traté de ser audaz, negando mis tres fechorías. Pero aún no había esbozado el gesto de la negación, cuando me gritó mi esposa: "Amordaza tu lengua, ¡oh proxeneta! ¿Vas a atreverte a negar la evidencia? Apestas a haschisch, y mi nariz te huele. Te has atascado de sandía, y veo las huellas en tu ropa. Y por último, has asentado tu sucio trasero de brea en una silla, y veo las señales en tu traje, en el que ha dejado la paja rayas visibles hacia el sitio en que ha rozado con ella. ¡Así, pues, yo no soy ya nada para ti, y tú no eres ya nada para mí...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 940ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y por último, has asentado tu sucio trasero de brea en una silla, y veo las señales en tu traje, en el que ha dejado la paja rayas visibles hacia el sitio en que ha rozado con ella. ¡Así, pues, yo no soy ya nada para ti, y tú no eres ya nada para mí!"

Y tras de hablar así, acabó de envolverse en sus velos, y me arrastró, a pesar de mi nariz, a casa del kadí. Y cuando estuvimos en su presencia, le dijo: "¡Oh mi señor kadí! tu servidora está unida en legítimo matrimonio con este hombre abyecto que se halla ante ti. Y antes de nuestro matrimonio, le impuse tres condiciones esenciales que ha aceptado él durante cierto tiempo; pero hoy acaba de infringirlas. Así, pues, como tengo derecho a ello, quiero cesar de ser su esposa a partir de este momento; y vengo a pedirte el divorcio y a reclamar mi equipo y la pensión". Y el kadí quiso conocer las condiciones. Y ella se las detalló, añadiendo: "Pero este hijo de ahorcado se ha sentado en una silla, ha comido una sandía y ha tomado haschisch". Y probó su aserto conmigo, que no me atrevía a negar la evidencia, y me limitaba a bajar la cabeza confuso.

Entonces el kadí, que tenía buenos sentimientos y se apiadaba de mi estado, dijo a mi esposa, antes de pronunciar sentencia: "¡Oh hija de gentes de bien! indudablemente, estás en tu derecho; pero debes ser misericordiosa". Y como ella se sublevaba y escandalizaba y no quería escuchar ni oír nada, el kadí y todos los presentes se pusieron a rogarle con insistencia que me perdonara por aquella vez. Y como seguía siempre inexorable, acabaron por rogarle sencillamente que suspendiera su demanda de divorcio para tomarse tiempo de reflexionar acerca de si, en vista de la unanimidad de los ruegos, no sería más razonable aplazar por el momento su pretensión, sin perjuicio de llevarla a cabo otra vez en caso de necesidad. Entonces mi esposa acabó por decir de mala gana: "Bueno, consiento en reconciliarme con él; pero con la condición expresa de que el señor kadí halle respuesta a la pregunta que yo le haga".

Y el kadí dijo: "Con mucho gusto. Haz la pregunta, ¡oh mujer!" Y ella dijo: "Primero soy un hueso; luego me convierto en nervio; luego soy carne. ¿Quién soy?". Y el kadí bajó la cabeza para meditar. Pero por más que reflexionó acariciándose la barba, no dio con ello. Y acabó por encararse con mi esposa, y le dijo: "¡Ualahí! hoy no puedo encontrar la solución de ese problema, porque estoy fatigado de mi larga sesión de justicia. Pero te ruego que vengas aquí mañana por la mañana, y ya te contestaré, habiendo tenido tiempo para consultar mis libros de jurisprudencia".

A continuación levantó la sesión de justicia, y se retiró a su casa. Y tan preocupado le tenía el problema consabido, que ni siquiera pensó en probar la comida que acababa de servirle su hija, una joven de catorce años y medio. Y dominado por su obsesión, se repetía a media voz: "Primero soy un hueso; luego me convierto en nervio; luego soy carne. ¿Quién soy? Vaya, ¡ualahí! ¿quién soy? Sí, ¿quién es? ¿Qué será?" Y revolvió todos sus libros de jurisprudencia, y obras de medicina, y gramática, y tratados científicos, y en ninguna parte pudo encontrar la solución de aquel problema, ni la menor cosa que de cerca o de lejos lograra resolverlo o encaminara a su explicación. Así es que acabó por exclamar: "¡No, por Alah, renuncio a ello! jamás me ilustrará sobre el particular ninguna obra".

Y su hija, que le observaba y notaba su preocupación, le oyó pronunciar estas últimas palabras, y le dijo: "¡Oh padre! me parece que estás preocupado y atareado. ¿Qué te ocurre, ¡por Alah sobre ti!? ¿Y cuál es el motivo de su atareamiento y de tus preocupaciones?"

Y contestó él: "¡Oh hija mía! se trata de una cosa inexplicable, de un asunto sin resolver". Ella dijo: "Explícamelo no obstante. Nada hay oculto para la ciencia del Altísimo". Entonces decidióse él a contárselo todo y a exponerle el problema que le había propuesto mi joven esposa. Y ella se echó a reír, y dijo: "¡Maschalah! ¿es ese el problema irresoluble? Pero ¡oh padre! si es tan sencillo como el curso del agua corriente. En efecto, la solución está clara, y se reduce a esto: por el vigor, la dureza y la resistencia, el zib del hombre de quince a treinta y cinco años es comparable a un hueso; de treinta y cinco a sesenta, a un nervio; y después de los sesenta, no es más que una piltrafa de carne sin propiedad alguna".

Al oír estas palabras de su hija, el kadí se dilató y se esponjó, y dijo: "¡Loores a Alah, dispensador de la inteligencia! Tú salvas mi honor, ¡oh hija bendita! e impides que se deshaga un buen matrimonio". Y apenas fue de día, se levantó en el límite de la impaciencia, y corrió a la casa de las leyes, donde presidía la sesión de justicia, y tras de una larga espera, por fin vio entrar a la mujer a quien esperaba, o sea a mi esposa, y al esclavo que tienes delante, o sea yo mismo. Y después de las zalemas por una y otra parte, mi esposa dijo al kadí: "¡Ya sidi! ¿te acuerdas de mi pregunta, y has resuelto el problema?" Y contestó él: "¡El hamdú lilah! ¡Loor a Alah, que me ha iluminado! ¡Oh hija de gentes de bien! podías haberme hecho una pregunta un poco más difícil, porque ésa está resuelta sin dificultad. Y todo el mundo sabe que el zib del hombre de quince a treinta y cinco años es parecido a un hueso; de treinta y cinco a sesenta, se torna semejante a un nervio; y después de los sesenta, no es más que un pedazo de carne sin consecuencia".

Pero mi esposa, que conocía muy bien a la joven y estaba enterada de cuánta era su inteligencia, adivinó lo que había pasado, y dijo al kadí con cierta burla: "No tiene más que catorce años y medio tu hija; pero su cabeza tiene el doble o más. ¡Enhorabuena, enhorabuena! ¿a dónde irá a parar si sigue así? ¡Ualahí, muchas mujeres profesionales no sabrían tanto! Tiene una disposición excelente para las ciencias, y está asegurado su porvenir".

Y a continuación me hizo seña de que abandonara la sala de las sesiones de justicia, dejando al kadí pasmado, absorto y cubierto de confusión, en presencia de toda la concurrencia, hasta el fin de sus días".

Y tras de hablar así, el segundo capitán de policía se retiró a su fila. Y el sultán Baibars le dijo: "Los misterios de Alah son insondables. ¡Esa historia es una historia asombrosa!". Entonces avanzó el tercer capitán de policía, que se llamaba Ezz Al-Din, y después de besar la tierra entre las manos de Baibars, dijo: "En cuanto a mí, ¡oh rey del tiempo! en el transcurso de mi vida no me ha ocurrido nada saliente que merezca llegar a oídos de Tu Alteza. Pero, si me lo permites, te contaré una historia que, por muy impersonal que sea, no es menos atrayente y prodigiosa. Pero hela aquí:

Historia contada por el tercer capitán de policía

"Has de saber ¡oh nuestro señor sultán! que la madre de tu esclavo sabía una porción de cuentos de las edades antiguas. Y entre otras historias que le oí, me contó un día ésta:

Había una vez en una comarca cercana al mar salado, un pescador que estaba casado con una mujer muy hermosa. Y esta hermosura le hacía dichoso; y también él la hacía dichosa a ella. Y el tal pescador bajaba todos los días a pescar, y vendía el pescado, cuya venta le producía lo justo para mantenerse ambos. Pero un día cayó enfermo, y transcurrió la jornada sin que tuviesen qué comer. Así es que al día siguiente le dijo su esposa: "¡Bueno! ¿no vas a ir hoy de pesca? Entonces ¿de qué vamos a vivir? Anda, no hagas más que levantarte; y como estás cansado, yo llevaré en lugar tuyo la red de pescar y el cesto. Y en ese caso, aunque no cojamos más que dos peces, los venderemos y tendremos cena". Y el pescador dijo: "¡Está bien!". Y se levantó, y su mujer echó a andar detrás de él con el cesto y la red de pescar. Y llegaron a la orilla del mar, a un paraje abundante en pescado, que estaba al pie del palacio del sultán.

Y he aquí que aquel día precisamente el sultán estaba asomado a la ventana y miraba al mar. Y divisó a la hermosa mujer del pescador, y recreó en ella sus ojos, y se enamoró de ella en el mismo momento. Y en el acto llamó a su gran visir, y le dijo: "¡Oh visir mío! acabo de ver a la mujer de ese pescador que está ahí, y estoy prendado de ella apasionadamente, porque es hermosa y no tiene quien la iguale de cerca ni de lejos en mi palacio". Y el visir contestó: "Se trata de un asunto delicado, ¡oh rey del tiempo! ¿Qué vamos a hacer, pues?" Y el sultán contestó: "No hay que vacilar; es preciso que hagas prender al pescador por los guardias de palacio, y que le mates. Entonces yo me casaré con su mujer".

Y el visir, que era hombre juicioso, le dijo: "No es lícito que le mates sin delito por parte suya, pues la gente hablará mal de ti. Se dirá, por ejemplo: "El sultán ha matado a ese pobre pescador a causa de su mujer". Y el rey contestó al visir: "¡Es verdad, ualahí! ¿Qué tengo que hacer, pues, para satisfacer mi deseo con esa hermosa sin par?" Y el visir dijo: "Puedes conseguir tu propósito por medios lícitos. Ya sabes, en efecto, que la sala de audiencias del palacio tiene una fanega de larga y una fanega de ancha. Por tanto, vamos a hacer venir al pescador a la sala, y yo le diré: "Nuestro señor el sultán quiere poner una alfombra en esta sala. Y la alfombra ha de ser de una pieza. Si no la traes te mataremos". De esta manera, su muerte tendrá un motivo. Y no se dirá que fue por culpa de una mujer". Y el sultán contestó: "Bueno".

Entonces el visir se levantó y envió a buscar al pescador. Y cuando llegó éste, le cogió y le llevó a la sala consabida, en presencia del sultán, y le dijo: "¡Oh pescador! nuestro amo el rey quiere que le pongas en esta sala, de una fanega de larga y otro tanto de ancha, una alfombra que sea de una pieza. Para ello te da un plazo de tres días, al cabo de los cuales, si no traes la alfombra, te achicharrará al fuego. Extiende, pues, un contrato en este papel, y formalízalo con tu sello".

Al oír estas palabras del visir, el pescador contestó: "Está bien. Pero ¿acaso soy yo un vendedor de alfombras? Soy un vendedor de peces. Pídeme peces de todos los colores y de diferentes variedades, y te los traeré. Pero, lo que es las alfombras, no me conocen, ¡por Alah! y yo no las conozco a ellas, y ni siquiera conozco su olor ni su color. Respecto a los peces, me comprometeré, y sellaré el contrato".

Pero el visir contestó: "Es inútil que argumentes con palabras ociosas. Lo ha ordenado el rey". Y dijo el pescador: "Así, ¡por Alah! puedes exigirme cien sellos, y no un sello, desde el momento en que se me toma por proveedor de alfombras". Y golpeó sus manos una contra otra, y salió del palacio, y se marchó en pos de su mujer, muy enfadado.

Y al verle de aquel modo, su mujer le preguntó: "¿Por qué estás enfadado?". Él contestó: "Calla. Y sin hablar más, levántate y recoge la poca ropa que poseemos, y huyamos de este país". Ella preguntó: "¿Por qué?" Él contestó: "Porque el rey quiere matarme dentro de tres días". Ella dijo: "Pero ¿por qué?" Él contestó: "¡Quiere de mí una alfombra de una fanega de larga y de una fanega de ancha para la sala de su palacio!" Ella preguntó: "¿No es nada más que eso?" Él contestó: "Nada más". Ella dijo: "Está bien. Duerme tranquilo, que mañana yo te traeré la alfombra consabida, y la extenderás en la sala del rey". Entonces dijo él: "¡No me faltaba más que eso! Buenos estamos ahora. ¿Te has vuelto tan loca como el visir, ¡oh mujer! o acaso somos mercaderes de alfombras?" Pero ella contestó: "¿Quieres ahora misma la alfombra? Porque te indicaré el sitio donde puedes encontrarla y traerla aquí". Él dijo: "Sí, prefiero que lo hagas enseguida para estar seguro. De ese modo podré dormir tranquilo". Ella dijo: "Siendo así, ¡oh hombre! yalah, levántate y ve a tal paraje, cercano a los jardines. Allí encontrarás un árbol torcido, debajo del cual hay un pozo. Y te inclinarás sobre ese pozo y mirarás adentro, y gritarás: "Tu querida amiga te envía la zalema por mediación mía, y te encarga que me entregues para que yo se lo dé, el huso que ayer dejó olvidado en tu casa con las prisas por volver a la suya antes de que se hiciese de noche, porque queremos amueblar y alfombrar una habitación por medio de ese huso". Y el pescador dijo a su mujer: "Está bien".

Sin tardanza fue pues al pozo consabido que estaba debajo del árbol torcido, miró al fondo, y gritó: "Tu querida amiga te envía la zalema por mediación mía, te encarga que me entregues el huso que dejó olvidado en tu casa, porque queremos amueblar una habitación por medio de ese huso".

Entonces la que estaba en el pozo —¡sólo Alah la conoce!— le contestó, diciendo: "¿Acaso puedo rehusar algo a mi querida amiga? ¡Toma, aquí tienes el huso! y ve a amueblar y alfombrar la habitación a tu gusto, valiéndote de él. Luego me lo traerás aquí". Él dijo: "Está bien". Y cogió el huso que vio salir del pozo, se lo echó al bolsillo, y tomó el camino de su casa, diciéndose: "Esa mujer me ha vuelto tan loco como ella". Y continuó su camino, y llegó al lado de su mujer, y le dijo: "¡Oh hija del tío! ¡Aquí traigo el huso!"

Ella le dijo: Está bien. Vete ahora a buscar al visir que quiere tu muerte, y dile: "¡Dame un clavo grande!" Y te dará un clavo, y lo clavarás en un extremo de la sala, atarás a él el hilo de este huso, ¡y extenderás la alfombra con arreglo al largo y al ancho que quieras!" Y el pescador prorrumpió en exclamaciones, diciendo: "¡Oh mujer! ¿quieres que antes de mi próxima muerte las gentes se rían de mi razón y se burlen de mí, tomándome por loco? ¿Acaso hay dentro de este huso una alfombra de una fanega?" Ella le dijo, enfadada: "¿Quieres marcharte cuanto antes, o no quieres? Calla, ¡oh hombre! y limítate a hacer lo que te he dicho". Y el pescador fue a palacio, con el huso, diciéndose: "No hay recurso ni fuerza más que en Alah el Omnisciente. ¡Ha llegado ¡oh pobre! el último día de tu vida...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 941ª NOCHE

Ella dijo:

¡Ha llegado, ¡oh pobre! el último día de tu vida!" Y fue en busca del rey y del visir. Y éste le dijo, mirando en derredor: "¿Dónde está la alfombra, ¡oh pescador!?" Y él contestó: "¡Aquí la tengo!" Ellos preguntaron: "¿Dónde?" Él les dijo: "¡Aquí, en mi bolsillo!" Y se echaron ellos a reír, diciendo: "¡He ahí un individuo que quiere divertirse antes de su muerte!" Y el visir le preguntó: "¿Acaso una alfombra de una fanega es una pelota para niños que se pueda meter en el bolsillo?".

El pescador replicó: "¿Qué os importa eso? Si me pedís una alfombra y os la traigo, nada tenéis que reclamarme. Así, pues, en vez de reírte de mí, levántate, ¡oh visir! y tráeme un clavo grande. ¡Y la alfombra aparecerá ante vosotros en esta sala!"

Entonces se levantó el visir, riendo de la locura del pescador, cogió el clavo, y dijo al oído del portaalfanje: "¡Oh portaalfanje! quédate a la puerta de la sala. Y como el pescador, cuando yo le entregue el clavo, no va a poder alfombrar la sala como deseo, sacarás el sable, sin esperar otra orden mía, y de un tajo harás volar su cabeza". Y el portaalfanje contestó: "¡Está bien!" Y el visir entregó el clavo al pescador, diciéndole: "Haznos ver la alfombra ahora".

Entonces el pescador clavó el clavo en un extremo de la sala, ató a él la punta del hilo del huso, y dio vuelta al huso, diciéndose: "Devana mi muerte, ¡oh maldito!". Y he aquí que se extendió y se desenrolló a lo largo de la sala, en todos sentidos, una alfombra magnífica que no tenía igual en el palacio. Y el rey y el visir se miraron asombrados durante una hora de tiempo, mientras el pescador permanecía tranquilo, sin decir nada. Luego el visir guiñó un ojo al rey con aire de suficiencia, y se encaró con el pescador y le dijo: "El rey está contento, y te dice: "Está bien". Pero aún te pide otra cosa". El pescador dijo: "¿Y qué cosa es ésa?" El visir contestó: "El rey te pide y exige de ti que le traigas un niño. Y ese niño no debe tener más que ocho días de edad. Y tiene que contar a nuestro amo el rey una historia. ¡Y la tal historia ha de empezar con una mentira y terminar con una mentira!"

Y el pescador, al oír aquello, dijo al visir: "¿Nada más que eso? ¡Por Alah! no es mucho pedir. Sin embargo, hasta ahora no sabía yo que los niños de ocho días pudieran hablar, y hablar para contar historias que empiecen con una mentira y terminen con una mentira, aunque estos niños sean hijos de efrits". Y el visir contestó: "¡Calla! La palabra y el deseo del rey han de cumplirse. Te damos para ello un plazo de ocho días, al cabo de los cuales, si no traes al niño en cuestión, probarás la muerte roja. Escribe, pues, que te comprometes a hacerlo, y pon tu sello". Y dijo el pescador: "Está bien; toma mi sello, ¡oh visir! Sella tú mismo en mi nombre, porque yo no sé. Yo únicamente sé remendar mi red. ¡Está entre tus manos para que hagas con él lo que quieras, y sella cien veces en lugar de una! ¡En cuanto al niño, Alah el Generoso proveerá!" Y el visir tomó el sello del pescador y selló el compromiso consabido.

Y el pescador recogió su sello, y se marchó enfadado. Y llegó a casa de su mujer, y le dijo: "¡Levántate y huyamos de este país! Ya te lo dije, y no quisiste escucharme. ¡Levántate, porque yo me voy!" Ella le dijo: "¿Por qué? ¿Por qué razón? ¿Es que la alfombra no ha salido del huso?" Él contestó: "Ha salido. Pero ese proxeneta, ese visir de mi trasero, ese hijo de perro, me pide ahora un niño de ocho días de edad que cuente una historia; y esa historia ha de componerse de mentira sobre mentira y sobre mentira. Y se han avenido a darme para ello un plazo de ocho días". Y su mujer le dijo: "Está bien. Pero no te enfades, ¡oh hombre! ¡Todavía no han transcurrido los ocho días, y hasta entonces tenemos tiempo de pensar en ello, y de encontrar la puerta de salvación!"

En la mañana del octavo día, el pescador dijo a su mujer: "¿Te has olvidado del niño que hay que llevar? ¡Hoy finaliza el plazo!" Ella dijo: "Está bien. Ve al pozo que conoces, el que está debajo del árbol torcido. Empezarás por devolver el huso a la que habita en el pozo, y por darle las gracias amablemente. Luego le dirás: "Tu querida amiga te envía la zalema y te ruega que le prestes el niño que ha nacido ayer, porque tenemos necesidad de él para una cosa".

Al oír estas palabras, el pescador dijo a su esposa: "¡Ualahí! no conozco a nadie tan estúpido y tan loco como tú, a no ser ese visir de brea. Porque, ¡oh mujer! el visir me reclama un chico de ocho días, ¡y tú llegas a más ofreciéndome facilitarme un niño de un día que sepa hablar con elocuencia y contar historias!" Ella contestó: "¡No te metas en lo que no te importa! ¡Limítate a hacer lo que te he dicho!" Y exclamó él: "Está bien. Ha llegado el último día de mi vida sobre la tierra".

Y salió de su casa y anduvo hasta llegar al pozo. Y añadió: "Tu querida amiga te envía la zalema y te ruega que le des el niño de un día, porque tenemos necesidad de él para una cosa. ¡Pero date prisa, pues, si no, mi cabeza va a volar de mis hombros!" Entonces la que habitaba en el pozo —¡sólo Alah la conoce!— contestó: "¡Aquí está, tómale!" Y el pescador cogió al niño de un día que le ofrecían, mientras la que habitaba en el pozo le decía: "¡Pronuncia sobre él la fórmula contra el mal de ojo!" Y el pescador, cogiéndole, pronunció el bismilah, diciendo: "¡Bismilah errahmán errahim!"

Y se marchó con él en brazos. Y por el camino se dijo: "Pero ¿es que hay niños, aunque sean de treinta días, y no de un día como éste, que sepan hablar y contar historias, incluso siendo hijos de los más asombrosos efrits?" Luego, para cerciorarse acerca del particular, se dirigió al niño de mantillas que llevaba en sus brazos, y le dijo: "¡Vamos, hijo mío, háblame un poco para que yo vea y me cerciore de si es hoy el día de mi muerte!" Pero el niño, al oír el vozarrón del pescador, tuvo miedo y contrajo la cara y el vientre, e hizo como todos los niños pequeños, o sea que se echó a llorar, haciendo muecas horribles y meándose hasta más no poder.

Y el pescador llegó todo mojado y enfadado a casa de su mujer, y le dijo: "Ya traigo el niño. ¡Alah me proteja! ¡A llorar y a mear se reduce lo que sabe hacer el hijo de perro! ¡Mira en qué estado me ha puesto!" Pero ella le dijo: "¡No te metas en lo que no te importa! ¡Ruega por el Profeta, ¡oh hombre! y haz lo que te digo! Ve a llevar sin tardanza este niño al rey. Y ya verás si sabe hablar o si no sabe. ¡Pero has de pedir para él tres almohadones, y le pondrás en medio del diván, y le sostendrás con esos almohadones, colocándole uno al lado derecho, otro al lado izquierdo y otro a la espalda! ¡Y ruega por el Profeta!"

Y él contestó: "¡Con Él la plegaria y la paz!" Luego, con el recién nacido en brazos, se marchó en busca del rey y del visir.

Cuando el visir vio llegar al pescador con aquel niño pequeño de mantillas, se echó a reír, y le dijo: "¿Es éste el niño?" Y el pescador contestó: "Sí". Y el visir se encaró con el niño, y le dijo con la voz que se saca para hablar a los pequeñuelos: "¡Hijo mío!" Pero el niño, en vez de hablar, contrajo la nariz y la boca, y empezó a hacer "¡Hua! ¡hua!" Y el visir fue muy contento a ver al rey, y le dijo: "He hablado al niño; pero no ha contestado, y se ha limitado a llorar y a hacer "¡Hua! ¡hua!" Lo cual es el fin de la vida del pescador. Pero la prueba sólo debe hacerse ante la asamblea de visires, emires y notables, pues les leeré las cláusulas del contrato que hemos hecho con el pescador, y después le mataremos. ¡Y entonces podrás disfrutar de la hermosa, sin que la gente tenga derecho a hablar de ti!"

Y dijo el rey: "Perfectamente, ¡oh visir!" Y entraron ambos en la sala; y se congregaron emires y funcionarios. Y se hizo entrar al pescador; y el visir leyó delante de él y delante de todos los presentes el contrato sellado, y dijo: "Ahora, ¡oh pescador! trae al niño que va a hablarnos".

Y dijo el pescador: "¡Que me den primero tres almohadones, y luego hablará el niño!" Y le llevaron los tres almohadones; y el pescador puso al niño en medio del diván y le apoyó en los tres almohadones. Y el rey preguntó al pescador: "¿Es éste el niño que va a contarnos la historia compuesta de mentira sobre mentira y sobre mentira?"

Y he aquí que, sin que el pescador tuviese tiempo para replicar, el niño de un día contestó: "Ante todo, sea contigo la zalema, ¡oh rey!" Y los visires y los emires y todos los demás se asombraron prodigiosamente del niño. Y el rey, tan asombrado como todos los presentes, devolvió al niño su saludo, y le dijo: "¡Cuéntanos, avispado, esa historia que es una confitura de mentiras!" Y el niño le contestó, diciendo: "¡Hela aquí! Una vez, cuando yo estaba en la fuerza de la juventud, andando fuera de la ciudad por los campos, en la época del calor, me encontré a un vendedor de sandías; y como tenía mucho calor y mucha sed, compré una sandía por un dinar de oro. Y cogí la sandía y corté una raja, que me comí y me refrescó. Luego, al mirar al interior de la sandía, vi allí una ciudad con su ciudadela. Entonces, sin vacilar, me lavé los pies uno tras de otro, y me metí en la sandía. Y empecé a pasear por allá dentro, mirando en torno mío las tiendas y las casas y los habitantes de aquella ciudad, contenida en la sandía. Y seguí caminando de tal suerte hasta llegar al campo. Y vi allí una palmera que tenía unos dátiles de una vara de largo cada uno. Así es que mi alma, que deseaba aquellos dátiles, me impulsó con violencia a ellos, y no pude resistir a sus apremios; y me subí a la palmera para coger uno o dos o tres o cuatro dátiles; y comérmelos. Pero en la palmera me encontré con unos felahs que sembraban semillas en la palmera, y segaban las espigas, en tanto que otros felahs trillaban trigo y lo desgranaban. Y caminando un poco más por la palmera, me encontré con un individuo que batía huevos en una era, y miré más atentamente y vi que de todos los huevos batidos en la era salían polluelos. Y los gallitos se iban por un lado y las pollitas por otro. Y me quedé allí mirándolos, y vi que crecían a ojos vistas. Entonces casé a los gallitos con las pollitas, dejándolos juntos tan contentos, y me marché a otra rama de la palmera. Y allí me encontré un burro que llevaba pasteles de sésamo; y como precisamente mi alma enloquecía por los pasteles de sésamo, cogí uno de aquellos pasteles y me lo tragué en dos o tres bocados. Y cuando me lo comí, alcé los ojos, y me encontré fuera de la sandía. Y la sandía se cerró y volvió a quedar tan entera como antes. ¡Y ésta es la historia que tenía que contaros!"

Cuando el rey oyó estas palabras del recién nacido en mantillas, le dijo: "Vaya, vaya, ¡oh jeique de los embusteros y corona suya! ¡Vaya, vaya, con el avispado! ¡He aquí un tejido de falsedades! ¿Verdaderamente piensas que hemos creído ni una sola palabra de esa historia diabólica? ¡Ay, ualah! ¿Desde cuándo, por ejemplo, contienen ciudades las sandías? ¿Y desde cuándo los huevos, después de batirlos en una era, producen pollos? ¡Confiesa, avispado, que todo eso es una sarta de mentiras tras de mentiras!" Y el niño contestó: "¡No lo niego! ¡Pero tampoco tú ¡oh rey! deberías negar ni ocultar tus sentimientos con respecto a este pobre pescador, a quien quieres matar únicamente para quitarle su hermosa mujer, a la que has visto en la playa! ¿No te da vergüenza ante el rostro de Alah, que nos ve, desear, siendo rey y sultán, lo que no te pertenece, y robar el bien de un prójimo tuyo menos rico y menos poderoso, como lo es este pobre pescador? Por Alah y los méritos del Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!) juro que, si en esta hora y en este instante no dejas tranquilo a este pescador y no desistes de tus malas intenciones con respecto a su mujer, haré desaparecer tu rastro y el de tu visir por la tierra de los hombres, de modo que ni las moscas puedan encontraros".

Y tras de hablar así con una voz aterradora, el niño de mantillas dejó a todo el mundo poseído de asombro, y dijo al pescador: "Ahora, tío mío, cógeme y llévame fuera de aquí, a tu casa". Y el pescador cogió al recién nacido de un día, al avispado, y sin que le molestara nadie, salió del palacio y se fue tan contento a casa de su mujer. Y cuando ella se enteró de lo que tenía que enterarse, le dijo: "Tienes que ir sin tardanza a dejar el niño donde lo cogiste. ¡Y no dejes de transmitir mi zalema y mi agradecimiento a mi querida amiga, y pregúntale por su salud!" Y dijo el pescador: "¡Está bien!" E hizo lo que ella le había dicho que hiciera. Después de lo cual, volvió a su casa y se dedicó a sus abluciones y a la plegaria, y verificó la cosa acostumbrada con su hermosa mujer. Y desde entonces, juntos vivieron dichosos y prósperos.

¡Y he ahí lo que les aconteció!"

Y cuando acabó de contar así esta historia, el tercer capitán de policía volvió a su puesto, y el sultán Baibars dijo: "¡Qué historia tan admirable! ¡Lástima ¡oh capitán Ezz Al-Din! que no nos hayas dicho lo que en los días siguientes sucedió entre el rey y el pescador!" Entonces avanzó el cuarto capitán de policía, que se llamaba Mohii Al-Din. Y dijo: "¡Yo, oh rey, si me lo permites, te contaré la continuación de esa historia, que es mucho más asombrosa que su principio!" Y dijo el sultán Baibars: "¡Claro que te lo permito, y de todo corazón y de muy buena gana!"

Entonces dijo el capitán Mohii Al-Din:

Historia contada por el cuarto capitán de policía

"Has de saber, pues, ¡oh rey del tiempo! que gracias a la bendición, el pescador y su hermosa mujer tuvieron un niño varón. Y sus padres llamaron a aquel niño varón Mohammad el Avispado, en recuerdo del chico de mantillas que un día les sacó de apuros. Y aquel niño era tan hermoso como su madre.

Y el sultán tenía también un hijo de la edad del hijo del pescador; pero estaba aquejado de fealdad, y su color era el color de los hijos de felahs.

Ambos niños iban a la misma escuela para aprender a leer y a escribir. Y cuando el hijo del rey, que era un perezoso inferior, veía al hijo del pescador, que era un estudioso superior, le decía: "¡Hola, sea dichosa tu mañana, hijo del pescador!" Y le llamaba así para humillarle. Y Mohammad el Avispado contestaba: "¡Y sea dichosa tu mañana, ¡oh hijo del sultán! y blanquee tu rostro, que está tan negro como las correas de los zuecos viejos!" Y ambos niños continuaron así yendo juntos a la escuela en el transcurso de un año, saludándose siempre de aquella manera. Así es que, por fin, el hijo del sultán, enfadado, fue a contar la cosa a su padre, diciéndole: "El hijo del pescador, ese perro, me devuelve todos los días la zalema diciéndome: "Tienes la cara tan negra como las correas de los zuecos viejos".

Entonces el sultán se enfadó; pero como, en vista de lo pasado, no se atrevía a castigar por sí mismo al hijo del pescador, llamó al jeique maestro de escuela, y le dijo: "¡Oh jeique! si quieres matar al niño Mohammad, el hijo del pescador, te haré un buen regalo, y te daré mujeres concubinas y hermosas esclavas blancas". Y el maestro de escuela se regocijó y contestó: "Estoy a tus órdenes, ¡oh rey del tiempo! ¡Todos los días daré una paliza al niño, hasta que se muera con ese régimen!"

Así es que, cuando al día siguiente Mohammad el Avispado fue a la escuela a leer el Korán, el maestro de escuela dijo a los colegiales: "¡Traed el instrumento de dar palizas y echad en el suelo al hijo del pescador!" Y los colegiales, como de costumbre, se apoderaron de Mohammad y le echaron en el suelo, y pusieron los pies en el tornillo de madera. Y el maestro de escuela cogió el vergajo y empezó a pegar al chico en la planta de los pies hasta que le brotó sangre y se le hincharon los pies, y las piernas. Y le dijo: "Inschalah, mañana continuaré, ¡oh cabeza dura!" Y el chico, en cuanto le libraron del instrumento de tortura, huyó de la escuela, echando a correr a toda prisa. Y fue a casa de su padre y de su madre, y les dijo: "¡Mirad! el jeique de la escuela me ha pegado hasta dejarme medio muerto, por culpa del hijo del sultán. No iré más a la escuela, y quiero ser pescador como mi padre".

Y su padre le dijo: "Está bien, hijo mío". Y se levantó, y le dio una red y un cesto, y le dijo: "Toma, ahí tienes los utensilios de pesca. Y ve a pescar mañana, aun cuando no ganes lo que necesitas para vivir".

Y al día siguiente, por la aurora, el mozalbete Mohammad fue a echar la red al mar. Pero no cayó en la red más que un salmonete pequeño. Y Mohammad retiró la red, y se dijo: "Voy a asar este salmonete en sus propias escamas, y a comérmelo de almuerzo". Fue, pues, a coger algunas hierbas secas y trozos de leña, les prendió fuego, y puso el salmonete a asar en la lumbre.

Entonces el salmonete abrió la boca y le dirigió la palabra, diciéndole: "¡No me quemes, ya Mohammad! Soy una reina entre las reinas del mar. ¡Vuélveme al agua en donde estaba, y te seré útil en épocas de desgracia, y vendré en tu ayuda en los días de necesidad!"

Y él dijo: "Está bien". Y devolvió al mar el salmonete consabido. ¡Y esto es lo referente a él...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 942ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y devolvió al mar el salmonete consabido. ¡Y esto es lo referente a él!

Pero, respecto al rey, es el caso que, al cabo de dos días, llamó al maestro de escuela y le preguntó: "¿Has matado a Mohammad, el chico del pescador?" Y el maestro de escuela contestó: "Le di una paliza el primer día, hasta que se desmayó. Entonces se marchó y no ha vuelto. Y al presente es pescador como su padre". Y el rey le despidió y le dijo: "Vete, ¡oh hijo de perro! ¡Maldito sea tu padre, y que tu hija se case con un cochino!"

Tras de lo cual llamó a su visir, y le dijo: "No ha muerto el niño. ¿Qué vamos a hacer?" Y el visir contestó al rey: "¡Ya daré yo con algún medio para lograr su muerte!" Y el rey le preguntó: "¿Cómo vas a arreglarte para lograr su muerte?" El visir contestó: "Conozco a una joven muy hermosa, hija del sultán de la Tierra Verde. Esa tierra está de aquí a una distancia de siete años de viaje. Vamos a hacer venir al hijo del pescador, y le diré: "Nuestro amo el sultán tiene de ti muy buen concepto, y cuenta con tu valentía. Es preciso, pues, que vayas a la Tierra Verde y te traigas a la hija del sultán de ese país, porque nuestro amo el rey quiere casarse con ella, y nadie, excepto tú, podría traer a esa princesa". Y el rey contestó al visir: "Está bien; manda llamar al niño".

Entonces el visir hizo ir, a despecho de su nariz, al joven Mohammad, y le dijo: "Nuestro amo el sultán desea enviarte a que le traigas a la hija del sultán de la Tierra Verde". Y el niño contestó: "¿Y desde cuándo conozco yo el camino de ese país?" El visir dijo: "Pues tienes que obedecer". Entonces el niño salió enfadado, y fue a casa de su madre a contarle la cosa. Y su madre le dijo: "Ve a pasear tu pena a orillas del río, junto a su embocadura en el mar, y tu pena se disipará sola". Y el pequeño Mohammad fue a pasear su pena a orillas del mar, junto a la embocadura del río.

Y mientras él caminaba de un lado a otro, enfadado, salió del mar el salmonete de antes, y fue en dirección suya, saludándole. Y le dijo: "¿Por qué estás enfadado, Mohammad el Avispado?" Él contestó: "No me interrogues, porque la cosa no tiene remedio". Y el pez le dijo: "El remedio está entre las manos de Alah. ¡Habla!" El niño dijo: "Figúrate, ¡oh salmonete! que el visir de brea me ha dicho: "Es preciso que vayas a buscar a la hija del sultán de la Tierra Verde".

Y el salmonete le dijo: "Está bien. Ve al rey, y dile: "Voy a ir a buscar a la hija del sultán de la Tierra Verde. Pero para ello es necesario que hagas que me construyan una dahabieh de oro. Y es preciso que el oro se tome de la fortuna de tu visir".

Y el pequeño Mohammad fue a decir al rey lo que el salmonete le había dicho. Y el rey no pudo por menos de hacer que construyeran la dahabieh a costa de la fortuna del visir y a despecho de su nariz. Y el visir por poco se muere de rabia reconcentrada. Y Mohammad subió en la dahabieh de oro, y partió remontando el río.

Y su amigo el salmonete iba delante de él enseñándole el camino y conduciéndole entre la vegetación del río y los ríos interiores, hasta que al fin llegó a la Tierra Verde. Y Mohammad el Avispado despachó para la ciudad un pregonero que gritase: "Cualquiera, sea mujer, hombre, niño, joven o viejo, puede bajar a la orilla del río para mirar la dahabieh de oro que tiene Mohammad el Avispado, hijo del pescador". Entonces, todos los habitantes de la ciudad, grandes y pequeños, hombres y mujeres, bajaron y miraron la dahabieh de oro. Y allí se quedaron mirándola ocho días enteros. Y la hija del rey no pudo tampoco reprimir su curiosidad, y pidió permiso a su padre, diciendo: "Quiero ir, como los demás, a mirar la dahabieh". Entonces el rey consintió en la cosa, y con anticipación hizo pregonar por toda la ciudad que nadie ni hombre ni mujer, debía salir de su casa aquel día, ni pasearse por el lado del río, pues la princesa iba a ver la dahabieh.

A la sazón, la hija del rey fue a la ribera a mirar la hermosa dahabieh de oro. Y preguntó por señas al Avispado si podía entrar para verla también por dentro. Y como Mohammad le hizo con la cabeza y con los ojos una seña que significaba que sí, ella subió a la dahabieh y se dedicó a visitarla. Entonces Mohammad el Avispado, viéndola distraída, dio vuelta sin ruido a la clavija de la dahabieh y al timón, y puso a la dahabieh en marcha, y partió.

Cuando la hija del sultán de la Tierra Verde acabó su visita, quiso salir, alzó los ojos, y vio la dahabieh en marcha, muy lejos ya de la ciudad de su padre. Y dijo al amigo del salmonete: "¿Adónde me llevas, Avispado?" Él contestó: "Te llevo al palacio de un rey para que se case contigo". Ella le dijo: "¿Será, por ventura, ese rey más hermoso que tú, Avispado?" Él contestó: "No lo sé. Pronto lo vas a ver tú misma con tus propios ojos". Entonces ella se sacó una sortija del dedo y la tiró al río. Pero allí estaba el salmonete, que cogió la sortija y la guardó en su boca, abriéndole camino. Luego ella dijo al Avispado: "No me casaré más que contigo. Y quiero entregarme a ti libremente".

Y el joven Mohammad le dijo: "Está bien". Y la tomó con su virginidad. Y gozó de ella sobre el agua.

Y cuando llegaron al punto de destino, Mohammad, el hijo del pescador, fue a ver al rey y le dijo: "Heme aquí. He traído a la hija del sultán de la Tierra Verde. Pero dice ella que no saldrá de la dahabieh mientras no le alfombres el camino con tapices de seda verde, sobre los cuales caminará para venir a tu palacio. Y ya verás entonces cuán graciosamente anda". Y el rey le dijo: "Está bien". Y mandó comprar, a costa de la fortuna de su visir y a despecho de su nariz, todos los tapices de seda verde que había en el zoco de los tapices, y los mandó extender por tierra hasta la dahabieh.

Entonces la princesa de la Tierra Verde salió de la dahabieh, y caminó por los tapices de seda, vestida de verde y contoneándose de un modo que arrebataba la razón. Y el rey la vio, la admiró y se quedó enamorado de su belleza. Y cuando entró ella en el palacio, le dijo:

"Voy a hacer extender esta misma noche mi contrato de matrimonio contigo". Y la joven le dijo entonces: "Está bien. Pero si quieres casarte conmigo, devuélveme la sortija que se me cayó del dedo en el río. Y después haremos el contrato y te casarás conmigo".

Y he aquí que el salmonete le había dado aquella sortija a su amigo Mohammad el Avispado, hijo del pescador.

Y el rey llamó al visir, y le dijo: "Escucha. A esta dama se le ha caído del dedo, en el río, una sortija. ¿Qué haremos ahora? ¿Y quién podrá devolvérnosla?" Y el visir contestó: "¡Y quién va a poder devolverla más que Mohammad, el hijo del pescador, ese maldito, ese efrit!"

Claro es que no hablaba así más que para hacer caer al mozo en una trampa sin salida. Así es que el rey mandó buscarle a toda prisa. Y cuando llegó el niño le dijeron: "A esta dama se le ha caído una sortija en el río. Y nadie, excepto tú, podrá traerla". Él les dijo: "Está bien. Tomad, aquí está la sortija".

Y el rey cogió la sortija, y fue a llevársela a la joven de la Tierra Verde, y le dijo: "¡Toma, aquí tienes tu sortija, y hagamos esta noche el contrato de matrimonio!". Ella dijo: "Pero en mi país, cuando una joven va a casarse, hay una costumbre".

Él dijo: "Está bien. Dímela". Ella dijo: "Se abre un foso desde la casa de la novia hasta el mar, se le llena de leños y haces y se le prende fuego. Y el novio se arroja al fuego, y camina por él hasta el mar, donde toma un baño, para ir entonces en dirección a casa de su novia. Y de tal suerte queda purificado por el fuego y por el agua...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 943ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y de tal suerte queda purificado por el fuego y por el agua. Y a eso se reduce la ceremonia del contrato de matrimonio en mi país".

Entonces el rey, que estaba prendado de la hermosa, ordenó abrir el foso consabido, lo llenó de leños y de haces, y llamó a su visir, al que dijo: "Prepárate a andar mañana conmigo por ahí encima".

Y al día siguiente, cuando llegó el momento de prender fuego a aquel canal de leña, el visir dijo al rey: "Mejor será que se arroje primero Mohammad, el hijo del pescador, para ver qué pasa. Si sale sano y salvo de ese fuego, podremos entonces arrojarnos también nosotros". Y él dijo: "Está bien".

Y he aquí que, entretanto, el salmonete había saltado a la dahabieh de su amigo y le había dicho: "Avispado: si el rey te llama y te dice: "¡Tírate a este fuego!", no tengas miedo, sino tápate las orejas y pronuncia la fórmula preservadora: "En el nombre de Alah el Clemente sin límites, el Misericordioso". Luego tírate resueltamente al canal de fuego".

Y el rey hizo prender fuego a los leños y haces. Y llamaron a Mohammad, y le dijeron: "Tírate al fuego y camina por él, hasta el mar, porque para eso eres el Avispado".

El niño les contestó: "¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos! ¡a vuestras órdenes!" Y se tapó los oídos, y pronunció mentalmente la fórmula del bismilah, y entró con resolución en el fuego. Y salió por el lado del mar más hermoso que antes. Y todo el mundo lo vio y quedó deslumbrado por su hermosura.

Entonces el visir dijo al rey: "¡También nosotros vamos a entrar en el fuego para salir hermosos como ése maldito hijo del pescador! Y llama también a tu hijo para que se tire con nosotros y se vuelva tan hermoso como nosotros vamos a volvernos". Y el rey llamó a su hijo, aquel tan feo y que tenía la cara como las correas de los zuecos viejos. Y los tres se cogieron de la mano, y de tal modo, se arrojaron al fuego. Y quedaron reducidos a un montón de cenizas.

Entonces Mohammad el Avispado, hijo del pescador, fue a ver a la joven, la princesa hija del sultán de la Tierra Verde, e hizo el contrato de matrimonio con ella, y la desposó. Y se sentó en el trono del Imperio, y fue rey y sultán. Y llamó a su lado a su padre y a su madre. Y vivieron todos juntos en el palacio, con absoluta tranquilidad y armonía, contentos y prosperando. ¡Loores a Alah, Dueño de la prosperidad, del contento, de la felicidad y de la armonía!"

Y cuando el capitán de policía Mohii Al-Din hubo contado así esta historia, y el sultán Baibars húbole dado las gracias y le hubo manifestado su contento, volvió él a su puesto.

Y avanzó un quinto capitán de policía, que se llamaba Nur Al-Din. Y tras de besar la tierra entre las manos del sultán Baibars, dijo: "Yo ¡oh señor nuestro y corona de nuestra cabeza! te contaré una historia que no tiene par entre las historias". Y dijo:

Historia contada por el quinto capitán de policía

"Una vez había un sultán. Y aquel sultán, un día entre los días, llamó a su visir, y le dijo: "¡Visir!" Y éste contestó: "¡A tus órdenes! ¿Qué hay, ¡oh rey!?" El rey dijo: "Quiero que hagas que escriban y graben para mí un sello cuyo poder sea tal, que si estoy alegre, no me enfade, y que si estoy enfadado, no me alegre. Y es preciso que quien escriba el sello se comprometa a dotarlo del poder consabido. ¡Y tienes para ello un plazo de tres días!"

Entonces el visir fue en busca de los que de ordinario hacen sellos y amuletos, y les dijo: "Escribidme un sello para el rey". Y les contó lo que el rey le había dicho y exigido. Pero ninguno de ellos quiso encargarse de hacer semejante sello. Entonces el visir se levantó y se marchó, enfadado. Y se dijo: "No encontraré en esta ciudad lo que necesita. Voy a ir a otro país".

Y salió de la ciudad y caminando por el campo, se encontró con un jeique árabe que aventaba su trigo en su campo. Y le saludó, diciendo: "La paz sea contigo, ¡oh jeique de los árabes!" Y el jeique de los árabes le devolvió la zalema, y le dijo: "¿Adónde vas por aquí, ¡ya sidi con este calor!?" El otro contestó: "Viajo para un asunto concerniente al rey". El jeique le preguntó: "¿Qué asunto es ése?" El visir contestó: "El rey me pide que haga que le escriban un sello que esté construido de manera que, si está él alegre, no se enfade, y si está enfadado, no se alegre". Y el jeique de los árabes le dijo: "¿Nada más que eso?" El visir contestó: "¡Nada más!" El otro le dijo: "Está bien. Siéntate. Voy a traerte de comer".

Y el jeique de los árabes dejó un momento al visir, y fue a ver a su hija, que se llamaba Yasmina, y le dijo: "¡Oh hija mía Yasmina! prepara el almuerzo para un huésped". Ella dijo: "¿De dónde viene ese huésped?" Él contestó: "De parte del sultán". Ella le preguntó: "¿Y qué quiere?" Y su padre le contó la cosa. Y no hay utilidad en repetirla.

Entonces Yasmina, aquella dama de los árabes, preparó al punto un plato de huevos, en el cual había treinta huevos y mucha manteca dulce, y se lo dio a su padre, con ocho panecillos, diciéndole: "Da esto al viajero, y dile: Mi hija Yasmina, dama de los árabes, te saluda y te dice que ella te escribirá el sello. Y te dice, además: ¡El mes apenas tiene treinta días, el mar hoy está lleno, y ocho días constituyen una semana!" Y su padre dijo: "Está bien". Y cogió el almuerzo, y se marchó.

Y mientras caminaba, la manteca del plato se le vertió en la mano. Entonces dejó el plato en el suelo, cogió uno de los panes, pringó en él la manteca que tenía en la mano, y se lo comió, amén de un huevo, del que tuvo gana. Tras de lo cual se levantó, y fue a llevar el almuerzo al visir, y le dijo: "Mi hija Yasmina, dama de los árabes, te envía la zalema, y te dice que te escribirá el sello. Y además, te dice: El mes apenas tiene treinta días, el mar hoy está lleno, y ocho días constituyen una semana". Y el visir dijo: "Comamos primero, y ya veremos luego".

Y cuando hubo acabado de comer, dijo al padre de Yasmina: "Dile que me escriba el sello, pero que al mes le falta un día, que el mar se ha secado, y que la semana no tiene más que siete días".

Entonces el jeique de los árabes volvió al lado de su hija, y le dijo: "El visir te dice que le escribas el sello, pero que al mes le falta un día, que el mar se ha secado, y que la semana no tiene más que siete días". Entonces la joven dijo: "¿No te da vergüenza ¡oh padre mío! lo que me has hecho? ¡Has dejado el almuerzo en el camino, te has comido un panecillo y un huevo, y has llevado al huésped los huevos sin manteca!" Él le contestó: "¡Ualahí, es verdad! Pero ¡oh hija mía! el plato estaba lleno y se me ha vertido en la mano; entonces me he sentado, y he pringado la manteca con un panecillo que me he comido; y me ha entrado gana de tomarme un huevo, que me he tragado".

Ella dijo: "No importa. Preparemos el sello".

Entonces preparó el sello, Y lo compuso con estos términos: "¡De Alah nos viene todo sentimiento de pena o de alegría!" Y envió el sello al visir, que lo cogió después de dar las gracias, y se marchó para llevárselo al rey.

Y el rey, tomando el sello y leyendo lo que en él había escrito, preguntó al visir: "¿Quién ha hecho este sello?" El visir contestó: "Una joven llamada Yasmina, dama de los árabes". Y el rey se irguió sobre ambos pies, y dijo al visir: "Ven, llévame con su padre, a fin de que me case con la hija".

Entonces el visir cogió al rey de la mano y partió con él. Y fueron a buscar al jeique de los árabes, y le dijeron: "¡Oh jeique de los árabes! venimos buscando alianza contigo".

El jeique les contestó: "¡Familia y holgura! Pero ¿por medio de quién?" El visir contestó: "Por medio de tu hija Yasmina, la dama de los árabes, con quien quiere casarse nuestro amo el rey, que está delante de tus ojos". El jeique dijo: "Está bien. Somos vuestros servidores. Pero se pondrá a mi hija en un platillo de la balanza, y oro en el otro. Y peso por peso. Porque Yasmina es cara al corazón de su padre".

Y el visir contestó: "No hay inconveniente". Y fueron en busca de oro, y lo pusieron en un platillo de la balanza, mientras el jeique de los árabes ponía a su hija en el otro platillo. Y cuando se equilibraron la joven y el oro, se extendió, acto seguido, el contrato de matrimonio. Y el rey dio una gran fiesta en el pueblo de los árabes. Y aquella misma noche entró en el aposento de la joven, que aún estaba en casa de su padre, y le quitó la virginidad. Y por la mañana, partió con ella y la dejó en su palacio.

Cuando llevaba ya algún tiempo en aquel palacio, la hermosa joven árabe Yasmina empezó a adelgazar y a consumirse de languidez. Entonces el rey llamó al médico, y le dijo: "Sube pronto, y examina a Sett El-Arab, a Yasmina. No sé por qué adelgaza y se desmejora así". Y el médico subió, y examinó a Yasmina. Luego bajó, y dijo al rey: "No está habituada a residir en las ciudades, porque es una muchacha campesina, y su pecho se oprime con la falta de aire". Y el rey preguntó: "¿Y qué hay que hacer?" El hakim contestó: "Haz que le erijan un palacio junto al mar, adonde podrá respirar aire sano; y se pondrá más hermosa de lo que era". Y al punto dio el rey orden a los albañiles para que erigieran un palacio junto al mar. Y cuando estuvo acabado el palacio, transportaron allí a la languideciente Yasmina, dama de los árabes...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 944ª NOCHE

Ella dijo:

...a la languideciente Yasmina, dama de los árabes.

Y he aquí que cuando ella vivió algún tiempo en el palacio, se puso gorda otra vez y cesó de desmejorarse. Y mientras estaba un día acodada a su ventana, mirando al mar, un pescador fue a echar su red al pie del palacio. Y cuando la retiró, no vio dentro más que guijarros y conchas. Y se enfadó mucho. Entonces Yasmina le dirigió la palabra, y le dijo: "¡Oh pescador! si quieres echar la red al mar en nombre mío, te daré un dinar de oro por el trabajo". Y el pescador contestó: "Está bien, ¡oh señora!" Y echó la red al mar en nombre de Yasmina, la dama de los árabes; la sacó, y después de arrastrarla hasta sí, encontró en ella un frasco de cobre rojo. Y se lo enseñó a Yasmina, quien al punto se envolvió en la colcha como en un velo, y bajó hasta donde estaba el pescador y le dijo: "Toma, aquí tienes el dinar, y dame el frasco". Pero el pescador contestó: "No, ¡por Alah! no tomaré el dinar a cambio de este frasco, sino que he de darte un beso en la mejilla".

Y he aquí que en el mismo momento en que hablaban juntos de tal suerte, los encontró el rey. Y cogió al pescador, y le mató con su espada, y tiró el cuerpo al río. Luego se encaró con Yasmina, la dama de los árabes, y le dijo: "Y a ti tampoco quiero verte más. ¡Vete donde quieras!"

Y ella se marchó. Y caminó con hambre y sed durante dos días y dos noches. Y entonces llegó a una ciudad. Y se sentó a la puerta de la tienda de un mercader, quedándose allí desde por la mañana hasta la hora de la plegaria de mediodía. Entonces el mercader le dijo "¡Oh señora! desde esta mañana estás sentada aquí. ¿Por qué?" Ella contestó: "Soy extranjera. No conozco a nadie en esta ciudad. Y no he comido ni bebido nada desde hace dos días". Entonces el mercader llamó a su negro, y le dijo: "Coge a esa dama y condúcela a casa. Y di en casa que le den de comer y de beber". Y el negro la cogió y la condujo a la casa, y dijo a su ama, la esposa del mercader: "Mi amo te encarga que des de comer y de beber bien a esta dama". Y la mujer del mercader miró a Yasmina, y la vio, y se puso celosa, porque la otra era más bella. Y se encaró con el negro, y le dijo: "Está bien. Haz subir a esta dama al desván que hay encima de la terraza". Y el negro cogió a Yasmina de la mano, y la hizo subir al desván consabido que había encima de la terraza.

Y allí permaneció Yasmina hasta la noche, sin que la mujer del mercader se ocupase de ella de manera alguna, ni para darle de comer ni para darle de beber. Entonces Yasmina, la dama de los árabes se acordó del frasco de cobre rojo que llevaba al brazo, y se dijo: "¡Vamos a ver si por acaso hay dentro de él un poco de agua para beber!" Y pensando así, cogió el frasco y quitó el tapón. Y al punto salieron del frasco una tina con su jarro. Y Yasmina se lavó las manos. Luego alzó los ojos y vio salir del frasco una bandeja llena de manjares y bebidas. Y comió y bebió y se satisfizo. Entonces volvió a destapar el frasco, y salieron de él diez jóvenes esclavas blancas, con castañuelas en las manos, que se pusieron a bailar en el desván. Y cuando acabaron su danza, cada una de ellas echó diez bolsas de oro en las rodillas de Yasmina. Luego se volvieron todas al frasco.

Y Yasmina, la dama de los árabes, permaneció así en el desván tres días enteros, comiendo y divirtiéndose con las jóvenes del frasco. Y cada vez que las hacía salir, le echaban ellas, después de la danza, bolsas llenas de oro; de modo y manera que a la postre quedó el desván lleno de oro hasta el techo.

Al cabo de aquel tiempo, el negro del mercader subió a la terraza para evacuar una necesidad. Y vio a la señora Yasmina, y se asombró, porque creía que ya se había marchado, según dijo la esposa del mercader. Y Yasmina le dijo: "¿Me ha enviado aquí tu amo para que me alimentéis, o para que me dejéis más muerta de hambre y de sed que antes?"

Y el esclavo contestó: "¡Ya setti! mi amo creía que te habían dado pan, y que te habías marchado el mismo día". Luego echó a correr a la tienda de su amo, y le dijo: "¡Ya sidi! la pobre dama a quien enviaste conmigo a casa hace tres días ha estado todo ese tiempo en el desván de la terraza, sin comer ni beber nada". Y el mercader, que era un hombre de bien, abandonó su tienda inmediatamente, y fue a decir a su mujer: "¿Cómo se entiende, ¡oh maldita!? ¿conque no das nada de comer a esa pobre señora?" Y la cogió y estuvo pegándola hasta que se le cansó el brazo de pegarla. Luego cogió pan y otras cosas, y subió a la terraza, y dijo a Yasmina: "¡Ya setti! toma y come. ¡Y no nos culpes de olvidadizos!" Ella contestó: "¡Alah aumente tus bienes! ¡Tus favores han llegado a su destino! ¡Ahora, si quieres completar tus beneficios, voy a pedirte una cosa!" Él dijo: "Habla, ¡oh señora!" Ella dijo: "Quisiera que en las afueras de la ciudad me construyeses un palacio que sea dos veces más hermoso que el del rey". Él contestó: "No hay inconveniente. ¡Desde luego!" Ella dijo: "Ahí tienes oro. Toma cuanto quieras. Si los albañiles trabajan de ordinario por dracma cada jornada, dale cuatro, para apresurar la construcción". Y el mercader dijo: "Está bien".

Y cogió el dinero, y fue en busca de los albañiles y arquitectos, que en poco tiempo le hicieron un palacio dos veces más hermoso que el del rey. Y volvió él entonces al desván a ver a Yasmina, la dama de los árabes, y le dijo: "¡Ya setti! el palacio está concluido". Ella le dijo: "Aquí hay dinero. Tómalo y ve a comprar muebles tapizados de raso para el palacio. ¡Y haz venir criados negros que sean extranjeros y no sepan árabe!"

Y el mercader fue a comprar los muebles de raso y a procurarse los consabidos criados negros que no supieran ni pudieran entender el árabe, y volvió al desván a decir a Yasmina, la dama de los árabes: "¡Oh mi señora! todo está completo ya. Ten la bondad de venir a tomar posesión de tu palacio". Y Yasmina, la dama de los árabes, se levantó, y antes de salir del desván, dijo al mercader: "El desván donde me hallo está lleno de oro hasta el techo. Quédate con él, como regalo mío por la amabilidad que has tenido para conmigo". Y se despidió del mercader. ¡Y esto es lo referente a él!

En cuanto a Yasmina, hizo su entrada en el palacio. Y tras de comprarse un magnífico traje de rey, se lo puso y se sentó en el trono. Y parecía un rey hermoso. ¡Y es lo referente a ella!

En cuanto a su esposo, el rey que había matado al pescador y la había expulsado a ella misma, al cabo de cierto tiempo se calmó y se acordó de ella por la noche. Y a la mañana llamó a su visir, y le dijo "¡Visir!" Y el visir contestó: "¡Presente!" El rey dijo: "Vamos, disfracémonos, y salgamos en busca de mi esposa Yasmina, la dama de los árabes" y el visir dijo: "Escucho y obedezco". Y salieron del palacio con un disfraz y anduvieron dos días en busca de Yasmina, la dama de los árabes, interrogando e informándose. Y así llegaron a la ciudad donde se encontraba ella. Y vieron su palacio. El rey dijo al visir: "Este palacio es nuevo aquí, pues no le he visto en mis viajes anteriores. ¿A quién pertenecerá?" Y el visir contestó: "No lo sé. Acaso pertenezca a algún rey invasor que haya conquistado la ciudad sin que lo sepamos". Y el rey dijo: "¡Por Alah! puede que así sea. Por tanto, para cerciorarnos, vamos a despachar para la ciudad un pregonero anunciando que nadie debe encender luz esta noche en su casa. De esa manera sabremos si las gentes que habitan este palacio son súbditos nuestros obedientes o reyes conquistadores".

Y el pregonero fue por la ciudad pregonando la orden consabida. Y cuando llegó la noche, se dedicó el rey a recorrer con su visir los diversos barrios. Y vieron que en ninguna parte había luz, a no ser en el palacio espléndido que desconocían. Y oyeron en él cánticos y música de tiorbas, laúdes y guitarras. Entonces el visir dijo al rey: "Ya lo ves, ¡oh rey! ¡Por algo te dije que este país no nos pertenecía ya, y que este palacio estaba habitado por reyes invasores!" Y el rey contestó: "¿Quién sabe? Ven, vamos a informarnos por el portero del palacio". Y fueron a interrogar al portero. Pero como aquel portero era un barbarín, y no sabía ni entendía una palabra de árabe, les contestaba a cada pregunta: "¡Chanú!" Lo que en lengua barbarina significa: "¡No sé!

Y se fueron el rey y su visir y no pudieron dormir aquella noche porque tenían miedo.

Y por la mañana, el rey dijo al visir: "Di al pregonero que pregone por la ciudad, una vez más, que nadie encienda luz esta noche. De esa manera tendremos más certeza". Y pregonó el pregonero; y llegó la noche; y el rey se paseó con su visir. Pero observaron que reinaba la oscuridad en todas las casas, excepto en el palacio, donde la luz era dos veces más viva que la víspera y donde todo estaba iluminado. Y el visir dijo al rey: "Ahora ya tienes la certeza de lo que te dije respecto a la toma de este país por reyes extranjeros". Y dijo el rey: "¡Es verdad! pero ¿qué vamos a hacer?" El visir dijo: "¡Vamos a dormir y ya veremos mañana!"

Y al día siguiente, el visir dijo al rey: "Ven, vamos a pasearnos, como todo el mundo, por las cercanías del palacio. Y te dejaré abajo, y subiré yo solo astutamente para ver con mis ojos y oír con mis oídos de qué país es el rey".

Y cuando llegaron a la portería del palacio, el visir burló la vigilancia de los guardias y consiguió subir a la sala del trono. Y cuando vio a Yasmina, la dama de los árabes, la saludó, creyendo que saludaba a un rey joven. Y ella le devolvió la zalema, y le dijo: "Siéntate". Y cuando estuvo él sentado, Yasmina, la dama de los árabes, que le había reconocido desde luego y no ignoraba la presencia de su esposo el rey en la ciudad, destapó el frasco, y se sirvieron los refrescos; y salieron del frasco diez hermosas esclavas y se pusieron a bailar con castañuelas. Y después de la danza, cada una de ellas echó diez bolsas llenas de oro en las rodillas de Yasmina. Y ella las cogió y se las dio todas al visir, diciéndole: "Tómalas de regalo, pues veo que eres pobre". Y el visir le besó la mano, y le dijo: "¡Alah te otorgue la victoria sobre tus enemigos, ¡oh rey del tiempo! y prolongue para nuestro bien tus días!" Luego se despidió, y bajó en busca del rey, que estaba sentado con el portero.

Y el rey le dijo: "¿Qué has hecho arriba, ¡oh visir!?" El visir contestó: "¡Ualah! ¡por algo hube de decirte que te habían tomado esta tierra! Figúrate que me ha dado cien bolsas llenas de oro de regalo, y me ha dicho: "¡Tómalas para ti, porque eres pobre!" Eso es lo que me ha dicho. Después de semejante cosa, ¿puedes dudar de que te ha tomado esta ciudad y este país?" Y el rey dijo: "¿Verdaderamente, lo crees así? ¡En ese caso, también yo voy a tratar de burlar la vigilancia de los guardias barbarines, y a subir arriba para ver a ese rey!"

Y lo hizo como lo dijo.

Cuando le vio Yasmina, la dama de los árabes, le reconoció, pero sin demostrarlo. Y se levantó de su trono en honor suyo, y le dijo: "¡Ten la bondad de sentarte!" Y cuando el rey vio que se levantaba en honor suyo aquel a quien creía un rey extranjero, se le tranquilizó el corazón, y se dijo a sí mismo. "¡Indudablemente es un súbdito, y no un rey, pues no se levantaría así por un cualquiera a quien no conoce!" Y se sentó en el asiento; y llegaron los refrescos; y bebió él y se sació. Entonces acabó de envalentonarse, y preguntó a Yasmina, la dama de los árabes: "¿De qué calidad sois?" Y ella sonrió, y contestó: "Somos gente rica". Y mientras hablaba así destapó el frasco, y al instante salieron de él diez maravillosas esclavas blancas que bailaron con castañuelas. Y antes de desaparecer, cada una de ellas echó diez bolsas llenas de oro en las rodillas de Yasmina.

Y el rey se maravilló del frasco hasta el límite de la maravilla...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 945ª NOCHE

Ella dijo:

...Y el rey se maravilló del frasco hasta el límite de la maravilla y dijo a Yasmina, la dama de los árabes: "¿Puedes decirme ¡oh hermano mío! dónde has comprado ese prodigioso frasco?" Ella contestó: "No lo he comprado por dinero". Él preguntó: "Entonces, ¿por qué lo has comprado?" Ella dijo: "Vi este frasco en poder de un individuo, y dije al individuo: "¡Dame ese frasco, y pídeme lo que quieras!" Y me contestó: "Este frasco no se vende ni se compra. ¡Pero si quieres que te lo dé, ven a hacer una vez conmigo lo que hace el gallo con la gallina! Y después te daré el frasco". Y yo hice lo que quería de mí. Y me dio el frasco".

Claro es que Yasmina sólo hablaba así porque tenía una idea premeditada.

Cuando el rey hubo oído estas palabras, le dijo: "Está bien, y la cosa es fácil. ¡Si quieres darme el frasco, yo también consiento en que me hagas la misma cosa dos veces en lugar de una!" Y la dama de los árabes dijo: "¡No, dos veces no es bastante! ¡Abra Alah la puerta de la ganancia!"

El rey dijo: "¡Entonces, ven, y házmelo cuatro veces para darme ese frasco!"

Ella le dijo: "Está bien, levántate y entra a ese cuarto para hacerlo". Y entraron en el cuarto uno detrás de otro. Entonces Yasmina, la dama de los árabes, al ver que el rey se ponía de buenas a primera en la postura requerida para aquella venta, se echó a reír de tal manera, que se cayó de trasero.

Luego le dijo: "Maschalah, ¡oh rey del tiempo! ¡Eres rey y sultán, y quieres dejarte perforar a cambio de un frasco ¿Cómo, entonces, si piensas de ese modo, cargaste con la responsabilidad de matar al pescador que me había dicho: "Dame un beso y toma el frasco"?

Al oír estas palabras, el rey quedó aturdido y estupefacto. Luego reconoció a Yasmina, la dama de los árabes, y se echó a reír, y le dijo: "¿Pero eres tú? ¿Y es tuyo todo esto?"

Y la abrazó y se reconcilió con ella. Y desde entonces vivieron juntos en plena armonía, contentos y prosperando. ¡Y loores a Alah, Ordenador de la armonía y Dispensador de la prosperidad y de la dicha!".

Y el capitán de policía Nur Al-Din, tras de contra así esta historia de Yasmina, la dama de los árabes, se calló. Y el sultán Baibars se regocijó mucho y se dilató al oírla, y le dijo: "¡Por Alah, que esa historia es extraordinaria!"

Entonces un sexto capitán de policía, que se llamaba Gamal Al-din, avanzó entre las manos de Baibars, y dijo: "¡Yo ¡oh rey del tiempo! si me lo permites, voy a contarte una historia que te gustará!" Y Baibars le dijo: "Desde luego, tienes permiso". Y el capitán de policía Gamal Al-Din dijo:

Historia contada por el sexto capitán de policía

"Una vez ¡oh rey del tiempo! había un sultán que tenía una hija. Y la tal princesa era hermosa, muy hermosa, y estaba muy solicitada y muy cuidada y muy mimada. Y además era muy revoltosa. Por eso se llamaba Dalal.

Un día estaba sentada y se rascaba la cabeza. Y se encontró en le cabeza un piojo pequeño. Y le miró un rato. Luego se levantó, y le cogió en sus dedos y fue a la despensa, en donde había hileras de tinajones de aceite, de manteca y de miel. Y destapó un tinajón de aceite, dejó delicadamente el piojo en la superficie, volvió a poner la tapa de la tinaja, encerrando así al piojo, y se marchó.

Y transcurrieron los días y los años. Y la princesa Dalal llegó a cumplir los quince años, habiendo olvidado, desde mucho tiempo atrás, el piojo y su encarcelamiento en la tinaja.

Pero llegó un día que el piojo rompió la tinaja a causa de su gordura, y salió de allí, semejante a un búfalo del Nilo en el tamaño, los cuernos y el aspecto. Y el guardián, apostado a la puerta de la despensa, huyó aterrado, llamando a los criados con grandes gritos. Y acosaron al piojo, le cogieron por los cuernos y le condujeron ante el rey.

Y el rey preguntó: "¿Qué es esto?" Y la princesa Dalal, que estaba allí de pie, exclamó: "¡Ay! ¡Si es mi piojo!" Y el rey, estupefacto, le preguntó: "¿Qué dices, hija mía?" Ella contestó: "Cuando era pequeña, me rasqué un día la cabeza, y me encontré en la cabeza este piojo. Entonces le cogí y fui a meterle en la tinaja de aceite. Y ahora se ha puesto gordo y grande; y ha roto la tinaja".

Y el rey, al oír aquello, dijo a su hija: "Hija mía, al presente tienes necesidad de casarte. Porque, lo mismo que el piojo ha roto la tinaja, corres tú el riesgo de saltar el muro e ir en busca de hombres. Por eso lo mejor al presente es que yo te case. ¡Alah proteja nuestros blasones!"

Luego se encaró con su visir y le dijo: "Degüella al piojo, y desuéllale y cuelga su piel a la puerta del palacio. Y llevarás contigo a mi portaalfanje y al jeique de los escribas de palacio, encargado de los contratos de matrimonio. Y se casará con mi hija el que advierta que la piel colgada es una piel de piojo. Pero al que no conozca la piel, se le cortará la cabeza y se colgará su piel a la puerta, junto a la del piojo".

Y el visir degolló al piojo acto seguido, le desolló, y colgó la piel a la puerta del palacio. Luego despachó un pregonero, que gritó por la ciudad: "El que conozca qué piel es la que hay colgada a la puerta del palacio, se casará con El Sett Dalal, la hija del rey. Pero al que no la conozca, se le cortará la cabeza".

Y desfilaron ante la piel del piojo muchos habitantes de la ciudad. Y dijeron unos: "Es la piel de un búfalo". Y se les cortó la cabeza. Y dijeron otros: "Es la piel de un revezo". Y se les cortó la cabeza. Y de tal suerte, se cortaron cuarenta cabezas, y se colgaron junto a la piel del piojo cuarenta pieles de hijos de Adán.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 946ª NOCHE

Ella dijo:

...Y se colgaron junto a la piel del piojo cuarenta pieles de hijos de Adán.

Entonces pasó un joven que era tan hermoso como la estrella Canopea cuando brilla sobre el mar. Y preguntó a la gente: "¿A qué obedece esta aglomeración delante del palacio?"

Y le contestaron: "¡El que sepa de quién es esta piel se casará con la hija del rey!" Y el joven se acercó al visir, al portaalfanje y al jeique de los escribas, que estaban sentados bajo la piel, y les dijo: "¡Yo os diré qué piel es ésa!" Y le contestaron: "Está bien". Él les dijo: "Es la piel de un piojo crecido en aceite".

Y ellos le dijeron: "¡Es verdad! Entra, ¡oh bravo! y haz el contrato de matrimonio en el aposento del rey". Y entró él a presencia del rey, y le dijo: "Es la piel de un piojo crecido en aceite". Y el rey dijo: "¡Es verdad! ¡Extiéndase el contrato de matrimonio de este bravo con mi hija Dalal!"

Y se extendió el contrato en aquella hora y en aquel instante. Y se celebraron las bodas. Y el joven canopeano penetró en la cámara nupcial, y gozó a la virgen Dalal. Y Dalal quedó muy contenta en los brazos del joven que era hermoso como la estrella Canopea cuando brilla sobre el mar.

Y estuvieron juntos en palacio cuarenta días, al cabo de los cuales entró el joven en el aposento del rey y le dijo: "Soy hijo de un rey y sultán, y quisiera llevarme a mi esposa y partir para el reino de mi padre, y quedarme en nuestro palacio". Y tras de insistir por retenerle todavía algún tiempo, el rey acabó por decirle: "Está bien". Y añadió: "Mañana, hijo mío, te daremos regalos, esclavos y eunucos". Y el joven contestó: "¿Para qué? Tenemos muchos, y no quiero nada más que a mi esposa Dalal".

Y el rey le dijo: "Está bien. Llévatela, pues, y márchate. Pero también te ruego que también te lleves con ella a su madre, para que sepa su madre dónde vive su hija, y vaya a verla de cuando en cuando". El joven contestó: "¿Para qué vamos a fatigar inútilmente a su madre, una mujer de edad? Yo me comprometo a traer aquí a mi esposa cada mes para que la veáis todos".

Y el rey dijo: "Taieb". Y el joven se llevó a su esposa Dalal y partió con ella para su país.

Pero aquel joven tan hermoso no era otra cosa que un ghul entre los ghuls, y de la especie más peligrosa. Y llevó a Dalal a su casa, que estaba situada en soledad, en la cima de una montaña. Luego fue a batir el campo, a salir a los caminos, a hacer abortar a las mujeres encinta, a producir miedo a las viejas, a aterrar a los niños, a aullar con el viento, a ladrar a las puertas, a chillar en la noche, a frecuentar las ruinas antiguas, a sembrar maleficios, a gesticular en las tinieblas, a visitar las tumbas, a husmear muertos, y a cometer mil atentados y a provocar mil calamidades. Tras de lo cual volvió a tomar su apariencia de joven, y puso en manos de su esposa Dalal una cabeza de hijo de Adán, diciéndole: "Toma esta cabeza, Dalal, cuécela al horno, y pártela en pedazos para que nos la comamos juntos". Y ella le contestó: "¡Pero si es la cabeza de un hombre! Yo no las como más que de carnero".

Él dijo: "Está bien". Y fue a buscar para ella un carnero. Y ella lo mandó guisar y se lo comió.

Y continuaron viviendo completamente solos en aquella soledad, entregada sin defensa Dalal a aquel ogro joven, y el ogro entregándose a sus fechorías para volver luego a ella con señales de matanza, de violación, de carnicería y de asesinato.

Y al cabo de ocho días de aquella vida, el joven ghul salió y se transformó, tomando la apariencia y la cara de la madre de su esposa; y se puso vestidos de mujer; y fue a llamar a la puerta. Y Dalal miró por la ventana y preguntó: "¿Quién llama a la puerta?" Y el ghul contestó con la voz de la madre, y dijo: "¡Soy yo! abre, hija mía". Y ella bajó de prisa y abrió la puerta. Y en ocho días se había puesto delgada, pálida y desmejorada. Y el ghul, bajo la forma de la madre, le dijo, después de los abrazos: "¡Oh hija mía querida! he venido a tu casa, a pesar de la prohibición, porque nos hemos enterado de que tu marido es un ghul que te hace comer carne de hijos de Adán. ¡Ah! ¿Cómo te va, hija mía? Ahora tengo mucho miedo de que también te coma a ti. ¡Ven, y huye conmigo!" Pero Dalal, que no quería hablar mal de su marido, contestó: "Calla, ¡oh madre mía! ¡Aquí no hay ni ghul ni olor de ghul! ¡No digas esas cosas para perdición nuestra! Mi esposo es un hijo de rey, tan hermoso como la estrella Canopea cuando brilla sobre el mar. Y me da de comer todos los días un carnero cebado".

Entonces la dejó el joven ghul con el corazón regocijado porque no había descubierto ella su secreto. Y recuperó su hermosa forma primitiva, y fue a llevarle un cordero, y a decirle: "¡Toma, manda guisarlo, Dalal! Ella le dijo: "Ha venido aquí mi madre. Yo no tengo la culpa. Y me ha dicho que te salude en su nombre". Él contestó: "¡Verdaderamente, siento no haber venido un poco antes para encontrar a la abnegada esposa de mi tío!" Luego le dijo: "¿Te gustaría también ver a tu tía, la hermana de tu madre?" Ella contestó: "¡Oh! ¡sí! Él le dijo: "Está bien. Mañana te la mandaré".

Y he aquí que al día siguiente, cuando despuntó el día, salió el ghul, se transformó en tía de Dalal, y fue a llamar a la puerta. Y Dalal preguntó desde la ventana: "¿Quién es?" Él le dijo: "¡Abre, que soy yo, tu tía! He pensado mucho en ti, y vengo a verte".

Y la joven bajó y le abrió la puerta. Y el ghul, disfrazado de tía, besó a Dalal en las mejillas, lloró largas y repetidas lágrimas, y dijo: "¡Ah! ¡oh hija de mi hermana! ¡ah! ¡qué dolores y calamidades!" Y Dalal preguntó: "¿Por qué? ¿cuándo? ¿cómo?" La tía dijo: "¡Ay! ¡ay! ¡ay!" La joven preguntó: "¿Dónde te duele, tía mía?"

La tía dijo: "En ninguna parte, ¡oh hija de mi hermana! ¡Es que sufro por ti! ¡nos hemos enterado de que el individuo con quien te casaste es un ghul!" Pero Dalal contestó: "¡Calla, no digas esas cosas, tía! Mi esposo es hijo de un rey y sultán, como yo soy hija de un rey y sultán. Sus tesoros son mayores que los tesoros de mi padre. Y por lo que respecta a su hermosura, es comparable a la estrella Canopea cuando brilla sobre el mar...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 947ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y por lo que respecta a su hermosura, es comparable a la estrella Canopea cuando brilla sobre el mar". Luego le hizo almorzar una cabeza de carnero, para demostrarle bien que en casa de su esposo se comía carnero y no hijo de Adán. Y el ghul se marchó, después de almorzar, contento y satisfecho. Y no dejó de volver bajo su apariencia de joven, con un carnero para Dalal, y con una cabeza de hijo de Adán, recién cortada, para sí mismo. Y Dalal le dijo: "Ha venido mi tía a visitarme, y me encargó que te saludara". Él dijo: "¡Loores a Alah! Son muy amables tus parientes, que no me olvidan. ¿Quieres mucho a tu otra tía, la hermana de tu padre?"

Ella dijo: "¡Oh! ¡sí!" Él dijo: "Está bien. ¡Yo te la mandaré mañana, y después ya no volverás a ver a ninguno de tus parientes, porque tengo miedo a su lengua!" Y al día siguiente se presentó a Dalal bajo la forma de la tía, hermana de su padre. Y tras de las zalemas y los besos de una y otra parte, la tía lloró abundantemente y sollozó, y dijo: "¡Qué desgracia y qué desolación ha caído sobre nuestra cabeza y sobre la tuya, oh hija de mi hermano! Nos hemos enterado de que el individuo con quien te casaste es un ghul. Dime la verdad, hija mía, por los méritos de nuestro Mahomed (¡con Él la plegaria y la paz!)"

Entonces Dalal no pudo guardar por más tiempo el secreto que la ahogaba, y dijo en voz baja, temblando: "¡Calla tía, calla, no vaya a ser que nos deje él más anchas que largas! Figúrate que me trae cabezas de adamitas; y como los rehúse, se las come él solo. ¡Ah! ¡Tengo mucho miedo de que me coma el día menos pensado!"

En cuanto Dalal hubo pronunciado estas palabras, la tía tomó su verdadera forma, convirtiéndose en un ghul de aspecto espantoso que se puso a rechinar los dientes. Y a Dalal, viendo aquello, la poseyó el terror amarillo y el temblor. Y le dijo él, sin enfadarse: "¿Tan pronto descubres mi secreto, Dalal?"

Y ella se arrojó a sus pies, y le dijo: "¡Me pongo bajo tu protección! ¡perdóname por esta vez!"

Él le dijo: "¿Me has perdonado tú delante de tu tía? ¿Y me dejaste con honor? ¡No! No puedo perdonarte. ¿Por dónde empezaré a comerte?"

Ella le contestó: "Ya que es absolutamente preciso que me comas, será porque ese es mi destino. Pero hoy estoy sucia; y será malo para tu boca el sabor de mi carne. Más vale, pues, que por de pronto me conduzcas al hammam para que me lave en honor tuyo. Y cuando salga del baño estaré blanca y dulce. Y el sabor de mi carne será delicioso para tu boca, y entonces podrás comerme, empezando por donde quieras". Y el ghul contestó: "¡Es verdad, oh Dalal!"

Y en aquella hora y en aquel instante le presentó una tina grande para baño, y ropas de hammam. Luego fue a buscar a un ghul amigo suyo, a quien convirtió en pollino blanco, transformándose él mismo en arriero. Y puso a Dalal en el pollino, y salió con ella en dirección al hammam del primer pueblo, llevando a la cabeza la tina de baño.

Y al llegar al hammam dijo a la celadora: "Aquí tienes para ti de regalo tres dinares de oro, a fin de que hagas tomar un buen baño a esta señora, que es hija de rey. Y me la devolverás como te la he confiado." Y entregó a Dalal a la portera, y se quedó afuera, ante la puerta del hammam.

Y Dalal entró en la primera sala del hammam, que era la sala de espera, y se sentó en el banco de mármol, muy sola y muy triste, junto a tu tina de oro y su envoltorio de vestiduras preciosas, mientras entraban en el baño todas las jóvenes, y se bañaban y se hacían dar masajes, y salían alegres, jugueteando entre ellas. Y Dalal, lejos de estar contenta como las demás, lloraba en silencio en su rincón. Y las jóvenes fueron hacia ella, y díjole cada cual: "¿Qué te ocurre, hermana mía, y por qué lloras? Levántate ya, desnúdate y toma un baño con nosotras".

Pero ella les contestó, después de darles gracias: "¿Acaso el baño puede lavar las preocupaciones? ¿Acaso puede curar las penas sin remedio?" Y añadió: "Siempre es tiempo de bajar al baño".

Entretanto, una vieja vendedora de altramuces y de alfónsigos tostados entró al hammam, llevando a la cabeza el cuenco de altramuces y alfónsigos tostados. Y las jóvenes le compraron de aquello, quién una piastra, quien media piastra, quién dos piastras. Y al fin, por distraerse un poco comiendo alfónsigos y altramuces, la entristecida Dalal también llamó a la vieja vendedora, y le dijo: "Ven, ¡oh tía mía! y dame solamente una piastra de altramuces". Y la vendedora se acercó y se sentó y llenó de altramuces la medida de cuerno de una piastra. Y Dalal, en vez de darle una piastra, le puso en las manos su collar de perlas, diciéndole: "Tía mía, toma esto para tus hijos". Y como la vendedora se deshiciera en cumplimientos y besamanos, Dalal le dijo: "¿Querrías darme tu cuenco de altramuces y los vestidos rotos que llevas, y tomar de mí, en cambio, esta tina de oro para baño, mis alhajas, mis trajes y este envoltorio de ropas preciosas?" Y la vieja vendedora, sin poder creer en tanta generosidad, contestó: "¿Por qué, hija mía, te burlas de mí, que soy pobre?" Y Dalal le dijo: "¡Mis palabras para contigo son sinceras, vieja madre mía!" Entonces la vieja se quitó sus vestidos y se los dio. Y Dalal se vistió con ellas enseguida, se puso el cuenco de altramuces a la cabeza, se envolvió con el velo azul hecho jirones, se ennegreció las manos con el barro del piso del hamman, y salió por la puerta en que estaba sentado su esposo el ghul, gritando con voz temblona: "¡Altramuces asados, que distraen! ¡Alfónsigos tostados que divierten!", como hacen las vendedoras de profesión.

Cuando estuvo ella lejos, el ghul, que no la había reconocido, percibió el olor de la joven con su olfato de ghul, y se dijo: "¿Cómo es posible que el olor de Dalal resida en esa vieja vendedora de altramuces? ¡Por Alah, voy a ver a qué obedece!" Y gritó: "¡Eh, vendedora de altramuces! ¡eh, la de los alfónsigos!" Pero como la vendedora no volvía la cabeza, se dijo él: "¡Más vale que vaya a enterarme en el hammam!" Y fue a preguntar a la celadora: "¿Por qué tarda en salir la señora que te he confiado?" La celadora contestó: "Enseguida saldrá con las demás señoras, que no se van hasta la noche, porque están ocupadas en depilarse, en teñirse los dedos con henné, en perfumarse y en trenzarse los cabellos".

Y el ghul se tranquilizó, y de nuevo fue a sentarse a la puerta. Y esperó que salieran del hammam todas las señoras. Y la celadora de la puerta salió la última, y cerró el hammam. Y el ghul le dijo: "¡Eh! ¿qué haces? ¿Vas a dejar encerrada a la señora que te he confiado?"

La mujer dijo: "Pero si ya no hay nadie en el hammam, a no ser la vieja vendedora de altramuces, a quien dejamos dormir todas las noches en el hammam, porque no tiene una yacija". Y el ghul cogió a la celadora por el cuello, y la zarandeó y estuvo a punto de estrangularla. Y le gritó: "¡Oh alcahueta! ¡tú responderás de la señora! ¡Y a ti te la exigiré!" Ella contestó: "Yo soy celadora de ropas y babuchas, pero no celadora de mujeres".

Y como le apretara el más fuerte el cuello, se puso a gritar: "¡Oh musulmanes, socorredme!" Y el ogro empezó a pegarla, mientras de todas partes acudían los hombres del barrio. Y gritaba: "Aunque esté en el séptimo planeta, me la tienes que devolver, ¡oh, instrumento de zorras viejas!" ¡Y esto es lo referente a la vieja celadora del hammam y a la vieja vendedora de altramuces!

¡Pero he aquí ahora lo que atañe a Dalal! Una vez que salió del hammam y consiguió burlar la vigilancia del ghul, siguió andando para volver a su país. Y cuando estuvo a bastante distancia de la ciudad, encontró un arroyuelo en donde se lavó manos, cara y pies, y se dirigió a una morada que se erguía muy cerca de allí, y que era el palacio de un rey.

Y se sentó junto al muro del palacio. Y una esclava negra, que había bajado para hacer un recado, la vio y subió a decir a su señora: "¡Oh mi señora! si no fuera por el miedo y el terror que te tengo, te diría sin temor a mentir, que abajo hay una mujer más bella que tú". La señora contestó: "Está bien. ¡Ve a decirle que suba!" Y la negra bajó y dijo a la joven: "Ven a hablar con mi señora, que te llama".

Pero Dalal contestó: "¿Acaso mi madre es una esclava negra, o mi padre un negro, para que suba yo con las esclavas?" Y la negra fue a contar a su señora lo que le había dicho Dalal. Entonces la señora envió a una esclava blanca, diciendo: "Ve tú a llamar a esa mujer que está abajo".

Y la esclava blanca bajó y dijo a Dalal: "Ven arriba ¡oh señora! a hablar con mi ama". Pero Dalal le contestó: "No soy una esclava blanca, ni soy hija de esclavos, para subir con una esclava blanca". Y la esclava se fue a contar a su señora lo que Dalal le había dicho. Entonces la dama llamó a su hijo, el hijo del rey, y le dijo: "Baja entonces tú y tráete a la dama que está abajo".

Y el joven príncipe, que por su hermosura era semejante a la estrella Canopea cuando brilla sobre el mar, bajó en busca de la joven, y le dijo: "¡Oh señora! ten la bondad de subir al harén de mi madre la reina". Y aquella vez contestó Dalal: "Contigo subiré, porque eres hijo de un rey y sultán, como yo soy hija de un rey y sultán". Y subió las escaleras delante de él.

Y he aquí que, no bien el joven príncipe vio a Dalal subir las escaleras, tan hermosa, el amor por ella le invadió el corazón...

En este momento de su narración Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 948ª NOCHE

Ella dijo:

...Y he aquí que, no bien el joven príncipe vio a Dalal subir las escaleras, tan hermosa, el amor por ella le invadió el corazón. Y por su parte, el alma de Dalal se conmovió a la vista del joven príncipe. Y a su vez, la dama esposa del rey, cuando vio a Dalal, dijo para sí: "Eran exactas las palabras de la esclava. Es más hermosa que yo, en efecto".

Así es que, después de las zalemas y cumplimientos, el hijo del rey dijo a su madre: "Quisiera casarme con ella, porque es evidente que se trata de una princesa con sangre de reyes". Y la madre le dijo: "Eso es cosa tuya, hijo mío. Tú debes saber lo que haces".

Y el joven príncipe llamó al kadí, y en aquella hora y en aquel instante hizo extender el contrato de matrimonio y celebrar sus nupcias con Dalal. Y entró en la cámara nupcial.

Pero ¿qué fue del ghul mientras tanto? Helo aquí.

El mismo día en que se celebraron las bodas, un hombre que conducía un carnero blanco muy grande, fue a decir al rey, padre del príncipe: "¡Oh mi señor! soy un feudatario, y te traigo de regalo, con motivo de las bodas, este gordo carnero blanco que hemos cebado. Pero hay que tener atado este carnero a la puerta del harén, porque ha nacido y se ha criado entre mujeres, y si le deja abajo, balará toda la noche y no dejará dormir a nadie".

Y el rey dijo: "Está bien, lo acepto". Y dio un ropón de honor al feudatario, que se marchó por su camino. Y entregó el carnero blanco al agha del harén, diciéndole: "¡Sube a atar este carnero a la puerta del harén, porque no le gusta estar más que entre mujeres!"

Y he aquí que, cuando llegó la noche de la penetración, y el hijo del rey entró en la cámara nupcial y se durmió al lado de Dalal, después de haber hecho lo que tenía que hacer, el carnero blanco rompió su cuerda y entró en la habitación. Y se llevó a Dalal, y salió con ella al patio. Y le dijo, sin enfadarse: "Dime, Dalal, ¿me has dejado aún algo de honor?"

Ella le dijo: "¡Bajo tu protección! ¡No me comas! Él le dijo: "¡De esta vez no pasa!" Entonces le dijo ella: "Antes de comerme, espera a que entre en el retrete del patio para hacer una necesidad". Y el ghul dijo: "Está bien".

Y la condujo al retrete y se quedó guardando la puerta en espera de que acabase.

No bien Dalal estuvo dentro del retrete, elevó ambas manos, y dijo: ". ¡Oh Nuestra Señora Zeinab, hija de nuestro Profeta bendito! ¡oh tú, que salvas de la desdicha, ven en mi socorro!" Y al punto le envió la santa una de sus secuaces entre las hijas de los genn, que hendió el muro, y dijo a Dalal: "¿Qué deseas, Dalal?" Y Dalal contestó: "Ahí fuera está el ghul, que va a comerme en cuanto salga".

La aparecida dijo: "Si te libro de él, ¿me dejarás besarte una vez?"

Dalal dijo: "Sí". Entonces la gennia de Sett Zeinab hendió el tabique del patio, y cayó bruscamente sobre el ghul, y le aplicó un puntapié en los testículos. Y cayó él, muerto de repente.

Entonces la gennia volvió al retrete y cogió a Dalal de la mano y le mostró al carnero blanco, tendido en tierra sin vida. Luego le sacaron del patio y le echaron al foso. ¡Y esto es, en definitiva, lo referente a él!

Y la gennia besó a Dalal una vez en la mejilla, y le dijo: "Ahora, Dalal, voy a pedirte un servicio". Dalal contestó: "A tus órdenes, querida".

La gennia dijo: "¡Deseo que vengas conmigo, solamente por una hora, al mar de Esmeralda!" Dalal contestó: "Está bien. Pero ¿para qué?" La gennia contestó: "Está enfermo mi hijo, y ha dicho nuestro médico que no se curará más que bebiendo una escudilla en el mar de Esmeralda. Pero nadie puede llenar de agua una escudilla en el mar de Esmeralda, a no ser una hija de los hombres. Y aprovecho el haber venido a verte para pedirte ese servicio".

Y Dalal contestó: "Por encima de mi cabeza y de mis ojos, con tal de estar aquí de regreso antes que se levante mi esposo". La gennia dijo: "Desde luego". Y la hizo montarse en sus hombros y la llevó a orillas del mar de Esmeralda. Y le dio una escudilla de oro. Y Dalal llenó la escudilla con aquella agua maravillosa. Pero, al retirarla, una ola le mojó la mano, que inmediatamente se le puso verde como el trébol. Tras de lo cual la gennia hizo subir de nuevo a Dalal en sus hombros, y la dejó en la cámara nupcial junto al joven. Y esto es lo referente a la secuaz de Sett Zeinab (¡con ella la plegaria y la paz!)

Pero el mar de Esmeralda tiene un pesador que lo pesa cada mañana para ver si ha ido o no alguien a robar. Y ése es responsable de ello. Y aquella mañana lo pesó y lo midió, y lo encontró menguado en una escudilla exactamente. Y se preguntó: "¿Quién es el autor de este robo? Voy a correr en busca suya hasta que le descubra. Porque, si tiene en la mano la señal del mar de Esmeralda, le conducirá a presencia de nuestro sultán, que sabrá lo que tiene que hacer con él".

A continuación, cogió brazaletes de vidrio y sortijas, y los colocó en una bandeja que se puso en la cabeza. Y se dedicó a viajar por toda la tierra, gritando bajo las ventanas de los palacios de los reyes: "Brazaletes de vidrio, ¡oh princesas! Sortijas de esmeralda, ¡oh jóvenes!"

Y así recorrió países y países, sin encontrar a la propietaria de la mano verde, hasta que llegó al pie de las ventanas del palacio en que se hallaba Dalal. Y volvió a gritar: "Brazaletes de vidrio, ¡oh princesas! Sortijas de esmeralda, ¡oh jóvenes!" Y Dalal, que estaba a la ventana, vio los brazaletes y sortijas de la bandeja, que le gustaron. Y dijo al vendedor: "¡Oh vendedor! espera que baje a probármelos en la mano". Y bajó adonde estaba el mercader, que era el pesador del mar de Esmeralda, y le tendió su mano izquierda, diciendo: "Pruébame las sortijas y brazaletes más hermosos que tengas". Pero el vendedor prorrumpió en exclamaciones, diciendo: "¿No te da vergüenza, ¡oh señora! tenderme la mano izquierda? Yo no pruebo en las manos izquierdas". Y Dalal, muy azorada por tener que mostrarle su mano derecha, que era verde como el trébol, le dijo: "Es que me duele la mano derecha". Él le dijo: "¿Qué tiene que ver? No quiero más que verla con mis ojos, y sabré la medida". Y Dalal le enseñó la mano.

Y he aquí que cuando el pesador del mar de Esmeralda vio la mano de Dalal, que tenía la señal verde, comprendió que era ella quien había cogido la escudilla de agua. Y de improviso la tomó en brazos, y la transportó a presencia del sultán del mar de Esmeralda. Y le hizo entrega de ella, diciendo: "Ha robado una escudilla de tu agua, ¡oh rey del mar! Y tú sabrás lo que tienes que hacer con ella".

Y el sultán del mar de Esmeralda miró a Dalal con ira. Pero en cuanto sus ojos se posaron en ella, quedó conmovido por su belleza, y le dijo: "¡Oh joven! voy a hacer mi contrato de matrimonio contigo". Ella le dijo: "¡Qué lástima! Pero estoy casada, por contrato lícito con un joven semejante en hermosura a la estrella Canopea cuando brilla sobre el mar".

Entonces le dijo él: "¿Y no tienes una hermana que se te parezca, o una hija, o incluso un hijo?" Ella dijo: "Tengo una hija de diez años, que hoy es núbil y que se parece a su padre en hermosura". Él dijo: "Está bien". Y llamó al pesador del mar de Esmeralda y le dijo: "Lleva a tu señora al sitio de donde la sacaste". Y el pescador la cogió a hombros. Y el sultán del mar de Esmeralda partió con ellos, llevando a Dalal de la mano.

Y entraron en el palacio del rey, y el sultán siguió a Dalal al aposento de su esposo, y le dijo, después de la presentación: "Quiero alianza contigo por medio de tu hija". El rey le dijo: "Está bien, precisa la dote que me darás por ella". Y el sultán del mar de Esmeralda dijo: "La dote que te daré por ella la constituirán cuarenta camellos cargados de esmeraldas y de jacintos".

Y quedaron de acuerdo. Y celebráronse las bodas del sultán del mar de Esmeralda con la hija de Dalal y del príncipe canopeano. Y vivieron todos juntos en completa armonía. ¡Y loor a Alah en toda circunstancia!"

Cuando el capitán de policía Gamal Al-Din hubo contado esta historia, el sultán Baibars, sin darle tiempo a volver a su sitio, le dijo: "¡Por Alah, ya Gamal Al-Din, que ésa es la historia más hermosa que oí jamás!"

Y el capitán contestó: "¡Se tornó así para agradar a nuestro amo!" Y volvió a la fila. Entonces avanzó el séptimo, que se llamaba el capitán Fakhr Al-Din; y besó la tierra entre las manos del sultán Baibars, y dijo: "¡Yo ¡oh emir y rey nuestro! te diré una aventura que me ha sucedido a mí mismo, y que no tiene más mérito que el de ser corta! Hela aquí:

Historia contada por el séptimo capitán de policía

"Un día entre los días, en la localidad donde yo me encontraba, un ladrón entre los árabes entró de noche en casa de un cortijero para robar un saco de trigo. Pero las gentes del cortijo oyeron ruido, y me llamaron a grandes gritos, diciendo: "¡Al ladrón!" Pero nuestro hombre consiguió esconderse tan bien, que, a pesar de todas nuestras pesquisas, no pudimos llegar a descubrirle. Y cuando yo emprendía el camino de la puerta para marcharme, pasé junto a un gran montón de trigo que había en el patio. Y encima del montón había una cazoleta de cobre que servía de medida. Y de pronto oí un cuesco espantoso que salía del montón de trigo. Y en el mismo momento vi la cazoleta de cobre volar por los aires a cinco metros de altura. Entonces, no obstante mi asombro, registré precipitadamente en el montón de trigo, y allí descubrí al árabe, que se había ocultado dentro, con el trasero en pompa. Y cuando le prendí y le maniaté, le interrogué acerca del extraño ruido que me había revelado su presencia.

Y me contestó: "Lo he hecho adrede, ¡oh mi señor!" Y le contesté: "¡Alah te maldiga! ¡Y alejado sea el Maligno! ¿Por qué ventosear así contra tu interés?"

Y me contestó: "Es verdad, ¡ya sidi! he obrado contra mi interés, eso es cierto. Pero precisamente lo hice en interés tuyo".

Y le pregunté: "¿Por qué, ¡oh hijo de perro!? ¿Y desde cuándo un cuesco, aunque sea de esa calidad, ha sido en interés de alguien en la tierra?" Y contestó: "No me injuries, ¡oh capitán! Sólo he ventoseado para ahorrarte el trabajo de más largas pesquisas, y la fatiga de recorrer inútilmente la ciudad y los campos en mi seguimiento. ¡Te ruego, pues, que me devuelvas bien por bien, ya que eres hijo de gentes de bien!"

Entonces ¡oh mi señor! no pude resistir a semejante argumento. Y le solté generosamente.

¡Y ésta es mi historia!"

Y al oír este relato del capitán Fakhr Al-Din, el sultán Baibars le dijo: "¡Ualah! ¡tu indulgencia estaba justificada!" Luego, como Fakhr Al-Din hubiera vuelto a su sitio, avanzó el octavo, que se llamaba Nizam Al-Din. Y dijo: "Lo que voy a contar yo no tiene nada que ver, de cerca ni de lejos, con lo que acabas e oír, ¡oh nuestro amo el sultán!"

Y Baibars le preguntó: "¿Se trata de una cosa vista o de una cosa oída?" El otro dijo: "No, ¡por Alah, ¡oh mi señor! se trata de una cosa que solamente he oído. ¡Hela aquí!"

Y dijo:

Historia contada por el octavo capitán de policía

"Había una vez un tañedor de clarinete ambulante. Y estaba casado con una mujer. Y la dejó encinta, y parió ella un varón, con ayuda de Alah. Pero el tañedor de clarinete no tenía en su casa ni una moneda de plata con que pagar a la comadrona o comprar algo a su esposa, la recién parida. Y sin saber qué hacer, y hallándose en una situación embarazosa, se marchó desesperado, diciendo a su mujer: "Voy a ir al camino de Alah a mendigar dos monedas de cobre a las personas piadosas; y daré a cuenta una a la comadrona, y la segunda, también a cuenta, al pollero para comprarte un pollo con que te alimentes en este día de parto".

Y salió de su casa. Y cuando cruzaba un campo, encontró una gallina subida en una piedra. Y se acercó sigilosamente a la gallina, y la cogió antes de que el animal tuviese tiempo de escaparse. Y debajo de ella descubrió un huevo recién puesto. Y se lo guardó en el bolsillo, diciendo: "La bendición ha llegado hoy. Precisamente esto es lo que me hace falta, y ya no tengo necesidad de ir a mendigar. Porque voy a dar esta gallina a la hija del tío, después de guisarla para ella en este día en que ha salido del apuro; y venderé el huevo por una moneda de cobre, que daré a cuenta a la comadrona".

Y fue al zoco de los huevos, abrigando esta intención.

Al pasar por el zoco de los orfebres y de los joyeros, se encontró con un judío conocido suyo, que le preguntó: "¿Qué llevas ahí?" El hombre contestó: "¡Una gallina con su huevo!"

El judío le dijo: "¡Enséñamelo!" Y el tañedor de clarinete enseñó al judío la gallina y el huevo.

Y el judío le preguntó: "¿Quieres vender este huevo?" El hombre contestó: "¡Sí!" El judío le dijo: "¿En cuánto?"

El tañedor de clarinete contestó: "¡Habla tú el primero!" El judío dijo: "¡Te lo compro por diez dinares de oro! ¡No vale más!"

Y dijo el pobre, creyendo que el judío se burlaba de él: "Te burlas de mí porque soy pobre; demasiado sabes que no es ése su precio". Y el judío creyó que le pedía más, y le dijo: "¡Te ofrezco, como último precio, quince dinares!" El otro contestó: "¡Abra Alah!" Entonces el judío dijo: "Aquí tienes veinte dinares de oro nuevo. Los tomas o los dejas".

Entonces el tañedor de clarinete, al ver que la oferta era seria, entregó el huevo al judío a cambio de los veinte dinares de oro, y se apresuró a volver la espalda. Pero el judío echó a correr detrás de él, y le preguntó: "¿Tienes muchos huevos así en tu casa?"

El pobre hombre contestó: "Ya te traeré otro mañana, cuando haya puesto la gallina, y te lo daré en el mismo precio. ¡Pero a otro que tú no se lo vendería por menos de treinta dinares de oro!"

Y el judío le dijo: "Enséñame tu casa; y todos los días iré por el huevo para que no te molestes; y te daré los veinte dinares". Y el tañedor de clarinete le enseñó su casa, y se apresuró luego a buscar otra gallina en lugar de aquella tan ponedora, y la hizo guisar para su esposa. Y pagó liberalmente su trabajo a la comadrona.

Y al día siguiente dijo a su esposa: "¡Oh hija del tío! guárdate de degollar a la gallina negra que hay en la cocina. Es la bendición de la casa. Nos pone huevos que al precio corriente valen veinte dinares de oro cada uno...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 949ª NOCHE

Ella dijo:

"...Nos pone huevos que al precio corriente valen veinte dinares de oro cada uno. ¡Y quien los compra a ese precio es el mercader judío!" Y, efectivamente, el judío se dedicó a ir todos los días por el huevo recién puesto, pagándole los veinte dinares de oro al contado. Y el tañedor de clarinete no tardó en vivir con mucha holgura y en abrir una hermosa tienda de mercader en el zoco.

Y cuando tuvo edad para ir a la escuela su hijo, que había nacido el día de la llegada de la gallina, el antiguo tañedor de clarinete hizo construir a expensas suyas una hermosa escuela, y reunió en ella a los niños pobres para que aprendiesen a leer y escribir con su propio hijo. Y escogió para todos ellos un excelente maestro de escuela que se sabía de memoria el Korán, y podía recitárselo, incluso empezando por la última palabra y terminando con la primera.

Tras de lo cual resolvió ir en peregrinación al Hedjaz, y dijo a su esposa: "¡Ten cuidado de que el judío no se burle de ti y no te coja la gallina!"

Luego partió con la caravana de la Meca.

Algún tiempo después de la marcha del antiguo tañedor de clarinete, el judío dijo un día a la mujer: "Si te doy una maleta llena de oro, ¿me darás a cambio la gallina?" Ella contestó: "¿Cómo voy a hacerlo, ¡oh hombre! si mi esposo, antes de partir, me ha recomendado que no te ceda más que los huevos?" Él dijo: "Si se enfada, tú nada tienes que ver. Yo asumo la responsabilidad, y puede exigirme cuentas, que estoy en una tienda en medio del zoco".

Y le abrió la maleta, y le mostró el oro que contenía. Y la mujer se regocijó al ver tanto oro junto, y entregó la gallina al judío. Y la cogió él y la degolló acto seguido, y dijo a la mujer: "Límpiala y guísala que yo vendré por ella. Pero, como falte un pedazo, abriré el vientre a quien se lo haya comido, para sacárselo".

Y se marchó.

Y he aquí que a la hora de mediodía el hijo del tañedor de clarinete volvió de la escuela. Y vio que su madre retiraba de la lumbre una cacerola con la gallina y la ponía en un plato de porcelana y la cubría con una servilleta de muselina. Y su alma de colegial anheló vivamente comerse un trozo de aquella gallina tan hermosa. Y dijo a su madre: "Dame un poquito, madre mía". Ella le dijo: "¡Cállate! ¿acaso nos pertenece?"

Luego, como ella se ausentara un momento para hacer una necesidad, el muchacho levantó la servilleta de muselina, y de un solo mordisco, arrancó la curcusilla de la gallina y se la tragó, aunque estaba muy caliente. Y le vio una de las esclavas, y le dijo: "¡Oh amor mío! ¡qué desgracia y qué calamidad irremediable! ¡Huye de la casa, pues el judío, que va a venir por su gallina, te abrirá el vientre para sacarte la curcusilla que te has tragado!"

Y dijo el muchacho: "¡Es verdad, más vale que me marche que perder tan buena curcusilla!" Y montó en su mula y partió.

No tardó en ir por la gallina el judío, Y vio que faltaba la curcusilla. Y dijo a la madre. "Dónde está la curcusilla".

Ella contestó: "Mientras salí para hacer una necesidad, mi hijo, a espaldas mías ha arrancado con sus dientes la curcusilla y se la ha comido". Y el judío exclamó: "¡Mal hayas! Yo te he dado mi dinero por esa curcusilla. ¿Dónde está el granuja de tu hijo, que voy a abrirle el vientre y a sacársela?" Ella contestó: "¡Ha huido de terror!"

Y el judío salió a toda prisa, y empezó a viajar por ciudades y pueblos, dando las señas del muchacho, hasta que le encontró en el campo, dormido. Y se acercó sigilosamente a él para matarle; pero el muchacho, que no dormía más que con un ojo, se despertó sobresaltado. Y el judío le gritó: "Ven aquí, ¡oh hijo de la clarinetera! ¿Quién te mandó comerte la curcusilla? Por ella he dejado una caja llena de oro, y he impuesto condiciones a tu madre. ¡Y ahora voy a llevar a cabo una de las condiciones, que es tu muerte!" Y el muchacho le contestó, sin inmutarse, "Vete, ¡oh judío! ¿No te da vergüenza hacer todo este viaje por una curcusilla de gallina? ¿Y no es una vergüenza mayor aún querer abrirme el vientre a causa de esa curcusilla?" Pero el judío contestó: "Yo sé lo que tengo que hacer". Y sacó del cinto su cuchillo para abrir el vientre al muchacho. Pero el chico cogió al judío con una sola mano, y le alzó en vilo y le tiró contra el suelo, moliéndole los huesos y dejándole más ancho que largo. Y el judío (¡maldito sea!) murió al instante.

Pero el muchacho debía experimentar pronto los efectos de aquella curcusilla de gallina en su persona. Efectivamente, volvió sobre sus pasos para regresar a casa de su madre; pero se perdió en el camino y llegó a una ciudad en donde vio un palacio del rey, a la puerta del cual había colgadas cuarenta cabezas menos una. Y preguntó a la gente: "¿Por qué están colgadas ahí esas cabezas?" Le contestaron: "El rey tiene una hija muy fuerte en la lucha personal. Quien entre y la venza, se casará con ella; pero a quien no la venza, se le cortará la cabeza".

Entonces el muchacho entró sin vacilar al aposento del rey, y le dijo: "Quiero luchar con tu hija para medir mis fuerzas con las suyas". Y el rey le contestó: "¡Oh hijo mío! ¡si quieres hacerme caso, vete! ¡Cuántos hombres más fuertes que tú han venido y han sido vencidos por mi hija! Da lástima matarte".

A lo cual contestó el muchacho: "Quiero que me venza, que me corten la cabeza y que la cuelguen a la puerta". Y dijo el rey: "Está bien, escríbelo así y estampa tu sello en el papel". Y el muchacho lo escribió y lo selló.

Inmediatamente extendieron una alfombra en el patio interior, y la joven y el muchacho llegaron al terreno, y se cogieron uno a otro por en medio del cuerpo, y juntaron sus axilas. Y lucharon enlazados maravillosamente. Y pronto la cogía el muchacho y la derribaba en tierra, como se erguía ella, cual una serpiente, y le derribaba a su vez. Y continuó él derribándola y ella derribándole durante dos horas de lucha, sin que ninguno de los dos pudiera hacer que el adversario tocase con los hombros en el suelo. Entonces se enfadó el rey al ver que su hija no se distinguía aquella vez. Y dijo: "Basta por hoy. Pero mañana vendréis otra vez para luchar sobre el terreno".

Luego el rey los separó y volvió a sus habitaciones, y llamó a los médicos de palacio y les dijo: "Esta noche, mientras duerme, haréis aspirar bang narcótico al muchacho que ha luchado con mi hija; y cuando haya surtido efecto el narcótico, examinaréis su cuerpo para ver si lleva consigo un talismán que le hace tan resistente. Porque la verdad es que mi hija ha vencido a los más fuertes de todos los esforzados caballeros del mundo, y ha hecho morder el polvo a cuarenta menos uno de entre ellos. ¿Cómo, pues, no ha podido dar en tierra con un jovenzuelo cual ése? Tiene, por tanto, que ocultar él algo, y eso es lo que hay que descubrir. ¡Sin lo cual, caerá en falta vuestra ciencia y no tendré fe en vuestra asistencia, y os expulsaré de mi palacio y de mi ciudad!"

Así es que cuando llegó la noche y durmióse el muchacho, fueron los médicos a hacerle aspirar bang narcótico, y le amodorraron profundamente. Y examináronle el cuerpo punto por punto, golpeando encima como se golpea en las cubas, y acabaron por descubrir; dentro del pecho, envuelta en sus entrañas, la curcusilla de la gallina. Y buscaron sus tijeras e instrumentos, hicieron una incisión, y extrajeron del pecho del muchacho la curcusilla de la gallina. Luego recosieron el pecho, lo rociaron con vinagre heroico y lo dejaron en el estado en que se hallaba.

Por la mañana, el chico despertó del sueño narcótico, y notó que tenía cansado el pecho y que en general no gozaba ya de la misma robustez que antes. Porque se le habían ido las fuerzas con la curcusilla de la gallina, que estaba dotada de la virtud de hacer invencible al que la comiera. Y viéndose en estado de inferioridad para en lo sucesivo, no quiso exponerse a intentar una empresa peligrosa, y huyó por miedo a la que la joven luchadora le venciese y le matasen.

Y echando inmediatamente a correr, no se detuvo hasta que perdió de vista el palacio y la ciudad. Y se encontró a tres hombres que disputaban entre sí. Y les preguntó: "¿Por qué disputáis?" Le contestaron: "¡Por una cosa!" Él les dijo: "¿Una cosa? ¿Cuál?" Le contestaron: "Tenemos esta alfombra que ves. A quien se ponga encima y la golpee con esta varita, pidiéndole que le lleve aunque sea a la cumbre de la montaña Kaf, la alfombra le transporta en un abrir y cerrar de ojos. ¡Y por poseerla nos disponíamos a matarnos en este momento!"

El chico les dijo: "En vez de mataros mutuamente por la posesión de esa alfombra volante, tomadme por árbitro y dictaminaré con justicia entre vosotros". Y contestaron ellos: "Sé nuestro árbitro en este caso".

El muchacho les dijo: "Extended en tierra esa alfombra para que vea su longitud y su anchura". Y se puso en medio de la alfombra, y les dijo: "Voy a tirar una piedra con toda mi fuerza y echaréis a correr los tres juntos. Y el primero que la coja, se llevará la alfombra volante". Ellos le dijeron: "Está bien". Entonces cogió el muchacho una piedra y la tiró; y los tres echaron a correr detrás. Y mientras corrían, el chico golpeó la alfombra con la varita, diciéndole: "¡Transpórtame en línea recta en medio del patio del palacio real!" Y la alfombra ejecutó la orden en aquella hora en aquel instante, y dejó al hijo del tañedor del clarinete en el patio del palacio consabido en el sitio donde generalmente se efectuaban las luchas con la princesa.

Y el mozuelo exclamó: "¡Aquí está el luchador! ¡Que venga su vencedora!" Y en presencia de todos, bajó la joven al centro del patio, y se puso en la alfombra frente al muchacho. Y al punto golpeó él la alfombra con su varita, diciendo: "Vuela con nosotros hasta la cumbre de la montaña Kaf". Y la alfombra se elevó por los aires en medio del asombro general, y en menos tiempo del que se necesita para cerrar un ojo y abrirlo, los dejó en la cumbre de la montaña Kaf.

Entonces el mozuelo dijo a la joven: "¿Quién es el vencedor ahora? ¿La que me ha sacado del pecho la curcusilla de gallina o el que se ha apoderado de la hija del rey en medio de su palacio...?

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 950ª NOCHE

Ella dijo:

"...¿Quién es el vencedor ahora? ¿La que me ha sacado del pecho la curcusilla de gallina, o el que se ha apoderado de la hija del rey en medio de su palacio?" Ella contestó: "¡Bajo tu protección! ¡Perdóname! Y si quieres conducirme otra vez al palacio de mi padre, me casaré contigo, diciendo: "¡Me ha vencido!" Y ordenaré a los médicos que vuelvan a meterte en el pecho la curcusilla de gallina". Él dijo: "Está bien. Pero dice el proverbio: "¡Hay que amasar el barro cuando está blando!" Y antes de transportarte, quiero hacer contigo lo que sabes".

Ella dijo: "Está bien". Entonces la cogió y se echó encima de ella, y como la encontraba a punto, se dispuso a amasarla donde era necesario mientras estuviese blanda. Pero de repente le asestó ella un puntapié que le hizo rodar fuera de la alfombra.

Y golpeó la alfombra con la varita, diciendo: "¡Vuela, ¡oh alfombra! y transpórtame al palacio de mi padre!"

Y la alfombra echó a volar con ella en el mismo instante y la llevó al palacio. Y el hijo del tañedor de clarinete ambulante quedó solo en la cumbre de la montaña, expuesto a morir de hambre y de sed, sin que dieran con sus huellas ni las hormigas. Y empezó a bajar la montaña, mordiéndose de rabia las manos. Y se estuvo bajando, sin parar, un día y una noche, y por la mañana llegó a la mitad de la montaña. Y para suerte suya, encontró allí dos palmeras que se doblaban bajo el peso de sus dátiles maduros.

Y he aquí que una de las dos palmeras tenía dátiles rojos, y la otra dátiles amarillos. Y el muchacho se apresuró a coger una rama de cada especie. Y como prefería los amarillos, empezó por comerse con delectación uno de aquellos dátiles amarillos. Pero al punto sintió en la cabeza una cosa que le arañaba la piel; y se llevó la mano al sitio de la cabeza donde le arañaba, y sintió que le salía con rapidez en la cabeza un cuerno que se enroscaba a la palmera. Y por más que quiso libertarse, quedó sujeto por el cuerno a la palmera. Entonces se dijo: "¡Muerte por muerte!, prefiero satisfacer antes mi hambre, y morir luego!" Y comenzó a comer dátiles rojos. Y he aquí que, en cuanto se comió uno de los rojos, sintió que el cuerno se desenroscaba de la palmera y que se quedaba libre su cabeza. Y en un abrir y cerrar de ojos, fue como si nunca hubiera existido el cuerno. Y ni rastros de él le quedaron en la cabeza.

Entonces se dijo el muchacho: "Está bien". Y se puso a comer dátiles rojos hasta que satisfizo su hambre. Luego se llenó el bolsillo de dátiles rojos y amarillos, y continuó viajando día y noche durante dos meses enteros, hasta que llegó a la ciudad de su adversaria, la hija del rey.

Y se puso debajo de las ventanas del palacio, y empezó a pregonar: "¡Dátiles tempranos y maduros, dátiles! ¡Dedos de princesas, dátiles! ¡Compañía de los jinetes, dátiles!"

Y la hija del rey oyó el pregón del vendedor de dátiles tempranos, y dijo a sus doncellas: "Bajad pronto a comprar dátiles a ese vendedor y escogedlos bien frescos, ¡oh jóvenes!" Y bajaron ellas a comprar dátiles, sin que se les dejara, dada su rareza, en menos de un dinar a cada uno. Y compraron dieciséis por dieciséis dinares, y subieron a dárselos a su ama.

Y la hija del rey observó que eran dátiles amarillos, los que más le gustaban precisamente. Y se comió los dieciséis, uno tras de otro, en el tiempo justo para llevárselos a la boca. Y dijo: "¡Oh corazón mío, cuán deliciosos son!" Pero apenas había pronunciado estas palabras, sintió una fuerte desazón, picándole en dieciséis sitios distintos de la cabeza. Y se llevó inmediatamente la mano a la cabeza, y sintió que le agujereaban el cuero cabelludo dieciséis cuernos en dieciséis sitios distintos y simétricos. Y ni tiempo de gritar había tenido, cuando ya los dieciséis cuernos se habían desarrollado, y de cuatro en cuatro habían ido a clavarse en la pared fuertemente.

Al ver aquello, y a los gritos penetrantes que ella se puso a lanzar a coro con sus doncellas, acudió el padre, jadeando, y preguntó: "¿Qué ocurre?" Y las doncellas le contestaron: "¡Oh amo nuestro! Alzamos los ojos y hemos visto que de repente salían esos dieciséis cuernos en la cabeza de nuestra ama, e iban a clavarse de cuatro en cuatro en la pared, como lo estás viendo".

Entonces el padre congregó a los médicos más hábiles, los que habían extraído del pecho del mozuelo la curcusilla de gallina. Y llevaron sierras para serrar los cuernos; pero no podían serrarse. Y emplearon otros medios, pero sin obtener resultado y sin lograr curarla. Entonces el padre recurrió a procedimientos extremos, y mandó gritar por la ciudad a un pregonero: "¡Quien dé a la hija del sultán un remedio que la libre de los dieciséis cuernos, se casará con ella y será designado para la sucesión al trono!"

¿Y qué sucedió?

Pues que el hijo del tañedor de clarinete, que sólo esperaba aquel momento, entró al palacio y subió al aposento de la princesa, diciendo: "Yo haré que le desaparezcan los cuernos". Y en cuanto estuvo en su presencia, cogió un dátil rojo, lo partió en pedazos, y lo puso en la boca de la princesa. Y en el mismo instante se separó de la pared un cuerno, y a ojos vistas, se fue encogiendo y acabó por desaparecer enteramente de la cabeza de la joven.

Al ver aquello, todos los presentes, con el rey a la cabeza, prorrumpieron en gritos de alegría, y exclamaron: "¡Oh, qué gran médico!". Y dijo él: "¡Mañana haré desaparecer el segundo cuerno!" Entonces le retuvieron en el palacio, donde estuvo dieciséis días, haciendo desaparecer cada día un cuerno, hasta que la libró de los dieciséis cuernos.

Así es que el rey, en el límite de la maravilla y de la gratitud, hizo extender al punto el contrato de matrimonio del mozalbete con la princesa. Y se celebraron las bodas, con regocijos e iluminaciones.

Luego llegó la noche de la penetración.

Y he aquí que, en cuanto el mozuelo entró con su esposa en la cámara nupcial, le dijo: "Y ahora, ¿quién de nosotros dos es el vencedor? ¿La que me quitó del pecho la curcusilla de gallina y me robó la alfombra mágica, o el que hizo crecer dieciséis cuernos en una cabeza y los hizo desaparecer en nada de tiempo?".

Y ella le dijo: "¿Pero eres tú? ¡Ah, efrit!"

Él le contestó: "¡Sí, soy yo, el hijo del tañedor de clarinete!" Ella le dijo: "¡Por Alah! ¡me has vencido!".

Y ambos se acostaron juntos, y demostraron una fuerza igual y una potencia igual. Y llegaron a ser rey y reina. Y vivieron todos juntos en plena felicidad y en perfecta dicha.

"¡Y ésta es mi historia!"

Cuando el sultán Baibars hubo oído esta historia del capitán Nizam Al-Din, exclamó "Ualahí, ¡no sé si decir que ésta es la historia más hermosa que oí!" Entonces avanzó el noveno capitán de policía, que se llamaba Gelal Al-Din; y besó la tierra entre las manos del sultán Baibars, y dijo: "Inschalah, ¡oh rey del tiempo! la historia que voy a contarte te gustará indudablemente". Y dijo:

Historia contada por el noveno capitán de policía

"Había una mujer que, a pesar de todos los asaltos, no concebía ni paría. Así es que un día se levantó e hizo su plegaria al Retribuidor, diciendo: "¡Dame una hija, aunque deba morir con el olor del lino!"

Y al hablar así del olor del lino, quería pedir una hija, aunque fuese tan delicada y tan sensible como para que el olor anodino del lino la incomodase hasta el punto de hacerla morir.

Y el caso es que concibió y parió, sin contratiempo, a la hija que Alah hubo de darle, y que era tan hermosa como la luna al salir, y pálida como un rayo de luna, y como él delicada. Y la llamaron Sittukhán.

Cuando ya era mayor y tenía diez años de edad, el hijo del sultán pasó por la calle y la vio asomada a la ventana. Y en el corazón se le albergó el amor por ella; y se fue malo a casa.

Y se sucedieron los médicos ante él, sin dar con el remedio que necesitaba. Entonces, enviada por la mujer del portero, subió a verle una vieja, que le dijo después de mirarle: "¡Oh! ¡estás enamorado o tienes un amigo a quien amas!" Él contestó: "Estoy enamorado". Ella le dijo: "Dime de quién, y seré un lazo entre tú y ella". Él dijo: "De la bella Sittukhán". Ella contestó: "Refresca tus ojos y tranquiliza tu corazón, que yo te la traeré".

Y la vieja se marchó, y encontró a la joven tomando el fresco a su puerta. Y después de las zalemas y cumplimientos, le dijo: "¡La salvaguardia con las hermosas como tú, hija mía! Las que se te parecen y tienen dedos tan bonitos como los tuyos deberían aprender a tejer lino. Porque no hay nada más delicioso que un huso en dedos fusiformes". Y se marchó.

Y la joven fue a casa de su madre, y le dijo: "Llévame, madre mía, a casa de la maestra". La madre le preguntó: "¿Qué maestra?" La joven contestó: "La maestra del lino". Y su madre contestó: "¡Cállate! El lino es peligroso para ti. Su olor es pernicioso para tu pecho. Si lo tocas, morirás". Ella dijo: "No, no moriré". E insistió y lloró de tal manera, que su madre la envió a casa de la maestra del lino.

Y la joven estuvo allá todo un día aprendiendo a hilar lino. Y todas sus compañeras se maravillaron de su belleza y de la hermosura de sus dedos. Y he aquí que se le metió en un dedo, entre la carne y la uña, una brizna de lino. Y cayó ella al suelo, sin conocimiento.

Y la creyeron muerta, y enviaron recado a casa de su padre y de su madre, y les dijeron: "¡Venid a llevaros a vuestra hija, y que Alah prolongue vuestros días, pues ha muerto!"

Entonces su padre y su madre, cuya única alegría era ella, se desgarraron las vestiduras, y azotados por el viento de la calamidad, fueron, con el sudario, a enterrarla. Pero he aquí que pasó la vieja, y les dijo: "Sois personas ricas, y resultaría un oprobio para vosotros enterrar a esa joven en el polvo". Ellos preguntaron: "¿Y qué vamos a hacer?" Ella dijo: "Construidle un pabellón en medio del río. Y la acostaréis en un lecho dentro de ese pabellón. E iréis a verla todos los días que lo deseéis".

Y le construyeron un pabellón de mármol, sostenido por columnas, en medio del río. Y lo rodearon de un jardín alfombrado de césped. Y pusieron a la joven en un lecho de marfil, dentro del pabellón, y se marcharon llorando.

¿Y qué aconteció?

Pues que la vieja fue al punto en busca del hijo del rey, que estaba enfermo de amor, y le dijo: "Ven a ver a la joven. Te espera, acostada en un pabellón, en medio del río".

Entonces se levantó el príncipe y dijo al visir de su padre: "Ven conmigo a dar un paseo". Y salieron ambos, precedidos de lejos por la vieja, que iba enseñando al príncipe el camino. Y llegaron al pabellón de mármol, y el príncipe dijo al visir: "Espérame a la puerta. No tardaré".

Luego entró en el pabellón. Y encontró a la joven muerta. Y se sentó a llorarla, recitando versos alusivos a su belleza. Y le cogió la mano para besársela, y vio aquellos dedos tan finos y tan bonitos. Y mientras la admiraba, observó en uno la brizna de lino entre la uña y la carne. Y le chocó la brizna de lino, y la arrancó delicadamente.

Y al punto la joven salió de su desmayo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 951ª NOCHE

Ella dijo:

...Y al punto la joven salió de su desmayo, y se incorporó a medias, y sonrió al joven príncipe, y le dijo: "¿Dónde estoy?" Y él la estrechó contra sí, y contestó: "¡Conmigo!" Y la besó, y se acostó con ella. Y permanecieron juntos cuarenta días y cuarenta noches en el límite de la satisfacción.

Luego se despidió él de ella, diciéndole: "Me voy, porque el visir de mi padre está esperando a la puerta. Le llevaré al palacio y volveré". Y bajó en busca del visir. Y salió con él y atravesó el jardín. Y salieron a su encuentro rosas blancas y jazmines. Y le conmovió aquel encuentro, y dijo al visir: "¡Mira! ¡Las rosas y los jazmines blancos tienen la blancura de las mejillas de Sittukhán! ¡Oh visir! ¡espera tres días más para que vaya yo a ver por segunda vez las mejillas de Sittukhán!"

Y subió, y se quedó tres días con Sittukhán, admirando sus mejillas, que eran como las rosas blancas y los jazmines. Luego bajó y se reunió con el visir, y continuó su paseo por el jardín en pos de la salida. Y salió a su encuentro el algarrobo de largos frutos negros. Y le conmovió mucho aquel encuentro, y dijo al visir: "¡Mira! ¡Las algarrobas son largas y negras como las cejas de Sittukhán! ¡oh visir! ¡espera aquí tres días más para que vaya yo a ver por segunda vez las cejas de Sittukhán!"

Y subió, y se quedó tres días con ella, admirando sus hermosas cejas, largas y negras como dos algarrobas en la rama.

Luego bajó a reunirse con el visir, y continuó con él sus paseos por el jardín en pos de la salida. Y le salió al encuentro una fuente corriente que tenía un surtidor hermoso y solitario. Y le conmovió aquel encuentro, y dijo al visir: "¡Mira! ¡El surtidor de la fuente es como el talle de Sittukhán! ¡oh visir! ¡espera aquí tres días más para que vaya yo a ver por segunda vez el talle de Sittukhán!"

Y subió, y se quedó tres días con ella, admirando su talle, que se parecía al surtidor de la fuente.

Luego bajó a reunirse con el visir para continuar con él su paseo por el jardín en pos de la salida. Pero he aquí que, cuando la joven vio a su enamorado subir por tercera vez enseguida de bajar, se dijo "Voy a ir ahora a ver por qué se va y vuelve enseguida". Y bajó del pabellón y se quedó detrás de la puerta que daba al jardín, para verle partir. Y el príncipe, al volverse, la vio asomar la cabeza por la puerta.

Y retrocedió hasta ella, que estaba pálida y triste, y le dijo: "¡Sittukhán, Sittukhán! ¡ya no te veré más! ¡oh! ¡nunca más!" Y se marchó y salió con el visir para no volver más.

Entonces Sittukhán se dedicó a vagar por el jardín, llorando por sí misma y sintiendo no haber muerto realmente. Y mientras vagaba de aquel modo, vio que algo brillaba sobre el agua. Y lo recogió y vio que era una sortija soleimánica. Y frotó la cornalina grabada que estaba engarzada en ella, y al punto le dijo la sortija: "Heme aquí a tus órdenes. Habla, ¿qué quieres?" La joven contestó: "¡Oh sortija de Soleimán! deseo de ti un palacio al lado del palacio del príncipe que me ha amado, y dame una belleza mayor que mi belleza". Y la sortija le dijo: "¡Cierra los ojos y ábrelos!" Y la joven cerró los ojos, y cuando los abrió, se encontró en un palacio magnífico erigido al lado del palacio del príncipe. Y se miró en el espejo, y quedó maravillada de su propia belleza.

Y fue a acodarse a la ventana en el momento en que pasaba por allá el príncipe a caballo. Y la vio sin reconocerla, y se fue enamorado. Y llegó al aposento de su madre, y le dijo: "¡Madre mía! ¿tienes alguna cosa muy hermosa para llevársela de regalo a la dama que se ha instalado en el nuevo palacio? ¿Y no podrías decirle al mismo tiempo: "¿Cásate con mi hijo?" Y su madre la reina le dijo: "Tengo dos piezas de brocado real. Iré a llevárselas y le haré la petición". El príncipe le dijo: "Está bien. Llévaselas".

Y la madre del príncipe fue a la joven, y le dijo: "Hija mía, acepta este regalo, porque mi hijo desea casarse contigo". Y la joven llamó a su negra, y le dijo: "Toma estas dos piezas de brocado y haz con ellas rodillas para fregar las baldosas". Y la reina, enfadada, se fue en busca de su hijo, que le preguntó: "¿Qué te ha dicho, madre mía?" Ella contestó: "¡Ha dado a la esclava las dos piezas de brocado de oro y le ha ordenado que con ellas haga rodillas para fregar la casa!" El joven le dijo: "Te lo suplico, madre mía, ¿no tienes algo más precioso que puedas llevarle? Porque estoy enfermo de amor por sus ojos". La madre le dijo: "Tengo un collar de esmeraldas sin tara ni mácula". El príncipe le dijo: "Está bien. Pues llévaselo".

Y la madre del príncipe subió a ver a la joven, y le dijo: "Acepta de nosotros este regalo, hija mía, que mi hijo desea casarse contigo". Y la joven contestó: "Tu regalo queda aceptado, ¡oh señora!" Y llamó a la esclava y le dijo: "¿Han comido los pichones o todavía no?" La esclava contestó: "Todavía no, "¡ya setti!" La joven le dijo: "¡Entonces toma estos granos de esmeralda y dáselos a los pichones para que coman y se refresquen con ellos!"

Al oír estas palabras, la madre del príncipe dijo a la joven: "¡No nos humilles, hija mía! Te ruego solamente que me digas si quieres casarte con mi hijo o no". Ella contestó: "Si quieres que me case con tu hijo, dile que se haga pasar por muerto, envuélvele en siete sudarios, condúcele por la ciudad, y di a las gentes que no le entierren en más sitio que en el jardín de mi palacio".

Y la madre del príncipe dijo: "Está bien. Voy a exponer tus condiciones a mi hijo".

Y fue a decir a su hijo: "¡No puedes figurarte lo que pretende! Exige que, si quieres casarte con ella, te hagas pasar por muerto, que se te envuelva en siete sudarios, que se te conduzca por la ciudad con cortejo fúnebre y que te lleven a su casa para enterrarte. Y entonces se casará contigo". Y él contestó: "¿No es nada más que eso, madre mía? Entonces, desgarra tus vestiduras, grita y di: "¡Ha muerto mi hijo!"

Y la madre del príncipe se desgarró las vestiduras, y gritó con voz tan aguda como lamentable: "¡Qué calamidad la mía! ¡ha muerto mi hijo!"

Entonces, al oír el grito, todas las gentes del palacio acudieron y vieron al príncipe tendido en tierra como los muertos, y a su madre en un estado lamentable. Y cogieron el cuerpo del difunto, lo lavaron y lo metieron en siete sudarios. Luego se congregaron los lectores del Korán y los jeiques, y salieron en cortejo delante del cuerpo, cubierto de chales preciosos. Y después de conducir por toda la ciudad al muerto, fueron a depositarlo en el jardín de la joven, con arreglo a sus deseos. Allí lo dejaron, y se marcharon por su camino.

Cuando no quedó ya nadie en el jardín, la joven, que en otro tiempo había muerto a consecuencia de una brizna de lino, y que por sus mejillas se parecía a las rosas blancas y a los jazmines, por sus cejas a las algarrobas en la rama y por su talle al surtidor de la fuente, se inclinó sobre el príncipe amortajado con los siete sudarios. Y cuando le hubo quitado el séptimo sudario, le dijo: "¿Cómo? ¿eres tú? ¡Conque tu pasión por las mujeres te ha llevado a dejarte amortajar con siete sudarios!"

Y el príncipe quedó lleno de confusión, y se mordió un dedo, y se lo arrancó de vergüenza. Y ella le dijo: "Pase por esta vez". "Y vivieron juntos, amándose y deleitándose"

Y al oír esta historia, el sultán Baibars dijo al capitán Gelal Al-Din: "¡Ualahi, ua telahi, me parece que esto es lo más admirable que he oído!".

Entonces avanzó entre las manos del sultán Baibars el décimo capitán de policía, que se llamaba Helal Al-Din, diciendo: "¡Tengo que contar una historia que es hermana mayor de las anteriores!"

Y dijo:

Historia contada por el décimo capitán de policía

"Había una vez un rey que tenía un hijo llamado Mohammad. Y el tal hijo dijo un día a su padre: "Quiero casarme". Y su padre le contestó: "Está bien. Espera a que vaya tu madre a los harenes para ver las jóvenes casaderas que hay y hacer la petición en tu nombre". Pero el hijo del rey dijo: "No, padre mío; quiero buscar novia con mis propios ojos, viendo a la joven". Y el rey contestó: "Está bien".

Entonces montó el joven en su caballo, que era hermoso como un animal feérico, y salió de viaje.

Y al cabo de diez días de viajar, encontró a un hombre sentado en un campo y ocupado en cortar puerros, mientras su hija, una jovenzuela, los ataba. Y el príncipe, después de las zalemas, se sentó junto a ellos, y dijo a la joven: "¿Tienes un poco de agua?" Ella contestó: "La tengo". Él dijo: "Dámela a beber". Y ella se levantó y le trajo el cantarillo. Y bebió él.

Y he aquí que le gustó la joven, y dijo al padre: "¡Oh jeique ¿me darás en matrimonio a esta hija tuya?" El jeique contestó: "Somos tus servidores". Y el príncipe le dijo: "Está bien, ¡oh jeique! Quédate aquí con tu hija, mientras yo regreso a mi país a buscar lo necesario para la boda, y vuelvo".

Y el príncipe Mohammad fue a ver a su padre, y le dijo: "¡Me he hecho novio de la hija del sultán de los puerros!" Y su padre le dijo: "¿Es que los puerros tienen ahora un sultán?"

El joven contestó:

"¡Sí, y quiero casarme con su hija!" Y el rey exclamó: "¡Loores a Alah, ¡oh hijo mío! que ha dado un sultán a los puerros!" Y añadió: "Ya que te gusta la hija, espera por lo menos a que vaya tu madre al país de los puerros para ver el puerro padre, y a la puerra madre, y a la puerra hija".

Y dijo el príncipe Mohammad: "Está bien".

Y su madre fue, pues, al país del padre de la joven, y se encontró con que la que su hijo le había dicho que era la hija del sultán de los puerros era una jovenzuela de todo punto encantadora y hecha verdaderamente para ser esposa de un hijo de rey. Y le plugo en extremo; y la besó, y le dijo: "¡Querida, soy la reina madre del príncipe a quien has visto, y vengo para casarte con él!" Y la joven dijo: "¿Cómo? ¿tu hijo es hijo del rey?" La reina contestó: "¡Sí, mi hijo es hijo del rey, y yo soy su madre!" Y la joven dijo: "Entonces no me casaré con él". La reina preguntó "¿Y por qué?" La joven le dijo: "¡Porque no me casaré más que con un hombre de oficio!"

Entonces la reina se marchó enfadada, y dijo a su esposo: "¡La joven del país de los puerros no quiere casarse con nuestro hijo!" El rey preguntó: "¿Por qué?". La reina dijo: "Porque no quiere casarse más que con un hombre que tenga en la mano un oficio". El rey dijo: "Tiene razón". Pero el príncipe cayó enfermo al saberlo.

Entonces el rey se levantó y mandó buscar a todos los jeiques de las corporaciones; y cuando estuvieron todos entre sus manos, dijo al primero, que era el jeique de los carpinteros: "¿En cuánto tiempo enseñarías tu oficio a mi hijo?". El otro contestó: "Nada más que en dos años, pero no en menos". El rey dijo: "Está bien. ¡Échate a un lado!". Luego se encaró con el segundo, que era el jeique de los herreros, y le dijo: "¿En cuánto tiempo enseñarías tu oficio a mi hijo?". El otro contestó: "Necesito un año, día tras día". El rey le dijo: "Está bien. ¡Échate a un lado!" Y de tal suerte interrogó a todos los jeiques de las corporaciones, que exigieron unos un año, otros dos, y otros tres o hasta cuatro años. Y no sabía el rey por cuál decidirse, cuando vio que detrás de todos alguien saltaba y se inclinaba, y hacía señas con los ojos y con el dedo alzado. Y le llamó, y le preguntó: "¿Por qué te estiras y te agachas?" El aludido contestó: "Para hacerme notar por nuestro amo el sultán, pues soy pobre, y los jeiques de las corporaciones no me han advertido de su llegada aquí. Y yo soy tejedor, y enseñaré mi oficio a tu hijo en una hora de tiempo".

Entonces el rey despidió a todos los jeiques de las corporaciones, y retuvo al tejedor, y le llevó seda de diferentes colores y un telar, y le dijo: "Enseña tu arte a mi hijo". Y el tejedor se encaró con el príncipe, que se había levantado, y le dijo: "¡Mira! yo no voy a decirte: "¡Hazlo de este modo, y hazlo de este otro!", no; yo te digo: "¡Abre tus ojos y observa!" Y mira cómo van y vienen mis manos". Y en nada de tiempo el tejedor tejió un pañuelo, en tanto que el príncipe le miraba atentamente. Luego dijo a su aprendiz. "Acércate ahora y haz un pañuelo como éste". Y el príncipe se puso al telar, y tejió un pañuelo espléndido, dibujando en la trama el palacio y el jardín de su padre...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 952ª NOCHE

Ella dijo:

...Y el príncipe se puso al telar, y tejió un pañuelo espléndido, dibujando en la trama el palacio y el jardín de su padre.

Y el hombre cogió los dos pañuelos y subió al aposento del rey y le dijo: "¿Cuál de estos dos pañuelos es obra mía y cuál es obra de tu hijo?". Y el rey, sin vacilar, mostró con el dedo el de su hijo, señalando el hermoso dibujo del palacio y del jardín, y dijo: "¡Este es obra tuya y el otro es también obra tuya!" Pero el tejedor exclamó: "Por los méritos de tus gloriosos antecesores, ¡oh rey! que el pañuelo más hermoso es obra de tu hijo, y éste, el feo, es obra mía".

Entonces el rey, maravillado, nombró al tejedor jeique de todos los jeiques de las corporaciones, y le despidió contento. Tras de lo cual dijo a su esposa: "Coge el pañuelo obra de nuestro hijo, y ve a enseñárselo a la hija del sultán de los puerros, diciéndole: "Mi hijo tiene el oficio de tejedor en seda".

Y la madre del príncipe cogió el pañuelo y fue a ver a la joven, y le enseñó el pañuelo, repitiéndole las palabras del rey. Y la joven se maravilló del pañuelo, y dijo: "Ahora me casaré con tu hijo".

Y los visires del rey cogieron al Kadí y fueron a hacer el contrato de matrimonio. Y se celebraron las bodas. Y el príncipe penetró en la jovenzuela del país de los puerros, y tuvo de ella hijos que todos llevaban en los muslos la marca del puerro. Y cada uno de ellos aprendió un oficio. Y vivieron todos contentos y prosperando.

¡Pero Alah es más sabio!"

Luego dijo el sultán Baibars: "Esa historia de la hija del sultán de los puerros me ha gustado por su hermosa moraleja. Pero ¿no hay entre vosotros nadie que tenga todavía que contarme algo?" Entonces avanzó otro capitán de policía, que era el undécimo, y se llamaba Salah Al-Din. Y después de besar la tierra entre las manos del sultán Baibars, dijo: "¡He aquí mi historia!"

Historia contada por el undécimo capitán de policía

"Una vez le aconteció a un sultán que le naciera un hijo al mismo tiempo que una yegua de raza de las caballerizas reales echaba al mundo un potro. Y dijo el rey: "El potro que ha salido está escrito en la suerte de mi hijo recién nacido, y le pertenece en propiedad".

Cuando el niño se hizo mayor y avanzó en edad, murió su madre: y el mismo día murió la madre del potro.

Y pasaron los días, y el sultán se casó con otra mujer, a quien escogió entre las esclavas de palacio. Y llevaron al muchacho a la escuela, sin velar ya por él y sin quererle. Y cada vez que el huérfano de madre volvía de la escuela, entraba a ver a su caballo, le acariciaba, le daba de comer y de beber y le contaba sus penas y su abandono. Y he aquí que la esclava con quien el sultán se había casado tenía un amante que era un médico judío (¡maldito sea!). Y para entrevistarse se veían muy apurados ambos, precisamente a causa de la presencia de aquel huérfano de madre en el palacio. Y se preguntaron: "¿Qué hacer?" Y reflexionaron sobre el particular y decidieron envenenar al joven príncipe.

Por lo que a él respecta, cuando volvió de la escuela fue a ver a su caballo, como de ordinario. Y le encontró llorando. Y le dijo: acariciándole: "¿Por qué lloras, caballo mío?". Y el caballo le contestó: "Lloro porque vas a perder la vida". El príncipe preguntó: "¿Y quién quiere que pierda yo la vida?". El caballo contestó: "La mujer de tu padre y ese maldito médico judío" El príncipe preguntó: "¿Cómo es eso?" El caballo dijo: "Te han preparado un veneno que han extraído de la piel de un negro. Y te lo echarán en la comida. Ten cuidado de no probarla"

Y el caso es que, cuando el joven príncipe subió al aposento de la mujer de su padre, ella le puso delante la comida. Y él cogió la comida y a su vez la puso delante del gato de la mujer del rey, que maullaba por allí. Y antes de que pudiese impedirlo su ama, el gato se tragó la comida y murió inmediatamente. Y el príncipe se levantó y salió sin decir nada.

Y la mujer del rey y el judío se preguntaron: "¿Quién se lo ha podido decir?" Y se contestaron; "Nadie, excepto su caballo". Entonces dijo la mujer: "Está bien". Y fingió ponerse mala, y el rey hizo ir al maldito judío, que era su médico, para que examinase a la reina. Y la examinó el judío, y dijo: "Su remedio consiste en un corazón de potro de una yegua de raza, de tal y cual color". Y dijo el rey: "No hay en mi reino más que un potro que reúna esas condiciones, y es el potro de mi hijo huérfano de madre". Y cuando el muchacho volvió de la escuela, le dijo su padre. "Tu tía la reina está enferma, y no hay para ella otro remedio que el corazón de tu potro hijo de la yegua de raza". El muchacho contestó: "No hay inconveniente. Pero ¡oh padre mío! todavía no he montado ni una sola vez en mi potro. Quisiera montarle antes, y en cuanto lo haga, le degollarán y le sacarán el corazón". Y dijo el rey: "Está bien". Y el joven príncipe montó en su caballo ante toda la corte, y le lanzó a galope por el meidán. Y galopando de tal suerte, desapareció a los ojos de los hombres. Y echaron a correr jinetes detrás de él, pero no le encontraron.

Y así llegó a otro reino que el de su padre, acercándose al jardín del rey de aquel reino. Y el caballo le dio un mechón de sus crines y un pedernal, y le dijo: "Si me necesitas, quema una de esas crines, y al punto estaré a tu lado. Ahora vale más que me retire, ante todo porque tengo que comer, y además, para no importunarte en tus encuentros con tu destino". Y se besaron y se separaron.

Y el joven príncipe fue en busca del jardinero mayor, y le dijo: "Soy extranjero aquí. ¿Me tomarás a tu servicio?" El jardinero le contestó: "Está bien. Precisamente necesito una persona que guíe al buey que da vueltas a la noria de regar". Y el joven príncipe fue a la noria y se puso a guiar al buey del jardinero.

Aquel día se paseaban por el jardín las hijas del rey, y la más joven vio al muchacho que guiaba al buey de la noria. Y el amor se albergó en su corazón. Y sin exteriorizar nada, dijo ella a sus hermanas: "Hermanas mías, ¿hasta cuándo vamos a estar sin maridos? ¿Acaso nuestro padre quiere dejarnos agriar? Se nos va a revolver la sangre". Y sus hermanas le dijeron: "¡Es verdad! Vamos camino de agriarnos, y se nos va a revolver la sangre". Y se reunieron y fueron las siete en busca de su madre, y le dijeron: "¿Nos va a dejar agriarnos en su casa nuestro padre? Se nos va a revolver la sangre. ¿O va a buscarnos por fin maridos que impidan cosa tan terrible?".

Entonces la madre fue en busca del rey, y le habló en este sentido. Y el rey hizo pregonar públicamente que todos los jóvenes de la ciudad debían pasar por debajo de las ventanas del palacio, porque las princesas tenían que casarse. Y todos los jóvenes pasaron por debajo de las ventanas del palacio. Y cada vez que le gustaba uno a una de las hermanas, tiraba ella sobre él su pañuelo. Y de tal suerte encontraron esposo de su agrado seis de ellas, y se mostraron satisfechas.

Pero la hija pequeña no tiró su pañuelo sobre nadie. Y advirtieron de ello al rey, que dijo: "¿No queda nadie más en la ciudad?". Le contestaron: "No queda más que un muchacho pobre que da vueltas a la noria del jardín". Y dijo el rey: "A pesar de todo, es preciso que venga, aunque sé que no va a escogerlo mi hija". Y fueron a buscarle, y le llevaron debajo de las ventanas del palacio. Y he aquí que sobre él cayó recto el pañuelo de la joven. Y la casaron con él. Y el rey, padre de la joven, cayó enfermo de pena.

Y se congregaron los médicos y le recetaron, como régimen y remedio, que bebiera leche de osa contenida en un odre de piel de osa virgen. Y dijo el rey: "Fácil es. Tengo seis yernos que son heroicos jinetes, y no se parecen en nada al maldito del séptimo, que es el boyero de la noria. ¡Id a decirles que me traigan esa leche!".

Entonces los seis yernos del rey montaron en sus hermosos caballos y salieron en busca de la consabida leche de osa. Y el muchacho casado con la hija menor montó en un mulo cojo y salió también mientras se burlaba de él todo el mundo. Y cuando llegó a un paraje retirado, golpeó el pedernal y quemó uno de los pelos. Y apareció su caballo, y se besaron. Y el muchacho le pidió lo que tenía que pedirle.

Al cabo de cierto tiempo volvieron de su expedición los seis yernos del rey, llevando consigo un odre de piel de osa lleno de leche de osa. Y se lo entregaron a la reina, madre de sus esposas, diciéndole: "¡Lleva esto a nuestro tío el rey!". Y la reina llamó con las manos, y subieron los eunucos, y les dijo: "Dad esta leche a los médicos para que la examinen". Y los médicos examinaron la leche, y dijeron: "Es leche de osa vieja, y está en un odre de piel de osa vieja. Sólo nocivo puede ser para la salud del rey".

Y he aquí que de nuevo subieron los eunucos al aposento de la reina, y le entregaron otro odre, diciendo: "¡Este odre de leche nos lo acaba de entregar un adolescente que va a caballo y es más hermoso que el ángel Harut! ". Y la reina les dijo: "Llévaselo a los médicos para que lo examinen". Y los médicos examinaron continente y contenido, y dijeron: "He aquí lo que buscábamos. Es leche de osa joven en una piel de osa virgen". Y se la dieron a beber al rey, que curó en aquella hora y en aquel instante, y dijo: "¿Quién ha traído este remedio?". Le contestaron: "Un adolescente que venía a caballo, y es más hermoso que el ángel Harut". El rey dijo: "Que vayan a entregarle de mi parte el anillo del reino y que le hagan sentarse en mi trono. Luego me levantaré y haré divorciarse a mi hija menor del mozo de la noria.

Y la casaré con ese adolescente que me ha hecho volver del país de la muerte". Y se ejecutaron sus órdenes.

Luego se levantó el rey y se vistió y fue a la sala del trono. Y cayó a los pies del hermoso adolescente sentado en el trono, y se los besó. Y vio junto a él a su hija menor sonriendo. Y le dijo: "¡Bien, hija mía! ¡Ya veo que te has divorciado del mozo de la noria, y que has fijado libremente tu elección en este adolescente, que es más hermoso que el ángel Harut!". Y ella le dijo: "Padre mío, el mozo de la noria, el adolescente que te ha traído la leche de osa virgen y el que ahora está sentado en el trono del reino no son más que una sola y misma persona".

Y el rey quedó asombrado al oír estas palabras, y se encaró con el adolescente real, y le preguntó: "¿Es verdad lo que dice?". El interpelado contestó: "¡Sí, es verdad! ¡Y si no me quieres por yerno, fácil es remediarlo, porque tu hija todavía está virgen!". Y el rey le besó y le estrechó contra su corazón. Luego hizo celebrar sus nupcias con la joven. Y al llegar la penetración, el adolescente se portó tan bien, que impidió para siempre a su joven esposa agriarse y tener la sangre revuelta.

Tras de lo cual regresó con ella al reino de su padre a la cabeza de un ejército numeroso. Y se encontró con que su padre había muerto, y que la mujer de su padre dirigía los asuntos de reino, de acuerdo con aquel maldito médico judío. Entonces los hizo prender a ambos, y los empaló encima de una hoguera. Y se consumieron en el palo. ¡Y se acabó lo concerniente a ellos!

¡Loores a Alah, que vive sin consumirse nunca!".

Y el sultán Baibars, al oír esta historia del capitán Salah Al-Din, dijo: "¡Qué lástima que no quede ya nadie que me cuente historias parecidas a ésta!". Entonces avanzó el duodécimo capitán de policía, llamado Nassr Al-Din, quien, tras de los homenajes al sultán Baibars, dijo: "Yo no he dicho nada todavía, ¡oh rey del tiempo! ¡Y por cierto que después de mí nadie dirá ya nada, porque nada habrá que decir ya!". Y Baibars se puso contento, y dijo: "¡Da lo que tienes!". Entonces dijo el capitán:

Historia contada por el duodécimo capitán de policía

"Se cuenta —pero ¿hay otra ciencia que la de Alah?— que había en la tierra un rey. Y este rey estaba casado con una reina estéril. Un día fue a ver al rey un maghrebín, y le dijo: "Si te doy un remedio para que tu mujer conciba y para cuando quiera ¿me darás tu primer hijo?" Y el rey contestó: "Está bien, te le daré". Entonces el maghrebín dio al rey dos confites, uno verde y otro rojo, y le dijo: "Tú te comerás el verde, y tu mujer se comerá el rojo. Y Alah hará lo demás". Luego se marchó.

Y el rey se comió el confite verde, y dio el confite rojo a su mujer, que se lo comió. Y quedó encinta y parió un hijo, al que llamaron Mohamed (¡sea la bendición con este nombre!). Y el niño empezó a crecer y a desarrollarse, inteligente en las ciencias y dotado de hermosa voz.

Después la reina parió un segundo hijo, al que llamaron Alí, y que empezó a criarse torpe e inhábil para todo. Tras de lo cual aún quedó ella encinta, y parió un tercer hijo, llamado Mahmud, que empezó a crecer y a desarrollarse idiota y estúpido.

Al cabo de diez años, el maghrebín fue a ver al rey y le dijo: "Dame a mi hijo". Y dijo el rey: "Está bien". Y fue al aposento de su esposa, y le dijo: "Ha venido el maghrebín a pedirnos nuestro hijo mayor". Y ella contestó: "¡Jamás! Démosle a Alí el torpe". Y dijo el rey: "Está bien". Y llamó a Alí el torpe, le cogió de la mano, y se lo dio al maghrebín, que se lo llevó y se fue.

Y anduvo con él por los caminos, en medio del calor, hasta mediodía. Luego le preguntó: "¿No tienes hambre ni sed?". Y el muchacho contestó: "¡Por Alah, vaya una pregunta! ¿Cómo quieres que después de media jornada pasada sin comer ni beber, no tenga hambre ni sed?". Entonces el maghrebín hizo: "¡Hum!". Y cogió al chico de la mano y se lo llevó a su padre, diciéndole: "Este no es mi hijo". Y el rey le preguntó "¿Y cuál es tu hijo?". El otro contestó: "Déjamelos ver a los tres y yo cogeré a mi hijo". Entonces el rey llamó a sus tres hijos. Y el maghrebín extendió la mano y cogió a Mahomed, el mayor, que era precisamente el inteligente, el dotado de hermosa voz. Luego se marchó.

Y caminó con él media jornada, y le dijo: "¿Tienes hambre? ¿Tienes sed?". Y el avispado contestó: "Si tú tienes hambre o sed, yo también tendré hambre y sed". Y el maghrebín le besó, y le dijo: "Muy bien dicho, avispado. Verdaderamente, eres mi hijo".

Y le condujo a su país, en el fondo del Maghreb, y le hizo entrar en un jardín, donde le dio de comer y de beber. Tras de lo cual le llevó un libro mágico, y le dijo: "Lee en este libro". Y el muchacho cogió el libro y lo abrió; pero no supo descifrar ni una palabra siquiera. Y el maghrebín se enfadó, y le dijo: "¿Cómo? ¿eres mi hijo, y no sabes descifrar este libro mágico? Por Gogg y Magogg, y por el fuego de los astros giratorios, que como en un mes de treinta días no te sepas de memoria este libro entero, te cortaré el brazo derecho" Luego le dejó y salió del jardín.

Y el muchacho cogió el libro y se aplicó en su lectura durante veintinueve días. Pero, al cabo de este tiempo, aún no sabía cómo había que ponerlo para leerlo. Entonces se dijo: "Ya que no me queda más que un día, muerto por muerto voy a ir a pasearme al jardín antes que continuar agujereándome los ojos sobre este libro mágico".

Y se adelantó profundamente entre los árboles del jardín, y de pronto vio delante de él a una joven colgada por los cabellos. Y se apresuró a liberarla. Y ella le besó, y le dijo: "Soy una princesa caída en poder de ese maghrebín. Y me ha colgado porque no me he aprendido de memoria el libro mágico". Entonces dijo él: "También yo soy hijo de rey. Y el maghrebín me ha dado el libro mágico para que me lo aprenda de memoria en treinta días; y no falta para mi muerte más que el día de mañana". Y dijo la joven: "Voy a enseñarte el libro mágico; pero, cuando venga el maghrebín, dile que no te lo has aprendido".

Acto seguido sentóse ella al lado de él, le besó mucho y le enseñó el libro mágico...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 953ª NOCHE

Ella dijo:

"Acto seguido, sentóse ella al lado de él, le besó mucho y le enseñó el libro mágico. Luego le dijo: "Es preciso que me cuelgues como estaba". Y él obedeció:

Y llegó el maghrebín al final del trigésimo día, y dijo al muchacho: "Recita el libro mágico". El chico contestó: "¿Cómo voy a recitarlo si no he descifrado ni una palabra?" Y el maghrebín al punto le cortó el brazo derecho, y le dijo: "Todavía tienes un plazo de treinta días. Si al cabo de ese tiempo no te sabes el libro mágico, haré volar tu cabeza". Luego se marchó.

Y el muchacho fue en busca de la joven por entre los árboles, llevando en su mano izquierda su brazo derecho cortado. Y la libertó. Y ella le dijo: "Aquí tiene tres hojas de una planta que he encontrado, mientras el maghrebín la está buscando desde hace cuarenta años a fin de completar su conocimiento de los capítulos de la magia. Aplícatelas en los muñones de tu brazo, y sanará". Y así lo hizo el muchacho. Y se le quedó el brazo como estaba antes.

Hecho lo cual, la joven frotó otra hoja, leyendo el libro mágico. Y al instante salieron de la tierra dos camellos de carrera, y se arrodillaron para recibirlos. Y dijo ella al muchacho: "Volvamos cada cual a casa de nuestros padres. ¡Después irás tu al palacio de mi padre, que está en tal paraje y en tal país, a pedirme en matrimonio!".

Y le besó amablemente. Y tras de su recíproca promesa, cada cual se marchó por su lado.

Y Mahomed llegó a casa de sus padres al galope formidable de su camello. Pero no les dijo nada de lo que le había sucedido. Solamente entregó el camello al eunuco mayor, diciéndole: "Ve a venderle en el mercado de las acémilas; pero ten cuidado de no vender la cuerda que lleva al hocico". Y el eunuco cogió al camello por la cuerda, y fue al mercado de las acémilas.

Entonces se presentó un vendedor de haschisch que quiso comprar el camello. Y tras de largos debates y regateos, se lo compró al eunuco por un precio muy módico, pues generalmente los eunucos no conocen el oficio de la venta y de la compra. Y para rematar el negocio, le vendió con la cuerda.

Y el vendedor de haschisch llevó al camello ante su tienda, y lo dejó admirar por sus clientes acostumbrados, los comedores de haschisch. Y fue en busca de un cubo de agua para dar de beber al camello, poniéndoselo delante, en tanto que los haschachín miraban, riendo hasta el fondo del gaznate. Y el camello metió sus dos patas delanteras en el cubo. Y entonces el vendedor de haschisch le pegó, gritándole: "Recula, ¡oh alcahuete!". Y al oír esto, el camello levantó sus otras dos patas, y se sumergió de cabeza en el agua del cubo, y no volvió a aparecer.

Al ver aquello, el vendedor de haschisch se golpeó las manos una contra otra y se puso a gritar: "¡Oh musulmanes! ¡socorro! ¡que el camello se ha ahogado en el cubo! ". Y mientras gritaba así, mostraba la cuerda que se le había quedado en las manos.

Y se reunió gente de todos los puntos del zoco, y le dijeron: "Cállate, ¡oh hombre! ¡estás loco! ¿Cómo va a ahogarse un camello en un cubo?" El vendedor de haschisch le contestó: "¡Marchaos! ¿Qué hacéis aquí? Os digo que se ha ahogado de cabeza en el cubo. ¡Y aquí está su cuerda, que se me ha quedado en las manos! Preguntad a los honorables que están sentados en mi casa, a ver si digo la verdad o si miento". Pero los mercaderes sensatos del zoco le dijeron: "Tú y los que están en tu casa no sois más que haschachín sin crédito".

Mientras disputaban de tal suerte, el maghrebín, que había advertido la desaparición del príncipe y de la princesa, fue presa de un furor sin límites, y se mordió un dedo y se lo arrancó, diciendo: "¡Por Gogg y por Magogg, y por el fuego de los astros giratorios, que los atraparé, aunque estén en la séptima tierra!". Y corrió primero a la ciudad del avispado; y entró precisamente en el fragor de la disputa entre los haschachín y las gentes del zoco. Y oyó hablar de cuerda y de camello y de cubo que había servido de mar y de tumba; y se acercó al vendedor de haschisch y le dijo: "¡Oh padre! ¡si has perdido tu camello, estoy dispuesto a indemnizarte de él, por Alah! Dame lo que de él te queda, o sea esa cuerda, y te daré lo que te ha costado, más cien dinares de propina para ti". Y quedó ultimado el trato en aquella hora y en aquel instante. Y el maghrebín cogió la cuerda del camello, y se marchó, saltando de alegría.

Y he aquí que aquella cuerda tenía el poder de atraer. Y el maghrebín no necesitó más que mostrársela de lejos al joven príncipe, para que éste fuese al punto por sí mismo a engancharse la cuerda a su propia nariz. Y enseguida quedó convertido en camello de carrera, y se arrodilló ante el maghrebín, que se le montó al lomo.

Y el maghrebín le guio en dirección a la ciudad donde habitaba la princesa. Y pronto llegaron al pie de los muros del jardín que rodeaba el palacio del padre de la joven. Pero en el momento en que el maghrebín manejaba la cuerda para que se arrodillase el camello y apearse, el Avispado pudo atrapar la cuerda con los dientes, y la cortó por la mitad. Y el poder que tenía la cuerda se destruyó con aquel corte.

Y el avispado, para escapar del maghrebín, se convirtió en una granada grande, y bajo aquella forma, fue a colgarse de un granado en flor. Entonces el maghrebín entró a ver al sultán, padre de la princesa, y después de las zalemas y cumplimientos, le dijo: "¡Oh rey del tiempo! vengo a pedirte una granada, porque la hija de mi tío está encinta, y su alma desea vivamente una granada. Y ya sabes el pecado que se comete al no satisfacer los antojos de una mujer encinta". Y el rey se asombró de la petición, y contestó: "¡Oh hombre! la estación actual no es la estación de las granadas, y los granados de mi jardín no han florecido hasta ayer". El maghrebín dijo: "¡Oh rey del tiempo! ¡si no hay granadas en tu jardín córtame la cabeza!".

Entonces el rey llamó a su jardinero mayor, y le preguntó: "¿Es verdad ¡oh jardinero! que hay ya granadas en mi jardín?". Y el jardinero contestó: "¡Oh mi señor! ¿es la estación de las granadas la estación actual?". Y el rey se encaró con el maghrebín, y le dijo: "Vaya, has perdido la cabeza...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 954ª NOCHE

Ella dijo:

...Y el rey se encaró con el maghrebín, y le dijo: "Vaya, has perdido la cabeza". Pero el maghrebín contestó: "¡Oh rey! antes de hacer volar mi cabeza, da al jardinero orden de que vaya a mirar los granados". Y dijo el rey: "Está bien". E hizo una seña al jardinero para que fuera a ver en los árboles si había o no granadas tempranas. Y el jardinero bajó al jardín, y en un granado vio una granada tan gorda que no tenía igual entre todas las granadas conocidas. Y la cogió, y fue a llevársela al rey.

Y el rey cogió la granada y se asombró prodigiosamente; y no supo si guardarla para sí o entregársela a aquel hombre que la reclamaba para su mujer, atormentada por los antojos propios del embarazo.

Y dijo al visir: "¡Oh visir mío! ¡quisiera comerme esta granada tan hermosa! ¿Qué te parece?" Y el visir le contestó: "¡Oh rey! si no se hubiese encontrado la granada, ¿no habrías cortado la cabeza al maghrebín?". El rey dijo: "¡Claro que sí!" Y el visir dijo: "Entonces, la granada le pertenece por derecho".

Y el rey entregó por su propia mano la granada al maghrebín, pero, en cuanto la tocó el maghrebín, la granada estalló, y todos los granos saltaron y se esparcieron en todas las direcciones. Y el maghrebín se dedicó a recogerlos uno a uno hasta el último, que había caído en un agujerito, al pie del trono del rey. En aquel grano se escondía la vida de Mahomed el Avispado. Y el maghrebín estiró el cuello hacia aquel grano, y tendió la mano para cogerlo y aplastarlo. Pero de pronto salió del grano un puñal, y clavó su hoja cuan larga era en el corazón del maghrebín. Y murió éste al instante, escupiendo con su sangre su alma descreída.

Y el joven príncipe Mahomed apareció con su hermosura, y besó la tierra entre las manos del rey. Y en aquel preciso momento entró la joven, y dijo: "He aquí al joven que desató del árbol mis cabellos cuando estaba yo colgada". Y dijo el rey: "Ya que este joven es quien te ha desatado, no puedes dejar de casarte con él". Y dijo la joven: "Está bien". Y se celebró su boda como era debido. Y su noche fue bendita entre todas las noches.

Y desde entonces vivieron juntos, contentos y prosperando, y tuvieron una descendencia de hijos e hijas. Y se acabó.

"¡Gloria al Solo, al único que no tiene fin ni principio!".

Así habló el duodécimo capitán de policía, que se llamaba Nassr Al-Din. Y era el último. Y el sultán Baibars se tambaleó al oír el relato; y su contento llegó a los límites extremos. Y para demostrar a sus capitanes de policía el gusto que sentía, les nombró a todos chambelanes de palacio, con emolumentos de mil dinares al mes por cuenta del tesoro del reino. Y los tuvo como compañeros de copa, y no se separó de ellos ni en tiempo de guerra ni en tiempo de paz. ¡Sea con todos ellos la misericordia del Altísimo!

Después Schehrazada sonrió y se calló. Y el rey Schahriar le dijo: "¡Oh Schehrazada! ¡qué cortas son ahora las noches, que no me permiten escuchar por más tiempo las palabras de tu boca!". Y dijo Schehrazada: "Sí, ¡oh rey! Pero creo que, a pesar de todo, esta noche todavía puedo, siempre que me lo permitas, contarte una historia que deja muy atrás a todas las que has oído". Y el rey Schahriar dijo: "Claro que puedes comenzar, Schehrazada, pues no dudo de que la historia sea admirable".

Entonces dijo Schehrazada:

Historia de la rosa marina y de la joven china

Cuentan ¡oh rey del tiempo! que, en un reino entre los reinos del Scharkistán —¡pero Alah el Exaltado es más sabio!— había un rey llamado Zein El-Muluk, célebre en los horizontes, y hermano de los leones en bravura y generosidad. Joven aún, había tenido ya dos hijos dotados de cualidades, cuando, por efecto de la bendición de su Señor y de la bondad del Repartidor, le nació un tercer hijo, niño insigne, cuya belleza disipaba las tinieblas, como una luna de catorce noches. Y a medida que aumentaban sus tiernos años, sus ojos, copas de embriaguez, turbaban a los más cuerdos con los dulces destellos de sus miradas; cada una de sus pestañas brillaba como la hoja curva de un puñal; los bucles de sus cabellos de almizcle negro mareaban los corazones como el nardo; sus mejillas estaban lozanas, sin afeites, y daban vergüenza en todos sentidos a las mejillas de las vírgenes; sus sonrisas tentadoras eran dardos: su porte era noble y delicado a la vez; la comisura izquierda de sus labios estaba adornada de una manchita redondeada con arte; y su pecho blanco y liso era como una tableta de cristal, y albergaba un corazón despierto y arrojado.

Y el rey Zein El-Muluk, en el límite de la dicha, hizo ir a adivinos y astrólogos para que sacasen el horóscopo de aquel niño. Y éstos agitaron la arena, y trazaron las figuras astrológicas, y pronunciaron las fórmulas principales de la adivinación. Tras de lo cual dijeron al rey: "La suerte de este niño es fausta y su estrella le asegura una dicha infinita. Pero también está escrito en su destino que si tú, su padre, llegas a mirarle en la época de su adolescencia, perderás la vista al punto".

Al oír este discurso de los adivinos y de los astrólogos, el mundo se ennegreció ante el rostro del rey. Y mandó retirar de su presencia al niño, y ordenó a su visir que le llevara, así como a su madre, a un palacio alejado, de modo que jamás pudiese encontrarle en su camino. Y el visir contestó con el oído y la obediencia, y ejecutó puntualmente la orden de su amo.

Y pasaron años y años. Y el hermoso vástago del jardín del sultanato, que había recibido de su madre cuidados de una delicadeza perfecta, verdeó de salud, de virtud y de belleza.

Pero como jamás puede borrarse lo escrito por el Destino, el joven príncipe Nurgihán montó un día en su corcel y se lanzó al bosque de caza. Y el rey Zein El-Muluk también había salido aquel día a cazar gamos. Y quiso la fatalidad que, no obstante toda la inmensidad de aquella selva, pasara él junto a su hijo. Y sin reconocerle, se posó en el joven su mirada. Y al instante desapareció de sus ojos la facultad de ver. Y el rey hubo de tornarse prisionero del reino de la noche. Y comprendiendo entonces que su ceguera se debía al encuentro con el joven jinete, y que aquel joven jinete no podía ser más que su hijo, dijo llorando: "De ordinario los ojos del padre que mira a su hijo se tornan más luminosos. Pero los míos han cegado para siempre por voluntad de la suerte".

Tras de lo cual hizo convocar en su palacio a los médicos más eminentes del siglo, y a los que en el saber superaban a lbn-Sina, y los consultó acerca del modo de curar su ceguera. Y todos, después de concertarse e interrogarse, convinieron en declarar al rey que aquella ceguera no era curable por los procedimientos ordinarios. Y añadieron: "El único remedio que te queda para recobrar la vista es tan difícil de obtenerse, que resulta preferible no pensar en él siquiera. Porque se trata de la rosa marina cultivada por la joven de China...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 955ª NOCHE

Ella dijo:

"...Porque se trata de la rosa marina cultivada por la joven de China".

Y explicaron al rey que, en el lejano interior del país de China, había una princesa, hija del rey Firuz-Schah, que en su jardín tenía el único arbusto de aquella rosa marina conocido, cuya virtud curaba los ojos y devolvía la vista, incluso a los ciegos de nacimiento.

Y el rey Zein El-Muluk, al oír estas palabras de sus médicos, hizo proclamar por los pregoneros, en todo su reino, que quien le llevara la rosa marina de la joven de China tendría en recompensa la mitad de su Imperio. Y luego aguardó el resultado, llorando como Jacob, consumiéndose como Job y empapándose en la sangre de su corazón separado en dos lóbulos.

Y he aquí que, entre los que partieron para el país de China en busca de la rosa marina, estaban los dos hijos mayores de Zein El-Muluk. Y también partió el joven príncipe Nurgihán. Porque habíase dicho: "Voy a probar en la piedra de toque del peligro, el oro de mi destino. Y ya que soy el causante involuntario de la ceguera de mi padre; justo es que por curarle exponga mi vida".

Y el príncipe Nurgihán, aquel sol del cuarto cielo, montó en su corcel, ágil como el viento, a la hora en que la luna, viajera montada en el negro palafrén de la noche, había vuelto las riendas hacia Oriente.

Y viajó durante días y meses, atravesando llanuras y desiertos, y soledades donde no había otra presencia que la de Alah y la de la hierba salvaje. Y acabó por llegar a una selva sin límites, más negra que el espíritu del ignorante, y tan oscura, que no se podía en ella distinguir la noche del día ni ver la diferencia entre lo blanco y lo negro. Y Nurgihán, cuyo brillante rostro iluminaba por sí solo las tinieblas; avanzaba con corazón de acero por aquella selva de árboles que, en ciertos parajes, ostentaban, a manera de frutos, cabezas de seres animados que se ponían a bromear y a reír y caían al suelo, en tanto que, en otras ramas, se abrían crujiendo unas frutas que parecían pucheros de barro, y dejaban escapar de su cavidad pájaros con ojos de oro.

Y he aquí que de pronto se encontró frente a frente con un viejo genni, semejante a una montaña, sentado en el tronco de un enorme algarrobo. Y le abordó con la zalema, e hizo salir de la caja de rubíes de su boca algunas palabras que se asimilaron al espíritu del genni como el azúcar a la leche. Y el genni, conmovido por la hermosura de aquella tierna planta del jardín de la elevación, le invitó a descansar junto a él. Y Nurgihán se apeó del caballo, y tomó de su alforja un pastel de manteca derretida con azúcar y harina flor, y se lo ofreció, en prueba de amistad, al genni, que lo aceptó y sólo tuvo con ello para un bocado. Y quedó tan satisfecho de aquel alimento, que saltó de alegría, y dijo: "Este alimento de los hijos de Adán me da más gusto que si me hubiesen regalado el azufre rojo que sirve de piedra al anillo de nuestro señor Soleimán. Y estoy tan entusiasmado, ¡por Alah! que si cada pelo mío se convirtiera en cien mil lenguas, y cada una de esas lenguas se dedicara a alabarte, aún no expresaría yo la gratitud que por ti siento. Pídeme, pues, en cambio, cuanto quieras, y lo cumpliré sin tardanza. De no hacerlo así, mi corazón parecería un plato que cayera desde lo alto de una terraza y se rompiera en añicos".

Y Nurgihán dio gracias al genni por sus amables palabras, y le dijo: "¡Oh jefe de los genn y corona suya! ¡oh guardián celoso de esta selva! puesto que me permites formular un deseo, helo aquí. Sencillamente pídote que me hagas llegar sin tardanza ni dilación, al reino del rey Firuz-Schah, donde cuento con coger la rosa marina de la joven de China".

Al oír estas palabras, el genni guardián de la selva lanzó un frío suspiro, se golpeó la cabeza a dos manos, y perdió el conocimiento. Y Nurgihán le prodigó los cuidados más delicados; pero, al ver que no daban resultado, le puso en la boca otro pastel de manteca derretida con azúcar y harina en flor. Y al punto recuperó la sensibilidad el genni, que salió de su desmayo, y conmovido todavía por el pastel y la demanda, dijo al joven príncipe: "¡Oh mi señor! la rosa marina de que hablas, y cuya dueña es una joven princesa de China, está guardada por genn aéreos que día y noche se dedican a impedir que ningún pájaro vuele en torno a ella, que no deterioren su corola las gotas de lluvia y que el sol no la queme con su lumbre. Por tanto, no veo manera de arreglarme, una vez que te haya transportado al jardín donde ella vive, para burlar la vigilancia de esos guardianes aéreos que están enamorados de ella. ¡En verdad que mi perplejidad es una perplejidad grande! Pero dame ya otro de esos excelentes pasteles que tanto bien me han hecho. Y quizás sus cualidades ayuden a mi cerebro a dar con la coyuntura que anhelo. Porque es preciso que cumpla mi promesa para contigo, haciéndote lograr la rosa de tus deseos".

Y el príncipe Nurgihán se apresuró a dar el pastel consabido al genni guardián de la selva, quien, tras de hacerlo desaparecer en el abismo de su gaznate, hundió su cabeza en su capucha de la reflexión. Y de repente alzó la cabeza, y dijo: "El pastel ha surtido efecto. Móntate en mi brazo y emprendamos vuelo hacia la China. Porque ya he dado con el medio de burlar la vigilancia de los guardianes aéreos de la rosa. Y consiste en arrojarles uno de esos asombrosos pasteles de manteca derretida con azúcar y harina de flor".

Y el príncipe Nurgihán, que empezó por inquietarse al ver que se desmayaba el genni de la selva, se tranquilizó y holgó; y reverdeció como el jardín y floreció como el botón de rosa. Y contestó: "No hay inconveniente".

Entonces el genni de la selva acomodó al príncipe en su brazo izquierdo y se puso en camino, con dirección al país de la China, resguardando de los rayos del sol al hijo de Adán con su brazo derecho. Y devorando en su vuelo la distancia, de aquel modo llegó sin contratiempo, gracias a la seguridad, encima de la capital del país de China. Y soltó dulcemente al príncipe a la entrada de un jardín maravilloso, que no era otro que el jardín donde vivía la rosa marina. Y le dijo: "Puedes entrar con el corazón tranquilo, porque voy a distraer a los guardianes de la rosa con el pastel que me has dado para ellos. Luego me encontrarás esperándote aquí mismo, dispuesto a conducirte adonde quieras".

Y acto seguido el hermoso Nurgihán dejó a su amigo el genni y penetró en el jardín. Y vio que aquel jardín, fragmento destacado del alto paraíso, surgía ante sus ojos tan hermoso como un crepúsculo granate...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 956ª NOCHE

Ella dijo:

"...Y vio que aquel jardín, fragmento destacado del alto paraíso, surgía ante sus ojos tan hermoso como un crepúsculo granate. Y en medio de aquel jardín había un anchuroso pilón de agua de rosas hasta los bordes. Y en el centro de aquel pilón precioso se alzaba, única en su tallo, una flor de color rojo de fuego muy abierta. Y era la rosa marina. ¡Oh! ¡qué admirable era! Sólo el ruiseñor podría hacer su verdadera descripción.

Y el príncipe Nurgihán, maravillado de su hermosura y embriagado con su olor, comprendió, desde luego, que una rosa semejante debía estar dotada de las más milagrosas virtudes. Y sin vacilar, se quitó sus vestidos, entró en el agua perfumada, y fue a arrancar el rosal entero con su única flor.

Luego, enriquecido con aquella delicada carga, el jovenzuelo volvió al borde del pilón, se secó y se vistió a la sombra de los árboles, y ocultó la planta bajo su manto, mientras las aves, escondidas en los cañaverales, contaban en su lenguaje a los arroyos el robo de la rosa milagrosa y de su arbolillo.

Pero no quiso él alejarse de aquel jardín sin haber visitado el encantador pabellón que se erguía a orillas del agua, y que estaba enteramente construido con cornalinas del Yemen. Y avanzó por el lado de aquel pabellón, y entró en él denodadamente. Y se encontró en una sala de la más armoniosa arquitectura, decorada con un arte perfecto y de hermosas proporciones. Y en medio de aquella sala había un lecho de marfil enriquecido de pedrerías alrededor del cual caían cortinas bordadas hábilmente. Y Nurgihán, sin vacilar, se dirigió al lecho, entreabrió las cortinas, y se quedó inmóvil de admiración al ver, acostada en los cojines, a una delicada jovenzuela, sin otro traje ni ornamento que su propia belleza. Y estaba sumida en un profundo sueño, sin sospechar que, por primera vez en su vida, unos ojos humanos la contemplaban sin el velo del misterio. Y sus cabellos aparecían en desorden; y su manita regordeta, con cinco hoyuelos, se posaba perezosamente en su frente. Y la negrura de la noche habíase refugiado en su cabellera color de almizcle, mientras las hermanas de las Pléyades se ocultaban detrás del velo de las nubes al ver el rosario luminoso de sus dientes.

Y el espectáculo de la belleza de aquella jovenzuela de China, que se llamaba Cara de Lirio, produjo tanto efecto en el príncipe Nurgihán, que se cayó privado de sentido. Pero no tardó en recobrar el conocimiento, y lanzando un profundo suspiro, se acercó a la almohada de la hermosa que le hechizaba, y no pudo por menos de recitar estos versos:

¡Cuando duermes en la púrpura, tu faz clara es como la aurora, y tus ojos cual los cielos marinos!

¡Cuando tu cuerpo, vestido de narcisos y de rosas, se pone de pie y se alarga estirado, no le igualaría la palmera que crece en Arabia!

¡Cuando tus finos cabellos, donde arden pedrerías, caen a plomo o se despliegan ligeros, ninguna seda valdría lo que su trama natural!

Tras de lo cual, queriendo dejar a la bella durmiente un indicio de su entrada en aquel lugar, le puso al dedo un anillo que llevaba, y le quitó del suyo la sortija que llevaba ella poniéndosela en su propio dedo. Y salió entonces del pabellón, sin despertarla, recitando estos versos:

¡Abandono este jardín llevando en mi corazón, como el tulipán sangriento, la herida del amor!

¡Desgraciado el que sale del jardín del mundo sin llevarse ninguna flor en la orla de su traje!

Y fue en busca del genni guardián de la selva, que le esperaba a la puerta del jardín, y le rogó que le transportara sin tardanza al reino del rey Zein El-Muluk, al Scharkistán. Y el genni contestó: "Oír es obedecer! ¡Pero no sin que antes me hayas dado otro pastel!" Y Nurgihán le dio el último pastel que le quedaba ya. Y al punto le tomó el genni en su brazo izquierdo, y partió con él, en carrera aérea, hacia el Scharkistán.

Y llegaron sin contratiempo al reino del rey ciego Zein El-Muluk. Y cuando aterrizaron, dijo el genni al hermoso Nurgihán : "¡Oh capital de mi vida y de mi alegría! no quiero abandonarte sin dejarte una prueba de mi abnegación. Toma este mechón de pelo que acabo de arrancarme de la barba para ti. Y cada vez que necesites de mí, no tendrás más que quemar uno de estos pelos. Y estaré inmediatamente entre tus manos". Y tras de hablar así, el genni besó la mano que le había alimentado, y se fue por su camino.

En cuanto a Nurgihán, se apresuró a subir al palacio de su padre, después de pedir audiencia y anunciar que llevaba la curación. Y cuando fue introducido a presencia del rey ciego, sacó de debajo de su manto la planta milagrosa, y se la entregó. Y no bien se acercó el rey a los ojos la rosa marina, de un olor y una hermosura que transportaban el alma de los espectadores, sus ojos se tornaron, en aquella hora y en aquel instante, luminosos como estrellas.

Entonces, en el límite de la alegría y de la gratitud, el rey besó en la frente a su hijo Nurgihán y le estrechó contra su pecho, manifestándole la más viva ternura. Y mandó publicar por todo el reino que para en adelante repartía el Imperio entre él y su hijo menor Nurgihán. Y dio las órdenes necesarias para que, durante un año entero, se celebrasen fiestas que tuviesen abierta para todos sus súbditos, ricos y pobres, la puerta de la alegría y del placer, y cerrada la de la tristeza y de la pena.

Después, Nurgihán, convertido en el preferido de su padre, que en lo sucesivo podría mirarle sin peligro de perder la vista, pensó en trasplantar la rosa marina para que no muriese. Y a tal fin recurrió al genni de la selva, a quien llamó quemando uno de los pelos de la barba. Y el genni le construyó, en el espacio de una noche, un estanque de una profundidad de dos picas, con argamasa de oro puro y cimientos de pedrerías. Y Nurgihán se apresuró a plantar la rosa en medio de aquel estanque. Y fue un encanto para los ojos y un bálsamo para el olfato...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 957ª NOCHE

Ella dijo:

...Y fue un encanto para los ojos y un bálsamo para el olfato. Sin embargo, a pesar de la curación del rey, los dos hijos mayores, que se habían vuelto con la nariz alargada, pretendieron que aquella rosa marina no estaba dotada de virtudes milagrosas, y que el rey había recobrado la vista sólo merced a la hechicería y a la intervención, en aquel asunto, del demonio lapidado.

Pero su padre el rey, furioso por sus alegatos y descontento de su falta de discernimiento, los reunió en presencia de su hermano Nurgihán, y les pronunció un discurso severo, y les dijo: "¿Por qué dudáis del efecto de esta rosa en mi vista? Entonces, ¿no creéis que Alah el Altísimo pueda poner la curación en el corazón de una rosa, cuando puede hacer de una mujer un hombre y de un hombre una mujer? Escuchad, por cierto, ahora que viene a punto, lo que le sucedió a la hija de un rey de la India". Y dijo:

"En la antigüedad del tiempo, había un rey de la India que poseía en su harén cien mujeres hermosas y jóvenes, cogidas entre millares de jovenzuelas que no tenían igual en los palacios de los reyes. Pero ninguna concebía de él ni paría. Y aquello tenía triste y apenado al rey de la India, que ya estaba viejo y encorvado por la edad. Pero al fin, por obra de la omnipotencia de Alah, la más joven de las esposas del rey se quedó encinta, y después de nueve meses, echó al mundo una hija muy hermosa y de un aspecto verdaderamente feérico. Y su madre, por temor a que el rey se apenara al ver que no tenía un hijo varón, hizo correr el rumor de que la niña recién nacida era un niño. Y se puso de acuerdo con los astrólogos para hacer creer al rey que no convenía viese aquel niño antes de los diez años.

"Cuando la pequeña, que crecía en belleza, llegó a la edad en que su padre podía verla por fin, su madre le hizo las recomendaciones necesarias y le explicó cómo debía conducirse para hacerse pasar por un muchacho. Y la chiquilla, a quien Alah había dotado de listeza y de inteligencia, comprendió perfectamente las instrucciones de su madre, y se amoldó a ellas en toda ocasión. E iba y venía por los aposentos reales vestida de chico y comportándose como si fuese realmente del sexo masculino.

Y su padre el rey, de día en día se regocijaba de la hermosura del niño, a quien creía varón. Y cuando aquel presunto hijo alcanzó la edad de quince años, el rey decidió casarle con una princesa hija de un rey vecino. Y se concertó el matrimonio.

Y cuando llegó el término fijado, el rey hizo que vistieran a su hijo con traje masculino, le hizo sentarse a su lado en un palanquín de oro, llevado a lomos de un elefante, y le condujo con un gran cortejo al país de su futura esposa. Y en aquella circunstancia tan difícil, el joven príncipe, que era interiormente una princesa, tan pronto lloraba como reía.

Una noche en que el cortejo se había detenido en una selva frondosa, la joven princesa salió de su palanquín, y se alejó entre los árboles para satisfacer una necesidad de que hasta las princesas son esclavas. Y he aquí que se encontró frente a frente con un genni muy hermoso que estaba sentado bajo un árbol y era el guardián de aquella selva. Y el genni, deslumbrado por la belleza de la joven, la saludó cortésmente y le preguntó quién era y dónde iba. Y ella, confiada en el aspecto simpático de él, le contó su historia toda con sus menores detalles, y le dijo cuán comprometida iba a verse en la noche de bodas al entrar en el lecho de la que le destinaban por esposa.

Entonces el genni, conmovido por el apuro en que se encontraba ella, reflexionó un instante; luego le ofreció generosamente prestarle por entero su sexo y tomar el de la joven, pero a condición de que ella le devolviera fielmente el depósito en tiempo oportuno. Y la joven, llena de gratitud, aceptó la oferta y consintió en la proposición. Y por obra de la voluntad del Todopoderoso, al punto se efectuó el cambio sin dificultad ni complicación. Y entusiasmada ella hasta el límite del entusiasmo, cargada con aquel don nuevo y aquella mercancía, volvió con su padre y subió otra vez al palanquín. Y como todavía no estaba acostumbrada a sus nuevos apéndices, se sentó torpemente encima de ellos, y lanzó un grito de dolor. Pero se repuso enseguida para que no se lo notaran, y en lo sucesivo puso toda su atención y todos sus cuidados en no repetir el mismo movimiento, no solamente para no sufrir el mismo dolor, sino también para no estropear un depósito que le estaba confiado y que tenía que devolver en buen estado a su propietario.

Y días después, el cortejo llegó a la ciudad de la novia. Y se celebró con gran pompa el matrimonio. Y el esposo supo servirse a maravilla del instrumento que graciosamente le había prestado el genni, y tan bien lo manipuló, que la recién casada quedó encinta de buenas a primeras. Y se puso contento todo el mundo.

Al cabo de nueve meses, la recién casada parió un niño encantador. Y cuando salió del puerperio, su esposo le dijo: "Ya es tiempo de que nos vayamos a mi país, con objeto de que veas a mi madre, a mis parientes y mi reino". Le dijo eso, pero, en realidad, lo que quería era devolver sin más tardanza al genni de la selva el depósito intacto y en buen estado, tanto más cuanto que, durante aquellos nueve meses de vida agradable, aquel depósito había fructificado y se había hermoseado y desarrollado.

Y como la joven esposa respondió con el oído y la obediencia, se pusieron en camino. Y no tardaron en llegar a la selva, residencia del genni dueño de la mercancía. Y el príncipe se alejó de la caravana y se presentó en el paraje donde habitaba el genni. Y lo encontró sentado en el mismo sitio, visiblemente fatigado y con la apariencia de una mujer a quien le hubiera engordado el vientre. Y después de las zalemas, le dijo: "¡Oh jefe de los genn y corona suya! gracias a tu benevolencia, he realizado plenamente lo que tenía que hacer y he obtenido lo que deseaba. Y ahora, cumpliendo mi promesa, vengo a devolverte fielmente tu bien, que ha crecido y se ha hermoseado, y a recoger mi bien". Y así diciendo, quiso ponerle en la mano el depósito que llevaba.

Pero el genni le contestó: "Ciertamente, tu formalidad es mucha formalidad y tu honradez es extremada. Pero, con gran sentimiento mío, debo decirte que ahora no tengo gana de recuperar lo que te he prestado ni de darte lo que llevo conmigo. Es cosa decidida, y el Destino lo ha dispuesto así. Porque, desde que nos separamos, ha ocurrido algo que impide para en lo sucesivo todo cambio entre nosotros". Y la antigua joven preguntó: "¿Y qué es ¡oh gran genni! lo que nos impide a ambos recuperar nuestro respectivo sexo?" Él contestó: "Has de saber ¡oh antigua joven! que te he esperado aquí mucho tiempo, velando delicadamente por el depósito que me habías confiado a cambio del mío; y no perdoné nada para conservarlo en su estado encantador de virginidad y de candor, cuando he aquí que, un día, un genni, intendente de estos dominios, pasó por la selva y vino a verme. Y por mi nuevo olor comprendió que yo era portador de un sexo que él no sabía que tuviese. Y experimentó por mí un amor violento; y excitó en mí el mismo sentimiento, recíprocamente. Y se unió conmigo de la manera ordinaria, y rompió el sello de la virginidad que tenía en depósito. Y experimenté cuanto experimenta una mujer en circunstancia semejante; y hasta observé que el placer sentido por las mujeres es mucho más durable y de calidad más delicada que el sentido por los hombres. Y actualmente no puedo recobrar mi sexo, porque estoy encinta de mi esposo el intendente; y si, por desgracia, consintiera yo en volver a ser hombre y tuviese que parir, siendo hombre, al hijo que llevo en mi seno, sin duda moriría de dolor y con el vientre desgarrado. Y ya sabes el acontecimiento que me obliga de por vida a guardar lo que me has prestado. Así, pues, por tu parte, guarda lo que te he prestado yo. Y demos gracias a Alah que lo ha efectuado todo sin daño ni contratiempo, y que ha permitido se realice entre nosotros este cambio que no lesiona a nadie".

Y el rey, tras de contar esta historia a sus dos hijos mayores delante de su hermano Nurgihán, continuó: "Así, pues, nada es imposible para la omnipotencia del Creador. Y Él, que de tal suerte ha podido convertir a una joven en un joven, y a un genni varón en mujer encinta, también ha podido poner la curación de mi vista en el corazón de una rosa". Y después de hablar así, echó de su presencia a sus dos hijos mayores y retuvo consigo al joven Nurgihán, colmándole de atenciones y pruebas de ternura. Y esto es lo referente a ellos.

Pero he aquí lo que atañe a la princesa Cara de Lirio, la joven de China, dueña de la rosa marina:

Cuando el perfumador del cielo puso en la ventana de Oriente la bandeja de oro del sol llena del alcanfor de la aurora, la princesa Cara de Lirio abrió sus ojos encantadores y salió de su lecho. Y arregló su peinado, anudó su cabellera, y se dirigió muy lentamente, balanceándose con gracia, al pilón en que se hallaba la rosa marina. Porque cada mañana su primer pensamiento y su primera visita eran para su rosa. Y cruzó el jardín, cuya atmósfera estaba tan perfumada como el almacén de un mercader de sahumerios, y cuyos frutos eran en los árboles otras tantas redomas de azúcar suspendidas al aire. Y por la mañana de aquel día era más hermosa que todas las mañanas, y el cielo alquimista tenía color de vidrio y de turquesa. Y a cada paso de la joven del cuerpo de rosa parecían nacer flores, y el polvo que alzaba la cola de su traje era un colirio para los ojos del ruiseñor...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 958ª NOCHE

Ella dijo:

...y el polvo que alzaba la cola de su traje era un colirio para los ojos del ruiseñor.

Y llegó de aquel modo al borde del pilón, y posó los ojos en el sitio que ocupaba su querida rosa. Pero no vio ni rastro de ella y no percibió su olor. Entonces, aniquilada de dolor, estuvo a punto de disolverse como el oro en el crisol, y de amustiarse como un capullo a impulso del simoun de la pena. Y en el mismo momento, para colmo de desdicha, observó que el anillo que llevaba al dedo era un anillo extraño, y que había desaparecido la sortija que llevaba desde hacía años.

Así es que, acordándose de la desnudez en que se hallaba mientras dormía, y pensando que los ojos de un extraño habían violado impunemente todo el misterio encantador de su persona, quedó sumida en un océano de confusión. Y volvió a toda prisa a su pabellón de rubíes, y se estuvo llorando sola todo el día. Tras de lo cual, con la reflexión, le asaltaron pensamientos razonables, y se dijo: "Ciertamente, es falso el refrán que dice:

"No se pueden seguir las huellas de lo que no deja huellas; porque si se siguen, no se deja huella tras de sí mismo".

Y asimismo, nada hay tampoco más embustero que este otro refrán:

"Cuando se busca un objeto perdido, es preciso que uno mismo se pierda para encontrarlo".

Porque yo, tan débil y tan joven como soy, quiero desde este instante ¡por Alah! ponerme en busca del raptor de mi rosa y conocer el motivo de su latrocinio. Y le castigaré por haberse atrevido a posar la mirada de su deseo en mi virginidad de princesa adormecida".

Dijo, y al instante se puso en camino, agitando las alas de la impaciencia, seguida de sus jóvenes esclavas, a quienes había vestido de guerreros.

Y a fuerza de caminar, preguntando por doquiera durante el viaje, acabó por llegar sin contratiempo al Scharkistán, reino de Zein El-Muluk, padre de Nurgihán.

Y al entrar en la capital vio por todas partes los paveses de fiesta, que debían durar un año entero; y a cada puerta oyó resonar instrumentos de música y manifestaciones de alegría. Y deseosa de saber el motivo de aquellos regocijos, preguntó, disfrazada siempre de hombre, cuál era la causa de la general alegría que reinaba entre los habitantes de la ciudad. Y le contestaron: "El rey estaba ciego; pero su hijo, el excelente, el hermoso Nurgihán, ha conseguido, después de trabajos infinitos, traerle la rosa marina de la joven de China. Y el simple contacto de esta rosa milagrosa con los ojos del rey le ha devuelto la vista. Y se le han tornado los ojos luminosos como estrellas. Y con este motivo, ha ordenado el rey que la gente se entregase al placer y al regocijo durante un año entero, a costa del tesoro del reino, y que a cada puerta se dejasen oír sin interrupción los instrumentos musicales, desde por la mañana hasta por la noche".

Y en el límite de la alegría por tener al fin noticias precisas de su rosa, Cara de Lirio empezó a tomar un baño en el río para reponerse de las fatigas del viaje. Luego, poniéndose otra vez sus ropas de hombre, se dirigió al palacio del rey, caminando con gracia por los zocos. Y quienes miraban a aquel joven quedaban borrados de admiración, como las huellas de pasos en la arena. Y los bucles acaracolados de sus cabellos retorcían el corazón de los espectadores.

Y así llegó al jardín, y vio, en el estanque de oro puro, su rosa marina abierta como antaño en medio de la preciosa agua de rosas, encanto de los ojos y bálsamo del olfato. Y tras de la alegría producida por aquel encuentro, se dijo: "Ahora voy a esconderme debajo de los árboles para ver al impúdico que ha arrebatado la rosa de mi jardín y la sortija de mi dedo".

Y enseguida llegó junto al estanque de la rosa el joven cuyos ojos, copas de embriaguez, turbaban a los más cuerdos con los dulces destellos de sus miradas; cada una de cuyas pestañas brillaba como la hoja curva de un puñal; cuyos bucles de almizcle negro mareaban los corazones como el nardo; cuyas mejillas, hermosas y lozanas, sin ningún afeite, superaban en todos sentidos a las mejillas empolvadas de las vírgenes, cuyas tentadoras sonrisas eran dardos; cuyo porte era noble y delicado a la vez; cuya comisura izquierda de los labios estaba adornada de una manchita redondeada con arte, y cuyo pecho, blanco y liso, era como una tableta de cristal y albergaba un corazón despierto y arrojado.

Y al verle, Cara de Lirio cayó en una especie de desvanecimiento y casi perdió la razón. Pues por algo ha dicho el poeta:

¡Si el arco de las cejas dispara en una asamblea las flechas de sus miradas, sólo hieren éstas con su punta al corazón digno de amor!

Y cuando Cara de Lirio recobró el sentido, se frotó los ojos miró a todos lados, y ya no vio al joven. Y se dijo: "He aquí que el ladrón de mi rosa también a mí acaba de robarme el alma y el corazón. No solamente ha roto con la piedra de la seducción la redoma preciosa de mi honor, sino que ha herido mi corazón solapadamente con la flecha del amor. ¡Ay! lejos de mi país y de mi madre, ¿adónde iré ahora y a quién me quejaré para pedir justicia por todos sus desaguisados?"

Y con el corazón abrasado de pasión, fue en busca de sus mujeres. Y poniéndose en medio de ellas, tomó un cálamo y un papel, y escribió a Nurgihán una carta, que dio, con el anillo, a su doncella favorita, encargándole entregara ambos objetos entre las propias manos del joven príncipe. Y la joven, en un abrir y cerrar de ojos, llegó junto a Nurgihán, y le encontró sentado y en actitud de soñar con su señora Cara de Lirio. Y después de zalemas respetuosas, le entregó la carta y el anillo de que la encargó la confianza de la princesa. Y Nurgihán, en el límite de la emoción, reconoció el anillo. Y abrió la carta y leyó lo que sigue:

"Después de la alabanza al Ser libre del "cómo" y del "por qué", que ha dado a las vírgenes la gracia y la belleza, y a los jóvenes los ojos negros de la seducción, encendiendo en el corazón de unos y otros la lámpara del amor, adonde va a abrasarse la cordura como una mariposa.

He aquí que me muero de amor por tus ojos lánguidos y que el fuego de la pasión me devora por dentro y por fuera. ¡Ah! cuán falso es el proverbio que dice: "Los corazones se entienden". Porque yo me consumo y tú no sabes nada. ¿Qué, respuesta me darías si te preguntara por qué me has asesinado con tu apostura encantadora?

Pero no escribas más, ¡oh cálamo mío! que bastante me he entregado ya a un dolor amoroso".

Con la lectura de esta carta, el fuego del amor chispeó bajo la ceniza del corazón de Nurgihán, e impaciente como el mercurio, tomó él en su mano cálamo y papel y contestó con las líneas siguientes:

"¡A la que está por encima de todas las bellas de cuerpo de plata, y el arco de cuyas cejas es un sable entre las manos de un guerrero ebrio! ¡Oh mujer encantadora, cuya frente. semejante al planeta Zohra, excita la envidia de las bellezas de la China! El contenido de tu carta aviva las heridas de mi corazón aislado, que palpitará por ti mientras aparezcan granos de belleza en el rostro de la luna llena.

En mis heridas ha caído una chispa de tu corazón, y el relámpago de mi deseo ha brillado sobre tus mieses. Sólo quien ama conoce el encanto que se experimenta en consumirse. Y heme aquí como un pollo a medio degollar que se arrastra por el suelo día y noche, y no tardará en perecer si no se le remata pronto.

¡Oh Cara de Lirio! no cae sobre tu rostro el velo, sino que tú misma eres ese velo para ti misma. Sal de ese velo y avanza. Porque es el corazón cosa admirable, y no obstante su exigüidad, el Creador ha establecido en él Su morada.

Pero ¡oh encantadora! no debo hablar con más claridad ni confiar más secretos a mi cálamo, ya que no debe admitirse el cálamo en el harén de los secretos de amantes".

Luego el príncipe Nurgihán dobló la carta de amor, la puso el sello de sus ojos, y se la entregó a la joven portadora, encargándole que dijera de viva voz a su señora Cara de Lirio las cosas delicadas que no había podido expresar él por escrito. Y la favorita partió sin tardanza y llegó a presencia de su señora.

Y la encontró sentada, con sus ojos de narciso lánguido, y cada una de sus pestañas habíase convertido en una fuente...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 959ª NOCHE

Ella dijo:

...Y la encontró sentada, con sus ojos de narciso lánguido, y cada una de sus pestañas habíase convertido en una fuente. Y la abordó sonriendo, y le dijo: "¡Oh rosa del zarzal de la alegría! ¡ojalá recaiga sobre mí la causa que te impulsa a lavar con lágrimas preciosas la flor de tu rostro, de modo que estés siempre satisfecha y risueña! He aquí que te traigo una buena noticia". Y le entregó la respuesta de Nurgihán, acompañándola de las explicaciones amables que le había dado para su señora el hermoso joven.

Y cuando Cara de Lirio se enteró de la carta y oyó de boca de su favorita las cosas delicadas que no había podido expresar por escrito el hermoso raptor Nurgihán, se levantó consolada, y permitió a sus doncellas que la arreglaran y la aderezaran y la vistieran.

Entonces aquellas jóvenes encantadoras pusieron a contribución toda su habilidad para hacer brillar a su señora. La peinaron y la perfumaron, pasando los peines por su cabellera con tanto arte, que el almizcle de Tartaria evaporábase de envidia ante el buen olor que exhalaba ella, y los corazones bailaban en los pechos al ver la trenza espléndida que le caía hasta los riñones, trenzada como las palmas en los días de fiesta. Y le pusieron luego al talle un ceñidor de muselina roja, cada hilo del cual estaba tejido para cazar corazones. Después la envolvieron en una gasa rosa que dejaba ver el color del cuerpo, y en un calzón de amplitud real, de tejido más espeso, a propósito para subyugar al mundo. Y adornaron de perlas la raya que separaba sus cabellos, de modo que al verlo las estrellas de la Vía Láctea quedaron cubiertas de confusión. Y en su frente pusieron una brillante diadema, que la tornó tan brillante que podría creerse en la aparición de una nueva luna en el cielo. Y la dejaron tan bella y tan maravillosa, que cualquiera se quedaría, contemplándola, inmóvil de asombro como ante las pinturas de un muro. Pero aún la embellecía más su propia belleza que todos estos adornos.

Y cuando estuvo ataviada de tal suerte, se presentó con el corazón palpitante, entre los árboles del jardín, allí donde la sombra era más densa. Y al verla, Nurgihán desmayóse por el pronto, de tan violenta como era la sensación que experimentó. Pero enseguida, por obra del olor del suave aliento de Cara de Lirio, Nurgihán abrió los ojos, y se irguió en el apogeo de la dicha, contemplando a su amiga. Y por su parte, Cara de Lirio encontró al joven tan conforme a la imagen que se había grabado ella en la hoja de su corazón, que no había entre uno y otra ni un asomo de diferencia. Y separó el velo de la retención, y puso ante su bienamado cuanto le había llevado en calidad de presente: las perlas de sus dientes, los rubíes de sus labios, preferibles a pétalos de rosa, sus brazos de plata, el rayo de luna de su sonrisa, el oro de sus mejillas, el almizcle de su aliento, superior al almizcle de Tartaria, las almendras de sus ojos, el ámbar negro de sus bucles, la manzana de su barbilla, los diamantes de sus miradas y las treinta y seis posturas plásticas de su cuerpo virginal. Y el amor apretó sus ligaduras sobre los dos encantadores pechos y sobre las dos frentes jóvenes. Y nadie supo lo que aquella noche sucedió, en la espesura de la sombra, entre aquellos dos jóvenes hermosos.

Pero como el amor y el almizcle no pueden permanecer ocultos, los padres no tardaron en estar al corriente de lo que ocurría entre ambos amantes, y se apresuraron a unirlos por el matrimonio. Y su vida transcurrió con dicha, compartida entre el amor y el espectáculo de la rosa marina.

¡Loores a Alah, que hace florecer las rosas y unirse los corazones de los enamorados, al Todopoderoso, al Altísimo! Y la bendición y la plegaria para nuestro señor y soberano Mahomed, príncipe de los Enviados, y para todos los suyos, Amén.

Y cuando Schehrazada hubo contado esta historia, se calló. Y su hermana, la tierna Doniazada, exclamó: "¡Oh hermana mía! ¡cuán dulces y encantadoras y deliciosas en su frescura son tus palabras! ¡Y qué admirable es esa historia de la rosa marina y de la joven de China! ¡Oh! ¡por favor, ya que hay tiempo todavía, apresúrate a contarnos algo que se le parezca!" Y Schehrazada sonrió y dijo: "Está bien, y lo que quiero contar es mucho más admirable, ¡oh pequeñuela! Pero en verdad que no lo contaré sin que antes me lo permita nuestro amo el rey".

Y dijo Schahriar: "¿Acaso dudas del gusto que en ello tengo, ¡oh Schehrazada!? ¿Y podría yo pasar en adelante ni una noche sin tus palabras en mis oídos y sin tu vista en mis ojos?"

Y Schehrazada dio las gracias con una sonrisa, y dijo: "En ese caso, contaré la Historia del pastel hilado con miel de abejas y de la esposa calamitosa del zapatero remendón".

Historia del pastel hilado con miel de abejas y de la esposa calamitosa del zapatero remendón

Y dijo:

Se cuenta entre lo que se cuenta, ¡oh rey del tiempo! que en la ciudad fortificada de El Cairo había un zapatero remendón de natural excelente y con todas las simpatías. Y se ganaba la vida componiendo babuchas viejas. Se llamaba Maruf, y estaba afligido por Alah el Retribuidor (¡exaltado sea en toda circunstancia!) de una esposa calamitosa macerada en la pez y en la brea, y que se llamaba Fattumah. Pero sus vecinos habíanla apodado la "Boñiga caliente"; porque en verdad que era un emplasto insoportable para el corazón de su esposo el zapatero remendón y un azote negro para los ojos de quienes se acercaban a ella. Y aquella calamitosa usaba y abusaba de la bondad y de la paciencia de su hombre, y le insultaba y le injuriaba mil veces al día y no le dejaba descansar de noche. Y el infortunado llegó a temer la maldad de ella y a temblar por sus fechorías, pues era un hombre tranquilo, prudente, sensible y celoso de su reputación, aunque humilde y de condición pobre.

Y para evitar escándalos y gritos, tenía costumbre de gastar cuanto ganaba, satisfaciendo así las exigencias de su seca, mala y áspera mujer. Y si, por desgracia, le ocurría que no ganase en la jornada bastante, durante toda la noche resonaban en sus oídos y le abrumaban la cabeza escenas espantosas, sin tregua ni remisión. Y de tal modo, le hacía pasar ella noches más negras que el libro de su destino. Y podría aplicársele el dicho del poeta:

¡Cuántas noches sin alma me paso al lado de la polilla patuda de mi esposa!

¡Ah! ¡lástima que en la noche fúnebre de mis bodas no le hubiese dado una copa de veneno frío para hacerle estornudar su alma!

Entre otras aflicciones sufridas por aquel Job de la paciencia...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 960ª NOCHE

Ella dijo:

...Entre otras aflicciones sufridas por aquel Job de la paciencia, he aquí lo que le sucedió.

Pues que su esposa fue a buscarle un día, —¡Alah aleje de nosotros días parecidos!— y le dijo: "¡Oh Maruf! quiero que esta noche, al volver a casa, me traigas un pastel de kenafa hilado con miel de abejas". Y el pobre Maruf contestó: "¡Oh hija del tío! si Alah el Generoso quiere ayudarme a ganar el dinero necesario para comprar la kenafa con miel de abejas, sin duda te la compraré, por encima de mi cabeza y de mis ojos. El caso es que hoy ¡por el Profeta! (¡con Él la plegaria y la paz!) no tengo la menor moneda. Pero Alah es misericordioso y nos allanará las cosas difíciles". Y la endemoniada exclamó: "¿Qué estás hablando de la intervención de Alah en tu favor? ¿Acaso crees que, para satisfacer mis ganas de pastel, voy a esperar a que la bendición de Alah vaya a ti o no vaya a ti? No, por vida mía, no me agrada esa manera de hablar. Ganes o no ganes en la jornada, necesito una onza de kenafa hilada con miel de abejas; y en modo alguno consentiré que se quede sin satisfacer cualquier deseo mío. Y si, por tu desdicha, vuelves a casa esta noche sin la kenafa, haré que para tu cabeza sea la noche más negra que el Destino que te puso entre mis manos". Y el infortunado Maruf suspiró: "¡Alah es Clemente y Generoso y Él es mi único recurso!" Y el pobre salió de su casa, y le rezumaban la pena y la aflicción en la piel de la frente.

Y fue a abrir su tienda en el zoco de los zapateros remendones, y alzando sus manos al cielo, dijo: "¡Te suplico, Señor, que me hagas ganar el importe de una onza de esa kenafa, y en la noche próxima me libre de la perversidad de esa mala mujer!"

Pero, por más que esperó en su miserable tienda, nadie fue a llevarle trabajo; de modo que al fin de la jornada no había ganado ni con qué comprar el pan de la cena. Entonces, con el corazón encogido y lleno de espanto por lo que le esperaba de su mujer, cerró su tienda y emprendió tristemente el camino de su casa. Y he aquí que, al cruzar los zocos, pasó precisamente por delante de la tienda de un pastelero que vendía kenafa y otros pasteles, al cual conocía y le había compuesto calzado en otras ocasiones. Y el pastelero vio que Maruf iba lleno de desesperación y con la espalda agobiada como bajo el fardo de una pesada pena. Y le llamó por su nombre, y entonces vio que tenía los ojos anegados en lágrimas y el rostro pálido y deplorable. Y le dijo: "¡Oh maese Maruf! ¿por qué lloras? ¿Y cuál es la causa de tu pena? ¡Ven! Entra aquí a descansar y a contarme qué desgracia te aflige". Y Maruf se acercó al hermoso escaparate del pastelero, y después de las zalemas, dijo: "¡No hay recurso más que en Alah el Misericordioso! El Destino me persigue y me niega el pan de la cena". Y como el pastelero insistiera para saber pormenores precisos, Maruf le puso al corriente de la exigencia de su mujer y de la imposibilidad de comprar no solamente la kenafa consabida, sino ni siquiera un simple pedazo de pan, por falta de ganancia en la jornada.

Cuando el pastelero hubo oído estas palabras de Maruf, se rio con bondad, y dijo: "¡Oh maese Maruf! ¿me dirás, al menos, cuántas onzas de kenafa desea que le lleves la hija de tu tío?". El zapatero contestó: "Puede que tenga bastante con cinco onzas". El pastelero añadió: "No hay inconveniente. Voy a fiarte cinco onzas de kenafa, y ya me darás su importe cuando descienda sobre ti la generosidad del Retribuidor". Y del bandejón donde nadaba la kenafa entre manteca y miel, cortó un voluminoso pedazo que pesaba bastante más de cinco onzas, y se lo entregó a Maruf, diciéndole: "Esta kenafa hilada es un pastel digno de servirse en las bandejas de un rey. Debo decirte, sin embargo, que no está azucarada con miel de abejas, sino con miel de caña de azúcar; porque de esta manera resulta más sabrosa". Y el pobre Maruf, que no sabía la diferencia que hay entre la miel de abejas y la de caña de azúcar, contestó: "Se agradece de mano de la generosidad". Y quiso besar la mano del pastelero, que se negó a ello vivamente, y que le dijo además: "Este pastel está destinado a la hija de tu tío; pero tú ¡oh Maruf! no vas a quedarte sin cenar nada. Mira, toma este pan y este queso, beneficio de Alah, y no me des las gracias por ello, pues no soy más que su intermediario". Y entregó a Maruf, al mismo tiempo que el sublime pastel, un panecillo reciente, hueco y oloroso, y una rueda de queso blanco envuelto en hojas de higuera. Y Maruf, que en toda su vida había poseído tanto de una vez, no sabía ya qué hacer para dar gracias al caritativo pastelero, y acabó por marcharse, alzando los ojos al cielo para ponerle por testigo de su gratitud a su bienhechor.

Y llegó a su casa, cargado con la kenafa, con el hermoso panecillo y con la rueda de queso blanco. Y en cuanto entró, gritóle su mujer con voz agria y amenazadora: "¿Qué, has traído la kenafa?". Él contestó: "¡Alah es generoso. Hela aquí". Y puso ante ella el plato que le había prestado el pastelero, donde se mostraba, con toda su hermosura de pastel fino, la kenafa tostada e hilada.

Pero no bien posó los ojos en el plato, la calamitosa lanzó un grito estridente de indignación, golpeándose las mejillas, y dijo: "¡Alah maldiga al Lapidado! ¿No te dije que me trajeras una kenafa preparada con miel de abejas? ¡Y he aquí que, para mofarte de mí, me traes una cosa hecha con miel de caña de azúcar! ¿Acaso creías que ibas a engañarme y que no descubriría yo la superchería? ¡Ah, miserable! por lo visto, quieres matarme de deseos reconcentrados". Y el pobre Maruf, aterrado por toda aquella cólera que a la sazón estaba lejos de prever, balbuceó excusas con temblorosa voz, y dijo: "¡Oh hija de gentes de bien! no he comprado esta kenafa, pues mi amigo el pastelero, a quien Alah ha dotado de un corazón caritativo, ha tenido piedad de mi estado, y me la ha fiado sin fijar plazo para el pago". Pero la espantosa diablesa exclamó: "Cuanto estás diciendo no es más que palabrería, y no le doy ningún crédito. Toma, quédate con tu kenafa con miel de caña de azúcar. ¡Yo no la como!" Y así diciendo, le tiró a la cabeza el plato de kenafa, continente y contenido, y añadió: "¡Levántate ahora, ¡oh alcahuete! y ve a buscarme kenafa preparada con miel de abejas". Y juntando la acción a la palabra, le asestó en la mandíbula un puñetazo tan terrible, que le rompió un diente, y la sangre le corrió por la barba y el pecho.

Ante esta última agresión de su esposa, enloquecido y perdiendo por fin la paciencia, Maruf hizo un ademán rápido, golpeando ligeramente en la cabeza a la diablesa. Y ésta, más furiosa todavía por aquella manifestación inofensiva de su víctima, se precipitó sobre él y le agarró por la barba a manos llenas, y se colgó a plomo de aquella barba, gritando a plenos pulmones: "¡Socorro, ¡oh musulmanes! que me asesina...!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 961ª NOCHE

Ella dijo:

...Y ésta, más furiosa todavía por aquella manifestación inofensiva de su víctima, se precipitó sobre él y le agarró por la barba a manos llenas, y se colgó a plomo de los pelos de aquella barba, gritando a plenos pulmones: "¡Socorro, ¡oh musulmanes! que me asesina!" Y a sus gritos acudieron los vecinos, e intervinieron entre ambos, y a duras penas libraron la barba del desgraciado Maruf de los dedos crispados de su calamitosa esposa. Y vieron que tenía el rostro ensangrentado, la barba manchada y un diente roto, sin contar los pelos de la barba que hubo de arrancarle aquella mujer furiosa. Y conociendo ya de larga fecha su indigna conducta para con el pobre hombre, y al ver también las pruebas que demostraban palpablemente que una vez más era él víctima de aquella calamitosa, la sermonearon y la dirigieron discursos razonables, que hubiesen llenado de vergüenza y corregido para siempre a cualquiera que no fuese ella. Y tras de regañarla así, añadieron: "¡Todos nosotros acostumbramos a comer con gusto la kenafa preparada con miel de caña de azúcar; y la encontramos mucho mejor que la preparada con miel de abejas! ¿Dónde está, pues, el crimen que ha cometido tu pobre marido para merecer tantos malos tratos como le infliges, y para que le rompas un diente y le arranques la barba?" Y la maldijeron con unanimidad, y se fueron por su camino.

No bien se marcharon, la terrible diablesa se dirigió a Maruf, que durante toda aquella escena había permanecido silencioso en su rincón, y le dijo en voz tan baja como odiosa: "¡Ah! ¿conque te dedicas a amotinar en contra mía a los vecinos? Está bien. Pero ya verás lo que va a ocurrirte". Y fue a sentarse no lejos de allí, mirándole con ojos de tigresa, y meditando contra él proyectos aterradores.

Y Maruf, que lamentaba sinceramente su ligero movimiento de impaciencia, no sabía qué hacer para calmarla. Y se decidió a recoger la kenafa que yacía en el suelo entre los cascotes del plato, y limpiándola cuidadosamente, se la ofreció con timidez a su esposa, diciéndole: "Por tu vida, ¡oh hija del tío! come, a pesar de todo, un poco de esta kenafa, y mañana, si Alah quiere, te traeré de la otra". Pero ella le rechazó de un puntapié, gritándole: "Vete de ahí con tu pastel. ¡oh perro de los zapateros remendones! ¿Crees que voy a tocar lo que te produce tu oficio de alcahuete de las pastelerías? ¡Inschalah! ya me arreglaré mañana para dejarte más ancho que largo".

Entonces, rechazado de tal suerte en su postrera tentativa de avenencia, el desgraciado pensó en aplacar el hambre que le torturaba desde por la mañana, pues no había comido nada en todo el día. Y se dijo: "Ya que ella no quiere comerse esta kenafa excelente, me la comeré yo". Y se sentó ante el plato, y se puso a comer aquel delicado manjar que le acariciaba el gaznate agradablemente. Luego la emprendió con el panecillo hueco y con la rueda de queso, y no dejó ni rastro en la bandeja. ¡Eso fue todo! Y su mujer le miraba hacer con ojos llameantes, y no cesaba de repetirle a cada bocado: "¡Ojalá se te detenga en el gaznate y te ahogue!", o también: "¡Haga Alah que se te vuelva veneno destructor que consuma tu organismo!" y otras amenidades parecidas. Pero Maruf, hambriento, continuaba comiendo concienzudamente sin decir palabra, lo cual acabó por convertir en paroxismo el furor de la esposa, que se levantó de pronto aullando como una poseída, y tirándole a la cara todo lo que encontró a mano, fue a acostarse, insultándole en sueños hasta por la mañana.

Y después de aquella mala noche, Maruf se levantó muy temprano; y vistiéndose a toda prisa, fue a su tienda con la esperanza de que aquel día le favoreciese el Destino. Y he aquí que, al cabo de algunas horas, fueron dos agentes de policía a detenerle por orden del kadí, y le arrastraron por los zocos, con los brazos atados a la espalda, hasta el tribunal. Y con gran estupefacción por su parte, Maruf se encontró delante del Kadí con su esposa, que tenía un brazo lleno de vendas, la cabeza envuelta en un velo ensangrentado, y llevaba en sus dedos un diente roto. Y en cuanto el kadí vio al aterrado zapatero remendón, le gritó: "¡Acércate! ¿No temes que te castigue Alah el Altísimo por hacer sufrir tan malos tratos a esa pobre mujer, esposa tuya, hija de tu tío, y por romperle tan cruelmente el brazo y los dientes?"

Y Maruf, que en su terror había deseado que la tierra se abriese y le tragase, bajó la cabeza, lleno de confusión, y guardó silencio. Porque su amor a la paz y su deseo de poner a salvo su honor y la reputación de su mujer impulsándole a no hacer cargos a la maldita acusándola y revelando sus fechorías, para lo cual hubiera podido llamar como testigos a todos los vecinos, si preciso fuera. Y el kadí, convencido de que aquel silencio era prueba de la culpabilidad de Maruf, ordenó a los ejecutores de las sentencias que le derribaran y le administraran cien palos en la planta de los pies. Lo cual fue ejecutado en el acto ante la maldita, que se derretía de gusto.

Al salir del tribunal, apenas podía arrastrarse Maruf. Y como prefería morir de muerte roja antes que regresar a su casa y volver a ver el rostro de la calamitosa, se metió en una casa en ruinas que erguíase a orillas del Nilo, y allí, rodeado de privaciones y de desamparo, esperó a curarse de los golpes que le habían hinchado los pies y las piernas. Y cuando al fin pudo levantarse, se inscribió como marinero a bordo de una dahabieh que iba por el Nilo. Y llegado que hubo a Damieta, partió en una falúa, colocándose de restaurador de velas, y confió su destino al Dueño de los destinos.

Al cabo de varias semanas de navegación, la falúa fue asaltada por una tempestad espantosa, y zozobró, hundiéndose en el fondo del mar, el continente con el contenido. Y naufragó y murió todo el mundo. Y Maruf naufragó también, pero no murió. Porque Alah el Altísimo veló por él y le libró de ahogarse, poniéndole al alcance de la mano un trozo del palo mayor. Y Maruf se agarró a él, y consiguió ponerse a horcajadas encima, gracias a los esfuerzos extraordinarios de que le hicieron capaz el peligro y el apego al alma, que es preciosa. Y se puso entonces a batir el agua con sus pies, a manera de remos, en tanto que las olas jugueteaban con él y le hacían inclinarse tan pronto a la derecha como a la izquierda. Y así estuvo luchando contra el abismo durante un día y una noche. Tras de lo cual, le arrastraron el viento y las corrientes hasta la costa de un país en que se alzaba una ciudad de casas bien construidas.

Y en un principio quedó tendido en la playa sin movimiento y como desmayado. Y no tardó en dormirse con un sueño profundo. Y cuando se despertó, vio inclinado sobre él a un hombre magníficamente vestido, detrás del cual estaban dos esclavos con los brazos cruzados. Y el hombre rico miraba a Maruf con atención singular. Y cuando vio que se había despertado por fin, exclamó: "Loores a Alah, ¡oh extranjero! y bienvenido seas a nuestra ciudad". Y añadió: "Por Alah sobre ti, date prisa a decirme de qué país eres y de qué ciudad, pues en lo que te queda de ropa creo notar que eres del país de Egipto". Y Maruf contestó: "Es verdad, ¡oh mi señor! que soy un habitante entre los habitantes del país de Egipto, y la ciudad de El Cairo es la ciudad donde he nacido y donde residía". Y el hombre rico le preguntó, con la voz conmovida: "¿Y será indiscreción preguntarte en qué calle de El Cairo residías?" El aludido contestó: "En la calle Roja, ¡oh mi señor!" El otro preguntó: "¿Y qué personas conoces en esa calle? ¿Y cuál es tu oficio, ¡oh hermano mío!?".

El aludido contestó: "Tengo el oficio y profesión ¡oh mi señor! de zapatero remendón de calzado viejo. En cuanto a las personas que conozco, son las gentes vulgares de mi especie, aunque muy honorables y respetables. Y si quieres saber sus nombres, he aquí algunos". Y le enumeró los nombres de diversas personas conocidas suyas que habitaban en el barrio de la calle Roja. Y el hombre rico, cuyo rostro iba iluminándose de alegría a medida que se hacía más concreta la conversación habida entre ellos, preguntó: "¿Y conoces ¡oh hermano mío! al jeique Ahmad, el mercader de perfumes?" El zapatero contestó: "¡Alah prolongue sus días! Es mi vecino de pared por medio". El hombre rico preguntó: "¿Está bueno?" El zapatero contestó: "Está bueno, gracias a Alah". El hombre rico preguntó: "¿Cuántos hijos tiene ahora?". El zapatero contestó: "Los que antes: tres. ¡Alah se los conserve! Mustafá, Mohammad y Alí". El hombre rico preguntó: "¿Qué hacen?" El zapatero contestó: "Mustafá, el mayor, es maestro de escuela en una madrassah. Está reconocido como sabio, que se sabe de memoria todo el Libro Santo, y puede recitarlo de siete maneras diferentes. El segundo, Mohammad, es droguero y mercader de perfumes, como su padre, que le ha abierto una tienda cerca de la suya para celebrar el nacimiento de un hijo que ha tenido. En cuanto a Alí, el pequeño (¡Alah le colme con sus más escogidos dones!), era mi camarada de la niñez, y nos pasábamos los días jugando juntos y haciendo mil trastadas a los transeúntes. Pero un día mi amigo Alí hizo lo que hizo con un mancebo cofto, hijo de nazarenos, que fue a quejarse a sus padres por haber sido humillado y violentado de la peor manera. Y mi amigo Alí, para evitar la venganza de aquellos nazarenos, emprendió la fuga y desapareció. Y no volvió a verle nadie más, aunque ya hace de esto veinte años. Alah le preserva y aleje de él los maleficios y las calamidades!".

A estas palabras, el hombre rico echó de pronto los brazos al cuello de Maruf, y le estrechó contra su pecho, llorando, y le dijo: "¡Loado sea Alah, que reúne a los amigos! Yo soy Alí, tu camarada de la niñez. ¡Oh Maruf! el hijo del jeique Ahmad el droguero de la calle Roja...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 962ª NOCHE

Ella dijo:

"...¡Loado sea Alah, que reúne a los amigos! Yo soy Alí, tu camarada de la niñez, ¡oh Maruf! el hijo del jeique Ahmad el droguero de la calle Roja".

Y después de los transportes de la más viva alegría por una y otra parte, le rogó que le contara cómo se encontraba en aquella playa. Y cuando se enteró de que Maruf había estado sin comer un día y una noche, le hizo subir con él a las ancas de su mula, y le transportó a su morada, que era un palacio espléndido. Y le trató magníficamente. Y a pesar del deseo que tenía de charlar con él, hasta el día siguiente no fue a verle, pudiendo al fin conversar con él largo y tendido. Y así fue como supo todos los tormentos que había sufrido el pobre Maruf desde el día de su matrimonio con su calamitosa esposa y cómo había preferido dejar su tienda y su país a permanecer por más tiempo expuesto a las fechorías de aquella diablesa. Y también se enteró de la paliza que hubo de recibir su amigo, y de cómo naufragó y estuvo a punto de morir ahogado.

Y a su vez, Maruf se enteró por su amigo Alí de que la ciudad en que se encontraban actualmente era la ciudad de Khaitán, capital del reino de Sohatán. Y también se enteró de que Alah había favorecido a su amigo Alí en los negocios de compra y venta, y le había tornado en el mercader más rico y el notable más respetado de toda la ciudad de Khaitán.

Luego, cuando dieron libre curso a sus expansiones, el rico mercader Alí dijo a su amigo: "¡Oh hermano mío Maruf! has de saber que los bienes que me deparó el Retribuidor no son más que un depósito del Retribuidor entre mis manos. Así, pues, ¿qué mejor manera de colocar ese depósito que confiándote buena parte de él, a fin de que lo hagas fructificar?" Y empezó por darle un saco de mil dinares de oro, le hizo vestir trajes suntuosos, y añadió: "Mañana por la mañana montarás en mi mula más hermosa y te presentarás en el zoco, donde me verás sentado entre los mercaderes más importantes. Y a tu llegada me levantaré para salir a tu encuentro, y me mostraré solícito contigo, y tomaré las riendas de tu mula, y te besaré las manos dándote todas las pruebas posibles de honor y de respeto. Y esta conducta mía te proporcionará al instante gran consideración. Y haré que se te ceda una vasta tienda, cuidando de llenarla de mercaderías. Y luego te haré entablar conocimiento con los notables y los mercaderes más importantes de la ciudad. Y fructificarán tus negocios, con ayuda de Alah, y alejado de la calamitosa hija de tu tío, llegarás al límite del desahogo y del bienestar". Y Maruf, sin poder encontrar expresiones bastantes para manifestar a su amigo todo su reconocimiento, se inclinó para besarle la orla del traje. Pero el generoso Alí se defendió de ello vivamente y besó a Maruf entre ambos ojos, y continuó charlando con él de unas cosas y de otras, relativas a su pasada infancia, hasta la hora de dormir.

Y al día siguiente, Maruf, vestido con magnificencia y ostentando toda la apariencia de un rico mercader extranjero, montó en una soberbia mula baya, ricamente enjaezada, y se presentó en el zoco a la hora indicada. Y entre él y su amigo Alí tuvo lugar con toda exactitud la escena convenida. Y todos los mercaderes quedaron llenos de admiración y de respeto por el recién llegado, sobre todo cuando vieron al ilustre mercader Alí besarle la mano y ayudarle a apearse de la mula, y cuando le vieron a él mismo sentarse con gravedad y lentitud en el sitio que de antemano le había preparado su amigo Alí delante de la nueva tienda. Y fueron todos a interrogar a Alí en voz baja, diciéndole: "¡Indudablemente, tu amigo es un mercader ilustre!" Y Alí les miró con conmiseración, y contestó: "¡Ya Alah! ¿decís un mercader ilustre? Pero si es uno de los primeros mercaderes del Universo, y tiene en el mundo entero más almacenes y depósitos de los que el fuego podría consumir. Y sus asociados y sus agentes y sus oficinas son numerosas en todas las ciudades de la tierra, desde el Egipto y el Yemen hasta la India y los límites extremos de la China. ¡Ah! ya veréis qué clase de hombre es, cuando os sea dado conocerle más íntimamente.

Y en vista de estas seguridades, formuladas con el tono de la más exacta verdad y con el acento más convencido, los mercaderes formaron el mejor concepto acerca de Maruf. Y rivalizaron por hacerle zalemas y cumplidos y darle bienvenidas. Y tuvieron a mucha honra el invitarle a cenar todos, unos tras otros, mientras él sonreía con gesto complaciente y se excusaba por no poder aceptar, pues que ya era huésped de su amigo el mercader Alí. Y el síndico de los mercaderes fue a visitarle, lo cual era contrario en absoluto a la costumbre, que exige sea el recién llegado quien haga la primera visita; y se apresuró a ponerle al corriente de la cotización de las mercancías y de las diversas producciones del país. Y luego, para demostrarle que estaba bien dispuesto a servirle y a hacer circular las mercancías que hubiera traído consigo de los países lejanos, le dijo: "¡Oh mi señor! sin duda habrás traído muchos fardos de paño amarillo. Porque aquí hay una predilección particular por el paño amarillo". Y Maruf contestó sin vacilar: "¿Paño amarillo? ¡Mucho, desde luego!" Y el síndico preguntó: "¿Y tienes mucho paño rojo sangre de gacela?" Y Maruf contestó con seguridad: "¡Ah! en cuanto al paño rojo sangre de gacela, quedaréis satisfechos. Porque los hay de la especie más fina en mis fardos". Y a todas las preguntas análogas, Maruf costeaba siempre: "¡Traigo grandes existencias!" Y entonces le preguntó el síndico tímidamente: "¿Querrías ¡oh mi señor! enseñarme algunas muestras?" Y Maruf, sin amilanarse por la dificultad, respondió con amabilidad. "¡Claro que sí! ¡En cuanto llegue mi caravana!" Y explicó al síndico y a los mercaderes congregados que dentro de unos días esperaba la llegada de una inmensa caravana de mil camellos cargados con fardos de mercancías de todos los colores y todas las variedades. Y la asamblea se asombró prodigiosamente y se maravilló ante el relato de la próxima llegada de aquella fantástica caravana.

Pero su admiración no tuvo límites y superó a toda expresión cuando fueron testigos del hecho siguiente. En efecto, mientras hablaban de tal suerte, abriendo ojos maravillados ante el relato de la llegada de la caravana, se acercó un mendigo al sitio en que estaban y tendió la mano por turno a cada cual. Y unos le dieron una moneda, otros media, y la mayoría, sin darle nada, se limitó a contestar sencillamente: "¡Alah te socorra!" Y Maruf, cuando el mendigo se acercó a él, sacó un gran puñado de dinares de oro y lo puso en la mano del mendigo con tanta naturalidad como si le hubiese dado una moneda de cobre. Y tan absortos quedaron los mercaderes, que reinó en la reunión un silencio imponente y se les confundió el espíritu y se les deslumbró el entendimiento. Y pensaron: "¡Ya Alah, cuán rico debe ser este hombre para mostrarse tan generoso!". Y de aquella manera se atrajo Maruf, de un instante a otro, un gran crédito y una reputación maravillosa de riqueza y de generosidad.

Y la fama de su liberalidad y de sus modales admirables llegó a oídos del rey de la ciudad, el cual mandó al punto llamar a su visir, y le dijo: "¡Oh visir! va a llegar aquí una caravana cargada de inmensas riquezas y que pertenece a un maravilloso mercader extranjero. Pero no quiero que esos bribones de mercaderes del zoco, que ya son demasiado ricos, se aprovechen de la tal caravana. Mejor será, por tanto, que me beneficie de ella yo, con mi esposa, tu señora y mi hija la princesa". Y el visir, que era hombre lleno de prudencia y de sagacidad, contestó: "No hay inconveniente. Pero ¿no te parece ¡oh rey del tiempo! que sería preferible esperar la llegada de esa caravana antes de tomar las medidas oportunas?" Y el rey se enfadó, y dijo: "¿Estás loco? ¿Y desde cuándo se busca carne en casa del carnicero cuando la han devorado los perros? Date prisa a hacer venir cuanto antes a mi presencia al rico mercader extranjero, con objeto de que me entienda yo con él respecto al particular". Y el visir vióse obligado, a despecho de su nariz, a ejecutar la orden del rey.

Y cuando Maruf llegó a presencia del rey, se inclinó profundamente, y besó la tierra entre sus manos, y le hizo un cumplimiento delicado. Y el rey se asombró de su lenguaje escogido y de sus maneras distinguidas, y le dirigió varias preguntas acerca de sus negocios y de sus riquezas. Y Maruf se limitaba a contestar, sonriendo: "Ya lo verá nuestro señor el rey, y quedará satisfecho cuando llegue la caravana". Y el rey se mostró entusiasmado, como todos los demás; y deseoso de saber hasta dónde alcanzaban los conocimientos de Maruf, le enseñó una perla de un tamaño y un brillo maravilloso, que costaba mil dinares lo menos, y le dijo: "¿Tienes perlas de esta especie en los fardos de tu caravana?" Y Maruf tomó la perla, la contempló con aire despectivo, y la tiró al suelo como un objeto sin valor; y poniéndola el talón encima, la pisó con toda su fuerza y la despachurró tranquilamente. Y exclamó el rey, estupefacto: "¿Qué has hecho, ¡oh hombre!? ¡Acabas de romper una perla de mil dinares!" Y Maruf, sonriendo, contestó: "¡Sí, ciertamente, ése era su precio! Pero tengo yo sacos y sacos llenos de perlas infinitamente más gruesas y más hermosas que ésa en los fardos de mi caravana".

Y todavía aumentaron el asombro y la codicia del rey ante aquel discurso; y pensó: "¡Vaya! Es preciso que tome por esposo de mi hija a este hombre prodigioso..."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 963ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Vaya! Es preciso que tome por esposo de mi hija a este hombre prodigioso".

Y se encaró con Maruf, y le dijo: "¡Oh honorabilísimo y distinguidísimo emir! ¿quieres aceptar de mí, como presente, como motivo de tu llegada a nuestro país, a mi hija única, servidora tuya? ¡Y la uniré a ti con los lazos del matrimonio, y a mi muerte reinarás en el reino!" Y Maruf, que se mantenía en actitud modesta y reservada, contestó con acento lleno de discreción: "La proposición del rey honra al esclavo que se halla entre sus manos. ¿Pero no crees ¡oh soberano mío! que será mejor esperar, para la celebración del matrimonio, a que llegue mi caravana? Porque la dote de una princesa como tu hija exige de parte mía grandes gastos que no me hallo en estado de hacer en este momento. Pues tendré que pagarte a ti, su padre, como dote de la princesa, lo menos doscientas mil bolsas de mil dinares cada una. Además, habré de distribuir mil bolsas de mil dinares a los pobres y a los mendigos en la noche de bodas, otras mil bolsas a los portadores de regalos y mil bolsas más para los preparativos del festín. También tendré que regalar un collar de cien perlas grandes a cada una de las damas del harén, y entregar como homenaje a ti y a mi tía la reina una cantidad inestimable de joyas y de suntuosidades. Pero todo eso, ¡oh rey del tiempo! no puede hacerse razonablemente mientras no llegue mi caravana".

Y el rey, más deslumbrado que nunca con aquella prodigiosa enumeración, y entusiasmado en lo más profundo de su alma de la reserva, la delicadeza de sentimiento y la discreción de Maruf, exclamó: "¡No, por Alah! Yo solo tomaré a mi cargo todos los gastos de las bodas. En cuanto a la dote de mi hija, ya me la pagarás cuando llegue la caravana. Pues quiero absolutamente que te cases con mi hija lo más pronto posible. Y puedes tomar del tesoro del reino todo el dinero que necesites. Y no tengas ningún escrúpulo en hacerlo, que cuanto me pertenece te pertenece".

Y en aquella hora y en aquel instante llamó a su visir y le dijo: "Ve ¡oh visir! a decir al jeique al-islam que venga a hablar conmigo. Porque quiero ultimar hoy mismo el contrato de matrimonio del emir Maruf con mi hija".

Y el visir, al oír estas palabras del rey, bajó la cabeza con un aire de desagrado. Y como el rey se impacientara, se acercó a él y le dijo en voz baja: "¡Oh rey del tiempo, no me gusta este hombre, y su aspecto no me dice nada bueno! Por tu vida, espera al menos, para darle en matrimonio tu hija, a que tengamos alguna certeza respecto a su caravana. ¡Pues, hasta el presente, no tenemos más que palabras y palabras! Además, una princesa como tu hija ¡oh rey! pesa en la balanza más que lo que pueda tener en su mano este hombre desconocido".

Y al oír estas palabras, el rey vio ennegrecerse el mundo ante su rostro, y gritó al visir: "¡Oh traidor execrable que odias a tu amo! no hablas así, tratando de disuadirme de ese matrimonio, más que porque deseas casarte tú mismo con mi hija. ¡Pero eso está muy lejos de tu nariz! Cesa, pues, de querer sembrar en mi espíritu la turbación y la duda respecto a ese admirable hombre rico de alma delicada, de maneras distinguidas, pues si no, mi indignación por tus pérfidos discursos te dejará más ancho que largo". Y añadió, muy excitado: "¿O acaso quieres que mi hija se me quede en los brazos, envejecida y desdeñada por los pretendientes? ¿Podré encontrar jamás yerno semejante a éste, perfecto en todos sentidos, y generoso y reservado y encantador, que sin duda alguna amará a mi hija, y le regalará cosas maravillosas, y nos enriquecerá a todos, desde el más grande al más pequeño? ¡Vamos, anda, y ve a buscar al jeique al-islam!"

Y el visir se marchó, con la nariz alargada hasta los pies, a buscar al jeique al-islam, que al punto fue a palacio y se presentó al rey. Y acto seguido extendió el contrato de matrimonio.

Y se adornó e iluminó la ciudad entera, por orden del rey. Y no había por doquiera más que festejos y regocijos. Y Maruf, el zapatero remendón, aquel pobre que había visto la muerte negra y la muerte roja y probado todas las calamidades, se sentó en un trono en el patio del palacio. Y presentóse ante él una multitud de bailarinas, de luchadores, de tañedores de instrumentos, de tamborileros, de saltimbanquis, de bufones y de alegres charlatanes, para divertirle y divertir al rey y a los grandes de palacio. Y desplegaron toda su destreza y sus talentos. Y Maruf hizo que el propio visir le llevara sacos y sacos llenos de oro, y se puso a coger dinares y a arrojarlos a puñados a todo aquel pueblo tamborileante, danzante y ululante. Y el visir, muriéndose de despecho, no tenía ni un instante de reposo, obligado a llevar sin tregua nuevos sacos de oro.

Y aquellas diversiones y aquellas fiestas y aquellos regocijos duraron tres días y tres noches; y el cuarto día por la tarde fue el día de las bodas y de la penetración. Y el cortejo de la recién casada era de una magnificencia inusitada, porque así lo había querido el rey; y a su paso, cada dama colmaba a la princesa de regalos que iban recogiendo las mujeres del séquito. Y de tal modo se la condujo a la cámara nupcial, en tanto que Maruf decía para sí: "¡Vaya, vaya, vaya! ¡Suceda lo que suceda! ¿A mí qué me importa? Así lo ha querido el Destino. No hay que huir ante lo inevitable. ¡Cada cual lleva su destino atado al cuello! Todo esto te ha sido escrito en el libro de la suerte, ¡oh remendón de calzado viejo! ¡oh vapuleado por tu mujer! ¡oh Maruf! ¡oh mono!"

Y el caso es que, cuando se retiraron todos y Maruf se encontró solo en presencia de su esposa la joven princesa, acostada perezosamente bajo el mosquitero de seda, se sentó en el suelo, y golpeándose las manos una contra otra, aparentó ser presa de violenta desesperación. Y como permaneciera en aquella actitud sin moverse, la joven sacó la cabeza por el mosquitero...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 964ª NOCHE

Ella dijo:

...la joven sacó la cabeza por el mosquitero, y dijo a Maruf: "¡Oh mi hermoso señor! ¿por qué te quedas ahí lejos de mí, presa de la tristeza?" Y lanzando un suspiro, contestó Maruf con esfuerzo: "¡No hay recurso ni poder más que en Alah el Todopoderoso!" Y ella le preguntó, emocionada: "¿A qué viene esa exclamación, ¡oh mi señor!? ¿Me encuentras fea o contrahecha, o acaso es otra la causa de tu pena? ¡El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti! ¡Habla y no me ocultes nada, ya sidi!" Y Maruf contestó, lanzando un nuevo suspiro: "¡Todo esto, ya lo ves, es culpa de tu padre!". Y ella preguntó: "¿Qué es eso? ¿Y de qué tiene culpa mi padre?" Él dijo: "¿Cómo? ¿No has notado que me he mostrado avaro, de una avaricia sórdida, contigo y con las damas de palacio? ¡Ay! ¡muy culpable es tu padre por no haberme permitido esperar a la llegada de mi caravana para casarme! Entonces te habría regalado algunos collares de cinco o seis sartas de perlas gordas como huevos de paloma, algunos hermosos trajes como no los tienen las hijas de los reyes, y algunas joyas no del todo indignas de tu rango. Además, hubiera podido mostrar una mano menos cerrada a tus padres y a tus invitados. Pero ¿cómo ha de ser? tu padre me ha comprometido con su idea de llevar las cosas demasiado de prisa; y con ello ha cometido para conmigo una acción análoga a la que comete el que quema la hierba verde aún". Pero la joven le dijo: "Por vida tuya, no te apenes así por esas pequeñeces; y no te desazones más. Levántate ya, quítate la ropa, y ven pronto a mi lado para que nos deleitemos juntos. Y desecha todas esas ideas de regalos y otras cosas parecidas que nada tienen que ver con lo que debemos hacer esta noche. En cuanto a la caravana y a las riquezas, me tienen sin cuidado. ¡Lo que yo te pido ¡oh galán! es mucho más sencillo y más interesante que eso! Ánimo, pues, y consolida tus riñones para el combate". Y Maruf contestó: "¡Está bien! ¡allá va! ¡allá va!"

Y así diciendo, se desnudó prestamente y avanzó, apuntando a la princesa por debajo del mosquitero. Y se echó al lado de aquella tierna joven, pensando: "¡Soy yo mismo, Maruf, soy yo mismo, el antiguo remendón de calzado de la calle Roja de El Cairo! ¿Dónde estaba y dónde estoy?"

Y acto seguido tuvo lugar la refriega de piernas y de brazos, de muslos y de manos. Y se inflamó el combate. Y Maruf puso la mano en las rodillas de la joven, que se irguió al punto y refugióse en su regazo. Y el labio habló en su lengua a su hermano; y llegó la hora que hace olvidarse al niño de su padre y de su madre. Y la estrechó con fuerza contra él para exprimir toda la miel y que todas las libaciones fuesen directas. Y la deslizó la mano por debajo de la axila izquierda, y al punto se enderezaron los músculos vitales de él y se ofrecieron las partes vitales de ella. Y apoyó él su mano izquierda en el pliegue de la ingle derecha de ella, y al punto gimieron todas las cuerdas de ambos arcos. Entonces la golpeó entre los dos senos, y de repente el golpe repercutió entre los dos muslos, no se sabe cómo. Y enseguida se ciñó a la cintura las dos piernas de la princesa, y apuntó al atrevido en las dos direcciones, gritando: "A mí, ¡oh padre de los besadores!" Y rellenó lo que tenía que rellenar, y encendió la mecha, y enhebró la aguja e hizo deslizarse a la anguila en el fuego que chisporrotea, utilizando todas las tranquillas, mientras sus ojos decían: "¡Brilla!", su lengua decía: "¡Chilla!", sus dientes decían "¡Desportilla!", su mano derecha decía: "¡Haz cosquillas!", su mano izquierda decía: "¡Pilla!" sus labios decían: "¡Chiquilla!" y su barrenilla decía: "Menea tu quilla, ¡oh mimosilla muchachilla! ¡oh perla en la orilla! estírate y encógete en tu silla, ¡oh bienamada costilla!" Y así diciendo, la ciudadela quedó agujereada por las cuatro junturas, y se desarrolló la heroica aventura, sin mataduras, pero con anchas desgarraduras; sin amarguras, pero con mordeduras; sin fisuras, pero con rompeduras, ensanchaduras y rozaduras; sin pavura ni dolorosa cura ni curvatura, pero con rechinar de coyunturas del cabalgador de buena estatura y de la montura de hermosa figura, y todo se llevó a cabo con desenvoltura y con mucha premura. ¡Loores al Dueño de las criaturas que a la joven la madura para todas las posturas, y al joven le hace don de su fuerte natural con vistas a la futura progenitura!

Y tras de una noche pasada enteramente en las delicias de los abrazos, de las succiones y de los restregones, Maruf se decidió por fin a ir al hammam, acompañado por los suspiros de contento y de sentimiento de la joven. Y después de tomar su baño, y ponerse un traje magnífico, se fue al diván, y se sentó a la diestra de su tío el rey, padre de su esposa, para recibir los cumplimientos y felicitaciones de los emires y de los grandes. Y con la propia autoridad mandó buscar a su enemigo el visir, y le ordenó que distribuyera ropones en honor a todos los presentes e hiciera dádivas innumerables a los emires y a las esposas de los emires, a los grandes de palacio y a sus esposas, a los guardias y a sus esposas, y a los eunucos, grandes y pequeños, jóvenes y viejos. Además, hizo traer sacos de dinares, y se puso a sacar de ellos el oro a puñados y a repartirlo entre cuantos le deseaban. Y de este modo todo el mundo le bendijo y le amó e hizo votos por su prosperidad y su larga vida.

Y de tal suerte transcurrieron veinte días, empleados por Maruf en hacer dádivas incalculables de día, y en refocilarse a su antojo de noche con su esposa la princesa, que estaba prendada apasionadamente de él.

Al cabo de aquellos veinte días, durante los cuales no se tuvo la menor noticia de la caravana de Maruf, las prodigalidades y locuras de Maruf habían ido tan lejos, que una mañana quedó completamente agotado el tesoro, y al abrir el armario de los sacos, el visir observó que estaba absolutamente vacío y que ya no quedaba nada que coger. Entonces, en el límite de la perplejidad, y con el alma llena de furor reconcentrado, fue a presentarse entre las manos del rey, y le dijo: "Alah aleje de nosotros las malas noticias, ¡oh rey! Pero a fin de no incurrir, con mi silencio, en tus reproches justificados, debo decirte que el tesoro del reino está completamente exhausto, y que la maravillosa caravana de tu yerno el emir Maruf no ha llegado todavía para llenar los sacos vacíos". Y el rey, al oír estas palabras, dijo un poco preocupado: "¡Sí, por Alah! la verdad es que esa caravana se retrasa un tanto. Pero llegará, ¡inschalah!" Y el visir sonrió, y dijo: "¡Alah te colme con sus gracias, ¡oh mi señor! y prolongue tus días! ¡Pero el caso es que hemos caído en las calamidades peores desde que llegó a nuestro país el emir Maruf! Y en el estado actual de cosas, no veo puerta de salida para nosotros. ¡Porque, de un lado, está vacío el tesoro, y de otro, tu hija es ya la esposa de ese extranjero, de ese desconocido! ¡Alah nos guarde del Maligno, del Lejano, del Maldito, del Lapidado! ¡Nuestra situación es una situación muy mala!" Y el rey, que ya empezaba a inquietarse y a impacientarse, contestó: "Tus palabras me cansan y me pesan sobre mi entendimiento. En lugar de discurrir de ese modo, harías mejor en indicarme el medio de remediar la situación, y sobre todo, en probarme que mi yerno, el emir Maruf, es un impostor o un embustero". Y el visir contestó: "Verdad dices, ¡oh rey! y ésa es una idea excelente. Hay que probar antes de condenar. Pero, para saber la verdad, nadie podrá prestarnos un concurso más precioso que tu hija la princesa. Porque nadie está tan cerca del secreto del marido como la esposa. Hazla, pues, venir aquí, con el fin de que yo pueda interrogarla desde el otro lado de la cortina que nos separa, e informarme así acerca de lo que nos interesa". Y el rey contestó "No hay inconveniente. ¡Y por vida de mi cabeza, que si llega a probarse que mi yerno nos ha engañado, le haré morir con la muerte peor y le daré a gustar la defunción más negra!"

Y al punto mandó que rogaran a su hija la princesa que se presentase en la sala de reunión. Y ordenó correr entre ella y el visir una ancha cortina, detrás de la cual se sentó ella. Y todo esto se dijo, combinó y ejecutó en ausencia de Maruf.

Y cuando hubo reflexionado en sus preguntas y combinado su plan, el visir dijo al rey que estaba dispuesto. Y por su parte, la princesa dijo a su padre, desde detrás de la cortina: "Heme aquí, ¡oh padre mío! ¿Qué deseas de mí?" El rey contestó: "Que hables con el visir". Y preguntó ella entonces al visir: "Pues bien, visir, ¿qué quieres?" El visir dijo: "¡Oh mi señora! debes saber que el tesoro del reino está completamente vacío, debido a los gastos y prodigalidades de tu esposo el emir Maruf. Además, no tenemos noticias de la asombrosa caravana, cuya llegada nos ha anunciado con tanta frecuencia. Así es que tu padre el rey, inquieto por tal estado de cosas, ha creído que sólo tú podrías ilustrarnos respecto al particular, diciéndonos lo que piensas de tu esposo, y el efecto que ha producido en tu espíritu, y las sospechas que hayan concebido acerca de él durante estas veinte noches que ha pasado contigo".

Al oír estas palabras del visir, la princesa contestó desde detrás de la cortina: "¡Alah colme con sus gracias al hijo de mi tío, el emir Maruf! ¿Qué pienso de él? Pues ¡por mi vida! nada más que cosas buenas. No hay en la tierra nervio de confitura que sea comparable al suyo en dulzura, sabor y gusto. Desde que soy su esposa engordo y me hermoseo, y todo el mundo, maravillado de mi buena cara, dice a mi paso: "¡Alah la preserve del mal de ojo y la libre de los envidiosos y de los embaucadores!" ¡Ah! Maruf, el hijo de mi tío, es una pasta de delicias, constituye mi alegría y yo constituyo la suya. ¡Alah nos deje al uno para el otro!"

Y al oír aquello, el rey se encaró con el visir, a quien se le alargaba la nariz, y le dijo: "¡Ya lo ves! ¿Qué te había dicho yo? ¡Mi yerno Maruf es un hombre admirable, y tú, por tus sospechas, mereces que te empale!" Pero el visir, volviéndose hacia la cortina, preguntó: "¿Y la caravana, ¡oh mi señora!? ¿y la caravana que no llega?" Ella contestó: "¿Y a mí qué me importa eso? Llegue o no llegue, ¿aumentaría o disminuiría mi dicha?" Y el visir dijo: "¿Y quién te alimentará ahora que los armarios del tesoro están vacíos? ¿Y quién atenderá a los gastos del emir Maruf ?" Ella contestó: "Alah es generoso y no abandona a sus adoradores". Y el rey dijo al visir: "Tiene razón mi hija. Cállate". Luego dijo a la princesa: "No obstante, ¡oh amada de tu padre! procura saber, por el hijo de tu tío, el emir Maruf, la fecha aproximada en que cree que llegará su caravana. Quisiera saberlo sencillamente para reglamentar nuestros gastos y ver si ha lugar a crear nuevos impuestos que llenen el vacío de nuestros armarios". Y la princesa contestó: "¡Escucho y obedezco! Los hijos deben obediencia y respeto a sus padres. Esta misma noche interrogaré al emir Maruf, y te contaré lo que me diga".

Y a la caída de la noche, cuando la princesa, como de costumbre, fue a refocilarse al lado de Maruf, y él se refociló al lado de la joven, ella le puso la mano en la axila para interrogarle, y más dulce que la miel, y mimosa y lagotera y tierna y acariciadora como todas las mujeres que tienen algo que pedir y que obtener...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 965ª NOCHE

Ella dijo:

...Y a la caída de la noche, cuando la princesa, como de costumbre, fue a refocilarse al lado de Maruf, y él se refociló al lado de la joven, ella le puso la mano en la axila para interrogarle, y más dulce que la miel, y mimosa y lagotera y tierna y acariciadora como todas las mujeres que tienen algo que pedir y que obtener, le dijo "¡Oh luz de mis ojos! ¡oh fruto de mi hígado! ¡oh núcleo de mi corazón y vida y delicias de mi alma! los fuegos de tu amor han invadido por completo mi seno. Y estoy dispuesta a sacrificar por ti mi vida y compartir tu suerte, sea cual sea. Pero ¡por mi vida sobre ti! no ocultes nada a la hija de tu tío. Dime, pues, por favor, a fin de que lo guarde yo en lo más secreto de mi corazón, por qué motivo no ha llegado todavía esa gran caravana de que están hablando siempre mi padre y su visir. Y si tienes cualquier vacilación o cualquier duda sobre el particular, confíate a mí con toda sinceridad, y yo me dedicaré a buscar la manera de alejar de ti todo sinsabor". Y tras de hablar así, le besó, y le estrechó contra su pecho, y se dejó derretir en sus brazos. Y Maruf de pronto se echó a reír a carcajadas, y contestó: "¡Oh querida! ¿por qué andar con tantos rodeos para preguntarme una cosa tan sencilla? Porque estoy dispuesto a decirte la verdad, sin poner dificultad ninguna, y a no ocultarte nada".

Y se calló por un instante para tragar saliva, y prosiguió: "Has de saber, en efecto, ¡oh querida mía! que no soy mercader, ni dueño de caravanas, ni poseedor de riqueza alguna u otra calamidad parecida. Porque en mi país no era yo más que un pobre zapatero remendón, casado con una apestosa mujer llamada Fattumah, la Boñiga caliente, que era un emplasto para mi corazón y un azote negro para mis ojos. Y me sucedió con ella tal y cual cosa". Y se dedicó a contar a la princesa toda la historia de lo que le pasó con su esposa en El Cairo, y lo que le ocurrió como consecuencia del incidente de la kenafa hilada con miel de abejas. Y no le ocultó nada, y no omitió ningún detalle de cuanto le había sucedido a partir de aquel momento hasta su naufragio y el encuentro con su camarada de infancia, el generoso mercader Alí. Pero no hay ninguna utilidad en repetirlo.

Cuando la princesa hubo oído el relato de aquella historia de Maruf, se echó a reír de tal manera, que se cayó de trasero. Y Maruf también se echó a reír, y dijo: "Alah es el Dispensador de los destinos. Y tú estabas escrita en mi suerte, ¡oh dueña mía!" Y ella le dijo: "En verdad ¡oh Maruf! que estás ducho en astucias, y nadie puede compararse a ti en listeza, en sagacidad, en delicadeza y en buen humor. ¿Pero qué dirá mi padre, y sobre todo qué dirá su visir, enemigo tuyo, si llegan a saber la verdad de tu historia y la invención de la caravana? Indudablemente, te harán morir; y yo moriré de dolor junto a ti. Por lo pronto, pues, vale más que abandones el palacio y te retires a cualquier país lejano, mientras yo veo la manera de arreglar las cosas y explicar lo inexplicable".

Y añadió: "Por consiguiente, toma estos cincuenta mil dinares que poseo, monta a caballo y vete a vivir en un paraje escondido, dándome a conocer tu retiro, a fin de que a diario pueda yo despacharte un correo que te dé noticias mías y me traiga las tuyas. Y ése es ¡oh querido mío! el partido mejor que podemos tomar en esta ocasión". Y Maruf contestó: "En ti confío, ¡oh dueña mía! y me pongo bajo tu protección". Y ella le besó e hizo con él la cosa acostumbrada hasta media noche.

Entonces le dijo que se levantara, le puso un traje de mameluco, y le dio el mejor caballo de las caballerizas de su padre. Y Maruf salió de la ciudad, aparentando ser un mameluco del rey, y se marchó por su camino. Y eso es lo que aconteció por el momento.

Pero he aquí ahora lo relativo a la princesa, al rey, al visir y a la caravana invisible.

Al día siguiente, muy temprano, el rey sentóse en la sala de reunión, con el visir a su lado. Y mandó llamar a la princesa para informarse por ella de lo que le había recomendado que se enterara. Y como la víspera, la princesa se puso detrás de la cortina que la separaba de los hombres, y preguntó: "¿Qué ocurre, ¡oh padre mío!?" El rey preguntó: "Y bien, hija mía. ¿Qué has sabido y qué tienes que decirnos?" Y ella contestó: "¿Qué tengo que decir, ¡oh padre mío!? ¡Ah! ¡que Alah confunda al Maligno, al Lapidado! ¡Y ojalá maldijera al propio tiempo a los calumniadores, y ennegreciera el rostro de brea de tu visir, que ha querido ennegrecer mi rostro y el de mi esposo el emir Maruf!" Y el rey preguntó: "¿Y cómo es eso? ¿Y por qué?" Ella dijo: "¡Por Alah! ¿cómo es posible que otorgues tu confianza a ese hombre nefasto que lo ha puesto en juego todo para desacreditar en tu espíritu al hijo de mi tía?" Y se calló un instante, como sofocada de indignación, y añadió: "Has de saber, en efecto, ¡oh padre mío! que sobre la faz de la tierra no hay otro hombre tan íntegro, tan recto y tan verídico como el emir Maruf (¡Alah le colme con sus gracias!). He aquí lo ocurrido desde el instante en que te dejé: A la caída de la noche, en el momento en que mi bienamado esposo entraba en mi aposento, ocurrió que el eunuco que tengo a mi servicio solicitó hablarnos para comunicarnos una cosa que no admitía dilación. Y se le introdujo, y llevaba una carta en la mano. Y nos dijo que acababan de entregarle aquella carta diez mamalik extranjeros, ricamente vestidos, que deseaban hablar con su amo Maruf. Y mi esposo abrió la carta y la leyó; luego me la dio y yo la leí también. Era el propio jefe de la gran caravana que esperáis con tanta impaciencia. Y el jefe de la caravana, que tiene a sus órdenes, para acompañar al convoy, quinientos jóvenes mamalik, semejantes a los diez que esperaban a la puesta, explicaba en aquella carta que durante el viaje habían tenido la mala suerte de encontrarse con una horda de beduinos desvalijadores, asaltadores de caminos, que les habían salido al paso. De ahí proviene el primer motivo del retraso en llegar la caravana. Y decía que después de triunfar de aquella horda, algunos días más tarde les atacó de noche otra banda de beduinos mucho más numerosa y mejor armada. Y de ello resultó un combate, en que la caravana, desgraciadamente, perdió cincuenta mamalik muertos, doscientos camellos y cuatrocientos fardos de mercancías valiosas.

Al saber tan desagradable noticia, mi esposo, lejos de mostrarse conmovido, rompió la carta, sonriendo, sin pedir más explicaciones a los diez esclavos que esperaban a la puerta, y me dijo: "¿Qué suponen esos cuatrocientos fardos y esos doscientos camellos perdidos? Si eso apenas representa una pérdida de novecientos mil dinares de oro. En verdad que no merece que se hable de ello, y sobre todo que te preocupes tú por semejantes cosas, querida mía. La única molestia que nos ocasiona se reduce a que tengo que ausentarme unos días para apresurar la llegada del resto de la caravana". Y se levantó, riendo, y me estrechó contra su pecho, y se despidió de mí, mientras yo derramaba las lágrimas de la separación. Y se fue, recomendándome de nuevo que tranquilizara mi corazón y refrescara mis ojos. Y al ver desaparecer a aquel núcleo de mi corazón, asomé la cabeza por la ventana que da al patio y vi a mi bienamado charlando con los diez jóvenes mamalik, hermosos como lunas, que habían llevado la carta. Y montó a caballo, y salió del palacio al frente de ellos, para apresurar la llegada de las caravanas".

Y tras de hablar así, la joven princesa se sonó ruidosamente, como una persona que ha llorado una ausencia, y añadió con voz repentinamente irritada: "Está bien, padre mío; dime qué habría sucedido si hubiese tenido yo la indiscreción de hablar a mi esposo, como me habías aconsejado que hiciera, impulsado por tu visir de brea. Sí, ¿qué habría sucedido? ¡Mi esposo me miraría en adelante con ojos despectivos y desconfiados, y no me amaría ya, y hasta me odiaría, y con justicia, ciertamente! ¡Y todo por culpa de las suposiciones ofensivas y de las sospechas injuriosas de tu visir, esa barba de mal agüero!" Y habiendo hablado así detrás de la cortina, la princesa se levantó, y se marchó haciendo mucho ruido y demostrando mucha ira. Y entonces se encaró el rey con su visir, y le gritó: "¡Ah, hijo de perro! ¿ves lo que nos sucede por culpa tuya? ¡Por Alah, que no sé lo que me detiene aún para dejarte más ancho que largo! ¡Pero atrévete una sola vez siquiera a volver a sospechar de mi yerno Maruf, y ya verás lo que te espera!" Y le lanzó una mirada atravesada, y levantó el diwán. ¡Y esto es lo referente a ellos!

Pero he aquí lo que atañe a Maruf.

Cuando salió de la ciudad de Khaitán, que era la capital del rey, padre de la princesa, y viajó unas horas por las llanuras desiertas, empezó a sentir que le rendía la fatiga, pues no estaba acostumbrado a montar en caballos de reyes, y su oficio de zapatero no era el más a propósito para tornarse un día en jinete tan espléndido como a la sazón era. Y además, no dejaban de inquietarle las consecuencias de la cosa; y empezaba a arrepentirse amargamente de haber dicho la verdad a la princesa. Y se decía: "He aquí que ahora te ves reducido a errar por los caminos, en vez de deleitarte en los brazos de tu mantecosa esposa, cuyas caricias te habían hecho olvidar a la calamitosa Boñiga caliente de El Cairo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 966ª NOCHE

Ella dijo:

"...He aquí que ahora te ves reducido a errar por los caminos, en vez de deleitarte en los brazos de tu mantecosa esposa, cuyas caricias te habían hecho olvidar a la calamitosa Boñiga caliente de El Cairo". Y pensando en su último amor, que les tenía a él y a ella quemado el corazón por la separación, empezó a condolerse de su propio estado y llorar cálidas lágrimas, recitándose desesperados versos de ausencia. Y gimiendo de tal suerte y exhalando su dolor de amante en tiradas de versos apropiados a su situación, llegó, después de salir el sol, a las cercanías de un pueblecito. Y vio en un campo a un felah que labraba con un arado de dos bueyes. Y como, en su precipitación por huir del palacio y de la ciudad, se había olvidado de llevar provisiones de boca para el viaje, le torturaban el hambre y la sed; y se acercó a aquel felah, y le saludó, diciendo: "La zalema contigo, ¡oh jeique!" Y el felah le devolvió el saludo, diciendo: "¡Y contigo la zalema, la misericordia de Alah y sus bendiciones! Sin duda, ¡oh mi señor! eres un mameluco entre los mamelucos del sultán". Y Maruf contestó: "Sí". Y el felah le dijo: "Bienvenido seas, ¡oh rostro de leche! Y hazme el favor de parar en mi casa y de aceptar mi hospitalidad". Y Maruf, que enseguida vio que tenía que habérselas con un hombre generoso, lanzó una ojeada a la pobre vivienda, que estaba cerca, y observó que no contenía nada que pudiera alimentar ni aplacar la sed. Y dijo al felah: "¡Oh hermano mío! no veo en tu casa nada que puedas ofrecer a un huésped tan hambriento como yo. ¿Cómo vas a arreglarte, pues, si acepto tu invitación?" Y el felah contestó: "El bien de Alah no falta; todo se andará. Apéate del caballo, ¡oh mi señor! y déjame cuidarte y albergarte, por Alah. El pueblo está muy cerca, y correré allá con toda la velocidad de mis piernas, y te traeré lo necesario para reconfortarte y tenerte contento. Y tampoco dejaré de traer forraje y grano para el pienso de tu caballo". Y Maruf, lleno de escrúpulos y sin querer molestar ni distraer de su trabajo a aquel pobre hombre, le contestó: "Pues ya que el pueblo está tan cerca, ¡oh hermano mío! más de prisa iré yo a caballo, y compraré en el zoco todo lo necesario para mí y para mi caballo". Pero el felah, cuya generosidad nativa no podía decidirse a dejar partir así, sin darle hospitalidad, a un extraño del camino de Alah, repuso: "¿De qué zoco estás hablando, ¡oh mi señor!? ¿Acaso un miserable villorrio como el nuestro, cuyas casas son de boñiga de vaca, posee un zoco ni nada que de cerca o de lejos se parezca a un zoco? Nosotros no tenemos negocios de compra y venta; y cada uno se arregla para vivir con lo poco que posee. Así, pues, te suplico, por Alah y por el Profeta bendito, que te pares en mi casa para complacerme y dar gusto a mi espíritu y a mi corazón. Y enseguida iré al pueblo y tardaré menos aún en volver". Entonces Maruf, al ver que no podía rehusar la oferta de aquel pobre felah sin apenarle y disgustarle, se apeó del caballo, y fue a sentarse a la entrada de la choza de boñiga seca, en tanto que el felah, echando a correr inmediatamente en dirección al pueblo, no tardaba en desaparecer a lo lejos.

Y mientras esperaba a que volviese el otro con las provisiones, Maruf empezó a reflexionar y a decirse: "He aquí que he sido causa de ajetreo y molestia para ese pobre, a quien me parecía yo en un todo cuando no era más que un miserable zapatero remendón. Pero, por Alah, quiero reparar en la medida de mis fuerzas el daño que le causo al dejarlo que abandone así su trabajo. Y para empezar, voy a tratar de labrar ahora mismo en lugar suyo, haciendo que de tal suerte gane el tiempo que por mí pierde".

Y se levantó en aquella hora y en aquel instante, y vestido con sus ropas doradas de mameluco real, echó mano al arado e hizo avanzar a la yunta de bueyes por el ya trazado surco. Pero, apenas había hecho dar unos pasos a los bueyes, la reja de arado chocó de pronto, con un ruido singular, contra algo que oponía resistencia; y arrastrados por el propio esfuerzo, los bueyes cayeron de rodillas. Y Maruf, dando voces, hizo levantarse a los animales, y los fustigó vivamente para vencer la resistencia. Pero, a pesar del enorme tirón que dieron los bueyes, la reja no se movió ni una pulgada, y quedó encajada en el suelo como si esperase al día del Juicio.

Entonces Maruf se decidió a examinar en qué podía consistir aquello. Y cuando levantó la tierra, observó que la punta de la reja se había enganchado en una fuerte anilla de cobre rojo sujeta a una losa de mármol, casi a ras de la tierra.

E impulsado por la curiosidad, Maruf intentó mover y levantar aquella losa de mármol. Y después de algunos esfuerzos, acabó por conseguir desencajarla y correrla. Y debajo vio una escalera con peldaños de mármol que conducía a una cueva de forma cuadrada que tenía la amplitud de un hammam. Y Maruf, pronunciando la fórmula del "bismilah", bajó a la cueva y vio que la componían cuatro salas consecutivas. Y la primera de aquellas salas estaba llena de monedas de oro desde el suelo hasta el techo; y la segunda estaba llena de perlas, de esmeraldas y de coral, también desde el suelo hasta el techo; y la tercera, de jacintos; de rubíes, de turquesas, de diamantes y de pedrerías de todos colores; pero la cuarta, que era la más espaciosa y la mejor acondicionada, no contenía nada más que un pedestal de madera de ébano, sobre el cual estaba colocado un pequeñísimo cofrecito de cristal no mayor que un limón. Y Maruf se asombró prodigiosamente de su descubrimiento y se entusiasmó con aquel tesoro. Pero lo que más le intrigaba era aquel minúsculo cofrecillo de cristal, único objeto de manifiesto en la inmensa sala cuarta del subterráneo. Así es que, sin poder resistir a los apremios de su alma, tendió la mano al pequeño objeto insignificante que le tentaba infinitamente más que todas las maravillas del tesoro, y apoderándose de él, lo abrió. Y dentro halló un anillo de oro con un sello de cornalina, en que estaban grabadas, con caracteres extremadamente finos y semejantes a patas de moscas, escrituras talismánicas. Y con un movimiento instintivo, Maruf se puso el anillo en su dedo y se lo ajustó apretándolo.

Y al punto salió del sello del anillo una voz fuerte, que dijo: "¡A tus órdenes! ¡a tus órdenes! ¡Por favor, no me frotes más! Ordena, y serás obedecido. ¿Qué deseas? ¡Habla! ¿Quieres que derribe o que construya, que mate a algunos reyes y a algunas reinas o que te los traiga, que haga surgir una ciudad entera o que aniquile todo un país, que cubra de flores una comarca o que la asuele, que allane una montaña o que seque un mar? Habla, anhela, desea. Pero, por favor, no me frotes con tanta violencia, ¡oh amo mío! Soy tu esclavo, con permiso del Señor de los genn, del Creador del día y de la noche". Y Maruf, que al pronto no se había dado completa cuenta de dónde salía aquella voz, acabó por observar que salía del propio sello del anillo que se había puesto en el dedo, y dijo, dirigiéndose al que residía en la cornalina: "¡Oh criatura de mi Señor! ¿quién eres?" Y la voz de la cornalina contestó: "Soy el Padre de la Dicha, esclavo de este anillo. Y ejecuto a ciegas las órdenes de quienquiera que se adueñe de este anillo. Y nada es imposible para mí, porque soy el jefe supremo de setenta y dos tribus de genn, efrits, cheitanes, auns y mareds. Y cada una de estas tribus se compone de doce mil valientes irresistibles, más fuertes que elefantes y más sutiles que el mercurio. Pero, como ya te he dicho, ¡oh amo mío! yo, a mi vez, estoy sometido a este anillo; y aunque es muy grande mi poder, obedezco al que lo posee, como un niño obedece a su madre. No obstante, déjame advertirte que si por desgracia frotaras el sello dos veces seguidas en vez de una, harías que me consumiera el fuego de los nombres terribles grabados sobre el anillo. Y me perderías irrevocablemente."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 967ª NOCHE

Ella dijo:

"No obstante, déjame advertirte que si por desgracia frotaras el sello dos veces seguidas en vez de una, harías que me consumiera en el fuego de los nombres terribles grabados sobre el anillo. Y me perderías irrevocablemente".

Y al oír aquello, Maruf contestó al efrit de la cornalina: "¡Oh excelente y poderoso Padre de la Dicha! sabe que he guardado tus palabras en el sitio más seguro de mi memoria. Pero ¿puedes empezar por decirme quién te ha encerrado en esta cornalina y quién te ha sometido al poder del dueño del anillo?" Y el genni contestó desde el interior del sello: "Has de saber, ¡ya sidi! que el lugar en que nos hallamos es el antiguo tesoro de Scheddad, hijo de Aad, el constructor de la famosa ciudad, ahora en ruinas, de Iram de las Columnas. En vida de él, fui yo esclavo del rey Scheddad. ¡Y precisamente el que posees es su anillo, que lo has encontrado en el cristal donde estaba guardado desde tiempos remotos!"

Y el antiguo remendón de calzado de la calle Roja de El Cairo, convertido entonces, merced a la posesión de aquel anillo, en sucesor directo de la posteridad de Nemrod y de aquel heroico y orgulloso Scheddad, que había vivido la edad de siete águilas, quiso experimentar sin tardanza las virtudes maravillosas encerradas en el sello. Y dijo al que residía en la cornalina: "¡Oh esclavo del anillo! ¿podrías sacar de este subterráneo y llevarlo a la superficie de la tierra, a la luz del día, el tesoro guardado aquí?" Y la voz del Padre de la Dicha contestó: "¡Sin duda alguna, y eso precisamente es para mí la cosa más fácil". Y Maruf le dijo: "Ya que es así, te pido que saques cuantas riquezas y maravillas hay aquí, sin dejar nada a los que pudieran venir después que yo, pero ni rastro". Y contestó la voz: "Escucho y obedezco". Luego gritó: "¡Hola, muchachos!"

Y al punto vio Maruf aparecer ante él doce mancebos muy hermosos, llevando a la cabeza grandes cestos. Y después de besar la tierra entre las manos del encantado Maruf, se irguieron, y en un abrir y cerrar de ojos transportaron afuera, en varios viajes, todos los tesoros contenidos en las tres salas del subterráneo. Y cuando acabaron aquel trabajo, fueron de nuevo a presentar sus homenajes a Maruf, que estaba cada vez más encantado, y desaparecieron como habían venido.

Entonces Maruf, en el límite del contento, se encaró con el habitante de la cornalina, y le dijo: "Perfectamente. Pero ahora quisiera cajas, mulas con sus muleteros, y camellos con sus camelleros, para transportar estos tesoros a la ciudad de Khaitán, capital del reino de Sohatán". Y el esclavo encerrado en el sello contestó: "¡A tus órdenes! nada más hacedero". Y lanzó un grito estridente, y en el mismo instante aparecieron ante Maruf mulas y muleteros, camellos y camelleros, cajas y cestas, y mamalik suntuosamente vestidos, hermosos como lunas, en número de seiscientos de cada especie. Y en menos tiempo del que se necesita para cerrar un ojo y abrirlo, cargaron en las acémilas cajas y cestos, previamente llenos de oro y de joyas, y se alinearon por orden. Y los jóvenes mamalik montaron en sus hermosos caballos y escoltaron la caravana.

Y el antiguo zapatero dijo entonces al servidor de su anillo: "¡Oh padre de la Dicha! ahora deseo de ti otros mil animales cargados con sedas y telas preciosas de Siria, de Egipto, de Grecia, de Persia, de India, y de China". Y el genni contestó con el oído y la obediencia. Y al punto aparecieron ante Maruf los mil camellos y mulas cargados con los objetos consabidos, y se pusieron ellos solos en fila regular a la cola del convoy, escoltados, como los anteriores por otros jóvenes mamalik tan soberbiamente vestidos y montados como sus hermanos. Y Maruf quedó satisfecho, y dijo al habitante del anillo: "Ahora deseo comer antes de partir. Levántame, por tanto, un pabellón de seda, y sírveme bandejas de manjares escogidos y de bebidas frescas". Y acto seguido se ejecutó la orden. Y Maruf entró en el pabellón y se sentó ante las bandejas en el preciso momento en que volvía del pueblo el buen felah. Y llegó el pobre llevando a la cabeza una escudilla de madera llena de lentejas con aceite, al brazo izquierdo pan negro y cebollas y al brazo derecho un saco de a celemín lleno de avena para el caballo. Y vio delante de la casa la prodigiosa caravana y el pabellón de seda en donde estaba sentado Maruf rodeado de esclavos diligentes que le servían, a la vez que otros esclavos se mantenían detrás de él, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Y se emocionó en extremo, y pensó: "¡Indudablemente, durante mi ausencia ha llegado aquí el sultán, haciéndose preceder por el primer mameluco que he visto! ¡Lástima que no se me haya ocurrido degollar a mis dos gallinas y guisárselas con manteca de vaca!" Y decidió hacerle, a pesar de todo, aunque ya era tarde, y fue a buscar sus dos gallinas para degollarlas y ofrecérselas al sultán, asadas en manteca de vaca...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 968ª NOCHE

Ella dijo:

...y fue a buscar sus dos gallinas para degollarlas y ofrecérselas al sultán, asadas en manteca de vaca.

Pero Maruf le vio y le llamó. Y dijo al propio tiempo a los esclavos que le servían: "¡Traédmele!" Y los esclavos corrieron tras el felah, y le transportaron al pabellón con su escudilla de lentejas, sus cebollas, su pan negro y su saco de a celemín. Y Maruf se levantó en honor suyo y le abrazó y le dijo: "¿Qué llevas ahí, ¡oh hermano mío de miseria!?" Y el pobre felah se asombró prodigiosamente de ser tratado tan afectuosamente por un hombre de aquella importancia, y de oírle hablar en aquel tono y llamarle su "hermano de miseria". Y se dijo: "Si éste es un pobre, ¿qué seré yo entonces?" Y le contestó: "Te traigo la comida de la hospitalidad, ¡oh mi señor! y la ración de tu caballo. ¡Pero te ruego excuses mi ignorancia! Porque si hubiese sabido que eras el sultán, no habría vacilado en sacrificar en tu honor las dos gallinas que poseo y en asártelas con manteca de vaca. Pero la miseria torna ciego al hombre y le quita toda perspicacia". Y Maruf, al oír estas palabras, recordando su antigua situación, cuando se hallaba en un estado de miseria análoga o aun peor que la de aquel pobre felah, se echó a llorar. Y las lágrimas le corrían copiosamente por los pelos de su barba, y caían en las bandejas. Y dijo al felah: "¡Oh hermano mío! tranquiliza tu corazón. No soy el sultán, sino solamente su yerno. A consecuencia de algunas diferencias que tuvimos, abandoné el palacio. Pero ahora me envía él todos estos esclavos y todos estos regalos para demostrarme que quiere reconciliarse conmigo. Voy, pues, a volver sobre mis pasos sin dilación. En cuanto a ti, hermano mío, que con tanta bondad has querido tratarme sin conocerme, sabe que no has sembrado en un terreno seco".

Y obligó al felah a sentarse a su diestra, y le dijo: "No obstante todos los manjares que ves en esta mesa, juro por Alah que no quiero comer más que tu plato de lentejas, y que no probaré otra cosa que ese pan y estas cebollas". Y ordenó a los esclavos que sirvieran al felah los manjares suntuosos y por su parte, no comió más que las lentejas de la escudilla, el pan negro y las cebollas. Y se dilató y se regocijó al ver el asombro del pobre felah ante tantos manjares cuyo perfume satisfacía al cerebro, y tantos colores que encantaban las miradas.

Y cuando acabaron de comer, dieron gracias al Retribuidor por sus beneficios; y Maruf se levantó, y cogiendo al felah por la mano, lo sacó fuera del pabellón, llevándole adonde estaba la caravana. Y le obligó a escoger un par de camellos y un par de mulas de cada clase de mercancía y de fardo. Luego le dijo: "Esto es propiedad tuya ¡oh hermano mío! Y además, te dejo este pabellón con todo lo que contiene". Y sin querer escuchar sus negativas ni la expresión de su gratitud, se despidió de él, abrazándole una vez más, volvió a montar en su caballo, se puso a la cabeza de la caravana, y haciéndose preceder en la ciudad por un correo más rápido que el relámpago, encargado de anunciar al rey su llegada, se puso en camino.

Y he aquí que el correo de Maruf llegó a palacio en el preciso momento en que el visir decía al rey: "Disipa tu error ¡oh mi señor! y no des fe a las palabras de tu hija la princesa relativas a la marcha de su esposo. Pues ¡por vida de tu cabeza! el emir Maruf ha salido de aquí fugitivo, temiendo tu justo rencor, y no para apresurar la llegada de una caravana que no existe. ¡Por los sagrados días de tu vida, ese hombre no es más que un embustero, un trapacero y un impostor!" Y cuando el rey, persuadido a medias ya por aquellas palabras, abría la boca para dar la respuesta oportuna, entró el correo, y después de prosternarse, le anunció la llegada inminente de Maruf, diciendo: "¡Oh rey del tiempo! vengo a ti en calidad de nuncio. Y te traigo la buena nueva de que detrás de mí llega mi amo el emir poderoso y generoso, el héroe insigne, Maruf, tu yerno. Y va a la cabeza de una caravana que no ha podido venir tan de prisa como yo, a causa de los pesados esplendores de que está cargada". Y habiendo hablado así, el joven mameluco besó de nuevo la tierra entre las manos del rey, y se fue como había venido.

Entonces el rey, en el límite de la dicha, pero furioso contra su visir, se encaró con él y le dijo: "¡Alah ennegrezca tu rostro y lo vuelva tan tenebroso como tu espíritu! ¡Y ojalá maldiga tu barba ¡oh traidor! y te convenza de tu embuste y de tu doblez como por fin vas a convencerte de la grandeza y del poderío de mi yerno!" Y aterrado y prometiendo no hacer en adelante la menor observación, el visir se arrojó a los pies de su señor, sin fuerzas para responder ni una sola palabra. Y el rey le dejó en aquella posición, y salió a dar orden de adornar y empavesar la ciudad, y de prepararlo todo para salir con un cortejo al encuentro de su yerno.

Tras de lo cual fue al aposento de su hija y le anunció la dichosa nueva. Y al oír la princesa a su padre hablarle de la llegada de su esposo a la cabeza de una caravana que ella misma creía era una invención, llegó al límite de la perplejidad y del asombro. Y no supo qué pensar, qué decir ni qué responder; y se preguntó si una vez más su esposo se mofaba del sultán, o si habría querido, la noche en que le contó su historia, burlarse de ella o sencillamente ponerla a prueba para ver si en realidad sentía inclinación hacia él. Y de todos modos, prefirió guardar para sí sola sus dudas y sus extrañezas, esperando a ver qué ocurría.

Y se limitó a mostrar ante su padre un rostro transfigurado por el contento. Y el rey abandonó las habitaciones de la joven, y se puso a la cabeza del cortejo que salió al encuentro de Maruf.

Pero el que de todos se asombró más y quedó más absorto fue incontestablemente el excelente mercader Alí, el camarada de infancia de Maruf, que mejor que nadie sabía a qué atenerse a las riquezas de Maruf. Así es que, cuando vio el empavesado de la ciudad, los preparativos de fiesta, y el cortejo real que salía de la ciudad, interrogó a los transeúntes, preguntándoles el motivo de todo aquel movimiento. Y le contestaron: "¡Cómo! ¿no lo sabes? ¡Pues que viene el yerno del rey, el emir Maruf, a la cabeza de una caravana espléndida!" Y el amigo de Maruf golpeó las manos una contra otra, y se dijo: "¿Qué nueva trapacería del zapatero será ésta? ¡Por Alah! ¿desde cuándo el trabajo de remendar calzado ha podido hacer a mi amigo Maruf poseedor y conductor de caravanas? ¡Pero Alah es el Todopoderoso...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 969ª NOCHE

Ella dijo:

Y el amigo de Maruf se golpeó las manos una contra otra, y se dijo: "¿Qué nueva trapacería del zapatero será ésta? ¡Por Alah! ¿desde cuándo el trabajo de remendar calzado ha podido hacer a mi amigo Maruf poseedor y conductor de caravanas? ¡Pero Alah es Todopoderoso! ¡Y ojalá vele por su honor y le preserve de la vergüenza pública!" Y se quedó allí, esperando, como los demás, la llegada de la caravana. Y enseguida hizo su entrada el cortejo en la ciudad. Y Maruf cabalgaba a la cabeza, más brillante mil veces que el rey, y magnífico y triunfante hasta hacer estallar de envidia la bolsa de la hiel de los cochinos. Y le seguía la inmensa caravana escoltada por los hermosos mamalik vestidos con telas maravillosas. Y tan hermoso y tan prodigioso era todo aquello, que nadie se acordaba de haber visto u oído contar nada semejante. Y también el mercader Alí vio a Maruf en aquella situación extraordinaria, y se dijo: "Está bien. Habrá combinado algo con su esposa, la princesa, para burlarse del rey".

Y se acercó a Maruf, y logró reunirse con él, a pesar de todo el aparato que le rodeaba, y le dijo, pero de manera que nadie más que él le oyese: "Bienvenido seas, ¡oh jeique de los pícaros afortunados y el más diestro de los trapaceros! ¿Qué es esto? Pero, por Alah, mereces todos los favores y todo el fausto que tienes, ¡oh amigo mío! ¡Ve contento y dilátate! ¡Y Alah aumente tus jugarretas y picardías!" Y Maruf se echó a reír de las palabras de su amigo, y se citó con él para el día siguiente.

Y a continuación Maruf llegó a palacio con el rey, y fue a sentarse en un trono erigido en el salón de audiencias. Y ordenó que empezaran a transportar al tesoro del rey las cajas llenas de oro, de joyas, de perlas y de pedrerías, llenando con ello los sacos de los armarios, y que le llevaran enseguida todo lo demás, así como los fardos que contenían las estofas preciosas y las sedas. Y se ejecutaron puntualmente sus órdenes. Y mandó abrir en su presencia las cajas y los fardos, uno tras otro, y se puso a distribuir a manos llenas, entre los grandes de palacio y sus esposas, las telas maravillosas, las perlas y las pedrerías, y a hacer muchas dádivas a los miembros del diwán, a los mercaderes que conocía, a los pobres y a los pequeños. Y sin reparar en las objeciones del rey, que veía desaparecer como agua en criba aquellas cosas preciosas, no se levantó Maruf hasta que hubo repartido toda la carga de la caravana. Porque lo menos que daba era un puñado o dos de oro, de esmeraldas, de perlas o rubíes. Y los tiraba a manos llenas, mientras el rey sufría horriblemente y hacía muecas de dolor, gritando a cada dádiva: "¡Basta, ¡oh hijo mío! No nos va a quedar nada". Pero a cada vez contestaba Maruf, sonriendo: "¡Por tu vida! no temas. ¡Lo que tengo es inagotable!"

Entretanto, el visir fue a anunciar al rey que los armarios del tesoro estaban llenos ya hasta arriba, y que no se podía meter más allí. Y el rey le dijo: "Está bien ¡Abre otra sala, y llénala como la anterior!" Y le dijo Maruf, sin mirarle: "¡Bien puedes hacerlo!" Y añadió: "Y también hay que llenar otra sala y otra. Y si no se opusiera el rey, asimismo podría llenar yo todas las salas de palacio con esas cosas, que no tienen ningún valor para mí". Y el rey ya no sabía si todo aquello ocurría en sueños o en estado de vigilia. Y se hallaba en el límite extremo del asombro. Y salió el visir para llenar todavía una o dos salas más con los tesoros entregados por Maruf.

En cuanto Maruf, no bien terminaron estos preliminares, demostrando así que realizaba con creces todo lo que había anunciado, se apresuró a levantar la sesión de la distribución, y a presentarse a su joven esposa. Y enseguida que le vio la princesa, fue a él, con los ojos llenos de alegría, y le besó la mano, y le dijo: "Sin duda, ¡oh hijo del tío! has querido divertirte a costa mía y reírte de mí, o quizá poner a prueba mi afecto, contándome la historia de tu antigua pobreza y de tus desdichas con tu calamitosa esposa Fattumah la Boñiga caliente. Pero doy gracias a Alah el Altísimo por haberme impedido conducirme contigo ¡oh mi señor! de otro modo que como lo he hecho". Y Maruf la abrazó, la dio la respuesta oportuna, y le entregó un traje magnífico y un collar formado por diez sartas de cuarenta perlas huérfanas, gordas como huevos de paloma, y pulseras para las muñecas y para los tobillos, labradas por magos. Y al ver todos aquellos objetos tan hermosos, la princesa quedó muy complacida, y exclamó: "¡En verdad que reservaré solamente para los días de fiesta este hermoso traje y estos atavíos!" Y Maruf sonrió y le dijo: "¡Oh querida mía, no te preocupes de eso! Cada día te daré nuevos trajes y nuevos atavíos hasta que desborden tus armarios y tus cofres estén llenos hasta los bordes". Y a continuación se pusieron a hacer hasta por la mañana su cosa acostumbrada.

Pero aún no había salido él del mosquitero, cuando oyó la voz del rey, que quería entrar. Y se apresuró a abrirle, y le vio trastornado y con el rostro amarillo y en actitud aterrada. Y le hizo entrar con precaución y sentarse en el diván; y la princesa levantóse, muy emocionada por aquella visita inesperada y por el aspecto de su padre, y se apresuró a rociarle con agua de rosas para calmarle y hacerle recobrar la palabra. Y cuando por fin pudo expresarse el rey, dijo a Maruf: "¡Oh hijo mío! ¡soy portador de malas noticias! pero es preciso que te las diga para que estés advertido de la desgracia que sobreviene. ¡Ah! ¿debo hacerlo o no debo hacerlo?"

Y Maruf contestó: "¡Claro que debes hacerlo!" Y dijo el rey: "Pues bien; has de saber ¡oh hijo mío! que hace un momento mis servidores y mis guardias han venido a anunciarme, en el límite de la perplejidad, que tus dos mil mamalik, caravaneros, camellos y mulas han desaparecido esta noche, sin que nadie sepa por qué camino se han marchado, ni se haya descubierto la menor huella de su marcha. El pájaro que echa a volar desde una rama deja más rastro que el que ha dejado en nuestros caminos toda esa caravana. Y como esta pérdida es para ti una pérdida irreparable, estoy tan consternado, que aún me dura el aturdimiento".

Y al oír estas palabras del rey, Maruf se echó a reír de improviso, y contestó: "¡Oh tío! calma tu espíritu. Porque la pérdida o desaparición de mis caravaneros y de mis animales no es para mí más importante que la pérdida de una gota de agua para el mar. Pues hoy, como mañana y como pasado mañana y como los demás días, con sólo desearlo podré tener más caravaneros y acémilas con su carga que los que puede contener toda la ciudad de Khaitán. Puedes, pues, tranquilizar tu alma, y dejar que nos levantemos ahora para ir al hammam por la mañana".

Y más asombrado que nunca, salió el rey del aposento de Maruf, y fue a llamar a su visir, y le contó lo que acaba de pasar, y le dijo: "¡Está bien! ¿qué opinas ahora del poderío incomprensible de mi yerno?" Y el visir, que no olvidaba las humillaciones sufridas desde que Maruf se apareció en su camino, se dijo: "¡Ha llegado la ocasión de vengarme de ese maldito!" Y dijo al rey con aire sumiso: "¡Oh rey del tiempo! mi opinión no puede darte luz alguna. Pero, ya que me la pides, te diré que el único medio de que dispones para saber a qué atenerte respecto al poder misterioso de tu yerno el emir Maruf, es ponerte a beber con él y emborracharle. Y cuando el fermento haya hecho bailar su razón, le interrogarás con prudencia acerca de su situación; e indudablemente te contestará, sin ocultarte nada de la verdad". Y dijo el rey: "Es una idea excelente, ¡oh visir! y voy a ponerla en ejecución esta misma noche".

Y el caso es que, cuando llegó la noche, se reunió con su yerno Maruf y con su visir ante las bandejas de bebidas. Y circularon las copas. Y el gaznate de Maruf era un jarro sin fondo. Y su estado se tornó en un estado lamentable. Y su lengua empezó a dar vueltas como las aspas de un molino...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 970ª NOCHE

Ella dijo:

...Y el gaznate de Maruf era un jarro sin fondo. Y su estado se tornó en un estado lamentable. Y su lengua empezó a dar vueltas como las aspas de un molino. Y cuando ya no pudo distinguir su mano derecha de su mano izquierda, le dijo el rey, padre de su esposa: "La verdad es ¡oh yerno nuestro! que nunca me has contado las aventuras de tu vida, que debe ser una vida maravillosa y extraordinaria. Y me complacería mucho oírte narrar esta noche tus peripecias asombrosas".

Y Maruf, que ya no tenía pies ni cabeza y hablaba a tontas y a locas, se dejó llevar de su embriaguez, como todos los borrachos a quienes gusta que se les alabe, y contó al rey y al visir toda su historia, desde el principio hasta el fin, a partir del momento en que se casó, cuando era un pobre remendón de calzado, con la calamitosa de El Cairo, hasta el día en que encontró el tesoro y el anillo mágico en el campo del pobre felah. Pero no hay utilidad de repetirlo.

Y al relato de aquella historia, el rey y el visir, que estaban lejos de haberla imaginado tan sorprendente, se miraron mordiéndose las manos. Y el visir dijo a Maruf: "¡Oh mi señor! enséñanos un poco ese anillo que posee virtudes tan maravillosas". Y Maruf, como un loco privado de razón, se sacó del dedo el anillo y se lo entregó al visir, diciendo: "¡Hele aquí! En su cornalina encierra a mi amigo el Padre de la Dicha". Y el visir, con los ojos llameantes, tomó el anillo y frotó el sello, como lo había explicado Maruf.

Y al punto salió la voz de la cornalina, diciendo: "¡Heme aquí! ¡heme aquí! ¡manda y obedeceré! ¿Quieres arruinar una ciudad, fundar una capital o matar a un rey?" Y el visir contestó: "¡Oh servidor del anillo! te ordeno que te apoderes de este rey proxeneta y de su yerno Maruf, el alcahuete, y los arrojes en cualquier desierto sin agua para que allí se mueran de sed y privaciones". Y al instante, el rey y Maruf fueron alzados como una paja y transportados a un desierto salvaje de lo más terrible, que era el desierto de la sed y del hambre, habitado por la muerte roja y la desolación. Y esto es lo referente a ellos.

En cuanto al visir, se apresuró a convocar al diwán, y manifestó a los dignatarios, a los emires y a los notables que la dicha de los súbditos y la tranquilidad del Estado habían exigido que el rey y su yerno Maruf, impostor de la peor calidad, fueran desterrados muy lejos, y que se le nombrara a él mismo soberano del Imperio. Y añadió: "Además, si vaciláis un instante en aceptar el nuevo orden de cosas y en reconocerme por vuestro legítimo soberano, al instante, en virtud de mi reciente poderío, os enviaré a reuniros con vuestro antiguo amo y con el alcahuete de su yerno en el rincón más salvaje del desierto de la sed y de la muerte roja".

Y así, hizo que le prestaran juramento, a despecho de su nariz, todos los presentes, y nombró a los que nombró y destituyó a los que destituyó. Tras de lo cual envió a decir a la princesa: "Prepárate a recibirme, porque tengo muchas ganas de gozarte". Y la princesa, que, como todos los demás, se había enterado de los nuevos acontecimientos, le contestó por mediación del eunuco: "Sin duda te recibiré gustosa; pero por el momento estoy con el mal mensual que es natural en las mujeres y en las muchachas. Sin embargo, en cuanto me halle limpia de toda impureza, te recibiré". Pero el visir mandó a decirle: "No quiero la menor tardanza, y no reconozco males mensuales ni males anuales. Y deseo tenerte enseguida".

Entonces le contestó ella: "¡Está bien! ven a buscarme al momento".

Y se vistió lo más magníficamente posible, y se adornó y se perfumó. Y cuando, al cabo de una hora de tiempo, penetró en su aposento el visir de su padre, ella lo recibió con semblante contento y alegre, y le dijo: "¡Qué honor para mí! ¡Y qué noche tan dichosa va a ser ésta!" Y le miró con ojos que acabaron de arrebatar el corazón a aquel traidor. Y como él le apremiase para que se desnudara, comenzó ella a hacerlo con muchos miramientos, arrumacos y atrasos. Y lanzando de pronto un grito de terror, se echó atrás, velándose el rostro. Y el asombrado visir le preguntó: "¿Qué te ocurre, ¡oh mi señora!? ¿Y a qué vienen ese grito de terror y ese rostro velado de improviso?" Y le contestó ella, envolviéndose cada vez más en sus velos: "¡Cómo! ¿no lo ves?" Y contestó él: "¡No, por Alah! ¿Qué ocurre? ¡No veo nada!" Ella dijo: "¡Qué vergüenza para mí! ¡qué deshonor! ¿Por qué quieres exponerme desnuda a las miradas de ese hombre extraño que te acompaña?"

Y el visir, mirando a derecha y a izquierda, le contestó: "¿Qué hombre me acompaña? ¿Y dónde está?"

Ella dijo: "¡Ahí, en la cornalina del sello del anillo que llevas al dedo!" Y el visir contestó: "¡Por Alah! es verdad. No había pensado en semejante cosa. Pero, ¡ya setti! no se trata de un hijo de Adán, de un ser humano. ¡Es un efrit, servidor del anillo!" Y la princesa exclamó, llena de espanto, hundiendo la cabeza en las almohadas: "¡Un efrit! ¡qué calamidad la mía! ¡Me dan un miedo intenso los efrits! ¡Ah! ¡por favor, aléjate! ¡Tengo miedo y vergüenza de él"! Y para tranquilizarla y conseguir al fin lo que deseaba de ella, el visir se quitó el anillo del dedo y lo escondió debajo del almohadón del lecho. Luego acercóse a ella, en el límite del transporte.

Y la princesa le dejó acercarse, y de repente le dio en el bajo vientre un violento puntapié que le tiró de trasero en el suelo, dando con la cabeza antes que con los pies. Y sin perder un instante, se apoderó del anillo, frotó el sello, y dijo al efrit de la cornalina: "Apodérate enseguida de este cochino, y arrójale al calabozo subterráneo de palacio. Luego irás sin tardanza a sacar a mi padre y a mi esposo del desierto adonde los has transportado, y me los traerás aquí sanos y salvos, sin magullamientos y en buen estado...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 971ª NOCHE

Ella dijo:

"...Luego irás sin tardanza a sacar a mi padre y a mi esposo del desierto adonde los has transportado, y me los traerás aquí sanos y salvos, sin magullamientos y en buen estado".

Y al punto fue cogido el visir como se coge un trapo, y arrojado al calabozo del palacio. Y al cabo de un corto transcurso de tiempo, el rey y Maruf estaban en la habitación de la princesa, el rey muy asustado y Maruf repuesto apenas de su borrachera. Y los recibió ella con un júbilo indecible, y empezó por darles de comer y de beber, ya que la rápida carrera les había dado hambre y sed. Y mientras comían, les contó lo que acababa de pasar y cómo había encerrado al traidor. Y el rey exclamó: "¡Vamos a empalarle sin tardanza y a quemarle!" Y dijo Maruf : "No hay inconveniente". Luego se encaró con su esposa y le dijo: "Pero ¡oh querida mía! devuélveme mi anillo antes". Y la princesa contestó: "¡Ah eso sí que no! Ya que no has sabido conservarlo, yo seré quien lo guarde en lo sucesivo, pues temo que lo pierdas de nuevo".

Y dijo él: "¡Está bien! Es justo".

Entonces hicieron preparar el palo en el meidán, frente a la puerta de palacio, y ante la multitud congregada se instaló allí al visir. Y mientras funcionaba el instrumento, se encendió una gran hoguera al pie del poste. Y de aquella manera, murió el traidor ensartado y asado.

Y esto es lo referente a él.

Y el rey compartió con Maruf el poder soberano, y le designó su único sucesor en el trono. Y en lo sucesivo continuó el anillo en el dedo de la princesa, quien, más prudente y más avisada que su esposo, tenía con él muchísimo cuidado. Y en su compañía, Maruf llegó al límite de la dilatación y del desahogo.

Y he aquí que una noche, al acabar él su cosa acostumbrada con la princesa y volver a su aposento para dormir, de repente salió una vieja de debajo del lecho y se abalanzó a él, con la mano alzada y amenazadora. Y apenas la miró Maruf, en su terrible mandíbula y en sus dientes largos y en su fealdad negra reconoció a su calamitosa esposa Fattumah la Boñiga caliente. Y aún no había acabado de hacer tan espantosa observación, cuando recibió, una tras otra, dos bofetadas resonantes que le rompieron otros dos dientes. Y le gritó: "¿Dónde estabas, ¡oh maldito!? ¿Y cómo te has atrevido a abandonar nuestra casa de El Cairo sin avisarme y sin despedirte de mí? ¡Ah! ¡ya te tengo, hijo de perro!" Y Maruf, en el límite del espanto, echó a correr de pronto en dirección al aposento de la princesa, con la corona en la cabeza y arrastrando las vestiduras reales, en tanto que gritaba: "¡Socorro! ¡A mí, efrit de la cornalina!" Y penetró como un loco en el cuarto de la princesa, y cayó a sus pies, desmayado de emoción.

Y enseguida hizo irrupción, en la estancia donde la princesa prodigaba sus cuidados a Maruf rociándole con agua de rosas, la espantosa diablesa, llevando en la mano una maza que había traído consigo al país de Egipto. Y gritaba: "¿Dónde está ese granuja, ese hijo adulterino!" Y al ver aquel rostro de brea, la princesa aprovechó el tiempo para frotar su cornalina y dar una orden rápida al efrit Padre de la Dicha. Y al instante, como si la hubieran sujetado cuarenta brazos, la terrible Fattumah quedó fija en su sitio con la actitud de amenaza que tenía al entrar.

Y cuando recobró el sentido, Maruf vio a su antigua esposa inmóvil en aquella actitud. Y lanzando un grito de horror, volvió a caer desmayado. Y la princesa, a quien Alah había dotado de sagacidad, comprendió entonces que la que estaba ante ella en aquella actitud de amenaza imponente, no era otra que la espantosa diablesa Fattumah, de El Cairo primera esposa de Maruf en la época en que él era zapatero. Y sin querer exponer a Maruf a las probables fechorías de aquella calamitosa, frotó el anillo y dio una nueva orden al efrit de la cornalina. Y al punto fue arrastrada y conducida al jardín la diablesa. Y quedó sujeta, con una enorme cadena de hierro, a un algarrobo enorme, como se sujeta a los osos sin domesticar. Y allí se la dejó para que cambiase de carácter o muriese. Y esto es lo referente a ella.

En cuanto a Maruf y a su esposa la princesa, desde entonces vivieron entre delicias perfectas, durante años y años, hasta la llegada de la Separadora de enemigos, la Destructora de la dicha, la Constructora de tumbas, la Muerte inevitable. Gloria al Único viviente, cuya existencia está más allá de la vida y de la muerte, en el dominio de la eternidad.

Luego Schehrazada, sin sentir invadirla aquella noche la fatiga, y al ver que el rey Schahriar estaba dispuesto a escucharla, comenzó la historia siguiente, que es la del joven rico que miró por Los tragaluces del saber y de la historia.

Los tragaluces del saber y de la historia

Ella dijo:

Cuentan que en la ciudad de El-Iskandaria había un joven que, a la muerte de su padre, entró en posesión de riquezas inmensas y de grandes bienes, tanto en tierras de regadío como en inmuebles sólidamente construidos. Y aquel joven, nacido bajo la bendición, estaba dotado de un espíritu inclinado a la vía de la rectitud. Y como no ignoraba los preceptos del Libro Santo, que prescriben la limosna y recomienda la generosidad, vacilaba en la elección del medio mejor de hacer el bien. Y en su perplejidad, se decidió a ir a consultar sobre el particular a un venerable jeique, amigo de su difunto padre. Y le puso al corriente de sus escrúpulos y vacilaciones, y le pidió consejo. Y el jeique reflexionó durante una hora de tiempo. Luego, alzando la cabeza, le dijo: "¡Oh hijo de Abderrahmán! (¡Alah colme al difunto con Sus gracias!) Sabe que distribuir a manos llenas el oro y la plata a los necesitados es, sin duda alguna, una acción de las más meritorias a los ojos del Altísimo. Pero tal acción ¡oh hijo mío! está al alcance de cualquier rico. Y no se necesita tener una virtud muy grande para dar las sobras de lo que se posee. Pero hay una generosidad perfumada de otro modo y agradable al Dueño de las criaturas, y es ¡oh hijo mío! la generosidad del espíritu. Porque el que puede sembrar los beneficios del espíritu en los seres desprovistos de saber, es el más benemérito. Y para sembrar beneficios de este género, hay que tener un espíritu altamente cultivado. Y para tener un espíritu así, sólo un medio está en nuestras manos: la lectura de lo escrito por las gentes muy cultas y la meditación acerca de estos escritos. Por tanto, ¡oh hijo de mi amigo Abderrahmán! cultiva tu espíritu y sé generoso en lo que al espíritu respecta. Y éste es mi consejo, ¡uassalam!"

Y el joven rico había querido pedir al jeique explicaciones complementarias. Pero el jeique ya no tenía nada que decir. Así es que el joven se retiró con aquel consejo, firmemente resuelto a ponerlo en práctica, y dejándose llevar de su inspiración tomó el camino del zoco de los libreros. Y congregó a todos los mercaderes de libros, algunos de los cuales tenían libros procedentes del palacio de los libros que los rums cristianos habían quemado cuando entró Amrú ben El-Ass en El-Iskandaria. Y les mandó que transportaran a su casa cuantos libros de valor poseyeran. Y los retribuyó con más esplendidez de lo que ellos mismos pretendían, sin regateos ni vacilaciones. Pero no se limitó a estas compras. Envió emisarios a El Cairo, a Damasco, a Bagdad, a Persia, al Maghreb, a la India, e incluso a los países de los rums, para que compraran los libros más reputados en estas diversas comarcas, con encargo de no escatimar el precio de compra. Y al cabo de cierto tiempo, volvieron unos tras de otros los emisarios, con fardos cargados de manuscritos preciosos. Y el joven hizo ponerlo todo por orden en los armarios de una magnífica cúpula que había mandado construir con esta intención, y que, en el frontis de su entrada principal, tenía escritas en grandes letras de oro y azul estas sencillas palabras: "Cúpula del Libro".

Y hecho lo cual, el joven puso manos a la obra...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 972ª NOCHE

Ella dijo:

...Y hecho lo cual, el joven puso manos a la obra. Y se consagró a leer con método, lentitud y meditación los libros de su maravillosa cúpula. Y como había nacido bajo la bendición, y sus pasos estaban marcados por el éxito y la felicidad, retenía en su feliz memoria todo lo que leía y anotaba. Así es que, en poco tiempo, llegó al límite extremo de la instrucción y del saber, y su espíritu se enriqueció con dones más abundantes que cuantos bienes le tocaron en herencia. Y entonces pensó con cordura en hacer que los que le rodeaban se aprovechasen de los dones de que él era poseedor. Y con tal objeto, dio en la cúpula del libro un gran festín, al cual convidó a todos sus amigos, familiares, parientes próximos y lejanos, esclavos, palafreneros inclusive, y hasta a los pobres y mendigos habituales de su umbral. Y cuando comieron y bebieron y dieron gracias al Retribuidor, irguióse el joven rico en medio del círculo atento de sus invitados, y les dijo: "¡Oh huéspedes míos! ¡esta noche, en lugar de cantores y de músicos, presida la inteligencia nuestra asamblea! Porque ha dicho el sabio: "Habla y saca de tu espíritu lo que sepas, para que se alimente de ello el oído de quien te escuche. Y quienquiera que obtenga ciencia, obtiene un bien inmenso. Y el Retribuidor otorga la sabiduría a quien quiere, y el ingenio se creó por orden suya; pero, entre los hijos de los hombres, sólo un pequeño número está en posesión de los dones espirituales". Por eso ha dicho Alah el Altísimo, por boca de su Profeta bendito (¡con él la plegaria y la paz!); "¡Oh creyentes! haced limosnas con las cosas mejores que hayáis adquirido, porque no alcanzaréis la perfección hasta que hagáis limosnas con lo que más queráis. Pero no las hagáis por ostentación, pues entonces os pareceríais a esas colinas rocosas cubiertas apenas por un poco de tierra: si cae un diluvio sobre esas colinas no dejará más que una roca pelada. Hombres así no sacarán ningún provecho de sus obras. Pero los que se muestran generosos, por su firmeza de alma se parecen a un jardín plantado en un ribazo que regaran las lluvias abundantes del cielo y cuyos frutos tuvieran doble tamaño del corriente. Si no cayera en él la lluvia, caería el rocío. Y entrarán en los jardines del Edén".

Por eso ¡oh huéspedes míos! os he congregado esta noche. Porque, no queriendo, como el avaro, guardar para mí solo los frutos de la ciencia, deseo que los probéis conmigo, para marchar juntos por el camino de la inteligencia".

Y añadió:

"Paseemos, pues, nuestras miradas por los tragaluces del Saber y de la Historia, y desde allí asistamos al desfile del cortejo maravilloso de las figuras antiguas, a fin de que, a su paso, se esclarezca nuestro espíritu, y se encamine, iluminado, hacia la perfección. ¡Amín!"

Y todos los invitados del joven rico se llevaron las manos al rostro, contestando: "¡Amín!"

Entonces sentóse él en medio de su auditorio silencioso, y dijo: "¡Oh amigos míos! no sé comenzar mejor la distribución de las cosas admirables que haciendo beneficiarse de ellas a vuestro entendimiento con el relato de algunos rasgos de la vida de nuestros padres árabes de la gentilidad, los verdaderos árabes de las arenas, cuyos maravillosos poetas no sabían leer ni escribir, en quienes la inspiración era un don vehemente, y que sin tinta ni cálamo ni censores formaron esta nuestra lengua árabe, la lengua por excelencia, aquella de que se ha servido el Altísimo, con preferencia a todas las demás, para dictar Sus palabras a Su Enviado (¡con él la plegaria, la paz y las más escogidas bendiciones!) ¡Amín!"

Y habiendo respondido de nuevo los invitados: "¡Amín!", dijo: "He aquí, pues, una historia entre mil de aquellos tiempos heroicos de la gentilidad:

El poeta Doreid, su carácter generoso y su amor por la célebre poetisa Tumadir de Khansa

"Cuentan que un día el poeta Doreid, hijo de Simmah, jeique de tribu de los Bani-Jucham, que vivía en la época de la gentilidad y era tan valeroso jinete como reconocido poeta, y dueño de numerosas tiendas y de buenos pastos, partió en razzia contra la tribu rival de los Bani-Firás, cuyo jeique era Rabiah, el guerrero más intrépido del desierto.

Y Doreid iba a la cabeza de una tropa de jinetes escogidos entre los mejores de la tribu. Y al desembocar en un valle del territorio enemigo de los Bani-Firás, divisó a lo lejos, en el extremo opuesto del valle, un hombre a pie que conducía una mujer montada en un camello. Y después de examinar un momento el convoy, Doreid se encaró con tino de sus jinetes y le dijo: "¡Lanza tu caballo, y dirígete a ese hombre!"

Y partió el jinete, y cuando llegó adonde pudiera hacerse oír, gritó al hombre: "¡Suelta la presa, déjame esa mujer y salva tu vida!" Y reiteró por tercera vez su intimación. Pero el hombre le dejó acercarse; luego, calmoso y plácido, sin apresurar el paso, entregó el ronzal del camello a la que él conducía, y con voz tranquila entonó este canto:

¡Oh señora, camina al paso feliz de una mujer cuyo corazón nunca ha palpitado con temor, y cuya grupa prominente se ha redondeado en la seguridad!

¡Y sé testigo de la acogida que a ese jinete va a hacer el Firacida, que jamás conoció la vergüenza de volver la espalda al enemigo!

¡He aquí una muestra de mis golpes!

Acto seguido, arremetió contra el jinete de Doreid, le desmontó de una lanzada, y al punto le tendió muerto en el polvo. Después tomó el caballo sin dueño, y tras de ofrecérselo como homenaje a su dama, saltó a la silla al primer intento, y siguió caminando como antes, sin más prisa ni más emoción...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 973ª NOCHE

Ella dijo:

...sin más prisa ni más emoción.

En cuanto a Doreid, como no viera reaparecer a su mensajero, envió a la descubierta a otro jinete. Y éste, al encontrar sin vida en el camino a su compañero, persiguió al viajero y le gritó desde lejos la intimación que le había dirigido el primer agresor. Pero el hombre hizo como si no oyera. Y el jinete de Doreid corrió tras él, lanza en ristre. Pero el hombre, sin conmoverse, entregó de nuevo a su dama el ronzal del camello, y arremetió de pronto contra el jinete, dirigiéndole estos versos:

¡He aquí que cae sobre ti la fatalidad de colmillos de hierro! ¡oh retoño de la infamia, que te pones en el camino de la mujer libre e inviolable!

¡Entre ella y tú está tu señor Rabiah, cuya ley, para un enemigo, es el hierro de su lanza, una lanza que le obedece a la perfección!

Y cayó el jinete, con el hígado traspasado, arañando la tierra con sus uñas. Y de un trago bebió la muerte. Y el vencedor prosiguió su camino sin apresurarse.

Y Doreid, lleno de impaciencia e inquieto por la suerte de sus dos jinetes, destacó a un tercer hombre con la misma consigna. Y el explorador llegó al sitio consabido y encontró a sus dos compañeros tendidos sin vida en el suelo. Y más allá divisó al extranjero, que caminaba con tranquilidad, conduciendo con una mano al camello de la dama y arrastrando perezosamente la lanza. Y le gritó: "Suelta la presa, ¡oh perro de las tribus!" Pero el hombre, sin volverse siquiera hacia su agresor, dijo a su dama: "Dirígete, amiga mía, a nuestras tiendas más próximas". Luego hizo frente de pronto a su adversario, y le gritó estos versos:

¿No viste ¡oh cabeza sin ojos! cómo se debaten en su sangre tus hermanos? ¿Y no sientes pasar ya por tu rostro el soplo de la madre de los buitres?

¿Qué crees que vas a recibir del jinete de cara ceñuda, sino el regalo de una soberbia lanzada que te vista los riñones con un traje de sangre de un hermoso color negro de cuervo?

Y así diciendo, apuntó al jinete de Doreid, y de primera intención le derribó, con el pecho atravesado de parte a parte. Pero al propio tiempo se le rompió la lanza con la violencia del choque. Y Rabiah —porque era él mismo, aquel jinete de los desfiladeros y las torrenteras—, como sabía que ya estaba cerca de su tribu, no quiso bajarse a recoger el arma de su enemigo. Y continuó su camino, sin tener por toda arma más que el asta rota de su lanza.

Pero Doreid, entretanto, asombrado de no ver volver a ninguno de sus jinetes, salió él mismo a la descubierta. Y encontró en la arena los cuerpos sin vida de sus compañeros. Y de improviso vio aparecer, al rodear un montículo, al propio Rabiah, su enemigo, con aquella arma irrisoria. Y por su parte, Rabiah reconoció a Doreid, y ante tal adversario, se arrepintió en el alma de la imprudencia que había cometido al no apropiarse la lanza de su último agresor. Sin embargo, esperó a Doreid erguido en su silla y empuñando el asta rota de su lanza.

Y de una ojeada comprendió Doreid el estado de inferioridad de Rabiah, y la grandeza de su alma le incitó a dirigir estas palabras al héroe Firacida. "¡Oh padre de los jinetes de los Bani-Firás! a hombres como tú no se los mata, ciertamente. Sin embargo, mis gentes, que baten el país, querrán vengar en ti la muerte de sus hermanos, y como estás desarmado, solo y tan joven, toma mi lanza. En cuanto a mí, me vuelvo para quitar a mis compañeros la idea de perseguirte".

Y Doreid regresó a galope junto a sus gentes, y les dijo: "El jinete ha sabido defender a su dama. Porque ha matado a nuestros tres hombres y, además, me ha enganchado la lanza. ¡En verdad que es un rudo campeón a quien no hay ni que soñar en atacar!"

Y volvieron bridas y regresaron todos, sin razzia, a su tribu.

Y pasaron los años. Y Rabiah murió, como mueren los caballeros irreprochables, en un encuentro sangriento con los de la tribu de Doreid. Y para vengarle, una tropa de Firacidas partió en nueva razzia contra los Bani-Jucham. Y cayeron inopinadamente de noche sobre el campamento, y mataron a los que mataron, e hicieron muchos cautivos, y se llevaron un botín considerable en mujeres y en bienes. Y en el número de los cautivos estaba el propio Doreid, jeique de los Juchamidas.

Y cuando llegaron a la tribu de los vencedores, Doreid, que había tenido buen cuidado de ocultar su nombre y su calidad, fue puesto, con todos los demás cautivos, bajo una guardia severa. Pero, impresionadas por su buena cara, las mujeres Firacidas pasaban y repasaban triunfadoras por delante de él, con un aire coquetón. Y de repente exclamó una de ellas: "¡Por la muerte negra! ¡vaya un acierto que habéis tenido, hijos de Firás!

¿Sabéis quién es éste?" Y acudieron los demás, y le miraron y contestaron: "¡Este es uno de los que han aclarado nuestras filas!" Y dijo la mujer: "¡Ya lo creo! ¡como que es un bravo! Precisamente él es quien regaló su lanza a Rabiah el día que se le encontró en el valle". Y arrojó su túnica, en señal de salvaguardia, sobre el prisionero, añadiendo: "Hijos de Firás, tomo a este cautivo bajo mi protección". Y se aglomeró mayor número de gente, y preguntaron su nombre al cautivo, que contestó: "Soy Doreid ben Simmah. Pero ¿quién eres tú, ¡oh señora!?"

Ella contestó: "Soy Raita, hija de Gizl El-Tián, aquella cuyo camello conducía Rabiah. Y Rabiah era mi marido".

Luego se presentó en todas las tiendas de la tribu, y se dirigió a los guerreros con este lenguaje: "Hijos de Firás, recordad la generosidad del hijo de Simmah cuando dio a Rabiah su lanza de mango largo y hermoso. Hágase bien por bien, y recoja cada cual el fruto de sus obras. Que la boca de los hombres no se llene de desprecio al contar vuestra conducta para con Doreid. Romped sus ligaduras, y pagando la indemnización, sacadle de las manos de quien le ha hecho cautivo. De no obrar así opondréis ante vosotros un acto oprobioso, que hasta el día de vuestra muerte os hará apenaros indefinidamente y arrepentiros".

Y al oírla, los Firacidas recaudaron entre sí para indemnizar a Muharrik, el jinete que había hecho cautivo a Doreid. Y Raita dio a Doreid, cuando le pusieron en libertad, las armas de su difunto esposo. Y Doreid se volvió a su tribu, y nunca más hizo la guerra a los Bani-Firás.

Y transcurrieron más años todavía. Y Doreid, viejo ya, pero siempre dotado de un alma hermosa de poeta, acertó a pasar un día a poca distancia del campamento de la tribu de los Bani-Solaim. Y en aquel tiempo vivía en aquella tribu la Solamida Tumadir, hija de Amr, conocida en toda Arabia por el sobrenombre de El-Khansa, y admirada por su maravilloso talento poético.

Y en el momento en que Doreid pasaba por junto a su tribu, la bella Solamida estaba ocupada en embrear una piel de camella de su padre. Y como el sitio estaba retirado, el calor era mucho y no pasaba nadie por allí, Tumadir se había quitado la ropa, y trabajaba casi enteramente desnuda. Y Doreid, escondido, la observaba y la examinaba sin que ella lo sospechase. Y maravillado de su belleza, improvisó los versos siguientes:

¡Id ¡oh amigos míos! a saludar a la bella Solamida Tumadir, y saludad de nuevo a mi linda gacela de noble origen!

¡Jamás, en nuestras tribus, vióse de frente o de espaldas tan arrebatadora curtidora de pieles!

¡Rostro arrebatador, del más admirable modelado, hermoso como el frente de nuestras estatuas de oro; rostro al que adorna la riqueza de una cabellera semejante a la cola brillante de los sementales de alta nobleza!

¡Opulenta, rica cabellera! ¡Abandonada a sí misma negligentemente, flota en largas cadenas espejeantes; peinada y arreglada, se dirían hermosos racimos lustrados por una lluvia fina!

¡Dos cejas de dulce curvatura, dos líneas impecables trazadas por el cálamo de un sabio, soberbias coronas encima de dos ojos grandes de antílope!

¡Mejillas dulcemente modeladas a las que aviva una ligera púrpura, aurora aparecida en un campo de tenue blanco perla!

¡Una boca a la que hace florecer la gracia, fuente de suavidad, sobre dientes de estrías imperceptibles, perlas puras, pétalos de jazmín humedecidos de miel perfumada!

¡Un cuello blanco cual la plata en la mina, ondulante, erguido sobre un pecho comparable a los pechos magníficos de nuestras estatuas de marfil!

¡Dos brazos llenos de carne firme, deliciosos de robustez; dos antebrazos en los que no se adivina el hueso, en los que no se tocan venas; falanges y dedos que ruborizarían de envidia a los dátiles en las ramas!

¡Un vientre lujuriante, de pliegues delicados y juntos, como el papel plegado en dobleces menudos, y dispuestos en torno del ombligo, cajita de marfil donde se guardan los perfumes!

¡La espalda! ¡Qué gracioso surco el de esta espalda que termina en un talle tan esbelto, ¡oh, sí! tan frágil, que ha sido preciso todo el poder de la divinidad para mantener sujeta a él esa grupa tan considerable!

¡Hela aquí! ¡magnífica muchacha a quien, cuando se levanta, la obligan a sentarse sus pesadas caderas, y cuando se sienta, su grupa opulenta rebota y la obliga a ponerse de pie! ¡Oh! ¡qué dos montículos tan encantadores y arenosos!

¡Y todo esto lo soportan dos columnas de gloria muy erguidas, bien torneadas, tallos de perlas sobre dos tallos de papiro finamente aterciopelados por un vello moreno, y todo pesa sobre dos piececitos maravillosos, afilados y finos cual dos lindas puntas de lanza!

¡Oh! ¡gloria a la divinidad! ¿Cómo dos bases tan delicadas tienen fuerza para soportar todo el conjunto de arriba?

¡Id ¡oh amigos míos! a saludar a la bella Solamida Tumadir, y saludad de nuevo a mi linda gacela de noble origen!

Y al día siguiente, el noble Doreid, acompañado de los notables de su tribu, fue, con gran aparato, en busca del padre de Tumadir, y le rogó que se la diera en matrimonio. Y el viejo Amr, sin hacer esperar su respuesta, dijo al jinete poeta: "Mi querido Doreid, no se rechazan las proposiciones de hombre tan generoso como tú; no se rehúsan los deseos de jefe tan honrado como tú; no se da en el hocico a un semental como tú. Pero debo decirte que mi hija Tumadir tiene en la cabeza ciertas ideas, ciertas maneras de ver...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 974ª NOCHE

Ella dijo:

"...no se da en el hocico a un semental como tú. Pero debo decirte que mi hija Tumadir tiene en la cabeza ciertas ideas, ciertas maneras de ver... Y se trata de ideas y maneras de ver que por lo general no tienen las demás mujeres. Y yo siempre la dejo en libertad de obrar como le plazca, porque mi Khansa no es como las demás mujeres. Voy, pues, a hablarle de ti lo más elogiosamente que pueda, te lo prometo; pero no respondo de su consentimiento que dejo a su albedrío".

Y Doreid le dio las gracias por lo que se prestaba a hacer; y Amr entró al cuarto de su hija, y le dijo: "Khansa: un valeroso jinete, un noble personaje, jefe de los Bani-Jucham, hombre venerado por su gran edad y su heroísmo, Doreid, en fin, el noble Doreid, hijo de Simmah, de quien conoces odas guerreras y hermosos versos, viene a mi tienda para pedirte en matrimonio. Se trata, hija mía, de una alianza que nos honra. Aparte esto, no he de influir en tu decisión".

Y Tumadir contestó: "Padre mío, déjame algunos días de plazo para que, antes de contestar, pueda consultar conmigo misma".

Y el padre de Tumadir volvió ante Doreid, y le dijo: "Mi hija Khansa desea esperar un poco antes de dar una respuesta definitiva. Espero, sin embargo, que aceptará tu alianza. Ven, pues, dentro de unos días". Y Doreid contestó: "Conforme, ¡oh padre de los héroes!" Y se retiró a la tienda puesta a su disposición.

Y he aquí que, en cuanto se alejó Doreid, la bella Solamida mandó que le siguiera los pasos una de sus servidoras, diciéndole: "Ve a vigilar a Doreid, y síguele cuando se separe de las tiendas para hacer sus necesidades. Y mira bien el chorro, y fíjate en la fuerza que tiene y en la huella que deje en la arena. Y por ello juzgaremos si se halla todavía con vigor viril".

Y la servidora obedeció. Y fue tan diligente, que al cabo de algunos instantes estaba de vuelta junto a su ama, y le dijo estas simples palabras: "Hombre inservible".

Al expirar el plazo pedido por Tumadir, Doreid volvió a la tienda de Amr para saber la respuesta. Y Amr le dejó en la parte de la tienda reservada a los hombres, y entró en el aposento de su hija, y le dijo:

"Nuestro huésped espera tu decisión. Khansa mía, y lo que hayas resuelto". Y ella contestó: "He consultado conmigo misma, y he resuelto no salir de mi tribu. Porque no quiero renunciar a unirme con alguno de mis primos, jóvenes hermosos cual hermosas y largas lanzas, por casarme con un Juchamida viejo como Doreid, con el cuerpo extenuado, que de hoy a mañana rendirá su menguada alma. ¡Por el honor de nuestros guerreros! prefiero envejecer virgen a ser mujer de un viejo helado".

Y Doreid, que estaba en la tienda, del lado de los hombres, oyó la despreciativa respuesta, y se impresionó cruelmente. Y por orgullo, no dejó traslucir sus sentimientos, y despidiéndose del padre de la bella Solamida, partió camino de su tribu.

Pero se vengó de la cruel con la sátira siguiente:

¡Declaras, querida mía, que Doreid es viejo, demasiado viejo! ¿Acaso te había él dicho que naciese ayer?

¡Anhelas tener por marido ¡oh Khansa! —y en verdad que haces bien — a un jayán de piernas patosas que, por la noche, sepa maniobrar en el estiércol de los rebaños!

¡Sí; que nuestras divinidades, hija mía, te preserven de maridos como yo! ¡Porque yo soy y hago otra cosa!

¡Sabido es, en efecto, quién soy, y que si mi mano está fuerte, es para tareas mucho más serias!

¡Sabido es por doquiera que, en las grandes crisis, ni me encadena la lentitud ni me arrebata la precipitación, y que en toda ocasión tengo prudencia y cordura!

¡Sabido es por doquiera que, en mi tribu, por respeto a mí, nadie pregunta al huésped que alojo, y a mis protegidos jamás se les inquieta en sus noches!

¡Sabido es, finalmente, que, en los meses famélicos de sequía, cuando las mismas nodrizas se olvidan de sus mamones, mis tiendas rebosan comida y mi hogar chisporrotea!

¡Guárdate, pues, de tomar un marido como yo y de hacer hijos como yo!

¡Tú, oh Khansa, anhelas tener por marido —y en verdad que haces bien— a un jayán de piernas patosas que, por la noche, sepa maniobrar en el estiércol de los rebaños!

¡Porque declaras, querida mía, que Doreid es viejo, demasiado viejo! ¿Acaso te había él dicho que naciese ayer?

Cuando se difundieron estos versos por las tribus, de todas partes aconsejaron a Tumadir que aceptara por marido a aquel Doreid de mano generosa, de fantasía sin par. Pero ella no volvió de su acuerdo.

Acaeció, entretanto, que en un encuentro sangriento con la tribu enemiga de los Murridas, un hermano de Tumadir, el valeroso jinete Moawiah, pereció a manos de Haschem, jefe de los Murridas y padre de la bella Asma, a la que en otra ocasión había ofendido aquel mismo Moawiah. Y precisamente aquella muerte de su hermano la deploró Tumadir en el canto fúnebre, cuyo aire se salmodiaba con el compás del primer bordón y en la tónica de la cuerda del dedo anular:

¡Llorad, ojos míos; verted lágrimas inagotables! ¡Ay! ¡la que vierte estas lágrimas llora a un hermano que ha perdido! ¡En adelante, entre ella y él, estará el velo que ya no se descorre, la tierra reciente de la tumba!

¡Oh hermano mío! ¡partiste para la acequia de cuya agua gustarán todos un día la amargura! ¡Marchaste puro allí, diciendo: "Más vale morir: la vida no es más que un vuelo de abejorros sobre la punta de una lanza!"

¡Mi corazón recuerda, ¡oh hijo de mi padre y de mi madre! y me abato como la hierba en estío! ¡Me encierro en la consternación!

¡Ha muerto el que era escudo de nuestras tribus y sostén de nuestra casa; ha partido para una calamidad! ¡Ha muerto el que era faro y modelo de los hombres más valientes; quien era para ellos como las hogueras encendidas, como las cimas de las montañas!

¡Ha muerto el que montaba en yeguas preciosas, deslumbrando con sus vestiduras! ¡El héroe de largo tahalí, que era rey de nuestras tribus, cuando aún estaba imberbe, el joven lleno de valentía y de hermosura!

¡Mi hermano, el de las dos manos generosas, la propia mano de la generosidad! ¡Ya no existe! ¡Está en la tumba, frío, encerrado bajo la roca y la piedra!

Decid a su yegua Alwa la de pecho admirable: "Llora, gime por las carreras vagabundas: ¡ya no te cabalgará tu dueño!"

¡Oh hijo de Amr! ¡la gloria galopaba a tu lado cuando en el fragor de la batalla se alzaba hasta los muslos tu larga cota de armas!

¡Cuando la llama de la guerra hacía a los hombres herirse cuerpo a cuerpo, y tus hermanos y tú pasabais, caballo contra caballo, como vampiros y buitres montados por demonios! ¡Ciertamente, despreciabas la vida en días de combate, cuando despreciar la vida es más grande y digno de recuerdo!

¡Cuántas veces te precipitaste contra los torbellinos erizados de cascos de hierro y bastardos de dobles cotas de malla, impasible en medio de horrores sombríos como los tintes bituminosos de la tormenta!

¡Fuerte y arrojado, como un mástil de Rudaina, brillabas en toda tu juventud, con tu talle semejante a un brazalete de oro! ¡Cuando a tu alrededor, en medio del desorden de las batallas, la muerte arrastra en la sangre los bordes de tu manto!

¡Cuántos caballos precipitaste sobre los escuadrones enemigos, ¡oh hermano mío! mientras la roja apisonadora de las batallas rodaba terriblemente sobre los más bravos de ambos campos!

¡Tú echabas entonces la orla de tu resplandeciente cota de malla sobre tu corcel, a quien se le saltaban las entrañas y le sonaban en los flancos!

¡Tú animabas a las lanzas, excitándolas a confundir sus relampagueos, cuando iban a hundirse hasta el fondo de los riñones en las entrañas de los guerreros!

¡Tú eras el tigre enardecido que se lanza a la refriega en medio de la tormenta, armado con las dobles armas de sus dientes y sus uñas!

¡Cuántas cautivas desoladas y felices has conducido delante de ti, como rebaños de hermosos antílopes conmovidos por las primeras gotas de lluvia! ¡Cuántas bellas y blancas mujeres salvaste por la mañana, a la hora de la pelea, cuando erraban, con el velo en desorden, enloquecidas de horror y de espanto!

¡Cuántas desgracias nos evitaste, desgracias cuyo solo aspecto terrible o relato habría hecho abortar a las mujeres encinta! ¡Cuántas madres se hubiesen quedado sin hijos si tu sable no hubiese estado allí!

¡Y también ¡oh hermano mío! cuántas rimas de combate cantaste sin esfuerzo en el tumulto, penetrantes como el hierro de la lanza, y que vivirán por siempre entre nosotros!

¡Ah! ¡muerto el generoso hijo de Amr, que se apaguen las estrellas, que anule el sol sus rayos! ¡Él era nuestro sol y nuestra estrella!

Ahora que ya no existes, hermano mío, ¿quién recogerá al extranjero cuando del Norte lúgubre soplen los vientos sibilantes que suenan en los ecos?

¡Ay, a aquel que os alimentaba con sus rebaños, ¡oh viajeros! y os protegía con sus armas, le pusisteis y dejasteis en el polvo donde cavasteis su fosa, le dejasteis en la morada terrible, en medio de estacas puestas en hilera! ¡Y arrojáronse sobre él ramajes sombríos de salamah!

¡Entre las tumbas de nuestros antepasados, sobre las cuales ya hace mucho tiempo que pasan los años y los días!

¡Oh hermano mío, hijo del más hermoso de los Solamidas! ¡qué dolor tan lancinante es para mí tu pérdida, que extingue mi resolución y mi valor!

La mehara que, privada de su recién nacido, da vueltas en torno al simulacro que le fingen para engañar su ternura, lanzando quejas y gritos de angustia, que va y busca, ansiosa, por todos lados; que ya no ramonea en los pastos cuando despierta su recuerdo; que ya no tiene más que gemidos y saltos medrosos, no da más que una débil imagen del dolor que me abruma, ¡oh hermano mío!

¡Oh! ¡jamás cesarán mis lágrimas por ti, jamás se interrumpirán mis sollozos y mis acentos de dolor! ¡Llorad, ojos míos; verted lágrimas inagotables!

Y precisamente con motivo de este poema, el poeta Nabigha El-Dhobiani y los demás poetas reunidos en la feria mayor de Okaz para la recitación anual de sus poesías ante todas las tribus de Arabia, fueron interrogados acerca del mérito de Tumadir El-Khansa, y contestaron con unanimidad: "¡Supera en poesía a los hombres y a los genn!"

Y Tumadir vivió después de la predicación del Islam bendito en Arabia. Y en el año ocho de la hégira de Sidna-Mahomed (con Él la plegaria y la paz) fue con su hijo Abbas, que entonces era jefe supremo de los Solamidas, a someterse al Profeta, y se ennobleció con el Islam. Y el Profeta la trató con honores, y quiso oírla recitar sus versos, aunque no apreciaba a los poetas. Y la felicitó por su inspiración poética y por su fama. Y por cierto que repitiendo un verso de Tumadir fue cómo dejó ver que no sentía la medida prosódica. Porque falseó la extensión de aquel verso, transportando a otro las dos últimas palabras. Y el venerable Abu-Bekh, que escuchaba esta ofensa a la regularidad métrica, quiso rectificar la posición de las dos últimas palabras trastrocadas; pero el Profeta (con Él la plegaria y la paz) le dijo: "¿Qué importa? Es lo mismo". Y Abu-Bekr contestó: "En verdad ¡oh Profeta de Alah! que justificas por completo estas palabras que Alah te ha revelado en su santo Korán: "No hemos enseñado a nuestro Profeta la versificación: no la necesita. ¡El Korán, lectura sencilla y clara, es la enseñanza!".

"¡Pero Alah es más sabio!".

Luego dijo el joven a sus oyentes: "He aquí otro rasgo admirable de la vida de nuestros padres árabes de la gentilidad". Y dijo:

El poeta Find y sus dos hijas guerreras, Ofairah los soles y Hozeilah las lunas

"Hemos llegado a saber que el poeta Find, cuando era centenario y jefe de la tribu de los Bani-Zimmán, rama de la gran tribu de los Bekridas, del tronco primero de los Rabiah, tenía dos hijas jóvenes, que se llamaban, la mayor, Ofairah los Soles, y la menor, Hozeilah las Lunas. Y en aquel tiempo, la tribu entera de los Bekridas estaba en guerra con los Thaalabidas, numerosos y poderosos. Y a pesar de su mucha edad, se consideró a Find digno, por ser el jinete más afamado de su tribu, de que sus compañeros le enviaran a la cabeza de setenta jinetes, por todo contingente, con objeto de agregarse a la expedición general de los Bekridas. Y sus hijas, las dos jóvenes, se contaban entre los setenta. Y el mensajero que fue a anunciar a la asamblea general de los Bekridas la llegada del contingente de guerra de los Bani-Zimmán, dijo a aquellos a quienes le enviaban: "Nuestra tribu os envía un contingente de mil guerreros, más setenta jinetes".

Con esto quería decir que Find, por sí solo, valía tanto como un ejército de mil hombres.

Luego, cuando estuvieron reunidos todos los contingentes de las tribus bekridas, se desencadenó la guerra como un huracán. Y entonces fue cuando se libró aquella batalla, célebre en todas las memorias, que se llamó la Jornada de la tala de los tupés, a causa de la enorme humillación que hicieron sufrir los Bekridas vencedores a sus prisioneros, cortándoles el tupé antes de enviarlos, libres, a mostrar su derrota a sus hermanos de las tiendas thaalabidas. Y en aquella batalla memorable fue precisamente donde se acreditaron para siempre las dos hijas de Find, revoltosas, impetuosas, heroínas de la jornada...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 975ª NOCHE

Ella dijo:

Y en aquella batalla memorable fue precisamente donde se acreditaron para siempre las dos hijas de Find, revoltosas, impetuosas, heroínas de la jornada. Porque en lo más reñido del combate, y cuando parecía incierto el éxito, las dos jóvenes saltaron de pronto al suelo desde sus caballos, se desnudaron en un abrir y cerrar de ojos, y arrojando a lo lejos trajes y cotas de malla, se precipitaron, con los brazos hacia adelante, una en medio del ala derecha del ejército bekrida, y la otra en medio del ala izquierda, estremecidas y enteramente desnudas, conservando sólo en la cabeza sus ornamentos de color verde. Y cada cual clamó con toda su voz en la refriega un canto de guerra improvisado, que desde entonces se canta con el ritmo ramel pesado y en la tónica de la cuerda media del tetracordio, faltando el segundo ritmo medido sordamente por el aff.

He aquí primero el canto de Ofairah los Soles:

¡Al enemigo! ¡al enemigo! ¡al enemigo!

¡Encended la batalla, hijos de Bekr y de Zimmán, azuzad la pelea!

¡Las alturas están inundadas de escuadrones salvajes!

¡Adelante, pues! ¡al enemigo al enemigo!

¡Honores, honores a quien esta mañana se vista con el manto rojo!

¡Vamos, guerreros nuestros!

¡Caed sobre ellos, y os abrazaremos con toda la fuerza de nuestros brazos!

¡Aseméjense las heridas, anchurosas, a la abertura del vestido de una loca furiosa!

¡Y os preparemos una cama con muelles cojines!

¡Pero, si retrocedéis, huiremos de vosotros como de hombres indignos de amor!

¡Adelante, pues! ¡al enemigo, al enemigo!

¡Adelante, y honor a los hijos de Bekr y de Zimmán!

¡Encended la batalla, azuzad la pelea!

¡Matad y vivid, hijos de mi raza! ¡Adelante!

Y he aquí el canto de guerra clamado por la cólera de Hozeilah las Lunas para exaltar el ardor de los que rodeaban el pendón de los Bani-

Zimmán, junto a su padre Find, que había cortado los jarretes de su camello para estar seguro de no retroceder un paso:

¡Valor, hijos de Zimmán; valor, nobles Bekridas;
Herid, herid con vuestros sables cortantes!
¡Sacudid sobre sus cabezas las mil teas de la guerra roja!
¡Degollemos, degollemos a todos!
¡Valor, defensores de vuestras mujeres!
¡Somos las hijas hermosas de la estrella de la mañana;
El almizcle perfuma nuestras cabelleras, las perlas nos adornan el cuello!
¡Degollad, degollad a todos!
¡Y os estrecharemos en nuestros brazos!
¡Valor, valor, heroicos jinetes de Rabiah!
¡Al más bravo de vosotros le sacrificaré mi flor virginal!
¡Caed sobre el enemigo! ¡Para el más bravo será Hozeilah las Lunas!
¡Degollad, degollad a todos!
¡Pero a los cobardes que retrocedan les desdeñaremos.
Con ese desdén de los labios y del corazón que acompaña al desprecio!
¡Herid, pues, con vuestros sables cortantes!
¡Que su sangre sirva de alfombra a nuestros pies!
¡Degollad a todos, herid con vuestros sables cortantes!
¡Degollad a todos!

Y al oír aquel doble canto de muerte, nuevo entusiasmo hizo hervir el ardor de los Bekridas, redobló el encarnizamiento, y la victoria fue para ellos decisiva y definitiva.

Y así es cómo se batían nuestros padres de la gentilidad. ¡Y así es cómo se portaban sus hijas! ¡Que los fuegos de la gehenna no sean para ellos demasiado crueles!"

Luego el joven dijo a sus oyentes exaltados: "Escuchad ahora la Aventura amorosa de la princesa Fatimah con el poeta Murakisch, que también vivían en la época de la gentilidad".

Y dijo:

Aventura amorosa de la princesa Fatimah con el poeta Murakisch

"Cuentan que Nemán, rey de Hirah, en el Irak, tenía una hija llamada Fátimah, que era tan bella como ardiente. El rey Nemán, que conocía el temperamento poco tranquilizador de la joven princesa, había tenido la precaución de tenerla encerrada en un palacio retirado para prevenir un deshonor sobre su raza o una calamidad. Y también había tenido cuidado, en honor a su hija y por prudencia al mismo tiempo, de hacer vigilar día y noche alrededor del palacio a guardias armados. Y nadie más que la doncella de la princesa tenía derecho a entrar en aquel asilo conservador de la virtud de Fátimah. Y por un exceso de prudencia y desconfianza, a diario, a la caída de la noche, se arrastraban por tierra grandes mantas de lana alrededor del palacio, a fin de igualar y alisar la superficie arenosa del suelo para que desapareciese la huella de los piececitos de la joven que servía a la princesa, y también para reconocer al día siguiente si había dejado huellas algún tunante al acecho de aventuras.

Y he aquí que la bella cautiva subía varias veces al día a lo alto de su claustro forzado, y desde allí miraba de lejos a los transeúntes, y suspiraba. Y un día, por aquel procedimiento, vio a su doncellita, que se llamaba Ibnat-Ijlán, charlando con un joven de buen aspecto. Y acabó por saber de boca de la joven que aquel joven de quien la muchacha estaba enamorada era el célebre poeta Murakisch, y que ya había ella gozado de su amor muchas veces. Y la doncella, que era en verdad hermosa y vivaracha, elogió a su señora la belleza y la magnífica cabellera del poeta, y en términos tan exaltados, que la ardiente Fátimah deseó apasionadamente verle y gozarle a su vez, al igual de su doncella. Pero primero, con su delicadeza refinada de princesa, quiso asegurarse de si el hermoso poeta era de buena familia. Y con ello precisamente daba prueba de saber portarse como verdadera árabe de alto linaje que era. Y así se distinguió de su doncella, menos noble que ella, y por tanto, menos escrupulosa y menos exigente.

A tal fin, pues, la princesa recluida exigió una prueba, decisiva a su entender. Porque, cuando habló con la joven respecto a las probabilidades de que entrase el poeta en el castillo, acabó por decirle: "¡Escucha! Cuando mañana esté contigo el joven, preséntale un mondadientes de madera aromática y un pebetero en el que echarás un poco de perfume. Y después dile que se ponga de pie encima del pebetero para perfumarse. Si se sirve del mondadientes sin cortarlo ni deshacer un poco la punta, o si se niega a admitirlo, es un hombre vulgar, sin delicadeza. Y si se coloca encima del pebetero o si lo rechaza, también será un cualquiera. Y por muy gran poeta que sea, un hombre que no conoce la delicadeza no es digno de las princesas".

Así es que al día siguiente, cuando fue en busca de su enamorado, no dejó la joven de hacer la experiencia. Porque tras de colocar un pebetero encendido en medio de la habitación, y de echar en él perfume, dijo al joven: "¡Acércate para perfumarte!"

Pero el poeta no se molestó, y contestó: "Tráeme el pebetero, junto a mí". Y la joven así lo hizo; pero el poeta no puso el pebetero debajo de sus ropas, y se contentó con perfumarse solamente la barba y la cabellera. Tras de lo cual, aceptó el mondadientes que le presentaba su amante, y después de cortarlo y tirar un pedacito, hizo de la punta un pincel flexible, y se frotó con él los dientes y se perfumó las encías. Hecho esto, sucedió entre él y la joven lo que sucedió.

Y cuando la pequeñuela volvió al palacio vigilado, contó a su impetuosa señora el resultado de la prueba. Y Fátimah dijo al punto: "¡Tráeme a ese noble árabe! Y date prisa".

Pero los guardianes eran severos y estaban armados y en continuo acecho. Y cada mañana, los adivinos del rey Nemán, padre de la princesa, iban a aquellos lugares para ver y reconocer las huellas de pies impresas en la arena. Y se volvían los adivinos para decir a su señor: "¡Oh rey del tiempo! esta mañana no hemos encontrado otra impresión que la de los piececitos de la joven Ibnat-Ijlán".

Pero ¿qué hizo la maligna doncella de la princesa para introducir consigo al poeta sin traicionar su paso? Helo aquí. La noche fijada por su señora, fue en busca del joven, y sin vacilar, se le cargó a la espalda, le sujetó fuertemente pasándole por la cintura un manto que se anudó luego ella por delante, y así introdujo, sin peligro de descubrirse, al seductor en el aposento de la seducida.

Y el poeta pasó con la vehemente hija del rey una noche bendita, noche de blancura, de dulzura y de calentura. Y salió con el alba, de la misma manera que había entrado, es decir, a espaldas de la joven.

Pero ¿qué sucedió por la mañana? Pues que los adivinos del rey, como todas las mañanas, fueron a examinar los pasos señalados en la arena. Luego fueron a decir al rey, padre de la princesa: "¡Oh señor nuestro! esta mañana no hemos notado más que las huellas de los piececitos de Ignat-Ijlán. Pero esta joven ha debido engordar considerablemente en palacio, pues la impresión de sus pies en la arena es más profunda".

Y el caso es que las cosas continuaron lo mismo durante algún tiempo, amándose con reciprocidad ambos jóvenes, transportando al amante la doncella, y hablando de gordura los adivinos. Y no habría razón para que cesase aquel estado de cosas, si el poeta no hubiese destruido con sus manos su dicha.

En efecto, el hermoso Murakisch tenía un amigo muy querido, al que nunca rehusaba nada. Y como le pusiera al corriente de su singular aventura, aquel joven deseó con insistencia ser introducido de la propia manera ante la princesa Fátimah y hacerse pasar por Murakisch en persona, merced a las tinieblas de la noche y a su semejanza de estatura y de modales con su amigo. Y Murakisch se dejó vencer por las instancias del joven, y prestó su consentimiento por juramento. Y llegada que fue la noche, el amigo se montó a espaldas de la joven, y fue introducido en el cuarto de la princesa.

Y en la oscuridad empezó lo que debía empezar. Pero al punto, a despecho de las tinieblas, la experta Fátimah advirtió la sustitución, notando blandura donde antes había dureza, y tibieza donde antes había ardor abrasador, y pobreza donde antes había abundancia. Y levantándose en aquella hora y en aquel instante, rechazó al intruso con un desdeñoso puntapié y mandó que le recogiese su doncella, la cual le transportó afuera por el medio de transporte acostumbrado...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 976ª NOCHE

Ella dijo:

...y mandó que le recogiese su doncella, la cual le transportó afuera por el medio de transporte acostumbrado.

Y desde entonces el poeta fue despedido por la hija del rey, que nunca consintió en perdonarle su traición. Y para desahogar su dolor y sus penas, compuso él la kásidah siguiente:

¡Adiós, hermana Bekrida! ¡Y quede a tu lado la dicha, a pesar de mi marcha!

¡Ay! ¡antes, por lo menos, desgraciado Murakisch, tu Fátimah encantaba tus noches y apuñalaba tu corazón con su talle elegante como la rama del nabk, y con su andar cadencioso como el del avestruz!

Con su talle y con su andar y con su belleza límpida cual el agua de los estanques.

Con su belleza y con sus lindos dientes límpidos, humedecidos de fresca saliva, que parecía rocío puro, y con sus mejillas bruñidas y lisas como una capa de plata; y con sus manos bonitas y sus brazaletes; ¡y con las ondas negras de sus cabellos, ella daba encanto a tus noches, haciendo palpitar tu corazón!

¡Ay! ¡llegó el adiós! ¡Y se ha desvanecido todo!

¡Por el capricho de un amigo ¡oh generoso Murakisch! dejaste que se desvaneciera todo! ¡Muérdete las manos de desesperación, y corta con tus dientes tus diez dedos, por culpa del capricho de un dichoso amigo!

¡Ay! ¡se ha desvanecido todo, y no es un sueño, porque estás despierto, y los sueños son hermosas ilusiones del que duerme, y te están vedados para siempre jamás!

Y el poeta Murakisch se cuenta entre los que murieron de amor".

Luego dijo el joven a sus oyentes: "Antes de llegar a los tiempos islámicos, escuchad esta historia del rey de los Kinditas y su esposa Hind".

Y dijo:

LA VENGANZA DEL REY HOJJR

"Se nos ha transmitido por los relatos de nuestros antiguos padres que el rey Hojjr, jefe de las tribus kinditas, y padre de Imrú Ul-Kais, el poeta más grande de la gentilidad, era el hombre más temido entre los árabes por su ferocidad y su temeridad intrépida. Y tan severo era hasta con los individuos de su propia familia, que su hijo, el príncipe Imrú Ul-Kais, tuvo que huir de las tiendas paternas, a fin de dar libre curso a su genio poético. Porque el rey Hojjr consideraba que ostentar públicamente el título de poeta era para su hijo una derogación de la nobleza y de la alteza de su linaje.

Y he aquí que, cuando el rey Hojjr estaba un día lejos de su territorio, de expedición guerrera contra la tribu disidente de los Bani-Assad, acaeció que sus antiguos enemigos los Kodaidas, mandados por Ziad, invadieron de pronto en razzia sus tierras, se llevaron un botín considerable, enormes provisiones de dátiles secos, una porción de caballos, de camellos y de acémilas, y numerosas mujeres y muchachas kinditas. Y entre las cautivas de Ziad se encontraba la mujer más amada del rey Hojjr, la bella Hind, joya de la tribu.

Así es que, en cuanto tuvo noticia de aquel acontecimiento, Hojjr volvió sobre sus pasos a la carrera, con todos sus guerreros, y se dirigió al lugar donde pensaba encontrarse con su enemigo Ziad, el raptor de Hind. Y, en efecto, no tardó en llegar a poca distancia del campo de los Kodaidas. Y al punto envió a dos espías muy duchos, llamados Saly y Sadús, para reconocer el terreno y procurarse el mayor número posible de informes respecto a la tropa de Ziad.

Y los dos espías lograron introducirse en el campamento sin ser reconocidos. E hicieron preciosas observaciones acerca de la cuantía del enemigo y la disposición del campo. Y después de algunas horas pasadas en inspeccionarlo todo, el espía Saly dijo a su compañero Sadús: "Todo lo que acabamos de ver me parece suficiente como nociones e informes respecto a los proyectos de Ziad. Y voy a poner al rey Hojjr al corriente de lo que hemos presenciado". Pero Sadús contestó: "Yo no me voy hasta que no tenga detalles todavía más importantes y más precisos". Y se quedó solo en campamento de los Kodaidas. En cuanto cerró la noche, unos hombres de Ziad fueron a hacer la guardia junto a la tienda de su jefe, y se apostaron en grupos de acá para allá. Y temiendo ser descubierto, Sadús, el espía de

Hojjr, tuvo un golpe de audacia, y valientemente dio un manotazo en el hombro a un guardia que acababa de sentarse en tierra como los demás, y le apostrofó con acento imperativo, diciéndole: "¿Quién es el que se encuentra en el interior de la tienda?" A lo que el guardia respondió: "Es mi señor, el gran Ziad con su bella cautiva Hind".

Tras estas palabras, Sadús desvaneció al guardia y hallando el camino libre se acercó a la tienda. Y he aquí que enseguida oyó hablar dentro de la tienda. Y era la voz del propio Ziad, que poniéndose al lado de su bella cautiva Hind, la besaba y jugueteaba con ella. Y entre otras cosas, Sadús oyó el diálogo siguiente. La voz de Ziad dijo: "Dime, Hind, ¿qué crees que haría tu marido Hojjr si supiera que en este momento estoy a tu lado, de dulce charla?"

Y contestó Hind: "¡Por la muerte! correría sobre tu pista como un lobo, y no interrumpiría su carrera hasta llegar hasta las tiendas rojas, hirviente, lleno de cólera y de rabia, impaciente de venganza, echando espuma por la boca como un camello que de camino comiese hierbas amargas".

Y al oír estas palabras de Hind, Ziad sintió celos, y dando una bofetada a su cautiva, le dijo: "¡Ah! ya te comprendo. Te gusta Hojjr, ese fiero animal, le amas, y quieres humillarme". Pero Hind protestó vivamente, diciendo: "Por nuestros dioses Lat y Ozzat, juro que jamás he detestado a un varón como detesto a mi esposo Hojjr. Pero puesto que me interrogas, ¿por qué ocultarte mi pensamiento? En verdad que nunca vi hombre más vigilante y más circunspecto que Hojjr, lo mismo cuando duerme que cuando vela".

Y Ziad le preguntó: "¿Cómo es eso? Explícate". Entonces dijo Hind: "Escucha. Cuando Hojjrs está bajo el poder del sueño, tiene un ojo cerrado, pero el otro abierto, y la mitad de su ser está despierto. Y es esto tan verdad, que una noche entre las noches, mientras dormía él a mi lado y yo velaba su sueño, he aquí que una serpiente negra apareció de pronto debajo de la estera, y fue derecha a su rostro. Y Hojjr, sin dejar de dormir, desvió instintivamente la cabeza. Y la serpiente se le deslizó hacia la palma abierta de la mano. Y Hojjr cerró la mano al punto. Entonces la serpiente, molesta, se encaminó a un pie que tenía estirado. Pero Hojjr siempre dormido, encogió la pierna y subió el pie. Y la serpiente, desorientada, no supo adónde ir, y se decidió a arrastrarse hasta un tazón de leche que Hojjr me recomendaba que de continuo tuviera lleno junto a su lecho. Y una vez que llegó al tazón, la serpiente se sorbió vorazmente la leche y luego la vomitó en el tazón.

Y al ver aquello, pensaba yo, regocijándome en el alma: "¡Qué suerte tan inesperada! Cuando Hojrr despierte, se beberá esa leche, envenenada ahora, y morirá al instante. ¡Ah! voy a verme libre de ese lobo". Y al cabo de cierto tiempo, se despertó Hojjr, sediento y pidiendo leche. Y tomó de mis manos el tazón; pero tuvo cuidado olfatear primero el contenido. Y he aquí que le tembló la mano, y el tazón cayó y se volcó. Y se salvó él. Así lo hace todo, en cualquier circunstancia. Lo piensa todo, lo prevé todo, y jamás está desprevenido".

Y Sadús el espía oyó estas palabras; luego ya no percibió nada de lo que se decían Ziad e Hind, a no ser el ruido de sus besos y suspiros. Entonces levantóse sigilosamente y se evadió. Y una vez fuera del campamento, caminó a buen paso, y antes del alba estuvo junto a su señor Hojjr, a quien contó cuanto había visto y oído. Y terminó su relato diciendo: "Cuando los dejé, Ziad tenía la cabeza apoyada en las rodillas de Hind; y jugueteaba con su cautiva, que le correspondía placentera".

Y al oír estas palabras, Hojjr hizo rugir en su pecho un suspiro ruidoso, y poniéndose en pie...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 977ª NOCHE

Ella dijo:

...Y al oír estas palabras, Hojjr hizo rugir en su pecho un suspiro ruidoso, y poniéndose en pie, dio la voz de marcha y de ataque inmediato al campo kodaida. Y todos los escuadrones de los Kinditas se pusieron en marcha. Y cayeron de improviso sobre el campamento de Ziad. Y se entabló una refriega furiosa. Y no tardaron los Kodaidas de Ziad en ser arrollados y puestos en fuga. Y su campamento, tomado por asalto, fue saqueado y quemado. Y se mató a los que se mató, y se esparció en el viento el furor de lo que quedaba.

En cuanto a Ziad, le advirtió Hojjr entre la muchedumbre cuando trataba de atraer de nuevo hacia la lucha a los que huían. Y chillando y aullando, Hojjr cayó sobre él como ave de rapiña, le cogió a brazo cuando pasaba en su caballo, y levantándole en el aire, le tuvo así un momento a pulso, golpeándole luego contra el suelo, y le molió los huesos. Y le cortó la cabeza y la colgó a la cola de su caballo.

Y satisfecha su venganza respecto a Ziad, se dirigió a Hind, a quien había recuperado. Y la ató a dos caballos, fustigándolos y haciéndolos galopar, despedazó a la traidora se sobrepone a su hambre en una noche de festín; vigilante, no duerme nunca en noche de peligro; hospitalario, ha establecido su morada muy cerca de la plaza pública para recoger viajeros. ¡Oh! ¡cuán grandioso y hermoso es, cuán encantador! Tiene la piel suave y blanca, como una seda de conejo que os cosquillea deliciosamente. Y el perfume de su aliento es el aroma leve del zarnab. Y no obstante su fuerza y poderío, obro a mi antojo con él".

La sexta dama yemenita, por último, sonrió dulcemente y dijo a su vez: "¡Oh! mi marido es Malik Abu-Zar, el excelente Abu-Zar, conocido de todas nuestras tribus. Me conoció siendo yo hija de una familia pobre que vivía con apuro y estrechez, y me condujo a su tienda de hermosos colores, y me enriqueció las orejas con preciosas arracadas, el pecho con hermosos adornos, las manos y los tobillos con hermosas pulseras, y los brazos con robustas redondeces. Me ha honrado como a esposa, y me ha llevado a una morada donde resuenan sin cesar las vivaces canciones de las tiorbas, donde chispean las hermosas lanzas samharianas de mástiles derechos, donde sin cesar se oyen los relinchos de las yeguas, los gruñidos de las camellas reunidas en parques inmensos, el ruido de la gente que pisa y apalea el grano, los gritos confundidos de veinte rebaños. Al lado suyo, hablo a mi antojo, y jamás me reprende ni me censura. Si me acuesto, no me deja jamás en la sequía; si me duermo, me deja hasta muy tarde. Y ha fecundado mis flancos, y me ha dado un hijo, ¡qué admirable hijo! tan pequeño, que su boquirrita parece el intersticio que deja vacío un junquillo arrancado del tejido de la estera; tan bien educado, que bastaría a su apetito lo que un cabrito pace de un bocado; tan encantador, que cuando anda y se balancea con tanta gracia en los anillos de su pequeña cota de malla, arrebata la razón de los que le miran. ¡Y la hija que me ha dado Abu-Zar es deliciosa, sí, es deliciosa la hija de Abu-Zar! Es el orgullo de la tribu. Está tan regordeta, que llena por completo su vestido, apretada en su mantellina como una trenza de cabellos; tiene el vientre tan formado y sin prominencias; el talle, delicado y ondulante bajo la mantellina; la grupa, rica y desarrollada; el brazo, redondito; los ojos, grandes y muy abiertos; las pupilas, de un negro oscuro; las cejas, finas y graciosamente arqueadas; la nariz, ligeramente arremangada como la punta de un sable suntuoso; la boca, bonita y sincera; las manos lindas y generosas; la alegría franca y vivaracha; la conversación, fresca como la sombra; el soplo de su aliento, más dulce que la seda y más embalsamado que el almizcle que nos transporta el alma. ¡Ah! ¡que el cielo me conserve a Abu-Zar, y al hijo de Abu-Zar, y a la hija de Abu-Zar! ¡Que los conserve para mi ternura y mi alegría!"

Cuando hubo hablado así la sexta dama yemenita, di las gracias a todas por haberme proporcionado el placer de escucharlas, y a mi vez, tomé la palabra, y les dije: "¡Oh hermanas mías! ¡Alah el Altísimo nos conserve al Profeta bendito! Me es más caro que la sangre de mi padre y de mi madre...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 978ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Oh hermanas mías! ¡Alah el Altísimo nos conserve al Profeta bendito! Me es más caro que la sangre de mi padre y de mi madre. Pero mi boca no es lo bastante pura, ciertamente, para cantar sus alabanzas. Por eso me contentaré con repetiros sólo lo que una vez me dijo con respecto a nosotras, las mujeres, que en la gehenna somos los tizones más numerosos que el fuego devora. En efecto, un día en que yo le rogaba me diera consejos y palabras que me encaminasen al cielo, me dijo:

"¡Oh Aischah, mi querida Aischah! Ojalá las mujeres de los musulmanes se observaran y velaran por sí mismas, tuvieran paciencia en la pena, agradecimiento en el bienestar, dieran a sus maridos numerosos hijos, los rodearan de consideraciones y cuidados, y no desdeñaran nunca los beneficios que Alah prodiga por mediación de ellos. Porque ¡oh mi bienamada Aischah! el Retribuidor niega Su misericordia a la mujer que ha desdeñado Sus bondades. Y la que, fijando miradas insolentes en su marido, diga delante o detrás de él: "¡Qué cara tan fea tienes! ¡qué repugnante eres, antipático ser!", a esa mujer ¡oh Aischah! le torcerá los ojos y la dejará bizca, le alargará y deformará el cuerpo, la hará pesada o innoble, convirtiéndola en masa repelente de carne fofa, suciamente acurrucada sobre su base de carnes ajadas, flácidas y colgantes. Y la mujer que, en la cama conyugal o en otra parte, se muestra hostil a su marido, o le irrita con palabras agrias, o provoca su mal humor, ¡oh! A esa el Retribuidor, en el día del Juicio, le estirará la lengua sesenta codos, hasta dejarla convertida en una sucia correhuela carnosa, que se enrollará al cuello de la culpable, hecha carne horrible y lívida. Pero ¡oh Aischah! la mujer virtuosa que no turba jamás la tranquilidad de su marido, que nunca pasa la noche fuera de su casa sin permiso, que no se emperifolla con vestiduras rebuscadas y velos preciosos, que no se pone anillas preciosas en brazos y piernas, que jamás trata de atraer las miradas de los creyentes, que es bella con la belleza natural puesta en ella por su Creador, que es dulce en palabras, rica en buenas obras, respetuosa y diligente para su marido, tierna y amante para sus hijos, buena consejera para su vecina y benévola para toda criatura de

Alah, ¡oh! ¡oh! ¡esa, mi querida Aischah, entrará en el paraíso con los profetas y los elegidos del Señor!"

Y exclamé, toda conmovida: "¡Oh Profeta de Alah! ¡me eres más caro que la sangre de mi padre y de mi madre!"

"¡Y ahora que hemos llegado a los benditos tiempos del Islam continuó el joven, escuchad algunos rasgos de la vida del califa Omar ibn Al-Khatabb (¡Alah le colme con Sus favores!), que fue el hombre más puro y más rígido de aquellos tiempos puros y rígidos, el emir más justo entre todos los emires de los creyentes!"

Y dijo:

OMAR EL SEPARADOR

"Cuentan que al Emir de los Creyentes Omar ibn Al-Khattab, que fue el califa más justo y el hombre más desinteresado del Islam se le apodó El-Farrukh, o el Separador, porque tenía la costumbre de separar en dos, de un sablazo, a todo hombre que se negara a obedecer una sentencia pronunciada contra él por el Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!)

Y eran tales su sencillez y su desinterés que un día, tras de adueñarse de los tesoros de los reyes del Yemen, mandó distribuir todo el botín entre los musulmanes, sin distinción. Y entre otras cosas, le tocó a cada uno una tela rayada del Yemen. Y Omar tuvo una parte exactamente igual a la del menor de sus soldados. Y mandó que le hicieran un vestido nuevo con aquella pieza de tela rayada del Yemen que le había tocado en el reparto; y así vestido, subió al púlpito de Medina y arengó a los musulmanes para emprender una nueva expedición contra los infieles. Pero he aquí que un hombre de la asamblea se levantó y le interrumpió en su arenga, diciéndole: "No te obedeceremos".

Y Omar le preguntó: "¿Por qué?"

Y el hombre contestó: "Porque, cuando has hecho el reparto de las telas rayadas del Yemen, a cada musulmán le ha tocado una pieza, y a ti mismo también te ha tocado una sola pieza. Pero esa pieza no ha podido bastar para hacerte el traje completo con que te estamos viendo vestido hoy. Por tanto, de no haber tomado, a escondidas nuestras, una parte más considerable que la que nos has dado, no podrías tener el traje que llevas, sobre todo con la mucha estatura que tienes".

Y Omar se encaró con su hijo Abdalah, y le dijo: "¡Oh Abdalah! contesta a ese hombre. Porque su observación es justa". Y Abdalah, levantándose, dijo: "¡Oh musulmanes! sabed que, cuando el Emir de los Creyentes Omar quiso hacerse coser un traje con su pieza de tela, resultó ésta escasa. Por consiguiente, como no tenía traje a propósito para vestirse hoy, le he dado parte de mi pieza de tela para completar su traje". Luego se sentó. Entonces, el hombre que había interpelado a Omar, dijo: "¡Loores a Alah! Ahora ya te obedeceremos, ¡oh Omar!"

Y otra vez, después de conquistar Omar la Siria, la Mesopotamia, el Egipto, la Persia y todos los países de los rums, y después de caer sobre Bassra y Kufa, en el Irak, había entrado en Medina, donde, vestido con un traje tan usado que tenía hasta doce pedazos, se pasaba el día en las gradas que conducen a la mezquita, escuchando las querellas de los últimos de sus súbditos, y haciendo justicia a todos por igual, al emir lo mismo que al camellero.

Y he aquí que, por aquel entonces, el rey Kaissar Heraclio, que gobernaba a los rums de Constantinia, le envió un embajador, con encargo de juzgar por sus propios ojos los medios, fuerzas y acciones del emir de los árabes. Así es que, cuando aquel embajador entró en Medina, preguntó a los habitantes: "¿Dónde está vuestro rey?" Y ellos contestaron: "¡Nosotros no tenemos rey, porque tenemos un emir! ¡Y es el Emir de los Creyentes, el califa de Alah, Omar ibn Al-Khattab!"

Él preguntó: "¿Dónde está? ¡Llevadme a él!" Ellos contestaron: "Estará haciendo justicia, o acaso descansando". Y le indicaron el camino de la mezquita.

Y el embajador de Kaissar llegó a la mezquita, y vio a Omar dormido al sol de la siesta en las gradas ardientes de la mezquita, descansando la cabeza en la misma piedra. Y le corría por la frente el sudor, formando un amplio charco en torno a su cabeza.

Al ver aquello, descendió el temor al corazón del embajador de Kaissar, que no pudo por menos de exclamar: "¡He ahí, como un mendigo, al hombre ante quien inclinan su cabeza todos los reyes de la tierra, y que es dueño del más vasto Imperio de este tiempo!"

Y allí quedó en pie, presa del espanto, pues habíase dicho: "Cuando un pueblo está gobernado por un hombre como éste, los demás pueblos deben vestirse trajes de luto".

Y en la conquista de Persia, entre otros objetos maravillosos cogidos en el palacio del rey Jezdejerd, en Istakhar, se apoderó de una alfombra de sesenta codos en cuadro, que representaba un parterre, del que cada flor, formada con piedras preciosas, se erguía sobre un tallo de oro. Y el jefe del ejército musulmán, Saad ben Abu-Waccas, aunque no estaba muy versado en la tasación mercantil de objetos preciosos, comprendió, sin embargo, cuánto valía una maravilla semejante, y la rescató del pillaje del palacio de los Khosroes para hacer un presente con ella a Omar. Pero el rígido califa (¡Alah le cubra con Sus gracias!), que ya, cuando la conquista del Yemen, no había querido tomar, en el despojo de los países conquistados, más tela rayada que la que necesitaba para hacerse un traje, no quiso, aceptando semejante don, dar pábulo a un lujo cuyos efectos temía por su pueblo. Y acto seguido hizo cortar la pesada alfombra en tantos pedazos como jefes musulmanes había entonces en Medina. Y no se quedó con ningún pedazo para él. Y era tanto el valor de aquella rica alfombra, aun destrozada, que Alí (¡con él las gracias más escogidas!) vendió por veinte mil dracmas, a unos mercaderes sirios, el retazo que le había tocado en el reparto.

Y también en la invasión de Persia fue cuando el sátrapa Harmozán, que había resistido con más valor que nadie a los guerreros musulmanes, consintió en rendirse, pero remitiéndose a la propia persona del califa para que decidiera en su suerte.

Como Omar se encontraba en Medina, Harmozán fue conducido a aquella ciudad bajo la custodia de una escolta comandada por dos emires de los más valerosos entre los creyentes. Y llegados que fueron a Medina, aquellos dos emires, queriendo hacer valer a los ojos del califa la importancia y el rango de su prisionero persa, le hicieron poner el manto bordado de oro y la alta tiara resplandeciente que llevaban los sátrapas en la corte de los Khosroes. Y revestido con aquellas insignias de su dignidad, el jefe persa fue llevado ante las gradas de la mezquita, donde estaba sentado el califa, sobre una estera vieja, a la sombra de un pórtico. Y advertido, por los rumores del pueblo, de la llegada de aquel personaje, Omar alzó los ojos, y vio delante de él al sátrapa vestido con toda la pompa usada en el palacio de los reyes persas. Y por su parte, Harmozán vio a Omar; pero se negó a reconocer al califa, al dueño del nuevo Imperio, en aquel árabe vestido con trajes remendados y sentado solo, sobre una estera vieja, en el patio de la mezquita. Pero Omar, reconociendo en aquel prisionero a uno de aquellos orgullosos sátrapas que durante tanto tiempo habían hecho temblar, con una mirada, a las tribus más fieras de Arabia, exclamó enseguida: "¡Loores a Alah, que ha traído al Islam bendito para humillaros a ti y a tus semejantes!" Y mandó despojar de sus trajes dorados al persa, e hizo que le cubriesen con una grosera tela del desierto; luego le dijo: "Ahora que estás vestido con arreglo a tus méritos, ¿reconocerás la mano del Señor a quien sólo pertenecen todas las grandezas?"

Y Harmozán contestó: "Claro que la reconozco sin esfuerzo. Porque, mientras la divinidad ha sido neutral, os hemos vencido, como atestiguo con todos nuestros triunfos pasados y toda nuestra gloria. Preciso es, pues, que el Señor de que hablas haya combatido en favor vuestro, ya que acabáis de vencernos a vuestra vez".

Y al oír estas palabras en que la aquiescencia se confundía con la ironía, Omar frunció las cejas de tal manera, que el persa temió que su diálogo terminase con una sentencia de muerte. Así es que, fingiendo una sed violenta, pidió agua, y cogiendo el vaso de barro que le presentaban, fijó sus miradas en el califa, y pareció vacilar en llevárselo a los labios. Y Omar preguntó: "¿Qué temes?" Y el jefe persa contestó: "Temo ...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 979ª NOCHE

Ella dijo:

...Y el jefe persa contestó: "Temo que se aprovechen del momento en que esté bebiendo para darme muerte". Pero Omar le dijo: "¡Alah nos libre de merecer tales sospechas! Estás en seguridad hasta que esa agua haya refrescado tus labios y extinguido tu sed". A estas palabras del califa, el listo persa tiró el vaso al suelo y lo rompió. Y Omar, ligado por su propia palabra, renunció generosamente a molestarle. Y Harmozán, conmovido ante aquella grandeza de alma, se ennobleció con el Islam. Y Omar le señaló una pensión de dos mil dracmas.

Y durante la toma de Jerusalén, que es la ciudad santa de Issa, hijo de Mariam, el profeta más grande antes de la llegada de nuestro señor Mahomed (¡con Él la plegaria y la paz!), y en torno a cuyo templo daban vueltas al principio los creyentes para hacer oración, el patriarca Sofronios, jefe del pueblo, había consentido en capitular, pero con la condición de que fuera el califa en persona a tomar posesión de la ciudad santa. E informado del tratado y de las condiciones, Omar se puso en marcha. Y el hombre que era califa de Alah sobre la tierra, y que había hecho doblar la cabeza ante el estandarte de Islam a tantos potentados, abandonó Medina sin guardia, sin séquito, montado en un camello que llevaba dos sacos, uno de los cuales contenía cebada para el bruto y el otro dátiles. Y delante llevaba un plato de madera y detrás un odre lleno de agua. Y caminando día y noche, sin detenerse más que para rezar la plegaria o para hacer justicia en el seno de alguna tribu encontrada al paso, llegó así a Jerusalén. Y firmó la capitulación. Y se abrieron las puertas de la ciudad. Y llegado que fue a la iglesia de los cristianos, advirtió Omar que estaba próxima la hora de la plegaria; y preguntó al patriarca Sofronios dónde podría cumplir con aquel deber de los creyentes.

Y el cristiano le propuso la propia iglesia. Pero Omar se escandalizó diciendo: "No entraré a orar en vuestra iglesia, y lo hago en interés vuestro, cristianos. Porque si el califa orara en este lugar, los musulmanes se apoderarían de este sitio al punto, y os lo arrebatarían sin remedio". Y tras de recitar la plegaria, volviéndose hacia la kaaba santa, dijo al patriarca:

"Ahora, indícame un paraje para alzar una mezquita en que los musulmanes puedan, en lo sucesivo, reunirse para rezar la plegaria sin turbar a los vuestros en el ejercicio de su culto". Y Sofronios le condujo al emplazamiento del templo de Soleimán ben Daúd, al mismo paraje en donde se había dormido Yacub, hijo de Ibraim. Y señalaba una piedra aquel sitio, que servía de receptáculo a las inmundicias de la ciudad. Y como la piedra de Yacub se hallaba cubierta con aquellas inmundicias, Omar, dando ejemplo a los obreros, llenó de estiércol el halda de su traje y fue a transportarlo lejos de allí. Y así hizo desescombrar el emplazamiento de la mezquita, que todavía lleva su nombre, y que es la mezquita más hermosa de la tierra.

Y Omar (¡Alah le colme con Sus dones escogidos!) tenía la costumbre de llevar un báculo en la mano, y vestido con un traje agujereado y remendado en distintos sitios, recorrer los zocos y las calles de la Meca y de Medina, amonestando con severidad y con rigor, y aun castigando a palos en el acto a los mercaderes que engañaban a los compradores o encarecían la mercancía.

Un día, pasando por el zoco de la leche fresca y cuajada, vio una mujer vieja que tenía ante sí a la venta varios cuencos de leche. Y se acercó a ella, tras de mirarla hacer durante cierto tiempo, y le dijo: "¡Oh mujer! guárdate de engañar en adelante a los musulmanes, como acabo de verte hacer, y ten cuidado de no echar agua a la leche". Y la mujer contestó: "Escucho y obedezco, ¡oh Emir de los Creyentes!" Y Omar pasó sin más ni más. Pero al día siguiente dio otra vuelta por el zoco de la leche, y acercándose a la vieja lechera, le dijo: "¡Oh mujer de mal agüero! ¿no te advertí ya que no echaras agua a la leche?" Y la vieja contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! te aseguro que no lo he vuelto a hacer". Pero aún no había pronunciado estas palabras, cuando se hizo oír, indignada, desde dentro una voz de joven, que dijo: "¡Cómo madre mía! ¿Te atreves a mentir en la cara del Emir de los Creyentes, añadiendo con ello al fraude una mentira, y a la mentira la falta de veneración al califa? ¡Alah os perdone!"

Y Omar oyó estas palabras y se detuvo conmovido. Y no hizo el menor reproche a la vieja. Pero encarándose con sus dos hijos, Abdalah y Acim, que le acompañaban en su paseo, les dijo: "¿Cuál de vosotros dos quiere casarse con esa virtuosa joven? Todo hace esperar que Alah, con el soplo perfumado de Sus gracias, dé a esa niña una descendencia tan virtuosa como ella".

Y contestó Acim, el hijo menor de Omar: "¡Oh padre mío! yo me casaré con ella". Y se efectuó el matrimonio de la hija de la lechera con el hijo del Emir de los Creyentes. Y fue un matrimonio bendito. Porque le nació una hija, que se casó más tarde con Abd El-Aziz ben Merwán. Y de este último matrimonio nació Omar ben Abd El-Aziz, que subió al trono de los Ommiadas, siendo el octavo en el orden dinástico, y fue uno de los cinco grandes califas del Islam. Loores Al que eleva a quien Le place.

Y Omar acostumbraba a decir: "No dejaré nunca sin venganza la muerte de un musulmán". Y he aquí que un día, mientras presidía la sesión de justicia en las gradas de la mezquita, llevaron a su presencia el cadáver de un adolescente imberbe todavía, con las mejillas suaves y pulidas como las de una muchacha. Y le dijeron que aquel adolescente había sido asesinado por una mano desconocida, y que habían encontrado su cuerpo tirado en un camino.

Omar pidió informes y se esforzó en recoger detalles de la muerte; pero no pudo llegar a saber nada, ni a descubrir el rastro del matador. Y se apenó su alma de justiciero al ver la esterilidad de sus pesquisas. E invocó al Altísimo, diciendo: "¡Oh Alah! ¡oh Señor! permite que logre descubrir al matador". Y a menudo se le oyó repetir este ruego. Y he aquí que, a principios del año siguiente, le llevaron un niño recién nacido, vivo todavía, que habían encontrado abandonado en el mismo paraje donde había sido tirado el cadáver del adolescente. Y Omar exclamó al punto: "¡Loores a Alah! ¡Ahora ya soy dueño de la sangre de la víctima! Y se descubrirá el crimen, si Alah quiere".

Y se levantó y fue en busca de una mujer de confianza, a quien entregó el recién nacido, diciéndole: "Encárgate de este pobre huérfano, y no te preocupes por lo que necesite. Pero dedícate a escuchar cuanto se diga a tu alrededor con respecto a este niño, y ten cuidado de no dejar que nadie le coja ni le aleje de tus oídos. Y si encontraras una mujer que le besase y le estrechase contra su pecho, infórmate con sigilo de su morada y avísame enseguida. Y la nodriza guardó en su memoria las palabras del Emir de los Creyentes...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 980ª NOCHE

Ella dijo:

...Y la nodriza guardó en su memoria las palabras del Emir de los Creyentes.

Y el niño creció y se desarrolló. Y cuando tuvo dos años de edad, una joven esclava se acercó un día a la nodriza, y le dijo: "Mi señora me envía a rogarte que me dejes llevar a su casa tu niño. Porque está encinta, y en vista de la hermosura de este niño ¡Alah te lo conserve y aleje de él el ojo malhechor!, desea pasarse algunos instantes mirándole para que el niño que lleva ella en su seno se forme a semejanza de éste". Y la nodriza contestó: "Está bien. Llévate al niño; pero he de acompañarte yo".

Y así se hizo. Y la joven esclava entró con el niño en casa de su señora. Y en cuanto la dama vio al niño, se arrojó sobre él llorando, y le tomó en sus brazos, cubriéndole de besos y apretándole contra ella, en el límite de la emoción.

En cuanto a la nodriza, se apresuró a ir a presentarse entre las manos del califa, y le contó lo que acababa de pasar, añadiendo: "Y esa dama no es otra que la purísima Saleha, la hija del venerable ansariano jeique Saleh, que ha visto y seguido como discípulo abnegado a nuestro Profeta bendito (¡con Él la plegaria y la paz!)."

Y Omar reflexionó. Luego se levantó, cogió su sable, se lo escondió debajo del vestido, y fue a la casa indicada. Y encontró al ansariano sentado a la puerta de su morada, y le dijo, después de las zalemas: "¡Oh venerable jeique! ¿qué ha hecho tu hija Saleha?" Y el jeique contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¿mi hija Saleha? Alah la recompense por sus buenas obras. Mi hija es de todos conocida por su piedad y su conducta ejemplar, por su conciencia en cumplir sus deberes para con Alah y para con su padre, por su celo en las plegarias y demás obligaciones impuestas por nuestra religión, por la pureza de su fe".

Y Omar dijo: "Está bien. Pero yo desearía tener una entrevista con ella para aumentar su amor al bien y animarla aún más a practicar obras meritorias". Y dijo el jeique: "Alah te colme con sus favores ¡oh Emir de los Creyentes! por la buena voluntad que tienes a mi hija. Espera aquí un momento a que yo vuelva, pues voy a anunciar tus propósitos a mi hija". Y entró, y pidió a Saleha que recibiese al califa. Y se introdujo en la casa a Omar.

Y he aquí que, al llegar a presencia de la joven, Omar ordenó a las personas presentes que se retiraran. Y salieron éstas inmediatamente y dejaron al califa y a Saleha solos, absolutamente solos. "Quiero que me des datos precisos respecto de la muerte del joven encontrado hace tiempo en un camino. Tú tienes esos datos. Y si tratas de ocultarme la verdad, entre tú y ella se interpondrá este sable, ¡oh Saleha!" Y contestó ella, sin turbarse: "¡Oh Emir de los Creyentes! has encontrado lo que buscas. Y por la grandeza del nombre de Alah el Altísimo y por los méritos del Profeta bendito (¡con Él la plegaria y la paz!) juro que voy a decirte la verdad entera". Y bajó la voz y dijo:

"Sabes, pues, ¡oh Emir de los Creyentes! que yo tenía a mi servicio una mujer vieja que siempre estaba en casa y que me acompañaba a todas partes cuando yo salía. Y la consideraba y la quería como quiere una hija a su madre. Y por su parte, en cuanto me atañía y me interesaba, ponía ella una atención y un cuidado extremados. Y durante mucho tiempo la estimé y escuché con respeto y veneración.

Pero llegó un día en que me dijo ella: "¡Oh hija mía! necesito hacer un viaje a casa de mis allegados. Pero tengo aquí una hija. Y en el sitio en donde está tengo miedo de que se vea expuesta a cualquier desgracia irremediable. Te suplico, pues, que me permitas traértela y dejarla contigo hasta mi regreso". Y al punto le di mi consentimiento. Y se marchó.

Y al día siguiente vino a mi casa su hija. Y era una joven de aspecto delicioso, de buena apariencia, alta y bien formada. Y sentí por ella un afecto grande. Y la hice acostarse en la habitación donde yo dormía.

Y una siesta, mientras dormía, me sentí de pronto asaltada en mi sueño y arrollada por un hombre que pesaba sobre mí a plomo y me inmovilizaba, sujetándome ambos brazos. Y deshonrada, mancillada ya, pude por fin soltarme de su abrazo. Y descubrí que él no era otro que mi joven compañera. Y me había engañado el disfraz de aquel joven imberbe a quien tan fácil había sido pasar por una muchacha.

Y cuando le maté, hice sacar su cadáver y mandé que le dejaran en el paraje donde se le encontró. Y permitió Alah que yo fuese madre por culpa de los manejos ilícitos de aquel hombre. Y cuando eché al mundo al niño, hice que le dejaran también en el camino donde se abandonó a su padre, sin querer encargarme ante Alah de criar a un hijo que me había nacido contra mi consentimiento.

Y ésta es ¡oh Emir de los Creyentes! la historia exacta de esos dos seres. Y te he dicho la verdad. ¡Y Alah responderá de mí!".

Y Omar exclamó: "Cierto que me has dicho la verdad, Alah extienda sobre ti Sus gracias". Y admiró la virtud y el valor de aquella muchacha, le recomendó perseverancia en las buenas obras, e hizo votos por ella al cielo. Luego salió. Y al partir, dijo al padre: "¡Alah colme de bendiciones tu casa! Virtuosa hija es tu hija. ¡Bendita sea! Ya le he hecho exhortaciones y recomendaciones". Y el venerable jeique ansariano contestó: "¡Alah te conduzca a la dicha, ¡oh Emir de los Creyentes! y te dispense los favores y beneficios que desee tu alma! "

Luego el joven rico, tras de tomar algún reposo, continuó: "Ahora, para cambiar de asunto, voy a deciros la historia de La cantarina Salamah la azul".

LA CANTARINA SALAMAH LA AZUL

Y dijo:

"El hermoso poeta, músico y cantor Mohammad el Kúfico, cuenta esto:

"Jamás tuve, entre las jóvenes y las esclavas a quienes daba lecciones de música y de canto, una discípula más bella, más viva, más seductora, más espiritual y mejor dotada que Salamah la Azul. Llamábamos la Azul a esta joven morena, porque en su labio había una encantadora sombra de bozo azulado, semejante a un pequeño trazo de almizcle que hubiera paseado por allí graciosamente una pluma de escriba experto o la mano ligera de un iluminador. Y cuando yo le daba lección, era ella muy jovencita, una jovenzuela recientemente desarrollada, con dos pechitos incipientes que alzaban y separaban un poco su ligero vestido, alejándole del seno. Y al mirarla arrebataba; era para trastornar el espíritu, deslumbrar los ojos, quitar la razón. Y cuando iba ella a una reunión, aunque la compusiesen las más renombradas bellezas de Kufah, no había miradas más que para Salamah; y bastaba que apareciese ella para que se exclamase: "¡Ah! Ahí está la Azul". Y se la amó apasionadamente, hasta la locura, pero sin objeto, por todos los que la conocían y por mí mismo. Y aunque era mi discípula, yo era para ella un humilde súbdito, un servidor obediente, un esclavo a sus órdenes. Y si me hubiera pedido orchilla humana habría ido yo a buscarla en todos los cráneos de ahorcados, en todos los huesos mohosos del mundo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 981ª NOCHE

Ella dijo:

...Y si me hubiera pedido orchilla humana, habría ido yo a buscarla en todos los cráneos de ahorcados, en todos los huesos mohosos del mundo.

Y precisamente compuse, en recuerdo suyo, la música y palabras de este canto, cuando su amo Ibn Ghamín partió para la peregrinación, llevándola consigo, así como a sus demás esclavas.

¡Oh Ibn Ghamín! ¡qué penoso estado el de un amante desdichado a quien has dejado muerto, aunque viva todavía!

¡Les has dado en su brebaje las dos amarguras más terribles coloquíntida y ajenjo!

¡Oh camellero del Yemen que conduces la caravana! ¡me has herido, hombre siniestro!

¡Has separado corazones como jamás se han visto y los has consternado con tu aspecto de búfalo salvaje!

Pero, aun con toda mi pena de amor, mi suerte, a pesar de todo, no es comparable en negrura a la de otro enamorado de la Azul, Yezid ben Auf, el cambista.

Un día, en efecto, el amo de Salamah le dijo: "¡Oh Azul! entre todos los que te amaron sin resultado, ¿hay alguno que haya obtenido de ti una cita secreta o un beso? Dímelo, sin ocultarme la verdad". Y a esta pregunta inesperada, temerosa de que su amo se hubiese informado hacía poco de alguna pequeña licencia que ella se permitiera en presencia de testigos indiscretos, Salamah contestó: "No, indudablemente nadie ha obtenido de mí nada, excepto Yezid ben Auf el cambista. Y aun ése no ha hecho más que besarme una sola vez. Pero accedí a darle ese beso, sólo porque entonces me había deslizado en la boca, a cambio del beso, dos perlas magníficas que vendí en ochenta mil dracmas".

Al oír aquello, el amo de Salamah dijo sencillamente: "Está bien". Y sin añadir una palabra más, de tanto como sentía penetrarle en el alma la cólera celosa, se dedicó a la busca de Yezid ben Auf, le siguió hasta que le tuvo al alcance de su mano en ocasión oportuna, y le hizo morir a latigazos.

Por lo que respecta a las circunstancias en que había sido dado a Yezid aquel beso único y funesto de la Azul, helas aquí.

Iba yo un día, como de costumbre, a casa de Ibn Ghamín, para dar a Azul una lección de canto, cuando me encontré en el camino a Yezid ben Auf. Y después de las zalemas, le dije: "¿Adónde vas, ¡oh Yezid! tan bien vestido?" Y me contestó: "Adonde vas tú". Y dije: "¡Perfectamente! Vamos".

Y cuando llegamos y entramos en la morada de Ibn Ghamín, nos sentamos en la sala de reunión. Y enseguida apareció Azul, vestida con una manteleta anaranjada y un soberbio caftán rosa. Y creímos ver el sol ígneo alzándose entre la cabeza y los pies de la deslumbradora cantarina. Y la seguía la joven esclava, que llevaba la tiorba.

Y la Azul cantó, bajo mi dirección, por un método nuevo que yo le había enseñado. Y su voz era rica, grave, profunda y conmovedora. Y en un momento dado, su amo se excusó con nosotros, y nos dejó solos, a fin de ir a dar órdenes para la comida. Y Yezid, arrebatado su corazón de amor por la cantarina, se acercó a ella, implorándola con la mirada. Y ella pareció animarse, y sin dejar de cantar, le dio la respuesta en una mirada. Y enervado con aquella mirada, Yezid buscó con la mano en su vestido, sacó dos perlas magníficas que no tenían hermanas, y dijo a Salamah, que dejó de cantar por un momento: "Mira, ¡oh Azul! Estas dos perlas han sido pagadas por mí hoy mismo en sesenta mil dracmas. Si tú quisieras, te pertenecerían". Ella contestó: "¿Y qué quieres que haga para complacerte?" Él contestó: "Que cantes para mí".

Entonces Salamah, tras de llevarse la mano a la frente en señal de aquiescencia, templó el instrumento, y cantó los versos siguientes, compuestos por ella, música y canto, con el ritmo graveligero y primero, que tiene por tónica el tono simple de la cuerda del dedo anular:

¡Salamah la Azul ha herido mi corazón con una herida tan duradera como la duración de los tiempos!

¡La ciencia más hábil del mundo no podría cerrarla! Porque no se cierra en el fondo del corazón una herida de amor.

¡Salamah la Azul ha herido mi corazón! ¡Oh musulmanes, venid en mi socorro!

Y tras de cantar esta melodía arrebatadora de ternura, mirando a Yezid, añadió: "Está bien; dame a tu vez ahora lo que tienes que darme". Y dijo él: "Ciertamente, quiero lo que tú quieras. Pero escucha, ¡oh Azul! He jurado con un juramento que obliga a mi conciencia —y todo juramento es sagrado — que no daré estas dos perlas más que pasándolas de mis labios a tus labios". Y al oír estas palabras de Yezid, la esclava de Salamah, enfadada, se levantó con viveza y con la mano alzada para amonestar al enamorado. Pero yo la detuve por el brazo, y le dije, para disuadirla de mezclarse en el asunto: "Estate quieta, ¡oh joven! y déjalos. Están regateando, como ves, y cada cual quiere sacar provecho con las menos pérdidas posibles. No los molestes".

En cuanto a Salamah, se echó a reír al oír a Yezid manifestar aquel deseo. Y decidiéndose de pronto, le dijo: "Pues bien, ¡sea! Dame esas perlas del modo que quieras". Y Yezid empezó a avanzar hacia ella, andando con las rodillas y las manos, y llevando entre los labios las dos magníficas perlas. Y Salamah, lanzando ligeros gritos de susto, empezó a retroceder por su parte, recogiéndose las ropas y evitando el contacto de Yezid. Y se alejaba corriendo a derecha y a izquierda, y volvía a su sitio, sofocada, provocando con ello más numerosas intentonas por parte de Yezid y más numerosas coqueterías. Y aquel juego duró bastante tiempo. Pero como, a pesar de todo, había que conquistar las perlas en las condiciones aceptadas, Salamah hizo una seña a su esclava, quien se arrojó sobre Yezid de improviso, le cogió por los hombros, y le retuvo en su sitio. Y tras de probar con aquel manejo que estaba victoriosa y no vencida, Salamah fue por sí misma, un poco confusa y con sudor en la frente, a tomar con sus lindos labios las perlas magníficas aprisionadas entre los labios de Yezid, que las trocó así por un beso. Y en cuanto las tuvo en su poder, recobrando enseguida su aplomo, Salamah dijo a Yezid, riendo: "¡Por Alah! hete aquí vencido de todas maneras, con el sable sepultado en los riñones". Y Yezid contestó, cortés: "Por tu vida, ¡oh Azul! no me preocupa mi vencimiento. ¡El perfume delicioso que recogí en tus labios me quedará en el corazón, mientras viva, como un aroma eterno!

¡Alah tenga en su compasión a Yezid ben Auf! Murió mártir del amor".

Luego dijo el joven rico: "Escuchad ahora un rasgo de tofailismo. Y ya sabéis que nuestros padres árabes entendían por esta palabra que tiene su origen en Tofail el tragón la costumbre que tienen ciertas personas de invitarse por sí mismas a los festines y tragar comidas y bebidas sin que se les ruegue que lo hagan. Por tanto, escuchad".

Y dijo:

EL PARÁSITO

"Cuentan que el Emir de los Creyentes El-Walid, hijo de Yezid, el Ommiada, se complacía extremadamente en la compañía de un tragón famoso, amigo de los buenos platos y de todo tufillo apetitoso, que se llamaba Tofail el de los Festines, y cuyo nombre ha servido desde entonces para caracterizar a los parásitos que se invitan por sí mismos a las bodas y a los festines. Por otra parte, aquel Tofail, gastrónomo en grande, era hombre ingenioso, ilustrado, maligno, burlón; y era vivo en la respuesta y en el chiste. Además, su madre estaba convicta de adulterio. Y él es precisamente quien ha condensado la doctrina de los parásitos en algunas reglas cortas, al mismo tiempo que prácticas, que se resumen en los datos siguientes:

Quien se invite a una buena comida de bodas, evite con cuidado mirar acá y allá con aire inseguro.

Entre con pie firme y escoja el mejor sitio, sin fijarse en nada, a fin de que los invitados y convidados crean que es un personaje de la mayor importancia.

Si el portero de la casa se muestra agrio y reacio, amonéstesele y humíllesele para que no pueda permitirse la menor observación.

Una vez sentado ante el mantel, arrójese sobre la comida y la bebida, y esté más cerca del asado que el propio asador.

Trabaje en los pollos rellenos y en la carne, aunque sea seca, con dedos más cortantes que el acero.

Y tal era el código del perfecto devorador, establecido por Tofail en la ciudad de Kufa. Y en verdad que Tofail fue el padre de los devoradores y la corona de los parásitos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 982ª NOCHE

Ella dijo:

Y tal era el código del perfecto devorador, establecido por Tofail en la ciudad de Kufa. Y en verdad que Tofail fue el padre de los devoradores y la corona de los parásitos. Respecto a su manera de proceder, he aquí un hecho entre mil.

Un notable de la ciudad había invitado a algunos amigos y se regalaba en compañía de ellos con un plato de pescado maravillosamente condimentado. Y he aquí que a la puerta se oyó la bien conocida voz de Tofail, que hablaba al esclavo portero. Y uno de los convidados exclamó: "¡Alah nos preserve del tragaldabas! Ya conocéis todos la inusitada capacidad de Tofail. Apresurémonos, pues, a preservar de sus dientes estos hermosos pescados, y a ponerlos en seguridad en un rincón de la estancia, sin dejar en el mantel más que estos pececillos. Y cuando haya devorado los pequeños, como no le quedará ya nada que tragar, se marchará y nos regalaremos con los peces grandes". Y se apresuraron a apartar los peces grandes.

Y entró Tofail, y sonriente y lleno de soltura dirigió la zalema a todo el mundo. Y después del bismilah, tendió la mano al plato. Pero el caso es que no contenía más que pescado menudo de mal aspecto. Y le dijeron los convidados, encantados de la jugarreta: "¡Eh, maese Tofail! ¿qué te parecen esos peces? No tienes cara de encontrar el plato completamente de tu gusto".

El aludido contestó: "Hace tiempo que no me hallo en buenas relaciones con la familia de los peces y estoy muy furioso con ellos. Porque a mi pobre padre, que murió ahogado en el mar, se lo comieron".

Y le dijeron los convidados: "Muy bien; pues aquí tienes una excelente ocasión de aplicar la pena del talión por lo de tu padre, comiéndote a tu vez esos pescaditos". Y Tofail contestó: "Tenéis razón. Pero esperad". Y cogió un pececillo y se lo acercó al oído. Y su vista de parásito había divisado ya el plato escondido en el rincón y que contenía los peces grandes. Y después de haber simulado escuchar atentamente al pececillo frito, exclamó de pronto: "¡Oh! ¡oh! ¿Sabéis lo que acaba de decirme este desperdicio de pez?" Y los convidados contestaron: "¡No, por Alah! ¿Cómo vamos a saberlo?"

Y Tofail dijo: "Pues bien; habéis de saber entonces que me ha dicho: "Yo no he asistido a la muerte de tu padre (¡Alah le tenga en Su misericordia!) y no he podido verle siquiera, ya que soy demasiado joven para haber vivido en aquella época". Luego me ha deslizado al oído estas otras palabras: "Mejor será que cojas esos hermosos peces grandes que están escondidos en el rincón, y te vengues. Porque ellos son los que se precipitaron antaño sobre tu difunto padre, y se lo comieron".

Al oír este discurso de Tofail, los invitados y el dueño de la casa comprendieron que el parásito había olfateado su estratagema. Por eso se apresuraron a hacer servir los hermosos peces a Tofail, y le dijeron, cayéndose de risa: "¡Cómetelos, y ojalá te den la gran indigestión!"

Luego el joven dijo a sus oyentes: "Escuchad ahora la historia fúnebre de la bella esclava del Destino".

LA FAVORITA DEL DESTINO

"Cuentan los cronistas y los analistas, que el tercero de los califas abbasidas, el Emir de los Creyentes El-Mahdi, había dejado el trono, al morir, a su hijo mayor Al-Hadi, a quien no quería, y por el cual incluso experimentaba gran aversión. Sin embargo, había especificado bien que, a la muerte de Al-Hadi, el sucesor inmediato debía ser el menor, Harún Al-Raschid, su hijo preferido, y no el hijo mayor de Al-Hadi.

Pero cuando Al-Hadi fue proclamado Emir de los Creyentes, vigiló con envidia y suspicacia crecientes a su hermano Harún Al-Raschid e hizo cuanto pudo por privar a Harún del derecho de sucesión. Pero la madre de Harún, la sagaz y abnegada Khaizarán, no cesó de descubrir todas las intrigas dirigidas contra su hijo. Así es que Al-Hadi acabó por detestarla tanto como a su hermano; y los confundió a ambos en la misma reprobación. Y sólo esperaba una ocasión de hacerles desaparecer.

Entretanto, estaba un día Al-Hadi en sus jardines, sentado bajo una rica cúpula sostenida por ocho columnas, que tenía cuatro entradas, cada una de las cuales miraba a un punto del cielo. Y a sus pies estaba sentada su hermosa esclava favorita Ghader, a la que sólo poseía hacía cuarenta días. Y también se encontraba allí el músico Ishak ben Ibrahim, de Mossul. Y en aquel momento cantaba la favorita acompañada en el laúd por el propio Ishak. Y el califa se agitaba de placer y se le estremecían los pies en el límite del transporte y del entusiasmo. Y afuera caía la noche; y la luna se alzaba entre los árboles; y corría el agua murmuradora a través de las sombras entrecortadas, mientras la brisa le respondía dulcemente.

Y de pronto el califa, cambiando de cara, se ensombreció y frunció las cejas. Y se desvaneció toda su alegría; y los pensamientos de su espíritu tornáronse negros como la estopa en el fondo del tintero. Y tras de un largo silencio, dijo con voz sorda: "A cada cual le está marcado su porvenir. Y no perdura nadie más que el Eterno Viviente". Y de nuevo se sumió en un silencio de mal augurio, que interrumpió de repente, exclamando: "¡Que llamen enseguida a Massrur, el portaalfanje!" Y precisamente aquel mismo Massrur, ejecutor de las venganzas y cóleras califales, había sido el niñero de Al-Raschid y le había llevado en sus brazos y sus hombros. Y llegó al punto a presencia de Al-Hadi, que le dijo: "Ve enseguida al cuarto de mi hermano Al-Raschid, y tráeme su cabeza...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 983ª NOCHE

Ella dijo:

...Y llegó al punto a presencia de Al-Hadi, que le dijo: "Ve enseguida al cuarto de mi hermano Al-Raschid, y tráeme su cabeza".

Al oír estas palabras, que eran la sentencia de muerte de aquel a quien había criado, Massrur quedó estupefacto, aturdido y como herido por el rayo. Y murmuró: "De Alah somos y a Él retornaremos". Y acabó por salir, semejante a un hombre ebrio.

Y en el límite de la emoción, fue en busca de la princesa Khaizarán, madre de Al-Hadi y de Harún Al-Raschid. Y le vio ella azorado y trastornado, y le preguntó: "¿Qué hay ¡oh Massrur!? ¿Qué ha sucedido para que vengas aquí a hora tardía de la noche? Dime qué te pasa". Y Massrur contestó: "¡Oh mi señora! ¡no hay recurso ni fuerza más que en Alah el Todopoderoso! He aquí que nuestro amo el califa Al-Hadi, tu hijo, acaba de darme esta orden: "Ve enseguida al cuarto de mi hermano Al-Raschid, y tráeme su cabeza".

Y al oír estas palabras del portaalfanje, Khaizarán se sintió llena de terror; y se albergó en su alma el espanto; y la emoción le apretó el corazón hasta romperle. Y bajó la cabeza y se recogió en sí misma un instante. Luego dijo a Massrur: "Ve inmediatamente al cuarto de mi hijo Al-Raschid, y tráele aquí contigo". Y Massrur contestó con el oído y la obediencia, y partió.

Y entró en el aposento de Harún. Y en aquel momento Harún estaba ya desnudo en el lecho, con las piernas debajo de la manta. Y Massrur le dijo atropelladamente: "Levántate, en nombre de Alah, ¡oh mi señor! y ven conmigo inmediatamente al cuarto de tu madre, mi señora, que te llama". Y Al-Raschid se levantó, y vistiéndose de prisa, pasó con Massrur al aposento de Sett Khaizarán.

En cuanto ella vio a su hijo preferido, se levantó y corrió a él y le besó, sin decir una palabra, y le empujó a una pequeña habitación disimulada, cerrando la puerta tras él, que ni siquiera pensó en protestar o en pedir la menor explicación.

Y hecho esto, Sett Khaizarán envió a buscar en sus casas, donde estarían durmiendo, a los emires y a los principales personajes del palacio califal. Y cuando estuvieron todos reunidos en las habitaciones de ella, la princesa, desde detrás de la cortina del harén, les dirigió estas sencillas palabras: "En nombre de Alah el Todopoderoso, el Altísimo, y en nombre de su Profeta bendito, os pregunto si oísteis decir alguna vez que mi hijo Al-Raschid haya estado en connivencia, relación o trato con los enemigos de la autoridad califal o con los heréticos Zanadik, o que alguna vez haya tratado de hacer la menor tentativa de insubordinación o rebeldía contra su soberano Al-Hadi, hijo mío y señor vuestro".

Y todos contestaron con unanimidad: "No, jamás".

Y Khaizarán repuso al punto: "Pues bien; sabed que al presente, ahora mismo, mi hijo Al-Hadi pide la cabeza de su hermano Al-Raschid. ¿Podéis explicarme por qué motivo?" Y los presentes quedaron tan aterrados y espantados, que ninguno de ellos osó articular una palabra. Pero el visir Rabiah se levantó y dijo al portaalfanje Massrur: "Ve en esta hora y en este instante a presentarte entre las manos del califa. Y cuando, al verte, te pregunte: "¿Has acabado?", le responderás: "Nuestra señora Khaizarán, tu madre, esposa de tu difunto padre Al-Mahdi, madre de tu hermano, me ha sorprendido cuando yo me precipitaba sobre Al-Raschid; y me ha detenido y me ha rechazado. Y heme aquí ante ti, sin haber podido ejecutar tu orden".

Y Massrur salió y al punto se presentó al califa.

Y en cuanto le vio Al-Hadi, le dijo: "Está bien, ¿dónde está lo que te he pedido?" Y Massrur contestó: "¡Oh mi señor! mi señora la princesa Khaizarán me ha sorprendido abalanzándome sobre tu hermano Al-Raschid; y me ha detenido, y me ha rechazado, y me ha impedido cumplir mi misión".

Y el califa, en el límite de la indignación, se levantó y dijo a Ishak y a la cantarina Ghader: "Seguid en el sitio en donde estáis, y esperad a que vuelva yo".

Y llegó a las habitaciones de su madre Khaizarán y vio a todos los dignatarios y emires congregados allí. Y al verle, la princesa se puso en pie; y los personajes que estaban con ella también se levantaron. Y el califa, encarándose con su madre, le dijo con voz sofocada por la cólera: "¿Por qué, cuando yo quiero y ordeno una cosa, te opones a mis voluntades?". Y Khaizarán exclamó "¡Alah me preserve, ¡oh Emir de los Creyentes! de oponerme a ninguna de tus voluntades! Sin embargo, deseo solamente que me indiques por qué motivo exiges la muerte de mi hijo Al-Raschid. Es tu hermano y sangre tuya; es, como tú, alma y vida de tu padre". Y Al-Hadi contestó: "Puesto que quieres saberlo, sabe que deseo desembarazarme de Al-Raschid a causa de un sueño que he tenido la noche última y que me ha penetrado de espanto.

Porque en ese sueño he visto a Al-Raschid sentado en el trono, en mi lugar. Y junto a él estaba mi esclava favorita Ghader; y él bebía y jugueteaba con ella. Y como amo mi soberanía, mi trono y mi favorita, no quiero ver por más tiempo a mi lado, viviendo sin cesar junto a mí como una calamidad, a tan peligroso rival, aunque sea hermano mío".

Y Khaizarán le contestó: "¡Oh Emir de los Creyentes! ésas son ilusiones y falsedades del sueño, malas visiones ocasionadas por los manjares ardientes. ¡Oh hijo mío! casi nunca resulta verídico un sueño". Y continuó hablándole de tal suerte, aprobada por las miradas de los presentes. Y se dio tanta maña, que consiguió calmar a Al-Hadi y desvanecer sus temores. Y entonces hizo aparecer a Al-Raschid, y le hizo prestar juramento de que jamás había abrigado en la imaginación el menor proyecto de rebeldía o la menor ambición, y de que jamás intentaría nada contra la autoridad califal.

Y después de estas explicaciones, desapareció la cólera de Al-Hadi. Y se volvió a la cúpula, donde había dejado a su favorita con Ishak. Y despidió al músico y se quedó solo con la bella Ghader, divirtiéndose, regocijándose y dejándose penetrar por las delicias mezcladas de la noche y del amor. Y he aquí que de repente sintió un fuerte dolor en la planta de un pie. Y al punto se llevó la mano al sitio dolorido que le desazonaba, y se rascó. Y en algunos instantes formóse allí un pequeño tumor, que aumentó, hasta tener el volumen de una avellana. Y se le irritó, produciéndole desazones intolerables. Y se lo rascó él de nuevo; y aumentó hasta tener el volumen de una nuez, y acabó por reventársele. Y al punto Al-Hadi cayó de espaldas, muerto.

La causa de aquello fue que Khaizarán, en los pocos instantes que estuvo el califa con ella, después de la reconciliación, le había dado a beber un sorbete de tamarindo, que contenía la sentencia del Destino.

El primero que se enteró de la muerte de Al-Hadi fue precisamente el eunuco Massrur. E inmediatamente corrió a ver a la princesa Khaizarán, y le dijo: "¡Oh madre del califa! ¡Alah prolongue tus días! Mi señor Al-Hadi acaba de morir". Y Khaizarán le dijo: "Está bien. Pero ¡oh Massrur! guarda secreto sobre esta noticia y no divulgues este acontecimiento súbito. Y ahora ve cuando antes en busca de mi hijo Al-Raschid, y tráemele".

Y Massrur fue en busca de Al-Raschid, y le encontró acostado. Y le despertó, diciéndole: "¡Oh mi señor! mi señora te llama al instante". Y Al-Raschid exclamó, trastornado: "¡Por Alah! mi hermano Al-Hadi le habrá vuelto a hablar en contra mía, y le habrá revelado algún complot tramado por mí, y del que jamás haya tenido yo idea".

Pero Massrur le interrumpió, diciéndole: "¡Oh Harún! levántate enseguida y sígueme. Calma tu corazón y refresca tus ojos, porque todo va por buen camino, y no encontrarás más que éxitos y alegría.

Acto seguido, Harún se levantó y se vistió. Y al punto Massrur se prosternó ante él, y besando la tierra entre sus manos, exclamó: "La zalema contigo oh Emir de los Creyentes, imán de los servidores de la fe, califa de Alah en la tierra, defensor de la ley santa y de lo impuesto por ella!"

Y Harún, lleno de asombro y de incertidumbre, le preguntó: "¿Qué significan esas palabras, ¡oh Massrur!? Hace un momento me llamabas por mi nombre sencillamente; y al presente me das el título de Emir de los Creyentes. ¿A qué debo atribuir estas palabras contradictorias y un cambio de lenguaje tan imprevisto?".

Y Massrur contestó: "¡Oh mi señor! ¡toda vida tiene su destino y toda existencia su término! Alah prolongue tus días, pues tu hermano acaba de expirar...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 984ª NOCHE

Ella dijo:

“¡Oh mi señor! ¡toda vida tiene su destino y toda existencia su término! Alah prolongue tus días, pues tu hermano acaba de expirar". Y dijo Al-Raschid: "Alah le tenga en su piedad". Y se apresuró a ponerse en marcha, ya sin temor ni preocupación, entró en el cuarto de su madre, que exclamó al verle: "¡Alegría y dicha! ¡Dicha y alegría al Emir de los Creyentes!". Y se puso de pie, y le echó el manto califal, y le entregó el cetro, el sello supremo y las insignias del poderío. Y en el mismo momento entró el jefe de los eunucos del harén, que dijo a Al-Raschid: "¡Oh señor nuestro! recibe una noticia dichosa, pues acaba de nacerte un hijo de tu esclava Marahil". Y Harún entonces dejó exteriorizarse su doble júbilo, y dio a su hijo el nombre de Abdalah con el sobrenombre de Al-Mamún.

Y antes del nuevo día fueron conocidos por la población de Bagdad la muerte de Al-Hadi y el advenimiento de Al-Raschid al trono califal. Y Harún, en medio del aparato de la soberanía, recibió el juramento de obediencia de los emires, de los notables y del pueblo reunidos. Y aquel mismo día elevó al visirato a El-Fadl y a Giafar, ambos hijos de Yahia el Barmakida. Y todas las provincias y comarcas del Imperio, y todos los pueblos islámicos, árabes y no árabes, turcos y deylamidas, reconocieron la autoridad del nuevo califa y le juraron obediencia. Y comenzó su reinado en la prosperidad y la magnificencia, y se asentó, brillante, en su reciente gloria y en su poderío.

En cuanto a la favorita de Ghader, entre los brazos de la cual había expirado Al-Hadi, he aquí lo que aconteció.

La misma tarde de su elevación al trono, Al-Raschid, que tenía noticia de la belleza de Ghader quiso verla y posar en ella sus primeras miradas. Y le dijo: "Deseo ¡oh Ghader! que visitemos juntos tú y yo el jardín y la cúpula donde mi hermano Al-Hadi (¡Alah le tenga en Su piedad!) gustaba de alegrarse y descansar". Y Ghader, vestida ya con trajes de luto, bajó la cabeza y contestó: "Soy la esclava sumisa del Emir de los Creyentes". Y se retiró un instante para quitarse los vestidos de luto y reemplazarlos por los atavíos convenientes. Luego entró en la cúpula, donde Harún la hizo sentarse a su lado. Y permanecía con los ojos fijos en aquella magnífica joven, sin dejar de admirar su gracia. Y su pecho respiraba ampliamente con alegría, y su corazón se holgaba. Luego, cuando sirvieron los vinos que gustaban a Harún, Ghader se negó a beber la copa que le brindaba el califa.

Y le preguntó él, asombrado: "¿Por qué lo rehúsas?". Ella contestó: "El vino sin la música pierde la mitad de su generosidad. Tendría gusto, por tanto, en ver junto a nosotros, haciéndonos armoniosa compañía, al admirable Ishak, hijo de Ibrahim". Y Al-Raschid contestó: "No hay inconveniente". Al punto envió a Massrur en busca del músico, que no tardó en llegar. Y besó la tierra entre las manos del califa, y le rindió homenaje. Y a una seña de Al-Raschid se sentó enfrente de la favorita.

Y a la sazón pasó la copa de mano en mano; y de tal suerte se continuó hasta que fue noche cerrada. Y de repente, cuando el vino hubo fermentado en las razones, exclamó Ishak: "¡Oh! ¡eterna alabanza para Él que cambia a Su antojo los acontecimientos y dirige su curso y vicisitudes!". Y Al-Raschid le preguntó: "¿En qué piensas ¡oh hijo de Ibrahim! para prorrumpir en esas exclamaciones?".

Y contestó Ishak: "¡Ay! ¡oh mi señor! ayer a esta hora, tu hermano se asomaba a la ventana de esta cúpula, y a la luz de la luna, semejante a una desposada, miraba cómo huían las aguas murmuradoras suspirando con dulces y ligeras voces de cantarinas nocturnas. Y ante el espectáculo de la felicidad aparente, se espantó de su destino. Y quiso brindarte el brebaje de la humillación".

Y Al-Raschid dijo: "¡Oh hijo de Ibrahim! la vida de las criaturas está escrita en el libro del Destino. ¿Acaso habría podido arrebatarme la vida, si no estuviera decretado el término de ésta?". Y se encaró con la bella Ghader, y le dijo: "Y tú, ¡oh joven! ¿qué dices?".

Y Ghader tomó su laúd, y preludió, y con voz profundamente conmovida cantó estos versos:

¡La vida del hombre tiene dos vidas: una límpida y otra turbia! ¡El tiempo tiene dos clases de días: días de seguridad y días de peligro!

¡No te fíes ni del tiempo ni de la vida, porque a los días más límpidos suceden días turbios y sombríos!

Y al acabar estos versos, la favorita de Al-Hadi desfalleció de pronto y cayó sin conocimiento ni movimiento, dando con la cabeza en el suelo. Y la socorrieron y la movieron. Pero ya no existía, refugiada en el seno del Altísimo. Y dijo Ishak: "¡Oh mi señor! amaba al difunto. Y a lo menos a que aspira el amor es a esperar a que el enterrador acabe de cavar la tumba.

¡Alah extienda Sus misericordias sobre Al-Hadi, sobre su favorita y sobre todos los musulmanes!".

Y de los ojos de Al-Raschid cayó una lágrima. Y ordenó lavar el cuerpo de la muerta y depositarlo en la propia tumba de Al-Hadi. Y dijo: "¡Sí! ¡Alah extienda Sus misericordias sobre Al-Hadi, sobre su favorita y sobre todos los musulmanes!".

Y tras de contar así esta historia de la infortunada adolescente, el joven rico dijo a sus conmovidos oyentes: "Escuchad ahora, como otra manifestación de los decretos inexorables del Destino, la historia del collar fúnebre".

EL COLLAR FÚNEBRE

Y dijo:

"Un día en que el califa Harún Al-Raschid había oído encomiar el talento del músico cantor Hachem ben Soleimán, envió a buscarle. Y cuando introdujeron al cantor Harún le hizo sentarse delante de él y le rogó que le dejase oír alguna composición suya. Y Hachem cantó una cantilena de tres versos con tanto arte y tan hermosa voz, que el califa exclamó, en el límite del entusiasmo y del arrebato: "Has estado admirable, ¡oh hijo de Soleimán! ¡Alah bendiga el alma de tu padre!". Y lleno de gratitud, se quitó del cuello un magnífico collar enriquecido de esmeraldas y colgantes tan gordos como peras almizcladas, y lo puso en el cuello del cantor.

Y al contemplar aquella joya, Hachem, lejos de mostrarse satisfecho y alegre, nubló sus ojos con lágrimas. Y la tristeza anidó en su corazón e hizo amarillear su rostro...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 985ª NOCHE

Ella dijo:

...Y al contemplar aquella joya, Hachem, lejos de mostrarse satisfecho y alegre, nubló sus ojos con lágrimas. Y la tristeza anidó en su corazón e hizo amarillear su rostro. Y Harún, que ni por asomo esperaba tal manifestación, se mostró muy sorprendido, y creyó que la joya no era del gusto del músico. Y le preguntó: "¿A qué vienen esas lágrimas y esa tristeza ¡oh Hachem!? Y si no te agrada ese collar, ¿por qué guardas un silencio molesto para mí y para ti?". Y el músico contestó: "¡Alah aumente Sus favores sobre la cabeza del más generoso de los reyes! Pero el motivo que hace correr lágrimas y abruma de tristeza mi corazón no es lo que tú crees, ¡oh mi señor! Y si me lo permites, te contaré la historia de este collar, y el porqué de que su vista me haya sumido en el estado en que me ves". Y Harún contestó: "Claro que te lo permito. Porque debe ser asombrosa en extremo la historia de ese collar que poseo como herencia de mis padres. Y tengo mucha curiosidad por saber lo que acerca de ello conoces tú y yo ignoro".

"Sabe ¡oh Emir de los Creyentes! que el incidente relativo a este collar data del tiempo de mi primera juventud. En aquella época vivía yo en el país de Scham, que es la patria de mi cabeza, el sitio donde nací.

Una tarde, a la hora del crepúsculo, me paseaba a orillas de un lago, e iba vestido con el traje de los árabes del desierto de Scham, y con el rostro cubierto hasta cerca de los ojos por el litham. Y he aquí que me encontré con un hombre magníficamente vestido, acompañado, contra toda costumbre, por dos jóvenes soberbias, de una elegancia rara, que, a juzgar por los instrumentos musicales que llevaban, sin duda alguna eran cantarinas. Y de pronto reconocí en aquel paseante al califa El-Walid segundo de este nombre, que había dejado Damasco, su capital, para ir a cazar gacelas en nuestros parajes, por el lado del lago de Tabariah.

Y por su parte, el califa, al verme, se encaró con sus acompañantes, y les dijo, sin querer que le oyesen más que ellas: "He ahí un árabe que llega del desierto, tan lleno de grosería y salvajismo. ¡Por Alah! voy a llamarle para que nos haga compañía y nos divirtamos un poco a costa suya". Y me hizo señas con la mano. Y cuando me acerqué, me mandó sentarme en la hierba, a su lado, enfrente de las dos cantarinas.

Y he aquí que, por deseo del califa, que ni por asomo me conocía ni me había visto nunca, una de las jóvenes acordó su laúd, y con voz emocionante cantó una melopea compuesta por mí. Pero a pesar de toda su habilidad, cometió algunos errores ligeros, y hasta truncó el aire en varios pasajes. Y yo, no obstante la actitud reservada que me había impuesto, precisamente para no atraer sobre mí las chanzas a que el califa estaba dispuesto, no pude por menos de exclamar, dirigiéndome a la cantarina: "¡Te has equivocado, ¡oh mi señora! te has equivocado!".

Y al oír mis observaciones, la joven se echó a reír con una risa burlona, y dijo, encarándose con el califa: "Ya has oído ¡oh Emir de los Creyentes! lo que acaba de decirnos este árabe beduino conductor de camellos. ¡No teme acusarnos de error el insolente!". Y El-Walid me miró con un aire burlón y disconforme a la vez, y me dijo: "¿Es en tu tribu ¡oh beduino! donde te han enseñado el canto y el tañer delicado de los instrumentos musicales?". Y me incliné respetuosamente y contesté: "No, por tu vida, ¡oh Emir de los Creyentes! Pero, si no te opones, voy a probar a esta admirable cantarina que, a pesar de todo su arte, ha cometido algunos errores de ejecución". Y habiéndomelo permitido El-Walid, para ver qué hacía, dije a la joven: "Aprieta un cuarto la segunda cuerda y afloja otro tanto la cuarta. Y empieza el tono grave de la melodía. Y verás entonces cómo se resienten la expresión y el colorido de tu canto, y cómo algunos pasajes que has truncado ligeramente se resuelven por sí mismos".

Y sorprendida al ver a un beduino hablar de esta manera, la joven cantarina acordó su laúd en el tono que le indiqué, y recomenzó su canto. Y salió tan hermoso y tan perfecto, que ella misma quedó profundamente conmovida y asombrada a la vez. Y levantándose de pronto, se arrojó a mis pies, exclamando: "¡Por el Señor de la kaaba, juro que eres Hachem ben Soleimán!". Y como no estaba yo menos conmovido que la joven, ni contestaba, el califa me preguntó: "¿Eres verdaderamente quien dice ella?". Y contesté, descubriendo entonces mi cara: "Sí, ¡oh Emir de los Creyentes! soy tu esclavo Hachem el Tabariano".

Y el califa quedó extremadamente satisfecho de conocerme, y me dijo: "Loado sea Alah, que te ha puesto en mi camino, ¡oh hijo de Soleimán! ¡Esta joven te admira más que a todos los músicos de este tiempo, y jamás me canta otra cosa que cantos y composiciones tuyas!". Y añadió: "¡Por tanto quiero que en adelante seas amigo y compañero mío!". Y le di las gracias y le besé la mano.

Luego la joven que había cantado se encaró con el califa, y le dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! ¡después de este momento dichoso, tengo que hacerte una petición!". Y el califa dijo: "¡Puedes hacerla!". Ella dijo: "Te suplico que me permitas rendir homenaje a mi maestro, ofreciéndole una prueba de mi gratitud".

El califa dijo: "Desde luego; así debe ser". Entonces la encantadora cantarina desató el magnífico collar que llevaba, y que le había regalado el califa, y me lo puso al cuello, diciéndome: "¡Acéptalo como don de mi reconocimiento, y dispénsame que sea tan poca cosa!". Y precisamente aquel collar era el que de nuevo recibo hoy como presente de tu generosidad, ¡oh Emir de los Creyentes!

He aquí ahora cómo salió de mi mano aquel collar, para volver a mí hoy...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 986ª NOCHE

Ella dijo:

He aquí ahora cómo salió de mi mano aquel collar, para volver... a mí hoy, y por qué he llorado al verlo.

En efecto, después de haber pasado cierto tiempo cantando, cuando refrescó la brisa del lago, El-Walid se levantó, y nos dijo: "Embarquémonos para pasear por el agua". Y al punto acudieron unos servidores que estaban distanciados, y trajeron una barca. Y el califa pasó a la barca el primero; luego yo. Y cuando le tocó el turno a la joven que me había hecho don del collar, adelantó una pierna para pasar a la barca. Pero como se había envuelto en su velo grande para que no la observaran los remeros, aquello la entorpeció y faltándole pie, cayó al lago, y antes de que hubiese tiempo de socorrerla, se fue al fondo del agua. Y a pesar de cuantas pesquisas hicimos, no logramos encontrarla. ¡Alah la tenga en Su compasión!

Y fueron muy profundas la pena y la aflicción de El-Walid, y bañó su rostro el llanto. Y también yo derramé lágrimas amargas por la suerte de aquella infortunada joven. Y el califa, que había permanecido silencioso largo rato después de aquella catástrofe, me dijo: "¡Oh Hachem! para mi dolor sería un ligero consuelo entre mis manos el collar de esa pobre joven, como recuerdo de lo que para mí fue durante su corta vida. Pero Alah me libre de recogerte lo que te hemos dado. Te ruego, pues, que consientas en venderme ese collar".

Y al punto entregué el collar al califa, quien, a nuestra llegada a la ciudad, hizo que me contaran treinta mil dracmas de plata, y me colmó de regalos preciosos.

Y tal es, ¡oh Emir de los Creyentes! la causa que me hace llorar hoy. Y Alah el Altísimo, que desposeyó a los califas ommiadas del poder soberano en favor de los Beni-Abbas de los que eres gloriosa descendencia, ha permitido que este collar llegase a tus manos con la herencia de tus nobles antepasados, para volver a mí por este camino apartado".

Y Al-Raschid se emocionó mucho con este relato de Hachem ben Soleimán, y dijo: "¡Alah tenga en Su compasión a los que merecen compasión!". Y con esta fórmula general evitó pronunciar el nombre de uno de los individuos de la dinastía rival abatida".

Luego dijo el joven: "Puesto que hablamos de músicos y cantarinas, voy a contaros un rasgo, entre mil, de la vida del más célebre entre los músicos de todos los tiempos, Ishak ben Ibrahim, de Mossul". Y dijo:

ISHAK DE MOSSUL Y EL AIRE NUEVO

"Entre los diversos escritos de mano del músico-cantor Ishak ben Ibrahitn, de Mossul, que han llegado a nosotros, se halla éste. Dice Ishak: "Un día, según mi costumbre, entré en el aposento del Emir de los Creyentes Al-Raschid, y le encontré sentado en compañía de su visir El-Fadl y de un jeique del Hedjaz, el cual tenía una fisonomía hermosísima y un continente impregnado de nobleza y de gravedad. Y después de las zalemas por una y otra parte, me incliné discretamente hacia el visir El-Fadl y le pregunté el nombre de aquel jeique hedjaziense que me gustaba y a quien no había visto nunca. Y me contestó el visir: "Es el nieto del viejo poeta músico y cantor del Hedjaz, Maabad, cuya fama conoces". Y como yo me mostrara satisfecho de conocer al nieto de aquel viejo Maabad a quien tanto hube de admirar en mi juventud, El-Fadl me dijo al oído: "¡Oh Ishak! el jeique del Hedjaz que aquí ves, si te muestras amable con él te dará a conocer y aun te cantará todas las composiciones de su abuelo. Es complaciente, y está dotado de hermosa voz".

Entonces yo, queriendo experimentar su método y aprenderme de memoria los cantos antiguos que habían encantado mis años jóvenes, me mostré lleno de consideraciones para el hedjaziense; y tras de una amigable charla sobre diferentes cosas, le dije: "¡Oh nobilísimo jeique! ¿puedes recordarme cuántos cantos ha compuesto tu abuelo, el ilustre Maabad, honor del Hedjaz?". Y me contestó: "¡Sesenta, ni uno más ni uno menos!". Y le pregunté: "¿Sería pesar demasiado sobre tu paciencia rogarte que me dijeras cuál de esos sesenta cantos es el que más te gusta por su compás o por otros motivos?". Y me contestó: "Sin duda, y en todos sentidos, el canto cuadragésimo tercero, que empieza con este verso:

¡Oh hermosura del cuello de mi Molaikah, mi Molaikah la de hermoso pecho!"

Y como si el simple recitado de aquel verso tuviera la virtud de excitar en él la inspiración, tomó de pronto el laúd de mi mano, y después de un ligerísimo preludio de acordes, cantó la cantilena consabida con una voz maravillosa, y nos hizo sentir aquella música nueva y tan antigua, con un arte, un encanto, una gracia y una emoción inexpresables. Y oyéndola, me estremecía yo de placer, deslumbrado, fuera de mí, en el límite del entusiasmo. Y como estaba seguro de mi facilidad para retener los aires nuevos, por muy complicados que fuesen, no quise repetir inmediatamente delante del jeique hedjaziense la cantilena deliciosa y tan nueva para mí que acababa él de hacerme oír. Y me limité a darle las gracias. Y se volvió él a Medina, su país, mientras yo salía del palacio, embriagado con aquella melodía.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 987ª NOCHE

Ella dijo:

...Y se volvió a Medina, su país, mientras yo salía del palacio embriagado con aquella melodía.

Y al regresar a mi casa, cogí mi laúd, que estaba colgado en la pared, y lo templé y armonicé las cuerdas y tonos en los más pequeños detalles. Pero ¡por Alah! cuando quise repetir la música de aquel aire hedjaziense que me había emocionado tanto, no pude recordar la menor nota, ni siquiera el tono en que fue cantado, yo, que de ordinario retenía cantilenas de cien coplas oídas casi sin atención. Pero a la razón había caído entre mi memoria y aquella música un velo de algodón impenetrable, y no obstante todos mis esfuerzos de memoria, no pude repetir lo que tanto me preocupaba.

Y desde entonces, me esforcé día y noche en llamar a mi memoria aquella música, pero sin ningún resultado. Y renuncié con desesperación a mi laúd y a mis lecciones, y me dediqué a recorrer Bagdad, Mossul, Bassra y todo el Irak, preguntando por aquella música y por aquel canto a todos los cantores más viejos y a todas las cantarinas más ancianas; pero no conseguí encontrar nadie que conociera aquel aire o que me informara respecto al modo de dar con él.

Entonces al ver que todas mis pesquisas eran inútiles, para librarme de aquella obsesión resolví hacer un viaje al Hedjaz, a través del desierto, para ir a Medina en busca del jeique hedjaziense, y rogarle que me cantara otra vez la cantilena de su abuelo. Y cuando tomé esta resolución, me encontraba en Bassra paseándome a orillas del río. Y he aquí que se me acercaron dos mujeres jóvenes vestidas con trajes discretos y ricos aparentando ser mujeres de alto rango. Y cogieron la brida de mi asno y le pararon, saludándome.

Y muy fastidiado y sin pensar más que en mi cantilena hedjaziense, les dije en tono perentorio: "¡Dejadme! ¡dejadme!" Y quise recoger la brida de mi asno. Pero he aquí que una de ellas, sin levantarse el velo del rostro, me sonrió tras él, y me dijo: "Está bien; ¡oh Ishak! ¿cómo va ahora tu pasión por la hermosa cantilena de Maabad el Hedjaziense: ¡Oh hermosura del cuello de mi Molaikah!? ¿Has cesado ya de recorrer el mundo en busca suya?". Y añadió, antes de que yo tuviese tiempo de volver de mi sorpresa: "¡Oh Ishak! desde detrás de la celosía del harén te vi cuando el jeique hedjaziense cantaba en presencia del califa y de El-Fadl, y el encanto de la melodía antigua hacíate saltar y hacía danzar a las cosas inanimadas en torno a ti. ¡Qué entusiasmado estabas, ¡oh Ishak! Llevabas el compás con tus manos, meneando la cabeza y balanceándote dulcemente. Parecías ebrio. Estabas como loco".

Y al oír estas palabras, exclamé: "¡Ah! por la memoria de mi padre Ibrahim, te juro que ahora estoy más loco que nunca por ese canto rico y hermoso. ¡Ya Alah! ¿qué no daría yo por oírlo, incluso falseado, incluso truncado? ¡Una nota de ese canto por diez años de mi vida! ¡Mira por dónde, hablándome de ello, acabas de atizar cruelmente el fuego de mis penas y soplar en la brasa de mi desesperación!". Y añadí: "Por favor, dejad, dejad que me vaya. ¡Tengo prisa por preparar y organizar mi marcha inmediata al Hedjaz!".

Y al oír estas palabras, sin soltar la brida de mi asno, la joven se echó a reír con risa ruidosa, y me dijo: "Y si yo misma te cantara la cantilena hedjaziense: ¡Oh hermosura del cuello de mi Molaikah! ¿persistirías en partir para el Hedjaz?". Y contesté: "¡Por tu padre y por tu madre, ¡oh hija de gentes de bien! no tortures más a quien acecha la locura!".

Acto seguido, sujetando siempre la brida de mi asno, la joven entonó de pronto la cantilena que me tenía loco, y con una voz y con un método mil veces más hermoso que cuando en otro tiempo la oí de boca del hedjaziense. ¡Y el caso es que no había ella cantado más que a media voz! Y en el límite del transporte y de la dicha, sentí que una gran dulzura calmaba mi alma torturada. Y me apeé precipitadamente de mi asno, y me eché a los pies de la joven y le besé las manos y la orla del traje. Y le dije: "¡Oh mi señora! soy tu esclavo, el comprado por tu generosidad. ¿Quieres aceptar mi hospitalidad? Y me cantarás la cantilena de Molaikah, y yo te cantaré todo el día y toda la noche. ¡Oh! ¡todo el día y toda la noche!". Pero ella me contestó: "¡Oh Ishak! conocemos tu carácter poco agradable y tu avaricia por tus composiciones. Sí, sabemos que ninguna de tus discípulas ha recibido y aprendido de ti y por ti ni un solo canto. Lo que saben se lo has comunicado y enseñado por mediación de extraños, como Alawiah, Wahdj El-Karah y Mukhrik. Pero de ti directamente ¡oh Ishak, celoso con exceso! nadie aprendió nunca nada". Luego añadió: "Por tanto, como sé que no eres lo bastante amable para tratarnos debidamente, es inútil ir a tu casa.

Y puesto que deseas aprender el aire de Molaikah, ¿para qué ir tan lejos? Te lo cantaré gustosa hasta que te lo sepas". Y exclamé: "En cambio, ¡oh hija del cielo! yo verteré por ti mi sangre. Pero ¿quién eres? ¿Y cuál es tu nombre...?

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 988ª NOCHE

Ella dijo:

...Y exclamé: "En cambio, ¡oh hija del cielo! yo verteré por ti mi sangre. Pero ¿quién eres? ¿Y cuál es tu nombre?". Y ella me contestó: "Una simple cantarina entre las cantarinas que comprenden lo que dice el follaje al pájaro y la brisa al follaje. Pero soy Wahba. Aquella de quien habla el poeta en la cantilena que lleva mi nombre". Y cantó:

¡Oh Wahba! ¡sólo a tu lado habitan las delicias y la alegría!

¡Oh Wahba! ¡cuán embalsamada estaba tu saliva, que nadie más que yo ha probado!

¡Rara como son raras las fuentes del desierto, no has venido más que una vez a ofrecerme la copa de tus labios!

¡Ola Wahba! ¡no incites al gallo que sólo pone un huevo en su vida! ¡Ven a perfumar la morada!

¡Tráeme la delicia más dulce que el azúcar, ese néctar transparente como la luz y más ligero que el karkafa y el khandaris!

Y aquella encantadora cantilena, cuyas palabras eran del poeta Farruge, tenía un aire delicado que había compuesto la propia Wahba. Y con aquel canto acabó de transportar mi razón. Y tanto la supliqué, que hubo de aceptar el ir a mi casa con su hermana. Y nos pasamos todo el día y toda la noche en el éxtasis del canto y de la música. Y encontré en ella, sin disputa, la cantarina más admirable que oí nunca. Y su amor me penetró hasta el alma. Y acabó ella por hacerme el don de su carne, como me había hecho el de su voz. ¡Y adornó mi vida en los años dichosos que me concedió el Retribuidor!"

Luego dijo el joven rico: "He aquí ahora una anécdota referente a las danzarinas de los califas".

Y dijo:

LAS DOS DANZARINAS

"Había en Damasco, bajo el reinado del califa Abd El-Malek ben Merwán, un poeta-músico llamado Ibn Abu-Atik, que gastaba con locas prodigalidades cuanto le producían su arte y la generosidad de los emires y de la gente rica de Damasco. Así es que, no obstante las sumas considerables que ganaba, estaba en la inopia y a duras penas atendía a la subsistencia de su numerosa familia. Porque el oro en manos de un poeta y la paciencia en el alma de un amante son como agua en criba.

El poeta tenía por amigo a un íntimo del califa, Abdalah el chambelán. Y Abdalah, que ya había interesado cien veces en favor del poeta a los notables de la ciudad, resolvió atraer sobre él incluso el favor del califa. Un día, pues, que el Emir de los Creyentes estaba en disposición propicia a ello, Abdalah abordó la cuestión, y le describió la pobreza y la indigencia de aquel a quien Damasco y todo el país de Scham consideraban como el poeta-músico más admirable de la época. Y Abd El-Malek contestó: "Puedes enviármele".

Y Abdalah se apresuró a ir a anunciar la buena nueva a su amigo, repitiéndole la conversación que acababa de tener con el califa. Y el poeta dio las gracias a su amigo y fue a presentarse en palacio.

Y cuando se le introdujo, encontró al califa sentado entre dos soberbias danzarinas de pie, que se balanceaban dulcemente sobre su talle flexible, como dos ramas de ban, agitando cada una con una gracia encantadora, un abanico de hojas de palmera, con el cual refrescaban a su señor.

Y en el abanico de una de las danzarinas había escritos, con letras de oro y azul, los versos siguientes:

¡El soplo que traigo es fresco y ligero, y juego con el pudor rosado de las que acaricio!

¡Soy un velo cándido que oculta el beso de las bocas enamoradas! ¡Soy un recurso precioso para la cantarina que abre la boca y para el poeta que recita versos!

Y en el abanico de la segunda danzarina había escritos, también en letras de oro y azul, los versos siguientes:

¡Soy verdaderamente encantador en mano de las bellas, por lo que mi sitio predilecto es el palacio del Califa!

¡Renuncien a tenerme por amigo las que estén en desacuerdo con la gracia y la elegancia!

¡Pero también concedo con gusto mis caricias al jovenzuelo flexible y desenvuelto como una esclava hermosa!

Y cuando el poeta hubo contemplado a aquellas dos maravillosas muchachas, sintió un deslumbramiento y un estremecimiento profundo. Y de repente olvidó su miseria, sus tristezas, las privaciones de su familia y la cruel realidad. Y se creyó transportado en medio de las delicias del paraíso, entre dos huríes selectas. Y la belleza de ella hízolo mirar a todas las mujeres pasadas, de que le quedaba recuerdo, como feas y necias.

En cuanto al califa después de los homenajes y las zalemas, dijo al poeta: "¡Oh Ibn Abu-Atik! me ha impresionado la descripción que me ha hecho Abdalah de tu estado precario y de la miseria en que se encuentran sumidos los tuyos. Pídeme, pues, cuanto quieras; y te será concedido en esta hora y en este instante". Y el poeta, dominado por la emoción que le embargaba a la vista de las dos danzarinas no comprendió siquiera el sentido de las palabras del califa; y aunque lo hubiese comprendido, no se habría preocupado de pedir dinero o riquezas. Porque en aquel momento dominaba su espíritu una sola idea: la belleza de las dos danzarinas y el deseo de poseerlas para él solo y de embriagarse con sus ojos y su influencia.

Así es que respondió a la proposición generosa del califa: "¡Alah prolongue los días del Emir de los Creyentes! Pero tu esclavo ya está colmado de beneficios del Retribuidor. ¡Es rico, no carece de nada, vive como un emir! Sus ojos están satisfechos, su espíritu está satisfecho, su corazón está satisfecho. Y por otra parte, hallándome, como me hallo aquí, en presencia del sol y entre estas dos lunas, aunque estuviera en la más negra de las miserias y en la inopia absoluta, me consideraría el hombre más rico del Imperio!"

Y el califa Abd El-Malek quedó extremadamente complacido de la respuesta, y al ver que los ojos del poeta expresaban vehementemente lo que no decía su lengua, se levantó y le dijo: "¡Oh Ibn Abu-Atik! estas dos jóvenes que ves aquí, y que hoy mismo me ha regalado el rey de los rums, son propiedad legal tuya y campo tuyo. Y puedes entrar en tu campo a tu antojo". Y salió.

Y el poeta cogió a las danzarinas y se las llevó a su casa.

Pero cuando Abdalah estuvo de vuelta en palacio, el califa le dijo: "¡Oh Abdalah! la descripción que te has servido hacerme con respecto a la indigencia y la miseria de ese poeta-músico amigo tuyo adolecía de manifiesta exageración. Porque él me ha afirmado que era perfectamente dichoso y que no carecía absolutamente de nada". Y Abdalah sintió que su rostro se cubría de confusión, y no supo qué pensar de aquellas palabras. Pero el califa repuso: "Pues si, por vida mía, ¡oh Abdalah! ese hombre se hallaba en un estado de dicha como jamás lo vi en ninguna criatura". Y le repitió las hipérboles que le había endilgado el poeta-músico. Y Abdalah, medio enfadado, medio risueño, contestó: "¡Por vida de tu cabeza, ¡oh Emir de los Creyentes! ha mentido! ¡Ha mentido impúdicamente! ¡En buena posición él! ¡Pero si es el hombre más miserable, el más falto de todo! La contemplación de su mujer y de sus hijos haría temblar las lágrimas al borde de vuestros párpados. Créeme ¡oh Emir de los Creyentes! que no hay en tu Imperio nadie que tenga más necesidad que él del más ínfimo de tus beneficios". Y al oír estas palabras, el califa no supo qué pensar del poeta-músico.

Y Abdalah, en cuanto salió de ver al califa, se apresuró a ir a casa de Ibn Abu-Atik. Y le encontró expansionándose a su sabor con las dos hermosas danzarinas, sentada una en su rodilla derecha y la otra en su rodilla izquierda, frente a una bandeja, cubierta de bebidas...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 989ª NOCHE

Ella dijo:

...Y le encontró expansionándose a su sabor con las dos hermosas danzarinas, sentada una en su rodilla derecha y la otra en su rodilla izquierda, frente a una bandeja cubierta de bebidas. Y le interpeló con acento de mal humor, diciéndole: "¿En qué estabas pensando ¡oh loco! para desmentir ante el califa mis palabras con respecto a ti? Me has ennegrecido el rostro hasta darle el color más sombrío". Y contestó el poeta, en el límite del regocijo: "¡Ah amigo mío! ¿quién podría pregonar pobreza o cantar miseria en la situación en que me encontré de pronto? Si lo hubiera hecho habría sido una indecencia suprema; al menos por estas dos huríes, sino en mi propio interés".

Y así diciendo, tendió a su amigo una copa enorme en la cual sonreía un líquido perfumado con almizcle y alcanfor, y le dijo: "Bebe ¡oh amigo mío! ante los ojos negros. Los ojos negros son mi locura". Y añadió, señalando a las dos magníficas danzarinas: "Estas dos bienaventuradas son mi propiedad y mi riqueza. ¿Qué más podré desear, a riesgo de ofender la generosidad del Retribuidor?"

Y mientras que Abdalah, obligado a sonreír ante tanta ingenuidad, acercaba la copa a sus labios, el poeta-músico requirió su tiorba, y animándola con un preludio de repiqueteos, cantó:

¡Vivarachas, esbeltas y graciosas son las jovenzuelas! ¡Gacelas admirables, yeguas de flancos en tensión!

¡Sus hermosos senos redondos, hinchándose en su pecho, son dos copas de jade en un cielo luminoso!

¿Cómo no he de cantar? ¡Si a las montañas peladas se las hiciera beber lo que hacen beber estas gacelas, cantarían!

Y como antes, el poeta-músico continuó viviendo sin preocuparse del día siguiente, fiándose en el Destino y en el Dueño de las criaturas. Y las dos danzarinas le sirvieron de consuelo en los días malos y de dicha durante toda su vida".

Luego dijo el joven: "Esta tarde os diré aún la historia de La crema de aceite de alfónsigos".

La crema de aceita de alfónsigos y la dificultad jurídica resulta

"Bajo el reinado del califa Harún Al-Raschid, el kadí supremo de Bagdad era Yacub Abu-Yussef, el hombre más sabio y el jurisconsulto más profundo y más listo de su tiempo. Había sido el discípulo y el compañero más querido del imam Abu-Hanifah. Y dotado de la erudición más esclarecida, fue el primero que escribió, arregló y coordinó en un conjunto metódico y razonado la admirable doctrina instaurada por su maestro el imam. Y esta doctrina, extractada así, fue la que en adelante sirvió de guía y de base al rito ortodoxo hanefita.

Y por sí mismo nos cuenta él la historia de su origen humilde, así como lo concerniente a una crema de alfónsigos y a una grave dificultad jurídica resuelta.

Dice:

"Cuando murió mi padre (¡Alah le tenga en Su misericordia y le reserve un sitio escogido!) yo no era más que un niño pequeño en el regazo de mi madre. Y como éramos pobres y en mí estaba el único sostén de la casa, en cuanto crecí, mi madre se apresuró a colocarme de aprendiz en la casa de un tintorero del barrio. Y así empecé a ganar pronto para alimentar a mi madre.

Pero como Alah el Altísimo no había escrito en mi destino el oficio de tintorero, no podía yo decidirme a pasarme todos los días junto a las tinas de tinte. Y a menudo me escapaba de la tienda para ir a mezclarme con los atentos oyentes que escuchaban la enseñanza religiosa del imam Abu-Hanifah (¡Alah le colme con Sus dones más escogidos!). Pero mi madre, que vigilaba mi conducta y me seguía frecuentemente, reprobaba con violencia aquellas salidas, y muchas veces iba a sacarme de la asamblea que escuchaba al venerable maestro. Y me arrastraba de la mano, riñéndome y pegándome y me hacía volver por fuerza a la tienda del tintorero.

Y yo, a pesar de aquellas persecuciones asiduas y de aquellas regañinas por parte de mi madre, siempre encontraba medio de seguir con regularidad las lecciones del maestro venerado, que ya me conocía y me citaba por mi celo, mi diligencia y mi ardor en buscar instrucción. De modo que un día, furiosa por mis escapatorias de la tienda del tintorero, mi madre se puso a gritar en medio del auditorio escandalizado, y dirigiéndose violentamente a Abu-Hanifah, le insultó, diciéndole: "Tú eres ¡oh jeique! el causante de la perdición de este niño, y de la segura caída en el vagabundaje de este huérfano sin recurso alguno. Porque yo no tengo más que el producto insuficiente de mi huso; y si este huérfano no gana algo por su parte, pronto nos moriremos de hambre. Y la responsabilidad de nuestra muerte recaerá sobre ti el día del Juicio". Y mi venerado maestro no perdió nada de su tranquilidad ante tan violenta salida, y contestó a mi madre con voz conciliadora: "¡Oh pobre! ¡Alah te colme con Sus gracias! Pero nada temas. Este huérfano aprende aquí a comer un día la crema de flor fina preparada con aceite de alfónsigos". Y al oír esta respuesta mi madre quedó persuadida de que vacilaba la razón del venerable imam, y se marchó, arrojándole esta última injuria: "¡Alah abrevie tus días, que eres un viejo chocho y pierdes la razón!" Pero yo guardé en mi memoria aquellas palabras del imam.

Y como Alah había puesto en mi corazón la pasión del estudio, esta pasión resistió a todo, y acabó por triunfar en los obstáculos. Y uní fervientemente a Abu-Hanifah. Y el Donador me otorgó la ciencia y las ventajas que ésta proporciona, de modo que poco a poco fui ascendiendo en categoría, y acabé por alcanzar las funciones de kadí supremo de Bagdad. Y se me admitía en la intimidad del Emir de los Creyentes, Harún Al-Raschid, que con frecuencia me invitaba a compartir sus comidas.

Un día que estaba yo comiendo con el califa, he aquí que al final de la comida los esclavos trajeron una fuente grande donde temblaba una maravillosa crema blanca salpimentada de polvo de alfónsigos, y cuyo aroma, por sí solo, era un gusto. Y el califa se encaró conmigo, y me dijo: "¡Oh Yacub! prueba esto. No sale tan bien a diario este manjar. Hoy está excelente". Y pregunté: "¿Cómo se llama este manjar, ¡oh Emir de los Creyentes!? ¿Y con qué está preparado para tener tan buena vista y un olor tan agradable?" Y me contestó: "Es la baluza preparada con crema, miel, flor fina de harina y aceite de alfónsigos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 990ª NOCHE

Ella dijo:

"...Es la baluza preparada con crema, miel, flor fina de harina y aceite de alfónsigos".

Y al oír esto, recordé las palabras de mi venerado maestro, que así había predicho lo que debía acontecerme. Y a este recuerdo, no pude por menos que sonreír. Y el califa me dijo: "¿Qué te incita a sonreír, ¡oh Yacub!? Y contesté: "Nada malo ¡oh Emir de los Creyentes! Es un simple recuerdo de mi infancia que cruza por mi espíritu, y le sonrío al paso". Y me dijo: "Date prisa a contármelo. Persuadido estoy de que será provechoso escucharlo".

Y para satisfacer el deseo del califa, le conté mi iniciación en el estudio de la ciencia, mi asiduidad en seguir la enseñanza de Abu-Hanifah, las desesperaciones de mi pobre madre al verme desertar de la tintorería, y la predicción del imam con respecto a la baluza con crema y aceite de alfónsigos.

Y Harún quedó encantado de mi relato, y concluyó: "Sí, ciertamente, el estudio y la ciencia dan siempre sus frutos, y son numerosas sus ventajas en el dominio humano y en el dominio de la religión. En verdad que el venerable Abu-Hanifah predecía con precisión y veía con los ojos de su espíritu lo que los demás hombres no podían ver con los ojos de su cabeza. ¡Alah le colme con Sus misericordias y con Sus gracias más perfumadas!"

Y esto es lo referente a la baluza de crema y aceite de alfónsigos. Pero he aquí ahora lo referente a la dificultad jurídica resuelta. Encontrándome un día fatigado, me metí temprano en la cama. Y ya me había dormido profundamente, cuando llamaron a golpazos en mi puerta. Y a toda prisa me levanté al oír el ruido, me abrigué los riñones con mi izar de lana, y fui a abrir yo mismo. Y reconocí a Harthamah, el eunuco de confianza del Emir de los Creyentes. Y le saludé. Pero él, sin perder tiempo en devolverme la zalema, lo cual me sumió en una gran turbación y me hizo presagiar sombríos acontecimientos por lo que a mí afectaba, me dijo con acento perentorio: "Ven enseguida a ver a nuestro amo el califa, que desea hablarte". Y tratando de dominar mi turbación, y procurando descifrar algo del asunto, contesté: "¡Oh querido Harthamah! Me hubiera gustado ver que tenías más consideraciones con un anciano enfermo como yo. La noche está ya muy avanzada, y no creo que realmente se trate de un asunto tan grave como para necesitar que vaya yo ahora al palacio del califa. Te ruego, pues, que esperes hasta mañana. Y desde ahora hasta entonces ya se habrá olvidado del asunto o cambiado de opinión el Emir de los Creyentes". Pero me contestó él: "No, ¡por Alah! no puedo diferir hasta mañana la ejecución de la orden que se me ha dado". Y pregunté: "¿Puedes decirme, al menos, ¡oh Harthamah! para qué me llama?" Él contestó: "Ha venido su servidor Massrur a buscarme, corriendo y sin aliento, y me ha ordenado, sin darme ninguna explicación, que te llevara enseguida entre las manos del califa".

Entonces, en el límite de la perplejidad, dije al eunuco: "¡Oh Harthamah! ¿me permitirás, por lo menos, lavarme rápidamente y perfumarme un poco? Porque así, si se trata de un asunto grave, estaré arreglado como es debido; y si Alah el Optimo me otorga la gracia, como espero, de encontrar allí un asunto sin inconveniente para mí, estos cuidados de limpieza no podrán perjudicarme, sino muy al contrario".

Y cuando el eunuco accedió a mi deseo, subí a lavarme y a ponerme ropa adecuada y a perfumarme lo mejor que pude. Luego bajé otra vez a reunirme con el eunuco, y salimos a buen paso. Y al llegar a palacio vi que Massrur nos esperaba a la puerta. Y Harthamah le dijo, designándome: "He aquí al kadí". Y Massrur me dijo: "¡Ven!" Y le seguí. Y mientras le seguía, le dije: "¡Oh Massrur! tú, que ya sabes cómo sirvo a nuestro amo el califa, y a los miramientos que se deben a un hombre de mi edad y de mi cargo, y que no ignoras la amistad que siempre te he profesado, supongo que querrás decirme por qué me hace venir el califa a hora tan tardía de la noche". Y Massrur me contestó: "Ni yo mismo lo sé". Y le pregunté, más azorado que nunca: "¿Podrás decirme, al menos, quién hay con él?" Massrur me contestó: "No hay más que una persona: Issa, el chambelán, y en la habitación contigua la esposa del chambelán".

Entonces, renunciando a comprender más, dije: "¡Confío en Alah! ¡No hay recurso ni fuerza más que en Alah el Todopoderoso, el Omnisciente!" Y llegado que hube al cuarto que precedía a la habitación en que por lo general estaba el califa, hice oír el movimiento de mi andar y el ruido de mis pasos. Y el califa preguntó desde dentro: "¿Quién hay en la puerta?" Y contesté al punto: "Tu servidor Yacub, ¡oh Emir de los Creyentes!"

Y la voz del califa dijo: "¡Entra!"

Y entré. Y encontré a Harún sentado, con el chambelán Issa a su derecha. Y avancé, posteriormente; y le abordé con la zalema. Y con gran satisfacción mía, me devolvió él la zalema. Luego me dijo sonriendo: "¿Te hemos inquietado, molestado, acaso asustado?" Y contesté: "Solamente ¡oh Emir de los Creyentes! nos habéis asustado a mí y a los que he dejado en casa. ¡Por vida de tu cabeza, que todos estábamos azorados!" Y el califa me dijo con bondad: "Siéntate, ¡oh padre de la ley!" Y me senté, ligero, libre de mis aprensiones y de mi miedo. Y al cabo de algunos instantes, el califa me dijo: "¡Oh Yacub! ¿sabes por qué te hemos llamado aquí a esta hora de la noche?" Y contesté: "No lo sé, ¡oh Emir de los Creyentes!" Me dijo él: "¡Escuchas, pues! Y mostrándome a su chambelán Issa, me dijo: "Te he hecho venir ¡oh Abu-Yussef! para ponerte por testigo del juramento que voy a prestar. Has de saber, en efecto, que Issa, a quien ves aquí, tiene una esclava. Yo he pedido a Issa que me la ceda; pero él se ha excusado. Le he pedido entonces que me la venda pero se ha negado. Pues bien; ante ti, ¡oh Yacub! que eres el kadí supremo, juro por el nombre de Alah el Altísimo, el Exaltado, que si Issa persiste en no querer cederme su esclava de una manera o de otra, le haré matar sin remisión al instante".

Entonces yo, seguro del todo por lo que a mí afectaba, me encaré en actitud severa con Issa, y le dije: "¿Qué cualidades o qué virtud extraordinaria ha dado, pues, Alah a esa muchacha, esclava tuya, para que no quieras cedérsela al Emir de los Creyentes? ¿No ves que con tu negativa te pones en la situación más humillante, y que te degradas y te rebajas?" Y sin mostrarse conmovido por mis exhortaciones, Issa me dijo: "¡Oh nuestro señor kadí! odiosa es la precipitación de los juicios. Antes de hacerme observaciones deberías inquirir el motivo que ha dictado mi conducta". Y le dije: "¡Sea! Pero ¿puede haber un motivo justificado para semejante negativa?" Él me contestó: "¡Sí, por cierto! Un juramento no puede en ningún caso declararse nulo si se ha prestado con plena conformidad y en plena lucidez de espíritu. Pues yo tengo como impedimento la fuerza de un juramento solemne. Porque he jurado, por el triple divorcio y con la promesa de libertar cuantos esclavos de ambos sexos tengo en mi mano y comprometiéndome a distribuir todos mis bienes y riquezas a los pobres y a las mezquitas, he jurado, repito, a la joven en cuestión no venderla ni darla nunca...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 991ª NOCHE

Ella dijo:

"...he jurado a la joven en cuestión no venderla ni darla nunca". Y al oír estas palabras, el califa se encaró conmigo, y me dijo: "¡Oh Yacub! ¿hay medio de resolver esta dificultad?" Y contesté sin vacilar: "Claro que sí, ¡oh Emir de los Creyentes!" Me preguntó él: "¿Y cómo?" Dije: "La cosa es muy sencilla. Para no faltar a su juramento, Issa te dará de regalo la mitad de la joven esclava que deseas; y te venderá la otra mitad. Y de esa manera quedará en paz con su conciencia, puesto que realmente ni te ha dado ni te ha vendido a la joven".

Y al oír estas palabras, Issa se encaró conmigo, muy dubitativo, y me dijo: "¿Y es lícito ese proceder, ¡oh padre de la ley!? ¿Es aceptable por la ley?" Y contesté: "¡Sin duda alguna!" Entonces alzó la mano incontinenti, y me dijo: "Pues bien; te pongo por testigo ¡oh kadí Yacub! de que, pudiendo así descargar mi conciencia, doy al Emir de los Creyentes la mitad de mi esclava y le vendo la otra mitad por la suma de cien mil dracmas de plata que me ha costado entera". Y Harún exclamó al punto: "Acepto el regalo, pero compro la segunda mitad por cien mil dinares de oro". Y añadió: "Que me traigan ahora mismo a la joven".

Y enseguida fue Issa a la sala de espera en busca de su esclava, al mismo tiempo que traían los sacos con los cien mil dinares de oro.

Y al punto introdujo a la joven su amo, que dijo: "Tómala, ¡oh Emir de los Creyentes! y que Alah te cubra con Sus bendiciones junto a ella. Es cosa tuya y propiedad tuya". Y tras de recibir los cien mil dinares, salió.

Entonces el califa se volvió hacia donde yo estaba, y me dijo con aire preocupado: "¡Oh Yacub! todavía queda por resolver otra dificultad. Y me parece ardua la cosa". Yo pregunté: "¿Qué dificultad es ésa, ¡oh Emir de los Creyentes!?" Él dijo: "Como ha sido esclava de otro, esta joven debe esperar un número previsto de días antes de pertenecerme, a fin de que tenga la certeza de no ser madre por influencia de su primer amo. Pero si no estoy con ella esta misma noche, tengo la seguridad de que me estallará de impaciencia el hígado, y moriré indudablemente".

Entonces, tras de reflexionar un instante, contesté: "La solución de la dificultad es muy sencilla, ¡oh Emir de los Creyentes! Esa ley no reza más que con la mujer esclava; pero no previene días de espera para la mujer libre. Liberta, pues, enseguida a esta esclava, y cásate con ella cuando sea mujer libre". Y con el rostro transfigurado de alegría, exclamó Al-Raschid: "¡Liberto a mi esclava!" Luego me preguntó, súbitamente inquieto: "Pero ¿quién va a casarnos legalmente a hora tan tardía? Porque quiero estar con ella ahora, enseguida". Y contesté "Yo mismo, ¡oh Emir de los Creyentes! os casaré legalmente ahora".

Y llamé para testigos a los dos servidores del califa, Massrur y Hossein. Y cuando estuvieron presentes, recité las plegarias y las fórmulas de invocación, dije la alocución ritual, y después de dar gracias al Altísimo pronuncié las palabras de unión. Y estipulé que el califa, como es de rigor, debía pagar a la novia una dote nupcial, que fijé en la suma de veinte mil dinares.

Luego, cuando trajeron aquella suma y se la entregaron a la desposada, me dispuse a retirarme. Pero el califa alzó la cabeza hacia su servidor Massrur, quien dijo al punto: "A tus órdenes, ¡oh Emir de los Creyentes!" Y Harún le dijo: "Lleva enseguida a casa del kadí Yacub, por las molestias que le hemos causado, la suma de doscientos mil dracmas y veinte ropones de honor". Y salí, después de dar las gracias, dejando a Harún en el límite del júbilo. Y se me acompañó a mi casa con el dinero y los ropones.

Y he aquí que, en cuanto llegué a mi casa, vi entrar a una dama anciana, que me dijo: "¡Oh Abu-Yussef! la bienaventurada a quien acabas de libertar y a quien has unido con el califa, dándole por ello el título y la categoría de esposa del Emir de los Creyentes, es ya hija tuya, y me envía a prestarte sus zalemas y sus votos de dicha. Y te ruega que aceptes la mitad de la dote nupcial que le ha entregado el califa. Y se excusa por no poder corresponder de mejor manera por el momento, en vista de lo que has hecho por ella. Pero ¡inschalah! algún día podrá demostrarte mejor aún su gratitud".

Y así diciendo, puso ante mí diez mil dinares de oro, que eran la mitad de la dote pagada a la joven, me besó la mano y se fue por su camino.

Y di gracias al Retribuidor por sus beneficios y por haber tornado, aquella noche, la perplejidad de mi espíritu en alegría y en contento. Y bendije en mi corazón la memoria venerada de mi maestro Abu-Hanifah, cuya enseñanza me inició en todas las sutilezas del código canónico y del código civil. ¡Alah le cubra con Sus dones y con Sus gracias!"

Luego dijo el joven rico: "Escuchad ahora ¡oh amigos míos! la historia de La joven árabe de la fuente".

Y dijo:

LA JOVEN ÁRABE DE LA FUENTE

"Cuando recayó el poder califal en Al-Mamún, hijo de Harún Al-Raschid, aquello fue una bendición para el Imperio. Porque Al-Mamún, que sin disputa fue el califa más brillante y más ilustrado entre todos los Abbassidas, fecundó las comarcas musulmanas con la paz y la justicia, protegió eficazmente y honró a los sabios y a los poetas, y lanzó a nuestros padres árabes al meidán de las ciencias. Y a pesar de sus inmensas ocupaciones y de sus jornadas invertidas en el trabajo y el estudio, sabía disponer de horas para los regocijos, las alegrías y los festines. Y para los músicos y las cantarinas eran muchas de sus sonrisas y muchos de sus beneficios. Y sabía escoger, para hacer de ellas sus esposas legales y las madres de sus hijos, a las mujeres más inteligentes, más ilustradas y más bellas de su tiempo. Y he aquí, por cierto, entre otros veinte, un ejemplo de la manera cómo se conducía Al-Mamún para fijar su predilección en una mujer y escogerla para esposa.

Un día, en efecto, volviendo de una montería con una escolta de jinetes, llegó a una fuente. Y había allí una joven árabe que disponíase a cargar en sus hombros un odre que acababa de llenar en la fuente. Y aquella joven árabe estaba dotada por su Creador de una talla encantadora de cinco palmos y de un pecho moldeado en el molde de la perfección; y en cuanto a lo demás, era semejante a una luna llena en una noche de luna llena...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 992ª NOCHE

Ella dijo:

...Y aquella joven árabe estaba dotada por su Creador de una talla encantadora de cinco palmos y de un pecho moldeado en el molde de la perfección; y en cuanto a lo demás, era semejante a una luna llena en una noche de luna llena.

Cuando la joven vio llegar a aquella brillante tropa de jinetes, se apresuró a cargarse el odre al hombro y a retirarse. Pero como, en su precipitación no había tenido tiempo de atar bien la boca del cuello del odre, se desató la cuerda a los pocos pasos, y se salió el agua del odre con estrépito. Y gritó la joven, volviéndose adonde se alzaba su vivienda: "¡Padre mío, padre mío, ven a tapar la boca del odre! ¡Me ha fallado la boca! ¡Ya no puedo dominar la boca!"

Y fueron dichas por la joven árabe estas tres indicaciones, gritadas a su padre, con una selección de palabras tan elegantes y una entonación tan encantadora, que el califa, maravillado, se paró en seco. Y mientras la joven, sin ver llegar a su padre, tapaba el odre para no mojarse, el califa avanzó hacia ella y le dijo: "¡Oh niña! ¿de qué tribu eres?" Y contestó ella con su voz deliciosa: "Soy de la tribu de los Bani-Kilab". Y Al-Mamún, que sabía muy bien que aquella tribu de los Bani-Kilab era una de las más nobles entre los árabes, quiso hacer un juego de palabras para poner a prueba el carácter de la joven, y le dijo: "¿Cómo se te ha ocurrido ¡oh hermosa niña! pertenecer a la tribu de los hijos de perro?" Y la joven miró al califa con aire burlón, y contestó: "¿En verdad, no conoces el significado real de las palabras? ¡Sabe ¡oh extranjero! que la tribu de los Bani-Kilab, de que soy hija, es la tribu de los que saben ser generosos y sin reproche, de los que saben ser magníficos con los extranjeros, y de los que saben, en fin, dar buenos sablazos, si hay necesidad!" Luego añadió: "Pero dime cuáles son tu linaje y tu genealogía, ¡oh caballero que no eres de aquí!" Y el califa, cada vez más maravillado del giro de lenguaje de la joven árabe, le dijo, sonriendo: "¿Acaso tienes, además de tus encantos, conocimientos y genealogía, ¡oh hermosa niña!?" Y ella dijo: "¡Contesta a mi pregunta y ya lo verás!" Y Al-Mamún, enardecido por el juego, se dijo: "¡Voy a ver si, en efecto, esta árabe conoce nuestro origen!" Y dijo: "Pues bien: has de saber que soy del linaje de los Mudharidas-al-rojo". Y la joven árabe, que sabía muy bien que el origen de aquel apelativo de los Mudharidas venía del color rojo de la tienda de cuero que en los tiempos antiguos poseía Mudlar padre de todas las tribus mudharidas, no se mostró sorprendida de las palabras del califa, y le dijo: "Está bien; pero dime de qué tribu de los Mudharidas eres". Él contestó: "De la más ilustre, la más excelente en paternidad y maternidad, la más grande en antepasados gloriosos, la más respetada entre los Mudharidas-al-rojo". Y dijo ella: "¡Entonces eres de la tribu de los Kinanidas!" Y Al-Mamún, sorprendido, contestó: "¡Es verdad! ¡soy de la gran tribu de los Bani-Kinanah!" Y ella sonrió, y preguntó: "Pero ¿a qué rama de los Kinamidas perteneces?" Él contestó: "¡A aquella cuyos hijos son los más nobles de sangre, los más puros de origen, los de manos generosas, los más temidos y reverenciados entre sus hermanos!" Y ella dijo: "Por esas señas, me parece que eres de los Koreischidas". Y Al-Mamún, cada vez más maravillado, contestó: "Tú lo has dicho: soy de los Bani-Koreich". Y ella repuso: "Pero los Koreischidas son numerosos. ¿De qué rama eres tú?" Él contestó: "¡De aquella sobre la que ha descendido la bendición!" Y exclamó la joven: "¡Por Alah! que eres de los descendientes de Haschem el Koreischida, bisabuelo del Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!) Y Al Mamún contestó: "Es cierto; soy Haschemida". Ella preguntó: "Pero ¿de qué familia de los Haschemidas?" Él contestó: "¡De la que está más alta, de la que es honor y gloria de los Haschemidas, de la que es venerada por cuantos creyentes hay sobre la tierra!" Y al oír esta respuesta, la joven árabe se prosternó de pronto y besó la tierra entre las manos de Al-Mamún, exclamando: "¡Homenaje y veneración al Emir de los Creyentes, al Vicario del Señor del Universo, al glorioso Al-Mamún el Abbassida!"

Y el califa quedó asombrado, profundamente conmovido, y exclamó, penetrado de una alegría indecible: "¡Por el Señor de la kaaba y por los méritos de mis gloriosos antepasados, los Puros, que quiero por esposa a esta admirable niña! Ella es el bien más precioso que está escrito en mi destino...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 993ª NOCHE

Ella dijo:

"...¡Por el Señor de la kaaba y por los méritos de mis gloriosos antepasados, los Puros, que quiero por esposa a esta admirable niña! Ella es el bien más precioso que está escrito en mi destino".

Y al punto hizo llamar al padre de la joven, el cual era precisamente el jeique de la tribu. Y le pidió en matrimonio a la admirable niña. Y cuando obtuvo su consentimiento, le ofreció, como dote nupcial de su hija, la suma de cien mil dinares de oro, y le inscribió a su nombre la renta de los impuestos de cinco años de todo el Hedjaz.

Y el matrimonio de Al-Mamún con la noble joven se celebró con una pompa que no había tenido igual ni siquiera bajo el reinado de Al-Raschid. Y la noche de bodas, Al-Mamún hizo que la madre derramase en la cabeza de la hermosa niña mil perlas contenidas en una bandeja de oro. Y en la cámara nupcial hizo quemar una inmensa antorcha de ámbar gris que pesaba cuarenta minas y se había comprado con la suma que produjeron los impuestos de Persia de un año.

Y Al-Mamún fue, para su esposa árabe, todo corazón y todo apego. Y le dio ella un hijo, que llevó el nombre de Abbas. Y se la contó en el número de las mujeres más asombrosas, más instruidas y más elocuentes del Islam".

Y tras de contar esta historia, el joven rico dijo a sus oyentes, que estaban reunidos bajo la cúpula del libro: "Voy a deciros otro rasgo de la vida de Al-Mamún, pero muy distinto al anterior:

EL INCONVENIENTE DE LA INSISTENCIA

"Cuando el califa Mohammad El-Amín, hijo de Harún Al-Raschid y de Zobeida, fue asesinado, después de su derrota, por orden del general en jefe del ejército de Al-Mamún, cuantas provincias acataron hasta entonces a El-Amín se apresuraron a someterse a su hermano Al-Mamún, hijo de Al-Raschid y de una esclava llamada Marahil. Y Al-Mamún inauguró su reinado con amplias medidas de clemencia para sus antiguos enemigos. Y tenía costumbre de decir: "Si mis enemigos supieran toda la bondad de mi corazón, vendrían todos a entregarse a mí, declarando sus crímenes".

Y he aquí que la cabeza y la mano directora de todos los sinsabores que se habían hecho sufrir a Al-Mamún, en vida de su padre Al-Raschid y de su hermano El-Amín, no eran otras que las de la propia Sett Zobeida, esposa de Al-Raschid. Así es que cuando Zobeida se enteró del fin lamentable de su hijo, pensó primero refugiarse en el territorio sagrado de la Meca, para rehuir la venganza de Al-Mamún. Y estuvo dudando mucho tiempo qué partido tomar. Luego decidióse bruscamente a entregar su suerte entre las manos de aquel a quien había hecho desheredar y gustar durante largo tiempo la amargura de la mirra. Y le escribió la carta siguiente:

"Toda culpa, ¡oh Emir de los Creyentes! por muy grande que sea, resulta poca cosa mirada por tu clemencia, y todo crimen se torna en simple error ante tu magnanimidad.

La que te envía esta súplica te ruega que recuerdes una memoria cara, y perdones, pensando en el que se mostraba tierno con la suplicante de hoy.

Por tanto, si quieres apiadarte de mi debilidad y de mi desamparo, y ser misericordioso con quien no merece misericordia, obrarás de acuerdo con el espíritu del que, si todavía estuviera con vida, habría sido mi intercesor contigo.

¡Oh hijo de tu padre! acuérdate de tu padre; y no cierres tu corazón a la plegaria de la viuda abandonada".

Cuando el califa Al-Mamún tuvo conocimiento de esta carta de Zobeida, se le apiadó el corazón y quedó profundamente conmovido; y lloró por la fúnebre suerte de su hermano El-Amín y por el estado lamentable de la madre de El-Amín. Luego se levantó y contestó a Zobeida lo que sigue:

"Tu carta ¡oh madre mía! ha llegado adonde tenía que llegar, y ha encontrado a mi corazón desmenuzado de pena por tus desdichas. Y Alah es testigo de que mis sentimientos son, respecto a la viuda de aquel cuya memoria nos es sagrada, los sentimientos de un hijo para con su madre.

Nada puede la criatura contra los designios del Destino. Pero yo he hecho lo que pude por atenuar tus dolores. Acabo, en efecto, de dar orden para que se te restituyan tus dominios confiscados, tus propiedades, tus bienes y cuanto te arrebató la suerte contraria, ¡oh madre mía! Y si quieres volver en medio de nosotros, encontrarás de nuevo tu antiguo estado y el respeto y la veneración de todos tus súbditos.

Y sabe ¡oh madre mía! que no has perdido más que el rostro del que se halla en la misericordia de Alah. Porque en mí te queda un hijo más afectuoso de lo que nunca desearas.

"Y sean contigo la paz y la seguridad...

En este momento de su narración, Scherazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 994ª NOCHE

Ella dijo:

...Y sean contigo la paz y la seguridad".

Así es que cuando Zobeida fue, con los ojos llenos de lágrimas y desfalleciente, a arrojarse a sus pies, se levantó él en honor suyo y le besó la mano y lloró en su seno. Luego le devolvió todas sus antiguas prerrogativas de esposa de Al-Raschid y de princesa de sangre abbassida, y la trató hasta el fin de su vida como si hubiese él sido hijo de sus entrañas. Pero, a pesar de la ilusión del poderío, Zobeida no podía olvidar lo que había sido y las torturas de su corazón al tener noticia de la muerte de El-Amín. Y hasta su muerte guardó en el fondo de su pecho una especie de rencor que, por muy cuidadosamente oculto que estuviera, no escapaba a la perspicacia de Al-Mamún.

Y por cierto que bastantes veces le dio que sufrir a Al-Mamún, que no se quejaba de ello, aquel estado de hostilidad sorda. Y he aquí un rasgo que, mejor que todo comentario, prueba el rencor continuo de aquella a quien nada podía consolar.

Un día, en efecto, habiendo entrado Al-Mamún en el aposento de Zobeida, la vio de pronto mover los labios y murmurar algo, mirándole. Y como no podía entender lo que pronunciaba ella entre dientes, le dijo: "¡Oh madre mía! me parece que te dedicas a maldecirme, pensando en tu hijo asesinado por los herejes persas y en mi advenimiento al trono que ocupaba él. Y sin embargo, sólo Alah ha dictado nuestros destinos".

Pero Zobeida se escandalizó, diciendo: "No, por la memoria sagrada de tu padre, ¡oh Emir de los Creyentes! ¡Lejos de mí tales tendencias!" Y Al-Mamún le preguntó: "¿Puedes decir, entonces, qué murmurabas entre dientes mirándome?" Pero ella bajó la cabeza, como una persona que no quiere hablar, por respeto a su interlocutor, y contestó: "Excúseme el Emir de los Creyentes, y dispénseme de decirle el motivo de lo que me pregunta". Pero Al-Mamún, poseído de viva curiosidad, se puso a insistir mucho y a acosar a Zobeida con preguntas, de modo que, cuando no tuvo más remedio, acabó ella por decirle: "Pues bien; helo aquí. Maldecía de la insistencia, murmurando: "¡Alah confunda a los individuos importunos, afligidos del vicio de la insistencia!"

Y Al-Mamún le preguntó: "Pero ¿con qué motivo o a qué recuerdo lanzabas esa reprobación?" Y Zobeida contestó: "¡Ya que quieres saberlo absolutamente, helo aquí!" Y dijo:

"Has de saber, pues, ¡oh Emir de los Creyentes! que un día en que había jugado al ajedrez con tu padre el Emir de los Creyentes Harún Al-Raschid, perdí la partida. Y tu padre me impuso la sentencia de dar la vuelta al palacio y a los jardines, toda desnuda, a media noche. Y a pesar de mis ruegos y súplicas, puso una insistencia singular en hacerme pagar aquella apuesta, sin querer aceptar otra sentencia. Y me vi obligada a ponerme desnuda y a hacer la cosa a que me condenaba. Y cuando acabé, estaba loca de rabia y medio muerta de cansancio y frío.

Pero al día siguiente, a mi vez, le gané en el ajedrez. Y a la sazón me tocó a mi imponer condiciones. Y después de reflexionar un instante y buscar en mi espíritu lo que pudiese ser para él más desagradable, le condené, con conocimiento de causa, a que pasara la noche en brazos de la esclava más fea y más sucia entre las esclavas de la cocina. Y como la que reunía aquellas condiciones era la esclava llamada Marahil, se la indiqué como resultado de la partida y expiación de su derrota. Y para cerciorarme de que las cosas ocurrirían sin trampas por su parte, yo misma le conduje al cuarto fétido de la esclava Marahil, y le obligué a echarse a su lado y hacer con ella durante toda la noche lo que tanto le gustaba hacer con las hermosas concubinas que le regalaba yo tan a menudo. Y por la mañana se hallaba en un estado lamentable y con un olor espantoso.

Ahora debo decirte ¡oh Emir de los Creyentes! que tú naciste precisamente de la cohabitación de tu padre con aquella esclava horrible y de sus volteretas con ella en el cuarto contiguo a la cocina.

Y así fue cómo, sin saberlo, con tu venida al mundo fui causante de la perdición de mi hijo El-Amín y de todas las desdichas que se abatieron sobre nuestra raza en estos últimos años.

Nada de eso habría sucedido si no hubiese yo insistido tanto con tu padre para obligarle a revolcarse con aquella esclava, y si él no hubiese estado, por su parte, tan lleno de insistencia para obligarme a hacer lo que ya te he contado.

Y esto es ¡oh Emir de los Creyentes! el motivo que me hacía murmurar maldiciones contra la insistencia y contra los importunos".

Y cuando hubo oído aquello, Al-Mamún se apresuró a despedirse de Zobeida para ocultar su confusión. Y se retiró, diciéndose: "¡Por Alah, que merezco la lección que acaba de darme! Sin mi insistencia no se me habría recordado aquel incidente desagradable".

Y el joven dueño de la cúpula del libro, tras de contar todo esto a sus oyentes e invitados, les dijo: "Haga Alah ¡oh amigos míos! que haya podido yo servir de intermediario entre la ciencia y vuestros oídos. Ahí tenéis parte de las riquezas que, sin gastos ni peligros, se pueden acumular dedicándose a los libros y al cultivo del estudio. No os diré más por hoy. Pero en otra ocasión ¡inschalah! os mostraré otra fase de las maravillas que nos han sido transmitidas como la herencia más preciosa de nuestros padres".

Y tras de hablar así, dio a cada uno de los presentes cien monedas de oro y una pieza de tela de valor, para recompensarles por su atención y corresponder a su celo por instruirse. Porque decía: "Hay que estimular las buenas disposiciones y facilitar el camino a las gentes bien intencionadas".

Luego, después de haberlos regalado con una excelente comida, en la que no se olvidó nada delicado, los despidió en paz.

Y esto es lo referente a todos ellos. ¡Pero Alah es más sabio!

Y cuando Schehrazada acabó de contar esta larga serie de historias admirables, se calló. Y el rey Schahriar le dijo: "¡Oh Schehrazada, cuánto me has instruido! Pero sin duda te has olvidado de hablarme del visir Giafar. Y hace ya mucho tiempo que anhelo oírte contarme cuanto sepas respecto a él. Porque en verdad que ese visir se parece extraordinariamente en sus cualidades a mi gran visir, padre tuyo. Y por eso quiero con tanto ahínco saber por ti la verdad de su historia, con todos sus detalles, ya que debe ser admirable".

Pero Schehrazada bajó la cabeza y contestó: "¡Alah aleje de nosotros la desgracia y la calamidad, ¡oh rey del tiempo! y tenga en Su compasión a Giafar el Barmakida y a toda su familia! Por favor, dispénsame de contarte su historia, porque está llena de lágrimas. ¡Ay! ¿quién no llorará el relato del fin de Giafar, de su padre Yahía, de su hermano El-Fadl y de todos los Barmakidas? ¡En verdad que su fin es lamentable, y al mismo granito enternecería!" Y dijo el rey Schahriar: "¡Oh Schehrazada! cuéntamelo, a pesar de todo. ¡Y Alah aleje de nosotros al Maligno y la desgracia!"

Entonces dijo Schehrazada:

El fin de Giafar y de los barmakidas

He aquí, pues, ¡oh rey afortunado! esa historia llena de lágrimas, que señala el reinado del califa Harún Al-Raschid con una mancha de sangre que no podrían lavar los cuatro ríos.

Ya sabes ¡oh mi señor! que el visir Giafar era uno de los cuatro hijos de Yahía ben Khaled ben Barmak. Y su hermano mayor era El-Fadl, hermano de leche de Al-Raschid. Porque, a causa de la gran amistad y del afecto sin límites que unía a la familia de Yahía con la de los Abbassidas, la madre de Al-Raschid, la princesa Khaizarán, y la madre de El-Fadl, la noble Itabah, unidas entre sí también por el más vivo cariño, habían cambiado sus pequeñuelos, que eran, poco más o menos, de la misma edad, dando cada una al hijo de su amiga la leche que Alah había destinado a su propio hijo. Y por eso Al-Raschid llamaba siempre a Yahía "padre mío", y a El-Fadl "hermano mío..."

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 995ª NOCHE

Ella dijo:

...Y por eso Al-Raschid llamaba siempre a Yahía "padre mío", y a El-Fadl "hermano mío".

En cuanto al origen de los Barmakidas, las crónicas más reputadas y más dignas de fe lo sitúan en la ciudad de Balkh, en el Khorassán, donde ya tenía esta familia una categoría distinguida. Y unos cien años después de la hégira de nuestro Profeta bendito (¡con Él la plegaria y la paz!) esta ilustre familia vino a fijar su residencia en Damasco, bajo el reinado de los califas ommiadas. Y entonces fue cuando el jefe de la tal familia, que era el sectario de la religión de los magos, se convirtió a la verdadera fe y se purificó y se ennobleció con el Islam. Ya esto sucedió exactamente bajo el reino de Hescham el Ommiada.

Pero sólo después del advenimiento de los descendientes de Abbas al trono de los califas fue cuando se admitió a la familia de los Barmakidas en el consejo de los visires, e iluminó la tierra con su brillo. Porque el primer visir que salió de su seno fue Khaled ben Barmak, a quien eligió por gran visir el primero de los Abbassidas. Abú'l Abbas El-Saffah. Y bajo el reinado de Al-Mahdi, tercer Abbassida, Yahía ben Khaled quedó encargado de la educación de Harún Al-Raschid, el hijo preferido del califa, aquel mismo Harún que había nacido solamente siete días después que El-Fadl, hijo de Yahía.

Así es que cuando, después de la muerte inopinada de su hermano mayor Al-Hadi, Harún Al-Raschid se revistió de la sinsignias de la omnipotencia califal, no tuvo necesidad de evocar los recuerdos de su primera infancia, pasada al lado de los niños barmakidas, para llamar a Yahía y a sus dos hijos a compartir el poder soberano; no tenía más que recordar los cuidados prestados a su infancia por Yahía, y la educación que le debía, y la abnegación de que aquel servidor de todas las fidelidades acababa de darle prueba desafiando, por asegurarle la herencia al trono, las amenazas terribles de Al-Hadi, muerto la misma noche en que quería que cercenaran la cabeza a Yahía y a sus hijos.

Así es que, cuando Yahía fue a medianoche en compañía de Massrur a despertar a Harún para notificarle que era dueño del Imperio y califa de Alah sobre la tierra, Harún le dio inmediatamente el título de gran visir y nombró visires a sus dos hijos El-Fadl y Giafar. Y así empezó su reinado bajo los auspicios más dichosos.

Y desde entonces la familia de los Barmakidas fue en su siglo lo que un adorno en la frente y una corona en la cabeza. Y el Destino les prodigó cuanto de más seductor tienen sus favores, y los colmó de sus dones más escogidos. Y Yahía y sus hijos se tornaron astros brillantes, vastos océanos de generosidad, torrentes impetuosos de gracias, lluvias bienhechoras. El mundo se vivificó con su soplo, y el Imperio llegó a la cima más alta del esplendor. Y eran ellos refugio de afligidos y recurso de desdichados. Y de ellos ha dicho, entre mil, el poeta Abu-Nowas

¡Desde que el mundo os ha perdido, ¡oh hijos de Barmak! no están cubiertos ya de viajeros los caminos en el crepúsculo de la mañana y en el crepúsculo de la tarde!

Eran, en efecto, visires prudentes, administradores admirables, que aumentaban el tesoro público, elocuentes, instruidos, firmes, de buen consejo, y generosos al igual de Hatim-Tai. Eran fuentes de felicidad, vientos bienhechores que atraen los nublados fecundantes. Y sobre todo, merced a su prestigio, el nombre y la gloria de Harún Al-Raschid repercutieron desde las mesetas del Asia Central hasta el fondo de las selvas norteñas, y desde el Magreb y la Andalucía hasta las fronteras extremas de China y de Tartaria.

Y he aquí que de repente los hijos de Barmak, que tuvieron la más alta fortuna que a los hijos de Adán es dable alcanzar, fueron precipitados en el seno de los más terribles reveses y bebieron en la copa de la Distribuidora de calamidades. Porque ¡oh rey del tiempo! los nobles hijos de Barmak no solamente eran los visires que administraban el vasto imperio de los califas, sino que eran los amigos más queridos, los compañeros inseparables de su rey. Y Giafar, particularmente, era el caro comensal cuya presencia se hacía más necesaria a Al-Raschid que la luz de sus ojos. Y tanto espacio había llegado a ocupar en el corazón de Al-Raschid, que llegó hasta el punto de mandarse hacer un manto doble, y se envolvió en él con su amigo Giafar, como si ambos no fueran más que un solo hombre. Y así se portó con Giafar hasta la terrible catástrofe final.

Pero —¡qué pena tengo en el alma!— he aquí cómo ocurrió aquel acontecimiento lúgubre que oscureció el cielo del Islam, y arrojó la desolación en todos los corazones, como rayo del cielo destructor.

Un día —¡lejos de nosotros los días parecidos a aquél!—, de regreso de una peregrinación a la Meca, iba Al-Raschid por agua de Hira a la ciudad de Anbar. Y se detuvo en un convento llamado Al-Umr, a orillas del Eufrates. Y llegó para él la noche, como las demás noches, en medio de festines y placeres.

Pero aquella vez no le hacía compañía su comensal Giafar. Porque Giafar estaba de caza, desde días atrás, en las llanuras próximas al río. Sin embargo, los dones y regalos de Al-Raschid le seguían por doquiera. Y a todas horas del día veía llegar a su tienda algún mensajero del califa que le llevaba, en prueba de afecto, algún precioso presente más hermoso que el anterior.

Aquella noche —¡Alah nos haga ignorar noches análogas!— Giafar estaba sentado en su tienda en compañía del médico Gibrail Bakhtiassú, que era el médico particular de Al-Raschid, y del que habíase privado Al-Raschid para que acompañase a su querido Giafar. Y también estaba en la tienda el poeta favorito de Al-Raschid, Abu-Zaccar el ciego, del que también se había privado Al-Raschid para que con sus improvisaciones alegrara a su querido Giafar al volver de la caza.

Y era la hora de comer. Y Abu-Zaccar el ciego, acompañándose en la bandurria, cantaba versos filosóficos acerca de la inconstancia de la suerte...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 996ª NOCHE

Ella dijo:

...Y era la hora de comer. Y Abu-Zaccar el ciego, acompañándose en la bandurria, cantaba versos filosóficos acerca de la inconstancia de la suerte. Y he aquí que de improviso apareció en la entrada de la tienda Massrur, el portaalfanje del califa y ejecutor de su cólera. Y al verle entrar así, en contra de toda etiqueta, sin pedir audiencia y sin anunciar siquiera su llegada, Giafar se puso muy amarillo de color, y dijo al eunuco: "¡Oh Massrur! bien venido seas, pues cada vez te veo con más gusto. Pero me asombra, ¡oh hermano mío! que, por primera vez en nuestra vida, no te hayas hecho preceder por algún servidor para anunciarme tu visita". Y Massrur, sin dirigir siquiera la zalema a Giafar, contestó: "El motivo que me trae es demasiado grave para permitirse esas fútiles formalidades. Levántate ¡oh Giafar! y pronuncia la scheada por última vez. Porque el Emir de los Creyentes pide tu cabeza".

Al oír estas palabras, Giafar se irguió sobre sus pies, y dijo: "¡No hay más Dios que Alah, y Mahomed es el Enviado de Alah! ¡De las manos de Alah, salimos, y tarde o temprano volveremos entre Sus manos!" Luego se encaró con el jefe de los eunucos, su antiguo compañero, su amigo de tantos años y de todos los instantes, y le dijo: "¡Oh Massrur! no es posible semejante orden. Nuestro amo el Emir de los Creyentes ha debido dártela en un momento de embriaguez. Te suplico, pues, ¡oh amigo mío de siempre! en recuerdo de los paseos que hemos dado juntos y de nuestra vida común de día y de noche, que vuelvas a presencia del califa para ver si me equivoco. ¡Y te convencerás de que ha olvidado ya tales palabras!" Pero Massrur dijo: "Mi cabeza responde por la tuya. No podré reaparecer ante el califa si no llevo tu cabeza en la mano. Escribe, pues, tus últimas voluntades, única gracia que me es posible otorgarte en vista de nuestra antigua amistad".

Entonces dijo Giafar: "¡A Alah pertenecemos todos! No tengo últimas voluntades que escribir. ¡Alah alargue la vida del Emir de los Creyentes con los días que se me quitan!"

Salió luego de su tienda, se arrodilló en el cuero de la sangre, que acababa de extender en el suelo el portaalfanje Massrur, y se vendó los ojos con sus propias manos. Y fue decapitado. ¡Alah le tenga en Su compasión!

Tras de lo cual, Massrur se volvió al paraje donde acampaba el califa, y fue a su presencia, llevando en un escudo la cabeza de Giafar.

Y Al-Raschid miró la cabeza de su antiguo amigo, y de repente escupió sobre ella.

Pero no pararon en eso su resentimiento y su venganza. Dio orden de que en un extremo del puente de Bagdad se crucificase el cuerpo decapitado de Giafar y de que se expusiera la cabeza en el otro extremo: suplicio que superaba en degradación y en ignominia al de los más viles malhechores. Y también ordenó que al cabo de seis meses se quemasen los restos de Giafar sobre estiércol de ganado y se arrojasen a las letrinas. Y se ejecutó todo.

Así es que ¡oh piedad y miseria! el escriba Amrani pudo escribir en la misma página del registro de cuentas del tesoro: "Por un ropón de gala, dado por el Emir de los Creyentes a Giafar, hijo de Yahía Al-Barmaki, cuatrocientos mil dinares de oro". Y poco tiempo después, sin ninguna adición, en la misma página: "Nafta, cañas y estiércol para para quemar el cuerpo de Giafar ben Yahía, diez dracmas de plata".

Este fue el fin de Giafar. En cuanto a Yahía, su padre, esposo de la nodriza de Al-Raschid, y a El-Fadl, su hermano, hermano de leche de Al-Raschid, se les detuvo al día siguiente, con todos los Barmakidas, que, en número de unos mil, ocupaban cargos y empleos. Y se les arrojó, revueltos, al fondo de infectos calabozos, mientras sus inmensos bienes eran confiscados y sus mujeres y sus hijos erraban sin asilo y sin que nadie osara mirarlos. Y unos murieron de inanición, y otros por estrangulación, excepto Yahía, su hijo El-Fadl y el hermano de Yahía, Mohammad, que murieron en las torturas. ¡Alah los tenga a todos en Su compasión! ¡Terrible fue su desgracia!

Y ahora, ¡oh rey del tiempo! si deseas conocer el motivo de esta desgracia de los Barmakidas y de su fin lamentable, helo aquí.

Un día, la hermana pequeña de Al-Raschid, Aliyah, años después del fin de los Barmakidas, se puso a decir al califa, que la acariciaba: "¡Oh mi señor! ya no te veo ni un día con calma y tranquilidad real desde la muerte de Giafar y la desaparición de su familia. ¿Por qué motivo probado incurrieron en tu desgracia?" Y Al-Raschid, ensombrecido de repente, rechazó a la tierna princesa, y le dijo: "¡Oh niña mía, vida mía, única dicha que me resta! ¿de qué te serviría conocer ese motivo? ¡Si yo supiera que lo conocía mi camisa, la desgarraría en tiras!"

Pero los historiadores y recopiladores de anales se hallan lejos de ponerse de acuerdo respecto a las causas de aquella catástrofe. Esto aparte, he aquí las versiones que han llegado a nosotros en sus escritos.

Según unos fueron las liberalidades sin nombre de Giafar y de los Barmakidas, cuyo relato cansaba incluso los oídos de quienes las habían aceptado, las que, creándoles todavía más envidiosos y enemigos que amigos y agradecidos, habían acabado por hacer sombra a Al-Raschid. En efecto, no se hablaba más que de la gloria de su casa; no se podían conseguir favores más que interviniendo ellos directa o indirectamente; los individuos de su familia ocupaban en la corte de Bagdad, en el ejército, en la magistratura y en las provincias los puestos más elevados; los más hermosos dominios cercanos a la ciudad les pertenecían; el acceso a su palacio estaba más interrumpido por la multitud de cortesanos y pedigüeños que el de la morada del califa. Por lo demás, he aquí en qué términos se expresa sobre el particular el médico de Al-Raschid, que habitaba entonces en el palacio llamado Kasr el Khuld, en Bagdad. Los Barmakidas vivían al otro lado del Tigris, y entre ellos y el palacio del califa sólo había la anchura del río. Y aquel día, mirando Al-Raschid la multitud de caballos parados delante de la morada de sus favoritos y la muchedumbre que se aglomeraba a su puerta, dijo delante de mí, como hablando consigo mismo: "¡Alah recompense a Yahía y a sus hijos El-Fadl y Giafar! Ellos solos se han encargado de todo el ajetreo de los asuntos, aliviándome de ese cuidado y dejándome tiempo para mirar a mi alrededor y vivir a mi antojo".

Esto fue lo que dijo aquel día. Pero en otra ocasión que fui llamado junto a él, noté que ya empezaba a no ver con los mismos ojos a sus favoritos. En efecto, después de mirar por las ventanas de su palacio y observar la misma afluencia de gente y de caballos que la primera vez, dijo: "Yahía y sus hijos se han apoderado de todos los asuntos, me los han quitado todos. Verdaderamente, son ellos quienes ejercen el poder califal, mientras que yo no tengo más que una apariencia de él apenas". Esto le oí. Y desde entonces comprendí que caerían en desgracia, como así sucedió, efectivamente".

Según otros analistas, al descontento disimulado, a la envidia siempre en aumento de Al-Raschid, a las magníficas maneras de los Barmakidas, que les creaban formidables enemigos y detractores anónimos que los desprestigiaban ante el califa por medio de poesías acerbas no firmadas o de prosa pérfida; a todo el ornato, a todo el aparato y a todas las cosas cuya competencia, por lo general, no quieren soportar los reyes, fue a unirse una gran imprudencia cometida por Giafar.

Un día, Al-Raschid le había encargado que hiciese perecer en secreto a un descendiente de Alí y de Fátimah, la hija del Profeta, que se llamaba El-Sayed Yahía ben Abdalah El-Hossaini. Pero Giafar, obrando con piedad y mansedumbre, facilitó la evasión de aquel Alida, cuya influencia tenía Al-Raschid por peligrosa para el porvenir de la dinastía abbassida. Pero esta acción generosa de Giafar no tardó en divulgarse y comunicarse al califa con todos los comentarios a propósito para agravar sus consecuencias. Y el rencor que sintió Al-Raschid en aquella ocasión fue la gota de hiel que hace desbordarse la copa de la cólera. E interrogó sobre el particular a Giafar, quien declaró con gran franqueza su acción, añadiendo: "¡Lo he hecho para gloria y buen nombre de mi señor el Emir de los Creyentes!" Y Al-Raschid, muy pálido, dijo: "¡Has hecho bien!" Pero se le oyó que murmuraba: "¡Que Alah me haga perecer si no te hago perecer a ti, oh Giafar!"

Según otros historiadores, convendría buscar la causa de la desgracia de los Barmakidas en sus opiniones heréticas contrarias a la ortodoxia musulmana. No hay que olvidar, en efecto, que su familia, antes de convertirse al Islam, profesaba en Balkh la religión de los magos. Y se dice que en la expedición al Khorassán, cuna primitiva de sus favoritos, Al-Raschid había notado que Yahía y sus hijos hacían todo lo posible por impedir la destrucción de los templos y monumentos de los magos. Y desde entonces tuvo sus sospechas, que se agravaron, por consiguiente, cuando vio a los Barmakidas tratar con dulzura, en cualquier circunstancia, a los herejes de todas clases, sobre todo a sus enemigos personales los gauros y los zanadikah, y a otros disidentes y réprobos. Y lo que hace sustentar esta opinión, además de los otros motivos ya enunciados, es que, inmediatamente después de la muerte de Al-Raschid, estallaron en Bagdad trastornos religiosos de una gravedad sin precedente, y estuvieron a punto de dar un golpe fatal a la ortodoxia musulmana.

Pero, aparte de todos los motivos, la causa más probable del fin de los Barmakidas es la que nos expone el cronista lbn-Khillikán e Ibn El-Athir. Dicen:

"Era en los tiempos en que Giafar, hijo de Yahía el Barmakida, estaba tan apegado al corazón del Emir de los Creyentes, que el califa había hecho confeccionar aquel manto doble, en el que se envolvía con Giafar como si ambos no fuesen más que un solo hombre. Y tan grande era aquella intimidad, que el califa ya no podía separarse de su favorito, y sin cesar quería verle junto a él.

Pero Al-Raschid quería de una manera extraordinaria a su propia hermana Abbassah, joven princesa adornada de todos los dones, la mujer más notable de su época. Y entre todas las mujeres de su familia y de su harén, era ella la más cara al corazón de Al-Raschid, que no podía vivir sino junto a ella, como si fuese un Giafar mujer. Y estas dos amistades hacían su dicha; pero las necesitaba reunidas, gozando de ellas simultáneamente: porque la ausencia de una destruía el encanto que experimentara con la otra. Y si Giafar o Abbassah no estaban con él, no tenía más que una alegría incompleta, y sufría. Por eso necesitaba a la vez a sus dos amigos. Pero nuestras leyes santas prohíben al hombre, cuando no es pariente cercano, mirar a la mujer de quien no es marido: y prohíben a la mujer que deje ver su rostro a un hombre que le sea extraño. Quebrantar estas prescripciones es un gran deshonor, una vergüenza, una ofensa al pudor de la mujer. Así es que Al-Raschid, que era un riguroso observante de la ley encargada a su custodia; no podía tener junto a sí a sus dos amigos sin forzarles a un azoramiento fatigoso y a una posición difícil e inconveniente.

Por eso, queriendo transformar una situación que le coartaba y le disgustaba, se decidió un día a decir a Giafar: "¡Oh Giafar, amigo mío! no tengo alegría verdadera, sincera y completa más que en tu compañía y en la de mi bienamada hermana Abbassah. Pero como vuestra respectiva posición me azora y os azora, quiero casarte con Abbassah, a fin de que en lo sucesivo podáis hablaros ambos junto a mí sin inconveniente, sin motivo de escándalo y sin pecar. Pero os pido encarecidamente que no os reunáis jamás, ni siquiera por un instante, fuera de mi presencia. Porque no quiero que haya entre vosotros más que la formalidad y la apariencia del matrimonio legal; pero no quiero que el matrimonio tenga consecuencias que puedan lesionar en su herencia califal a los nobles hijos de Abbas". Y Giafar se inclinó ante este deseo de su señor, y contestó con el oído y la obediencia. Y fue preciso aceptar aquella condición singular. Y se pronunció y sancionó legalmente el matrimonio.

Así, pues, según las condiciones impuestas, ambos jóvenes esposos sólo se veían en presencia del califa, y nada más. Y aun entonces, apenas se cruzaban sus miradas a veces. En cuanto a Al-Raschid, disfrutaba plenamente de la doble amistad tan viva que sentía por aquella pareja, a quien torturaría en lo sucesivo, sin sospecharlo siquiera. Porque ¿desde cuándo ha podido el amor obedecer a las exigencias de los censores...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 997ª NOCHE

Ella dijo:

...Porque ¿desde cuándo ha podido el amor obedecer a las exigencias de los censores? ¿Y no despierta y azuza las emociones del amor semejante prohibición entre dos seres jóvenes y hermosos?

Y he aquí, en efecto, que aquellos dos esposos, que tenían derecho a amarse y a dejarse llevar de los transportes de su mutuo amor tan legítimo, reducidos a la sazón al estado de suspirantes, se embriagaban más cada día con esa embriaguez oculta que reconcentra en el corazón la fiebre. Y he aquí que Abbassah, atormentada por aquel estado de esposa secuestrada, se volvió loca por su marido. Y acabó por informar a Giafar del amor que sentía. Y le llamó a sí, y le solicitó, a escondidas, de todas maneras. Pero Giafar, como hombre leal y prudente, resistió a todas las instancias y no fue a casa de Abbassah. Porque le retenía el juramento prestado a Al-Raschid. Y por otra parte, mejor que ninguno sabía cuánta prisa ponía el califa en la ejecución de sus venganzas.

Así, pues, cuando la princesa Abbassah vio que sus instancias y ruegos no obtenían éxito, recurrió a otros procedimientos. De ese modo se conducen las mujeres por lo general, ¡oh rey del tiempo! Valiéndose, en efecto, de una estratagema, envió a decir a la noble Itabah, madre de Giafar: "¡Oh madre nuestra! es preciso que me introduzcas sin tardanza en casa de tu hijo Giafar, mi esposo legal, lo mismo que si fuese yo una de esas esclavas que le procuras a diario". Porque la noble Itabah tenía la costumbre de enviar cada viernes a su bienamado hijo Giafar una joven esclava virgen, escogida entre mil, intacta y perfectamente hermosa. Y Giafar no se acercaba a la joven mientras no se había regalado y saturado de vinos generosos.

Pero la noble Itabah, al recibir aquel mensaje, se negó enérgicamente a prestarse a aquella traición que quería Abbassah, y dio a entender a la princesa los peligros que para todos tenía aquello. Pero la joven esposa enamorada insistió, apremiante hasta la amenaza, y añadió: "Reflexiona ¡oh madre nuestra! en las consecuencias de tu negativa. Por mi parte, mi resolución es irrevocable, y la llevaré a cabo a pesar tuyo, cueste lo que cueste. Prefiero perder la vida a renunciar a Giafar y a mis derechos sobre él".

La desconsolada Itabah tuvo, pues, que ceder ante tales extremos, pensando que, después de todo, era preferible que la cosa se llevase a cabo por mediación suya, en las mejores condiciones de seguridad. Prometió, por tanto, su concurso a Abbassah para ver si obtenía éxito aquel complot tan inocente y tan peligroso. Y fue a anunciar sin tardanza a su hijo Giafar que pronto le mandaría una esclava que no tenía igual en gracia, en elegancia y en belleza. Y le hizo una descripción tan entusiasta de la joven, que solicitó él calurosamente para cuanto antes el don que habíale prometido. Y tan bien se ingenió Itabah, que Giafar, enloquecido de deseo, se dedicó a esperar la noche con una impaciencia sin precedente. Y su madre, al verle en sazón, envió a decir a Abbassah: "Prepárate para esta noche".

Y Abbassah se preparó, y se adornó con atavíos y alhajas, a la manera de las esclavas, y fue a casa de la madre de Giafar, quien, a la caída de la noche, la introdujo en el aposento de su hijo.

Y he aquí que, un poco aturdido por la fermentación de los vinos, Giafar no advirtió que la joven esclava que estaba de pie entre sus manos era su esposa Abbassah. Y además, tampoco tenía muy fijos en su memoria los rasgos de Abbassah. Porque hasta entonces no había hecho más que entreverla en sus conversaciones comunes con el califa; y por temor de desagradar a Al-Raschid, no se había atrevido nunca a posar su mirada en su esposa Abbassah, quien, por su parte, volvía siempre la cabeza, por pudor, a cada ojeada furtiva de Giafar.

Y ocurrió que, cuando se consumó de hecho el matrimonio, y después de una noche pasada en los transportes de un amor compartido, Abbassah se levantó para marcharse, y antes de retirarse dijo a Giafar: "¿Qué te parecen las hijas de los reyes, ¡oh mi señor!? ¿Son diferentes, en sus maneras, a las esclavas que se venden y se compran? ¿Qué opinas? Di". Y Giafar preguntó, asombrado: "¿A qué hijas de reyes se refieren tus palabras? ¿Acaso eres tú misma una de ellas? ¿Eres una cautiva hecha en nuestras guerras victoriosas?" Ella contestó: "¡Oh Giafar! soy tu cautiva, tu servidora, ¡soy Abbassah, hermana de Al-Raschid, hija de Al-Mahdi, de la sangre de Abbas, tío del Profeta bendito!"

Al oír estas palabras, Giafar llegó al límite del asombro, y repuesto repentinamente del deslumbramiento de la embriaguez, exclamó: "Estás perdida y nos has perdido, ¡oh hija de mis amos!"

Y a toda prisa entró en las habitaciones de su madre Itabah y le dijo: "¡Oh madre mía, madre mía! ¡qué barato me has vendido!" Y la entristecida esposa de Yahía contó a su hijo cómo se había visto forzada a recurrir a aquella superchería para no atraer sobre su casa desdichas mayores. Y esto es lo que la concierne.

En cuanto a Abbassah, fue madre, y dio a luz un hijo. Y confió el niño a la vigilancia de un abnegado servidor llamado Ryasch y a los cuidados maternales de una mujer llamada Barrah. Luego, temiendo sin duda que la cosa se divulgase, a pesar de todas las precauciones, y llegase a conocimiento de Al-Raschid, envió a la Meca al hijo de Giafar en compañía de dos servidores.

Y he aquí que Yahía, padre de Giafar, entre sus prerrogativas tenía la guardia y la intendencia del palacio y del harén de Al-Raschid. Y tenía costumbre de cerrar a cierta hora de la noche las puertas de comunicación del palacio, llevándose las llaves. Pero esta severidad acabó por convertirse en una molestia para el harén del califa, y sobre todo para Sett Zobeida, que fue a quejarse amargamente a su primo y esposo Al-Raschid, maldiciendo del venerable Yahía y de sus rigores intempestivos. Y cuando se presentó Yahía, le dijo Al-Raschid: "Padre, ¿por qué se queja de ti Zobeida?" Y Yahía preguntó: "¿Es que me acusan de tu harén, ¡oh Emir de los Creyentes!?"

Al-Raschid sonrió y dijo: "No, ¡oh padre!" Y Yahía dijo: "En ese caso, no tomes en cuenta lo que te digan de mí ¡oh Emir de los Creyentes!" Y desde entonces redobló aún más su severidad, de modo que Sett Zobeida se quejó otra vez con acritud y enfado a Al-Raschid, que le dijo: "¡Oh hija del tío! verdaderamente, no hay motivo para acusar a mi padre Yahía por nada concerniente al harén. Porque Yahía no hace más que ejecutar mis órdenes y cumplir con su deber". Y Zobeida replicó con vehemencia: "¡Pues ¡por Alah! podía preocuparse un poco más de su deber impidiendo las imprudencias de su hijo Giafar!"

Y Al-Raschid preguntó: "¿Qué imprudencias? ¿Qué ocurre?" Entonces Zobeida contó lo de Abbassah, sin darle, por cierto, excesiva importancia. Y Al-Raschid preguntó, poniéndose sombrío: "¿Hay pruebas de eso?" Ella contestó: "¿Y qué prueba mejor que el niño que ha tenido con Giafar?" Él preguntó: "¿Dónde está ese niño?" Ella contestó: "En la ciudad santa, cuna de nuestros abuelos". Él preguntó: "¿Tiene conocimiento de eso alguien más que tú?" Ella contestó: "No hay en tu harén ni en tu palacio una sola mujer, aunque sea la última esclava, que no lo sepa".

Y Al-Raschid no añadió una palabra más. Pero, poco tiempo después, anunció su propósito de ir en peregrinación a la Meca. Y partió, llevándose a Giafar consigo.

Por su parte, Abbassah expidió al punto una carta a Ryasch y a la nodriza, ordenándole que abandonaran inmediatamente la Meca y pasaran con el niño al Yemen. Y se alejaran a toda prisa.

Y llegó el califa a la Meca. Y enseguida encargó a unos confidentes íntimos suyos que se pusieran en busca del niño. Y obtuvo la comprobación del hecho, y supo que existía y se hallaba en perfecto estado de salud. Y consiguió apoderarse de él en el Yemen y enviarlo a Bagdad.

Y entonces fue cuando, a su regreso de la peregrinación, mientras acampaba en el convento de Al-Umr, cerca de Anbar, junto al Eufrates, dio la terrible orden consabida respecto a Giafar y a los Barmakidas. Y sucedió lo que sucedió.

En cuanto a la infortunada Abbassah y a su hijo, ambos fueron enterrados vivos en una fosa abierta debajo del mismo aposento habitado por la princesa.

¡Alah los tenga a todos en Su compasión!

Por último, me queda por decirte ¡oh rey afortunado! que otros cronistas dignos de fe cuentan que Giafar y los Barmakidas nada habían hecho por merecer semejante desgracia, y que tuvieron aquel fin lamentable sencillamente porque estaba escrito en su destino y había transcurrido el tiempo de su poderío.

¡Pero Alah es más sabio!

Y para terminar, he aquí un rasgo que nos ha transmitido el célebre poeta Mohammad, de Damasco. Dice:

"Entré un día en un lugarejo para tomar un baño. Y el maestro bañero encargó de servirme a un mozalbete muy bien formado. Y yo, mientras cuidaba de mí el mancebo, no sé por qué, me puse a cantar para mí mismo, a media voz, versos que en otro tiempo había compuesto para celebrar el nacimiento del hijo de mi bienhechor El-Fadl ben Yahía El-Barmaki. Y he aquí que, de repente, el mocito que me servía cayó al suelo sin conocimiento. Unos instantes después se levantó, y con el rostro bañado en lágrimas emprendió al punto la fuga, dejándome solo en medio del agua...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 998ª NOCHE

Ella dijo:

"...se levantó, y con el rostro bañado en lágrimas emprendió al punto la fuga, dejándome en medio del agua.

Y salí del baño, asombrado, y reñí vivamente al maestro bañero por haber puesto a mi servicio de baño a un epiléptico. Pero el maestro bañero me juró que jamás había notado esta enfermedad en su joven servidor. Y para probarme su aserto, hizo ir al joven a mi presencia. Y le preguntó: "¿Qué ha ocurrido que tan descontento está de tu servicio este señor?" Y el mozalbete, que me pareció que se había repuesto de su turbación, bajó la cabeza; luego, encarándose conmigo, me dijo: "Entonces eres el poeta Mohammad El-Dameschvy. Y compusiste esos versos para celebrar el nacimiento del hijo de El-Fadl el Barmakida". Y añadió, mientras yo me quedaba asombrado: "¡Dispénsame ¡oh mi señor! si, al escucharte, se me ha encogido el corazón súbitamente y he caído, abrumado por la emoción. Yo mismo soy ese hijo de El-Fadl cuyo nacimiento has cantado tan magníficamente". Y de nuevo cayó desmayado a mis pies.

Entonces, movido de compasión ante tal infortunio, y viendo reducido a aquel grado de miseria al hijo del generoso bienhechor, a quien debía yo cuanto poseía, incluso mi renombre de poeta, levanté al niño y le estreché contra mi pecho, y le dije: "¡Oh hijo de la más generosa de las criaturas de Alah! soy viejo y no tengo herederos. Ven conmigo ante el kadí, ¡oh hijo mío! pues quiero formalizar un acta adoptándote. Y así te dejaré todos mis bienes después de mi muerte".

Pero el niño barmakida me contestó, llorando: "Alah extienda sobre ti Sus bendiciones, ¡oh hijo de hombres de bien! Pero no place a Alah que yo recobre, de una manera o de otra, un solo óbolo de lo que mi padre El-Fadl te ha dado".

Y fueron inútiles todas mis instancias y súplicas. Y no pude hacer que aceptara la menor prueba de mi agradecimiento a su padre. ¡Verdaderamente, era de sangre pura aquel hijo de nobles Barmakidas! ¡Ojalá los retribuya Alah a todos con arreglo a sus méritos, que eran muy grandes!"

En cuanto al califa Al-Raschid, tras de vengarse tan cruelmente de una injuria que, después de Alah, era el único en conocer, y que debía ser muy atroz, volvió a Bagdad, pero sólo de paso. En efecto, no pudiendo ya habitar en lo sucesivo aquella ciudad, que durante tantos años se había complacido en hermosear, fue a fijar su residencia en Raccah, y no volvió más a la ciudad de paz. Y precisamente aquel súbito abandono de Bagdad, después de la desgracia de los Barmakidas, lo deploró el poeta Abbas ben El-Ahnaf, que pertenecía al séquito del califa, en los versos siguientes:

¡Apenas habíamos obligado a los camellos a doblar la rodilla, fue preciso reanudar el camino, sin que nuestros amigos pudiesen distinguir nuestra llegada de nuestra marcha!

¡Oh Bagdad! ¡nuestros amigos venían a saber de nosotros y a darnos la bienvenida del regreso; pero hubimos de responderles con adioses!

¡Oh ciudad de paz! ¡en verdad que de Oriente a Occidente no conozco ciudad más feliz y más rica y más hermosa que tú!

Por cierto que, desde la desaparición de sus amigos, nunca más Al-Raschid disfrutó el descanso del sueño. Su arrepentimiento se tornó insoportable; y hubiera él dado todo su reino por hacer volver a Giafar a la vida. Y si, por casualidad, los cortesanos tenían la desgracia de evocar de modo poco respetuoso la memoria de los Barmakidas, Al-Raschid les gritaba con desprecio y cólera: "¡Alah condene a vuestros padres! ¡Cesad de censurar a los que censuráis, o tratad de llenar el vacío que han dejado!"

Y aunque fue todopoderoso hasta su muerte, Al-Raschid sentíase rodeado para en lo sucesivo de gentes poco seguras. A cada instante temía que le envenenaran sus hijos, de los que no podía alabarse. Y al emprender una expedición al Khorassán, donde acababan de producirse trastornos, y de donde ya no había de volver, confió dolorosamente sus dudas y sus cuitas a uno de sus cortesanos, El-Tabari el cronista, a quien había tomado por confidente de sus tristes pensamientos. Porque, como El-Tabari tratara de tranquilizarle respecto los presagios de muerte que acababan de asaltarle, se le llevó aparte; y cuando vióse alejado de los hombres de su séquito y la sombra espesa de un árbol le hubo ocultado a las miradas indiscretas, abrió su ropón, y haciéndole observar una faja de seda que le envolvía el vientre, le dijo: "¡Tengo aquí un mal profundo, sin remedio posible! Verdad es que ignora todo el mundo este mal; pero ¡mira! Hay a mi alrededor espías encargados por mis hijos El-Amín y El-Mamún de acechar lo que me queda de vida. ¡Porque les parece que la vida de su padre es demasiado larga! Y mis hijos han escogido esos espías precisamente entre los que yo creía más fieles y con cuya abnegación pensaba que podía contar. ¡El primero, Massrur! Pues bien; es el espía de mi hijo preferido El-Mamún. Mi médico Gibrail Bakhtiassú es el espía de mi hijo El-Amín. Y así sucesivamente ocurre con todos los demás". Y añadió: "¿Quieres saber ahora hasta dónde llega la sed de reinar que tienen mis hijos? Voy a dar orden de que me traigan una cabalgadura, y ya verás cómo, en lugar de presentarme un caballo dulce y vigoroso a la vez, me traen un animal agotado, de trote desigual, a propósito para aumentar mi sufrimiento". Y en efecto, cuando pidió un caballo Al-Raschid, se lo llevaron tal y como se lo había descripto a su confidente. Y lanzó una triste mirada a El-Tabari, y aceptó con resignación la cabalgadura que le presentaban.

Y algunas semanas después de este incidente, vio Al-Raschid, durante su sueño, una mano extendida encima de su cabeza; y aquella mano tenía un puñado de tierra roja; y gritó una voz: "¡Esta es la tierra que debe servir de sepultura a Harún!". Y preguntó otra voz: "¿Cuál es el lugar de su sepultura?". Y la primera voz contestó: "¡La ciudad de Tus!"

Al cabo de unos días, los progresos de su dolencia obligaron a Al-Raschid a detenerse en Tus. Y dio muestras de viva inquietud, y envió a Massrur a buscar un puñado de tierra de los alrededores de la ciudad. Y transcurrida una hora de tiempo, volvió el jefe de los eunucos llevando un puñado de tierra de color rojo. Y Al-Raschid exclamó: "¡No hay más Dios que Alah, y Mohamed es el Enviado de Alah! He aquí que se cumple mi visión. No está lejos de mí la muerte".

Y el hecho es que nunca más volvió al Irak. Porque, sintiéndose desfallecer al día siguiente, dijo a los que le rodeaban: "Ya se acerca el instante temible. Para todos los humanos fui objeto de envidia, y ahora, ¿para quién no seré objeto de lástima?".

Y murió en Tus mismo. Y a la sazón era el tercer día de djomadi, segundo del año 193 de la hégira. Y Harún tenía entonces cuarenta y siete años de edad, con cinco meses y cinco días, según nos comunica Abulfeda. ¡Alah le perdone sus errores y le tenga en Su piedad! Porque era un califa ortodoxo.

Luego, como Schehrazada viera al rey Schahriar profundamente entristecido con este relato, se apresuró a contar la tierna historia del príncipe Jazmín y de la princesa Almendra.

Dijo:

La tierna historia del príncipe Jazmín y de la princesa Almendra

Cuentan —¡pero Alah el Exaltado es más sabio!— que, en un país entre los países musulmanes, había un viejo rey cuyo corazón era como el Océano, cuya inteligencia era igual a la de Aflatún, cuyo natural era el de los Cuerdos, cuya gloria superaba a la de Faridún, cuya estrella era la propia estrella de Iskandar, y cuya dicha era la de Khosroes Anuchirwán. Y tenía siete hijos brillantes, parecidos a los siete fuegos de las Pléyades. Pero el más pequeño era el más brillante y el más hermoso. Era rosado y blanco, y se llamaba el príncipe Jazmín.

Y en verdad que se desvanecerían en su presencia el lirio y la rosa. Porque tenía un talle de ciprés, un rostro de tulipán fresco, cabellos de violeta, bucles almizclados que hacían pensar en mil noches oscuras, una tez de ámbar rubio, dardos curvos por pestañas, rasgados ojos de narciso; y sus labios encantadores eran dos alfónsigos. En cuanto a su frente, con su brillo daba vergüenza a la luna llena, cuyo rostro embadurnaba de azul; y de su boca con dientes de pedrería, con lengua de rosa, fluía un lenguaje dulce que hacía olvidar la caña de azúcar. Así formado, y vivaracho e intrépido, resultaba un ídolo de seducción para los ojos de los amantes.

Y he aquí que, de los siete hermanos, era el príncipe Jazmín el encargado de guardar el innumerable rebaño de búfalos del rey Nujum-Schah. Y su morada eran las vastas soledades y los prados. Y estaba un día sentado tañendo la flauta mientras cuidaba de sus animales, cuando vio avanzar hacia él a un venerable derviche, que, después de las zalemas, le rogó ordeñara un poco de leche para dársela. Y contestó el príncipe Jazmín: "¡Oh santo derviche! soy presa de una pena punzante por no poder satisfacerte. Porque he ordeñado a mis búfalos esta mañana, y claro es que no puedo aplacar tu sed en este momento". Y el derviche le dijo: "A pesar de todo, invoca sin tardanza el nombre de Alah, y ve a ordeñar de nuevo a tus búfalos. Y descenderá la bendición". Y el príncipe semejante al narciso contestó con el oído y la obediencia, y estrujó la teta del animal más hermoso, pronunciando la fórmula de la invocación. Y descendió la bendición; y el vaso se llenó de leche azulada y espumosa. Y el hermoso Jazmín se la presentó al derviche, que bebió para aplacar su sed y se sació.

Y entonces encaróse con el joven príncipe, y le dijo, sonriendo: "¡Oh niño delicado! no has alimentado una tierra infecunda, y nada más ventajoso para ti que lo que acaba de ocurrir. Has de saber, en efecto, que vengo a ti en calidad de mensajero de amor. Y ya veo que verdaderamente mereces el don del amor, que es el primero de los dones y el último, según estas palabras:

¡Cuando no existía nada, el amor existía; y cuando nada quede, quedará el amor!

¡Es el primero y el último!

¡Este es el punto de la verdad; es lo que por encima de todo se puede decir! ¡Lo que acompaña el ángel de la tumba!

¡Es la hiedra que se une al árbol y bebe su verde vida en el corazón que devora!

Luego continuó el viejo derviche: "Sí, hijo mío, vengo a tu corazón en calidad de mensajero de amor; pero no me ha enviado nadie más que yo mismo. Y atravesé llanuras y desiertos en busca del ser perfecto que mereciera acercarse a la feérica joven que me fue dado entrever una mañana al pasar por un jardín". Y se interrumpió un momento; luego repuso: "Has de saber, en efecto, ¡oh más ligero que el céfiro, que en el reino limítrofe de este reino de tu padre, Nujum-Schah, vive en espera del jovenzuelo de sus sueños, en espera tuya, ¡oh Jazmín! una hurí de raza real, de rostro de hada, vergüenza de la luna, una perla única en el joyel de la excelencia, una primavera de lozanía, un nicho de belleza. Su cuerpo delicado color de plata está moldeado como el boj; un talle tan fino como un cabello; un porte de sol; unos andares de perdiz. Su cabellera es de jacintos; sus ojos hechiceros son cual los sables de Ispahán; sus mejillas son como, en el Korán, el versículo de la Belleza; sus cejas arqueadas, como la surata del cálamo; su boca, tallada en un rubí, es asombrosa; una manzanita con un hoyuelo en su mentón, y el grano de belleza que lo adorna es un remedio contra el mal de ojo. Sus orejas pequeñísimas no son orejas, sino minas de gentileza, y llevan, a manera de pendientes, corazones enamorados; y el anillo de su nariz —una avellana— obliga a la luna llena a ponerse al cuello el gancho de la esclavitud. En cuanto a la planta de sus dos piececitos, es de lo más encantadora. Su corazón es un pomo de esencia sellado, y su espíritu está dotado del don supremo de la inteligencia. ¡Si avanza, se promueve el tumulto de la Resurrección! Es la hija del rey Akbar, y se llama la princesa

Almendra; ¡benditos sean los hombres que designan a criaturas semejantes!".

Y tras de hablar así, el viejo derviche respiró prolongadamente; luego añadió...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 999ª NOCHE

Ella dijo:

...Y tras de hablar así, el viejo derviche respiró prolongadamente; luego añadió: "Pero debo decirte ¡oh frente de simpatía! que esa joven asilo del amor tiene el hígado achicharrado de tristeza; y sobre su corazón gravita una montaña de pena. Y la causa de ello es un sueño que ha tenido una noche, durmiendo. Y la ha dejado dolorida y desolada como el sumbul". Luego dijo: "Y ahora que para tu corazón han sido mis palabras la semilla del amor, Alah te guarde y te conduzca a la que está en tu destino. ¡Uassalam!".

Y tras de hablar así, el derviche se levantó y se fue por su camino. Y sólo con oír este discurso quedó ensangrentado el corazón del príncipe Jazmín; y le penetró la flecha del amor; y como Majnún enamorado de Leila, desgarró sus vestidos desde el cuello hasta la cintura, y prendido de los tirabuzones de cabellos de la encantadora Almendra, lanzó gritos y suspiros; y abandonando su rebaño, echó a andar, errabundo, ebrio sin vino, agitado, silencioso, aniquilado en el torbellino del amor. Porque si bien el broquel de la cordura resguarda de todas las heridas, no tiene eficacia contra el arco del amor. Y la medicina de opiniones y consejos no obraría en lo sucesivo sobre el espíritu del afligido por puro sentimiento. Y esto es lo referente al príncipe Jazmín.

Pero he aquí ahora lo relativo a la princesa Almendra.

Una noche, mientras dormía en la terraza del palacio de su padre, vio que se aparecía ante ella, en un sueño enviado por los genn del amor, un joven más hermoso que el amante de Suleika, y que era, rasgo por rasgo, la imagen encantadora del príncipe Jazmín. Y a medida que se manifestaba a los ojos de su alma de virgen aquella visión de belleza, el hasta entonces despreocupado corazón de la joven se escurría de su mano y se tornaba en prisionero de los bucles ensortijados del joven. Y se despertó con el corazón agitado por la rosa de su sueño, y lanzando en la noche gritos como el ruiseñor, lavó su rostro con sus lágrimas. Y acudieron sus servidoras, muy emocionadas, y exclamaron al verla: "¡Por Alah! ¿qué desdicha hace derramar lágrimas a nuestra señora Almendra? ¿Qué ha pasado por su corazón durante su sueño? ¡Ay! he aquí que parece que ha emprendido el vuelo el pájaro de su inteligencia".

Y hubo gemidos y suspiros hasta la mañana. Y al despuntar la aurora se informó a su padre el rey y a su madre la reina de lo que pasaba. Y con el corazón abrasado, fueron a observar por sí mismos, y vieron que su encantadora hija tenía aspecto extraordinario y se hallaba en un estado singular. Estaba sentada, con los cabellos y las ropas en desorden, el rostro descompuesto, sin reparar en su cuerpo y sin atención para su corazón. Y a todas las preguntas que le hacían respondía sólo con el silencio, meneando la cabeza con pudor y sembrando así en el alma de su padre y de su madre la turbación y la desolación.

Entonces quedó decidido llamar a los médicos y a los sabios exorcistas, que lo pusieron todo a contribución para sacarla de su estado. Pero no obtuvieron ningún resultado; antes bien, ocurrió todo lo contrario. Al ver aquello, creyéronse obligados a recurrir a la sangría. Y vendándole un brazo, aplicaron la lanceta. Pero no salió de la vena encantadora ni una gota de sangre. Entonces desistieron de su tratamiento y renunciaron a la esperanza de curarla. Y se marcharon cariacontecidos y confusos.

Y transcurrieron unos días en aquella penosa situación, sin que nadie pudiese comprender o explicar el motivo de semejante cambio. Un día que la bella Almendra, la del corazón calcinado, estaba más melancólica que nunca, las mujeres de su séquito, para distraerla, la llevaron al jardín. Pero allí por donde paseaba los ojos no veía más que la faz de su bienamado: las rosas le ofrecían su color y el jazmín el olor de sus vestidos; el ciprés oscilante, su talle flexible, y el narciso, sus ojos. Y viendo las pestañas de él en las espinas, se las clavaba ella sobre el corazón.

Pero enseguida el verdor de aquel jardín hizo reverdecer un poco su corazón mustio; y el agua corriente que le hacían beber disminuyó la sequedad de su cerebro. Y las jóvenes de su séquito, que tenían la misma edad que ella, sentáronse en corro alrededor de aquella belleza, y empezaron por cantarle dulcemente un ghazal ligero en la clave musical menor y con el compás ramel lento.

Tras de lo cual, al verla más propicia, su doncella más querida se acercó a ella, y le dijo: "¡Oh señora nuestra Almendra! has de saber que, desde hace unos días, se encuentra en nuestras tierras un joven tañedor de flauta, venido del país de los nobles Hazara, y cuya melodiosa voz atrae al pájaro escapado de la razón, detiene el agua que corre y a la golondrina que vuela. Y ese joven real es blanco y rosado, y se llama Jazmín. Y en verdad que el lirio y la rosa se desvanecerían en su presencia. Porque su talle es un balanceo de ciprés, su rostro un tulipán fresco, sus cabellos hacen pensar en mil noches oscuras, su tez es ámbar rubio, sus pestañas dardos curvos, sus rasgados ojos dos narcisos, y dos alfónsigos sus labios encantadores. En cuanto a su frente, con su brillo avergüenza a la luna llena y le embadurna de azul el rostro. De su boquita con dientes de pedrería, con lengua de rosa, fluye un lenguaje tan dulce, que hace olvidar la caña de azúcar. Y tal como es, vivaracho e intrépido, resulta un ídolo de seducción para los ojos de los amantes".

Luego añadió, mientras la princesa Almendra quedaba en el estupor de la alegría: "Y ese príncipe tañedor de flauta, para venir de su país al nuestro, ha debido franquear montañas y llanuras, ágil como el céfiro matinal y más ligero, y habrá surcado las aguas espantosas de los ríos desbordados, donde ni el mismo cisne está seguro, y cuyo solo aspecto da vértigos a las gallinas de agua y a los patos, asombrándolos. Y si ha sorteado tantas dificultades para llegar hasta aquí, es porque le ha determinado a ello un motivo oculto. Y ningún motivo que no sea el amor puede decidir a un príncipe joven a intentar semejante empresa".

Y tras de hablar así, la joven favorita de la princesa Almendra se calló, observando el efecto de su discurso en su señora. Y he aquí que la doliente hija del rey Akbar se irguió de pronto sobre ambos pies, dichosa y retozona. Y su rostro estaba iluminado por el fuego interior y se le salía por los ojos toda su alma embriagada. Y ni rastro quedaba ya de todo aquel mal misterioso que ningún médico había comprendido: las sencillas palabras de una jovenzuela, hablando de amor, lo habían hecho desvanecerse como humo.

Y rápida cual la gacela, entró ella en sus habitaciones, seguida por su favorita. Y cogió el cálamo de la alegría y el papel de la unión, y escribió al príncipe Jazmín, al joven raptor de su razón, al bienaventurado que ella había visto en sueños con los ojos de su alma, esta carta de alas blancas:

"Después de la alabanza al que, sin cálamo, ha trazado la existencia de las criaturas en el jardín de la belleza.

¡Salud a la rosa de quien está quejoso el ruiseñor enamorado! "Cuando he oído mencionar tu hermosura, mi corazón se me ha escurrido de la mano.

Cuando en sueños me has mostrado tu faz feérica, tanta impresión ha producido en mi corazón, que he olvidado a mi padre y a mi madre, y me he tornado en una extraña para mis hermanos. ¿Qué hemos de ser para nuestra familia cuando somos extraños para nosotros mismos?

Ante ti, las bellezas son barridas como por un torrente, y las flechas de tus pestañas han punzado mi corazón de parte a parte.

¡Oh! ven a mostrarme tu figura encantadora en sueños, a fin de que la vea yo con los ojos de mi cara, ¡oh tú, que estás instruido en las señales del amor y que debes saber que el verdadero camino del corazón es el corazón!

Y sabe, por último, que eres el agua y la arcilla de mi esencia, que las rosas de mi lecho se han convertido en espinas, que el sello del silencio está en mis labios, y que he renunciado a pasearme indolentemente...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y CUANDO LLEGÓ LA 1000ª NOCHE

Ella dijo:

"...que el sello del silencio está en mis labios, y que he renunciado a pasearme indolentemente".

Y plegó las dos alas de la carta, deslizó en ella un grano de almizcle puro, y la entregó a su favorita. Y la joven la tomó, se la llevó a los labios y a la frente, se la puso sobre el corazón, y semejante a la paloma, fue al bosque donde tañía la flauta el príncipe Jazmín. Y le encontró sentado bajo un ciprés, con la flauta al lado y cantando este corto ghazal:

¿Qué diré al ver mi corazón? ¡Es la nube, el relámpago, el mercurio y el Océano ensangrentado!

¡Cuando termine la noche de la ausencia, nos reuniremos como el cisne y el río!

Y la joven, tras de besar la mano al príncipe Jazmín, le entregó la carta de su señora Almendra. Y la leyó y creyó volverse loco de alegría. Y no sabía ya si dormía o velaba. Y se le revolucionó el espíritu, y se le puso el corazón como una hornaza. Y cuando se calmó él un poco, la joven le indicó el medio de llegar hasta su señora, le dio las últimas instrucciones, y volvió sobre sus pasos.

Y a la hora indicada y en el momento favorable, el príncipe Jazmín, conducido por el ángel de la unión, emprendió el camino que llevaba al jardín de Almendra. Y consiguió penetrar en aquel lugar, trozo arrancado del paraíso. Y en aquel momento desaparecía el sol en el horizonte occidental y la luna mostraba su rostro tras los velos del Oriente. Y el joven de andares de cervatillo divisó el árbol que hubo de indicarle la joven, y subió a ocultarse entre sus ramas.

Y la princesa de andares de perdiz llegó al jardín con la noche. E iba vestida de azul y tenía en la mano una rosa azul. Y alzó su encantadora cabeza para mirar el árbol, temblando cual el follaje del sauce. Y en su emoción, aquella gacela no supo si el rostro aparecido entre las ramas era el de la luna llena o la faz brillante del príncipe jazmín. Pero he aquí que como una flor madurada por el deseo, o como un fruto caído por su propio peso precioso, el jovenzuelo de cabellos de violeta saltó de entre las ramas y cayó a los pies de la pálida Almendra. Y reconoció ella al que amaba con esperanza, y le encontró más hermoso que la imagen de su sueño. Y por su parte, el príncipe Jazmín vio que el derviche no le había engañado y que aquella luna era la corona de las lunas. Y ambos sintiéronse con el corazón unido por los lazos de la tierna amistad y del afecto real. Y su dicha fue tan profunda como la de Majnún y Leila, y tan pura como la de los antiguos amigos.

Y después de los besos dulcísimos y las expansiones de su alma encantadora, invocaron al Señor del perfecto amor para que jamás el firmamento tiránico hiciese llover sobre su ternura las piedras del disgusto ni descosiera la costura de su reunión.

Luego, para resguardarse en adelante del veneno de la separación, los dos amantes reflexionaron a solas, y pensaron que era preciso dirigirse sin tardanza al propio rey Akbar, quien, como amaba a su hija Almendra, no le rehusaba nada.

Y dejando a su bienamado entre los árboles, la suplicante Almendra fue en busca de su padre el rey, y con las manos juntas, le dijo: "¡Oh meridiano de ambos mundos! tu servidora viene a hacerte una petición". Y su padre, extremadamente asombrado, a la vez que encantado, la levantó con sus manos y la estrechó contra su pecho, y le dijo: "En verdad ¡oh Almendra de mi corazón! que debe ser tu petición de urgencia extrema, ya que no vacilas en abandonar tu lecho en medio de la noche para venir a rogarme que te la conceda. Sea lo que sea, ¡oh luz de los ojos! explícate sin temor, confiándote a tu padre". Y tras de vacilar unos instantes, la gentil Almendra levantó la cabeza y pronunció ante su padre un hábil discurso, diciendo: "¡Oh padre mío! dispensa a tu hija que venga a esta hora de la noche a turbar el sueño de tus ojos. Pero he aquí que he recobrado las fuerzas de la salud, después de un paseo nocturno, con mis doncellas, por la pradera. Y vengo a decirte que he notado que nuestros rebaños de bueyes y de ovejas están mal cuidados y mantenidos de mala manera. Y he pensado que si yo encontrara un servidor digno de tu confianza te lo presentaría, y tú le encargarías de guardar nuestros rebaños. Pues bien; por una feliz casualidad, al instante he encontrado a ese hombre activo y diligente. Es joven, bien intencionado, dispuesto a todo, y no teme fatigas ni penas; porque la pereza y la indolencia están a varias parasangas de él. Encárgale, pues, ¡oh padre mío! de nuestros bueyes y de nuestras ovejas".

Cuando el rey Akbar hubo oído el discurso de su hija, se asombró hasta el límite del asombro, y permaneció un momento con los ojos muy abiertos. Luego contestó: "¡Por vida mía! nunca he oído decir que se contratara a media noche a los pastores de rebaños. Es la primera vez que nos sucede semejante cosa. Sin embargo, ¡oh hija mía! en vista del placer que proporcionas a mi corazón con tu curación súbita, accedo gustoso a tu demanda y acepto para pastor de nuestros rebaños al joven consabido. No obstante, quisiera verle con los ojos de mi cara antes de confiarle esas funciones".

En cuanto oyó estas palabras de su padre, la princesa Almendra voló en alas de la alegría hacia el bienaventurado Jazmín, y cogiéndole de la mano, le condujo al palacio. Y dijo al rey: "Aquí tienes ¡oh padre mío! a este pastor excelente. Su báculo es sólido y su corazón firme". Y el rey Akbar, que estaba dotado de sagacidad, fácilmente advirtió que el joven que le presentaba su hija Almendra no era de la especie de los que guardan rebaños. Y en lo profundo de su alma quedó lleno de perplejidad. Sin embargo, para no apenar a su hija Almendra, no quiso ponerse pesado ni insistir sobre esos detalles, que tenían su importancia. Y la amable Almendra, que adivinaba lo que pasaba por el espíritu de su padre, le dijo con voz pronta ya a conmoverse y juntando las manos: "Lo externo ¡oh padre mío! no siempre es indicio de lo interno. Y te aseguro que este joven es un pastor de leones". Y de buen o mal grado, el padre de Almendra, por contentar a aquella amable y encantadora criatura, puso en sus propios ojos el dedo del consentimiento, y a media noche nombró al príncipe Jazmín pastor de sus rebaños...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente, como de costumbre.

Y su hermana, la tierna Doniazada, que se había convertido en una adolescente deseable en todos sentidos, y que, de día en día y de noche en noche, se volvía más encantadora y más bella y más desarrollada y más comprensiva y más silenciosa y más atenta, se incorporó a medias en la alfombra en que estaba acurrucada, y le dijo: "¡Oh Schehrazada, hermana mía! ¡cuán dulces y sabrosas y regocijantes y deliciosas son tus palabras!"

Y Schehrazada le sonrió y la besó, y le dijo: "Sí, querida mía; pero ¿qué es eso comparado con lo que sigue y que voy a contar la próxima noche, si es que no está cansado de oírme nuestro señor, este rey bien educado y dotado de buenos modales?".

Y el sultán Schahriar exclamó: "¡Oh Schehrazada! ¿qué estás diciendo? ¿cansado yo de oírte? ¡Si tú instruyes mi espíritu y calmas mi corazón! Puedes, pues, indudablemente, decirnos mañana la continuación de esa historia deliciosa, e incluso puedes, si no estás fatigada, proseguirla esta misma noche. ¡Porque, en verdad, que deseo saber lo que les va a ocurrir al príncipe Jazmín y a la princesa Almendra!"

Y Schehrazada, con su habitual discreción, no quiso abusar del permiso, y sonrió y dio las gracias, sin decir nada más aquella noche.

Y el rey Schahriar la estrechó contra su corazón, y se durmió a su lado hasta el día siguiente. Entonces se levantó y salió a presidir su sesión de justicia. Y vio llegar a su visir, padre de Schehrazada, llevando al brazo, como tenía por costumbre, el sudario destinado a su hija, a quien cada mañana esperaba ver condenada a muerte, en vista del juramento del rey concerniente a las mujeres. Pero Schahriar, sin decirle nada a este respecto, presidió el diwán de la justicia. Y entraron los oficiales y los dignatarios y los querellantes. Y juzgó, y nombró para empleos, y destituyó, y ultimó los asuntos pendientes, y dio órdenes, hasta el fin de la jornada. Y el visir, padre de Schehrazada y de Doniazada, cada vez se acercaba más al límite de la perplejidad y del asombro.

En cuanto al rey Schahriar, cuando levantó la sesión y terminó el diwán, se apresuró a volver a sus habitaciones, junto a Schehrazada.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 1001ª NOCHE

Y cuando el rey Schahriar acabó su cosa acostumbrada con Schehrazada, la joven Doniazada dijo a su hermana: "Por Alah sobre ti, ¡oh hermana mía! si no tienes sueño, apresúrate a contarnos la continuación de la tierna historia del príncipe Jazmín y de la princesa Almendra". Y Schehrazada acarició los cabellos de su hermana, y dijo: "¡De todo corazón amistoso, y como homenaje debido a este rey magnánimo, señor nuestro!".

Y prosiguió la historia en estos términos:

...y a media noche nombró al príncipe Jazmín pastor de sus rebaños.

Y, desde entonces, el príncipe Jazmín ejerció exteriormente el oficio de pastor e interiormente se ocupaba de amor. Y por el día llevaba a pastar a los bueyes y a las ovejas hasta una distancia de tres o cuatro parasangas; y al oscurecer los llamaba con los sones de su flauta y los volvía a los establos del rey. Y por la noche habitaba el jardín en compañía de su bienamada Almendra, rosa de la excelencia. Y esta era su ocupación constante.

Pero ¿quién puede afirmar que la dicha más oculta permanecerá siempre al abrigo de las miradas envidiosas de los censores?

En efecto, la atenta Almendra tenía costumbre de hacer llegar a manos de su amigo, en el bosque, la bebida y la comida necesarias. Y un día, aquella imprudente del amor fue, a escondidas, a llevarle por sí misma una bandeja de golosinas tan deliciosas como sus labios de azúcar, frutas, nueces y alfónsigos, todo cuidadosamente colocado en hojas de plata. Y le dijo, ofreciéndole aquellas cosas: "¡Que sea para ti dulce y de fácil digestión este alimento que conviene a tu boca delicada! ¡Oh papagayo de lenguaje dulce y que no debiera comer más que azúcar!". Dijo, y desapareció como el alcanfor.

Y cuando aquella almendra sin corteza desapareció como el alcanfor, el pastor Jazmín se dispuso a probar aquellas golosinas preparadas por los dedos de la hija del rey. Entonces vio acercarse a él al propio tío de su bienamada, un anciano hostil y malintencionado, que se pasaba los días abominando de todo el mundo e impidiendo a los músicos tocar y a los cantores cantar. Y cuando llegó junto al joven, le miró con los ojos torvos de la desconfianza, y le preguntó qué tenía allí, delante de sí, en la bandeja del rey. Y Jazmín, que no era desconfiado, creyó que el anciano tenía gana de comer. Y abrió su corazón, generoso como la rosa de otoño, y le regaló toda la bandeja de golosinas.

Y el calamitoso anciano se retiró al punto para ir a enseñar aquellas golosinas y aquella bandeja al padre de Almendra, el rey Akbar, que era su propio hermano. Y de tal suerte le dio la prueba de las relaciones entre Almendra y Jazmín.

Y el rey Akbar, al enterarse de aquello, llegó al límite de la cólera, y llamando a su hija, le dijo: "¡Oh vergüenza de tus padres! ¡has arrojado el oprobio sobre nuestra raza! Hasta este día nuestra morada estuvo libre de malas hierbas y de las espinas de la vergüenza. Pero tú me has lanzado el nudo corredizo de la trapisonda y me has cogido en él. Y con los modales mimosos que para mí tenías, has velado la lámpara de mi inteligencia. ¡Ah! ¿qué hombre podrá decir que está a salvo de las estratagemas de las mujeres? Y el Profeta bendito (con Él la plegaria y la paz) ha dicho, hablando de ellas: "¡Oh creyentes! ¡tenéis enemigos en vuestras esposas y en vuestras hijas! Son defectuosas en cuanto afecta a la razón y a la religión. Han nacido torcidas. Las reprenderéis, y a las que os desobedezcan las pegaréis". ¿Cómo voy a tratarte, pues, ahora que tan inconvenientemente has obrado con un extranjero, guardián de rebaños, cuya unión no conviene a hijas de reyes? Dime si debo hacer volar de un tajo de mi espada tu cabeza y la suya y abrasar vuestra noble existencia en el fuego de la muerte". Y como ella llorase, añadió él: "Retírate enseguida de mi presencia, y ve a enterrarte detrás de la cortina del harén. Y no vuelvas a salir de allí sin mi permiso".

Y tras de castigar de tal suerte a su hija Almendra, el rey Akbar dio orden de hacer desaparecer al guardián de los rebaños. Y he aquí que en las cercanías de la ciudad había un bosque, terrible refugio de animales espantosos. Y los hombres más bravos se sentían poseídos de temor al oír pronunciar el nombre de aquella selva, y se quedaban paralizados y con los pelos de punta. Y allá, la mañana parecía noche, y la noche era semejante a la llegada siniestra de la Resurrección. Y entre otros animales espantosos, había allí dos cerdos-gamos que eran el horror de los cuadrúpedos y de las aves, y que a veces hasta llegaban a sembrar la devastación en la ciudad.

Y los hermanos de la princesa Almendra, por orden del rey, enviaron al infortunado Jazmín a aquel lugar de desgracia, con la intención de hacerle perecer. Y el joven, sin sospechar lo que le esperaba, condujo allá sus bueyes y sus ovejas. Y entró en aquella selva a la hora en que aparecía en el horizonte el astro de dos cuernos y cuando el etíope de la noche volvía el rostro para ponerse en fuga. Y dejando pacer a los animales a su antojo, se sentó en una piedra blanca que había tirado en tierra, y cogió su flauta, manantial de embriaguez.

Y he aquí que, guiados por el olfato, los dos terribles cerdos-gamos llegaron de repente al claro donde estaba Jazmín, rugiendo a imitación de la nube cargada de truenos. Y el príncipe de mirada dulce los acogió con los sones de su flauta, y los inmovilizó con el encanto de su ejecución. Luego, lentamente, se levantó y salió de la selva, acompañado por los dos espantosos animales, uno a su derecha y otro a su izquierda, y seguido por todo el rebaño. Y de tal suerte llegó bajo las ventanas del rey Akbar. Y todo el mundo le vio y quedó sumido en el asombro.

Y el príncipe Jazmín hizo entrar en una jaula de hierro a los dos cerdos-gamos y se los ofreció al padre de Almendra en calidad de homenaje. Y ante aquella hazaña, el rey llegó al límite de la perplejidad, y retiró su mano de la condenación de aquel león de héroes.

Pero los hermanos de la enamorada Almendra no quisieron deponer su rencor, y para impedir que su hermana se uniera con el joven, idearon casarla a disgusto con su primo, el hijo del tío calamitoso. Porque decían: "Hay que atar el pie a esa loca con la cuerda resistente del matrimonio. Y entonces se olvidará de su insensato amor". Y sin más ni más, organizaron la procesión nupcial, y contrataron a músicos y cantarinas, a clarinetes y tamborileros.

Y mientras aquellos tiranos vigilaban así las ceremonias de aquel matrimonio opresor, la desolada Almendra, vestida, mal de su grado, con ropas espléndidas y atavíos de oro y perlas, que pregonaban en ella una recién casada, estaba sentada en un elegante lecho de gala, recubierto de paños brocados de oro, semejante a la flor en el arbusto, pero con la tristeza y el abatimiento a su lado, con el sello del mutismo en los labios, silenciosa como el lirio, inmóvil como el ídolo. Y con la apariencia de una joven muerta a manos de vivos, su corazón palpitaba como el gallo a quien degüellan, su alma estaba vestida con un vestido de crepúsculo, su seno estaba desgarrado por la uña del dolor, y su espíritu efervescente pensaba en los ojos negros del cuervo de arcilla que iba a ser su compañero de lecho. Y se hallaba en la cúspide del Cáucaso de las penas.

Pero he aquí que el príncipe Jazmín, invitado con los demás servidores a las bodas de su señora, le dio, con un simple cruce de ojos, una esperanza libertadora de las ataduras del dolor. Porque ¿quién no sabe que con simples miradas los amantes pueden decirse veinte cosas de las que nadie tiene la menor idea?

Así es que, cuando llegó la noche y se introdujo a la princesa Almendra, como recién casada, en la cámara nupcial, solamente entonces el Destino mostró su faz dichosa a los amantes y vivificó su corazón con los ocho olores. Y la bella Almendra, aprovechándose al instante de la soledad en que la habían dejado en aquella habitación donde iba a penetrar su primo, salió sin ruido con sus vestiduras de oro, y emprendió el vuelo hacia Jazmín el bienaventurado. Y aquellos dos amantes benditos se cogieron de la mano, y más ligeros que el céfiro rosado, desaparecieron y se desvanecieron como el alcanfor.

Y desde entonces nadie pudo encontrar sus huellas, y nadie oyó hablar de ellos ni del lugar de su retiro. Porque, en la tierra, solamente algunos entre los hijos de los hombres son dignos de dicha, de seguir el camino que lleva a la dicha y de acercarse a la casa en que se esconde la dicha.

Gloria por siempre y loores múltiples al Retribuidor, Dueño de la alegría, de la inteligencia y de la dicha. ¡Amín!

CONCLUSIÓN

Y tras contar así esta historia, añadió Schehrazada: "Y ésta es ¡oh rey afortunado! la tierna historia del príncipe Jazmín y de la princesa Almendra. Y la he contado como llegó a mí: ¡Pero Alah es más sabio!". Luego se calló.

Entonces exclamó el rey Schahriar: "¡Oh Schehrazada! ¡cuán espléndida es esa historia! ¡Oh! ¡qué admirable es! Me has instruido, ¡oh docta y discreta! y me has hecho ver los acontecimientos que les sucedieron a otros que yo, y considerar atentamente las palabras de los reyes y de los pueblos pasados, y las cosas extraordinarias o maravillosas o sencillamente dignas de reflexión que les ocurrieron. Y he aquí en verdad, que, después de haberte escuchado durante estas mil y una noches, salgo con un alma profundamente cambiada y alegre y embebida del gozo de vivir. Así, pues, ¡gloria a quien te ha concedido tantos dones selectos, ¡oh bendita hija de mi visir! ha perfumado tu boca y ha puesto la elocuencia en tu lengua y la inteligencia detrás de tu frente!'.

Y la pequeña Doniazada se levantó por completo de la alfombra en que estaba acurrucada, y corrió a arrojarse en los brazos de su hermana, y exclamó: "¡Oh Schehrazada, hermana mía! ¡cuán dulces y encantadoras y deliciosas e instructivas y emocionantes y sabrosas en su frescura son tus palabras! ¡Oh! ¡qué hermosas son tus palabras, hermana mía!".

Y Schehrazada se inclinó hacia su hermana, y, al besarla, le deslizó al oído algunas palabras que sólo oyó ésta. Y al punto la chiquilla desapareció, como el alcanfor.

Y Schehrazada se quedó sola, durante unos instantes, con el rey Schahriar. Y cuando se disponía él, en el límite del contento, a recibir en sus brazos a su maravillosa esposa, he aquí que se abrieron las cortinas y reapareció Doniazada, seguida de una nodriza que llevaba a dos gemelos colgados de sus senos, en tanto que un tercer niño marchaba a cuatro pies detrás de ella.

Y Schehrazada, sonriendo, se encaró con el rey Schahriar, y le puso delante a los tres pequeñuelos, después de estrecharlos contra su pecho, y con los ojos húmedos de lágrimas le dijo: "¡Oh rey del tiempo! he aquí a los tres hijos que en estos tres años te ha deparado el Retribuidor por mediación mía".

Y mientras el rey Schahriar besaba a sus hijos, penetrado de una alegría indecible y conmovido hasta el fondo de sus entrañas, Schehrazada continuó: "Tu hijo mayor tiene ahora dos años cumplidos, y estos dos gemelos no tardarán en tener un año de edad. (¡Alah aleje de los tres el mal de ojo!)"

Y añadió: "Sin duda, te acordarás ¡oh rey del tiempo! de que estuve indispuesta veinte días entre las seiscientas sesenta y nueve noches y las setecientas. Pues entonces precisamente fue cuando di a luz a estos dos gemelos, cuyo alumbramiento me ha fatigado mucho más que el de su hermano mayor, el año anterior. Porque tan poco molesta estuve en mi primer parto, que pude continuarte sin interrupción la historia, empezada a la sazón, de la Docta Simpatía".

Y tras de hablar así, se calló.

Y el rey Schahriar, que estaba en el límite extremo de la emoción, paseaba sus miradas de la madre a los hijos y de los hijos a la madre, y no podía pronunciar ni una sola palabra.

Entonces, después de besar a los niños por vigésima vez, la tierna Doniazada se encaró con el rey Schahriar y le dijo: "Y ahora, ¡oh rey del tiempo! ¿vas a hacer cortar la cabeza a mi hermana Schehrazada, madre de tus hijos, dejando así huérfanos de madre a estos tres reyezuelos que ninguna mujer podrá amar y cuidar con el corazón de una madre?"

Y el rey Schahriar dijo, entre dos sollozos, a Doniazada: "Calla, ¡oh niña! y estate tranquila". Luego, logrando dominar un poco su emoción, se encaró con Schehrazada y le dijo: "¡Oh Schehrazada! ¡por el Señor de la piedad y de la misericordia, que ya estabas en mi corazón antes del advenimiento de nuestros hijos! Porque supiste conquistarme con las cualidades de que te ha adornado tu Creador y te he amado en mi espíritu porque encontré en ti una mujer pura, piadosa, casta, dulce, indemne de toda trapisonda, intacta en todos sentidos, ingenua, sutil, elocuente, discreta, sonriente y prudente. ¡Ah! ¡Alah te bendiga, y bendiga a tu padre y a tu madre y tu raza y tu origen!"

Y añadió: "¡Oh Schehrazada! Esta noche, que es la milésima, a contar del momento en que te vi por vez primera, es para nosotros una noche más blanca que el rostro del día". Y así diciendo, se levantó y la besó en la cabeza.

Y Schehrazada cogió entonces la mano de su esposo el rey, y se la llevó a los labios, al corazón y a la frente, y dijo: "¡Oh rey del tiempo! te suplico que llames a tu viejo visir, a fin de que su razón se tranquilice por lo que a mí respecta y se regocije en esta noche bendita".

Y el rey Schahriar mandó al punto llamar a su visir, quien, persuadido de que aquella era la noche fúnebre escrita en el destino de su hija, llegó llevando al brazo el sudario destinado a Schehrazada. Y el rey Schahriar se levantó en honor suyo, y le besó entre ambos ojos, y le dijo: "¡Oh padre de Schehrazada! ¡oh visir de posteridad bendita! he aquí que Alah ha elegido a tu hija para salvación de mi pueblo; y por mediación de ella, ha hecho entrar en mi corazón el arrepentimiento". Y tan trastornado de alegría quedó el padre de Schehrazada al ver y oír aquello, que se cayó desmayado. Y acudieron a auxiliarle, y le rociaron con agua de rosas, y le hicieron recobrar el conocimiento. Y Schehrazada y Doniazada fueron a besarle la mano. Y él las bendijo. Y pasaron aquella noche juntos entre transportes de alegría y expansiones de dicha.

Y el rey Schahriar se apresuró a enviar correos rápidos en busca de su hermano Schahzamán, rey de Samarkanda Al-Ajam. Y el rey Schahzamán contestó con el oído y la obediencia, y se apresuró a ir al lado de su hermano mayor, que había salido a su encuentro, a la cabeza de un magnífico cortejo, en medio de la ciudad enteramente adornada y empavesada, en tanto que en los zocos y en las calles se quemaban incienso, alcanfor sublimado, áloe, almizcle indio, nadd y ámbar gris, y los habitantes se teñían frescamente las manos con henné y el rostro con azafrán, y los tambores, las flautas, los clarinetes, los pífanos, los platillos y los tímpanos hacían resonar el aire como en los días de fiestas mayores.

Y después de las expansiones propias del encuentro, y mientras se daban regocijos y festines enteramente a costa del tesoro, el rey Schahriar llamó aparte a su hermano el rey Schahzamán, y le contó cuanto en aquellos tres años le había sucedido con Schehrazada, la hija del visir. Y le dijo en resumen todo lo que de ella había aprendido y oído en máximas, palabras hermosas, historias, proverbios, crónicas, chistes, anécdotas, rasgos encantadores, maravillas, poesías y recitados. Y le habló de su belleza, de su cordura, de su elocuencia, de su sagacidad; de su inteligencia, de su pureza, de su piedad, de su dulzura, de su honestidad, de su ingenuidad, de su discreción y de todas las cualidades de cuerpo y alma con que la había adornado su Creador. Y añadió: "¡Y ahora es mi esposa legítima y la madre de mis hijos!"

¡Eso fue todo!

Y el rey Schahzamán se asombraba prodigiosamente y se maravillaba hasta el límite de la maravilla. Luego dijo al rey Schahriar: "¡Oh hermano mío! siendo así, yo también quiero casarme. Y tomaré a la hermana de Schehrazada, a esa pequeñuela cuyo nombre no conozco. Y así seremos dos hermanos carnales casados con dos hermanas carnales". Luego añadió: "Y de ese modo, con dos esposas seguras y honradas, olvidaremos nuestra desgracia anterior. Pues, por lo que respecta a la antigua calamidad consabida, empezó por alcanzarme a mí el primero; después, por causa mía, te alcanzó a ti a tu vez. Y si no se hubiese descubierto mi desgracia, no te hubieras tú enterado, ni por asomo, de la tuya. ¡Ay! ¡oh hermano mío! en estos tres últimos años lo he pasado muy mal. Jamás pude gustar realmente el amor. Porque, siguiendo tu ejemplo, cada noche tomaba a una muchacha virgen, y por la mañana mandaba matarla, para hacer expiar a la raza de las mujeres la calamidad que nos había alcanzado a ambos. Pero ahora también quiero seguir el ejemplo que me das, y casarme con la segunda hija de tu visir".

Cuando el rey Schahriar oyó estas palabras de su hermano se tambaleó de alegría, y se levantó en aquella hora y en aquel instante, y fue en busca de su esposa Schehrazada, y la puso al corriente de lo que acababan de hablar él y su hermano. Y así fue como le notificó que el rey Schahzamán se hacía novio oficial de su hermana Doniazada.

Y Schehrazada contestó: "¡Oh rey del tiempo! damos nuestro consentimiento, pero con la condición expresa de que tu hermano el rey Schahzamán habite en adelante con nosotros. Porque ni por una hora podría yo separarme de mi hermana pequeña. Yo soy quien la ha educado; y ella no puede dejarme, como yo no puedo dejarla. Por tanto, si tu hermano acepta esta condición, desde este instante mi hermana es su esclava. Si no, nos quedamos con ella."

Entonces el rey Schahriar fue en busca de su hermano, con la respuesta de Schehrazada. Y el rey de Samarkanda exclamó: "Por Alah, ¡oh hermano mío! que ésa era precisamente mi intención. ¡Porque tampoco yo podría ya separarme de ti, aunque sólo fuera una hora! En cuanto al trono de Samarkanda, Alah le escogerá y le enviará a quien quiera. Pues, por mi parte, no pienso en reinar allá más, y no me moveré de aquí".

Al oír estas palabras, el rey Schahriar no tuvo límites para su alegría y contestó: "¡Eso es lo que yo anhelaba! ¡Loado sea Alah, ¡oh hermano mío! que por fin nos ha reunido después de larga separación!"

Y acto seguido se envió a buscar al kadí y a los testigos. Y se extendió el contrato de matrimonio del rey Schahzamán con Doniazada, la hermana de Schehrazada. Y así fue como se casaron los dos hermanos con las dos hermanas.

Y entonces fue cuando los regocijos y las iluminaciones llegaron a su apogeo, y durante cuarenta días y cuarenta noches toda la ciudad comió y bebió y se divirtió a costa del tesoro.

En cuanto a los dos hermanos y a las dos hermanas, entraron en el hammam, y se bañaron con agua de rosas y con agua de flores y con agua de sauce aromático y con agua perfumada de almizcle, y se quemó a sus pies madera de aigle y de áloe.

Y Schehrazada peinó y trenzó los cabellos de su hermana menor, y los roció de perlas. Luego le puso un traje de tela antigua del tiempo de los Khosroes, brochada de oro rojo, y adornada aparte del tejido, con bordados que representaban, en sus colores naturales, animales ebrios y aves desfallecidas. Y le puso al cuello un collar feérico. Y así bajo los dedos de su hermana, Doniazada quedó más hermosa que pudiera estar nunca la esposa de Iskandar el de los Dos Cuernos.

Así es que cuando los dos reyes salieron del hammam y se sentaron en sus tronos respectivos, el cortejo de la recién casada, compuesto por esposas de emires y dignatarios, se formó en dos filas inmóviles, una a la derecha y otra a la izquierda de ambos tronos. Y las dos hermanas hicieron su entrada, sosteniéndose una a otra, semejantes a dos lunas en una noche de luna llena.

Entonces avanzaron hacia ellas las más nobles entre las damas presentes. Y cogieron de la mano a Doniazada, y después de quitarle los trajes que llevaba, la pusieron un traje de raso azul, de un tinte ultra marino, que arrebataba la razón. Y quedó ella como lo describiera el poeta en estos versos:

¡Se adelanta vestida con un traje azul ultramarino, y creeríasela un fragmento arrancado del azul de los cielos!

¡Sus ojos son sables famosos, y bajo sus párpados tiene miradas llenas de hechicería!

¡Sus labios son una colmena de miel, sus mejillas un parterre de rosas y su cuerpo una corola de jazmín!

¡Al ver la finura de su talle y su encantadora grupa redondeada en la tranquilidad, se la confundiría con el tallo del bambú clavado en un montículo de movible arena!

Y su esposo el rey Schahzamán se levantó y descendió a mirarla el primero. Y cuando la hubo admirado así vestida, volvió a subir a su trono. Y Schehrazada, ayudada por las damas del cortejo, puso a su hermana un traje de seda color de albaricoque. Luego la besó, y la hizo pasar por delante del trono del esposo. Y así, más encantadora que con su primer traje, era de todo punto la que ha descrito el poeta:

¡La luna de verano en medio de una noche de invierno no es más hermosa que tu llegada, ¡oh joven!

Las trenzas sombrías de tus cabellos, que te entorpecen los talones, y las bandas de tinieblas que te ciñen la frente, me hacen decirte: ¡Ensombreces la aurora con el ala de la noche!" Pero me contestas: "¡No! ¡no! ¡es una simple nube que oculta la luna!"

Y el rey Schahzamán descendió a mirar a Doniazada, la recién casada, y la admiró por todos lados. Y tras de disfrutar así el primero con la contemplación de su belleza, volvió a sentarse al lado de su hermano Schahriar. Y Schehrazada, después de besar a su hermana pequeña, le quitó su traje color de albaricoque y la vistió con una túnica de terciopelo granate, y la puso como dice de ella el poeta en estas dos estrofas.

¡Te contoneas ¡oh llena de gracia! en tu túnica granate, ligera como la gacela; y a cada uno de tus movimientos tus párpados nos lanzan flechas mortales!

¡Astro de belleza, tu aparición llena de gloria los cielos y las tierras, y tu desaparición extendería tinieblas sobre la faz del Universo!

Y de nuevo Schehrazada y las damas de honor hicieron a la desposada dar la vuelta a la sala lentamente y a pasos contados. Y cuando Schahzamán la hubo considerado y se hubo maravillado, la hermana mayor la vistió con un traje de seda amarillo limón, rayado con dibujos a lo largo. Y la besó y la estrechó contra su pecho. Y Doniazada era exactamente aquella de quien el poeta había dicho:

¡Aparece como la luna llena en la serenidad de las noches, y sus miradas hechiceras alumbran nuestro camino!

¡Pero si me acerco, para calentarme al fuego de sus ojos, me rechazan dos centinelas: sus dos senos erectos y duros como la piedra!

Y Schehrazada la paseó, a pasos lentos, por delante de los dos reyes y de todos los invitados. Y el recién casado se aproximó a mirarla muy de cerca y volvió a subir a su trono, encantado. Y Schehrazada la besó largamente, le cambió sus vestidos y le puso un traje de raso verde brochado de oro y sembrado de perlas. Y le arregló simétricamente los pliegues, y le ciñó la frente con una ligera diadema de esmeraldas. Y Doniazada, aquella rama de ban alcanforada, dio la vuelta a la sala, sostenida por su querida hermana. Y fue un encanto. Y no ha mentido el poeta cuando ha dicho de ella:

¡Las hojas verdes ¡oh joven! no velan de manera más encantadora la flor roja de la granada, que te vela a ti tu verde túnica!

Y le dije: "¿Cuál es el nombre de ese vestido, ¡oh joven!?" Ella me dijo: "No tiene nombre: es mi camisa".

Y exclamé: "¡Qué maravillosa es tu camisa, que nos traspasa el hígado! ¡En adelante la llamaré la camisa punzadora del corazón!"

Luego Schehrazada cogió a su hermana por el talle, y se encaminó lentamente con ella, entre las dos filas de invitadas y ante los dos reyes, a los aposentos interiores. Y la desnudó y la preparó y la acostó y le recomendó lo que tenía que recomendarle. Después la besó llorando, porque era la primera vez que se separaba de ella una noche. Y Doniazada lloró también, besando mucho a su hermana. Pero como iban a verse por la mañana, tomaron su dolor con paciencia, y Schehrazada se retiró a sus habitaciones.

Y aquella noche fue para los dos hermanos y las dos hermanas la continuación de las mil y unas noches, por la alegría, la felicidad y la blancura. Y se convirtió en efemérides de una era nueva para los súbditos del rey Schahriar.

Y cuando llegó la mañana posterior a aquella noche bendita, y los dos hermanos, al salir del hammam, se reunieron de nuevo con las dos hermanas bienaventuradas, y así que los cuatro estuvieron juntos, el visir, padre de Schehrazada y de Doniazada, pidió permiso para entrar, y fue introducido al punto. Y ambos se levantaron en honor suyo; y sus dos hijas fueron a besarle la mano. Y deseó él larga vida a sus yernos, y les pidió órdenes para el día.

Pero le dijeron: "¡Oh padre nuestro! queremos que en adelante seas tú el que tenga que dar órdenes, sin recibirlas nunca. Por eso, de común acuerdo, te nombramos rey de Samarkanda Al-Ajam" Y dijo Schahzamán: "Sí, pues he renunciado a la realeza". Y Schahriar dijo a su hermano: "Pero es a condición ¡oh hermano mío! de que me ayudes en los asuntos de mi reino, aceptando el compartir conmigo la realeza, para lo cual gobernaremos por turno, yo un día y tú otro día". Y Schahzamán dio a su hermano mayor la respuesta que convenía, diciendo: "Escucho y obedezco".

Entonces las dos hermanas se arrojaron al cuello de su padre el visir, que las besó y besó a los tres hijos de Schehrazada, y se despidió tiernamente de todos. Luego partió para su reino, a la cabeza de una escolta magnífica. Y Alah le escribió la seguridad, y le hizo llegar sin contratiempo a Samarkanda Al-Ajam. Y se regocijaron con su llegada los habitantes de Samarkanda. Y reinó sobre ellos con toda justicia, y fue un gran rey entre los reyes. Y esto es lo referente a él.

Pero en cuanto al rey Schahriar, se apresuró a llamar a los escribas más hábiles de los países musulmanes y a los analistas más renombrados, y les dio orden de escribir cuanto le había sucedido con su esposa Schehrazada, desde el principio hasta el fin, sin omitir un solo detalle.

Y pusieron manos a la obra, y de tal suerte escribieron con letras de oro treinta volúmenes, ni uno más ni uno menos. Y llamaron a esta serie de maravillas y de asombros: El libro de las Mil y una noches.

Luego, por orden del rey Schahriar, sacaron un gran número de copias fieles, que difundieron por los cuatro costados del Imperio para que sirvieran de enseñanza a las generaciones.

Respecto al manuscrito original, lo depositaron en el armario de oro del reino, bajo la custodia del visir del tesoro.

Y el rey Schahriar y su esposa la reina Schehrazada, aquella bienaventurada, y el rey Schahzamán y su esposa Doniazada, aquella encantadora, vivieron entre delicias, felicidades y alegrías durante años y años, con días más admirables que los anteriores y noches más blancas que el rostro de los días, hasta la llegada de la Separadora de amigos, la Destructora de palacios y la Constructora de tumbas, ¡la Inexorable, la Inevitable!

Y tales son las historias espléndidas llamadas Mil y una noches, con lo que en ellas hay de cosas extraordinarias, enseñanzas, maravillas, prodigios, asombros y belleza.

Pero Alah es más sabio. Y sólo Él puede discernir en todo ello lo que es verdad y lo que no es verdad. ¡Él es el Omnisciente!

¡Loores y gloria, hasta el fin de los tiempos al que permanece intangible en Su eternidad, cambia a Su antojo los acontecimientos, y no experimenta ningún cambio, al Dueño de lo Visible y de lo Invisible, al Único Viviente! ¡Y la plegaria y la paz y las más escogidas bendiciones para el elegido por el supremo Potentado de ambos mundos, para nuestro señor Mahomed, Príncipe de los Enviados, joya del Universo! ¡Pidámosle un dichoso y bienaventurado!

FIN

CAPÍTULO UNO

20. AVENTURAS DE UN CADÁVER (ROBERT LOUIS STEVENSON)

ÍNDICE

1. La familia Finsbury
2. En que Maurice se dispone a obrar
3. El conferenciante en libertad
4. Un magistrado en un furgón de equipajes
5. Gideon Forsyth y la caja monumental
6. Las tribulaciones de Maurice (I)
7. Donde Pitman se aconseja con un abogado
8. Donde Michael se permite un día de asueto
9. Cómo terminó el día de asueto de Michael Finsbury
10. Gideon Forsyth y el piano Erard
11. El maestro Jimson
12. Donde el piano aparece irrevocablemente por última vez
13. Las tribulaciones de Maurice (II)
14. Donde William Dent Pitman se entera de algo ventajoso para él
15. El regreso del gran Vance
16. En que los cueros se ponen felizmente a flote

Capítulo Uno

LA FAMILIA FINSBURY

Mientras el lector, cómodamente sentado junto al agradable fuego de su chimenea, se entretiene hojeando las páginas de una novela, ¡cuán lejos está de hacerse cargo de los sudores y angustias que ha pasado el autor para componerla! Ni siquiera llega a imaginar las largas horas de lucha para triunfar de las frases difíciles, las pacientes pesquisas en las bibliotecas, su correspondencia con eruditos y oscuros profesores alemanes, en una palabra, todo el inmenso andamiaje que el autor ha levantado y deshecho luego, únicamente para procurarle a él algunos momentos de solaz junto al fuego de la chimenea o para hacerle menos fastidiosas las horas pasadas en el ferrocarril.

Podría yo, pues, comenzar este relato trazando una biografía completa del italiano Tonti, con indicación del lugar de su nacimiento, origen y carácter de sus padres, índole probablemente heredada de la madre, y aduciendo además en comprobación notables ejemplos de precocidad. A esto podría añadir para mayor suplicio del lector, un tratado en regla acerca del sistema económico a que dio nombre el citado italiano. Precisamente tengo dos cajones de mi papelera atestados de materiales indispensables para semejante trabajo, pero no quiero hacer gala de erudición barata. Tonti murió hace ya bastante tiempo, y hasta debo declarar en conciencia que jamás he logrado encontrar a nadie que llore su muerte. En cuanto al sistema de las tontinas, he aquí en breves palabras lo que considero indispensable para la inteligencia del sencillo y verídico relato que vendrá después.

Cierto número de alegres jovenzuelos reúnen en común determinada cantidad, que depositan inmediatamente en un banco a interés compuesto. Los depositarios viven cada uno como puede, y como es natural, andando el tiempo, van muriendo unos detrás de otros. Cuando han muerto todos menos uno, este feliz mortal cobra la suma depositada, juntamente con los intereses compuestos. Lo más corriente es, según toda verosimilitud, que el afortunado superviviente en cuestión se halle tan sordo que no pueda ya oír el ruido que produce el feliz suceso, y hasta es casi seguro que apenas le quedará tiempo para gozar en parte de su fortuna. Ahora comprenderá el lector lo que este sistema tiene de poético, por no decir de cómico; pero al mismo tiempo hay en él algo de azaroso que le da cierta apariencia de deporte y que en otro tiempo le dio mucha boga.

En la época en que Joseph Finsbury y su hermano Mastermann iban aún con pantalón corto, su padre, acomodado comerciante de Cheapside, los inscribió en una tontina de treinta y siete participantes. Cada parte representaba mil libras esterlinas. Joseph Finsbury recuerda todavía la visita que hicieron al notario todos los minúsculos miembros de la tontina, todos próximamente de la misma edad que él, reunidos en el despacho del representante de la fe pública y que iban sentándose por turno en un amplio sillón para poner su firma, auxiliados por un venerable anciano con anteojos y con botas a lo Wellington. Recuerda también que después de la sesión estuvo jugando con los demás muchachos en un pradecillo que había a espaldas de la casa del notario, donde, por más señas, riñó descomunal batalla con uno de sus compañeros de tontina, que se había permitido tirarle de la nariz. El rumor de la batalla interrumpió al notario, que estaba obsequiando a los padres con pasteles y vino. Gracias a esto fueron separados inmediatamente los combatientes, y Joseph (que era el más pequeño de los adversarios), tuvo la satisfacción de oír al anciano de las botas a lo Wellington alabar su bravura y de saber al mismo tiempo de labios del mismo que se había conducido, a su edad, de un modo análogo. Esto hizo pensar a Joseph si dicho señor tendría ya en aquella época la cabeza calva, los anteojos y las botas a lo Wellington. En 1840 se hallaban aún en vida todos los treinta y siete subscriptores; en 1850 faltaban ya seis; en 1856 y 1857 la corriente natural de la vida auxiliada por la guerra de Crimea y la gran rebelión de las Indias, se llevó a la tumba nada menos que nueve tontineros. En 1870 sólo quedaban cinco con vida, y, en la época a que se refiere mi relato, quedaban únicamente tres, entre los cuales se contaban Joseph Finsbury y su hermano mayor.

Por esta época, Mastermann Finsbury se disponía a cumplir setenta y tres años. Habiendo experimentado desde hacía largo tiempo las molestas consecuencias de la edad, tuvo que abandonar los negocios y vivía en el más completo retiro, en el domicilio de su hijo Michael, que era ya abogado de gran fama. Por su parte, Joseph se mantenía bastante bien y gustaba de pasear por las calles su casi venerable fisonomía. Debo agregar que esto parecía tanto más escandaloso cuanto que Mastermann había llevado, hasta en los menores detalles, una vida verdaderamente inglesa. La actividad, la regularidad, la decencia y una decidida afición al cuatro por ciento, virtudes nacionales que todos están de acuerdo en considerar como base indispensable de una robusta vejez, las había practicado Mastermann Finsbury en el más alto grado, ¡y he aquí a qué situación le habían reducido a los setenta y tres años! En cambio Joseph, a quien sólo llevaba dos años, y que se mantenía en el más envidiable estado de conservación, se había distinguido toda su vida por la pereza y la excentricidad. Dedicado en un principio al comercio de cueros, no tardó en cansarse de los negocios. Una pasión desdichada por los conocimientos generales, que no había sido reprimida a su debido tiempo, había empezado a minar desde entonces los cimientos de su edad madura. No hay pasión que más debilite el espíritu, a no ser tal vez ese prurito de hablar en público, que suele ser, por otra parte, su compañero o sucedáneo. Por de pronto, en el caso de Joseph, se hallaban reunidas ambas enfermedades; poco a poco se fue declarando el período agudo, en que el paciente da conferencias gratuitas y, al cabo de pocos años, el desdichado había llegado a tal punto que no tenía inconveniente en hacer un viaje de cinco horas, para ir a dar una conferencia ante los chicuelos de una escuela primaria.

No quiere decir esto, ni mucho menos, que Joseph Finsbury fuese un sabio. Toda su erudición se limitaba a lo que aprendía en los manuales elementales y en los periódicos cotidianos. Ni siquiera llegaba su ambición hasta las enciclopedias; «su libro», según él decía, «era la vida». No tenía inconveniente en reconocer que sus conferencias no se dirigían a los profesores de las universidades, sino «al gran corazón del pueblo», según frase suya. Su ejemplo podría inducir a creer que el corazón del pueblo es independiente de su cabeza, porque es lo cierto que, a pesar de su tontería y su carácter ramplón, las lucubraciones de Joseph Finsbury solían ser favorablemente acogidas. Citaba entre otras, con gran satisfacción, el éxito de la conferencia que había dado a los obreros sin trabajo, sobre el tema siguiente: Cómo se puede vivir desahogadamente con ochenta libras anuales. La educación, su fin, su objeto, le había valido a Joseph, en varios sitios, la consideración respetuosa de una multitud de imbéciles. En cuanto a su célebre discurso acerca de El seguro de vida en sus relaciones con las masas, dirigido a la Sociedad para la Mejora Mutua de los trabajadores de la Isla de los Perros, produjo tal entusiasmo a dicha sociedad (lo cual hace formar muy triste idea de la inteligencia colectiva de la misma) que al año siguiente eligieron a Finsbury como presidente honorario. Este título no tenía en verdad nada de gratuito, puesto que su poseedor debía hacer un donativo anual a la caja de la sociedad; pero no por eso se sintió menos halagado y satisfecho el amor propio del nuevo presidente.

Ahora bien, mientras Joseph iba labrando su reputación entre los ignorantes de la especie cultivada, su vida doméstica se vio de pronto turbada por la presencia de dos huérfanos. La muerte de su hermano menor James le convirtió en tutor de dos muchachos y en el curso de aquel mismo año se aumentó su familia con el aditamento de una señorita de poca edad, hija de John Henry Hazeltine, hombre de escasa fortuna y que al parecer no tenía muchos amigos. El tal Hazeltine no había visto a Joseph Finsbury más que una vez, en una sala de conferencias de Holloway; pero al salir de allí, se fue en derechura a casa de su notario, y redactó un nuevo testamento, legando al conferenciante el cuidado de su hija así como del pequeño patrimonio de ésta. Joseph era en toda la extensión de la palabra, hombre de buena pasta; y sin embargo aceptó muy de mala gana esta nueva responsabilidad; puso un anuncio solicitando un aya y compró de lance, un cochecito de niño. Con mayor gasto había acogido algunos meses antes a sus dos sobrinos, Maurice y John, y esto no tanto a causa de los lazos del parentesco, sino porque el comercio de cueros, en que naturalmente se había apresurado a comprometer las treinta mil libras de la fortuna de sus sobrinos, había empezado a mostrar inexplicables síntomas de decadencia. Inmediatamente escogió como gerente de la empresa a un joven escocés bastante listo y a partir de aquel momento, Joseph Finsbury no volvió a dejarse atormentar por la fastidiosa preocupación de los negocios. Dejando su comercio y su hogar al cuidado del inteligente escocés, emprendió un largo viaje por el continente, y extendió sus correrías hasta el Asia Menor.

Con una biblia políglota en una mano y un manual de conversación en la otra recorrió sucesivamente comarcas de doce idiomas distintos. Abusó de la paciencia de los intérpretes, a reserva de pagarles una justa remuneración, cuando no podía obtener que le sirviesen gratuitamente; y creo inútil añadir que llenó con sus observaciones numerosos cuadernos.

En estas fructuosas consultas del gran libro de la vida humana empleó varios años y no volvió a Inglaterra hasta que la edad de sus pupilos exigió de su parte nuevos cuidados. Los dos muchachos habían sido colocados en un colegio barato, se entiende, pero bastante bueno, donde habían recibido una sana educación comercial: demasiado sana tal vez, puesto que, dada la situación en que se hallaba el comercio de los cueros, ésta hubiera ganado mucho con no ser objeto de muy profundo examen.

Lo cierto es que, cuando Joseph se dispuso a presentar a sus sobrinos sus cuentas de tutela, descubrió con gran pesar que la herencia de su hermano no había crecido bajo su protectorado. Aun suponiendo que dejase a sus dos sobrinos hasta el último centavo de su fortuna personal, había visto con terror que tendría que declarar un déficit de siete mil ochocientas libras.

Cuando tuvo que comunicar estos hechos a ambos hermanos, en presencia de un procurador, Maurice Finsbury amenazó a su tío con todos los rigores de la ley; hasta creo que no hubiera vacilado (a pesar de los lazos de la sangre) en recurrir a las medidas más excesivas, si no lo hubiese contenido el procurador. «¡Jamás logrará usted sacar agua de una piedra!», le dijo juiciosamente.

Maurice comprendió la exactitud de esta frase proverbial y se resignó a celebrar un arreglo con su tío. Por una parte, renunciaba Joseph a cuanto poseía y reconocía a su sobrino una participación importante en la tontina que empezaba a ser una especulación de las más serias. Por otra, se comprometía Maurice a mantener a su costa a su tío lo mismo que a miss Hazeltine (cuyo modesto patrimonio había desaparecido igualmente) y a suministrar a cada uno de ellos una libra esterlina por mes para sus gastos menudos.

Esta subvención era más que suficiente para las necesidades del anciano, pero cuesta trabajo creer que la pobre joven tuviese bastante con tan modesta suma para vestirse decentemente; sin embargo, lo conseguía sabe Dios cómo, y lo que es más extraño aún, nunca se quejaba. Por otra parte, tenía sincero cariño a su tutor, a pesar de lo inútil que era éste para velar por ella. Al menos nunca se había mostrado duro ni malo con su pupila y, después de todo, tenían algo de enternecedor la curiosidad infantil que le inspiraban todos los conocimientos inútiles y los goces inocentes que le procuraba el más insignificante testimonio de admiración que se le dispensase. Sea como quiera, lo cierto es que, aunque el procurador declaró lealmente a Julia Hazeltine que el arreglo con Maurice constituía para ella un verdadero despojo, la excelente joven se negó a agravar las dificultades del bueno de Joseph. A consecuencia de esto entró el arreglo en vigor.

Moraban juntas estas cuatro personas en un caserón sombrío y lúgubre de John Street, en Bloomsbury, constituyendo al parecer una familia, aunque en realidad fuesen una asociación financiera. Naturalmente, Julia y el tío Joseph eran dos esclavos. John, absorbido completamente por su pasión por el banjo, el café-concert, el trato con artistas y los periódicos deportivos, era un personaje condenado desde la cuna a no representar más que un papel secundario. De este modo todas las penas y todas las alegrías del poder se encontraban en manos de Maurice.

Sabida es la costumbre que han tomado los moralistas de consolar a los débiles de espíritu asegurándoles que en toda la vida están compensadas las penas y las alegrías, o con muy escasa diferencia; pero, aun sin querer insistir sobre el error teórico de esta piadosa mixtificación, puedo afirmar que en el caso de Maurice la suma de amarguras excedía en mucho a la de dulzuras. El joven no se evitaba ninguna clase de fatiga y tampoco se las evitaba a los demás; él era el que despertaba a los criados, el que encerraba bajo llave las sobras de las comidas, el que probaba los vinos, el que contaba los bizcochos. Todos los sábados, con ocasión de la revisión de facturas, teman lugar escenas penosas; se cambiaba con frecuencia la cocinera y a menudo los proveedores; sobre la escalera de servicio, y a propósito de una diferencia de cuatro perras, vertía todo su repertorio de injurias. A los ojos de un observador superficial, Maurice Finsbury se hubiera expuesto a pasar por un avaro; a sus propios ojos era simplemente un hombre a quien habían robado. La Sociedad le debía 7800 libras esterlinas, y estaba resuelto a cobrárselas.

Pero en lo que más claramente se manifestaba el carácter de Maurice era en su conducta con el tío Joseph, el cual era una inversión sobre la que el joven tenía fundadas grandes esperanzas; así es que para conservarlo no retrocedía ante nada. Todos los meses, estuviese o no enfermo, el viejo tenía que sufrir el examen minucioso de un médico. Su régimen, sus vestidos, sus excursiones, todo eso se lo administraba como la papilla a los niños. A poco que el tiempo fuese malo, prohibición de salir. Cuando hacía buen tiempo, el tío Joseph tenía que encontrarse en el vestíbulo a las nueve en punto de la mañana. Maurice veía si llevaba guantes y si sus zapatos no estaban agujereados; después de lo cual los dos hombres se iban al despacho, del brazo. Paseo que, indudablemente, nada tenía de alegre, pues los dos compañeros no se tomaban la menor molestia en mostrarse mutuos sentimientos amistosos. Maurice no había dejado nunca de reprochar a su tutor el déficit de las 7800 libras, ni de lamentarse de la carga suplementaria constituida por miss Hazeltine, y Joseph, por buen hombre que fuese, experimentaba hacia su sobrino algo muy semejante al odio. Y aun así, la ida no era nada en comparación a la vuelta, pues la simple vista del despacho, sin contar todos los detalles de lo que allí ocurría, hubiese bastado para envenenar la vida de los dos Finsbury.

El nombre de Joseph continuaba inscrito sobre la puerta, y era él quien conservaba aún la firma de los cheques; pero todo aquello no era más que pura maniobra política por parte de Maurice, destinada a desanimar a los otros miembros de la tontina. En realidad, Maurice era el que se ocupaba del negocio de los cueros; y he de agregar que este negocio era para él una inagotable fuente de disgustos. Había tratado de cederlo, pero sólo le hicieron proposiciones inaceptables. Intentó luego darle mayor extensión, y sólo logró aumentar los gastos; por último, se decidió a restringirlo y únicamente redujo las ganancias. Nadie había sabido jamás sacar un cuarto del negocio de los cueros, a no ser el inteligente escocés, que al despedirle Maurice, se había instalado en las cercanías de Banff y se había hecho construir una hermosa casa de campo con los beneficios. Maurice no dejaba de maldecir ni un solo día la memoria de aquel escocés fullero, mientras sentado en su despacho, abría la correspondencia, teniendo al anciano Joseph sentado en una mesa al lado aguardando órdenes con ademán huraño. La ira de Maurice subió de punto cuando el escocés llevó su cinismo hasta enviarle su esquela de matrimonio con Davida, la hija mayor del reverendo Baruch Mac Craw.

Las horas de oficina habían quedado reducidas a la menor cantidad posible. Por muy profundo que fuese en Maurice el sentimiento de sus deberes (para consigo mismo), este sentimiento no llegaba hasta inspirarle el valor suficiente para permanecer mayor número de horas entre los cuatro muros de su despacho, donde la sombra de la bancarrota iba adquiriendo cada día mayores proporciones. Tras algunas horas de espera, patrón y empleados lanzaban un suspiro, se desperezaban, so pretexto de cobrar fuerzas para el fastidio del día siguiente. Entonces el comerciante en cueros volvía a conducir a John Street su capital viviente, cual si se tratase de un perro de salón. Hecho esto, y después de dejar a su tío encerrado en casa, se iba a explorar las tiendas de los chamarilleros, en busca de sortijas con sello, que constituían la única pasión de su vida.

En cuanto a Joseph, tenía más que la vanidad de un hombre, pues tenía la de un conferenciante. Confesaba que se había conducido mal, por más que otros se habían conducido peor con él, especialmente el listo escocés. Pero declaraba que, aun en el caso de haber mojado sus manos en sangre, no hubiera merecido seguramente ser llevado de la mano como un mocosuelo, ni permanecer como preso en el despacho de su propia casa de comercio, ni oír sin cesar los comentarios más mortificantes acerca de su vida pasada, ni sufrir todas las mañanas una revista de su traje, el cuello y los guantes, ni por último, ser paseado por la calle ni conducido a su casa como un niño pequeño por la mano de su nodriza. Al pensar en todo esto, se henchía su alma de veneno. Se apresuraba a colgar en una percha en el vestíbulo, su sombrero, su abrigo y sus odiosos guantes, e inmediatamente subía a unirse a Julia y se ponía a manejar sus famosos cuadernos. Por lo menos, el salón de la casa se hallaba al abrigo de Maurice; pertenecía al anciano y a la joven. Allí cosía ésta sus vestidos; allí llenaba de tinta sus anteojos al tío Joseph, entregado por completo a la dicha de anotar hechos sin consecuencia o de consignar las cifras de estadísticas imbéciles.

Con frecuencia, mientras estaba en el salón con Julia, deploraba la fatalidad que había hecho de él miembro de una tontina.

—A no ser por esa maldita tontina —decía lamentándose cierta noche —, Maurice no se cuidaría de guardarme. Entonces, Julia, podría yo ser un hombre libre y podría ganarme fácilmente la vida dando conferencias.

—¡Seguramente que le sería a usted muy fácil! —respondía Julia, que tenía un corazón de oro—. Es una cobardía y una acción muy fea de parte de Maurice, privarle a usted de una cosa que le divierte tanto.

—Sí, hija mía, es un ser desprovisto de inteligencia —exclamaba Joseph—. Figúrate la magnífica ocasión de instruirse que tiene aquí tan a mano, y, sin embargo, la desprecia. La suma de conocimientos diversos que yo podría comunicarle, querida Julia, si consintiese en escucharme, es tan grande, que no hay palabras para hacértela comprender.

—En todo caso, querido tío, procure usted no agitarse demasiado —le decía con suavidad Julia—. Porque ya sabe usted que al menor síntoma de malestar, enviarán a buscar al médico.

—Es cierto, hija mía; tienes mucha razón —respondía el anciano—. Voy a tratar de dominarme. El estudio me devolverá la calma.

Dicho esto, iba a buscar su colección de cuadernos.

—Yo me pregunto —se arriesgaba a decir—, yo me pregunto si mientras trabajas con las manos, no te interesaría tal vez oír…

—¡Ya lo creo! Me interesaría mucho —exclamaba Julia—. Vamos, léame usted alguna de sus observaciones.

Inmediatamente abría el cuaderno y, asegurándose los anteojos en la nariz, cual si el anciano quisiese impedir toda retracción posible por parte de su auditora, empezó del modo siguiente, cierta noche:

—Lo que me propongo leerte hoy —diciendo esto tosió, para aclarar la voz— será, si me lo permites, las notas recogidas por mí después de una muy importante conversación con un empleado de correos asirio llamado David Abbas. Abbas, significa en latín lo mismo que cura, cosa que tal vez ignores. Los resultados de esta conversación, compensan con exceso lo que me costó, porque como Abbas parecía impacientarse algo por las preguntas que le dirigía acerca de diversos puntos de estadística regional, me vi obligado a convidarle a beber.

Pero en el momento en que, después de toser nuevamente, se disponía a continuar su lectura, entró Maurice violentamente en la casa, llamó con vivacidad a su tío, y un momento después penetró en el salón blandiendo un periódico de la noche.

Y en verdad, traía una gran noticia. El periódico anunciaba la muerte del teniente general sir Glasgow Beggar, caballero comendador de la orden india de la Estrella y de la orden de San Michael y San George. Esto significaba pura y sencillamente que la tontina no contaba ya sino dos miembros: los dos hermanos Finsbury. Al fin parecía sonreír la suerte a Maurice.

No quiere decir esto que los dos hermanos fuesen ni hubiesen sido jamás grandes amigos. Cuando circuló la noticia del viaje de Joseph al Asia Menor. Mastermann, que era hombre aficionado a la caza y amante de las tradiciones, se expresó con cierta irritación. «¡La conducta de mi hermano es simplemente poco decorosa! Acuérdense ustedes de lo que digo: ¡Acabará por ir al Polo Norte! ¡Es un verdadero escándalo para un Finsbury!». Estas amargas palabras habían sido repetidas más tarde al viajero. Pero todavía recibió éste otra afrenta mayor, pues Mastermann se había negado a asistir a la conferencia La educación, su fin, su objeto, su utilidad y su alcance, aunque le habían reservado un sitio de honor. Desde entonces no se habían vuelto a ver los dos hermanos. Pero por otra parte, jamás habían reñido abiertamente, de modo que todo inducía a creer que no sería difícil llegar a un acuerdo entre ambos. Joseph (por orden de Maurice) tenía que prevalerse de su situación de hermano menor, y Mastermann no había pasado nunca por avaro ni por hombre de mal carácter. ¡Se habían, pues, reunido todos los elementos para un compromiso entre los dos hermanos! Así pues, al día siguiente, animado por la perspectiva de poder cobrar al fin sus siete mil ochocientas libras, se presentó como una tromba en el despacho de su primo Michael.

Michael Finsbury tenía ya cierta celebridad. Lanzado desde muy temprano en la jurisprudencia y sin dirección, había llegado a ser especialista en asuntos difíciles. Se le conocía como abogado de las causas perdidas; se sabía que era capaz de obtener un testimonio de un leño, o de hacer producir intereses a una mina de oro. Por lo tanto, su bufete se veía constantemente sitiado por la innumerable casta de los que tienen aún un átomo de reputación que perder, y se hallan a punto de perderla; de los que han contraído amistades peligrosas; de los que han dejado extraviarse papeles que los comprometen, o de aquéllos a quienes pretenden extorsionar sus antiguos criados. En la vida privada, Michael era un hombre aficionado a divertirse, pero su experiencia profesional, le había inspirado por contraste, gran afición a los negocios productivos y de escaso riesgo. Por último, y éste es un detalle no despreciable, Maurice sabía que su primo había siempre echado pestes contra la historia de la tontina.

Se presentó, pues, aquella mañana a su primo, casi con la seguridad de triunfar, y empezó a exponerle febrilmente su plan. Le dejó el abogado, sin interrumpirle, insistir durante un cuarto de hora largo, acerca de las ventajas evidentes de un compromiso que había de permitir a ambos hermanos repartirse el total de la tontina. Por último, Maurice vio a su primo levantarse de su sillón y llamar a un empleado.

—¡Pues bien, Maurice —dijo Michael—, el asunto no me conviene!

En vano insistió y habló el negociante en cueros, y volvió todos los días siguientes para tratar de convencer a su primo. En vano le ofreció una bonificación de mil, dos mil, tres mil libras. En vano ofreció, en nombre de su tío Joseph, contentarse con la tercera parte de la tontina, dejando a Michael y a su padre las otras dos terceras partes. El abogado le respondía siempre:

—¡No me conviene!

—¡Michael! —exclamó al fin Maurice—, no sé qué es lo que pretende usted, pues no responde ni una sola palabra en contra de mis argumentos. Por mi parte creo que no tiene más objeto que contrariarme.

El abogado sonrió con benevolencia.

—En todo caso —dijo— hay una cosa que puede usted creer, y es que estoy resuelto a no aceptar su proposición. Ya ve usted que hoy soy un poco más expansivo, porque es la última vez que hemos de hablar de este asunto.

—¡La última vez! —exclamó Maurice.

—¡Sí, amigo mío! —respondió Michael—. No me es posible dedicarle más tiempo. Y a propósito, ¿no tiene usted nada que hacer? ¿Marcha por sí solo el comercio de cueros, sin necesidad de que usted se ocupe de él?

—¡Veo que sólo se propone usted contrariarme! —gruñó Maurice furioso—. Desde la infancia me ha tenido usted siempre mala voluntad y me ha despreciado.

—¡Qué disparate! ¡De ninguna manera! ¡Jamás he pensado en odiarle! —replicó Michael en el tono más conciliador—. Al contrario, siempre le he profesado amistad. ¡Es usted un individuo tan extraordinario, tan imprevisto, tan romántico, por lo menos en apariencia!

—¡Tiene usted razón! —dijo Maurice, sin escucharle—, es inútil que vuelva por aquí, y me propongo ver a su padre en persona.

—¡Oh, no le verá usted! —dijo Michael—. No está visible para nadie.

—Quisiera yo saber por qué —exclamó su primo.

—¿Por qué? Nunca he ocultado el motivo: porque está demasiado enfermo.

—Si está tan enfermo como usted afirma —gritó Maurice—, razón de más para que usted acepte mi proposición. ¡Quiero ver a su padre!

—¿De veras? —preguntó Michael.

Dicho esto, se levantó y llamó a su empleado.

Entretanto llegó el momento en que, según la opinión de sir Faraday Bond, el ilustre médico cuyo nombre conocen seguramente nuestros lectores, por haberlo visto en los periódicos, el infortunado Joseph Finsbury, punto de mira de los afanes de Maurice, debía trasladarse a Bournemouth, para respirar aire más puro. En su compañía se instaló toda la familia en aquel elegante desierto poblado de villas. Julia estaba encantada, porque, en Bournemouth solía hacer nuevas relaciones; John, por el contrario, estaba desolado, porque todos sus goces los tenía en la ciudad; a Joseph le era completamente indiferente estar allí o en otro sitio, con tal de tener a mano una pluma, tinta y algunos periódicos; en fin, Maurice estaba, en suma, bastante satisfecho, porque su estancia en el campo le permitía hacer menos visitas a su oficina y le dejaba tiempo para reflexionar en su situación.

El pobre mozo estaba dispuesto a todos los sacrificios; lo único que deseaba era recobrar su dinero y poder enviar a paseo el comen lo de cueros. En tal situación de ánimo, y dada la moderación de sus exigencias, le parecía muy extraño no poder convencer a su primo Michael. «¡SI por lo menos pudiera adivinar los motivos que le impulsan a rechazar mi oferta!», se repetía a sí mismo, sin casar. En efecto, de día, paseándose por los bosques de Branksome, de noche, revolviéndose en la cama, en la mesa, olvidándose de comer, y en el baño no pensando en vestirse, siempre sentía su espíritu asediado por el mismo problema: «¿Por qué no acepta Michael?».

Al fin, se lanzó una noche a la habitación de su hermano, a quien despertó dándole fuertes sacudidas.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede? —preguntó John.

—Mañana se marcha Julia —respondió Maurice—. Vuelve a Londres a poner la casa en orden y buscar una cocinera. ¡Nosotros nos marcharemos pasado mañana!

—¡Bravo! —exclamó John—. ¿Y por qué?

—¡John, he resuelto el problema! —replicó gravemente su hermano.

—¿Qué problema? —preguntó John.

—¡He descubierto por qué no acepta Michael mi compromiso! —dijo Maurice—. ¡No lo acepta porque no puede aceptarlo, porque nuestro tío Mastermann ha muerto, y él quiere ocultar su muerte!

—¡Dios omnipotente! —exclamó el impresionable John—. ¿Pero con qué motivo? ¿Qué interés puede tener en ello?

—¡Impedirnos cobrar los beneficios de la tontina!

—¡Pero si no puede! —replicó John—. Tú puedes exigirle un certificado del médico.

—¿Y no has oído hablar nunca de médicos que se dejan sobornar? Abundan tanto como las fresas en los bosques; hallarás cuantos quieras a tres libras y media por cabeza.

—¡Lo que es yo, si fuera médico, no lo haría por menos de cuarenta libras! —No pudo menos de decir John.

—Así pues, Michael se propone explotarnos a nosotros —prosiguió Maurice—. Su clientela va disminuyendo y su reputación declina; evidentemente tiene alguna intriga entre ceja y ceja, porque el tunante es más listo que Cardona. Pero yo no me mamo el dedo, y además tengo de mi parte la ventaja de la desesperación. Siendo niño y huérfano, me han hecho perder siete mil ochocientas libras.

—¡Vaya, no me vengas con tu monserga de siempre! —le interrumpió John—. ¡Ya sabes que has perdido mucho más por quererte desquitar de esa pérdida!

Capítulo Dos

EN QUE MAURICE SE DISPONE A OBRAR

Algunos días después, el curioso lector (de F. de Boisgobey) hubiera podido observar a los tres miembros masculinos de esta triste familia, que se disponían a tomar el tren de Londres en la estación de Bournemouth.

Conforme a lo que rezaba el barómetro, el tiempo debía ser variable, y Joseph Finsbury llevaba el traje propio de dicha temperatura, conforme a las prescripciones de sir Faraday Bond, porque no hay que olvidar que este ilustre galeno no es menos rígido en lo relativo al vestido, que en lo referente al régimen alimenticio.

Aun me atrevo a decir que hay pocas personas de salud delicada que, por lo menos, no hayan probado a conformarse con las prescripciones de sir Faraday Bond.

«Evítense los vinos tintos, la carne de cordero, la confitura de naranjas y el pan no tostado».

Además, dice a sus enfermos:

«Acuéstese usted todas las noches a las once menos cuarto, y vístase de franela higiénica de pies a cabeza. Para la calle, no hay nada tan indicado como las pieles de marta. Tampoco debe usted dejarse de calzar en casa de los señores Dall y Crumbie».

Por último, después de cobrar la visita, sir Faraday no deja de llamar al cliente para recomendarle de modo categórico, en la puerta de su gabinete, que si quiere preservar su vida, se abstenga de comer esturión cocido.

El desdichado Joseph estaba sometido con espantoso rigor al régimen de sir Faraday Bond. Aprisionaban sus pies las consabidas botas suizas; su pantalón y americana eran de verdadero paño higiénico; su camisa era de franela, no menos higiénica (aunque a decir verdad, no de la más cara), y se hallaba envuelto en la inevitable pelliza de piel de marta. Los mismos empleados de la estación de Bournemouth podían reconocer en aquel anciano a una víctima de sir Faraday, que, dicho sea de paso, enviaba a todos sus pacientes a veranear en el mismo punto. En la persona del tío Joseph no había, a decir verdad, más que un solo indicio de sus aficiones individuales, a saber: una gorra de turista de visera puntiaguda. Toda la elocuencia de Maurice había sido inútil ante la obstinación del anciano en conservar aquel tocado que le recordaba la terrible emoción que experimentó en otro tiempo, al encontrarse con un chacal medio muerto en las llanuras de Éfeso.

Subieron los tres Finsbury en su vagón e inmediatamente empezaron a disputar, circunstancia insignificante, al parecer, pero que resultó ser, a un tiempo, muy desdichada para Maurice, y (me lisonjeo en creerlo así), muy feliz para los lectores. Porque si en vez de enredarse en la disputa, Maurice hubiera tenido la ocurrencia de asomarse a la ventanilla, hubiera sido imposible escribir la presente novela. En efecto, Maurice no hubiera podido menos de observar la entrada en el andén de un segundo viajero, vestido con el uniforme de sir Faraday Bond, y que se instaló en el vagón inmediato. Pero el pobre mozo tenía, a su parecer, algo más grave que pensar (¡y bien sabe Dios cuánto se engañaba!) y mucho más importante que pasearse por el andén antes de ponerse el tren en marcha.

—¡Habráse visto cosa igual! —exclamó apenas tomó asiento, reanudando una discusión que, por decirlo así, no había cesado desde por la mañana—. ¡Ese cheque no es de usted, es mío!

—¡Lleva mi firma! —replicó el anciano, con obstinación llena de amargura—. Tengo derecho para hacer con mi dinero lo que me da la gana.

El cheque en cuestión era uno de ochocientas libras que Maurice había entregado a su tío durante el almuerzo, para que lo firmase, y que el anciano se había guardado bonitamente.

—¡Oyes, John! —dijo Maurice—. ¡Habla de su dinero! ¡Cuando hasta la ropa que lleva puesta me pertenece!

—¡Déjale tranquilo! —gruñó John—. ¡Ya me vais cargando los dos!

—¡Caballerito! —gritó Joseph—. Ése no es modo digno de tratar a su tío. ¡Estoy resuelto a no permitir que se me falte más al respeto! ¡Son ustedes un par de tunantes, groseros en demasía, desvergonzados e ignorantes; y he decidido poner término a semejante estado de cosas!

—¡Carambita! —dijo el amable John.

Pero Maurice no tomó el asunto con tanta calma. El acto imprevisto de insubordinación de su tío le había llenado de estupefacción. Las últimas palabras del anciano no auguraban nada bueno. Se contentó con lanzar al tío Joseph miradas inquietas, y acabó por decir:

—¡Está bien! Ya arreglaremos eso en Londres.

Con mano temblorosa abrió un número de El mecánico inglés e hizo alarde de sumergirse en el estudio de este periódico.

—¿Qué mosca le habrá picado? —pensaba su sobrino—. ¡Este incidente no me huele bien!

Diciendo esto se rascaba la nariz, indicio habitual en él de una lucha interior. Entretanto, corría el tren por aquellos campos, arrastrando su ordinaria carga de seres humanos entre los que figuraba el anciano Joseph, absorto, al parecer, en la lectura de su periódico; a John, que medio dormitaba leyendo las anécdotas de un periódico cómico, y a Maurice, en cuyo cerebro se agitaba un mundo de resentimientos, sospechas y alarmas. De esta suerte, fue el tren dejando atrás la playa de Christ-Church, Herne, con sus bosques de abetos, Ringswood y otras estaciones más. Con ligero retraso, que nada tenía de anormal, llegó a una estación en medio del Bosque Nuevo, estación que disfrazaré con el pseudónimo de Browndean, para el caso de que la Compañía del Suroeste se sintiese molestada por mis revelaciones.

Se asomaron a las ventanillas numerosos viajeros, y precisamente entre ellos, el anciano antes citado, y cuya subida al tren no había podido observar Maurice. Permítaseme aprovechar la ocasión para dar aquí algunas breves indicaciones acerca de este personaje, porque, en primer término, esto me dispensará de volver a hablar de él y, además, porque creo que, durante el curso de mi historia, no me será dado encontrar otro personaje tan respetable. Su nombre no hace caso, pero sí su modo de vivir. Este anciano caballero se había pasado la vida viajando por Europa y, al fin y al cabo, como treinta años de lectura del Calignahi’s Messenger le habían cansado la vista, había vuelto a Inglaterra repentinamente, para consultar a un oculista. Del oculista pasó al dentista, y de éste al médico, según la inevitable gradación. Por el momento, nuestro anciano viajero se hallaba en manos de sir Faraday Bond; vestía con arreglo al modelo higiénico ya citado, y, después del obligado veraneo en Bournemouth, volvía a Londres para dar cuenta de su conducta al eminente galeno. Era uno de esos viejos ingleses ramplones y monótonos, con quien nos hemos codeado cien veces en las mesas de Colonia, de Salzburgo y de Venecia. Todos los hoteleros de Europa conocen de memoria la serie completa de semejantes viajeros, y, sin embargo, si mañana desapareciese de pronto la serie entera, nadie notaría su falta. El viajero que nos ocupa, en particular, se distinguía por su desconsoladora inutilidad. Antes de partir, había pagado su cuenta en Bournemouth. Todos sus bienes muebles, constituidos por dos baúles, se hallaban depositados en el furgón de equipajes. En el caso de que llegase a desaparecer bruscamente, los baúles, pasado el plazo reglamentario, serían adjudicados a un judío como equipajes no reclamados; el ayuda de cámara de sir Faraday Bond se vería privado a fin de año de algunos chelines de propina; todos los hoteleros de Europa echarían de ver, por la misma fecha, una ligera disminución en sus beneficios; y a esto se reduciría todo.

Tal vez el viejo caballero andaría rumiando entre sí algo parecido a lo que acabo de decir, porque tenía un semblante bastante melancólico cuando apartó su cráneo calvo de la ventanilla, mientras que el tren penetraba bajo el puente, con su penacho de humo, e iba luego dejando atrás, con acelerada velocidad, las espesuras y los claros del Bosque Nuevo, mas de pronto, a algunos centenares de metros de Browndean, se paró el tren bruscamente. Maurice Finsbury oyó repetido rumor de voces y se precipitó a la ventanilla. Se oían aullidos de mujeres y se veían viajeros que saltaban a la vía, mientras que los empleados del tren les gritaban que no se levantasen de sus asientos. Después empezó el tren a retroceder lentamente hacia Browndean; y un minuto más tarde, todos aquellos diversos ruidos se confundieron con el silbido apocalíptico y el choque terrible del expreso, que venía en sentido opuesto.

Maurice no oyó el ruido final de la colisión. ¿Había, tal vez, perdido el conocimiento? Sólo conservaba un vago recuerdo de haber visto, como en sueños, caer y volcarse su vagón, hecho pedazos, como un castillo de naipes. Y la verdad es que, cuando volvió en sí, yacía en tierra y tenía encima de la cabeza un cielo plomizo y feo, cuya vista le hacía mucho daño. Se llevó la mano a la frente, y no fue poca su sorpresa al verla teñida de sangre. En el aire vibraba un zumbido intolerable que Maurice supuso que dejaría de oír cuando hubiese vuelto en sí por completo. Era como el ruido de una fragua en acción.

Movido por el aguijón instintivo de la curiosidad, se incorporó enseguida, se sentó, y miró en torno suyo. En aquel sitio formaba la vía un brusco recodo, y Maurice divisó en torno suyo los restos del tren de Bournemouth. Los del expreso descendente estaban, en su mayor parte, ocultos tras los árboles; sin embargo, entre las nubes de negro vapor, pudo ver Maurice lo que quedaba de las dos máquinas, una encima de otra. A lo largo de la vía, se veían individuos que corrían acá y allá gritando y gesticulando; otros yacían inmóviles como vagabundos dormidos.

De pronto, tuvo Maurice una idea:

«¡Ha habido un accidente!», pensó, y la conciencia de su perspicacia lo reanimó en parte. Casi en el mismo instante, se fijaron sus ojos en John, tendido a su lado y horriblemente pálido.

—¡Pobre chico! ¡Pobre camarada! —exclamó volviendo a encontrarse aquella vieja palabra escolar. Inmediatamente, con infantil cariño, cogió entre las suyas la mano de su hermano. Gracias a este contacto, no tardó John en abrir los ojos, se sentó sobresaltado y movió los labios sin poder articular palabra.

—Al fin —exclamó con voz de fantasma—. ¡Otra! ¡Otra!

Persistían de un modo intolerable el ruido de fragua y humo.

—¡Huyamos de este infierno! —exclamó Maurice. Y ayudándose mutuamente, ambos jóvenes se pusieron de pie, estiraron sus miembros y contemplaron la escena fúnebre que les rodeaba.

En el mismo instante se acercó a ellos un grupo de personas.

—¿Están ustedes heridos? —les gritó un hombrecillo de rostro pálido, bañado en sudor, y que, a juzgar por la manera como dirigía el grupo, debía ser evidentemente un médico.

Maurice le enseñó su frente, y el hombrecillo, después de encogerse de hombros, le alargó un frasco de aguardiente.

—¡Tome usted, beba usted un trago y pase enseguida el frasco a su amigo, que parece tener más necesidad que usted! ¡Después, sígannos ustedes, pues hay mucho que hacer, y hace falta que todo el mundo nos ayude! ¡Al menos podrán ustedes servir para ir a buscar camillas!

Apenas se alejaron el médico y su séquito, Maurice, bajo la vivificante influencia del aguardiente, acabó de volver completamente en sí.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Y el tío Joseph?

—¡Es verdad! —dijo John—. ¿Dónde demonio se habrá metido? No debe estar muy lejos, y espero que el pobre viejo no habrá salido muy descalabrado.

—¡Ayúdame a buscarlo! —dijo Maurice con acento de feroz resolución.

Después exclamó vivamente, con tono gemebundo y amenazando al Cielo:

—¿Y si hubiera muerto?

Ambos hermanos corrían acá y acullá, examinando los rostros de los heridos y revolviendo los muertos: de esta suerte habían ido pasando revista a unas veinte personas, sin hallar trazas del tío Joseph. No tardaron en llegar al centro del choque, donde continuaban las dos máquinas vomitando humo con ensordecedor estruendo. Era aquél un punto de la vía adonde el médico y su cortejo no habían llegado aún. El suelo, sobre todo en el lindero del bosque, estaba lleno de asperezas: aquí se veía un foso, allá un montículo coronado por unas matas. En aquel sitio podía haber varios cuerpos ocultos; los dos jóvenes sobrinos lo exploraron como hábiles sabuesos.

Maurice, que iba delante, se detuvo y extendió el índice con trágico ademán. John siguió la dirección del dedo de su hermano.

En el fondo de un hoyo de arena yacía algo que había debido ser en otro tiempo un ser humano. El rostro estaba horriblemente mutilado, siendo absolutamente imposible identificar el cadáver; pero los dos jóvenes no tenían necesidad de reconocer el rostro. El cráneo calvo, sembrado de escasos cabellos blancos, la pelliza de marta, el paño y la franela higiénicos —por último, hasta las botas suizas de los señores Dall y Crumbie—, todo atestiguaba que aquel cuerpo era el de su tío Joseph. Sólo faltaba la gorra de visera puntiaguda, que debió haberse extraviado en el cataclismo.

—¡Pobre viejo! —dijo John, con cierta verdadera emoción—. Daría de buena gana cincuenta pesos porque no lo hubiéramos embarcado en este tren.

De muy distinto género era la emoción que se leía en el rostro de Maurice, mientras examinaba el cadáver. Pensaba en aquella nueva y suprema injusticia del destino. Siendo niño y huérfano le habían robado siete mil ochocientas libras; se había metido a la fuerza en un negocio de cueros que no marchaba muy bien; le habían echado encima la carga de miss Julia, y su primo había proyectado despojarle del beneficio de la tontina. Todo lo había soportado, casi podía decir con dignidad, y ¡ahora le mataban a su tío!

—¡Pronto! —dijo a su hermano, con voz anhelante—; cógele de los pies; es preciso que le ocultemos en el bosque, pues no quiero que lo encuentren otros.

—¡Vaya una broma! —exclamó John—; ¿y para qué?

—¡Haz lo que te digo! —replicó Maurice, cogiendo el cadáver por los hombros—. ¿Quieres que me lo lleve yo solo?

Se hallaban en el lindero del bosque; con sólo dar diez o doce pasos, se hallaron a cubierto; y, un poco más lejos, depositaron su carga en un claro arenoso; después de esto se incorporaron y contemplaron melancólicamente el cadáver.

—¿Qué piensas hacer con él? —murmuró John.

—¡Naturalmente, enterrarlo! —respondió Maurice.

Dicho esto, abrió su navaja y empezó a hacer un agujero en la arena.

—¡Jamás lograrás nada con tu navaja! —le dijo su hermano.

—¡Si no quieres ayudarme, miserable cobarde —aulló Maurice—, vete al demonio!

—¡Es una locura ridícula —dijo John—, pero no quiero que me puedas acusar de cobarde!

Diciendo esto, empezó a ayudar a su hermano.

El suelo era arenoso y ligero, pero estaba cruzado en todas direcciones por raíces de abeto. Los dos jóvenes se ensangrentaron cruelmente las manos. Tras una hora de trabajo heroico, sobre todo por parte de Maurice, apenas habían ahondado unas nueve pulgadas. Mal o bien, allí metieron el cuerpo, echándole encima arena y más arena, que tuvieron que traer de otros sitios con gran trabajo. Desgraciadamente, por uno de los extremos del lúgubre túmulo continuaban saliendo dos pies calzados con las brillantes botas suizas.

Pero tanto peor. Los nervios de los dos enterradores no podían resistir más. Maurice mismo no tenía ya fuerzas. Como dos lobos, ambos hermanos se refugiaron en una espesura vecina.

—¡Hemos hecho lo mejor que podíamos! —dijo Maurice.

—Y ahora —respondió John—, ¿me harás el favor de decirme qué significa esto?

—¡A fe mía —exclamó Maurice—, si no lo comprendes por ti mismo, me será difícil hacértelo comprender!

—¡Oh! ¡Supongo que será algo referente a la tontina! —replicó John —. ¡Pero te aseguro que es pura locura! ¡La tontina está perdida, y se acabó!

—¡Te repito que el tío Mastermann ha muerto! ¡Lo sé! ¡Oigo una voz interior que me lo dice!

—¡Sí, y el tío Joseph ha muerto también! —dijo John.

—¡Si yo no quiero no ha muerto!

—¡Pues bien —dijo John—; admitamos que el tío Mastermann haya muerto! En este caso, no tenemos más que decir la verdad y obligar a Michael a que haga otro tanto.

—¿Te figuras que Michael es un imbécil? —dijo irónicamente Maurice—. No puedes comprender que hace ya años que está preparando el golpe. Todo lo tiene dispuesto: la enfermera, el médico y el certificado de defunción con la fecha en blanco. Apuesto a que si revelamos lo que acaba de suceder, dentro de dos días sabemos la muerte de nuestro tío Mastermann. Pero oye bien lo que te digo, John. Lo que Michael puede hacer, puedo yo hacerlo también. Si él puede armar un infundio, yo puedo armar otro. Si su padre ha de vivir eternamente, te juro por Dios vivo, que mi tío vivirá del mismo modo.

—¿Y en todo esto qué papel desempeña la ley? —preguntó John.

—¡Un hombre debe tener a veces el valor de obedecer a su conciencia! —respondió Maurice con dignidad.

—¡Pero supongamos que te equivocas! ¡Supongamos que el tío Mastermann está en vida y se halla sano como una manzana!

—En este caso —respondió Maurice—, nuestra situación no sería peor que antes. ¡En realidad es mejor! El tío Mastermann tiene que morir un día u otro necesariamente. Mientras el tío Joseph estaba en vida, tenía que morir a su vez un día u otro, al paso que ahora no tenemos que temer semejante alternativa. La combinación que propongo no tiene límites. ¡Puede durar hasta el juicio final!

—¡Si por lo menos supiera en qué consiste tu combinación! —suspiró John—; pero ¡ya sabes que has sido siempre un terrible soñador!

—¡Quisiera saber cuándo he sido yo soñador! —exclamó Maurice—. ¡Poseo la más hermosa colección de sortijas con sello que existe en Londres!

—¡Sí, pero olvidas el negocio de los cueros! —añadió el otro—. ¡No me podrás negar que es un verdadero buñuelo!

Maurice dio en aquellas circunstancias una prueba muy notable del dominio de sí mismo; no se ofendió por la alusión de su hermano. Ni siquiera respondió a ella.

—Por lo que hace al asunto que ahora nos ocupa —repuso—, una vez que tengamos a nuestro tío en nuestra casa de Bloomsbury, estaremos libres de cuidados. Lo enterraremos en la bodega, que parece hecha a propósito para ello; entonces no tendré más que hacer sino echarme a buscar un médico fácil de sobornar.

—¿Y por qué no le dejamos aquí? —preguntó John.

—Porque necesitamos tenerle a mano cuando llegue su hora —replicó Maurice—. ¡Y además, porque no conocemos este país! Este bosque puede muy bien ser un paseo favorito para los enamorados. No sueñes a tu vez y piensa, conmigo, en resolver la única y verdadera dificultad con que ahora luchamos. ¿Cómo podremos transportar el cuerpo de nuestro tío a Bloomsbury?

Propusieron ambos hermanos varios planes, que fueron discutidos y rechazados. No había que pensar, naturalmente, en la estación de Browndean, que en aquel momento debía ser un centro de curiosidad y chismorreo siendo así que lo esencial era enviar el cuerpo a Londres sin que nadie sospechase una palabra. John propuso tímidamente un tonel de cerveza. Pero las objeciones eran tan patentes, que Maurice ni siquiera tuvo que expresarlas. No menos impracticable resultaba la compra de un cajón de embalar. ¿Para qué podían necesitar semejante caja dos caballeros que no tenían equipaje?

—¡No, no! ¡Estamos tocando el violón! —dijo Maurice—. Hay que estudiar la cosa con más cuidado. Figúrate —repuso tras un momento de silencio, y hablando con frases entrecortadas, como si pensase en voz alta—, figúrate que alquilamos una casa de campo por un mes. El que alquila una casa semejante, puede comprar una caja de embalar sin que llame la atención. Figúrate, además, que alquilamos la casa hoy mismo, que esta tarde compro la caja y que, mañana por la mañana, la llevo en una carretilla de mano, yo mismo en persona, a Ringwood, a Lyndhurst o a cualquiera otra estación. Nada nos impide poner encima la siguiente inscripción: Muestras. ¿Qué te parece, Johnny? ¡Creo que esta vez he puesto el dedo en la llaga!

—En verdad me parece realizable —contestó John.

—Excusado es decir que tomaremos seudónimos. ¡Sería una locura conservar nuestros verdaderos nombres! ¿Qué te parece, por ejemplo, «Mastermann»? ¡Tiene cierto carácter majestuoso!

—¡Bah! ¡No quiero llamarme Mastermann! Puedes guardarlo para ti si te agrada. Por lo que a mí hace, me llamaré Vance, el gran Vance: «¡Sin falta, seis últimas noches!». ¡Esto sí que es un seudónimo!

—¡Vance! —exclamó Maurice—; un nombre de payaso. ¿Te figuras que estamos representando una pantomima para distraernos? ¡Nadie puede llamarse Vance, como no sea en un café cantante!

—¡Precisamente por eso me agrada este nombre! —respondió John—. Le da a uno cierto carácter de artista. Por tu parte, puedes llamarte como quieras. ¡Yo me atengo a Vance, y de ahí nadie me saca!

—¡Pero hay otra porción de nombres de teatro! —dijo Maurice, con tono suplicante—. Leybourne, Irving, Brough, Toole…

—¡El único que me agrada es Vance! ¡Canastos! —respondió John—. ¡Se me ha metido en la mollera tomar este nombre, y no hay más que hablar!

—¡Está bien! —dijo Maurice, que comprendía que todos sus esfuerzos se habrían de estrellar contra la obstinación de su hermano—. ¡Me resigné, pues, a llamarme Robert Vance!

—¡Y yo seré George Vance! —exclamó John—. ¡El único, el verdadero Vance! ¡Música, maestro!

Después de arreglar como mejor pudieron el desorden de su traje, los dos hermanos volvieron dando un rodeo a Browndean, a fin de comer y de poder alquilar una villa. No siempre es cosa fácil descubrir inmediatamente una casa amueblada en un sitio que no suelen frecuentar los forasteros. Pero la buena suerte de nuestros héroes les deparó a un carpintero viejo y más sordo que una tapia, que podía alquilarles una casa. Esta última, situada a kilómetro y medio de toda vecindad, les pareció tan apropiada para lo que deseaban, que al divisarla no pudieron menos de cambiar una mirada de inteligencia. Sin embargo, vista de cerca, no dejaba de presentar inconvenientes. En primer término, por su posición, porque estaba situada en una hondonada, que había sido antes, seguramente, un pantano, y como estaba rodeada de árboles por todos lados no debía ser muy clara aun en pleno día. Cubrían las paredes placas verdosas, cuyo sólo aspecto era una amenaza de enfermedad. Las habitaciones eran pequeñas, los techos bajos y el mueblaje de lo más primitivo; reinaba en la cocina cierto perfume de humedad, y el único dormitorio que había no poseía más que una cama. Maurice a fin de obtener alguna rebaja, hizo notar al carpintero este último inconveniente.

—¡Caramba! —replicó el buen hombre, cuando llegó al fin a enterarse—, ¡si no son ustedes capaces de dormir los dos en la misma cama, harían bien en alquilar un castillo!

—¡Además —continuó Maurice—, no hay agua! ¿Cómo haremos para tenerla?

—¡No hay más que llenar esto en la fuente que está ahí a dos pasos! —respondió el carpintero posando su manaza sucia y negra en un tonel vacío colocado en la puerta—. ¡Mire usted, aquí hay un cubo para ir a la fuente! ¡En verdad esto constituye una distracción!

Maurice guiñó a su hermano y procedió al examen del barril. Estaba casi nuevo y parecía sólidamente construido. Si no hubieran estado resueltos de antemano a alquilar la casa, el tonel hubiera bastado para decidirles. Quedó inmediatamente cerrado el trato y pagado el primer mes de alquiler. Una hora después hubiera el lector podido ver a los hermanos Finsbury que penetraban en su amable cottage con una lámpara de alcohol, que debía servirles de cocina; una enorme llave, símbolo de su dominio, un respetable pedazo de lomo de cerdo y un litro del whisky más malo de todo Hampshire. So pretexto de que eran pintores paisajistas habían alquilado para el día siguiente una ligera pero sólida carretilla de mano, de modo que cuando tomaron posesión de su nueva morada, pudieron decir con justicia que habían vencido lo más grave de la dificultad.

John se dedicó a preparar el té, mientras que Maurice, a fuerza de explorar la casa, había tenido la suerte de encontrar la tapadera del tonel en uno de los anaqueles de la cocina. ¡El material de embalaje estaba, pues, completo! A falta de paja, las mantas de la cama podían desempeñar análogo papel en el tonel; después de todo, dichas mantas estaban tan sucias que los dos hermanos no podían pensar en emplearlas en cosa mejor. Maurice, al ver allanarse los obstáculos, se sintió penetrado de un sentimiento muy parecido a la exaltación.

Sin embargo, había aún una dificultad no pequeña que vencer: ¿consentiría John en quedarse solo en la casa? Maurice vaciló largo tiempo antes de atreverse a proponérselo.

Sea como quiera, ambos hermanos se sentaron con verdadero buen humor a la mesilla de madera blanca y atacaron vigorosamente el lomo de cerdo. Maurice estaba satisfecho con el triunfo que había conseguido descubriendo la tapadera; y el gran Vance se complacía en aprobar las palabras de su hermano, pegando acompasadamente con el vaso en la mesa, como suele hacerse en los cafés cantantes.

—¡El negocio está arreglado! —exclamó al fin—. ¡Ya te había yo dicho que lo que convenía para enviar el bulto era un tonel!

—Sí; es verdad, ¡tenías razón! —repuso Maurice, creyendo que la ocasión se prestaba a preparar a su hermano—. Pero es el caso que será preciso que permanezcas aquí hasta que yo te avise. Yo diré que el tío Joseph se ha quedado en el Bosque Nuevo para descansar un poco y respirar aire saludable. Es posible que volvamos juntos a Londres; jamás podríamos explicar la ausencia de nuestro tío.

John cambió inmediatamente de tono.

—¡Eh, niño, no me vengas con eso! —declaró—. Si quieres te puedes quedar tú en este agujero. ¡Lo que es yo, ni pensarlo!

Maurice sintió subírsele los colores a la cara. A todo trance era preciso que John aceptase el quedarse.

—¡Te ruego, Johnny —dijo—, que recuerdes el importe de la tontina! Si triunfo tendremos cada uno veinte mil libras y hasta muy cerca de treinta mil con los intereses.

—Sí, pero ¿y si fracasas? ¿Qué sucederá en ese caso?

—Yo me encargaré de todos los gastos —declaró Maurice tras una larga pausa—. ¡No perderás ni un centavo!

—¡Vamos! —dijo John riendo estrepitosamente—, si tú cargas con todos los gastos y me das la mitad de las ganancias, consiento en quedarme aquí un día o dos.

—¡Un día o dos! —exclamó Maurice, que empezaba a impacientarse y le costaba trabajo contenerse—. ¡Vamos, creo que harías algo más por ganar cinco libras en las carreras!

—¡Sí, tal vez! —respondió el gran Vance—, pero eso depende de mi temperamento de artista.

—¡Eso significa simplemente que tu conducta es monstruosa! —repuso Maurice—. ¡Tomo a mi cargo todos los riesgos, pago todos los gastos, te doy la mitad de los beneficios y te niegas a imponerte la menor privación para ayudarme! ¡Eso no está bien ni mucho menos!

La violencia de Maurice no dejó de hacer alguna impresión en el excelente Vance.

—Pero supongamos —dijo éste al fin— que vive nuestro tío Mastermann y que vivirá aún diez años. ¿Habré yo de estar aquí pudriéndome todo ese tiempo?

—¡Hombre, no, claro que no! —repuso Maurice con tono más conciliador—. Te pido únicamente un mes como máximum. ¡Si al cabo de un mes no ha muerto nuestro tío Mastermann, podrás largarte al extranjero!

—¡Al extranjero! —repitió vivamente John—. ¡Hombre, y por qué no largarme ahora enseguida! ¿Quién te impediría decir que tío Joseph y yo hemos ido a reponemos en París?

—¡Vamos, no digas locuras! —respondió Maurice.

—Hombre, después de todo, reflexiona un poco y echa una mirada en tomo tuyo —dijo John—. ¡Esta casa es una verdadera pocilga, lúgubre y húmeda! ¡Tú mismo declarabas hace poco que era húmeda!

—¡Sí, pero se lo decía al carpintero —observó Maurice— para obtener alguna rebaja! A decir verdad, ahora que estamos dentro, debo confesar que las hay peores.

—¿Y qué será de mí? —gimió la víctima—. ¿Podré a lo menos invitar a algún camarada?

—Querido John, si no crees que la tontina merece un ligero sacrificio, dilo de una vez y lo mando todo a paseo.

—¿Por lo menos estás seguro de las cifras que me has dicho? —preguntó John—. ¡Ea! —prosiguió, lanzando un profundo suspiro—, cuida de enviarme regularmente el Léame usted y todos los periódicos satíricos. ¡A fe mía, adelante con los faroles!

A medida que avanzaba la tarde, la dichosa casita recordaba más íntimamente su pantano natal; iba sintiéndose en todas las habitaciones un frío espeluznante; la chimenea echaba humo, y pronto una ráfaga de aire hizo entrar en la habitación, por entre las hendiduras de la ventana, un verdadero chubasco. Por momentos, cuando la melancolía de los dos inquilinos amenazaba trocarse en desesperación, Maurice destapaba la botella de whisky. John acogió al principio con júbilo esta distracción, pero el placer no duró largo tiempo. He dicho antes que el tal whisky era el más malo de todo Hampshire; sólo los que conocen esta comarca pueden apreciar el valor exacto de este superlativo. Al fin, el mismo gran Vance, que no era sin embargo muy experto en la materia, no tuvo valor para acercar a sus labios la nauseabunda bebida. Imagínese, por añadidura, la invasión de las tinieblas, débilmente combatidas por una candela que se empeñaba en arder sólo en parte, y se comprenderá que, repentinamente, dejase John de silbar, metiéndose los dedos en la boca, ejercicio a que se entregaba hacía una hora para tratar de olvidar los goces del arte.

—¡Jamás podré estar aquí un mes! —declaró—. ¡Nadie sería capaz de ello! ¡Tu combinación es una locura, Maurice! ¡Vámonos de aquí enseguida!

Fingiendo admirable indiferencia, Maurice propuso a su hermano una partida de tejo. ¡A qué concesiones tiene a veces que descender un diplomático! Era éste por otra parte el juego favorito de John (los demás le parecían demasiado intelectuales) y jugaba con tanta suerte como destreza. El pobre Maurice, por el contrario, echaba mal las monedas, tenía una mala suerte congénita y además pertenecía a esa especie de jugadores que se irritan cuando pierden. Pero aquella noche estaba dispuesto de antemano a toda clase de sacrificios.

A eso de las siete, Maurice, después de atroces torturas, había perdido de cinco a seis chelines. Aun teniendo a la vista la perspectiva de la tontina, era aquello el límite de lo que podía soportar. Prometió desquitarse otra vez y entretanto propuso una ligera colación acompañada de un grog.

Y cuando ambos hermanos hubieron terminado este último entretenimiento, llegó la hora de poner manos a la obra. Habían vaciado el tonel; lo llevaron rodando hasta el hogar, lo secaron con esmero y, hecho esto, ambos hermanos salieron en medio de la más densa oscuridad, para ir a desenterrar a su tío Joseph.

Capítulo Tres

EL CONFERENCIANTE EN LIBERTAD

Los filósofos deberían, ciertamente, tomarse el trabajo de investigar con seriedad si los hombres son o no capaces de acostumbrarse a la dicha. Lo cierto es que no pasa un mes sin que algún hijo de buena familia huya de su casa para alistarse en un barco mercante, o un marido mimado tome las de Villadiego para irse a Texas con su cocinera. Se ven a veces pastores que huyen de sus feligreses y hasta se suele hallar algún juez que abandone voluntariamente la magistratura.

En todo caso no se extrañará el lector si le digo que Joseph Finsbury había meditado varios proyectos de evasión. El destino de aquel excelente anciano —no vacilo en declararlo— no realizaba el ideal de la felicidad. Seguramente Maurice, a quien con frecuencia he tenido ocasión de encontrar en el Metropolitano, es un caballero muy estimable; pero no me atrevería a proponerlo como modelo de sobrinos. Por lo que hace a su hermano John, era naturalmente un buen muchacho; pero si cualquiera de ustedes no hubiera tenido otra cosa que le retuviera en su hogar más que su persona, me figuro que no hubieran ustedes tardado en acariciar el proyecto de emprender un viaje al extranjero. Es verdad que el anciano Joseph tenía un lazo más sólido que la presencia de sus dos sobrinos para retenerle en Bloomsbury; y este lazo no era ciertamente, como pudiera suponerse, la compañía de Julia (aunque el anciano quería bastante a su pupila), sino la enorme colección de cuadernos de notas en que había concentrado su vida entera. El que el anciano Joseph se hubiese resignado a separarse de aquella colección es una circunstancia que habla muy poco en favor de las virtudes familiares de sus dos sobrinos.

Sí, la tentación de la fuga databa ya de varios meses en el alma del tío, y cuando éste se halló de pronto en posesión de un cheque de ochocientas libras pagadero a su nombre, la tentación se convirtió inmediatamente en resolución formal. Se guardó el cheque que, para un hombre tan frugal como él, representaba la riqueza y se propuso desaparecer entre la multitud a la llegada del tren a Londres, o bien, si no lo conseguía, escaparse de la casa durante la noche y disiparse como un sueño entre los millones de habitantes de la capital, tal era su proyecto; pero la coincidencia particular de la voluntad de Dios y de un error del guardagujas hizo que no tuviese que esperar tanto tiempo para realizarlo.

Después de la catástrofe ferroviaria, fue uno de los primeros en volver en sí y ponerse de pie, y no bien hubo descubierto el estado de postración de sus dos sobrinos, cuando aprovechando su buena suerte, puso pies en polvorosa. Un hombre de setenta años cumplidos, que acababa de ser víctima de un accidente de ferrocarril y que además tiene la desgracia de verse abrumado con el uniforme completo de los clientes de sir Faraday Bond, no es posible que corra como una liebre, pero como el bosque estaba a dos pasos y ofrecía al fugitivo un asilo siquiera temporal, se metió en él con celeridad pasmosa. Como el buen viejo se sentía algo molido después de la sacudida, se tendió en tierra en medio de la espesura, y no tardó en quedarse profundamente dormido.

Los caminos de la Providencia ofrecen con frecuencia al observador desinteresado un espectáculo de los más divertidos. Confieso que no puedo menos de sonreír al pensar que, mientras Maurice y John se ensangrentaban las manos para enterrar en la arena el cuerpo de un hombre que nada les tocaba, su buen tío dormía a pierna suelta a unos cien pasos de ellos.

Le despertó el agradable sonido de una trompa que sonaba en la carretera inmediata, por donde pasaba un mail-coach que conducía a un grupo de turistas. El sonido regocijó el viejo corazón de Joseph, y guio además sus pasos, de suerte que no tardó en hallarse a su vez en la carretera, mirando a derecha e izquierda bajo la visera de su gorra y preguntándose qué haría de su persona. No tardó en oírse a lo lejos ruidos de ruedas, y Joseph vio acercarse un carromato cargado de bultos, guiado por un cochero de aspecto benévolo y que llevaba pintado en ambos lados el siguiente letrero: «J. Chandler, carretero». ¿Obedeció Joseph a un vago e imprevisto instinto poético al concebir la idea de continuar su evasión en el carromato del señor Chandler? Más bien me inclino a creer que obedeció a consideraciones de carácter más esencialmente práctico. El viaje le saldría barato y, hasta tal vez, con un poco de astucia, lograría hacerlo de balde. Había, sin embargo, la perspectiva de coger frío en el pescante, pero, después de varios años de guantes y de franela higiénica, el corazón de Joseph sentía vivas ansias de exponerse a coger un catarro.

El carretero debió quedar tal vez algo sorprendido al hallar en un sitio tan solitario de la carretera un caballero tan viejo, tan extrañamente vestido y que le suplicaba con tanta amabilidad que se dignase darle acogida en el pescante de su carruaje. Pero el carretero era, en efecto, un buen hombre que se alegraba siempre de poder hacer un favor; así pues, acogió con mucho gusto al tío Joseph. Además, como consideraba la discreción regla esencial de la cortesía, se abstuvo de hacerle la menor pregunta.

Por otra parte, el señor Chandler no era muy hablador; pero apenas se puso de nuevo en marcha el carromato, cuando el digno carretero tuvo que sufrir el inesperado choque de una conferencia.

—La mezcla de cajas y paquetes que contiene su carro de usted —dijo inmediatamente el forastero—, así como la excelente yegua flamenca que nos conduce me hacen conjeturar que ejerce usted el empleo de carretero, en ese gran sistema de transportes públicos que a pesar de todas sus deficiencias, son la honra de nuestro país.

—Sí, señor —respondió vagamente el señor Chandler, que no sabía en realidad lo que debía responder—. Pero el establecimiento de los paquetes postales ha hecho mucho daño a los de nuestro oficio.

—Soy un hombre libre de preocupaciones —continuó Joseph Finsbury—. En mi juventud be hecho numerosos viajes, y jamás hallaba nada demasiado pequeño para mi curiosidad. En mis viajes por mar he estudiado los diferentes nudos marinos y he aprendido todos los términos técnicos. En Nápoles aprendí a guisar los macarrones; en Cannes me puse al corriente de la fabricación de frutas confitadas. Jamás he ido a oír una ópera sin haber comprado antes el libreto y hasta sin haberme familiarizado un poco con los principales pasajes, tocándolos con un solo dedo en el piano.

—¡Debe usted haber visto muchas cosas, caballero! —dijo el carretero arreando su bestia.

—¿Sabe usted cuántas veces se halla citada la palabra látigo en el Antiguo Testamento? —repuso el conferenciante—. Si mi memoria no me es infiel, está citada 147 veces.

—¿De veras, caballero? —dijo el señor Chandler—. ¡He ahí una cosa que jamás hubiera creído!

—La Biblia contiene tres millones quinientas una mil doscientas cuarenta y nueve letras. En cuanto a los versículos, tiene más de dieciocho mil. La Biblia ha tenido numerosísimas ediciones y el primero que la introdujo en Inglaterra fue Wicliff, hacia el año 1300. La llamada Paragraph bible es una de las ediciones más conocidas y debe su nombre a hallarse dividida en párrafos.

El carretero se limitó a responder secamente que «era muy posible» y consagró su atención a la empresa más familiar de evitar el choque con una carreta de heno que caminaba en sentido contrario, tarea bastante difícil, por otra parte, porque la carretera era estrecha y tenía una cuneta a cada lado.

Una vez evitado felizmente el encuentro con la carreta, exclamó el señor Finsbury:

—Veo que lleva usted las riendas con una sola mano. Debería usted llevarlas con las dos.

—¡Hombre, ésa sí que es buena! —exclamó desdeñosamente el carretero.

—Lo que le digo a usted es un hecho científico —repuso el señor Finsbury— y se funda en la teoría de la palanca, que es una de las ramas de la mecánica. En esta parte de la ciencia existen hoy unos muy interesantes y baratos libritos que un hombre de clase debería leer con gran provecho. ¡Temo que no haya usted practicado mucho el gran arte de la observación! ¡Hace cerca de media hora que estamos juntos y no le he oído a usted emitir un solo hecho! ¡Es, en verdad, un grave defecto, amigo mío! Así, por ejemplo, no sé si al pasar cerca de la carreta de heno observó usted hace un momento que había echado hacia la izquierda.

—¡Pues ya lo creo que lo he observado! —exclamó el señor Chandler, que empezaba a amoscarse—. ¡El carretero me hubiera hecho multar si no hubiera tomado la izquierda!

—Pues bien, en Francia —continuó el anciano—, y aun creo que en los Estados Unidos, hubiera usted tenido que tomar hacia la derecha.

—¡Eso sí que no! —declaró indignado el señor Chandler—. ¡Le juro a usted que hubiera tomado a la izquierda!

—Observo —continuó el señor Finsbury, no dignándose responder a esto—, que remienda usted los arreos con hilo grueso. Siempre he protestado contra la negligencia y la rutina de las clases pobres en Inglaterra. En una alocución que pronuncié cierto día ante un público ilustrado…

—No los remiendo con hilo grueso —interrumpió frescamente el carretero—, sino con bramante.

—He sostenido siempre —repuso el anciano— que en su vida privada y doméstica las clases inferiores de este país son imprevisoras, rutinarias y nada inteligentes. Así, para no citar más que un ejemplo…

—¿Qué diablos entiende usted por «clases inferiores»? —gritó el señor Chandler—. ¡Usted sí que es una clase inferior! ¡Si hubiera sabido que era usted un aristócrata de tal calibre, no le hubiera dejado montar en mi carro!

Estas palabras las pronunció con una entonación lo más desagradable del mundo: evidentemente aquellos dos hombres no habían nacido para entenderse. Aun tratándose de un hombre tan locuaz como el señor Finsbury, no había que pensar en prolongar la conversación. El anciano se limitó a calarse más la visera de la gorra con ademán resignado; después de lo cual, sacando del bolsillo un cuadernito y un lápiz azul, no tardó en entregarse a las delicias de la estadística.

El carretero, por su parte, se puso a silbar con energía. Si de vez en cuando echaba una hojeada a su compañero, era con una mezcla de triunfo y de temor: de triunfo, porque había logrado poner un dique a su flujo de palabras; de temor, porque temía que de un momento a otro se reanudase dicho flujo. Hasta un verdadero aguacero, un chubasco que cayó bruscamente sobre ellos y cesó también de repente, lo pasaron sin chistar y de este modo entraron en silencio en la ciudad de Southampton. Había llegado la noche y brillaban los escaparates de las tiendas en las calles de la vieja ciudad: en las casas particulares alumbraban los quinqués la comida nocturna. El señor Finsbury empezó a pensar con complacencia en que iba a poder instalarse en una habitación donde no pudiese turbar su tranquilidad la vecindad de sus sobrinos. Ordenó cuidadosamente sus papeles, se los metió en el bolsillo, tosió para aclararse la voz y lanzó al señor Chandler una mirada vacilante.

—¿Tendría usted la amabilidad —se atrevió a decir— de indicarme una posada?

El señor Chandler reflexionó un momento.

—¿Convendría la Posada de las Armas de Tregonwell? —dijo.

—Me conviene perfectamente —dijo el anciano—, si la casa es limpia y poco costosa y si está habitada por gente cortés.

—¡Oh, no pensaba en usted! —repuso ingenuamente el señor Chandler —, sino en mi amigo Watts, el posadero. Es un antiguo amigo que me ha prestado muy buenos servicios y me pregunto ahora si debo, en conciencia, enviar a un hombre tan bueno un cliente como usted, que es capaz de matarle con sus explicaciones. Sí, me pregunto si obro bien —añadió el señor Chandler, con el acento de un hombre a quien atormentan graves escrúpulos de conciencia.

—Oiga usted lo que le digo —dijo el anciano—. Ha tenido usted la amabilidad de conducirme gratis en su carro, pero eso no le autoriza a hablarme de esa manera. Tome usted un chelín por su trabajo. ¡Además, si no quiere usted conducirme a las Armas de Tregonwell, iré a pie y santas Pascuas!

El vigor de este apostrofe intimidó al señor Chandler. Murmuró algo parecido a una excusa, dio vueltas al chelín entre sus dedos, echó su carruaje en silencio por una callejuela, luego por otras, y se detuvo al fin ante las ventanas vivamente iluminadas de una posada.

Sin dejar su asiento, gritó:

—¡Watts!

—¿Es usted, Jem? —gritó una voz amistosa desde el fondo de la cuadra—. ¡Entre usted a calentarse, amigo mío!

—¡Oh, gracias! Me detengo sólo un minuto, al paso para dejar aquí a un señor anciano que busca posada. ¡Pero le advierto que tenga cuidado con él! Es peor que un miembro de la Liga antialcohólica.

Trabajo le costó bajarse al señor Finsbury, porque la larga inmovilidad en el pescante le había entumecido y además se resentía aún de la sacudida de la catástrofe. El excelente señor Watts, a pesar de la advertencia del carretero, le recibió con perfecta cortesía y le hizo entrar en la salita del fondo, donde había excelente fuego en la chimenea. No tardó en ser servida la mesa en aquella misma salita, y el anciano se vio invitado a sentarse ante un ave estofada, que parecía estarle aguardando desde hacía varios días, y ante un jarro de cerveza recién sacada del tonel.

Aquella cena le devolvió todo su vigor, de suerte que, cuando acabó de comer fue a instalarse más cerca del fuego, y empezó a examinar a las personas sentadas en las mesas inmediatas. Había allí una docena de bebedores de edad madura en su mayor parte y pertenecientes todos ellos a la clase obrera, según pudo observar con satisfacción Joseph Finsbury. El viejo conferenciante había ya tenido ocasión de notar dos de los rasgos más característicos y constantes de los hombres de dicha clase, a saber: su afán por saber hechos menudos, inconexos, y su afición a las disensiones absurdas. Así fue que nuestro amigo resolvió inmediatamente pagarse, antes de que terminase aquel memorable día, el saludable goce de una alocución. Sacó los anteojos de su funda, se los aseguró en la nariz y, tomando un lío de papeles que llevaba en el bolsillo, los extendió ante sí sobre la mesa. Los desdobló y los aplastó con ademán complaciente. Ya los levantaba hasta la altura de su nariz, evidentemente satisfecho de su contenido; ya, frunciendo las cejas, parecía absorto en el estudio de algún detalle importante. Una ojeada furtiva en torno suyo le bastó para asegurarle el éxito de su maniobra; todos los ojos se habían vuelto hacia él, las bocas estaban abiertas y las pipas descansaban sobre las mesas; los pájaros habían caído en el garlito. La entrada del señor Watts en aquel mismo instante suministró al orador materia para su exordio.

—Observo, señor mío —dijo dirigiéndose al posadero, pero con una mirada alentadora para el resto del auditorio, como si hubiera querido darles a entender que su confidencia se dirigía a cada uno de ellos—, observo que alguno de estos señores me consideran con curiosidad y, en efecto, es poco común ver a un hombre ocupado en investigaciones intelectuales en la sala pública de una taberna. Pero no he podido prescindir de releer ciertos cálculos que hice esta mañana mismo, acerca del coste medio de la vida en este país y en otros muchos. Inútil creo decir que es éste un punto por demás interesante para los representantes de las clases laboriosas. He hecho este cálculo conforme a una escala de rentas que va desde ochenta a doscientas libras por año. La renta de ochenta libras no ha dejado de causarme bastante embarazo, por eso las cifras que a la misma conciernen no son enteramente rigurosas, porque por ejemplo, los diferentes modos que hay de lavar la ropa, bastan para producir serias diferencias en los gastos generales. Por lo demás, voy a pedir a ustedes que me permitan leerles el resultado de mis observaciones, y confío en que no tendrán ustedes inconveniente en indicarme los ligerísimos errores que haya podido cometer, ya por negligencia, ya por insuficiencia de datos. Empezaré, señores, por la renta de ochenta libras.

Dicho esto el anciano, tan despiadado para con aquellos pobres diablos como si hubieran sido animales, soltó el flujo de sus fastidiosas e ineptas estadísticas. Para cada renta daba nueve versiones sucesivas y transportaba sucesivamente a su imaginario personaje a Londres, a París, a Bagdad, a Spitzbergen, a Basorah, a Cork, a Cincinnati, a Tokio y a Nijni Novgorod. No se asombrará nadie si digo que sus oyentes de Southampton se acuerdan aún de aquella velada como de la más mortalmente fastidiosa de su vida.

Mucho antes de que el señor Finsbury llegase a Nijni Novgorod, en compañía de un hombre absolutamente ficticio, poseedor de una renta de cien libras, todo su auditorio se había ido eclipsando discretamente, a excepción de dos viejos borrachos y del señor Watts, que soportaba estoicamente su fastidio, con admirable valor. A cada momento entraban nuevos clientes, pero apenas servidos, se apresuraban a tragar su cerveza y a marcharse a otra taberna.

Sólo el señor Watts llegó a saber lo que podía costar en Bagdad la vida de un hombre poseedor de una renta de doscientas cuarenta libras. Y apenas esta entidad imaginaria acababa de trasladarse a Basorah, cuando el mismo posadero, no obstante su valor, tuvo que abandonar la sala.

Después de las múltiples fatigas del día, el señor Finsbury durmió profundamente. Se levantó al día siguiente a eso de las diez, y tras un excelente desayuno, pidió al criado la cuenta. Entonces echó de ver una verdad que muchos otros han comprobado: descubrió que pedir la cuenta y pagarla eran dos cosas muy distintas. Los detalles de dicha cuenta eran por lo demás, en extremo moderados, y el conjunto no excedía de cinco o seis chelines. Pero por mucho que el anciano registró sus bolsillos con el mayor cuidado, el total de su fortuna, por lo menos en metálico, no pasaba de un chelín y nueve peniques. Hizo, pues, llamar al señor Watts.

—He aquí —dijo al posadero— un cheque de ochocientas libras pagadero en Londres. Temo no cobrar su importe antes de un día o dos, a no ser que usted mismo pueda descontármelo.

El señor Watts tomó el cheque y lo examinó y palpó repetidas veces.

—¿Dice usted que tendrá que esperar un día o dos? —exclamó al fin—. ¿No tiene usted otro dinero?

—Tengo un poco suelto —respondió Joseph—, apenas algunos chelines.

—En ese caso puede usted enviarme el importe de mi cuenta. ¡Me fío de usted!

—Para hablarle con franqueza —continuó el anciano—, siento tentaciones de prolongar mi estancia aquí. Necesito dinero para continuar mi viaje.

—Si necesita usted diez chelines los tengo a su disposición —repuso obsequiosamente el señor Watts.

—No, gracias —dijo Joseph—. Me parece que voy a decidirme a quedarme algunos días en su casa y hacer que me descuenten el cheque antes de partir.

—¡Lo que es en mi casa no se quedará usted ni un día más! —exclamó el señor Watts—. ¡No pasará usted otra noche en las Armas de Tregonwell!

—¡Pues yo me propongo permanecer en su casa! —repitió el señor Finsbury—. Las leyes de mi país me dan derecho a permanecer aquí. ¡Hágame usted salir a la fuerza, si se atreve!

—¡En ese caso pague usted su cuenta! —dijo el señor Watts.

—¡Tome usted esto! —gritó el anciano, poniéndole en la mano el cheque negociable.

—¡Éste no es dinero legal! —respondió el señor Watts—. ¡Va usted a salir de mi casa y más que de prisa!

—¡No me sería posible expresar a usted el desprecio que me inspira, señor Watts! —replicó el anciano, comprendiendo que tenía que someterse a las circunstancias—. ¡Pero en tales condiciones advierto a usted que me niego a pagar su cuenta!

—¡Poco me importa la cuenta! —respondió el señor Watts—. ¡Lo que necesito es que se marche usted de aquí!

—¡Pues bien, señor mío, quedará usted satisfecho! —dijo enfáticamente el señor Finsbury—. Después, cogiendo su gorra de visera puntiaguda, se la encasquetó en la cabeza.

—Siendo usted tan insolente como es —añadió—, no tendrá usted tal vez a bien indicarme la hora del primer tren que sale para Londres.

—¡Oh, caballero, hay un excelente tren dentro de tres cuartos de hora! —replicó el posadero, recobrando su amabilidad y con mayor, obsequiosidad que la que empleó antes al ofrecerle los diez chelines—. ¡Puede usted tomarlo tranquilamente!

La situación de Joseph era harto embarazosa. Por una parte hubiera preferido evitar la línea principal de Londres, porque temía seriamente que sus sobrinos se hallasen emboscados en la estación, acechando su llegada, para apoderarse de él; pero por otra parte deseaba tomarla y hasta le era absolutamente indispensable, a fin de cobrar el cheque antes de que sus sobrinos pudiesen oponerse a ello. Resolvió, pues, tomar el primer tren. Sólo quedaba una dificultad: el ver cómo se arreglaría para pagar el billete.

Joseph Finsbury tenía casi siempre las manos sucias, y dudo mucho que al verle, por ejemplo comer, le hubiese nadie tomado por un caballero. Pero tenía algo más que la apariencia de un caballero; había en su persona cierto no sé qué de digno y seductor a la vez, que, por poco que él pusiese de su parte, no dejaba nunca de causar efecto. Cuando, aquel día, se dirigió al jefe de estación de Southampton, su reverencia fue verdaderamente oriental; el pequeño despacho del jefe de estación pareció de repente trocado en un bosque de palmeras en que el simún y el ruiseñor Persa… Pero dejo a aquellos de mis lectores que conozcan el Oriente mejor que yo, el cuidado de proseguir y completar esta metáfora. El traje del anciano predisponía además en su favor; el uniforme de sir Faraday Bond, por muy incómodo y vistoso que fuese, no podía seguramente pasar por traje propio de caballeros de industria. Y la exhibición de un reloj y sobre todo de un cheque de ochocientas libras, consumaron la obra iniciada por los excelentes modales de nuestro héroe; de suerte que, un cuarto de hora más tarde, cuando llegó el tren de Londres, el señor Finsbury fue recomendado al conductor de tren por el jefe de estación y respetuosamente instalado en un coche de primera.

Mientras que el anciano caballero esperaba la salida del tren, fue testigo de un incidente, de poca importancia al parecer, pero que debía ejercer una influencia decisiva sobre los destinos ulteriores de la familia Finsbury. Arrastraron por el andén una docena de mozos un gigantesco bulto, y con gran trabajo lo colocaron en el furgón de los equipajes. Con frecuencia el historiador tiene la consoladora misión de llamar la atención de sus lectores acerca de los designios o (con perdón sea dicho) de los artificios de la Providencia.

En aquel furgón de equipajes que conducía a Joseph Finsbury desde Southampton a Londres, se hallaba, por decirlo así, el huevo de esta novela en estado de incubación. La enorme caja iba dirigida a cierto William Den Pitman «en la estación de Waterloo» y el bulto que a su lado se hallaba en el furgón era un sólido tonel, de regulares dimensiones, muy cuidadosamente cerrado, y que llevaba el siguiente letrero: Señor Finsbury, 16 John Street, Bloomsbury, porte pagado.

La yuxtaposición de estos dos bultos era un reguero de pólvora ingeniosamente preparado por la Providencia: sólo faltaba una mano infantil que le prendiese fuego.

Capítulo Cuatro

UN MAGISTRADO EN UN FURGÓN DE EQUIPAJES

La ciudad de Winchester es conocida por su catedral, su obispo (que desgraciadamente murió hace algunos años a consecuencia de una caída de caballo, aunque todo induce a creer que debe haber sido reemplazado hace ya tiempo), su colegio, su variado surtido de militares y su estación, por donde pasan infatigablemente los trenes ascendentes y descendentes de la línea London and South Western. Estas diversas circunstancias no hubieran dejado ciertamente de influir sobre el ánimo de Joseph Finsbury, cuando el tren que le conducía a Londres se detuvo algunos instantes en la estación susodicha; pero el buen viejo se había quedado dormido apenas salió de Southampton. Su alma, abandonando momentáneamente el vagón, se había visto transportada a un cielo lleno de espaciosas y pobladas salas de conferencias, donde se sucedían los discursos hasta lo infinito. Entretanto, su cuerpo descansaba sobre los almohadones del vagón, con las piernas encogidas y con la gorra echada hacia atrás, mientras que su mano estrujaba contra el pecho un número del Lloyd’s Weekly Newspaper.

Se abrió la portezuela y entraron dos viajeros que se apresuraron a salir inmediatamente. Sin embargo, ¡bien sabe Dios que no les había sobrado el tiempo para tomar el tren! Habían llegado en un tándem a toda velocidad, se habían precipitado con furia al despacho de billetes y, continuando su desordenada carrera, habían llegado al andén en el momento en que la máquina lanzaba los primeros ronquidos precursores de la marcha. Hallaron a su alcance un solo departamento y a él subieron precipitadamente; el de más edad se había ya instalado en uno de los asientos cuando notó la presencia del anciano Finsbury.

—¡Dios mío! —exclamó—, ¡mi tío Joseph! ¡No hay medio de quedarse aquí!

Bajó precipitadamente, atropellando casi a su compañero y se apresuró a cerrar la portezuela.

Momentos después se hallaban ambos individuos instalados en el furgón de los equipajes.

—¿Por qué diablos no ha querido usted permanecer en el vagón de su tío? —preguntó el más joven de los viajeros, mientras se limpiaba el sudor con el pañuelo—: ¿cree usted que no le habría permitido fumar?

—¡Oh, no! ¡No creo que le moleste el humo! —respondió el otro—. ¡Por otra parte aseguro a usted que mi tío Joseph no es un cualquiera! Es un caballero muy respetable, ha estado interesado en el comercio de cueros, ha hecho un viaje al Asia Menor, es un solterón y hombre de bien, pero tiene una lengua, querido Wickham, que se le puede regalar a cualquiera.

—¡Vamos, es un murmurador maldiciente! —indicó Wickham.

—¡De ninguna manera! —respondió el otro—. Es sencillamente un hombre dotado de un extraordinario talento para fastidiar a cuantos le rodean. En fin, es un hombre espantosamente latoso. Puede que en una isla desierta acabase uno por acostumbrarse a su trato. Pero lo que es en ferrocarril, ni por pienso; ¡quisiera que lo oyera usted discurrir acerca de Tonti, ese siniestro idiota que inventó las tontinas! ¡Una vez que se le da cuerda no acaba!

—Pero, en realidad —dijo Wickham—, usted se halla también interesado en esa historia de la tontina Finsbury, de que han hablado los periódicos.

—¡No había pensado en ello!

—Pues bien —repuso el otro—, sepa usted que ese animal que duerme ahí junto a nosotros, representa para mí cincuenta mil libras. Por lo menos, su muerte representaría para mí esa cantidad. ¡Y estaba ahí dormido sin que nadie más que usted pudiera vemos! Pero lo he respetado, porque empiezo decididamente a ser un verdadero conservador.

Entretanto, el señor Wickham, contentísimo con hallarse en un furgón de equipajes, iba de acá para allá, como una mariposa aristocrática.

—¡Hombre! —exclamó—; ¡aquí hay algo para usted! Señor M. Finsbury. 16, John Street, Bloomsbury, Londres. Aquí no hay duda posible, M., o sea Michael, es un tunante, que tiene dos domicilios en Londres.

—¡Oh, ese bulto debe ser, sin duda, para Maurice! —respondió Michael desde el otro extremo del furgón, donde se había tendido cómodamente sobre unos fardos—. Es un primo mío, a quien no detesto, seguramente, aunque me tiene un miedo horrible. Vive en Bloomsbury, y tengo entendido que está formando una colección muy particular de huevos de pájaro, de botones de polainas o, en fin, de otra cosa enteramente idiota, que he olvidado.

Pero Wickham no le oía ya. Se le había ocurrido una idea magnífica.

—¡Por San George! —decía para sí—; ¡ésta es una broma de primer orden! Si con el auxilio de mi navaja y de las tenazas que veo ahí cerca pudiera cambiar los letreros, enviaría un bulto en lugar de otro.

En aquel momento, el guardián del furgón, que había oído la voz de Michael Finsbury, abrió la puerta de su garita, y les dijo:

—¡Mejor estarían ustedes aquí!

Los dos viajeros le habían explicado el motivo de su intrusión.

—¿Viene usted, Wickham? —preguntó Michael.

—¡No, gracias! ¡Me divierto bárbaramente en el furgón! —respondió el joven.

De esta suerte, habiendo entrado Michael en la garita con el guardián, y cerrada la puerta de comunicación, quedó solo el señor Wickham entre los equipajes, con amplia libertad para divertirse a su antojo.

—¡Hemos llegado a Bishopstoke, caballero! —dijo el guardián a Michael, un cuarto de hora más tarde, al llegar el tren a la próxima estación —. Aquí para el tren tres minutos, y podrán ustedes fácilmente hallar asiento en un vagón.

El señor Wickham, a quien hemos dejado hace poco disponiéndose a jugar una mala partida cambiando los letreros de algunos bultos, era un caballero joven, muy rico, de aspecto agradable, y cuyo inquieto espíritu andaba siempre buscando ocupación. Pocos meses antes, hallándose en París, se había visto expuesto a una serie de estafas por parte del sobrino de un hospodar de Valaquia, el cual residía (naturalmente por causas políticas) en la alegre capital francesa. Un amigo común, a quien confió su apuro, le recomendó que se dirigiese a Michael Finsbury y, en efecto, apenas se puso éste al corriente de los sucesos, tomó inmediatamente la ofensiva, cayó sobre el flanco de las fuerzas de Valaquia, y en el espacio de tres días tuvo la satisfacción de obligar a éstas a retirarse allende el Danubio. No nos proponemos seguirlas en su retirada, que se verificó bajo la paternal vigilancia de la policía. Nos limitaremos a añadir que libre, de esta suerte, de lo que él se complacía en llamar la «atrocidad búlgara», el señor Wickham, volvió a Londres, animado de los más vivos y entusiastas sentimientos de gratitud y admiración hacia su abogado. Éste no correspondía ciertamente a ellos, y hasta experimentaba cierta vergüenza con la amistad de su nuevo cliente, y sólo después de numerosas negativas se había resignado, al fin, a ir a pasar un día en Wikhammanor, la casa solariega de su joven cliente. Consumado este sacrificio, su huésped volvía con él para acompañarle hasta Londres.

Un pensador juicioso (probablemente Aristóteles) ha hecho notar que la Providencia no se desdeñaba de emplear para sus fines hasta los instrumentos más humildes; lo cierto es que el escéptico más empedernido, no podría menos de reconocer que Wickham y el hospodar válaco eran instrumentos preparados y elegidos desde la eternidad, por la Providencia.

Deseoso de aparecer a sus propios ojos como una persona llena de inteligencia y de recursos, el joven caballero (que ejercía en su condado natal las funciones de magistrado) apenas se quedó solo en el furgón, cayó sobre los letreros de los bultos con todo el celo de un reformador. Y cuando en la estación de Bishopstoke, salió del furgón de los equipajes para instalarse con Michael Finsbury en un vagón de primera clase, su rostro resplandecía a la vez de satisfacción y de cansancio.

—¡Acabo de dar una broma soberbia! —No pudo menos de decir a su abogado.

Después, sintiendo de pronto algún escrúpulo, añadió:

—Dígame usted, ¿corro peligro de perder mi puesto de magistrado por una broma insignificante e inofensiva?

—¡Amigo mío —respondió distraídamente Michael—, más de una vez le he predicho a usted que acabaría en la horca!

Capítulo Cinco

GIDEON FORSYTH Y LA CAJA MONUMENTAL

He dicho ya que, en Bournemouth, Julia Hazeltine tenía a veces ocasión de hacer nuevas amistades. Verdad es que apenas si había tenido tiempo de tratar un poco a sus nuevos conocidos, cuando volvían a cerrarse tras ella las puertas de la casa de Bloomsbury hasta el verano siguiente. Sin embargo, estas relaciones efímeras no dejaban de ser una distracción para la pobre muchacha, prescindiendo además de la provisión de recuerdos y esperanzas que le suministraban. Ahora bien, entre los personajes que de esta suerte había encontrado en Bournemouth el verano anterior, hallábase un abogado joven, llamado Gideon Forsyth.

La tarde misma del día memorable en que el magistrado Wickham se había divertido en cambiar los letreros de los bultos, un soñador y aun melancólico paseo había llevado, como por casualidad, al señor Forsyth a la acera misma de John Street, en Bloomsbury, y precisamente a la misma hora, esto es, a las cuatro de la tarde, miss Hazeltine acudía a abrir la puerta del núm. 16, en la que acababan de dar tremendos campanillazos.

Gideon Forsyth era un joven bastante feliz, pero que lo hubiera sido mucho más aún si hubiera tenido algún dinero de más y un tío de menos. Sus rentas se reducían a ciento veinte libras por año; pero su tío, el señor Edward H. Bloomfield, agregaba a dicha renta una ligera subvención y una masa enorme de buenos consejos, expresados en un lenguaje que hubiera parecido excesivamente violento hasta en un cuerpo de guardia.

El tal señor Bloomfield era, en verdad, una figura esencialmente propia de la época de Gladstone. Habiendo ido acumulando años sin acumular experiencia, unía a los sentimientos políticos del partido radical, una exuberancia apasionada, que habitualmente suele considerarse como patrimonio tradicional de nuestros antiguos conservadores. Admiraba el pugilato, llevaba un enorme garrote de nudos, era asiduo a los oficios religiosos, y hubiera sido difícil averiguar quiénes excitaban más violentamente su cólera, si los que se permitían defender a la Iglesia establecida o los que desdeñaban tomar parte en sus ceremonias. Empleaba, además, algunos epítetos favoritos, que inspiraban un legítimo espanto a sus amigos: cuando no podía llegar hasta declarar que tal o cual medida «no era inglesa», no dejaba, por lo menos, de denunciarla «como poco práctica».

Su pobre sobrino se hallaba bajo el peso de esta última calificación. La manera cómo Gideon entendía el estudio de las leyes, era decididamente para su tío «poco práctica», y, en consecuencia, éste le había dado a entender, durante una ruidosa entrevista, en la que llevaba el compás con el garrote de nudos, que era preciso que hallase cuanto antes una o dos causas que defender, pues de otra suerte, tenía que resignarse a vivir de sus propios recursos.

No es, pues, de extrañar que Gideon, a pesar de tener un carácter jovial, se sintiese invadido por la melancolía. En primer término, no sentía el menor deseo de profundizar más de lo que hasta entonces lo había hecho, el estudio de la ley. Además, aun suponiendo que se resignase a ello, quedaba una parte del programa, que era en absoluto independiente de su voluntad. ¿Cómo hallar clientes y causas que defender? Aquí estaba el quid de la dificultad.

De pronto, mientras se desesperaba por no poder hallar medio de resolverla, halló cerrado el paso por un gran corro de gente. Había allí detenido un camión delante de una casa. Seis atletas, bañados en sudor, se ocupaban en bajar del camión el más gigantesco bulto que jamás haya podido verse. En el umbral de la puerta, se veía de pie la maciza figura del cochero, y la delicada de una joven, que disputaban como en un escenario.

—¡Esto no puede ser para nosotros! —afirmaba la joven—. ¡Ruego a usted que se lleve de nuevo esa caja! ¡Aun cuando lograran ustedes bajarla del camión, no lograrían hacerla entrar por la puerta!

—¡En ese caso, voy a dejarla en la acera! —respondía el cochero—, ¡y el señor Finsbury se arreglará como pueda con la policía!

—¡Pero si yo no soy el señor Finsbury! —protestaba la joven.

—¡Poco me importa quién es usted! —respondía el cochero.

—¿Me permitirá usted, miss Hazeltine, que le preste ayuda? —dijo Gideon, adelantándose.

Julia lanzó un ligero grito de alegría.

—¡Oh, señor Forsyth! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro de verle a usted! ¡Figúrese usted que quieren obligarme a que admita en la casa este espantoso bulto que sólo puede haber venido aquí por equivocación! El cochero declara que es preciso que arranquemos las puertas, o que los albañiles echen abajo un lienzo de pared entre dos ventanas, pues de otro modo, la policía urbana nos formaría un proceso por dejar nuestros muebles en medio de la calle.

Entretanto, los seis hombres habían conseguido al fin depositar la caja en la acera, y apoyados en ella, se mantenían de pie, fijándose con manifiesta angustia en la puerta de la casa por donde había de pasar aquella caja monstruosa. Inútil creo añadir que todas las ventanas de las casas inmediatas se habían llenado, como por encanto, de curiosos espectadores.

Adoptando el aire más científico que le fue posible, midió Gideon con su bastón las dimensiones de la puerta, mientras Julia apuntaba el resultado de sus cálculos. Midiendo después la caja, y comparando las dos series de cifras, descubrió que había justamente el espacio suficiente para que pasase la caja. Después de lo cual, habiéndose quitado su americana y su chaleco, ayudó a los hombres a sacar de sus goznes las dos hojas de la puerta. Por último, gracias a la colaboración casi forzada de algunos asistentes, subió penosamente la caja los escalones de la entrada, pasó rozando fuertemente las paredes y no tardó en hallarse instalada a la entrada del vestíbulo interceptándolo casi por completo en toda su anchura. Los que habían contribuido a semejante victoria, se miraron unos a otros con sonrisa de triunfo. Verdad es que habían roto un busto de Apolo y abierto en la pared profundos surcos. ¡Pero por lo menos habían dejado de servir de espectáculo al público de la calle!

—¡Le aseguro a usted, caballero —dijo el cochero—, que jamás he visto bulto semejante!

Gideon le expresó de un modo elocuente su simpatía, dándole veinte chelines.

—Vamos, patrón, deme usted cinco más y me encargo de pagar a todos los camaradas —exclamó el cochero.

Así lo hizo Gideon, y acto continuo los improvisados descargadores se encaramaron en el camión, que se dirigió rápidamente hacia la taberna más próxima. El joven abogado cerró la puerta y se volvió hacia miss Hazeltine. Se encontraron sus miradas, y ambos se sintieron acometidos de un desordenado acceso de risa. Después, poco a poco, se despertó la curiosidad en el ánimo de la joven, se acercó a la caja, la palpó en todos sentidos y examinó el letrero.

—¡En mi vida he visto cosa más extraña! —dijo, prorrumpiendo en una nueva carcajada—. La letra es seguramente de mano de Maurice, y esta misma mañana he recibido una carta suya, diciéndome que me preparase a recibir un tonel. ¿Cree usted que esto puede considerarse como un tonel, señor Forsyth?

Gideon leyó en voz alta, en uno de los lados de la caja: Estatua frágil, manéjese con precaución. Después, añadió:

—¿Está usted segura de que no le anunciaban la llegada de una estatua?

—¡Ya lo creo! —respondió Julia—. ¿No le parece a usted, señor Forsyth, que podemos echar una ojeada al interior de la caja?

—¿Por qué no? ¡Dígame usted tan sólo dónde podría encontrar un martillo!

—Venga usted conmigo a la cocina, y le enseñaré dónde están los martillos —dijo Julia—. La tabla en que los colocan está demasiado alta para mí.

La joven abrió la puerta de la cocina e hizo entrar en ella a Gideon. No tardaron en encontrar en ella un martillo y un cortafrío; pero le sorprendió a Gideon no ver señales de cocinera. En cambio descubrió que miss Julia tenía un pie muy pequeño y bien formado, descubrimiento que le causó tal embarazo, que se alegró mucho de poder atacar sin tardanza la caja de embalaje.

Trabajaba de firme, y cada uno de sus martillazos tenía admirable precisión, mientras que Julia, de pie junto a él, contemplaba en silencio, más bien al obrero que a la obra. Pensaba entre sí que el señor Forsyth era todo un buen mozo y que jamás había visto brazos tan vigorosos como los suyos. De pronto, Gideon, cual si hubiese adivinado sus pensamientos, se volvió y le dirigió una sonrisa. Ella se sonrió a su vez y luego se ruborizó. Aquel doble cambio le sentaba tan bien, que Gideon, sin mirar en dónde daba, se dio un terrible martillazo en los dedos. Con una conmovedora presencia de ánimo, logró, no sólo contener, sino hasta trocar en una queja anodina el pintoresco juramento que iba a salir de sus labios.

Sin embargo, el dolor era muy vivo. La sacudida nerviosa había sido demasiado fuerte, y tras algunos ensayos, echó de ver que no podía continuar la operación.

Inmediatamente, Julia corrió a su habitación a buscar una esponja, agua y una servilleta, y comenzó a bañar la mano herida del joven.

—¡Lo siento infinito! —dijo en son de excusa—. ¡Si no fuera tan torpe, hubiera abierto primero la caja y luego me hubiera aplastado los dedos! ¡Oh, esto va mucho mejor, se lo aseguro a usted!

—¡Sí, creo que ahora está usted ya en estado de dirigir el trabajo! —dijo al fin Julia—. ¡Ordéneme usted, pues ahora voy yo a ser su oficiala!

—¡Una deliciosa oficiala, en verdad! —dijo Gideon, olvidando por completo las conveniencias.

La joven se volvió y le miró frunciendo amistosamente las cejas, pero el impertinente joven se apresuró a poner toda su atención en la caja. Por lo demás, el trabajo más fuerte estaba hecho. Julia no tardó en levantar la primera tabla de la cubierta, descubriendo debajo una gran capa de paja. Un minuto después, ambos jóvenes estaban de rodillas, uno junto a otro, como dos campesinos ocupados en revolver el heno, y no tardaron en ver recompensados sus esfuerzos, con la aparición de algo blanco y pulimentado. No había error: era un enorme pie de mármol.

—¡Vaya un personaje verdaderamente estético! —dijo Julia.

—¡Jamás he visto cosa igual! —respondió Gideon—. ¡Tiene una pantorrilla como un saco de harina!

No tardaron en descubrir un segundo pie y algo que parecía ser un tercero. Pero este algo resultó ser en definitiva una clava que descansaba sobre un pedestal.

—¡Vamos! ¡Cáspita! ¡Pues si es un Hércules! —exclamó Gideon—. ¡Hubiera debido adivinarlo al ver su pantorrilla! Además, puedo afirmar ahora, con toda confianza —añadió mirando las dos piernas colosales—, que tenemos aquí al más grande y al más feo de todos los Hércules de Europa entera. ¿Qué puede haberle inducido a venir a su casa?

—¡Supongo que nadie habrá querido admitirle —dijo Julia—, y debo añadir que nosotros nos hubiéramos pasado muy bien sin su visita!

—¡Oh, no diga usted eso, señorita! —replicó Gideon—. ¡Me ha procurado uno de los más agradables ratos de toda mi vida!

—¡En todo caso no lo podrá usted olvidar tan pronto! —dijo Julia—. ¡Sus desdichados dedos se lo recordarán!

—¡Y ahora creo que es tiempo de que me vaya! —dijo tristemente Gideon.

—¡No, no! —añadió Julia—. ¿Por qué se ha de ir usted ya? Quédese usted un momento más, y tomará una taza de té conmigo.

—¡Si pudiera creer que en realidad no le ha de desagradar a usted esto —dijo Gideon, dando vueltas al sombrero entre sus dedos—, me causaría el más vivo placer!

—¡Pues ya lo creo que me agrada! —respondió la joven—. Además, necesito pastas para tomar el té, y no tengo a quién enviar a casa del pastelero. Aquí tiene usted dinero para comprarlas.

Gideon se apresuró a ponerse el sombrero y a correr a casa del pastelero, de donde volvió con un gran envoltorio lleno de bartolillos, bizcochos borrachos y empanadillas. Halló a Julia ocupada en preparar una mesilla para el té, en el vestíbulo.

—Las habitaciones se hallan en tal desorden, que he creído que estaríamos mejor aquí, a la sombra de nuestra estatua.

—¡Perfectamente! —exclamó Gideon, encantado.

—¡Oh, qué deliciosa mezcla! —dijo Julia al abrir el envoltorio y al ver que los pastelillos se habían revuelto unos con otros.

—Sí —dijo Gideon, procurando excusar su fracaso—. Supuse que la mezcla produciría algo agradable, y el pastelero lo previó también.

—Y ahora —dijo Julia, después de comerse media docena de pastelillos—, voy a enseñarle a usted la carta de Maurice. Léala usted en voz alta, pues tal vez habrá detalles que yo no he logrado descubrir.

Gideon tomó la carta, la desdobló y leyó lo siguiente:

Querida Julia: Le escribo desde Browndean, donde nos hemos detenido algunos días. Nuestro tío ha sufrido bastante con el terrible accidente, que sin duda habrá usted leído en el periódico. Mañana le dejaré con John, y volveré solo a Londres. Pero antes de mi llegada, recibirá usted un tonel que contiene muestras para un amigo. ¡No lo abra usted bajo ningún pretexto, sino déjelo en el vestíbulo hasta mi llegada!

Suyo afectísimo,

M. FINSBURY

P. D. — No olvide usted dejar el tonel en el vestíbulo.

—¡No —dijo Gideon—, no veo aquí nada que se refiera al monumento! —Diciendo esto señalaba las piernas de mármol—. Miss Hazeltine —continuó—, ¿me permite usted que le dirija algunas preguntas?

—Con mucho gusto —respondió la joven—, y si logra usted explicarme por qué me ha enviado Maurice una estatua de Hércules, en lugar de un tonel de muestras para un amigo, le quedaré vivamente agradecida hasta el fin de mis días. Pero ante todo, ¿qué pueden ser esas muestras para un amigo?

—No tengo la menor idea de ello —dijo Gideon—. Sé que los marmolistas envían con frecuencia muestras; pero creo que, en general, son pedazos de mármol más pequeños que nuestro amigo el monumento. Por lo demás, mis preguntas se dirigen a otro orden de ideas. En primer lugar, ¿está usted enteramente sola en esta casa?

—Por el momento, sí —respondió Julia—. Llegué anteayer para poner la casa en orden y buscar una cocinera, pero no he encontrado ninguna que me agrade.

—Así, pues, está usted completamente sola —dijo Gideon estupefacto —. ¿Y no tiene usted miedo?

—¡De ninguna manera! —respondió Julia—. No sé de qué habría de tener miedo. Lo único que he hecho ha sido comprar un revólver sumamente barato y pedir al armero que me enseñe el modo de asarlo. Además, antes de acostarme, cuido de atrancar la puerta con sillas y otros muebles.

—De todos modos me alegro de saber que vuelve pronto su familia —dijo Gideon—, su aislamiento me inquieta mucho. Si hubiera de prolongarse podría procurarle a usted la compañía de una tía mía, anciana, o de mi asistenta.

—¡Prestarme a su tía! —exclamó Julia—. ¡Qué generosidad! ¡Estoy por creer que es usted el que me ha enviado el Hércules!

—Doy a usted mi palabra de honor de que no —protestó el joven—. Admiro a usted demasiado para haberle enviado una obra de arte tan monstruosa.

Iba Julia a responder, cuando ambos se sobresaltaron; había sonado en la puerta un violento campanillazo.

—¡Oh, señor Forsyth!

—¡No tema nada! —dijo Gideon apoyando cariñosamente la mano en el brazo de la joven.

—Ya me figuro lo que es —murmuró—. ¡Debe ser la policía que viene a quejarse por lo de la estatua!

En esto sonó un nuevo campanillazo más violento e impaciente.

—¡Dios mío, es Maurice! —exclamó la joven, y corrió a abrir la puerta.

Era en efecto Maurice el que apareció en el umbral, pero no el Maurice de todos los días, sino un hombre de aspecto salvaje, pálido e inquieto, con los ojos inyectados de sangre y la barba de dos días.

—¿Dónde está el tonel? —exclamó—. ¿Dónde está el tonel que ha llegado esta mañana?

Miraba en tomo suyo, en el vestíbulo, y sus ojos se le salieron materialmente de las órbitas, al descubrir las piernas del Hércules.

—¡Qué es esto! —gritó lleno de furia—. ¿Qué significa este maniquí de cera? ¿Qué significa todo esto? ¿Y dónde está el tonel, el tonel para el agua?

—No ha venido ningún tonel, Maurice —respondió fríamente Julia—. Éste es el único bulto que han traído.

—¿Éste? —exclamó el desdichado—. ¡Nunca he oído hablar de semejante cosa!

—¡Sin embargo, ha venido con la dirección escrita a mano! —respondió Julia—. Casi ha habido que echar abajo la puerta para que entrara. Es todo lo que puedo decir a usted.

Maurice fa miró con ojos cada vez más extraviados. Se pasó una mano por la frente y luego se apoyó en la pared como quien va a desmayarse. Pero, poco a poco, se fue desatando su lengua y empezó a vomitar un torrente de injurias contra la joven. Hasta entonces el mismo Maurice no se hubiera creído capaz nunca de tanto ardimiento, de tanta facundia y de tal variedad de locuciones groseras. La joven temblaba y vacilaba al sentirse víctima de aquel furor insensato.

—No permitiré que siga usted hablando a miss Hazeltine en semejante tono —dijo al fin Gideon interponiéndose con resolución.

—Le hablaré en el tono que me plazca —replicó Maurice con creciente furor—. ¡Hablaré a esta miserable mendiga en el tono que merece!

—¡Ni una palabra más, caballero, ni una palabra más! —exclamó Gideon.

Y luego, dirigiéndose a la joven, añadió:

—Miss Hazeltine, usted no puede seguir habitando bajo el mismo techo que este individuo. He aquí mi brazo. Permítame usted que la conduzca a un lugar donde esté usted al abrigo de los insultos.

—Señor Forsyth —dijo Julia—, tiene usted razón, yo no puedo permanecer aquí un instante más, y sé que me confío a un hombre de honor.

Pálido y resuelto, Gideon le ofreció su brazo, y ambos jóvenes bajaron los escalones del portal, perseguidos por Maurice, que reclamaba la llave de la puerta.

Apenas acababa Julia de entregársela, cuando pasó rápidamente ante ellos un coche de alquiler vacío. Lo llamaron al mismo tiempo Maurice y

Gideon. Pero en el momento en que el cochero hacía parar a su caballo, Maurice se precipitó dentro del carruaje.

—¡Diez de propina! —gritó—. ¡Estación de Waterloo y muy deprisa! ¡Diez de propina para usted!

—Ponga usted veinte, caballero —dijo el cochero—, pues este otro caballero me ha llamado antes que usted.

—¡Vaya por los veinte! —gritó Maurice, pensando allá entre sí que, al llegar a la estación, examinaría de nuevo la cuestión.

El cochero dio un latigazo al caballo y el coche torció la primera esquina de la calle.

Capítulo Seis

LAS TRIBULACIONES DE MAURICE (I)

En tanto que el coche corría a todo correr por las calles de Londres, se esforzaba Maurice por coordinar las ideas que bullían en su cabeza. Primero: el tonel que contenía el cadáver se había extraviado; segundo: había absoluta necesidad de encontrarlo. Estos dos puntos no ofrecían duda alguna y si, por una suerte providencial, se hallaba aún en la estación el tonel, la cosa podía arreglarse todavía. Pero, si por el contrario, el tonel se hallaba ya en poder de otras personas que lo hubiesen recibido por equivocación, el asunto tomaba un matiz más peligroso. Las personas que reciben bultos cuya naturaleza u origen no pueden explicarse, suelen ser inclinadas a abrirlos enseguida. El ejemplo de miss Hazeltine (a quien Maurice no se cansaba de maldecir) contribuía a confirmar la regla general. ¿Y si alguien había abierto el tonel?…

—¡Santo Cielo! —exclamó Maurice al pensar en ello, llevándose la mano a la sudorosa frente.

La primera concepción de una infracción de la ley, influye naturalmente en la imaginación: el proyecto a medio esbozar se presenta con colores vivos y seductores. Pero no sucede lo mismo cuando, más tarde, se toma la atención del criminal hacia sus posibles relaciones con la policía. Maurice pensaba ahora que tal vez no había tenido demasiado en cuenta la existencia de la policía, cuando se embarcó en su peligrosa aventura.

«¡Voy a tener que hilar muy delgado!», pensó para sí, y sintió en la espina dorsal un ligero escalofrío de miedo.

—¿A qué estación? —preguntó el cochero.

—¡A la principal! —respondió Maurice.

Después pensó para sí que aquel hombre recibiría de todos modos su chelín de propina.

«¡Sería una locura llamar la atención sobre mi persona en estos momentos! —pensó—. Pero el dinero que este asunto va a costarme a fin de cuentas, empieza a hacerme el efecto de una pesadilla».

Atravesó el despacho de billetes y anduvo errando tristemente por el andén. En aquel momento había poco movimiento en la estación. Había escasa gente en el andén, pues sólo se veían acá y acullá algunos viajeros que aguardaban. Maurice observó que no llamaba la atención, lo cual le pareció una cosa excelente; pero por otra parte pensó que no adelantaba mucho en sus pesquisas. Indispensablemente tenía que hacer algo, y arriesgar algo: cada momento que pasaba aumentaba el peligro. En fin, echando mano de todo su valor, detuvo a un mozo de la estación y le preguntó si no recordaba si había visto llegar un tonel en el tren de la mañana. Añadió que deseaba vivamente informarse porque el tonel pertenecía a uno de sus amigos y además contenía muestras de la mayor importancia.

—Yo no estaba aquí esta mañana, caballero —respondió el mozo—, pero voy a preguntar a Bill. ¡Eh, Bill! ¿Te acuerdas de haber visto llegar esta mañana de Bournemouth un tonel que contenía muestras?

—No puedo decirte nada acerca de las muestras —replicó Bill—. Pero lo que sí puedo decirte es que el individuo que recibió el tonel nos armó un gran escándalo.

—¿Cómo, cómo? —exclamó Maurice, mientras deslizaba febrilmente unas monedas en la mano del mozo.

—Muy sencillo, caballero; se trata de un barril que llegó a la una y treinta y permaneció en el depósito hasta las tres. A esa hora, he aquí que llega un hombrecillo enclenque (se me figura que debe ser algún vicario), y me dice: «¿No ha recibido usted algo para Pitman?». «William Dent Pitman, caballero, le respondí; pero creo que ése es el nombre escrito sobre este tonel». El hombrecillo examina el tonel y se queda asombrado cuando lee la dirección. Entonces empieza a echamos en cara que no le habíamos traído lo que él deseaba. «¡Poco me importa, caballero, lo que usted dice, le respondí: pero si es usted William Dent Pitman es preciso que se lleve el tonel!».

—¿Y se lo llevó? —exclamó Maurice anhelante.

—¡Ya lo creo! —repuso tranquilamente Bill—. Parece que lo que aquel señor aguardaba era un gran cajón. El tal cajón llegó también; lo sé porque es el bulto más grande que he visto en mi vida. Al saber el señor Pitman que había llegado también el cajón, puso mala cara. Preguntó por el jefe de servicio y llamaron a Tom, el cochero que había llevado la caja. ¡En mi vida he visto a un hombre en semejante estado, caballero, estaba borracho perdido! Según pude comprender, un caballero que debía estar loco, dio a Tom de propina una libra y de aquí vino todo el mal. ¿Comprende usted?

—Pero, en fin, ¿qué dijo? —añadió Maurice impaciente.

—A fe mía, caballero, no se hallaba en disposición de decir gran cosa —respondió Bill—. Pero ofreció batirse a puñetazos con el tal Pitman por una pinta de cerveza. Había perdido sus libros y sus recibos, y lo peor es que su compañero estaba más borracho que él. ¡Oh, caballero, estaban los dos como… unos lores! El jefe de servicio los despidió en el acto.

«¡Vamos, no está del todo mal!», pensó Maurice, dando un suspiro que le desahogó algo. Y luego añadió dirigiéndose al mozo:

—¿De modo que ninguno de los dos hombres pudo decir adónde habían llevado la caja?

—No —respondió Bill.

—¿Y qué hizo Pitman? —preguntó Maurice.

—Se llevó el tonel en un coche —respondió Bill—. El pobre hombre temblaba como un azogado. ¡No creo que tenga mucha salud!

—¿De suerte —respondió Maurice— que el tonel desapareció?

—En cuanto a eso, puede usted tenerlo por seguro —dijo el mozo—. Pero creo que lo mejor sería que viera usted al jefe de servicio.

—¡Oh, no vale la pena, la cosa no tiene importancia! —protestó Maurice—. El barril sólo contenía muestras.

Dicho esto, se apresuró a salir. Una vez encerrado en su coche, trató de darse cuenta nuevamente de su situación. «Supongamos, dijo para sí, que acepto mi derrota y voy enseguida a dar parte de la muerte de mi tío. En tal caso perdería la tontina y con ésta la última esperanza de recobrar mis siete mil ochocientas libras». Pero, por otra parte, después de haber tenido que dar al cochero un chelín de propina, había empezado a echar de ver que el crimen era costoso en la práctica, la pérdida del tonel le enseñaba además que era inseguro en sus consecuencias. Con calma primero, y luego animándose cada vez más, consideró las ventajas que obtendría renunciando a su empresa. Esta renuncia implicaba para él una pérdida de dinero, pero en suma, esta pérdida no era muy importante: se trataba de la tontina, con la que nunca había contado por completo. Halló en el fondo de su memoria ciertos rasgos que, en efecto, demostraban que no había creído nunca seriamente en las ganancias de la tontina. No, jamás había creído ni esperado de un modo seguro recobrar sus 7800 libras, y si se había metido en semejante aventura, lo había hecho para corresponder a la deslealtad manifiesta de su primo Michael. Ahora lo veía con toda claridad: más valía abandonar por completo la aventura y consagrar todos sus esfuerzos al negocio de cueros.

—¡Dios mío! —exclamó de pronto, dando un salto en el coche, como una figurilla de resorte—. Pero es el caso que no sólo he perdido la tontina sino que he perdido además el negocio de los cueros.

Por muy monstruoso que pueda parecer el hecho, era rigurosamente exacto. Maurice no podía firmar en nombre de su tío. No podía siquiera extender un cheque de treinta chelines. Por lo tanto, mientras no adujese la prueba legal de la muerte de su tío, era un simple paria sin un chelín: desde punto y hora que adujese esta prueba legal, perdía irremediablemente la tontina. Pero Maurice no podía vacilar. Debía abandonar la tontina, que estaba demasiado verde, como las uvas de la zorra, y concentrar su actividad en el negocio de cueros y en el resto de su modesta pero legítima herencia. Por desgracia, apenas adoptada esta resolución descubrió el abismo que se abría a sus pies. ¡Le era imposible declarar el fallecimiento de su tío! Una vez perdido el cadáver, su tío Joseph (desde el punto de vista legal) se había hecho inmortal.

No había en el mundo un carruaje bastante grande para contener a Maurice con su desesperación. El pobre mozo hizo parar el coche, se bajó, pagó, y echó a andar a la ventura.

—¡Empiezo a creer que he procedido en este negocio con sobrada precipitación! —dijo, para sí lanzando un suspiro fúnebre—. ¡Temo que el negocio sea demasiado complicado para un hombre de mi capacidad intelectual!

De pronto se le ocurrió uno de los aforismos de su tío José: «Cuando se desea pensar con claridad, hay que empezar por escribir sus argumentos», repetía de continuo el anciano. «¡Hombre, ese viejo loco no dejaba de tener algunas ideas buenas! —pensó Maurice—. ¡Voy a emplear su sistema!».

Entró en una taberna, pidió queso, pan y avíos de escribir, y se instaló solemnemente ante una hoja de papel blanco. Probó la pluma, y ¡cosa increíble!, escribía perfectamente. Pero ¿qué iba a escribir?

—¡Ya caigo! —exclamó al fin Maurice—. Voy a hacer lo mismo que Robinson Crusoe con sus dos columnas.

Inmediatamente dobló el papel conforme al modelo clásico y empezó a escribir:

MALO

BUENO
1.
He perdido el cuerpo de mi tío.

1.
Pero Pitman lo ha encontrado.

—¡Alto ahí! —dijo para sí Maurice—. El genio de la antítesis me lleva demasiado lejos; volvamos a empezar:

MALO

BUENO
1.
He perdido el cuerpo de mi tío.

1.
Pero de este modo no tengo que cuidarme de enterrarlo.

2.
He perdido la tontina.

2.
Pero puedo recobrarla si Pitman hace desaparecer el cuerpo y si encuentro un médico poco escrupuloso.

3.
He perdido el comercio de cueros y el resto de la herencia de mi tío.

3.
Pero lo salvaré si Pitman entrega el cuerpo a la policía.

«Sí, pero en este caso voy a la cárcel. ¡Se me olvidaba este detalle! —pensó Maurice—. En realidad, creo que haría mejor en no pararme en esta hipótesis. La gente que nada tiene que temer por sí misma, no teme recomendar a los demás que se pongan siempre en lo peor; pero yo creo que, en un caso como éste, debo evitar toda ocasión de desaliento. ¡No, debe haber otra respuesta al número 3 de la derecha! ¡Debe haber un bueno que sirva de contrapeso a este malo! De otra suerte, ¿qué utilidad tendría la invención de esta doble columna? ¡Por San George, ya caigo! La respuesta al número 3 es exactamente la misma que la del número 2.»

Dicho esto se apresuró a escribir de nuevo el pasaje en cuestión, reemplazando enfrente del número 3, malo, la respuesta antes inscrita con la del número 2.

«¡En verdad necesito a todo trance hallar ese médico poco escrupuloso, lo necesito, en primer término, para que me extienda un certificado declarando que ha muerto mi tío, y lo necesito además para que me dé un certificado declarando que mi tío vive…! ¡Pero he aquí que caigo nuevamente en una antinomia!».

Enseguida volvió a sus confrontaciones.

—¡Alto ahí! —dijo para sí Maurice—. El genio de la antítesis me lleva demasiado lejos; volvamos a empezar:

MALO

BUENO

4 Me encuentro casi sin dinero.

4.

Pero en el banco tenemos un depósito importante

5.

Sí, pero no puedo cobrar dicho depósito.

5.

Pero… en realidad, esto parece desgraciadamente incontestable.

6.

He dejado en el bolsillo de mi tío Joseph el cheque de ochocientas libras.

6.

Pero si Pitman no es honrado, el descubrimiento del cheque le decidirá a guardar secreto y a deshacerse del cadáver.

7.

Sí, pero si Pitman no es honrado y descubre el cheque sabrá quién es tío Joseph y podrá hacerme cantar.

7.

Sí, pero si no me equivoco en mis cálculos acerca de mi tío Mastermann podré, a mi vez, hacer cantar a mi primo Michael.

8.

Pero yo no puedo hacer cantar a Michael sin tener pruebas de la muerte de su padre.

Además, hacer cantar a mi primo no deja de ser empresa algo peligrosa.

8.

¡Tanto peor!

9.

El comercio de cueros tendrá pronto necesidad de dinero para los gastos corrientes y yo no tengo un cuarto.

9.

Pero el comercio de cueros es un barco que hace agua.

10.

Sí, pero, sin embargo, es el único barco que me queda.

10.

Exacto

11.

John tendrá pronto necesidad de dinero y yo no podré dárselo.

11.

12.

Y el médico venal querrá que le paguen por adelantado.

12.

13.

Y si Pitman es un bribón y no me hace ir a la cárcel, me pedirá mucho dinero.

13.

«¡Oh! ¡Veo que el negocio es perfectamente unilateral! —pensó Maurice—. Decididamente este método no vale tanto como yo me figuraba».

Arrugó la hoja de papel y se la metió en el bolsillo; pero inmediatamente la sacó de nuevo, la extendió y la releyó desde el principio hasta el fin.

«Conforme a este resumen de los hechos —dijo para sí—, veo que mi posición es débil, principalmente desde el punto de vista financiero. ¿No habría, pues, medio de hallar fondos? En una gran ciudad como Londres y rodeado de todos los recursos de la civilización, no me resigno a creer que una cosa tan sencilla me sea imposible. ¡Vamos, vamos! ¡No hay que precipitarse! En primer lugar, ¿no tengo nada que vender? ¿Y mi colección de sortijas de sello?».

Pero ante la idea de separarse de aquel querido tesoro, sintió subírsele la sangre a la cabeza.

«¡No! ¡Antes morir!», dijo para sí.

Y echando sobre la mesa un chelín, salió precipitadamente a la calle.

«Es preciso que encuentre fondos. Muerto mi tío el dinero depositado en el banco es mío: quiero decir que debería ser mío, a no ser por esa maldita fatalidad que me persigue desde que me quedé huérfano. ¡En mi lugar, ya sé yo lo que haría cualquier otro hombre en el mundo! Empezaría por falsificar documentos: sólo que en este caso, esto no podría llamarse falsificación, porque mi tío ha muerto y el dinero me pertenece. ¡Cuando pienso en esto, cuando pienso que mi tío ha muerto a mi vista y que no puedo probarlo, me siento abrumado por el peso de semejante injusticia! En otro tiempo me llenaba de amargura el recuerdo de mis 7800 libras; ¿qué era esa suma miserable en comparación con lo que pierdo ahora? ¡Es decir, que hasta anteayer era yo perfectamente feliz!».

Y Maurice recorría las calles lanzando profundos suspiros.

«¡Y aún no es esto todo! —pensaba—. ¿Sería yo capaz de falsificar? ¿Llegaría a imitar perfectamente la letra de mi tío? ¿Por qué no aprendí más caligrafía cuando era muchacho? ¡Ah! ¡Cómo comprendo ahora los consejos de nuestros profesores cuando nos predecían que más tarde sentiríamos no haber aprovechado mejor sus lecciones! Mi único consuelo es que aun cuando fracase en mi empresa, no tendré nada que temer, por lo menos de parte de mi conciencia. Y si triunfo, y ese Pitman es tan bandido como yo me figuro, en ese caso no me quedaría más que tratar de hallar en Londres un médico sin escrúpulos, cosa que no debe ser difícil de descubrir en una ciudad como Londres. ¡La ciudad debe estar llena de ellos, seguramente! ¡Claro es que no voy a poner un anuncio en los periódicos, pidiendo las señas de un médico venal!; no, me bastará entrar en casa de diferentes médicos, juzgarlos según la acogida que me hagan y, cuando haya encontrado uno que parezca convenirme, exponerle simplemente mi negocio… ¡Sin embargo, en el fondo, este paso no deja de ser sumamente delicado!».

Después de largos rodeos, se halló en los alrededores de John Street; lo echó de ver enseguida y se apresuró a volver a su casa. Pero, mientras introducía la llave en la cerradura, le acometió una nueva reflexión mortificante. ¡Esta misma casa no me pertenece mientras no pueda demostrar la muerte de mi tío! Diciendo esto entró y volvió a cerrar dando un tremendo portazo.

Para colmo de desdicha, en medio de la oscuridad del vestíbulo Maurice tropezó y cayó pesadamente sobre el pedestal del Hércules. El dolor vivo que experimentó acabó de exasperarle. Acometido de pronto de furor impulsivo, cogió el martillo que Gideon Forsyth había dejado en el suelo, y sin fijarse en lo que hacía, dio un terrible golpe a la estatua, que produjo un chasquido seco.

—¡Bárbaro de mí! ¿Qué he hecho? —gimió Maurice. Entonces encendió una cerilla y corrió a buscar una palmatoria en la cocina. «Sí —se dijo interiormente, contemplando a la luz de la bujía el pie del Hércules que acababa de romper—; una obra maestra antigua. La broma me va a costar miles de libras».

Pero de pronto se sintió iluminado por una esperanza salvaje: «¡Vamos a ver! Me he desembarazado de Julia; no tengo nada que ver con ese idiota de Forsyth; los mozos del ferrocarril estaban borrachos perdidos y han sido despedidos; no hay, pues, que temer. ¡No tengo más que negar! Ni visto ni oído, ¡diré que no sé nada!».

Un minuto después estaba nuevamente de pie, enfrente del Hércules, con los labios apretados, blandiendo en la mano derecha el martillo de partir el carbón y una maciza cuchilla para picar carne. Empezó resueltamente por el cajón y le bastaron dos o tres golpes bien aplicados para completar el trabajo de Gideon. Roto el cajón, cayó sobre Maurice una lluvia de tablas seguida de un alud de paja.

Entonces pudo apreciar el negociante en cueros la dificultad de la tarea que había emprendido; poco faltó para que se desalentase. Estaba solo, sólo disponía de armas insignificantes y no tenía experiencia alguna en el oficio de minero ni en el de picapedrero; ¿cómo lograría dar fin a aquel monstruo colosal, enteramente de mármol y suficientemente sólido para conservarse intacto desde la época de Fidias, acaso? Pero la lucha era menos desigual de lo que se figuraba su modestia; por una parte estaba la fuerza material, pero por otra estaba la fuerza moral, esa llama heroica que asegura la victoria.

—¡Veremos quién puede más, pedazo de animal! —gritó Maurice, con un apasionamiento semejante al que debió animar en otro tiempo a los vencedores de la Bastilla—. ¡Acabaré contigo!, ¿los oyes?, y ha de ser esta misma noche. ¡Me estás estorbando aquí!

El rostro del Hércules, con su inoportuna expresión de jovialidad, excitaba especialmente la ira de Maurice, y por él precisamente empezó su furibundo ataque. La estatura del semidiós (hay que advertir que el pedestal era también demasiado alto) parecía constituir un obstáculo serio para la empresa. Pero desde las primeras de cambio la inteligencia afirmó su triunfo sobre la materia. Recordó Maurice que su difunto tío tenía en su biblioteca una escalerita portátil, sobre la que subía Julia para alcanzarle los libros de los anaqueles más altos. Corrió a buscar aquel precioso instrumento de guerra, y gracias a él, no tardó en tener el placer de decapitar a su estúpido enemigo.

Dos horas más tarde, lo que había sido imagen de un enorme mozo de cordel, se hallaba reducido a un informe montón de miembros rotos. El torso se apoyaba contra el pedestal, la cara hacía muecas, mirando hacia la escalera del sótano; las piernas, los brazos y las manos yacían envueltos en paja que inundaba el vestíbulo. Media hora después, todos aquellos restos se hallaban arrinconados en un rincón de la bodega; y Maurice, embargado por el delicioso sentimiento del triunfo, consideraba el que había sido teatro de sus proezas. En adelante podía dormir en paz y negar con toda seguridad; a no ser por su lamentable estado de degradación, el vestíbulo no contenía nada que revelase el paso del más gigantesco producto de la escultura antigua. En fin, a la una de la mañana, tan molido que no tuvo fuerzas para desnudarse, Maurice se dejó caer en la cama. Tenía fuertes dolores en los brazos y en los hombros, le ardían las palmas de las manos, y no podía doblar las piernas. Largo tiempo tardó Morfeo en visitar al joven héroe, y lo abandonó a los primeros rayos del alba.

La mañana se anunciaba de un modo lamentable. Bramaba en la calle el viento del Este, la lluvia azotaba las ventanas y Maurice sintió al levantarse corrientes de aire helado.

«Es triste que no pueda disfrutar de buen tiempo, teniendo en cuenta el cúmulo de desgracias que me rodean». No había pan en casa; porque miss Hazeltine (como todas las mujeres cuando viven solas) se había alimentado con golosinas. Pero Maurice acabó por descubrir un pedazo de bizcocho que, acompañado de un gran vaso de agua le sirvió de desayuno. Después puso manos a la obra.

No hay nada tan curioso como el misterio de las firmas humanas. Ya firme uno antes o después de la comida, ya durante una indigestión o atenaceado por el hambre, ya temblando por la vida de un hijo querido o por haber ganado en las carreras, ya en el gabinete del juez de instrucción, ya junto a la mujer amada, el vulgo encontrará las firmas distintas según las circunstancias; pero para el perito, para el grafólogo y para el cajero de un banco, serán siempre las mismas, como la estrella del Norte para los astrónomos.

Maurice sabía esto. Sus conversaciones con su tío Joseph le habían metido en la cabeza, a la fuerza, la teoría de la escritura y también la del arte ingenioso de la falsificación en la que se proponía hacer su estreno. Pero —felizmente para el buen orden de las transacciones comerciales— la falsificación en materia de escrito es cuestión de práctica. Mientras Maurice se hallaba aquella mañana sentado en su despacho, rodeado de firmas auténticas de su tío y de ensayos de imitación, por desgracia no muy felices, estuvo más de una vez a punto de desesperarse; de vez en cuando resonaba en la chimenea el lúgubre mugido del viento; a veces caía sobre Bloomsbury una niebla tan espesa que se veía obligado a encender el gas; en torno suyo reinaban el frío y el desorden de una casa largo tiempo deshabitada, de lo cual eran indicios el pavimento sin alfombra, el sofá lleno de libros y de ropa, las plumas mohosas y el papel cubierto con una capa de polvo; pero todo esto eran tortas y pan pintado en comparación de la depresión causada en el ánimo de Maurice por aquel fracaso en sus tentativas de falsificación que empezaban a agotar la provisión de papel de cartas.

«¡Es lo más extraño del mundo! —se decía gimiendo—. Aquí están todos los elementos de la firma, perfiles, gruesos y ligados; y sin embargo, el conjunto no puede ser más desastroso. El último de los empleados de un banco vería enseguida la falsificación. ¡Veo que voy a tener que calcar!».

Aguardó que pasara un chubasco, apoyó el papel sobre el cristal de la ventana y a la vista de cuantos transitaban por la calle, calcó la firma de su tío. Aun así, resultó un calco muy tímido, torpe, en que se notaba la vacilación del pulso y otros signos denunciadores.

—¡No importa, tendrá que pasar así! —dijo considerando tristemente su obra—. ¡De todos modos mi tío Joseph ha muerto!

Después completó el falso cheque, escribiendo en él: doscientas libras y corrió al Banco Anglo-Asiático, donde estaban depositados los fondos de su casa.

Una vez allí, adoptando el aire más indiferente que pudo, presentó su falso cheque al gordo escocés de pelo rojo con quien se entendía habitualmente cuando iba a cobrar o a depositar fondos. El escocés pareció sorprendido a la vista del cheque, después lo examinó en todos sentidos y hasta miró la firma a través de un lente; y su sorpresa pareció trocarse en un sentimiento más desfavorable aún.

—Dispense usted un momento —dijo al fin al desdichado Maurice desapareciendo luego en los oscuros corredores del Banco.

Cuando volvió al cabo de un rato bastante largo, venía acompañado de uno de sus jefes, un hombrecito no muy joven y regordete, pero que pertenecía al número de los que son «hombres de mundo hasta la punta de los dedos».

—¿Tengo el honor de hablar al señor Maurice Finsbury, según creo? —preguntó el hombre de mundo poniéndose los lentes para ver mejor a

Maurice.

—¡Sí, señor! —respondió Maurice temblando—. ¿Hay… acaso alguna dificultad?

—Ocurre lo siguiente, señor Finsbury: nos admira algo recibir esto —añadió el banquero señalando al cheque—. Precisamente ayer mismo nos han avisado que no le entreguemos a usted fondos.

—¡Avisado! —exclamó Maurice.

—Y precisamente lo ha hecho su tío en persona. Y además le hemos pagado a su señor tío un cheque de… ¿de cuánto era señor Bell?

—De ochocientas libras, señor Judkin —respondió el empleado.

—¡Dent Pitman! —murmuró Maurice, cuyas piernas flaqueaban.

—¿Cómo, caballero? No he entendido —dijo el señor Judkin.

—¡Oh, no es nada… un simple modo de hablar!

—¿Espero que no le habrá ocurrido a usted nada desagradable, señor Finsbury? —dijo amablemente el señor Bell.

—¡Todo lo que puedo decir a usted —profirió Maurice con siniestro acento—, es que el hecho es absolutamente imposible! Mi tío está en Bournemouth enfermo e incapaz de moverse.

—¡De veras! —dijo el señor Bell, volviendo a tomar el cheque de manos de su jefe—. ¡Pero si este cheque está fechado hoy en Londres! ¿Cómo lo explica usted, caballero?

—¡Oh, es un error de fecha! —tartamudeó Maurice, en tanto que se ponía colorado como una amapola.

—¡Seguramente, seguramente! —dijo el señor Judkin—, fijando de nuevo en él su terrible mirada.

—Además —arriesgó Mauricio—, aunque ustedes no puedan entregarme grandes sumas, se trata de una bagatela… de doscientas libras.

—¡Sin duda, señor Finsbury! —respondió el señor Judkin—. Lo que usted dice es cierto y, si insiste usted, no dejaré de someter su petición a nuestro Consejo de Administración. Pero… en una palabra, señor Finsbury, temo que esta firma no sea tan correcta como sería de desear…

—¡Oh; eso no importa! —murmuró precipitadamente Maurice—. Voy a pedir a mi tío que firme de nuevo. Debo decirle a usted —continuó recobrando algo la serenidad— que mi tío está tan enfermo que no ha podido firmar este cheque sin mi ayuda; y creo que las diferencias que se notan en la firma proceden de que he tenido que sostenerle la mano.

El señor Judkin miró a Maurice de hito en hito. Después, volviéndose al señor Bell, dijo:

—¡Empiezo a creer que ayer nos ha estafado un bribón haciéndose pasar por el señor Joseph! Diga a mi señor tío que vamos a avisar enseguida a la policía. En cuanto a este cheque, a causa de la manera como ha sido firmado, el Banco no puede aceptar su responsabilidad.

Diciendo esto alargó el cheque a Maurice por encima del mostrador. Maurice lo cogió maquinalmente.

—En un caso como éste —dijo— ¿la pérdida nos corresponde exclusivamente a nosotros, es decir, a mi tío y a mí?

—De ninguna manera, caballero. Sólo la banca es responsable. O bien recobraremos esas ochocientas libras o reembolsaremos a usted de nuestro fondo las ganancias y pérdidas. Puede usted estar tranquilo.

Maurice puso una nariz de media cuarta; pero no tardó en brillar en sus ojos un rayo de esperanza.

—Oiga usted —dijo—. Déjeme usted arreglar este negocio pues tengo una pista y yo me encargo de él. ¡Además, la policía cuesta cara!

—¡El Banco no lo entiende de esta manera! —replicó el señor Judkin —. Costearemos todos los gastos y gastaremos todo el dinero necesario. Un estafador no descubierto es un peligro permanente. ¡Aclararemos a fondo este asunto, señor Finsbury; puede usted contar con nosotros y dormir tranquilo!

—¡Pues bien, tomo a mi cargo la pérdida! Ruego a usted que abandone el asunto.

A toda costa quería impedir las pesquisas.

—Dispense usted —replicó el implacable señor Judkin—; pero nada tiene usted que ver en este asunto que es cosa nuestra y de su tío de usted. Si éste participa de su opinión y viene a anunciárnoslo o consiente en recibirme…

—¡Enteramente imposible! —exclamó Maurice.

—¡Pues bien, ya ve usted que tenemos las manos atadas! Es preciso que pongamos a la policía en movimiento.

Maurice dobló maquinalmente el cheque y lo metió en su cartera.

—¡Buenos días! —dijo, y salió como huyendo del Banco.

«¡Me pregunto qué es lo que sospecha! —dijo para sí—. No comprendo nada. Su conducta es inexplicable. Pero no me importa. ¡Todo está perdido! El cheque ha sido cobrado y va a entrar en campaña la policía.

¡Dentro de dos horas ese idiota de Pitman estará preso y toda la historia del cadáver figurará en los periódicos de la noche!».

Sin embargo, si el pobre mozo hubiera podido oír el diálogo que había tenido lugar en el Banco después de su partida, se hubiera asustado, menos seguramente; pero se habría sentido más mortificado.

—¡Vaya un asunto curioso, señor Bell! —había dicho el señor Judkin.

—Sí, señor —había respondido el señor Bell—: pero creo que le hemos hecho pasar un gran miedo.

—¡Oh, no volveremos a oír hablar del señor Maurice Finsbury! —había replicado el señor Judkin—. No era más que una primera tentativa de su parte, y hemos tenido siempre tan buenas relaciones con la casa Finsbury, que he creído más caritativo obrar con dulzura. Supongo que no dudará usted, señor Bell, que no ha habido error posible en la visita de ayer. Fue el señor Finsbury en persona el que vino a cobrar las ochocientas libras, ¿no es verdad?

—¡No hay error posible! —dijo sonriendo el señor Bell—. ¡Era el señor Finsbury en carne y hueso! ¡Figúrese usted que me explicó detalladamente los principios del descuento!

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —concluyó el señor Judkin—. La próxima vez que venga el señor Joseph Finsbury, ruéguele usted que pase a mi despacho. Me inspira algún recelo su conversación; pero, en el caso presente, tenemos absolutamente el deber de ponerle en guardia.

Capítulo Siete

DONDE PITMAN SE ACONSEJA CON UN ABOGADO

Norfolk Street no es una calle grande, y además, no tiene nada de bonita. Se ven circular por ella sobre todo criadas sucias, despeinadas y evidentemente baratas. Por la mañana van a buscar provisiones a la calle inmediata, y por las noches se pasean de arriba abajo con sus novios. Dos veces por día pasa el vendedor de cordilla para los gatos. A veces un organillero novicio se arriesga en dicha calle, pero no tarda en desaparecer, desilusionado. Los días festivos, Norfolk Street sirve de circo a los jóvenes deportistas de la vecindad, y los inquilinos tienen ocasión de estudiar los diversos métodos posibles de ataque y de defensa individuales. Todo esto no impide, sin embargo, que pase dicha calle por respetable, porque siendo muy corta y poco pasajera, no contiene ni una sola taberna.

En la época en que tiene lugar nuestro relato, el número 7 de Norfolk Street tenía en la puerta una placa de cobre, con estas palabras: W. D. Pitman, artista. Esta placa no se hacía notar por su limpieza, y en cuanto a la casa, en su conjunto, no tenía nada de particular ni atractivo. Y sin embargo, dicha casa, desde cierto punto de vista, era una de las curiosidades de nuestra capital; porque tenía como inquilino a un artista (y hasta a un artista distinguido, siquiera no se distinguiese sino por sus fracasos), ¡a quien jamás había consagrado el más insignificante artículo ninguna revista ilustrada! Jamás había reproducido ningún grabador en madera «un rincón del pequeño salón» de aquella casa, «la chimenea monumental del salón grande»; ninguna literata incipiente había celebrado «la sencillez llena de naturalidad» con que la había recibido el maestro W. D. Pitman, «en medio de sus tesoros artísticos». Pero yo mismo, por otra parte y con gran sentimiento mío, no voy a poder llenar esta laguna, porque sólo voy a permitirme entrar en la antesala, el taller y el desdichado jardín de la estética morada del señor Pitman.

El jardín en cuestión poseía una fuente de yeso (por lo demás sin agua), algunas flores incoloras en macetas y dos o tres estatuas, imitación de lo antiguo, que representaban sátiros y ninfas de la ejecución más mediana que pueda imaginar el lector. A un lado de este jardín había dos pequeños talleres, subalquilados por Pitman a otros representantes de nuestro arte nacional, más obscuros y desdichados que él. Al otro lado se alzaba un edificio algo menos lúgubre, con una puerta excusada que daba a una callejuela; allí era donde el señor Pitman se entregaba todas las noches a los goces de la creación artística. Pasaba el día entero dando lecciones de arte a las educandas de un colegio de Kengsinton; pero por lo menos podía disponer de sus veladas, que prolongaba lo más posible. Ya pintaba un paisaje con cascada, al óleo, ya esculpía, gratuita y espontáneamente (pero «en mármol», como se complacía en hacer notar) el justo de algún personaje público; ya también modelaba en yeso una ninfa que pudiese servir de lampadario para el gas de una escalera, o un Samuel niño, casi de tamaño natural, que hubieran podido comprarle para el salón de una agencia de nodrizas.

El señor Pitman había estudiado en otro tiempo en París y hasta en Roma, a expensas de un negociante en corsés, primo suyo, que desgraciadamente no tardó en hacer bancarrota, y aunque nadie llevó jamás la incompetencia artística a suponerle algún talento, todo hacía esperar que por lo menos había aprendido su oficio. Pero dieciocho años de enseñanza le habían despojado del mezquino tesoro de sus conocimientos. A veces los artistas a quienes subarrendaba talleres, no podían menos de llamarle la atención y darle consejos; le hacían ver, por ejemplo, cuan imposible era pintar buenos cuadros a la luz del gas, o ninfas de tamaño natural, sin modelo. «Sí, ya lo sé —respondía—. Nadie lo sabe mejor que yo en toda la calle. Les aseguro a ustedes que si yo fuese rico, no vacilaría en emplear los mejores modelos de Londres. ¡Pero, siendo pobre, he tenido que acostumbrarme a pasar sin ellos! Un modelo que viniese de vez en cuando sólo serviría para turbar mi concepción ideal de la figura humana; lejos de ser una ventaja sería un peligro real para mi carrera artística. En cuanto a mi costumbre de pintar a la luz del gas, reconozco que no deja de tener inconvenientes; pero he tenido que adoptarla porque tengo que dedicar todo el día a la enseñanza».

En el momento mismo en que me propongo presentarle a mis lectores, hallábase Pitman solo en su taller iluminado por la moribunda luz de un triste día de octubre. Ocupaba un sillón Windsor y cubría su cabeza un sombrero de fieltro negro. Era un hombrecillo moreno, flaco, inofensivo, interesante, vestido de luto, con una levita demasiado larga, con cuello alto y aspecto vagamente eclesiástico, que lo hubiera sido ciertamente más a no ser por su larga barba terminada en punta. En sus cabellos y su barba se notaban ya algunos hilos de plata. ¡La viudez, la pobreza y una humilde ambición siempre contrariada, no eran lo más a propósito para rejuvenecerle!

Frente a él, en un rincón cerca de la puerta, se erguía un sólido tonel. Y por más que Pitman se revolvía en su asiento, no podía apartar de él sus ojos y su pensamiento.

«¿Debo abrirlo? ¿Debo devolverlo? ¿Debo avisar enseguida al señor Semitopolis? —se preguntaba—. ¡No! —decidió al fin—. ¡No hagamos nada sin consultar al señor Finsbury!».

Después se levantó, sacó de un cajón un cartapacio de cuero viejo, lo colocó encima de la mesa delante de la ventana, sacó una hoja de papel de cartas de color de café con leche, del que usaba en sus relaciones escritas con la directora de su colegio y, laboriosamente, logró redactar la carta siguiente:

Querido señor Finsbury: ¿Sería abusar demasiado de su amabilidad, rogarle que viniese a verme un momento esta noche misma? El asunto que me preocupa, y acerca del cual debo pedirle consejo, es de los más interesantes: porque se trata de la estatua de Hércules, perteneciente al señor Semitopolis, de la que ya he tenido ocasión de hablar a usted. Le escribo en el mayor estado de agitación e inquietud; temo en verdad que se haya extraviado esta obra maestra del arte antiguo. Y para que yo acabe de perder la cabeza hay otro incidente, relacionado con el primero. Dígnese usted, le ruego, dispensar lo mal trazado de estas líneas y créame su afectísimo amigo

WILLIAM D. PITMAN

Escrita esta carta, se puso en camino y fue a llamar a la puerta del número 233 de Kings Road, la calle inmediata; en dicha casa tenía su domicilio particular el abogado Michael Finsbury. Pitman había encontrado al abogado cuatro años antes, en Chelsea, en una reunión de artistas; como eran vecinos, habían vuelto juntos, y Michael, que era en el fondo un excelente mozo, no había dejado desde entonces de dispensar a su humilde vecino una amistad algo desdeñosa, pero servicial y segura.

—No —dijo la anciana sirviente de los Finsbury, que le abrió la puerta —, el señor Michael no ha vuelto todavía. Pero parece que no está usted muy bien, señor Pitman. Entre usted a tomar una copita de jerez, que le sentará bien.

—Gracias, señora, hoy no puede ser —respondió el artista—. Es usted muy buena, pero me siento demasiado abatido para beber jerez. Le ruego a usted encarecidamente que entregue esta cartita a don Michael, rogándole que pase un momento a verme. Puede entrar por la puerta excusada que da a la callejuela; yo estaré toda la noche en mi taller.

Se volvió hacia su calle y lentamente se dirigió a su casa. En la esquina de Kings Road le llamó la atención el escaparate de un peluquero. Largo tiempo estuvo contemplando a la altiva, noble y magnífica dama de cera que giraba lentamente en el centro de aquel escaparate. Ante aquel espectáculo, se despertó en Pitman el artista, a pesar de las angustias que le oprimían.

«Por mucho que se burlen de los que hacen esas cosas —dijo para sí—, no puede negarse que hay algo dentro. Hay en esa figura cierto no sé qué de altivo, de grande y de verdaderamente distinguido. Es precisamente ese mismo no sé qué que yo he intentado expresar en mi Emperatriz Eugenie».

Continuando su marcha hacia su taller siguió pensando en ese «no sé qué».

«Ese contacto inmediato de la realidad —dijo para sí— es lo que se enseña en París: ¡Es arte inglés, puramente inglés! ¡Vamos, pobre viejo, te has dejado encanallar! ¡Apunta más alto, Pitman, apunta más alto!».

Mientras tomaba el té y después, mientras daba a su hijo la lección de violín, el alma de Pitman olvidó sus angustias, para volar al país del ideal. Apenas acabó la lección, corrió a encerrarse en su taller.

Ni aun la vista del tonel logró enfriar su entusiasmo. Se entregó por completo a su obra, que era un busto de Mr. Gladstone, copia de una fotografía. Con éxito extraordinario venció la dificultad que le presentaba, por falta de documentos, la parte posterior de la cabeza de su ilustre modelo; iba a emprenderla con las famosas puntas del cuello de su camisa, cuando la entrada de Michael Finsbury vino a llamarle bruscamente a la realidad.

—¡Vamos! ¿Qué hay? —preguntó Michael, adelantándose hacia la chimenea, donde Pitman tenía un excelente fuego.

—No hay palabras para expresar el embarazo en que me encuentro —dijo el artista—. La estatua del señor Semitopolis no ha llegado y temo que me hagan responsable de su pérdida. Además, no es la cuestión de dinero lo que me inquieta, sino la perspectiva del escándalo, señor Finsbury. Ese

Hércules, como usted sabe, ha salido de Italia fraudulentamente. Los príncipes romanos que lo poseían no tenían derecho para venderlo, y a fin de alejar las sospechas, el señor Semitopolis me rogó que, mediante una pequeña comisión, consintiese en que enviasen el bulto a mi domicilio. Si la estatua se ha quedado en el camino, todo se descubrirá y me veré obligado a confesar mi participación en el asunto.

—Me parece un asunto de los más graves —declaró el abogado—; preveo que va a exigir mucha bebida, Pitman.

—Me he tomado la libertad de prepararlo todo a ese fin —respondió el artista, indicando, sobre la mesa un infiernillo, una botella de ginebra, un limón y unas copas.

Michael se preparó un grog y ofreció un cigarro a su amigo.

—No, gracias —dijo Pitman—. En otro tiempo tenía la debilidad de ser muy aficionado al tabaco, pero lo he tenido que dejar a causa de mis lecciones.

—Está muy bien —dijo el abogado—. Ahora puede usted hablar; ¡venga la historia!

El pobre Pitman fue revelando sus angustias. Había ido a la estación de Waterloo para recoger su Hércules, y le habían entregado, en lugar del coloso esperado, un tonel de dimensiones ordinarias. Lo más curioso era que el tonel venía de Marsella, de donde debía llegar el Hércules, y la dirección estaba escrita de letra de su corresponsal italiano. Y lo más extraordinario de todo era que había sabido que había llegado por el mismo tren un cajón gigantesco, pero con otra dirección imposible de descubrir.

—El carretero encargado de llevarlo se emborrachó y respondió a mi pregunta en los términos más desvergonzados. El jefe de servicio le despidió enseguida, se mostró muy amable conmigo y me prometió tomar informes de Southampton. Pero entretanto, ¿qué debo hacer? He dejado mis señas y me he traído el tonel. Después de esto, recordando un antiguo adagio, he decidido no abrirlo sino en presencia de mi abogado.

—¿Y no hay más que eso? —dijo Michael—. No veo en ello el menor motivo de inquietud. El Hércules se habrá entretenido en el camino y llegará mañana o pasado. En cuanto al tonel, estoy seguro de que es un recuerdo de una de sus discípulas. ¡Probablemente contendrá ostras!

—¡Oh, no hable usted tan alto! —exclamó el artista—. Si le oyesen a usted burlarse de esas señoritas, perdería mi cargo enseguida. Además, ¿por qué me habían de enviar ostras de Marsella? ¿Y por qué me las había de enviar el mismo señor Ricardi, corresponsal del señor Semitopolis?

—¡Veamos el cuerpo del delito! —dijo Michael—, coloquémosle bajo el mechero de gas.

Los dos hombres hicieron rodar el tonel a través del taller.

—¡Lo cierto es que para contener ostras es demasiado pesado! —observó juiciosamente Michael.

—¿Si lo abriésemos inmediatamente? —propuso Pitman a quien la influencia combinada de la conversación y del grog había devuelto el buen humor.

Después de esto, sin aguardar respuesta, se remangó las mangas, como para un concurso de boxeo, echó al cesto de papeles su cuello postizo de pastor y, cogiendo un cortafrío en una mano y un martillo en la otra, atacó con vigor el misterioso barril.

—¡Bravo, William Dent, eso se llama trabajar! —gritaba Michael—. ¡Qué admirable leñador hubiera hecho usted! ¿Y sabe usted lo que se me figura? Creo que se trata de una de sus discípulas, que, para llegar hasta usted, se ha encerrado en ese tonel. ¿No hay una aventura semejante en la historia de Cleopatra? ¡Cuidado, no vaya usted a hundir el cortafrío en la cabeza de la hermosa!

Pero el espectáculo de la actividad de Pitman era contagioso y el abogado no pudo resistir al deseo de tomar parte en la fiesta. Echando su cigarro a la lumbre, arrancó las herramientas de manos de su amigo y se puso a su vez a arrancar el fondo del tonel. No tardó en correr el sudor por su ancha rente; su pantalón, cortado a la última moda, se llenó de manchas de orín y sus golpes hacían vibrar el taller.

Un tonel con flejes de hierro no es cosa fácil de abrir, aun cuando se sepa hacerlo; pero cuando no se sabe hay muchas probabilidades de que en lugar de abrirse, el tonel acabe por deshacerse por completo. Esto es lo que sucedió precisamente al tonel en cuestión. De pronto, cayó el último fleje, y lo que había sido un magnífico tonel, soberbia muestra de la tonelería inglesa, se convirtió en confuso montón de duelas rotas.

En medio de ellas quedó por algunos momentos de pie un extraño bulto, que no tardó en caer pesadamente sobre el piso de mármol de la chimenea. En el mismo instante se abrieron las mantas que cubrían el bulto y cayeron rodando a los pies del azorado Pitman unos lentes de concha.

—¡Silencio! —dijo Michael.

Corrió a la puerta del taller y echó el cerrojo, después, muy pálido, volvió hacia la chimenea y apartó las mantas que cubrían el cadáver, retrocediendo con espanto.

Reinó un largo silencio en el taller.

—Diga usted la verdad —preguntó al fin Michael en voz baja—. ¿Es usted el autor de esto?

Diciendo así señalaba el cadáver.

El pobre artista no lograba articular una palabra.

Michael echó ginebra en un vaso y le dijo:

—Tome usted y beba, y no tema usted confesármelo todo. ¡Ya sabe usted que siempre seré su amigo!

Pero Pitman rechazó el vaso sin probarlo siquiera.

—¡Juro a usted ante Dios que esto es para mí un nuevo misterio! En mis más terribles pesadillas jamás he soñado cosa igual. ¡Juro a usted, además, que sería incapaz de matar una mosca!

—¡Está bien! —respondió Michael, lanzando un hondo suspiro, cual si se viese libre de un gran peso—. ¡Le creo, pobre amigo mío! —Y diciendo esto estrechó enérgicamente la mano de su amigo—. ¡Dispense usted mi duda! —añadió un momento después—, pero se me había ocurrido la idea de que hubiese usted podido desembarazarse del señor Semitopolis.

—¡Si yo hubiera hecho eso, mi situación no sería peor! —gimió Pitman—. ¡Soy hombre perdido! ¡Todo acabó para mí!

—En primer lugar —dijo Michael—, alejemos esto de nuestra vista; porque debo confesarle, amigo Pitman, que esta visita no es precisamente de las más regocijadas.

Diciendo esto se estremeció de nuevo.

—¿Dónde podríamos meterlo?

—¿Podría usted tal vez transportarlo al gabinete inmediato? Si es que tiene usted valor para tocarlo —murmuró Pitman.

—¡Cáspita! Mi pobre Pitman, será preciso que uno de nosotros dos tenga ese valor, y temo mucho que no llegue usted a tenerlo nunca. ¡Póngase usted al otro lado de la mesa, vuélvase de espaldas y prepáreme un grog! ¡Esto es lo que se llama la división del trabajo!

Dos minutos después oyó Pitman cerrarse de nuevo la puerta del gabinete.

—¡Vamos! —declaró Michael—; ¡esto ya tiene más carácter de intimidad! Puede usted volverse; intrépido Pitman. ¿Es éste mi grog? —

preguntó tomando un vaso de manos del artista—. ¡El cielo me perdone, pero esto es una limonada!

—¡Oh, Finsbury, por piedad! ¿Qué vamos a hacer de esto? —murmuró Pitman, posando su mano en el hombro de su amigo.

—¿Que qué vamos a hacer? ¡Enterrarlo en medio de su jardín y colocar encima una de sus estatuas a guisa de monumento fúnebre! Pero ante todo écheme usted aquí ginebra.

—¡Señor Finsbury, por piedad, no se burle usted de mi desgracia! —gritó el artista—. Tiene usted en su presencia un hombre que ha sido toda su vida, no vacilo en decirlo, eminentemente respetable. A excepción del pequeño contrabando del Hércules, y aun de eso me arrepiento humildemente, jamás he hecho nada que no pudiese salir a la luz del día. Jamás he temido la luz —gimió el hombrecillo—, y ahora…

—¡Vamos! ¡Un poco más de energía! —exclamó Michael—. Le aseguro a usted que estas cosas pasan todos los días. Es la cosa más común del mundo y la más insignificante. Si está usted completamente seguro de no haber tenido parte alguna en…

—¡De qué palabras podría valerme para afirmárselo! —contestó Pitman.

—Le creo, le creo —repuso Michael—. Se ve muy bien que no tiene usted la experiencia que supondría un hecho semejante. Pero aquí lo que quería decir, si, o más bien puesto que, no sabe usted nada del crimen, puesto que el… objeto encerrado en ese gabinete, no es ni su padre, ni su hermano, ni su acreedor, ni siquiera lo que se ha convenido en llamar un marido ultrajado…

—¡Oh, amigo mío! —interrumpió Pitman escandalizado.

—Puesto que en una palabra —continuó el abogado—, no puede usted tener ningún interés en ese crimen, tenemos el terreno completamente desembarazado. Hasta diré que el problema es de los más interesantes y me propongo ayudarle a resolverlo, Pitman, y ayudarle hasta el fin. ¡Caramba! Hace tiempo que no me he permitido un día de asueto. Mañana por la mañana avisaré en mi oficina que no me esperen en todo el día. De este modo podré consagrarle todo el tiempo y podremos dejar el asunto en otras manos.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Pitman—. ¿En qué otras manos? ¿En las de un comisario de policía?

—¡Llévese el diablo al comisario de policía! —replicó Michael—. Si usted no quiere emplear el medio más corto, que consistiría en enterrar el objeto esta misma noche en su jardín, habrá que encontrar alguien que consienta en enterrarlo en el suyo. En resumen, tendremos que transmitir el depósito en manos de alguien que tenga más recursos y menos escrúpulos.

—¿Un detective privado? —añadió Pitman.

—Oiga usted, amigo mío, hay momentos en que me causa usted la más profunda compasión —respondió el abogado—. Y a propósito —añadió cambiando de tono—, siempre he lamentado que no tuviese usted un piano aquí en su caverna. Si usted no sabe tocarlo, por lo menos podrían distraerse sus amigos haciendo un poco de música, mientras usted se ocupa en manipular el barro.

—Si le agrada a usted, puedo procurarme un piano —dijo nerviosamente Pitman, deseoso de complacerle—. Por lo demás, ya sabe usted que toco algo el violín…

—¡Sí, ya lo sé! —dijo Michael—, ¡pero qué es un violín, sobre todo teniendo en cuenta como usted toca! ¡No, lo que hace falta es un instrumento polifónico! ¡Lo ideal es un buen contrapunto! Ahora bien, puesto que ya es demasiado tarde esta noche para que pueda usted comprar un piano, yo voy a regalarle uno.

—¡Muchísimas gracias! —respondió Pitman sin saber lo que le pasaba —. ¿Quiere usted regalarme su piano? ¡No sé cómo agradecérselo!

—¡Sí, voy a regalarle a usted uno de mis dos pianos —continuó Michael— para que mañana se divierta el inspector de policía en hacer arpegios, mientras sus detectives registran el gabinete!

Pitman le contemplaba con asombro.

—¡Estoy hablando en broma! —dijo Michael—. Pero el caso es que usted no comprende nada sin que le pongan los puntos sobre las íes. ¡Atención, Pitman, siga usted el hilo de mi argumento! Parto del hecho muy afortunado para ambos, de que somos completamente inocentes del asesinato. No nos liga con este accidente más que la presencia de… lo que usted sabe. Si logramos desembarazarnos de… eso, no tendremos nada que temer. Ahora bien, voy a darle a usted mi piano. Mañana arrancaremos todas las cuerdas y depositaremos… a nuestro amigo… en su lugar; cerraremos el instrumento con llave, lo colocaremos en un carrito de mano y lo introduciremos en la morada de un caballero joven a quien conozco de vista.

—¿A quién conoce usted de vista?… —repitió Pitman.

—Pero sobre todo —dijo Michael—, conozco su casa mejor que él mismo, pues vivió en ella en otro tiempo uno de mis amigos, le llamo «mi amigo» para abreviar, pues ahora está en presidio. Le defendí y le salvé la vida al pobre diablo, en recompensa, me dejó todo lo que poseía incluso las llaves de su casa. Allí es donde me propongo transportar nuestro piano. ¿Comprende usted?

—Todo eso me parece muy extraño —murmuró Pitman—. Y ¿qué le sucederá a ese pobre señor a quien usted conoce de vista?

—¡Oh, hago eso por su bien! —respondió alegremente Michael—. ¡Tiene necesidad de una buena sacudida para moverse!

—Pero amigo mío, ¿no cree usted que se hallará en peligro de ser acusado de asesinato? —tartamudeó Pitman.

—¡Bah! ¡Estará precisamente en la misma situación en que nosotros nos encontramos! Puedo asegurarle a usted que es tan inocente como usted. ¡Amigo Pitman, lo que hace ahorcar a la gente no es la acusación, sino una desdichada circunstancia agravante que se llama la culpabilidad!

—¡En verdad! ¡En verdad! —insistió Pitman—. Su plan me parece muy extraño. ¿No sería mejor en fin de cuentas avisar a la policía?

—¡Y promover un escándalo! —respondió Michael—. El misterio de Norfolk Street; fuertes presunciones de inocencia en favor de Pitman. ¿Qué efecto produciría esto en su colegio?

—¡Pues simplemente mi expulsión inmediata! —replicó el artista—. Sí, seguramente.

—Además, por otra parte —dijo Finsbury—, debe usted suponer que no me voy a embarcar en un asunto como éste sin procurarme alguna distracción a cambio de mi trabajo.

—¡Oh, mi querido señor Finsbury! ¿Son éstas las disposiciones que convienen para llevar a cabo asunto tan grave? —exclamó el desdichado Pitman.

—¡Vamos, he dicho eso para darle a usted ánimo! —replicó Michael imperturbable—. ¡Créame usted, Pitman, no hay nada en la vida como una juiciosa ligereza! Pero es inútil discutir más. ¡Si consiente usted en seguir mi parecer, vamos enseguida a buscar el piano; pero si no consiente en ello, dígalo y le dejaré salir del atolladero como guste!

—¡Demasiado sabe usted que dependo en absoluto de su voluntad! —respondió Pitman—. Pero ¡qué terrible noche voy a pasar, con este… horror en mi taller!

—En todo caso también estará en su taller mi piano —respondió Michael—. Piense usted en él y eso hará contrapeso.

Una hora después penetró un carrito en la callejuela, y el piano de Michael, un Erard de gran cola, aunque bastante maltratado, fue colocado por los dos amigos en el taller de Pitman.

Capítulo Ocho

DONDE MICHAEL SE PERMITE UN DÍA DE ASUETO

Al día siguiente por la mañana, a las ocho en punto, llamó Michael a la puerta del taller. Halló al artista en el más lamentable estado, descolorido, encorvado, sin fuerzas, con los ojos extraviados, que se dirigían sin cesar a la puerta del gabinetito. Pitman por su parte quedó mucho más admirado del cambio que observó en su amigo. Michael se las echaba de seguir la última moda (creo que ya lo he dicho) y es lo cierto que estaba siempre vestido con irreprochable elegancia, lo cual le daba en cierta manera el aspecto de un señor que está convidado a una boda. Ahora bien, la mañana en cuestión, estaba muy lejos de parecer semejante cosa. Llevaba una camisa de franela, una americana y un pantalón de paño ordinario; calzaba botas sin tacones y acababa de darle el aspecto de un vendedor ambulante de cerillas, un malaventurado abrigo.

—¡Aquí me tiene usted, William Dent! —exclamó quitándose el sombrero de fieltro que llevaba en la cabeza.

Después de esto, sacando del bolsillo dos mechones de pelos rojos, se los pegó en las mejillas a modo de patillas y empezó a bailar desde un extremo a otro del taller, con la gracia afectada de una bailarina.

Pitman sonrió tristemente.

—¡Jamás hubiera podido reconocerle! —dijo.

—De lo cual me alegro mucho —respondió Michael metiéndose nuevamente las patillas en el bolsillo—. Por el momento vamos a pasar revista al guardarropa de usted, porque también tendrá que disfrazarse.

—¿Disfrazarme? —gimió el artista—. ¿Es indispensable en verdad que me disfrace? ¿No hay medio de evitarlo?

—¡Querido amigo —replicó Michael—, el disfraz es el encanto de la vida! ¿Qué es la existencia, como dice muy bien el gran filósofo francés, sin los placeres del disfraz? Por otra parte, no depende de nuestra voluntad: la necesidad nos obliga a ello. Es necesario que gran número de personas y en particular el señor Forsyth, tal es el nombre del joven a quien conozco de vista, no puedan reconocernos hoy. Pudiera suceder que el señor Forsyth se encontrase en su casa cuando vayamos a visitarla.

—¡Pero si se encuentra en su casa en ese momento —tartamudeó Pitman—, estamos perdidos!

—¡Bah! ¡Ya saldremos del paso! —respondió Michael alegremente—. Vamos, muéstreme usted sus prendas de desecho, a fin de que pueda transformarlo en un hombre nuevo.

En el ropero de Pitman escogió Michael, después de largo y minucioso examen, una americana corta de alpaca negra y un pantalón de verano color verdoso. Una vez en posesión de estos objetos procedió al examen de la persona de su amigo.

—Lleva usted un cuello postizo clerical que no me agrada —le dijo—. ¿No podría usted reemplazarlo?

El profesor de dibujo reflexionó un instante.

—Debo tener por ahí dos camisas de cuello bajo que usaba cuando estaba en París estudiando la pintura.

—¡Magnífico! —exclamó Michael—. ¡Va a estar usted admirable! Hombre, unas polainas de caza —continuó, revolviendo en el fondo de una alacena—. ¡Oh, las polainas son absolutamente de rigor! Ahora, amigo mío, va usted a ponerse todas estas prendas, después de lo cual se sentará usted en ese sillón y meditará sobre algún problema de estética, durante media hora larga. Hecho esto va usted a buscarme a su taller.

La mañana había sido por demás desagradable. En el jardín de Pitman soplaba furioso el viento del Este entre las estatuas y arrojaba la lluvia contra las ventanas del taller. Era precisamente el momento en que Maurice intentaba por centésima vez en Bloomsbury la falsificación de la firma de su tío, mientras que Michael se ocupaba, con no menor actividad en el taller de Norfolk Street, en arrancar las cuerdas de su gran piano Erard.

Media hora después, Pitman, al entrar de nuevo en su taller, halló la puerta del gabinete de par en par, y la caja del piano discretamente cerrada.

—¡Oh —exclamó Michael, apenas vio a su amigo—, hay que despojarse inmediatamente de esa barba!

—¡Mi barba! —exclamó Pitman espantado—. Me es imposible quitarme la barba, pues perdería inmediatamente mi empleo. La directora es muy rigurosa en todo lo que se refiere al aspecto exterior del personal docente. Mi barba me es absolutamente indispensable.

—Podrá usted dejársela crecer después —dijo Michael—. Entretanto estará usted tan feo que le subirán el sueldo.

—Pero es que no quiero estar demasiado feo —replicó el artista.

—¡Vamos, basta de niñerías! —dijo Michael que detestaba las barbas y estaba muy satisfecho de poder suprimir una—. Vamos, sea usted hombre y haga ese sacrificio.

—¡Si lo cree usted absolutamente indispensable! —murmuró Pitman.

Lanzando un profundo suspiro, fue a la cocina a buscar agua caliente, instaló un espejo en su caballete y procedió al decoroso sacrificio. Michael estaba encantado.

—¡Es una transformación milagrosa, se lo aseguro bajo palabra de honor! —dijo a Pitman—. Una vez que se haya usted puesto los anteojos que traigo en el bolsillo será usted el tipo perfecto del viajante alemán de comercio.

Pitman, sin responder, seguía contemplando tristemente en el espejo la imagen del hombre nuevo en que se había convertido. Michael comprendió que tenía el deber de animarle.

—¿Sabe usted —le preguntó—, lo que dijo un día el gobernador de Carolina del Sur al de Carolina del Norte? «Me parece —dijo este profundo pensador—, que el tiempo que media entre dos copas de aguardiente es siempre demasiado largo». Ahora bien, amigo Pitman, si tiene usted la bondad de buscar en el bolsillo izquierdo de mi abrigo, se me figura que encontrará usted un frasco de whisky. ¡Eso es, gracias! —añadió llenando dos copas—. Beba usted esto y se chupará los dedos.

El artista alargaba la mano hacia el jarro del agua, pero Michael se apresuró a cortar su movimiento.

—¡Aunque me lo pidiese usted de rodillas! Es la mejor calidad de whisky de mesa que puede hallarse en toda Inglaterra.

Pitman bebió un trago, dejó la copa encima de la mesa y exhaló un suspiro.

—Para un día de vacaciones, no es posible seguramente hallar un compañero más triste que usted —exclamó Michael—. Si no entiende usted más que eso en materia de whisky, amigo mío, no lo catará usted más; y mientras yo doy fin de la botella, usted va a poner manos a la obra, porque —continuó— he cometido un error abominable: hubiera debido enviarle a usted a buscar el carrito antes de disfrazarse. Hay que confesar también, amigo Pitman, que no sirve usted para nada. ¿Por qué no me hizo usted pensar en ello?

—¡Yo no sabía siquiera que había que encargar un carrito! —gimió el artista—. Pero si usted quiere, puedo quitarme el disfraz.

—En todo caso le sería a usted difícil volverse a poner la barba —observó Michael—. No, amigo mío; ésta es una de esas faltas que llevan a veces a la horca. Vaya usted inmediatamente a la agencia de Kings Road; diga usted que vengan a llevarse el piano, que lo lleven a la estación de Victoria, y desde allí, por ferrocarril a la estación de Cannon Street, donde quedará a disposición del señor… ¿qué le parece a usted el nombre de Víctor Hugo?

—¿No le parece un poco llamativo? —insinuó Fitman.

—¿Llamativo…? —replicó desdeñosamente Michael—. ¡Un nombre así bastaría para hacernos ahorcar a los dos! Es mejor Brown, que es a la vez más seguro y más fácil de pronunciar. No se olvide usted de decir que el piano debe ser entregado al señor Brown.

—Le agradecería a usted —murmuró Pitman—, que, siquiera por compasión hacia mí, no hiciese con tanta frecuencia alusión a la horca.

—¡Oh, amigo mío; hacer alusión a ella no trae la menor consecuencia! —repuso Michael—. ¡Ea, póngase su sombrero y en marcha! No se olvide usted de pagarlo todo por adelantado.

Una vez solo el abogado empezó por concentrar toda su atención en la botella de whisky, lo cual contribuyó no poco a aumentar el buen humor de que se sentía animado desde por la mañana. Después, una vez vaciada la botella, se ocupó en colocarse las patillas delante del espejo.

—¡Soberbio! —exclamó con orgullo, después de mirarse largamente al espejo—. Parezco un empleado de economato.

De pronto se acordó de los anteojos que tenía en el bolsillo y que destinaba para Pitman. Los sacó, se los puso y quedó encantado del efecto. «Es justamente lo que me faltaba. ¿A qué me parezco ahora?». Fue adoptando diversas actitudes delante del espejo y definiéndolas en voz alta a medida que las tomaba. «Imitador de un redactor de noticias para los periódicos cómicos; pero para esto me haría falta un paraguas. Imitación de un empleado de economato. Imitación de un colono de Australia que vuelve a Inglaterra para visitar los lugares de su infancia. Magnífico, esto es lo que me conviene».

A este punto llegaba de sus razonamientos cuando sus ojos se fijaron en el piano. Inmediatamente, obedeciendo a un impulso irresistible, descubrió el teclado, y con los ojos fijos en el techo, empezó a tocar las teclas mudas.

Cuando el señor Pitman volvió al taller halló a su guía y salvador ocupado en realizar prodigios de virtuosidad en el Erard silencioso.

«¡Dios me ayude! —pensó el hombrecillo—. Se ha bebido toda la botella y está completamente embriagado».

—¡Señor Finsbury! —dijo en voz alta.

Michael, sin levantarse, volvió hacia él su rostro, que se había puesto muy colorado. Lo adornaban las rojas patillas y en su centro se destacaban los soberbios anteojos.

—¡Capricho en sol menor sobre la marcha de un amigo! —dijo por toda respuesta sin dejar de continuar sus arpegios.

Pero de pronto se despertó la indignación en el alma de Pitman.

—¡Dispense usted! —exclamó—. Estos anteojos debían ser para mí, forman parte esencial de mi disfraz.

—¡Estoy dispuesto a usarlos yo mismo! —respondió Michael.

Y luego añadió, no sin cierta apariencia de verdad:

—¡Y la gente sería capaz de sospechar algo si nos viesen a ambos con anteojos!

—¡Está bien! —dijo el bueno de Pitman—. ¡Había contado con esos anteojos, pero puesto que usted insiste! El carro está a la puerta.

Mientras sacaron el piano, Michael se mantuvo oculto en el gabinete. Pero apenas se llevaron el instrumento, los dos amigos salieron por la puerta principal, tomaron un coche y se dirigieron al centro de la ciudad. El día seguía frío y desapacible; pero a pesar de la lluvia y del viento, Michael se negó a cerrar los cristales del carruaje. Se le había metido de pronto en la cabeza hacer el papel de cicerone para con Pitman e iba señalando y comentando al paso las curiosidades de Londres.

—¡A fe mía, querido amigo —le decía—, paréceme que conoce usted muy mal su ciudad natal! ¿Qué diría usted de una visita a la Torre de Londres? Pero no; eso nos alejaría tal vez demasiado. A lo menos… ¡Eh, cochero, dé usted una vuelta por Trafalgar Square!

Trabajo me costaría dar una ligera idea de lo que sufrió Pitman en aquel coche. El frío, la humedad, la desconfianza creciente respecto del jefe bajo cuyas órdenes se había puesto, cierto sentimiento de malestar, casi de vergüenza, debido a la ausencia del respetable cuello postizo y un sentimiento más amargo aún de degradación, producido sin duda por la brusca supresión de la barba, tales eran los principales ingredientes que se mezclaban en el alma del desdichado artista.

Sintió por de pronto un ligero alivio al llegar al restaurante donde debían almorzar, y el alivio subió de punto al oír a Michael pedir un reservado. Además, mientras los dos hombres subían la escalera, guiados por un mozo extranjero, notó Pitman con satisfacción que no sólo estaba casi desierto el restaurante, sino que la mayor parte de los clientes que en él se hallaban, eran desterrados franceses. Según toda probabilidad, ninguno de ellos tenía relaciones con el colegio de señoritas donde Pitman daba lecciones, porque el mismo profesor de francés, aunque se sospechaba que era católico, no era capaz de frecuentar un establecimiento de aquella índole.

El mozo introdujo a ambos amigos en un cuartito en que sólo había una mesa, un sofá y un simulacro de lumbre. Michael se apresuró a pedir un suplemento de carbón, así como dos copas de aguardiente y un sifón de agua de seltz.

—¡Oh, no —murmuró Pitman—, no quiero más aguardiente!

—¡Es usted un tipo extraordinario! —exclamó Michael—. Sin embargo, tenemos que hacer algo y debe usted saber que no se debe fumar antes de las comidas. ¡Amigo mío, me parece usted completamente desprovisto de toda noción de higiene!

Diciendo esto se dirigió a la ventana para ver caer la lluvia.

Pitman, entretanto, volvió a sumirse en su triste meditación. ¡Así pues, era él mismo en persona quien se hallaba grotescamente afeitado y absurdamente disfrazado en compañía de un hombre borracho con anteojos, en un restaurante extranjero! ¡Qué diría la directora de su colegio si le hubiese visto en aquel estado! Y sobre todo, ¡qué diría si pudiera conocer la trágica y criminal empresa que iba a llevar a cabo!

El abogado, viendo que su amigo estaba decidido a no beberse el vaso de aguardiente que acababan de servirle, no pudo, sin embargo, resignarse a beber solo.

—¡Tómese usted esto! —dijo al mozo.

El mozo se echó al cuerpo en dos tragos el contenido del vaso, lo cual le conquistó las simpatías de Michael.

—¡Jamás he visto a un hombre beber tan de prisa! —dijo a Pitman apenas salió el mozo—. ¡Semejante espectáculo me devuelve la confianza en la especie humana!

El almuerzo fue excelente y Michael comió con gran apetito, pero se negó resueltamente a permitir que su compañero bebiese más de un vaso de champagne.

—¡No, no! —le dijo confidencialmente—. ¡Conviene que uno de nosotros no esté enteramente borracho! Como dice el proverbio: «Si de dos hombres hay uno borracho, el negocio marcha a pedir de boca; pero si los dos están borrachos, todo está perdido». Después del café, Michael hizo un esfuerzo admirable para tomar aire de gravedad. Miró a su amigo cara a cara, y con voz algo pastosa, pero severa, le dijo por vía de juicioso exordio:

—¡Basta de locuras, Pitman! ¡Vamos a nuestro asunto y oiga usted bien lo que voy a decirle! Sepa usted que soy australiano, colono australiano y que me llamo John Dickson, ¿lo oye usted? Además, no le desagradará a usted saber que soy rico, inmensamente rico. La clase de empresa que estamos preparando, amigo Pitman, exige el mayor cuidado en los detalles. El secreto del éxito estriba en la preparación. ¡Por eso me he constituido desde anoche una biografía completa y se la expondría con el mayor gusto si por desgracia no la hubiese olvidado de pronto!

—¡No sé si me he vuelto idiota! —tartamudeó Pitman.

—¡Eso es —exclamó Michael—, completamente idiota, pero rico, mucho más rico que yo! Suponiendo que esto le agradaría, amigo Pitman, he decidido que nade usted en oro. Pero debo confesar a usted que es simplemente americano y por añadidura fabricante de chanclos de caucho. Pero aún tiene usted otra desgracia, pobre amigo mío, y es la de llamarse Ezra Thomas. Ahora, dígame usted, amigo mío, ¿quiénes somos usted y yo?

El desdichado artista tuvo que responder tres veces seguidas antes de aprender de memoria la lección.

—¡Al fin! —exclamó el abogado—, ¡nuestro plan está dispuesto y lo principal es no contradecirse!

—¡Pero no comprendo bien! —objetó Pitman.

—¡Oh! Ya comprenderá usted cuando llegue el momento —dijo Michael levantándose.

—¡Pero si no me ha dicho usted más que nuestros nombres…! —repuso Pitman—. Sigo sin hacer la historia que tendremos que contar.

—¡Si le he dicho a usted que había inventado una y la he olvidado! —repuso Michael—. Cuando llegue el momento inventaremos otra.

—El caso es que yo no sé inventar —repuso Pitman—. Jamás he podido inventar nada en mi vida.

—Pues hoy empezará usted, amiguito —respondió simplemente Michael. Después llamó para pedir la cuenta.

El pobre Pitman se sentía tan intranquilo como antes del almuerzo.

«Sé que es muy inteligente —se decía a sí mismo—, pero en conciencia, ¿puedo fiarme de un hombre en semejante estado?».

Cuando nuevamente estuvieron en un coche, no pudo menos de intentar el último esfuerzo.

—¿No le parece a usted —tartamudeó—, que pensándolo bien, haríamos tal vez mejor en dejar el negocio para otro día?

—¡Dejar para mañana lo que se puede hacer hoy! —exclamó Michael indignado—. ¡Vamos, Pitman, anímese usted! ¡Tenga paciencia una hora o dos y la victoria es nuestra!

En la estación de Canon Street, ambos amigos preguntaron por el piano del señor Brown y se alegraron mucho de saber que había llegado perfectamente. Dirigiéndose entonces a casa de un alquilador de las inmediaciones de la estación, alquilaron un carrito grande de mano y volvieron a tomar posesión del piano. Tras un breve debate quedó convenido que Michael tiraría del carrito y Pitman lo empujaría por detrás.

La casa en que vivía Gideon estaba muy cerca, de suerte que el viaje del carrito pudo terminar sin incidente desagradable. Llegados a la esquina de la calle, ambos amigos confiaron el carrito al cuidado de un mozo de cuerda y se dirigieron, sin apresuramiento, hacia el punto final de su expedición. Por primera vez mostró Michael asomos de embarazo.

—¿Está usted seguro de que mis patillas se hallan en su sitio? —preguntó—. ¡Sería sumamente fastidioso que me reconociera!

—¡Sus patillas están perfectamente en su sitio! —respondió Pitman, después de un minucioso examen—. Por lo que a mí toca, ¿cree usted que mi disfraz puede impedir que me reconozcan? ¡Con tal que no encuentre a alguien de mi colegio!

—¡Oh, sin la barba está usted completamente desconocido! ¡Recomiendo a usted únicamente que no se olvide de hablar con lentitud, y procure también, si le es posible, emplear un tono menos gangoso que el ordinario!

—¡Abrigo la esperanza de que ese joven no esté en su casa! —suspiró Pitman.

—¡Y yo abrigo la de que esté, con tal, sin embargo, de que esté solo! —respondió Michael—. ¡Esto simplificaría mucho nuestras operaciones!

Y en efecto, cuando llamaron a la puerta de un modesto cuarto bajo, salió a abrirles Gideon en persona. Les hizo entrar en una habitación, bastante pobremente amueblada, que estaba completamente llena de pipas, de paquetes de tabaco, de cajas de cigarros y de novelas francesas de cubierta amarilla.

—¿Tengo el honor de hablar al señor Forsyth, no es cierto? —dijo Michael abriendo el ataque—. Caballero, hemos venido a rogar a usted que tenga la bondad de encargarse de cierto asunto. Temo ser indiscreto…

—¡Ya sabe usted que en principio, debería usted venir acompañado de un procurador!… —se atrevió a decir Gideon.

—Seguramente, seguramente, usted me hará el favor de indicarme su procurador ordinario, y de este modo el negocio podrá marchar enseguida regularmente —respondió Michael sentándose e indicando a Pitman que hiciese lo mismo—. Pero le diré a usted: no conocemos ningún procurador en esta ciudad, pero, como nos han hablado de usted y el tiempo urge, nos hemos permitido venir a verle.

—¿Sería indiscreto, caballero —repuso Gideon—, preguntar a quién debo la recomendación?

—No hay indiscreción alguna —replicó Michael con maligna sonrisa—, pero nos han rogado que no lo digamos… por lo menos en este momento.

—¡Seguramente es una atención de mi tío! —dijo para sí Gideon.

—Yo me llamo John Dickson —continuó—, nombre muy conocido en Ballarat; séame lícito declararlo. Mi amigo, aquí presente, es el señor Ezra Thomas, de los Estados Unidos de América, rico fabricante de chanclos de caucho.

—¿Me hace usted el favor de esperar un momento, que tome nota? —dijo Gideon, procurando darse aire de hombre práctico en los negocios.

—¿Le molestaría a usted que encendiese un cigarro? —le preguntó Michael.

En efecto, había hecho un vigoroso esfuerzo para recobrar la sangre fría al entrar en casa de su joven colega; pero en aquel momento, su cerebro empezaba a velarse al mismo tiempo que le acometían terribles ganar de dormir; así es que concibió la esperanza (como otros muchos en su caso) de que un cigarro le aclararía las ideas.

—¡Oh, claro que no! —exclamó Gideon muy obsequioso—. Tome usted uno de éstos; se lo recomiendo con entera confianza.

Diciendo esto tomó una caja de la chimenea y se la presentó a su cliente.

—Caballero —continuó diciendo el australiano—, para el caso en que usted no encuentre completamente claras mis explicaciones, debo declarar a usted de antemano que acabo de almorzar fuerte. Después de todo es cosa que le puede ocurrir a cualquiera.

—¡Oh, seguramente! —respondió el obsequioso abogado—. Puedo consagrar a usted… —diciendo esto miró su reloj—; sí, casualmente puedo consagrarle a usted toda la tarde.

—El asunto que aquí me trae, caballero, es sumamente delicado, puedo asegurarlo. Como mi amigo el señor Thomas es americano, de origen portugués y rico fabricante de pianos Erard…

—¿De pianos Erard? —exclamó Gideon con sorpresa—. ¿Es acaso el señor Thomas uno de los jefes de la casa Erard?

—¡Oh, es un Erard de contrabando! —replicó Michael—. Mi amigo es el Erard americano.

—Pero se me figuraba haberle oído a usted —objetó Gideon—, y hasta he tomado nota de ello… que su amigo era fabricante de chanclos de caucho.

—¡Sí, ya sé que eso puede admirar a primera vista! —repuso el australiano, con una sonrisa—. Pero mi amigo… ¡en fin, combina las dos profesiones! ¡Y además otras muchas! —repitió el señor Dickson, con la solemnidad propia de un borracho—. Los molinos de algodón del señor Thomas son una de las curiosidades de Tallahassee, y sus molinos de tabaco son el orgullo de Richmond. En fin, es uno de mis más antiguos amigos, señor Forsyth, y le ruego a usted me dispense si al exponerle el asunto que a él se refiere, no puedo contener la emoción.

Durante este discurso el joven abogado examinaba atentamente al señor Thomas y se sentía agradablemente impresionado por la actitud modesta, casi tímida, de aquel hombrecillo y la sencillez y encogimiento de sus modales.

«¡Qué extraordinaria raza la de esos americanos! ¿Quién diría que un hombrecillo de aspecto tímido, vestido como un músico ambulante, tiene en sus manos tal cúmulo de intereses?».

—Pero —añadió en voz alta—, ¿no sería mejor tratar discretamente del fondo de la cuestión?

—¡Usted, caballero, por lo que veo, es un hombre práctico! —dijo el australiano—. En efecto, vamos al grano. Sepa usted, pues, caballero, que se trata de una ruptura de promesa de matrimonio.

El desgraciado Pitman estaba tan poco preparado para este nuevo incidente, que apenas pudo contener un grito.

—¡Oh —dijo Gideon—, esa clase de asuntos suelen ser muy fastidiosos! ¡Expóngame usted todos los detalles del caso! —añadió con bondad—. ¡Si quiere usted que yo pueda serle útil, no me oculte nada!

—¡Cuénteselo todo usted mismo! —dijo a su compañero Michael, que al parecer tenía conciencia de haber desempeñado el papel que le correspondía—. ¡Mi amigo se lo contará a usted todo! —añadió volviéndose hacia Gideon y dando un bostezo—, y dispénseme usted si por un momento cierro los ojos, pues he pasado la noche a la cabecera de un amigo enfermo.

Pitman, completamente fuera de sí, estaba aterrado. En su inocente alma se mezclaban la rabia y la desesperación. Hasta se le ocurrían ideas de suicidio. Entretanto el abogado aguardaba pacientemente, mientras el artista se esforzaba en vano por hallar palabras, fuesen las que fuesen.

—¡Sí, señor, se trata de una ruptura de promesa de matrimonio! —dijo al fin en voz baja—. ¡Yo… me veo amenazado de procesamiento por ruptura de promesa matrimonial!…

Al llegar a este punto de su discurso, quiso tirarse de la barba, en busca de alguna nueva inspiración. Sus dedos se cerraron sobre la desacostumbrada tersura de una barca recién afeitada; y al mismo tiempo, sintió que le abandonaba cuanto le restaba de esperanza y de valor. En medio de su angustia, se volvió hacia Michael y le sacudió con todas sus fuerzas, gritándole con ira:

—¡Despiértese usted! ¡No logro salir adelante y usted lo sabe muy bien!

—¡Suplico a usted dispense a mi amigo! —dijo inmediatamente Michael—. ¡La verdad es que Dios no le ha concedido el don de la narración! Por lo demás —prosiguió—, el asunto es muy sencillo. Mi amigo es hombre de temperamento apasionado y acostumbrado a la vida patriarcal de su país. Figúrese usted ahora, un desdichado viaje a Europa seguido de un encuentro más desdichado aún con un supuesto Conde extranjero. El señor Thomas perdió la cabeza. Se presentó como candidato, fue admitido y escribió en una forma de que seguramente está ahora muy arrepentido. ¡Si sus cartas salen a luz en los tribunales, mi amigo quedará deshonrado!

—¿Debo comprender?… —dijo Gideon.

—No, no, estimado señor —repuso el australiano—, es imposible que usted comprenda mientras no haya visto las cartas en cuestión.

—En verdad es una mala situación —dijo Gideon.

Lleno de compasión, dirigió una mirada al culpable; después, viendo pintadas en el rostro del mismo las señales de una terrible vergüenza, se apresuró a apartar la vista de él.

—Pero eso no es nada —continuó severamente el señor Dickson—; y seguramente yo hubiera deseado con toda mi alma que mi amigo no se hubiera deshonrado como lo ha hecho. Pero la verdad es que no tiene excusa, porque en el momento en que eso hacía, estaba ya desposado, y lo sigue estando, con Ga, la más linda joven de Constantinopla.

—¿Ga? —preguntó Gideon maravillado.

—Sí, señor; es una abreviatura corriente —dijo Michael—. Se dice Ga por Georgia, del mismo modo que nosotros decimos Co por compañía.

—Sabía que se escribía a veces así —dijo Gideon—, pero no sabía que se pronunciase de la misma manera.

—¡Oh, puede usted creerme! —respondió Michael—. Y ahora, caballero, comprenderá usted fácilmente que, para salvar a mi desdichado amigo, va a ser necesario desplegar una habilidad infernal. ¡Por lo que hace al dinero no hay que achicarse! El señor Thomas está enteramente dispuesto a firmar mañana un cheque de cien mil libras. ¡Por lo demás, señor Forsyth, aún hay algo mejor que eso! Ese Conde extranjero, el Conde Tarnow, como él se hace llamar, tuvo en otro tiempo un almacén de cigarros en Bayswater, con el nombre más modesto de Schmidt. Su hija, si realmente lo es, ¡fíjese usted en este punto!, su hija, repito, despachaba en el almacén. ¡Y ahora pretende esa señorita casarse con un hombre de la situación social del señor Thomas! ¿Va usted adivinando al fin lo que nos proponemos? Sabemos que esos miserables están preparando un golpe y deseamos ganarles por la mano. Es preciso que vaya usted enseguida a Hampton Court, donde viven los Tarnow, y que emplee la amenaza o la corrupción, o ambas cosas a la vez, hasta lograr que le entreguen las cartas. Si usted no lo consigue, mi amigo será llevado ante los tribunales y quedará deshonrado. ¡Yo mismo me veré obligado a renunciar a su amistad! —añadió el poco caballeresco amigo.

—Me parece que en este asunto podemos tener algunas probabilidades de éxito —dijo Gideon—. ¿Sabe usted si el tal Schmidt es conocido de la policía?

—¡Seguramente que debe serlo —dijo Michael—, tenga usted en cuenta el hecho de que esa gente ha habitado ya Bayswater! ¿No le parece a usted que la elección de ese barrio es cosa bastante sugestiva?

Por quinta o sexta vez desde el principio de esta notable entrevista, se preguntó Gideon si estaba soñando. ¡Pero no —se dijo—, este excelente australiano habrá empinado el codo más de lo regular en el almuerzo! Después añadió en voz alta:

—¿Hasta qué suma puedo llegar?

—Me parece que por hoy puede usted llegar hasta cinco mil libras —dijo Michael—. Y ahora, caballero, no queremos retenerle a usted más tiempo. La tarde avanza; hay trenes para Hampton Court cada media hora, y no necesito decirle la impaciencia de mi amigo. Tome usted cinco libras para los primeros gastos. Y he aquí las señas.

Diciendo esto, Michael empezó a escribir, pero se detuvo enseguida, rompió el papel y se echó los pedazos al bolsillo. Luego añadió:

—Prefiero dictarle a usted las señas, porque tengo una letra endemoniada.

Gideon escribió cuidadosamente las señas: «Conde Tarnow, villa Kurnaul, Hampton Court». Enseguida tomó otra hoja de papel y escribió algunas palabras.

—¿Me ha dicho usted que no había escogido procurador? —repuso—. Aquí tiene usted las señas de uno que, para casos de este género, es el hombre más hábil de Londres.

—¡Ah! ¿De veras? —exclamó Michael, leyendo sus propias señas.

—Sí, ya sé, habrá usted visto su nombre mezclado en negocios no muy limpios —dijo Gideon—; pero personalmente es un hombre sumamente respetable y de extraordinaria capacidad. Sólo me resta preguntarles a ustedes dónde podré encontrarles a mi regreso de Hampton Court.

—¡En el gran hotel Langham, naturalmente! —respondió Michael—. ¡Le esperamos a usted sin falta esta noche!

—¡Sin falta! —respondió Gideon, sonriendo—. ¿Puedo ir a cualquier hora, no es verdad?

—A la hora que usted quiera —exclamó Michael que estaba ya de pie para despedirse.

—¡Vamos! ¿Qué piensa usted de ese joven? —preguntó a Pitman apenas estuvieron en la calle.

Pitman murmuró en voz baja:

—¡Me parece un completo idiota!

—¡Está usted muy equivocado! —exclamó Michael—. ¡Sabe cuál es el mejor procurador de Londres y esto sólo basta para hacer su elogio! ¿Y yo, qué tal me he portado?

Pitman no respondió una palabra.

—¡Hola, hola! —dijo Michael, poniéndole la mano en el hombro—; ¿puede saberse qué nuevo motivo de queja tiene el señor Pitman?

—¡No tenía usted derecho para hablar de mí en los términos en que lo ha hecho! —exclamó el artista—. Su lenguaje ha sido profundamente odioso y me ha herido usted profundamente.

—¡Yo! ¡Pero si no he dicho una sola palabra de usted! —protestó Michael—. ¡He hablado de Erza Thomas, y no necesito recordarle que no existe semejante personaje!

—¡No importa; me ha llenado usted de improperios! —murmuró el artista.

Entretanto los dos amigos habían llegado a la esquina de la calle, y allí, bajo la custodia del fiel mozo de cuerda, que lo vigilaba con virtuosa solicitud, encontraron al piano, que parecía fastidiarse un poco, encaramado en la solitaria carreta, mientras la lluvia se deslizaba a lo largo de sus pies elegantemente barnizados.

Enviaron al mismo mozo de cuerda a buscar en la taberna más cercana a cinco o seis robustos mocetones, con cuyo auxilio se emprendió la última acción de aquella memorable campaña. Todo induce a creer que el señor Gideon Forsyth no se había instalado aún en su vagón de Hampton Court cuando Michael abrió la puerta de la morada del joven viajero, para que los mozos colocaran el gran Erard en medio de la habitación.

—¡Magnífico! —dijo triunfante Michael a Pitman después de despedir a los mozos—. Ahora falta una precaución suprema. ¡Es preciso que coloquemos la llave del piano de tal suerte que no pueda menos de encontrarla! ¡Calculemos!

En el centro de la tapa construyó con cigarros una torre cuadrada y colocó la llave en lo interior del monumento así construido.

—¡Pobre joven! —dijo el artista cuando se encontraron nuevamente en la calle.

—¡La verdad es que se encuentra en una posición difícil! —respondió secamente Michael—. ¡Tanto mejor, tanto mejor! ¡Así aprenderá a vivir!

—Y a propósito —repuso el excelente Pitman— temo haberle dado a usted pruebas hace poco de muy mal carácter de ingratitud. Comprendo perfectamente que no tenía derecho alguno para ofenderme por expresiones que no se dirigían a mi persona.

—¡Está bien! —dijo Michael, poniéndose nuevamente a tirar de la carreta—, ¡Pitman, ni una palabra más! ¡Esos sentimientos le honran a usted! Un hombre honrado no puede menos de sufrir cuando oye insultar a su alter ego.

Había cesado casi por completo la lluvia, Michael estaba ya casi sereno, el depósito quedaba en otras manos, y los dos amigos se habían reconciliado; así es que el regreso a casa del alquilador, comparado con las aventuras anteriores, les pareció una verdadera partida de placer. Cuando se encontraron paseándose por el Strand, de bracero, sin que pesase sobre ellos la menor sombra de sospecha, Pitman exhaló un profundo suspiro de satisfacción.

—¡Ahora —dijo— podemos volver a casa!

—¡Pitman —dijo el abogado, parándose de pronto—, me desconsuela usted soberanamente! ¡Cómo! ¿Hemos estado casi todo el día expuestos a la lluvia, y me propone usted seriamente volver a casa? ¡No, caballero, nos es absolutamente indispensable un grog de whisky!

Tomó de nuevo el brazo de su amigo y le condujo inflexiblemente a una taberna de no desagradable apariencia, y debo agregar (con gran pesar de mi parte) que Pitman se dejó conducir a ella de muy buen grado. Desde el momento en que la paz brillaba de nuevo en el horizonte, empezaba a notarse en los modales del artista cierta inocente jovialidad, y cuando alzó su copa para trincar con Michael, es lo cierto que dio a su gesto toda la petulancia de una colegiala romántica.

Capítulo Nueve

CÓMO TERMINÓ EL DÍA DE ASUETO DE MICHAEL FINSBURY

Michael era, como ya hemos dicho, un buen muchacho, más aficionado tal vez a gastar el dinero que a ganarlo. Pero nunca recibía a sus amigos sino en el restaurante. Las puertas de su domicilio particular no se abrían casi nunca. El primer piso, que tenía más aire y luz, servía de habitación al anciano Mastermann; el salón permanecía casi constantemente cerrado, y la residencia ordinaria de nuestro amigo, era el comedor. Precisamente en dicho comedor, situado en el piso bajo, hallamos a Michael sentándose a la mesa para comer, la noche del glorioso día de asueto que había consagrado a su amigo Pitman. Una anciana criada escocesa, con ojos muy brillantes y una boquita burlona, estaba encargada de la dirección y arreglo de la casa; manteniéndose en pie, cerca de la mesa, mientras su amo desliaba la servilleta.

—Creo —se aventuró a decir tímidamente Michael—, que me sentaría bien un poco de aguardiente con agua de seltz.

—¡De ninguna manera, señorito —respondió vivamente el ama de gobierno—; vino tinto y agua!

—¡Está bien, está bien, Catherine; será usted complacida! —dijo el joven—. Sin embargo, ¡si supiera usted qué día tan atareado he tenido hoy en la oficina!

—¿Cómo? —dijo la anciana Catherine—. ¡Pero si no ha puesto usted los pies en la oficina en todo el día!

—¿Y cómo va mi padre? —preguntó Michael para dar nuevo giro a la conversación.

—¡Oh! ¡Siempre lo mismo! —respondió la criada—. ¡Creo que continuará así hasta su muerte, que no ha de tardar mucho! ¿Pero sabe usted que no es el primero que me pregunta por el enfermo hoy?

—¡Cómo! —exclamó Michael—. ¿Quién le ha preguntado antes que yo?

—Uno de sus buenos amigos —respondió Catherine sonriendo—. ¡Su primo don Maurice!

—¡Maurice! ¿Qué ha venido a buscar aquí ese mendigo? —preguntó Michael.

—¡Me dijo que venía de paso, a hacer una visita a su tío! —repuso la criada—. Pero yo he adivinado el objeto de su visita. ¡Ha intentado corromperme! ¡Sí, corromperme! —repitió Catherine con inimitable desdén.

—¡De veras! —dijo Michael—. ¡Por lo menos, apuesto a que no le ha ofrecido a usted una suma muy importante!

—¡Poco importa la suma! —replicó discretamente Catherine—. ¡Lo cierto es que le despedí en la forma que convenía! ¡No hay miedo de que vuelva por aquí!

—¡Ya sabe usted que no quiero que vean a mi padre! —dijo Michael—. ¡No quiero que el pobre anciano sirva de espectáculo a ese imbécil!

—¡Puede usted estar tranquilo por ese lado! —respondió la fiel criada—. Pero lo más cómico, don Michael (cuidado con derramar la salsa en el mantel); lo más cómico es que se figura que su padre de usted ha muerto, y que usted oculta su muerte.

Michael tarareó una canción.

—¡Ese animal me las pagará todas juntas!

—¿No podría usted perseguirle ante los tribunales? —sugirió Catherine.

—No, a lo menos por ahora —respondió Michael—. Pero oiga usted, Catherine, le aseguro que este vino tinto no me parece una bebida muy sana. ¡Vamos, tenga usted buen corazón, y deme una copa de aguardiente!

El rostro de Catherine adquirió la dureza del diamante.

—¡Pues bien, siendo así —gruñó Michael—, no comeré ni un bocado más!

—¡Como usted guste, señorito! —dijo Catherine.

Después empezó a quitar tranquilamente la mesa.

—¡Cuánto me gustaría que esta Catherine fuese una criada con menos abnegación! —suspiró Michael, cerrando tras sí la puerta de la casa.

La lluvia había cesado. Soplaba aún el viento con menos violencia y con una frescura no del todo desagradable. Al llegar a la esquina de Kings Road, recordó Michael de pronto su copa de aguardiente y entró en una taberna brillantemente iluminada. La taberna estaba casi llena. Había en ella dos cocheros de punto, y media docena de desocupados de profesión; en un rincón, cierto elegante caballero trataba de vender a otro, mucho más joven, algunas fotografías estéticas, que sacaba misteriosamente de una cajita de cuero. En otro rincón se veían dos enamorados, discutiendo la cuestión de saber en qué parque irían a pasar el resto de la velada. Pero el plato de resistencia y la gran atracción de la taberna era un vejete vestido con larga levita negra, al parecer, recién comprada en una tienda de ropas hechas. Sobre la mesa de mármol que tenía delante, entre unos bocadillos y una copa de cerveza, se veían extendidos multitud de papeles escritos. Su mano se movía con ademanes oratorios y su voz, naturalmente aguda, tenía el timbre propio de una sala de conferencias; mediante artificios comparables a los de las antiguas sirenas, aquel vejete mantenía irresistiblemente fascinados a la criada de la taberna, a los dos cocheros, a un grupo de jugadores y a cuatro de los desocupados.

—He examinado todos los teatros de Londres —decía—, y midiendo con mi paraguas la anchura de las puertas, me he convencido de que eran demasiado estrechas. Evidentemente ninguno de vosotros ha tenido ocasión de recorrer los países extranjeros. Pero, francamente, ¿creen ustedes que en un país bien gobernado pueden existir semejantes abusos? Vuestra inteligencia, por sencilla e inculta que sea, basta para afirmaros lo contrario. Austria misma, que sin embargo, no se las echa de pueblo libre, empieza a sublevarse contra la incuria que deja subsistir semejantes abusos. Precisamente tengo aquí un recorte de un periódico de Viena acerca de este asunto, y voy a tratar de darles una traducción de lo más exacta posible. Como cualquiera puede ver por sí mismo, está impreso en caracteres alemanes.

Diciendo esto, alargaba a su auditorio el recorte de periódico en cuestión, como un prestidigitador que hace examinar por el público la naranja que se propone escamotear.

—¡Hola! ¿Es usted, querido tío? —dijo de pronto Michael, pasando su mano sobre el hombro del orador.

Éste volvió hacia él un rostro convulso por el espanto: era el rostro de Joseph Finsbury.

—¡Michael! —exclamó—. ¿Está usted solo?

—¡Ya lo creo! —respondió Michael, después de pedir su copa de aguardiente—. Estoy solo. ¿A quién aguardaba usted?

—Pensaba en Maurice y en John —respondió el anciano, cual si se sintiese aliviado de un gran peso.

—¿Qué tengo yo que ver con Maurice y con John? —repuso el sobrino.

—Sí, es cierto —respondió Joseph—, y creo que puedo tener confianza en usted, ¿no es verdad? Creo que estará usted de mi parte.

—No comprendo nada de lo que usted quiere decir —respondió Michael—. Si se trata de dinero, ya sabe usted que tengo siempre a su disposición una libra o dos.

—No, no es eso, querido sobrino —dijo el anciano, estrechándole vivamente la mano—. Ya se lo contaré todo más tarde.

—Perfectamente —respondió el sobrino—. Pero entretanto, ¿qué puedo ofrecer a usted?

—Pues bien —dijo modestamente el anciano—, aceptaré con mucho gusto otro bocadillo. Estoy seguro —continuó— de que debe sorprenderle mucho mi presencia en este sitio, pero la verdad es que al hacerlo, me fundo en un principio muy prudente, pero poco conocido.

—¡Oh, es mucho más conocido de lo que usted se figura! —se apresuró a decir Michael, entre dos tragos de aguardiente—. Es el mismo principio en que yo me fundo siempre que siento ganas de echar un trago.

El anciano, que ansiaba vivamente conquistar la buena voluntad de Michael, se echó a reír, pero con risa poco espontánea.

—¡Es usted tan chistoso —dijo—, que con frecuencia me divierte oírle! Pero vuelvo al principio de que quería hablar. Consiste, en suma, en adaptarse siempre a las costumbres del país en que se vive. Ahora bien, en Francia, por ejemplo, los que quieren comer van al café o al restaurante, en Inglaterra, en cambio, el pueblo acude a refrescarse a sitios como éste. He calculado, pues, que con bocadillos, té y un vaso de cerveza de vez en cuando, un hombre solo puede vivir muy cómodamente en Londres con catorce libras y doce chelines al año.

—Sí, ya lo sé —respondió Michael—, pero ha olvidado usted los vestidos, la ropa blanca y el calzado. Por lo que a mí toca, contando los cigarros y alguna que otra distracción de vez en cuando, logro salir del paso con setecientas y ochocientas… No deje usted de apuntar eso en sus papeles.

Ésta fue la última interrupción de Michael. Como buen sobrino, se resignó a oír dócilmente el resto de la conferencia que, de la economía política, pasó a la reforma electoral, y luego a la teoría del barómetro, para llegar a la enseñanza de la aritmética en las escuelas de sordomudos. Al llegar a este punto, y terminado el nuevo bocadillo, tío y sobrino salieron de la taberna y se pasearon lentamente por la acera de Kings Road.

—Michael —dijo el anciano—, ¿sabe usted por qué estoy aquí? Porque no puedo soportar más a esos bribones de mis sobrinos; se me han hecho intolerables.

—Lo comprendo muy bien —respondió Michael—. No cuente usted conmigo para que los defienda.

—Figúrese usted que no querían dejarme hablar —prosiguió amargamente el anciano—. ¡Se negaban a darme más de un lápiz por semana, y se llevaban todas las noches el periódico a su cuarto, para impedirme tomar notas! Ahora bien, Michael, usted que me conoce, sabe que no puedo vivir sin hacer cálculos. Necesito gozar del espectáculo variado y completo de la vida, tal como se revela en los periódicos cotidianos. Así pues, mi existencia se había convertido en un verdadero infierno, cuando, aprovechando el desorden de ese dichoso choque de trenes de Browndean, logré escaparme. ¡Los dos miserables deben creer que he muerto, y tratan de ocultar la cosa para no perder la tontina!

—Y a propósito, ¿cómo anda usted en la cuestión de dinero? —preguntó con complacencia Michael.

—¡Oh, estoy rico! —respondió el anciano—. He cobrado ochocientas libras, con lo cual tengo para vivir durante ocho años. Tengo plumas y lápices a mi antojo, y dispongo del British Museum, con todos sus libros. Pero es extraordinario cuán pocos libros necesitaba un hombre de refinada inteligencia al llegar a cierta edad. ¡Bastan los periódicos para enterarle perfectamente de todo!

—¿Sabe usted lo que le digo? —dijo Michael—, que puede usted venir a vivir en mi compañía.

—Michael —respondió el anciano—, es ése un rasgo que le agradezco en el alma, pero usted no se da cuenta de lo excepcional de mi existencia. Hay algunas complicaciones financieras que me impiden poder disponer de mi persona con toda la libertad que yo desearía. Ya sabe usted que en mi calidad de tutor, el Cielo no bendijo mis esfuerzos; y, en fin, para decir las cosas como son, me hallo por completo a disposición de ese bruto de Maurice.

—¡Puede usted disfrazarse! —exclamó Michael—. Puedo prestarle a usted en el acto un par de anteojos y unas magníficas patillas rojas.

—Ya he pensado en esa idea —respondió el anciano—, pero he temido provocar sospechas en la modesta casa de huéspedes donde vivo. Y, a propósito, me he convencido de que la existencia en las casas de huéspedes…

—Pero dígame usted —le interrumpió Michael—, ¿cómo diablos ha podido usted procurarse el dinero? No trate usted de hablarme como a un extraño, querido tío. ¡Ya sabe usted que conozco todos los detalles del compromiso de la tutela y de la situación en que se halla usted respecto a Maurice!

Joseph refirió su visita al Banco, así como el modo que había tenido que cobrar el cheque, y añadió que había prohibido al Banco que en adelante diesen dinero a sus sobrinos.

—¡Poco a poco, querido tío! Eso no puede continuar —exclamó Michael—. Usted no tiene derecho para obrar así.

—Pero si todo el dinero es mío, Michael —exclamó el anciano—. Yo soy quien ha fundado la casa de cueros, con arreglo a principios de mi invención.

—Todo eso está muy bien —dijo el joven—. Pero usted ha firmado un compromiso con su sobrino haciéndole cesión de sus derechos. Lo que usted acaba de hacer, puede llevarle simplemente a presidio.

—¡No es posible! —explicó Joseph—. No es posible que la ley tolere semejante injusticia.

—Y lo más gracioso del caso —añadió Michael, lanzando una gran carcajada—, es que por si no era bastante, ha arruinado usted la casa de cueros. ¡En verdad, querido tío, tiene usted un modo muy especial de comprender la ley, pero como a ocurrencias no hay quien le gane!

—No hay en esto nada que pueda dar motivo de risa —observó secamente el señor Finsbury.

—¿Y dice usted que Maurice no tiene poder para firmar? —preguntó Michael.

—¡Yo sólo tengo la firma!

—¡Pobre Maurice, pobre Maurice! —exclamó Michael saltando de gusto—. Digo, y él que se figura además que usted se ha muerto y está pensando en los medios de ocultar la noticia… Pero dígame usted, querido tío, ¿qué ha hecho usted con todo ese dinero?

—Lo he depositado en un Banco y me he quedado con veinte libras. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Voy a decírselo —dijo Michael—. Mañana irá uno de mis empleados a llevarle a usted un cheque dé cien libras, en cambio del cual usted le entregará el recibo del Banco, a fin de que vayan enseguida a llevar las ochocientas libras al Banco Anglo-Asiático, dando una explicación cualquiera que yo me encargo de inventar. De esta manera, su situación de usted será más clara y como Maurice, por otra parte, no podrá cobrar un céntimo en el Banco, a no ser falsificando la firma de usted, no tiene usted que temer ningún remordimiento por ese lado.

—De todos modos, preferiría no tener que depender de la bondad de usted —respondió Joseph, rascándose la nariz—. Preferiría vivir de mi propio dinero, ahora que lo tengo.

Pero Michael le sacudió el brazo.

—¡No habrá medio —le gritó— de hacerle comprender a usted que estoy trabajando por evitarle el presidio!

Dijo esto con tanta seriedad, que el anciano se asustó.

—Será precisó —dijo— que dirija mi atención hacia el estudio de la ley. Esto constituirá para mí un nuevo campo de exploración. Porque, naturalmente, aunque comprendo los principios generales de la legislación, hay muchos detalles que hasta ahora no he procurado examinar, y lo que usted acaba de decirme, me sorprende mucho. Sin embargo puede que tenga usted razón, y la verdad es que, a mi edad, un largo encarcelamiento podría serme muy perjudicial. Pero a pesar de todo, querido sobrino, no tengo derecho a vivir de su dinero.

—No se inquiete usted por eso —dijo Michael—. Ya encontraré medio de cobrarme.

Después de lo cual, y habiendo tomado las señas del anciano, se despidió de él en la esquina de una calle.

«¡Qué viejo pícaro, en verdad —dijo para sí—, además qué cosa tan singular es la vida! Empiezo ahora a darme cuenta de veras de que la Providencia me ha escogido hoy para secundarla. Recapitulemos. ¿Qué he hecho desde por la mañana? He salvado a Pitman, he dado sepultura a un muerto, he salvado a mi tío Joseph, le he dado una buena sacudida a Forsyth y he bebido innumerables copas de diversos licores. No estaría mal, para acabar mi velada, hacer una visita a mis primos, continuando con ellos mi papel providencial. Mañana por la mañana pensaré seriamente en sacar provecho de todos estos acontecimientos; pero esta noche, la caridad sola ha de inspirar mi conducta».

Veinte minutos después, y mientras daban las once en todos los relojes, el representante de la Providencia se bajó de un coche de alquiler, mandó al cochero que le esperase y llamó en el núm. 16 de John Street.

Maurice en persona abrió inmediatamente la puerta.

—¡Oh! ¿Es usted, Michael? —dijo obstruyendo cuidadosamente la entrada—. ¡Es demasiado tarde!

Sin responder, se adelantó Michael, cogió la mano de Maurice y la estrechó con tanto vigor, que el pobre mozo hizo, a pesar suyo, un movimiento de retroceso, que aprovechó su primo para entrar en el vestíbulo y pasar de allí al comedor, seguido de Maurice.

—¿Dónde está mi tío Joseph?

—Estos días pasados estuvo bastante delicado —respondió Maurice—; se ha quedado en Browndean con John, para reponerse, y yo estoy solo en casa, como usted ve.

Michael sonrió de un modo misterioso.

—El caso es que tenía necesidad de verle para un asunto urgente.

—No hay motivo para que yo le permita ver a mi tío, cuando usted no me permite ver a su padre.

—¡Bah, bah, bah! —dijo Michael—. Mi padre es mi padre, mientras que nuestro tío Joseph, es tan tío mío como de usted, y no tiene derecho a secuestrarle.

—¡Yo no le secuestro! —dijo Maurice, colérico—. Está enfermo, peligrosamente enfermo y nadie puede verle.

—Pues bien, voy a decirle a usted de lo que se trata —respondió Michael—. He venido a entenderme con usted, Maurice, y a decirle que acepto el compromiso que me propuso acerca de la tontina.

El desdichado Maurice se puso pálido como un muerto y luego se tornó rojo de ira, al pensar en la injusticia monstruosa del destino humano.

—¿Qué quiere usted decir? —exclamó—. ¡No creo ni una palabra!

Y cuando le hubo asegurado Michael que hablaba seriamente, exclamó, enrojeciendo nuevamente:

—Sepa usted que no acepto. ¡Puede usted guardarse su proposición!

—¡Oh! ¡Oh! —dijo con acritud Michael—. Dice usted que nuestro tío está enfermo de peligro y sin embargo, no quiere usted aceptar el compromiso que usted mismo vino a proponerme cuando el tío Joseph estaba bueno. ¡Aquí hay gato encerrado!

—¿Qué entiende usted por eso? —rugió Maurice.

—Quiero decir simplemente que hay en ello algo que no me parece claro —explicó Michael.

—¿Se atrevería usted a hacer una insinuación injuriosa contra mí? —repuso Maurice, que empezaba a entrever la posibilidad de intimidar a su primo.

—¡Una insinuación! —repitió Michael—. No hay que emplear palabras gruesas. No, Maurice, procuremos ahogar nuestra disputa en una botella como dos buenos primos. Hagamos como los protagonistas de una comedia atribuida a Shakespeare, Los dos primos galantes —añadió.

El cerebro de Maurice trabajaba como un molino. «¿Sospechará quizás algo? ¿Hablará tal vez por hablar? ¿Qué debo hacer yo? Darle cuerda o tirarme a fondo. Lo mejor será darle cuerda. Esto me hará ganar tiempo».

—Pues bien —dijo en voz alta y con penosa afectación de cordialidad—, hace largo tiempo que no hemos pasado una velada juntos, Michael, y aunque usted sabe que soy extremadamente sobrio, voy a hacer esta noche una excepción en su obsequio. Dispense usted un momento. Voy a la cueva a por una botella de whisky.

—¡Para mí no quiero whisky! —dijo Michael—. Un poco de champaña añejo del de tío Joseph o nada.

Maurice vaciló un momento, porque quedaban ya pocas botellas de aquel famoso vino y las estimaba en gran manera; pero inmediatamente salió sin decir una palabra. Había comprendido que, al despojarle de lo mejor de su bodega, Michael se había expuesto imprudentemente y entregado a discreción.

«¿Una botella? —dijo para sí—. ¡Por San George le voy a dar dos! No es el momento de hacer economías, y cuando el animal esté completamente borracho, malo ha de ser que no logre arrancarle su secreto».

Volvió, pues, al comedor con una botella en cada mano. Tomó dos copas en el aparador y las llenó con hospitalaria amabilidad.

—¡Brindo por su salud, querido primo! —exclamó alegremente—. ¡No escatime usted el vino en mi casa!

De pie junto a la mesa, Michael vació su vaso, lo llenó de nuevo y volvió a sentarse en el sillón, llevando la botella consigo. Tres vasos de champaña añejo, bebidos uno tras otro, produjeron un cambio notable en su manera de ser.

—¡Sabe usted, Maurice —dijo—, que no es usted muy vivo de ingenio! Podrá usted ser profundo, ¡pero que me ahorquen si es usted vivo!

—¿Y qué le hace a usted creer que soy profundo? —preguntó Maurice con regocijada candidez.

—El hecho de que no quiere usted aceptar compromiso conmigo —respondió Michael, que empezaba a expresarse con mucha dificultad. ¡Es usted profundo, Maurice, muy profundo en no querer aceptar el compromiso! ¡Y tiene usted un vino de primer orden! Este vino es el único rasgo respetable de la familia Finsbury. Sepa usted que es más raro, mucho más raro que una ejecutoria. ¡Solamente, cuando tiene en su bodega un vino semejante, me pregunto por qué no quiere aceptar un compromiso!

—¡Pues usted mismo tampoco lo ha querido aceptar hasta hoy! —dijo Maurice siempre sonriente—. ¡A cada uno le llega su vez!

—¡Me pregunto por qué no he querido y por qué no quiere usted ahora! —respondió Michael—. ¡Me pregunto por qué no hemos querido ninguno de los dos ese compromiso! Oiga usted. ¿Sabe que es éste un problema muy… muy no… muy notable? —añadió orgulloso de haber triunfado al fin de todos los obstáculos orales que había hallado en su camino.

—¿Y qué razón cree usted que tengo para rehusar? —preguntó diestramente Maurice.

Michael le miró frente a frente y luego guiñó un ojo.

—¡Ah, es usted muy tunante! Dentro de poco va usted a pedirme que le ayude a salir del atolladero. Y la verdad es que sé muy bien que soy el emisario de la Providencia pero, sin embargo, no en esa forma. ¡Tendrá usted que salir solo del atolladero, amigo mío, y eso le enseñará a vivir! ¡Qué terrible atolladero deben ser para un joven huérfano de cuarenta años, la casa de cueros, el Banco y todo lo demás!

—Confieso que no comprendo ni una palabra de lo que usted quiere decir —declaró Maurice.

—¡Tampoco estoy yo muy seguro de comprender gran cosa! —dijo Michael—. Este vino es excelente, verdaderamente excelente. Pero volvamos a su asunto, ¿no le parece a usted? ¡Tenemos, pues, un tío de gran valor que ha desaparecido! Pues bien, todo lo que deseo saber es esto: ¿dónde está ese tío?

—Ya se lo he dicho, está en Browndean —respondió Maurice, enjugándose al descuido la frente, porque aquellos pequeños ataques repetidos empezaban a fatigarle realmente.

—Es fácil decir Brown… Brown… ¡Después de todo no es tan fácil como parece! —exclamó Michael irritado—. Quiero decir que puede responderme lo que le agrade. ¡Pero lo que no me agrada en ese asunto, es la completa desaparición de un tío! ¡Francamente, Maurice, esto no es comercial!

Diciendo esto movía tristemente la cabeza.

—¡No hay nada más sencillo ni más claro! —respondió Maurice con una calma que le costaba penosos esfuerzos—. ¡No hay en esto la menor sombra de misterio! ¡Mi tío está descansando en Browndean, para reponerse de la sacudida que sufrió en el accidente!

—¡Ah, sí —dijo Michael—, fue una buena sacudida!

—¿Por qué dice usted eso? —exclamó vivamente Maurice.

—¡Oh! ¡Lo decía fundándome en la mejor autoridad posible! ¡Es usted mismo quien acaba de decírmelo! —replicó Michael—. Pero si me dice usted ahora lo contrario, tendré naturalmente que escoger entre las dos versiones. El hecho es que… que he derramado vino sobre la alfombra y dicen que esto le hace bien a las alfombras. El hecho es que nuestro querido tío… ¿muerto, eh?… ¿Enterrado?

Maurice se irguió como movido por un resorte.

—¿Qué dice usted? —rugió.

—Digo que he derramado vino sobre la alfombra —respondió Michael levantándose también—. Pero no lo he derramado todo. Cariñosos recuerdos a nuestro tío. ¿No es eso?

—¿Quiere usted marcharse ya? —preguntó Maurice.

—¡No tengo más remedio, querido primo! ¡Tengo que ir a velar a un amigo enfermo! —respondió Michael, sujetándose a la mesa para no caerse.

—¡No se marchará usted sin haberme explicado sus alusiones! —declaró Maurice con acento feroz—. ¿Qué ha querido usted decir? ¿Por qué ha venido usted?

Pero Michael había ya llegado a la puerta del vestíbulo.

—¡He venido sin ninguna mala intención, se lo aseguro! —dijo poniéndose la mano sobre el corazón—. ¡Le juro que no he tenido más intención que desempeñar el papel de agente de la Providencia!

Después anduvo hasta la puerta de la calle, la abrió no sin trabajo y llegó al coche que le estaba esperando. El cochero, despertado bruscamente, le preguntó adónde había que conducirle.

Michael observó que Maurice le había seguido hasta el umbral y tuvo una brillante inspiración.

«¡Este mozo necesita un buen susto!», pensó para sí.

—¡Cochero, llévame usted a Scotland Yard! —dijo en voz alta sujetándose a la rueda—. Porque, en fin, cochero, ¡no me parece del todo claro eso del tío y su accidente, y merece aclaración! ¡Lléveme usted a Scotland Yard!

—¡Supongo que no me lo pedirá usted de veras! —dijo el cochero con la cordial simpatía que emplean siempre con los hombres de mundo en estado de embriaguez—. ¡Oiga usted, caballero, haría usted bien en darme las señas de su casa! ¡Mañana por la mañana podrá usted ir a Scotland Yard!

—¿Lo cree usted así? —preguntó Michael—. ¡En ese caso lléveme usted al bar de la Gaieté!

—El bar de la Gaieté está cerrado, caballero.

—Pues bien, entonces a mi casa —dijo Michael Designado.

—¿Pero en dónde vive usted, caballero?

—¡A fe mía no lo sé, amigo mío! —dijo Michael tomando asiento en el coche—. ¡Lléveme usted a Scotland Yard y allí preguntaremos!

—¡Pero usted debe llevar encima alguna tarjeta, caballero —dijo el cochero—, deme usted su tarjetero!

—¡Qué inteligencia tan prodigiosa para un cochero de punto! —exclamó Michael dando su tarjetero al cochero.

Éste leyó en voz alta:

—Michael Finsbury, 233 Kings Road, Chelsea. ¿Son éstas las señas, caballero?

—¡Magnífico! —exclamó Michael—. ¡Lléveme usted allá si no se lo impiden esas casas que parece que se nos caen encima!

Capítulo Diez

GIDEON FORSYTH Y EL PIANO ERARD

Estoy por asegurar que ninguno de mis lectores ha leído la novela de E. H. B., titulada: ¿Quién atrasó el reloj?, que figuró durante varios días en los escaparates de los libreros, desapareciendo al fin de la superficie del globo. ¿Qué es de los libros una semana o dos después de su publicación? ¿Adónde van a parar? ¿A qué uso se los destina? Son éstos otros tantos problemas que me han atormentado en mis noches de insomnio. Lo cierto es que nadie que yo conozca ha leído ¿Quién atrasó el reloj?, por E. H. B. Sin embargo, he podido asegurarme de que hoy día no existen más que tres ejemplares de esta obra. Uno se halla en la biblioteca del British Museum, y no estará al alcance del público a causa de un error de inscripción en el catálogo. El otro se halla en los desvanes de la biblioteca del Colegio de abogados de Edimburgo y, por último, el tercero, encuadernado en cuero, pertenece al señor Gideon Forsyth. Para explicar esta posesión, supondrán los lectores que Gideon es un gran admirador de la citada novela. Puedo asegurarles que no se equivocan en esta suposición. En efecto, Gideon sigue admirando aún la indicada novela; y la admira y la quiere con cariño enteramente paternal, porque es precisamente su autor. La firmó con las iniciales de su tío, Edward Hugh Bloomfield, pero él solo la escribió de cabo a rabo. Antes de la publicación se preguntó a sí mismo si no obraría con prudencia confiando, por lo menos a algunos amigos, el secreto de su paternidad; pero después de la publicación, y en vista del fracaso horroroso que sufrió, la modestia del joven novelista se hizo más excesiva y, a no ser por la revelación que hoy hago yo, hubiera quedado para siempre desconocido el nombre del autor de esta obra notable.

Sin embargo, el día ya lejano en que Michael Finsbury tomó su famoso asueto, acababa apenas de aparecer el libro de Gideon, y uno de sus ejemplares se hallaba expuesto en el escaparate de la vendedora de periódicos de la estación de Waterloo, de suerte que Gideon pudo verlo antes de subir al tren que debía conducirle a Hampton-Court. Pero ¡cosa increíble!, la vista de su obra no provocó en él sino una sonrisa desdeñosa. ¡Qué necia ambición de perezoso —dijo para sí— la del escribidor de libros! Se avergonzó de haberse rebajado a la práctica de un arte tan infantil. Consagrado por completo al pensamiento de su primera causa, se sintió al fin convertido en hombre. Y la musa que inspira a los novelistas y folletinistas (que debe ser seguramente una dama de origen francés) huyó volando de su lado para ir a tomar parte de nuevo en el coro de sus hermanas, en torno de las inmortales fuentes del Helicón.

Durante la media hora del viaje distrajeron el alma del joven abogado las más sanas y robustas reflexiones. A cada instante iba escogiendo, desde la ventanilla del vagón, la casita de campo que había de ser muy pronto el asilo de su vida. Y, como si fuese ya propietario, proyectaba las mejoras que iba a introducir en las casas que iba viendo: a una le agregaba una cuadra, a otra una pista de tenis; y se imaginaba el aspecto que tendría una tercera, si enfrente de ella, a orillas del río, se hacía un pabelloncito de madera. «Cuando pienso —decía para sí— que hace una hora apenas era yo un joven necio y descuidado que sólo pensaba en partidas de canoa y en leer folletines… ¡Pasaba junto a las más encantadoras casas de campo sin echarles ni una mirada! ¡Cuán poco tiempo necesita un hombre para madurar!».

El lector inteligente reconocerá enseguida, y por este sencillo monólogo, los estragos que habían causado en el corazón de Gideon los hermosos ojos de la señorita Hazeltine. El abogado, al salir de John Street había conducido a la joven a casa de su tío, el señor Bloomfield, y este personaje, al saber que la joven había sido víctima de una doble opresión, la había tomado ruidosamente bajo su protección.

—No sé quién de los dos es peor —había exclamado—: si ese viejo sin escrúpulos o ese joven sobrino suyo tan grosero como malvado. ¡En todo caso voy a escribir enseguida al Pall Mall para denunciarlos a ambos! ¡Cómo! ¿Me dice usted que no? ¡Poco a poco, caballero, es preciso que sean denunciados! Es un deber público… ¿Cómo? ¿Dice usted que el tío es un conferenciante radical? En ese caso, tiene usted razón. ¡Hay que proceder con más reserva! ¡Estoy seguro que ese pobre señor ha sido víctima de un escandaloso engaño!

De todo esto resulta que el señor Bloomfield no puso en ejecución su proyecto de escribir a la Pall Mall Gazette. Declaró únicamente que era preciso poner a miss Hazeltine al abrigo de las pesquisas probables de sus perseguidores y, como era propietario de un yate, juzgó que no podía haber retiro mejor ni más seguro para la infortunada joven. La mañana misma del día en que Gideon se dirigía a Hampton-Court, Julia, en compañía del señor

Bloomfield y de su esposa, había salido de Londres a bordo de dicho barco. Como supondrá el lector, Gideon hubiera querido formar parte de la excursión pero su tío no había querida concederle este favor. «No, Ged —le dijo—. Seguramente te van a seguir los pasos y no conviene que te vean con nosotros». El joven no se había atrevido a destruir esta extraña ilusión, porque temía que su tío se enfriase en su ardiente celo por la protección de Julia, si descubría que el asunto no era tan romántico como él se lo había figurado. Por lo demás, la discreción de Gideon no había quedado sin recompensa porque el anciano Bloomfield, posándole la poderosa diestra en el hombro, había agregado estas palabras, cuya significación había adivinado inmediatamente el joven «¡Adivino lo que traes entre ceja y ceja, Gideon! Pero si quieres obtener la mano de esta joven, será preciso que trabajes, ¿me entiendes, tunante?».

Estas agradables palabras habían contribuido ya a poner de buen humor al abogado, cuando después de despedir a los viajeros, volvió a su casa para leer novelas; y ahora, mientras el tren le llevaba a Hampton-Court, las citadas palabras formaban la base fundamental de sus varoniles ensueños. Y cuando bajó del tren y empezó a recoger su ánimo para la delicada misión que le habían encomendado, no desaparecía de delante de sus ojos el fino rostro de Julia ni dejaban de resonar en sus oídos las últimas palabras de su tío Edward.

Pero no tardaron en llover sobre él enormes sorpresas. Supo, en primer término, que en todo Hampton-Court no había ninguna villa Kurnaul ni ningún conde Tarnow; es más, no había conde de ninguna clase. Era esto muy extraño, pero, después de todo, no lo consideró enteramente inexplicable. El señor Dickson había almorzado tan bien que podía haberse equivocado al darle las señas. «¿Qué debe hacer en semejantes circunstancias un hombre práctico, listo y acostumbrado a los negocios?», se preguntó Gideon. Y se respondió inmediatamente: «Enviar un telegrama breve y neto». Diez minutos después el alambre telegráfico transmitía a Londres el importante telegrama siguiente: «Dickson, hotel Langham, Londres. Villa y personas desconocidas aquí; supongo equivocadas señas; llegaré tren siguiente». En efecto, no tardó en bajarse de un coche de alquiler el mismo Gideon: a la puerta del hotel Langham, llevando impresas en la frente las señales de un extremado apresuramiento y de un gran esfuerzo intelectual.

No creo que Gideon olvide jamás el hotel Langham. Supo allí que, lo mismo que el conde Tarnow, eran seres imaginarios los señores Dickson y Ezra Thomas. ¿Cómo? ¿Por qué? Estas dos preguntas bailaban en el perturbado cerebro del joven; y antes de que el torbellino de sus pensamientos se hubiese calmado por completo, se halló transportado por el coche a la puerta de su domicilio. ¡Allí por lo menos le esperaba un retiro familiar y tranquilo! Allí podría reflexionar a sus anchas. Atravesó el pasillo, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta ya más tranquilo. La habitación estaba completamente oscura porque era ya de noche. Pero Gideon conocía su habitación y sabía que las cerillas se hallaban encima de la chimenea, a la derecha. Avanzó resueltamente y, al hacerlo así, tropezó con un cuerpo pesado, en un sitio en que no debía existir ningún cuerpo de este género. En aquel sitio no había nada cuando salió Gideon. Había cerrado la puerta con llave al salir, la había hallado cerrada al volver; nadie podía pues, haber entrado; y no era muy probable tampoco que los muebles cambiasen solos de sitio. Y sin embargo, sin la más leve sombra de duda, había allí alguna cosa. Para convencerse de ello, Gideon extendió la mano en las tinieblas y tocó algo, algo que era grande, liso y frío.

—¡Estaba por asegurar que es un piano!

Recordó que tenía cerillas en el bolsillo de su chaleco y encendió una.

En efecto, ante sus ojos estupefactos apareció un piano, un enorme y solemne instrumento, húmedo aún por haber estado expuesto a la lluvia. Gideon dejó consumirse la cerilla hasta el fin, y volvieron a rodearle las tinieblas en medio de su asombro. Entonces, con mano temblorosa, encendió su quinqué y se acercó. Ni de cerca ni de lejos era posible dudar. El objeto en cuestión era un piano. ¡Era en efecto un piano lo que se ostentaba allí imprudentemente en un sitio en que su presencia era un mentís a todas las leyes naturales!

Gideon abrió el teclado y recorrió algunas teclas. No turbó el menor sonido el silencio de la habitación.

—¿Estaré yo enfermo? —dijo para sí el joven, mientras su corazón latía cada vez con menos fuerza. Se sentó delante del piano y se obstinó rabiosamente en sus tentativas para romper el silencio, ya por medio de brillantes arpegios, ya por medio de una sonata de Beethoven, que en otra época (en tiempos más felices) había considerado como una de las obras más sonoras de tan genial compositor. Pero no salía ni el menor sonido.

Dio, pues, dos tremendos puñetazos encima de las teclas, pero la habitación quedó completamente en silencio, como un sepulcro.

El joven abogado se irguió lleno de sobresalto.

—¿Me habré vuelto completamente sordo? —exclamó en alta voz—. ¡Ha caído sobre mí la peor de las maldiciones de Dios!

En esto tropezaron sus dedos con la cadena del reloj. Lo sacó inmediatamente y se lo acercó al oído: oía perfectamente el tictac.

—¡Vamos, no estoy sordo! ¡Pero es peor aún, estoy loco! ¡Mi razón me ha abandonado para siempre!

Paseó en tomo suyo, por la habitación, una mirada llena de inquietud, y se fijó especialmente en el sillón en que había estado sentado el señor Dickson. Se veía todavía al pie del mismo la colilla de un cigarro.

«No —pensó—, esto no puede haber sido un sueño. ¡Evidentemente mi cabeza se destornilla! Así, por ejemplo, me parece que tengo hambre; seguramente será una alucinación. Pero de todos modos, voy a hacer la experiencia y a pagarme una buena comida. Me voy a comer al Café Real, desde donde es muy posible que tengan que transportarme directamente a una casa de locos».

Durante el camino, mientras iba por la calle, se iba preguntando, con curiosidad mórbida, cómo se declararía su terrible enfermedad. ¿Pretendería asesinar a un mozo de café o comerse un vaso? De esta suerte se dirigió de prisa hacia el Café Real, angustiado por el temor de descubrir que la existencia de aquel establecimiento era también una alucinación.

Pero las luces, el movimiento y el alegre bullicio del café, no tardaron en tranquilizarle. Tuvo además la satisfacción de reconocer al mozo que le servía de ordinario. La comida que pidió no le pareció del todo incoherente, y experimentó al comerla una satisfacción en que no pudo descubrir nada de anormal. «A fe mía —se dijo— empiezo a renacer a la esperanza. ¿Me habré atolondrado demasiado pronto? En circunstancias análogas, ¿qué hubiera hecho Robert Skill?». Inútil creo decir que el tal Robert Skill era el protagonista de la novela ¿Quién atrasó el reloj? Gideon había encarnado en dicho personaje su ideal de inteligencia sutil y de firme decisión. Por esta razón no podía dudar que Robert Skill, en circunstancias análogas a las que él mismo se encontraba, hubiera obrado seguramente de la manera más juiciosa y acertada. Quedaba únicamente por saber qué es lo que hubiera hecho. «Cualquiera que hubiera sido su decisión —añadió para sí el joven novelista—, Robert Skill la hubiera ejecutado inmediatamente». Pero, desgraciadamente, él no veía, por el momento, más que una sola determinación que tomar, y es la de volverse a su casa una vez terminada la comida. Así lo hizo inmediatamente a imitación de su noble héroe.

Pero una vez de vuelta en su casa, echó de ver que decididamente no acudía a su espíritu la menor inspiración. Permaneció de pie, en el umbral, contemplando con estupor el misterioso instrumento. Tocar el teclado una vez más era empresa superior a sus fuerzas; comprendía que, ya se callase el piano, con incomprensible silencio, ya le respondiese con todo el espantoso estruendo de las trompetas del juicio final, su miedo no hubiera dejado de aumentarse. «¡Esto debe ser una broma que me dan —pensó para sí—, aunque me parece laboriosa y muy costosa! Pero si no es una broma, ¿qué puede ser? Retrocediendo por eliminación, como procedió Robert Skill para descubrir el autor del asesinato de lord Bellow, me veo obligado a deducir que esto no puede ser más que una broma».

Mientras de este modo razonaba, se fijaron sus ojos en un objeto que le pareció nueva confirmación de su hipótesis; el tal objeto era la pagoda de cigarros que Michael había construido encima del piano. «¿Qué significa esto? —se preguntó Gideon. Y, acercándose, echó abajo la pagoda de un puñetazo—. ¡Una llave! —se dijo—. ¡Qué singular manera de colocarla!».

Dio la vuelta al instrumento y descubrió a un lado la cerradura de la tapa.

—¡Ah, ah, aquí tenemos la cerradura de la llave! —prosiguió—. Evidentemente los bromistas tienen interés en que yo mire lo que hay en el interior del piano. En verdad, esto va siendo cada vez más extraño.

Sin vacilar, hizo girar la llave en la cerradura y levantó la tapa.

No quiero referir detalladamente a los lectores cómo pasó el pobre Gideon la noche siguiente. ¡Qué angustias! ¡Qué accesos de resolución fugitiva! ¡Qué abismo de desesperación!

El canto de los gorriones de Londres le halló a la mañana siguiente agotado, nervioso, anonadado y con el espíritu cada vez más vacío de ideas. Se levantó y miró tristemente desde sus ventanas cerradas la calle desierta, la lucha de la indecisa luz del alba con la amarilla de los mecheros de gas. Hay mañanas en que la ciudad entera parece despertarse con jaqueca; aquélla era una de ellas y la jaqueca atenazaba igualmente la nuca y las sienes del pobre Gideon.

—¡De día ya —dijo para sí—, y aún no he hallado ningún medio! ¡Es preciso que esto acabe! Volvió a cerrar el piano, se echó la llave al bolsillo y salió para tomar su desayuno. Por centésima vez giraba su cerebro como una rueda de molino. Le atormentaba una mezcla confusa de terrores, ansias y pesares. Llamar a la policía, entregarle el cadáver, cubrir la descripción exacta de John Dickson y Ezra Thomas, llenar los periódicos de párrafos titulados: El Misterio del Temple, el señor Forsyth queda en libertad bajo fianza, era seguir una línea de conducta posible, fácil y hasta, en fin de cuentas, bastante segura. Pero después de reflexionar bien no dejaba de tener sus inconvenientes. Obrar de esta suerte equivalía a revelar al mundo una serie de detalles que no dejarían muy bien parada la reputación de Gideon. Porque hasta un niño habría desconfiado de la historia de los dos aventureros y él, Gideon, la había tragado enseguida. El último de los abogadillos se hubiera negado a escuchar a unos clientes que se le presentaban en condiciones tan irregulares y él les había oído con complacencia. ¡Y si se hubiera contentado con oírlos! ¡Pero además se había encargado él, todo un abogado, de una comisión que era buena cuando más para un detective privado! Para colmo de desdicha, había aceptado el dinero que le ofrecían sus visitantes.

—No, no —dijo para sí—, ¡la cosa es tan clara que quedaré deshonrado! ¡He comprometido mi carrera por cinco libras!

Después de beber algunos tragos de esa tisana caliente, viscosa y turbia que pasa en las tabernas de Londres por una infusión de la semilla del cafeto, comprendió Gideon que, por lo menos, había un punto en que no cabía la menor duda. El asunto debía arreglarse sin intervención de la policía. Pero fuera cual fuese el arreglo, tenía que hacerse sin tardanza. Se preguntó nuevamente Gideon lo que hubiera hecho Robert Skill para desembarazarse de un cadáver honrosamente adquirido. Depositarlo en la esquina inmediata equivalía a excitar en el corazón de los transeúntes una curiosidad desastrosa. No había que pensar en echarlo en una de las chimeneas de la ciudad, pues se oponía a ello una serie de obstáculos materiales, que hacían la empresa completamente impracticable. No había que pensar tampoco, por desgracia, en arrojar el cuerpo por la portezuela de un vagón o desde lo alto del imperial de un ómnibus. Embarcar el cuerpo en un yate y echarlo enseguida al fondo de un río era cosa más practicable; pero qué de gastos para un hombre de escasos recursos. El alquiler de un yate y el pago de la tripulación hubiera sido cosa muy ruinosa hasta para un capitalista. De pronto recordó Gideon los pabelloncitos en forma de barcos que había visto el día antes a orillas del Támesis. Este recuerdo fue para él un rayo de luz.

Un compositor de música llamado, por ejemplo, Jimson, podía muy bien, como le ocurría en otro tiempo al músico inmortalizado por Hogarth, sentirse molestado en sus horas de inspiración por el gran ruido de Londres. Podía muy bien tener prisa por acabar una ópera o una pieza cómica titulada Orange pekoe, ligero capricho chino por el estilo del Mikado. Orange pekoe, música de Jimson, «el joven maestro», una de las glorias de nuestra nueva escuela inglesa, el encantador quinteto de los mandarines, una vigorosa entrada de la perversión, etc. En un momento surgió en la mente de Gideon el personaje completo de Jimson con su música y todos los demás detalles. ¿Qué cosa más natural y corriente que la repentina llegada de Jimson a uno de los poéticos pabellones de las orillas del río en compañía de un gran piano de cola y de la partitura incompleta de Orange pekoe? Seguramente no parecía tan natural, algunos días más tarde, la desaparición del susodicho maestro sin dejar tras sí otra cosa que un piano sin cuerdas. Pero aun esto mismo podría tener explicación. Podría suponerse muy bien, en suma, que, enloquecido de pronto por las dificultades de algún pasaje, había empezado por destruir el piano y luego se había echado al río. ¿No era esto, después de todo, una catástrofe enteramente digna de un músico joven de la nueva escuela?

—¡Cáspita, no hay más remedio que obrar así! —exclamó Gideon—. ¡Jimson va a sacamos del atolladero!

Capítulo Once

EL MAESTRO JIMSON

El señor Edward Hugh Bloomfield había anunciado su propósito de dirigirse con su yate hacia Maidenhead; así que a nadie llamará la atención que el maestro Jimson tomase la dirección opuesta. Cerca del gracioso pueblecito ribereño de Padwick, recordaba haber visto un antiguo pabellón levantado sobre estacas y al que daba poético abrigo un bosquecillo de sauces. Cuando en sus partidas de canoaje pasaba cerca de él, siempre le había seducido por su aspecto de abandono y de soledad; es más, había tenido intención de colocar allí una de las escenas de ¿Quién atrasó el reloj?, pero había tenido que renunciar, en el último instante, a su proyecto por las dificultades imprevistas que le había ofrecido la necesidad de una descripción apropiada al encanto de aquel sitio. Había renunciado a ello y ahora se alegraba de su renuncia al pensar en que iba a poderse servir del pabellón para un empleo infinitamente más serio.

Jimson, personaje de aspecto bastante vulgar, pero de modales por demás insinuantes, consiguió fácilmente que el propietario del pabellón se lo alquilase por un mes. Convenido el precio del alquiler, que era bastante insignificante, Jimson pagó de antemano una parte, recibió a cambio la llave y se apresuró a volver a Londres para ocuparse en el transporte del piano.

—Estaré de regreso mañana por la mañana sin falta —dijo al propietario—. ¡Ya comprenderá usted que aguardan mi ópera con impaciencia y que no tengo un minuto que perder para terminarla!

En efecto, al día siguiente, a eso de la una de la tarde, nuestros lectores hubieran podido ver a Jimson por el camino que sigue la orilla del río entre Padwick y Haverham. Llevaba en una mano un cesto con provisiones y en la otra una pequeña maleta donde iban sin duda sus papeles de música. Empezaba el mes de octubre, cubría el cielo una capa espesa de color gris terroso, brillaba el Támesis débilmente como un espejo de plomo y el viento arrastraba las amarillentas hojas de los castaños. No hay estación en Inglaterra que más estimule las fuerzas vitales, y Jimson, aunque no dejaba de sentir graves preocupaciones, mientras marchaba iba tarareando un aire, composición suya, tal vez.

A dos o tres millas más arriba de Padwick, la orilla del Támesis es particularmente solitaria. Los árboles de la opuesta orilla cierran el horizonte y sólo dejan ver la punta de las chimeneas de una vieja casa de campo. En la orilla de Padwick, entre los sauces se adelanta el ya citado pabellón, como un antiguo barco fuera de uso tan manchado por las lágrimas de los vecinos sauces, tan degradado, tan azotado por los vientos, tan descuidado, tan frecuentado por las ratas y tan manifiestamente convertido en almacén de reumatismos, que, por mi parte, hubiera experimentado la mayor repugnancia a instalarme en él.

Para el mismo Jimson fue un momento bastante lúgubre cuando levantó la tabla que servía de puente levadizo a su nueva morada y se halló solo en aquella fortaleza malsana. Oía el ruido que hacían las ratas corriendo y saltando bajo el piso y los gemidos de los goznes de la puerta cual si fuesen lamentos de almas en pena; el saloncito estaba lleno de polvo y olía horriblemente a húmedo. No, no era posible considerar aquello como un domicilio muy alegre ni aun para un compositor absorto en la composición de un trozo difícil. ¡Cuánto menos aún para un joven lleno de inquietudes y que aguardaba la llegada de un cadáver!

Se sentó, limpió lo mejor que pudo la mitad de la mesa y empezó a comerse el almuerzo fiambre que contenía el cesto. En previsión de posibles pesquisas acerca de la suerte de Jimson, había creído indispensable no dejarse ver; de suerte que había resuelto pasar el día entero sin salir del pabellón. Además, a fin de dar visos de verosimilitud a su fábula, había llevado en su maleta no sólo tinta y plumas, sino un enorme cuaderno de papel de música, de los más grandes que había podido hallar.

—¡Ahora manos a la obra! —se dijo luego que hubo satisfecho su apetito—. Es preciso que deje huellas de la actividad de mi personaje.

Después escribió con magnífica letra redonda:

ORANGE PEKOE

Op. 17

J. B. JIMSON

Partitura para piano y canto

«No creo que los grandes compositores empiecen su trabajo de ese modo —pensó Gideon—; pero Jimson es un hombre original y, por mi parte, me sería muy difícil empezar de otra manera. Ahora la dedicatoria que hará seguramente el mejor efecto. Dedicada a… ¡vamos a ver! ¿A quién?… Dedicada a William Ewart Gladstone, por su respetuoso servidor J. B. J. ¡Ahora habría que agregar alguna música! Lo mejor será evitar la obertura: temo que esta parte ofrezca demasiadas dificultades. Vamos a ver qué tal saldrá un aria para tenor. ¡Hay que ser ultramodernista! ¡Siete bemoles en la clave!».

Hizo como lo decía, no sin trabajo, pero no tardó en detenerse, y empezó a mordisquear la punta de su portaplumas. La vista de una hoja de papel pautado no basta por sí sola para provocar la inspiración, sobre todo en un simple aficionado; y la presencia de siete bemoles en la clave no es lo más a propósito para facilitar la improvisación. Gideon arrojó bajo la mesa la hoja empezada.

—¡Estos esbozos tirados bajo la mesa contribuirán poderosamente a reconstruir la personalidad artística de Jimson! —se dijo para consolarse de su fracaso.

Solicitó de nuevo la inspiración de la musa en diversos tonos y sobre diversas hojas de papel, pero siempre con los mismos resultados negativos. Estaba asustado.

—¡Es extraño! ¡Hay días que no se siente uno inspirado! —se dijo—. ¡Y sin embargo es preciso, absolutamente preciso que Jimson deje algo compuesto!

Y volvió nuevamente a devanarse la mollera.

La penetrante frescura del pabellón no tardó en invadir todos sus miembros. Se levantó y con evidente contrariedad para las ratas, empezó a pasearse por la habitación. Desgraciadamente no lograba entrar en calor.

—¡Esto es absurdo! —se dijo—. ¡Todos los riesgos me son indiferentes, pero no quiero coger una bronquitis! ¡Tengo que salir de esta caverna!

Avanzó hasta el balcón y por primera vez miró hacia el río. Inmediatamente se sobresaltó, lleno de sorpresa. A algunos centenares de pasos más lejos descansaba un yate a la sombra de los sauces. Junto al yate se balanceaba una elegante barquilla; las ventanas del primero estaban adornadas con cortinillas de inmaculada blancura y flotaba en su popa una bandera. Cuanto más contemplaba Gideon aquel yate, mayores eran su despecho y su asombro. Aquel yate se parecía extraordinariamente al de su tío; hasta hubiera jurado que era el mismo, a no ser por dos detalles que hacían imposible la identificación. Era el primero que su tío se había dirigido hacia Maidenhead y no podía encontrarse en Padwick; el segundo, más expresivo si cabe, era que la bandera que flotaba en su popa era la bandera americana.

«¡Sin embargo, vaya un parecido extraño!», pensó Gideon.

Y mientras así miraba y reflexionaba, se abrió una puerta y apareció una señora joven en el puente. En un abrir y cerrar de ojos el abogado se metió en el pabellón: acababa de reconocer a Julia Hazeltine. Observándola por la ventana vio que bajaba a la barquita, empuñaba los remos y se dirigía resueltamente al sitio en que él se encontraba.

—¡Vamos, estoy perdido! —se dijo. Y se dejó caer en la silla.

—¡Buenas tardes, señorita! —dijo desde la orilla una voz en la que Gideon reconoció la de su casero.

—¡Buenas tardes, caballero! —respondió Julia—. Pero no tengo el gusto de conocerlo; ¿quién es usted? ¡Ah, sí, ya recuerdo! ¡Es usted el que me dio permiso ayer para ir a pintar en ese pabellón viejo!

El corazón de Gideon latió apresuradamente lleno de espanto.

—¡Sí, soy yo! —respondió el hombre—. ¡Precisamente quería decir a usted que ya no me es posible concederle ese permiso! ¡Mi pabellón está alquilado!

—¿Alquilado? —exclamó Julia.

—Alquilado por un mes —repuso el hombre—. ¿Le parece a usted extraño? Yo me pregunto qué se propondrá hacer el que lo ha alquilado.

—¡Qué idea tan romántica! —murmuró Julia—. ¿Quién es ese caballero?

El diálogo tenía lugar entre la orilla y la barquilla, y el joven maestro no podía perder ni una sola palabra.

—Es un músico —respondió el propietario—. ¡Por lo menos me ha dicho que venía aquí para componer una ópera!

—¿De veras? —exclamó Julia—. Ésa es una ocurrencia verdaderamente deliciosa. ¡Así podremos deslizamos por la noche hasta aquí y oírle improvisar! ¿Cómo se llama?

—Jimson —dijo el hombre.

—¿Jimson? —repitió Julia, haciendo inútiles esfuerzos por recordar este nombre.

Pero la verdad es que nuestra joven escuela de música inglesa posee tantos genios que no llegamos a conocer sus nombres hasta que la reina los hace barones.

—¿Está usted seguro de que es ese nombre? —repuso Julia.

—Me lo ha deletreado él mismo —respondió el propietario—. Y su ópera se llama… espere usted… una especie de té.

—¡Una especie de té! —exclamó la joven—. ¡Qué título más extraño para una ópera! ¡Cuánto me gustaría conocer el asunto de la misma! —Y Gideon sentía flotar en el aire su encantadora risa—. Será absolutamente indispensable que hagamos conocimiento con ese señor Jimson. Se me figura que debe ser muy interesante.

—¡Dispense usted, señorita, pero tengo que irme! Me esperan en Haverham.

—¡Oh, no se detenga usted por mí, buen hombre! ¡Buenas tardes!

—¡Téngalas usted igualmente buenas, señorita!

Gideon seguía sentado en su camarote, presa de los más terribles pensamientos. Se veía encadenado en aquel pabellón podrido, aguardando la llegada de un cadáver intempestivo; y he aquí que en torno suyo empezaba a excitarse, la curiosidad y hasta se proponían ir a espiarle por la noche por vía de distracción. Esto significaba para él el presidio, pero había algo que le afligía más y era la imperdonable ligereza de Julia. Aquella joven se hallaba dispuesta a trabar conocimiento con el primero que se presentara; carecía de reserva, de la delicadeza de las personas bien educadas. Hablaba familiarmente con el bruto de su casero, y mostraba inmediato y franco interés en favor de aquel desdichado Jimson. Seguramente ya había formado el proyecto de invitar al pianista a tomar el té en su compañía. ¡Y era por una joven como aquélla por la que un hombre como él, Gideon!… ¡Avergüénzate, corazón viril!

Se vio interrumpido en sus divagaciones por un ruido que le obligó inmediatamente a ocultarse detrás de la puerta. Miss Hazeltine, sin preocuparse por la negativa del casero, acababa de encaramarse a bordo de su pabellón. Había tomado con empeño su proyecto de acuarela, y, como a juzgar por el silencio del pabellón suponía que Jimson no había llegado aún, resolvió aprovechar la ocasión para terminar la obra de arte empezada la víspera. Se sentó en el balcón, colocó su álbum y su caja de colores y no tardó Gideon en oírla cantar mientras trabajaba. Sólo de vez en cuando Julia dejaba de acordarse de una de esas amables recetas que facilitan en la práctica el juego de la acuarela, o mejor dicho, que la facilitaban allá en los buenos tiempos, porque me han dicho que las jóvenes del día se han emancipado por completo de esas recetas a que se habían sometido fielmente diez generaciones de sus madres y abuelas; pero Julia, que probablemente había estudiado con Pitman, pertenecía a la vieja escuela.

Entretanto Gideon se mantenía detrás de la puerta temiendo moverse, respirar y ni aun pensar en lo que iba a ocurrir. Cada minuto de prisión aumentaba su fastidio y su angustia. A lo menos, pensaba en su interior, con gratitud, que esta fase especial de su vida no podía durar eternamente y que cualquiera que fuese lo que pudiera ocurrirle después, siquiera fuese el presidio, añadía amarga e irreflexivamente, no podía menos de producirle algún alivio. Recordó que en el colegio le habían servido a veces de panacea contra el fastidio del encierro y los azotes las largas sumas mentales y, en la ocasión presente, trató de distraerse adicionando indefinidamente la cifra dos a todas las formadas por adiciones anteriores. De esta suerte se hallaban ocupados los dos jóvenes. Gideon entregándose resueltamente a los placeres de la suma, y Julia depositando con vigor en su álbum colores que rabiaban de verse juntos, cuando la Providencia envió por aquellas aguas un paquebote de vapor, que subía el Támesis dando resoplidos. A lo largo de las orillas subía y bajaba el agua y se agitaban con rumor las cañas; el mismo pabellón, aquel viejo barco acostumbrado al reposo desde hacía tanto tiempo, recobró de pronto su antigua afición a viajar y empezó a removerse. Luego pasó el paquebote, se aplanaron las aguas y Gideon oyó de pronto un grito lanzado por Julia. Mirando por la ventana, vio a la joven de pie en el balcón ocupada en seguir con la vista su barquilla, que, arrastrada por la corriente, se volvía hacia el yate. Y debo declarar que, en esta ocasión, el abogado desplegó una vivacidad de espíritu digna de su héroe Robert Skill. Al primer golpe previo lo que iba a suceder y, con un solo movimiento de su cuerpo, se echó al suelo y se escondió debajo de la mesa.

Julia, por su parte, no se daba cuenta de la gravedad de la situación. Veía que había perdido la barquilla y no dejaba de inspirarle inquietud su próxima entrevista con el señor Bloomfield; pero no dudaba que podría salir del pabellón, pues conocía la existencia de la tabla que servía de puente levadizo entre el pabellón y la orilla.

Dio vuelta al pabellón y halló la puerta de éste abierta y la tabla quitada. De aquí dedujo con certeza que Jimson debía haber llegado y que, por consiguiente, se hallaba en el pabellón. El tal Jimson debía ser en verdad un hombre muy tímido para haber permitido semejante invasión de su domicilio, sin dar señales de vida; y este pensamiento reanimó el valor de Julia porque en aquellas circunstancias la joven se veía obligada a pedir auxilio al músico; la tabla era demasiado pesada para sus fuerzas. Llamó, pues, en la puerta abierta, y como nadie respondió, volvió a llamar.

—¡Señor Jimson —gritó—, venga usted, se lo suplico! ¡Tendrá usted que venir tarde o temprano, puesto que no puedo salir de aquí sin su auxilio! ¡Vamos, no sea usted tan pesado! ¡Venga usted, se lo suplico!

Pero tampoco obtuvo respuesta.

—Si está dentro tiene que ser un loco —dijo para sí, sintiendo un pequeño escalofrío.

Pero pensó enseguida que tal vez había ido a pasearse en una barquilla como ella misma había hecho. En tal caso tenía que resignarse a aguardar y podía muy bien visitar el camarote; y dicho y hecho, entró sin pararse a reflexionar más.

No necesito decir que, bajo la mesa donde yacía en el polvo, sintió Gideon que su corazón dejaba de latir.

En primer lugar Julia se fijó en las sobras del almuerzo de Jimson.

«¡Pastel de carne, fruta, pastelillos! —pensó para sí—. ¡No se cuida mal! Estoy segura de que debe ser un hombre de trato delicioso. ¿Tendrá buena facha como el señor Forsyth? ¡El nombre de Jimson no suena tan bien como el de Forsyth! Pero por otra parte Gideon es un nombre horrible. ¡Oh, aquí hay música suya! ¡Magnífico! ¡Orange Pekoe, era pues el título que el buen hombre, dueño del pabellón interpretaba especie de té!».

Gideon oyó en esto una ligera risa.

Adagio, molto espressivo sempre legato, leyó (porque he olvidado decir a mis lectores que Gideon reunía todos los conocimientos necesarios para la parte literaria del oficio de compositor). «Es singular dar tantas indicaciones y no escribir sino dos o tres notas. ¡Hola, aquí hay una hoja que tiene escrito algo más! ¡Andante patético!».

La joven empezó a examinar la música.

—¡Válgame Dios —se dijo—, esto debe ser terriblemente modernista! ¡Cuánto bemol! Veamos qué tal es el aire. ¡Es extraño, pero me parece que lo conozco!

Empezó a tararear la música y de pronto prorrumpió en una carcajada.

—¡Pero si es una canción popular! ¡Tommy, venga, ocúpate de tu tío! —exclamó en voz alta llenando de amargura el alma de Gideon—. ¡Y le pone Andante patético y siete bemoles! ¡Este hombre debe ser un farsante!

En el mismo instante oyó debajo de la mesa un ruido confuso y extraño, como el de una gallina que estornudase; y aquel estornudo fue seguido de un golpe dado contra la mesa, y este golpe, a su vez, de un sordo gruñido.

Julia huyó hacia la puerta, pero, al llegar a ella se volvió, resuelta a desafiar el peligro. Nadie la perseguía, pero seguía sonando debajo de la mesa una serie indefinida de estornudos.

«Seguramente —pensó Julia— es ésta una conducta muy extraña. Este Jimson no puede ser un hombre bien educado».

El primer estornudo del joven abogado había perturbado en su inmutable reposo los innumerables granos de polvo que dormían debajo de la mesa; a los estornudos había sucedido un fuerte ataque de tos.

Julia empezaba a experimentar cierta compasión.

—¡Temo que realmente esté usted enfermo! —dijo aproximándose algo—. Ruego a usted que no se obstine en permanecer más tiempo debajo de la mesa, señor Jimson. Eso no le puede hacer provecho.

El maestro sólo respondió con una tos ahogadora. Pero inmediatamente la intrépida se arrodilló delante de la mesa y se encontraron frente a frente ambas caras.

—¡Dios omnipotente! —exclamó miss Hazeltine, irguiéndose de un salto—. ¡Es el señor Forsyth que se ha vuelto loco!

—No estoy loco —dijo el joven saliendo penosamente de su escondrijo—. Querida miss Hazeltine, juro a usted de rodillas que no estoy loco.

—¡Está usted loco! —exclamó anhelante.

—Sé —dijo—, que para quien juzga de un modo superficial, mi conducta puede parecer extraña.

—¡Si no está usted loco, su conducta ha sido monstruosa —exclamó la joven ruborizándose— y demuestra que no se cuida usted nada de mis tormentos!

—¡Sé… admito eso! —dijo animosamente Gideon.

—¡Ha sido una conducta abominable! —insistió Julia.

—¡Sé que debe haber disminuido la estima de usted hacia mí! —respondió el abogado—. Pero, querida miss Hazeltine, ruego a usted que me oiga hasta el fin. Por extraña que parezca, mi manera de obrar tiene explicación. Y lo cierto es que estoy resuelto a no seguir viviendo si no cuento con la estima de una persona a quien admiro… Los actuales momentos no son los más a propósito para hablar de esto, lo comprendo, pero repito mi expresión: sin la estima de la única persona a quien admiro…

Brilló un reflejo de satisfacción en el rostro de miss Hazeltine.

—¡Muy bien! —dijo—. Salgamos de esta fría caverna y vamos a sentarnos en el balcón… Ahora —repuso instalándose—, hable usted, quiero saberlo todo.

Diciendo esto fijó los ojos en el joven y al verle delante de sí, en aquella facha, la loca muchacha prorrumpió en una carcajada. Su risa era a propósito para regocijar el corazón de un enamorado; sonaba de un modo agradable a lo largo de la orilla, como el canto de un pájaro repetido a lo lejos por los ecos del río. Y sin embargo había una persona a quien mortificaba aquella risa, y esta persona era el infortunado admirador de la joven.

—¡Miss Hazeltine! —dijo con voz algo esquiva—, bien sabe Dios que le hablo a usted con la mejor voluntad, pero muestra usted en todo esto demasiada ligereza.

Julia le miró con asombro.

—¡No puedo retirar la palabra! —dijo—. Ya me causó usted una pena atroz cuando charlaba usted hace poco con el dueño del pabellón. Mostraba usted bastante curiosidad a propósito de Jimson.

—Pero si resulta que Jimson es usted mismo —objetó Julia.

—¡Supongamos que es así! —exclamó el abogado—; pero hace un rato no lo sabía usted. ¿Quién era para usted Jimson? ¿Por qué le había de interesar? ¡Miss Hazeltine, me ha desgarrado usted el corazón!

—¡Oh, eso es ya demasiado! —replicó severamente Julia—. ¿Cómo? ¡Después de haberse usted conducido de la manera más extraordinaria pretende usted ser capaz de explicarme su conducta y, en lugar de explicarla, se pone usted a insultarme!

—Es muy cierto —respondió el pobre Gideon—. Voy a contárselo a usted todo. Cuando sepa usted toda la historia, seguramente me excusará.

Y sentándose junto a ella en el banco, le refirió con todos sus detalles su lamentable aventura.

—¡Oh, señor Forsyth! —exclamó cuando hubo acabado el joven—, siento mucho mi risa de hace un instante. Tenía usted una facha verdaderamente extraña, pero le aseguro a usted que siento haberme reído.

Diciendo esto le alargó su mano, que Gideon conservó en la suya.

—¿No le dará a usted todo esto demasiado mala opinión de mí? —preguntó cariñosamente.

—¿El que hayan caído sobre usted tantas molestias y penosos incidentes? No por cierto, caballero —exclamó la joven. Y en el ardor de su movimiento, le alargó la otra mano, de que el joven se apoderó igualmente —. ¡Puede usted contar conmigo! —añadió Julia.

—¿De veras? —dijo Gideon—. ¡Pues bien, contaré con usted! Reconozco que los actuales momentos no son los más a propósito para hablar de todo esto. Pero no tengo ningún amigo…

—¡Ni yo tampoco! —dijo Julia—. ¿Pero no cree usted que ya es tiempo de que me devuelva mis manos?

—¡La ci darem la mano! —respondió el abogado—. ¡Déjemelas usted un minuto más! ¡Tengo tan pocos amigos! —repuso.

—Yo creí que era mala señal en un joven no tener amigos —añadió Julia.

—¡Oh, pero si tengo muchísimos amigos! —exclamó Gideon—. ¡No era eso lo que yo quería decir! Comprendo que el momento no es el más a propósito; pero ¡oh, Julia, si pudiera usted verse tal como es!

—¡Señor Forsyth!

—No me llame usted con ese nombre tan feo —exclamó el joven—. Llámeme usted Gideon.

—¡Oh, eso jamás! —dijo Julia sin poder contenerse—. ¡Además, hace tan poco tiempo que nos conocemos!

—Al contrario —contestó Gideon—. Hace ya mucho tiempo que nos encontramos por primera vez en Bournemouth. ¡Desde entonces jamás la he olvidado a usted! Dígame usted que tampoco me ha olvidado y llámeme usted Gideon.

Como la joven no respondía, añadió:

—Sí, querida Julia, soy un verdadero asno, pero me propongo conquistar su cariño. Me ha caído encima un negocio infernal, no tengo un cuarto y me he mostrado hace poco a sus ojos bajo el aspecto más ridículo. Sin embargo, Julia, estoy resuelto a conquistar su cariño. Míreme usted frente a frente y dígame, si se atreve a ello, que me lo prohíbe.

La joven le miró y lo que le decían sus ojos no debió de ser desagradable al joven, pues permaneció largo tiempo ocupado en leerlo.

—Además —dijo al fin—, mientras yo consigo hacer fortuna, mi tío Edward nos dará el dinero necesario para vivir.

—¡Hombre, ésa sí que es buena! —dijo una voz gruesa detrás de los jóvenes.

Gideon y Julia se separaron más rápidamente que si los hubiera separado un resorte eléctrico y ambos, extraordinariamente ruborizados, fijaron sus ojos en el señor Edward Hugh Bloomfield.

El buen caballero, viendo llegar la barquilla sola había tenido la idea de ir discretamente a echar una mirada a la acuarela de miss Hazeltine. Mas he aquí que había matado dos pájaros de una pedrada; su primer movimiento fue de enfado, lo cual era natural en él. Pero al ver a los jóvenes ruborizados y asustados, su corazón empezó a ablandarse.

—¡Ésa sí que es buena! —repitió—. Ustedes cuentan ya como cosa segura con su tío Edward. Pero, vamos a ver, Gideon, ¿no le dije a usted que, se mantuviese lejos de nosotros?

—Usted me dijo que me mantuviese lejos de Maidenhead. ¿Cómo podía yo figurarme que les encontraría a ustedes aquí?

—Hay algo de verdad en eso —añadió el señor Bloomfield—. La verdad es que creí preferible ocultar nuestra verdadera dirección hasta a usted mismo. Esos tenebrosos bandidos, esos Finsbury, hubieran sido capaces de querer arrancarnos por fuerza a Julia. Precisamente, para despistarlos icé en mi yate esa abominable bandera extranjera. Pero no es todo eso, Gideon. Usted me prometió empezar a trabajar, y le encuentro aquí en Padwick haciendo el bobo.

—¡Por piedad, señor Bloomfield, no se muestre usted demasiado severo con el señor Forsyth! —dijo Julia, interviniendo en favor de su amigo—. ¡El pobre joven se encuentra en un apuro terrible!

—¿Qué es eso, Gideon? —preguntó su tío—. ¿Se ha batido usted o tiene que pagar alguna cuenta?

En la mente del viejo radical, estas dos alternativas resumían todas las desgracias que podían caer sobre un caballero.

—¡Por desgracia, querido tío —dijo Gideon—, es algo peor que todo eso! Me encuentro envuelto en una serie de circunstancias de una injusticia verdaderamente… providencial. El hecho es que un sindicato de asesinos ha sabido, no sé cómo, que yo poseía la mayor habilidad para hacer desaparecer las huellas de su crimen. De todos modos es un homenaje que rinden a mi capacidad de legista.

Dicho esto refirió Gideon, por segunda vez y con todos los detalles, la aventura del Erard.

—¡Es preciso que yo escriba eso al Times! —exclamó el señor Bloomfield.

—¿Quiere usted deshonrarme? —preguntó Gideon.

—¡Deshonrarte! ¡Bah, no tengas miedo! —dijo su tío—. El ministerio es liberal. Seguramente no se negará a atenderme. ¡A Dios gracias, pasaron los días de la opresión tory!

—¡No, no, eso no puede ser, querido tío! —dijo Gideon.

—¿Pero será usted tan loco que persista en deshacerse por sí mismo de ese cadáver? —exclamó el señor Bloomfield.

—¡No hallo otro camino! —dijo Gideon.

—¡Pero si eso es absurdo! —repuso el señor Bloomfield—. ¡Gideon, le ordeno a usted formalmente que desista de esa injerencia criminal!

—Está muy bien —dijo Gideon—; en ese caso dejo el asunto en sus manos para que usted haga del cadáver lo que le parezca.

—¡Dios me libre de semejante cosa! —exclamó el presidente del Club Radical—. ¡No quiero tener nada que ver con semejante horror!

—En tal caso tiene usted que dejarme desembarazar de él lo mejor que pueda —replicó su sobrino—. Créame usted, es el partido más razonable.

—¿No podríamos depositar secretamente el cadáver en el Club Conservador? —apuntó el señor Bloomfield—. Con esto y con algunos buenos artículos que haríamos escribir en los periódicos radicales prestaríamos un gran servicio a la nación.

—Si usted encuentra que puede sacar algún provecho político de mi… objeto —dijo Gideon—, razón de más para que yo se lo ceda.

—¡Oh, no, no, Gideon! Creía únicamente que tal vez podría usted emprender esa operación. Y hasta añado que, pensándolo bien, creo que es completamente inútil que permanezcamos aquí a su lado, miss Hazeltine y yo. ¡Podrían vernos! —continuó el venerable presidente, mirando a derecha e izquierda—. Usted comprenderá que, en mi calidad de hombre público, debo tomar excepcionales precauciones. ¡Comprometerme, sería comprometer a todo el partido! Además, de todos modos, se acerca la hora de la comida.

—¿Cómo? —exclamó Gideon consultando el reloj—. ¡Pues es verdad! ¡Pero, Dios mío, el piano debería estar aquí hace ya tiempo!

El señor Bloomfield se dirigía ya hacia la barca, pero al oír estas palabras se detuvo.

—¡Sí! —repuso Gideon— yo mismo vi llegar el piano a la estación de Padwick, y fui en persona a avisar al carretero, para que lo trajese aquí. Me dijo que tenía que hacer otro encargo antes, pero que sin falta tendría aquí el piano lo más tarde a las cuatro. ¡No hay duda; han abierto el piano y han hallado el cuerpo!

—¡En ese caso tiene usted que huir enseguida! —declaró el señor Bloomfield—. ¡Es la única conducta digna de un hombre!

—¡Pero supongamos que me equivoco! —dijo Gideon con dolorido acento—. ¡Supongamos que llega el piano y que no estoy aquí para recibirlo! ¡Sería yo la primera víctima de mi cobardía! No, querido tío; hay que ir a informarse en Padwick. Naturalmente, yo no puedo encargarme de ello, pero a usted nadie se lo impide. ¿Por qué no va usted a rondar un poco alrededor de la Oficina de Policía?

—¡No, Gideon, no! —dijo el señor Bloomfield con acento que revelaba gran embarazo—. Ya sabe usted que le profeso el cariño más sincero. Sé, además, por mi parte, que tengo la dicha de ser inglés y conozco todos los deberes que me impone este título. Pero eso de la policía, no, querido Gideon.

—¿Conque me abandona usted? —preguntó Gideon—. ¡Dígalo francamente!

—¡Al contrario, hijo mío, al contrario! —protestó el desdichado tío—. Me limito a aconsejar la prudencia. ¡Querido Gideon, un verdadero inglés debe dejarse guiar siempre por el buen sentido!

—¿Me permite usted que diga mi parecer? —se atrevió a decir Julia—. Yo creo que Gideon… quiero decir el señor Forsyth… haría mejor en salir de este horrible pabellón y en ir a esperar allá abajo entre los sauces. Si llega el piano, el señor Forsyth podrá acercarse y recibirlo. Y si por el contrario, llega la policía, no tendrá más que subirse a bordo de nuestro yate y se habrá desvanecido el señor Jimson. ¡En el yate nada tendrá que temer! El señor Bloomfield es hombre tan respetable y personalidad tan importante que nadie podrá imaginarse nunca que tiene nada que ver con semejante asunto.

—¡Esta joven tiene una gran dosis de prudencia! —declaró el presidente del Club Radical.

—¡Sí! Pero si no veo llegar al piano ni a la policía —dijo Gideon—, ¿qué debo hacer en tal caso?

—¡En tal caso —dijo Julia—, puede usted ir al pueblo cuando sea enteramente de noche! ¡Y hasta yo iré con usted! ¡Estoy segura de que nadie sospechará de usted, pero si alguien sospecha, yo me encargaría de hacerle comprender que se equivoca!

—¡Eso sí que no lo puedo permitir! ¡No puedo autorizar a mis Hazeltine a que vaya con usted! —exclamó el señor Bloomfield.

—¿Y por qué? —preguntó Julia.

Ahora bien, el señor Bloomfield no tenía ganas de revelárselo, porque el verdadero motivo era que temía verse mezclado en el asunto. Pero según la táctica ordinaria en estos casos, dijo ahuecando la voz:

—No permita Dios, mi querida miss Hazeltine, que yo tenga que dictar a una joven bien educada lo que prescriben las conveniencias. Pero, en fin…

—¡Oh! ¿No es más que eso? —interrumpió Julia—. Pues en ese caso vamos los tres juntos a Padwick.

«¡Caí en la trampa!», pensó tristemente el viejo radical.

Capítulo Doce

DONDE EL PIANO APARECE IRREVOCABLEMENTE POR ÚLTIMA VEZ

Muchos no tienen inconveniente en decir que los ingleses son un pueblo sin música; pero, dejando aparte el favor excepcional que los ingleses dispensan a los organilleros, existe por lo menos un instrumento que puede llamarse nacional, en toda la extensión de la palabra: el flautín, llamado comúnmente pito de un cuarto; el pastorcillo de los brezales, que ya mostraba aficiones musicales en tiempo de nuestros antiguos poetas, despierta y tal vez entristece la alondra con su flautín; y estoy seguro de que no se hallará un solo lazarillo que no sepa ejecutar en dicho flautín, Los granaderos ingleses o Cereza madura. Esta última canción es, a decir verdad, el trozo clásico del tocador de flautín, hasta tal punto que más de una vez me he preguntado si no fue compuesto en su origen para dicho instrumento. Inglaterra es, en todo caso, el único país del mundo en que un número extraordinario de hombres hallan medio de ganarse la vida con sólo saber tocar el flautín, más aún, con sólo tocar una pieza, la inevitable Cereza madura.

Pero, por otra parte, hay que reconocer que el flautín es un instrumento, si no misterioso, envuelto por lo menos en una espesa capa de misterio. ¿Por qué, por ejemplo, se le da el nombre de «pito de un cuarto» cuando jamás he visto que se llegue a vender por tan mínimo precio? Se le llama también a veces «pito de estaño» y sin embargo, mucho me engaño, o no entra para nada el estaño en su composición.

Por último, desearía saber en qué profunda catacumba, en qué desierto, lejos de todo oído humano, realiza su aprendizaje el tocador de flautín. Cualquiera de nosotros ha oído seguramente a personas que aprendían a tocar el piano, el violín o la trompa de caza, pero el cachorro del tañedor de flauta (como el del salmón) se oculta a la más perspicaz observación. Jamás llegamos a oírle hasta que llega a tener perfecta maestría.

Por estas razones era doblemente notable el fenómeno que se producía cierta tarde de otoño en una carretera que atravesaba una verde pradera, no lejos de Padwick. En el pescante de una gran carreta cubierta iba sentado un joven de apariencia modesta (y por qué no decirlo) bastante idiota. Llevaba las riendas sobre las rodillas y el látigo detrás en el interior de la carreta. El caballo iba adelantando sin necesidad de que nadie le dirigiese ni arrease; y el joven cochero, transportado a una esfera superior a la de sus ocupaciones diarias, con los ojos en el cielo, se consagraba por completo a un flautín en re, recién comprado, y del que se esforzaba por extraer penosamente la amable melodía de El gañán, y en verdad, para un observador que la casualidad hubiese colocado en aquel momento en medio de la pradera, aquel espectáculo hubiera tenido un interés inolvidable y hubiera podido decir: ¡Al fin he tropezado con un aprendiz de flautín! El bondadoso y estúpido joven, que se llamaba Harker, y estaba empleado en casa de un alquilador de carros de Padwick, acababa de repetir por vigésima vez su canción, cuando se sintió profundamente avergonzado al notar que no estaba solo.

—¡Bravo! —exclamó una voz varonil, a orillas de la carretera—. ¡Eso se llama entenderlo! ¡Únicamente se nota algo de flojedad en el estribillo! —añadió la voz, con el tono del que es perito en la materia—. ¡Vamos, otra vez!

Desde el fondo de su humillación, contempló Harker al hombre que acababa de hablarle. Se halló con un mocetón de unos cuarenta años, curtido por el sol, afeitado y que seguía a la carreta con paso verdaderamente militar, haciendo molinetes con un garrote que llevaba en la mano. Sus vestidos no estaban muy allá, pero el hombre parecía limpio y lleno de dignidad.

—¡Soy un pobre principiante —murmuró Harker—, y no creía que nadie me oyese!

—¡Pues bien, así me gusta! —dijo el hombre—. Empieza usted algo tardé, pero no importa. ¡Vamos, voy a echarle una mano! ¡Déjeme usted sitio en el pescante!

Un momento después, el hombre se hallaba sentado al lado de Harker y tenía en sus manos el flautín. Sacudió primero el instrumento, mojó la embocadura, como hacen los artistas consumados, pareció esperar la inspiración de arriba, y atacó por último resueltamente una canción popular. Su ejecución dejaba tal vez algo que desear: no sabía dar al flautín esa dulzura aérea que, en ciertas manos, hace competir a este instrumento con los pájaros del bosque. Pero, por el ardor, la viveza y el desembarazo con que tocaba, era un flautista sin rival: Harker era todo oídos, y aquella canción tan bien tocada le llenó de desesperación, dándole a conocer su propia inferioridad. Casi inmediatamente El placer del soldado le hizo olvidar este mezquino sentimiento y excitó en su alma el entusiasmo más generoso.

—¡Ahora le toca a usted! —le dijo el tocador ofreciéndole el flautín.

—¡Oh, no, imposible después de usted! —exclamó Harker—. ¡Usted es un verdadero artista!

—¡De ninguna manera! —respondió modestamente el desconocido—: soy un simple aficionado como usted. ¡Le diré a usted más aún! Yo tengo una manera de tocar el flautín y usted otra y debo declararle que prefiero la suya a la mía. Pero, ya ve usted, yo empecé a tocar cuando era un muchacho y no tenía el gusto formado. ¡Vamos! ¡Toque usted esa canción! ¿Cómo es?…

Fingió hacer grandes esfuerzos para recordarla.

En el pecho de Harker surgió una tímida esperanza, por otra parte insensata. ¡Sería posible! ¿Habría algo de particular en su manera de tocar? La verdad es que él mismo había experimentado a veces la impresión de descubrir en los sonidos que emitía, cierta riqueza poética. ¿Sería acaso un genio? Mientras se dirigía esta pregunta, el desconocido seguía haciendo vanas tentativas para dar con la canción de El gañán.

—¡No —dijo al fin el pobre Harker—, no es eso enteramente! Mire usted cómo empieza… ¡Oh!, lo hago únicamente para indicarle a usted la música.

Diciendo esto tomó el flautín entre sus labios y tocó la canción entera una, dos y hasta tres veces. Su compañero intentó de nuevo tocarla, pero fracasó igualmente. Y cuando Harker comprendió que él, tímido principiante, estaba dando una verdadera lección a aquel flautista consumado, sintió tan inmensa satisfacción que el campo le pareció bañado en los resplandores de su gloria. Imposible me sería a no ser que el lector sea aficionado al flautín, hacerle comprender el grado de vanidad idiota a que llegó el desdichado mozo. Por lo demás, un solo hecho bastará para pintar la situación. A partir de aquel momento fue Harker el único que tocó y su compañero se limitó a oírle y aplaudirle.

Sin embargo, mientras le escuchaba, no echaba en olvido ese hábito de prudencia militar que consiste en enterarse siempre de lo que hay alrededor de sí; gracias a esto, iba calculando el valor de los diversos paquetes que contenía la carreta y esforzándose por adivinar el contenido ya de los paquetes envueltos en papel gris, ya de una magnífica cesta, ya de una caja de madera blanca; al mismo tiempo se decía que aquel gran piano, cuidadosamente embalado, podría ser un bonito negocio si por sus dimensiones no hubiera dificultades para realizarlo. Mirando hacia adelante, divisó nuestro hombre, en un recodo de la pradera un ventorrillo rústico, rodeado de rosas. «¡A fe mía, voy a intentar el golpe!», se dijo por conclusión. E inmediatamente propuso a su compañero tomar una copa.

—Es que… no tengo costumbre de beber —dijo Harker.

—Óigame usted, joven —interrumpió su compañero—. ¡Voy a decirle a usted quién soy yo! ¡Soy el sargento Brand del ejército colonial! ¡Con esto basta para que sepa usted si soy o no bebedor!

Tal vez no era tan significativa como él suponía la revelación del sargento Brand. Precisamente en circunstancias como éstas hubiera podido intervenir el coro de la tragedia griega, para hacernos notar que el discurso del desconocido no nos explicaba suficientemente lo que venía a hacer de noche, vestido de harapos y en un camino vecinal un sargento del ejército colonial. Nadie mejor que dicho coro hubiera podido dar a entender que, según toda verosimilitud, el sargento Brand debía haber renunciado hacía ya tiempo a la obra magna de la defensa nacional y que al presente, se entregaba a la industria enteramente personal del merodeo y del robo. Pero como no había coro griego por aquellos andurriales, el guerrero se contentó, sin meterse en otras explicaciones autobiográficas, en demostrar que eran dos cosas muy distintas embriagarse de un modo regular y trincar con un amigo.

En el ventorro del León Azul, el sargento Brand presentó a su nuevo amigo, el señor Harker, gran número de ingeniosas mezclas destinadas a impedir la completa embriaguez. Le explicó que el empleo de dichas mezclas era indispensable en el regimiento, porque sin ellas, ni un solo oficial se hallaría en un estado de sobriedad suficiente para poder asistir, por ejemplo, a las revistas de comisario. La más eficaz de estas mezclas consistía en combinar dos pintas de cerveza con cuatro cuartos de ginebra auténtica. Espero que mis lectores, aunque sean paisanos, sabrán utilizar esta receta, ya para sí, ya para un amigo, porque el efecto que produjo en el señor Harker fue en verdad tremendo. El pobre muchacho tuvo necesidad de ayuda para encaramarse al pescante, donde no hizo a partir de aquel momento más que reír y tocar. Así fue que el sargento tuvo naturalmente que tomar las riendas y, como sin duda, cual todo verdadero artista, tenía una preferencia marcada hacia las bellezas más solitarias y agrestes del paisaje inglés, fue apartándose cada vez más del camino principal, para meterse por otros cada vez más extraviados, desiertos y alejados.

Por lo demás, para dar al lector una idea de las vueltas y revueltas que dio la carreta dirigida por el sargento, debería trazar aquí un plano del condado de Middlesex. Desgraciadamente es costosa la reproducción de esta clase de trabajos. Baste decir que a la caída de la tarde la carreta se detuvo en medio de un bosque y que una vez allí, el sargento levantó de entre los fardos con tierna solicitud y colocó sobre un montón de hojas secas el cuerpo inanimado del joven Harker.

«¡Si te despiertas de aquí a mañana, hijo mío —pensó el sargento—, será un milagro!».

Sacó luego suavemente todo lo que había en los bolsillos del carretero dormido, es decir, principalmente una cantidad de diecisiete chelines y ocho peniques. Inmediatamente se subió al pescante y se puso de nuevo en marcha.

«¡Si supiera siquiera en donde estoy, la broma sería completa! —dijo para sí—. ¡En fin, aquí hay un recodo!».

Torció el recodo y se encontró de pronto en las orillas del Támesis. A cien pasos de distancia brillaban las luces de un yate, y muy cerca, tanto que no podía evitar que le viesen, encontró tres personas una señora y dos caballeros que se dirigieron a él resueltamente. El sargento vaciló un segundo, pero confiando en la obscuridad avanzó. Entonces uno de los dos hombres, el de aspecto más imponente, colocándose en medio de la carretera, alzó un grueso bastón a guisa de señal.

—¡Buen hombre! —gritó—. ¿No ha encontrado usted un carro de transportes?

El sargento Brand repitió con aire embarazoso:

—¿Un carro de transportes?… ¡No, señor!

—¡Ah! —dijo el imponente caballero apartándose para dejarle pasar. La señora y el segundo de los dos hombres se inclinaron hacia adelante y examinaron con viva curiosidad la carreta.

«¿Qué diablos querrán ver?», pensó para sus adentros Brand. Arreó a su caballo, pero no sin volverse discretamente una vez más, lo cual le permitió ver las tres personas de pie en medio de la carretera, como si estuviesen deliberando. No es de extrañar, pues, que entre los gruñidos articulados que salieron entonces de la boca del improvisado carretero, figurase, en primer término, la palabra «policía». Brand arreaba su caballo, el cual galopando lo más que podía (que no era, en resumen, sino un galope muy relativo), corría hacia Great Hamercham. Poco a poco fue debilitándose el ruido de los cascos y el rechinar de las ruedas, y el trío antes citado quedó de pie en la orilla en medio del más profundo silencio.

—¡Es lo más extraordinario del mundo! —exclamaba el más pequeño de los dos hombres—. ¡He reconocido perfectamente el carro!

—¡Y yo he visto un piano! —decía la joven.

—¡Es seguramente el mismo carro! —añadía el joven—. ¡Y lo más extraño es que el carretero no es el mismo!

—¡Debe ser el mismo carretero, Gid! —afirmaba el otro hombre.

—Entonces —preguntaba Gideon—, ¿por qué ha huido?

—¡Tal vez se habrá desbocado su caballo! —apuntó el viejo radical.

—¡De ninguna manera! ¡He oído restallar el látigo! —decía Gideon—. ¡En verdad esto es capaz de desconcertar a uno!

—¡Voy a decir a ustedes lo que creo que debemos hacer! —exclamó la joven—. Vamos a seguir su pista, como dicen en las novelas o, mejor dicho, vamos a seguirla en sentido contrario, marchando hacia el punto de donde venía. ¡Seguramente encontraremos alguien que le haya visto y nos dé noticias!

—¡Sí, perfectamente, hagámoslo así, aunque sólo sea por lo extraño del caso! —dijo Gideon.

Lo «extraño del caso» consistía sin duda para él en que semejante excursión le permitiría estar al lado de miss Hazeltine. En cuanto el señor Bloomfield, el tal proyecto le agradaba mucho menos. Y cuando hubieron recorrido unos cien pasos por un camino desierto, entre una tapia por un lado y una cuneta por otro, el presidente del Club Radical dio la señal de alto.

—¡Lo que estamos haciendo no tiene visos de sentido común! —dijo.

Pero apenas se extinguió el ruido de sus pasos, llegó a oídos de nuestros amigos otro ruido que salía misteriosamente de un bosquecillo inmediato.

—¿Qué es eso? —exclamó Julia.

—¡No sé lo que podrá ser! —dijo Gideon—, haciendo ademán de querer entrar en el bosquecillo.

El radical blandió su bastón como si fuera una espada.

—¡Gideon, mi querido Gideon!… —empezó a decir.

—¡Señor Forsyth, por piedad, no dé usted un paso más! —dijo Julia—. ¿Qué sabe usted lo que puede haber ahí? ¡Tengo miedo por usted!

—¡Aun cuando hubiera de encontrar al diablo en persona —respondió Gideon resueltamente—, quiero ver lo que hay ahí!

—¡No hay que precipitarse, Gideon! —gritaba su tío.

El abogado se encaminó hacia donde sonaba el ruido, que presentaba en verdad un carácter monstruoso, pues en él resultaban combinados de la manera menos natural, los gritos de la vaca y de la sirena del barco con el zumbido del mosquito. Entre los árboles yacía una masa negra que no dejaba de tener cierto parecido con la forma humana.

—¡Es un hombre —dijo Gideon—, y nada más que un hombre! ¡Está dormido y ronca! ¡Eh, buen hombre! —dijo y añadió enseguida—: Parece que no quiere despertarse.

Gideon encendió una cerilla y a su resplandor reconoció la cabeza rojiza del carretero que se había comprometido a llevarle el piano.

—¡Aquí está mi hombre, borracho como un cerdo! —dijo—. ¡Empiezo a comprender lo que ha pasado!

Y expuso a sus dos compañeros, que se habían arriesgado a incorporársele, su hipótesis acerca de la forma en que el carretero se había visto separado de su vehículo.

—¡Qué abominable bruto! —dijo el tío—. ¡Despertémosle e impongámosle el castigo que merece!

—¡Guardémonos de ello! —dijo Gideon—. ¡Lo primero que debemos evitar es que nos vea juntos! Además, querido tío, a decir verdad, debo a este buen hombre el más profundo agradecimiento, porque su borrachera es el suceso más fausto para mí. No podían ir las cosas mejor. ¡Me parece, querido tío, que ahora ya estoy completamente libre!

—¿Libre de qué? —preguntó el radical.

—¡Pues de todo el asunto! —exclamó Gideon—. El carretero improvisado ha incurrido en la infeliz necedad de robar el carro con el piano y su contenido. Por lo demás, no sé ni me importa saber lo que piensa hacer con ello. De todos modos mis manos quedan libres. ¡Jimson ha dejado de existir! ¡Felicítenme ustedes, mi querido tío… mi querida Julia! ¡Oh, querida Julia!…

—¡Gideon, Gideon! —dijo el tío.

—¡Oh, no hay en esto ningún mal, mi querido tío, puesto que nos vamos a casar muy pronto! —dijo Gideon—. ¡Recuerde usted muy bien que nos lo ha dicho hace poco en el pabellón!

—¿Yo? —preguntó el tío sorprendido—. ¡Estoy seguro de no haber dicho semejante cosa!

—¡Suplíqueselo usted, júrele usted que lo ha dicho, invoque su buen corazón! —exclamó Gideon dirigiéndose a Julia—. ¡Cuando deja hablar su corazón no tiene igual en el mundo!

—¡Mi querido señor Bloomfield —dijo Julia—, Gideon es tan buen muchacho y me ha prometido de tal modo trabajar en su carrera, que estoy segura que lo hará! ¡Lo malo es que yo no tengo un cuarto! —añadió la joven.

—¡El tío Edward tiene por dos, querida señorita, como le decía a usted hace poco este tunante! —respondió el radical—. ¡Y no puedo olvidar que ha sido usted vergonzosamente despojada de su fortuna! ¡Por consiguiente ahora que nadie nos mira, bese usted a su tío Edward!… ¡En cuanto a usted, miserable —repuso cuando dicha ceremonia quedó debidamente realizada —, esta encantadora joven va a ser su esposa, y es seguramente mucho más de lo que usted merece! Pero ahora, ¡volvamos inmediatamente al pabellón y después al yate para regresar a Londres!

—¡Magnífico, a pedir de boca! —exclamó Gideon—. ¡Y mañana no habrá Jimson, ni carro, ni piano! ¡Y cuando ese buen hombre se despierte, podrá decir que todo este negocio ha sido un sueño!

—¡Sí —dijo el tío Edward—, pero habrá otro hombre que tendrá un despertar muy distinto! ¡El tunante que ha robado el carro echará de ver que se ha pasado de listo!

—Mi querido tío —dijo Gideon—, soy feliz como un rey; mi corazón salta como una pelota, mis talones parece que tienen alas; me veo libre de todos mis apuros y tengo segura la mano de Julia. En tales condiciones, ¿cómo he de poder dar abrigo en mi pecho a sentimientos de crueldad? No; ¡sólo hay sitio en mí para una bondad angelical! Y cuando pienso en ese pobre y desdichado diablo con su carreta, exclamo desde el fondo de mi corazón: ¡Dios le ayude!

—¡Amén! —respondió el tío Edward.

Capítulo Trece

LAS TRIBULACIONES DE MAURICE (II)

Si nuestra literatura hubiese conservado sus antiguas tradiciones de reserva y cortesía clásicas, yo no rebajaría mi dignidad de escritor hasta el punto de describir a mis lectores las angustias de Maurice; es éste uno de los asuntos que, por la misma intensidad de su realismo, debería estar excluido de toda obra de arte digna de este nombre. Pero precisamente el gusto del día se inclina a los asuntos de este género; el lector desea que expongan a sus miradas los más recónditos repliegues de un héroe de novela, y nada le agrada tanto como el espectáculo de un corazón ensangrentado que se presenta ante él en toda su desnudez. Aun así no bastaría semejante reflexión si el repugnante asunto que voy a tratar no tuviese además un alcance altamente moralizador. ¡Tendré conciencia de no haber trabajado en vano, si mi relato puede impedir a uno solo de mis lectores lanzarse al crimen a la ligera, sin haberse rodeado de las más minuciosas, precauciones!

Al día siguiente de la visita de Michael, cuando Maurice se despertó del profundo sueño que le había producido su desesperación, echó de ver que sus manos temblaban, que sus ojos apenas podían abrirse, que su garganta se abrasaba y que su digestión estaba paralizada. «¡Y bien sabe Dios sin embargo, que no es por exceso en la comida!», se dijo el desdichado. Después se levantó a fin de reflexionar más fríamente en su situación. Nada dará mejor idea de las perturbaciones que agitaban su pensamiento que la exposición metódica de los angustiosos problemas que surgían ante él.

Así pues, para comodidad del lector, voy a clasificarlos por números; pero no tengo necesidad de decir que en el cerebro de Maurice se mezclaban y arremolinaban en conjunto, como una nube de polvo. Y, siempre para comodidad del lector, voy a poner a cada uno de dichos angustiosos problemas un título. ¡Obsérvese, además, que cada uno de ellos bastaría por sí solo para asegurar el éxito de un folletín!

Problema número 1: ¿Dónde está el cadáver o el misterio de Bent Pitman? Para Maurice no ofrecía la menor duda que Bent Pitman pertenecía a la más tenebrosa especie dé los criminales de profesión. Cualquier hombre, por poca honradez que tuviese, no hubiera cobrado el cheque; y por muy escasa que fuese su dosis de humanidad, no hubiera aceptado en silencio el trágico contenido del tonel; además, sólo un asesino experto habría podido hallar los medios de hacer desaparecer el cadáver sin dejar rastro. Esta serie de deducciones dio por resultado el presentar a Bent Pitman a los ojos de Maurice como la más siniestra imagen de un monstruo. Evidentemente aquel ser infernal, para desembarazarse del cadáver no había tenido más que hacer que precipitarlo por una trampa que había en su trascocina (Maurice había leído algo parecido en una novela por entregas); y ahora aquel bandido vivía en una orgía de lujo, gracias al importe del cheque. Por otra parte, era lo más favorable que podía desear Maurice en su situación. Lo malo es que, dados los hábitos de loca prodigalidad de un hombre como Bent Pitman, las ochocientas libras podían durar apenas una semana. Y una vez derretida semejante suma, ¿qué haría enseguida el espantoso personaje? Una voz diabólica respondía a Maurice desde el fondo de su propio pecho: «¿Sabes lo que hará enseguida? ¡Pues te hará cantar!».

Problema núm. 2: Problema de la tontina o ¿ha muerto el tío Mastermann? ¡Era por demás inquietante este problema, y, sin embargo, de él dependían todas las esperanzas de Maurice! Había intentado intimidad, y corromper a Catherine, pero sus tentativas habían fracasado. Seguía teniendo siempre la convicción «moral» de que su tío Mastermann había muerto: pero no es cosa fácil hacer cantar a un sutil legista, fundándose únicamente en una convicción moral. Eso sin contar que, después de la visita de Michael, semejante plan ofrecía muchos menos atractivos que antes a la imaginación de Maurice. «¿Es Michael hombre a quien se puede hacer cantar fácilmente? —se preguntaba—. ¿Soy yo, acaso, el hombre a propósito para hacer cantar a Michael?». Eran éstas cuestiones graves, solemnes y terribles. «No quiere decir que yo le tenga miedo —añadía Maurice para tranquilizarse—; pero a mí me gusta pisar terreno firme, y no veo medio de conseguirlo. ¡De todos modos, cuán diferente es la vida real de las novelas! En una novela, apenas metido yo en este enredo, habría encontrado seguramente un tunante sombrío y misterioso que se hubiera convertido en mi cómplice, que habría visto enseguida lo que había que hacer, y que probablemente se habría introducido en casa de Michael, donde no habría encontrado más que una estatua de cera; después de lo cual, por lo demás, el tal cómplice no habría dejado de hacerme cantar, y hasta me habría asesinado por añadidura. Mientras que, en la realidad, podría yo estar recorriendo día y noche las calles de Londres, hasta reventar de cansancio, sin que se fijase en mí ni un solo criminal… ¡Y sin embargo, desde este punto de vista. Bent Pitman desempeña próximamente ese papel!», repuso con aire pensativo.

Problema núm. 3: La casita de Browndean o el cómplice recalcitrante. Porque había también un cómplice; y el tal cómplice estaba aburriéndose soberanamente en un pantano de Hampshire, con los bolsillos vacíos. ¿Qué podía hacerse por aquel lado? Maurice pensó que hubiera debido enviar, por lo menos, alguna cosa a su hermano, aunque sólo fuese una simple libranza de cinco chelines, a fin de que tuviese paciencia, procurándole esperanza, cerveza y tabaco. «¿Pero cómo hubiera yo podido enviarle la más insignificante suma?», gimió el triste mozo, explorando sus bolsillos, de donde sacó exactamente cuatro piezas de un chelín y dieciocho cuartos. Para un hombre en la situación de Maurice, en guerra abierta contra la sociedad, y teniendo que dirigir, con su inexperta mano, los hilos de la más embrollada intriga, hay que confesar que esta suma era insignificante. ¡Tanto peor! ¡John se arreglaría como pudiera!

—Sí, pero —añadía entonces con voz diabólica—, ¿cómo quieres que salga del atolladero aunque fuera cien veces menos estúpido de lo que es?

Problema núm. 4: El comercio de cueros o al fin hemos hecho quiebra. Costumbres londinenses. Acerca de este punto especial, Maurice carecía de noticias. No se había atrevido aún a poner los pies en su oficina, y, sin embargo, comprendía que no iba a tener más remedio que ir. Pero ¿qué había de hacer una vez en la oficina? No tendría derecho para firmar nada con su propio nombre y con la mejor voluntad del mundo, empezaba a comprender que jamás lograría falsificar la firma de su tío. En tales condiciones, no podía hacer nada para contener la ruina. Y cuando la ruina llegase a producirse, cuando los ojos escrutadores de los peritos examinasen hasta los menores detalles de las cuentas de la casa, no dejarían de dirigir al desdichado insolvente estas dos preguntas: 1.ª ¿Dónde está el señor Joseph Finsbury? 2.ª ¿Qué significaba cierta visita al Banco? Eran éstas unas preguntas tan fáciles de hacer como imposibles de contestar. Y si no lograba responder a ellas, tendría que ir seguramente a la cárcel, y más tarde a presidio. Maurice estaba afeitándose cuando se presentó a su mente semejante eventualidad, y se apresuró a dejar la navaja. Tenemos, por una parte, según la expresión de Maurice, «la desaparición total de un tío rico»; tenemos, por otra, una serie de actos extraños e inexplicables, realizados por un sobrino que sentía hacia el desaparecido un odio implacable (qué admirable conjunto de circunstancias para un error judicial). «No —dijo Maurice—, no llegarán hasta el punto de considerarme como un asesino. Pero, francamente, no hay en el Código un solo crimen (excepto tal vez el de incendio) que yo no haya, al parecer, cometido a los ojos de la ley. ¡Y sin embargo, soy un hombre honrado a carta cabal, que no ha deseado nunca más que cobrar lo que le deben! ¡Ah, bonitas están las leyes!».

Tras esta reflexión, que se hallaba bien arraigada en su espíritu, bajó Maurice las escaleras de su casa de John Street; estaba a medio afeitar. En el buzón de las cartas encontró una que, por la letra, conoció ser de John, que daba señales de impaciencia.

—¡En verdad, el destino hubiera podido evitarme esto por lo menos! —dijo amargamente, y rompió el sobre.

«¡Querido Maurice —leyó—, empiezo a creer que me estás tomando el pelo! Me encuentro aquí en la situación más espantosa; me veo obligado a vivir de gorra, y como tú comprenderás, ¡cada día es más difícil! ¡Acuérdate bien de que no tengo sábanas! ¡Necesito dinero! ¿Me entiendes? ¡Ya me va cargando este infundio! En mi lugar nadie hubiera aguantado. Hace dos días que me hubiera largado, si hubiera tenido con qué tomar el tren. ¡Vamos, Maurice, no te obstines en tu locura! ¡Figúrate cuál será mi terrible situación! ¡Voy a tener que pedir prestado el sello para esta carta! ¡Te lo aseguro bajo palabra de honor! Tu hermano que te quiere, J. Finsbury».

«¡Qué bruto! —pensó Maurice, metiéndose la carta en el bolsillo—. ¿Qué quiere que haga por él? ¡Voy a tener que afeitarme en casa del peluquero, porque mi pulso no está firme! ¿Dónde quiere que encuentre yo dinero para enviárselo? Comprendo que su situación no tiene nada de divertida, pero ¿estoy yo acaso en la gloria?… Por lo menos hay en su carta una cosa que me consuela. ¡No teniendo un cuarto, tiene que quedarse allí quieras que no!».

Luego añadió en un nuevo arranque:

—¡Se atreve a quejarse el animal, y, sin embargo, no ha oído nunca el nombre de Bent Pitman! ¿Qué haría si tuviese encima todo lo que yo tengo?

No eran estos argumentos de una honradez irreprochable, y el escrupuloso Maurice se daba cuenta de ello. No podía ocultársele que su hermano John estaba muy lejos de hallarse en la gloria, en el pantanoso cottage de Browndean, sin noticias, sin dinero, sin sábanas, sin la menor sombra de compañía o distracción. De tal suerte que después de afeitado, Maurice llegó a concebir la necesidad de un arreglo.

—El pobre John —dijo para sí— se halla en una situación verdaderamente espantosa. ¡Ya que no le puedo enviar dinero, le enviaré algo que le agrade, como el Léame usted! ¡Eso le dará ánimo, y además contribuirá a que le hagan más fácilmente crédito, al ver que recibe algo por el correo!

En consecuencia de esto, al dirigirse a la oficina compró Maurice, para enviárselo a su hermano, un número de tan divertida publicación, al que (en un acceso de remordimiento) agregó el Atheneum, La vida cristiana y La semana pintoresca. De esta suerte se halló John provisto de literatura, y Maurice tuvo la satisfacción de sentirse hombre de conciencia.

Como si el Cielo hubiera querido recompensarle, tuvo la sorpresa, al llegar a la oficina, de encontrar excelentes noticias. Los pedidos afluían; los almacenes se vaciaban y el precio del cuero no dejaba de subir. El gerente mismo estaba encantado. En cuanto a Maurice —que había llegado a olvidar que pudiese haber en el mundo alguna buena noticia—, hubiera sollozado de alegría de buen grado, como un chiquillo, y hubiera estrechado entre sus brazos al gerente de la casa, hombre viejo, muy seco y de pobladas cejas; y hasta hubiera llegado a dar a cada uno de los empleados de la oficina una gratificación (¡oh, muy pequeña!). Y mientras que sentado a su mesa iba abriendo el correo, cantaba en su cerebro un coro de alegres pájaros, con arreglo a un ritmo encantador: «¡Este viejo negocio de los cueros puede dar aún de sí mucho bueno, mucho bueno, mucho bueno!».

En medio de este oasis moral, le halló cierto Rogerson, uno de los acreedores de la casa. Pero Rogerson no era un acreedor molesto, porque sus relaciones con la casa Finsbury databan de muy largo tiempo, y más de una vez había tenido que conceder largos plazos.

—¡Querido Finsbury —dijo con cierto embarazo—, tengo que participarle a usted una cosa que tal vez le moleste! El hecho es que… me he visto sin fondos y ya sabe usted lo que es… en una palabra…

—¡Ya sabe usted que nunca hemos tenido la costumbre de pagarle al primer plazo! —respondió Maurice palideciendo—, pero deme usted tiempo para poderme remover y veré lo que puedo hacer. Por lo menos, creo que puedo prometerle una buena cantidad a cuenta.

—¡El caso es que!… —tartamudeó Rogerson—, me he dejado tentar y he cedido mi crédito.

—¡Cedido su crédito! —repitió Maurice—. ¡He ahí un proceder que no podíamos esperar seguramente de su parte, señor Rogerson!

—¡Bah, me han ofrecido el ciento por ciento, a tocateja y en metálico! —murmuró Rogerson.

—¡Ciento por ciento! —exclamó Maurice—. ¡Pues eso le hace a usted algo como treinta por ciento de beneficio! ¡Cosa singular! Y ¿quién es el comprador?

—Un hombre a quien no conozco —respondió el acreedor—. Un tal Moss.

«¡Un judío! —pensó Maurice apenas salió el acreedor—. ¿Qué puede importarle a un judío un crédito sobre la casa Finsbury? ¿Qué interés puede tener en pagarla a ese precio?».

Ese precio justificaba la conducta de Rogerson: Maurice convenía en ello. Pero demostraba, al mismo tiempo, por parte de Moss, un extraño deseo de convertirse en acreedor de la casa de cueros. ¡El crédito podía ser presentado de un momento a otro, y tal vez aquel mismo día! ¿Y por qué? El misterio de Moss amenazaba convertirse en otro misterio Pitman. «¡Y eso en el momento en que todo parecía presentarse bajo mejores auspicios!», gimió Maurice, dando con la cabeza contra la pared. En el mismo instante le anunciaron la visita del señor Moss.

Moss era un judío del género resplandeciente, con una elegancia de mal gusto y una cortesía ofensiva. Declaró que, en todo aquello, obraba en nombre de tercero; él mismo no comprendía una palabra del asunto; su cliente le había dado órdenes formales. El susodicho cliente tenía interés en cobrar; pero si la cosa era absolutamente imposible por el momento, aceptaría un cheque pagadero a sesenta días.

—¡No sé lo que todo esto significa! —dijo Maurice—, ¿qué motivo puede impulsarle a usted a comprar un crédito a semejante precio?

El señor Moss tampoco tenía la menor idea de ello: se había limitado a ejercer las órdenes de su cliente.

—¡Todo esto es absolutamente irregular! —dijo al fin Maurice—. Es contrario a los usos comerciales. ¿Qué instrucciones tiene usted para el caso en que yo me niegue?

—En tal caso, tengo orden de dirigirme a su tío Joseph Finsbury, jefe de la casa —respondió el judío—. Mi cliente ha insistido muy especialmente en este punto. Me ha dicho que ese señor era el único que tenía aquí títulos… ¡dispense usted, la expresión no es mía!

—¡Es imposible que vea usted a mi tío, que está enfermo! —dijo Maurice.

—En ese caso, tengo orden de entregar el asunto en manos de un procurador. ¡Voy a ver! —continuó el señor Moss, consultando su cartera —. ¡Hombre, he aquí uno, Michael Finsbury, que tal vez sea pariente de usted! Me alegraría mucho, porque de esta suerte se podría arreglar el asunto amistosamente.

Caer en manos de Michael era demasiado para Maurice. Así es que se arriesgó. ¿Qué tenía que temer de un cheque a sesenta días? ¡Dentro de sesenta días estaría probablemente muerto o por lo menos en prisión! Así es que mandó a su gerente que diese al señor Moss una butaca y un periódico.

—¡Voy a ir a hacer firmar el cheque por mi tío —dijo—, está enfermo en nuestra casa de John Street!

Un coche para ir y otro para venir dejaron temblando su capital. Calculó que después de marcharse el señor Moss, toda su fortuna quedaría reducida a diecisiete cuartos. Pero lo más sensible era que, para salir del paso, había tenido que transportar al tío Joseph a Bloomsbury.

—¡Triste de mí! —decía—. En adelante es inútil que John permanezca en él Hampshire. ¡En cuanto a saber cuánto he de poder hacer durar la broma, que me cuelguen si puedo decirlo! Con mi tío en Browndean, era ya casi imposible; con mi tío en Bloomsbury, excede a toda fuerza humana. Por lo menos a las mías, ¡porque, en fin, es lo mismo que hace Michael con el cuerpo de mi tío Mastermann! Pero él, ya se ve, tiene cómplices como su vieja ama de llaves y seguramente algunos otros bribones clientes suyos. ¡Oh, si yo pudiera hallar cómplices!

La necesidad es la madre de todas las artes humanas. Aguijoneado por ella Maurice, quedó sorprendido al observar la ligereza, resolución y excelente aspecto de su nueva falsificación. Tres cuartos de hora después entregaba al señor Moss un cheque, en que se ostentaba gallardamente la firma de su tío Joseph.

—¡Magnífico! —declaró el israelita levantándose—. Ahora tengo orden de decir a usted que este cheque no le será presentado a usted a su vencimiento, pero que debe usted estar muy sobre aviso.

La habitación empezó a bailar en tomo a Maurice.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted? —exclamó, agarrándose a la mesa—, ¿qué quiere usted decir? ¿Que el cheque no será presentado?… ¿Por qué debo estar sobre aviso? ¿Qué lío es éste?

—Le aseguro a usted, señor Finsbury —respondió el hebreo con amable sonrisa—, que no tengo la menor idea. Se trata de un mensaje que me han encomendado, y mi cliente ha puesto en mi boca esas palabras que parecen producirle a usted tan grande agitación.

—¿Cuál es el nombre de su cliente? —preguntó Maurice.

—Mi cliente desea, por ahora, guardar el incógnito —respondió el señor Moss.

Maurice se inclinó hacia él y le dijo con voz ahogada:

—¿No es… el Banco?

—¡Siento en el alma no estar autorizado para decirle una palabra más! —respondió el señor Moss—. Y ahora, si usted me lo permite, tengo el gusto de despedirme de usted.

Apenas se quedó solo, Maurice cogió el sombrero y salió huyendo de su despacho, como un loco. No se detuvo hasta pasadas dos o tres calles, para decir con una especie de gruñido: ¡Hubiera debido pedir prestado al gerente! ¡Pero ahora es demasiado tarde para volver únicamente para eso! ¡Me encuentro sin un cuarto, absolutamente sin un cuarto, como los obreros sin trabajo!

Volvió a su casa y se sentó melancólicamente en el comedor. Jamás había hecho Newton un esfuerzo de pensamiento tan vigoroso como el que hizo entonces aquella víctima de las circunstancias. Pero dicho esfuerzo resultó estéril.

—No sé si esto depende de un efecto de mi espíritu —dijo para sí—; pero el hecho es que me parece que mi mala suerte tiene algo de antinatural. ¡Valdría la pena escribir al Times! ¿Qué digo? ¡Hasta valdría la pena hacer una revolución! Y lo peor del caso es que necesito inmediatamente dinero. En cuanto a la moralidad, no tengo para qué ocuparme de ella: hace largo tiempo que dejé atrás esta frase. Lo que necesito ahora es dinero, y enseguida; y el único medio que tengo de procurármelo es Bent Pitman. Bent Pitman es un criminal, y por consiguiente, debe tener más de un lado flaco. ¡Debe conservar aún parte de las ochocientas libras y es preciso, a todo trance, que le obligue a partir conmigo! Aun en el caso de que no le quedase nada, le referiría lo de la tontina, y con un tunante como él, malo sería que no llegásemos a un resultado.

Todo esto era muy bonito, pero había que echar la mano al tal Pitman y Maurice no veía muy claro el medio de que había de valerse. El único posible de hacer llegar a Pitman sus noticias era insertar un anuncio en los periódicos; pero ¿en qué términos había que redactar el anuncio, dónde se había de dar la cita y a nombre de quién? Citarle en Bloomsbury, en la casa de John Street, hubiera sido muy peligroso, tratándose de un tunante de su calaña que de este modo sabría las señas de Maurice y no dejaría de aprovecharlas más tarde. ¿Fijar la cita en casa de Pitman? Era más peligroso aún. Maurice se figuraba perfectamente lo que debía ser aquella casa, un siniestro tugurio en Holloway, con una trampa secreta en cada habitación; una casa donde podía uno entrar con gabán de verano y botas de charol, para salir una hora más tarde convertido en picadillo en el cesto de un carnicero. Por otra parte, era éste el inconveniente fatal de hallarse en relaciones con un cómplice demasiado atrevido. Maurice se daba perfectamente cuenta de ello, no sin sentir un ligero escalofrío.

—¡Jamás me hubiera figurado que había de llegar algún día a ambicionar la amistad de un hombre semejante! —se decía.

Al fin se le ocurrió una idea feliz. La estación de Waterloo era un sitio público y sin embargo no muy frecuentado a ciertas horas. El nombre mismo de dicho lugar debía hacer latir más violentamente el corazón de Pitman; la elección de semejante punto de cita debía indicar al rufián que, por lo menos, conocían uno de sus secretos.

Maurice tomó una hoja de papel y empezó a redactar el anuncio:

ANUNCIO

William Bent Pitman

Si por casualidad llega a leer este anuncio, sepa que podrán decirle algo ventajoso para él, el domingo próximo, de dos a cuatro de la tarde, en la estación de salida de Waterloo.

Maurice volvió a leer con mayor satisfacción el pequeño trozo literario que acababa de improvisar.

—No está del todo mal —se dijo—. Algo ventajoso para él; no es muy exacto que digamos; pero es tentador y original; además, no hay que prestar juramento para insertar un anuncio. Todo lo que pido al Cielo, hasta el domingo, es poderme procurar algún dinero para mis comidas, para el anuncio y también para… Pero no, no hay que derrochar los fondos enviando un giro a John. Me contentaré con enviarle nuevamente algunos periódicos cómicos. Sí, pero ¿dónde hallar el dinero?

Se acercó al armario donde se hallaba la colección de sortijas de sello… Pero de pronto, su instinto de coleccionista se reveló contra tal intento.

—¡No, no, de ninguna manera! —exclamó—. ¡Por nada del mundo descabalaré la colección! Antes robar.

Corrió al salón y se apoderó apresuradamente de algunas curiosidades traídas en otro tiempo por el tío Joseph: un par de babuchas turcas, un abanico de Esmirna, un mosquete garantizado como procedente de un bandido de Tracia, un narguile egipcio y un puñado de conchas con sus nombres escritos en latín sobre unas etiquetas.

Capítulo Catorce

DONDE WILLIAM DENT PITMAN SE ENTERA DE ALGO VENTAJOSO PARA ÉL

El domingo por la mañana se levantó William Dent Pitman a la hora de costumbre en una disposición de ánimo algo menos melancólica que la que le produjo la llegada del malhadado tonel.

Hay que advertir que la víspera de dicho domingo se había aumentado fructuosamente su familia con un nuevo huésped.

Éste había sido llevado por Michael Finsbury, el cual había fijado el precio de la pensión y garantizado el pago regular de la misma; pero sin duda, por un nuevo efecto de su irresistible manía de embromar, Michael había hecho a Pitman el retrato menos ventajoso posible del anciano a quien instalaba en su hogar. Había dado a entender al artista que aquel anciano, que por otra parte era su pariente próximo, debía ser tratado con gran desconfianza.

—Procure usted evitar familiaridad con él. ¡Conozco pocos hombres cuyo trato sea tan peligroso!

Por esta causa Pitman empezó por tratar a su huésped con gran circunspección pero quedó muy sorprendido al descubrir que aquel anciano que le habían asegurado ser tan terrible era en realidad un hombre excelente.

Durante la comida el huésped llevó su complacencia hasta conversar con los tres hijos de Pitman a quienes enseñó una multitud de curiosos detalles acerca de diversos asuntos; luego se estuvo hablando con el artista, en el taller de este último, hasta la una de la madrugada, deslumbrándole con la variedad y seguridad de sus conocimientos. En una palabra, el bueno de Pitman había quedado encantado y, al recordar la excelente velada de la víspera, aparecía en su semblante una sonrisa que no era habitual en él.

«Ese señor Finsbury es para nosotros una adquisición inestimable», pensaba, mientras se estaba afeitando delante de la ventana.

Y cuando terminado su tocado, entró en el comedorcito, donde estaba ya servido el desayuno, estrechó la mano de su huésped casi con la cordialidad de un antiguo amigo.

—Me alegro en el alma de verle a usted —le dijo—, ¿ha pasado usted bien la noche?

—Las personas de costumbres sedentarias se suelen quejar de la perturbación que causa en un sueño el dormir en nueva cama —respondió el huésped—. Yo sé muy bien que el número de esas personas, según la estadística, es más considerable aún de lo que podría suponerse. Y cuando digo «el dormir en nueva cama», se entiende que es un modo de hablar, pues la nueva cama puede ser una cama antigua. Por este estilo hay en nuestra lengua multitud de locuciones extrañas que deberían rectificarse. Por lo que a mí toca, caballero, como estoy acostumbrado desde hace tiempo a una vida de cambio casi continuo, debo declararle que he dormido perfectamente.

—¡Me alegro mucho! —dijo con gran calor el profesor de dibujo—. ¡Pero creo que le he interrumpido a usted en la lectura del periódico!

—El periódico del domingo es una novedad en nuestra época —respondió el señor Finsbury—. Dícese que en América son más numerosos que entre nosotros estos periódicos dominicales. Gran número de ellos tienen centenares de columnas, de las que por lo menos la mitad están destinadas a los anuncios. En otros países aparecen los periódicos diarios hasta el domingo, de suerte que esta clase de periódicos especiales no tienen allí razón de ser. El periodismo contemporáneo, caballero, se manifiesta bajo infinita variedad de formas, lo cual no le impide ser en todas partes, y en el mismo grado, el gran agente de la educación y del progreso humanos. ¿Quién podría creer, caballero, que una cosa tan indispensable no ha existido siempre? Y sin embargo, los periódicos son de invención relativamente reciente; el primero… pero todo esto, por muy interesante que sea su conocimiento, no es, por mi parte, más que una simple digresión. Lo que me proponía preguntar a usted es lo siguiente. ¿Es usted, como yo, lector asiduo de nuestra prensa nacional?

—¡Oh, ya sabe usted —dijo Pitman, procurando excusarse—, que para nosotros los artistas, la prensa no puede ofrecer el mismo interés que para!…

—En tal caso —interrumpió Joseph—, es posible que no haya usted visto un anuncio que ha aparecido en varios periódicos, y que encuentro esta mañana en el Sunday Times. El nombre, salvo una ligera variante de poca importancia, se parece mucho al de usted. Si usted gusta, se lo leeré en voz alta.

Y con el tono de que se servía para hablar el público, leyó:

ANUNCIO

William Bent Pitman

Si por casualidad llega a leer este anuncio, sepa que podrán decirle algo ventajoso para él, el domingo próximo, de dos a cuatro de la tarde, en la estación de salida de Waterloo.

—¡De veras está impreso en el periódico! —exclamó Pitman—. ¡Veamos! Bent debe ser una errata de imprenta. ¿Algo ventajoso para mí? Señor Finsbury, permítame usted que le pida un favor. Comprendo que tal vez le parezca extraño lo que voy a decirle, pero hay razones de orden privado que me hacen desear que este asunto no salga de entre nosotros. No quisiera que mis hijos… Le aseguro a usted, amigo mío, que no hay en esto nada deshonroso para mí: son razones de carácter íntimo y nada más. Para tranquilizar su conciencia, debo decirle a usted que el asunto en cuestión lo conoce nuestro común amigo don Michael, que me honra con su amistad y estima.

—¡Una sola palabra bastaba, señor Pitman! —respondió Joseph, haciendo una de sus reverencias orientales.

Media hora después, el profesor de dibujo halló a Michael en la cama, leyendo; presentaba la más perfecta imagen del descanso y del buen humor.

—¡Buenos días, Pitman! —dijo, dejando el libro—. ¿Qué buen viento le trae por aquí a estas horas? Debería usted estar en la iglesia, amigo mío.

—¡No estoy hoy para ir a la iglesia, señor Finsbury! —respondió el artista—. ¡Me amenaza una nueva catástrofe! —Diciendo esto, alargó a Michael el anuncio del periódico.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir esto? —exclamó Michael sobresaltado.

Pero después de haber estudiado el anuncio durante algún tiempo añadió:

—¡Pitman, este documento sólo me inspira risa!

—¡Sin embargo, no creo que deba despreciarse! —murmuró Pitman.

—¡Suponía que ya debía estar usted harto de la estación de Waterloo! —respondió Michael—. ¿Se sentiría usted atraído hacia ella por algún impulso mórbido? ¡En realidad, desde que no lleva usted la barba, parece usted completamente otro! ¡Empiezo a creer que tenía usted la sensatez en la barba!

—¡Señor Finsbury! —dijo el profesor de dibujo—, la nueva complicación que acaba de producir en mi vida este anuncio, me ha hecho reflexionar largamente, y, si usted me lo permite, voy a exponerle el resultado de mis reflexiones.

—¡Adelante! —dijo Michael—. ¡Pero no olvide usted que hoy es domingo, y que no hay que emplear el tiempo en palabras inútiles!

—Nos hallamos en presencia de tres hipótesis —empezó diciendo Pitman—. Primera: este anuncio puede referirse al asunto del tonel; segunda: puede referirse a la estatua del señor Semitopolis; tercera y última: puede emanar del hermano de mi difunta esposa, que partió hace veinte años para Australia, y no ha vuelto a dar señales de vida. En el primer caso, asunto del tonel, no dudo que la abstención sería para mí el partido más prudente.

—¡Conformes, señor Pitman! —dijo Michael—. ¡Adelante con los faroles!

—En el segundo caso —dijo Pitman—, tengo el deber de no despreciar nada de cuanto pueda ayudarme a encontrar la estatua desgraciadamente extraviada.

—¡Pero, amigo mío, usted mismo se ha dicho anteayer que el señor Semitopolis le ha descargado de toda responsabilidad en el accidente! ¿Qué más quiere usted?

—Soy del parecer, amigo mío, salvo error, que la irreprochable corrección de la conducta del señor Semitopolis me impone más imperiosamente aún el deber de buscar la estatua —respondió el profesor de dibujo—. Comprendo lo ilegal y reprensible de mi actitud al iniciarse este asunto, pero es una razón más que me obliga a esforzarme en cumplir como caballero. —Al decir esto Pitman se puso colorado como una amapola.

—¡A eso no tengo nada que objetar! —declaró Michael—. Yo mismo he pensado con frecuencia que me gustaría algún día esforzarme en obrar como caballero. Pero tendré que dejarlo para más tarde, cuando me retire de los negocios. ¡Por desgracia, mi profesión me hace provisionalmente casi imposible la cosa!

—En la tercera hipótesis —continuó Pitman—, si el autor del anuncio es mi cuñado Tim, naturalmente sería la fortuna para mi familia.

—¡Sí, pero desgraciadamente, el autor del anuncio no es su cuñado Tim!

—¿Ha observado usted una expresión que me parece digna de notarse en este anuncio: algo ventajoso para él?

—¡Es usted un cordero inocente! —respondió Michael—. Esa expresión es una de las que más se ha usado en nuestra lengua, y prueba únicamente que el autor del anuncio es un imbécil. ¡Vamos a ver! ¿Quiere usted que eche por tierra de un soplo su castillo de naipes? ¡Pues oiga usted! ¿Sería su cuñado Tim capaz de cometer un error tan grosero, poniendo Bent en lugar de Dent? No quiere decir que en sí misma la corrección me desagrade, hasta la encuentro admirablemente juiciosa, y hasta estoy resuelto a adoptarla yo mismo en adelante en mis relaciones con usted. Pero ¿cree verosímil que proceda de su cuñado?

—No me parece, en efecto, muy natural —respondió Pitman—. Pero ¿quién sabe si el pobre hombre ha perdido la cabeza allá en Australia?

—Razonando de esta suerte, amigo Pitman —dijo Michael—, se podría deducir igualmente que la autora del anuncio era Su Majestad la Reina Victoria, ansiosa de concederle el título de barón. Dejo a la consideración de usted el juzgar de la probabilidad de esta hipótesis, que, sin embargo, lo mismo que la hipótesis de usted relativa al trastorno mental de su cuñado, no son contrarias a las leyes naturales. Pero debemos considerar aquí únicamente las hipótesis probables. De modo que, con permiso de usted, vamos a eliminar desde luego a Su Majestad la Reina Victoria, y a su cuñado Tim. Examinemos la segunda hipótesis, es decir, la de que el anuncio se refiera a la pérdida de la estatua. Es posible; pero en tal caso, ¿de dónde procedería el anuncio? No del italiano, puesto que conoce las señas de usted, ni tampoco de la persona que ha recibido la caja, puesto que desconoce su nombre. Me dirá usted, tal vez, en un momento de lucidez, que se trata del factor del ferrocarril. Efectivamente, ese hombre puede haberse enterado del nombre de usted en la oficina del ferrocarril. Puede haberse equivocado en uno de los apellidos de usted, y puede ignorar sus señas. Admitamos, pues, que se trata del factor del ferrocarril. Pero se me ocurre una pregunta: ¿siente usted vivos deseos de tener una entrevista con ese personaje?

—¿Y por qué no? —preguntó Pitman.

—Si el susodicho factor desea verle a usted —respondió Michael—, es, ¡no me cabe la menor duda!, porque ha encontrado su libro, ha ido a la casa donde había depositado la estatua, y ¡fíjese usted bien en esto, Pitman!, y obra de esta suerte a instigación del asesino.

—¡Sentiría mucho que fuese así! —dijo Pitman—. Pero sigo pensando que, respecto al señor Semitopolis, tengo el deber de…

—¡Pitman —interrumpió Michael—, no me venga usted con músicas! ¡No tenga usted la pretensión de darme lecciones en este punto! ¡No quiera usted hacerme pasar por el difunto Regulus! ¡Vamos! ¡Apuesto una comida a que he adivinado su verdadero pensamiento! ¡La verdad es, Pitman, que usted sigue creyendo que el anuncio proviene de su cuñado Tim!

—Señor Finsbury —respondió el profesor de dibujo, cuyo honrado rostro se había ruborizado de nuevo—, usted no es padre de familia y no sabe lo que es tener que ganar el pan de cada día. Gwendoline, mi hija, crece; ha sido confirmada este año, y hace concebir graneles esperanzas, por lo que puedo juzgar. ¡Pues bien, mi estimado amigo, usted comprenderá mis sentimientos de padre cuando le diga que esa pobre niña no sabe aún bailar, por falta de lecciones! Los dos muchachos van a la escuela del barrio, lo cual, después de todo, no es un mal. ¡Lejos de mi ánimo la idea de denigrar las instituciones de mi país! Pero yo había alimentado en secreto la esperanza de que el mayor, Harold, pudiera llegar a ser algún día profesor de música; y ¡quién sabe!, artista consumado. Por su parte, el pequeño Otho demuestra gran vocación hacia el estado religioso. A decir verdad, no soy un hombre ambicioso.

—¡Vamos, vamos! —dijo Michael—. ¡Confiéselo usted; sigue creyendo que se trata de su cuñado Tim!

—No lo creo —respondió Pitman—; pero digo que tal vez pueda ser él. Y si, por descuido, perdiese esta ocasión de hacer fortuna, ¿con qué cara miraría yo frente a frente a mis pobres hijos?

—Según eso —repuso el abogado—, tiene usted intención de…

—¡De ir disfrazado a la estación de Waterloo, dentro de poco! —dijo Pitman.

—¿De ir enteramente solo? —preguntó Michael—. ¿Y no teme usted los peligros de la expedición? En todo caso no deje de enviarme dos palabras esta noche desde la cárcel.

—¡Oh, señor Finsbury! Me había lisonjeado con la esperanza de que tal vez consentiría usted en acompañarme —tartamudeó Pitman.

—¿Quiere usted que me disfrace aún y en domingo? —exclamó Michael—. ¡Qué poco conoce usted mis reglas de vida!

—Señor Finsbury —dijo Pitman—, sé muy bien que no tengo medios de demostrarle mi agradecimiento. Pero permítame hacerle una pregunta. ¿Si yo fuese un cliente rico, aceptaría usted correr el riesgo?

—¡Hombre! ¿Se figura usted que mi profesión consiste en rondar por las calles de Londres con mis clientes disfrazados? —preguntó Michael—. Doy a usted mi palabra de que, por todo el oro del mundo, no hubiera consentido en ocuparme de un negocio como el suyo. Pero confieso que siento verdadera curiosidad por ver cómo se conducirá usted en esta entrevista. ¡Eso me tienta, amigo Pitman, más que el oro! ¿Lo oye usted? ¡Estoy seguro de que estará usted inimitable!

Diciendo esto, prorrumpió en una carcajada.

—¡Vamos, amigo Pitman —dijo—, no hay medio de negarle a usted nada! ¡Prepare usted lo necesario para la mascarada! A la una y media estaré en su taller.

A eso de las dos y media de aquel mismo domingo, el vasto y silencioso andén de la estación de Waterloo dormía silencioso y desierto como el templo de una región muerta. Acá y acullá, en algunos de los innumerables andenes aguardaba pacientemente algún tren; aquí y allí resonaba el eco de los pasos y, de vez en cuando, alternaba con el ruido que hacía el casco de un caballo contra el seco pavimento del patio exterior. Los kioscos de los periódicos estaban cerrados. Los escasos empleados que se habían quedado de servicio, circulaban vagamente de acá para allá como sonámbulos. ¡Cosa casi increíble! Ni aun hubiera podido encontrarse a semejante hora a la dama de edad madura (con abrigo y un saquito de viaje en la mano), que, sin embargo, parece formar parte esencial de las estaciones de Londres.

A la indicada hora, si se hubiese hallado por casualidad ante la entrada principal de la estación de Waterloo una persona que conociese a John Dickson, de Ballart, y a Ezra Thomas, de los Estados Unidos de América, hubiera tenido la satisfacción de ver a los dos extranjeros bajarse de un coche y entrar en la sala del despacho de billetes.

—Pero, en realidad, ¿qué nombre vamos a adoptar? —preguntó el antiguo Ezra Thomas, asegurándose en la nariz los anteojos que aquel día se le habían concedido como favor excepcional.

—¡Amigo mío, por lo que a usted toca, no tenemos que calentamos la cabeza en la elección! —respondió su compañero—. Usted se contentará con llamarse Bent Pitman, y nada más. Por mi parte, me parece que hoy me voy a llamar Appleby. Este nombre antiguo tiene cierto amable perfume de sidra añeja de Devonshire. A este propósito, ¿no le parece a usted que debemos empezar por humedecer el gaznate? ¡Porque me parece que la entrevista va a ser dura!

—¡Si no le molestase a usted demasiado, le rogaría que aguardase a que termine la entrevista! —respondió Pitman—. Sí, me parece lo más acertado. No sé si experimenta usted la misma impresión que yo, señor Finsbury, pero la estación me parece muy desierta y poblada de ecos extraños.

—¿Sí, amigo mío? Seguramente se figura usted que todos esos trenes inmóviles están llenos de agentes de policía, que sólo aguardan una seña para arrojarse sobre nosotros. Amigo mío, eso es lo que se llama la conciencia, el remordimiento.

Con un paso que nada tenía de marcial, ambos amigos llegaron al fin del andén de salida. En el extremo opuesto descubrieron la flaca figura de un hombre, apoyado en un pilar. El hombre se hallaba evidentemente sumido en profunda reflexión. Tenía los ojos fijos en el suelo y no parecía darse cuenta de lo que pasaba en tomo suyo.

—¡Hola! —dijo en voz baja Michael—. ¿Será ése el autor del anuncio? ¡En ese caso tendría que abandonarle a usted!

Después de un momento de vacilación, añadió resueltamente.

—¡A fe mía, tanto peor! ¡Voy a seguir la broma! ¡Vuélvase usted enseguida, y deme los anteojos!

—¡Pero no dijo usted que me los dejaría hoy! —protestó Pitman.

—¡Sí, pero ese hombre me conoce! —dijo Michael.

—¿De veras? ¿Y cómo se llama? —exclamó Pitman.

—La discreción me obliga a callarme en este punto —respondió Michael—. Pero puedo decirle una cosa: si es ése el autor del anuncio (y debe serlo, porque tiene el aspecto extraviado de los que debutan en el crimen), si es él el autor del anuncio, no tenga usted miedo, amigo mío, porque lo tengo a mi discreción.

Verificado el cambio de los anteojos, y algo más tranquilo Pitman con tan buena noticia, ambos amigos avanzaron hacia Maurice.

—¿Es usted el que desea ver al señor William Bent Pitman? —preguntó el profesor de dibujo.

—¡Yo soy!

Maurice levantó la cabeza y vio ante sus ojos al personaje más insignificante que se puede soñar; era un hombrecillo con polainas blancas y un cuello vuelto como el que llevaban los aprendices de pintores hace ya muchos años. A diez pasos de distancia se mantenía un individuo alto y más robusto, pero cuyo rostro no permitía un serio estudio fisonómico, por hallarse casi oculto por un gran bigote, unas patillas, unos anteojos y un sombrero de fieltro echado hacia delante.

El pobre Maurice había estado durante tres días calculando el aspecto probable de aquel hombre a quien él tomaba por uno de los más temibles bandidos de la hez de Londres. Su primera impresión al ver al verdadero Pitman fue de desencanto, pero una segunda ojeada que dirigió a la extraña pareja, le convenció de que, a pesar de las apariencias, no se había engañado acerca del carácter real del encubridor de cadáveres. Lo cierto es que en su vida había visto hombres vestidos de un modo semejante.

«Evidentemente son individuos acostumbrados a vivir fuera de la ley», pensó.

Luego, dirigiéndose al hombre que acababa de hablarle, dijo:

—¡Deseo hablar con usted a solas!

—¡Oh —respondió Pitman—, la presencia del señor Appleby no es un inconveniente, pues lo sabe todo!

—¡Todo! ¿Sabe usted de lo que vengo a hablarle? —exclamó Maurice—. ¡Del tonel!

Pitman se puso pálido como la cera; pero era su virtuosa indignación lo que le hacía palidecer.

—¡Conque es usted! —exclamó a su vez—. ¡Miserable!

—¿Puedo hablar de veras delante de él? —preguntó Maurice señalando al acompañante de Pitman. El epíteto que éste acababa de dirigirle no le causaba impresión, por venir de semejante hombre.

—El señor Appleby ha asistido a todas las peripecias del asunto —dijo Pitman—. Él mismo fue quien abrió el tonel. Por consiguiente, se halla en posesión del criminal secreto de usted.

—Pues bien, en ese caso —dijo Maurice—, ¿qué ha hecho usted del dinero?

—¡Ignoro de qué dinero habla usted! —respondió enérgicamente Pitman.

—¡Ah! ¡A mí no me la pega usted! —declaró Maurice—. He descubierto y seguido su pista. Usted vino a esta misma estación, después de disfrazarse de eclesiástico (sin temor al sacrilegio de semejante disfraz), usted se apoderó de mi tonel, lo abrió, suprimió el cuerpo y cobró el cheque. ¡Le digo a usted que he estado en el Banco! —gritó—. ¡Le he seguido a usted paso a paso, y sus negativas son una estúpida niñería!…

—¡Vamos, vamos, Maurice, no hay que irritarse! —dijo de pronto el señor Appleby.

—¡Michael! ¡Siempre Michael!

—Sí, amigo mío, Michael, y siempre Michael aquí y en todas partes. ¡Sepa usted que todos los pasos que da son contados! ¡Hábiles polizontes le siguen como la sombra al cuerpo y me dan cuenta cada tres cuartos de hora de todo cuanto hace! ¡No escatimo los gastos! ¡Hago las cosas en grande!

El rostro de Maurice se había puesto de color gris sucio.

—¡Bah —dijo—, poco me importa! ¡Al contrario, me alegro de no tener nada que ocultar! Este hombre ha cobrado mi cheque, es un robo, y quiero que me devuelva mi dinero.

—¡Oiga usted, Maurice! —dijo Michael—. ¿Cree usted que tengo interés en mentir?

—No lo sé —respondió Maurice—; ¡lo que sé es que quiero mi dinero!

—¡Yo sólo he tocado el cuerpo! —dijo Michael.

—¿Usted? —exclamó Maurice retrocediendo un paso—. ¿Entonces por qué no ha declarado usted la muerte?

—¿Qué diablos quiere usted decir? —preguntó su primo.

—En fin, ¿estoy loco o lo están ustedes? —gimió Maurice.

—¡Yo creo que debe estarlo Pitman! —dijo Michael.

Los tres hombres se miraron sin saber lo que les pasaba.

—¡Todo esto es horrible! —repuso Maurice—. ¡No comprendo una sola palabra de lo que me dicen!

—¡Ni yo tampoco! —dijo Michael—. ¡Lo juro bajo palabra de honor!

—¡Además, en nombre del Cielo! ¿Qué significan esas patillas y ese bigote? —exclamó Maurice señalando a su primo con el dedo, cual si se tratase de un espectro—. ¿Me he vuelto loco? ¿A qué vienen esas patillas y ese bigote?

—¡Oh, eso es un detalle sin importancia! —se apresuró a decir Michael.

Reinó un nuevo momento de silencio durante el cual Maurice se halló en una disposición de ánimo semejante a la que hubiera sentido si le hubiesen lanzado al aire, en un trapecio, desde lo alto de la catedral de San Pablo.

—¡Recapitulemos! —dijo al fin Michael—, porque no creo que estemos soñando. Tenemos, pues, que mi amigo Pitman, aquí presente, recibió un tonel, que según parece estaba destinado a usted. El tonel contenía el cadáver de un hombre. ¿Cómo y por qué le ha matado usted?

—¡Jamás he puesto en él mi mano! —protestó Maurice—. ¡He aquí lo que temía que sospechase de mí! Pero reflexione usted un poco, Michael. ¡Usted sabe que no soy hombre de esa especie! ¡Con todos mis defectos, sabe usted que sería incapaz de matar una mosca! Además, usted sabe que su muerte significaba mi ruina. Fue muerto en Browndean en el maldito choque de trenes.

De pronto lanzó Michael una carcajada tan sonora y tan prolongada que sus dos compañeros supusieron sin el menor género de duda que acababa de perder la razón. En vano se esforzaba por recobrar la calma; en el momento en que se creía a punto de lograrlo, experimentaba un nuevo acceso de hilaridad. Debo agregar que éste fue el episodio más siniestro de toda aquella dramática entrevista: Michael reía de un modo insensato, mientras que Pitman y Maurice, dominados por el mismo espanto, cambiaban miradas llenas de ansiedad.

—¡Maurice! —tartamudeó al fin Michael entre dos carcajadas—, ahora lo comprendo todo, y usted también lo comprenderá con una sola palabra que le diga. ¡Sepa usted que hasta hace un momento, yo no podía adivinar que aquel cuerpo fuera el de mi tío Joseph!

Esta declaración calmó un poco los nervios de Maurice, pero, por lo que hace a Pitman, fue como el último soplo de viento que apagó la última candela en medio de la oscuridad de su desdichado cerebro. ¡Había dejado, hacía una hora, al tío Joseph en su salón de Norfolk Street ocupado en recortar periódicos viejos, y he aquí que le decían que hacía seis días que había recibido en un tonel el cuerpo de aquel mismo tío Joseph! Pero entonces, ¿quién era él, Pitman? ¿Se hallaba en la estación de Waterloo o en un asilo de locos?

—En efecto —exclamó Maurice—, el cuerpo se hallaba en tal estado que era imposible reconocerlo. ¡Qué necio he sido en no pensar en ello! ¡Pues bien, ahora a Dios gracias todo se explica, y voy a decirle, querido Michael, que nos hemos salvado usted y yo! ¡Usted va a tomar el dinero de la tontina, ya ve que juego con usted a cartas vistas, y yo voy a poder ocuparme en la casa de cueros que nunca ha marchado tan bien como ahora! ¡Autorizo a usted a que vaya enseguida a declarar la muerte de mi tío; no se inquiete usted por mí; declare usted el fallecimiento y habremos salido del paso!

—¡El caso es que desgraciadamente me es imposible hacer semejante declaración! —dijo Michael.

—¿Y por qué no?

—¡Porque no puedo presentar el cuerpo, Maurice! ¡Lo he perdido!

—¡Deténgase un instante! —exclamó el comerciante en cueros—. ¿Qué dice usted? ¡No es posible! ¡Soy yo quien ha perdido el cuerpo!

—¡Sí, pero yo lo he perdido también, amigo mío! —dijo Michael con estupenda serenidad—. Usted comprenderá que, no habiéndole reconocido y sospechando algo irregular en su procedencia, me apresuré a desembarazarme de él.

—¡Que se ha desembarazado usted de él! —gimió Maurice—. ¡Pero creo que podrá encontrarlo! ¿Sabe dónde está?

—Tendría mucho gusto en saberlo, Maurice, y daría algo por ello. ¡Pero la verdad es que no lo sé! —respondió Michael.

—¡Dios omnipotente! —exclamó Maurice alzando los ojos y los brazos al cielo—. ¡Dios omnipotente, el negocio de los cueros se va a pique!

Michael no pudo contener una nueva carcajada.

—¿Por qué se ríe usted? Imbécil —le gritó su primo—. ¡Usted pierde aún más que yo! ¡Si tuviese usted una pizca de corazón, se estremecería de pena! Pero de todas maneras debo decirle que quiero las ochocientas libras. ¡Las quiero! ¿Me oye usted? Y las tendré. ¡Ese dinero es mío y muy mío! Su amigo de usted aquí presente, ha tenido que hacer una falsificación para apoderarse de él. Deme usted mis ochocientas libras, démelas enseguida, aquí mismo en este muelle, o me voy derecho a Scotland Yard y cuento todo lo ocurrido.

—¡Maurice! —dijo Michael poniéndole una mano sobre el hombro—, ruego a usted que sea razonable. Le aseguro que nosotros no hemos tomado ese dinero. Debe ser el otro hombre. ¡Ni siquiera hemos pensado en registrar los bolsillos del cadáver!

—¿El otro hombre? —preguntó Maurice.

—¡Sí, el otro hombre! Nosotros hemos tenido que pasar el cadáver a otro hombre.

—¡Pasarlo! —repitió Maurice.

—¡En forma de piano! —respondió Michael con la mayor sencillez del mundo—. Era un magnífico instrumento, aprobado por Rubinstein… un magnífico Erard. Precisamente el señor Pitman lo ha visto de cerca y puede garantizar la autenticidad.

—¿Qué me viene usted a hablar de pianos?… —dijo el infeliz Maurice, cuya frente estaba bañada en sudor y que sentía escalofríos—. ¡Hábleme usted de ese otro hombre! ¿Quién es? ¿Dónde podría dar con él?

—¡Ahí está la dificultad! —respondió Michael—. Ese hombre debe hallarse en posesión del citado objeto desde el miércoles pasado a las cuatro de la tarde. Supongo que debe estar en camino para el Nuevo Mundo y que el pobre diablo debe tener prisa por llegar.

—¡Michael! —imploró Maurice—. ¡Compadézcase de un pariente, reflexione bien sus palabras y dígame cuándo se desembarazó del cuerpo!

—¡El miércoles por la noche; en esto no hay error posible! —replicó Michael.

—¡Pues bien, decididamente eso no puede ser! —exclamó Maurice.

—¿Cómo que no? —preguntó Michael.

—¡Es más, las fechas mismas son una locura! —murmuró Maurice—. El cheque fue presentado en el Banco el martes. En todo este asunto no hay el menor átomo de sentido común.

En aquel momento cogió vigorosamente un joven el brazo de Michael. El susodicho joven había pasado por casualidad cerca del grupo de nuestros tres amigos. De pronto se estremeció y exclamó volviéndose:

—¡No me equivoco, éste es el señor Dickson!

El sonido de la trompeta del juicio final no hubiera causado mayor susto a Pitman y a su compañero. En cuanto a Maurice, apenas oyó aplicar a su primo por boca de un extraño aquel nombre fantástico, se acabó de convencer por completo de que era víctima de una larga y espantosa pesadilla. Enseguida, cuando Michael, habiendo logrado desembarazarse de aquel individuo, emprendió la fuga seguido por el hombrecillo del cuello vuelto, y cuando el intruso, desconsolado al ver escapar su presa, se apoderó de Maurice mismo, éste, en el colmo de su extravío, no pudo menos de exclamar a media voz:

—¡Ya lo había previsto!

—¡Ya tengo por lo menos uno de los miembros de la banda! —dijo Gideon Forsyth.

—¿Qué quiere usted decir? —tartamudeó Maurice—, no comprendo.

—¡Oh, yo se lo haré comprender! —replicó resueltamente Gideon.

—¡Oiga usted, caballero, me hará usted el mayor favor si logra darme alguna luz en todo este asunto! —exclamó de repente Maurice, con apasionado arranque de convicción.

—¿Usted se figura que ganará algo por no haber venido a mi casa con ellos? —repuso Gideon—. ¡Se equivoca usted de medio a medio! ¡He conocido perfectamente a sus amigos!

—¡No comprendo nada de lo que usted dice! —respondió Maurice.

—¿No ha oído hablar usted de cierto piano? —apuntó Gideon.

—¿De un piano? —exclamó Maurice apoderándose convulsivamente del brazo del joven—. ¿En ese caso es usted el otro hombre? ¿Dónde está el cuerpo? ¿Ha cobrado usted el cheque?

—¿Me pregunta usted dónde está el cuerpo? —dijo Gideon—. ¡Extraña pregunta! ¿Tendría usted realmente necesidad del cuerpo?

—¡Que si tengo necesidad! —gritó Maurice—. ¡Como que depende de él mi fortuna! ¡Soy yo quien lo ha perdido! ¿Dónde está? ¡Lléveme usted adonde esté!

—¡Ah! ¿Desea usted verlo nuevamente? ¿Y su amigo el señor Dickson? ¿Designa usted con ese nombre a Michael Finsbury? ¡Pues ya lo creo, también quiere verlo! ¡Él también ha perdido el cuerpo! ¡Si no se hubiese deshecho de él, el capital de la tontina sería ahora suyo!

—¿Supongo que no hablará usted del procurador Michael Finsbury? —exclamó Gideon.

—¡El mismo, el procurador! —respondió Maurice—. Y el cuerpo, ¿dónde está, por amor de Dios?

—¡Ahora comprendo por qué me envió dos clientes anteayer! —murmuró Gideon.

—¿Sabe usted dónde tiene su domicilio particular el señor Finsbury?

—¡Kings Road, 233! Pero ¿de qué clientes habla usted? —siguió Maurice, agarrándose al brazo de Gideon—. ¿Dónde está el cuerpo?

—¡Yo también lo he perdido! —respondió Gideon, y huyó precipitadamente.

Capítulo Quince

EL REGRESO DEL GRAN VANCE

Imposible me sería describir el estado de ánimo en que se hallaba Maurice al salir de la estación de Waterloo. El joven negociante en cueros era naturalmente modesto y jamás se había hecho grandes ilusiones acerca de su valor intelectual; se daba plenamente cuenta de su incapacidad para escribir un libro, para tocar el violín, para distraer a una reunión escogida con juegos de prestidigitación, en una palabra, para ejecutar cualquiera de esos actos notables que se suelen considerar generalmente como privilegio del talento. Estaba convencido de que su papel en este mundo era enteramente prosaico, pero creía, o por lo menos lo había creído hasta entonces, que sus aptitudes se hallaban a la altura de las exigencias de su vida. ¡Ahora bien, decididamente tenía que declararse vencido en este terreno! Así que cuando el pobre mozo abandonó la estación de Waterloo, no tenía más que un solo objetivo, volver a su casa. Del mismo modo que el perro enfermo se acurruca en el sofá, Maurice sólo aspiraba a encerrarse en su casa de John Street. La cama y la soledad constituían la única aspiración de su alma.

Empezaba a oscurecer cuando llegó al fin a la vista de aquel lugar de refugio y lo primero que se presentó a sus ojos, al acercarse, fue la larga silueta de un hombre que se hallaba de pie en el umbral de su casa, ocupado ya en tirar de la campanilla, ya en dar vigorosas patadas en la puerta. Aquel hombre, con su traje desgarrado y enteramente cubierto de iodo, parecía un repugnante trapero. Pero Maurice lo reconoció enseguida: era su hermano John.

Lo primero que se le ocurrió al hermano mayor fue naturalmente volverse y huir. Pero la desesperación le había anonadado de tal suerte, que le eran indiferentes las más espantosas catástrofes. «¡Bah —dijo para sí—, qué importa!».

Y sacando las llaves del bolsillo subió en silencio los escalones de la puerta.

John se volvió. En su rostro de fantasma se leía una extraordinaria mezcla de fatiga, de vergüenza y de furor. Y apenas reconoció al jefe de la familia, brilló en sus ojos un resplandor siniestro.

—¡Abre esa puerta! —dijo apartándose.

—¡Es lo que estoy haciendo! —respondió Maurice, mientras se decía interiormente: «¡Todo está perdido! ¡Me mira con ojos de asesino!».

Ambos hermanos se hallaban frente a frente en el vestíbulo de la casa, cuya puerta acababa de cerrarse. De pronto cogió John a Maurice por los hombros y le sacudió como el gato sacude al ratón.

—¡Pedazo de atún! —exclamó—, ¡tendría derecho para retorcerte el pescuezo! —Dicho esto empezó a sacudirle con tal fuerza que los dientes de Maurice castañetearon y dio con la cabeza contra la pared.

—¡Nada de violencias, Johnny! —dijo al fin Maurice—, no pueden ser provechosas ni para ti ni para mí.

—¡Cierra el pico! —respondió John—. ¡Ahora te toca a ti oír!

Después penetró en el comedor, se sentó en un sillón, y quitándose uno de los zapatos sin suela, tomó el pie con ambas manos para calentarlo.

—¡Estoy cojo para toda la vida! —dijo—. ¿Qué hay de comer?

—¡Nada, Johnny! —dijo Maurice.

—¿Nada? ¿Qué quiere decir eso? —preguntó el gran Vance—. ¡Ya sabes que a mí no me la pegas!

—¡Quiero decir que no hay nada! —respondió sencillamente su hermano—. ¡No tengo nada que comer ni nada para comprar de comer! Yo mismo no he podido tomar hoy más que un bocadillo y una taza de té.

—¿Nada más que un bocadillo? —dijo irónicamente John—. ¡Supongo que no tendrás el cinismo de venir a quejarte a mí! Yo sólo te digo esto: ¡Cuidado conmigo! ¡He sufrido cuanto podía sufrir, pero ya se acabó! ¡Ahora te diré que tengo intención de comer, y de comer enseguida y bien! ¡Toma tu colección de sortijas y anda a venderlas!

—¡Hoy es imposible! —respondió Maurice—, ¡es domingo!

—¡Te repito que quiero comer!, ¿lo oyes? —gritó furioso el hermano menor.

—¡Sin embargo, Johnny, no es posible! —insistió Maurice.

—¡Estúpido idiota! —gritó Vance—. ¿No somos los dueños de la casa? ¿No nos conocen en el hotel donde nos convidaba a comer nuestro primo Parker, cuando venía a Londres? ¡Corre a escape, y si dentro de media hora no estás de vuelta con una excelente comida, hago polvo todos los muebles y enseguida me voy derecho a la policía a contar lo sucedido! ¿Comprendes lo que te digo, Maurice Finsbury? ¡Porque si no lo comprendes harías bien en quitarte de mi vista!

La idea agradó también al desdichado Maurice que estaba muerto de hambre. Así es que se apresuró a ir enseguida a encargar la comida y volvió a su casa donde halló a John ocupado en acariciar su pie, como si fuese un niño enfermo.

—¿Y qué quieres beber, Johnny? —preguntó Maurice con voz amable.

—¡Champagne, pardiez, champagne añejo! De ese que me celebra tanto Michael cuando me encuentra. Anda pronto a la bodega, y cuidado con no agitar demasiado la botella. Pero antes, oye: vas a preparar lumbre, a encender el gas y a cerrar las maderas de las ventanas; es de noche y tengo frío. Pon también el mantel y los cubiertos y, por último… ve a traerme ropa para mudarme.

Cuando llegó la comida, el comedor había casi recobrado su aspecto habitual.

La comida fue excelente: sopa sustanciosa, filetes de lenguado, dos chuletas de carnero con salsa de tomate, carne asada con patatas, un puding y un pedazo de queso de Chester; en una palabra, era una comida esencialmente inglesa, pero escogida, como la había pedido John.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó el joven viajero, instalándose en la mesa. Su alegría debía ser muy viva para hacerle recordar por sorpresa la piadosa ceremonia de la bendición, que había olvidado hacía mucho tiempo.

—Pero no —prosiguió—. Voy a comer en la butaca que está junto a la lumbre, porque hace dos días que me estoy helando y necesito calentarme de firme. Voy a sentarme allá; y tú, Maurice Finsbury, vas a quedarte de pie, entre la mesa y yo, para servirme.

—¡Pero, Johnny, yo también estoy muerto de hambre! —dijo Maurice.

—¡Tú comerás lo que yo te deje! —replicó el gran Vance—. Amiguito, esto no es más que el principio de nuestro ajuste de cuentas. ¡Quien tal hizo, que tal pague! ¡Y cuidado con despertar al león británico!

Había tan intensa amenaza en los ojos y en la voz de John, mientras profería estas frases proverbiales, que el alma de Maurice se llenó de espanto.

—¡Vamos —repuso John—, dame un vaso de champagne, antes de mi filete de lenguado! ¡Y yo que me figuraba que no me gustaban los filetes de lenguado! ¡Oye! —añadió con nueva explosión de ira—, ¿sabes cómo he llegado hasta aquí?

—¡No, Johnny, cómo quieres que lo sepa! —respondió con amabilidad Maurice.

—¡Pues bien, he venido a pata! —gritó John—. Sí, amigo mío, he hecho con mis dos pies todo el camino desde Browndean aquí. ¡Y, además, he tenido que pedir limosna! ¡Ya quisiera yo verte a ti pidiendo limosna, Maurice Finsbury! ¡No creas que es tan fácil como podrías figurártelo! Me he hecho pasar por un pescador de Blyth, víctima de un naufragio. No sé dónde se encuentra Blyth, y tú, ¿lo sabes? Pero creí que en mis circunstancias esto tenía visos de verosimilitud. Pedí limosna a un granujilla que volvía de la escuela, y me dio dos cuartos a condición de que le arrollase la cuerda de su trompo. Se la arrollé, y por cierto, muy bien, pero él no quedó contento y corrió tras de mí, reclamando los dos cuartos. Después pedí limosna a un oficial de marina. Éste no me confió su trompo, se contentó con darme un folletito sobre el alcoholismo, y me volvió la espalda. Pedí luego limosna a una vieja que vendía pastelillos, y me dio uno de un cuarto. Pero lo mejor de todo fue un señor que, al decirle yo que no tenía que comer, me contestó que todo inglés tiene un medio excelente de procurarse el pan, y consistía en romper un cristal de la primera casa que se le presentara, a fin de hacerse prender… ¡Y ahora tráeme el asado!

—Pero —se atrevió a decir Maurice—, ¿por qué no te quedaste en Browndean?

—¡En Browndean! —exclamó John—. ¿Y con qué me hubiera mantenido? ¿Con Léame usted y con un estúpido semanario del Ejército de Salvación? ¡No, no, había que salir de Browndean a todo trance! Iba a comer a crédito a una posada, donde me había hecho pasar por el gran Vance de la Alhambra. En mi lugar, tú hubieras hecho lo mismo. Como es natural, salió la conversación de los cafés cantantes y del dinero que yo había ganado con mis canciones. Un parroquiano de la posada me pidió que cantase una de las más conocidas, y cuando al fin me decidí a cantarla, todos declararon unánimemente que yo era un farsante. Por mucho que hice para sostener lo contrario, nadie me dio crédito, y así terminaron mis relaciones con la posada del pueblo —prosiguió tristemente el joven—. Pero, además de esto, hubo también el carpintero…

—¿Nuestro casero? —preguntó Maurice.

—El mismo —dijo John—. Vino una mañana y se empeñó en averiguar dónde había ido a parar el tonel, y qué había sido de la ropa de la cama. Yo le mandé a paseo. ¿Qué otra cosa podía decirle? Pero entonces me dijo él que nosotros habíamos empeñado objetos que no nos pertenecían, y que iba a hacer que la justicia nos ajustara las cuentas. ¿Entonces, qué hice yo? Recordando que era más sordo que una tapia, empecé a decirle una retahíla de injurias, pero muy cortésmente y en voz tan baja, que no podía oír una sola palabra.

»—¡No le oigo a usted! —me dijo.

»—¡Ya lo sé muy bien que no me oyes, animal, cerdo, viejo cornudo! —le respondí con mi más graciosa sonrisa.

»—Soy algo duro de oído —mugió el imbécil.

»—¡Qué sería de mí si no lo fueras, idiota! —murmuré, cual si le diese toda clase de explicaciones.

»—Amigo mío —me dijo al fin—, es cierto que soy sordo, pero estoy seguro de que el comisario de policía logrará oírle.

»Dicho esto, se fue furioso por un lado y yo me largué por otro, dejándole, para desquitarse, la lámpara del alcohol, el Léame usted, el periódico del Ejército de Salvación y otro periódico que me habías enviado. Y a propósito, es preciso que estuvieras borracho perdido para enviarme semejante papelucho. Allí no se hablaba más que de poesías y del globo celeste. ¡Y qué artículos, de diez columnas! Creo que me enviaste el monitor de los asilos de locos. Si mal no recuerdo, tenía por título el Atanium. ¡Dios omnipotente, qué papelucho!

—Quieres decir el Atheneum —rectificó Maurice.

—¡Poco me importa el título! —dijo John—, pero ¡valiente ocurrencia fue la tuya en enviármelo! ¡En fin, ya empiezo a reponerme! ¡Tráeme el queso y un vaso de champagne!

»¡Ah! ¡Michael tiene razón de celebrar este vino! ¡Vamos, ahora puedes servirte tú! Te queda una chuleta entera, un poco de pescado y un pedazo de queso. Sí, Michael es hombre que me gusta. Es tal vez capaz de leer tu Atheneum, pero sabe disimularlo. ¡A lo menos es alegre, buen muchacho y no tiene esa cara de pocos amigos que me ha reventado siempre en ti! Y a propósito, ni siquiera me tomo el trabajo de preguntarte por tu plan, porque adiviné enseguida que había fracasado por completo. ¿No es verdad?

—¡Por culpa de Michael! —dijo Maurice, poniéndose sombrío.

—¿Michael? ¿Y qué tenía que ver en el asunto?

—¡Pues tenía que ver que ha perdido el cuerpo! —respondió Maurice —. Ha perdido el cuerpo de tío Joseph, y ahora es imposible declarar su defunción.

—¿Cómo? —preguntó John—. ¿Pues no habíamos quedado en que tú no querías declarar la defunción?

—¡Oh, eso es ya historia antigua! —dijo su hermano—. ¡Ya no se trata de salvar la tontina, sino de salvar la casa de cueros! ¡Se trata de salvar la ropa que llevamos puesta, Johnny!

—¡No corras tanto —dijo John—, y cuéntame la historia desde el principio!

Maurice hizo lo que le ordenaba su hermano.

—¡Pues bien! ¿Qué es lo que yo te había dicho? —exclamó el gran Vance, cuando hubo oído el triste relato—. ¡Pero tengo que decirte algo, y es que no quiero verme despojado de la parte que me corresponde!

—¡Hombre, me alegraría saber cómo piensas arreglarte para ello! —dijo Maurice.

—¡Voy a decírselo a usted, caballero! —replicó John con tono resuelto—. ¡Voy sencillamente a confiar mi negocio al primer procurador de Londres, y me importará un bledo que salgas bien o mal!

—¡Sin embargo, John, navegamos en el mismo barco! —murmuró Maurice.

—¿En el mismo barco? ¡Te aseguro que no! ¿Acaso he cometido yo una falsificación de firmas? ¿He procurado ocultar la muerte de tío Joseph? ¿He hecho insertar en todos los periódicos anuncios absolutamente estúpidos y grotescos? ¿He destruido estatuas que no me pertenecían? Verdaderamente me gusta tu frescura, Maurice Finsbury. ¡No, no y no! Demasiado largo tiempo he dejado en tus manos la dirección de mis negocios; ahora los voy a confiar a Michael. Por lo demás, Michael me ha sido siempre simpático. Por último, tengo deseos de ver claramente cuál es mi situación.

En aquel momento se vieron interrumpidos los dos hermanos por un campanillazo, y Maurice, que había entreabierto tímidamente la puerta, recibió de manos de un recadero una carta que tenía el sobre de letra de Michael. La carta estaba concebida en estos términos:

AVISO

Maurice Finsbury debe darse por avisado, en el caso en que lea estas líneas, de que se le comunicará algo muy ventajoso para él, mañana lunes, por la mañana, a las diez, en mi oficina, Chancery Lane, 42.

MICHAEL FINSBURY

Maurice, después de enterarse, transmitió dócilmente la carta a su hermano.

—¡Eso se llama escribir una carta! —exclamó John—. No hay como Michael para escribir así.

Y Maurice se hallaba tan humillado, que ni siquiera se atrevió a invocar sus derechos de autor.

Capítulo Dieciséis

EN QUE LOS CUEROS SE PONEN FELIZMENTE A FLOTE

Al día siguiente por la mañana, a las diez en punto, los dos hermanos Finsbury fueron introducidos en la grande y hermosa habitación que servía de despacho a su primo Michael. John se sentía algo repuesto de sus fatigas, pero llevaba aún un pie en pantufla. Maurice parecía mejor conservado materialmente, pero había envejecido diez años desde que salió de Bournemouth. La ansiedad había surcado su rostro con profundas arrugas y su cabellera negra presentaba no pocos hilos de plata hacia las sienes.

Tres personas esperaban a los hermanos Finsbury, sentadas ante una mesa. En medio estaba Michael en persona: tenía a su derecha a Gideon Forsyth y a su izquierda, a un señor anciano con anteojos y con la cabeza cubierta de venerables canas.

—¡Juraría que es el tío Joseph! —exclamó John.

Maurice se frotó los ojos, juzgándose presa de una pesadilla más terrible que las de los días anteriores. Después, se adelantó de pronto hacia su tío, temblando de ira.

—¡Voy a decirle a usted lo que ha hecho, viejo malvado! —gritó—. ¡Se ha evadido usted!

—Buenos días, Maurice Finsbury —respondió el anciano, pero con más animosidad de la que revelaban al parecer aquellas indulgentes palabras—. Parece usted enfermo, amigo mío.

—No hay que irritarse, caballeros —observó Michael—. Maurice, procure usted ver los hechos cara a cara. Como usted ve, su tío no sufrió demasiado con la «sacudida» del tren; y un hombre de corazón como usted no puede menos que alegrarse de ello.

—Pero entonces, si es así —tartamudeó Maurice—, ¿qué era el famoso cuerpo? ¿Sería en verdad posible que lo que me ha causado tantos cuidados y disgustos, lo que tanto me ha hecho cavilar, lo que he llevado y traído con mis propias manos, no fuese más que el cadáver de un extraño cualquiera?

—Si le aflige demasiado esa idea, puede muy bien desecharla —respondió Michael—, nada le impide a usted suponer que el cuerpo perteneció a un hombre a quien tuvo usted ocasión de encontrar varias veces, a un compañero de club, tal vez a un cliente.

Maurice se dejó caer en una silla.

—¡Oh! —gimió—, yo hubiera seguramente descubierto el error si hubiera ido el tonel a mi casa. ¿Por qué no fue? ¿Por qué fue a casa de Pitman? ¿Con qué derecho se permitió Pitman abrirlo?

—Y a propósito, Maurice, ¿qué ha hecho usted del Hércules antiguo? —preguntó Michael.

—¿Que qué ha hecho? ¡Pues lo ha hecho simplemente añicos! —dijo John—. ¡Los pedazos están aún en nuestra bodega!

—¡Todo eso no tiene importancia alguna! —se apresuró a declarar Maurice—. Lo esencial es que he encontrado a mi tío, a mi fiel tutor. En todo caso éste me pertenece y también la tontina. Reclamo la tontina y afirmo que mi tío Mastermann ha muerto.

—Ya es tiempo de poner coto de una vez a esa locura —dijo Michael —. Lo que usted afirma es desgraciadamente casi cierto; en cierto sentido mi pobre padre ha muerto hace ya largo tiempo. Pero por lo que hace a la tontina, no ha muerto aún y espero que pasen bastantes años antes de su muerte. Nuestro querido tío Joseph lo ha visto esta misma mañana. Él podrá decirle a usted que mi padre está en vida, aunque desgraciadamente su inteligencia se ha apagado para siempre.

—¡No me ha reconocido! —dijo Joseph. Y hay que hacer a aquel viejo cataplasma la justicia de que su voz temblaba de sincera emoción al decir estas palabras.

—¡Vamos! Le reconozco a usted, señor Maurice Finsbury —exclamó el gran Vance—. ¡Por todos los diablos del infierno, se ha mostrado usted el más perfecto idiota!

—En cuanto a la ridícula y fastidiosa servidumbre a que había usted reducido a tío Joseph —repuso Michael—, ha durado ya demasiado. He preparado un documento, mediante el cual devuelve usted a su tío toda libertad y le declara libre de toda obligación. En primer lugar va usted a firmar, si no tiene inconveniente en ello.

—¡Cómo! —gritó Maurice—. ¿Voy yo a perder mis siete mil ochocientas libras, mi comercio de cueros, sin compensación alguna? ¡Muchas gracias!

—No me sorprende su agradecimiento —dijo Michael.

—¡Oh, ya sé que no tengo nada que esperar si invoco sus buenos sentimientos! —respondió Maurice—. Pero hay aquí un extraño (que maldito si sé con qué derecho se halla aquí), y a él apelo. Caballero —prosiguió dirigiéndose a Gideon—, he aquí mi historia: he sido despojado de mi herencia cuando era niño y huérfano. Desde entonces, caballero, jamás he tenido otro sueño que el de recobrar lo mío. Mi primo Michael podrá decirle a usted de mí todo lo que quiera: hasta confesaré que no siempre he estado a la altura de las circunstancias; pero eso nada quita a la realidad de mi situación. ¡He sido despojado de mi herencia! ¡Un pobre huérfano fue despojado de siete mil ochocientas libras! Por consiguiente, el derecho está de mi parte. Todas las triquiñuelas de mi primo Michael no podrán prevalecer contra la equidad.

—¡Maurice —interrumpió Michael—, permítame usted que agregue un detalle que, por otra parte, pone de relieve su habilidad en la escritura!

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Maurice.

—¡Después de todo —respondió Michael—, no quiero mortificar su modestia! ¡Me contentaré, pues, con hacerle saber el nombre de una persona que acaba de estudiar muy de cerca uno de sus más recientes ensayos de escritura comparada! ¡Esa persona es el señor Moss, querido amigo!

Reinó un largo silencio.

—¡Yo hubiera debido adivinar que ese hombre venía de su parte! —murmuró Maurice.

—Y ahora va usted a firmar el documento, ¿no es verdad? —dijo Michael.

—¡Pero diga usted, Michael! —exclamó John con uno de esos generosos arranques que le eran familiares—. ¿Y yo qué pito toco en todo esto? Maurice es hombre al agua, ya lo veo, ¿por qué le habría yo de seguir? Además, no olvide usted que yo también fui robado, yo también fui huérfano como él y comí del mismo pan.

—John —dijo Michael—, ¿no cree usted que haría mejor en fiarse de mí?

—¡A fe mía, tiene usted razón! —respondió el gran Vance—. Estoy seguro de que usted no es capaz de abusar de la inocencia de un huérfano. ¡Y tú, Maurice, vas a firmar enseguida el documento en cuestión, porque si no me enfadaré y haré ver a tu pobre meollo algo que le cause asombro!

Con súbito e inesperado apresuramiento, se declaró Maurice dispuesto a firmar la renuncia. Un secretario de Michael presentó los documentos que fueron debidamente firmados y mediante los cuales Joseph Finsbury recobró por completo su libertad.

—Y ahora, amigos míos, oigan ustedes lo que me propongo hacer por ellos —repuso Michael—. Maurice y John, aquí tienen ustedes un documento que les declara únicos dueños de la casa de cueros, y aquí hay un cheque equivalente a la suma total depositada en el Banco a nombre de nuestro tío Joseph. De esta suerte, puede usted figurarse, querido Maurice, que acaba de terminar sus estudios en el Instituto Comercial. Y como usted mismo me ha dicho que los cueros iban viento en popa, me figuro que pensará usted pronto en casarse. He aquí, en previsión de tan fausto suceso, un regalito de boda. ¡Oh, no es el mío! ¡Cuando haya usted fijado la fecha del matrimonio, veré el regalo que le he de hacer! Entretanto, acepte usted este regalito de parte del señor Moss.

Y Maurice, rojo como una amapola, se apoderó del cheque.

—¡No comprendo nada de esta comedia! —observó John—. Todo esto me parece demasiado bonito para ser verdad.

—¡Es una simple transferencia! —respondió Michael—. Les compro a ustedes a tío Joseph, ni más ni menos; si él gana la tontina, será mía, y si la gana mi padre también lo será; de modo que no tengo que quejarme de la combinación.

—¡Maurice, amigo mío, te han dejado por puertas! —dijo por vía de comentario el gran Vance.

—¡Y ahora, señor Forsyth —repuso Michael, dirigiéndose al personaje mudo—, aquí tiene usted reunidos a todos los criminales que deseaba usted descubrir! ¡Sólo falta uno! Pitman, que se ha consagrado a la regeneración artística de las señoritas, y no he querido molestarle a una hora en que sé está muy ocupado. Pero podrá usted, si quiere, hacerlo prender en su colegio; conozco las señas y se las diré de buen grado. En cuanto al resto de la banda, aquí lo tiene usted a su vista, aunque temo que el espectáculo no sea muy seductor. ¡Decida usted ahora lo que quiera hacer de nosotros!

—¡Nada, señor Finsbury! —respondió Gideon—. Creo haber comprendido que este señor —y señaló a Maurice— ha sido, según decimos en nuestra jerga, el fons et origo de toda la aventura; pero, según creo haber comprendido, ha pagado ampliamente sus culpas. Además, no creo que nadie pueda ganar nada con un escándalo público. Por mi parte sólo podría perder en ello. Por el contrario, bendigo una aventura que me ha procurado la dicha de conocer a usted. Ya ha tenido usted la bondad de enviarme dos clientes…

Michael se ruborizó.

—Era lo menos que podía hacer para compensar ciertas molestias que le causé —murmuró—. ¡Pero hay algo más que debo decir a usted! ¡No quisiera que formase usted demasiada mala opinión de mi pobre amigo Pitman, que es seguramente la persona más inofensiva del mundo! ¿No podría usted venir esta noche a comer en su compañía? Le esperaremos en el Restaurant Verrey, a las siete. ¿Qué le parece a usted?

—¡Había prometido ir a comer a casa de uno de mis tíos, con una amiga! —respondió Gideon—. ¡Pero les rogaré que me dispensen por esta noche! Y ahora, querido señor Finsbury, me queda un punto que someter a su decisión: ¿No podríamos realmente hacer nada por el pobre diablo que se llevó el piano? ¡Su recuerdo me persigue como un remordimiento!

—¡Desgraciadamente sólo podemos compadecerle! —respondió Michael.

21. ESTUDIOS DEL NATURAL (ARTHUR CONAN DOYLE)

ÍNDICE

El Holocausto de Manor Place
El Noviazgo de George Vincent Parker
El Discutible Caso de la Señora Emsley
Los Matones de Market-Drayton
La Travesía del Flowery Land
El Duelo en Francia
Una Nueva Luz Sobre los Viejos Crímenes

EL HOLOCAUSTO DE MANOR PLACE

Cuando uno estudia la psicología criminal, llega forzosamente a la conclusión de que la más peligrosa de todas las mentalidades es la del hombre desmesuradamente egoísta. Es este un hombre que ha perdido su sentido de la proporción. Su propia voluntad y su propio interés han borrado en él toda conciencia de sus obligaciones hacia la comunidad. El carácter impulsivo, los celos, la sed de venganza, engendran el crimen; pero el egoísmo llevado hasta la locura es el más peligroso y también el más odioso de sus progenitores. Sir Willoughby Patterne, el eterno prototipo de todos los egoístas, puede ser un personaje divertido e inofensivo a condición de que todo le vaya bien; pero basta con que le sea negado algo de lo que desea, para que de ello se deriven las más monstruosas consecuencias.

Huxley ha dicho que en esta vida, uno está perpetuamente jugando una partida con un adversario invisible, que sólo deja sentir su presencia cuando uno comete una falta: entonces, le impone un castigo. El jugador que comete la falta de ser egoísta puede tener que pagar un precio terrible por ello. Pero hay algo inexplicable en las reglas de ese juego y es que algunos, que son sólo espectadores de la partida, pueden verse obligados a ayudarle a pagar. Lean la historia de William Godfrey Youngman, y vean lo difícil que es entender las reglas que rigen dichos castigos. Aprendan también que el egoísmo no es un pecadillo inofensivo, sino una malvada raíz capaz de producir los más monstruosos frutos.

A unos sesenta kilómetros al sur de Londres, y cerca del balneario, bastante pasado de moda, de Tunbridge Wells, se halla la pequeña localidad de Wadhurst. Está situada en el condado de Sussex, aunque cerca de los confines del condado de Kent. Es una región de gran riqueza ganadera, y los granjeros son en ella una clase floreciente, pues se hallan lo bastante cerca de la metrópolis para beneficiarse del inmenso apetito de ésta. Entre esos granjeros vivía, en el año 1860, un tal Streeter, dueño de una pequeña granja y padre de una hermosa hija, Mary Wells Streeter.

Mary era una chica fuerte y robusta, de unos veinte años de edad, experta en todos los trabajos del campo, y también con cierto conocimiento de la ciudad, pues tenía amigos allá. Tenía sobre todo uno: un joven de veinticinco años, al que había conocido en una de sus ocasionales visitas y que se había sentido tan atraído por ella que la había seguido hasta Wadhurst, donde se alojó, por una noche, en casa de su padre.

El padre no encontró nada que objetar al pretendiente, un chico vivaz e imperioso, que quizá pecaba de vaguedad a la hora de describir sus ocupaciones y sus expectativas de futuro, pero que resultaba una excelente compañía para charlar junto al fuego.

Y así fue como un chico sagaz y educado en la ciudad, William Godfrey Youngman, se hizo novio de una chica sencilla y educada en el campo, Mary Wells Streeter, siendo digno de mención el hecho de que William lo sabía todo de Mary, mientras que Mary sabía muy poco de William.

El 29 de julio de ese año cayó en domingo, y Mary se sentó por la tarde junto a la ventana de la sala de estar de la granja, con su legajo de cartas de amor en el regazo, leyéndolas una y otra vez. Fuera se extendía un pequeño cuadrado de verde césped, bordeado por la familiar exuberancia de un jardín campesino inglés: altas plantas de malva loca, grandes flores de girasol cabeceantes, arbustos de fucsia y fragantes matas de minutisa. A través de la abierta celosía llegaba el leve, delicado perfume de las lilas y el prolongado, grave zumbido de las abejas. El granjero había sucumbido a la pletórica somnolencia de la tarde de domingo, y Mary tenía la sala para ella sola.

Había en total quince cartas de amor: algunas más cortas, otras más largas, algunas totalmente deliciosas, otras con dispersas alusiones a temas de negocios, que le hacían fruncir sus bonitas cejas. Estaba el asunto del seguro, por ejemplo, que tantos quebraderos de cabeza le había dado a su novio, hasta que ella lo solucionó. No cabía duda de que él entendía más que ella de cuestiones prácticas, pero aun así, parecía raro que le pidieran con insistencia, a alguien tan joven como ella y con tan buena salud, que tomara disposiciones de cara a la muerte. Hasta cuando más enamorada se sentía, esas frases que le saltaban a la vista aquí y allá la perturbaban, llegando a provocarle escalofríos.

«Queridísima —había escrito él—, he rellenado ya el impreso y lo he llevado a las oficinas del seguro de vida, y ellos escribirán hoy mismo a la señora de James Bone para tener la respuesta el sábado. De modo que puedes ir conmigo a la oficina el lunes, antes de las dos.» Y luego otra vez, sólo dos días más tarde, empezaba así su carta: «Me prometiste repetidamente, y espero que lo cumplas, que serías mía, y que tus amigos no sabrían nada hasta que estuviéramos casados; pero lo que ahora te pido, querida Mary, es que hagas que la señora de James Bone escriba a la compañía de seguros sin más tardar, y que vengas conmigo el próximo lunes por la mañana para hacerte un seguro de vida».

Eso decían algunos pasajes de las cartas, y Mary se sentía perpleja al leerlos. Pero ahora por fin todo estaba resuelto, y él ya no mezclaría más los negocios con el amor, puesto que ella había accedido a su capricho, y había firmado el contrato de seguro, por un valor de cien libras esterlinas. Eso significaba que ella tenía que pagar cada trimestre diez chelines y cuatro peniques, pero eso había parecido complacerle, de modo que no había por qué pensar más en ello.

Se oyó el chirrido de la verja del jardín, y al levantar la vista, Mary vio al mozo de estación acercándose con una hoja en la mano. Al verla asomada a la ventana, el mozo le tendió el papel y dio media vuelta, sonriendo furtivamente. ¡Curioso mensajero de Cupido, con sus pantalones de pana y sus ruidosas botas! Era en realidad, aunque él no lo sabía, mensajero de otro dios, mucho más macabro… Ella rompió el sobre ávidamente, y éste fue el mensaje que leyó:

Manor Place 16, Newington, Londres

Sábado 28 de julio, por la noche

Mi amada Mary:

Te he enviado una carta esta tarde, pero veo que no tendré que ir mañana a Brighton, pues he recibido una carta procedente de esa ciudad que contenía lo que estaba esperando, de modo, querida niña, que he resuelto ya del todo mis asuntos y estoy libre para verte, de modo que te envío esta carta. Voy a enviarla a la estación Puente de Londres mañana a las seis y media de la mañana y haré que el jefe de tren la lleve a la estación de Wadhurst, donde el mozo la recogerá y la llevará a tu casa. Yo sólo puedo darle una propina al jefe de tren, de modo que convendría que tú le dieras algo al hombre que te la entregue. Espero verte, querida niña, el lunes por la mañana, si puedes coger el primer tren. Te estaré esperando en la estación Puente de Londres. Sé a qué hora llega el tren: a las diez menos cuarto. Mañana he prometido ir a casa de mi tío, de modo que no puedo ir a verte; pero te acompañaré a tu casa el lunes por la noche o el martes a primera hora, y volveré aquí el martes por la noche, para poder ir adonde haga falta el miércoles; pero ya sabes todo lo que te dije, de modo que espero que vengas el lunes por la mañana, para que mis planes se desarrollen como espero. Y ahora discúlpame, queridísima Mary. Voy a acostarme para poder madrugar mañana a fin de llevar esta carta. Trae todas mis cartas o quémalas, querida niña. No te olvides de hacerlo; y con todo mi afecto y presentando mis respetos a todos vosotros, te espero, pues, el lunes a las diez menos cuarto de la mañana.

Siempre tuyo,

William Godfrey YOUNGMAN

Se trataba, pues, de una apremiante invitación a pasar un alegre día en la ciudad; pero contenía ciertamente algunas frases curiosas. ¿Qué quería decir con eso de que «mis planes se desarrollen como espero»? ¿Y por qué le pedía que quemara o le devolviera sus cartas? En ese punto, por lo menos, estaba decidida a desobedecer a su autoritario pretendiente, que siempre «esperaba» de una manera tan tajante que ella hiciera esto o aquello. Las cartas eran demasiado valiosas para desembarazarse de ellas con tan pocos miramientos. Mary volvió a meterlas —eran dieciséis ahora — en la cajita de hojalata donde guardaba sus escasos tesoros, y después salió al encuentro de su padre, cuyos pasos acababa de oír bajando la escalera, para contarle, muy ilusionada, que su novio la invitaba a la ciudad.

A las diez menos cuarto de la mañana siguiente, William Godfrey Youngman esperaba en el andén de la estación Puente de Londres la llegada del tren procedente de Wadhurst, en el que viajaba su novia. Ningún observador que echara un vistazo a las personas que paseaban de un lado a otro del andén le habría identificado como el hombre cuyo nombre y odiosa fama serían, antes de veinticuatro horas, conocidos por tres millones de londinenses. Era un hombre alto y corpulento, pero de una apariencia nada llamativa, y en cuanto a su carácter, habría sido insignificante si no fuera por su colosal egoísmo, lindante con la locura, que le hacía pensar que todas las cosas debían doblegarse ante sus necesidades y su voluntad, Tan aberrante era su visión del mundo, que incluso creía que sólo con que él quisiera engañar a la gente, la gente se dejaría engañar, y que el truco o la excusa más burdos, si procedían de él, no suscitarían la menor sospecha.

Había sido oficial de sastrería, igual que su padre, pero como sus aspiraciones eran más altas, había solicitado y obtenido un empleo como lacayo del doctor Duncan, de Covent Garden. Había desempeñado honorablemente su puesto durante algún tiempo, pero finalmente había dimitido y regresado al hogar familiar, donde llevaba cierto tiempo viviendo de la hospitalidad de sus abnegados padres. Empezó a hablar vagamente de dedicarse a granjero, y sin duda fue su breve experiencia de Wadhurst, con su agradable olor a ganado y las brisas típicas de Sussex, lo que había metido esa idea en su barriobajera cabeza.

Pero ya llega el tren, y asomada a una ventana de tercera clase está Mary Streeter, con sus rosados mofletes campesinos, más rosados aún al divisar a su novio esperándola. Él toma su bolsa de viaje, y recorren juntos el andén entre las mujeres con crinolina y los hombres con pantalones muy holgados, cuya imagen hace que el Londres de esa época nos resulte aún más extraño que el del siglo pasado. Él vive en Walworth, al sur de la ciudad, y un ómnibus con el suelo sembrado de paja, que tiene la parada frente a la estación, les lleva casi hasta la puerta de su casa. Eran las once cuando llegaron a Manor Place, donde residía la familia de Youngman.

La organización doméstica en Manor Place era curiosa. Como los arquitectos no habían desarrollado aún en Inglaterra el concepto de piso, la gente había alcanzado el mismo resultado por otros medios. El inquilino de una casa de tres pisos residía en la planta baja, y subalquilaba el primero y el segundo a otras familias. Así pues, en el caso que nos ocupa, el señor James Bevan ocupaba la planta baja, los señores Beard el primer piso, y la familia Youngman el segundo, del número 16 de Manor Place. Los techos eran finos, y las escaleras comunes, y como puede imaginarse, cada familia se interesaba vivamente por las idas y venidas de sus vecinos. De modo que el señor y la señora Beard estaban al corriente de que el joven Youngman había llevado a casa a su novia, e incluso consiguieron, a través de puertas no del todo cerradas, entrever a la joven, y ser testigos de que su comportamiento con ella era afectuoso.

La familia que él le presentó no era muy extensa. El padre se marchaba a su sastrería cada mañana a las cinco y regresaba a las diez de la noche. Quedaban sólo la madre, una mujer bondadosa, ansiosa, muy trabajadora, y dos hijos más jóvenes, de siete y once años. A las once de la mañana, los chicos estaban en la escuela y la madre se encontraba sola. Dio la bienvenida a la chica recién llegada del campo, mientras la miraba de arriba abajo y sacaba sus conclusiones, como haría cualquier madre al conocer a la mujer destinada con toda probabilidad a convertirse en la esposa de su hijo. Almorzaron juntos, y después los dos jóvenes salieron de paseo por Londres.

No ha quedado constancia de las distracciones a las que se entregó la singular pareja: él con un propósito salvaje, implacable, en su corazón; ella desconcertada al notarle tan distraído, contándole los últimos chismorreos del pueblo, mientras la sombra de la muerte la cercaba por todos lados. Sólo ha llegado hasta nosotros un pequeño incidente. Un tal Edward Spicer, tabernero fanfarrón y sin pelos en la lengua, dueño de un establecimiento llamado El Dragón Verde, en la calle Bermondsey, conocía a Mary Streeter y a su padre. Los novios llegaron juntos a la taberna, y Mary presentó a su acompañante. No podemos saber qué brillo repugnante descubrió el tabernero en la mirada del joven, o cuál fue el rasgo maligno que adivinó en su carácter, pero lo cierto es que llevó aparte a la chica y le murmuró al oído que más le valía procurarse una cuerda y ahorcarse ahí mismo en el callejón, que casarse con ese hombre, advertencia que parece haber sufrido el mismo destino que todas las advertencias que se hacen a las jovencitas a propósito de sus pretendientes.

Por la noche fueron juntos al teatro a ver una de las tragedias de Macready. ¿Cómo podía ella saber entonces, sentada en la atestada platea, con su novio, callado, a su lado, que su propia tragedia iba a ser mucho más horrenda que la que se representaba sobre el escenario? Eran las once cuando volvieron a Manor Place.

El abnegado sastre había vuelto ya a casa, y toda la familia cenó junta. Luego tuvieron que dividirse, para pasar la noche, entre dos dormitorios, que era todo lo que tenían. La madre, Mary, y el chico de siete años ocuparon el de la parte delantera. El padre durmió en un catre en la habitación de atrás, y en una cama a su lado se acostaron el joven y el chico de once años. Así es como se prepararon a dormir, como cualquier otra familia de Londres. Poco podían prever que en menos de un día, la atención de toda la gran ciudad iba a centrarse en esos dos oscuros cuartuchos y en los destinos de sus ocupantes.

El padre se despertó muy temprano, y vio, en la vaga luz del amanecer, la alta silueta de su hijo, vestido de blanco, de pie junto a su cama. Medio dormido aún, le hizo notar que era muy pronto para estar levantado, a lo que el joven murmuró alguna excusa, y volvió a la cama. A las cinco, el sastre se levantó para afrontar su cotidiana e interminable tarea, y veinte minutos después bajaba las escaleras y cerraba la puerta a sus espaldas. Desaparecía así el único testigo, y todo lo que queda son indicios y conjeturas. Nadie conocerá nunca los detalles exactos de lo sucedido, lo cual, para el cronista, casi es mejor, pues examinar demasiado de cerca tales pormenores resultaría casi insoportable. Los móviles y la mentalidad del asesino presentan un interés perenne para cualquier estudioso de la naturaleza humana, pero el vil relato de su brutalidad puede borrarse una vez que ha servido los fines de la justicia.

Ya he dicho que en el piso inferior al que ocupaban los Yougman vivía una pareja llamada Beard. A las cinco y media, poco después de que el sastre se hubiera marchado, dejando cerrada la puerta principal, el sueño de la señora Beard fue perturbado por un ruido que le pareció corresponder a niños retozando y jugando. Se oían leves pisadas en el piso de arriba. Al prestar atención, sin embargo, le pareció que esas correrías no eran normales a tales horas, de modo que dio un codazo a su marido y le pidió su opinión. Poco después, estando ambos incorporados en la cama, aguzando el oído, oyeron un grito sofocado y el golpe seco de un cuerpo cayendo al suelo.

Beard saltó de la cama y subió las escaleras corriendo, deteniéndose cuando tuvo la cabeza a la altura del rellano de los Youngman. Vio lo suficiente como para bajar chillando a casa del señor Bevan, en la planta baja.

—¡Por Dios santísimo, venga usted! ¡Hay un asesinato! —rugió, mientras con mano temblorosa sacudía la manija del dormitorio del dueño.

Sus requerimientos no cogieron al dueño totalmente desprevenido. El ominoso golpe había sido lo bastante fuerte como para alcanzar también sus oídos. Palpitante, se levantó de la cama de un salto, y ambos hombres, en camisón, ascendieron la crujiente escalera. La radiante luz de una mañana de julio iluminaba sus asustados rostros.

Tampoco esta vez fueron más allá del punto desde el cual se vislumbraba el rellano. El bulto confuso de figuras vestidas de blanco desplomadas sobre el suelo, con manchas y churretes de un color brillante, era más de lo que sus nervios podían soportar. Podían contar tres cadáveres, amontonados en el rellano. Y había alguien que se movía dentro del dormitorio. Alguien que se les acercaba. Con los ojos dilatados por el horror vieron a William Godfrey Youngman encuadrado en el umbral, con el blanco camisón chorreando y una manga desgarrada colgando del hombro.

—¡Señor Beard! —vociferó al ver las dos caras exangües en la escalera—. ¡Por Dios, llame a un médico! ¡Creo que todavía queda alguien vivo!

Y mientras ellos, dando media vuelta, se precipitaban escaleras abajo, proclamó la que luego sería su inalterable versión de lo sucedido:

—Mi madre ha hecho todo esto —gritó—. Ha asesinado a mis dos hermanos y a mi novia, y yo, en legítima defensa, he tenido que matarla.

Los dos hombres no se pararon a discutir el asunto con él. Ambos se habían abalanzado a sus respectivas habitaciones para ponerse encima algo de ropa, hecho lo cual salieron corriendo de la casa, en busca de un médico y de un policía, dejando en el rellano a Youngman, que repetía su extraña explicación. Qué suave debió de parecerles el aire de la mañana en cuanto se alejaron de la casa maldita, y cómo debieron de mirarles los honestos lecheros, que balanceando sus potes de hojalata, se encontraron frente a frente con las dos siluetas sudorosas y desmelenadas. Pero no tuvieron que ir muy lejos. John Varney, de la División P, tan sólido y desprovisto de fantasía como la ley de la que es representante, estaba de pie en la esquina de la calle, y se dirigió a ellos, pisando fuerte, con lentitud y dignidad capaces de tranquilizar a cualquiera.

—¡Señor policía, ya ve usted qué espectáculo! ¿Qué puedo hacer? —exclamó Youngman al vislumbrar el brillante casco que ascendía por la escalera.

El policía Varney no se inmuta ante el horrendo racimo de cadáveres. Su consejo es práctico y apropiado al caso.

—¡Vaya a vestirse! —ordena.

—Golpeé a mi madre, pero fue en legítima defensa —grita el otro—. ¿Usted no habría hecho lo mismo? ¡Es la ley!

El policía Varney no está dispuesto a arriesgar una opinión jurídica, pero está convencido, en cambio, de que lo mejor que Youngman puede hacer es ponerse algo de ropa.

Para entonces, una muchedumbre se apiñaba ya en la calle, y otro policía y un inspector habían hecho su aparición. Estaba claro que, fuese o no correcta la justificación de Youngman, éste era un homicida confeso, y que la ley no debía dejarlo escapar. Pero cuando un cuchillo en forma de daga, astillado por la fuerza de los repetidos golpes, fue hallado en el suelo, y Youngman tuvo que confesar que le pertenecía; cuando se observó asimismo que para infligir las heridas que mostraban los cadáveres, se necesitaban una fuerza y una energía feroces, pareció cada vez más evidente que ese hombre era, no una simple víctima de las circunstancias, sino uno de los mayores criminales del siglo. Pero eso eran sólo indicios: pruebas no las había, puesto que las bocas de todos —madre, novia, hermanos— habían sido selladas en la indiscriminada matanza.

El horror y la aparente absurdidad del hecho llevaron hasta el paroxismo la emoción e indignación del público. La miserable suma por la que la pobre Mary había asegurado su vida parecía ser el único móvil del crimen; las prisas del acusado porque se firmara dicho seguro, y su insistencia en pedirle a su novia que destruyera las cartas en las que manifestaba su interés por ese asunto, resultaron las principales pruebas contra él. Al mismo tiempo, su tranquila certeza de que las cosas iban a resolverse según sus deseos, y de que la Compañía de Seguros Argus pagaría la suma correspondiente a alguien que no era ni marido ni pariente de la difunta, sugerían una ignorancia del mundo de los negocios, o bien una confianza en sí mismo que rozaba, en ambos casos, la locura. Cuando, además, se reveló durante el proceso que ambas ramas de la familia presentaban casos de locura —tanto la madre de la esposa como el hermano del marido estaban en manicomios, y el padre de éste había estado también en uno, aunque había recobrado una «relativa cordura» antes de su muerte —, podemos preguntarnos si no habría sido mejor juzgar el caso en términos médicos, y no criminales. En nuestra época, más científica y más humanitaria, resulta quizá dudoso si Youngman habría sido ahorcado, pero no había ninguna duda en cuanto al destino que le esperaba en 1860.

El proceso se abrió en el Tribunal Central de lo Penal el día 16 de agosto, bajo la presidencia del magistrado señor Williams. Pocos detalles nuevos salieron a la luz, excepto que el cuchillo llevaba ya algún tiempo en posesión del acusado. Lo había exhibido una vez en un bar, a raíz de lo cual uno de los presentes, dando muestras del amor que todo buen británico siente por la ley y el orden, había comentado que no estaba bien que un hombre se paseara con semejante arma.

—Todo el mundo —replicó Youngman— tiene derecho a llevar un cuchillo como éste para poder defenderse llegado el caso.

Quizás el ciudadano que hizo el comentario no se dio cuenta de lo cerca que había estado de probar en su propia carne lo afilada que estaba la hoja.

Ninguna alegación seria contra el pasado del acusado apareció en el juicio, y él, sin vacilar, dio siempre su propia versión de la tragedia. En sus conclusiones, sin embargo, el juez Williams señaló que, si esa historia era cierta, quería decir que el acusado había desarmado a su madre, apropiándose del cuchillo. ¿Qué necesidad había entonces, pues, de matarla? ¿Por qué le había clavado el cuchillo varias veces? Este argumento, y el hecho de que no se hubieran encontrado manchas de sangre en las manos de la madre, convencieron al jurado, y se dictó la consiguiente sentencia.

Youngman se había mostrado impertérrito en el banquillo, pero en la cárcel dio señales de tener un carácter irritable, y ocasionalmente violento. Al visitarle su padre, el joven le abrumó con fieros reproches sobre el trato que había dado a su familia, reproches que parecían del todo injustificados. Otra cosa que por lo visto provocó sus iras fue el comentario del tabernero, del que tuvo conocimiento por primera vez durante el juicio, en el sentido de que hubiera sido mejor que Mary se ahorcase en el callejón antes que casarse con semejante hombre. Esas palabras hirieron su autoestima, que era el rasgo más marcado de su carácter.

—Sólo quiero una cosa —exclamó con furia—, y es echarle el guante a ese tal Spicer y cortarle la cabeza. —El carácter antinatural y sangriento de esa amenaza es característico del loco homicida—. ¿Acaso creéis —añadió, con un toque de vanidad— que un hombre de mi audacia y valentía podría haber escuchado esas palabras sin derribar al hombre que las hubiera pronunciado?

En vano fue exhortado y aconsejado: se llevó su secreto a la tumba. Nunca se apartó de la versión que probablemente había preparado antes de los hechos.

—No abandone usted el mundo con una mentira en los labios —le rogó el capellán, mientras le acompañaba al patíbulo.

—Pues si quisiera decir una mentira diría que fui yo —fue su réplica.

Hasta el final tuvo la esperanza, con esa confianza en sí mismo tan típica de su carácter, de que la historia que había contado siempre no podía no ser finalmente creída. Estando ya en el patíbulo, todavía esperaba ser indultado de un momento a otro.

Fue el 4 de septiembre, algo más de un mes después de haber cometido el crimen, cuando le sacaron de la cárcel de Horsemonger para sufrir su pena. Una muchedumbre de 30.000 personas, muchas de las cuales habían esperado durante toda la noche, estalló en una brutal algarabía cuando él hizo su aparición. Se comentó por entonces que era uno de los escasísimos casos de ejecución en que no había aparecido ningún simpatizante o filántropo de ninguna clase para elevar una sola voz en contra de la pena capital.

El hombre murió tranquila y fríamente.

—Gracias, reverendo Jessopp —le dijo al capellán— por su bondad. Visite a mi hermano y salúdele afectuosamente de mi parte, así como a todos los de mi casa.

Así, con el chasquido de un pestillo y la sacudida de una cuerda, terminó uno de los más sanguinarios, y también uno de los más incomprensibles, incidentes que figuran en los anales de la criminalidad inglesa. Que el hombre era culpable es algo que no parece admitir dudas; sin embargo debemos confesar que no había pruebas concluyentes. Y sólo quien estudia a fondo casos semejantes se da cuenta de con cuánta frecuencia una cadena de indicios que apuntan en determinada dirección puede, sólo con algún ligero cambio, ofrecer una interpretación completamente distinta.

EL NOVIAZGO DE GEORGE VINCENT PARKER

El estudioso de los anales del crimen encontrará, a la hora de clasificar sus casos, que las dos causas más susceptibles de incitar a un ser humano al asesinato son la avidez de dinero y el negro rencor provocado por el desengaño amoroso. De esos dos móviles, el segundo es menos frecuente pero también más interesante, pues los crímenes por él provocados son más sutiles en su concepción y revelan una psicología más profunda. Nuestra mente no puede sentir la menor simpatía hacia la codicia y el brutal egoísmo que ponen en la misma balanza un monedero y una vida; pero hay algo más espiritual en el caso del hombre al que los celos y la infelicidad conducen a un estado de pasajera y violenta locura. Para decirlo en términos científicos, es el tipo de criminal apasionado, por oposición al instintivo. Ambas clases de crímenes deben castigarse con idéntica severidad, pero sentimos que no son igualmente sórdidos, y que ninguno de nosotros puede asegurar cómo actuaría si sus sentimientos y su autoestima fueran súbita y cruelmente ultrajados. Incluso cuando estamos de acuerdo con el veredicto, es posible que sintamos un resto de piedad hacia el criminal. Su delito no ha sido el resultado de una maquinación a sangre fría y en su propio interés, sino la consecuencia —por más monstruosa y desproporcionada que resulte— de una causa de la que otros fueron responsables. Como ejemplo de un crimen de esa clase, voy a narrar las circunstancias del caso de George Vincent Parker, alterando nombres de personas y lugares allí donde su revelación pudiera resultar dolorosa para personas aún vivas.

Hace casi cuarenta años, vivía en una de nuestras ciudades del interior un tal señor Parker, que se ganaba espléndidamente la vida como agente a comisión. Era un excelente hombre de negocios, y durante los años posteriores a la guerra de Crimea y anteriores a las guerras americanas, su fortuna creció rápidamente. Se construyó un chalé en una agradable zona residencial fuera de la ciudad, y como tenía además la buena fortuna de estar casado con una mujer encantadora y comprensiva, todo parecía presagiar que le esperaba una vejez pacífica y feliz. La única dificultad a la que se enfrentaba era su incapacidad de comprender el carácter de su único hijo, y en consecuencia, de saber qué planes debía hacer para el futuro de éste.

George Vincent Parker, el joven en cuestión, pertenecía a un tipo que aparece constantemente y que siempre roza lo trágico. Por algún atávico motivo, no sentía amor alguno por la gran ciudad y su vida bulliciosa, y ninguno tampoco por la noria de los negocios, ni las recompensas que dan los negocios cuando están bien hechos suscitaban en él la más mínima ambición. No le interesaba el trabajo de su padre ni su estilo de vida, y la oficina le resultaba odiosa.

Esta aversión hacia el trabajo no podía atribuirse, sin embargo, a indolencia o vicio. Era algo innato y consustancial con su carácter. Para otras cosas, tenía una mente despierta y receptiva. Amaba la música y mostraba notables aptitudes en ese terreno. Era un excelente lingüista y tenía también buen gusto en lo tocante a la pintura. En una palabra, era un hombre de temperamento artístico, con todas las debilidades de los nervios y del carácter que ese temperamento implica. En Londres habría conocido a centenares de otras personas del mismo estilo, y habría encontrado una ocupación apropiada a su temperamento: habría hecho pequeñas incursiones en la literatura, o en la crítica literaria. Entre los comerciantes en algodón del interior del país, su posición en esa época era de lo más aislado, y su padre no podía hacer otra cosa que menear la cabeza, dictaminando que su hijo era del todo inadecuado para continuar el negocio familiar. Era un chico de buen carácter, reservado con las personas a las que no conocía, pero muy popular entre sus escasos amigos. Una o dos veces se había comentado que era capaz de grandes estallidos pasionales cuando consideraba que había sido tratado injustamente.

Es este un tipo de hombre que no será apreciado por quienes trabajan y viven en el mundo de las cosas prácticas; en cambio, resulta invariablemente atractivo para las mujeres. Pues tiene un aura de desamparo, una ingenua necesidad de ser comprendido, ante las cuales el corazón femenino reacciona de forma instintiva; y es la mujer más fuerte, más vigorosa, la primera en responder a esa llamada. No sabemos qué otros femeninos consuelos pudo haber encontrado anteriormente nuestro tranquilo diletante; pero han llegado hasta nosotros los detalles de uno de sus amoríos.

Fue en una velada musical en casa de un médico del lugar donde Parker vio por primera vez a la señorita Mary Groves. El médico era tío de la joven, la cual había viajado a la ciudad para visitarle; pero su vida transcurría normalmente junto a su abuelo, de quien cuidaba. Era éste un caballero anciano, pero muy viril, cuyos ochenta años no le impedían cumplir todos los deberes propios de un hidalgo rural, incluido el cargo de juez de paz. Tras la calma de una mansión aislada en pleno campo, la chica, en plena floración de su juventud y su belleza, disfrutaba la vida de la ciudad, y por lo visto se sintió particularmente atraída por el refinado y joven músico, cuyo aspecto y modales le conferían esa aura romántica que toda jovencita anhela. Él, por su parte, se sintió atraído hacia ella por una peculiar espontaneidad, propia de quienes viven en el campo, y por la simpatía que mostraba hacia él. Antes de que la muchacha regresara a su mansión, Manor House, la amistad había fructificado en amor, sellándose entre ambos un noviazgo formal.

Ese noviazgo, sin embargo, no era visto con buenos ojos por ninguna de las familias. El viejo Parker había muerto, y su viuda había heredado lo suficiente para vivir sin estrecheces, pero resultaba cada vez más urgente que el hijo encontrase alguna profesión. Pero esa necesidad tropezaba con la invencible repugnancia que hacia los negocios mostraba el muchacho. Por su parte, la chica procedía de una buena familia, y sus parientes, encabezados por el viejo hidalgo, no aprobaban su proyecto de boda con un joven sin blanca, cuyos gustos y carácter eran más bien extraños. Así pues, el noviazgo se arrastró durante cuatro años, durante los cuales los novios se escribieron continuamente, pero rara vez se vieron. Al final de ese período, él tenía veinticinco años y ella veintitrés, pero sus expectativas de boda parecían cada vez más remotas.

Por último, la insistencia de los parientes de la muchacha pudo más que su constancia, y Mary aceptó romper el compromiso. Con tal fin, empezó a cambiar el tono de sus cartas, y a incluir en ellas frases llenas de intención, que debían ir preparando a su novio para el golpe final.

El 12 de agosto de 18…, le escribió que le habían presentado a un clérigo que era el hombre más encantador que había conocido en su vida. «Ha pasado unos días con nosotros —decía— y el abuelo pensó que era el hombre que me convenía, pero yo no estoy de acuerdo.» Esta frase, a pesar de la coletilla vagamente tranquilizadora que la remataba, agitó sobremanera al joven Vincent Parker. Su madre declaró más tarde haber presenciado la profunda depresión en la que cayó, aunque eso no tenía nada de extraordinario en alguien que, como él, sufría, por naturaleza, de una tendencia a la melancolía, y que siempre adoptaba la visión más pesimista de cualquier asunto.

Al día siguiente recibió otra carta cuyo tono era más decidido.

Tengo muchas cosas que decirte y más vale que te las diga sin rodeos —empezaba la joven—. Mi abuelo ha descubierto que nos escribimos, y está furioso de pensar que puede haber algún obstáculo a la boda entre el clérigo y yo. Lo que te pido es que me devuelvas la libertad, sólo para que pueda decir que no tengo compromiso alguno. No te tomes todo esto a la tremenda, por favor: compréndeme. No me casaré, si puedo evitarlo.

Esta segunda carta produjo un efecto fulminante. Vincent cayó en un estado de postración tal, que su madre tuvo que pedir a un amigo de la familia que le hiciera compañía durante toda la noche. El chico no hacía más que caminar de un lado a otro en un estado de extrema excitación nerviosa, estallando en sollozos constantemente. Cuando se acostó, sus manos y pies temblaban de forma convulsiva. Se le administró morfina, pero fue en vano. Rehusaba cualquier alimento. Sólo al precio de grandes esfuerzos consiguió contestar la carta; cuando lo hizo, al día siguiente, fue con ayuda del amigo que había estado toda la noche con él. Su respuesta fue razonable y también afectuosa.

Queridísima Mary. Siempre serás queridísima para mí. Decir que no estoy terriblemente afectado sería mentir, pero en cualquier caso, bien sabes que no seré yo el hombre que se interponga en tu camino. No voy a contestar una sola palabra a tu última carta, excepto para decir que quiero oír de tus propios labios cuáles son tus deseos, y que accederé a ellos. Me conoces demasiado bien para pensar que después de eso, haría cualquier disparate o daría rienda suelta a un sentimentalismo fuera de lugar. Antes de abandonar Inglaterra quisiera verte una vez más, por última vez, aunque Dios sabe lo desgraciado que me siento al pensarlo. Estarás de acuerdo conmigo en que mi deseo de verte es perfectamente natural. Di en tu próxima carta dónde podríamos encontrarnos.

Siempre, queridísima Mary, afectuosamente tuyo,

GEORGE

Al día siguiente, escribió otra carta en la que nuevamente le suplicaba que le diera una cita, asegurando que acudiría a cualquier lugar que ella le indicase entre su casa y Standwell, el pueblo más próximo.

Estoy enfermo y completamente perturbado, y no dudo que tú estarás igual. Ambos nos sentiremos mejor, tanto mental como físicamente, y más felices, después de esta última entrevista. Estaré donde tú digas, coûte qu'il coûte.

Siempre afectuosamente tuyo,

GEORGE

Parece que hubo una respuesta a esta carta, fijando una cita, pues él escribió de nuevo el miércoles, día 19.

Querida Mary. Sólo diré que voy a llegar allí en el tren que tú mencionas y te ruego, querida Mary, que no te preocupes demasiado por todo esto, en lo que a mí respecta. Sólo quiero verte para mi propia paz de espíritu, lo cual espero que no te parezca egoísta. Du reste, no hago aquí sino repetir lo que ya he dicho. Me basta con que tú misma me digas cuáles son tus deseos, y serán cumplidos. Tengo suficiente savoir faire para no hacer aspavientos a propósito de algo que no puede evitarse. No seré yo quien constituya un motivo de disputa entre tu abuelito y tú. Si quieres venir a verme a la posada, estoy dispuesto a esperarte en ella hasta que llegues; pero esto lo dejo a tu juicio.

Del mismo modo que al profesor Owen le basta un solo hueso para reconstruir un animal entero, basta esta carta para revelar de forma flagrante el carácter de nuestro hombre. Las palabras en francés, la vanidosa alusión a su propio savoir faire, las pomposas promesas que no significan nada, son otras tantas pinceladas de un sutil autorretrato.

La señorita Groves ya se había arrepentido de la cita que le había dado. Quizás había olvidado ciertos rasgos del carácter de su excéntrico pretendiente, que ahora volvían a su memoria y la advertían de la imprudencia de ponerse en sus manos.

Mi querido George —escribió y sin duda esta carta se cruzó con la última de él— te escribo estas líneas a toda prisa para decirte que pase lo que pase no vengas. Tengo que marcharme de aquí, y me es imposible predecir cuándo volveré. Prefiero que no nos veamos, si podemos evitarlo, y como realmente esa cita no va a ser posible, creo que lo mejor es que pongamos fin a este estado de suspense de una vez y nos digamos adiós sin volvernos a ver. Yo siento que no podría soportar verte de nuevo. Si vuelves a escribirme antes de tres días me llegará tu carta, pero si me escribes más tarde será descubierta, pues mi correo es estrictamente vigilado e incluso abierto.

Sinceramente tuya,

MARY

Cualesquiera que fuesen los vagos proyectos que rondaban por la cabeza del joven, esta carta parece haber acelerado su puesta en práctica. Si sólo tenía tres días para verla, no podía perder más tiempo. El mismo día, fue a la ciudad, pero como era tarde, no prosiguió su viaje en dirección a Standwell, que era la estación más próxima a la mansión donde ella vivía. Los camareros del hotel Midland observaron su extraño comportamiento y su mirada perdida. Estuvo paseando arriba y abajo por la cafetería del hotel, murmurando frases incomprensibles, y aunque pidió unas chuletas y una taza de té, no comió nada, limitándose a beber brandy y soda.

A la mañana siguiente, la del día 21 de agosto, cogió el tren para Standwell, adonde llegó a las once y media. De la estación de Standwell hasta Manor House, donde residía la señorita Groves juntamente con el anciano terrateniente, hay tres kilómetros. Cerca de la estación, hay una posada llamada La Cabeza de Toro. Vincent Parker entró en ella, y pidió que le sirvieran brandy. Después preguntó si había algún mensaje para él, y cuando le dijeron que no, pareció muy afectado. Luego, a las doce y cuarto aproximadamente, salió en dirección a Manor House.

A unos tres kilómetros al otro lado de Manor House, y por lo tanto seis desde la posada La Cabeza de Toro, hay una próspera escuela secundaria, el director de la cual era un amigo de la familia Groves y conocía un poco a Vincent Parker. El joven pensó, en consecuencia, que ése sería el mejor lugar para obtener la información que necesitaba, y llegó a la escuela a la una y media aproximadamente. No hay duda de que el director se quedó perplejo al ver aparecer a ese visitante que olía a brandy y daba muestras inequívocas de agitación; pero respondió a sus preguntas con discreción y cortesía.

—Le he venido a ver —dijo Parker— por ser usted amigo de la señorita Groves. Supongo que sabe que estamos prometidos.

—Según mis noticias, ustedes estaban prometidos, pero ya no lo están —dijo el director.

—En efecto —contestó Parker—. Ella me ha escrito para romper el noviazgo, y se niega a verme. Quiero saber cómo están las cosas.

—Lo que yo pueda saber —replicó su interlocutor— es confidencial, de modo que no voy a decírselo.

—Tarde o temprano lo descubriré yo mismo —dijo Parker.

Acto seguido preguntó quién era el clérigo que había sido invitado a Manor House. El director reconoció que efectivamente, un clérigo se había alojado en la mansión, pero se negó a dar su nombre. Parker preguntó entonces si la señorita Groves se hallaba en Manor House, y si estaba siendo coaccionada de algún modo. El otro contestó que estaba en Manor House, y que no sufría coacción alguna.

—Tarde o temprano tengo que verla —repitió Parker—. Le he escrito para liberarla del compromiso que tenía conmigo, pero debo oír de sus propios labios que renuncia a mí. Es mayor de edad y debe hacer lo que le plazca. Sé que no soy un buen partido, y no deseo obstaculizar su camino.

El director observó que tenía que atender a sus obligaciones docentes, pero añadió que volvería a estar libre a las cuatro y media, por si Parker quería decirle algo más, y Parker se marchó, prometiendo volver. No se sabe cómo pasó las dos horas siguientes, pero es probable que almorzara en alguna venta próxima. A las cuatro y media, volvía a estar en la escuela, rogando al director que le aconsejara sobre lo que debía hacer. Éste le sugirió que le escribiera una nota a la señorita Groves pidiéndole una cita para el día siguiente por la mañana.

—Si se presentara usted en la casa, quizá la señorita Groves aceptaría verle —añadió este compasivo e imprudente director.

—Eso es lo que haré; así me sacaré todo esto de la cabeza —exclamó Vincent Parker.

Eran las cinco aproximadamente cuando abandonó la escuela, mostrando, en esos momentos, una actitud perfectamente digna y ecuánime.

Cuarenta minutos más tarde, el despechado amante llegó a casa de su amada. Llamó a la puerta y preguntó por la señorita Groves. Ella le había visto, probablemente, mientras él se encaminaba hacia la casa, pues salió a recibirle a la puerta del salón y le invitó a dar un paseo con ella por el jardín. No hay duda de que no las tenía todas consigo, pues si su abuelo les veía juntos, habría una desagradable escena. Era más prudente salir al jardín que permanecer en la casa. Así pues, salieron afuera, y media hora más tarde fueron vistos charlando tranquilamente, sentados en un banco. Un poco después, salió la doncella a anunciar a la señorita Groves que el té estaba servido. Ella entró en la casa sola: al parecer, ni siquiera consideró la posibilidad de invitar a Parker a tomar el té, lo que revela hasta qué punto estaba dominada por la influencia de su abuelo.

Después del té, ella salió otra vez al jardín y estuvo sentada un buen rato con el joven, tras lo cual ambos se levantaron para pasear juntos por el campo.

Qué ocurrió entre ellos durante ese paseo, qué recriminaciones le hizo él, qué le replicó ella, es algo que no sabremos nunca. Sólo fueron vistos una vez en el transcurso de su paseo. Hacia las ocho y media, un campesino, que transitaba por el largo sendero que unía la carretera con la mansión, vio a un hombre y una mujer que paseaban juntos. Al cruzarse con ellos, pudo distinguir, en la penumbra del crepúsculo, que la dama era la señorita Groves, la nieta del terrateniente. Cuando miró atrás, vio que ella y su acompañante se habían detenido y conversaban cara a cara.

Muy poco después de esto, Reuben Conway, un jornalero, estaba recorriendo el mismo sendero, cuando oyó un tenue lamento. Se paró a escuchar, y en ese peculiar silencio que al anochecer reina en el campo, notó que el ominoso sonido se le estaba acercando. Un muro flanqueaba el sendero por uno de los lados, y al mirar con atención a su alrededor, Conway percibió que algo se movía lentamente a lo largo de la negra sombra proyectada por el muro. Por un momento, debió de parecerle que se trataba de un animal herido; cuál no sería su sorpresa cuando, acercándose al bulto, descubrió que lo que se arrastraba era una mujer, que avanzaba sosteniéndose y guiándose con la mano que apoyaba en la pared. No pudo reprimir un grito de horror al contemplar el rostro, cuya extrema palidez relucía en la oscuridad: era el de la señorita Groves.

—Lléveme a casa —murmuró la joven—. ¡Lléveme a casa! Ese señor que está allí me ha asesinado.

El horrorizado jornalero la tomó entre sus brazos, la levantó, y llevándola en volandas recorrió unos veinte metros en dirección a la casa.

—¿Ve usted a alguien en el camino? —preguntó ella, cuando él se detuvo a tomar aliento.

Él miró en torno, y en el oscuro túnel de árboles vislumbró una silueta negra que se movía lentamente detrás de ellos. El jornalero esperó, sin dejar de sostener la cabeza de la joven, hasta que Parker llegó junto a ellos.

—¿Quién ha querido asesinar a la señorita Groves? —preguntó Reuben Conway.

—Yo la he apuñalado —dijo Parker, con la mayor frialdad.

—En tal caso, lo mejor que puede hacer es ayudarme a transportarla hasta su casa —dijo el jornalero.

Así fue como avanzó, por el oscuro camino, una singular procesión, formada por el jornalero y el amante, con el cuerpo de la muchacha agonizante entre ellos.

—¡Pobre Mary! —murmuró Parker—. ¡Pobrecita! No tendrías que haberme mentido.

Cuando llegaron a la verja, Parker sugirió que Reuben Conway fuera corriendo a la casa a por algo que pudiera detener la hemorragia. Así lo hizo Conway, dejando a los trágicos amantes a solas por última vez. Cuando volvió, encontró a Parker sosteniendo algo junto a la garganta de la joven.

—¿Está viva? —preguntó.

—Sí —contestó Parker.

—¡Llevadme a casa! —gemía la pobre muchacha.

Un poco más adelante en su penoso trayecto, se encontraron con dos granjeros, que les ayudaron.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó uno de ellos.

—Él lo sabe y yo lo sé —dijo Parker, sombrío—. Yo soy el hombre que ha hecho esto, y me ahorcarán por ello. Lo he hecho yo y no hay más que hablar.

Estas frases no parecen haber provocado insulto o invectiva alguna, pues al parecer, la abrumadora tragedia de la situación había dejado mudos a todos los acompañantes.

—¡Me estoy muriendo! —jadeó la pobre Mary, y ésas fueron las últimas palabras que pronunció.

A la puerta de la casa se encontraron con el pobre viejo hidalgo, frenético, pues había oído vagos rumores de que había sucedido algún desastre. Los hombres se detuvieron al ver la blanca cabellera reluciendo en la oscuridad.

—¿Qué ocurre? —gritó el anciano.

Parker dijo, sosegadamente:

—Su nieta Mary ha sido asesinada.

—¿Quién lo ha hecho? —chilló el otro.

—He sido yo.

—¿Y quién es usted?

—Mi nombre es Vincent Parker.

—¿Y por qué lo hizo?

—Me ha engañado, y la mujer que me engaña debe morir.

Por lo visto, la decisión y tranquilidad de su actitud desarmaron cualquier reproche.

—Le dije que la mataría —añadió, mientras todos juntos entraban en la casa—. Ella conocía mi carácter.

El cuerpo fue llevado a la cocina y colocado sobre la mesa. Entre tanto, Parker había seguido al aturdido y apesadumbrado viejo hasta el salón, y, tendiéndole un puñado de objetos, que incluía su reloj y algo de dinero, le preguntó si aceptaba hacerse cargo de ellos. El hidalgo rehusó furiosamente. Entonces Parker se sacó del bolsillo dos paquetes de cartas, que era todo lo que quedaba de su miserable noviazgo.

—¿Aceptará usted estas cartas? —preguntó—. Puede leerlas, quemarlas o hacer lo que quiera con ellas. No quiero que salgan a relucir en el juicio.

El abuelo las tomó, y fueron quemadas como es debido.

Mientras tanto el médico y el policía, esos mellizos que la violencia atrae, se apresuraban hacia la mansión. La pobre Mary yacía muerta sobre la mesa de la cocina, con tres grandes heridas en la garganta. El que hubiera llegado tan lejos y vivido tanto tiempo con la carótida seccionada es una de las más extrañas peculiaridades del caso que nos ocupa.

En cuanto al policía, no tuvo dificultad en encontrar a quién detener. Tan pronto como entró en el salón, Parker se dirigió hacia él diciendo que deseaba entregarse como culpable del asesinato de una joven. Al preguntársele si era consciente de lo que eso significaba, respondió:

—Totalmente consciente, y no pienso presentar resistencia alguna; déjeme sólo verla por última vez.

—¿Qué ha hecho usted del cuchillo? —preguntó el policía.

Parker se lo sacó del bolsillo; era una navaja corriente. Es digno de mención el hecho de que, al registrarle, se le encontraron otras dos navajas. Le llevaron a la cocina, donde pudo contemplar a su víctima.

—Soy mucho más feliz ahora que lo he hecho, que antes, y espero que ella también lo sea —musitó.

Éste es pues el relato del asesinato de Mary Groves por Vincent Parker, un crimen caracterizado por toda la inconsecuencia y la deplorable falta de sutileza que distinguen lo real de lo inventado. En las novelas hacemos que los personajes hagan y digan lo que nos parece verosímil que hicieran o dijeran, pero en la realidad hacen y dicen las cosas más improbables. Que esas cartas fueran el preludio de un asesinato, o que después de cometerlo el asesino intentara detener la hemorragia de su víctima, o que sostuviera una conversación como la que hemos transcrito con el viejo hidalgo, son cosas que ninguna imaginación humana concebiría.

A uno le resulta difícil, cuando lee las cartas y sopesa los hechos, creer que Vincent Parker salió ese día de su casa con la intención premeditada de matar a la que había sido su novia. Pero lo que no sabremos nunca es si desde el principio rondó por su cabeza esa idea horripilante, o si se le presentó en un loco arrebato de pasión provocado por el diálogo mantenido con su antigua prometida. Está claro que ella no vio nada peligroso en él hasta el momento mismo del crimen, pues de lo contrario habría pedido ayuda, ciertamente, al campesino con el que se cruzaron en el sendero.

El caso, que suscitó el más vivo interés a lo largo y ancho de Inglaterra, fue juzgado por el barón Martin en la siguiente sesión del tribunal presidido por éste. No había necesidad de probar que el acusado era culpable, ya que él mismo se vanagloriaba de serlo, pero se planteó la cuestión de su cordura, provocando algunas curiosas complicaciones que han producido una total reforma de la ley en lo tocante a este punto.

Se llamó a sus parientes, a fin de demostrar que existía un filón de locura en toda la familia, ya que de diez primos, cinco eran dementes. Su madre subió al estrado para declarar, con tremenda vehemencia, que su hijo estaba loco, y que incluso cuando ella iba a casarse, hubo quien se opuso a la boda alegando la locura latente de su familia. Todos los testigos estuvieron de acuerdo en afirmar que el acusado no era un hombre de mal carácter, sino sensible, suave y muy dotado, pero con tendencia a la melancolía. El capellán de la cárcel aseguró que había sostenido varias conversaciones con Parker, y le parecía que el sentido moral del joven era tan defectuoso que apenas si era capaz de distinguir el bien y el mal. Dos especialistas en demencia le examinaron, y opinaron que no era cuerdo. Dicha opinión se basaba en declaraciones del prisionero: según él, no había nada malo en lo que había hecho.

—La señorita Groves era mi prometida —argumentaba— y por lo tanto era mía. Podía hacer lo que quisiera con ella. Nada, como no sea un milagro, me hará cambiar de opinión.

El médico intentaba razonar con él:

—Imagínese que alguien se lleva un cuadro que es suyo. ¿Qué haría usted para recobrarlo?

—Exigiría su restitución —dijo él—; si no me lo devolviera, le quitaría la vida al ladrón sin remordimientos.

El médico le hizo notar que existían leyes, a las que se podía recurrir, pero Parker respondió que a él le habían hecho nacer sin consultarle, y por lo tanto no otorgaba a nadie el derecho a juzgarle. La conclusión del médico fue que su sentido moral estaba más viciado que el de cualquier otro caso que él conociera. Sin embargo, afirmar que esto equivale a la locura sería una doctrina de peligrosas consecuencias, pues significaría que basta con que un hombre sea lo bastante malvado para que no tenga que pagar por su maldad.

En sus conclusiones, el barón Martin hizo gala del mayor sentido común. Declaró que el mundo estaba lleno de personas excéntricas, y que conceder a todas ellas la inmunidad de la locura sería un peligro público. Para estar loco, en el sentido que la ley da a este término, un hombre debe hallarse en un estado tal de confusión que no sepa que ha cometido un delito, ni que se ha hecho merecedor de un castigo. En cambio, estaba claro que Parker lo sabía, pues había previsto que sería ahorcado. En consecuencia, el barón aceptó el veredicto del jurado, que declaraba culpable al acusado, y le condenó a muerte.

El asunto podía muy bien haber terminado ahí si no hubiera sido por la conciencia escrupulosa del barón Martin. Su propia conducta había sido intachable, pero las opiniones de los médicos le pesaban, y su conciencia estaba inquieta ante la mera posibilidad de que un hombre que no era, realmente, responsable de sus actos pudiera perder la vida por una decisión suya. Es probable que esta idea le impidiera dormir esa noche, pues a la mañana siguiente escribió al ministro de Justicia, para comunicarle que dadas las circunstancias, prefería no tener que tomar una decisión definitiva.

El ministro, tras leer cuidadosamente el sumario y la carta del juez, estaba a punto de confirmar la pena de muerte, cuando, la víspera misma de la ejecución, llegó un informe de los visitantes de la cárcel —observadores perfectamente imparciales— según el cual Parker mostraba signos indudables de locura. Ello obligó al ministro a suspender la ejecución, nombrando una comisión de cuatro eminentes alienistas para que hiciese un informe detallado sobre el estado mental del preso. Los cuatro llegaron a la unánime conclusión de que estaba perfectamente cuerdo. Sin embargo, existe una ley no escrita según la cual un preso que ha sido indultado una vez ya no es nunca ejecutado, de modo que la sentencia de Vincent Parker fue conmutada por cadena perpetua, decisión que satisfizo, en líneas generales, la conciencia del público.

EL DISCUTIBLE CASO DE LA SEÑORA EMSLEY

En la fiera indignación popular que suscita siempre un crimen sanguinario, hay una tendencia, que comparten los jueces y los jurados, a descartar o a considerar irrelevantes esas dudas, cuyo beneficio se supone que es uno de los privilegios de todo acusado. Lord Tenterden ha rebajado considerablemente ese privilegio, al declarar que un jurado tiene razón cuando emite su veredicto basándose en las mismas pruebas que aceptaría como definitivas si se tratara de cualquier otra decisión importante de la vida. Pero cuando uno mira atrás y recuerda cuántas veces ha estado totalmente seguro y sin embargo, se ha equivocado en las decisiones que ha tomado en la vida, y con qué frecuencia lo que parecía fuera de toda duda ha resultado, a fin de cuentas, falso, mientras que aquello que parecía imposible ha ocurrido, entonces uno sospecha que, si la ley penal se basa en esos principios, probablemente es ella el mayor asesino de Inglaterra. Mucho más sensato sería aplicar el principio de que es mejor dejar impunes a noventa y nueve culpables, que castigar a un solo inocente, y que en consecuencia, basta que haya una probabilidad sobre cien en favor del acusado, para que éste tenga derecho a ser absuelto.

No hay duda de que si el veredicto escocés «No ha sido probado», veredicto que ni condena ni absuelve, hubiera sido posible en Inglaterra, ésa habría sido la conclusión de numerosos casos que, de acuerdo con nuestra ley, que es mucho más severa, han terminado en el patíbulo. Me imagino con qué alivio habrían acogido esa posibilidad, pronunciando un veredicto a la escocesa, tanto el juez como el jurado encargados de investigar las singulares circunstancias que rodearon el caso de la señora Mary Emsley.

Aquel que visitando la ciudad de Londres se aleja de los barrios más céntricos y se pasea por aquellos en los que viven los trabajadores, se habrá asombrado de comprobar su extensa monotonía, observando las interminables hileras de casas de ladrillos, interrumpidas sólo por los pubs que ocupan numerosas esquinas y, con menos frecuencia, por algunas capillas diseminadas entre las casas. La creciente extensión de la gran ciudad se debe en gran parte a la difusión de esas largas filas de viviendas humildes, que van formando distrito tras distrito, y los años que median entre el final de la guerra de Crimea y 1860 presenciaron una intensa actividad en este sentido. Muchos pequeños constructores, a base de hipotecar continuamente lo construido, usando el capital así adquirido para comenzar nuevas obras, que al ser finalizadas eran a su vez objeto de hipoteca, consiguieron erigir calle tras calle, y finalmente, siguiendo la tendencia generalizada a la adquisición de vivienda, llegaron a constituirse fortunas nada desdeñables. Entre esos astutos especuladores se hallaba un tal John Emsley, el cual, al morir, dejó sus numerosas casas y otras propiedades a su viuda Mary.

Mary Emsley, que ya era una mujer de edad, había vivido modestamente durante demasiado tiempo para cambiar sus hábitos a esas alturas de su vida. No tenía hijos, y consagraba todas sus facultades a la gestión de su patrimonio y al cobro de los alquileres semanales de los humildes inquilinos que ocupaban sus casas. Mujer sombría, severa, excéntrica, suscitaba una mezcla de antipatía y curiosidad entre los habitantes de la calle Grove, en el barrio de Stepney, donde estaba situada su casa. Sus propiedades se extendían por los barrios de Stratford, Bow y Bethnal Green, y a pesar de su avanzada edad hacía largos trayectos con el fin de cobrar alquileres, desahuciar y hacer todo tipo de tratos, mostrando siempre una gran capacidad para extraer hasta el último penique. Uno de sus pequeños ahorros consistía en que, cuando necesitaba ayuda para la gestión o el mantenimiento de sus numerosas propiedades, prefería pedírsela a algún conocido antes que contratar legalmente a un profesional. Eran muchas las personas que hacían trabajillos para la señora Emsley, y entre ellos figuraban dos hombres cuyos nombres estaban destinados a resultar familiares para el gran público. Uno era John Emms, zapatero; el otro George Mullins, yesero.

Mary Emsley, a pesar de su riqueza, vivía completamente sola. Únicamente los sábados, una asistenta iba a limpiarle la casa. Ella mostraba, por otra parte, esa extrema timidez y cautela que suelen ser típicas de quienes van a morir violentamente, como si en la naturaleza humana anidara algún vago, instintivo don de profecía. Sólo a regañadientes abría la puerta de su casa, y cada uno de los visitantes que se acercaban a ella era observado cuidadosamente desde la ventana. Su fortuna le habría permitido rodearse de lujos, pero en lugar de eso, ocupaba una humilde casita, consistente en dos pisos y un sótano, con un jardín trasero descuidado, y su estilo de vida era todavía más frugal que su vivienda. Era la suya una vejez extraña, verdaderamente antinatural.

La señora Emsley fue vista viva por última vez a última hora de la tarde del lunes 13 de agosto de 1860. En esa fecha, a las siete, dos vecinos la vieron sentada a la ventana de su dormitorio. A la mañana siguiente, poco después de las diez, una de las personas que ocasionalmente trabajaba para ella fue a visitarla con objeto de tratar cierto asunto relacionado con grifos de cobre; pero aunque llamó a la puerta repetidamente, no obtuvo respuesta alguna. Ese martes, otros muchos visitantes tuvieron la misma experiencia, y el miércoles y jueves transcurrieron sin que se observara ningún signo de vida en la casa.

Cualquiera hubiera creído que eso habría despertado inmediatas sospechas, pero los vecinos estaban tan acostumbrados a las excentricidades de la viuda, que tardaron bastante tiempo en alarmarse. Sólo el viernes, cuando John Emms, el zapatero, se encontró con que reinaba en la vivienda el mismo silencio siniestro que los días anteriores, el temor de que hubiera sucedido alguna desgracia le asaltó de súbito. Fue corriendo a ver al señor Rose, el abogado de la señora Emsley, y al señor Faith, pariente lejano de ésta, y los tres hombres se dirigieron a la casa. Por el camino, se encontraron con un policía, el señor Dillon, y le pidieron que les acompañara.

La puerta delantera estaba cerrada con cerrojo y también estaban cerradas las ventanas, de modo que los tres hombres, escalando el muro del jardín, se dirigieron a la puerta de atrás, que al parecer abrieron sin dificultad. John Emms caminaba el primero, pues conocía perfectamente la casa. En la planta baja no se veía por ninguna parte a la anciana. El crujido de sus botas y el respetuoso murmullo de sus voces eran los únicos ruidos que quebraban el silencio. Ascendieron las escaleras con un sentimiento de alivio. Quizás, a fin de cuentas, no había ocurrido nada. Era probable que la excéntrica viuda hubiera ido a hacer alguna visita fuera de la ciudad. Pero en ese momento, cuando llegaban al rellano, John Emms se quedó mirando algo fijamente, y los otros, espiando por encima de su hombro, vieron lo mismo que él, y perdieron toda esperanza.

Era la huella de un pie de hombre, vagamente dibujada en sangre sobre el suelo de madera. La puerta del dormitorio principal estaba casi cerrada, y el espantoso portento se hallaba justo delante de ella, apuntando hacia fuera. El policía empujó la puerta, pero algo que se encontraba tras ella le impidió abrirla. Por último, uniendo sus fuerzas, consiguieron irrumpir en el dormitorio. Ahí estaba la infortunada vieja, con sus exánimes miembros yaciendo sobre el suelo. Tenía dos rollos de papel de empapelar paredes bajo el brazo y había otros muchos tirados por el suelo junto a ella. Era evidente que los tremendos golpes que le habían aplastado el cráneo la habían cogido desprevenida, dejándola sin conocimiento en pocos instantes. No mostraba ningún signo de tener esa visión anticipada de lo que va a ocurrir, que constituye el único horror de la muerte.

La noticia del asesinato de una vecina tan conocida provocó en el barrio el mayor revuelo que pueda imaginarse, y se hicieron todos los esfuerzos concebibles para descubrir al asesino. La recompensa prometida por el gobierno, de 100 libras esterlinas, pronto fue aumentada a 300, pero sin resultado. Una cuidadosa inspección de la casa no consiguió revelar ninguna nueva pista. Era difícil determinar a qué hora se había perpetrado el asesinato, pues había motivos para suponer que la difunta no siempre se hacía la cama, de modo que el que la cama estuviera deshecha no demostraba que hubiera dormido en ella. La víctima estaba completamente vestida, como sería normal que lo estuviera por la tarde, y era improbable que estuviera negociando con rollos de papel a una hora muy temprana de la mañana. En conjunto, pues, los indicios parecían apuntar a la tarde del lunes, no mucho después de las siete, como hora de comisión del crimen.

No había sido forzada puerta o ventana alguna, de modo que la víctima le había abierto la puerta al asesino. No era coherente con sus costumbres el que hubiera dejado entrar en su casa a un desconocido y menos a esas horas. La presencia de los rollos de papel contribuía a demostrar que el visitante era alguien con quien hacía negocios. Hasta ahí, era difícil que la policía se equivocara. Por lo visto al asesino no le salió muy a cuenta su crimen, pues el único dinero que había en la casa, 48 libras, fue hallado escondido en el sótano, y no faltaba nada, excepto algunos pocos artículos de escaso valor. Durante semanas, el público esperó con impaciencia alguna detención, y durante semanas la policía guardó silencio, aunque ello no significa que permaneciese inactiva. Por fin, se efectuó una detención, y de una manera curiosamente dramática.

Entre las numerosas personas que ganaban pequeñas cantidades trabajando para la víctima, había un hombre de apariencia respetable, llamado George Mullins, de más de cincuenta años de edad, con la espalda recta típica de los que en alguna época de su vida han recibido una buena instrucción militar. Y en efecto había formado parte de la policía irlandesa, y había hecho otras muchas experiencias curiosas antes de establecerse como yesero en la zona este de Londres. Fue este hombre quien se presentó al sargento Tanner, de la policía, e hizo una declaración que prometía resolver el misterio entero.

De acuerdo con su relato, Mullins desde el principio había sospechado de Emms, el zapatero, y había tomado medidas para comprobar sus sospechas, impulsado en parte por su amor a la justicia y todavía más por su esperanza de obtener la recompensa. La posibilidad de ganar 300 libras le resultaba sumamente atractiva. «Ya verán ustedes cómo tengo razón», dijo, en su primera entrevista con la policía, y añadió, aludiendo a su propio pasado como policía, que él «entendía de esos asuntos». Tanto entendía, que su relato de lo que había visto y hecho proporcionó a la policía una excelente pista, que le permitió dar el paso siguiente en la investigación.

El zapatero vivía en una casita junto a un viejo depósito de ladrillos, en el cual, y a unos cincuenta metros de la casa, había un establo en ruinas. Mullins, al parecer, había estado observando discretamente a Emms en los últimos tiempos, y le había visto trasladar un paquete de su casa al establo donde lo había ocultado. «Muy probablemente —dijo el astuto Mullins—, está escondiendo parte del botín que ha robado.» También a la policía le pareció que la teoría no era descabellada, de modo que a la mañana siguiente, tres policías, acompañados por Mullins, irrumpieron en el domicilio de Emms, y registraron tanto la casa como el establo. Sus esfuerzos, sin embargo, fueron vanos, y no se encontró nada.

Ese resultado no satisfizo lo más mínimo al astuto Mullins, quien les regañó sin miramientos por no haber registrado a fondo el establo, y les convenció de que volvieran a intentarlo. Así lo hicieron, supervisados por él, y esta vez con los mejores resultados posibles. Detrás de una tabla encontraron un envoltorio de papel de lo más curioso. Estaba atado con un cordel basto, y cuando lo abrieron, reveló otro paquete atado con un bramante encerado. Dentro de éste se hallaron tres cucharillas y una cuchara, un par de gafas, y un cheque a nombre de la señora Emsley, del que se sabía que lo había cobrado el día en que fue asesinada. No había duda de que los restantes objetos también habían pertenecido a la difunta. El descubrimiento era, pues, de capital importancia, y el pequeño grupo emprendió el camino de la comisaría, con Emms confuso y apesadumbrado, y Mullins rebosante de orgullo en vista de su éxito como detective aficionado. Pero su triunfo no duró mucho. En la comisaría, el inspector le acusó de estar implicado él mismo en la muerte de la señora Emsley.

—¿Así me tratan, después de que les he dado información?

—Si es usted inocente no tema, no le ocurrirá nada —dijo el inspector; pero le detuvo.

Un giro tan inesperado en el desarrollo del caso provocó en el público una viva emoción, expresándose una repulsa unánime hacia el hombre al que se acusaba no sólo de un asesinato a sangre fría, sino de intentar deliberadamente cargar a otro con las culpas, a fin de cobrar la recompensa. Muy pronto se demostró que por lo menos Emms era inocente, pues pudo aportar una coartada que no dejaba lugar a dudas.

Pero si Emms era inocente ¿quién podía ser culpable, como no fuera el hombre que había colocado los objetos robados en el establo? ¿Y quién podía ser ese hombre sino Mullins, que había informado a la policía de que allí estaban dichos objetos? El caso fue prejuzgado por el público antes incluso de que el acusado se sentara en el banquillo, y los indicios que la policía había recogido contra él hacían muy improbable un cambio de opinión. Numerosos datos desfavorables para Mullins fueron presentados por la policía como demostración de su teoría sobre el caso, y el sargento Parry los expuso ante el jurado en el Tribunal Central de lo Penal el día 25 de octubre, unas diez semanas después del crimen.

A primera vista, las pruebas contra Mullins parecían irrefutables. El registro de su domicilio inmediatamente después de su arresto permitió a la policía descubrir, sobre la repisa de la chimenea, un pedazo de cordel muy parecido al que había servido para atar el paquete. Tanto el uno como el otro estaban compuestos de treinta y dos hebras. También se encontró un pedazo de cera de zapatero, como la que se habría necesitado para encerar el bramante con que estaba atado el envoltorio interior. La cera de zapatero no era una sustancia que Mullins pudiera necesitar en su trabajo, de lo que el fiscal concluía que Mullins se la había procurado sin otro propósito que el de hacer recaer las sospechas sobre el desventurado zapatero. Un martillo de yesero, que podría haber infligido los golpes, fue también descubierto en la casa, así como una cuchara muy parecida a las que habían desaparecido de la casa de la señora Emsley. También se descubrió que la señora Mullins había vendido recientemente un pequeño plumier de oro al dueño de una taberna próxima, y se encontraron dos testigos que juraron que dicho plumier pertenecía a la señora Emsley y había estado en su poder poco antes de la fecha del crimen. También se descubrió un par de botas, una de las cuales encajaba con la huella dejada sobre el suelo, y los peritos médicos declararon que había cabellos humanos bajo la suela. Los mismos peritos hallaron restos de sangre en el plumier de oro que la señora Mullins había vendido. Y la asistenta que hacía la limpieza los sábados declaró que estando ella en la casa, dos días antes del crimen, había aparecido Mullins, llevando algunos rollos de papel pintado, y la señora Emsley le había dicho que los subiera a la habitación donde más tarde ocurriría la tragedia. Quedaba claro que la señora Emsley había estado haciendo algún trato referente al papel pintado en el momento en que fue derribada, y ¿no era natural suponer que la persona con quien hacía ese trato era la misma que había llevado dicho papel a su casa? También se demostró que durante el día la señora Emsley le había entregado cierta llave a Mullins. Esa llave fue hallada en el suelo de la misma habitación donde se descubrió el cadáver, y el fiscal preguntó cómo podía haber aparecido allí si Mullins no la había llevado.

No le faltaban pues argumentos a la policía, y por si no bastaran, les añadieron una nueva prueba, que demostraba que Mullins había sido visto tanto yendo al lugar del crimen como alejándose de él. Un tal Raymond estaba dispuesto a jurar que aquella misma tarde, a las ocho, le había entrevisto en una calle próxima al domicilio de la señora Emsley. Llevaba un sombrero negro. Apareció un marinero que dio fe de haberle visto en Stepney Green un poco después de las cinco de la madrugada del día siguiente al asesinato. El marinero, según su propio relato, se había fijado en un hombre que le había llamado la atención por sus gestos nerviosos y aspecto agitado, así como por lo mucho que abultaban sus bolsillos. Llevaba un sombrero marrón. Cuando oyó hablar del asesinato, espontáneamente informó a la policía, y estaba dispuesto a jurar que Mullins era el mismo hombre que él había visto.

Todas estas pruebas en contra del acusado fueron reforzadas además por muchos pequeños detalles sospechosos. Por ejemplo, que cuando hizo a la policía su declaración para inculpar a Emms, Mullins había afirmado que Emms era casi el único hombre al que la señora Emsley le abría su puerta.

—¿Y a usted, Mullins, no se la abría? —preguntó el policía.

—No —dijo él—. Primero se asomaba a la ventana a preguntarme qué quería.

Esta respuesta suya, de la que luego se demostró que no era cierta, pesó mucho en su contra durante el juicio.

Difícil era el reto al que se enfrentaba el abogado defensor, el señor Best, cuando se levantó para replicar a una acusación tan completa y bien trabada. Ante todo, sus esfuerzos se dirigieron a presentar una coartada, cosa que hizo llamando a declarar a los hijos de Mullins, que aseguraron que su padre había regresado a casa muy pronto aquel lunes. Su declaración, sin embargo, no tenía mucho peso, y fue puesta además en entredicho por la lavandera, que demostró que los niños confundían un día con otro. En cuanto a la bota, el abogado subrayó que los yeseros, en su trabajo, utilizan cabellos humanos, y comentó que el fiscal no había conseguido probar que hubiese restos de sangre en esa misma bota que supuestamente había dejado la huella sangrienta. En lo que respecta a la mancha de sangre hallada en el plumier, demostró que el tabernero, al comprarlo, lo había limpiado y bruñido meticulosamente, de modo que si había algún resto de sangre en él, esa sangre no era, ciertamente, de la señora Emsley. También señaló la discrepancia entre el testimonio de Raymond, quien decía haber visto al acusado a las ocho con un sombrero negro, y el marinero, que aseguraba haberle visto a las cinco de la madrugada con un sombrero marrón. Si la teoría del fiscal era que el acusado había pasado la noche en casa de la víctima, ¿cómo podría haber cambiado de sombrero? Uno u otro de los testimonios, si no los dos, carecía de valor. Además, el marinero había visto a ese misterioso desconocido en Stepney Green, un lugar muy alejado de la línea hipotética que uniría el escenario del crimen con el domicilio de Mullins. En cuanto a los bolsillos abultados, sólo habían sido robados unos pocos objetos, insuficientes para producir bultos notorios en los bolsillos del ladrón. Y ni Raymond ni el marinero notaron que el hombre al que vieron llevase un martillo de yesero, arma con la que supuestamente se había cometido el crimen.

En ese punto, el abogado aportó dos nuevos e importantísimos testigos, cuya declaración produjo uno de esos golpes de efecto de los que fue tan pródigo el caso que nos ocupa. La señora Barnes, residente en Grove Road, enfrente del escenario del crimen, juró que a las diez menos veinte de la mañana del martes —doce horas después de la hora en que según la teoría policial, fue cometido el crimen— vio a alguien manejando rollos de papel pintado en el dormitorio del piso de arriba, y que también vio la ventana de la derecha entreabierta. Claro está que podía estar equivocada en cualquiera de estos dos detalles, pero es difícil pensar que se equivocaba en los dos. Y si era cierto que había alguien en la habitación a esa hora, fuese la señora Emsley o su asesino, en ambos casos ello ponía de manifiesto que la reconstrucción de los hechos efectuada por el fiscal era completamente errónea.

La segunda prueba testifical procedía de Stephenson, un maestro de obras, quien declaró que ese martes por la mañana había visto a un tal Rowland, maestro de obras como él, salir de una casa llevando en la mano rollos de papel pintado. Eso sucedía poco después de las diez de la mañana. No podía jurar cuál era la casa en cuestión, pero le parecía que era la de la señora Emsley. Rowland pasaba apresuradamente junto a él, cuando Stephenson le detuvo para preguntarle —se conocían un poco— si sabía empapelar paredes.

—Sí, claro —respondió Rowland— ¿no lo sabía usted?

—Pues no —le dijo Stephenson—; de haberlo sabido le habría dado trabajo más de una vez.

—Pues es una de las primeras cosas que aprendí cuando empecé en este oficio —comentó Rowland, y siguió su camino.

Cuando le llegó el turno, Rowland apareció en el estrado y afirmó que consideraba a Stephenson poco menos que débil mental. Admitió la veracidad del encuentro y de la conversación, pero aseguró que ello había tenido lugar varios días antes. Él estaba, por entonces, empapelando la casa de al lado de la señora Emsley, y era ésa la casa de la que había salido.

Así estaban las cosas cuando el juez tuvo que afrontar la difícil tarea de resumir las pruebas presentadas. Algunos de los indicios en que la policía se había basado para acusar a Mullins los descartó sin ninguna dificultad. En cuanto al cordel, la mayor parte de ellos constan de treinta y dos hebras, y a su juicio, el hallado en casa de Mullins no era idéntico al que ataba el paquete. La cera de zapatero era una sustancia bastante corriente, y en cuanto al martillo de yesero, no se podía reprochar a un artesano que poseyera una herramienta propia de su oficio. En cuanto a la bota, su parecido con la huella hallada en el lugar del crimen no era suficiente para sacar de ello conclusión alguna. El punto débil de la defensa era que parecía casi demostrado que Mullins había ocultado los objetos de la difunta en el establo. Si no había sido él el autor del crimen, ¿por qué no declaraba voluntariamente cómo aquellos objetos habían llegado a su poder? Su afirmación de que la señora Emsley no le hubiera abierto la puerta, cuando es seguro que sí lo habría hecho, también pesaba contra él. Por otra parte, los testimonios contradictorios del marinero y del otro hombre que había visto a Mullins cerca del lugar del crimen, no resultaban en definitiva demasiado convincentes, y el juez tampoco consideraba de gran importancia el incidente de la llave, ya que dicha llave podía haberle sido devuelta a la víctima en algún otro momento. En resumen, todo podía encajar excepto el hecho de que el paquete hubiera sido escondido en el establo; y este hecho resultaba tan desfavorable al acusado que, incluso en ausencia de cualquier otra prueba concluyente, constituía por sí misma una prueba aplastante.

El jurado deliberó durante tres horas, al cabo de las cuales emitió su veredicto: «Culpable», con el que el juez estuvo de acuerdo. Algunas de sus palabras, no obstante, en el momento de dictar sentencia, dieron a entender que no estaba verdaderamente convencido.

—Si puede usted demostrar, incluso a estas alturas del juicio —dijo— que es usted inocente del crimen del que se le acusa, no dude que se prestará la máxima atención a cualquier prueba sólida que nos pueda aportar.

Aludir a la posibilidad de que un hombre sea inocente, y al mismo tiempo condenarle a ser ahorcado, es algo que a una mente profana en estos asuntos no dejará de parecerle un procedimiento bastante ilógico y hasta bárbaro. Es cierto que la acumulación de pruebas contra Mullins era considerable, y que la investigación demostró que los antecedentes de nuestro hombre eran de los peores. Aun así, cuando las pruebas no son concluyentes, por mucho que todas apunten en la misma dirección, mientras que no hay ninguna prueba de peso comparable en sentido contrario, toda cautela es poca, pues casi siempre es posible darle la vuelta a los indicios para que signifiquen otra cosa.

En el caso que nos ocupa, incluso si admitimos que la coartada suministrada por los hijos de Mullins no tenía ningún valor, y admitiendo también que el testimonio del señor Stephenson podía ser descartado, queda la declaración tajante y absolutamente desinteresada de la señora Barnes, que parecería demostrar que incluso si Mullins cometió el crimen, lo hizo de un modo completamente distinto al imaginado por la policía. Y además, ¿no es totalmente improbable que un hombre que ha cometido un crimen a las ocho de la tarde más o menos, permanezca toda la noche en la casa con el cadáver de su víctima, a oscuras —pues una luz moviéndose por la casa habría sin duda sido observada por los vecinos—, y que no escape mientras es de noche, sino que espere, para hacerlo, a que brille el deslumbrante sol de una mañana de agosto?

La lectura del sumario le deja a uno la irresistible impresión de que, aunque muy probablemente Mullins era culpable, la policía nunca consiguió establecer los detalles del crimen, y que se corrió el riesgo de error judicial cuando se pronunció la sentencia de muerte.

Hubo grandes discusiones en aquel entonces, entre los profesionales de la ley, sobre si las pruebas eran o no suficientes; pero el público en general se mostró satisfecho, pues el crimen resultaba tan odioso, que se extendió un fuerte prejuicio en contra del acusado. Mullins fue ahorcado el 19 de noviembre, y dejó una declaración escrita reafirmando su inocencia. Nunca intentó explicar las circunstancias que le costaron la vida, pero afirmó en sus últimas horas que creía que Emms era inocente del asesinato, cosa que algunos han interpretado como una confesión de que él mismo había colocado los objetos incriminadores en el establo. Los cuarenta años transcurridos desde entonces no han servido para arrojar ninguna nueva luz sobre tan turbio asunto.

LOS MATONES DE MARKET-DRAYTON

Al norte de Wrekin, en medio de esa región bucólica, suavemente ondulada, que se extiende allí donde el condado de Shropshire linda con el de Staffordshire, se encuentra una comarca rústica que es quizá la más auténtica que podemos hallar en todo el territorio de Inglaterra. A cierta distancia en dirección al sudeste se elevan las grandes alfarerías de Staffordshire; y todavía más al sur, una larga y oscura humareda marca el emplazamiento de las minas de hierro y carbón. Sin embargo, a las orillas del Torn se suceden bellas y rústicas aldeas, y allí donde hay mercados, pequeñas ciudades soñolientas que en los últimos cien años, apenas si han cambiado: sólo se ha extendido el musgo, y los rojos ladrillos se han desteñido un poco más. Al viajero que en la época de nuestros abuelos cruzaba traqueteando esta hermosa comarca en la diligencia de Liverpool y Shrewsbury, le impresionaba profundamente la arcádica simplicidad de los campesinos, y se felicitaba de comprobar que la inocencia, desterrada de las ciudades hace ya tanto tiempo, pudiera aún hallar refugio en esos apacibles escenarios. Lo más probable es que hubiera sonreído con incredulidad si le hubiesen asegurado que ni en los tugurios de Whitechapel ni en los barrios de barracas de Birmingham era tan laxa la moral, ni tan barata la vida humana, como en la hermosa región que estaba admirando.

Cómo se había llegado a esa situación, es difícil precisarlo. Puede ser que la misma belleza y sosiego del lugar hicieran que se abandonasen las precauciones y garantías que habrían podido ahogar en el nido las intenciones criminales. La nueva policía de sir Robert Peel no había sido aún instaurada. Incluso en Londres la policía distaba mucho de ser eficaz para perseguir los delitos ya cometidos, y no digamos, para prevenirlos. Es fácil, pues, imaginar, que entre los huertos y dehesas de Shropshire el brazo de la justicia, por muy poderoso que fuese para vengar el crimen, poco podía hacer para proteger de él a la población. Y lo que seguramente ocurrió fue que al no ser castigados los pequeños delitos, se pasó a delitos mayores, y después a otros todavía más graves, hasta que, en el año 1828, gran parte de la población campesina se había conchabado para derrotar a la ley y para protegerse unos a otros de las consecuencias de sus fechorías.

Esa sociedad secreta podría haber conseguido sus propósitos, si no hubiera sido por la incomparable y antinatural vileza de uno de sus miembros, cuya conducta totalmente egoísta y sin escrúpulos hace que por comparación, la crueldad a sangre fría de sus compañeros parezca cosa de poca monta.

En el año 1827 un joven y apuesto campesino, llamado Thomas Ellson, en la flor de la edad, fue detenido en Market-Drayton, acusado de dos delitos: robar patatas, y robar ovejas. Este último, en aquella época, podía conducir al patíbulo. Pero las pruebas reunidas por el fiscal resultaron, en el último momento, insuficientes, debido a la inexplicable ausencia de un importante testigo llamado James Harrison. El juicio se desarrollaba con toda normalidad, hasta que el ujier llamó a declarar al señor Harrison. No hubo respuesta. El ujier insistió, repitiendo tres veces el nombre del testigo; pero éste siguió sin comparecer. En consecuencia, hubo que retirar la acusación por falta de pruebas, y Thomas Ellson fue puesto en libertad bajo fianza. Mucho más fuerte tendría que haber gritado el ujier para que se levantara James Harrison, pues mientras le estaban llamando, yacía, brutalmente asesinado, en una tumba cavada deprisa y corriendo a un kilómetro o dos del tribunal.

Al parecer, la banda que azotaba la región tenía, entre sus innumerables vicios, una dudosa virtud: la férrea obstinación con que se protegían unos a otros. Ni siquiera un miembro del clan Macgregor, intentando liberar a otro miembro de su clan de las garras de un Sassenach, habría mostrado una lealtad más firme y sin escrúpulos. Ese sentimiento era aún más fuerte por el hecho de que los miembros del grupo estaban en general unidos entre sí por lazos de sangre, o por matrimonio. Cuando se hizo evidente que la liberación de Ellson sólo podía obtenerse al precio de silenciar a James Harrison, no hubo, por lo visto, la menor duda sobre las medidas que debían tomarse.

Los primeros en actuar fueron Ann Harris, que era la madre de Ellson —nacido de su primer matrimonio—, y John Cox, su suegro. Este último era un viejo fiero y turbulento, con dos hijos mayores y tan salvajes como él; mientras que la señora Harris nos es descrita como una simpática y rubicunda campesina, sin ningún rasgo que llamara la atención, a no ser el brillo de sus ojos. Estas dos eminencias reflexionaron juntas y decidieron que James Harrison debía ser envenenado, concretamente con arsénico. Intentaron comprarlo en varias boticas, pero no lo consiguieron. Por cierto, que el diálogo mantenido por la señora Harris con el boticario resulta muy elocuente sobre la moral imperante en Market-Drayton en esa época. Cuando se le preguntó para qué quería el arsénico, la señora contestó con naturalidad que era simplemente «para envenenar a ese canalla de James Harrison». El boticario se negó a vendérselo, pero por lo visto no consideró que hubiera en sus palabras nada fuera de lo común, pues no se tomó la molestia de informar a las autoridades, ni de advertir a la futura víctima.

Viendo que era imposible conseguir su propósito por ese medio, la madre y el suegro decidieron recurrir a la violencia. Siendo ellos mismos viejos y débiles, resolvieron alquilar asesinos a sueldo, cosa que por lo visto no resultaba ni difícil ni cara en esas regiones. Cinco libras bastaron para procurarse los servicios de tres jóvenes fornidos y dispuestos a eliminar vidas humanas con igual facilidad que cualquier matón italiano provisto de un estilete. Dos de ellos eran los hijos del viejo Cox, John y Robert. El tercero era un jovencito llamado Pugh, que se alojaba en la misma casa que la futura víctima. El espectáculo de tres palurdos ingleses, ataviados con la blusa de los artesanos, vendiéndose al precio de treinta y tres chelines y cuatro peniques por cabeza para asesinar a un hombre contra el cual no tenían nada personal, es por fortuna un caso único en los anales del crimen.

Los tres hombres se ganaron su sangriento estipendio. Al día siguiente por la noche, Pugh propuso al desprevenido Harrison que se escabulleran juntos fuera de la casa para ir a robar tocino, propuesta que parece haber ejercido una fatal seducción sobre los habitantes de Drayton en esa época. Harrison le acompañó en la expedición; y poco después, en un lugar solitario, se tropezaron con los hermanos Cox. Uno de ellos estaba cavando una zanja. Harrison expresó cierta curiosidad a propósito del trabajo que Cox tenía entre manos a esas horas de la noche. Poco se imaginaba que era su propia tumba lo que estaba contemplando. Sin perder tiempo, Pugh le agarró por la garganta, John Cox le echó la zancadilla, y entre los dos le estrangularon. Metieron el cuerpo en el agujero, lo taparon con cuidado, y con toda tranquilidad volvieron cada uno a su cama. A la mañana siguiente, como queda dicho, el ujier le llamó en vano, y Thomas Ellson recuperó la libertad.

Cuando salió de la cárcel, sus socios, como es natural, le explicaron —rebosantes de orgullo— por qué medios habían conseguido silenciar al testigo de la acusación. Los hermanos Cox, Pugh y su propia madre, todos le contaron la misma historia. La desventurada señora Harris ya había tenido ocasión de arrepentirse de sus actos, pues Pugh, que por lo visto era un canalla empedernido a pesar de su juventud, había empezado a extorsionarla valiéndose de lo que sabía. También Robert Cox la había amenazado: «Si no me da usted más dinero, lo traigo y se lo dejo en la puerta». Por lo visto, esos sinvergüenzas pueblerinos se imaginaban un paradisíaco futuro de cerveza ilimitada, a base de manipular los sentimientos de la vieja campesina.

Cualquiera creería que no se podía llegar más lejos en la infamia de lo que en este asunto se había llegado ya; pero era Thomas Ellson, el beneficiario de todo ello, quien estaba destinado a superar las iniquidades de sus compañeros. Aproximadamente un año después de su liberación, fue detenido de nuevo, acusado esta vez de haber robado gallinas, y a fin de eludir el nimio castigo que comportaba esa falta, instantáneamente contó toda la historia de la desaparición de James Harrison. Si su confesión hubiera sido provocada por un sentimiento de repugnancia ante el crimen, habría sido digna de elogio; pero las circunstancias del caso demuestran que no era sino una apuesta, hecha con la mayor sangre fría, para librarse de la levísima pena que le aguardaba, entregando a cambio la vida de su propia madre y de sus compinches. Por inmensa que fuera la culpa de éstos, por lo menos habían incurrido en ella con el propósito de salvar a ese desalmado del destino que se tenía más que merecido.

El consiguiente proceso provocó el más vivo interés en toda Inglaterra. Ann Harris, John Cox, el joven John Cox, Robert Cox y James Pugh fueron todos ellos procesados por el asesinato de James Harrison. Los restos del infeliz habían sido desenterrados de la zanja, y sólo pudo reconocérsele por sus ropas y por el color del pelo. Las pruebas contra los acusados eran casi inexistentes, excepto una: la declaración de Thomas Ellson, pronunciada con una claridad y precisión tales, que ningún careo consiguió desmentirla. Refirió las distintas conversaciones en las que los acusados, incluida su madre, habían confesado su crimen, con la misma calma e imperturbabilidad que si nada estuviera en juego. Desde el momento en que Pugh invitó a Harrison a salir juntos para robar tocino, hasta que le agarró por la garganta, todos los detalles fueron apareciendo por riguroso orden. Miró a su madre sin pestañear mientras juraba que ella le había confesado haber contribuido con cincuenta peniques a la desaparición del testigo. Jamás se ha presenciado en un tribunal inglés un espectáculo más repulsivo que el de ese villano imperturbable condenando a muerte, con la mayor tranquilidad, a la mujer que le había dado la vida, y cuyo crimen no tenía otro móvil que su extravagante amor hacia su hijo; y todo para librarse él mismo de un pequeño contratiempo.

El señor Phillips, el abogado de la defensa, hizo todo lo que pudo para poner en duda la declaración de Ellson; pero aunque suscitó el odio del país entero por la habilidad con que puso de manifiesto los móviles y el carácter del acusado, no consiguió hacerle incurrir en contradicción alguna en lo que se refiere a los hechos. El jurado declaró culpables a todos los acusados.

El 4 de julio de 1828 la terrible sentencia fue ejecutada en las personas de Pugh y del joven Cox, los dos que habían asesinado a Harrison con sus manos. Pugh declaró que la muerte era para él un alivio, pues Harrison estaba siempre, día y noche, a su lado. Cox, por su parte, murió con gesto hosco, sin dar ningún signo de arrepentimiento por el terrible crimen que le costaba la vida. Thomas Ellson fue obligado a presenciar la doble ejecución, como una advertencia para apartarle del camino del delito.

A la señora Harris y al viejo Cox se los llevaron allende los mares, y pasaron los pocos años de vida que les quedaban en los horrendos barracones para condenados situados en el emplazamiento de lo que hoy es la hermosa ciudad de Sydney. La dispersión de la virtuosa banda hizo que el aire de las colinas de Shropshire fuese más respirable; y se sabe que este saludable ejemplo convenció a los campesinos de dos cosas: de que incluso en su región, la ley todavía ejercía su dominio, y de que, desde un punto de vista puramente comercial, la compraventa de matones no es un negocio que salga a cuenta en Inglaterra.

LA TRAVESÍA DEL FLOWERY LAND

Un remolcador a vapor resoplaba cansinamente arrastrando el clíper de altos mástiles, bien equipado con lanchas de salvamento. El clíper, con sus relucientes costados recién pintados de negro, su afilada proa, y su arqueada bovedilla, era la viva imagen del velero rápido y audaz; pero quienes conocieran su historia podrían haberlo convertido en el perfecto ejemplo para ilustrar un sermón sobre la desaparición del marinero británico; y en este sentido, el clíper era el escándalo del río. Chinos, franceses, noruegos, españoles, turcos…: transportaba un verdadero muestrario de la raza humana. Todos ellos trabajaban arduamente, limpiando los puentes y cerrando las escotillas, pero el alto y corpulento primer oficial se mesó los cabellos cuando descubrió que prácticamente ninguno de los hombres que componían la tripulación era capaz de comprender una orden dada en inglés.

El capitán, John Smith, llevaba consigo a su hermano pequeño, George Smith. Le había hecho embarcar con la esperanza de que la travesía fuera beneficiosa para su salud. Estaban en ese momento sentados ambos a la mesa, con una botella de champán abierta entre ellos, cuando el primer oficial, obedeciendo a una orden del capitán, hizo su aparición. Todavía le ardían los ojos de resultas de su reciente estallido de ira.

—¡Bueno, señor Karswell! —exclamó el capitán—, nos espera un largo viaje. Calculo que necesitaremos unos seis meses antes de vislumbrar el faro de Singapur. He pensado que le gustaría tomar una copa con nosotros. ¡Brindemos porque nos conozcamos mejor y porque tengamos un buen viaje!

Era el capitán un tipo jovial y simpático. Su cara, muy roja y marcada por las inclemencias del tiempo, irradiaba buen humor. El gesto hosco del primer oficial se relajó al oír estas cordiales palabras, y se bebió de un trago la copa de champán que el capitán le ofrecía.

—¿Qué le parece el barco, señor Karswell? —preguntó el capitán.

—No creo que nos cree problemas, señor.

—Tampoco nos los creará el cargamento —dijo el capitán—. Llevamos un centenar de docenas de cajas de champán y unos cuantos fardos de tela. ¿Y de la tripulación, qué me dice, señor Karswell?

El primer oficial meneó la cabeza.

—Necesitan mano dura, señor. Hay que espabilarlos. Lo que es yo no he parado desde que zarpamos de Liverpool. ¿Sabía usted que aparte de nosotros tres y de Taffir, el segundo oficial, no hay un solo inglés a bordo? El camarero, el cocinero y el pinche son chinos, si no me equivoco. Anderson, el carpintero, es noruego. Bueno, está Early, el grumete: ése es inglés. Luego, hay un francés, un finlandés, un turco, un español, un griego y un negro; en cuanto a los demás, no sé qué diantre son, porque nunca en mi vida he visto nada parecido.

—Son de las islas Filipinas, medio españoles y medio malayos —respondió el capitán—. Les llamamos hombres de Manila, porque todos provienen de ese puerto. Ya verá usted que como marineros son bastante buenos. Le garantizo que trabajan bien.

—Ya me encargaré yo de que así sea —dijo el grueso oficial, apretando amenazadoramente el puño.

A Karswell no le resultó nada fácil poner orden en ese extraño material humano con el que tenía que trabajar. Taffir, el segundo oficial, era un joven de carácter apacible, buen marinero y agradable compañero de viaje, pero no lo bastante rudo como para disciplinar a una tripulación tan arisca. Eso, sólo Karswell podía hacerlo. A la mayoría de los hombres que estaban bajo su mando, consiguió someterlos a su autoridad; pero los de Manila eran peligrosos. Eran tipos extraños, con la nariz chata, como la de los tártaros, ojos pequeños, frente huidiza y brutal, y cabellera lacia y negra como la de los indios americanos. Tenían la piel oscura, color café, y eran todos sumamente fornidos. Había seis de ellos a bordo: León, Blanco, Duranno, Santos, López y Marsolino, de entre los cuales sólo uno, León, hablaba bien inglés, lo que le permitía servir de intérprete a los demás. A todos ellos los puso el primer oficial en un mismo turno de vigía, bajo su mando, junto con Watto, un joven y apuesto levantino y Carlos, un español. Los marineros más tratables fueron asignados a Taffir para el otro turno de vigía. Y así, en un radiante día de julio, los veraneantes que paseaban por las colinas del condado de Kent contemplaron cómo el hermoso velero, sorteando los bajíos de Goodwins, se internaba por el canal de la Mancha, para no ser visto nunca más, excepto una vez, por ojos humanos.

Los hombres de Manila parecieron someterse a la disciplina, pero sus cabezas inclinadas y miradas oblicuas advertían a los oficiales que no había que confiar excesivamente en ellos. En el castillo de proa se oía refunfuñar a propósito de la comida y del agua, y quizás esas protestas no eran del todo injustificadas. Pero el primer oficial era un hombre de carácter severo e inflexible, y los descontentos no consiguieron arrancarle compensación alguna, o siquiera un gesto de simpatía. Un día, uno de ellos, Carlos, el español, intentó no levantarse, alegando estar enfermo, pero el oficial le arrastró al puente y le colgó de los macarrones. Pocos minutos después, el hermano del capitán Smith subió al puente, vio lo que sucedía e informó a su hermano. Éste acudió inmediatamente, y habiendo examinado al hombre, dictaminó que estaba realmente enfermo y le ordenó que volviese a su litera, recetándole al mismo tiempo cierto medicamento. Semejante incidente no era lo más apropiado para mantener la disciplina, ni para fortalecer la autoridad del primer oficial sobre la tripulación. En otra ocasión, ese mismo español entabló una pelea con Blanco, el más fornido y brutal de los hombres de Manila, armado el uno con una navaja y el otro con una escarpia. Ambos oficiales se abalanzaron a interponerse entre ellos, y en la escaramuza, el primer oficial derribó al español de un puñetazo.

Entre tanto, el barco navegaba sin contratiempos rumbo al sur, hasta alcanzar la latitud del cabo Blanco, en la costa africana. Los vientos eran moderados, y el día 10 de septiembre, cuando se cumplían seis semanas desde que zarparon, no estaban más que a 19 grados de latitud hacia el sur y 36 de longitud hacia el oeste. Fue en la mañana de ese día cuando el descontento latente estalló en una terrible llamarada.

El turno de vigía del primer oficial era de una a cuatro de la madrugada. Durante esas tenebrosas horas, se quedaba a solas con los salvajes marineros que estaban bajo su mando. Ni siquiera un domador en la jaula de los leones habría corrido un peligro más inminente que él, pues la muerte podía estar acechándole, escondida en cualquiera de las negras sombras que se erguían aquí y allá, sobre el puente iluminado por la luna. Noche tras noche, había conseguido sortearla, hasta que quizás esa aparente inmunidad le hizo perder la cautela; pero vino al fin. Al sonar las seis campanadas, correspondientes a las tres de la madrugada, más o menos la hora en que la primera luz, todavía gris, de la aurora aparecía en el extremo oriental del cielo, dos de los mulatos, Blanco y Duranno, se acercaron silenciosamente al oficial por detrás, arrastrándose, y le derribaron a golpes de escarpia. Early, el grumete inglés, que no sabía nada de la conjura, estaba en su puesto de vigía, en el castillo de proa, en ese momento. Por encima del murmullo del trinquete y el de las olas, oyó un súbito golpe seco, y la voz del primer oficial gritando: «¡Asesinos!». Bajó corriendo, y encontró a

Duranno que con espeluznante saña seguía golpeando al oficial en la cabeza. El chico intentó intervenir, pero el marinero le ordenó secamente que se metiera en la camareta alta, y él obedeció la orden. En la camareta dormían el carpintero noruego y Candereau, el marinero francés. Ambos eran hombres honrados. El pequeño Early les informó de lo ocurrido; los gemidos del oficial, que aún podían oírse, corroboraban la veracidad de su historia. El carpintero salió corriendo y encontró al desventurado oficial con un brazo roto y el rostro horriblemente mutilado.

—¿Quién es? —gritó Karswell, al oír pasos que se acercaban.

—Soy yo, el carpintero.

—¡Por lo que más quieras, llévame a la cabina!

El carpintero se inclinó con intención de hacer lo que el herido le pedía, pero Marsolino, uno de los conjurados, le derribó de un golpe en la nuca. Aunque el golpe no era muy fuerte, el carpintero lo interpretó como una orden de que se ocupara de sus asuntos, y llorando de rabia por su impotencia, regresó a su litera. Entre tanto, Blanco, que era el gigantón del grupo, con la ayuda de otro amotinado, había levantado el cuerpo de Karswell y alzándolo por encima de los macarrones —mientras el infeliz todavía clamaba pidiendo ayuda— lo había arrojado al mar. Karswell había sido el primero en ser atacado; pero no fue el primero en morir.

De los que estaban abajo, el primero que oyó los espeluznantes gritos procedentes de cubierta fue el hermano del capitán, George Smith, el que había embarcado con intención de hacer un viaje de placer. Subió corriendo la escalera de la cámara alta, y en cuanto se asomó a la cubierta, le destrozaron el cráneo a golpes de escarpia. De las características personales de este pacífico viajero, lo único que se conoce es el dato, bastante tétrico, de que era tan delgado que bastó un solo hombre para arrojar su cadáver por la borda. El capitán se había despertado al mismo tiempo y salió corriendo de su camarote hacia la cabina. Le siguieron León, Watto y López, que le cosieron a puñaladas. Sólo quedaba Taffir, el segundo oficial, y sus aventuras merecen tratarse con menos reticencia, pues tuvieron un final más feliz.

Se despertó con las primeras luces del alba, al oír la algarabía y el estruendo procedentes de la cámara alta. Para un marinero con tanta experiencia como él, semejantes ruidos a semejante hora sólo podían significar una cosa, la más terrible que puede aprender en toda su vida un oficial de la marina. Con el corazón en un puño, se levantó de un salto de su litera y se precipitó hacia la escalera de la cámara alta. La encontró obstruida por el cuerpo del hermano del capitán, sobre cuya cabeza se abatía aún una lluvia de golpes. Intentando abrirse paso, Taffir recibió a su vez un golpe que le derribó hacia atrás. Con la cabeza dándole vueltas, volvió corriendo a la cabina y apagó la lámpara, que estaba humeando: un gráfico detalle, que indica la agitación de la última mano que la había encendido. Vio entonces el cadáver del capitán, tirado sobre la alfombra, con su camisón lleno de sangre y desgarrado por las puñaladas. Horrorizado por el espectáculo, Taffir volvió a su camarote y se encerró en él, a esperar, temblando de aprensión, el siguiente paso de los amotinados. Podemos pensar que no era un tipo muy viril, pero hay que reconocer que las circunstancias eran tales que habrían puesto en entredicho la hombría del más valiente. La hora en que despunta un gélido amanecer no es la más apropiada para hacer una exhibición de arrojo, y haber visto a dos hombres, con los que había cenado la noche anterior, yaciendo en un charco de sangre, sin duda terminó de acobardarle. Temblando y sollozando, aguzó el oído para escuchar los pasos que al acercarse, le anunciarían sin lugar a dudas una muerte próxima.

Llegaron al fin, retumbando pesadamente sobre las abrazaderas de cobre de los escalones; eran los pasos de media docena de hombres por lo menos. Una mano golpeó fuertemente su puerta, y una voz le ordenó que saliera. Sabiendo que el frágil cerrojo no le ofrecía protección alguna, Taffir abrió la puerta y dio un paso adelante. Lo que vio habría asustado a un hombre más valiente que él: allí estaban todos los asesinos, León, Carlos, Santos, Blanco, Duranno, Watto, la mayoría de ellos de catadura feroz, incluso en circunstancias normales, pero ahora, armados con sus puñales chorreantes y sus porras manchadas de rojo, y vistos en la penumbra del amanecer, formaban un grupo más espantoso de lo que hasta el más fantasioso novelista pueda imaginar. Los hombres de Manila no se movieron: permanecieron de pie, en semicírculo junto a la puerta, con sus salvajes rostros mongólicos vueltos hacia él.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —gritó—. ¿Vais a matarme?

Mientras hablaba, intentó aferrarse a León, pues al ser el único que sabía inglés, actuaba como cabecilla de la banda.

—No —dijo León—, no te vamos a matar. Pero hemos matado al capitán y al primer oficial. No queda nadie a bordo que entienda de navegación. Tienes que llevarnos a algún sitio donde podamos desembarcar.

El tembloroso oficial, que apenas podía creerse la tranquilizadora promesa que estaba oyendo, aceptó ávidamente el encargo.

—¿Adónde queréis que os lleve? —preguntó.

Los hombres de oscuros rostros intercambiaron murmullos en español, y fue Carlos quien contestó, en un inglés rudimentario:

—Remontar río de la Plata —dijo—. ¡Buena región! ¡Lleno de españoles!

Y eso fue lo que acordaron.

Y diríase que después de eso, un escalofrío de repugnancia a la vista de lo que habían hecho sacudió a esos granujas sin escrúpulos, pues se pusieron a limpiar la cabina. El cuerpo del capitán fue atado con una cuerda y subido a cubierta, y Taffir —hay que reconocerle este mérito— insistió en que la ceremonia fúnebre tuviera un mínimo de decencia.

—¡Allá va el capitán! —exclamó Watto, el guapo jovencito levantino, al oír cómo el cadáver caía al agua—. ¡Nunca más nos insultará!

Luego todos bajaron al salón, excepto Candereau, el francés, que tomó el timón. Los que eran inocentes tenían que fingir que aprobaban los crímenes, para salvar sus propias vidas. Las posesiones del capitán fueron colocadas sobre la mesa y divididas en diecisiete partes. Watto insistió en que tenían que ser sólo ocho, pues sólo ocho de ellos habían participado en el motín, pero León, más astuto, argumentó que todos debían estar igualmente implicados en el crimen, tomando su parte del botín. Había dinero y ropa para repartir, y una gran caja de botas, que representaba una pequeña operación comercial personal del capitán. Así pues, todos estrenaron botas. En cuanto al dinero, tocó a unas diez libras por persona, y el reloj fue puesto de lado para venderlo y dividir las ganancias, más adelante. Después los amotinados tomaron posesión de la cabina, el rumbo del barco se modificó en dirección a Suramérica, y el desventurado velero emprendió la segunda parte de su infame travesía.

Los amotinados no respetaron el cargamento: la cubierta estaba sembrada de cajas de champán abiertas, de las que cada uno se servía tranquilamente al pasar junto a ellas. A todas horas se oía el petardeo de los tapones de corcho que saltaban, y el aire estaba saturado del olor leve, dulzón y empalagoso del champán. El segundo oficial era teóricamente el jefe, pero era un jefe que no tenía los medios necesarios para hacerse obedecer. De la mañana a la noche era amenazado e insultado, y sólo la intervención de León, y la bien fundada convicción de que sin él nunca llegarían a tierra, le salvaban de que se realizasen las constantes amenazas de que era objeto. Esgrimir navajas a un palmo de la cara del oficial añadía una chispa de excitación a las juergas alcohólicas de los revoltosos.

Los demás hombres honestos eran sometidos al mismo tratamiento. Santos y Watto afilaban sus cuchillos en la piedra de amolar del carpintero noruego, explicándole, mientras lo hacían, que pronto iban a usarlos en su garganta. Watto, el apuesto adolescente, declaró que ya había matado a dieciséis hombres en su vida. Por puro capricho le clavó su cuchillo en el brazo al inofensivo camarero chino. Santos dijo a Candereau, el francés:

—¡Dentro de dos o tres días te mataré!

—¡Mátame ahora mismo! —gritó Candereau con furia.

—Este cuchillo —insistió el matón— hará contigo lo mismo que hizo con el capitán.

No parece que los nueve hombres honrados hicieran intento alguno de conspirar contra los ocho canallas. Como pertenecían a distintas razas y hablaban distintas lenguas, no es de extrañar que no pudieran hacer frente a los revoltosos, armados y unánimes.

Y entonces sucedió uno de esos incidentes que rompen la monotonía de las largas travesías marítimas. Aparecieron en el horizonte las gavias de un barco, y poco después, su casco. Su rumbo era tal, que iba a cruzarse con el Flowery Land, y el oficial pidió permiso para hacerle señales, pues tenía dudas en cuanto a la latitud en que se encontraban.

—Puedes hacerlo —dijo León—. Pero si dices una sola palabra sobre nosotros, eres hombre muerto.

Los del otro buque arriaron velas al comprender que los del Flowery querían hablar con ellos, y ambos veleros se detuvieron, balanceándose sobre las olas del Atlántico, a unos cien metros uno del otro.

—Somos el Friend, de Liverpool —gritó un oficial—. ¿Quiénes sois vosotros?

—Somos el Louisa. Salimos de Dieppe hace siete días y vamos a Valparaíso —replicó el desventurado oficial, repitiendo lo que los amotinados le habían cuchicheado. Preguntó la longitud, se la dijeron, y los dos barcos se separaron.

Con ojos anhelantes, el pobre hombre contempló la ordenada cubierta del barco de Liverpool y a su respetado oficial, mientras éste a su vez observaba con sorpresa los signos de desorden en el aparejo del Flowery Land que habrían llamado la atención de cualquier marinero. Pero pronto el buque había desaparecido por el horizonte, y una hora después del encuentro, el barco culpable estaba nuevamente solo en el vasto círculo del océano.

El encuentro estuvo a punto de costarle la vida al oficial, pues León necesitó toda su influencia para convencer a los otros marineros, ignorantes y desconfiados, de que no habían sido traicionados. Pero le esperaba todavía una prueba aún más peligrosa. Evidentemente, se daba perfecta cuenta de que cuando hubieran desembarcado, los amotinados ya no le necesitarían, y entonces lo más probable era que le silenciasen para siempre. Lo que para ellos era la meta, para él era la sentencia de muerte. Cada día que pasaba le acercaba un poco más a esa inevitable crisis, hasta que finalmente, en la noche del 2 de octubre el vigía anunció que había visto tierra. El buque puso rumbo a ella, y por la mañana, la costa de Suramérica se divisaba en el extremo occidental del horizonte. Cuando el oficial subió a cubierta, encontró a los amotinados reunidos en cónclave junto a la escotilla de proa, y sus miradas y gestos bastaron para indicarle que era su propio destino el objeto del debate.

León, una vez más, era partidario de salvarle la vida.

—Si queréis matar al carpintero y al oficial, podéis hacerlo; yo no lo voy a hacer —dijo.

Reinaba una marcada divergencia de opiniones sobre ese punto, y el pobre y desamparado oficial esperaba como una oveja junto a una asamblea de carniceros.

—¿Qué van a hacer de mí? —le preguntó a León, pero no recibió respuesta—. ¿Me van a matar? —preguntó a Marsolino.

—Yo no, pero Blanco sí —fue la poco alentadora respuesta.

Sin embargo, los amotinados, por suerte, tenían otras cosas en que pensar. En primer lugar, enrollaron las velas y bajaron las lanchas de salvamento. Al haber sido depuesto de sus funciones el oficial, no había nadie que diera órdenes, de modo que reinaba el caos. Algunos se embarcaron en las lanchas y otros se quedaron en la cubierta del barco. El oficial se encontró en uno de los botes en compañía de Watto, Paul el eslavo, Early el grumete, y el cocinero chino. Remaron unos cien metros alejándose del barco, pero regresaron a él al ser llamados por Blanco y León. Este detalle muestra hasta qué punto los hombres honestos habían abdicado, pues aunque en esa lancha eran cuatro contra uno, cuando los amotinados les llamaron, obedecieron automáticamente. El cocinero chino recibió la orden de subir a cubierta, y a los demás se les permitió permanecer en la lancha, amarrados a la popa del buque. El desventurado camarero se había embarcado en otro bote, pero Duranno le tiró por la borda. Durante un buen rato el infeliz les siguió a nado, suplicándoles que le perdonasen la vida, pero León y Duranno le arrojaban botellas de champán vacías desde la cubierta, hasta que una de ellas, dándole en la cabeza, le hundió. Los mismos hombres se apoderaron de Cassap, el criadito chino, y lo metieron con ellos en la cabina. Candereau, el marinero francés, le oyó gritar:

—¡Matadme rápido, pues! —y ésas fueron las últimas palabras que pronunció en su vida.

Entre tanto, el carpintero había sido llevado a la bodega por los demás amotinados, y se le había ordenado que barrenase el barco. Hizo cuatro agujeros en la proa y otros cuatro en la popa, y el agua empezó a entrar. La tripulación restante saltó a las lanchas, una pequeña y una grande, esta última remolcada por la primera. Tan ignorantes e imprudentes eran que permanecían junto al barco mientras éste iba hundiéndose, y no hay duda de que se habrían ido a pique con él si el oficial no les hubiera suplicado que se alejaran. El cocinero chino había sido dejado a bordo, y había trepado al mástil, de modo que su figura gesticulante fue casi lo último que se vio del malhadado Flowery Land mientras las olas se cerraban sobre él. Después de lo cual las lanchas, atiborradas de los frutos del saqueo, avanzaron lentamente hacia la costa.

Eran las cuatro de la tarde del día 4 de octubre cuando los botes alcanzaron las playas suramericanas. El lugar donde desembarcaron era de lo más inhóspito, de modo que avanzaron tierra adentro, caminando con el paso oscilante de los marineros en tierra, con sus fardos a la espalda. Habían convenido en explicar que eran la tripulación de un barco americano que hacía la travesía de Perú a Burdeos y que había naufragado. Según esa versión, el buque se había ido a pique a cien millas de la costa, y el capitán y los oficiales estaban en otra lancha, que había tomado un rumbo distinto del suyo. Habían pasado cinco días con sus noches en el mar.

Al anochecer llegaron a la estancia de un solitario granjero al que contaron el cuento, y que les acogió con generosa hospitalidad. Al día siguiente, les condujo a la ciudad más próxima, llamada Roche. Esa noche, Candereau y el oficial tuvieron la oportunidad de escapar y la aprovecharon. Antes de que hubieran transcurrido veinticuatro horas, habían relatado a las autoridades la verdadera historia de los acontecimientos, y los amotinados estaban en manos de la policía.

De los veinte hombres que habían zarpado de Londres en el Flowery Land, seis habían muerto de muerte violenta. Quedaban catorce, de los cuales ocho eran amotinados, y seis iban a declarar en contra de ellos. No puede concebirse demostración más imponente de hasta qué punto la justicia británica tiene el brazo largo y la mano de hierro, que el hecho de que esta tripulación tan variopinta, formada por un eslavo, un negro, varios hombres de Manila, un noruego, un turco y un francés, recogidos en la lejana costa de Argentina, se encontrara reunida en el Tribunal Central de lo Penal en pleno corazón de Londres.

El juicio suscitó un enorme interés debido a lo singular de la tripulación y a la monstruosidad de sus crímenes. La muerte de los oficiales no contribuyó tanto a provocar el rechazo del público y a influir al jurado como el cínico asesinato del inofensivo criado chino. La mayor dificultad estribaba en repartir la culpa entre tantos hombres, dilucidando cuáles de entre ellos se habían mostrado realmente activos en la efusión de sangre. Taffir, el oficial; Early, el grumete; Candereau, el francés, y Anderson, el carpintero, todos declararon, algunos acusando a uno de los amotinados, otros a otro. Tras un meticuloso proceso, cinco de ellos, León, Blanco, Watto, Duranno y López, fueron condenados a muerte. Todos ellos eran hombres de Manila, con excepción de Watto, que procedía del levante. El mayor de los acusados tenía sólo veinticinco años. Escucharon la sentencia con la mayor frialdad, e inmediatamente antes de que fuera pronunciada León y Watto se rieron a carcajadas porque Duranno había olvidado la declaración que tenía preparada. Uno de los acusados, que había sido condenado solamente a una pena de cárcel, se apresuró a pedir que le diesen las botas de Blanco.

La sentencia fue ejecutada delante de Newgate el día 22 de febrero. Cinco cuerdas se agitaron convulsivamente unos segundos: la tragedia del Flowery Land se había consumado.

EL DUELO EN FRANCIA

En uno de los innumerables códigos legales que existen en Francia, hay una cláusula cuyo propósito es impedir, o por lo menos regular, la práctica del duelo, según la cual es ilegal batirse en duelo por cualquier causa cuyo valor económico sea inferior a dos peniques y medio. Esta limitación, por más modesta que parezca, era por lo visto demasiado drástica para los gustos de los caballeros a los que debería aplicarse, y en la larga lista de combates singulares del pasado encontramos muchos cuyo origen, si lo evaluáramos, no alcanzaría el elevado importe antes mencionado. La mezcla de numerosas naciones, a cual más fogosa, que componen el pueblo francés —galos, armoricanos, francos, borgoñones, normandos, godos— ha producido una raza dotada al parecer de un espíritu combativo más desarrollado que cualquier otra nación europea. A pesar de las incesantes guerras que forman la historia de Francia, en ningún momento se han interrumpido los combates y venganzas privados, a modo de un largo arroyo sangriento que atraviesa todas las épocas, más estrecho o más ancho según los siglos, y que alcanza a veces las proporciones de una auténtica inundación, como si el país hubiera sido víctima de una repentina epidemia de locura homicida. Acontecimientos recientes han mostrado que esta tendencia nacional no se ha debilitado ni mucho menos, y que lo más probable es que el duelo, cuando haya sido erradicado de todos los demás países europeos, subsista todavía en ese pueblo galante cuya preocupación por el honor les hace a veces descuidar la inteligencia.

No hay duda de que el duelo fue, en su origen, una ceremonia religiosa: es el descendiente directo de esos combates judiciales, en los cuales la Providencia favorecía a la lanza más afilada y la espada más cortante. Para las fieras naciones que vencieron al Imperio Romano, semejante doctrina resultaba muy conveniente, y aunque olvidasen todos los demás preceptos del cristianismo de la época, apoyaban con entusiasmo este dogma que santificaba la fuerza. Los germanos, francos, godos, vándalos, y sobre todo los borgoñones, convirtieron a la Divinidad en un supremo mariscal de campo, que presidía sus combates y dirimía sus disputas. De esos siglos remotos se eleva una algarabía de entrechocar de espadas cuyo estruendo tapa los murmullos de la oración. Entrevemos a hombres que combaten, ataviados de cuero y recubiertos por armaduras, en nombre de causas que ahora nos parecen de menos peso que las hojas que caen de los árboles, pero que para ellos gozaban de extraordinaria importancia. Un tal Ingelgerius, joven galante, conde de Anjou, le corta la cabeza a un tal Gontran, culpable de calumnia, y salva el honor de la condesa de Gastón. O bien el cortés y audaz primo de la reina Gundeberge la limpia de toda mancha, rompiéndole la crisma al mentiroso Adalulfo. En esa época feroz, el duelo tenía un papel que a menudo ha sido denigrado y sin embargo no resulta del todo inútil. En medio del caos, representaba por lo menos una ley, una norma, por mucho que fuese una norma irracional y caprichosa. Está claro por lo menos que ninguna dama injuriada se quedaba sin vengar por falta de paladín. Más bien es probable que muchos paladines echaran de menos una dama a la que vengar.

Gradualmente, a medida que se desarrollaba la caballería, imponiendo su código y su mentalidad a las clases altas, el combate singular por motivos de honor se añadió al duelo judicial. Durante siglos, coexistieron ambos. Los jóvenes caballeros ingleses, con un parche en el ojo y espoleando su caballo, surgen de entre las filas del ejército e intercambian estocadas con jinetes franceses tan fanáticos como ellos. El escocés Seaton cabalga hasta las mismas puertas de París, y cumpliendo un voto, ataca como un rayo y golpea durante media hora a todos los caballeros franceses que se le ponen a tiro, hecho lo cual se retira al fin con un cortés «Gracias, caballeros; muchas gracias». Treinta ingleses se encuentran con treinta bretones en Ploermel; los bretones les zurran de lo lindo. Otros siete ingleses no tienen mejor suerte en Montendre. En todas partes, tanto en la contienda pública como en las riñas privadas, reina el mismo ambiente de desafío y de aceptación del combate.

Las crónicas de las luchas entre caballeros no nos dejan olvidar, sin embargo, los combates judiciales. El célebre y dramático enfrentamiento entre Montargis y el sabueso tuvo lugar cuando el siglo catorce llegaba a su fin. Pero todavía en el año 1547 se solventaba un proceso por combate judicial. Nos referimos al famoso caso de Chasteneraye y Jarnac, que es uno de los últimos episodios de esta serie, y también uno de los más conocidos.

Chasteneraye y Jarnac, ambos pares de Francia, riñeron a propósito de la virtud de la suegra de este último. El rey se interesó personalmente por el asunto, y finalmente se acordó que la cuestión sería dirimida por las armas. Resultaba que Chasteneraye era uno de los primeros espadachines de

Francia, de modo que Jarnac agotó su ingenio buscando algún arma extraña y poco conocida a fin de reducir su desventaja respecto a su rival. Los nombres de treinta armas de esas características fueron anotados y sometidos a los jueces, los cuales sin embargo, con gran desesperación por parte de Jarnac, las rechazaron todas, imponiendo en su lugar el uso de la espada. Jarnac, apuradísimo, recurrió entonces a un viejo y experimentado espadachín italiano. Éste le ordenó que fuera valiente, y le confió un truco de esgrima que él mismo había inventado y que nunca hasta entonces le había enseñado a ningún mortal.

Pertrechado con esta horrenda astucia, Jarnac hizo su aparición en el escenario del duelo, donde, en presencia del rey, Enrique II, y de todos los altos oficiales del reino, los dos litigantes se colocaron cara a cara. Chasteneraye, confiando en sus habilidades, estaba acosando al menos experto Jarnac, cuando súbitamente este último provocó la estupefacción de los espectadores con una maniobra nunca vista, que sesgó el tendón de la pierna izquierda de su enemigo. Un instante más tarde, gracias a una repetición del mismo gesto, hizo lo propio con la pierna derecha, y el infeliz Chasteneraye se derrumbó, desjarretado. Aun en semejante situación, de rodillas, continuó atacando a su rival, y consiguió proseguir el combate. Jarnac, sin embargo, pronto le pudo arrebatar la espada, dejándole completamente a su merced. El astuto Jarnac estaba dispuesto, contraviniendo las costumbres de la época, a perdonarle la vida; pero la humillación era excesiva para su antagonista, que derrotado y mutilado, no quiso que nadie le ayudara, y se dejó desangrar hasta morir. Como recordatorio de este combate, se habla todavía, en los duelos a espada, del coup de Jarnac.

Pero lo que hoy entendemos por duelo parece haber sido un invento italiano. Durante los cincuenta años anteriores al reinado de Francisco I, las tropas francesas habían estado acuarteladas sin interrupción en Italia. Al regresar a su país de origen, llevaron consigo muchas de las características menos admirables de los italianos. Eso explica que estallara en Francia, a principios del siglo XVI, una verdadera epidemia de asesinatos y matanzas. La vida de Duprat, barón de Vitaux, puede tomarse como ejemplo de la de muchos otros jóvenes matones de noble cuna del mismo período. Este curioso personaje fue calificado por Brantóme de «modelo de los franceses», de modo que el estudio de sus peripecias nos ofrece una interesante oportunidad de conocer el tipo de hombre que se ganó el aplauso del populacho a finales de la Edad Media. Cuando aún no había cumplido los veinte, mató al joven barón de Soupez, quien ciertamente le había provocado: le había golpeado la cabeza con un candelabro. Su siguiente hazaña fue el homicidio de un tal Gounelieu, con cuya familia tenía la suya una vieja disputa. Por esta acción, fue desterrado; pero al cabo de muy poco tiempo regresó, y ayudado por dos cómplices asaltó al barón de Mittaud y lo despedazó en plena calle, en París. El favorito del rey, Guart, se atrevió a oponerse a la petición de que Duprat, tras semejantes hazañas, fuera perdonado. En castigo a tamaña ofensa, Guart fue atacado en su propia casa y asesinado por el joven bandido. Este crimen resultó, sin embargo, ser el último de su corta pero accidentada vida, pues poco después el hermano de una de sus víctimas acabó con él. «Era un hombre exquisito —dice Brantôme—, aunque hay quien dice que no mataba bien a sus víctimas». (Il ne tuait pas bien ses gens.) La carrera de este bellaco marca el período de transición, cuando los combates caballerescos, con sus bien establecidas normas, habían desaparecido, mientras que el duelo, con sus rigurosas normas, no había nacido todavía.

A finales del siglo XVI, sin embargo, bajo el reinado de Enrique III, el duelo empezó a someterse a un código bien definido. La imprudente costumbre de que los padrinos participaran también en los duelos, en ayuda de los caballeros a los que apadrinaban, procedía de Italia; gracias a ella, el combate individual desembocaba a veces en una verdadera batalla. La contienda entre Caylus y D’Entragues, dos conocidos cortesanos, ha sido narrada con cierto detalle por los cronistas. D’Estragues llevaba dos padrinos, Riberac y Schomberg; a Caylus lo acompañaban otros dos, Maugerin y Livaret.

—¿No sería una buena idea que reconciliásemos a estos caballeros en vez de permitir que se mataran el uno al otro? —le dice Riberac a Maugerin.

—Señor —replica el aludido—, no he venido aquí a hacer encaje de bolillos, sino a luchar.

—¿Y con quién, si puede saberse? —pregunta Riberac.

—Con usted precisamente.

Sin más preámbulo se abalanzaron uno sobre otro y se molieron a golpes. Schomberg y Livaret entre tanto habían llegado también a las manos, de resultas de lo cual el primero había muerto y el segundo estaba herido en la cara. Caylus, por su parte, había sido mortalmente herido, y su adversario había recibido una estocada. Así pues, este único duelo provocó la muerte inmediata de cuatro hombres, mientras que los otros dos quedaron tullidos. A los duelos franceses de esa época se les puede acusar de cualquier cosa, excepto de no ir en serio.

Bajo Enrique IV, los duelos alcanzaron su punto álgido. Se ha calculado que durante dicho reinado no menos de cuatro mil nobles murieron como consecuencia de esa moda. Chavalier relata que sólo en la región del Limousin, en el espacio de siete meses, murieron de esta forma ciento veinte personas. La mínima diferencia de opinión se dirimía apelando a las armas. En ninguna época habría sido más certera la observación de Montesquieu: que si tres franceses fuesen abandonados en el desierto libio, dos de ellos se enfrentarían instantáneamente en duelo, y el tercero sería el padrino.

A veces se hacía un uso bastante peculiar del derecho que tiene el desafiado a elegir el arma del combate y definir las condiciones en las que debería desarrollarse. Por ejemplo, se cuenta que un hombre de muy baja estatura insistió en que su adversario, un gigante, llevara una especie de alzacuellos con púas, de modo que al no poder bajar la cabeza, fuera incapaz de vigilar los movimientos de su diminuto enemigo. Otro duelista insistió en el uso de una coraza con un minúsculo agujero a la altura del corazón, pues él era especialmente experto en la estocada correspondiente. Semejantes condiciones pueden parecer injustas, pero por lo menos daban ventaja al desafiado, de modo que los pendencieros se lo pensaban dos veces antes de desafiar a alguien.

De vez en cuando aparecía algún hombre lo bastante valiente como para atreverse a rehusar un duelo. El señor de Reuly, un joven oficial del ejército, justificó su rechazo apelando a la ley de Dios y de los hombres. Pero su adversario, convencido de que no era más que un cobarde, le esperó en la calle, acompañado de un amigo, y se abalanzó sobre él. Pues bien, el joven oficial les ensartó a los dos con su espada, reivindicando de ese modo su derecho a que le dejaran en paz.

Lord Herbert de Cherbury, nuestro embajador en la corte de Luis XIII, era un célebre duelista, y ha dejado constancia de algunos interesantes ejemplos que muestran el favor de que gozaba esta práctica en la sociedad francesa.

«Estaba todo preparado para el baile —escribe—, y cada uno ocupaba su lugar. Yo mismo me hallaba junto a la reina, esperando a que llegaran los invitados. Uno de ellos llamó a la puerta con golpes más fuertes de lo que corresponde, o eso me pareció, a una persona bien educada. Cuando entró, recuerdo que corrió un murmullo entre las damas, que cuchicheaban: C'est monsieur Balaguy. Entonces observé que tanto ellas como los caballeros, uno tras otro, le invitaban a sentarse a su lado; es más, cuando una dama gozaba de su compañía durante cierto tiempo, otra dama la interpelaba, diciendo: “Ya le habéis disfrutado lo bastante, ahora me toca a mí”. Esa extrema cortesía me tenía profundamente asombrado; y lo que aumentaba mi asombro era que el hombre en cuestión no era especialmente apuesto. Tenía el pelo muy corto y ya canoso; llevaba un jubón de vulgar arpillera, y calzones de una tela gris de lo más basto. Al preguntar a algunos de los presentes quién era, me dijeron que se trataba de uno de los hombres más galantes del mundo, pues había matado a ocho o nueve hombres en un solo combate. Era ése el motivo de que las damas hicieran tantos aspavientos, pues es costumbre de todas las francesas el mostrar su aprecio por los hombres galantes, como si pensaran que son los únicos a los que pueden festejar sin peligro para su honor». Un poco más tarde, encontramos al mismo lord Herbert intentando entablar un duelo con el citado Balaguy, pero sin el éxito que sus esfuerzos merecían. Sin embargo, su descripción del sombrío duelista pavoneándose entre los alegres vestidos del salón de baile es una imagen que se nos queda grabada en la memoria.

A la misma época pertenece De Boutteville, famoso por sus innumerables duelos y sus interminables bigotes.

—¿Todavía pensáis en la vida? —le preguntó el obispo de Nantes, mientras subía al patíbulo, que tan merecido se tenía.

—Sólo pienso en mis bigotes, los más gallardos de Francia —respondió el matón.

Luis XIV intentó, con cierto éxito, refrenar el pernicioso hábito. Para llevar a cabo sus ambiciosos proyectos, necesitaba derramar la sangre de sus súbditos, y lamentaba como un derroche cualquier vida sacrificada en el combate privado, perdida por lo tanto para las batallas públicas. De hecho, durante su largo reinado anduvieron tan ocupados los estoques de su noblesse, defendiendo las fronteras, que hasta los más pendencieros de entre los aristócratas vieron sin duda más que satisfecha su afición a la pelea.

Sin embargo, a pesar de los edictos y de las penas, nos encontramos con que el duelo apenas si remitió. Hasta el pacífico La Fontaine desafía a un capitán de dragones porque visita a su mujer con demasiada frecuencia, y luego, arrepintiéndose, pretende entablar otro duelo con él porque se niega a visitarla. Bajo el mismo reinado, el galante marqués de Rivard, un hombre con una sola pierna, al ser desafiado por un tal Madaillon, le envió un maletín lleno de instrumentos quirúrgicos, indicándole que estaba dispuesto a batirse con él tan pronto como estuvieran en igualdad de condiciones.

Durante el libertino reinado de Luis XV, los duelos florecieron con más brío que nunca. En el mismísimo recinto del palacio, o a mediodía en el muelle de las Fullerías, se desarrollaban fatales combates. Los financieros usurparon los venerables privilegios de la noblesse, y el escocés Law, famoso en el Mississippi, era tan hábil con las armas como con los números. El duque de Richelieu, Du Vighan, Saint-Évremont y Saint-Foix figuran entre los más notorios duelistas de la época. La truculencia de este último no era incompatible con el sentido del humor. En cierta ocasión, fue desafiado por un caballero al que había preguntado por qué olía tan rematadamente mal. Saint-Foix, en contra de su costumbre, rechazó el duelo:

—Si me mataráis, no por eso oleríais mejor —explicó—, mientras que si os matara yo a vos, oleríais peor que nunca.

El breve y desastroso reinado de Luix XVI produjo por lo menos dos duelistas notables, el caballero D’Eon, que llevaba enaguas, y el mulato Saint-George. El longevo D’Eon murió en Londres en 1810; aunque no había duda respecto a su verdadero sexo, nunca se halló una razón convincente para explicar el capricho que le hizo vestirse durante casi un cuarto de siglo con ropa de mujer. El negro Saint-George fue el mejor duelista de su tiempo, tanto a espada como a pistola, y confirmó su reputación en numerosos combates. A pesar de su fama, se dice que era un hombre muy inofensivo, que hacía todo lo posible para evitar las riñas.

De esta época data también un desafío que ha pasado a la historia por su carácter masivo. Fue su autor el marqués de Tenteniac: cuando le reprendieron porque al sentarse entre bastidores, se había colocado demasiado cerca del escenario, se consideró insultado por el público.

—Señoras y señores —dijo—, con su permiso, mañana se representará una obrita titulada La insolencia de la platea, castigada, en tantos actos como ustedes deseen, de la que es autor el marqués de Tenteniac.

La pacífica platea hizo caso omiso del desafío del aristócrata.

Las terribles guerras de Napoleón eliminaron los duelos por un tiempo, pero bajo la Restauración la costumbre resurgió con renovada energía. Entre las disputas sociales, el odio político entre bonapartistas y legitimistas, y la contienda internacional entre los franceses y las tropas que ocupaban Francia, nunca hubo un campo tan abonado para los pendencieros. Por una parte, los viejos oficiales de Napoleón, frenéticos al ver a los oficiales del Ejército aliado en su propia capital, intentaban vengar su derrota en el campo de batalla con proezas en el Bois de Boulogne. Por otra, los jóvenes cortesanos que rodeaban a los Borbones estaban dispuestos a replicar con estocadas y con balas al reproche de que por mantener una dinastía habían sacrificado su país.

El conde Gronow en sus interesantes memorias pinta un vivo cuadro del París de la época. Los duelos internacionales eran cosa de cada día, y en general los ganaba el contendiente francés, pues los franceses eran más hábiles en el uso de las armas. Odiaban con especial ferocidad a los prusianos, y no era nada raro que, prescindiendo de las formalidades del duelo, un grupo de oficiales franceses se presentara en el Café Foy, junto al Palacio Real, que era el lugar de cita habitual de los prusianos, con intención de armar una zapastiesta con los parroquianos. En una de esas riñas, perecieron no menos de catorce prusianos y diez franceses. Los ingleses perdieron a muchos jóvenes y prometedores oficiales en esos días en París. Gronow, sin embargo, que conoció personalmente esa época, habla de muchos casos en que los resultados fueron favorables a nuestros compatriotas. En el sur, en Burdeos, donde los franceses cruzaban el río Garona con el expreso propósito de insultar a nuestros oficiales, perdieron a tantos hombres que finalmente renunciaron a esa costumbre. El doctor Millingen, cuya obra sobre el duelo es una mina de información sobre el tema que nos ocupa, vivía en Burdeos en esos días y nos ha dado algunos detalles de esos combates. Los franceses, según esta autoridad, eran con mucho los mejores espadachines, pero los jóvenes ingleses, confiando en su mayor fuerza física, se abalanzaban sobre sus antagonistas con un desdén tal por la técnica del duelo, que no pocas veces conseguían derribar a sus desconcertados adversarios.

Que el duelo goza en Francia de inmensa vitalidad se demuestra por el hecho de que ha conseguido sobrevivir a su adopción por las clases bajas a lo largo de los veinte años siguientes a la batalla de Waterloo. Lo que los edictos de los reyes no habían conseguido abolir, corría el riesgo de morir de puro ridículo cuando los tenderos dieron en desafiarse unos a otros, y el bañero le enviaba un cartel de desafío al calderero por haberle vendido una estufa en mal estado. Por cierto, que esos combates plebeyos eran a veces tan serios como los de los guerreros y hombres de Estado. En Douai, un orfebre y un pañero se mataron uno a otro en un combate con sables. Todas las disputas, cualquiera que fuese su motivo, terminaban dirimiéndose por el mismo absurdo procedimiento. Se habla de críticos literarios que se dispararon cuatro tiros para determinar los méritos comparativos de la escuela clásica y la romántica. Dumas desafía a Gaillardet, el autor teatral, e intentando decidir la autoría de un drama, se arriesga a ser actor en otro. Finalmente, en Burdeos, tenemos el caso de un capitán de dragones que se bate en duelo con un trapero, y se escapa por los pelos de que le linchen los enfurecidos judíos.

El célebre enfrentamiento entre el señor Dulong y el general Bugeaud merece tomarse como irrefutable ejemplo de la brutalidad y la estupidez inherentes a todo duelo. Dulong era un pacífico abogado y diputado en el Congreso; Bugeaud, un soldado, famoso por su habilidad con la pistola. Dulong, en su calidad de miembro del cuerpo legislativo, se atreve a formular en el Congreso algunas críticas, y es instantáneamente desafiado por el fierabrás. En vano protesta Dulong, asegurando que no era su intención hacer alusiones personales. Debe aceptar el desafío o convertirse en un paria. Lo acepta pues, y el experto soldado mata a su adversario civil sin darle tiempo a descargar su arma. Semejante resultado nos deja frente a la misma dificultad que tuvo el matemático de la universidad de Oxford al leer el Paraíso perdido de Milton. Por más que nos preguntemos qué demuestra ese certero disparo, y en qué afecta a la disputa que lo provocó, no disiparemos el misterio.

Un inglés difícilmente puede censurar a otros países cuando se habla de los duelos del pasado, pues sus propias crónicas se ven manchadas, con demasiada frecuencia, por combates no menos desesperados que cualquiera de los que tenían lugar del otro lado del canal de la Mancha. Pero por fin ha llegado el momento en que el duelo resulta tan anacrónico en nuestro propio país, y en los Estados consolidados de la Unión, como la tortura judicial o la quema de brujas. Sólo cuando pueda decirse lo mismo de Francia, tendrá derecho este país a considerarse en pie de igualdad con las naciones anglosajonas en lo que a civilización se refiere.

UNA NUEVA LUZ SOBRE LOS VIEJOS CRÍMENES

La ciencia psíquica, aunque todavía está en pañales, ha alcanzado ya un punto que nos permite hallar la clave de muchos de los acontecimientos que en el pasado se habían considerado incomprensibles. Ahora podemos clasificarlos e incluso explicarlos, en la medida en que es posible una explicación definitiva de cualquier cosa. Sería interesante, por lo tanto, pasar revista a algunos de esos casos de los que queda constancia en los archivos de nuestros tribunales, y que en el pasado fueron calificados de coincidencias extraordinarias o intervenciones de la Providencia. Esta última frase puede ser muy bien que indique una realidad, pero la gente debe saber que no se conoce ninguna intervención de la Providencia que no se haya manifestado a través de una ley natural, y que cuando ha parecido inexplicable y milagrosa eso sólo se debe a que la ley no ha sido comprendida todavía. Todo milagro obedece a una ley exacta; es la ley, como todas las leyes naturales, lo que es en sí misma divina y milagrosa.

Al hacer el recuento de los casos que queremos presentar —cosa que nos veremos obligados a hacer del modo más sucinto— procederemos de lo más sencillo a lo más complejo. Empezaremos pues por aquellos fenómenos que pueden haberse debido a los poderes naturales, aunque indefinidos, del subconsciente, y luego iremos recorriendo toda la gama de clarividencia y telepatía, hasta llegar a lo que parece, sin lugar a dudas, influido por el espíritu de los muertos.

Hay un caso, el de Owen Parfitt, residente en Shepton Mallet, en el condado de Somersetshire, que puede servirnos de punto de partida, pues resulta realmente imposible decir si fue o no un fenómeno psíquico; pero si no lo fue, constituye uno de los más intrigantes misterios que jamás aparecieron ante el público británico.

Ese hombre era un marinero, una especie de John Silver, que vivía en la época dorada de la piratería, el siglo XVIII. Finalmente, hacia el año 1760, se instaló, invirtiendo unas ganancias que todo el mundo sospechaba ser de origen ilegal, en una cómoda casita a las afueras de la pequeña ciudad de Somerset. Su hermana le hacía de ama de llaves, pero sus propios achaques le impedían atender al viejo y reumático marinero, de modo que una vecina llamada Susanna Snook solía ir a la casa cada día para cuidarle. Se sabía que Parfitt iba periódicamente a Bristol y regresaba con dinero, pero nadie sabía cómo lo obtenía. Por lo visto, era un viejo retorcido y muy aficionado a los secretos, al que se asociaban muchas historias extrañas de increíbles aventuras, relacionadas algunas de ellas con la costa oeste de África, y posiblemente con el tráfico de esclavos. Con el tiempo, sin embargo, el reumatismo de Parfitt se agravó. Ya no podía pasear más que por su jardín, y de hecho, rara vez abandonaba el gran sillón donde le instalaba cada día la servicial Susanna Snook, en el mismo porche de la casita.

Hasta que una mañana de primavera, la del día 6 de junio de 1768, ocurrió algo extraordinario. Había sido colocado como de costumbre, con un chal por los hombros, en el porche, mientras Susanna, que era muy trabajadora, iba a buscar algo a su propia casa, muy próxima a la de Parffit. Cuando volvió, cuál no sería su sorpresa al comprobar que el viejo marinero había desaparecido. Su hermana se retorcía las manos, desconcertada, con la vista fija en el chal, que estaba depositado en la silla; pero del viejo réprobo no se han vuelto a tener noticias nunca más desde aquel día. Hay que subrayar que era prácticamente incapaz de andar y que pesaba demasiado para que se le pudiera transportar fácilmente.

Enseguida se dio la alarma. La siega del heno estaba en su apogeo; por doquier había jornaleros, que estaban seguros de que aun en el caso de que el viejo hubiera podido escapar, no les podía haber pasado desapercibido. Se emprendió su búsqueda, pero una súbita y violenta tormenta de lluvia y relámpagos obligó a interrumpirla. A pesar del mal tiempo, hubo una alarma general de veinticuatro horas, que no sirvió para descubrir la menor huella del desaparecido. Su desagradable carácter, algunas reminiscencias de los obeah africanos y del culto vudú, y la súbita tormenta, se combinaron para convencer a los habitantes de Somerset de que el diablo se había llevado de un zarpazo al viejo marinero; y desde entonces, ninguna explicación natural ha arrojado sobre el asunto una luz que lo haga más comprensible.

Por un momento, pareció que iba a disiparse el misterio, cuando en el año 1813 se descubrieron huesos humanos en el jardín de un tal Lockyer, un viudo que vivía a menos de doscientos metros de la casita del viejo. Se inició una investigación, en la que declaró Susanna Snook, que todavía vivía; pero cuando empezaba a abrirse paso la hipótesis de que alguien había engatusado al viejo para que fuera a casa del vecino, y le había asesinado, un cirujano de Bristol puso punto final al asunto afirmando categóricamente que los huesos pertenecían a una mujer. Y hasta el día de hoy no ha habido más novedades en este asunto.

No puede aceptarse ninguna explicación psíquica en ningún caso, hasta que se hayan agotado todas las soluciones razonables y normales. Es posible que esas visitas a Bristol tuvieran algo que ver con un soborno, y que algún malhechor oculto encontrase la manera de silenciar esa peligrosa lengua. Pero ¿cómo lo hizo? Es un caso fronterizo, anormal, y en resumidas cuentas insoluble, y ahí debemos dejarlo.

Pasando ahora a un ejemplo más definido, tomemos el asesinato de Maria Marten, que durante mucho tiempo fue uno de los temas de conversación favoritos en las ferias de los pueblos, bajo el nombre de «El misterio del establo rojo». Maria Marten fue asesinada en el año 1827 por un joven granjero llamado Corder, que iba a casarse con ella pero no lo hizo, prefiriendo, en vez de eso, matarla para ocultar el resultado de su ilícita unión. Su ingenioso método consistió en anunciar que estaban a punto de casarse. Poco antes de la supuesta boda le pegó un tiro y enterró el cadáver. Después desapareció del lugar, e hizo correr el rumor de que se habían casado en secreto y estaban viviendo juntos en algún lugar remoto.

El asesinato se produjo el 18 de mayo de 1827, y durante algún tiempo todo salió a pedir de boca; el hecho que contribuyó a ocultar el crimen fue que Corder había dejado instrucciones de que se llenara el establo de ganado. El muy granuja envió a su casa algunas cartas, que afirmaba escribir desde la isla de Wight, explicando que Maria y él estaban viviendo juntos y eran muy felices. Suscitó algunas sospechas el hecho de que los matasellos de esas cartas fuesen todos de Londres, pero con todo, el asunto no habría ido más lejos si no hubiera sido por la influencia de cierta oscura ley natural cuya intervención ciertamente no figuraba en los planes del señor Corder.

La señora Marten, la madre de la chica, soñó, durante tres noches consecutivas, que su hija había sido asesinada. El hecho en sí no demostraba nada, pues podía pensarse que no hacía más que reflejar su desconfianza y sus vagos temores. Los sueños, sin embargo, eran de una sorprendente precisión. En ellos se le aparecía el establo rojo, e incluso el lugar preciso donde habían sido enterrados los restos. Este último detalle es de gran importancia, pues descarta la idea de que el sueño fuera provocado simplemente por haberle dicho la hija a la madre que tenía una cita en el establo. Los sueños se produjeron en el mes de marzo de 1828, diez meses después del crimen, pero no fue hasta mediados de abril cuando la mujer consiguió convencer a su marido de que tomara medidas acordes con sus sospechas. Por último, ella venció los comprensibles escrúpulos de él, y obtuvieron permiso para examinar el establo, sacando de él a los animales. La mujer señaló el lugar y el marido cavó. Inmediatamente salió a la luz un jirón de chal, y dieciocho centímetros más abajo apareció el cadáver, ante lo cual el horrorizado investigador salió corriendo, temblando de pies a cabeza, del malhadado cobertizo. El vestido, los dientes, y otros pequeños detalles bastaron para confirmar la identidad del cuerpo.

El culpable fue detenido en Londres, donde entre tanto se había convertido, por matrimonio, en dueño de una escuela femenina, y en el momento de su detención, estaba muy ocupado contando los minutos de ebullición de unos huevos para el desayuno. Construyó una ingeniosa defensa, por la cual intentó demostrar que la chica se había suicidado, pero no había ninguna duda de que se trataba de un asesinato a sangre fría, pues al reunirse con ella en el establo, no sólo había llevado consigo pistolas, sino también un pico. Así lo vio el jurado, y en consecuencia, el malhechor subió al patíbulo. Aunque de mala gana, terminó, antes de la ejecución, por confesar su culpa. Como dato curioso, puede consignarse el hecho de que la maestra de escuela londinense, con la que había conseguido casarse mediante un capcioso anuncio en el que se describía a sí mismo como «un caballero de carácter apacible», le apoyó hasta el final, dando muestras de gran abnegación.

Pues bien, he aquí un caso sobre el cual no puede albergarse la menor duda. Es indiscutible que el asesinato se descubrió por medio del triple sueño, para el cual no puede ofrecerse explicación natural alguna. Quedan dos explicaciones de tipo psíquico. La primera se basa en la telepatía, o lectura del pensamiento, un fenómeno que naturalmente, existe, como puede demostrar cualquiera que haga la prueba, pero que ha sido exagerado por aquellos que prefieren cualquier explicación antes que admitir la existencia de inteligencias incorpóreas. Entra, claro está, dentro de lo remotamente posible el que el asesino pensara en la madre de la chica durante tres noches consecutivas, y recordara al mismo tiempo el escenario del crimen, conectando así la visión del lugar con el cerebro de la mujer. Si cualquier estudioso del caso considera que ésta es la explicación más probable, tiene todo el derecho a darla por buena.

Por otra parte, hay muchas pruebas de que los sueños, y especialmente los que se tienen temprano por la mañana, justo antes de despertarse, contienen a veces una información que parece proceder de otras inteligencias que las nuestras. Tomando en consideración todos los datos, soy de la opinión de que el espíritu de la muerta se puso en contacto con la mente de la madre, y le transmitió la verdadera historia de su infeliz destino. Hay que recordar, no obstante, que incluso quienes proponen explicar semejante caso por la telepatía están postulando un poder que había sido totalmente ignorado por la ciencia hasta nuestra generación, y que representa una gran extensión de nuestro conocimiento psíquico. No debemos, sin embargo, permitir que este descubrimiento bloquee nuestro camino hacia los avances, aún más importantes, que nos esperan.

Vamos a tomar ahora, para comparar, otro caso relacionado con los sueños, que es perfectamente auténtico. El día 8 de febrero de 1840, Edmund Norway, el primer oficial del buque Orient, que se hallaba en esos momentos cerca de Santa Elena, tuvo un sueño, entre las diez de la noche y las cuatro de la madrugada, en el que vio cómo su hermano Nevell, un caballero de Cornualles, era asesinado por dos hombres. Su hermano se le apareció montado a caballo. Uno de sus asaltantes cogió las riendas del caballo y le disparó dos veces con una pistola, pero no se oyó ningún tiro. Entonces, él y su cómplice le golpearon repetidamente, y le arrastraron a un lado del camino, donde abandonaron su cuerpo. Se trataba de un camino situado en Cornualles y que Edmund conocía bien, aunque la casa que en la realidad estaba situada a la derecha, aparecía a la izquierda en la imagen visual. A la mañana siguiente Edmund anotó el sueño, y lo refirió a los demás oficiales del barco.

El asesinato se había producido realmente, y los asesinos, dos hermanos apellidados Lighfoot, fueron ejecutados el 13 de abril de ese año, en Bodmin. En su confesión, el hermano mayor dijo:

—Fui a Bodmin el 8 de febrero y me reuní con mi hermano… Mi hermano derribó al señor Norway. Llevaba una pistola y apretó dos veces el gatillo, pero no hubo disparos. Entonces le golpeó con la culata. Era en el camino de Wadebrige. —(Ése era el camino que había aparecido en el sueño.)—. Dejamos el cuerpo al otro lado del camino, en el abrevadero que está a la izquierda, según se va a Wadebridge. Mi hermano lo arrastró hasta allí.

Quedó claro además que el crimen había sido cometido entre las diez y las once de la noche. Como Santa Elena está, más o menos, a la misma longitud que Inglaterra, la hora del sueño pudo haber correspondido exactamente a la del crimen.

Ésos son los hechos, y aunque no sea imposible, no es fácil encontrarles una explicación. Parece ser que Norway, el marino, había estado pensando en su hermano, el que se había quedado en tierra, y le había escrito, justo antes de acostarse en su litera. Eso podría haber facilitado la visión que a continuación tuvo, al haber creado un rapport entre los dos hermanos. Son muchos los indicios que sugieren que mientras dormimos hay cierta parte de nosotros, a la que podemos llamar cuerpo etéreo, o inconsciente, o como se quiera, que es capaz de desasirse de nuestro cuerpo para ir a visitar lugares remotos, si bien la frontera entre el sueño y la vigilia es tan tajante, que sólo muy raramente conserva uno al despertar el recuerdo de la experiencia nocturna. Se comprende fácilmente que la conciencia del marino, orientada hacia su hermano por el hecho de haberle recordado con afecto antes de dormir, fuera rápidamente a buscarle durante el sueño, y el impacto de presenciar su asesinato fue tal, que consiguió transmitirlo a la conciencia del durmiente después de su despertar. En tal caso, el incidente se explicaría como un ejemplo de los poderes normales, pero inexplorados, del organismo humano, y no por una interposición del espíritu del hombre asesinado. Si la visión de este último hubiera aparecido sola, sin la escena que la acompañaba, podría haberse interpretado más bien como una aparición post mortem.

La siguiente ilustración nos la proporciona los anales del crimen en América. En este caso, un hombre llamado Mortensen debía una considerable suma de dinero, tres mil ochocientos dólares, a una empresa, que era representada por su secretario general, el señor Hay. La transacción tuvo lugar en el Estado de Utah, en el año 1901. Mortensen consiguió que Hay fuera a su domicilio particular una noche, y nunca más se tuvieron noticias del pobre hombre. La versión de Mortensen fue que le pagó el dinero en monedas de oro, y que Hay, después de darle un recibo, se puso en camino hacia su casa, llevando el oro en jarras de cristal. Cuando la policía visitó la casa de Mortensen por la mañana, les acompañaba el suegro de Hay, un anciano mormón llamado Sharp, que preguntó:

—¿Dónde vio usted por última vez a mi yerno?

—Aquí —contestó Mortensen, señalando un lugar a la salida de su casa.

—Si éste es el último lugar donde le vio, entonces es este el lugar donde le mató.

—¿Cómo sabe usted que está muerto? —preguntó Mortensen.

—He tenido una visión —replicó Sharp—, y la prueba es que a menos de un kilómetro de este mismo lugar donde está usted ahora, vamos a desenterrar su cuerpo.

El suelo estaba cubierto de nieve por entonces, y a la mañana siguiente, día 18 de diciembre, un vecino observó en ella algunas manchas de sangre, no muy lejos de la casa de Mortensen. Las manchas conducían a un montículo, con la forma de una tumba. El vecino se procuró una pala, pidiéndosela prestada al mismo Mortensen, y rápidamente desenterró el cuerpo de Hay. Tenía una bala en la nuca. Sus objetos de valor habían sido respetados, pero el recibo, que se sabía que había llevado a casa de Mortensen, constituía un móvil suficiente para el asesinato.

Todo este crimen parece haber sido un asunto bastante elemental y hasta rudimentario, y es difícil ver cómo Mortensen podía haber esperado salvarse, a menos que tuviera pensado huir sin demora. No había defensa posible, y el hombre fue condenado y ejecutado de un disparo, pues las leyes de Utah dejan elegir al acusado el modo de ejecución. El único interés del asunto radica en su aspecto psíquico, pues el viejo Sharp volvió a decir en el juicio que había tenido conocimiento de los hechos por una visión. Sin embargo, el caso no es de los más claros, y podemos pensar que fue una fanfarronada del viejo, que se había formado su propia opinión sobre el carácter de su yerno y sus probables acciones. Semejante solución implicaría, no obstante, una casualidad verdaderamente extraordinaria.

El siguiente caso que voy a referir es mucho más convincente; de hecho, es definitivo, pues aporta una prueba indiscutible de acción psíquica, aunque se puede discutir en qué grado. Los hechos parecen fuera de toda duda, si bien existe una ligera confusión en cuanto a la fecha. Según el relato del señor Williams, de Cornualles, protagonista de esta historia, fue a principios del mes de mayo de 1812 cuando tuvo tres veces durante la misma noche un extraño sueño. El señor Williams era un hombre de negocios, superintendente de unas grandes minas en Cornualles. Conocía bien el vestíbulo de la Cámara de los Comunes, adonde sus intereses le habían llevado ocasionalmente. Fue este vestíbulo lo que vio claramente en su sueño. Le llamó la atención un hombre ataviado con una chaqueta color tabaco, con botones metálicos, que merodeaba por el lugar. Poco después hacía su entrada un hombrecillo vivaz con chaqueta azul y chaleco blanco. Cuando éste pasaba por su lado, el primero sacó rápidamente una pistola y le disparó al otro a bocajarro, en pleno pecho. Sin dejar de soñar, el señor Williams supo que la víctima era el señor Perceval, el ministro de Hacienda.

Al señor Williams este sueño le impresionó profundamente e incluso le alarmó, y lo relató no sólo a su mujer sino a varios amigos con los que se encontró al día siguiente en la mina de Godolphin, pidiéndoles su opinión sobre si debía ir a Londres e informar de lo que había sucedido. Como es natural —aunque por desgracia—, sus amigos contestaron que era inútil, y que sólo conseguiría hacer el ridículo.

El día trece, unos diez días después de su sueño, el señor Williams recuerda cómo su hijo, que volvía de Truro, entró corriendo en el salón, gritando:

—¡Padre, padre! ¡Ha ocurrido lo que usted soñó! Le han pegado un tiro al señor Perceval en la Cámara de los Comunes.

El crimen, como todo el mundo sabe, fue cometido por un hombre llamado Bellingham, que se imaginaba haber sido agraviado por el ministro. La indumentaria de ambos protagonistas, y todos los demás detalles, resultaron coincidir exactamente con el sueño.

En un artículo sobre el caso, publicado en The Times dieciséis años más tarde, se decía que la visión databa de la misma noche del crimen, lo cual reduciría el incidente a un ejemplo de clarividencia ordinaria, pero hay pruebas contundentes de que el sueño fue también profético. El señor Williams, relatando su historia por escrito en 1832, cuatro años después del artículo en el The Times, la contó del mismo modo que la hemos recogido nosotros. Su esposa, sus amigos de la mina, su proyecto de viajar a Londres, y su recuerdo de la llegada de su hijo con la noticia, son otros tantos datos que corroboran su versión de los hechos.

El señor Williams era de origen galés o cómico, y por lo tanto tenía una predisposición hacia lo psíquico. Su atareada vida no le permitió desarrollarla; sin embargo, en ciertas ocasiones sus facultades innatas podían manifestarse. El motivo de que esa visión le visitara precisamente a él, es algo que está más allá de nuestra comprensión. ¿Era para que fuese a Londres, como en efecto estuvo a punto de hacer, e intentara desviar el destino? Cuando uno piensa que la imagen del vestíbulo de la Cámara de los Comunes se le apareció a uno de los poquísimos habitantes de Cornualles capaces de reconocer el lugar, es inevitable pensar que la visión no tuvo lugar sin más, sino que obedecía a un propósito definido.

Volvamos ahora nuestra atención a algunos casos cuya naturaleza sobrenatural está aún más clara. El primero que elegiré es el asesinato del sargento Davies, en la región escocesa de los Highlands, en el año 1749. Davies formaba parte de la guarnición que había quedado en el norte tras la derrota de los partidarios del príncipe Carlos, y al igual que muchos de sus camaradas, aliviaba su exilio practicando la caza, una diversión a la que se prestan esas desoladas regiones. El día 28 de septiembre de ese año salió a cazar cerca de Braemar, sin que nadie le acompañara. Los odios suscitados por la reciente guerra se habían extinguido hasta cierto punto, y en cualquier caso el sargento, que era un hombre fuerte y decidido, no temía a nadie. Los hechos demostraron, sin embargo, que su valentía era temeridad, pues nunca regresó de su expedición. Varios grupos salieron a buscarle, pero pasaban los meses y el soldado desaparecido seguía sin dar señales de vida.

Transcurrieron cinco años, y el misterio seguía sin resolverse. Al final de ese período, dos habitantes de los Highlands, Duncan Terig y Alex Bain Macdonald, fueron detenidos, al haberse hallado en su poder la escopeta y otros objetos propiedad del desaparecido. Sin embargo, la acusación contra ellos se basaba principalmente en algunas pruebas que eran de lo más extrañas que se han oído nunca en el tribunal.

Un jornalero llamado Alex Macpherson, de veintiséis años de edad, declaró que una noche del verano de 1750 —esto es, unos nueve meses después de la desaparición del sargento— estaba acostado, despierto, en el establo en el que dormía toda la servidumbre, cuando vio entrar a un hombre vestido de azul, que se acercó a su catre y le rogó que le siguiera. En cuanto salieron del establo la figura se volvió hacia él y dijo:

—Soy el sargento Davies.

Seguidamente la aparición señaló hacia un pantano o marjal que estaba a cierta distancia y dijo:

—Encontraréis mis huesos allí. Id pronto a enterrarlos, pues no consigo tener paz, ni os dejaré vivir en paz tampoco, hasta que mis huesos estén bajo tierra. Podéis pedir ayuda a Donald Farquharson.

Acto seguido se esfumó.

A la mañana siguiente, muy temprano, Macpherson, según su propio relato, se dirigió al lugar indicado, y, obedeciendo las instrucciones que había recibido y que eran muy precisas encontró inmediatamente el cadáver, que todavía llevaba el uniforme azul del regimiento de Guise. Mcpherson lo arrastró fuera del cieno y lo extendió sobre el suelo, pero no lo enterró.

Unas pocas noches más tarde, hallándose en el establo, se le apareció una vez más la visión y le reprochó que no hubiera hecho lo que le había pedido. Macpherson preguntó:

—¿Quién os asesinó?

A lo cual la aparición respondió:

—Duncan Terig y Alex Macdonald. —Y se desvaneció una vez más.

Al día siguiente Macpherson se dirigió a Farquharson y le pidió que fuese con él y le ayudara a enterrar el cuerpo, cosa que el otro aceptó. Así lo hicieron, pues. No le hablaron a nadie del incidente excepto a un solo amigo, John Grewar, quien fue informado de lo sucedido dos días después del entierro.

Ciertamente, esta historia es susceptible de crítica, pues la detención tuvo lugar en 1754, y la supuesta aparición y el entierro en 1750, de modo que es lógico preguntarse por qué no habían dicho nada durante cuatro años. Pero se puede suponer que esos habitantes de los Highlands, de origen celta, estaban en una posición comparable a la de los campesinos irlandeses en una revuelta agraria. Estaban todos unidos contra un enemigo común, y en un caso como éste, era de esperar que no actuasen, excepto bajo presión. Esta presión se produjo cuando los dos sospechosos fueron detenidos, hallándose en su posesión las pertenencias del hombre asesinado, y se procedió a un interrogatorio directo de los habitantes de los alrededores. No pudo demostrarse que existiera enemistad alguna entre Macpherson y los acusados, ni se pudo encontrar ningún motivo que justificara el que Macpherson se hubiera inventado semejante historia.

En el aspecto psíquico, también hay algunas objeciones. Es comprensible que el sargento regresara, como otros en casos similares parecen haber hecho, a fin de identificar a sus asesinos, pero aquí, eso no fue sino un resultado secundario, mientras que el entierro de sus restos parece haber sido su principal objetivo. Los espíritus no se preocupan demasiado por sus cuerpos. Aun así, los prejuicios terrenales no se borran fácilmente, y el que Davies, descendiente de una familia tradicional, anhelara un entierro decente, no tendría nada de extraño.

Otros detalles corroboraron la extraña historia. En el establo donde Macpherson dormía, había una parte reservada a las mujeres; y una criada, llamada Isabel Machardie, declaró que en la fecha de la segunda aparición, vio «una cosa desnuda entrar por la puerta e ir directamente a la cama de Macpherson», lo cual la asustó tanto, que se cubrió la cabeza con las sábanas. Añadió que en el momento de su aparición, la figura estaba inclinada, y que no pudo ver de qué se trataba. A la mañana siguiente le preguntó a Macpherson qué era lo que les había molestado durante la noche, y él le contestó que estuviera tranquila, pues no volvería a importunarles.

Existe una discrepancia aquí entre la figura ataviada con una chaqueta azul de la primera versión y la «cosa desnuda» de la segunda, pero en cualquier caso está claro que la mujer aseguró haber visto algo alarmante, y que hizo alusión a ello al día siguiente.

Pero Macpherson no hablaba más que gaélico, lo que hizo necesario que su declaración fuera traducida para el tribunal. Lockhart, el abogado de la defensa, preguntó, como es natural, en qué lengua hablaba la aparición, a lo que Macpherson respondió:

—En el más perfecto gaélico que nunca oí en Lochaber.

—No está mal, tratándose del fantasma de un sargento inglés —comentó el abogado.

Esa réplica facilona hizo reír al tribunal, y finalmente provocó la absolución de los acusados, a pesar de las pruebas más tangibles que no eran tan fáciles de descartar. Más tarde, tanto Lockhart como el abogado que colaboraba con él, confesaron que creían que sus clientes eran culpables.

De hecho, Davies había participado en la batalla de Culloden en abril de 1746, y desapareció en septiembre de 1749, de modo que había estado casi tres años y medio en los Highlands. Durante este tiempo, había ido a cazar muchas veces acompañado por nativos del lugar, de modo que es difícil suponer que no fuera capaz de decir unas cuantas frases en la lengua de éstos.

Pero aparte de eso, aunque nuestra información demuestra que el conocimiento debe ser adquirido por esfuerzo personal, y no por milagro alguno, en la vida del más allá, lo que está claro es que puede adquirirse; y si el sargento Davies vio que la única persona en la que encontraría esas raras facultades psíquicas que le permitirían aparecer y comunicarse (pues cualquier manifestación del espíritu debe tener una base material), era un gaélico, en tal caso, no es inconcebible que aprendiese la lengua en los aproximadamente diez meses que transcurrieron hasta su reaparición. Suponiendo que la historia referida por Macpherson sea verdadera, ello no significa forzosamente, en absoluto, que él fuera el médium, pues cualquiera de los que dormían en el establo puede haber suministrado esa indefinible atmósfera que es la primera de las condiciones necesarias. En todos los casos semejantes debe recordarse que dicha atmósfera no se produce fácilmente, y que un espíritu no aparece cuando y como le place, sino cuando y como puede. La ley, la inexorable ley, sigue gobernando cada nueva área que añadimos a nuestros conocimientos, y solamente definiendo y reconociendo las limitaciones que ello implica obtendremos al menos una difusa percepción de las circunstancias de la vida futura y sus relaciones con la vida presente.

Pasamos ahora a un caso en el que la interposición del espíritu parece haber sido demostrada con la mayor claridad imaginable. Es cierto que ello ocurría hace algún tiempo, pero está perfectamente documentado.

En el año 1632 un rico labrador llamado John Walker vivía en el pueblo de Great Lumley, a unos pocos kilómetros al norte de Durham. Una prima suya llamada Anne Walker le hacía de ama de llaves, lo que favoreció entre ellos cierta intimidad, con los resultados que eran de esperar. John Walker tenía mucho miedo al escándalo, y tomó medidas diabólicas para impedirlo. Envió a la muchacha a la ciudad de Chester-le-Street, a casa de una tal señora Carr. A esta matrona, Anne Walker se lo confesó todo, añadiendo que Walker había usado la ominosa frase según la cual «él se ocuparía tanto de ella como de su hijo». Una noche apareció a la puerta de la señora Carr el rostro siniestro de Mark Sharp, un minero de Blackburn, con un mensaje capcioso induciendo a la chica a que le siguiera, en la oscuridad. Nadie la volvió a ver. Walker, a quien se dirigió la señora Carr, le dijo que no se preocupara: que lo mejor, dadas las circunstancias, era que la joven viviese entre forasteros. La anciana tenía sus sospechas, pero no pudo hacer nada, y así iban pasando los días.

Dos semanas más tarde un molinero, llamado James Graham, estaba moliendo maíz en su molino por la noche, a unos pocos kilómetros de allí. Eran más de las doce cuando bajó al suelo del molino tras colocar una nueva carga de maíz en la tolva. Su experiencia exacta, tal como figura en un manuscrito conservado en la Biblioteca Bodleinana de Oxford, fue como sigue:

La puerta del molino estaba cerrada. En el suelo, en pie, estaba una mujer, con el pelo colgándole, lleno de sangre, y cinco grandes heridas en la cabeza. El molinero, muy asombrado, empezó a santiguarse, y finalmente le preguntó quién era y qué quería. Ella contestó:

—Soy el espíritu de Anne Walker, que vivía con John Walker… Prometió enviarme a un lugar en el que estaría bien atendida… y dijo que después podría volver con él y ocuparme otra vez de su casa. Una noche vino a buscarme Mark Sharp, el cual, al llegar al páramo de… —en este punto, ella dio el nombre del lugar— me asesinó con un pico de los que usan los mineros para extraer el carbón, produciéndome estas cinco heridas, y después arrojó mi cadáver a una mina próxima. Escondió el pico bajo un terraplén, y como sus zapatos y medias estaban llenos de sangre intentó lavarlos, pero como la sangre no desaparecía los escondió también.

El espíritu terminó ordenando al molinero que revelase la verdad, amenazándole, si no lo hacía, con aparecérsele nuevamente.

En este caso, como en el que vimos anteriormente, el mensaje no fue divulgado. El horrorizado molinero estaba tan impresionado que no se quedaba nunca solo, pero no cumplió la delicada tarea que le había sido encomendada. A pesar de todas sus precauciones, sin embargo, una noche se encontró a solas, con el resultado de que la visión reapareció instantáneamente, «muy fiera y cruel», según sus propias palabras, e insistió en que hiciera lo que se le había ordenado. Más obstinado que el celta Macpherson, el molinero esperó una tercera aparición, la cual se produjo de una forma tan terrorífica, en su propio jardín, que venció su resistencia.

Así pues, cuatro días antes de Navidad, se dirigió al magistrado más próximo y declaró lo ocurrido. Se inició sin tardanza una investigación, que confirmó lo dicho por el fantasma en todos sus detalles, lo cual, hay que reconocerlo, no ha sido siempre el caso en las informaciones enviadas desde el más allá. El cadáver de la joven, las cinco heridas en la cabeza, el pico, los zapatos y medias manchados de sangre, todo eso fue hallado; y como el cuerpo se encontraba en una profunda mina de carbón, no parece que hubiera medio normal para que el molinero supiera cómo eran las heridas, a menos que las hubiera producido él mismo, lo cual no se corresponde ni con los hechos conocidos, ni con su iniciativa de visitar al magistrado, ni con el relato de la joven Anne Walker a la señora Carr.

Tanto John Walker como Mark Sharp fueron detenidos y juzgados por asesinato en el tribunal de Durham, presidido por el juez Davenport. Se demostró que ninguno de los dos acusados conocía el molinero, excepto de vista, de modo que no podían alegar que tuviese algún móvil personal para hacerles condenar a muerte mediante una falsa declaración. El juicio fue algo extraordinario, pues por lo visto reinaba en él una atmósfera psíquica como no lo ha habido nunca, que se sepa, en cualquier prosaico tribunal británico. El presidente del jurado, un tal señor Fairbairn, hizo una declaración jurada afirmando que vio durante el juicio «la figura de un niño, de pie sobre el hombro de Walker». Esto podría ser descartado —considerándolo como un efecto, sobre una persona muy emotiva, del extraño testimonio que acababa de escuchar—, si no fuera que lo corroboró el mismo juez. En una carta dirigida a un colega suyo, el señor Serjeant Hutton, residente en Goldsborough, reconocía que él mismo había visto también una figura como la descrita por Fairbairn, y que durante todo el proceso, sintió una sensación extrañísima e inquietante que era absolutamente incapaz de explicar. El veredicto afirmó la culpabilidad de los acusados, y ambos hombres fueron debidamente ejecutados.

Vale la pena resaltar quiénes fueron los testigos de ese caso. Estaba el mismo presidente del jurado, el señor Fairbairn, con su declaración jurada; el señor James Smart, el señor William Lumley, residente en Great Lumley, y otros. En conjunto, es difícil imaginar un caso que ofrezca mayores garantías de autenticidad, y personalmente no me cabe la menor duda de que los hechos se desarrollaron tal como consta en la documentación que nos ha llegado. Creo que este caso basta para convencer a cualquier mente libre de prejuicios de la continuidad de la vida individual, y de la permeabilidad de la barrera que nos separa de los muertos.

¿Qué comentario puede hacer la ciencia psíquica a propósito de semejante episodio? En primer lugar, yo diría que el molinero era un médium particularmente poderoso, es decir, que exhalaba esa infrecuente aura que permite a un espíritu volverse visible, del mismo modo que un meteorito se vuelve visible cuando cruza la atmósfera de la Tierra. Se trata, repito, de una cualidad infrecuente, y en este caso parece haber sido desconocida para su dueño, aunque no me extrañaría que el molinero hubiese tenido muchas otras experiencias psíquicas que tomaron una forma menos pública. Es este el motivo por el cual la aparición no se le presentó directamente al magistrado, sino que sólo pudo acercarse a él por mediación de un mensajero. Es probable que el espíritu buscara durante algún tiempo antes de encontrar al médium apropiado, del mismo modo que el sargento Davies necesitó diez meses para localizar al nativo de los Highlands dotado de las cualidades psíquicas que le permitían establecer una comunicación. La ley, y la obediencia a la ley, son una constante en este ámbito. También ha quedado abundantemente demostrado que la confiada muchacha que fue traicionada con la cínica ingratitud que se ha visto, se llevó consigo al otro mundo sus comprensibles sentimientos de indignación y su sed de justicia. Un detalle curioso es que recobró la conciencia instantáneamente después de su muerte, lo que le permitió observar los movimientos de su asesino. ¿Con qué órganos? puedo uno preguntarse. ¿Con qué órganos vemos los detalles que se nos aparecen en un sueño? Hay algo más que nuestros ojos materiales.

Cabe, en este punto, una objeción de lo más razonable, consistente en preguntarse por qué tantas personas inocentes han sufrido la muerte, sin que ninguna fuerza sobrenatural acudiera en su ayuda. Cualquier crimonólogo podría enumerar, sin pensárselo dos veces, una docena de casos en los que hombres inocentes han ido al patíbulo. ¿Por qué no fueron salvados? Todo lo que he escrito hasta ahora ha sido en vano, si no le ha permitido al lector contestar la pregunta por sí mismo. Si no hay medios físicos para hacerlo, en tal caso es imposible. Puede parecer injusto, pero no es más injusto que por ejemplo el hecho de que un buque provisto de radio pueda salvar a sus pasajeros, mientras que otro desaparece para siempre. El problema del sufrimiento inmerecido forma parte de ese problema más amplio, el de las funciones del dolor y de la maldad, que sólo puede explicarse suponiendo que ésa es la única manera de corregirse y elevarse espiritualmente, y que ese fin es tan grandioso, que los medios, en comparación, carecen de importancia. Debemos aceptar esta explicación provisional, si no queremos enfrentarnos al caos.

¿Pueden esas nebulosas fuerzas que vislumbramos por encima de nosotros y a nuestro alrededor, ser utilizadas en provecho del hombre? Sería degradante emplearlas para fines puramente materiales: en mi opinión, eso atraería sobre nosotros algún tipo de venganza; pero, allí donde los intereses de la justicia están en juego, estoy convencido de que podrían, en efecto, ser encauzadas hacia buenos propósitos. Y voy a ofrecer un buen ejemplo de ello.

Dos hermanos, Eugène y Paul Dupont, vivían, hace unos cincuenta años, en la calle Saint-Honoré de París. Eugène era banquero, y Paul hombre de letras. Eugène desapareció. Se hicieron todos los esfuerzos imaginables para encontrar su rastro, hasta que la policía, habiendo perdido toda esperanza de éxito, abandonó el caso. Pero Paul era un hombre tenaz, y en compañía de un amigo, Laporte, visitó a la señora Huerta, una conocida vidente, para solicitar su ayuda.

No sabemos si se entregaron a la vidente muchos objetos personales del desaparecido, del mismo modo que se dan a un sabueso para que siga una pista, pero fuese o no por medio de la psicometría, lo cierto es que la señora Huerta, en estado hipnótico, entró rápidamente en contacto con el pasado de los dos hermanos, a partir de la cena en la que se habían visto por última vez. Describió a Eugène, y siguió sus movimientos desde el momento en que salió del restaurante hasta que entró en una casa que fue identificada sin dificultad por sus oyentes, aunque ella no pudo darles el nombre de la calle. Refirió entonces cómo, dentro de la casa, Eugène Dupont había mantenido una entrevista con dos hombres, a los que describió; cómo había firmado cierto papel y recibido un legajo de billetes. Después de lo cual, le vio salir de la casa; vio cómo los dos hombres le seguían, y otros dos se unían a ellos, hasta que finalmente vio cómo los cuatro asaltaban al banquero, le asesinaban y tiraban su cuerpo al Sena.

A Paul, la narración le convenció, mientras que su amigo Laporte no le prestó crédito. Sin embargo, tan pronto como llegaron a casa, se enteraron de que el cadáver del desaparecido acababa de ser sacado del río y estaba expuesto en la Morgue. La policía, no obstante, se inclinaba por la hipótesis del suicidio, pues se le había encontrado en los bolsillos una importante cantidad de dinero. Pero Paul Dupont estaba mejor informado. Partió en busca de la casa, descubrió que sus habitantes negociaban con la empresa de su hermano, supo que estaban en posesión de un recibo por la cuantía de dos mil libras a cambio de billetes pagados a su hermano en la noche del crimen, billetes que no aparecían por ninguna parte. También se descubrió una carta fijando una cita.

Los dos hombres, padre e hijo, apellidados Dubuchet, fueron detenidos, y las piezas del rompecabezas que todavía faltaban pronto aparecieron. La agenda que estaba en posesión de Eugène Dupont en la noche del crimen fue localizada en el escritorio de Dubuchet. Se hallaron también otras pruebas, y finalmente los dos granujas fueron declarados culpables y condenados a cadena perpetua. La médium no fue llamada como testigo, alegando que no era consciente en el momento en que tuvo la visión, pero es indudable que sus revelaciones condujeron al descubrimiento de los asesinos.

Está claro, en este caso auténtico, que la policía se habría evitado muchas molestias y habría ganado mucho tiempo si hubiera empezado por consultar a la señora Huerta. Y si esto es obvio en este caso, ¿por qué no lo sería en muchos otros? Debería ser posible, en todo gran centro policial, recurrir al mejor vidente u otro médium disponible y utilizar sus servicios libremente, por si pudieran ser de alguna utilidad. Claro está que no son infalibles. Tienen sus días de escasa inspiración, y sus fallos. Jamás debería condenarse a un hombre basándose en la declaración de un médium como única prueba. Pero si se trata de sugerir, de dar pistas, para eso sus declaraciones pueden ser valiosísimas. En el caso del señor Foxwell, el agente de Bolsa que cayó en el Támesis hace algunos años, todo el mundo sabe que la forma en que murió, y el lugar en que aparecería su cuerpo, fueron descritos por Von Bourg, el vidente que utilizaba una bola de cristal.

Me arriesgo a afirmar que el mero conocimiento de que la policía cuenta con un aliado contra el cual hasta las más astutas precauciones resultan inútiles, sería, en sí mismo, un freno para el crimen premeditado. Esto resulta tan obvio, que si no fuera por vagos prejuicios científicos y religiosos, seguramente se habría hecho hace mucho tiempo. La adopción de esta medida puede ser uno de los primeros beneficios prácticos y materiales ofrecidos por la ciencia psíquica a la humanidad.

22. GRANDES ESPERANZAS
(CHARLES DICKENS)

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59

CAPÍTULO UNO

Siendo Pirrip el apellido de mi padre, y Philip mi nombre de pila, mi lengua infantil no alcanzó a hacer de ambas palabras nada más largo ni más explícito que Pip. Así, yo me llamé a mí mismo Pip, y por Pip vine a ser conocido de los demás.

Digo que Pirrip era el apellido de mi padre, fundándome en la autoridad de su losa sepulcral y en la de mi hermana, la señora Joe Gargery, casada con el herrero. Como nunca vi a mi padre ni a mi madre, ni retrato alguno suyo (pues vivieron mucho antes de inventarse la fotografía), mis primeras imaginaciones acerca de cómo habrían sido ellos nacieron, yo no sé por qué, de la contemplación de sus lápidas sepulcrales. La forma de las letras en la de mi padre me dio la extraña idea de que había sido un hombre recio, cuadrado, moreno, con el pelo negro y rizado. De los caracteres y estilo de la inscripción «Y Georgiana, esposa del arriba dicho», saqué la pueril deducción de que mi madre había sido pecosa y enfermiza. A las cinco pequeñas losas, de pie y medio de largo cada una, dispuestas en ordenada fila al lado de la sepultura y consagradas a la memoria de cinco hermanos míos (que abandonaron prematuramente la lucha por la vida), debo la creencia, que he conservado religiosamente, de que todos ellos habían nacido tumbados de espaldas con las manos en los bolsillos, y jamás, mientras estuvieron en este mundo, las habían sacado de allí.

Era la nuestra una región de marjales, cruzada por el río y distante unas veinte millas del mar. Creo que mi primera impresión vívida y clara de la identidad de las cosas data de un desapacible y memorable atardecer. Fue entonces cuando adquirí la certidumbre de que aquel erial cubierto de ortigas era el cementerio; de que Philip Pirrip, de esta parroquia, y también Georgiana, mujer del arriba dicho, estaban muertos y enterrados; de que Alexander, Bartholomew, Abraham, Tobias y Roger, niños hijos de los antedichos, estaban también muertos y enterrados; de que la llanura yerma y sombría del otro lado del cementerio, entrecortada por diques y zanjas y barreras, y donde se veía algún ganado paciendo, eran los marjales; de que el cubil salvaje y lejano de donde salía furioso el viento era el mar; y de que el pequeño montón de escalofríos que se iba asustando de todo ello y se echaba a llorar, era Pip.

—¡Cállate! —gritó una voz terrible, al tiempo que un hombre salía de pronto por entre las sepulturas junto al porche de la iglesia—. ¡Estáte quieto, pequeño demonio, o te degüello!

Era un hombre espantoso, vestido de burdo paño gris, que llevaba un gran hierro en la pierna. Un hombre sin sombrero, con los zapatos rotos y un trapo viejo atado a la cabeza. Un hombre empapado en agua y cubierto de lodo, con los pies lastimados por las piedras, herido por los pedernales, punzado por las ortigas y desgarrado por las zarzas; que cojeaba y tiritaba y gruñía y echaba lumbre por los ojos; y cuyos dientes entrechocaban cuando me agarró por la barbilla.

—Oh, no me degüelle, señor —supliqué, aterrorizado—. ¡Por Dios, no lo haga!

—¿Cómo te llamas? —dijo el hombre—. ¡Pronto!

—Pip, señor.

—Otra vez —dijo el hombre, mirándome fijamente—. ¡Repítelo!

—Pip, Pip, señor.

—Muéstrame dónde vives —ordenó el hombre—. Indícame el lugar.

Señalé donde estaba nuestro pueblo, en la ribera baja, entre alisos y árboles desmochados, a una milla o más de la iglesia.

El hombre, tras contemplarme un momento, me volvió boca abajo y me vació los bolsillos. No había otra cosa en ellos que un pedazo de pan. Cuando la iglesia volvió a estar derecha —pues la cosa fue tan brusca y violenta que el paisaje dio una vuelta completa ante mis ojos y llegué a ver el campanario debajo de mis piernas—, cuando la iglesia volvió a estar derecha, digo, yo estaba sentado sobre una alta losa sepulcral, temblando, mientras él comía vorazmente el pan.

—Perro —dijo el hombre, lamiéndose los labios—, qué gordas tienes las mejillas.

Creo que, en efecto, las tenía así, aunque en aquel tiempo era pequeño para mi edad, y no muy fuerte.

—Que me condene si no sería capaz de comérmelas —dijo el hombre meneando la cabeza de un modo amenazador—, y si no me siento con ganas de hacerlo.

Le expresé ansiosamente mi esperanza de que no lo hiciera, y me agarré fuerte a la piedra en que él me había subido; en parte para no caer, y en parte para contener mi llanto.

—¡Y ahora, óyeme! —dijo el hombre—. ¿Dónde está tu madre?

—Aquí, señor —respondí.

Él se sobresaltó, echó a correr y luego se detuvo, mirando por encima del hombro.

—¡Aquí, señor! —expliqué medrosamente—. «Y también Georgiana». Ésta es mi madre.

—¡Oh! —dijo él, volviendo—. Y ¿está tu padre aquí con tu madre?

—Sí, señor —dije yo—; él también; «de esta parroquia».

—¡Ah! —murmuró entonces, con aire reflexivo—. ¿Con quién vives?… suponiendo que quiera dejarte con vida, ¡que aún no sé si lo haré!

—Con mi hermana, señor; la señora Joe Gargery, la mujer de Joe Gargery, el herrero, señor.

—Herrero, ¿eh? —dijo, y se miró a la pierna. Después de mirarse la pierna y de mirarme a mí, una y otra vez, se acercó más a mi losa sepulcral, me cogió por ambos brazos y me echó hacia atrás todo lo que pudo sin soltarme, de manera que sus ojos se clavaban poderosamente en los míos desde arriba y los míos se levantaban hacia los suyos con el mayor desaliento.

—Ahora atiende —dijo—, pues se trata de saber si voy a dejarte o no con vida. ¿Tú sabes lo que es una lima?

—Sí, señor.

—¿Y sabes lo que es comida?

—Sí, señor.

Después de cada pregunta me empujaba un poco más hacia atrás, como para darme una mayor sensación de impotencia y peligro.

—Vas a procurarme una lima. —Me empujó un poco más—. Y me vas a procurar comida. —Me empujó un poco más—. De lo contrario te arrancaré el hígado y el corazón. —Y me empujó un poco más.

Yo estaba terriblemente asustado, y la cabeza se me iba, se me iba de tal modo que me agarré a él con ambas manos y dije:

—Si tuviera la bondad de dejarme poner derecho, señor, quizá no me sentiría tan mareado y podría atender mejor.

Me hizo dar otra voltereta y me zarandeó de un modo tan tremendo que la iglesia saltó sobre su propia veleta. Después me sostuvo por los brazos de pie sobre la losa y continuó en estos horrendos términos:

—Mañana por la mañana, temprano, me vas a traer la lima y la comida. Me lo traerás todo a aquella vieja batería de allí abajo. Si lo haces sin atreverte a decir jamás una palabra o hacer un signo que pueda dar a entender que me has visto o que has visto a nadie, se te dejará con vida. Pero no lo hagas o apártate de mis instrucciones en algún detalle por pequeño que sea, y verás cómo alguien te arranca el hígado y el corazón, los asa y se los come. Te advierto que no estoy solo, como podrías figurarte. Hay un joven escondido conmigo; comparado con él yo soy un ángel. Este joven está oyendo ahora lo que digo. Este joven tiene una manera secreta, que sólo él conoce, de llegar hasta un niño y arrancarle el hígado y el corazón. Es inútil que un niño pretenda esconderse de este joven. Un niño puede haber cerrado su puerta con llave, puede estar metido en su cama, puede arroparse bien, puede subirse el embozo hasta la cabeza, pero aquel joven hallará manera de irse acercando hasta él y abrirle en canal. Ahora mismo, me cuesta gran trabajo contener a este joven para que no te haga daño. Me cuesta mucho impedir que te llegue a las entrañas. Bien, ¿qué me dices?

Le dije que le procuraría la lima y las cosas de comer que pudiera encontrar, y que se lo traería todo a la batería por la mañana temprano.

—¡Di que Dios te mate si no lo haces! —dijo el hombre.

Lo dije, y él me bajó de la losa.

—¡Ahora —prosiguió—, recuerda lo que has prometido, piensa en este joven y vete a casa!

—Buenas noches, señor —balbucí yo.

—¡Y tan buenas! —dijo él volviéndose a mirar la fría y mojada llanura—. ¡Si al menos fuese yo una rana! ¡O una anguila!

Al mismo tiempo ciñó con ambos brazos su propio cuerpo estremecido —como si se estrechase a sí mismo para no caerse a pedazos— y se fue cojeando hasta el bajo muro de la iglesia. Mientras se alejaba buscando su camino por entre las zarzas y las ortigas verdes, les parecía a mis ojos infantiles que tratase de evitar que las manos de los muertos, saliendo cautelosamente de sus tumbas, le agarraran por los tobillos y lo arrastrasen hacia dentro.

Al llegar al muro bajo de la iglesia, lo saltó, como el que tiene las piernas yertas y ateridas, y después se volvió a mirarme. Cuando le vi volverse tomé el camino de mi casa, corriendo todo lo que mis piernas me permitían. Pero al poco rato miré por encima del hombro y le vi andando otra vez hacia el río, abrigándose todavía con los brazos, y tentando con los lastimados pies el camino entre las grandes piedras diseminadas por los marjales para servir de pasaderas cuando llovía demasiado o cuando subía la marea.

Los marjales no eran más que una larga y negra línea horizontal cuando me detuve a mirar si aún le veía, y el río no era más que otra línea horizontal, no tan ancha pero igualmente negra, y el cielo no era más que un amasijo de encendidas líneas rojas y densas líneas negras entremezcladas. A la orilla del río, podía vagamente distinguir las dos únicas cosas que en todo aquel paisaje parecían estar derechas; una de ellas era el faro por el que se guiaban los marineros —parecido a un tonel sin aros sobre un poste—, muy feo visto de cerca; la otra, una horca de la cual colgaban unas cadenas que una vez habían tenido suspendido el cuerpo de un pirata. El hombre se dirigía cojeando hacia esta última, como si fuese el mismo pirata resucitado, que se hubiera descolgado, y volviera para ahorcarse de nuevo. Se me heló la sangre al ocurrírseme esto; y al ver cómo las vacas levantaban la cabeza para mirarle, me pregunté si ellas pensaban lo mismo. Traté de descubrir al joven sin que viese señal alguna de él. Pero ahora volvía a estar aterrorizado y corrí hacia casa sin detenerme.

CAPÍTULO DOS

Mi hermana, la señora de Joe Gargery, tenía veinte años más que yo, y se había ganado gran fama entre los vecinos porque me había criado «a fuerza de mano». Habiendo tenido que descubrir por mí mismo el significado de esta expresión, y hallando que mi hermana tenía la mano dura y pesada, y acostumbraba descargarla sobre su marido tanto como sobre mí, vine a deducir que tanto Joe como yo habíamos sido criados a fuerza de mano.

Mi hermana no era ninguna belleza; y yo tenía la impresión general de que debía de haber conducido a Joe al matrimonio a fuerza de mano. Joe era un hombre guapo, con el plácido rostro oreado con rizos rubios y los ojos de un azul tan desvaído que parecía que las pupilas se le hubieran mezclado con el blanco. Era un muchacho pacífico, complaciente, acomodadizo, algo simple: una especie de Hércules por la fuerza, y también por la debilidad.

Mi hermana, la señora Joe, con el cabello y los ojos negros, tenía en el cutis una rojez tan dominante que yo a veces me preguntaba si no sería posible que usara para lavarse, en vez de jabón, un rallador. Era alta y huesuda, y siempre llevaba puesto un tosco delantal sujeto por detrás con dos presillas y provisto por delante de un pechero cuadrado inexpugnable, erizado de agujas y alfileres. De llevar siempre este delantal, hacía ella un gran mérito para sí y un fuerte reproche para Joe. Aunque yo no veo en realidad para qué tenía que llevarlo, y si lo llevaba, por qué no podía quitárselo cada día de su vida.

La herrería de Joe estaba contigua a nuestra casa, que era de madera, como lo eran muchas viviendas de nuestro país —la mayor parte, en aquel tiempo—. Cuando llegué corriendo del cementerio, la herrería estaba cerrada. Y Joe estaba sentado, solo, en la cocina. Como Joe y yo éramos compañeros de fatigas y, como tales, teníamos nuestras confidencias, Joe me hizo una tan pronto levanté el picaporte y atisbé por la abertura de la puerta, frente a la cual estaba él sentado, en el rincón de la chimenea.

—La señora Joe ha salido a buscarte, Pip, una docena de veces, y ahora ha vuelto a salir a hacer la del fraile.

—¿De veras?

—Sí, Pip —dijo Joe—; y lo que es peor, se ha llevado a Tickler.

Al oír esta aciaga noticia me quedé muy abatido mirando al fuego y dando vueltas al único botón de mi chaleco. Tickler era un trozo de caña encerado y bruñido por sus frecuentes colisiones con mi cuerpo.

—Estaba sentada —dijo Joe— y de pronto se levantó, agarró a Tickler y salió alborotada. Esto es lo que hizo —repitió Joe, escarbando lentamente el fuego con el hurgón y contemplando las brasas—. Salió alborotada, Pip.

—¿Hace mucho que salió, Joe? —Siempre le trataba como una especie de niño grande, que no dejaba de ser un igual mío.

—Bueno —respondió Joe, mirando el reloj—, esta última vez debe de hacer cinco minutos que está alborotando, Pip. ¡Ahora vuelve! Ponte detrás de la puerta, muchacho, y resguárdate con el toallero.

Seguí su consejo. Mi hermana, la señora Joe, abriendo la puerta de un empujón y encontrando un obstáculo detrás, inmediatamente adivinó la causa, y mandó a Tickler a completar la investigación. Terminó por arrojarme —yo le servía a menudo de proyectil conyugal— sobre Joe, quien, contento de apoderarse de mí de cualquier modo que fuese, me hizo pasar al lado de la chimenea y disimuladamente me hizo una barrera con su enorme pierna.

—¿Dónde has estado tú, mico? —dijo la señora Joe pataleando—. O me dices en seguida lo que has estado haciendo para que yo me consumiese de enojo y de susto y de ansiedad, o te he de arrancar de este rincón aunque fueses tú cincuenta Pips y éste cien Gargerys.

—No he ido más que al cementerio —dije desde mi taburete, llorando y restregándome las ronchas.

—¡Al cementerio! —repitió mi hermana—. De no ser por mí, tiempo hace que estarías tú en el cementerio, y para siempre. ¿Quién te crió a fuerza de mano?

—Tú —dije yo.

—¿Y por qué lo hice? ¡Eso quisiera saber! —exclamó mi hermana.

—No lo sé —gemí.

—¡Yo soy quien no lo sabe! —dijo mi hermana—. ¡Pero no me cogerán en otra! Eso sí que lo sé. Puedo decir en verdad que no me he quitado este delantal desde que naciste. No me basta con ser la mujer de un herrero (y de un Gargery, además) que aún tengo que ser tu madre.

Mis pensamientos se desviaron de esta cuestión mientras contemplaba el fuego desconsoladamente. Porque el fugitivo de los marjales con su hierro en la pierna, el joven misterioso, la lima, la comida, el terrible compromiso en que me hallaba de cometer un latrocinio bajo aquel techo protector, todo se levantaba contra mí de entre las brasas vengadoras.

—¡Ah! —dijo la señora Joe, volviendo a Tickler a su lugar—. ¿Al cementerio, decís? Podéis hablar del cementerio, vosotros dos. —Por cierto que uno de nosotros no había dicho nada—. Es a mí a quien llevaréis al cementerio entre ambos, un día de éstos; y bonita pareja haréis cuando no me tengáis.

Mientras ella se aplicaba a disponer las cosas para el té, Joe me miró por encima de su pierna como si estuviese comparando nuestras tallas y calculando qué clase de pareja haríamos en las aflictivas circunstancias pronosticadas. Luego empezó a acariciarse las rubias patillas y los rizos del lado derecho, mientras seguía con sus ojos azules los movimientos de la señora Joe, como tenía por costumbre cuando había borrasca.

Mi hermana tenía una manera brusca de prepararnos nuestro pan con mantequilla que nunca variaba. Primero con la mano izquierda sujetaba fuertemente el pan contra su pechero… donde a veces se clavaba un alfiler o una aguja que luego nos encontrábamos en la boca. Después, tomaba algo de mantequilla (no mucha) con un cuchillo, y la extendía sobre el pan a la manera de un boticario cuando hace un emplasto, usando ambas caras del cuchillo con prodigiosa destreza, y ajustando y moldeando la mantequilla alrededor de la corteza. Después, daba al cuchillo un enérgico restregón final en el canto del emplasto y aserraba una gruesa rodaja de pan que, finalmente, antes de separarla del todo, dividía en dos mitades: una para Joe y otra para mí.

En aquella ocasión, aunque me acuciaba el apetito, no osaba comer mi pedazo. Comprendía que debía tener algo reservado para mi temible conocido y su compañero, el todavía más temible joven. Sabía que la señora Joe era una administradora de las más rígidas, y que podía muy bien ocurrir que mis culpables pesquisas no hallasen nada de provecho en la despensa. En consecuencia, resolví guardar mi pedazo de pan con mantequilla en una pernera del pantalón.

El esfuerzo que tuve que hacer para mantener y cumplir esta resolución resultó tremendo. Fue como si me hubiese decidido a arrojarme desde el tejado de una casa muy alta o a zambullirme en unas aguas profundas. Y Joe, inconsciente, me lo hacía más difícil. En nuestra ya mencionada masonería de compañeros de fatigas, y en su bondadosa camaradería para conmigo, habíamos tomado la costumbre de comparar todas las noches la manera en que hacíamos desaparecer nuestros pedazos de pan, ofreciéndolos silenciosamente de vez en cuando, a nuestra mutua admiración, lo cual estimulaba nuestros esfuerzos. Aquella noche, Joe me invitó varias veces con la exhibición de su pedazo de pan, que disminuía rápidamente, a entrar en la amistosa competencia de costumbre; pero cada vez me encontró con mi taza de té sobre una de las rodillas y mi pan intacto sobre la otra. Al cabo consideré, con desesperación, que no tenía más remedio que hacer lo que me proponía y que sería mejor hacerlo de la manera menos improbable que permitían las circunstancias. Aproveché un momento en que Joe acababa de mirarme, y me metí el pan en la pernera del pantalón.

Joe estaba evidentemente inquieto por lo que suponía mi falta de apetito y dio a su pedazo de pan un mordisco distraído que no pareció proporcionarle ninguna satisfacción. Lo revolvió en la boca, más tiempo que de costumbre y, después de cavilar un buen rato, lo engulló todo como si fuese una píldora. Iba a tomar otro bocado y acababa de ladear la cabeza para abarcar un buen trozo, cuando sus ojos dieron conmigo y vio que todo mi pan había desaparecido.

El pasmo y la consternación con que Joe se detuvo en medio de su acción y se quedó mirándome fueron demasiado manifiestos para escapar a la observación de mi hermana.

—¿Qué ocurre ahora? —dijo con acritud, dejando su taza sobre la mesa.

—¡Pero criatura! —murmuró Joe, moviendo la cabeza con aire de seria reconvención—. ¡Pip! Te va a hacer daño. Se te atascará en algún sitio. Es imposible que lo hayas masticado, Pip.

—Bueno, ¿qué pasa? —repitió mi hermana con más acritud que antes.

—Si puedes devolver una parte tosiendo, te aconsejo que lo hagas —dijo Joe—; los modales son los modales, pero la salud es lo primero.

En ese momento, mi hermana, completamente desesperada, se arrojó sobre Joe, y asiéndole por las patillas estuvo un rato haciéndole chocar de cabeza contra la pared; mientras tanto yo permanecía sentado en mi rincón mirando con expresión culpable.

—Bueno, tal vez ahora me dirás lo que pasa —dijo mi hermana, jadeante—, cabeza de cerdo embobado.

Joe levantó los ojos hacia ella con desaliento; con el mismo desaliento tomó otro bocado y se volvió hacia mí.

—¿Sabes, Pip? —dijo solemnemente Joe, con su último bocado en un carrillo y hablando en tono confidencial, como si estuviéramos completamente solos—, tú y yo siempre seremos amigos, y yo sería el último en delatarte. ¡Pero una… —movió su silla, miró el espacio de suelo que mediaba entre nosotros y luego a mí otra vez— una engullida tan extraordinaria como ésta!

—¿Ha estado engullendo el pan? —exclamó mi hermana.

—¿Sabes, querido? —dijo Joe, mirándome a mí y no a la señora Joe, con el bocado todavía en el carrillo—, yo mismo engullía cuando tenía tu edad (muy a menudo) y de muchacho he sido de los mayores engullidores; pero jamás había visto una engullida como la tuya, Pip, y ha sido un favor de Dios que no hayas caído muerto.

Mi hermana se echó sobre mí y me pescó por los cabellos; sin decir nada más que estas horrendas palabras:

—Ven a que te dé la medicina.

Algún bestia de médico había resucitado en aquellos días el agua de alquitrán como un magnífico remedio, y la señora Joe guardaba siempre una provisión de ella en la alacena, pues tenía fe en sus virtudes, proporcionada a lo horrible de su sabor. Había veces en que se me administraba tal cantidad de aquel elixir, como reconstituyente de primer orden, que yo tenía conciencia de ir por el mundo oliendo como una valla nueva. Aquella noche la urgencia del caso requería un cuartillo de aquel brebaje, que me echaron al gaznate, mientras, para mayor comodidad mía, la señora Joe me tenía sujeta la cabeza debajo de su brazo, igual que una bota puesta en un sacabotas. Joe escapó con medio cuartillo, y lo tuvo que tomar (con gran disgusto suyo y mientras estaba sentado mascullando y meditando ante el fuego) porque se le había revuelto el estómago. A juzgar por lo que a mí me ocurría, se le revolvió con toda certeza después, si no se le había revuelto antes.

La conciencia es una cosa terrible cuando acusa a quienquiera que sea: hombre o niño. Pero cuando, en el caso de un niño, aquel peso secreto coopera con otro peso secreto en la pernera de sus pantalones, es, como puedo atestiguarlo, un gran castigo. El culpable convencimiento de que iba a robar a la señora Joe —nunca pensé que fuera a robar a Joe, porque nunca pensé que nada de la casa fuese suyo—, unido a la necesidad de mantener siempre una mano sobre mi pan cuando estaba sentado o cuando andaba por la cocina en cumplimiento de algo que se me ordenase, casi me volvió loco. Luego, cuando el viento de los marjales reanimó el fuego y avivó las llamas, creí oír afuera la voz del hombre del grillete en la pierna que me había hecho jurar el secreto, declarando que no podía ni quería estar hambriento hasta mañana y que tenía que comer en seguida. Otras veces pensaba: ¡Y si el joven a quien él con tanta dificultad mantuvo alejado de mí, cedía a la impaciencia de la naturaleza o equivocaba el tiempo, y se creía con derecho a mi hígado y mi corazón esta noche en vez de mañana! Si alguna vez el terror hizo erizar el cabello de alguien, el mío debió erizarse entonces. Pero tal vez esto no sucede nunca.

Era la víspera de Navidad, y yo tenía que menear con la varita de cobre el pudín del día siguiente, desde las siete hasta las ocho en punto. Traté de hacerlo llevando mi peso en la pierna (y esto me hizo pensar de nuevo en el peso de su pierna) y me di cuenta de que no había manera de dominar la tendencia de aquel ejercicio a hacer asomar el pan por encima de mi tobillo. Afortunadamente, pude escurrirme y depositar aquella parte de mi conciencia en mi cuartito del ático.

—¡Oye! —dije, cuando hube terminado mi tarea, y mientras me calentaba en el rincón de la chimenea, antes de que me mandasen a la cama—. ¿Son cañonazos esto, Joe?

—¡Ah! —dijo Joe—. Otro forzado que anda suelto.

—¿Qué quiere decir esto, Joe? —pregunté.

La señora Joe, que siempre tomaba a su cargo las explicaciones, dijo, en tono regañón: «¡Escapado, escapado!», administrando la definición como si fuese agua de alquitrán.

Mientras la señora Joe tenía la cabeza inclinada sobre su costura, yo hice con la boca los movimientos de preguntar:

—¿Qué es un forzado?

Joe hizo con la suya señales de darme una respuesta tan complicada, que sólo pude entender una sola palabra: «Pip».

—Anoche se escapó un forzado —dijo Joe en voz alta— después del cañonazo de la puesta de sol. Y dispararon para dar aviso de ello. Y parece que hoy están disparando por otro.

—¿Y quién dispara? —pregunté.

—¡Demonio de chico! —interpuso mi hermana, mirándome ceñuda por encima de su labor—. ¡Qué preguntón es! No hagas preguntas, y no te dirán mentiras.

No me pareció muy cortés para consigo misma, el suponer que había de decir mentiras, aunque fuera yo quien preguntase. Pero ella nunca se mostraba cortés, a no ser que hubiera visitas.

En este punto, Joe aumentó grandemente mi curiosidad, abriendo la boca como para decir una palabra que me pareció «mal humor». Así es que moví la mía como diciendo: «Ella». Pero Joe hizo como si no lo viera, y volvió a abrir toda la boca y trató de imitar muy distintamente la pronunciación de la palabra, a pesar de lo cual no entendí nada.

—Señora Joe —dije yo, como último recurso—, me gustaría saber, si no le importa mucho, ¿de dónde vienen los cañonazos?

—¡Bendito sea el niño! —exclamó mi hermana, como si no quisiera decir esto, sino todo lo contrario—. De los pontones.

—¡Oh! —dije, mirando a Joe—. ¡Pontones!

Joe tosió en tono de reproche, como diciendo: «Bien, ya te lo había dicho».

—Y, por favor, ¿qué son los pontones? —pregunté.

—¡Así es él! —exclamó mi hermana, apuntándome con la aguja enhebrada y amenazándome con la cabeza—. Respóndele a una pregunta y enseguida os hará otras doce. Los pontones son unos barcos que sirven de prisión al otro lado de los marjales.

—No sé a quiénes meten en esos barcos y por qué los meten allí —dije yo, como hablando en general, y con serena desesperación.

Esto era ya demasiado para la señora Joe, quien inmediatamente se levantó:

—¡Te lo voy a decir, jovencito! —dijo—. No te he criado a fuerza de mano para que fastidies a todo el mundo. Si lo hubiese hecho, sería en mí una falta y no un mérito. Meten a las personas en los pontones porque asesinan, y porque roban, y porque falsifican, y hacen toda clase de cosas malas; y siempre empiezan haciendo preguntas. Y ahora, ¡vete a la cama!

Nunca se me concedía una vela para irme a la cama, y mientras subía a oscuras la escalera, con un hormigueo en la cabeza —debido a que el dedal de la señora Joe había estado tamborileando en ella, para acompañar sus últimas palabras—, caí despavorido en la cuenta de la gran conveniencia de tener los pontones tan a mano. Yo estaba, evidentemente, en el camino que a ellos conducía. Había empezado haciendo preguntas, e iba a robar a la señora Joe.

Desde aquel momento, tan lejano ahora, he pensado a menudo que pocos conocen cuánta reserva puede caber en un niño sometido al terror. Por irracional que sea su terror, mientras sea terror. Yo sentía un miedo mortal de aquel joven que quería comérseme las entrañas; sentía un miedo mortal de mi interlocutor del grillete en la pierna; sentía un miedo mortal de mí mismo a causa de la terrible promesa que me habían arrancado; no tenía esperanza de socorro por parte de mi todopoderosa hermana, que me rechazaba a cada punto; me horroriza pensar lo que habría sido capaz de hacer, si me lo hubiesen exigido, en mi secreto terror.

Si llegué a dormir aquella noche, fue sólo para imaginarme flotando en el río, arrastrado hacia los pontones por una fuerte marea; y que, al pasar por el patíbulo, un pirata fantasma me gritaba con una bocina que más me valía salir a la orilla y que me ahorcasen ya, antes que aplazarlo más. Tenía miedo de dormir porque, aunque hubiera tenido sueño, sabía que, al primer resplandor del alba, tenía que robar la despensa. Nada podía hacer durante la noche, porque en aquel tiempo no se podía obtener luz con sólo frotar un fósforo; para tener luz, habría tenido que golpear el pedernal con un eslabón, y habría hecho un ruido como el del mismo pirata cuando hacía rechinar sus cadenas.

Tan pronto como la aterciopelada negrura que se percibía a través de mi ventana empezó a rayarse de gris, me levanté y bajé a la cocina, en tanto que cada tabla de la escalera y cada grieta en cada tabla gritaban tras de mí: «¡Al ladrón!» y «levántese, señora Joe». En la despensa, que estaba mejor provista que de costumbre, debido a la época del año, me llevé un gran susto por culpa de una liebre colgada por las patas, a la cual me pareció sorprender guiñándome un ojo, mientras estaba medio vuelto de espaldas. No tuve tiempo para cerciorarme de lo que había, ni para escoger, ni para nada, porque se me hacía tarde. Robé un poco de pan, unas cortezas de queso, medio tarro de carne picada (que envolví en mi pañuelo junto con mi pan de la víspera), algo de brandy de una botella de barro (que vertí en un frasco de vidrio que había usado en secreto para hacer, arriba en mi cuarto, aquel fluido embriagador que llamamos agua de regaliz, cuidando después de rellenar la botella de barro con el contenido de un jarro que hallé en la alacena), y cogí, además, un hueso de jamón con muy poca carne y un hermoso y compacto pastel de cerdo. Estuve a punto de irme sin el pastel, pero me sentí tentado de encaramarme a un anaquel para ver qué era lo que tan cuidadosamente estaba guardado en una cazuela tapada que había en un rincón y, viendo que era el pastel, me lo llevé con la esperanza de que no estuviera previsto que nos lo comiéramos en seguida y de que no se echara en falta hasta pasado algún tiempo.

Había en la cocina una puerta que comunicaba con la herrería; di vuelta a la llave, descorrí el cerrojo y cogí una lima de entre las herramientas de Joe. Después volví a dejar los cerrojos como los había encontrado y, abriendo la puerta por donde había entrado la víspera al volver a casa, la cerré y eché a correr hacia los brumosos marjales.

CAPÍTULO TRES

Era una mañana fría y muy húmeda. Había visto chorrear la humedad por el exterior de mi ventanilla como si un duende hubiese estado llorando allí toda la noche y usado mis cristales como pañuelo. Ahora veía la humedad extendida sobre los setos desnudos y la mezquina hierba, formando unas a modo de gruesas telarañas que colgaban de brizna en brizna y de rama en rama. En cada barrera y en cada portillo el agua se hacía pegajosa, y la niebla de los marjales era tan espesa que el brazo de madera del poste que indicaba a los forasteros la dirección de nuestro lugar —dirección que nunca seguían, porque no venía allí nadie— permaneció invisible para mí hasta que casi estuve debajo de él. Y entonces, al levantar los ojos y verlo gotear, parecióle a mi conciencia oprimida un fantasma que me condenase a los pontones.

La niebla era aún más espesa cuando salí a los marjales, de manera que, en vez de correr yo hacia las cosas, parecía que las cosas corrieran hacia mí. Esto era muy enojoso para un espíritu culpable. Los portillos, las zanjas y los ribazos me salían bruscamente al paso como si gritasen con toda claridad: «¡Un muchacho que ha robado un pastel de cerdo! ¡Detenedle!». Las vacas se me echaban encima con parecida precipitación, como si me dijeran con su mirada muy fija y sus narices humeantes: «¡Eh! ¡Ladroncillo!». Un buey negro, con corbata blanca —que hasta tenía para mi conciencia excitada cierto aire curialesco—, me clavó tan obstinadamente la vista y volvió su maciza cabeza de una manera tan acusadora al pasar yo, que le dije gimoteando:

—¡No he podido evitarlo, señor! ¡No lo he cogido para mí! —Y entonces él bajó la cabeza, resopló, arrojando una nube de vapor por sus narices y desapareció dando una coz y meneando la cola.

Mientras tanto, yo me iba acercando al río; pero por deprisa que fuese, no podía calentarme los pies, a los cuales la fría humedad parecía remachada como estaba remachado el hierro a la pierna del hombre a cuyo encuentro corría. Conocía bastante bien el camino de la batería, porque había estado allí un domingo con Joe, y Joe, sentado sobre un viejo cañón, me había dicho que cuando yo fuese su aprendiz con todas las de la ley, tendríamos allí nuestros holgorios. Sin embargo, confundido con la niebla, acabé por encontrarme desviado a la derecha y tuve que buscar el camino retrocediendo a lo largo de la orilla del río, entre las piedras sueltas sobre el lodo y las estacas que servían para señalar la marea. Andando por allí a toda prisa, acababa de cruzar una zanja que sabía muy cercana a la batería, y de trepar a un montículo inmediato, cuando vi al hombre sentado ante mí. Estaba vuelto de espaldas, tenía los brazos cruzados y daba cabezadas, agobiado por el sueño.

Pensé que estaría más contento si aparecía ante él con su almuerzo de aquella manera inesperada; así pues, me llegué a él de puntillas y le toqué el hombro. Se levantó de un salto, ¡y no era el mismo hombre, sino otro!

Y, no obstante, este hombre iba también vestido de burdo paño gris, y llevaba un gran hierro en la pierna, y cojeaba y estaba ronco y temblaba de frío, y era en todo igual al otro; sólo que no tenía el mismo rostro y llevaba un sombrero de fieltro bajo de copa y ancho de alas. Vi todo esto en un momento, porque tuve un momento para verle; me lanzó un juramento, me lanzó un golpe —fue un golpe vago y débil que no me alcanzó y que casi le echó de bruces, pues le hizo tropezar— y luego corrió a zambullirse en la niebla, tropezando dos veces mientras corría, y desapareció.

«Es el joven», pensé, sintiendo, al identificarle, una punzada en el corazón. Con toda seguridad, habría sentido también una punzada en el hígado, si hubiese sabido dónde lo tenía.

Pronto, sin embargo, llegué a la batería, y allí encontré al hombre que buscaba, abrazándose a sí mismo y cojeando de un lado a otro como si toda la noche no hubiera dejado de abrazarse y cojear. Me esperaba. Debía de estar terriblemente helado. Casi temí verle caer ante mí muerto de frío. Sus ojos, además, delataban un hambre tan espantosa, que cuando le entregué la lima, pensé que habría tratado de comérsela, si no hubiese visto mi lío. No me volvió boca abajo esta vez para quitarme lo que llevaba, sino que me dejó de pie mientras yo abría el hatillo y vaciaba mis bolsillos.

—¿Qué hay en la botella, muchacho? —preguntó.

—Brandy —respondí.

Ya estaba echándose la carne picada al gaznate de una manera muy curiosa —más como si la estuviese guardando presuroso en algún sitio, que como si la estuviese comiendo—, pero la dejó para beber del licor. Y todo el rato temblaba tan violentamente que tenía dificultad en conservar el gollete de la botella entre los dientes sin romperlo.

—Me parece que ha cogido usted calentura —dije.

—Lo mismo creo yo, muchacho —respondió.

—Es mala cosa estar ahí —le dije—. Ha pasado usted la noche en los marjales y éstos son el demonio para dar las fiebres. Y para pescar un reuma.

—Pues antes de que me maten, voy a desayunar —dijo él—. Lo haría aunque después tuvieran que colgarme de aquella horca de allí abajo. Ya venceré los temblores, te lo aseguro.

Engullía carne picada, jamón, pan, queso y pastel de cerdo, todo a la vez, mirando entretanto recelosamente la niebla que nos rodeaba e interrumpiéndose —interrumpiendo hasta el movimiento de sus quijadas— para escuchar. Algún sonido real o imaginario, algún ruido en el río o el resoplido de una res en los marjales, le sobresaltó y le hizo decir, de pronto:

—¿No eres un diablillo traidor? ¿No has traído a nadie contigo?

—¡No, señor! ¡No!

—¿Ni le has dicho a nadie que te siguiera?

—¡No!

—Bien —dijo—. Te creo. Serías un sabueso bien feroz, si a tus años fueses capaz de ayudar a la caza de un pobre bicho acorralado, tan cercano como yo a la muerte y al muladar.

Algo sonó en su garganta, como si tuviera dentro una máquina de reloj que fuese a dar la hora, y el hombre se pasó la andrajosa manga por los ojos.

Compadecido de su desolación y, viendo cómo gradualmente iba haciendo desaparecer el pastel, me atreví a decir:

—Me alegra que sea de su gusto.

—¿Has dicho algo?

—Decía que me alegra que sea de su gusto.

—Sí, lo es. ¡Gracias, muchacho!

A menudo me había entretenido viendo comer a un perrazo que teníamos, y ahora notaba una marcada semejanza entre la manera de comer del perro y la del hombre. El hombre daba fuertes y repentinos mordiscos, igual que el perro. Tragaba, o mejor dicho, arrebataba cada bocado, demasiado pronto y demasiado de prisa; y miraba de través a uno y otro lado mientras comía, como si creyera que había peligro, en todas direcciones, de que alguien viniera a quitárselo. Estaba demasiado inquieto para saborearlo con tranquilidad o para que nadie pudiese acercársele, pensé yo, sin que él le diera un mordisco. En todo lo cual se parecía mucho al perro.

—Temo que no deje usted nada para él —dije tímidamente, después de un silencio durante el cual había estado dudando si sería o no cortés hacer la observación—. No queda ya nada que yo pueda sacar de donde he cogido esto. —Era la certidumbre de este hecho lo que me impulsaba a hacer la insinuación.

—¿Dejar nada para él? ¿Quién es él? —dijo mi amigo, dejando de morder el pastel.

—El joven. Aquel de quien me habló usted. El que estaba escondido con usted.

—¡Ah, ya! —replicó, con bronca risa—. ¿Él? Sí, sí. Él no necesita comida.

—Pensé que tenía cara de necesitarla —dije yo.

El hombre dejó de comer y, con expresión sorprendida, me lanzó una mirada escrutadora.

—¿Que tenía cara de necesitarlo? ¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Dónde?

—Allí —dije, señalándolo—; allí abajo, donde le encontré dando cabezadas y le tomé por usted.

El hombre me agarró por el cuello y me miró de tal modo que empecé a pensar que había vuelto a acometerle su primera idea de cortarme el pescuezo.

—Vestido como usted, ¿sabe?, pero con un sombrero —expliqué, temblando—; y… y… —quería decirlo con delicadeza—, y con… la misma razón para desear una lima. ¿No oyó usted el cañón anoche?

—Entonces, ¡era el cañón! —dijo, para consigo mismo.

—Me extraña que no estuviese usted seguro de ello —respondí—, porque lo oímos desde casa, que está más lejos y además teníamos cerradas las puertas y ventanas.

—¡Oh, verás! —dijo—. Cuando un hombre anda solo por estos llanos, con la cabeza débil y el estómago vacío, muerto de frío y de necesidad, no oye más que disparos de cañón y voces que gritan. Y no solamente oye. Ve a los soldados, con sus casacas rojas, alumbrados por las antorchas, que le rodean. Oye gritar su número, oye cómo le llaman, oye el ruido de los fusiles, las voces de mando: «¡Prepárense! ¡Ahora! ¡Apuntadle bien!», y siente que le ponen la mano encima… ¡y no hay nada! Y no ha sido sólo un destacamento de perseguidores lo que he visto anoche, avanzando en formación, malditos sean, con su tram tram. Un centenar he visto. ¡Y en lo que a cañonazos se refiere!, hasta después de clarear el día, he visto la niebla agitada por los disparos… Pero este hombre —había dicho todo lo anterior como si hubiese olvidado mi presencia—, ¿has notado algo en él?

—Tenía el rostro lleno de magulladuras —dije, recordando lo que apenas sabía que supiese.

—¿No aquí? —exclamó el hombre, golpeándose sin compasión la mejilla izquierda con la mano abierta.

—¡Sí! ¡Ahí!

—¿Dónde está? —Se embutió lo que quedaba de comida en el pecho, bajo su chaqueta gris—. Muéstrame por dónde iba. Voy a cazarle como a un perro. ¡Maldito sea este hierro que me lastima la pierna! Dame la lima, muchacho.

Le indiqué en qué dirección la niebla había ocultado al otro hombre, y él levantó hacia allí los ojos por un instante. Luego se arrojó sobre la hierba espesa y mojada y se puso a limar su hierro como un loco, sin preocuparse de mí ni de su pierna, que tenía una antigua rozadura y sangraba, pero que él trataba tan rudamente como si no tuviese más sensibilidad que la lima misma. Me daba mucho miedo, ahora que se había excitado de aquel modo, y al mismo tiempo temía estar demasiado tiempo fuera de mi casa. Le dije que debía irme, pero no me hizo ningún caso, de manera que pensé que lo mejor que podía hacer era escabullirme de allí. La última vez que le vi, tenía la cabeza inclinada sobre la rodilla y trabajaba furiosamente en su grillete, murmurando impacientes imprecaciones contra él y contra su pierna. Lo último que oí fue, al detenerme en medio de la niebla para escuchar, la lima que aún chirriaba.

CAPÍTULO CUATRO

Estaba seguro de encontrar un guardia en la cocina esperando para prenderme. Pero no solamente no había guardia alguno, sino que aún no se había descubierto el robo. La señora Joe estaba prodigiosamente atareada arreglando la casa para las solemnidades del día y Joe había sido relegado al umbral de la cocina para que estuviera lejos del cogedor, un utensilio con el cual, tarde o temprano, el destino le hacía topar siempre que mi hermana estaba limpiando rigurosamente los suelos de la vivienda.

—¿Dónde diablos has estado? —fue el saludo navideño de la señora Joe cuando yo y mi conciencia hicimos nuestra aparición.

Respondí que había ido a oír los villancicos.

—¡Ah! ¡Bien! —observó la señora Joe—. Cosas peores podías haber hecho.

«No hay duda», pensé.

—Tal vez si no fuese la mujer de un herrero y, lo que es igual, una esclava que no puede quitarse nunca el delantal, también yo habría ido a oír los villancicos —dijo la señora Joe—. Me gustan los villancicos y ésta es la mejor razón para que no pueda oírlos nunca.

Joe, que se había arriesgado a entrar en la cocina detrás de mí, a medida que el cogedor se había ido retirando ante nosotros, se pasó el revés de la mano por la nariz en respuesta a una mirada que le asestó la señora Joe con aire conciliatorio, y cuando ésta desvió los ojos, disimuladamente, puso en cruz sus dedos índices y me los mostró como señal convenida de que la señora Joe estaba de mal humor. Éste era en ella un estado tan normal que Joe y yo, durante semanas enteras, éramos, por lo que toca a nuestros dedos, como monumentales cruzados por lo que toca a sus piernas.

Íbamos a tener una comida soberbia, consistente en una pierna de cerdo en adobo con verduras y un par de pollos asados. Un magnífico pastel de carne había sido hecho el día antes (lo cual explicaba que no se hubiese echado de menos la carne picada) y el pudín, que estaba ya a punto de hervir. Estos vastos preparativos fueron causa de que nos despacharan sin contemplaciones en lo tocante al desayuno.

—Porque no estoy —dijo la señora Joe—, porque no estoy a estas horas para comilonas y fregoteos de platos. Con el trabajo que me aguarda, ¡os lo prometo!

Así pues, recibimos nuestras raciones de pan con mantequilla en la mano como si fuésemos dos mil soldados en una marcha forzada y no un niño y un hombre en su casa, y tomamos sorbos de leche y agua, con cara de disculparnos por ello, de un jarro del aparador. Entretanto, la señora Joe mudaba las cortinillas blancas y ponía un nuevo volante floreado a la repisa de la ancha chimenea, en sustitución del viejo, y desenfundaba los muebles de la sala al otro lado del pasillo; éstos no se descubrían en ninguna otra ocasión, antes pasaban el resto del año envueltos en una bruma de papel blanco, que se hacía extensiva a los cuatro perritos de loza blanca de encima de la chimenea, cada uno con la nariz negra y una cestita de flores en la boca, y cada uno reproducción exacta de los demás. La señora Joe era una mujer muy limpia, pero poseía el arte exquisito de hacer su limpieza más incómoda y desagradable para los demás que la misma suciedad. La limpieza vale casi tanto como la piedad, y hay personas que hacen lo mismo con su religión.

Como mi hermana tenía tanto que hacer, iba a ir a la iglesia por delegación; es decir, íbamos a ir Joe y yo. Con sus ropas de trabajo, Joe era un herrero fornido, con el aire característico de los de su oficio; con su atuendo de las fiestas, parecía más que nada un espantajo bien acomodado. Nada de lo que llevaba entonces le sentaba bien o parecía pertenecerle, y todo lo que llevaba entonces le picaba. En aquella ocasión, salió de su cuarto, al gozoso repiqueteo de las campanas, hecho una estampa de la desdicha, con su terno completo de penitente dominical. En cuanto a mí, me figuro que mi hermana debía tener, en general, la idea de que yo era un joven delincuente a quien un policía comadrón había pescado (el día de mi nacimiento) y se lo había entregado a ella para que lo castigara de acuerdo con la ultrajada majestad de la ley. Siempre se me había tratado como si me hubiese empeñado en nacer contra todos los dictados de la razón, la religión y la moral, y a pesar de los argumentos disuasivos de mis mejores amigos. Hasta cuando me llevaban a que me hicieran un traje nuevo, el sastre recibía instrucciones para hacer de él una especie de reformatorio, sin dejarme gozar, bajo ningún concepto, del libre uso de mis miembros.

En consecuencia, Joe y yo, al dirigirnos a la iglesia, debíamos de resultar un espectáculo conmovedor para cualquier espíritu compasivo. Sin embargo, lo que yo padecía por fuera no era nada comparado con lo que sufría por dentro. Los terrores que me habían invadido cada vez que la señora Joe se había acercado a la despensa o había salido de la estancia, sólo podían igualarse con el remordimiento con que mi espíritu meditaba sobre lo que yo había hecho. Bajo el peso de mi inicuo secreto, me preguntaba si la Iglesia sería lo bastante poderosa para salvarme de la venganza del terrible joven, en caso de que yo lo divulgase a aquella institución. Concebía la idea de que el momento en que, habiendo leído las amonestaciones, el clérigo decía: «¡Ahora declaradlo!», sería para mí el momento de levantarme y pedir una conferencia reservada en la sacristía. No estoy muy seguro de que no hubiese asombrado a nuestra pequeña congregación recurriendo a esta medida extrema, de no haber sido porque estábamos en el día de Navidad, y no en domingo.

El señor Wopsle, el sacristán, iba a comer con nosotros, y con el señor Hubble, el carretero, y la señora Hubble, y el tío Pumblechook (era tío de Joe, pero su mujer se lo había apropiado), que era un rico tratante en granos de la vecina ciudad y tenía carruaje propio. La hora de la comida era la una y media. Cuando Joe y yo llegamos a casa, encontramos la mesa puesta, a la señora Joe vestida, la comida a punto y la puerta principal con el cerrojo descorrido (nunca en ninguna otra ocasión lo tenía) para que los invitados entrasen por ella; todo magnífico y resplandeciente. Y todavía ni una palabra del robo.

Llegó la hora, sin traer ningún alivio a mis angustias, y llegaron los invitados. El señor Wopsle, junto con una nariz romana y una gran frente calva y brillante, tenía una voz profunda de la cual estaba muy orgulloso; de hecho era cosa entendida entre sus amistades que, si le daban pie para ello, sería capaz de dar lecciones al clérigo en persona; él mismo confesaba que si la iglesia estuviese «abierta», es decir, abierta a la competencia, no desesperaría de distinguirse en ella. Como la iglesia no estaba «abierta», él no era otra cosa, como he dicho, que nuestro sacristán. Pero castigaba tremendamente los amén y cuando iniciaba el salmo —siempre recitando el versículo entero—, primero se volvía a mirar a toda la congregación, como diciendo: «¡Ya habéis oído a mi amigo de arriba; tened la bondad de decirme ahora qué os parece este estilo!».

Yo abría la puerta a los invitados —dando a entender que teníamos costumbre de hacerlo— y primero abrí al señor Wopsle, después al señor y la señora Hubble, y, por fin, al tío Pumblechook. N. B. No se me permitía llamarle tío, so pena de los más severos castigos.

—Señora Joe —dijo el tío Pumblechook, un hombrón de media edad, asmático, cachazudo, con una boca como la de un pez, la mirada fija y apagada y el cabello rojo, erizado de tal modo que parecía que se hubiera medio ahogado y acabase de volver en sí en aquel momento—, le traigo, como obsequio del día, señora, una botella de jerez. Y le traigo, señora, una botella de oporto.

Cada Navidad se presentaba, como una gran novedad, exactamente con las mismas palabras, y llevando las dos botellas como si fuesen pesas de gimnasta. Cada Navidad, la señora Joe respondía como respondió entonces:

—¡Oh! ¡Tí—o Pum—ble—chook! ¡Qué amable!

Cada Navidad, él replicaba como entonces:

—No es más de lo que mereces. Y ahora que os he visto a todos tan campantes, ¿cómo anda este medio chelín en calderilla? —con lo cual se refería a mí.

En estas ocasiones comíamos en la cocina y pasábamos después a la sala para tomar las nueces, naranjas y manzanas, lo cual era un cambio parecido al de Joe cuando mudaba su ropa de trabajo por la de las fiestas. Mi hermana estaba extraordinariamente animada en esta ocasión, y, de hecho, estaba siempre más amable en compañía de la señora Hubble que en otra cualquiera. Recuerdo a la señora Hubble como una personilla rizada y angulosa que adoptaba un aire convencionalmente juvenil, porque se había casado con el señor Hubble —en no sé qué remoto período— cuando ella era mucho más joven que él. Recuerdo al señor Hubble como un hombre rudo, cargado de espaldas, que olía a serrín y andaba con las piernas extraordinariamente separadas, de modo que en aquellos días de mi infancia, cuando lo encontraba por la vereda, veía siempre muchas millas de campo entre ellas.

Con tan buena compañía yo tenía que haberme sentido, aunque no hubiese saqueado la despensa, en una falsa posición. Y no era porque me encontrara estrujado en un ángulo de los manteles, con la mesa contra el pecho y un codo Pumblechookiano en el ojo; ni porque no se me permitiera hablar (no tenía deseo alguno de hacerlo), ni porque se me obsequiara con las puntas escamosas de las patas de los pollos, y con aquellos negros retazos de cerdo de que el animal, cuando estaba vivo, había tenido menos motivo para envanecerse. No; todo esto no me habría importado mientras me hubieran dejado tranquilo. Pero no me dejaban tranquilo. Parecían creer que desperdiciaban la ocasión si dejaban de tomarme de vez en cuando como tema de sus conversaciones y aplicarme su moraleja. Se habría dicho que yo era un malhadado novillo en una plaza española; tan duramente me pinchaban estos puyazos morales.

Empezó tan pronto como nos sentamos a comer. El señor Wopsle recitó la acción de gracias en un tono teatral —algo, según se me parece ahora, como una religiosa combinación del fantasma de Hamlet con Ricardo III— y acabó expresando el deseo, muy oportuno, de que todos fuéramos sinceramente agradecidos. Oyendo lo cual, mi hermana me clavó los ojos y me dijo a media voz, en tono de reproche:

—¿Oyes esto? Tienes que ser agradecido.

—Especialmente —dijo el señor Pumblechook— sé agradecido, muchacho, con los que te han criado a fuerza de mano.

La señora Hubble meneó la cabeza y, contemplándome como si tuviese el lúgubre presentimiento de que yo no pararía en cosa buena, preguntó:

—¿Cómo es que los jóvenes nunca son agradecidos?

Este misterio moral pareció indescifrable para todos los reunidos, hasta que el señor Hubble lo resolvió concisamente, diciendo:

—Perversidad natural.

Todos murmuraron entonces:

—¡Es verdad! —Y me miraron de un modo especialmente personal y desagradable.

La autoridad e influencia de Joe eran algo más débiles, si cabe, cuando había visitas que cuando estábamos solos. Pero me ayudaba y consolaba, a su manera, siempre que podía, y en las comidas solía hacerlo dándome salsa, cuando la había. Habiendo salsa aquel día en abundancia, Joe, en este punto, me echó en el plato como un medio cuartillo de ella.

Algo más avanzada la comida, el señor Wopsle criticó el sermón con cierta dureza, indicando qué clase de sermón habría hecho él en la usual hipótesis de que la iglesia estuviese «abierta». Después de obsequiarnos con algunas muestras del discurso, observó que consideraba mal elegido el tema de la homilía de aquel día; lo cual, añadió, era menos excusable cuando había tal abundancia de temas por todas partes.

—Es mucha verdad —dijo el tío Pumblechook—. Ha dado usted en el clavo. Abundancia de temas por todas partes, para los que saben ponerles la sal. Uno no necesita ir muy lejos para encontrar un tema, con tal que tenga el salero a mano.

El señor Pumblechook, después de un breve intervalo de meditación, añadió:

—Vean ustedes el cerdo, por no hablar de otra cosa. ¡Esto es un tema! Si buscan ustedes un tema, ¡ahí tienen el cerdo!

—Es cierto, señor. Muchas lecciones morales para la juventud —repuso el señor Wopsle, y antes de que lo dijera ya vi que me iba a meter en ello— se podrían deducir de este texto.

—Escucha esto —me dijo mi hermana, en un severo paréntesis.

—Cerdos —prosiguió el señor Wopsle, con su voz más profunda y apuntando con su tenedor a mi encendido rostro como si pronunciara mi nombre de pila—. Cerdos eran los compañeros del hijo pródigo. La glotonería del cerdo se nos ofrece como un ejemplo para los jóvenes. —Pensé que no estaba mal viniendo de él, que acababa de alabar el cerdo porque estaba tan gordo y jugoso—. Lo que es detestable en un cerdo es aún más detestable en un niño.

—O en una niña —sugirió el señor Hubble.

—O en una niña, claro está, señor Hubble —asintió, algo picado, el señor Wopsle—; pero aquí no hay ninguna niña.

—Además —dijo el señor Pumblechook, volviéndose vivamente hacia mí—, piensa en lo que tienes que agradecer. Si hubieses nacido chillón…

—Pues no lo era poco: como el que más —dijo mi hermana con gran energia.

Joe me dio más salsa.

—Bueno, quería decir un chillón de cuatro patas —dijo el señor Pumblechook—. Si hubieras nacido así, ¿estarías aquí ahora? No.

—A no ser que fuese en esta forma —dijo el señor Wopsle señalando la fuente con la cabeza.

—Pero no quiero decir en esta forma, señor —replicó el señor Pumblechook, a quien no le gustaba que le interrumpieran—. Quiero decir deleitándose con personas mayores y de mejor conocimiento, instruyéndose con su conversación y regalándose en la abundancia y la comodidad. ¿Estaría él así? No, no estaría así. ¿Y cuál habría sido tu destino? —volviéndose de nuevo hacia mí—. Te habrían vendido por más o menos chelines, según fuera el precio del artículo en el mercado, y Dunstable, el carnicero, se te hubiera acercado mientras estabas acostado en tu paja, te hubiera sujetado con el brazo izquierdo y con el derecho se hubiera remangado la blusa, para sacar un cuchillo del bolsillo de su chaleco, hubiera vertido tu sangre y te hubiera quitado la vida. No se habría hablado de criarte a fuerza de mano entonces. ¡Ni pizca!

Joe me ofreció más salsa, que yo tuve miedo de aceptar.

—Le habrá dado a usted muchas molestias, señora —comentó la señora Hubble, compadeciendo a mi hermana.

—¿Molestias? —repitió ésta—, ¿molestias? —Y se puso a enumerar un pavoroso catálogo de todas las enfermedades de las que yo había sido culpable, y de todos los actos de insomnio que había cometido, y de todos los sitios altos y bajos desde los cuales o a los cuales me había caído, y de todos los chichones que me había hecho, y de todas las veces que me habría querido ver en la tumba, donde yo contumazmente me había negado a ir.

Me figuro que los romanos debían de irritarse unos a otros con sus narices. Tal vez fue por esto por lo que resultaron un pueblo tan inquieto. Sea como fuese, la nariz romana del señor Wopsle me irritó tanto, durante la relación de mis fechorías, que habría querido tirar de ella hasta hacerle aullar. Pero todo lo que había sufrido hasta aquel momento no fue nada comparado con los terribles sentimientos que me dominaron cuando se rompió el silencio que había seguido a la enumeración de mi hermana, durante el cual todos me miraron (como yo percibía dolorosamente) con indignación y aborrecimiento.

—Sin embargo —dijo el señor Pumblechook, volviendo delicadamente la atención de la concurrencia al tema del que se había desviado—, el cerdo, considerado como un guiso, no deja de ser suculento, ¿no es cierto?

—Va usted a tomar un poco de brandy, tío —dijo mi hermana.

¡Dios del cielo, por fin había llegado la cosa! Le parecería flojo, diría que era flojo y yo estaría perdido. Me agarré con ambas manos a la pata de la mesa, por debajo del mantel, y aguardé mi suerte.

Mi hermana fue a por la botella de barro, volvió con el frasco y sirvió el brandy a su tío; ninguno de nosotros lo tomaba. El miserable se entretenía con su vaso —lo tomaba, lo miraba al contraluz, lo volvía a dejar—, prolongaba mi sufrimiento. Mientras tanto, el señor y la señora Joe desembarazaban activamente la mesa para hacer sitio al pastel y al pudín.

Yo no podía apartar la mirada del tío Pumblechook. Sin dejar de agarrarme fuertemente con pies y manos a la pata de la mesa, vi a la miserable criatura jugar con su vaso, levantarlo, sonreír, inclinar la cabeza atrás y echarse el brandy al gaznate. Un instante después, todos los reunidos eran presa de una indecible consternación, al ver que se levantaba bruscamente, daba varias vueltas bailando y tosiendo de un modo aterrador, y corría desolado a la puerta; luego se le vio por la ventana, convulsionado, expectorando violentamente, haciendo los más horribles visajes, y, al parecer, fuera de sí.

Yo continuaba fuertemente cogido, mientras la señora Joe y Joe corrían a auxiliarle. No sabía de qué manera lo había hecho, pero no tenía duda de haberle matado. En mi espantosa situación, sentí una especie de alivio cuando le llevaron de nuevo dentro, y él, mirando, uno después de otro, a todos los reunidos, como si fuesen ellos los que le habían sentado mal, se dejó caer en la silla pronunciando, entre jadeos, esta sola y significativa palabra:

—¡Alquitrán!

¡Yo había acabado de llenar la botella con el jarro de agua de alquitrán! Sabía que no tardaría en sentirse peor. Como un médium de nuestros días, llegué a mover la mesa gracias a la fuerza con que invisiblemente me agarraba a ella.

—¡Alquitrán! —exclamó mi hermana llena de asombro—. Pero ¿cómo podía haber alquitrán en el brandy?

Pero el tío Pumblechook, que era omnipotente en aquella cocina, no quiso ni oír una sola palabra, no quiso que se hablase más del asunto, lo relegó al olvido con un ademán imperioso y pidió ginebra con agua caliente. Mi hermana, que se había puesto a reflexionar de un modo alarmante, tuvo que ocuparse activamente en sacar la ginebra, el agua caliente, el azúcar, la corteza de limón y mezclarlo todo. Por el momento, al menos, me había salvado. Continuaba agarrado a la pata de la mesa, pero ahora era con el fervor de la gratitud.

Poco a poco fui tranquilizándome hasta poder soltarme y participar del pudín. El señor Pumblechook comió también de él. Todos participaron del pudín. Ya se estaba terminando y el señor Pumblechook se iba reanimando bajo el estimulante influjo de la ginebra. Yo empezaba a creer que mi día iba a pasar sin tropiezo, cuando mi hermana le dijo a Joe:

—Platos limpios, fríos.

En el acto volví a agarrarme a la pata de la mesa y la apreté contra mi pecho como si hubiese sido el compañero de mi infancia y el amigo de mi corazón. Adiviné lo que venía y sentí que esta vez estaba perdido de veras.

—Para terminar —dijo mi hermana dirigiéndose a sus invitados, llena de amabilidad— van a probar ustedes un obsequio exquisito y delicioso del tío Pumblechook.

¡Iban a probarlo! ¡Que no lo esperasen!

—Sepan ustedes —dijo mi hermana levantándose— que se trata de un pastel; un apetitoso pastel de cerdo.

Los circunstantes murmuraron unas palabras de cumplido. El tío Pumblechook, consciente de haber merecido bien de sus semejantes, dijo, con bastante animación, después de todo:

—Bien, señora Joe; haremos todos un esfuerzo. ¡Venga el pastel que lo cortaremos!

Mi hermana salió a buscarlo. Oí sus pasos dirigiéndose a la despensa. Vi al señor Pumblechook balanceando su cuchillo; vi renacer el apetito en las narices del señor Wopsle. Oí cómo el señor Hubble observaba que un poco de sabroso pastel de cerdo podía ponerse, sin causar daño, encima de todo lo que uno pudiera imaginar, y oí decir a Joe:

—Tú también comerás, Pip.

Nunca he estado seguro de si proferí un alarido de terror solamente en espíritu o de una manera materialmente audible para los demás. Sentí que no podía resistir más y que debía escapar. Solté la pata de la mesa y eché a correr como un loco.

Pero no pasé de la puerta de la calle, porque allí fui a dar de cabeza con un destacamento de soldados con sus fusiles, uno de los cuales me mostró un par de esposas, diciendo:

—¡A punto vienes! ¡Vamos, adelante!

CAPÍTULO CINCO

La aparición de una fila de soldados haciendo sonar las culatas de sus fusiles en el umbral de nuestra puerta hizo que todos los invitados se levantasen atropelladamente y motivó que la señora Joe, que volvía de la cocina con las manos vacías, se detuviese con los ojos muy abiertos en mitad de una asombrada exclamación:

—¡Válgame el cielo y válgame Dios! ¿Qué ha pasado con el pastel?

El sargento y yo entramos en la cocina, mientras la señora Joe se quedaba mirando, y en esta crisis yo recobré en parte el uso de mis sentidos. El sargento era el que me había hablado antes, y ahora paseaba la mirada por los circunstantes, mientras con la mano derecha extendida parecía que les ofreciese las esposas, y con la izquierda se apoyaba en mi hombro.

—Ustedes perdonen, señoras y caballeros —dijo el sargento—; pero como le he dicho en la puerta a este lindo rapaz —cosa que no había hecho—, estoy dando una batida en nombre del rey y necesito al herrero.

—¿Y para qué puede usted necesitarlo? —preguntó la señora Joe, pronta en resentirse de que él fuese necesario para algo.

—Señora —respondió el galante sargento—, hablando por mi cuenta respondería que para tener el honor y el gusto de conocer a su agraciada esposa; hablando en nombre del rey, respondo que para un pequeño trabajo.

Estas palabras fueron acogidas como una muestra de finura y cortesía, hasta el punto de que el señor Pumblechook exclamó de modo que le pudiesen oír:

—¡Bien dicho!

—Vea usted, herrero —dijo el sargento, que ya había adivinado que éste era Joe—, hemos tenido un accidente con estas esposas y nos encontramos con que el cierre de una de ellas no encaja y el juego no funciona. Y como las necesitamos para emplearlas inmediatamente, ¿quiere usted echarles un vistazo?

Joe las examinó y declaró que el arreglo requería que se encendiese la fragua y probablemente unas dos horas de trabajo.

—¿Sí? Entonces será mejor que se ponga usted a ello en seguida, herrero —dijo el expeditivo sargento—, puesto que se trata del servicio de Su Majestad. Y si mis hombres pueden echar una mano, cuente usted con su ayuda.

Con lo cual llamó a sus hombres, que fueron entrando en la cocina uno tras otro, apilando sus armas en un rincón. Y luego se quedaron formando corro, como acostumbran hacerlo los soldados, ora con las manos cruzadas delante, ora descansando una rodilla o un hombro, ora aflojando un cinto o una mochila, ora abriendo la puerta para escupir envarados al patio por encima de sus tiesos corbatines.

Yo veía todas estas cosas sin darme cuenta de que las veía, porque me hallaba en un paroxismo de miedo. Pero, empezando a percibir que las esposas no eran para mí y que los militares habían hecho olvidar lo del pastel, hasta el punto de hacerlo pasar a segundo término, recobré un poco de mi perdida serenidad.

—¿Tiene usted la bondad de decirme qué hora es? —dijo el sargento, dirigiéndose al señor Pumblechook, como a un hombre cuyas apreciativas facultades justificaban la suposición de que llevaba la hora exacta.

—Son las dos y media en punto.

—No está mal —dijo el sargento reflexionando—; aunque me viese obligado a detenerme aquí cerca de dos horas, no importaría. ¿Qué distancia cuentan ustedes que hay de aquí a los marjales? No será más de una milla, me figuro.

—Una milla exacta —dijo la señora Joe.

—Está bien. Empezaremos a rodearlos a la caída de la tarde. Un poco antes de oscurecer. Éstas son mis órdenes.

—¿Forzados, sargento? —preguntó el señor Wopsle con aire de enterado.

—Sí —respondió el sargento—. Dos. Es cosa sabida que aún corren por los marjales, y no tratarán de escapar de ellos antes de oscurecer. ¿Nadie ha visto alguno de estos pájaros?

Todos, excepto yo, respondieron negativamente. Nadie pensó en mí.

—¡Bien! —dijo el sargento—. Espero que se van a encontrar cercados más pronto de lo que se figuran. ¡Vamos, herrero! Si usted está dispuesto, Su Majestad el Rey también lo está.

Joe se había quitado la chaqueta, el chaleco y la corbata, se había puesto el mandil de cuero y había pasado a la herrería. Uno de los soldados abrió las contraventanas, otro encendió el fuego, otro acudió al fuelle, el resto se agrupó alrededor de las llamas, que pronto empezaron a rugir. Entonces Joe empezó a martillear y a hacer sonar el hierro y todos los demás lo contemplamos.

El interés de la inminente persecución no sólo absorbió la atención general, sino que hasta hizo que mi hermana se sintiese generosa. Llenó un jarro de cerveza del barril, para los soldados, e invitó al sargento a tomar una copa de brandy. Pero entonces el señor Pumblechook exclamó vivamente:

—Déle usted vino, señora. Puedo garantizar que no hay alquitrán en él.

Así el sargento le dio las gracias y dijo que, como prefería la bebida sin alquitrán, tomaría el vino, si les era igual. Cuando se lo dieron, brindó por Su Majestad, formulando los votos propios de aquellas festividades, se lo bebió de un trago y se chupó los labios.

—Buen caldo, ¿eh, sargento? —dijo el señor Pumblechook.

—Le voy a decir una cosa —replicó el sargento—; sospecho que esta botella la ha traído usted.

El señor Pumblechook, con una risa satisfecha, dijo:

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Porque —repuso el sargento dándole una palmada amistosa en el hombro— usted es un hombre que sabe distinguir.

—¿Usted cree? —dijo el señor Pumblechook con su risa de antes—. Tome otro vaso.

—Con usted. Vamos a brindar —replicó el sargento—. Lo alto de mi vaso con el pie del suyo, el pie del suyo con lo alto del mío, que choquen una vez, que choquen dos veces, no hay canción mejor en los vasos musicales. A su salud. ¡Que viva usted mil años y no sea nunca peor juez de las cosas de lo que lo es en este momento!

El sargento volvió a vaciar el vaso y parecía dispuesto a aceptar otro. Noté que el señor Pumblechook, en su hospitalidad, parecía olvidar que había regalado el vino, pues tomó la botella de manos de la señora Joe y se apropió todo el mérito de hacerla circular en su rapto de cordialidad. Hasta yo bebí un poco. Y tan generoso se sintió, que pidió la otra botella y la hizo circular con la misma largueza en cuanto se hubo terminado la primera.

Contemplándolos así agrupados alrededor de la fragua y viendo lo que se divertían, pensé en qué terrible y sabrosa salsa, para una comida, había resultado mi fugitivo amigo de los marjales. Nuestros invitados no habían disfrutado ni la cuarta parte de lo que disfrutaban ahora, antes de que la fiesta se viese animada por la excitación que él proporcionaba. Y ahora, mientras todos se prometían alegremente que «los dos rufianes» serían atrapados, mientras el fuelle parecía rugir contra los fugitivos, el fuego llamear para ellos, el humo correr en su persecución, Joe martillear para ellos y todas las lóbregas sombras de la pared moverse amenazándolos, según la llama crecía o se apagaba, mi joven y compasiva fantasía me llevó a imaginar que la pálida tarde, ahí fuera, había palidecido por su culpa, pobres desgraciados.

Por fin, Joe terminó su trabajo y cesaron el martilleo y los rugidos. Mientras se ponía la chaqueta, Joe encontró el valor suficiente para proponer que algunos de nosotros fuésemos con los soldados para ver qué resultado daba la batida. El señor Pumblechook y el señor Hubble rehusaron con el pretexto de fumar una pipa y gozar de la compañía de las señoras, pero el señor Wopsle dijo que iría si iba Joe. Joe dijo que contara con él y que me llevaría a mí, si la señora Joe no veía inconveniente. Estoy seguro de que no habríamos obtenido el permiso para ir, de no haber sido por la curiosidad que sentía la señora Joe por conocer los detalles y enterarse de cómo terminaba la cosa. De todos modos, lo único que especificó fue:

—Si me traes al chico con la cabeza rota por un balazo, no me vengas a que yo se la componga.

El sargento se despidió muy finamente de las damas y se separó del señor Pumblechook como un camarada, aunque dudo que fuese tan sensible a los méritos de aquel caballero, en estado seco, como después de mojarse el gaznate. Sus hombres volvieron a tomar los fusiles y se alinearon. El señor Wopsle, Joe y yo recibimos orden rigurosa de mantenernos en la retaguardia y de no pronunciar una sola palabra una vez estuviésemos en los marjales. Cuando nos encontramos al aire libre y mientras seguíamos decididamente la marcha hacia el objeto de la expedición, murmuré traidoramente al oído de Joe: «Espero, Joe, que no los encontremos». Y Joe me respondió del mismo modo: «Daría un chelín por que hubiesen escapado».

No se nos unió ningún curioso del lugar, porque el tiempo estaba frío y amenazador, el camino era fatigoso y de mal andar, iba oscureciendo y todos tenían buenos fuegos en sus casas y celebraban la fiesta. Algunos rostros se asomaron a las ventanas iluminadas siguiéndonos con la vista, pero nadie salió. Pasamos junto al poste indicador y tomamos la dirección del cementerio. Allí nos detuvimos unos minutos, obedeciendo a un ademán del sargento, mientras dos o tres de sus hombres se dispersaban entre las tumbas y examinaban de paso el porche. Volvieron sin haber encontrado nada, y luego salimos a los marjales abiertos por la puerta lateral del cementerio. Allí nos azotó el rostro una fría cellisca impulsada por el viento del este, y Joe me tomó a cuestas.

Ahora nos hallábamos en la melancólica llanura donde poco se figuraban todos que ocho o nueve horas antes hubiese estado yo viendo a los dos hombres escondidos. Empecé a pensar con gran temor si, en caso de que diéramos con ellos, se figuraría mi forzado particular que era yo quien había traído a los soldados. Él me había preguntado si no sería yo un diablejo traidor, y había añadido que tenía que ser un pequeño sabueso bien feroz si facilitaba su persecución.

¿Creería ahora que yo era de veras un diablejo traidor y un pérfido sabueso que le había vendido?

De nada valía hacerse ahora esta pregunta. Allí estaba yo, sobre los hombros de Joe, y allí estaba Joe, debajo de mí, saltando las zanjas como un cazador y exhortando al señor Wopsle para que no se rompiera las romanas narices y no se quedara atrás. Los soldados iban delante de nosotros, desplegados en una ancha línea con un intervalo de hombre a hombre. Íbamos siguiendo la dirección que yo había tomado por la mañana y de la cual me había desviado a causa de la niebla. O la niebla no se había extendido aún, o el viento la había dispersado. A los mortecinos resplandores de la puesta del sol, el faro, la horca y el montículo de la batería, así como la orilla opuesta del río, se distinguían claramente, aunque todo se veía de un color de plomo.

Con el corazón martilleando como un herrero sobre los anchos hombros de Joe, miré a mi alrededor buscando algún indicio de la presencia de los forzados. No pude ver ninguno, no pude oír ninguno. Más de una vez, el señor Wopsle me había alarmado enormemente con sus resoplidos y sus jadeos; pero ahora ya conocía estos sonidos y podía distinguirlos del objeto de nuestra persecución. Tuve un susto terrible cuando creí oír aún el ruido de la lima; pero sólo era la esquila de un cordero. Las ovejas dejaban de pacer y nos miraban tímidamente; y las vacas, con la cabeza vuelta, de espaldas al viento y la cellisca, nos miraban airadas, como si nos hicieran responsables de ambas molestias; pero aparte de esto, y del temblor que la muerte del día suscitaba en cada brizna de hierba, nada rompía el desolado silencio de los marjales.

Los soldados avanzaban hacia la vieja batería, y nosotros seguíamos algo rezagados, cuando, de pronto, nos detuvimos todos. Porque en alas del viento y de la lluvia había llegado hasta nosotros un grito prolongado. El grito se repitió. Venía de lejos, de la parte del este, pero era sostenido y fuerte. Aún más, parecía haber dos o más gritos dados a la vez, a juzgar por la confusión del sonido.

De esto estaban hablando en voz baja el sargento y los más próximos de sus hombres cuando Joe y yo los alcanzamos. Después de escuchar un rato, Joe, que era un buen juez, se mostró de acuerdo en que eran dos, y el señor Wopsle, que era un mal juez, se mostró también de acuerdo. El sargento, un hombre resuelto, ordenó que no se respondiera al grito, pero que se cambiara el rumbo y que sus hombres se dirigieran al sitio de donde venía, dando un rodeo. Torcimos hacia la derecha, donde estaba el este, y Joe se puso a dar unas zancadas tan prodigiosas que tuve que agarrarme fuerte para no caer.

Era ya ahora una franca carrera, lo que Joe llamó, en las dos únicas palabras que pronunció en todo aquel tiempo, «una ventolera». Bajábamos y subíamos taludes, saltábamos barreras, chapoteábamos en las zanjas, y nos abríamos paso entre ásperos juncos: nadie miraba dónde ponía los pies. Al acercarnos a los gritos, se hizo cada vez más evidente que había más de una voz. A veces los gritos parecían cesar por completo, y entonces los soldados se detenían. Cuando volvían a oírse, los soldados corrían hacia ellos más rápidos que nunca, y nosotros, a la zaga. Al cabo de un rato habíamos corrido así tanto, que pudimos oír una voz que gritaba: «¡Asesino!», y otra que decía: «¡Forzados! ¡Escapados! ¡Guardias! ¡Por aquí!». Después ambas voces parecieron ahogadas por una lucha, y más tarde volvieron a gritar. Llegando a este punto, los soldados corrieron como gamos, y Joe a la par de ellos.

El sargento fue el primero en adelantarse cuando alcanzamos el lugar de donde partían los gritos, y dos de sus hombres corrieron junto a él. Tenían los fusiles armados y apuntando cuando llegamos los demás.

—¡Aquí están los dos! —jadeó el sargento, bregando en el fondo de una zanja—. ¡Rendíos! ¡Malditos seáis! ¡Parecéis dos bestias salvajes! ¡Separaos!

Chapoteaba el agua, salpicaba el barro, llovían los golpes y los juramentos cuando algunos hombres más bajaron al fondo de la zanja para ayudar al sargento y sacaron, a rastras y por separado, a mi forzado y al otro. Ambos sangraban y jadeaban y maldecían y se agitaban; pero, desde luego, los reconocí en el acto.

—¡Recuerden! —dijo mi forzado, limpiándose la sangre del rostro con las mangas rotas y sacudiéndose de los dedos unos mechones de pelo— que fui yo quien le cogí. ¡Yo se lo entregué a ustedes! ¡Recuérdenlo!

—No es cosa en que valga mucho la pena insistir —dijo el sargento—, y de poco le servirá estando como está usted en el mismo aprieto. ¡Vengan las esposas!

—No espero que me sirva de nada. Ni deseo que me sirva de más de lo que me sirve ahora —dijo mi forzado con una nerviosa carcajada—. Yo lo he cogido y él lo sabe. Esto me basta.

El otro forzado estaba lívido y por añadidura la antigua señal que tenía en la mejilla izquierda parecía llena de magulladuras y rasguños por todas partes. Jadeaba de tal modo que no pudo hablar hasta que le hubieron esposado, y tuvo que apoyarse en un soldado para no caerse.

—Tengan cuidado, guardias, ha querido matarme —fueron sus primeras palabras.

—¿Que he querido matarle? —dijo mi forzado desdeñosamente—. ¿He querido, y no lo he hecho? Le he cogido y lo he entregado; esto es lo que he hecho. No sólo he impedido que huyera de los marjales, sino que le he traído a rastras hasta aquí. Este bandido, señores, se las da de caballero. Ahora los pontones, gracias a mí, recobran a su caballero. ¿Matarle yo? No valía la pena matarle, cuando podía hacer algo peor, arrastrándole para que lo devuelvan a donde estaba.

El otro aún jadeaba:

—Ha querido… ha querido… matarme. Ustedes… ustedes son testigos.

—¡Oiga! —dijo mi forzado al sargento—. Sin ayuda de nadie me escapé del barco. Lo mismo me habría escapado de estas llanuras heladas… (mire mi pierna: no encontrará usted el grillete), si no hubiese descubierto que él estaba aquí. ¿Dejarle en libertad? ¿Dejarle que se aprovechase del medio que yo descubrí? ¿Dejar que volviese a hacer de mí su instrumento? ¿Otra vez? No, no y no. Aunque hubiese tenido que morir en el fondo de esta zanja —e hizo un enérgico ademán con sus manos esposadas—, le hubiera tenido agarrotado entre mis manos hasta que ustedes hubiesen venido a quitármelo.

El otro fugitivo, que evidentemente tenía un miedo horroroso de su compañero, repitió:

—Ha querido matarme. De no haber llegado ustedes ya estaría muerto.

—¡Miente! —dijo mi forzado, con terrible energía—. Ha nacido embustero y morirá embustero. Mírenle la cara. ¿No lo lleva escrito en ella? Que me mire a los ojos. Le desafío a que lo haga.

El otro, haciendo un esfuerzo para sonreír desdeñosamente —que no pudo, sin embargo, fijar el nervioso movimiento de su boca en ninguna expresión determinada—, miró a los soldados, miró a los marjales que nos rodeaban, miró al cielo, pero no miró al que acababa de hablar.

—¿Lo ven ustedes? —prosiguió mi forzado—. ¿No ven cuán ruin es? ¿No ven esta mirada baja y huidiza? Así estaba cuando nos juzgaron. Nunca me miró.

El otro, sin dejar de mover los labios resecos y volviendo inquietamente los ojos a su alrededor, acabó por posarlos un momento en su compañero, diciendo: «No hay mucho que mirar en ti»; y lanzó una provocativa mirada a las manos amanilladas del otro. Entonces mi forzado se exasperó de tal modo, que se le habría arrojado encima de no haberse interpuesto los soldados.

—¿No les decía yo —dijo entonces el otro forzado— que me mataría si podía? —Y cualquiera podía ver que se estremecía de miedo y que le brotaban de los labios unos curiosos copos blancos que parecían nieve fina.

—Basta ya de esta charla —dijo el sargento—. Enciendan las antorchas.

Mientras uno de los soldados, que llevaba una cesta en vez de fusil, se ponía de rodillas para abrirla, mi forzado se volvió por primera vez y me vio. Yo me había bajado de los hombros de Joe al llegar al borde de la zanja y no me había movido desde entonces. Le miré ansiosamente cuando él me miró e hice un leve ademán con las manos y la cabeza. Había estado aguardando a que me viese para tratar de asegurarle mi inocencia. No supe si llegó siquiera a comprender mi intención, pues me dirigió una mirada que no entendí, y todo fue cosa de un momento. Pero, aunque me hubiese estado mirando una hora o un día entero, no habría podido recordar en adelante una expresión más atenta en su rostro que la que entonces le vi.

El soldado que llevaba la cesta pronto hizo lumbre y encendió tres o cuatro antorchas, tomando una para sí y distribuyendo las otras. Había estado casi oscuro antes, pero ahora acababa de oscurecer y, al cabo de poco, hubo cerrado la noche. Antes de dejar aquel sitio, cuatro soldados puestos en corro dispararon dos veces al aire. En seguida vimos otras antorchas encendidas a alguna distancia detrás de nosotros, y otras en los marjales del otro lado del río.

—Perfectamente —dijo el sargento—. ¡En marcha!

No habíamos andado mucho, cuando enfrente de nosotros oí estallar algo en mi oído.

—Le esperan a bordo —dijo el sargento a mi forzado—; saben que llegan ustedes; no se quede atrás, amigo. ¡Acérquese!

Los dos hombres iban separados, cada uno rodeado de su guardia. Yo me había cogido de la mano de Joe y Joe llevaba una de las antorchas. El señor Wopsle era partidario de volverse a casa, pero Joe estaba resuelto a ver el final y así todos continuamos con el destacamento. Había ahora un camino bastante aceptable, la mayor parte de él a la orilla del río, excepto cuando alguna represa, con un molino en miniatura y una fangosa compuerta más allá, le obligaba a desviarse. Cuando me volvía a mirar, no podía ver otras luces que las de los que nos seguían. Las antorchas que llevábamos dejaban caer grandes manchas de fuego en el camino, y yo podía verlas en el suelo humeando y chisporroteando. No podía ver nada más, excepto una negra oscuridad. Nuestras luces calentaban el aire con su llama resinosa, y los dos prisioneros parecían disfrutar con ello mientras andaban cojeando en medio de los fusiles. No podíamos ir deprisa a causa de su cojera, y estaban tan agotados que dos o tres veces tuvimos que detenernos para que descansasen.

Después de andar así cosa de una hora, llegamos a una tosca cabaña de madera junto a un embarcadero. Había un guardia en la cabaña, y nos dio el alto y el sargento hizo una especie de atestado, anotó algo en un libro, y luego el forzado a quien yo llamo el otro forzado fue conducido afuera con su guardia para ser llevado el primero a bordo.

Mi forzado no me miró nunca, excepto una vez. Desde que entramos en la cabaña, permanecía ante el fuego, absorto en sus reflexiones o calentándose ora un pie, ora el otro, y mirándolos pensativo como si los compadeciera por sus recientes aventuras. De pronto, se volvió al sargento y observó:

—Quisiera decir algo referente a esta huida. He de evitar que se sospeche de otras personas por mi culpa.

—Puede usted decir lo que guste —respondió el sargento mirándole fríamente con los brazos cruzados—, pero no es aquí donde debe decirlo.

Oportunidad tendrá de hablar de ello y de oír hablar de ello, ¿comprende?, antes de que se dé el asunto por terminado.

—Ya lo sé, pero esto es otra cosa, un asunto aparte. Un hombre no puede dejarse morir de hambre, al menos yo no puedo. Tomé unas vituallas en aquel pueblecito que tiene la iglesia casi en medio de los marjales.

—Quiere usted decir que los robó —dijo el sargento.

—Y les diré de dónde. De la casa del herrero.

—¡Vaya! —dijo el sargento, mirando a Joe.

—¡Vaya, Pip! —dijo Joe mirándome a mí.

—No eran más que unos restos de viandas… y un trago de licor y un pastel.

—¿Por casualidad ha echado usted de menos un pastel, herrero? —preguntó en tono confidencial el sargento.

—Mi mujer acababa de echarlo de menos en el instante preciso de entrar usted. ¿No lo sabes, Pip?

—Entonces —dijo mi forzado, volviéndose hacia Joe con expresión taciturna y sin mirarme—, entonces, ¿usted es el herrero? Siento decirle que me he comido su pastel.

—Dios sabe que sólo deseo que le aproveche, es decir, por lo que a mí me toca —respondió Joe, haciendo una salvedad a cuenta de la señora Joe —. No sabemos lo que ha hecho usted, pero no habríamos querido que por ello tuviese que morir de hambre, pobre hombre. ¿No es cierto, Pip?

Aquel algo que ya había notado antes hizo tic—tac en la garganta del hombre, y éste se volvió de espaldas. El bote había vuelto, y su guardia estaba dispuesta; así pues, le seguimos al embarcadero, hecho de toscas piedras y pilotes, y vimos cómo le hacían entrar en el bote donde remaban otros forzados como él. Nadie pareció sorprendido de verle, o interesado por verle, o contento de verle o pesaroso de verle, ni dijo una palabra, a excepción de alguien que gruñó como si se dirigiese a unos perros: «¡Aflojad!», que era la señal para mojar el remo. A la luz de las antorchas, vimos el negro pontón anclado a cierta distancia del fango de la orilla, como una negra arca de Noé. Enjaulado y rodeado y amarrado por gruesas cadenas de mohoso hierro, el barco prisión le pareció a mis ojos infantiles estar encadenado como los mismos prisioneros. Vimos el bote llegar al costado del buque, vimos al hombre subir por la borda y desaparecer. Luego los cabos de las antorchas fueron echados al agua, donde silbaron y se apagaron, como si todo hubiese terminado con ellos.

CAPÍTULO SEIS

El estado de mi espíritu con respecto al hurto del que tan inesperadamente se me había exculpado, no me impelía hacia una franca confesión; pero confío en que, no obstante, quedara en su fondo un resto de honradez.

No recuerdo que sintiese ningún dolor de conciencia, por lo que a la señora Joe se refería, cuando me vi libre del temor de ser descubierto. Pero quería a Joe —quizás por ninguna razón mejor, en aquellos días, que la de que el excelente muchacho dejaba que le quisiera— y, por lo que a él se refería, mi conciencia no se tranquilizaba fácilmente. Me oprimía el pensamiento (sobre todo al ver que empezaba a buscar su lima) de que debía contarle toda la verdad. Y sin embargo, no lo hice, por la razón de que temía que, de hacerlo, me creería todavía peor de lo que era. El miedo de perder la confianza de Joe y de tener que pasar en adelante mis veladas sentado en el rincón de la chimenea mirando tristemente a mi compañero y amigo perdido para siempre, me ataba la lengua. Morbosamente, me imaginaba que si Joe lo sabía, nunca más podría verle junto al fuego acariciándose las patillas, sin figurarme que estaba pensando en ello. Que si Joe lo sabía, nunca más le podría ver echar una mirada, aunque fuese casual, a la comida o al pudín del día antes cuando éstos salían a la mesa, sin figurarme que estaba tratando de adivinar si yo había andado en la despensa. Que si Joe lo sabía, y, en cualquier período posterior de nuestra común vida doméstica, observaba que su cerveza era floja o espesa, la convicción de que sospechaba que había alquitrán en ella me haría afluir la sangre al rostro. En una palabra, era demasiado cobarde para hacer lo que conocía como cosa buena, como había sido demasiado cobarde para evitar hacer lo que conocía como cosa mala. Aún no había tenido tratos con el mundo entonces, y no imitaba a ninguno de sus muchos habitantes que suelen obrar de este modo. Genio completamente espontáneo, hice por mí mismo el descubrimiento de esta línea de conducta.

Como me acometiera el sueño antes de encontrarnos muy lejos del barco prisión, Joe volvió a tomarme a cuestas y me llevó así a casa. Debió de ser para él una jornada fatigosa, porque el señor Wopsle, cansado y magullado, estaba de tan mal humor que, si la iglesia hubiera estado abierta, probablemente habría excomulgado a toda la expedición, empezando por Joe y por mí. En su condición de laico, insistió en estar sentado sobre la tierra húmeda por un espacio de tiempo tan imprudente que, cuando se quitó el frac para ponerlo a secar al fuego de la cocina, las huellas dejadas en sus pantalones habrían bastado para hacerle ahorcar si eso hubiera sido un delito capital.

En aquellos momentos, yo me tambaleaba sobre el suelo de la cocina como un pequeño beodo, a causa de que me habían vuelto a poner de pie, y de haber estado durmiendo, y de haber despertado entre el calor, las luces y la algarabía de la conversación. Cuando me despabilé, con la ayuda de un fuerte batacazo entre los hombros, y la fortaleciente exclamación de «¡Uf! ¡Dónde se ha visto un muchacho como éste!…», por parte de mi hermana, encontré a Joe refiriendo la confesión del forzado, y a cada uno de los invitados sugiriendo hipótesis diferentes acerca de los medios que el fugitivo podía haber empleado para llegar a la despensa. El señor Pumblechook descubrió, después de una detenida inspección de la casa, que primero se había encaramado al tejado de la herrería, que de allí había pasado al de la casa y que después se había descolgado por la chimenea de la cocina con una cuerda hecha de tiras cortadas de su propia sábana; y como el señor Pumblechook era muy categórico y tenía carruaje propio, lo cual parecía darle derecho a atropellar a todo el mundo, se acordó que la cosa debía haber ocurrido como él decía. Es cierto que el señor Wopsle gritó desatinadamente: «¡No!», con la débil malicia de un hombre cansado: pero fue unánimemente desoído, puesto que no tenía teoría alguna que ofrecer y, además, estaba en mangas de camisa; eso sin contar con que, habiéndose vuelto de espaldas al fuego para secarse los pantalones, echaba mucho humo por detrás, lo cual no era, que digamos, muy a propósito para inspirar confianza.

Esto es todo lo que oí aquella noche antes de que mi hermana me cogiera, cual si mi presencia fuera una ofensa para la vista de los visitantes, y me ayudara a subir a mi cuarto con mano tan fuerte que me pareció llevar puestas cincuenta botas, todas chocando contra los cantos de los escalones. El estado de mi espíritu, del que he dado cuenta al principio, empezó antes de que me levantase a la mañana siguiente, y duró hasta mucho tiempo después de que el asunto perdiera su actualidad y dejara de ser mencionado, salvo en ocasiones excepcionales.

CAPÍTULO SIETE

En la época en que estuve en el cementerio, leyendo las inscripciones en las lápidas de la familia, tenía apenas los conocimientos justos para poder deletrearlas. A pesar de la sencillez de su significado, mi interpretación no era demasiado correcta, porque leía «esposa del arriba dicho», como una elogiosa referencia a la exaltación de mi padre a un mundo mejor; y si alguno de mis difuntos parientes hubiera sido aludido con el vocablo «abajo», no dudo de que me hubiera formado el peor concepto de aquel miembro de mi familia. Tampoco eran muy exactas las ideas que tenía de las posiciones teológicas a que mi catecismo me obligaba; porque recuerdo claramente haber supuesto que mi declaración de que «no me apartaría del mismo camino en todos los días de mi vida», me ponía en el deber de atravesar el pueblo desde nuestra casa siempre en una dirección determinada, sin variarla nunca, torciendo, a la ida, por la casa del carretero, o a la vuelta, por el molino.

Estaba previsto que, cuando fuese mayor, se me pusiera de aprendiz con Joe y, mientras esperaba alcanzar esta dignidad no era cuestión de convertirme en lo que la señora Joe llamaba «un miniado», es decir, según lo interpreto, en un minado. En consecuencia, no sólo se me ocupaba en menesteres de la herrería, sino que, siempre que algún vecino necesitaba un muchacho para espantar pájaros, recoger piedras, o hacer algún trabajo por el estilo, me veía favorecido con el empleo. Sin embargo, para evitar que nuestra posición social se viera comprometida por ello, se puso una hucha en la repisa de la chimenea donde era público y notorio que iban a parar todas mis ganancias. Tengo la impresión de que la liquidación se destinaba a contribuir, con el tiempo, a la Deuda Nacional, pero sé que yo no abrigaba esperanza alguna de participar personalmente de aquel tesoro.

La tía abuela del señor Wopsle tenía una escuela nocturna en el pueblo; es decir, era una vieja ridícula de medios limitados e ilimitados achaques que acostumbraba adormilarse cada tarde de seis a siete, ante los alumnos, que pagaban cada uno dos peniques a la semana por la instructiva oportunidad de vérselo hacer. Tenía alquilada una casita, y el señor Wopsle ocupaba el cuarto de arriba, donde los escolares solíamos oírle leer en voz alta de la manera más solemne y terrorífica, y, dar, de vez en cuando, un porrazo en el techo. Existía la ficción de que el señor Wopsle «examinaba» a los alumnos cada trimestre. Lo que hacía en estas ocasiones era remangarse los puños, alborotarse el cabello y recitarnos la oración de Marco Antonio ante el cadáver de César. A esto seguía siempre la Oda de Collins sobre las pasiones, en la cual yo reverenciaba especialmente al señor Wopsle, cuando, personificando la Venganza, arrojaba como un rayo la sangrienta espada y tomaba con mirada fulminante la trompa de la guerra. No me ocurría entonces lo que más tarde, cuando empecé a tener trato con las pasiones y las comparé con Collins y Wopsle, con desventaja para ambos caballeros.

La tía abuela del señor Wopsle, además de regir esta institución docente, tenía —en la misma pieza— un pequeño comercio de artículos varios. No tenía idea alguna de los géneros en existencia ni de cuál era el precio de cada cosa; pero guardaba en un cajón una libreta grasienta que servía como catálogo de precios y, guiada por este oráculo, Biddy ajustaba todas las transacciones de la tienda. Biddy era la nieta de la tía abuela del señor Wopsle; me confieso incapaz de resolver el problema de cuál era su parentesco con el señor Wopsle. Era huérfana como yo, y también como yo había sido criada a fuerza de mano. Era muy notable, pensaba yo, por lo que se refería a las partes extremas de su persona; porque su cabello siempre estaba necesitando que lo peinasen; sus manos, que las lavasen, y sus zapatos que los remendasen y que los ajustasen del tacón. A esta descripción hay que hacer la salvedad de un día por semana. Los domingos iba a la iglesia muy compuesta.

En buena parte sin ayuda de nadie y más con la ayuda de Biddy que de la tía abuela del señor Wopsle, pasé por el abecedario como por un zarzal, pinchándome y arañándome de lo lindo en cada letra. Luego fui a caer entre aquellos ladrones, las nueve cifras, que cada noche parecían hacer algo nuevo para disfrazarse e impedir que las reconociera. Pero al cabo, como si dijéramos a tientas y a ciegas, empecé a leer, escribir y contar en muy pequeña escala.

Una noche, estaba sentado en el rincón de la chimenea con mi pizarra, poniendo todo mi esfuerzo en la redacción de una carta para Joe. Creo que debía de ser como un año después de nuestra expedición a los marjales, porque había pasado mucho tiempo y estábamos en invierno y caía una fuerte helada. Con un abecedario a mis pies, sobre el hogar para poderlo consultar, logré garrapatear esta epístola:

«CERI Do JOe ESpeRo CE stAS BieN i Espero ce pRontO Po Dre eNseñA rte i JOe entonCes ce cOnTEnTos i CUanDO seA tua Prendiz CoMoNos Di BertiREMoS Tu serBi Dor Pip.»

Nada hacía indispensable que me comunicara por carta con Joe, puesto que lo tenía junto a mí y estábamos solos. Pero yo le entregué esta misiva (con pizarra y todo) por mi propia mano y él la recibió como un milagro de erudición.

—¡Caramba, Pip! —exclamó Joe, abriendo mucho sus ojos azules—. ¡Qué sabio eres! ¿No es cierto?

—Querría serlo —dije yo, mirando la pizarra, mientras él la sostenía, con la aprensión de que la escritura resultase un poco desigual.

—¡Oh, aquí hay una J —dijo Joe— y una O de las mejores! Aquí sin duda dice Joe.

Nunca había oído a Joe leer en voz alta nada más largo que este monosílabo, y el último domingo en la iglesia, un momento en que yo tenía distraídamente vuelto al revés nuestro libro de preces, creí observar que parecía prestarle el mismo servicio así que si lo tuviese derecho. Deseando aprovechar la ocasión para averiguar si para enseñar a Joe tendría que empezar por el principio de todo, dije:

—¡Ah! Pero lee lo demás, Joe.

—Lo demás ¡eh Pip! —dijo Joe estudiando el escrito con mirada lenta y escrutadora—. Una, dos. ¡Mira! ¡Aquí hay dos jotas y dos os y dos jotas… o, Joes, Pip!

Me incliné hacia Joe y con la ayuda de mi índice le leí toda la carta.

—¡Asombroso! —dijo Joe, en cuanto hube terminado—. ¡Eres un sabio!

—¿Cómo deletreas Gargery, Joe? —le pregunté con modesto aire de protección.

—No lo deletreo de ningún modo —dijo Joe.

—Pero suponiendo que lo hicieras…

—No se puede suponer —dijo Joe—. Y eso que me gusta mucho leer.

—¿De veras, Joe?

—Mucho. Dame —dijo Joe— un buen libro o un buen periódico, y ponme sentado junto a un buen fuego, y no deseo nada mejor. ¡Válgame Dios! —continuó después de frotarse un rato las rodillas—, cuando uno llega a una J y una O y se dice «aquí, por fin, hay un J, O: Joe», ¡qué interesante es leer!

De esto deduje que la educación de Joe, como el vapor, se hallaba aún en su infancia. Continuando con el mismo tema, inquirí:

—¿Nunca fuiste a la escuela, Joe, cuando eras pequeño como yo?

—No, Pip.

—¿Por qué no fuiste nunca a la escuela, Joe, cuando tenías mi edad?

—Verás, Pip —dijo Joe cogiendo el hurgón y entregándose, como tenía por costumbre cuando estaba pensativo, a la ocupación de atizar lentamente el fuego—. Voy a decírtelo. Mi padre, Pip, era un poco dado a la bebida, y cuando estaba bebido, pegaba despiadadamente a mi madre con el martillo. Eran casi los únicos martillazos que daba, si exceptuamos los que me daba a mí. Y me martilleaba con una energía igualada solamente por la energía con que no martilleaba su yunque. ¿Me oyes y me entiendes, Pip?

—Sí, Joe.

—En consecuencia, mi madre y yo nos escapamos varias veces de casa; y entonces mi madre salía a trabajar, y me decía: «Joe, ahora, si Dios quiere, vas a tener instrucción, hijo mío», y me ponía en la escuela. Pero lo que mi padre tenía de bueno era que no podía vivir sin nosotros. Así es que venía acompañado de mucha gente y armaba tal escándalo a las puertas de las casas donde nos habíamos refugiado, que se veían obligados a deshacerse de nosotros y a abandonarnos a él. Y entonces se nos llevaba a casa y nos daba de martillazos. Y esto, ¿comprendes, Pip? —dejando de atizar pensativo el fuego y mirándome—, era un serio estorbo para mis estudios.

—Cierto que sí, ¡pobre Joe!

—Aunque, considera, Pip —dijo Joe con uno o dos golpes judiciales del hurgón en la barra de arriba—, dando a cada cual lo suyo y haciendo justicia igual, entre hombre y hombre, mi padre tenía esto de bueno, ¿lo ves?

No lo veía, pero no se lo dije.

—¡Bien! —prosiguió Joe—. Alguien tiene que encargarse de que hierva el puchero, Pip, de lo contrario no hierve, ¿entiendes?

Lo entendía y se lo dije.

—Consecuencia: mi padre no se opuso a que yo empezase a trabajar; y me llevó a trabajar del oficio que tengo ahora, que era también el suyo, si hubiese querido seguirlo, y trabajé de firme, Pip, te lo aseguro. Con el tiempo pude mantenerle a él, y le mantuve hasta que se lo llevó una parálisis. Y tuve intención de hacer poner sobre su tumba: «Por defectos que haya tenido, piensa sólo, lector, lo bueno que ha sido».

Joe recitó este pareado con un orgullo tan manifiesto y con tal precisión, que le pregunté si lo había hecho él.

—Yo lo hice —dijo Joe—, yo solito. Lo hice en un momento. Fue como hacer saltar una herradura de un solo golpe. Nunca en mi vida estuve más sorprendido: no podía creer que hubiese salido de mi cabeza. Como decía, Pip, mi intención era hacerlo grabar en una lápida; pero la poesía cuesta dinero, lo mismo si se graba en letras pequeñas que en letras grandes, y no se hizo. Había que pagar el entierro, y lo poco que quedó después lo necesitaba mi madre. Tenía perdida la salud y no le quedaban fuerzas. No tardó mucho en seguirle, la pobre. Por fin le llegó el descanso.

Los ojos azules de Joe se llenaron de lágrimas. Se los enjugó de una manera inadecuada e incómoda, con el mango del hurgón.

—Se me hizo muy triste entonces —dijo Joe— el vivir solo, y me puse en relaciones con tu hermana. Y oye, Pip —dijo Joe mirándome con firmeza, como si supiese que iba a disentir de él—, tu hermana tiene una hermosa figura.

No pude menos de quedarme mirando el fuego en un manifiesto estado de duda.

—Cualquiera que sea la opinión de la familia o la opinión del mundo sobre este asunto, Pip, tu hermana tiene —aquí acompañó cada sílaba de las que seguían con un golpe de hurgón sobre las barras del hogar— una her—mo—sa fi—gu—ra.

No se me ocurrió nada mejor que decir:

—Me alegro de que lo pienses así, Joe.

—Y yo también —repuso—. Estoy contento de pensarlo, Pip. Una pequeña rojez o un hueso de más o de menos, ¿qué me importan?

Observé sagazmente que, si no le importaban a él, ¿a quién podían importar?

—¡Claro! —asintió Joe—. Esto es. Tienes razón, muchacho. Cuando conocí a tu hermana se hablaba de cómo te estaba criando a fuerza de mano. Todos decían que era mucha bondad de su parte, y yo lo decía como los demás. En cuanto a ti —continuó, con cara de estar mirando algo muy feo—, si hubieses podido ver lo pequeño y flojo y esmirriado que eras, ¡válgame Dios!, te habrías formado un mezquino concepto de ti mismo.

No encontrando esto demasiado agradable, dije:

—No te preocupes por mí, Joe.

—Pero me preocupé, Pip —replicó con tierna simplicidad—. Cuando pedí relaciones a tu hermana y le ofrecí llevarla al altar cuando le placiera y estuviese dispuesta a venir a la herrería, le dije: «Y trae a la pobre criatura, ¡Dios le bendiga! ¡No faltará sitio para él en la herrería!».

Me puse a llorar pidiéndole perdón, y le eché los brazos al cuello; él dejó el hurgón para estrecharme, diciendo:

—Somos los mejores amigos, ¿no es verdad, Pip? ¡No llores, criatura!

Después de esta pequeña interrupción, Joe continuó:

—¡Bien; ya lo ves, Pip, y aquí estamos! ¡Esto es más o menos a lo que íbamos, aquí estamos! Ahora, cuando emprendas mi instrucción, Pip, y te he de advertir que soy muy duro de mollera, terriblemente duro, la señora Joe no ha de enterarse de lo que traemos entre manos. Hay que hacerlo como si dijéramos a hurtadillas.

—Y ¿por qué a hurtadillas?

—Te diré por qué, Pip. —Había vuelto a coger el hurgón, sin lo cual dudo que hubiese podido proseguir su explicación—. Tu hermana es muy dada al gobierno.

—¿Dada al gobierno, Joe? —me sobresaltó porque me formé una vaga idea, y temo que debo añadir esperanza, de que Joe se había divorciado de ella en favor de los lores del Almirantazgo o de la Tesorería.

—Dada al gobierno —dijo Joe—. O sea, quiero decir, al gobierno tuyo y mío.

—¡Oh!

—Y no le gusta tener sabios en casa —continuó Joe—, y en particular no le gustaría mucho que supiese demasiado, por miedo a que me sublevase. Como una especie de rebelde, ¿comprendes?

Iba a responder con una pregunta, y había llegado hasta decir «¿Por qué…?» cuando me detuvo.

—Aguarda un momento. Ya sé lo que ibas a decir, Pip; ¡aguarda un momento! No niego que tu hermana a veces es para nosotros como una especie de Gran Mogol. No niego que nos tumba de espaldas y nos apabulla con todo su peso. Cuando tu hermana está alborotada, Pip —Joe bajó la voz hasta convertirla en un susurro y miró a la puerta—, la franqueza obliga a confesar que es un terremoto.

Joe pronunció esta palabra como si empezase con no menos de doce «tes» mayúsculas.

—¿Por qué no me sublevo? ¿Era esto lo que ibas a decir cuando te interrumpí?

—Sí, Joe.

—Bueno —dijo, pasándose el hurgón a la mano izquierda para poder acariciarse las patillas, y yo perdía toda esperanza en él cada vez que se entregaba a esta plácida ocupación—, tu hermana es una gran cabeza. Una gran cabeza.

—¿Y eso qué es? —pregunté con cierta esperanza de detenerle. Pero Joe tenía su definición más a punto de lo que me figuraba y me contuvo mirándome fijamente y respondiendo, en una especie de círculo vicioso:

—La suya. Y yo no soy una gran cabeza —prosiguió Joe, después de apartar su mirada y volviéndose a acariciar la patilla—, y además, Pip, y esto te lo digo muy en serio, muchacho, recuerdo tanto en mi pobre madre a la mujer que se pasó la vida como una esclava, sufriendo y trabajando, sin tener nunca un momento de tranquilidad, que tengo un miedo mortal de descarriarme y no cumplir como es debido con una mujer; y prefiero descarriarme por el lado contrario, sufriendo yo alguna incomodidad. Quisiera ser yo solo el incomodado, Pip; quisiera que no hubiese Tickler para ti, querido; quisiera recibirlo todo sobre mis costillas; pero las cosas son como son, y espero que perdonarás los defectos.

A pesar de mis pocos años, creo que aquella noche empecé a sentir una nueva admiración por Joe. Continuamos siendo iguales como habíamos sido antes; pero en adelante, cuando en horas de reposo estaba yo sentado mirándole y pensando en él, tenía la conciencia de que en el fondo de mi corazón me sentía muy inferior a él.

—En fin —dijo Joe, levantándose para volver a llenar el fuego—, ahí tenemos el reloj preparándose para tocar las ocho, ¡y ella aún no está en casa! Espero que la yegua del tío Pumblechook no haya puesto una pata sobre un trozo de hielo y se haya caído.

La señora Joe hacía de vez en cuando un corto viaje con el tío Pumblechook en días de mercado, para ayudarle en la compra de cachivaches y objetos de uso casero que requerían el dictamen de una mujer; pues el tío Pumblechook era soltero y no tenía confianza en su criada. Aquél era día de mercado, y la señora Joe había salido en una de estas expediciones.

Joe reavivó el fuego, barrió el hogar, y luego nos acercamos a la puerta a escuchar si se oía el carruaje. La noche era fría y seca, y el viento soplaba intensamente, y la helada era blanca y dura. Pensé que el hombre que se quedara a dormir en los marjales esa noche, de fijo moriría. Y después miré a las estrellas, y consideré lo terrible que sería para un hombre volver el rostro a ellas al sentir que se iba helando y no encontrar ayuda ni compasión en toda aquella brillante multitud.

—¡Aquí está la yegua —dijo Joe—, sonando como un repique de campanas!

El sonar de las herraduras sobre el suelo endurecido se hacía musical a medida que la yegua iba acercándose a un trote más vivo que de costumbre. Sacamos una silla para que pudiera apearse la señora Joe, atizamos el fuego para que viese la ventana iluminada y dimos un repaso final a la cocina para que nada estuviese fuera de su sitio. En cuanto hubimos terminado estos preparativos, llegaron ellos embozados hasta los ojos. La señora Joe se apeó la primera y detrás de ella el señor Pumblechook, quien cubrió la yegua con una manta, y pronto estuvimos todos en la cocina reunidos, llevando con nosotros tal cantidad de aire frío que parecía contrarrestar todo el calor del fuego.

—Ahora —dijo la señora Joe, desabrigándose presurosa y excitada y echándose el gorro a la espalda, donde quedó pendiente de unos cordones—, ¡si este muchacho no está agradecido esta noche, no lo estará nunca!

Puse la expresión de agradecimiento que podía poner un muchacho completamente ignorante de los motivos por los cuales debía adoptar esta expresión.

—Hay que confiar —dijo mi hermana— en que no le vayan a viciar. Pero tengo mis temores.

—Ella no es de ésas, señora —dijo el señor Pumblechook—. Sabe lo que hace.

—¿Ella? —Miré a Joe, haciendo el movimiento con mis labios y cejas—. ¿Ella? —Joe me miró haciendo el movimiento con sus labios y cejas—. ¿Ella? —Habiéndole sorprendido mi hermana en este acto, se pasó la mano por la nariz con el aire conciliatorio que acostumbraba adoptar en estas condiciones y se quedó mirándola.

—Bueno —dijo mi hermana, con su tono regañón—, ¿por qué me miras así? ¿Se ha pegado fuego a la casa?

—Como alguien —indicó cortésmente Joe— dijo… «ella»…

—Y ella es «ella», supongo yo —dijo mi hermana—. A menos que llames a la señorita Havisham «él». A lo mejor, serías capaz de hacerlo.

—¿La señorita Havisham, la de la ciudad? —preguntó Joe.

—¿Es que conoces otra señorita Havisham? —respondió mi hermana —. Quiere que el chico vaya a jugar a su casa. Y, naturalmente, tendrá que ir. Y tendrá que jugar —dijo mi hermana amenazándome con la cabeza, como un medio de infundirme ánimos para que me mostrase muy alegre y juguetón—, si no quiere que le zurre la badana.

Yo había oído hablar de la señorita Havisham —todo el mundo en muchas millas alrededor había oído hablar de la señorita Havisham— como de una señora huraña e inmensamente rica, que vivía en una casa grande y lúgubre, fortificada contra los ladrones, llevando una vida de absoluta reclusión.

—¡Vaya, vaya! —dijo Joe, asombrado—. ¡Me extraña que conozca a Pip!

—¡Simplote! —exclamó mi hermana—. ¿Quién te ha dicho que le conoce?

—Alguien —volvió a insinuar delicadamente Joe— ha mencionado su deseo de que él fuese a jugar a su casa.

—¿Y no podía ella haber preguntado al tío Pumblechook si conocía algún niño para mandarlo a jugar allí? ¿No es muy posible que el tío Pumblechook sea uno de sus arrendatarios y que alguna vez (no diremos cada tres meses o cada medio año, porque esto sería pedir demasiado, sino alguna vez) vaya allí a pagar su renta? Y ¿no podía ella entonces preguntar al tío Pumblechook si conocía a un muchacho que pudiera ir a jugar allí? ¿Y no podía el tío Pumblechook, apreciándonos como nos aprecia y mirando como mira siempre por nosotros, aunque tú no te lo creas, Joe —dijo en un tono de severo reproche, como si Joe fuese el más desnaturalizado de los sobrinos—, mencionar entonces a este chico que está dando brincos por ahí, lo cual puedo declarar solemnemente que yo no hacía en modo alguno, y de quien he sido siempre una esclava voluntaria?

—¡Bravo! —exclamó el tío Pumblechook—. ¡Muy bien dicho! Te explicas como un libro. ¡Bravo! Ahora, Joe, ya conoces el caso.

—No, Joe —dijo mi hermana, todavía en tono de reproche, mientras Joe, conciliadoramente, se pasaba una y otra vez el revés de la mano por la nariz—, aunque te figures lo contrario, aún no conoces el caso. Puedes creer que lo conoces, pero no lo conoces, Joe. Porque tú no sabes que el tío Pumblechook, dándose cuenta de que podría muy bien ocurrir que la ida del muchacho a casa de la señorita Havisham fuese el principio de su fortuna, se ha ofrecido a llevárselo a la ciudad esta misma noche en su carruaje, y a tenerle en su casa y a llevarle de su propia mano a casa de la señorita Havisham mañana por la mañana. Y, ¡válgame Dios! —exclamó mi hermana, arrojando su gorro con súbita desesperación—, aquí estoy hablando a dos completos idiotas, sin reparar en que el tío Pumblechook aguarda y la yegua se está enfriando en la puerta y el chico está cubierto de hollín y suciedad desde la punta de los cabellos a la planta de los pies.

Diciendo esto se arrojó sobre mí, como un águila sobre un cordero, y me apretó la cara contra los barreños del fregadero, me puso la cabeza bajo un diluvio de agua, me enjabonó, sobó, restregó, aporreó, rastrilló y rascó hasta que casi llegué a perder el sentido. (Puedo observar aquí que me tengo por mejor conocedor que cualquier otra autoridad viviente del efecto desgarrante de una sortija de boda cuando roza brutalmente un rostro humano.)

Una vez terminadas mis abluciones, me pusieron ropa interior limpia de lo más almidonado, como si metiesen a un joven penitente en una tela de saco, y me empaquetaron dentro del más terrible y ajustado de mis trajes. Entonces fui entregado al señor Pumblechook, quien me recibió con tanta solemnidad como si fuese el alguacil y me soltó el discursito que desde hacía rato se moría por pronunciar:

—Tienes que estar siempre agradecido, muchacho, a todos tus amigos, pero, especialmente, a los que te han criado a fuerza de mano.

—¡Adiós, Joe!

—¡Dios te bendiga, Pip querido!

Nunca hasta entonces me había separado de él, y entre las lágrimas que asomaban a mis ojos y los restos de la jabonadura que quedaba en ellos, al principio no pude ver las estrellas desde el carruaje. Pero éstas fueron parpadeando, una tras otra, sin arrojar ninguna luz sobre el enigma de por qué diablos tenía que ir yo a jugar a casa de la señorita Havisham y a qué diablos querían que jugase.

CAPÍTULO OCHO

La vivienda del señor Pumblechook, en la calle Mayor de la ciudad, era de un carácter pimentoso y farináceo como debía ser la casa de un tratante en granos y semillas. Pensé que debía de ser verdaderamente un hombre muy feliz por el hecho de tener tantos cajoncitos en su tienda; y al echar un vistazo en uno o dos de los de la primera fila, y ver dentro los paquetitos de papel de estraza, pensé si las semillas y los bulbos no necesitarían nunca de un buen día para escaparse de estas prisiones y florecer.

Era a primeras horas de la mañana siguiente a mi llegada cuando yo me entregaba a estas reflexiones. La noche antes se me había mandado directamente a dormir en un desván de techo inclinado, tan bajo, en el rincón donde estaba la cama, que yo calculé que las tejas debían de quedar a un pie de mis cejas. Aquella misma mañana descubrí una singular afinidad entre las semillas y las panas. El señor Pumblechook llevaba un vestido de pana y lo mismo hacía su dependiente, y el aspecto general y el olor de la pana participaban tanto de los de las semillas, y el aspecto general y el olor de las semillas participaban tanto de los de la pana, que yo apenas sabía distinguir una cosa de otra. La misma oportunidad me sirvió para observar que el señor Pumblechook parecía dirigir su negocio mirando a través de la calle al guarnicionero, quien parecía llevar el suyo no perdiendo de vista al carretero, quien parecía prosperar metiéndose las manos en los bolsillos y contemplando al panadero, quien, a su vez, se cruzaba de brazos y clavaba los ojos en el abacero, quien permanecía en su puerta bostezando sin dejar de mirar al boticario. El relojero, inclinado siempre sobre un pequeño pupitre, con una lupa en el ojo, y siempre contemplado a través del escaparate por un grupo de gente con delantal, parecía la única persona en toda la calle Mayor cuyo trabajo absorbía su atención.

El señor Pumblechook y yo desayunamos a las ocho en la trastienda, mientras el dependiente tomaba su taza de té y un pedazo de pan con mantequilla, sobre un saco de guisantes, en la parte delantera. La compañía del señor Pumblechook resultó para mí una desdicha. Además de estar imbuido de la idea de mi hermana de que había de imprimir un carácter de penitencia y mortificación a mi dieta —además de darme toda la corteza que podía en combinación con la menor cantidad de mantequilla posible y de poner tal cantidad de agua caliente en la leche, que hubiese sido más sincero no poner leche—, su conversación no versó más que sobre aritmética. Al darle yo cortésmente los buenos días, dijo pomposamente: «¡Siete veces nueve, muchacho!». ¿Y cómo iba a poder responder yo, acuciado de aquel modo, en un lugar extraño y con el estómago vacío? Me sentía hambriento, pero antes de engullir el primer bocado, él empezó una suma continua que duró todo el desayuno. ¿Siete y cuatro? ¿Y ocho? ¿Y seis? ¿Y dos? ¿Y diez? Y así por el estilo. Y después de responder a una pregunta, apenas podía tomar un bocado o beber un sorbo sin tener otra encima; en tanto que él se estaba sentado a sus anchas sin calcular nada, y atiborrándose glotonamente (si se me permite la expresión) de jamón y panecillos calientes.

Por estas razones me alegré mucho cuando dieron las diez y salimos para la casa de la señorita Havisham, aunque no estaba del todo tranquilo respecto a la manera en que desempeñaría mi cometido bajo el techo de aquella casa. Al cabo de un cuarto de hora llegamos a la casa, que era de ladrillo viejo, de aspecto muy triste, con muchas rejas de hierro… Algunas de las ventanas habían sido tapiadas; de las que quedaban, todas las bajas estaban defendidas por mohosos barrotes. Había un patio delante y estaba cerrado por una verja, de modo que tuvimos que aguardar, después de hacer sonar la campanilla, a que alguien viniese a abrir. Mientras esperábamos, atisbé por la verja; hasta en aquel momento el señor Pumblechook dijo: «¿Y catorce?», pero fingí no oírle, y vi que a un lado de la casa había una gran fábrica de cerveza. Nadie la fabricaba ahora, y no parecía que nadie lo hubiese hecho desde hacía mucho tiempo.

Se abrió una ventana, y una voz clara preguntó: «¿Quién?». A lo cual mi acompañante respondió: «Pumblechook». La voz repuso: «Está bien», volvió a cerrarse la ventana y una señorita vino atravesando el patio con unas llaves en la mano.

—Éste —dijo el señor Pumblechook— es Pip.

—¿Éste es Pip? —preguntó la joven, que era muy bonita y parecía muy orgullosa—. Entra, Pip.

El señor Pumblechook iba a entrar también, cuando ella se lo impidió, cerrando la verja.

—¡Oh! —dijo ella—. ¿Desea usted ver a la señorita Havisham?

—Sí, la señorita Havisham desea verme —respondió el señor Pumblechook, desconcertado.

—¡Ah! —dijo la joven—. Pero el caso es que no lo desea.

Lo dijo de una manera tan categórica, y en un tono tan concluyente, que el señor Pumblechook, aunque herido en su dignidad, no se atrevió a protestar. Pero me miró con dureza —¡como si yo le hubiese hecho algo!— y se despidió con estas palabras, dichas en tono de reproche:

—¡Muchacho! ¡Procura que tu manera de conducirte aquí haga honor a los que te han criado a fuerza de mano!

Yo no estaba muy seguro de que no volviese para preguntarme a través de la verja: «¿Y dieciséis?». Pero no lo hizo.

Mi joven guía cerró la verja y ambos cruzamos el patio. Estaba embaldosado y limpio, pero la hierba crecía en todas las grietas. El edificio de la fábrica comunicaba con él por un pequeño callejón y las puertas de madera de este pasadizo y todas las de la fábrica estaban abiertas, dejando ver el alto muro que la rodeaba, pero todo estaba desocupado y en desuso.

El frío viento parecía más frío allí dentro que afuera en la calle, y hacía un ruido estridente al entrar y salir, aullando por los costados abiertos de la fábrica, semejante al que hace en alta mar entre el aparejo de una nave.

La joven me vio mirar en aquella dirección y dijo:

—Poco daño te haría, muchacho, toda la cerveza que se fabrica ahora aquí.

—Eso pienso yo, señorita —le dije con timidez.

—Y mejor será que no intenten hacer cerveza aquí, ahora, porque se volvería agria, ¿no te parece, muchacho?

—Así lo creo, señorita.

—No es que nadie lo intente —añadió ella—, porque esto se acabó ya, y este lugar quedará como está hasta que se caiga de viejo. En cuanto a cerveza, hay bastante en las bodegas para inundar Manor House.

—¿Es éste el nombre de esta casa, señorita?

—Uno de sus varios nombres, muchacho.

—¿Tiene más de uno entonces, señorita?

—Otro. Su nombre era Satis, que en griego o latín o hebreo o en los tres idiomas juntos, que los tres son lo mismo para mí, quiere decir bastante.

—Bastante casa —dije yo—; es un nombre curioso, señorita.

—Sí —respondió ella—; pero significa más de lo que dice. Quería decir, cuando se lo dieron, que aquel que la poseyera no necesitaría nada más. La gente debía de ser fácil de contentar en aquellos días, pienso yo. Pero no te entretengas, muchacho.

Aunque me llamaba «muchacho» tan a menudo, y con una despreocupación que no tenía nada de lisonjera, era casi de mi edad o poco más. Parecía mayor que yo, desde luego, pues era una muchacha hermosa y muy dueña de sí misma, y me trataba con el mismo desdén que si tuviese veintiún años y fuese una reina.

Entramos en la casa por una puerta lateral —la gran entrada delantera tenía atravesadas dos cadenas—, y lo primero que noté fue que los pasillos estaban a oscuras, y que la muchacha había dejado allí una vela encendida. La cogió, recorrimos otros, subimos por una escalera y todo seguía oscuro y sólo la vela nos alumbraba.

Por fin llegamos a la puerta de una habitación, y me dijo:

—Entra.

Yo respondí, más por timidez que por cortesía:

—Después de usted, señorita.

A esto respondió:

—No seas ridículo, muchacho; yo no tengo que entrar. —Y se alejó desdeñosamente, y, lo que es peor aún, se llevó la vela consigo.

Esto era muy desagradable y yo estaba medio asustado. Sin embargo, sólo podía hacer una cosa, que era llamar. Llamé, y desde dentro me ordenaron que entrase. Entré, pues, y me encontré en una estancia espaciosa, iluminada con velas de cera. No entraba allí ni un rayo de luz diurna. Era un cuarto tocador, según juzgué por el mobiliario, aunque buena parte de éste tenía formas y usos entonces desconocidos para mí. Pero lo más notable en él era una mesa con faldas y un espejo dorado encima; y a primera vista comprendí que se trataba de una mesa tocador.

No sé si habría identificado tan pronto este objeto si no hubiera estado sentada junto a él una elegante señora. En un sillón, con el codo descansando en la mesa y la cabeza apoyada en la mano, estaba la dama más extraña que jamás he visto o veré.

Iba vestida con ricas ropas —satenes, encajes y sedas—, todas blancas. Sus zapatos eran blancos. Llevaba un largo velo blanco colgando de la cabeza, y en el cabello, flores de desposada. Su cabello también era blanco. Hermosas joyas resplandecían en su garganta y en sus manos, y otras centelleaban sobre la mesa. Esparcidos por la habitación había vestidos, menos espléndidos que el que llevaba puesto, y baúles a medio hacer. No había acabado de vestirse, porque no tenía puesto más que un zapato —el otro estaba sobre la mesa, cerca de su mano—, su velo se hallaba a medio arreglar, su reloj con cadena aguardaba que se lo pusiese y unos encajes para su pecho yacían con estas joyas, su pañuelo, sus guantes, algunas flores y un libro de oraciones, todo confusamente amontonado junto al espejo.

No vi todo esto al primer momento, aunque vi más de lo que se podía suponer. Pero vi que todo lo que tenía ante mí que debía ser blanco, hacía mucho tiempo que había sido blanco y había perdido su brillo y estaba mustio y amarillento. Vi que la novia que había dentro del traje de novia se había ajado como el traje y como las flores, y no le quedaba otro brillo que el de sus ojos hundidos. Vi que el vestido había sido puesto en la redondeada figura de una mujer joven, y que la figura sobre la cual colgaba fláccido ahora, había quedado reducida a la piel y a los huesos. Una vez me habían llevado a ver unas horribles figuras de cera en una feria que representaban no sé qué imposible personaje en su capilla ardiente. Otra vez me llevaron a una de nuestras iglesias de los marjales a ver un esqueleto vestido con los restos de un rico traje, que había sido desenterrado de una cripta. Ahora la figura de cera y el esqueleto parecían tener unos ojos oscuros que se movían y me miraban. Si hubiera podido, habría gritado.

—¿Quién es? —dijo la dama que estaba junto a la mesa.

—Pip, señora.

—¿Pip?

—El muchacho que ha venido con el señor Pumblechook, señora. Ha venido… a jugar.

—Acércate más. Deja que te vea. Ven acá.

Fue al encontrarme ante ella, rehuyendo su mirada, cuando observé con detalle los objetos que nos rodeaban, y vi que el reloj que había encima de la mesa estaba parado a las nueve menos veinte minutos, y que el que había en la pared también estaba parado a la misma hora.

—Mírame —dijo la señorita Havisham—. ¿No tienes miedo de una mujer que no ha visto el sol desde que tú naciste?

Siento tener que confesar que no temí decir la enorme mentira comprendida en la respuesta: «No».

—¿Sabes qué toco aquí? —dijo ella, llevándose las manos, una sobre otra, al costado izquierdo.

—Sí, señora. (Me hizo pensar en el joven.)

—¿Qué toco?

—Su corazón.

—¡Destrozado!

Pronunció esta palabra con mucho énfasis, acompañándola de una mirada ansiosa y una sonrisa espectral en la que se advertía una especie de vanagloria. Luego mantuvo sus manos allí durante un momento y las fue separando poco a poco como si pesasen mucho.

—Estoy cansada —dijo la señorita Havisham—. Necesito diversión y ya he terminado con los hombres y las mujeres. Juega.

Pienso que el lector más exigente me concederá que no se podía pedir a un desdichado muchacho que hiciera nada más difícil de hacer en aquellas circunstancias.

—Tengo a veces caprichos de enferma —prosiguió ella—. Y ahora tengo el capricho de ver jugar a alguien. ¡Vamos, vamos! —dijo, moviendo con impaciencia los dedos de la mano derecha—. ¡Juega, juega, juega!

Por un instante y acuciado por el miedo a las palizas de mi hermana, tuve la desesperada idea de ponerme a correr por la estancia imitando el carruaje del señor Pumblechook, pero me sentí tan incapaz de hacerlo, que desistí de ello y me quedé mirando a la señorita Havisham con una expresión que le debió de parecer de testarudez, pues, después de mirarnos unos instantes, preguntó:

—¿Acaso eres adusto y obstinado?

—No, señora; me da usted mucha pena y siento mucho no saber jugar en este momento. Si usted se queja de mí, mi hermana me castigará; así pues, lo haría si pudiese; pero todo esto me resulta tan nuevo y tan extraño… y tan hermoso… y tan triste… —Me detuve, temiendo decir demasiado o haberlo dicho ya, y volvieron a cruzarse nuestras miradas.

Antes de volver a hablar, ella apartó los ojos de mí, miró el vestido que llevaba, la mesa tocador y, finalmente, su propia imagen en el espejo.

—¡Tan nuevo para él —musitó—, tan viejo para mí; tan extraño para él, tan familiar para mí; tan melancólico para los dos! Llama a Estella.

Como aún estaba mirando su imagen en el espejo, creí que aún hablaba consigo misma, y permanecí callado.

—Llama a Estella —repitió lanzándome una mirada—. Esto bien puedes hacerlo. Llama a Estella. Ve a la puerta.

Permanecer a oscuras en un misterioso corredor de una casa desconocida, llamando a voces a una joven desdeñosa que ni se dejaba ver ni respondía, y sintiendo que me tomaba una terrible libertad al gritar su nombre, era casi peor que jugar por encargo. Pero al cabo ella respondió y su luz apareció en el corredor como una estrella.

La señorita Havisham le hizo señal de que se le acercase y, tomando una joya de encima de la mesa, ensayó su efecto sobre su hermoso pecho juvenil y sobre su lindo cabello castaño.

—Un día será tuya, querida, y tú harás buen uso de ella. Ahora vas a jugar a los naipes con este muchacho.

—¡Con este muchacho! ¡Si es un palurdo!

Si no pareciese tan imposible, creería haber oído a la señorita Havisham responder:

—Y bien, si puedes, destrózale el corazón.

—¿A qué sabes jugar, muchacho? —me preguntó Estella, con el mayor desdén.

—Sólo a «la ruina», señorita.

—Arruínale —dijo la señorita Havisham a Estella. Así pues, nos sentamos a jugar.

Fue entonces cuando empecé a comprender que todo en aquella estancia se había detenido, a semejanza de los relojes, hacía mucho tiempo. Observé que la señorita Havisham dejaba la joya exactamente en el mismo sitio de donde la había tomado. Mientras Estella repartía los naipes, di otra ojeada a la mesa tocador y vi que el zapato que había encima, blanco un día, ahora amarillo, jamás había sido usado. Miré al pie de donde faltaba el zapato, y vi que la media de seda, blanca un día, ahora amarilla, estaba destrozada por el uso. Sin esta detención de todo, esta inmovilidad de todos los objetos pálidos y marchitos, ni el ajado traje de novia sobre aquella figura postrada habría parecido tanto un vestido de muerta, ni el largo velo tanto un sudario.

Así, mientras nosotros jugábamos a los naipes, ella permanecía inmóvil como un cadáver, con las franjas y escarolados de su traje de novia como si fuesen de polvoriento papel. Yo no sabía nada en aquel entonces de los descubrimientos que de vez en cuando se hacen de cadáveres que, habiendo sido enterrados en tiempos antiguos, se deshacen al contacto del aire; pero después he pensado a menudo que ella debía de tener un aspecto como si, al tocarla la luz del día, hubiese de deshacerse en polvo.

—A las sotas llama mozos, ¡este muchacho! —dijo con desdén Estella, antes de que terminase nuestra primera partida—. ¡Y qué manos tiene tan bastas! ¡Y qué botas tan gruesas!

Nunca hasta entonces se me había ocurrido avergonzarme de mis manos, pero empecé a considerarlas una pareja muy ordinaria. El desprecio de Estella era tan grande que se hacía contagioso, y se me pegó.

Ella ganó el juego y yo repartí. Me equivoqué, como no podía menos, sabiendo que ella estaba aguardando que lo hiciera; y entonces me acusó de ser un palurdo desmañado y estúpido.

—Tú no dices nada de ella —observó, dirigiéndose a mí la señorita Havisham, mientras nos contemplaba—. Ella dice muchas cosas ofensivas para ti, pero tú no dices nada de ella. ¿Qué piensas de ella?

—No quisiera decirlo —balbucí.

—Dímelo al oído —dijo la señorita Havisham inclinándose.

—Me parece muy orgullosa —respondí en un susurro.

—¿Nada más?

—Me parece muy bonita.

—¿Nada más?

—Me parece muy insolente. (Ella me estaba mirando con aire de suprema aversión.)

—¿Nada más?

—Me parece que me gustaría irme a casa.

—¿Y no volver a verla más, a pesar de que es tan bonita?

—No estoy seguro de que no me gustase volver a verla, pero ahora querría irme a casa.

—Pronto irás —dijo la señorita Havisham, en voz alta—. Acabad el juego.

De no ser por aquella espectral sonrisa del principio, habría asegurado que el rostro de la señorita Havisham no era capaz de sonreír. Había tomado ahora una expresión cavilosa y atenta —muy en consonancia con la especie de encantamiento en que había quedado todo lo que le rodeaba— y no parecía que nada pudiera nunca reanimarla. Estaba como doblada y con el pecho hundido, se le había debilitado la voz y hablaba en tono bajo como sumida en un sopor; en conjunto, tenía el aspecto de haberse desplomado en cuerpo y alma, por dentro y por fuera, bajo el peso de un golpe aplastante.

Acabé el juego con Estella y ésta me ganó. Arrojó los naipes sobre la mesa, después de habérmelos ganado todos, como si los despreciase por habérmelos ganado a mí.

—¿Cuándo te volveremos a ver? —dijo la señorita Havisham.

—Déjeme pensar.

Empezaba a recordarle que estábamos en miércoles, cuando me atajó con el mismo movimiento impaciente de los dedos de la mano derecha.

—¡Calla, calla! No sé nada de los días de la semana; ni de las semanas del año. Vuelve pasados seis días. ¿Oyes?

—Sí, señora.

—Estella, llévale abajo. Dale algo de comer, y déjale que corra por ahí mientras come. Vete, Pip.

Seguí la luz al bajar, como la había seguido al subir, y la joven dejó la vela en el mismo sitio donde la habíamos encontrado. Hasta que abrió la entrada lateral, había imaginado, sin pensar en ello, que necesariamente debía ser de noche. El torrente de la luz diurna me deslumbró completamente, y me dio la impresión de haber pasado muchas horas a la luz de las bujías en aquella extraña habitación.

—Tendrás que aguardar aquí, muchacho —dijo Estella; y desapareció cerrando la puerta.

Aproveché la ocasión de quedarme solo en el patio para mirarme las manos bastas y las botas groseras. El concepto que formé de estos accesorios no fue favorable. Nunca me habían preocupado antes, pero me preocupaban ahora como adminículos vulgares. Decidí preguntar a Joe por qué me había enseñado a llamar mozos a aquellos naipes que debían llamarse sotas. Habría querido que Joe hubiera sido educado más finamente y así lo habría sido yo también.

Estella volvió, llevando pan, carne y un jarrito de cerveza. Dejó el jarro sobre las baldosas del patio, y me dio el pan y la carne sin mirarme, con tanta insolencia como si yo hubiera sido un perro en desgracia. Me sentía tan humillado, herido, maltratado, ofendido, enojado, dolorido —no puedo encontrar nombre adecuado para aquel escozor, sabe Dios qué nombre tendría—, que se me saltaron las lágrimas. Y en aquel momento, la muchacha me miró, mostrando en su semblante el vivo placer que le producía haber sido causa de ellas. Esto me dio fuerzas para contenerlas y devolverle la mirada. Ella movió la cabeza despreciativamente, pero satisfecha, me pareció a mí, de haberse asegurado de que me quedaba bien mortificado, y me dejó.

En cuanto se hubo marchado, busqué un lugar donde esconder mi rostro, y poniéndome detrás de una de las puertas del callejón que conducía a la fábrica de cerveza, apoyé el brazo en ella, recliné la frente sobre el brazo y me eché a llorar. En tanto que lloraba, daba patadas en la pared y me tiraba violentamente de los pelos; tan amargos eran mis sentimientos y tan aguda la punzada sin nombre que requería este desahogo.

El modo en que me había criado mi hermana me había hecho muy sensible. En el pequeño mundo en que viven los niños, sea quien sea el que los eduque, no hay nada que se perciba con tanta delicadeza ni que se sienta tan agudamente como la injusticia. La injusticia de la que el niño es objeto puede ser sólo una pequeña injusticia; pero el niño es pequeño y su mundo es pequeño y su caballo de cartón es tan alto, en proporción, como un grande y huesudo caballo irlandés. En mi interior había sostenido, desde mis primeros años, un perpetuo conflicto con la injusticia. Había sabido, desde que empecé a hablar, que mi hermana, en su caprichosa y violenta conducta, era injusta conmigo. Había abrigado un profundo convencimiento de que el hecho de criarme a fuerza de mano no le daba derecho a criarme a empujones. A través de todos mis castigos, ayunos, vigilias, y otros lances punitivos, había acariciado esta certidumbre; y el hecho de haber tenido que sufrir y meditar a solas y sin protección, atribuyo en gran parte el que yo fuese moralmente tímido y sobremanera sensible.

Después de desahogar, por el momento, mis sentimientos heridos, dando puntapiés a la pared y mesándome los cabellos, me limpié el rostro con la manga y salí de detrás de la puerta. El pan y la carne eran aceptables, la cerveza me dio un agradable calorcillo, y pronto estuve con ánimo de mirar a mi alrededor.

Verdaderamente, era aquél un lugar desierto, hasta por lo que se refiere al palomar, que algún vendaval había torcido sobre su soporte y donde los pichones, si es que había alguno, se habrían convencido de hallarse balanceándose en alta mar. Pero no había pichones en el palomar, ni caballos en la cuadra, ni cerdos en la pocilga, ni malta en el almacén, ni olor a grano o a cerveza en la caldera o en las cubas. Todos los usos y los olores de la fábrica parecían haberse disipado con la última vaharada de humo. En un patio contiguo había multitud de barriles vacíos, que parecían conservar el agrio recuerdo de mejores días; pero demasiado agrio para ser aceptado como una muestra de la cerveza que habían contenido, y en este respecto aquellos reclusos se me antojan parecidos a muchos otros.

Detrás del extremo más alejado de la fábrica había un jardín abandonado defendido por un muro viejo, pero no tan alto que yo no pudiera subirme a él y mirar por encima y ver que el jardín abandonado era el jardín de la casa que estaba cubierto de maleza, pero que en sus senderos verdes y amarillos había algunas huellas, como si alguien, de vez en cuando, paseara por allí, y que Estella en aquel mismo momento se alejaba por uno de ellos. Parecía estar en todas partes. Porque, cuando cedí a la tentación que ofrecían los barriles y me puse a andar sobre ellos, la vi andar sobre los del otro extremo del patio. Estaba de espaldas a mí, sostenía su bonito cabello castaño extendido entre las manos, y, sin volverse a mirar, desapareció en seguida.

Lo mismo ocurrió en la fábrica misma, quiero decir en el edificio grande, alto y enlosado donde en otro tiempo solían hacer la cerveza y donde aún estaban los utensilios para ello. Cuando entré allí y, atemorizado por su lúgubre aspecto, me quedé junto a la puerta mirando a mi alrededor, la vi pasar entre los hogares apagados, subir por una ligera escalera de hierro, y salir por una galería alta, como si subiera al cielo.

Fue en este lugar y en este momento cuando tuve una extraña imaginación. Me pareció cosa rara entonces, y más extraña todavía me pareció más tarde. Volví los ojos, un poco deslumbrados de mirar a la helada luz de arriba, hacia una enorme viga que había a mi derecha, en un rincón del edificio, y vi una figura colgada de allí por el cuello. Una figura vestida toda de blanco amarillento, con un pie descalzo, y colgaba de tal manera que pude ver que los ajados adornos de su traje parecían de polvoriento papel y que su rostro era el rostro de la señorita Havisham, que se movía como si se esforzara por llamarme. Con el terror que sentí al ver la figura, y al saber que un momento antes no estaba, al principio hui y después corrí hacia ella. Y mi terror fue mayor todavía, al ver que no había allí figura alguna.

Necesité nada menos que la fría luz del alegre cielo, la vista de la gente que pasaba al otro lado de la verja y la reanimadora influencia de lo que quedaba de pan y carne y cerveza, para reponerme. Y aun con estos auxilios, podía no haberme recobrado tan pronto como lo hice, de no haber visto que Estella se acercaba con las llaves para abrirme la puerta. Pensé que tendría un buen pretexto para mostrarme su desprecio, si me veía asustado, y en manera alguna quería darle este pretexto.

Me lanzó una mirada de triunfo al pasar, como si se regocijara de que mis manos fuesen tan bastas y mis botas tan gruesas, abrió la verja y se quedó junto a ella. Yo iba a salir, sin mirarla, cuando me tocó con mano insolente:

—¿Por qué no lloras?

—Porque no tengo ganas.

—Sí, tienes —dijo ella—. Has estado llorando hasta quedar medio ciego, y ahora mismo estás a punto de llorar.

Se rió con desprecio, me empujó afuera, y cerró la verja tras de mí. Me dirigí inmediatamente a casa del señor Pumblechook, y me sentí inmensamente aliviado al no encontrarle en ella. Así, dejando dicho al dependiente cuál era el día en que debía volver a casa de la señorita Havisham, emprendí las cuatro millas de camino que me separaban de nuestra herrería, discurriendo mientras andaba sobre todo lo que había visto, y dando vueltas a la idea de que yo era un palurdo, de que mis manos eran bastas, de que mis botas eran gruesas, de que había caído en la despreciable costumbre de llamar mozos a las sotas, de que era mucho más ignorante de lo que me había creído la noche anterior, y, en una palabra, de que mi género de vida era bajo y ruin.

CAPÍTULO NUEVE

Cuando llegué a casa, mi hermana tenía una gran curiosidad por saber cosas de la señorita Havisham, y me hizo un sinfín de preguntas. Y pronto empezaron a llover sobre mí los cogotazos y los empellones y mi rostro se vio ignominiosamente restregado contra la pared de la cocina porque no respondía estas preguntas con suficiente extensión.

Si el temor de no ser comprendido se alberga en el pecho de otros niños como se albergaba en el mío —lo que considero probable, pues no tengo ningún motivo especial para sospechar que yo haya sido una monstruosidad—, ésta es la clave de muchos comportamientos reservados. Estaba convencido de que si describía a la señorita Havisham tal como la habían visto mis ojos, nadie me comprendería. Y no era eso sólo, sino que tenía el convencimiento de que nadie comprendería tampoco a la señorita Havisham; y aunque ella resultaba completamente incomprensible para mí, tenía la impresión de que sería algo brutal y traidor exponerla tal como era (por no hablar de la señorita Estella) a la contemplación de la señora Joe. En consecuencia, dije lo menos que pude, y me dejé restregar la cara contra la pared de la cocina.

Lo peor de todo fue que aquel metomentodo del viejo Pumblechook, devorado por el deseo de enterarse de lo que yo había visto y oído, llegó en su coche a la hora del té, a que le diesen todos los detalles. Y a la vista de este tormento, con sus ojos de pescado y su boca abierta, su cabello pajizo erizado inquisitivamente y su chaleco hinchado de pomposa aritmética, acabé de encastillarme en mi reserva.

—Bien, muchacho —empezó el tío Pumblechook, en cuanto se hubo sentado en el sitio de honor junto al fuego—. ¿Cómo te ha ido en la ciudad?

—Bastante bien, señor —respondí, y mi hermana me amenazó con el puño.

—¿Bastante bien? —repitió el señor Pumblechook—. Bastante bien no es una respuesta. Dinos lo que quieres decir con bastante bien, muchacho.

Tal vez la cal en la frente embota el cerebro hasta ponerlo en estado de obstinación. Como quiera que fuese, con la cal de la pared en mi frente, mi obstinación fue diamantina. Reflexioné un rato, y luego respondí como si hubiera descubierto una idea nueva:

—Quiero decir bastante bien.

Mi hermana, con una exclamación de impaciencia, iba a lanzarse sobre mí —yo no tenía defensa alguna, pues Joe estaba ocupado en la herrería— cuando el señor Pumblechook se interpuso diciendo:

—¡No! No pierdas los estribos. Deja al muchacho para mí, sobrina. Deja al muchacho para mí.

Luego el señor Pumblechook me hizo dar media vuelta para ponerme ante sí, como si fuese a cortarme el pelo, y dijo:

—Ante todo, para ordenar las ideas, ¿cuánto son cuarenta y tres peniques?

Calculé las consecuencias de responder cuatrocientas libras pero, comprendiendo que me serían desfavorables, respondí lo más exactamente que pude, que fue con un error de unos ocho peniques. El señor Pumblechook entonces me hizo pasar por toda la tabla de equivalencias desde «doce peniques hacen un chelín», hasta «cuarenta peniques hacen tres chelines y cuatro peniques», y después preguntó triunfalmente, como si me hubiera aplastado:

—Y ahora, ¿cuánto son cuarenta y tres peniques?

A lo cual yo respondí, después de meditar un buen rato:

—No lo sé.

Y estaba tan exasperado que casi dudo de que en realidad lo supiera.

El señor Pumblechook revolvió mi cabeza como si fuese un sacacorchos con el que quisiese arrancarme las respuestas y dijo:

—Cuarenta y tres peniques, por ejemplo, ¿serán acaso siete chelines y seis peniques y tres cuartos?

—¡Sí! —dije yo. Y aunque mi hermana en el acto me tiró de las orejas, fue una gran satisfacción para mí ver que la respuesta le estropeaba la broma, y la llevaba a un punto muerto.

—¡Muchacho! ¿Cómo es la señorita Havisham? —empezó de nuevo el señor Pumblechook, así que se hubo repuesto, cruzándose enérgicamente de brazos y aplicando el sacacorchos.

—Muy alta y morena —le dije.

—¿Es así, tío? —preguntó mi hermana.

El señor Pumblechook le hizo un guiño de asentimiento, de lo cual deduje en seguida que nunca había visto a la señorita Havisham, pues ésta no era así.

—¡Bueno! —dijo el señor Pumblechook, con suficiencia—. ¡Ésta es la manera de dominarle! Ahora empezamos a hacernos obedecer, ¿no te parece, sobrina?

—Estoy segura de ello, tío —respondió la señora Joe—. Ojalá estuviese usted siempre a su lado. Usted conoce bien la manera de tratarle.

—¡Vamos, muchacho! ¿Qué hacía ella cuando tú entraste hoy? —preguntó el señor Pumblechook.

—Estaba sentada —respondí— en un coche de terciopelo negro.

El señor Pumblechook y la señora Joe se miraron asombrados —y con razón— y repitieron:

—¿En un coche de terciopelo negro?

—Sí —respondí—. Y la señorita Estella, me figuro que es su sobrina, le servía torta y vino por la ventanilla del coche, en una bandeja de oro. Y todos tomamos torta y vino en bandejas de oro. Y yo me subí a la trasera del coche para comer mi parte, porque ella me lo mandó.

—¿Había alguien más allí? —preguntó el señor Pumblechook.

—Cuatro perros —dije.

—¿Grandes o pequeños?

—Tremendos —dije—. Y se peleaban por unas chuletas de ternera que les echaban de una cestilla de plata.

El señor Pumblechook y la señora Joe se miraron otra vez, completamente aturdidos. Yo estaba frenético —un testigo enloquecido por la tortura— y me sentía capaz de decirles cualquier cosa.

—Pero ¡en nombre de Dios! ¿Dónde estaba ese coche? —preguntó mi hermana.

—En la habitación de la señorita Havisham —ellos volvieron a mirarse—; pero no tenía caballos. —Añadí esta cláusula prudente en el momento de descartar cuatro caballos ricamente enjaezados que había tenido locos deseos de enganchar en él.

—¿Puede ser esto posible, tío? —preguntó la señora Joe—. ¿Qué querrá decir este chico?

—Ya te lo diré —explicó el señor Pumblechook—. En mi opinión, se trata de una silla de manos. Es una mujer caprichosa, ¿sabes?, muy caprichosa: lo bastante para pasarse los días en una silla de manos.

—¿La ha visto usted alguna vez en ella, tío? —preguntó la señora Joe.

—¿Cómo habría podido —respondió él obligado a hacer esta confesión—, si no la he visto en mi vida? ¡Nunca le pude echar los ojos encima!

—¡Dios mío, tío! ¿Y, no obstante, usted le ha hablado?

—Tú ya sabes —dijo el señor Pumblechook, con impertinencia— que cuando fui me hicieron subir hasta la puerta de su habitación, y ella me habló desde dentro por la puerta entreabierta. No me digas ahora que no sabías eso. De un modo u otro, el caso es que el chico ha ido a jugar allí. ¿A qué jugaste, muchacho?

—Jugamos con banderas —dije yo (permítaseme observar que cuando recuerdo las mentiras que dije en aquella ocasión me maravillo de mí mismo).

—¡Banderas! —repitió mi hermana.

—Sí —dije yo—. Estella agitaba una bandera azul, y yo una encarnada, y la señorita Havisham tremolaba, sacándola por la ventanilla del coche, otra toda tachonada de estrellitas de oro. Y después todos blandimos nuestras espadas y lanzamos vítores.

—¡Espadas! —repitió mi hermana—. ¿De dónde sacasteis las espadas?

—De un armario —dije yo—. Y vi pistolas en él y confituras y píldoras. Y en la habitación no entraba la luz del día, sino que estaba toda iluminada con bujías.

—Esto es verdad, sobrina —dijo el señor Pumblechook, con una grave inclinación de cabeza—. Éste es el estado de cosas a juzgar por lo que he visto.

Y después ambos se quedaron mirándome, y yo con una boba expresión de ingenuidad les devolvía la mirada, mientras con la mano derecha me retorcía la pernera de los pantalones.

Si hubieran seguido haciéndome preguntas, seguramente me habría traicionado, porque llegué a estar a punto de mencionar que había un globo aerostático en el patio, y lo habría hecho ya, de no haber sido porque mi inventiva se hallaba indecisa entre este fenómeno y la presencia de un oso en la fábrica. Ellos, sin embargo, estaban tan ocupados en discutir las maravillas que había expuesto ya a su consideración, que esto me salvó. El tema les absorbía aún cuando Joe llegó de la herrería para tomar su taza de té. Y mi hermana, más para expansión de su espíritu que para satisfacción del de su marido, le refirió mis supuestas experiencias.

Ahora bien, cuando vi a Joe abrir sus ojos azules y pasearlos por toda la cocina con desvalido asombro, el remordimiento se apoderó de mí; pero sólo por lo que a él se refería —no en absoluto por lo que se refería a los otros dos—. Por Joe, y sólo por Joe, yo me consideraba como un joven monstruo, mientras todos iban discutiendo qué resultados podían augurarse para mí de mi relación con la señorita Havisham. No tenían ninguna duda de que la señorita Havisham haría «algo» por mí; sus dudas se referían a la forma que tomaría este «algo». Mi hermana se inclinaba por «propiedad». El señor Pumblechook creía mejor una espléndida prima para pagarme el aprendizaje de una profesión distinguida; digamos, por ejemplo, el comercio de granos y semillas. Joe se indispuso con ambos, al ofrecer la brillante sugerencia de que tal vez no harían más que regalarme uno de los perros que se habían peleado por las chuletas.

—Si la cabeza de un tonto no puede expresar opiniones mejores que ésta —dijo mi hermana— y tienes trabajo en otra parte, será mejor que vayas a hacerlo.

Con lo cual Joe se fue.

Luego que el señor Pumblechook se hubo marchado y mientras mi hermana lavaba los platos, yo me escapé a la herrería, junto a Joe, y me quedé con él hasta que hubo terminado su trabajo. Entonces le dije:

—Antes de que el fuego se apague, Joe, querría decirte algo.

—¿De veras, Pip? —dijo Joe, acercando a la fragua el banco de herrar —. Dilo pues. ¿De qué se trata, Pip?

—Joe —dije, agarrándome a la manga remangada de su camisa y retorciéndola entre mi pulgar y mi índice—, ¿recuerdas todo lo que he dicho de la casa de la señorita Havisham?

—¿Si lo recuerdo? —dijo Joe—. ¡Ya lo creo! ¡Maravilloso!

—Hay una cosa terrible, Joe; no es verdad.

—¿Qué me cuentas, Pip? —exclamó Joe, echándose atrás con el mayor asombro—. No vas a decirme que es…

—Sí, lo digo; es mentira, Joe.

—Pero no todo, ¿verdad? Porque no vas a decirme, Pip, que no había tal coche de ter… ¿eh? (Porque yo meneaba la cabeza.) Pero por lo menos estarían los perros. Vamos, Pip —dijo Joe en tono persuasivo—, si no había chuletas de ternera, por lo menos estarían los perros…

—No, Joe.

—¿Un perro? —dijo Joe—. ¿Un cachorro? ¡Vamos!

—No, Joe, no había nada de todo eso.

Cuando fijé mis ojos tristemente en él, me contempló desalentado:

—¡Pip, muchacho! ¡Esto no está bien, querido! ¿Dónde crees que vas a llegar?

—Es terrible, Joe. ¿No es cierto?

—¿Terrible? —exclamó Joe—. ¡Espantoso! ¿Qué se apoderó de ti?

—No sé lo que se apoderó de mí, Joe —respondí, soltando su manga y sentándome a sus pies en las cenizas, con la cabeza baja—; pero quisiera que no me hubieras enseñado a llamar mozos a las sotas; y quisiera que mis botas no fueran tan gruesas ni mis manos tan bastas.

Y entonces conté a Joe que me sentía muy desgraciado y que no me había visto con fuerzas para explicarme con la señora Joe y Pumblechook, que tan mal me trataban, y que había una hermosa joven en la casa de la señorita Havisham que era terriblemente orgullosa y había dicho que yo era ordinario, y que yo sabía que era ordinario, y que no quería ser ordinario, y que las mentiras habían nacido de esto, no sabía yo cómo.

Esto era un caso de metafísica, tan difícil para Joe como para mí. Pero Joe sacó el caso por completo de la región de la metafísica y por este medio lo dominó.

—Hay una cosa de la cual puedes estar seguro, Pip —dijo, después de rumiar un poco—, y es de que las mentiras siempre serán mentiras. De dondequiera que vengan debían de haber venido, y vienen del padre de las mentiras y a él vuelven. No me hables más de ellas, Pip. Éste no es el camino para salir de lo ordinario, muchacho. Y en cuanto a lo de ser ordinario, no acabo de entenderlo, querido. En algunas cosas eres extraordinario. Eres extraordinariamente pequeño. También extraordinariamente instruido.

—No, soy ignorante y retrasado, Joe.

—¡Cómo! Mira qué carta escribiste anoche. Hasta en letra de molde. ¡He visto cartas, ah, y de verdaderos señores, que puedo jurar que no estaban escritas en letra de molde! —dijo Joe.

—No he aprendido casi nada, Joe. Tú me quieres demasiado. Eso es todo.

—En fin, Pip —dijo Joe—. De todos modos, me figuro que hay que ser un estudiante ordinario antes de poder serlo extraordinario. El rey en su trono, con su corona en la cabeza, no puede escribir leyes del Parlamento en letra de molde, sin haber empezado cuando no era más que un príncipe, con el alfabeto… ¡Ah! —añadió, con un movimiento de cabeza lleno de significación—, y sin haber empezado por la A y seguido todo el camino hasta la Z. Y sé lo que es esto, aunque no puedo decir precisamente que lo haya hecho.

Había algo de alentador en estas sabias palabras y me animó un poco.

—Si los ordinarios, por su posición y por su oficio, estarían o no mejor quedándose entre los ordinarios, en vez de ir a jugar con los distinguidos… esto me recuerda que tal vez hubiera una bandera.

—No, Joe.

—Siento que no hubiera una bandera, Pip. Si sería mejor o no, es cosa que no se puede discutir ahora sin alborotar a tu hermana, lo cual no debemos hacer de ningún modo, al menos a sabiendas. Oye, Pip, lo que te dice un amigo verdadero: Si no puedes dejar de ser ordinario, siguiendo por el camino recto, nunca lo conseguirás por los caminos torcidos. Así pues, no digas más mentiras, Pip, y vivirás bien y morirás feliz.

—¿No estás enojado conmigo, Joe?

—No, querido. Pero teniendo en cuenta que tus mentiras han sido de un estilo, por decirlo así, asombroso y atrevido (y me refiero a lo de las chuletas de ternera y los perros que se peleaban), un amigo sincero te aconsejaría, Pip, que pensaras en ello al hacer tu examen de conciencia a la hora de acostarte. Nada más. querido. No lo vuelvas a hacer.

Cuando subí a mi cuarto y recé mis oraciones, no olvidé la recomendación de Joe; y sin embargo, mi joven espíritu se hallaba en tal estado de perturbación y desagradecimiento, que durante un buen rato, después de acostarme, estuve pensando cuán ordinario hallaría Estella a Joe, un simple herrero, cuán gruesas sus botas y cuán groseras sus manos. Pensé que Joe y mi hermana estaban en aquellos momentos sentados en la cocina, y que yo me había ido a dormir viniendo de la cocina, y que la señorita Havisham y Estella nunca se sentaban en la cocina, sino que estaban muy por encima de estos hábitos vulgares. Me dormí recordando lo que «yo hacía» cuando estaba en casa de la señorita Havisham; como si hubiera estado allí tres semanas o tres meses, en vez de tres horas, y como si el recuerdo aquél fuese un recuerdo antiguo en vez de datar de ese mismo día.

Fue aquél un día memorable para mí, porque me trajo grandes cambios. Pero en todas las vidas ocurre lo mismo. Imaginad que se suprime de ellas un día determinado, y pensad cuán diferente habría sido su curso. Deteneos los que esto leéis a pensar por un momento en la larga cadena de hierro y oro, de espinas y flores, que nunca os hubiera atado de no haber sido por un primer eslabón que se formó en un día memorable.

CAPÍTULO DIEZ

Uno o dos días más tarde, se me ocurrió, al despertar, la feliz idea de que lo mejor que podía hacer para llegar a ser una persona distinguida era aprender de Biddy todo lo que ella supiese. Obedeciendo, pues, a esta luminosa concepción, mencioné a Biddy, cuando fui por la noche a casa de la tía abuela del señor Wopsle, que tenía un motivo particular para desear progresar en la vida, y que le quedaría muy agradecido si quería comunicarme su saber. Biddy, que era la más complaciente de las muchachas, en el acto dijo que así lo haría, y, en efecto, empezó a cumplir su promesa a los cinco minutos.

El plan educativo o curso establecido por la tía abuela del señor Wopsle puede resumirse en la siguiente sinopsis. Los alumnos comían manzanas y se metían mutuamente pajas entre la camisa y la espalda, hasta que la tía abuela del señor Wopsle reunía sus fuerzas y les atizaba unos cuantos palos de ciego con una vara de abedul. Después de recibir la acometida con una rechifla general, los alumnos se alineaban y, en medio del mayor alborozo, se pasaban de mano en mano un libro destrozado. El libro contenía un alfabeto, unas cifras, unas tablas y unos ejercicios para deletrear; mejor dicho, los había contenido. Tan pronto como este volumen empezaba a circular, la tía abuela del señor Wopsle caía en un estado comatoso a causa del sueño o de un acceso de reumatismo. Los alumnos, entonces, se ponían a estudiar rivalizando por el tema «zapatos», a base de ensayar quién era capaz de pisar con mayor fuerza los pies de los demás. Este ejercicio mental duraba hasta que Biddy se precipitaba sobre ellos y distribuía tres biblias estropeadas con los cortes roídos, impresas más ilegiblemente que cualquier curiosidad literaria con que haya topado desde entonces; todas manchadas de orín y con varios ejemplares del mundo de los insectos aplastados entre sus hojas. Esta parte de la clase era animada ordinariamente por diversos combates singulares entre Biddy y algunos estudiantes reacios. En cuanto terminaban los combates, Biddy indicaba el número de la página, y todos leíamos en voz alta, formando un coro espantoso. Biddy nos dirigía con voz chillona y monótona, y ninguno de nosotros tenía la menor idea de lo que estaba leyendo ni respeto alguno por ello. Este terrible estruendo acababa por despertar a la tía abuela del señor

Wopsle, quien se arrojaba tambaleándose sobre el primer muchacho que le venía a mano y le tiraba de las orejas.

Ésta era la señal de que la clase había terminado por aquella noche, y todos salíamos a la calle dando alaridos de triunfo intelectual. Es justo observar que no estaba prohibido de ningún modo que un alumno se entretuviera con una pizarra o hasta con la tinta (si la había), sólo que no era fácil dedicarse a esta rama de los estudios en invierno a causa de que la pequeña tienda en que se daban las clases —y que también era el salón y dormitorio de la tía abuela del señor Wopsle— sólo estaba iluminada por un pobre y tímido candil que, además, no se podía despabilar porque no había con qué hacerlo.

Me parecía a mí que en estas circunstancias me llevaría mucho tiempo llegar a ser distinguido; no obstante, resolví intentarlo, y aquella misma noche Biddy empezó a cumplir nuestro convenio particular, comunicándome algunos conocimientos sacados de su pequeño catálogo de precios, bajo el epígrafe de azúcar, y prestándome, para que lo copiase en casa, una gran D inglesa que ella había imitado de la cabecera de un periódico, y que yo tomé, hasta que me dijo lo que era, por el dibujo de una hebilla.

Como era natural, había un club social en el pueblo y, como era natural también, Joe gustaba de ir a fumar una pipa allí de vez en cuando. Yo había recibido de mi hermana el mandato de pasar a recoger a Joe por Los Tres Alegres Barqueros aquella noche al volver de la escuela, y traerlo a casa bajo amenaza de severas penas si no cumplía. A Los Tres Alegres Barqueros, pues, dirigí mis pasos.

En los Alegres Barqueros había una cantina, y en ella, con tiza en la pared junto a un lado de la puerta, unas cuentas alarmantemente largas que me daban la impresión de no saldarse nunca. Estaban allí desde que yo podía recordarlo y habían crecido más que yo. Pero había mucho yeso en nuestro país, y tal vez la gente no quería desperdiciar la ocasión de aprovecharlo.

Siendo sábado por la noche, encontré al tabernero mirando aquellos apuntes con expresión ceñuda; pero como mi asunto era con Joe y no con él, me limité a darle las buenas noches y pasé a la sala común al extremo del pasillo, donde ardía un alegre fuego y donde Joe estaba fumando su pipa en compañía del señor Wopsle y un forastero. Joe me saludó con su acostumbrado «¡Hola, Pip, muchacho!», y al oír esto, el forastero volvió la cabeza y me miró.

Era un hombre de aire reservado a quien no había visto nunca. Llevaba la cabeza ladeada y tenía un ojo medio cerrado, como si estuviese apuntando a algo con un invisible fusil. Tenía la pipa en los labios y se la quitó de ellos; y tras lanzar una larga bocanada de humo, sin dejar de mirarme fijamente, me saludó con la cabeza. Así pues, yo le saludé también, y entonces él repitió su saludo y me hizo sitio para que me sentara a su lado.

Pero como siempre que iba allí yo solía sentarme al lado de Joe, dije: «No, gracias, señor», y me acomodé en el espacio que me había dejado Joe en el banco opuesto. En cuanto me hube sentado, el desconocido, después de mirar a Joe, y viendo que su atención estaba distraída en otras cosas, volvió a hacerme un signo con la cabeza y se frotó la pierna de una manera que me pareció muy rara.

—Decía usted —dijo el desconocido, volviéndose a Joe— que es usted herrero.

—Sí. Eso dije —repuso Joe.

—¿Qué va usted a beber, señor…? Aún no sé cómo se llama usted.

Joe se lo dijo y el desconocido le llamó por su nombre.

—¿Qué va usted a beber, señor Gargery? Pago yo, para brindar.

—Bueno —dijo Joe—; a decir verdad, no tengo mucha costumbre de beber a costa de los demás.

—¿Costumbre? No —replicó el desconocido—; pero, por una vez y en una noche de sábado… ¡Vamos! Déle usted un nombre, señor Gargery.

—No quiero que crea usted que le desairo —dijo Joe—. Ron.

—¡Ron! —repitió el desconocido—. Y este otro señor, ¿nos dirá lo que prefiere?

—Ron —dijo el señor Wopsle.

—Tres de ron —gritó el desconocido, llamando al tabernero—. ¡Copas para todos!

—Este caballero —observó Joe, a modo de presentación del señor Wopsle— es un hombre a quien le gustaría escuchar. Es el sacristán de nuestra parroquia.

—¡Ah! —dijo vivamente el desconocido, apuntándome con su ojo—. ¡La iglesia solitaria de los marjales, rodeada de tumbas!

—Eso es —dijo Joe.

El desconocido, con una especie de gruñido de contento dirigido a su pipa, extendió las piernas sobre el banco que tenía para él solo. Llevaba un sombrero gacho de anchas alas, y bajo él un pañuelo atado a la cabeza, a modo de casquete, de manera que no se le veía el cabello. Mientras estaba contemplando el fuego, me pareció ver aparecer en su rostro una expresión astuta acompañada de una media sonrisa.

—No conozco este país, señores, pero me parece algo solitario por el lado del río.

—Todos los marjales son solitarios —dijo Joe.

—Claro, claro… ¿Encuentran alguna vez por allí gitanos o vagabundos?, ¿o malhechores de alguna clase?

—No —dijo Joe—. Sólo algún forzado que se escapa de vez en cuando. Y que no son fáciles de cazar, ¿eh, señor Wopsle?

El señor Wopsle, con un majestuoso recuerdo de pasadas incomodidades, asintió, pero sin ningún entusiasmo.

—Parece que ustedes han andado detrás de alguno… —observó el desconocido.

—Una vez —respondió Joe—. No es que tuviéramos ningún empeño en atraparlos, ¿sabe usted?; fuimos como espectadores; yo y el señor Wopsle y Pip. ¿No es cierto, Pip?

—Sí, Joe.

El desconocido me miró de nuevo, todavía como si expresamente me estuviese apuntando con su invisible fusil, y dijo:

—¡Qué guapo paquetito de huesos! ¿Cómo te llamas?

—Pip —dijo Joe.

—¿Es su nombre de pila?

—No, no es su nombre de pila.

—¿Es un remoquete?

—No, es una especie de apellido que el muchacho se dio a sí mismo de pequeño y por el cual todo el mundo le conoce.

—¿Es hijo de usted?

—Verá usted —dijo Joe con aire de reflexionar, no porque la cosa pidiera reflexión, sino porque era costumbre en los Alegres Barqueros afectar que se meditaba profundamente sobre todo lo que se debatía con la pipa en la boca—: No…, no lo es.

—¿Sobrino? —dijo el desconocido.

—¡Bien! —dijo Joe, con el mismo aire de profunda reflexión—. No, no lo es, no he de engañarle. No es mi sobrino.

—¿Pues qué demonios es? —preguntó el desconocido. Lo cual me pareció innecesariamente fuerte.

Éste fue para el señor Wopsle el momento de echar su cuarto a espadas; como hombre que lo sabía todo en materia de parentescos, teniendo por su profesión oportunidad de saber cuáles son las parientas con quien un hombre puede no casarse, expuso los lazos que existían entre yo y Joe. Una vez puesto a ello, el señor Wopsle terminó recitando un pasaje tremebundo de Ricardo III y se figuró haberse explicado suficientemente al añadir: «como dice el poeta».

Y aquí he de observar que cuando el señor Wopsle se refería a mí, consideraba parte necesaria de esta referencia mesarme el cabello y metérmelo en los ojos. No puedo comprender por qué todas las personas de su categoría que nos visitaban me hacían pasar siempre, en circunstancias similares, por el mismo irritante proceso. Y, no obstante, no puedo recordar haber sido en mi infancia objeto de ninguna observación en nuestro círculo social y familiar, sin que alguna persona de grandes manazas haya recurrido a este oftálmico procedimiento para mostrarme su protección.

El desconocido no miraba a nadie más que a mí, y lo hacía como si, por fin, estuviera decidido a dispararme el tiro y derribarme. Pero nada dijo desde su última pregunta, hasta que llegaron los vasos de ron y agua y, entonces, disparó su tiro, que por cierto fue de los más extraordinarios.

No consistió en ninguna observación verbal, sino en una muda pantomima claramente dirigida a que sólo yo la comprendiera. Revolvió su ron con agua manifiestamente para mí, y lo probó, asimismo para mí. E hizo lo uno y lo otro, no con la cucharilla que le habían traído, sino con una lima.

Se las arregló de modo que sólo yo viese la lima, y después la enjugó y se la metió en un bolsillo del chaleco. En cuanto vi esta herramienta, conocí que era la lima de Joe y comprendí que el forastero conocía a mi forzado. Me quedé mirándole como hechizado. Pero él entonces se recostó en su banco sin hacerme caso y se puso a hablar de las cosechas.

En la noche de los sábados se experimentaba en nuestro pueblo una deliciosa sensación de limpieza y de pausa en la actividad cotidiana que estimulaba a Joe a atreverse a alargar media hora más que otros días su estancia en la taberna.

Habiéndose terminado al mismo tiempo la media hora y el ron con agua, Joe se levantó para irse y me tomó de la mano.

—Aguarde un momento, señor Gargery —dijo el desconocido—. Me parece que tengo un chelín nuevecito en el bolsillo, y si lo encuentro ha de ser para el muchacho.

Sacó un puñado de monedas, escogió de entre ellas el chelín, lo envolvió en un papel arrugado y me lo dio.

—¡Para ti! —dijo—. ¡Para ti solo!

Le di las gracias, mirándole con mayor fijeza de lo que consentía la buena educación y agarrándome fuertemente a Joe. Él dio las buenas noches a Joe, dio las buenas noches a Wopsle (que salió con nosotros) y a mí no hizo más que echarme una mirada con su ojo de tirador. No, no fue una mirada, porque los cerró; pero se pueden hacer maravillas con un ojo con sólo esconderlo.

Durante la vuelta a casa, si yo hubiera estado de humor para hablar, la conversación habría corrido toda a mi cargo, porque el señor Wopsle nos dejó a la puerta de los Alegres Barqueros, y Joe anduvo todo el camino con la boca muy abierta, para que el aire se llevara lo más posible la vaharada del ron. Pero yo estaba tan atónito por aquella evocación de mi antigua fechoría y de mi antiguo conocido, que no podía pensar en otra cosa.

Mi hermana no estaba de demasiado malhumor cuando nos presentamos en la cocina, y esta desacostumbrada circunstancia animó a Joe a contarle lo del chelín.

—¡Me apuesto cualquier cosa a que es falso —dijo triunfante la señora Joe—; de lo contrario, no se lo habría dado! Veámoslo.

Lo desenvolví y resultó que era bueno.

—Pero ¿qué es esto? —dijo la señora Joe tirando el chelín y recogiendo el papel—; ¿dos billetes de una libra?

Eran nada menos que dos mugrientos billetes de una libra que parecían haber estado en íntima relación con todos los mercados de ganado del distrito. Joe tomó otra vez su sombrero y corrió con ellos a los Alegres Barqueros para devolverlos a su propietario. Mientras él iba, yo me senté en mi taburete de siempre y me quedé mirando estúpidamente a mi hermana, convencido de que el hombre ya no estaba allí.

Al cabo de poco, Joe volvió diciendo que el hombre se había marchado, pero que le había dejado recado en los Alegres Barqueros, con referencia a los billetes. Entonces mi hermana los envolvió en un pedazo de papel y los puso debajo de unas hojas secas de rosas, en una tetera ornamental que había en lo alto del armario de la sala. Allí quedaron convertidos en una pesadilla para mí, durante muchos días y muchas noches.

Al acostarme, estaba completamente desvelado, a fuerza de pensar en cómo el desconocido me apuntaba con su invisible fusil y en lo culpablemente ordinario y vulgar que era estar en secreta inteligencia con forzados, un rasgo de mi ruin carrera que ya tenía olvidado. La lima me obsesionaba, también. Me invadía el miedo de que cuando menos lo esperase, la lima reapareciera. Traté de dormirme pensando en mi ida a casa de la señorita Havisham el viernes siguiente, pero en mis sueños vi la lima salir de una puerta, venir hacia mí sin que se viera quién la empuñaba, y me desperté gritando.

CAPÍTULO ONCE

El día convenido volví a casa de la señorita Havisham y mi vacilante llamada hizo que Estella viniese a la verja. La cerró después de que hube entrado, como había hecho la otra vez, y de nuevo me precedió por el corredor oscuro donde estaba la vela. Ninguna atención me prestó hasta que tuvo la vela en la mano, y entonces me miró por encima del hombro diciendo con altanería: «Hoy vas a venir por aquí», y me condujo a otra parte de la casa.

El corredor era muy largo y parecía seguir todo el cuadro de la planta baja de Manor House. Sin embargo, sólo recorrimos un lado del cuadrado, a cuyo extremo ella se detuvo, dejó la vela en el suelo y abrió una puerta. Allí reapareció la luz del día, y me encontré en un patinillo enlosado, el lado opuesto del cual estaba formado por una vivienda aislada, que parecía haber pertenecido al director o al administrador de la fábrica. Había un reloj en la pared exterior de esa casa. Como el reloj de la habitación de la señorita Havisham, estaba parado a las nueve menos veinte minutos.

Pasamos la puerta, que estaba abierta, y entramos en una sala oscura, baja de techo, que correspondía a la parte posterior de la planta baja. Había otras personas en aquella casa, y Estella me dijo, yendo a reunirse con ellas: «Pasa allí y no te muevas, muchacho, hasta que te llamen». «Allí» era la ventana y atravesando la estancia, «allí» me fui, y «allí» me quedé, en una situación de ánimo muy molesta, mirando al exterior.

La ventana daba a uno de los rincones más miserables del jardín abandonado, con unos tallos de col medio podridos, y un boj que había sido recortado mucho tiempo antes en forma de pudín y había echado por arriba renuevos de color y forma diferentes, como si aquella parte del pudín se hubiera pegado a la cacerola y se hubiera quemado. Éste fue el ordinario pensamiento que me sugirió su vista. El día antes había nevado un poco, y, que yo supiera, la nieve no se había sostenido en ninguna otra parte; pero en la fría sombra de este rincón del jardín aún no había acabado de derretirse, y el viento la levantaba en pequeños remolinos y la arrojaba contra la ventana, como si me apedreara por haber ido allí.

Adiviné que mi llegada había interrumpido la conversación en la sala, y que los demás ocupantes de ésta me estaban contemplando. No podía ver nada de la estancia, salvo el reflejo del fuego en los cristales de la ventana, pero experimentaba hasta en los mismos huesos la sensación de ser objeto de un examen minucioso.

Había en la sala tres señoras y un caballero. A los cinco minutos de estar junto a la ventana, me habían dado ya la impresión de que eran todos unos lagoteros y unos farsantes; sólo que cada uno fingía ignorar que los demás lo eran, por no tener que confesarse que lo era él también.

Todos tenían el aire triste y aburrido del que espera el buen placer de alguien, y la más charlatana de las señoras tenía que hablar con rigidez para contener un bostezo. Esta señora, que se llamaba Camilla, me recordaba mucho a mi hermana, con la diferencia de que era más vieja y, como descubrí cuando pude verla, de facciones más obtusas. En realidad, cuando la conocí mejor empecé a pensar que era un favor de Dios que no tuviera facción alguna, tan inexpresivo era su rostro.

—¡Pobrecito! —dijo esta señora con una brusquedad de maneras idéntica a la de mi hermana—, ¡solamente enemigo de sí mismo!

—Sería mucho más de alabar que fuera enemigo de otros —dijo el caballero—, mucho más natural.

—Primo Raymond —observó otra señora—, hemos de amar al prójimo.

—Sarah Pocket —replicó el primo Raymond—, si un hombre no es su propio prójimo, ¿quién lo será?

La señorita Pocket se rió, y Camilla se rió y dijo, ahogando un bostezo:

—¡Vaya una idea! —Pero yo pensé que les parecía una idea bastante buena. La otra señora, que aún no había hablado, dijo grave y categóricamente:

—¡Es mucha verdad!

—Pobrecito —prosiguió Camilla al cabo de poco (yo sentía que todos habían estado mirándome entretanto)—, ¡es muy raro! ¿Creerán ustedes que cuando murió la mujer de Tom no hubo manera de hacerle ver la importancia de que se pusieran guarniciones de gasa al luto de los niños? «¡Dios mío! Camilla —me dijo—, ¿qué puede importar esto mientras los pobrecillos huérfanos vistan de negro?» ¡Así es Matthew! ¡Qué idea!

—Tiene sus cualidades, tiene sus cualidades —dijo el primo Raymond —. No quiera Dios que yo se las discuta; pero no ha tenido, ni tendrá nunca, el sentido de las conveniencias.

—Me vi obligada, ya lo sabéis —dijo Camilla—, me vi obligada a mostrarme firme. Dije: «Esto sería un deshonor para la familia». Le dije que sin las gasas la familia se vería en una afrenta. Lloré por ello desde el desayuno hasta la comida. Me estropeé la digestión, y al cabo él estalló con su violencia acostumbrada, y dijo, acompañándolo de un juramento: «Haz lo que té de la gana». A Dios gracias, siempre será un consuelo para mí recordar que en el acto me eché a la calle bajo una lluvia torrencial y compré los adornos.

—Pero él los pagó, ¿no es cierto? —preguntó Estella.

—No se trata de saber, querida, quién los pagó —replicó Camilla—. Los compré yo. Y esto me da una tranquilidad cada vez que, como ocurre a menudo, pienso en ello al despertar por las noches.

El sonido de una campanilla distante, uniéndose al eco de un grito o llamada que llegaba del corredor por donde yo había venido, interrumpió la conversación y dio lugar a que Estella me dijese: «¡Ahora, muchacho!». Al volverme, todos me miraron con soberano desdén, y mientras salía, oí decir a Sarah Pocket: «¡Vaya, vaya! ¿Qué se le ocurrirá luego?», y a Camilla añadir con indignación: «¿Se había visto capricho semejante? ¡Qué idea!».

Mientras íbamos con nuestra vela por el oscuro corredor, Estella se detuvo de pronto, y dando media vuelta me dijo con su manera agresiva, acercando su rostro al mío:

—¿Y bien?

—¿Qué, señorita? —respondí, deteniéndome, casi a punto de tropezar con ella.

Ella se quedó mirándome y, naturalmente, yo me quedé mirándola a ella.

—¿Soy bonita?

—Sí, me parece usted muy bonita.

—¿Soy insultante?

—No tanto como la otra vez —dije yo.

—¿No tanto?

—No.

Estaba enfurecida al hacer la última pregunta y, cuando la respondí, me dio un bofetón con todas sus fuerzas.

—¿Y ahora? —dijo—, pequeño monstruo descortés, ¿qué te parezco?

—No voy a decirlo.

—Porque lo vas a decir arriba. ¿Es eso?

—No —dije—. No es eso.

—¿Por qué no lloras ahora, pequeño miserable?

—Porque no lloraré más por usted —respondí.

Lo cual, supongo yo, era la declaración más falsa que se haya hecho nunca, porque en mi interior estaba ya llorando por ella y yo sé lo que sé del dolor que tenía que costarme más tarde.

Subimos la escalera después de este episodio; y mientras la subíamos, topamos con un caballero que las bajaba a tientas.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el caballero deteniéndose a mirarme.

—Un muchacho —dijo Estella.

Era un hombre corpulento, muy moreno, con una cabeza muy grande y unas manos que correspondían al tamaño de la cabeza. Me cogió la barbilla con su manaza y me hizo levantar la cabeza para mirarme a la luz de la vela. Tenía prematuramente calva la coronilla, las cejas negras, espesas y erizadas, y los ojos hundidos y desagradablemente penetrantes y recelosos. Llevaba una gran cadena de reloj, y el sitio donde habrían estado su barba y su bigote, si los hubiera dejado crecer, aparecía fuertemente sombreado de negro. Él no era nada para mí y en aquel momento no podía prever que llegase nunca a ser nada para mí, pero la casualidad me dio esta ocasión de observarlo bien.

—¿Un muchacho de la vecindad? ¿Eh? —dijo él.

—Sí, señor —dije.

—¿Cómo has venido aquí?

—La señorita Havisham me mandó llamar, señor —expliqué.

—¡Bien! Compórtate. Tengo una gran experiencia de los muchachos, y sois todos una mala ralea. ¡Ahora ándate con cuidado! —dijo, mordiéndose un lado de su gran índice mientras me miraba con el ceño fruncido—, ¡y pórtate bien!

Con esto me soltó —de lo que me alegré, pues sus manos olían a jabón perfumado— y siguió escalera abajo. Yo me pregunté si sería un doctor; pero no, pensé: no podía ser un doctor porque habría tenido modales más suaves y persuasivos. No tuve mucho tiempo para reflexionar sobre ello, porque pronto estuvimos en la habitación de la señorita Havisham, donde ella y todo lo demás estaba exactamente como lo había dejado la otra vez. Estella me dejó junto a la puerta y yo me quedé allí hasta que la señorita Havisham acertó a verme desde su mesa tocador.

—Así pues —dijo, sin sobresaltarse ni sorprenderse—, han pasado los días, ¿no es cierto?

—Sí, señora, hoy es…

—¡Basta, basta, basta! —exclamó, con el movimiento impaciente de sus dedos—. No quiero saberlo. ¿Estás dispuesto a jugar?

Me vi obligado a responder, con alguna confusión:

—Me parece que no, señora.

—¿No jugarías otra vez a los naipes? —preguntó ella, lanzándome una mirada escrutadora.

—Sí, señora; podría hacerlo, si usted lo desea.

—Puesto que esta casa te vuelve viejo y triste, y no tienes ganas de jugar —dijo la señorita Havisham con impaciencia—, ¿estarás dispuesto a trabajar?

Pude responder a esta pregunta con más ánimo que a la otra, y dije que lo haría de buena gana.

—Entonces ve a la sala de enfrente —dijo, señalando con su mano reseca la puerta que había a mi espalda— y aguárdame.

Crucé el descansillo de la escalera y entré en la sala que me había indicado. También de aquella estancia estaba excluida la luz natural, y había en ella un olor a aire viciado que se hacía opresivo. Habían encendido fuego en la vieja y húmeda parrilla, pero estaba más dispuesto a apagarse que a prender, y el humo que flotaba en la habitación parecía más frío que el aire mismo, como ocurre con la niebla de nuestros marjales. Unos severos candelabros sobre la alta chimenea iluminaban débilmente la estancia; o, por mejor decir, alteraban débilmente su oscuridad. Era una habitación espaciosa, y en su tiempo debía de haber sido magnífica, pero todo lo que en ella se podía ver estaba lleno de polvo y moho, y cayéndose a pedazos. El objeto más notable era una gran mesa cubierta con un mantel, como si se hubiera estado preparando una gran fiesta en el momento en que la casa y los relojes se pararon a un tiempo. En medio de este mantel había una especie de centro; estaba tan lleno de telarañas, que apenas se podía distinguir su forma; y, al mirar la amarillenta extensión, de la cual el centro parecía sobresalir como un negro hongo, vi unas arañas de patas moteadas y cuerpo abotargado que entraban en él y volvían a salir precipitadamente, como si algo de gran importancia pública acabase de traslucirse en la comunidad de las arañas.

Oí ratones, también, que corrían por detrás de los arrimaderos como si la misma ocurrencia fuese importante para ellos. Pero las cucarachas no paraban mientes en esta agitación, y se movían a tientas alrededor del hogar, con un aire solemne y taciturno, como si fuesen cortas de vista y duras de oído, y no se llevaran bien unas con otras.

Estos bichos rastreros habían fascinado mi atención y los estaba contemplando desde cierta distancia, cuando la señorita Havisham me puso una mano en el hombro. En la otra llevaba un bastón con puño de muleta en el cual se apoyaba y todo su aspecto la hacía parecer la bruja de aquel lugar.

—Aquí —dijo, señalando la gran mesa con su bastón— es donde me pondrán cuando muera… Aquí vendrán ellos a verme.

Con un vago temor de que fuese a subirse a la mesa y a morirse en aquel mismo instante, convirtiéndose en una completa realización de la horrible figura de cera que había visto en la feria, retrocedí a su contacto.

—¿Qué piensas que es esto? —me preguntó, volviendo a señalar con el bastón—; ¿esto tan lleno de telarañas?

—No puedo adivinarlo, señora.

—Es un gran pastel. Un pastel de boda. ¡La mía!

Paseó por la habitación una mirada centelleante, y luego dijo, apoyándose en mí, en tanto que su mano se crispaba en mi hombro.

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡Paséame! ¡Paséame!

Entendí por esto que el trabajo que tenía que hacer era ir paseando a la señorita Havisham en torno a la estancia. En consecuencia, eché a andar inmediatamente, y ella se apoyó en mi hombro, y emprendimos una carrera que podía haber sido una imitación (fundada en el primer impulso que tuve bajo aquel techo) del carruaje del señor Pumblechook.

Ella no era fuerte físicamente, y al cabo de un rato dijo: «¡Más despacio!». Sin embargo, continuamos a un paso impaciente y espasmódico, y mientras andábamos, sus manos se crispaban sobre mi hombro, sus labios se movían y todo me hacía creer que si íbamos deprisa era porque su pensamiento trabajaba deprisa. Al cabo de un rato, dijo: «¡Llama a Estella!». Y así yo salí al descansillo y grité aquel nombre como había hecho la vez anterior. Cuando apareció su vela, volví al lado de la señorita Havisham y ambos volvimos a emprender nuestra carrera en torno a la estancia.

Que Estella viniese a ser espectadora de nuestro entretenimiento era ya suficiente para causarme desazón; pero como además trajo consigo a las tres señoras y al caballero que había visto abajo, yo no sabía qué hacer. Por cortesía, me había detenido; pero la señorita Havisham me oprimió el hombro y ambos seguimos andando con el bochornoso convencimiento por mi parte de que ellos se figurarían que todo era cosa mía.

—¡Querida señorita Havisham! —dijo la señorita Sarah Pocket—. ¡Qué buen aspecto tiene!

—No es verdad —respondió la señorita Havisham—. Me he quedado en los puros huesos.

A Camilla le brillaron los ojos mientras la señorita Pocket recibía esta repulsa; y mirando compasivamente a la señorita Havisham, murmuró:

—¡Pobrecita! ¡Cómo quieren que tenga buen apetito, la infeliz! ¡Vaya una idea!

—¿Y usted cómo está? —dijo la señorita Havisham a Camilla. Como pasábamos cerca de ésta en aquel momento, intenté detenerme, pero la señorita Havisham no quiso. Seguimos andando y comprendí que me había hecho altamente odioso a Camilla.

—Gracias, señorita Havisham —respondió ésta—. Estoy todo lo bien que se puede esperar.

—Pero ¿qué le pasa a usted? —preguntó la señorita Havisham con suma acritud.

—Nada que valga la pena mencionar —respondió Camilla—. No me gusta alardear de mis sentimientos, pero me he pasado más noches pensando en usted de lo que consiente mi salud.

—Pues no piense en mí —gruñó la señorita Havisham.

—Esto se dice fácilmente —observó Camilla, reprimiendo amablemente un sollozo, mientras le temblaba el labio superior y se le saltaban las lágrimas—. Raymond es testigo de cuánto jengibre y cuántas sales me veo obligada a tomar por las noches. Raymond es testigo de las sacudidas nerviosas que tengo en las piernas. Pero ni las sofocaciones ni las sacudidas nerviosas tienen importancia para mí cuando pienso con ansiedad en los seres queridos. Si yo fuese menos afectuosa y sensible, tendría mejores digestiones y unos nervios de hierro. Le aseguro que querría ser así. Pero dejar de pensar en usted por las noches… ¡Qué idea! —Y aquí una explosión de llanto.

Comprendí que el Raymond aludido era el caballero presente, y también comprendí que era el señor Camilla. Éste, en aquel punto, acudió en auxilio de su esposa diciendo en tono consolador y lisonjero:

—Camilla, querida mía, todos saben que tus sentimientos familiares te están minando gradualmente hasta el punto de que una de tus piernas ya es más corta que la otra.

—No veo —observó la grave señora cuya voz no había yo oído más que una vez— por qué pensar en una persona querida tiene que darle a uno derecho a su gratitud.

La señorita Sarah Pocket, que, según podía ver ahora, era una viejecita seca, morena y arrugada, con una carita que parecía hecha de cáscaras de nuez y una boca grande como la de un gato sin bigotes, apoyó esta proposición diciendo:

—No, en verdad, querida. ¡Hem!

—Pensar no cuesta nada —dijo la grave señora.

—¿Conoce usted algo más fácil? —asintió la señorita Pocket.

—¡Oh, ya, ya! —exclamó Camilla, cuyos agitados sentimientos parecían ascenderle de las piernas al pecho—. ¡Todo esto es una gran verdad! Es una debilidad ser tan afectuosa, pero no puedo evitarlo. No hay duda de que mi salud sería mucho mejor si fuera de otro modo, y, no obstante, yo no cambiaría mi condición aunque pudiese. Me hace sufrir mucho, pero es un consuelo saber que la poseo, cuando me despierto por la noche. —Aquí otra explosión de sentimiento.

La señorita Havisham y yo nunca nos detuvimos en todo este tiempo; continuamos dando vueltas y más vueltas a la sala, ora rozando las faldas de las visitantes, ora regalándoles toda la longitud de la tétrica habitación.

—¡Ahí tienen ustedes a Matthew! —dijo Camilla—. Sin participar nunca de mis afectos familiares; sin venir aquí nunca a ver cómo sigue la señorita Havisham. Han tenido que tenderme en el sofá, después de cortarme las cintas del corsé, y he pasado allí horas y horas insensible, con la cabeza caída, el cabello suelto y los pies no sé dónde.

—Mucho más altos que tu cabeza, querida —dijo el señor Camilla.

—He pasado en este estado horas y horas por culpa de la extraña e inexplicable conducta de Matthew y nadie me lo ha agradecido.

—¡Claro! —interpuso la grave señora—, ¿quién tenía que agradecérselo?

—Verá usted, querida —agregó la señorita Pocket (un personaje de suave malignidad)—, lo que usted debe preguntarse es ¿quién esperaba usted que se lo agradeciese, cariño?

—Sin esperar agradecimiento alguno, o nada que se le parezca —prosiguió Camilla—, he pasado en este estado horas enteras, y Raymond puede atestiguar hasta qué punto me oprimía la sofocación, y cuán totalmente ineficaz ha resultado el jengibre, y cómo me han oído en casa del afinador de pianos de enfrente, donde las pobres criaturas creyeron oír a los palomos que se arrullaban a lo lejos…, y que ahora me digan… —Aquí Camilla se llevó la mano a la garganta, y se puso a combinar en ella toda suerte de sonidos.

Al oír nombrar a Matthew, la señorita Havisham me detuvo y se detuvo, y se quedó mirando a la que hablaba. Este cambio contribuyó mucho a acabar repentinamente con las combinaciones de Camilla.

—Matthew vendrá a verme un día —reprochó con severidad la señorita Havisham— cuando esté yaciendo en esta mesa. ¡Éste será su lugar, aquí —golpeando la mesa con su bastón— a mi cabeza! ¡Y el de usted será aquí! ¡Y el de su marido aquí! ¡Y el de Sarah Pocket aquí! ¡Y el de Georgiana aquí! Ahora ya saben cuál será el sitio de cada uno cuando vengan a gozarse con mis despojos. Y ahora, ¡váyanse!

Al pronunciar cada uno de estos nombres, había golpeado con su bastón un sitio diferente. Luego dijo:

—¡Paséame! ¡Paséame! —Y volvimos a andar.

—Supongo que no podemos hacer otra cosa —exclamó Camilla— que obedecer e irnos. Ya es algo que uno haya podido ver al objeto de su amor y veneración, aunque haya sido por tan poco tiempo. Pensaré en ello con melancólica satisfacción cuando despierte por la noche. Querría que Matthew pudiese tener este consuelo, pero él se burla de esto. Estoy resuelta a no hacer alarde de mis sentimientos, pero es muy duro tener que oír que una desea gozarse con los despojos de sus parientes, como si fuese un ogro, y que le digan que se vaya. ¡Qué idea!

Habiendo intervenido el señor Camilla al ver que la señora Camilla se llevaba la mano al agitado pecho, esta señora adoptó un aire de entereza tan forzado, que supuse quería expresar el propósito de desplomarse en cuanto hubiese pasado la puerta y, besando la mano en señal de saludo a la señorita Havisham, se dejó escoltar fuera de la sala. Sarah Pocket y Georgiana contendieron por cuál de las dos sería la última en salir; pero Sarah era demasiado lista para dejarse vencer y danzó alrededor de Georgiana con tan escurridiza habilidad que ésta se vio obligada a salir antes. Sarah entonces produjo su efecto particular, despidiéndose con un:

—¡Dios la bendiga, querida señorita Havisham! —y con una sonrisa de conmiseración en su cara de nuez por la imbecilidad de los demás.

Mientras Estella estaba fuera alumbrando a los que se iban, la señorita Havisham siguió andando con la mano en mi hombro, pero cada vez más despacio. Al fin se detuvo ante el fuego y después de contemplarlo, musitando por espacio de unos minutos, dijo:

—Hoy es mi cumpleaños, Pip.

Iba a desearle felicidades, cuando ella levantó su bastón.

—No puedo sufrir que me hablen de ello. No puedo sufrir que ni los que estaban ahora aquí, ni nadie, me hable de ello.

Naturalmente, yo no hice ningún otro esfuerzo para referirme a ello.

—En este día del año, mucho antes de que tú nacieses, este montón de podredumbre —señalando con el bastón el montón de telarañas de encima de la mesa, pero sin tocarlas— fue traído aquí. Él y yo nos hemos consumido a la vez. Los ratones lo han roído, y dientes más agudos que los dientes de los ratones me han roído a mí.

Apretaba contra el pecho el puño de su bastón mientras contemplaba la mesa; ella con su vestido que un día fue blanco, todo amarillento y ajado; los manteles que un día fueron blancos, todos amarillentos y ajados; todo lo que nos rodeaba en estado de deshacerse al menor contacto.

—Cuando la ruina sea completa —dijo con una espantosa mirada— y me tiendan con mi vestido nupcial en esta mesa de boda, lo cual se hará y será la última maldición que caiga sobre él… ¡ojalá fuese hoy mismo!

Miraba la mesa como si contemplase allí a su propia figura extendida. Yo permanecía inmóvil.

Estella volvió y también permaneció inmóvil. Me pareció que continuábamos así durante mucho tiempo. En la atmósfera cargada de la habitación, y con las tinieblas que se agolpaban en sus lejanos rincones, llegué a tener la alarmante quimera de que Estella y yo empezaríamos a marchitarnos de un momento a otro.

Por último, saliendo de su estado de abstracción, no por grados, sino en un instante, la señorita Havisham dijo:

—Os quiero ver jugar a los naipes, ¿por qué no habéis empezado? —Con esto, volvimos a la otra estancia y nos sentamos como la otra vez; yo perdí como la otra vez, y también como la otra vez, la señorita Havisham nos estuvo contemplando todo el rato, llamó mi atención hacia la belleza de Estella, y me la hizo notar más aún probando sus joyas sobre el pecho y el cabello de la muchacha. Estella, por su parte, también me trató como la otra vez; con la diferencia de que no se dignó a hablar. Cuando hubimos jugado una media docena de partidas, se señaló día para que yo volviera, y se me llevó al patio para darme de comer, como la otra vez, igual que a un perro. Allí, también, se me consintió, como la otra vez, que vagase a mis anchas.

No viene mucho al caso si una puerta que había en la pared, sobre la cual me había subido para mirar al jardín en la última ocasión, estaba abierta o cerrada. Baste decir que en aquella ocasión no vi ninguna, y que veía una ahora. Como estaba abierta, y como yo sabía que Estella había despedido a los visitantes —porque había vuelto con las llaves en la mano—, salí al jardín y me paseé por él. Era un verdadero erial y había viejos invernáculos para melones y pepinos, que parecían haber producido en su decadencia una espontánea vegetación de sombreros y zapatos viejos, con algún que otro renuevo en forma de cacerola abollada.

Cuando hube recorrido el jardín y un invernadero en el que sólo había una parra caída y algunas botellas, me encontré en el melancólico rincón que había contemplado desde la ventana. No dudando ni un momento de que la casa estaba ahora vacía, miré a otra ventana, y me hallé, con gran sorpresa mía, cambiando una mirada de asombro con un pálido jovencito de rojos párpados y rubio cabello.

Este pálido jovencito desapareció rápidamente para reaparecer en seguida a mi lado. Estaba ocupado con sus libros cuando le descubrí, y ahora veía que llevaba manchas de tinta.

—¡Hola, muchacho! —dijo él.

Siendo «hola» una observación general que, según había observado corrientemente, se respondía mejor repitiéndola, dije: «¡Hola!», omitiendo cortésmente lo de «muchacho».

—¿Quién te abrió? —dijo.

—La señorita Estella.

—Vamos a pelearnos —dijo el pálido jovencito.

¿Qué podía hacer sino seguirle? A menudo me lo he preguntado desde entonces; pero ¿qué otra cosa podía hacer? Su actitud era tan concluyente, y yo estaba tan atónito, que le seguí a donde me condujo, como hechizado.

—Aguarda un momento —dijo volviéndose en redondo antes de que hubiésemos dado muchos pasos—. He de darte motivos para la pelea. ¡Y ahí va!

De la manera más provocativa, palmoteó, echó delicadamente una pierna atrás, me tiró de los pelos, volvió a palmotear, agachó la cabeza y me dio un topetazo en la boca del estómago.

Este último proceder, aparte de que debía ser indiscutiblemente considerado como una libertad excesiva, resultaba especialmente desagradable después de haber comido pan y carne. Por consiguiente le di un puñetazo, e iba a darle otro cuando él dijo:

—¡Ah! ¿Ésas tenemos? —Y se puso a danzar avanzando y retrocediendo de un modo que no tenía pareja dentro de los límites de mi experiencia—. ¡Hay que observar las reglas! —dijo. Aquí dio un salto y se quedó apoyado sobre la pierna derecha—. ¡Las reglas normales! —Aquí dio otro salto y quedó apoyado sobre la pierna izquierda—. Vamos al terreno y cumpliremos con los preliminares.—

Aquí volvió a saltar adelante y atrás e hizo toda clase de cosas raras mientras yo le contemplaba aturdido.

Tuve secretamente miedo de él cuando le vi tan ágil, pero me sentía moral y físicamente convencido de que su cabello pajizo no tenía nada que hacer en la boca de mi estómago, y que yo tenía derecho a considerar impertinente que se impusiese de aquel modo a mi atención. Así pues, le seguí sin pronunciar palabra a un ángulo retirado del jardín, formado por el encuentro de dos muros y oculto por la broza. Habiendo preguntado si me satisfacía el terreno y habiéndole respondido yo que sí, me pidió permiso para ausentarse un momento, al cabo del cual volvió con una botella de agua y una esponja empapada en vinagre.

—A la disposición de los dos —dijo, poniéndolas junto a la pared. Y entonces empezó a despojarse no sólo de su chaqueta y su chaleco, sino también de su camisa, de un modo a la vez animoso, práctico y sanguinario.

Aunque su aspecto no era muy sano —pues tenía la cara llena de barros y un grano junto a la boca—, estos terribles preparativos me asustaron un poco. Me pareció poco más o menos de mi misma edad, pero era mucho más alto y tenía una manera de moverse muy aparatosa. Por lo demás era un señorito vestido de gris (cuando aún no se había desnudado para el combate), con los codos, rodillas, muñecas y talones mucho más desarrollados que el resto de su persona.

Se me encogieron los ánimos al verle cuadrado ante mí con todas las muestras de precisión matemática, y estudiando mi anatomía como si eligiese ya cuidadosamente qué hueso me iba a romper. En mi vida he quedado tan sorprendido como cuando le largué el primer golpe, y le vi caído de espaldas, mirándome con las narices sangrando y el rostro extremadamente en escorzo.

Pero se puso de pie inmediatamente, y después de pasarse la esponja con gran afectación de destreza, volvió a ponerse en guardia. La segunda mayor sorpresa de mi vida la tuve al verle otra vez caído de espaldas, mirándome con un ojo amoratado.

Su valor me inspiraba un gran respeto. Parecía no tener fuerza alguna y ninguno de sus golpes fue duro y cada uno de los míos le derribaba; pero volvía a levantarse al momento y se pasaba la esponja o bebía agua de la botella (dando muestras de gran satisfacción al hacer consigo mismo el oficio de segundo de acuerdo con las formalidades del caso), y después venía hacia mí con un aire y un aparato que me hacía creer que al fin iba a acabar conmigo. Salió muy magullado, pues siento tener que decir que cada vez que le daba, le daba más fuerte, y al último golpe fue a caer de mala manera chocando de colodrillo contra la pared. Aún después de esta crisis, volvió a levantarse y a dar vueltas y más vueltas aturdidamente sin ver dónde estaba yo; pero finalmente cayó de rodillas, alcanzó su esponja y la arrojó al aire, gritando al mismo tiempo con voz jadeante:

—Esto quiere decir que has ganado.

Parecía tan valeroso e inocente que aunque yo no la había buscado, me sentí muy poco satisfecho de mi victoria. En realidad, creo que, mientras me vestía, llegué a considerarme como una especie de lobo salvaje u otra bestia fiera. Sin embargo, me vestí, limpiándome a intervalos el rostro sanguinolento, y le dije: «¿Puedo ayudarte?» y él dijo: «No, gracias», y yo dije: «Buenas tardes», y él dijo «Igualmente».

Cuando volví al patio, hallé a Estella aguardando con las llaves. Pero ni me preguntó dónde había estado, ni por qué la había hecho esperar; y tenía el rostro arrebolado como si hubiera ocurrido algo que la encantase. En vez de ir directamente a la verja, retrocedió al comedor y me llamó:

—¡Ven aquí! Puedes besarme si quieres.

Besé su mejilla cuando me la ofreció. Creo que habría sido capaz de cualquier cosa por poder besar su mejilla. Pero sentí que este beso se daba al muchacho tosco y ordinario como podía habérsele dado una moneda de limosna, y que no tenía ningún valor.

Entre las visitas de cumpleaños, y las cartas, y la lucha, mi estancia se había prolongado tanto que, cuando llegué a las cercanías de mi casa, la luz del banco de arena frente a la punta de los marjales brillaba contra un cielo negro, y la fragua de Joe trazaba un camino de fuego a través de la calle.

CAPÍTULO DOCE

No estaba muy tranquilo a propósito del pálido señorito. Cuanto más pensaba en la lucha, y recordaba al pálido señorito caído de espaldas con el semblante en distintas fases de hinchazón y amoratamiento, más cierto veía que algo me iba a ocurrir. Sentía que tenía sobre mí la sangre del pálido señorito, y que la ley la iba a vengar. Sin tener ninguna idea precisa de las penas en que había incurrido, se me hacía evidente que los muchachos pueblerinos no pueden andar por el país asaltando las casas de las personas distinguidas y atacando a la juventud estudiosa de Inglaterra, sin exponerse a severos castigos. Durante unos días no me atreví a alejarme de casa, y antes de salir para algún recado miraba con la mayor precaución y azoramiento por la puerta de la cocina por miedo a que los oficiales de la cárcel del distrito se echasen sobre mí. La nariz del pálido señorito había manchado mis pantalones, y traté de lavar estas pruebas de mi culpa en el secreto de la noche. Me había abierto los nudillos contra los dientes del pálido señorito y torturé de mil maneras mi imaginación, buscando increíbles medios de explicar esta delatora circunstancia cuando me llevasen ante los jueces.

Al llegar el día en que debía volver al teatro de la lucha, mis terrores llegaron a su colmo. ¿Y si los mirmidones de la justicia, enviados expresamente desde Londres, estaban emboscados tras la verja? ¿Y si la señorita Havisham, prefiriendo vengarse personalmente de un agravio hecho a su propia casa, se levantaba con sus vestidos sepulcrales, sacaba una pistola, y me mataba de un tiro? ¿Y si se había alquilado a unos muchachos —una numerosa banda de mercenarios— para que se arrojasen sobre mí en la fábrica y me matasen a puñetazos? Daba testimonio de mi confianza en la lealtad del pálido señorito, al que nunca me imaginé cómplice de estas venganzas; siempre se me ocurrían como actos de parientes suyos movidos por el estado de su rostro e indignados por el ultraje hecho a las facciones de la familia.

Sin embargo, no tenía más remedio que ir a casa de la señorita Havisham y allá fui. ¡Y vean ustedes!, nada oí acerca de la pasada lucha. Ninguna alusión se hizo a ella, ni ningún pálido señorito se dejó ver en toda la casa. Encontré la misma puerta abierta, y exploré el jardín y hasta miré a las ventanas del edificio aislado, pero nada pude ver, porque los postigos estaban cerrados y todo se hallaba en silencio. Sólo en el rincón donde había tenido lugar el combate, se podía descubrir algún testimonio de la existencia del señorito. Había rastros de su sangre en aquel lugar y yo los oculté a la vista de los hombres con tierra del jardín.

En el ancho descansillo que separaba la habitación de la señorita Havisham de aquella donde estaba puesta la larga mesa, vi una silla de jardín: una silla ligera provista de ruedas, de las que se empujan por detrás. La habían puesto allí después de mi última visita, y aquel mismo día empecé la regular tarea de pasear en ella a la señorita Havisham (cuando se cansaba de andar con la mano en mi hombro) alrededor de su habitación y a través del descansillo y alrededor de la otra sala. Una y otra vez hacíamos estas excursiones, y a veces duraban hasta tres horas seguidas. Menciono el gran número de estos paseos, porque se decidió que volviera a la casa cada dos días a la hora del mediodía para este objeto, y porque ahora voy a resumir un período de ocho o diez meses por lo menos.

A medida que nos fuimos acostumbrando más el uno al otro, la señorita Havisham habló más conmigo y me hizo preguntas como qué era lo que había aprendido y qué oficio iba a seguir. Yo le dije que, según creía, me iban a poner de aprendiz con Joe; y me extendí sobre mi ignorancia y mi deseo de saberlo todo, con la esperanza de que ella me ofreciese su ayuda para alcanzar un fin tan deseable. Pero no lo hizo; al contrario, pareció preferir que fuese ignorante. Tampoco me dio nunca dinero —ni nada más que la comida diaria—, ni se estipuló que mis servicios fueran pagados.

Estella estaba siempre por allí, y me abría al entrar y al salir, pero nunca volvió a decirme que podía besarla. A veces, me toleraba fríamente; a veces, se dignaba tratar conmigo, a veces se mostraba completamente familiar; a veces, me decía enérgicamente que me odiaba. A menudo, la señorita Havisham me preguntaba en un susurro, o cuando estábamos solos: «¿No es cierto, que cada vez está más bonita, Pip?». Y cuando yo decía que sí (porque en realidad así era), parecía gozarse ávidamente de ello, en secreto. También, cuando jugábamos a los naipes, la señorita Havisham nos contemplaba, con una especie de avara complacencia en el humor de Estella, cualquiera que fuese. Y a veces, cuando su humor era tan vario y contradictorio que yo no sabía qué hacer, la señorita Havisham la abrazaba con pródigos transportes, murmurando a su oído algo parecido a: «¡Destrózales el corazón, esperanza y orgullo mío, destrózales el corazón y no tengas piedad!».

Había una canción de la cual Joe acostumbraba tararear algunos fragmentos cuando trabajaba en la fragua, cuyo estribillo era Old Clem. No era ésta una manera muy ceremoniosa de rendir homenaje a un santo patrón, pero me figuro que Old Clem tenía esta clase de trato con los herreros. Era una canción que imitaba el compás del martilleo sobre el hierro, y era una mera excusa lírica para la introducción del respetado nombre de Old Clem.

Muchachos, dadle al martillo.
¡Old Clem!
A una, golpe y ruido.
¡Old Clem!
Dadle, dadle al martillo.
¡Old Clem!
Que resuene para el fuerte.
¡Old Clem!
Dadle al fuelle, dadle al fuelle.
¡Old Clem!
Que ruja, y salte el fuego.
¡Old Clem!

Un día, poco después de la aparición de la silla de ruedas, la señorita Havisham me dijo de pronto, con un movimiento impaciente de los dedos: «¡Venga, venga, venga! ¡Canta, muchacho!». Y sin saber por qué, me puse a entonar esta canción, mientras empujaba la silla por la estancia. Tan de su gusto resultó que se puso a seguirla en voz baja como si la entonase en sueños. Después de esto adoptamos la costumbre de cantarla mientras íbamos de un lado para otro, y Estella, a menudo, nos acompañaba; pero nuestras voces eran tan bajas, hasta cuando cantábamos los tres, que hacían menos ruido en la tétrica casa que el más ligero soplo de viento.

¿Qué había de ser de mí en este ambiente? ¿Cómo podía dejar mi carácter de ser influido por él? ¿Es de extrañar que mi pensamiento se hallase deslumbrado como lo estaban mis ojos, cuando salían de la niebla amarillenta de aquellas estancias a la luz del día?

Tal vez habría hablado a Joe del pálido señorito si no hubiera caído antes en la tentación de contar aquellas enormes mentiras que el lector ya conoce. En las actuales circunstancias, comprendía que Joe difícilmente dejaría de ver en el pálido señorito un adecuado pasajero para el coche de terciopelo negro; por consiguiente, nada dije de él. Por otra parte, aquella repugnancia que me había asaltado al principio a permitir que se discutiera de la señorita Havisham y de Estella fue haciéndose más fuerte a medida que pasaba el tiempo. No tenía confianza completa en nadie más que en Biddy; pero es porque a Biddy se lo contaba todo. Por qué llegó a ser natural en mí hacerlo, y por qué Biddy se interesaba profundamente por todo lo que yo le decía, es cosa que no sabía entonces, aunque creo saberlo ahora.

Entretanto, en la cocina de mi casa, se celebraban consejos que llenaban de insoportable irritación mi ya exasperado ánimo. Aquel burro de Pumblechook acostumbraba venir a menudo por las noches para discutir con mi hermana acerca de mis perspectivas, y creo en verdad (y hasta el presente con menos contrición de la que debiera sentir) que si mis manos hubieran podido quitar la estornija a una rueda de su carruaje lo habrían hecho. El miserable era un hombre de tan cerrada estolidez que no podía discutir mis perspectivas sin tenerme delante —como si dijéramos, para operar conmigo— y solía sacarme del taburete donde yo me estaba quieto en un rincón, agarrándome por el cuello; y poniéndome ante el fuego, como si quisiera asarme, empezaba diciendo:

—¡Bueno, sobrina, aquí tenemos al muchacho! Aquí tenemos al muchacho que tú criaste a fuerza de mano. Levanta la cabeza, muchacho, y sé agradecido a los que hicieron esto por ti. Ahora, sobrina, tocante a este muchacho… —Y entonces me alborotaba el cabello a contrapelo (una cosa que, como ya he dicho, nunca he reconocido que nadie tuviese el derecho de hacer) y me sostenía ante sí agarrándome por la manga, convertido en un espectáculo de imbecilidad que sólo él mismo podía igualar.

Entonces, él y mi hermana se entregaban a tan locas especulaciones sobre la señorita Havisham, y sobre lo que ella haría conmigo y por mí, que me daban ganas —ganas dolorosas— de echarme a llorar de despecho, arrojarme sobre Pumblechook y aporrearle. En estos diálogos, mi hermana hablaba de mí como si a cada alusión me arrancase moralmente un diente; mientras el propio Pumblechook, convertido por su propia iniciativa en mi patrón, me contemplaba con mirada despreciativa, como un arquitecto de mi fortuna que se considerase ocupado en un trabajo nada remunerador.

En estas discusiones, Joe no tomaba parte, pero, en el curso de ellas, a menudo se le dirigía la palabra a causa del convencimiento que tenía la señora Joe de que él no era partidario de que se me alejase de la herrería. Yo tenía ahora edad suficiente para que se me inscribiese como aprendiz. Y cuando Joe permanecía sentado con el hurgón entre las piernas, removiendo pensativo las cenizas, mi hermana interpretaba tan claramente esta inocente acción como una oposición de su parte, que se arrojaba sobre él, le sacudía, le arrancaba el hurgón de las manos y lo guardaba. Había un final exasperante para cada uno de estos debates. De pronto, sin que nada pudiese anunciarlo, mi hermana se detenía con un bostezo, y mirándome cual si me viese por azar, se precipitaba sobre mí, exclamando:

—¡Bueno! ¡Ya estamos hartos de ti! A la cama en seguida; ¡ya has dado bastante molestia por una noche!— Como si yo les hubiese pedido por favor que me amargasen la existencia.

Seguimos de este modo durante mucho tiempo, y parecía probable que habríamos de seguir del mismo modo mucho más tiempo todavía, cuando, un día, la señorita Havisham se detuvo en seco mientras paseábamos, ella apoyada en mi hombro, y dijo con desagrado:

—¡Has crecido mucho, Pip!

Yo creí conveniente indicar, por medio de una mirada meditativa, que esto podía deberse a circunstancias sobre las cuales yo no tenía ningún poder.

No dijo más entonces; pero al poco rato, volvió a detenerse y a mirarme; y al poco rato, lo repitió; y después de esto, pareció enfurruñada y cavilosa. El próximo día, cuando hubimos terminado nuestro ejercicio habitual y yo la había dejado junto a su tocador, me detuvo con un movimiento de sus dedos impacientes:

—Dime otra vez el nombre de tu herrero.

—Joe Gargery, señora.

—¿Es el maestro con quien van a ponerte de aprendiz?

—Sí, señorita Havisham.

—Será mejor que te pongan en seguida. ¿Crees que Gargery querría venir aquí y traer tus papeles?

Respondí que sin duda lo consideraría un honor.

—Entonces, que venga.

—¿Qué día, señorita?

—¡Deja, deja! No quiero saber nada de días. Que venga pronto y que venga sólo contigo.

Cuando llegué a casa por la noche, con este recado para Joe, mi hermana se alborotó en un grado más alarmante que en ninguna otra ocasión. Preguntó a Joe y a mí si nos creíamos que ella era una esterilla para limpiarnos los pies, y cómo nos atrevíamos a tratarla de aquel modo, y con quién la considerábamos digna de alternar. Cuando hubo agotado un torrente de preguntas por este estilo, arrojó un candelero a la cabeza de Joe, prorrumpió en ruidosos sollozos, sacó el recogedor —lo cual era siempre muy mal signo—, se puso su delantal de faena y emprendió una limpieza por todo lo alto. No satisfecha con barrer y quitar el polvo, sacó un cubo de agua y un estropajo y se puso a fregar los suelos, echándonos con ello de la casa, de manera que nos tuvimos que quedar en el patio temblando de frío. Eran las diez de la noche cuando nos arriesgamos a deslizarnos dentro, y entonces mi hermana preguntó a Joe por qué no se había casado con una esclava negra. Joe no ofreció respuesta alguna, pobre muchacho, pero se quedó acariciándose las patillas y mirándome con aire abatido, como si pensara que aquello realmente podía haber sido un mejor negocio.

CAPÍTULO TRECE

Fue una dura prueba para mis sentimientos ver a Joe endomingarse, dos días después, para acompañarme a casa de la señorita Havisham. Sin embargo, como él consideraba necesario su traje de corte para esta ocasión, no era yo quien podía decirle que estaba mucho mejor con sus ropas de trabajo; con mayor motivo, cuando me constaba que se avenía a esta terrible incomodidad exclusivamente en mi beneficio, y que era por mí por quien se ponía aquel cuello, tan alto por detrás, que le erizaba como un penacho el pelo de la coronilla.

A la hora del desayuno, mi hermana manifestó su intención de ir a la ciudad con nosotros, y de quedarse en casa del tío Pumblechook para que la recogiéramos cuando hubiéramos terminado con nuestras elegantes damas: una manera de enunciar la cosa de la que Joe pareció inclinado a augurar lo peor. La herrería quedó cerrada durante todo el día, y Joe inscribió con tiza en la puerta (como tenía por costumbre cuando no trabajaba) la palabra FUERA, acompañada por el esbozo de una flecha que supuestamente volaba en la dirección que él había tomado.

Fuimos a pie a la ciudad y mi hermana abría la marcha con un gran gorro de castor en la cabeza, y una cesta semejante al gran sello de Inglaterra hecho con paja trenzada, un par de zuecos, un chal de repuesto y un paraguas, a pesar de que hacía un espléndido día. No he podido dilucidar si estos artículos los llevaba por penitencia u ostentación; pero más bien me imagino que eran exhibidos como artículos de propiedad, del mismo modo que Cleopatra o cualquier otra indignada soberana podía exhibir sus tesoros en un cortejo o procesión.

Cuando llegamos a la tienda del señor Pumblechook, mi hermana entró en ella sin aguardarnos. Como ya era casi mediodía, Joe y yo seguimos hasta la casa de la señorita Havisham. Estella abrió la puerta como de costumbre, y Joe, en cuanto la vio, se quitó el sombrero y se quedó sopesándolo por las alas con ambas manos, como si tuviera algún motivo importante para hacer reparo a una diferencia de medio cuarto de onza.

Estella, sin prestarnos ninguna atención, nos guió por el camino que yo conocía tan bien. Yo la seguía y Joe iba el último. Cuando en el largo corredor me volví para mirar a Joe, éste aún estaba sopesando su sombrero con el mayor cuidado, y nos seguía a grandes pasos, pero andando de puntillas.

Estella nos dijo que entráramos los dos; así, yo tomé a Joe por la bocamanga y le conduje a presencia de la señorita Havisham. Ésta estaba sentada en su tocador y se volvió inmediatamente a mirarnos.

—¡Oh! —dijo dirigiéndose a Joe—. ¿Es usted el marido de la hermana de este muchacho?

Difícilmente hubiera podido imaginar al buen Joe más distinto de sí mismo ni más parecido a un pájaro extraordinario que como estaba ahora, sin pronunciar palabra, con el penacho revuelto y la boca abierta, cual si pidiera un gusano.

Fue algo exasperante; pero, durante toda la entrevista, Joe insistió en dirigirse a mí en vez de a la señorita Havisham.

—Lo que quiero decir, Pip —observó Joe ahora de una manera que expresaba al mismo tiempo raciocinio concluyente, estricta confidencia y gran cortesía—, es que cuando me casé con tu hermana entonces era yo lo que tú podrías llamar, si te place, un mozo soltero.

—¡Bien! —dijo la señorita Havisham—. Y usted ha criado al muchacho con la intención de hacerle su aprendiz, ¿es así, señor Gargery?

—Tú sabes, Pip —respondió Joe—, que siempre hemos sido muy amigos, y que siempre hemos deseado esto tú y yo, porque contábamos con que nos divertiríamos mucho. Claro, Pip, que si tú hubieras hallado objeciones al oficio, como que es demasiado sucio o cosa por el estilo, yo no te habría obligado, ¿comprendes?

—¿Ha puesto nunca el muchacho algún obstáculo? —dijo la señorita Havisham—. ¿Le gusta el oficio?

—Tú sabes muy bien, Pip —repuso Joe, reforzando su anterior mezcla de razonamiento, confidencia y cortesía—, que éste era el deseo de tu corazón. —Vi que se le ocurría de pronto la idea de adaptar su epitafio a la ocasión, antes de continuar—: ¡Y no había obstáculo de tu parte, Pip, esto era el gran deseo de tu corazón!

En vano intenté hacerle comprender que debía hablar a la señorita Havisham. Cuantos más signos y muecas le hacía, más confidencial, argumentativo y cortés persistía en ser conmigo.

—¿Ha traído usted los documentos? —preguntó la señorita Havisham.

—Bien, Pip, ¿sabes? —respondió Joe, como si esto fuese un poco irrazonable—, tú mismo me has visto ponerlos en mi sombrero, y así pues, ya sabes que están aquí.— Con lo cual los sacó y los entregó, no a la señorita Havisham, sino a mí. Temo haberme sentido avergonzado del querido muchacho (sé que positivamente me avergoncé de él), sobre todo porque Estella estaba presente, de pie, detrás de la silla de la señorita Havisham, y sus ojos se reían con malicia. Tomé los documentos de manos de Joe y los entregué a la señorita Havisham.

—¿Usted no esperaba —dijo la señorita Havisham hojeando algunos de los papeles— cobrar ninguna prima por el aprendizaje del muchacho?

—¡Joe! —protesté yo viendo que no respondía—. ¿Por qué no respondes?

—Pip —respondió Joe, interrumpiéndome en tono dolorido—, quiero decir que entre tú y yo ésta es una pregunta que no pide respuesta, y tú sabes bien que la respuesta es no. Tú sabes que es no, Pip; y entonces, ¿por qué tengo que decirlo?

La señorita Havisham le miró como si comprendiera su verdadero carácter mejor de lo que yo habría creído posible, visto el modo en que él se estaba conduciendo, y tomó una bolsa de la mesa que tenía al lado.

—Pip ha ganado una recompensa aquí… y ahí la tiene usted. Hay veinticinco guineas en esta bolsa. Dásela a tu patrón, Pip.

Como si la maravilla que le causaba la extraña figura y la extraña habitación le hubieran trastornado por completo, Joe, ni aun en este momento, dejó de dirigirse a mí.

—Esto es muy generoso de tu parte, Pip —dijo—, y como tal se recibe y se agradece, aunque no se esperaba ni se ha esperado nunca, ni cerca ni lejos de aquí ni en parte alguna. Y ahora, muchacho —prosiguió, produciéndome una sensación primero de calor y luego de frío, porque sentí como si esta expresión familiar se aplicase a la señorita Havisham—; y ahora, muchacho, ¡a cumplir nuestro deber! A cumplir nuestro deber, el uno con el otro, y ambos para con quien… tu generoso regalo ha ofrecido para satisfacción de los que nunca… —aquí Joe dio muestras de percibir que había caído en terribles dificultades, hasta que se desembarazó triunfalmente de ellas con las palabras: —¡y Dios me libre de ello! —Estas palabras sonaban para él de un modo tan rotundo y convincente que las pronunció dos veces.

—¡Adiós, Pip! —dijo la señorita Havisham—. Acompáñalos, Estella.

—¿He de volver, señorita Havisham? —pregunté.

—No. Gargery es tu patrón ahora. ¡Una palabra, Gargery!

Después de llamarle así, mientras yo pasaba la puerta, oí que decía a Joe, con voz clara y fuerte:

—El muchacho se ha portado bien aquí, y éste es su premio. Por supuesto, usted, como hombre honrado, no esperará otro ni nada más.

Nunca he podido determinar cómo salió Joe de la habitación; sólo sé que al salir se puso resueltamente a subir la escalera en vez de bajarla, sordo a todas las llamadas, hasta que fui tras él y le agarré. En otro minuto estábamos fuera de la verja. Ésta estaba cerrada. Y Estella se había ido.

Al hallarnos de nuevo solos a la luz del día, Joe se apoyó de espaldas a una pared y me dijo:

—¡Asombroso!

Y allí se quedó tanto tiempo, diciendo: «¡Asombroso!», a intervalos y tan a menudo que empecé a pensar que nunca recobraría la lucidez. Al cabo prolongó su observación convirtiéndola en un: «Te aseguro, Pip, que es ¡a—som—bro—so!». Y así, poco a poco, volvió a estar en condiciones de poder hablar y emprender el regreso.

Tengo motivos para creer que a Joe se le aguzó el ingenio con la conmoción experimentada y que en nuestro camino de vuelta a casa del señor Pumblechook inventó un plan sutil y astuto. Mis razones han de hallarse en lo que sucedió en la trastienda del señor Pumblechook, donde, al presentarnos nosotros, mi hermana estaba en conferencia con aquel detestado comerciante.

—¡Bien! —exclamó, dirigiéndose a los dos a la vez—. ¿Qué os ha ocurrido? Me extraña que os hayáis dignado volver a nuestra pobre compañía. Me extraña de veras.

—La señorita Havisham —dijo Joe mirándome fijamente, como esforzándose por recordar— me ha encargado con mucha insistencia que presentara sus… ¿eran saludos o respetos, Pip?

—Saludos —dije.

—Esto es lo que me parecía —respondió Joe—; sus saludos a la señora Gargery.

—¡No me voy a hartar con ellos! —observó mi hermana, aunque de hecho bastante complacida.

—Lamentando —prosiguió Joe, mirándome fijamente de nuevo, como en otro esfuerzo para recordar— que el estado de salud de la señorita Havisham sea tal que no le haya… ¿era «permitido», Pip?

—Tener el placer —añadí yo.

—De recibir señoras —dijo Joe, con un largo suspiro de desahogo.

—¡Bien! —dijo mi hermana, dirigiendo una mirada ablandada al señor Pumblechook—. Podía haber tenido la cortesía de mandar este recado antes, pero más vale tarde que nunca. ¿Y qué le ha dado al muñeco éste?

—No le ha dado nada —dijo Joe—, nada.

La señora Joe iba a estallar, pero Joe prosiguió:

—Lo que ella da —dijo Joe—, lo da a los amigos del chico. Y cuando digo sus amigos (así se ha explicado ella) quiero decir en manos de su hermana la señora J. Gargery. Éstas han sido sus palabras: la señora J. Gargery. Tal vez no sabía —añadió Joe, con aire de reflexionar— si era Joe o Jorge.

Mi hermana miró a Pumblechook, quien acarició los brazos de su sillón, y movió la cabeza mirándola primero a ella y después al fuego, como si lo supiera ya todo de antemano.

—¿Y cuánto te ha dado? —preguntó mi hermana riendo. Positivamente, riendo.

—¿Qué dirían los presentes si fuesen diez libras? —preguntó Joe.

—Dirían —respondió secamente mi hermana— que no está mal. No es mucho, pero no está mal.

—Pues es más de diez —dijo Joe.

Aquel terrible impostor de Pumblechook inmediatamente hizo un signo afirmativo con la cabeza y dijo, pasando las manos por los brazos del sillón:

—Es más de diez, sobrina.

—No va usted a decirme… —comenzó mi hermana.

—Sí digo, sobrina —dijo Pumblechook—, pero aguarda un momento. Continúa, Joe. Lo haces muy bien. Continúa.

—¿Qué dirían los presentes —prosiguió Joe— si fuesen veinte libras?

—Espléndido, sería la palabra —respondió mi hermana.

—Bueno, pues —dijo Joe— es más de veinte libras.

Aquel abyecto hipócrita de Pumblechook volvió a inclinar la cabeza y dijo con una mirada protectora:

—Es más de veinte libras, sobrina. ¡Muy bien, Joe, muy bien! ¡Prosigue!

—Entonces, para terminar —dijo Joe encantado y entregando la bolsa a mi hermana—, son veinticinco libras.

—Son veinticinco libras, sobrina —repitió aquel vil estafador de Pumblechook, levantándose para estrecharle la mano—; y no es más de lo que te mereces (como dije cuando se pidió mi opinión) y deseo que te aprovechen.

Aunque aquel bellaco no hubiera pasado de aquí, su conducta ya habría sido suficientemente odiosa; pero aún ennegreció su culpa pasando a tomarme bajo su custodia con un aire de autoridad y protección que superaba con creces toda su maldad anterior.

—Ahora, Joe y señora —dijo el señor Pumblechook tomándome el brazo por encima del codo—, yo soy de los que, una vez que han empezado, nunca dejan una cosa por terminar. Hay que inscribir inmediatamente el aprendizaje de este muchacho. Éste es mi estilo. Inmediatamente.

—Dios sabe, tío Pumblechook —dijo mi hermana (teniendo bien agarrado el dinero)—, cuán profundamente le estamos agradecidos.

—No vale la pena, sobrina —repuso el diabólico tendero.

—Un placer es un placer, aquí y en todas partes. Pero este muchacho, ¿sabéis?, hay que formalizar su contrato. Prometí encargarme. Ésta es la verdad.

Los jueces estaban en el ayuntamiento, muy cerca de allí, y en el acto fuimos a formalizar mi contrato con Joe, en presencia de los magistrados. Dije que fuimos allí, pero lo cierto que es que yo fui empujado por Pumblechook, exactamente como si acabara de robar un pañuelo o de pegar fuego a un pajar; y, en efecto, la impresión de todos en la sala del tribunal fue la de que me habían cogido «in fraganti», porque mientras Pumblechook me empujaba ante sí por entre la multitud, oí que alguien decía: «¿Qué ha hecho?». Y otros: «Es joven, pero ya se ve que tiene mala facha, ¿no es cierto?». Una persona de aspecto suave y benévolo hasta me dio un folleto ornamentado con un grabado de un joven delincuente equipado con toda una salchichería de grilletes, y titulado: PARA LEER EN MI CELDA.

El salón me pareció un lugar muy raro, donde había unos bancos más altos que los de la iglesia, llenos de curiosos, y donde estaban los poderosos jueces (uno con la peluca empolvada) repantigados en sus sillas, con los brazos cruzados, o tomando rapé, o dormitando, o escribiendo o leyendo los periódicos, y donde colgaban de las paredes unos retratos negros y lustrosos que mi gusto nada artístico comparó a una mezcla de tostada y esparadrapo.

Aquí, en un rincón, mi contrato fue debidamente firmado y certificado, y yo quedé convertido en un aprendiz, y todo el rato el señor Pumblechook me tuvo cogido como si, yendo camino del cadalso, hubiéramos entrado a despachar estos pequeños preliminares.

Cuando volvimos a salir y nos hubimos desembarazado de los muchachos que estaban muy alborozados con la esperanza de verme torturado en público, y que se sintieron muy desilusionados al ver que mis amigos se limitaban a agruparse a mi alrededor, volvimos a casa del señor Pumblechook. Y allí mi hermana se excitó tanto con lo de las veinticinco guineas que a toda costa quiso celebrar una comida en El Oso Azul con aquella ganga y se empeñó en que el señor Pumblechook fuese con su carruaje a buscar a los Hubble y al señor Wopsle.

Así se acordó; y yo pasé un día de lo más melancólico. Porque, inescrutablemente, pareció lógico a todos los reunidos considerarme como una excrecencia de la fiesta. Y para acabar de empeorarlo, todos me preguntaban, de vez en cuando —en realidad cuando no tenían otra cosa que hacer—, por qué no me divertía. ¿Y qué otra cosa podía hacer entonces sino decir que me divertía… cuando no era verdad?

Sin embargo, ellos eran personas mayores, hacían lo que les daba la gana, y así se divertían. Aquel farsante de Pumblechook, exaltado a la condición de benéfico artífice de toda la casa, ocupó la cabecera de la mesa; y mientras largaba a los demás un discurso sobre el tema de mi aprendizaje y los felicitaba diabólicamente por el hecho de que ahora yo podía ser encarcelado si jugaba a los naipes, bebía licores fuertes, me acostaba tarde, andaba en malas compañías o me entregaba a otros excesos que las fórmulas del contrato parecían dar como poco menos que inevitables, me colocó a su lado para ilustrar sus observaciones.

No recuerdo más de aquella gran fiesta, sino que no querían dejarme dormir, y que cada vez que se me cerraban los párpados, me sacudían y me mandaban que me divirtiera. Que, muy tarde ya, el señor Wopsle nos recitó la oda de Collins, y arrojó su espada ensangrentada con tal efecto que entró un camarero para decirnos que los viajantes del piso bajo nos mandaban sus saludos y nos recordaban que aquello no era una posada de titiriteros. Que todos estaban de muy buen humor en el camino de regreso, y cantaron La dama rubia, haciendo el señor Wopsle la parte del bajo, y afirmando con un vozarrón tremendo (en respuesta al cargante preguntón que encabeza la canción de una manera tan impertinente, metiéndose en los asuntos particulares de todo el mundo), que él era el hombre de los mechones blancos al viento y, en definitiva, el peregrino más fatigado que haber pudiese.

Recuerdo, finalmente, que, cuando llegué a mi cuartito, me sentía verdaderamente desgraciado, y me agobiaba el firme convencimiento de que nunca me gustaría el oficio de Joe. Me había gustado en otro tiempo, pero otro tiempo no era entonces.

CAPÍTULO CATORCE

Es una cosa muy triste avergonzarse del propio hogar. Puede haber en ello una negra ingratitud, y el castigo puede ser justo y bien merecido, pero que es una cosa muy triste, esto lo puedo atestiguar.

Nuestra casa nunca había sido un lugar muy agradable para mí, a causa del genio de mi hermana. Pero Joe la había santificado y yo había creído en la salita como en un elegantísimo salón; había creído en la puerta de la calle como en un misterioso portal del Templo del Estado cuya solemne apertura se acompañaba con un sacrificio de aves asadas; había creído en la cocina como en un aposento limpio, aunque no magnífico; había creído en la herrería como en el camino luminoso que conducía a la virilidad y a la independencia. En un año, todo esto había cambiado. Ahora todo era tosco y ordinario, y por nada del mundo habría querido que lo viesen la señorita Havisham y Estella.

Qué parte de este mezquino estado de ánimo podía haber sido culpa mía, o de la señorita Havisham o de mi hermana, no es cosa que me importe a mí o a nadie. El cambio había ocurrido en mí, la cosa estaba hecha. Bien o mal, excusable o inexcusablemente, estaba hecha.

En un tiempo, me había parecido que cuando por fin pudiese subirme las mangas y entrar en la herrería como aprendiz de Joe, me sentiría dignificado y sería feliz. Ahora que la realidad estaba en mi mano, lo único que sentía era que iba sucio de polvo y carbonilla, y que llevaba en mi recuerdo diario un peso a cuyo lado el yunque era una pluma. Ha habido ocasiones en mi vida posterior (como en la mayoría de las vidas, supongo) en que he sentido por algún tiempo como si una espesa cortina hubiera caído sobre todo lo que aquélla pudiera ofrecer de interés y de aventura para separarme para siempre de todo lo que no fuera monótono sufrimiento. Nunca esta cortina me ha parecido tan tupida y densa como cuando el camino de mi vida se desplegó largo y recto ante mí por la nueva vía de mi aprendizaje al lado de Joe.

Recuerdo que en un posterior período de mi aprendizaje solía quedarme junto al cementerio los domingos al atardecer, comparando mi porvenir con el paisaje de ventosos marjales, y hallando entre uno y otro cierta semejanza cuando pensaba en cuán bajos y desprovistos de accidentes eran ambos, y en cómo se extendían los dos por espacios desconocidos y cubiertos de niebla, para acabar en el mar. Tan oprimido me sentía entonces como el primer día de mi aprendizaje; pero me consuela recordar que nunca murmuré una palabra de ello a Joe mientras duró mi compromiso. Es casi lo único de lo que estoy satisfecho de mí mismo, en lo que se refiere a él.

Porque, aunque mi conducta incluye lo que voy a añadir, todo su mérito corresponde a Joe. No fue porque yo fuera fiel, sino porque Joe era fiel, por lo que no me escapé nunca para sentar plaza de soldado o marinero. No fue porque yo apreciara la virtud de la laboriosidad por lo que trabajé con pasadero celo, venciendo mi repugnancia. No es posible saber hasta dónde llega en el mundo la influencia de un hombre afectuoso, honrado y cumplidor de su deber; pero es muy posible saber cómo le ha afectado a uno estar a su lado, y sé perfectamente que todo lo bueno que haya podido hacer durante mi aprendizaje venía del conformado y sencillo Joe y no de mi yo inquieto, ambicioso y descontento.

¿Quién puede decir lo que yo deseaba? ¿Cómo puedo decir lo que nunca supe? Lo que temía era que en un momento desgraciado, cuando mi aspecto fuese más sucio y vulgar, al levantar los ojos, encontrara a Estella mirando por una de las ventanas de la herrería. Me obsesionaba el temor de que ella, tarde o temprano, me descubriera, con la cara y las manos ennegrecidas, haciendo la parte más grosera de mi trabajo, y gozara en mi humillación y me despreciara. A menudo, en la oscuridad, mientras estaba dándole al fuelle y yo y Joe cantábamos el Old Clem, y cuando el recuerdo de cómo acostumbrábamos a cantarlo en casa de la señorita Havisham parecía hacer surgir del fuego el rostro de Estella con su hermoso cabello agitado por el viento y sus ojos desdeñosos, a menudo, en ocasiones así, levantaba la vista a los retazos de negra noche, que es lo que parecían entonces las ventanas, y me imaginaba ver su rostro en el acto de retirarse, y creía que ella había venido por fin.

Después de esto, cuando entrábamos para la cena, el sitio y la comida me parecían de un aire más rústico que nunca, y más que nunca en mi mezquino corazón me avergonzaba de mi casa.

CAPÍTULO QUINCE

Como ya iba siendo demasiado crecido para concurrir a la sala de la tía abuela del señor Wopsle, se dio por terminada mi instrucción a las órdenes de aquella estrambótica mujer. Esto no fue, sin embargo, hasta que Biddy me hubo hecho partícipe de todo lo que sabía, desde el pequeño catálogo de precios hasta una canción humorística que una vez había comprado por medio penique. Aunque lo único coherente de esta pieza literaria eran los primeros versos:

Cuando fui a Londres, señores,
tra—ra—la—la
tra—ra—la—la
¿No estaba yo muy moreno, señores?
tra—ra—la—la
tra—ra—la—la

No obstante, en mi deseo de instruirme, me aprendí de memoria esta composición con la mayor seriedad; ni siquiera recuerdo que discutiera su mérito, excepto al pensar (como pensé) que la cantidad de tra—ra—la—la era algo desproporcionada respecto a la poesía. En mi deseo de aprender, hice proposiciones al señor Wopsle para que me concediera algunas migajas intelectuales, a lo cual accedió bondadosamente. Como resultara, sin embargo, que él sólo me quería como una especie de figurón dramático, a quien contradecir y abrazar o hacer llorar y apabullar y agarrar y apuñalar y llevar y traer en una gran variedad de maneras, pronto abandoné aquel método de instrucción, aunque no fue antes de que el señor Wopsle en su poético furor me hubiera maltratado seriamente.

Todo lo que aprendía trataba de enseñárselo a Joe. Esto parece decir tanto en mi favor que en conciencia no puedo dejarlo sin una explicación. Deseaba hacer a Joe menos ignorante y tosco para que fuera más digno de mi compañía y menos merecedor de las críticas de Estella.

La vieja batería de los marjales era nuestra aula, y una pizarra rota y un trozo de pizarrín, nuestros trebejos instructivos, a los cuales Joe añadía siempre una pipa de tabaco. Nunca vi a Joe recordar algo de un domingo a otro ni adquirir, bajo mi enseñanza, conocimiento alguno. No obstante, él fumaba su pipa en la batería con aire más perspicaz que en ningún otro sitio —incluso con aire de doctor— como si se figurara que hacía enormes progresos. ¡Amigo querido, qué más habría yo deseado!

Era agradable y tranquilo estar allí viendo pasar por el río, detrás del terraplén, las velas que, a veces, durante la marea baja, parecían pertenecer a barcos hundidos que aún continuaran navegando en el fondo del agua. Cada vez que contemplaba las embarcaciones saliendo al mar con sus blancas velas desplegadas, acababa pensando en la señorita Havisham y en Estella; y cada vez que la luz daba de soslayo a lo lejos en una nube o en una vela o en una verde colina o en el confín del agua, ocurría lo mismo. La señorita Havisham y Estella y la extraña casa y la extraña vida parecían tener algo que ver con todo lo pintoresco.

Un domingo en que Joe, disfrutando grandemente de su pipa, se había preciado tanto de ser «tan duro de mollera» que tuve que olvidarme de él por aquel día, me tendí un rato sobre el terraplén con la mano apoyada en la barbilla, descubriendo rasgos de la señorita Havisham y de Estella por todo el paisaje, en el cielo y en el agua, hasta que al cabo resolví mencionar un pensamiento referente a ellas que me asediaba hacía algún tiempo.

—Joe —dije—, ¿no crees que debería hacer una visita a la señorita Havisham?

—Verás, Pip —respondió Joe, considerándolo despacio—. ¿Para qué?

—¿Para qué, Joe? ¿Para qué se hacen visitas?

—Tal vez haya visitas, Pip —dijo Joe—, que siempre se prestan a esta pregunta. Pero, en cuanto a visitar a la señorita Havisham, ésta podría figurarse que deseas algo, que esperas algo de ella.

—Y ¿no podría decirle que no espero nada, Joe?

—Claro que podrías decírselo, muchacho —dijo Joe—. Y ella podría creerlo. Pero también podría no creerlo.

Joe sintió como yo que esto era concluyente, y para no quitarle la fuerza con una repetición, se puso a dar enérgicas chupadas a su pipa.

—Ya ves —prosiguió Joe, tan pronto hubo pasado aquel peligro—. La señorita Havisham se portó muy bien contigo cuando me llamó para decirme que no esperase nada más.

—Sí, Joe. Ya lo oí.

—Lo cual, quiero decir, Pip, que podía muy bien significar: ¡Se acabó! ¡Yo al norte y vosotros al sur! ¡Cada uno por su lado!

Ya había pensado yo esto, y estaba muy lejos de consolarme descubrir que él lo había pensado también; porque parecía hacerlo más probable.

—Pero Joe…

—¿Qué, muchacho?

—Estoy acabando el primer año de mi aprendizaje desde el día en que se formalizó el contrato, y ni he dado las gracias a la señorita Havisham, ni he preguntado por ella, ni le he demostrado de ningún modo que la recuerdo.

—Es verdad, Pip, y a menos que le hagas un juego completo de herraduras; y se me figura que ni siquiera un juego completo de herraduras sería aceptable como obsequio, visto que no hay caballos a los que ponerlas…

—No me refiero a esta clase de recuerdos, Joe, no quiero decir un regalo.

Pero a Joe se le había metido en la cabeza la idea del regalo y tenía que insistir en ello.

—O hasta —dijo— si te ayudáramos a hacerle una cadena nueva para la puerta principal, o pongamos una gruesa de tornillos o alguna pieza ligera de fantasía, como un tenedor para tostar sus panecillos, o unas parrillas para cuando cogiera una sardina o cosa así.

—Yo no pensaba en ningún regalo, Joe —interrumpí.

—Bien —dijo Joe, volviendo otra vez al tema, como si yo hubiera insistido especialmente en él—. En tu caso, Pip, yo no lo haría. No, no lo haría. Porque ¿a qué viene una cadena para la puerta cuando ella tiene siempre una puesta en la suya? Y los tornillos se prestan a malas interpretaciones. Y si fuera un tenedor para las tostadas, tendría que ser de cobre y no te saldría bien. Y el mejor artífice no siempre puede lucirse en unas parrillas, porque una parrilla es una parrilla —dijo Joe recalcándolo mucho como si quisiera sustraerme a una idea fija—, y tú puedes proponerte lo que quieras, pero al final, quieras que no, será una parrilla y nada más.

—Querido Joe —exclamé desesperado, agarrándole por la chaqueta—, no sigas por ese camino. Nunca se me ha ocurrido hacer ningún regalo a la señorita Havisham.

—No, Pip —asintió Joe, como si hubiera estado luchando todo el rato para convencerme—; y lo que te digo es que tienes razón, Pip.

—Sí, Joe; pero lo que yo deseaba decirte era que, como ahora el trabajo no aprieta, si me dabas una media fiesta mañana, yo iría a la villa y haría una visita a la señorita Est… Havisham.

—Que no se llama Estavisham, Pip —dijo gravemente Joe—, a no ser que haya cambiado de nombre.

—Lo sé, Joe, lo sé. Ha sido una equivocación mía. ¿Qué piensas de ello?

En resumen, Joe pensó que si a mí me parecía bien, él no tenía inconveniente. Pero insistió en que quedase entendido que, si no me recibía con cordialidad, o no se me animaba a repetir mi visita como algo que no tenía ningún otro objeto, sino que era sencillamente de gratitud por un favor recibido, entonces esta excursión experimental no tendría segunda. Yo prometí atenerme a estas condiciones.

Ahora bien: Joe tenía un jornalero que se llamaba Orlick. Él pretendía haber sido bautizado con el nombre de Dolge —una imposibilidad evidente —, pero era un sujeto de carácter tan obstinado que no creo que en este caso fuera víctima de ninguna ilusión, sino que deliberadamente había impuesto este nombre a todo el pueblo como una afrenta a su inteligencia. Era un individuo forzudo, moreno, de anchos hombros, suelto de miembros, que nunca tenía prisa, y siempre iba con la vista al suelo. Nunca parecía ir al trabajo de propósito, sino que se dejaba caer en él como por pura casualidad; y cuando iba a los Alegres Barqueros para comer, o cuando se marchaba por la noche, se iba con la vista al suelo, sin rumbo fijo, como Caín o el Judío Errante, como si no tuviera idea de adónde se dirigía ni propósito de volver jamás. Se alojaba en la casa del guarda de las compuertas en los marjales, y los días de trabajo venía, con la vista al suelo, de su eremitorio, con las manos en el bolsillo y la comida metida en un pañuelo que llevaba atado al cuello y colgándole por la espalda. Los domingos se pasaba casi todo el día echado junto a una compuerta o apoyado en un pajar o en un granero. Siempre andaba encorvado, con la vista al suelo, y cuando tenía que levantarla porque alguien le interpelaba o por cualquier otro motivo, miraba de una manera medio resentida y medio desconcertada, como si su único pensamiento fuese que era un hecho raro y dañoso tener que pensar.

Este arisco jornalero no me tenía simpatía alguna. Cuando yo era pequeño y tímido, me hacía creer que el demonio habitaba en un negro rincón de la herrería, y que él era amigo suyo; también me decía que cada siete años era necesario hacer el fuego con un niño vivo, y que yo podía considerarme como futuro combustible. Cuando entré a ser aprendiz de Joe, confirmó, quizás, alguna sospecha suya de que iba a quitarle el puesto; y acabó de aborrecerme. No es que nunca dijera o hiciera nada que implicara abierta hostilidad; yo sólo notaba que siempre dirigía las chispas hacia mí y que cada vez que yo cantaba el Old Clem, él entraba a destiempo.

Dolge Orlick estaba presente y trabajando cuando al otro día le recordé a Joe mi media fiesta. No dijo nada de momento, porque él y Joe acababan de poner un trozo de hierro candente entre ellos y yo tiraba del fuelle; pero al cabo de poco, dijo, apoyándose en el martillo:

—¡Bueno, maestro! No creo que vaya usted a favorecer a uno solo de nosotros. Si el pequeño Pip tiene su media fiesta, debe haber otro tanto para el viejo Orlick. —Supongo que tenía unos veinticinco años, pero acostumbraba hablar de sí mismo como de una persona de edad.

—¿Y qué harás tú con una media fiesta, si te la dan? —dijo Joe.

—¡Qué haré con ella! ¿Qué hará él? Lo mismo que haga él puedo hacer yo.

—Pip tiene que ir a la villa —dijo Joe.

—Bueno, pues entonces el viejo Orlick va a ir a la villa —replicó el otro—. Pueden ir dos a la villa. No es sólo uno el que puede ir a la villa.

—No te alborotes —dijo Joe.

—Me alborotaré si quiero —gruñó Orlick—. ¡Vaya hombre, con sus idas a la villa! ¡Vamos, maestro! Nada de favoritismos aquí. ¡Sea usted un hombre!

Como el maestro se negara a seguir tratando el asunto hasta que el jornalero estuviese de mejor humor, Orlick se abalanzó a la fragua, sacó una barra de hierro, me la enseñó como si fuera a atravesarme con ella, la hizo voltear por encima de mi cabeza, la puso sobre el yunque, la martilleó —como si se tratara de mí, pensé, y como si las chispas fuesen salpicaduras de mi sangre— y, finalmente, cuando a fuerza de martillear él se hubo acalorado y el hierro se hubo enfriado, dijo, apoyándose otra vez en el martillo:

—¡Ahora, maestro!

—¿Te has calmado ya? —preguntó Joe.

—Sí, me he calmado —dijo el gruñón de Orlick.

—Bueno, pues, como en general trabajas tan bien como cualquier otro —dijo Joe—, vamos todos a tener una media fiesta.

Mi hermana, que había permanecido callada en el patio, oyéndolo todo —era una curiosa y una espía sin escrúpulos—, en el acto metió la cabeza por una de las ventanas.

—Hay que ser tonto como eres tú —dijo dirigiéndose a Joe— para regalar medias fiestas a gandulazos como éste. ¡Claro! Como somos tan ricos, puedes ir desperdiciando el dinero que te cuestan los jornales. ¡Ojalá fuese yo su patrón!

—Usted sería el patrón de todo el mundo, si se atreviera —respondió Orlick con una mala mirada.

—Déjala —dijo Joe.

—Metería en cintura a todos los tontos y a todos los bribones —dijo mi hermana empezando a excitarse—, y no podría meter en cintura a los tontos sin empezar por tu patrón, que es el rey de los tontos. Y no podría meter en cintura a los bribones sin empezar contigo, que eres el bribón más sucio que hay de aquí hasta Francia.

—Lo que es usted es una arpía, tía Gargery —gruñó el jornalero—. Si esto cuenta para ser juez de bribones, haría usted uno de primera.

—Déjala ya, ¿quieres? —dijo Joe.

—¿Qué ha dicho? —exclamó mi hermana, poniéndose a chillar—. ¿Qué ha dicho? ¿Qué me ha dicho este tipo de Orlick, Pip? ¿Cómo me ha llamado, delante de mi marido? ¡Oh, oh, oh! —Cada una de estas exclamaciones era un alarido; y debo observar, hablando de mi hermana, lo que también es verdad de todas las mujeres violentas que he conocido, a saber: que no la excusaba la cólera, porque es innegable que, en lugar de ser arrastrada a ella consciente y deliberadamente hacía los esfuerzos más extraordinarios para ponerse en aquel estado, y llegaba a un ciego furor por etapas regulares—; ¿qué nombre me ha dado ante el ruin que juró defenderme? ¡Oh, contenedme! ¡Oh!

—¡Ah! —masculló el jornalero entre dientes—. Ya la contendría yo si fuese mi mujer. La metería debajo de la bomba y le daría una buena ducha.

—Te digo que la dejes —repitió Joe.

—¡Oh, oídle! —exclamó mi hermana, palmoteando al propio tiempo que daba otro chillido (lo cual era su segunda etapa)—. ¡Oíd cómo me insulta este Orlick! ¡Y en mi propia casa! ¡A mí, una mujer casada! ¡Oh, oh! —Aquí mi hermana, después de un acceso de gritos y palmoteos, se golpeó el pecho y las rodillas, se arrancó la cofia y se deshizo el pelo (lo cual era su última etapa en el camino del frenesí). Estando ya hecha una completa furia, y un éxito completo, se abalanzó a la puerta, que yo afortunadamente había cerrado.

¿Qué podía hacer entonces el desdichado Joe, después de ser desoídas sus interrupciones, sino encararse con su jornalero y preguntarle qué buscaba metiéndose entre él y su mujer?; y, luego, si era hombre para dar la cara. El viejo Orlick comprendió que la situación no admitía otra salida, e inmediatamente se puso en guardia y así, sin quitarse siquiera sus chamuscados mandiles, fueron uno contra el otro como dos gigantes. Pero si había en la vecindad un hombre que pudiera resistir a Joe, yo no lo he conocido. El viejo Orlick, como si no fuese cosa de mayor importancia que el pálido jovencito caballerete, se vio pronto entre la carbonilla y sin prisa alguna por salir de allí. Entonces, Joe abrió la puerta y recogió del suelo a mi hermana, que se había desmayado junto a la ventana (no sin haber primero presenciado la pelea, me imagino), y la llevó adentro, la acostó y le recomendó que volviera en sí; pero ella no quiso hacer otra cosa que revolverse y tirarle del pelo. Luego vino aquella calma y aquel silencio singulares que siguen a todos los alborotos y, con la vaga sensación (que siempre he relacionado con tales silencios) de que era domingo y había muerto alguien, subí a mi cuarto para vestirme.

Cuando volví a bajar, hallé a Joe y Orlick barriendo la herrería, sin otra señal de la pasada trapatiesta que un corte en la nariz de Orlick, el cual no resultaba ni expresivo ni ornamental. Había aparecido un jarro de cerveza procedente de los Alegres Barqueros y lo estaban consumiendo apaciblemente por turnos. La calma tuvo una influencia sedante y filosófica sobre Joe, quien me siguió a la calle para decirme como una observación de despedida: «Un alboroto se viene, Pip, y un alboroto se va, Pip; ¡ésta es la vida!».

Poco importa cuáles fueron las absurdas emociones (porque los sentimientos que hallamos muy serios en un hombre nos parecen cómicos en un niño) con que me encontré yendo otra vez a casa de la señorita Havisham. Ni tampoco cuántas veces pasé y volví a pasar por delante de la verja antes de decidirme a llamar. Ni cómo dudé si volverme sin llamar; ni cómo indudablemente me habría ido, si el tiempo de que disponía hubiera sido mío, para poder volver.

No vino a abrirme Estella, sino la señorita Sarah Pocket.

—¿Cómo? ¿Tú aquí otra vez? —dijo la señorita Pocket—. ¿Qué deseas?

Al oír que sólo había ido a ver cómo estaba la señorita Havisham, Sarah evidentemente reflexionó si me mandaría o no a paseo. Pero no atreviéndose a tomar sobre sí esta responsabilidad, me hizo entrar, y, al cabo de poco, me trajo el enjuto mensaje de que «subiera».

Nada había variado, y la señorita Havisham estaba sola.

—¿Bien? —dijo, clavándome la mirada—. Espero que no desees nada. Nada vas a conseguir.

—No, señorita Havisham. Sólo deseaba que supiera usted que estoy haciendo progresos en mi aprendizaje, y que siempre le estoy muy agradecido.

—¡Bueno, bueno! —dijo, con el movimiento impaciente de sus dedos —. Ven de vez en cuando; ven el día de tu cumpleaños. ¡Ah! —dijo de pronto, volviéndose, junto con su silla, hacia mí—. Estás buscando a Estella, ¿verdad?

En efecto, había estado buscando a Estella con los ojos, y expresé, tartamudeando, mis deseos de que ésta estuviera bien de salud.

—Está en el extranjero —dijo la señorita Havisham—, instruyéndose para ser una señora; fuera de tu alcance; más hermosa que nunca; admirada por todos los que la ven. ¿Sientes haberla perdido?

Había un goce tan maligno en la manera en que pronunció estas palabras, y las acompañó de una risa tan desagradable, que me quedé sin saber qué decir. Me ahorró el trabajo de pensarlo despidiéndome. Cuando Sarah, la de la cara de nuez, cerró la verja tras de mí, me sentí más que nunca descontento de mi hogar, de mi oficio y de todo; y esto es lo que gané con aquella visita.

Mientras iba por la calle Mayor, mirando desconsoladamente los escaparates, y pensando en lo que compraría si fuese un caballero, ¡a quién veo salir de la librería, sino al señor Wopsle! El señor Wopsle llevaba en la mano la conmovedora tragedia de George Barnwell, en la que acababa de invertir seis peniques con la idea de descargar hasta la última de sus palabras sobre la cabeza del señor Pumblechook, con quien iba a tomar el té. En cuanto me vio, pareció considerar que una Providencia especial había puesto un aprendiz en su camino para aumentar su auditorio; y en consecuencia, se apoderó de mí e insistió para que le acompañase a la trastienda pumblechookiana. Como sabía que iba a sentirme desgraciado en casa y como las noches eran oscuras y el camino solitario, y cualquier compañía en él era mejor que ninguna, no opuse gran resistencia; así pues, entramos en casa de Pumblechook a la hora en que las luces de la calle y de sus tiendas empezaban a encenderse.

Como nunca he asistido a ninguna otra representación de George Barnwell no sé cuánto tiempo dura usualmente; pero sé muy bien que aquella noche duró hasta las nueve y media y que, cuando el señor Wopsle entró en Newgate, creí que nunca llegaría al cadalso, pues se volvió mucho más lento que en cualquier otro período de su deshonrosa carrera. Pensé que resultaba un poco excesivo que se quejara de que le cortasen en flor, como si no hubiese estado deshojándose y dando fruto desde el comienzo de su vida. Esto, sin embargo, era sólo una cuestión de extensión y aburrimiento. Lo que me hirió fue la identificación de todo el asunto con mi inofensiva persona. Cuando Barnwell empezó a andar por mal camino, declaro que me sentí positivamente avergonzado, de tal manera me abrumaba la mirada indignada de Pumblechook.

Wopsle, por su parte, se esforzó en presentarme bajo el peor aspecto. A la vez feroz y borracho, hicieron que asesinara a mi tío sin ninguna circunstancia atenuante; Millwood me acallaba siempre en todas las discusiones; se hizo una pura monomanía en la hija de mi patrón, el importársele un bledo de mí; y todo lo que puedo decir en defensa de mi conducta vacilante y dilatoria en la mañana fatal es que era concordante con la general debilidad de mi carácter. Aun después de que me hubieron ahorcado y de que Wopsle hubo cerrado el libro, Pumblechook continuó mirándome fijamente y diciendo: «¡Que te sirva de lección, muchacho, que te sirva de lección!». Como si fuese cosa sabida que yo abrigaba el propósito de asesinar a un pariente próximo, con tal que encontrara alguno que quisiese convertirse en mi protector.

Era noche negra cuando terminó todo y emprendí la vuelta a casa con el señor Wopsle. Fuera de la villa encontramos una niebla espesa y húmeda. La luz de la barrera del portazgo se veía borrosa, y se habría dicho que estaba fuera de su lugar habitual; sus rayos parecían de sustancia sólida en medio de la niebla. Estábamos percatándonos de estas cosas, y diciendo que la niebla podría levantarse si el viento cambiaba de dirección, cuando topamos con un hombre que permanecía cabizbajo al abrigo de la casilla del portazgo.

—¡Hola! —le dijimos, deteniéndonos—. ¿Es Orlick?

—¡Sí! —respondió él, irguiéndose—. Me he parado aquí un minuto por si pasaba alguien.

—Vuelve usted tarde —observé.

Orlick respondió, naturalmente:

—¿Y qué? Ustedes también vuelven tarde.

—Hemos estado, señor Orlick —dijo el señor Wopsle, entusiasmado con su última representación—, hemos estado pasando una velada intelectual.

El viejo Orlick gruñó, como si no tuviera nada que decir a eso, y todos juntos proseguimos el camino. Al poco rato le pregunté si había pasado su media vacación yendo y volviendo de la villa.

—Sí —dijo él—, toda la tarde. Fui detrás de vosotros. No os vi, pero no debía andaros muy lejos. Por cierto, que los cañones han vuelto a sonar.

—¿En los pontones? —pregunté.

—¡Sí! Alguno de los pájaros se habrá escapado de la jaula. Los cañones disparan desde el anochecer. Ahora lo oiréis.

En efecto, no habíamos recorrido muchas yardas más cuando la bien conocida detonación nos vino al encuentro, amortiguada por la niebla; se perdió luego por las tierras bajas de junto al río, como persiguiendo y amenazando a los fugitivos.

—Buena noche para escabullirse —dijo Orlick—. Nos veríamos apurados, esta noche, para abatir una pieza que hubiese alzado el vuelo.

El tema era sugestivo para mí, y yo meditaba sobre él en silencio. El señor Wopsle, en el papel del tío que tan mal retribuidas halló sus bondades en la tragedia de aquella noche, se puso a meditar en voz baja en su jardín de Camberwell. Orlick, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, andaba a mi lado despacio. El camino era muy oscuro, muy húmedo y muy fangoso, y a cada paso nos metíamos en el barro. De vez en cuando, el ruido del cañón nos salía al paso y se perdía a lo largo del río. Yo iba silencioso y embebido en mis pensamientos. El señor Wopsle murió amablemente en Camberwell, con gran valor en el campo de Bosworth, y pasando las mayores angustias en Glastonbury. Orlick a veces gruñía la canción de Old Clem. Yo creí que había bebido, pero no estaba borracho.

Así llegamos al pueblo. El camino por donde entramos pasaba por delante de los Alegres Barqueros, y nos sorprendió —siendo como eran ya las once de la noche— hallar este establecimiento en estado de conmoción, con las puertas abiertas de par en par y luces desacostumbradas que habían sido precipitadamente encendidas y puestas por todas partes. El señor

Wopsle entró a preguntar qué ocurría (suponiendo que habían detenido a un forzado), pero salió corriendo muy agitado.

—Ha ocurrido algo en tu casa, Pip —dijo sin detenerse—. ¡Corramos todos!

—¿Qué ha sido?— pregunté, poniéndome a correr como él. Lo mismo hizo Orlick a mi lado.

—No lo entiendo. Parece que han entrado en la casa violentamente mientras Joe estaba fuera. Se supone que han sido los forzados. Han atacado y herido a alguien.

Corríamos demasiado para continuar la conversación y no nos detuvimos hasta encontrarnos en nuestra cocina. La hallamos llena de gente, todo el pueblo estaba allí, o en el patio, y en el centro de la cocina, inclinados hacia el suelo, estaban un cirujano, Joe y un grupo de mujeres. Los espectadores desocupados se apartaron al verme, y así percibí a mi hermana —yaciendo sin sentido ni movimiento sobre las planchas desnudas donde la había derribado un tremendo golpe en el colodrillo, asestado por una mano desconocida cuando estaba vuelta de cara al fuego—, condenada a no volver a alborotarse mientras fuera la mujer de Joe.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Con la cabeza llena de George Barnwell, al principio me vi dispuesto a creer que yo debía haber tenido alguna parte en la agresión a mi hermana, o en todo caso que, como pariente próximo suyo, con motivos notorios para estarle agradecido, debía ser objeto de sospecha más legítimamente que ninguna otra persona.

Pero cuando, a la clara luz de la mañana siguiente, volví a reflexionar sobre el asunto y lo oí discutir a mi alrededor en todos sus aspectos, empecé a considerar el caso de un modo más razonable.

Joe había estado en Los Tres Alegres Barqueros, fumando su pipa, desde las ocho y cuarto hasta las diez menos cuarto. Mientras él estaba allí, mi hermana había sido vista en la puerta de la cocina y había cambiado un saludo con un labrador que volvía a su casa. Lo único que este hombre pudo precisar respecto a la hora en que la vio (se hizo un lío cuando trató de recordarlo) fue que debía de haber sido antes de las nueve. Cuando Joe llegó a casa, cinco minutos antes de las diez, la encontró tendida en el suelo, e inmediatamente pidió socorro. El fuego no estaba más consumido que de costumbre, y el pábilo de la vela no era muy largo; sin embargo, ésta había sido apagada.

Nada faltaba en la casa. Tampoco, aparte de la vela apagada —que se hallaba sobre una mesa entre la puerta y mi hermana, y a espaldas de ésta cuando estando ella de cara al fuego recibió el golpe—, había ningún desorden en la cocina, excepto el que ella misma había hecho al caer y sangrar. Pero había un notable cuerpo del delito, en aquel sitio. La habían golpeado con algo romo y pesado en la cabeza y en el espinazo; después de haberla golpeado, algo había sido arrojado violentamente contra ella mientras estaba de cara al suelo. Y en el suelo, a su lado, cuando Joe se levantó, había un grillete de forzado cortado con una lima.

Ahora bien: Joe, examinando este hierro con ojos de herrero, declaró que había sido limado hacía tiempo. Cuando la voz de alarma llegó hasta los pontones y alguien vino de allí para examinar el hierro, la opinión de Joe se vio confirmada. No se podía asegurar cuándo había salido de los barcos prisión a los cuales indudablemente había pertenecido; pero se dio por cierto que aquel grillete no lo llevaba ninguno de los dos forzados que se había fugado la noche anterior. Además, uno de los dos había sido capturado ya, y no se había liberado de su hierro.

Sabiendo yo lo que sabía, saqué mis propias deducciones. Pensé que el grillete era el de mi forzado —el grillete que le había visto y oído limar en los marjales—, pero mi corazón no le acusaba de haberle dado este último empleo. Porque yo creía que una o dos personas podían haberse apropiado del grillete y haberlo utilizado de aquella manera cruel. O bien Orlick o el desconocido que me había mostrado la lima.

Por lo que toca a Orlick, había ido a la villa exactamente como nos había dicho cuando lo encontramos en el portazgo, se le había visto por la villa toda la tarde, había estado en varias tabernas en compañía de diferentes personas, y había vuelto conmigo y con el señor Wopsle. No había nada contra él, salvo la disputa; y mi hermana había disputado con él, y con toda la vecindad, diez mil veces. Por lo que toca al desconocido, si hubiera vuelto para reclamar sus dos billetes, no podía haber habido discusión a este respecto, porque mi hermana estaba completamente dispuesta a devolvérselos. Además, no había habido disputa; el atacante había entrado tan callada y súbitamente que ella había caído antes de poder volverse.

Era horrible pensar que yo había facilitado el arma, aunque fuese sin querer, pero apenas podía pensar otra cosa. Sufrí indecible turbación mientras meditaba y volvía a meditar si no debía por fin romper aquel hechizo de mi infamia, y contar a Joe toda la historia. Durante varios meses, todos los días resolvía este problema con una negativa, para volver a planteármelo y a darle vueltas a la mañana siguiente. Al fin llegué a esta conclusión: el secreto era ya tan viejo, se me había metido tan dentro y había ya llegado a ser tanto una parte de mí mismo, que no me podía desprender de él. Aparte del miedo que tenía de que, habiendo conducido a daño tal, me privara del afecto de Joe si éste le daba crédito, me contenía el miedo de que no lo creyera, sino que lo pusiera al lado de los frenos fabulosos y las chuletas de ternero, como una monstruosa invención. Sin embargo, contemporicé conmigo mismo —porque, ¿no estaba vacilando entre lo justo y lo injusto, que es cuando se contemporiza?— y resolví hacer una revelación completa, si se presentaba una ocasión en que hacerlo pudiera ayudar al descubrimiento del agresor.

Los condestables y los hombres de Bow—Street de Londres —porque esto ocurría en tiempo de la extinguida policía de los chalecos encarnados

— estuvieron una semana o dos rondando por la casa, e hicieron poco más o menos lo que yo había oído contar que hacían esta clase de autoridades en casos parecidos. Detuvieron a varias personas que, evidentemente, no tenían nada que ver con el hecho. Se pusieron a trabajar con gran empeño sobre ideas equivocadas, e insistieron en querer adaptar las circunstancias a las ideas, en vez de sacar ideas de las circunstancias. Además, se pasaban horas enteras en la puerta de los Tres Barqueros, con un aire entendido y reservado que llenaba de admiración a todo el vecindario; y tenían una manera tan misteriosa de beber que valía casi tanto como prender al culpable. Pero no tanto, porque a éste no llegaron a detenerle.

Mucho tiempo después de que estos poderes constitucionales se hubieron dispersado, mi hermana seguía en cama muy enferma. Tenía la vista trastornada de tal modo que veía multiplicados los objetos, y trataba de coger tazas y copas imaginarias en vez de las reales; su oído había quedado muy debilitado, su memoria también, y su habla era ininteligible. Cuando por fin se restableció lo bastante para bajar con ayuda la escalera, se hizo necesario tener mi pizarra siempre a su lado para que pudiera indicar por escrito lo que no podía indicar de palabra. Como su escritura era ya naturalmente defectuosa, y Joe un lector más que deficiente, nacían entre ellos extraordinarias complicaciones que yo era siempre llamado a resolver. La administración del carnero en vez de la medicina, la sustitución del té por Joe y del panadero por el jamón, se contaron entre los más leves de mis propios errores.

Sin embargo, su carácter había mejorado mucho, y se había vuelto paciente. Una trémula incertidumbre en la acción de todos sus miembros pronto formó parte de su estado habitual, y más tarde, a intervalos de dos o tres meses, a menudo se llevaba las manos a la cabeza y permanecía durante casi una semana sumida en una especie de sombría abstracción. Nos veíamos apurados para encontrar una enfermera adecuada para ella, hasta que ocurrió una circunstancia a propósito para sacarnos de la dificultad. La tía abuela del señor Wopsle se sobrepuso a la inveterada costumbre de vivir que había contraído, y Biddy entró a formar parte de nuestra casa.

Sería poco más o menos al cabo de un mes de la reaparición de mi hermana en la cocina, cuando Biddy se unió a nosotros con un baulillo moteado que contenía todos sus efectos, y se convirtió desde entonces en una bendición para todos. Fue especialmente una bendición para Joe, porque el pobre muchacho estaba muy apenado por la constante contemplación de la ruina de su mujer, y se había acostumbrado, mientras la atendía por las noches, a volverse a mí de vez en cuando para decirme con los ojos humedecidos: «¡Con lo buena moza que era, Pip!». Habiéndose hecho Biddy instantáneamente cargo de ella de la manera más inteligente, como si la hubiera estudiado desde su infancia, Joe pudo en cierto modo apreciar la mayor tranquilidad de su vida, y llegarse de vez en cuando a los Tres Barqueros en busca de saludable distracción. Era característico de la policía haber sospechado de Joe en mayor o menor medida (aunque él no lo supo jamás) y coincidido en considerarle como uno de los caracteres más astutos que hubieran encontrado nunca.

El primer triunfo de Biddy en sus nuevas funciones fue resolver una dificultad que me había derrotado por completo. Había luchado bravamente con ella, pero en vano. Era ésta:

Una y otra vez, mi hermana había trazado en la pizarra un signo que parecía una curiosa T y, después, con la mayor vehemencia, nos lo había propuesto a nuestra atención como algo que deseaba muy especialmente. Yo había ensayado en vano todo lo procurable que empezase con una T, desde una tostada a un tubo. Por fin se me ocurrió que el signo se parecía a un martillo, y al gritar yo con todas mis fuerzas aquella palabra al oído de mi hermana, ella se había puesto a martillear sobre la mesa y había expresado un marcado asentimiento. A consecuencia de lo cual, yo había traído todos nuestros martillos, uno después de otro, sin resultado. Entonces pensé en una muleta, pues su forma era muy parecida, y pedí una prestada y la mostré a mi hermana con gran confianza. Pero al mostrársela, se puso a menear la cabeza de tal modo que nos hizo temer que, en su quebrantado estado, se dislocase el cuello.

Cuando mi hermana descubrió que Biddy la comprendía con facilidad, el signo misterioso volvió a aparecer en la pizarra. Biddy lo contempló pensativa, oyó mi explicación, miró pensativa a mi hermana, miró pensativa a Joe (quien siempre estaba representado en la pizarra por su letra inicial) y corrió a la herrería seguida por Joe y por mí.

—¡Claro! —exclamó Biddy, con expresión triunfante—. ¿No lo veis? ¡Es él!

¡Orlick, sin duda alguna! Ella había olvidado su nombre, y sólo podía representarle por su martillo. Dijimos al hombre por qué queríamos que fuera a la cocina, y él dejó lentamente su martillo, se enjugó la frente con el brazo, se la volvió a enjugar con el mandil, y salió con la vista al suelo y con una curiosa manera de andar con las rodillas medio dobladas que le distinguía especialmente.

Confieso que esperaba ver a mi hermana denunciar a Orlick, y que me causó una decepción el resultado muy diferente que tuvo la entrevista. Ella se manifestó deseosa en extremo de reconciliarse con él, manifestó gran satisfacción de que por fin le hubiéramos hecho venir, e hizo señales de querer que se le diese algo para beber. Espiaba su semblante como si quisiera asegurarse de que acogía de buen grado aquella recepción, mostró el mayor deseo de congraciarse con él, y en todo lo que hizo hubo un aire de humilde propiciación semejante al que yo he visto adoptar a un niño ante un maestro severo. Desde entonces, apenas pasó un día sin que ella dibujara el martillo en la pizarra, y sin que Orlick entrara con la vista al suelo y permaneciera hoscamente a su lado como si no supiera más que yo mismo qué pensar de todo ello.

CAPÍTULO DIECISIETE

Entonces entré en la rutina de la vida de aprendiz, sin más variación notable, fuera de los límites del pueblo y de los marjales, que la llegada de mi cumpleaños y mi nueva visita a la señorita Havisham. Encontré todavía a la señorita Sarah Pocket de servicio en la puerta; hallé a la señorita Havisham tal como la había dejado, y me habló de Estella de la misma manera, si no con las mismas palabras. La entrevista no duró más que unos minutos, y al marcharme me dio una guinea y me dijo que volviese en mi próximo cumpleaños. He de decir que esto se convirtió en una costumbre anual. Traté de rehusar la guinea en la primera ocasión, sin mejor resultado que oír cómo me preguntaba con enojo si es que esperaba más. Entonces, y sólo entonces, la cogí.

Tan inmutable era la casa vieja y triste, la luz amarillenta de la oscura estancia, el marchito espectro en la silla junto al espejo del tocador, que me daba la impresión de que al pararse los relojes se había detenido el tiempo en aquella misteriosa mansión, y de que mientras yo y todo lo demás que había fuera de la casa crecíamos y aumentábamos de edad, todo en la casa permanecía encantado. Jamás entraba en ella la luz del día, ni en mis pensamientos y recuerdos, ni en la vida real. Esto me hechizaba, y bajo su influencia yo continuaba en el fondo de mi corazón odiando mi oficio y avergonzándome de mi hogar.

Sin embargo, fui dándome cuenta imperceptiblemente de un cambio en Biddy. Sus zapatos se ajustaban a los talones, llevaba el pelo lustroso y bien peinado y sus manos estaban siempre limpias. No era hermosa —era vulgar y no podía ser como Estella—, pero tenía un aspecto sano y agradable y un carácter muy dulce. No hacía más de un año que estaba con nosotros (recuerdo que acababa de quitarse el luto), cuando me dije una noche que tenía unos ojos curiosamente reflexivos y atentos, y, además, lindos y bondadosos.

Esto se me ocurrió al levantar la vista de una tarea en que estaba embebido (copiar unos pasajes de un libro para perfeccionarme de dos modos a la vez, en una especie de estratagema) y hallar a Biddy atenta a lo que yo hacía. Dejé a un lado la pluma, y Biddy interrumpió su labor, aunque sin abandonarla.

—Biddy —dije—, ¿cómo te las arreglas? O yo soy muy estúpido o tú eres muy lista.

—No sé a qué te refieres —respondió Biddy, sonriendo.

Gobernaba maravillosamente toda nuestra vida doméstica, pero yo no me refería a esto, aunque esto hacía más sorprendente el hecho al que quería aludir.

—¿Cómo te las arreglas, Biddy —dije—, para aprender todo lo que aprendo y estar siempre a mi altura?

Yo empezaba a envanecerme de mis conocimientos, en cuya adquisición empleaba mis guineas de cumpleaños y todo lo que podía ahorrar de mi dinero de bolsillo, aunque no dudo, ahora, que lo poco que sabía resultaba sumamente caro a aquel precio.

—Yo puedo preguntarte —dijo Biddy—, ¿cómo te las arreglas tú?

—No; porque cuando entro de la herrería por la noche, todo el mundo puede ver cómo me pongo a estudiar. Pero tú no estudias nunca, Biddy.

—Supongo que se me debe pegar, como la tos —dijo con voz tranquila, y reanudó su costura.

Siguiendo mi idea, mientras me retrepaba en mi silla viendo cómo Biddy cosía con la cabeza ladeada, empecé a considerarla una muchacha extraordinaria. Porque (entonces lo fui recordando) estaba igualmente al corriente de los términos de nuestro oficio y de los nombres de nuestras diferentes clases de trabajos y de nuestras varias herramientas. En resumen, todo lo que yo sabía, lo sabía ella. En teoría era ya tan buen herrero como yo o quizá mejor.

—Eres una persona de esas, Biddy —dije yo—, que sacan el mejor partido de todas las oportunidades. Nunca tuviste una oportunidad antes de venir aquí, y ya ves cuánto has mejorado.

Biddy me miró un instante, y continuó cosiendo.

—Pero yo fui tu primera maestra, ¿no es cierto? —me preguntó, mientras cosía.

—¡Biddy! —exclamé asombrado—. ¿Por qué lloras?

—No lloro —dijo Biddy, levantando los ojos y riendo—. ¿Qué es lo que te lo ha hecho pensar?

¿Qué podía habérmelo hecho pensar, sino el brillo de una lágrima que cayó sobre su labor? Me quedé callado recordando lo arrastrada que había sido su vida hasta que la tía abuela del señor Wopsle venció aquella mala costumbre de vivir que tanto convendría que perdiesen algunas personas.

Recordé las tristes circunstancias que la habían rodeado en la mísera tiendecilla y la mísera y ruidosa escuela, con aquel viejo fardo de inutilidades al que tenía que atender constantemente. Reflexioné que aun en aquellos tiempos adversos debía de haber estado latente en Biddy lo que ahora se estaba desarrollando, porque, ya en el principio de mi inquietud y descontento, me había parecido natural acudir a ella en demanda de auxilio. Biddy continuó cosiendo, sin derramar más lágrimas, y, mientras la miraba, pensando en todo eso, se me ocurrió que tal vez no le había mostrado suficiente gratitud. Quizás había sido demasiado reservada, y debía haberla favorecido más (aunque en mis reflexiones no usé precisamente esta palabra) con mi confianza.

—Sí, Biddy —observé, cuando hube terminado de dar vueltas a todo esto—, tú fuiste mi primera maestra, y esto en un tiempo en que poco pensaba que un día habíamos de hallarnos reunidos en esta cocina.

—¡Ah, la pobrecita! —respondió Biddy. Fue muy propio de su abnegación aplicar a mi hermana la observación que yo acababa de hacer, y levantarse para cuidar de que estuviese más cómoda—. Es una triste verdad.

—¡Bien! —dije—. Tenemos que hablar de algo más, como acostumbrábamos antes. Y yo debo consultarte más a menudo, como solía hacer. Tendríamos que salir a pasear por los marjales el próximo domingo, Biddy, para conversar un buen rato.

Nunca dejábamos sola a mi hermana; pero Joe se encargó gustosamente de atenderla aquella tarde de domingo, y Biddy y yo salimos juntos. Estábamos en verano y hacía un tiempo magnífico. Cuando hubimos pasado el pueblo y la iglesia y el cementerio, y llegamos a los marjales y empezamos a ver pasar las velas de los barcos, yo me puse a combinar, como de costumbre, a la señorita Havisham y Estella con el paisaje. En cuanto llegamos a la orilla del río y nos sentamos, con el agua murmurando a nuestros pies, haciéndolo todo más tranquilo de lo que habría sido sin aquel rumor, resolví que aquél era el momento y el lugar a propósito para abrir mi corazón a Biddy.

—Biddy —dije, después de hacerle prometer el secreto—, me gustaría ser un caballero.

—¡Oh! Yo, en tu lugar, no querría serlo —respondió—. No creo que puedas ganar nada con ello.

—Biddy —dije con severidad—, tengo razones especiales para querer ser un caballero.

—Tú sabes mejor lo que te conviene, Pip; pero ¿no piensas que eres más feliz como eres ahora?

—Biddy —exclamé con impaciencia—, yo no soy feliz como soy ahora. ¡Estoy disgustado con mi oficio y con la vida que llevo! Nunca les he tomado cariño desde que empecé el aprendizaje. ¡No seas absurda!

—¿He sido absurda? —dijo Biddy, pausadamente, levantando las cejas—. Lo siento. No era ésa mi intención. Sólo deseo verte feliz y contento.

—Bien, pues, entiéndelo de una vez para siempre: yo no seré nunca feliz, y sí muy desgraciado, sí, Biddy, mientras no pueda llevar una clase de vida muy diferente de la que llevo ahora.

—¡Es una lástima! —dijo Biddy, meneando tristemente la cabeza.

Yo también había pensado tan a menudo que era una lástima, que, en la singular disputa que sostenía conmigo mismo, estaba a punto de derramar lágrimas de despecho y de dolor cuando Biddy dio expresión a este sentimiento que era a la vez el suyo y el mío. Le dije que tenía razón, que yo comprendía que era lamentable, pero que la cosa no tenía remedio.

—Si hubiera podido resignarme —le dije, arrancando la corta hierba que me rodeaba, al modo como en otro tiempo había desahogado mis sentimientos mesándome los cabellos y dando patadas en la pared de la fábrica de cerveza—; si yo hubiese podido resignarme y guardar para la herrería la mitad del afecto que le había tenido cuando era niño, sé que hubiera sido mejor para mí. Tú y yo y Joe no habríamos tenido, entonces, nada que desear, y quizá Joe y yo habríamos llegado a ser socios al fin de mi aprendizaje, y quizá yo habría llegado a cortejarte y los domingos habríamos venido a sentarnos aquí, muy distintos de lo que somos ahora. Tú me habrías encontrado bastante bueno para ti, ¿no es verdad, Biddy?

Biddy suspiró, mirando los barcos que pasaban y respondió:

—Sí; no soy demasiado exigente—. No parecía esto muy halagador para mí, pero comprendí que lo había dicho con buena intención.

—En vez de eso —dije yo, volviendo a arrancar hierba y mordiendo una brizna—, mira cómo estoy. Descontento y desasosegado, y, ¿qué me importaría ser tosco y ordinario si nadie me lo hubiera dicho?

Biddy se volvió de pronto hacia mí y me miró con mucha más atención de la que había puesto al mirar los barcos que pasaban.

—Esto no es verdad, ni fue muy cortés el decirlo —observó, volviendo a contemplar los barcos—. ¿Quién lo dijo?

Me quedé desconcertado, porque había hablado sin darme cuenta de adónde iba a parar. Pero ya no podía retroceder, y respondí:

—La hermosa señorita que había en casa de la señorita Havisham es más hermosa que nadie en el mundo, y yo la admiro tremendamente. Es por ella por lo que deseo ser un caballero. —Habiendo hecho esta loca confesión me puse a arrojar al río la hierba que había arrancado, como si tuviera intenciones de arrojarme tras ella.

—¿Quieres ser un caballero para humillarla o para conquistarla? —me preguntó Biddy después de una pausa.

—No lo sé —respondí malhumorado.

—Porque si es para humillarla —prosiguió Biddy—, yo pensaría (pero tú lo entiendes mejor) que lo conseguirías antes y con menos molestias no haciendo caso alguno de sus palabras. Y si es para conquistarla, yo pensaría (pero tú lo entiendes mejor) que no merece la pena.

—Exactamente lo que yo mismo había pensado muchas veces.

Exactamente lo que era perfectamente claro para mí en aquel momento. Pero ¿cómo podía yo, un pobre y deslumbrado muchacho lugareño, evitar aquella sorprendente inconsciencia en que caen todos los días hombres mejores y más sabios?

—Todo esto puede ser una gran verdad —dije a Biddy—, pero la admiro tremendamente.

En resumen, al llegar aquí me eché de cara al suelo, y me mesé los cabellos. Y sin dejar de comprender todo el tiempo que el desvarío de mi corazón era tan loco y mal empleado que mi cabeza habría merecido que la levantara por los cabellos y la golpeara contra las piedras, en castigo de pertenecer a un idiota como yo.

Biddy era la más prudente de las muchachas, y no se esforzó en razonar conmigo. Puso su mano, que era una mano acariciadora aunque endurecida por el trabajo, sobre las mías, una después de otra, y suavemente me las apartó del cabello. Después me dio unas palmaditas consoladoras en el hombro, mientras yo con el rostro oculto en el brazo lloraba un poco —exactamente como había hecho en el patio de la cervecería— y me sentía vagamente convencido de que había sido muy maltratado por alguien o por todo el mundo; no puedo decir quién.

—De una cosa me alegro, Pip —dijo Biddy—, y es de que hayas creído que podías depositar tu confianza en mí. Y también me alegro de otra cosa, y es de que tú, desde luego, sabes que puedes contar con que seré siempre digna de ella y te guardaré tu secreto. Si tu primera maestra (¡Dios mío!, tan pobre y tan necesitada de aprender por su parte) lo fuera también ahora, cree saber qué lección te señalaría. Pero sería una lección difícil de aprender, y tú ya la has aventajado, y ahora todo resultaría inútil. —Y dando un leve suspiro de compasión y afecto por mí, Biddy se puso en pie y dijo, con un nuevo y agradable cambio de voz—: ¿Paseamos un poco más, o volvemos a casa?

—Biddy —exclamé yo levantándome y echándole los brazos al cuello y dándole un beso—. Siempre te lo contaré todo.

—Hasta que seas un caballero —dijo Biddy.

—Tú sabes que nunca lo seré. Y no es que tenga necesidad de contarte nada, porque tú sabes todo lo que yo sé… como te dije la otra noche en casa.

—¡Ah! —suspiró Biddy, mirando los barcos lejanos. Y después repitió con el tono alegre de antes:

—¿Paseamos un poco o volvemos a casa?

Le dije que paseáramos un poco más, y así lo hicimos; y la tarde de estío fue convirtiéndose en un crepúsculo de estío y era algo muy hermoso. Empecé a reflexionar si, en resumidas cuentas, no me hallaba en una situación más natural y saludable como estaba entonces, que jugando a los naipes, a la luz de unas bujías, en la estancia de los relojes parados, y sintiendo el desprecio de Estella. Pensaba en lo bueno que sería para mí podérmela quitar de la cabeza, con todo el resto de mis recuerdos y fantasías, y poder ponerme al trabajo dispuesto a hallar placer en él, y a aplicarme en él y a sacar de él el mayor partido. Me preguntaba si Estella, de estar en aquel instante a mi lado, en lugar de Biddy, no me haría desgraciado. Y me veía obligado a reconocer que lo tenía por cosa cierta; y me decía: «¡Pip, qué loco eres!».

Hablamos largo rato paseando, y todo lo que Biddy decía parecía razonable. Biddy nunca era insolente o caprichosa; ella sólo habría encontrado pena, y no placer, en causarme pesadumbre; ella antes hubiera herido su propio corazón que el mío. ¿Cómo podía ser, pues, que no la quisiera yo más que a la otra?

—Biddy —dije, cuando íbamos de vuelta para casa—. Desearía que tú pudieras curarme.

—¡Ojalá pudiera hacerlo! —dijo Biddy.

—Si yo pudiera enamorarme de ti… ¿No te importa que hable tan abiertamente, siendo como somos antiguos amigos?

—Oh, no, querido, ¡de ningún modo! —dijo Biddy—. No te apures por mí.

—Si yo pudiera hacerlo, sería lo mejor para mí.

—Pero, ya ves, tú nunca querrás —dijo Biddy.

No me parecía tan imposible aquella noche como me lo habría parecido si lo hubiéramos discutido unas horas antes. En consecuencia, observé que no estaba seguro de ello. Pero Biddy dijo que ella sí, y lo dijo de una manera concluyente. En el fondo de mi alma, creía que tenía razón; y, no obstante, me sentó un poco mal que fuese tan categórica sobre este punto.

Cuando llegamos cerca del cementerio, tuvimos que cruzar un terraplén y pasar por un portillo junto a una presa. Allí de pronto se nos apareció, saliendo de la compuerta o de los juncos o del cieno (lo cual era muy propio de él), el viejo Orlick.

—¡Hola! —gruñó—. ¿Adónde vais, los dos?

—¿Adónde teníamos que ir sino a casa?

—Bueno, pues —dijo—. Que me pesquen si no os acompaño.

Este «que me pesquen» era una especie de maldición con que acompañaba todos sus asertos. No atribuía a la expresión ningún significado preciso, que yo sepa, sino que la usaba, tal como hacía con su pretendido nombre de pila, para afrentar a la humanidad y dar una idea de algo terriblemente cruel. Cuando yo era más pequeño, tenía una especie de convicción de que si me hubiera pescado él personalmente, lo habría hecho con un garfio acerado y retorcido.

Biddy no quería que viniera con nosotros, y me lo dijo en un susurro: «No le dejes venir; no me gusta». Como a mí tampoco me gustaba, me tomé la libertad de decirle que se lo agradecíamos, pero que no deseábamos ser acompañados. Él recibió la noticia con una estruendosa carcajada, y nos dejó marchar, pero nos fue siguiendo a poca distancia con la vista al suelo.

Curioso por saber si Biddy sospechaba que él hubiera tenido parte en la traidora agresión de que mi hermana no había podido dar ninguna cuenta, le pregunté por qué no le tenía simpatía.

—¡Oh! —respondió ella, mirando por encima del hombro, mientras el otro nos seguía—. Porque… porque temo que yo le gusto a él.

—¿Te lo ha dicho alguna vez? —pregunté indignado.

—No —dijo Biddy, volviendo a mirar por encima del hombro—, nunca me lo ha dicho; pero en cuanto me ve, se me pone a bailar.

Por nuevo y extraño que fuese este modo de testimoniar el afecto, no tuve duda alguna respecto a la exactitud de la interpretación. Me sentía muy enojado por la osadía de Orlick al enamorarse de Biddy, tan enojado como si se tratase de una ofensa hecha a mi persona.

—Pero esto, ¿sabes?, no tiene que ver contigo —dijo Biddy con calma.

—No, Biddy, ya sé que no tiene que ver conmigo; pero no me gusta; no lo apruebo.

—Ni yo tampoco —dijo Biddy—. Aunque no tiene que ver contigo.

—Claro —repuse—; pero una cosa te diré, y es que no tendría buena opinión de ti, Biddy, si este baile fuese con tu consentimiento.

A partir de aquella noche, me puse a vigilar a Orlick, y cada vez que las circunstancias se prestaban a que bailara por Biddy, yo me ponía delante para eclipsar aquella demostración. Había echado raíces en la herrería de Joe a causa de la repentina afición que le había tomado mi hermana; de no haber sido así, yo habría tratado de hacer que le despidieran. Él adivinaba mis «buenas» intenciones y correspondía a ellas, como tuve ocasión de saber más adelante.

Y ahora, como si el estado de mi espíritu no hubiera sido lo bastante confuso, compliqué cincuenta mil veces su confusión, pasando estados y épocas en que me parecía evidente que Biddy era inconmensurablemente mejor que Estella, y que la vida sencilla y honrada de artesano para la que había nacido no tenía nada de qué avergonzarse, antes me ofrecía medios sobrados para alcanzar el respeto propio y la felicidad. En estas ocasiones me sentía claramente persuadido de que mi desafecto hacia el buen Joe y a la herrería se había desvanecido, y de que me hallaba en camino de llegar a ser el socio de Joe y el marido de Biddy. Hasta que de pronto algún endiablado recuerdo de los días en que iba a casa de la señorita Havisham me acometía como un proyectil destructor, y hacía pedazos de mi buen juicio. Un buen juicio hecho pedazos no se rehace en un día, y a menudo, antes de que lo hubiera rehecho, volvía a ser esparcido en todas direcciones por el errante pensamiento de que tal vez, a pesar de todo, la señorita Havisham haría mi fortuna cuando yo hubiese terminado el aprendizaje.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Estaba en el cuarto año de mi aprendizaje, me hallaba en compañía de Joe y era un sábado por la noche. Había un grupo reunido alrededor del fuego en los Tres Barqueros, oyendo al señor Wopsle que leía un periódico en voz alta. De aquel grupo yo formaba parte.

Se había cometido un crimen de gran resonancia, y el señor Wopsle se hallaba tinto en sangre hasta los ojos. Gozaba con cada uno de los violentos adjetivos de la descripción y se identificaba con cada uno de los testigos en las diligencias. Gemía débilmente «me han matado», en calidad de víctima, y aullaba bárbaramente «voy a arreglarte las cuentas», en calidad de asesino. Leía el informe médico imitando graciosamente a nuestro práctico local, y piaba y temblequeaba de un modo tan perlático, en la declaración del viejo guardabarrera que había oído golpes, que llegaba a inspirar dudas sobre la integridad mental de aquel testigo. El juez de guardia en manos del señor Wopsle se transformaba en un Timón de Atenas; el alguacil, en Coriolano. Él disfrutaba lo indecible y nosotros disfrutábamos por nuestra parte y todos nos sentíamos encantados. En este agradable estado de espíritu llegamos al veredicto de homicidio voluntario.

Entonces y no antes, me apercibí de un caballero desconocido que, apoyado en el respaldo de un banco que yo tenía enfrente, nos estaba mirando. Tenía el semblante contraído en una mueca de desprecio y se estaba mordiendo el lado de un gran dedo, mientras contemplaba el grupo de rostros.

—¡Bueno! —dijo el desconocido al señor Wopsle, en cuanto éste hubo terminado su lectura—, usted lo ha arreglado todo a su entera satisfacción, ¿no es cierto?

Todo el mundo se sobresaltó y levantó los ojos, como si tuviese delante al asesino. Él miraba a todo el mundo fría y sarcásticamente.

—Culpable, desde luego, ¿no es cierto? —dijo—. ¡Vamos, hombre! ¡Dígalo!

—Señor —respondió el señor Wopsle—, aunque no tenga el honor de conocerle a usted, digo: ¡culpable!

Al oír estas palabras, todos cobramos el valor suficiente para unirnos en un murmullo de aprobación.

—Ya sabía que diría usted eso —dijo el desconocido—. Ya se lo he dicho. Pero ahora le voy a hacer una pregunta: ¿sabe o no sabe usted que la ley inglesa supone que todo hombre es inocente mientras no se demuestre que es culpable?

—Señor —empezó a responder el señor Wopsle—, como inglés que soy, yo…

—¡Vamos! —dijo el desconocido, mordiéndose de nuevo el índice—. No eluda la pregunta. O lo sabe o no lo sabe. ¿En qué quedamos?

Permanecía con la cabeza ladeada y ladeado él mismo, de un modo autoritario e interrogativo y pareció lanzar su dedo al señor Wopsle —como si dijéramos para señalarlo— antes de volvérselo a morder.

—¡Venga! —dijo—. ¿Lo sabe usted o no lo sabe?

—Ciertamente, lo sé —respondió el señor Wopsle.

—Ciertamente, lo sabe. Entonces, ¿por qué no lo ha dicho desde un principio? Ahora voy a hacerle otra pregunta —dijo, tomando posesión del señor Wopsle como si tuviera derecho a él—. ¿Sabe usted que ninguno de esos testigos ha sido interrogado de nuevo?

El señor Wopsle empezaba a decir: «Yo sólo puedo decir…», cuando el desconocido le atajó:

—¿Qué? ¿Quiere usted responder a la pregunta, sí o no? Bien, voy a probar otra vez —disparándole otra vez el índice—. Atiéndame, ¿está o no está usted enterado de que ninguno de esos testigos ha sido aún interrogado de nuevo? Vamos, sólo le pido una palabra. ¿Sí o no?

El señor Wopsle vacilaba y todos empezábamos a formarnos un pobre concepto de él.

—¡Vamos! —dijo el desconocido—. Yo le ayudaré. No lo merece usted, pero le ayudaré. Mire el papel que tiene en la mano. ¿Qué es?

—¿Qué es? —repitió el señor Wopsle, contemplándolo muy perplejo.

—¿Es —prosiguió el desconocido con su acento más sarcástico y malicioso— el impreso que usted acaba de leer?

—Indudablemente.

—Indudablemente. Ahora fíjese en este papel y dígame si no afirma de un modo terminante que el acusado dijo taxativamente que sus abogados le habían recomendado que reservara totalmente su defensa.

—Acabo de leerlo —alegó el señor Wopsle.

—Nada importa lo que usted acaba de leer, señor; no le pregunto lo que ha leído. Puede usted leer al revés el Padrenuestro si le da la gana… y tal vez lo haya hecho ya antes de hoy. Vuelva el papel. No, no, amigo mío; no a la cabeza de la columna; lo sabe usted muy bien; al pie, al pie. (Todos empezábamos a pensar que el señor Wopsle estaba lleno de subterfugios.) ¡Bien! ¿Lo ha encontrado usted?

—Aquí lo tengo —dijo el señor Wopsle.

—Ahora, siga el párrafo con los ojos y dígame si no afirma de un modo terminante que el acusado dijo taxativamente que sus abogados le habían recomendado que reservara totalmente su defensa. ¡Vamos! ¿No es eso?

El señor Wopsle respondió:

—No son exactamente las mismas palabras.

—¡No son exactamente las mismas palabras! —repitió ásperamente el caballero—. ¿Es exactamente éste el sentido?

—Sí —dijo el señor Wopsle.

—¡Sí! —repitió el desconocido, volviéndose hacia el resto de la reunión con la mano derecha extendida hacia el testigo Wopsle—. Y ahora, pregunto yo, ¿qué me dicen ustedes de la conciencia de este hombre, quien, con este párrafo ante los ojos, puede dormir tranquilo después de haber declarado culpable a un semejante suyo al cual no se ha oído aún?

Todos empezamos a sospechar que el señor Wopsle no era el hombre que nos habíamos figurado, y que ahora lo estábamos descubriendo.

—Y este mismo hombre, recuérdenlo —prosiguió el caballero disparando su índice contra el señor Wopsle—, este mismo hombre podría ser llamado a formar parte del jurado en este mismo juicio y, habiéndose comprometido de este modo, volvería al seno de su familia y dormiría tranquilo después de jurar que juzgaría bien y lealmente el caso de nuestro soberano señor el rey contra el prisionero del banquillo, y daría un veredicto justo de acuerdo con las pruebas, ¡así Dios le valiese!

Todos quedamos firmemente convencidos de que el señor Wopsle había ido demasiado lejos, y que más le valía detenerse en su temeraria carrera, mientras aún tuviera tiempo.

El caballero desconocido, con un aire de autoridad indiscutible, y con maneras que parecían indicar que de cada uno de nosotros conocía un secreto que sería nuestra perdición si le diera la gana publicarlo, salió de su asentamiento trasero y vino a ponerse entre los dos bancos, delante del fuego, donde permaneció de pie, con la mano izquierda en el bolsillo y mordiéndose el índice de la derecha.

—Según ciertos informes que he recibido —dijo, mirándonos a uno después de otro, mientras todos le contemplábamos acobardados—, tengo razones para creer que hay entre ustedes un herrero llamado Joseph o Joe Gargery. ¿Quién es?

—Aquí lo tiene usted —dijo Joe.

El caballero desconocido le hizo seña de que se le acercara, y Joe le obedeció.

—¿Tiene usted un aprendiz —prosiguió el desconocido— a quien todos llaman Pip? ¿Está aquí?

—¡Aquí estoy! —exclamé yo.

El desconocido no me reconoció, pero yo le reconocí como el caballero a quien había encontrado en la escalera en ocasión de mi segunda visita a la señorita Havisham. Su aspecto era demasiado notable para que yo lo olvidara. Le había conocido así que le vi asomar por detrás del banco y ahora que lo tenía ante mí, poniéndome la mano en el hombro, volví a repasar en detalle su gran cabeza, su cutis moreno, sus ojos hundidos, sus cejas negras y espesas, su gran cadena de reloj, el fuerte sombreado de su barba y bigote afeitados, y hasta el olor a jabón perfumado que se desprendía de su manaza.

—Deseo tener una conferencia particular con ustedes dos —dijo cuando me hubo contemplado a su placer—. Nos llevará algún tiempo. Tal vez sería mejor que fuéramos a su casa. Prefiero no adelantar aquí nada de lo que tengo que decirles; usted comunicará después a sus amigos lo poco o lo mucho de ello que quiera comunicarles; a mí lo mismo me da.

En medio de un intrigado silencio los tres salimos de los Alegres Barqueros y en intrigado silencio nos dirigimos a casa. Mientras andábamos, el caballero desconocido me miraba de vez en cuando y de vez en cuando se mordía el lado de su dedo. Al acercarnos a casa, Joe, sintiendo vagamente que la ocasión era importante y ceremoniosa, se nos adelantó para abrir la puerta principal. Nuestra conferencia tuvo lugar en la sala, débilmente iluminada por una bujía.

Para empezar, el caballero desconocido se sentó ante la mesa, se acercó la bujía y consultó unas notas en su memorándum. Después guardó éste y apartó un poco la bujía, tras habernos vuelto a mirar en la penumbra a Joe y a mí, como para asegurarse de quién era cada uno.

—Me llamo Jaggers —dijo— y ejerzo de abogado en Londres. Soy bastante conocido. Tengo un asunto nada corriente que tratar con ustedes, y empiezo por explicar que no es de mi iniciativa. Si se hubiera pedido mi consejo, yo no estaría aquí. No se me pidió, y aquí me tienen. Hago lo que debo hacer, como agente confidencial de otra persona. Ni más, ni menos.

Percatándose de que no podía vernos bien desde donde estaba sentado, se levantó y, echando una pierna por encima del respaldo de una silla, se inclinó sobre ella, quedando con un pie sobre el asiento de la silla y el otro en el suelo.

—Bueno, Joe Gargery, soy portador de una oferta para desembarazarle de este aprendiz suyo. ¿Tendría usted inconveniente en cancelar su compromiso, a su petición y para su bien? ¿Desearía usted algo en compensación?

—¡Dios me libre de pedir cosa alguna por no ser un estorbo en el camino de Pip! —dijo Joe, abriendo mucho los ojos.

—Esto es muy piadoso, pero no viene al caso —repuso el señor Jaggers—. La pregunta es: ¿Desearía usted algo? ¿Quiere usted algo?

—La respuesta es —replicó severamente Joe—: no.

Me pareció que el señor Jaggers miraba a Joe como si le considerara un tonto por su desinterés. Pero yo estaba demasiado turbado por la curiosidad y la sorpresa para estar seguro de ello.

—Está bien —dijo el señor Jaggers—. Recuerde lo que acaba de decir y no trate de volverse atrás dentro de poco.

—¿Quién va a tratar de volverse atrás? —preguntó Joe.

—Yo no digo que nadie trate de hacerlo. ¿Tiene usted perro?

—Sí, tengo uno.

—Tenga usted presente entonces que Baladrón es un buen perro, pero Agarrafirme es mejor. ¿Lo tendrá usted presente? —repitió el señor Jaggers, cerrando los ojos e inclinando la cabeza hacia Joe, como si le perdonara por algo—. Ahora, volviendo a este amiguito, la comunicación que he de hacerles es que tiene un gran porvenir.

Joe y yo nos miramos boquiabiertos.

—Tengo encargo de comunicarle —dijo el señor Jaggers, disparándome el dedo de refilón— que está destinado a poseer una bonita fortuna. Además, el actual propietario de esta fortuna desea que abandone inmediatamente este lugar y la esfera social en que vive, para ser educado como un caballero; en una palabra, como un joven de gran porvenir.

Mi sueño se realizaba; mi loca fantasía se veía sobrepasada por la pura realidad; la señorita Havisham iba a hacer mi fortuna a gran escala.

—Ahora, señor Pip —prosiguió el abogado—, para lo que me queda por decir, me dirijo a usted. Ha de entender usted en primer lugar que la persona de quien recibo mis instrucciones exige que lleve usted siempre el nombre de Pip. Me figuro que no hallará usted ningún inconveniente en que su gran porvenir se vea gravado por esta sencilla condición. Pero si tiene usted algún inconveniente, ahora es el momento de declararlo.

Mi corazón latía tan precipitadamente, y los oídos me zumbaban de tal modo, que apenas pude balbucear que no tenía inconveniente alguno.

—¡Naturalmente! Ahora ha de entender usted, señor Pip, en segundo lugar, que el nombre de su generoso bienhechor ha de permanecer en el más absoluto secreto hasta que esta persona quiera revelarlo. Estoy autorizado para decir que la persona en cuestión piensa revelárselo en persona, directamente y de palabra. ¿Cuándo cumplirá este propósito? No puedo decirlo; no puede decirlo nadie. Pueden pasar años… Usted ha de entender claramente que le está prohibido del todo hacer ninguna investigación a este efecto o aludir, aunque sea de un modo lejano, a ninguna persona determinada como a la persona en cuestión en los tratos que habrá de tener conmigo. Si abriga usted una sospecha, guárdela para sí. Nada importa en absoluto cuáles sean las razones de esta prohibición; pueden ser razones muy poderosas y graves o pueden ser mero capricho. No es cosa que deba usted investigar. La condición está clara. Que usted la acepte y se obligue a cumplirla es la última exigencia de la persona de quien he recibido las instrucciones y respecto a la cual no tengo otra responsabilidad. Esta persona es la persona a quien usted deberá su porvenir, y el secreto sólo es compartido por ella y por mí. Tampoco ésta me parece una condición difícil como gravamen de un parecido encumbramiento; pero si usted encuentra en ella algún obstáculo, es éste el momento de decirlo. Hable usted.

Otra vez balbucí con dificultad que no encontraba ningún obstáculo.

—¡Naturalmente! Ahora, señor Pip, he terminado con mis condiciones. —Aunque me llamaba señor Pip y empezaba a tratarme con cierto respeto, aún no podía despojarse de cierto aire de amenaza y de sospecha; y hasta de vez en cuando cerraba los ojos y me disparaba el dedo al hablar, como para expresar que, si quisiera, podría revelar de mí un montón de cosas denigrantes—. Pasemos ahora a los detalles del arreglo. Ha de saber usted, que aunque he usado más de una vez el término «porvenir», usted no dispone solamente del porvenir. Hay ya depositada en mis manos una suma más que suficiente para su adecuada educación y mantenimiento. Me hará usted el favor de considerarme su tutor. ¡Oh! —porque yo iba a darle las gracias—. De antemano le digo que me pagan por mis servicios; de otro modo no los prestaría. Se estima que usted debe ser mejor educado, en consonancia con su nueva posición, y que se hará cargo de la importancia y necesidad de entrar en el acto a gozar de esta ventaja.

Dije que siempre lo había deseado.

—Nada importa lo que usted haya deseado, señor Pip —replicó—; con que lo desee ahora, es suficiente. ¿He de entender que está usted dispuesto a ponerse en seguida bajo el cuidado de un preceptor competente? ¿Es así?

Tartamudeé que sí, que así era.

—Bueno. Ahora hay que consultar sus inclinaciones. No me parece muy juicioso, pero éstas son mis instrucciones. ¿Conoce usted algún preceptor que prefiera a cualquier otro?

Nunca había oído hablar de otro preceptor que Biddy y la tía abuela del señor Wopsle; así pues, respondí negativamente.

—Hay un preceptor, a quien conozco algo, y que me parece a propósito para el caso —dijo el señor Jaggers—. Yo no lo recomiendo, obsérvelo bien; porque yo nunca recomiendo a nadie. El caballero de quien hablo es un tal señor Matthew Pocket.

¡Ah! En el acto recordé el nombre. Era el pariente de la señorita Havisham. El Matthew de quien habían hablado el señor y la señora Camilla. El Matthew cuyo lugar estaría a la cabeza de la señorita Havisham cuando ésta yaciese muerta, con su traje de novia sobre la mesa nupcial.

—¿Usted conoce el nombre? —preguntó el señor Jaggers, dirigiéndome una mirada sutil y cerrando luego los ojos, en tanto que aguardaba mi respuesta.

Respondí que conocía el nombre.

—¡Oh! —dijo él—. Usted conoce el nombre. Pero la cuestión es: ¿qué le parece?

Yo le dije o traté de decirle que le estaba muy agradecido por su recomendación.

—No, ¡mi joven amigo! —interrumpió, meneando muy despacio su gran cabeza—. ¡Recuerde usted!

No recordando nada, empecé otra vez a decirle que le quedaba muy agradecido por su recomendación.

—No, mi joven amigo —interrumpió nuevamente meneando la cabeza, reprendiéndome y sonriendo a un tiempo—, no, no, no; esto está muy bien, pero es inútil; es usted demasiado joven para hacerme decir lo que no quiero. Recomendación no es la palabra, señor Pip; busque usted otra.

Corrigiéndome entonces, dije que le estaba muy reconocido por haber mencionado al señor Matthew Pocket.

—¡Esto está mejor! —exclamó el señor Jaggers.

—Y —añadí— me complacería estudiar con ese caballero.

—Bien, será mejor que lo haga en su propia casa. Le prepararemos el camino, y usted podrá ver primero a su hijo que está en Londres. ¿Cuándo quiere usted ir a Londres?

Dije (mirando a Joe, quien nos contemplaba inmóvil) que suponía que podría ir en seguida.

—Antes —dijo el señor Jaggers— tendría que tener un traje nuevo, y no ha de ser un traje de obrero. Pongamos dentro de una semana. Necesitará usted dinero. ¿Le parece bien que le deje veinte guineas?

Sacó una larga bolsa con la mayor indiferencia, y contó las monedas encima de la mesa y las empujó hacia mí. Entonces fue cuando por primera vez quitó la pierna de la silla. Se sentó a horcajadas en ella después de empujar el dinero y balanceó la bolsa mirando a Joe.

—¡Bien, Joe Gargery! Parece que se ha quedado usted patitieso.

—¡Lo estoy! —dijo Joe muy decidido.

—¿Recuerda que hemos quedado en que no quería usted nada para sí?

—Quedó entendido —dijo Joe—. Y está entendido; y lo estará para siempre jamás.

—Pero ¿qué le parecería —dijo el señor Jaggers, balanceando su bolsillo— si yo tuviese el encargo de hacerle un regalo como compensación?

—¿Como compensación de qué? —preguntó Joe.

—De la pérdida de su aprendiz.

Joe me puso la mano en el hombro con la delicadeza de una mujer. A menudo he pensado en él, desde entonces, como en el martillo de vapor que puede aplastar a un hombre o acariciar sin resquebrajar una cáscara de huevo en su combinación de fuerza y suavidad.

—Con todo el corazón le digo que Pip queda libre desde este instante para irse a gozar de su honor y su fortuna —dijo Joe—. Pero si usted se figura que el dinero puede compensarme de la pérdida de aquel niño que vino a la herrería y en el que siempre he tenido al mejor amigo…

¡Oh, querido Joe, a quien yo con tanta ingratitud me sentía dispuesto a dejar, todavía te veo con tu fuerte brazo de herrero ante los ojos y con tu ancho pecho jadeando, mientras tu voz se debilita!… ¡Oh querido Joe, bueno, fiel, tierno Joe, todavía siento el amoroso temblor de tu mano sobre mi brazo, tan solemnemente como si fuese el roce de un ala de ángel!

Pero en aquel momento le animé. Me hallaba perdido en el laberinto de mi futura fortuna y no podía volver a recorrer los atajos que habíamos pisado juntos. Rogué a Joe que se consolara, porque (como él decía) habíamos sido siempre los mejores amigos, y (como decía yo) siempre sería así. Joe se frotaba los ojos con el puño que le quedaba libre, como si estuviese empeñado en arrancárselos, pero no dijo una palabra más.

El señor Jaggers había contemplado todo esto como si reconociera en Joe al tonto del lugar, y en mí a su guardián. Al final dijo, sopesando la bolsa que había dejado de balancear:

—Bueno, Joe Gargery, le advierto que ésta es su última oportunidad. Conmigo no valen medias tintas. Si usted piensa aceptar el regalo que tengo el encargo de hacerle, hable de una vez y será suyo. Si, por el contrario, usted me dice… (Aquí, con gran asombro por su parte, fue interrumpido por Joe, que se puso a dar vueltas a su alrededor con todas las señales de abrigar intenciones pugilísticas.)

—¡Lo que digo —exclamó Joe— es que si usted ha venido a mi casa para acosarme y fastidiarme, ya puede salir de aquí! Lo que digo es que si es usted un hombre, acérquese a probarlo. Lo que digo es que cuando digo una cosa la digo de veras y la sostengo hasta el fin.

Me llevé a Joe aparte, y se calmó inmediatamente, limitándose a manifestarme, de un modo deferente y como una especie de reconvención general para todos aquellos a quienes pudiese interesar, que no iba a consentir que fuesen a marearle en su propia casa. El señor Jaggers se había levantado al empezar Joe sus demostraciones, y había retrocedido hasta cerca de la puerta. Sin mostrar deseo alguno de volver a entrar, formuló sus observaciones de despedida. Éstas fueron:

—Bueno, señor Pip, puesto que ha de ser usted un caballero, creo que cuanto antes salga usted de aquí mejor. Dejémoslo para dentro de una semana, y entretanto recibirá mi dirección impresa. Puede alquilar un coche en el despacho de diligencias de Londres e ir inmediatamente a mi casa. Entienda que no expreso ninguna opinión favorable ni desfavorable acerca de la misión que se me ha confiado. Me pagan para que la cumpla y la cumplo. Entienda bien esto. ¡Entiéndalo usted!

Nos estaba disparando el índice a los dos, y creo que habría proseguido de no haber sido porque la actitud de Joe le pareció peligrosa, y se fue.

Se me ocurrió entonces algo que me indujo a correr tras él, mientras se dirigía a los Alegres Barqueros, donde había dejado su coche de alquiler.

—Perdone usted, señor Jaggers.

—¡Hola! —dijo volviéndose—, ¿qué ocurre?

—Deseo obrar con rectitud, señor Jaggers, y seguir en todo sus instrucciones; así que he pensado que valía más que se lo preguntara. ¿Habría algún inconveniente en que me despidiera de alguien que conozco antes de irme?

—No —dijo él, mirándome como si no acabara de comprenderme.

—¡No aquí en el pueblo, sino en la villa!

—No —dijo—. Ningún inconveniente.

Le di las gracias y volví corriendo a casa, donde encontré a Joe que había cerrado la puerta principal y abandonado la sala, y estaba en la cocina sentado junto al fuego con una mano en cada rodilla y los ojos fijos en las llamas. Yo también me senté ante el fuego y me puse a contemplar los carbones, y durante mucho tiempo nadie dijo una palabra.

Mi hermana estaba en el rincón de siempre en su silla de almohadones y Biddy cosía sentada ante el fuego, y Joe estaba a su lado y yo al de Joe en el rincón opuesto al de mi hermana. Cuanto más miraba los carbones encendidos, más incapaz me sentía de mirar a Joe; cuanto más duraba el silencio, más difícil se me hacía hablar.

Finalmente me decidí:

—Joe, ¿se lo has dicho a Biddy?

—No, Pip —respondió, sin dejar de mirar al fuego y sujetándose fuertemente las rodillas como si tuviese conciencia de que quisieran escaparse—; lo he dejado para ti, Pip.

—Preferiría que se lo dijeras tú, Joe.

—Bueno, pues. Pip es un caballero rico —dijo Joe— y Dios se lo bendiga.

Biddy soltó su costura y me miró. Joe se apretó las rodillas y me miró. Yo los miré a ambos. Tras una pausa, los dos me felicitaron calurosamente; pero había en sus palabras una cierta nota de tristeza que me molestó un poco.

Tomé a mi cargo hacer presente a Biddy (y por medio de Biddy a Joe) la grave obligación en que, según yo, estaban mis familiares de no saber ni decir nada respecto al autor de mi fortuna. Todo se sabría a su tiempo, observé, y entretanto lo único que podía decirse era que se me ofrecía un gran porvenir gracias a un misterioso protector. Biddy movió la cabeza con ademán pensativo, mirando al fuego, mientras volvía a tomar su labor, y dijo que lo tendría muy presente, y Joe, reteniendo aún sus rodillas, dijo:

—Sí, sí, yo también lo tendré muy presente, Pip.

Y luego volvieron a felicitarme y expresaron tanta maravilla ante la idea de verme convertido en un caballero que acabaron por hacerme muy poca gracia.

Luego Biddy se tomó un trabajo infinito para hacer comprender a mi hermana algo de lo que estaba ocurriendo. Me pareció que sus esfuerzos resultaban totalmente infructuosos. Mi hermana se rió y movió la cabeza muchísimas veces y hasta repitió con Biddy las palabras: «Pip» y «fortuna». Pero dudo que les diese más sentido del que puede tener un lema electoral, y no puedo sugerir una imagen más sombría del estado de su mente.

Nunca lo habría creído de no haberlo experimentado, pero a medida que Joe y Biddy recobraban su alegría natural, yo me sentía más triste. Desde luego, no podía estar descontento de mi suerte, pero es posible que estuviera, sin saberlo, descontento de mí mismo.

Comoquiera que fuese, permanecía sentado con el codo en la rodilla y el rostro apoyado en la mano, mirando al fuego, mientras aquellos dos hablaban de mi marcha y de cómo se las arreglarían sin mí, y de todo lo demás. Y cada vez que sorprendía a uno de ellos mirándome, aunque nunca lo habían hecho con más cariño (y me miraban a menudo, especialmente Biddy), me sentía ofendido; como si expresaran alguna desconfianza en mí. Aunque Dios sabe bien que jamás lo hicieron ni con palabras ni con actos.

En estas ocasiones me levantaba y salía a mirar a la puerta, porque la puerta de nuestra cocina se abría al exterior y en las noches de verano se dejaba abierta para airear la estancia. Temo que hasta las estrellas hacia las que levantaba mis ojos me parecían unas estrellas pobres y humildes por brillar sobre los rústicos objetos entre los cuales había pasado mi vida.

—El sábado por la noche —dije, en cuanto nos sentamos a consumir nuestra cena de pan, queso y cerveza—. ¡Cinco días más y estaremos en la víspera! Pronto pasarán.

—Sí, Pip —observó Joe, cuya voz sonó hueca en su jarro de cerveza —. Pronto pasarán.

—Pronto, pronto pasarán —dijo Biddy.

—Estaba pensando, Joe, que cuando vaya el lunes a la villa a encargar mi traje nuevo, diré al sastre que iré a ponérmelo allí, o que me lo mande a casa del señor Pumblechook. Sería muy desagradable ser mirado como una rareza por la gente del lugar.

—Sin embargo, Pip, al señor y a la señora Hubble les gustaría poder verte con tus ropas de señor —dijo Joe, cortando afanosamente su pan con queso sobre la palma de la mano izquierda y lanzando una mirada a la cena que yo no había tocado aún, como si pensara en el tiempo en que solíamos comparar nuestros bocados—. Y a Wopsle, también. Y en los Alegres Barqueros lo tomarían todos como una atención.

—Esto es precisamente lo que yo no quiero, Joe. Meterían tanto ruido con ello (ruido vulgar y ordinario) que no podría soportarme a mí mismo.

—¡Ah, buena es ésta, Pip! —dijo Joe—. Si tú no puedes soportarte a ti mismo…

Biddy me preguntó mientras sostenía el plato de mi hermana:

—¿Has pensado, Pip, cuándo te mostrarás al señor Gargery y a tu hermana y a mí? Porque de nosotros, sí que te dejarás ver, ¿no es cierto?

—Biddy —repliqué algo resentido—, eres tan lista que apenas se te puede seguir.

—Siempre ha sido lista —observó Joe.

—Si hubieras aguardado un momento, Biddy, me habrías oído decir que pienso traer las ropas en un lío una noche, posiblemente la noche antes de mi partida.

Biddy no habló más. Perdonándola generosamente, pronto cambié con ella y con Joe un afectuoso «buenas noches», y me fui a la cama. Cuando llegué a mi cuartito, me senté y lo contemplé largamente, como un mezquino cuartito que pronto iba a cambiar, para siempre, por otro más distinguido. Estaba poblado de jóvenes y recientes recuerdos, e incluso en aquel momento caí en aquel estado de confusión en que no sabía si lo preferiría a las elegantes habitaciones que iba a ocupar, igual que otras veces había dudado entre si prefería la herrería o la casa de la señorita Havisham, si a Biddy o a Estella.

El sol había estado cayendo todo el día sobre el tejado de la buhardilla y hacía un calor sofocante. Al abrir la ventana y asomarme fuera vi a Joe que salía despacio por la oscura puerta de abajo y daba unos paseos al aire libre. Luego vi salir a Biddy y traerle su pipa y encendérsela. Joe no fumaba nunca a estas horas y esto me pareció indicar que por una u otra razón necesitaba consuelo.

Poco después, se detuvo en la puerta, justo debajo de mi ventana; y Biddy se quedó a su lado hablándole a media voz, y comprendí que hablaban de mí porque más de una vez les oí pronunciar mi nombre con acento cariñoso. No habría querido oír más aunque hubiera podido; así pues, me retiré de la ventana y me senté en mi única silla al lado de la cama, sintiendo que era muy triste y raro que esa noche, que era la primera de mi brillante fortuna, fuese la más solitaria que había conocido.

Mirando por la ventana abierta veía flotar leves anillos de humo de la pipa de Joe y me imaginé que eran una bendición suya: no como una imposición o un alarde por su parte, sino algo que llenaba el aire que ambos respirábamos. Apagué la luz y me metí en la cama, y la encontré tan incómoda entonces, que no pude lograr en ella el sueño reparador de antaño.

CAPÍTULO DIECINUEVE

La mañana trajo una considerable diferencia en mi perspectiva general de la vida y la animó tanto que apenas me pareció la misma. Lo que más pesaba en mi espíritu era la consideración de que sólo faltaban seis días para mi marcha; porque no podía quitarme la aprensión de que en este tiempo algo podía ocurrir en Londres, y que al llegar yo allí, la ciudad podía estar medio en ruinas o haber desaparecido del todo.

Joe y Biddy se mostraban muy comprensivos y cariñosos cuando hablaba de nuestra próxima separación; pero sólo se referían a ella cuando lo hacía yo. Después del desayuno, Joe sacó del armario de la sala mi contrato de aprendizaje y lo echamos al fuego, con lo que me sentí libre. Lleno de la novedad de mi emancipación fui a la iglesia con Joe y pensé que el clérigo tal vez no habría leído lo del rico y el reino de los cielos si hubiera estado al corriente de todo.

Después de nuestro almuerzo salí a pasear solo, con el propósito de despedirme cuanto antes de los marjales y acabar de una vez. Al pasar por delante de la iglesia sentí (como había sentido durante el servicio de la mañana) una sublime compasión por las pobres criaturas destinadas a ir allí, domingo tras domingo, durante toda su vida y a yacer oscuramente al fin de ella entre los verdes montículos. Me prometí hacer algo por ellos un día u otro, y tracé las líneas generales de un plan para obsequiar con una comida de carne asada, con pudín, un cuartillo de cerveza y un azumbre de condescendencia a cada uno de los habitantes del lugar.

Si antes había pensado a menudo con algo parecido a la vergüenza en mis relaciones con el fugitivo a quien había visto cojear entre aquellas sepulturas, ¡cuáles no serían mis pensamientos este domingo, cuando el lugar me recordaba a aquel desgraciado harapiento y tembloroso, con su grillete y su traje de presidiario! Lo que me consolaba era que esto había ocurrido hacía mucho tiempo, que seguramente él había sido trasladado muy lejos, y que estaba muerto para mí, y que además podía estar muerto de verdad.

Basta ya de tierras bajas y pantanosas, basta ya de diques y compuertas, basta ya de aquel ganado que rozaba la hierba… aunque ahora parecía, a su modo soñoliento, tener un aire más respetuoso y volverse para poder mirar el mayor tiempo posible al dueño de tan gran porvenir. ¡Adiós, monótonas amistades de mi infancia! ¡De ahora en adelante pertenezco a Londres y a sus grandezas; no a vosotros ni al menester de la herrería! Me dirigí exultante a la antigua batería y, habiéndome tendido allí a reflexionar acerca de si la señorita Havisham me destinaba o no a Estella, me quedé dormido.

Cuando desperté me sorprendí al encontrar a Joe sentado a mi lado y fumando su pipa. Me saludó con una alegre sonrisa y dijo:

—Como es la última vez, Pip, he querido seguirte.

—Y yo, Joe, me alegro mucho de que lo hayas hecho.

—Gracias, Pip.

—Puedes estar seguro, querido Joe —continué, después de haber estrechado su mano—, de que nunca te olvidaré.

—¡No, no, Pip! —dijo Joe con tono consolador—. De esto estoy seguro. ¡Sí, sí, querido! Dios te bendiga; no hay que darle muchas vueltas a una cosa para estar seguro de ella. Pero ésta costó un poco de meter en la mollera; el cambio vino tan de repente, ¿no es cierto?

En cierto modo me disgustaba que Joe se mostrara tan seguro de mí. Me habría gustado advertir en él alguna emoción, o que hubiera dicho: «esto te honra, Pip», o algo por el estilo. Por tanto, no hice observación alguna sobre la primera parte de su respuesta y por lo que se refiere a la segunda, dije sólo que, en efecto, la noticia había llegado muy de repente, pero que yo siempre había deseado ser un caballero, y muchas veces había hecho cálculos sobre lo que haría si llegaba a serlo.

—¿Eso hacías? —dijo Joe—. ¡Es asombroso!

—Resulta una lástima ahora, Joe —dije yo—, que tú no hicieras más progresos cuando dábamos nuestras lecciones aquí, ¿no es cierto?

—No lo sé —respondió Joe—. ¡Soy tan torpe! No entiendo más que de mi oficio. Siempre ha sido una lástima tener la cabeza tan dura; pero no es más de lamentar ahora de lo que lo era hace un año. ¿No te parece?

Lo que yo había querido decir era que, cuando yo entrara en posesión de mi fortuna y estuviera en situación de hacer algo por Joe, habría sido mucho mejor si él hubiera estado más preparado para mejorar de posición. Sin embargo, era tan completamente inocente del significado de mis palabras que creí preferible hablar de ello con Biddy.

Así, cuando hubimos vuelto a casa y tomado el té, me llevé a Biddy a nuestro huertecito al lado del callejón, y, después de decir de un modo general, para darle ánimos, que nunca la olvidaría, le dije que tenía que pedirle un favor.

—Y es, Biddy —dije—, que no pierdas ninguna oportunidad de ayudar un poco a Joe.

—¿De ayudarle a qué? —preguntó, mirándome con firmeza.

—¡Bien! Joe es un buen muchacho, en realidad, creo que el mejor muchacho que existe, pero está un poco atrasado en algunas cosas. Por ejemplo, Biddy, en su instrucción y en sus modales.

Aunque, mientras hablaba, estuve mirando a Biddy, y aunque ella abrió mucho los ojos después de oírme, no me miró.

—¡Oh, sus modales! ¿Entonces sus modales no son buenos? —preguntó Biddy, arrancando una hoja de grosellero.

—Querida Biddy, están muy bien para un lugar como éste.

—¡Oh! ¿Están bien para un lugar como éste? —interrumpió Biddy, fijando su atención en la hoja que tenía en la mano.

—Déjame acabar; pero si yo, al entrar en posesión de mi fortuna, hiciera entrar a Joe en una esfera superior, como pienso hacerlo, no le harían mucho favor.

—¿Y no crees tú que él lo sabe? —preguntó Biddy.

Era una pregunta tan irritante (porque nunca se me había ocurrido ni por asomo) que dije bruscamente:

—Biddy, ¿qué quieres decir?

Biddy, después de estrujar la hoja entre sus manos —y el olor del grosellero me ha recordado desde entonces aquella noche en el huertecito junto al callejón—, dijo:

—¿No has pensado nunca que él puede tener su orgullo?

—¡Su orgullo! —repetí con desdeñoso énfasis.

—¡Oh!, hay muchas clases de orgullo —dijo Biddy mirándome de frente y meneando la cabeza—; el orgullo no es siempre de una misma clase.

—¡Bien! ¿Por qué te detienes? —dije.

—No todo es de la misma clase —continuó Biddy—. Él puede tener demasiado orgullo para dejar que nadie le saque de una esfera donde emplea bien sus capacidades y ocupa su puesto con dignidad. A decir verdad, creo que tiene este orgullo; aunque parezca en mí atrevido decirlo, porque tú debes conocerle mejor que yo.

—Bueno, Biddy —dije yo—. Me duele mucho ver esto en ti. No lo esperaba. Eres envidiosa, Biddy, y además, malévola. Estás descontenta de mi cambio de fortuna y no puedes disimularlo.

—Si tienes el valor de pensar eso —replicó Biddy—, dilo. Dilo tantas veces como quieras, si tienes el valor de pensarlo.

—Si tú tienes el valor de ser así, querrás decir, Biddy —dije yo en un tono virtuoso y superior—; no me lo achaques a mí. Me duele mucho verlo, y es un lado malo de la naturaleza humana. Yo me proponía pedirte que aprovecharas todas las pequeñas oportunidades que se te ofrezcan cuando me haya marchado, de instruir al querido Joe. Pero después de esto, no te pido nada. Me duele muchísimo ver esto en ti, Biddy —repetí—. Es… es un lado malo de la naturaleza humana.

—Tanto si me censuras como si me apruebas —repuso la pobre Biddy— puedes confiar en que haré todo lo que esté en mi mano, aquí y siempre. Y por mucho que haya perdido en tu opinión, siempre te recordaré del mismo modo. No obstante, un caballero no debe ser injusto —dijo Biddy volviendo el rostro.

Le repetí con calor que aquél era un lado malo de la naturaleza humana (sentimiento en el cual, aunque aplicado a distinta persona, he tenido después motivos para pensar que estaba en lo cierto) y me alejé de Biddy por el pequeño sendero. Biddy entró en la casa y yo salí por el portillo del huerto a dar un triste paseo hasta la hora de la cena; sintiendo otra vez como algo muy raro y penoso que la segunda noche de mi fortuna fuera tan solitaria y desagradable como la primera.

Pero la mañana volvió a alegrar mis ideas; otorgué mi perdón a Biddy y no hablamos más del asunto. Poniéndome el mejor traje de que disponía, me encaminé a la villa tan pronto como podía esperar encontrar las tiendas abiertas, y me presenté ante el señor Trabb, el sastre, el cual se hallaba en la trastienda tomando su desayuno y, no creyendo que valiese la pena salir a atenderme, me llamó, en cambio, para que entrase yo.

—¡Bien! —dijo el señor Trabb en un tono de indiferente protección—. ¿Cómo está usted, y qué desea?

El señor Trabb había cortado su panecillo caliente en tres rebanadas y las untaba generosamente con mantequilla. Era un próspero solterón y su ventana abierta daba a un próspero jardincillo y a un próspero huertecito, y en la pared, junto a la chimenea, había una próspera caja de caudales, y no dudo que en sus sacos había guardados montones de prosperidad.

—Señor Trabb —dije yo—, no es grato tener que mencionarlo, pues parece una fanfarronada, pero es el caso que he entrado a gozar de una brillante posición.

Hubo un cambio en el señor Trabb. Olvidó su pan con mantequilla, se levantó y se limpió los dedos en el mantel, exclamando:

—¡Dios me bendiga!

—Voy a reunirme con mi tutor en Londres —dije, sacando como al descuido unas guineas de mi bolsillo y contemplándolas—; y necesito para ello un traje a la moda. Quiero pagarlo al contado —añadí, pensando que, de otro modo, no me lo haría de veras.

—Querido señor —dijo el señor Trabb, mientras se inclinaba respetuosamente, abría los brazos y se tomaba la libertad de tocarme en ambos codos—, no me ofenda usted diciendo esto. ¿Puedo atreverme a felicitarle? ¿Quiere usted hacerme el obsequio de pasar a la tienda?

El aprendiz del señor Trabb era el muchacho más descarado de toda la comarca. Al llegar yo, estaba barriendo la tienda y había endulzado su tarea echándome las barreduras encima. Todavía estaba barriendo cuando volví a la tienda en compañía del señor Trabb, y se puso a golpear con la escoba todos los rincones y obstáculos posibles para afirmar (a lo que me pareció) su igualdad con cualquier herrero, vivo o muerto.

—¡Acaba con ese ruido —dijo el señor Trabb con la mayor severidad — o te rompo la cabeza! Tenga usted la bondad de sentarse, señor. Vea usted —agregó, bajando una pieza de paño y extendiéndola sobre el mostrador, antes de meter la mano por debajo para hacer notar su brillo—, es un género muy fino. Lo puedo recomendar para lo que usted desea, caballero, porque, verdaderamente, es de lo mejor. Pero le enseñaré otros. ¡Dame el número cuatro, tú! (al muchacho y acompañándolo de una mirada terriblemente severa, pues preveía el peligro de que aquel malandrín me lo restregara o mostrara cualquier otra señal de familiaridad).

El señor Trabb no apartó del muchacho su severa mirada hasta que hubo depositado el número cuatro sobre el mostrador, y volvió a hallarse a una distancia conveniente. Después le mandó traer el número cinco y el número ocho.

—Y no me hagas una travesura de las tuyas, pequeño malandrín —le dijo— o te vas a acordar toda tu vida.

Luego el señor Trabb se inclinó sobre el número cuatro, y en una especie de deferente confidencia me lo recomendó como un género ligero para el verano, un género muy en boga entre la nobleza y la gente de rango, un género con el que sería un gran honor para él vestir a un conciudadano distinguido (si es que como a tal le permitía considerarme).

—¿Traes esos números cinco y ocho, tú, vagabundo —dijo el señor Trabb después de esto, dirigiéndose al muchacho— o tendré que echarte a puntapiés de la tienda y traerlos yo mismo?

Y elegí la tela para un traje, ayudado por los consejos del señor Trabb y volví a la trastienda para que me tomase las medidas. Porque, aunque el señor Trabb tenía ya mis medidas y hasta entonces le habían bastado, me dijo en tono de excusa que, en las actuales circunstancias, no serían suficientes. Así pues, me midió y me calculó, en la trastienda, como si yo fuera una finca y él el más escrupuloso agrimensor, y se tomó tantísimo trabajo que llegué a dudar de que el precio de ningún traje alcanzara a recompensarle por sus molestias. Cuando por fin hubo terminado y se hubo convenido que mandaría los artículos a casa del señor Pumblechook el jueves por la tarde, me dijo, con la mano en el picaporte de la trastienda:

—Ya sé, señor, que no se puede esperar que los caballeros de Londres favorezcan, como regla general, a un sastre de provincias, pero si usted en calidad de paisano quisiera de vez en cuando darme una oportunidad, se lo estimaría muchísimo. Buenos días, señor; muy agradecido… ¡La puerta!

Estas últimas palabras fueron dirigidas al muchacho, que no tenía la menor idea de lo que querían significar. Pero le vi quedarse anonadado al ver que su amo me acompañaba y me abría la puerta con sus propias manos; y mi primera experiencia definida del estupendo poder del dinero fue que éste, moralmente, había tumbado de espaldas al aprendiz de Trabb.

Después de este memorable acontecimiento fui a casa del sombrerero y del zapatero y del calcetero, y me sentí un poco como el perro de la tía Hubbard, cuyo equipo requería el concurso de tantos oficios. También fui al despacho de las diligencias y tomé un asiento para el sábado por la mañana, a las siete. No fue necesario explicar a todo el mundo el cambio de mi posición; pero cada vez que dije algo a este efecto, se siguió que el comerciante respectivo dejó de tener su atención distraída por el tráfico de la calle y la concentró por entero en mi persona. Cuando hube encargado todo lo que necesitaba, enderecé mis pasos a casa de Pumblechook y, al acercarme al establecimiento comercial de aquel caballero, le vi de pie en la puerta.

Me aguardaba con gran impaciencia. Había salido por la mañana temprano en su carruaje y había estado en la herrería, donde le dieron la noticia. Me tenía preparada una colación en la sala Barnwell, y también ordenó a su dependiente «que se quitara del paso», al entrar mi sagrada persona.

—Mi querido amigo —me dijo, tomándome ambas manos, cuando él y yo y la colación estuvimos solos—, le felicito por su buena suerte. ¡Muy merecida, muy merecida!

Esto sí que era ir al caso, y me pareció una manera muy razonable de expresarse.

—Pensar —dijo el señor Pumblechook, después de contemplarme resoplando de admiración durante un buen momento— que uno ha sido el humilde instrumento que ha conducido a este resultado es una recompensa que le hace sentirse orgulloso.

Rogué al señor Pumblechook que tuviera presente que sobre este particular no había que decir, ni siquiera insinuar, nada.

—Mi joven y querido amigo —dijo el señor Pumblechook—, si me permite que le llame así…

Yo murmuré: «Ciertamente», y el señor Pumblechook me tomó otra vez las dos manos, y comunicó a su chaleco un movimiento que tenía algo de emotivo, aunque la prenda estaba bastante caída.

—Mi joven y querido amigo, cuente con que durante su ausencia haré todo lo posible para que Joe no deje de recordarlo… ¡Joe! —dijo el señor Pumblechook a modo de compasiva adjuración—. ¡¡Joe!! ¡¡¡Joe!!! —Con lo cual meneó la cabeza y se la golpeó para expresar su concepto de la capacidad intelectual de Joe—. Pero mi joven y querido amigo —dijo a continuación—, debe de estar usted hambriento, debe de estar agotado. Siéntese usted. Aquí hay un pollo traído del Jabalí, aquí hay una lengua traída del Jabalí, aquí hay una o dos cositas traídas del Jabalí, que espero no desdeñará usted. Pero ¿realmente veo yo ante mí —dijo el señor Pumblechook levantándose un momento después de haberse sentado— a aquel con quien jugaba siempre en los días felices de su infancia? ¿Y puedo…, puedo…?

Este «puedo yo» quería decir: ¿puedo yo estrechar su mano? Yo consentí. Él lo hizo fervorosamente y volvió a sentarse.

—Aquí hay vino —dijo—. ¡Bebamos en agradecimiento a la Fortuna, y ojalá ella elija siempre a sus favorecidos con el mismo acierto! Y no obstante, no puedo —dijo el señor Pumblechook, volviendo a levantarse— ver ante mí a… y beber a la salud de… sin volver a expresar… ¿Puedo…, puedo…?

Dije que podía, y me volvió a estrechar la mano y vació su copa y la volvió boca abajo. Yo hice lo mismo y, si me hubiera puesto boca abajo antes de beber, el vino no habría podido ir más directamente a mi cabeza de lo que fue entonces.

El señor Pumblechook me sirvió un alón de pollo y la mejor tajada de la lengua (nada de rebañaduras de cerdo ahora) y, comparativamente hablando, no se preocupó de sí mismo.

—¡Ah, pollo, pollo! Poco te figurabas —dijo apostrofando al ave que había en el plato—, cuando no eras más que un polluelo, lo que te estaba reservado. Poco te figurabas que ibas a servir de refrigerio, bajo este humilde techo, a quien… llámele usted debilidad, si quiere —dijo el señor Pumblechook, volviendo a levantarse—, pero ¿puedo? ¿Puedo…?

Empezaba a ser innecesario que repitiese la formalidad de preguntar si podía; así pues, lo hizo en seguida. Cómo pudo hacerlo tan a menudo sin hacerse daño con mi cuchillo es cosa que no entiendo.

—¡Y su hermana —continuó después de comer un rato sin interrupción—, que tuvo el honor de criarle a usted a fuerza de mano! Es un triste cuadro, cuando se reflexiona que ya no está en condiciones de apreciar este honor. Puedo…

Vi lo que iba a venírseme otra vez encima y le atajé.

—Vamos a beber a su salud —dije.

—¡Ah! —exclamó el señor Pumblechook, retrepándose en su silla, deshecho de admiración—. ¡En esto es en lo que se conocen, sir! (No sé quién era ese sir, pero ciertamente no era yo, y no había otra persona presente.) ¡En esto es en lo que se conocen los nobles corazones, sir! Siempre indulgente y siempre afable. A una persona vulgar puede parecerle una repetición, pero… —dijo el servil Pumblechook, dejando precipitadamente la copa sin vaciar y volviendo a levantarse— ¿puedo…?

Cuando lo hubo hecho, volvió a sentarse y brindó por mi hermana.

—No podemos ser ciegos —dijo el señor Pumblechook— a los defectos de su carácter, pero hemos de suponer que su intención era buena.

En esos momentos empecé a observar que su rostro se iba arrebolando; en cuanto a mí, sentía que toda la cara, empapada en vino, me escocía.

Indiqué al señor Pumblechook que deseaba que me mandaran el traje a su casa, y se quedó embelesado de que le distinguiera de tal modo. Le manifesté las razones que tenía para querer evitar la curiosidad del pueblo, y me las alabó hasta ponerlas por las nubes. ¿Había nadie, insinuó, tan digno como él de mi confianza, y… en resumen, podía…? Luego me preguntó tiernamente si recordaba nuestros juveniles juegos aritméticos, y cómo habíamos ido juntos a formalizar mi contrato de aprendizaje, y cómo, de hecho, él había sido siempre mi favorito y mi amigo del alma. Aunque yo hubiera bebido diez veces más vino del que había bebido, me habría dado cuenta de que él nunca había tenido esa relación conmigo, y, en el fondo de mi corazón, habría repudiado la idea. Pero, a pesar de todo, recuerdo que estaba convencido de haberle juzgado mal y de que era un hombre de los más bondadosos y razonables.

Poco a poco fue depositando tal confianza en mí, que me pidió consejo acerca de sus propios asuntos. Dijo que se le presentaba la mejor ocasión que nunca se hubiera presentado en aquel vecindario, o en ningún otro, para monopolizar el negocio de granos y semillas, en su propio establecimiento, siempre y cuando pudiera ampliarlo convenientemente. Lo único que se necesitaba para la realización de una vasta fortuna, consideraba él, era más capital. Éstas eran las dos palabritas, más capital. Ahora bien: él (Pumblechook) opinaba que si este capital era aportado al negocio por un socio comanditario, éste no necesitaría hacer otra cosa que dejarse caer cuando le viniese en gana, personalmente o por delegación, a examinar los libros —y llegarse dos veces al año a embolsar los beneficios, a razón de un cincuenta por ciento—; y esto le parecía que podía ser una oportunidad tal para un joven caballero de espíritu emprendedor, combinado con posibles, que a la fuerza había de merecer su atención.

Pero ¿qué me parecía? Él tenía una gran confianza en mi opinión. Yo le di como opinión mía: «¡Aguarde un poco!». La vastitud junto con la precisión de esta respuesta le impresionaron de tal modo que ya no me preguntó si podía estrecharme la mano, sino que dijo que realmente debía hacerlo y lo hizo.

Nos bebimos todo el vino, y el señor Pumblechook se comprometió una y otra vez a hacer que Joe se mantuviera a la altura (no sé a qué altura) y a prestarme servicios eficientes y constantes (no sé qué servicios). También me hizo saber, por primera vez en mi vida, y ciertamente después de haberlo guardado maravillosamente en secreto, que siempre había dicho de mí: «Este muchacho se sale de lo ordinario, y, fíjense en lo que digo, su fortuna no será una fortuna ordinaria». Con una sonrisa lacrimosa dijo que era curioso que pensara ahora en ello, y yo dije que así era. Finalmente salí al aire con una oscura percepción de que había algo desusado en la luz del sol, y llegué, como en sueños, a la barrera del peazgo sin tener conciencia de haber pasado por la calle.

Allí me despertaron los gritos del señor Pumblechook, que me llamaba. Estaba casi al final de la calle soleada y me hacía expresivos ademanes para que me detuviera. Me detuve y él me alcanzó jadeando.

—No, querido amigo —dijo en cuanto recobró el aliento—. No será si puedo yo evitarlo. Esta ocasión no ha de pasar enteramente sin esta afabilidad de parte de usted. ¿Puedo yo, como antiguo amigo lleno de buenos deseos?… ¿Puedo?

Nos estrechamos la mano por centésima vez, por lo menos, y él ordenó muy indignado a un joven carretero que me dejara el paso libre. Después me dio su bendición y se quedó agitando la mano hasta que hube doblado el ángulo de la carretera; y entonces entré en un campo, y, antes de proseguir el camino hacia mi casa, eché un buen sueño a la sombra de un seto.

No era mucho el equipaje que debía llevar conmigo a Londres, pues eran muy pocos mis efectos adecuados a mi nueva posición. Pero empecé a arreglarlo aquella misma tarde, y sin ton ni son empaqueté cosas que sabía que había de menester a la mañana siguiente, para hacerme la ilusión de que no tenía momento que perder. Así pasaron el martes, el miércoles y el jueves; y el viernes por la mañana fui a casa del señor Pumblechook para ponerme mi traje nuevo y hacer una visita a la señorita Havisham. El señor Pumblechook me cedió su propia habitación para que me vistiera, y la adornó expresamente para el caso con toallas nuevas. Desde luego, mi traje me desilusionó un poco. Probablemente desde que existen trajes, cualquier traje nuevo esperado con afición ha dejado de colmar las esperanzas del que había de ponérselo. Pero después de una hora o así de llevar puesto el mío, y de haber hecho una infinidad de contorsiones ante el reducido espejo del señor Pumblechook en un vano esfuerzo para verme las piernas, pareció sentarme mejor. Como era día de mercado en una vecina población a unas diez millas de distancia, el señor Pumblechook no estaba en casa. Yo no le había dicho exactamente cuándo pensaba marcharme y no era probable que tuviera que volver a estrecharle la mano antes de partir.

Por este lado marchaba bien la cosa; pero salí con mi nuevo atavío, terriblemente avergonzado de tener que pasar ante el dependiente, y temeroso de hacer una pobre figura no muy distinta de la que hacía Joe con su traje dominguero.

Fui a casa de la señorita Havisham, dando un rodeo por callejas apartadas y tiré del llamador con torpeza, a causa del embarazo que me producían los largos y rígido dedos de mis guantes. Sarah Pocket salió a la verja y, materialmente, retrocedió al verme tan cambiado; su cara de nuez, de morena que era, se puso verde y amarilla.

—¿Tú? —dijo—. ¿Tú, Dios mío? ¿Qué quieres?

—Voy a Londres, señorita Pocket —respondí— y querría decir adiós a la señorita Havisham.

No se me esperaba, porque me dejó encerrado en el patio mientras iba a ver si se me quería recibir. Al cabo de unos instantes volvió y me condujó arriba, sin dejar de mirarme en todo el camino.

La señorita Havisham estaba haciendo ejercicio en la sala de la mesa puesta, apoyándose en su bastón. La estancia se hallaba iluminada como en otro tiempo, y al ruido de nuestra entrada se detuvo y se volvió. Estaba en aquel momento frente al apolillado pastel de boda.

—No se vaya, Sarah —dijo—. ¿Qué hay, Pip?

—Salgo mañana para Londres, señorita Havisham —yo medía cuidadosamente mis palabras—, y he pensado que no la molestaría si venía a despedirme.

—Estás muy elegante, Pip —dijo, haciendo trazos a mi alrededor con su bastón, como si fuese el hada madrina que me había transformado y estuviera otorgándome el don final.

—Desde que la vi por última vez, señorita Havisham, ha cambiado mucho mi posición —murmuré—. Y estoy muy agradecido por ello, señorita Havisham.

—¡Ya, ya! —dijo ella y mirando gozosa a la desconcertada y envidiosa Sarah—. He visto al señor Jaggers. Estoy enterada, Pip. Así que ¿te vas mañana?

—Sí, señorita Havisham.

—¿Y has sido adoptado por una persona rica?

—Sí, señorita Havisham.

—¿Que no se ha dado a conocer?

—No, señorita Havisham.

—¿Y el señor Jaggers es tu tutor?

—Sí, señorita Havisham.

Se regodeaba con estas preguntas y respuestas; tan vivo era el placer que hallaba en la celosa consternación de Sarah Pocket.

—¡Bien! —continuó—. Se te ofrece una brillante carrera. Sé bueno…, procura merecerla… y cumple las instrucciones del señor Jaggers. —Me miró, miró a Sarah, y la expresión de Sarah arrancó a su rostro vigilante una cruel sonrisa—. Adiós, Pip, ya sabes que has de conservar siempre este nombre.

—Sí, señorita Havisham.

—¡Adiós, Pip!

Me tendió la mano y yo, de rodillas, la llevé a mis labios. No había pensado antes cómo me despediría de ella; me resultó natural en aquel momento hacerlo así. Ella miró a Sarah Pocket con una expresión triunfante en sus extraños ojos, y dejé a mi hada madrina con ambas manos en el puño de su bastón, de pie en medio de la estancia medio iluminada, al lado del pastel apolillado y cubierto de telarañas.

Sarah Pocket me condujo abajo como si yo fuera un fantasma al que hubiera que alejar. No podía acabar de hacerse a mi nuevo aspecto y estaba llena de confusión. Yo dije: «Adiós, señorita Pocket», pero ella no hacía más que mirarme sin dar señales de haberme oído. Una vez fuera de la casa, me apresuré a volver a la de Pumblechook, me quité el traje nuevo, lo envolví y regresé a casa vestido con mis ropas viejas, y llevándolas, a decir verdad, mucho más a gusto, a pesar de tener que cargar con el bulto.

Y ahora aquellos seis días que debían transcurrir tan despacio habían pasado deprisa y se habían terminado, y el mañana me miraba a la cara con más firmeza que como podía mirarlo yo. A medida que las seis noches se reducían a cinco, a cuatro, a tres, a dos, había ido apreciando mejor la compañía de Joe y Biddy. Esta última velada, me vestí mi traje nuevo para complacerlos, y hasta la hora de acostarme estuve ornado de su esplendor. Para festejar la ocasión tuvimos una cena caliente favorecida por el inevitable pollo asado, y para terminar tomamos todos vino blanco. Todos estábamos muy abatidos y los esfuerzos que hacíamos para aparecer animados aún lo ponían peor.

Iba a dejar el pueblo a las cinco de la madrugada, llevando mi maletín, y le había dicho a Joe que deseaba irme solo. Temo mucho —y con pesar ahora— que este propósito nacía del miedo al contraste que ofreceríamos

Joe y yo si llegábamos juntos a la diligencia. Me había querido convencer de que no era eso; pero cuando subí a mi cuartito esa última noche, hube de reconocer que podía ser muy bien que lo fuera y tuve el impulso de bajar otra vez y rogar a Joe que me acompañara a la mañana siguiente. Pero no lo hice.

Toda la noche estuve soñando en diligencias que equivocaban el camino y en vez de ir a Londres iban a otros sitios, llevando entre las varas ora perros, ora gatos, ora cerdos, ora hombres; pero nunca caballos. Imaginarios viajes fracasados me obsesionaron.

Apuntó el día y los pájaros empezaron a cantar. Entonces me levanté, me vestí a medias y me senté junto a la ventana para contemplar su vista por última vez, y en ese estado me dormí.

Biddy se levantó tan temprano para prepararme el desayuno que, aunque no llegué a dormir una hora, en la ventana, el humo de la cocina me dio en las narices; en ese momento me desperté sobresaltado por el terrible pensamiento de que era ya la hora del atardecer. Pero mucho después de eso, y mucho después de haber oído el ruido de las tazas para el té y de estar completamente vestido, todavía me faltaba resolución para bajar. Me quedé arriba abriendo y cerrando la maleta una y otra vez, hasta que Biddy me gritó que se hacía tarde.

Desayuné de prisa y sin gusto alguno. Me levanté de la mesa, diciendo con una especie de vivacidad, como si en aquel momento acabara de ocurrírseme: «¡Bueno! ¡Tendré que marcharme!», y después besé a mi hermana, que se reía meneando la cabeza y revolviéndose en su silla como de costumbre; besé a Biddy y eché los brazos al cuello de Joe. Después cogí mi maletín y salí. Lo último que vi de ellos fue cuando, a los pocos momentos, oí un ruido a mi espalda, y al volverme vi que Joe me arrojaba un zapato viejo y Biddy, otro.

Entonces me detuve para agitar el sombrero, y el bueno y querido Joe agitó su fuerte brazo derecho por encima de su cabeza, gritando con voz ronca: «¡Hurra!», y Biddy se cubrió el rostro con el delantal.

Me alejé a buen paso, pensando que irse era más fácil de lo que había supuesto, y reflexionando que no habría sido muy agradable que hubieran arrojado un zapato viejo detrás de la diligencia, a la vista de toda la calle Mayor. Iba silbando como si la cosa no tuviera importancia. Pero el pueblo estaba silencioso y apacible, y la niebla se levantaba solemnemente como para descubrir el mundo a mis ojos, y yo me había sentido allí tan inocente y pequeño, y todo lo de más allá era tan desconocido y grande, que de pronto y con un gran sollozo me eché a llorar. Pasaba junto al poste indicador a la salida del pueblo, y puse mi mano en él diciendo: «Adiós, amigo querido».

Sabe el cielo que nunca debemos avergonzarnos de nuestras lágrimas, porque son la lluvia que limpia el polvo cegador de la tierra que cubre nuestros endurecidos corazones. Me sentí mejor después de haber llorado, más apenado, más consciente de mi ingratitud, más afectuoso. Si hubiera llorado antes, Joe habría estado entonces a mi lado.

Tan ablandado me sentí por aquellas lágrimas, y por las que vertí nuevamente durante el camino, que cuando estuve en la diligencia y ésta hubo salido de la villa, llegué a pensar, con el corazón dolorido, en si no haría mejor bajando en el primer cambio de caballos y volviéndome a casa y despedirme mejor de los míos. Cambiamos los caballos y aún no acababa de decidirme, pero me decía aún para consolarme que podría bajar y volverme en el próximo relevo. Y en tanto que me agobiaban estas dudas, creía ver a Joe en todos los hombres que venían por la carretera hacia nosotros, y el corazón me latía con fuerza. ¡Como si él pudiese estar allí!

Cambiamos una y otra vez, y ahora era ya demasiado tarde y estábamos demasiado lejos para retroceder; y seguí adelante. Y la niebla se había levantado del todo, y el mundo se extendía ante mis ojos.

CAPÍTULO VEINTE

El viaje de nuestra villa a la metrópoli duraba más de cinco horas. Eran poco más de las doce y media cuando la diligencia de la que yo era pasajero se metió en la maraña de tráfico que se extendía por Cross—Keys, Wood—Street, Cheapside, Londres.

En aquel tiempo los británicos estábamos firmemente convencidos de que era una traición dudar siquiera de que nosotros éramos lo mejor del mundo; de otro modo, al tiempo que me sentía intimidado por la inmensidad de Londres, creo que habría tenido algunas dudas acerca de si no era más bien feo, tortuoso, estrecho y sucio.

El señor Jaggers me había mandado ya su dirección; era en Little Britain, y había añadido al pie de ella, en su tarjeta: «A la salida misma de Smithfield y junto al despacho de las diligencias». No obstante, un cochero de alquiler que parecía llevar tantas esclavinas en su grasiento capote como años tenía, me metió en su coche y me encerró en él con igual aparato que si fuese a llevarme a una distancia de cincuenta millas. Montar él en su pescante, decorado con un paño verde manchado por la intemperie y destrozado por la polilla, fue obra de mucho tiempo. El carruaje era algo prodigioso, con seis coronas pintadas en el exterior y unas cosas atropelladas detrás para que pudiesen sostenerse en ellas no sé cuántos lacayos, y una especie de rastrillo debajo de ellas para quitar la tentación a los aficionados a lacayo.

Apenas había tenido tiempo de disfrutar del coche y de pensar en cuánto se parecía a un almacén de paja y a una tienda de trapero, y de preguntarme por qué se guardaban dentro de él los morrales de los caballos, cuando observé que el cochero empezaba a apearse como si fuésemos a detenernos. Y, en efecto, nos detuvimos en una calle sombría, ante una oficina que tenía la puerta abierta y en ella un letrero que decía: «Señor Jaggers».

—¿Cuánto? —pregunté al cochero.

El cochero respondió:

—Un chelín… y lo que usted desee añadir.

Desde luego, dije que no deseaba añadir nada.

—Entonces tendrá que ser un chelín —observó el cochero—. No quiero tener disgustos. ¡Le conozco! —Guiñó sombríamente un ojo al nombre del señor Jaggers y meneó la cabeza.

Después de haber cobrado su chelín, y mientras se encaramaba en el pescante y se marchaba (lo cual pareció tranquilizarle), yo entré en el primer despacho con la maleta en la mano y pregunté por el señor Jaggers.

—No está —respondió el empleado—. En este momento se halla en el Tribunal. ¿Hablo con el señor Pip?

Le indiqué que, en efecto, hablaba con el señor Pip.

—El señor Jaggers ha encargado que le aguardase usted en su despacho. Como tiene una vista, no sabe cuánto puede tardar. Pero como su tiempo es precioso, es de suponer que no estará más de lo preciso.

Con estas palabras el dependiente abrió una puerta y me introdujo en una habitación interior. Allí encontramos a un caballero tuerto, vestido de terciopelo con calzón corto, quien se limpió las narices con la manga al verse interrumpido en la lectura de su periódico.

—Salga y aguarde afuera, Mike —dijo el dependiente.

Yo empezaba a decir que no quería estorbar, cuando el dependiente echó fuera a este caballero con tan poca ceremonia como yo no había visto nunca y, arrojándole a la espalda su gorro de piel, me dejó solo.

El despacho del señor Jaggers no recibía más luz que la de una claraboya, y era un lugar muy tétrico. La claraboya estaba excéntricamente remendada, como una cabeza rota, y las casas vecinas parecían contorsionarse para mirarme por ella. No había tantos papeles como yo esperaba ver; pero había, en cambio, algunos objetos raros que nunca habría esperado ver allí, tales como una pistola vieja y herrumbrosa, una espada con su vaina, varias cajas y paquetes de aspecto extraño y, sobre un estante, dos horribles mascarillas de rostros especialmente hinchados y narices contraídas. El sillón del señor Jaggers era de crin muy negra, con hileras de clavos dorados en todo su contorno, como un ataúd; y yo me imaginaba verle retreparse en él y morderse el dedo mirando a sus clientes. La estancia era pequeña y los clientes parecían tener la costumbre de recostarse en la pared, porque toda ella, especialmente la parte que caía frente a la silla del señor Jaggers, estaba grasienta del roce de la espalda. Recordé también que el cliente tuerto había salido rozando la pared cuando yo fui causa inocente de que le echasen fuera.

Me senté en la silla de los clientes, puesta enfrente de la del señor Jaggers, y fui sintiéndome fascinado por la tétrica atmósfera de la estancia. Se me ocurrió que el pasante tenía también, como el señor Jaggers, el aire de saber algo deshonroso de todo el mundo. Me preguntaba cuántos empleados había arriba y si todos tenían el mismo poder sobre sus semejantes. Me preguntaba cuál sería la historia de todas las cosas raras que había en el despacho y cómo habían llegado hasta allí. Me preguntaba si las dos caras hinchadas pertenecían a la familia del señor Jaggers, y por qué, si le había cabido la desgracia de tener un par de parientes tan mal encarados, los había puesto en aquel polvoriento estante a merced de las moscas y los escarabajos, en vez de darles un sitio en su casa. Desde luego yo no tenía experiencia alguna de lo que era un día de verano en Londres y acaso mi espíritu se hallase oprimido por la atmósfera viciada y sofocante y por el polvo y la arenilla que lo cubrían todo. Pero seguí cavilando y esperando en el despacho del señor Jaggers hasta que no pude soportar más las dos mascarillas del estante colocado sobre la silla del señor Jaggers y me levanté y salí.

Cuando dije al pasante que quería ir a dar una vuelta para tomar el aire mientras esperaba, me aconsejó que doblara por la primera esquina y entrase en Smithfield. Así pues, entré en Smithfield y aquel sitio indecoroso, lleno de inmundicias, de grava, de sangre y espumarajos, pareció pegárseme.

Hui de él en cuanto pude, torciendo por una calle donde vi la gran cúpula negra de San Pablo descollando por encima de un siniestro edificio de piedra que alguien dijo que era la prisión de Newgate. Siguiendo el muro de la cárcel, encontré la calzada cubierta de paja para apagar el ruido de los vehículos, y por eso y por el número de personas que andaban por allí, oliendo fuertemente a ron y a cerveza, colegí que el tribunal estaba trabajando.

Mientras miraba a mi alrededor, un ministro de la justicia extremadamente sucio y medio borracho me preguntó si quería entrar y presenciar uno o dos juicios; me anunció que por media corona podía proporcionarme un sitio de primera fila donde podría disfrutar de la vista del lord presidente con su peluca y su traje de ceremonia, hablándome de este terrible personaje como de una figura de cera, y ofreciéndomelo, al cabo de poco, al precio reducido de dieciocho peniques. Como yo rehusara esta oferta, con la excusa de tener una cita, tuvo la amabilidad de hacerme entrar en el patio y mostrarme donde se guardaba la horca y donde se azotaba a la gente; y después me mostró la Puerta de los Deudores, por donde salían los que iban a ser ahorcados, realzando el interés de la temible puerta con el anuncio de que «cuatro de ellos» iban a pasarla dos días después a las ocho de la mañana para ser ejecutados en fila. Esto era horrible y me dio una nauseabunda idea de Londres; con mayor motivo, cuando todo lo que llevaba el propietario del lord presidente (desde el sombrero hasta las botas, pasando por el pañuelo de bolsillo) eran prendas apolilladas que no le habían pertenecido originalmente y que se me metió en la cabeza que debían de haber sido compradas al verdugo. En estas circunstancias, me di por bien librado al desembarazarme de él por un chelín.

Volví al despacho a preguntar si el señor Jaggers había vuelto ya, y hallando que no era así, volví a echarme a la calle. Esta vez di la vuelta a Little Britain y entré en Bartholomew Close; y entonces me di cuenta de que otros personajes, además de mí, esperaban al señor Jaggers. Había dos hombres de aspecto misterioso que mientras hablaban metían los pies con aire pensativo en las grietas del pavimento, uno de los cuales dijo al otro, la primera vez que pasaron por mi lado: «Si hay que hacerlo, Jaggers lo hará». Había un grupo de tres hombres y dos mujeres en una esquina, y una de las mujeres lloraba con la cara escondida en un chal sucio, y la otra la consolaba diciendo, mientras se arreglaba el suyo propio sobre los hombros: «Jaggers le defiende, Melia, ¿qué más quieres?». Había un pequeño judío de ojos encarnados que entró en el callejón, mientras yo estaba allí, acompañado de otro pequeño judío a quien mandó con algún encargo; y mientras el mensajero estaba ausente, vi a este judío, que era de un temperamento muy excitable, bailar de impaciencia bajo un farol, acompañándose en una especie de frenesí con las palabras: «¡Oh, Jaggers, Jaggers, Jaggers! Los demás no valen nada. Para mí Jaggers». Estos testimonios de la popularidad de mi tutor me causaron profunda impresión, y me dejaron más admirado que nunca.

Al fin, mientras miraba por la verja de Bartholomew Close hacia Little Britain, vi al señor Jaggers atravesando la calle en dirección a mí. Todos los demás que le aguardaban le vieron al mismo tiempo y todos corrieron hacia él. El señor Jaggers, poniéndome la mano en la espalda y llevándome consigo sin decirme nada, se dirigió a los que le seguían.

Primero habló a los dos hombres de aspecto misterioso.

—No tengo nada que decirles —les dijo disparándoles el dedo—. No quiero saber más de lo que sé. En cuanto al resultado, es una cosa de cara y cruz. Ya se lo dije a ustedes desde el principio. ¿Han pagado a Wemmick?

—Esta mañana hemos reunido el dinero —dijo sumisamente uno de los hombres mientras el otro trataba de leer en el rostro del señor Jaggers.

—No pregunto cuándo lo han reunido ustedes, ni dónde, ni si lo han reunido o no. ¿Lo tiene Wemmick?

—Sí, señor —dijeron los dos hombres a la vez.

—Muy bien; entonces, déjenme ustedes. ¡Eh! ¡Basta, basta! —dijo el señor Jaggers, haciéndoles seña de que se quedaran atrás—. Si me dicen una palabra más, abandono el caso.

—Hemos pensado, señor Jaggers… —empezó uno de los hombres, quitándose el sombrero.

—Esto es lo que les he dicho que no hicieran —dijo el señor Jaggers —. ¡Pensar ustedes! Yo pienso por ustedes y esto les ha de bastar. Si los necesito, ya sé dónde encontrarlos; no quiero que me busquen ustedes. ¡Basta, basta! No quiero oír una palabra.

Los dos hombres se miraron mientras el señor Jaggers les volvía a hacer señal de que se fueran; se apartaron humildemente y no se los oyó más.

—¡Ahora, ustedes! —dijo el señor Jaggers, deteniéndose de pronto y volviéndose a las dos mujeres de los chales, de las cuales se habían alejado dócilmente los tres hombres—. ¡Oh!, ¿es Amelia?

—Sí, señor Jaggers.

—Y ¿recuerda usted —repuso él— que de no ser por mí, usted no estaría aquí, ni podría estar aquí?

—¡Oh, sí, señor! —exclamaron las dos mujeres a la vez—. ¡Dios le bendiga, señor, lo sabemos muy bien!

—Entonces —dijo el señor Jaggers—, ¿por qué vienen aquí?

—¡Mi Bill, señor! —suplicó la mujer que había estado llorando.

—Oiga —dijo el señor Jaggers—. Sépalo de una vez. Si usted no es capaz de darse cuenta de que su Bill está en buenas manos, yo sí lo soy. Y si viene a incomodarme con su Bill, voy a darles un escarmiento a su Bill y a usted, dejando que se me escurra de los dedos. ¿Han pagado a Wemmick?

—¡Oh, sí, señor! Hasta el último penique.

—Muy bien. Entonces han hecho cuanto tenían que hacer. Digan una palabra más, sólo una palabra, y Wemmick les devolverá el dinero.

Esta terrible amenaza hizo que las dos mujeres se apartaran inmediatamente. Sólo quedaba el excitable judío, que ya se había llevado varias veces a los labios los faldones del frac del señor Jaggers.

—¡No conozco a este hombre! —dijo el señor Jaggers con el mismo acento devastador—. ¿Qué quiere este individuo?

—Querido zeñor Jaggers. ¡Zoy el hermano de Abraham Lazaruz!

—¿Quién es? —preguntó el señor Jaggers—. ¡Suélteme usted el frac!

El suplicante, volviendo a besar el borde del frac antes de soltarlo, respondió:

—Abraham Lazaruz, zozpechozo en el azunto de la vajilla de plata.

—Llega usted demasiado tarde —dijo el señor Jaggers—. Defiendo a la otra parte.

—Zanto Dioz, zeñor Jaggerz —exclamó mi excitable judío, poniéndome lívido—. ¡No me diga que eztá usted contra Abraham Lazaruz!

—Lo estoy —dijo el señor Jaggers— y se acabó. Fuera de aquí.

—¡Zeñor Jaggerz! ¡Un momento! En este inztante mi primo ha ido a ver al zeñor Wemmick para ofrecerle el precio que quiera. ¡Zeñor Jaggerz, medio zegundo! Zi uzted quiere tener la bondad de ponerze de nueztro lado… ¡al precio que zea!… ¡El dinero no importa! ¡Zeñor Jaggerz! ¡Zeñor…!

Mi tutor echó a un lado al importuno con suprema indiferencia, y le dejó bailando en el pavimento como si éste estuviese ardiendo. Sin otra interrupción, llegamos al despacho, donde hallamos al pasante y al hombre del gorro de terciopelo.

—Aquí está Mike —dijo el pasante, bajando de su taburete y acercándose confidencialmente al señor Jaggers.

—¡Ah! —dijo el señor Jaggers, volviéndose hacia el hombre que se tiraba de un mechón de pelo que tenía en medio de la frente, como el Toro que, en la nana, tiraba del badajo—. Esta tarde le toca a su hombre. ¿Hay algo?

—Pues verá usted, señor Jaggers —respondió Mike con una voz tal que parecía que padeciese de un resfriado crónico—, con mucho trabajo he encontrado a uno que podría servir.

—¿Qué está dispuesto a jurar?

—Verá usted, señor Jaggers —dijo Mike, limpiándose la nariz con su gorro de terciopelo—, en términos generales, cualquier cosa.

El señor Jaggers de pronto se encolerizó.

—Ya le advertí antes —dijo, disparando su índice al aterrorizado cliente— que si se atrevía a hablarme de este modo, le daría un escarmiento. ¿Cómo se atreve, maldito bribón, a decirme esto?

El cliente pareció asustado, pero extrañado al mismo tiempo, como si no comprendiese qué mal había hecho.

—¡Carcamal! —dijo el pasante en voz baja, tocándole el codo—. ¡Memo! ¿Qué necesidad tiene de decírselo a la cara?

—Ahora vuelvo a preguntarle, estúpido zopenco —dijo mi tutor, con mucha severidad—, y por última vez, ¿qué es lo que está dispuesto a jurar el hombre que usted ha traído?

Mike le miró fijamente, como si tratara de aprender una lección en su rostro, y pausadamente respondió:

—O que le tiene por una persona honrada o que estuvo en su compañía sin separarse nunca de él la noche de marras.

—Ahora, atiéndame. ¿De qué clase social es ese hombre?

Mike miró a su gorro, miró al suelo, miró al techo, miró al pasante y hasta me miró a mí, antes de empezar a responder nerviosamente:

—Le hemos vestido de…

Entonces mi tutor estalló:

—¿Cómo? ¿Que le han vestido ustedes?

—¡Carcamal! —añadió el pasante, tocándole en el codo otra vez.

Después de mirar desolado a su alrededor, Mike se animó y empezó otra vez:

—Viste como un respetable vendedor de tortas; una especie de pastelero.

—¿Está aquí? —preguntó mi tutor.

—Le he dejado —dijo Mike— sentado en unos escalones, a la vuelta de la esquina.

—Hágale pasar por delante de la ventana, que yo lo vea.

La ventana indicada era la ventana del despacho. Los tres nos pusimos allí, detrás de la alambrera, y al cabo de unos momentos vimos pasar al cliente, como por casualidad, con un individuo alto, con cara de asesino, un vestido corto de lienzo blanco y un gorro de papel. Este inocente pastelero no estaba muy sereno y lucía un ojo amoratado, en la etapa verde de su curación, disimulado con maquillaje.

—Dígale que se lleve a su testigo inmediatamente —dijo mi tutor al pasante, con expresión de repugnancia—, y pregúntele qué se propone trayendo a un tipo como ése.

Mi tutor me llevó entonces a su propio despacho y, mientras tomaba su almuerzo de pie, de una caja de emparedados y un frasco de jerez (parecía querer intimidar al emparedado mientras se lo comía), me informó de las disposiciones que había tomado por mi cuenta. Yo tenía que ir a Barnard's Inn, a las habitaciones del joven Pocket, donde se había instalado una cama para mí; tenía que permanecer con el joven Pocket hasta el lunes; el lunes tenía que ir con él de visita a la casa de su padre para ver si me gustaba. También me dijo a cuánto ascendería mi pensión —era una pensión muy generosa— y me dio, sacándolas de uno de los cajones, las tarjetas de ciertos comerciantes con quienes tenía que tratar toda clase de vestidos y otras cosas que pudiese razonablemente necesitar.

—Hallará usted crédito suficiente, señor Pip —dijo mi tutor, cuyo frasco de jerez, cuando bebía precipitadamente unos tragos, olía como todo un barril—, pero por este medio yo podré comprobar sus facturas, y detenerle si le veo en camino de caer en las garras del alguacil. Claro que acabará usted mal de todos modos, pero esto no es culpa mía.

Después de reflexionar un poco sobre estas alentadoras palabras, pregunté al señor Jaggers si podía mandar por un coche. Me dijo que no valía la pena, porque el lugar a donde tenía que ir no estaba lejos; Wemmick me acompañaría, si yo gustaba.

Descubrí entonces que Wemmick era el pasante del despacho de al lado. Se hizo bajar de arriba a otro empleado para reemplazarle mientras estuviese fuera, y yo salí con él a la calle, después de estrechar la mano a mi tutor. Encontramos a otras personas aguardando afuera, pero Wemmick se abrió paso entre ellas diciendo fría pero resueltamente:

—Les digo que es inútil; no quiere hablar una palabra con ninguno de ustedes. —Y pronto los hubimos dejado atrás y marchamos uno al lado del otro.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Mirando fijamente al señor Wemmick, mientras andábamos, para ver qué tal era a la luz del día, vi que era un hombre enjuto, más bien bajo, con un rostro cuadrado e impasible que parecía imperfectamente esculpido con un cincel mellado. Había en él algunas señales que podían haber sido hoyuelos, si el material hubiera sido más blando y la herramienta más fina, pero que en su actual estado no pasaban de ser simples mellas. El cincel había hecho tres o cuatro tentativas para embellecer su nariz, pero las había abandonado sin hacer un esfuerzo para pulirlas. Le supuse soltero, juzgando por lo arrugado de su ropa blanca, y parecía haber experimentado un gran número de pérdidas familiares, porque llevaba por lo menos cuatro anillos de luto, además de un broche que representaba una dama y un sauce llorón junto a una tumba con una urna encima. Tenía unos ojos brillantes —pequeños, sagaces y negros— y unos labios finos, anchos y moteados. Hacía que los tenía, a mi parecer, de cuarenta a cincuenta años.

—¿Así que usted no había estado nunca en Londres? —me preguntó el señor Wemmick.

—No —respondí.

—También yo una vez fui nuevo aquí —dijo el señor Wemmick—. ¡Es curioso pensarlo ahora!

—¿Usted lo conoce bien ahora?

—Oh, sí —dijo el señor Wemmick—. Conozco sus recovecos.

—¿Es un sitio muy malo? —pregunté, más por decir algo que por deseos de informarme.

—Le pueden a usted timar, robar y asesinar en Londres. Pero en todas partes abunda la gente que haría lo mismo.

—Si hay mala sangre entre usted y ellos —dije yo para atenuarlo un poco.

—¡Oh!, no es cuestión de mala sangre —respondió el señor Wemmick —. No hay tanta como parece. Lo harán si encuentran algo que ganar con ello.

—Esto lo pone peor.

—¿Usted cree? —repuso el señor Wemmick—. Para mí, es lo mismo.

Llevaba el sombrero echado sobre el cogote, y miraba fijamente adelante. Andaba de un modo abstraído, como si no hubiera nada en la calle que pudiera llamarle la atención. Su boca era tan parecida a un buzón que le daba la apariencia de sonreír maquinalmente. No fue hasta después de haber llegado a lo alto de Holborn Hill cuando reparé en que era sólo una apariencia y que en realidad no sonreía.

—¿Sabe usted dónde vive el señor Matthew Pocket? —pregunté al señor Wemmick.

—Sí —respondió, indicándome la dirección con un movimiento de cabeza—; en Hammersmith, al oeste de Londres.

—¿Está lejos?

—¡Oh! Unas cinco millas.

—¿Usted le conoce?

—¡Hombre, no es usted mal interrogador! —dijo el señor Wemmick con aire de aprobación—. Sí, le conozco. ¡Vaya si le conozco!

Hubo un aire de tolerancia o de menosprecio en su manera de pronunciar estas palabras que me deprimió un poco; y aún estaba mirando de soslayo al bloque de su rostro en busca de una alentadora apostilla a aquel texto, cuando dijo que ya estábamos en Barnard's Jun. Mi depresión no disminuyó con este anuncio, porque yo me había figurado aquel establecimiento como un hotel, regido por el señor Barnard, al lado del cual el Jabalí Azul de nuestra villa no sería más que una taberna. Y ahora resultaba que Barnard era un espíritu desencarnado o una ficción, y que su hotel era la más sucia colección de sórdidos edificios que se hubiesen apiñado nunca en un rincón maloliente para servir a los gatos de punto de reunión.

Entramos en ese albergue por una portezuela y siguiendo un estrecho pasadizo salimos a un melancólico patio que me pareció un cementerio. Pensé que había en él los árboles más tristes, los gorriones más tristes, los gatos más tristes (en número de una media docena) que hubiera visto jamás. Parecióme que las ventanas de las hileras de habitaciones en que estas casas estaban divididas se hallaban en la última etapa de su decadencia, con sus persianas y cortinas destrozadas, sus macetas rotas, sus vidrios resquebrajados, y su aire de polvorienta podredumbre y miserable interinidad; mientras, los se alquila, se alquila me hacían guiños desde las habitaciones vacías, como si ya no llegaran allí nuevos desventurados, y como si el alma vengativa de Barnard se apaciguara poco a poco con el gradual suicidio de los actuales ocupantes y su impío entierro debajo de los guijarros. Un sucio luto de hollín y humo adornaba esta desolada creación de Barnard, que llevaba cenizas en la cabeza y sufría penitencia y humillación como un simple cubo de la basura. Esto por lo que concierne a mi sentido de la vista, mientras la podredumbre seca y la podredumbre húmeda y toda la silenciosa corrupción de las cosas que se pudren en los sótanos y desvanes abandonados —hedor de chinches y ratones, hedor de las cuadras, que, además, estaban cerca— se dirigían débilmente a mi olfato gimiendo: «Pruebe la mixtura de Barnard».

Tan imperfecta resultaba la realización de la primera de mis grandes esperanzas, que miré desalentado al señor Wemmick.

—¡Ah! —dijo éste, equivocando mis sentimientos—; este retiro le recuerda el campo. A mí también.

Me llevó a un rincón y me hizo subir por una escalera —que me pareció que estaba convirtiéndose en serrín, de modo que cualquier día los huéspedes de los pisos altos iban a salir a sus puertas y a encontrarse sin medio de bajar— a una serie de habitaciones del último piso. En la puerta estaba pintado «Señor Pocket, hijo», y sobre el buzón había una etiqueta que decía: «Volverá en breve».

—No le esperaba tan pronto —explicó el señor Wemmick—. ¿Necesita usted algo más de mí?

—No, gracias —dije.

—Como yo guardo el dinero —observó el señor Wemmick—, supongo que nos veremos a menudo. Buenos días.

Le ofrecí mi mano, y el señor Wemmick al principio la miró como si creyese que le pedía algo. Luego me miró, y dijo, corrigiéndose:

—¡Ah, ya! Sí. ¿Usted tiene costumbre de estrechar las manos?

Me quedé confuso, creyendo que eso no debía ya de estar de moda en Londres, pero le contesté afirmativamente.

—Yo he perdido ya esta costumbre —dijo el señor Wemmick—, si no es para despedirme de alguien que está en las últimas. Celebro mucho haberle conocido. Buenos días.

Cuando nos hubimos estrechado la mano y él se hubo marchado, abrí la ventana de la escalera y por poco me decapita, porque las cuerdas estaban podridas y la hoja se vino abajo como una guillotina. Felizmente fue tan rápido que aún no había sacado la cabeza. Habiendo escapado a este peligro me contenté con gozar de una brumosa vista del edificio a través de la suciedad que oscurecía el vidrio; y así me quedé, mirando tristemente el panorama, y diciéndome que Londres no estaba a la altura de su fama.

La idea que el señor Pocket hijo tenía de lo que significaba «en breve» no era la mía, porque casi había enloquecido observando el panorama por espacio de media hora, y había escrito varias veces mi nombre con el dedo en el polvo de cada uno de los cristales de la ventana, antes de oír pasos en la escalera. Uno tras otro aparecieron ante mí el sombrero, la cabeza, la corbata, el chaleco, las calzas, las botas de un miembro de la sociedad poco más o menos de la clase que yo aparentaba.

—¿El señor Pip? —dijo él.

—¿El señor Pocket? —dije yo.

—¡Dios mío! —exclamó—. Lo siento mucho, pero sabía que al mediodía llegaba una diligencia que pasa por su villa y me figuré que usted vendría en ella. El caso es que salí por culpa suya (no es que esto me excuse), pero pensé que, llegando usted del campo, tal vez le gustaría un poco de fruta para el postre, y fui al mercado de Covent Garden para encontrarla buena.

Por una razón que me asaltó, sentí como si los ojos quisieran salírseme de la cabeza. Correspondí incoherentemente a su atención, y empecé a pensar que estaba soñando.

—¡Dios mío! —dijo el señor Pocket hijo—. ¡Esta puerta se agarra de un modo!…

Como estaba haciendo mermelada de la fruta al luchar con la puerta teniendo las bolsas bajo los brazos, le rogué que me permitiese sostenérselas. Me las cedió con una agradable sonrisa, y luchó con la puerta como con una bestia salvaje. Ésta cedió por fin, tan de repente que él se me cayó encima y yo me caí sobre la puerta del otro lado, y ambos nos reímos. Pero aún sentía como si los ojos quisieran salírseme de la cabeza, y me parecía estar soñando.

—Tenga usted la bondad de entrar —dijo el señor Pocket hijo—. Permítame que pase delante. Esto está muy mal amueblado, pero confío en que encuentre aceptable su estancia aquí, hasta el lunes. Mi padre ha pensado que usted pasaría mejor el día de mañana conmigo que con él y que tal vez querría darse un paseo por Londres. Yo estaré encantado de enseñárselo. En cuanto a la comida, supongo que no la encontrará mal, pues nos la servirán del café de al lado y (es preciso que lo diga) a cuenta de usted, pues éstas son las órdenes del señor Jaggers. En cuanto a nuestro alojamiento, dista mucho de ser espléndido, porque yo he de ganarme la vida, y mi padre no puede darme nada, y aunque pudiera, yo no lo tomaría de él. Ésta es nuestra salita, las pocas sillas, mesas, alfombras y demás que he podido traerme de casa. No vaya usted a figurarse que el mantel ni los cubiertos ni las vinagreras son mías, porque han venido del café en su honor. Éste es mi dormitorio; un poco mohoso, pero es que todo Barnard es mohoso. Éste es su dormitorio; el mobiliario ha sido alquilado para la ocasión, pero espero que será suficiente; si desea usted algo más, iré a buscarlo. Las habitaciones están algo retiradas y estaremos un poco solos, pero creo que no reñiremos. Pero, ¡Dios mío!, perdóneme usted; le he dejado todo este rato con la fruta en las manos. Estoy avergonzado.

Mientras estaba frente al señor Pocket hijo entregándole las bolsas, una, dos, vi en sus ojos la expresión de asombro que hacía rato debía de aparecer en los míos.

—¡Bendito sea Dios —dijo, dando un paso atrás—, usted es el muchacho del jardín!

—¡Y usted —dije yo— es el pálido señorito!

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El pálido caballerete y yo estuvimos contemplándonos mutuamente en Barnard's Jun, hasta que ambos soltamos la carcajada.

—¡Quién iba a pensar que sería usted! —dijo él.

—¡Quién iba a pensar que sería usted! —dije yo.

Y ambos volvimos a contemplarnos y volvimos a reírnos.

—¡Bueno! —dijo el pálido caballerete ofreciéndome la mano jovialmente—. Aquello está liquidado, y espero que tendrá la magnanimidad de perdonarme los mamporros de aquel día.

Deduje de estas palabras que el señor Herbert Pocket (porque el joven caballerito se llamaba Herbert) continuaba confundiendo su intención con sus actos. Pero respondí con modestia y nos estrechamos cordialmente las manos.

—¿En aquel tiempo usted no había entrado aún a gozar de su fortuna? —preguntó Herbert Pocket.

—No —respondí.

—¡No! —asintió él—. He oído decir que esto ha ocurrido últimamente. Era yo, entonces, quien en cierto modo iba detrás de la fortuna.

—¿De veras?

—Sí. La señorita Havisham me había mandado llamar para ver si podía tomarme cariño. Pero no pudo, o al menos, no lo hizo.

Me pareció cortés observar que esto me sorprendía.

—Demostró tener mal gusto —dijo Herbert, riendo—; pero así fue. Me mandó llamar para una visita de prueba y, si yo hubiera salido bien de ella, supongo que me habría protegido; tal vez me hubiera hecho que sé yo qué de Estella.

—¿Qué quiere usted decir? —pregunté con súbita gravedad.

Estaba arreglando las frutas en las fuentes mientras hablábamos, por lo cual tenía repartida su atención, y esto fue causa de que le hubiera faltado la palabra.

—Prometido —explicó, ocupado todavía con la fruta—. Novio. Como se llame. Algo así.

—¿Cómo soportó usted ese desengaño? —pregunté.

—¡Bah! —dijo él—. No me importaba gran cosa. Es una tártara.

—¿La señorita Havisham? —sugerí yo.

—No digo que ella no lo sea, pero me refería a Estella. Esa muchacha es dura, altanera y caprichosa en grado extremo, y la señorita Havisham la ha criado para instrumento de venganza contra todo el sexo masculino.

—¿Qué parentesco tiene con la señorita Havisham?

—Ninguno —dijo—. Es una muchacha adoptada.

—¿Por qué quiere vengarse de todo el sexo masculino? ¿Y de qué tiene que vengarse?

—Caramba, señor Pip —dijo él—. ¿No lo sabe usted?

—No —respondí.

—¡Dios mío! Es toda una historia, y tendremos que guardarla para la hora de la comida. Y ahora permítame que le haga una pregunta: ¿cómo fue usted allí aquel día?

Se lo conté y él me oyó muy atento; y cuando hube terminado volvió a reírse y me preguntó si había quedado después muy dolorido. No le pregunté si lo había quedado él, porque mi convicción sobre este punto estaba perfectamente establecida.

—Creo que el señor Jaggers es su tutor.

—Sí.

—¿Sabe usted que es el administrador y abogado de la señorita Havisham, y que ésta tiene puesta en él toda la confianza que niega a los demás?

Pensé que esto era llevarme a un terreno peligroso. Respondí, con una reserva que no traté de disimular, que había visto al señor Jaggers en casa de la señorita Havisham el día mismo de nuestro encuentro, pero en ninguna otra ocasión, y que creía que él, por su parte, no recordaba haberme visto allí.

—Tuvo la bondad de indicar a mi padre como preceptor de usted y le visitó para proponérselo. Desde luego, conocía la existencia de mi padre por su relación con la señorita Havisham. Mi padre es primo de la señorita Havisham; no es que esto implique ningún trato familiar entre ellos, porque él es mal cortesano y no quiere hacer nada para ganar su voluntad.

Herbert tenía unos modales francos y naturales que le hacían muy atractivo. No había visto a nadie entonces, ni he visto a nadie después, que me diera mejor la impresión, en su mirada y en su tono, de ser naturalmente incapaz de hacer nada escondido o mezquino. Había algo prodigiosamente optimista en todo su aspecto, y algo al mismo tiempo que me susurraba que nunca sería ni muy afortunado ni muy rico. Ignoro cómo se me ocurrió. Sólo sé que esta idea se hizo firme en mí antes de que nos sentáramos a la mesa, pero no puedo precisar por qué razón.

Él continuaba siendo el pálido señorito y, en medio de su animación y vivacidad, se le notaba una especie de languidez que no parecía indicio de una robustez natural. Su rostro no era hermoso, pero era mejor que hermoso, pues era en extremo amable y alegre. Su figura era un poco desgarbada, como en los días en que mis nudillos se habían tomado tantas libertades con ella, pero parecía que siempre hubiera de ser ligero y joven. Podía haber dudas respecto a si la obra provinciana del señor Trabb le habría sentado más graciosamente que a mí, pero estoy convencido de que llevaba mejor él su traje viejo que yo el mío nuevo.

Como se mostraba tan comunicativo conmigo, comprendí que mostrarme reservado sería una falta de correspondencia impropia de nuestra edad. Por tanto, le conté mi pequeña historia, haciendo hincapié en la prohibición que se me había impuesto de investigar quién era mi bienhechor. Le mencioné, además, que, como me había criado en la herrería de un pueblo, y conocía muy poco las formas de la buena sociedad, desearía como un gran favor de su parte que me hiciera una indicación siempre que me viese apurado o cometiendo alguna torpeza.

—Con sumo gusto —dijo—, aunque me atrevo a pronosticar que necesitará usted muy pocas indicaciones. Supongo que estaremos juntos con frecuencia, y me gustaría suprimir toda innecesaria cohibición entre nosotros. ¿Quiere usted hacerme el favor de empezar llamándome desde ahora por mi nombre de pila?

Le di las gracias y dije que así lo haría. Le informé, para corresponder, de que mi nombre era Philip.

—No me gusta Philip —dijo sonriendo— porque suena como el de uno de esos muchachos de los cuentos morales, que era tan perezoso que se cayó en un estanque, o tan gordo que no podía ver más allá de sus ojos, o tan avaro que tenía guardado su pastel hasta que se lo comían los ratones, o tan aficionado a coger nidos que se lo comieron los osos que vivían por allí, a la vuelta de la esquina. Te diré lo que me gustaría. Estamos en tan buena armonía y tú has sido herrero… ¿no tendrás inconveniente…?

—No he de tener inconveniente en nada de lo que me propongas —respondí—, pero no te comprendo.

—¿Te importaría que te pusiera Händel como nombre familiar? Händel tiene una deliciosa composición titulada Herrero armonioso.

—Me gustaría mucho.

—Entonces, querido Händel —dijo, volviéndose mientras se abría la puerta—. Aquí está la comida y te ruego que ocupes la cabecera de la mesa, porque eres tú quien paga.

No quise oír hablar de ello; así que él ocupó la cabecera y yo me senté frente a él. Era una comida bastante buena —entonces me pareció un festín del alcalde de Londres— y ganó mayor encanto por el hecho de ser consumida en esta situación independiente sin la presencia de personas mayores, y con todo Londres a nuestro alrededor. Esto a su vez estaba realzado por cierto carácter bohemio que adornaba el banquete: porque al tiempo que la mesa era, como habría dicho el señor Pumblechook, el regazo del lujo —pues todo el servicio venía del café de al lado—, la región circundante de la sala tenía un carácter de desolación que impuso al camarero la costumbre vagabunda de dejar las tapaderas en el suelo (donde tropezaba con ellas), la mantequilla en el sillón, el pan en el estante de los libros, el queso en el cubo del carbón y el pollo asado sobre mi cama en la habitación contigua, donde al irme a acostar encontré buena parte de su salsa de perejil en estado de congelación. Todo ello hizo de la fiesta una delicia, y cuando el camarero no estaba presente, mi contento no tenía igual.

Íbamos por la mitad de la comida cuando recordé a Herbert su promesa de contarme la historia de la señorita Havisham.

—Es verdad —respondió—, voy a cumplir en seguida. Permíteme antes, Händel, que como prólogo te diga que en Londres no es costumbre ponerse el cuchillo en la boca (para evitar accidentes) y que, siendo el tenedor el reservado para este uso, no hay que meterlo más adentro de lo estrictamente necesario. Apenas vale la pena mencionarlo, pero siempre es mejor hacer como los demás. Además, la cuchara no se sujeta, por lo común, cogiéndola por encima, sino por debajo. Eso tiene dos ventajas. Permite llevarla más fácilmente a la boca (que al fin y al cabo es lo que se busca) y ahorra buena parte de aquella actitud de abrir ostras que, al hacerlo, toma el brazo derecho.

Me hizo estas amistosas advertencias de un modo tan gracioso que ambos nos reímos y yo apenas me sonrojé.

—Ahora —prosiguió— vamos a lo de la señorita Havisham. Debes saber que la señorita Havisham fue una niña mimada. Su madre murió cuando era una criatura, y su padre jamás le negó nada. Su padre era un caballero rural de tu país y tenía una fábrica de cerveza. Yo no sé por qué tiene que ser tan gran cosa ser cervecero; pero es indiscutible que, así como no se puede ser un caballero y cocer pan, se puede ser tan caballero como el que más y fabricar cerveza. Lo verás todos los días.

—Pero un caballero no puede tener una casa de bebidas, ¿no es verdad? —dije yo.

—De ningún modo —repuso Herbert—; pero una casa de bebidas puede mantener a un caballero. ¡Bueno! El señor Havisham era muy rico y muy orgulloso, y su hija, lo mismo.

—¿Era la señorita Havisham hija única? —arriesgué yo.

—Espera un poco, que a eso vamos. No era hija única; tenía un hermano por parte de padre. Su padre se había vuelto a casar en secreto, con su cocinera, me parece.

—Creí que era orgulloso —comenté.

—Querido Händel, lo era. Se casó en secreto con su segunda mujer porque era orgulloso; ¡y con el tiempo, ella murió! Creo que no fue hasta después de su muerte cuando le contó a su hija lo que había hecho, y entonces el hijo entró a formar parte de la familia, viviendo en la casa que ya conoces. A medida que el hijo se iba haciendo un joven, se fue volviendo vicioso, manirroto, rebelde… malo en todos los sentidos. Al fin su padre lo desheredó; pero se ablandó en la hora de la muerte y le dejó en buena posición, aunque no tanto como a la señorita Havisham. Toma otra copa de vino, y perdona que te diga que en sociedad no se espera que uno proceda tan concienzudamente a vaciar su copa, volviéndola boca abajo hasta hacer descansar su borde sobre la propia nariz.

Yo acababa de hacer eso, en un exceso de atención a su relato. Le di las gracias y me disculpé. Él dijo:

—¡No hay de qué! —Y continuó—. La señorita Havisham fue entonces una rica heredera y puedes suponer que muchos la pretendieron como un gran partido. Su hermano volvía a disponer de medios abundantes, pero con el pago de sus deudas y nuevas locuras, los derrochó con una rapidez aterradora. Tuvo mayores disensiones con su hermana que las que había tenido con su padre, y se sospecha que abrigaba contra ella un resentimiento mortal, porque creía que había influido en su padre contra él. Ahora llega la parte cruel de la historia, y me interrumpo, querido Händel, para observar que la servilleta no se mete dentro del vaso.

No puedo decir por qué razón estaba tratando de hacer eso. Sólo sé que me encontré haciendo, con una perseverancia digna de mayor causa, los más bravos esfuerzos para comprimirla dentro de aquellos límites. Otra vez le di las gracias y me disculpé, y él volvió a decir del modo más placentero que no valía la pena, y continuó.

—Un día apareció en escena (en las carreras o en los bailes o donde quieras) cierto hombre que se puso a cortejar a la señorita Havisham. Yo no le vi nunca porque esto ocurrió hace veinticinco años (antes de que tú y yo naciéramos, Händel), pero he oído decir a mi padre que era un tipo llamativo y la clase de hombre a propósito para el caso. Pero no se le podía confundir, sin ignorancia o prejuicio, con un caballero. Al menos, así lo asegura firmemente mi padre, pues tiene el principio de que ningún hombre que no sea en su fondo un verdadero caballero ha podido ser, desde que el mundo existe, un verdadero caballero en sus modales. Dice que ningún barniz puede disimular la veta de la madera; y que cuanto más barniz se le pone, más se nota la veta. ¡Bueno! Este hombre persiguió a la señorita Havisham, declarándose enamoradísimo de ella. Creo que ella hasta entonces no había mostrado mucha sensibilidad, pero toda la que poseía apareció entonces, y amó apasionadamente a aquel hombre. No hay duda de que le idolatraba. Él explotó su afecto de un modo tan sistemático que obtuvo de ella grandes sumas, y la indujo a comprar a su hermano por un precio exorbitante su participación en la fábrica (que su padre había tenido la debilidad de legarle), bajo el pretexto de que cuando fuese su marido debía tenerlo y dirigirlo todo. En aquel tiempo la señorita Havisham aún no tenía como abogado a tu tutor, y era demasiado altanera y estaba demasiado enamorada para tomar consejo de nadie. Sus parientes eran pobres e intrigantes, a excepción de mi padre; éste era pobre también, pero no era celoso ni servil. Siendo el único de ellos que poseía un carácter independiente, le advirtió de que estaba haciendo demasiado por ese hombre, y que se estaba poniendo demasiado incondicionalmente en su poder. Ella aprovechó la primera oportunidad para echar a mi padre de su casa, con malos modos, en presencia de su novio; y mi padre no la ha vuelto a ver.

Me acordé de cuando había dicho: «Mathew vendrá a verme por fin cuando yo haya muerto sobre esta mesa», y le pregunté a Herbert si su padre seguía estando tan enojado con ella.

—No es que lo esté —dijo Herbert—, pero ella le acusó en presencia de su novio de haberse sentido defraudado en sus esperanzas de sacarle provecho adulándola; y si ahora él volvía a acercársele, parecería que era verdad: se lo parecería a ella… y hasta se lo parecería a él. Volviendo al hombre y para terminar: el día del casamiento estaba fijado, los trajes de boda comprados, el viaje de novios proyectado, las invitaciones hechas. Llegó el día, pero el novio no. Escribió una carta…

—¿Que ella recibió —interrumpí— cuando se estaba vistiendo para la boda? ¿A las nueve menos veinte minutos?

—A la hora y el minuto exactos —afirmó Herbert— en que luego hizo parar todos los relojes. Lo que decía la carta, excepto que anulaba brutalmente la boda, no lo puedo decir, porque no lo sé. Cuando ella se repuso de la grave enfermedad que esto le ocasionó, dejó toda la casa abandonada tal como la has visto, y desde entonces nunca ha vuelto a ver la luz del día.

—¿Ésta es toda la historia? —le pregunté después de reflexionar.

—Todo lo que yo sé; y a decir verdad, sólo he llegado a saberlo atando cabos; porque mi padre evita siempre hablar de ello, y ni siquiera cuando la señorita Havisham me invitó a ir a su casa, me dijo más de lo que era estrictamente necesario que supiera. Pero había olvidado una cosa. Se supone que el hombre en quien ella había puesto una confianza tan mal empleada obraba de concierto con su hermano; que se trataba de un complot entre ellos, y que se repartían los beneficios.

—No comprendo por qué no se casó y se hizo dueño de todo el caudal —dije yo.

—A lo mejor estaba ya casado, y la cruel mortificación que esto suponía para ella formaba tal vez parte del plan de su hermano —dijo Herbert—. ¡Entiéndelo bien! Yo no sé nada.

—¿Qué se hizo de los dos hombres? —pregunté después de volver a reflexionar sobre el asunto.

—Fueron hundiéndose más todavía, si es que eso es posible, en la vergüenza y la degradación… y en la ruina.

—¿Viven todavía?

—No lo sé.

—Has dicho que Estella no era pariente de la señorita Havisham, sino sólo adoptada. ¿Cuándo la adoptó?

Herbert se encogió de hombros.

—Siempre ha habido una Estella, desde que oigo hablar de la señorita Havisham. No, no sé nada más. Y ahora, Händel —dijo deshaciéndose, como si dijéramos, de la historia—, hay entre nosotros una inteligencia perfecta. Sabes ya todo lo que yo sé sobre la señorita Havisham.

—Y tú sabes —repliqué— todo lo que sé yo.

—Te creo. Por consiguiente, no puede haber entre los dos ni competencia ni recelo. Y en cuanto a la condición que se te ha impuesto para no perder tu posición actual (o sea, que no debes investigar a quién se la debes ni hablar de ello), puedes estar seguro de que jamás ni yo ni ninguno de los míos tratará de hacerte faltar a ella ni de aludir al asunto.

Verdaderamente, dijo esto con tanta delicadeza que sentí que el asunto quedaba terminado, aunque yo tuviera que vivir años y más años bajo el techo de su padre. No obstante, lo dijo con tanta intención, al mismo tiempo, que comprendí que estaba tan convencido como yo de que mi bienhechora era la señorita Havisham.

No se me había ocurrido antes que él hubiera aludido a aquel tema con el objeto de dejar bien aclarado todo lo que pudiera ser un estorbo para nuestra amistad, pero nos sentíamos tan descansados y a gusto por haber hablado de ello, que ahora me daba cuenta de que éste era el caso. Estábamos muy alegres y efusivos, y en el curso de nuestra conversación le pregunté qué era él. Me respondió:

—Capitalista… asegurador de barcos. —Supongo que me vio echar una ojeada alrededor en busca de algo relacionado con la navegación o el capital, porque añadió—: En la City.

Yo tenía formado un concepto grandioso de la riqueza e importancia de los aseguradores de barcos de la City, y empecé a pensar con temor que había tumbado de espaldas a un joven asegurador, había amoratado uno de sus emprendedores ojos y le había hecho un chirlo en la cabeza. Pero, una vez más, tuve, para tranquilidad mía, la extraña impresión de que Herbert Pocket nunca sería ni muy afortunado ni muy rico.

—No voy a contentarme con emplear mi capital solamente en el seguro de barcos. Quiero comprar además buenas acciones de seguros de vida y abrirme paso hasta la dirección. También quiero dedicarme un poco a las minas. Y ninguna de estas cosas me impedirá fletar por mi cuenta algunos millares de toneladas. Haré el tráfico —dijo, repantigándose en su silla— con las Indias Orientales: sedas, chales, especias, tinturas, drogas y maderas preciosas. Es un comercio interesante.

—¿Y da muchos beneficios? —pregunté.

—¡Tremendos! —respondió él.

Me impresionó de nuevo, haciéndome pensar que aquí había un porvenir todavía mejor que el mío.

—Me parece que también comerciaré con las Indias Occidentales —dijo, metiendo los pulgares en los bolsillos de su chaleco— en azúcar, tabaco y ron. Y también con Ceilán, especialmente en colmillos de elefante.

—Necesitarás muchos barcos —dije.

—Toda una flota —respondió.

Completamente abrumado por la magnificencia de estas transacciones, le pregunté por dónde navegaban entonces los barcos que él aseguraba.

—Aún no he empezado a asegurar —dijo—; estoy a la mira.

Esta ocupación me pareció más en consonancia con Barnard's Jun. Dije (con tono de convicción):

—¡Ah!

—Sí. Estoy en un despacho esperando una ocasión.

—¿Es provechoso un despacho? —pregunté.

—¡Ah!… ¿Para un joven que esté en uno? —preguntó él a su vez.

—Sí; para ti.

—Pues… no: para mí, no —dijo esto con el aire del que echa cuidadosamente sus cuentas y saca un balance—. Directamente provechoso, no. Es decir, no me pagan nada y he de… mantenerme.

Verdaderamente, esto no tenía aspecto de ser provechoso, y yo meneé la cabeza como dando a entender que sería difícil ahorrar mucho capital con tal fuente de ingresos.

—Pero lo importante —dijo Herbert Pocket— es que uno está a la mira. Ésta es la gran cosa. Uno está en un despacho, ¿sabes?, y está a la mira.

Esto me pareció una curiosa implicación de que uno no podía estar fuera de un despacho y estar a la mira; pero me callé, remitiéndome a su experiencia.

—Llega un día —dijo Herbert— en que uno ve su oportunidad y se agarra a ella, y hace su capital, ¡y ya está! Una vez que uno ha hecho su capital, no tiene más que emplearlo.

Esto se parecía mucho a su manera de conducir aquel encuentro en el jardín; mucho. También su manera de soportar la pobreza correspondía exactamente a su manera de soportar aquella derrota. Me pareció que recibía ahora todos los golpes y bofetadas, exactamente con el mismo aire con que recibió los míos. Era evidente que su ajuar no abarcaba más que lo estrictamente indispensable, porque todo lo que llamó mi atención resultó que lo habían traído en mi honor del café o de algún otro sitio.

No obstante, a pesar de haber hecho ya en imaginación su fortuna, hablaba de ello tan sencillamente que me movió a sentirme agradecido de que no se diera tono conmigo. Era un detalle más a añadir a sus modales naturalmente agradables y nos entendimos magníficamente. Por la noche nos dimos una vuelta por las calles, y fuimos al teatro con billetes de favor; y al día siguiente asistimos al servicio en la abadía de Westminster, y por la tarde nos paseamos por los parques; y yo me preguntaba quién herraba todos aquellos caballos y pensaba que ojalá pudiera ser Joe.

Según un cómputo moderado, hacía muchos meses, aquel domingo, que me había separado de Joe y Biddy. El espacio interpuesto entre ellos y yo participaba de esta dilatación, y nuestros marjales me parecían de lo más hermoso. Que yo hubiera podido hallarme en nuestra vieja iglesia vestido con mi viejo traje de las fiestas, y esto tan sólo el domingo último, me parecía una combinación de imposibilidades geográficas y sociales, solares y lunares. No obstante, encontraba en las calles de Londres, tan concurridas y tan brillantemente iluminadas al anochecer, deprimentes alusiones y reproches por el hecho de haber dejado la pobre y vieja cocina de mi casa. Y en mitad de la noche, los pasos de un inepto impostor de portero que rondaba por Barnard's Jun, bajo pretexto de vigilar, caían pesadamente sobre mi corazón.

El lunes por la mañana, a las nueve menos cuarto, Herbert fue al despacho para hacer acto de presencia —y también, supongo, para estar al día, y yo le acompañé. Él tenía que salir al cabo de una hora o dos para acompañarme a Hammersmith, y yo debía aguardarle. Me pareció que los huevos de donde salían los jóvenes aseguradores se empollaban con polvo y calor, como los huevos de avestruz, a juzgar por los sitios adonde acudían estos incipientes gigantes el lunes por la mañana. Tampoco la oficina a la que asistía Herbert para estar al día me pareció cosa mayor en calidad de observador, pues consistía en la parte trasera de un segundo piso, que daba a un patio de aspecto mezquino en todos los sentidos, y desde donde todo lo que se veía del mundo exterior era el interior de otro segundo piso. Estuve allí hasta cerca del mediodía y luego fui a la Bolsa, donde vi a unos hombres sentados bajo los anuncios marítimos, a los cuales tomé por grandes comerciantes, aunque no pude comprender por qué tenían que estar todos tan mohínos. Cuando llegó Herbert, fuimos a almorzar a un celebrado establecimiento que entonces me inspiró un gran respeto, pero que ahora se me antoja la más abyecta superstición de Europa, y donde no pude dejar de notar, aun entonces, que había mucha más salsa en los manteles, y en los cuchillos y en la ropa de los camareros, que en los guisos mismos. Habiendo tomado esta colación por un precio moderado (teniendo en cuenta la grasa, que no se nos cargó en cuenta), volvimos a Barnard's Jun a recoger mi maletín, y después tomamos el coche para Hammersmith. Llegamos allí a las dos o a las tres de la tarde, y tuvimos que andar muy poco para llegar a casa del señor Pocket. Levantando el picaporte de una verja, entramos directamente en un jardincillo sobre el río, donde estaban jugando los niños del señor Pocket. Y a menos que me engañe sobre un punto que nada tenía que ver con mis intereses y simpatías, vi que los niños del señor Pocket estaban siendo criados, no a fuerza de mano, sino a fuerza de caídas y batacazos.

La señora Pocket leía sentada en una silla de jardín bajo un árbol, con los pies puestos en otra silla; y las dos niñeras de la señora Pocket se distraían por allí, mientras los niños jugaban.

—Mamá —dijo Herbert—, te presento al joven Pip. —Después de lo cual, la señora Pocket acogió mi saludo con un aire de amable dignidad.

—¡Señorito Alick y señorita Jane —gritó una de las niñeras a dos de los niños—, si saltan de este modo sobre las matas, se van a caer al río, y qué dirá entonces su papá!

Al mismo tiempo esta niñera recogió el pañuelo de la señora Pocket, y dijo: «¡Es la sexta vez que lo deja usted caer, señora!». A lo cual la señora Pocket se rió y dijo: «Gracias, Flopson», y, acomodándose en una sola silla, prosiguió su lectura. Su semblante tomó inmediatamente una expresión concentrada y atenta como si hiciese una semana que estuviese leyendo, pero antes de haber podido leer media docena de líneas fijó sus ojos en mí, y dijo: «¿Cómo sigue su mamá?». Esta inesperada pregunta me puso en tal embarazo que empecé a decir, del modo más absurdo, que de existir tal persona estaba seguro de que se encontraría bien y le quedaría muy agradecida y le mandaría sus saludos, cuando la niñera vino en mi auxilio.

—¡Vaya! —exclamó, recogiendo el pañuelo—; ¡ya es la séptima vez! ¿Qué le pasa esta tarde, señora? —La señora Pocket recibió la prenda, primero con una mirada de indecible sorpresa, como si no la hubiera visto nunca, y luego riéndose, como si al fin la reconociera, y dijo:

—Gracias, Flopson. —Luego me olvidó y prosiguió su lectura.

Ahora que tenía espacio para contarlos, me di cuenta que había presentes entre caídas y batacazos no menos de seis pequeños Pockets. Apenas había llegado a este total cuando se oyó, como si fuese en la región del aire, un séptimo que lloraba lastimosamente.

—¡Pero si es el bebé! —dijo Flopson, pareciendo encontrarlo muy sorprendente—. ¡Corra arriba, Millers!

Millers, que era la otra niñera, entró en la casa, y gradualmente los gritos de la criatura fueron debilitándose y se acallaron, como si se tratara de un joven ventrílocuo a quien hubiesen metido algo en la boca. La señora Pocket no había dejado de leer en todo el rato, y yo tenía curiosidad por saber qué libro leía.

Supongo que esperábamos a que saliera el señor Pocket; en todo caso aguardábamos allí y tuve ocasión de observar el notable fenómeno de que cada vez que los niños, en sus juegos, iban a parar cerca de la señora Pocket, tropezaban y se le caían encima, siempre con grande y momentáneo asombro por parte de ella y grandes y duraderos lamentos por parte de ellos. No sabía qué pensar de esta sorprendente circunstancia, y no pude evitar hacer cábalas sobre ella, hasta que, poco a poco, Millers bajó con el bebé, el cual fue entregado a Flopson, quien iba a entregárselo a la señora Pocket, cuando ella también, con bebé y todo, fue a caer sobre la señora Pocket, y Herbert y yo tuvimos que levantarla.

—¡Dios mío, Flopson! —dijo la señora Pocket, apartando un momento sus ojos del libro—; ¡todo el mundo se cae!

—¡Dios mío, señora! —repuso Flopson muy sofocada—. ¿Qué tiene usted ahí?

—¿Aquí, Flopson? —preguntó la señora Pocket.

—¡Pero si es un taburete! —exclamó Flopson—. ¡Y si usted lo tiene así oculto bajo la falda, cómo no quiere que tropecemos con él! ¡Vamos! Coja usted al bebé, señora, y déme el libro.

La señora Pocket siguió el consejo, y desmañadamente se puso a mecer al niño en su regazo mientras los demás jugaban a su alrededor. Muy poco tiempo hacía que duraba esta situación cuando la señora Pocket dio orden de que se llevaran a los niños a la casa para que echaran un sueño. Entonces hice yo el segundo descubrimiento de aquella primera ocasión, o sea que la crianza de los pequeños Pocket consistía en una alternancia de sueños y caídas.

En estas circunstancias, cuando Flopson y Millers hubieron conducido a los niños a la casa como un pequeño rebaño de corderos, y el señor Pocket salió para conocerme, no me causó gran sorpresa ver que éste era un caballero con la gris pelambrera revuelta y, en el semblante, una expresión de perplejidad, como si no viera el modo de poner orden en nada.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

El señor Pocket dijo que se alegraba de conocerme y que esperaba que no me pesaría el conocerle a él.

«Porque, en realidad —añadió mientras su hijo sonreía—, no soy un personaje que asuste a nadie.» Era un hombre de aspecto juvenil, a pesar de su perplejidad y de tener tan grises los cabellos, y sus modales parecían perfectamente naturales. Uso la palabra natural en el sentido de desprovisto de afectación; pues había algo cómico en su aire aturdido, como si sólo dejase de ser perfectamente ridículo por el hecho de que él se daba cuenta de lo cerca que estaba de serlo. Después de hablar unos momentos conmigo, dijo, dirigiéndose a la señora Pocket, con una ansiosa contracción de las cejas, que eran negras y correctas: «Belinda, supongo que has dado la bienvenida al señor Pip». Ella levantó los ojos de su libro y dijo: «Sí». Luego me sonrió con aire distraído y me preguntó si me gustaba el sabor del agua de azahar. Como la pregunta no guardaba relación, ni de cerca ni de lejos, con nada que se hubiese dicho antes, ni que se dijese después, supongo que fue formulada únicamente, al igual que cuando había mencionado a mi madre, como una señal más o menos vaga de condescendencia.

A las pocas horas descubrí, y tanto da que lo cuente en seguida, que la señora Pocket era hija de un buen señor llegado por accidente a la dignidad de caballero, y que había inventado para su uso personal la teoría de que su difunto padre no alcanzó a ser baronet por culpa de la tenaz oposición, fundada en motivos puramente personales, de alguien, no recuerdo quién, si es que lo supe nunca: el soberano, el primer ministro, el lord canciller, el arzobispo de Canterbury…, ¡vaya a usted a saber!; y en virtud de este hecho puramente hipotético, ella se había inscrito entre los nobles de la tierra. Creo que el padre de la señora Pocket había ganado su título de caballero embistiendo a punta de pluma la gramática inglesa en una desesperada alocución escrita en pergamino con motivo de ponerse la primera piedra a algo, y ofreciendo a alguna persona real la paleta o el mortero. Sea como fuere, el buen señor había hecho educar, desde la cuna, a la señora Pocket como quien, según el orden natural de las cosas, estaba destinada a casarse con un título y a quien había que preservar de la adquisición de todo plebeyo conocimiento doméstico. Tan eficaces habían sido el cuidado y la vigilancia ejercidos sobre la joven por su juicioso padre, que aquélla alcanzó a ser altamente decorativa, pero completamente inútil e incapaz. Con un carácter tan felizmente formado, en la flor de su juventud fue a dar con el señor Pocket, quien se hallaba también en la flor de la suya, sin haber decidido aún si se encaramaría al asiento del lord canciller o si se tocaría con la mitra. Como el hacer una u otra de estas dos cosas era cuestión de tiempo, él y la señora Pocket habían cogido el tiempo por los pelos (cuando, a juzgar por su largura, parecían necesitar que los cortasen) y se casaron a espaldas del juicioso padre. El juicioso padre, no teniendo otra cosa para negar o conceder que su bendición, les había otorgado esta generosa dote, después de una breve resistencia, y había notificado al señor Pocket que su esposa era un «tesoro digno de un príncipe». El señor Pocket invirtió desde entonces el tesoro digno de un príncipe en la forma usual, y es de suponer que no le había producido sino un pobre interés. Sin embargo, la señora Pocket era, en general, objeto de una curiosa especie de respetuosa compasión por no haberse casado con un título; mientras que el señor Pocket era objeto de una curiosa especie de indulgente reproche por no haber alcanzado ninguno.

El señor Pocket me llevó a la casa y me mostró mi habitación, que era agradable y estaba amueblada de manera que pudiese servirme cómodamente como saloncito particular. Luego llamó a las puertas de otras dos habitaciones similares y me presentó a sus ocupantes, que se llamaban Drummle y Startop. Drummle, un joven de aspecto maduro y de arquitectura un poco pesada, estaba silbando. Startop, más joven en años y en aspecto, estaba estudiando, con la cabeza entre las manos, como si se creyese en peligro de hacerla estallar con una sobrecarga de conocimientos.

Tanto el señor como la señora Pocket tenían un aire tan visible de estar en manos de otra persona, que yo me pregunté quién era el que realmente estaba en posesión de la casa y les permitía vivir en ella, hasta que descubrí que este poder desconocido eran los sirvientes. Era, quizás, una buena manera de ir tirando, por lo que al ahorro de preocupaciones se refiere; pero también parecía dispendiosa, pues los criados consideraban una obligación para consigo mismos ser exigentes en el comer y beber y el obsequiar en sus sótanos a gran número de amistades. Concedían al señor y a la señora Pocket una mesa generosa; pero siempre me pareció que la mejor parte de la casa para hospedarse tenía que ser, con mucho, la cocina…, siempre suponiendo que el huésped fuese capaz de defenderse, porque antes de haber yo pasado una semana allí, una señora de la vecindad, amiga de la familia, escribió para decir que había visto cómo Millers pegaba al bebé. Esto disgustó sobremanera a la señora Pocket, quien al recibir el billete prorrumpió en llanto, diciendo que era extraordinario que los vecinos tuviesen que meterse siempre en lo que no les importaba.

Poco a poco fui enterándome, y principalmente por Herbert, de que el señor Pocket había estudiado en Harrow y en Cambridge, donde se había distinguido; pero que, al tener la felicidad de casarse tan joven con la señora Pocket, había estropeado su porvenir y había tenido que dedicarse a dar lecciones particulares. Después de habérselas con un cierto número de cerebros obtusos —cuyos padres, cuando eran influyentes, iban siempre a procurarle una buena situación, pero se olvidaban de hacerlo así que sus hijos no necesitaban más de él—, se había cansado de aquel pobre trabajo y había venido a Londres. Aquí, después de ver frustradas poco a poco sus ambiciosas esperanzas, dio clases a varias personas que no habían tenido oportunidad de aprender o la habían desaprovechado; había pulido a otras para ocasiones especiales, y había aplicado sus capacidades a la compilación y corrección literarias; y con estos recursos, añadidos a los propios muy modestos, aún sostenía la casa en la forma que yo veía.

El señor y la señora Pocket tenían una vecina muy aduladora; una dama de natural tan altamente simpática que la hacía estar de acuerdo con todo el mundo, bendecir a todo el mundo y prodigar sonrisas a todo el mundo, o llorar con todo el mundo, según las circunstancias. Esta dama era la señora Coiler, y yo tuve el honor de llevarla del brazo al comedor el día de mi instalación. Me dio a entender que era una pena para la querida señora Pocket que el señor Pocket se viera en la necesidad de recibir caballeros como alumnos en su casa. Esto no iba para mí, me dijo, en un arranque de simpatía y confianza (en aquel momento, hacía poco más de cinco minutos que nos conocíamos); si todos fuesen como yo, sería otra cosa.

—Pero la querida señora Pocket —dijo la señora Coiler—, después de su prematuro desengaño (no es que el querido señor Pocket mereciera ningún reproche por ello), necesita tanto lujo y elegancia…

—Sí, señora —dije yo interrumpiéndola, pues temía que se me echase a llorar.

—Y tiene un natural tan aristocrático…

—Sí, señora —repetí, con el mismo objeto de antes.

—Que es muy duro —dijo la señora Coiler— que el señor Pocket tenga que dedicar su tiempo y su atención a otra cosa que a la señora Pocket.

Yo no podía dejar de pensar que todavía sería más duro que fuese el tiempo y la atención del carnicero lo que se dedicase a otra cosa que a la señora Pocket; pero no dije nada, pues en realidad bastante ocupación tenía con mantener una vergonzante vigilancia sobre mi propia manera de conducirme.

Llegó a mi conocimiento, a través de lo que hablaban la señora Pocket y Drummle mientras yo estaba atento a mi cuchillo, tenedor y cuchara, copas y otros instrumentos de suicidio, que Drummle, cuyo nombre de pila era Bentley, era el heredero en segundo lugar de un título de baronet. Resultó, además, que el libro que yo había visto leer a la señora Pocket en el jardín no trataba más que de títulos y que ella sabía de fuente exacta que su abuelo habría sido inscrito en dicho libro, caso de que hubiese llegado a serlo. Drummle no decía gran cosa, pero a su modo lacónico (me pareció que era un tipo adusto) hablaba como uno de los elegidos, y trataba a la señora Coiler como a una mujer y una hermana. Nadie sino ellos y esta señora, la aduladora vecina, daba muestras de interesarse por esta parte de la conversación, que me pareció que a Herbert se le hacía penosa, y la cual llevaba trazas de durar mucho tiempo, cuando el criado entró a anunciar una calamidad doméstica. Era ésta que la cocinera había extraviado la carne de buey. Entonces, por primera vez, vi al señor Pocket desahogar sus sentimientos haciendo algo que me llenó de asombro, aunque a nadie más causó impresión, y con lo que no tardé en estar tan familiarizado como el resto de los circunstantes. Soltó el cuchillo y el trinchante —pues estaba ocupado, a la sazón, en partir la vianda—, se llevó ambas manos al revuelto cabello, y pareció hacer un esfuerzo extraordinario para levantarse tirando de él. Pero después de esto, y no habiendo obtenido resultado alguno, continuó tranquilamente su tarea.

La señora Coiler cambió entonces de conversación, y empezó a halagarme. Al principio me complació, pero me adulaba tan burdamente, que pronto se me pasó el gusto de oírla. Tenía un modo de acercarse a mí cuando fingía estar vitalmente interesada en los amigos y localidades que yo había dejado, que resultaba completamente rastrero; y cuando de vez en cuando daba un salto hacia Startop (que no decía gran cosa) o hacia

Drummle (que aún decía menos), yo los envidiaba por hallarse al otro lado de la mesa.

Después de la comida trajeron a los niños, y la señora Coiler hizo comentarios admirativos sobre sus ojos, sus narices y sus piernas —una manera sagaz de cultivar su espíritu—. Eran cuatro niñas y dos niños, además del bebé que podía ser cualquiera de las dos cosas, y del próximo sucesor del bebé, que aún no era ninguna de ellas. Habían sido introducidos por Flopson y Millers como si estos dos oficiales sin graduación vinieran de reclutar niños y hubiesen alistado a aquéllos, en tanto que la señora Pocket miraba a los que debían de haber sido jóvenes nobles como si pensara que ya había tenido el placer de inspeccionarlos antes, pero no acabara de identificarlos.

—¡Vamos! Déme su tenedor, señora, y coja al bebé —dijo Flopson—. No lo coja de ese modo, o le va a meter la cabeza debajo de la mesa.

Así advertida, la señora Pocket lo cogió por el otro lado y le puso la cabeza encima de la mesa, lo cual fue anunciado a todos los presentes por un prodigioso coscorrón.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Devuélvamelo, señora —dijo Flopson—, y usted, señorita Jane, venga a bailar para distraer al bebé.

Una de las niñas, un mero gorgojo que parecía haberse encargado prematuramente de los demás, se fue de mi lado, donde estaba, y se puso a bailar ante el bebé hasta que éste dejó de llorar y empezó a reír. Entonces todos los niños se rieron, y el señor Pocket (que mientras tanto había tratado dos veces de levantarse por los pelos) se rió y todos nos reímos y nos pusimos contentos.

Flopson, a fuerza de doblar al bebé por sus articulaciones, como si fuese una muñeca de madera, lo acomodó sin mayor quebranto en el regazo de la señora Pocket, y le dio el cascanueces para que jugase con él, recomendando al mismo tiempo a la señora Pocket que cuidase de que los mangos de aquel instrumento no dieran en los ojos de la criatura, y encargando ásperamente a la señorita Jane que hiciera lo mismo. Después, las dos niñeras salieron de la habitación y tuvieron un vivo altercado con el disoluto criadito que había servido la comida y que manifiestamente había perdido la mitad de sus botones en la mesa de juego.

Me intranquilizó ver que la señora Pocket entablaba una discusión con Drummle a propósito de los títulos de baronet, en tanto que comía unas rodajas de naranja bañadas en vino con azúcar, y olvidaba completamente a la criatura que tenía en el regazo, la cual hacía las cosas más alarmantes con su cascanueces. Por fin, la pequeña Jane, dándose cuenta del peligro que corrían los jóvenes sesos del bebé, dejó su sitio sin hacer ruido, y gracias a un sinfín de pequeñas astucias se apoderó del cascanueces. La señora Pocket, que en aquel momento terminaba de comer su naranja, y a quien esto no gustó, le dijo a Jane:

—Tú, desvergonzada. ¿Cómo te has atrevido? ¡Anda a sentarte en seguida!

—Mamita —balbució la niña—, el bebé se podía saltar los ojos.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? —replicó la señora Pocket—. ¡Anda a sentarte en seguida!

La indignación de la señora Pocket era tan abrumadora que me sentí avergonzado, como si yo mismo hubiera hecho algo para provocarla.

—Belinda —protestó el señor Pocket desde el otro extremo de la mesa —, ¿por qué eres tan poco razonable? Jane sólo ha intervenido para proteger al bebé.

—No quiero que intervenga nadie —dijo la señora Pocket con una mirada majestuosa dirigida a la inocente ofensora—. Sé lo que debo a la posición de mi abuelo. Sí, Jane.

El señor Pocket volvió a llevarse las manos al pelo, y esta vez, realmente, se levantó dos pulgadas de su asiento.

—¡Oíd esto! —exclamó desalentadamente, dirigiéndose a los elementos—. ¡Los pequeños tienen que matarse con el cascanueces, a causa de la posición del pobre abuelo de su mamá! —Luego volvió a dejarse caer en la silla y guardó silencio.

Mientras esto ocurría, todos mirábamos el mantel con embarazo. Siguió una pausa, durante la cual el leal e incorregible bebé hizo una serie de saltos y gorjeos dirigidos a la pequeña Jane, la cual me pareció el único miembro de la familia (los criados aparte) con quien mantenía una decidida relación.

—Señor Drummle —dijo la señora Pocket—, ¿quiere usted llamar para que venga Flopson? Jane, muñeca desobediente, vete a la cama. ¡Ahora, bebé, amor mío, ven con mamá!

El bebé era la esencia del honor, y protestó con todas sus fuerzas. Se dobló al revés sobre el brazo de la señora Pocket, mostró a la compañía, en vez de su dulce rostro, un par de zapatitos de ganchillo y de piernecitas llenas de hoyuelos y fue abrazado en pleno estado de rebeldía. Sin embargo, se salió con la suya, porque a los pocos minutos lo vi por la ventana mecido por la pequeña Jane.

Los cinco niños restantes se quedaron junto a la mesa, pues Flopson tenía algún compromiso particular y no había nadie más que cuidase de ellos. Fue así como advertí el estado de las relaciones entre ellos y su padre, del cual dará idea la escena siguiente: el señor Pocket, con aire de mayor perplejidad que de costumbre y con el cabello alborotado, los miró unos minutos como si no pudiese comprender cómo era que se hallaban hospedados en aquel establecimiento, y por qué la naturaleza no los había acuartelado en alguna otra casa. Después, con unas maneras distantes de misionero, les hizo ciertas preguntas, como por qué el pequeño Joe tenía aquel agujero en su delantal; y el niño dijo: «Papá, Flopson lo remendará cuanto tenga tiempo». Y cómo le había salido a la pequeña Fammy aquel moretón; y la pequeña dijo: «Papá, Millers me pondrá una cataplasma cuando se acuerde». Luego, el señor Pocket se derritió en amor paternal y les dio un chelín a cada uno, diciéndoles que se fuesen a jugar; y luego, mientras ellos salían, con otro poderoso esfuerzo para levantarse por los cabellos, alejó de sí aquella inútil preocupación.

Por la tarde había remo en el río. Como Drummle y Startop tenían cada uno un bote, resolví coger uno por mi cuenta y tratar de aventajarlos. Yo estaba bastante fuerte para la mayor parte de los ejercicios a que son aficionados los muchachos del campo, pero comprendía que me faltaba elegancia de estilo para el Támesis —por no hablar de otras aguas—, y al punto comprometí, para que me diera lecciones, al ganador de unas regatas que remaba ante nuestro embarcadero y al cual fui presentado por mis nuevos amigos. Esta práctica autoridad me llenó de confusión diciéndome que tenía los brazos de un herrero. Si hubiera sabido lo cerca que estuvo de perder a su discípulo a causa de este elogio, dudo de que me lo hubiera tributado.

A nuestro regreso nos aguardaba una cena fría y creo que le habríamos hecho buen honor de no haber sido por un desagradable incidente doméstico. El señor Pocket se hallaba del mejor humor cuando entró una criada diciendo:

—Con su permiso, señor, quisiera hablarle.

—¿Hablar al señor? —dijo la señora Pocket, cuya dignidad volvió a sentirse herida—. ¿Cómo puede usted pensar en semejante cosa? Vaya y hable con Flopson. O hábleme a mí… en otro momento.

—Con perdón de usted, señora —repuso la criada—, quisiera hablar en seguida, y con el señor.

A esto, el señor Pocket salió de la estancia y nosotros nos entretuvimos del mejor modo posible hasta que volvió.

—¡Bueno es lo que ocurre, Belinda! —dijo el señor Pocket, volviendo con el disgusto y la desesperación pintados en el semblante—. ¡En la cocina tienes a la cocinera durmiendo la mona, con un gran paquete de mantequilla en la alacena, a punto de venderlo como grasa!

La señora Pocket dio instantáneamente muestras de cariñosa emoción, y dijo:

—¡Esto es cosa de esa odiosa Sophia!

—¿Qué quieres decir, Belinda? —preguntó el señor Pocket.

—Sophia te lo ha contado —dijo la señora Pocket—. ¿No vi con mis propios ojos y oí con mis propios oídos, cómo entraba aquí ahora mismo y pedía hablarte?

—Pero ¿no me ha llevado abajo, Belinda —replicó el señor Pocket—, y no me ha mostrado a la mujer, y el paquete, además?

—¿Y tú la defiendes, Matthew —dijo la señora Pocket—, después de que viene con esos chismes?

El señor Pocket profirió un lúgubre gemido.

—¿Es que la nieta de mi abuelo no es nadie en esta casa? —dijo la señora Pocket—. Además, la cocinera ha sido siempre una mujer atenta y respetuosa, y dijo de la manera más natural, cuando vino a pedir colocación, que veía muy bien que yo había nacido para ser una duquesa.

Había un sofá donde estaba el señor Pocket, y éste se desplomó en él en la actitud del gladiador moribundo. En ella continuaba cuando, al juzgar yo conveniente retirarme, me dijo con voz cavernosa:

—Buenas noches, señor Pip.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Pasados dos o tres días, después de haberme instalado en mi habitación y de haber ido varias veces a Londres a encargar todo lo que necesitaba de mis proveedores, el señor Pocket y yo tuvimos una larga conversación. Sabía más que yo mismo acerca de mi porvenir, porque mencionó que el señor Jaggers le había dicho que no se me destinaba a ninguna profesión, y que me hallaría lo bastante bien preparado para mi destino si podía estar a la par de la mayoría de los jóvenes en próspera situación. Yo, naturalmente, asentí a ello, pues no se me ocurría nada en contra.

Me aconsejó la asistencia a ciertos sitios de Londres para la adquisición de los simples rudimentos que me hacían falta, y que le invistiera a él con las funciones de aclarador y director de todos mis estudios. Esperaba que con una ayuda inteligente no encontraría dificultades que pudieran desalentarme, y que pronto me hallaría en situación de poder prescindir de todo auxilio que no fuera el suyo. Por el modo de decirme esto, y muchas otras cosas encaminadas al mismo fin, se expuso admirablemente en términos de confianza conmigo; y puedo declarar que siempre se mostró tan celoso y honrado en el cumplimiento de su obligación conmigo, que me hizo ser celoso y honrado en el cumplimiento de la mía con él. Si, como maestro, me hubiera mostrado indiferencia, no dudo de que yo le hubiera devuelto el cumplido; pero no me dio tal excusa, y ambos nos hicimos mutuamente justicia. Tampoco vi que tuviera nunca nada de ridículo –ni nada que no fuese serio, honrado y bueno– en su trato de preceptor conmigo.

Cuando todo esto estuvo decidido y puesto en marcha, hasta el punto de que yo había ya empezado a trabajar de veras, se me ocurrió que, si podía conservar mi habitación en Barnard's Jun, mi vida sería agradablemente variada, al paso que mis modales no perderían nada con la compañía de Herbert. El señor Pocket no se opuso a este arreglo, pero me indicó que antes de intentar ponerlo en práctica, sería conveniente que lo sometiera a la aprobación de mi tutor. Comprendí que su escrúpulo nacía de que el plan implicaba algún ahorro en los gastos de Herbert; así pues, fui a Little Britain y comuniqué mi deseo al señor Jaggers.

–Con que pudiera comprar tan sólo los muebles que ahora hay alquilados para mí –dije– y una o dos cositas más, me hallaría perfectamente instalado.

–¡Vamos! –dijo el señor Jaggers, con una áspera risa–. Ya le dije yo que saldría usted adelante. ¡Bueno! ¿Cuánto necesita?

Dije que no lo sabía.

–¡Venga! –replicó el señor Jaggers–. ¿Cuánto? ¿Cincuenta libras?

–Oh, no tanto.

–¿Cinco libras? –dijo el señor Jaggers.

Esto era una rebaja tan grande que dije con desaliento:

–¡Oh! Más que eso.

–Más que eso, ¿eh? –respondió el señor Jaggers, acechándome con las manos en los bolsillos, la cabeza ladeada y los ojos clavados en la pared detrás de mí–. ¿Cuánto más?

–Es difícil fijar una suma –dije yo vacilando.

–¡Ea! –dijo el señor Jaggers–. Vamos a ver si lo acertamos. ¿Bastará con dos veces cinco? ¿Bastará con tres veces cinco? ¿Bastará con cuatro veces cinco?

Dije que me parecía que bastaría sobradamente.

–Con cuatro veces cinco bastará sobradamente, ¿no es eso? –dijo el señor Jaggers frunciendo el ceño–. ¿Qué entiende usted por cuatro veces cinco?

–¿Qué entiendo yo?

–¡Sí! –dijo el señor Jaggers–. ¿Qué cantidad?

–Supongo que usted quiere decir veinte libras –dije, sonriendo.

–No le importe lo que yo quería decir, amigo –observó el señor Jaggers con un movimiento de cabeza sagaz y contradictorio–. Quiero saber lo que usted entiende por ello.

–Veinte libras, naturalmente.

–¡Wemmick! –dijo el señor Jaggers, abriendo la puerta de su despacho–. Que le firme el señor Pip un recibo y déle veinte libras.

Esta extraña y enérgica manera de conducir un asunto produjo en mí una fuerte impresión, y no de las agradables. El señor Jaggers no se reía nunca, pero llevaba unas grandes y brillantes botas que crujían, y al balancearse sobre ellas, con su gran cabeza inclinada, y las cejas juntas, aguardando una respuesta, a veces las hacía crujir, como si las botas riesen de una manera seca y recelosa. Como él se fue entonces, y como Wemmick estaba animado y hablador, le dije a éste que no acababa de comprender las maneras del señor Jaggers.

–Dígaselo a él, y lo tomará como un cumplido –respondió Wemmick–; no es su propósito que usted las comprenda. ¡Oh! –porque yo parecía sorprendido–, no es cosa personal; es profesional; únicamente profesional.

Wemmick estaba sentado en su escritorio almorzando –y ronzando– un bizcocho seco y duro, del cual se echaba trozos, de vez en cuando, en la rendija de la boca como si los echara en un buzón de correos.

–Siempre me ha producido el efecto –dijo Wemmick– del que tiene puesta una trampa para hombres y la está vigilando. De pronto, ¡clic!, uno que cae.

Sin hacerle notar que las trampas para hombre no figuran entre las amenidades de la vida, dije que suponía que el señor Jaggers era muy hábil.

–Profundo –dijo Wemmick– como Australia. –Y señaló con la pluma el suelo de la oficina, para expresar que, a los efectos de aquella imagen, Australia se hallaba en el punto diametralmente opuesto del globo–. Si hubiese algo más profundo –añadió Wemmick, volviendo la pluma al papel–, así sería él.

Entonces yo dije que me parecía que el despacho del señor Jaggers era un negocio magnífico, y Wemmick dijo:

–¡De los mejores! –Luego pregunté si había muchos dependientes; a lo cual respondió–: No tenemos muchos, porque sólo hay un Jaggers y la gente quiere tratar directamente con él. No somos más que cuatro. ¿Le gustaría verlos? Usted ya es de lo nuestros, podríamos decir.

Acepté el ofrecimiento. Cuando el señor Wemmick hubo echado todo su bizcocho al buzón y me hubo pagado el dinero, sacándolo de una caja de caudales que abrió con una llave que llevaba guardada en la espalda, de donde la sacó por el cuello de la camisa como una especie de coleta de hierro, fuimos arriba. La casa era oscura y destartalada, y los hombros grasientos que habían dejado su señal en el despacho del señor Jaggers parecían haberse restregado por las paredes de la escalera durante muchos años. En la parte delantera del primer piso, un dependiente con un aire mitad de tabernero y mitad de cazador de ratones –un hombrón pálido y abotagado– estaba muy ocupado con tres o cuatro personas de aspecto desastrado, a quienes trataba sin ninguna ceremonia, como eran tratados, al parecer, todos los que contribuían a llenar las arcas del señor Jaggers. «Preparando las pruebas –dijo el señor Wemmick, cuando salimos– para un juicio.» En la habitación de enfrente, un hombrecillo flaco, con cara de perro y una larga melena colgante (como si se hubiesen olvidado de esquilarle desde que era cachorro), estaba similarmente entretenido con un hombre corto de vista, a quien el señor Wemmick me presentó como un fundidor que tenía siempre el crisol en el fuego, y que me fundiría cualquier cosa que yo deseara... y que sudaba copiosamente, como si hubiera ensayado su arte consigo mismo. En una estancia de la parte de atrás, un hombre cargado de hombros, con el rostro hinchado por una fluxión y envuelto en una sucia franela, que vestía un traje negro y viejo que parecía encerado, se encorvaba sobre el papel poniendo en limpio las notas de los otros dos caballeros para uso del señor Jaggers.

Ésta era toda la oficina. Cuando volvimos abajo, Wemmick me llevó al despacho de mi tutor, diciendo:

–Esto ya lo ha visto usted.

–Oiga –dije, al ver por segunda vez las dos horribles mascarillas–. ¿A quién representan estas caras?

–¿Éstos? –dijo Wemmick, subiéndose a una silla y soplando en las horribles cabezas para quitarles el polvo antes de bajarlas–. Éstos son dos hombres célebres. Famosos clientes nuestros que nos dieron mucho nombre. Este individuo (habrás bajado por la noche a mirar dentro del tintero, viejo perillán, que te has manchado en la ceja) asesinó a su señor, y, considerando que no se le pudo probar, no lo planeó mal del todo.

–¿Se le parece? –pregunté yo, retrocediendo ante aquella fiera, mientras Wemmick escupía en su ceja y la frotaba luego con su manga.

–¿Si se le parece? Es el mismo. ¿Sabe usted? La mascarilla fue sacada en Newgate, inmediatamente después de descolgarle. Sentías cierta debilidad por mí, ¿eh, viejo astuto? –dijo Wemmick. Luego explicó este afectuoso apóstrofe tocando el broche que representaba la señora y el sauce llorón junto a la tumba y la urna–. ¡Lo mandó hacer expresamente para mí!

–¿Representa a alguien la señora? –dije.

–No –respondió Wemmick–. Fue solamente una broma suya. (Te gustaba un poco de broma, ¿no es cierto? No; no había señora alguna en este caso, señor Pip, salvo una... y no tenía un porte tan esbelto y señoril; ni la habría usted atrapado mirando esta urna, a no ser que hubiese en ella algo que beber.

Dirigida así la atención de Wemmick hacia su broche, dejó a un lado la mascarilla y se puso a limpiarlo con su pañuelo.

–Y el otro personaje, ¿tuvo el mismo fin? –pregunté–. Tiene el mismo semblante.

–Es verdad –dijo Wemmick–. Es el semblante característico. Como si tuviese una aleta de la nariz con un anzuelo que tirase para arriba. Sí; tuvo el mismo fin; un fin natural aquí, se lo aseguro. Falsificaba testamentos, este calavera, cuando no adormecía para siempre a los supuestos testadores. Tú eras un gachó distinguido, sin embargo, –apostrofaba de nuevo el señor Wemmick–, y decías que sabías escribir en griego. ¡Un fanfarrón! Qué embustero eras. ¡Nunca vi un embustero como tú! –Antes de volver a su difunto amigo al anaquel, Wemmick tocó la mayor de sus sortijas de luto–. La mandó comprar para mí la víspera misma.

Mientras subía la otra mascarilla y bajaba de la silla, cruzó por mi cabeza la idea de que todas sus alhajas personales procedían de fuentes parecidas. Como él no había mostrado cortedad respecto al asunto, me tomé la libertad de preguntárselo cuando lo tuve otra vez ante mí sacudiéndose el polvo de las manos.

–¡Oh, sí! –respondió–. Todos son regalos de esta clase. Uno trae otro, ¿sabe usted? Yo los acepto siempre. Son curiosidades. Y algo valen. Puede que no sea mucho, pero algo valen y se pueden llevar encima. Para usted con su brillante perspectiva, no representan nada, pero por lo que a mí toca, mi lema ha sido siempre: Hazte con bienes que se puedan llevar encima.

Cuando hube rendido homenaje a la sabiduría de esta sentencia, él continuó en tono amistoso:

–Si alguna vez, cuando no tenga nada mejor que hacer, no le importa ir a visitarme a Walwoith, le puedo ofrecer una cama, y lo consideraré un honor. No tengo gran cosa que enseñarle, pero hay dos o tres curiosidades que quizá le gustaría ver, y me gusta poseer un pedacito de jardín y un cenador.

Le dije que estaría encantado de aceptar su hospitalidad.

–Gracias –dijo–. Entonces queda convenido para cuando usted lo estime conveniente. ¿Ha comido ya con el señor Jaggers?

–Aún no.

–Bueno –dijo Wemmick–, le dará vino, y buen vino. Le dará ponche, y no un mal ponche. Y ahora le diré una cosa. Cuando vaya a comer con el señor Jaggers fíjese en su criada.

–¿Veré algo muy extraordinario?

–Hombre –dijo Wemmick–, verá usted una fiera domesticada. No es una cosa tan extraordinaria, me dirá usted. Yo le respondo que eso depende de la fiereza original de la bestia y del grado de su domesticidad actual.

Esto no disminuirá el concepto que usted tiene de las facultades del señor Jaggers. No deje de fijarse.

Le dije que lo haría con todo el interés y curiosidad que esta advertencia me inspiraba. Como yo me despidiera, me preguntó si no me gustaría dedicar cinco minutos a ver al señor Jaggers «en ello».

Por varias razones, y no la menor porque no sabía con claridad en qué vería al señor Jaggers, respondí afirmativamente. Nos metimos por la City y fuimos a parar a una sala de los juzgados donde un pariente de sangre (en el sentido homicida) del difunto aquel que tenía la caprichosa afición a los broches, se hallaba en el banquillo mascando algo nerviosamente, en tanto que mi tutor estaba interrogando a una mujer y metiéndole, a ella, al tribunal y a todos los presentes, el miedo en el cuerpo. Si alguien, de la categoría que fuera, decía algo que no le sentaba bien, instantáneamente pedía «que constara por escrito». Si alguien se negaba a confesar algo, decía: «Ya se lo arrancaré yo»; y si alguien confesaba algo, decía: «Ya le tengo cogido». Los magistrados temblaban sólo de ver cómo se mordía el dedo. Los ladrones y los guardias estaban pendientes de sus palabras con temeroso arrobamiento y se estremecían cada vez que un pelo de sus cejas se volvía en dirección a ellos. No pude entender de qué parte estaba mi tutor, porque me pareció que estaba moliendo a toda la sala en su molino; sólo sé que en el momento en que salí de puntillas no estaba de parte de los magistrados, porque estaba produciendo grandes convulsiones bajo la mesa en las piernas del caballero que presidía, con sus denuncias contra la conducta de éste como representante de la ley y la justicia inglesas en aquel sillón y en aquel día.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Bentley Drummle, que era un muchacho tan adusto que hasta cuando cogía un libro lo hacía como si su autor le hubiera agraviado, no era más agradable cuando se trataba de hacer nuevos conocidos. Pesado de figura, tardo de movimientos y de comprensión —por la indolente expresión de su rostro, por la lengua gruesa y torpe que parecía recostarse en su boca del mismo modo que él se recostaba por todas partes en una habitación—, era holgazán, engreído, cicatero, reservado y suspicaz. Pertenecía a una rica familia de Somersetshire que había cultivado en él esta combinación de cualidades hasta que descubrieron que ya llegaba a su mayoría de edad y aún era un zote. Era, pues, por esta razón por la que Bentley Drummle había sido puesto de alumno en casa del señor Pocket cuando ya aventajaba de una cabeza la altura de este caballero y de media docena de cabezas el grueso de la mayoría de los caballeros.

Startop había sido viciado por una madre débil que le había retenido en casa cuando habría tenido que estar en la escuela, pero él sentía por ella un gran afecto y la admiraba desmedidamente. Tenía la delicadeza de facciones de una mujer, y era —«como puede usted ver, aunque no la haya visto nunca», me decía Herbert— igualito que su madre. Era, pues, muy natural que yo le tomara más cariño a él que a Drummle, y que ya en nuestros primeros paseos en bote volviéramos los dos a casa con los botes emparejados, conversando de uno a otro, mientras Bentley venía rezagado junto a la ribera y metido entre los juncos. Siempre iba siguiendo la orilla como alguna recelosa criatura anfibia, hasta cuando habría podido aprovechar el impulso de la marea; y siempre le recuerdo siguiéndonos en la sombra o por el remanso, mientras nuestros dos botes se destacaban a la luz del sol o al claro de luna en medio de la corriente.

Herbert era mi amigo y compañero íntimo. Le regalé la mitad de la propiedad de mi bote, lo cual le dio ocasión para venir con frecuencia a Hammersmith; y mi posesión de la mitad de su alojamiento me llevaba a mí con frecuencia a Londres. Acostumbrábamos andar entre los dos sitios a todas horas. Yo conservo todavía por aquel camino (aunque no sea ahora un camino tan agradable como entonces) un afecto formado en la impresionabilidad de una juventud y una esperanza vírgenes.

Llevaba ya uno o dos meses con la familia Pocket cuando un día comparecieron el señor y la señora Camilla. Camilla era la hermana del señor Pocket. Georgiana, a quien había visto en casa de la señorita Havisham en la misma ocasión, también compareció. Era una prima, una solterona indigesta que llamaba religión a su rigidez, y corazón a su hígado. Esta gente me aborrecía con el aborrecimiento de la codicia y el despecho. Por supuesto, ante mi prosperidad, me adulaban con la mayor bajeza. Hacia el señor Pocket, como si se tratara de un niño grande que no sabe lo que le conviene, mostraban la superior indulgencia que ya les había oído expresar. A la señora Pocket la despreciaban, pero concedían que la pobrecita había recibido de la vida una tremenda decepción, porque esto proyectaba una débil luz que se reflejaba sobre ellos mismos.

Éste era el ambiente en medio del cual me asenté y me apliqué a mi propia educación. Pronto contraje hábitos dispendiosos y empecé a gastar sumas que unos meses antes me habrían parecido casi fabulosas, pero, a pesar de todo, nunca abandoné mis libros. No había otro mérito en esto que el de tener suficiente sentido común para comprender mis propias deficiencias. Entre el señor Pocket y Herbert progresé rápidamente; y con el uno o el otro siempre a mano para darme el impulso necesario y desembarazarme de obstáculos el camino, habría tenido que ser un zopenco tan grande como Drummle para haber hecho menos.

Hacía unas semanas que no había visto al señor Wemmick cuando se me ocurrió escribirle unas líneas ofreciéndole mi visita para una de aquellas tardes. Me respondió que le causaría mucho placer y que me esperaría a las seis en la oficina. Y allí fui y allí le encontré metiéndose la llave del arca por la espalda en el preciso momento de sonar el reloj.

—¿Pensaba usted ir a Walworth andando? —me dijo.

—Ciertamente —dije—, si le parece bien.

—Mucho —fue la respuesta de Wemmick—, porque he tenido las piernas metidas bajo la mesa todo el día y me gustará estirarlas. Ahora voy a decirle lo que tenemos para cenar. Tenemos estofado de vaca hecho en casa y pollo asado, traído de la fonda. Confío que será tierno, porque el dueño de la fonda fue jurado en un caso nuestro el otro día y le soltamos pronto. Se lo he recordado al comprarle el pollo, y le he dicho:

»—Escójalo usted bien, viejo bretón, porque si nos hubiera dado la gana de retenerlo en el estrado uno o dos días más, podríamos haberlo hecho fácilmente.

»Él me dijo:

»—Permítame que le regale el mejor pollo que tengo.

Desde luego, se lo permití. Siempre es algo de valor y en cierto modo se puede llevar. Espero que usted no tendrá prevención contra los viejos.

Creí en verdad que aún hablaba del pollo, hasta que añadió:

—Porque tengo en casa a mi anciano padre.

Entonces yo dije lo que exigía la cortesía.

—¿Así que usted aún no ha comido con el señor Jaggers? —prosiguió mientras andábamos.

—Todavía no.

—Así me lo ha dicho esta tarde, cuando oyó que usted iba a venir. Espero que le invitará mañana. Va a invitar también a sus amigos. Son tres, ¿no es cierto?

Aunque no tenía costumbre de contar a Drummle entre mis compañeros íntimos, respondí:

—Sí.

—Bien; va a invitar a toda la cuadrilla —no me sentí muy halagado por la expresión—; y cualquier cosa que les dé, será buena. No espere usted variedad, pero tendrá excelencia. Y hay otra cosa singular en su casa —prosiguió tras una pausa, como si se sobrentendiera que esto seguía a la observación hecha días antes sobre la criada—: nunca permite que se cierre por la noche ninguna puerta ni ventana.

—¿No le han robado nunca?

—¡Ésa es la cuestión! —respondió Wemmick—. Él dice públicamente: «Me gustaría ver quién es el hombre capaz de robarme». ¡Válgame Dios! Le he oído decir por lo menos un centenar de veces a más de un revientapisos: «Tú sabes dónde vivo; nunca se echan allí las aldabas; ¿por qué no pruebas a dar un golpe en mi casa? Vamos, ¿no te tiento?». Ni uno de ellos, señor, tendría el valor de hacerlo, ni por afición ni por dinero.

—¿Tanto le temen? —pregunté.

—¡Temerle! —dijo Wemmick—. ¡Y de qué modo! Aunque no deja de haber algo de socarronería en este modo de desafiarlos. Porque no hay plata en la casa. Todo es de metal blanco.

—Entonces no obtendrían gran cosa —observé yo—, aun en el caso de que…

—¡Ah! Pero él sí obtendría, y mucho —interrumpió Wemmick—, y ellos lo saben. Obtendría sus vidas y las vidas de muchos como ellos. Se cobraría todo lo que pudiera. Y es indecible lo que podría cobrarse, si se le metiera en la cabeza.

Estaba meditando en la grandeza de mi tutor, cuando Wemmick observó:

—En cuanto a la ausencia de plata, esto es cosa de su sagacidad natural. Un río tiene su profundidad natural y él tiene su profundidad natural. ¿Ha visto usted la cadena de su reloj? ¡Ésa sí que es de verdad!

—¿Es muy maciza? —dije yo.

—¿Maciza? —repitió Wemmick—. Ya lo creo. Y su reloj es de oro y de repetición, y vale, por lo menos, cien libras. Señor Pip, hay unos setecientos ladrones en esta ciudad que conocen ese reloj; no hay entre ellos hombre, mujer o niño que no sea capaz de reconocer el más pequeño eslabón de su cadena, y que no la soltase como si estuviera ardiendo si alguien se la ponía en sus manos.

Primero con este discurso y luego con conversaciones de carácter más general, el señor Wemmick y yo entretuvimos el tiempo y el camino hasta que me indicó que habíamos llegado al barrio de Walworth.

Resultó ser una colección de callejas, zanjas y jardincillos que ofrecían el aspecto de un retiro algo melancólico. La casa de Wemmick era una casita de madera erigida entre retazos de jardín, con la parte superior recortada y pintada, imitando una batería con sus cañones.

—La he hecho yo —dijo Wemmick—. Resulta bien, ¿no es cierto?

Se la alabé mucho. Creo que era la casa más pequeña que yo había visto; con unas curiosas ventanas góticas (simuladas las más de ellas) y una puerta gótica, casi demasiado pequeña para permitir el paso.

—Ésta es un asta de veras, ¿ve usted? —dijo Wemmick—, y los domingos izo una bandera de veras. Y mire aquí. Después de cruzar este puente, lo levo, así, y corto toda comunicación.

El puente era una plancha y cruzaba un foso de cuatro pies de anchura y dos de profundidad. Pero resultaba muy divertido ver con qué orgullo lo levaba y lo aseguraba, sonriendo mientras tanto con verdadero placer y no de un modo maquinal.

—Cada día a las nueve de la noche (hora de Greenwich) —dijo Wemmick— se dispara el cañón. Está allí, ¿ve usted? Y cuando le oiga tronar, ya verá usted si es cosa de broma.

La pieza de ordenanza en cuestión estaba montada en una fortaleza aparte, construida con enrejado de listones. Estaba protegido de la intemperie por un artefacto de encerado en forma de paraguas.

—Y en la parte de atrás —dijo Wemmick—, fuera de la vista, para no perjudicar la perspectiva de una fortificación, pues es mi principio que cuando se tiene una idea hay que llevarla a cabo sin estropearla… No sé si usted es de esta opinión.

Dije que lo era, resueltamente.

—En la parte de atrás hay un cerdo, y gallinas y conejos, y además un huertecito donde crío pepinos; y usted juzgará, a la hora de la cena, qué clase de ensalada me da. Así, señor —dijo Wemmick sonriendo de nuevo, pero al mismo tiempo muy en serio, en tanto que meneaba la cabeza—, suponiendo que la casa se viese sitiada, podría resistir una barbaridad de tiempo, por lo tocante a las provisiones.

Luego me condujo a un cenador, situado a unas doce yardas de donde estábamos, pero al cual se iba por un camino tan ingeniosamente complicado que se tardaba mucho tiempo en llegar; y en este retiro hallamos preparadas nuestras copas. Nuestro ponche se estaba enfriando en un lago ornamental a cuya orilla se levantaba el cenador. Este lienzo de agua (con una isla en el centro que podía haber sido la ensalada para la cena) era de forma circular, y el señor Wemmick había construido en él una fuente que, cuando uno ponía en marcha un pequeño molino y quitaba el tapón a un caño, manaba con tanta fuerza que llegaba a mojar el dorso de la mano.

—Yo soy mi ingeniero, mi carpintero, mi fontanero, mi jardinero y mi sabelotodo —dijo Wemmick en respuesta a mis felicitaciones—. Bien; es una gran cosa, ¿sabe usted? Le quita a uno las telarañas de Newgate y alegra al anciano. ¿No le importará que le presente ahora al anciano? ¿No le incomodará?

Le manifesté el agrado que ello me proporcionaría y nos dirigimos al castillo. Allí encontramos, sentado junto al fuego, a un viejo muy viejo envuelto en una chaqueta de franela: limpio, alegre, cómodo y bien cuidado, pero sordo como una tapia.

—¡Hola, viejecito! —dijo Wemmick, estrechándole la mano en un estilo cordial y jocoso—; ¿cómo está usted?

—¡Muy bien, John; muy bien! —respondió el anciano.

—Aquí tiene al señor Pip, viejecito mío —dijo Wemmick—, y ojalá pudiera usted oír su nombre. Salude con la cabeza, señor Pip; es lo que le gusta. ¡Vaya saludándole, haga el favor!

—Mi hijo tiene aquí una hermosa propiedad, señor —chilló el anciano, mientras yo movía la cabeza con toda la energía posible—. Es un parque de recreo, señor. Este sitio con todas sus preciosidades tendría que ser conservado por la nación, una vez que mi hijo haya muerto, para esparcimiento del pueblo.

—Está usted orgulloso de ello, ¿no es cierto, papaíto? —dijo Wemmick, contemplando al anciano con el semblante dulcificado por una expresión de verdadera ternura—; ahí va un saludo para usted —y le hizo una tremenda reverencia—; y ahí va otro —con una todavía más tremenda —; le gusta, ¿verdad? Si no está usted cansado, señor Pip, aunque ya sé que esto cansa a los extraños, ¿quiere usted obsequiarle con otro saludo? No sabe usted lo que esto le agrada.

Le obsequié con unos cuantos más y él se puso muy alegre. Le dejamos levantándose para dar de comer a las gallinas y fuimos a tomar nuestro ponche en el comedor, donde Wemmick me dijo, mientras fumaba una pipa, que le había llevado un montón de años llevar la propiedad a su actual estado de perfección.

—¿Es propiedad suya, señor Wemmick?

—¡Oh, sí! —dijo el señor Wemmick—. La he ido adquiriendo poco a poco. Está libre de cargas, a fe mía.

—¿De veras? Supongo que el señor Jaggers la admira.

—No la ha visto nunca —dijo Wemmick—. Ni siquiera ha oído hablar de ella. No ha visto nunca al anciano. No sabe que exista. No; una cosa es la oficina, y otra, la vida privada. Cuando entro en la oficina procuro olvidar el castillo, y cuando entro en el castillo, procuro olvidar la oficina. Si no le resulta a usted desagradable, le agradeceré que haga usted lo mismo. No deseo que se hable de ello en el terreno profesional.

Desde luego, sentí que la buena fe me obligaba a acceder a su deseo. Como el ponche era muy bueno, permanecimos allí bebiendo y charlando hasta cerca de las nueve.

—Se acerca la hora del cañonazo —dijo Wemmick, dejando su pipa sobre la mesa—. Es la delicia del anciano.

Entrando de nuevo en el castillo, encontramos al anciano calentando el hurgón con mirada expectante, como preliminar de aquella gran ceremonia cotidiana. Wemmick permaneció reloj en mano hasta que llegó el momento de tomar el caldeado hurgón de las del anciano para dirigirse a la batería. Lo cogió, salió y al cabo de poco el cañón disparó con tal estruendo que la frágil casita se estremeció como si fuera a deshacerse en pedazos, y todos los cristales y tazas resonaron. A lo cual el anciano —que me imagino que, de no haberse agarrado a los brazos de su sillón, habría sido arrojado de él — gritó entusiasmado: «Ha disparado. ¡Lo he oído!». Y yo estuve haciendo reverencias al viejo caballero hasta que sin hipérbole puedo decir que llegó un momento en que no le podía ver.

El intervalo entre el cañonazo y la hora de la cena lo consagró Wemmick a mostrarme su colección de curiosidades. La mayoría de ellas eran de carácter criminal: comprendían la pluma con que se había cometido una célebre falsificación, una o dos navajas notables, unos mechones de pelo y varias confesiones escritas después de la condena, a las cuales el señor Wemmick atribuía especial valor por ser, según sus propias palabras, «todas y cada una de ellas, señor, un hatajo de mentiras». Todo esto estaba agradablemente distribuido entre pequeñas muestras de cristal y porcelana, varias primorosas chucherías hechas por el propietario del museo, y algunas tabaqueras esculpidas por el anciano. Estaba todo expuesto en aquella sala del castillo donde se me había introducido al principio, y que no sólo servía de cuarto de estar, sino también de cocina, a juzgar por una cacerola que había sobre la repisa interior de la chimenea y un elegante aparatito de bronce que, colgado encima del hogar, parecía destinado a sostener un asador.

Servía una pulcra criadita que cuidaba del anciano durante el día. En cuanto hubo puesto la mesa, se bajó el puente levadizo para permitirle la salida, y se retiró por aquella noche. La cena fue excelente y, aunque el castillo estaba atacado por la carcoma hasta el punto de oler a nuez podrida, y aunque nada se habría perdido con que el cerdo estuviese algo más lejos, disfruté sinceramente con el convite. Tampoco había tacha que poner a mi pequeño dormitorio de la torrecilla, salvo que entre yo y el asta de la bandera se interponía un techo tan endeble que, una vez me hube acostado boca arriba, me pareció que aquel palo tenía que estar toda la noche sosteniéndose en equilibrio sobre mi frente.

Wemmick se levantó temprano el día siguiente, y temo haberle oído limpiar mis botas. Después de esto, se puso a trabajar en el jardín, y desde mi ventana gótica le vi fingir que contaba con la ayuda del anciano y hacer reverencias a éste, del modo más afectuoso. Nuestro desayuno fue tan bueno como la cena, y a las ocho y media en punto tomamos el camino de Little Britain. Poco a poco y a medida que avanzábamos, Wemmick fue haciéndose más seco y más duro y su boca volvió a tomar la forma de un buzón de correos. Y cuando por fin llegamos a la oficina y sacó la llave por el cuello de la camisa, parecía tan olvidado de su propiedad en Walworth, como si el castillo, el puente, el lago, el cenador, la fuente y el anciano se hubieran convertido en humo con el último disparo del cañón.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Ocurrió, como me había anunciado Wemmick, que pronto tuve ocasión de comparar la casa de mi tutor con la de su pasante y cajero. Mi tutor estaba en su despacho lavándose las manos con su jabón de olor cuando entré en la oficina procedente de Walworth. Me llamó y me hizo, para mí y mis amigos, la invitación que Wemmick me había preparado para recibir. «Sin cumplidos —especificó— ni traje de etiqueta y pongámoslo para mañana.» Le pregunté dónde teníamos que ir (porque no tenía idea alguna de dónde vivía) y, obedeciendo, supongo yo, a su general repugnancia hacia todo lo que pudiera parecer una concesión, dijo: «Vengan ustedes aquí, y los llevaré a mi casa». Aprovecho esta oportunidad para observar que se lavaba las manos después de recibir a un cliente como podía haber hecho un cirujano o un dentista. Tenía en su despacho un rincón dispuesto a este fin, que olía como la tienda de un perfumista. Detrás de la puerta, tenía una toalla enrollada de desusadas dimensiones, y siempre que llegaba del tribunal o despedía a un cliente se lavaba las manos y se las enjugaba y secaba con esta toalla. Cuando mis amigos y yo fuimos a buscarle a las seis de la tarde del día siguiente, parecía haber estado ocupado en un caso más negro que de costumbre, porque lo encontramos metido en su rincón lavándose no sólo las manos, sino también la cabeza, y además haciendo gárgaras. Y después de todo esto y de haber usado la toalla en toda su extensión, todavía, antes de ponerse el frac, sacó su cortaplumas del bolsillo y se limpió las uñas con él.

Como de costumbre, al llegar a la calle, encontramos algunas personas que le aguardaban con evidentes deseos de hablarle, pero había algo tan concluyente en el halo de jabón perfumado que rodeaba su persona que por aquel día abandonaron su intento. Mientras andábamos en dirección al oeste, fue reconocido de vez en cuando por alguna cara entre el gentío que llenaba las calles, y cada vez que esto ocurría me hablaba con voz más fuerte; pero nunca reconoció a nadie de otro modo, ni dio señales de notar que nadie le reconociera.

Nos llevó a Gerard Street, en el Soho, a una casa del lado sur de la calle. Una casa de aspecto imponente, pero muy necesitada de que la repintaran y con los cristales sucios. Sacó su llave y abrió la puerta, y entramos todos en un recibimiento de piedra, desnudo, sombrío y poco usado. Subimos por una oscura escalera a una serie de tres oscuras habitaciones del primer piso. Había unas guirnaldas esculpidas en los arrimaderos de las paredes, y mientras él estaba entre ellas dándonos la bienvenida, yo sé a qué clase de nudos se me antojó que se parecían.

La comida estaba dispuesta en la mejor de estas habitaciones; la segunda era su tocador; la tercera, su dormitorio. Nos dijo que tenía alquilada toda la casa, pero que rara vez utilizaba más de lo que veíamos. La mesa estaba bien puesta —nada de plata, desde luego— y al lado de su silla el señor Jaggers tenía un espacioso torno con una variedad de botellas y garrafas y cuatro fuentes de fruta para postre. Observé durante la comida que lo tenía todo al alcance de la mano y lo distribuía todo por sí mismo.

Había una librería en la habitación; y vi, por los títulos de los libros, que todos eran sobre pruebas, derecho penal, biografías de criminales, procesos, leyes del Parlamento, y cosas parecidas. El mobiliario era todo muy sólido y bueno como su cadena. Tenía, sin embargo, un aire oficial y no se veía en él nada que fuera puramente ornamental. En un rincón había una mesita con papeles y una lámpara de pantalla, lo cual hacía pensar que también en este punto el señor Jaggers se traía el despacho a casa y lo sacaba por las noches para ponerse a trabajar.

Como apenas había visto a mis tres compañeros hasta entonces —porque había andado siempre a mi lado—, se quedó ante la chimenea, después de tirar del cordón de la campanilla y les asestó una mirada escrutadora. Con gran sorpresa mía, desde el principio pareció interesarse por Drummle de un modo especial y casi exclusivo.

—Pip —dijo, poniéndome la manaza en el hombro y llevándome a la ventana—. No sé cuál es uno ni cuál es otro. ¿Quién es el araña?

—¿El araña? —pregunté.

—Este muchacho pecoso, macizo y huraño.

—Es Bentley Drummle —respondí—. El del rostro delicado es Startop.

No haciendo el menor caso del «del rostro delicado», repuso:

—¿Bentley Drummle, se llama? Me gusta el aspecto de ese muchacho.

Inmediatamente se puso a hablar con Drummle, sin que le arredraran sus respuestas bruscas y reticentes, antes al contrario, como si éstas le inspiraran mayores deseos de hacerle hablar. Los estaba contemplando a ambos cuando entre ellos y yo se interpuso la criada que llevaba a la mesa el primer plato.

Me pareció una mujer de unos cuarenta años, aunque pude haberle atribuido más edad de la que tenía, como a menudo suelen hacer los jóvenes. Era bastante alta, de cuerpo delgado y ágil, extremadamente pálida, con grandes ojos de un azul desvalido y abundante cabellera. No podía decir si alguna enfermedad del corazón era la causa de que tuviera los labios entreabiertos, como si jadeara y de que su semblante ofreciera una curiosa expresión de susto y ansiedad; sólo sé que yo había estado dos noches antes en una representación de Macbeth, y el rostro de esta mujer me pareció turbado por algo terrible, como los rostros que había visto surgir del caldero de las brujas.

Dejó la fuente sobre la mesa, tocó calladamente con un dedo el brazo de mi tutor para notificarle que la comida estaba servida, y desapareció. Tomamos asiento alrededor de la mesa y mi tutor conservó a Drummle a uno de sus lados, mientras Startop se sentaba al otro. Era un noble plato de pescado el que la criada había puesto sobre la mesa, y a él siguió un cuarto de cordero, igualmente escogido, y después un pollo no menos escogido. Salsas, vinos, todos los accesorios que necesitábamos, y todo de lo mejor, eran servidos por nuestro anfitrión, quien los tomaba de su torno; y cuando había dado la vuelta a la mesa, los volvía a guardar. Parecidamente, nos distribuía platos limpios, cuchillos y tenedores, y echaba los sucios en dos cestas que estaban a su lado en el suelo. No apareció otro sirviente que la criada; y siempre me pareció ver en su rostro, un rostro que surgía del caldero. Años más tarde recreé una espantosa imagen de esta mujer haciendo que un rostro que no tenía con el suyo otro parecido natural que el nacido de una abundante cabellera, pasara detrás de una ponchera llena de licor ardiendo en una habitación oscura.

Inducido a fijarme especialmente en la criada, tanto por su notable aspecto como por la advertencia de Wemmick, observé que siempre que estaba en la sala tenía la vista atentamente fija en mi tutor y que apartaba las manos de cada plato que ponía ante él con cierta vacilación, como si temiera que la llamase otra vez, y quisiera que si tenía algo que decirle se lo dijera estando ella cerca. Creí descubrir en el proceder de mi tutor una conciencia de ello y un propósito de mantenerla siempre en la incertidumbre.

La comida transcurría alegremente y, aunque mi tutor parecía más bien seguir que dar pie a la conversación, reparé en que nos obligaba a exteriorizar los puntos más flacos de nuestros respectivos caracteres. En cuanto a mí, me di cuenta de estar manifestando mi tendencia al despilfarro y a darme aires de protección con Herbert, y a jactarme de mis grandes perspectivas, antes de saber que había abierto los labios. Con todos nosotros ocurrió lo mismo, pero con ninguno tanto como con Drummle, cuya inclinación a mofarse de los demás de un modo resentido y receloso se puso de manifiesto antes de que retiraran el pescado.

No entonces, sino después de haber llegado al queso, la conversación recayó en nuestras proezas en el remo, y Drummle fue objeto de escarnio por rezagarse a la vuelta de aquella manera morosa y anfibia. A esto, Drummle informó a nuestro anfitrión de que prefería con mucho el espacio que le dejábamos a nuestra compañía, y que, en cuanto a destreza, podía ser nuestro maestro, y que, en cuanto a fuerza, nos podía deshacer como trigo en la era. Sin que se notara, mi tutor le excitó hasta un punto cercano a la ferocidad, a propósito de esta insignificancia; y Drummle acabó remangándose el brazo y contrayéndolo para mostrar su musculatura y todos nos remangamos y contrajimos los nuestros del modo más ridículo.

Ahora bien: en aquel momento la criada estaba quitando la mesa; mi tutor, sin prestarle ninguna atención y con el rostro vuelto del otro lado, se recostaba en su silla mordiéndose el dedo y mostrando por Drummle un interés que para mí resultaba inexplicable. De pronto, dejó caer la mano, como una trampa que se cierra, sobre una de las de la criada, en el momento en que ésta la extendía sobre la mesa. Tan rápida e inesperada fue la acción que todos suspendimos nuestra estúpida contienda.

—Hablando de fuerza —dijo el señor Jaggers—, les voy a mostrar una muñeca. Molly, déjeles ver su muñeca.

La mano prisionera estaba sobre la mesa, pero la mujer ya se había llevado la otra a la espalda.

—¡Señor! —dijo, en voz baja, con los ojos fijos en él con expresión atenta y suplicante—. ¡No lo haga!

—Les haré ver una muñeca —repitió el señor Jaggers—. Molly —dijo sin mirarla, con los ojos obstinadamente fijos en el otro lado de la sala—. Déjeles ver sus muñecas. Enséñeselas. ¡Vamos!

Levantó la mano que sujetaba la de la mujer y se la hizo volver de modo que la muñeca quedara sobre la mesa. Ella trajo de la espalda la mano que había ocultado y la colocó al lado de la otra. La última muñeca estaba muy desfigurada, llena de profundas cicatrices que la cruzaban en todos los sentidos. Al mostrar las dos manos, apartó los ojos del señor Jaggers y nos fue mirando ansiosamente, uno por uno.

—Aquí hay fuerza —dijo el señor Jaggers, recorriendo fríamente los músculos con su dedo—. Pocos hombres tienen una muñeca tan fuerte. Es notable la fuerza de agarre que hay en estas manos. He tenido ocasión de observar muchas manos; pero nunca he visto otras tan fuertes, ya fueran de hombre o de mujer.

Mientras decía estas palabras en un tono sosegado y apreciativo, ella seguía mirándonos a cada uno en regular sucesión. Cuando el señor Jaggers se calló, ella volvió otra vez los ojos hacia él.

—Está bien, Molly —dijo, con un ligero movimiento de cabeza—; ya se han admirado y puedes irte. —Ella retiró las manos y salió de la estancia; y el señor Jaggers, tomando del torno las garrafas, llenó su copa e hizo circular el vino—. A las nueve y media, señores —dijo—, tenemos que separarnos. Aprovechen, pues, el tiempo. Señor Drummle, a su salud.

Si su propósito al distinguir a Drummle era hacer que Drummle se pusiera aún más en evidencia, lo alcanzó plenamente. En huraño triunfo, Drummle mostró el hosco desprecio que sentía por todos nosotros de una manera cada vez más ofensiva, hasta que se hizo intolerable. En todas sus etapas, el señor Jaggers le seguía con el más extraño interés. Materialmente parecía que Drummle sirviera para dar mejor sabor al vino del señor Jaggers.

En nuestra juvenil indiscreción, me imagino que bebimos demasiado, y sé que hablamos demasiado. Nos acaloramos de un modo especial por una grosera burla de Drummle sobre que éramos unos manirrotos. Esto me llevó a observar, con más celo que discreción, que la burla resultaba impropia en labios de alguien a quien Startop había prestado dinero en mi presencia, aún no hacía una semana o dos.

—Bueno —replicó Drummle—: se le pagará.

—No quiero decir que no —dije yo—, pero me parece que esto debía haberle hecho a usted morderse la lengua antes de hablar de nosotros y nuestro dinero.

—¡Eso le parece! —repuso Drummle—. ¡Oh, Dios mío!

—Y me figuro —dije, queriendo mostrarme severo— que no sería usted capaz de prestar dinero a ninguno de nosotros en caso de que lo necesitara.

—Tiene usted razón —dijo Drummle—. Yo no prestaría ni seis peniques a ninguno de ustedes. Yo no prestaría seis peniques a nadie.

—En este caso, yo diría que resulta algo ruin el tomar prestado.

—¡Eso diría usted! —repitió Drummle—. ¡Oh, Dios mío!

Resultaba tan exasperante —sobre todo porque no veía manera de vencer su arisca estupidez— que dije, desatendiendo los esfuerzos de Herbert para contenerme:

—Bueno, señor Drummle, ya que de eso hablamos, le diré lo que dijimos Herbert y yo después de que él le prestara el dinero.

—No quiero saber lo que dijeron Herbert y usted —gruñó Drummle. Y supongo que añadió, en otro gruñido entre dientes, que los dos podíamos irnos al diablo.

—Se lo diré, sin embargo —dije—, tanto si quiere como si no quiere saberlo. Dijimos que mientras usted se embolsaba el dinero muy contento de que se lo hubieran prestado, le parecía muy divertido que él hubiera tenido la debilidad de prestárselo.

Drummle se echó a reír a carcajadas y continuó riéndose en nuestra cara, con las manos en los bolsillos y encogiendo los anchos hombros, dando a entender abiertamente que era verdad lo que yo decía y que nos despreciaba a todos por tontos.

A esto, Startop lo cogió por su cuenta, aunque con mejor talante del que había mostrado yo, y le exhortó a ser un poco más amable. Siendo Startop un muchacho alegre y animado, y siendo Drummle exactamente lo contrario, este último estaba siempre dispuesto a tomar hasta su mera presencia como una afrenta personal. Ahora, replicó de un modo grosero y estúpido y Startop intentó desviar la conversación con una ligera broma que nos hizo reír a todos. Resentido por este éxito más que por ninguna otra cosa, Drummle, sin que mediara amenaza o advertencia alguna, sacó las manos de los bolsillos, dejó caer sus hombros, soltó un terno, agarró un gran vaso y lo habría arrojado a la cabeza de su antagonista si nuestro anfitrión no se lo hubiera quitado diestramente de la mano.

—Señores —dijo el señor Jaggers, dejando tranquilamente el vaso sobre la mesa y tirando del reloj por su maciza cadena—. Siento mucho tener que anunciarles que son las nueve y media.

A esta indicación todos nos levantamos para despedirnos.

Antes de llegar a la puerta de la calle, Startop estaba ya llamando «querido amigo» a Drummle como si nada hubiera ocurrido. Pero el «querido amigo» estaba tan lejos de corresponder que ni siquiera quiso volver a Hammersmith andando por el mismo lado de la calle; así Herbert y yo, que nos quedábamos en la ciudad, los vimos alejarse calle abajo uno por cada acera; Startop delante y Drummle detrás, remoloneando en la sombra de las casas, de muy parecido modo a como solía seguirnos en su bote.

Como la puerta aún no estaba cerrada, dejé un momento a Herbert y volví otra vez arriba a decir unas palabras a mi tutor. Le encontré en su tocador, rodeado de su colección de botas, muy ocupado ya en lavarse las manos.

Le dije que había subido otra vez para decirle cuánto sentía que hubiera ocurrido algo desagradable y que esperaba que no me lo reprocharía demasiado.

—¡Bah! —dijo, echándose el agua en la cara y hablando a través de los chorros—; no vale la pena, Pip. Además, me gusta ese araña.

Se volvió luego hacia mí, sacudiendo la cabeza y resoplando y restregándose con la toalla.

—Me alegro de que le guste a usted, señor —dije—, pero a mí no me gusta.

—No, no —asintió mi tutor—. Procure no tener mucho trato con él. Apártese de él todo lo posible. Pero me gusta el tipo, Pip; es de los que tienen madera. ¡Si yo fuese un adivino!… —Sacando el rostro de la toalla, sorprendió mi mirada—. Pero no soy un adivino —dijo, agachando la cabeza y restregándose las orejas—. Ya sabe usted lo que soy, ¿no es cierto? Buenas noches, Pip.

—Buenas noches, señor.

Cerca de un mes después, terminó el tiempo que el araña había de pasar con el señor Pocket, y, con gran contento de toda la casa, exceptuando a la señora Pocket, se reintegró a la guarida familiar.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Querido señor Pip:

Escribo la presente por encargo del señor Gargery, para participarle que va a ir a Londres en compañía del señor Wopsle y se alegraría de poder verle a usted. Piensa ir al Barnard's Hotel el martes, a las nueve de la mañana, y en caso de que usted tuviese inconveniente, le ruego que deje recado. Su pobre hermana de usted continúa como cuando nos dejó. Cada noche hablamos de usted en la cocina, y nos preguntamos qué debe usted decir y qué debe usted hacer. Si esto le parece ahora una libertad, discúlpelo en memoria de los días pasados. Sin más, señor Pip, se despide de usted

su segura servidora,

BIDDY

P.S. – El señor Gargery me pide especialmente que le escriba: «cómo nos vamos a divertir». Dice que ya lo entenderá usted. No dudo de que usted querrá recibirle, aunque ahora esté hecho un caballero, porque siempre ha tenido usted buen corazón y él es hombre que lo merece. Se lo he leído todo, excepto la última frase, y me ruega especialmente que escriba otra vez: «¡cómo nos divertiremos!».

Recibí esta carta el lunes por la mañana, y por lo tanto, la visita era para el día siguiente. Permítaseme confesar con exactitud con qué sentimientos esperé la llegada de Joe.

No fue con placer, a pesar de estar unido a él por tantos lazos, no; fue con considerable perplejidad, algo de mortificación y una viva sensación de incongruencia. Si hubiese podido alejarle pagando dinero, habría pagado dinero. Mi gran consuelo era que iba a venir a Barnard's Jun, y no a Hammersmith, y por lo tanto no era fácil que le viese Drummle. Poco me importaba que le vieran Herbert o su padre, a quienes yo respetaba; pero me habría molestado mucho que le viese Drummle, a quien despreciaba. Así, durante toda la vida nuestras peores bajezas y mezquindades son cometidas usualmente a causa de aquellos a quienes más despreciamos.

Yo estaba siempre decorando nuestro alojamiento de algún modo u otro, innecesaria e inadecuadamente, y estas peleas con Barnard resultaban muy costosas. Por aquel entonces, nuestra habitación era ya muy diferente de como la había encontrado, y yo tenía el honor de ocupar unas cuantas páginas importantes en los libros de un tapicero vecino. Últimamente había progresado tanto que hasta disponía de un criadito con botas —botas de campana— que me tenía sumido en una especie de esclavitud que parecía que fuese a durar toda mi vida. Porque, después de haber creado al monstruo (con los desechos de la familia de mi lavandero) y de haberle vestido con una casaca azul, un chaleco amarillo, una corbata blanca, calzones de color crema, y las botas antedichas, tuve que encontrarle un poco de ocupación y un mucho de que comer; y con estas dos tremendas necesidades me amargaba la existencia.

A este fantasma vengador ordené que el martes, a las ocho de la mañana, estuviera de servicio en el recibimiento (que tenía dos pies cuadrados, según la factura del alfombrista), y Herbert indicó ciertas cosas para el desayuno que acaso fuesen del gusto de Joe. Mientras por una parte le agradecía sinceramente el interés y la consideración de que daba muestras, por otra experimentaba una vaga e irritante sospecha de que, si Joe hubiese venido a verle a él, no se habría mostrado tan solícito.

Sin embargo, fui a Londres el lunes por la noche para estar dispuesto para recibir a Joe, y me levanté temprano a la mañana siguiente y procuré que la sala y la mesa del desayuno ofrecieran su más espléndido aspecto. Desgraciadamente, la mañana estaba lluviosa, y ni siquiera un ángel habría podido disimular el hecho de que Barnard estaba vertiendo lágrimas de hollín ante mi ventana, como un gigante deshollinador.

Al acercarse la hora habría querido escapar, pero el Vengador, obedeciendo mis órdenes, estaba ya en el recibimiento, y a poco oí en la escalera los pasos de Joe. Conocí que era Joe por su torpe manera de subir los escalones —sus zapatos de ceremonia le estaban siempre grandes— y por el tiempo que tardaba en ir leyendo los nombres de los demás pisos a medida que iba pasando por ellos. Cuando por fin se detuvo ante nuestra puerta, pude oír cómo seguía con el dedo las letras pintadas de mi nombre y luego oí distintamente su respiración en el ojo de la cerradura. Finalmente, dio un leve golpecito y Papper —éste era el nombre convenido del criado vengador— anunció al «¡señor Gargery!». Creí que no terminaría nunca de limpiarse los pies, y que tendría que ir a levantarle del ruedo, pero al fin entró.

—Joe, ¿cómo estás, Joe?

—Pip, ¿cómo estás, Pip?

Con el honrado rostro encendido y radiante, y su sombrero puesto entre los dos, me cogió ambas manos y empezó a subirlas y bajarlas como si yo fuera una bomba del último modelo.

—Me alegro mucho de verte, Joe. Dame tu sombrero.

Pero Joe, tomándolo cuidadosamente con ambas manos cual si fuera un nido de pájaros con huevos dentro, no quiso oír hablar siquiera de separarse de aquella prenda, y continuó de pie hablando por encima de ella, de la manera más incómoda.

—Has crecido mucho —dijo Joe—, y te has vuelto tan elegante, tan aseñorado —Joe meditó un rato antes no encontró esta palabra—, que honras de veras a tu rey y a tu país.

—Y tú, Joe, tienes un aspecto magnífico.

—A Dios gracias —dijo Joe— siempre estoy igual. Y tu hermana no está peor de lo que estaba. Y Biddy, siempre tan campante y servicial. Y los amigos, sin novedad. Salvo Wopsle; éste ha ido un poco a menos.

Todo ese rato (todavía con las manos ocupadas en cuidar del nido de pájaros) Joe iba paseando la mirada por todo el aposento, y por el dibujo floreado de mi bata.

—¿Ha ido a menos, Joe?

—Sí —dijo Joe, bajando la voz—, ha dejado la Iglesia y se ha hecho actor. Lo cual le ha traído a Londres conmigo. Y su deseo es —dijo Joe, poniéndose el nido debajo del brazo derecho y empezando a resolverlo con la mano izquierda como si buscase un huevo—, si no fuera ofender, que yo le dé a usted esto.

Cogí lo que me daba, y vi que era un arrugado prospecto de un pequeño teatro metropolitano, anunciando la presentación, aquella misma semana «del célebre aficionado de provincias de fama rosciana, cuya única actuación en la sublime tragedia de nuestro bardo nacional tanta sensación ha causado en los círculos dramáticos locales».

—¿Estuviste en esta representación, Joe? —le pregunté.

—Estuve —dijo Joe con énfasis y solemnidad.

—¿Causó una gran sensación?

—Sí —dijo Joe—, es decir, hubo ciertamente la mar de cáscaras de naranja. Especialmente cuando vio al fantasma. Aunque, dígame, señor, si es una cosa para animar a un hombre en su trabajo, que el público estuviese diciendo: «¡Amén!», todas las veces que él se callaba y empezaba a hablar el fantasma. Un hombre puede haber tenido un contratiempo y haber pertenecido a la Iglesia —dijo Joe, bajando la voz hasta tomar un tono argumentador y sentimental—, pero esto no es motivo para que se le incomode en una ocasión como aquélla. Y lo que yo digo, señor, si el fantasma del padre de uno no tiene derecho a reclamar su atención, ¿quién lo tiene? Y con mayor motivo, cuando el sombrero de luto le viene tan pequeño que, por más que haga para evitarlo, el peso de las plumas hace que se le caiga.

Una expresión que tomó el semblante de Joe, como si viera una aparición, me anunció que Herbert había entrado en la sala. Así pues, presenté a Joe a Herbert, el cual le tendió la mano; pero Joe dio un paso atrás, sin soltar su nido de pájaros.

—Servidor de usted, señor —dijo Joe—, deseo a usted y a Pip —aquí sus ojos se posaron en el Vengador, que estaba poniendo unas tostadas sobre la mesa, y denotaron tan claramente cierta intención de contar al joven como a uno de la familia que yo fruncí las cejas, con lo que aumentó su confusión—, quiero decir, ustedes dos, señores, deseo que se encuentren bien de salud en este sitio tan angosto. Porque ésta debe de ser una buena posada, según se juzga en Londres —dijo Joe confidencialmente—, y supongo que tiene fama de ello; pero yo no criaría un cerdo aquí, es decir, si quería que engordara y que al comerlo le hallaran buen sabor.

Después de rendir este halagador homenaje a los méritos de nuestra residencia, y de haber manifestado de paso esta tendencia a llamarme «señor», Joe, invitado a sentarse a la mesa, miró por toda la sala en busca de un sitio a propósito para dejar su sombrero —como si hubiera en la naturaleza muy pocas sustancias sobre las cuales éste pudiera descansar— y, finalmente, lo dejó de canto en un extremo de la repisa de la chimenea, de donde, a partir de entonces, estuvo cayéndose a cada momento.

—¿Toma usted té o café, señor Gargery? —preguntó Herbert, que era el que presidía la mesa por las mañanas.

—Gracias, señor —dijo Joe, envarado de pies a cabeza—. Tomaré lo que más le acomode.

—¿Qué le parece si le pongo café?

—Gracias, señor —respondió Joe, manifiestamente desilusionado—, ya que usted es tan amable que escoge el café, no quiero ir contra sus opiniones. Pero ¿no lo encuentra usted un poco ardiente?

—Entonces le pondré té —dijo Herbert, sirviéndoselo.

Aquí el sombrero de Joe se cayó de la chimenea, y él se arrojó de su silla, lo recogió y lo devolvió exactamente al mismo sitio. Como si fuese cuestión de absoluta buena crianza el que volviera a caerse pronto.

—¿Cuándo llegó usted a Londres, señor Gargery?

—¿Fue ayer por la tarde? —dijo Joe después de toser detrás de la mano, como si, desde que hubiera llegado, hubiera tenido tiempo de coger el garrotillo—. No, no fue ayer por la tarde. Sí, sí, fue ayer por la tarde —con un aire en que se mezclaban el discernimiento, el alivio y una estricta imparcialidad.

—¿No ha visto aún nada de Londres?

—Oh, sí, señor —dijo Joe—. Yo y Wopsle nos fuimos directamente a ver la fábrica de betún. Pero pensamos que no se parecía nada a como la pintan en los anuncios de las tiendas; es decir —añadió Joe, a guisa de explicación—, porque allí la han dibujado demasiado arquitectotónica.

Realmente creo que habría prolongado este vocablo (muy expresivo para mí y evocador de alguna arquitectura que conozco) en un perfecto estribillo, de no haber sido porque su atención fue atraída providencialmente por el sombrero, que volvió a caerse. En realidad, esta prenda reclamaba de él una atención constante, y una prontitud de vista y de mano muy parecida a la requerida para jugar de portero en el cricket. Hizo con él un juego extraordinario, y dio pruebas de la mayor habilidad: ahora corriendo a alcanzarlo limpiamente en el acto de caerse; ahora deteniéndolo a mitad de camino, rechazándolo y dejándolo rebotar por distintas partes de la habitación y contra buena parte de los dibujos del papel de las paredes, antes de considerar prudente acercarse a él; y, finalmente, dejándolo caer en el cubo del agua sucia, donde yo me tomé la libertad de ponerle las manos encima.

En cuanto al cuello de su camisa y al de su frac, eran para desconcertar a cualquiera, dos misterios insolubles. ¿Por qué un hombre había de arañarse de aquel modo para poder considerarse suficientemente bien vestido? ¿Por qué había de creer necesario purificarse con el sufrimiento por medio de sus vestidos de fiesta? Por otra parte, Joe caía en unos raptos de meditación tan inexplicables, con el tenedor detenido a mitad de camino entre su plato y la boca; sentía atraída su mirada por tan extrañas direcciones; le atacaban tan notables accesos de tos; se sentaba tan lejos de la mesa, y de tal manera dejaba caer más de lo que comía, mientras trataba de aparentar que no lo había dejado caer, que me alegré de veras cuando Herbert nos dejó para dirigirse a la City.

No tuve ni el buen sentido ni el buen corazón de reconocer que todo era culpa mía y que, si yo me hubiera conducido más llanamente, él se habría sentido más a sus anchas conmigo. Me sentía impaciente y enojado; y en este estado, hizo que se me cayera la cara de vergüenza.

—Ahora que estamos solos, señor… —empezó Joe.

—Joe —le interrumpí con aspereza—, ¿por qué me llamas señor?

Por un instante, me miró con algo levemente parecido a un reproche. A pesar de lo absolutamente absurdos que eran sus cuellos y su corbata, percibí una especie de dignidad en su mirada.

—Ahora que estamos solos —continuó Joe—, y como no pienso ni puedo quedarme muchos minutos más, he de concluir, o empezar, mencionando lo que me ha traído a tener el presente honor. Porque de no ser —dijo, con su aire de lúcida exposición— que deseaba ser útil a usted, no habría tenido el honor de comer en compañía y en la casa de unos caballeros.

Deseaba tan poco volver a ver aquella mirada que no traté de protestar contra ese tono.

—Bien, señor —prosiguió Joe—, la cosa es así. La otra noche estaba yo en los Tres Barqueros, Pip —cada vez que cedía al afecto me llamaba Pip, y cada vez que recaía en la urbanidad me llamaba señor—, cuando llegó con su carruaje Pumblechook. Este sujeto —dijo, tomando por un nuevo camino— a veces me encocora dando a entender por todas partes que fue el amigo de su infancia, y la persona a quien usted miraba como el compañero de sus juegos.

—Qué tontería. Fuiste tú, Joe.

—Es lo que yo creo, Pip —dijo Joe, irguiendo levemente la cabeza—, aunque esto importa poco ahora, señor. Bueno, Pip, este sujeto, que siempre ha sido un fanfarrón, me vino a encontrar en los Tres Barqueros, donde una pipa y un cuartillo de cerveza descansan a un trabajador, señor, sin excitarle demasiado, y me dijo: «Joe, la señorita Havisham desea hablarte».

—¿La señorita Havisham, Joe?

—«Desea hablarte»: éstas fueron las palabras de Pumblechook. —Joe se quedó mirando al techo.

—¿Y qué, Joe? Haz el favor de continuar.

—Al día siguiente, señor —dijo Joe, mirándome como si yo estuviese muy lejos—, habiéndome aseado, fui a ver a la señorita A.

—¿La señorita A., Joe? ¿La señorita Havisham?

—Eso quiero decir, señor —respondió, con un aire de formulismo legal, como si estuviese haciendo testamento—, la señorita A. o, de otro modo, Havisham. Ella me dijo: «Señor Gargery, ¿mantiene usted correspondencia con el señor Pip?». Como había recibido una carta de usted, pude decirle: «Sí, mantengo». (Cuando me casé con su hermana, señor, dije: «Sí, quiero», y cuando respondí a tu amiga, Pip, dije: «Sí, mantengo».) «¿Quiere decirle, pues, que Estella ha vuelto a casa y se alegraría de verle?»

Sentí que se me encendía el rostro al mirarle. Quiero pensar que una causa remota de este encendimiento podía ser mi convicción de que, si yo hubiera tenido idea del encargo que traía Joe, le habría alentado más.

—Biddy —continuó Joe—, al llegar yo a casa y pedirle que le escribiera a usted dándole este mensaje, se mostró un poco reacia. Biddy dijo: «Sé que le alegrará mucho recibirlo de palabra; es época de vacaciones, tú tienes ganas de verle, ¡ve!». He terminado, señor —dijo Joe, levantándose—, y, Pip, te deseo mucha salud y que vayas prosperando y subiendo cada vez más.

—¿Te vas ahora, Joe?

—Sí, me voy —dijo Joe.

—Pero ¿volverás a comer, Joe?

—No.

Se encontraron nuestras miradas y, al ofrecerme él la mano, todos los «señor» se derritieron en aquel corazón varonil.

—Pip, querido Pip, la vida está hecha de tantas separaciones, enredadas unas con otras, vamos a decir, y un hombre es herrero, y otro platero, y otro joyero y otro calderero. Forzosamente ha de haber división entre ellos, y cuando la hay, se ha de tomar como viene. Tú y yo no somos dos figuras que puedan ser vistas juntas en Londres, ni en ningún otro sitio que no sea en privado y entre amigos. No es porque yo sea orgulloso, sino porque quiero ser yo mismo, por lo que tú no me verás más con este atavío. No estoy bien con estos vestidos. No estoy bien fuera de la herrería, la cocina o los marjales. No me encontrarás ni la mitad de los defectos si me imaginas vistiendo mis ropas de trabajo, con el martillo en la mano o fumando mi pipa. No me encontrarás la mitad de los defectos si, suponiendo que alguna vez desees verme, metes la cabeza por la ventana de la herrería y encuentras a Joe, el herrero, junto al viejo yunque, con el viejo mandil chamuscado, entregado al trabajo de siempre. Yo soy terriblemente lerdo, pero creo que al menos he llegado a comprender esto. Y ahora Dios te bendiga, querido Pip, amigo mío. ¡Dios te bendiga!

No me había equivocado al creer que había una sencilla dignidad en Joe. Su modo de ir vestido no le estorbaba más, cuando pronunciaba estas palabras, de lo que le habría estorbado para ir al Cielo. Me tocó la frente con dulzura y se fue. En cuanto pude reponerme lo suficiente, me lancé tras sus pasos y le busqué por las calles vecinas; pero ya había desaparecido.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Estaba claro que yo debía ir a nuestra villa al día siguiente y, en el primer impulso de mi arrepentimiento, me pareció claro asimismo que debía alojarme en casa de Joe. Pero después de haber adquirido billete para la diligencia y de haber ido a casa del señor Pocket y vuelto de allí, ya no me pareció tan claro el último extremo, y empecé a inventar razones y excusas para alojarme en el Jabalí Azul. Causaría un trastorno en casa de Joe. No me esperaban, y no me tendrían la cama dispuesta; estaría demasiado lejos de casa de la señorita Havisham, y ella era exigente y podría no gustarle. Todos los demás estafadores del mundo no son nada en comparación con los que quieren engañarse a sí mismos, y con todas estas excusas, yo me engañé a mí mismo. Verdaderamente es algo curioso. Que yo inocentemente tomase una media corona falsa fabricada por otro no habría tenido nada de particular; pero sí que a sabiendas tomase por buena la moneda espuria de mi propia fabricación. Un servicial conocido, bajo pretexto de doblar mis billetes de banco para mayor seguridad, sustrae los billetes y me da unas cáscaras de nuez. ¡Qué tiene que ver su juego de manos comparado con el mío, cuando envuelvo mis propias cáscaras de nuez y me las hago pasar por billetes de banco!

Habiendo resuelto alojarme en el Jabalí Azul, me consumía la duda de si llevar o no conmigo al Vengador. Era tentador imaginar a aquel costoso mercenario luciendo sus botas bajo la arcada del patio del Jabalí Azul; era casi solemne imaginarle exhibido como al azar, como por casualidad en la tienda del sastre y confundiendo los irrespetuosos sentidos del aprendiz de Trabb. Por otra parte, el aprendiz de Trabb podía introducirse en su intimidad y contarle cosas; o bien, atrevido y desvergonzado, como me constaba que era, podía ser capaz de achucharle en medio de la calle Mayor. Mi protectora, además, podía oír o enterarse de su existencia y parecerle mal. En resumidas cuentas, resolví dejar al Vengador en Londres.

El billete que había adquirido era para la diligencia de la tarde, y, como ya estábamos en invierno, no iba a llegar a mi destino hasta una o dos horas después de anochecer. Nuestra hora de salida de Crow Keys era las dos. Llegué a ese sitio con un cuarto de hora de antelación, atendido por el Vengador… si es que puedo aplicar esta expresión a quien nunca me atendía, por poco que pudiera evitarlo.

En aquel tiempo era costumbre conducir los forzados al arsenal utilizando la diligencia. Como a menudo había oído decir que ocupaban los asientos exteriores, y más de una vez les había visto pasar por la carretera, balanceando sus piernas cargadas de hierros sobre el techo del coche, no tenía motivo para sorprenderme cuando Herbert, viniendo a encontrarme en el patio, me anunció que dos forzados iban a viajar conmigo. Pero tenía una razón, que ya era ahora antigua, para turbarme cada vez que oía la palabra forzado.

—¿No te importará, Händel? —dijo Herbert.

—¡Oh, no!

—Me ha parecido que no te hacía mucha gracia.

—No puedo fingir que me guste su compañía, como no creo que te gustase a ti; pero, por lo demás, lo mismo me da.

—¡Mira! Ahí vienen —dijo Herbert—. Salen de la taberna. ¡Qué espectáculo tan vil y degradante!

Habían estado convidando a su guardián, pues los acompañaba un carcelero, y los tres salían limpiándose los labios con el revés de la mano. Los dos forzados iban esposados uno al otro, y llevaban grilletes en las piernas —grilletes de un modelo que yo conocía bien—. Vestían el uniforme que yo conocía igualmente. Su guardián ostentaba un par de pistolas, y llevaba un nudoso garrote debajo del brazo; pero parecía estar en buenas relaciones con ellos, y se quedó a su lado, contemplando cómo enganchaban los caballos, con el mismo aire que habría adoptado si los forzados hubieran sido una interesante exposición todavía no inaugurada, y él el conservador de ella. Uno de los hombres era más alto y corpulento que el otro y parecía que, de acuerdo con los misteriosos hábitos del mundo, tanto de los forzados como de los hombres libres, le hubieran asignado el traje más pequeño que se pudo encontrar. Sus brazos y piernas parecían grandes almohadillas que tuvieran aquella forma, y su atavío le disfrazaba de un modo absurdo; pero yo reconocí al primer golpe su ojo medio cerrado. Allí tenía al hombre que había apuntado con su invisible fusil.

Era fácil de ver que, por el momento, no me había reconocido. Me echó una mirada, evaluando con los ojos la cadena de mi reloj, luego escupió y dijo algo a su compañero, y ambos se rieron, se volvieron, haciendo sonar las esposas que los unían, y se pusieron a mirar a otra parte. Los grandes números que llevaban en sus espaldas, como si fueran puertas de casa, su aspecto rudo, desgarbado y sarnoso, como si fueran animales inferiores, sus piernas cargadas de hierros disimulados con pañuelos de bolsillo, y la manera en que todos los presentes los miraban y se apartaban de ellos, los convertía (como había dicho Herbert) en un espectáculo de lo más desagradable y degradante.

Pero esto no fue lo peor. Resultó que toda la parte posterior de la diligencia había sido tomada por una familia, y que no había sitio para los dos presos más que en el banco de delante, detrás del cochero. En vista de lo cual, un irascible caballero, que había tomado el cuarto asiento en ese banco, tuvo un arrebato de cólera y dijo que el mezclarlo con tan ruin compañía era un quebrantamiento de contrato y que era ponzoñoso, dañino, infame, vergonzoso y no sé cuántas cosas más. Mientras tanto el coche estaba dispuesto y el cochero, impaciente, y todos nos preparábamos a subir, y los presos se habían acercado con su guardián, llevando consigo aquel curioso olor a bayeta, cuerda y piedra tosca que acompaña la presencia del forzado.

—No lo tome usted así, caballero —suplicó el guardián al enojado caballero—; yo me sentaré junto a usted y los pondré en el extremo del asiento y no se meterán para nada con usted. Ni siquiera notará que están ahí.

—Y no me eche a mí la culpa —gruñó el forzado a quien yo había reconocido—. Yo no tengo ninguna gana de ir. Con mucho gusto me quedaría. Por mí, mi sitio lo puede ocupar cualquiera.

—O el mío —dijo bruscamente el otro—. No habría incomodado a ninguno de ustedes si hubiera podido hacer mi voluntad. —Luego ambos se echaron a reír, a cascar nueces y a escupir las cáscaras. Y, en realidad, creo que a mí me habría gustado hacer lo mismo si me hubiera visto en su lugar y despreciado de aquel modo.

Por fin se decidió que no había remedio para el irascible caballero, y que éste debía ir con la compañía que le había tocado en suerte o quedarse en tierra. Así pues, ocupó su sitio, todavía refunfuñando, y el guardián se sentó a su lado y los forzados se encaramaron como pudieron; el que yo había reconocido se sentó detrás de mí, de manera que sentía su aliento en mi cabello.

—¡Adiós, Händel! —gritó Herbert, cuando arrancamos. Yo pensé en lo muy afortunado que resultaba que hubiera encontrado un nombre para sustituir el mío de Pip.

Es imposible expresar con cuánta agudeza percibía yo el aliento del forzado, no sólo en el colodrillo, sino a todo lo largo del espinazo. Era una sensación como la de ser tocado en la médula por un ácido muy pungente, y me daba dentera. Parecía que el hombre se aplicara a respirar más que cualquier otro y con mayor ruido; y yo sentía que se me estaba quedando un hombro encogido, con mis esfuerzos para rehuir su contacto.

Hacía un tiempo de perros y los dos hombres maldecían el frío, que no tardó mucho en amodorrarnos a todos; y al dejar atrás la Casa de Medio Camino, íbamos todos, dando cabezadas, estremecidos y silenciosos. Me quedé dormido mientras trataba de resolver la cuestión de si debía o no devolverle las dos libras esterlinas a aquel desventurado antes de perderle de vista, y cómo sería mejor hacerlo. De pronto, una zambullida hacia adelante, como si fuese a bañarme entre los caballos, me despertó asustado y reanudé mis reflexiones.

Pero debía de haber dormido más tiempo de lo que me figuraba, pues, aunque nada podía reconocer en la oscuridad o a la fluctuante luz de nuestros faroles, adiviné que nos hallábamos en los marjales por el aire húmedo y frío que nos daba en el rostro. Inclinados hacia delante en busca de calor y protección del viento, los forzados estaban más cerca de mí que antes. Las primeras palabras que les oí intercambiar después de recobrar la conciencia, fueron las que estaban en mi propio pensamiento: «Dos billetes de una libra».

—¿Y cómo las tenía? —dijo el forzado a quien no había visto nunca.

—¿Qué sé yo? —respondió el otro—. Las tendría escondidas en algún sitio. Se las habrían dado unos amigos, supongo yo.

—Ojalá —dijo el otro, lanzando una fuerte imprecación contra el frío — los tuviera yo aquí.

—¿Los dos billetes o los amigos?

—Los dos billetes. Por uno sólo vendería a todos los amigos que tengo en el mundo, y aún creería salir ganando. Bueno… ¿Así que él dijo…?

—Él dijo —prosiguió el forzado a quien yo había reconocido— (todo se dijo e hizo en medio minuto, detrás de una pila de maderos del arsenal): «¿Así pues, te van a soltar?». Yo dije que así era. «¿Querrías ver si encuentras aquel muchacho que me socorrió y guardó mi secreto, y darle estos dos billetes?». Le dije que sí. Y lo hice.

—Fuiste un bobo —gruñó el otro—. Yo me los habría gastado en cosas de comer y beber. Debía de ser un novato. ¿Dices que no te conocía?

—Ni de vista. Diferentes bandas y diferentes barcos. Le juzgaron por haberse escapado y sacó una perpetua.

—¿Y fue ésta, ¡palabra de honor!, la única vez que trabajaste al aire libre en esta parte del país?

—La única vez.

—Y ¿cuál es tu opinión del lugar?

—Un sitio de los más bestiales. Barro, nieblas, aguazales y trabajo; trabajo, aguazales, nieblas y barro.

Los dos execraron el lugar con groseras expresiones y continuaron gruñendo en voz baja hasta que no les quedó nada por decir.

Después de oír este diálogo habría sido capaz de bajarme de la diligencia y quedarme en la oscuridad de la carretera, de no haber sido porque estaba seguro de que el hombre no tenía la menor sospecha de mi identidad. Verdaderamente, estaba tan cambiado por el tiempo pasado, y, además, vestido tan diferentemente y en tan diferente situación, que no era posible que me conociera sin el concurso de algún auxilio casual. A pesar de esto, la coincidencia de hallarnos ambos en el mismo coche era lo bastante extraña para hacerme temer que alguna otra coincidencia pudiese relacionar, oyéndolo él, mi persona con mi nombre. Por esta razón resolví apearme tan pronto llegáramos a la población y ponerme fuera del alcance de su oído. Realicé este propósito sin dificultad. Mi maletín estaba en la caja que había bajo mis pies, no tuve más que hacer jugar una charnela para sacarlo, lo arrojé al suelo, salté detrás de él y me hallé junto al primer farol, sobre las primeras piedras del pavimento urbano. Los forzados siguieron su camino en el coche, y yo sabía en qué punto los harían apear para conducirlos al río. Me imaginaba el bote que los aguardaba, con su tripulación de forzados, en el fangoso desembarcadero… Volvía a oír el rudo «en marcha» como una orden dada a unos perros… Volvía a ver la horrible Arca de Noé fondeada a lo lejos en las aguas tenebrosas.

No podía decir qué era lo que temía, porque mi miedo era completamente vago e indefinido, pero me dominaba un gran temor. Mientras me dirigía al hotel sentí que algo que excedía la simple aprensión de un reconocimiento penoso o desagradable me hacía temblar. Creo que no cobró ninguna forma distinta y que fue la resurrección por unos minutos de los terrores de la infancia.

La sala del café en el Jabalí Azul estaba vacía, y tuve tiempo de encargar que me sirvieran allí la cena y hasta de consumir parte de ella antes de que el camarero me reconociera. Cuando lo hizo, se excusó por la debilidad de su memoria, y me preguntó si tenía que mandar por el señor Pumblechook.

—No —dije—, de ningún modo.

El camarero (era el que había comunicado las quejas de los viajantes el día en que se formalizó mi aprendizaje) pareció sorprendido, y aprovechó la primera oportunidad que se le ofreció para poner en mis manos un sucio ejemplar atrasado de un periódico local. Lo cogí y leí este párrafo:

Creemos de algún interés para nuestros lectores informarles, con referencia al romántico encumbramiento de un joven, artífice del hierro de esta vecindad (¡qué tema, dicho sea de paso, para la mágica pluma de nuestro, aún no universalmente reconocido, conciudadano Tooby, el poeta de nuestras columnas!), de que el protector, el compañero y el amigo de aquel joven fue una respetable personalidad, no enteramente ajena al comercio de granos y semillas, y cuyo útil y espacioso establecimiento radica a menos de un centenar de millas de la calle Mayor. Y no es sin satisfacción de nuestros sentimientos personales, que le señalamos como mentor de nuestro joven Telémaco, pues es halagador saber que nuestra villa ha producido al creador de la fortuna de este último. «¿La fortuna de quién?», inquirirán las cejas contraídas del sabio local o los ojos luminosos de la belleza local. Creemos que Quintin Matsys fue el Herrero de Amberes. Verb. Sap.»

Tengo la convicción, fundada en una copiosa experiencia, de que si en los días de mi prosperidad hubiera ido al Polo Norte, habría encontrado allí a alguien, esquimal errabundo u hombre civilizado, que me habría dicho que Pumblechook era mi primer protector y el creador de mi fortuna.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Me levanté temprano y me eché a la calle. No era todavía hora de ir a casa de la señorita Havisham. Así pues, di un paseo por el campo, por el lado de la villa donde caía la casa de la señorita Havisham… que no era donde caía la de Joe; podía ir allí al día siguiente, pensando en mi protectora y forjándome las más brillantes pinturas de sus planes para mí.

Ella había adoptado a Estella, casi podía decirse que me había adoptado a mí, y no podía dejar de ser su propósito juntarnos. Me reservaba la misión de restaurar la desolada mansión, de abrir al sol sus oscuros aposentos, de poner en marcha los relojes y hacer que brillaran las llamas en las frías chimeneas, quitar las telarañas, destruir los bichos… en una palabra, realizar las brillantes hazañas de un joven caballero de leyenda y casarme con la princesa. Me había detenido a mirar la casa, al pasar ante ella; y sus viejas paredes de rojo ladrillo, sus cerradas ventanas, la vigorosa y verde yedra que abrazaba hasta las chimeneas con sus fibras y sarmientos, cual brazos viejos y membrudos, formaban un atractivo misterio cuyo héroe era yo. Estella era, desde luego, su alma y su inspiración. Pero, aunque había tomado tan fuerte posesión de mí, aunque mi deseo y mi esperanza estaban puestos en ella, aunque su influencia sobre mi vida de muchacho y sobre mi carácter había sido todopoderosa, ni siquiera en aquella romántica mañana la investía yo con otros atributos que los que realmente poseía. De propósito menciono aquí esto, porque es la clave por la que se me ha de seguir en mi triste laberinto. A juzgar por mi experiencia, el concepto habitual de lo que es un verdadero enamorado no puede ser siempre exacto. La verdad pura y simple es que, cuando yo amaba a Estella con el amor de un hombre, la amaba porque la encontraba irresistible. En definitiva, comprendía con dolor, muy a menudo, ya que no siempre, que la amaba contra toda razón, sin contar con promesa alguna, contra la paz de mi espíritu, contra toda esperanza, en detrimento de mi felicidad, a pesar de todos los motivos posibles de desaliento. Y no la amaba menos por comprender eso, ni comprender eso influía para contenerme más de lo que habría influido considerarla devotamente como la perfección en persona.

Acomodé mi paseo de modo que me permitiera llegar a la verja a la hora de las otras veces. Después de llamar con mano insegura, me volví de espaldas a la verja, mientras trataba de respirar con calma y moderar los latidos de mi corazón. Oí que se abría la puerta lateral y que unos pasos se acercaban atravesando el patio; pero fingí no estar escuchando hasta cuando la puerta giró sobre sus mohosos goznes.

Notando, al cabo, que me tocaban en el hombro, me volví fingiendo sorpresa. La sorpresa fue más sincera entonces, porque me hallé frente a un hombre severamente vestido de gris. Era el último hombre a quien habría esperado hallar como portero en casa de la señorita Havisham.

—¡Orlick!

—¡Ah, señorito! Hay otros cambios además del suyo. Pero entre, entre. Va contra las órdenes tener la puerta abierta.

Entré y él la cerró, dio vuelta a la llave y la sacó de la cerradura.

—¡Sí! —dijo, volviéndose, después de haberme precedido unos pasos en dirección a la casa—. ¡Aquí me tiene!

—¿Cómo has llegado aquí?

—Pues llegué andando —respondió—. La maleta me la trajeron en una carretilla.

—¿Y para qué estás aquí?

—Supongo que no será para nada malo, ¿eh, jovencito?

No estaba yo muy seguro de ello. Y tuve tiempo de reflexionar sobre esta respuesta, mientras él levantaba su torva mirada del suelo y me iba repasando de pies a cabeza.

—Entonces, ¿has dejado la herrería? —pregunté.

—¿Es que esto tiene aire de ser una herrería? —respondió Orlick, mirando a su alrededor con aire ofendido—. Diga, ¿es que lo parece?

Le pregunté cuánto tiempo hacía que había dejado a Joe y su fragua.

—Los días aquí se parecen tanto unos a otros —respondió— que no puedo decirlo sin echar antes la cuenta. Sin embargo, vine aquí, poco más o menos, después de marcharse usted.

—Esto ya lo sabía, Orlick.

—¡Ah! —dijo él, secamente—. Pero es que usted ahora es una persona instruida.

En esto, habíamos llegado a la casa, donde vi que su habitación era una que había junto a la puerta, con una pequeña ventana que daba al patio. En sus reducidas proporciones, no era muy distinta al sitio usualmente asignado a un portero de París. Había unas llaves colgadas en la pared, a las cuales añadió la llave de la verja; y su cama, cubierta con una colcha remendada, estaba en un pequeño hueco o alcoba. Todo tenía un aire desaliñado, confinado y modorriento, como si fuese la jaula de un lirón humano; mientras, él, sombrío y macizo en la oscuridad de un rincón junto a la ventana, parecía —y así era en verdad— el lirón para el cual se había hecho la jaula.

—Nunca había visto esta habitación —observé—, pero no acostumbraba haber ningún portero aquí, antes.

—No —dijo él—, no hasta que se cayó en la cuenta de que no había ningún hombre en la casa, lo cual se consideró peligroso, con tanto forzado y tanta chusma y tanta canalla yendo y viniendo por aquí. Y entonces me recomendaron para el puesto, como hombre que podía habérselas con cualquier otro, y yo lo acepté. Es más cómodo que darle al fuelle y al martillo. Está cargado.

Mis ojos se habían fijado en un fusil con abrazaderas de cobre que estaba encima de la chimenea, y su mirada había seguido a la mía.

—Bueno —dije, con pocos deseos de proseguir aquella conversación—. ¿Puedo subir a ver a la señorita Havisham?

—¡Que me ahorquen si lo sé! —respondió, desperezándose primero y sacudiéndose después—. Mis instrucciones acaban aquí, jovencito. Daré un golpe a esta campana con este martillo, y usted seguirá el pasillo hasta que encuentre a alguien.

—Supongo que me esperan.

—¡Que me ahorquen dos veces si lo sé! —dijo él.

Con esto enfilé el largo pasillo que había pisado por vez primera con mis gruesas botas, y él hizo sonar su campana. Al extremo del pasillo, mientras la campana tañía aún, encontré a Sarah Pocket, la cual parecía haberse vuelto ahora definitivamente verde y amarilla por culpa mía.

—¡Oh! —dijo—. ¿Es usted, señor Pip?

—Sí, señorita Pocket. Tengo el gusto de participarle que el señor Pocket y su familia siguen todos bien.

—¿Son algo más juiciosos? —preguntó, moviendo tristemente la cabeza—. Más les valdría ser juiciosos que tener salud. ¡Ah, Matthew, Matthew! ¿Conoce usted el camino, señor?

Bastante bien, porque más de una vez había subido aquella escalera a oscuras. La subí ahora, mejor calzado que antaño, y llamé a mi antiguo modo a la puerta del cuarto de la señorita Havisham.

—Es la llamada de Pip —la oí decir inmediatamente—. Entra, Pip.

Estaba en su silla junto a la mesa de siempre, vestida como siempre, con ambas manos cruzadas sobre su bastón, y la vista fija en el fuego. Sentada a su lado, sosteniendo en la mano el blanco zapato que nunca había sido calzado y contemplándolo con la cabeza inclinada, había una elegante dama a quien nunca había visto.

—Entra, Pip —continuó murmurando la señorita Havisham, sin volverse ni levantar la cabeza—; entra Pip, ¿cómo estás, Pip? Me besas la mano como si fuera una reina, ¿eh? Bien. —Me miró de pronto, no levantando más que los ojos, y repitió en un tono lúgubremente travieso—: ¿Y bien?

—Me han dicho, señorita Havisham —expliqué un poco desconcertado—, que usted tenía la bondad de desear que viniese a verla, y he venido en seguida.

—¿Y bien?

La dama a quien nunca había visto alzó los ojos y me miró con picardía, y entonces vi que aquellos ojos eran los de Estella. Pero estaba tan cambiada, había ganado tanto en hermosura, se había hecho tan mujer en todas aquellas cosas que despiertan admiración, había realizado tan maravillosos progresos, que parecía que yo no hubiera hecho ninguno. Me imaginé, al mirarla, que volvía a ser el muchacho rudo y ordinario de antes. ¡Oh, cuán lejano y diferente de ella me sentí, y cuán inaccesible me pareció!

Me dio la mano. Balbucí algo sobre el placer que me causaba volverla a ver y el tiempo que hacía que lo estaba deseando.

—¿La encuentras muy cambiada, Pip? —preguntó la señorita Havisham, con su ávida mirada y golpeando una silla que había entre las dos como señal para que me sentara en ella.

—Al entrar, señorita Havisham, ni su rostro ni su figura me parecieron los de Estella; pero ahora todo encaja de un modo tan curioso en la…

—¿Qué? No irás a decir en la Estella de antes… —interrumpió la señorita Havisham—. Era orgullosa e insolente y tú quisiste huir de ella. ¿Lo recuerdas?

Dije confusamente que de esto hacía ya mucho tiempo, que yo era entonces muy ignorante, y cosas por el estilo. Estella sonrió con perfecta compostura, y dijo que indudablemente yo había tenido toda la razón, y ella se había conducido de un modo muy desagradable.

—¿Ha cambiado él? —le preguntó la señorita Havisham.

—Mucho —dijo Estella contemplándome.

—¿Menos rudo y ordinario? —dijo la señorita Havisham, jugando con los cabellos de Estella.

Ésta se rió, miró el zapato que tenía en la mano, se rió otra vez, me miró a mí, y dejó el zapato. Todavía me trataba como a un muchacho, pero coqueteaba conmigo.

Permanecimos sentados en el fantástico aposento en medio de las antiguas y raras influencias que tanto habían pesado sobre mí, y me enteré de que Estella acababa de llegar de Francia e iba a partir para Londres. Altiva y voluntariosa como siempre, de tal modo había sometido estas cualidades a su hermosura que resultaba imposible y antinatural —o así me lo parecía a mí— separarlas de su belleza. Verdaderamente era imposible disociar su presencia de todas aquellas desdichadas ansias mías de riqueza y distinción que habían trastornado mi adolescencia; de todas aquellas desordenadas aspiraciones que por primera vez me habían hecho avergonzar de mi casa y de Joe; de todas aquellas visiones que me habían mostrado su rostro en las llamas del hogar, que lo habían hecho saltar del hierro batido en el yunque, que lo habían hecho salir de las tinieblas de la noche para asomarse a la ventana de la herrería y luego desaparecer. En una palabra, se me hacía imposible separarla, en el pasado o en el presente, de lo más íntimo de mi propia vida.

Se convino que yo pasaría allí todo el día, para volver al hotel por la noche, y a Londres a la mañana siguiente. Después de conversar un rato, la señorita Havisham nos mandó a dar un paseo por el jardín abandonado, diciendo que cuando volviéramos yo la pasearía en su silla de ruedas, como en otros tiempos.

Así pues, Estella y yo salimos al jardín por la puerta que me llevó al encuentro con el pálido señorito, hoy Herbert; yo, temblando en mi interior y adorando hasta la orla de su vestido; ella, muy serena y sin adorar en absoluto la orla del mío. Al acercarnos al lugar del encuentro, Estella se detuvo y dijo:

—He tenido que ser una singular criatura para esconderme y presenciar la lucha aquel día; pero lo hice y me divirtió mucho.

—Luego me lo premiaste bien.

—¿De veras? —respondió con el tono de quien no recuerda la cosa—. Recuerdo que yo sentía gran aversión por tu contrincante, porque me molestaba que lo hubieran traído aquí para importunarme con su compañía.

—Él y yo somos ahora muy buenos amigos —dije.

—¿De veras? Ahora creo recordar que tomas lecciones de su padre.

—Sí.

Me repugnaba confesarlo, porque esto me daba un aire de muchacho, y ella me trataba ya de sobra como un muchacho.

—Desde que has cambiado de fortuna y de porvenir, has cambiado también de compañía —dijo.

—Naturalmente —respondí.

—Y necesariamente —añadió, con tono altanero—, la compañía que fue un día conveniente para ti, sería ahora completamente impropia.

En mi conciencia, dudo mucho de que me quedara ninguna intención de visitar a Joe; pero, si alguna me quedaba, esta observación la disipó por completo.

—¿No tenías ninguna idea en aquellos tiempos de que tu fortuna estuviera tan cerca? —dijo Estella con un leve ademán, aludiendo a los tiempos del encuentro.

—Ni la más remota.

El aire de entereza y superioridad con que paseaba a mi lado, y el aire de juventud y sumisión con que yo iba al suyo, formaban un contraste que acusaba dolorosamente. Me habría escocido más de lo que me escocía si no hubiera considerado que lo que me ponía en esta situación era el hecho de haber sido escogido y destinado para ella.

El jardín estaba demasiado descuidado para que se pudiera pasear cómodamente por él, y después de haberlo recorrido dos o tres veces, salimos de nuevo al patio de la cervecería. Yo le mostré el sitio exacto donde la había visto andar sobre las barricas, aquella primera vez, y ella dijo, echando una mirada fría e indiferente en aquella dirección:

—¿Eso hice? —Le recordé por dónde ella había salido de la casa y me había dado de comer y beber, y ella dijo—: No lo recuerdo.

—¿No recuerdas que me hiciste llorar? —pregunté.

—No —respondió, y meneando la cabeza miró a otra parte. Creo de veras que el hecho de que no lo recordara y de que no le importara lo más mínimo, me hizo llorar otra vez en mis adentros, que es el llanto más amargo que puede haber.

—Tienes que saber, por si esto puede explicar mi falta de memoria —dijo Estella con la condescendencia propia de una joven hermosa y brillante—, que no tengo corazón.

Traté de decirle que me tomaba la libertad de ponerlo en duda. Que sabía que no era así. Que no podía existir una belleza como la suya sin tener corazón.

—¡Oh! Claro está que tengo un corazón al que se puede clavar un puñal o pegarle un tiro —dijo—, y claro está que si él dejara de latir, yo dejaría de existir. Pero tú ya me entiendes. No tengo ninguna ternura aquí, ni simpatía, ni sentimiento, ni nada de tonterías.

¿Qué era lo que ella me traía a la memoria mientras permanecía allí quieta, mirándome fijamente? ¿Algo que había visto en la señorita Havisham? No. Algunas de sus miradas y ademanes le daban aquella sombra de parecido con la señorita Havisham que a menudo adquieren los niños de las personas mayores con quienes han vivido recluidos y en estrecha unión, y que, una vez pasada la infancia, produce en ocasiones una notable semejanza de expresión entre rostros por otra parte muy distintos. Y no obstante, no podía relacionar aquella impresión con la señorita Havisham. Volví a mirar a Estella y aunque ella me miraba todavía, la impresión había desaparecido.

¿Qué era?

—Hablo en serio —dijo Estella, no tanto con ceño, pues su frente estaba tersa, como con un ensombrecimiento de su rostro—. Si nos hemos de ver con frecuencia, es mejor que lo crea en seguida. ¡No! —me detuvo imperiosamente porque yo había abierto la boca—. No he confiado a nadie mi ternura. Yo no sé lo que es eso.

En otro momento estábamos en la cervecería abandonada, y ella me indicó la alta galería de donde la había visto salir aquel primer día, y me dijo que recordaba haber estado allí arriba, y haberme visto abajo mirando asustado. Al seguir con mis ojos el movimiento de su blanca mano, volvió a asaltarme la misma vaga impresión de un parecido que no podía definir. Mi involuntario sobresalto hizo que pusiera su mano sobre mi brazo. Inmediatamente el fantasma pasó otra vez y desapareció.

¿Qué era?

—¿Qué ocurre? —preguntó Estella—. ¿Otra vez asustado?

—Debería estarlo, si tengo que creer lo que acabas de decirme —respondí, para desviar el asunto.

—Entonces, ¿no lo crees? Muy bien. De todos modos, yo lo he dicho. La señorita Havisham te estará esperando en su sitio de otros tiempos, aunque me parece que esto podría ya olvidarse junto con otras cosas.

Demos otra vuelta al jardín y luego entraremos. ¡Vamos! Hoy no tendrás que verter lágrimas por mi crueldad; serás mi paje y me prestarás tu hombro.

Su elegante vestido se había arrastrado por el suelo. Lo recogió un poco con una mano, y con la otra tocó ligeramente mi hombro mientras andábamos. Dimos dos o tres vueltas al animado jardín, que me pareció un edén florido. Si los hierbajos verdes y amarillentos que crecían en las grietas del viejo muro hubieran sido las más preciosas flores del mundo, no podría haber encarecido más su recuerdo.

No había entre nuestras edades una diferencia que pudiera alejarla mucho de mí; teníamos casi los mismos años, aunque naturalmente éstos contaban más en su caso que en el mío; pero el aire de inaccesibilidad que le daban su hermosura y sus modales me atormentaba en medio de mi delicia, y de la seguridad que tenía de que nuestra protectora nos tenía destinados el uno para el otro. ¡Pobre de mí!

Por fin volvimos a la casa, y allí me enteré con sorpresa de que mi tutor había ido a visitar a la señorita Havisham para tratar de negocios, y volvería para comer. Los viejos candeleros de la sala donde estaba puesta la apolillada mesa habían sido encendidos en nuestra ausencia, y la señorita Havisham me estaba aguardando en su silla.

Cuando nos pusimos a recorrer el antiguo circuito en torno a las cenizas del banquete de boda, me pareció estar empujando la silla hacia el mismo pasado. Pero, en la fúnebre estancia, con aquella figura sepulcral recostada en la silla clavándole los ojos, Estella parecía más brillante y hermosa que nunca, y yo experimentaba un más fuerte embeleso.

El tiempo pasó tan aprisa que ya se acercaba la hora de la comida, y Estella nos dejó para vestirse. Nos habíamos detenido junto al centro de la larga mesa, y la señorita Havisham, extendiendo uno de sus marchitos brazos fuera de la silla, descansó la mano cerrada sobre el amarillento mantel. Al volverse Estella a mirar por encima de su hombro, antes de pasar la puerta, la señorita Havisham le mandó un beso con aquella mano, besándosela con una famélica vehemencia que de suyo resultaba espantosa.

Luego, una vez se hubo ido Estella y habiendo quedado solos los dos, se volvió a mí y me dijo en un susurro:

—¿No es bella, graciosa, apuesta? ¿No la quieres?

—¿Quién, viéndola, no la ha de querer, señorita Havisham?

Rodeó mi cuello con su brazo y me hizo bajar la cabeza hasta ponerla junto a la suya.

—¡Quiérela, quiérela, quiérela! ¿Cómo te trata? —Antes de que pudiera responder, suponiendo que hubiera podido hallar respuesta a una pregunta tan difícil, repitió—: ¡Quiérela, quiérela, quiérela! Si te favorece, quiérela. Si te hiere, quiérela. Si te desgarra el corazón, y a medida que crezca y se haga fuerte, te lo desgarra más… ¡quiérela, quiérela, quiérela!

Nunca había visto un ahínco tan apasionado como aquel con que pronunció estas palabras. Pude notar cómo los músculos del flaco brazo que rodeaba mi cuello se hinchaban de la vehemencia que la poseía.

—¡Óyeme, Pip! La adopté para que fuese amada. La crié y la eduqué para que fuese amada. La convertí en lo que es para que fuese amada. ¡Quiérela!

Repitió la palabra lo suficiente para que no hubiera duda acerca de su sentido; pero si la palabra tan repetida hubiese significado, en vez de amor, odio, desesperación, venganza o muerte horrible, no habría podido sonar más, en sus labios, como una maldición.

—Te voy a decir —prosiguió, con el mismo susurro vehemente y precipitado— lo que es el verdadero amor. Es ciega devoción, abnegación absoluta, sumisión incondicional, confianza y fe contra ti mismo y contra todo el mundo, abandono de tu corazón y tu alma enteros al que los destroza… ¡como hice yo!

Al llegar aquí, profirió un grito salvaje, y yo la cogí por la cintura. Porque se levantó en su silla, envuelta en el sudario de su vestido, y se puso a golpear el aire como si de pronto fuese a golpearse a sí misma contra la pared y caer muerta.

Todo esto ocurrió en unos segundos. Mientras la obligaba a sentarse otra vez, percibí un perfume conocido, y al volverme, vi a mi tutor en la sala.

El señor Jaggers llevaba siempre (creo que aún no lo había mencionado) un pañuelo de bolsillo de seda de imponentes proporciones, que le era de gran utilidad en el ejercicio de su profesión. Le he visto aterrorizar de tal modo a un cliente o a un testigo, desdoblando ceremoniosamente este pañuelo, como si fuera a sonarse, y deteniéndose luego, como si supiera que no tendría tiempo de hacerlo antes de que dicho cliente o testigo se comprometiera, que la confesión había seguido inmediatamente como algo inevitable. Cuando le vi en aquella sala, sostenía este expresivo pañuelo con entrambas manos, y nos estaba contemplando. Al topar con mi mirada, dijo con toda claridad mediante una momentánea y silenciosa pausa en aquella actitud: «¿De veras? ¡Curioso!», y luego aplicó el pañuelo a su uso natural, con maravilloso efecto.

La señorita Havisham le había visto al mismo tiempo que yo, y, como todo el mundo, se asustó de él. Hizo un gran esfuerzo para serenarse y tartamudeó que el señor Jaggers había sido puntual como siempre.

—Puntual como siempre —repitió él, llegándose a nosotros—. ¿Cómo está usted, Pip? ¿Le doy un paseíto, señorita Havisham? ¿Una vuelta? ¿Así que está usted aquí, Pip?

Le dije cuándo había llegado, y cómo la señorita Havisham había deseado que fuera a ver a Estella. A lo cual respondió él:

—¡Ah! ¡Una joven preciosa! —Después empujó la silla de la señorita Havisham con una de sus manazas, metiéndose la otra en el bolsillo de su pantalón, como si el bolsillo estuviese lleno de secretos—. ¡Bien, Pip! ¿Había visto usted a la señorita Estella muy a menudo antes?

—¿Muy a menudo?

—¡Sí! ¿Cuántas veces? ¿Diez mil?

—¡Oh! No tantas, ciertamente.

—¿Dos?

—Jaggers —interrumpió la señorita Havisham, con gran alivio de mi parte—, deje tranquilo a Pip, y váyase con él a comer.

Él obedeció, y ambos bajamos juntos las oscuras escaleras.

Mientras nos dirigíamos al edificio aislado del otro lado del patio enlosado, detrás de la casa, me preguntó cuántas veces había visto comer y beber a la señorita Havisham, ofreciéndome, como de costumbre, un ancho campo de elección, entre cien veces y una.

Yo reflexioné, y dije:

—Nunca.

—Y nunca lo verá usted, Pip —respondió con una ceñuda sonrisa—. Nunca, desde que lleva esta vida, ha permitido que la viesen hacer lo uno ni lo otro. Ronda la casa por la noche y entonces come lo que encuentra.

—Perdone, señor —dije—, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Usted puede hacerla —dijo— y yo puedo rehusar el responderla. Pregunte usted.

—El apellido de Estella, ¿es Havisham o…? —No se me ocurrió nada que añadir.

—¿O qué? —dijo él.

—¿Es Havisham?

—Es Havisham.

Con esto llegamos a la mesa, donde Estella y Sarah Pocket nos estaban aguardando. El señor Jaggers tomó la cabecera, Estella se sentó frente a él y yo lo hice frente a mi verde y amarillenta amiga. Comimos bien y nos sirvió una doncella a quien en todas mis idas y venidas no había visto nunca, pero que lo mismo podía haber estado siempre en aquella misteriosa casa. Después de la comida, pusieron ante mi tutor una botella de viejo y excelente oporto (él conocía muy bien aquella marca), y las dos señoras nos dejaron.

Nunca había visto en otro sitio nada comparable a la determinada discreción del señor Jaggers bajo aquel techo; ni siquiera en él mismo. Hasta sus miradas las guardaba para sí y apenas dirigió una vez los ojos al rostro de Estella durante la comida. Cuando ella le hablaba, él atendía, y a su debido tiempo respondía, pero nunca, que yo me diese cuenta, la miró. Por otra parte, ella le miraba a menudo con interés y curiosidad, cuando no con desconfianza, pero en el rostro del señor Jaggers nunca aparecieron señales de que lo notara. Durante toda la comida, halló una agria satisfacción en poner a Sarah Pocket más verde y más amarilla todavía refiriéndose repetidamente, en su conversación conmigo, a mis perspectivas; pero aquí tampoco dio muestras de tener la menor conciencia y hasta pareció que extraía estas referencias —y en realidad las extrajo, aunque yo no sé cómo— de mi inocente persona.

Y cuando nos quedamos solos, adoptó un aire de callarse por lo mucho que sabía que verdaderamente se me hizo insoportable. Interrogaba hasta a su copa, cuando no tenía otra cosa a mano. La miraba al trasluz de la vela, probaba el oporto, lo paladeaba, se lo tragaba, volvía a mirar al oporto, lo olía, lo probaba, lo bebía, volvía a llenar la copa y a interrogarla, hasta que yo me ponía tan nervioso como si supiera que el vino le estaba contando algo en perjuicio mío. Tres o cuatro veces estuve tentado de empezar una conversación; pero cada vez que él veía que le iba a preguntar algo, me miraba con la copa en la mano y paladeando el vino, como queriendo hacerme observar que era inútil porque no podía responder.

Creo que la señorita Pocket comprendía que la sola vista de mi persona la ponía en peligro de enloquecer, tal vez de arrancarse la cofia —que era algo horrible, una especie de estropajo de muselina— y de esparcir por el suelo sus cabellos, que indudablemente nunca habían pertenecido a su cabeza. No apareció cuando más tarde subimos a la habitación de la señorita Havisham, y los cuatro jugamos al whist. En el intervalo, la señorita Havisham, llevada de su fantasía, había puesto algunas de las más hermosas joyas de su mesa tocador en el cabello, pecho y brazos de Estella; y observé que hasta mi tutor miraba a ésta por debajo de sus hirsutas cejas, las cuales levantó un poco al hallar ante sí tal belleza realzada por aquellos vivos destellos de luz y de color.

De qué manera y hasta qué punto el señor Jaggers nos hizo gastar nuestros triunfos y se arregló para ganarnos cada mano con unas cartas mezquinas, ante las cuales la gloria de nuestros reyes y reinas se veía absolutamente confundida, es cosa de la que no quiero hablar; como tampoco de la impresión que me producía de considerarnos tres pobres y transparentes enigmas que desde hacía tiempo tenía descifrados. Lo que me hacía sufrir era la incompatibilidad entre su fría presencia y mis sentimientos hacia Estella. No era saber que nunca podría soportar hablarle de ella, ni oírle hacer crujir sus botas en presencia de ella, ni verle lavarse las manos a causa de ella: era el hecho de que mi admiración tuviese que manifestarse a uno o dos pies de donde estaba él, era que mis sentimientos tuviesen que estar en un mismo sitio con él; esto era lo que me martirizaba.

Jugamos hasta las nueve, y entonces se decidió que cuando Estella fuese a Londres se me advertiría de su llegada para que fuese a recibirla a la diligencia. Luego me despedí de ella, la toqué, y la dejé.

Mi tutor se alojaba en el Jabalí, en el cuarto próximo al mío. Hasta muy avanzada la noche, las palabras de la señorita Havisham, «¡quiérela, quiérela, quiérela!», sonaron en mis oídos. Las adapté a mis sentimientos y dije a mi almohada: «¡la quiero, la quiero, la quiero!» un centenar de veces. Entonces sentí un estallido de gratitud al pensar que me estaba destinada, a mí, al ex aprendiz de herrero. Luego pensé que si ella, como yo temía, aún no se sentía agradecida por aquel destino, ¿cuándo empezaría a interesarse por mí? ¿Cuándo despertaría yo en su corazón, ahora mudo y dormido?

¡Pobre de mí! Pensaba que éstas eran grandes y elevadas emociones. Pero nunca pensé que hubiera nada de bajo y mezquino en el hecho de alejarme de Joe a causa del desprecio que Estella sentiría por él. Hacía apenas un día que Joe había hecho asomar las lágrimas a mis ojos. Muy pronto, ¡Dios me perdone!, se habían secado.

CAPÍTULO TREINTA

Después de pensarlo mucho, mientras me vestía por la mañana en el Jabalí Azul, resolví decirle a mi tutor que dudaba de que Orlick fuese el hombre apropiado para ocupar un puesto de confianza en casa de la señorita Havisham.

—Claro que no lo es, Pip —dijo, agradablemente convencido de antemano sobre el caso en general—, porque el hombre que ocupa un puesto de confianza nunca es la clase de hombre apropiado. —Pareció que le ponía de buen humor saber que aquel particular empleo no era ocupado excepcionalmente por el hombre apropiado, y escuchó con aire complacido mientras yo le refería cuanto sabía de Orlick—. Muy bien, Pip —observó, al terminar yo—, voy a despedirle en el acto.

Un poco alarmado ante tan pronta decisión, me mostré partidario de aplazarla un poco, y hasta llegué a insinuar que nuestro amigo podría ser algo difícil de manejar.

—Oh, eso no —dijo mi tutor, doblando su pañuelo con perfecta confianza—; me gustaría verle discutir el asunto conmigo.

Como debíamos regresar a Londres en la diligencia del mediodía, y como yo desayunaba con un miedo tal de ver aparecer a Pumblechook que apenas podía sostener la taza, esto me dio ocasión para decir que deseaba andar un poco y que me iría por la carretera de Londres mientras el señor Jaggers estaba ocupado, si él quería informar al cochero de que yo cogería el coche donde éste me alcanzara. De esta manera pude escapar del Jabalí Azul inmediatamente después de mi desayuno. Dando entonces un rodeo de un par de millas a campo traviesa por detrás de la casa del señor Pumblechook, volví a entrar en la calle Mayor, algo más abajo de aquel peligroso sitio, y me sentí en relativa seguridad.

Era interesante estar de nuevo en la tranquila y vieja población, y no resultaba desagradable verse aquí y allá reconocido de pronto y contemplado con asombro. Uno o dos comerciantes llegaron hasta salir precipitadamente de sus tiendas y a andar un poco calle abajo delante de mí para poder volverse, como si hubieran olvidado algo, y pasar mirándome frente a frente, ocasiones en las que no sé quién fingía peor, si ellos al aparentar no hacerlo o yo al aparentar no verlo. Aun así mi posición era distinguida, y no estaba descontento de ella, hasta que el destino me echó al paso a aquel consumado malandrín del aprendiz de Trabb.

Mirando calle abajo en cierto punto de mi camino, divisé al aprendiz de Trabb que se acercaba, azotándose con una talega vacía. Juzgando que mirarle serenamente como si no le conociera sería lo más adecuado a mi dignidad y probablemente bastaría para aquietar sus malos instintos, avanzaba con aquella expresión en el semblante y me felicitaba ya por mi éxito, cuando de pronto las rodillas del aprendiz de Trabb empezaron a entrechocar, se le erizaron los cabellos, se le cayó la gorra, se echó a temblar de pies a cabeza, se dirigió tambaleándose al centro de la calle y gritando a la gente: «¡Sostenedme! ¡Me muero de miedo!», simuló hallarse bajo un paroxismo de terror y contrición ocasionado por la dignidad de mi talante. Al pasar yo por su lado le castañetearon los dientes y, con todas las muestras de una extrema humillación, se prosternó en el polvo.

Esto resultó duro de soportar, pero no fue nada. Aún no había recorrido otras doscientas yardas cuando, con indecible terror, asombro e indignación, vi acercarse de nuevo al aprendiz de Trabb. Doblaba la esquina de una calleja. Llevaba la bolsa echada sobre el hombro, brillaba en sus ojos una honrada laboriosidad, y en su aire se leía la determinación de dirigirse a casa de Trabb con alegre diligencia… Con un sobresalto se percató de mi presencia, y le dio un ataque tan fuerte como el anterior; pero esta vez su movimiento fue circular, y se tambaleaba dando vueltas y más vueltas a mi alrededor con las rodillas todavía más afectadas y las manos en alto como pidiendo misericordia. Sus sufrimientos eran jaleados con entusiasmo por un grupo de espectadores, y yo me hallaba confuso a más no poder.

Aún no había llegado al despacho de Correos cuando volví a ver al aprendiz de Trabb que doblaba rápidamente otra esquina. Esta vez estaba completamente cambiado. Llevaba puesto el saco imitando mi abrigo, y venía pavoneándose por la otra acera en dirección contraria, seguido por una caterva de regocijados compinches, dirigiéndose a los cuales exclamaba de vez en cuando, con un ademán: «¡No le conozco!». No hay palabras para expresar toda la burla y el insulto que descargó sobre mí el aprendiz de Trabb cuando, al pasar por mi lado, se estiró el cuello de la camisa, se retorció los tufos, puso un brazo en jarras, y empezó a hacer los más extravagantes visajes, retorciendo los codos y el cuerpo, y diciendo con voz hueca a los que le seguían: «¡No le conozco, no le conozco! Por mi honor que no le conozco». La ignominia consiguiente al hecho de que inmediatamente después se pusiera a cacarear, y me persiguiera por el puente con cacareos como los de una melancólica gallina que me hubiera conocido cuando no era más que un herrero, colmó la ignominia con que yo salí de la ciudad, y por ella fui arrojado, por decirlo así, al campo abierto.

Pero a menos que le hubiera arrancado la vida al aprendiz de Trabb, no veo realmente qué era lo que podía hacer en aquella ocasión, sino sufrirlo. Haberme peleado con él en la calle, o haberme cobrado con menos que con la sangre de su corazón, habría sido fútil y degradante. Además, era un muchacho a quien ningún hombre podía hacer daño, una serpiente invulnerable y escurridiza que, acorralada en un rincón, se escapaba por entre las piernas de su aprehensor, con gañidos de mofa. De todos modos, escribí al señor Trabb, por el correo siguiente, para decirle que el señor Pip se veía obligado a interrumpir todo trato con una persona capaz de olvidar lo debido al decoro público hasta el punto de tener empleado a un muchacho que despertaba repulsión en toda persona respetable.

La diligencia, con el señor Jaggers dentro, me alcanzó a su debido tiempo, y yo volví a tomar asiento en la delantera, y llegué a Londres salvo —pero no sano, porque el corazón me faltaba—. En cuanto llegué, mandé un bacalao y un barril de ostras a Joe (como reparación por no haber ido a verle), y luego me dirigí a Barnard's Jun.

Encontré a Herbert tomando una comida fría, y encantado de verme de regreso. Después de mandar al Vengador al café en busca de una adición a la comida, sentí que necesitaba abrir mi corazón a mi amigo y compañero aquella misma noche. Como la confidencia no cabía ni plantearla teniendo al Vengador en el recibimiento, el cual podía considerarse como una mera antecámara del ojo de la cerradura, le mandé al teatro. Apenas podía darse mejor prueba de la sujeción en que me hallaba respecto a aquel paje que los degradantes expedientes a que constantemente tenía que recurrir para encontrarle ocupación. Tan ruin era la necesidad que a veces le mandaba a la esquina de Hyde Park a ver qué hora era.

Una vez que hubimos comido, y estando sentados con los pies en el guardafuegos, le dije a Herbert:

—Querido Herbert, he de contarte algo muy íntimo.

—Querido Händel —respondió—, estimo y respeto tu confianza.

—Se refiere a mí, Herbert —pregunté—, y a otra persona.

Herbert cruzó los pies, contempló el fuego con la cabeza ladeada y, habiéndolo contemplado en vano durante algún tiempo, me miró como preguntándome por qué no proseguía.

—Herbert —le dije, poniendo la mano sobre su rodilla—. Amo… adoro… a Estella.

En vez de asombrarse, Herbert respondió como si se tratase de la cosa más natural:

—Exactamente. ¿Y qué?

—¿Y qué, Herbert? ¿Es esto lo único que dices? ¿Y qué?

—Quiero decir: ¿y qué más? —dijo Herbert—. Eso, naturalmente, ya lo sabía.

—¿Cómo lo sabías? —pregunté.

—¿Cómo lo sabía, Händel? Pues, por ti mismo.

—Yo nunca te lo he dicho.

—¡Que nunca me lo has dicho! Nunca me has dicho que te habías hecho cortar el pelo, pero yo tengo sentidos para verlo. La has estado adorando desde que te conozco. Trajiste aquí tu adoración en tu maleta. ¡Que nunca me lo has dicho! Si me lo has estado diciendo siempre, de la mañana a la noche. Cuando me contaste tu historia, claramente me diste a entender que habías empezado a adorarla en cuanto la viste, siendo todavía poco más que un niño.

—Muy bien, pues —dije yo, para quien aquello era nuevo, pero no desagradable—, nunca he dejado de adorarla. Y ella ha vuelto hecha una hermosísima y elegante criatura. Ayer la vi, y si antes la adoraba, la adoro doblemente ahora.

—Entonces es una suerte para ti, Händel —dijo Herbert—, que hayas sido escogido y destinado para ella. Sin entrar en terreno prohibido, podemos arriesgarnos a afirmar que no cabe duda entre nosotros sobre este hecho. ¿Tienes ya alguna idea de lo que piensa Estella sobre tu adoración?

Moví tristemente la cabeza.

—¡Oh! Está a miles de millas lejos de mí —dije.

—Paciencia, querido Händel: aún queda tiempo, aún queda tiempo. Pero ¿tienes algo más que decir?

—Me avergüenza decirlo —respondí—, y, no obstante, no es peor decirlo que pensarlo. Tú me llamas un muchacho con suerte. Desde luego lo soy. Ayer, como quien dice, no era más que un aprendiz de herrero. Hoy soy… ¿qué diré que soy hoy?

—Di un buen muchacho, si quieres una frase —respondió Herbert, sonriendo y dándome golpecitos en la espalda—, un buen muchacho con ímpetu y vacilación, atrevimiento y timidez, acción y ensueño, todo curiosamente mezclado.

Me detuve un momento a considerar si verdaderamente había esta mezcolanza en mi carácter. En conjunto no me reconocía en aquel análisis, pero me pareció que valía la pena discutirlo.

—Cuando pregunto qué es lo que soy hoy —continué—, me refiero a lo que tengo en el pensamiento. Tú dices que soy afortunado. Yo sé que no he hecho nada para elevarme y que la Fortuna por sí sola me ha levantado; esto es ser muy afortunado. Y, no obstante, cuando pienso en Estella…

—Y ¿cuándo es que no piensas en ella? —interpuso Herbert con los ojos fijos en el fuego, lo cual me pareció bondadoso y simpático de su parte.

—Entonces, querido Herbert, no podría decirte cuán inseguro y atado me siento, y cuán expuesto a un sinfín de contingencias. Evitando entrar en terreno prohibido, como has hecho tú ahora mismo, puedo decir, no obstante, que todas mis perspectivas descansan en la constancia de una persona (no nombro a nadie). Y en el mejor de los casos, ¡qué impreciso y poco satisfactorio resulta no saber más claramente en qué consisten! —Al decir esto, descargaba mi espíritu de algo que siempre, más o menos, lo había apesumbrado, pero más, indudablemente, desde el día antes.

—Hombre, Händel —respondió Herbert, a su manera alegre y optimista—, me parece que el abatimiento de una tierna pasión nos hace mirar los dientes del caballo regalado con cristales de aumento. Y me parece que, al concentrar nuestra atención en este examen, olvidamos completamente una de las mejores condiciones del animal. ¿No me has contado que tu tutor, el señor Jaggers, te dijo al principio que no estabas dotado únicamente de esperanzas? Y aunque no te lo hubiera dicho, si bien concedo que tiene su importancia, ¿puedes creer que, de todos los hombres de Londres, sea el señor Jaggers capaz de mantener sus presentes relaciones contigo sin estar seguro del terreno que pisa?

Respondí que no podía negar que éste era un argumento poderoso. Lo dije (la gente lo hace a menudo en tales casos) como una difícil concesión a la verdad y a la justicia, ¡como si tuviera deseos de negarlo!

—Claro que es un argumento poderoso —dijo Herbert— y creo que te verías apurado para hallar otro más firme; por lo demás, debes esperar la hora elegida por el cliente de tu tutor. Sin darte cuenta, cumplirás los veintiún años, y acaso entonces obtengas más extensos informes. De cualquier modo, estarás cada vez más cerca de obtenerlos, porque al fin tienen que llegar.

—¡Qué temperamento tan optimista tienes! —dije yo, admirando, agradecido, su carácter animoso.

—Debo tenerlo —dijo Herbert— porque no tengo gran cosa más. He de confesar, dicho sea de paso, que el buen sentido de lo que acabo de decir no es mío, sino de mi padre. La única observación que le he oído hacer sobre tu historia fue ésta, que es definitiva: «Debe de ser cosa resuelta y arreglada, porque de otro modo el señor Jaggers no andaría en ella». Y ahora, antes de decir nada más acerca de mi padre o del hijo de mi padre, y de devolver confidencia por confidencia, quiero hacerme por un momento seriamente desagradable para ti, positivamente repulsivo.

—No lo lograrás —dije.

—¡Oh, sí, lo lograré! —exclamó él—. A la una, a las dos, a las tres, ¡allá va! Händel, amigo querido —aunque se expresaba en este tono ligero, hablaba muy en serio—, desde que nos hemos puesto a conversar con los pies en el guardafuegos, estoy pensando que seguramente Estella no es una condición de tu herencia, puesto que tu tutor no se ha referido nunca a ella. Estoy en lo cierto al entender, por lo que tú me has dicho, que no se ha referido a ella ni directa ni indirectamente, ni de modo alguno. ¿No ha insinuado nunca, por ejemplo, que tu protector podría tener sus ideas acerca de un posible casamiento tuyo?

—Nunca.

—Ahora, Händel, no es que sienta el sabor de las uvas verdes; ¡palabra de honor! Puesto que nada te obliga a ella, ¿no podrías desinteresarte de ella? Ya te dije que sería desagradable.

Volví a un lado la cabeza porque, con un ímpetu y una violencia como las del viento que sopla en los marjales viniendo del mar, volvió a invadir mi corazón un sentimiento parejo al que me había abrumado aquella mañana en que dejé la herrería, mientras la niebla se levantaba solemne y yo ponía la mano en el poste indicador a la salida del lugar. Durante unos momentos reinó el silencio entre nosotros.

—Sí; pero, querido Händel —continuó Herbert, como si hubiéramos hablado en vez de estar callados—, que esto haya arraigado tan fuertemente en el corazón de un muchacho a quien la naturaleza y las circunstancias han hecho tan romántico, lo convierte en una cosa muy seria. Piensa en la educación que Estella ha tenido, y piensa en la señorita Havisham. Piensa en lo que es ella (ahora sí que soy repulsivo y tú me aborreces). Esto puede llevar a cosas muy tristes.

—Lo sé, Herbert —dije yo, con la cabeza vuelta todavía—, pero no puedo remediarlo.

—¿No puedes olvidarla?

—No. ¡Imposible!

—¿No puedes intentarlo, Händel?

—No, ¡imposible!

—¡Bueno! —dijo Herbert, levantándose con una viva sacudida, como si despertara de un sueño, y poniéndose a atizar el fuego—; ¡ahora volveré a ser agradable!

Dio una vuelta por la estancia, sacudió las cortinas, puso las sillas en su lugar, ordenó los libros y otras cosas que estaban por allí de cualquier modo, salió al recibimiento, miró dentro del buzón, cerró la puerta y volvió a su silla junto al fuego, donde se sentó cogiendo con entrambos brazos su pierna izquierda.

—Voy a decirte dos palabras, Händel, referentes a mi padre y al hijo de mi padre. Temo que el hijo de mi padre apenas necesita observar que la casa de mi padre no anda muy bien gobernada.

—Siempre hay abundancia en todo, Herbert —dije, por decir algo alentador.

—¡Oh, sí!, y lo mismo dice el basurero, creo yo, con la mayor satisfacción, y lo mismo dicen en el almacén de la esquina. Con toda formalidad, Händel, porque el asunto es serio y tú sabes lo que ocurre tan bien como yo. Supongo que hubo un tiempo en que mi padre se preocupaba de las cosas; pero ese tiempo, si existió, está ya muy lejos. ¿Puedo preguntarte si has tenido ocasión de observar en tu tierra que los hijos de matrimonios no demasiado felices son los que tienen siempre mayores ganas de casarse?

Ésta era una pregunta tan singular que yo la respondí con otra.

—¿Es eso verdad?

—No lo sé —dijo Herbert—, y es lo que quería saber. Porque éste es resueltamente nuestro caso. Mi pobre hermana Charlotte, que venía detrás de mí y murió antes de cumplir catorce años, fue un ejemplo notable de ello. La pequeña Jane es otro, a juzgar por el deseo de verse colocada matrimonialmente; se podría suponer que ha pasado toda su corta existencia en perpetua contemplación de la felicidad doméstica. El pequeño Alick, que aún lleva babero, ya ha hecho sus arreglos con una adecuada personita de Kew. Y, en realidad, pienso que todos estamos comprometidos, excepto el bebé.

—¿Y tú también, entonces? —dije yo.

—Sí —dijo Herbert—, pero es un secreto.

Le prometí guardar el secreto y le rogué que me favoreciera con más detalles. Había hablado con tanto juicio y comprensión de mi debilidad que deseaba conocer algo de su fortaleza.

—¿Puedo preguntar cómo se llama? —dije.

—Se llama Clara —dijo Herbert.

—¿Vive en Londres?

—Sí. Tal vez tendría que mencionar —dijo Herbert, que, desde que habíamos entrado a tratar este interesante tema, había tomado un aire curiosamente mustio y abatido— que está algo por debajo de las tontas ideas de mi madre en materia de alcurnia, Su padre tenía algo que ver con el suministro de víveres a los buques de pasajeros. Creo que era una especie de sobrecargo.

—Y ahora, ¿qué es? —dije yo.

—Ahora es un inválido —respondió Herbert.

—¿Que vive…?

—En el primer piso —dijo Herbert. Lo cual no era todo lo que yo quería decir, porque mi pregunta se refería a sus medios económicos—. No le he visto nunca, pues no se ha movido de su habitación de arriba desde que conozco a Clara. Pero le he oído continuamente. Porque arma unos alborotos tremendos, ruge y aporrea el suelo con algún horrible instrumento. —Mirándome y riéndose luego de buena gana, Herbert recobró por el momento su animación habitual.

—¿No esperas verle? —le interrogué.

—Oh, sí, a cada momento espero verle —repuso—, porque nunca le oigo sin miedo de que nos caiga encima por un boquete del techo. Pero no sé cuánto tiempo podrán resistir las vigas.

Después de reírse otra vez con toda el alma, volvió a ponerse mustio y me dijo que tan pronto empezara a hacerse un capital tenía intención de casarse con esa señorita. Y añadió como proposición axiomática, madre del desaliento:

—Porque uno no puede casarse, ¿sabes?, mientras se labra un futuro.

Mientras contemplábamos el fuego y mientras yo pensaba en lo difícil que resultaba a veces este sueño del Capital, me metí las manos en los bolsillos. Un papel doblado que encontré en uno de ellos llamó mi atención. Lo desdoblé y resultó ser el anuncio que había recibido de Joe, referente al famoso aficionado de provincias de rosciana celebridad.

—¡Bendito sea Dios! —exclamé involuntariamente en voz alta—, ¡es para esta noche!

Esto mudó en el acto el curso de nuestra conversación y nos decidió apresuradamente a ir al teatro. Así, después de haber prometido consolar y favorecer a Herbert en esta empresa de su corazón, por todos los medios posibles e imposibles; después de que Herbert me hubo contado que su prometida me conocía ya de nombre, y que me la iba a presentar, y después de haber sellado nuestras mutuas confidencias con un caluroso apretón de manos, apagamos nuestras velas, cubrimos nuestro fuego, cerramos la puerta y salimos en busca del señor Wopsle y de Dinamarca.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

A nuestra llegada a Dinamarca encontramos al rey y a la reina de aquel país instalados en sendos sillones puestos sobre una mesa de cocina, presidiendo su Corte. Les acompañaba toda la nobleza danesa consistente en un noble muchacho metido en las botas de gamuza de un gigantesco antepasado, un venerable par de sucio rostro que parecía haber ascendido últimamente del estado llano, y la flor de la caballería danesa con un peine en el cabello y un par de medias blancas de seda, y con un aspecto en conjunto bastante femenino. Mi talentudo paisano permanecía sombríamente aparte, con los brazos cruzados, y yo habría deseado que sus rizos y su frente hubieran sido más verosímiles.

A medida que se desarrollaba la acción fueron trasluciéndose varios pequeños y curiosos detalles. El difunto rey de aquel país no sólo parecía haber estado padeciendo un catarro en el momento de su muerte, sino habérselo llevado a la tumba, y haberlo traído consigo al mundo de los vivos. El regio aparecido llevaba también un fantasmal manuscrito enrollado en su cetro, el cual parecía consultar de vez en cuando, y ello con aire de ansiedad y una tendencia a perder el punto que más bien parecían propios de la vida mortal. Fue esto, me figuro, lo que indujo al gallinero a aconsejar a la Sombra que «volviese la hoja», recomendación que ésta no recibió con mucho agrado. Otra cosa que noté en este mayestático espíritu era que, al paso que aparecía con un aire de haber estado mucho tiempo ausente y recorrido una distancia inmensa, salía manifiestamente de una pared inmediata. Esto dio lugar a que sus espantos fuesen recibidos con risas. La reina de Dinamarca, una dama muy rolliza, aunque según la historia fuera una mujer de bronce, dio al público la impresión de estar demasiado cargada de este metal, pues llevaba la diadema sujeta a la barbilla por una ancha banda de él (cual si tuviese un suntuoso dolor de muelas), y de la misma materia eran las que ceñían su vasta cintura y cada una de las que rodeaban sus brazos, de modo que todos, sin rebozo, la llamaban «el timbal». El noble muchacho de las ancestrales botas resultaba muy inconsecuente, pues se presentaba casi al mismo tiempo como un experto marino, un cómico ambulante, un enterrador, un clérigo y una persona de la mayor importancia en materia de esgrima cortesana, cuya experta mirada e imparcial discernimiento dirimían cuáles eran los más bellos golpes. Esto propició que, poco a poco, se impacientaran con él, y hasta que —al descubrirle en posesión de órdenes sagradas, y negándose a llevar a cabo el servicio fúnebre— la indignación general tomó la forma de una lluvia de nueces. Finalmente, Ofelia se hallaba presa de una locura musical tan lenta que cuando, con el tiempo, llegó a quitarse su chal de muselina, a doblarlo y a enterrarlo, un huraño espectador que había estado enfriando su impaciente nariz contra una barra de hierro en la primera fila del gallinero, gruñó: «Ya está el niño en la cama. ¡Vámonos a cenar!», lo cual, por no decir otra cosa, fue una incongruencia.

Sobre mi desgraciado paisano se acumulaban todos estos incidentes con bullicioso efecto. Cada vez que aquel indeciso Príncipe tenía que hacer una pregunta o expresar una duda, el público trataba de ayudarle ofreciéndole respuestas. Por ejemplo, cuando preguntó si no había más nobleza de ánimo en el sufrimiento, algunos berrearon «sí» otros «no» y otros inclinados a ambas opiniones dijeron: «échalo a cara y cruz», y se promovió una verdadera controversia. Cuando preguntó por qué individuos como él tenían que arrastrarse entre el cielo y la tierra, le animaron con grandes gritos de «¡oigan, oigan!». Cuando apareció con una media desarreglada (desorden expresado, conforme al uso, por un pliegue muy bien hecho en la parte superior, y que siempre me ha parecido hecho con plancha), se entabló en el gallinero una conversación acerca de la palidez de la pierna y de si ésta se debía al susto que le había dado el fantasma. Al tomar la flauta dulce —muy parecida a una flautita negra que acababan de tocar en la orquesta y le habían alcanzado desde la puerta—, le gritaron al unísono que tocase el Rule Britannia. Cuando recomendó al músico que no aserrara de aquel modo la canción, el hombre huraño dijo: «Y tú tampoco; ¡eres mucho peor que él!». Y siento tener que decir que en cada una de estas ocasiones el señor Wopsle era saludado con grandes carcajadas.

Pero la prueba más dura para él fue en el cementerio, el cual tenía la apariencia de una selva virgen, con una especie de pequeño lavadero eclesiástico a un lado y una barrera de peazgo en el otro. Al ver entrar por la barrera al señor Wopsle envuelto en una amplia capa negra, el sepulturero le advirtió amistosamente: «¡Cuidado! ¡Ahí viene el empresario de pompas fúnebres a vigilar tu trabajo!». Supongo que es bien sabido en un país constitucional que el señor Wopsle no podía en modo alguno haber devuelto la calavera, después de moralizar acerca de ella, sin limpiarse los dedos en una blanca servilleta que se sacó del pecho, pero ni siquiera esta inocente e indispensable acción pudo pasar sin el comentario: «¡Camarero!». La llegada del cadáver para su entierro, en una negra caja vacía con la tapadera a medio caer, fue la señal para un regocijo general que subió de punto en punto al ser descubierto entre los portadores un individuo conocido del público. El regocijo acompañó al señor Wopsle durante su lucha con Laertes, en el borde del escenario y de la tumba, y no cedió hasta que hubo arrojado al rey de su mesa—cocina y se hubo muerto, pulgada a pulgada, empezando por los tobillos y acabando por la cabeza.

Nosotros hicimos al principio unos débiles esfuerzos para aplaudir al señor Wopsle; pero resultaron demasiado vanos para que valiera la pena insistir. Así, permanecimos callados vivamente condolidos por lo que le ocurría, pero riéndonos, sin embargo, con toda el alma. Yo estuve todo el rato riéndome, a pesar mío, tan cómico resultaba todo; y, no obstante, tenía una vaga impresión de que había algo positivamente bello en la alocución del señor Wopsle, y no a causa de antiguos recuerdos, me figuro, sino porque era muy lenta, muy lúgubre, muy llena de subidas y bajadas de tono, y muy distinta en todos los sentidos al modo de expresarse de cualquier hombre en cualquier circunstancia natural de vida o muerte, acerca de cualquier asunto. Al terminar la tragedia y después de que le hubieran llamado a la escena para darle una réplica, le dije a Herbert:

—Vámonos en seguida, o de lo contrario nos exponemos a encontrárnoslo.

Bajamos las escaleras lo más deprisa que pudimos, pero no fuimos lo bastante rápidos. En la puerta aguardaba un hombre con cara de judío y unas cejas monstruosamente negras, que me clavó la mirada al vernos venir y que, al tenernos junto a él, dijo:

—¿El señor Pip y su amigo?

Tuvimos que confesar que se trataba de nosotros.

—El señor Waldengarver —dijo el hombre— quisiera tener el honor…

—¿Waldengarver? —repetí; pero Herbert me murmuró al oído: «Probablemente, Wopsle»—. ¡Oh! —dije yo—. Sí. ¿Tenemos que ir con usted?

—Unos pasos, hagan el favor. —Cuando estuvimos en un pasadizo lateral, se volvió y nos preguntó—: ¿Qué les ha parecido su aspecto? Le he vestido yo.

Yo no sabía qué decir de su aspecto, sino que me parecía muy fúnebre y que la adición de un gran sol o estrella danesa colgada de su cuello por una cinta azul le daba la apariencia de estar asegurado en alguna singular compañía contra incendios. Pero dije que me había parecido muy bien.

—En la escena de la sepultura lució magníficamente su capa. Pero, juzgando desde entre bastidores, me pareció que cuando vio al fantasma en la habitación de la reina, podía haber sacado mejor partido de sus medias.

Asentí modestamente, y los tres entramos por una sucia puertecilla de muelles a una especie de caja de embalaje que había detrás. Allí estaba el señor Wopsle despojándose de sus atavíos daneses, en un espacio tan reducido que sólo manteniendo abierta la puerta o tapa de la caja alcanzábamos a poder mirarle, uno por encima del hombro del otro.

—Caballeros —dijo el señor Wopsle—, estoy orgulloso de verlos. Espero, señor Pip, que me perdonará usted por haberle hecho llamar. Tuve la dicha de conocerle en otros tiempos, y el Drama ha tenido siempre privilegios que son reconocidos hasta por los más nobles y opulentos.

Entretanto, el señor Waldengarver, sudando terriblemente, hacía esfuerzos para desprenderse de sus principescos lutos.

—Quítese las medias con cuidado, señor Waldengarver —dijo su propietario—, o las va a reventar, y con ellas reventará treinta y cinco chelines. Nunca se obsequió a Shakespeare con un par como éste. Estése ahora quieto en su silla, y déjeme hacer a mí.

Con esto, se arrodilló y se puso a despellejar a su víctima, quien, al salir la primera media, se habría caído de espaldas con silla y todo si hubiera habido espacio para que se cayera nadie.

Hasta entonces yo no había osado hablar de la representación. Pero en aquel momento el señor Waldengarver nos miró complacido y dijo:

—Caballeros, ¿qué les ha parecido la función?

Herbert dijo desde detrás (dándome al mismo tiempo con el codo):

—De primera.

Yo dije también:

—De primera.

—¿Qué les pareció mi interpretación del personaje? —dijo el señor Waldengarver, en un tono poco menos que protector.

Herbert dijo desde detrás (volviendo a darme con el codo):

—Sólida y precisa.

—Eso es —dije yo descaradamente, como si se me hubiera ocurrido a mí y debiera insistir en ello—: Sólida y precisa.

—Me alegro de merecer su aprobación, caballeros —dijo el señor Waldengarver, con aire de dignidad, a pesar de estar todo el rato apretado contra la pared y agarrado al asiento de la silla.

—Pero le diré una cosa, señor Waldengarver —dijo el hombre arrodillado—, en que desmerece su trabajo. ¡Óigalo bien! No me importa quién opine lo contrario; yo se lo digo. Su interpretación de Hamlet desmerece cuando deja usted ver sus piernas de perfil. El último Hamlet que vestí cometía la misma equivocación en el ensayo, hasta que le convencí de ponerse una gran oblea encarnada en cada espinilla, y entonces en el ensayo (que fue el último) me puse frente al escenario, señor, en el fondo del patio y cada vez que él se ponía de perfil, yo le gritaba: «¡No veo las obleas!», y por la noche su representación fue maravillosa.

El señor Waldengarver me sonrió, como diciendo: «Es un fiel servidor, no hago caso de sus simplezas»; y después dijo en voz alta:

—Mi concepto es un poco clásico y demasiado profundo para esta gente; pero ya se irán educando, ya se irán educando.

Herbert y yo dijimos a la vez:

—Oh, sin duda que se irán educando.

—¿Han observado, caballeros —dijo el señor Waldengarver—, que había un hombre en el gallinero que trataba de hacer chacota del servicio… quiero decir, de la representación?

Respondimos servilmente que teníamos idea de haber observado un hombre así. Yo añadí:

—Seguramente estaría borracho.

—Oh, no, querido señor —dijo el señor Wopsle—. No estaba borracho. Ya cuidaría quien lo paga. No le permitiría emborracharse.

—¿Conoce usted al que lo paga? —le pregunté.

El señor Wopsle cerró los ojos y los volvió a abrir, ejecutando ambas ceremonias con gran lentitud.

—Deben de haber observado ustedes —dijo— un asno ignorante y vocinglero, con voz de carraca y expresión de baja malignidad, que tenía a su cargo (no quiero decir que lo representara) el rôle (si se me permite emplear una expresión francesa) de Claudio, rey de Dinamarca. Éste es quien le paga, señores. ¡Así está la profesión!

Sin saber claramente si me habría dado más pena el señor Wopsle en el caso de verle desesperado, me daba tanta tal como le veía que aproveché una ocasión en que se volvió de espaldas para que le pusieran los tirantes —

lo cual nos obligó a salir a la puerta— para preguntar a Herbert qué le parecía si le invitábamos a cenar. Herbert dijo que le parecía muy bien; por lo tanto, invité al señor Wopsle, que vino a Barnard's con nosotros embozado hasta los ojos, e hicimos en su obsequio todo lo que pudimos, y él se quedó hasta las doce de la noche, pasando revista a sus éxitos y desarrollando sus planes. He olvidado cuáles eran éstos en detalle, pero recuerdo que en resumen empezaría por resucitar el Drama y acabaría aplastándolo; tanto más por cuanto la muerte del señor Wopsle lo dejaría completamente huérfano y sin esperanza alguna.

Después de todo esto, me fui tristemente a la cama y tristemente soñé que mis perspectivas habían desaparecido, y que tenía que casarme con la Clara de Herbert, o representar el papel de Hamlet con el espectro de la señorita Havisham, ante veinte mil personas, sin saber veinte palabras de él.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Un día, estando ocupado con mis libros y con el señor Pocket, recibí por el correo un billete cuyo mero aspecto me llenó de agitación; porque, aunque nunca había visto la letra en que estaba escrito, adiviné de quién era. No llevaba ninguno de los principios de rigor, como «Querido señor Pip», o «Querido Pip», o «Querido señor», o «Querido nada», sino que decía así:

Voy a ir a Londres pasado mañana en la diligencia del mediodía. Creo que quedó convenido que me irías a esperar. Por lo menos la señorita Havisham tiene esta impresión, y yo escribo en obediencia a ello. Ella te manda sus saludos

tu afectísima,

ESTELLA

Si hubiera habido tiempo, probablemente me habría encargado varios trajes para aquella ocasión; pero como no lo había, tuve que contentarme con los que tenía. Perdí instantáneamente el apetito, y no tuve paz ni sosiego hasta que llegó el día. No es que su llegada me trajese la una ni el otro, porque entonces estuve peor que nunca y empecé a rondar el despacho de las diligencias de Woodstreet, en Creapside, antes de que la diligencia hubiera salido del Jabalí Azul de nuestra villa. A pesar de saber esto perfectamente, no podía sentirme tranquilo si perdía de vista el despacho por más de cinco minutos seguidos; y en esta condición irrazonable había pasado la primera media hora de una espera de cuatro cuando tropecé con el señor Wemmick.

—Hola, señor Pip —dijo—. ¿Cómo está usted? Jamás habría pensado verle rondar por ahí.

Le expliqué que estaba esperando a alguien que debía llegar en la diligencia, y le pregunté por el castillo y el anciano.

—Ambos prosperando, gracias —dijo Wemmick—, y especialmente el Anciano. Está hecho un brazo de mar. Pronto cumplirá ochenta y dos años. Me gustaría disparar ochenta y dos cañonazos, si el vecindario no hubiera de quejarse, y aquel cañón mío fuese capaz de resistirlo. Pero ésta no es conversación propia de Londres. ¿Adónde cree usted que voy?

—¿A la oficina? —dije yo, porque parecía ir en aquella dirección.

—Cerca de allí —respondió Wemmick—, voy a Newgate. Tenemos un caso de robo a unos banqueros, y vengo de dar un vistazo al lugar del suceso. Ahora he de cambiar unas palabras con nuestro cliente.

—¿Es su cliente quien cometió el robo? —pregunté.

—Válgame Dios, no —respondió secamente Wemmick—. Pero le acusan de ello. Lo mismo nos podría ocurrir a usted o a mí. Cualquiera de los dos podríamos ser acusados de ello.

—Sólo que ninguno de los dos lo está —observé yo.

—¡Ya! —dijo Wemmick, tocándome el pecho con el índice—. ¡Qué listo es usted, señor Pip! ¿Le gustaría echar una ojeada a Newgate? ¿Le queda tiempo para ello?

Me quedaba tanto tiempo que la proposición me vino como un alivio, a pesar de su incompatibilidad con mi latente deseo de no perder de vista el despacho de la diligencia. Murmurando que iba a informarme de si tenía tiempo de ir con él, entré en el despacho y me aseguré por el empleado, con la mayor exactitud y precisión y poniendo duramente a prueba su paciencia, de a partir de qué momento podía esperarse la llegada del coche, lo cual de antemano sabía yo tan bien como él. Entonces volví a reunirme con el señor Wemmick, y fingiendo consultar el reloj y estar sorprendido por la información recibida, acepté su ofrecimiento.

En pocos minutos llegamos a Newgate, y pasamos atravesando la portería, donde había unos grilletes colgados en las paredes desnudas entre los reglamentos de la cárcel, al interior de ésta. En aquel tiempo, las cárceles estaban muy descuidadas, y el período de exagerada reacción que sigue a todos los errores públicos —y que siempre es su castigo más pesado y duradero— aún estaba lejos. Así, los malhechores no estaban mejor alojados y alimentados que los soldados (por no hablar de los pobres), y raramente incendiaban sus cárceles con el disculpable objeto de mejorar el sabor de su sopa. Era hora de visita cuando Wemmick me llevó allí; y un cantinero iba de un lado para otro vendiendo cerveza, y los presos hablaban con sus amigos, todo lo cual componía una escena sórdida, repulsiva, tumultuosa y deprimente.

Se me ocurrió que Wemmick paseaba entre los presos como un jardinero podía haber paseado entre sus plantas. Lo primero que me hizo pensar en ello fue ver cómo descubría un retoño que había brotado durante la noche y le decía: «¡Hombre, capitán Tom! ¿Usted aquí? ¡Realmente!», y luego: «¿No es Black Bill el de detrás de la cisterna? No esperaba verle a usted estos dos últimos meses; ¿cómo se encuentra?». Y al detenerse en las rejas oyendo a los que hablaban ansiosamente en voz baja —siempre a solas—, Wemmick, con su buzón en estado de inmovilidad, no dejaba de mirarlos todo el rato como si estuviera tomando buena nota del progreso que habían hecho desde la última vez que los había visto, con vistas a su aparición en plena florescencia en el acto del juicio.

Era muy popular, y comprendí que se encargaba de la parte familiar de los asuntos del señor Jaggers, si bien algo de la majestad del señor Jaggers le rodeaba, vedando la intimidad más allá de ciertos límites. El reconocimiento sucesivo de cada uno de sus clientes se traducía en un movimiento de cabeza, y en el gesto de echarse un poco más atrás el sombrero con ambas manos, y luego cerrar el buzón y meterse las manos en los bolsillos. En uno o dos casos hubo una dificultad respecto al cobro de los honorarios, y entonces el señor Wemmick, retrocediendo cuanto le era posible ante la insuficiente cantidad que le ofrecían, decía:

—Es inútil, amigo. Yo no soy más que un subordinado. No lo puedo coger. No prosiga así con un subordinado. Si no puede reunir su dinero, valdrá más que se dirija a un principal; en la profesión sobran los principales, ¿sabe usted?, y lo que para uno no es bastante puede ser suficiente para otro; esto es lo que le recomiendo, hablando como subordinado. No se esfuerce inútilmente. ¡Para qué! ¡Vamos! ¿A quién le toca?

Así nos paseamos por el invernáculo del señor Wemmick, hasta que éste se volvió hacia mí y dijo: «Fijese en el hombre a quién voy a dar la mano». Me habría fijado incluso sin esta advertencia, porque aún no había dado la mano a nadie.

Casi al mismo instante, un hombre erguido y majestuoso (a quien me parece estar viendo mientras escribo), con un raído frac de color verde oliva, una palidez especial difundida por la rubicundez de su semblante y, en sus ojos, una mirada que persistía en ser vaga aun cuando él intentaba fijarla, se acercó a un ángulo de la reja y, llevándose la mano al sombrero —tan mugriento que parecía una capa de gelatina—, nos hizo un saludo militar entre serio y jocoso.

—¡Salud, coronel! —dijo Wemmick—. ¿Cómo está usted, coronel?

—Muy bien, señor Wemmick.

—Se hizo todo lo que se pudo, pero la prueba fue abrumadora, coronel.

—Sí, fue abrumadora, señor; pero a mí no me importa.

—No, no —dijo fríamente Wemmick—, a usted no le importa. —Luego volviéndose hacia mí—: Este hombre ha servido a Su Majestad. Estuvo en el frente y compró su licencia.

Yo dije: «¿De veras?» y el hombre me miró, miró por encima de mi cabeza, miró a mi alrededor, y luego se pasó la mano por los labios y se rió.

—Creo que saldré de esto el lunes, señor —dijo dirigiéndose a Wemmick.

—Quizá —respondió mi amigo—, pero no es seguro.

—Me alegro de haber tenido ocasión de decirle adiós, señor Wemmick —dijo el hombre, alargando la mano por entre dos barrotes.

—Gracias —respondió Wemmick, estrechándola—. Lo mismo le digo, coronel.

—Si lo que llevaba encima cuando me prendieron hubiera sido legítimo, señor Wemmick —dijo el hombre sin acabar de soltarle la mano—, le habría pedido el favor de que se pusiera otro anillo, en agradecimiento a sus atenciones.

—Se estima la intención —dijo Wemmick—. Por cierto, que usted era aficionado a la cría de palomas. —El hombre levantó los ojos al cielo—. Me han dicho que cría usted una hermosa raza de volteadoras. ¿Podría usted encargar a algún amigo suyo que me trajese una pareja, si no las necesita por ahora?

—Se hará, señor.

—Muy bien —dijo Wemmick—. Se cuidará de ellas. Buenas tardes, coronel. ¡Adiós! —Volvieron a estrecharse las manos, y mientras nos alejábamos, Wemmick me dijo—: Un monedero falso de los más hábiles. Hoy se ha hecho la comunicación de la sentencia y con toda seguridad será ejecutado el lunes. De todos modos, como usted ve, hasta cierto punto, un par de palomas son bienes, y transportables. —Con esto se volvió a hacer un movimiento de cabeza a su planta muerta, y luego miró a su alrededor, al salir del patio, como si estudiara qué otra maceta estaría mejor en su lugar.

Al salir de la cárcel por la portería, descubrí que la gran importancia de mi tutor no era menos apreciada por los carceleros que por aquellos a quienes custodiaban.

—Bien, señor Wemmick —dijo el carcelero, que nos hizo aguardar ante las dos puertas claveteadas y enrejadas, cerrando cuidadosamente una antes de abrir la otra—. ¿Qué va a hacer el señor Jaggers con aquel asesinato de Waterside? ¿Lo va a convertir en homicidio o qué?

—¿Por qué no se lo pregunta? —respondió Wemmick.

—¡Oh, sí, pronto lo dice usted! —dijo el carcelero.

—Vea usted cómo es esta gente, señor Pip —observó Wemmick, volviéndose a mí con el buzón alargado—. No tienen reparo en preguntarme a mí, que soy el subordinado, pero nunca los verá usted hacer preguntas a mi principal.

—Este joven caballero, ¿es uno de los aprendices o pasantes de su despacho? —preguntó el carcelero, correspondiendo con una sonrisa al humor del señor Wemmick.

—¡Vuelta otra vez! —exclamó el señor Wemmick—. ¿No se lo dije? Y suponiendo que el señor Pip sea uno de ellos, ¿qué?

—Pues que entonces —dijo el carcelero con otra sonrisa— sabrá qué clase de persona es el señor Jaggers.

—¡Vamos! —exclamó el señor Wemmick dando de súbito un golpecito juguetón al carcelero—, ya sabe usted que cuando tiene que habérselas con mi principal se queda más mudo que sus mismas llaves. ¡Venga!, ábranos usted, viejo zorro, o de lo contrario haré que le ponga una querella por detención ilegal.

El carcelero se rió, nos dio los buenos días y siguió riendo y mirándonos por el ventanillo mientras bajábamos los escalones que conducían a la calle.

—Mire usted, señor Pip —dijo Wemmick, hablándome al oído con gravedad mientras me tomaba el brazo confidencialmente—. No creo que el señor Jaggers pueda hacer nada mejor que mantenerse de este modo en las alturas. Siempre está en las alturas. Su constante distanciamiento forma parte de sus inmensas facultades. Ese coronel no se habría atrevido a despedirse de él, así como ese carcelero no se habría atrevido a preguntarle cuáles eran sus intenciones en lo relativo a su caso. Luego, entre su altura y ellos, desliza a su subordinado, ¿comprende usted?, y así los tiene en su poder, en alma y cuerpo.

Quedé muy impresionado, y no por primera vez, por la sutileza de mi tutor. A decir verdad, deseaba cordialmente, y no por primera vez, haber podido tener otro tutor de más modestas facultades.

Me separé del señor Wemmick en la oficina de Little Britain, junto a la cual, como de costumbre, aguardaban algunos aspirantes a la atención de

Jaggers, y volví a apostarme cerca del despacho de diligencias, con unas tres horas por delante. Consumí todo ese tiempo pensando en cuán extraño era que yo tuviera que verme rodeado por este hálito de cárcel y de crimen; que de niño, en nuestros marjales, una tarde de invierno lo hubiera conocido por primera vez y que tuviera que reaparecer dos veces, destacado como una mancha debilitada, pero no desvanecida; que bajo esta nueva forma impregnara mi fortuna y mi encumbramiento. Con el espíritu así ocupado, me imaginaba a la joven y hermosa Estella, orgullosa y refinada, viniendo hacia mí, y pensaba con horror en el contraste que ofrecía con la cárcel. Habría querido que Wemmick no me hubiera encontrado o que yo no hubiera accedido a ir con él, para que no me olieran a Newgate, precisamente aquel día ni las ropas ni el aliento. Mientras paseaba, traté de sacudirme del calzado y de los vestidos el polvo de la cárcel, y hasta de expulsar su aire de mis pulmones. Tan contaminado me sentía, recordando a quién esperaba, que al fin llegó el coche puntualmente, y no me había liberado todavía del mancillador recuerdo del invernáculo del señor Wemmick, cuando vi a Estella asomada a la ventanilla y saludándome con la mano.

¿Qué era aquella sombra sin nombre que una vez más había pasado en aquel instante?

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Con su vestido de viaje ornado de pieles, Estella aparecía más delicadamente hermosa de lo que nunca habría aparecido ni siquiera a mis propios ojos. Estuvo conmigo más seductora de lo que nunca se había permitido, y yo creí ver en este cambio la influencia de la señorita Havisham.

Permanecimos en el patio del parador mientras me indicaba cuál era su equipaje, y una vez estuvo todo recogido, recordé —pues entretanto me había olvidado de todo lo que no fuese ella— que no tenía ni idea de cuál era su destino.

—Voy a Richmond —me dijo—. Nuestras instrucciones son que hay dos Richmond, uno en Surrey y otro en Yorkshire, y que el mío es el Richmond de Surrey. La distancia es de diez millas. Yo he de disponer de un carruaje y tú me acompañarás. Aquí está mi dinero, y tú pagarás de él mis gastos. ¡Oh, tienes que tomar el dinero! No tenemos otro remedio que obedecer las instrucciones. No podemos obrar a nuestro antojo, tú y yo.

Mientras me miraba al darme el dinero, concebí la esperanza de que hubiera una segunda intención en sus palabras. Las pronunció con desdén, pero no con desagrado.

—Habrá que aguardar la llegada del carruaje, Estella. ¿Quieres esperar un poco aquí?

—Sí, he de descansar un poco, y he de tomar el té, y tú entretanto has de cuidar de mí.

Cogió mi brazo, como si fuese cosa obligada, y yo llamé a un camarero que había estado contemplando la diligencia como si nunca hubiera visto otra en su vida, para que nos llevara a un saloncito particular. A lo cual, él sacó una servilleta, como si fuera una llave mágica sin la cual no podía hallar su camino, y nos condujo a un negro cuchitril guarnecido con un espejo de disminución —cosa completamente superflua, dado lo reducido del aposento—, una salsera con anchoas y unos zuecos de no sé quién. Como yo pusiera reparos a aquel retiro, nos condujo a otra estancia donde había una mesa para treinta, y en la parrilla del hogar una hoja de cartapacio a medio quemar bajo un montón de ceniza. Después de mirar aquel fuego apagado y menear la cabeza, recibió mi encargo, el cual, resultando no ser nada más que «té para la señorita», le hizo salir en un estado de gran abatimiento.

Comprendía, y comprendo muy bien, que el aire de aquella sala, con su fuerte combinación de olor a cuadra y a sopa trasnochada, podía haber hecho pensar que el ramo de los transportes no marchaba bien, y que el emprendedor propietario estaba guisando los caballos para servicio del ramo de hostelería. No obstante, esa habitación era todo en el mundo para mí, estando Estella en ella. Pensé que con ella podía haber sido feliz allí, toda la vida. (Obsérvese que yo no era feliz allí entonces, y lo sabía muy bien.)

—¿Y dónde vas a vivir, en Richmond? —pregunté a Estella.

—Voy a vivir, dispendiosamente —dijo—, en casa de una señora que puede, o dice que puede, presentarme en la buena sociedad.

—Supongo que estarás contenta de la novedad y de verte admirada.

—Supongo que sí.

Respondió con tanto despego que le dije:

—Hablas de ti misma como si hablaras de otra persona.

—Y ¿cómo sabes de qué manera hablo de los demás? Vamos, vamos —dijo Estella sonriendo deliciosamente—, no quieras darme lecciones; déjame hablar a mi modo. ¿Cómo te va con el señor Pocket?

—Vivo allí agradablemente; por lo menos… —Me pareció que estaba perdiendo una ocasión.

—¿Por lo menos, qué? —repitió Estella.

—Tan agradablemente como puedo vivir estando lejos de ti.

—No seas bobo —dijo Estella sosegadamente—. ¿Por qué dices estas tonterías? Tengo entendido que tu amigo Matthew es superior al resto de la familia.

—Muy superior. No es enemigo de nadie…

—No añadas «más que de sí mismo» —interpuso Estella— porque detesto a esta clase de hombres. Pero ¿es cierto, como he oído decir, que es realmente desinteresado y está por encima de pequeñas envidias y despechos?

—Tengo todos los motivos para decirlo así.

—Pues no los tienes para decirlo de todo el resto de la parentela —dijo, mirándome con una expresión a la vez seria y burlona—, porque asedian a la señorita Havisham con toda clase de chismes e insinuaciones contra ti. Te vigilan, interpretan torcidamente cuanto haces, escriben cartas a propósito de ti (anónimas a veces) y eres el tormento y la ocupación de sus vidas. Apenas puedes tener idea del odio que esta gente siente por ti.

—Supongo que no me causan ningún perjuicio… —dije.

En vez de responder, Estella se echó a reír. Esto resultaba muy singular para mí, y yo la contemplaba lleno de confusión.

Cuando terminó de reírse —y no lo había hecho lánguidamente, sino con verdadero gusto— dije en el tono apocado que usaba con ella:

—Quiero creer que esto no te divertiría tanto si me perjudicaran.

—No; puedes estar seguro —dijo ella—. Puedes estar seguro de que me río porque fracasan. ¡Oh, esta gente que rodea a la señorita Havisham! ¡Qué torturas padece! —Se volvió a reír, y aun cuando me había explicado el porqué, su risa me resultaba muy singular, porque no podía dudar de que fuese sincera, y no obstante me parecía excesiva para la ocasión. Pensé que debía de haber algo más de lo que yo sabía. Estella adivinó mi pensamiento y respondió a él.

—No es fácil, ni siquiera para ti —dijo—, comprender la satisfacción que me causa ver contrariada a esa gente, ni lo que llega a divertirme ver cómo se ponen en ridículo. Porque tú no has sido criado en aquella extraña casa desde que no eras más que un bebé. Y yo sí. Tú no has visto aguzados tus sentidos infantiles por sus intrigas mientras te sentías cohibido e indefenso contra la máscara de la simpatía, de la compasión, de todo lo dulce y acariciador. Y yo sí. Tú no has ido abriendo poco a poco tus redondos ojos infantiles a la realidad de aquella impostora de mujer que especula sobre sus reservas de tranquilidad de espíritu para cuando despierta por la noche… Yo, sí.

No era cosa de risa, ahora, para Estella, ni eran éstos para ella recuerdos superficiales. Ni a cambio de todas mis perspectivas reunidas habría querido ser la causa de la mirada que centelleaba en sus ojos.

—Dos cosas puedo decirte —dijo Estella—. Primero, que no obstante lo que dice el proverbio de que la gota de agua llega a horadar la piedra, puedes estar tranquilo porque esa gente nunca, ni en cien años, podrían perjudicarte ni poco ni mucho en el ánimo de la señorita Havisham. En segundo lugar, que yo te estoy reconocida por ser la causa de que ellos se esfuercen en vano con sus entrometimientos y ruindades, y en señal de ello ahí va mi mano.

Al dármela, con aire jocoso, porque su arrechucho de seriedad sólo había sido momentáneo, yo la cogí y la llevé a los labios.

—¡Muchacho ridículo! —dijo Estella—, ¿no te darás nunca por advertido? ¿O es que besas mi mano con el mismo espíritu con que te dejé un día que besaras mi mejilla?

—¿Cuál fue ese espíritu? —dije yo.

—Déjame pensar un momento. Un espíritu de desprecio por todos los aduladores e intrigantes.

—¿Si digo que sí, puedo volver a besarte en la mejilla?

—Debías haberlo preguntado antes de tocar mi mano. Pero, sí, si quieres.

Me incliné y su rostro tranquilo parecía el de una estatua.

—Ahora —dijo Estella, apartándose al instante en que toqué su mejilla — has de cuidar de que yo tome el té y luego me has de conducir a Richmond.

Su vuelta a este tono, como si nuestra asociación nos fuese impuesta y nosotros fuéramos unos simples muñecos, me apenó; pero todo en nuestro trato me causaba pena. Cualquiera que fuese el tono que empleara conmigo, yo no podía confiar en él, ni fundar en él ninguna esperanza. ¿Por qué repetirlo mil veces? Siempre fue así.

Llamé pidiendo el té, y el camarero reapareció con su llave mágica y trajo, por pequeñas entregas, unos cincuenta accesorios de este refrigerio, pero de té, ni una gota. Vino una bandeja, tazas y platillos, platos, cuchillos y tenedores (trinchantes inclusive), cucharas de varias clases, saleros, un bollo tímido y diminuto, cubierto con toda precaución por una robusta tapadera de hierro, Moisés entre los juncos personificado por un pedacito de mantequilla medio derretida sobre un lecho de perejil, un panecillo descolorido con la cabeza empolvada, dos impresiones de las barras de las parrillas sobre pedacitos de pan cortados en triángulo, y finalmente una rechoncha urna familiar bajo cuyo peso vacilaba el camarero, que llevaba en el rostro una expresión de carga y sufrimiento. Después de una prolongada ausencia, en esta etapa del refrigerio, volvió por fin con una arquilla de precioso aspecto que contenía unas ramitas. Yo sumergí éstas en agua caliente, y así, del conjunto de todos aquellos adminículos, extraje una taza de no sé qué para Estella.

Después de pagada la cuenta, y recordar al camarero y no olvidar al mozo de mulas y tener en cuenta a la sirvienta —en una palabra: después de haber gratificado a todo el servicio de forma que los dejó a ellos en estado de desprecio y animosidad, y el bolsillo de Estella muy aligerado—, subimos a nuestra silla de posta y emprendimos el camino. Doblando por Cheapside y subiendo ruidosamente la calle de Newgate, pronto pasamos bajo la sombra de aquellos muros de los que yo me sentía tan avergonzado.

—¿Qué sitio es éste? —me preguntó Estella.

Fingí totalmente no reconocerlo de momento, y luego se lo dije. Al ver la mirada que dirigió al edificio, y como luego volvió a entrar la cabeza murmurando: «¡Qué asco!», por nada del mundo habría confesado mi reciente visita.

—El señor Jaggers —dije, con ánimo de desviar el asunto hacia otra persona— tiene fama de conocer los secretos de esta triste mansión, mejor que nadie en Londres.

—¿De qué mansión no conocerá él los secretos? —dijo Estella en voz baja.

—Supongo que estás acostumbrada a verle a menudo.

—Estoy acostumbrada a verle a intervalos desde que tengo memoria. Pero lo mismo le conozco ahora que cuando aún no sabía hablar. ¿Qué experiencia tienes de él? ¿Cómo os lleváis?

—Desde que me he habituado a sus modales desconfiados, no nos llevamos mal.

—¿Sois íntimos?

—He comido con él en su casa.

—Me imagino —dijo Estella con un gesto de repugnancia— que debe de ser un curioso lugar.

—Es un curioso lugar.

Tendría que haber sido circunspecto y no hablar demasiado libremente de mi tutor, ni siquiera con ella; pero habría continuado haciéndolo hasta el punto de descubrir la comida en Gerard Street si en aquel instante no hubiéramos entrado de pronto en un espacio brillantemente iluminado por el gas. Mientras pasamos por él, todo me pareció encendido y animado por aquella inexplicable sensación que ya había experimentado antes; y al salir de él, quedé tan deslumbrado por un momento como si hubiera cruzado un relámpago.

Así, cambiamos de conversación y nos pusimos a hablar principalmente del camino que estábamos siguiendo, y de qué partes de Londres caían sobre este lado y cuáles sobre aquél. La gran ciudad era casi nueva para ella, me dijo, porque nunca había dejado los alrededores de la casa de la señorita Havisham hasta que fue a Francia, y no había hecho más que atravesar Londres al ir y al volver. Le pregunté si mi tutor estaba más o menos encargado de ella mientras permaneciera aquí. A esto respondió categóricamente: «¡Dios no lo quiera!», y no dijo más.

Me era imposible dejar de ver que procuraba atraerme; que trataba de cautivarme y que me habría cautivado aunque le hubiera costado un esfuerzo. Sin embargo, esto no me hacía más feliz, porque, aun sin necesidad de adoptar aquel tono que daba a entender que todo lo hacíamos porque otros lo habían dispuesto así, yo habría sentido que tomaba mi corazón en su mano porque le daba la gana hacerlo, no porque estrujarlo y arrojarlo hubiera despertado en ella ningún tierno sentimiento.

Al pasar por Hammersmith le mostré dónde vivía el señor Matthew Pocket y dije que no caía lejos de Richmond, y que esperaba que alguna vez podría verla.

—¡Oh, sí! Tienes que verme; tienes que venir cuando te parezca conveniente; se hablará de ti a la familia; en realidad, ya se ha hablado.

Le pregunté si la familia con quien iba a vivir era numerosa.

—No; sólo hay dos personas: madre e hija. La madre, a lo que entiendo, es persona de alguna posición, aunque no le estorba un aumento en sus ingresos.

—Me extraña que la señorita Havisham haya podido volver a separarse tan pronto de ti.

—Esto forma parte de sus planes respecto a mí, Pip —dijo Estella, con un suspiro, como si estuviese fatigada—; yo he de escribirle continuamente, y verla con regularidad, y darle cuenta de cómo sigo… y de cómo siguen las joyas, porque casi todas son mías ahora.

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre. Desde luego, lo hacía a propósito y sabiendo que yo lo atesoraría en mi corazón.

Llegamos a Richmond demasiado pronto para mí, y nuestro destino era una casa junto al Prado: una antigua y severa mansión donde más de una vez miriñaques, polvos y lunares, casacas bordadas, medias de seda, chorreras y espadines, habían tenido sus días de besamanos. Se veían aún delante de la casa algunos viejos árboles recortados en formas tan solemnes y artificiosas como los miriñaques y las pelucas y las rígidas faldas, pero la hora en que irían a ocupar su sitio en la gran procesión de los muertos no estaba ya lejos, y pronto se alinearían en ella para andar el silencioso camino de todo el resto.

Una campanilla de voz cascada —que, a no dudar, en su tiempo había a menudo anunciado: ahí está el guardainfante verde, ahí está la espada guarnecida de brillantes, ahí están los zapatos de tacón rojo y solitario azul — sonó gravemente en el claro de luna, y dos doncellas de mejillas coloradas salieron muy agitadas a recibir a Estella. El portal absorbió pronto las maletas y Estella me ofreció la mano con una sonrisa, me dio las buenas noches y fue absorbida a su vez. Yo me quedé mirando la casa, pensando en lo feliz que sería viviendo allí con ella, y comprendiendo al mismo tiempo que nunca sería feliz con ella, sino siempre desgraciado.

Subí al carruaje para volver a Hammersmith y, si al entrar en él me dolía el corazón, más me dolió al salir. En nuestra puerta encontré a la pequeña Jane Pocket que llegaba de una pequeña fiesta escoltada por su pequeño novio; y yo envidié al pequeño novio, a pesar de que se hallaba sometido a Flopson.

El señor Pocket había salido a dar una conferencia, porque era un delicioso disertador sobre economía doméstica, y sus tratados sobre la educación de los niños y el gobierno de la servidumbre eran juzgados como los mejores libros de texto sobre la materia. Pero la señora Pocket estaba en casa, inmersa en una pequeña dificultad consistente en que el pequeño había sido provisto de un alfiletero para que se entretuviera durante la inexplicable ausencia (en compañía de un pariente que servía en la infantería) de Millers. Y se echaban en falta más agujas de las que se podían juzgar convenientes para un paciente de tan tierna edad, lo mismo en uso externo que tomadas en calidad de reconstituyente.

Siendo el señor Pocket justamente celebrado por los excelentes consejos prácticos que daba y por estar dotado de una segura y clara percepción y de un espíritu eminentemente juicioso, en la angustia de mi corazón se me había ocurrido rogarle que me hiciera el favor de aceptar mis confidencias. Pero al ver a la señora Pocket sentada leyendo su indicador de la nobleza, después de prescribir la cama como soberano remedio para el pequeño —¡bueno!—, desistí de hacerlo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

A medida que me había ido acostumbrando a mis expectativas, había empezado a notar insensiblemente sus efectos en mí mismo y en los que me rodeaban. Quería ocultarme su influencia sobre mi carácter, pero comprendía perfectamente que no toda era buena. Vivía en estado de permanente desasosiego por mi conducta con Joe. Mi conciencia no estaba nada tranquila con respecto a Biddy. Cuando me despertaba por la noche —como Camilla— pensaba a menudo, con cansancio de espíritu, que habría sido mejor y más feliz de no haber visto nunca el rostro de la señorita Havisham, y de haber crecido contento de poder ser el socio de Joe en la vieja y honrada herrería. Más de una vez, por la noche, sentado solo ante el fuego, pensaba que, al fin y al cabo, no había fuego como el de la fragua y la cocina de nuestro hogar.

Sin embargo, Estella era tan inseparable de toda mi inquietud y desasosiego que, en verdad, tenía mis dudas acerca de la parte que me correspondía en ello. Es decir, que, suponiendo que mis expectativas no existiesen, y no obstante tuviera a Estella para pensar, no podía estar seguro del todo de que me hubiera sentido mejor. En cambio, en lo concerniente a la influencia de mi posición sobre los demás, no tenía la misma dificultad, y así me daba cuenta —aunque vagamente, acaso— de que no era beneficiosa para nadie, y, sobre todo, de que no lo era para Herbert. Mis hábitos derrochadores arrastraban a su débil natural a gastos que no podía sufragar, corrompían la sencillez de su vida y perturbaban la paz de su espíritu con ansiedades y pesares. No me remordía haber conducido sin querer a las otras ramas de la familia Pocket a practicar las pobres artes a que se hallaban entregadas; porque tales miserias estaban en su inclinación natural y, si no las hubiera despertado yo, lo habrían hecho otros. Pero el caso de Herbert era muy distinto, y a menudo me apenaba pensar que le había hecho un mal servicio al recargar sus mal amuebladas habitaciones de incongruente tapicería, y al poner a su disposición al Vengador del chaleco.

Así, ahora, como un medio infalible de tapar un agujero con otro mayor, empecé a contraer gran número de deudas. Apenas empezara yo, tenía que seguir Herbert, y siguió muy pronto. A indicación de Startop solicitamos nuestro ingreso en un club llamado Los Pinzones de la Enramada, una institución cuyo objeto nunca adiviné, como no fuese el de que los socios comieran dispendiosamente una vez cada quince días, se pelearan todo lo posible después de comer y empujaran a seis camareros a dormir la mona en las escaleras. Lo que sí sé es que estos satisfactorios fines sociales se lograban tan invariablemente, que Herbert y yo no pudimos suponer que se refiriera a otra cosa el primer brindis reglamentario de la sociedad al decir: «Caballeros, para que la actual promoción de buenos sentimientos continúe reinando siempre entre Los Pinzones de la Enramada».

Los Pinzones tiraban el dinero locamente (el hotel donde comíamos estaba en Covent—Garden), y el primer Pinzón que vi, cuando tuve el honor de entrar en la Enramada, fue Bentley Drummle, que a la sazón iba de un lado para otro en un coche de su propiedad, causando grandes desperfectos en los postes de las esquinas. De vez en cuando salía despedido de su carruaje con la cabeza por delante, y una vez le vi depositado de esta involuntaria manera, cual un saco de carbón, en la puerta de la Enramada. Pero en eso me anticipo un poco, porque yo no era un Pinzón, ni podía serlo, según las sagradas leyes de la sociedad, hasta alcanzar la mayoría de edad.

Confiando en mis propios recursos, habría querido tomar a mi cargo los gastos de Herbert, pero éste tenía su dignidad, y yo no podía ni siquiera proponérselo. Así pues, fue metiéndose en toda clase de dificultades, y siguió estando a la mira. Cuando, poco a poco, fuimos adquiriendo el hábito de trasnochar, observé que Herbert miraba con ojos de desaliento a la hora del desayuno; que empezaba a estar con mejores ánimos hacia el mediodía; que al venir a comer volvía a estar abatido; que después de haber comido parecía divisar el Capital en lontananza con bastante claridad; que lo tenía casi por suyo a media noche; y que a eso de las dos de la madrugada volvía a sentirse tan desalentado que hablaba de comprarse un rifle e irse a América, con la idea de obligar a los búfalos a hacer su fortuna.

Normalmente yo pasaba la mitad de la semana en Hammersmith, y entonces hacía frecuentes visitas a Richmond; pero de esto se hablará luego por separado. Herbert iba a menudo a Hammersmith estando yo allí, y pienso que en estas ocasiones su padre tenía alguna vez un pequeño vislumbre de que la oportunidad que su hijo estaba aguardando no se había presentado todavía. Pero, en el general desorden de la familia, la cuestión de sus progresos en la vida era algo que debía resolverse por sí mismo. Entretanto, el señor Pocket iba encaneciendo cada vez más y tratando más a menudo de levantarse por los cabellos como un medio de salir de sus confusiones; mientras, su esposa hacía tropezar a toda la familia con su taburete, leía su libro de la nobleza, perdía su pañuelo, nos hablaba de su abuelo y mandaba a los pequeños a la cama así que alguno de ellos atraía su atención.

Como ahora estoy generalizando un período de mi vida con el objeto de allanarme el camino que he de recorrer, no creo poder hacer nada mejor que completar la descripción de nuestros usos y costumbres en Barnard's Jun.

Gastábamos tanto dinero como podíamos, y obteníamos por él tan poco como la gente quería darnos. Siempre nos sentíamos más o menos desdichados y la mayor parte de nuestros conocidos se hallaban en idéntica condición. Sosteníamos entre nosotros la alegre ficción de que nos divertíamos constantemente, pero la pura verdad es que nunca lo hacíamos. Por lo que sé, nuestro caso era, en este último aspecto, bastante frecuente.

Cada mañana, siempre con nuevo talante, Herbert iba a la City a ponerse en marcha. A menudo yo le visitaba en el oscuro aposento donde le acompañaban un tintero, una percha, un cubo para el carbón, una caja de cordel, un almanaque, un pupitre con su taburete y una regla. No recuerdo haberle visto hacer nunca otra cosa que estar allí. Si todos nosotros hiciéramos lo que nos proponemos con la misma fidelidad que lo hacía Herbert, viviríamos en una República de las Virtudes. No tenía otro quehacer, pobre muchacho, fuera de «ir a Lloyd's» a cierta hora de la tarde para cumplir, creo yo, con el rito de ver a su principal. Que yo pudiera descubrir, no hacía nada más en Lloyd's, excepto volver otra vez a la oficina. Cuando creía que su situación era excepcionalmente grave y que, positivamente, tenía que dar con una oportunidad, se iba a la Bolsa a la hora de sesión y entraba y salía haciendo una especie de sombría figura de contradanza entre los magnates reunidos.

—Porque —me decía Herbert al llegar a casa a la hora de comer, en una de estas especiales ocasiones— la verdad es, Händel, que la oportunidad no viene a buscarle a uno, sino que uno debe ir a buscarla; eso es lo que he hecho yo.

Si nos hubiéramos tenido menos afecto, creo que nos habríamos odiado regularmente todas las mañanas. En aquellas horas de arrepentimiento, yo detestaba nuestras habitaciones más de lo que decirse pueda, y no podía soportar la vista de la librea del Vengador, la cual tenía entonces un aspecto más costoso y menos remunerativo que en cualquier otra de las veinticuatro horas del día. A medida que íbamos aumentando nuestras deudas, el desayuno fue convirtiéndose cada vez más en un mero formulismo, y, en una ocasión, viéndome amenazado (por carta) a esa hora con procedimientos legales, «no del todo extraños», como habría dicho mi periódico local, «a cierta adquisición de joyas», llegué a coger al Vengador por su cuello azul y a levantarle en vilo —de manera que quedó en el aire, como un Cupido con botas— porque dio por supuesto que nos hacía falta un panecillo.

En ciertos momentos —o sea, en momentos inciertos, porque dependían de nuestro humor—, le decía a Herbert como si fuera un notable descubrimiento:

—Querido Herbert, vamos por mal camino.

—Querido Händel —me decía él, con toda sinceridad—, tú no lo creerás, pero por extraña coincidencia estaba a punto de decir lo mismo.

—Entonces, Herbert —respondía yo—, vamos a ver cómo están nuestros asuntos.

Siempre hallábamos una profunda satisfacción en hacer un señalamiento para este objeto. Yo siempre pensaba que esto era lo práctico, que éste era el modo de afrontar la cosa, que éste era el modo de coger el toro por los cuernos. Y sé que Herbert pensaba lo mismo.

Encargábamos algo especial para la comida, con una botella de algo igualmente apto para fortalecer nuestras mentes y ponerlas a la altura de la tarea. Después de comer, tomábamos un manojo de plumas, una abundante provisión de tinta y un buen paquete de papel secante y de escribir. Porque había algo muy alentador en disponer de aquella abundancia de material de escritorio.

Luego yo tomaba una hoja de papel y escribía en cabecera con una hermosa letra el título: «Nota de las deudas de Pip», añadiendo cuidadosamente Barnard's Jun y la fecha. Herbert tomaba también una hoja de papel y escribía con las mismas formalidades: «Nota de las deudas de Herbert».

Cada uno de nosotros se ponía entonces a consultar un confuso montón de papeles, que hasta el momento habían estado tirados de cualquier modo por los cajones, arrugados en rincones de los bolsillos, medio quemados para encender las velas, metidos durante semanas enteras en el marco de los espejos, y estropeados de muchas otras maneras. El chirrido de nuestras plumas al correr sobre el papel nos animaba sobremanera, hasta tal punto que a veces me resultaba difícil distinguir entre este edificante proceder y el pago real y verdadero de las cuentas. Como acción meritoria ambas cosas parecían tener idéntico valor.

Después de escribir algún rato, yo solía preguntarle a Herbert cómo le iba. Herbert probablemente se había estado rascando la cabeza con aire desconsolado a la vista de las cantidades que se iban acumulando.

—Esto va subiendo, Händel —decía Herbert—; a fe mía, esto va subiendo.

—Sé firme, Herbert —respondía yo, esgrimiendo mi propia pluma con gran aplicación—. Mira las cosas de frente. Examina sin miedo tus asuntos. Míralos de hito en hito.

—Eso quisiera hacer, Händel, pero son ellos los que me miran de hito en hito.

No obstante, mis maneras resueltas producían su efecto y Herbert se aplicaba de nuevo a su labor. Al cabo de un rato volvía a abandonarla, con la excusa de que le faltaba la factura de Cobb's o de Lobb's o de Nobb's, o del que fuese.

—Pues bien, Herbert, haz un cálculo; ponla en cifras redondas y hazla entrar en la cuenta.

—¡Qué hombre de recursos eres! —respondía mi amigo con admiración—. Realmente, tus facultades comerciales son muy notables.

Yo lo pensaba así también. En tales ocasiones me daba a mí mismo la reputación de un hombre de negocios de primera magnitud: pronto, decisivo, enérgico, clarividente, imperturbable. Cuando había anotado todas mis obligaciones en la lista, comparaba cada partida con la factura correspondiente y las marcaba. El orgullo que sentía al marcar una partida era casi una sensación voluptuosa. Cuando no había más partidas que cotejar, doblaba uniformemente todas mis facturas, rotulaba cada una de ellas en su dorso y ataba el conjunto en un simétrico fajo. Después hacía el mismo trabajo para Herbert (quien decía modestamente no poseer mi genio administrativo) y quedaba convencido de haber aclarado definitivamente su situación.

Mis hábitos comerciales tenían otro detalle brillante, que yo llamaba «dejar un margen». Por ejemplo: suponiendo que las deudas de Herbert arrojaran la suma de sesenta y cuatro libras, cuatro chelines y dos peniques, yo decía: «deja un margen y ponlo en doscientas». O, suponiendo que las mías fuesen cuatro veces mayores, dejaba un margen y las cifraba en setecientas. Yo tenía el más elevado concepto de lo juicioso que era dejar este margen, pero reconozco que, visto ahora, lo he de juzgar como un dispendioso artificio. Porque inmediatamente volvíamos a contraer deudas por todo el valor de aquel margen y a veces, con la sensación de libertad y de solvencia que nos daba, caíamos pronto en otro.

Pero había una calma, una tranquilidad, un virtuoso acallamiento, después de este examen de nuestros asuntos, que me hacía concebir, de momento, una admirable opinión de mí mismo. Complacido por mis esfuerzos, mi método y las felicitaciones de Herbert, me quedaba sentado con su simétrico fajo y el mío puestos ante mí sobre la mesa entre toda la restante papelería y creía ser más una especie de banco que un individuo particular.

En estas solemnes ocasiones cerrábamos la puerta del piso para no ser interrumpidos. Una noche había alcanzado este estado mío de serenidad cuando oímos que una carta se deslizaba por la rendija de dicha puerta y caía al suelo.

—Es para ti, Händel —dijo Herbert, que había salido a recogerla y volvía con ella—, y espero que no sea nada malo.

Esto era una alusión al sello negro y a los bordes enlutados.

La carta estaba firmada por Trabb y C.ía y su contenido era sencillamente que yo era un distinguido señor, y que ellos tenían el honor de comunicarme que la señora J. Gargery había pasado a mejor vida el último lunes a las seis y veinte de la tarde, y que se solicitaba mi asistencia al acto del sepelio, que tendría lugar el lunes siguiente a las tres de la tarde.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Era la primera vez que se abría una tumba en el camino de mi vida y la grieta que formaba en el uniforme suelo era prodigiosa. La imagen de mi hermana sentada en su silla junto al fuego de la cocina me perseguía de día y de noche. Que aquel lugar continuara existiendo sin ella era algo que mi espíritu no podía comprender; y a pesar de que pocas veces o ninguna había ocupado mi pensamiento en aquellos últimos tiempos, ahora se me ocurrían las más extrañas ideas y la veía venir hacia mí por la calle, o creía que iba a llamar a la puerta de un momento a otro, en mis habitaciones, donde no había estado nunca. Hasta parecía notar el vacío de la muerte, y una perpetua sugestión del sonido de su voz o de algún aspecto de su rostro o de su figura, como si aún viviera y hubiera estado allí a menudo.

Cualquiera que hubiera sido mi suerte, apenas podía haber recordado a mi hermana con mucha ternura. Pero supongo que hay una clase de dolor que puede existir sin mucha ternura. Bajo su influjo (y tal vez en compensación por la falta de más dulces sentimientos) se apoderó de mí una violenta indignación contra el agresor que le había causado tanto sufrimiento, y estoy convencido que, de haber tenido pruebas bastantes, habría perseguido vengativamente a Orlick o quienquiera que fuera, hasta las últimas consecuencias.

Después de escribir a Joe dándole el pésame y asegurándole que no faltaría al entierro, pasé los días intermedios en el curioso estado de espíritu que acabo de indicar. Salí por la mañana temprano y me apeé en el Jabalí Azul, con tiempo suficiente para llegar andando a la herrería.

Hacía otra vez un hermoso tiempo de verano y, a medida que iba andando, la época en que yo no era más que un pequeño desvalido, a quien mi hermana estaba muy lejos de contemplar, se me representaba vívidamente. Pero volvía con una suavidad que hasta quitaba dureza al recuerdo de Tickler. Porque ahora el aire mismo que llegaba de los habares y de los campos de trébol le susurraba a mi corazón que había de llegar un día en que convendría a mi memoria que otras personas, paseando bajo el sol, se sintieran conmovidas al pensar en mí.

Al cabo llegué a la vista de la casa y vi que Trabb y Compañía habían tomado posesión de ella y preparaban el entierro. Dos absurdos y tétricos personajes, cada uno exhibiendo ostentosamente una muleta envuelta en una venda negra —como si la vista de aquel instrumento pudiera ser un consuelo para nadie—, hacían guardia en la puerta; y en uno de ellos reconocí a un postillón despedido del Jabalí por haber volcado en un aserradero a una joven pareja de recién casados, la mañana misma de su boda, a consecuencia de una borrachera que le obligaba a cabalgar agarrado con ambos brazos al cuello de su caballo. Todos los chicos del lugar y la mayor parte de las mujeres estaban admirando a estos enlutados centinelas y las ventanas cerradas de la casa y de la herrería; y a mi llegada, uno de los guardianes (el postillón) llamó a la puerta, como dando a entender que yo estaba tan extenuado por el dolor que no podía tener fuerza suficiente para hacerlo por mí mismo.

Otro enlutado guardián (un carpintero que una vez se había comido dos gansos por ganar una apuesta) abrió la puerta y me introdujo en la salita. Allí el señor Trabb se había apropiado la mejor mesa, había levantado sus dos hojas y estaba montando una especie de negro bazar con la ayuda de un gran número de negros alfileres. En el momento de mi llegada acababa de envolver el sombrero de no sé quién en largos pañales negros, como si fuese un bebé africano. Alargó su mano para que le diese el mío. Pero yo, interpretando mal su ademán y confundido por la ocasión, se la estreché con todas las muestras de un caluroso afecto.

El pobre Joe, envuelto en una capita negra atada con un gran lazo por debajo de la barbilla, estaba sentado aparte en el extremo del aposento, donde, como cabeza del duelo, lo había colocado el señor Trabb. Cuando me incliné hacia él y le dije:

—Querido Joe, ¿cómo estás?

Me dijo:

—Querido Pip, amigo mío, tú la conociste cuando era una hermosa figura de…

Y me estrechó la mano y se calló.

Biddy, muy aseada y modesta con su vestido negro, iba sin ruido de un lado para otro, siempre útil y servicial. Después de saludarla, pensando que no era ocasión para conversar, fui a sentarme al lado de Joe, y allí empecé a pensar en qué parte de la casa debía de estar el… ella… mi hermana. Como el aire de la sala olía ligeramente a pastelería, miré a mi alrededor en busca de la mesa del refrigerio; ésta apenas era visible hasta que uno se había acostumbrado a la oscuridad, pero había en ella un pastel de pasas empezado, naranjas cortadas, emparedados y galletas y dos garrafas que yo conocía bien como ornamento, pero que no había visto usar en toda mi vida: una llena de oporto y la otra de jerez. De pie ante esta mesa, vi al señor Pumblechook con una capa negra y varias yardas de gasa, ocupado alternativamente en atiborrarse y hacer ademanes obsequiosos para atraer mi atención. No bien lo consiguió, vino hacia mí (oliendo a jerez y a pastel) y me dijo con voz contenida: «¿Se me permite, querido señor?» y lo hizo. Luego columbré al señor y a la señora Hubble; la última lloraba decorosamente en un rincón. Todos debíamos formar en el cortejo y estábamos en el trance de ser empaquetados uno a uno (por Trabb) en ridículos fardos.

—Habría preferido, Pip —murmuró Joe a mi oído, mientras el señor Trabb nos «formaba» de dos en dos en la sala (lo cual parecía una horrible preparación para una especie de danza macabra)—, habría preferido, señor, llevarla a la iglesia yo mismo, con tres o cuatro amigos de veras que me hubieran asistido con su corazón y con sus brazos, pero se pensó en lo que dirían los vecinos, que podían tomarlo como una falta de respeto hacia la difunta.

—¡Sacad los pañuelos, todos! —gritó en ese momento el señor Trabb en un deprimido tono profesional—. ¡Sacad todos los pañuelos! ¡Listos!

Así pues, todos nos llevamos los pañuelos al rostro, como si las narices nos sangraran, y desfilamos de dos en dos; Joe y yo, Biddy y Pumblechook, el señor y la señora Hubble. Los restos de mi pobre hermana habían sido sacados por la puerta de la cocina, y siendo un detalle de rigor en el fúnebre ceremonial que los seis que los llevaban se ahogaran y anduvieran a tientas bajo una horrible gualdrapa de terciopelo negro con cenefa blanca, el conjunto daba la impresión de un monstruo ciego con doce piernas humanas, que se movía arrastrando los pies y tropezando bajo la guía de dos guardianes: el postillón y su compañero.

El vecindario, no obstante, se mostraba muy satisfecho de todo aquel arreglo, y fuimos muy admirados al atravesar el pueblo, y la parte más joven y vigorosa de la comunidad se ponía a correr de vez en cuando para ganarnos la vuelta y salirnos al paso en los sitios ventajosos. En estas ocasiones los más exuberantes gritaban excitados cuando aparecíamos en alguna esquina: «¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!», y poco faltaba para que nos aclamaran. En este desfile me molestó mucho el abyecto Pumblechook, que venía detrás de mí, y que se pasó todo el camino porfiando, a guisa de delicada atención, por arreglar la cinta que perdía del sombrero y alisarme la capa. Otra cosa que trastornaba mis pensamientos era la excesiva satisfacción del señor y la señora Hubble, los cuales se mostraban sobremanera engreídos y orgullosos de formar parte de tan distinguido cortejo.

Y ahora la extensión de los marjales se abría ante nosotros, con las velas de los barcos saliendo del río; y llegamos al cementerio, junto a las tumbas de los padres que no conocí, Philip Pirrip, difunto de esta parroquia, y también Georgiana, mujer del arriba dicho. Y allí mi hermana fue silenciosamente depositada en el seno de la tierra, mientras las alondras pasaban cantando por el cielo y el viento ligero esparcía hermosas sombras de nubes y árboles.

Respecto a la conducta del mundano Pumblechook mientras esto ocurría, sólo deseo decir que toda ella estaba dedicada a mí, y que hasta cuando se leyeron aquellos nobles pasajes que recuerdan a los hombres que nada trajeron a este mundo y que nada pueden llevarse de él, y que pasan como una sombra y no pueden hacer larga estancia en la tierra, le oí una tosecilla que parecía hacer una excepción con el caso de un joven caballero que había venido a ser rico inesperadamente. De vuelta a casa, tuvo el valor de decirme que ojalá mi hermana hubiera podido enterarse del honor que yo le había hecho, y de insinuar que ella lo habría considerado ventajosamente adquirido al precio de su muerte. Después de esto se bebió lo que quedaba del jerez, y el señor Hubble se bebió el oporto, y los dos hablaron (cosa que, según desde entonces he observado, es de rigor en estos casos) como si ellos fueran de otra raza que la difunta, y notoriamente inmortales. Finalmente, se fue con el señor y la señora Hubble —para rematar la velada en los Alegres Barqueros, estaba seguro de ello—, contando que él era el autor de mi fortuna y mi más antiguo bienhechor.

Después de marcharse todos, y cuando Trabb y sus hombres —pero no su aprendiz; ya lo había buscado yo— hubieron metido sus trapos y garambainas en unos sacos y se hubieron marchado también, el aire de la casa se hizo más respirable. Poco después, Biddy, Joe y yo tomamos juntos una cena fría, pero comimos en la sala, no en la vieja cocina, y Joe se mostró tan extremadamente preocupado por lo que hacía con el cuchillo y el tenedor y el salero y qué sé yo qué, que nos tuvo cohibidos a todos. Pero después de comer, cuando le hice coger su pipa y nos dimos una vuelta por la herrería y nos sentamos fuera en el gran poyo de piedra, la cosa marchó mejor. Observé que después del entierro Joe se había mudado de ropa haciendo una componenda entre su vestido de las fiestas y el de trabajo, con lo cual el querido muchacho estaba más natural y ofrecía su verdadera personalidad.

Le complació mucho que le preguntara si podía dormir en mi cuartito, y yo me sentía también complacido porque creía haber hecho una gran cosa al dirigirle aquella petición. Al espesarse las sombras del atardecer, aproveché una oportunidad para salir con Biddy al jardín para charlar un rato.

—Biddy —dije—, me parece que podías haberme escrito acerca de estos tristes acontecimientos.

—¿Lo cree usted, señor Pip? —dijo Biddy—. Si me lo hubiera figurado le habría escrito.

—No creas que quiera molestarte, Biddy, si digo que encuentro que debías habértelo imaginado.

—¿De veras, señor Pip?

Tenía un aire tan modesto, tan aseado, tan lleno de bondad, y parecía tan bonita, que no me gustó la idea de hacerla llorar de nuevo. Después de contemplar un poco sus ojos bajos mientras andaba a mi lado, abandoné aquel tema.

—Supongo, querida Biddy, que te será difícil continuar aquí, ahora.

—¡Oh, imposible, señor Pip! —dijo en tono de pesar, pero al mismo tiempo de serena convicción—. He hablado con la señora Hubble y mañana voy a vivir con ella. Espero que entre las dos podremos cuidar un poco al señor Gargery hasta que haya vuelto a ordenar su vida.

—¿De qué vas a vivir, Biddy? Si necesitas din…

—¿De qué voy a vivir? —repitió, interrumpiéndome con momentáneo rubor—. Se lo diré, señor Pip. Voy a ver si obtengo la plaza de maestra en la nueva escuela que están acabando de construir. Puedo contar con la recomendación de todos los vecinos, y espero que sabré ser laboriosa y paciente y también aprender yo mientras enseño a los demás. ¿Sabe usted?, señor Pip —prosiguió con una sonrisa, levantando los ojos hacia mí—, las nuevas escuelas no son como las antiguas, pero yo he aprendido mucho de usted desde entonces y he tenido tiempo de progresar.

—Te creo capaz de progresar siempre, Biddy, en cualquier circunstancia que sea.

—¡Ah! Excepto en lo que se refiere a mi lado malo de la naturaleza humana —murmuró.

Esto no era tanto un reproche como un irresistible pensamiento en voz alta. Bueno. Abandonaría también este tema. Así, paseé un poco más con Biddy, contemplando en silencio sus ojos bajos.

—No conozco detalles de la muerte de mi hermana, Biddy.

—Poco hay que contar, pobrecilla. Había pasado cuatro días muy malos, a pesar de que últimamente parecía más bien haber mejorado que empeorado, cuando, por la noche, precisamente a la hora del té, se despejó y dijo con toda claridad: «Joe». Como hacía mucho tiempo que no había dicho una palabra, corrí a la herrería a buscar al señor Gargery. Me hizo señas de que quería que él se sentara a su lado y que yo la ayudara a rodear con sus brazos el cuello de su marido. Así lo hice, y ella descansó la cabeza sobre su hombro muy contenta y satisfecha. Y estando así, al poco rato volvió a decir «Joe» y una vez «perdón» y otra vez «Pip». Y ya no volvió a levantar la cabeza, y una hora más tarde la llevamos a su cama, porque descubrimos que había muerto.

Biddy lloraba; el jardín entre sombras, y el camino, y las estrellas que salían, se enturbiaban en mis ojos.

—¿No se descubrió nunca nada, Biddy?

—Nada.

—¿Sabes lo que se ha hecho de Orlick?

—Por el color de sus ropas, diría que está trabajando en las canteras.

—Entonces le has visto. ¿Por qué miras aquel árbol negro del camino?

—Le vi allí la noche en que ella murió.

—Y no fue la última vez, ¿verdad, Biddy?

—No; le he visto allí ahora mismo, mientras estábamos paseando. Es inútil —dijo Biddy, poniendo la mano sobre mi brazo, porque estaba dispuesto a echar a correr—, ya sabe usted que no le engañaría; ha estado menos de un minuto, y se ha marchado.

Reavivó mi mayor indignación descubrir que aquel individuo continuaba persiguiéndola y me sentí encolerizado contra él. Se lo dije a Biddy, y añadí que estaba dispuesto a gastar todo el dinero y a hacer todos los esfuerzos necesarios para alejarle de aquella región. Poco a poco ella me llevó a hablar más sosegadamente, y me contó cuánto me quería Joe, y que Joe nunca se quejaba de nada —no dijo que fuese de mí, no tenía necesidad de ello: yo sabía lo que quería decir—, sino que cumplía todas sus obligaciones con mano fuerte, palabra tranquila y corazón afectuoso.

—Verdaderamente, nunca se le alabará demasiado —dije—, y, Biddy, tendremos que hablar a menudo de estas cosas, porque ahora os visitaré con frecuencia. No quiero dejar solo al pobre Joe.

Biddy no respondió.

—Biddy, ¿no me oyes?

—Sí, señor Pip.

—Dejando aparte eso de llamarme señor Pip, que me parece una cosa de mal gusto, Biddy, ¿qué quieres decir?

—¿Que qué quiero decir? —preguntó Biddy con voz tímida.

—Biddy —dije, en tono de virtuosa firmeza—, necesito saber qué quieres decir con eso.

—¿Con eso? —dijo Biddy.

—Vamos, no repitas mis palabras —repliqué—. Antes no solías hacerlo, Biddy.

—¡No solía hacerlo! —dijo Biddy—. ¡Oh, señor Pip! ¡No solía!

¡Bueno! Me pareció que tenía que dejar aquel punto también. Después de dar en silencio otra vuelta al jardín, volví al tema principal.

—Biddy —dije—, he hecho una observación referente a mi propósito de venir a menudo a visitar a Joe, que tú has acogido con un ostensible silencio. Ten la bondad, Biddy, de decirme por qué.

—¿Está usted seguro, entonces, de que vendrá a ver a Joe a menudo? —preguntó Biddy, deteniéndose en el estrecho caminito del jardín y mirándome a la luz de las estrellas con sus ojos claros y sinceros.

—¡Oh, Dios mío! —dije, como si no hubiera más remedio que dejarlo —. ¡Éste es verdaderamente un lado malo de la naturaleza humana! Hazme el favor de no decir nada más, Biddy. Estoy muy disgustado.

Por esta convincente razón mantuve a Biddy a distancia durante la cena, y cuando me retiré para subir a mi antiguo cuartito, me despedí de ella con toda la dignidad que mi alma regañona pudo hallar compatible con el cementerio y el triste acontecimiento del día. Todas las veces que me sentí agitado aquella noche, que fue cada cuarto de hora, me puse a reflexionar en la dureza con que Biddy me había tratado y en el agravio y la injusticia que me había hecho.

Tenía que partir a primera hora de la mañana. A primera hora de la mañana estaba fuera y mirando, sin ser visto, por una de las ventanas de la herrería. Allí permanecí, durante unos minutos, contemplando a Joe, que estaba ya trabajando con una irradiación de salud y de fuerza en su rostro, que le hacía destacar como si el alegre sol de la vida que le estaba reservada brillara ya en él.

—¡Adiós, querido Joe! No te la limpies. ¡Por Dios, dame tu mano así, tiznada! Volveré pronto y a menudo.

—Nunca será demasiado pronto —dijo Joe— ni demasiado a menudo, Pip.

Biddy me aguardaba en la puerta de la cocina, con un jarro de leche fresca y un zoquete de pan.

—Biddy —le dije al darle la mano—, no me voy enojado, pero sí dolido.

—No le duela —suplicó ella con emoción—. Deje que me duela a mí sola, si es que he sido poco generosa.

Una vez más se estaba levantando la niebla mientras yo me alejaba. Si lo que me descubría era, como sospecho, que yo no volvería, y que Biddy tenía razón, todo lo que puedo decir es… que la niebla también tenía razón.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Herbert y yo continuamos yendo de mal en peor por lo que se refiere a aumentar nuestras deudas, examinar el estado de nuestros asuntos, dejar márgenes y realizar otras ejemplares y parecidas operaciones, y el tiempo fue transcurriendo, quieras que no, como tiene por costumbre, y yo llegué a la mayoría de edad cumpliendo la predicción de Herbert de que esto me ocurriría casi sin que me diera cuenta.

También Herbert había alcanzado su mayoría de edad ocho meses antes que yo. Como su mayoría de edad no llevaba consigo ninguna ventaja especial, este acontecimiento no causó una impresión muy profunda en Barnard's Jun. Pero, en cambio, habíamos esperado mi vigesimoprimer aniversario con un sinfín de cálculos y augurios, porque ambos considerábamos que mi tutor no podía dejar de decir algo concreto en aquella ocasión.

Yo había cuidado de que en Little Britain se supiese perfectamente cuándo era mi cumpleaños. El día antes recibí una nota oficial de Wemmick en que se me comunicaba que el señor Jaggers tendría el placer de recibirme a las cinco de la tarde de aquel fausto día. Esto nos convenció de que algo importante iba a ocurrir, y mi estado era de insólita agitación cuando acudí con ejemplar puntualidad a la oficina de mi tutor.

En el despacho exterior, Wemmick me ofreció sus felicitaciones, frotándose incidentalmente un lado de la nariz con un pliego envuelto en papel de seda cuyo aspecto me gustó bastante. Pero no dijo nada respecto a él, y con un movimiento de cabeza me indicó el despacho de mi tutor. Era noviembre, y éste estaba de pie ante el fuego, apoyado de espaldas en la repisa de la chimenea, con las manos debajo de los faldones de su frac.

—Hola, Pip —dijo—. Hoy he de llamarlo señor Pip. Felicidades, señor Pip.

Nos estrechamos las manos —sus apretones eran siempre notablemente breves— y yo le di las gracias.

—Siéntese usted, señor Pip —dijo mi tutor.

Mientras me sentaba, y él persistía en su actitud, mirándome las botas con el ceño fruncido, me sentí en desventaja, lo cual me recordó aquella vez en que me habían hecho sentar sobre una piedra sepulcral. Las dos espantosas mascarillas del estante no quedaban lejos de él y tenían el semblante de estar empeñadas en un estúpido y apoplético intento de oír nuestra conversación.

—Ahora, joven amigo —empezó mi tutor, como si yo fuese un testigo ante el tribunal—, vamos a echar un párrafo.

—Como usted guste, señor.

—¿Tiene usted idea —dijo el señor Jaggers inclinándose más para mirar al suelo, y después levantando la cabeza hacia atrás para mirar al techo— de lo que cuesta la vida que lleva?

—¿Lo que cuesta, señor?

—Lo… que… cuesta… —repitió el señor Jaggers sin dejar de mirar al techo. Después paseó una mirada por la habitación y se detuvo, con el pañuelo en la mano, a mitad de camino de su nariz.

Yo había examinado mis cuentas tan a menudo que había llegado a destruir la más ligera idea que hubiera podido tener nunca de su estado. Muy a pesar mío, hube de declararme incapaz de responder a la pregunta. Esto pareció agradar al señor Jaggers, quien dijo:

—¡Me lo figuraba! —Y se sonó con aire de satisfacción—. Bueno, yo le he hecho una pregunta, amigo mío —dijo el señor Jaggers—. ¿No tiene usted, por su parte, nada que preguntarme?

—Desde luego, sería un gran alivio para mí poder hacerle algunas preguntas, señor; pero recuerdo su prohibición.

—Hágame una —dijo el señor Jaggers.

—¿He de saber hoy quién es mi bienhechor?

—No. Hágame otra.

—¿Se me hará pronto esta confidencia?

—Deje esto, por el momento —dijo el señor Jaggers—, y hágame otra.

Miré a mi alrededor, pero no parecía haber forma alguna de escapar al interrogatorio.

—¿He de recibir algo, señor?

A esto, el señor Jaggers dijo con expresión de triunfo:

—¡Ya sabía que llegaríamos aquí! —Y llamó a Wemmick para que le trajese aquel pliego. Wemmick vino, se lo entregó y desapareció—. Ahora, señor Pip —dijo el señor Jaggers—, haga el favor de atender. Ha estado usted retirando dinero de aquí con regular abundancia; su nombre figura con mucha frecuencia en el libro de caja de Wemmick, pero así y todo, tendrá usted deudas, ¿no es cierto?

—Temo tener que responder que sí, señor.

—Usted sabe que tiene que responder que sí, ¿no es cierto? —dijo el señor Jaggers.

—Sí, señor.

—No le pregunto cuánto debe usted, porque usted no lo sabe, y si lo supiera no me lo diría; me diría menos. Sí, sí, amigo mío —exclamó el señor Jaggers, esgrimiendo su dedo para atajarme, como yo diera muestras de querer protestar—, es posible que piense que no lo haría, pero lo haría. Usted me perdonará, pero lo sé mejor que usted. Ahora tome este papel en la mano. ¿Lo tiene? Muy bien. Desenvuélvalo ahora y dígame qué es.

—Es un billete de banco —dije yo— de quinientas libras.

—Es un billete de banco —repitió el señor Jaggers— de quinientas libras. Y me parece que es una bonita suma. ¿Lo piensa usted así?

—¡Cómo podría pensar de otro modo!

—¡Ah! Pero responda a la pregunta —dijo el señor Jaggers.

—Indudablemente.

—Usted lo considera, indudablemente, una bonita suma. Ahora bien: esta bonita suma, señor Pip, es de usted. Es un regalo que se le hace en este día, en anticipo de lo que serán sus perspectivas. Y a razón de esta suma por año, y no más, tendrá usted que vivir hasta que aparezca el donante del total. Es decir, que deberá tomar usted enteramente en sus manos sus asuntos financieros, y retirará de Wemmick ciento veinticinco libras cada trimestre, hasta que se ponga en comunicación directa con la fuente y deje de estarlo con su mero representante. Yo cumplo las instrucciones recibidas y cobro por cumplirlas. Me parecen poco juiciosas, pero no me pagan por opinar acerca de sus méritos.

Empezaba a expresar mi gratitud hacia mi bienhechor por la generosidad con que se me trataba, cuando el señor Jaggers me atajó.

—No me pagan, Pip —dijo fríamente—, para transmitir sus palabras a nadie. —Y luego se recogió los faldones, como había recogido el tema, y se quedó mirando, ceñudo, las botas, como si sospechara que abrigaban algún designio contra él.

Después de una pausa, insinué:

—Hace poco le he hecho una pregunta, señor Jaggers, que usted me ha aconsejado dejar de lado por el momento. Espero que no hago mal al repetirla ahora.

—¿Cuál es? —dijo.

Ya podía yo haber supuesto que no me ayudaría a salir del paso, pero me desconcertó tener que formular de nuevo la pregunta, como si fuera por primera vez:

—Es posible —dije, después de un instante de vacilación— que mi protector, la fuente de la que usted hablaba, señor Jaggers, dentro de poco… —Aquí me detuve delicadamente.

—Dentro de poco, ¿qué? —dijo el señor Jaggers—. Tal como lo dice usted, esto no es una pregunta.

—¿Que dentro de poco venga a Londres —dije, buscando la manera exacta de expresarme— o me cite en alguna otra parte?

—Mire usted —dijo el señor Jaggers, clavando por primera vez en mí sus ojos negros y hundidos—, vamos a volver a la noche en que nos conocimos en su pueblo natal. ¿Qué le dije entonces, Pip?

—Me dijo, señor Jaggers, que podían pasar años antes de que esa persona apareciera.

—Exacto —dijo el señor Jaggers—, pues ésta es mi respuesta.

Mientras nos mirábamos uno a otro, sentí que jadeaba en mi violento deseo de arrancarle algo más. Y sintiéndolo y sintiendo que él se daba cuenta, comprendí que tenía menos probabilidades que nunca de obtener nada de él.

El señor Jaggers movió la cabeza —no como respondiendo negativamente a la pregunta, sino como indicando la imposibilidad de que se le pudiera arrancar de modo alguno una respuesta— y, al desviar la mirada hacia las dos horribles mascarillas, me pareció como si hubieran llegado a una crisis en su suspensa atención y estuvieran a punto de estornudar.

—¡Vaya! —dijo el señor Jaggers, calentándose los muslos con el dorso de las manos—. Voy a serle franco, amigo Pip. Ésta es una pregunta que no se debe hacer. Usted lo comprenderá mejor si le digo que es una pregunta que puede comprometerme. ¡Vamos! Iré más allá todavía; le diré algo más.

Se inclinó tanto para contemplar sus botas que pudo frotarse las pantorrillas durante la pausa que siguió.

—Cuando esa persona se dé a conocer —dijo, enderezándose—, usted se entenderá directamente con ella. Cuando esa persona se dé a conocer, mi intervención en este asunto habrá terminado. Cuando esa persona se dé a conocer, no tendré necesidad de saber nada más sobre este asunto. Eso es todo lo que le puedo decir.

Nos quedamos mirándonos, hasta que yo desvié la mirada y la fijé pensativo en el suelo. De sus últimas palabras saqué la consecuencia de que la señorita Havisham, por alguna razón o sinrazón, no se le había confiado en lo referente a su propósito de destinarme a Estella; que esto le tenía resentido y celoso o que verdaderamente desaprobaba este proyecto y no quería saber nada de él. Cuando volví a levantar la vista me di cuenta de que me había estado mirando con sagaz atención todo el rato, y de que seguía haciéndolo.

—Si esto es todo lo que puede usted decirme, señor —observé—, no me queda tampoco nada más que decir.

Hizo un signo de asentimiento, sacó el reloj tan temido de los ladrones, y me preguntó dónde iba a comer. Le respondí que en mis propias habitaciones, con Herbert. Como necesaria secuela, le pedí que nos honrase con su compañía, y él aceptó prontamente la invitación. Pero insistió en ir a casa conmigo, para evitar que yo hiciera ningún preparativo extraordinario en su obsequio; pero antes tenía que escribir un par de cartas y, desde luego, lavarse las manos. Así, yo dije que saldría a la oficina exterior y me entretendría conversando con Wemmick.

El caso era que, en cuanto me vi las quinientas libras en el bolsillo, me asaltó una idea que ya se me había ocurrido otras veces, y me pareció que nadie mejor que el señor Wemmick podía aconsejarme acerca de ella.

Había ya cerrado la caja y hecho sus preparativos para irse a su casa. Había abandonado su pupitre y retirado sus dos mugrientos candeleros, los cuales había alineado con los despabiladeros en un estante, junto a la puerta, para apagarlos al salir; había cubierto el fuego con la ceniza, tenía a punto el sombrero y el abrigo, y se estaba golpeando el pecho con la llave de la caja, como para hacer algo de ejercicio atlético después del trabajo.

—Señor Wemmick —le dije—, querría pedirle su parecer. Tengo grandes deseos de servir a un amigo.

Wemmick cerró su buzón y meneó la cabeza, como si su parecer fuese decididamente contrario a toda funesta debilidad de aquel género.

—Este amigo —proseguí— trata de emprender un negocio, pero no tiene dinero y el principio le resulta difícil y desalentador. Yo querría ayudarle de algún modo para que pueda empezar.

—¿Con dinero? —dijo Wemmick, en un tono más seco que el serrín.

—Con algún dinero —respondí, porque me asaltó el inquietante recuerdo de aquel simétrico fajo de papeles que tenía en casa—; con algún dinero y, tal vez, con algún anticipo sobre mis expectativas.

—Señor Pip —dijo Wemmick—, sólo le pediría que contara conmigo los puentes que hay de aquí a Chelsea Reach. Veamos: hay el de Londres, uno; el de Southwark, dos; el del Blackfriars, tres; el de Waterloo, cuatro; el de Westminster, cinco; el de Vauxhall, seis —había marcado los puentes, uno después de otro, con la llave de su caja sobre la palma de la mano—. Como usted ve, son seis los que hay para elegir.

—No le comprendo —dije yo.

—Elija usted su puente, señor Pip —respondió Wemmick—; dése un paseíto hasta su puente, eche su dinero al Támesis desde el arco central de su puente y verá el fin de su dinero. Ayude a un amigo con él y puede que vea usted también su fin, pero será un fin menos agradable y provechoso.

Habría podido echar un periódico en su boca, tan ancha se le puso después de decir eso.

—Esto es muy desalentador —dije yo.

—Desde luego —dijo el señor Wemmick.

—Entonces su opinión es —pregunté, algo indignado— que un hombre nunca debería…

—¿Invertir propiedad mobiliaria en un amigo? —dijo Wemmick—. Verdaderamente, no. A no ser que quisiera deshacerse del amigo, y aún entonces sería cuestión de saber cuánta propiedad mobiliaria vale la pena sacrificar para deshacerse de él.

—¿Y éste —dije yo— es su decidido parecer, señor Wemmick?

—Éste —respondió— es mi decidido parecer en esta oficina.

—¡Ah! —dije yo, apurándole, porque me pareció verle aquí cerca de una excusa—; pero ¿sería su parecer en Walworth?

—Señor Pip —respondió gravemente—, Walworth es un sitio y esta oficina es otro. Del mismo modo que el Anciano es una persona y el señor Jaggers es otra. No hay que confundirlos. Mis sentimientos de Walworth deben ser expresados en Walworth; en esta oficina sólo pueden expresarse mis sentimientos oficiales.

—Perfectamente —dije muy aliviado—, entonces cuente con que iré a verle a Walworth.

—Señor Pip —respondió él—, será usted bien venido allí con carácter personal y particular.

Sostuvimos esta conversación en voz baja, por constarnos que el oído de mi tutor era de los más finos entre los finos. Al aparecer él en la puerta, Wemmick se puso el abrigo y se quedó atrás para apagar las velas. Los tres salimos a la calle juntos, y, desde el portal, Wemmick tomó su camino y el señor Jaggers y yo tomamos el nuestro.

Más de una vez aquella noche no pude dejar de desear que el señor Jaggers tuviese un Anciano en Gerrard Street, o un Stinger, o Algo o Alguien que le aclarara un poco el ceño. Era una consideración desconsoladora en un vigesimoprimer cumpleaños que la mayoría de edad pareciera valer tan poco la pena en un mundo tan cauto y receloso como él lo entendía. Era mil veces más instruido e inteligente que Wemmick y, no obstante, yo habría preferido mil veces tener a Wemmick a comer con nosotros. Y no fue sólo a mí a quien el señor Jaggers puso intensamente melancólico, porque después de haberse marchado, Herbert dijo de sí mismo, con los ojos fijos en el fuego, que imaginaba haber cometido un crimen y haberlo olvidado, tan abatido y culpable se sentía.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Juzgando el domingo como el día más a propósito para conocer los sentimientos del señor Wemmick en Walworth, consagré la tarde del domingo siguiente a hacer una peregrinación al Castillo. Al llegar ante las murallas vi izada la Unión Jack y levantado el puente; pero sin arredrarme por este alarde de desafío y resistencia, llamé a la verja y fui recibido, de la manera más pacífica, por el Anciano.

—Mi hijo, señor —dijo el viejo, después de asegurar el puente levadizo—, tenía sus barruntos de que usted podía dejarse caer, y dejó dicho que pronto volvería de su paseo. Mi hijo es muy metódico en sus paseos. Es muy metódico en todo, mi hijo.

Saludé al anciano señor con todas las reverencias que pudiera haberle hecho el mismo Wemmick, y entramos y nos sentamos a la lumbre.

—Usted habrá conocido a mi hijo —dijo el viejo, con su vocecilla de pájaro, mientras se calentaba las manos a la llama— en la oficina, ¿no es cierto? —Sacudí la cabeza afirmativamente—. ¡Ah! Me han dicho que mi hijo es muy entendido en su profesión. ¿Es así, señor?

Sacudí la cabeza con energía:

—Sí, eso dicen.

—Y ¿su profesión es el foro?

Sacudí la cabeza con más energía todavía.

—Y esto es muy sorprendente en mi hijo —dijo el viejo—, porque no fue educado para el foro, sino para el negocio de tonelería.

Deseoso de saber hasta qué punto el anciano caballero estaba al corriente de la fama del señor Jaggers, le grité este nombre. Me dejó muy confuso, echándose a reír de la mejor gana y respondiéndome con gran viveza:

—No, de ningún modo; tiene usted razón.

A estas horas aún no tengo la menor idea de lo que quiso decir o qué broma se figuró que habría hecho yo.

Como no podía quedarme allí sentado moviendo continuamente la cabeza, sin hacer otra tentativa para interesarle, le grité una pregunta sobre si su profesión había sido el negocio de tonelería. A fuerza de chillar la palabra repetidas veces y de golpear el pecho del caballero para asociarlo con ella, logré hacerme entender.

—No —dijo el viejo caballero—, el comercio al por mayor. Primero allí arriba —parecía querer indicar lo alto de la chimenea, pero creo que se refería a Liverpool—, y luego aquí, en la City de Londres. Sin embargo, como tengo este achaque, porque soy algo duro de oído, señor…

Representé una pantomima para expresar el mayor asombro.

—Sí, algo duro de oído; como tengo este achaque, mi hijo se dedicó al foro y se encargó de mí, y poco a poco ha hecho esta elegante y hermosa propiedad. Pero volviendo a lo que usted decía —prosiguió el viejo, riéndose de nuevo con el mayor gusto—, lo que digo es que no, de ningún modo; tiene usted razón.

Yo me estaba preguntando modestamente si el mayor esfuerzo de mi ingenio me habría permitido decir algo que le hubiera divertido ni la mitad de lo que le divertía esta broma imaginaria, cuando me sobresaltó un repentino chasquido en la pared, a un lado de la chimenea, y la espectral irrupción de una puertecita de madera con un «John» pintado en su parte interna. El viejo, siguiendo la dirección de mi mirada, exclamó triunfalmente:

—¡Mi hijo está aquí!

Y ambos salimos al puente.

Valía todo el oro del mundo ver a Wemmick saludándome con la mano desde el otro lado del foso, cuando con la mayor facilidad podíamos estrecharnos la mano por encima de él. El Anciano estaba tan encantado de accionar el puente levadizo que no me ofrecí para ayudarle, y permanecí inmóvil hasta que Wemmick hubo pasado a nuestro lado y me hubo presentado a la señorita Skiffins, una dama que le acompañaba.

La señorita Skiffins parecía hecha de palo y pertenecía, como su acompañante, al ramo de buzones de correo. Podía ser dos o tres años más joven que él, y la juzgué poseedora de bienes transportables. El corte de su vestido, de la cintura para arriba, tanto por delante como por detrás, le daba una figura muy semejante a una cometa; y yo podía haber juzgado el color naranja de su vestido algo excesivamente pronunciado y el verde de sus guantes algo excesivamente intenso. Pero parecía una buena persona y se mostraba muy atenta con el Anciano. No tardé en descubrir que hacía frecuentes visitas al Castillo, porque al entrar, y al felicitar yo a Wemmick a propósito de su ingenioso artificio para anunciar su llegada al Anciano, aquél me rogó que prestase atención por un momento al otro lado de la chimenea, y desapareció. Poco después se oyó otro chasquido y se abrió otra puertecilla que llevaba pintado «Señorita Skiffins»; después la «Señorita Skiffins» se cerró, y se abrió «John»; después se abrieron a la vez la «Señorita Skiffins» y «John» y, finalmente, se cerraron ambas a la vez. Al volver Wemmick de accionar estos mecanismos, le expresé la gran admiración que me causaban, y él dijo:

—Verá usted, ambas divierten al Anciano y le son de utilidad, y por San Jorge, señor, merece la pena mencionar que de todos los que han pasado esta puerta sólo conocemos el secreto de estos resortes el Anciano, la señorita Skiffins y yo.

—Y el señor Wemmick los ha hecho —añadió la señorita Skiffins— con sus propias manos y de su propia invención.

Mientras la señorita Skiffins se quitaba el gorro (aunque conservó los guantes puestos toda la noche, como señal exterior de que había visita), Wemmick me invitó a dar una vuelta por la propiedad, y a ver qué aspecto tenía la isla en invierno. Pensando que lo hacía para darme ocasión de conocer sus sentimientos en Walworth, aproveché la oportunidad en cuanto estuvimos fuera del Castillo.

Habiendo reflexionado detenidamente sobre el particular, expuse el asunto como si nunca hubiera insinuado nada acerca de él. Informé a Wemmick de que me interesaba por Herbert Pocket, le conté cómo nos habíamos conocido y cómo nos habíamos peleado. Hice alusión a la familia de Herbert, al carácter de éste y al hecho de que no contaba con otros medios que los que podía proporcionarle su padre, y que éstos eran inseguros y nada puntuales. Mencioné la ayuda que en mi primera tosquedad e ignorancia había obtenido yo de su compañía y confesé mis temores de haberla pagado bastante mal y de que tal vez le hubiera ido mejor sin mí y mis expectativas. Dejando a la señorita Havisham muy lejos, en último término, me referí a la posibilidad de que yo hubiera desbancado a mi amigo en sus posibilidades de fortuna, y a la certidumbre de que él poseía un alma generosa y estaba muy por encima de mezquinas desconfianzas, despiques y maquinaciones. Por todos estos motivos, le dije, y porque era amigo y compañero de mi juventud, y yo le tenía un gran afecto, deseaba que mi buena fortuna reflejara algunos de sus rayos sobre él y, por tanto, buscaba consejo en la experiencia de Wemmick y en el conocimiento que tenía de los hombres y de los negocios, para ver de qué mejor manera podía con mis recursos favorecer a Herbert, de momento con un ingreso —digamos de unas cien libras al año, para mantenerle en buen ánimo—, y, poco a poco, llegar a comprarle alguna pequeña participación en un negocio. Rogué a Wemmick, en conclusión, que tuviera en cuenta que mi ayuda debía hacerse efectiva sin que Herbert se enterara de ello ni lo sospechara, y que yo no tenía en el mundo nadie más a quien pedir consejo. Terminé poniéndole la mano en el hombro y diciendo:

—No puedo por menos que confiar en usted, por más que comprendo que esto le ha de causar molestias; pero la culpa es suya, por haberme traído aquí.

Wemmick permaneció silencioso un momento, y después dijo, con una especie de sobresalto:

—Bueno, ¿sabe usted, señor Pip?, tengo que decirle una cosa. Esto es ser endiabladamente bueno.

—Entonces, dígame que me ayudará a ser bueno —repuse.

—¡Uy! —respondió Wemmick, meneando la cabeza—. No es éste mi oficio.

—Tampoco es aquí donde lo ejerce usted.

—Tiene usted razón —respondió—, ha dado usted en el clavo. Señor Pip, lo pensaré y me figuro que todo lo que usted desea hacer puede hacerse gradualmente. Skiffins (su hermano) es perito mercantil y agente de negocios. Le veré y trataré de que haga algo por usted.

—Se lo agradeceré infinitamente.

—Al contrario —dijo él—, soy yo el agradecido porque, aunque hablemos estrictamente en nuestro plano privado y personal, se puede decir que hay por aquí alguna telaraña de Newgate, y eso ayuda a quitarlas.

Después de hablar algo más sobre el asunto, regresamos al Castillo, donde hallamos a la señorita Skiffins preparando el té. La delicada misión de hacer las tostadas estaba confiada al Anciano, y este excelente caballero se hallaba tan entregado a ella que me pareció en inminente peligro de que se le derritiesen los ojos. No era un refrigerio nominal el que íbamos a tomar, sino una sustanciosa realidad. El Anciano preparó una montaña tal de tostadas con mantequilla, que yo apenas podía divisarle desde el otro lado, mientras las apilaba para que se conservaran calientes en un soporte de hierro colgado de la barra superior; en tanto que la señorita Skiffins hacía tal cantidad de té que el cerdo, en su pocilga, se excitó sobremanera y expresó repetidamente su deseo de participar en el banquete.

Se había arriado la bandera y se había disparado el cañón a su debido momento, y yo me sentía tan agradablemente aislado del resto de Walworth como si el foso tuviese treinta pies de ancho y otros tantos de profundidad. Nada turbaba la paz del Castillo, fuera de «John» y la «Señorita Skiffins», que, de vez en cuando, se abrían y cerraban, pues estas dos puertecitas parecían presa de algún mal espasmódico que, en correspondencia, me hizo sentir algo nervioso hasta que me acostumbré a ello. Del carácter metódico de los preparativos de la señorita Skiffins colegí que hacía el té allí todos los domingos por la tarde, y hasta sospeché que un clásico camafeo que lucía y que representaba el perfil de una extraña mujer de nariz muy recta y una luna muy nueva, era un bien portátil regalado por Wemmick.

Nos comimos todas las tostadas y bebimos té en cantidad proporcionada, y era delicioso advertir cuán calientes y grasientos estábamos todos después. El Anciano, sobre todo, podía haber pasado por un pulcro y viejo cacique de una tribu salvaje recién ungido. Tras un breve descanso, la señorita Skiffins —en ausencia de la criadita, que, al parecer, se recogía en el seno de su familia los domingos por la tarde— lavó los cacharros con un aire de gran dama que lo hiciera por juego y que no causó violencia a nadie. Después se puso los guantes de nuevo, todos nos agrupamos alrededor del fuego y Wemmick dijo:

—Ahora, anciano papá, va usted a recrearnos con el periódico.

Mientras el Anciano sacaba sus gafas, Wemmick me explicó que esto formaba parte del ritual, y que el anciano caballero hallaba una satisfacción en leer las noticias en voz alta.

—Hay que excusarle porque el pobre no puede procurarse muchas diversiones, ¿verdad, padre?

—Tienes razón, John, tienes razón —respondió el viejecito viendo que su hijo le hablaba.

—Ahora, hágale un signo de complacencia con la cabeza cada vez que levante los ojos de su periódico, y le tendrá más feliz que un rey. Somos todos oídos, padre.

—Está bien, John, está bien —respondió el alegre viejecito, tan atareado y tan contento que, realmente, resultaba encantador.

La lectura del Anciano me recordó las clases de la tía abuela del señor Wopsle, con la agradable particularidad de que parecía llegarnos a través del ojo de la cerradura. Como necesitaba tener las velas cerca, y como siempre estaba a punto de poner la cabeza o el periódico en contacto con la llama, requería más atención y cuidado que un polvorín. Pero Wemmick era tan infatigable como afectuoso en su vigilancia, y el Anciano iba leyendo, completamente ignorante de las muchas veces que su hijo le salvaba de abrasarse. Cada vez que nos dirigía una mirada todos expresábamos el mayor interés y asombro, y movíamos la cabeza hasta que proseguía la lectura.

Wemmick y la señorita Skiffins estaban sentados uno junto al otro, y desde mi rincón en la sombra observé un lento y gradual ensanchamiento de la boca del primero que sugería poderosamente un lento y gradual movimiento de su brazo para rodear la cintura de la señorita Skiffins. Con el tiempo vi aparecer su mano por el otro lado de la señorita Skiffins; pero en el mismo instante la señorita Skiffins la detuvo diestramente con su guante verde, desprendió el brazo de su cintura, como si se tratara de una prenda de vestir, y con la mayor calma lo depositó sobre la mesa. La serenidad de la señorita Skiffins era una de las cosas más notables que he visto, y si hubiera podido considerar compatible aquel acto con una completa abstracción, habría creído que lo realizaba maquinalmente.

Al poco rato noté que el brazo de Wemmick volvía a desaparecer lentamente. Poco después su boca empezó a ensancharse de nuevo. Tras un intervalo de expectación por mi parte, que se me hizo obsesionante y casi doloroso, vi aparecer su mano al otro lado de la señorita Skiffins. Instantáneamente la señorita Skiffins la detuvo con la limpieza de un plácido boxeador, se quitó aquel cíngulo o ceñidor como antes, y lo depositó sobre la mesa. Suponiendo que la mesa representara el camino de la virtud, puedo declarar que durante toda la lectura del Anciano, el brazo de Wemmick estuvo desviándose del camino de la virtud y siendo reconducido a él por la señorita Skiffins. El Anciano acabó por adormilarse en su lectura. Éste era el momento esperado por Wemmick para sacar una caldereta, una bandeja con vasos y una botella negra de tapón de corcho coronado por una porcelana que representaba una especie de dignatario eclesiástico de aspecto rubicundo y afable. Con la ayuda de todo ello, tomamos todos algo caliente, incluso el Anciano, que ya se había despabilado. La señorita Skiffins hizo la mezcla, y pude observar que ella y Wemmick bebían del mismo vaso.

Desde luego me abstuve de ofrecerme para acompañar a la señorita Skiffins a su casa, y dadas las circunstancias me pareció más conveniente retirarme el primero: lo cual hice después de despedirme cordialmente del Anciano y habiendo pasado una agradable velada.

Apenas una semana después recibí una nota de Wemmick, fechada en Walworth, manifestando que creía haber hecho algún progreso en el asunto relativo a nuestro plano personal y privado, y que tendría sumo gusto en que fuera a verle de nuevo para tratar de ello. Así, volví a Walworth una vez y otra, y otra, y tuve varias citas con él en la City; pero nunca hablamos del asunto ni en Little Britain ni en sus inmediaciones. Como resultado de todo ello encontramos un joven y digno comerciante o consignatario, recientemente establecido, a quien hacía falta capital, y a quien, con el tiempo y según aumentara el negocio, haría falta un socio. Él y yo firmamos documentos secretos que se referían a Herbert, y yo le pagué al contado la mitad de mis quinientas libras, y me comprometí a efectuar otros pagos, unos en fechas determinadas que coincidían con el cobro de mis rentas, y otros en función de la entrada en posesión de mi fortuna. El hermano de la señorita Skiffins llevó las negociaciones; Wemmick intervino en todo, pero nunca figuró en nada.

La cosa fue conducida con tanta habilidad que Herbert no tuvo la menor sospecha de que yo hubiera puesto la mano en ella. Nunca olvidaré la expresión radiante de su rostro cuando una tarde llegó a casa y me contó como noticia sensacional que había entrado en relación con un tal Clarriken (el nombre del joven consignatario) y que Clarriken le había mostrado una simpatía extraordinaria, y que creía que por fin iba a presentársele la esperada oportunidad. De día en día, a medida que sus esperanzas iban aumentando e iba animándose su rostro, me debió de creer un amigo más y más afectuoso, porque yo tenía las mayores dificultades para contener mis lágrimas de triunfo al verle tan feliz. Al fin, estando ya la cosa ultimada y habiendo él entrado aquel día a formar parte de la casa Clarriken, y después de haberme estado hablando toda una noche en un flujo de entusiasmo y de contento, lloré de veras al acostarme, pensando que mis expectativas habían sido de provecho para alguien.

Un gran acontecimiento de mi vida, el momento crucial de mi vida, aparece ahora a mi vista. Pero antes de proceder a su narración, y antes de pasar a todos los cambios que acarreó, he de dedicar un capítulo a Estella. No es consagrar demasiado al asunto que durante tanto tiempo llenó mi corazón.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Si aquella venerada mansión, próxima al Prado de Richmond, ha de ser visitada por los espíritus después de mi muerte, lo será, indudablemente, por mi sombra. ¡Oh, cuán innumerables fueron los días y las noches en que mi inquieto espíritu la visitó mientras Estella vivía en ella! Donde fuera que estuviera mi cuerpo, mi alma no dejaba nunca de errar alrededor de aquella casa.

La dama con quien vivía Estella, la señora Brandley, era viuda, con una hija de algunos años más que Estella. La madre parecía joven, y la hija parecía vieja; la madre tenía el cutis rosado y la hija lo tenía amarillento; la madre estaba entregada a la frivolidad y la hija a la teología. Gozaban de lo que se llama una buena posición y se visitaban con gran número de personas. Poca o ninguna comunidad de sentimientos existía entre ella y Estella; pero se había establecido la inteligencia de que ellas necesitaban de Estella y Estella necesitaba de ellas. La señora Brandley había sido amiga de la señorita Havisham antes de que ésta se recluyese en su retiro.

Dentro y fuera de la casa de la señora Brandley, yo sufrí las mayores torturas que Estella pudiera causarme. La naturaleza de mis relaciones con ella, que me colocaba en términos de familiaridad, sin colocarme en términos de favor, me tenía al borde de la locura. Se servía de mí para atormentar a otros admiradores, y aprovechaba la misma familiaridad que existía entre nosotros para desairar constantemente mi devoción. Si yo hubiera sido su secretario, su mayordomo, su hermanastro, un pariente pobre, si yo hubiera sido un hermano pequeño de su futuro marido, no me habría podido sentir más alejado de mis esperanzas cuando más cerca me hallaba de ella. El privilegio de llamarla por su nombre de pila y de que ella me llamara por el mío sólo servía en estas circunstancias para hacer más dura la prueba; y así como me figuro que eso hacía enloquecer a sus demás adoradores, sé muy bien que me enloquecía a mí.

Ella tenía admiradores sin cuento. No dudo de que mis celos me hacían ver un admirador en cada uno de los que se le acercaba; pero sin necesidad de esto, había ya más que suficientes.

La vi a menudo en Richmond, tuve frecuentemente noticias de ella en Londres, la llevé muchas veces junto con las Brandley a pasear en barca; hubo meriendas, fiestas, idas al teatro, a la ópera, a conciertos, reuniones, toda clase de diversiones, durante las cuales la solicité constantemente, y todas resultaron para mí una calamidad. Nunca tuve una hora de felicidad en su compañía, y no obstante me pasaba las veinticuatro horas del día sin pensar en otra cosa que en la felicidad de tenerla conmigo hasta la muerte.

En todo este período de nuestra relación —que duró, como se verá, lo que me pareció un espacio de tiempo muy largo—, ella volvía habitualmente a aquel tono que indicaba que nuestra asociación nos había sido impuesta. Había otras ocasiones en que dejaba repentinamente este tono y todos sus muchos tonos, y parecía compadecerse de mí.

—Pip, Pip —dijo una noche, en que había adoptado esta actitud, mientras estábamos sentados aparte a la sombra de una ventana en la casa de Richmond—, ¿no te darás nunca por advertido?

—¿De qué?

—De mí.

—¿Para que no me deje atraer por ti, quieres decir, Estella?

—¡Quiero decir! Si no ves lo que quiero decir es que estás ciego.

Yo le habría replicado que al amor se le tenía comúnmente por ciego, de no haber sido porque me hallaba cohibido —y ésta no era la menor de mis desazones— por el sentimiento de que no era generoso apremiarla, sabiendo que no tenía otro remedio que obedecer a la señorita Havisham. Mi constante temor era que este conocimiento por su parte me perjudicara grandemente ante su orgullo, y me hiciera objeto de una lucha rebelde en su corazón.

—Sea como sea —dije— no se me ha hecho ningún advertimiento últimamente, porque esta vez me escribiste para que viniera.

—Eso es verdad —dijo, con una sonrisa fría e indiferente que siempre me dejaba helado.

Después de contemplar un rato el espectáculo del crepúsculo, continuó diciendo:

—Ha llegado el momento en que la señorita Havisham desea tenerme un día consigo en Satis. Tienes que llevarme allí y devolverme aquí, si quieres. No quiere que viaje sola, y se opone a recibir a mi doncella porque tiene un horror invencible a tratar con esta clase de gente. ¿Puedes acompañarme?

—¡Si puedo acompañarte, Estella!

—¿Entonces, puedes? Pasado mañana, si no tienes inconveniente. Tienes que pagar todos los gastos de mi bolsillo. ¿Oyes la condición?

—Y debo obedecer —dije yo.

Ésta fue toda la preparación que recibí para aquella visita y para otras semejantes; la señorita Havisham jamás me escribió ni jamás he llegado a ver su escritura. A los dos días fuimos a su casa y la encontramos en su habitación, donde yo la había visto por vez primera, y no es necesario añadir que no había ningún cambio en la casa Satis.

La señorita Havisham se mostró todavía más terriblemente encariñada con Estella que la última vez que las había visto juntas; uso la palabra con toda intención porque había algo positivamente terrible en la energía que puso en sus miradas y abrazos. Estaba pendiente de la hermosura de Estella, de sus palabras, de sus gestos, se mordía los temblorosos dedos al contemplarla, como si estuviera devorando la hermosa criatura que había creado.

Después de contemplar a Estella, me miró con una mirada escrudiñadora que parecía entrar en mi corazón y sondar sus heridas. «¿Cómo te trata, Pip?, ¿cómo te trata?», me preguntaba una y otra vez con su avidez de bruja, sin importarle siquiera que la oyera ella. Pero, cuando nos sentamos por la noche junto al vacilante fuego, su conducta fue de lo más alucinante; porque entonces, manteniendo el brazo de Estella sujeto debajo del suyo y teniéndole la mano estrechamente cogida, le fue arrancando, a fuerza de referirse a lo que en sus cartas le había ido contando, el nombre y condición de los hombres a quienes había fascinado. Y mientras la señorita Havisham se deleitaba en esta relación con la intensidad de un espíritu mortalmente herido y perturbado, permanecía con la otra mano descansando en su muleta, la barbilla apoyada en ella, y sus ojos desvaídos chispeando al mirarme, hecha un verdadero espectro.

Yo veía en esto —a pesar de lo desgraciado que me hacía, y de la amarga sensación de dependencia y hasta de degradación que me producía —, yo veía en esto que Estella estaba destinada a descargar sobre la cabeza de los hombres la venganza de la señorita Havisham, y que no me sería entregada hasta que la hubiera aplacado por un tiempo determinado. Veía en esto la explicación de que me hubiera sido destinada de antemano. Al mandarla al mundo para causar tormento y daño, la señorita Havisham lo hacía con la maligna certidumbre de que se hallaba fuera del alcance de todos los admiradores, y de que todos los que aventurasen algo por ella iban seguros de perder. Veía en esto que yo, por una perversión del ingenio, era atormentado igualmente, aunque al final me estuviese reservado el premio.

Veía en esto la razón por la cual se me rechazaba durante tanto tiempo, y la razón por la cual mi ex tutor se negaba a declararse formalmente enterado de semejante plan. En una palabra, veía en esto a la señorita Havisham tal como aparecía entonces y allí ante mis ojos; y veía en esto la inconfundible sombra de la casa tenebrosa y malsana donde su vida se escondía de la luz del sol.

Las bujías que iluminaban la habitación estaban en candelabros fijos a la pared. Se hallaban a bastante altura del suelo y ardían con el continuo sopor de la luz artificial en una atmósfera raras veces renovada. Cuando recorría la sala con la mirada y al ver su débil resplandor, y el reloj parado, y los ajados atavíos nupciales esparcidos sobre la mesa y por el suelo, y la espantosa figura de la señorita Havisham con su fantástica sombra que el fuego proyectaba sobre el techo y la pared, descubrí en todo ello como un eco de la interpretación que mi pensamiento acababa de formar. Éste se trasladó a la gran sala del otro lado del descansillo, donde se hallaba puesta la mesa, y lo vi escrito, por decirlo así, en los colgajos de telarañas del centro de la mesa, en el movimiento de las arañas sobre el mantel, en las huellas de los ratones que iban a esconder sus pequeños y palpitantes corazones detrás de los arrimaderos, y en las vacilaciones y paradas de las cucarachas en el suelo.

En el curso de esta visita surgió una disputa entre Estella y la señorita Havisham. Era la primera vez que las veía enfrentadas.

Estábamos sentados junto al fuego, como acabo de describir, y la señorita Havisham aún tenía el brazo de Estella sujeto debajo del suyo, y aún le tenía la mano cogida, cuando ésta empezó a desasirse poco a poco. Ya antes había dado más de una muestra de orgullosa impaciencia y había más bien soportado que aceptado o correspondido aquellas demostraciones de feroz afecto.

—¡Qué! —dijo la señorita Havisham, mirándola con ojos llameantes —, ¿estás cansada de mí?

—Sólo un poco cansada de mí misma —respondió Estella, desprendiendo su brazo y acercándose a la gran chimenea, donde se quedó mirando al fuego.

—¡Di la verdad, ingrata! —exclamó la señorita Havisham, golpeando coléricamente el suelo con el bastón—, estás cansada de mí.

Estella la miró con perfecta serenidad, y volvió a contemplar el fuego. Su graciosa figura y su bello semblante expresaban tan fría indiferencia por el salvaje ardor de la otra mujer que casi parecía cruel.

—¡Pedazo de piedra! —exclamó la señorita Havisham—. ¡Corazón de hielo!

—¿Qué? —dijo Estella sin dejar su actitud de indiferencia apoyada en la chimenea, y levantando solamente los ojos—. ¿Es usted quien me reprocha el ser fría? ¿Usted?

—¿No lo eres? —fue la irritada respuesta.

—Debería usted saberlo —dijo Estella—, no soy más de lo que usted ha hecho de mí. De usted es todo el mérito, o toda la culpa; de usted todo el éxito o todo el fracaso. Tómeme usted tal como me ha hecho.

—¡Oh! ¡Miradla, miradla! —exclamaba furiosa la señorita Havisham—. ¡Miradla, tan dura e ingrata en el hogar mismo donde se ha criado! ¡Donde la tomé sobre mi cuitado pecho cuando aún sangraba de sus recientes heridas, y donde le he prodigado años de ternura!

—Pero yo no tuve parte alguna en el trato —dijo Estella— porque apenas si sabía andar y hablar cuando se hizo. Pero ¿qué quería usted? Ha sido muy buena para mí y se lo debo todo. ¿Qué quería usted?

—Amor —respondió.

—Usted lo tiene.

—No lo tengo —dijo la señorita Havisham.

—Usted es mi madre adoptiva —repuso Estella sin abandonar nunca la gracia indolente de su actitud, sin levantar nunca la voz como hacía la otra, sin ceder nunca a la ira o a la ternura—. Usted es mi madre adoptiva, ya he dicho que se lo debo todo. Todo lo que poseo es de usted. Todo lo que me ha dado está a su disposición. Puede quitármelo cuando quiera. Fuera de esto, no tengo nada. Pero si me pide que le dé lo que no me ha dado usted nunca, ni mi gratitud ni mi deber pueden hacer imposibles.

—¡Que no le he dado nunca amor! —exclamó la señorita Havisham, volviéndose hacia mí enloquecida—. No le di nunca un amor ardiente siempre inseparable de los celos y de un vivo dolor. ¡Cómo puede hablarme así! ¡Que me llame loca, que me llame loca!

—Y por qué he de llamarla loca —respondió Estella—. Yo menos que nadie. ¿Hay alguien en el mundo que conozca la tenacidad de sus propósitos? ¿Hay alguien en el mundo que conozca mejor que yo la firmeza de su memoria? Yo, que he estado sentada junto a este mismo hogar, en este pequeño taburete que aún está a su lado, aprendiendo sus lecciones y alzando los ojos a su rostro, hasta cuando su rostro me parecía extraño y me asustaba.

—Pronto lo has olvidado —gimió la señorita Havisham—. ¡Pronto lo has olvidado!

—No, no lo he olvidado —replicó Estella—. No lo he olvidado; lo he atesorado en mi memoria. ¿Cuándo me ha visto infiel a sus enseñanzas? ¿Cuándo me ha visto olvidadiza de sus lecciones? ¿Cuándo ha visto que diese cabida aquí —se tocó el pecho con la mano— a algo que usted excluyera? Sea justa conmigo.

—¡Tan orgullosa, tan orgullosa! —gimió la señorita Havisham, echándose atrás los grises cabellos con ambas manos.

—¿Quién me enseñó a ser orgullosa? —respondió Estella—. ¿Quién me aplaudía cuando daba muestras de haber aprendido mi lección?

—¡Tan dura, tan dura! —gimió la señorita Havisham repitiendo el mismo ademán.

—¿Quién me enseñó a ser dura? —replicó Estella—. ¿Quién me aplaudía cuando daba muestras de haber aprendido mi lección?

—¡Pero ser orgullosa y dura conmigo! —gritó la señorita Havisham levantando los brazos en alto—. Estella, Estella, Estella, ser orgullosa y dura conmigo.

Estella la miró un momento con una especie de tranquilo asombro, pero sin dar señal alguna de turbación; después volvió a contemplar el fuego.

—No puedo comprender —dijo, levantando los ojos tras un silencio— por qué ha de ser usted tan poco razonable cuando vengo a verla después de un tiempo sin vernos. Jamás he olvidado sus agravios y sus causas. Jamás he sido infiel a usted ni a sus enseñanzas. Jamás he tenido que acusarme de ninguna debilidad.

—¿Sería una debilidad corresponder a mi amor? —exclamó la señorita Havisham—. Pero sí, sí, ella lo llamaría así.

—Empiezo a pensar —dijo Estella, como hablando consigo misma, tras otro momento de tranquila meditación— que casi entiendo de dónde viene eso. Si usted hubiera criado a su hija adoptiva en el tenebroso encierro de estas habitaciones, y no le hubiera dejado saber que existía nada como la luz del sol, a cuya luz no hubiera visto jamás el rostro de usted; si usted hubiera hecho esto y luego, para algún fin de los suyos, hubiera querido que comprendiera la luz del sol y lo supiera todo acerca de ella, ¿se habría enojado usted y sentido decepcionada?

La señorita Havisham, con la cabeza entre las manos, gemía débilmente y se balanceaba en su silla, pero no profirió una palabra.

—O bien —dijo Estella—, y esto se parece más al caso, si usted le hubiera enseñado, desde el primer albor de su inteligencia, con todo su poder y energía, que la luz existía, pero se había hecho para ser su enemiga y su destructora, y que debía evitarla siempre porque la había marchitado a usted y la marchitaría a ella; si usted hubiera hecho esto, y después, para algún fin de los suyos, quisiera que se aficionara naturalmente a la luz del día, y ella no pudiese hacerlo, ¿se habría enojado usted y sentido decepcionada?

La señorita Havisham seguía escuchando (o así me lo parecía, pues no podía verle el rostro), pero tampoco respondió.

—Así pues —dijo Estella—, hay que tomarme como se me ha hecho. El éxito no es mío, el fracaso no es mío, pero los dos me han hecho lo que soy.

La señorita Havisham se había sentado en el suelo, no sé cómo, entre las mustias reliquias nupciales en él diseminadas. Yo aproveché aquel momento —desde el principio había esperado uno propicio— para abandonar la habitación, después de implorarle a Estella con un ademán que le prestase atención. Cuando salí, ésta continuaba de pie junto a la chimenea como había permanecido todo el rato. Los cabellos grises de la señorita Havisham estaban esparcidos por el suelo entre las demás ruinas nupciales, ofreciendo un doloroso espectáculo.

Con el corazón oprimido me estuve paseando una hora o más a la luz de las estrellas, por el patio de la cervecería y el jardín abandonado. Cuando por fin me vi con valor para volver a la habitación, encontré a Estella sentada en las rodillas de la señorita Havisham, dando unas puntadas a una de aquellas viejas prendas de vestir que se caían a pedazos y en las cuales me habían hecho pensar a menudo los descoloridos jirones de antiguas banderas que había visto colgando en las catedrales. Más tarde, Estella y yo jugamos a los naipes, como en otros tiempos —sólo que ahora éramos más hábiles y jugábamos a juegos franceses— y así pasó la velada y yo me fui a la cama.

Dormí en el edificio anejo del otro lado del patio. Era la primera vez que pasaba la noche en la casa Satis, y el sueño se negaba a visitarme. Mil señoritas Havisham me asediaban. Se me aparecían a un lado de la almohada, al otro, a la cabecera de la cama, a los pies, detrás de la puerta entreabierta del tocador, en el tocador, en el cuarto de arriba, en el de abajo, en todas partes. Por último, cuando ya la noche se arrastraba lentamente hacia las dos de la madrugada, sentí que aquel lugar se me hacía absolutamente insoportable como dormitorio, y que tenía que levantarme. En consecuencia, me levanté, me vestí, salí y atravesé el patio hasta el largo corredor de piedra con el propósito de pasar al patio exterior y pasearme por allí para aliviar mi espíritu. Pero no bien estuve en el corredor cuando apagué mi vela; porque vi a la señorita Havisham pasar por él como un espectro, gimiendo en voz baja. La seguí a distancia y la vi subir la escalera. Llevaba en la mano una bujía, que probablemente había cogido de los candeleros de su habitación, y a su luz parecía un ser del otro mundo. Hasta el pie de la escalera donde me detuve me llegó el olor a moho de la sala del festín, aún sin ver que ella abriera la puerta, y la oí pasear por allí, y después pasar a su habitación, y después volver a la sala, sin cesar nunca en sus gemidos. Al cabo de un rato traté de salir en la oscuridad y volver a mi cuarto, pero no pude hacer ni lo uno ni lo otro hasta que los primeros albores del día me permitieron ver dónde ponía las manos. Durante todo este tiempo, cada vez que me acerqué al pie de la escalera, oí sus pasos, vi pasar en lo alto la luz de la bujía, y oí su incesante gemir.

No se reprodujo la disputa entre ella y Estella en el tiempo que precedió a nuestra partida el día siguiente; ni se reprodujo en ninguna ocasión parecida, y eso que hubo cuatro, si no recuerdo mal. Tampoco se notó ningún cambio en la actitud de la señorita Havisham con ella, salvo que creí notar que algo parecido al temor se añadía a sus anteriores características.

Me es imposible volver esta hoja de mi vida sin escribir en ella el nombre de Bentley Drummle; de lo contrario, lo evitaría de muy buena gana.

En cierta ocasión, cuando los Pinzones se hallaban reunidos en pleno, y mientras, como de costumbre, se fomentaba la cordialidad a base de no estar de acuerdo nadie con nadie, el Pinzón que presidía llamó al orden a la Enramada, por cuanto el señor Drummle aún no había brindado por ninguna dama; lo cual, según el solemne estatuto de la sociedad, le correspondía, por turno, hacer aquel día. Creí notar que Drummle me dirigía una mirada de soslayo, una maligna mirada, mientras circulaban las garrafas; pero como no había entre nosotros ninguna simpatía, esto no tenía nada de particular. ¡Cuál no sería mi indignada sorpresa cuando invitó a los reunidos a brindar por «Estella»!

—¿Estella qué? —pregunté.

—¿A usted qué le importa? —replicó Drummle.

—¿Estella de dónde? —insistí—. Está usted obligado a decir de dónde.

Y era cierto que, en calidad de Pinzón, estaba obligado a ello.

—De Richmond, señores —dijo Drummle, dejándome de lado—, una belleza sin par.

—Lo que entiende éste de bellezas sin par, el ruin y miserable idiota —murmuré al oído de Herbert.

—Yo conozco a esa señorita —dijo Herbert desde el otro lado de la mesa, después de que se hubo hecho honor al brindis.

—¡Ah, sí! —dijo Drummle.

—Y yo también —añadí yo, con el rostro encendido.

—¿Ah, sí? —dijo Drummle—. ¡Oh, Dios mío!

Ésta era la única respuesta —además de arrojar platos y copas— que aquel mastuerzo era capaz de dar; pero me sulfuró tanto como si me hubiera herido con el más ingenioso sarcasmo, e inmediatamente me levanté y dije que no podía por menos de considerar una desvergüenza por parte del honorable Pinzón asistir a aquella Enramada —siempre hablábamos de asistir a aquella Enramada, como un elegante giro parlamentario—, asistir a aquella Enramada para brindar por una señorita a quien no conocía. A esto el señor Drummle, levantándose, preguntó qué quería dar a entender con ello. A lo cual le di la severa respuesta de que suponía que ya sabía dónde podía encontrarme.

Si, después de esto, era o no posible, en un país cristiano, salir de aquel paso sin derramamiento de sangre, fue una cuestión sobre la cual las opiniones de los Pinzones se mostraron muy divididas. Y la discusión se hizo tan viva que otros seis honorables socios más, por lo menos, dijeron en el curso de ella, a otros seis honorables socios, que ya sabían dónde podían encontrarlos. No obstante, se decidió al cabo (pues la Enramada era un tribunal de honor) que si el señor Drummle podía presentar un pequeño certificado de la dama, acreditando que tenía el honor de conocerla, el señor Pip debería expresar su pesar, como caballero y como Pinzón, por haberse dejado arrastrar por su vehemencia. Se señaló el día siguiente para la presentación de la prueba (a fin de que nuestro honor no se enfriara con la demora) y al día siguiente Drummle compareció con una amable notita de puño y letra de Estella en la que ésta reconocía que varias veces había tenido el honor de bailar con él. Esto no me dejó otro recurso que expresar mi pesar «por haberme dejado arrastrar por mi vehemencia» y, en suma, repudiar por insostenible la idea de que se me pudiera encontrar en ninguna parte. Drummle y yo nos quedamos luego dando bufidos, mientras la Enramada se entregaba a una Babel de discusiones y controversias, y, finalmente, se acordó que la promoción de la cordialidad había progresado a una velocidad asombrosa.

Refiero esto en estilo ligero, pero no fue cosa ligera para mí. Porque no encuentro palabras para expresar la pena que me causó pensar que Estella podía conceder favor alguno a un zopenco despreciable como aquél, tan por debajo de la común medida de los hombres. Todavía, a estas horas, creo atribuible a una pura llama de generosidad y desinterés en mi amor por ella que no pudiese soportar el pensamiento de verla rebajarse hasta un ser tan vil. No dudo de que me habría sentido desgraciado quienquiera que fuera aquel a quien ella hubiera favorecido; pero en el caso de alguien más digno de su afecto me habría causado otra clase y otro grado de dolor.

Me era fácil comprobar, y lo comprobé pronto, que él había empezado a cortejarla y que ella se lo consentía. Al poco tiempo, él la seguía constantemente y los dos nos topábamos todos los días. Él insistía con su actitud estúpida y terca, y ella le retenía; ora animándole, ora desanimándole, ora casi adulándole, ora despreciándole abiertamente, ora tratándole como amigo, ora pareciendo apenas recordar quién era.

El Araña, como le había llamado el señor Jaggers, estaba, sin embargo, acostumbrado a permanecer al acecho y tenía toda la paciencia de su especie. Añadía a esto una estólida confianza en su dinero y en el esplendor de su familia, que a veces le servía de mucho y que casi venía a reemplazar la concentración y determinación de propósito. Así, el Araña, acechando tenazmente a Estella, aventajaba en vigilancia a otros insectos más brillantes, y a menudo se soltaba y se dejaba caer en el momento oportuno.

En un baile particular en Richmond (en aquel tiempo los había en muchos sitios), donde Estella había eclipsado a todas las demás bellezas, ese patán de Drummle se le pegó de tal modo y con tanta tolerancia por parte de ella que yo decidí hablarle acerca de él. Aproveché la primera oportunidad que fue mientras esperaba a la señora Brandley para regresar a su casa, sentada aparte entre unas flores, y lista ya para marcharse. Yo estaba con ella porque siempre las acompañaba a la ida y a la vuelta de estos sitios.

—¿Estás cansada, Estella?

—Un poco, Pip.

—Tienes que estarlo a la fuerza.

—Di que no debería estarlo; porque aún tengo que escribir a la casa Satis antes de acostarme.

—¿Contando el triunfo de esta noche? —pregunté yo—. Un pobre triunfo, Estella.

—¿Qué quieres decir? No sabía que hubiera habido ninguno.

—Estella —dije—. Mira a aquel tipo que nos contempla desde aquel rincón.

—¿Por qué he de mirarle? —repuso, fijando, por el contrario, sus ojos en mí—. ¿Qué hay en aquel tipo del rincón, como dices tú, que yo necesite mirar?

—Verdaderamente, esto es lo que yo quería preguntarte a ti —dije—. Porque en toda la noche no te has apartado de su lado.

—Las polillas, y toda suerte de bichos desagradables —respondió, lanzándole una mirada—, revolotean alrededor de una bujía encendida. ¿Puede evitarlo la bujía?

—No —repliqué—, pero ¿puede evitarlo Estella?

—¡Bueno! —dijo ella, riendo, después de un momento—. Tal vez. Sí. Lo que tú quieras.

—Pero óyeme, Estella. Me desespera que des alas a un hombre tan generalmente despreciado como Drummle. Sabes que se le desprecia.

—¿Y qué? —dijo ella.

—Sabes que es tan tosco por dentro como por fuera. Un individuo menguado, violento, sañudo, estúpido.

—¿Y qué? —volvió a preguntar ella.

—Sabes que no tiene nada que le recomiende, si no es el dinero, y una ridícula lista de ineptos antepasados; ¿lo sabes, no es cierto?

—¿Y qué? —repitió ella; y cada vez que lo decía abría un poco más sus adorables ojos.

Para vencer la muralla que me oponía aquel monosílabo, se lo tomé de la boca, y, dije, repitiéndolo con énfasis:

—¡Y qué! Pues esto es lo que me aflige.

Si yo hubiese creído que Estella favorecía a Drummle con la idea de afligirme, me habría dolido menos; pero con su actitud habitual me dejaba tan por entero fuera de la cuestión que no me era posible creer tal cosa.

—Pip —dijo Estella, paseando su mirada por la sala—, no digas tonterías sobre el efecto que esto te causa. Puede tener sus efectos sobre otros, o puede que quiera tenerlos. No vale la pena discutirlo.

—Sí, vale la pena —dije yo—, porque no puedo soportar que la gente diga que prodigas tus gracias y atractivos en un mero patán, el más despreciable de todos.

—Puedo soportarlo.

—¡Oh!, no seas tan orgullosa, Estella, y tan inflexible.

—¡Ahora me llamas orgullosa e inflexible —dijo Estella abriendo las manos— y acabas de reprocharme que me rebaje al nivel de un patán!

—No hay duda de que lo haces —dije yo algo precipitadamente— porque te he visto mirarle y sonreírle esta misma noche, como nunca me has mirado ni sonreído a mí.

—Entonces, ¿lo que quieres —dijo Estella, volviéndose de pronto con una mirada firme y seria, ya que no enojada— es que te engañe y te ponga añagazas?

—¿Le engañas a él, Estella?

—Sí, y a muchos otros… a todos menos a ti. Ahí viene la señora Brandley. No quiero hablar más de eso.

Y ahora que he consagrado un capítulo al asunto que durante tanto tiempo llenó mi corazón y con tanta frecuencia lo ha hecho sufrir, podré pasar, sin estorbos, al acontecimiento que desde hacía más tiempo todavía se estaba cerniendo sobre mi vida; el acontecimiento que se había empezado a preparar antes de que yo supiera que había una Estella en el mundo, y en los días en que su inteligencia infantil estaba recibiendo las primeras deformaciones de las manos devastadoras de la señorita Havisham.

En el cuento oriental, la pesada piedra que había de caer sobre el fastuoso lecho a la hora misma de la conquista era arrancada poco a poco de la cantera; el túnel para la cuerda que debía sostenerla era excavado poco a poco a través de las leguas y leguas de roca; la losa era lentamente levantada y encajada en el techo; la cuerda era sujetada a ella y pasada a través de leguas y leguas de oquedad hasta la gran anilla de hierro. Una vez hecho todo con gran trabajo, y llegada la hora, el sultán era despertado en mitad de la noche, ponían en sus manos el hacha afilada que había de separar la cuerda de la gran anilla de hierro, y él daba el golpe, la cuerda se partía escurriéndose, y el techo caía. Así ocurrió en mi caso; todo el trabajo, próximo y lejano, que tendía a aquel fin, se había realizado y en un instante el golpe fue asestado, y el techo de mi fortaleza se desplomó sobre mí.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Tenía yo veintitrés años. Ni una sola palabra más había llegado a mi oído que pudiese ilustrarme a propósito de mis expectativas, y había transcurrido una semana desde mi vigesimotercer cumpleaños. Hacía más de un año que habíamos dejado Barnard's Jun y vivíamos en el Temple. Nuestras habitaciones estaban en Gardencourt, junto al río.

El señor Pocket y yo hacía algún tiempo que habíamos dado por extinguidos nuestros primitivos compromisos, si bien continuábamos en las mejores relaciones. No obstante mi incapacidad para seguir ninguna vocación determinada —lo cual me figuro que se debía a la inestable e incompleta posesión de mis medios de vida—, tenía gusto por la lectura y leía regularmente muchas horas al día. El asunto de Herbert estaba en marcha, y todo lo que a mí se refería seguía tal como lo he dejado al final del último capítulo.

Los negocios habían obligado a Herbert a hacer un viaje a Marsella. Yo estaba solo y tenía la melancólica conciencia de sentirme solo. Desanimado y ansioso, cansado de esperar que el día siguiente o la semana siguiente viniesen a aclarar mi situación, echaba tristemente de menos su rostro alegre y su pronta simpatía.

Hacía un tiempo horrible; lluvias y borrascas y barro en las calles; nada más que barro, hasta los tobillos. Día tras día, una vasta y espesa cortina se había arrastrado sobre Londres viniendo del este, y continuaba arrastrándose como si en el este las nubes y el viento fuesen eternos. Tan furiosos habían sido los vendavales que algunos edificios elevados de la ciudad habían perdido el plomo de sus techumbres, y en los campos había habido árboles descuajados y molinos de viento con las alas rotas; y de la costa llegaban lúgubres historias de muerte y naufragio. Violentas rachas de lluvia habían acompañado estas furias del viento y el día que terminaba, cuando me senté a leer, había sido el peor de todos.

Desde aquella época se han producido muchos cambios en aquella parte del Temple, y ésta no tiene hoy el carácter solitario que tenía entonces, ni está tan descubierta por el lado del río. Vivíamos en lo alto de la última casa y los golpes del viento que soplaba río arriba estremecían la casa aquella noche como si fuesen descargas de un cañón o el mar batiendo los rompientes. Cuando al viento se unió la lluvia y ésta empezó a lanzarse contra las ventanas, pensé, al levantar los ojos y verlas retemblar, que bien podía imaginarme en un faro azotado por la tempestad. A veces el humo bajaba rodando por la chimenea como si no pudiera soportar tener que salir en una noche semejante; y cuando abrí las puertas y miré por la escalera, las luces estaban apagadas; y cuando con las manos sobre los ojos, para ver mejor, miré a través de los negros cristales (ni que pensar había en abrir las ventanas contra la fuerza de un viento y una lluvia así), vi que las luces del patio se habían apagado también y que las luces del puente y del muelle vacilaban y que las brasas encendidas sobre las barcazas del río eran arrebatadas por el viento, que se las llevaba por delante como rojas salpicaduras en medio de la lluvia.

Leía con el reloj encima de la mesa, y decidido a cerrar el libro a las once. Al hacerlo, el reloj de San Pablo y los de todas las iglesias de la City —algunos antes, otros al mismo tiempo, otros después— dieron aquella hora. El sonido parecía cascado por el viento de una manera curiosa; y yo lo escuchaba pensando en cómo el viento lo asaltaba y lo hendía cuando percibí pasos en la escalera.

¿Qué nerviosa locura me hizo sobresaltar, y relacionarlos pavorosamente con los pasos de mi hermana muerta? Lo mismo da. Un momento después había pasado, y yo volví a escuchar y oí que los pasos tropezaban al subir. Recordando entonces que las luces de la escalera estaban apagadas, tomé mi lámpara, y salí con ella al descansillo.

Quienquiera que fuera el que subía, se había detenido al ver mi luz, porque todo permanecía en silencio.

—¿Hay alguien ahí abajo? —grité, asomándome.

—Sí —dijo una voz en la oscuridad.

—¿Qué piso busca usted?

—El último. El señor Pip.

—Soy yo. ¿Ocurre algo?

—Nada —respondió la voz. Y el hombre continuó subiendo.

Extendí el brazo con la luz por encima de la barandilla, y el hombre poco a poco entró en la zona iluminada. Era la mía una lámpara con pantalla y el círculo de su luz muy reducido; de manera que el hombre estuvo dentro de él sólo un instante e inmediatamente quedó fuera. En aquel primer instante divisé un rostro extraño para mí, que me miraba con un aire incomprensible de estar emocionado y contento de verme.

Siguiendo con la luz los movimientos del hombre, vi que iba vestido con ropas recias pero bastas, como si llegase de un viaje por mar. Que tenía largos cabellos grises. Que su edad debía de andar alrededor de los sesenta años. Que era un hombre musculoso, fuerte de piernas, y que tenía el rostro atezado y curtido por la intemperie. Mientras subía los últimos escalones y los dos nos hallábamos iluminados por la lámpara, vi, con una especie de estúpido asombro, que me tendía ambas manos.

—¿Qué se le ofrece? —le pregunté.

—¿Qué se me ofrece? —repitió deteniéndose—. ¡Ah! Sí. Ya se lo explicaré, con su permiso.

—¿Desea usted entrar?

—Sí —respondió—. Deseo entrar, señor.

Le había hecho la pregunta de un modo algo inhospitalario, porque me molestaba la especie de alegre y satisfecho reconocimiento que aún resplandecía en su rostro. Me molestaba porque parecía implicar que él contaba con que yo le correspondiese. Pero le introduje en la habitación que acababa de dejar y, después de poner la luz sobre la mesa, tan cortésmente como pude le pedí que se explicara..

Él paseó la mirada a su alrededor con el aire más extraño del mundo —un aire de maravillado contento, como si tuviera alguna parte en las cosas que admiraba— y se despojó de un burdo capote y se quitó el sombrero. Entonces vi que tenía la frente calva y arrugada y que los largos cabellos grises sólo le crecían en los lados. Pero no vi nada en absoluto que lo explicase a él. Al contrario, al momento siguiente, vi que de nuevo me tendía las manos.

—¿Qué quiere usted? —le pregunté medio sospechando que estuviera loco.

Dejó de mirarme, y se pasó lentamente la mano derecha por la cabeza.

—¡Qué desilusión para un hombre —dijo con voz bronca y quebrada—, después de esperar tanto tiempo y de venir desde tan lejos! Pero no tiene usted la culpa, ninguno de los dos tenemos la culpa. Me explicaré dentro de medio minuto. Concédame medio minuto, por favor.

Se sentó en una silla que estaba delante del fuego, y se cubrió la frente con sus manos grandes, morenas y venosas. Le miré entonces con atención, y me aparté un poco de él; pero no le reconocí.

—¿Estamos solos? —dijo, mirando por encima de su hombro.

—¿Por qué me pregunta eso usted, un extraño que viene a mis habitaciones a estas horas de la noche? —dije.

—Es usted listo —respondió amenazándome con la cabeza con un afecto deliberado que resultaba al mismo tiempo incomprensible y exasperante—; me gusta que se haya convertido en un muchacho tan listo. Pero no me haga prender. Le pesaría después.

Olvidé las intenciones que él había adivinado porque por fin le reconocía. ¡Aún no me era posible recordar un solo detalle de sus facciones, pero le reconocía! Aunque el viento y la lluvia hubieran barrido los años transcurridos y esparcido los objetos intermedios, aunque nos hubieran arrojado al cementerio donde una vez estuvimos cara a cara desde niveles tan diferentes, yo no habría podido reconocer a mi forzado más claramente de como le reconocí entonces, allí, sentado en la silla ante el fuego. No hacía falta que sacara la lima y me la mostrara; no hacía falta que se quitara el pañuelo del cuello y se lo arrollara en la cabeza; no hacía falta que se abrazara a sí mismo con ambos brazos y diera más vueltas por la estancia, estremeciéndose y mirando si le reconocía.

Le conocí antes de que me ayudara de este modo, a pesar de que hacía un momento no había podido sospechar ni remotamente su identidad.

Volvió a donde yo estaba y una vez más me tendió las manos. No sabiendo qué hacer —porque en mi asombro había perdido la serenidad—, le ofrecí las mías de mala gana. Él las tomó cordialmente, las llevó a sus labios, las besó y continuó estrechándolas.

—Obraste noblemente, muchacho —dijo—. ¡Noblemente, Pip! ¡Y nunca lo he olvidado!

Hubo un cambio de actitud, como si estuviese incluso a punto de abrazarme y le puse una mano en el pecho y le aparté de mí.

—¡Alto! —dije—. ¡Apártese! Si es usted agradecido por lo que hice cuando no era más que un niño, espero que haya mostrado su gratitud enmendando su modo de vivir. Si ha venido para darme las gracias, no era necesario. No obstante, independientemente de cómo haya llegado a dar conmigo, algo bueno debe de haber en el sentimiento que le ha traído aquí, y no quiero rechazarle; pero ciertamente debe comprender que…

Mi atención fue de tal modo absorbida por la singularidad de la mirada que clavaba en mí, que las palabras murieron en mis labios.

—Decía usted —observó él, después de contemplarnos en silencio— que ciertamente yo debía comprender. ¿Qué es lo que ciertamente debía comprender?

—Que yo no puedo sentir deseos de renovar nuestra relación casual de hace tanto tiempo, en circunstancias tan distintas como las presentes. Me alegro de pensar que está usted arrepentido y que se ha redimido. Me alegro de podérselo decir. Me alegro de que, creyendo que yo merecía gratitud, haya venido usted a darme las gracias. Pero no por ello nuestros caminos dejan de ser distintos. Está usted empapado y parece cansado. ¿Quiere usted beber algo, antes de irse?

Se había vuelto a echar el pañuelo al cuello, aunque dejándolo suelto, y me estaba observando fijamente mientras mordía una de sus puntas.

—Creo —respondió, sin dejar de morder el pañuelo y de mirarme fijamente— que beberé algo, gracias, antes de irme.

Había una bandeja dispuesta en un velador. La llevé a la mesa, junto al fuego, y le pregunté qué quería tomar. Él tocó una de las botellas sin mirarla ni hablar y yo le preparé un ponche caliente. Traté de hacerlo con pulso firme, pero la mirada que me dirigía, mientras se retrepaba en su silla con la punta del pañuelo entre los dientes —evidentemente se había olvidado de él —, hacía mi mano muy difícil de dominar. Cuando por fin le puse el vaso delante, vi con nueva sorpresa que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Hasta aquel momento yo había permanecido de pie, sin disimular mis deseos de que se marchara. Pero me ablandó el aspecto enternecido del hombre, y sentí una punzada de remordimiento.

—Confío —dije, precipitadamente, poniendo algo en un vaso para mí y acercando una silla a la mesa— en que no pensará usted que le he hablado con demasiada dureza. No tenía esa intención, y, si lo hice, lo siento. ¡Le deseo salud y felicidad!

Al llevarme el vaso a los labios, él miró con sorpresa la punta del pañuelo, que se le había caído de la boca al abrirla, y tendió su mano. Yo le di la mía, y luego bebió y se pasó la manga por los ojos y la frente.

—¿De qué vive usted? —le pregunté.

—He sido granjero, ganadero y muchas otras cosas, allá en el nuevo mundo —dijo él—, cruzando muchas millas de mares tempestuosos.

—Espero que haya prosperado usted.

—He prosperado magníficamente. Hay otros que fueron conmigo que también han prosperado, pero nadie ha ganado tanto dinero como yo. Soy famoso por ello.

—Me alegro de oírlo.

—Espero oírselo decir, querido muchacho.

Sin detenerme a interpretar estas palabras o el tono en que fueron pronunciadas, pasé a ocuparme de un detalle que acababa de ofrecerse a mi recuerdo.

—¿Ha visto al mensajero que me mandó usted una vez —pregunté— desde que le dio aquel encargo?

—Jamás lo he vuelto a ver. Ni era probable que lo viese.

—Cumplió fielmente, y me trajo dos billetes de una libra. Yo era entonces un muchacho pobre, como usted ya sabe, y para un muchacho pobre dos libras son una pequeña fortuna. Pero, igual que usted, yo he prosperado desde entonces, y usted debe permitir que se las devuelva. Las puede destinar a otro muchacho pobre. —Y saqué mi bolsa.

Me estuvo observando mientras ponía mi bolsa sobre la mesa y la abría, y continuó mirándome mientras separaba de su contenido dos billetes de una libra. Eran nuevos y limpios; los alisé y se los ofrecí. Sin dejar de mirarme, los puso uno encima del otro, los dobló a lo largo, los retorció, los encendió en la llama de la lámpara y dejó caer las cenizas en la bandeja.

—¿Puedo atreverme —dijo entonces, con una sonrisa que parecía un ceño y un ceño que parecía una sonrisa— a preguntar cómo ha prosperado usted, desde que usted y yo nos conocimos en aquellos marjales fríos y solitarios?

—¿Cómo?

—¡Sí!

Vació su vaso, se levantó y se quedó junto al fuego con su morena manaza sobre la repisa de la chimenea. Puso un pie en la reja, para secárselo y calentárselo, y la bota mojada empezó a humear; pero él no miraba la bota ni el fuego, sino que me miraba firmemente a mí. Entonces empecé a temblar.

Después de abrir la boca para articular unas palabras que no llegaron a salir, logré hacer un esfuerzo para decirle (aunque no muy claramente) que había sido elegido para heredar una fortuna.

—¿Puede un mero gusano preguntar qué fortuna es ésa?

Yo tartamudeé:

—No lo sé.

—¿Puede un mero gusano preguntar de quién es esa fortuna?

Volví a tartamudear:

—No lo sé.

—No sé si podría adivinar —dijo el forzado— a cuánto asciende su pensión desde que llegó usted a la mayoría de edad. Vamos por la primera cifra. ¿Cinco?

El corazón me latía como un gran martillo descontrolado cuando me levanté de la silla y me quedé con la mano en su respaldo, mirando al hombre como enloquecido.

—En cuanto al tutor —continuó—, debe haber habido un tutor o cosa parecida mientras usted era menor. Algún abogado, quizá. Vamos a la inicial del nombre del abogado. ¿No sería una J?

Toda la verdad de mi situación sobrevino como un relámpago; todas sus desilusiones, peligros, oprobios y consecuencias de toda clase se echaron sobre mí con tal tumulto que me dejaron anonadado y tuve que luchar por cada bocanada de aire.

—Supongamos —prosiguió— que el cliente de aquel abogado cuyo nombre empieza con una J, y podría ser Jaggers, supongamos que hubiera llegado por mar a Portsmouth, y hubiera desembarcado, y hubiera querido venir a verle. «Independientemente de cómo haya llegado a dar conmigo», acaba usted de decir. ¡Bien! ¿Cómo le he encontrado? Pues escribí desde Portsmouth a una persona de Londres, pidiéndole la dirección. ¿El nombre de esa persona? Pues, Wemmick.

No habría podido pronunciar una palabra aunque me hubiera ido en ello la vida. Seguía de pie con una mano en el respaldo de la silla y la otra en el pecho, sintiendo que me ahogaba. Permanecí así, mirándole con ojos extraviados, hasta que tuve que agarrarme a la silla porque todo se puso a dar vueltas a mi alrededor. Él me sostuvo, me llevó al sofá, me tendió sobre los almohadones y se arrodilló junto a mí, poniendo el rostro, que yo ahora recordaba bien, y que me daba escalofríos, muy cerca del mío.

—¡Sí, Pip, hijo mío, yo he hecho de ti un caballero! ¡Soy yo quien lo ha hecho! Yo juré entonces que guinea que ganase, guinea que sería tuya. Juré después que, si con mis especulaciones llegaba a hacerme rico, tú serías rico. Llevé una vida dura para que tú pudieras vivir con comodidad; trabajé de firme para que tú no tuvieras que trabajar. ¿Qué tiene esto de extraño, querido muchacho? ¿Te lo digo para que me estés agradecido? Nada de eso. Te lo digo para que sepas que aquel perro sarnoso y perseguido a quien tú socorriste ha levantado tan alta la cabeza que ha podido hacer de alguien un caballero, y, Pip, este caballero eres tú.

La aversión que me inspiraba aquel hombre, el miedo que le tenía, la repugnancia con que rehuía su contacto, no podrían haber sido mayores si hubiera sido una bestia horrible.

—Óyeme, Pip. Yo soy tu segundo padre. Tú eres mi hijo; más que un hijo, para mí. Yo he atesorado dinero, sólo para que tú lo gastases. Cuando no era más que un pastor a sueldo en una cabaña solitaria y no veía otros rostros que los de las ovejas, hasta el punto de olvidar casi cómo eran los rostros de los hombres y las mujeres, yo veía el tuyo. Más de una vez, mientras comía o cenaba en aquella cabaña, dejé caer mi cuchillo, diciendo: «Ahí está el muchacho otra vez, viéndome comer y beber!». Te he visto la mar de veces, tan claramente como te vi en aquellos marjales. «Así Dios me mate», decía cada vez, y salía afuera para decirlo bajo el ancho cielo, «si teniendo libertad y fortuna, no hago de aquel niño un caballero». Y lo he hecho ¡Si no, mírate, hijo mío! Mira estas habitaciones, ¡dignas de un lord! ¿Un lord? ¡Ah! ¡Dinero tendrás más que suficiente para apostártelo con los lores y dejarlos atrás!

Su vehemencia, su triunfante exaltación, el conocimiento de que había estado próximo a desmayarme, no le dejaban ver cómo acogía yo todo esto. Fue la única sombra del consuelo que tuve.

—¡Mira! —continuó, sacando el reloj de mi bolsillo y haciendo rodar una sortija en mi dedo, mientras yo me estremecía como si me estuviese tocando una serpiente—. Es de oro, y una hermosura, ¡esto sí que es de caballero! Un diamante rodeado de rubíes; ¡esto sí que es de caballero! Mira tu ropa blanca; ¡fina y hermosa! Mira tus vestidos; ¡no los puede haber mejores! Y tus libros —paseando la mirada por la habitación—, apilados en sus estantes, ¡por centenares! Y tú los lees, ¿no es cierto? Veo que estabas leyendo uno cuando llegué. ¡Ja, ja, ja! ¡Tú me los leerás, muchacho! Y si están en lenguas extranjeras que yo no entiendo, me sentiré tan orgulloso como si las entendiera.

Volvió a tomarme las manos y a besarlas, mientras la sangre se me helaba en las venas.

—No te esfuerces por hablar, Pip —dijo, después de pasarse otra vez la manga por los ojos y la frente, mientras en su garganta sonaba aquel ruido que yo recordaba bien… y él me resultaba tanto más horrible cuanto mayor era su interés—, lo mejor que puedes hacer es estarte callado, hijo mío. Tú no has estado aguardando con ansia este momento como he hecho yo; tú no estabas preparado para esto como estaba yo. Pero ¿jamás pensaste que pudiera ser yo?

—¡Ah, no, no, no! —respondí—. ¡Jamás, jamás!

—Bueno, ya ves que era yo, y sin que nadie me ayudase. Ni un alma, fuera de mí y del señor Jaggers.

—¿No ha habido nadie más? —pregunté.

—No —dijo, con una mirada sorprendida—, ¿quién más podía haber? Y, querido mío, ¡qué guapo te has vuelto! Y en algún sitio debe de haber unos bellos ojos… ¿eh? ¿No hay unos bellos ojos en los que te gusta pensar?

—¡Oh, Estella, Estella!

—Serán tuyos, querido, si se pueden comprar con dinero. No quiero decir con eso que un caballero como tú, tan apuesto como tú, no los pueda conquistar con sus propias prendas; ¡pero el dinero te ayudará! Déjame terminar lo que te estaba diciendo, querido. Estando en aquella cabaña y siendo un pastor a sueldo, heredé algún dinero de mi amo (que murió, y había sido lo mismo que yo), y obtuve mi libertad y me puse a trabajar por mi cuenta. Todo lo que emprendía, lo emprendía para ti. «Que Dios me lo estropee», decía, fuera lo que fuese lo que iba a emprender, «si no es para él». Y todo fue a las mil maravillas. Como te he dado a entender ahora mismo, soy famoso por ello. Fue el dinero que me legaron y la ganancia de los primeros años lo que mandé al señor Jaggers todo para ti, cuando fue a buscarte, de acuerdo con mis instrucciones.

¡Oh, ojalá no hubiera venido nunca! ¡Ojalá me hubiera dejado en la fragua… no muy contento con mi suerte, pero dichoso, sin embargo, en comparación con lo que era ahora!

—Y entonces, querido muchacho, era para mí una recompensa, tú verás, saber en secreto que estaba haciendo un caballero. Los caballos de sangre de aquellos colonos me cubrían de polvo al pasar; ¿qué decía yo? Yo me decía: «Estoy haciendo un caballero mejor de lo que seréis nunca vosotros!». Cuando uno de ellos decía a otro: «A pesar de toda su suerte no era más que un forzado hace unos pocos años, y aún es ahora un individuo ignorante y vulgar», ¿qué decía yo? Yo me decía: «Si no soy un caballero, ni soy instruido, tengo alguien que lo es. Todos vosotros poseéis tierras y ganados; ¿quién de vosotros tiene un caballero en Londres?». De este modo me animaba y me sostenía. Y de esta manera tenía siempre presente en mi espíritu que llegaría si falta un día en que iría a ver a mi muchacho, y me daría a conocer a él en su propia casa.

Me puso una mano en el hombro. Yo me estremecí sólo de pensar que nada me aseguraba que aquella mano no estuviera manchada de sangre.

—No era fácil para mí, Pip, dejar aquel país, ni tampoco era muy seguro. Pero me empeñé en ello, y cuanto más difícil se hacía, más fuerte era mi empeño, porque estaba resuelto y mi determinación era firme. Y por fin lo he hecho. ¡Querido muchacho, lo he hecho!

Yo trataba de pensar, pero estaba abstraído. Todo el tiempo me había parecido que prestaba más atención al viento y a la lluvia que a él; ahora mismo, no podía separar su voz de aquellas voces, aunque éstas eran fuertes y él se había callado.

—¿Dónde me aposentarás? —preguntó al poco rato—. Hay que ponerme en algún sitio, querido muchacho.

—¿Para dormir? —dije.

—Sí. Y para dormir mucho y bien —respondió—, porque he pasado meses y meses mojado y zarandeado por el mar.

—Mi amigo y compañero —dije, levantándome del sofá— está ausente; usted puede ocupar su habitación.

—¿No volverá mañana? —preguntó.

—No —dije, respondiendo casi maquinalmente, a pesar de todos mis esfuerzos—, mañana, no.

—Porque, tú verás, querido muchacho —dijo, bajando la voz y poniéndome un dedo en el pecho para causar más impresión—, tenemos que andar con cautela.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Cautela?

—¡Por Dios, puede ser la muerte!

—¿Cómo la muerte?

—Fui condenado para toda la vida. Volver significa pena de muerte. Han sido demasiados los que han vuelto estos últimos años, y si me cogen seguro que me ahorcan.

¡Sólo me faltaba esto! ¡Aquel desventurado, después de cargarme durante años con sus malditas cadenas de oro y plata, había arriesgado su vida viniendo a verme y yo la tenía allí bajo mi custodia! Si le hubiera querido en vez de aborrecerle; si me hubiera sentido impulsado por el afecto y la admiración más profundos, en vez de por la mayor repugnancia, no habría sido peor. Al contrario, habría sido mejor, porque su seguridad habría afectado natural y tiernamente a mi corazón.

Mi primer cuidado fue cerrar los postigos a fin de que no se pudiera ver la luz desde fuera, y después cerrar y asegurar las puertas. Mientras hacía esto, él estaba junto a la mesa bebiendo ron y comiendo bizcochos; y al verle así ocupado, me pareció volver a ver a mi forzado comiendo en los marjales. Casi pensé que de un momento a otro iba a agacharse para limar su grillete.

Después de entrar en la habitación de Herbert y cerrar toda comunicación entre ésta y la escalera que no fuera a través de la sala donde había tenido lugar nuestra conversación, le pregunté si quería irse a la cama. Dijo que sí, pero me pidió un poco de mi ropa blanca de caballero para ponérsela por la mañana. Yo la saqué, y se la dejé preparada, y otra vez se me heló la sangre cuando me cogió las manos para darme las buenas noches.

Me aparté de él, sin saber cómo, y tras reavivar el fuego de la sala donde habíamos estado, me senté junto a la chimenea, pues me daba miedo irme a la cama. Durante una hora o más, estuve demasiado aturdido para poder pensar; y hasta que no pude hacerlo no empecé a darme cuenta de que no era más que un náufrago y que la nave en la que iba embarcado se había hecho pedazos.

Los planes de la señorita Havisham para mí, un puro sueño; Estella no me estaba destinada; yo sólo era tolerado en la casa Satis como un instrumento, una espina para los parientes codiciosos, un maniquí con un corazón mecánico con el que ejercitarse cuando no había otro ejercicio a mano; éstas fueron las primeras punzadas que sentí. Pero el dolor más agudo y penetrante me lo causaba pensar que a causa del forzado, culpable de no sabía qué crímenes y expuesto a verse desalojado de aquellas habitaciones donde yo estaba reflexionando, y ahorcado a las puertas de Old Bailey, había abandonado a Joe.

No habría vuelto ahora con Joe, no habría vuelto con Biddy, por ninguna consideración; sencillamente, supongo yo, porque la conciencia de la indignidad de mi conducta con ellos era más fuerte que cualquier otra consideración. Ninguna sabiduría en el mundo podía haberme dado el consuelo que habría encontrado en su simpatía y fidelidad; pero yo no podría, nunca, nunca, nunca, deshacer lo que había hecho.

En cada ráfaga del viento y en cada embestida de la lluvia tenía a mis perseguidores. Dos veces habría jurado que llamaron a la puerta y que al otro lado alguien me habló en voz baja. En medio de estos horrores, empecé a imaginar o recordar que había tenido avisos misteriosos de la venida de aquel hombre. Que durante las últimas semanas había visto en las calles rostros que me habían parecido semejantes al suyo. Que estos parecidos se habían hecho más numerosos a medida que él, atravesando el mar, se iba acercando. Que, de algún modo, su espíritu maligno había mandado al mío estos mensajeros, y ahora, en esta noche tempestuosa, cumplía su palabra y estaba conmigo.

Vino a juntarse a estas reflexiones la de que yo le había visto con mis ojos infantiles como un hombre terriblemente violento; que había oído al otro forzado asegurar repetidamente que él había tratado de matarle; que le había visto en el fondo de la zanja luchando y embistiendo como una bestia salvaje. De todos estos recuerdos saqué, a la luz del fuego, un terror medio maduro que me decía que no era seguro hallarse encerrado allí con él, en mitad de una noche tempestuosa y solitaria. Y fue madurando hasta llenar la habitación, y obligarme a tomar una bujía para entrar a dar un vistazo a mi terrible compañero.

Se había envuelto la cabeza en un pañuelo, y en su sueño tenía el rostro rígido y ceñudo. Pero dormía, y dormía tranquilo, si bien tenía una pistola en la almohada. Tranquilizado acerca del particular, puse suavemente la llave en la parte exterior de la puerta y lo dejé encerrado antes de sentarme junto al fuego. Poco a poco fui deslizándome de mi asiento y me quedé tendido en el suelo. Cuando desperté, sin haber perdido durante el sueño la conciencia de mi desgracia, los relojes de las iglesias del oeste de Londres daban las cinco, las bujías se habían consumido, el fuego estaba apagado y el viento y la lluvia intensificaban las espesas tinieblas.

CAPÍTULO CUARENTA

Fue una suerte para mí tener que tomar precauciones para lograr en la medida de lo posible la seguridad de mi temible huésped; pues este pensamiento, acuciándome al despertar, dejó a los demás alejados en un confuso tropel.

Era evidente la imposibilidad de mantener a aquel hombre oculto en mis habitaciones. No había manera de hacerlo, y sólo intentarlo tenía inevitablemente que despertar sospechas. Es cierto que ya no tenía a mi servicio al Vengador, pero me cuidaba una inflamable vieja, ayudada por un saco de harapos al que llamaba su sobrina, y tener una habitación secreta para ellas sería el mejor modo de excitar su curiosidad y su chismorreo. Ambas tenían los ojos muy débiles, cosa que yo atribuía a su costumbre crónica de mirar por los ojos de las cerraduras, y siempre se hallaban a mano cuando no se las necesitaba; en realidad, ésta era, junto con el latrocinio, la única cualidad suya con que se podía contar. Para no tener que andar con misterios ante estas dos personas, resolví anunciar por la mañana que mi tío había llegado inesperadamente del campo.

Decidí este plan de actuación mientras a tientas, en la oscuridad, buscaba los medios de encender una luz. Y como no los encontrara, no tuve más remedio que llegarme al pabellón adjunto a pedir al sereno que viniese con su linterna. Ahora bien, bajando a oscuras la escalera, tropecé con algo, y este algo era un hombre acurrucado en un rincón.

Como no respondió cuando le pregunté qué hacía allí, sino que más bien, silenciosamente, evitó mi contacto, corrí al pabellón e insté al sereno que acudiera enseguida, y mientras volvíamos le conté el incidente. El viento continuaba soplando con la misma furia y no nos atrevimos a poner en peligro la luz del farol tratando de encender otra de las luces de la escalera, pero exploramos esta última de arriba abajo sin encontrar a nadie. Entonces se me ocurrió la posibilidad de que aquel hombre se hubiese metido en mis habitaciones. Así, encendiendo una bujía en el farol del sereno y dejando a éste ante la puerta, examiné con el mayor cuidado las habitaciones, sin olvidar aquella en que dormía mi temido huésped. Todo estaba tranquilo y no había nadie más en aquellas estancias.

Me inquietó la idea de que, precisamente aquella noche, hubiese habido un espía en la escalera, y con objeto de ver si podía encontrar una explicación plausible, interrogué al sereno, mientras le sacaba a la puerta un vaso de ron, acerca de si había abierto la verja a algún caballero que hubiese cenado fuera. Me contestó que sí, que a distintas horas de la noche la había abierto a tres. Uno de ellos vivía en Fountain Court, y los otros dos en el Callejón; y a todos los había visto entrar en sus respectivas viviendas. Además, el otro huésped que vivía en la casa de la que mis habitaciones formaban parte hacía unas semanas que estaba en el campo y con toda seguridad no había regresado aquella noche, porque al subir la escalera pudimos ver su puerta cerrada con candado.

—Ha sido la noche tan mala, caballero —dijo el sereno al devolverme el vaso vacío—, que muy poca gente ha venido a que le abriera la verja. Aparte de los tres caballeros que he citado, no recuerdo a nadie más desde las once de la noche. A esa hora un desconocido me preguntó por usted.

—Ya sé —contesté—. Era mi tío.

—¿Le ha visto usted, caballero?

—Sí.

—¿Y también a la persona que le acompañaba?

—¿La persona que le acompañaba? —repetí.

—Me pareció que iba con él. Se detuvo cuando el otro lo hizo para preguntarme y luego siguió su mismo camino.

—¿Qué clase de persona era?

El sereno no se había fijado mucho. Le pareció un obrero, y según creía recordar, vestía un traje pardo y una capa oscura. El sereno tomaba el asunto más a la ligera que yo, cosa natural, pues carecía de los motivos que yo tenía para darle importancia.

En cuanto me libré de él, lo cual creí conveniente hacer sin prolongar mis explicaciones, me sentí con el espíritu turbado por aquellas dos circunstancias en su conjunto. Si bien tomadas por separado se prestaban a interpretación inocente, pues se podía creer, por ejemplo, que alguien, volviendo de cenar, hubiera entrado allí por equivocación y se hubiera quedado dormido en la escalera, o que mi visitante hubiera traído a alguien consigo para que le enseñara el camino, las dos circunstancias juntas tenían un aspecto muy feo para quien, como yo, se veía inclinado al temor y la desconfianza por efecto de los cambios ocurridos en unas pocas horas.

Encendí el fuego, que ardía con pálida llama a aquella hora de la mañana, y me quedé adormilado ante él. Tenía la sensación de haber pasado así una noche entera cuando los relojes dieron las seis. Como aún quedaba hora y media hasta el amanecer, volví a adormilarme, ora despertándome inquieto, con los oídos llenos de confusas conversaciones acerca de nada, ora confundiendo el trueno con el ruido del viento en la chimenea, hasta que, por fin, caí en un profundo sueño del que me despertó, con un sobresalto, la luz del día.

En todo este tiempo no había podido meditar sobre mi situación, ni me era posible tampoco hacerlo ahora. No podía concentrar la atención. Me sentía anonadado y desgraciado, pero de un modo incoherente. En cuanto a hacer algún plan para el futuro, más fácil me habría sido hacer un elefante. Cuando abrí los postigos y contemplé la mañana tempestuosa y húmeda, teñida de color plomizo, y mientras recorría todas las habitaciones y me sentaba otra vez tembloroso ante el fuego, esperando la aparición de mi lavandera, me decía que era muy desgraciado, mas sin saber apenas cuánto tiempo lo había sido, o el día de la semana en que hacía esta reflexión y hasta quién era yo que la hacía.

Por fin entraron la vieja y su sobrina, la última con una cabeza que apenas se podía distinguir de su polvorienta escoba, y mostraron cierta sorpresa al verme ante el fuego. Les dije que mi tío había llegado por la noche y que a la sazón estaba dormido, y que, en consecuencia, había que modificar los preparativos del desayuno. Luego me lavé y me vestí mientras ellas sacudían los muebles, levantando una polvareda, y así, en una especie de sueño o como si anduviera dormido, volví a verme sentado ante el fuego y esperando que… él… viniese a tomar el desayuno.

Al cabo de poco se abrió la puerta y salió. No podía resolverme a mirarle, pero lo hice y entonces me pareció que tenía mucho peor aspecto a la luz del día.

—Todavía no sé —le dije, hablando en voz baja, mientras él se sentaba en la mesa— qué nombre debo darle. He dicho que era usted mi tío.

—Eso es, querido Pip, llámame tío.

—Sin duda, a bordo, debió de hacerse llamar por algún nombre supuesto.

—Sí, querido muchacho. Tomé el nombre de Provis.

—¿Se propone conservar ese nombre?

—Sí, querido Pip. Es tan bueno como cualquier otro, a no ser que tú prefieras uno distinto.

—¿Cuál es su apellido verdadero? —le pregunté en un susurro.

—Magwitch —contestó en el mismo tono—. Y mi nombre de pila es Abel.

—Y ¿qué oficio le enseñaron?

—El de sabandija, querido muchacho.

Hablaba en serio y usó la palabra como si, verdaderamente, denotase una profesión.

—Cuando llegó usted al Temple, anoche… —dije, preguntándome si, realmente, podía haber ocurrido la noche anterior un suceso que parecía tan remoto.

—¿Qué, querido muchacho?

—Cuando llegó usted a la puerta y preguntó al sereno por mí, ¿vio si le acompañaba alguien?

—No, querido Pip. Estaba solo.

—Pero ¿había alguien más?

—No me fijé especialmente en ello —dijo, vacilando—, desconociendo como desconozco la casa. Pero me parece que conmigo entró otra persona.

—¿Es usted conocido en Londres?

—Espero que no —contestó, tocándose el cuello con el dedo de un modo que me dio escalofríos.

—¿Y era usted conocido en Londres en otros tiempos?

—No mucho, querido muchacho. Casi siempre viví en provincias.

—¿Fue usted… juzgado… en Londres?

—¿En qué ocasión? —preguntó, dirigiéndome una mirada penetrante.

—La última vez.

Movió afirmativamente la cabeza y añadió:

—Así conocí a Jaggers. Él me defendió.

Estuve a punto de preguntarle por qué causa le habían juzgado, pero él tomó un cuchillo, lo blandió y diciendo: «Todo lo que he hecho está ya pagado», se puso a comer.

Lo hacía con una voracidad que me resultaba muy desagradable; todas sus acciones eran groseras, ruidosas y ávidas. Desde que le vi comer en los marjales, había perdido algunas muelas y, al llevarse el alimento a la boca y ladear la cabeza para poderlo masticar, adquiría un terrible aspecto de perro viejo y hambriento. Si algún apetito hubiese tenido yo al empezar, me habría desaparecido en el acto, y me habría quedado como me quedé, alejado de él por una aversión invencible y mirando sombríamente el mantel.

—Soy gran comedor, querido Pip —dijo como una especie de excusa cortés al terminar el desayuno—. Pero siempre he sido así. Si de natural no me hubieran hecho tan glotón, tal vez mis penalidades habrían sido menores. Además, necesito fumar. Cuando me contrataron por primera vez como pastor, en el otro lado del mundo, creo que me habría vuelto un carnero melancólico si no hubiese podido fumar.

Con estas palabras se levantó de la mesa y, llevando la mano al bolsillo interior de su chaqueta, sacó una pipa negra y corta y un puñado de tabaco de la clase llamada «cabeza de negro». Después de llenar la pipa volvió a guardar el tabaco sobrante, como si su bolsillo fuese un cajón. Cogió con las tenazas un ascua del fuego y con ella encendió la pipa. Hecho esto, se volvió de espaldas a la chimenea y repitió su ademán favorito de tender sus dos manos para estrechar las mías.

—¡Y éste —dijo, levantando y bajando mis manos mientras chupaba la pipa—, éste es el caballero que yo he hecho! ¡El caballero de verdad! No sabes cuán feliz soy al mirarte, Pip. No deseo más que permanecer a tu lado y mirarte de vez en cuando, querido muchacho.

Libré mis manos lo antes que pude y sentí que poco a poco empezaba a comprender mi verdadera situación. Oyendo su bronca voz y contemplando su cabeza calva, rodeada de cabello gris, vi a quién estaba encadenado, y de qué forma.

—No quiero ver a mi caballero pisar el barro de la calle. En sus botas no ha de haber nada de barro. Mi caballero ha de tener caballos, Pip. Caballos de tiro y de silla, no sólo para ti, sino también para su criado. ¿Los colonos tienen sus caballos (¡y qué caballos, Dios mío!: caballos de pura sangre), y no los ha de tener mi caballero de Londres? No, no. Les demostraremos cuán equivocados están si eso lo que se creen, ¿no es verdad, Pip?

Sacó entonces de su bolsillo una abultada cartera, atiborrada de papeles, y la tiró sobre la mesa.

—Aquí hay algo que gastar, querido Pip. Todo eso es tuyo. Todo lo que he ganado no es mío, es tuyo. No tengas el menor reparo en gastarlo. Hay más allí de donde ha salido eso. Yo he venido a mi tierra para ver a mi caballero gastar como tal el dinero. Éste será mi mayor placer. Mi placer será vérselo gastar. ¡Y al diablo todo el mundo! —dijo, levantándose, recorriendo la estancia con los ojos y haciendo chasquear sus dedos—. Al diablo todos, desde el juez con su peluca hasta el colono que levanta el polvo de las carreteras. Quiero mostrarles un caballero que vale más que todos ellos juntos.

—Espere —dije, en un paroxismo de miedo y repugnancia—. He de hablarle. Quiero saber qué es lo que debe hacerse. Quiero saber cómo podremos alejar de usted todo peligro, cuánto tiempo va a estar conmigo y cuáles son sus planes.

—Mira, Pip —dijo, poniendo su mano en mi brazo, en un tono súbitamente alterado y sumiso—; ante todo, escúchame. Hace un momento he perdido la cabeza. Lo que he dicho era ordinario, eso es, ordinario. Olvídalo, Pip. No volveré a ser ordinario.

—Ante todo —continué casi gimiendo—, ¿qué precauciones pueden tomarse para evitar que le reconozcan y le prendan?

—No, querido Pip —dijo en el mismo tono de antes—; lo primero no es eso. Lo primero es lo primero. No he pasado tantos años haciendo de ti un caballero para no saber ahora lo que se le debe. Mira, Pip, he sido ordinario, eso es, ordinario. Olvídalo, muchacho.

Una sensación de siniestra comicidad me hizo prorrumpir en una nerviosa carcajada, al contestar:

—Ya lo he olvidado. Por Dios, no insista usted.

—Sí, pero, mira —repitió—, no he venido para ser ordinario. Ahora, continúa, querido muchacho. Decías…

—¿Cómo podré preservarle del peligro en que se ha puesto?

—Mira, querido muchacho, el peligro no es tan grande. Si no canta nadie, es como si no existiese. Mi secreto sólo es conocido de Jaggers, de Wemmick y de ti. ¿Quién más podría cantar?

—¿No es posible que alguien le reconozca por la calle? —pregunté.

—Pocos me reconocerían —replicó—. Además, no tengo la menor intencion de anunciar en los periódicos que A. M. ha vuelto de Botany Bay; han pasado muchos años y ¿a quién le puede interesar mi captura? Fíjate bien. Aunque el peligro hubiera sido cincuenta veces mayor, yo habría hecho este viaje para verte.

—¿Y cuánto tiempo piensa estar aquí?

—¿Cuánto tiempo? —preguntó, quitándose la negra pipa de la boca y mirándome asombrado—. No pienso volverme. He venido para quedarme.

—¿Dónde va usted a vivir? —pregunté—. ¿Qué haremos con usted? ¿Dónde estará seguro?

—Querido muchacho —replicó—, se pueden comprar pelucas postizas, hay polvos para el cabello, y anteojos, y ropas negras…, calzones cortos…, y qué sé yo. Otros lo han hecho antes y nada les ha ocurrido; y lo que unos han hecho otros lo pueden hacer también. Y en cuanto a lo de dónde podré vivir, tú me darás tu opinión.

—Ahora lo toma usted con mucha tranquilidad —le dije—, pero anoche lo tomaba muy en serio cuando me juraba que podía significar la muerte.

—Y te juro que así es —repuso, volviéndose a poner la pipa en la boca —. Equivale a la muerte con una cuerda al cuello, en plena calle y no lejos de aquí, y es muy importante que lo comprendas bien. Pero ¿qué remedio, si la cosa está hecha? Aquí me tienes. Volverme ahora sería tan peligroso como quedarme, y tal vez peor. Además, Pip, estoy aquí porque hace años y años que deseo vivir a tu lado. Y en cuanto a mi osadía, soy un pájaro experimentado que ha desafiado toda clase de trampas desde que le salieron las plumas, y no me da miedo posarme sobre un espantajo. Si en él se esconde la muerte, bien está. Que salga y le plantaré cara; y entonces creeré en ella, pero no antes. Y ahora déjame que contemple otra vez a mi caballero.

Una vez más me cogió ambas manos y me examinó con aire de admirativo propietario, fumando, mientras tanto, con la mayor complacencia.

Me pareció lo mejor buscarle un alojamiento tranquilo y no muy apartado, del que pudiera tomar posesión al regreso de Herbert, a quien esperaba dentro de dos o tres días. Era evidente para mí que no podía evitar confiar el secreto a mi amigo, aunque hubiese podido prescindir del alivio que había de causarme el hecho de compartirlo con él. Pero no resultó tan evidente para el señor Provis (resolví llamarle por este nombre), quien reservó dar su consentimiento hasta haber visto a Herbert y formado un favorable concepto de su fisonomía.

—Y aún entonces, querido muchacho —dijo, sacando de su bolsillo una Biblia pequeña y grasienta con cierres negros—, aun entonces, tendrá que prestar juramento.

Decir que mi terrible protector llevaba consigo por todas partes aquel librito negro, con el solo objeto de hacer jurar sobre él a la gente en los casos de apuro, sería afirmar algo que nunca llegué a averiguar. Lo único que puedo decir es que jamás se lo vi usar de otro modo. El libro tenía el aspecto de haber sido robado a un tribunal de justicia, y tal vez el conocimiento que tenía de sus antecedentes, combinado con su propia existencia en este sentido, le daban cierta confianza en su poder, como en una especie de amuleto legal. Al vérselo sacar del bolsillo, recordé cómo me había hecho jurar fidelidad en el cementerio, muchos años antes, y de qué manera, la noche anterior, se había descrito como un hombre que, en su soledad, afirmaba con juramentos sus resoluciones.

Como entonces llevaba un traje de marinero, que le daba un aire de vendedor de loros o de cigarros, empezamos a discutir qué traje debía ponerse. Él tenía una fe extraordinaria en las virtudes del calzón corto como disfraz, y se había proyectado un vestido que le habría dado un aspecto medio de deán, medio de dentista. Con grandes dificultades logré convencerle de que adoptara un traje más propio de un granjero en buena posición; y convinimos en que se cortaría el cabello corto y se lo empolvaría ligeramente. Por último, como aún no le habían visto la lavandera ni su sobrina, debería permanecer invisible hasta que se hubiera efectuado el cambio de traje.

Parece que tomar estas precauciones había de ser cosa sencilla; pero, dado mi estado de aturdimiento y hasta de desesperación, nos llevó tanto tiempo que la discusión duró hasta las dos o las tres de la tarde. Él debía quedarse encerrado en su habitación durante mi ausencia, sin abrir la puerta por nada del mundo.

Sabiendo que en la calle de Essex había una casa de huéspedes de aspecto respetable, cuya parte posterior daba al Temple, casi al alcance de la voz desde mis propias ventanas, me dirigí en seguida a ella y tuve la suerte de poder tomar el segundo piso para mi tío, el señor Provis. Luego recorrí algunas tiendas y compré lo necesario para modificar el aspecto de mi huésped. Una vez hecho esto, me dirigí por mi cuenta a Little Britain. El señor Jaggers estaba sentado a su mesa, pero, al verme entrar, se levantó inmediatamente y se quedó de pie junto al fuego.

—Ahora, Pip —dijo—, sea usted prudente.

—Lo seré, señor —le contesté—, porque mientras venía aquí he pensado mucho en lo que le iba a decir.

—No se comprometa usted ni comprometa a nadie. Ya me entiende… a nadie. No diga nada; no soy curioso.

Naturalmente, vi que sabía ya que el hombre había llegado.

—Sólo deseo, señor Jaggers —dije—, cerciorarme de que es verdad lo que me han dicho. No tengo ninguna esperanza de que sea mentira, pero, por lo menos, puedo confirmarlo.

El señor Jaggers hizo un movimiento de afirmación con la cabeza.

—¿Le han dicho o le han informado? —me preguntó con la cabeza ladeada, y sin mirarme, pero fijando los ojos en el suelo con aire de atención—. «Dicho» significa una comunicación verbal. Y usted no puede tener comunicación verbal con un hombre que está en Nueva Gales del Sur.

—Diré que me han informado, señor Jaggers.

—Bien.

—Pues he sido informado por una persona llamada Abel Magwitch de que él es el bienhechor que durante tanto tiempo ha sido desconocido para mí.

—Ésa es la persona… —dijo el señor Jaggers— y está en Nueva Gales del Sur.

—¿Y nadie más? —pregunté.

—Nadie más —respondió el señor Jaggers.

—No soy tan poco razonable, señor —le dije—, como para hacerle a usted responsable de todas mis equivocaciones y conclusiones erróneas; pero siempre me imaginé que sería la señorita Havisham.

—Como dice usted muy bien, Pip —replicó el señor Jaggers, volviendo fríamente su mirada hacia mí y mordiéndose su dedo índice—, yo no soy responsable de eso.

—Y, sin embargo, ¡parecía tan verosímil, señor! —exclamé con abatimiento.

—No había la menor prueba de ello, Pip —repuso el señor Jaggers, meneando la cabeza y recogiéndose los faldones de la levita—. No juzgue nada por las apariencias, sino por las pruebas. No hay mejor regla.

—No tengo nada más que decir —dije con un suspiro, después de permanecer un momento de silencio—. He comprobado los informes recibidos y aquí acaba todo.

—Puesto que Magwitch, de Nueva Gales del Sur, se ha dado a conocer —dijo el señor Jaggers—, comprenderá usted, Pip, con cuánta exactitud me he atenido, en mis comunicaciones con usted, a los hechos estrictos. Nunca me he separado lo más mínimo de la estricta línea de los hechos. ¿Está persuadido de ello?

—Completamente, señor.

—Ya le advertí a Magwitch, en Nueva Gales del Sur, la primera vez que me escribió, desde Nueva Gales del Sur, que no debía esperar que yo me desviase nunca de la estricta línea de los hechos. También le advertí otra cosa. En su carta parecía aludir de un modo vago a un lejano propósito de verle a usted en Inglaterra. Le advertí que no quería oír una palabra más al respecto; que no había la menor probabilidad de obtener un perdón; que había sido desterrado por el término de su vida natural, y que al presentarse en este país cometería un delito que lo expondría a los máximos rigores de la ley. Le di a Magwitch este aviso —añadió, mirándome con fijeza—; se lo escribí a Nueva Gales del Sur. Y sin duda, habrá ajustado a él su conducta.

—Sin duda —dije.

—Wemmick me ha informado —prosiguió, mirándome con la misma fijeza— de que recibió una carta fechada en Portsmouth, procedente de un colono, llamado Purvis, o…

—O Provis —corregí.

—O Provis… Gracias, Pip. Tal vez sea Provis. Tal vez sepa usted que es Provis.

—Sí —contesté.

—Usted sabe que es Provis. Una carta, fechada en Portsmouth, procedente de un colono llamado Provis, pidiendo la dirección de usted, en nombre de Magwitch. Wemmick le mandó los detalles necesarios, según tengo entendido, a vuelta de correo. Probablemente por medio de ese Provis ha recibido usted la explicación de Magwitch… de Nueva Gales del Sur.

—Ha sido por medio de Provis —contesté.

—Buenos días, Pip —dijo entonces el señor Jaggers ofreciéndome la mano—. Me alegro mucho de haberle visto. Cuando escriba usted a Magwitch, a Nueva Gales del Sur, o cuando se comunique con él por mediación de Provis, tenga la bondad de mencionar que los detalles y comprobantes de nuestra larga cuenta le serán mandados a usted juntamente con el saldo; porque todavía queda un saldo a su favor. Buenos días, Pip.

Nos estrechamos la mano y siguió mirándome fijamente mientras le fue posible. Me dirigí a la puerta y él continuó con los ojos fijos en mí, en tanto que las dos horribles mascarillas parecían esforzarse en abrir los párpados y en exclamar con sus hinchadas gargantas: «¡Oh, qué hombre!».

Wemmick no estaba, pero aunque se hubiera hallado en su puesto, nada podría haber hecho por mí. Volví directamente al Temple, donde encontré sin novedad al terrible Provis bebiendo agua con ron y fumando su pipa.

Al día siguiente llegaron a casa las prendas que había encargado y él se las puso. Pero todo lo que se ponía (pensaba yo con desaliento) le daba peor aspecto que cuanto llevara antes. A mi juicio había algo en él que hacía inútil toda tentativa para disfrazarlo. Cuanto más y mejor le vestía, más se parecía al hosco fugitivo de los marjales. Este efecto sobre mi angustiada fantasía debíase, indudablemente, a que su rostro y sus modales se me hacían cada vez más familiares; pero me pareció también que arrastraba una de las piernas, como si aún llevara en ella el peso de un grillete, y que todo en él, de los pies a la cabeza, mostraba la veta del forzado.

Además, la influencia de su solitaria vida en la cabaña se le notaba todavía y le daba un aspecto salvaje que ningún disfraz podía disimular; a esta influencia se añadía la de su vida subsiguiente entre una sociedad que le rechazaba; y para remate de todo, había su conciencia de estar a la sazón ocultándose y huyendo del peligro. En todos sus movimientos y actitudes, lo mismo sentado que de pie, o bebiendo o comiendo (o quedándose pensativo con los hombros encogidos, de un modo peculiar en él), lo mismo al sacar su cuchillo de mango de asta y limpiárselo en el pantalón antes de cortar los manjares que al llevarse a los labios los finos vasos y tazas como si fuesen groseros cazos, o al partir su pan y rebañar el plato hasta empaparlo en los últimos restos de la salsa, secándose luego las puntas de los dedos en él antes de tragárselo… en todos estos y mil otros detalles que ocurrían a cada minuto, se veía con toda claridad al Preso, al Delincuente, al Forzado.

La idea de empolvarse el cabello había sido suya y yo transigí después de hacerle desistir de la del calzón corto. Pero el efecto que producían los polvos en sus cabellos sólo puedo compararlo al que produciría el colorete en un cadáver, tan terrible era el modo en que todo lo que más convenía disimular en él saltaba a la vista a través de aquella tenue capa de disfraz, como llamas sobre su cabeza. Hubo que desistir de los polvos en cuanto se hizo la prueba, y nos limitamos, simplemente, a que llevara los grises cabellos cortados al rape.

No hay palabras para expresar el sentimiento que yo tenía, al mismo tiempo, del terrible misterio que para mí era aquel hombre. Cuando se quedaba dormido por la tarde, agarrando con sus nudosas manos los brazos del sillón, y con la cabeza calva y surcada de profundas arrugas caída sobre el pecho, me quedaba mirándole, preguntándome qué habría hecho, y acusándole mentalmente de todos los crímenes imaginables, hasta que me invadía un fuerte impulso de levantarme y huir de él. Con cada hora que transcurría aumentaba de tal modo mi horror que llegué a creer que, en las primeras agonías que pasé de esta suerte, habría cedido a este impulso, a pesar de cuanto había hecho él por mí y del peligro en que se hallaba, de no haber sido porque Herbert estaba a punto de regresar. Una vez salté de la cama por la noche y hasta empecé a vestirme apresuradamente con mis peores ropas, con el intento de abandonarle allí con todo lo que yo poseía y sentar plaza de soldado para la India.

Dudo que un fantasma hubiera sido algo más terrible para mí, allí arriba, en aquellas solitarias habitaciones, durante las tardes y noches interminables, en medio del fragor del viento y de la lluvia. Un fantasma no habría podido ser apresado y ahorcado por mi causa, y la consideración de que él podía serlo, y el miedo de que lo fuera, no eran pequeña sobrecarga a mis temores. Cuando no estaba dormido o entretenido en un complicado solitario con una raída baraja que poseía —juego que hasta entonces no había visto jugar a nadie, ni he visto jugar después, y en el que registraba sus triunfos clavando su cuchillo en la mesa—, me rogaba que le leyese «algo en idioma extranjero, querido Pip». Y mientras le obedecía, aunque él no entendía una sola palabra, continuaba sentado ante el fuego, mirándome con aire de estarme exhibiendo, y le veía, a través de los dedos de la mano con que protegía mi rostro de la luz, haciendo la pantomima de llamar la atención de los muebles para que se fijasen en lo instruido que era yo. Aquel sabio de la leyenda que se vio perseguido por la deforme criatura que impíamente había creado no era más desgraciado que yo, perseguido por la criatura que me había hecho a mí y por la que sentía mayor repugnancia cuanto más me admiraba y más me quería.

Me doy cuenta de que he escrito sobre estas cosas como si hubiesen durado un año. No duraron más de cinco días. Como esperaba de un momento a otro la llegada de Herbert, no me atrevía a salir salvo después de anochecer, cuando sacaba a Provis a que tomara un poco el aire. Por fin una noche, después de haber cenado y cuando el cansancio me había adormilado (porque mis noches habían sido agitadas y mis sueños interrumpidos por terribles pesadillas), me despertaron los esperados pasos de mi amigo en la escalera. Provis, que también se había dormido, se estremeció al oír el ruido que hice y en un momento vi brillar en su mano la hoja de su cuchillo.

—¡No se alarme! ¡Es Herbert! —dije, y Herbert irrumpió en la estancia con la alegre excitación del que acaba de recorrer seiscientas millas en Francia.

—Händel, querido amigo, ¿cómo estás? Parece que he estado un año ausente. Tal vez ha sido así, porque te veo muy pálido y flaco. Händel, mi… Pero… perdón…

Interrumpió su parloteo y sus apretones de mano al percatarse de la presencia de Provis. Éste, mirándole con suma atención, se guardó lentamente su cuchillo, en tanto que revolvía otro bolsillo en busca de alguna otra cosa.

—Herbert, querido amigo —dije, cerrando las dobles puertas mientras mi compañero miraba muy asombrado—. Este señor… ha venido a visitarme.

—¡Todo va bien, querido muchacho! —exclamó Provis, adelantándose con su librito negro en la mano. Luego, dirigiéndose a Herbert, le dijo—: Tome usted este libro con la mano derecha. ¡Que Dios lo mate si dice usted nada a nadie! ¡Bese el libro!

—Haz lo que te dice, Herbert —dije.

Mi amigo, mirándome con amistosa inquietud y extrañeza, hizo lo que Provis le pedía y éste le estrechó la mano inmediatamente, diciendo:

—Ahora está usted obligado bajo juramento. Y nunca crea en ninguno mío, si Pip no hace de usted un caballero.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

En vano trataría de describir el asombro y la inquietud de Herbert cuando, sentados los tres ante el fuego, le referí toda la historia. Baste decir que vi mis propios sentimientos reflejados en su rostro y entre ellos, especialmente, mi repugnancia hacia el hombre que tanto había hecho por mí.

Habría bastado para establecer una división entre aquel hombre y nosotros, aunque no hubiera habido otras circunstancias que nos distanciaran, el orgullo con que me oyó contar mi historia. A excepción de su pesarosa convicción de haber sido «ordinario» una vez desde su regreso (acerca de lo cual se puso a arengar a Herbert, en cuanto hube terminado mi revelación), no tuvo la menor sospecha de que yo pudiera hallar reparos a mi suerte. Su alarde de haberme convertido en un caballero y haber venido a ver cómo sostenía yo este papel con sus amplios recursos, parecía hecho en mi nombre tanto como en el suyo. Y en su espíritu estaba sólidamente establecida la conclusión de que tal alarde era sumamente agradable para ambos, y de que ambos debíamos estar orgullosos de ello.

—Aunque fíjese, amigo de Pip —le dijo a Herbert después de hablar por algún tiempo—, sé muy bien que desde que he vuelto, por espacio de medio minuto, he sido ordinario. Ya le dije a Pip que sabía que había sido ordinario. Pero no se inquiete usted por eso. No he hecho de Pip un caballero, como él hará un caballero de usted, para olvidar lo que se les debe a ustedes. Querido Pip y amigo de Pip, háganse ustedes cuenta de que de ahora en adelante llevo puesta una mordaza de finura. Amordazado estoy desde aquel momento en que, olvidándome de mí mismo, fui ordinario; amordazado para ahora, y amordazado para siempre.

—Ciertamente —dijo Herbert, pero no pareció que esto le consolase, y se quedó confuso y abatido.

Ambos esperábamos impacientes la hora de que nuestro huésped se fuera a su vivienda y nos dejara solos; pero sin duda alguna le ponía celoso dejarnos juntos y se quedó hasta muy tarde. Eran las doce de la noche cuando lo llevé a Essex Street y lo dejé en seguridad a la oscura puerta de su habitación. Cuando se cerró tras él, experimenté el primer momento de alivio que había conocido desde la noche en que llegó.

Siempre acuciado por el temeroso recuerdo del hombre a quien sorprendí en la escalera, iba vigilando cada vez que, de anochecida, sacaba a mi huésped a tomar el aire; e iba vigilando ahora. A pesar de lo difícil que es en una gran ciudad evitar la sospecha de que le siguen a uno, cuando sabe que hay peligro de que esto ocurra, no podía creer que ninguno de los que pasaban por mi lado tuviera el menor interés en mis movimientos. Los pocos que pasaban iban cada uno por su camino y la calle estaba desierta cuando regresé al Temple. Nadie había salido con nosotros por la puerta y nadie entró cuando volví. Al cruzar junto a la puerta vi las ventanas de Provis iluminadas y tranquilas, y cuando me quedé unos momentos ante la puerta del edificio, antes de subir la escalera, Garden Court estaba tan apacible y desierto como la misma escalera cuando subí.

Herbert me recibió con los brazos abiertos y nunca como entonces había sentido qué gran consuelo es tener un amigo. Después de dirigirme algunas palabras de simpatía y de aliento, ambos nos sentamos para discutir el asunto. ¿Qué debía hacerse?

Como la silla que había ocupado Provis seguía donde él había estado (porque tenía un modo especial, propio de su costumbre de habitar una cabaña, de andar inquietamente siempre alrededor del mismo sitio, cumpliendo con una serie de prácticas sucesivas con su pipa y su tabaco, su cuchillo y su baraja y no sé qué más, como si lo tuviese prescrito en una pizarra), digo, pues, que como la silla que había ocupado Provis seguía donde él había estado, Herbert la cogió sin pensar, pero al percatarse de ello la apartó y cogió otra. Después de eso no tuvo necesidad de decir que había cobrado aversión a mi protector, ni la tuve yo de confesar la que sentía. Nos hicimos esta mutua confidencia sin cambiar una palabra.

—¿Qué te parece —le pregunté a Herbert después de que se hubo sentado— que se puede hacer?

—Mi pobre Händel —replicó, cogiéndose la cabeza con las manos—, estoy demasiado aturdido para poder pensar.

—Lo mismo me ocurrió a mí, Herbert, al primer golpe. Pero algo hay que hacer. Este hombre está empeñado en hacer nuevos gastos… comprar caballos, coches y toda suerte de costosas superfluidades. Hay que impedírselo de un modo u otro.

—¿Quieres decir con eso que no puedes aceptar…?

—¿Cómo podría aceptar nada? —le interrumpí, aprovechando la pausa —. ¡Piensa en él! ¡Fíjate en él!

Ambos experimentamos un estremecimiento involuntario.

—Y sin embargo, Herbert, siente afecto por mí, un gran afecto. ¿Se ha visto nunca más triste sino?

—¡Pobre Händel! —repitió Herbert.

—Por otra parte —proseguí—, aunque me niegue a recibir nada más de él, piensa en lo que le debo ya, y además, tengo muchas deudas (demasiadas para mí, que ya no tengo expectativas de ninguna clase), y no estoy preparado para ninguna profesión ni sirvo para nada.

—Bueno, bueno —exclamó Herbert—. No digas que no sirves para nada.

—¿Para qué quieres que sirva? Sólo hay una cosa para la que, tal vez, podría servir, y es para sentar plaza. Ya lo habría hecho, mi querido Herbert, de no haber deseado tomar antes consejo de tu amistad y de tu afecto.

Por supuesto, aquí me faltó la voz, pero Herbert, fuera de estrecharme la mano con fuerza, no dio muestras de haberlo advertido.

—Sea como fuere, mi querido Händel —dijo al cabo de poco—, lo de sentar plaza no te conviene. Si fueses a renunciar a su protección y a sus favores, supongo que lo harías con la débil esperanza de poderle pagar un día lo que llevas recibido. No creo que la esperanza vaya a ser muy firme, haciéndote soldado. Además, es absurdo. Estarías mucho mejor en casa de Clarriker, por poco importante que sea. Ya sabes que tengo esperanzas de llegar a ser socio de ella.

¡Pobre muchacho! Poco sospechaba gracias a qué dinero.

—Pero hay otra cosa —continuó Herbert—. Se trata de un hombre ignorante, resuelto, con una idea fija que acaricia desde hace mucho tiempo. Además, puedo engañarme acerca de él, pero me parece de un carácter arrebatado y violento.

—Así es. Me consta —le contesté—. Deja que te cuente las pruebas que tengo de ello. —Y le conté lo que había omitido en mi narración; es decir, su encuentro con el otro presidiario.

—¡Fíjate pues! —observó Herbert—. Ha venido aquí con peligro de su vida, para realizar su idea fija. En el momento de verla realizada, después de sus trabajos y penalidades y de su larga espera, le hundes el suelo que pisa, destruyes su idea y haces que toda su fortuna no tenga ya valor para él. ¿No ves lo que podría hacer, bajo el peso de su desengaño?

—Lo he visto, Herbert, y he soñado con eso desde la noche fatal de su llegada. Nada se me ha representado con mayor claridad como la posibilidad de que haga algo para que lo prendan.

—Entonces cuenta —me contestó Herbert— con que habría gran peligro de que lo hiciese. Éste es el poder que ese hombre tendrá sobre ti mientras permanezca en Inglaterra y éste sería su desesperado proceder si tú le abandonases.

Me horrorizaba tanto aquella idea, que desde el primer momento me había atormentado, y cuya realización, en cierto modo, me convertiría, según lo veía yo, en un asesino, que no pude quedarme tranquilo en mi silla, y, levantándome, empecé a pasear por la estancia, Mientras tanto, le dije a Herbert que, aun en el caso de que Provis fuera reconocido y preso, a pesar de sí mismo, yo no podría menos de considerarme, aunque inocente, el autor de su muerte. Y así era; aun cuando me consideraba desgraciado teniéndolo en libertad y cerca de mí, y habría preferido con mucho pasar toda mi vida trabajando en la fragua con Joe, a haber llegado a esto.

Pero no había manera de desentenderse de la pregunta: ¿Qué debía hacerse?

—Lo primero y principal —dijo Herbert— es sacarlo de Inglaterra. Tú irás con él y así no se resistirá.

—Pero, lo lleve donde lo lleve, ¿podré impedir que regrese?

—Mi querido Händel, ¿no es evidente que con Newgate a la vuelta de la esquina, es más peligroso revelarle tus intenciones y llevarle a la desesperación aquí que en otra parte? Tal vez ahora podría inventarse, a costa del otro forzado o de cualquier otro incidente de su vida, un pretexto para inducirle a marchar.

—¡Ésta es otra! —exclamé, deteniéndome ante Herbert con las manos abiertas, como si abarcasen todo lo desesperado del caso—. No sé nada de su vida. A punto ha estado de volverme loco pasar las noches aquí sentado viéndole ante mí, tan ligado a mis fortunas buenas y malas, y, en cambio, no más conocido para mí que como la miserable ruina de hombre que durante dos días de mi niñez me tuvo aterrorizado.

Herbert se levantó, pasó su brazo por el mío y los dos echamos a andar de un lado a otro de la estancia mirando los dibujos de la alfombra.

—Händel —dijo Herbert deteniéndose—, ¿estás convencido de que no puedes aceptar más beneficios de él?

—Por completo. Seguramente, en mi lugar, tú harías lo mismo.

—¿Y estás convencido de que debes separarte de él?

—Herbert, ¿cómo puedes preguntarme eso?

—Por otra parte, tienes y debes tener tal consideración por la vida que él ha arriesgado por tu causa que estás decidido a salvarle, si es posible. Entonces tienes que sacarlo de Inglaterra antes de mover un solo dedo para librarte de él. Una vez logrado eso, líbrate de él en nombre de Dios; que tú y yo ya nos arreglaremos, querido amigo.

Fue para mí un consuelo estrechar las manos de Herbert después de haber dicho estas palabras, y, acto seguido, reanudar nuestro paseo por la estancia.

—Ahora, Herbert —dije—, para enterarnos de su historia sólo veo un medio. Se la preguntaré a él directamente.

—Sí, pregúntale —dijo Herbert— cuando nos sentemos a tomar el desayuno. —Porque Provis había dicho, al despedirse de Herbert el día antes, que vendría a tomar el desayuno con nosotros.

Después de formado este proyecto, nos acostamos. Yo tuve sueños horribles en los que él aparecía de un modo u otro y me levanté sin haber descansado; al despertar recobré el miedo que había perdido al dormirme, de que le descubrieran y se averiguara que era un deportado de por vida que había vuelto a Inglaterra. Una vez despierto, este miedo no me abandonaba nunca.

Llegó a la hora señalada, sacó el cuchillo de la faltriquera y se sentó a comer. Estaba lleno de planes «para que su caballero se mostrara como un gran señor», y me instó a que empezara a usar libremente del contenido de la cartera que había dejado en mi poder. Consideraba nuestras habitaciones y su propio alojamiento como residencia temporal, y me aconsejó que buscara en seguida una «jaula elegante» donde pudiera haber un «jergón» para él, cerca de Hyde Park. Cuando hubo terminado su desayuno, mientras se limpiaba el cuchillo en la pierna, sin una sola palabra de preámbulo, le dije:

—Anoche, después de marcharse usted, referí a mi amigo la lucha en que le hallaron empeñado los soldados cuando llegamos a aquella zanja de los marjales. ¿Se acuerda?

—¿Que si me acuerdo? —respondió—. ¡Ya lo creo!

—Desearíamos saber algo acerca de aquel hombre… y acerca de usted mismo. Resulta raro no saber más de él, y especialmente de usted, que lo que yo pude referir anoche. ¿No le parece ésta una ocasión tan buena como cualquier otra para contarnos algo?

—Bueno —dijo después de reflexionar—. ¿Recuerda usted su juramento, compañero de Pip?

—Claro que sí —replicó Herbert.

—Ese juramento se refiere a cuanto yo diga, sin excepción alguna.

—Así lo entiendo.

—Y fíjense ustedes… Cualquier cosa que yo haya hecho, ya está pagada —insistió.

—Perfectamente.

Sacó su pipa negra e iba a llenarla con su «cabeza de negro», cuando, mirando el enredijo de tabaco que tenía en la mano, pareció pensar que en él podía perderse el hilo de su narración. Se lo guardó otra vez, se colgó la pipa de un ojal de su chaqueta, puso una mano sobre cada rodilla, y después de dirigir, por unos silenciosos momentos, una mirada colérica al fuego, se volvió hacia nosotros y dijo lo que sigue.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

—Querido muchacho y amigo de Pip: no voy a contarles mi vida cual si fuese una canción o una novela. Para empezar, con cuatro palabras tendré bastante. En la cárcel y fuera de ella, en la cárcel y fuera de ella, en la cárcel y fuera de ella. Esto es todo. Así fue mi vida hasta que me embarcaron después de aquellos días en que Pip me socorrió.

»He sufrido de todo, excepto la horca. Me han tenido encerrado con tanto cuidado como una tetera de plata. Me han llevado de un lado a otro, me han echado de esta población, me han echado de aquélla, me han metido en el cepo, me han azotado y me han atormentado y zarandeado. No tengo más idea que ustedes del lugar donde nací. Cuando empecé a reparar en mi existencia, me hallaba en Essex, hurtando nabos para comer. Recuerdo que alguien me abandonó; era un hombre, un calderero remendón, y se llevó el fuego consigo y me dejó tiritando.

»Sabía que me llamaba Magwitch y que mi nombre de pila era Abel. ¿Cómo lo sabía? Pues del mismo modo que sabía que los pájaros que veía en los setos se llamaban el uno pinzón, el otro zorzal y el otro gorrión. Podría haber creído que todo junto no era más que mentira, pero como resultó que los nombres de los pájaros eran verdaderos, hube de suponer que también el mío lo era.

»Por lo que recuerdo, no había alma viviente que al ver al pequeño Abel Magwitch, tan mal vestido como mal comido, no se asustara de él y no le ahuyentase o le hiciese prender… Y tantas veces me metieron en la cárcel que casi puedo decir que crecí en ella.

»Y así, cuando aún no era más que una criatura harapienta, la más digna de lástima que haya visto (y no es que me hubiese mirado al espejo, porque pocos interiores amueblados conocía), tenía ya fama de ser un delincuente empedernido. «Éste es de los más empedernidos», decían en la cárcel al mostrarme a los visitantes. «Puede decirse que este muchacho no ha vivido más que en la cárcel.» Entonces los visitantes me miraban, y yo los miraba a ellos. Alguno me medían la cabeza, aunque mejor habrían hecho midiéndome el estómago, y otros me daban folletos que yo no sabía leer, o me hacían discursos que no entendía. Y siempre venían a hablarme del diablo. Pero ¿qué diablo podía ser yo? Algo tenía que meterme en el estómago, ¿no es cierto? Pero me voy poniendo ordinario y ya sé que no lo debo hacer. Querido muchacho y compañero de Pip, no se preocupen, que no volveré a ponerme ordinario.

»Vagabundeando, mendigando, robando, trabajando a veces, cuando podía (que no era muy a menudo, pues ustedes mismos dirán si habrían estado dispuestos a darme trabajo), haciendo un poco de cazador furtivo, un poco de labrador, un poco de carretero, un poco de segador, un poco de buhonero y un poco de muchas cosas de las que no dan nada y le meten a uno en dificultades, llegué a hacerme hombre. Un soldado desertor que encontré en un parador, escondido bajo un montón de patatas, me enseñó a leer, y un gigante vagabundo que escribía su nombre por un penique me enseñó a escribir. Ya no me encerraban tan a menudo como antes, pero aún gastaba mi buena porción de hierro de llaves.

»En las carreras de Epsom, hará cosa de veinte años, trabé relaciones con un hombre cuyo cráneo, si lo tuviese aquí, sería capaz de romper con este atizador como si fuese una pata de langosta. Su verdadero nombre era Compeyson; y ése era el hombre, querido Pip, con quien me viste pelear en la zanja, tal como dijiste anoche a tu amigo después que me hube ido.

»Ese Compeyson se había educado a lo caballero, había estado interno en un colegio y era instruido. Tenía el hablar suave y sabía conducirse con finura. También era guapo. La víspera de la gran carrera fue cuando lo encontré en el brezal, en un tenducho que yo conocía muy bien. Él y algunos más estaban sentados a las mesas cuando entré, y el dueño (que me conocía y que era un jugador de marca) le llamó y le dijo: «Creo que éste es el hombre que le conviene», refiriéndose a mí.

»Compeyson me miró estudiándome mucho y yo también le miré. Llevaba reloj con cadena, sortija y alfiler de corbata, y un elegante traje.

»—A juzgar por las apariencias, no tiene usted muy buena suerte —me dijo Compeyson.

»—Así es, amigo; nunca la he tenido. (Acababa de salir de la cárcel de Kingston, condenado por vagabundo. No es que no hubiera podido serlo por algo más, pero no lo fui.)

»—La suerte cambia —dijo Compeyson—; tal vez la de usted esté a punto de cambiar.

»—¡Ojalá! —le contesté—. Ya sería hora.

»—¿Qué sabe usted hacer? —preguntó Compeyson.

»—Comer y beber —le contesté—, si encuentra usted de qué.

»Compeyson se echó a reír, volvió a mirarme con mucha atención, me dio cinco chelines y me citó para la noche siguiente en el mismo sitio.

»Al día siguiente, a la misma hora y al lugar conocido, fui a verme con Compeyson, y éste me propuso ser su agente y su socio. ¿Y cuáles eran estos negocios de Compeyson en que íbamos a asociarnos? Los negocios de Compeyson eran la estafa, la falsificación de documentos y firmas, la circulación de billetes de banco robados y cosas por el estilo. Los negocios de Compeyson eran toda clase de golpes que pudiese planear, quedando él fuera de su ejecución, aunque arramblando con los beneficios y dejando a los demás en la estacada. Tenía tanto corazón como una lima de acero, era tan frío como la misma muerte y su cabeza era la del diablo de que hemos hablado antes.

»Había otro con Compeyson, uno llamado Arthur…, no porque fuese su nombre de pila, sino su apodo. Estaba el pobre muy derrotado y parecía una sombra. Unos años atrás, él y Compeyson habían jugado una mala pasada a una rica señora, gracias a la cual se hicieron con mucho dinero; pero Compeyson apostaba y jugaba y habría sido capaz de derrochar todo lo que la nación paga al rey. Así pues, Arthur se estaba muriendo, sin un penique y con los terrores. La mujer de Compeyson, a quien éste trataba a patadas, se compadecía de él cuando podía, pero Compeyson no se compadecía de nada ni de nadie.

»Podía haber tomado ejemplo de Arthur, pero no lo hice. Y no voy a fingir que tuviera muchos escrúpulos, pues, ¿de qué serviría, querido muchacho y compañero de Pip? Así pues, empecé a trabajar con Compeyson y no fui más que un pobre instrumento en sus manos. Arthur vivía en el desván de la casa de Compeyson (que estaba muy cerca de Brentford) y Compeyson llevaba una cuenta exacta de lo que le debía por alojamiento y comida, para el caso de que se repusiera lo suficiente para pagársela con su trabajo. El pobre Arthur saldó pronto esta cuenta. La segunda o tercera vez que le vi, bajó arrastrándose hasta el salón de Compeyson, a altas horas de la noche, sin más ropa que una bata de franela, con el cabello empapado en sudor, y le dijo a la mujer de Compeyson:

»—Sally, esta vez es verdad que está arriba conmigo y no puedo librarme de ella. Va toda vestida de blanco, con flores blancas en el cabello, y está loca de remate y lleva un sudario colgado del brazo, diciendo que me lo pondrá a las cinco de la madrugada.

»—Vamos, tonto —le dijo Compeyson—. ¿No sabes que aún vive? ¿Cómo podría haber entrado en la casa sin pasar por la puerta o la ventana, y sin subir las escaleras?

»—Cómo está allí, no lo sé —respondió Arthur temblando horriblemente—; pero lo cierto es que está en el rincón, al pie de la cama y espantosamente loca. ¿Y dónde está su corazón destrozado? ¡Tú se lo destrozaste! Hay gotas de sangre.

»Compeyson le habló con violencia, pero siempre ha sido un cobarde.

»—Sube a este delirante a su cuarto —ordenó a su mujer—; Magwitch te ayudará. —Pero él no se acercaba siquiera.

»Entre la mujer de Compeyson y yo lo llevamos otra vez a la cama y él desvariaba de un modo que daba miedo.

»—¡Miradla! —gritaba—. ¿No veis cómo me amenaza con el sudario? ¿No la veis? ¡Mirad sus ojos! ¿Y no es horroroso verla tan loca? —Luego exclamaba—: ¡Me lo pondrá! ¡Me lo pondrá y yo estaré perdido! ¡Quitádselo! ¡Quitádselo!

»Y se agarraba a nosotros sin dejar de hablar con la sombra, o respondiéndole de tal modo que hasta a mí me parecía verla.

»La mujer de Compeyson, que ya estaba acostumbrada a sus cosas, le dio un poco de licor para quitarle el miedo y poquito a poco él se tranquilizó.

»—¡Oh, se ha ido! ¿Ha venido a llevársela su guardián? —exclamaba.

»—Sí, sí —le respondió la mujer de Compeyson.

»—¿Le ha dicho usted que la encierre y que atranque la puerta?

»—Sí.

»—¿Y que le quite aquel sudario tan horrible?

»—Sí, sí, todo eso hice.

»—Es usted una buena persona —le dijo a la mujer de Compeyson—. No me abandone, se lo ruego. Y muchas gracias.

»Descansó bastante tranquilo hasta pocos minutos antes de las cinco de la madrugada; en aquel momento se levantó dando un alarido y gritando:

»—¡Ya está aquí! ¡Vuelve con el sudario! ¡Ya lo despliega! ¡Ahora sale del rincón! ¡Viene hacia mi cama! ¡Sostenedme, uno por cada lado! ¡No dejéis que me toque con él! ¡Ah! Esta vez no me ha acertado. No le dejéis que me eche el sudario por encima de los hombros. Tened cuidado de que no me levante para envolverme con él. ¡Oh, ahora me levanta! ¡Sostenedme sobre la cama, por Dios!

»Dicho esto, se levantó en un esfuerzo desesperado y cayó muerto.

»Compeyson no se apuró gran cosa por ello, considerándolo una buena solución para ambas partes. Él y yo empezamos a trabajar muy pronto, y primero prestó juramento (pues siempre ha sido falso) sobre mi propio libro, este mismo de color negro sobre el que hice jurar, querido muchacho, a tu amigo.

»Para no meternos en pormenores sobre lo que Compeyson planeaba y yo ejecutaba, lo cual nos llevaría, tal vez, una semana, diré tan sólo, querido muchacho y compañero de Pip, que aquel hombre me enredó de tal modo que me convirtió en su esclavo. Yo siempre estaba en deuda con él, siempre bajo su pie, siempre trabajando y siempre corriendo peligro. Era más joven que yo, pero era astuto, instruido, me daba quinientas vueltas y no me tenía compasión alguna. Mi mujer, mientras yo pasaba esta mala temporada con… Pero, ¡alto! No he hablado de ella, aún…

Miró a su alrededor algo turbado, como si hubiese perdido el punto en el libro de sus recuerdos; volvió el rostro hacia el fuego, abrió las manos, que tenía apoyadas en las rodillas, las levantó luego y volvió a dejarlas donde las tenía.

—No hay necesidad de entrar en eso —dijo, mirando de nuevo a su alrededor—. La temporada que pasé con Compeyson fue casi tan mala como la peor de mi vida. Con esto queda dicho todo. ¿Les he referido que mientras estaba con Compeyson fui juzgado, yo solo, por un delito leve?

Respondí negativamente.

—Pues bien —continuó él—, fui juzgado y condenado. Y en cuanto a ser preso por sospechas, eso me ocurrió dos o tres veces durante los cuatro o cinco años que duró la cosa; pero faltaron las pruebas. Por último, Compeyson y yo fuimos juzgados por estafa, acusados de haber hecho circular billetes de banco robados, y de otras cosas, además. Compeyson me dijo: «Defensores distintos y nada de comunicación». Y esto fue todo. Yo me hallaba en tal pobreza que tuve que vender todas mis ropas, a excepción de las que llevaba puestas, antes no logré que me defendiera Jaggers.

»Cuando nos sentamos en el banquillo, lo primero que noté fue que Compeyson parecía un caballero, con su cabello rizado, su traje negro y su pañuelo blanco, en tanto que yo no parecía más que un vulgar maleante. Cuando empezó la vista y se presentaron las pruebas, vi que todas hacían de mí el responsable y apenas se referían a él. Cuando comparecieron los testigos, resultó que siempre era yo a quien juraban conocer; que fue a mí a quien entregaron el dinero, y que siempre era yo quien lo había hecho todo y se había quedado con el provecho. Pero cuando empezó a hablar la defensa, la cosa aún fue más clara, pues el abogado de Compeyson dijo: «Señor presidente, señores jurados: Ante ustedes tienen, sentados el uno junto al otro, a dos hombres completamente distintos. Uno de ellos, el más joven, bien educado y que como tal se muestra; el otro, el de más edad, inculto y grosero y que también se muestra como tal; el de más edad carece de educación y de instrucción. Al primero, pocas veces o ninguna se le ha visto intervenir en esta clase de operaciones y no hay contra él otra cosa que sospechas; al otro, al de más edad, siempre se le ha visto metido en ellas y siempre se ha podido probar su culpa. ¿Pueden, pues, dudar ustedes, acerca de quién es el culpable, si no hay más que uno, o de quién lo es más, si ambos lo son?». Y así por el estilo. Y en llegando a los antecedentes, ¿no era Compeyson quien había estado en un colegio? ¿Y no eran sus condiscípulos, fulano y mengano, que estaban en tal y tal otra posición? ¿Y no le habían conocido algunos testigos en círculos y sociedades donde se le tenía en el mejor concepto? En cuanto a mí, ¿no había sido condenado ya antes y no se me conocía en todas las cárceles y reformatorios? Y cuando nos llegó el turno de hablar, ¿no fue Compeyson quien lo supo hacer bajando de vez en cuando la cara y escondiéndola en su pañuelo, ¡ah!, y hasta soltándoles versos? ¿Y no fui yo el que no supo decir nada más que: «Señores, este hombre que tengo a mi lado es un solemne bribón»? Y cuando se pronunció el veredicto, ¿no fue Compeyson quien fue recomendado a la clemencia del tribunal en atención a su buena conducta y a la influencia que en él tuvieron las malas compañías, y en premio de haber declarado todo lo que sabía de mí? ¿Y no fui yo a quien no se le dedicó otra palabra que la de «culpable»? Y cuando le dije a Compeyson: «Cuando salgamos de aquí voy a romperte la cara», ¿no fue Compeyson quien pidió protección al juez y logró que se interpusieran dos carceleros entre nosotros? Y cuando nos sentenciaron, ¿no sacó él siete años y yo catorce, y no fue por él por quien el juez se condolió, porque habría podido ser un hombre de provecho? ¿Y no fue a mí a quien miró como un criminal empedernido, de pasiones violentas que forzosamente tenía que ir de mal en peor?

Se había ido poniendo en estado de gran excitación, pero se contuvo, hizo dos o tres aspiraciones cortas, tragó saliva otras tantas veces y, tendiéndome la mano, añadió, en tono tranquilizador:

—No voy a ser ordinario, querido muchacho.

Se había acalorado tanto que tuvo que sacar el pañuelo y enjugarse el rostro, la cabeza, el cuello y las manos, antes de poder continuar.

—Había dicho a Compeyson que le rompería la cara, y juré, ¡así Dios me rompiera la mía!, que lo haría. Fuimos a parar al mismo pontón; pero por más que hice, pasé mucho tiempo sin poder acercarme a él. Por fin logré ponerme detrás y le di un golpe en la mejilla, para que volviese la cara y atizarle entonces de firme, pero me vieron y me detuvieron. El calabozo de aquel barco no era muy sólido para un conocedor de calabozos que supiera nadar y bucear. Me escapé a tierra y andaba oculto por entre las tumbas cuando, por vez primera, vi a mi Pip.

Y me miró de un modo tan afectuoso que, de nuevo, se me hizo aborrecible a pesar de la gran compasión que me había inspirado.

—Gracias a mi Pip me enteré de que Compeyson corría también por los marjales. A fe mía que casi estoy seguro de que huyó por el miedo que me tenía, sin saber que yo estaba ya en tierra. Le perseguí, le alcancé y le rompí la cara. «Y ahora —le dije—, lo peor que puedo hacerte, sin cuidarme de lo que me pueda ocurrir, es devolverte al pontón.» Y me habría echado al agua con él, tirando de sus cabellos, si necesario hubiera sido, y le habría devuelto a bordo aun sin el auxilio de los soldados.

»Como es natural, él salió mejor librado, porque tenía mejores antecedentes que yo. Además, dijo que se había escapado porque mis intenciones asesinas le habían hecho perder la cabeza y por todo eso su castigo fue leve. En cuanto a mí, me cargaron de hierros, fui juzgado otra vez y me deportaron de por vida. Pero, mi querido muchacho, no resultó de por vida, puesto que estoy aquí.

Volvió a secarse la cabeza con el pañuelo, como hiciera antes; luego sacó lentamente del bolsillo su puñado de tabaco, se quitó la pipa del ojal donde la había puesto, la llenó poco a poco y se puso a fumar.

—¿Ha muerto? —pregunté después de un silencio.

—¿Quién, querido Pip?

—Compeyson.

—Puedes estar seguro de que, si vive, confía en que el que haya muerto sea yo —dijo Provis con feroz mirada—. Pero nunca más he oído hablar de él.

Herbert había estado escribiendo con su lápiz en la cubierta de un libro. Suavemente empujó el libro hacia mí, y mientras Provis seguía fumando con los ojos fijos en el fuego, pude leer en él:

El nombre del joven Havisham era Arthur. Compeyson es el hombre que fingió enamorarse de la señorita Havisham.

Cerré el libro y lo guardé, haciendo una ligera seña a Herbert; pero ninguno de los dos dijimos una sola palabra, y ambos nos quedamos mirando a Provis, que fumaba ante el fuego.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

¿Para qué detenerme a preguntar ahora hasta qué punto mi repugnancia hacia Provis podía deberse al pensamiento de Estella? ¿Para qué entretenerme en mi camino, a fin de comparar el estado de mi espíritu cuando me esforzaba por librarme de la atmósfera de la cárcel antes de ir a buscar a Estella al despacho de las diligencias, con el estado de espíritu con que ahora reflexionaba sobre el abismo existente entre ella, con su orgullo y su belleza, y el forzado a quien albergaba en mi casa? No por hacerlo sería más llano el camino, ni mejor el final, ni mi protector ganaría nada, ni yo me sentiría aliviado.

Esta narración había engendrado en mi espíritu otro temor, o, mejor dicho, había dado forma y objeto a un temor ya existente. Si Compeyson vivía y descubría el regreso de Provis, las consecuencias no podían ser dudosas. Que Compeyson tenía a Provis un miedo mortal ninguno de los dos lo sabía mejor que yo, y era fácil imaginar que un hombre tal como nos había sido descrito no vacilaría un instante en librarse de un enemigo temido por el seguro medio de la delación.

Nunca había dicho una palabra a Provis y nunca se la diría —por lo menos así lo tenía resuelto— acerca de Estella. Pero le dije a Herbert que antes de marcharme al extranjero debía ver a Estella y a la señorita Havisham. Esto fue cuando nos quedamos solos la noche del mismo día en que Provis nos refirió su historia. Resolví, pues, ir a Richmond al siguiente día, y así lo hice.

Al presentarme a la señora Brandley, ésta hizo llamar a la doncella de Estella, quien me dijo que la joven había marchado al campo. ¿Adónde? A la casa Satis, como de costumbre. No como de costumbre, dije yo, pues hasta entonces nunca había ido sin mí. ¿Cuándo volvería? Hubo un aire de reserva en la respuesta que aumentó mi perplejidad. La doncella me dijo que, según creía, sólo volvería por poco tiempo. No pude sacar nada en limpio de estas palabras, excepto que habían sido dichas con el propósito de que no sacara nada en limpio, y me volví a casa completamente desconcertado.

Otra consulta nocturna con Herbert después de retirarse Provis (yo le acompañaba siempre a su alojamiento sin dejar de vigilar atentamente) nos llevó a la conclusión de que no debía hablarse del proyectado viaje al extranjero hasta que yo regresara de mi visita a la señorita Havisham. Mientras tanto, Herbert y yo reflexionamos por separado acerca de lo que sería mejor: si tomar como pretexto una supuesta sospecha de que alguien le estaba vigilando, o que yo, que nunca había estado en el extranjero, manifestara deseos de hacer un viaje. Sabíamos que él aceptaría cualquier cosa que yo le propusiera y estábamos de acuerdo en que Provis no podía de ningún modo prolongar muchos días el peligro a que estaba expuesto.

Al día siguiente cometí la bajeza de fingir que tenía el compromiso de ir a ver a Joe; pero es que con Joe, con su nombre, yo era capaz de cometer cualquier indignidad. Durante mi ausencia, Provis debería andarse con el mayor cuidado y Herbert se encargaría de él como lo hacía yo. Me proponía estar ausente una sola noche, y a mi regreso debíamos empezar a satisfacer la impaciencia de Provis por verme en plan de gran señor. Entonces se me ocurrió, y, según comprobé luego, lo mismo se le ocurrió a Herbert, que esto último podría servirnos para inducirle a viajar al extranjero, con la excusa de hacer compras o algo por el estilo.

Habiendo preparado así mi visita a la señorita Havisham, salí en la primera diligencia del día siguiente, cuando apenas clareaba, y me hallé en pleno campo al apuntar el día, que parecía renquear, gimiendo y tiritando, y envuelto en retazos de nubes y jirones de niebla como un mendigo. Cuando llegamos al Jabalí Azul, después de un viaje lloviznoso, ¡cuál no sería mi asombro al ver salir a la puerta a contemplar la diligencia, con un mondadientes en la mano, a Bentley Drummle!

Como él fingió no haberme visto, yo hice como si no le viera; lo cual resultó un pobre fingimiento por ambas partes, y con mayor motivo cuando ambos entramos en la sala del café, donde él acababa de terminar su desayuno, y donde yo encargué el mío. Se me hacía odioso verle en la villa, pues de sobra sabía por qué estaba allí.

Fingiendo leer un periódico atrasado, que no tenía nada tan legible en sus noticias locales como las materias exteriores de café, encurtidos, salsa de pescado, mantequilla y vino de que estaba cubierto, como si hubiera cogido un sarampión muy irregular, me senté a mi mesa mientras él permanecía ante el fuego. Poco a poco se me hizo enormemente ofensivo que estuviera allí. Me levanté decidido a obtener mi parte del calor de la chimenea. Tuve que pasar la mano por detrás de sus piernas para alcanzar el hurgón cuando quise atizar el fuego; pero, a pesar de ello, seguí fingiendo no conocerle.

—¿Es un desaire? —preguntó el señor Drummle.

—¡Oh! —exclamé, con el atizador en la mano—. ¿Es usted? ¿Cómo está usted? Me estaba preguntando quién sería el que tapaba el fuego.

Dicho esto, revolví las brasas de un modo tremendo y después me planté a su lado, con los hombros rígidos y de espaldas al fuego.

—¿Acaba usted de llegar? —preguntó el señor Drummle, empujándome ligeramente con su hombro.

—Sí —le contesté, empujándole ligeramente con el mío.

—Qué sitio más asqueroso —dijo Drummle—. Creo que es su tierra.

—Sí —asentí—. Y he oído decir que se parece mucho a Shropshire.

—No se le parece en nada —contestó. Aquí el señor Drummle se miró las botas y yo me miré las mías; y luego el señor Drummle miró las mías y yo miré las suyas.

—¿Hace mucho que está usted aquí? —le pregunté, decidido a no ceder una pulgada del fuego.

—Lo suficiente para estar cansado —contestó Drummle fingiendo un bostezo, pero igualmente decidido a no ceder.

—¿Estará aún mucho tiempo?

—No puedo decirlo —contestó Drummle—. ¿Y usted?

—No puedo decirlo —repliqué.

Aquí supe, en un estremecimiento de todo mi cuerpo, que, si la espalda del señor Drummle hubiera reclamado un pelo más de espacio, le habría arrojado contra la ventana, y también comprendí que, si mi hombro hubiera expresado la misma pretensión, el señor Drummle me habría arrojado a la mesa más cercana. Él se puso a silbar y yo hice lo mismo.

—Por aquí abundan los marjales, según creo —observó Drummle.

—Sí. ¿Y qué? —repliqué.

El señor Drummle me miró, miró mis botas y dijo:

—¡Oh!

Y se echó a reír.

—¿Le divierte esto, señor Drummle?

—No —contestó—, no mucho. Voy a pasear a caballo. Pienso entretenerme explorando estos marjales. Me han dicho que hay en ellos villorrios extraviados y curiosas tabernas y herrerías. ¡Camarero!

—¿Señor?

—¿Está ensillado mi caballo?

—Lo tiene usted a la puerta, señor.

—Muy bien. Ahora fíjate. Hoy la señorita no saldrá a caballo porque hace mal tiempo.

—Muy bien, señor.

—Y yo no vendré a comer porque comeré en casa de la señorita.

—Muy bien, señor.

Drummle me miró con tan insolente expresión de triunfo en su cara mofletuda que, a pesar de ser tan estúpido, se me clavó en el corazón y me exasperó de tal modo que me vinieron ganas de cogerlo en mis brazos (tal como dicen que el bandido del cuento cogió a la anciana señora) y sentarlo sobre el fuego.

Una cosa era evidente para ambos, y era que, de no venir nadie en nuestra ayuda, ninguno de los dos podía abandonar el fuego. Allí estábamos firmes ante la chimenea, hombro contra hombro y pie contra pie, sin ceder una pulgada. Podía verse el caballo a la puerta bajo la llovizna; mi desayuno estaba en la mesa; habían retirado el servicio de Drummle; el camarero me había invitado a sentarme, yo le había hecho un signo de asentimiento, pero los dos continuábamos inmóviles ante el fuego.

—¿Ha estado usted recientemente en la Enramada? —me preguntó Drummle.

—No —le contesté—. Quedé harto de Pinzones la última vez que estuve.

—¿Fue cuando tuvimos aquella pequeña diferencia?

—Sí —le contesté secamente.

—¡Caramba! —exclamó él en tono de fisgo—. Pues le salió muy barato. No tenía usted por qué perder los estribos.

—Señor Drummle —le contesté—, no es usted quién para darme consejos sobre el particular. Cuando pierdo los estribos (y con eso no quiero decir que los perdiera en aquella ocasión), por lo menos no tiro vasos.

—Pues yo sí —respondió Drummle.

Después de mirarle una o dos veces en un creciente estado de contenida ferocidad, dije:

—Señor Drummle, yo no he buscado esta conversación, y no me parece que sea agradable.

—Seguro que no —dijo con altanería y mirándome por encima del hombro—. No le encuentro ninguna gracia.

—Por lo tanto —continué—, con su permiso, me aventuraré a proponer que en adelante dejemos de tener ninguna clase de comunicación.

—Abundo en su parecer, y habría propuesto lo mismo —dijo Drummle—. O lo habría hecho, que es lo más probable, sin anunciarlo. Pero no pierda usted los estribos. ¿No ha perdido ya bastante?

—¿Qué quiere usted decir, caballero?

—¡Camarero! —gritó Drummle por toda respuesta.

El camarero reapareció.

—Oye. Supongo que has comprendido bien que la señorita no paseará hoy a caballo y que yo comeré en su casa…

—Perfectamente, señor.

Después de que el camarero, habiendo puesto la mano en la tetera y hallándola fría, me hubo dirigido una mirada suplicante y se hubo marchado, Drummle, cuidando mucho de no mover el hombro, que tocaba con el mío, sacó un cigarro del bolsillo, mordió la punta y lo encendió, pero sin dar señal alguna de querer apartarse. Enfurecido como estaba, comprendí que no podríamos cruzar una palabra más sin que saliese a relucir el nombre de Estella, que no podía ni sufrir oírle pronunciar, por lo cual clavé los ojos en la pared de enfrente como si no hubiera nadie en la sala, y me obligué a guardar silencio.

No es posible decir cuánto tiempo habríamos permanecido en tan ridícula situación, de no haber sido por la irrupción de tres granjeros ricos, traídos expresamente, me figuro yo, por el camarero, los cuales entraron en la sala desabrochándose los abrigos y frotándose las manos; y ante los cuales, como dieran una carga en dirección al fuego, no tuvimos más remedio que retirarnos.

A través de la ventana vi a Drummle agarrar las crines de su caballo, montando del modo torpe y brutal que le era peculiar, y desaparecer a reculones. Pensaba que se había marchado cuando volvió pidiendo fuego para el cigarro que tenía en la boca. Salió a dárselo (no sé de dónde, si del patio, de la posada o de la calle) un hombre vestido con ropas de color polvoriento. Y mientras Drummle se inclinaba sobre la silla para encender el cigarro y se reía, moviendo la cabeza en dirección a la sala del café, los hombros inclinados y el cabello revuelto de aquel hombre que me daba la espalda me recordaron a Orlick.

Demasiado preocupado para cuidarme de averiguar si lo era o no, o para tocar siquiera el desayuno, me lavé la cara y las manos a fin de quitarme las huellas del viaje y me dirigí a la casa vieja y memorable donde habría sido mejor para mí no haber puesto en la vida ni la mirada ni los pies.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

En la estancia donde estaba la mesa tocador y donde ardían las bujías en las paredes, encontré a la señorita Havisham con Estella. La primera estaba sentada en un canapé ante el fuego y Estella en un almohadón a sus pies. La joven hacía calceta y la señorita Havisham lo contemplaba. Ambas levantaron los ojos al entrar yo, y ambas hallaron un cambio en mí. Lo conocí en las miradas que cruzaron.

—¿Qué viento te trae, Pip? —preguntó la señorita Havisham.

Aunque me miraba fijamente, me di cuenta de que estaba algo confusa. Estella interrumpió por un momento su labor, fijando en mí sus ojos, y luego siguió trabajando; y en el movimiento de sus dedos, tan claramente como si hubiera sido en el lenguaje de los mudos, leí que adivinaba que yo había descubierto a mi bienhechor.

—Señorita Havisham —dije—, ayer fui a Richmond para hablar con Estella; y hallando que algún viento la había traído aquí, aquí la he seguido.

Como la señorita Havisham me indicase por tercera o cuarta vez que me sentara, tomé la silla que había ante la mesa tocador, la que le vi ocupar tantas veces. Y con toda aquella ruina a mis pies y a mi alrededor, aquel lugar me pareció aquel día el más indicado para mí.

—Lo que le quería decir a Estella, señorita Havisham, se lo diré ante usted ahora mismo… dentro de un instante. No será cosa que la sorprenda ni la disguste a usted. Soy todo lo desgraciado que pueda usted desear.

La señorita Havisham seguía mirándome fijamente. Por el movimiento de los dedos de Estella comprendí que estaba atenta a lo que yo decía; pero no levantó los ojos.

—He descubierto quién es mi bienhechor. No ha sido un descubrimiento afortunado ni a propósito para mejorar mi reputación, mi situación, mi fortuna, ni nada. Hay razones que me impiden ser más explícito. Es un secreto que no me pertenece.

Mientras guardaba silencio por un momento, mirando a Estella y pensando cómo continuaría, la señorita Havisham murmuró:

—Es un secreto que no te pertenece. ¿Y qué?

—La primera vez que me hizo venir aquí, señorita Havisham, cuando yo vivía en la aldea cercana, que ojalá no hubiese abandonado nunca… supongo que entré aquí como pudiera haber entrado otro muchacho cualquiera… como una especie de criado, para satisfacer una necesidad o un capricho y recibir el salario correspondiente.

—Sí, Pip —replicó la señorita Havisham, con un movimiento afirmativo de la cabeza—. Así fue.

—Y que el señor Jaggers…

—El señor Jaggers —dijo la señorita Havisham, interrumpiéndome con firmeza— no tenía nada que ver con eso y no sabía una palabra de ello. El que sea al mismo tiempo mi abogado y el de tu protector es una coincidencia que no tiene nada de particular, puesto que sostiene la misma clase de relaciones con gran número de personas. Pero sea como fuere, sucedió así sin que nadie lo procurara.

Cualquiera que hubiera contemplado entonces su macilento rostro habría podido ver que no se excusaba ni mentía.

—Pero cuando yo caí en el error en que he permanecido por espacio de tanto tiempo, usted me dejó en él —dije.

—Sí —contestó, afirmando otra vez con movimientos de cabeza—, te dejé en el error.

—¿Fue eso un acto bondadoso?

—¿Y por qué? —exclamó la señorita Havisham, golpeando el suelo con su bastón y encolerizándose tan de repente que Estella la miró sorprendida—. ¿Por qué, en nombre de Dios, he de ser bondadosa?

Mi queja era una debilidad en la que no había pensado caer. Así se lo manifesté cuando ella se quedó pensativa después de su estallido.

—Bien, bien —dijo—. ¿Qué más?

—Se me pagó liberalmente por los servicios prestados aquí —dije para calmarla— con el dinero para mi aprendizaje; así pues, he hecho estas preguntas sólo para informarme. Lo que sigue tiene otro objeto, y espero que menos interesado. Al permitirme que continuara con mi error, señorita Havisham, usted castigó o puso a prueba (ponga usted aquí los términos que mejor expresen su intención sin ofenderse) a sus egoístas parientes.

—Sí. Ellos se imaginaron lo mismo que tú. ¿Qué vida había sido la mía, para que hubiera de molestarme en rogaros, a ellos y a ti, que no os hicierais semejantes figuraciones? Os engañasteis vosotros mismos. Yo no tuve parte en ello.

Esperando a que, de nuevo, se calmara, porque también eso lo dijo muy alterada, continué:

—Fui a vivir con una familia emparentada con usted, señorita Havisham, y desde que llegué a Londres he estado constantemente entre ellos. Me consta que sufrieron honradamente el mismo engaño que yo. Y cometería una falsedad y una bajeza si no le dijera, tanto si lo cree como si no lo cree, tanto si es de su agrado como si no, que juzga mal al señor Matthew Pocket y a su hijo Herbert, si cree que no son generosos, leales, sinceros e incapaces de cualquier intriga o mezquindad.

—Son tus amigos —objetó la señorita Havisham.

—Me ofrecieron su amistad —repliqué— precisamente cuando pensaban que les había perjudicado en sus intereses, y cuando vi a la señorita Sarah Pocket, ni la señorita Georgiana ni la señora Camilla eran amigas mías, pienso yo.

Observé con satisfacción que este contraste de los Pocket con los demás parecía impresionarla. Me miró por unos instantes, y dijo:

—¿Qué quieres para ellos?

—Solamente —le contesté— que no los confunda con los demás. Es posible que tengan la misma sangre, pero créame usted, no tienen el mismo carácter.

Sin dejar de mirarme atentamente, la señorita Havisham repitió:

—¿Qué quieres para ellos?

—No alcanza mi astucia, ya lo ve usted —le dije en respuesta, sintiendo que me ruborizaba un poco—, a poder ocultarle, aunque me lo propusiera, que deseo algo. Señorita Havisham, si pudiera usted disponer del dinero necesario para hacer a mi amigo Herbert un favor para toda la vida, pero que, dada la naturaleza del caso, debería hacerse sin que él se enterara, yo podría indicarle a usted el modo.

—¿Por qué ha de hacerse sin que él se entere? —preguntó, apoyando las manos en su bastón a fin de mirarme con mayor atención.

—Porque —respondí— yo mismo empecé a prestarle este servicio hace más de dos años, sin que él lo supiera, y no quiero que descubra lo que he hecho por él. No puedo explicar la razón por la cual no me es posible terminar lo empezado. Forma parte del secreto que no me pertenece.

Poco a poco, la señorita Havisham apartó de mí su mirada y la volvió hacia el fuego. Después de contemplarlo por espacio de lo que, en medio del silencio reinante y a la luz de las bujías que se consumían lentamente, pareció un largo rato, se sobresaltó con el ruido de unas brasas al desplomarse y volvió a mirarme, primero casi sin verme, y luego con interés cada vez mayor. Mientras tanto, Estella no había dejado de hacer calceta. Cuando la señorita Havisham hubo centrado en mí su atención, dijo, hablando como si no hubiese habido interrupción en nuestro diálogo:

—¿Qué más?

—Estella —añadí, volviéndome entonces hacia la joven y tratando de dominar el temblor de mi voz—, ya sabes que te amo. Ya sabes que te he amado siempre con toda el alma.

Ella dirigió la vista a mi rostro al verse interpelada de este modo, sin abandonar la labor, y me miró con expresión inmutable. Vi que la señorita Havisham nos observaba, fijando alternativamente los ojos en cada uno de nosotros.

—Te lo habría dicho antes, de no haber sido por el error en que me hallaba. Éste me inducía a creer que la señorita Havisham nos tenía destinados el uno para el otro. Mientras pensé que tú, por decirlo así, no tenías más remedio que obedecer, me abstuve de hablar; pero ahora debo decírtelo.

Siempre serena, y sin cesar de mover los dedos, Estella movió la cabeza.

—Ya sé —dije en respuesta a aquel ademán—, ya sé que no tengo la esperanza de poder llamarte mía, Estella. Ignoro lo que será de mí muy pronto, lo pobre que seré o adónde tendré que ir. Sin embargo, te amo. Te amo desde que te vi por primera vez en esta casa.

Mirándome con inquebrantable serenidad y sin dejar de mover los dedos, movió de nuevo la cabeza.

—Habría sido cruel, por parte de la señorita Havisham, haber jugado con la sensibilidad de un pobre muchacho y haberme torturado durante estos largos años con una esperanza vana y un cortejo inútil, en caso de que hubiera reflexionado acerca de lo que hacía. Pero creo que no pensó en eso. Creo que sus propios sufrimientos le hicieron olvidar los míos, Estella.

Vi que la señorita Havisham se llevaba la mano al corazón y la dejaba allí mientras seguía mirándonos, alternativamente, a Estella y a mí.

—Parece —dijo Estella— que existen sentimientos e ilusiones (no sé cómo llamarlos) que no puedo comprender. Cuando dices que me amas, entiendo lo que esto significa, como una frase hecha, pero nada más. No le dices nada a mi corazón; no conmueves nada en él. No me interesa lo que puedas decir. Muchas veces he tratado de advertirte de ello, ¿no es cierto?

—Sí —contesté tristemente.

—Sí. Pero no querías darte por avisado, porque creías que no hablaba en serio. ¿Es verdad o no?

—Creía y confiaba estar en lo cierto, que no era posible que hablases en serio. ¡Tú, tan joven, tan feliz y tan hermosa, Estella! Ciertamente, eso es algo que está en desacuerdo con la naturaleza.

—Está en mi naturaleza —replicó. Y luego añadió significativamente—: Está en la naturaleza que han formado en mí. Hago una gran diferencia entre tú y la demás gente cuando te digo esto. Más, no puedo hacer.

—¿No es cierto —pregunté— que Bentley Drummle está en la villa y te corteja?

—Es verdad —contestó ella, refiriéndose a él con la indiferencia del supremo desdén.

—¿Es cierto que alientas sus pretensiones, que sales a caballo en su compañía y que él va a cenar contigo esta misma noche?

Pareció algo sorprendida de que yo supiera eso, pero de nuevo contestó:

—Es cierto.

—¡Tú no puedes amarle, Estella!

Sus dedos se quedaron quietos por vez primera cuando me respondió con enojo:

—¿Qué te dije antes? ¿Sigues creyendo, a pesar de todo, que no hablo con sinceridad?

—Pero ¿tú no te casarías nunca con él, Estella?

Miró a la señorita Havisham y reflexionó un momento, con la labor entre las manos. Luego exclamó:

—¿Por qué no decir la verdad? Voy a casarme con él.

Escondí la cara entre las manos, pero logré dominarme mejor de lo que esperaba, dada la angustia que me causaba oírle estas palabras. Cuando volví a levantar el rostro, advertí tan espantosa mirada en el de la señorita Havisham que me quedé impresionado, aun en medio del terrible dolor que me embargaba.

—Estella, querida Estella, no permitas que la señorita Havisham te lleve a dar ese paso fatal. Recházame para siempre (ya lo has hecho y no lo olvido), pero entrégate a alguien más digno que Drummle. La señorita Havisham te entrega a él como el mayor desprecio y la mayor injuria que se puede hacer a tus muchos admiradores, mejores que Drummle, y a los pocos que verdaderamente te aman. Entre esos pocos puede haber alguno que te quiera tanto como yo, aunque ninguno que te quiera desde hace tanto tiempo. ¡Cásate con él y por el amor que te tengo lo soportaré mejor!

Mi vehemencia pareció despertar en ella un asombro que parecía mezclado de compasión, como si hubiera llegado a comprenderme algo.

—Voy a casarme con él —dijo en tono más afectuoso—. Se están haciendo los preparativos para mi boda y me casaré pronto. ¿Por qué mezclas injuriosamente en todo eso el nombre de mi madre adoptiva? Esto es cosa mía.

—¿Es cosa tuya, Estella, entregarte a una bestia?

—¿A quién quieres que me entregue? —respondió con una sonrisa—. ¿Acaso al hombre que más pronto hubiera de sentir (si es que la gente siente estas cosas) que no le había aportado nada en absoluto? ¡Vamos! Viviré bien y mi marido igualmente. Y en cuanto a llevarme a lo que llamas ese paso fatal, has de saber que la señorita Havisham preferiría que esperara y no me casara tan pronto; pero estoy cansada de la vida que he llevado hasta ahora, que tiene muy pocos encantos para mí, y deseo cambiarla. No hablemos más, porque nunca podremos comprendernos.

—¡Una bestia tan ruin y tan estúpida! —exclamé desesperado.

—No temas que vaya a ser una bendición para él —dijo Estella—. No seré nada de eso. Y ahora aquí tienes mi mano. ¿Nos despediremos ahora, muchacho visionario… u hombre?

—¡Oh, Estella! —respondí, mientras, por más que hiciera por contenerlas, amargas lágrimas caían de mis ojos sobre su mano—. Aunque me quedara en Inglaterra y pudiera levantar la cabeza como los demás, ¿cómo podría resignarme a verte convertida en esposa de Drummle?

—¡Tonterías! —dijo—. Eso pasará en poco tiempo.

—¡Jamás, Estella!

—Dentro de una semana me habrás olvidado.

—¡Que te habré olvidado! Eres parte de mí mismo. Has estado en cada una de las líneas que he leído, desde que vine aquí por vez primera, cuando era un muchacho ordinario y rudo, cuyo pobre corazón ya heriste entonces. Has estado en todas las esperanzas que desde entonces he tenido… en el río, en las velas de los barcos, en los marjales, en las nubes, en la luz, en la oscuridad, en el viento, en los bosques, en el mar, en las calles. Has sido la encarnación de cualquier graciosa fantasía que mi mente haya conocido. Las piedras de que están hechos los más sólidos edificios de Londres no son más reales, ni más imposibles de mover para ti de lo que han sido y serán para mí, allí y en todas partes, tu presencia y tu influencia. Hasta la última hora de tu vida, Estella, no tienes más remedio que seguir siendo parte de mí mismo, parte del poco bien o del mal que exista en mí. Pero en el momento de separarnos, te asocio solamente con el bien, y fielmente te recordaré confundida con él, porque, a pesar del vivo dolor que ahora siento, tienes que haberme hecho más bien que mal. ¡Oh, Dios te bendiga, y Dios te perdone!

No sé en qué paroxismo de infelicidad llegué a pronunciar estas entrecortadas palabras. La rapsodia manaba dentro de mí como la sangre de una herida interna, y brotaba al exterior. Llevé su mano a mis labios sosteniéndola allí unos momentos y luego me alejé. Pero siempre recordé —y pronto con mayor razón— que, así como Estella me miraba con incrédulo asombro, el rostro espectral de la señorita Havisham, que seguía con la mano apoyada en su corazón, parecía resolverse en una espectral mirada de compasión y remordimiento.

¡Todo había acabado! ¡Todo estaba perdido! Tanto era lo acabado y perdido que cuando salí de la casa la misma luz del día me pareció más oscura que al entrar. Por unos momentos me oculté pasando por veredas y callejas, y luego emprendí a pie el camino de Londres. Porque en aquel punto me había recobrado lo suficiente para pensar que no podía volver a la posada y encontrarme con Drummle, que no podría soportar ir sentado en el coche y que me hablaran los viajeros; que no podía hacer nada mejor que extenuarme de fatiga.

Era más de medianoche cuando crucé el Puente de Londres. Siguiendo las calles estrechas e intrincadas que en aquel tiempo se dirigían hacia el oeste, cerca de la ribera correspondiente a Middlesex, el rumbo más directo hacia el Temple era siguiendo la orilla del río, a través de Whitefriars. No me esperaban hasta la mañana siguiente, pero tenía mis llaves y, aunque Herbert se hubiera acostado, podía entrar sin molestarle.

Como raras veces entraba por la verja de Whitefriars después de estar cerrada la del Temple, y, por otra parte, iba cansado y lleno de barro, no tomé a mal que el portero me examinara con la mayor atención, mientras tenía abierta la verja para que entrase. A fin de auxiliar su memoria, pronuncié mi nombre.

—No estaba muy seguro, señor, pero me lo parecía. Aquí hay una carta, señor. El mensajero que la trajo dijo que tal vez usted tendría la amabilidad de leerla a la luz de mi farol.

Muy sorprendido por esta indicación, tomé la carta. Estaba dirigida al señor Philip Pip, y en la parte superior del sobrescrito se veían las palabras: «TENGA LA BONDAD DE LEER LA CARTA AQUÍ». La abrí mientras el vigilante sostenía el farol, y dentro hallé una línea, de letra de Wemmick, que decía:

«NO VAYA A SU CASA.»

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Alejándome de la verja del Temple no bien hube leído este aviso, me encaminé hacia Fleet Street, donde tomé un coche de punto retrasado, y en él me hice llevar al Hummums, en Covent Garden. En aquellos tiempos siempre se podía encontrar allí una cama a cualquier hora de la noche, y el guardián, haciéndome entrar por su postigo siempre abierto, encendió la primera bujía de la fila que había en un estante, y me acompañó al primero de los dormitorios que tenía en lista. Era una especie de bóveda en la parte posterior de la planta baja, con una cama que parecía un despótico monstruo de cuatro patas, pues ocupaba así toda la habitación, con una de sus arbitrarias patas en la chimenea y otra en el umbral, aplastando en un rincón, como por una especie de derecho divino, al mísero palanganero.

Como había pedido luz para toda la noche, el vigilante, antes de dejarme solo, me trajo la buena, vieja y constitucional bujía de médula de junco bañada en cera que se usaba en aquellos virtuosos tiempos —un objeto parecido al fantasma de un bastón que instantáneamente se rompía si lo tocaban, en el cual no se podía encender nada, y que se hallaba estrechamente confinado al fondo de una alta torre de hojalata, provista de agujeros redondos que proyectaban un curioso dibujo, lleno de ojos vigilantes, en la pared—. Una vez metido en la cama, con los pies doloridos, cansado y triste, vi que no podía pegar los ojos, ni conseguir que los cerrara de aquel estúpido Argos. Y así, en lo profundo y negro de la noche, nos quedamos los dos mirándonos cara a cara.

¡Qué noche tan triste! ¡Cuán llena de ansiedades, y cuán lúgubre e interminable! Había en la estancia un tufo inhóspito de hollín frío y polvo caliente y, mirando hacia los ángulos del baldaquín que tenía sobre la cabeza, me preguntaba cuántas moscas de la carnicería, y tijeretas del mercado y gorgojos del campo, debían de esconderse allí en espera del verano. Esto me llevó a pensar si alguno de estos bichos se dejaba caer alguna vez, y llegué a imaginarme que sentía leves caídas sobre mi rostro; un desagradable giro del pensamiento que me hacía temer otras y más desagradables aproximaciones a lo largo de mi espalda.

Al cabo de un rato de vigilia, empezaron a dejarse oír aquellas voces extraordinarias de que está lleno el silencio. Susurraba el armario, suspiraba la chimenea, temblaba el palanganero, y una cuerda de guitarra sonaba de vez en cuando en un cajón de la cómoda. Al mismo tiempo adquirían nueva expresión los ojos de la pared, y en cada uno de aquellos círculos que me miraban veía escritas las palabras: «No vaya a su casa».

Cualesquiera que fueran las fantasías nocturnas que me asaltaban o los ruidos que llegaban a mis oídos, nada podía alejar de mi cabeza ese: «No vaya a su casa». Estas palabras se entremezclaban en todos mis pensamientos, como podía haber hecho un dolor corporal. No hacía mucho había leído en los periódicos que un caballero desconocido había ido una noche al Hummums, había tomado una habitación y se había suicidado, y a la mañana siguiente lo habían encontrado sobre un charco de sangre. Se me ocurrió que podía haber ocupado aquella misma pieza donde yo me hallaba y me levanté para asegurarme de que no había manchas rojas por allí; luego abrí la puerta para inspeccionar el corredor y reanimarme contemplando el resplandor de una luz lejana, cerca de la cual sabía que dormitaba el vigilante. Pero en todo este tiempo, por qué no podía ir yo a mi casa, qué habría ocurrido en ella, cuándo volvería yo allí, y si Provis estaba sano y salvo en su alojamiento, eran cuestiones que ocupaban mi espíritu tan activamente que uno debería creer que no podían dejar lugar para ningún otro tema. Y hasta cuando pensaba en Estella, y en cómo nos habíamos despedido para siempre, y cuando recordaba todos los detalles de la despedida, sus miradas, el tono de sus palabras y el movimiento de sus dedos mientras bordaba, aun entonces me sentía perseguido por la advertencia: «No vaya a su casa». Cuando, por fin, agotado de cuerpo y de espíritu, me adormecí, aquella frase se convirtió en un verbo oscuro e inacabable que tenía que conjugar. Modo imperativo, tiempo presente: No vaya a su casa. No vaya a casa. No vayamos a casa. No vayáis a casa. No vaya a casa. Luego, en modo potencial, con auxiliares: No puedo y no debo ir a casa. No podría, no debería ir a casa. Hasta que, sintiendo que iba a volverme loco, di media vuelta sobre la almohada y me quedé mirando los círculos de luz de la pared.

Había dicho que me llamaran a las siete, porque, evidentemente, debía ver a Wemmick antes que a nadie más, y, evidentemente también, éste era un caso para el que sólo interesaban las opiniones que él pudiese expresar en Walworth. Fue para mí un alivio abandonar aquella estancia donde había pasado tan horrible noche, y no necesité una segunda llamada para saltar de la cama.

A las ocho de la mañana me hallaba ante las murallas del castillo. Como en aquel momento entró la criadita con dos panecillos calientes, pasé la poterna en su compañía y crucé el puente en su compañía, y así llegué sin ser anunciado a presencia del señor Wemmick, que estaba haciendo el té para sí y para su anciano padre. Una puerta abierta ofrecía una perspectiva del Anciano todavía en la cama.

—¡Hola, señor Pip! —dijo Wemmick—. ¿Ya ha vuelto usted?

—Sí —respondí—; pero fui a casa.

—Perfectamente —dijo frotándose las manos—. Por previsión, dejé una carta para usted en cada una de las verjas del Temple. ¿Por qué verja entró?

Se lo dije.

—Durante el día me daré una vuelta por las demás y romperé las cartas —dijo Wemmick—. Siempre está bien no dejar pruebas escritas, si puede ser, porque nadie sabe dónde pueden ir a parar. Voy a tomarme una libertad con usted. ¿Le importaría asar esa salchicha para el Anciano?

Le contesté que lo haría encantado.

—Pues entonces, Mary Anne, puedes ir a tus quehaceres —dijo Wemmick a la criadita—. Así nos quedamos solos y sin que nadie pueda oírnos, ¿no es verdad, señor Pip? —añadió, haciéndome un guiño en cuanto se alejó la muchacha.

Le di las gracias por esta prueba de amistad y previsión y seguimos en voz baja la conversación, mientras yo asaba la salchicha y él untaba con mantequilla el pan del Anciano.

—Ahora, señor Pip —dijo Wemmick—, ya sabe que usted y yo nos entendemos muy bien. Estamos aquí con carácter personal y particular y ya antes de hoy hemos tratado asuntos confidenciales. Los sentimientos oficiales son otra cosa. Aquí estamos en plan extraoficial.

Asentí cordialmente. Estaba tan nervioso que había dejado que la salchicha del Anciano ardiera como una antorcha, y tuve que soplar para apagarla.

—Ayer por la mañana oí por casualidad —dijo Wemmick—, hallándome en cierto lugar a donde le llevé una vez… Aunque sea entre nosotros, es mejor no mencionar nombre alguno, si es posible.

—Mucho mejor. Le comprendo a usted.

—Allí, pues, oí por casualidad —prosiguió Wemmick— que cierta persona no del todo ajena a los negocios coloniales y no desprovista de bienes portátiles… (no sé en realidad quién pueda ser; no vamos a nombrar a esta persona…).

—No es necesario —dije.

—… había causado cierta sensación en determinada parte el mundo, a donde va bastante gente, no siempre para satisfacer la propia inclinación, y no sin causar gastos al gobierno…

Ocupado en observar su rostro, convertí la salchicha en unos fuegos artificiales, distrayendo en gran manera mi atención y la del señor Wemmick, por lo cual le ofrecí mis excusas.

—… desapareciendo de aquel lugar, sin que se sepa dónde ha ido a parar, aunque —añadió Wemmick— sobre esto se han hecho conjeturas y se han aventurado opiniones. También he oído decir que usted y sus habitaciones en Garden Court, Temple, habían sido vigiladas y podían serlo de nuevo.

—¿Por quién? —pregunté.

—No entraré en estos detalles —dijo evasivamente Wemmick—; eso podría chocar con mis deberes oficiales. Lo oí, como tantas otras cosas curiosas que he oído en el mismo sitio. No le comunico ningún informe recibido. Lo oí, y nada más.

Mientras hablaba tomó de las manos el tenedor que sostenía la salchicha y dispuso con arte el desayuno del Anciano en una bandeja. Antes de servírselo entró en el dormitorio con una servilleta limpia, se la ató por debajo de la barba, le ayudó a sentarse en la cama y le ladeó el gorro de dormir, lo cual le dio cierto aire de libertino. Luego, con mucho cuidado, le puso el desayuno delante y dijo:

—¿Está usted bien, padre?

—¡Muy bien, John, muy bien! —respondió el alegre Anciano. Y como parecía haber la inteligencia tácita de que el Anciano no estaba presentable y, por consiguiente, había que considerarle como invisible, yo fingí no haberme dado cuenta de nada.

—Esta vigilancia de mi casa (una vez tuve ya motivo para sospechar) —dije a Wemmick cuando volvió a mi lado— es inseparable de la persona a quien se ha referido usted, ¿no es cierto?

Wemmick se puso muy serio.

—A juzgar por lo que sé, no puedo asegurarlo. Es decir, no puedo asegurar que al principio lo fuera; pero lo es o lo será, o está en gran peligro de serlo.

Como vi que por fidelidad a Little Britain se abstenía de decir lo que sabía, y como comprendí, agradeciéndoselo mucho, cuánto se había apartado de sus costumbres al decirme lo que había oído, no quise apremiarle más. Pero luego de meditar un poco ante el fuego, le dije que me gustaría hacerle una pregunta que podía contestar o no, según le pareciera mejor, en la seguridad de que lo que hiciera se daría por bien hecho. Interrumpió su desayuno, cruzó los brazos y, cerrando las manos sobre las mangas de la camisa (pues su idea de la comodidad doméstica era andar por casa sin frac), movió afirmativamente la cabeza para indicarme que esperaba la pregunta.

—¿Ha oído usted hablar de un hombre de mala nota cuyo nombre verdadero es Compeyson?

Dijo que sí con la cabeza.

—¿Vive?

Volvió a indicar que sí.

—¿Está en Londres?

De nuevo indicó que sí, comprimió extremadamente el buzón de su boca y, haciéndome un último signo afirmativo, siguió con su desayuno.

—Ahora —dijo luego—, ya que ha terminado el interrogatorio —y repitió estas palabras para que me sirvieran de advertencia—, vamos a lo que hice después de oír lo que oí. Fui en busca de usted a Garden Court y, no hallándole, fui a casa de Clarriker, en busca del señor Herbert.

—¿Lo encontró usted? —pregunté con ansiedad.

—Lo encontré. Sin mencionar nombres ni dar detalles, le di a entender que si estaba enterado de que alguien, Tom, Jack o Richard, se hallaba en las habitaciones de ustedes o en sus cercanías, lo mejor que podía hacer era alejar a Tom, Jack o Richard durante la ausencia de usted.

—Debió de verse en un aprieto pensando lo que había que hacer.

—En un aprieto se vio; con mayor motivo, cuando le manifesté mi opinión de que, de momento, no sería muy prudente alejar demasiado a Tom, Jack o Richards. Señor Pip, voy a decirle una cosa. En las actuales circunstancias no hay nada como una gran ciudad una vez se está ya en ella. No se precipiten ustedes. Quédense tranquilos. Espere a que mejoren las cosas, antes de buscar el aire libre, aunque sea en el extranjero.

Le di las gracias por sus valiosos consejos y le pregunté qué había hecho Herbert.

—El señor Herbert —dijo Wemmick—, después de pasar media hora como aturdido, dio con un plan. Me comunicó en secreto que corteja a una joven quien, como ya sabrá usted, tiene a su papá en cama. Este papá, habiéndose dedicado en su tiempo al aprovisionamiento de barcos, tiene la cama en un mirador desde donde puede ver las embarcaciones que van y vienen por el río. Tal vez conoce usted ya a esa señorita.

—Personalmente, no —le respondí.

La verdad era que ella me había considerado siempre como un compañero demasiado costoso que no hacía ningún bien a Herbert, de modo que, cuando éste le habló de presentarme, la joven acogió la idea con tan poco calor que él se creyó obligado a confesarme el estado del asunto, indicando la conveniencia de dejar pasar algún tiempo antes de insistir. Cuando empecé a mejorar en secreto el porvenir de Herbert, pude soportar esto con alegre filosofía; por su parte, tanto él como su prometida no habían sentido, como es natural, grandes deseos de introducir a una tercera persona en sus entrevistas; y así, aunque se me dijo que había progresado mucho en la estimación de Clara, y aunque ésta y yo hacía tiempo que cambiábamos regularmente recuerdos y saludos por mediación de Herbert, yo no la había visto nunca. Sin embargo, no molesté a Wemmick con estos detalles.

—Estando la casa con el mirador —siguió diciendo Wemmick— junto al río, entre Limehouse y Greenwich, y perteneciendo, según parece, a una respetable viuda que tiene un último piso, amueblado, sin alquilar, el señor Herbert me preguntó qué me parecía el piso en cuestión como albergue transitorio para Tom, Jack o Richard. Me pareció muy bien por tres razones que le voy a decir. Primera: está apartado de los sitios que usted puede frecuentar y lejos de toda aglomeración de calles, grandes o pequeñas. Segunda: sin necesidad de ir en persona, puede estar al corriente de lo que hace Tom, Jack o Richard, por medio del señor Herbert. Tercera: después de algún tiempo, y cuando parezca prudente, si quiere usted colar a Tom, Jack o Richard a bordo de algún buque extranjero, lo tendrá usted allí… a mano.

Muy consolado por aquellas consideraciones, di efusivamente las gracias a Wemmick y le rogué que continuase.

—Pues bien. El señor Herbert puso manos a la obra con decisión y a las nueve de la noche de ayer trasladó a Tom, Jack o Richard (quienquiera que sea, ni usted ni yo deseamos saberlo) con todo éxito. En su antiguo alojamiento dijeron que le requerían en Dover y, en efecto, tomaron la carretera de Dover, para torcer luego por una esquina. Tuvo esto otra gran ventaja, y es que se llevó a cabo sin usted, de modo que si alguien le seguía los pasos podrá decir que usted se hallaba a muchas millas de distancia y ocupado en otros asuntos. Eso desvía las sospechas y las confunde; por la misma razón le recomendé que no fuese a su casa, si regresaba anoche. Esto confunde más las cosas y usted necesita, precisamente, que haya confusión.

Wemmick, que había terminado el desayuno, consultó su reloj y empezó a ponerse el frac.

—Y ahora, señor Pip —dijo con las manos todavía dentro de las mangas—, probablemente he hecho ya cuanto me era posible; pero si puedo hacer algo más, desde el punto de vista de Walworth y de un modo estrictamente personal y particular, tendré el mayor gusto en ello. Aquí están las señas. No habrá inconveniente en que vaya usted esta noche a ver por sí mismo si todo anda bien con Tom, Jack o Richard, antes de irse a su propia casa, lo cual es otra razón para que ayer noche no fuera a ella. Pero en cuanto esté en su propio domicilio, no vuelva por aquí. Me he alegrado mucho de verle, señor Pip —sus manos habían salido ya de las mangas y yo se las estrechaba—, y, finalmente, deje que le diga una cosa importante. —Me puso las manos en los hombros y añadió en voz baja y solemne—: Aproveche usted esta misma noche para apoderarse de sus bienes portátiles. Usted no sabe lo que puede ocurrirle a él. No deje que ocurra nada a los bienes portátiles.

Desesperando por completo de poder hacer comprender a Wemmick mi opinión acerca del particular, no lo intenté siquiera.

—Es la hora —dijo Wemmick— y he de marcharme. Si no tiene usted nada más importante que hacer hasta que oscurezca, le aconsejaría que se quedara aquí hasta entonces. Parece usted muy preocupado, y no le irá mal pasar un día perfectamente tranquilo con mi anciano padre, que se levantará en breve, y probar un poco de… ¿se acuerda usted del cerdo?

—Naturalmente —le dije.

—Pues bien, un poco de él. La salchicha que asó usted era suya, y, en todos los aspectos, el animal ha resultado de primera. Pruébelo, aunque no sea más que por hacer honor al hecho de haberlo conocido. ¡Adiós, padre! —añadió gritando alegremente.

—¡Está bien, John, está bien! —contestó el Anciano desde dentro.

Pronto me quedé dormido ante el fuego de Wemmick, y el Anciano y yo disfrutamos de nuestra mutua compañía, pasando casi todo el día en un sueño. Para comer tuvimos lomo de cerdo y verduras cosechadas en la propiedad, y yo hacía reverencias en obsequio del Anciano, siempre que no las hacía a impulsos del sueño. Al oscurecer dejé al viejo preparando el fuego para tostar el pan; y por el número de las tazas de té, así como por las miradas que mi compañero dirigía a las dos puertecillas de la pared, colegí que se esperaba a la señorita Skiffins.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Las ocho de la noche habían dado cuando penetré en la atmósfera impregnada, y no desagradablemente, del olor a serrín y virutas de los astilleros y carpinterías de ribera de la orilla del río. Toda aquella región fluvial del alto y bajo Fool era para mí país desconocido, y cuando llegué junto al río vi que el sitio que buscaba no estaba donde yo creía, ni era fácil de encontrar. Le llamaban Mill Pond Bank Chink's Basin, y no tenía otra pista para llegar a Chink's Basin que la cordelería del Viejo Cobre Verde.

¿Para qué detallar entre qué naves averiadas que reparaban en diques secos fui a extraviarme, entre qué viejos cascos a punto de ser desguazados, entre cuánto légamo y desperdicios de toda clase depositados por la marea, entre qué patios de astillero, entre cuántas áncoras herrumbrosas que mordían ciegamente la tierra olvidadas desde hacía años, entre qué montañas de barricas y maderos, entre cuántas cordelerías que no eran la cordelería del Viejo Cobre Verde? Después de pararme varias veces antes de mi lugar de destino y de pasar de largo otras, di inesperadamente, a la vuelta de una esquina, con Mill Pond Bank. Era, después de todo, un lugar fresco y oreado, donde el viento del río tenía espacio para revolverse a placer; con dos o tres árboles, el esqueleto de un molino de viento y la cordelería del Viejo Cobre Verde, cuya larga y estrecha perspectiva podía distinguir a la luz de la luna, junto con una serie de armazones de madera que parecían otros tantos rastrillos viejos que hubiesen perdido la mayor parte del dentado.

Escogiendo, entre las pocas y extrañas casas que había en Mill Pond Bank, una que tenía la fachada de madera y tres pisos con ventanas salientes (y no miradores, que son una cosa distinta), miré la placa de la puerta y en ella leí el nombre de la señora Whimple. Como éste era el que buscaba, llamé y apareció una mujer entrada en años, de aspecto agradable y próspero. Pronto fue sustituida por Herbert, quien, silenciosamente, me llevó a la sala y cerró la puerta. Me causaba una rara impresión ver aquel rostro amigo y tan familiar, establecido como en su casa, en un barrio y una vivienda completamente extraños para mí, y me sorprendí mirándole de la misma manera que miraba el armarito de un rincón, lleno de piezas de cristal y de porcelana, los caracoles y las conchas de la chimenea, los grabados iluminados que se veían en las paredes, que representaban la muerte del capitán Cook, la botadura de un buque, y Su Majestad el rey Jorge III en la terraza de Windsor, con una peluca de cochero de gala, pantalones cortos de piel y botas altas.

—Todo va bien, Händel —dijo Herbert—. Él está satisfecho, aunque muy deseoso de verte. Mi prometida está con su padre, y si esperas a que baje te la presentaré y luego iremos arriba. Ése… es su padre.

Acababa de percibir unos alarmantes gruñidos, procedentes del piso superior, y acaso la expresión de mi rostro lo había dejado entender.

—Temo que ese hombre sea un viejo sinvergüenza —dijo Herbert sonriendo—; pero nunca lo he visto. ¿No hueles a ron? Siempre está bebiendo.

—¿Ron?

—Sí —contestó Herbert—, y ya puedes suponer lo que eso alivia la gota. Tiene el mayor empeño en guardar en su habitación todas las provisiones y distribuirlas personalmente. Las guarda en unos estantes que tiene en la cabecera de la cama y las pesa cuidadosamente. Su habitación debe de parecer un colmado.

Mientras hablaba así, el gruñido se convirtió en un rugido prolongado, que se extinguió gradualmente.

—¿Qué otra puede ser la consecuencia —dijo Herbert a guisa de explicación— si se empeña en cortar el queso? Un hombre con la mano derecha (y casi todo el cuerpo) cargado de gota no puede tener la pretensión de partir un queso Double Gloucester sin hacerse daño.

Seguramente el viejo se había hecho mucho daño, pues dejó oír otro furioso rugido.

—Tener al señor Provis como inquilino del último piso —dijo Herbert— es para la señora Whimple una verdadera chiripa, pues pocas personas resistirían este ruido. Es un sitio curioso, ¿no es cierto, Händel?

Realmente lo era; pero estaba notablemente limpio y ordenado.

—La señora Whimple —replicó Herbert cuando le hice esa observación— es una excelente ama de casa, y en verdad no sé lo que haría Clara sin su ayuda maternal. Porque Clara no tiene madre, Händel, ni otro pariente en el mundo que el viejo Gruñón.

—Seguramente no es éste su nombre, Herbert.

—No —contestó mi amigo—, es el que yo le doy. Se llama Barley. Es una bendición para el hijo de mis padres amar a una muchacha que no tiene parientes y que no tiene por qué molestarse ni molestar a nadie en lo relativo a su familia.

Herbert me había contado en otras ocasiones, y ahora me lo recordó, que conoció a Clara cuando ésta completaba su educación en una escuela de Hammersmith, y que cuando tuvo que volver a su casa para cuidar a su padre, ambos jóvenes confesaron su afecto a la maternal señora Whimple, quien desde entonces los protegió y reglamentó sus relaciones con tanta bondad como discreción. Era cosa entendida que nada que tuviera un carácter sentimental podía ser contado al señor Barley, pues éste no se hallaba en estado de tomar en consideración ningún tema más psicológico que la gota, el ron y las provisiones de víveres.

Mientras hablábamos así en voz baja, en tanto que el continuo gruñir del viejo Barley hacía vibrar la viga que cruzaba el techo, se abrió la puerta de la estancia y apareció una linda muchacha, esbelta, de ojos negros, como de veinte años de edad, que llevaba un cesto en la mano. Herbert, tiernamente, le cogió el cesto, y ruborizándose, me la presentó como «Clara». Realmente era una joven encantadora y podía habérsela tomado por un hada cautiva a quien aquel truculento ogro de Barley hubiese sometido a su servicio.

—Mira —dijo Herbert, mostrándome el cesto con compasiva y tierna sonrisa, después de haber hablado un poco—. Aquí está la cena de la pobre Clara, que todas las noches le entrega su padre. Aquí tienes su ración de pan, su poquito de queso y su ron… que me bebo yo. —Éste es el desayuno del señor Barley para mañana, entregado para que se lo guisen. Dos chuletas de carnero, tres patatas, algunos guisantes, un poco de harina, dos onzas de mantequilla, un poco de sal, y toda esa pimienta. Hay que guisárselo todo junto y servírselo caliente, y me imagino lo bueno que debe de ser para la gota.

Había algo tan natural y placentero en la resignación con que miraba en detalle aquellas provisiones a medida que Herbert las iba enumerando, y algo tan confiado, amoroso e inocente en su modesta manera de abandonarse al brazo de Herbert que la rodeaba, y algo tan dulce en ella misma, tan necesitado de protección en aquel Mill Pond Bank, junto a Chink's Basin y la cordelería del Viejo Cobre Verde, con el viejo Barley haciendo temblar las vigas con sus gruñidos, que ni por todo el contenido de aquella cartera que aún no había abierto habría querido romper sus relaciones con mi amigo.

Contemplaba a la joven con placer y con admiración cuando, de pronto, el gruñido del piso superior volvió a convertirse en un rugido y se oyeron unos golpes terribles, como si un gigante con una pierna de palo tratase de traspasar el techo con ella. Al oírlo, Clara le dijo a Herbert:

—Papá me necesita.

Y salió de la estancia.

—Esto es un viejo tiburón sin conciencia —dijo Herbert—. A ver si sabes lo que quiere ahora, Händel.

—No sé —respondí—. ¿Algo de beber?

—¡Exactamente! —respondió Herbert, como si adivinarlo hubieratenido un mérito extraordinario—. Tiene su grog preparado en una ponchera sobre la mesa. Aguarda. ¡Ahí va! —Otro rugido que terminó en un prolongado trémolo—. Ahora —dijo Herbert, como siguiera un silencio — está bebiendo. Ahora —dijo Herbert como el gruñido volviese a resonar en la viga— se ha vuelto a acostar.

Habiendo regresado Clara al cabo de poco, Herbert me llevó arriba a ver a nuestro recluso. Al pasar por delante de la puerta del señor Barley, le oímos murmurar con voz ronca, en un tono que crecía y amainaba como el viento, la siguiente canción, en la cual he sustituido por bendiciones cosas que eran precisamente lo contrario.

—¡Hola! ¡Benditos sean vuestros ojos, aquí está el viejo Bill Barley! ¡Aquí está el viejo Bill Barley, benditos sean vuestros ojos! ¡Aquí está el viejo Bill Barley, tendido de espaldas, bendito sea Dios! ¡Tendido de espaldas como un viejo lenguado muerto! ¡Aquí está el viejo Bill Barley, benditos sean vuestros ojos! ¡Hola! ¡Bendito sea Dios!

Según me dijo Herbert, con esta consoladora canción, el viejo se entretenía de día y de noche, a menudo, mientras había luz, con el ojo puesto en un telescopio adaptado a su cama para poder con él inspeccionar el río.

Encontré a Provis cómodamente instalado en sus dos habitaciones del último piso, frescas y ventiladas, y desde las cuales no se oía tanto como desde abajo el ruido que metía el señor Barley. No manifestó estar alarmado, ni parecía que lo estuviera; pero me chocó verle como amansado, de un modo indefinible, pues ni podía decir cómo, ni más adelante, por más que me esforcé en ello, pude recordar cómo; pero lo estaba.

Las reflexiones que en aquel día de descanso tuve oportunidad de hacer me llevaron a la decisión de no hablarle para nada de Compeyson, pues lo que ya sabía me hacía temer que su animosidad hacia aquel hombre le impulsara a buscarle, y a correr de este modo a su propia perdición. Por eso, en cuanto los tres estuvimos sentados ante el fuego, le pregunté ante todo si tenía confianza en los consejos y fuentes de información de Wemmick.

—¡Ya lo creo, muchacho! —contestó, con un grave ademán de asentimiento—. Bien lo sabe Jaggers.

—Pues he hablado con Wemmick —dije— y he venido para transmitir a usted los informes y los consejos que me ha dado.

Lo hice con toda exactitud, aunque con la reserva mencionada; le conté que Wemmick había oído en la prisión de Newgate (no sabía si a unos funcionarios o a unos presos) que se sospechaba de él, y que se había vigilado mi domicilio; que Wemmick estimaba conveniente que permaneciera oculto por algún tiempo y que yo me mantuviera alejado de él. Asimismo le referí lo que Wemmick opinaba acerca de su marcha al extranjero. Añadí que, desde luego, cuando llegara el momento, yo le acompañaría, o le seguiría de cerca, según nos aconsejara Wemmick. Sobre lo que ocurriría luego, no dije una palabra y, en realidad, ni lo veía muy claro yo mismo, ni me sentía muy tranquilo acerca de ello, ahora que le veía a él en aquel estado de docilidad y en manifiesto peligro por mi culpa. En cuanto a alterar mi modo de vivir, aumentando mis gastos, le hice comprender que, dado lo difícil e inseguro de nuestras circunstancias presentes, sería simplemente ridículo, si no algo peor.

No pudo negarme eso, y en realidad se portó de un modo muy razonable. Su regreso era una aventura, dijo, y siempre había contado con que lo fuese. Nada haría para hacerla más arriesgada y poco temía por su seguridad, contando con nuestra ayuda.

Herbert, que había estado reflexionando con los ojos fijos en el suelo, dijo entonces algo que se le había ocurrido, teniendo en cuenta los consejos de Wemmick, y que podía valer la pena llevar a cabo.

—Ambos somos buenos remeros, Händel, y los dos podríamos llevarle por el río en cuanto llegue el momento. Así no sería necesario alquilar ni bote ni remeros; con lo cual evitaríamos sospechas que vale la pena evitar. Nada importa que la estación no sea favorable. ¿No te parecería prudente que empezaras sin perder tiempo a tener un bote amarrado en el embarcadero del Temple y a tomar el hábito de salir a remar por el río? Una vez la gente se haya acostumbrado a verte, ¿quién hará caso de ello? Puedes dar veinte o cincuenta paseos y nada tendrá de particular que des el veintiuno o el cincuenta y uno.

Me gustó el plan, y en cuanto a Provis, se entusiasmó con él. Decidimos ponerlo en práctica y convinimos en que Provis no daría muestra de reconocernos si nos veía pasar remando por Mill Pond Bank, pero, en cambio, correría la cortina de la parte de su ventana que daba al este, para indicarnos que no había novedad.

Terminada ya nuestra conferencia y puestos de acuerdo en todo, me levanté para marcharme, indicando a Herbert que sería mejor que no regresáramos juntos a casa y que yo le precediera media hora.

—No me gusta dejarle aquí —dije a Provis—, aunque no dudo de que está más seguro en esta casa que cerca de la mía. ¡Adiós!

—Querido Pip —respondió estrechándome las manos—. No sé cuándo nos veremos de nuevo y no me gusta decir «¡adiós!». Digamos, pues, «¡buenas noches!».

—¡Buenas noches! Herbert nos servirá de correo, y cuando llegue el momento, esté usted seguro de que me encontrará. ¡Buenas noches! ¡Buenas noches!

Creímos preferible que se quedara en sus habitaciones y le dejamos en su descansillo, sosteniendo una luz para alumbrarnos mientras bajábamos la escalera. Volviéndome a mirarle, pensé en la noche de su regreso, cuando nuestras posiciones estaban invertidas y yo no podía sospechar que un día me despediría con el corazón tan lleno de ansiedad como lo hacía ahora.

El viejo Barley seguía gruñendo y blasfemando cuando pasamos ante su puerta, sin que pareciera llevar trazas de dejar de hacerlo. Cuando llegamos al pie de la escalera, le pregunté a Herbert si el otro había conservado el nombre de Provis. Me respondió que no y que el inquilino se llamaba ahora señor Campbell. Me explicó también que cuanto se sabía de él en la casa era que dicho señor Campbell había sido recomendado a Herbert, y que éste se hallaba personalmente interesado en verle bien atendido y llevando una vida retirada. Por eso al llegar a la sala donde estaban la señora Whimple y Clara dedicadas a su labor, nada dejé traslucir de mi interés por el señor Campbell.

Cuando me hube despedido de la linda y amable muchacha de los ojos negros, así como de la maternal señora que todavía era capaz de sentir una honrada simpatía por un amor juvenil y verdadero, me pareció que la cordelería del Viejo Cobre Verde se había convertido en un lugar muy distinto. El viejo Barley podía ser tan viejo como las montañas y jurar como un escuadrón de caballería, pero aún había en Chink's Basin suficiente juventud, amor y esperanza redentora para llenarlo todo hasta rebosar. Luego pensé en Estella y en nuestra despedida, y me fui a casa lleno de tristeza.

En el Temple todo seguía tan tranquilo como siempre. Las ventanas de las habitaciones de aquel lado, últimamente ocupadas por Provis, estaban oscuras y silenciosas, y en Garden Court no había ningún holgazán. Pasé dos o tres veces por delante de la fuente, antes de bajar los escalones que había de camino de mis habitaciones, pero vi que estaba completamente solo. Herbert, que entró a verme en mi cama al llegar, pues me había acostado enseguida, fatigado y deprimido como estaba, había hecho la misma observación. Después, abriendo una ventana, miró al exterior a la luz de la luna y me dijo que la calle estaba tan solemnemente desierta como la nave de cualquier catedral a aquellas horas.

Al día siguiente me ocupé en adquirir el bote. Pronto estuvo hecho, el bote fue llevado al embarcadero del Temple, y amarrado donde yo pudiera llegar en uno o dos minutos desde mi casa. Luego empecé a salir como para practicar el remo; a veces solo, a veces con Herbert. Salía a menudo, con frío, lluvia y ventisca, pero después de las primeras veces, ya nadie hacía mucho caso. Al principio no pasaba del Puente de Blackfriars; pero a medida que cambiaban las horas de la marea, empecé a dirigirme hacia el Puente de Londres. Se le llamaba en aquella época el Puente Viejo de Londres, y en ciertos momentos de la marea había allí una corriente y un desnivel que le daban mala reputación. Pero yo sabía cómo salvarlos, después de haberlo visto hacer, y así empecé a bogar entre los barcos anclados en el Pool, y río abajo hasta Erith. La primera vez que pasamos por delante de Mill Pond Bank, me acompañaba Herbert. Ambos íbamos remando, y tanto a la ida como a la vuelta vimos cómo se bajaban las cortinas de la ventana que daba al Este. Herbert iba allá, por lo menos, tres veces por semana, y nunca me trajo una sola noticia alarmante. Sin embargo, yo sabía que existían motivos para sentir inquietud y no podía desechar la sensación de que se me vigilaba. Una vez experimentada, semejante sensación se convierte en una idea fija, y yo no podría decir de cuántas inocentes personas llegué a sospechar que me vigilaban.

En una palabra, que estaba siempre lleno de temores por el temerario que vivía oculto. Herbert me había dicho a veces lo agradable que le resultaba asomarse a una de nuestras ventanas al anochecer, cuando bajaba la marea, pensando que el agua corría, con todo lo que llevaba, hacia donde vivía Clara. Pero yo pensaba que también se dirigía hacia donde vivía Magwitch, y que cualquier punto negro en su superficie podía ser la lancha de sus perseguidores, que silenciosa, rápida y seguramente iban a apoderarse de él.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Pasaron varias semanas sin cambio alguno. Aguardábamos noticias de Wemmick, pero éste no daba señales de vida. Si no le hubiera visto nunca fuera de Little Britain y no hubiera gozado del privilegio de ser recibido como un íntimo en el Castillo, podría haber llegado a dudar de él; pero conociéndole como le conocía, no lo hice ni por un momento.

Mis asuntos particulares empezaron a tomar un mal cariz y me veía apremiado por más de un acreedor. Yo mismo llegué a conocer la falta de dinero (quiero decir de dinero disponible en mi bolsillo), y así no tuve más remedio que convertir en numerario algunas joyas de las que fácilmente podía prescindir. Había decidido que sería una especie de fraude indigno aceptar más dinero de mi protector en el actual estado de incertidumbre de mis pensamientos y mis planes. Por consiguiente, valiéndome de Herbert le mandé la cartera, que no había tocado, para que la guardara él, y experimenté una especie de satisfacción (no sé si legítima o no) por el hecho de no haberme aprovechado de su generosidad desde el momento en que se dio a conocer.

A medida que pasaba el tiempo, sentí pesar en mí el presentimiento de que Estella se habría casado ya. Temeroso de ver confirmada esta sospecha, que casi era una convicción, evité la lectura de los periódicos y rogué a Herbert (a quien confié los detalles de nuestra última entrevista) que no volviese a hablarme de ella. No sé por qué quise atesorar aquel pobre jirón de mis esperanzas rotas y esparcidas al viento. El que esto lea, ¿no habrá caído en la misma inconsecuencia, el año anterior, el mes pasado o la semana última?

Era una vida triste y desdichada la mía, y mi preocupación dominante, que descollaba sobre todas las demás como una alta cumbre sobre una cordillera, jamás me abandonaba. Sin embargo, no había ningún nuevo motivo de temor. Yo podía despertar sobresaltado por las noches, con el terror aún reciente de que le hubieran descubierto; podía quedarme sentado, esperando oír los pasos de Herbert al volver, con el temor de que fueran más rápidos y portadores de malas noticias; todo eso y mucho más por el estilo no impedía que las cosas fueran marchando como siempre. Condenado a la inacción y a un estado permanente de inquietud e incertidumbre, iba remando en mi bote y esperaba, esperaba, esperaba, como podía.

Había ocasiones en que, después de haber remado río abajo, el estado de la marea me impedía volver a pasar por debajo del Puente Viejo de Londres. Entonces dejaba el bote en un muelle cerca de la Aduana, para que me lo llevaran al lugar donde solía dejarlo amarrado. No me dolía tener que hacer esto, pues me servía para que, tanto yo como mi bote, fuéramos una vista familiar para la gente que vivía o trabajaba a orillas del río. De ello resultaron dos encuentros que voy a referir.

Una tarde, a últimos de febrero, desembarqué en el muelle al anochecer. Aprovechando la bajamar había llegado hasta Greenwich y volví con la marea. El día había sido magnífico, pero al ponerse el sol se había levantado la niebla y había tenido que volver tanteando el camino con mucho cuidado por entre los barcos. Pero tanto a la ida como a la vuelta había visto en la ventana de Provis la señal de que no había novedad.

La tarde era desapacible y yo tenía frío. Para calentarme, quise ir a cenar inmediatamente; y como me esperaban unas horas de soledad y abatimiento si luego me iba en seguida a casa, decidí ir al teatro. El coliseo donde el señor Wopsle alcanzara su discutible triunfo estaba hacia aquel lado del río (hoy no está en ningún sitio), y resolví ir allí. Sabía ya que el señor Wopsle no había logrado su empeño de resucitar el Drama, antes, por el contrario, más bien había contribuido a su decadencia. En los programas del teatro se le había citado ominosamente como un Negro fiel, relacionado con una muchacha de noble cuna y con un mico. Herbert le había visto representando un Tártaro feroz, con propensión a lo cómico, un rostro de color de ladrillo y un infamante gorro lleno de campanillas.

Cené en lo que Herbert y yo llamábamos un bodegón geográfico, pues había en cada palmo de mantel un mapa mundi, dejado como señal por los jarros de cerveza, y en cada uno de los cuchillos una carta de marear hecha de grasa (hasta el presente apenas hay un bodegón en los dominios del alcalde de Londres que no sea geográfico), y allí maté el tiempo adormilado sobre las migas de pan, mirando las luces de gas y cociéndome en el vaho de las comidas. Al fin me despabilé y fui al teatro.

Allí encontré a un virtuoso contramaestre del servicio de Su Majestad (hombre excelente, aunque yo habría preferido que no hubiera llevado los calzones tan prietos en algunos sitios y tan holgados en otros) que iba dando puñetazos a los sombreros de todos los hombrecillos, metiéndoselos hasta los ojos, a pesar de ser muy generoso y valiente; y que no quería oír hablar de que nadie pagara contribuciones a pesar de ser muy patriota. Llevaba en el bolsillo un saco de dinero, que parecía un pudín envuelto en su paño, y valiéndose de esta fortuna se casaba, en medio del regocijo general, con una joven que iba vestida con una colcha; todos los habitantes de Portsmouth (en número de nueve según el último censo) habían salido a la playa para frotarse las manos, estrechar las de los demás, y cantar «Llena, llena la copa». Sin embargo, cierto moreno galopín, que no estaba por llenar nada, ni por hacer nada de lo que se le proponía, y cuyo corazón, según el contramaestre, era tan negro como su cara, se conjuró con otros dos galopines para meter en un lío a todo el mundo, lo cual hicieron con tanta eficacia (la familia de los galopines gozaba de mucha influencia política) que hizo falta casi la mitad de la representación para poner las cosas en claro, y aún eso sólo se consiguió gracias a un honrado tendero de sombrero blanco, polainas negras y nariz roja, quien, armado de una parrilla, se metió en la caja de un reloj y desde allí, escuchando lo que se decía, salía y asestaba un parrillazo a todos aquellos a quienes no podía refutar lo que acababa de oír. Esto fue la causa de que el señor Wopsle, de quien hasta entonces no se había oído hablar, viniera directamente del Almirantazgo, luciendo la orden de la Jarretera como enviado plenipotenciario, para decir que todos los galopines serían encarcelados al instante y que había traído al contramaestre la bandera del Reino Unido como modesta recompensa por sus servicios públicos. El contramaestre, desarmado por primera vez, se secó respetuoso los ojos con la bandera, y luego, recobrando el ánimo y dando al señor Wopsle el tratamiento de Su Señoría, pidió permiso para cogerle de la mano. Habiéndolo concedido el señor Wopsle con graciosa dignidad, fue empujado inmediatamente a un polvoriento rincón mientras todo el mundo bailaba una danza de marineros; y desde aquel rincón, observando al público con mirada descontenta, se percató de mi presencia.

La segunda pieza era la última gran pantomima cómica de Navidad, en cuya primera escena creí descubrir al señor Wopsle con unas medias rojas de estambre, bajo un ancho rostro fosforescente y un trozo de fleco rojo de cortina por cabello, fabricando rayos en una cueva y mostrando la mayor cobardía cuando su gigantesco amo llegó, hablando con voz ronca, para cenar. Mas no tardó en presentarse en circunstancias más dignas; porque el genio del Amor Juvenil, necesitando de auxilio a causa de la brutalidad de un ignorante granjero que, para estorbar que su hija se casara con el elegido de su corazón, se dejó caer sobre éste metido en un saco de harina desde la ventana del primer piso, llamó a un sentencioso Encantador, el cual, llegando de las antípodas un poco mareado, después de un viaje en apariencia bastante violento, resultó ser el señor Wopsle, con un sombrero de copa y un libro de nigromancia bajo el brazo. Como la ocupación de aquel hechicero en la tierra era escuchar la palabrería y los cantos de los demás, verlos bailar, aguantar empujones y rodearse de llamas de varios colores, le quedaba mucho tiempo disponible. Y observé con sorpresa que lo dedicaba a mirar fijamente hacia mí, como si viera algo que le llenara de estupor.

Era tan notable la creciente fijeza de la mirada del señor Wopsle y parecía revolver tantas cosas en su espíritu y hallarse tan confuso, que yo no podía entenderlo. Estuve pensando en ello hasta mucho después de que él ascendiera a las nubes metido en una gran caja de reloj, sin poder entenderlo. Y seguía pensando en ello cuando, una hora después, salí del teatro y me lo encontré aguardándome cerca de la puerta.

—¿Cómo está usted? —le pregunté, estrechándole la mano mientras íbamos juntos calle abajo—. Ya me di cuenta de que me había visto.

—¿Que le vi, señor Pip? —replicó—. Sí, claro que le vi. Pero ¿quién era el que estaba con usted?

—¿Quién era?

—Es muy extraño —añadió el señor Wopsle, volviendo a su aire de perplejidad— y, sin embargo, juraría que era él.

Alarmado, rogué al señor Wopsle que se explicara.

—No sé si le habría visto en seguida de no estar usted allí —dijo el señor Wopsle con el mismo aire pensativo—. No puedo asegurarlo, pero me parece que sí.

Involuntariamente miré a mi alrededor, como solía hacerlo cuando iba hacia mi casa, porque aquellas misteriosas palabras me dieron escalofríos.

—¡Oh! Ya no estará a la vista —observó el señor Wopsle—. Salió antes que yo. Le vi irse.

Teniendo los motivos que tenía para estar receloso, incluso llegué a sospechar de aquel pobre actor. Temí una argucia para hacerme confesar algo. Por eso le miré mientras andaba a mi lado; pero no dije nada.

—Tuve la ridícula ocurrencia de figurarme que iba con usted, señor Pip, hasta que me di cuenta de que usted ignoraba completamente que le tuviera sentado a su espalda, como un fantasma.

Volví a sentir un escalofrío, pero estaba resuelto a no hablar, a pesar de que sus palabras se prestaban al temor de que quisiera inducirme a relacionar estas referencias con Provis. Desde luego, estaba completamente seguro de que Provis no había estado allí.

—Comprendo que le extrañen mis palabras, señor Pip. Veo que está usted asombrado. Pero ¡es tan raro! Apenas creerá lo que voy a decirle. Yo mismo apenas lo habría creído si me lo hubiera dicho usted.

—¿De veras?

—De veras. ¿Se acuerda usted, señor Pip, de cierto día de Navidad, hace muchos años, cuando usted era todavía un niño, en que yo comí en casa de Gargery, y vinieron unos soldados para que les recompusieran un par de esposas?

—Lo recuerdo muy bien.

—¿Se acuerda usted de que hubo una batida en persecución de dos forzados y que nosotros fuimos con los soldados y Gargery le subió a usted sobre sus hombros, y que yo me adelanté y ustedes tenían trabajo para seguirme?

—Lo recuerdo todo perfectamente.

Lo recordaba mejor de lo que él podía imaginarse, a excepción de lo último.

—¿Se acuerda, también, de que llegamos a una zanja, y de que allí se estaban peleando los dos fugitivos, y que uno de ellos resultó muy maltratado por el otro y con la cara bastante magullada?

—Me parece que lo estoy viendo.

—¿Y que los soldados, después de encender las antorchas, pusieron a los dos presidiarios en el centro del pelotón y nosotros fuimos para ver cómo acababa todo, a través de los oscuros marjales, con las antorchas iluminando los rostros de los presos… (este detalle tiene importancia) mientras a nuestro alrededor no había más que tinieblas?

—Sí —contesté—. Recuerdo todo eso.

—Pues bien, señor Pip, uno de aquellos dos hombres estaba sentado esta noche detrás de usted. Le vi por encima de su hombro.

«¡Cuidado!», pensé, y luego pregunté, en voz alta:

—¿A cuál de los dos creyó usted ver?

—Al que había sido maltratado por su compañero —contestó sin vacilar—, y juraría que era él. Cuanto más lo pienso, más seguro estoy.

—Es muy curioso —dije, fingiendo lo mejor que pude que no daba importancia a la cosa—. ¡Es muy curioso!

No he de ponderar cómo esta conversación aumentó mi inquietud, ni el terror especial y peculiar que sentí al enterarme de que Compeyson había estado detrás de mí «como un fantasma». Porque si en algún momento había estado lejos de mis pensamientos, desde que Provis se hallaba escondido, había sido, precisamente, cuando más cerca le tenía; y pensar que yo, después de tantas precauciones, había podido ser tan inconsciente y desprevenido, era como haber cerrado una larga avenida de puertas para cerrarle el paso y luego habérmelo encontrado al lado. Y no podía dudar de que había estado allí, porque yo también estaba allí. Y por leve que fuese la apariencia del peligro que nos amenazaba, el peligro siempre estaba próximo y en acción. Hice varias preguntas al señor Wopsle. Cuándo había entrado aquel hombre en la sala, no podía decírmelo; me vio y vio al hombre por encima de mi hombro. Solamente después de contemplarlo por algún tiempo logró identificarlo; pero desde el principio lo había asociado vagamente con alguien más o menos relacionado con el tiempo en que yo vivía en la aldea. ¿Cómo iba vestido? Le pareció que de negro, con elegancia, pero sin ostentación. ¿Tenía el rostro desfigurado? No, creía que no. Yo tampoco lo creía porque, embebido en mis pensamientos, no me había fijado mucho en los que me rodeaban, y pensaba que un rostro estropeado no habría dejado de llamar mi atención.

Cuando el señor Wopsle me hubo comunicado todo lo que pudo recordar o yo pude sacarle, y después de haberle obsequiado con un pequeño refrigerio para que se repusiera de las fatigas de la noche, nos separamos. Serían entre las doce y la una de la madrugada cuando llegué al Temple, y las verjas estaban cerradas. No había nadie cerca de mí cuando pasé por ellas y entré en mi casa.

Herbert había llegado ya y celebramos un grave consejo junto al fuego. Pero nada podía hacerse, salvo comunicar a Wemmick lo que yo había descubierto aquella noche, y recordarle que estábamos esperando una indicación suya. Y pensando que podía comprometerlo si iba con demasiada frecuencia al Castillo, le informé de todo por carta. La escribí antes de acostarme, y salí a echarla al buzón; y tampoco vi a nadie cerca de mí. Herbert y yo convinimos en que no podíamos hacer otra cosa sino ser muy prudentes. Y lo fuimos más que nunca, si cabe, y, por mi parte, nunca me acerqué a Chink's Basin, excepto cuando pasaba en mi bote. Y aún entonces miraba hacia Mill Pond Bank como habría podido mirar hacia otra parte cualquiera.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

El segundo de los encuentros a los que me he referido en el capítulo anterior ocurrió cosa de una semana más tarde.

Acababa otra vez de dejar el bote en el muelle junto al Puente; era una hora más temprano que en la tarde aludida; y sin saber aún dónde iría a cenar, eché a andar hacia Cheapside, y mientras paseaba por allí, más indeciso, seguramente, que nadie en aquel atareado concurso, alguien me alcanzó y una gran mano cayó sobre mi hombro. Era la mano del señor Jaggers, quien luego la pasó por mi brazo.

—Como seguimos la misma dirección, Pip, podemos ir juntos. ¿Adónde va usted?

—Me parece que hacia el Temple.

—¿No lo sabe usted? —preguntó el señor Jaggers.

—Pues bien —respondí, satisfecho de poder, por una vez, llevarle la ventaja en su interrogatorio—, no lo sé, porque todavía no me he decidido.

—¿Va usted a cenar? —dijo el señor Jaggers—. Supongo que no tendrá inconveniente en confesar eso…

—No; no tengo inconveniente en confesarlo.

—¿Está usted citado con alguien?

—Tampoco tengo inconveniente en confesar que no estoy citado con nadie.

—Pues en tal caso —dijo el señor Jaggers— venga usted a cenar conmigo.

Iba a excusarme cuando añadió:

—Wemmick irá también.

En vista de esto convertí mi excusa en una aceptación, pues las pocas palabras que había pronunciado lo mismo servían para lo uno que para lo otro; y así seguimos por Cheapside y torcimos hacia Little Britain, mientras se encendían las luces en los escaparates y los faroleros de las calles, que apenas encontraban espacio suficiente para instalar sus escaleras de mano en medio del bullicio vespertino, subían y bajaban por aquéllas, abriendo en la niebla cada vez más densa más ojos rojizos que ojos blancos hubiera abierto en la pared de la casa de Hummums mi bujía de médula de junco.

En la oficina de Little Britain se produjeron las acostumbradas maniobras de escribir cartas, lavarse las manos, despabilar las bujías y cerrar la caja de caudales que daban fin a las operaciones del día. Mientras permanecía ocioso junto a la chimenea del señor Jaggers, el movimiento de las llamas dio a las dos mascarillas el aspecto de querer jugar conmigo un diabólico juego del escondite; en tanto que el par de gruesas bujías de sebo que apenas bastaban para alumbrar al señor Jaggers, mientras escribía en un rincón, se iban adornando de sucios y retorcidos lagrimones como en memoria de una hueste de clientes ahorcados.

Los tres juntos fuimos a Gerrard Street en un coche de alquiler, y en cuanto llegamos se nos sirvió la cena. Aunque en semejante lugar no había ni que pensar en hacer la más remota referencia a los sentimientos walworthianos de Wemmick, no habría tenido inconveniente en sorprender de vez en cuando una amistosa mirada suya. Pero no fue posible. Cuando levantaba los ojos de la mesa los volvía al señor Jaggers, y se mostraba para mí tan seco y tan distante como si existieran dos Wemmicks gemelos y éste no fuese el mío, sino el otro.

—¿Mandó usted la nota de la señorita Havisham al señor Pip, Wemmick? —preguntó el señor Jaggers en cuanto empezamos a comer.

—No, señor —contestó Wemmick—. Me disponía a echarla al correo cuando llegó usted con el señor Pip. Aquí está.

Y entregó la carta a su principal y no a mí.

—No son más que dos líneas, Pip —dijo el señor Jaggers entregándomela—. La señorita Havisham me la mandó porque no estaba segura de las señas de usted. Dice que necesita verle a propósito de un pequeño asunto del que usted le habló. ¿Irá usted?

—Sí —dije, echando una ojeada a la nota, que estaba concebida exactamente en aquellos términos.

—¿Cuándo piensa usted ir?

—Tengo un asunto pendiente —dije mirando a Wemmick, que en aquel momento echaba pescado al buzón de su boca— que no me permite precisar la fecha. Pero supongo que iré en seguida.

—Si el señor Pip piensa ir en seguida —dijo Wemmick dirigiéndose al señor Jaggers—, no hay necesidad de que responda.

Entendiendo por esto que sería mejor que no me retrasara, decidí ir a la mañana siguiente, y así lo dije. Wemmick se bebió un vaso de vino y con aire de lúgubre satisfacción miró al señor Jaggers, pero no a mí.

—De modo, Pip, que nuestro amigo, el Araña —dijo el señor Jaggers —, ha jugado sus triunfos y ha ganado.

Lo más que pude hacer fue asentir con un movimiento de cabeza.

—¡Ah! Es un muchacho que promete… aunque a su modo. Pero puede que no todo salga a su gusto. Al final siempre gana el más fuerte, pero primero hay que saber quién es más fuerte. Si resulta ser él y acaba pegando a su mujer…

—Seguramente —interrumpí, con el rostro encendido y el corazón agitado— no piensa usted de verdad que sea lo bastante villano para eso, señor Jaggers.

—No digo eso, Pip. Hago una suposición. Si resulta ser él y acaba pegando a su mujer, es posible que se constituya en el más fuerte; si es cuestión de inteligencia, él será el vencido. Sería muy arriesgado dar una opinión acerca de lo que hará un sujeto como ése, en tales circunstancias, porque es un caso de cara o cruz entre dos resultados.

—¿Puedo preguntar cuáles son?

—Un sujeto como nuestro amigo el Araña —contestó el señor Jaggers — o pega o se encoge. Puede encogerse gruñendo o sin gruñir; pero o pega o se encoge. Pregunte a Wemmick cuál es su opinión.

—O pega o se encoge —dijo Wemmick, sin mirar hacia mí para nada.

—Bebamos, pues, a la salud de la señora Bentley Drummle —dijo el señor Jaggers, tomando una botella de vino escogido, sirviéndonos a cada uno y sirviéndose luego él— y deseemos que el asunto se resuelva a satisfacción de esta señora porque nunca podrá ser a gusto de ella y de su marido a la vez. ¡Molly! ¡Molly! ¡Qué despacio vas esta noche!

Cuando la regañó así, estaba a su lado, poniendo unos platos sobre la mesa. Retirando las manos retrocedió uno o dos pasos murmurando una excusa. Y cierto movimiento de sus dedos mientras hablaba me llamó la atención.

—¿Qué ocurre? —preguntó el señor Jaggers.

—Nada —contesté—. Tan sólo que el asunto del que hablábamos era algo doloroso para mí.

El movimiento de aquellos dedos era semejante a la acción de hacer calceta. La criada se quedó mirando a su amo, sin saber si podía marcharse o si tenía algo más que decirle y la llamaría en cuanto se alejara. Tenía la mirada muy fija. Indudablemente, yo había visto unos ojos exactamente como aquéllos y unas manos como aquéllas en una ocasión reciente y memorable.

El señor Jaggers la despidió y ella se escabulló fuera de la estancia. Pero, no obstante, yo continuaba viéndola con la misma claridad que si aún estuviera presente. Miraba aquellas manos, miraba aquellos ojos, miraba aquel ondeado cabello, y los comparaba con otras manos, con otros ojos, y con otro cabello que conocía muy bien y con los que éstos podían ser al cabo de veinte años de vida tempestuosa con un marido brutal. Miraba y volvía a mirar aquellas manos y aquellos ojos de la criada, y recordaba la inexplicable sensación que se había apoderado de mí la última vez que pasé —y no solo— por el jardín abandonado y por la fábrica de cerveza desierta. Recordaba cómo había tenido la misma impresión viendo un rostro que me miraba y una mano que me saludaba desde la ventanilla de una diligencia; y cómo había vuelto a experimentarla, fugaz como un relámpago, cuando, yendo en coche —y tampoco solo—, atravesé un súbito resplandor de luz artificial en una calle oscura. Pensaba en cómo un eslabón en la cadena de las asociaciones había favorecido aquella identificación en el teatro, y cómo ahora otro eslabón parecido, que antes faltaba, había venido a cerrar la cadena, cuando la casualidad había querido que relacionara el nombre de Estella con el movimiento de aquellos dedos y la atención de aquella mirada. Y tuve la absoluta seguridad de que aquella mujer era la madre de Estella.

El señor Jaggers me había visto con la joven, y no era probable que le hubieran pasado inadvertidos los sentimientos que yo no trataba de ocultar. Movió afirmativamente la cabeza cuando le dije que el asunto era penoso para mí, me dio una palmada en la espalda, sirvió vino otra vez y siguió comiendo.

Sólo dos veces más reapareció la criada en el comedor, cada vez por muy poco tiempo, y el señor Jaggers estuvo duro con ella. Pero sus manos y sus ojos eran los de Estella y, aunque hubiera reaparecido cien veces, no habría podido estar ni más ni menos seguro de que lo que creía era la verdad.

La cena fue aburrida porque Wemmick se bebía el vino en cuanto se lo servían, de una manera rutinaria —como habría podido cobrar su salario al llegar el día—, y con la vista fija en su principal parecía estar siempre a punto de ser interrogado. Por lo que respecta a la cantidad de vino ingerida, su buzón parecía tan indiferente como cualquier otro buzón a la cantidad de cartas que le echaban dentro. Para mí fue todo el tiempo el otro gemelo, sólo exteriormente parecido al Wemmick de Walworth.

Nos despedimos temprano y salimos juntos. Cuando todavía estábamos buscando a tientas nuestros sombreros entre la colección de botas del señor Jaggers, ya noté que mi Wemmick estaba al llegar, y no habríamos recorrido media docena de yardas de Gerrard Street, en dirección a Walworth, cuando me di cuenta de que paseaba cogido del brazo con el gemelo amigo mío y que el otro se había evaporado en el aire vespertino.

—Bien —dijo Wemmick—, ya se terminó la cena. Es un hombre maravilloso que no tiene igual en el mundo; pero cuando como con él me siento cohibido, y yo no como bien si no es a mis anchas.

Me pareció que eso era una gran verdad y así se lo dije.

—A nadie se lo diría más que a usted —repuso—. Sé que lo que se habla entre nosotros, entre nosotros se queda.

Le pregunté si había visto alguna vez a la hija adoptiva de la señorita Havisham, es decir, a la señora Bentley Drummle. Me contestó que no. Luego, para no parecer demasiado brusco, me puse a hablar del Anciano y de la señorita Skiffins. Cuando nombré a ésta, puso cara de pillín y se detuvo en la calle para sonarse con un movimiento de cabeza y un floreo no del todo desprovistos de una cierta jactancia.

—Wemmick —dije luego—, ¿se acuerda usted de que la primera vez que fui a casa del señor Jaggers me recomendó que me fijase en su criada?

—¿De veras? —preguntó—. Tal vez lo hiciera. No sé. Demonio —añadió de pronto—. Claro que lo hice. Veo que aún no estoy a mis anchas.

—La llamó usted una fiera domada.

—¿Y qué nombre le da usted?

—El mismo. ¿Cómo la domó el señor Jaggers, Wemmick?

—Es un secreto. Hace ya muchos años que está con él.

—Querría que me contara usted su historia. Siento un interés especial por conocerla. Ya sabe usted que lo que se habla entre nosotros, entre nosotros se queda.

—Pues bien —dijo Wemmick—, no conozco su historia, es decir, no la conozco toda. Pero le diré lo que sé. Por supuesto, en un plano completamente particular y confidencial.

—Desde luego.

—Hará cosa de veinte años, esa mujer fue juzgada en Old Bailey por asesinato y la absolvieron. Era entonces una joven muy hermosa y creo que tenía algo de sangre gitana. Sea como fuere, cuando se encolerizaba era una mujer terrible.

—Pero la absolvieron.

—La defendía el señor Jaggers —prosiguió Wemmick mirándome significativamente— y condujo su caso de un modo verdaderamente asombroso. Era un caso desesperado, y el señor Jaggers hacía poco tiempo que ejercía, de manera que su defensa causó la admiración general. En realidad puede decirse que fue ese asunto el que hizo su fama. Día tras día, y durante tiempo, trabajó en las oficinas de la policía, exponiéndose incluso a ser encausado a su vez, y en el juicio, donde no pudo intervenir solo, actuó de segundo abogado y (todo el mundo lo sabe) fue quien puso la sal y la pimienta. La víctima había sido una mujer; una mujer que tendría unos diez años más que ella y era mucho más alta y más fuerte. Era un caso de celos. Las dos llevaban una vida errante, y la mujer que ahora vive aquí, en Gerrard Street, se había casado muy joven, «por detrás de la iglesia», como se dice, con un vagabundo, y era una verdadera furia de celos. La víctima, más proporcionada al hombre por su edad, había sido hallada muerta en un pajar cerca de Hounslow Heath. Había habido un violento forcejeo, acaso una riña. El cadáver estaba lleno de magulladuras y arañazos y presentaba señales de estrangulación. No había pruebas razonables para sospechar de nadie más que de esta mujer, y el señor Jaggers se apoyó, principalmente, en la improbabilidad de que hubiera podido ejecutar el crimen. Puede usted tener la seguridad —añadió Wemmick tocándome en la manga— de que, aunque lo haga ahora, entonces no aludió ni una sola vez a la fuerza de sus manos.

Yo había contado a Wemmick cómo el señor Jaggers, el día de aquella comida, nos había hecho contemplar las muñecas de su criada.

—Pues bien —continuó Wemmick—, sucedió que esa mujer se vistió con tal arte desde el momento de su prisión, que parecía mucho más delgada de lo que era en realidad. Especialmente, se recuerda que sus mangas estaban tan hábilmente dispuestas que daban a sus brazos una apariencia delicada. Tenía uno o dos cardenales en el cuerpo, cosa sin importancia en una mujer vagabunda, pero tenía arañado el dorso de las manos, y se trataba de decidir si esto podía ser obra de las uñas de una persona. El señor Jaggers demostró que la mujer había atravesado unos zarzales no lo bastante altos para llegarle al rostro, pero sí lo suficiente para que al pasar por ellos no pudiese evitar que le arañaran las manos. En efecto, se encontraron clavadas en su piel algunas púas de zarza que fueron presentadas como prueba, así como el hecho de que, examinado el zarzal, se encontraran en él algunas hilachas de su traje, y, aquí y allí, pequeñas manchas de sangre. Pero el argumento más audaz del señor Jaggers fue el siguiente: se intentaba establecer, como demostración de su carácter celoso, que aquella mujer era sospechosa de haber dado muerte, en la época del asesinato, a su propia hija, de tres años de edad, que también lo era de su amante, para vengarse de éste. El señor Jaggers argumentó como sigue: «nosotros afirmamos que estos arañazos no han sido hechos por uña alguna, sino por unas zarzas, y hemos mostrado las zarzas. Ustedes dicen que han sido causados por unas uñas, y además establecen la hipótesis de que esta mujer mató a su propia hija. Siendo así, deben ustedes aceptar todas las consecuencias de esta hipótesis. Supongamos que, realmente, hubiera matado a su hija y que ésta, asiéndose a ella, le hubiera arañado las manos. ¿Y qué, entonces? Ustedes no la juzgan por asesinato de su hija. ¿Por qué no lo hacen? En cuanto a este caso, si están empeñados en que existen los arañazos, diremos que, por lo que sabemos, ya se han formado su propia explicación, suponiendo, que no los hayan inventado en honor del alegato». En fin, señor Pip —añadió Wemmick—, el señor Jaggers resultó demasiado fuerte para el jurado y éste se rindió.

—¿Y ella ha estado desde entonces a su servicio?

—Sí; pero hay más —contestó Wemmick—. Ella no solamente entró a su servicio inmediatamente después de su absolución, sino que lo hizo domada como está ahora. Luego ha ido aprendiendo sus deberes poquito a poco, pero desde el principio ya estaba domada.

—¿Y, efectivamente, la criatura era una niña?

—Así lo tengo entendido.

—¿Tiene usted algo más que decirme esta noche?

—Nada. Recibí su carta y la he destruido. Nada más.

Nos dimos cordialmente las buenas noches y me marché a casa con materia para nuevas preocupaciones, pero sin ningún alivio para las antiguas.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Metiéndome en el bolsillo la nota de la señorita Havisham a fin de que sirviera de credencial por haber vuelto tan pronto a la casa Satis en el caso de que su caprichoso humor le hiciera mostrar alguna sorpresa al verme, tomé la diligencia al día siguiente. Pero me apeé en la Casa del Medio Camino y desayuné allí, y luego hice a pie el resto del viaje; porque quería entrar en la villa sin ser notado, por caminos poco concurridos, y volverme del mismo modo.

Empezaba a disminuir la luz del día cuando pasé a lo largo de los patios tranquilos y silenciosos de la parte trasera de la calle Mayor. Los restos de ruina donde, en otro tiempo, los monjes tuvieron sus refectorios y sus jardines, y cuyos fuertes muros se hallaban ahora al servicio de humildes establos y cobertizos, estaban casi tan callados como los antiguos monjes en sus tumbas. Las campanadas de la catedral llegaban a mis oídos, mientras me apresuraba para no ser visto, con un sonido más triste y remoto que nunca; del mismo modo, la música del viejo órgano tenía no sé qué de canto funeral; y las cornejas que revoloteaban en torno a la torre gris, o meciéndose en los altos y desnudos árboles del jardín del priorato, parecían gritarme que aquel lugar ya no era el mismo y que Estella se había ido para siempre.

Me abrió la verja una mujer de edad a quien conocía como una de las sirvientas que vivían en la casa suplementaria del otro lado del patio posterior. En el oscuro pasillo hallé, como siempre, la bujía encendida, y, tomándola, subí solo la escalera. La señorita Havisham no estaba en su propia estancia, sino en la más amplia, del otro lado del rellano. Mirando desde la puerta, después de llamar en vano, la vi sentada ante el hogar en una silla desvencijada, perdida en la contemplación del mortecino fuego.

Como había hecho a menudo, entré y me quedé en pie junto a la antigua chimenea, para que me viera al levantar los ojos. Tenía un aire de soledad y desamparo que me movió a compasión, a pesar del daño que voluntariamente me había hecho. Mientras estaba compadeciéndola y pensando en cómo yo también, con el tiempo, había llegado a formar parte de las tristes ruinas de aquella casa, sus ojos se fijaron en mí. Los abrió mucho y dijo en voz baja:

—¿Es verdaderamente él?

—Soy yo, Pip. El señor Jaggers me entregó ayer la nota de usted y he venido sin pérdida de tiempo.

—Gracias, muchas gracias.

Acerqué al fuego otra de las desvencijadas sillas y me senté observando en el rostro de la señorita Havisham una expresión nueva, como si me tuviera miedo.

—Deseo —dijo— que hablemos otra vez del asunto que me mencionaste en tu última visita, y demostrarte que no soy toda piedra. Pero tal vez tú ya no podrás creer nunca que haya una pizca de humanidad en mi corazón.

Después de decirle algunas palabras tranquilizadoras, extendió temblorosa su mano derecha, como si fuera a tocarme; pero la retiró en seguida, antes de que yo comprendiera su intento o supiera cómo había de acogerlo.

—Hablando en favor de tu amigo, me dijiste que podrías informarme de cómo tendría la oportunidad de hacer algo útil y bueno. Algo que a ti mismo te habría gustado hacer, ¿no es cierto?

—Así es. Algo que a mí me habría gustado mucho hacer.

—¿Qué es?

Empecé a explicarle la historia secreta de la entrada de Herbert como socio en la casa de Clarriker. No había adelantado mucho en mis explicaciones cuando sospeché, por su mirada, que estaba pensando más en mí que en lo que yo le decía. Y así debía de ser, pues cuando dejé de hablar, transcurrió un buen rato antes de percatarse de ello.

—¿Te has interrumpido, acaso —me preguntó con su aire anterior de tenerme miedo—, porque me odias tanto que hablarme se te hace insoportable?

—No, no —respondí—. ¿Cómo puede pensar esto, señorita Havisham?

—Me interrumpí porque creí que no prestaba usted atención a mis palabras.

—Tal vez no —contestó, llevándose una mano a la cabeza—. Vuelve a empezar y deja que mire hacia otro lado. Un momento. Ya puedes hablar.

Apoyó la mano en su bastón de aquel modo resuelto que a veces le era habitual, y miró al fuego con señales de hacer un gran esfuerzo por concentrar su atención. Continué mi relato y le dije que había abrigado la esperanza de completar la operación por mis propios medios, pero que ahora había fracasado. Esta parte del asunto (hube de recordarle) comprendía detalles que no podían entrar en mi explicación, pues formaban parte de un grave secreto que no me pertenecía.

—Muy bien —dijo, moviendo la cabeza en señal de asentimiento, pero sin mirarme—. Y ¿qué cantidad se necesita para completar la operación?

Me daba un poco de reparo decirlo, porque me parecía una suma muy importante.

—Novecientas libras.

—Si te doy el dinero para este objeto, ¿guardarás mi secreto como has guardado el tuyo?

—Con la misma fidelidad.

—¿Y quedarás después más tranquilo?

—Mucho más.

—¿Eres muy desgraciado ahora?

Me hizo esta pregunta sin mirarme tampoco, pero en un tono de simpatía desacostumbrado. No pude contestar en seguida porque me faltó la voz. Ella cruzó el brazo izquierdo sobre el puño del bastón y descansó la cabeza sobre él.

—Estoy muy lejos de ser feliz, señorita Havisham, pero tengo otras causas de intranquilidad además de las que usted conoce. Son los secretos a que me he referido.

Después de unos momentos, levantó la cabeza y volvió a contemplar el fuego.

—Es noble, de tu parte, decirme que tienes otras causas de infelicidad. ¿Es cierto?

—Demasiado cierto.

—¿No puedo servirte de otro modo, Pip, que sirviendo a tu amigo? Dando esto por hecho, ¿no hay nada que pueda hacer por ti?

—Nada. Le agradezco la pregunta. Y mucho más todavía el tono con que me la ha hecho. Pero no hay nada que pueda usted hacer.

Al cabo de poco tiempo se levantó de su asiento, buscando con la mirada, por toda la habitación, algo con que escribir. No encontrándolo, sacó de su bolsillo unas tabletas de marfil montadas en oro y escribió en una de ellas con un lapicero de oro que colgaba de su cuello.

—¿Sigues en buenas relaciones con el señor Jaggers?

—Sí, señora. Anoche cené con él.

—Esto es una autorización para que te pague esta suma, que quedará a tu libre disposición para emplearla en beneficio de tu amigo. Aquí no tengo dinero alguno; pero si prefieres que el señor Jaggers no se entere del asunto, te lo mandaré.

—Muchas gracias, señorita Havisham. No tengo el menor inconveniente en recibir esa suma de manos del señor Jaggers.

Me leyó lo que acababa de escribir, que era expresivo y claro y evidentemente encaminado a evitar toda sospecha de que yo quisiera beneficiarme con aquella cantidad. Cogí las tabletas de su mano, que volvía a temblar y que tembló más aún cuando se quitó la cadena que sujetaba el lapicero, y me la puso en la mano. Hizo todo esto sin mirarme.

—En la primera hoja está mi nombre. Si alguna vez puedes escribir debajo de él «la perdono», aunque sea mucho después de que mi corazón destrozado se haya vuelto polvo, te ruego que lo hagas.

—¡Oh, señorita Havisham! —exclamé—. Puedo hacerlo ahora mismo. Todos hemos incurrido en tristes equivocaciones: mi vida ha sido ciega y desagradecida; y necesito demasiado, a mi vez, el perdón y el consejo para que pueda mostrarme severo con usted.

Volvió por vez primera su rostro hacia el mío, desde que lo había apartado, y, con gran asombro mío y hasta puedo añadir con terror, se arrodilló ante mí levantando las manos juntas, tal como, cuando su pobre corazón era joven, inocente y sano, las debía haber levantado para implorar al Cielo al lado de su madre.

Verla con su cabello blanco y su marchito rostro, arrodillada a mis pies, me hizo estremecer de la cabeza a los pies. Le rogué que se levantase y la rodeé con mis brazos para ayudarla, pero ella se apoderó de mi mano, de la que tenía más cerca, y apoyando en ella la cabeza se echó a llorar. Jamás hasta entonces la había visto verter una lágrima, y con la esperanza de que el desahogo le haría bien, me incliné sobre ella sin decir una palabra. Ya no estaba arrodillada entonces, sino casi tendida en el suelo.

—¡Oh! —exclamó con desesperación—. ¡Qué he hecho! ¡Qué he hecho!

—Si se refiere usted, señorita Havisham, a lo que haya podido hacer en perjuicio mío, permítame que le conteste: Muy poco. Yo habría amado a Estella en cualquier circunstancia… ¿Está ya casada?

—Sí.

Era una pregunta innecesaria, porque una nueva desolación que se advertía en la desolada casa ya me lo había dicho todo.

—¡Qué he hecho! ¡Qué he hecho! —Se retorcía las manos, se mesaba los blancos cabellos y volvía a exclamar, una y otra vez—: ¡Qué he hecho!

No sabía qué decir ni cómo consolarla. Demasiado sabía que había obrado muy mal al adoptar a una criatura impresionable y moldearla para vengar a través de ella su fino resentimiento, su amor burlado y su orgullo herido; pero sabía también que al excluir la luz del día había excluido muchas otras cosas; que al encerrarse en su reclusión se había aislado de mil influencias naturales y saludables; que, en sus solitarias cavilaciones, su pensamiento se había extraviado, como no pueden por menos de extraviarlo quienes tratan de invertir el orden establecido por su Creador. ¿Y cómo podía mirarla sin sentir compasión, si veía su castigo en la ruina en que se había convertido, en su incapacidad de adaptarse al mundo en que había nacido, en la vanidad de su dolor que había llegado a ser una manía dominante, como la vanidad de la penitencia, la vanidad del remordimiento, la vanidad de la indignidad y otras monstruosas vanidades que han sido otras tantas maldiciones en este mundo?

—Hasta que hablaste con ella en tu visita anterior y hasta que vi en ti un espejo que me mostraba lo que una vez había sentido yo, no comprendí lo que había hecho. ¡Qué he hecho, Dios mío! ¡Qué he hecho! —Y volvía a repetirlo, veinte, cincuenta veces: ¡Qué había hecho!

—Señorita Havisham —le dije en cuanto cesaron sus lamentaciones—. Puede usted alejarme de su pensamiento y de su conciencia. Pero Estella es un caso diferente, y si alguna vez puede usted deshacer algo del daño que le causó al privarle de su verdadera naturaleza, será mucho mejor dedicarse a hacerlo que pasarse cien años lamentando el pasado.

—Sí, sí, ya lo sé; pero, querido Pip —había una sincera compasión femenina en el nuevo afecto que me mostraba—, créeme, querido Pip: cuando ella llegó a mi casa, yo sólo me proponía evitarle una desgracia como la mía. Al principio no me proponía nada más.

—Bueno, bueno —dije yo—. Así lo creo.

—A medida que crecía y prometía ser una belleza, poco a poco fui obrando peor; y con mis elogios y mis enseñanzas, y con esta figura mía siempre ante ella como un ejemplo en que apoyar mis lecciones, le quité el corazón y puse en su lugar un pedazo de hielo.

—Mejor habría sido —no pude menos de exclamar— dejarle el corazón, aunque luego se hubiera lastimado o herido.

Entonces la señorita Havisham me miró como enloquecida y de nuevo prorrumpió en exclamaciones de «¡qué he hecho!».

—Si conocieras toda mi historia —dijo luego— me tendrías más compasión y me comprenderías mejor.

—Señorita Havisham —contesté, todo lo delicadamente que pude—. Creo poder decir que conozco su historia y que la he conocido desde que abandoné estos parajes. Siempre me ha inspirado mucha compasión y creo comprenderla y comprender la influencia que sobre usted ha tenido. ¿Me autoriza lo que ha pasado entre nosotros para hacerle una pregunta acerca de Estella? ¿No de la Estella de ahora, sino de la que era cuando vino aquí?

La señorita Havisham estaba sentada en el suelo con los brazos apoyados en la silla y la cabeza descansando en ellos. Me miró de frente cuando dije esto y respondió:

—Habla.

—¿De quién era hija Estella?

Movió negativamente la cabeza.

—¿No lo sabe usted?

Hizo otro movimiento negativo.

—Pero ¿la trajo el señor Jaggers o la mandó?

—La trajo él mismo.

—¿Quiere usted contarme cómo ocurrió?

Me respondió en voz baja y con mucha cautela:

—Hacía mucho tiempo que vivía encerrada en estas habitaciones (no sé cuánto: tú ya sabes qué hora marcan los relojes aquí) cuando le dije que necesitaba una niña para educarla y amarla, y para evitarle mi triste destino. Le había conocido cuando le hice venir para liquidar mis negocios a fin de que nada estorbara mi retiro, pues había leído su nombre en los periódicos antes de que el mundo y yo nos separáramos. Me dijo que buscaría una niña huérfana; y una noche la trajo aquí dormida y yo la llamé Estella.

—¿Qué edad tenía entonces?

—Dos o tres años. Ella no sabe nada salvo que era huérfana y yo la adopté.

Tan convencido estaba yo de que la criada del señor Jaggers era la madre de Estella, que no necesitaba prueba alguna que me asegurara de ello. Pero pensé que lo que acababa de oír establecía para cualquiera de un modo claro y terminante la relación entre ambos. ¿Qué más podía esperar prolongando aquella entrevista? Había logrado lo que me propuse en favor de Herbert, la señorita Havisham me había comunicado lo que sabía de Estella y yo había dicho y hecho cuanto me había sido posible para tranquilizarla. Poco importa cuáles fueron las palabras con que nos despedimos; el hecho es que nos separamos.

Caía la tarde cuando bajé la escalera y salí al aire libre. Llamé a la mujer que me había abierto al llegar para decirle que no se molestara todavía, pues iba a dar una vuelta por el recinto antes de marcharme. Tenía el presentimiento de que jamás volvería allí y sentía que la moribunda luz del crepúsculo era la más apropiada a mi última visión del lugar.

Por entre la selva de barriles, sobre los cuales había andado tiempo atrás y sobre los cuales había caído desde entonces la lluvia de muchos años, pudriéndolos en muchos sitios y dejando pantanos y charcos en miniatura sobre los que permanecían en pie, me dirigí hacia el jardín abandonado. Di una vuelta entera; pasé por el rincón donde nos peleamos Herbert y yo; anduve por los senderos que recorrí en compañía de Estella. Y todo estaba tan frío, tan solitario, tan triste…

Tomando, al volver, por la antigua fábrica de cerveza, levanté el herrumbroso picaporte de una puertecilla en el extremo que daba al jardín y atravesé el lugar. Iba a salir por la puerta opuesta, no tan fácil de abrir ahora porque la madera se había hinchado con la humedad, y los goznes desquiciados, y el umbral obstruido con una masa de fungosidades, cuando volví la cabeza para mirar atrás. Esta ligera acción hizo revivir en mí, con prodigiosa fuerza, un recuerdo infantil, e imaginé otra vez que veía a la señorita Havisham colgando de una viga. Tan fuerte fue la impresión que me puse a temblar de pies a cabeza, debajo de la viga, antes de comprender que se trataba de una imaginación; aunque ciertamente no fue más que un instante.

La tristeza del sitio y de la hora, y lo terrible de aquella momentánea alucinación, fueron causa de que sintiera un pavor indescriptible al salir por las puertas abiertas de madera donde una vez me había mesado los cabellos después de que Estella hubo herido mi corazón. Pasando el patio delantero me quedé indeciso entre llamar a la mujer para que me abriera la verja, o ir primero arriba a asegurarme de que la señorita Havisham seguía sin novedad y calmada como la había dejado. Me decidí por lo último y subí.

Miré dentro de la estancia donde la había dejado y la vi sentada en la desvencijada silla, muy cerca del fuego y dándome la espalda. Cuando iba a retirarme sin hacer ruido, vi levantarse de pronto una gran llamarada. En el mismo instante vi a la señorita Havisham correr hacia mí, dando alaridos y envuelta en un remolino de llamas que se elevaba, por lo menos, hasta el doble de su altura.

Yo llevaba puesto un abrigo de doble esclavina y, sobre el brazo, un recio capote. Diré que me quité el abrigo; que le eché las dos prendas encima; que con el mismo objeto tiré del mantel de la mesa, arrastrando con él el montón de podredumbre que había en el centro y todos los bichos que allí se escondían; que me abracé a ella, derribándola en el suelo; que allí nos quedamos luchando como encarnizados enemigos, y que cuanto más apretaba mis abrigos y el mantel en torno a ella más fuertes eran sus alaridos y mayores sus esfuerzos por libertarse; que todo esto ocurrió, lo supe por el resultado, pero no por nada que en aquellos momentos sintiera, pensara o tuviera conciencia de hacer. No tuve conciencia de nada hasta que vi que ambos yacíamos en el suelo junto a la gran mesa y que en el aire, lleno de humo, flotaban unas pavesas, todavía encendidas, que un momento antes había sido su marchito traje de bodas.

Entonces miré a mi alrededor y vi las arañas y escarabajos que corrían inquietos por el suelo y las criadas que, con gritos sofocados, acudían a la puerta. Yo seguía sujetando a la señorita Havisham con todas mis fuerzas, como si fuera un preso que pudiera huir; y dudo de que aún entonces me diera cuenta de quién era ella, o de por qué habíamos luchado, o de que había estado envuelta en llamas, o de que éstas se habían apagado, hasta que vi los fragmentos de yesca de lo que había sido su traje, que ya no ardían pero que iban cayendo como negra lluvia sobre nosotros.

Ella estaba inconsciente, y yo temía que la movieran o la tocaran. Mandamos en busca de socorro y la sostuve hasta que éste llegó, como si descabelladamente me imaginase (y pienso que lo hice) que, si la soltaba, las llamas surgirían de nuevo y la consumirían. Cuando me levanté a la llegada del cirujano y otras personas, me asombré de ver que me había quemado las dos manos, pues ningún dolor hasta entonces me lo había advertido.

El cirujano examinó a la señorita Havisham y dijo que había recibido graves quemaduras, pero que, por sí solas, no eran cosa de desesperar. El peligro estaba, principalmente, en la conmoción nerviosa que había sufrido.

Siguiendo las instrucciones del cirujano, la pusieron sobre la mesa, que resultó muy apropiada para la curación de las heridas. Cuando volví a verla una hora más tarde, estaba, en efecto, tendida donde la había visto antes señalar con su bastón y donde le había oído decir que un día reposaría.

Aunque ardió todo su traje, según me dijeron, todavía conservaba algo de su antiguo aspecto de novia fantasma, pues la habían envuelto hasta el cuello en algodón en rama y, mientras yacía cubierta por una sábana, aún tenía el aire espectral de algo que había sido y ya no era.

Preguntando a las criadas, me enteré de que Estella estaba en París, y obtuve del cirujano la promesa de escribirle por el próximo correo. Yo me encargué de la familia de la señorita Havisham, proponiéndome decírselo tan sólo a Matthew Pocket, dejando que fuera éste quien hiciera lo que mejor le pareciera con respecto a los demás. Así se lo comuniqué al día siguiente, por medio de Herbert, en cuanto volví a la capital.

Hubo un momento aquella noche en que la señorita Havisham habló cuerdamente de lo ocurrido, aunque con una especie de terrible vivacidad. Hacia las doce empezó a desvariar y acabó repitiendo innumerables veces, en voz baja y solemne: «¡Qué he hecho!», y luego: «Cuando llegó no me proponía más que evitarle una desgracia como la mía». Y luego: «Toma un lápiz y debajo de mi nombre escribe: «La perdono».

Jamás cambió el orden de estas tres frases, aunque a veces se olvidaba de alguna palabra, pero nunca la sustituía por otra, sino que, dejando un blanco, pasaba a la siguiente.

Como ya nada podía hacer allí y como tenía, cerca de mi casa, motivos apremiantes de ansiedad y temor, que ni siquiera los desvaríos de la señorita Havisham podían alejar de mi pensamiento, decidí durante la noche regresar en el primer coche de la mañana, haciendo a pie cosa de una milla para tomarlo fuera de la población. Por consiguiente, hacia las seis de la mañana me incliné sobre la enferma y toqué sus labios con los míos, precisamente cuando ella decía, sin detenerse al sentir el contacto: «Toma el lápiz y escribe debajo de mi nombre: «La perdono».

CAPÍTULO CINCUENTA

Me habían curado las manos dos o tres veces por la noche y una por la mañana. Mi brazo izquierdo había sufrido extensas quemaduras, desde la mano hasta el codo, y otras menos graves desde el codo hasta el hombro; sentía bastante dolor, pero las llamas habían prendido por aquel lado, y podía estar contento de que no hubiera sucedido nada peor. La mano derecha había recibido daño, pero podía mover los dedos. Desde luego la llevaba vendada, pero no de un modo tan embarazoso como la mano y el brazo izquierdos, que tenía que llevar en cabestrillo. Tuve que ponerme la chaqueta como una capa, echada sobre los hombros y abrochada al cuello. También el cabello se me había quemado, pero no la cabeza ni la cara.

Herbert, una vez hubo ido a Hammersmith y visto a su padre, regresó a mi lado y empleó el día en curarme. Era el mejor de los enfermeros, y a las horas fijadas me quitaba los vendajes, los bañaba en el líquido refrescante que estaba preparado y me los volvía a colocar con una paciente delicadeza que yo le agradecía profundamente.

Al principio, mientras permanecía echado y quieto en el sofá, me pareció dolorosamente difícil y podría decir imposible, librarme de la impresión de las llamas, de su resplandor, de su rapidez y de su zumbido, y del intenso olor a quemado. Si me adormecía durante un minuto, me despertaban los gritos de la señorita Havisham, que venía corriendo hacia mí, con toda aquella corona de fuego en la cabeza. Y este dolor mental era mucho más difícil de dominar que el físico. Herbert, que lo advirtió, hizo cuanto le fue posible para ocupar mi atención con otros asuntos.

Ninguno de los dos hablábamos del bote, pero ambos pensábamos en él. Así lo revelaba el cuidado que ambos poníamos en evitar el tema, y el empeño que manifestábamos —sin que nos lo hubiéramos dicho— en suponer que recobrar el uso de mis manos sería cuestión de horas y no de semanas.

Mi primera pregunta al ver a Herbert fue, desde luego, si todo iba bien allá abajo en la orilla del río. Como él respondiera afirmativamente, con perfecta confianza y buen ánimo, no volvimos a hablar del asunto hasta caer el día. Entonces, mientras me cambiaba los vendajes, más alumbrado por la luz del fuego que por la exterior, se refirió a él espontáneamente.

—Anoche, Händel, pasé un par de horas en compañía de Provis.

—¿Dónde estaba Clara?

—¡Pobrecilla! —contestó Herbert—. Estuvo ocupada con el Gruñón, subiendo y bajando toda la tarde. No bien la perdía de vista, el viejo se ponía a dar golpes en el suelo. Sin embargo, no creo que esto pueda durar mucho. Entre el ron y la pimienta, entre la pimienta y el ron, creo que sus matraques deben ya acercarse al fin.

—Y entonces tú te casarás, ¿no es cierto?

—¿Cómo, si no, podría cuidar de la pobre criatura? Descansa el brazo en el respaldo del sofá, muchacho, y yo me sentaré aquí y te quitaré el vendaje, tan despacito que ni siquiera lo sentirás. Te hablaba de Provis. ¿Sabes, Händel, que mejora mucho?

—Ya te dije que la última vez que le vi me pareció más suave.

—Eso dijiste. Y así es, en efecto. Anoche estaba muy comunicativo y me contó algo más de su vida. Recordarás que se interrumpió cuando empezaba a hablar de una mujer con quien había pasado grandes trabajos. ¿Te he hecho daño?

Yo había dado un respingo, pero no a causa del roce, sino por el efecto que me habían hecho sus palabras.

—Había olvidado esto, Herbert, pero ahora que me lo dices, lo recuerdo.

—Pues bien, me refirió esta parte de su vida que, ciertamente, es bastante sombría. ¿Quieres que te la cuente, o te aburriría ahora?

—Nada de eso. ¡Cuéntamelo todo!

Herbert se inclinó para mirarme con atención, como si mi respuesta hubiera sido más pronta o más vehemente de lo que podía esperar.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó tocándome la frente.

—Por completo —le contesté—. Dime ahora lo que te contó Provis, querido Herbert.

—Parece… —observó Herbert—. Este vendaje se ha dejado quitar como una seda y ahora viene otro fresco. De momento te escocerá un poco, pobre Händel, ¿no es cierto? Pero muy pronto sentirás un bienestar… Parece —repitió— que aquella mujer era muy joven y celosa, y vengativa; vengativa hasta el extremo.

—¿Hasta qué extremo?

—Hasta el asesinato. ¿Notas la venda demasiado fría en este sitio sensible?

—No noto nada. ¿Cómo asesinó? ¿A quién asesinó?

—Tal vez lo que hizo no merezca nombre tan terrible —dijo Herbert —, pero fue juzgada por ello. La defendió el señor Jaggers y la fama que alcanzó con esta defensa hizo que Provis lo conociera. La víctima fue otra mujer, más robusta que ella, y parece que hubo lucha en un pajar. Cuál de las dos empezó y si la lucha fue leal o no, se ignora en absoluto; lo que no ofrece duda es cómo acabó, porque se encontró a la víctima estrangulada.

—¿Fue condenada la mujer?

—No, fue absuelta. ¡Pobre Händel! Me parece que te he hecho daño.

—Es imposible hacerlo con más delicadeza, Herbert. Y ¿qué más?

—Esa mujer y Provis —dijo Herbert— tenían una hijita, una niña a la que Provis quería entrañablemente. Como iba diciendo, la tarde del mismo día en que fue estrangulada la mujer causante de sus celos, la joven fue a ver a Provis un momento y le juró que mataría a la niña (la cual tenía a su cuidado) y que él no volvería a verla; luego desapareció. Ya tenemos el brazo izquierdo, que es el malo, cómodamente puesto en su cabestrillo y ya nos queda sólo la mano derecha, que es cosa mucho más fácil. Te curo mejor a la luz del fuego porque mis manos están más firmes cuando no veo las llagas con demasiada claridad. ¿No tendrás afectado el pecho, querido? Parece que respiras con precipitación.

—Tal vez sí, Herbert. ¿Cumplió su juramento aquella mujer?

—Esto es lo más triste de la vida de Provis. Lo hizo.

—Es decir, dice que lo hizo.

—Naturalmente, querido Händel —replicó Herbert muy sorprendido e inclinándose de nuevo para mirarme con atención—. Todo lo dice él. No tengo otra fuente de información.

—No. Claro está.

—Provis no dice si había tratado bien o mal a la madre de la criatura; pero ésta había compartido con él cuatro o cinco años de la malhadada vida que nos describió junto a este fuego, y él parece haberla compadecido y perdonado. Por consiguiente, temiendo que le llamaran a declarar acerca de la niña, y ser así causante de la muerte de la madre, se ocultó (a pesar de lo mucho que lloraba a su hijita), permaneció en la sombra, según dice, lejos de ella y fuera del proceso, y sólo se habló de él como de cierto hombre llamado Abel que había sido el motivo de los celos. Después de ser absuelta, ella desapareció y así él perdió a la hija y a la madre de la hija.

—Quisiera saber…

—Un momento, querido Händel —dijo Herbert—, y habré terminado. Aquel genio maligno, aquel Compeyson, el canalla peor de todos los canallas, sabiendo que Provis se ocultaba y conociendo sus razones, se valió de este conocimiento y de la amenaza que suponía como medio de hacerle trabajar más y más duramente y de retribuirle peor que nunca. Por lo que Provis me dijo ayer, esto fue lo que más encendió su odio.

—Querría saber —repetí—, y de un modo particular, si te indicó la fecha en que ocurrió todo eso.

—¿De un modo particular? Déjame hacer memoria, pues, a ver si recuerdo sus palabras. Su expresión fue: «hace cosa de veinte años, poco tiempo después de haber empezado a trabajar con Compeyson». ¿Qué edad tendrías tú cuando le conociste en el pequeño cementerio de tu aldea?

—Creo que siete años.

—Eso es. Todo aquello había ocurrido tres o cuatro años antes —me dijo— y tú le recordaste a la niña trágicamente perdida, que habría tenido entonces tu misma edad.

—Herbert —le dije, después de un corto silencio y con cierto apresuramiento—, ¿cómo me ves mejor? ¿A la luz de la ventana o a la del fuego?

—A la del fuego —contestó Herbert, acercándose de nuevo a mí.

—Mírame.

—Ya lo hago, querido Händel.

—Tócame.

—Ya te toco.

—¿Te parece que estoy calenturiento o que tengo la cabeza trastornada por el accidente de la pasada noche?

—No, querido Händel —contestó Herbert, después de tomarse algún tiempo para examinarme—. Estás algo excitado, pero perfectamente en tus cabales.

—Sé que estoy en mis cabales. Y el hombre a quien tenemos oculto junto al río es el padre de Estella.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

No podría decir cuál era mi propósito al empeñarme en averiguar y demostrar quiénes eran los padres de Estella. Pronto se verá que la cuestión no tomó para mí un aspecto distinto hasta que me la presentó una cabeza más juiciosa que la mía.

Pero cuando Herbert y yo tuvimos nuestra importante conversación, fui presa de la febril convicción de que no tenía más remedio que llegar al fondo del asunto… que no tenía que dejarlo en reposo, sino que debía ver al señor Jaggers y sacarle toda la verdad. En realidad no sé si sentía que debía hacerlo por Estella o si, por el contrario, deseaba extender al hombre en cuya salvación estaba tan interesado algunos reflejos del halo romántico que durante tantos años la había rodeado. Tal vez fuese esta última posibilidad la que más cerca estaba de la verdad.

Sea lo que fuere, con dificultad me dejé disuadir de ir a Gerrard Street aquella misma noche. Sólo el argumento de Herbert de que si iba me fatigaría y empeoraría y no sería de ninguna utilidad cuando de mí dependiera la salvación de mi fugitivo pudo contener mi impaciencia. Y con la inteligencia repetida una y otra vez de que, ocurriera lo que ocurriese, a la mañana siguiente iría a visitar al señor Jaggers, acabé por tranquilizarme y me resigné a quedarme en casa para que Herbert me curara las quemaduras. A la mañana siguiente salimos los dos y en la esquina de Giltspur Street, junto a Smithfield, dejé a Herbert en su camino hacia la City para dirigirme hacia Little Britain.

Periódicamente el señor Jaggers y el señor Wemmick examinaban sus cuentas, comprobaban los justificantes y lo ponían todo en orden. En tales ocasiones, Wemmick llevaba sus libros y sus papeles al despacho del señor Jaggers, y uno de los empleados de arriba iba a ocupar su sitio en la oficina. Viendo a este empleado en el lugar de Wemmick, comprendí lo que ocurría; pero no lamenté encontrar juntos a Wemmick y al señor Jaggers porque de este modo Wemmick vería por sí mismo que yo no decía nada que pudiese comprometerle.

Mi aparición con el brazo vendado y la chaqueta echada sobre los hombros favoreció mi propósito. Había mandado al señor Jaggers una breve relación del accidente en cuanto llegué a Londres, pero ahora tenía que darle todos los detalles, y lo especial de la ocasión hizo que nuestra conversación fuese menos seca y dura, y menos regulada por las leyes del interrogatorio que en ocasiones anteriores. Mientras yo describía el desastre ocurrido, el señor Jaggers permaneció de pie, ante el fuego, según su costumbre. Wemmick se había reclinado en la silla, mirándome con las manos en los bolsillos y la pluma puesta horizontalmente en el buzón. Las dos brutales mascarillas, inseparables, en mi espíritu, de los procedimientos legales, parecían preguntarse congestivamente si no estarían oliendo a quemado en aquellos mismos instantes.

Al terminar mi narración, y agotado el turno de preguntas, saqué la autorización de la señorita Havisham para percibir las novecientas libras destinadas a Herbert. Los ojos del señor Jaggers parecieron hundirse en sus cuencas un poco más cuando le entregué las tabletas, pero en seguida se las pasó a Wemmick, ordenándole que preparara el cheque para la firma. Mientras esta orden se cumplía, yo miraba cómo escribía Wemmick, y el señor Jaggers, balanceándose sobre sus brillantes botas, me miraba a mí.

—Lamento mucho, Pip —dijo, cuando me metí el cheque en el bolsillo después de que él lo hubo firmado—, que no podamos hacer nada por usted.

—La señorita Havisham tuvo la bondad de preguntarme —respondí— si podía hacer algo por mí, y le contesté que no.

—Cada cual sabe lo que le conviene —dijo el señor Jaggers. Y vi que los labios de Wemmick articulaban silenciosamente las palabras: «Bienes portátiles».

—En su lugar, yo no le habría dicho que no —añadió el señor Jaggers —; pero cada cual sabe lo que le conviene.

—Lo que conviene a cualquier hombre —dijo Wemmick mirándome con cierta expresión de reproche— son los bienes portátiles.

Creí entonces que había llegado el momento para tratar el asunto en que tan empeñado estaba, y dije, volviéndome hacia el señor Jaggers:

—Una cosa pedí, no obstante, a la señorita Havisham, señor. Le pedí que me diera algunos informes relativos a su hija adoptiva, y ella me contó todo lo que sabía.

—¿Eso hizo? —preguntó el señor Jaggers, inclinándose para mirarse las botas, tras lo cual se enderezó—. ¡Ah! No creo que yo, en su lugar, lo hubiera hecho. Pero ella sabe mejor lo que le conviene.

—Sé más de la historia de la hija adoptiva de la señorita Havisham que la propia señorita Havisham. Conozco a su madre.

El señor Jaggers me dirigió una mirada interrogativa y repitió:

—¿Su madre?

—No hace más de tres días que la he visto.

—¿De veras? —preguntó el señor Jaggers.

—Y usted también, señor. Usted la ha visto aún más recientemente.

—¿Sí? —dijo el señor Jaggers.

—Tal vez sé más de la historia de Estella que usted mismo —dije—. También conozco a su padre.

Se produjo cierta inmovilidad en la actitud del señor Jaggers (tenía demasiado dominio de sí mismo para cambiar de actitud, pero no pudo evitar que ésta quedara indefiniblemente cuajada en una especie de atención) que me dio la certeza de que no sabía quién era el padre de Estella. Yo sospechaba que así debía ser por lo que Provis le había dicho a Herbert de que había procurado permanecer en la sombra, lo cual relacioné con el detalle de que no fue cliente del señor Jaggers hasta cuatro años más tarde y en una ocasión en que no tenía motivo alguno para revelar su identidad. Pero antes no podía estar seguro de la ignorancia del señor Jaggers como lo estaba ahora.

—¿De manera que usted conoce al padre de la señorita, Pip? —preguntó el señor Jaggers.

—Sí —contesté—. Se llama Provis… De Nueva Gales del Sur.

Hasta el mismo señor Jaggers dio un respingo al oír estas palabras. Fue el sobresalto más leve que podía exteriorizar un hombre, el más cuidadosamente reprimido y el más rápidamente refrenado; pero lo fue, aunque él tratase de disimularlo con su movimiento habitual para sacar el pañuelo. No sé cómo recibió Wemmick aquella noticia, porque en aquellos instantes no me atreví a mirarle por miedo a que el señor Jaggers adivinara que entre los dos había habido comunicaciones ignoradas por él.

—¿Y en qué se apoya, Pip? —preguntó muy fríamente el señor Jaggers, deteniéndose en el acto de llevarse el pañuelo a la nariz—, ¿en qué se apoya ese Provis para reivindicar esa paternidad?

—No pretende nada parecido —contesté—, ni lo ha hecho nunca, pues siempre ha creído que su hija había muerto.

Por una vez falló el poderoso pañuelo. Mi respuesta fue tan inesperada que el señor Jaggers devolvió el pañuelo al bolsillo sin terminar la acción habitual, cruzó los brazos y me miró con severa atención, aunque con rostro inmutable.

Yo le conté entonces todo lo que sabía y cómo lo sabía, con la única reserva de que le di a entender que sabía por la señorita Havisham lo que, de hecho, conocía por Wemmick. En eso tuve mucho cuidado. Y no me volví a mirar a Wemmick hasta que terminé mi relato, y después de que por algunos instantes hube afrontado en silencio la mirada del señor Jaggers. Cuando, por fin, volví los ojos hacia el señor Wemmick, vi que se había quitado la pluma del buzón y parecía absorto en su trabajo.

—¡Ah! —dijo, por fin, el señor Jaggers dirigiéndose a los papeles que tenía en la mesa—. ¿En qué estábamos, Wemmick, cuando entró el señor Pip?

Pero yo no podía resignarme a ser despedido de aquel modo, y le dirigí una súplica apasionada, casi indignada, para que fuera más franco y leal conmigo. Le recordé las falsas esperanzas en que había vivido, el tiempo que habían durado y el descubrimiento que había hecho, y aludí al peligro que me tenía conturbado. Me mostré digno de merecer un poco más de confianza por su parte, a cambio de la que yo acababa de demostrarle. Le dije que no le censuraba, ni me inspiraba ningún recelo, ni sospecha alguna; pero necesitaba que me confirmara lo que yo creía ser verdad. Y si me preguntaba por qué deseaba yo eso y por qué creía tener derecho a ello, le diría, por muy poco que le importaran tan pobres ensueños, que había amado a Estella con toda el alma y desde hacía mucho tiempo, y que, a pesar de haberla perdido y de verme condenado a una vida solitaria, todo lo que tuviera que ver con ella era para mí más próximo y más querido que cualquier otra cosa en el mundo. Y observando que el señor Jaggers seguía mudo y silencioso y, en apariencia, tan obstinado como siempre, a pesar de mi súplica, me volví a Wemmick y le dije:

—Wemmick, sé que es usted un hombre de buen corazón. He visto su agradable morada y a su anciano padre, y todos los inocentes y agradables entretenimientos con los que usted se repone de las fatigas del trabajo. Y le ruego que le diga al señor Jaggers una palabra en mi favor y le demuestre que, dadas las circunstancias, debería ser más franco conmigo.

Jamás he visto a dos hombres mirarse de un modo más raro que como lo hicieron el señor Jaggers y Wemmick después de oír este apóstrofe. En un primer instante llegué a temer que Wemmick fuera despedido en el acto; pero recobré el ánimo al notar que el rostro de Jaggers se distendía en algo que parecía ser una sonrisa, y que Wemmick se hacía más atrevido.

—¿Qué es esto? —preguntó el señor Jaggers—. ¿Usted tiene un anciano padre y se permite inocentes y agradables entretenimientos?

—¿Y qué? —replicó Wemmick—. ¿Qué importa eso si no lo traigo a la oficina?

—Pip —dijo el señor Jaggers, poniéndome la mano sobre el brazo y sonriendo francamente—, este hombre debe de ser el impostor más ladino de Londres.

—Nada de eso —replicó Wemmick envalentonándose—. Yo creo que usted es otro que tal.

Y cambiaron una mirada igual a la anterior, como si cada uno sospechase que el otro le estaba engañando.

—¿Usted, con una agradable morada? —dijo el señor Jaggers.

—Puesto que no perjudica la marcha de los negocios —replicó Wemmick—, no se preocupe por ello. Y permítame que le diga, señor, que no me extrañaría nada que usted estuviera haciendo planes y maquinaciones para gozar de una agradable morada cualquier día de éstos, cuando esté cansado de todo este trabajo.

El señor Jaggers movió dos o tres veces la cabeza, y, sin lugar a dudas, suspiró.

—Pip —dijo luego—. No vamos a hablar de «pobres ensueños». Sabe usted más que yo de estas cosas, pues tiene una experiencia más reciente que la mía. Vamos a hacer una suposición. Entiéndalo usted bien. Yo no afirmo nada.

Esperó a que yo declarara haber entendido bien que él decía expresamente que no afirmaba nada.

—Ahora, Pip —añadió el señor Jaggers—, suponga usted esto: suponga que una mujer, en las circunstancias que usted ha mencionado, tuviera oculta a su hija y se viera obligada a mencionar este detalle a su abogado, cuando éste le recordó que necesitaba saber, para los fines de la defensa, la verdad de lo ocurrido acerca de la niña. Suponga que, al mismo tiempo, tuviera el encargo de buscar una niña para una señora excéntrica y rica que se proponía criarla y adoptarla.

—Le sigo, señor.

—Suponga que el abogado viviera rodeado de una atmósfera de maldad y que lo único que supiera de los niños era que eran engendrados en gran número, y que estaban destinados a una perdición segura. Suponga que viera con frecuencia algunos de estos niños juzgados solemnemente en la sala de lo criminal, donde había que levantarlos en brazos para que se los viera; suponga que continuamente tuviera que enterarse de que se los encarcelaba, se los azotaba, se los llevaba de un lugar a otro, se los abandonaba o se los echaba de todas partes, calificados en todos los sentidos de carne de presidio y sin crecer para otra cosa que ser ahorcados. Suponga que tuviera motivos para considerar a casi todos los niños que tenía ocasión de ver en sus ocupaciones diarias como sustento del cual nacerían los peces que algún día irían a caer en sus redes, y serían acusados, defendidos, condenados, dejados en la orfandad y corrompidos de un modo u otro.

—Comprendo, señor.

—Siga suponiendo, Pip, que hubiera en aquel montón una hermosa niña que se podía salvar, a la cual su padre creía muerta y sobre la que no se atrevía a hacer indagación alguna, y que con respecto a aquella madre el abogado tuviera este poder: «Sé lo que has hecho y cómo lo hiciste. Fuiste aquí y allí. Atacaste de este modo y se te resistieron de este otro; te marchaste a tal y tal sitio e hiciste tal y tal cosa para desviar las sospechas. He adivinado todos tus pasos y te lo digo para que lo sepas. Sepárate de la niña salvo que sea necesario presentarla para demostrar tu inocencia, y en cuyo caso se la hará desaparecer. Entrégame a la niña y yo haré cuanto me sea posible para ponerte en libertad. Si te salvas, también se salvará tu niña; si eres condenada, tu hija, por lo menos, se habrá salvado». Suponga que se hizo así y que la mujer fue absuelta.

—Entiendo perfectamente.

—Pero yo no afirmaba nada.

—Queda entendido que usted no afirma nada.

Y Wemmick repitió:

—No afirma nada.

—Suponga también, Pip, que su pasión y el horror a la muerte hubieran trastornado un poco el juicio de aquella mujer, y que, al verse en libertad, tuviera miedo del mundo y acudiera a su abogado en busca de refugio. Suponga que él la recogiera en su casa, y que para domeñar aquel antiguo natural indómito y violento, cada vez que éste diera señales de reaparecer, le recordase el poder que tenía sobre ella. ¿Comprende usted este caso imaginario?

—Perfectamente.

—Suponga, además, que la niña hubiese llegado a mujer y se hubiera casado por dinero. Que la madre aún exista y que el padre aún exista. Que la madre y el padre vivan sin saberlo a tantas millas, o estados, o yardas (como usted quiera) de distancia el uno del otro. Que el secreto siga siendo un secreto, excepto para usted que lo ha adivinado. Suponga esto último y considérelo con atención.

—Ya lo hago.

—Y le ruego a Wemmick que lo considere con atención.

Y Wemmick dijo:

—Ya lo hago.

—¿En beneficio de quién revelaría usted el secreto? ¿En beneficio del padre? No creo que ganara nada con recobrar a la madre. ¿En beneficio de la madre? Creo que, si cometió el crimen, más segura estaría donde está ahora. ¿En beneficio de la hija? Me parece que le haría un flaco favor a ojos de su marido que se supiera quiénes eran sus padres, y verse envuelta en la infamia a la que escapó durante veinte años, y que ahora sería para toda la vida. Pero añada la suposición de que usted hubiera amado a esta joven, Pip, y la hubiera hecho objeto de esos «pobres ensueños» que un momento u otro se han albergado en la cabeza de muchos más hombres de los que usted se figura. En este caso le diré, Pip, que antes que revelar el secreto valdría más (y es lo que usted haría si lo pensara un poco) que se cortase con la mano derecha usted esta mano izquierda que lleva vendada y luego pasara el hacha a Wemmick para que le cortara la derecha también.

Miré a Wemmick, en cuyo rostro había una grave expresión. Gravemente se tocó los labios con el índice. Yo hice lo mismo. El señor Jaggers hizo lo mismo.

—Ahora, Wemmick —añadió este último recobrando su tono habitual —, ¿en qué partida estaba usted cuando entró el señor Pip?

Me quedé unos momentos mientras ellos reanudaban el trabajo y observé que las extrañas miradas que antes se habían dirigido mutuamente se repetían varias veces, con la diferencia de que ahora cada uno parecía receloso, por no decir consciente, de haber dejado traslucir al otro un lado débil y nada profesional de su carácter.

Supongo que por esta misma razón se mostraban inflexibles el uno para el otro; el señor Jaggers, tratando dictatorialmente a Wemmick, y éste justificándose obstinadamente en cuanto aparecía la menor duda sobre un punto. Nunca les había visto en tan malas relaciones, pues, por lo común, se llevaban muy bien los dos.

Por fortuna, ambos se vieron aliviados por la entrada de Mike, el cliente del gorro de pieles que tenía la costumbre de limpiarse la nariz con la manga y a quien conocí el primer día de mi aparición en aquel lugar. Aquel individuo, que, ya en su propia persona o en algún miembro de su familia, parecía estar siempre en algún apuro (lo cual, en aquel sitio, significaba Newgate) venía a anunciar que su hija había sido presa por sospechas de que se dedicaba a robar en las tiendas. Y mientras comunicaba este triste suceso a Wemmick, y mientras el señor Jaggers seguía con aire magistral ante el fuego, sin tomar parte en la conversación, los ojos de Mike vertieron una lágrima.

—¿Qué anda usted buscando? —preguntó Wemmick con la mayor indignación—. ¿Por qué viene a lloriquear aquí?

—No lloriqueaba, señor Wemmick.

—Vaya si lloriqueaba —respondió—. ¿Cómo se atreve usted? No debía haber venido si no podía hacerlo sin gotear como una pluma estropeada. ¿Qué se propone con ello?

—No siempre puede el hombre dominar sus sentimientos, señor Wemmick —replicó humildemente Mike.

—¿Sus qué? —preguntó Wemmick, furioso a más no poder—. ¡Dígalo otra vez!

—Oiga usted, buen hombre —dijo el señor Jaggers, dando un paso y señalando la puerta—. ¡Salga inmediatamente de esta oficina! Aquí no queremos sentimientos.

—Le está bien empleado —dijo Wemmick—. ¡Fuera!

Así pues, el desgraciado Mike se retiró humildemente y el señor Jaggers y Wemmick parecieron haber restablecido su buena inteligencia, y reanudaron el trabajo tan campantes como si acabasen de almorzar.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Desde Little Britain me fui con el cheque en el bolsillo a casa del hermano de la señorita Skiffins, el tenedor de libros, y éste salió inmediatamente a buscar a Clarriker, y así tuve la gran satisfacción de dejar terminado aquel asunto. Era lo único bueno y lo único completo que había hecho desde el día en que me enteré de que tenía un gran porvenir.

Habiéndome informado Clarriker, con este motivo, de que los asuntos de la casa iban en continuo progreso, de que ahora podría establecer una sucursal en Oriente, de que la extensión de los negocios se hacía necesaria, y de que Herbert, en su nueva condición de socio, iría a encargarse de ella, comprendí que debía haber contado con separarme de mi amigo, aunque mis propios asuntos hubieran estado en mejor situación. Y del mismo modo comprendí que estaba a punto de soltarse mi última áncora y que pronto iría al garete, a merced del viento y de las olas.

Pero me sirvió de recompensa la alegría con que aquella noche llegó Herbert a casa y, me comunicó los cambios ocurridos, sin imaginar, ni remotamente, que no me contaba nada nuevo; trazando alegres perspectivas en que se veía a sí mismo llevando a Clara Barley a la tierra de las Mil y Una Noches, y a mí yéndome a reunir con ellos (creo que con una caravana de camellos), y ya todos juntos, remontando el curso del Nilo y contemplando maravillas. Sin entusiasmarme demasiado respecto a mi papel en aquellos brillantes planes, comprendí que el camino de Herbert se estaba despejando rápidamente, y que sólo faltaba que el viejo Bill Baley siguiera dedicado a su pimienta y a su ron para que su hija quedara felizmente establecida.

Habíamos entrado ya en el mes de marzo. Mi brazo izquierdo, sin presentar ningún síntoma alarmante, iba tan despacio en su curación que aún no me permitía ponerme el frac. La mano derecha estaba ya bastante bien; desfigurada, pero útil.

El lunes por la mañana, estando Herbert y yo desayunándonos, recibí por correo la siguiente carta de Wemmick:

Walworth. Queme esto en cuanto lo haya leído. En los primeros días de esta semana, pongamos el miércoles, puede usted llevar a cabo lo que sabe, si se siente dispuesto a intentarlo. Ahora, queme este papel.

Después de mostrar el escrito a Herbert, y haberlo arrojado al fuego (aunque no antes de habernos aprendido ambos su contenido de memoria), nos pusimos a estudiar lo que convenía hacer; pues ahora, naturalmente, no podíamos olvidar que yo me hallaba inutilizado.

—He pensado en eso muchas veces —dijo Herbert—, y creo conocer un medio mejor que alquilar un barquero del Támesis. Hablaremos con Startop. Es un buen compañero, remero excelente, nos quiere y es un muchacho digno y entusiasta.

Yo había pensado en él más de una vez.

—Pero ¿qué le diremos, Herbert?

—Será necesario decirle muy poco. Démosle a entender que no se trata más que de un capricho, aunque secreto, hasta que llegue el momento; entonces se le dice que hay una razón urgente para embarcar a Provis para el extranjero. ¿Irás con él?

—Sin duda.

—¿Adónde?

En las muchas y angustiosas reflexiones que había dedicado a aquel asunto nunca me había preocupado la cuestión de hacia dónde debíamos embarcar. Si hacia Hamburgo, Rotterdam o Amberes. Poco importaba el lugar con tal de sacarle de Inglaterra. Cualquier barco extranjero que encontráramos y que quisiera tomarnos a bordo serviría para el caso. Siempre me había propuesto llevar a Provis en mi bote hasta muy abajo del río; ciertamente más allá de Gravesend, que era el lugar crítico donde seguramente se harían indagaciones y pesquisas en caso de existir alguna sospecha. Como los barcos extranjeros dejaban Londres a la hora de la pleamar, descenderíamos por el río a la bajamar y nos quedaríamos sin movernos en algún lugar tranquilo hasta que pudiéramos arrimarnos a uno de ellos. La hora en que el barco debía pasar por ese sitio, fuera donde fuese, no iba a ser difícil de calcular si nos procurábamos los informes necesarios.

Herbert dio su conformidad al plan, y salimos inmediatamente después del desayuno a emprender nuestras investigaciones. Averiguamos que un barco que iba a zarpar para Hamburgo era el que más convenía a nuestro propósito, y a él dedicamos principalmente nuestros pensamientos. Pero tomamos nota de que otros vapores extranjeros saldrían con la misma marea, y nos aseguramos de que sabríamos reconocer la forma y el color de cada uno. Luego nos separamos durante algunas horas; yo fui en busca de los pasaportes necesarios y Herbert a ver a Startop en su vivienda. Ambos hicimos lo que nos proponíamos sin estorbo, y cuando volvimos a encontrarnos a la una, pudimos comunicarnos que ya estaba hecho. Yo, por mi parte, tenía ya los pasaportes; Herbert había visto a Startop, que estaba más que dispuesto a acompañarnos.

Convinimos en que ellos dos manejarían los remos y yo llevaría el timón; nuestro pasajero permanecería sentado y quieto y, como nuestro objeto no era correr, nuestra marcha sería suficiente. Acordamos también que Herbert no iría a casa a cenar antes de ir a Mill Pond Bank aquella noche; que lo mismo haría el día siguiente, y que avisaría a Provis para que el miércoles acudiera al embarcadero que había cerca de su casa, sólo cuando viera que nos acercábamos, y no antes; que todo había de quedar convenido con él la noche de aquel mismo lunes, y que no debía comunicarse con nadie, bajo ningún pretexto, hasta que lo subiéramos a bordo.

Una vez quedó todo bien entendido entre nosotros, yo volví a casa.

Al abrir con mi llave la puerta de nuestro piso, encontré en el buzón una carta dirigida a mí; era una carta muy sucia, aunque no estaba mal escrita. Había sido traída a mano (naturalmente, durante mi ausencia) y su contenido era como sigue:

Si no teme usted ir esta noche o mañana, a las nueve, a los viejos marjales y dirigirse a la casita de la compuerta, junto al horno de cal, haría bien en hacerlo. Si desea informes relacionados con su tío Provis, vaya sin decir nada a nadie y sin pérdida de tiempo. Debe ir solo. Traiga esta carta consigo.

Bastantes preocupaciones pesaban ya sobre mi espíritu para que viniera a colmarlas ahora esta extraña misiva. No sabía qué hacer, y lo peor del caso era la necesidad de decidirme prontamente, so pena de perder la diligencia de la tarde, que me llevaría allí a tiempo para acudir aquella misma noche. No podía pensar en ir la noche siguiente, porque ya estaría muy cerca la hora de la marcha. Por otra parte, los informes ofrecidos podían tener alguna importante relación con ella.

Aunque hubiera tenido tiempo de sobra para pensarlo, creo que igualmente habría ido. Pero como no lo tenía, pues el reloj me decía que sólo faltaba media hora para la salida de la diligencia, resolví partir. Ciertamente, no habría ido de no haberse mencionado en la carta al tío

Provis; esto, después de la nota de Wemmick y los atareados preparativos de la mañana, hizo inclinar la balanza.

Es tan difícil comprender claramente el contenido de una carta que se ha leído con precipitación que tuve que releer dos veces la misteriosa epístola antes de hacerme cargo de que en ella se me imponía el secreto. Cediendo a esta imposición de un modo maquinal, dejé unas líneas escritas con lápiz a Herbert, diciéndole que en vista de que iba a ausentarme, sin saber por cuánto tiempo, había decidido ir a enterarme del estado de la señorita Havisham. Tenía ya el tiempo justo para ponerme el abrigo, cerrar las puertas y dirigirme al despacho de las diligencias por el camino más recto. De haber ido en un coche de alquiler por las calles principales, habría llegado tarde; pero yendo por las callejuelas que me acortaban el trayecto, llegué a tiempo de saltar dentro de la diligencia cuando ésta estaba ya arrancando. Yo era el único pasajero del interior, dando tumbos y hundido en la paja hasta las rodillas, cuando de pronto volví en mí.

Porque, en realidad, había estado como fuera de mis cabales desde que recibí la carta, tan aturdido me había dejado después del ajetreo de aquella mañana. La agitación y el aturdimiento de la mañana habían sido grandes porque, aunque hacía tanto tiempo que esperaba la indicación de Wemmick, cuando por fin ésta llegó, me cogió por sorpresa. Y ahora empezaba a extrañarme de encontrarme en la diligencia, y a dudar de si había motivo suficiente para hacer aquel viaje, y a pensar si no sería mejor que bajara y me volviera, y a parecerme imprudente haber hecho caso de una comunicación anónima. En una palabra, pasé por todas las fases de contradicción y de indecisión por las cuales, según creo, deben pasar la mayor parte de las personas que obran con apresuramiento. Pero la referencia al nombre de Provis se impuso a todo. Razoné, como ya lo había hecho sin saberlo (en el caso de que eso fuera razonar), que si le ocurría algún mal por no haber acudido yo a tan extraña cita, no podría perdonármelo nunca.

Se hizo de noche antes de que llegáramos a puesto; el viaje me pareció largo y triste, pues no podía ver nada desde el interior del vehículo, y no podía ir en la parte exterior a causa del mal estado de mis brazos. Evitando el Jabalí Azul, fui a alojarme a una posada de menor categoría y pedí la cena.

Mientras la preparaban me encaminé a la casa Satis, y pregunté por la señorita Havisham; seguía aún muy enferma, aunque bastante mejorada.

Mi posada formó parte, en otro tiempo, de una casa eclesiástica, y cené en una habitación pequeña y de forma octogonal, semejante a un baptisterio. Como no podía cortar la comida, el dueño, hombre de brillante cabeza calva, lo hizo por mí. Eso nos hizo trabar conversación, y él tuvo la amabilidad de entretenerme contando mi propia historia, aunque, desde luego, con el popular detalle de que Pumblechook fue mi primer bienhechor y el fundador de mi fortuna.

—¿Conoce usted a ese joven? —pregunté.

—¿Que si lo conozco? ¡Ya lo creo! ¡Desde que no era más alto que esta silla! —contestó el posadero.

—¿Ha vuelto alguna vez al pueblo?

—Sí, ha venido alguna vez —contestó mi interlocutor—. Viene a visitar a sus amigos ricos, y vuelve la espalda al hombre a quien se lo debe todo.

—¿Qué hombre es ése?

—¿Este de quien le hablo? —preguntó el posadero—. El señor Pumblechook.

—¿Y no se muestra ingrato con nadie más?

—No hay duda de que sería ingrato con otros, si pudiera —replicó el posadero—; pero no puede. ¿Y por qué? Porque Pumblechook fue quien lo hizo todo por él.

—¿Lo dice así Pumblechook?

—¿Que si lo dice? —replicó el posadero—. ¿Acaso no tiene motivos para ello?

—Pero ¿lo dice?

—Le aseguro, caballero, que oírle hablar de esto hace que a un hombre se le convierta la sangre en vinagre.

Yo pensé: «Y, sin embargo, tú, querido Joe, tú nunca has dicho nada. Paciente y buen Joe, tú nunca te has quejado. Ni tú tampoco, dulce y cariñosa Biddy».

—Seguramente, el accidente le ha quitado también el apetito —dijo el posadero, mirando el brazo vendado que llevaba debajo de la chaqueta—. Pruebe este pedazo tiernecito.

—No, gracias —le contesté, alejándome de la mesa para reflexionar ante el fuego—. No puedo más. Haga el favor de llevárselo todo.

Jamás me había sentido tan culpable de ingratitud hacia Joe como en aquellos momentos, gracias a la descarada impostura de Pumblechook.

Cuanto más falso era éste, más sincero me parecía Joe, y cuanto más vil era el uno, más noble resultaba el otro.

Mi corazón se sintió profunda y merecidamente humillado mientras estuve meditando ante el fuego, por espacio de una hora o más. Las campanadas del reloj me despertaron, pero no de mi humillación y remordimiento. Me levanté, me hice sujetar el frac alrededor del cuello y salí. Antes había registrado mis bolsillos buscando la carta, a fin de consultarla de nuevo, pero, como no fui capaz de encontrarla, pensé con inquietud que tal vez se me hubiera caído entre la paja de la diligencia. Recordaba muy bien, sin embargo, que el lugar de la cita era la pequeña casa de la compuerta, junto al horno de cal, en los marjales, y que la hora señalada era las nueve de la noche. Me encaminé, pues, directamente hacia los marjales, pues ya no había tiempo que perder.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Hacía una noche oscura, pero empezó a salir la luna llena cuando dejé los terrenos cercados y salí a los marjales. Más allá de su negro confín había una franja de cielo despejado, apenas lo bastante ancha para contener la gran luna roja. En pocos minutos, ésta salió de aquel campo luminoso para ocultarse entre las montañas de nubes.

Soplaba melancólicamente el viento y los marjales tenían un aspecto lúgubre. Un forastero los habría encontrado insoportables, y aun a mí me parecían tan deprimentes que me detuve vacilante, medio dispuesto a volverme atrás. Pero los conocía muy bien, y habría podido hallar mi camino aunque la noche hubiera sido más negra; y, una vez allí, no tenía excusa alguna para volverme. Así, habiendo llegado allí contra mi inclinación, contra mi inclinación seguía avanzando.

La dirección que tomé no era en la que se encontraba mi antiguo hogar, ni la misma en que perseguimos a los forzados. Avanzaba de espaldas a los distantes pontones y, aunque veía las antiguas luces en los bancos de arena, las veía por encima de mi hombro. Conocía el horno de cal tan bien como la vieja batería, pero estaban a varias millas de distancia el uno de la otra; de manera que si aquella noche hubiera estado encendida una luz en cada uno de estos dos puntos, habría habido una larga línea de negro horizonte entre ambos resplandores.

Al principio tuve que cerrar varios portillos a mi paso, y de vez en cuando tuve que detenerme mientras el ganado que estaba echado en los senderos se levantaba y se alejaba soñoliento entre las hierbas y las cañas. Pero al cabo de poco, me pareció tener toda la llanura para mí solo.

Transcurrió aún media hora hasta que llegué al horno. La cal ardía lentamente y el olor era sofocante, pero los obreros se habían ido después de avivar el fuego y no se veía a ninguno por allí. Muy cerca había una cantera de piedra que se interponía directamente en mi camino. Se había trabajado en ella aquel día, según vi por las herramientas y las carretillas que estaban diseminadas.

Subiendo nuevamente al nivel del marjal, al salir de aquella excavación —porque el áspero sendero cruzaba por allí— vi una luz en la antigua casa de la compuerta. Apresuré el paso y con la mano llamé a la puerta. Esperando la respuesta, miré a mi alrededor, observando que la compuerta estaba abandonada y que la casa, que era de madera, cubierta de tejas, pronto dejaría de ser un buen abrigo para el mal tiempo, si es que todavía lo era en el bueno. Observé también que el mismo barro estaba cubierto por una capa de cal y que el vapor del horno, el humo del horno, se arrastraba especialmente hacia mí. No habiendo obtenido respuesta, volví a llamar, y como tampoco me respondieron, traté de levantar el picaporte.

Éste obedeció a mi esfuerzo y la puerta cedió. Mirando al interior vi una bujía encendida sobre la mesa, un banco y un jergón sobre un camastro. Como en lo alto se advirtiera una especie de desván, volví a preguntar:

—¿No hay nadie?

Como tampoco respondieron, me volví a la puerta, sin saber qué hacer.

Empezaba a llover copiosamente. No viendo nada más que lo que ya había visto, me volví a la casa y me quedé al amparo de la puerta mirando al exterior. Mientras pensaba que alguien debía de haber estado allí unos momentos antes y que regresaría en breve, pues de lo contrario la bujía no estaría encendida, se me ocurrió la idea de ver si el pábilo era muy largo. Me volví con este objeto, y había cogido ya la bujía cuando la apagó un choque violento, y lo primero que comprendí después fue que estaba atrapado por un fuerte nudo corredizo que me habían echado por detrás.

—Ahora te tengo —dijo una voz contenida, acompañando estas palabras con un juramento.

—¿Qué es esto? —grité luchando—. ¿Quién eres? ¡Socorro! ¡Socorro!

No solamente tenía los brazos oprimidos contra los costados, sino que la presión sobre el izquierdo me causaba un dolor horrible. A veces un fuerte brazo y otras un robusto pecho se aplicaban contra mi boca para ahogar mis gritos y, sintiendo un cálido aliento sobre mí, luché inútilmente en las tinieblas mientras me ataban fuertemente a la pared.

—Y ahora —dijo la voz contenida, después de proferir una blasfemia—, vuelve a llamar y verás lo que tardo en despacharte.

Débil y agobiado por el dolor de mi brazo izquierdo, aturdido aún por la sorpresa, y comprendiendo, sin embargo, la facilidad con que se podría cumplir aquella amenaza, desistí de luchar y traté de aflojar por poco que fuese la cuerda que me oprimía el brazo. Pero estaba demasiado bien atado. Me parecía como si, después de habérmelo quemado antes, ahora me lo cociesen.

La súbita exclusión del débil resplandor nocturno y su sustitución por una negra oscuridad me indicaron que el hombre acababa de cerrar un postigo. Después de tantear unos momentos encontró el pedernal y el acero que buscaba y empezó a golpear para encender la luz. Fijé la mirada en las chispas que caían sobre la mecha, y sobre la cual él soplaba y jadeaba con la pajuela en la mano, pero sólo podía ver sus labios y el extremo azul de la pajuela; y aun esto a intervalos. La mecha estaba húmeda, cosa nada extraña en aquel lugar, y una tras otra las chispas se apagaban.

Aquel hombre no parecía tener prisa alguna, y golpeaba el pedernal una y otra vez. A medida que saltaban las chispas y le iluminaban, pude ver sus manos y algunos rasgos de su rostro, y pude advertir que estaba sentado e inclinado sobre la mesa; pero nada más. De pronto, volví a ver sus labios, que me parecieron azules, al soplar la mecha, y de pronto surgió la llama, y me mostró a Orlick.

No sé ahora a quién había esperado ver, pero, desde luego, no a él. Al verle comprendí que me hallaba verdaderamente en un serio peligro y no le quité los ojos de encima.

Con una gran calma encendió la bujía con la mecha, soltó esta última y la pisó. Luego dejó la bujía en la mesa, apartándola de sí, de modo que pudiese verme bien, y se quedó contemplándome con los brazos cruzados. Entonces me di cuenta de que estaba atado a una fuerte escalera perpendicular, clavada junto a la pared, que servía para subir al desván.

—Ahora —dijo, después de habernos contemplado el uno al otro—, ya eres mío.

—¡Desátame! ¡Suéltame!

—¡Ah! —replicó—. Ya te soltaré. Te soltaré para mandarte a la luna; a las estrellas. Todo llegará.

—¿Por qué me has traído aquí con engaños?

—¿No lo sabes? —me preguntó con siniestra mirada.

—¿Por qué te has arrojado sobre mí en la oscuridad?

—Porque quería hacerlo todo yo solo. Para guardar un secreto es mejor ser uno que dos. ¡Oh, mi enemigo! ¡Mi enemigo!

El gozo que hallaba en el espectáculo que yo ofrecía, mientras él permanecía sentado con los brazos cruzados y apoyados en la mesa, amenazándome con la cabeza y como abrazándose a sí mismo para felicitarse, era de una malignidad tal que me hizo temblar. Le observé en silencio mientras extendía la mano al rincón más próximo y sacaba una escopeta con abrazaderas de bronce.

—¿Conoces esto? —dijo, apuntándome al mismo tiempo.

—¿Te acuerdas del lugar en que lo viste antes? ¡Habla, perro!

—Sí —contesté.

—Por tu culpa perdí aquel empleo. Tú fuiste el causante. ¡Habla!

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Esto hiciste, y ya habría sido suficiente. ¿Cómo te atreviste a interponerte entre mí y la muchacha a quien yo quería?

—¿Cuándo hice tal cosa?

—¿Que cuándo lo hiciste? ¿No fuiste tú quien siempre le hablaba mal del viejo Orlick? ¿No fuiste tú quien me dio tan mala fama a sus ojos?

—Tú mismo te la diste; tú te la ganaste. Ningún daño habría podido hacerte yo si no te lo hubieras hecho tú mismo.

—¡Mientes! No habrías ahorrado esfuerzos y habrías gastado todo el dinero necesario para obligarme a salir de aquí, ¿no es verdad? —dijo, recordándome las palabras que yo mismo le había dicho a Biddy en la última entrevista que tuve con ella—. Y ahora voy a decirte una cosa. Nunca te habría convenido tanto como esta noche haberme obligado a salir de aquí. ¡Ah, sí, aunque para ello hubieras tenido que gastar veinte veces todo el dinero que tienes, hasta el último penique!

Viéndole sacudir la cabeza, enseñando los dientes como un tigre, comprendí que era verdad lo que decía.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—¿Qué voy a hacer? —dijo, dando un enérgico puñetazo en la mesa y levantándose al mismo tiempo como para darle más fuerza—. Voy a arrancarte la vida.

Se inclinó hacia adelante, mirándome, abrió lentamente la mano, se la pasó por los labios, como si lo que me aguardaba le llenase de saliva la boca, y volvió a sentarse.

—Siempre, desde que eras niño, te pusiste en el camino del viejo Orlick. Pero esta noche dejarás de estorbarme. El viejo Orlick se te quitará de encima. Eres hombre muerto.

Comprendí que había llegado al borde de mi tumba. Por un momento miré desesperadamente a mi alrededor en busca de una posibilidad de escapar; pero no había ninguna.

—Voy a hacer más todavía —añadió él, volviendo a cruzar los brazos sobre la mesa—. No quiero que de ti quede un solo harapo ni un solo hueso. Meteré tu cadáver en el horno. Soy capaz de llevar dos como tú a cuestas y, si la gente quiere imaginar, que imagine, pero nunca sabrá nada nadie.

Mi mente, con inconcebible rapidez, previó las consecuencias de semejante muerte. El padre de Estella creería que le había abandonado; él sería preso y moriría acusándome; el mismo Herbert dudaría de mí, cuando comparara la carta que le había dejado con el hecho de que tan sólo había ido un momento a casa de la señorita Havisham; Joe y Biddy no sabrían jamás lo arrepentido que estuve aquella misma noche; nadie sabría nunca lo que yo habría sufrido, cuán fiel y leal me había propuesto ser en adelante y qué agonías había pasado. La muerte que tenía tan cerca era terrible, pero mucho más terrible que la muerte era el temor de dejar un mal recuerdo de mí. Y tan rápidos fueron mis pensamientos que me vi despreciado por generaciones venideras… por los hijos de Estella y por los hijos de sus hijos, mientras las palabras de aquel miserable estaban aún en sus labios.

—Ahora, perro —dijo—, antes de matarte como a una bestia, que es lo que pienso hacer y por eso te he atado como estás, voy a darme el gusto de contemplarte. ¡Oh, mi enemigo!

Tuve por un momento la idea de volver a gritar pidiendo socorro, aunque pocos sabían mejor que yo cuán solitario era aquel lugar y cuán vanas las esperanzas de obtener ayuda. Pero mientras él seguía sentado gozándose en mis sufrimientos, a mí me sostenía un furioso desprecio que me sellaba los labios. Por encima de todo resolví no dirigirle ruego alguno, y morir resistiéndome cuanto pudiera, que no sería mucho. Suavizados como estaban mis sentimientos por los demás en aquel horrendo trance; pidiendo como pedía humildemente perdón al Cielo; y doliéndome como me dolía el corazón al pensar que no me había despedido de nadie, y que jamás podría hacerlo de los que más quería, ni justificarme ante ellos, ni pedirles que tuvieran lástima de mis míseros errores, a pesar de todo eso, si hubiera podido matar a aquel hombre, aunque fuera muriendo, lo habría hecho.

Orlick había bebido y tenía los ojos enrojecidos. Llevaba una botella de hojalata colgada al cuello, como en otro tiempo le había visto llevar su comida y su bebida. Se llevó esta botella a los labios, y engulló furiosamente un trago de su contenido, y pude percibir el olor del alcohol que veía llamear en su rostro.

—¡Perro! —dijo, cruzando de nuevo los brazos—. El viejo Orlick va a decirte ahora una cosa. Tú fuiste quien mató a aquella arpía de tu hermana.

De nuevo mi cabeza, con la misma inconcebible rapidez que antes, agotó todo pensamiento relativo al ataque de que fue víctima mi hermana, a su enfermedad y su muerte, antes de que la lengua torpe y vacilante de Orlick hubiese acabado de pronunciar estas palabras.

—¡Tú fuiste el asesino, maldito! —dije.

—Te digo que fue culpa tuya. Te digo que tú fuiste la causa —añadió, cogiendo la escopeta y marcando un golpe con la culata en el espacio que nos separaba—. Me acerqué a ella por detrás como he hecho esta noche contigo, y le di de firme. La dejé muerta, y si hubiera habido un horno de cal tan cerca de ella como ahora lo hay de ti, te aseguro que no habría recobrado el sentido. Pero el asesino no fue el viejo Orlick, sino tú. Tú eras el niño mimado, y el viejo Orlick tenía que aguantar las reprimendas y los golpes. ¡El viejo Orlick insultado y aporreado!, ¿eh? Ahora lo vas a pagar. Tú lo hiciste; tú lo vas a pagar.

Volvió a beber y se enfureció todavía más. Por el ruido que producía el líquido de la botella, me di cuenta de que ya no quedaba mucho. Comprendí claramente que bebía para cobrar ánimo y acabar de una vez. Sabía que cada gota de licor representaba una gota de mi vida. Y sabía que, cuando yo estuviera transformado en una parte del vapor que poco antes había venido arrastrándose hacia mí, como un espectro anunciador, él haría lo mismo que cuando agredió a mi hermana, es decir, correr a la villa para que lo vieran por allí, bebiendo en las tabernas. Mi rápido pensamiento lo siguió, se trazó un cuadro de la calle con él en medio, y percibió el contraste entre sus luces y su vida con el marjal solitario y el blanco vapor serpenteante en el cual me convertiría yo en breve.

No era solamente que yo tuviera que resumir años y años y años mientras él pronunciaba una docena de palabras, sino que lo que él decía me presentaba imágenes y no simples palabras. En mi excitación y exaltación mental, no podía pensar en un lugar o en una persona sin verlos. Me sería imposible exagerar lo vívidas que fueron estas imágenes, y no obstante, estuve todo el tiempo tan alerta —¡quién no pone atención al tigre agazapado, a punto de saltar!— que percibía el más leve movimiento de mis dedos.

Después de beber esta segunda vez se levantó del banco en que estaba sentado y empujó la mesa a un lado. Luego tomó la vela y, haciendo pantalla con su mano asesina para que toda su luz me diera de lleno, se quedó mirándome y deleitándose con el espectáculo.

—Oye, perro, voy a decirte algo más. Fue Orlick el hombre con quien tropezaste una noche en tu escalera.

Vi la escalera con las luces apagadas, vi las sombras que las recias barandillas proyectaban en las paredes al ser iluminadas por el farol del vigilante. Vi las habitaciones que no había de ver jamás; aquí una puerta medio abierta; allí una puerta cerrada; todos los muebles y utensilios.

—¿Y para qué estaba allí el viejo Orlick? Voy a decirte algo más, perro. Tú y ella casi me habéis echado de esta región en la que ya no puedo ganarme fácilmente la vida, y por eso he tomado nuevos compañeros y nuevos amos. Uno de ellos me escribe cartas que me conviene mandar. ¿Lo entiendes? ¡Escribe mis cartas, perro! Escribe de cincuenta maneras distintas; no como tú, soplón, que no escribes más que de una. He tenido el firme propósito y la firme voluntad de arrancarte la vida desde el día que viniste al entierro de tu hermana. Pero no sabía cómo hacerlo sin peligro, y he estado espiándote para conocer tus idas y venidas. Porque el viejo Orlick se decía: «¡De un modo u otro lo atraparé!». Y mira, cuando te vigilaba, me encontré con tu tío Provis. ¿Qué te parece?

Mill Pond Bank y Chink's Bain y el paseo de la vieja cordelería, ¡qué claro se me aparecía todo! Provis en sus habitaciones y la señal que ya no servía para nada, la linda Clara, la buena y maternal señora, el viejo Bill Barney tendido de espaldas… todos flotaban río abajo, como arrastrados por la rápida corriente de mi vida que se precipitaba hacia el mar.

—¿Tú con un tío? Cuando te conocí en casa de Gargery, eras un cachorro tan pequeño que podía haberte ahogado con estos dos dedos (como estuve tentado de hacer más de una vez cuando te veía rondar entre los sauces). Entonces no tenías ningún tío. No, ninguno. Pero cuando el viejo Orlick se enteró de que tu tío había llevado seguramente el grillete que él encontró limado y partido por la mitad en estos marjales, hace muchos años, y con el cual derribó a tu hermana como si fuese un buey, que es lo que va a hacer contigo… ¿qué?… cuando se enteró de esto… ¿qué?

Y en su salvaje furor me acercó tanto la bujía que tuve que volver el rostro para evitar la llama.

—¡Ah! —exclamó riéndose y repitiendo la acción—. ¡El gato escaldado del agua fría huye! El viejo Orlick sabía que te habías quemado; el viejo Orlick sabía que ibas a embarcar a tu tío de contrabando; el viejo Orlick es más listo que tú y sabía que vendrías esta noche. Aún voy a decirte algo más, perro, y será lo último. Hay alguien que le puede tanto a tu tío Provis como el viejo Orlick ha podido contigo. Ya le dirán que ha perdido a su sobrino. Se lo dirán cuando ya no sea posible encontrar un solo trozo de ropa ni un hueso tuyo. ¡Que se guarde de él cuando haya perdido al sobrino!; ¡que se guarde de él cuando nadie pueda encontrar ni un jirón de los vestidos de su querido pariente ni un hueso de su cuerpo! Hay quien no consentirá que Magwitch —sí, conozco su nombre— viva en el mismo país que él, y que sabe demasiado de su vida en otras tierras para privarse de denunciarlo y ponerle en peligro. Tal vez sea la misma persona que escribe de cincuenta maneras distintas, mientras que tú, soplón, no sabes hacerlo más que de una. ¡Que tu tío Magwitch se guarde de Compeyson y de la horca!

Volvió a acercarme la bujía al rostro ahumándome la piel y el cabello y dejándome deslumbrado por un instante; luego me volvió su vigorosa espalda para dejar la luz sobre la mesa. Yo había rezado una oración y estaba mentalmente en compañía de Joe, de Biddy y de Herbert cuando se volvió otra vez hacia mí.

Quedaba un espacio de algunos pies entre la mesa y la pared, y en aquel claro él se movía de un lado a otro, con la cabeza agachada. Mientras lo hacía, su fuerza extraordinaria parecía haber aumentado, los puños apretados y los voluminosos brazos colgando, y los ojos clavados en mí con ferocidad. Yo no tenía la más ligera esperanza. A pesar de mi tumulto interior y del prodigioso vigor de las imágenes que se sucedían sin parar en mi cabeza, pude entender con claridad que, si no hubiera estado seguro de que al cabo de unos momentos yo desaparecería del ámbito del conocimiento humano, no me habría dicho lo que acababa de decirme.

De pronto se detuvo, quitó el corcho de la botella y lo tiró. A pesar de lo ligero que era, lo oí caer como si fuese un plomo. Volvió a beber lentamente levantando cada vez más la botella, y dejó de mirarme. Vertió las últimas gotas de licor en la palma de la mano y pasó la lengua por ella. Luego, impulsado por horrible furor, blasfemando de un modo espantoso, arrojó la botella, se agachó y vi aparecer en su mano un mazo de mango largo y pesado.

No me abandonó la decisión que había tomado, porque, sin pronunciar una vana palabra de súplica, pedí socorro con todas mis fuerzas y luché cuanto pude por liberarme. Tan sólo podía mover la cabeza y las piernas; sin embargo, luché con un vigor que hasta entonces no había sospechado tener. Al mismo tiempo oí voces que me respondían, percibí unas figuras y el resplandor de una luz en la puerta; oí voces y tumulto y vi a Orlick surgir de entre un grupo de hombres que luchaban, saltar luego por encima de la mesa y perderse en la oscuridad de la noche.

Tras un período en que no me di cuenta de nada, me vi libre de ataduras y tendido en el suelo, en el mismo lugar, con la cabeza apoyada en la rodilla de alguien. Al volver en mí tenía los ojos fijos en la escalera próxima a la pared —la había estado mirando antes de verla— y por ella conocí, al recobrar el sentido, que estaba en el mismo lugar donde lo había perdido.

Demasiado indiferente, al principio, para fijarme siquiera en lo que me rodeaba y en quién me sostenía, estaba mirando la escalera cuando entre ella y yo se interpuso un rostro. Era el del aprendiz de Trabb.

—¡Me parece que ya está bien! —dijo con voz contenida—. ¡Pero no está poco pálido!

Al oírse estas palabras, el rostro del que me sostenía se inclinó hacia el mío, y entonces vi que era…

—¡Herbert! ¡Dios mío! ¡Y también nuestro amigo Startop! —exclamé cuando éste también se inclinó hacia mí.

—¡Despacito, querido Händel! ¡No te excites!

—Recuerda el asunto en el que él va a ayudarnos —dijo Herbert— y cálmate.

Al oír esta alusión me incorporé violentamente; pero el dolor que sentí en el brazo me obligó a tumbarme de nuevo.

—¿No ha pasado la ocasión, Herbert? ¿Qué noche es la de hoy? ¿Cuánto tiempo he estado aquí? —Porque tenía una extraña y fuerte aprensión de haber estado allí mucho tiempo, tal vez un día y una noche, dos días, o quizá más.

—No ha pasado el tiempo aún. Todavía estamos en la noche del lunes.

—¡Gracias a Dios!

—Y te queda todo el día de mañana, martes, para descansar —me dijo Herbert—. Pero veo que estás sufriendo, querido Händel. ¿Dónde te han hecho daño? ¿Puedes ponerte en pie?

—Sí, sí —contesté—, y hasta podré andar. Sólo me duele este brazo.

Me lo pusieron al descubierto e hicieron cuanto pudieron por aliviarme. Estaba muy hinchado e inflamado, y a duras penas podía soportar que me lo tocasen. Rompieron unos pañuelos para hacer vendas nuevas con ellos y con todo el cuidado me lo volvieron a poner en cabestrillo hasta que pudiéramos llegar a la villa y procurarnos una loción refrescante. Poco después habíamos cerrado la puerta de la desierta casilla de la compuerta y atravesábamos la cantera, en nuestro camino de regreso. El muchacho de Trabb, que estaba ya hecho un hombre, nos precedía con una linterna, cuya luz era la que vi aparecer en la puerta cuando aún estaba atado. Pero la luna llevaba ya dos horas en el firmamento desde la última vez que la vi, y aunque la noche continuaba lluviosa, el tiempo había mejorado. El vapor blanco del horno de cal pasó rozándonos cuando llegamos a él y, así como antes había rezado mentalmente una plegaria, entonces dirigí al Cielo mi pensamiento en acción de gracias.

Habiendo rogado a Herbert que me dijera cómo había podido acudir en mi socorro —cosa que al principio se negó a explicarme, pues insistió en que tuviera calma—, supe que, en mis prisas, había dejado caer la carta, abierta, en nuestras habitaciones, donde él la encontró al llegar en compañía de Startop, poco después de mi salida. Su contenido le inquietó y mucho más al advertir la contradicción que había entre él y las líneas que yo le había dirigido apresuradamente. Y como su inquietud, en vez de disminuir, aumentaba, tras un cuarto de hora de reflexión se encaminó al despacho de las diligencias en compañía de Startop, que se ofreció a acompañarle a averiguar a qué hora salía una. En vista de que ya había salido la última y como su intranquilidad se iba convirtiendo en evidente alarma a medida que aparecían nuevos obstáculos, resolvió seguirme en una silla de posta. Así, él y Startop llegaron al Jabalí Azul, donde esperaban encontrarme, o, por lo menos, tener noticias mías; pero no hallando ni lo uno ni lo otro, se dirigieron a casa de la señorita Havisham, donde perdieron mi rastro. En vista de eso, regresaron al hotel (sin duda mientras yo estaba oyendo la versión popular de mi propia historia) para tomar un pequeño refrigerio y buscar a alguien que los guiara por los marjales. Quiso la casualidad que entre los ociosos que había ante la puerta del Jabalí Azul se hallase el aprendiz de Trabb, fiel a su costumbre de estar en todos los sitios donde no tenía nada que hacer, y parece que éste me había visto salir de la casa de la señorita Havisham en dirección hacia la posada en que cené. Por esta razón el aprendiz de Trabb se convirtió en su guía, y con él se encaminaron a la casa de la compuerta, si bien pasando por el camino de la villa, que yo había evitado. Mientras andaban, Herbert pensó que, después de todo, podía darse el caso de que verdaderamente me hubiera llevado allí algún asunto conducente a la seguridad de Provis, y, diciéndose que si era así cualquier interrupción podía ser perjudicial, dejó a su guía y a Startop en el borde de la carretera y avanzó solo, dando dos o tres veces la vuelta a la casa, tratando de averiguar si ocurría algo desagradable. Al principio no pudo oír más que los sonidos imprecisos de una voz grave y ruda (esto ocurría mientras mi cabeza se hallaba tan ocupada) y hasta empezaba a dudar de que yo estuviera allí cuando, de pronto, grité pidiendo socorro y él respondió a mis gritos y entró, seguido de cerca por los otros dos.

Cuando le conté a Herbert lo sucedido en el interior de la casa, se mostró partidario de que acudiéramos inmediatamente ante un magistrado de la villa, sin tener en cuenta lo avanzado de la hora, y obtuviéramos de él una orden de detención; pero había reflexionado ya que esta determinación, que iba a detenernos allí o comprometernos a volver, podía ser fatal para Provis. No había manera de salvar esta dificultad y tuvimos que abandonar, por el momento, todo propósito de perseguir a Orlick. Creímos prudente explicar muy poco de lo sucedido al muchacho de Trabb, pues estoy convencido de que habría sufrido un desencanto al saber que su intervención me había salvado del horno de cal; no porque los sentimientos del muchacho fuesen malos, sino porque tenía un exceso de vivacidad y estaba en su naturaleza la necesidad de variedad y excitación, a costa de quien fuese. Al separarnos de él le di dos guineas (lo que me pareció que satisfacía sus esperanzas) y le dije que lamentaba mucho haberle tenido alguna vez en mal concepto (lo cual no le causó la menor impresión).

Como el miércoles estaba ya muy cerca, decidimos regresar a Londres aquella noche, los tres en la silla de posta, con mayor motivo porque nos convenía alejarnos antes de que empezara a hablarse de nuestra aventura nocturna. Herbert adquirió una gran botella de medicamento para mi brazo, y gracias a que me lo estuvo curando sin cesar toda la noche, pude resistir el dolor durante el viaje. Amanecía ya cuando llegamos al Temple y yo me metí en seguida en cama, y en cama me quedé durante todo el día.

El temor, mientras estaba en ella, de caer enfermo y de no poderme valer al día siguiente, me obsesionaba de tal modo que lo raro fue que no enfermara de veras. Y es casi seguro que lo habría hecho, en combinación con todas las sacudidas mentales que había sufrido, de no haber sido por la fuerza sobrenatural que obtenía del pensamiento en aquel mañana tan ansiosamente esperado, tan cargado de consecuencias y de resultados tan inciertos, aunque tan cercanos.

Ninguna precaución podía ser más necesaria que la de abstenernos de comunicarnos con Provis aquel día; sin embargo esto también aumentaba mi intranquilidad. Me sobresaltaba al oír unos pasos, creyendo que eran los de un mensajero que venía a participarnos que ya había sido descubierto y apresado. Me persuadía a mí mismo de que lo habían capturado; de que en mi mente había algo más que un temor o que un presentimiento; de que el hecho había ocurrido y yo tenía un misterioso conocimiento de él. A medida que transcurría el día sin que llegara ninguna mala noticia, a medida que caía la tarde y llegaba la noche, mi temor de verme inutilizado por la enfermedad antes de que llegara la mañana me dominó por completo. Sentía fuertes latidos en mi inflamado brazo, y en la ardorosa cabeza, y pensé que empezaba a delirar. Conté hasta mil y más, repetí pasajes en prosa y verso que sabía de memoria, para asegurarme de que estaba en mis cabales. A veces, de pura fatiga me adormecía unos instantes u olvidaba mis preocupaciones; entonces me despertaba con un sobresalto y me decía: «Ahora es de veras, ahora sí que estás delirando».

Me obligaron a permanecer quieto durante todo el día, me curaron constantemente el brazo y me dieron bebidas refrescantes. Cada vez que me dormía, me despertaba la aprensión que ya había tenido en la casa de la compuerta de que había pasado mucho tiempo y con él la oportunidad de salvar a Provis. Hacia medianoche me levanté de la cama y me acerqué a Herbert, con la convicción de haber dormido por espacio de veinticuatro horas y de que el miércoles había pasado ya. Éste fue el último y agotador esfuerzo de mi desasosiego, pues a partir de aquel momento dormí profundamente.

Apuntaba la aurora del miércoles cuando miré por la ventana. Palidecían ya las parpadeantes luces de los puentes y el sol naciente era como un marjal de fuego en el horizonte. El río estaba aún oscuro y misterioso, cruzado por los puentes, que tomaban un color grisáceo, con algún que otro reflejo rojizo del resplandor del cielo. Mientras contemplaba los apiñados tejados, con torres y agujas de iglesias recortadas contra una atmósfera extraordinariamente clara, se levantó el sol y pareció como si alguien hubiera retirado un velo que cubriera el río, porque al instante brillaron millones de chispas sobre sus aguas.

También a mí me pareció que me hubieran quitado un velo, porque me sentí fuerte y sano. Herbert estaba dormido en su cama y nuestro compañero de estudios hacía lo mismo en su sofá. No podía vestirme sin ayuda, pero reanimé el fuego que aún ardía y preparé café para todos. A su debido tiempo ellos se levantaron, también descansados y vigorosos, y abrimos las ventanas para que entrara el aire fresco de la mañana, y contemplamos la marea que aún venía hacia nosotros.

—Al dar las nueve —dijo alegremente Herbert—, tú, en Mill Pond Bank, aguarda nuestra llegada y procura estar preparado en la orilla del río.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Era uno de aquellos días de marzo en que brilla el sol esplendoroso y sopla frío el viento; y es verano donde da el sol e invierno en la sombra. Todos llevábamos nuestros gruesos chaquetones, y yo además un maletín. De todo cuanto poseía en la tierra, no me llevé más que las pocas cosas indispensables que podían caber en él. Ignoraba por completo dónde iría, qué haría o cuándo regresaría, y no me apuraba por ello, pues lo único que me interesaba era la salvación de Provis. Únicamente, al volverme a mirar la puerta de mi casa, me pregunté en qué distintas circunstancias volvería a entrar en aquellas habitaciones, si llegaba a hacerlo.

Bajamos al desembarcadero del Temple y nos quedamos merodeando como si no tuviéramos aún resuelto si nos embarcaríamos o no. Desde luego, yo había tenido buen cuidado de que la lancha estuviese preparada y todo en orden. Después de dar unas muestras de indecisión, que no pudieron advertir nadie más que tres o cuatro criaturas «anfibias» que solían rondar por nuestro desembarcadero, saltamos al bote y desatracamos. Herbert se sentó en la proa y yo empuñé el timón. Era entonces casi la pleamar: las ocho y media.

Nuestro plan era el siguiente: como la marea empezaba a bajar a las nueve y nos sería favorable hasta las tres, nos proponíamos ir siguiéndola aun después de que hubiera cambiado y navegar contra ella hasta el oscurecer. Entonces habríamos llegado a aquellos largos trechos donde, más abajo de Gravesond, entre Kent y Essex, el río es ancho y solitario, y las riberas tienen pocos habitantes, con algunas tabernas aisladas aquí y allí, entre las cuales podríamos escoger una para descansar. El vapor para Hamburgo y el que iba a Rotterdam saldrían hacia las nueve de la mañana del jueves. Sabríamos en qué momento esperarlos, según el sitio donde estuviéramos, y haríamos señas al primero que se presentara; de manera que si, por una razón cualquiera, éste no nos recogía a bordo, tendríamos aún otra probabilidad. Conocíamos los caracteres distintos de cada uno de estos barcos.

Era tan grande el alivio de estar ya ocupados en la realización de nuestro propósito que me parecía mentira el estado en que me había encontrado apenas unas pocas horas antes. El aire fresco, la luz del sol, el movimiento del río y el río mismo en su movimiento (el camino que avanzaba con nosotros, y que parecía simpatizar con nosotros, alentarnos, estimularnos) me infundían una nueva confianza. Me mortificaba ser de tan poca utilidad a bordo de la lancha, pero pocos remeros había mejores que mis dos amigos, que remaban con un empuje sostenido que había de durar todo el día.

En aquel tiempo el tráfico de vapores por el Támesis estaba muy por debajo del actual y los botes y lanchas eran mucho más numerosos. Tal vez las gabarras, veleros carboneros y barcos de cabotaje eran los mismos que ahora; pero los vapores, grandes o pequeños, no eran ni la décima o la vigésima parte de los que hay en la actualidad. A pesar de lo temprano de la hora, abundaban aquella mañana los botes de espadilla que iban a una parte o a otra y las gabarras que bajaban con la marea; navegar por el río, entre puentes, en lancha descubierta, era una cosa mucho más fácil y corriente entonces que ahora, y avanzábamos rápidamente entre una multitud de botes y chalanas.

Pronto hubimos pasado el viejo Puente de Londres, y el viejo mercado de Billingsgate, con sus viveros de ostras y sus holandeses, así como la Torre Blanca y la Puerta del Traidor; y pronto estuvimos en las ringleras de las grandes embarcaciones. Aquí y allá los vapores de Leith, de Aberdeen y de Glasgow, cargando y descargando mercancías, nos parecieron inmensamente altos desde nuestra lancha al pasar por su lado; había, por docenas, barcos carboneros con las máquinas sacando a cubierta el carbón de la cala, levantando los cubos por encima de la borda y vaciándolos en las barcazas; aquí estaba amarrado el vapor que saldría al día siguiente para Rotterdam, en el que nos fijamos muy bien; y allí el que saldría al día siguiente con dirección a Hamburgo, bajo cuyo bauprés nos deslizamos. Y, por fin, sentado en la popa, pude ver, con el corazón palpitante, Mill Pond Bank y su embarcadero.

—¿Está allí? —preguntó Herbert.

—Aún no.

—Perfectamente. No debía bajar hasta que nos viera. ¿Puedes distinguir su señal?

—Desde aquí no muy bien, pero me parece que la veo ya. ¡Ahora la veo! ¡Adelante! ¡Despacio, Herbert! ¡Alto los remos!

Tocamos ligeramente el embarcadero por un instante; Provis saltó a bordo y desatracamos de nuevo. Llevaba una especie de capa propia para la navegación y un maletín de tela negra. Su aspecto era todo lo parecido al de un piloto del río que mi corazón hubiera podido desear.

—¡Querido Pip! —dijo, poniéndome la mano sobre el hombro, mientras tomaba asiento—. ¡Fiel y querido muchacho! Lo has hecho muy bien. Gracias, muchas gracias.

De nuevo entre ringleras de grandes barcos, siempre en zigzag, salvamos cadenas oxidadas, cables de cáñamo deshilachados y boyas fluctuantes, hundimos momentáneamente canastos rotos que flotaban en el agua, como flotaban las astillas y virutas de madera que dispersamos o los desechos de carbón que resquebrajamos, siempre en zigzag, bajo el mascarón de proa del John de Sunderland que dirigía una alocución a los vientos (como suelen hacer muchos Johns), y del Betsy de Yarmouth con su firme rotundidad pectoral y sus ojos saltones que le salían dos pulgadas de la cabeza, siempre en zigzag, ahí van los martillos en los patios de los astilleros, ahí las sierras mordiendo la madera, ahí máquinas batientes trabajando en cosas ignoradas, ahí bombas en barcos que hacen agua, ahí los cabrestantes que giran, ahí los barcos que salen al mar, e ininteligibles criaturas del océano que rugen maldiciones desde la borda a los hombres, no menos rugientes, de las barcazas, siempre en zigzag… hasta llegar por fin a la parte más despejada del río, donde los grumetes pueden recoger sus defensas y dejar de pescar con ellas desde la borda en aguas turbulentas, y donde las velas festoneadas pueden volar al viento.

Desde que nos acercamos al embarcadero y recogimos a Provis yo había estado observando cautamente por si veía alguna señal de que se nos vigilaba o de haber despertado sospechas. No vi ninguna. Hasta entonces, con toda certeza, no nos había seguido ni nos seguía ningún bote. Pero de haberlo hecho alguno yo habría llevado el nuestro a la orilla, obligándole a seguir adelante, o a declarar abiertamente sus propósitos. Pero seguimos nuestro rumbo sin el menor indicio de que nadie quisiera molestarnos.

Provis iba envuelto en su capote y, como ya he dicho, su aspecto no desentonaba del paisaje. Y lo más notable era (aunque tal vez la desdichada vida que llevaba lo hacía explicable) que de todos nosotros era el que parecía menos inquieto. No mostraba indiferencia, pues me dijo que esperaba vivir bastante para ver a su caballero convertido en uno de los principales de un país extranjero; no estaba dispuesto a mostrarse pasivo o resignado, según me pareció entender; pero no quería pensar en el peligro antes de que fuera necesario; si se presentaba, le haría frente; pero hasta entonces no iba a preocuparse.

—Si supieras, querido Pip —me dijo—, lo que es para mí estar sentado al lado de mi querido muchacho, fumando mi pipa, después de haber pasado días y más días entre cuatro paredes, me tendrías envidia. Pero tú no sabes lo que es esto.

—Creo conocer las delicias de la libertad —le contesté.

—¡Ah! —exclamó, moviendo la cabeza con grave expresión—. Pero no lo sabes tan bien como yo. Para eso sería preciso que hubieras estado como yo encerrado bajo llave… Pero no quiero ser ordinario.

Me pareció una incongruencia que, obedeciendo a una idea fija, hubiera llegado a poner en peligro su libertad y hasta su vida. Pero reflexioné que la libertad sin peligro era algo demasiado extraño a la costumbre de toda su existencia para que fuera para él lo que era para otro hombre. Y no andaba muy equivocado, porque después de fumar en silencio unos momentos, me dijo:

—Mira, querido Pip, cuando yo estaba en el otro lado del mundo, siempre miraba en esta dirección; y me aburría, a pesar de que me estaba haciendo rico. Todos conocían a Magwitch, y Magwitch podía ir y venir, y nadie se preocupaba por él. Aquí las cosas no serían tan fáciles, querido muchacho, por lo menos si supieran dónde estoy.

—Si todo va bien —le dije—, dentro de pocas horas estará usted libre y a salvo.

—Bien —respondió con un profundo suspiro—, así lo espero.

—¿Y lo cree también?

Metió la mano en el agua, por encima de la borda de la lancha, y dijo, sonriendo con aquel aire suave que ya no me era extraño:

—Claro que sí, querido muchacho. Sería una novedad poder estar más tranquilos y libres de cuidados de lo que estamos ahora. Pero (acaso sea este agradable y suave deslizarse por el agua lo que me hizo pensar) hace un momento, fumando mi pipa, estaba pensando que podemos saber tan poco de lo que se esconde tras las próximas horas como de lo que se esconde en el fondo de este río. Y así como no podemos contener el avance de las mareas, tampoco podemos impedir lo que haya de suceder. El agua ha pasado a través de mis dedos y se ha ido, ¿ves? —añadió, levantando la mano y mostrándomela.

—Si no fuese por su expresión, diría que está usted un poco abatido —observé.

—Nada de eso, querido Pip. Todo viene de este deslizarnos suavemente y de que el golpe de agua en la proa de la lancha me parece casi una canción dominguera. Además, es posible que me esté haciendo algo viejo.

Volvió a ponerse la pipa en la boca, con imperturbable serenidad, y se quedó tan tranquilo y satisfecho como si ya estuviéramos lejos de Inglaterra. No obstante, obedecía sumiso a cualquier advertencia, como si experimentara un terror constante, porque cuando nos acercamos a la orilla para comprar unas botellas de cerveza y él se disponía a desembarcar también, yo le indiqué que estaría más seguro donde estaba.

—¿Lo crees así, querido Pip? —preguntó.

Y sin ninguna resistencia, volvió a sentarse.

Sobre el río el aire era frío, pero el día era magnífico y el sol muy confortante. La marea bajaba con fuerza; yo cuidaba de aprovecharla lo mejor que podía, y esto, junto con el esfuerzo de los remeros, nos daba una buena marcha; perdíamos de vista los bosques y las colinas y nos íbamos hundiendo entre las fangosas orillas, pero aún nos acompañaba el reflujo cuando llegamos a la altura de Gravesend. Como nuestro fugitivo iba envuelto en su capa, yo pasé deliberadamente a poca distancia de la Aduana flotante, y luego volvimos a seguir la corriente al costado de dos barcos de emigrantes, y pasando bajo la proa de un gran transporte, en cuyo castillo había unos soldados que nos miraban. Y pronto empezó a disminuir el reflujo, y viraron los barcos anclados, hasta dar una vuelta completa, y los buques que querían aprovechar la nueva marea para llegar al Polo empezaron a agolparse a nuestro alrededor, en tanto que nosotros nos desviábamos hacia la orilla, rehuyendo ahora cuanto nos era posible el empuje de la marea, aunque evitando también cuidadosamente los bajos y los bancos de lodo.

Nuestros remeros estaban tan poco fatigados, gracias a haber podido, de vez en cuando, abandonar la lancha por un minuto o dos al impulso de la corriente, que no necesitaron más de un cuarto de hora de descanso. Tomamos tierra entre unas piedras resbaladizas, mientras comíamos y bebíamos lo que llevábamos con nosotros, y observábamos los alrededores. Aquel lugar era muy parecido a los marjales de mi tierra, llano y monótono y con un horizonte brumoso. El río daba numerosas vueltas y revueltas, y las boyas que en él flotaban giraban sin cesar, mientras todo lo demás parecía encallado e inmóvil. Porque entonces los últimos barcos de la flota acababan de doblar la última lengua de tierra que habíamos pasado; y la última gabarra verde, cargada de paja, con una vela de color pardo, los había seguido; y algunos lanchones de deslastrar, cuya forma recordaba la primera y tosca imitación de un bote que pudiera hacer un niño, permanecían varados en el fango; y un faro rechoncho que señalaba un bajo, montado sobre pilares abiertos, parecía un lisiado que se sostuviera en el fango sobre zancos y muletas. Del fango salían estacas y piedras viscosas; del fango salían pilares y señales de marea; en el fango parecían resbalar un viejo embarcadero y un viejo edificio sin techo; y todo lo que nos rodeaba no era más que fango y humedad.

Volvimos a desatracar, avanzando cuanto podíamos. Ahora ya resultaba más duro, pero tanto Herbert como Startop perseveraron en sus esfuerzos y siguieron remando, incansables, hasta la puesta del sol. A aquella hora el río nos había levantado ya un poco y podíamos extender la vista por encima de las orillas. Se veía el sol, rojo y bajo, a nivel de la ribera, envuelto en purpúreos resplandores que rápidamente iban oscureciendo; se veía el marjal llano y solitario; y a lo lejos algún terreno elevado, entre el cual y nosotros no parecía existir más vida que la de alguna gaviota melancólica que volaba en primer término.

Como la noche cerraba deprisa, y como la luna, estando ya en cuarto menguante, tardaría en salir, tuvimos un pequeño consejo; muy breve, porque, evidentemente, no podíamos hacer otra cosa que detenernos a descansar en la primera taberna solitaria que encontráramos. Después, ellos siguieron remando y yo me puse a buscar cualquier cosa que se pareciera a una casa. Avanzamos así, casi sin hablar, por espacio de cuatro o cinco fastidiosas millas. Hacía mucho frío, y un barco carbonero que vino hacia nosotros, con el fuego de su cocina echando humo y llameando, parecía un hogar confortable. A la sazón, la noche era ya tan negra como iba a serlo hasta el amanecer, y la poca luz que nos alumbraba más semejaba proceder del río que del cielo, porque cuando los remos se hundían en el agua parecían golpear las estrellas que en ella se reflejaban.

En aquellos tristes momentos, todos nos hallábamos manifiestamente poseídos por la idea de que nos seguían. La marea, al subir, batía fuertemente la orilla a intervalos irregulares, y, cada vez que llegaba a nuestros oídos uno de esos ruidos, alguno de nosotros se sobresaltaba y miraba en aquella dirección. Aquí y allí, la fuerza de la corriente había abierto en la orilla pequeñas caletas, que nos llenaban de recelo y a las que lanzábamos inquietas miradas. Algunas veces, en la lancha, se oía la pregunta: «¿Qué es esa onda?». O bien otro observaba en voz baja: «¿No es un bote aquello?». Y luego nos quedábamos en silencio, pensando con impaciencia en cuán insólito ruido hacían los remos en los toletes.

Por fin descubrimos una luz y un tejado, y poco después atracábamos junto a un pequeño muelle hecho de piedras recogidas por las inmediaciones. Dejando a los demás en la lancha, salté a tierra y vi que la luz provenía de una taberna. Era un lugar bastante sucio y seguramente no desconocido de los contrabandistas; pero en la cocina ardía un alegre fuego, tenían huevos y tocino para comer y licores para beber. También había habitaciones con dos camas, «tal como estaban», según dijo el dueño. En la casa no había nadie más que el posadero, su mujer y un personaje andrajoso, el mandadero del muelle, tan sucio y embarrado como si él en persona hubiera sido una señal de la marea.

Con este auxiliar regresé a la lancha y desembarcaron todos. Nos llevamos los remos, el timón, el bichero y todo lo demás, y varamos la embarcación para la noche. Comimos muy bien junto al fuego de la cocina y nos distribuimos los dormitorios. Herbert y Startop ocuparían uno de ellos, y mi protector y yo el otro. Descubrimos que el aire había sido excluido de aquellas estancias con tanto cuidado como si fuera algo fatal para la vida; y que había en ellas más ropa sucia y cajas de cartón debajo de las camas de lo que yo hubiera creído nunca que podía poseer una familia. Mas, a pesar de todo, nos dimos por satisfechos, porque habría sido imposible encontrar un lugar más solitario que aquél.

Mientras nos calentábamos ante el fuego, después de cenar, el mandadero, que estaba sentado en un rincón y que llevaba puestas un par de botas hinchadas —las cuales había exhibido, mientras comíamos el tocino y los huevos, como interesantes reliquias que dos días antes le había quitado al cadáver de un marinero ahogado que la corriente dejó en la orilla—, me preguntó si habíamos visto una lancha de cuatro remos que remontaba el río con la marea. Cuando le dije que no, contestó que tal vez habría vuelto a descender, pero añadió que cuando desatracó de allí se había ido río arriba.

—Habrán cambiado de idea por algún motivo —añadió el mandadero — y habrán vuelto a bajar el río.

—¿Ha dicho usted una lancha de cuatro remos? —pregunté.

—Sí. Y con dos pasajeros.

—¿Desembarcaron aquí?

—Vinieron a llenar de cerveza una jarra de dos galones. Y en verdad que me habría gustado envenenarles la cerveza o ponerles una medicina que los aturdiera.

—¿Por qué?

—Yo me sé el porqué —replicó el mandadero. Hablaba con voz fangosa como si el légamo se le hubiera enredado en la garganta.

—Cree —dijo el dueño, que era un hombre cenizo y meditabundo, de ojos claros, que parecía tener mucha confianza en su mandadero—, cree que eran lo que no eran.

—Yo ya sé por qué hablo —observó el mandadero.

—¿Crees que eran aduaneros? —preguntó el dueño.

—¡Sí! —contestó el mandadero.

—Pues te engañas.

—¿Que me engaño?

Como para expresar el profundo significado de su respuesta y la absoluta confianza que tenía en su propia opinión, el mandadero se quitó una de las botas hinchadas, miró dentro de ella, la sacudió sobre el suelo de la cocina para que saltara una piedrecita que tenía dentro, y volvió a ponérsela. Hizo todo eso con el aire del que está tan convencido de tener razón que no puede hacer otra cosa.

—Si es así, ¿qué te figuras que han hecho de sus botones? —preguntó el dueño con cierta indecisión.

—¿Qué han hecho con sus botones? —replicó—. Pues los habrán tirado por la borda. O se los habrán tragado. O los habrán sembrado para ver si se convierten en ensalada. ¡Que qué han hecho con sus botones!

—No seas desvergonzado, Jack —le dijo el dueño, regañándole de un modo patético y melancólico.

—Un oficial de Aduanas sabe muy bien lo que tiene que hacer con sus botones —dijo Jack, repitiendo la ofensiva palabra con el mayor desprecio — cuando le estorban. Una lancha de cuatro remos con dos pasajeros no se pasa el día dando vueltas por el río, arriba y abajo, subiendo y bajando con la marea y contra la marea, si detrás de todo no está la Aduana.

Diciendo lo cual salió con aire desdeñoso, y el dueño, no teniendo ya nadie en quien confiar, consideró inútil hablar más de aquel tema.

Este diálogo nos intranquilizó a todos, y a mí más que a nadie. El lúgubre viento murmuraba en torno a la casa, la marea azotaba la orilla, y yo tenía la impresión de que nos hallábamos enjaulados y amenazados. Una lancha de cuatro remos rondando de un modo tan insólito que se hiciera notar así, era algo desagradable que no podía quitarme de la cabeza. Cuando hube inducido a Provis a que se acostara, salí con mis dos compañeros (pues Startop ya estaba enterado de todo) y tuvimos otro consejo. Era cuestión de decidir si nos quedaríamos en aquella casa hasta poco antes de pasar el vapor, que sería, poco más o menos, hacia la una de la tarde, o si saldríamos por la mañana temprano. En conjunto, juzgamos preferible quedarnos donde estábamos hasta una hora antes de pasar el vapor y luego tomar el camino que éste había de seguir, dejándonos llevar por la marea. Después de convenir eso, regresamos a la casa y nos acostamos.

Me eché en la cama sin desnudarme del todo y dormí bien por espacio de algunas horas. Al despertar, se había levantado el viento y la muestra de la taberna («El Buque») rechinaba y golpeaba con ruidos que me sobresaltaban. Me levanté sin hacer ruido, porque mi compañero dormía profundamente y fui a mirar por la ventana. Desde ésta se dominaba el muelle donde habíamos varado nuestra lancha y, en cuanto mis ojos se hubieron acostumbrado a la débil luz de luna velada por las nubes, divisé dos hombres que examinaban nuestra embarcación. Pasaron por debajo de la ventana, sin mirar a otra parte, pero no se dirigieron al desembarcadero, que yo podía ver desierto, sino que tomaron por el marjal, en dirección al banco de Nore.

Mi primer impulso fue llamar a Herbert y mostrarle los dos hombres que se alejaban pero, reflexionando antes de llegar a su habitación, que estaba en la parte trasera de la casa inmediata a la mía, me dije que tanto él como Startop habían tenido un día muy duro y que debían de estar muy fatigados, y desistí de mi idea. Volviendo a la ventana pude ver a los dos hombres andando por el marjal. Pero, con la poca luz que había, pronto los perdí de vista, y como tenía mucho frío, me eché en la cama para pensar en todo y me dormí de nuevo.

Nos levantamos temprano. Mientras nos paseábamos los cuatro, aguardando el desayuno, juzgué conveniente referir lo que había visto. También entonces nuestro fugitivo pareció ser, de entre todos, el menos alarmado. Era muy posible, dijo, que aquellos hombres pertenecieran a la

Aduana, y que no sospecharan de nosotros. Traté de convencerme de que era así, pues no era imposible que lo fuera. Sin embargo, propuse que él y yo nos encaminásemos hasta un punto que se divisaba a lo lejos y que la lancha fuese a buscarnos allí, o lo más cerca posible, a eso del mediodía. Habiéndose estimado esto como una buena precaución, poco después de desayunar salimos los dos, sin decir nada en la taberna.

Mientras andábamos, mi compañero iba fumando su pipa y, de vez en cuando, me cogía por el hombro. Se habría podido imaginar que era yo y no él quien estaba en peligro y que él trataba de tranquilizarme. Hablamos muy poco. Cuando ya estábamos cerca del sitio indicado, le rogué que se quedara en un lugar escondido, mientras yo me adelantaba a reconocer el terreno, pues aquélla era la dirección que habían tomado los dos hombres la noche anterior. Él obedeció y avancé solo. No se veía ningún bote en aquella parte del río; ni varado por allí, ni señal alguna de que nadie se hubiera embarcado en aquel lugar. Sin embargo, la marea estaba alta y no podía asegurarse que no hubiera pisadas bajo el agua.

Cuando Provis se asomó fuera de su escondrijo y vio que le hacía señas con mi sombrero para que se acercara, vino hacia mí y allí esperamos, a veces echados en el suelo, envueltos en nuestras capas, a veces dando cortos paseos para reanimarnos, hasta que, por fin, vimos llegar nuestra lancha. Embarcamos sin dificultad y nos dirigimos a tomar el camino que había de seguir el vapor. Ya sólo faltaban diez minutos para la una y empezamos a poner atención para divisar el humo de su chimenea.

Pero era la una y media cuando lo hicimos, y poco después vimos otra humareda que venía detrás. Como ambos buques venían a toda marcha, preparé los dos maletines y aproveché los instantes para despedirme de Herbert y de Startop. Nos estrechamos cordialmente las manos y ni los ojos de Herbert ni los míos estaban del todo secos cuando, de pronto, vi una lancha de cuatro remos que se alejaba de la orilla, un poco más allá de donde nosotros estábamos, y tomaba nuestra misma dirección.

Hasta entonces, gracias a una curva del río, había quedado entre nosotros y el buque una extensión de niebla, pero ahora éste era visible y se acercaba rápidamente. Indiqué a Herbert y a Startop que se mantuvieran en la corriente, para que se dieran cuenta los del buque de que los estábamos aguardando, y recomendé a Provis que estuviera muy quieto, envuelto en su capa. Él me contestó alegremente:

—Confía en mí, querido Pip.

Y se quedó inmóvil como una estatua.

Mientras tanto, la lancha de cuatro remos, hábilmente gobernada, había cruzado la corriente por delante de nosotros, nos había aguardado y se había puesto a nuestro lado. Dejando el espacio suficiente para el manejo de los remos, se mantenía a nuestra altura, abandonándose a la corriente cuando lo hacíamos nosotros, o dando uno o dos golpes de remo cuando nosotros los dábamos. De los dos pasajeros uno gobernaba el timón y no nos quitaba la vista de encima, como hacían los remeros; el otro, estaba tan envuelto en su capa como el mismo Provis y parecía, en actitud de disimulo, murmurar algunas instrucciones al timonel mientras nos miraba. En ninguna de las dos embarcaciones se pronunció una palabra.

Startop, al cabo de unos minutos, pudo ver cuál era el primer barco que se acercaba, y me dijo «Hamburgo» en voz baja. El buque se nos acercaba rápidamente, y a cada instante oíamos con mayor claridad el ruido de sus ruedas. Yo tenía la impresión de que su sombra nos estaba envolviendo cuando los de la lancha nos llamaron. Yo respondí.

—Tienen aquí un deportado que ha quebrantado su condena —dijo el que gobernaba el timón—. Es ese que va envuelto en la capa. Se llama Abel Magwitch, alias Provis. Invito a ese hombre a que se entregue y a ustedes a que me ayuden a efectuar su detención.

Al mismo tiempo, sin que, en apariencia, diera orden alguna a su tripulación, nos echó la lancha encima. Habían dado un fuerte golpe de remos, habían recogido éstos, nos habían cogido al través y se habían agarrado a nuestra borda antes de que nos diéramos cuenta de lo que hacían. Eso originó gran confusión a bordo del vapor y oí que nos gritaban algo, y la orden de parar las máquinas, que en efecto se pararon; pero noté que el buque se nos venía encima irremisiblemente. En el mismo instante vi que el timonel de la lancha ponía la mano en el hombro de su preso; que las dos embarcaciones empezaban a dar vueltas impulsadas por la fuerza de la corriente y que los marineros del buque corrían frenéticamente hacia la proa. También, en el mismo instante, vi cómo el preso se levantaba bruscamente, se abalanzaba por encima de su aprehensor y arrancaba la capa al pasajero que continuaba sentado, y en el mismo instante vi también que el rostro que quedaba descubierto era el del otro forzado de antaño. Y también en el mismo instante, vi que el rostro retrocedía con una expresión de terror que jamás olvidaré; oí un gran grito a bordo del buque, un fuerte chapuceo en el agua, y sentí que el bote se hundía bajo mis pies.

Por un momento me pareció estar luchando con un millar de presas de molino y otros tantos relámpagos; pasado aquel momento, me subieron a bordo de la lancha. Herbert estaba ya allí, y Startop también, pero nuestra embarcación había desaparecido, así como los dos forzados.

Entre los gritos que resonaban en el buque, el furioso resoplido de su vapor, su movimiento y el nuestro, al principio no podía distinguir el cielo del agua, o una orilla de otra; pero los tripulantes de la lancha la enderezaron diestramente con unos vigorosos golpes de remo, después de lo cual se detuvieron, mirando todos, callados y ansiosos, hacia la parte de popa. Pronto se vio por aquel lado un objeto negro que, impulsado por la corriente, se dirigía hacia nosotros. Nadie dijo una palabra, pero el timonel levantó la mano y todos, remando suavemente para atrás, maniobraron para cortarle el paso. Cuando el bulto se acercó vi que era Magwitch que nadaba, pero con cierta dificultad. Le subieron a bordo y en el acto le pusieron unas esposas en las manos y en los tobillos.

Detuvieron la lancha y se reanudó la ansiosa observación. Pero entonces llegó el vapor de Rotterdam, que, no habiéndose dado cuenta, al parecer, de lo ocurrido, avanzaba a toda marcha. Cuando conseguimos que oyera nuestra llamada y se parara, la corriente ya los había alejado de nosotros, que subíamos y bajábamos en la agitada estela que habían dejado tras de sí. La espera continuó hasta mucho después de que las aguas se aquietaran y los buques hubieran desaparecido; pero todos veíamos ya que era inútil.

Por fin renunciamos y la lancha se dirigió a la orilla, hacia la taberna en la que estuvimos poco antes, donde nos recibieron con no poca sorpresa. Allí pude procurar algunas pequeñas comodidades a Magwitch (ya no sería nunca más Provis), quien tenía una grave herida en el pecho y un corte profundo en la cabeza.

Me dijo que creía que había ido a parar debajo de la quilla del vapor y que al levantar la cabeza se hirió. La lesión del pecho, que hacía muy dolorosa su respiración, creía habérsela hecho contra el costado de la lancha. Añadió que no quería decir lo que podía o no podía haber hecho a Compeyson, pero que, en el momento de echar mano a su capa para identificarlo, el miserable retrocedió tambaleándose de tal modo que ambos se vinieron al agua; y que su brusca salida (la de Magwitch) de nuestro bote, junto con los esfuerzos de su aprehensor para mantenerlo en él, fueron la causa de que naufragáramos. Me dijo en voz baja que los dos se habían hundido, ferozmente, abrazados uno a otro, y que había habido una lucha dentro del agua; que él había podido liberarse, le había dado un golpe y se había alejado, nadando.

Nunca he tenido motivo alguno para dudar de la verdad de lo que así me contó. El oficial que guiaba la lancha hizo la misma relación de la caída de ambos al agua.

Cuando pedí permiso al oficial para cambiarle al preso el traje mojado, comprándole las ropas que pudiera hallar en la taberna, me lo concedió sin inconveniente, aunque observando que tenía que hacerse cargo de todo lo que el preso llevara consigo. Así pues, la cartera que antes estaba en mis manos pasó a las del oficial. Además me permitió acompañar al preso a Londres, pero negó este favor a mis dos amigos.

El mandadero de la taberna de El Buque quedó enterado del lugar en que se había ahogado el ex presidiario y se encargó de buscar su cadáver en los puntos donde era más probable que saliese a la orilla. Pareció más interesado en la recuperación del cadáver al enterarse de que éste llevaba medias. Probablemente, para vestirse de pies a cabeza, necesitaba una docena de ahogados y quizá fuera ésta la razón por la cual las diferentes prendas que componían su traje se hallaban en distintos grados de deterioro.

Permanecimos en la taberna hasta que volvió la marea, y entonces llevaron a Magwitch a la lancha y lo acomodaron en ella. Herbert y Startop tenían que dirigirse a Londres por tierra lo antes posible. Nuestra despedida fue muy triste y al sentarme al lado de Magwitch comprendí que aquél sería mi lugar a partir de entonces, mientras él viviera.

Porque ahora se había desvanecido ya toda la repugnancia que me inspiraba, y en el hombre perseguido, herido y encadenado que tenía su mano entre las mías tan sólo veía a un ser que había querido ser mi bienhechor y había sentido por mí un afecto, una gratitud y una generosidad constantes durante una larga serie de años. Sólo veía en él a un hombre mucho mejor de lo que yo había sido para Joe.

Su respiración se fue haciendo más difícil y dolorosa a medida que avanzaba la noche, y muchas veces el desgraciado no podía contener un gemido. Traté de hacerle descansar en el brazo del que podía valerme y en una posición cómoda, pero era terrible pensar que en el fondo no podía lamentar que estuviera malherido, porque indiscutiblemente más le valía morir. Estaba claro que habría bastantes personas capaces y deseosas de identificarlo. No podía esperar que se le tratara con indulgencia. Se le había presentado con los peores colores cuando se le juzgó; había quebrantado su prisión y se le había juzgado de nuevo; había vuelto del destierro que se le impuso de por vida, y había ocasionado la muerte del causante de su detención.

Cuando volvíamos, de cara al sol poniente que el día anterior teníamos a nuestra espalda, y mientras la corriente de nuestras esperanzas parecía retroceder, le dije cuánto me dolía que hubiera vuelto a Inglaterra por mi causa.

—Querido Pip —me contestó—, estoy muy satisfecho de haber corrido este riesgo. He podido ver a mi muchacho, que, en adelante, podrá ser un caballero aun sin mi auxilio.

No. Yo había pensado en ello mientras iba sentado a su lado. No. Dejando aparte mis propias inclinaciones, comprendía ahora la insinuación de Wemmick. Preveía que, una vez sentenciado, sus bienes serían confiscados.

—Mira, querido Pip —dijo—. Como caballero, te conviene ahora que no se sepa que tienes que ver conmigo. No me vengas a ver si no es con Wemmick, como si le acompañaras por casualidad. Siéntate donde pueda verte cuando me hagan prestar juramento, por última vez entre tantas, y no pido más.

—Mientras me lo permitan, no me moveré nunca de su lado. ¡No quiera Dios que yo le sea menos fiel de lo que me lo ha sido usted!

Sentí temblar la mano con que estrechaba la mía, y cuando volvió el rostro a un lado, oí de nuevo aquel extraño sonido en su garganta, suavizado ahora como todo lo demás en él. Fue muy conveniente que tratara este punto, porque eso me hizo recordar algo en lo que, de otro modo, no habría pensado hasta que hubiera sido demasiado tarde: que él no debía saber jamás cómo habían fracasado sus expectativas de hacerme rico.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

El día siguiente fue conducido ante el Tribunal de Policía, y habría sido procesado inmediatamente de no haber sido por la necesidad de esperar la llegada de un antiguo oficial del barco prisión, de donde una vez había escapado, a fin de atestiguar su identidad. Nadie dudaba de ella, pero Compeyson, que le había denunciado, no era ya más que un cadáver arrastrado por las aguas y se daba el caso que no había en aquel momento ningún oficial de prisión en Londres que pudiera aportar el testimonio necesario. Fui a visitar al señor Jaggers en su casa la noche siguiente de mi llegada, con objeto de lograr sus servicios, y el señor Jaggers, del preso, no quiso admitir nada. No había otro recurso, porque, según me dijo, en cuanto llegara el testigo el caso quedaría resuelto en cinco minutos y no había poder en el mundo capaz de impedir que se resolviera de otra forma.

Comuniqué al señor Jaggers mi propósito de dejar a Magwitch en la ignorancia acerca del paradero de sus riquezas. El señor Jaggers se encolerizó conmigo por haber dejado que se me escurriera de las manos el dinero de la cartera y dijo que podríamos hacer algunas gestiones para ver si se lograba recobrar algo. Pero no me ocultó que, aun cuando había casos en que se evitaba la confiscación, no se podía alegar circunstancia alguna para que el nuestro fuera uno de ellos. Lo comprendí muy bien. Yo no estaba emparentado con el reo, ni relacionado con él por ningún lazo reconocible; él, por su parte, no había otorgado ningún documento a mi favor antes de su prisión, y hacerlo ahora sería inútil. Por consiguiente, no podía alegar ningún derecho, y así resolví, por fin, y en adelante me atuve a esta resolución, que jamás emprendería la inútil tarea de reclamar nada.

Parecía haber motivos para suponer que el denunciante ahogado esperaba lograr en recompensa una parte de los bienes confiscados, y había obtenido un conocimiento bastante exacto de los asuntos de Magwitch. Cuando se encontró su cadáver, a muchas millas de distancia de la escena de su muerte, tan horriblemente desfigurado que sólo se le pudo reconocer por el contenido de sus bolsillos, aún había algunos papeles legibles en su cartera. En uno de éstos estaban anotados el nombre de una casa de banca de Nueva Gales del Sur, donde existía cierta cantidad de dinero, y la denominación de ciertas tierras de considerable valor. Estos dos datos figuraban también en una lista que Magwitch dio al señor Jaggers mientras estaba en la prisión y en la cual figuraban todos los bienes que, según suponía, heredaría yo. Al desgraciado le fue útil por fin su propia ignorancia, pues jamás tuvo la menor duda de que mi herencia estaba segura con la ayuda del señor Jaggers.

Al cabo de tres días, durante los cuales el acusador público esperó la llegada del testigo del buque prisión, llegó el oficial y completó la fácil prueba. Se señaló el juicio para la próxima sesión, que tendría lugar al cabo de un mes.

Fue en aquella sombría época de mi vida cuando una noche llegó Herbert a casa, algo abatido, y me dijo:

—Mi querido Händel, temo que muy pronto tendré que abandonarte.

Como su socio me había ya preparado para eso, quedé menos sorprendido de lo que él se imaginaba.

—Perderíamos una magnífica oportunidad si yo aplazara mi viaje al Cairo, y temo mucho que tendré que ir, Händel, precisamente cuando más me necesitas.

—Herbert, siempre te necesitaré, porque siempre te querré; pero mi necesidad no es mayor ahora que en otra ocasión cualquiera.

—Estarás muy solo.

—No tengo tiempo para pensar en eso —repliqué—. Ya sabes que permanezco a su lado el tiempo que me permiten y que si pudiera no me movería de allí en todo el día. Y cuando me separo de él, mis pensamientos le acompañan.

La espantosa situación en que se hallaba Magwitch era tan aterradora para los dos, que no nos sentíamos con valor para referirnos a ella en términos más declarados.

—Mi querido amigo —dijo Herbert—. Permite que la perspectiva de nuestra próxima separación, que está ya muy cerca, me sirva de justificación para hablarte de ti mismo. ¿Has pensado acerca de tu futuro?

—No; siempre he tenido miedo de pensar en el futuro.

—Pero el tuyo no puede ser olvidado. Sí, querido Händel, no puede ser olvidado. Y me gustaría que ahora tuviéramos una pequeña conversación sobre ello.

—Con mucho gusto —contesté.

—En esta nueva sucursal nuestra, Händel, necesitaremos un…

Vi que su delicadeza quería evitar la palabra apropiada y por eso terminé la frase diciendo:

—Un empleado.

—Eso es, un empleado. Y tengo la esperanza de que no es del todo improbable que, a semejanza de otro empleado a quien conoces, pueda llegar a convertirse en socio. Pues bien, Händel…, en una palabra, muchacho, ¿quieres unirte a mí?

Había algo encantadoramente cordial y cautivador en el modo en que después de decir, «Pues bien, Händel», como si fuese el grave principio de un portentoso exordio, había abandonado de pronto aquel tono; me había tendido su honrada mano, y había hablado como un colegial.

—Clara y yo hemos hablado mucho de eso —prosiguió Herbert—, y la pobrecilla me ha rogado esta misma tarde, con lágrimas en los ojos, que te diga que si quieres vivir con nosotros, cuando estemos allá, hará todo lo posible para que estés contento y para convencer al amigo de su marido de que también es amigo suyo. ¡Lo pasaríamos tan bien, Händel!

Se lo agradecí de corazón, a los dos, pero dije que aún no estaba seguro de poder irme con él, como él bondadosamente me ofrecía. En primer lugar, estaba demasiado preocupado para poder reflexionar claramente sobre el asunto. En segundo lugar… Sí, en segundo lugar, había algo que flotaba de un modo impreciso en mis pensamientos, y que tendrá que aparecer hacia el fin de esta narración.

—Pero si tú crees, Herbert, que sin perjudicar a tus negocios, podías dejar pendiente este asunto durante algún tiempo…

—Durante el tiempo que sea —exclamó Herbert—. Seis meses, un año…

—No tanto —le dije—. Dos o tres meses a lo sumo.

Herbert estaba encantado cuando sellamos este acuerdo con un apretón de manos y dijo que ahora tendría valor para anunciarme que tal vez hubiera de partir a fines de semana.

—¿Y Clara? —le pregunté.

—La pobrecilla —contestó Herbert— cumplirá fielmente sus deberes para con su padre mientras éste viva. Pero no creo que dure mucho. La señora Whimple ha dicho en confianza que está en las últimas.

—Sin querer pecar de inhumano —respondí—, creo que es lo mejor que le puede ocurrir.

—Temo que hay que reconocerlo así —dijo Herbert—. Y entonces volveré a buscar a la pobrecilla Clara, y la pobrecilla Clara y yo nos iremos tranquilamente a la iglesia más próxima. Recuerda, Händel, que esta dulce criatura no desciende de ninguna familia importante, y nunca ha leído el Libro Rojo ni sabe siquiera quién era su abuelo. ¡Qué dicha para el hijo de mi madre!

El sábado de aquella misma semana me despedí de Herbert (que estaba animado de brillantes esperanzas, aunque triste y apenado por verse obligado a dejarme), mientras él tomaba su asiento en la diligencia que había de conducirle al puerto de embarque. Entré en un café inmediato para escribir unas líneas a Clara, diciéndole que Herbert se había marchado y mandándole una y otra vez la expresión de su cariño, y luego me encaminé a mi solitario hogar, si tal nombre merecía, porque ya no era un hogar para mí, ni yo lo tenía ya en parte alguna.

En la escalera encontré a Wemmick, que bajaba después de haber llamado sin resultado a la puerta de mi casa. Desde el desastroso resultado del intento de fuga no le había visto aún y él había venido, con carácter personal y privado, a darme unas palabras de explicación acerca de aquel fracaso.

—El difunto Compeyson —dijo Wemmick— poquito a poco pudo enterarse de buena parte del asunto que se tramaba, y por las conversaciones de algunos de sus amigos que se hallaban en dificultades (siempre hay alguno en ese caso) pude oír lo que oí. Seguí con el oído atento, fingiendo tenerlo distraído, y así me enteré de que se había ausentado, por lo cual creí que sería la mejor ocasión para intentar la fuga. Ahora supongo que esto fue un ardid suyo, porque no hay duda de que era muy listo, y de que estaba acostumbrado a engañar a sus propios instrumentos. Espero, señor Pip, que no me guardará usted rencor. Tenga la seguridad de que sinceramente quise servirle.

—Estoy tan seguro de ello, Wemmick, como pueda estarlo usted, y le agradezco cordialmente su interés y su amistad.

—Gracias, muchas gracias. Ha sido un mal asunto —dijo Wemmick, rascándose la cabeza—, y le aseguro que hace mucho tiempo que no había tenido un disgusto como éste. Y lo que más me apura es la pérdida de tantos bienes portátiles. ¡Dios mío!

—Pues a mí lo que más me apura, Wemmick, es el pobre propietario de esos bienes.

—Naturalmente —contestó él—. Desde luego, no hay nada que se oponga a que usted esté triste por él, y yo, por mi parte, me gastaría con gusto un billete de cinco libras esterlinas para sacarlo de su situación. Pero lo que quiero decir es esto: estando el difunto Compeyson enterado de su regreso y resuelto decididamente a perderle, no creo que hubiera habido salvación para él. En cambio el dinero podía haberse salvado. Ésta es la diferencia entre el dinero y su propietario. ¿No es verdad?

Invité a Wemmick a que subiera a tomar un vaso de grog antes de irse a Walworth. Aceptó la invitación y, mientras bebía su moderada ración, dijo, sin que nada le sirviera de preámbulo y después de mostrar un cierto desasosiego:

—¿Qué le parecería a usted un propósito mío de tomarme un día de asueto el lunes, señor Pip?

—Supongo que no ha hecho usted una cosa parecida en los últimos doce meses.

—Mejor diría usted los últimos doce años —replicó Wemmick—. Sí, voy a hacer fiesta. Y, más aún, voy a dar un buen paseo. Y, más todavía, voy a rogarle que me acompañe.

Iba a excusarme, porque temía ser un triste compañero en aquellos momentos, cuando Wemmick se me anticipó, diciendo:

—Ya sé cuáles son sus compromisos y me consta que no está usted de muy buen humor, señor Pip. Pero si pudiera usted hacerme este favor, se lo agradecería mucho. No será un paseo muy largo y además lo daremos temprano. Supongamos que le ocupe a usted (incluyendo el desayuno en el paseo) desde las ocho de la mañana hasta el mediodía. ¿No podrían arreglarse las cosas de modo que le permitieran complacerme?

Había hecho tanto por mí en varias ocasiones que lo que me pedía era lo menos que podía hacer yo por él. Le dije que podía arreglarlo, que lo arreglaría; y fue tal el contento que mostró por mi aquiescencia que no pude menos de sentirme complacido. A su requerimiento, prometí estar en el Castillo a las ocho y media de la mañana del lunes, y luego de convenirlo así, nos separamos.

Puntual a la cita, llamé a la puerta del Castillo el lunes por la mañana y fui recibido por Wemmick en persona. Me sorprendió notar que tenía un aire más envarado y que llevaba un sombrero más terso que de ordinario. Dentro había preparados dos vasos de ron con leche y dos bizcochos. El Anciano debía de haberse levantado al primer canto de la alondra, pues, habiendo echado una mirada a su habitación, observé que su cama estaba vacía.

Después de reconfortarnos con la leche y los bizcochos, dispuestos a salir para dar el paseo, me sorprendió mucho ver que Wemmick cogía una caña de pescar y se la ponía al hombro.

—¡Supongo que no vamos a pescar! —exclamé.

—No —contestó Wemmick—, pero me gusta pasear con una caña.

Esto me pareció extraño. Sin embargo, nada dije y echamos a andar. Nos dirigimos hacia Camberwell Green, y cuando llegamos a sus inmediaciones, Wemmick exclamó de pronto:

—¡Caramba! Aquí hay una iglesia.

En esto no había nada sorprendente; pero otra vez me quedé algo admirado al oírle decir, como si se le ocurriera una brillante idea:

—¡Vamos a entrar!

Entramos, después de que Wemmick dejara su caña de pescar en el soportal y mirara a su alrededor. Entretanto, rebuscó en los bolsillos de su frac y sacó algo envuelto en un papel.

—¡Caramba! Aquí tengo un par de guantes —dijo—. Voy a ponérmelos.

Los guantes eran de cabritilla blanca y, como el buzón de su boca se abrió por completo, yo empecé a concebir fuertes sospechas, que se acentuaron hasta convertirse en certidumbre, al ver al Anciano entrar por una puerta lateral escoltando a una dama.

—¡Caramba! —dijo Wemmick—. Aquí tenemos a la señorita Skiffins. ¡Vamos a casarnos!

Aquella discreta damisela iba ataviada como de costumbre, con la salvedad de que en aquel momento estaba ocupada en sustituir sus guantes verdes por un par de blancos. El Anciano se hallaba igualmente entretenido en preparar un sacrificio similar ante el altar de Himeneo. El venerable caballero, sin embargo, luchaba con tantas dificultades para ponerse los guantes que Wemmick creyó necesario ponerlo contra una columna, y luego, situándose detrás de ésta, tirar de ellos, mientras yo, por mi parte, sostenía al Anciano por la cintura, a fin de que ofreciera una resistencia igual por todos lados. Gracias a este ingenioso procedimiento, los guantes entraron perfectamente.

Aparecieron entonces el pastor y su acólito y nos situamos ordenadamente ante la barandilla fatal. Fiel a su ficción de que todo aquello se realizaba sin preparativo de ninguna clase, oí que Wemmick, antes de que empezase la ceremonia, se decía a sí mismo, sacando algo de su bolsillo:

—¡Caramba! ¡Aquí tengo una sortija!

Actué como testigo del novio; en tanto que un ujier enclenque, con un gorro que parecía el de un bebé, fingía ser la amiga del alma de la señorita Skiffins. La responsabilidad de entregar a la dama recayó en el Anciano, quien involuntariamente hizo que el pastor se escandalizara. La cosa ocurrió así: cuando el pastor preguntó: «¿Quién entrega a esta mujer para que se case con este hombre?», el venerable caballero, que no tenía la menor idea del punto a que habíamos llegado en la ceremonia, se quedó mirando afablemente a los Diez Mandamientos. En vista de esto el clérigo volvió a preguntar: «¿Quién entrega a esta mujer para que se case con este hombre?». Y como el venerable caballero se hallara en un estado de apreciable inconsciencia, el novio le gritó con su voz acostumbrada:

—Ahora, padre, ya lo sabe. ¿Quién entrega a esta mujer?

A lo cual el Anciano contestó con gran animación, antes de decir que la entregaba él:

—Está bien, John, está bien, hijo mío.

Oyendo lo cual, el clérigo hizo una pausa tan ominosa que, por un momento, llegué a temer que no acabarían de casarse aquel día.

No obstante, todo terminó felizmente, y cuando salíamos de la iglesia, Wemmick destapó la pila bautismal, metió los blancos guantes en ella y la volvió a tapar. La señora Wemmick, pensando más en el futuro, se metió los guantes blancos en el bolsillo y volvió a ponerse los verdes.

—Ahora, señor Pip —dijo Wemmick, triunfante, y volviendo a coger la caña de pescar—, permítame que le pregunte si alguien podría imaginarse que éste es un cortejo nupcial.

Habíase encargado el almuerzo en una pequeña y agradable taberna, distante cosa de una milla, y situada en una pendiente detrás del prado; y en cuyo comedor había un tablero de juego por si queríamos esparcir un poco el ánimo después de la solemnidad. Era agradable observar que la señora Wemmick ya no le quitaba el brazo a su marido cuando se adaptaba a su cintura, sino que permanecía sentada en un sillón de alto respaldo, puesto contra la pared, como un violonchelo en su estuche, y se dejaba abrazar como podía haberlo hecho aquel melodioso instrumento.

El almuerzo fue excelente y, cuando alguien rehusaba algo de lo que había en la mesa, Wemmick decía:

—Servido por contrato, ¿saben ustedes? No tengan reparo alguno.

Brindé por la nueva pareja, por el anciano y por el Castillo, saludé a la novia al marcharme y estuve todo lo simpático que pude.

Wemmick me acompañó hasta la puerta y de nuevo le estreché las manos y le deseé toda suerte de felicidades.

—Muchas gracias —dijo, frotándose las manos—. No tiene usted idea de lo bien que sabe cuidar las gallinas. Ya le mandaré algunos huevos y usted mismo juzgará. Y ahora, señor Pip —añadió, en voz baja, después de llamarme cuando ya me alejaba—, tenga en cuenta, se lo ruego, que esto es un asunto exclusivo de Walworth.

—Lo entiendo —respondí—: no hay que mencionarlo en Little Britain.

Wemmick afirmó con un movimiento de cabeza.

—Después de lo que se le escapó a usted el otro día, es preferible que el señor Jaggers no se entere de nada. A lo mejor pensaría que se me está reblandeciendo el cerebro o algo por el estilo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Magwitch estuvo muy enfermo en la cárcel, durante todo el intervalo entre su procesamiento y la vista de la causa. Tenía rotas dos costillas que le habían lastimado un pulmón y respiraba con un dolor y una dificultad que aumentaban de día en día. Esto le obligaba a hablar en voz tan baja que apenas se le podía oír; y por esta razón hablaba muy poco. Pero siempre estaba dispuesto a escucharme y llegó a ser mi principal ocupación contarle y leerle las cosas que, a mi entender, debía escuchar.

Como estaba demasiado enfermo para permanecer en la prisión común, al cabo de uno o dos días le habían trasladado a la enfermería. Esto me dio más oportunidades de acompañarle de las que, de otro modo, habría tenido. De no haber sido por su enfermedad, lo habrían encadenado, pues se le consideraba hombre peligroso y capaz de fugarse a pesar de todo.

Aunque lo veía todos los días, era sólo por un corto espacio. Así pues, los intervalos entre nuestras entrevistas eran lo bastante largos para poder notar en su rostro los cambios debidos a su estado físico. No recuerdo haber observado ninguno que indicase mejoría. Desde el momento en que la puerta de la cárcel se cerró tras él, había ido consumiéndose y debilitándose día a día.

La especie de sumisión o resignación de que daba muestras era la propia de un hombre acabado. A veces me daba la impresión, por una palabra o dos que se le escapaban, de que se preguntaba si en circunstancias más favorables habría podido ser un hombre mejor, pero jamás se justificó con la menor insinuación en este sentido, ni trató de desfigurar su pasado.

Ocurrió en dos o tres ocasiones, y en mi presencia, que alguna de las personas que estaban a su cuidado hiciera alguna alusión a su mala reputación. Entonces una sonrisa cruzaba su rostro y volvía los ojos hacia mí con una mirada confiada como si estuviera seguro de que yo había visto en él algún rasgo redentor, aun en la época en que era todavía un niño. En todo lo demás se mostraba humilde y contrito y nunca le oí quejarse.

Cuando llegó el período de sesiones, el señor Jaggers solicitó el aplazamiento del juicio hasta el período próximo. Pero como era evidente que esta petición se fundaba en la seguridad de que el acusado no viviría tanto tiempo, fue denegada. Se celebró el juicio, y cuando le llevaron al tribunal, le permitieron sentarse en una silla. No se opuso dificultad a que me sentara junto a él, fuera del espacio destinado a los acusados, pero lo bastante cerca para tener cogida la mano que él me ofreció.

El juicio fue corto y claro. Se dijo cuanto podía decirse en su favor, es decir, que había adquirido hábitos de trabajo, y había prosperado por medios legales y honrosos. Pero no era posible negar el hecho de que había vuelto y de que estaba allí en presencia del juez y de los jurados. Era, pues, imposible absolverle.

En aquella época existía la costumbre (como me enseñó la terrible experiencia de aquellas sesiones) de dedicar el último día al pronunciamiento de las sentencias y de producir el efecto final con las sentencias de muerte. A no ser por el cuadro indeleble que el recuerdo pone ante mí, apenas podría creer, mientras escribo estas palabras, haber visto treinta y dos hombres y mujeres colocados ante el juez para escuchar a la vez aquella terrible sentencia. Él estaba entre los treinta y dos, sentado, a fin de que respirara lo suficiente para conservar la vida.

Toda la escena se me representa con los vívidos colores del momento y hasta veo las gotas de la lluvia de abril en las ventanas del tribunal, brillando a la luz del sol de abril. En el espacio reservado a los acusados, estaban los treinta y dos hombres y mujeres; algunos con aire de reto; otros, muertos de terror; otros llorando y sollozando; otros cubriéndose el rostro y algunos mirando sombríamente a su alrededor. Entre las mujeres se oyeron algunos alaridos; pero fueron acallados y siguió un silencio general. Los alguaciles con sus grandes collares y galones, los ujieres y porteros, una gran galería llena de gente —un vasto auditorio teatral— contemplaban cómo los treinta y dos condenados y el juez se encaraban solemnemente. Entonces el juez se dirigió a ellos. Entre los desgraciados que se hallaban en su presencia, y a cada uno de los cuales se dirigía por separado, había uno que casi desde su infancia había infringido las leyes; que, tras repetidos encarcelamientos y castigos, había sido condenado a deportación por cierto número de años; que, en circunstancias de gran violencia y osadía, se había fugado y había sido condenado de nuevo, esta vez a deportación perpetua. Aquel miserable, por espacio de algún tiempo, alejado del escenario de sus antiguos crímenes, se había arrepentido al parecer de sus errores y llevaba una vida pacífica y honrada. Pero en un momento fatal, cediendo a aquellas tendencias y pasiones que durante tanto tiempo le habían convertido en un azote de la sociedad, abandonó su lugar de salvación y arrepentimiento y volvió al país de donde había sido proscrito. Allí fue denunciado y por algún tiempo había logrado evadir a los oficiales de la Justicia, mas, capturado finalmente, en el momento en que se disponía a huir, se había resistido y, no se sabe si deliberadamente o impulsado por la ceguera de sus malos instintos, había causado la muerte del que le había denunciado, y que conocía su vida entera. Y como la pena prescrita por la ley para el que se hallara en su caso era la de muerte, y él por su parte había agravado su culpa, debía disponerse a morir.

El sol daba de lleno en los grandes ventanales de la sala, atravesando las brillantes gotas que la lluvia había dejado en los cristales y formaba una ancha franja de luz, que abarcaba al juez y a los treinta y dos condenados, uniéndolos así y tal vez recordando a alguno de los que estaban en la audiencia que tanto el juez como los reos serían sometidos, con absoluta igualdad, al juicio de Aquel que conoce todas las cosas y no puede errar.

Levantándose por un momento, y con el rostro alumbrado por aquella franja de luz, el preso dijo:

—Señoría, ya he recibido mi sentencia de muerte del Todopoderoso, pero me inclino ante la vuestra.

Dicho esto volvió a sentarse. Hubo un corto silencio y el juez continuó con lo que tenía que decir a los demás. Luego se los condenó a todos formalmente, y algunos de ellos tuvieron que ser sacados casi en brazos; otros salieron con su falso aire de bravuconería; unos pocos hicieron señas al público, y dos o tres se dieron la mano; en tanto que los demás salían mascando los fragmentos de hierbas que habían cogido del suelo. Él fue el último en salir porque tenían que ayudarle a levantarse de la silla y se veía obligado a andar muy despacio; me tuvo cogida la mano mientras se llevaban a los demás y mientras los que componían el auditorio se ponían en pie (arreglándose los trajes como si estuvieran en la iglesia, o en otro lugar público), al tiempo que señalaban a uno y otro criminal, y muchos de ellos a mí o a él.

Yo deseaba fervorosamente, y rogaba a Dios por ello, que muriera antes de que llegara el día de la ejecución, pero, ante el temor de que su vida se prolongara, aquella misma noche redacté una súplica al ministro del Interior explicando cómo le conocí y diciendo que había regresado por mi causa. Mis palabras fueron tan fervientes y patéticas como me fue posible y, cuando hube terminado aquella petición y la mandé, redacté otra para todas aquellas personas con autoridad que creía más inclinadas a la misericordia, y hasta dirigí una al monarca. Durante varios días y noches, después de su sentencia, no descansé exceptuando los momentos en que me quedaba dormido en la silla, pues no hacía más que trabajar en estas solicitudes. Y después de haberlas expedido, no me era posible alejarme de los lugares en que se hallaban porque me sentía más animado cuando estaba cerca de ellas. Llevado por este irrazonable desasosiego y excitación mental, rondaba de noche por las calles junto a las oficinas y casas donde había dejado las peticiones. Aún ahora, las calles del oeste de Londres en las noches frías de primavera, con sus mansiones de aspecto severo y sus largas filas de faroles, despiertan en mí un recuerdo melancólico.

Las visitas que podía hacerle habían sido acortadas y la guardia que se ejercía junto a él era mucho más cuidadosa. Viendo o creyendo ver que sospechaban en mí la intención de llevarle algún veneno, solicité que me registraran antes de sentarme junto a su lecho, y dije al oficial que estaba siempre allí que me hallaba dispuesto a hacer cualquier cosa que pudiera probarle la sinceridad y la rectitud de mis intenciones. Nadie nos trataba mal ni a él ni a mí. Había que cumplir con el deber, y lo cumplían, pero sin dureza. El oficial me aseguraba siempre que iba de mal en peor, y otros penados enfermos de la misma sala, así como los presos que los cuidaban como enfermeros (desde luego malhechores, pero, a Dios gracias, no incapaces de mostrarse bondadosos), coincidían en el mismo informe.

A medida que pasaban los días, observé que cada vez con mayor frecuencia permanecía tendido de espaldas y mirando al blanco techo, mientras en su rostro desaparecía la luz, hasta que una palabra mía lo alumbraba por un momento, después del cual volvía a ensombrecerse. Algunas veces casi perdía el uso de la palabra; entonces me contestaba con ligeras presiones en la mano cuyo sentido llegué a comprender muy bien.

Había llegado a diez el número de días cuando noté en él un cambio mucho mayor de cuantos había notado. Sus ojos estaban vueltos hacia la puerta y se iluminaron cuando entré.

—Querido Pip —me dijo así que estuve junto a su cama—. Creí que te retrasabas.

—Es la hora exacta —le contesté—. He estado esperando a que abrieran la puerta.

—Siempre esperas ante la puerta, ¿no es verdad, querido Pip?

—Sí. Para no perder ni un momento del tiempo que nos conceden.

—Gracias, querido Pip, muchas gracias. Dios te bendiga. No me has abandonado nunca, querido muchacho.

En silencio le oprimí la mano, porque no podía olvidar que en una ocasión me había propuesto abandonarlo.

—Y lo mejor de todo —añadió— es que has estado más junto a mí desde que estoy preso que cuando estaba en libertad. Eso es lo que tiene más valor.

Estaba tendido de espaldas y respiraba con mucha dificultad. A pesar de sus palabras y de sus esfuerzos para demostrarme su cariño, su rostro se iba volviendo cada vez más sombrío y un velo se extendía sobre la plácida mirada que dirigía al techo.

—¿Sufre usted mucho hoy?

—No me quejo de nada, querido Pip.

—Usted no se queja nunca.

Había pronunciado ya sus últimas palabras. Sonrió, y por el contacto de su mano comprendí que deseaba levantar la mía y apoyarla en su pecho. Lo hice así. Volvió a sonreír, y luego puso sus dos manos sobre la mía.

Pasó el tiempo de la visita mientras estábamos así; pero al volverme, vi que el director de la cárcel estaba a mi lado y que me decía:

—No hay necesidad de que se marche usted todavía.

Le di las gracias y le pregunté:

—¿Puedo hablarle, en caso de que me oiga?

El director se apartó un poco e hizo seña al oficial para que le imitara. El cambio se efectuó sin ruido, hizo desaparecer el velo de la plácida mirada dirigida al blanco techo y el enfermo me miró con expresión cariñosa.

—Querido Magwitch. Es preciso que, por fin, le diga una cosa. ¿Entiende usted mis palabras?

Sentí una ligera presión en mis manos.

—En otro tiempo tuvo usted una hija a la que quería mucho y a la que perdió.

Sentí en la mano una presión más fuerte.

—Pues vivió y encontró poderosos amigos. Todavía vive. Es una dama y muy hermosa. Yo la amo.

Con un último y débil esfuerzo que habría sido infructuoso, de no haberle ayudado yo, llevó mi mano a sus labios. Luego, muy despacio, la dejó caer otra vez sobre su pecho y la cubrió con sus propias manos. La plácida mirada dirigida al blanco techo volvió un momento y se desvaneció; la cabeza del moribundo cayó despacio sobre su pecho.

Acordándome entonces de lo que habíamos leído juntos, pensé en los dos hombres que subieron al Templo para orar, y comprendí que junto a su lecho no podía decir nada mejor que:

—¡Oh, Dios mío! ¡Ten misericordia de él, el pecador!

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

Ahora que me había quedado solo, di aviso de mi intención de dejar libres las habitaciones que ocupaba en el Temple tan pronto como pudiera rescindirse legalmente mi contrato de arrendamiento, y de realquilarlas mientras tanto. En seguida puse facturas en las ventanas, porque como tenía muchas deudas y apenas algún dinero, empecé a alarmarme seriamente acerca del estado de mis asuntos. Mejor debiera decir que me habría alarmado de tener energía y percepción suficiente para darme cuenta de alguna verdad, aparte del hecho de que me sentía enfermo. La tensión de los últimos días me había permitido aplazar la enfermedad, pero no para vencerla; luego vi que iba apoderándose de mí y casi no supe nada más ni me preocupé de nada más.

Durante uno o dos días estuve echado en el sofá, o en el suelo… en cualquier parte, según el lugar donde acertara a dejarme caer. Me dolían los miembros y la cabeza; no tenía fuerzas ni voluntad. Luego vino una noche que me pareció de extraordinaria duración y que pasé sumido en la ansiedad y en el horror; y cuando, por la mañana, traté de sentarme en la cama y reflexionar acerca de todo aquello, descubrí que no podía.

Si, en realidad, fui a Garden Court, en plena noche, buscando la lancha que creía que estaba allí; si dos o tres veces me desperté, aterrado, en la escalera, sin saber cómo había salido de la cama; si me vi encendiendo la lámpara con la idea de que él subía la escalera y de que todas las demás luces estaban apagadas; si fui indeciblemente torturado por unas voces, unas carcajadas y unos gemidos y medio sospeché que era yo quien los había proferido; si había habido un horno de hierro cerrado en un oscuro rincón de la estancia y una voz había gritado una y otra vez que la señorita Havisham se estaba consumiendo allí dentro: todo eso quise aclararlo conmigo mismo poniendo algún orden en mis ideas, mientras me hallaba tendido aquella mañana en la cama. Pero entre esas cosas y yo se interponía el vapor de un horno de cal, que las desordenaba por completo, y fue a través de aquel vapor como vi a dos hombres que me miraban.

—¿Qué quieren ustedes? —pregunté sobresaltado—. No los conozco.

—Muy bien, señor —replicó uno de ellos, inclinándose y tocándome el hombro—. Éste es un asunto que, seguramente, podrá usted arreglar en breve; pero entretanto, queda detenido.

—¿A cuánto asciende la deuda?

—A ciento veintitrés libras esterlinas, quince chelines, seis peniques. Creo que es la cuenta del joyero.

—¿Qué puedo hacer?

—Lo mejor es ir a mi casa —dijo aquel hombre—. Tengo una casa bastante confortable.

Hice vanos esfuerzos para levantarme y vestirme. Cuando volví a fijarme en los hombres, vi que se habían apartado de la cama y me estaban mirando. Yo seguía echado.

—Ya ven ustedes cómo estoy —dije—. Si pudiera los acompañaría, pero verdaderamente no puedo. Y si se me llevan, creo que me moriré por el camino. —Tal vez me respondieron, o discutieron el asunto, o trataron de darme ánimos para que me figurara que estaba mejor de lo que yo creía. Pero como en mi memoria aquellos dos hombres sólo están prendidos por este débil hilo, no sé lo que realmente hicieron salvo que desistieron de llevárseme.

Que tuve mucha fiebre y sufrí mucho, que a menudo perdía la razón y el tiempo me parecía interminable, que confundía existencias imposibles con mi propia identidad; que era un ladrillo en la pared de la casa y deseaba salir del lugar en que los albañiles lo habían colocado; que era una barra de acero de una enorme máquina que giraba ruidosamente sobre un abismo, y, sin embargo, yo mismo imploraba que se detuviera la máquina y se separara de ella la parte que yo constituía; que pasé por todas estas fases de la enfermedad, lo sé por mis propios recuerdos y, en cierto modo, lo sabía en el momento de pasar por ellas. De que a veces luchaba con gente real y verdadera en la creencia de que eran asesinos, y de que en seguida comprendía que me querían bien y entonces me abandonaba exhausto en sus brazos y dejaba que me tendieran en la cama, también tuve conciencia en su momento; pero sobre todo notaba una tendencia constante en toda aquella gente (que, cuando yo estaba muy mal, me mostraban toda suerte de extraordinarias transformaciones del rostro humano y alcanzaban un tamaño extraordinario); pero, sobre todo, digo, noté una decidida tendencia, en todas aquellas personas, de tomar más pronto o más tarde la forma de Joe.

Después de que la enfermedad hubo hecho su crisis, empecé a darme cuenta de que, así como cambiaban todos los demás detalles, este detalle constante no cambiaba. Quienquiera que fuera que se me acercara, continuaba pareciéndose a Joe. Abría los ojos por la noche y veía a Joe sentado junto a mi cama. Abría los ojos de día y, junto a la ventana abierta y con las cortinas echadas, estaba Joe sentado y fumando su pipa. Pedía una bebida refrescante, y la mano querida que me la daba era la mano de Joe. Después de beber me reclinaba en mi almohada y el rostro que me miraba con tanta ternura y esperanza era el rostro de Joe.

Por fin un día tuve valor para preguntar:

—¿Eres realmente Joe?

—El mismo, querido Pip —me contestó aquella voz tan querida de otros tiempos.

—¡Oh, Joe! ¡Me partes el alma! Mírame con enojo, Joe. ¡Pégame! ¡Háblame de mi ingratitud! No seas tan bueno conmigo.

Porque Joe, contento de ver que le había reconocido, había apoyado su cabeza en la almohada, a mi lado, y me rodeaba el cuello con el brazo.

—Cállate, querido Pip —dijo Joe—. Tú y yo siempre hemos sido buenos amigos. Y cuando estés bien para dar un paseo, ya verás cómo nos vamos a divertir.

Dicho esto, se retiró a la ventana y me volvió la espalda, mientras se secaba los ojos. Y como mi extrema debilidad me impedía levantarme e ir a su lado, me quedé en la cama, murmurando lleno de remordimientos:

—¡Dios le bendiga! ¡Dios bendiga a este hombre bueno y cristiano!

Los ojos de Joe estaban enrojecidos cuando le vi otra vez a mi lado; pero entonces yo le tenía cogida la mano y ambos nos sentíamos felices.

—¿Cuánto tiempo hace, querido Joe?

—¿Quieres decir, Pip, cuánto tiempo ha durado tu enfermedad?

—Sí, Joe.

—Hoy es el último día de mayo. Mañana es primero de junio.

—¿Y has estado siempre aquí, querido Joe?

—Casi siempre, Pip. Porque, como le dije a Biddy cuando recibimos por carta noticias de tu enfermedad, carta que nos entregó el cartero, quien, aunque antes era soltero, ahora se ha casado, a pesar de que apenas le pagan los paseos que se da y los zapatos que gasta, pero él no miraba el dinero, y casarse era el gran deseo de su corazón…

—¡Qué agradable me parece oírte, Joe! ¡Pero te he interrumpido cuando ibas a contarme lo que le dijiste a Biddy!

—Pues fue —dijo Joe— que tú estarías entre gente extraña, y como tú y yo siempre hemos sido buenos amigos, una visita en tales momentos no sería mal recibida, y Biddy me dijo: «Vaya a su lado sin pérdida de tiempo». Éstas —añadió Joe, tomando su aire más solemne— fueron las palabras de Biddy. «Vaya a su lado sin pérdida de tiempo». En fin, no te engañaré mucho —añadió, después de reflexionar gravemente—, si te digo que las palabras de Biddy fueron: «Sin perder un solo minuto».

Entonces se interrumpió para hacerme saber que no se me debía hablar demasiado, que debía tomar un poco de alimento cada tantas y tantas horas, lo mismo si me gustaba como si no, y que debía someterme a sus órdenes. Yo le besé la mano y me quedé quieto, en tanto que él se disponía a escribir una carta a Biddy con cariñosos recuerdos de mi parte.

Evidentemente, Biddy había enseñado a escribir a Joe. Mientras yo estaba en la cama mirándole, me hizo llorar de placer ver el orgullo con que se ponía a escribir su carta. Mi cama, despojada de sus cortinas, había sido trasladada, conmigo en ella, a la habitación que se usaba como sala, por ser la mayor y la más ventilada. Habían quitado la alfombra, y la habitación se conservaba fresca y aireada de día y de noche. En mi propio escritorio, que estaba en un rincón lleno de botellitas, Joe se sentó a acometer su gran tarea, escogiendo primero una pluma de entre las varias que había, como si la sacara de un cajón lleno de herramientas, y remangándose como si se dispusiera a empuñar una palanca de hierro o un martillo de fragua. Tuvo necesidad de apoyarse pesadamente en la mesa sobre su codo izquierdo y echar la pierna derecha hacia atrás, antes de poder empezar, y, cuando lo hizo, cada uno de sus trazos era tan lento que habría tenido tiempo de hacerlos de seis pies de largo, mientras que en los perfiles yo oía rechinar su pluma ruidosamente. Tenía la curiosa idea de que el tintero estaba al otro lado de donde se hallaba en realidad y repetidamente mojaba la pluma en el aire, quedando al parecer muy satisfecho del resultado. De vez en cuando tropezaba con algún pedrusco ortográfico, pero, en conjunto, avanzaba bastante bien, y en cuanto hubo firmado, después de quitar un borrón, trasladándolo a su cabeza por medio de los dedos, se levantó y empezó a dar vueltas cerca de la mesa, observando el resultado de su esfuerzo desde varios puntos de vista, con infinita satisfacción.

Con objeto de no inquietarle hablando demasiado, aun suponiendo que hubiera sido capaz de ello, dejé para el día siguiente mi interés por saber de la señorita Havisham. Cuando le pregunté si ésta se había restablecido, movió la cabeza.

—¿Ha muerto, Joe?

—Mira, querido Pip —contestó en tono de reprensión y buscando el modo de darme la noticia poco a poco—, no llegaré a afirmar eso, porque hay mucho que decir; pero el caso es que no…

—¿Que no vive, Joe?

—Esto se acerca más a la verdad —contestó Joe—. No vive.

—¿Duró mucho, Joe?

—Después de que tú te pusiste malo, duró casi… lo que tú llamarías una semana —dijo Joe, siempre decidido, en obsequio mío, a llevar la cosa por grados.

—¿Te has enterado, querido Joe, de a quién va a parar su fortuna?

—Pues mira, Pip, parece que la mayor parte es para la señorita Estella. Pero había escrito un codicililo de su propia mano, pocos días antes del accidente, dejando cuatro mil libras al señor Matthew Pocket. Y ¿a que no sabes, Pip, por qué dejó estas cuatro mil libras al señor Pocket? Pues «atendiendo a lo que Pip me dijo del dicho Matthew». Según me ha informado Biddy, esto es lo que decía el codicilo, «atendiendo a lo que Pip me dijo del dicho Matthew». ¡Cuatro mil libras, Pip!

La noticia me dio mucha alegría, pues este legado completaba la única cosa buena que yo había hecho en mi vida. Pregunté entonces a Joe si había oído decir que hubiera ningún otro legado para los demás parientes.

—La señorita Sarah —contestó Joe— recibirá veinticinco libras cada año para que se compre píldoras, pues parece que es biliosa. La señorita Georgiana recibirá veinte libras y basta. La señora… ¿cómo se llaman aquellas bestias con joroba, Pip?

—¿Camellos? —dije, preguntándome para qué querría saberlo.

—Eso es —dijo Joe—. La señora Camello…

Comprendí entonces que se refería a la señora Camilla.

—Pues la señora Camello recibirá cinco libras para que se compre velas que la animen por la noche cuando se despierte.

La exactitud de estos detalles era lo bastante evidente para convencerme de que Joe estaba bien enterado.

—Y ahora —añadió Joe—, no estás aún bastante fuerte para que te dé más noticias. Te daré una más. El viejo Orlick entró a robar en una casa.

—¿De quién? —pregunté.

—No es que no sepa, te lo aseguro, dónde dar el golpe —dijo Joe—, pero, de todos modos, la casa de un inglés es un castillo y no se debe asaltar los castillos más que en tiempos de guerra. Y fueran cuales fuesen sus faltas, siempre ha sido un buen tratante de granos y semillas.

—Entonces, ¿fue en casa de Pumblechook donde robaron?

—Eso es, Pip —me contestó Joe—, y le quitaron la gaveta, se le llevaron el dinero, se le bebieron el vino, se hartaron de lo que encontraron y, no contentos con eso, le abofetearon, le tiraron de la nariz, le ataron al pie de la cama y, para que no gritara, le llenaron la boca con calendarios de jardinero. Pero Pumblechook reconoció a Orlick y Orlick está en la cárcel.

Así, poco a poco, llegamos a poder conversar sin engorro. Me costaba mucho recobrar las fuerzas, pero hacía continuos progresos, de modo que cada día estaba mejor que el anterior. Joe permanecía constantemente a mi lado y yo imaginaba ser de nuevo el pequeño Pip.

Porque la ternura y el afecto de Joe eran tan apropiados a mis necesidades que yo no era más que un niño en sus manos. Se sentaba a mi lado y me hablaba con la misma confianza, la misma sencillez y la misma modesta protección de tiempos pasados, hasta el punto de que llegué a experimentar la ilusión de que toda mi vida, desde los días pasados en la vieja cocina, no había sido más que una de tantas pesadillas de la fiebre que había desaparecido ya. Hacía en mi obsequio todo lo necesario, a excepción de los trabajos domésticos, para los cuales contrató a una mujer muy decente, después de despedir a la lavandera el mismo día de su llegada.

—Te aseguro, Pip —decía Joe para justificar la libertad que se tomó—, que la sorprendí agujereando el colchón de la cama de repuesto como si fuese un barril de cerveza, y llenando un cubo de plumas para ir a venderlas. No hay duda de que luego se habría llevado las de tu propia cama, aunque tú estuvieras tendido en ella, y ya se estaba llevando el carbón en la sopera y las fuentes y los licores en tus botas Wellington.

Esperábamos con ansia el día en que yo pudiera salir a dar un paseo, así como habíamos esperado en otro tiempo que yo pudiese ser su aprendiz. Y cuando llegado este día entró un carruaje abierto en la callejuela, Joe me abrigó muy bien, me levantó en sus brazos y me bajó hasta el coche, en donde me sentó como si fuera la criatura pequeña e indefensa en quien tan generosamente había empleado los tesoros de su bondad.

Y Joe se sentó a mi lado y juntos salimos al campo, donde árboles y plantas mostraban la lozanía del verano y el aire se llenaba de dulces aromas. Precisamente aquel día era domingo y, al observar la belleza que me rodeaba y pensar en cómo había crecido y cambiado todo y en cómo se habían formado las flores silvestres y afirmado las vocecillas de los pájaros, de día y de noche, sin cesar, bajo el sol y bajo las estrellas, mientras yo, pobre de mí, estaba echado, ardiendo y revolviéndome en mi cama, el mero recuerdo de esto último pareció interrumpir mi paz. Pero cuando oí las campanas del domingo y observé un poco más la belleza que me rodeaba, comprendí que en mi corazón no había aún suficiente gratitud (porque estaba aún demasiado débil hasta para eso), y apoyé la cabeza en el hombro de Joe, como en otros tiempos, cuando me había llevado a la feria o a algún otro sitio donde me había cansado y aturdido.

Me recobré al cabo de poco y entonces empezamos a hablar como solíamos hacerlo, sentados en la hierba, junto a la vieja batería. No había el menor cambio en Joe. Era exactamente el mismo ante mis ojos; tan sencillamente fiel, tan sencillamente recto como siempre.

Cuando regresamos me levantó y me condujo con tanta facilidad a través del patio y por la escalera, que recordé aquella víspera de Navidad, tan llena de acontecimientos, en que me llevó a cuestas por los marjales. Aún no habíamos hecho ninguna alusión a mi cambio de fortuna, y por mi parte ignoraba hasta qué punto estaba él enterado de la última parte de mi historia. Dudaba tanto de mí mismo y confiaba tanto en él, que no podía decidir si debía referirme a ella mientras él no lo hiciera.

—¿Estás enterado, Joe —le pregunté aquella misma noche, después de pensarlo mucho y mientras él fumaba su pipa junto a la ventana—, de quién era mi protector?

—Oí decir —contestó Joe— que no era la señorita Havisham.

—¿Oíste decir quién era, Joe?

—Verás. Me han dicho que era la persona que mandó a la otra persona que te dio los dos billetes de una libra en los Alegres Barqueros, Pip.

—Así es.

—¡Asombroso! —exclamó Joe, con la mayor placidez.

—¿Sabes que ya murió, Joe? —le pregunté con creciente desconfianza.

—¿Quién? ¿El que mandó los billetes, Pip?

—Sí.

—Me parece —contestó Joe, después de larga meditación y mirando evasivamente hacia el asiento de la ventana— como si hubiera oído decir algo al respecto.

—¿Oíste hablar algo acerca de sus circunstancias, Joe?

—No, Pip.

—Si quieres que te diga, Joe… —empecé, pero Joe se levantó y se acercó a mi sofá.

—Mira, querido Pip —dijo inclinándose sobre mí—, siempre hemos sido buenos amigos, ¿no es verdad?

Yo sentí vergüenza de contestarle.

—Bueno, pues —dijo, como si yo hubiera contestado—, entonces estamos de acuerdo. ¿Para qué meternos en cosas de muchachos, que entre nosotros serán siempre innecesarias? Bastantes cosas tenemos de que hablar, para hacerlo de lo que no es necesario. ¡Dios mío! ¡Cuando pienso en tu pobre hermana y en cómo se alborotaba! ¿Te acuerdas de Tickler?

—Sí, Joe.

—Pues mira, querido Pip —dijo—. Hice cuanto pude para que tú y Tickler estuvierais separados lo más posible, pero mi poder no siempre corría parejos con mi querer. Porque cuando tu pobre hermana estaba resuelta a pegarte —añadió—, no es sólo que también me habría pegado a mí, si hubiera hecho la menor oposición, sino que, además, la paliza que habrías recibido hubiera sido más fuerte. De esto estoy seguro. No es que le tiren a uno de los bigotes, ni que le den un par de sacudidas (que nada me habrían importado viniendo de tu hermana), lo que podría impedir a uno salvar a una criatura del castigo. Pero cuando el tirón y las sacudidas sólo sirven para que a la criatura le den más golpes, entonces el hombre, naturalmente, se dice: ¿Para qué sirve meterse en ello? Lo que tiene de malo, ya lo veo; pero lo que tiene de bueno no lo veo en parte alguna. Yo le desafío, señor, dice el hombre, a que me diga qué tiene de bueno.

—¿Eso dice el hombre? —observé yo viendo que Joe esperaba que hablara.

—Eso dice el hombre —asintió Joe—. ¿Tiene razón el hombre?

—Querido Joe, el hombre siempre tiene razón.

—Pues bien, querido Pip —añadió Joe—. Entonces aténte a lo que dices. Si este hombre siempre tiene razón, la tiene cuando dice: suponiendo que de pequeño te hubieras callado alguna cosita, te la callaste sobre todo porque sabías que el poder de Joe para manteneros separados a ti y a Tickler no estaba a la altura de sus deseos. Por consiguiente, no pienses más en cosas así entre los dos y no hables de cosas que no vienen a cuento. Biddy se tomó mucho trabajo antes de que yo viniera (porque tengo la cabeza muy dura) para que viera las cosas de este modo y, viendo las cosas de este modo, te lo dijera así. Y, habiendo hecho lo uno y lo otro —dijo Joe encantado con su lógico razonamiento—, habiéndolo hecho, un amigo fiel te dice esto. A saber: «No pienses más en ello, sino que lo que debes hacer es cenar, beber tu poco de agua con vino y meterte entre las sábanas».

La delicadeza con que Joe evitó tratar aquel asunto y el tacto y la bondad con que Biddy —quien con su instinto femenino tan pronto me había comprendido— le había preparado para eso, me impresionaron extraordinariamente. Pero ignoraba aún si Joe estaba enterado de mi pobreza y de que mis grandes esperanzas se habían desvanecido como nuestras nieblas de los marjales ante los rayos del sol.

Otra cosa de Joe que no pude comprender cuando empezó a manifestarse, pero que pronto llegué a explicarme dolorosamente, fue la siguiente: a medida que me sentía mejor y más fuerte, Joe parecía estar más cohibido conmigo. Durante los días de debilidad y de dependencia entera con respecto a él, mi querido amigo había vuelto a adoptar el antiguo tono con que me trataba, y se dirigía a mí llamándome como antaño, querido Pip y querido muchacho, lo cual era ahora como una música para mis oídos. Yo también, por mi parte, había vuelto a las maneras de mi infancia, y le agradecía mucho que me lo consintiera. Pero, imperceptiblemente, Joe empezó a abandonar estas maneras, y aunque al principio me extrañé de ello, pronto pude comprender que la causa estaba en mí y que mía, también, era toda la culpa.

¡Oh! ¿No había yo dado a Joe motivos para dudar de mi constancia y para pensar que en mi prosperidad me olvidaba de él? ¿No había dado yo motivo a su inocente corazón para comprender de un modo instintivo que a medida que yo me repusiera su influencia sobre mí se debilitaría y que era mejor abandonarla a tiempo y soltarme antes de que yo huyera de ella?

Fue la tercera o cuarta vez que salí a pasear por los jardines del Temple, apoyado en el brazo de Joe, cuando observé claramente este cambio en él. Habíamos estado sentados tomando el sol, contemplando el río, cuando le dije en el momento de levantarnos:

—Mira, Joe, ya puedo andar por mí mismo y sin apoyo de nadie. Ahora vas a ver cómo vuelvo solo a casa.

—No te esfuerces demasiado, Pip —contestó Joe—; pero me alegrará mucho verle capaz de hacerlo, señor.

Estas últimas palabras me disgustaron mucho, pero ¿cómo podía reconvenirle por ellas? No pasé de la puerta del jardín y, fingiendo estar más débil de lo que realmente me encontraba, le rogué que me permitiera apoyarme en su brazo. Joe consintió, pero continuó pensativo.

Por mi parte, también lo estaba, porque encontrar un modo de contener esta creciente mudanza era una gran preocupación para mis pensamientos, atormentados por el remordimiento. Me avergonzaba decirle cuál era mi situación y cómo había llegado a ella; pero creo que mi repugnancia en contarle todo eso no era completamente indigna. Sabía que él querría ayudarme con sus pequeñas economías, y sabía que esto no debía ocurrir y que no debía permitírselo.

Fue aquélla para los dos una velada meditabunda, pero antes de acostarnos resolví dejar pasar el día siguiente, que era domingo, y con la nueva semana empezar mi nuevo comportamiento. El lunes por la mañana hablaría a Joe de este cambio, dejaría a un lado el último vestigio de mi reserva y le diría lo que llevaba en el pensamiento (aquel «en segundo lugar» que no he explicado aún) y por qué había decidido no irme con Herbert, y de este modo no dudaba de que habría vencido para siempre el cambio que en él notaba. A medida que me mostraba más despejado, Joe me imitaba, como si él hubiera llegado también a alguna resolución.

Pasamos apaciblemente el día del domingo y luego salimos al campo a pasear.

—No sabes lo que me alegro de haber estado enfermo, Joe —le dije.

—Querido Pip, muchacho, ya está usted casi del todo bien, señor.

—Esta temporada la recordaré toda la vida, Joe.

—Lo mismo yo, señor —contestó Joe.

—Hemos pasado juntos una temporada, Joe, que no podré olvidar jamás. En otra época, pasamos un tiempo juntos que yo había olvidado últimamente; pero te aseguro que no olvidaré esta última temporada.

—Pip —dijo Joe, algo turbado en apariencia—. ¡Cómo nos hemos divertido! Y, querido señor, lo que haya pasado entre nosotros… pasado está.

Por la noche, en cuanto me hube acostado, Joe vino a mi cuarto como había hecho durante toda mi convalecencia. Me preguntó si tenía seguridad de encontrarme bien como por la mañana.

—Sí, Joe. Completamente igual.

—¿Estás cada día más fuerte, querido Pip?

—Sí, Joe, me voy reponiendo deprisa.

Joe dio con su enorme mano algunas palmadas cariñosas sobre la sábana que me cubría el hombro y, con voz que me sonó ronca, dijo:

—Buenas noches.

Cuando me levanté por la mañana, descansado y vigoroso, estaba ya resuelto a decírselo todo sin más demora. Le hablaría antes de desayunar. Me vestiría en seguida e iría a su cuarto para darle una sorpresa; porque aquél era el primer día en que me levantaba temprano. Me dirigí a su habitación, pero observé que no estaba allí y no solamente no estaba él, sino que también había desaparecido su baúl.

Corrí entonces a la mesa en que solíamos desayunar, y en ella encontré una nota escrita cuyo breve contenido era el siguiente:

Deseando no molestar, me he marchado porque ya estás completamente bien, querido Pip, y te encontrarás mejor cuando estés solo.

JOE

P.S. Siempre los mejores amigos.

Unido a la carta había el recibo por la deuda y las costas por las cuales había sido detenido. Hasta aquel momento me había figurado que mi acreedor había retirado o suspendido la demanda en espera de mi total restablecimiento, pero jamás imaginé que Joe la hubiera pagado. Así era, en efecto, y el recibo estaba extendido a su nombre.

¿Qué me quedaba por hacer sino seguirle a la vieja y querida fragua y hablarle allí francamente y expresarle mi arrepentimiento para luego aliviar mi corazón y mi pensamiento de aquel «en segundo lugar» que había empezado siendo algo vago en mis ideas, hasta que se convirtió en un propósito decidido?

Este propósito era el de ir ante Biddy, mostrarle cuán humilde y arrepentido volvía a su lado; decirle cómo había perdido todas mis esperanzas y recordarle nuestras antiguas confidencias en la época infeliz de mi vida. Luego le diría: «Biddy, creo que alguna vez me quisiste, cuando mi errante corazón, al paso que se alejaba de ti, se sentía más tranquilo y mejor en tu compañía de lo que haya podido sentirse desde entonces. Si puedes volverme a querer tan sólo la mitad de lo que me quisiste, si puedes aceptarme con todas mis faltas y todas mis desilusiones, si puedes recibirme como a un niño a quien se ha perdonado (y en realidad, Biddy, estoy tan apesadumbrado, y necesito tanto una voz cariñosa y una mano acariciadora), que confío en que ahora soy algo más digno de ti que en otro tiempo; no mucho, desde luego, pero sí algo. Y, además, Biddy, tú has de decir si he de trabajar en la fragua con Joe o si he de buscar otras ocupaciones aquí o hemos de marchar a un país lejano, donde me aguarda una oportunidad que no quise aceptar cuando me la ofrecieron, hasta conocer tu respuesta. Y ahora, querida Biddy, si me dices que podrás ir por el mundo de mi brazo, harás que ese mundo sea mejor conmigo y que yo sea mejor con él, y lucharé de firme para convertirlo en lo que tú mereces».

Tal era mi propósito. Después de tres días más para completar mi restablecimiento, me fui a mi pueblo para ponerlo en ejecución y el resultado que obtuve es lo único que me queda por contar.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

La noticia de que mi gran fortuna se había desvanecido había llegado al lugar de mi nacimiento y a su vecindad, aun antes de que lo hiciera yo. Hallé el Jabalí Azul en posesión de esta información y vi que ésta había ocasionado un gran cambio en la actitud del Jabalí conmigo. Así como el Jabalí Azul había cultivado, con calmosa asiduidad, el buen concepto que pudiera tener yo de él, cuando iba a gozar de una gran posición, se mostró sumamente frío en este particular ahora que esta posición se me escapaba de las manos.

Llegué por la tarde y muy fatigado por el viaje, que tantas veces realizara tan fácilmente. El Jabalí no pudo darme el dormitorio que solía ocupar, porque estaba ya comprometido (tal vez por otro que tenía grandes esperanzas), y tan sólo pudo ofrecerme una mala habitación entre las sillas de posta y el palomar que había en el patio. Pero dormí tan profundamente en aquella habitación como en la mejor que pudiera ofrecer el Jabalí, y la calidad de mis sueños fue poco más o menos la que habría sido en el mejor dormitorio.

Muy temprano, por la mañana, mientras se preparaba el desayuno, me fui a dar una vuelta por la casa Satis. En la puerta había algunos carteles y en las ventanas unos trozos de alfombra anunciando que en la siguiente semana se celebraría una venta pública del mobiliario y los efectos de la casa. Ésta también iba a ser vendida como material de construcción para ser derribada. Lote número 1 estaba marcado con letras blancas en la fábrica de cerveza; Lote número 2 en aquella parte del edificio principal que había permanecido cerrado durante tanto tiempo. Otros lotes estaban señalados en distintas partes de la finca y la yedra había sido arrancada para hacer sitio a las inscripciones, y gran cantidad de ella se arrastraba, medio seca, por el polvo. Entrando por un momento por la puerta abierta y mirando a mi alrededor con la timidez propia de un forastero que no tenía nada que hacer en aquel lugar, vi al pasante del subastador paseándose sobre los barriles y contándolos para información del asentador del catálogo, que tomaba nota pluma en mano y que usaba como escritorio el antiguo sillón de ruedas que tantas veces empujara yo mientras cantaba el Old Clem.

Cuando volví para desayunar en el café del Jabalí, encontré al señor Pumblechook que estaba hablando con el dueño. El primero (cuyo aspecto no había mejorado su reciente aventura nocturna) estaba aguardándome y se dirigió a mí en los siguientes términos:

—Lamento mucho, joven, verle a usted en tan mala situación. Pero ¿qué otra cosa podía esperarse? ¿Qué otra cosa podía esperarse?

Como extendía la mano con su aire de magnánima indulgencia y como yo, a consecuencia de mi enfermedad, no me sentía con ánimos para disputar, se la estreché.

—¡William! —dijo el señor Pumblechook al camarero—. Pon un panecillo en la mesa. ¡A esto ha llegado a parar! ¡A esto!

Yo me senté de mala gana ante mi desayuno. El señor Pumblechook permaneció junto a mí y me sirvió el té, antes de que yo pudiera alcanzar la tetera, con el aire de un bienhechor resuelto a ser fiel hasta el final.

—William —añadió el señor Pumblechook con triste acento—. Trae la sal. En tiempos más felices —exclamó dirigiéndose a mí— creo que tomaba usted azúcar. ¿Le gustaba la leche? ¿Sí? Azúcar y leche. William, trae berros.

—Muchas gracias —dije secamente—, no como berros.

—¿No los come? —repitió el señor Pumblechook dando un suspiro y moviendo varias veces la cabeza, como si ya se lo hubiera imaginado y como si abstenerme de comer berros fuese una consecuencia de mi ruina—. Es verdad. Los sencillos frutos de la tierra. No, no traigas berros, William.

Continué con mi desayuno, y el señor Pumblechook siguió a mi lado mirándome con sus ojos de pescado y respirando ruidosamente como era su costumbre.

—Apenas le queda más que la piel y los huesos —dijo en voz alta y con triste acento—. Y, sin embargo, cuando se marchó de aquí (y puedo añadir que con mi bendición) y cuando yo le ofrecí mi humilde repuesto, como la abeja, estaba redondo como un melocotón.

Esto me recordó la gran diferencia que había entre sus serviles modales al ofrecerme su mano cuando mi situación era próspera: «¿Puedo…?», y la ostentosa clemencia con que acababa de ofrecer los mismos cinco dedos regordetes.

—¡Ah! —continuó entregándome el pan y la mantequilla—. ¿Y se va usted ahora al lado de Joe?

—¡En nombre del cielo! —exclamé estallando a pesar mío—. ¿Qué le importa adónde voy? Haga el favor de dejar quieta la tetera.

Esto era lo peor que podía haber hecho, porque dio a Pumblechook la oportunidad que estaba aguardando.

—Sí, joven —contestó, soltando el asa de la tetera, retirándose uno o dos pasos de la mesa y hablando de manera que le oyeran el dueño y el camarero que estaban en la puerta—. Dejaré la tetera, tiene usted razón, joven. Por una vez siquiera tiene usted razón. Me olvidé de mí mismo cuando tomé tal interés en su desayuno y cuando deseé que su cuerpo, agotado por los efectos debilitantes de la prodigalidad, se estimulara con el sano alimento de sus abuelos. Y no obstante —dijo, volviéndose al dueño y al camarero, y señalándome con el brazo extendido— éste es el mismo a quien entretuve en los días de su feliz infancia. Y aunque me digan que no puede ser, les diré que es él.

Le contestó un débil murmullo de los dos oyentes; el camarero parecía singularmente afectado.

—Es el mismo —añadió Pumblechook— a quien muchas veces llevé en mi carruaje. Es el mismo a quien vi criar a fuerza de mano. Es el mismo cuya hermana era sobrina mía por su casamiento, la que se llamaba Georgiana Marian en recuerdo de su propia madre. ¡Que lo niegue, si se atreve a tanto!

El camarero pareció convencido de que yo no podía negarlo, y eso daba un feo aspecto al caso.

—Joven —añadió Pumblechook, estirando la cabeza hacia mí como tenía por costumbre—. Ahora se va usted al lado de Joe. Me ha preguntado qué me importa saber adónde va. Yo le digo, caballero, que usted se va al lado de Joe.

El camarero tosió, como si me invitara modestamente a contradecirle.

—Ahora —añadió Pumblechook con su aire exasperante de decir en favor de la virtud cosas convincentes e irrebatibles—, ahora voy a decirle lo que le dirá usted a Joe. Aquí está presente el dueño del Jabalí, conocido y respetado en la ciudad, y aquí está William, cuyo apellido es Potkins, si no me engaño.

—No se engaña usted, señor —contestó William.

—Pues en su presencia le diré a usted, joven, lo que, a su vez, le dirá a Joe. Usted dirá: «Joe, hoy he visto a mi primer bienhechor y al fundador de mi fortuna. No pronunció ningún nombre, Joe, pero así le llaman en la ciudad entera. A él, pues, he visto».

—Yo juro que no le veo aquí —contesté.

—Pues dígaselo así —replicó Pumblechook—. Dígale así y hasta el mismo Joe mostrará su sorpresa.

—En esto se engaña usted —respondí—. Yo le conozco mejor.

—Le dirá usted —continuó Pumblechook—: «Joe, he visto a ese hombre, quien no te guarda malicia ni me guarda malicia a mí. Conoce tu carácter, Joe, y sabe muy bien lo ignorante y testarudo que eres; también conoce mi carácter, Joe, y conoce mi ingratitud. Sí, Joe —dirá usted (aquí Pumblechook me amenazó con la cabeza y con la mano)—, conoce mi falta de toda mi humana gratitud. Lo sabe mejor que nadie, Joe. Tú no lo sabes, Joe, porque no tienes motivos para ello, pero ese hombre sí lo sabe».

A pesar de lo burro que era, llegó a asombrarme que pudiera tener la desfachatez de hablarme de esta manera.

—Le dirá usted: «Joe, me ha dado un encargo que ahora voy a repetirte. Y es que en mi ruina he visto el dedo de la Providencia. Él conoce este dedo cuando lo ve, y lo ha visto claramente cómo señalaba esta inscripción, Joe: En prueba de ingratitud hacia su primer bienhechor y fundador de su fortuna. Pero este hombre ha dicho que no se arrepentía de lo hecho, Joe, de ningún modo. Era justo hacerlo, era bondadoso hacerlo, era caritativo hacerlo, y lo haría otra vez».

—Es una lástima —contesté burlonamente mientras terminaba mi interrumpido desayuno— que este hombre no dijese qué era lo que había hecho y lo que volvería a hacer.

—Oigan ustedes —exclamó Pumblechook dirigiéndose al dueño del Jabalí y a William—. No tengo inconveniente en que digan ustedes por todas partes, en caso de que lo deseen, que lo hice porque era justo hacerlo, porque era bondadoso hacerlo, porque era caritativo y que lo haría otra vez.

Dichas estas palabras, el impostor les estrechó vigorosamente la mano y abandonó la casa, dejándome más asombrado que divertido con las virtudes de aquel indefinido «lo». No tardé mucho en salir a mi vez, y al bajar por la calle Mayor, le vi a la puerta de su tienda, discurseando (sin duda sobre el mismo tema) ante un selecto grupo que me honró con miradas de gran desaprobación cuando pasé por el otro lado de la calle. Pero esto hacía más agradable aún ir al encuentro de Biddy y de Joe, cuya gran indulgencia brillaba si cabe con mayor fuerza que nunca, después de resistir el contraste con aquel hipócrita desfachatado. Me dirigí hacia ellos despacio, porque mis piernas estaban débiles aún, pero con una sensación, a medida que me aproximaba, de creciente alivio y de dejar cada vez más atrás la arrogancia y la mentira.

El tiempo era delicioso. El cielo estaba azul, las alondras volaban altas sobre el verde trigo y el campo me parecía mucho más hermoso y apacible de lo que me había parecido nunca. Entretuvieron mi camino agradables imaginaciones de la vida que llevaría allí y de lo que mejoraría mi carácter cuando tuviera a mi lado un cariñoso guía de cuya sencilla fe y claro juicio tenía experiencia. Estos cuadros despertaron en mí tiernas emociones, porque mi corazón sentíase tan conmovido por mi regreso y esperaba tal cambio, que me sentí como quien vuelve a casa descalzo y desde muy lejos tras muchos años de vida errante.

Nunca había visto la escuela donde enseñaba Biddy; pero la callejuela que tomé al entrar en el pueblo para no llamar la atención me hizo pasar ante ella. Me desilusionó darme cuenta de que era un día de asueto; no se veía ningún niño y la casa de Biddy estaba cerrada. Me había hecho la ilusión de verla ocupada en su trabajo diario, antes de que ella me viera, pero esta ilusión se había frustrado.

Pero la fragua no estaba lejos y a ella me encaminé por debajo de los verdes tilos esperando oír cantar el martillo de Joe. Mucho después del punto en que tendría que haberlo oído, y mucho después de haberme figurado que lo oía, vi que eran sólo imaginaciones, porque todo estaba en silencio. Allí estaban los tilos y los espinos albares y los castaños, y sus hojas sonaron armoniosamente cuando me detuve a escuchar; pero la brisa del verano no llevaba los martillazos de Joe.

Casi temiendo, sin saber por qué, llegar a ver la fragua, la tuve por fin ante mí y vi que estaba cerrada. No había en ella resplandor de llamas, ni chispas, ni rugido de fuelles. Todo estaba cerrado y silencioso.

Pero la casa no estaba desierta, y la sala parecía estar ocupada, pues había blancas cortinas que se agitaban en la ventana, y ésta estaba abierta y llena de flores cuando Joe y Biddy aparecieron ante mí cogidos del brazo.

En el primer instante Biddy dio un grito como si creyera ver una aparición, pero un momento después estaba en mis brazos. Lloré al verla y ella lloró también al verme; yo por lo bella y lozana que estaba ella, y ella por lo pálido y demacrado que estaba yo.

—¡Qué linda estás, querida Biddy!

—Gracias, querido Pip.

—¡Y tú, querido Joe, qué elegante!

—Gracias, querido Pip.

Me quedé mirándolos, primero al uno y luego al otro, hasta que…

—Es el día de mi boda —exclamó Biddy en un estallido de felicidad—. Acabo de casarme con Joe.

Me llevaron a la cocina y pude reposar mi cabeza en la vieja mesa. Biddy acercó una de mis manos a sus labios y la de Joe se posó consoladora en mi hombro.

—Todavía no está lo bastante fuerte para soportar esta sorpresa, querida mía —dijo Joe.

—Habría debido tenerlo en cuenta, querido Joe —replicó Biddy—, pero ¡soy tan feliz!

Y estaban tan contentos de verme, tan orgullosos, tan conmovidos de que hubiera ido, tan encantados de que, por casualidad, hubiera sido aquel día en que les hacía la dicha completa.

Mi primera idea fue dar gracias a Dios por no haber dado a conocer a Joe esta última y frustrada esperanza mía. ¡Cuántas veces, mientras me acompañaba en mi enfermedad, había acudido a mis labios! ¡Cuán inevitable habría sido que se la contara si él hubiera estado conmigo sólo una hora más!

—Querida Biddy —dije—, tienes el mejor marido del mundo. Y si lo hubieras visto junto a mi cama, le habrías… pero no, no. No es posible que le ames más de lo que le amas ahora.

—No, no es posible —dijo Biddy.

—Y tú, querido Joe, tienes la mejor esposa del mundo, y te hará tan feliz como mereces, mi querido, mi noble, mi buen Joe.

Joe me miró con temblorosos labios y se pasó la manga por los ojos.

—Y ahora, Joe y Biddy, como hoy habéis estado en la iglesia y os sentís en paz y amor con toda la humanidad, recibid mi humilde agradecimiento por cuanto habéis hecho por mí, y que yo he pagado tan mal. Y cuando os haya dicho que me marcharé dentro de una hora, porque en breve he de partir al extranjero, y que no descansaré hasta haber ganado el dinero gracias al cual me evitasteis la cárcel, y habéroslo mandado, no penséis, Joe y Biddy, que, aunque os lo devolviera mil veces, creería haber saldado ni un penique de la deuda que tengo con vosotros, o que lo creería aunque pudiera hacerlo.

Ambos se conmovieron con estas palabras y me suplicaron que no dijese nada más.

—Pero he de deciros otra cosa. Espero, querido Joe, que tendréis hijos a quienes amar y algún día, en las noches de invierno, se sentará en el rincón de esta chimenea un pequeñuelo que os recordará a otro que se marchó para siempre. No le digas, Joe, que fui ingrato; no le digas, Biddy, que fui poco generoso e injusto; decidle tan sólo que os honré a los dos por lo buenos y lo fieles que fuisteis y que yo dije que siendo hijo vuestro sería muy natural que llegara a ser un hombre mucho mejor que yo.

—No le diré —replicó Joe, cubriéndose todavía los ojos con la manga—, no le diré nada de eso, Pip, y Biddy tampoco se lo dirá. Ninguno de los dos.

—Y ahora, aunque sé que en vuestros bondadosos corazones ya lo habéis hecho, os ruego que me digáis que me habéis perdonado. Dejadme que os oiga decir estas palabras, para que pueda llevármelas conmigo y así podré creer que confiáis en mí y que me tendréis en mejor opinión en tiempos venideros.

—¡Oh, querido Pip! —exclamó Joe—. ¡Dios sabe que te perdono, si es que tengo algo que perdonarte!

—¡Amén! ¡Y Dios sabe que yo pienso lo mismo! —añadió Biddy.

—Ahora dejadme subir para que contemple por última vez mi cuartito y descanse en él sólo durante algunos instantes. Y luego, cuando haya comido y bebido con vosotros, acompañadme, Joe y Biddy, hasta el poste indicador del pueblo, antes de que nos digamos adiós.

Vendí todo lo que tenía, reuní todo lo que me fue posible para llegar a un acuerdo con mis acreedores, que me concedieron todo el tiempo necesario para pagarles, y luego me marché para reunirme con Herbert. Un mes más tarde había abandonado Inglaterra, y dos meses después era empleado de Clarriker y Compañía. Pasados cuatro meses, asumí mi primera responsabilidad exclusiva, porque la viga que atravesaba el techo de la casa de Mill Pond Bank había dejado de temblar a impulsos de los gruñidos y de los golpes de Bill Barley, y Herbert había regresado a Inglaterra para casarse con Clara, dejándome, hasta su regreso, como único jefe de la sucursal de Oriente.

Pasaron varios años antes de que yo llegara a ser socio de la casa; pero fui feliz con Herbert y su esposa. Viví con frugalidad, pagué mis deudas y mantuve constante correspondencia con Biddy y Joe. Hasta que entré a formar parte de la casa Clarriker nunca había revelado cómo Herbert había sido asociado a ella; pero declaro que hacía tanto tiempo que este secreto pesaba en mi conciencia que no tenía más remedio que divulgarlo. Así lo hice, y Herbert se quedó tan conmovido como asombrado, pero no por culpa de este secreto fuimos peores amigos que antes. No quiero dar la impresión de que nuestra firma fuese muy importante o de que ganáramos dinero a mansalva. Nuestros negocios eran limitados, pero teníamos excelente reputación y ganábamos lo suficiente para vivir. Debíamos tanto a la actividad y al talento de Herbert que muchas veces me preguntaba cómo había podido pensar, ni por un momento, que era un hombre inepto, hasta que un día me iluminó la reflexión de que tal vez la ineptitud no había estado nunca en él, sino en mí.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

Por espacio de once años no había visto a Joe ni a Biddy con mis ojos corporales, aunque con frecuencia habían estado presentes en mi imaginación mientras vivía en Oriente. Una noche de diciembre, una o dos horas después de anochecer, apoyé suavemente la mano en el picaporte de la vieja puerta de la cocina. Lo hice con tanta suavidad, que no me oyeron y pude mirar sin ser visto. Allí, fumando su pipa en el lugar acostumbrado ante la luz del fuego, tan fuerte y tan robusto como siempre, aunque con los cabellos grises, estaba Joe; y protegido en un rincón por la pierna de éste, y sentado en mi taburetito, mirando al fuego, estaba… ¿yo mismo, acaso?

—Le dimos el nombre de Pip en recuerdo tuyo —dijo Joe, encantado al ver que me sentaba en otro taburete al lado del niño (aunque me guardé muy bien de mesarle el cabello)— y esperábamos que se iría pareciendo a ti, y creemos que ya se parece.

Así pensaba yo también, y a la mañana siguiente me lo llevé a dar un paseo. Hablamos mucho y nos comprendimos a la perfección. Luego le llevé al cementerio, le hice sentar en determinada tumba y él me mostró desde aquel lugar la losa consagrada a la memoria de «Philip Pirrip, vecino de esta parroquia, y de Georgiana, esposa del arriba dicho».

—Biddy —dije, al hablar con ella después de comer y mientras su hijo dormía en su regazo—. Tienes que darme a Pip, o prestármelo al menos.

—De ningún modo —contestó Biddy cariñosamente—. Tú debes casarte.

—Lo mismo me dicen Herbert y Clara, pero yo no soy de la misma opinión, Biddy. Me he establecido ya en su casa de un modo tan perfecto que no es fácil que esto ocurra. Soy un solterón empedernido.

Biddy miró al niño, se llevó sus manecitas a los labios y luego con la misma mano bondadosa me tocó la mía. En aquella acción y en la ligera presión de la sortija de boda de Biddy, hubo algo que en sí era muy elocuente.

—Querido Pip —dijo Biddy—, ¿estás seguro de que ya no suspiras por ella?

—¡Oh, no! Me parece que no, Biddy.

—Dímelo como a una antigua amiga. ¿La has olvidado ya?

—Mi querida Biddy, no he olvidado en mi vida nada que haya ocupado un lugar importante en ella, y poco que haya ocupado un lugar siquiera. Pero aquel pobre sueño, como solía llamarlo, ha pasado, Biddy, ha pasado ya.

No obstante, sabía que mientras decía estas palabras, me acuciaba el deseo secreto de volver a visitar aquella noche el lugar donde existió la antigua casa, sólo y en recuerdo de ella. Sí: en recuerdo de Estella.

Había oído decir que su vida era muy desgraciada, que se había separado de su marido, que la había tratado con gran crueldad, y que se había hecho famoso como compendio de orgullo, avaricia, brutalidad y bajeza. También me había enterado de la muerte de su marido a causa de un accidente por maltratar a un caballo. Esta liberación había ocurrido dos años antes, y no sabía si se había vuelto a casar.

Como en casa de Joe se cenaba temprano, tenía tiempo más que suficiente, sin necesidad de apresurar el rato de charla con Biddy, para encaminarme al antiguo lugar antes de que oscureciera. Pero como me entretuve mucho por el camino, mirando cosas que recordaba y pensando en los tiempos pasados, declinaba ya el día cuando llegué. Ya no existía la casa, ni la fábrica de cerveza, ni construcción alguna, a excepción de la tapia del antiguo jardín. El terreno había sido rodeado con una mala cerca, y mirando por encima de ella observé que parte de la antigua yedra había arraigado de nuevo y crecía verde y lozana sobre el montón de ruinas. Viendo en la cerca una puerta entreabierta, la empujé y entré.

Una niebla fría y plateada envolvía el atardecer, y la luna aún no estaba lo suficiente alta para disiparla. Pero las estrellas brillaban más allá de la niebla, la luna apuntaba ya y la noche no era oscura. Pude distinguir perfectamente dónde había estado la antigua casa, dónde la fábrica de cerveza, dónde las puertas y dónde los barriles. Estaba contemplando el desolado paseo del jardín cuando descubrí en él a una figura solitaria.

También ella parecía haberme descubierto cuando avancé hacia ella. Hasta entonces se había ido acercando, pero luego se quedó quieta. Me aproximé y me di cuenta de que era una mujer. Y, al acercarme más, hizo ademán de alejarse, pero, por fin, se detuvo, permitiéndome llegar a su lado. Luego, vaciló, sobrecogida por la sorpresa, pronunció mi nombre, y yo exclamé:

—¡Estella!

—Estoy muy cambiada. Me extraña que me reconozcas.

Verdaderamente había perdido la lozanía de su belleza, pero aún conservaba su indescriptible encanto. Esos atractivos ya los conocía, pero lo que nunca vi en otros tiempos era la luz suavizada y entristecida de aquellos ojos antes tan orgullosos, y lo que nunca sentí en otro tiempo fue el tacto amistoso de aquella mano, antes insensible.

Nos sentamos en un banco cercano y entonces dije:

—Después de tantos años es raro, Estella, que volvamos a encontrarnos en el mismo lugar en que nos vimos por primera vez. ¿Vienes aquí a menudo?

—Desde entonces no había vuelto.

—Ni yo.

La luna empezaba a levantarse, y me recordó aquella plácida mirada al techo blanco, que ya había pasado de esta vida. La luna empezaba a levantarse y recordé la presión en mi mano cuando pronuncié las últimas palabras que él oyó en este mundo.

Estella fue la primera en romper el silencio que reinaba entre nosotros.

—Muchas veces había deseado e intentado volver, pero tantas cosas me lo impidieron… ¡Pobre, pobre lugar éste!

Los primeros rayos de la luna iluminaron la plateada niebla, e hicieron brillar las lágrimas de sus ojos. Ignorando que yo las veía, y ladeándose para ocultarlas, añadió:

—¿Te preguntabas acaso, mientras paseábamos por aquí, cómo ha venido a parar este lugar a este estado?

—Sí, Estella.

—El terreno me pertenece. Es lo único que no he perdido. Todo lo demás me ha sido arrebatado, poco a poco; pero pude conservar esto. Fue objeto de la única resistencia decidida que llegué a hacer en los miserables años pasados.

—¿Va a construirse algo aquí?

—Sí. Y he venido a despedirme antes de que ocurra este cambio. Y tú —añadió con un interés conmovedor para un vagabundo como yo—, ¿vives todavía en el extranjero?

—Sí.

—¿Te va bien?

—Trabajo bastante, pero me gano la vida, por consiguiente… sí, sí, me va bien.

—Muchas veces he pensado en ti —dijo Estella.

—¿De veras?

—Últimamente con mucha frecuencia. Hubo una larga y dura época, durante la cual procuré alejar de mí el recuerdo de lo que había despreciado cuando ignoraba completamente su valor; pero desde el momento en que mi deber dejó de ser incompatible con este recuerdo, te he dado un lugar en mi corazón.

—Pues tú siempre has ocupado un sitio en el mío —contesté.

Y guardamos nuevamente silencio, hasta que ella dijo:

—Poco imaginaba que me despediría de ti al despedirme de este lugar. Me alegro mucho de que sea así.

—¿Te alegras de que nos despidamos de nuevo, Estella? Para mí las despedidas son siempre penosas. Para mí el recuerdo de nuestra última despedida ha sido siempre triste y doloroso.

—Pero tú me dijiste —replicó Estella con mucha vehemencia—: «¡Dios te bendiga y Dios te perdone!». Y si entonces pudiste decirme eso, ya no tendrás inconveniente en repetírmelo ahora, ahora que el sufrimiento ha sido más fuerte que todas las demás enseñanzas y me ha hecho comprender lo que era tu corazón. El sufrimiento me ha roto y me ha doblegado, pero espero que me haya hecho mejor. Sé considerado y bueno conmigo como lo fuiste en otro tiempo, y dime que seguimos siendo amigos.

—Somos amigos —dije levantándome e inclinándome hacia ella cuando se levantaba a su vez.

—Y continuaremos siendo amigos, aunque estemos separados —dijo Estella.

Yo le cogí la mano y salimos de aquel desolado lugar. Y tal como las nieblas de la mañana se levantaron, tantos años antes, cuando abandoné la herrería, se levantaron ahora las nieblas de la noche y, en la dilatada extensión de luz tranquila que me mostraron, no vi sombra alguna de separación.

23. FILOSOFÍA EN EL TOCADOR

ÍNDICE

A Los Libertinos
Primer Diálogo
Segundo Diálogo
Tercer Diálogo
Cuarto Diálogo
Quinto Diálogo
Sexto Diálogo

A LOS LIBERTINOS

Voluptuosos de todas las edades Y de todos los sexos, a vosotros solos ofrezco esta obra: nutríos de sus principios, que favorecen vuestras pasiones; esas pasiones, de las que fríos e insulsos moralistas os hacen asustaros, no son sino los medíos que la naturaleza emplea para hacer alcanzar al hombre los designios que sobre él tiene; escuchad sólo esas pasiones deliciosas, su órgano es el único que debe conduciros a la felicidad.

Mujeres lúbricas, que la voluptuosa Saint-Ange sea vuestro modelo; a ejemplo suyo despreciad cuanto contraría las leyes divinas del placer, que la encadenaron toda su vida.

Muchachas demasiado tiempo contenidas en las ataduras absurdas y peligrosas de una virtud fantástica y de una religión repugnante, imitad a la ardiente Eugenia; destruid, pisotead, con tanta rapidez como ella, todos los preceptos ridículos inculcados por imbéciles padres.

Y a vosotros, amables disolutos, vosotros que desde vuestra juventud no tenéis más freno que vuestros deseos ni otras leyes que vuestros caprichos, que el cínico Dolmancé os sirva de ejemplo; id tan lejos como él si como él queréis recorrer todos los caminos de flores que la lubricidad os prepara; a enseñanza suya, convenceos de que sólo ampliando la esfera de sus gustos y de sus fantasías y sacrificando todo a la voluptuosidad es como el desgraciado individuo conocido bajo el nombre de hombre y arrojado a pesar suyo sobre este triste universo, puede lograr sembrar algunas rosas en las espinas de la vida.

PRIMER DIÁLOGO

SRA. DE SAINT-ANGE: Buenos días, hermano. Y bien, ¿el señor Dolmancé?

EL CABALLERO: Llegará a las cuatro en punto y no cenaremos hasta las siete; como ves, tendremos tiempo de sobra para charlar.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Sabes, hermano, que estoy algo arrepentida de mi curiosidad y de todos los proyectos obscenos formados para hoy? En verdad, amigo mío, que eres demasiado indulgente; cuanto más razonable debiera ser, más se excita y vuelve libertina mi maldita cabeza: me lo pasas todo, y eso sólo sirve para echarme a perder... A los veintiséis años ya debiera ser devota, y no soy aún sino la más desenfrenada de las mujeres... Es imposible hacerse una idea de lo que concibo, amigo mío, de lo que querría hacer. Pensaba que limitándome a las mujeres me volvería prudente..., que mis deseos concentrados en mi sexo no se exhalarían ya hacia el vuestro; proyectos quiméricos, amigo mío; los placeres de que quería privarme no han venido sino a ofrecerse con más ardor a mi imaginación, y he visto que cuando, como yo, se ha nacido para el libertinaje, es inútil pensar en imponerse frenos: fogosos deseos los rompen al punto. En fin, querido, soy un animal anfibio; amo todo, me divierto con todo, quiero reunir todos los géneros; pero, confiésalo, hermano mío, ¿no es en mí una extravagancia completa querer conocer a ese singular Dolmancé que, según dices, en toda su vida no ha podido ver a una mujer como el uso lo prescribe; que, sodomita por principio, no sólo es idólatra de su sexo, sino que únicamente cede al nuestro con la cláusula especial de entregarle los queridos atractivos de que está acostumbrado a servirse en los hombres? Mira, hermano, cuál es mi extravagante fantasía: quiero ser el Ganímedes de ese nuevo Júpiter, quiero gozar con sus gustos, con sus desenfrenos, quiero ser la víctima de sus errores: sabes, querido, que hasta ahora nunca me he entregado así más que a ti, por complacencia, o a alguno de mis criados que, pagado para tratarme de esa forma, sólo se prestaba a ello por interés; hoy no es ya ni la complacencia ni el capricho, es sólo el gusto lo que me decide... Entre los procedimientos que me han esclavizado y los que aún me esclavizarán a esa extravagante manía, veo una diferencia inconcebible, y quiero conocerla. Píntame a tu Dolmancé, te lo suplico, a fin de que lo tenga bien metido en la cabeza antes de verle llegar; porque ya sabes que sólo le conozco de haberlo encontrado el otro día en una casa en la que sólo estuve unos minutos con él.

EL CABALLERO: Dolmancé, hermana mía, acaba de cumplir los treinta y seis años; es alto, de rostro muy hermoso, de ojos muy vivos y muy espirituales, pero una cosa algo dura y un poco malvada se pinta a pesar suyo en sus rasgos; tiene los más hermosos dientes del mundo, un poco de molicie en el talle y en el porte, sin duda por la costumbre que tiene de adoptar tan a menudo ademanes femeninos; es de una elegancia extremada, tiene hermosa la voz, talento, y, sobre todo, mucha filosofía en el espíritu.

SRA. DE SAINT-ANGE: Espero que no crea en Dios...

EL CABALLERO: ¡Ah! ¿Cómo dices eso? Es el ateo más célebre, el hombre más inmoral... ¡Oh, es la corrupción más completa y entera, el individuo más malvado y perverso que pueda existir en el mundo!

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Cómo me enardece todo eso! ¡Voy a enloquecer por ese hombre! ¿Y sus gustos, hermano mío?

EL CABALLERO: Ya los sabes: las delicias de Sodoma le son tan caras como agente que como paciente; sólo ama a los hombres en sus placeres y si, a pesar de ello, consiente alguna vez en probar mujeres, sólo es a condición de que sean lo bastante complacientes como para cambiar de sexo con él. Yo le he hablado de ti, le he prevenido de tus intenciones; él acepta y te advierte a su vez las cláusulas del trato. Te lo prevengo, hermana mía, te rechazará en seco si pretendes incitarle a otra cosa: «Lo que consiento hacer con vuestra hermana es —según pretende—, una licencia..., una extravagancia con la que uno sólo se mancha raramente y con muchas precauciones.»

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Mancillarse..., precauciones!.. ¡Amo hasta la locura el lenguaje de esas amables personas! También entre nosotras las mujeres tenemos palabras exclusivas que, como ésas, prueban el horror profundo de que están penetradas por todo lo que no atañe al culto admitido... ¡Eh! Y dime, querido, ¿te ha poseído? ¡Con tu deliciosa cara y tus veinte años, bien se puede, en mi opinión, cautivar a semejante hombre!

EL CABALLERO: No te ocultaré mis extravagancias con él; tienes demasiada inteligencia para censurarlas. De hecho, me gustan las mujeres, y sólo me entrego a estos gustos extravagantes cuando un hombre amable me acosa. No hay nada que no haga entonces. Estoy lejos de esa altanería ridícula que hace pensar a nuestros jóvenes mequetrefes que hay que responder con bastonazos a proposiciones semejantes; ¿es el hombre dueño de sus gustos? Hay que compadecer a quienes los tienen singulares, pero no insultarlos nunca; su error es el de la naturaleza; no eran dueños de llegar al mundo con gustos diferentes, como nosotros no lo somos de nacer patituertos o bien hechos. Además, ¿os dice un hombre algo desagradable al testimoniaros el deseo que tiene de gozar de vos? Indudablemente, no: es un cumplido que os hace; ¿por qué, pues, responder entonces con injurias o insultos? Sólo los tontos pueden pensar así; jamás un hombre razonable hablará de esta materia de modo distinto a como yo lo hago; pero es que el mundo está poblado de sandios imbéciles que creen injuria el declararles que uno los encuentra idóneos para los placeres, y que, echados a perder por las mujeres, siempre celosas de cuanto parece atentar contra sus derechos, se imaginan los quijotes de esos derechos ordinarios, brutalizando a quienes no reconocen toda su extensión.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ay, amigo mío, bésame! No serías tú mi hermano si pensaras de otro modo; pero, te lo ruego, dame unos pocos detalles tanto sobre el físico de ese hombre como sobre sus placeres contigo.

EL CABALLERO: El señor Dolmancé estaba enterado por uno de mis amigos del soberbio miembro de que sabes que estoy dotado; comprometió al marqués de V. a invitarme a cenar a su casa. Una vez allí, fue preciso exhibir lo que yo llevaba; la curiosidad pareció ser al principio el único motivo; un culo muy hermoso que se me puso delante, y del que se me rogó que gozara, me hizo ver al punto que sólo el gusto había tenido parte en aquel examen. Previne a Dolmancé de todas las dificultades de la empresa: nada lo asustó: «Soy a prueba de ariete —me dijo—, y no tendréis siquiera la gloria de ser el más temible de los hombres que perforaron el culo que os ofrezco.» El marqués estaba allí; él nos alentaba toqueteando, manoseando, besando todo lo que uno y otro sacábamos a la luz. Me preparo... quiero por lo menos algunos preparativos: «¡Guardaos bien de ello! —me dice el marqués—; le privaríais de la mitad de las sensaciones que Dolmancé espera de vos; quiere que le atraviesen, quiere que le desgarren.» «¡Será satisfecho!», digo yo hundiéndome ciegamente en el abismo... ¿Y puedes creer, hermana mía, que no me costó apenas?... Ni un lamento; mi polla, con lo enorme que es, se hundió sin que me diera cuenta, y toqué el fondo de sus entrañas sin que el maldito pareciese sentirlo. Traté a Dolmancé como amigo; la excesiva voluptuosidad que él gustaba, sus meneos, sus deliciosas palabras, todo me hizo feliz pronto a mí también, y lo inundé. Apenas estuve fuera, Dolmancé, volviéndose desenfrenado hacia mí, rojo como una bacante: «Ves el estado en que me has puesto, querido caballero? —me dijo ofreciéndome una polla seca y amotinada, muy larga y de seis pulgadas por lo menos de contorno—; amor mío, por favor, dígnate servirme de mujer después de haber sido mi amante, y así podré decir que he saboreado en tus brazos divinos todos los placeres del gusto que con tanta imperiosidad ansío.» Encontrando tan pocas dificultades en lo uno como en lo otro, me presté; el marqués, quitándose los calzones ante mis ojos, me conjuró a que yo tuviera a bien ser aún algo hombre con él mientras iba a ser la mujer de su amigo; le traté como a Dolmancé, el cual, devolviéndome centuplicadas todas las sacudidas con que yo abrumaba a nuestro tercero, muy pronto exhaló al fondo de mi culo ese licor encantador con el que yo rociaba, casi al mismo tiempo, el de V..

SRA. DE SAINT-ANGE: Hermano mío, debes de haber gozado los mayores placeres al encontrarte entre dos de esa manera; dicen que es delicioso.

EL CABALLERO: Muy cierto, ángel mío, es el mejor sitio; pero se diga lo que se diga, todo eso no son más que extravagancias que nunca preferiré al placer de las mujeres.

SRA. DE SAINT-ANGE: Pues bien, querido mío, para recompensar hoy tu delicada complacencia, voy a entregar a tus ardores una jovencita virgen, y más hermosa que el Amor.

EL CABALLERO: ¿Cómo? Con Dolmancé... ¿haces venir una mujer a tu casa?

SRA. DE SAINT-ANGE: Se trata de una educación: es una jovencita que conocí en el convento el pasado otoño, mientras mi marido estaba en las aguas. Allí no pudimos nada, no nos atrevimos a nada, demasiados ojos estaban fijos en nosotras, pero nos prometimos reunirnos cuando fuera posible; ocupada únicamente por ese deseo, para satisfacerlo trabé conocimiento con su familia. Su padre es un libertino... al que he cautivado. Por fin viene la hermosa, la espero; pasaremos dos días juntas..., dos días deliciosos; la mejor parte de ese tiempo la emplearé en educar a esta personilla. Dolmancé y yo meteremos en esa linda cabecita todos los principios del libertinaje más desenfrenado, la abrasaremos con nuestros fuegos, la alimentaremos con nuestra filosofía, la inspiraremos nuestros deseos, y como quiero unir un poco de práctica a la teoría, como quiero que se demuestre a medida que se diserta, he destinado para ti, hermano mío, la cosecha de los mirtos de Citerea, para Dolmancé la de las rosas de Sodoma. Tendré dos placeres a la vez: el de gozar yo misma de esas voluptuosidades criminales y el de dar las lecciones, el de inspirar los gustos a la amable inocente que atraigo a nuestras redes. Y bien, caballero, ¿es digno de mi imaginación este proyecto?

EL CABALLERO: No puede ser concebido más que por ella; es divino, hermana mía, y te prometo cumplir a las mil maravillas el encantador papel que me destinas. ¡Ah, bribona, cómo vas a gozar con el placer de educar a esa niña! ¡Qué delicias para ti al corromperla, al ahogar en ese joven corazón todas las semillas de virtud y de religión que pusieron en él sus institutrices! En verdad que es demasiado vicioso para mí.

SRA. DE SAINT-ANGE: Ten por seguro que no ahorraré nada para pervertirla, para degradarla, para echar por tierra en ella todos los falsos principios de moral con que hayan podido aturdirla; en dos lecciones quiero volverla tan malvada como yo..., tan impía..., tan corrompida. Prevén a Dolmancé, ponle al tanto en cuanto llegue, para que el veneno de sus inmoralidades, al circular en ese joven corazón junto con el que yo lance en él, logre desarraigar en pocos instantes todas las semillas de virtud que podrían germinar sin nosotros.

EL CABALLERO: Era imposible encontrar un hombre mejor para lo que necesitabas: la irreligión, la impiedad, la inhumanidad, el libertinaje, fluyen de los labios de Dolmancé como antaño la unción mística de los del célebre arzobispo de Cambrai; es el seductor más profundo, el hombre más corrompido, el más peligroso... ¡Ay, querida amiga, que tu alumna responda a los cuidados del preceptor y te garantizo que pronto estará perdida!

SRA. DE SAINT-ANGE: Me parece que no tardará mucho con las disposiciones que sé que tiene...

EL CABALLERO: Pero, dime, querida hermana, ¿no temes nada de los padres? ¿Y si esa jovencita habla al volver a su casa?

SRA. DE SAINT-ANGE: No temo nada, he seducido al padre..., es mío. ¿Tendré que confesártelo? Me he entregado a él para cerrarle los ojos; ignora mis designios, pero nunca se atreverá a profundizar en ellos... Lo tengo.

EL CABALLERO: ¡Tus medios son horribles!

SRA. DE SAINT-ANGE: Así han de ser para que resulten seguros.

EL CABALLERO: Y dime, por favor, ¿cómo es esa joven?

SRA. DE SAINT-ANGE: Se llama Eugenia, y es la hija de un tal Mistival, uno de los recaudadores más ricos de la capital, de unos treinta y seis años; la madre tiene todo lo más treinta y dos, y la muchacha, quince. Mistival es tan libertino como su mujer devota. En cuanto a Eugenia, sería en vano, amigo mío, que tratara de pintártela: está por encima de mis pinceles; bástete estar convencido de que ni tú ni yo hemos visto nunca algo tan delicioso en el mundo.

EL CABALLERO: Pero esbózamela al menos, si no puedes pintármela, para que, sabiendo aproximadamente con quién tengo que habérmelas, llene mejor mi imaginación con el ídolo en que debo sacrificar.

SRA. DE SAINT-ANGE: Bueno, amigo mío: sus cabellos castaños, que a duras penas caben en el puño, le bajan hasta las nalgas; su tez es de una blancura resplandeciente, su nariz algo aguileña, sus ojos de un negro de ébano y de un ardor... ¡Oh, amigo mío, es imposible resistir a esos ojos! ¡No imaginaríais siquiera todas las tonterías que me han hecho hacer!... ¡Si vieras las lindas cejas que los coronan..., los interesantes párpados que los bordean!... Su boca es muy pequeña, sus dientes soberbios, y todo ello de una frescura... Una de sus bellezas es la elegante manera en que su hermosa cabeza está unida a sus hombros, el aire de nobleza que tiene cuando la vuelve... Eugenia es alta para su edad: se la echarían diecisiete años; su talle es un modelo de elegancia y de finura, sus pechos deliciosos... ¡Son, desde luego, dos tetitas más hermosas!... ¡Apenas hay con qué colmar la mano, pero tan dulces..., tan frescas..., tan blancas!... ¡Veinte veces he perdido la cabeza besándolas! ¡Y si hubieras visto cómo se animaba con mis caricias..., cómo sus dos grandes ojos me pintaban el estado de su alma!... Amigo mío, no sé cómo es el resto. ¡Ay, a juzgar por lo que conozco, jamás el Olimpo tuvo divinidad que pudiera comparársele!... Pero ya la oigo..., déjanos, sal por el jardín para no encontrarte con ella y sé puntual a la cita.

EL CABALLERO: El cuadro que acabas de hacerme te responde de mi puntualidad... ¡Oh, cielos! ¡Salir..., dejarte en el estado en que estoy!... Adiós..., un beso, un beso solamente, hermana mía, para satisfacerme al menos hasta entonces. (Ella lo besa, toca su polla a través del calzón, y el joven sale precipitadamente.)

SEGUNDO DIÁLOGO

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Eh! Buenos días, hermosa mía; te esperaba con una impaciencia que fácilmente adivinarás si lees en mi corazón.

EUGENIA: ¡Oh, querida mía! Creí que no llegaría nunca, tanta era la prisa que tenía por estar en tus brazos; una hora antes de partir, he temblado de miedo a que fuera imposible venir; mi madre se oponía rotundamente a este delicioso viaje; pretendía que no era conveniente que una joven de mi edad viniese sola; pero mi padre la había golpeado tanto anteayer que una sola de sus miradas ha dejado anonadada a la señora de Mistival; ha terminado por consentir lo que me concedía mi padre, y he acudido corriendo. Me han dado dos días; es absolutamente preciso que tu coche y una de tus criadas me devuelvan pasado mañana.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Qué breve es ese intervalo, ángel mío! Apenas podré, en tan poco tiempo, expresarte todo lo que me inspiras..., y además tenemos que hablar; ¿no sabes que es en esta entrevista en la que debo iniciarte en los misterios más secretos de Venus? ¿Tendremos tiempo en dos días?

EUGENIA: ¡Ah, si no sé todo, me quedaré!... He venido aquí para instruirme y no me iré sin ser sabia.

SRA. DE SAINT-ANGE, besándola: ¡Oh, amor querido, cuántas cosas vamos a hacernos y decirnos una a otra! Pero, a propósito, ¿quieres almorzar, reina mía? Es posible que la lección sea larga.

EUGENIA: Querida amiga, no tengo otra necesidad que oírte; hemos almorzado a una legua de aquí; ahora esperaré hasta las ocho de la tarde sin sentir la menor necesidad.

SRA. DE SAINT-ANGE: Pasemos, pues, a mi tocador, ahí estaremos más a gusto; ya he prevenido a mis criados; tranquilízate, que a nadie se le ocurrirá interrumpirnos.

Pasan a él abrazadas.

TERCER DIÁLOGO

La escena transcurre en un tocador delicioso.

EUGENIA, muy sorprendida al ver en el gabinete a un hombre que no esperaba: ¡Oh! ¡Dios! ¡Querida amiga, esto es una traición!

SRA. DE SAINT-ANGE, igualmente sorprendida: ¿Por qué azar estáis aquí, señor? Según creo, no deberíais llegar hasta las cuatro.

DOLMANCÉ: Siempre adelanta uno cuanto puede la dicha de veros, señora: me he encontrado con vuestro señor hermano; se ha dado cuenta de que sería necesaria mi presencia en las lecciones que debéis dar a la señorita; sabía que aquí sería el liceo donde se daría el curso, y me ha introducido secretamente pensando que no lo desaprobaríais; y en cuanto a él, como sabe que sus demostraciones no serán necesarias hasta después de las disertaciones teóricas, no aparecerá hasta entonces.

SRA. DE SAINT-ANGE: De veras, Dolmancé, vaya faena...

EUGENIA: Por la que no me dejo engañar, querida amiga; todo esto es obra tuya... Al menos debías haberme consultado. Y ahora siento una vergüenza que, evidentemente, se opondrá a todos nuestros proyectos.

SRA. DE SAINT-ANGE: Te aseguro, Eugenia, que la idea de esta sorpresa es únicamente de mi hermano; pero no te asustes: Dolmancé, a quien tengo por un hombre muy amable, y precisamente del grado de filosofía que nos hace falta para tu instrucción, no puede sino ser útil a nuestros proyectos; respecto a su discreción, te respondo de él como de mí. Familiarízate, pues, querida, con el hombre de mundo en mejor situación de formarte y guiarte en la carrera de la felicidad y de los placeres que queremos recorrer juntas.

EUGENIA, sonrojándose: ¡Oh, no por ello estoy menos confusa!...

DOLMANCÉ: Vamos, hermosa Eugenia, tranquilizaos..., el pudor es una vieja virtud de la que, con tantos encantos, debéis saber prescindir a las mil maravillas.

EUGENIA: Pero la decencia...

DOLMANCÉ: Otra costumbre gótica de la que bien poco caso se hace en el día. ¡Contraría tanto a la naturaleza! (Dolmancé coge a Eugenia, la estrecha entre sus brazos y la besa.)

EUGENIA, defendiéndose: ¡Acabad, señor! En verdad que me tratáis con pocos miramientos.

SRA. DE SAINT-ANGE: Eugenia, hazme caso, dejemos tanto una como otra de ser gazmoñas con este hombre encantador, no lo conozco más que a ti, y mira cómo me entrego a él. (Lo besa lúbricamente en la boca.) Imítame.

EUGENIA: ¡Oh! De acuerdo; ¿de quién tomaría mejores ejemplos? (Se entrega a Dolmancé, que la besa ardientemente, metiéndole la lengua en la boca.)

DOLMANCÉ: ¡Ah! ¡Qué amable y deliciosa criatura!

SRA. DE SAINT-ANGE, besándola también: ¿Habías creído, bribonzuela, que no iba a tener yo mi parte? (Aquí, Dolmancé, teniendo a las dos en sus brazos, las lame durante un cuarto de hora a las dos y las dos se le entregan y lo rinden.)

DOLMANCÉ: ¡Ah! ¡Estos preliminares me embriagan de voluptuosidad! Señoras mías, ¿querréis creerme? Hace mucho calor: pongámonos cómodos, hablaremos infinitamente mejor.

SRA. DE SAINT-ANGE: De acuerdo; vistámonos estas túnicas de gasa: de nuestros atractivos sólo velarán aquello que hay que ocultar al deseo.

EUGENIA: ¡De veras, querida, me obligáis a unas cosas!...

SRA. DE SAINT-ANGE, ayudándola a desvestirse: Totalmente ridículas, ¿no es eso?

EUGENIA: Por lo menos muy indecentes, la verdad... ¡Ay, cómo me besas!

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Qué pecho tan hermoso!... Es una rosa apenas entreabierta. DOLMANCÉ, contemplando las tetas de Eugenia, sin tocarlas: Y que promete otros encantos... infinitamente más estimables.

DOLMANCÉ, mirando los pechos de Eugenia, sin tocarlos: Ellos sí que prometen otros encantos... Infinitamente más estimables

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Más estimables?

DOLMANCÉ: ¡Oh, sí, palabra de honor! (Al decir esto, Dolmancé hace ademán de volver a Eugenia para examinarla por detrás.)

EUGENIA: ¡Oh, no, no, os lo suplico!

SRA. DE SAINT-ANGE: No, Dolmancé..., no quiero que veáis todavía... un objeto cuyo poder es demasiado imperioso sobre vos para que, teniendo lo metido en la cabeza, podáis luego razonar con sangre fría. Necesitamos de vuestras lecciones, dádnoslas, y los mirtos que queréis coger formarán luego vuestra corona.

DOLMANCÉ: Sea, pero para demostrar, para dar a esta hermosa criatura las primeras lecciones del libertinaje, es necesario, señora, que por lo menos vos tengáis la bondad de prestaros.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡En buena hora!... ¡Bien, mirad, heme aquí completamente desnuda: disertad sobre mí cuanto queráis!

DOLMANCÉ: ¡Ah, qué bello cuerpo! ¡Es la misma Venus... embellecida por las Gracias!

EUGENIA: ¡Oh, querida amiga, qué atractivos! Déjame recorrerlos a placer, déjame cubrirlos de besos. (Lo hace.)

DOLMANCÉ: ¡Qué disposiciones tan excelentes! Un poco menos ardor, bella Eugenia; sólo es atención lo que os pido por ahora.

EUGENIA: Vamos, escucho, escucho... Es que es tan hermosa..., tan rolliza, tan fresca... ¡Ay!, qué encantadora es mi amiga, ¿verdad, señor?

DOLMANCÉ: Es bella, decididamente..., perfectamente bella; pero estoy convencido de que vos no le vais a la zaga... Vamos, escuchadme, linda alumnita, porque si no sois dócil usaré con vos los derechos que ampliamente me concede el título de preceptor vuestro.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Oh, sí, sí, Dolmancé, os la entrego; debéis reñirla mucho si no es prudente!

DOLMANCÉ: Bien podría no quedarme sólo en reprimendas.

EUGENIA: ¡Oh, justo cielo! Me asustáis. ¿Y qué haríais entonces, señor?

DOLMANCÉ, balbuceando y besando a Eugenia en la boca: Castigos..., palizas, y ese lindo culito bien podría responderme de las faltas de la cabeza. (Se lo palmea a través de la túnica de gasa con que ahora está vestida Eugenia.)

SRA. DE SAINT-ANGE: Sí, apruebo el proyecto, pero no lo demás. Comencemos nuestra lección, o el poco tiempo que tenemos para gozar de Eugenia va a pasar en preliminares, y no se hará su instrucción.

DOLMANCÉ, que va tocando, sobre la Sra. de Saint-Ange, todas las partes que cita: Comienzo. No hablaré de estos globos de carne: sabéis tan bien como yo que los llaman indistintamente pechos, senos, tetas; su uso es de gran virtud en el placer; un amante los tiene ante los ojos cuando goza; los acaricia, los palpa, algunos incluso hacen de ellos la sede del goce y, anidando su miembro entre los dos montes de Venus, que la mujer cierra y comprime sobre ese miembro, al cabo de unos pocos movimientos algunos hombres logran derramar ahí el bálsamo delicioso de la vida, derrame que constituye la mayor dicha de los libertinos... Pero ¿no sería mejor, señora, dar una disertación a nuestra colegiala sobre ese miembro al que habrá que citar constantemente?

SRA. DE SAINT-ANGE: Así lo creo.

DOLMANCÉ: Pues bien, señora, voy a tenderme sobre ese canapé; vos os situaréis a mi lado, os apoderaréis del sujeto, y explicaréis vos misma sus propiedades a nuestra joven alumna. (Dolmancé se coloca y la Sra. de Saint-Ange muestra.)

SRA. DE SAINT-ANGE: Este cetro de Venus que ves ante tus ojos, Eugenia, es el primer agente de los placeres en amor; se le llama miembro por excelencia; no hay ni una sola parte del cuerpo donde no se introduzca. Siempre dócil a las pasiones de quien lo mueve, suele anidar aquí (toca el coño de Eugenia): es su ruta ordinaria..., la más usual, pero no la más agradable; buscando un templo más misterioso, es con frecuencia aquí (separa sus nalgas y muestra el agujero de su culo) donde el libertino busca gozar: ya volveremos sobre ese goce, el más delicioso de todos; la boca, el seno, las axilas, también le presentan a menudo altares donde arde su incienso; en fin, cualquiera que sea el lugar que prefiera, tras ser agitado unos instantes se le ve lanzar un licor blanco y viscoso cuyo derramamiento sume al hombre en un delirio lo bastante vivo para procurarle los placeres más dulces que pueda esperar de su vida.

EUGENIA: ¡Oh, cuánto me gustaría ver correr ese licor!

SRA. DE SAINT-ANGE: Podría hacerlo mediante la simple vibración de mi mano; ¿veis cómo se irrita a medida que lo sacudo? Estos movimientos se llaman masturbación y, en términos de libertinaje, esta acción se llama menearla.

EUGENIA: ¡Oh, querida amiga, déjame menear ese hermoso miembro!

DOLMANCÉ: ¡No aguanto más! Dejadla hacer, señora: esa ingenuidad me la pone horriblemente tiesa.

SRA. DE SAINT-ANGE: Me opongo a tal efervescencia. Dolmancé, sed prudente: al disminuir el derrame de esa semilla la actividad de vuestros espíritus animales aminoraría el calor de vuestras disertaciones.

EUGENIA, manipulando los testículos de Dolmancé: ¡Oh, qué molesta estoy, querida amiga, por la resistencia que pones a mis deseos!... Y estas bolas, ¿cuál es su uso y cómo se llaman?

SRA. DE SAINT-ANGE: La palabra técnica es cojones..., testículos es la del arte. Estas bolas encierran el depósito de esa semilla prolífica de que acabo de hablarte, y cuya eyaculación en la matriz de la mujer produce la especie humana; pero nos basaremos poco en estos detalles, Eugenia, que dependen más de la medicina que del libertinaje. Una muchacha bonita no debe preocuparse más que de joder, nunca de engendrar. Pasaremos por alto todo lo que atañe al insulso mecanismo de la procreación, para fijarnos principal y únicamente en las voluptuosidades libertinas, cuyo espíritu no es nada procreador.

EUGENIA: Pero, querida amiga, cuando ese miembro enorme, que apenas cabe en mi mano, penetra, como tú me aseguras que puede hacerlo, en un agujero tan pequeño como el de tu trasero, debe causar un grandísimo dolor a la mujer.

SRA. DE SAINT-ANGE: Bien que esa introducción se haga por delante, bien se haga por detrás, cuando la mujer no está todavía acostumbrada siempre siente dolor. Le ha placido a la naturaleza hacernos llegar a la felicidad sólo por las penas: pero una vez vencidas, nada puede igualar los placeres que se gustan, y el que se experimenta al introducir este miembro en nuestros culos es indiscutiblemente preferible a cuantos puede procurar esa misma introducción por delante. ¡Cuántos peligros, además, no evita una mujer entonces! Menos riesgo para la salud, y ninguno de embarazo. No me extenderé más ahora sobre esta voluptuosidad; el maestro de ambas, Eugenia, la analizará pronto ampliamente y uniendo la práctica a la teoría, espero que te convenza, querida, de que, de todos los placeres del goce, éste es el único que debes preferir.

DOLMANCÉ: Daos prisa con vuestras demostraciones, señora, os lo ruego; no puedo aguantar más; me correré a pesar mío y ese temible miembro, reducido a nada, no podrá serviros en vuestras lecciones.

EUGENIA: ¡Cómo! ¿Se reduce a nada, querida, si pierde esa semilla de que hablas?... ¡Oh, déjame hacérsela perder, para que yo vea lo que ocurre... ¡Y, además, tendré tanto placer en ver correr eso!

SRA. DE SAINT-ANGE: No, no, Dolmancé, levantaos; pensad que es el premio a vuestros trabajos y que sólo puedo entregároslo cuando lo hayáis merecido.

DOLMANCÉ: Sea, pero para convencer mejor a Eugenia de todo cuanto vamos a decirle sobre el placer, ¿qué inconveniente habría en que la magrearais delante de mí, por ejemplo?

SRA. DE SAINT-ANGE: Indudablemente, ninguno, y voy a proceder a ello con tanta más alegría cuanto que este episodio lúbrico no podrá sino ayudar a nuestras lecciones. Ponte sobre este canapé, querida.

EUGENIA: ¡Oh, Dios! ¡Qué deliciosa travesura! Pero ¿por qué todos esos espejos?

SRA. DE SAINT-ANGE: Es para que, al repetir las posturas en mil sentidos distintos, multipliquen hasta el infinito los mismos goces a los ojos de quienes los gustan sobre esta otomana. Ninguna de las partes de ninguno de los dos cuerpos puede ser ocultada por este medio; es preciso que todo esté a la vista: son otros tantos grupos reunidos a su alrededor que el amor encadena, otros tantos imitadores de sus placeres, otros tantos cuadros deliciosos, con los que su lubricidad se embriaga y que sirven para colmarla al punto.

EUGENIA: ¡Qué deliciosa invención!

SRA. DE SAINT-ANGE: Dolmancé, desvestid vos mismo a la víctima.

DOLMANCÉ: No será difícil puesto que no hay más que quitar esta gasa para ver al desnudo los más conmovedores atractivos. (La desnuda, y sus primeras miradas se dirigen al instante al trasero.) Ahora voy a verlo, voy a ver este culo divino y precioso que ansío con tanto ardor. ¡Vive Dios, qué relleno y qué frescura, cuánto brillo y elegancia!... ¡Jamás vi uno tan hermoso!

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ah, bribón, cómo demuestran tus placeres y tus gustos tus primeros homenajes!

DOLMANCÉ: Pero ¿puede haber en el mundo nada que valga como esto?... ¿Dónde tendría el amor altares más divinos?... ¡Eugenia..., sublime Eugenia, déjame que colme este culo con las más dulces caricias! (Lo palpa y lo besa transportado.)

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Deteneos, libertino!... Olvidáis que sólo a mí me pertenece Eugenia, único precio de las lecciones que de vos espera; sólo después de haberlas recibido se convertirá en vuestra recompensa. Suspended esos ardores, o me enfado.

DOLMANCÉ: ¡Ah, bribona, son celos!... Pues bien, entregadme el vuestro; voy a colmarlo de los mismos homenajes. (Le quita la túnica a la señora de Saint-Ange y le acaricia el trasero.) ¡Ay, qué bello es, ángel mío!... ¡y también qué delicioso! Dejadme que los compare... que admire el uno junto al otro: ¡es Ganímedes al lado de Venus! (Colma de besos los dos.) Para dejar siempre ante mis ojos el espectáculo encantador de tantas bellezas, ¿no podríais, señoras, enlazándoos una a otra, ofrecer sin cesar a mis miradas estos culos encantadores que idolatro?

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡De mil amores!... Mirad, ¿estáis satisfecho?... (Se abrazan una a otra, de forma que sus dos culos estén frente a Dolmancé.)

DOLMANCÉ: No podría estarlo más: es precisamente lo que pedía; ahora agitad esos hermosos culos con todo el fuego de la lubricidad, que suban y bajen a compás, que sigan las impresiones con que el placer va a moverlos... ¡Bien, bien, es delicioso!

EUGENIA: ¡Ay, querida mía, qué placer me das!... ¿Cómo se llama esto que hacemos?

SRA. DE SAINT-ANGE: Masturbarse, amiga mía.... darse placer; pero mira, cambiemos de postura; examina mi coño..., así es como se llama el templo de Venus. Este antro que la mano cubre, examínalo bien: voy a entreabrirlo. Esa elevación que ves que está coronada se llama el monte: se guarnece de pelos comúnmente a los catorce o quince años, cuando una muchacha comienza a tener la regla. Esa lengüeta que se encuentra debajo se llama el clítoris. Ahí yace toda la sensibilidad de las mujeres: es el foco de toda la mía: no podrían excitarme esa parte sin verme extasiar de placer... Inténtalo... ¡Ay, bribonzuela... cómo lo haces!... ¡Se diría que no has hecho otra cosa en tu vida!... ¡Para!... ¡Para!... No, te digo que no, no quiero entregarme... ¡Ay, contenedme, Dolmancé!... Bajo los dedos hechiceros de esta linda niña, estoy a punto de perder la cabeza.

DOLMANCÉ: Bueno, pues para entibiar, si es posible, vuestras ideas variándolas, masturbadla vos misma; conteneos vos, y que sólo se corra ella... ¡Ahí, sí!... en esta postura; de este modo su lindo culo se encuentra bajo mis manos: voy a masturbarla ligeramente con un dedo... Entregaos, Eugenia; abandonad todos vuestros sentidos al placer; que sea el único dios de vuestra existencia; es el único al que una joven debe sacrificar todo, y a sus ojos nada debe ser tan sagrado como el placer.

EUGENIA: ¡Ay, al menos nada es tan delicioso, lo noto!... Estoy fuera de mí... ¡no sé ya ni lo que digo ni lo que hago!... ¡Qué embriaguez se apodera de mis sentidos!

DOLMANCÉ: ¡Cómo descarga la pequeña bribona!... Su ano se aprieta hasta cortarme el dedo... ¡Qué delicioso sería encularla en este instante! (Se levanta y planta su polla ante el agujero del culo de la joven.)

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Un poco de paciencia, que sólo nos preocupe la educación de esta querida niña!... Es tan dulce formarla...

DOLMANCÉ: Pues bien, Eugenia, ya lo ves, después de un magreo más o menos largo, las glándulas seminales se hinchan y terminan por exhalar un licor cuyo derrame sume a la mujer en el transporte más delicioso. Eso se llama descargar. Cuando tu buena amiga quiera, te haré ver de qué forma más enérgica y más imperiosa ocurre esa misma operación en los hombres.

SRA. DE SAINT-ANGE: Espera, Eugenia, voy a enseñarte ahora una nueva manera de sumir a una mujer en la voluptuosidad más extrema. Separa bien tus muslos... Dolmancé, ya veis que, de la forma en que la coloco, su culo queda para vos. Chupádselo mientras su coño va a serlo por mi lengua, y hagámosla extasiarse entre nosotros de este modo tres o cuatro veces seguidas si se puede. Tu monte es encantador, Eugenia. ¡Cuánto me gusta besar ese vellito!... Tu clítoris, que ahora veo mejor, está poco formado, pero es muy sensible... ¡Cómo te agitas!... ¡Déjame separarte!... ¡Ah, seguramente eres virgen!... Dime el efecto que experimentas cuando nuestras lenguas se introduzcan a la vez en tus dos aberturas. (Lo hacen.)

EUGENIA: ¡Ay, querida mía, es delicioso, es una sensación imposible de pintar! Me sería muy difícil decir cuál de vuestras lenguas me sume mejor en el delirio.

DOEMANCÉ: Por la postura en que estoy, mi polla está muy cerca de vuestras manos, señora; dignaos menearla, por favor, mientras yo chupo este culo divino. Hundid más vuestra lengua, señora, no os limitéis a chuparle el clítoris; haced penetrar esa lengua voluptuosa hasta la matriz: es la mejor forma de adelantar la eyaculación de su leche.

EUGENIA, envarándose: ¡Ay, no puedo más, me muero! ¡No me abandonéis, amigos míos, estoy a punto de desvanecerme!... (Se corre en medio de sus dos preceptores.)

SRA. DE SAINT-ANGE: Y bien, amiga mía, ¿cómo te encuentras tras el placer que te hemos dado?

EUGENIA: ¡Estoy muerta, estoy rota... estoy anonadada!... Pero explicadme, os lo ruego, dos palabras que habéis pronunciado y que no entiendo; en primer lugar, ¿qué significa matriz?

SRA. DE SAINT-ANGE: Es una especie de vaso, parecido a una botella, cuyo cuello abraza el miembro del hombre y que recibe el semen producido en la mujer por el rezumamiento de las glándulas, y en el hombre por la eyaculación que te haremos ver; y de la mezcla de estos licores nace el germen, que produce unas veces niños y otras niñas.

EUGENIA: ¡Ah!, entiendo; esa definición me explica al mismo tiempo la palabra leche, que al principio no había comprendido bien. Y ¿es necesaria la unión de las simientes para la formación del feto?

SRA. DE SAINT-ANGE: Probablemente, aunque esté probado sin embargo que el feto debe su existencia únicamente al semen del hombre; lanzado solo, sin mezcla con el de la mujer, no lo lograría; el que nosotras proporcionamos no hace más que elaborar; no crea nada, ayuda a la creación sin ser su causa. Muchos naturalistas modernos pretenden incluso que es inútil; por eso, los moralistas, siempre guiados por el descubrimiento de aquéllos, han deducido, con bastante verosimilitud, que en tal caso el niño formado de la sangre del padre sólo a éste debía ternura. Tal afirmación no carece de verosimilitud y, aunque mujer, no se me ocurriría combatirla.

EUGENIA: Encuentro en mi corazón la prueba de lo que me dices, querida, porque amo a mi padre hasta la locura, y siento que detesto a mi madre.

DOLMANCÉ: Semejante predilección no tiene nada de extraño: yo he pensado lo mismo; aún no me he consolado de la muerte de mi padre, mientras que cuando perdí a mi madre, salté de alegría... La detestaba cordialmente. Adoptad sin temor estos mismos sentimientos, Eugenia: son naturales. Formados únicamente por la sangre de nuestros padres, no debemos absolutamente nada a nuestras madres; no han hecho, además, sino prestarse al acto, mientras que el padre lo ha solicitado; el padre por tanto ha querido nuestro nacimiento, mientras que la madre no ha hecho sino consentirlo. ¡Qué diferencia para los sentimientos!

SRA. DE SAINT-ANGE: Existen mil razones más a tu favor, Eugenia. ¡Si hay alguna madre en el mundo que deba ser detestada, es con toda seguridad la tuya! Desabrida, supersticiosa, devota, gruñona... y de una gazmoñería indignante, apostaría a que esa mojigata no ha dado un paso en falso en su vida. ¡Ay, querida, cuánto detesto a las mujeres virtuosas!... Pero ya volveremos sobre ello.

DOLMANCÉ: Ahora ¿no sería necesario que Eugenia, dirigida por mí, aprendiese a devolver lo que vos acabáis de prestarle, y que os magrease ante mis ojos?

SRA. DE SAINT-ANGE: Consiento en ello, lo creo incluso útil; y, sin duda, durante la operación también querréis mi culo, ¿no es así, Dolmancé?

DOLMANCÉ: ¿Podéis dudar, señora, del placer con que le rendiré mis más dulces homenajes?

SRA. DE SAINT-ANGE, presentándole las nalgas: Y bien, ¿os parece que estoy bien puesta?

DOLMANCÉ: ¡De maravilla! Así puedo devolveros de la mejor manera posible los mismos servicios con que Eugenia se ha encontrado tan bien. Ahora, pequeña loca, poneos con la cabeza bien metida entre las piernas de vuestra amiga y devolvedle, con vuestra linda lengua, los mismos cuidados que acabáis de obtener de ella. ¡Vaya! Por la postura podría poseer vuestros dos culos; sobaré deliciosamente el de Eugenia, chupando el de su bella amiga. Ahí... bien. ¿Veis cómo nos conjuntamos?

SRA. DE SAINT-ANGE, extasiándose: ¡Me muero, vive Dios!... Dolmancé, ¡cuánto me gusta tocar tu hermosa polla mientras me corro!... ¡Quisiera que me inundara de leche!... ¡Masturbad!... ¡Chupadme, santo Dios! ¡Ay, cuánto me gusta hacer de puta, cuando mi esperma eyacula así!... Se acabó, no puedo más... Me habéis saciado los dos... Creo que nunca en mi vida he tenido tanto placer.

EUGENIA: ¡Qué contenta estoy de ser yo la causa! Pero una cosa, querida amiga, acaba de escapársete una palabra, y no la entiendo. ¿Qué entiendes tú por esa expresión de puta? Perdón, pero ya sabes que estoy aquí para instruirme.

SRA. DE SAINT-ANGE: Se denomina así, bella mía, a esas víctimas públicas de la depravación de los hombres, siempre dispuestos a entregarse a su temperamento o a su interés; felices y respetables criaturas que la opinión mancilla, pero que la voluptuosidad corona, y que, más necesarias a la sociedad que las mojigatas, tienen el coraje de sacrificar, para servirla, la consideración que esa sociedad osa quitarles injustamente. ¡Vivan aquellas a las que este título honra a sus ojos! Ésas son las mujeres realmente amables, las únicas verdaderamente filósofas. En cuanto a mí, querida mía, que desde hace doce años trabajo por merecerlo, te aseguro que lejos de molestarme, me divierte. Es más: me gusta que me llamen así cuando me follan; esa injuria me calienta la cabeza.

EUGENIA: ¡Oh! Me lo explico, querida; tampoco a mí me molestaría que me lo dijeran, aunque tengo menos méritos para el título; pero ¿no se opone la virtud a semejante conducta, y no la ofendemos al comportarnos como lo hacemos?

DOLMANCÉ: ¡Ah, renuncia a las virtudes, Eugenia! ¿Hay uno solo de los sacrificios que pueden hacerse a esas falsas divinidades que valga lo que un minuto de los placeres que se gustan ultrajándolas? Bah, la virtud no es más que una quimera, cuyo culto sólo consiste en inmolaciones perpetuas, en rebeldías sin número contra las inspiraciones del temperamento. Tales movimientos, ¿pueden ser naturales? ¿Aconseja la naturaleza lo que la ultraja? No seas víctima, Eugenia, de esas mujeres que oyes llamar virtuosas. No son, si quieres, nuestras pasiones las que ellas sirven: tienen otras, y con mucha frecuencia despreciables... Es la ambición, es el orgullo, son los intereses particulares, a menudo incluso sólo la frigidez de un temperamento que no les aconseja nada. ¿Debemos algo a semejantes seres, pregunto? ¿No han seguido ellas sólo las impresiones del amor propio? Por lo que a mí respecta, creo que tanto valen unas como otras; y quien sólo escucha esta última voz tiene más razones sin duda, puesto que ella sola es el órgano de la naturaleza, mientras que la otra lo es sólo de la estupidez y del prejuicio. Una sola gota de leche eyaculada por este miembro, Eugenia, me es más preciosa que los actos más sublimes de una virtud que desprecio.

EUGENIA: (Tras haberse restablecido levemente la calma durante estas disertaciones, las mujeres, vestidas de nuevo con sus túnicas, están semiacostadas sobre el canapé, y Dolmancé junto a ellas en un gran sillón.) Pero hay virtudes de más de una especie; ¿qué pensáis vos, por ejemplo, de la piedad?

DOLMANCÉ: ¿Qué puede ser esa virtud para quien no cree en la religión? ¿Y quién puede creer en la religión? Veamos, razonemos con orden, Eugenia: ¿no llamáis religión al pacto que liga al hombre con su creador, y que lo compromete a testimoniarle, mediante un culto, el reconocimiento que tiene por la existencia recibida de ese sublime autor?

EUGENIA: No se puede definir mejor.

DOLMANCÉ: Pues bien, si está demostrado que el hombre sólo debe su existencia a los planes irresistibles de la naturaleza; si está probado que, tan antiguo sobre este globo como el globo mismo, no es, como el roble, como el león, como los minerales que se encuentran en las entrañas de este globo, más que una producción necesitada por la existencia del globo, y que no debe la suya a nadie; si está demostrado que ese Dios, a quien los tontos miran como autor y fabricante único de todo lo que vemos, no es más que el nec plus ultra de la razón humana, el fantasma creado en el instante en que esa razón ya no ve nada más, a fin de ayudar a sus operaciones; si está probado que la existencia de ese Dios es imposible, y que la naturaleza, siempre en acción, siempre en movimiento, saca de sí misma lo que a los tontos place darle gratuitamente; si es cierto, suponiendo que ese ser inerte exista, sería con toda seguridad el más ridículo de los seres, puesto que no habría servido más que un solo día y luego durante millones de siglos estaría en una inacción despreciable; suponiendo que exista como las religiones nos lo pintan, sería con toda seguridad el más detestable de los seres, puesto que permite el mal sobre la tierra cuando su omnipotencia podría impedirlo; si, digo yo, todo esto estuviera probado, como indiscutiblemente lo está, ¿creéis entonces, Eugenia, que la piedad que vincule al hombre con ese Creador imbécil, insuficiente, feroz y despreciable, sería una virtud muy necesaria?

EUGENIA, a la Sra. de Saint-Ange: ¿Cómo? ¿De veras, amable amiga, que la existencia de Dios sería una quimera?

SRA. DE SAINT-ANGE: Y, a todas luces, una de las más despreciables.

DOLMANCÉ: Hay que haber perdido el sentido para creer en ella. Fruto del pavor de unos y de la debilidad de otros, ese abominable fantasma, Eugenia, es inútil para el sistema de la tierra; infaliblemente la perjudicaría, porque sus voluntades, que debieran ser justas, jamás podrían aliarse con las injusticias, esenciales a las leyes de la naturaleza; porque constantemente debería querer el bien, mientras que la naturaleza sólo tiene que desearlo como compensación del mal que sirve a sus leyes; porque sería preciso que actuase siempre, y la naturaleza, que tiene la acción perpetua por una de sus leyes, no podría sino encontrarse en competencia y oposición perpetua con él. Pero, se dirá a esto, Dios y la naturaleza son la misma cosa. ¿No sería un absurdo? La cosa creada no puede ser igual al agente que crea: ¿es posible que el reloj sea el relojero? Pues bien, continuarían, la naturaleza no es nada, es Dios quien lo es todo. ¡Otra tontería! Necesariamente ha de haber dos cosas en el universo: el agente creador y el individuo creado. Ahora bien, ¿cuál es ese agente creador? Tal es la única dificultad que hay que resolver: ahí tienes la única cuestión que hemos de contestar.

Si la materia actúa, se mueve, por combinaciones que nos son desconocidas; si el movimiento es inherente a la materia, si ésta sola, en fin, puede, debido a su energía, crear, producir, conservar, mantener, equilibrar en las llanuras inmensas del espacio todos los globos cuya vista nos sorprende y cuya marcha uniforme, invariable, nos llena de respeto y de admiración, ¿qué necesidad habrá de buscar un agente extraño a todo esto, puesto que esa facultad activa se encuentra esencialmente en la naturaleza misma, que no es otra cosa que la materia en acción? Vuestra quimera deífica, ¿aclara algo? Desafío a que me lo prueben. Suponiendo que me engañe respecto a las facultades internas de la materia, se me plantea una dificultad por lo menos. ¿Qué hacéis presentándome para resolverla a vuestro Dios? Me planteáis otra más. ¿Y cómo queréis que admita por causa de lo que no comprendo algo que comprendo menos aún? ¿Será en medio de los dogmas de la religión cristiana que he de examinar... donde se me aparecerá vuestro espantoso Dios? Veamos un poco cómo me lo pinta...

¿Qué veo en el Dios de ese culto infame a no ser un inconsecuente y bárbaro que crea hoy un mundo de cuya construcción se arrepiente al día siguiente? ¿Qué veo sino un ser débil que jamás puede hacer que el hombre se pliegue a lo que él querría? Esta criatura, aunque emanada de él, le domina; ¡puede ofenderle y merecer por ello suplicios eternos! ¡Qué ser tan débil ese Dios! ¡Cómo! ¿Ha podido crear todo cuanto vemos y le es imposible formar un hombre a su guisa? Pero, me responderéis a esto, si lo hubiera creado así, el hombre no habría tenido mérito. ¡Qué simpleza! ¿Y qué necesidad hay de que el hombre merezca de su Dios? De haberlo formado completamente bueno, jamás habría podido hacer el mal, y desde ese momento la obra era digna de un Dios. Es tentar al hombre dejarle que elija. Y Dios, por su presciencia infinita, sabía de sobra lo que de ello resultaría. Desde ese momento, pierde adrede, por tanto, a la criatura que él mismo ha formado. ¡Qué horrible Dios ese Dios! ¡Qué monstruo! ¡Qué perverso más digno de nuestro odio y de nuestra implacable venganza! Sin embargo, poco satisfecho de tan sublime tarea, inunda al hombre para convertirlo; lo quema, lo maldice. Nada de todo esto lo cambia. Un ser más poderoso que ese despreciable Dios, el Diablo, que sigue conservando su poder, que sigue pudiendo desafiar a su autor, consigue constantemente, mediante sus seducciones, corromper el rebaño que se había reservado el Eterno. Nada puede vencer la energía de ese demonio en nosotros. ¿Qué imagina entonces, según vosotros, el horrible Dios que predicáis? No tiene más que un hijo, un hijo único que posee de no sé qué comercio carnal; porque igual que el hombre jode, éste ha querido que su Dios joda también; envía desde el cielo a esa respetable porción de sí mismo. Tal vez alguien imagine que esta sublime criatura ha de aparecer sobre rayos celestiales, en medio del cortejo de los ángeles, a la vista del universo entero... Nada de eso, sino en el seno de una puta judía; es en medio de un cortijo de cerdos donde se anuncia el Dios que viene a salvar la tierra. ¡Ésa es la digna extracción que le prestan! Pero su honorable misión, ¿nos resarcirá? Sigamos un instante al personaje. ¿Qué dice? ¿Qué hace? ¿Qué sublime misión recibimos de él? ¿Qué misterio va a revelar? ¿Qué dogma nos va a prescribir? ¿En qué actos, en fin, va a resplandecer su grandeza?

Veo en primer lugar una infancia ignorada, algunos servicios, indudablemente muy libertinos, prestados por ese bribonzuelo a los sacerdotes del templo de Jerusalén; luego una desaparición de quince años, durante la que el bribón va a envenenarse con todas las enseñanzas de la escuela egipcia, que finalmente introduce en Judea. Apenas reaparece, su demencia empieza por hacerle decir que es hijo de Dios, igual a su padre; a esta alianza asocia otro fantasma que denomina Espíritu Santo, ¡y asegura que estas tres personas no deben ser más que una! ¡Cuanto más sorprende a la razón este ridículo misterio, más afirma el bellaco que hay mérito en adoptarlo..., peligros en aniquilarlo! Asegura el imbécil que es para salvar a todos por lo que él ha tomado carne, aunque Dios, en el seno de un hijo de los hombres; ¡y los sorprendentes milagros que han de vérsele realizar, convencerán pronto de ello al universo! En una cena de borrachos, en efecto, el pícaro cambia, según se dice, el agua en vino; en un desierto, alimenta a varios malvados con provisiones ocultas que sus secuaces tenían preparadas; uno de sus camaradas se hace el muerto, y nuestro impostor lo resucita; se traslada a una montaña, y allí, solamente delante de dos o tres amigos suyos, hace un juego de manos que haría avergonzarse al peor prestidigitador de nuestros días.

Maldiciendo además con entusiasmo a quienes no crean en él, el tunante promete los cielos a todos los tontos que le escuchen. No escribe nada, dada su ignorancia; habla muy poco, dada su imbecilidad; hace aún menos, dada su debilidad, hasta que cansando finalmente a los magistrados, impacientados por sus discursos sediciosos, aunque muy raros, el charlatán se hace crucificar tras haber asegurado a los pillos que le siguen que, cada vez que lo invoquen, descenderá a ellos para que se lo coman. Le torturan, él deja que lo hagan. El señor su padre, ese Dios sublime de quien osa decir que desciende, no le presta la menor ayuda, y ya tenemos al tunante tratado como el último de los criminales, de los que tan digno era de ser el jefe.

Sus satélites se reúnen: «Estamos perdidos, dicen, y todas nuestras esperanzas se desvanecerán si no nos salvamos con una hazaña, con un golpe de efecto. Emborrachemos a la guardia que rodea a Jesús; robemos su cuerpo, publiquemos que ha resucitado: la estratagema es segura; si conseguimos que crean en esta bribonada, nuestra nueva religión se sostendrá, se propagará, seducirá al mundo entero... ¡Manos a la obra!» Emprenden el golpe, tienen éxito. ¿A cuántos bribones la audacia no ha valido tanto como el mérito? El cuerpo es robado; los tontos, las mujeres y los niños gritan cuanto pueden, y, sin embargo, en aquella ciudad donde tan grandes maravillas acaban de realizarse, en esa ciudad teñida por la sangre de un Dios, nadie quiere creer en ese Dios; no se produce ni una sola conversión. Es más: el hecho es tan poco digno de ser transmitido que ningún historiador habla de él. Sólo los discípulos de ese impostor piensan en sacar partido del fraude, pero no por el momento.

La siguiente consideración es también muy esencial: dejan transcurrir varios años antes de hacer uso de su insigne bribonada; erigen, finalmente, sobre ella el edificio vacilante de su repugnante doctrina. Todo cambio place a los hombres. Cansados del despotismo de los emperadores, se les hacía necesaria una revolución. Escuchan a estos trapaceros, progresan rápidamente: es la historia de todos los errores. Pronto los altares de Venus y de Marte son sustituidos por los de Jesús y María; se publica la vida del impostor; esta insulsa novela encuentra víctimas; se le hace decir cien cosas en las que jamás pensó; algunas de sus ridículas frases se vuelven pronto la base de su moral, y, como esta novedad se predicaba a los pobres, la caridad se convierte en la primera virtud. Se instituyen ritos extravagantes bajo el nombre de sacramentos, el más digno y más abominable de los cuales es ése por el cual un sacerdote, cubierto de crímenes, tiene no obstante, por la virtud de algunas palabras mágicas, el poder de hacer llegar a Dios en un trozo de pan.

No lo dudemos; desde su mismo nacimiento este culto indigno habría sido destruido sin remisión si no hubieran empleado contra él otras armas que las del desprecio que merecía; pero se les ocurrió perseguirlo; creció; el medio era inevitable. Que traten de cubrirlo, incluso hoy, de ridículo, y caerá. El hábil Voltaire no empleaba otras armas, y es de todos los escritores el que puede vanagloriarse de haber hecho más prosélitos. En una palabra, Eugenia, ésta es la historia de Dios y de la religión; ved el caso que tales fábulas merecen, y decidíos sobre ellas en consecuencia.

EUGENIA: Mi elección no es difícil; yo desprecio todas esas fantasías repugnantes, e incluso ese Dios, al que aún tenía en consideración por debilidad o por ignorancia, no es para mí más que un objeto de horror.

SRA. DE SAINT-ANGE: Júrame no volver a pensar en ello, no ocuparte nunca de invocarle en ningún momento de tu vida y no volver a él mientras vivas.

EUGENIA, precipitándose sobre el seno de la señora de Saint-Ange: ¡Ah! ¡Hago el juramento entre tus brazos! ¿No veo acaso que lo que exiges es por mi bien, y que no quieres que semejantes reminiscencias pueden perturbar jamás mi tranquilidad?

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Podría tener otro motivo?

EUGENIA: Pero, Dolmancé, según creo ha sido el análisis de las virtudes lo que nos ha llevado al análisis de las religiones. Volvamos a él. ¿No existirán en esa religión, por ridícula que sea, algunas virtudes prescritas por ella, y cuyo culto podría contribuir a nuestra felicidad?

DOLMANCÉ: Bueno, examinémoslo. ¿Será la castidad, Eugenia, esa virtud que vuestros ojos destruyen, aunque vuestro conjunto sea su imagen? ¿Acataríais la obligación de combatir todos los movimientos de la naturaleza? ¿Los sacrificaríais todos al vano y ridículo honor de no tener nunca una debilidad? Sed justa y responded, hermosa amiga: ¿Creéis encontrar en esa absurda y peligrosa pureza de alma todos los placeres del vicio contrario?

EUGENIA: No, palabra de honor que no quiero eso; no siento en mí la menor inclinación a ser casta, sino la mayor disposición al vicio contrario; pero, Dolmancé, la caridad, la beneficencia, ¿no podrían hacer la felicidad de algunas almas sensibles?

DOLMANCÉ: Lejos de nosotros, Eugenia, las virtudes que no hacen más que ingratos. Pero no te engañes, encantadora amiga: la beneficencia es más un vicio de orgullo que una verdadera virtud del alma; es por ostentación por lo que uno alivia a sus semejantes, nunca por la única mira de hacer una buena acción; se sentirían muy molestos si la limosna que acaban de dar no tuviera toda la publicidad posible. No imagines tampoco, Eugenia, que esta acción tiene tan buen resultado como se piensa: yo, personalmente, la considero la mayor de todas las estafas; acostumbra al pobre a socorros que deterioran su energía; no trabaja si espera vuestras caridades y, desde el momento en que le faltan, se convierte en ladrón o en asesino. Por todas partes oigo exigir medios para suprimir la mendicidad, y mientras se hace todo lo posible para multiplicarla. ¿Queréis no tener moscas en vuestra habitación? No derraméis azúcar para atraerlas. ¿Queréis no tener pobres en Francia? No distribuyáis ninguna limosna, y suprimid antes que nada vuestras casas de caridad. El individuo nacido en el infortunio, viéndose así privado de estos peligrosos recursos, empleará todo el coraje, todos los medios que haya recibido de la naturaleza para salir del estado en que ha nacido; no os importunará más. Destruid, derribad sin piedad esas detestables casas en que tenéis la desfachatez de encubrir los frutos del libertinaje de ese pobre, cloacas espantosas que vomitan cada día a la sociedad un enjambre repugnante de nuevas criaturas que no tienen más esperanza que vuestra bolsa. ¿De qué sirve, pregunto yo, conservar con tantos cuidados a tales individuos? ¿Hay miedo a que Francia se despueble? ¡Ah, no tengamos nunca ese temor!

Uno de los primeros vicios de este gobierno consiste en una población demasiado numerosa, y tales superfluidades no son en modo alguno riquezas para el estado. Estos seres supernumerarios son como las ramas parásitas que, viviendo sólo a expensas del tronco, terminan siempre por extenuarlo. Recordad que siempre que en cualquier gobierno la población es superior a los medios de existencia, ese gobierno languidece. Examinad atentamente Francia: veréis lo que os ofrece. ¿Qué resulta de ello? Ya se ve. El chino, más sabio que nosotros, se guarda mucho de dejarse dominar así por una población demasiado abundante. Nada de asilo para los frutos vergonzosos de su desenfreno: abandona esos horribles resultados como las secuelas de una digestión. Nada de casas para la pobreza: no se la conoce en China. Allí todo el mundo trabaja; allí todo el mundo es feliz, nada altera la energía del pobre y cada uno puede decir como Nerón: Quid est pauper?

EUGENIA, a la Sra. de Saint-Ange: Querida amiga, mi padre piensa lo mismo que el señor: en su vida ha hecho una obra buena. No cesa de reñir a mi madre por las sumas que gasta en tales prácticas. Era de la Sociedad maternal, de la Sociedad filantrópica: no sé de qué sociedad no era; él la ha obligado a dejar todo eso, asegurándola que le dejaría la pensión más módica si se le ocurría volver a caer en semejantes estupideces.

SRA. DE SAINT-ANGE: No hay nada más ridículo y al mismo tiempo más peligroso, Eugenia, que todas esas asociaciones; es a ellas, a las escuelas gratuitas y a las casas de caridad a las que debemos el horrible caos en que estamos ahora. No des jamás limosna, querida, te lo suplico.

EUGENIA: No temas; hace tiempo que mi padre exigió de mí lo mismo, y la beneficencia me tienta demasiado poco para infringir, en esto, sus órdenes..., los impulsos de mi corazón y tus deseos.

DOLMANCÉ: No dividamos esa porción de sensibilidad que hemos recibido de la naturaleza: es aniquilarla más que ampliarla. ¿Qué me importan a mí los males de los demás? ¿No tengo bastante con los míos para ir a afligirme con los que me son extraños? ¡Que el fuego de esa sensibilidad no alumbre nunca otra cosa que nuestros placeres! Seamos sensibles a cuanto los halaga, absolutamente inflexibles con todo lo demás. De ese estado anímico resulta una especie de crueldad no exenta a veces de delicia. No siempre se puede hacer el mal. Privados del placer que da, compensemos al menos esa sensación mediante la pequeña maldad excitante de no hacer nunca el bien.

EUGENIA: ¡Ah, Dios! ¡Cómo me inflaman vuestras lecciones! Creo que me mataría antes que obligarme ahora a hacer una buena acción.

SRA. DE SAINT-ANGE: Y si se presentase una mala, ¿estarías también dispuesta a cometerla?

EUGENIA: Cállate, seductora; no responderé hasta que no hayas terminado de instruirme. Me parece que después de cuanto me decís, Dolmancé, nada es tan indiferente sobre la tierra como cometer en ella el bien o el mal; ¿sólo nuestros gustos, nuestro temperamento, deben ser respetados?

DOLMANCÉ: ¡Ah! No lo dudéis, Eugenia; esas palabras de vicio y virtud sólo nos dan ideas puramente locales. No hay ninguna acción, por singular que podáis suponerla, que sea verdaderamente criminal; ninguna que pueda llamarse realmente virtuosa. Todo es en razón de nuestras costumbres y del clima que habitamos; lo que aquí es crimen, es con frecuencia virtud cien leguas más abajo, y las virtudes de otro hemisferio podrían, a la recíproca, ser crímenes para nosotros. No hay horror que no haya sido divinizado, ninguna virtud que no haya sido reprobada. De tales diferencias puramente geográficas nace el poco caso que debemos hacer de la estima o del desprecio de los hombres, sentimientos ridículos y frívolos, por encima de los cuales debemos ponernos, hasta el punto incluso de preferir sin temor su desprecio, a poco que las acciones que nos lo merezcan tengan alguna voluptuosidad para nosotros.

EUGENIA: Pero me parece, sin embargo, que debe de haber acciones bastante peligrosas, bastante malas en sí mismas como para haber sido generalmente consideradas como criminales, y castigadas por tales de una punta a otra del universo.

SRA. DE SAINT-ANGE: Ninguna, amor mío, ninguna; ni siquiera la violación o el incesto; ni siquiera el asesinato o el parricidio.

EUGENIA: ¡Cómo! ¿Pueden excusarse en alguna parte tales horrores?

DOLMANCÉ: Han sido honrados, coronados, considerados como excelentes acciones, mientras que en otros lugares la humanidad, el candor, la beneficencia, la castidad, todas nuestras virtudes, en fin, eran miradas como monstruosidades.

EUGENIA: Os suplico que me expliquéis todo eso: exijo un breve análisis de cada uno de esos crímenes, rogándoos que comencéis por explicarme, primero, vuestra opinión sobre el libertinaje de las muchachas, luego sobre el adulterio de las mujeres.

SRA. DE SAINT-ANGE: Escúchame entonces, Eugenia. Es absurdo decir que tan pronto como una muchacha está fuera del seno de su madre, debe, desde ese momento, convertirse en víctima de la voluntad de sus padres, para permanecer así hasta su último aliento. No es en un siglo en que la amplitud y los derechos del hombre acaban de ser profundizados con tanto cuidado en el que las muchachas jóvenes deben seguir creyéndose esclavas de sus familias, cuando está probado que los poderes de esas familias sobre ellas son absolutamente quiméricos. Escuchemos a la naturaleza sobre tema tan interesante, y que las leyes de los animales, mucho más cercanos a ella, nos sirvan un momento de ejemplo. ¿Se extienden los deberes paternales en ellas más allá de las primeras necesidades físicas? Los frutos del goce del macho y de la hembra ¿no poseen toda su libertad, todos sus deseos? Tan pronto como pueden caminar y nutrirse solos, desde ese instante, ¿les conocen los autores de sus días? Y ellos, ¿creen deber algo a los que les han dado la vida? Indudablemente no. ¿Con qué derecho los hijos de los hombres están, pues, constreñidos a otros deberes? ¿Y qué fundamenta esos deberes si no es la avaricia o la ambición de los padres? Ahora yo pregunto si es justo que una joven que comienza a sentir y a razonar se someta a tales frenos. ¿No es acaso el prejuicio únicamente el que prolonga esas cadenas? No hay nada más ridículo que ver a una joven de quince o dieciséis años, urgida por deseos que está obligada a vencer, esperar, entre tormentos peores que los del infierno, que plazca a sus padres, tras haber hecho desgraciada su juventud, sacrificar aun su edad madura, inmolándola a su pérfida codicia, asociándola, a pesar suyo, a un esposo que o no tiene nada para hacerse amar o lo tiene todo para hacerse odiar.

¡Ay! No, no, Eugenia, tales ataduras serán muy pronto aniquiladas; es preciso que, alejando desde la edad de razón a la joven de la casa paterna, y tras haberle dado una educación nacional, se la deje dueña de convertirse, a los quince años, en lo que quiera. ¿Dará en el vicio? ¿Y qué importa? Los servicios que brinda una joven consintiendo en hacer la felicidad de todos los que a ella se dirigen, ¿no son infinitamente más importantes que los que, aislándose, ofrece a su esposo? El destino de la mujer es ser como la perra, como la loba: debe pertenecer a cuantos quieran algo de ella. Es, evidentemente, ultrajar al destino que la naturaleza impone a las mujeres encadenarlas por el lazo absurdo de un himeneo solitario.

Esperemos que se abran los ojos, y que, al asegurar la libertad de todos los individuos, no se olvide la suerte de las desgraciadas muchachas; pero, si son tan dignas de lástima que resultan olvidadas, deben colocarse ellas mismas por encima de la costumbre y del prejuicio y pisotear audazmente los hierros vergonzosos con que pretenden esclavizarlas; triunfarán entonces al punto de la costumbre y de la opinión; el hombre, vuelto más sabio porque será más libre, sentirá la injusticia que cometía por despreciar a las que así actuaron, y que el hecho de ceder a los impulsos de la naturaleza, mirado como un crimen en un pueblo cautivo, no puede serlo en un pueblo libre. Parte, por tanto, de la legitimidad de tales principios, Eugenia, y rompe tus cadenas al precio que sea; desprecia las vanas reprimendas de una madre imbécil, a quien legítimamente no debes más que odio y desprecio. Si tu padre, que es un libertino, lo desea, en buena hora: que goce de ti, pero sin encadenarte; rompe el yugo si quiere esclavizarte; más de una joven ha actuado de la misma forma con su padre. Jode, en una palabra, jode; para esto has venido al mundo; no pongas límite alguno a tus placeres, a no ser el de tus fuerzas o el de tus deseos; ninguna excepción de lugares, de tiempos ni de personas; a toda hora y en todos los lugares, todos los hombres deben servir a tus voluptuosidades; la continencia es una virtud imposible, de la que la naturaleza, violada en sus derechos, nos castiga al punto con mil desgracias. Mientras las leyes sean las que todavía son, usemos de ciertos velos; la opinión nos obliga a ello; pero compensémonos en silencio de esa castidad cruel que estamos obligadas a tener en público. Que una muchacha trabaje por conseguir una buena amiga que, libre y de mundo, pueda hacerle gustar secretamente los placeres; que, a falta de esa amiga, trate de seducir a los argos de que está rodeada; que les suplique que la prostituyan, prometiéndoles todo el oro que puedan sacar de su venta, y esos argos por sí mismos, o las mujeres que ellos encuentren, y que se llaman celestinas, realizarán al punto las miras de la joven; que entonces arroje polvo a los ojos de cuantos la rodean, hermanos, primos, amigos, padres; que se entregue a todos, si es necesario para ocultar su conducta; que haga incluso, si se lo exigen, sacrificio de sus gustos y de sus afectos, una intriga que le ha desagradado, y a la que se habrá entregado sólo por política, no tardará en llevarla a una situación más agradable, y ya está lanzada. Pero que nunca vuelva a los prejuicios de su infancia; amenazas, exhortaciones, deberes, virtudes, religión, consejos, que pisotee todo; que rechace y desprecie obstinadamente cuanto sólo tienda a encadenarla de nuevo, cuanto, en una palabra, no apunte a guiarla al seno de la impudicia. Las predicciones de desgracias en el camino del libertinaje no son más que una extravagancia de nuestros padres; hay espinas en todas partes, pero las rosas se encuentran por encima de ellas en la carrera del vicio; sólo en los senderos cenagosos de la virtud no las ha hecho nacer nunca la naturaleza. El único escollo a temer en el primero de esos caminos es la opinión de los hombres; pero ¿qué muchacha ingeniosa no ha de superar esa despreciable opinión a poco que reflexione? Los placeres recibidos de la estima, Eugenia, no son más que placeres morales, sólo convenientes a ciertas cabezas; los de la jodienda agradan a todos, y estos seductores atractivos nos compensan pronto de ese desprecio ilusorio al que es difícil escapar si se desafía a la opinión pública, pero del que muchas mujeres sensatas se han burlado hasta el punto de hacer de él un placer más. Jode, Eugenia, jode pues, ángel mío: tu cuerpo es tuyo, sólo tuyo; sólo tú en el mundo tienes derecho a gozar de él y a hacer gozar con él a quien bien te parezca. Aprovecha el tiempo más feliz de tu vida: ¡son demasiado cortos estos felices años de nuestros placeres! Si somos lo bastante afortunadas para haber gozado en ellos, deliciosos recuerdos nos consuelan y nos divierten aún en nuestra vejez. ¿Que los hemos perdido?... Recuerdos amargos, horribles remordimientos nos desgarran y se unen a los tormentos de la edad para rodear de lágrimas y zarzas la funesta proximidad del ataúd... ¿Tienes acaso la locura de la inmortalidad? Pues bien, querida, es jodiendo como permanecerás en la memoria de los hombres. Se ha olvidado pronto a las Lucrecias, mientras que las Teodoras y las Mesalinas son motivo de las conversaciones más dulces y más frecuentes de la vida ¿Cómo pues, Eugenia, no preferir un partido que, coronándonos de flores aquí abajo, nos deja aún la esperanza de culto más allá de la tumba? ¿Cómo, pregunto yo, no preferir este partido a aquel que, haciéndonos vegetar imbécilmente en la tierra, no nos promete después de nuestra existencia más que el desprecio y el olvido?

EUGENIA, a la Sra. de Saint-Ange: ¡Ay, amor mío, cómo inflaman mi cabeza y seducen mi alma esos discursos seductores! Estoy en un estado difícil de pintar... Y, dime, ¿podrás presentarme a algunas de esas mujeres... (turbada) que me prostituirán, si se lo digo?

SRA. DE SAINT-ANGE: De aquí a que tengas más experiencia, eso sólo me atañe a mí, Eugenia; déjame a mí ese cuidado, y, más aún, todas las precauciones que adopte para cubrir tus extravíos: mi hermano y este amigo seguro que te instruye serán los primeros a quienes quiero que te entregues; luego te buscaremos otros. No te inquietes, querida amiga: ¡te haré volar de placer en placer, te sumergiré en un mar de delicias, te colmaré de ellas, ángel mío, te hartaré de ellas!

EUGENIA, precipitándose en brazos de la Sra. de Saint-Ange: ¡Oh, querida, te adoro; mira, nunca tendrás una alumna más sumisa que yo; pero me parece que me diste a entender, en nuestras antiguas conversaciones, que era difícil para una joven lanzarse al libertinaje sin que el esposo que debe tomar se dé cuenta!

SRA. DE SAINT-ANGE: Cierto, querida, pero hay secretos que zurcen todas esas brechas. Te prometo hacértelos conocer, y entonces, aunque hayas jodido como Antonieta, me encargo de hacerte tan virgen como el día en que viniste al mundo.

EUGENIA: ¡Ah! ¡Eres deliciosa! Vamos, sigue instruyéndome. Apresúrate, en tal caso, a enseñarme cuál ha de ser la conducta de una mujer en el matrimonio.

SRA. DE SAINT-ANGE: En cualquier estado, querida, en que se encuentre una mujer, sea doncella, sea mujer, sea viuda, nunca debe tener otra meta, otra ocupación y otro deseo, que hacerse joder de la mañana a la noche: para este único fin es para lo que la ha creado la naturaleza; y si, para cumplir tal intención, exijo de ella pisotear todos los prejuicios de su infancia, si le prescribo la desobediencia más formal a las órdenes de su familia, el desprecio más constante de todos los consejos de sus padres, convendrás, Eugenia, que, de todos los frenos a romper, el que antes le aconsejaré aniquilar será con toda seguridad el del matrimonio.

Considera, en efecto, Eugenia, a una joven apenas salida de la casa paterna, que no conoce nada, que no tiene experiencia alguna, obligada a pasar súbitamente a los brazos de un hombre al que jamás ha visto, obligada a jurar a este hombre, al pie de los altares, una obediencia y una fidelidad injusta, porque en el fondo de su corazón sólo tiene el mayor deseo de faltar a esa palabra. ¿Hay en el mundo, Eugenia, suerte más horrible que ésa? Sin embargo, mírala ahí atada, le plazca o no su marido, tenga él o deje de tener para con ella ternura o malos modos; su honor se basa en sus juramentos; él queda mancillado si ella los infringe; es preciso que ella se pierda o que arrastre el yugo, aunque tenga que morir por ello de dolor. ¡Ah, no, Eugenia, no, no es para ese fin para el que nosotras hemos nacido! Esas leyes absurdas son obra de los hombres, y nosotras no debemos someternos a ellas. El divorcio incluso, ¿es capaz de satisfacernos?

Indudablemente, no. ¿Quién nos responde de encontrar con mayor seguridad en unos segundos lazos la dicha que se nos ha escapado en los primeros? Compensemos por tanto en secreto toda la coacción de ataduras tan absurdas, seguras de que nuestros desórdenes en este punto, sean cuales fueren los. excesos a que podamos llevarlos, lejos de ultrajar a la naturaleza, no son más que un homenaje sincero que le rendimos; ceder a los deseos que sólo ella ha puesto en nosotros no es más que obedecer sus leyes; sólo resistiendo a ellos la ultrajaríamos. El adulterio, que los hombres miran como un crimen, que han osado castigar como tal arrancándonos por él la vida, el adulterio, Eugenia, no es más que el pago de un derecho a la naturaleza, del que las fantasías de esos tiranos jamás podrán sustraernos. Pero ¿no es horrible, dicen nuestros esposos, exponernos a querer como a hijos nuestros, a abrazar como a tales, los frutos de vuestros desórdenes? Esa es la objeción de Rousseau; y es, convengo en ello, la única algo especiosa con que puede combatirse el adulterio. Pero ¿no es extremadamente fácil entregarse al libertinaje sin temer el embarazo? ¿No es más fácil todavía destruirlo, si por imprudencia ha ocurrido? Pero como volveremos sobre este tema no trataremos ahora más que el fondo de la cuestión: veremos que el argumento, por especioso que parezca al principio, sólo es, sin embargo, quimérico.

En primer lugar, mientras me acueste con mi marido, mientras su semilla corra hasta el fondo de mi matriz, aunque vea a diez hombres al mismo tiempo que a él, nada podrá probarle nunca que el hijo que nazca no le pertenece; puede ser suyo como puede no serlo, y en caso de incertidumbre no puede ni debe jamás (puesto que ha cooperado a la existencia de esta criatura) tener escrúpulo alguno por conservar esa existencia. Desde el momento en que puede pertenecerle, le pertenece, y cualquier hombre que sufra por sospechas sobre este tema, sería igual de desgraciado aunque su mujer fuera una vestal, porque es imposible responder de una mujer y porque la que ha sido prudente diez años puede dejar de serlo un día. Por tanto, si ese marido es suspicaz, lo será en todos los casos; jamás estará seguro de que el hijo que abraza es verdaderamente el suyo. Y si puede ser suspicaz siempre, no hay ningún inconveniente en legitimar algunas veces las sospechas; para su estado de dicha o de desgracia moral no sería ni más ni menos; por lo tanto, da lo mismo que ocurra. Ahí lo tienes, supongo, en un completo error: ahí lo tienes acariciando el fruto del libertinaje de su mujer: ¿dónde está el crimen? ¿No son comunes nuestros bienes? En tal caso, ¿qué mal hago metiendo en el hogar un hijo que debe gozar de una parte de esos bienes? Será de la mía de la que gozará; no robará nada a mi tierno esposo; esa parte que va a disfrutar, la considero tomada de mi dote; por lo tanto, ni ese hijo ni yo le quitamos nada a mi marido. Si ese hijo hubiera sido suyo, ¿a título de qué habría participado de mis bienes? ¿No sería en razón de lo que hubiera emanado de mí? Pues bien, va a gozar de esa parte en virtud de esa misma razón de alianza íntima. Es porque ese hijo me pertenece por lo que le debo una porción de mis riquezas.

¿Qué reproche tenéis que hacerme, si él también las disfruta? —Pero engañáis a vuestro marido; esa falsedad es atroz. —No, se trata de una devolución, eso es todo; he sido la primera víctima de unos lazos que él me ha forzado a tomar: y me vengo de ello, ¿hay algo más simple? —Pero se trata de un ultraje real hecho al honor de vuestro marido. —¡Prejuicios! Mi libertinaje no afecta a mi marido para nada; mis faltas son personales. Ese pretendido deshonor estaba bien hacía un siglo; hoy ya estamos de vuelta de esa quimera y mi marido no queda más mancillado por mis desenfrenos de lo que yo podría estarlo por los suyos.

¡Yo joderé con toda la tierra sin hacerle siquiera un rasguño! Esa pretendida lesión no es, por tanto, más que una fábula, de existencia imposible. Una de dos: o mi marido es brutal y celoso, o es un hombre delicado; en la primera hipótesis, lo mejor que puedo hacer es vengarme de su conducta; en la segunda, no podría afligirlo; dado que me gustan los placeres, se sentirá feliz por ello si es honesto; no hay ningún hombre delicado que no goce con el espectáculo de la felicidad de la persona que adora. —Pero si le amáis, ¿os gustaría que hiciera otro tanto? —¡Ay, desgraciada de la mujer a la que se le ocurra estar celosa de su marido! Que se contente con lo que la da, si le ama; pero que no trate de contradecirle; no sólo no lo conseguiría, sino que se haría detestar enseguida. Si soy razonable, nunca me afligiré por tanto de los desenfrenos de mi marido. ¡Que haga él lo mismo conmigo, y la paz reinará en el hogar!

Resumamos: Sean cuales fueren los efectos del adulterio, aunque sea introducir en el hogar hijos que no pertenecen al esposo, desde el momento en que son de la mujer tienen derechos seguros a una parte de la dote de esa mujer; el marido, si lo sabe, debe mirarlos como a hijos que su mujer hubiera tenido de un primer matrimonio; si no sabe nada, no podrá ser desgraciado, porque es imposible serlo por un mal que se ignora; si el adulterio no tiene secuelas, y si es desconocido por el marido, ningún jurisconsulto podría probar, en ese caso, que pueda ser un crimen; desde ese momento el adulterio no es más que una acción completamente indiferente para el marido, que no la conoce, y perfectamente buena para la mujer, a la que deleita; si el marido descubre el adulterio, entonces no es el adulterio lo que es un mal, porque no lo era hacía un momento, y él no puede cambiar de naturaleza; lo único que hay es el descubrimiento que de él ha hecho el marido; ahora bien, este error sólo a él pertenece: no podría afectar a la mujer.

Quienes antaño castigaron el adulterio eran, por tanto, verdugos, tiranos, celosos que, remitiendo todo a sí mismos, imaginaban injustamente que bastaba con ofenderlos para ser criminal, como si una injuria personal debiera considerarse alguna vez un crimen, y como si en justicia pudiera llamarse crimen a una acción que, lejos de ultrajar a la naturaleza y a la sociedad, sirve evidentemente a la una y a la otra. Hay, sin embargo, casos en que el adulterio, fácil de probar, se vuelve más embarazoso para la mujer, sin ser por ello más criminal; es, por ejemplo, el del esposo que se encuentra en la impotencia o sometido a gustos contrarios a la procreación. Como ella goza mientras su marido no goza nunca, tales excesos se tornan indudablemente más ostensibles entonces; pero ¿debe molestarse ella por esto? Indudablemente, no. La única precaución que debe usar es no hacer hijos, o abortar si tales precauciones le fallan. Si son gustos antifísicos los que la obligan a compensarse por las negligencias de su marido, ante todo tiene que satisfacerle sin repugnancia en sus gustos, sean de la naturaleza que sean; luego, que le haga entender que semejantes complacencias merecen sobradamente algunos miramientos; que pida una libertad total en razón de la que otorga. Entonces el marido niega o consiente; si consiente, como ha hecho el mío, una mujer vive tranquila, redoblando los cuidados y las condescendencias para con sus caprichos; si se niega, hay que espesar los velos, y entonces una jode tranquilamente a su sombra. ¿Que es impotente? Una se separa, pero, en cualquier caso, ha de vivir a gusto; hay que joder siempre, amor mío, porque nosotras hemos nacido para joder, porque cumplimos las leyes de la naturaleza jodiendo, y porque toda la ley humana que contraría las de la naturaleza no merece otra cosa que el desprecio.

Vive muy engañada la mujer a la que nudos tan absurdos como los del himeneo impiden entregarse a sus inclinaciones, que teme bien el embarazo, bien los ultrajes de su esposo, o la mancilla, más vana aún, de su reputación. Acabas de verlo, Eugenia, sí, acabas de sentir cuán engañada está, cómo inmola vilmente a los más ridículos prejuicios tanto su felicidad como todas las delicias de la vida. ¡Ah! ¡Que joda, que joda impunemente! Un poco de falsa gloria, algunas frívolas esperanzas religiosas, ¿podrán compensarla de tales sacrificios? No, no, tanto la virtud como el vicio se confunden en la tumba. Al cabo de algunos años, ¿exalta el público más a unos de lo que condena a otros? ¡No, una vez más, no, y no! Y la desgraciada que haya vivido sin placer, expira, ¡ay!, sin compensación.

EUGENIA: ¡Cómo me convences, ángel mío! ¡Cómo triunfas de mis prejuicios! ¡Cómo destruyes todos los falsos principios que mi madre había puesto en mí! ¡Ay! Quisiera estar casada mañana mismo para poner al punto en práctica tus máximas. ¡Qué seductoras son, qué verdaderas, y cuánto las amo! Sólo una cosa me inquieta, querida amiga, en lo que acabas de decirme, y como no lo entiendo te suplico que me lo expliques. Pretendes que tu marido no se comporta, durante el goce, de forma que pueda tener hijos. Dime, por favor, ¿qué es lo que te hace entonces?

SRA. DE SAINT-ANGE: Mi marido era ya viejo cuando me casé con él. Desde la primera noche de bodas me previno de sus fantasías, asegurándome que por su parte jamás pondría obstáculos a las mías. Juré obedecerle, y desde esa época siempre hemos vivido los dos en la más deliciosa libertad. El gusto de mi marido consiste en que se la chupe, y mira el singularísimo episodio que une a esto: mientras que, inclinada sobre él, con mis nalgas a plomo sobre su rostro, absorbo con ardor la leche de sus cojones, tengo que cagarle en la boca... ¡Lo traga!...

EUGENIA: ¡Vaya fantasía extraordinaria!

DOLMANGÉ: Ninguna puede ser calificada así, querida; todas están en la naturaleza; le plugo, al crear a los hombres, diferenciar sus rostros como sus figuras, y no debemos asombrarnos de la diversidad que ha puesto en nuestros trazos más que de la que ha puesto en nuestros afectos. La fantasía de que acaba de hablaros vuestra amiga no puede estar más de moda; una infinidad de hombres, y sobre todo los de cierta edad, se entregan a ella prodigiosamente; ¿os negaríais, Eugenia, si alguien la exigiera de vos?

EUGENIA, enrojeciendo: Según las máximas que me son inculcadas aquí, ¿puedo negarme a algo? Sólo pido perdón para mi sorpresa: es ésta la primera vez que oigo todas esas lubricidades; es preciso, en primer lugar, que las conciba; pero de la solución del problema a la ejecución del procedimiento, creo que mis preceptores deben estar seguros de que no habrá nunca más distancia que la que ellos mismos exijan. De cualquier modo, querida, ¿ganas tu libertad a cambio del consentimiento a esta complacencia?

SRA. DE SAINT-ANGE: La libertad más total, Eugenia. Hago por mi parte lo que quiero, sin que él ponga obstáculos, pero no tomo amantes: amo demasiado el placer para eso. ¡Pobre de la mujer que se ata! ¡Basta un amante para perderla, mientras que diez escenas de libertinaje repetidas cada día, si ella lo quiere, se desvanecerán en la noche del silencio tan pronto como estén consumadas! Yo era rica: pagaba a jóvenes que me jodían sin conocerme; me rodeaba de sirvientes encantadores, seguros de gustar los más dulces placeres conmigo si eran discretos, también de ser despedidos si decían una sola palabra. No tienes idea, ángel mío, del torrente de delicias en que me sumergí de esta manera. Ésa es la conducta que siempre prescribiré a todas las mujeres que quieran imitarme. Desde hace doce años que estoy casada, me han jodido más de diez o doce mil individuos... ¡y en mi sociedad me creen mojigata! Cualquier otra habría tenido amantes, y al momento habría estado perdida.

EUGENIA: Esta máxima es la más segura; y será por supuesto la mía; es preciso que, como tú, me case con un hombre rico y sobre todo con un hombre de fantasías... Pero, querida, tu marido, estrictamente ligado a sus gustos, ¿no exigió nunca otra cosa de ti?

SRA. DE SAINT-ANGE: Nunca, desde hace doce años no se ha desdicho un solo día, excepto cuando tengo mis reglas. Una joven muy hermosa, que él ha querido que tome a mi servicio, me reemplaza entonces, y todo va a pedir de boca.

EUGENIA: Pero sin duda él no se queda ahí; ¿no concurren exteriormente otros objetos a diversificar sus placeres?

DOLMANCÉ: No lo dudéis, Eugenia: el marido de la señora es uno de los mayores libertinos de su siglo; gasta más de cien mil escudos anuales en los gustos obscenos que vuestra amiga acaba de pintaros hace un instante.

SRA. DE SAINT-ANGE: A decir verdad, tampoco yo lo dudo; pero ¿qué me importan a mí sus excesos cuando su multiplicidad autoriza y oculta con un velo los míos?

EUGENIA: Sigamos, te lo ruego, el pormenor de las maneras con que una joven, casada o no, puede preservarse del embarazo, porque he de confesarte que ese temor me asusta mucho, sea con el esposo que debo tomar, sea en la carrera del libertinaje; acabas de indicarme una al hablar de los gustos de tu esposo; pero esa forma de gozar, que puede ser muy agradable para el hombre, no me parece que lo sea tanto para la mujer, y es de nuestros goces exentos de unos riesgos que temo de lo que deseo que me hables.

SRA. DE SAINT-ANGE: Una joven nunca se expone a tener hijos mientras no se la deje meter en el coño. Que evite con cuidado esa manera de gozar; que ofrezca en su lugar indistintamente su mano, su boca, sus tetas o el ojete de su culo. Por esta última vía, recibirá mucho placer, e incluso más que por otras partes; de las demás maneras, lo dará.

A la primera de esas formas, quiero decir, a la de la mano, se procede como acabas de ver, Eugenia: una sacude, como si lo bombease, el miembro de su amigo; al cabo de algunos movimientos, el esperma salta; el hombre te besa, te acaricia durante ese tiempo, y cubre con ese licor la parte de tu cuerpo que mejor le place. ¿Que lo quiere hacer metido entre los senos? Nos tendemos en la cama, colocamos el miembro viril en medio de los dos pechos, lo presionamos, y al cabo de unas cuantas sacudidas el hombre se corre de tal modo que nos inunda las tetas y algunas veces la cara. Esta manera es la menos voluptuosa de todas, y sólo puede convenir a mujeres cuyo pecho, a fuerza de servicio, haya adquirido suficiente flexibilidad para apretar el miembro del hombre comprimiéndose sobre él. El goce de la boca es infinitamente más agradable, tanto para el hombre como para la mujer. La mejor forma de gustarlo es que la mujer se tienda a contra sentido sobre el cuerpo de su jodedor; te mete la polla en la boca y, con la cabeza entre tus muslos, te devuelve lo que le haces, introduciéndote su lengua en el coño o sobre el clítoris; cuando se adopta esta postura hay que agarrar, empuñar las nalgas y cosquillearse recíprocamente el agujero del culo, episodio siempre necesario para el complemento de la voluptuosidad. Amantes calientes y llenas de imaginación tragan entonces la leche que exhalan en su boca, y gozan delicadamente de este modo el placer voluptuoso de hacer pasar mutuamente a sus entrañas ese precioso licor, malvadamente escamoteado a su destino usual.

DOLMANCÉ: Esta forma es deliciosa, Eugenia; os recomiendo su ejecución. Echar a perder así los derechos de la propagación y contrariar de esta forma lo que los tontos llaman leyes de la naturaleza, está realmente lleno de encantos. Los muslos, las axilas, sirven a veces también de asilo al miembro del hombre, y le ofrecen reductos donde su semilla puede perderse sin riesgo de embarazo.

SRA. DE SAINT-ANGE: Algunas mujeres se meten en el interior de la vagina esponjas que, al recibir el esperma, le impiden lanzarse en el vaso que lo haría propagarse; otras obligan a sus jodedores a servirse de una bolsita de piel de Venecia, vulgarmente llamada condón, donde la semilla corre sin riesgo de alcanzar la meta; pero de todas estas maneras, la del culo es la más deliciosa indudablemente. Dolmancé, os dejo que disertéis sobre ella. ¿Quién mejor que vos para pintar un gusto por el que daríais vuestra vida, si su defensa lo exigiera?

DOLMANCÉ: Confieso mi debilidad. Convengo en que no hay ningún goce en el mundo que sea preferible a éste; lo adoro en los dos sexos; pero el culo de un joven muchacho, debo admitirlo, me da aún más voluptuosidad que el de una muchacha. Se llama bujarrones a quienes se entregan a esta pasión; ahora bien, cuando uno es bujarrón, Eugenia, hay que serlo hasta el final. Joder a las mujeres por el culo no es más que serlo a medias: es en el varón donde la naturaleza quiere que el hombre se sirva de esta fantasía; y es especialmente por el hombre por el que nos ha dado gusto. Es absurdo decir que tal manía ultraja a la naturaleza. ¿Puede ser, cuando es la que nos lo inspira? ¿Puede dictar lo que la degrada? No, Eugenia, no; se la sirve tan bien ahí como en otra parte, y quizá de forma más santa incluso. La propagación no es más que una tolerancia por su parte. ¿Cómo podría haber prescrito por ley un acto que la priva de los derechos de su omnipotencia, puesto que la propagación no es más que una secuela de sus primeras intenciones, y dado que, si nuestra especie fuera destruida totalmente, nuevas construcciones rehechas por su mano volverían a hacer surgir las intenciones primordiales cuya realización sería más halagadora aún para su orgullo y para su poder?

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Sabéis, Dolmancé, que mediante este sistema llegáis a probar incluso que la extinción total de la raza humana sólo sería un servicio hecho a la naturaleza?

DOLMANCÉ: ¿Quién lo duda, señora?

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Oh, santo cielo! Las guerras, las pestes, las hambres, los asesinatos, ¿no serían más que accidentes necesarios a las leyes de la naturaleza, y el hombre, agente o paciente de tales efectos, no sería por tanto más criminal en un caso de lo que sería víctima en el otro?

DOLMANCÉ: Víctima lo es, sin duda cuando se doblega bajo los golpes de la desgracia; pero criminal, nunca. Ya volveremos sobre todas estas cosas; mientras tanto, analicemos para la bella Eugenia el goce sodomita que constituye ahora el objeto de nuestra conversación. La postura más usada para la mujer, en este goce, es acostarse boca abajo, en el borde de la cama, con las nalgas bien separadas, la cabeza lo más bajo posible. El lascivo, tras haber disfrutado un instante con la perspectiva del bello culo que se le ofrece, tras haberlo palmoteado, palpado, a veces incluso latigado, pellizcado y mordido, humedece con su boca el lindo ojete que va a perforar, y prepara la introducción con la punta de su lengua; moja asimismo su aparato con saliva o con pomada y lo presenta suavemente al agujero que va a horadar; con una mano lo lleva, con la otra separa las nalgas de su goce; cuando siente su miembro penetrar, es preciso que empuje con ardor, teniendo mucho cuidado de no perder terreno; a veces la mujer sufre entonces, si es nueva y joven; pero sin miramiento alguno para con los dolores que pronto van a convertirse en placeres, el jodedor debe empujar con vivacidad su polla gradualmente, hasta que por fin haya alcanzado la meta, es decir, hasta que el pelo de su aparato frote exactamente los bordes del ano del objeto al que encula. Que prosiga entonces su camino con rapidez: todas las espinas están ya cogidas; sólo quedan las rosas. Para acabar de metamorfosear en placer los restos de dolor que su objeto aún experimenta, si es un joven muchacho que le coja la polla y se la menee; que acaricie el clítoris si es una muchacha; las titilaciones del placer que provoca cuando encoge prodigiosamente el ano de la paciente, redoblarán los placeres del agente que, colmado de gusto y de voluptuosidad, disparará pronto al fondo del culo de su goce un esperma tan abundante como espeso, que habrán provocado tan lúbricos detalles. Hay otros que no quieren que la paciente goce: es lo que explicaremos en seguida.

SRA. DE SAINT-ANGE: Permitid un momento que sea alumna a mi vez y que os pregunte, Dolmancé, en qué estado debe encontrarse, para complemento de los placeres del agente, el culo del paciente.

DOLMANCÉ: Lleno, por supuesto; es esencial que el objeto que sirve tenga entonces las mayores ganas de cagar, a fin de que la punta de la polla del jodedor, al alcanzar el mojón, se hunda en él y deposite más cálida y blandamente la leche que lo irrita y enardece.

SRA. DE SAINT-ANGE: Me temo que el paciente ha de conseguir así menos placer.

DOLMANCÉ: ¡Error! Ese goce es tal que resulta imposible que algo lo perjudique y que el objeto que lo sirve no se vea transportado al séptimo cielo al gozarlo. Ninguno vale tanto, ninguno puede satisfacer de este modo tan completo a los dos individuos que se le entregan, y es difícil que quienes lo hayan gustado vuelvan a probar otra cosa. Ésas son, Eugenia, las mejores formas de saborear el placer con un hombre sin correr los riesgos del embarazo; porque, estad bien segura de ello, se goza no sólo ofreciendo el culo a un hombre del modo que acabo de explicaros, sino también chupándolo, magreándolo, etc., y he conocido mujeres libertinas que ponían con frecuencia mayores encantos en estos episodios que en los goces reales. La imaginación es el aguijón de los placeres; en los de esta especie, lo regula todo, es el móvil de todo; ahora bien, ¿no se goza por ella? ¿No es de ella de la que proceden las voluptuosidades más excitantes?

SRA. DE SAINT-ANGE: De acuerdo, pero Eugenia debe tener cuidado; la imaginación sólo nos sirve cuando nuestro espíritu se halla totalmente liberado de prejuicios: uno solo basta para enfriarla. Esta caprichosa porción de nuestro espíritu es de un libertinaje que nada puede contener; su mayor triunfo, sus delicias más eminentes, consisten en romper todos los frenos que se le oponen; es enemiga de la regla, idólatra del desorden y de todo lo que lleva los colores del crimen; de ahí procede la singular respuesta que dio una mujer imaginativa que jodía fríamente con su marido: —¿Por qué tanto hielo?, le decía éste. —¡Vaya! Pues la verdad, le respondió aquella singular criatura, es que lo que me hacéis es completamente tonto.

EUGENIA: Me gusta hasta la locura esa respuesta... ¡Ay, querida, qué disposiciones siento en mí para conocer esos divinos impulsos de una imaginación desordenada! No imaginas, desde que estamos juntas..., sólo desde ese instante, no, no querida, no puedes figurarte todas las ideas voluptuosas que ha acariciado mi espíritu... ¡Ay, cómo comprendo ahora el mal!... ¡Cuánto lo desea mi corazón!

SRA. DE SAINT-ANGE: Que las atrocidades, los horrores, los crímenes más odiosos no te asombren ya, Eugenia: lo más sucio, lo más infame y lo más prohibido es lo que mejor excita la cabeza..., es siempre lo que nos hace descargar con mayores delicias.

EUGENIA: ¡A cuántos extravíos increíbles no habréis debido de entregaros uno y otra! ¡Cuánto me gustaría conocer los detalles!

DOLMANCÉ, besando y palpando a la joven: Bella Eugenia, antes preferiría cien veces veros experimentar cuanto yo quisiera hacer que contaros lo que he hecho.

EUGENIA: No sé si sería demasiado para mí prestarme a todo.

SRA. DE SAINT-ANGE: Yo no te lo aconsejaría, Eugenia.

EUGENIA: Bueno, le perdono a Dolmancé sus detalles; pero tú, mi buena amiga, dime, te lo ruego, qué es lo más extraordinario que has hecho en tu vida.

SRA. DE SAINT-ANGE: Me las he entendido yo sola con quince hombres: he sido jodida noventa veces en veinticuatro horas, tanto por delante como por detrás.

EUGENIA: Eso no son más que desenfrenos, proezas: apuesto a que has hecho cosas más singulares.

SRA. DE SAINT-ANGE: He estado en el burdel.

EUGENIA: ¿Qué quiere decir esa palabra?

DOLMANCÉ: Se llama así a las casas públicas donde, por un precio convenido, cualquier hombre encuentra jóvenes y hermosas muchachas dispuestas a satisfacer sus pasiones.

EUGENIA: ¿Y tú te has entregado allí, querida?

SRA. DE SAINT-ANGE: Sí, he estado allí de puta, he satisfecho durante una semana entera las fantasías de muchos viciosos, y he visto gustos muy singulares; por un principio igual de libertinaje, como la célebre emperatriz Teodora, mujer de Justiniano, los atrapé en las esquinas de las calles..., en los paseos públicos, y me jugué a la lotería el dinero ganado en esas prostituciones.

EUGENIA: Querida, conozco tu cabeza, has ido mucho más lejos todavía.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Es eso posible?

EUGENIA: ¡Oh! Sí, sí, y mira cómo lo imagino: ¿no me has dicho que las sensaciones morales más deliciosas nos venían de la imaginación?

SRA. DE SAINT-ANGE: Sí lo he dicho.

EUGENIA: Pues bien, dejando errar esa imaginación, dándole libertad para franquear los últimos límites que querrían prescribirle la religión, la decencia, la humanidad, la virtud, en fin, todos nuestros presuntos deberes, ¿no es cierto que sus extravíos serían prodigiosos?

SRA. DE SAINT-ANGE: Indudablemente.

EUGENIA: Ahora bien, ¿no ha de excitaros más gracias a la inmensidad de sus extravíos?

SRA. DE SAINT-ANGE: Nada más cierto.

EUGENIA: Si esto es así, cuanto más agitadas queramos estar, más desearemos conmovernos con violencia, más rienda suelta habrá que dar a nuestra imaginación en las cosas más inconcebibles; nuestro goce mejorará entonces en razón del camino que haya hecho la cabeza, y...

DOLMANCÉ, besando a Eugenia: ¡Deliciosa!

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Qué progresos ha hecho la bribona en tan poco tiempo! Pero ¿sabes, encanto, que se puede ir lejos por el camino que nos trazas?

EUGENIA: Así lo entiendo, y puesto que no me impongo ningún freno, ya ves adónde sospecho que se puede llegar.

SRA. DE SAINT-ANGE: A los crímenes, malvada, a los crímenes más negros y más horribles.

EUGENIA, en voz baja y entrecortada: Pero tú dices que no existen... y además, sólo es para calentarse la cabeza: no se hace nada.

DOLMANCÉ: ¡Es, sin embargo, tan dulce hacer lo que uno ha imaginado!

EUGENIA, ruborizándose: Pues bien, se hace... No pretenderéis convencerme, queridos preceptores, de que jamás habéis hecho lo que habéis imaginado...

SRA. DE SAINT-ANGE: A veces lo he hecho.

EUGENIA: ¡Ya llegamos!

DOLMANCÉ: ¡Qué cabeza!

EUGENIA, prosiguiendo: Lo que te pido es lo que has imaginado, y lo que has hecho tras haberlo imaginado.

SRA. DE SAINT-ANGE, balbuceando: Eugenia, algún día te contaré mi vida. Prosigamos nuestra instrucción..., porque me harías decir unas cosas...

EUGENIA: Vamos, ya veo que no me amas lo bastante para abrirme hasta ese punto tu alma; esperaré el plazo que me impones; prosigamos con nuestros detalles. Dime, querida, ¿quién fue el primer mortal al que hiciste dueño de tus primicias?

SRA. DE SAINT-ANGE: Mi hermano: me adoraba desde la infancia; desde nuestros años más tempranos nos habíamos divertido con frecuencia sin llegar al final; le había prometido entregarme a él cuando estuviera casada; mantuve mi palabra; felizmente, mi marido no había estropeado nada y él cogió todo. Seguimos dedicándonos a esta intriga, pero sin molestarnos el uno al otro; no por ella dejamos de sumergirnos menos, cada uno por nuestro lado, en los excesos más divinos del libertinaje; incluso nos ayudamos mutuamente: yo le procuro mujeres, y él me hace conocer hombres.

EUGENIA: ¡Delicioso apaño! Pero ¿no es el incesto un crimen?

DOLMANCÉ: ¿Podría considerarse así a las uniones más dulces de la naturaleza, a aquella que ésta nos prescribe y nos aconseja como la mejor? Razonad un momento, Eugenia: ¿cómo pudo la naturaleza humana, tras las grandes catástrofes que experimentó nuestro globo, reproducirse si no por el incesto? ¿No tenemos el ejemplo, y la prueba incluso, en los libros respetados por el cristianismo? Las familias de Adán y de Noé, ¿pudieron perpetuarse de otro modo que por este medio? Hojead y compulsad las costumbres del universo: por doquiera veréis el incesto autorizado, mirado como ley sabia y hecha para cimentar los lazos de la familia. Si el amor, en una palabra, nace del parecido, ¿dónde puede haberlo más perfecto que entre hermano y hermana, que entre padre e hija? Una política mal entendida, causada por el temor a permitir que ciertas familias se volvieran demasiado poderosas, prohibió el incesto en nuestras costumbres; pero no abusemos hasta el punto de tomar por ley de la naturaleza lo que no ha sido dictado más que por el interés y por ambición; sondeemos nuestros corazones: a ellos remito siempre a nuestros pedantes moralistas;

interroguemos a ese órgano sagrado, y reconoceremos que no hay nada más delicado que la unión carnal de las familias; cesemos de cegarnos sobre los sentimientos de un hermano por su hermana, de un padre por su hija. En vano uno y otro los disfrazan bajo el velo de una legítima ternura: el amor más violento es el único sentimiento que los inflama, el único que la naturaleza ha puesto en sus corazones. Doblemos, tripliquemos, por tanto, sin temer nada, esos deliciosos incestos, y estemos seguros de que, cuanto más cercano nos sea el objeto de nuestros deseos, más encantos tendremos para gozar.

Uno de mis amigos vive habitualmente con la hija que ha tenido de su propia madre; no hace ocho días desfloró a un muchacho de trece años, fruto de un comercio carnal con esa hija; dentro de algunos años, ese mismo joven se casará con su madre; son los deseos de mi amigo; reserva una suerte análoga a estos proyectos, y sus intenciones, según sé, son gozar también de los frutos que nacerán de ese himeneo; es joven y puede esperar. Ved, tierna Eugenia, con qué cantidad de incestos y de crímenes se habría mancillado este honrado amigo si hubiera algo de verdad en el prejuicio que nos hace admitir el mal en estas relaciones. En resumen, en todo esto parto siempre de un principio: si la naturaleza prohibiese los goces sodomitas, los goces incestuosos, las masturbaciones, etcétera, ¿permitiría que encontráramos en ellos tanto placer? Es imposible que pueda tolerar lo que realmente la ultraja.

EUGENIA: ¡Oh! Comprendo claramente, divinos preceptores míos, que según vuestros principios hay pocos crímenes sobre la tierra, y que podemos entregarnos en paz a todos nuestros deseos, por singulares que puedan parecer a los tontos que, ofendiéndose y alarmándose por todo, toman imbécilmente las instituciones sociales por leyes divinas de la naturaleza. Pero, sin embargo, amigos míos, ¿no admitís al menos que existan ciertas acciones absolutamente escandalosas y decididamente criminales, aunque estén dictadas por la naturaleza? Estoy de acuerdo con vosotros en que esta naturaleza, tan singular en las producciones que ha creado como variada en las inclinaciones que nos da, nos lleva con frecuencia a hechos crueles; pero si, entregados a estas depravaciones, cediésemos a las inspiraciones de esa extravagante naturaleza hasta el punto de atentar, es una suposición, contra la vida de nuestros semejantes, me concederéis, eso espero al menos, que tal acción sería un crimen.

DOLMANCÉ: Eugenia, ni con mucho podemos concederos tal cosa. Siendo la destrucción una de las primeras leyes de la naturaleza, nada de lo que destruye podría ser un crimen. ¿Cómo podría ultrajarla una acción que sirve tan bien a la naturaleza? Esa destrucción, de la que el hombre se vanagloria, no es por otra parte sino una quimera; el asesinato no es una destrucción, quien lo comete no hace más que variar las formas; da a la naturaleza los elementos de que ésta, con su hábil mano, se sirve para recompensar al punto a otros seres; y como las creaciones no pueden ser más que goce para quien se entrega a ellas, el asesino le prepara, por tanto, uno a la naturaleza; le proporciona materiales que ella utiliza inmediatamente, y la acción que los tontos locamente censuran no es más que un mérito a los ojos de este agente universal. Es a nuestro orgullo al que se le ocurre erigir el asesinato en crimen. Estimándonos las primeras criaturas del universo, hemos imaginado tontamente que toda lesión que sufra esta sublime criatura debería ser por necesidad un crimen enorme; hemos creído que la naturaleza perecería si nuestra maravillosa especie llegara a aniquilarse en este globo, mientras que la total destrucción de la especie, devolviendo a la naturaleza la facultad creadora que ella nos cede, le daría de nuevo una energía de la que nosotros la privamos al propagarnos; ¡pero qué inconsecuencia, Eugenia! ¡Pues qué! Un soberano ambicioso podrá destruir a su capricho y sin el menor escrúpulo a los enemigos que obstaculizan sus proyectos de grandeza; leyes crueles, arbitrarias, imperiosas, podrán incluso asesinar cada siglo millones de individuos... y nosotros, débiles y desgraciadas criaturas, ¿no podremos sacrificar un solo ser a nuestras venganzas o a nuestros caprichos? ¿Hay algo tan bárbaro, tan ridículamente extraño? ¿Y no debemos nosotros, bajo el velo del más profundo misterio, vengarnos ampliamente de semejante inepcia?

EUGENIA: Desde luego... ¡Oh! ¡Cuán seductora es vuestra moral, y cómo me gusta!... Pero, decidme en conciencia, Dolmancé, ¿nunca os habéis satisfecho en ese punto?

DOLMANCÉ: No me forcéis a revelaros mis faltas: su número y su especie me obligarían a ruborizarme demasiado. Quizás un día os las confiese.

SRA. DE SAINT-ANGE: Dirigiendo la espada de las leyes, el malvado se ha servido muchas veces de ella para satisfacer sus pasiones.

DOLMANCÉ: ¡Ojalá no tuviera otros reproches que hacerme!

SRA. DE SAINT-ANGE, saltando a su cuello: ¡Hombre divino!... ¡Os adoro!... ¡Qué espíritu y qué valor hay que tener para haber gustado como vos todos los placeres! Sólo al hombre de genio le está reservado el honor de romper todos los frenos de la ignorancia y de la estupidez. ¡Besadme, sois encantador!

DOLMANCÉ: Sed franca, Eugenia, ¿no habéis deseado nunca la muerte a nadie?

EUGENIA: ¡Oh!, sí, sí, y ante mis ojos he tenido cada día una abominable criatura a la que desde hace mucho tiempo quisiera ver en la tumba.

SRA. DE SAINT-ANGE: Apuesto a que adivino quién es.

EUGENIA: ¿De quién sospechas?

SRA. DE SAINT-ANGE: De tu madre.

EUGENIA: ¡Ah! ¡Deja que oculte mi rubor en tu seno!

DOLMANCÉ: ¡Voluptuosa criatura! ¡Quiero a mi vez abrumarte a caricias que han de ser el premio a la energía de tu corazón y de tu deliciosa cabeza! (Dolmancé la besa en todo el cuerpo, y le da ligeras palmadas en las nalgas; se le pone tiesa; la Sra. de Saint-Ange empuña y menea su polla; las manos de Dolmancé se pierden también de vez en cuando por el trasero de la Sra. de Saint-Ange, que se lo presta con lubricidad; algo repuesto, Dolmancé continúa.) Pero, ¿por qué no habríamos de poner en práctica esa idea sublime?

SRA. DE SAINT-ANGE: Eugenia, yo detesté a mi madre tanto como tú odias a la tuya, y no dudé. EUGENIA: Me han faltado medios.

SRA. DE SAINT-ANGE: Di mejor el valor.

EUGENIA: ¡Ay! ¡Tan joven todavía!

DOLMANCÉ: Pero ahora, Eugenia, ¿ahora qué haríais?

EUGENIA: Todo... ¡Que me den los medios... y entonces se verá!

DOLMANCÉ: Los tendréis, Eugenia, os lo prometo; pero pongo una condición.

EUGENIA: ¿Cuál? O mejor, ¿cuál es la que no estoy dispuesta a aceptar?

DOLMANCÉ: Ven, perversa, ven a mis brazos; no puedo aguantar más; es preciso que tu encantador trasero sea el precio del don que te prometo, es preciso que un crimen pague el otro. ¡Ven!... ¡O mejor, venid ambas a apagar con oleadas de leche el fuego divino que nos inflama!

SRA. DE SAINT-ANGE: Pongamos, si os place, un poco de orden en estas orgías: es preciso hacerlo hasta en el seno del delirio y de la infamia.

DOLMANCÉ: Nada más sencillo: el objetivo principal, en mi opinión, es que yo me corra dando a esta encantadora muchachita el mayor placer que pueda. Voy a meterle mi polla en el culo mientras, doblada en vuestros brazos, la magreáis como mejor sepáis; en la postura en que os coloco, ella podrá devolvéroslo: os besaréis la una a la otra. Y tras algunas correrías en el culo de esta criatura, variaremos el cuadro. Yo os encularé, señora; Eugenia, encima de vos, con vuestra cabeza entre sus piernas, me dará a chupar su clítoris: de este modo le haré perder leche por segunda vez. Luego, yo me volveré a colocar en su ano; vos me ofreceréis vuestro culo en lugar del coño que ella me ofrecía, es decir, que pondréis, como ella acabará de hacerlo, su cabeza entre vuestras piernas; yo chuparé el ojete de vuestro culo de la misma forma que habré chupado el coño; vos descargaréis, yo haré otro tanto mientras mi mano, abrazando el lindo cuerpecito de esta encantadora novicia, irá a cosquillearle el clítoris para hacerla correrse también.

SRA. DE SAINT-ANGE: Bien, mi querido Dolmancé, pero os faltará algo.

DOLMANCÉ: ¿Una polla en el culo? Tenéis razón, señora.

SRA. DE SAINT-ANGE: Dejémoslo por esta mañana; la tendremos por la tarde: mi hermano vendrá a ayudarnos, y nuestros placeres quedarán colmados. Pongamos manos a la obra.

DOLMANCÉ: Quisiera que Eugenia me la menease un momento. (Ella lo hace.) Sí, así es..., un poco más rápido, amor mío..., mantened siempre bien desnuda esa cabeza bermeja, no la recubráis nunca... Cuanto más tenso pongáis el frenillo, mejor es la erección... nunca hay que cubrir la polla que se está meneando... ¡Bien!... De este modo, vos misma preparáis el estado del miembro que va a perforaros... ¿Veis cómo se decide?... ¡Dadme vuestra lengua, bribonzuela!... ¡Que vuestras nalgas se posen sobre mi mano derecha, mientras mi mano izquierda os cosquillea el clítoris!

SRA. DE SAINT-ANGE: Eugenia, ¿quieres hacerle gustar el mayor de los placeres?

EUGENIA: Por supuesto..., quiero hacer cualquier cosa para procurárselo.

SRA. DE SAINT-ANGE: Pues bien, métete su polla en la boca y chúpala unos instantes.

EUGENIA, lo hace: ¿Es así?

DOLMANCÉ: ¡Ah, qué boca tan deliciosa! ¡Qué calor!... ¡Vale para mí tanto como el más hermoso de los culos!... Mujeres voluptuosas y hábiles, no neguéis nunca este placer a vuestros amantes; los encadenará a vosotras para siempre... ¡Ah, santo Dios, rediós!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Cómo blasfemas, amigo mío!

DOLMANCÉ: Dadme vuestro culo, señora... Sí, dádmelo que lo bese mientras me chupan, y no os asombréis de mis blasfemias: uno de mis mayores placeres es jurar cuando estoy empalmado. Me parece que mi espíritu, mil veces más exaltado entonces, aborrece y desprecia mucho mejor esa repugnante quimera; quisiera encontrar una forma de denostarlo o de ultrajarlo más; y cuando mis malditas reflexiones me llevan a la convicción de la nulidad de ese repugnante objeto de mi odio, me excito, y querría poder reconstruir al punto el fantasma para que mi rabia se dirigiera al menos contra algo. Imitadme, mujer encantadora, y veréis cómo tales palabras acrecientan de modo infalible vuestros sentidos. Pero ¡rediós!... veo que, por más placer que sienta, debo retirarme inmediatamente de esa boca divina, ¡dejaré ahí mi leche!... Vamos, Eugenia, colocaos; ejecutemos el cuadro que he trazado, y sumerjámonos los tres en la ebriedad más voluptuosa. (Adoptan la postura.)

EUGENIA: ¡Cuánto temo, querido, la impotencia de vuestros esfuerzos! La desproporción es demasiado grande.

DOLMANCÉ: Sodomizo todos los días a gente más joven; ayer incluso, un niño de siete años fue desflorado por esta polla en menos de tres minutos... ¡Valor, Eugenia, valor!...

EUGENIA: ¡Ay! ¡Me desgarráis!

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Tened cuidado, Dolmancé; pensad que yo respondo de ella!

DOLMANCÉ: Magreadla bien, señora, sentirá menos el dolor; además, ya está todo dicho: la he metido hasta el pelo.

EUGENIA: ¡Oh, cielos! No ha sido sin esfuerzo... Mira el sudor que cubre mi frente, querida... ¡Ay! ¡Dios! ¡Jamás experimenté dolores tan vivos!...

SRA. DE SAINT-ANGE: Ya estás desflorada a medias, ya has ingresado en el rango de las mujeres; bien puede comprarse esa gloria a cambio de un poco de dolor; además, ¿no te alivian un poco mis dedos?

EUGENIA: ¿Podría resistir sin ellos? Hazme cosquillas, ángel mío... Siento que imperceptiblemente el dolor se metamorfosea en placer... ¡Empujad!... ¡Empujad!... ¡Dolmancé..., me muero!...

DOLMANCÉ: ¡Ay! ¡Santo Dios! ¡Rediós! ¡Recontradiós! Cambiemos, o no aguantaré más... Vuestro trasero, señora, por favor, y colocaos inmediatamente como os he dicho. (Se colocan, y Dolmancé continúa.) Aquí me cuesta menos... ¡Cómo entra mi polla!... Pero este bello culo no es menos delicioso, señora.

EUGENIA: ¿Estoy bien así, Dolmancé?

DOLMANCÉ: ¡De maravilla! Este lindo coñito virgen se ofrece deliciosamente a mí. Soy un culpable, un infractor, lo sé; estos atractivos no están hechos para mis ojos; pero el deseo de dar a esta niña las primeras lecciones de la voluptuosidad es mayor que cualquier otra consideración. Quiero hacer correr su leche..., quiero agotarla si es posible... (la lame.)

EUGENIA: ¡Ay! ¡Me hacéis morir de placer, no puedo resistirlo!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ya me voy! ¡Ay! ¡Jode!... ¡Jode!... ¡Dolmancé, me corro!...

EUGENIA: ¡Yo hago lo mismo, querida! ¡Ay, Dios mío, cómo me chupa!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Jura entonces, putilla, jura!...

EUGENIA: Bien, ¡rediós! ¡Descargo!... ¡Estoy en la más dulce de las embriagueces!...

DOLMANCÉ: ¡A tu sitio!... ¡A tu sitio, Eugenia!... Seré víctima de todos estos cambios de mano. (Eugenia se coloca.) ¡Ah, bien! Ya estoy en mi primera guarida..., mostradme el agujero de vuestro culo, quiero lamerlo a mi gusto... ¡Cuánto me gusta besar un culo que acabo de joder!... ¡Ay! Dejadme que os lo chupe bien mientras lanzo mi esperma al fondo del coño de vuestra amiga... ¿Podríais creerlo, señora? Esta vez ha entrado sin esfuerzo... ¡Ay! ¡Joder, joder! No imagináis cómo lo aprieta, cómo lo comprime... ¡Jodido santo dios, qué placer siento!... ¡Ay, ya está, no aguanto más..., mi leche corre... y me muero!...

EUGENIA: También él me hace morir a mí, querida, te lo juro...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡La muy bribona! ¡Qué pronto se acostumbrará!

DOLMANCÉ: Conozco una infinidad de jovencitas de su edad a las que nada en el mundo podría convencer para gozar de otro modo; sólo cuesta la primera vez; una mujer sólo tiene que probar de esta manera para que no quiera hacer otra cosa... ¡Oh, cielos! Estoy agotado; dejadme que recupere el aliento al menos un instante.

SRA. DE SAINT-ANGE: Así son los hombres, querida, apenas nos miran cuando sus deseos quedan satisfechos; este aniquilamiento los lleva a la desgana, y la desgana pronto al desprecio.

DOLMANCÉ, fríamente: ¡Ah, qué injuria, divina belleza! (Abraza a ambas.) Sólo estáis hechas para los homenajes, cualquiera que sea el estado en que uno se encuentre.

SRA. DE SAINT-ANGE: Pero consuélate, Eugenia mía: si adquieren el derecho a despreocuparse de nosotras porque están satisfechos, también nosotras tenemos el de despreciarlos cuando su proceder nos fuerza a ello. Si Tiberio sacrificaba a Caprea los objetos que acababan de servir a sus pasiones, también Zingua, reina de África, inmolaba a sus amantes.

DOLMANCÉ: Estos excesos, perfectamente sencillos y de sobra conocidos por mí, desde luego, nunca deben realizarse, sin embargo, entre nosotros. «Jamás entre sí se comen los lobos», dice el proverbio, y por trivial que sea es exacto. No temáis nada de mí, amigas mías: quizá pudiera haceros mucho mal, pero nunca os lo haré.

EUGENIA: ¡Oh! No, no, querida, me atrevo a responder de ello: Dolmancé nunca abusará de los derechos que sobre nosotras le demos; creo que tiene la probidad de los viciosos: es la mejor; pero volvamos a nuestro preceptor a sus principios y retornemos, os lo suplico, al gran designio que nos inflamaba antes de que nos excitásemos.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Cómo! ¡Bribona, todavía piensas en ello! Había creído que la historia nacía sólo de la efervescencia de tu cabeza.

EUGENIA: Es el impulso más nítido de mi corazón, y no quedaré contenta hasta la consumación de ese crimen.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Oh! Bueno, bueno, perdónala; piensa que es tu madre.

EUGENIA: ¡Bonito título!

DOLMANCÉ: Tienes razón: esa madre ¿ha pensado en Eugenia al traerla al mundo? La muy tunanta se dejaba follar porque sentía placer, pero estaba muy lejos de pensar en esta hija. Que actúe como quiera a ese respecto; dejémosla en total libertad y contentémonos con asegurarle que, sea el exceso que fuere al que llegue en este caso, jamás se hará culpable de ningún mal.

EUGENIA: La aborrezco, la detesto, mil razones legitiman mi odio; es preciso que obtenga su vida al precio que sea.

DOLMANCÉ: Pues bien, puesto que tus resoluciones son inquebrantables, quedarás satisfecha, Eugenia, te lo juro; pero permíteme algunos consejos que, antes de actuar, se convierten en lo más necesario para ti. Que jamás se te escape tu secreto, y, sobre todo, actúa sola: nada tan peligroso como los cómplices; desconfiemos siempre de aquellos mismos que creemos que nos son los más adictos. Nunca, decía Maquiavelo, hay que tener cómplices, o hay que deshacerse de ellos en cuanto nos han servido. Y esto no es todo: resulta indispensable, Eugenia, fingir para los proyectos que máquinas. Acércate más que nunca a tu víctima antes de inmolarla; finge agradarla o consolarla; mímala, comparte sus penas, júrale que la adoras; haz más aún, convéncela: en tales casos, nunca podrá llevarse demasiado lejos la falsedad. Nerón acariciaba a Agripina en la barca misma que debía engullirla: imita este ejemplo, usa toda la trapacería, todas las imposturas que pueda sugerirte tu espíritu. Si la mentira es siempre necesaria a las mujeres, cuando quieren engañar es cuando se vuelve más indispensable.

EUGENIA: Estas lecciones serán retenidas y puestas en práctica sin duda; pero profundicemos, por favor, en esa falsedad que aconsejáis usar a las mujeres; ¿consideráis absolutamente esencial en el mundo tal manera de ser?

DOLMANCÉ: Indudablemente no conozco otra más necesaria en la vida; una verdad cierta va a probaros su indispensabilidad; todo el mundo la emplea; tras esto, yo os pregunto: ¿cómo no ha de fracasar siempre un individuo sincero en medio de una sociedad de gentes falsas? Ahora bien, si es verdad, como pretenden, que las virtudes son de alguna utilidad en la vida civil, ¿cómo queréis que aquel a quien ni la voluntad, ni el poder, ni el don de ninguna virtud, cosa que le ocurre a muchas personas, cómo queréis, repito, que tal ser no esté esencialmente obligado a fingir para obtener a su vez un poco de la porción de felicidad que sus competidores le arrebatan? Y, en la práctica, ¿no es desde luego la virtud, o su apariencia, lo que se vuelve realmente necesario al hombre social? No dudemos que la apariencia sola le basta: poseyéndola, tiene todo lo necesario. Puesto que en sociedad los hombres no hacen más que rozarse, ¿no ha de bastarles con mostrarnos la corteza? Convenzámonos, además, de que la práctica de las virtudes apenas es útil a quien la posee: los demás sacan tan poco de ella que, con tal que quien haya de vivir con nosotros parezca virtuoso, nos da igual que lo sea en realidad o no. Por otra parte, la falsedad es casi siempre un medio seguro de triunfar: quien la posee adquiere necesariamente una especie de prioridad sobre quien comercia o tiene tratos con él: deslumbrándole con falsas apariencias, lo convence: desde ese momento triunfa. Si me doy cuenta de que me han engañado, sólo me culpo a mí, y mi engañador triunfará, sobre todo, porque yo, por orgullo, no habré de quejarme; su ascendiente sobre mí será siempre notable; tendrá razón cuando yo esté equivocado; progresará, mientras que yo no seré nada; él se enriquecerá mientras que yo me arruinaré; siempre, en fin, por encima de mí, cautivará pronto a la opinión pública; una vez logrado, por más que lo inculpe, ni siquiera me escucharán. Entreguémonos por tanto audazmente y sin cesar a la más insigne falsedad; mirémosla como la llave de todas las gracias, de todos los favores, de todas las reputaciones, de todas las riquezas, y calmemos cumplidamente el pequeño pesar de haber cometido engaños con el excitante placer de ser bribones.

SRA. DE SAINT-ANGE: Pienso que esto es infinitamente más de lo que requiere esta materia. Una vez convencida, Eugenia debe estar tranquila y animada: que actúe cuando quiera. Pienso que es preciso seguir ahora nuestras disertaciones sobre los diferentes caprichos de los hombres en el libertinaje; este campo ha de ser vasto, recorrámoslo; acabamos de iniciar a nuestra alumna en algunos misterios de la práctica, no descuidemos la teoría.

DOLMANCÉ: Los detalles libertinos de las pasiones del hombre son, señora, poco susceptibles de motivos de instrucción para una joven que, como Eugenia sobre todo, no está destinada al oficio de mujer pública; se casará y, en tal hipótesis, apuesto diez contra uno a que su marido no tendrá estos gustos; si así fuera, no obstante, su conducta es fácil: mucha dulzura y complacencia con él por un lado; por otro, mucha falsedad y compensaciones secretas: estas pocas palabras lo encierran todo. Si, no obstante, vuestra Eugenia desea algunos análisis de los gustos del libertinaje, para examinarlos más someramente, los reduciremos a tres: la sodomía, las fantasías sacrílegas y los gustos crueles. La primera pasión es hoy universal. Sumemos algunas reflexiones a lo que ya hemos dicho. Se divide en dos clases: la activa y la pasiva: el hombre que encula, bien a un muchacho, bien a una mujer, comete sodomía activa; es sodomita pasivo cuando se hace joder. Con frecuencia se ha puesto en tela de juicio cuál de estas dos formas de cometer sodomía era más voluptuosa: con toda seguridad lo es la pasiva, puesto que se goza a la vez de la sensación de delante y de la de atrás; es tan dulce cambiar de sexo, tan delicioso imitar a la puta, entregarse a un hombre que nos trata como a una mujer, llamar a ese hombre amante, confesarse su querida. ¡Ay, amigas mías, qué voluptuosidad! Pero, Eugenia, limitémonos aquí a algunos consejos de detalle, sólo relativos a las mujeres que, metamorfoseándose en hombres, quieren gozar, siguiendo nuestro ejemplo, de este delicioso placer. Acabo de familiarizaros con esos ataques, Eugenia, y he visto suficiente para estar convencido de que, algún día, haréis progresos en esta carrera. Os exhorto a recorrerla como una de las más deliciosas de la isla de Citerea, perfectamente convencido de que cumpliréis el consejo. Voy a limitarme a dos o tres avisos esenciales para cualquier persona decidida a conocer sólo este género de placeres, o los que le son análogos. En primer lugar, debéis haceros masturbar siempre el clítoris cuando os sodomicen: nada casa mejor que esos dos placeres; evitad el bidé o el roce de telas cuando acabáis de ser jodida de esa forma: conviene que la brecha esté siempre abierta: de ello se derivan deseos y titilaciones que pronto apagan los cuidados de la limpieza; no se tiene idea de hasta qué punto se prolongan las sensaciones. Así, cuando estéis en trance de gozar de esa manera, Eugenia, evitad los ácidos: inflaman las hemorroides y vuelven las introducciones dolorosas; oponeos a que varios hombres os decarguen sucesivamente en el culo: esa mezcla de esperma, aunque voluptuosa para la imaginación, es con frecuencia peligrosa para la salud; echad siempre fuera las distintas emisiones a medida que se produzcan.

EUGENIA: Pero ¿no sería un crimen si fueran hechas por delante?

SRA. DE SAINT-ANGE: No imagines, pobre loca, que hay el menor mal en prestarse, de la manera que sea, a desviar del principal camino la semilla del hombre, porque la propagación no es en modo alguno el objetivo de la naturaleza: sólo es una tolerancia; y cuando no la aprovechamos, sus intenciones quedan cumplidas mejor. Eugenia, sé enemiga jurada de esa fastidiosa propagación, y desvía sin cesar, incluso en el matrimonio, ese pérfido licor cuya vegetación sólo sirve para estropearnos nuestros talles, para debilitar en nosotras las sensaciones voluptuosas, para marchitarnos, para envejecernos y para perturbar nuestra salud; obliga a tu marido a acostumbrarse a tales pérdidas; ofrécele todas las rutas que puedan alejar el homenaje del templo; dile que detestas los hijos, que le suplicas no hacértelos. Cumple este artículo, querida, porque, te lo aseguro, siento por la propagación un horror tal que dejaría de ser tu amiga en el instante mismo en que estuvieras encinta. Y si esta desgracia te ocurre sin que tú tengas culpa, avísame en las siete u ocho primeras semanas, y te haré echarlo suavemente. No temas el infanticidio; ese crimen es imaginario; nosotras somos siempre dueñas de lo que llevamos en nuestro seno, y no hacemos peor destruyendo esa especie de materia que purgando la otra mediante medicamentos cuando sentimos necesidad de ello.

EUGENIA: ¿Y si el niño estuviera ya hecho?

SRA. DE SAINT-ANGE: Aunque estuviera en el mundo siempre seguiríamos siendo dueñas de destruirlo. No hay sobre la tierra derecho más cierto que el de las madres sobre sus hijos. No hay ningún pueblo que no haya reconocido esa verdad: está basada en la razón, en los principios.

DOLMANCÉ: Tal derecho está en la naturaleza... es indiscutible. La extravagancia del sistema deifico fue la fuente de todos estos groseros errores. Los imbéciles que creían en Dios, convencidos de que nosotros sólo recibíamos la existencia de él, y de que tan pronto como un embrión se hallaba maduro una pequeña alma, emanada de Dios, venía a animarla al punto, esos imbéciles, digo, debieron con toda certeza considerar como un crimen capital la destrucción de esa pequeña criatura porque, según ellos, no pertenecía ya a los hombres. Era obra de Dios: era de Dios; ¿se podía disponer de ella sin pecar? Pero desde que la antorcha de la filosofía ha disipado todas esas imposturas, desde que la quimera divina ha sido pisoteada, desde que, mejor instruidos en las leyes y en los secretos de la física, hemos desarrollado el principio de la generación, y, desde que ese mecanismo artificial no ofrece a los ojos nada más sorprendente que la vegetación del grano de trigo, hemos apelado a la naturaleza contra el error de los hombres. Ampliando la extensión de nuestros derechos, por fin hemos llegado a reconocer que éramos perfectamente libres de volver a tomar lo que sólo de mala gana y por azar habíamos entregado, y que es imposible exigir de un individuo cualquiera que se convierta en padre o en madre si no lo desea; que una criatura de más o de menos sobre la tierra no tenía mayores consecuencias, y que, en resumen, éramos tan palmariamente dueños de ese trozo de carne, por animado que estuviese, como lo somos de las uñas que cortamos de nuestros dedos, de las excrecencias de carne que extirpamos de nuestro cuerpo, o de las digestiones que suprimimos de nuestras entrañas, porque todo ello es de nosotros, porque todo ello está en nosotros, y porque somos absolutamente dueños de lo que de nosotros emana. Cuando desarrollaba para vos, Eugenia, la muy escasa importancia que la acción del asesinato tenía en la tierra, habréis podido apreciar la pequeña secuela que debe de tener asimismo cuanto atañe al infanticidio, cometido incluso sobre una criatura en la edad de razón; es por tanto inútil volver sobre ello: la excelencia de vuestro ingenio aumentará mis pruebas. La lectura de la historia de las costumbres de todos los pueblos de la tierra, haciéndonos ver que este uso es universal, acabará por convenceros de que sólo sería una imbecilidad admitir como tal esta acción totalmente indiferente.

EUGENIA, primero a Dolmancé: No puedo deciros hasta qué punto me convencéis. (Dirigiéndose luego a la Sra. de Saint-Ange.) Pero dime, querida, ¿has empleado alguna vez el remedio que me ofreces para destruir interiormente el feto?

SRA. DE SAINT-ANGE: En dos ocasiones, y siempre con el mayor éxito; pero debo confesarte que sólo he hecho la prueba en los primeros días; no obstante, dos mujeres que conozco han empleado este mismo remedio en la mitad del embarazo, y me han asegurado que habían obtenido buenos resultados. Cuenta, por tanto, conmigo si te ocurre, querida, pero te exhorto a no ponerte nunca en el caso de necesitarlo: es más seguro. Prosigamos ahora la serie de detalles lúbricos que hemos prometido a esta joven. Continuad, Dolmancé, estamos en las fantasías sacrílegas.

DOLMANCÉ: Supongo que Eugenia está demasiado de vuelta de los errores religiosos para no hallarse íntimamente convencida de que cuanto implica burlarse de los objetos de la piedad de los tontos, apenas tiene alguna clase de consecuencia. Estas fantasías tienen tan pocas que, en la práctica, no deben calentar más que a cabezas muy jóvenes, para quienes toda ruptura de cualquier freno se convierte en goce; es una especie de pequeña venganza que enardece la imaginación y que, sin duda, puede divertir durante unos instantes; pero tales voluptuosidades han de volverse, en mi opinión, insípidas y frías, cuando uno ha tenido tiempo de instruirse y convencerse de la nulidad de objetos que no son sino pobre representación de los ídolos que nosotros escarnecemos. Profanar las reliquias, las imágenes de los santos, la hostia, el crucifijo, todo eso no debe suponer, a ojos del filósofo, más de lo que supondría la degradación de una estatua profana. Una vez que se ha condenado al desprecio tan execrables fruslerías, hay que olvidarlas sin preocuparse más por ellas; de todo ello sólo hay que conservar la blasfemia, no porque en ella haya más realidad, dado que, desde el momento en que no hay Dios, ¿de qué sirve insultar su nombre? Sino porque es esencial pronunciar palabras fuertes o sucias en la embriaguez del placer, y porque las de la blasfemia van bien a la imaginación. No hay que ahorrar nada: hay que adornar esas palabras con el mayor lujo de expresiones; es preciso que escandalicen lo más posible; porque es muy dulce escandalizar: hay en ello, para el orgullo, un pequeño triunfo de ningún modo desdeñable; os lo confieso, señoras mías, es una de mis voluptuosidades secretas: pocos placeres morales hay más activos sobre mi imaginación. Probadlo, Eugenia, y veréis cuáles son sus resultados. Haced gala, sobre todo, de una prodigiosa impiedad cuando os encontréis con personas de vuestra edad que vegetan aún en las tinieblas de la superstición; haced alarde de desenfreno y de libertinaje; fingid que hacéis de puta, dejando ver vuestro pecho; si vais con ellas a lugares secretos, remangaos los vestidos con indecencia; dejadles ver con afectación las partes más secretas de vuestro cuerpo; exigid lo mismo de ellas; seducidlas, sermoneadlas, demostradles lo ridículo de sus prejuicios; hacedles sentirse lo que se dice mal; jurad como un hombre con ellas; si son más jóvenes que vos, tomadlas por la fuerza, divertíos y corrompedlas mediante ejemplos, mediante consejos, mediante todo aquello que os parezca idóneo para pervertirlas; sed asimismo extremadamente libre con los hombres; haced alarde con ellos de irreligión y de impudor: lejos de asustaros por las libertades que tomen, concededles misteriosamente cuanto pueda divertirles sin comprometeros; dejaos magrear por ellos, meneádsela, que os masturben; llegad incluso a poner el culo; pero, puesto que el honor quimérico de las mujeres afecta a las primicias anteriores, haceos más difícil en ellas; una vez casada, tomad criados, nada de amantes, o pagad a algunas personas seguras; desde ese momento todo queda a cubierto; nada podrá dañar vuestra reputación, y sin que se haya podido sospechar nunca de vos, habréis encontrado el arte de hacer cuanto os plazca. Prosigamos: Son los placeres de la crueldad los que hemos prometido analizar en tercer lugar. Esa clase de placeres es hoy muy común entre los hombres, y éste es el argumento de que se sirven para legitimarla: queremos que nos conmuevan, dicen, ése es el objetivo de todo hombre que se entrega a la voluptuosidad, y queremos serlo por los medios más activos. Partiendo de este punto, no se trata de saber si nuestros procedimientos agradarán o desagradarán al objeto que nos sirve, se trata sólo de hacer estremecerse la masa de nuestros nervios mediante el choque más violento posible; ahora bien, si no puede ponerse en duda que el dolor afecta con más viveza que el placer, los choques sobre nosotros de esa sensación producida en otros tendrán esencialmente una vibración más vigorosa, resonarán con más energía en nosotros, pondrán en circulación más violenta los espíritus animales que, al ser determinados en las regiones bajas por el movimiento de retrogradación que les es esencial, abrasarán de inmediato los órganos de la voluptuosidad y los dispondrán para el placer. Los efectos del placer son siempre falaces en las mujeres: es además muy difícil que un hombre viejo y feo los produzca. ¿Y si lo consiguen? En tal caso son débiles, y los choques mucho menos nerviosos. Por tanto hay que preferir el dolor, cuyos efectos no pueden engañar y cuyas vibraciones son más activas. Pero —objetan a los hombres encaprichados con esta manía—, ese dolor aflige al prójimo; ¿es caritativo hacer daño a los demás para deleitarse uno mismo? Los tunantes os responderán que, acostumbrados como están en el acto del placer a creerse ellos todo y a no creer nada en los demás, están convencidos de que es muy fácil, según los impulsos de la naturaleza, preferir lo que sienten a lo que no sienten de ningún modo. ¿Qué nos importan, se atreven a decir, dolores ocasionales en el prójimo? ¿Los sentimos nosotros? No, al contrario; acabamos de demostrar que producirlos nos depara una sensación deliciosa. ¿Por qué motivo habríamos de tener consideración con un individuo que no nos afecta para nada? ¿Con qué motivo hemos de evitarle nosotros un dolor que nunca nos arrancará una lágrima, cuando es seguro que de ese dolor ha de nacer un gran placer para nosotros? ¿Hemos experimentado alguna vez un solo impulso de la naturaleza que nos aconseje preferir los demás a nosotros, y no debe cada uno mirar para sí mismo en el mundo? Nos habláis de una voz quimérica de esa naturaleza, que nos dice que no ha de hacerse a los demás lo que no quisiéramos que nos hicieran a nosotros; pero ese absurdo consejo sólo nos ha venido de hombres, y de hombres débiles. Al hombre fuerte no se le ocurrirá nunca emplear ese lenguaje. Fueron los primeros cristianos los que, perseguidos diariamente por su estúpido sistema, gritaban a quien quería oírlos: «¡No nos queméis, no nos desolléis! La naturaleza dice que no hay que hacer a los otros lo que no quisiéramos que nos hicieran a nosotros.» ¡Imbéciles! ¿Cómo la naturaleza, que siempre nos aconseja deleitarnos, que nunca imprime en nosotros otros impulsos ni otras inspiraciones, podría al momento siguiente, por una incoherencia sin ejemplo, asegurarnos que no hemos de pensar en deleitarnos si eso puede causar dolor a los demás? ¡Ah! Hagámosla caso, hagámosla caso, Eugenia; la naturaleza, nuestra madre común, sólo nos habla de nosotros; no hay nada tan egoísta como su voz, y lo que vemos más claro en ella es el inmutable y santo consejo que nos da de deleitarnos, sin importar a expensas de quién. Pero los demás —responden ellos a esto— pueden vengarse... En buena hora, sólo el más fuerte tendrá razón... Pues bien, así estamos en el estado primitivo de guerra y de destrucción perpetua para el que su mano nos creó, y en el que sólo le conviene que estemos.

Así es, mi querida Eugenia, como razonan esas gentes, y yo añado, tras mi experiencia y mis estudios, que la crueldad, lejos de ser un vicio, es el primer sentimiento que imprime en nosotros la naturaleza. El niño rompe su sonajero, muerde la teta de su nodriza, estrangula su pájaro mucho antes de entrar en la edad de la razón. La crueldad está impresa en los animales, en los que, como creo haber dicho, las leyes de la naturaleza se leen más enérgicamente que en nosotros; y está en los salvajes, más próximos a la naturaleza que el hombre civilizado; sería por tanto absurdo concluir que es una secuela de la depravación. Tal sistema es falso, lo repito. La crueldad está en la naturaleza; todos nosotros nacemos con una dosis de crueldad que sólo la educación modifica; pero la educación no está en la naturaleza, perjudica a los efectos sagrados de la naturaleza tanto como el cultivo perjudica a los árboles. Comparad en vuestros vergeles el árbol abandonado a los cuidados de la naturaleza, con ese otro que vuestro arte cuida dominándolo, y veréis cuál es más bello, cuál os da mejores frutos. La crueldad no es otra cosa que la energía del hombre que la civilización no ha corrompido todavía: es por tanto una virtud y un vicio. Eliminad vuestras leyes, vuestros castigos, vuestras costumbres y la crueldad dejará de tener efectos peligrosos, puesto que no obrará nunca sin que pueda ser rechazada al punto por los mismos medios; es en el estado de civilización en el que es peligrosa, porque el ser lesionado carece casi siempre o de la fuerza o de los medios para rechazar la injuria; pero en el estado de incivilización, si actúa sobre el fuerte será rechazada por éste, y si actúa sobre el débil, no hay el menor inconveniente, puesto que sólo lesiona a un ser que cede ante el fuerte de acuerdo con las leyes de la naturaleza.

No analizaremos la crueldad en los placeres lúbricos de los hombres; ya veis, Eugenia, poco más o menos, los diferentes excesos a que pueden llevar, y vuestra ardiente imaginación ha de haceros comprender fácilmente que, en un alma firme y estoica, no deben tener límites. Nerón, Tiberio, Heliogábalo, inmolaban niños para conseguir que se les pusiera dura; el mariscal de Retz, Charolais, tío de Condé, cometieron también los asesinatos del desenfreno: el primero confesó en su interrogatorio que no conocía voluptuosidad más poderosa que la que sacaba del suplicio infligido por su limosnero y él a niños de ambos sexos. En uno de sus castillos de Bretaña se hallaron setecientos u ochocientos inmolados. Todo ello es concebible, acabo de probároslo. Nuestra constitución, nuestros órganos, el curso de los licores, la energía de los espíritus animales: he ahí las causas físicas que producen en el mismo momento los Titos o los Nerones, las Mesalinas o las Chantal; no hay por qué enorgullecerse más de la virtud que arrepentirse del vicio, ni tampoco hay por qué acusar a la naturaleza por habernos hecho nacer buenos más que por habernos creado perversos; ella ha actuado según sus miras, sus placeres y sus necesidades: sometámonos. Por tanto sólo examinaré aquí la crueldad de las mujeres, siempre más activa en ellas que en los hombres, por la poderosa razón de la excesiva sensibilidad de sus órganos.

En general distinguimos dos clases de crueldad: la que nace de la estupidez, que, nunca razonada, nunca analizada, iguala al individuo nacido así con la bestia feroz: no proporciona ningún placer, porque quien está inclinado a ella no es susceptible de ningún refinamiento; las brutalidades de un ser así, rara vez son peligrosas; siempre es fácil evitarlas; la otra especie de crueldad, fruto de la extrema sensibilidad de los órganos, sólo es conocida por seres extremadamente delicados, y los excesos a que lleva no son sino refinamientos de su delicadeza; es esa delicadeza, embotada demasiado deprisa por su excesiva finura, la que, para despertar, utiliza todos los recursos de la crueldad. ¡Qué pocas personas conciben estas diferencias! ¡Cuán pocas las que las sienten! Y sin embargo existen, son indudables. Ahora bien, este segundo género de crueldad es el que afecta con más frecuencia a las mujeres. Estudiadlas bien: veréis si no es el exceso de su sensibilidad lo que las ha llevado ahí; veréis si no es la extrema actividad de su imaginación, la fuerza de su espíritu, lo que las vuelve malvadas y feroces; por ello son tan encantadoras; por ello también no hay una sola de esta especie que no desemboque en la locura cuando empieza; por desgracia, la rigidez, o, más bien, la absurdidad de nuestras costumbres, otorga poco alimento a su crueldad; están obligadas a esconderse, a disimular, a cubrir su inclinación por medio de ostensibles actos de beneficencia que en el fondo de su corazón detestan; sólo bajo el velo más oscuro, con las precauciones más grandes, ayudadas de algunas amigas seguras, pueden entregarse a sus inclinaciones; y, como hay muchas de esta clase, muchas son las desgraciadas en consecuencia. ¿Queréis conocerlas? Anunciad un espectáculo cruel, un duelo, un incendio, una batalla, un combate de gladiadores; veréis cómo acuden; pero estas ocasiones no son lo suficientemente numerosas para alimentar su furor: se contienen y sufren.

Lancemos una rápida ojeada sobre las mujeres de esa clase. Zingua, reina de Angola, la más cruel de las mujeres, inmolaba a sus amantes nada más gozar de ella; con frecuencia hacía luchar a guerreros ante sus ojos y se convertía en premio del vencedor; para halagar su alma feroz, se divertía mandando machacar en un mortero a todas las mujeres que habían quedado embarazadas antes de los treinta años. Zoé, mujer de un emperador chino, no tenía mayor placer que ver ejecutar criminales ante sus ojos; a falta de ellos, hacía inmolar esclavos mientras jodía con su marido, y los impulsos de su descarga eran proporcionales a la crueldad de las angustias que hacía soportar a aquellos desdichados.

Ella fue la que, afinando sobre la clase de suplicio que iba a imponer a sus víctimas, inventó esa famosa columna de bronce hueca que se ponía al rojo vivo tras haber introducido en ella al paciente. Teodora, la mujer de Justiniano, se divertía viendo hacer eunucos; y Mesalina se masturbaba mientras, ante ella, por el mismo procedimiento, se hacía morir por agotamiento a los hombres. Las mujeres de Florida hacían hincharse el miembro de sus esposos y ponían pequeños insectos sobre el glande, lo cual les hacía sufrir horribles dolores; para esta operación los ataban y se reunían varias en torno a un solo hombre para lograr más fácilmente sus propósitos. Cuando vieron a los españoles, ellas mismas sujetaban a sus esposos mientras esos bárbaros europeos los asesinaban. La Voisin y la Brinvilliers envenenaban por el solo placer de cometer un crimen. En resumen, la historia nos proporciona miles de rasgos de la crueldad de las mujeres, y, debido a la inclinación natural que sienten por esos impulsos, desearía que se acostumbraran a usar la flagelación activa, medio por el que los hombres crueles aplacan su ferocidad. Algunas de ellas la utilizan, lo sé, pero no se halla extendida entre ese sexo hasta el punto que yo desearía. Con esta salida brindada a la barbarie de las mujeres, la sociedad ganaría; porque al no poder ser malvadas de esa forma, lo son de otra y, diseminando su veneno en la sociedad, causan la desesperación de sus esposos y de su familia. Su negativa a hacer una buena acción cuando la ocasión se presenta, la de socorrer al infortunado, desarrolla perfectamente, si se quiere, esa ferocidad a que ciertas mujeres son arrastradas por naturaleza; pero eso es poco y a menudo dista mucho de su necesidad de hacer lo peor. Indudablemente habría otros medios con los que una mujer a un tiempo sensible y feroz puede calmar sus fogosas pasiones, pero son peligrosos, Eugenia, y nunca me atreveré a aconsejártelos. ¡Oh, cielos! ¿Qué os pasa, ángel querido?... Señora..., ¡en qué estado se encuentra vuestra alumna!...

EUGENIA, masturbándose: ¡Ay, santo Dios! ¡Me volvéis loca!... ¡Aquí tenéis el efecto de vuestras jodidas palabras!...

DOLMANCÉ: ¡Ayuda, señora, ayuda! ¿Dejaremos correrse a esta hermosa niña sin ayudarla?...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Oh! ¡Sería injusto! (Tomándola en sus brazos.) ¡Adorable criatura, nunca he visto una sensibilidad como la tuya, nunca una cabeza tan deliciosa!...

DOLMANCÉ: Ocupaos de la parte delantera, señora; con mi lengua voy a lamer el lindo agujerito de su culo, mientras doy leves cachetadas en las nalgas; tiene que correrse entre nuestras manos por lo menos siete u ocho veces de esta forma.

EUGENIA, extraviada: ¡Ay! ¡Joder! ¡No será difícil!

DOLMANCÉ: Por la postura en que estamos, señoras mías, observo que podríais chuparme la polla por turno; así excitado, procedería con mayor energía a los placeres de nuestra encantadora alumna.

EUGENIA: Querida, te disputo el honor de chupar esta hermosa polla. (La empuña.)

DOLMANCÉ: ¡Ay! ¡Qué delicias!... ¡Qué calor voluptuoso!... Pero, Eugenia, ¿os portaréis bien en el momento de la crisis?

SRA. DE SAINT-ANGE: Tragará..., tragará..., respondo de ella; y además, si por niñería... o por no sé qué otro motivo... descuidara los deberes que aquí le impone la lubricidad...

DOLMANCÉ, muy animado: ¡No la perdonaría, señora, no la perdonaría!... ¡Un castigo ejemplar..., os juro que sería azotada..., que sería azotada hasta la sangre!... ¡Ay, rediós!... Descargo... ¡Mi leche corre!... ¡Traga!... ¡Traga, Eugenia, que no se pierda ni una sola gota!... Y vos, señora, ocupaos de mi culo, que a vos se ofrece... ¿No veis cómo está entreabierto mi jodido culo? ¿No veis cómo apela a vuestros dedos?...

¡Hostias! Mi éxtasis es completo... ¡Los hundís hasta la muñeca!... ¡Ah, calmémonos, no puedo más..., esta encantadora niña me ha chupado como un ángel!...

EUGENIA: Querido y adorable preceptor, no he perdido ni una sola gota. Bésame, amor, tu leche está ahora en el fondo de mis entrañas.

DOLMANCÉ: Es deliciosa... ¡Y cómo ha descargado la pequeña bribona!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Está inundada! ¡Oh, cielos! ¿Qué oigo?... Llaman: ¿quién puede venir a molestarnos de este modo?... Es mi hermano... ¡Imprudente!...

EUGENIA: Pero, querida, ¡esto es una traición!

DOLMANCÉ: Una traición inaudita, ¿no es así? No temáis nada, Eugenia, sólo trabajamos para vuestros placeres.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ah, pronto quedará convencida! Acércate, hermano mío, y ríete de esta jovencita que se esconde para que no la veas.

CUARTO DIÁLOGO

EL CABALLERO: No temáis nada, os lo ruego, de mi discreción, bella Eugenia; es total; ahí está mi hermana, ahí mi amigo, que pueden responderos de mí.

DOLMANCÉ: Sólo se me ocurre una cosa para terminar de una vez este ridículo ceremonial. Atiende, caballero, estamos educando a esta hermosa joven, le enseñamos todo cuanto tiene que saber una señorita de su edad, y, para instruirla mejor, unimos siempre algo de práctica a la teoría. Le falta ver una polla descargando: en ese punto estamos: ¿quieres darnos tú el modelo?

EL CABALLERO: Tal propuesta es, desde luego, demasiado halagadora para que la rehúse, y la señorita tiene encantos que decidirán enseguida los efectos de la lección deseada.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Pues bien, vamos! Manos a la obra ahora mismo.

EUGENIA: ¡Oh! De veras que es demasiado fuerte; abusáis de mi juventud hasta un punto..., pero ¿por quién va a tomarme el señor?

EL CABALLERO: Por una muchacha encantadora, Eugenia..., por la criatura más adorable que he visto en mi vida. (La besa y deja pasear sus manos por sus encantos.) ¡Oh, Dios! ¡Qué atractivos tan frescos y bonitos! ¡Qué gracias tan encantadoras!...

DOLMANCÉ: Hablemos menos, caballero, y hagamos más. Yo voy a dirigir la escena, estoy en mi derecho; el objeto de ésta es mostrar a Eugenia el mecanismo de la eyaculación; pero como es difícil que pueda observar tal fenómeno con sangre fría, vamos a colocarnos los cuatro frente a frente y muy cerca unos de otros. Vos masturbaréis a vuestra amiga, señora; yo me encargaré del caballero. Cuando se trata de masturbar, un hombre es para otro hombre infinitamente mejor que una mujer. Como sabe lo que le conviene, sabe lo que hay que hacer a los otros... Vamos, coloquémonos. (Se colocan.)

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿No estamos demasiado cerca?

DOLMANCÉ, apoderándose ya del caballero: Nunca podríamos estarlo demasiado, señora; es preciso que el seno y el rostro de vuestra amiga sean inundados por las pruebas de la virilidad de vuestro hermano; es preciso que se corra en sus mismas narices. Dueño de la manga, yo dirigiré los chorros de manera que resulte totalmente cubierta. Mientras tanto, sobadle cuidadosamente todas las partes lúbricas de su cuerpo. Eugenia, poned toda vuestra imaginación en los últimos extravíos del libertinaje; pensad que vais a ver realizarse los más bellos misterios ante vuestros ojos; pisotead todo comedimiento: el pudor no fue nunca una virtud. Si la naturaleza hubiera querido que ocultásemos algunas partes de nuestro cuerpo, ella misma hubiera tenido ese cuidado; pero nos ha creado desnudos; por lo tanto quiere que vayamos desnudos y todo proceder en contra ultraja totalmente sus leyes. Los niños, que todavía no tienen ninguna idea del placer ni, en consecuencia, de la necesidad de hacerlo más vivo mediante la modestia, muestran cuanto llevan. También a veces puede encontrarse una singularidad mayor: hay países donde es habitual el pudor de las vestimentas, sin que en ellos pueda encontrarse la modestia de costumbres. En Otaiti las jóvenes van vestidas, pero se remangan en cuanto se lo piden.

SRA. DE SAINT-ANGE: Lo que me gusta de Dolmancé es que no pierde el tiempo; a la vez que discursea, ved cómo actúa, cómo examina complacido el soberbio culo de mi hermano, cómo menea voluptuosamente la hermosa polla de este joven... ¡Vamos, Eugenia, manos a la obra! ¡Ya está la manga de la bomba en el aire; pronto nos inundará!

EUGENIA: ¡Ay, querida amiga, qué miembro tan monstruoso!... ¡Si apenas puedo abarcarlo!... ¡Oh, Dios mío! ¿Son todos tan gordos como éste?

DOLMANCÉ: Sabéis, Eugenia, que el mío es bastante inferior; tales aparatos son temibles para una jovencita; ya veis que éste no os perforaría sin peligro.

EUGENIA, ya masturbada por la Sra. de Saint-Ange: ¡Ay, a todos los desafiaría yo para gozar de ellos!...

DOLMANCÉ: Y haríais bien: una joven nunca debe asustarse por una cosa semejante; la naturaleza y los torrentes de placeres con que os colma, os compensan pronto de los pequeños dolores que los preceden. He visto a muchachas más jóvenes que vos aguantar pollas más gordas todavía. Con coraje y paciencia se superan los mayores obstáculos. Es una locura imaginar que, en la medida de lo posible, hay que recurrir a pollas muy pequeñas para desflorar a una joven. Soy de la opinión de que una joven debe, por el contrario, entregarse a los aparatos más gordos que pueda encontrar, a fin de que, una vez rotos cuanto antes los ligamentos del himen, las sensaciones del placer puedan, de este modo, producirse con mayor rapidez en ella. Cierto que una vez acostumbrada a ese tamaño, sufrirá mucho al volver a otro mediocre; pero si es rica, joven y bella, encontrará todos los que quiera de ese tamaño. Que se limite entonces a ellos; y si se le presentan otros menos gordos y quiere utilizarlos, que se los meta entonces por el culo.

SRA. DE SAINT-ANGE: Indudablemente, y para ser aún más feliz, que se sirva de los dos a la vez; que las voluptuosas sacudidas con que ha de agitar al que la encoña sirvan para precipitar el éxtasis del que la encula, e, inundada de leche por los dos, lance la suya muriendo de placer.

DOLMANCÉ: (Hay que observar que las masturbaciones continúan siempre durante el diálogo.) Me parece, señora, que en el cuadro que pintáis debería haber dos o tres pollas más; esa mujer que colocáis en la forma que acabáis de decir, ¿no podría tener una polla en la boca y otra más en cada mano?

SRA. DE SAINT-ANGE: Podría tenerlas debajo de las axilas y en el pelo, debería de tener treinta a su alrededor si fuera posible; en esos momentos sería preciso no tener, no tocar, no devorar más que pollas en torno a una, ser inundada por todas en el mismo momento en que una descargue. ¡Ay, Dolmancé, qué puta soy! Os desafío a igualarme en los deliciosos combates de la lujuria... ¡Yo he hecho todo lo que se puede en la materia!...

EUGENIA, que sigue siendo masturbada por su amiga, como el caballero lo es por Dolmancé: ¡Ay, querida!... Me vuelves loca... ¡Cómo! ¡Que podré entregarme... a tantos hombres!... ¡Ay, qué delicias!... ¡Cómo me masturbas, querida!... ¡Eres la diosa misma del placer!... Y esta hermosa polla, ¡cómo se hincha!... ¡Cómo se llena y vuelve bermeja su majestuosa cabeza!...

DOLMANCÉ: Está muy cerca del desenlace.

EL CABALLERO: Eugenia..., hermana mía..., acercaos... ¡Ah, qué pechos tan divinos!... ¡Qué nalgas tan suaves y rollizas!... ¡Correos! ¡Correos las dos, mi leche va a unirse a la vuestra!... ¡Cómo corre!... ¡Ay, rediós!... (Dolmancé, durante esta crisis, tiene la precaución de dirigir las oleadas de esperma de su amigo sobre las dos mujeres, y principalmente sobre Eugenia, que resulta inundada.)

EUGENIA: ¡Qué bello espectáculo!... ¡Cuán noble y majestuoso!... ¡Heme aquí totalmente cubierta... me ha saltado hasta los ojos!...

SRA. DE SAINT-ANGE: Espera, amiga mía, déjame recoger esas perlas preciosas; voy a frotar tu clítoris con ellas para provocar más deprisa tu descarga.

EUGENIA: ¡Ay, sí, querida, ay, sí! Esa idea es deliciosa... Hazlo, y me corro en tus brazos.

SRA. DE SAINT-ANGE: Divina niña, bésame una y mil veces... Déjame chupar tu lengua..., déjame que respire tu voluptuoso aliento cuando está inundado por el fuego del placer... ¡Ah, joder, también yo me corro!... ¡Hermano mío, remátame, te lo ruego!...

DOLMANCÉ: Sí, caballero..., sí; masturbad a vuestra hermana.

EL CABALLERO: Prefiero joderla; todavía la tengo gorda.

DOLMANCÉ: Pues entonces, metédsela, ofreciéndome vuestro culo; yo os joderé durante este voluptuoso incesto. Eugenia, armada con este consolador, me dará por el culo. Destinada a jugar un día todos y cada uno de los distintos papeles de la lujuria, es preciso que vaya preparándose, durante las lecciones que aquí le damos, a cumplirlos todos por igual.

EUGENIA, poniéndose un consolador: ¡Oh, encantada! Nunca me cogeréis en falta cuando se trate de libertinaje: ahora es mi único dios, la única regla de mi conducta, la única base de todas mis acciones. (Encula a Dolmancé.) ¿Es así, querido maestro?... ¿Lo hago bien?...

DOLMANCÉ: ¡De maravilla!... ¡Realmente la pequeña bribona me encula como un hombre!... ¡Bueno! Me parece que ya estamos perfectamente enlazados los cuatro; ahora sólo se trata de seguir adelante...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ay, me muero, caballero!... ¡No puedo acostumbrarme a las deliciosas sacudidas de tu hermosa polla!...

DOLMANCÉ: ¡Rediós! ¡Qué placer me da este culo encantador! ¡Ah! ¡Joder, joder! ¡Descarguemos los cuatro a la vez!... ¡Rediós, me muero, desfallezco!... ¡Ay, en mi vida me correré con más voluptuosidad! ¿Has perdido tu esperma, caballero?

EL CABALLERO: Mira este coño, mira qué embadurnado está.

DOLMANCÉ: ¡Ay, amigo mío, y que no tenga yo otro tanto en el culo!

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Descansemos, me muero!

DOLMANCÉ, besando a Eugenia: Esta encantadora niña me ha jodido como un dios.

EUGENIA: Realmente he vuelto a sentir placer.

DOLMANCÉ: Todos los excesos lo proporcionan cuando uno es libertino, y lo mejor que puede hacer una mujer es multiplicarlos más allá incluso de lo posible.

SRA. DE SAINT-ANGE: He depositado quinientos luises en un notario para el individuo que me enseñe una pasión que no conozca y que pueda sumergir mis sentidos en una voluptuosidad que todavía no haya gozado.

DOLMANCÉ: (En este punto los interlocutores, nuevamente tranquilos, sólo se preocupan de hablar) Esa idea es extravagante y la tendré en cuenta, pero dudo, señora, que ese singular deseo tras el que corréis se parezca a los débiles placeres que acabáis de gustar.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Cómo?

DOLMANCÉ: Os juro por mi honor que no conozco nada tan fastidioso como gozar de un coño y cuando, como vos, señora, se ha probado el placer del culo, no concibo que nadie se vuelva a los otros.

SRA. DE SAINT-ANGE: Son viejos hábitos. Cuando una piensa como yo, quiere que la jodan por todas partes, y, cualquiera que sea la parte que un aparato perfore, una es feliz al sentirlo. Soy, sin embargo, de vuestra opinión, y aseguro aquí a todas las mujeres voluptuosas que el placer que se siente jodiendo por el culo superará siempre con mucho al que se experimenta haciéndolo por el coño. Que se remitan para ello a la mujer de Europa que más veces lo ha hecho de las dos maneras: yo les aseguro que no hay la menor comparación, y que difícilmente volverán al de adelante cuando hayan hecho la experiencia del trasero.

EL CABALLERO: Yo no pienso lo mismo. Me presto a lo que sea, pero por gusto, lo único que verdaderamente amo en las mujeres es el altar que indicó la naturaleza para rendirles homenaje.

DOLMANCÉ: ¡Ese lugar es el culo! Querido caballero, si escrutas con cuidado sus leyes, jamás la naturaleza indicó otros altares para nuestro homenaje que el agujero del trasero; permite lo demás, pero ordena éste. ¡Ah, rediós! Si su intención no fuera que jodiésemos los culos, ¿habría proporcionado con tanta exactitud su orificio a nuestros miembros? Ese orificio, ¿no es tan redondo como ellos? ¿Hay un ser lo bastante enemigo del sentido común para imaginar que un agujero ovalado puede haber sido creado por la naturaleza para miembros redondos? Sus intenciones se leen en esa deformidad: nos hace ver claramente con ello que sacrificios demasiado reiterados en esa parte, multiplicando una propagación que ella sólo se limita a tolerar, le desagradarían de modo infalible... Pero prosigamos con nuestra educación. Eugenia acaba de contemplar a placer el sublime misterio de una descarga; quisiera ahora que aprendiese a dirigir sus oleadas.

SRA. DE SAINT-ANGE: En el agotamiento en que ambos estáis, será prepararle un buen trabajo.

DOLMANCÉ: Estoy de acuerdo, por eso me gustaría que viniese, de vuestra casa o de vuestros campos, algún joven muy robusto que nos sirva de maniquí y sobre el que podamos dar las lecciones.

SRA. DE SAINT-ANGE: Tengo precisamente lo que me pedís.

DOLMANCÉ: ¿No será por casualidad un joven jardinero, de rostro delicioso y de unos dieciocho o veinte años, que he visto hace un momento trabajando en vuestro huerto?

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Agustín! ¡Sí, precisamente, Agustín, cuyo miembro tiene trece pulgadas de largo por ocho y medio de circunferencia!

DOLMANCÉ: ¡Ah, santo cielo! ¡Qué monstruo!... Y eso ¿eyacula?...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Oh, como un torrente!... Voy a buscarlo.

QUINTO DIÁLOGO

SRA. DE SAINT-ANGE, trayendo a Agustín: Aquí está el hombre del que os he hablado. Vamos, amigos míos, divirtámonos. ¿Qué sería la vida sin placer? ¡Acércate, pánfilo! ¡Oh, qué tonto! ¿Podéis creer que hace seis meses que trabajo por desbravar a este gran cerdo sin conseguirlo?

AGUSTÍN: ¡Vaya, zeñora! Deciz a veces que empiezo hora no ir tanto mal, y cuando hay terreno barbecho, siempre a mi lo dais.

DOLMANCÉ, riendo: ¡Ah, encantador... encantador! Nuestro querido amigo es tan franco como fresco... (Señalando a Eugenía.) Agustín, aquí tienes un bancal de flores en barbecho; ¿quieres encargarte?

AGUSTÍN: ¡Ay, caray, señores, tan gentiles pedazoz no están hecho para nozotroz!

DOLMANCÉ: Vamos, señorita.

EUGENIA, ruborizándose: ¡Oh, cielos, qué vergüenza!

DOLMANCÉ: Alejad de vos ese sentimiento pusilánime; de todas nuestras acciones, sobre todo de las del libertinaje por sernos inspiradas por la naturaleza, no hay ninguna, sea cual fuere la especie de que podáis suponerla, por la que debamos sentir vergüenza. Vamos, Eugenia, haced acto de putanismo con este joven; pensad que toda provocación de una muchacha a un muchacho es una ofrenda a la naturaleza, y que vuestro sexo nunca la sirve mejor que cuando se prostituye al nuestro: en una palabra, que habéis nacido para ser jodida, y que la mujer que se niega a esta intención de la naturaleza no merece ver la luz. Bajad vos misma los calzones de este joven hasta más abajo de sus bellos muslos, enrolladle la camisa debajo de la chaqueta de modo que la delantera... y el trasero, que tiene, entre paréntesis, muy hermoso, se encuentren a vuestra disposición. Que ahora una de vuestras manos se apodere de ese gran trozo de carne que pronto, lo estoy viendo, va a espantaros por su forma, y que la otra se pasee por las nalgas, y le haga cosquillas, así, en el orificio del culo... Sí, así... (Para demostrar a Eugenia cómo debe hacerlo, él mismo socratiza a Agustín.) Descapullad bien esa cabeza rubicunda; no la cubráis nunca al masturbarla; mantenedla desnuda... tensad el frenillo hasta romperlo... ¡Bien! ¿Veis ahora el efecto de mis lecciones?... Y tú, hermoso mío, te lo ruego, no te quedes así con las manos juntas; ¿no tienes en qué ocuparlas?... Paséalas por ese hermoso seno, por esas hermosas nalgas...

AGUSTÍN: Zeñorez, ¿no pudiera yo bezar a zeñorita que me da tanto placer?

SRA. DE SAINT-ANGE: Pues bésala, imbécil, bésala cuanto quieras, ¿o es que no me besas a mí cuando me acuesto contigo?

AGUSTÍN: ¡Ah, caray! ¡Qué hermosa boca!... ¡Qué frezca eztáiz!... Me parece tener la nariz zobre laz rozaz de nuestro jardín. (Mostrando su polla tiesa.) ¡Veiz, zeñorez, veiz el efecto que ezo ha producido!

EUGENIA: ¡Cielos! ¡Qué larga!...

DOLMANCÉ: Que vuestros movimientos sean ahora más regulares, más enérgicos... Dejadme el sitio un momento, y mirad bien cómo lo hago. (Se la menea a Agustín.) ¿Veis cómo estos movimientos son más firmes y al mismo tiempo más blandos? ... Tomad, seguid, y sobre todo no tapéis el capullo... ¡Bien! Ya está en toda su potencia; examinemos si es cierto que la tiene más gorda que el caballero.

EUGENIA: No hay ninguna duda: ya veis que no puedo empuñarla.

DOLMANCÉ, mide: Sí, tenéis razón: trece de longitud por ocho y medio de circunferencia. Nunca la he visto tan gorda. Es lo que se dice una polla soberbia. ¿Y os servís de ella, señora?

SRA. DE SAINT-ANGE: Regularmente todas las noches cuando estoy en este campo.

DOLMANCÉ: Espero que por el culo.

SRA. DE SAINT-ANGE: Con más frecuencia por el coño.

DOLMANCÉ: ¡Ay, rediós! ¡Qué libertinaje! Pues bien, palabra de honor que no sé si me va a caber.

SRA. DE SAINT-ANGE: No os hagáis el estrecho, Dolmancé; entrará en vuestro culo como entra en el mío.

DOLMANCÉ: Ya lo veremos: me halaga que mi Agustín me haga el honor de lanzarme un poco de leche en el trasero; se lo devolveré; pero prosigamos nuestra lección... Vamos, Eugenia, la víbora va a vomitar su veneno; preparaos; que vuestros ojos estén fijos en la cabeza de este sublime miembro; y cuando, en prueba de su pronta eyaculación, lo veáis hincharse y matizarse del púrpura más bello, que vuestros movimientos adquieran toda la energía de que son capaces; que los dedos que cosquillean el ano se hundan lo más profundo que puedan; entregaos por completo al libertino que goza de vos; buscad su boca para chuparla; que vuestros atractivos vuelen, por así decir, hacia sus manos!... ¡Se corre, Eugenia, ahí tenéis el instante de vuestro triunfo!

AGUSTÍN: ¡Ají! ¡Ají! ¡Ají! ¡Zeñorita, me muero!... ¡No puedo máz!... Ahora máz fuerte, oz lo zuplico... ¡Ay, redióz, no veo nada claro!...

DOLMANCÉ: ¡Más fuerte, más fuerte, Eugenia, sin miramientos, está en la ebriedad!... ¡Ah, qué abundancia de esperma!... ¡Con qué vigor la ha lanzado!... Ved las huellas del primer chorro: ha saltado más de diez pies... ¡Recristo! ¡Ha llenado toda la habitación!... Nunca he visto a nadie correrse así; y decid, señora, ¿os ha jodido esta noche?

SRA. DE SAINT-ANGE: Nueve o diez veces, me parece: hace tiempo que ya no contamos.

EL CABALLERO: Hermosa Eugenia, estáis toda cubierta.

EUGENIA: Quisiera estar inundada. (A Dolmancé.) Y bien, maestro mío, ¿estás contento?

DOLMANCÉ: Mucho, para empezar; pero todavía hay algunos episodios que habéis descuidado.

SRA. DE SAINT-ANGE: Esperemos: en ella no pueden ser más que fruto de la experiencia; en cuanto a mí, lo confieso, estoy muy contenta de mi Eugenia; anuncia las mejores disposiciones, y creo que ahora debemos hacerla gozar de otro espectáculo. Hagámosle ver los efectos de una polla en el culo. Dolmancé, voy a ofreceros el mío; yo estaré en brazos de mi hermano; él me la meterá por el coño, vos por el culo, y será Eugenia la que preparará vuestra polla, quien la colocará en mi culo, regulará todos los movimientos y los estudiará a fin de familiarizarse con esta operación que inmediatamente le haremos sufrir a ella misma con la enorme polla de este hércules.

DOLMANCÉ: Me agrada la idea, y ese lindo culito será pronto desgarrado ante nuestros ojos por las violentas sacudidas del bravo Agustín. Apruebo, entre tanto, lo que proponéis, señora, pero si queréis que os trate bien, permitidme añadir una cláusula: Agustín, a quien voy a lograr que se le ponga tiesa con dos pasadas de mano, me enculará mientras yo os sodomizo.

SRA. DE SAINT-ANGE: Apruebo de buena gana el arreglo; yo saldré ganando, y para mi alumna serán dos excelentes lecciones en vez de una.

DOLMANCÉ, apoderándose de Agustín: Ven aquí, muchachote mío, ven que te reanime... ¡Qué guapo eres!... Bésame, amigo mío..., todavía estás todo mojado de leche, y es leche lo que yo te pido... ¡Rediós, tengo que chuparle el culo a la vez que se la meneo!...

EL CABALLERO: Acércate, hermana; para responder mejor a las intenciones de Dolmancé y a las tuyas, voy a tumbarme en esta cama, te acostarás en mis brazos, exponiéndole a él tus hermosas nalgas lo más separadas posible... Sí, así: ahora ya podemos empezar.

DOLMANCÉ: Todavía no, esperadme, antes tengo que encular a tu hermana, puesto que Agustín me lo insinúa; luego os casaré a vosotros: serán mis dedos los que os unan. No faltemos a ninguno de los principios: pensemos que una alumna nos mira, y que le debemos lecciones precisas. Eugenia, venid a meneármela mientras yo decido al enorme aparato de este mal sujeto; mantened la erección de mi polla masturbándola levemente sobre vuestras nalgas. (Ella lo pone en práctica.)

EUGENIA: ¿Lo hago bien?

DOLMANCÉ: Siempre ponéis demasiada blandura en vuestros movimientos; apretad mucho más la polla que meneáis, Eugenia: si la masturbación sólo es agradable porque comprime más que el goce, la mano que coopera tiene que volverse, para el aparato que trabaja, un lugar infinitamente más estrecho que ninguna otra parte del cuerpo... ¡Mejor, mucho mejor, así!... Separad el trasero un poco más, para que, a cada sacudida, la cabeza de mi polla toque el ojete de vuestro culo... ¡Sí, así! Masturba a tu hermana entretanto, caballero; estamos contigo dentro de un minuto... ¡Ah, bien, ya se le pone tiesa a mi hombre!... Vamos, preparaos, señora; abrid ese culo sublime a mi ardor impuro; guía el dardo, Eugenia; ha de ser tu mano la que lo encamine a la brecha; es preciso que sea ella la que lo haga penetrar; cuando esté dentro, cogerás el de Agustín, con el que llenarás mis entrañas; ésos son tus deberes de novicia; en todo ello hay enseñanzas que puedes sacar; por eso te mando que lo hagas.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Mis nalgas están bien para ti, Dolmancé? ¡Ay, ángel mío! ¡Si supieras cómo te deseo, cuánto tiempo hace que quiero que me encule un bujarrón!

DOLMANCÉ: Vuestros deseos van a ser saciados, señora; mas permitid que me detenga un instante a los pies del ídolo: ¡quiero festejarlo antes de introducirme hasta el fondo de su santuario!... ¡Qué culo divino!... ¡Dejadme que lo bese!... ¡Que lo lama mil y mil veces!... ¡Toma, aquí está esta polla que deseas!... ¿La sientes, granuja? Di, di: ¿sientes cómo penetra?...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ay, métemela hasta el fondo de las entrañas!... ¡Oh, dulce voluptuosidad, cuán poderoso es tu imperio!

DOLMANCÉ: No he jodido otro culo igual en mi vida: ¡es digno del mismo Ganímedes! Vamos, Eugenia, que por vuestros cuidados Agustín me encule al instante.

EUGENIA: Aquí está, os lo traigo. (A Agustín). Vamos, angelito, ¿ves el agujero que tienes que perforar?

AGUSTÍN: Veo bien... ¡Maldizión! Ahí zí que hay zitio!... Entraré mejor que en voz, zeñorita; bezarme un poco para entrar mejor.

EUGENIA, besándole: ¡Oh, todo lo que quieras.... estás tan fresco!... Pero empuja... ¡Qué pronto ha entrado la cabeza!... Me parece que el resto no tardará mucho...

DOLMANCÉ: ¡Empuja, empuja, amigo mío!... Desgárrame si hace falta... Venga, que mi culo ya está dispuesto... ¡Ay, rediós, qué maza! ¡No he recibido nunca nada semejante!... ¿Cuántas pulgadas quedan fuera, Eugenia?

EUGENIA: Dos apenas.

DOLMANCÉ: ¡Tengo, por tanto, once pulgadas en el culo!... ¡Qué delicia!... ¡Me revienta, no puedo más!... Vamos, caballero, ¿estás listo?...

EL CABALLERO: Prueba y dime lo que te parece.

DOLMANCÉ: Venid, hijos míos, que os case... quiero cooperar lo mejor posible a este divino incesto. (Introduce la polla del caballero en el coño de su hermana.)

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ay, amigos míos, heme aquí jodida por los dos lados!... ¡Rediós! ¡Qué divino placer!... ¡No, no hay nada en el mundo que pueda comparársele!... ¡Ay, joder! ¡Qué pena me da la mujer que no lo haya probado!... ¡Sacúdeme, Dolmancé, sacúdeme!..., fuérzame con la violencia de tus movimientos a precipitarme en la espada de mi hermano, y tú, Eugenia, contémplame; ven a mirarme en el vicio; ven a aprender siguiendo mi ejemplo, a gustarlo con arrobo, a saborearlo con delicia... Mira, amor mío, mira todo lo que hago a la vez: ¡escándalo, seducción, mal ejemplo, incesto, adulterio, sodomía!... ¡Oh, Lucifer, solo y único dios de mi alma, inspírame alguna cosa más, ofrece a mi corazón nuevos extravíos y verás cómo me sumerjo en ellos!

DOLMANCÉ: ¡Voluptuosa criatura! ¡Cómo empujas mi leche, cómo me obligas a correrme con tus frases y con el extremado calor de tu culo!... Todo me fuerza a correrme hora mismo... Eugenia, da ánimos al coraje de mi jodedor; oprime sus flancos, entreabre sus nalgas; ahora ya sabes el arte de reanimar los deseos vacilantes... Tu sola proximidad da energía a la polla que me jode... La siento, sus sacudidas son más vivas... ¡Bribona, tengo que cederte lo que hubiera querido deber sólo a mi culo!... Caballero... te vas, lo siento... ¡Espérame!... ¡Esperadnos!... ¡Oh, amigos míos, corrámonos juntos: es la única felicidad de la vida!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ay! ¡Joder, joder! Correos cuando queráis... yo no aguanto más. ¡Rediós en quien me jodo!... ¡Sagrado bujarrón de dios! ¡Descargo!... Inundadme, amigos míos, inundad a vuestra puta..., lanzad las olas de vuestra leche espumosa hasta el fondo de mi alma abrasada: sólo existe para recibirlas. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Joder... joder!... ¡Qué increíble exceso de voluptuosidad!... ¡Me muero!... ¡Eugenia, déjame que te bese, que te coma, que devore tu leche mientras pierdo la mía!... (Agustín, Dolmancé y el caballero le hacen coro; el temor a ser monótonos nos impide transcribir expresiones que, en tales instantes, siempre son parecidas.)

DOLMANCÉ: ¡Ha sido uno de los mejores goces que he tenido en mi vida! (Señalando a Agustín.) Este bujarrón me ha llenado de esperma... ¡Pero bien os lo he devuelto, señora!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ay, no me habléis, estoy inundada!

EUGENIA: ¡Yo no puedo decir otro tanto! (Arrojándose retozona en los brazos de su amiga.) Dices que has cometido muchos pecados, querida; ¡pero yo, gracias a Dios, ni uno solo! ¡Ay, si como mucho tiempo pan con humo como ahora, no tengo que temer ninguna indigestión!

SRA. DE SAINT-ANGE, estallando de risa: ¡Qué pícara!

DOLMANCÉ: ¡Es encantadora!... Venid aquí, pequeña, que os azote. (Le da cachetes en el culo.) Besadme, que pronto os tocará.

SRA. DE SAINT-ANGE: De ahora en adelante, hermano mío, sólo tenemos que ocuparnos de ella; mírala, es tu presa; examina esa encantadora virginidad, pronto te va a pertenecer.

EUGENIA: ¡Oh, por delante no! Me haría mucho daño, por detrás cuanto queráis, como Dolmancé acaba de hacerme hace un rato.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ingenua y deliciosa muchachita! ¡Os pide precisamente lo que tanto cuesta obtener de otras!

EUGENIA: ¡Oh! Y no sin remordimientos; porque no me habéis tranquilizado sobre el crimen enorme que siempre oí decir que había en ello, y, sobre todo, en hacerlo entre hombres, como acaba de ocurrir entre Dolmancé y Agustín. Veamos, veamos, señor, ¿cómo explica vuestra filosofía esta clase de delito? ¿Es horrible, verdad?

DOLMANCÉ: Partid de lo siguiente, Eugenia, y es que no hay nada horroroso en libertinaje, porque todo lo que el libertinaje inspira está inspirado asimismo por la naturaleza; las acciones más extraordinarias, las más extravagantes, las que parecen chocar con más evidencia a todas las leyes, a todas las instituciones humanas porque en cuanto al cielo, de él no hablo, pues bien, Eugenia, ni siquiera éstas son horrorosas, y ni una sola carece de modelo en la naturaleza; cierto que ésa de que habláis, hermosa Eugenia, es la misma, relativamente, que aquella que se encuentra en una fábula tan singular de la insulsa narración de la santa Escritura, fastidiosa compilación de un judío ignorante durante el cautiverio de Babilonia; pero es falso, y completamente inverosímil, que fuese como castigo a estos extravíos por lo que esas ciudades, o mejor, esas aldeas, perecieron por el fuego; situadas en el cráter de algunos antiguos volcanes, Sodoma y Gomorra perecieron como esas ciudades de Italia que engulleron las lavas del Vesubio: eso es todo el milagro, y, sin embargo, fue de ese suceso tan simple de donde partieron para inventar bárbaramente el suplicio del fuego contra los desgraciados humanos que se entregaban en una parte de Europa a esa fantasía natural.

EUGENIA: ¡Oh, natural!

DOLMANCÉ: Sí, natural, lo repito; la naturaleza no tiene dos voces: una con la misión de condenar diariamente lo que la otra inspira; y es muy cierto que sólo por su órgano reciben los hombres encaprichados con esta manía las impresiones que hacia ella los llevan. Quienes intentan proscribir o condenar este gusto pretenden que perjudica a la procreación. ¡Qué tontos son! Esos imbéciles nunca han tenido en la cabeza otra idea que la procreación, ni han visto nunca otra cosa que crimen en todo lo que se aparta de ella. ¿Está demostrado acaso que la naturaleza tenga tanta necesidad de esa procreación como quisieran hacérnoslo creer? ¿Es totalmente cierto que se la ultraja cada vez que uno se aparta de esa estúpida procreación? Escrutemos un instante, para convencernos de ello, tanto su marcha como sus leyes. Si la naturaleza no hiciera más que crear, y si no destruyese nunca, yo podría creer, con esos fastidiosos sofistas, que el más sublime de todos los actos sería trabajar sin cesar en el que produce, y, por ende, les concedería que la negativa a producir deba ser necesariamente un crimen. La más leve ojeada sobre las operaciones de la naturaleza, ¿no prueba que las destrucciones son tan necesarias para sus planes como las creaciones? ¿Que estas dos operaciones están ligadas y encadenadas tan íntimamente que le resulta imposible a una actuar sin la otra? ¿Que nada nacería, ni nada se regeneraría sin destrucciones? La destrucción es, por tanto, una de las leyes de la naturaleza, igual que la creación.

Admitido este principio, ¿cómo puedo ofender a la naturaleza negándome a crear? Si suponemos como mal tal acción, sería infinitamente más pequeño, desde luego, que el de destruir, que, sin embargo, se encuentra entre sus leyes como acabo de probar. Si por un lado admito la inclinación que la naturaleza me impone hacia tal pérdida, por otro veo que le es necesario y que no hago otra cosa que entrar en sus miras entregándome a ella. ¿Dónde estaría entonces el crimen, os pregunto? Pero los tontos y los procreadores objetan aún lo que es sinónimo, ese esperma procreador no puede haber sido puesto en vuestros riñones para más uso que el de la procreación: volverlo hacia otra parte es una ofensa. Acabo de probar, en primer lugar, que no, puesto que esta pérdida no equivaldría siquiera a una destrucción, y que la destrucción, mucho más importante que la pérdida, no sería en sí misma un crimen. En segundo lugar, es falso que la naturaleza quiera que este licor espermático esté absoluta y enteramente destinado a producir; si así fuera, no sólo no permitiría que tal derrame se produjera en otros casos, como nos prueba la experiencia, puesto que lo perdemos cuando queremos y donde queremos, sino que, además, se opondría a que tales pérdidas ocurrieran sin coito, como sucede tanto en nuestros sueños como en nuestros recuerdos; avara de un licor tan precioso, nunca permitiría su derrame salvo en el vaso de la propagación; no querría, con toda seguridad, que esta voluptuosidad con que entonces nos corona pudiera ser sentida de nuevo si desviásemos el homenaje; porque no sería razonable suponer que consiente en darnos placer en el momento mismo en que nosotros la abrumamos a ultrajes. Vayamos más lejos: si las mujeres no hubieran nacido para producir, cosa que sería así si tal procreación fuera tan cara a la naturaleza, ocurriría, suponiendo la vida de mujer más larga, que sólo durante siete años, hechas todas las deducciones, se hallaría en condiciones de dar la vida a su semejante. ¡Cómo! ¡La naturaleza está ávida de procreación; todo lo que no tiende a esa meta la ofende, y, en cien años de vida, el sexo destinado a producirla no podrá hacerlo más que durante siete años! ¡La naturaleza sólo quiere propagaciones, y la semilla que presta al hombre para servir a esas propagaciones se pierde siempre que place al hombre! ¡Él encuentra el mismo placer en esta pérdida que en su empleo útil, y nunca el menor inconveniente!...

Cesemos, amigos, cesemos de creer en tales absurdos: hacen estremecerse al sentido común. ¡Ah! Lejos de ultrajar a la naturaleza, convenzámonos bien, por el contrario, de que el sodomita y la tríbada están a su servicio, negándose obstinadamente a una conjunción de la que sólo resulta una progenitura fastidiosa para ella. No nos engañemos, tal propagación no fue nunca una de sus leyes, sino todo lo más una tolerancia, ya os lo he dicho. ¡Pero qué le importa que la raza de los hombres se extinga o aniquile en la tierra! ¡Se ríe de nuestro orgullo, que nos ha convencido de que todo terminaría si esa desgracia ocurriese! Ella ni se daría cuenta. ¿Cree alguien que no ha habido ya razas extinguidas? Buffon cuenta varias, y la naturaleza, muda por una pérdida tan preciosa, ni siquiera lo tiene en cuenta. La especie entera se aniquilaría, y el aire no sería menos puro por ello, ni el astro menos brillante, ni la marcha del universo menos exacta. ¡Hay que ser imbécil para creer que nuestra especie es tan útil al mundo que quien no trabaje por propagarla o quien perturbe esa propagación se volvería necesariamente un criminal! Cesemos de estar ciegos en este punto, y que el ejemplo de los pueblos más razonables nos sirva para convencernos de nuestros errores. No hay un solo rincón de la tierra donde ese pretendido crimen de sodomía no haya tenido templos ni partidarios. Los griegos, que hacían de él una virtud, le erigieron una estatua con el nombre de Venus Calípiga; Roma envió en busca de leyes a Atenas, y de allí se trajo este gusto divino.

¡Qué progresos no le vemos hacer bajo los emperadores! Al amparo de las águilas romanas se extiende de un extremo a otro de la tierra; cuando desaparece el imperio, se refugia junto a la tiara, sigue a las artes en Italia, nos llega cuando nos civilizamos. Descubrimos un hemisferio, y allí encontramos la sodomía. Cook fondea en un mundo nuevo: allí reina ella. Si nuestros globos hubieran estado en la luna, allí la habrían encontrado igualmente. Gusto delicioso, hijo de la naturaleza y del placer, debéis estar doquiera se hallen hombres, y doquiera se os haya conocido os erigirán altares. ¡Oh, amigos míos, puede haber extravagancia igual a la de imaginar que un hombre ha de ser un monstruo digno de perder la vida por preferir en sus goces el agujero del culo al de un coño, por haberle parecido preferible un joven con el que encuentra dos placeres, el de ser a la vez amante y querida, a una muchacha que no le promete más que un goce! ¡Sería un malvado, un monstruo por haber querido jugar el papel de un sexo que no es el suyo! Y entonces, ¿por qué la naturaleza lo ha creado sensible a este placer?

Examinad su conformación; observaréis en ella diferencias radicales con la de los hombres que no comparten este gusto; sus nalgas serán más blancas, más rollizas; ni un pelo sombreará el altar del placer, cuyo interior, tapizado de una membrana más delicada, más sensual, más acariciadora, será positivamente de la misma clase que el interior de la vagina de una mujer; el carácter de este hombre, también diferente del carácter de los demás, tendrá más blandura, más flexibilidad; encontraréis en él casi todos los vicios y todas las virtudes de las mujeres; reconoceréis incluso su debilidad; todos tendrán sus manías y, algunos, los rasgos. ¿Será, pues, posible que la naturaleza, asimilando de este modo a las mujeres, se irrite por tener los gustos de ellas? ¿No es evidente que se trata de una clase de hombres distinta de la otra, y que la naturaleza la creó así para disminuir esta propagación, cuya extensión excesiva la perjudicaría infaliblemente?... ¡Ay, querida Eugenia, si supierais cuán deliciosamente se goza cuando una polla gorda nos llena el trasero; cuando, hundida hasta los cojones, se mueve con ardor; cuando, retraída hasta el prepucio, vuelve a hundirse hasta el pelo! ¡No, no, no hay en el mundo entero un goce comparable a éste: es el de los filósofos, es el de los héroes, sería el de los dioses si las partes de ese divino goce no fueran ellas mismas los únicos dioses que debemos adorar en la tierra!

EUGENIA, muy animada: ¡Oh, amigos míos, que alguien me encule! Tomad, aquí están mis nalgas..., os las ofrezco... ¡Jodedme, me corro!... (Al pronunciar estas palabras cae en brazos de la Sra. de Saint-Ange, quien la estrecha, la besa y ofrece los lomos alzados de esta joven a Dolmancé.)

SRA. DE SAINT-ANGE: Divino preceptor, ¿resistiríais esta propuesta? ¿No ha de tentaros este sublime trasero? ¡Mirad cómo respira, cómo se entreabre!

DOLMANCÉ: Os pido perdón, hermosa Eugenia; no seré yo, si lo permitís, quien se encargue de apagar los fuegos que enciendo. Querida niña, tenéis a mis ojos el gran pecado de ser mujer. De buena gana quisiera olvidar toda prevención para cosechar vuestras primicias; espero que os parezca bien que me quede ahí; el caballero se encargará de la faena. Su hermana, armada con este consolador, dará en el culo de su hermano los golpes más temibles, al tiempo que presentará su hermoso trasero a Agustín, que la enculará y al que yo joderé entretanto; porque, no quiero ocultároslo, el culo de este hermoso muchacho me tienta desde hace una hora, y quiero devolverle totalmente lo que me ha hecho.

EUGENIA: Acepto el cambio; pero, de verdad, Dolmancé, la franqueza de vuestra confesión no deja de encerrar cierta descortesía.

DOLMANCÉ: Mil perdones, señorita; pero nosotros, los bujarrones, no alardeamos más que de franqueza y de justicia en nuestros principios.

SRA. DE SAINT-ANGE: Reputación de franqueza no es, sin embargo, lo que se tiene de los que, como vos, están acostumbrados a poseer a las personas sólo por detrás.

DOLMANCÉ: Algo traidores, sí, algo falsos, ¿eso creéis? Pues bien, señora, os he demostrado que tal carácter era indispensable en la sociedad. Condenados a vivir con personas que tienen el mayor interés en ocultarse a nuestros ojos, en disfrazar sus vicios que tienen para no ofrecernos más que las virtudes que nunca veneraron, correríamos el mayor peligro si mostrásemos únicamente franqueza; porque, entonces, es evidente que les concederíamos sobre nosotros todas las ventajas que ellos nos niegan, y el engaño sería manifiesto. El disimulo y la hipocresía son necesidades que la sociedad nos ha impuesto: cedamos ante ella. Permitidme que me ofrezca a vos un instante como ejemplo, señora: con toda probabilidad, no hay en el mundo un ser más corrompido; pues bien, mis contemporáneos están engañados; preguntadles qué piensan de mí, todos os dirán que soy un hombre honrado, cuando no hay un solo crimen del que no haya hecho mis delicias más queridas.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Oh, no me convenceréis de que los habéis cometido atroces!

DOLMANCÉ: ¡Atroces!... De verdad, señora, he cometido horrores.

SRA. DE SAINT-ANGE: Pues bien, sí, sois como aquel que decía a su confesor: «El detalle es inútil, señor; excepto el asesinato y el robo, podéis estar seguro de que lo he hecho todo.»

DOLMANCÉ: Sí, señora, yo diría lo mismo, aunque con una excepción.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Cómo! ¿Libertino, os habéis permitido?...

DOLMANCÉ: Todo, señora, todo; ¿puede uno negarse a algo con mi temperamento y con mis principios?

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ay, jodamos, jodamos!... Ante estas palabras, no puedo aguantar más; ya volveremos sobre ello, Dolmancé; pero, para añadir mayor fe a vuestras confesiones, quiero oírlas únicamente con la cabeza fría. Cuando la tenéis tiesa os gusta decir horrores, y quizá nos dierais ahora por verdades los libertinos prodigios de vuestra imaginación inflamada. (Se colocan.)

DOLMANCÉ: Espera, caballero, espera; yo mismo seré quien la introduzca; pero previamente, y por ello pido perdón a la hermosa Eugenia, tiene que permitirme azotarla para ponerla a punto. (La azota.)

EUGENIA: Os aseguro que esta ceremonia es inútil... Decid, más bien, Dolmancé, que satisface vuestra lujuria; pero al proceder a ella, os suplico que no finjáis que hacéis algo por mí.

DOLMANCÉ, que sigue azotándola: ¡Ah, ya me daréis noticias dentro de poco!... No conocéis el imperio de este preliminar... ¡Vamos, vamos, bribonzuela, seréis fustigada!

EUGENIA: ¡Oh, cielos! ¡Con qué empeño golpea!... ¡Mis nalgas están ardiendo!... Pero ¡me hacéis daño, de veras!...

SRA. DE SAINT-ANGE: Voy a vengarte, amiga mía; voy a devolvérselo. (Y azota ella a Dolmancé.)

DOLMANCÉ: ¡Oh! ¡Muchísimas gracias! Sólo un favor le pido a Eugenia: que me deje azotarla con la misma cuerda con la que yo deseo que me azoten; ya veis que sigo en esto la ley de la naturaleza; pero esperad, arreglémoslo mejor: que Eugenia se suba a vuestros lomos, señora; se agarrará a vuestro cuello, como esas madres que llevan a sus hijos a la espalda; así tendré dos culos al alcance de mi mano; los zurraré juntos; el caballero y Agustín me lo devolverán golpeando los dos juntos a la vez mis nalgas... Sí, así es... ¡Ay, ya estamos!... ¡Qué delicia!

SRA. DE SAINT-ANGE: No tengáis miramientos con esta bribona, por favor, y como yo no os pido gracia tampoco quiero que le concedáis ninguna.

EUGENIA: ¡Ají! ¡Ají! ¡Ají! Creo que mi sangre corre de veras.

SRA. DE SAINT-ANGE: Embellecerá tus nalgas coloreándolas... Valor, ángel mío, valor; acuérdate de que sólo por las penas se alcanzan siempre los placeres.

EUGENIA: No puedo más, de veras.

DOLMANCÉ, se detiene un minuto para contemplar su obra; luego, prosiguiendo: Sesenta más todavía, Eugenia; sí, sí, ¡sesenta más en cada culo!... ¡Oh, tunantes, qué placer vais a tener ahora jodiendo! (La postura se deshace.)

SRA. DE SAINT-ANGE, examinando las nalgas de Eugenia: ¡Ay, pobre pequeña, su trasero está lleno de sangre!... ¡Perverso, cuánto placer sacas de besar así los vestigios de tu crueldad!

DOLMANCÉ, masturbándose: Sí, no lo oculto, y mis besos serían más ardientes si los vestigios fueran más crueles.

EUGENIA: ¡Ah, sois un monstruo!

DOLMANCÉ: ¡Estoy de acuerdo!

EL CABALLERO: Por lo menos es sincero.

DOLMANCÉ: Vamos, sodomízala, caballero.

EL CABALLERO: Sosténla por las caderas, y en tres sacudidas está hecho.

EUGENIA: ¡Oh, cielos! ¡La tenéis más gorda que Dolmancé!... ¡Caballero..., me desgarráis!... ¡Tratadme con cuidado, os lo suplico!...

EL CABALLERO: Es imposible, ángel mío. Tengo que llegar al final... Pensad que me encuentro a la vista de mi maestro: debo mostrarme digno de sus lecciones.

DOLMANCÉ: ¡Ya está!... Me encanta ver el pelo de una polla frotar las paredes de un ano... Vamos, señora, enculad a vuestro hermano... Ya está la polla de Agustín dispuesta a introducirse en vos; en cuanto a mí, os aseguro que no he de tratar con miramientos a vuestro jodedor... ¡Ah! ¡Bien! Me parece que ya está formado el rosario; ahora pensemos sólo en corrernos.

SRA. DE SAINT-ANGE: Mirad cómo se estremece la muy pícara.

EUGENIA: ¿Es culpa mía? ¡Me muero de placer!... ¡Esta fustigación..., esta polla inmensa... y este amable caballero que aún sigue masturbándome!... ¡Querida, querida, no puedo más!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Dios santo! ¡Yo tampoco, me corro!...

DOLMANCÉ: Vayamos juntos, amigos míos; si quisierais concederme sólo dos minutos, os habré alcanzado en seguida, y nos iríamos todos a la vez.

EL CABALLERO: Ya no hay tiempo; mi leche corre en el culo de la hermosa Eugenia... ¡Me muero!... ¡Ay, santo nombre de un dios!... ¡Qué placer!...

DOLMANCÉ: Os sigo, amigos míos..., os sigo..., también a mí me ciega la leche...

AGUSTÍN: ¡Y a mí también!... ¡Y a mí también!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Vaya escena!... ¡Este bujarrón me ha llenado el culo!...

EL CABALLERO: ¡Al bidé, señoras mías, al bidé!

SRA. DE SAINT-ANGE: No, de veras, me gusta así, me gusta sentir la leche en el culo: cuando la tengo no la devuelvo nunca.

EUGENIA: De veras que no puedo más... Ahora, amigos míos, decidme si una mujer debe aceptar siempre la propuesta de ser follada de esta forma cuando se la hacen.

SRA. DE SAINT-ANGE: Siempre, querida, siempre; debe hacer más todavía: como esta manera de joder es deliciosa, debe exigirla de aquellos de quienes se sirve; y si depende de aquél con quien se divierte, si espera obtener de él favores, presentes o gracias, que se dé a valer, que se haga acosar; no hay hombre aficionado a esta postura que, en un caso así, no se arruine por una mujer lo bastante hábil para negarse con el solo propósito de inflamarle más; sacará cuanto quiera si domina el arte de conceder sólo adrede lo que se le pide.

DOLMANCÉ: Y bien, angelito, ¿estás convertida? ¿Has dejado ya de creer que la sodomía es un crimen?

EUGENIA: Y aunque lo fuera, ¿qué me importa? ¿No habéis demostrado vos la nadería de los crímenes? Ahora muy pocas acciones son criminales a mis ojos.

DOLMANCÉ: Nada es crimen, querida hija, sea lo que sea: la más monstruosa de las acciones ¿no tiene un lado por el que nos resulta propicia?

EUGENIA: ¿Quién lo duda?

DOLMANCÉ: Pues bien, desde ese momento deja de ser crimen; porque, aunque lo que sirve a uno perjudicando a otro fuera crimen, habría que demostrar que el ser herido es más precioso para la naturaleza que el ser servido: ahora bien, dado que todos los individuos son iguales a ojos de la naturaleza, tal predilección es imposible; por lo tanto la acción que sirve a uno perjudicando a otro es perfectamente indiferente para la naturaleza.

EUGENIA: Pero si la acción perjudicase a una gran mayoría de individuos, y nos proporcionase a nosotros una dosis muy ligera de placer, ¿no sería horrible entregarse a ella?

DOLMANCÉ: Tampoco, porque no hay comparación posible entre lo que sienten los demás y lo que nosotros sentimos; la dosis más fuerte de dolor en los demás debe ser para nosotros nada, y el más leve cosquilleo de placer experimentado por nosotros nos conmueve; por tanto debemos preferir, al precio que sea, ese ligero cosquilleo que nos deleita a esa suma inmensa de desgracias de los demás, que no podría afectarnos. Antes bien, ocurre por el contrario que la singularidad de nuestros órganos, una construcción extraña, nos hace agradables los dolores del prójimo, como a veces ocurre: ¿quién duda entonces de que ineludiblemente debemos preferir este dolor de otros, que nos divierte, a la ausencia de tal dolor, que se convertiría en una privación para nosotros? La fuente de todos nuestros errores en moral procede de la admisión ridícula de ese hilo de fraternidad que inventaron los cristianos en su siglo de infortunio y de indigencia. Forzados a mendigar la piedad de los demás, no era torpe sostener que eran todos hermanos. ¿Cómo negar ayuda, según esa hipótesis? Pero es imposible admitir semejante doctrina. ¿No nacemos todos aislados? Digo más, ¿no somos enemigos unos de otros, no nos hallamos todos en estado de guerra perpetuo y recíproco? Ahora bien, yo os pregunto si lo sería suponiendo que las virtudes exigidas por ese pretendido hilo de fraternidad estuvieran realmente en la naturaleza. Si su voz las inspirase a los hombres, las sentirían desde el nacimiento. A partir de ese instante la piedad, la beneficencia, la humanidad, resultarían virtudes naturales, de las que sería imposible defenderse, y que harían ese estado primitivo del hombre salvaje totalmente contrario a como lo vemos.

EUGENIA: Pero si, como decís, la naturaleza hace que los hombres nazcan aislados, independientes unos de otros, me concederéis al menos que las necesidades, al acercarlos, han debido establecer obligatoriamente algunos lazos entre ellos; de ahí, los de la sangre nacidos de su alianza recíproca, los del amor, los de la amistad, los del reconocimiento; espero que al menos respetéis éstos.

DOLMANCÉ: No más que los otros, en realidad; pero analicémoslos, lo deseo: echemos una rápida ojeada, Eugenia, sobre cada uno en particular. ¿Diríais vos, por ejemplo, que la necesidad de casarme, para ver prolongada mi raza o para conseguir mi fortuna, debe establecer lazos indisolubles o sagrados con el objeto al que me alío? ¿Os pregunto, no sería absurdo sostenerlo? Mientras dura el acto del coito, puedo indudablemente necesitar ese objeto para que participe en él; pero tan pronto como está concluido, decidme, ¿qué queda entre él y yo? ¿Y qué obligación real encadenará, a él o a mí, a los resultados de ese coito? Estos últimos lazos fueron frutos del pavor que sintieron los padres a ser abandonados en su vejez, y los interesados cuidados que tienen con nosotros en nuestra infancia son únicamente para merecer luego las mismas atenciones en su postrera edad. Dejemos de ser víctimas de todo esto: no debemos nada a nuestros padres..., ni lo más mínimo, Eugenia, y como han trabajado menos para nosotros que para sí, nos está permitido detestarlos y deshacernos incluso de ellos si su proceder nos irrita; sólo debemos amarlos si actúan bien con nosotros, y esa ternura no debe ser un grado superior al que tendríamos con otros amigos, porque los derechos del nacimiento no establecen nada ni fundan nada, y, escrutándolos con prudencia y reflexión, no encontraremos probablemente en ellos otra cosa que razones de odio hacia los que, pensando sólo en sus placeres, no nos han dado a menudo más que una existencia desgraciada o malsana.

¡Me habláis de los lazos del amor, Eugenia! ¿Habéis podido conocerlos alguna vez? ¡Ah, que semejante sentimiento no se acerque jamás a vuestro corazón, por el bien que os deseo! ¿Qué es el amor? A mi entender, sólo puede considerarse como el efecto resultante de las cualidades de un objeto hermoso sobre nosotros; tales efectos nos transportan, nos inflaman; si poseemos ese objeto, ya estamos contentos; si nos es imposible conseguirlo, nos desesperamos. Pero ¿cuál es la base de ese sentimiento?... el deseo. ¿Cuáles son las secuelas de ese sentimiento?... la locura. Atengámonos, pues, al motivo, y librémonos de los efectos. El motivo es poseer el objeto; pues bien, tratemos de triunfar, pero con prudencia; gocémoslo en cuanto lo tengamos; consolémonos en caso contrario: otros mil objetos semejantes, y con frecuencia mejores, nos consolarán de la pérdida de ése; todos los hombres, todas las mujeres, se parecen: no hay amor que resista los efectos de una reflexión sana. ¡Oh! ¡Qué engaño esa embriaguez que, absorbiendo en nosotros el resultado de los sentidos, nos pone en tal estado que ya no vemos ni existimos más que por ese objeto locamente adorado! ¿Es eso vivir? ¿No es más bien privarse voluntariamente de todas las dulzuras de la vida? ¿No es querer permanecer en una fiebre ardorosa que nos absorbe y que nos devora sin dejarnos otra dicha que goces metafísicos, tan semejantes a los efectos de la locura? Si debiéramos amar siempre ese objeto adorable, si fuera seguro que jamás tendríamos que abandonarlo, sería una extravagancia, indudablemente, pero excusable al menos. ¿Ocurre? ¿Hay muchos ejemplos de esas relaciones eternas que jamás se hayan desmentido? Algunos meses de goce, que ponen pronto al objeto en su verdadero lugar, nos hacen avergonzarnos por el incienso que hemos quemado en sus altares, y con frecuencia no llegamos siquiera a concebir que haya podido seducirnos hasta ese punto.

¡Oh jóvenes voluptuosas, entregadnos por tanto vuestros cuerpos cuanto podáis! Follad, divertíos: eso es lo esencial; pero huid con cuidado del amor. Lo único bueno que tiene es la parte física, decía el naturalista Buffon, y no sólo sobre este punto razonaba como buen filósofo. Lo repito, divertíos; pero no améis; no os preocupéis más por ser amadas: lo necesario no es extenuarse en lamentaciones, en suspiros, en miradas, en billetes de dulce amor, sino follar, multiplicar y cambiar a menudo de jodedores, oponerse fuertemente sobre todo a que uno solo quiera cautivaros, porque la meta de este constante amor sería, atándoos a él, impediros que os entreguéis a otro, egoísmo cruel que pronto se volvería fatal para vuestros placeres. Las mujeres no están hechas para un solo hombre: la naturaleza las ha creado para todos. Escuchando sólo esta sagrada voz, que se entreguen indiferentemente a cuantos quieran algo de ellas. Siempre putas, nunca amantes, repudiando el amor, adorando el placer, sólo rosas encontrarán en la carrera de la vida; sólo flores será lo que nos prodiguéis. Preguntad, Eugenia, preguntad a la encantadora mujer que ha tenido a bien encargarse de vuestra educación, sobre el caso que hay que hacer a un hombre cuando se ha gozado de él. (Lo suficientemente bajo para no ser oído por Agustín.) Preguntadle si daría un paso para conservar a este Agustín que hace hoy día sus delicias. En la hipótesis de que quisieran quitárselo, tomaría otro, no pensaría más en éste, y, pronto cansada del nuevo, lo inmolaría ella misma en dos meses si nuevos goces debieran nacer de tal sacrificio.

SRA. DE SA1NT-ANGE: Que mi querida Eugenia esté completamente segura de que Dolmancé le explica mi corazón, igual que el de todas las mujeres, como si le hubiéramos abierto sus entretelas.

DOLMANCÉ: La última parte de mi análisis se dirige por tanto a los lazos de la amistad y a los del reconocimiento. Respetemos los primeros, consiento en ello, mientras nos sean útiles; conservemos a nuestros amigos mientras nos sirvan; olvidémoslos desde el momento en que no podamos sacar nada de ellos; a las personas nunca hay que amarlas más que por uno mismo; amarlas por ellas mismas no es más que un engaño; jamás estuvo en la naturaleza inspirar a los hombres otros impulsos, otros sentimientos que los que deben ser buenos para algo; nada es tan egoísta como la naturaleza; seámoslo por tanto también si queremos cumplir sus leyes. En cuanto al reconocimiento, Eugenia, es indudablemente el más débil de todos los lazos. ¿Acaso nos hacen favores los hombres por nosotros mismos? No lo creamos, querida: lo hacen por ostentación, por orgullo. ¿No es humillante, desde ese momento, convertirse así en el juguete del amor propio de los demás? ¿No lo es más todavía tener que estar agradecido por ello? Nada cuesta tanto como un beneficio recibido. Nada de términos medios: o lo devolvemos o nos envilece. Las almas orgullosas soportan mal el peso del beneficio: pesa sobre ellas con tanta violencia que el único sentimiento que exhalan es el de odio por el bienhechor. ¿Cuáles son ahora, en vuestra opinión, los lazos que sustituyen el aislamiento en que nos ha creado la naturaleza? ¿Cuáles son aquéllos que deben establecer relaciones entre los hombres? ¿A título de qué habríamos de amarlos, de quererlos, de preferirlos a nosotros mismos? ¿Con qué derecho consolaríamos su infortunio? ¿Dónde estará ahora en nuestras almas la cuna de vuestras bellas e inútiles virtudes de beneficencia, de humanidad, de caridad, indicadas en el código absurdo de algunas religiones imbéciles, que, predicadas por impostores o por mendigos, debieron necesariamente aconsejar aquello que podía apoyarlas o tolerarlas? Pues bien, Eugenia, ¿admitís aún algo sagrado entre los hombres? ¿Concebís alguna razón que nos haga preferirlos a ellos en vez de a nosotros?

EUGENIA: Esas lecciones, a las que mi corazón ayuda, me halagan demasiado para que mi espíritu las rechace.

SRA. DE SAINT-ANGE: Están en la naturaleza, Eugenia: basta para demostrarlo la aprobación que les das; apenas brotado de su seno, ¿cómo podría ser lo que sientes fruto de la corrupción?

EUGENIA: Pero si todos los errores que preconizáis están en la naturaleza, ¿por qué se oponen a ello las leyes?

DOLMANCÉ: Porque las leyes no están hechas para lo particular, sino para lo general, lo cual las pone en perpetua contradicción con el interés, dado que el interés personal está enfrentado siempre al interés general. Mas las leyes, buenas para la sociedad, son muy malas para el individuo que la compone; porque para una vez que lo protegen o le ofrecen garantías, lo molestan y lo atan las tres cuartas partes de su vida; por eso el hombre sabio y lleno de desprecio hacia ellas las tolera, como hace con las serpientes y las víboras que, aunque hieren o envenenan, sirven sin embargo a veces en medicina; se protegerá de las leyes como lo hará de estas bestias venenosas; se pondrá a cubierto mediante precauciones, mediante misterios, cosas fáciles para la sabiduría y la prudencia. ¡Ojalá la fantasía de algunos crímenes inflame vuestra alma, Eugenia! ¡Pero estad bien segura de cometerlos sin temor, con vuestra amiga y conmigo!

EUGENIA: ¡Ay, esa fantasía está ya en mi corazón!

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Qué capricho te habita, Eugenia? Dínoslo en confianza.

EUGENIA, extraviada: Quisiera una víctima.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Y de qué sexo la deseas?

EUGENIA: ¡Del mío!

DOLMANCÉ: Y bien, señora, ¿estáis contenta con vuestra alumna? Sus progresos, ¿son suficientemente rápidos?

EUGENIA, como antes: ¡Una víctima, querida, una víctima!... ¡Oh, dioses, haría la felicidad de mi vida!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Y qué le harías?

EUGENIA: ¡Todo!... ¡Todo! Todo lo que pudiera hacerle la más desgraciada de las criaturas. ¡Oh, querida, querida mía, ten piedad de mí, no puedo más!...

DOLMANCÉ: ¡Santo Dios, qué imaginación!... Ven, Eugenia, eres deliciosa... Ven que te bese mil y mil veces. (La coge en sus brazos.) Ved, señora, ved, mirad a esta libertina cómo se corre de cabeza sin que nadie la toque... ¡Es absolutamente necesario que la dé por el culo una vez más!

EUGENIA: ¿Tendré luego lo que pido? DOLMANCÉ: ¡Sí, loca!... ¡Sí, yo te respondo de ello!

EUGENIA: ¡Oh, amigo mío, aquí está mi culo!... ¡Haced lo que queráis con él!

DOLMANCÉ: Esperad a que disponga este goce de una manera algo lujuriosa. (Todo se cumple a medida que Dolmancé lo indica.) Agustín, tiéndete en el borde de esta cama; que Eugenia se acueste en tus brazos; mientras la sodomizo, masturbaré su clítoris con la soberbia cabeza de la polla de Agustín, que, para ahorrar su leche, tendrá cuidado de no correrse; el querido caballero, que sin decir una palabra se la menea suavemente oyéndonos, tendrá a bien tenderse sobre los hombros de Eugenia, exponiendo sus hermosas nalgas a mis besos; yo se la menearé por debajo; es decir, teniendo mi aparato en un culo, menearé una polla con cada mano; y en cuanto a vos, señora, tras haber sido yo vuestro marido, quiero que os convirtáis vos en el mío; ¡poneos el más enorme de vuestros consoladores! (La Sra. de Saint-Ange abre un cofre que está lleno de ellos, y nuestro héroe escoge el más temible.) ¡Bien! Éste, según el número, tiene catorce pulgadas de largo por diez de contorno; poneos esto a la cintura, señora, y dadme ahora los golpes más terribles.

SRA. DE SAINT-ANGE: Estáis loco, Dolmancé, de veras, y voy a reventaros con esto.

DOLMANCÉ: No temáis nada; empujad, penetrad, ángel mío; yo no encularé a vuestra querida Eugenia hasta que vuestro enorme miembro esté bien dentro en mi culo... ¡Ya está! ¡Ya está, santo Dios!... ¡Ay, me pones en las nubes!... ¡Nada de piedad, hermosa mía!... Te lo advierto, voy a joder tu culo sin prepararlo... ¡Santo Dios, qué hermoso trasero!...

EUGENIA: ¡Oh, amigo mío, me desgarras!... Prepara por lo menos el camino.

DOLMANCÉ: Me guardaré mucho de ello: se pierde la mitad del placer con esas tontas atenciones. Piensa en nuestros principios, Eugenia; trabajo para mí; ¡ahora, víctima un momento, ángel mío, y al cabo de un instante perseguidora!... ¡Ay, santo Dios!... ¡Entra!...

EUGENIA: ¡Me matas!...

DOLMANCÉ: ¡Rediós! ¡He llegado al fondo!

EUGENIA: ¡Ay, ahora puedes hacer lo que quieras!... Ya está ahí..., ¡no siento más que placer!...

DOLMANCÉ: ¡Cuánto me gusta menear esta gruesa polla encima del clítoris de una virgen!... Tú, caballero, ponme buen culo... ¿Te la meneo bien, libertino?... Y vos, señora, jodedme, follad a vuestra puta..., sí, lo soy y quiero serlo... Eugenia, ¡córrete, sí, ángel mío, córrete!... Agustín, a pesar suyo, me llena de leche... Yo recibo la del culo del caballero, la mía se une a ella... No resisto más... Eugenia, agita tus nalgas, que tu ano presione mi polla; voy a lanzar al fondo de tus entrañas la leche ardiente que se exhala... ¡Ay, jodido bujarrón de dios! ¡Me muero! (Se retira, la postura se rompe.) Mirad, señora, ahí tenéis a vuestra pequeña libertina llena todavía de leche; la entrada de su coño está inundada; masturbadla, frotad vigorosamente su clítoris todo mojado de esperma; es una de las cosas más deliciosas que se pueden hacer.

EUGENIA, palpitante: ¡Ay, amiga, qué placer me darías! ¡Ay, querido amor, ardo de lubricidad! (Se colocan en esa postura.)

DOLMANCÉ: Caballero, como eres tú quien va a desflorar a esta hermosa niña, ayuda a tu hermana para que se pasme en tus brazos, y en esa postura ofréceme las nalgas: voy a joderte mientras Agustín me encula. (Todo se dispone así.)

EL CABALLERO: ¿Estoy bien de esta manera?

DOLMANCÉ: Un poco más arriba el culo, amor mío; ahí, bien..., sin preparación, caballero...

EL CABALLERO: ¡A fe que como tú quieras! ¿Puedo sentir otra cosa que placer en el seno de esta muchacha? (La besa y la masturba, hundiéndole ligeramente un dedo en el coño, mientras la Sra. de Saint-Ange acaricia el clítoris de Eugenia.)

DOLMANCÉ: En cuanto a mí, querido, te aseguro que saco mucho más contigo de lo que saqué con Eugenia; ¡tanta diferencia es la que hay entre el culo de un muchacho y el de una muchacha!... ¡Dame por el culo, Agustín! ¡Cuánto tardas en decidirte!

AGUSTÍN: ¡Maldita zea! ¡Zeñorez, ez que acaba de corrérzeme ahí juntito a enta gentil tortolita, y quereiz que ahora ze ponga tieza en zeguida para vueztro culo, que no ez tan bonito, maldita zea!

DOLMANCÉ: ¡Imbécil! Pero, ¿por qué quejarse? Es la naturaleza: cada cual predica para su santo. Vamos, vamos, sigue penetrando, verídico Agustín; y cuando tengas algo más de experiencia, ya me dirás si no valen más los culos que los coños... Eugenia, devuelve al caballero lo que él te hace; preocúpate sólo de ti: tienes razón, libertina; pero en interés mismo de tus placeres, menéasela, puesto que va a ser él quien coja tus primicias.

EUGENIA: Y bien que se la meneo, le beso, pierdo la cabeza... ¡Ají! ¡Ají! ¡Ají!, amigos míos, no puedo más... ¡Tened piedad de mi estado..., me muero..., me corro!... ¡Santo Dios! ¡Estoy fuera de mí!...

DOLIMANCÉ: Yo en cambio seré prudente. Sólo pretendía poner en trance este hermoso culo; guardo para la Sra. de Saint-Ange la leche acumulada: nada me divierte tanto como empezar en un culo la operación que quiero terminar en otro. ¡Y bien, caballero, ya estás a punto!... ¿La desfloramos?

EUGENIA: ¡Oh, cielos, no, no quiero que me lo haga él, moriría! El vuestro es más pequeño, Dolmancé; ¡que sólo a vos deba yo esta operación, os lo suplico!

DOLIMANCÉ: Es imposible, ángel mío; nunca en mi vida he jodido un coño; me permitiréis que no empiece a mi edad. Vuestras primicias pertenecen al caballero; sólo él es digno de cogerlas: no le quitemos sus derechos...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Rechazar una desfloración... tan fresca, tan linda como ésta, porque desafío a que alguien diga que mi Eugenia no es la muchacha más hermosa de París! ¡Oh, señor!..., señor, de veras, ¡eso es lo que se dice atenerse demasiado a sus principios!

DOLMANCÉ: No tanto como debiera, señora, porque estoy seguro de que muchos de mis cofrades no os la meterían por el culo... Yo lo he hecho y volveré a hacerlo; no es, por tanto, como suponéis, llevar mi culto hasta el fanatismo.

SRA. DE SAINT-ANGE: Adelante, pues, caballero; pero ten cuidado; mira la pequeñez del estrecho que vas a enfilar: ¿hay alguna proporción entre el contenido y el continente?

EUGENIA: ¡Oh, moriré, eso es inevitable!... Pero el ardiente deseo que tengo de ser jodida me hace atreverme a todo sin temer nada... Vamos, penetra, querido, a ti me entrego.

EL CABALLERO, sosteniendo con toda la mano su polla tiesa: ¡Sí, joder! ¡Es necesario que penetre!... Hermana mía, Dolmancé, sostenedle cada uno una pierna... ¡Ah, santo Dios! ¡Qué empresa!... ¡Sí, sí, aunque tenga que atravesarla, aunque tenga que desgarrarla, es preciso, rediós, pasar por ello!

EUGENIA: ¡Despacio, más suave, no puedo aguantar!... (Ella grita; las lágrimas corren por sus mejillas...) ¡Socorro! ¡Querida amiga!... (Se debate.) ¡No, no quiero que entre! ¡Si seguís, gritaré que me están asesinando!...

EL CABALLERO: Grita cuanto quieras, pequeña bribona, te digo que tiene que entrar, aunque hayas de reventar mil veces.

EUGENIA: ¡Qué barbarie!

DOLMANCÉ: ¡Ah, joder! ¿Puede ser uno delicado cuando la tiene tiesa?

EL CABALLERO: ¡Miradla! ¡Ya está! ¡Ya está, santo dios!... ¡Joder! ¡Vaya virginidad del diablo!... ¡Mirad cómo corre su sangre!

EUGENIA: ¡Anda, tigre!... ¡Anda, desgárrame si quieres, ahora me río!... ¡Bésame, verdugo, bésame, te adoro!... ¡Ay, una vez que está dentro no es nada!: todos los dolores se olvidan... ¡Pobres de las jóvenes que se asusten ante semejante ataque!... ¡Qué grandes placeres rechazarían por un pequeño dolor!... ¡Empuja! ¡Empuja, caballero, que me corro!... Rocía con tu leche las llagas con que me has cubierto..., empújala hasta el fondo de mi matriz... ¡Ay, el dolor cede ante el placer, estoy a punto de desvanecerme!...

(El caballero descarga; mientras él jodía, Dolmancé le ha sobado el culo y los cojones, y la Sra. de Saint-Ange acariciaba el clítoris de Eugenia. La postura se deshace.)

DOLMANCÉ: Mi parecer es que, mientras estén abiertos los caminos, Agustín joda inmediatamente a la pequeña bribona.

EUGENIA: ¡Por Agustín!... ¡Una polla de ese tamaño!... ¡Hala, venga, deprisa!... ¡Ahora que todavía sangro!... ¿Tenéis ganas de matarme?

SRA. DE SAINT-ANGE: Amor mío, bésame..., te compadezco..., pero la sentencia se ha pronunciado y es inapelable, corazón mío: tienes que sufrirla.

AGUSTÍN: ¡Ay, jardinero, ya eztoy preparado! ¡Cuando ze trata de trincar a ezta niñita, vendría, pordioz, dezde Roma a piez!

EL CABALLERO, empuñando la enorme polla de Agustín: ¡Mira, Eugenia, mira qué tiesa está!... Es digna de sustituirme.

EUGENIA: ¡Ay, santo cielo, qué garrote!... ¡Queréis matarme, eso está claro!...

AGUSTÍN, apoderándose de Eugenía: ¡Que no, zeñorita: ezo no ha hecho nunca morir a nadie!

DOLMANCÉ: ¡Un momento, hijo, un momento!: tienes que ofrecerme el culo mientras la jodes... Sí, así, acercaos, señora de Saint-Ange: os he prometido encularos, y mantendré mi palabra; pero colocaos de modo que al joderos esté en condiciones de azotar a Eugenia. ¡Mientras tanto, que el caballero me azote! (Se colocan.)

EUGENIA: ¡Ay, joder! ¡Me revienta!... ¡Camina despacio, gran payaso!... ¡Ay, el bujarrón! ¡Cómo clava!... ¡Ya ha llegado, el jodido!... ¡Ya ha llegado al fondo!... ¡Me muero!... ¡Oh, Dolmancé, cómo golpeáis!... Es encenderme por dos partes; me ponéis al rojo las nalgas.

DOLMANCÉ, azotando con toda su fuerza: ¡Lo tendrás..., lo tendrás, pequeña bribona!... ¡Así te correrás más deliciosamente! ¡Cómo la masturbáis, Saint-Ange..., cómo debe de endulzar ese ligero dedo los males que Agustín y yo le hacemos!... Pero vuestro ano se aprieta... Ya lo veo, señora, vamos a corrernos al mismo tiempo... ¡Ay, qué divino estar así entre el hermano y la hermana!

SRA. DE SAINT-ANGE, a Dolmancé: ¡Jode, sol mío, jode!... Creo que nunca tuve tanto placer.

EL CABALLERO: Dolmancé, cambiemos de mano; pasa rápidamente del culo de mi hermana al de Eugenia, para hacerle conocer los placeres de estar entre dos, y yo encularé a mi hermana que, mientras tanto, devolverá sobre tus nalgas los golpes de verga con que acabas de ensangrentar las de Eugenia.

DOLMANCÉ, haciéndolo: Acepto... Mira, amigo mío, ¿puede hacerse un cambio más rápido que éste?

EUGENIA: ¡Cómo! ¡Los dos sobre mí, santo cielo!... No sé a cuál atender; tenía bastante con este ganso... ¡Ay, cuánta leche me va a costar este doble goce!... Ya corre. Sin esta sensual eyaculación, creo que estaría ya muerta... Vaya, amiga mía, ¿me imitas? ¡Oh, cómo jura la bribona!... Dolmancé..., córrete, córrete..., amor mío..., este rudo campesino me inunda: me lo lanza al fondo de mis entrañas... ¡Ay, jodedores míos!, ¡cómo! ¡Los dos a la vez, santo cielo!... Amigos míos, recibid mi leche: se une a la vuestra... Estoy anonadada... (La postura se rompe.) Y bien, querida, ¿estás contenta con tu alumna?... ¿Ahora soy lo suficientemente puta?... Pero me habéis puesto en un estado..., en una agitación... ¡Oh, sí, juro que, en la embriaguez en que me encuentro, si fuera preciso llegaría a hacerme joder en medio de las calles!...

DOLMANCÉ: ¡Qué bella está así!

EUGENIA: ¡Os detesto, me habéis rechazado!...

DOLMANCÉ: ¿Podía acaso contrariar mis dogmas?

EUGENIA: Entonces, os perdono, y debo respetar los principios que llevan a los extravíos. ¡Cómo no había de adoptarlos yo, que sólo quiero vivir en el crimen? Sentémonos y charlemos un instante: no puedo más. Proseguid mi instrucción, Dolmancé, y decidme algo que me consuele de los excesos a que me he entregado; apagad mis remordimientos; alentadme.

SRA. DE SAINT-ANGE: Es justo; es preciso que un poco de teoría suceda a la práctica; es el medio de hacer una alumna perfecta.

DOLMANCÉ: ¡Bueno! ¿Cuál es el objeto, Eugenia, sobre el que queréis que os instruya?

EUGENIA: Me gustaría saber si las costumbres son verdaderamente necesarias a un gobierno, si su influencia tiene algún peso sobre el genio de la nación.

DOLMANCÉ: ¡Ah, pardiez! Al salir de casa esta mañana, he comprado en el Palacio de la Igualdad un folleto que, de creer al título, debe de responder necesariamente a vuestra pregunta... Acaba de salir de las prensas.

SRA. DE SAINT-ANGE: Veamos. (Lee.) Franceses, un esfuerzo más si queréis ser republicanos. A fe que es un título singular: promete mucho; caballero, tú que posees una hermosa voz, léenos esto.

DOLMANCÉ: O mucho me equivoco o debe de responder perfectamente a la pregunta de Eugenia.

EUGENIA: ¡Desde luego!

SRA. DE SAINT-ANGE: Agustín, esto a ti no te incumbe; pero no te alejes; tocaremos la campanilla cuando sea preciso que vengas.

EL CABALLERO: Empiezo.

FRANCESES, un esfuerzo más si queréis ser republicanos.

La religión

Vengo a ofrecer grandes ideas; las escucharán, serán pensadas; si no todas agradan, al menos algunas quedarán; habré contribuido algo al progreso de las luces, y con ello quedaré satisfecho. No lo oculto, veo con pena la lentitud con que tratamos de llegar a la meta; con inquietud siento que estamos en vísperas de no alcanzarla una vez más. ¿Cree alguien que esa meta se alcanza cuando nos hayan dado leyes? Que nadie lo crea. ¿Qué haríamos con las leyes, sin religión? Necesitamos un culto, y un culto hecho para el carácter de un republicano, muy alejado de poder continuar el de Roma. En un siglo en que estamos tan convencidos de que la religión debe apoyarse en la moral, y no la moral en la religión, se necesita una religión que vaya con las costumbres, que sea algo así como su desarrollo, como su necesaria secuela, y qué, elevando el alma, pueda mantenerla perpetuamente a la altura de esa libertad preciosa que constituye hoy día su único ídolo. Ahora bien, yo pregunto si puede suponerse que la de un esclavo de Tito, la de un vil histrión de Judea, puede convenir a una nación libre y guerrera que acaba de regenerarse. No, compatriotas míos, no, no lo creáis. Si, por desgracia para él, el francés volviera a sepultarse en las tinieblas del cristianismo, por un lado el orgullo, la tiranía y el despotismo de los sacerdotes, vicios que siempre renacen en esa horda impura; por otro la bajeza, la estrechez de miras, la insulsez de los dogmas y de los misterios de esa indigna y fabulosa religión, debilitando la altivez del alma republicana, la pondrían pronto bajo el yugo que su energía acaba de romper.

No perdamos de vista que esta pueril religión era una de sus mejores armas en manos de nuestros tiranos: uno de sus primeros dogmas era dar al César lo que es del César, —pero nosotros hemos destronado a César y no queremos darle nada. Franceses, sería va— no jactarse de que el espíritu de un clero que ha jurado la constitución no es el de un clero refractario; siempre hay vicios de estado que nunca pueden corregirse. Antes de diez años, en medio de la religión cristiana, de su superstición, de sus prejuicios, vuestros sacerdotes, pese a su juramento, pese a su pobreza, volverían a poseer el imperio de las almas que habían invadido; volverían a encadenaros a los reyes, porque el poder de éstos siempre apuntaló el de aquéllos, y vuestro edificio republicano, falto de bases, se derrumbaría.

Oh, vosotros que tenéis la hoz en la mano, propinad el último golpe al árbol de la superstición: no os contentéis con podar las ramas: desarraigad por entero una planta cuyos efectos son tan contagiosos; debéis estar totalmente convencidos de que vuestro sistema de libertad y de igualdad contraría demasiado abiertamente a los ministros de los altares de Cristo para que haya alguna vez uno solo que la adopte de buena fe o no busque con moverlo si consigue recuperar algún dominio sobre las conciencias. ¡Qué sacerdote, comparando el estado a que acaban de reducirle con el que antes gozaba, no ha de hacer cuanto de él dependa para recuperar no sólo la confianza, sino también la autoridad que le han hecho perder? ¿Y cuántos seres débiles y pusilánimes no se volverán pronto esclavos de este ambicioso tonsurado? ¿Por qué no se piensa que los inconvenientes que han existido pueden renacer aún? ¿En la infancia de la Iglesia cristiana, Vieran los sacerdotes lo que son hoy? Ya veis adónde habían llegado; sin embargo, ¿quién los había conducido allí? ¿No fueron los medios que les proporcionaba la religión? Ahora bien, si no la prohibís completamente, a esa religión y a quienes la predican, contando siempre con los mismos medios llegarán pronto al mismo fin.

Aniquilad, pues, para siempre todo lo que un día puede destruir vuestra obra. Pensad que estando el fruto de vuestros trabajos reservado sólo a vuestros nietos, es deber vuestro, probidad vuestra, no dejar ni uno de estos gérmenes peligrosos que podrían volverles a sumir en el caos de que con tanto esfuerzo hemos salido. Ya se disipan nuestros prejuicios, ya el pueblo abjura los absurdos católicos; ha suprimido los templos, ha derribado los ídolos, está decidido a que el matrimonio sea sólo un acto civil; los confesionarios rotos sirven en los fogones públicos; los pretendidos fieles, al desertar del banquete católico, dejan los dioses de harina a los ratones. Franceses, no os detengáis: Europa entera, con una mano puesta en la venda que fascina sus ojos, espera de vosotros el esfuerzo que debe arrancarla de su frente. Daos prisa: no deis a la santa Roma, que se agita en todas direcciones para reprimir vuestra energía, el tiempo de conservar quizás algunos prosélitos. Golpead sin miramientos su cabeza altiva y temblorosa, y que antes de dos meses el árbol de la libertad, dando sombra a los despojos de la cátedra de san Pedro, cubra con el peso de sus ramas victoriosas todos estos despreciables ídolos del cristianismo, descaradamente alzados sobre las cenizas tanto de los Catones como de los Brutos.

Franceses, os lo repito, Europa espera de vosotros verse libre a un tiempo del cetro y del incensario. Pensad que es imposible librarla de la tiranía monárquica sin romper al mismo tiempo los frenos de la superstición religiosa: los lazos de la una están demasiado íntimamente ligados a la otra para que, si dejáis subsistir una de las dos, no volváis a caer pronto bajo el imperio de lo que habríais descuidado disolver. No es ni ante las rodillas de un ser imaginario ni ante las de un vil impostor ante lo que un republicano debe arrodillarse; sus únicos dioses deben ser ahora el valor y la libertad. Roma desapareció cuando se predicó el cristianismo, y Francia está perdida si en ella se lo venera todavía.

Examinad con atención los dogmas absurdos, los misterios espantosos, las ceremonias monstruosas, la moral imposible de esa repugnante religión, y ved si puede convenir a una república. ¿Creéis de buena fe que me iba a dejar yo dominar por la opinión de un hombre al que acabo de ver a los pies del imbécil sacerdote de Jesús? ¡No, desde luego que no! Ese hombre, siempre vil, tenderá siempre, por su bajeza de miras, a las atrocidades del antiguo régimen; desde el momento en que ha podido someterse a las estupideces de una religión tan insulsa como teníamos la locura de admitir, ya no puede ni dictarme leyes ni transmitirme luces; no le veo más que como un esclavo de los prejuicios y de la superstición.

Pongamos los ojos, para convencernos de esta verdad, sobre los pocos individuos que permanecen adictos a ese culto insensato de nuestros padres; veremos entonces si no son todos enemigos irreconciliables del sistema actual, veremos si no es en su número donde está totalmente comprendida esa casta, tan justamente despreciada, de realistas y de aristócratas. Que el esclavo de un bergante coronado se arrodille, si quiere, a los pies de un ídolo de pasta: ese objeto está hecho para su alma de barro; ¡quien puede servir a reyes debe adorar a dioses! Pero nosotros, franceses, nosotros, compatriotas míos, nosotros, ¿arrastrarnos todavía humildemente bajo frenos tan despreciables? ¡Antes morir mil veces que ser esclavos de nuevo! Puesto que creemos necesario un culto, imitemos el de los romanos: las acciones, las pasiones, los héroes, esos sí que eran objetos respetables. Tales ídolos sublimaban el alma, la electrizaban; hacían más: le comunicaban las virtudes del ser respetado. El adorador de Minerva quería ser prudente. El valor estaba en el corazón de aquél al que se veía a los pies de Marte. Ni un solo dios de estos grandes hombres estaba privado de energía; todos transmitían el fuego en que ellos mismos se abrasaban al alma de quien los veneraba; y como tenían la esperanza de ser adorados también ellos un día, aspiraban a volverse al menos tan grandes como aquellos a los que tomaban por modelo. ¿Qué encontramos en cambio en los vanos dioses del cristianismo? ¿Qué os ofrece, pregunto, esa imbécil religión? El insulso impostor de Nazaret ¿provoca en vosotros el nacimiento de alguna gran idea? Su sucia y repugnante madre, la impúdica María, ¿os inspira algunas virtudes? ¿Y encontráis en los santos con que han adornado su Elíseo algún modelo de grandeza, o de heroísmo, o de virtudes? Es tan cierto que esa estúpida religión no presta nada a las grandes ideas, que ningún artista puede emplear sus atributos en los monumentos que alza; en Roma mismo, la mayoría de los adornos y ornamentos del palacio de los papas tiene sus modelos en el paganismo, y, mientras el mundo subsista, sólo él encenderá el verbo de los grandes hombres.

¿Será en el teísmo puro donde encontraremos más motivos de grandeza y de elevación? ¿Será en la adopción de una quimera que, dando a nuestra alma ese grado de energía esencial a las virtudes republicanas, llevará al hombre a amarlas o a practicarlas? Ni lo soñéis; estamos de vuelta de ese fantasma, y ahora el ateísmo es el único sistema de todas las personas que saben razonar. A medida que las luces ilustran se ha comprendido que, por ser inherente el movimiento a la materia, el agente necesario para imprimir ese movimiento se convertía en un ser ilusorio y que, por tener que estar todo cuanto existe en movimiento por esencia, el motor era inútil; se ha comprendido que ese dios quimérico, prudentemente inventado por los primeros legisladores, no era entre sus manos sino otro medio más para encadenarnos y que, reservándose el derecho de hacer hablar sólo ellos a ese fantasma, podían muy bien hacerle decir sólo aquello que apoyaba las leyes ridículas con que pretendían esclavizarnos. Licurgo, Numa, Moisés, Jesucristo, Mahoma, todos esos grandes bribones, todos esos grandes déspotas de nuestras ideas, supieron asociar las divinidades que fabricaban a su desmesurada ambición, y seguros de cautivar a los pueblos con la sanción de tales dioses, tuvieron —cuidado siempre, como se sabe, de interrogarlos sólo a propósito, o de hacerles responder únicamente aquello que creían que podía servirles.

Despreciemos por tanto hoy día tanto el vano dios que los impostores han predicado como todas las sutilezas religiosas que se desprenden de su ridícula adopción; no es con ese sonajero como se puede divertir ya a hombres libres. Que la extinción total de los cultos figure, por lo tanto, en los principios que propaguemos a toda Europa. No nos contentemos con romper los cetros, pulvericemos por siempre los ídolos: no hubo nunca más que un paso de la superstición a la realeza. Indudablemente hubo de ser así, puesto que uno de los primeros artículos de la consagración de los reyes era siempre el mantenimiento de la religión dominante como una de las bases políticas que mejor debían sostener su trono. Pero, desde el momento en que ese trono ha sido abatido, desde que lo ha sido felizmente para siempre, no temamos extirpar de igual modo lo que constituía su sostén.

Sí, ciudadanos, la religión es incoherente con el sistema de la libertad; lo habéis notado. El hombre libre jamás se inclinará ante los dioses del cristianismo; jamás sus dogmas, jamás sus ritos, sus misterios o su moral convendrán a un republicano. Un esfuerzo más; puesto que trabajáis por destruir todos los prejuicios, no dejéis subsistir ninguno, porque basta uno sólo para volver a traerlos todos. ¡Y cuánto más seguros no debemos estar de su retorno si el que dejáis vivir es positivamente la cuna de todos los demás! Basta de creer que la religión pueda ser útil al hombre. Tengamos buenas leyes, y podremos prescindir de la religión. Pero se necesita una para el pueblo, dicen; lo divierte, lo contiene. ¡En buena hora! Dadnos pues, en ese caso, la que conviene a los hombres libres. Devolvednos los dioses del paganismo. De buena gana adoraremos a Júpiter, a Hércules o a Palas; pero ya no queremos al fabuloso autor de un universo que se mueve por sí mismo; no queremos ya a un dios sin extensión y que, sin embargo, llena todo con su inmensidad, un dios todopoderoso que no cumple nunca lo que desea, un ser soberanamente bueno que no hace más que descontentos, un ser amigo del orden y por cuyo gobierno todo está en desorden. No, no queremos ya un dios que perturba la naturaleza, que es el padre de la confusión, que mueve al hombre en el momento en que el hombre se entrega a los horrores; tal dios nos hace estremecernos de indignación, y lo relegamos por siempre al olvido, del que el infame Robespierre ha querido sacarlo.

Franceses; sustituyamos ese indigno fantasma por los imponentes simulacros que hacían a Roma dueña del universo; tratemos a todos los ídolos cristianos como hemos tratados a los de nuestros reyes. Hemos vuelto a poner los emblemas de la libertad sobre las bases que sostenían antaño a los tiranos; reedifiquemos igualmente la efigie de los grandes hombres sobre los pedestales de esos polizontes adorados por el cristianismo. Dejemos de temer el efecto del ateísmo en nuestros campos; ¿no han sentido los campesinos necesidad del aniquilamiento del culto católico, tan contradictorio con los verdaderos principios de la libertad? ¿No han visto sin temor, y sin dolor, derrocar sus altares y sus presbiterios? ¡Ah! Creed que del mismo modo renunciarán a su ridículo dios. Las estatuas de Marte, de Minerva y de la Libertad serán colocadas en los lugares más ostentosos de sus casas; allí celebrarán una fiesta todos los años; se otorgará la corona cívica al ciudadano que más lo haya merecido de la patria. A la entrada de un bosque solitario, Venus, el Himeneo y el Amor, levantados bajo un templo agreste, recibirán el homenaje de los amantes; será allí donde, por la mano de las Gracias, la belleza coronará a la constancia. No bastará con amar para ser digno de esta corona, será preciso haber merecido serlo: el heroísmo, los talentos, la humanidad, la grandeza de alma, un civismo a toda prueba, éstos son los títulos que se verá obligado a poner el amante a los pies de su amada, y valdrán más que los del nacimiento y de la riqueza que un tonto orgullo exigía antaño. Por lo menos, de ese culto saldrán algunas virtudes, mientras que del que hemos tenido sólo nace la debilidad de profesar crímenes. Este culto se aliará con la libertad a que servimos; la animará, la mantendrá, la encenderá, mientras que el teísmo es por esencia y por naturaleza el enemigo más mortal de la libertad a que nosotros servimos. ¿Costó una gota de sangre cuando los ídolos paganos fueron destruidos en el Bajo Imperio? La revolución, preparada por la estupidez de un pueblo esclavizado, se realizó sin el menor obstáculo. ¿Cómo podemos temer que la obra de la filosofía sea más penosa que la del despotismo? Son únicamente los sacerdotes los que todavía encadenan a los pies de su quimérico dios a este pueblo que tanto teméis iluminar; alejadlos de él y el velo caerá naturalmente. Creed que ese pueblo, mucho más sabio de lo que imagináis, liberado de los hierros de la tiranía, lo estará muy pronto de los de la superstición. Vosotros lo teméis si no tiene ese freno: ¡qué extravagancia! ¡Ah! ¡Creedlo, ciudadanos, aquel a quien la espada material de las leyes no detiene tampoco se detendrá por el temor moral de los suplicios del infierno, de los que se burla desde su infancia! En una palabra, vuestro teísmo ha hecho cometer muchas fechorías, pero jamás ha evitado una sola. Si es cierto que las pasiones ciegan, que su efecto es tender ante nuestros ojos una nube que nos oculte los peligros de que están rodeadas, ¿cómo podemos suponer que los que están lejos de nosotros, como lo están los castigos anunciados por vuestro dios, puedan llegar a disipar esa nube que no disuelve siquiera la espada de las leyes, siempre suspendida sobre las pasiones? Por tanto, si está demostrado que este suplemento de frenos impuesto por la idea de un dios se vuelve inútil, si está probado que es peligroso por sus demás efectos, pregunto: ¿para qué puede, pues, servir, y en qué motivos hemos dé apoyarnos para prolongar su existencia? ¿Se me dirá que no estamos bastante maduros para consolidar aún nuestra revolución de una manera tan manifiesta? ¡Ah, conciudadanos míos, el camino que hemos recorrido desde el 89 era de otro tipo de dificultades que el que nos queda por recorrer, y hemos de trabajar sobre la opinión, para lo que os propongo, mucho menos de lo que la hemos atormentado en todos los sentidos desde la época de la caída de la Bastilla! Creemos que un pueblo lo bastante prudente, lo bastante valiente para conducir a un monarca impúdico desde la cima de las grandezas a los pies del cadalso; que un pueblo que en estos pocos años ha sabido vencer tantos prejuicios, que ha sabido romper tantos frenos ridículos, lo será de sobra para inmolar, para bien y prosperidad de la república, un fantasma mucho más ilusorio de lo que podía serlo el de un rey.

Franceses, vosotros daréis los primeros golpes; vuestra educación nacional hará el resto; pero pongámonos pronto a la tarea; que se convierta en uno de vuestros cuidados prioritarios; que tenga ante todo por base esa moral esencial, tan descuidada en la educación religiosa. Reemplazad las tonterías deíficas, con que fatigáis los jóvenes órganos de vuestros hijos, por excelentes principios sociales; que en lugar de aprender a recitar fútiles plegarias que tendrán a gloria olvidar cuando tengan dieciséis años, sean instruidos en sus deberes para con la sociedad; enseñadles a amar las virtudes de que apenas les hablabais antaño y que, sin vuestras fábulas religiosas, bastan para su felicidad individual; hacedles sentir que esa felicidad consiste en hacer a los demás tan afortunados como nosotros mismos deseamos serlo. Si colocáis esas verdades sobre las quimeras cristianas, como antaño cometíais la locura de hacerlo, apenas hayan reconocido vuestros alumnos la futilidad de las bases, harán derrumbarse el edificio y se convertirán en malvados sólo porque creerán que la religión que han derribado les prohibía serlo. Haciéndoles sentir en cambio la necesidad de la virtud únicamente porque su propia felicidad depende de ella, serán personas honestas por egoísmo, y esta ley que rige a todos los hombres será siempre la más segura de todas. Evítese, por tanto, con el mayor cuidado, mezclar ninguna fábula religiosa a esta educación nacional. No perdamos nunca de vista que son hombres libres lo que queremos formar y no viles adoradores de un dios. Que un filósofo sencillo enseñe a estos nuevos alumnos las sublimidades incomprensibles de la naturaleza, que les pruebe que el conocimiento de un dios, muy peligroso a menudo para los hombres, jamás sirve a su felicidad, y que no serán más felices admitiendo como causa de lo que no comprenden algo que comprenden aún menos; que es mucho menos esencial entender la naturaleza que gozar de ella y respetar sus leyes; que estas leyes son tan sabias como simples; que están escritas en el corazón de todos los hombres y que basta con preguntar a ese corazón para discernir sus impulsos. Si quieren que por encima de todo les habléis de un creador, responded que, habiendo sido siempre las cosas lo que son, no habiendo tenido comienzo jamás y no debiendo tener nunca fin, le resulta tan inútil como imposible al hombre poder remontarse a un origen imaginario que no explicaría nada y que nada cambiaría. Decidles que es imposible para los hombres tener ideas verdaderas de un ser que no actúa sobre ninguno de nuestros sentidos.

Todas nuestras ideas son representaciones de objetos que nos llaman la atención; ¿cuál puede representarnos la idea de Dios, que evidentemente es una idea sin objeto? Una idea semejante, añadiréis, ¿no es tan imposible como los efectos sin causa? Una idea sin prototipo ¿es algo más que una quimera? Algunos doctores, proseguiréis, aseguran que la idea de Dios es innata, y que los hombres tienen esa idea desde el vientre de su madre. Pero esto es falso, añadiréis; todo principio es un juicio, todo juicio es el efecto de la experiencia, y la experiencia sólo se adquiere mediante el ejercicio de los sentidos; de donde se sigue que los principios religiosos no se refieren evidentemente a nada y no son en modo alguno innatos. ¿Cómo, proseguiréis, ha podido persuadirse a seres razonables de que la cosa más difícil de comprender era la más esencial para ellos? Es que les han asustado mucho; es que, cuando se tiene miedo, se cesa de razonar; es que, sobre todo, les han recomendado desconfiar de su razón, y, cuando el cerebro está turbado, se cree todo y no se analiza nada. La ignorancia y el miedo, seguiréis diciéndoles, he ahí las dos bases de todas las religiones. La incertidumbre en que el hombre se encuentra en relación a su Dios es precisamente el motivo que lo vincula a su religión. El hombre tiene miedo, tanto físico como moral, en las tinieblas; el miedo se vuelve habitual en él y se convierte en necesidad; creería que le falta algo si no tuviera nada que esperar o que temer. Volved luego a la utilidad de la moral: dadles sobre ese gran tema muchos más ejemplos que lecciones, muchas más pruebas que libros, y haréis buenos ciudadanos; haréis buenos guerreros, buenos padres, buenos esposos; haréis hombres tan unidos a la libertad de su país que ninguna idea de servidumbre podrá presentarse ya a su espíritu, que ningún terror religioso vendrá a turbar su genio. Entonces el verdadero patriotismo estallará en todas las almas; reinará con toda su fuerza y con toda su pureza, porque se convertirá en el único sentimiento dominante, y ninguna idea extraña debilitará su energía; entonces, vuestra segunda generación está segura y vuestra obra, consolidada por ella, se convertirá en ley del universo. Pero si, por temor o pusilanimidad, no son seguidos estos consejos, si se deja subsistir las bases del edificio que se había creído destruir, ¿qué ocurrirá? Se volverá a construir sobre esas bases, y se colocarán en ellas los mismos colosos, con la cruel diferencia de que esta vez serán cimentadas con tal fuerza que ni vuestra generación ni las que la sigan lograrán derribarlas.

Que nadie dude de que las religiones son la cuna del despotismo; el primero de todos los déspotas fue un sacerdote; el primer rey y el primer emperador de Roma, Numa y Augusto, se asocian uno y otro al sacerdocio; Constantino y Clodoveo fueron antes abades que soberanos; Heliogábalo fue sacerdote del Sol. Desde todos los tiempos, en todos los siglos, hubo entre el despotismo y la religión tal conexión que está demostrado de sobra que, al destruir al uno, se debe zapar al otro, por la sencilla razón de que el primero servirá siempre de ley al segundo. No propongo, sin embargo, ni matanzas ni deportaciones: todos estos horrores están demasiado lejos de mi alma para osar concebirlos un minuto siquiera. No, no asesinéis, no desterréis: esas atrocidades son propias de los reyes o de los malvados que los imitaron; no será obrando igual que ellos como obligaréis a sentir horror por quienes las ejercían. Sólo hemos de emplear la fuerza contra los ídolos; basta con ridiculizar a quienes los sirven; los sarcasmos de Juliano perjudicaron más a la religión cristiana que todos los suplicios de Nerón. Sí, destruyamos para siempre toda idea de Dios y hagamos soldados de sus sacerdotes; algunos lo son ya; que se vinculen a este oficio tan noble para un republicano, pero que no vuelvan a hablar ni de su ser quimérico ni de su religión fabuladora, único objeto de nuestros desprecios. Condenemos a ser escarnecido, ridiculizado, cubierto de barro en todas las encrucijadas de las mayores ciudades de Francia, al primero de esos benditos charlatanes que venga a hablarnos todavía de Dios o de religión; una prisión perpetua será la pena que caiga sobre quien incurra dos veces en las mismas faltas. Que las blasfemias más insultantes, las obras más ateas sean autorizadas plenamente en seguida, a fin de acabar de extirpar en el corazón y en la memoria de los hombres esos terribles juguetes de nuestra infancia; que se saque a concurso la obra más capaz de iluminar por fin a los europeos en materia tan importante, y que un premio considerable, discernido por la nación, sea recompensa de quien, habiendo dicho todo, habiendo demostrado todo sobre esta materia, deje a sus compatriotas una guadaña para derribar todos esos fantasmas y un corazón recto para odiarlos. En seis meses todo habrá acabado: vuestro infame Dios será nada; y esto sin dejar de ser justo o celoso de la estima de los demás, sin cesar de temer la espada de las leyes, sin dejar de ser honesto, porque se habrá comprendido que el verdadero amigo de la patria no debe ser arrastrado por quimeras, como el esclavo de los reyes; que no es, en una palabra, ni la esperanza frívola de un mundo mejor, ni el temor a males mayores que los que nos envía la naturaleza, lo que debe conducir a un republicano, cuya única guía es la virtud, como el remordimiento su único freno.

Las costumbres

Tras haber demostrado que el teísmo no conviene en modo alguno a un gobierno republicano, me parece necesario probar que a las costumbres francesas tampoco les conviene más. Este artículo es esencial, sobre todo porque son las costumbres las que van a servir de motivos a las leyes que han de promulgarse.

Franceses, sois demasiado ilustrados para no daros cuenta de que un gobierno nuevo va a necesitar costumbres nuevas; es imposible que el ciudadano de un Estado libre se comporte como el esclavo de un rey déspota; las diferencias de sus intereses, de sus deberes, de sus relaciones entre sí, determinan de un modo absolutamente distinto su comportamiento en el mundo; una multitud de pequeños errores, de pequeños delitos sociales, considerados muy esenciales bajo el gobierno de los reyes, que debían exigir tanto más cuanto que necesitaban imponer frenos para hacerse respetables o inabordables a sus súbditos, van a anularse aquí; otras fechorías, conocidas bajo los nombres de regicidio o de sacrilegio, bajo un gobierno que no conoce ya ni reyes ni religiones deben desaparecer asimismo en un Estado republicano. Tras conceder la libertad de conciencia y la de prensa, pensad, ciudadanos, que con un poco más ha de concederse la de acción, y que salvo aquello que choca directamente a las bases del gobierno, os quedan muchos menos crímenes que poder castigar, porque en la práctica hay muy pocas acciones criminales en una sociedad cuyas bases se fundan en la libertad y la igualdad; pesando y examinando bien las cosas, sólo es verdaderamente criminal aquello que la ley reprueba; porque, al dictarnos la naturaleza tantos vicios como virtudes en razón de nuestra organización, o más filosóficamente aun, en razón de la necesidad que tiene de unos y de otras, cuanto ella nos inspira se convertiría en medida muy insegura para regular con precisión lo que está bien o lo que está mal. Pero para desarrollar mejor mis ideas sobre un tema tan esencial, vamos a clasificar las diferentes acciones de la vida del hombre que hasta ahora se ha convenido denominar criminales, y luego las mediremos con los verdaderos deberes de un republicano. Desde tiempos inmemoriales los deberes del hombre han sido considerados bajo las tres relaciones distintas siguientes:

1. Aquellos que su conciencia y su credulidad le imponen para con el Ser Supremo.
2. Aquellos que está obligado a cumplir con sus hermanos.
3. Por último, aquellos que sólo tienen relación con él.

La certeza en que debemos estar de que ningún dios ha tenido nada que ver con nosotros y de que, criaturas necesitadas de la naturaleza como las plantas y los animales, estamos aquí porque era imposible que dejáramos de estar, esa certeza aniquila de un solo golpe, como puede verse, la primera parte de estos deberes, es decir de aquellos por los que nos creemos falsamente responsables para con la divinidad, todos ellos conocidos bajo los nombres vagos e indefinidos de impiedad, sacrilegio, blasfemia, ateísmo, etc., todos aquellos, en una palabra, que Atenas castigó tan injustamente en Alcibíades y Francia en el infortunado La Barre. Si hay algo extravagante en el mundo es ver a los hombres, que no conocen a su dios y lo que ese dios pueda exigir más que según sus limitadas ideas, querer, sin embargo, decidir sobre la naturaleza de lo que contenta o desagrada a ese ridículo fantasma de su imaginación. Por eso no me limitaría a permitir con indiferencia todos los cultos; desearía que fuéramos libre de reírnos o burlarnos de todos; que los hombres, reunidos en un templo cualquiera para invocar al Eterno según su gusto, fuesen vistos como comediantes en una escena, de cuya representación cada cual puede ir a reírse. Si no veis las religiones desde este enfoque, pronto adquirirán la seriedad que las vuelve importantes, protegerán pronto las opiniones, y en cuanto vuelva a discutirse sobre las religiones, volverán a pelearse por las religiones; la igualdad, aniquilada por la preferencia o la protección otorgada a una de ellas, desaparecerá pronto del gobierno, y de la teocracia reedificada nacerá pronto la aristocracia. Por eso nunca podrá repetirse demasiado: nada de dioses, franceses, nada de dioses, si no queréis que su funesto imperio nos vuelva a sumir pronto en todos los horrores del despotismo; pero sólo burlándoos de ellos los destruiréis; todos los peligros que conllevan renacerán al punto en tropel si ponéis en ello capricho o importancia. No derribéis sus ídolos con cólera; pulverizadlos jugando, y la opinión caerá por sí misma.

Creo que basta esto para demostrar sobradamente que no debe promulgarse ninguna ley contra los delitos religiosos, porque, quien ofende una quimera, nada ofende, y sería la última inconsecuencia castigar a quienes ultrajan o desprecian un culto cuya prioridad sobre los demás nada demuestra con evidencia; sería necesariamente adoptar un partido e influir, desde entonces, sobre la balanza de la igualdad, primera ley de vuestro nuevo gobierno.

Pasemos a los segundos deberes del hombre, a los que lo vinculan a sus semejantes; esta clase es, indudablemente, la más extensa.

La moral cristiana, demasiado vaga en las relaciones del hombre con sus semejantes, sienta bases tan llenas de sofismas que resulta imposible admitirlas, porque cuando se quiere edificar principios hay que guardarse mucho de darles sofismas por base. Esa absurda moral nos dice que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Nada sería probablemente más sublime si fuera posible que lo falso pudiese llevar alguna vez los caracteres de la belleza. No se trata de amar a los semejantes como a uno mismo, puesto que eso va contra todas las leyes de la naturaleza y puesto que sólo su órgano debe dirigir todas las acciones de nuestra vida; se trata únicamente de amar a nuestros semejantes como a hermanos, como a amigos que la naturaleza nos da, y con los que debemos vivir tanto mejor en un Estado republicano cuanto que la desaparición de las distancias debe necesariamente estrechar los lazos.

Que la humanidad, la fraternidad, la beneficencia nos prescriban según esto nuestros deberes recíprocos, y cumplámoslos cada uno con el sencillo grado de energía que en este punto nos ha dado la naturaleza, sin censurar y sobre todo sin castigar a quienes, más fríos o más atrabiliarios, no sienten en estos lazos, pese a ser tan conmovedores, todas las dulzuras que los demás encuentran; porque hay que convenir que sería un absurdo palpable querer prescribir leyes universales; este proceder sería tan ridículo como el de un general del ejército que quisiera que todos sus soldados fueran vestidos con un traje hecho a la misma medida; es una injusticia espantosa exigir que hombres de caracteres desiguales se plieguen a las leyes generales: lo que a uno le va, a otro no le va.

Convengo en que no pueden hacerse tantas leyes como hombres; pero las leyes pueden ser tan dulces, en tan pequeño número, que todos los hombres, del carácter que sean, puedan fácilmente plegarse a ellas, y aun exigiría yo que ese pequeño número de leyes sea susceptible de poder adaptarse fácilmente a todos los distintos caracteres; que el espíritu de quien las dirija sea emplear mayor o menor severidad, en razón del individuo al que habrían de afectar. Está demostrado que la práctica de tal o cual virtud es imposible para ciertos hombres, como hay tal o cual remedio que no puede convenir a tal o cual temperamento. Ahora bien, ¡cuál no sería el colmo de vuestra injusticia si castigaseis con la ley a quien le resulta imposible plegarse a la ley! La iniquidad que cometeríais ¿no será igual a aquella de la que os haríais culpable si quisierais forzar a un ciego a discernir los colores? De estos primeros principios se desprende, como vemos, la necesidad de hacer leyes suaves, y, sobre todo, de acabar para siempre con la atrocidad de la pena de muerte, porque toda ley que atente contra la vida de un hombre es impracticable, injusta, inadmisible. Y no es, como diré enseguida, que no haya infinidad de casos en que los hombres, sin ultrajar a la naturaleza (y eso es lo que demostraré), puedan haber recibido de esta madre común la total libertad de atentar contra la vida de otros, sino que es imposible que la ley pueda obtener idéntico privilegio, porque la ley, fría por sí misma, no podría acceder a las pasiones que pueden legitimar en el hombre el acto cruel del asesinato; el hombre recibe de la naturaleza impresiones que pueden hacer perdonar esa acción, mientras que la ley, en cambio, siempre en oposición a la naturaleza y sin recibir nada de ella, no puede ser autorizada a permitirse los mismos extravíos: sin tener los mismos motivos, es imposible que tenga los mismos derechos. He ahí distinciones sabias y delicadas que escapan a muchas personas porque muy pocas personas reflexionan; pero serán aceptadas por personas instruidas, a quienes las dirijo, e influirán, como espero, sobre el nuevo Código que se nos prepara.

La segunda razón por la que hay que acabar con la pena de muerte es que nunca ha reprimido el crimen, porque se comete día tras día a los pies del cadalso. Hay que suprimir esa pena, en resumen, porque no hay peor cálculo que el de hacer morir a un hombre por haber matado a otro; de este proceder resulta evidentemente que en lugar de un hombre menos, tenemos dos menos de golpe, y que esa aritmética sólo puede ser familiar a los verdugos o a los imbéciles.

Sea, en fin, como fuere, las fechorías que podemos cometer contra nuestros hermanos se reducen a cuatro principales: la calumnia, el robo, aquellos delitos que, causados por la impureza, pueden afectar desagradablemente a los demás, y el asesinato. Todas estas acciones, consideradas capitales en un gobierno monárquico, ¿son tan graves en un Estado republicano? Esto es lo que debemos analizar a la luz de la filosofía, porque sólo a su única luz debe emprenderse un examen semejante. Que no se me tache de innovador peligroso; que no se diga que hay riesgo en embotar, como quizá hagan estos escritos, el remordimiento en el alma de los malhechores; que mayor mal hay en aumentar, mediante la suavidad de mi moral, la inclinación que esos mismos malhechores tienen hacia el crimen: afirmo aquí formalmente no tener ninguna de esas miras perversas; expongo ideas que desde la edad de razón se han identificado conmigo y a las que el infame despotismo de los tiranos se ha opuesto durante tantos siglos. ¡Tanto peor para aquellos a quienes estas grandes ideas corrompan, tanto peor para quienes sólo saben captar el mal en las opiniones filosóficas, susceptibles de corromperse con todo! ¿Quién sabe si no se envenenarían quizá con las lecturas de Séneca y de Charron? No es a ellos a quienes hablo; sólo me dirijo a personas capaces de entenderme, y éstas me leerán sin peligro.

Confieso con la franqueza más extrema que nunca he creído que la calumnia fuera un mal, y menos aun en un gobierno como el nuestro, en el que todos los hombres, más unidos entre sí, más cercanos, tienen evidentemente mayor interés en conocerse bien. Una de dos: o la calumnia se dirige contra un hombre verdaderamente perverso, o cae sobre un ser virtuoso. Estaremos de acuerdo en que, en el primer caso, resulta casi indiferente que se hable algo peor de un hombre conocido por practicar el mal; tal vez, incluso, el mal que no existe aclare mejor entonces el que existe, y así tenemos al malhechor mejor conocido.

Supongamos que reina un influjo malsano en Hannover, pero que, exponiéndome a esa inclemencia malsana, no corro otro riesgo que coger un acceso de fiebre; ¿podré enfadarme con el hombre que, para impedirme ir allí, me diga que moriré nada más llegar? Indudablemente no; porque, asustándome con un gran mal, me ha impedido sufrir uno pequeño ¿Que la calumnia se dirige por el contrario contra un hombre virtuoso? Que no se alarme por ello: pruébese, y todo el veneno del calumniador recaerá pronto sobre él mismo. Para tales personas la calumnia no es más que un escrutinio depurador, del que su virtud sólo saldrá más resplandeciente. En este caso hay incluso beneficio para la masa de las virtudes de la república; porque este hombre virtuoso y sensible, estimulado por la injusticia que acaba de sufrir, se aplicará a hacerlo mejor aún; querrá superar esa calumnia de la que se creía a salvo, y sus buenas acciones adquirirán entonces un grado más de energía. Así, en el primer caso, el calumniador habrá producido efectos bastante buenos, incrementando los vicios del hombre peligroso; en el segundo los habrá producido excelentes, obligando a la virtud a mostrársenos por entero. Ahora bien, yo pregunto bajo qué enfoque puede pareceros temible el calumniador, sobre todo en un gobierno en que tan esencial es conocer a los malvados y aumentar la energía de los buenos. Guárdense mucho, por tanto, de pronunciar ninguna pena contra la calumnia; considerémosla bajo la doble perspectiva de un fanal y de un estimulante, y, en cualquier caso, como algo muy útil. El legislador, cuyas ideas han de ser grandes como la obra a la que se aplica, nunca debe estudiar el efecto del delito que sólo afecta individualmente: son los efectos en masa lo que debe examinar; y cuando de este modo observe así los efectos que derivan de la calumnia, le desafío a encontrar en ellos algo punible; desafío a que pueda poner alguna sombra de justicia a la ley que la castigaría; al contrario, se convierte en el hombre más justo y más íntegro si la favorece o la recompensa.

El robo es el segundo de los delitos morales cuyo examen nos hemos propuesto.

Si recorremos la Antigüedad, veremos el robo permitido, recompensado en todas las repúblicas de Grecia; Esparta o Lacedemonia lo favorecían abiertamente; algunos otros pueblos lo consideraron una virtud guerrera; es cierto que mantiene el valor, la fuerza, la astucia, en una palabra, todas las virtudes útiles a un gobierno republicano y en consecuencia al nuestro. Ahora, sin parcialidad, me atrevería a preguntar si el robo, cuyo efecto es igualar las riquezas, es un gran mal en un gobierno cuya meta es la igualdad. Indudablemente, no; porque si alimenta la igualdad por un lado, por otro nos impulsa a conservar nuestros bienes. Hubo un pueblo que castigaba no al ladrón, sino al que se había dejado robar, a fin de que aprendiese a cuidar de sus propiedades. Lo cual nos lleva a reflexiones más amplias.

Dios me guarde de querer atacar o destruir aquí el juramento de respeto a las propiedades, que la nación acaba de pronunciar; pero ¿se me permitirán algunas ideas sobre la injusticia de ese juramento? ¿Cuál es el espíritu de un juramento pronunciado por todos los individuos de una nación? ¿No es el de mantener una perfecta igualdad entre los ciudadanos, y el de someterlos a todos por igual a la ley protectora de las propiedades de todos? Ahora bien, yo os pregunto si es muy justa la ley que ordena al que no tiene nada respetar al que lo tiene todo. ¿Cuáles son los elementos del pacto social? ¿No consiste en ceder un poco de su libertad y de sus propiedades para asegurar y mantener lo que se conserva de ambas?

Todas las leyes descansan sobre estas bases; son las razones de los castigos infligidos a quien abusa de su libertad. Autorizan asimismo las imposiciones; lo cual hace que un ciudadano no proteste cuando se le exigen, puesto que sabe que, a cambio de lo que da, se le conserva lo que le queda; pero, repitámoslo una vez más, ¿con qué derecho quien nada tiene se encadenará a un pacto que sólo protege a quien lo tiene todo? Si hacéis un acto de equidad conservando, mediante vuestro juramento, las propiedades del rico, ¿no cometéis una injusticia exigiendo este juramento del «conservador» que no tiene nada? ¿Qué interés tiene éste en vuestro juramento? ¿Y por qué queréis que prometa una cosa que sólo resulta favorable para quien tanto se diferencia de él por sus riquezas? No hay, con toda seguridad, nada más injusto: un juramento debe tener el mismo efecto sobre todos los individuos que lo pronuncian; es imposible que pueda encadenar a quien no tiene ningún interés en su mantenimiento, porque entonces no sería ya el pacto de un pueblo libre; sería el arma del fuerte sobre el débil, contra la que éste debería revolverse sin cesar; y eso es lo que ocurre en el juramento de respeto de las propiedades que acaba de exigirse a la nación; sólo el rico encadena con él al pobre, sólo el rico tiene interés en el juramento que el pobre pronuncia con una falta de consideración que le impide verse extorsionado en su buena fe por ese juramento y comprometido a hacer algo que no pueden hacer por él.

Convencidos, como debéis estarlo, de esta bárbara desigualdad, no agravéis por tanto vuestra injusticia castigando al que nada tiene por haber osado robar algo al que lo tiene todo: vuestro desigual juramento le da más que nunca derecho. Forzándole al perjurio mediante un juramento absurdo para él, legitimáis todos los crímenes a que ha de conducirle ese perjurio; no os corresponde por tanto castigar aquello cuya causa habéis sido vosotros. Nada más diré para haceros sentir la terrible crueldad que hay en castigar a los ladrones. Imitad la sabia ley del pueblo de que acabo de hablar; castigad al hombre lo bastante negligente para dejarse robar, pero no pronunciéis ninguna clase de pena contra quien roba; pensad que vuestro juramento le autoriza a esa clase de acción y que, entregándose a ella, no hace más que seguir el primero y más sabio de los impulsos de la naturaleza, el de conservar su propia existencia sin importarle a costa de quién.

Los delitos que debemos examinar en esta segunda clase de deberes del hombre para con sus semejantes consisten en las acciones que puede emprender el libertinaje, entre las cuales se distinguen particularmente como más atentatorias a lo que cada uno debe a los otros la prostitución, el adulterio, el incesto, la violación y la sodomía. No debemos dudar ni un solo momento de que los denominados crímenes morales, es decir, todas las acciones de esa clase que acabamos de citar, son perfectamente indiferentes en un gobierno cuyo único deber consiste en conservar, por el medio que sea, la forma esencial a su mantenimiento: ésa es la única moral de un gobierno republicano. Ahora bien, puesto que siempre se ve acosado por los déspotas que lo rodean, no sería razonable imaginar que sus medios de pervivencia puedan ser los medios morales; porque sólo pervivirá por la guerra, y nada hay menos moral que la guerra. Ahora yo pregunto cómo se llegará a demostrar que, en un Estado inmoral por sus obligaciones, sea esencial a los individuos ser morales. Digo más: es bueno que no lo sean. Los legisladores de Grecia habían comprendido perfectamente la importante necesidad de gangrenar los miembros para que, influyendo su disolución moral en la que es útil a la máquina, resultase de ello la insurrección, siempre indispensable en un gobierno que, perfectamente feliz como el gobierno republicano, debe excitar necesariamente el odio y los celos de cuanto le rodea. La insurrección, pensaban esos sabios legisladores, no es en modo alguno un estado moral; debe, sin embargo, ser el estado permanente de una república; sería pues tan absurdo como peligroso exigir que quienes han de mantener la perpetua conmoción inmoral de la máquina, fueran seres muy morales, porque el estado moral de un hombre es un estado de paz y tranquilidad, mientras que su estado inmorales un estado de movimiento perpetuo que le acerca a la necesaria insurrección, en la que el republicano tiene que mantener siempre al gobierno de que es miembro.

Vayamos ahora a los detalles y comencemos por analizar el pudor, ese movimiento pusilánime, contrario a los afectos impuros. Si estuviera en la intención de la naturaleza que el hombre fuese púdico, probablemente no habría hecho que naciera desnudo; una infinidad de pueblos, menos degradados que nosotros por la civilización, van desnudos y no sienten ninguna vergüenza; no hay duda de que la costumbre de vestirse ha tenido por única base tanto la inclemencia del aire como la coquetería de las mujeres; comprendieron que no tardarían en perder todos los efectos del deseo si los prevenían, en lugar de dejarlos nacer; pensaron que, por no haberlas creado sin defectos la naturaleza, se aseguraban mucho mejor los medios de agradar ocultando esos defectos mediante adornos; así el pudor, lejos de ser una virtud, no fue por lo tanto más que una de las primeras secuelas de la corrupción, uno de los primeros medios de la coquetería de las mujeres. Licurgo y Solón, completamente conscientes de que los resultados del impudor mantienen al ciudadano en el estado inmoral esencial a las leyes del gobierno republicano, obligaron a las jóvenes a exhibirse desnudas en el teatro. Roma imitó pronto este ejemplo: bailaban desnudas en los juegos de Flora; la mayoría de los misterios paganos se celebraban así; la desnudez pasó incluso por virtud entre algunos pueblos. Sea como fuere, del impudor nacen las inclinaciones lujuriosas; lo que resulta de tales inclinaciones constituye los pretendidos crímenes que estamos analizando, y cuya primera consecuencia es la prostitución. Ahora que hemos superado en este punto la multitud de errores religiosos que nos cautivaban, y ahora que, más cerca de la naturaleza por la cantidad de prejuicios que acabamos de destruir, sólo escuchamos su voz, completamente seguros de que, si hubiera crimen en algo, sólo radicaría en resistir a las inclinaciones que nos inspira antes que en combatirlas, persuadidos de que, siendo la lujuria una secuela de tales inclinaciones, se trata menos de apagar esta pasión en nosotros que de regular los medios de satisfacerla en paz. Debemos, por tanto, dedicarnos a poner orden en este punto, a establecer toda la seguridad precisa para que el ciudadano, a quien la necesidad acerca a los objetos de lujuria, pueda entregarse con esos objetos a cuanto sus pasiones le prescriban, sin hallarse encadenado nunca por nada, porque no hay en el hombre ninguna pasión que tenga mayor necesidad de toda la extensión de la libertad que ésta. En las ciudades se crearán distintos emplazamientos sanos, espaciosos, cuidadosamente amueblados y seguros en todos sus puntos; ahí, todos los sexos, todas las edades, todas las criaturas, serán ofrendados a los caprichos de los libertinos que vayan a gozar, y la subordinación más completa será la regla de los individuos presentados; la negativa más leve será castigada al punto, a capricho de quien la haya sufrido. Todavía debo explicar esto, ajustarlo a las costumbres republicanas; he prometido la misma lógica para todo y mantendré mi palabra.

Si, como acabo de decir hace un instante, ninguna pasión tiene más necesidad de toda la extensión de la libertad que ésta, ninguna indudablemente es tan despótica; es en ella donde el hombre gusta de ordenar, de ser obedecido, de rodearse de esclavos obligados a satisfacerle; ahora bien, cada vez que no deis al hombre el medio secreto de exhalar la dosis de despotismo que la naturaleza puso en el fondo de su corazón, se abalanzará, para ejercerlo, sobre las criaturas que lo rodeen, perturbará el gobierno. Si queréis evitar este peligro, permitid libre vuelo a esos deseos tiránicos que, a su pesar, le atormentan constantemente; contento por haber podido ejercer su pequeña soberanía en medio del harén de icoglanes o de sultanas que vuestros cuidados y su dinero le someten, saldrá satisfecho y sin ningún deseo de perturbar un gobierno que le asegura de modo tan complaciente todos los medios de su concupiscencia. Practicad, por el contrario, un proceder diferente, imponed sobre esos objetos de la lujuria pública las ridículas trabas antaño inventadas por la tiranía ministerial y por la lubricidad de nuestros Sardanápalos; el hombre, exasperado al punto contra vuestro gobierno, celoso en seguida del despotismo que os ve ejercer completamente solos, sacudirá el yugo que le imponéis, y, harto de vuestra forma de regirle, la cambiará como acaba de hacerlo.

Ved cómo trataban los legisladores griegos, bien imbuidos de estas ideas, el desenfreno en Lacedemonia, en Atenas; embriagaban con él al ciudadano, en lugar de prohibírselo; ningún género de lubricidad les estaba prohibido, y Sócrates, declarado por el oráculo el más sabio de los filósofos de la tierra, pasando indiferentemente de los brazos de Aspasia a los de Alcibíades, no por ello dejaba de ser gloria de Grecia. Iré todavía más lejos; por contrarias que sean mis ideas a nuestras actuales costumbres, como mi meta es probar que debemos apresurarnos a cambiar estas costumbres si queremos conservar el gobierno adoptado, voy a tratar de convenceros de que la prostitución de las mujeres conocidas con el nombre de honestas no es más peligrosa que la de los hombres, y que no sólo debemos asociarlas a las lujurias practicadas en las casas que establezco, sino que incluso debemos erigir para ellas otras donde sus caprichos y las necesidades de su temperamento, de un ardor muy diferente del nuestro, puedan asimismo satisfacerse con todos los sexos.

En primer lugar, ¡con qué derecho pretendéis que las mujeres sean exceptuadas de la ciega sumisión que la naturaleza les prescribe para con los caprichos de los hombres? Y luego, ¿con qué otro derecho pretendéis someterlas a una continencia imposible para su físico y absolutamente inútil a su honor? Voy a tratar por separado cada una de estas cuestiones.

Es cierto que, en el estado de naturaleza, las mujeres nacen vulgívagas, es decir, que gozan de las ventajas de los demás animales hembras y pertenecen, como ellas y sin ninguna excepción, a todos los machos; tales fueron, indudablemente, tanto las primeras leyes de la naturaleza como las únicas instituciones de los primeros agrupamientos que los hombres hicieron. El ínterés, el egoísmo y el amor degradaron estas primeras miras tan simples y tan naturales; creyeron enriquecerse tomando una mujer y con ella los bienes de su familia; he ahí satisfechos los dos primeros sentimientos que acabo de indicar; con más frecuencia todavía raptaron a esa mujer, y se la quedaron; he ahí el segundo motivo en acción y, en cualquier caso, la injusticia.

Jamás puede ejercerse un acto de posesión sobre un ser libre; es tan injusto poseer exclusivamente una mujer como poseer esclavos; todos los hombres han nacido libres, todos son iguales en derecho; no perdamos nunca de vista estos principios; según esto, en legítimo derecho no puede por tanto otorgarse a un sexo la posibilidad de apoderarse exclusivamente del otro, y jamás uno de esos sexos o una de esas clases puede poseer al otro de forma arbitraria. Aplicando en puridad las leyes de la naturaleza, una mujer no puede alegar como motivo del rechazo que hace a quien la desea el amor que siente por otro, porque ese motivo se convierte en exclusión, y ningún hombre puede ser excluido de la posesión de una mujer desde el momento en que es evidente que pertenece decididamente a todos los hombres. Sólo puede ejercerse el acto de posesión sobre un inmueble o sobre un animal; jamás sobre un individuo que es semejante a nosotros, y todas las ataduras que puedan encadenar una mujer a un hombre, sean de la clase que sean, son tan injustas como quiméricas.

Si, por tanto, resulta indiscutible que hemos recibido de la naturaleza el derecho a expresar nuestros deseos indistintamente a todas las mujeres, de ello mismo se deriva que tenemos el de obligarla a someterse a nuestros deseos, no en exclusiva, porque me contradiría, sino momentáneamente. Es indiscutible que tenemos derecho a establecer leyes que la obliguen a ceder a la pasión de quien la desea; siendo la violencia misma uno de los efectos de ese derecho, podemos emplearla legalmente. ¿Y qué? ¿Acaso no ha demostrado la naturaleza que teníamos ese derecho, al otorgarnos la fuerza necesaria para someterlas a nuestros deseos?

En vano las mujeres deben invocar, en su defensa, el pudor o su vinculación a otros hombres; estos medios quiméricos nada valen; más arriba hemos visto que el pudor era un sentimiento ficticio y despreciable. El amor, al que se puede denominar locura del alma, no tiene más títulos para legitimar su constancia; al no satisfacer más que a dos individuos, al ser amado y al ser amante, no puede servir a la felicidad de los demás, y es para la felicidad de todos, y no para una felicidad egoísta y privilegiada, para lo que se nos han dado todas las mujeres. Todos los hombres tienen, por tanto, un derecho de goce igual sobre todas las mujeres; no hay pues nadie que, según las leyes de la naturaleza, pueda establecer sobre una mujer un derecho único y personal. La ley que ha de obligarlas a prostituirse cuanto queramos en las casas de desenfreno de que acaba de hablarse, y que las forzará a ello si se niegan, que las castigará si faltan, es por tanto una ley de las más equitativas, contra la que no podría invocarse ningún motivo legítimo o justo.

Un hombre que quiera gozar de una mujer o de una muchacha cualquiera podrá, si las leyes que promulguéis son justas, obligarla a que esté en una de las casas de que he hablado; y allí, bajo la supervisión de las matronas de este templo de Venus, le será entregada para satisfacer, con tanta humildad como sumisión, todos los caprichos que le agrade tener con ella, por más que sean extravagancias o irregularidades, porque no hay ninguna que no esté en la naturaleza, ninguna que no sea aprobada por ella. Tampoco se trata aquí de fijar la edad; porque pretendo que no se puede hacer sin perturbar la libertad de quien desea el goce de una muchacha de tal o cual edad. Quien tiene derecho a comer el fruto de un árbol puede, con toda evidencia, cogerlo maduro o verde, según las inspiraciones de su gusto. Se me objetará que hay una edad en que el comportamiento del hombre perjudica decididamente la salud de la muchacha. Esta consideración carece de valor; desde el momento en que me concedéis el derecho de propiedad sobre el goce, este derecho es independiente de los efectos producidos por el goce; desde entonces da lo mismo que ese goce sea provechoso o perjudicial para la criatura que debe someterse a él. ¿No he probado ya que era legal forzar la voluntad de una mujer en este punto y que, tan pronto como inspira el deseo del goce, debía someterse a ese goce, abstracción hecha de cualquier sentimiento egoísta? Lo mismo ocurre con su salud. Desde el momento en que las consideraciones que se tengan al respecto destruyan o debiliten el goce de quien la desea, y que tiene derecho a apropiársela, esa consideración de la edad nada significa, porque no se trata en modo alguno de lo que puede sufrir el objeto condenado por la naturaleza y por la ley al sometimiento momentáneo de los deseos del otro; en este examen se trata sólo de lo que conviene a aquel que desea. Ya nivelaremos la balanza.

Sí, indudablemente debemos nivelarla; a estas mujeres a las que acabamos de esclavizar tan cruelmente, debemos compensarlas a todas luces, y es lo que va a constituir la respuesta a la segunda cuestión que me he propuesto.

Si admitimos, como acabamos de hacer, que todas las mujeres deben ser sometidas a nuestros deseos, podemos permitirles evidentemente satisfacer todos los suyos; nuestras leyes deben favorecer en este punto su temperamento de fuego, y es absurdo haber colocado tanto su honor como su virtud en la fuerza natural que ponen en resistir a inclinaciones que han recibido con mucha más profusión que nosotros; esta injusticia de nuestras costumbres es más de temer dado que, al mismo tiempo, consentimos en hacerlas débiles a fuerza de seducción y en castigarlas luego por ceder a todos los esfuerzos que nosotros hemos hecho para provocarlas a la caída. Toda la absurdidad de nuestras costumbres está escrita, a lo que me parece, en esa desigual atrocidad, y su sola exposición debería hacernos sentir la extremada necesidad que tenemos de cambiarlas por otras más puras. Digo, pues, que las mujeres, que han recibido inclinaciones mucho más violentas que nosotros a los placeres de la lujuria, podrán entregarse a ellas cuanto quieran, absolutamente liberadas de todos los lazos del himeneo, de todos los falsos prejuicios del pudor, absolutamente vueltas al estado natural; quiero que las leyes les permitan entregarse a tantos hombres como buenamente les parezca; quiero que el goce de todos los sexos y de todas las partes del cuerpo les sea permitido igual que a los hombres, y, bajo cláusula especial de entregarse asimismo a cuantos las deseen, es preciso que tengan la libertad de gozar igualmente de cuantos ellas crean dignos de satisfacerlas.

¿Cuáles son, me pregunto, los peligros de esta licencia? ¿Niños sin padres? Pero ¿y qué importa eso en una república en que todos los individuos no deben tener más madre que la patria, en que todos los que nacen son hijos de la patria? ¡Ah, cuánto más no la amarán los que, no habiendo conocido nunca a otra que ella, sabrán desde que nazcan que sólo de ella deben esperarlo todo? No soñéis con hacer buenos republicanos mientras aisléis en sus familias a los niños, que únicamente deben pertenecer a la república. Otorgando sólo a algunos individuos la dosis de afecto que deben repartir entre todos sus hermanos, adoptan inevitablemente los prejuicios, con frecuencia peligrosos, de estos individuos; sus opiniones, sus ideas, se aíslan, se particularizan, y todas las virtudes de un hombre de Estado se vuelven absolutamente imposibles. Abandonando, en fin, su corazón entero a quienes los han hecho nacer, en su corazón ya no encuentran ningún afecto por aquella que debe hacerlos vivir, darlos a conocer e ilustrarlos, como si estos segundos beneficios no fueran más importantes que los primeros. Si hay el menor inconveniente en dejar a los niños mamar así en sus familias intereses a menudo muy diferentes de los de la patria, sólo hay ventajas separándolos de ellas; ¿no se los separa naturalmente por los medios que propongo? Al destruir absolutamente todos los lazos del himeneo, de los placeres de la mujer no nacen más frutos que niños a los que el conocimiento de su padre les está totalmente prohibido, y con ello los medios de pertenecer sólo a una misma familia, en lugar de ser, como deben, hijos de la patria.

Habrá, pues, casas destinadas al libertinaje de las mujeres y, como las de los hombres, estarán puestas bajo la protección del gobierno; allí les serán proporcionados todos los individuos de uno y otro sexo que puedan desear, y cuanto más frecuenten estas casas tanto más serán estimadas. No hay nada tan bárbaro ni tan ridículo como haber unido el honor y la virtud de las mujeres a la resistencia que ponen a los deseos que han recibido de la naturaleza y que enardecen sin cesar a quienes cometen la barbarie de censurarlas. Desde su más tierna edad, una joven liberada de los lazos paternos, que ya no tiene nada que conservar para el himeneo (absolutamente abolido por las sabias leyes que deseo), por encima del prejuicio que antaño encadenaba su sexo podrá, pues, entregarse a cuanto le dicte su temperamento en las casas establecidas al efecto; allí será recibida con respeto, satisfecha con abundancia, y, de regreso a la sociedad, podrá hablar en ella tan públicamente de los placeres que haya gustado como hoy lo hace de un baile o de un paseo. Sexo encantador, serás libre; gozarás como los hombres de todos los placeres que la naturaleza te impone como un deber; no reprimirás ninguno. La parte más divina de la humanidad, ¿debe acaso recibir cadenas de la otra? ¡Ah, rompedlas, la naturaleza lo exige!; no tengáis más freno que vuestras inclinaciones, más leyes que vuestros deseos, más moral que la de la naturaleza; no languidezcáis más tiempo en estos prejuicios bárbaros que marchitan vuestros encantos y cautivan los divinos impulsos de vuestros corazones; sois libres como nosotros, y la carrera de los combates de Venus está abierta para vosotras lo mismo que para nosotros; no temáis más absurdos reproches; la pedantería y la superstición han sido aniquiladas; ya no se os verá ruborizaros por vuestros encantadores extravíos; coronadas de mirtos y de rosas, la estima que concebiremos por vosotras será proporcional sólo a la mayor amplitud que vosotras mismas os hayáis permitido dar a tales extravíos.

Lo que acabo de decir debería dispensarnos, sin duda, de examinar el adulterio; echemos sobre él no obstante una ojeada, por nulo que sea según las leyes que establezco. ¡Cuán ridículo era considerarlo criminal en nuestras antiguas instituciones! Si había algo absurdo en el mundo, era, con toda seguridad, la eternidad de los vínculos conyugales; en mi opinión bastaba con examinar o sentir toda la pesadez de estos vínculos para dejar de considerar como crimen la acción que los aflojaba; la naturaleza, como hemos dicho hace un momento, ha dotado a las mujeres de un temperamento más ardiente, de una sensibilidad más profunda que a los individuos del otro sexo, y por ello les vuelve más pesado el yugo de un himeneo eterno. Mujeres tiernas y abrasadas por el fuego del amor, resarcíos ahora sin miedo; convenceos de que no puede existir mal alguno en seguir los impulsos de la naturaleza, de que no habéis sido creadas para un solo hombre, sino para placer indistintamente a todos. Que ningún freno os detenga. Imitad a las republicanas de Grecia; nunca los legisladores que les dieron leyes creyeron convertir en crimen el adulterio, y casi todos autorizaron el desorden de las mujeres. Tomás Moro prueba en su Utopía que es ventajoso para las mujeres entregarse al desenfreno, y las ideas de este gran hombre no siempre eran sueños.

Entre los tártaros, cuanto más se prostituía una mujer tanto más honrada era; llevaba públicamente al cuello las marcas de su impudicia, y no se estimaba a las que no llevaban ese adorno. En Pegú las propias familias entregan sus mujeres o sus hijas a los extranjeros que viajan: ¡se las alquilan a tanto por día, como los caballos y los carruajes! En fin, varios volúmenes no bastarían para demostrar que nunca se consideró la lujuria un crimen en ninguno de los pueblos sabios de la tierra. Todos los filósofos saben de sobra que sólo a los impostores cristianos debemos haberlo erigido en crimen. Los sacerdotes tenían por supuesto su motivo al prohibirnos la lujuria: esta recomendación, reservando para ellos el conocimiento y la absolución de estos pecados secretos, les daba un increíble dominio sobre las mujeres y les abría una carrera de lubricidad cuya extensión no tenía límites. Ya sabemos de qué modo se aprovecharon de ello, y cómo seguirían abusando si su crédito no se hubiera perdido sin remisión.

¿Es el incesto más peligroso? Indudablemente no; amplía los lazos de las familias y en consecuencia vuelve más activo el amor de los ciudadanos por la patria; nos es dictado por las primeras leyes de la naturaleza, lo sentimos, y el goce de objetos que nos pertenecen nos parece siempre más delicioso. Las primeras instituciones favorecen el incesto; lo encontramos en el origen de las sociedades; está consagrado por todas las religiones; todas las leyes lo han favorecido. Si recorremos el universo, encontraremos el incesto establecido por doquier. Los negros de la Costa de la Pimienta y de Río Gabón prostituyen sus mujeres con sus propios hijos; el mayor de los hijos en el reino de Judá debe desposar a la mujer de su padre; los pueblos del Chile se acuestan indistintamente con sus hermanas, con sus hijas, y se casan a menudo a la vez con la madre y la hija. Me atrevo a asegurar, en resumen, que el incesto debería ser la ley de todo gobierno cuya base fuera la fraternidad. ¿Cómo pudieron hombres razonables llevar el absurdo hasta el punto de creer que el goce de su madre, de su hermana o de su hija podría ser alguna vez criminal? ¿No es, os pregunto, abominable prejuicio considerar crimen el hecho de que un hombre estime en más para su goce el objeto al que el sentimiento de la naturaleza más le acerca? Equivaldría a decir que nos está prohibido amar demasiado a los individuos que la naturaleza más nos ordena que amemos, y que cuantas más inclinaciones nos hace sentir hacia un objeto, tanto más nos ordena al mismo tiempo que nos alejemos de él. Estas contradicciones son absurdas: sólo pueblos embrutecidos por la superstición pueden creerlas o adoptarlas. La comunidad de mujeres que yo establezco, entraña necesariamente el incesto y deja poco que decir sobre un presunto delito cuya nulidad está demasiado demostrada para que sigamos insistiendo; y vamos a pasar a la violación que, a la primera ojeada, parece ser, de todos los extravíos del libertinaje, aquel cuya lesión está mejor establecida en razón del ultraje que parece hacer. Es, sin embargo, cierto que la violación, acción rara y muy difícil de probar, causa menos perjuicio al prójimo que el robo, puesto que éste invade la propiedad que el otro se contenta con deteriorar. ¿Qué tendréis pues que objetar al violador si os responde que, de hecho, el mal que ha cometido es más bien mediocre, puesto que no ha hecho sino poner un poco antes a la criatura de que ha abusado en el estado en que poco después había de ponerle el himeneo o el amor?

Mas la sodomía, ese presunto crimen que atrajo el fuego del cielo sobre las ciudades entregadas a él, ¿no es un extravío monstruoso cuyo castigo nunca podría ser demasiado fuerte? Es sin duda muy doloroso para nosotros tener que reprochar a nuestros antepasados los asesinatos judiciales que osaron permitirse en este tema. ¿Es posible ser tan bárbaro como para atreverse a condenar a muerte a un desgraciado individuo cuyo único crimen es no tener los mismos gustos que vosotros? Uno se estremece cuando piensa que, no hace aún cuarenta años, la absurdidad de los legisladores estaba todavía en ese punto. Consolaos, ciudadanos; tales absurdos no volverán: la sabiduría de vuestros legisladores os responde de ello. Completamente esclarecida sobre esta debilidad de algunos hombres, hoy se comprende perfectamente que semejante error no puede ser criminal, y que la naturaleza no podría haber otorgado al fluido que corre en nuestros riñones una importancia tan grande como para enfadarse por el camino que nos plazca hacer tomar a ese licor.

¿Cuál es el único crimen que puede existir aquí? Probablemente no lo es ponerse en tal o cual lugar, a menos que se quiera sostener que todas las partes del cuerpo no son iguales, y que hay unas puras y otras mancilladas; pero como es imposible seguir adelante con tales absurdos, el único presunto delito sólo podría consistir en este caso en la pérdida de la simiente. Ahora yo me pregunto si es verosímil que esa simiente sea tan preciosa a los ojos de la naturaleza que se vuelva imposible perderla sin crimen. ¿Procedería ella a diario a pérdidas semejantes si así fuera? ¿Y no es autorizarlas permitirlas durante el sueño, en el acto del goce de una mujer embarazada? ¿Podemos imaginar que la naturaleza nos dé la posibilidad de un crimen que la ultraja? ¿Puede consentir que los hombres destruyan sus placeres y se hagan así más fuertes que ella? Es inaudito el abismo de absurdos a que uno se lanza cuando para razonar se abandona la antorcha de la razón. Tengamos, pues, por seguro que es tan sencillo gozar de una mujer de una manera como de otra, que es absolutamente indiferente gozar de una muchacha que de un muchacho, y que, una vez comprobado que en nosotros no pueden existir otras inclinaciones que las que hemos recibido de la naturaleza, ésta es demasiado sabia y demasiado consecuente para haber puesto en nosotros algo que puede ofenderla alguna vez.

El de la sodomía es resultado de la organización, y nosotros no contribuimos en nada a esa organización. Niños en su más temprana edad anuncian este gusto, y ya no se corrigen de él nunca. A veces es fruto de la saciedad; pero incluso en este caso, ¿pertenece menos por ello a la naturaleza? Desde cualquier enfoque, es obra suya, y en todos los casos lo que ella inspira debe ser respetado por los hombres. Si mediante un censo exacto se llegara a probar que este gusto afecta infinitamente más a uno que a otro, que los placeres que de él resultan son mucho más vivos y que por este motivo sus partidarios son mil veces más numerosos que sus enemigos, ¿no podríamos deducir que, lejos de ultrajar a la naturaleza, este vicio serviría sus miras, y que le importa menos la procreación de lo que nosotros tenemos la locura de creer? Y, recorriendo el universo, ¡a cuántos pueblos no vemos despreciar a las mujeres! Los hay que sólo se sirven de ella para tener el hijo necesario para reemplazarlos. La costumbre que los hombres tienen de vivir juntos en las repúblicas siempre volverá este vicio más frecuente, pero no es desde luego peligroso. ¿Lo habrían introducido los legisladores de Grecia si así lo hubieran creído? Muy lejos de eso, lo creían necesario para un pueblo guerrero. Plutarco nos habla con entusiasmo del batallón de los amantes y de los amados; ellos solos defendieron durante mucho tiempo la libertad de Grecia. Este vicio reinó en la asociación de las hermandades de armas; la cimentó; los mayores hombres estuvieron inclinados a él. Toda América, cuando fue descubierta, se la encontró poblada por personas de este gusto. En Luisiana, los indios Illinois, vestidos de mujeres, se prostituían como cortesanas. Los negros de Benguelé mantenían públicamente a hombres; casi todos los serrallos de Argelia están poblados en la actualidad sólo por muchachos. En Tebas no se contentaban con tolerarlo: ordenaban el amor de los muchachos; el filósofo de Queronea lo prescribió para suavizar las costumbres de los jóvenes.

Ya sabemos hasta qué punto reinó en Roma: había allí lugares públicos en que los jóvenes se prostituían vestidos de muchachas y las muchachas vestidas de muchachos. Marcial, Catulo, Tibulo, Horacio y Virgilio escribían cartas a hombres como a sus amantes, y en Plutarco finalmente leemos que las mujeres no deben tener ninguna participación en el amor de los hombres. Los amasios de la isla de Creta raptaban antaño a muchachos con las más singulares ceremonias. Cuando amaban a uno, participaban a los padres el día en que el raptor quería raptarlo; el joven oponía alguna resistencia si su amante no le placía; en caso contrario, partía con él, y el seductor lo devolvía a su familia tan pronto como lo había utilizado; porque en esta pasión, como en la de las mujeres, se tiene demasiado cuando uno ha tenido bastante. Estrabón nos dice que, en esa misma isla, los serrallos sólo se llenaban con muchachos: los prostituían públicamente.

¿Queréis una última autoridad, hecha para demostrar cuán útil es este vicio en una república? Escuchemos a jerónimo el Peripatético. El amor de los muchachos, nos dice, se extendía por toda Grecia porque daba valor y fuerza, y porque servía para expulsar a los tiranos; las conspiraciones se formaban entre amantes, y antes se dejaban torturar que denunciar a sus cómplices; de esta manera, el patriotismo sacrificaba todo a la prosperidad del estado; estaban seguros de que estas relaciones fortalecían la república, clamaban contra las mujeres y era debilidad reservada al despotismo unirse a estas criaturas.

Siempre la pederastia fue vicio de los pueblos guerreros. César nos enseña que los galos estaban completamente entregados a él. Las guerras que tenían que sostener las repúblicas, al separar los dos sexos, propagaron el vicio, y cuando se reconocieron secuelas tan útiles al estado, la religión lo consagró al punto. Se sabe que los romanos santificaron los amores de Júpiter y de Ganímedes. Sexto Empírico nos asegura que esta fantasía era obligatoria entre los persas. Finalmente, las mujeres celosas y despreciadas ofrecieron a sus maridos el mismo servicio que recibían de los jóvenes; algunos lo probaron y volvieron a sus antiguas costumbres por no parecerles posible la ilusión.

Los turcos, muy inclinados a esta depravación que Mahoma consagró en su Corán, aseguran no obstante que una virgen muy joven puede reemplazar bastante bien a un muchacho, y raramente las hacen mujeres sin haber pasado por esta prueba. Sixto Quinto y Sánchez permitieron este desenfreno; el último se propuso probar incluso que era útil a la procreación, y que un niño creado tras este curso previo estaba infinitamente mejor constituido. Finalmente, las mujeres se resarcieron entre sí. Esta fantasía no tiene indudablemente más inconvenientes que la otra, porque el resultado es sólo la negativa a crear, y porque los medios de quienes tienen el gusto de la población son lo bastante potentes como para que los adversarios nunca puedan perjudicarles. Los griegos basaban asimismo este extravío de las mujeres en razones de Estado. De él resultaba que, bastándose entre sí, sus comunicaciones con los hombres eran menos frecuentes y así no perjudicaban los asuntos de la república. Luciano nos enseña los progresos que hizo esta licencia, y no sin interés la vemos en Safo.

En una palabra, no hay ninguna clase de peligro en todas estas manías: aunque llegasen más lejos, aunque llegasen a rozarse con monstruos y animales, como nos enseña el ejemplo de muchos pueblos, no habría en todas estas nimiedades el menor inconveniente, porque la corrupción de las costumbres, con frecuencia muy útil en un gobierno, no podría perjudicarlo desde ningún punto de vista, y debemos esperar de nuestros legisladores suficiente sabiduría y suficiente prudencia para estar completamente seguros de que ninguna ley emanará de ellos para la represión de estas miserias que, por derivar totalmente de la organización, no podrían hacer a quien siente inclinación por ellas más culpable de lo que lo es el individuo que la naturaleza creó contrahecho.

En la segunda clase de delitos del hombre hacia sus semejantes sólo nos queda examinar el asesinato; luego pasaremos a sus deberes para consigo mismo. De todas las ofensas que el hombre puede hacer a su semejante, el asesinato es, sin contradicción, la más cruel de todas puesto que le quita el único bien que ha recibido de la naturaleza, el único cuya pérdida es irreparable. Muchas cuestiones sin embargo se plantean aquí, abstracción hecha del mal que el asesino causa a quien se convierte en su víctima.

l. Esta acción, considerada desde las leyes solas de la naturaleza, ¿es realmente criminal?

2. ¿Lo es desde las leyes de la política?

3. ¿Es perjudicial para la sociedad?

4. ¿Cómo debe considerarse en un gobierno republicano?

5. Finalmente, ¿debe reprimirse el asesino mediante el asesinato?

Vamos a examinar por separado cada una de estas cuestiones: el tema es lo bastante esencial para permitir que nos detengamos en él; quizá parezcan nuestras ideas algo fuertes, ¿qué importa? ¿No hemos adquirido el derecho a decir todo? Desarrollemos para los hombres grandes verdades: las esperan de nosotros; es hora de que el error desaparezca, es preciso que su venda caiga junto con la corona de los reyes. ¿Es el asesinato un crimen a ojos de la naturaleza? Ésa es la primera cuestión planteada.

Indudablemente vamos a humillar aquí el orgullo del hombre, rebajándolo al rango de todas las demás producciones de la naturaleza, pero el filósofo no halaga las pequeñas vanidades humanas; ardiente perseguidor de la verdad, la discierne bajo los tontos prejuicios del amor propio, la alcanza, la desarrolla y la muestra audazmente a la tierra asombrada.

¿Qué es el hombre y qué diferencia hay entre él y las demás plantas, entre él y los demás animales de la naturaleza? Ninguna probablemente. Casualmente colocado, como ellos, en este globo, ha nacido como ellos; se propaga, crece y decrece como ellos; llega como ellos a la vejez y como ellos cae en la nada tras el término que la naturaleza asigna a cada especie de animales en razón de la constitución de sus órganos. Si las semejanzas son tan exactas que resulta completamente imposible a la mirada escrutadora del filósofo percibir desemejanzas, entonces habrá tanto mal en matar a un animal como a un hombre, o tan poco en lo uno como en lo otro, y sólo en los prejuicios de nuestro orgullo estará la distancia; pero nada hay tan desgraciadamente absurdo como los prejuicios del orgullo. Estrujemos no obstante la cuestión. No podéis dejar de convenir que no sea igual destruir un hombre que una bestia; pero la destrucción de todo animal que tiene vida, ¿no es decididamente un mal, como creían los pitagóricos y como creen hoy todavía los habitantes de las riberas del Ganges? Antes de responder a esto, recordemos en primer lugar a los lectores que sólo examinamos la cuestión en lo que atañe a la naturaleza; luego la contemplaremos en relación a los hombres.

Ahora yo pregunto qué valor pueden tener para la naturaleza individuos que no le cuestan ni el menor esfuerzo ni el menor cuidado. El obrero sólo estima su obra en razón del trabajo que le cuesta, del tiempo que emplea en crearla. ¿Le cuesta el hombre a la naturaleza? Suponiendo que le cueste, ¿le cuesta más que un mono o que un elefante? Voy más lejos: ¿cuáles son las materias generadoras de la naturaleza? ¿De qué se componen los seres que vienen a la vida? Los tres elementos que los forman ¿no resultan de a primitiva destrucción de los demás cuerpos? Si todos los individuos fueran eternos, ¿no se le haría imposible a la naturaleza crear otros nuevos? Si la eternidad de los seres es imposible para la naturaleza, su destrucción se convierte, por tanto, en una de sus leyes. Ahora bien, si las destrucciones le son tan útiles que en modo alguno puede prescindir de ellas, y si no puede llegar a sus creaciones sin abrevar en esas masas de destrucción que le prepara la muerte, desde ese momento la idea de aniquilación que achacamos a la muerte no será ya real; no habrá aniquilamiento comprobado; lo que nosotros llamamos fin de un animal que tiene vida no será entonces un fin real sino una simple transmutación, cuya base es el movimiento perpetuo, verdadera esencia de la materia, admitida por todos los filósofos modernos como una de sus primeras leyes. La muerte, según estos principios irrefutables, no es por lo tanto más que un cambio de forma, un paso imperceptible de una existencia a otra: esto es lo que Pitágoras llamaba la metempsícosis.

Una vez admitidas estas verdades, yo pregunto si alguna vez se podrá sostener que la destrucción sea un crimen. Con el propósito de conservar vuestros absurdos prejuicios, ¿osaréis decirme que la transmutación es una destrucción? Indudablemente, no; porque sería necesario para ello demostrar en la materia un instante de inacción, un momento de reposo. Ahora bien, jamás descubriréis ese momento. Pequeños animales se forman en el instante mismo en que el gran animal ha perdido el aliento, y la vida de estos pequeños animales no es más que uno de los efectos necesarios y determinados por el sueño momentáneo del grande. ¿Osaréis decir ahora que place más a la naturaleza el uno que el otro? Para ello habría que probar una cosa imposible: que la forma alargada o cuadrada es más útil, más agradable a la naturaleza que la forma oblonga o triangular; habría que probar que, respecto a los planes sublimes de la naturaleza, un vago que engorda en la inacción y en la indolencia es más útil que el caballo, cuyo servicio es tan esencial, o que el buey, cuyo cuerpo es tan precioso que ninguna de sus partes queda sin utilidad; habría que decir que la serpiente venenosa es más necesaria que el perro fiel.

Ahora bien, como todos estos sistemas son insostenibles, es preciso, por tanto, consentir en admitir la imposibilidad en que nos hallamos de aniquilar las obras de la naturaleza, dado que lo único que hacemos, al entregarnos a la destrucción, no es más que operar una variación en las formas, que no puede apagar la vida, y está fuera del alcance de las fuerzas humanas probar que pueda existir algún crimen en la pretendida destrucción de una criatura, de cualquier edad, sexo o especie que la supongáis. Llevados más adelante aún por la serie de nuestras consecuencias, que nacen unas de otras, habrá que convenir finalmente en que, lejos de perjudicar a la naturaleza, la acción que cometéis al variar las formas de sus diferentes obras es ventajosa para ella, puesto que mediante esa acción le proporcionáis la materia prima de sus reconstrucciones, cuyo trabajo se le haría impracticable si no destruyeseis. ¡Ea!, dejadla hacer, os dicen. Con toda evidencia hay que dejarla hacer, pero son sus impulsos lo que el hombre sigue cuando se entrega al homicidio; es la naturaleza la que lo aconseja, y el hombre que destruye a su semejante es a la naturaleza lo que le es la peste o el hambre, igualmente enviadas por su mano, la cual se sirve de todos los medios posibles para obtener antes esa materia prima de destrucción, absolutamente esencial para sus obras.

Dignémonos esclarecer un instante nuestra alma con la santa antorcha de la filosofía: ¿qué otra voz sino la de la naturaleza nos sugiere los odios personales, las venganzas, las guerras, en una palabra, todos esos motivos de asesinatos perpetuos? Y si ella nos lo aconseja, es que los necesita. ¿Cómo podemos nosotros, según esto, suponernos culpables ante ella, desde el momento en que no hacemos sino seguir sus miras?

Pero esto es más de lo necesario para convencer a cualquier lector ilustrado de que es imposible que el asesinato pueda ultrajar alguna vez a la naturaleza.

¿Hay crimen en política? Nos atrevemos a confesar, por el contrario, que desgraciadamente es uno de los grandes resortes de la política. ¿No fue a fuerza de asesinatos como Roma se convirtió en dueña del mundo? ¿No fue a fuerza de asesinatos como Francia es libre hoy? Es inútil advertir aquí que sólo se habla de asesinatos ocasionados por la guerra, y no de atrocidades cometidas por los facciosos y los desorganizadores; éstos, abocados a la execración pública, no necesitan ser invocados para excitar siempre el horror y la indignación generales. ¿Qué ciencia humana tiene más necesidad de sostenerse por el asesinato que aquella que sólo tiende a engañar, que aquella que no tiene otra meta que el crecimiento de una nación a expensas de otra? Las guerras, únicos frutos de esta bárbara política, ¿son otra cosa que los medios de que se nutre, con que se fortifica, con que se sostiene? ¿Y qué es la guerra sino la ciencia de destruir? Extraña ceguera la del hombre, que enseña públicamente el arte de matar, que recompensa al que mejor lo hace y que castiga a aquél que, por una causa particular, se ha deshecho de su enemigo. ¿No es hora de volver a hablar de errores tan bárbaros?

Finalmente, ¿es el asesinato un crimen contra la sociedad? ¿Quién pudo nunca creerlo razonablemente? ¡Ah! ¿Qué le importa a esa numerosa sociedad que haya entre ella un miembro más o menos? Sus leyes, sus costumbres, sus usos, ¿se viciarán por ello? ¿Ha influido alguna vez la muerte de un individuo sobre la masa general? Y tras la pérdida de la mayor batalla, qué digo, tras la extinción de la mitad del mundo, de su totalidad si se quiere, el pequeño número de seres que pudiera sobrevivir, ¿experimentaría la menor alteración material? ¡Ah, no! La naturaleza entera no lo sentiría, y el tonto orgullo del hombre, que cree que todo está hecho para él, quedaría sorprendido tras la destrucción total de la especie humana si viera que nada varía en la naturaleza y que el curso de los astros no se ha retrasado siquiera por ello. Prosigamos.

¿Cómo debe verse el asesinato en un Estado guerrero y republicano?

Con toda seguridad, sería extremadamente peligroso desacreditar esa acción, o castigarla. La altivez del republicano exige un poco de ferocidad; si se ablanda, si su energía se pierde, pronto será sojuzgado. Aquí aparece una reflexión muy singular, pero como es verdadera pese a su audacia, la diré. Una nación que comienza a gobernarse como republica sólo se sostendrá por las virtudes, porque para llegar a lo más, siempre hay que empezar por lo menos; pero una nación ya envejecida y corrompida que valerosamente sacude el yugo de su gobierno monárquico para adoptar otro republicano, sólo se mantendrá mediante muchos crímenes; porque está ya en el crimen, y si quisiera pasar del crimen a la virtud, es decir, de un estado violento a un estado suave, caería en una inercia cuyo resultado sería muy pronto su ruina cierta. ¿Qué sería del árbol que transplantaseis de un terreno lleno de vigor a una llanura arenosa y seca? Todas las ideas intelectuales están tan subordinadas a la física de la naturaleza que las comparaciones proporcionadas por la agricultura jamás nos engañarán en moral.

Los hombres más independientes, los más cercanos a la naturaleza, los salvajes, se entregan con impunidad diariamente al asesinato. En Esparta y en Lacedemonia salían a la caza de ilotas como en Francia vamos a la de perdices. Los pueblos más libres son aquellos que mejor acogida le prestan. En Mindanao, quien quiere cometer un asesinato es elevado al rango de los valientes: le adornan al punto con un turbante; entre los caraguos hay que haber matado a siete hombres para obtener los honores de ese tocado; los habitantes de Borneo creen que todos cuantos matan les servirán cuando ya no existan; los devotos españoles llegaban a prometer a Santiago de Galicia matar doce americanos diarios; en el reino de Tangut escogen un hombre joven, fuerte y vigoroso, al que le está permitido, en ciertos días del año, matar a todo el que encuentre. ¿Hubo algún pueblo más amigo del asesinato que los judíos? Lo vemos en todas las formas, en todas las páginas de su historia.

El emperador y los mandarines de China adoptan de cuando en cuando medidas para hacer que el pueblo se rebele, a fin de obtener mediante estas maniobras derecho a cometer una horrible carnicería. Si ese pueblo blando y afeminado se liberara del yugo de sus tiranos, los mataría a palos con mucho mayor motivo, y el asesinato, siempre adoptado, siempre necesario, no haría más que cambiar de víctimas; era la dicha de unos, se convertirá en la felicidad de los otros.

Una infinidad de naciones toleran los asesinatos públicos; están totalmente permitidos en Génova, en Venecia, en Nápoles y en toda Albania; en Kachao, junto al río de Santo Domingo, los asesinos, con una vestimenta conocida y confesada, degüellan por orden vuestra y ante vuestros ojos al individuo que les señaléis; los indios toman opio para animarse al asesinato; precipitándose luego a las calles, masacran todo lo que encuentran a su paso; los viajeros ingleses han dado testimonio de esta manía en Batavia.

¿Qué pueblo fue a un tiempo más grande y más cruel que los romanos, y que nación conservó por más tiempo su esplendor y su libertad? El espectáculo de los gladiadores mantuvo su coraje; se volvió guerrera por su hábito de convertir en un juego el asesinato. Doce o quince víctimas diarias llenaban la arena del circo, y allí, las mujeres, más crueles que los hombres, osaban exigir que los moribundos cayesen con gracia y mostraran sus formas aun bajo las convulsiones de la muerte. Los romanos pasaron de ahí al placer de ver estrangular enanos en su presencia; y cuando el culto cristiano, infectando la tierra, vino a persuadir a los hombres de que era malo matarse, los tiranos encadenaron al punto a ese pueblo, y los héroes del mundo se convirtieron pronto en juguetes.

Por doquiera, en fin, se ha creído con razón que el asesino, es decir, el hombre que ahogaba su sensibilidad hasta el punto de matar a un semejante y de arrostrar la venganza pública o particular, por doquiera, digo, se ha creído que semejante hombre tenía que ser muy peligroso, y en consecuencia muy precioso en un gobierno guerrero o republicano. Repasemos las naciones que, más feroces aún, sólo quedaron satisfechas inmolando niños, y con mucha frecuencia a los propios: veremos estas acciones, universalmente adoptadas, formar parte en ocasiones de las leyes. Muchos pueblos salvajes matan a sus hijos en cuanto nacen. Las madres, a orillas del río Orinoco, convencidas como estaban de que sus hijas sólo nacían para ser desgraciadas, puesto que su destino era convertirse en esposas de los salvajes de aquella comarca, que no podían soportar a las mujeres, las inmolaban tan pronto como las habían dado a luz. En Trapobana y en el reino de Sopit, todos los niños deformes eran inmolados por los mismos padres. Las mujeres de Madagascar exponían a las bestias salvajes los hijos nacidos ciertos días de la semana. En las repúblicas de Grecia se examinaba cuidadosamente a los niños cuando llegaban al mundo, y si no los encontraban formados de manera que pudieran defender un día a la república, eran inmolados al punto: allí no consideraban esencial construir casas ricamente provistas para conservar esa vil espuma de la naturaleza humana.

Hasta el traslado de la sede del imperio, todos los romanos que no querían alimentar a sus hijos los arrojaban al vertedero. Los antiguos legisladores no tenían ningún escrúpulo en condenar a los niños a muerte, y nunca ninguno de sus códigos reprimió los derechos que un padre creyó tener siempre sobre su familia. Aristóteles aconsejaba el aborto; y estos antiguos republicanos, llenos de entusiasmo y de ardor por la patria, despreciaban esa conmiseración individual que se encuentra entre las naciones modernas; se amaba menos a los hijos, pero se amaba más al país. En todas las ciudades de China, cada mañana se encuentra una increíble cantidad de niños abandonados en las calles; una carreta los recoge al despuntar el día, y los arrojan a una fosa; a menudo las comadronas mismas liberan a las madres, ahogando nada más nacer sus frutos en cubos de agua hirviendo o arrojándolos al río. En Pekín, los ponen en pequeñas canastillas de juncos que abandonan en los canales; cada día retiran lo que flota en esos canales, y el célebre viajero Duhalde estima en más de treinta mil el número diario que quitan cada vez. No puede negarse que no sea extraordinariamente necesario y extremadamente político poner coto a la población en un gobierno republicano; por intenciones completamente contrarias, hay que alentarla en una monarquía: en ésta, los tiranos sólo son ricos en razón del número de sus esclavos, necesitan evidentemente hombres; pero la abundancia de población, no lo dudemos, es un vicio real en un gobierno republicano. No hay, sin embargo, que degollarlos para disminuirlo, como decían nuestros modernos decenviros: sólo se trata de no permitirle los medios de extenderse más allá de los límites que su felicidad le prescribe. Guardaos de multiplicar demasiado un pueblo en el que cada ser es soberano y estad seguros de que las revoluciones no son nunca otra cosa que secuelas de una población muy numerosa. Si para esplendor del Estado concedéis a vuestros guerreros el derecho a destruir hombres, para la conservación de ese mismo Estado conceded igualmente a cada individuo que se entregue cuanto quiera, puesto que puede hacerlo sin ultrajar a la naturaleza, al derecho de deshacerse de los niños que no puede alimentar o de aquellos de los que el gobierno no puede sacar ningún beneficio; concededle asimismo deshacerse, con los riesgos y peligros a su costa, de todos los enemigos que pueden perjudicarle, porque el resultado de todas estas acciones, absolutamente nimias en sí mismas, será mantener vuestra población en un estado moderado y nunca lo bastante numeroso para perturbar vuestro gobierno. Dejad decir a los monárquicos que un Estado sólo es grande en razón de su extremada población: ese Estado será siempre floreciente si, contenido en sus justos límites, puede traficar con lo superfluo. ¿No podáis el árbol cuando tiene demasiadas ramas? Y para conservar el tronco, ¿no cortáis las ramas? Todo sistema que se aparte de estos principios será una extravagancia cuyos abusos enseguida nos llevarían a un vuelco total del edificio que acabamos de levantar con tanto esfuerzo. Pero no es cuando el hombre ya está hecho cuando hay que destruirlo a fin de disminuir la población: es injusto abreviar los días de un individuo bien conformado; no lo es, digo yo, impedir llegar a la vida a un ser que ciertamente será inútil al mundo. La especie humana debe ser depurada desde la cuna; hay que suprimir de su seno a todo aquel de quien se suponga que no habrá ser nunca útil a la sociedad; éstos son los únicos medios razonables para aminorar una población cuyo excesivo número es, como acabamos de demostrar, el más peligroso de los abusos.

Es hora de resumir.

¿Debe ser reprimido el asesinato con el asesinato? Indudablemente, no. No impongamos jamás al asesino otra pena que aquella en que puede incurrir por la venganza de los amigos o de la familia del muerto. Yo os otorgo el perdón, decía Luis XV a Charolais, que acababa de matar un hombre para divertirse, pero también lo concedo a quien os mate. Todas las bases de la ley contra los asesinos se encuentran en esa frase sublime.

En una palabra, el asesinato es un horror, pero un horror con frecuencia necesario, nunca criminal, esencial para que se tolere en un Estado republicano. He demostrado que el universo entero ha dado ejemplos de ello; pero ¿hay que considerarlo como una acción hecha para ser penada con la muerte? Quienes respondan al dilema siguiente habrán resuelto la pregunta: ¿El asesinato es un crimen ò no lo es? Si no lo es, ¿por qué hacer leyes que lo castiguen? Y si lo es, ¿por qué bárbara y estúpida inconsecuencia vais a castigarlo con un crimen igual?

Sólo nos queda hablar de los deberes del hombre para consigo mismo. Como el filósofo únicamente adopta esos deberes cuando tienden a su placer o a su conservación, es completamente inútil recomendarle su práctica, más inútil aún imponerle penas si falta a ellos.

El único delito que el hombre puede cometer en este género es el suicidio. No me entretendré probando aquí la imbecilidad de las personas que erigen esta acción en crimen: remito a la famosa carta de Rousseau a quienes aún puedan tener alguna duda al respecto. Casi todos los antiguos gobiernos autorizaban el suicidio por política o por religión. Los atenienses exponían en el Areópago las razones que tenían para matarse: luego se apuñalaban. Todas las repúblicas de Grecia toleraron el suicidio; entraba en los planes de los legisladores; uno se mataba en público, y hacía de su muerte un espectáculo de aparato. La república de Roma alentó el suicidio: aquellas abnegaciones por la patria, tan célebres, no eran más que suicidios. Cuando Roma fue tomada por los galos, los más ilustres senadores se entregaron a la muerte; recuperando ese mismo espíritu, adoptemos las mismas virtudes. Durante la campaña del 92 un soldado se mató de penapor no poder seguir a sus camaradas en la acción de Jemmapes. Siempre a la altura de estos orgullosos republicanos, pronto superaremos sus virtudes: es el gobierno el que hace al hombre. Un hábito tan prolongado de despotismo había debilitado totalmente nuestro coraje; había depravado nuestras costumbres; pronto vamos a ver de qué acciones sublimes es capaz el genio, el carácter francés, cuando es libre; al precio de nuestras fortunas y de nuestras vidas, sostengamos esa libertad que ya nos ha costado tantas víctimas; no lo lamentemos si alcanzamos nuestra meta; ellas mismas, todas, se han entregado voluntariamente; no volvamos su sangre inútil; pero unión... unión, o perderemos el fruto de todos nuestros esfuerzos; probemos leyes excelentes sobre las victorias que acabamos de conseguir; nuestros primeros legisladores, esclavos aún del déspota que por fin hemos abatido, no nos dieron más que leyes dignas de ese tirano, al que todavía incensaban; rehagamos su obra, pensemos que es para republicanos y para filósofos para los que por fin vamos a trabajar; que nuestra leyes sean dulces como el pueblo que deben regir.

Al presentar aquí, como acabo de hacerlo, la nimiedad, la indiferencia de una infinidad de acciones que nuestros antepasados, seducidos por una religión falsa, miraban como criminales, reduzco nuestro trabajo a bien poco. Hagamos pocas leyes, pero que sean buenas. No se trata de multiplicar los frenos: se trata de dar al que utilicemos una calidad indestructible. Que las leyes que promulguemos no tengan otra meta que la tranquilidad del ciudadano, su felicidad y el esplendor de la república. Mas, después de haber arrojado al enemigo de vuestras tierras, franceses, no quisiera que el ardor de propagar vuestros principios os arrastrase más lejos; sólo con el hierro y el fuego podríais llevarlos al fin del universo. Antes de cumplir tales resoluciones, acordaos de los desgraciados sucesos de las Cruzadas. Cuando el enemigo esté al otro lado del Rhin, creedme, guardad vuestras fronteras y quedaos en casa; reanimad vuestro comercio, dad de nuevo energía y salidas a vuestras manufacturas; haced florecer vuestras artes, animad la agricultura, tan necesaria en un gobierno como el vuestro y cuyo espíritu debe poder abastecer a todo el mundo sin que nadie pase necesidad; dejad a los tronos de Europa desmoronarse por sí mismos; vuestro ejemplo, vuestra prosperidad los derrocarán pronto sin que tengáis necesidad de intervenir.

Invencibles en vuestro interior y modelos de todos los pueblos por vuestra civilización y vuestras buenas leyes, no habrá gobierno en el mundo que no trabaje por imitaros, ni uno sólo que no se honre con vuestra alianza;

mas si, por el vano honor de llevar vuestros principios lejos, abandonáis el cuidado de vuestra propia felicidad, el despotismo, que sólo está adormecido, renacerá, las disensiones intestinas os desgarrarán, habréis agotado vuestras finanzas y vuestras conquistas, y todo esto para volver a besar los hierros que habrán de imponeros los tiranos que os habrán subyugado durante vuestra ausencia. Todo lo que deseáis puede hacerse sin que sea necesario abandonar vuestros hogares; que los demás pueblos os vean felices, y correrán a la dicha por el mismo camino que vosotros les habréis trazado.

EUGENIA, a Dolmancé: Eso es lo que se dice un escrito muy sabio, y tan ajustado a vuestros principios, al menos en muchos puntos, que estoy tentada por creeros su autor.

DOLMANCÉ: Es muy cierto que estoy de acuerdo con gran parte de esas reflexiones, y mis discursos, que os lo han demostrado, dan incluso a la lectura que acabamos de hacer las apariencias de una repetición...

EUGENIA, cortándole: No me he dado cuenta; nunca se repetirán demasiado las cosas buenas; encuentro, sin embargo, peligrosos algunos de esos principios.

DOLMANCÉ: No hay en el mundo nada más peligroso que la piedad y la beneficencia; la bondad no es nunca otra cosa que una debilidad, y la ingratitud y la impertinencia de los débiles fuerzan siempre a las gentes honradas a arrepentirse de ella. Si a un buen observador se le ocurre calcular todos los peligros de la piedad, y los compara luego con los de una firmeza sostenida, verá si no son más los primeros. Pero vamos demasiado lejos, Eugenia; resumamos para vuestra educación el único consejo que puede sacarse de cuanto acabamos de deciros: no escuchéis nunca a vuestro corazón, hija mía; es el guía más falso que hemos recibido de la naturaleza; cerradlo con gran cuidado a los acentos falaces de la desdicha; más vale rechazar el que realmente debiera interesaros que arriesgaros a dar al malvado, al intrigante o al farsante: lo primero tiene muy leves consecuencias, lo segundo los mayores inconvenientes.

EL CABALLERO: Séame permitido, por favor, dudar y destruir, si puedo, los principios de Dolmancé. ¡Ah! ¡Cuán diferentes serían, hombre cruel, si, privado de esa fortuna inmensa en que encuentras sin cesar los medios de satisfacer tus pasiones, languidecieses algunos años en esa abrumadora miseria que tu espíritu feroz se atreve a reprochar a los miserables! Echa una ojeada piadosa sobre ellos, y no cierres tu alma hasta el punto de endurecerla sin remedio a los gritos desgarradores de la necesidad. Cuando tu cuerpo, harto sólo de voluptuosidades, descanse lánguidamente en lechos de pluma, mira el suyo, abatido por trabajos que a ti te permiten vivir, recogiendo apenas un poco de paja para preservarse del frío de la tierra, pues no tienen, como los animales, más que su fría superficie para tenderse; lanza una mirada sobre ellos, rodeado de platos suculentos con los que cada día veinte discípulos de Comus despiertan tu sensualidad, mientras esos desgraciados disputan a los lobos, en los bosques, la raíz amarga de un suelo reseco; cuando los juegos, las gracias y las risas lleven a tu yacija impura los objetos más conmovedores del templo de Citerea, mira al miserable tendido junto a su triste esposa, satisfecho de los placeres que recoge en medio de las lágrimas sin sospechar siquiera que existan otros; míralo cuando tú no te prohíbes nada, cuando nadas en medio de lo superfluo; míralo, te digo, carecer incluso constantemente de las necesidades más primarias de la vida; echa una ojeada sobre su familia desolada; mira a su esposa temblorosa repartirse con ternura entre los cuidados que debe a su marido, que languidece a su lado, y los que la naturaleza le impone para con los brotes de su amor, privada de la posibilidad de cumplir ninguno de esos deberes tan sagrados para su alma sensible; ¡mírala, sin estremecerte si es que puedes, reclamar de ti eso superfluo que tu crueldad le niega!

Bárbaro, ¿no son acaso hombres como tú? Y si se te parecen, ¿por qué tú debes gozar mientras ellos languidecen? Eugenia, Eugenia, no apaguéis jamás en vuestra alma la voz sagrada de la naturaleza: es a la beneficencia a lo que os conducirá a pesar vuestro, cuando separéis su órgano del fuego de las pasiones que lo absorben. Dejemos los principios religiosos, de acuerdo; pero no abandonemos nunca las virtudes que la sensibilidad nos inspira; sólo practicándolas gustaremos los goces más dulces y más deliciosos del alma. Todos los extravíos de vuestro espíritu serán redimidos por una buena obra; ella apagará en vos los remordimientos que vuestra mala conducta provocará en él y, formando en el fondo de vuestra conciencia un asilo sagrado al que a veces os replegaréis con vos misma, encontraréis ahí consuelo a los extravíos a que vuestros errores os habrán arrastrado. Hermana mía, soy joven, soy libertino, impío, soy capaz de todos los desenfrenos del espíritu, pero aún me queda mi corazón, y es puro, y es con él, amigos míos, con el que me consuelo de todos los defectos de mi edad.

DOLMANCÉ: Sí, caballero, sois joven, lo demostráis con vuestro discurso; os falta experiencia; espero a que ella os haya madurado; entonces, querido mío, no hablaréis también de los hombres, porque los habréis conocido. Fue su ingratitud lo que secó mi corazón, su perfidia lo que destruyó en mí esas virtudes funestas para las que, como vos, acaso había nacido. Ahora bien, si los vicios de unos vuelven en otros peligrosas estas virtudes, ¿no es hacer un servicio a la juventud ahogarlos en ella a tiempo? ¿Qué me dices de remordimientos, amigo mío? ¿Pueden existir en el alma de quien no reconoce el crimen en nada? Que vuestros principios los apaguen si teméis su aguijón: ¿os será posible arrepentiros de una acción de cuya indiferencia estéis profundamente convencido? Desde el momento en que no creáis que hay algo malo, ¿de qué mal podréis arrepentiros?

EL CABALLERO: No es del espíritu de donde vienen los remordimientos; sólo son fruto del corazón, y jamás los sofismas de la cabeza apagaron los movimientos del alma.

DOLMANCÉ: Pero el corazón engaña, porque nunca es otra cosa que la expresión de los falsos cálculos de espíritu; madurad éste, el otro cederá al punto; cuando queremos razonar, siempre falsas definiciones nos extravían; yo no sé lo que es el corazón: llamo así a las debilidades del espíritu. Una sola y única antorcha resplandece en mí: cuando estoy sano y seguro, nunca me induce a error. ¿Que soy viejo, hipocondríaco o pusilánime? Me engaña; entonces me califico de sensible, mientras que en el fondo no soy otra cosa que débil y tímido. Te lo repito una vez más, Eugenia: que esta pérfida sensibilidad no abuse de vos; no es, y estad bien segura de ello, más que la debilidad del alma; sólo se llora porque se teme, y por eso son tiranos los reyes. Rechazad, detestad pues los pérfidos consejos del caballero; al deciros que abráis vuestro corazón a todos los males imaginarios del infortunio, trata de inventar para vos un montón de penas que, sin ser vuestras, os desgarrarían pronto para nada. ¡Ah, creed, Eugenia, creed que los placeres nacidos de la apatía valen más que los que la sensibilidad os da; ésta no sabe más que alcanzar en un sentido el corazón que el otro acaricia y trastorna por todas partes! En una palabra, ¿pueden compararse los goces permitidos con los goces que unen a los atributos más excitantes aquellos otros, inapreciables, de la ruptura de los frenos sociales y del atropello de todas las leyes?

EUGENIA: ¡Tú triunfas, Dolmancé, tú ganas! Los discursos del caballero apenas rozan mi alma; ¡los tuyos la seducen y la arrastran! ¡Ah! Creedme, caballero, dirigíos más a las pasiones que a las virtudes cuando queráis persuadir a una mujer.

SRA. DE SAINT-ANGE, al caballero: Sí, amigo mío, jódeme bien pero no me sermonees: no nos convertirás, y podrías perjudicar las lecciones con que queremos alimentar el alma y la mente de esta encantadora niña.

EUGENIA: ¿Perturbar? ¡Oh! ¡No, no! Vuestra obra está acabada; lo que los tontos llaman corrupción se ha asentado ahora con tanta fuerza en mí que no hay esperanza de retorno siquiera, y vuestros principios están demasiado bien apuntalados en mi corazón para que los sofismas del caballero lleguen alguna vez a destruirlos.

DOLMANCÉ: Tiene razón, no hablemos más de ello, caballero; cometeríais un error, y no queremos de vos otra cosa que vuestro comportamiento.

EL CABALLERO: De acuerdo; sé que aquí estamos para un objetivo muy distinto del que yo querría alcanzar; vayamos derechos a ese objetivo, de acuerdo; guardaré mi moral para aquellos que, menos ebrios que vos, estén en condiciones de oírme.

SRA. DE SAINT-ANGE: Sí, hermano mío, sí, sí, no nos des otra cosa que tu leche; te perdonamos la moral; es demasiado dulce para las personas sin principios de nuestra especie.

EUGENIA: Temo mucho, Dolmancé, que esa crueldad que preconizáis con ardor influya algo en vuestros placeres; ya me ha parecido observarlo, sois duro al gozar; también percibo en mí algunas disposiciones para ese vicio. Para desenredar mis ideas sobre todo esto, decidme por favor, ¿cómo miráis al objeto que sirve a vuestros placeres?

DOLMANCÉ: Como algo absolutamente nulo, querida; que comparta o no mis goces, que experimente o no contento, apatía o incluso dolor, con tal que yo sea feliz, lo demás me da lo mismo.

EUGENIA: Es mejor incluso que ese objeto sienta dolor, ¿verdad?

DOLMANCÉ: Por supuesto, es mucho mejor; ya os lo he dicho: su repercusión, más activa en nosotros, determina con mayor energía y rapidez los espíritus animales en la dirección que necesitan para la voluptuosidad. Abrid los serrallos de África, los de Asia, los de vuestra Europa meridional, y ved si los jefes de esos célebres harenes se preocupan mucho, cuando se les pone tiesa, de dar placer a los individuos que les sirven; ordenan, son obedecidos; gozan, nadie se atreve a responderles; se satisfacen y entonces se van. Hay entre ellos algunos que castigarían como una falta de respeto la audacia de compartir su goce. El rey de Achem manda cortar despiadadamente la cabeza de la mujer que ose olvidarse de ello en su presencia hasta el punto de gozar, y muy a menudo se la corta él mismo. Este déspota, uno de los más singulares de Asia, está guardado sólo por mujeres; siempre les da sus órdenes mediante signos; la muerte más cruel es el castigo para las que no le comprenden, y los suplicios se ejecutan siempre por su mano o ante sus ojos.

Todo esto, mi querida Eugenia, está basado por entero en los principios que ya os he mostrado. ¿Qué se desea cuando gozamos? Que todo lo que nos rodea se ocupe exclusivamente de nosotros, que no piense más que en nosotros, que cuide solo de nosotros. Si los objetos que nos sirven gozan, desde ese momento los tenemos probablemente más ocupados de ellos que de nosotros, y nuestro goce por lo tanto resulta perturbado. No hay hombre que no quiera ser déspota cuando está caliente; es como si tuviera menos placer si los otros parecen sentir tanto como él. Por un movimiento de orgullo, muy natural en ese momento, quisiera ser el único en el mundo capaz de experimentar lo que siente; la idea de ver a otro gozar como él, le remite a una especie de igualdad que perjudica los indecibles atractivos que el despotismo hace experimentar entonces. Es falso, por otra parte, que haya placer en darlo a los demás; eso es servirlos, y, cuando la tiene dura, el hombre está lejos del deseo de ser útil a los demás. Al contrario, haciendo el mal experimenta todos los encantos que gusta un individuo nervioso haciendo uso de sus fuerzas; entonces domina, es tirano. ¡Qué diferencia para el amor propio! No creemos que en tal caso se calle.

El acto del goce es una pasión que subordina a ella, y lo acepto, todas las demás, pero que al mismo tiempo las reúne. Ese deseo de dominar en ese momento es tan fuerte en la naturaleza que incluso se reconoce en los animales. Ved si los que están en esclavitud procrean como los que están libres. El dromedario va más lejos: no engendra si no se cree solo. Tratad de sorprenderlo y de demostrarle así que tiene un amo: huirá y se separará inmediatamente de su compañía. Si la intención de la naturaleza no fuera que el hombre tuviera esta superioridad, no habría creado más débiles que él a los seres que ella le destina en ese momento. Esta debilidad a que la naturaleza condenó a las mujeres prueba de forma irrefutable que su intención es que el hombre, que goza más que nunca entonces de su potencia, la ejerza mediante todas las violencias que buenamente le parezca, incluso mediante suplicios. La crisis de la voluptuosidad, ¿no sería una especie de rabia si la intención de esta madre del género humano no fuera que el trato en el coito fuese el mismo que en la cólera? En una palabra, ¿qué hombre bien constituido, qué hombre dotado de órganos vigorosos no desea, bien de una forma, bien de otra, molestar su goce en ese momento? Sé de sobra que una infinidad de imbéciles, que nunca se dan cuenta de sus sensaciones, comprenderán mal los sistemas que establezco; pero ¿qué me importan esos imbéciles? No es a ellos a quien hablo. Sosos adoradores de las mujeres, les dejo esperar a los pies de su insolente dulcinea el suspiro que debe hacerlos felices y, bajamente esclavos del sexo que deberían dominar, los entrego a los viles encantos de llevar las cadenas con que la naturaleza les da el derecho de abrumar a los otros. Que esos animales vegeten en la bajeza que los envilece: sería vano que predicáramos para ellos. Pero que no denigren lo que no pueden entender, y que se convenzan de que quienes sólo quieren establecer sus principios en esta suerte de materias sobre los impulsos de un alma vigorosa y de una imaginación sin freno, como vos y yo, señora, hacemos, siempre serán los únicos que merecerán ser escuchados, los únicos que están hechos para prescribirles las leyes y para las lecciones...

¡Joder! ¡La tengo tiesa!... Llamad a Agustín, os lo suplico. (Llaman; él entra.) ¡Es inaudito cómo el soberbio culo de este hermoso muchacho está en mi cabeza desde que hablo! Todas mis ideas parecían referirse involuntariamente a él... Muestra a mis ojos esa obra maestra, Agustín..., ¡quiero besarla y acariciarla un cuarto de hora! Ven, amorcito, ven, que en tu bello culo me haga yo digno de las llamas con que Sodoma me abrasa... ¿Hay nalgas más bellas..., más blancas? ¡Quisiera que Eugenia, de rodillas, le chupase la polla mientras tanto! Con su postura expondría su trasero al caballero, que la encularía, y la Sra. de Saint-Ange, a caballo a lomos de Agustín, me ofrecería sus nalgas a besar; armada con un puñado de vergas, quizá pudiera, inclinándose un poco, según me parece, azotar al caballero, a quien esta estimulante ceremonia incitaría a no tener contemplaciones con nuestra alma. (Se colocan en esa postura.) Sí, así es; ¡todo está a las mil maravillas, amigos míos! De veras, es un placer pediros cuadros; no hay artista en el mundo en situación de ejecutarlos como vosotros. ¡Este bribón tiene el culo de un estrecho!... Todo lo que puedo hacer es alojarme en él...

¿Me permitiríais, señora, morder y pellizcar vuestras hermosas carnes mientras follo?

SRA. DE SAINT-ANGE: Cuanto queráis, amigo mío; mas mi venganza está dispuesta, te lo advierto; juro que a cada vejación, te soltaré un pedo en la boca.

DOLMANCÉ: ¡Ah! ¡Santo Dios! ¡Qué amenaza! Es apremiarme a ofenderte. (La muerde.) ¡Veamos si mantienes la palabra! (Recibe un pedo.) ¡Ah! ¡Joder! ¡Delicioso, delicioso!... (Le da un azote y al instante recibe otro pedo.) ¡Oh! ¡Es divino, ángel mío! Guárdame algunos para el momento de la crisis... y puedes estar segura de que entonces te trataré con toda la crueldad... toda la barbarie... ¡Joder!... no puedo más... ¡Me corro!... (La muerde, le da azotes, y ella no cesa de soltar pedos.) ¿Ves cómo te trato, bribona..., cómo te domino?... Uno más... y éste... ¡y que el último insulto sea para el ídolo mismo donde he sacrificado! (La muerde en el ojete del culo; la postura se deshace.) Y vosotros, amigos míos, ¿qué habéis hecho?

EUGENIA, echando la leche que tiene en el culo y en la boca: ¡Ay, maestro mío..., ya veis cómo me han puesto vuestros alumnos! Tengo el trasero y la boca llenos de leche, no suelto más que leche por todas partes.

DOLMANCÉ, vivamente: Esperad, quiero que me echéis en la boca la que el caballero os ha metido en el culo.

EUGENIA, colocándose: ¡Qué extravagancia!

DOLMANCÉ: ¡Ah!, nada es tan bueno como la leche que sale del fondo de un hermoso trasero... Es un manjar digno de dioses. (Lo traga.) Mirad cuánto me importa. (Volviéndose hacia el culo de Agustín, que besa.) Voy a pediros permiso, señoras mías, para pasar un momento al gabinete vecino con este joven.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿No podéis hacer aquí con él cuanto os plazca?

DOLMANCÉ, en voz baja y misteriosa: No, hay ciertas cosas que exigen velos de todo punto.

EUGENIA: ¡Ah! ¡Vaya! Por lo menos ponednos al corriente.

SRA. DE SAINT-ANGE: No le dejo irse sin ello.

DOLMANCÉ: ¿Queréis saberlo?

EUGENIA: Absolutamente.

DOLMANCÉ, arrastrando a Agustín: Pues bien, señoras mías, voy..., pero, de veras, no puede decirse.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Hay acaso alguna infamia en el mundo que no seamos dignos de oír y de ejecutar?

EL CABALLERO: Bueno, hermana mía, voy a decírosla. (Habla en voz baja a las dos mujeres.)

EUGENIA, con aire de repugnancia: Tenéis razón, es horrible.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Oh! ¡Me lo temía!

DOLMANCÉ: Como veis, debía callaros esa fantasía; ahora comprenderéis que hay que estar solo y en la sombra para entregarse a semejantes bajezas.

EUGENIA: ¿Queréis que vaya con vos? Mientras vos os divertís con Agustín, yo os la menearé.

DOLMANCÉ: No, no, esto es un asunto de honor que debe hacerse sólo entre hombres: una mujer nos perturbaría... Dentro de un momento estoy con vosotras, señoras mías. (Sale arrastrando consigo a Agustín.)

SEXTO DIÁLOGO

SRA. DE SAINT-ANGE: En serio, hermano mío, ¡qué libertino es tu amigo!

EL CABALLERO: Por lo tanto no te he engañado presentándotelo como tal.

EUGENIA: Estoy convencida de que no tiene igual en el mundo... ¡Oh! ¡Querida, es encantador! Veámoslo a menudo, te lo suplico.

SRA. DE SAINT-ANGE: Llaman... ¿Quién puede ser? Había prohibido que a mi puerta... Ha de ser algo muy urgente... Ve a ver de qué se trata, caballero, por favor.

EL CABALLERO: Una carta que trae Lafleur; se ha retirado apresuradamente, diciendo que recordaba las órdenes que le habíais dado, pero que le había parecido tan importante como urgente.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ah! ¡Ah! ¿Qué es esto? ... ¡Es de vuestro padre, Eugenia!

EUGENIA: ¡Mi padre!... ¡Ay! ¡Estamos perdidas!...

SRA. DE SAINT-ANGE: Leamos antes de desanimarnos. (Lee.)

¿Podéis creer, hermosa amiga, que mi insoportable esposa, alarmada por el viaje de mi hija a vuestra casa, parte ahora mismo en su busca? Se imagina tantas cosas... que, aun sospechando que fueran ciertas, no serían en verdad sino muy simples. Os ruego que la castiguéis rigurosamente por esta impertinencia; yo la corregí ayer por una semejante; la lección no ha bastado. Jugadle una buena pasada, os lo pido como gracia, y creed que cualquiera sea el extremo a que llevéis las cosas no me quejaré... Hace tanto tiempo que esta ramera me carga... que, en verdad... ¿Me entendéis? Lo que hagáis estará bien hecho. Es cuanto puedo deciros. Llegará poco después de mí carta; estad en guardia por lo tanto. Adiós; de buena gana quisiera ser de los vuestros. No me devolváis a Eugenia hasta que no esté instruida, os lo suplico. Quiero dejaros a vosotros las primeras cosechas, pero estad seguros, sin embargo, de que habréis trabajado en cierto modo para mí.

Bueno, Eugenia, ¿ves hasta qué punto no hay que asustarse? Habrás de convenir que esa mujercita es muy insolente.

EUGENIA: ¡Esa puta!... ¡Ay, querida, puesto que mi papá nos da carta blanca, te lo ruego, hemos de recibir a esa ramera como se merece!

SRA. DE SAINT-ANGE: Bésame, amor mío. ¡Cuánto me gusta ver en ti tan buenas disposiciones!... Vamos, tranquilízate; te aseguro que no tendremos contemplaciones. ¿Tú querías una víctima, Eugenia? Pues aquí la naturaleza y el azar te dan una.

EUGENIA: La gozaremos, querida, la gozaremos, te lo juro.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ay, cuánto me impacienta saber cómo recibirá Dolmancé esta noticia!

DOLMANCÉ, regresando con Agustín: De mil amores, señoras mías; no estaba lo bastante lejos como para no oíros, lo sé todo... La Sra. de Mistival no podría venir más a propósito... Espero que estéis totalmente decidida a cumplir los deseos de su marido.

EUGENIA, a Dolmancé: ¿A cumplirlos?... ¡A sobrepasarlos, querido!... ¡Ah! Que la tierra se hunda a mis pies si me veis ablandarme, sean cuales fueren los horrores a que condenéis a esa furcia... Querido amigo, encárgate, por favor, de dirigir todo esto.

DOLMANCÉ: Dejad hacer a vuestra amiga y a mí; vos limitaos a obedecer, es lo único que os pedimos... ¡Ah! ¡Insolente criatura! ¡jamás vi nada semejante!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Qué torpe es! Y bien, ¿nos ponemos algo más decente para recibirla?

DOLMANCÉ: Todo lo contrario; es preciso que desde que entre no conciba la más mínima duda sobre la forma que tenemos de pasar el tiempo con su hija. Coloquémonos en el mayor desorden.

SRA. DE SAINT-ANGE: Oigo ruido: es ella. ¡Vamos, valor, Eugenia! ¡Recuerda bien nuestros principios!... ¡Ay, santo Dios! ¡Qué escena tan deliciosa!...

SÉPTIMO Y ÚLTIMO DIÁLOGO

PERSONAJES:

SEÑORA DE SAINT-ANGE, EUGENIA, EL CABALLERO, AGUSTÍN, DOLMANCÉ, SEÑORA DE MISTIVAL.

SRA. DE MISTIVAL, a la Sra. de Saint-Ange: Os ruego que me excuséis, señora, por llegar a vuestra casa sin preveniros; pero me han dicho que mi hija está aquí y, como su edad no permite todavía que vaya sola, os ruego, señora, tengáis a bien devolvérmela y no desaprobar mi llegada.

SRA. DE SAINT-ANGE: Su llegada es de lo más descortés, señora; de oíros se diría que vuestra hija está en malas manos.

SRA. DE MISTIVAL: A fe mía que si hay que juzgar por el estado en que la encuentro a ella, a vos y a vuestra compañía, señora, creo que no me equivoco mucho pensando que está muy mal aquí.

DOLMANCÉ: Ese principio es impertinente, señora, y sin conocer exactamente el grado de las relaciones que existen entre la Sra. de Saint-Ange y vos, no os oculto que yo, en su lugar, os habría mandado tirar por la ventana.

SRA. DE MISTIVAL: ¿Qué entendéis vos por tirar por la ventana? ¡Sabed, señor, que no se tira por ahí a una mujer como yo! Ignoro quién sois, pero por vuestras palabras, por el estado en que os halláis, es fácil juzgar vuestras costumbres. ¡Eugenia, sígueme!

EUGENIA: Os pido perdón, señora, pero no puedo tener ese honor.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Cómo! ¡Mi hija se me resiste!

DOLMANCÉ: Os desobedece formalmente incluso, como veis, señora. Creedme, no lo permitáis. ¿Queréis que mande a buscar azotes para corregir a esta niña indócil?

EUGENIA: Mucho me temo que, si los trajeran, sirviesen más para la señora que para mí.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Impertinente criatura!

DOLMANCÉ, acercándose a la Sra. de Místíval: Despacio, amor mío, nada de insultos; todos nosotros protegemos a Eugenia, y podríais arrepentiros de vuestras vehemencias con ella.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Cómo! ¿Mi hija me ha de desobedecer y yo no he de poder hacerle sentir los derechos que tengo sobre ella?

DOLMANCÉ: ¿Y cuáles son esos derechos, por favor, señora? ¿Alardeáis de su legitimidad? Cuando el Sr. de Mistival, o no sé quién, os lanzó en la vagina las gotas de leche que hicieron brotar a Eugenia, ¿la tuvisteis en cuenta entonces? No, ¿verdad? Pues bien, ¿qué agradecimiento queréis que os tenga hoy por haberos corrido cuando os jodían ese despreciable coño? Sabed, señora, que no hay nada más ilusorio que los sentimientos del padre o de la madre para con los hijos, ni los de éstos por los autores de sus días. Nada funda, nada establece semejantes sentimientos, en uso aquí, detestados allá, puesto que hay países en que los padres matan a sus hijos, otros en los que éstos degüellan a aquellos de los que han recibido la vida. Si los movimientos de amor recíproco correspondieran a la naturaleza, la fuerza de la sangre no sería ya quimérica, y sin verse, sin conocerse mutuamente, los padres distinguirían, adorarían a sus hijos, y a la inversa, éstos, en medio de la mayor asamblea, reconocerían a sus padres desconocidos, volarían a sus brazos y los adorarían. ¿Qué vemos en lugar de esto? Odios recíprocos e inveterados; hijos que, incluso antes de la edad de razón, nunca han podido soportar la vista de sus padres; padres que alejan a sus hijos de sí porque nunca pudieron sufrir su proximidad. Estos pretendidos impulsos son por tanto ilusorios, absurdos; sólo el interés los imaginó, el uso los prescribió, la costumbre los sostuvo, pero jamás los imprimió la naturaleza en nuestros corazones. Ved si los conocen los animales; indudablemente, no: y sin embargo, a ellos hay que remitirse siempre que se quiere conocer la naturaleza. ¡Oh padres! Tranquilizaos por tanto sobre las pretendidas injusticias que vuestras pasiones o vuestros intereses os llevan a cometer sobre esos seres nulos para vosotros, a los que algunas gotas de vuestro esperma han dado la luz; no les debéis nada, estáis en el mundo para vosotros y no para ellos; estaríais muy locos si os molestarais, si no os ocuparais más que de vosotros: sólo para vosotros debéis vivir; y vosotros, hijos, mucho más libres, si es posible, de esa piedad filial cuya base es una verdadera quimera, convenceos asimismo de que tampoco debéis nada a esos individuos cuya sangre os ha traído a la vida. Piedad, reconocimiento, amor, ninguno de esos sentimientos se les debe; quienes os han dado la vida no tienen ni un solo título para exigirlos de vosotros; no trabajan más que para ellos, que se las apañen; pero el mayor de todos los engaños sería darles cuidados o ayudas que no les debéis por ningún concepto; nada prescribe la ley sobre esto, y si por casualidad imagináis que el órgano de esos sentimientos está en las inspiraciones del uso o en las de los efectos morales del carácter, ahogad sin remordimientos tales sentimientos absurdos..., sentimientos locales, fruto de costumbres climáticas que la naturaleza reprueba y que siempre desautorizó la razón.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Cómo! ¡Los cuidados que con ella he tenido, la educación que le he dado!...

DOLMANCÉ: ¡Oh! Respecto a los cuidados, nunca han sido otra cosa que fruto de la costumbre o del orgullo; como no habéis hecho por ella más de lo que prescriben las costumbres del país en que habitáis, evidentemente Eugenia no os debe nada. En cuanto a la educación, tiene que haber sido muy mala, porque aquí nos hemos visto obligados a refundir todos los principios que le habéis inculcado; no hay uno solo encaminado a su felicidad, ni uno que no sea absurdo o quimérico. ¡Le habéis hablado de

Dios, como si existiera alguno; de virtud, como si fuera necesaria; de religión, como si todos los cultos religiosos fuesen otra cosa que el resultado de la impostura del más fuerte y de la imbecilidad del más débil; de Jesucristo, como si ese tunante no fuera otra cosa que un trapacero y un malvado! Le habéis dicho que joder era un pecado, mientras que joder es la acción más deliciosa de la vida; habéis querido darle buenas costumbres, como si la felicidad de una joven no estuviera en el desenfreno y la inmoralidad, como si la más feliz de todas las mujeres no tuviera que ser, indiscutiblemente, la que más se revuelca en la porquería y el libertinaje, la que mejor desafía todos los embustes y la que más se burla de la reputación. ¡Ah! Desengañaos, desengañaos, señora. Nada habéis hecho por vuestra hija, ninguna obligación que esté dictada por la naturaleza habéis cumplido respecto a ella: Eugenia no os debe, pues, más que odio.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Santo cielo! Mi Eugenia está perdida, es evidente... Eugenia, mi querida Eugenia, oye por última vez las súplicas de la que te ha dado la vida; ya no son órdenes, hija mía, son súplicas; por desgracia es demasiado cierto que aquí estás entre monstruos; ¡aléjate de este comercio peligroso y sígueme, te lo pido de rodillas! (Se echa a sus pies.)

DOLMANCÉ: ¡Ah! ¡Bueno! ¡Vaya escena de lágrimas!... ¡Vamos, Eugenia, enterneceos!

EUGENIA, medio desnuda, como se recordará: Tomad, mamaíta, os doy mis nalgas... ahí las tenéis, a la altura de vuestra boca; besadlas, corazón mío, chupadlas, es todo cuanto Eugenia puede hacer por vos... Recuerda, Dolmancé, que siempre me mostraré digna de ser tu alumna.

SRA. DE MISTIVAL, rechazando a Eugenia con horror: ¡Ah! ¡Monstruo! ¡Aléjate, reniego para siempre de que seas hija mía!

EUGENIA: ¡Unid a ello vuestra maldición, madrecita mía, si queréis, para que la cosa sea más conmovedora, y me veréis siempre de la misma flema!

DOLMANCÉ: ¡Oh! Despacio, despacio, señora; eso ha sido un insulto; acabáis de rechazar a Eugenia con demasiada dureza; ya os he dicho que está bajo nuestra protección; es preciso un castigo para este crimen; tened la bondad de desnudaros por completo para recibir el que merece vuestra brutalidad.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Desnudarme!...

DOLMANCÉ: Agustín, sirve de doncella a la señora, ya que se resiste. (Agustín lo hace brutalmente; ella se defiende.)

SRA. DE MISTIVAL, a la Sra. de Saint-Ange: ¡Oh, cielos! ¿Dónde estoy? Pero, señora, ¿pensáis en lo que permitís que se me haga en vuestra casa? ¿Imagináis que no me quejaré de semejantes procedimientos?

SRA. DE SAINT-ANGE: No es muy seguro que podáis hacerlo.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Oh, Dios mío! ¡Aquí me van a matar!

DOLMANCÉ: ¿Y por qué no?

SRA. DE SAINT-ANGE: Un momento, señores. Antes de exponer a vuestros ojos el cuerpo de esta encantadora belleza, conviene que os prevenga del estado en que vais a encontrarla. Eugenia acaba de decírmelo al oído: ayer su marido la azotó a más no poder por algunos pecadillos caseros... y, según me asegura Eugenia, vais a encontrar sus nalgas como tafetán chino.

DOLMANCÉ, cuando la Sra. de Mistival está desnuda: ¡Ah, vaya, nada es más cierto! Creo que en mi vida he visto un cuerpo más maltratado... Pero, ¡cómo!, diablos, tiene tanto por delante como por detrás... Sin embargo, tiene un culo muy hermoso. (Lo besa y lo soba.)

SRA. DE MISTIVAL: ¡Dejadme, dejadme o pediré socorro!

SRA. DE SAINT-ANGE, acercándose a ella y cogiéndola por el brazo: ¡Escucha, puta! ¡Voy a decirte por fin la verdad!... Para nosotros eres una víctima enviada por tu mismo marido; es preciso que sufras tu suerte; nada podrá librarte de ella... ¿Cuál será? No lo sé. Quizá seas colgada, supliciada, descuartizada, atenazada, quemada viva; la elección de tu suplicio depende de tu hija: es ella la que ha de pronunciar tu condena. Pero sufrirás, ¡furcia! ¡Oh, sí, no serás inmolada hasta después de haber sufrido una infinidad de tormentos previos! En cuanto a tus gritos, he de prevenirte que serán inútiles: podría degollar a un buey en este gabinete sin que sus mugidos fueran oídos. Tus caballos, tus criados, todo ha partido ya. Te lo repito, hermosa, tu marido nos autoriza a lo que hagamos, y tu venida no es más que una trampa tendida a tu simplicidad, en la que, como ves, no se puede haber caído mejor.

DOLMANCÉ: Espero que ahora la señora se haya tranquilizado por completo.

EUGENIA: Prevenirla hasta ese punto es lo que se dice tener miramientos.

DOLMANCÉ, palpándola y dándola siempre azotes en las nalgas: En verdad, señora, se ve que tenéis una buena amiga en la Sra. de Saint-Ange... ¿Dónde encontrar ahora esa franqueza? ¡Os dice unas verdades!... Eugenia, venid a poner vuestras nalgas al lado de las de vuestra madre..., que yo compare vuestros dos culos. (Eugenia obedece.) A fe que el tuyo es bello, querida; pero, diablos, el de la mamá no está mal tampoco... Es preciso que me divierta un instante jodiéndolos a los dos... Agustín, contened a la señora.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Ah, santo cielo! ¡Qué ultraje!

DOLMANCÉ, cumpliendo su propósito y comenzando por encular a la madre: ¡Eh, nada de nada, qué sencillo!... ¡Ved, ni siquiera lo habéis sentido!... ¡Ah! ¡Cómo se nota que vuestro marido se ha servido con frecuencia de esta ruta! Ahora tú, Eugenia... ¡Qué diferencia!... Ya, ya estoy satisfecho; sólo quería magrear un poco para ponerme a punto... Un poco de orden ahora. En primer lugar, señoras mías, vos, Saint-Ange, y vos, Eugenia, tened la bondad de armaros de estos consoladores a fin de dar por turno a esta respetable dama, bien en el coño, bien en el culo, los golpes más temibles. El caballero, Agustín y yo trabajaremos con nuestros propios miembros, y os relevaremos puntualmente. Yo voy a empezar, y, como supondréis, será una vez más su culo el que reciba mi homenaje. Durante el goce, cada cual será dueño de condenarla al suplicio que mejor le parezca, teniendo cuidado de ir gradualmente a fin de no reventarla de golpe... Agustín, por favor, consuélame, enculándome, de la obligación en que me veo de sodomizar a esta vieja vaca. Eugenia, dame a besar tu hermoso trasero mientras jodo el de tu mamá; y vos, señora, acercad el vuestro, quiero sobarlo, quiero socratizarlo... Hay que estar rodeado de culos cuando es un culo lo que se jode.

EUGENIA: ¿Qué vas a hacer, amigo mío, qué vas a hacerle a esta zorra? ¿A qué vas a condenarla mientras pierdes tu esperma?

DOLMANCÉ, continúa azotándola: La cosa más natural del mundo: la voy a depilar y la voy a magullar los muslos a fuerza de pellizcos.

SRA. DE MISTIVAL, al recibir esta vejación: ¡Ah! ¡Monstruo! ¡Malvado! ¡Me va a lisiar!... ¡santo cielo!...

DOLMANCÉ: No le imploréis, amiga mía; será sordo a tu voz como lo es a la de todos los hombres; ese cielo poderoso nunca se ha preocupado por un culo.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Ay, qué daño me hacéis!

DOLMANCÉ: ¡Increíbles efectos de las extravagancias del espíritu humano!... Sufres, querida, lloras, y yo me corro... ¡Ay, putorra! Te estrangularía si no quisiera dejar placer a los otros. Ahora te toca a ti, Saint-Ange. (La Sra. de Saint-Ange la encula y la encoña con su consolador; le da algunos puñetazos; viene luego el caballero; recorre igualmente las dos rutas, y la abofetea mientras descarga; luego viene Agustín; hace lo mismo y termina con algunos cachetes y pellizcos. Durante estos distintos ataques, Dolmancé ha recorrido con su aparato los culos de todos los agentes, excitándoles con sus palabras.) Vamos, hermosa Eugenia, follad a vuestra madre; ¡primero por el coño!

EUGENIA: Venid, mamaíta, venid, que os sirva de marido. Es un poco más gorda que la de vuestro esposo, ¿no es verdad, querida? No importa, entrará... ¡Ah, gritas, madre mía, gritas cuando tu hija te folla!... ¡Y tú, Dolmancé, me estás dando por el culo!... Heme aquí a la vez incestuosa, adúltera, sodomita, y todo esto para una joven que acaba de ser desvirgada hoy... ¡Qué progresos, amigos míos!..., ¡con qué rapidez recorro la espinosa ruta del vicio!... ¡Oh, soy una perdida!... ¡Creo que te estás corriendo, dulce mamaíta!... Dolmancé, mira sus ojos, ¿no es cierto que se corre?... ¡Ah, putona! ¡Voy a enseñarte a ser libertina! ¡Toma, ramera, toma!... (La aprieta y la magulla el cuello.) ¡Ay, jódeme, Dolmancé!... ¡Jódeme, mi dulce amigo, me muero!... (Eugenia, al correrse, da diez o doce puñetazos en el pecho y en los costados de su madre.)

SRA. DE MISTIVAL, perdiendo el conocimiento: ¡Tened piedad de mí, os lo suplico!... Me siento mal..., me mareo... (La Sra. de Saint-Ange quiere socorrerla; Dolmancé se opone.)

DOLMANCÉ: ¡Eh! No, no, dejadla en ese síncope; no hay nada tan lúbrico como ver a una mujer desvanecida; la azotaremos para volverle el sentido... Eugenia, venid a tumbaros sobre el cuerpo de la víctima... Ahora voy a saber si sois firme. Caballero, folladla sobre el pecho de su madre desfallecida, y que ella nos la menee a Agustín y a mí con cada una de sus manos. Vos, Saint-Ange, magreadla mientras la joden.

EL CABALLERO: ¡Realmente, Dolmancé, cuanto nos mandáis hacer es horrible!; es ultrajar a un tiempo a la naturaleza, al cielo y a las leyes más santas de la humanidad.

DOLMANCÉ: Nada me divierte tanto como los firmes arranques de virtud del caballero. ¿Dónde diablos verá, en cuanto hacemos, el menor ultraje a la naturaleza, al cielo y a la humanidad? Amigo mío, es de la naturaleza de la que los viciosos reciben los principios que ponen en práctica. Ya te he dicho mil veces que la naturaleza —que para el perfecto mantenimiento de las leyes de su equilibrio tiene unas veces necesidad de vicios, otras de virtudes— nos inspira por turno el movimiento que necesita; no hacemos, pues, ninguna clase de mal entregándonos a estos impulsos, cualesquiera que sean los que podamos imaginar. Y en cuanto al cielo, te lo suplico, caballero, deja de temer sus efectos: un solo motor actúa en el universo, y ese motor es la naturaleza. Los milagros, o mejor, los efectos físicos de esta madre del género humano, diferentemente interpretados por los hombres, han sido deificados por ellos bajo mil formas a cual más extraordinaria; ganapanes o intrigantes, abusando de la credulidad de sus semejantes, han propagado sus ridículas ensoñaciones: y eso es lo que el caballero denomina cielo, ¡eso es lo que teme ultrajar!... Las leyes de la humanidad, añade, son violadas por las tonterías que nos permitimos. Recuerda, de una vez por todas, hombre simple y pusilánime, que lo que los tontos llaman humanidad no es más que una debilidad nacida del temor y del egoísmo; que esta quimérica virtud, encadenando sólo a los hombres débiles, es desconocida de aquéllos cuyo estoicismo, valor y filosofía forman su carácter. Actúa, por tanto, caballero, actúa sin temer nada; si pulverizáramos a esta ramera no habría siquiera el menor indicio de crimen. Los crímenes son imposibles para el hombre. Al inculcarle la naturaleza el irresistible deseo de cometerlo, supo sabiamente alejar de ellos las acciones que podían perturbar sus leyes. Convéncete, amigo mío, de que todo lo demás está completamente permitido y que no ha sido absurda hasta el punto de darnos el poder de perturbarla o de perjudicarla en su marcha. Ciegos instrumentos de sus inspiraciones, aunque nos ordenara quemar el universo, el único crimen sería resistirnos a ello, y todos los malvados de la tierra no son más que agentes de sus caprichos... Vamos, Eugenia, colocaos... Pero ¿qué veo?... ¡Palidece!...

EUGENIA, tendiéndose sobre su madre: ¿Yo palidecer? ¡Rediós! Vais a ver ahora mismo que no. (Adoptan la postura; la Sra. de Mistival sigue en su síncope. Cuando el caballero se ha corrido, el grupo se deshace.)

DOLMANCÉ: ¡Cómo! ¡Esta golfa no ha vuelto en sí todavía! ¡Vergas! ¡Vergas!... Agustín, vete enseguida a coger un puñado de espinos del jardín. (Mientras los espera, la abofetea y le da cachetes.) ¡Oh! ¡A fe que temo que esté muerta: nada la vuelve en sí!

EUGENIA, con humor: ¡Muerta! ¡Muerta! ¡Cómo! ¿Voy a tener que llevar luto este verano, con los hermosos vestidos que me he mandado hacer?

SRA. DE SAINT-ANGE, estallando de risa: ¡Ah, vaya con el pequeño monstruo!...

DOLMANCÉ, cogiendo los espinos de la mano de Agustín, que vuelve: Vamos a ver el efecto de este último remedio. Eugenia, chúpame la polla mientras trabajo en devolveros una madre y mientras Agustín me devuelve los golpes que voy a dar. No me molestaría, caballero, verte encular a tu hermana: ponte de tal modo que pueda besarte las nalgas durante la operación.

EL CABALLERO: Obedezcamos, puesto que no hay ningún medio de convencer a este malvado de que cuanto nos ordena hacer es horroroso. (Se dispone el cuadro; a medida que la Sra. de Mistival es azotada, vuelve a la vida.)

DOLMANCÉ: ¡Y bien! ¿Veis el efecto de mi remedio? Ya os había dicho que era seguro.

SRA. DE MISTIVAL, abriendo los ojos: ¡Oh, cielos! ¿Por qué me sacan del seno de las tumbas? ¿Por qué devolverme a los horrores de la vida?

DOLMANCÉ, que sigue flagelándola: Es que, en realidad, madrecita, no está todo dicho. ¿No es preciso que oigáis vuestra condena?... ¿No es preciso que se cumpla?... Vamos, reunámonos en torno de la víctima, que se ponga en medio del círculo y que escuche temblando lo que hemos de anunciarle. Comenzad, señora de Saint-Ange. (Los fallos siguientes se dicen mientras los actores continúan en acción.)

SRA. DE SAINT-ANGE: Yo la condeno a ser colgada.

EL CABALLERO: Cortada, como entre los chinos, en veinticuatro mil trozos.

AGUSTÍN: Mirad, por mí, yo la dejaría con tal de zer rota en vida.

EUGENIA: Mi mamaíta será mechada con pastillas de azufre, que yo me encargaré de prender una a una. (Aquí la postura se deshace.)

DOLMANCÉ, con sangre fría: Y bien, amigos míos, en mi calidad de preceptor vuestro, suavizo la condena; pero la diferencia que va a haber entre mi fallo y el vuestro es que vuestras sentencias no eran sino los efectos de una mistificación mordaz, mientras que la mía va a ejecutarse. Tengo abajo un criado provisto de uno de los más hermosos miembros que haber pueda en la naturaleza, pero que desgraciadamente destila el virus y está roído por una de las más terribles sífilis que se hayan visto en el mundo. Voy a hacerle subir: lanzará su veneno en los dos conductos de la naturaleza de esta querida y amable dama, a fin de que, durante todo el tiempo que duren las impresiones de esta cruel enfermedad, la puta se acuerde de no molestar a su hija cuando ésta se dedique a joder. (Todo el mundo aplaude, mandan subir al criado. Dolmancé, al criado.) Lapierre, follad a esa mujer; está extraordinariamente sana; este goce puede curaros: hay ejemplos de ese remedio.

LAPIERRE: ¿Delante de todos, señor?

DOLMANCÉ: ¿Tienes miedo de enseñarnos tu polla?

LAPIERRE: No, al revés, porque es muy hermosa... Vamos, señora, tened la bondad de colocaros, por favor.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Oh! ¡Justo cielo! ¡Qué horrible condena!

EUGENIA: Más vale eso que morir, mamá; por lo menos podré llevar mis lindos vestidos este verano.

DOLMANCÉ: Divirtámonos mientras tanto; mi opinión es que nos flagelemos todos; la Sra. de Saint-Ange zurrará a Lapierre, para que encoñe con firmeza a la Sra. de Mistival; yo zurrare a la Sra. de Saint-Ange, Agustín me zurrará a mí, Eugenia zurrará a Agustín y será azotada vigorosamente por el caballero. (Todos se colocan. Cuando Lapierre ha follado el coño, su amo le ordena joder el culo, y lo hace.) Bueno, vete, Lapierre. Toma, aquí tienes diez luises. ¡Oh, diablos! ¡Vaya inoculación! ¡Ni Tronchin hizo una igual en su vida!

SRA. DE SAINT-ANGE: Creo que ahora es muy esencial que el veneno que circula en las venas de la señora no pueda salirse; por tanto es preciso que Eugenia os cosa con cuidado el coño y el culo, para que el humor virulento, más concentrado, menos sometido a evaporación, os calcine los huesos con rapidez.

EUGENIA: ¡Excelente idea! Vamos, vamos, agujas, hilo... Separad vuestros muslos, mamá, para que os cosa a fin de que no me deis más hermanas ni hermanos. (La Sra. de Saint-Ange da a Eugenia una gran aguja, que tiene un grueso hilo rojo encerado. Eugenia cose.)

SRA. DE MISTIVAL: ¡Oh! ¡Cielos, qué dolor!

DOLMANCÉ, riendo como un loco: ¡Diablos! La idea es excelente, te honra; nunca habría dado con ella.

EUGENIA, pinchando de vez en cuando los labios del coño, el interior y a veces el vientre y el monte: Esto no es nada, mamá: es para probar mi aguja.

EL CABALLERO: ¡Esta pequeña puta la va a llenar de sangre!

DOLMANCÉ, haciendo que la Sra. de Saint-Ange se la menee, en frente de la operación: ¡Ah! ¡Santo dios! ¡Qué tiesa me la pone este extravío! Eugenia, multiplicad los puntos para que se me ponga más gorda.

EUGENIA: Haré más de doscientos, si es preciso... Caballero, masturbadme mientras opero.

EL CABALLERO, obedeciendo: ¡Jamás se ha visto una joven tan bribona como ésta!

EUGENIA, muy inflamada: Nada de invectivas, caballero, porque os pincho. Contentaos con sobarme como es debido. Un poco más el culo, querido, por favor; ¿sólo tienes una mano? Ya no veo nada... voy a dar puntadas por todas partes... Mirad hasta dónde se extravía mi aguja..., hasta los muslos, las tetas... ¡Ay! ¡Joder! ¡Qué placer!...

SRA. DE MISTIVAL: ¡Me desgarras, malvada!... ¡Cómo me avergüenzo de haberte dado el ser!

EUGENIA: Vamos, paz, mamaíta, que ya termino.

DOLMANCÉ, saliendo empalmado de las manos de la Sra. de Saint-Ange: Eugenia, cédeme el culo, es la parte que me toca.

SRA. DE SAINT-ANGE: Estás demasiado empalmado, Dolmancé; la vas a martirizar.

DOLMANCÉ: ¿Y qué importa? ¿No tenemos acaso permiso por escrito? (La tiende boca abajo, coge una aguja y comienza a coserle el agujero del culo.)

SRA. DE MISTIVAL, gritando como un diablo: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

DOLMANCÉ, metiéndole la aguja profundamente en las carnes: ¡Cállate, furcia, o te pongo las nalgas como mermelada!... ¡Eugenia, menéamela!...

EUGENIA: Sí, pero a condición de que pinchéis más fuerte, porque estaréis de acuerdo conmigo en que tenemos demasiados miramientos con ella. (Se la menea.)

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Trabajadme un poco esas dos gordas nalgas!

DOLMANCÉ: Paciencia, voy a mecharla enseguida como si fuera un trasero de buey; ¡olvidas las lecciones, Eugenia, estás cubriéndome la polla!

EUGENIA: Es que los dolores de esta ramera inflaman mi imaginación hasta el punto de que no sé exactamente lo que hago.

DOLMANCÉ: ¡Hostia bendita! Empiezo a perder la cabeza. Saint-Ange, que Agustín te dé por el culo delante de mí, por favor, mientras tu hermano te encoña, y que yo vea sobre todo los culos: este cuadro va a acabar conmigo. (Pincha las nalgas mientras se prepara la postura que ha pedido.) ¡Toma, querida mamá, toma ésta, y ésta otra!... (La pincha en más de veinte sitios.)

SRA. DE MISTIVAL: ¡Ay, perdón, señor! ¡Mil y mil perdones! ¡Me estáis matando!

DOLMANCÉ, extraviado por el placer: Mucho me gustaría... Hacía mucho tiempo que no se me ponía tan tiesa; no lo habría creído después de tantas descargas.

SRA. DE SAINT-ANGE, adoptando la postura exigida: ¿Estamos bien así, Dolmancé?

DOLMANCÉ: Que Agustín gire un poco a la derecha; no veo lo suficiente el culo; que se incline: quiero ver el ojete.

EUGENIA: ¡Ay! ¡Joder! ¡Ya sangra la bujarrona!

DOLMANCÉ: No le va mal. Vamos, ¿estáis preparados vosotros? En cuanto a mí, dentro de un instante rocío con el bálsamo de la vida las llagas que acabo de producir.

SRA. DE SAINT-ANGE: Sí, sí, corazón mío, me corro..., alcanzamos la meta al mismo tiempo que tú.

DOLMANCÉ, que ha terminado su operación, no hace más que multiplicar sus pinchazos sobre las nalgas de la víctima, corriéndose: ¡Ay, rediós! ¡Mi esperma corre... se pierde, santo dios!... Eugenia, dirígelo sobre las nalgas que martirizo... ¡Ah! ¡Joder! ¡joder! Se acabó..., ya no puedo más. ¿Por qué tiene que suceder la debilidad a pasiones tan intensas?

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Fóllame! ¡Fóllame, hermano, que me corro!... (A Agustín.) ¡Muévete, jodido! ¿No sabes que cuando me corro es cuando hay que entrar más adentro en mi culo?... ¡Ay, santo nombre de dios! ¡Qué dulce ser jodida por dos hombres de este modo! (El grupo se deshace.)

DOLMANCÉ: Todo está dicho. (A la Sra. de Mistival.) ¡Puta!, puedes vestirte y partir ahora cuando quieras. Has de saber que estábamos autorizados por tu esposo mismo a cuanto acabamos de hacer. Nosotros te lo hemos dicho, tú no lo has creído: lee la prueba. (Le enseña la carta.) Que este ejemplo sirva para recordarte que tu hija está en edad de hacer lo que quiera; que le gusta joder, que ha nacido para joder y que si no quieres que te joda a ti, lo mejor es dejarla que haga lo que quiera. Sal: el caballero va a llevarte. ¡Saluda a todos, puta! Ponte de rodillas ante tu hija, y pídele perdón por tu abominable conducta con ella... Vos, Eugenia, dadle dos buenas bofetadas a vuestra señora madre, y tan pronto como esté en el umbral de la puerta, hacédselo cruzar a patadas en el culo. (Todo esto se hace.) Adiós, caballero; no se os ocurra joder a la señora en el camino, recordad que está cosida y que tiene la sífilis. (Cuando se han ido.) Y nosotros, amigos míos, vamos a sentarnos a la mesa, y de ahí los cuatro nos iremos a la misma cama. ¡Un día estupendo! Nunca como tan bien ni duermo más tranquilo que cuando me he manchado suficientemente durante el día con lo que los imbéciles llaman crímenes.

24. IDILIO EN CALLE PLUMET Y EPOPEYA EN CALLE SAINT-DENIS (VICTOR HUGO)

ÍNDICE

I. Algunas páginas de historia
II. Eponina
III. Cuyo fin no se parece al principio
IV. El encanto y la desolación
V. ¿Adónde van?
VI. El 5 de junio de 1832
VII. La grandeza de la desesperación

Parte Uno

ALGUNAS PÁGINAS DE HISTORIA

CAPÍTULO 1 BIEN CORTADO Y MAL COSIDO

1831 y 1832, los dos años que siguieron inmediatamente a la Revolución de Julio, son uno de los momentos más particulares y más sorprendentes de la historia. Tienen toda la grandeza revolucionaria. Las masas sociales, que son los cimientos de la civilización, el grupo sólido de los intereses seculares de la antigua formación francesa, aparecen y desaparecen a cada instante a través de las nubes tempestuosas de los sistemas, de las pasiones y de las teorías. Estas apariciones y desapariciones han sido llamadas la resistencia y el movimiento. A intervalos se ve relucir la verdad, que es el día del alma humana.

La Restauración[1] había sido una de esas fases intermedias difíciles de definir. Así como los hombres cansados exigen reposo, los hechos consumados exigen garantías. Es lo que Francia exigió a los Borbones después del Imperio.

Pero la familia predestinada que regresó a Francia a la caída de Napoleón tuvo la simplicidad fatal de creer que era ella la que daba, y que lo que daba lo podía recuperar; que la casa de los Borbones poseía el derecho divino, que Francia no poseía nada.

Creyó que tenía fuerza, porque el Imperio había desaparecido delante de ella; no vio que estaba también ella en la misma mano que había hecho desaparecer a Napoleón. La casa de los Borbones era para Francia el nudo ilustre y sangriento de su historia, pero no era el elemento principal de su destino. Cuando la Restauración pensó que su hora había llegado, y se supuso vencedora de Napoleón, negó a la nación lo que la hacía nación y al ciudadano lo que lo hacía ciudadano.

Este es el fondo de aquellos famosos decretos llamados las Ordenanzas de Julio.

La Restauración cayó, y cayó justamente, aunque no fue hostil al progreso y en su época se hicieron grandes obras y la nación se acostumbró a la discusión tranquila y a la grandeza de la paz.

La Revolución de Julio es el triunfo del derecho que derroca al hecho. El derecho que triunfa sin ninguna necesidad de violencia. El derecho que es justo y verdadero. Esta lucha entre el derecho y el hecho dura desde los orígenes de las sociedades. Terminar este duelo, amalgamar la idea pura con la realidad humana, hacer penetrar pacíficamente el derecho en el hecho y el hecho en el derecho, es el trabajo de los sabios. Pero ése es el trabajo de los sabios, y otro el de los hábiles.

La revolución de 1830 fue rápidamente detenida, destrozada por los hábiles, o sea los mediocres. La revolución de 1830 es una revolución detenida a mitad de camino, a mitad de progreso. ¿Quién detiene la revolución? La burguesía. ¿Por qué? Porque la burguesía es el interés que ha llegado a su satisfacción; ya no quiere más, sólo conservarlo. En 1830 la burguesía necesitaba un hombre que expresara sus ideas. Este hombre fue Luis Felipe de Orleáns.

En los momentos en que nuestro relato va a entrar en la espesura de una de las nubes trágicas que cubren el comienzo del reinado de Luis Felipe, es necesario conocer un poco a este rey. Ante todo, Luis Felipe era un hombre bueno. Tan digno de aprecio como su padre, Felipe-Igualdad, lo fue de censura. Luis Felipe era sobrio, sereno, pacífico, sufrido; buen esposo, buen padre, buen príncipe. Recibió la autoridad real sin violencia, sin acción directa de su parte, como una consecuencia de un viraje de la revolución, indudablemente muy diferente del objetivo real de ésta, pero en el cual el duque de Orleans no tuvo ninguna iniciativa personal.

Sin embargo, el gobierno de 1830 principió en seguida una vida muy dura; nació ayer y tuvo que combatir hoy. Apenas instalado, sentía ya por todas partes vagos movimientos contra el sistema, tan recientemente armado y tan poco sólido. La resistencia nació al día siguiente; quizá había nacido ya la víspera. Cada mes creció la hostilidad, y pasó de sorda a patente.

En lo exterior, 1830 no siendo ya revolución y haciéndose monarquía, se veía obligado a seguir el paso de Europa. Debía, pues, conservar la paz, lo que aumentaba la complicación. Una armonía deseada por necesidad pero sin base es muchas veces más onerosa que una guerra.

Mientras tanto al interior, pauperismo, proletariado, salario, educación, penalidad, prostitución, situación de la mujer, consumo, riqueza, repartición, cambio, derecho al capital, derecho al trabajo; todas estas cuestiones se multiplicaban por encima de la sociedad, con todo su terrible peso.

Luis Felipe sentía bajo sus pies una descomposición amenazante.

A la fermentación política respondía una fermentación filosófica. Los pensadores meditaban; removían las cuestiones sociales pacífica pero profundamente. Dejaban a los partidos políticos la cuestión de los derechos, y trataban de la cuestión de la felicidad. Se proponían extraer de la sociedad el bienestar del hombre.

Tenebrosas nubes cubrían el horizonte. Una sombra extraña se extendía poco a poco sobre los hombres, sobre las cosas, sobre las ideas.

Apenas habían pasado veinte meses desde la Revolución de Julio y el año 1832 comenzaba con aspecto de inminente amenaza. La miseria del pueblo, los trabajadores sin pan, la enfermedad política y la enfermedad social, se declararon a la vez en las dos capitales del reino: la guerra civil en París, en Lyón la guerra servil. Las conspiraciones, las conjuras, los levantamientos, el cólera, añadían al oscuro rumor de las ideas el sombrío tumulto de los acontecimientos.

CAPÍTULO 2 ENJOLRAS Y SUS TENIENTES

El Faubourg Saint-Antoine caracterizaba esta situación más que ningún otro barrio. Allí era donde se sentía más el dolor.

Aquel antiguo barrio, poblado como un hormiguero, laborioso, animado y furibundo como una colmena, se estremecía esperando y deseando la conmoción. Allí se sentían más que en otra parte la reacción de las crisis comerciales. En tiempo de revolución, la miseria es a la vez causa y efecto. Siempre que flotan en el horizonte resplandores impulsados por el viento de los sucesos, se piensa en este barrio y en la temible fatalidad que ha colocado a las puertas de París aquel polvorín de padecimientos y de ideas.

En este barrio y en esta época, Enjolras, previendo los sucesos posibles, hizo una especie de recuento misterioso. Estaban todos en conciliábulo en el Café Musain.

- Conviene saber dónde estamos y con quiénes se puede contar -dijo-. Si se quiere combatientes, hay que hacerlos. Contemos, pues, el rebaño. ¿Cuántos somos? Courfeyrac, tú verás a los politécnicos. Feuilly, tú a los de la Glacière. Combeferre me prometió ir a Picpus, allí hay un hormiguero excelente. Bahorel visitará la Estrapade. Prouvaire, los albañiles se entibian, tú nos traerás noticias. Jolly tomará el pulso a la Escuela de Medicina. Laigle se dará una vuelta por el Palacio de justicia. Yo me encargo de la Cougourde. Pero falta algo muy importante, el Maine; allí hay marmolistas, pintores y escultores; son entusiastas pero desde hace un tiempo se han enfriado. Hay que ir a hablarles, hay que soplar en aquellas cenizas. Había pensado en ese distraído amigo nuestro, Marius, que es bueno, pero ya no viene. No tengo a nadie para el Maine.

- ¿Y yo? -dijo Grantaire.

- ¡Tú, adoctrinar republicanos, tú que no crees en nada!

- Creo en ti.

- ¿Serás capaz de ir al Maine?

- Soy capaz de todo.

- ¿Y qué les dirás?

- Les hablaré de Robespierre, de Danton, de los principios.

- ¡Tú!

- Yo. Lo que pasa es que a mí no se me hace justicia. Conozco el Contrato Social; sé de memoria la Constitución del año Dos: *"La libertad del ciudadano concluye donde empieza la libertad de otro ciudadano"*. ¿Me crees idiota?

- Grantaire -dijo Enjolras, después de pensar algunos segundos-, acepto probarte. Irás al Maine.

Grantaire vivía cerca del café. Salió y volvió a los cinco minutos. Había ido a ponerse un chaleco a lo Robespierre.

- Rojo -dijo al entrar-. Ten confianza en mí, Enjolras.

Unos minutos después la sala interior del Café Musain quedaba desierta. Todos los amigos del ABC habían ido a cumplir su misión.

Parte Dos

EPONINA

CAPÍTULO 1 EL CAMPO DE LA ALONDRA

Marius había asistido al inesperado desenlace de la emboscada que él mismo relatara a Javert; pero, apenas abandonó éste la casa llevando a sus presos en tres coches de alquiler, salió también él. No eran más que las nueve de la noche, y se fue a dormir a casa de Courfeyrac, que vivía ahora en la calle de la Verrerie, "por razones políticas", pues en esos tiempos la insurrección se instalaba tranquilamente en aquel barrio.

- Vengo a alojar contigo -dijo Marius.

Courfeyrac sacó un colchón de su cama, que tenía dos, lo tendió en el suelo y dijo:

- Aquí tienes.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, Marius volvió al caserón Gorbeau, pagó el alquiler, hizo cargar en un carretón de mano sus libros, la cama, la mesa, la cómoda y sus dos sillas, y se fue sin dejar las señas de su nueva casa.

Pasó un mes y después otro. Marius seguía en casa de Courfeyrac. Supo por un pasante de abogado, visitante habitual de la Sala de los Pasos Perdidos, que Thenardier estaba incomunicado, y daba todos los lunes al alcaide de la cárcel cinco francos para el preso.

Marius, no teniendo ya dinero, pedía los cinco francos a Courfeyrac; era la primera vez en su vida que pedía prestado. Estos cinco francos periódicos eran un doble enigma: para Courfeyrac que los daba, y para Thenardier que los recibía.

- ¿Para quién pueden ser? -pensaba Courfeyrac.

- ¿De dónde diablos puede venir esto? -se preguntaba Thenardier.

Marius estaba desconsolado. Había vuelto a ver por un momento a la joven a quien amaba, pero un soplo se la había arrebatado. No sabía ni su nombre; seguramente no era Ursula y la Alondra era un apodo. ¿Y qué pensar del viejo? ¿Se ocultaba, en efecto, de la policía?

Todo se había desvanecido, excepto el amor.

Para colmo volvía a visitarlo la miseria; sentía ya su soplo helado. Y es que desde hacía algún tiempo había descuidado sus traducciones; y no hay nada más peligroso que la interrupción del trabajo, porque es una costumbre que se pierde. Costumbre fácil de perder y difícil de volver a adquirir.

Todo su pensamiento era Ella; no pensaba en otra cosa; se daba cuenta confusamente de que su traje viejo estaba inservible y que el nuevo se transformaba rápidamente en viejo.

Le quedaba una sola idea dulce: que Ella lo había amado; que su mirada se lo había dicho; que Ella no sabía su nombre, pero conocía su alma, y que tal vez en el lugar en que estaba lo amaba aún.

En sus paseos solitarios descubrió un sitio de especial belleza y, por lo tanto, poco frecuentado. Era una especie de prado verde al lado del arroyo de los Gobelinos. Un día, hablando con uno de los escasos paseantes, supo que se le llamaba el Campo de la Alondra. La Alondra era el nombre con que Marius, en las profundidades de su melancolía, había reemplazado a Ursula.

- ¡Este es su campo! -dijo en el estupor poco lógico de los enamorados-. Aquí sabré dónde vive.

Esto era absurdo, pero irresistible.

Y desde entonces fue todos los días al Campo de la Alondra.

CAPÍTULO 2 FORMACIÓN EMBRIONARIA DE CRÍMENES EN LAS PRISIONES

El triunfo de Javert en el caserón Garbeau parecía completo, pero no lo fue.

En primer lugar, y éste era su principal problema, no detuvo al prisionero. Es probable que este personaje, que para los bandidos era captura importante, lo fuera también para la justicia.

En seguida, se le había escapado Montparnasse. Montparnasse, al llegar a la casa, se había encontrado con Eponina que estaba al acecho, y se la había llevado consigo, prefiriendo sabiamente la hija al padre. Gracias a eso estaba libre. En cuanto a Eponina, Javert la recupero más tarde y fue a acompañar a Azelma a la prisión de las Madelonnettes.

Finalmente, en el trayecto a la comisaría, se le perdió uno de los principales presos, Claquesous, y no lo volvió a encontrar. ¿Se fundió Claquesous con la bruma? ¿Tan misterioso eclipse fue en connivencia con los agentes? Javert se mostró más irritado que sorprendido.

En cuanto a Marius, Javert pensó que "ese abogadillo bobo" había tenido miedo, y olvidó hasta su nombre.

El juez de instrucción consideró de utilidad no incomunicar a uno de los hombres de Patrón-Minette, esperando que hablara. Se eligió a Brujon; lo pusieron en el patio Carlomagno, y bajo especial y discreta vigilancia.

Los ladrones no interrumpen su actividad por estar en manos de la justicia. No se preocupan por tan poco. Estar en prisión por un crimen no impide comenzar otro crimen. Brujon pasaba el día mirando como un idiota las paredes. O bien, castañeteando los dientes y diciendo que tenía fiebre. Pero se las ingenió para obtener ciertas informaciones del exterior.

Hacia la segunda quincena de febrero de 1832, un vigilante vio a este adormilado reo escribiendo un papel en su cama. Lo castigaron a un mes de calabozo, pero fue imposible encontrar el papel. Pero a la mañana siguiente alguien lanzó un "perdigón" desde el patio Carlomagno hacia la Force.

Los detenidos llaman perdigón a una pelota de miga de pan artísticamente amasada que se lanza por encima de los techos de una prisión, de patio a patio. Esta pelota cae al patio. El que la recoge la abre y encuentra dentro un mensaje para algún prisionero de esa sección. Si es otro reo quien hace el hallazgo, entrega el mensaje al destinatario; si es un guardia, entrega el mensaje a la policía.

Esta vez el perdigón llegó a su destino, a pesar de que aquel a quien se dirigía estaba incomunicado. Era nada menos que Babet, una de las cuatro cabezas de Patrón-Minette.

El perdigón contenía sólo estas palabras:

"Babet. Hay un negocio en calle Plumet. Una antigua verja que da a un jardín".

Era lo que había escrito Brujon la noche anterior.

A pesar de la minuciosa vigilancia, Babet encontró el medio de transmitir el mensaje desde la Force a la Salpétrière, a su amante que estaba allí encarcelada. Esta pasó el papel a una mujer llamada Magnon, a quien la policía tenía en su mira, pero que todavía no había sido detenida. Esta Magnon era gran amiga de los Thenardier; ella podía, por tanto, servir de puente visitando a Eponina en las Madelonnettes. Sucedió que en esos mismos momentos Eponina y Azelma quedaban en libertad por falta de pruebas en su contra.

Cuando salió Eponina, Magnon, que la esperaba en la puerta, le entregó el mensaje de Brujon a Babet y le encargó que investigara el negocio.

Eponina fue a la calle Plumet, encontró la verja y el jardín, observó la casa, espió, acechó, y unos días después le llevó a Magnon un bizcocho que ésta entregó a la amante de Babet en la Salpétrière. Bizcocho, en el tenebroso lenguaje de la prisión, significa: *"Nada que hacer"*.

De modo que una semana después, cuando Babet y Brujon se cruzaban en el camino de ronda de la Force, uno hacia la instrucción y el otro regresando, Brujon preguntó:

- ¿Y? ¿La calle Plumet?

- Bizcocho -respondió Babet.

Así abortó este feto de crimen concebido por Brujon en la Force. Sin embargo, este aborto tuvo consecuencias totalmente diferentes a las planeadas, como ya se verá. A menudo, cuando se intenta anudar un hilo, se anuda otro.

CAPÍTULO 3 APARICIÓN AL SEÑOR MABEUF

Mientras Marius descendía lentamente por esos lúgubres escalones que conducen a los lugares sin luz, el señor Mabeuf los bajaba de otra manera.

Al anciano todas las opiniones políticas le eran indiferentes, y las aprobaba todas para que lo dejaran tranquilo. Su postura política era la de amar apasionadamente las plantas, pero sobre todo amar los libros. Tenía como todo el mundo su terminación en -ista, sin la cual nadie habría podido vivir en esa época, pero no era ni realista, ni bonapartista, ni anarquista; él era coleccionista de libros antiguos. Uniendo sus dos pasiones, había publicado un libro, *La flora en los alrededores de Cauteretz*.

Vivía solo con una vieja ama de llaves, a quien llamaba, sin que ella comprendiera por qué, la señora Plutarco.

En 1830, por un error legal, perdió todo lo que tenía. Además, la Revolución de Julio provocó una crisis que afectó a las librerías y, por supuesto, en los malos tiempos lo primero que deja de venderse es un libro sobre la flora. Dejó su cargo en la parroquia y se mudó a una especie de choza, cerca del jardín Botánico, donde le permitieron utilizar un pequeño pedazo de tierra para sus ensayos de siembras de añil.

Había reducido su almuerzo a dos huevos, y dejaba uno de ellos a su vieja criada, a la cual no había pagado el salario hacía quince meses. Muchas veces, el almuerzo era su única comida. Ya no se reía con su risa infantil; se había vuelto huraño, y no recibía visitas. Algunas veces, camino al jardín Botánico, se encontraba con Marius; no se hablaban; solamente se saludaban con la cabeza tristemente. Es doloroso, pero hay un momento en que la miseria separa hasta a los amigos.

El señor Mabeuf sentía simpatía por Marius, porque era joven y suave. La juventud, cuando es suave, es para los viejos como un sol sin viento.

Por la noche volvía del jardín Botánico a su casa para regar sus plantas y leer sus libros. El señor Mabeuf tenía por entonces muy cerca de los ochenta años.

Una tarde recibió una singular visita. Estaba sentado en una piedra que tenía por banco en el jardín, y miraba con tristeza sus plantas secas que necesitaban urgente riego. Se dirigió encorvado y con paso vacilante al pozo; pero cuando cogió la soga no tuvo fuerzas ni aun para desengancharla. Entonces se volvió, y dirigió una mirada angustiosa al cielo, que se iba cubriendo de estrellas.

- ¡Estrellas por todas partes! -pensaba el anciano-: ¡Ni una pequeñísima nube! ¡Ni una lágrima de agua!

Trató de nuevo de desenganchar la soga del pozo, pero no pudo.

En aquel momento oyó una voz que decía:

- Señor Mabeuf, ¿queréis que riegue yo el jardín?

Vio salir de entre los matorrales a una jovencita delgada, que se puso delante de él mirándole sin parpadear. Más que un ser humano parecía una forma nacida del crepúsculo.

Antes que el anciano hubiera podido responder una sílaba, aquella aparición de pies desnudos y ropa andrajosa había llenado la regadera. El ruido del agua en las hojas encantaba al señor Mabeuf; le parecía que el rododendro era por fin feliz.

Vaciado el primer cubo, la muchacha sacó otro, y después un tercero, y así regó todo el jardín.

Cuando hubo concluido, el señor Mabeuf se aproximó a ella con lágrimas en los ojos.

- Dios os bendiga -dijo-, sois un ángel porque tenéis piedad de las flores.

- No -respondió ella-, soy el diablo, pero me es igual.

El viejo exclamó sin esperar ni oír la respuesta:

- ¡Qué lástima que yo sea tan desgraciado y tan pobre, y que no pueda hacer nada por vos!

- Algo podéis hacer -dijo ella-. Decidme dónde vive el señor Marius.

- ¿Qué señor Marius?

- Un joven que venía a veros hace tiempo atrás.

El señor Mabeuf había ya registrado su memoria, y contestó:

- ¡Ah! sí… ya sé. El señor Marius… el barón de Pontmercy, vive… o más bien dicho no vive ya… vaya, no lo sé.

Mientras hablaba se había inclinado para sujetar una rama del rododendro.

- Esperad -continuó-; ahora me acuerdo. Va mucho al Campo de la Alondra. Id por allí, y no será difícil que lo encontréis.

Cuando el señor Mabeuf se enderezó ya no había nadie; la joven había desaparecido.

CAPÍTULO 4 APARICIÓN A MARIUS

Algunos días después, Marius había ido a pasearse un rato antes de ir a dejar la moneda para Thenardier. Era lo que hacía siempre. Apenas se levantaba, se sentaba delante de un libro y una hoja de papel para concluir alguna traducción; trataba de escribir y no podía y se levantaba de la silla, diciendo: "Voy a salir un rato, así me darán ganas de trabajar". Y se iba al Campo de la Alondra.

Esa mañana, en medio del arrobamiento con que iba pensando en Ella mientras paseaba, oyó una voz conocida que decía:

-¡Al fin, ahí está!

Levantó los ojos y reconoció a la hija mayor de Thenardier, Eponina. Llevaba los pies descalzos e iba vestida de harapos. Tenía la misma voz ronca, la misma mirada insolente. Además, oscurecía su rostro ese miedo que añade la prisión o la miseria.

Llevaba algunos restos de paja en los cabellos, no como Ofelia por haberse vuelto loca con el contagio de la locura de Hamlet, sino porque había dormido en algún pajar. Y a pesar de todo, estaba hermosa.

Se quedó algunos momentos en silencio.

- ¡Os encontré! -dijo por fin-. Tenía razón el señor Mabeuf. ¡Si supieseis cuánto os he buscado! ¿Sabéis que he estado en la cárcel quince días? Me soltaron por no haber nada contra mí, y porque además no tenía edad de discernimiento. ¡Oh, cómo os he buscado desde hace seis semanas! ¿Ya no vivís allá?

- No -dijo Marius.

- ¡Oh! Ya comprendo. A causa de aquello. ¿Dónde vivís ahora?

Marius no respondió.

- Parece que no os alegráis de verme. Y, sin embargo, si quisiera os obligaría a estar contento.

- ¿Contento -preguntó Marius-, qué queréis decir?

- ¡Ah! ¡Antes me llamabais de tú!

- Pues bien; ¿qué quieres decir?

Eponina se mordió el labio, parecía dudar como si fuera presa de una lucha interior; por fin, pareció decidirse.

- Bueno, peor para mí, qué vamos a hacer. Estáis triste y quiero que estéis contento. ¡Pobre señor Marius! Ya sabéis, me habéis prometido que me daríais todo lo que yo quisiera…

- ¡Sí, pero habla de una vez!

Ella miró a Marius fijamente a los ojos y le dijo:

- ¡Tengo la dirección!

Marius se puso pálido. Toda su sangre refluyó al corazón.

- ¿Qué dirección?

- Ya sabéis, las señas de la señorita.

Y así que pronunció esta palabra, suspiró profundamente.

Marius le cogió violentamente la mano.

- ¡Llévame! ¡Pídeme todo lo que quieras! ¿Dónde es?

- Venid conmigo. No sé bien la calle ni el número; es al otro extremo, pero conozco bien la casa.

Retiró entonces la mano, y dijo en un tono que hubiera lacerado el corazón de un observador, pero que no llamó la atención de Marius, embriagado y loco de felicidad:

- ¡Ah! ¡Qué contento estáis ahora!

Una nube pasó por la frente de Marius.

- ¡ Júrame una cosa! -dijo cogiendo a Eponina del brazo.

- ¡Jurar! -dijo ella-; ¿qué quiere decir eso? ¡Vaya! ¿Queréis que jure?

Y se echó a reír.

- ¡Tu padre! ¡Prométeme, Eponina, júrame que no darás esa dirección a tu padre!

Eponina se volvió hacia él con una mirada de asombro.

- ¿Cómo sabéis que me llamo Eponina?

- ¡Respóndeme, en nombre del cielo! ¡ Júrame que no se lo dirás a tu padre!

- ¡Mi padre! ¡Ah, sí, mi padre! Estad tranquilo. Está preso e incomunicado.

- ¿Pero no me lo prometes? -exclamó Marius.

- ¡Sí, sí os lo prometo! ¡Os lo juro! ¡Qué me importa! ¡No diré nada a mi padre!

- Ni a nadie -dijo Marius.

- Ni a nadie.

- Ahora, llévame.

- Venid. ¡Oh, qué contento está! -dijo la joven.

A los pocos pasos se detuvo.

- Me seguís muy de cerca, señor Marius. Dejadme ir delante de vos y seguidme así no más, como si tal cosa. No deben ver a un caballero como vos con una mujer como yo.

Ningún idioma podría expresar lo que encerraba la palabra mujer dicha así por aquella niña. Dio unos pasos, y se detuvo otra vez.

- A propósito, ¿recordáis que habéis prometido una cosa?

Marius registró el bolsillo. No poseía en el mundo más que los cinco francos destinados a Thenardier; los sacó, y los puso en la mano de Eponina.

Ella abrió los dedos, dejó caer la moneda al suelo, y dijo mirando a Marius con aire sombrío:

- No quiero vuestro dinero.

CAPÍTULO 5 LA CASA DEL SECRETO

En el mes de octubre de 1829, un hombre de cierta edad había alquilado una casa en la calle Plumet y se había instalado allí con una jovencita y una anciana criada. Los vecinos no murmuraban nada, por la sencilla razón de que no los había.

Este inquilino tan silencioso era Jean Valjean, y la joven, Cosette. La criada era una solterona llamada Santos, vieja, provinciana y tartamuda; tres cualidades que habían determinado a Jean Valjean a tomarla a su servicio. Había alquilado la casa con el nombre del señor Ultimo Fauchelevent, rentista.

¿Por qué había abandonado Jean Valjean el convento del Pequeño Picpus? ¿Qué había sucedido? Nada había sucedido.

Un día se dijo que Cosette tenía derecho a conocer el mundo antes de renunciar a él; que privarla de antemano y sin consultarla de todos los goces, bajo el pretexto de salvarla de todas las pruebas, y aprovecharse de su ignorancia y de su aislamiento para hacer germinar en ella una vocación artificial, sería desnaturalizar una criatura humana, y engañar a Dios. Se resolvió, pues, a abandonar el convento.

Cinco años de encierro y de desaparición entre aquellas cuatro paredes habían destruido y dispersado necesariamente los elementos de temor; podía volver con tranquilidad a vivir entre los hombres; había envejecido, y estaba cambiado. ¿Quién había de reconocerlo ahora? Y aun en el peor caso, sólo corría peligro por sí mismo, y no tenía derecho para condenar a Cosette al claustro por la razón de que él había sido condenado a presidio. Por otra parte, ¿qué es el peligro ante el deber? Y por último, nada le impedía ser prudente, y tomar sus precauciones.

En cuanto a la educación de Cosette, estaba casi terminada y era bastante completa. Jean Valjean, después de decidirse, sólo esperó una ocasión, y no tardó ésta en presentarse: el viejo Fauchelevent murió.

Jean Valjean pidió audiencia a la reverenda priora, y le dijo que habiendo recibido a la muerte de su hermano una modesta herencia que le permitía vivir sin trabajar, pensaba dejar el servicio del convento y llevarse a su nieta; pero que, como no era justo que Cosette no pronunciando el voto hubiese sido educada gratuitamente, con humildad suplicaba a la reverenda priora le permitiese ofrecer a la comunidad una suma de cinco mil francos, como indemnización de los cinco años que Cosette había pasado en el convento.

Jean Valjean no salió al aire libre sin experimentar una profunda ansiedad.

Descubrió la casa de la calle Plumet y allí se quedó; al mismo tiempo alquiló otras dos casas en París, con objeto de atraer la atención menos que viviendo siempre en el mismo barrio, y de no encontrarse desprevenido, como la noche en que se escapó tan milagrosamente de Javert. Estas otras casas eran dos edificios feos y de aspecto pobre, en dos barrios muy separados uno de otro; uno en la calle del Oeste, y otro en la del Hombre Armado. Iba de cuando en cuando ya a la una o a la otra a pasar un mes o seis semanas con Cosette. Y así tenía tres casas en París para huir de la policía.

CAPÍTULO 6 JEAN VALJEAN, GUARDIA NACIONAL

El señor Fauchelevent, rentista, era guardia nacional; no había podido escaparse de las apretadas redes del censo de 1831. El empadronamiento municipal llegó en aquella época hasta el convento del Pequeño Picpus, de donde Ultimo Fauchelevent había salido intachable a los ojos del alcalde, y por consiguiente digno de hacer guardias.

Jean Valjean se ponía el uniforme y entraba de guardia tres o cuatro veces al año, y lo hacía con gusto, porque el uniforme era para él un correcto disfraz que lo mezclaba con todo el mundo. Acababa de cumplir sesenta años, edad de la exención legal, pero no aparentaba más de cincuenta; no tenía estado civil; ocultaba su nombre, ocultaba su edad, ocultaba su identidad, lo ocultaba todo; y como hemos dicho, era un guardia nacional de buena voluntad. Toda su ambición era asemejarse a cualquiera que pagase sus contribuciones. El ideal de este hombre era, en lo interior, el ángel, y en lo exterior, el burgués.

Cuando salía con Cosette, se vestía como ya lo hemos visto antes y parecía un militar retirado. Cuando salía solo, comúnmente por la noche, usaba siempre una chaqueta y un pantalón de obrero y una gorra que le ocultaba el rostro. ¿Era precaución o humildad? Ambas cosas a la vez.

Cosette estaba acostumbrada ya al aspecto enigmático de su destino, y apenas notaba las rarezas de su padre. En cuanto a Santos, veneraba a Jean Valjean y hallaba bueno todo lo que hacía.

Ninguno de los tres entraban o salían más que por la puerta trasera que daba a la calle de Babilonia; de modo que, de no verlos por la verja del jardín, era difícil adivinar que vivían en la calle Plumet. Esta verja estaba siempre cerrada, y Jean Valjean dejó el jardín sin cultivar para que no llamara la atención. Tal vez se equivocó.

Este jardín, abandonado a sí mismo por más de medio siglo, se había transformado en algo extraordinario y encantador. Los que pasaban frente a esa antigua verja cerrada con candado, se detenían a contemplar aquella verde espesura.

Había un banco de piedra en un rincón y dos o tres estatuas enmohecidas. La naturaleza había invadido todo; las zarzas subían por los troncos de los árboles cuyas ramas bajaban hasta el suelo; ramillas, troncos, hojas, sarmientos, espinas, todo se entremezclaba en este apogeo de la maleza, y hacía que en un pequeño jardín parisiense reinara la majestad de un bosque virgen.

En este entorno, Jean Valjean y Cosette vivían felices. Jean Valjean arregló la casa para Cosette, que vivía allí con Santos, con todas las comodidades, y él se instaló en la habitación del portero, que estaba situada aparte, en el patio trasero.

CAPÍTULO 7 LA ROSA DESCUBRE QUE ES UNA MÁQUINA DE GUERRA

Cosette adoraba a su padre con toda el alma.

Como él no vivía dentro de la casa ni iba al jardín, a ella le gustaba más pasar el día en el patio de atrás, en esa habitación sencilla, que en el salón lleno de muebles finos.

Él le decía a veces, dichoso de que lo importunara:

- ¡Ya, ándate a la casa, déjame en paz solo un rato!

Ella solía reprenderlo, como se impone una hija al padre:

- ¡Hace tanto frío en vuestra casa! ¿Por qué no ponéis una alfombra y una estufa?

- Niña mía, hay tanta gente mejor que yo que no tiene ni un techo sobre su cabeza.

- ¿Entonces por qué yo tengo siempre fuego en la chimenea?

- Porque eres mujer, y eres una niña.

Otra vez le dijo:

- Padre, ¿por qué coméis ese pan tan malo?

- Porque sí, hija mía.

- Entonces, si vos lo coméis, yo también lo comeré.

De modo que para que Cosette no comiera pan negro, Jean Valjean comenzó a comer pan blanco.

Ella no recordaba a su madre, ni siquiera sabía su nombre, de modo que todo su amor se volcaba en este padre bondadoso. Y él era dichoso.

Cuando salía con él, la niña se apoyaba en su brazo, orgullosa, feliz. El pobre hombre se estremecía inundado de una dicha angelical; se decía que esto duraría toda la vida; pensaba que no había sufrido lo suficiente para merecer tanta felicidad, y agradecía a Dios en el fondo de su alma por haberle permitido ser amado por este ser inocente.

Un día Cosette se miró por casualidad al espejo, y le pareció que era bonita, lo cual la turbó mucho, pues había oído decir que era fea. Otra vez, yendo por la calle, le pareció oír a uno, a quien no pudo ver, que decía detrás de ella: Linda muchacha, pero muy mal vestida. "¡Bah! -pensó ella-, no lo dice por mí. Yo soy fea, y voy bien vestida." Y no se miró más al espejo.

Una mañana estaba en el jardín y oyó que Santos decía:

- Señor, ¿no habéis observado qué bonita se va poniendo la señorita?

Cosette subió a su cuarto, corrió al espejo y dio un grito de asombro.

¡Era linda! Su tipo se había formado, su cutis había blanqueado, y sus cabellos brillaban; un esplendor desconocido se había encendido en sus ojos azules.

Jean Valjean, por su parte, experimentaba una profunda e indefinible opresión en su corazón.

Era que, en efecto, desde hacía algún tiempo, contemplaba con terror aquella belleza que se presentaba cada día más esplendorosa. Comprendió que aquello era un cambio en su vida feliz, tan feliz, que no se atrevía a alterarla en nada por temor a perder algo.

Aquel hombre que había pasado por todas las miserias; que aún estaba sangrando por las heridas que le había hecho el destino; que había sido casi malvado y que había llegado a ser casi santo; aquel hombre a quien la ley no había perdonado todavía y que podía en cualquier momento ser devuelto a la prisión, lo aceptaba todo, lo disculpaba todo, lo perdonaba todo, lo bendecía todo, tenía benevolencia para todo, y no pedía a la Providencia, a los hombres, a las leyes, a la sociedad, a la Naturaleza, al mundo, más que una cosa: ¡que Cosette siguiera amándolo! ¡Que Dios no le impidiese llegar al corazón de aquella niña y permanecer en él! Si Cosette lo amaba, se sentía sanado, tranquilo, en paz, recompensado, coronado. Si Cosette lo amaba era feliz; ya no pedía más. Nunca había sabido lo que era la belleza de una mujer; pero por instinto comprendía que era una cosa terrible.

Jean Valjean desde el fondo de su fealdad, de su vejez, de su miseria, de su opresión, miraba asustado aquella belleza que se presentaba cada día más triunfante y soberbia a su lado, a su vista. Y se decía: *"¡Qué hermosa es! ¿Qué va a ser de mí?"* En esto estaba la diferencia entre su ternura y la ternura de una madre; lo que él veía con angustia, lo habría visto una madre con placer.

No tardaron mucho en manifestarse los primeros síntomas.

Desde el día siguiente a aquel en que Cosette se había dicho: *"Parece que soy bonita"*, recordó lo que había dicho el transeúnte: *"Bonita, pero mal vestida"*. De inmediato aprendió la ciencia del sombrero, del vestido, de la bota, de los manguitos, de la tela de moda, del color que mejor sienta; esa ciencia que hace a la mujer parisiense tan seductora, tan profundamente peligrosa.

El primer día que Cosette salió con un vestido nuevo y un sombrero de crespón blanco, se cogió del brazo de Jean Valjean alegre, radiante, sonrosada, orgullosa, esplendorosa.

- Padre -dijo-, ¿cómo me encontráis?

El respondió con una voz semejante a la de un envidioso:

- ¡Encantadora!

Desde aquel momento observó que Cosette quería salir siempre y no tenía ya tanta afición al patio interior; le gustaba más estar en el jardín, y pasearse por delante de la verja. En esta época fue cuando Marius, después de pasados seis meses, la volvió a ver en el Luxemburgo.

CAPÍTULO 8 EMPIEZA LA BATALLA

En ese instante en que Cosette dirigió, sin saberlo, aquella mirada que turbó a Marius, éste no sospechó que él dirigió otra mirada que turbó también a Cosette, haciéndole el mismo mal y el mismo bien.

Hacía ya algún tiempo que lo veía y lo examinaba, como las jóvenes ven y examinan, mirando hacia otra parte. Marius encontraba aún fea a Cosette, cuando Cosette encontraba ya hermoso a Marius. Pero, como él no hacía caso de ella, este joven le era muy indiferente.

El día en que sus ojos se encontraron y se dijeron por fin bruscamente esas primeras cosas oscuras e inefables que balbucea una mirada, Cosette no las comprendió al momento. Volvió pensativa a la casa de la calle del Oeste donde habían ido a pasar seis semanas.

Aquel día la mirada de Cosette volvió loco a Marius, y la mirada de Marius puso temblorosa a Cosette. Marius se fue contento. Cosette inquieta. Desde aquel instante se adoraron.

Todos los días esperaba Cosette con impaciencia la hora del paseo; veía a Marius, sentía una felicidad indecible, y creía expresar sinceramente todo su pensamiento con decir a Jean Valjean: ¡Qué delicioso jardín es el Luxemburgo!

Marius y Cosette no se hablaban, no se saludaban, no se conocían: se veían y, como los astros en el cielo que están separados por millones de leguas, vivían de mirarse.

De este modo iba Cosette haciéndose mujer, bella y enamorada, con la conciencia de su hermosura y la ignorancia de su amor.

CAPÍTULO 9 A TRISTEZA, TRISTEZA Y MEDIA

La sabia y eterna madre Naturaleza advertía sordamente a Jean Valjean la presencia de Marius; y Jean Valjean temblaba en lo más oscuro de su pensamiento; no veía nada, no sabía nada, y consideraba, sin embargo, con obstinada atención las tinieblas en que estaba, como si sintiera por un lado una cosa que se construyera, y por otro una cosa que se derrumbara. Marius, advertido también, y lo que es la profunda ley de Dios, por la misma madre Naturaleza, hacía todo lo que podía por ocultarse del padre. Sus ademanes no eran del todo naturales. Se sentaba lejos, y permanecía en éxtasis; llevaba un libro, y hacía que leía: ¿por qué hacía que leía? Antes iba con su levita vieja, y ahora llevaba todos los días el traje nuevo; tenía ojos picarescos, y usaba guantes. En una palabra, Jean Valjean lo detestaba cordialmente.

Un día no pudo contenerse y dijo:

- ¡Qué aire tan pedante tiene ese joven!

Cosette el año anterior, cuando era niña indiferente, hubiera respondido:

- No, padre, es un joven simpático.

En el momento de la vida y del estado de corazón en que se encontraba, se limitó a contestar con una calma suprema, como si lo mirara por primera vez en su vida:

- ¿Ese joven?

- ¡Qué estúpido soy! -pensó Jean Valjean-. Cosette no se había fijado en él. ¡Oh, inocencia de los viejos! ¡Oh, profundidad de la juventud!

Jean Valjean empezó contra Marius una guerrilla que éste, con la sublime estupidez de su pasión y de su edad, no adivinó. Le tendió una serie de emboscadas; Marius cayó de cabeza en todas. Mientras tanto Cosette seguía encerrada en su aparente indiferencia y en su imperturbable tranquilidad; tanto, que Jean Valjean sacó esta conclusión: Ese necio está enamorado locamente de Cosette, pero Cosette ni siquiera sabe que existe.

Mas no por esto era menor la agitación dolorosa de su corazón. De un instante a otro podía sonar la hora en que Cosette empezara a amar. ¿No empieza todo por la indiferencia? ¿Qué viene a buscar ese joven? ¿Una aventura? ¿Qué quiere? ¿Un amorío?

¡Un amorío! ¡Y yo! ¿Qué? ¡Habré sido primero el hombre más miserable, y después el más desgraciado! ¡Habré pasado sesenta años viviendo de rodillas; habré padecido todo lo que se puede padecer; habré envejecido sin haber sido joven; habré vivido sin familia, sin padres, sin amigos, sin mujer, sin hijos; habré dejado sangre en todas las piedras, en todos los espinos, en todas las esquinas, en todas las paredes; habré sido bueno, aunque hayan sido malos conmigo; me habré hecho bueno, a pesar de todo; me habré arrepentido del mal que he hecho, y habré perdonado el que me han causado; y en el momento en que recibo mi recompensa, en el momento que toco el fin, en el momento que tengo lo que quiero, que es bueno, que lo he pagado, y lo he ganado, desaparecerá todo, se me irá de las manos, perderé a Cosette, y perderé mi vida, mi alegría, mi alma, porque a un necio le haya gustado venir a vagar por el Luxemburgo!

Cuando supo que Marius había hecho preguntas al portero de su casa, se mudó, prometiéndose no volver a poner los pies en el Luxemburgo ni en la calle del Oeste; y se volvió a la calle Plumet.

Cosette no se quejó, no dijo nada, no preguntó nada, no trató de saber ningún por qué; estaba ya en el período en que se teme ser descubierta y vendida. Jean Valjean no tenía experiencia en ninguna de estas miserias, lo cual fue causa de que no comprendiera el grave significado del silencio de Cosette. Solamente observó que estaba triste y se puso sombrío. Por una y otra parte dominaba la inexperiencia.

Un día hizo una prueba y preguntó a Cosette:

- ¿Quieres venir al Luxemburgo?

Un rayo iluminó el pálido rostro de Cosette.

- Sí -contestó.

Fueron. Habían pasado tres meses. Marius no iba ya; Marius no estaba allí.

Al día siguiente, Jean Valjean volvió a decir a Cosette:

- ¿Quieres venir al Luxemburgo?

Y respondió triste y dulcemente:

- No.

Jean Valjean quedó dolorido por esa tristeza, y lastimado por esa dulzura. ¿Qué pasaba en aquella alma tan joven todavía, y tan impenetrable ya? ¿Qué transformación se estaba verificando en ella? ¿Qué sucedía en el alma de Cosette? En aquellos momentos, ¡qué miradas tan dolorosas volvía hacia el claustro! ¡Cómo se lamentaba de su abnegación y de su demencia de haber vuelto a Cosette al mundo, pobre héroe del sacrificio, cogido y derribado por su mismo desinterés! "¿Qué he hecho?", se decía.

Por lo demás, Cosette ignoraba todo esto. Jean Valjean no tenía para ella peor humor ni más rudeza; siempre la misma fisonomía serena y buena; sus modales eran más tiernos, más paternales que nunca. Cosette, por su parte, iba decayendo de ánimo. En la ausencia de Marius, padecía, como había gozado en su presencia sin explicárselo.

- ¿Qué tienes? -preguntaba algunas veces Jean Valjean.

- No tengo nada. Y vos, padre, ¿tenéis algo?

- ¿Yo? Nada.

Aquellos dos seres que se habían amado tanto, y con tan tierno amor, y que habían vivido por tanto tiempo el uno para el otro, padecían ahora cada cual por su lado, uno a causa del otro; sin culparse mutuamente, y sonriendo.

CAPÍTULO 10 SOCORRO DE ABAJO PUEDE SER SOCORRO DE ARRIBA

Una tarde, el pequeño Gavroche no había comido y recordó que tampoco había cenado el día anterior, lo que era ya un poco cansador. Tomó, pues, la resolución de buscar algún medio de cenar. Se fue a dar vueltas más allá de la Salpétrière, por los sitios desiertos, donde suele encontrarse algo; y así llegó hasta unas casuchas que le parecieron ser el pueblecillo de Austerlitz.

En uno de sus anteriores paseos había visto allí un jardín cuidado por un anciano y donde crecía un buen manzano. Una manzana es una cena, una manzana es la vida. Lo que perdió a Adán podía salvar a Gavroche.

Se dirigió entonces hacia el jardín; reconoció el manzano, identificó la fruta, y examinó el seto; se aprestaba a saltarlo, pero se detuvo de repente. Escuchó voces en el jardín, y se puso a mirar por un hueco.

A dos pasos de él, al otro lado del seto, estaba sentado el viejo dueño del jardín, y delante de él había una anciana que refunfuñaba.

Gavroche, que era poco discreto, escuchó.

- ¡Señor Mabeuf! -decía la vieja.

- ¡Mabeuf -pensó Gavroche-; ese nombre es un chiste.

El viejo, sin levantar la vista, respondió:

- ¿Qué pasa, señora Plutarco?

- ¡Señora Plutarco! -pensó Gavroche-. Otro chiste.

- El casero no está contento -dijo ella-. Se le deben tres plazos.

- Dentro de tres meses se le deberán cuatro.

- Dice que os echará a la calle.

- Y me iré.

- La tendera quiere que se le pague; ya no nos fía leña. ¿Con qué os calentaréis este invierno? No tendremos lumbre.

- Hay sol.

- El carnicero nos niega el crédito.

- Está bien. Digiero mal la carne; es muy pesada.

- ¿Y qué comeremos?

- Pan.

- El panadero quiere que se le dé algo a cuenta, y dice que si no hay dinero, no hay pan.

- Bueno.

- ¿Y qué comeremos?

- Nos quedan las manzanas del manzano.

- Pero, señor, no se puede vivir así, sin dinero.

- ¡Y si no lo tengo!

La anciana se fue, y el anciano se quedó solo meditando. Gavroche meditaba por otro lado. Era ya casi de noche.

El primer resultado de la meditación de Gavroche fue que en vez de escalar el seto, se acurrucó debajo, donde las ramas se separaban un poco en la parte baja de la maleza. Estaba casi afirmado contra el banco del señor Mabeuf.

- ¡Qué buena alcoba! -murmuró.

La calle formaba una línea pálida entre dos filas de espesos arbustos. De repente, en esa línea blanquecina, aparecieron dos sombras. Una iba delante y la otra algunos pasos detrás.

- ¡Vaya, dos personajes! -susurró Gavroche.

La primera sombra parecía la de algún viejo encorvado y pensativo, vestido con sencillez, que andaba con lentitud a causa de la edad, y que paseaba a la luz de las estrellas.

La segunda era recta, firme, delgada. Acomodaba su paso al de la primera; pero en la lentitud voluntaria de la marcha se descubría la esbeltez, la agilidad, la elegancia de aquella sombra. Levita impecable, fino pantalón. Por debajo del sombrero se entreveía en el crepúsculo el pálido perfil de un adolescente. Tenía una rosa en la boca.

Esta segunda sombra era conocida de Gavroche: era Montparnasse, el bandido de Patrón-Minette, el amigo de Thenardier.

En cuanto a la otra, sólo podía decir que era un anciano.

Gavroche se puso al momento a observar. Uno de los dos tenía evidentemente proyectos sobre el otro y Gavroche estaba muy bien situado para ver el resultado. Montparnasse de cacería, a aquella hora y en aquel lugar, era algo amenazador.

Gavroche sentía que su corazón de pilluelo se conmovía de lástima por el viejo. Pero ¿qué hacer? ¿Intervenir? ¿Había de socorrer una debilidad a otra? Sería sólo dar motivo para que se riera Montparnasse. Gavroche sabía muy bien que para aquel terrible bandido de dieciocho años, el viejo primero, y el niño después, eran dos buenos bocados.

Mientras que Gavroche deliberaba, tuvo efecto el ataque brusco y tremendo.

Montparnasse de súbito tiró la rosa, saltó sobre el viejo y le agarró del cuello. Un momento después, uno de estos hombres estaba debajo del otro, rendido, jadeante, forcejeando, con una rodilla de mármol sobre el pecho. Sólo que no había sucedido lo que Gavroche esperaba. El que estaba en tierra era Montpernasse; el que estaba encima era el viejo. Todo esto ocurría a algunos pasos de Gavroche.

Quedó todo en silencio. Montparnasse cesó de forcejear, y Gavroche se dijo: ¡Estará muerto!

El viejo no había pronunciado una palabra, ni lanzado un grito; se levantó, y Gavroche oyó que decía a Montparnasse:

- Párate.

Montparnasse se levantó, sin que el viejo lo soltara; tenía la actitud humillada y furiosa de un lobo mordido por un cordero.

Gavroche miraba y escuchaba; se divertía a morir.

El viejo preguntaba y Montparnasse respondía.

- ¿Qué edad tienes?

- Diecinueve años.

- Eres fuerte, ¿por qué no trabajas?

- Porque me aburre.

- ¿Qué eres?

- Holgazán.

- ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Qué quieres ser?

- Ladrón.

Mirando fijamente a Montparnasse, el viejo elevó con suavidad la voz y le dirigió en aquella sombra en que estaban una especie de sermón solemne, del que Gavroche no perdió ni una sílaba.

- Hijo mío: tú entras por pereza en la existencia más laboriosa. ¡Ah! Tú te declaras holgazán, pues prepárate a trabajar. No has querido tener el honrado cansancio de los hombres, tendrás el sudor de los condenados. Donde los demás canten, tú gruñirás. Verás de lejos trabajar a los demás hombres, y te parecerá que descansan. Para salir a la calle, cualquiera no tiene que hacer más que bajar la escalera, pero tú romperás las sábanas, harás con sus tiras una cuerda, pasarás por la ventana, te suspenderás colgado de ese hilo sobre un abismo, de noche, en medio de la tempestad, en medio de la lluvia, en medio del huracán, y si la cuerda es corta, sólo encontrarás un medio de bajar: tirarte. Tirarte a ciegas en el precipicio, desde una altura cualquiera a lo desconocido. ¡Ah! ¡No te gusta trabajar! No tienes más que un pensamiento: beber bien, comer bien, dormir bien. Pues beberás agua, comerás pan negro, dormirás en una tabla con una cadena ceñida a tus piernas. Romperás esa cadena y huirás. Bien; pero te arrastrarás entre las matas y comerás hierba como los animales del monte. Y volverás a caer preso; y entonces pasarás los años en una mazmorra. Quieres lucir buena ropa, zapatos lustrosos, pelo rizado, usar en la cabeza perfumes, agradar a las jóvenes, ser elegante; pues bien, te cortarán el pelo al rape, te pondrás una chaqueta roja y unos zuecos. Quieres llevar sortijas en los dedos, y tendrás una argolla al cuello; y si miras a una mujer, te darán un palo. Entrarás allí a los veinte años, y saldrás a los cincuenta. Entrarás joven, sonrosado, fresco, con ojos brillantes, dientes blancos, y hermosa cabellera, saldrás cascado, encorvado, lleno de arrugas, sin dientes, horrible, y con el pelo blanco. ¡Ah, pobre niño!, te equivocas; la holgazanería te aconseja mal; el trabajo más rudo es el robo. Créeme, no emprendas la penosa profesión del perezoso; no es cómodo ser ratero. Menos malo es ser hombre honrado. Anda ahora, y piensa en lo que te he dicho. Pero, ¿qué querías? ¿Mi bolsa? Aquí la tienes.

Y el viejo, soltando a Montparnasse, le puso en la mano su bolsa, a la que Montparnasse tomó el peso; después de lo cual, con la misma precaución maquinal que si la hubiese robado, la dejó caer suavemente en el bolsillo de atrás de su pantalón.

Hecho esto, el anciano volvió la espalda, y siguió su paseo.

- ¡Viejo imbécil! -murmuró Montparnasse.

¿Quién era aquel viejo? El lector lo habrá adivinado sin duda.

Montparnasse, estupefacto, miró cómo desaparecía en el crepúsculo; pero esta contemplación le fue fatal.

Mientras que el viejo se apartaba, Gavroche se aproximaba.

Saliendo de la maleza, se arrastró en la sombra por detrás de Montparnasse que seguía inmóvil. Así llegó hasta él sin ser visto ni oído. Metió suavemente la mano en el bolsillo de atrás de su pantalón, cogió la bolsa, retiró la mano y volviendo a la rastra, hizo en la oscuridad una evolución de culebra. Montparnasse, que no tenía motivo para estar en guardia, y que meditaba quizás por primera vez en su vida, no notó nada.

Gavroche, así que llegó donde estaba el señor Mabeuf, tiró la bolsa por encima del seto, y huyó a todo correr.

La bolsa cayó a los pies del señor Mabeuf. El ruido lo despertó; se inclinó, la cogió y la abrió sin comprender nada. Era una bolsa que contenía seis napoleones. El señor Mabeuf, muy asustado, la llevó a su criada.

- Esto viene del cielo -dijo la tía Plutarco.

Parte Tres

CUYO FIN NO SE PARECE AL PRINCIPIO

CAPÍTULO 2 UN CORAZÓN BAJO UNA PIEDRA

Comenzaba así:

"La reducción del Universo a un solo ser, la dilatación de un solo ser hasta Dios; esto es el amor. ¡Qué triste está el alma cuando está triste por el amor! ¡Qué vacío tan inmenso es la ausencia del ser que llena el mundo! ¡Oh! ¡Cuán verdadero es que el ser amado se convierte en Dios! Basta una sonrisa vislumbrada para que el alma entre en el palacio de los sueños.

Ciertos pensamientos son oraciones. Hay momentos en que cualquiera que sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

Los amantes separados engañan la ausencia con mil quimeras, que tienen, no obstante, su realidad. Se les impide verse; no pueden escribirse; pero tienen una multitud de medios misteriosos de correspondencia. Se envían el canto de los pájaros, el perfume de las flores, la risa de los niños, la luz del sol, los suspiros del viento, los rayos de las estrellas, toda la creación. ¿Y por qué no? Todas las obras de Dios están hechas para servir al amor.

El amor es una parte del alma misma, es de la misma naturaleza que ella, es una chispa divina; como ella, es incorruptible, indivisible, imperecedero. Es una partícula de fuego que está en nosotros, que es inmortal a infinita, a la cual nada puede limitar, ni amortiguar. Se la siente arder hasta en la médula de los huesos, y se la ve brillar hasta en el fondo del cielo.

¿Viene ella aún al Luxemburgo? No, señor. En esta iglesia oye misa, ¿no es verdad? No viene ya. ¿Vive todavía en esta casa? Se ha mudado. ¿Adónde ha ido a vivir? No lo ha dicho.

¡Qué cosa tan triste es no saber dónde habita su alma!

Los que padecéis porque amáis, amad más aún. Morir de amor es vivir.

Vi en la calle a un joven muy pobre que amaba. Llevaba un sombrero roto, una levita vieja con los codos parchados; el agua entraba a través de sus zapatos, y los astros a través de su alma."

Y así seguían sus pensamientos, página a página, para terminar diciendo:

"Si no hubiera quien amase, se apagaría el sol".

Mientras leía el cuaderno, Cosette iba cayendo poco a poco en un ensueño. Estaba escrito, pensaba, por la misma mano, pero con diversa tinta, ya negra, ya blanquecina, como cuando se acaba la tinta y se vuelve a llenar el tintero, y por consiguiente en distintos días. Era, pues, un pensamiento que se había derramado allí suspiro a suspiro, sin orden, sin elección, sin objeto, a la casualidad. Cosette no había leído nunca nada semejante. Aquel manuscrito en que se veía más claridad que oscuridad, le causaba el mismo efecto que un santuario entreabierto. Cada una de sus misteriosas líneas resplandecía a sus ojos y le inundaba el corazón de una luz extraña. Descubría en aquellas líneas una naturaleza apasionada, ardiente, generosa, honrada; una voluntad sagrada, un inmenso dolor y una esperanza inmensa; un corazón oprimido y un éxtasis manifestado.

¿Y qué era aquel manuscrito? Una carta. Una carta sin señas, sin nombre, sin fecha, sin firma, apremiante y desinteresada. ¿Quién la había escrito?

Cosette no dudó ni un minuto. Sólo un hombre. ¡El!

¡Era él quien le escribía! ¡El, que estaba allí! ¡El, que la había encontrado!

Entró en la casa y se encerró en su cuarto para volver a leer el manuscrito, para aprenderlo de memoria, y para pensar. Cuando lo hubo leído, lo besó y lo guardó.

Pasó todo el día sumida en una especie de aturdimiento.

CAPÍTULO 3 LOS VIEJOS DESAPARECEN EN EL MOMENTO OPORTUNO

Cuando llegó la noche, salió Jean Valjean, y Cosette se vistió. Se peinó del modo que le sentaba mejor y se puso un bonito vestido. ¿Quería salir? No. ¿Esperaba una visita? No.

Al anochecer bajó al jardín. Empezó a pasear bajo los árboles, separando de tanto en tanto algunas ramas con la mano porque las había muy bajas.

Así llegó al banco. Se sentó, y puso su mano sobre la piedra, como si quisiese acariciarla y manifestarle agradecimiento.

De pronto sintió esa sensación indefinible que se experimenta, aun sin ver, cuando se tiene alguien detrás. Volvió la cabeza y se levantó. Era él.

Tenía la cabeza descubierta; parecía pálido y delgado. Tenía, bajo un velo de incomparable dulzura, algo de muerte y de noche. Su rostro estaba iluminado por la claridad del día que muere y por el pensamiento de un alma que se va.

Cosette no dio ni un grito. Retrocedió lentamente, porque se sentía atraída. El no se movió. Cosette sentía la mirada de sus ojos, que no podía ver a través de ese velo inefable y triste que lo rodeaba.

Cosette, al retroceder, encontró un árbol, y se apoyó en él; sin ese árbol se hubiera caído al suelo. Entonces oyó su voz, aquella voz que nunca había oído, que apenas sobresalía del susurro de las hojas, y que murmuraba:

- Perdonadme por estar aquí, pero no podía vivir como estaba y he venido. ¿Habéis leído lo que dejé en ese banco? ¿Me reconocéis? No tengáis miedo de mí. ¿Os acordáis de aquel día, hace ya mucho tiempo, en que me mirasteis? Fue en el Luxemburgo, cerca del Gladiador. ¿Y del día que pasasteis cerca de mí? El l6 de junio y el 2 de julio. Va a hacer un año. Hace mucho tiempo que no os veía. Vivíais en la calle del Oeste, en un tercer piso; ya veis que lo sé. Yo os seguía. Después habéis desaparecido. Por las noches vengo aquí. No temáis; nadie me ve; vengo a mirar vuestras ventanas de cerca. Camino suavemente para que no lo oigáis, porque podríais tener miedo. Sois mi ángel, dejadme venir; creo que me voy a morir. ¡Si supieseis! ¡Os adoro! Perdonadme; os hablo, y no sé lo que os digo; os incomodo tal vez. ¿Os incomodo?

- ¡Oh, madre mía! -murmuró Cosette. Se le doblaron las piernas como si se muriera.

El la cogió; ella se desmayaba; la tomó en sus brazos, la estrechó sin tener conciencia de lo que hacía, y la sostuvo temblando. Estaba perdido de amor. Balbuceó:

- ¿Me amáis, pues?

Cosette respondió en una voz tan baja, que no era más que un soplo que apenas se oía:

- ¡Ya lo sabéis!

Y ocultó su rostro lleno de rubor en el pecho del joven.

No tenían ya palabras. Las estrellas empezaban a brillar. ¿Cómo fue que sus labios se encontraron? ¿Cómo es que el pájaro canta, que la nieve se funde, que la rosa se abre?

Un beso; eso fue todo.

Los dos se estremecieron, y se miraron en la sombra con ojos brillantes.

No sentían ni el frío de la noche, ni la frialdad de la piedra, ni la humedad de la tierra, ni la humedad de las hojas; se miraban, y tenían el corazón lleno de pensamientos. Se habían cogido las manos sin saberlo.

Poco a poco se hablaron. La expansión sucedió al silencio, que es la plenitud. La noche estaba serena y espléndida por encima de sus cabezas. Aquellos dos seres puros como dos espíritus, se lo dijeron todo: sus sueños, sus felicidades, sus éxtasis, sus quimeras, sus debilidades; cómo se habían adorado de lejos, cómo se habían deseado, y su desesperación cuando habían cesado de verse. Se confiaron en una intimidad ideal, que ya nunca sería mayor, lo que tenían de más oculto y secreto.

Cuando se lo dijeron todo, ella reposó su cabeza en el hombro de Marius, y le preguntó:

- ¿Cómo os llamáis?

- Yo me llamo Marius. ¿Y vos?

- Yo me llamo Cosette.

Parte Cuatro

EL ENCANTO Y LA DESOLACIÓN

CAPÍTULO 1 TRAVESURAS DEL VIENTO

Desde 1823, mientras el bodegón de Montfermeil desaparecía poco a poco, no en el abismo de una bancarrota sino en la cloaca de las deudas pequeñas, los Thenardier habían tenido dos hijos varones; ahora eran cinco, dos mujeres y tres hombres, lo que fue demasiado para ellos.

La Thenardier se deshizo de los dos últimos, cuando eran aún muy pequeños, con una singular facilidad. Su odio al género humano empezaba en sus hijos varones. ¿Por qué? Porque sí.

Expliquemos cómo llegaron a librarse de estos hijos. Su gran amiga Magnon, que fuera criada del señor Gillenormand antes de Nicolasa, había conseguido sacarle al pobre viejo una buena pensión para sus dos hijos, haciéndole creer que era el padre. Pero en una epidemia murieron ambos en el mismo día. Esto fue un gran golpe, porque los niños representaban ochenta francos al mes para su madre.

La Magnon buscó una solución. Ella necesitaba dos hijos; la Thenardier los tenía, de la misma edad y sexo, y le estorbaban. Fue un buen arreglo para las dos madres y así los niños Thenardier se convirtieron en niños Magnon.

La Thenardier exigió diez francos al mes por el préstamo de sus hijos, lo que fue aceptado y pagado regularmente. En tanto, el señor Gillenormand iba cada seis meses a ver a los niños, y no notó el cambio.

- Señor -le decía la Magnon-, ¡cómo se parecen a vos!

Thenardier, para evitar problemas, se convirtió en Jondrette. Sus dos hijas y Gavroche apenas habían tenido tiempo de notar que tenían dos hermanos. En cierto grado de miseria se apodera del alma una especie de indiferencia espectral y se ve a los seres como a ánimas en pena.

Los dos niños tuvieron suerte, pues fueron criados como señoritos, y estaban mucho mejor que con su verdadera madre. La Magnon los cuidaba, los vestía bien y jamás decía ni una sola palabra en argot delante de ellos.

Así pasaron algunos años. Pero la redada hecha en el desván de Jondrette repercutió en una parte de esa inmunda sociedad del crimen que vive oculta. La prisión de Thenardier trajo la prisión de la Magnon.

Poco después de que ésta entregara a Eponina el mensaje relativo a la calle Plumet, se verificó en su barrio una repentina visita de la policía y la Magnon fue apresada.

Los dos niños jugaban afuera y no se dieron cuenta. Al volver hallaron la puerta cerrada y la casa vacía. Un vecino les dio un papel que les dejara la madre, con una dirección a la que debían dirigirse.

Los niños se alejaron, llevando el mayor el papel en la mano; hacía mucho frío, sus dedos hinchados se cerraban mal y apenas podían sostener el papel. Al dar vuelta la esquina se lo llevó una ráfaga de viento, y como caía la noche no pudieron encontrarlo.

Se pusieron a vagar por las calles.

CAPÍTULO 2 GAVROCHE SACA PARTIDO DE NAPOLEÓN EL GRANDE

La primavera en París suele verse interrumpida por brisas ásperas y agudas que le dejan a uno por eso aterido de frío. Una tarde en que esas brisas soplaban rudamente, de modo que parecía haber vuelto el invierno y los parisienses se ponían nuevamente los abrigos, el pequeño Gavroche, temblando alegremente de frío bajo sus harapos, estaba parado y como en éxtasis delante de una peluquería de los alrededores de la calle Orme-Saint-Gervais. Llevaba un chal de lana de mujer, cogido no sabemos dónde, con el cual se había hecho un tapaboca, Parecía que admiraba embelesado una figura de cera, una novia adornada con azahares, que daba vueltas en el escaparate. Pero en realidad observaba la tienda para ver si podía birlar un jabón, que iría a vender enseguida a otra parte. Muchos días almorzaba con uno de esos jabones, y llamaba a este trabajo, para el cual tenía mucho talento, *"cortar el pelo al peluquero"*.

Mientras Gavroche examinaba la vitrina, dos pequeños de unos siete y cinco años entraron a la tienda pidiendo algo con un murmullo lastimero, que más parecía un gemido que una súplica. Hablaban ambos a la vez y sus palabras eran ininteligibles, porque los sollozos ahogaban la voz del menor y el frío hacía castañetear los dientes del mayor. El barbero se volvió con rostro airado y, sin abandonar la navaja, los echó a la calle y cerró la puerta diciendo:

- ¡Venir a enfriarnos la sala por nada!

Los niños echaron a andar llorando. Empezaba a llover. Gavroche fue tras ellos.

- ¿Qué tenéis, pequeñuelos?

- No sabemos dónde dormir.

- ¿Y eso es todo? ¡Vaya gran cosa! ¡Y se llora!

Y adoptando un acento de tierna autoridad y de dulce protección, añadió:

- Criaturas, venid conmigo.

- Sí, señor -dijo el mayor.

Lo siguieron y dejaron de llorar. Gavroche los llevó en dirección a la Bastilla. En el camino se entretenía. Al pasar, salpicó de barro las botas lustradas de un transeúnte.

- ¡Bribón! -gritó éste furioso.

Gavroche sacó la nariz del tapaboca.

- ¿Se queja de algo el señor?

- ¡De ti!

- Se ha cerrado el despacho, y ya no admito reclamos.

Y se volvió a tapar la boca.

Mientras caminaban, escuchó un sollozo y descubrió junto a una puerta cochera a una muchachita de trece a catorce años, helada, y con un vestidito tan corto que apenas le llegaba a la rodilla.

- ¡Pobre niña! -dijo Gavroche-. No tiene ni calzones. ¡Ponte esto aunque sea!

Y quitándose el chal de lana que tenía al cuello, lo echó sobre los hombros delgados y amoratados de la niña, que lo contempló con asombro, y recibió el chal en silencio. En cierto grado de miseria, el pobre en su estupor no flora ya su mal ni agradece el bien.

Y Gavroche continuó su camino; los dos niños lo seguían. Pasaron frente a uno de esos estrechos enrejados de alambre que indican una panadería, porque el pan se pone como el oro detrás de rejas de hierro.

- A ver, muchachos, ¿habéis comido?

- Señor -repuso el mayor-, no hemos comido desde esta mañana.

- ¿No tenéis padre ni madre?

- Excúseme, señor, tenemos papá y mamá, pero no sabemos dónde están.

- A veces es mejor eso que saberlo -dijo Gavroche, que era un gran filósofo.

- Hace dos horas que buscamos por los rincones y no encontramos nada.

- Lo sé, los perros se lo comen todo.

Y continuó después de un momento de silencio:

- ¡Ea! Hemos perdido a nuestros autores. Eso no se hace, cachorros, no debemos perder así no más a las personas de edad. Pero como sea, hay que manducar.

No les hizo ninguna pregunta. ¿Qué cosa más normal que no tener domicilio? Se detuvo de pronto y registró todos los rincones que tenía en sus harapos. Por fin levantó la cabeza con una expresión que no quería ser satisfecha, pero que en realidad era triunfante.

- Calmémonos, monigotes. Ya tenemos con qué cenar los tres.

Y sacó de un bolsillo un sueldo. Los empujó hacia la tienda del panadero, y puso el sueldo en el mostrador, gritando:

- ¡Mono! Cinco céntimos de pan.

El panadero, que era el dueño en persona, cogió un pan y un cuchillo.

- ¡En tres pedazos, mozo! -gritó Gavroche, añadiendo con dignidad-: Somos tres.

El panadero cortó el pan y se guardó el sueldo. Gavroche tomó el pedazo más chico para sí y dijo a los niños:

- Ahora, ¡engullid, monigotes!

Los niños lo miraron sin comprender.

- ¡Ah, es verdad! -exclamó Gavroche riendo-. No entienden, son tan ignorantes los pobres.

Siempre riendo, les dijo:

- Comed, pequeños.

Los pobres niños estaban hambrientos, y Gavroche también. Se fueron comiendo el pan por la calle, y así llegaron a la lúgubre calle Ballets, al fondo de la cual se ve el portón de la cárcel de la Force.

- ¡Caramba! ¿Eres tú, Gavroche? -dijo alguien.

- ¡Caramba! ¿Eres tú, Montparnasse?

Un hombre acababa de acercarse al pilluelo; era Montparnasse disfrazado, con unos curiosos anteojos azules.

- ¡Diablos! -dijo Gavroche-. ¡Qué anteojos! Tienes estilo, palabra de honor.

- ¡Chist! No hables tan alto.

Y se lo llevó fuera de la luz de las tiendas. Los niños los siguieron tornados de la mano.

- ¿Sabes adónde voy? -dijo Montparnasse.

- A la guillotina -repuso Gavroche.

- A encontrarme con Babet -susurró Montparnasse.

- Lo creía en chirona.

- Se escapó esta mañana.

Y Montparnasse le contó al pilluelo que esa mañana Babet había sido trasladado a La Conciergerie y se había escapado, doblando a la izquierda en vez de a la derecha en el "corredor de la instrucción". Gavroche admiró su habilidad. Mientras escuchaba, había cogido el bastón de Montparnasse y tiró maquinalmente de la parte superior, en donde apareció la hoja de un puñal.

- ¡Ah! -dijo envainando rápidamente el puñal-, has traído tu gendarme disfrazado de ciudadano. ¿Vas a aporrear polizontes?

- No sé, pero siempre es bueno llevar un alfiler.

- ¿Qué haces esta noche? -preguntó Gavroche sonriendo.

- Negocios. Y tú, ¿adónde vas ahora?

- Voy a acostar a estos piojosos.

- ¿Dónde?

- En mi casa.

- ¿Dónde está tu casa?

- En mi casa.

- ¿Tienes casa, entonces?

- Sí, tengo casa.

- ¿Y dónde vives?

- En el elefante.

Montparnasse no pudo contener una exclamación.

- ¡En el elefante!

- Sí, en el elefante. ¿Y qué?

- No, nada. ¿Se está bien allí?

- Fenomenal. No hay vientos encajonados como bajo los puentes.

- ¿Y cómo entras?

- Entrando.

- ¿Hay algún agujero?

- Claro, pero no se debe decir. Es por las patas delanteras.

- Y tú escalas, ya comprendo.

- Para los cachorros pondré una escalera.

- ¿De dónde demonios sacaste estos mochuelos?

- Me los regaló un peluquero.

Montparnasse estaba preocupado.

- Me reconociste con facilidad -murmuró.

Sacó del bolsillo dos cañones de pluma rodeados de algodón y se los introdujo en los agujeros de las narices.

- Eso lo cambia -dijo Gavroche-. Estás menos feo, deberías usarlos siempre.

Montparnasse era un buenazo, pero a Gavroche le gustaba burlarse de él.

- Y ahora, muy buenas noches -dijo Gavroche-, me voy a mi elefante con mis monigotes. Si por casualidad alguna noche me necesitas, ve a buscarme allá. Vivo en el entresuelo; no hay portero; pregunta por el señor Gavroche.

Y se separaron, dirigiéndose Montparnasse hacia la Grève y Gavroche hacia la Bastilla.

Hace veinte años se veía aún en la plaza de la Bastilla un extraño monumento, el esqueleto grandioso de una idea de Napoleón. Era un elefante de cuarenta pies de alto, construido de madera y mampostería. Muy pocos extranjeros visitaban aquel edificio; ningún transeúnte lo miraba. Estaba ya ruinoso, rodeado de una empalizada podrida, y manchada a cada instante por cocheros y borrachos. Al llegar al coloso, Gavroche comprendió el efecto que lo infinitamente grande podía producir en lo infinitamente pequeño, y dijo:

- ¡No tengáis miedo, hijos míos!

Después entró por un hueco de la empalizada en el recinto que ocupaba el elefante y ayudó a los niños a pasar por la brecha. Estos, un tanto asustados, seguían a Gavroche sin decir palabra, y se entregaban a aquella pequeña providencia harapienta que les había dado pan y les había prometido un techo. Había en el suelo una escalera de mano que servía en el día a los trabajadores de un taller vecino. Gavroche la apoyó contra las patas del elefante y dijo a los niños:

- Subid y entrad.

Ellos se miraron aterrados.

- ¡Tenéis miedo! Mirad.

Se abrazó al pie rugoso del elefante y en un abrir y cerrar de ojos, sin dignarse hacer use de la escala, llegó a una grieta; entró por ella como una culebra, desapareció, y un momento después apareció su cabeza por el borde del agujero.

- ¡Ea! -gritó-, subid ahora, cachorros. ¡Ya veréis lo bien que se está aquí!

El pilluelo les inspiraba miedo y confianza a la vez; además llovía muy fuerte. Se arriesgaron y subieron. Cuando estuvieron los tres adentro, Gavroche dijo, con orgullo:

- ¡Enanitos, estáis en mi casa!

¡Oh, utilidad increíble de lo inútil! Aquel monumento desmesurado que había contenido un pensamiento del emperador, se convirtió en la casa de un pilluelo. El niño había sido adoptado y abrigado por el coloso.

Napoleón tuvo un pensamiento digno del genio; en aquel elefante titánico quiso encarnar al pueblo. Dios hizo algo más grande: alojaba allí a un niño.

- Empecemos -dijo Gavroche- por decirle al portero que no estamos en casa.

Tomó una tabla y tapó el agujero. Luego encendió una de esas sogas impregnadas de resina que llaman cerillas largas.

Los dos huéspedes de Gavroche miraron en derredor y experimentaron algo semejante a lo que debió experimentar Jonás en el vientre bíblico de la ballena.

El menor dijo:

- ¡Qué oscuro está!

Esta exclamación llamó la atención a Gavroche.

- ¿Qué decís? ¿Nos quejamos? ¿Nos hacemos los descontentos? ¿Necesitáis acaso las Tullerías?

Para curar, el miedo es muy buena la aspereza porque da confianza. Los niños se aproximaron a Gavroche, quien, paternalmente enternecido con esta confianza, dijo al más pequeño con una sonrisa cariñosa:

- Mira, animalejo, lo oscuro está en la calle. En la calle llueve, aquí no llueve; en la calle hace frío, aquí no hay ni un soplo de viento; en la calle no hay ni luna, aquí hay una luz.

Los niños empezaron a mirar aquella habitación con menos espanto. Pero Gavroche no les dejó tiempo para contemplaciones.

- Listo -dijo.

Y los empujó hacia lo que podemos llamar el fondo del cuarto. Allí estaba su cama. La cama de Gavroche tenía de todo. Es decir, tenía un colchón y una manta. El colchón era una estera de paja; la manta un pedazo grande de lana tosca, abrigadora y casi nueva.

Los tres se echaron sobre la estera. Aunque eran pequeños, ninguno podía estar de pie en la alcoba.

- Ahora -dijo Gavroche-, vamos a suprimir el candelabro.

- Señor -dijo el mayor de los hermanos mostrando la manta-, ¿qué es esto? ¡Es muy calentita!

Gavroche dirigió una mirada de satisfacción a la manta.

- Es del jardín Botánico -dijo-. Se la pedí a los monos.

Y mostrando la estera en que estaban acostados, añadió:

- Esta era de la jirafa. Los animales tenían todo esto, y yo lo tomé. Les dije: es para el elefante. Y por eso no se enojaron.

Los niños contemplaban con respeto temeroso y asombrado a este ser intrépido e ingenioso, vagabundo como ellos, solo como ellos, miserable como ellos, que tenía algo admirable y poderoso, y cuyo rostro se componía de todos los gestos de un viejo saltimbanqui, mezclados con la más sencilla y encantadora de las sonrisas.

- No debéis preocuparos por nada -les dijo-. Yo os cuidaré. Ya veréis cómo nos divertiremos. En el verano nos bañaremos en el estanque; correremos desnudos sobre los trenes delante del puente de Austerlitz. Esto hace rabiar a las lavanderas, que gritan como locas. Iremos al teatro, iremos a ver guillotinar, os presentaré al verdugo, el señor Sansón. ¡Ah, lo pasaremos muy bien!

En ese momento cayó una gota de resina en el dedo de Gavroche, y le recordó las realidades de la vida.

- Se está gastando la mecha -dijo-. ¡Atención! No puedo gastar más de un sueldo al mes en luz. Cuando uno se acuesta es para dormir, no para leer novelas.

Sus palabras fueron seguidas de un gran relámpago deslumbrador que entró por las hendiduras del vientre del elefante. Casi al mismo tiempo resonó un feroz trueno. Los niños dieron un grito, pero Gavroche saludó al trueno con una carcajada.

- Calma, niños. No movamos el edificio. Fue un hermoso trueno. Y puesto que Dios enciende su luz, yo apago la mía.

Los niños se apretaron uno contra otro. Gavroche los arregló bien sobre la estera, les subió la manta hasta las orejas, y apagó la luz.

Apenas quedó a oscuras su dormitorio, se sintió una multitud de ruidos sordos, como si garras o dientes arañaran algo. El ruido iba acompañado de pequeños pero agudos gritos. El más pequeño, helado de espanto, dio un codazo a su hermano, pero éste dormía profundamente.

- ¡Señor!

- ¿Eh? -dijo Gavroche, que acababa de cerrar los párpados.

- ¿Qué es eso?

- Las ratas.

Y volvió a acomodarse.

- ¡Señor! ¿Qué son las ratas?

- Son ratones.

Esta explicación tranquilizó un poco al niño. Había visto algunas veces ratones blancos y no les tenía miedo. Sin embargo, volvió a decir:

- ¡Señor!

- ¡Qué!

- ¿Por qué no tenéis gato?

- Tuve uno, pero me lo comieron.

Esta segunda explicación deshizo el efecto de la primera, y el niño volvió a temblar, de modo que por cuarta vez empezó el diálogo.

- ¡Señor!

- ¡Qué!

- ¿A quién se comieron?

- Al gato.

- ¿Quién se comió al gato?

- Las ratas.

- ¿Los ratones?

- Sí, las ratas.

El niño, consternado con la noticia de que estos ratones se comían a los gatos, prosiguió:

- ¡Señor! ¿Nos comerán a nosotros estos ratones?

- ¡Qué tontería!

El terror del niño ya no tenía límites.

Pero Gavroche añadió:

- No tengas miedo, no pueden entrar. Además, estoy yo aquí. Tómate de mi mano. Cállate y duerme.

El niño apretó esa mano y se tranquilizó. El valor y la fuerza tienen comunicaciones misteriosas.

Poco antes del amanecer, un hombre atravesó la plaza y se deslizó por la empalizada hasta colocarse bajo el vientre del elefante. Repitió dos veces un extraño grito. Al segundo grito, una voz clara respondió desde el vientre del elefante:

- ¡Sí!

Al oír el grito, Gavroche quitó la tabla que cerraba el agujero, y bajó por la pata del elefante.

El hombre y el niño se reconocieron en silencio.

Montpamasse se limitó a decir:

- Te necesitamos. Ven a darnos una mano.

El pilluelo no preguntó nada.

- Aquí me tienes -dijo.

Y ambos se dirigieron hacia la calle Saint Antoine, de donde venía Montpamasse.

Esa noche se había llevado a cabo la fuga de Thenardier y sus compinches, y Montparnasse necesitó de la ayuda de Gavroche para los últimos detalles.

CAPÍTULO 3 PERIPECIAS DE LA EVASIÓN

Esto es lo que había pasado esa misma noche en la cárcel de la Force: Babet, Brujon, Gueulemer y Thenardier habían concertado su evasión. Babet lo hizo por la mañana, como le contara Montpamasse a Gavroche. Montparnasse debía apoyar la fuga de los otros desde fuera. Brujon, en su mes de calabozo, tuvo tiempo para trenzar una cuerda y madurar un plan. Como se ve, lo malo de los calabozos es que dejan soñar a seres que deberían estar trabajando.

Considerado altamente peligroso, Brujon, al salir del calabozo, pasó al Edificio Nuevo, donde lo primero que encontró fue a Gueulemer. Estaban en el mismo dormitorio.

Thenardier se hallaba recluido en la parte alta del Edificio Nuevo, justo encima de la habitación de sus amigos, desde donde, y no se sabe cómo, logró comunicarse con ellos.

Esa noche, Brujon y Gueulemer, sabiendo que afuera, en la calle, los esperaban Babet y Montparnasse, horadaron la pared, al amparo del fuerte aguacero que caía. Con la ayuda de la cuerda de Brujon, que ataron a un barrote de la chimenea, saltaron al patio de los baños, abrieron la puerta de la casa del portero y se hallaron en la calle. Instantes después se les unían Babet y Montparnasse que rondaban a la espera. Al tirar de la cuerda, ésta se rompió y quedó un pedazo colgando de la chimenea.

Thenardier vio pasar por el tejado las sombras de sus amigos y, como estaba prevenido, comprendió de qué se trataba. Hacia la una de la madrugada, con una barra de hierro aturdió al guardián, abrió un boquete en el techo y salió al tejado.

Eran ya las tres cuando logró llegar, de tejado en tejado, al caballete del techo de una pequeña barraca abandonada. Allí se quedó aguardando, helado, agotado, temeroso. Se preguntaba si sus cómplices habrían tenido éxito en su empresa y si vendrían en su auxilio. Al dar los relojes las cuatro de la mañana, estalló en la cárcel ese rumor despavorido y confuso que sigue al descubrimiento de una evasión. Thenardier se estremeció. Se hallaba en la cima de una pared altísima, tendido bajo la lluvia, sin poder moverse, víctima del vértigo de una caída posible y del horror de una captura segura.

En medio de su angustia, divisó de pronto en la calle las siluetas de cuatro hombres que se deslizaban a lo largo de las paredes, con infinitas precauciones. Se detuvieron debajo del tejado donde colgaba Thenardier.

Por el característico argot que hablaba cada uno reconoció a Babet, a Brujon y a Gueulemer; y a Montparnasse, por su correcto francés. Decían que seguramente el viejo tabernero no había logrado escapar, o que tal vez lo hizo y lo volvieron a capturar; que tendría para veinte años; que era mejor alejarse de allí.

- No se deja a los amigos en el peligro -protestó Montparnasse.

Thenardier no se atrevía a gritar para llamarlos. En su desesperación, se acordó del trozo de la cuerda de Brujon que sacara del barrote en el Edificio Nuevo, y que aún guardaba en su bolsillo. La arrojó con fuerza a los pies de los hombres.

- ¡Mi cuerda! -exclamó Brujon.

Y levantando los ojos vieron a Thenardier. Ataron el trozo al que tenía Brujon, pero no podían lanzársela.

- Es preciso que uno de nosotros suba a ayudarlo -dijo Montparnasse.

- ¡Tres pisos! -replicó Brujon-. ¡Jamás! Sólo un niño podría hacerlo.

- ¿Y de dónde sacamos un niño ahora? -añadió Gueulemer.

- Esperad -dijo Montparnasse-. Yo lo tengo.

Echó a correr hacia la Bastilla y a los pocos minutos volvía con Gavroche.

- A ver, mocoso, ¿eres hombre? -dijo Gueulemer, despectivo.

- Un mocoso como yo es un hombre, y hombre como vosotros sois mocosos -replicó Gavroche-. ¿Qué hay que hacer?

- Trepar por ese tubo, llevar esta cuerda y ayudar a bajar al que está allá arriba.

Trepó Gavroche y reconoció el rostro despavorido de Thenardier.

- ¡Caramba! -se dijo-. ¡Es mi padre! Bueno, qué importa.

En pocos instantes Thenardier se hallaba en la calle.

- ¿Y ahora, a quién nos vamos a comer? -fueron sus primeras palabras.

Inútil es explicar el sentido de esta palabra, de horrorosa transparencia, que significa a la vez asesinar y desvalijar.

- Había un buen negocio -dijo Brujon-, en la calle Plumet; calle desierta, casa aislada, verja antigua y podrida que da a un jardín, mujeres solas.

- ¿Y por qué no?

- Tu hija Eponina fue a ver y trajo bizcocho.

- La niña no es tonta -dijo Thenardier-, pero de todos modos será conveniente ver lo que hay allí.

- Sí, sí -repuso Brujon-, habría que ir a ver.

Gavroche estaba sentado en el suelo, esperando tal vez que su padre lo mirara, pero al cabo de un rato se levantó y dijo:

- ¿No necesitan nada más de mí? Me voy.

Y se marchó. Babet llevó a Thenardier aparte.

- ¿Viste a ese harapiento? -le preguntó.

- ¿Cuál?

- El que subió y te llevó la cuerda.

- No me fijé mucho.

- No estoy seguro, pero creo que es tu hijo.

- ¡Vaya! -dijo Thenardier-. ¿Tú crees?

CAPÍTULO 4 PRINCIPIO DE SOMBRA

Jean Valjean no sospechaba nada del romance del jardín.

Cosette, un poco menos soñadora que Marius, estaba alegre, y eso bastaba a Jean Valjean para ser feliz.

Como se retiraba siempre a la diez de la noche, Marius no iba al jardín hasta después de esa hora, cuando oía desde la calle que Cosette abría la puerta-ventana de la escalinata.

Durante el día Marius no aparecía jamás por allí y Jean Valjean no se acordaba ya que existía tal personaje. Sólo una vez, una mañana, le dijo a Cosette:

- ¡Tienes la espalda blanca de yeso!

La noche anterior, Marius, en un arrebato de pasión, había abrazado a Cosette junto a la pared.

En aquel alegre mes de mayo, Marius y Cosette descubrieron dichas inmensas, como reñir y llamarse de vos, sólo para llamarse después de tú con más placer; hablar horas; callarse horas. Para Marius, oír a Cosette hablar de trapos. Para Cosette, oír a Marius hablar de política. Pero por lo general hablaban tonterías; niñerías, incoherencias, y se reían por nada.

- ¿Sabías tú que me llamo Eufrasia? -decía Cosette.

- ¿Eufrasia? ¡No, tú lo llamas Cosette!

- Mi verdadero nombre es Eufrasia. Cuando era niña me pusieron Cosette. ¿Te gusta más Eufrasia?

- Pues… sí.

- Sí, y también es bonito Cosette. Llámame Cosette.

Una noche que Marius iba a la cita por la avenida de los Inválidos, con la cabeza inclinada como era su costumbre, al doblar la esquina de la calle Plumet oyó decir a su lado:

- Buenas noches, señor Marius.

Levantó la cabeza y reconoció a Eponina. Nunca había vuelto a pensar en ella desde el día en que lo llevara a casa de Cosette. Tenía motivos para estarle agradecido y le debía su felicidad presente; sin embargo, le molestó encontrarla allí.

Es un error creer que la pasión, cuando es feliz, conduce al hombre a un estado de perfección; lo conduce, simplemente, al estado de olvido. En esta situación, el hombre se olvida de ser malo, pero se olvida también de ser bueno. El agradecimiento, el deber, los recuerdos, desaparecen. En otro tiempo Marius hubiera actuado de manera muy distinta con Eponina, pero, absorbido por Cosette, ni recordaba que la muchacha se llamaba Eponina Thenardier, que llevaba un nombre escrito en el testamento de su padre. Hasta el nombre de su padre desaparecía bajo el esplendor de su amor.

- ¡Ah!, ¿sois Eponina?

- ¿Por qué me habláis de vos? ¿Os he hecho algo?

- No -respondió él.

Es cierto que no tenía nada contra ella, todo lo contrario. Pero ahora que tuteaba a Cosette, debía tratar de vos a Eponina.

- ¡Señor Marius… ! -exclamó ella.

Y se detuvo. Parecía que le faltaban las palabras a esa criatura que había sido tan desvergonzada y tan audaz. Trató de sonreír y no pudo.

- ¿Y entonces… ? -volvió a decir.

Después se calló y bajó los ojos.

- Buenas noches, señor Marius -dijo con brusquedad, y se fue.

CAPÍTULO 5 EL PERRO

Al día siguiente, 3 de junio de 1832, Marius, al caer la noche, se dirigía a su cita cuando vio entre los árboles a Eponina que venía hacia él. Dos días seguidos de encuentro era demasiado. Se volvió rápidamente, cambió de camino y se fue por la calle Monsieur.

Eponina lo siguió hasta la calle Plumet, lo que no había hecho nunca hasta entonces, pues se contentaba con verlo pasar. Lo siguió, pues, sin que él se diera cuenta, lo vio separar el barrote de la verja y entrar en el jardín.

- ¡Entra en la casa! -exclamó.

Se acercó a la verja, empujó los hierros uno tras otro y encontró fácilmente el que Marius había separado.

- ¡Esto sí que no! -murmuró con voz lúgubre.

Se sentó al lado del barrote como si lo estuviera cuidando. Así permaneció más de una hora, sin moverse y casi sin respirar, entregada a sus ideas.

Hacia las diez de la noche, vio entrar en la calle a seis hombres que iban separados y a corta distancia unos de otros. El primero que llegó a la verja del jardín se detuvo y esperó a los demás; un segundo después estaban todos reunidos. Hablaron en voz baja.

- Aquí es -dijo uno.

- ¿Hay algún perro en el jardín? -dijo otro, y comenzó a probar los barrotes.

Cuando iba a coger el barrote que Marius quitara para entrar, una mano que salió bruscamente de la sombra le agarró el brazo; al mismo tiempo sintió un golpe en medio del pecho y oyó una voz que le decía sin gritar:

- Hay un perro.

Y vio a una joven pálida delante de él. El hombre tuvo esa conmoción que produce siempre lo inesperado; se le pararon los pelos y retrocedió asustado.

- ¿Quién es esta bribona?

- Vuestra hija.

En efecto, era Eponina que hablaba a Thenardier.

Los otros cinco se habían acercado sin ruido, sin precipitación, sin decir una palabra, con la siniestra lentitud propia de estos hombres nocturnos.

- ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? ¿Estás loca? -exclamó Thenardier-. ¿Vienes a impedirnos trabajar?

Eponina se echó a reír, y lo abrazó.

- Estoy aquí, padrecito mío, porque sí. ¿No está permitido sentarse en el suelo ahora? Vos sois el que no debe estar aquí, es bizcocho, ya se lo dije a la Magnon. No hay nada que hacer aquí. Pero abrazadme, mi querido padre. ¡Cuánto tiempo sin veros! ¡Estáis ya fuera! ¡Estáis libre!

Thenardier trató de librarse de los brazos de Eponina y murmuró:

- Está bien. Ya me abrazaste. Sí, estoy fuera, no estoy dentro. Ahora vete.

Pero Eponina redoblaba sus caricias.

- Padre mío, ¿cómo lo hicisteis? Debéis tener mucho talento cuando habéis salido de allí. ¡Contádmelo! ¿Y mi madre? ¿Dónde está mi madre? Dadme noticias de mamá.

Thenardier respondió:

- Está bien; no sé; déjame. Te digo que te vayas.

- No quiero irme ahora -dijo Eponina con su modo de niño enfadado-; me despedís, cuando hace cuatro meses que no os veía, y apenas he tenido tiempo de abrazaros.

Y volvió a echar los brazos al cuello de su padre.

- ¡Pero qué estupidez! -dijo Babet.

- No perdamos más tiempo -dijo Gueulemer-, pueden pasar los polizontes.

Eponina se volvió hacia los cinco bandidos.

- Pero si es el señor Brujon. Buenas noches, señor Babet, buenas noches, señor Claquesous. ¿No os acordáis de mí, señor Gueulemer? ¿Cómo estáis, Montparnasse?

- Sí, todos se acuerdan de ti -dijo Thenardier-. Pero buenas noches, y largo. Déjanos tranquilos.

- Esta es la hora de los lobos y no de las gallinas -dijo Montparnasse.

- Ya ves que tenemos que trabajar aquí -agregó Babet.

Eponina tomó la mano de Montparnasse.

- ¡Ten cuidado! -dijo éste- te vas a cortar, tengo un cuchillo abierto.

- Mi querido Montparnasse -respondió Eponina dulcemente-, hay que tener confianza en las personas, aunque sea la hija de mi padre. Señor Babet, señor Gueulemer, a mí me encargaron investigar este negocio. Recordad que os he prestado servicios algunas veces. Pues bien, me he informado y sé que os expondréis inútilmente. Os juro que no hay nada que hacer en esta casa.

- Sólo hay mujeres -dijo Gueulemer.

- No hay nadie, los inquilinos se mudaron.

- Las luces no se mudaron -dijo Babet.

Y mostró a Eponina una luz que se paseaba por la buhardilla. Era Santos que ponía ropa a secar. Eponina intentó un último recurso:

- Pues bien -dijo- esta gente es muy pobre y en esta pocilga no hay un solo sueldo.

- ¡Vete al diablo! -exclamó Thenardier-. Cuando hayamos registrado la casa ya te diremos lo que hay dentro.

Y la empujó para entrar.

- ¡Buen amigo Montparnasse! -dijo Eponina-, os lo ruego, vos que sois buen muchacho, no entréis.

- Ten cuidado, que te vas a cortar -masculló Montparnasse.

Thenardier añadió con su acento autoritario:

- Lárgate, preciosa, y deja que los hombres hagan sus negocios.

Eponina se aferró a la verja, hizo frente a los seis bandidos armados hasta los dientes, y que parecían demonios en la noche, y dijo con voz firme y baja:

- ¿Queréis entrar? Pues yo no quiero.

Los seis demonios se detuvieron estupefactos. Ella continuó:

- Amigos, escuchadme bien. Si entráis en el jardín, si tocáis esta verja, grito, golpeo las puertas, despierto a los vecinos y hago que os prendan, y llamo a la policía.

- Y lo haría -dijo Thenardier en voz baja a Brujon.

- ¡Empezando por mi padre! -dijo Eponina.

Thenardier se le aproximó.

- ¡No tan cerca, buen hombre!

Thenardier retrocedió, murmurando entre dientes:

- ¡Perra!

Eponina se echó a reír de una manera horrible.

- Seré lo que queráis, pero no entraréis. Sois seis, ¿y eso qué me importa? Sois hombres, pues yo soy mujer. No me dais miedo. Marchaos. Os digo que no entraréis en esta casa porque a mí no se me da la gana. Si os acercáis, ladro; ya os he dicho que soy el perro. Me río de vosotros; idos donde queráis, pero no vengáis aquí, os lo prohíbo. Vosotros a puñaladas y yo a zapatazos, me da lo mismo.

Y dio un paso hacia los bandidos; su risa era cada vez más horrible.

- No le tengo miedo a nada, ni aun a vos, padre. ¡Qué me importa que me recojan mañana en la calle Plumet, asesinada por mi padre, o que me encuentren dentro de un año en las redes de Saint-Cloud, o en la isla de los Cisnes, en medio de perros ahogados!

Tuvo que detenerse; la acometió una tos seca.

- No tengo nada que hacer más que gritar y os caen encima, ¡cataplum! Sois seis, yo soy todo el mundo.

Thenardier hizo otra vez un movimiento para aproximarse.

- ¡Atrás! -dijo ella.

Thenardier se detuvo.

- No me acercaré, pero no hables tan alto. Hija, ¿quieres impedirnos trabajar? Tenemos que ganarnos la vida. ¿No tienes cariño a tu padre?

- Me aburrís -dijo Eponina.

- Pero es preciso que vivamos, que comamos…

- ¡Reventad!

Los seis bandidos, admirados y disgustados de verse a merced de una muchacha, se retiraron a la sombra y celebraron consejo.

- Es una lástima -dijo Babet-. Dos mujeres, un viejo judío, buenas cortinas en las ventanas. Creo que era un buen negocio.

- Entrad vosotros -dijo Montparnasse-. Haced el negocio y yo me quedaré con la muchacha, y si chista…

E hizo relucir a la luz del farol la navaja que tenía abierta en la manga. Thenardier no decía una palabra, pero parecía dispuesto a todo.

- ¿Y tú qué dices, Brujon? -preguntó al fin.

Brujon permaneció un instante silencioso y luego murmuró:

- Esta mañana vi dos gorriones dándose picotazos; esta noche me enfrenta una mujer rabiosa. Todo esto es mal presagio. ¡Vámonos!

Y se fueron.

Al marcharse, Montparnasse murmuró:

- Si hubieran querido, yo le habría dado el golpe de gracia.

Babet respondió:

- Yo no aporreo a una dama.

Al final de la calle se detuvieron y entablaron, en voz sorda, este diálogo enigmático:

- ¿Dónde vamos a dormir esta noche?

- Bajo París.

- ¿Tienes la llave de la reja, Thenardier?

- ¡Qué pregunta!

Eponina, que no separaba de ellos la vista, les vio tomar el camino por donde habían venido. Después se levantó y se arrastró detrás de ellos arrimada a las paredes de las casas. Los siguió hasta el boulevard. Allí se separaron, y se perdieron en la oscuridad como si se fundieran en ella.

CAPÍTULO 6 MARIUS DESCIENDE A LA REALIDAD

Mientras que aquella perra con figura humana montaba guardia en la verja y los seis bandidos retrocedían ante ella, Marius estaba con Cosette.

Desde el día en que se declararon su amor, Marius iba todas las noches al jardín de la calle Plumet. El amor entre ambos crecía día a día; se miraban, se tomaban las manos, se abrazaban. Marius sentía una barrera, la pureza de Cosette; Cosette sentía un apoyo, la lealtad de Marius. No se preguntaban adónde los conducía su amor. Es una extraña pretensión del hombre querer que el amor conduzca a alguna parte.

El cielo no había estado nunca tan estrellado y tan hermoso como esa noche del 3 de junio de 1832, nunca Marius había estado tan conmovido, tan feliz, tan extasiado. Pero había encontrado triste a Cosette. Cosette había llorado; tenía los ojos rojos.

Era la primera nube en tan admirable sueño.

Las primeras palabras de Marius fueron:

- ¿Qué tienes?

Ella respondió:

- Esta mañana mi padre ha dicho que tenga prontas todas mis cosas, y esté dispuesta para partir; que prepare mi ropa para guardarla en una maleta, que se verá obligado a hacer un viaje; que teníamos que partir, que necesitábamos una maleta grande para mí y una pequeña para él y que lo preparase todo en una semana, porque iríamos tal vez a Inglaterra.

- ¡Pero eso es monstruoso! -exclamó Marius.

Y luego preguntó, con voz débil:

- ¿Cuándo debes partir?

- No me ha dicho cuándo.

- ¿Y cuándo volverás?

- No me ha dicho cuándo.

Marius se levantó y dijo fríamente:

- Cosette, ¿iréis?

Cosette volvió hacia él sus hermosos ojos llenos de angustia al oírlo tratarla de vos, y respondió con voz quebrada.

- ¿Qué quieres que haga? -dijo juntando las manos.

- Está bien -dijo Marius-. Entonces yo me iré a otra parte.

Cosette sintió, más bien que comprendió, el significado de esta frase; se puso pálida, su rostro se veía blanco en la oscuridad, y balbuceó:

- ¿Qué quieres decir?

Marius la miró; después alzó lentamente los ojos al cielo, y respondió:

- Nada.

Cuando bajó los párpados, vio que Cosette se sonreía mirándole. La sonrisa de la mujer amada tiene una claridad que disipa las tinieblas.

- ¡Qué tontos somos! Marius, se me ocurre una idea. ¡Parte tú también! Te diré dónde. Ven a buscarme donde esté.

Marius era ya un hombre completamente despierto. Había vuelto a la realidad, y dijo a Cosette:

- ¡Partir con vosotros! ¿Estás loca? Es preciso para eso dinero, y yo no lo tengo. ¡Ir a Inglaterra! Ahora debo más de diez luises a Courfeyrac, un amigo a quien tú no conoces. Tengo un sombrero viejo que no vale tres francos, una levita sin botones por delante, mi camisa está toda rota, se me ven los codos, mis botas se calan de agua; hace seis semanas que no pienso en todo esto, y por eso no lo lo he dicho, Cosette. ¡Soy un miserable! Tú no me ves más que por la noche, y me das tu amor; ¡si me vieras de día me darías limosna! ¿Ir a Inglaterra? ¡Y no tengo siquiera con qué pagar el pasaporte!

Y se recostó contra un árbol que había allí, de pie, con los dos brazos por encima de la cabeza, con la frente en la corteza sin sentir ni la aspereza que le arañaba la frente, ni la fiebre que le golpeaba las sienes, inmóvil y próximo a caer al suelo, como un monumento a la desesperación. Así permaneció largo rato.

Cosette sollozaba. Marius cayó de rodillas a sus pies.

- No llores, por favor -le dijo.

- ¡Qué he de hacer, si voy a marcharme y tú no puedes venir!

- ¿Me amas?

Cosette le contestó sollozando esta frase del paraíso que nunca es tan seductora como a través de las lágrimas:

- Te adoro.

- Cosette, nunca he dado mi palabra de honor a nadie, porque mi palabra de honor me causa miedo; sé que al darla mi padre está a mi lado. Pues bien, te doy mi palabra de honor más sagrada, de que si te vas, yo moriré.

Había en el acento con que pronunció estas palabras una melancolía tan solemne y tan tranquila, que Cosette tembló.

- Ahora, escucha -continuó Marius-, no me esperes mañana.

- ¡Un día sin verte!

- Sacrifiquemos un día para tener tal vez toda la vida. Mira, creo que conviene que sepas la dirección de mi casa, por lo que pueda suceder; vivo con mi amigo Courfeyrac, en la calle de la Verrerie, número 16.

Metió la mano en el bolsillo sacó un cortaplumas, y con la hoja escribió en el yeso de la pared: "Calle de la Verrerie, 16".

Cosette entretanto lo miraba a los ojos.

- Dime lo que piensas, Marius; sé que tienes una idea. Dímela. ¡Oh, dímela para que pueda dormir esta noche!

- Mi idea es ésta: es imposible que Dios quiera separarnos. Espérame pasado mañana.

Mientras que Marius meditaba con la cabeza apoyada en el árbol, se le ocurrió una idea; una idea que él mismo tenía por insensata e imposible. Pero tomó una decisión violenta.

CAPÍTULO 7 EL CORAZÓN VIEJO FRENTE AL CORAZÓN JOVEN

El señor Gillenormand tenía entonces noventa y un años cumplidos. Seguía viviendo con la señorita Gillenormand en la calle de las Hijas del Calvario, número 6, en su propia y vieja casa. Hacía cuatro años que esperaba a Marius con la convicción de que aquel pequeño picarón extraviado llamaría algún día a la puerta; pero en sus momentos de tristeza llegaba a decirse que si Marius tardaba en venir… Y no era la muerte lo que temía, sino la idea de que no vería más a su nieto. No volver a ver a Marius era un triste y nuevo temor que no se le había presentado nunca hasta ahora; esta idea que empezaba a aparecer en su cerebro, le dejaba helado.

El señor Gillenormand era, o se creía por lo menos, incapaz de dar un paso hacia su nieto. "Antes moriré", decía; pero sólo pensaba en Marius con profundo enternecimiento, y con la muda desesperación de un viejo que se va entre las tinieblas. Su ternura dolorida concluía por convertirse en indignación. Se encontraba en esa situación en que se trata de tomar un partido, y aceptar lo que mortifica. Estaba ya dispuesto a decirse que no había razón para que Marius volviese, que si hubiera debido volver lo habría hecho ya, y que por consiguiente era preciso renunciar a verle. Trataba de familiarizarse con la idea de que todo había concluido, y que moriría sin ver a "aquel caballerete".

Pero toda su naturaleza se rebelaba; y su vieja paternidad no podía consentirlo.

- ¡No vendrá! -repetía.

Un día que estaba en lo más profundo de esta tristeza, su antiguo criado Vasco entró y preguntó:

- Señor, ¿podéis recibir al señor Marius?

El viejo se incorporó pálido y semejante a un cadáver que se levanta a consecuencia de una sacudida galvánica. Toda su sangre había refluido a su corazón y murmuró:

- ¿Qué señor Marius?

- No sé -respondió Vasco, intimidado y desconcertado por el aspecto de su amo-. Nicolasa es la que acaba de decirme: ahí está un joven, que dice que es el señor Marius.

El señor Gillenormand balbuceó en voz baja:

- Que entre.

Y permaneció en la misma actitud, con la cabeza temblorosa y la vista fija en la puerta. Se abrió ésta, y entró un joven: era Marius.

Marius se detuvo a la puerta como esperando que le dijeran que entrase. Su traje, casi miserable, apenas se veía en la semipenumbra que producía la lámpara. Sólo se distinguía su rostro tranquilo y grave, pero extrañamente triste. El señor Gillenormand, sobrecogido de estupor y de alegría, permaneció algunos momentos sin ver más que una claridad, como cuando se está delante de una aparición. Estaba próximo a desfallecer; era él; era Marius.

¡Al fin, después de cuatro años! Quiso abrir los brazos; se oprimió su corazón de alegría; mil palabras de cariño le ahogaban y se desbordaban dentro de su pecho. Toda esta ternura se abrió paso y llegó a sus labios, y por el contraste que constituía su naturaleza, salió de ellas la dureza, y dijo bruscamente:

- ¿Qué venís a hacer aquí?

- Señor… -empezó a decir Marius, turbado.

El señor Gillenormand hubiera querido que Marius se arrojara en sus brazos, y quedó descontento de Marius y de sí mismo. Reconoció que él había sido brusco y Marius frío; y era para él una insoportable e irritante ansiedad sentirse tan tierno y tan conmovido en su interior, y ser tan duro exteriormente. Volvió a su amargura, e interrumpió a Marius con aspereza:

- Pero entonces, ¿a qué venís?

Este entonces significaba: si no venís a abrazarme, ¿a qué venís?

Marius miró a su abuelo, que con su palidez parecía un busto de mármol.

El viejo dijo con voz severa:

- ¿Venís a pedirme perdón? ¿Habéis reconocido vuestra falta?

Creía con esto poner a Marius en camino para que el "niño" se disculpara. Marius tembló; le exigía que se opusiese a su padre; bajó los ojos, y respondió:

- No, señor.

- Y entonces -exclamó impetuosamente el viejo con un dolor agudo y lleno de cólera- ¿qué queréis?

Marius juntó las manos, dio un paso y dijo con voz débil y temblorosa:

- Señor, tened compasión de mí.

Estas palabras conmovieron al señor Gillenormand; un momento antes lo hubieran enternecido, pero ya era tarde. El abuelo se levantó y apoyó las dos manos en el bastón; tenía los labios pálidos, la cabeza vacilante; pero su alta estatura dominaba a Marius, que estaba inclinado.

- ¡Compasión de vos, señorito! ¡Un adolescente que pide compasión a un anciano de noventa y un años! Vos entráis en la vida, y yo salgo de ella; vos sois rico, tenéis la única riqueza que existe, la juventud; y yo tengo todas las pobrezas de la vejez, la debilidad, el aislamiento. Estáis enamorado, eso no hay ni qué decirlo, ¡a mí no me ama nadie en el mundo! ¡Y venís a pedirme compasión! Pero vamos, ¿qué es lo que queréis?

- Señor -dijo Marius-, sé que mi presencia os molesta; pero vengo solamente a pediros una cosa; después me iré en seguida.

- ¡Sois un necio! -dijo el anciano-. ¿Quién os dice que os vayáis?

Estas palabras eran la traducción de este tierno pensamiento que tenía en el corazón: "¡Pídeme perdón de una vez! ¡Echate a mis brazos!" El señor Gillenormand sabía que Marius iba a abandonarlo dentro de algunos instantes, que su mal recibimiento lo enfriaba, que su dureza lo cerraba; pensaba todo esto, y aumentaba su dolor; pero éste se transformaba en cólera. Hubiera querido que Marius comprendiera, y Marius no comprendía.

- ¡Cómo! ¿Me habéis ofendido, a mí, a vuestro abuelo; habéis abandonado mi casa para iros no sé dónde; habéis querido llevar la vida de joven independiente; no habéis dado señal de vida; habéis contraído deudas sin decirme que las pague, y al cabo de cuatro años venís a mi casa, y no tenéis que decirme nada más que eso?

Este modo violento de empujar al joven hacia la ternura sólo produjo el silencio de Marius.

- Concluyamos. ¿Venís a pedirme algo? Decidlo. ¿Qué queréis? Hablad.

- Señor -dijo Marius-, vengo a pediros permiso para casarme.

- El señorito se quiere casar -exclamó el anciano, cuya voz breve y ronca anunciaba la plenitud de su ira.

Se afirmó en la chimenea.

- ¡Casaros! ¡A los veintiún años! ¡No tenéis que hacer más que pedirme permiso! Una formalidad. Sentaos, caballero. Habéis pasado por una revolución desde que no he tenido el honor de veros, y han vencido en vos los jacobinos. Debéis estar muy contento. ¿No sois republicano desde que sois barón? ¿Conque queréis casaros? ¿Con quién? ¿Puedo preguntar, sin ser indiscreto, con quién?

Y se detuvo; pero, antes de que Marius tuviera tiempo de responder, añadió con violencia:

- ¡Ah! ¿Tendréis una posición? ¿Una fortuna hecha? ¿Cuánto ganáis en vuestro oficio de abogado?

- Nada -dijo Marius con una especie de firmeza y de resolución casi feroz.

- ¿Nada? ¿No tenéis para vivir más que las mil doscientas libras que os envío?

Marius no respondió. El señor Gillenormand continuó:

- Entonces ya comprendo. ¿Es rica la joven?

- Como yo.

- ¡Qué! ¿No tiene dote?

- No.

- ¿Y esperanzas?

- Creo que no.

- ¡Enteramente desnuda! ¿Y qué es su padre?

- No lo sé.

- ¿Y cómo se llama?

- La señorita Fauchelevent.

- Pst -dijo el viejo.

- ¡Señor! -exclamó Marius.

El señor Gillenormand prosiguió como quien se habla a sí mismo:

- Así que veintiún años, sin posición, mil doscientas libras al año y la señora baronesa de Pontmercy irá a comprar dos cuartos de perejil a la plaza.

- ¡Señor! -dijo Marius con la angustia de la última esperanza que se desvanece-; os suplico en nombre del cielo, con las manos juntas, me pongo a vuestros pies. ¡Permitidme que me case!

El viejo lanzó una carcajada estridente y lúgubre, en medio de la cual tosía y hablaba:

- ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! Os habéis dicho: "Voy a buscar a ese viejo rancio, a ese absurdo bobalicón, y le diré: Viejo cretino, eres muy dichoso en verme; mira, tengo ganas de casarme con la señorita Fulana, hija del señor Fulano; yo no tengo zapatos, ella no tiene camisa; pero quiero echar a un lado mi carrera, mi porvenir, mi juventud, mi vida; deseo hacer una excursión por la miseria con una mujer al cuello; esto es lo que quiero y es preciso que consientas. Y el viejo fósil consentirá". Anda hijo, como tú quieras, átate, cásate con tu Pousselevent, con tu Coupelevent. ¡Nunca, caballero, nunca!

- Padre mío…

- Nunca.

Marius perdió toda esperanza al oír el acento con que fue pronunciado este nunca. Atravesó el cuarto lentamente con la cabeza inclinada, temblando, y más semejante al que se muere que al que se va.

El señor Gillenormand lo siguió con la vista, y en el momento en que se cerraba la puerta, y en que Marius iba a desaparecer, dio cuatro pasos con esa viveza senil de los viejos impetuosos y coléricos, cogió a Marius por el cuello, lo arrojó en un sillón y le dijo:

- ¡Cuéntamelo!

Sólo estas palabras, "padre mío", que se le escaparon a Marius, habían causado esta revolución. Marius lo miró asustado. El abuelo se había convertido en padre.

- Vamos a ver, habla ¡cuéntame tus amores! Dímelo en secreto; dímelo todo. ¡Caramba, qué tontos son los jóvenes!

- ¡Padre! -volvió a decir Marius.

Todo el rostro del anciano se iluminó con un indecible resplandor.

- Sí, eso es; ¡llámame padre y verás!

Había en estas frases algo tan bueno, tan dulce, tan franco, tan paternal, que Marius pasó repentinamente del desánimo a la esperanza.

- Y bien, padre… -dijo Marius.

- ¡Ah! -dijo el señor Gillenormand-, no tienes ni un ochavo. Estás vestido como un ladrón.

Y abriendo un cajón, sacó una bolsa que puso sobre la mesa.

- Toma, ahí tienes cien luises; cómprate un sombrero.

- Padre -continuó Marius-, mi buen padre, ¡si supieseis! La amo. No podéis figuraros. La primera vez que la vi fue en el Luxemburgo, adonde ella iba a pasear; al principio no le puse atención, pero después yo no sé cómo me he enamorado. ¡Oh! ¡Cuánto he sufrido! Pero, en fin, ahora la veo todos los días en su casa; su padre no lo sabe, nos vemos en el jardín. Y ahora, figuraos que van a partir; su padre quiere irse a Inglaterra, y yo me he dicho: voy a ver a mi abuelo y a contárselo. Me volveré loco, me moriré, caeré enfermo, me arrojaré al río. Es preciso que me case porque si no, no sé qué haré. Esta es la verdad; creo que no he olvidado nada. Vive en la calle Plumet, cerca de los Inválidos.

El señor Gillenormand se había sentado alegremente al lado de Marius. Al mismo tiempo que le escuchaba y saboreaba el sonido de su voz, saboreaba también un polvo de tabaco.

- ¡Conque la niña te recibe a escondidas de su padre! Es como debe ser. A mí me han pasado historias de ese género, y más de una. ¿Y sabes lo que se hace? No se toma la cosa con ferocidad; no se precipita uno en lo trágico, no se concluye por un casamiento; es preciso tener sentido común. Tropezad, mortales, pero no os caséis. Cuando llega un caso como éste, se busca al abuelo, que es un buen hombre en el fondo, y que tiene siempre algunos cartuchos de luises en un cajón y se le dice: abuelo, esto me pasa. Y el abuelo dice: es muy natural. Es preciso que la juventud se divierta, y que la vejez se arrugue. Yo he sido joven, y tú serás viejo. Anda, hijo mío que ya dirás esto mismo a tus nietos. Aquí tienes doscientas pistolas. ¡Diviértete, caramba! Así debe llevarse este negocio. No se casa uno, pero eso no impide… ¿Me comprendes?

Marius, petrificado y sin poder pronunciar una palabra hizo con la cabeza un movimiento negativo. El viejo se echó a reír, guiñó el ojo, le dio un golpecito en la rodilla, lo miró con aire misterioso y le dijo:

- ¡Tonto! ¡Tómala como querida!

Marius se puso pálido. Al principio no comprendió lo que acababa de decir su abuelo, pero la frase, "tómala como querida", había entrado en su corazón como una espada.

Se levantó, cogió el sombrero que estaba en el suelo y se dirigió hacia la puerta con paso firme y seguro. Allí se volvió, se inclinó profundamente ante su abuelo, levantó después la cabeza y dijo:

- Hace cinco años insultasteis a mi padre; hoy habéis insultado a mi esposa. No os pido nada más, señor. Adiós.

El señor Gillenormand, estupefacto, abrió la boca, extendió los brazos y trató de levantarse; pero, antes de que hubiera podido pronunciar una palabra, se había cerrado la puerta, y Marius había desaparecido.

El anciano permaneció algunos momentos inmóvil, como si hubiera caído un rayo a sus pies, sin poder hablar ni respirar, como si una mano vigorosa le apretase la garganta.

Por fin, se levantó del sillón y gritó:

- ¡Está loco! ¡Se va! ¡Ay, Dios mío! ¡Ahora ya no volverá! ¡Marius! ¡Marius! ¡Marius! ¡Marius!

Pero Marius ya no podía oírle.

Parte Cinco

¿ADÓNDE VAN?

CAPÍTULO 1 JEAN VALJEAN

Aquel mismo día hacia las cuatro de la tarde, Jean Valjean estaba sentado solo en uno de los lugares más solitarios del Campo de Marte.

Vestía su traje de obrero; la ancha visera de su gorra le ocultaba el rostro. Estaba tranquilo y era feliz respecto de Cosette; porque se había disipado lo que le tuvo asustado algún tiempo. Sin embargo, hacía una semana o dos había visto a Thenardier; gracias a su disfraz, éste no le había conocido, pero desde entonces lo volvió a ver varias veces, y tenía la certeza de que rondaba su barrio. Esto bastaba para obligarlo a tomar una gran resolución.

Estando allí Thenardier, estaban todos los peligros a un tiempo. Además París no se hallaba tranquilo; las agitaciones políticas ofrecían el inconveniente, para todo el que tuviera que ocultar algo en su vida, de que la policía andaba inquieta y recelosa, y que buscando la pista de un hombre cualquiera podía muy bien encontrarse con un hombre como Jean Valjean. Se había, pues, decidido a abandonar París e ir a Ingltaterra. Ya había prevenido a Cosette, porque quería partir antes de ocho días.

Además, había un hecho inexplicable que acababa de sorprenderle y que le tenía aún impresionado e inquieto. Esa mañana se había levantado temprano, y paseándose por el jardín antes que Cosette hubiese abierto su ventana, había descubierto estas palabras grabadas en la pared: "Calle de la Verrerie, 16".

La escritura era muy reciente, porque las letras estaban aún blancas en la antigua argamasa ennegrecida y porque una mata de ortigas que había al pie de la pared estaba cubierta de polvo de yeso.

Aquello había sido escrito probablemente por la noche.

Pero ¿qué era? ¿Unas señas? ¿Una señal para otros? ¿Un aviso para él? En todo caso era evidente que había sido violado el jardín, y que había penetrado en él algún desconocido.

En medio de estos pensamientos, cayó sobre sus rodillas un papel doblado en cuatro, como si una mano lo hubiera dejado caer por encima de su cabeza.

Cogió el papel, lo desdobló y leyó esta palabra escrita en gruesos caracteres con lápiz: "Mudaos".

Se levantó de inmediato, pero no había nadie a su alrededor. Miró por todas partes, y descubrió un ser más grande que un niño y más pequeño que un hombre, vestido con blusa gris y pantalón de pana de color polvo, que saltaba el parapeto y desaparecía.

Jean Valjean se volvió en seguida a su casa, muy pensativo.

CAPÍTULO 2 MARIUS

Marius salió desolado de casa del señor Gillenormand. Había entrado en ella con poca esperanza y salía con inmensa desesperación. Se paseó por las calles, recurso de todos los que padecen. A las dos de la mañana entró en casa de Courfeyrac, y se echó vestido en su colchón. Había salido ya el sol cuando se durmió con ese horrible sueño pesado que deja ir y venir las ideas en el cerebro.

Cuando se despertó, vio a Courfeyrac, Enjolras, Feuilly y Combeferre de pie, con el sombrero puesto, preparados para salir y muy agitados.

Courfeyrac le dijo:

- ¿Vienes al entierro del general Lamarque?

Le pareció que Courfeyrac hablaba en chino. Salió de casa algunos momentos después que ellos, se echó al bolsillo las dos pistolas que le diera Javert. Sería difícil decir qué oscuro pensamiento tenía en su cabeza al llevarlas. Todo el día estuvo vagando sin saber por dónde iba; llovía a intervalos, pero no lo notaba; parece que se bañó en el Sena, sin tener conciencia de lo que hacía. Ya no esperaba nada, ni temía nada. Sólo esperaba la noche con impaciencia febril; no tenía más que una idea clara: que a las nueve vería a Cosette. A ratos le parecía oír en las calles de París ruidos extraños, y saliendo de su meditación decía: ¿Habrá una revuelta?

Al caer la noche, a las nueve en punto, como había prometido a Cosette, estaba en la calle Plumet. Sintió una profunda alegría. Abrió la verja y se precipitó en el jardín.

Cosette no estaba en el sitio en que lo esperaba siempre.

Alzó la vista y vio que los postigos de la ventana estaban cerrados. Dio la vuelta al jardín y vio que estaba desierto. Entonces volvió a la casa, y, perdido de amor, loco, asustado, exasperado de dolor y de inquietud, llamó a la ventana.

- ¡Cosette! -gritó-. ¡Cosette!

Pero no le respondieron. Todo había concluido. No había nadie en el jardín, nadie en la casa. Cosette se había marchado; no le quedaba más que morir. De repente oyó una voz que parecía salir de la calle, y que gritaba por entre los árboles:

- ¡Señor Marius!

- ¿Quién es? -dijo.

- Señor Marius, ¿estáis ahí?

- Sí.

- Señor Marius -prosiguió la voz-, vuestros amigos os esperan en la barricada de la calle Chanvrerie.

Esta voz no le era enteramente desconocida. Se parecía a la voz ronca y ruda de Eponina. Marius corrió a la verja y vio una silueta, que le pareció la de un joven, desaparecer corriendo en la oscuridad.

CAPÍTULO 3 EL SEÑOR MABEUF

La bolsa de Jean Valjean no le sirvió al señor Mabeuf porque éste, en su venerable austeridad infantil, no aceptó el regalo de los astros; no admitió que una estrella pudiese convertirse en luises de oro, y tampoco pudo adivinar que lo que caía del cielo viniera de Gavroche.

Llevó la bolsa al comisario de policía del barrio, como objeto perdido, y siguió empobreciéndose cada día más.

Renunció a su jardín, y lo dejó sin cultivar; no encendía nunca lumbre en su cuarto y se acostaba con el día para no encender luz. Su armario con libros era lo único que conservaba, además de lo indispensable.

Un día la señora Plutarco dijo que no tenía con qué comprar comida. Llamaba comida a un pan y cuatro o cinco patatas.

- Fiado -dijo el señor Mabeuf.

- Ya sabéis que me lo niegan.

El señor Mabeuf abrió su biblioteca, miró largo rato todos sus libros, uno tras otro, como un padre obligado a diezmar a sus hijos los miraría antes de escoger; finalmente cogió uno, se lo puso debajo del brazo y salió. A las dos horas volvió sin nada debajo del brazo, puso treinta sueldos sobre la mesa y dijo:

- Traeréis algo para comer.

Desde aquel momento la tía Plutarco vio cubrirse el cándido semblante del señor Mabeuf con un velo sombrío que no desapareció nunca más.

Todos los días fue preciso hacer lo mismo. El señor Mabeuf salía con un libro, y volvía con una moneda de plata. Así terminó con toda su biblioteca, tomo a tomo.

En algunos momentos se decía, "menos mal que tengo ochenta años", como si tuviese alguna esperanza de llegar antes al fin de sus días que al fin de sus libros. Pero su tristeza iba en aumento. Pasaron algunas semanas y ya no le quedaba más que el más valioso de sus libros, su Diógenes Laercio. De pronto la tía Plutarco cayó enferma y una tarde el médico recetó una poción muy cara. Además, agravándose la enferma, necesitaba una persona que la cuidara. El señor Mabeuf abrió la biblioteca; sacó su Diógenes y salió. Era el 4 de junio de 1832. Volvió con cien francos que dejó en la mesa de noche de la señora Plutarco.

Al día siguiente se sentó en la piedra del jardín, con la cabeza inclinada, y la vista vagamente fija en sus plantas marchitas. Llovía a intervalos, pero el viejo no lo notaba.

A mediodía estalló en París un ruido extraordinario; se oían tiros de fusil y clamores populares. El señor Mabeuf levantó la cabeza. Vio pasar a un jardinero, y le preguntó:

- ¿Qué pasa?

- Un motín.

- ¡Cómo! ¡Un motín!

- Sí, están combatiendo.

- ¿Y por qué?

- ¡Qué sé yo! -dijo el jardinero.

- ¿Hacia qué lado? -preguntó el señor Mabeuf.

- Hacia el Arsenal.

El señor Mabeuf volvió a entrar en su casa, buscó maquinalmente un libro, no lo encontró, y murmuró:

- ¡Ah, es verdad! -y salió.

Parte Seis

EL 5 DE JUNIO DE 1832

CAPÍTULO 1 LA SUPERFICIE Y EL FONDO DEL ASUNTO

¿De qué se compone un motín? De todo y de nada. De una electricidad que se desarrolla poco a poco, de una llama que se forma súbitamente, de una fuerza vaga, de un soplo que pasa. Este soplo encuentra cabezas que hablan, cerebros que piensan, almas que padecen, pasiones que arden, miserias que se lamentan, y arrastra todo. ¿Adónde? Al ocaso. A través del Estado, a través de las leyes, a través de la prosperidad y de la insolencia de los demás.

La convicción irritada, el entusiasmo frustrado, la indignación conmovida, el instinto de guerra reprimido, el valor de la juventud exaltada, la ceguera generosa, la curiosidad, el placer de la novedad, la sed de lo inesperado, los odios vagos, los rencores, las contrariedades, la vanidad, el malestar, las ambiciones, la ilusión de que un derrumbamiento lleve a una salida; y en fin, en lo más bajo, la turba, ese lodo que se convierte en fuego: tales son los elementos del motín.

Sin duda, los motines tienen su belleza histórica; la guerra de las calles no es menos grandiosa ni menos patética que la guerra del campo.

El movimiento de 1832 tuvo, en su rápida explosión y en su lúgubre extinción, tal magnitud que aún aquellos que lo consideran sólo un motín, hablan de él con respeto. Una revolución no se corta en un día; tiene siempre necesariamente algunas ondulaciones antes de volver al estado de paz.

Esta crisis patética de la historia contemporánea, que la memoria de los parisienses llama la época de los motines, es seguramente una hora característica entre las más tempestuosas de este siglo.

Los hechos que vamos a referir pertenecen a esa realidad dramática y viva que el historiador desprecia muchas veces por falta de tiempo y de espacio. Sin embargo, insistimos, en ella está la vida, la palpitación, el temblor humano.

La época llamada de los motines abunda en hechos pequeños. Nosotros vamos a sacar a la luz, entre particularidades conocidas y publicadas, cosas que no se han sabido, hechos sobre los cuales ha pasado el olvido de unos y la muerte de otros.

La mayor parte de los adores de estas escenas gigantescas han desaparecido, pero podemos decir que lo que relatamos, lo hemos visto. Cambiaremos algunos nombres, porque la historia refiere y no denuncia.

En este libro no mostraremos más que un lado y un episodio, seguramente el menos conocido, de las jornadas de los días 5 y 6 de junio de 1832; pero lo haremos de modo que el lector entrevea, bajo el sombrío velo que vamos a levantar, la figura real de esta terrible aventura del pueblo.

CAPÍTULO 2 RECLUTAS

Al momento de estallar la insurrección, un niño andrajoso bajaba por Menilmontant con una vara florida en la mano. Vio de pronto en el suelo una vieja pistola inservible; arrojó lejos su vara, recogió la pistola, y se fue cantando a todo pulmón y blandiendo su nueva arma. Era Gavroche que se iba a la guerra.

Nunca supo que los dos niños perdidos a quienes acogiera una noche eran sus propios hermanos. ¡Encontrar en la noche dos hermanos y en la madrugada un padre! Después de ayudar a Thenardier, volvió al elefante, inventó algo de comer y lo compartió con los niños y después salió, dejándolos en manos de la madre calle. Al irse les dio este discurso de despedida: *"Yo me largo, hijitos míos. Si no encontráis a papá y mamá, volved aquí en la tarde. Yo os daré algo de comer y os acostaré"*. Pero los niños no regresaron. Diez o doce semanas pasaron y Gavroche muchas veces se decía, rascándose la cabeza:

-¿Pero dónde diablos se metieron mis dos hijos?

Y ahora caminaba, muerto de hambre, pero alegre, en medio de una muchedumbre que huía despavorida. El iba cantando versos de la Marsellesa interpretados a su manera. En una calle encontró un guardia nacional caído con su caballo. Lo recogió, lo ayudó a poner de pie a su cabalgadura, y continuó su camino pistola en mano.

En el mercado, cuyo cuerpo de guardia había sido desarmado ya, se encontró con un grupo guiado por Enjolras, Courfeyrac, Combeferre, Feuilly, Bahorel y Prouvaire.

Enjolras llevaba una escopeta de caza de dos cañones; Combeferre, un fusil de guardia nacional y dos pistolas, que se le veían bajo su levita desabotonada; Prouvaire, un viejo mosquetón de caballería, y Bahorel una carabina; Courfeyrac blandía un estoque; Feuilly con un sable desnudo marchaba delante gritando: ¡Viva Polonia!

Venían del muelle Morland, sin corbata y sin sombrero, agitados, mojados por la lluvia, y con el fuego en los ojos. Gavroche se acercó a ellos con toda calma.

- ¿Adónde vamos? -preguntó.

- Ven -dijo Courfeyrac.

Un cortejo tumultuoso les seguía; estudiantes, artistas, obreros, hombres bien vestidos, armados de palos y de bayonetas, algunos con pistolas. Un anciano que parecía de mucha edad iba también en el grupo. No tenía armas y corría para no quedarse atrás, aunque parecía pensar en otra cosa y su andar era vacilante.

Era el señor Mabeuf. Courfeyrac lo había reconocido por haber acompañado muchas veces a Marius a su casa.

Conociendo sus costumbres pacíficas y extrañado al verlo en medio de aquel tumulto, se le acercó.

- Señor Mabeuf, volvéos a casa.

- ¿Por qué?

- Porque va a haber jarana.

- Está bien.

- ¡Sablazos, tiros, señor Mabeuf.

- Está bien.

- ¡Cañonazos!

- Está bien. ¿Adónde vais vosotros?

- Vamos a echar abajo el gobierno.

- Está bien.

Y los siguió sin volver a pronunciar una palabra. Su paso se había ido fortaleciendo; algunos obreros le ofrecieron el brazo y lo había rechazado con un movimiento de cabeza. Iba casi en la primera fila de la columna ya. Empezó a correr el rumor de que era un antiguo regicida.

Mientras tanto el grupo crecía a cada instante. Gavroche iba delante de todos, cantando a gritos.

En la calle Billettes, un hombre de alta estatura, que empezaba a encanecer y a quien nadie conocía, se sumó al grupo. Gavroche, distraído con sus cánticos, sus silbidos y sus gritos, con ir el primero, y con llamar en las tiendas con la culata de su pistola sin gatillo, no se fijó en aquel hombre.

Al pasar por la calle Verrerie frente a la casa de Courfeyrac, su portera le gritó:

- Señor Courfeyrac, adentro hay alguien que quiere hablaros.

- ¡Que se vaya al diablo! -dijo Courfeyrac.

- ¡Pero es que os espera hace más de una hora! -exclamó la portera.

Y al mismo tiempo un jovencillo vestido de obrero, pálido, delgado, pequeño, con manchas rojizas en la piel, cubierto con una blusa agujereada y un pantalón de terciopelo remendado, que tenía más bien facha de una muchacha vestida de muchacho que de hombre, salió de la portería, y dijo a Courfeyrac con una voz que no era por cierto de mujer:

- ¿Está con vos el señor Marius?

- No.

- ¿Volverá esta noche?

- No lo sé. Y lo que es yo, no volveré.

El muchacho le miró fijamente, y le preguntó:

- ¿Adónde vais?

- Voy a las barricadas.

- ¿Queréis que vaya con vos?

- ¡Si tú quieres! -respondió Courfeyrac- La calle es libre.

Y junto a sus amigos se encaminaron hasta la calle de la Chanvrerie, en el barrio de Saint-Denis.

CAPÍTULO 3 CORINTO

A esa hora Laigle, Joly y Grantaire se encontraban en la, en aquella época, célebre taberna Corinto, situada en la calle de la Chanvrerie desde hacía trescientos años, y cuyos dueños se sucedían de padres a hijos.

Hacia 1830, el dueño murió y su viuda no supo mantener el prestigio de la taberna; la cocina bajó su calidad y el vino, que siempre fue malo, se hizo intomable. Sin embargo, Courfeyrac y sus camaradas continuaron yendo allí, por compasión, decía Laigle.

Ese día los tres amigos comieron y bebieron copiosamente y se burlaron de todo, como de costumbre. De pronto vieron aparecer a un niño de unos diez años, todo despeinado, empapado por la lluvia, y con una gran sonrisa en sus labios. Los miró atentamente y se dirigió sin vacilar a Laigle.

- Un rubio alto me dijo que viniera aquí y dijera al señor Laigle de su parte este mensaje: "ABC". Es una broma, ¿verdad?

- ¿Cómo te llamas? -le preguntó Laigle.

- Navet, soy amigo de Gavroche.

- Quédate con nosotros a almorzar.

- No puedo, voy en el cortejo, soy el que grita ¡abajo Polignac!

Hizo una reverencia y se fue.

- ABC, es decir, entierro de Lamarque -dijo Laigle-. ¿Iremos?

- Llueve -dijo Joly-, no quiero resfriarme.

- Yo prefiero un almuerzo a un entierro.

- Entonces nos quedamos -concluyó Laigle.

Y continuaron con su almuerzo alegremente. Pasaron las horas y ya no quedaba nadie más en la taberna. Laigle, bastante borracho, estaba sentado en la ventana cuando súbitamente sintió un tumulto en la calle y gritos de ¡a las armas! y vio pasar a sus amigos encabezados por Enjolras y seguidos por un extraño grupo vociferante. Llamó a gritos a Courfeyrac. Courfeyrac lo vio y se le acercó.

- ¿A dónde van? -preguntó Laigle.

- A hacer una barricada.

- Háganla aquí, este lugar está perfecto.

- Es cierto, Laigle, tienes razón.

Y a una señal de Courfeyrac, el tropel se precipitó hacia Corinto.

A aquella famosa barricada de la Chanvrerie, sumergida hoy en una noche profunda, es a la que vamos a dar un poco de luz.

Corinto se componía de una sala baja donde estaba el mostrador, y otra sala en el segundo piso a la que se subía por una escalera de caracol que se abría al techo; en la sala baja había una trampa por donde se bajaba al sótano. La cocina dividía el entresuelo del mostrador.

Gavroche iba y venía, subía, bajaba, metía ruido, brillaba, era un torbellino. Se le veía sin cesar; se le oía continuamente; llenaba todo el espacio. La enorme barricada sentía su acción. Molestaba a los transeúntes, excitaba a los perezosos, reanimaba a los fatigados, impacientaba a los pensativos, alegraba a unos, esperanzaba o encolerizaba a otros, y ponía a todos en movimiento.

CAPÍTULO 4 LOS PREPARATIVOS

Los periódicos de la época, que han dicho que la barricada de la calle de Chanvrerie era casi inexpugnable y que llegaba al nivel del piso principal, se equivocaron. No pasaba de una altura de seis o siete pies, como término medio.

Enjolras y sus amigos hicieron dos barricadas, una en la calle Chanvrerie y, contigua a ésta, otra más pequeña en la callejuela Mondetour, oculta detrás de la taberna y que apenas se veía. Los pocos transeúntes que se atrevían a pasar en aquel momento por la calle Saint-Denis, echaban una mirada a la calle Chanvrerie, veían la barricada y apresuraban el paso.

Cuando estuvieron construidas las dos barricadas y enarbolada la bandera, se sacó una mesa fuera de la taberna; y en ella se subió Courfeyrac. Enjolras transportó un cofre cuadrado que estaba lleno de cartuchos; Courfeyrac los distribuyó. Al recibirlos temblaron los más valientes, y hubo un momento de silencio. Cada uno recibió treinta.

Muchos tenían pólvora y comenzaron a preparar más cartuchos con las balas que se fundían en la taberna. Sobre una mesa aparte, cerca de la puerta, colocaron un barril de pólvora, bien guardado. Entretanto, la convocatoria que recorría todo París a toque de tambores no cesaba, pero había terminado por no ser más que un ruido monótono del que nadie hacía caso.

Concluidas ya las barricadas, designados los puestos, cargados los fusiles, situados los centinelas, solos en aquellas calles temibles por donde no pasaba ya nadie, rodeados de aquellas casas mudas, en medio de esas sombras y de ese silencio que tenía algo trágico y aterrador, aislados, armados, resueltos, tranquilos, esperaron.

En aquellas horas de terrible espera, los amigos se buscaron y en un rincón de Corinto esos jóvenes, tan cercanos a una hora suprema, ¿qué hicieron? Escucharon los versos de amor que recitaba en voz baja Prouvaire, el poeta.

Pues el insurgente poetiza la insurrección, y era por un ideal que estaban allí; no contra Luis Felipe sino contra la monarquía, contra el dominio del hombre sobre el hombre.

Querían París sin rey y el mundo sin déspotas.

CAPÍTULO 5 EL HOMBRE RECLUTADO EN LA CALLE BILLETTES

La noche había ya caído completamente; nadie se acercaba. El plazo se prolongaba, señal de que el gobierno se tomaba su tiempo y reunía sus fuerzas. Aquellos cincuenta hombres esperaban a sesenta mil.

Gavroche, que hacía cartuchos en la sala baja, estaba muy pensativo, aunque no precisamente por sus cartuchos.

El hombre de la calle Billettes acababa de entrar y había ido a sentarse en la mesa menos alumbrada, con aire meditabundo. Tenía un fusil de munición, que sostenía entre sus piernas.

Gavroche, hasta aquel momento distraído en cien cosas "entretenidas", no lo había visto todavía. Cuando entró, le siguió maquinalmente con la vista, admirando su fusil, y cuando el hombre se sentó, se paró él de un salto. Se le aproximó, y se puso a dar vueltas en derredor suyo sobre la punta de los pies. Al mismo tiempo, en su rostro infantil, a la vez tan descarado y tan serio, tan vivo y tan profundo, tan alegre y tan dolorido, se fueron pintando sucesivamente todos esos gestos que significan: ¡Ah! ¡Bah! ¡No es posible! ¡Tengo telarañas en los ojos! ¿Será él? No, no es. Pero sí. Pero no.

Gavroche se balanceaba sobre sus talones, crispaba sus manos en los bolsillos, movía el cuello como un pájaro. Estaba estupefacto, confundido, incrédulo, convencido, trastornado. En lo más profundo de este examen se acercó a él Enjolras.

- Tú eres pequeño -le dijo-, y no serás visto. Sal de las barricadas, explora un poco las calles, y ven a decirme lo que hay.

Gavroche se enderezó al oír esto.

- ¡Los pequeños sirven, pues, para algo! ¡Qué felicidad! ¡Voy! Mientras tanto, confiad en los pequeños y desconfiad de los grandes…

Y levantando la cabeza y bajando la voz, añadió señalando al hombre de la calle Billettes:

- ¿Veis ese grandote?

- Sí.

- Es un espía.

- ¿Estás seguro?

- Aún no hace quince días que me bajó de las orejas de una cornisa del Puente Real, en donde estaba yo tomando el fresco.

Enjolras se alejó de inmediato y llamó a cuatro hombres, que fueron a colocarse detrás de la mesa en que estaba el sospechoso. Entonces Enjolras se le acercó y le preguntó:

- ¿Quién sois?

A esta brusca interrogación, el hombre se sobresaltó; dirigió una mirada a Enjolras, una mirada que penetró hasta el fondo de su cándida pupila, y pareció adivinar su pensamiento.

- ¿Sois espía? -preguntó Enjolras.

Sonrió desdeñoso, y respondió con altivez:

- Soy agente de la autoridad.

- ¿Como os llamáis?

- Javert.

Enjolras hizo una señal a los cuatro hombres, y en un abrir y cerrar de ojos, antes de que Javert tuviera tiempo de volverse, fue cogido por el cuello, derribado y registrado.

Le hallaron, aparte de su tarjeta de identificación, un papel de la Prefectura que decía: "El inspector Javert, así que haya cumplido su misión política, se asegurará, mediante una vigilancia especial, si es verdad que algunos malhechores andan vagando por las orillas del Sena, cerca del puente de Jena".

Terminado el registro levantaron a Javert; le sujetaron los brazos por detrás de la espalda y lo ataron.

- Es el ratón el que cogió al gato -le dijo Gavroche.

- Seréis fusilado dos minutos antes de que tomen la barricada -dijo Enjolras.

Javert replicó con tono altanero:

- ¿Y por qué no en seguida?

- Economizamos la pólvora.

- Entonces matadme de una puñalada.

- Espía -le dijo Enjolras-, nosotros somos jueces y no asesinos.

Después llamó a Gavroche.

- ¡Tú, vete a tu misión! ¡Haz lo que te he dicho!

- Voy -dijo Gavroche.

Y deteniéndose en el momento de partir, añadió:

- A propósito ¿me daréis su fusil? Os dejo el músico y me llevo el clarinete. El pilluelo hizo el saludo militar y saltó alegremente por una grieta de la barricada.

CAPÍTULO 6 MARIUS ENTRA EN LA SOMBRA

Aquella voz que a través del crepúsculo había llamado a Marius a la barricada de la calle de la Chanvrerie, le había producido el mismo efecto que la voz del destino. Quería morir, y se le presentaba la ocasión; llamaba a la puerta de la tumba, y una mano en la sombra le tendía la llave. Marius salió del jardín, y dijo: ¡Vamos!

El joven que le hablara se había perdido en la oscuridad de las calles.

Marius caminaba decidido, con la voluntad del hombre sin esperanza; lo habían llamado, y tenía que ir. Encontró medio de atravesar por entre la multitud y las tropas, se ocultó de las patrullas y evitó los centinelas. Oyó un tiro que no supo de dónde venía; el fogonazo atravesó la oscuridad. Pero no se detuvo.

Así llegó a la callejuela Mondetour, que era la única comunicación conservada por Enjolras con el exterior. Un poco más allá de la esquina con la calle de la Chanvrerie, distinguió el resplandor de una lamparilla, una pequeña parte de la taberna, y unos cuantos hombres acurrucados con fusiles entre las rodillas. Era el interior de la barricada.

Todo esto a pocos metros de él. Marius no tenía más que dar un paso. Entonces el desdichado joven se sentó en un adoquín, cruzó los brazos, y se echó a llorar amargamente.

¿Qué hacer? Vivir sin Cosette era imposible; y puesto que se había marchado, era preciso morir. ¿Para qué, pues, vivir? No podía además abandonar a sus amigos que lo esperaban, que quizá lo necesitaban, que eran un puñado contra un ejército. Vio abrirse ante él la guerra civil.

Pensando así, decaído pero resuelto, temblando ante lo que iba a hacer, su mirada vagaba por el interior de la barricada.

Parte Siete

LA GRANDEZA DE LA DESESPERACIÓN

CAPÍTULO 1 LA BANDERA, PRIMER ACTO

Habían dado las diez y aún no llegaba nadie. De súbito en medio de aquella calma lúgubre, se oyó en la barricada una voz clara, juvenil, alegre, que parecía provenir de la calle de Saint-Denis, y que empezó a cantar, con el tono de una antigua canción popular, otra que terminaba por un grito semejante al canto del gallo.

- Es Gavroche -dijo Enjolras.

- Nos avisa -dijo Combeferre.

Una carrera precipitada turbó el silencio de la calle desierta; Gavroche saltó con agilidad y cayó en medio de la barricada, sofocado y gritando:

- ¡Mi fusil! ¡Ahí están!

Un estremecimiento eléctrico recorrió toda la barricada; y se oyó el movimiento de las manos buscando las armas.

- ¿Quieres mi carabina? -preguntó Enjolras al pilluelo.

- Quiero el fusil grande -respondió Gavroche.

Y cogió el fusil de Javert.

Cuarenta y tres insurgentes estaban arrodillados en la gran barricada, con las cabezas a flor del parapeto, los cañones de los fusiles y de las carabinas apuntando hacia la calle. Otros seis comandados por Feuilly se habían instalado en las dos ventanas.

Pasaron así algunos instantes; después se oyó claramente el ruido de numerosos pasos acompasados. Sin embargo, no se veía nada. De repente desde la sombra una voz gritó:

- ¿Quién vive?

Enjolras respondió con acento vibrante y altanero:

- ¡Revolución Francesa!

- ¡Fuego! -repuso una voz.

Estalló una terrible detonación. La bandera roja cayó al suelo. La descarga había sido tan violenta y tan densa, que había cortado el asta. Las balas que habían rebotado en las fachadas de las casas penetraron en la barricada e hirieron a muchos hombres.

El ataque fue violento; era evidente que debían luchar contra todo un regimiento.

- Compañeros -gritó Courfeyrac-, no gastemos pólvora en balde. Esperemos a que entren en la calle para contestarles.

- Antes que nada -dijo Enjolras-, icemos de nuevo la bandera.

Precisamente había caído a sus pies, y la levantó.

Se oía afuera el ruido de la tropa cargando las armas.

Enjolras añadió:

- ¿Quién será el valiente que vuelva a clavar la bandera sobre la barricada?

Ninguno respondió. Subir a la barricada en el momento en que estaban apuntando de nuevo era morir y hasta el más decidido dudaba.

CAPÍTULO 2 LA BANDERA, SEGUNDO ACTO

Cuando después de la llegada de Gavroche cada cual ocupó su puesto de combate, no quedaron en la sala baja más que Javert, un insurgente que lo custodiaba y el señor Mabeuf, de quien nadie se acordaba. El anciano había permanecido inmóvil, como si mirara un abismo; no parecía que su pensamiento estuviera en la barricada.

En el momento del ataque, la detonación lo conmovió como una sacudida física, y como si despertara de un sueño se levantó bruscamente, atravesó la sala, y apareció en la puerta de la taberna en el momento en que Enjolras repetía por segunda vez su pregunta:

- ¿Nadie se atreve?

La presencia del anciano causó una especie de conmoción en todos los grupos.

Se dirigió hacia Enjolras; los insurgentes se apartaban a su paso con religioso temor; cogió la bandera, y sin que nadie pensara en detenerlo ni en ayudarlo, aquel anciano de ochenta años, con la cabeza temblorosa y el pie firme, empezó a subir lentamente la escalera de adoquines hecha en la barricada. A cada escalón que subía, sus cabellos blancos, su faz decrépita, su amplia frente calva y arrugada, sus ojos hundidos, su boca asombrada y abierta, con la bandera roja en su envejecido brazo, saliendo de la sombra y engrandeciéndose en la claridad sangrienta de la antorcha, parecía el espectro de 1793 saliendo de la tierra con la bandera del terror en la mano.

Cuando estuvo en lo alto del último escalón, cuando aquel fantasma tembloroso y terrible de pie sobre el montón de escombros en presencia de mil doscientos fusiles invisibles, se levantó enfrente de la muerte como si fuese más fuerte que ella, toda la barricada tomó en las tinieblas un aspecto sobrenatural y colosal.

En medio del silencio, el anciano agitó la bandera roja y gritó:

- ¡Viva la Revolución! ¡Viva la República! ¡Fraternidad, igualdad o la muerte!

La misma voz vibrante que había dicho *¿quién vive?* gritó:

- ¡Retiraos!

El señor Mabeuf, pálido, con los ojos extraviados, las pupilas iluminadas con lúgubres fulgores, levantó la bandera por encima de su frente, y repitió:

- ¡Viva la República!

- ¡Fuego! -dijo la voz.

Una segunda descarga semejante a una metralla cayó sobre la barricada.

El anciano se dobló sobre sus rodillas, después se levantó, dejó escapar la bandera de sus manos, y cayó hacia atrás sobre el suelo, inerte, y con los brazos en cruz.

Arroyos de sangre corrieron por debajo de su cuerpo. Su arrugado rostro, pálido y triste, pareció mirar al cielo.

Enjolras elevó la voz, y dijo:

- Ciudadanos: éste es el ejemplo que los viejos dan a los jóvenes. Estábamos dudando, y él se ha presentado; retrocedíamos, y él ha avanzado. ¡Ved aquí lo que los que tiemblan de vejez enseñan a los que tiemblan de miedo! Este anciano es augusto a los ojos de la patria; ha tenido una larga vida, y una magnífica muerte. ¡Retiremos ahora el cadáver, y que cada uno de nosotros lo defienda como defendería a su padre vivo; que su presencia haga inaccesible nuestra barricada!

Un murmullo de triste y enérgica adhesión siguió a estas palabras.

Enjolras levantó la cabeza del anciano y besó con solemnidad su frente; después, con tierna precaución, como si temiera hacerle daño, le quitó la levita, mostró sus sangrientos agujeros, y dijo:

- ¡Esta será nuestra bandera!

CAPÍTULO 3 GAVROCHE HABRÍA HECHO MEJOR EN TOMAR LA CARABINA DE ENJOLRAS

Se cubrió al señor Mabeuf con un largo chal negro de la dueña de la taberna; seis hombres hicieron con sus fusiles una camilla de campaña, pusieron en ella el cadáver y lo llevaron con la cabeza desnuda, con solemne lentitud, a la mesa grande de la sala baja.

Entretanto, el pequeño Gavroche, único que no había abandonado su puesto, creyó ver algunos hombres que se aproximaban como lobos a la barricada. De repente lanzó un grito. Courfeyrac, Enjolras, Juan Prouvaire, Combeferre, Joly, Bahorel y Laigle salieron en tumulto de la taberna. Se veían bayonetas ondulando por encima de la barricada.

Los granaderos de la guardia municipal penetraban en ella, empujando al pilluelo, que retrocedía sin huir.

El instante era crítico.

Era aquel primer terrible minuto de la inundación cuando el río se levanta al nivel de sus barreras, y el agua empieza a infiltrarse por las hendiduras de los diques. Un segundo más, y la barricada estaba perdida.

Bahorel se lanzó sobre el primer guardia, y lo mató de un tiro a quemarropa con su carabina; el segundo mató a Bahorel de un bayonetazo. otro había derribado a Courfeyrac que gritaba:

- ¡A mí!

El más alto de todos se dirigía contra Gavroche con la bayoneta calada.

El pilluelo cogió en sus pequeños brazos el enorme fusil de Javert, apuntó resueltamente al gigante, y dejó caer el gatillo; pero el tiro no salió. Javert no lo había cargado.

El guardia municipal lanzó una carcajada y levantó la bayoneta sobre el niño.

Pero antes que hubiera podido tocarle, el fusil se escapó de manos del soldado, y cayó de espaldas herido de un balazo en medio de la frente.

Una segunda bala daba en medio del pecho al otro guardia que había derribado a Courfeyrac. Era Marius que acababa de entrar en la barricada.

No tenía ya armas, pues sus pistolas estaban descargadas, pero había visto el barril de pólvora en la sala baja cerca de la puerta.

Al volverse hacia ese lado, le apuntó un soldado; pero en ese momento una mano agarró el cañón del fusil tapándole la boca; era el joven obrero que se había lanzado al fusil. Salió el tiro, le atravesó la mano, y tal vez el cuerpo, porque cayó al suelo, sin que la bala tocara a Marius.

Todo esto sucedió en medio del humo, y Marius apenas lo notó. Sin embargo, había visto confusamente el fusil que le apuntaba y aquella mano que lo había tapado; había oído también el tiro; pero en tales momentos, todas las cosas que se ven son nebulosas, y se siente uno impulsado hacia otra sombra mayor.

Los insurgentes, sorprendidos pero no asustados, se habían reorganizado. Por ambas partes se apuntaban a quemarropa; estaban tan cerca que podían hablarse sin elevar la voz. Cuando llegó ese momento en que va a saltar la chispa, un oficial con grandes charreteras extendió la espada y dijo:

- ¡Rendid las armas!

- ¡Fuego! -respondió Enjolras.

Las dos detonaciones partieron al mismo tiempo y todo desapareció en una nube de humo. Cuando se disipó el humo, se vio por ambos lados heridos y moribundos, pero los combatientes ocupaban sus mismos sitios y cargaban sus armas en silencio.

De repente se oyó una voz fuerte que gritaba:

- ¡Retiraos, o hago volar la barricada!

Todos se volvieron hacia el sitio de donde salía la voz. Marius había entrado en la sala baja y cogido el barril de pólvora; se aprovechó del humo y de la especie de oscura niebla que llenaba el espacio cerrado para deslizarse a lo largo de la barricada hasta el hueco de adoquines en que estaba la antorcha. Coger ésta, poner en su lugar el barril de pólvora, colocar la pila de adoquines sobre el barril cuya tapa se había abierto al momento con una especie de obediencia terrible, todo esto lo hizo Marius en un segundo.

En aquel momento todos, guardias nacionales, municipales, oficiales y soldados, apelotonados en el otro extremo de la calle, lo miraban con estupor, con el pie sobre los adoquines, la antorcha en la mano, su altivo rostro iluminado por una resolución fatal, inclinando la llama de la antorcha hacia aquel montón terrible en que se distinguía el barril de pólvora roto. Marius en aquella barricada, como lo fue el octogenario, era la visión de la juventud revolucionaria después de la aparición de la vejez revolucionaria.

Acercó la antorcha al barril de pólvora, pero ya no había nadie en el parapeto.

Los agresores, dejando sus heridos y sus muertos, se retiraban atropelladamente hacia el extremo de la calle, perdiéndose de nuevo en la oscuridad. La barricada estaba libre.

Todos rodearon a Marius.

- ¡Si no es por ti, hubiera muerto! -dijo Courfeyrac.

- ¡Sin vos me hubieran comido! -añadió Gavroche.

Marius preguntó:

- ¿Quién es el jefe?

- Tú -contestó Enjolras.

CAPÍTULO 4 LA AGONÍA DE LA MUERTE DESPUÉS DE LA AGONÍA DE LA VIDA

A pesar de que la atención de los amotinados se concentraba en la Gran barricada, que era la más atacada, Marius pensó en la barricada pequeña; fue hacia allá, y la encontró desierta. La calle Mondetour estaba absolutamente tranquila. Cuando se retiraba oyó que le llamaba una voz débil:

- ¡Señor Marius!

Se estremeció, porque reconoció la voz que lo había llamado dos horas antes en la verja de la calle Plumet. Sólo que esta voz parecía ahora un soplo. Miró en su derredor, y no vio a nadie.

- ¡Señor Marius! -repitió la voz-. Estoy a vuestros pies.

Entonces se inclinó, y vio en la sombra un bulto que se arrastraba hacia él.

La lamparilla que llevaba le permitió distinguir una blusa, un pantalón roto, unos pies descalzos y una cosa semejante a un charco de sangre. Marius entrevió un rostro pálido que se elevaba hacia él, y que le dijo:

- ¿Me reconocéis?

- No.

- Eponina.

Marius se hincó. La pobre muchacha estaba vestida de hombre.

- ¿Qué hacéis aquí?

- ¡Me muero! -dijo ella.

- ¡Estáis herida! Esperad; voy a llevaros a la sala. Allí os curarán. ¿Es grave? ¿Cómo he de cogeros para no haceros daño? ¿Padecéis mucho? ¡Dios mío! ¿Pero qué habéis venido a hacer aquí?

Y trató de pasar el brazo por debajo del cuerpo de Eponina pare levantarla, y tocó su mano. Ella dio un débil grito.

- ¿Os he hecho daño? -preguntó Marius.

- Un poco.

- Pero sólo os he tocado la mano.

Eponina acercó la mano a los ojos de Marius, y le mostró en ella un agujero negro.

- ¿Qué tenéis en la mano? -le preguntó.

- La tengo atravesada por una bala.

- ¿Cómo?

- ¿No visteis un fusil que os apuntaba?

- Sí, y una mano que lo tapó.

- Era la mía.

Marius se estremeció.

- ¡Qué locura! ¡Pobre niña! Pero si es eso, no es nada; os voy a llevar a una cama y os curarán; no se muere nadie por tener una mano atravesada.

Ella murmuró:

- La bala atravesó la mano, pero salió por la espalda. Es inútil que me mováis de aquí. Yo os diré cómo podéis curarme mejor que un cirujano: sentaos a mi lado en esta piedra.

Marius obedeció; ella puso la cabeza sobre sus rodillas, y le dijo sin mirarlo:

- ¡Ah, qué bien estoy ahora! ¡Ya no sufro!

Permaneció un momento en silencio; después, volvió con gran esfuerzo el rostro y miró a Marius.

- ¿Sabéis, señor Marius? Me daba rabia que entraseis en ese jardín; era una tontería, porque yo misma os había llevado allá y, por otra parte, yo sabía que un joven como vos…

Aquí se detuvo; y añadió con una triste sonrisa:

- Os parezco muy fea, ¿no es verdad?

Y continuó:

- ¡Ya veis! ¡Estáis perdido! Ahora nadie saldrá de la barricada. Yo os traje aquí, y vais a morir; yo lo sabía. Y, sin embargo, cuando vi que os apuntaban, puse mi mano en la boca del fusil. ¡Qué raro! Pero es que quería morir antes que vos. Cuando recibí el balazo, me arrastré y os esperaba. ¡Oh! Si supieseis… Mordía la blusa; ¡tenía tanto dolor! Pero ahora estoy bien. ¿Os acordáis de aquel día en que entré en vuestro cuarto, y del día en que os encontré en el prado? ¡Cómo cantaban los pájaros! No hace mucho tiempo. Me disteis cien sueldos, y os contesté: No quiero vuestro dinero ¿Recogisteis la moneda? No sois rico y no me acordé de deciros que la recogieseis. Hacía un sol hermoso. ¿Os acordáis, señor Marius? ¡Oh! ¡Qué feliz soy! ¡Todo el mundo va a morir!

Mientras hablaba, apoyaba la mano herida sobre el pecho, donde tenía otro agujero del cual salía a intervalos una ola de sangre. Marius contemplaba a aquella infeliz criatura con profunda compasión.

- ¡Oh! -dijo la joven de repente-. ¡Me vuelve otra vez! ¡Me ahogo!

Cogió la blusa y la mordió.

En aquel momento el grito de gallo de Gavroche resonó en la barricada. El muchacho se había subido sobre una mesa para cargar el fusil y cantaba alegremente.

Eponina se levantó y escuchó; después dijo a Marius:

- ¡Es mi hermano! Mejor que no me vea, porque me regañaría.

- ¿Vuestro hermano? -preguntó Marius, que estaba pensando con amargura en la obligación que su padre le había dejado respecto de los Thenardier-. ¿Quién es vuestro hermano?

- Ese muchacho. El que canta.

Marius hizo un movimiento como para ponerse de pie.

- ¡Oh! ¡No os vayáis! -dijo Eponina-. Ya no duraré mucho más.

Estaba casi sentada; pero su voz era muy débil y cortada por el estertor. Acercó todo lo que podía su rostro al de Marius y dijo con extraña expresión:

- Escuchad, no quiero engañaros. Tengo en el bolsillo una carta para vos desde ayer. Me encargaron que la echara al correo, y la guardé porque no quería que la recibierais. ¡Pero tal vez me odiaríais cuando nos veamos dentro de poco! Porque los muertos se vuelven a encontrar, ¿no es verdad? Tomad la carta.

Cogió convulsivamente la mano de Marius con su mano herida y la puso en el bolsillo de la blusa. Marius tocó un papel.

- Cogedlo -dijo ella.

Marius tomó la carta. Entonces Eponina hizo un gesto de satisfacción.

- Ahora prometedme por mis dolores…

Y se detuvo.

- ¿Qué? -preguntó Marius.

- ¡Prometedme!

- Os prometo.

- Prometedme darme un beso en la frente cuando muera. Lo sentiré.

Su cabeza cayó entre las rodillas de Marius y se cerraron sus párpados.

El la creyó dormida para siempre, pero de pronto Eponina abrió lentamente los ojos, que ya tenían la sombría profundidad de la muerte, y le dijo con un acento cuya dulzura parecía venir de otro mundo:

- Y mirad qué locura, señor Marius, creo que estaba un poco enamorada de vos.

Trató de sonreír y expiró.

CAPÍTULO 5 GAVROCHE, PRECISO CALCULADOR DE DISTANCIAS

Marius cumplió su promesa, y besó aquella frente lívida perlada de un sudor glacial. Un dulce adiós a un alma desdichada.

Se estremeció al mirar la carta que Eponina le había dado; sabía que era algo grave, y estaba impaciente por leerla. Así es el corazón del hombre; apenas hubo cerrado los ojos la desdichada niña, Marius sólo pensó en leer la carta.

Tendió suavemente a Eponina en el suelo y se fue a la sala baja. Algo le decía que no podía leer la carta delante del cadáver. La carta iba dirigida a la calle Verrerie, 16. Decía: *"Amor mío: Mi padre quiere que partamos en seguida. Estaremos esta noche en la calle del Hombre Armado, número 7. Dentro de ocho días estaremos en Londres. Cosette. 4 de junio."*

Lo que había pasado puede decirse en breves palabras. Desde la noche del 3 de junio, Eponina tuvo un solo proyecto: separar a Marius de Cosette. Había cambiado de harapos con el primer pilluelo con que se cruzó, el cual encontró divertido vestirse de mujer mientras Eponina se vestía de hombre.

Ella era quien había escrito a Jean Valjean en el Campo de Marte la expresiva frase "mudaos", que lo decidió a marcharse.

Cosette, aterrada con este golpe imprevisto, había escrito unas líneas a Marius. Pero, ¿cómo llevar la carta al correo? En esta ansiedad, vio a través de la verja a Eponina, vestida de hombre, que andaba rondando sin cesar alrededor del jardín. Le dio cinco francos y la carta diciéndole: *"Llevadla en seguida a su destino"*. Ya hemos visto lo que hizo Eponina.

Al día siguiente, 5 de junio, fue a casa de Courfeyrac a preguntar por Marius, no para darle la carta, sino "para ver", lo que comprenderá todo enamorado celoso. Cuando supo que iban a las barricadas, se le ocurrió la idea de buscar aquella muerte como habría buscado otra cualquiera y arrastrar a Marius. Siguió pues a Courfeyrac, se informó del sitio en que se construían las barricadas; y como estaba segura de que Marius acudiría lo mismo que todas las noches a la cita, porque no había recibido la carta, fue a la calle Plumet, esperó a Marius y le dio, en nombre de sus amigos, aquel aviso para llevarle a la barricada. Contaba con la desesperación de Marius al no encontrar a Cosette, y no se engañaba. Volvió en seguida a la calle de la Chanvrerie, donde ya hemos visto lo que hizo: morir con esa alegría trágica, propia de los corazones celosos que arrastran en su muerte al ser amado, diciendo: ¡No será de nadie!

Marius cubrió de besos la carta de Cosette. ¡Lo amaba! Por un momento creyó que ya no debía morir, pero después se dijo: Se marcha; su padre la lleva a Inglaterra, y mi abuelo me niega el permiso para casarme; la fatalidad continúa siendo la misma.

Pensó que le quedaban dos deberes que cumplir: informar a Cosette de su muerte enviándole un supremo adiós, y salvar de la catástrofe inminente que se preparaba a aquel pobre niño, hermano de Eponina e hijo de Thenardier. Escribió con lápiz estas líneas: "Nuestro matrimonio era un imposible. Hablé con mi abuelo y se opone; yo no tengo fortuna y tú tampoco. Fui a tu casa y no te encontré; ya sabes la palabra que te di, ahora la cumplo; moriré. Te amo. Cuando leas estas líneas mi alma estará cerca de ti y te sonreirá."

No teniendo con qué cerrar la carta, dobló el papel y lo dirigió a Cosette en la calle del Hombre Armado 7.

Escribió otro papel con estas líneas: "Me llamo Marius Pontmercy. Llévese mi cadáver a casa de mi abuelo el señor Gillenormand, calle de las Hijas del Calvario número 6, en el Marais".

Guardó este papel en el bolsillo de la levita, y llamó a Gavroche. El pilluelo acudió a la voz de Marius y lo miró con su rostro alegre y leal.

- ¿Quieres hacer algo por mí?

- Todo -dijo Gavroche-. ¡Dios mío! Si no hubiera sido por vos me habrían comido.

- ¿Ves esta carta?

- Sí.

- Tómala. Sal de la barricada al momento, y mañana por la mañana la llevarás a su destino, a la señorita Cosette, en casa del señor Fauchelevent, calle del Hombre Armado, número 7.

El niño, muy inquieto, contestó:

- Pero pueden tomar la barricada en esas horas, y yo no estaré aquí.

- No atacarán la barricada hasta el amanecer, según espero, y no será tomada hasta el mediodía.

- ¿Y si salgo de aquí mañana por la mañana?

- Sería tarde. La barricada será probablemente bloqueada: se cerrarán todas las calles y no podrás salir. Ve en seguida.

Gavroche no encontró nada que replicar; quedó indeciso y rascándose la oreja tristemente. De repente, con uno de esos movimientos de pájaro que tenía, cogió la carta.

- Está bien -dijo.

Y salió corriendo por la calle Mondetour.

Se le había ocurrido una idea que lo había decidido, pero no dijo nada, temiendo que Marius hiciese alguna objeción. Esta idea era la siguiente:*Apenas es medianoche, la calle del Hombre Armado no está lejos; voy a llevar la carta en seguida, y volveré a tiempo*.

CAPÍTULO 6 ESPEJO INDISCRETO

¿Qué son las convulsiones de una ciudad al lado de los motines del alma? El hombre es más profundo que el pueblo. Jean Valjean en aquel momento sentía en su interior una conmoción violenta. El abismo se había vuelto a abrir ante él, y temblaba como París en el umbral de una revolución formidable y oscura. Algunas horas habían bastado para que su destino y su conciencia se cubrieran de sombras.

La víspera de aquel día, por la noche, acompañado de Cosette y de Santos, se instaló en la calle del Hombre Armado. Jean Valjean estaba tan inquieto que no veía la tristeza de Cosette. Cosette estaba tan triste que no veía la inquietud de Jean Valjean.

Apenas llegó a la calle del Hombre Armado disminuyó su ansiedad y se fue disipando poco a poco. Durmió bien. Dicen que la noche aconseja, y puede añadirse que tranquiliza.

Al día siguiente se despertó casi alegre y hasta encontró muy bonito el comedor, que era feo. Cosette dijo que tenía jaqueca y no salió de su dormitorio.

Por la tarde, mientras comía, oyó confusamente dos o tres veces el tartamudeo de Santos que le decía:

- Señor, hay jaleo; están combatiendo en las calles.

Pero, absorto en sus luchas interiores, no hizo caso.

Más tarde, cuando se paseaba de un lado a otro, meditando, su mirada se fijó en algo extraño. Vio enfrente de sí, en un espejo inclinado que estaba sobre el aparador, estas tres líneas que leyó perfectamente:

"Amor mío: Mi padre quiere que partamos en seguida. Estaremos esta noche en la calle del Hombre Armado, número 7. Dentro de ocho días iremos a Londres. Cosette, 4 de junio."

Jean Valjean se detuvo aturdido.

¿Qué había sucedido? Cosette al llegar había puesto su carpeta sobre el aparador, delante del espejo, y en su dolorosa agonía la dejó olvidada allí sin notar que estaba abierta precisamente en la hoja de papel secante que había empleado para secar la carta.

Lo escrito había quedado marcado en el secante. El espejo reflejaba la escritura.

Jean Valjean se sintió desfallecer, dejó caer la carpeta y se recostó en el viejo sofá, al lado del aparador, con la cabeza caída, la vista vidriosa. Se dijo entonces que la luz del mundo se había apagado para siempre, que Cosette había escrito aquello a alguien, y oyó que su alma daba en medio de las tinieblas un sordo rugido.

Cosa curiosa y triste, en aquel momento, Marius no había recibido aún la carta de Cosette y la traidora casualidad se la había dado ya a Jean Valjean.

El pobre anciano no amaba ciertamente a Cosette más que como un padre; pero en aquella paternidad había introducido todos los amores de la soledad de su vida. Amaba a Cosette como hija, como madre, como hermana; y como no había tenido nunca ni amante ni esposa, este sentimiento se había mezclado con los demás, vagamente, puro con toda la pureza de la ceguedad, espontáneo, celestial, angélico, divino; más bien como instinto que como sentimiento. El amor, propiamente tal, estaba en su gran ternura para Cosette, y era como el filón de una montaña, tenebroso y virgen.

Entre ambos no era posible ninguna unión, ni aun la de las almas, y, sin embargo, sus destinos estaban enlazados. Exceptuando a Cosette, es decir, a una niña, no tenía en su larga vida nada que amar. Jean Valjean era un padre para Cosette; padre extrañamente formado del abuelo, del hijo, del hermano y del marido que había en él.

Así, cuando vio que todo estaba concluido, que se le escapaba de las manos; cuando tuvo ante los ojos esta evidencia terrible -otro es el objeto de su corazón, otro tiene su amor y yo no soy más que su padre- experimentó un dolor que traspasó los límites de lo posible. Sintió hasta la raíz de sus cabellos el horrible despertar del egoísmo, y lanzó un solo grito: ¡yo!

Jean Valjean volvió a coger el secante, y quedó petrificado leyendo aquellas tres líneas irrecusables. Sintió que se derrumbaba toda su alma. Su instinto no dudó un momento. Reunió algunas circunstancias, algunas fechas, ciertos rubores y palideces de Cosette, y se dijo:

- Es él.

No sabía su nombre, pero en su desesperación adivinó quién era: el joven que rondaba en el Luxemburgo.

Entonces ese hombre regenerado, ese hombre que había luchado tanto por su alma, que había hecho tantos esfuerzos por transformar toda su miseria y toda su desgracia en amor, miró dentro de sí y vio un espectro, el Odio.

Los grandes dolores descorazonan al ser humano. En la juventud, su visita es lúgubre, más tarde, es siniestra. ¡Si cuando la sangre bulle, cuando los cabellos son negros, cuando la cabeza está erguida, cuando el corazón enamorado puede recibir amor, cuando está todo el porvenir en la mano, si entonces la desesperación es algo estremecedor, qué será esa desesperación para el anciano, cuando los años se precipitan sobre él cada vez más descoloridos, cuando a esa hora crepuscular comienza a ver las estrellas de la tumba!

Entró Santos y le preguntó:

- ¿No me habéis dicho que estaban combatiendo?

- ¡Así es, señor! -contestó Santos-. Hacia SaintMerry.

Hay movimientos maquinales que provienen, a pesar nuestro, del pensamiento más profundo. Sin duda a impulsos de algo de que apenas tuvo conciencia, Jean Valjean salió a la calle cinco minutos después. Llevaba la cabeza descubierta; se sentó en el escalón de la puerta de su casa y se puso a escuchar.

Era ya de noche.

CAPÍTULO 7 EL PILLUELO ES ENEMIGO DE LAS LUCES

¿Cuánto tiempo pasó así? El farolero vino, como siempre, a encender el farol que estaba colocado precisamente enfrente de la puerta número 7, y se fue.

Escuchó violentas descargas; era probablemente el ataque de la barricada de la calle de la Chanvrerie, rechazado por Marius.

El continuó su tenebroso diálogo consigo mismo.

De súbito levantó los ojos; alguien andaba por la calle; oía los pasos muy cerca; miró a la luz del farol, y por el lado de la calle que va a los Archivos, descubrió la silueta de un muchacho con el rostro radiante de alegría.

Gavroche acababa de entrar en la calle del Hombre Armado.

Iba mirando al aire, como buscando algo. Veía perfectamente a Jean Valjean, pero no hacía caso alguno de él.

Jean Valjean se sintió irresistiblemente impulsado a hablar a aquel muchachillo.

- Niño -le dijo-, ¿qué tienes?

- Hambre -contestó secamente Gavroche, y añadió-: El niño seréis vos.

Jean Valjean metió la mano en el bolsillo, y sacó una moneda de cinco francos.

Pero Gavroche, que pasaba con rapidez de un gesto a otro, acababa de coger una piedra. Había visto el farol.

- ¡Cómo es esto! -exclamó-. Todavía tenéis aquí faroles; estáis muy atrasados, amigos. Esto es un desorden. Rompedme ese farol.

La calle quedó a oscuras, y los vecinos se asomaron a las ventanas, furiosos. Jean Valjean se acercó a Gavroche.

- ¡Pobrecillo! -dijo a media voz, y hablando consigo mismo-; tiene hambre.

Y le puso la moneda de cinco francos en la mano.

Gavroche levantó los ojos asombrado de la magnitud de aquella moneda; la miró en la oscuridad y le deslumbró su blancura. Conocía de oídas las monedas de cinco francos y le gustaba su reputación; quedó, pues encantado de ver una, mirándola extasiado por algunos momentos; después se volvió a Jean Valjean, extendió el brazo para devolverle la moneda y le dijo majestuosamente:

- Ciudadano, me gusta más romper los faroles. Tomad vuestra fiera; a mí no se me compra.

- ¿Tienes madre? -le preguntó Jean Valjean.

Gavroche respondió:

- Tal vez más que vos.

- Pues bien -dijo Jean Valjean-, guarda ese dinero para tu madre.

Gavroche se sintió conmovido. Además había notado que el hombre que le hablaba no tenía sombrero, y esto le inspiraba confianza.

- ¿De verdad no es esto para que no rompa los faroles?

- Rompe todo lo que quieras.

- Sois todo un hombre -dijo Gavroche.

Y se guardó el napoleón en el bolsillo.

Como aumentara poco a poco su confianza, preguntó:

- ¿Vivís en esta calle?

- Sí. ¿Por qué?

- ¿Podríais decirme cuál es el número 7?

- ¿Para qué quieres saber el número 7?

El muchacho se detuvo, temió haber dicho demasiado y se metió los dedos entre los cabellos, limitándose a contestar:

- Para saberlo.

Una repentina idea atravesó la mente de Jean Valjean; la angustia tiene momentos de lucidez. Dirigiéndose al pilluelo le preguntó:

- ¿Eres tú el que trae una carta que estoy esperando?

- ¿Vos? -dijo Gavroche-. No sois mujer.

- ¿La carta es para la señorita Cosette, no es verdad?

- ¿Cosette? -murmuró Gavroche-; sí, creo que es ese endiablado nombre.

- Pues bien -añadió Jean Valjean-; yo debo recibir la carta para llevársela. Dámela.

- ¿Entonces deberéis saber que vengo de la barricada?

- Sin duda.

Gavroche metió la mano en uno de sus bolsillos, y sacó un papel con cuatro dobleces.

- Este despacho -dijo- viene del Gobierno Provisional.

- Dámelo.

- No creáis que es una carta de amor; es para una mujer, pero es para el pueblo. Nosotros peleamos, pero respetamos a las mujeres.

- Dámela.

- ¡Tomad!

- ¿Hay que llevar respuesta a Saint-Merry?

- ¡Ahí sí que la haríais buena! Esta carta viene de la barricada de la Chanvrerie, y allá me vuelvo. Buenas noches, ciudadano.

Y, dicho esto, se fue, o por mejor decir, voló como un pájaro escapado de la jaula hacia el sitio de donde había venido. Algunos minutos después el ruido de un vidrio roto y el estruendo de un farol cayendo al suelo, despertaron otra vez a los indignados vecinos. Era Gavroche que pasaba por la calle Chaume.

CAPÍTULO 8 MIENTRAS COSETTE DORMÍA

Jean Valjean entró en su casa con la carta de Marius. Subió la escalera a tientas, abrió y cerró suavemente la puerta, consumió tres o cuatro pajuelas antes de encender la luz, ¡tanto le temblaba la mano!, porque había algo de robo en lo que acababa de hacer. Por fin encendió la vela, desdobló el papel y leyó.

En las emociones violentas no se lee, se atrapa el papel, se le oprime como a una víctima, se le estruja, se le clavan las uñas de la cólera o de la alegría, se corre hacia el fin, se salta el principio; la atención es febril, comprende algo, un poco, lo esencial, se apodera de un punto, y todo lo demás desaparece. En la carta de Marius a Cosette, Jean Valjean no vio más que esto: "… Muero. Cuando leas esto, mi alma estará a tu lado".

Al leer estas dos líneas, sintió un deslumbramiento horrible; tenía ante sus ojos este esplendor: la muerte del ser aborrecido.

Dio un terrible grito de alegría interior. Todo estaba ya concluido. El desenlace llegaba más pronto de lo que esperaba. El ser que oponía un obstáculo a su destino desaparecía y desaparecía por sí mismo, libremente, de buena voluntad, sin que él hiciera nada; sin que fuera culpa suya, ese hombre iba a morir, quizá había ya muerto. Pero empezó a reflexionar su mente febril. *No* -se dijo-, *todavía no ha muerto. Esta carta fue escrita para que Cosette la lea mañana por la mañana; después de las descargas que escuché entre once y doce no ha habido nada; la barricada no será atacada hasta el amanecer; pero es igual, desde el momento en que ese hombre se mezcló en esta guerra está perdido, será arrastrado por su engranaje.*

Se sintió liberado. Estaría de nuevo solo con Cosette; cesaba la competencia, empezaba el porvenir. Bastaba con que guardara la carta en el bolsillo, y Cosette no sabría nunca lo que había sido de ese hombre.

- Ahora hay que dejar que las cosas se cumplan -murmuró-. No puede escapar. Si aún no ha muerto, va a morir pronto. ¡Qué felicidad!

Sin embargo, prosiguió su meditación con aire taciturno.

Una hora después, Jean Valjean salía vestido de guardia nacional y armado. Llevaba un fusil cargado y una cartuchera llena.

25. HISTORIA DE LA VIDA DEL BUSCÓN, LLAMADO DON PABLOS, EJEMPLO DE VAGABUNDOS Y ESPEJO DE TACAÑOS (FRANCISCO DE QUEVEDO)

ÍNDICE

1. En que cuenta quién es el Buscón
2. De cómo fue a la escuela y lo que en ella le sucedió
3. De cómo fue a un pupilaje por criado de don Diego Coronel
4. De la convalecencia y ida a estudiar a Alcalá de Henares
5. De la entrada de Alcalá, patente y burlas que le hicieron por nuevo
6. De las crueldades de la ama, y travesuras que hizo
7. De la ida de don Diego, y nuevas de la muerte de su padre y madre, y la resolución que tomó en sus cosas para adelante.
8. Libro Segundo
9. De lo que le sucedió hasta llegar a Madrid, con un poeta
10. De lo que hizo en Madrid, y lo que le sucedió hasta llegar a Cercedilla, donde durmió
11. Del hospedaje de su tío, y visitas; la cobranza de su hacienda y vuelta a la corte
12. De su huida, y los sucesos en ella hasta la Corte
13. En que prosigue el camino y lo prometido de su vida y costumbres
14. De lo que le sucedió en la Corte luego que llegó hasta que amaneció
15. En que prosigue la materia comenzada y cuenta algunos raros sucesos
16. En que prosigue la misma materia, hasta dar con todos en la cárcel
17. En que trata los sucesos de la cárcel, hasta salir la vieja azotada, los compañeros a la vergüenza y él en fiado.
18. De cómo tomó posada, y la desgracia que le sucedió en ella
19. Prosigue el cuento, con otros varios sucesos
20. En que se prosigue lo mismo, con otros sucesos y desgracias que le sucedieron
21. De su cura y otros sucesos peregrinos
22. En que se hace representante, poeta y galán de monjas
23. De lo que le sucedió en Sevilla hasta embarcarse a Indias

Capítulo Uno

EN QUE CUENTA QUIÉN ES EL BUSCÓN

Yo, señora, soy de Segovia. Mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo pueblo; Dios le tenga en el cielo. Fue, tal como todos dicen, de oficio barbero, aunque eran tan altos sus pensamientos que se corría de que le llamasen así, diciendo que él era tundidor de mejillas y sastre de barbas. Dicen que era de muy buena cepa, y según él bebía es cosa para creer. Estuvo casado con Aldonza de San Pedro, hija de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal. Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja, aun viéndola con canas y rota, aunque ella, por los nombres y sobrenombres de sus pasados, quiso esforzar que era descendiente de la gloria. Tuvo muy buen parecer para letrado; mujer de amigas y cuadrilla, y de pocos enemigos, porque hasta los tres del alma no los tuvo por tales; persona de valor y conocida por quien era. Padeció grandes trabajos recién casada, y aun después, porque malas lenguas daban en decir que mi padre metía el dos de bastos para sacar el as de oros. Probósele que a todos los que hacía la barba a navaja, mientras les daba con el agua levantándoles la cara para el lavatorio, un mi hermanico de siete años les sacaba muy a su salvo los tuétanos de las faldriqueras. Murió el angelico de unos azotes que le dieron en la cárcel. Sintiólo mucho mi madre, por ser tal que robaba a todos las voluntades. Por estas y otras niñerías estuvo preso, y rigores de justicia, de que hombre no se puede defender, le sacaron por las calles. En lo que toca de medio abajo tratáronle aquellos señores regaladamente. Iba a la brida en bestia segura y de buen paso, con mesura y buen día. Mas de medio arriba, etcétera, que no hay más que decir para quien sabe lo que hace un pintor de suela en unas costillas. Diéronle doscientos escogidos, que de allí a seis años se le contaban por encima de la ropilla. Más se movía el que se los daba que él, cosa que pareció muy bien; divirtióse algo con las alabanzas que iba oyendo de sus buenas carnes, que le estaba de perlas lo colorado.

Mi madre, pues, ¡no tuvo calamidades! Un día, alabándomela una vieja que me crió, decía que era tal su agrado que hechizaba a cuantos la trataban. Y decía, no sin sentimiento:

—En su tiempo, hijo, eran los virgos como soles, unos amanecidos y otros puestos, y los más en un día mismo amanecidos y puestos.

Hubo fama que reedificaba doncellas, resuscitaba cabellos encubriendo canas, empreñaba piernas con pantorrillas postizas. Y con no tratarla nadie que se le cubriese pelo, solas las calvas se la cubría, porque hacía cabelleras; poblaba quijadas con dientes; al fin vivía de adornar hombres y era remendona de cuerpos. Unos la llamaban zurcidora de gustos, otros, algebrista de voluntades desconcertadas; otros, juntona; cuál la llamaba enflautadora de miembros y cuál tejedora de carnes y por mal nombre alcahueta. Para unos era tercera, primera para otros y flux para los dineros de todos. Ver, pues, con la cara de risa que ella oía esto de todos era para dar mil gracias a Dios.

Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre a quién había de imitar en el oficio, mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué a uno ni a otro. Decíame mi padre:

—Hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica sino liberal.

Y de allí a un rato, habiendo suspirado, decía de manos:

—Quien no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y jueces nos aborrecen tanto? Unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan…, no lo puedo decir sin lágrimas (lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las que le habían batanado las costillas). Porque no querrían que donde están hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros. Mas de todo nos libró la buena astucia. En mi mocedad siempre andaba por las iglesias, y no de puro buen cristiano. Muchas veces me hubieran llorado en el asno si hubiera cantado en el potro. Nunca confesé sino cuando lo mandaba la Santa Madre Iglesia. Preso estuve por pedigüeño en caminos y a pique de que me esteraran el tragar y de acabar todos mis negocios con diez y seis maravedís: diez de soga y seis de cáñamo. Mas de todo me ha sacado el punto en boca, el chitón y los nones. Y con esto y mi oficio, he sustentado a tu madre lo más honradamente que he podido.

—¿Cómo a mí sustentado? —dijo ella con grande cólera. Yo os he sustentado a vos, y sacádoos de las cárceles con industria y mantenídoos en ellas con dinero. Si no confesábades, ¿era por vuestro ánimo o por las bebidas que yo os daba? ¡Gracias a mis botes! Y si no temiera que me habían de oír en la calle, yo dijera lo de cuando entré por la chimenea y os saqué por el tejado.

Metílos en paz diciendo que yo quería aprender virtud resueltamente y ir con mis buenos pensamientos adelante, y que para esto me pusiesen a la escuela, pues sin leer ni escribir no se podía hacer nada. Parecióles bien lo que decía, aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre se entró adentro y mi padre fue a rapar a uno (así lo dijo él) no sé si la barba o la bolsa; lo más ordinario era uno y otro. Yo me quedé solo, dando gracias a Dios porque me hizo hijo de padres tan celosos de mi bien.

Capítulo Dos

DE CÓMO FUE A LA ESCUELA Y LO QUE EN ELLA LE SUCEDIÓ

A otro día ya estaba comprada la cartilla y hablado el maestro. Fui, señora, a la escuela; recibióme muy alegre diciendo que tenía cara de hombre agudo y de buen entendimiento. Yo, con esto, por no desmentirle di muy bien la lición aquella mañana. Sentábame el maestro junto a sí, ganaba la palmatoria los más días por venir antes y íbame el postrero por hacer algunos recados a la señora, que así llamábamos la mujer del maestro. Teníalos a todos con semejantes caricias obligados; favorecíanme demasiado, y con esto creció la envidia en los demás niños. Llegábame de todos, a los hijos de caballeros y personas principales, y particularmente a un hijo de don Alonso Coronel de Zúñiga, con el cual juntaba meriendas. Íbame a su casa a jugar los días de fiesta y acompañábale cada día. Los otros, o que porque no les hablaba o que porque les parecía demasiado punto el mío, siempre andaban poniéndome nombres tocantes al oficio de mi padre. Unos me llamaban don Navaja, otros don Ventosa; cuál decía, por disculpar la invidia, que me quería mal porque mi madre le había chupado dos hermanitas pequeñas de noche; otro decía que a mi padre le habían llevado a su casa para que la limpiase de ratones (por llamarle gato). Unos me decían «zape» cuando pasaba y otros «miz». Cuál decía:

—Yo la tiré dos berenjenas a su madre cuando fue obispa.

Al fin, con todo cuanto andaban royéndome los zancajos, nunca me faltaron, gloria a Dios. Y aunque yo me corría disimulaba; todo lo sufría, hasta que un día un muchacho se atrevió a decirme a voces hijo de una puta y hechicera; lo cual, como me lo dijo tan claro (que aun si lo dijera turbio no me diera por entendido) agarré una piedra y descalabréle. Fuime a mi madre corriendo que me escondiese; contéla el caso; díjome:

—Muy bien hiciste; bien muestras quién eres; sólo anduviste errado en no preguntarle quién se lo dijo.

Cuando yo oí esto, como siempre tuve altos pensamientos, volvíme a ella y roguéla me declarase si le podía desmentir con verdad o que me dijese si me había concebido a escote entre muchos o si era hijo de mi padre. Rióse y dijo:

—¡Ah, noramaza! ¿Eso sabes decir? No serás bobo; gracia tienes. Muy bien hiciste en quebrarle la cabeza, que esas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir.

Yo con esto quedé como muerto y dime por novillo de legítimo matrimonio, determinado de coger lo que pudiese en breves días y salirme de en casa de mi padre: tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé, fue mi padre, curó al muchacho, apaciguólo y volvióme a la escuela, adonde el maestro me recibió con ira hasta que, oyendo la causa de la riña, se le aplacó el enojo considerando la razón que había tenido.

En todo esto, siempre me visitaba aquel hijo de don Alonso de Zúñiga, que se llamaba don Diego, porque me quería bien naturalmente, que yo trocaba con él los peones si eran mejores los míos, dábale de lo que almorzaba y no le pedía de lo que él comía, comprábale estampas, enseñábale a luchar, jugaba con él al toro, y entreteníale siempre. Así que los más días, sus padres del caballerito, viendo cuánto le regocijaba mi compañía, rogaban a los míos que me dejasen con él a comer y cenar y aun a dormir los más días.

Sucedió, pues, uno de los primeros que hubo escuela por Navidad, que viniendo por la calle un hombre que se llamaba Poncio de Aguirre, el cual tenía fama de confeso, que el don Dieguito me dijo:

—Hola, llámale Poncio Pilato y echa a correr.

Yo, por darle gusto a mi amigo, llaméle Poncio Pilato. Corrióse tanto el hombre que dio a correr tras mí con un cuchillo desnudo para matarme, de suerte que fue forzoso meterme huyendo en casa de mi maestro dando gritos. Entró el hombre tras mí y defendióme el maestro de que no me matase, asegurándole de castigarme. Y así luego (aunque señora le rogó por mí, movida de lo que yo la servía, no aprovechó), mandóme desatacar y azotándome, decía tras cada azote:

—¿Diréis más Poncio Pilato?

Yo respondía:

—No, señor.

Y respondílo veinte veces a otros tantos azotes que me dio. Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato y con tal miedo, que mandándome el día siguiente decir, como solía, las oraciones a los otros, llegando al Credo (advierta V. Md. la inocente malicia), al tiempo de decir «padeció so el poder de Poncio Pilato», acordándome que no había de decir más Pilatos, dije: «padeció so el poder de Poncio de Aguirre». Dióle al maestro tanta risa de oír mi simplicidad y de ver el miedo que le había tenido, que me abrazó y dio una firma en que me perdonaba de azotes las dos primeras veces que los mereciese. Con esto fui yo muy contento.

En estas niñeces pasé algún tiempo aprendiendo a leer y escribir. Llegó (por no enfadar) el de unas Carnestolendas, y trazando el maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese rey de gallos. Echamos suertes entre doce señalados por él y cúpome a mí. Avisé a mis padres que me buscasen galas.

Llegó el día y salí en uno como caballo, mejor dijera en un cofre vivo, que no anduvo en peores pasos Roberto el diablo, según andaba él. Era rucio, y rodado el que iba encima por lo que caía en todo. La edad no hay que tratar, biznietos tenía en tahonas. De su raza no sé más de que sospecho era de judío según era medroso y desdichado. Iban tras mí los demás niños todos aderezados.

Pasamos por la plaza (aun de acordarme tengo miedo), y llegando cerca de las mesas de las verduras (Dios nos libre), agarró mi caballo un repollo a una, y ni fue visto ni oído cuando lo despachó a las tripas, a las cuales, como iba rodando por el gaznate, no llegó en mucho tiempo. La bercera (que siempre son desvergonzadas) empezó a dar voces; llegáronse otras y con ellas pícaros, y alzando zanahorias, garrofales, nabos frisones, tronchos y otras legumbres, empiezan a dar tras el pobre rey. Yo, viendo que era batalla nabal y que no se había de hacer a caballo, comencé a apearme; mas tal golpe me le dieron al caballo en la cara que, yendo a empinarse, cayó conmigo en una (hablando con perdón) privada. Púseme cual V. Md. puede imaginar. Ya mis muchachos se habían armado de piedras y daban tras las revendederas y descalabraron dos.

Yo, a todo esto, después que caí en la privada, era la persona más necesaria de la riña. Vino la justicia, comenzó a hacer información, prendió a berceras y muchachos mirando a todos qué armas tenían y quitándoselas, porque habían sacado algunos dagas de las que traían por gala y otros espadas pequeñas. Llegó a mí, y viendo que no tenía ningunas, porque me las habían quitado y metídolas en una casa a secar con la capa y sombrero, pidióme, como digo, las armas, al cual respondí, todo sucio, que si no eran ofensivas contra las narices, que yo no tenía otras. Quiero confesar a V. Md. que cuando me empezaron a tirar los tronchos, nabos, etcétera, que, como yo llevaba plumas en el sombrero, entendiendo que me habían tenido por mi madre y que la tiraban, como habían hecho otras veces, como necio y muchacho, empecé a decir: «Hermanas, aunque llevo plumas, no soy Aldonza de San Pedro, mi madre» (como si ellas no lo echaran de ver por el talle y rostro). El miedo me disculpó la ignorancia, y el sucederme la desgracia tan de repente.

Pero, volviendo al alguacil, quísome llevar a la cárcel, y no me llevó porque no hallaba por donde asirme (tal me había puesto del lodo). Unos se fueron por una parte y otros por otra, y yo me vine a mi casa desde la plaza martirizando cuantas narices topaba en el camino. Entré en ella, conté a mis padres el suceso, y corriéronse tanto de verme de la manera que venía que me quisieron maltratar. Yo echaba la culpa a las dos leguas de rocín exprimido que me dieron. Procuraba satisfacerlos, y, viendo que no bastaba, salíme de su casa y fuime a ver a mi amigo don Diego, al cual hallé en la suya descalabrado, y a sus padres resueltos por ello de no enviarle más a la escuela. Allí tuve nuevas de cómo mi rocín, viéndose en aprieto, se esforzó a tirar dos coces, y de puro flaco se le desgajaron las dos piernas y se quedó sembrado para otro año en el lodo, bien cerca de expirar.

Viéndome, pues, con una fiesta revuelta, un pueblo escandalizado, los padres corridos, mi amigo descalabrado y el caballo muerto, determinéme de no volver más a la escuela ni a casa de mis padres, sino de quedarme a servir a don Diego o, por mejor decir, en su compañía, y esto con gran gusto de los suyos, por el que daba mi amistad al niño. Escribí a mi casa que yo no había menester más ir a la escuela porque, aunque no sabía bien escribir, para mi intento de ser caballero lo que se requería era escribir mal, y que así, desde luego renunciaba la escuela por no darles gasto y su casa para ahorrarlos de pesadumbre. Avisé de dónde y cómo quedaba y que hasta que me diesen licencia no los vería.

Capítulo Tres

DE CÓMO FUE A UN PUPILAJE POR CRIADO DE DON DIEGO CORONEL

Determinó, pues, don Alonso de poner a su hijo en pupilaje, lo uno por apartarle de su regalo, y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que había en Segovia un licenciado Cabra que tenía por oficio el criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo y a mí para que le acompañase y sirviese.

Entramos, primero domingo después de Cuaresma, en poder de la hambre viva, porque tal laceria no admite encarecimiento. Él era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle, una cabeza pequeña, los ojos avecindados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos, tan hundidos y oscuros que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz, de cuerpo de santo, comido el pico, entre Roma y Francia, porque se le había comido de unas búas de resfriado, que aun no fueron de vicio porque cuestan dinero; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que de pura hambre parecía que amenazaba a comérselas; los dientes, le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagamundos se los habían desterrado; el gaznate largo como de avestruz, con una nuez tan salida que parecía se iba a buscar de comer forzada de la necesidad; los brazos secos; las manos como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de medio abajo parecía tenedor o compás, con dos piernas largas y flacas. Su andar muy espacioso; si se descomponía algo, le sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro. La habla ética, la barba grande, que nunca se la cortaba por no gastar, y él decía que era tanto el asco que le daba ver la mano del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese. Cortábale los cabellos un muchacho de nosotros. Traía un bonete los días de sol ratonado con mil gateras y guarniciones de grasa; era de cosa que fue paño, con los fondos en caspa. La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra y desde lejos entre azul. Llevábala sin ceñidor; no traía cuello ni puños. Parecía, con esto y los cabellos largos y la sotana y el bonetón, teatino lanudo. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. Pues ¿su aposento? Aun arañas no había en él. Conjuraba los ratones de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba. La cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado por no gastar las sábanas. Al fin, él era archipobre y protomiseria.

A poder de éste, pues, vine, y en su poder estuve con don Diego, y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que aun por no gastar tiempo no duró más. Díjonos lo que habíamos de hacer. Estuvimos ocupados en esto hasta la hora de comer. Fuimos allá; comían los amos primero y servíamos los criados.

El refectorio era un aposento como medio celemín. Sentábanse a una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos, y como no los vi, pregunté que cómo no los había a un criado antiguo, el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó a enternecerse, y dijo:

—¿Cómo gatos? Pues ¿quién os ha dicho a vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo. ¿Qué tiene esto de refectorio de Jerónimos para que se críen aquí?

Yo, con esto, me comencé a afligir, y más me susté cuando advertí que todos los que vivían en el pupilaje de antes estaban como leznas, con unas caras que parecía se afeitaban con diaquilón. Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendición. Comieron una comida eterna, sin principio ni fin. Trujeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una de ellas peligrara Narciso más que en la fuente. Noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban a nado tras un garbanzo huérfano y solo que estaba en el suelo. Decía Cabra a cada sorbo:

—Cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula.

Y, sacando la lengua, la paseaba por los bigotes, lamiéndoselos, con que dejaba la barba pavonada de caldo. Acabando de decirlo, echóse su escudilla a pechos, diciendo:

—Todo esto es salud, y otro tanto ingenio.

—¡Mal ingenio te acabe!, decía yo entre mí, cuando vi un mozo medio espíritu y tan flaco, con un plato de carne en las manos que parecía que la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero a vueltas de la carne (apenas), y dijo el maestro en viéndole:

—¿Nabo hay? No hay perdiz para mí que se le iguale. Coman, que me huelgo de verlos comer.

Y tomando el cuchillo por el cuerno, picóle con la punta y asomándole a las narices, trayéndole en procesión por la portada de la cara, meciendo la cabeza dos veces, dijo:

—Conforta realmente, y son cordiales.

Que era grande adulador de las legumbres. Repartió a cada uno tan poco carnero que entre lo que se les pegó en las uñas y se les quedó entre los dientes, pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba y decía:

—Coman, que mozos son y me huelgo de ver sus buenas ganas.

¡Mire V. Md. qué aliño para los que bostezaban de hambre! Acabaron de comer y quedaron unos mendrugos en la mesa, y en el plato dos pellejos y unos huesos, y dijo el pupilero:

—Quede esto para los criados, que también han de comer; no lo queramos todo.

—¡Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado —decía yo—, que tal amenaza has hecho a mis tripas!

Echó la bendición, y dijo:

—Ea, demos lugar a la gentecilla que se repapile, y váyanse hasta las dos a hacer ejercicio, no les haga mal lo que han comido.

Entonces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho y díjome que aprendiese modestia y tres o cuatro sentencias viejas y fuese.

Sentámonos nosotros, y yo, que vi el negocio malparado y que mis tripas pedían justicia, como más sano y más fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres medrugos los dos y el un pellejo. Comenzaron los otros a gruñir; al ruido entró Cabra, diciendo:

—Coman como hermanos, pues Dios les da con qué. No riñan, que para todos hay.

Volvióse al sol y dejónos solos. Certifico a V. Md. que vi al uno de ellos, que se llamaba Jurre, vizcaíno, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces a los ojos, y entre tres no le acertaban a encaminar las manos a la boca. Pedí yo de beber, que los otros, por estar casi en ayunas, no lo hacían, y diéronme un vaso con agua, y no le hube bien llegado a la boca, cuando, como si fuera lavatorio de comunión, me le quitó el mozo espiritado que dije. Levantéme con grande dolor de mi alma, viendo que estaba en casa donde se brindaba a las tripas y no hacían la razón. Diome gana de descomer, aunque no había comido, digo, de proveerme, y pregunté por las necesarias a un antiguo, y díjome:

—Como no lo son en esta casa, no las hay. Para una vez que os proveeréis mientras aquí estuviéredes, dondequiera podréis; que aquí estoy dos meses ha y no he hecho tal cosa sino el día que entré, como ahora vos, de lo que cené en mi casa la noche antes.

¿Cómo encareceré yo mi tristeza y pena? Fue tanta, que considerando lo poco que había de entrar en mi cuerpo, no osé, aunque tenía gana, echar nada de él. Entretuvímonos hasta la noche. Decíame don Diego que qué haría él para persuadir a las tripas que habían comido, porque no lo querían creer. Andaban vahídos en aquella casa como en otras ahítos.

Llegó la hora de cenar; pasóse la merienda en blanco, y la cena ya que no se pasó en blanco, se pasó en moreno: pasas y almendras y candil y dos bendiciones, porque se dijese que cenábamos con bendición. «Es cosa saludable (decía) cenar poco, para tener el estómago desocupado», y citaba una retahíla de médicos infernales. Decía alabanzas de la dieta y que se ahorraba un hombre de sueños pesados, sabiendo que en su casa no se podía soñar otra cosa sino que comían. Cenaron y cenamos todos y no cenó ninguno.

Fuímonos a acostar y en toda la noche pudimos yo ni don Diego dormir, él trazando de quejarse a su padre y pedir que le sacase de allí y yo aconsejándole que lo hiciese; aunque últimamente le dije:

—Señor, ¿sabéis de cierto si estamos vivos? Porque yo imagino que en la pendencia de las berceras nos mataron, y que somos ánimas que estamos en el Purgatorio. Y así, es por demás decir que nos saque vuestro padre, si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones y nos saca de penas con alguna misa en altar previlegiado.

Entre estas pláticas y un poco que dormimos, se llegó la hora de levantar. Dieron las seis y llamó Cabra a lición; fuimos y oímosla todos. Mandáronme leer el primer nominativo a los otros, y era de manera mi hambre que me desayuné con la mitad de las razones, comiéndomelas. Y todo esto creerá quien supiere lo que me contó el mozo de Cabra, diciendo que una Cuaresma topó muchos hombres, unos metiendo los pies, otros las manos y otros todo el cuerpo en el portal de su casa, y esto por muy gran rato, y mucha gente que venía a sólo aquello de fuera; y preguntando a uno un día que qué sería (porque Cabra se enojó de que se lo preguntase) respondió que los unos tenían sarna y los otros sabañones y que en metiéndolos en aquella casa morían de hambre, de manera que no comían desde allí adelante. Certificóme que era verdad, y yo, que conocí la casa, lo creo. Dígolo porque no parezca encarecimiento lo que dije. Y volviendo a la lición, diola y decorámosla. Y prosiguió siempre en aquel modo de vivir que he contado. Sólo añadió a la comida tocino en la olla, por no sé qué que le dijeron un día de hidalguía allá fuera. Y así, tenía una caja de hierro, toda agujerada como salvadera, abríala y metía un pedazo de tocino en ella que la llenase y tornábala a cerrar y metíala colgando de un cordel en la olla, para que la diese algún zumo por los agujeros y quedase para otro día el tocino. Parecióle después que en esto se gastaba mucho, y dio en sólo asomar el tocino a la olla. Dábase la olla por entendida del tocino y nosotros comíamos algunas sospechas de pernil. Pasábamoslo con estas cosas como se puede imaginar.

Don Diego y yo nos vimos tan al cabo que, ya que para comer al cabo de un mes no hallábamos remedio, le buscamos para no levantarnos de mañana; y así, trazamos de decir que teníamos algún mal. No osamos decir calentura, porque no la teniendo era fácil de conocer el enredo. Dolor de cabeza u muelas era poco estorbo. Dijimos al fin que nos dolían las tripas y que estábamos muy malos de achaque de no haber hecho de nuestras personas en tres días, fiados en que a trueque de no gastar dos cuartos en una melecina, no buscaría el remedio. Mas ordenólo el diablo de otra suerte, porque tenía una que había heredado de su padre, que fue boticario. Supo el mal, y tomóla y aderezó una melecina, y haciendo llamar una vieja de setenta años, tía suya, que le servía de enfermera, dijo que nos echase sendas gaitas. Empezaron por don Diego; el desventurado atajóse, y la vieja, en vez de echársela dentro, disparósela por entre la camisa y el espinazo y diole con ella en el cogote, y vino a servir por defuera de guarnición la que dentro había de ser aforro. Quedó el mozo dando gritos; vino Cabra y, viéndolo, dijo que me echasen a mí la otra, que luego tornarían a don Diego. Yo me resistía, pero no me valió, porque, teniéndome Cabra y otros, me la echó la vieja, a la cual de retorno di con ella en toda la cara. Enojóse Cabra conmigo y dijo que él me echaría de su casa, que bien se echaba de ver que era bellaquería todo. Yo rogaba a Dios que se enojase tanto que me despidiese, mas no lo quiso mi ventura.

Capítulo Cuatro

DE LA CONVALECENCIA Y IDA A ESTUDIAR A ALCALÁ DE HENARES

Entramos en casa de don Alonso y echáronnos en dos camas con mucho tiento, porque no se nos desparramasen los huesos de puro roídos de la hambre. Trujeron exploradores que nos buscasen los ojos por toda la cara, y a mí, como había sido mi trabajo mayor y la hambre imperial, que al fin me trataban como a criado, en buen rato no me los hallaron. Trujeron médicos y mandaron que nos limpiasen con zorras el polvo de las bocas, como a retablos, y bien lo éramos de duelos. Ordenaron que nos diesen sustancias y pistos. ¡Quién podrá contar, a la primera almendrada y a la primera ave, las luminarias que pusieron las tripas de contento? Todo les hacía novedad. Mandaron los dotores que por nueve días no hablase nadie recio en nuestro aposento, porque como estaban huecos los estómagos sonaba en ellos el eco de cualquiera palabra.

Con estas y otras prevenciones comenzamos a volver y cobrar algún aliento, pero nunca podían las quijadas desdoblarse, que estaban magras y alforzadas, y así se dio orden que cada día nos las ahormasen con la mano del almirez. Levantábamonos a hacer pinicos dentro de cuarenta días, y aún parecíamos sombras de otros hombres, y en lo amarillo y flaco simiente de los Padres del yermo. Todo el día gastábamos en dar gracias a Dios por habernos rescatado de la captividad del fierísimo Cabra, y rogábamos al Señor que ningún cristiano cayese en sus manos crueles. Si acaso, comiendo, alguna vez nos acordábamos de las mesas del mal pupilero, se nos aumentaba la hambre tanto que acrecentábamos la costa aquel día. Solíamos contar a don Alonso cómo al sentarse en la mesa nos decía males de la gula (no habiéndola él conocido en su vida), y reíase mucho cuando le contábamos que en el mandamiento de No matarás, metía perdices y capones, gallinas y todas las cosas que no quería darnos, y, por el consiguiente, la hambre, pues parecía que tenía por pecado el matarla, y aun el herirla, según regateaba el comer.

Pasáronsenos tres meses en esto, y, al cabo, trató don Alonso de enviar a su hijo a Alcalá a estudiar lo que le faltaba de la Gramática. Díjome a mí si quería ir, y yo, que no deseaba otra cosa sino salir de tierra donde se oyese el nombre de aquel malvado perseguidor de estómagos, ofrecí de servir a su hijo como vería. Y con esto diole un criado para ayo que le gobernase la casa y tuviese cuenta del dinero del gasto, que nos daba remitido en cédulas para un hombre que se llamaba Julián Merluza. Pusimos el hato en el carro de un Diego Monje; era una media camita y otra de cordeles con ruedas para meterla debajo de la otra mía y del mayordomo, que se llamaba Baranda, cinco colchones, ocho sábanas, ocho almohadas, cuatro tapices, un cofre con ropa blanca, y las demás zarandajas de casa. Nosotros nos metimos en un coche, salimos a la tardecica, una hora antes de anochecer, y llegamos a la media noche, poco más, a la siempre maldita venta de Viveros.

El ventero era morisco y ladrón, que en mi vida vi perro y gato juntos con la paz que aquel día. Hízonos gran fiesta, y como él y los ministros del carretero iban horros (que ya había llegado también con el hato antes, porque nosotros veníamos de espacio), pegóse al coche, diome a mí la mano para salir del estribo, y díjome si iba a estudiar. Yo le respondí que sí; metióme adentro, y estaban dos rufianes con unas mujercillas; un cura rezando al olor; un viejo mercader y avariento procurando olvidarse de cenar andaba esforzando sus ojos que se durmiesen en ayunas; arremedaba los bostezos, diciendo: —«Más me engorda un poco de sueño que cuantos faisanes tiene el mundo». Dos estudiantes fregones, de los de mantellina, panzas al trote, andaban aparecidos por la venta para engullir. Mi amo, pues, como más nuevo en la venta y muchacho, dijo:

—Señor huésped, déme lo que hubiere para mí y mis criados.

—Todos los somos de V. Md. —dijeron al punto los rufianes—, y le hemos de servir. Hola, güésped, mirad que este caballero os agradecerá lo que hiciéredes. Vaciad la dispensa.

Y, diciendo esto, llegóse el uno y quitóle la capa, y dijo:

—Descanse V. Md., mi señor.

Y púsola en un poyo. Estaba yo con esto desvanecido y hecho dueño de la venta. Dijo una de las mujeres:

—¡Qué buen talle de caballero! ¿Y va a estudiar? ¿Es V. Md. su criado?

Yo respondí, creyendo que era así como lo decían, que yo y el otro lo éramos. Preguntáronme su nombre, y no bien lo dije, cuando el uno de los estudiantes se llegó a él medio llorando y dándole un abrazo apretadísimo, dijo:

—Oh, mi señor don Diego, ¿quién me dijera a mí, agora diez años, que había de ver yo a V. Md. de esta manera? ¡Desdichado de mí, que estoy tal que no me conocerá V. Md.!

Él se quedó admirado, y yo también, que juráramos entrambos no haberle visto en nuestra vida. El otro compañero andaba mirando a don Diego a la cara, y dijo a su amigo:

—¿Es este señor de cuyo padre me dijistes vos tantas cosas? ¡Gran dicha ha sido nuestra conocelle según está de grande! ¡Dios le guarde!

Y empezó a santiguarse. ¿Quién no creyera que se habían criado con nosotros? Don Diego se le ofreció mucho, y preguntándole su nombre, salió el ventero y puso los manteles, y oliendo la estafa, dijo:

—Dejen eso, que después de cenar se hablará, que se enfría.

Llegó un rufián y puso asientos para todos y una silla para don

Diego, y el otro trujo un plato. Los estudiantes dijeron:

—Cene V. Md., que, entre tanto que a nosotros nos aderezan lo que hubiere, le serviremos a la mesa.

—¡Jesús! —dijo don Diego—; V. Mds. se sienten, si son servidos.

Y a esto respondieron los rufianes, no hablando con ellos:

—Luego, mi señor, que aún no está todo a punto.

Yo, cuando vi a los unos convidados y a los otros que se convidaban, afligíme y temí lo que sucedió. Porque los estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y mirando a mi amo, dijeron:

—No es razón que donde está un caballero tan principal se queden estas damas sin comer. Mande V. Md. que alcancen un bocado.

Él, haciendo del galán, convidólas. Sentáronse, y entre los dos estudiantes y ellas no dejaron sino un cogollo, en cuatro bocados, el cual se comió don Diego. Y al dársele, aquel maldito estudiante le dijo:

—Un abuelo tuvo V. Md., tío de mi padre, que jamás comió lechugas, y son malas para la memoria, y más de noche, y éstas no son tan buenas.

Y diciendo esto sepultó un panecillo, y el otro, otro. Pues ¿las mujeres? Ya daban cuenta de un pan, y el que más comía era el cura, con el mirar sólo. Sentáronse los rufianes con medio cabrito asado y dos lonjas de tocino y un par de palomas cocidas, y dijeron:

—Pues padre, ¿ahí se está? Llegue y alcance, que mi señor don

Diego nos hace merced a todos.

Pesia diez, la Iglesia ha de ser la primera.

No bien se lo dijeron, cuando se sentó. Ya, cuando vio mi amo que todos se le habían encajado, comenzóse a afligir. Repartiéronlo todo y a don Diego dieron no sé qué huesos y alones diciendo que «del cabrito el huesecito y del ave el aloncito» y que el refrán lo decía. Con lo cual nosotros comimos refranes y ellos aves. Lo demás se engulleron el cura y los otros.

Decían los rufianes:

—No cene mucho, señor, que le hará mal.

Y replicaba el maldito estudiante:

—Y más que es menester hacerse a comer poco para la vida de Alcalá.

Yo y el otro criado estábamos rogando a Dios que les pusiese en corazón que dejasen algo. Y ya que lo hubieron comido todo y que el cura repasaba los huesos de los otros, volvió el un rufián y dijo:

—Oh, pecador de mí, no habemos dejado nada a los criados. Vengan aquí V. Mds. Ah, señor güésped, déles todo lo que hubiere; vea aquí un doblón.

Tan presto saltó el descomulgado pariente de mi amo (digo el estudiantón) y dijo:

—Aunque V. Md. me perdone, señor hidalgo, debe de saber poco de cortesía. ¿Conoce, por dicha, a mi señor primo? Él dará a sus criados, y aun a los nuestros si los tuviéramos, como nos ha dado a nosotros.

Y volviéndose a don Diego, que estaba pasmado, dijo:

—No se enoje V. Md., que no le conocían.

Maldiciones le eché cuando vi tan gran disimulación que no pensé acabar.

Levantaron las mesas y todos dijeron a don Diego que se acostase. Él quería pagar la cena y replicáronle que no lo hiciese, que a la mañana habría lugar. Estuviéronse un rato parlando; preguntóle su nombre al estudiante, y él dijo que se llamaba tal Coronel. (En los infiernos descanse, dondequiera que está.) Vio al avariento que dormía, y dijo:

—¿V. Md. quiere reír? Pues hagamos alguna burla a este mal viejo, que no ha comido sino un pero en todo el camino, y es riquísimo.

Los rufianes dijeron:

—Bien haya el licenciado; hágalo, que es razón.

Con esto, se llegó y sacó al pobre viejo, que dormía, de debajo de los pies unas alforjas, y desenvolviéndolas halló una caja, y como si fuera de guerra hizo gente. Llegáronse todos, y abriéndola, vio ser de alcorzas. Sacó todas cuantas había y en su lugar puso piedras, palos y lo que halló, y encima dos o tres yesones y un tarazón de teja. Cerró la caja y púsola donde estaba, y dijo:

—Pues aún no basta, que bota tiene el viejo.

Sacóla el vino y desenfundando una almohada de nuestro coche, después de haber echado un poco de vino debajo, se la llenó de lana y estopa, y la cerró. Con esto, se fueron todos a acostar para una hora que quedaba o media, y el estudiante lo puso todo en las alforjas, y en la capilla del gabán le echó una gran piedra, y fuese a dormir.

Llegó la hora de caminar; despertaron todos, y el viejo todavía dormía. Llamáronle, y al levantarse, no podía levantar la capilla del gabán. Miró lo que era, y el mesonero adrede le riñó, diciendo:

—Cuerpo de Dios, ¿no halló otra cosa que llevarse, padre, sino esa piedra? ¿Qué les parece a V. Mds., si yo no lo hubiera visto? Cosa es que estimo en más de cien ducados, porque es contra el dolor de estómago.

Juraba y perjuraba diciendo que no había metido él tal en la capilla.

Los rufianes hicieron la cuenta, y vino a montar de cena sólo treinta reales, que no entendiera Juan de Leganés la suma. Decían los estudiantes:

—No pide más un ochavo.

Y respondió un rufián:

—No, sino burlárase con este caballero delante de nosotros; aunque ventero, sabe lo que ha de hacer. Déjese V. Md. gobernar, que en mano está…

Y tosiendo, cogió el dinero, contólo y, sobrando del que sacó mi amo cuatro reales, los asió, diciendo:

—Éstos le daré de posada, que a estos pícaros con cuatro reales se les tapa la boca.

Quedamos asustados con el gasto. Almorzamos un bocado, y el viejo tomó sus alforjas y, porque no viésemos lo que sacaba y no partir con nadie, desatólas a oscuras debajo del gabán, y agarrando un yesón echósele en la boca y fuele a hincar una muela y medio diente que tenía, y por poco los perdiera. Comenzó a escupir y hacer gestos de asco y de dolor; llegamos todos a él, y el cura el primero, diciéndole que qué tenía. Empezóse a ofrecer a Satanás; dejó caer las alforjas; llegóse a él el estudiante, y dijo:

—¡Arriedro vayas, cata la cruz!

Otro abrió un breviario; hiciéronle creer que estaba endemoniado, hasta que él mismo dijo lo que era, y pidió que le dejasen enjaguar la boca con un poco de vino, que él traía bota. Dejáronle y, sacándola, abrióla; y echando en un vaso un poco de vino, salió con la lana y estopa un vino salvaje, tan barbado y velloso que no se podía beber ni colar. Entonces acabó de perder la paciencia el viejo, pero viendo las descompuestas carcajadas de risa, tuvo por bien el callar y subir en el carro con los rufianes y las mujeres. Los estudiantes y el cura se ensartaron en dos borricos, y nosotros nos subimos en el coche; y no bien comenzó a caminar cuando unos y otros nos comenzaron a dar vaya, declarando la burla. El ventero decía:

—Señor nuevo, a pocas estrenas como ésta, envejecerá.

El cura decía:

—Sacerdote soy; allá se lo diré de misas.

Y el estudiante maldito voceaba:

—Señor primo, otra vez rásquese cuando le coman y no después.

El otro decía:

—Sarna de V. Md., señor don Diego.

Nosotros dimos en no hacer caso; Dios sabe cuán corridos íbamos. Con estas y otras cosas, llegamos a la villa; apeámonos en un mesón, y en todo el día, que llegamos a las nueve, acabamos de contar la cena pasada, y nunca pudimos en limpio sacar el gasto. Quejábamonos nosotros a don Alonso, y el Cabra le hacía creer que lo hacíamos por no asistir al estudio. Con esto no nos valían plegarias.

Metió en casa la vieja por ama, para que guisase de comer y sirviese a los pupilos y despidió al criado porque le halló un viernes a la mañana con unas migajas de pan en la ropilla. Lo que pasamos con la vieja, Dios lo sabe. Era tan sorda que no oía nada; entendía por señas; ciega, y tan gran rezadora que un día se le desensartó el rosario sobre la olla y nos la trujo con el caldo más devoto que he comido. Unos decían: —«¡Garbanzos negros! Sin duda son de Etiopía». Otro decía: —«¡Garbanzos con luto! ¿Quién se les habrá muerto?» Mi amo fue el primero que se encajó una cuenta, y al mascarla se quebró un diente. Los viernes solía inviar unos güevos, con tantas barbas fuerza de pelos y canas suyas que pudieran pretender corregimiento u abogacía Pues meter el badil por el cucharón y inviar una escudilla de caldo empedrada era ordinario. Mil veces topé yo sabandijas, palos y estopa de la que hilaba en la olla. Y todo lo metía para que hiciese presencia en las tripas y abultase.

Pasamos en este trabajo hasta la Cuaresma; vino, y a la entrada de ella estuvo malo un compañero. Cabra, por no gastar, detuvo el llamar médico hasta que ya él pedía confesión más que otra cosa. Llamó entonces un platicante, el cual le tomó el pulso y dijo que la hambre le había ganado por la mano en matar aquel hombre. Diéronle el Sacramento, y el pobre, cuando le vio (que había un día que no hablaba), dijo:

—Señor mío Jesucristo, necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme que no es el infierno.

Imprimiéronseme estas razones en el corazón. Murió el pobre mozo, enterrámosle muy pobremente por ser forastero, y quedamos todos asombrados. Divulgóse por el pueblo el caso atroz, llegó a oídos de don Alonso Coronel y como no tenía otro hijo, desengañóse de los embustes de Cabra y comenzó a dar más crédito a las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos a tan miserable estado. Vino a sacarnos del pupilaje y teniéndonos delante nos preguntaba por nosotros. Y tales nos vio que sin aguardar a más, tratando muy mal de palabra al licenciado Vigilia, nos mandó llevar en dos sillas a casa. Despedímonos de los compañeros, que nos seguían con los deseos y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel viendo venir rescatados por la Trinidad sus compañeros.

Capítulo Cinco

DE LA ENTRADA DE ALCALÁ, PATENTE Y BURLAS QUE LE HICIERON POR NUEVO

Antes que anocheciese salimos del mesón a la casa que nos tenían alquilada, que estaba fuera la puerta de Santiago, patio de estudiantes donde hay muchos juntos, aunque esta teníamos entre tres moradores diferentes no más. Era el dueño y huésped de los que creen en Dios por cortesía o sobre falso; moriscos los llaman en el pueblo. Recibióme, pues, el huésped con peor cara que si yo fuera el Santísimo Sacramento. Ni sé si lo hizo porque le comenzásemos a tener respeto o por ser natural suyo de ellos, que no es mucho que tenga mala condición quien no tiene buena ley. Pusimos nuestro hatillo, acomodamos las camas y lo demás, y dormimos aquella noche.

Amaneció, y helos aquí en camisa a todos los estudiantes de la posada a pedir la patente a mi amo. Él, que no sabía lo que era, preguntóme que qué querían, y yo, entre tanto, por lo que podía suceder, me acomodé entre dos colchones y sólo tenía la media cabeza fuera, que parecía tortuga. Pidieron dos docenas de reales; diéronselos y con tanto comenzaron una grita del diablo, diciendo:

—¡Viva el compañero, y sea admitido en nuestra amistad! Goce de las preeminencias de antiguo. Pueda tener sarna, andar manchado y padecer la hambre que todos.

Y con esto (¡mire V. Md. qué previlegios!) volaron por la escalera, y al momento nos vestimos nosotros y tomamos el camino para escuelas. A mi amo apadrináronle unos colegiales conocidos de su padre y entró en su general, pero yo, que había de entrar en otro diferente y fui solo, comencé a temblar. Entré en el patio, y no hube metido bien un pie, cuando me encararon y comenzaron a decir: —«¡Nuevo!». Yo por disimular di en reír, como que no hacía caso; mas no bastó, porque llegándose a mí ocho o nueve, comenzaron a reírse. Púseme colorado; nunca Dios lo permitiera, pues al instante se puso uno que estaba a mi lado las manos en las narices y apartándose, dijo:

—Por resucitar está este Lázaro, según olisca.

Y con esto todos se apartaron tapándose las narices. Yo, que me pensé escapar, puse las manos también y dije:

—V. Mds. tienen razón, que huele muy mal.

Dioles mucha risa y, apartándose, ya estaban juntos hasta ciento. Comenzaron a escarrar y tocar al arma y en las toses y abrir y cerrar de las bocas, vi que se me aparejaban gargajos. En esto, un manchegazo acatarrado hízome alarde de uno terrible, diciendo:

—Esto hago.

Yo entonces, que me vi perdido, dije:

—¡Juro a Dios que ma…!

Iba a decir te, pero fue tal la batería y lluvia que cayó sobre mí, que no pude acabar la razón. Yo estaba cubierto el rostro con la capa, y tan blanco, que todos tiraban a mí, y era de ver cómo tomaban la puntería. Estaba ya nevado de pies a cabeza, pero un bellaco, viéndome cubierto y que no tenía en la cara cosa, arrancó hacia mí diciendo con gran cólera:

—¡Baste, no le déis con el palo!

Que yo, según me trataban, creí de ellos que lo harían. Destapéme por ver lo que era, y al mismo tiempo, el que daba las voces me enclavó un gargajo en los dos ojos. Aquí se han de considerar mis angustias. Levantó la infernal gente una grita que me aturdieron, y yo, según lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pensé que por ahorrar de médicos y boticas aguardan nuevos para purgarse. Quisieron tras esto darme de pescozones pero no había dónde sin llevarse en las manos la mitad del afeite de mi negra capa, ya blanca por mis pecados. Dejáronme, y iba hecho zufaina de viejo a pura saliva. Fuime a casa, que apenas acerté, y fue ventura el ser de mañana, pues sólo topé dos o tres muchachos, que debían de ser bien inclinados porque no me tiraron más de cuatro o seis trapajos y luego me dejaron.

Entré en casa, y el morisco que me vio comenzóse a reír y a hacer como que quería escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dije:

—Tené, huésped, que no soy Ecce—Homo.

Nunca lo dijera, porque me dio dos libras de porrazos, dándome sobre los hombros con las pesas que tenía. Con esta ayuda de costa, medio derrengado, subí arriba; y en buscar por dónde asir la sotana y el manteo para quitármelos, se pasó mucho rato. Al fin, le quité y me eché en la cama y colguélo en una azutea. Vino mi amo y como me halló durmiendo y no sabía la asquerosa aventura, enojóse y comenzó a darme repelones con tanta prisa, que a dos más, despierto calvo. Levantéme dando voces y quejándome, y él, con más cólera, dijo:

—¿Es buen modo de servir ése, Pablos? Ya es otra vida.

Yo, cuando oí decir «otra vida», entendí que era ya muerto, y dije:

—Bien me anima V. Md. en mis trabajos. Vea cuál está aquella sotana y manteo, que ha servido de pañizuelo a las mayores narices que se han visto jamás en paso, y mire estas costillas.

Y con esto empecé a llorar. Él, viendo mi llanto, creyólo, y buscando la sotana y viéndola, compadecióse de mí y dijo:

—Pablos, abre el ojo que asan carne. Mira por ti, que aquí no tienes otro padre ni madre.

Contéle todo lo que había pasado y mandóme desnudar y llevar a mi aposento (que era donde dormían cuatro criados de los huéspedes de casa). Acostéme y dormí; y con esto, a la noche, después de haber comido y cenado bien, me hallé fuerte y ya como si no hubiera pasado por mí nada. Pero, cuando comienzan desgracias en uno, parece que nunca se han de acabar, que andan encadenadas y unas traían a otras. Viniéronse a acostar los otros criados y, saludándome todos, me preguntaron si estaba malo y cómo estaba en la cama. Yo les conté el caso y, al punto, como si en ellos no hubiera mal ninguno, se empezaron a santiguar, diciendo:

—No se hiciera entre luteranos. ¿Hay tal maldad?

Otro decía:

—El retor tiene la culpa en no poner remedio. ¿Conocerá los que eran?

Yo respondí que no, y agradecíles la merced que me mostraban hacer. Con esto se acabaron de desnudar, acostáronse, mataron la luz, y dormíme yo, que me parecía que estaba con mi padre y mis hermanos. Debían de ser las doce cuando el uno de ellos me despertó a puros gritos, diciendo:

—¡Ay, que me matan! ¡Ladrones!

Sonaban en su cama, entre estas voces, unos golpazos de látigo. Yo levanté la cabeza y dije:

—¿Qué es eso?

Y apenas la descubrí, cuando con una maroma me asentaron un azote con hijos en todas las espaldas. Comencé a quejarme; quíseme levantar; quejábase el otro también; dábanme a mí sólo. Yo comencé a decir:

—¡Justicia de Dios!

Pero menudeaban tanto los azotes sobre mí, que ya no me quedó, por haberme tirado las frazadas abajo, otro remedio sino el de meterme debajo de la cama. Hícelo así, y al punto los tres que dormían empezaron a dar gritos también, y como sonaban los azotes, yo creí que alguno de fuera nos daba a todos. Entre tanto, aquel maldito que estaba junto a mí se pasó a mi cama y proveyó en ella, y cubrióla, volviéndose a la suya. Cesaron los azotes y levantáronse con grandes gritos todos cuatro, diciendo:

—¡Es gran bellaquería, y no ha de quedar así!

Yo todavía me estaba debajo de la cama quejándome como perro cogido entre puertas, tan encogido que parecía galgo con calambre. Hicieron los otros que cerraban la puerta, y yo entonces salí de donde estaba y subíme a mi cama, preguntando si acaso les habían hecho mal. Todos se quejaban de muerte.

Acostéme y cubríme y torné a dormir, y como entre sueños me revolcase, cuando desperté halléme proveído y hecho una necesaria. Levantáronse todos y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme. No había diablos que me moviesen de un lado. Estaba confuso, considerando si acaso, con el miedo y la turbación, sin sentirlo, había hecho aquella vileza, o si entre sueños. Al fin, yo me hallaba inocente y culpado y no sabía cómo disculparme.

Los compañeros se llegaron a mí, quejándose y muy disimulados, a preguntarme cómo estaba; yo les dije que muy malo, porque me habían dado muchos azotes. Preguntábales yo que qué podía haber sido, y ellos decían:

—A fe que no se escape, que el matemático nos lo dirá. Pero, dejando esto, veamos si estáis herido, que os quejábades mucho.

Y diciendo esto, fueron a levantar la ropa con deseo de afrentarme. En esto, mi amo entró diciendo:

—¿Es posible, Pablos, que no he de poder contigo? Son las ocho ¿y estáste en la cama? ¡Levántate enhoramala!

Los otros, por asegurarme, contaron a don Diego el caso todo y pidiéronle que me dejase dormir. Y decía uno:

—Y si V. Md. no lo cree, levantad, amigo.

Y agarraba de la ropa. Yo la tenía asida con los dientes por no mostrar la caca. Y cuando ellos vieron que no había remedio por aquel camino, dijo uno:

—¡Cuerpo de Dios y cómo hiede!

Don Diego dijo lo mismo, porque era verdad, y luego, tras él, todos comenzaron a mirar si había en el aposento algún servicio. Decían que no se podía estar allí. Dijo uno:

—¡Pues es muy bueno esto para haber de estudiar!

Miraron las camas y quitáronlas para ver debajo, y dijeron:

—Sin duda debajo de la de Pablos hay algo; pasémosle a una de las nuestras y miremos debajo de ella.

Yo, que veía poco remedio en el negocio y que me iban a echar la garra, fingí que me había dado mal de corazón: agarréme a los palos, hice visajes… Ellos, que sabían el misterio, apretaron conmigo, diciendo:

—¡Gran lástima!

Don Diego me tomó el dedo del corazón y, al fin, entre los cinco me levantaron, y al alzar las sábanas fue tanta la risa de todos viendo los recientes no ya palominos sino palomos grandes, que se hundía el aposento.

—¡Pobre de él! —decían los bellacos (yo hacía del desmayado)—; tírele V. Md. mucho de ese dedo del corazón.

Y mi amo, entendiendo hacerme bien, tanto tiró que me le desconcertó. Los otros trataron de darme un garrote en los muslos, y decían:

—El pobrecito agora sin duda se ensució, cuando le dio el mal.

¡Quién dirá lo que yo sentía, lo uno con la vergüenza, descoyuntado un dedo y a peligro de que me diesen garrote! Al fin, de miedo de que me le diesen, que ya me tenían los cordeles en los muslos, hice que había vuelto, y por presto que lo hice, como los bellacos iban con malicia, ya me habían hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dejáronme diciendo:

—¡Jesús, y qué flaco sois!

Yo lloraba de enojo, y ellos decían adrede:

—Más va en vuestra salud que en haberos ensuciado. Callá.

Y con esto me pusieron en la cama, después de haberme lavado, y se fueron.

Yo no hacía a solas sino considerar cómo casi era peor lo que había pasado en Alcalá en un día que todo lo que me sucedió con Cabra. A mediodía me vestí, limpié la sotana lo mejor que pude, lavándola como gualdrapa, y aguardé a mi amo que, en llegando, me preguntó cómo estaba. Comieron todos los de la casa y yo, aunque poco y de mala gana. Y después, juntándonos todos a parlar en el corredor, los otros criados, después de darme vaya, declararon la burla. Riéronla todos, doblóse mi afrenta, y dije entre mí: —«Avisón, Pablos, alerta». Propuse de hacer nueva vida, y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de la casa como hermanos, y en las escuelas y patios nadie me inquietó más.

Capítulo Seis

DE LAS CRUELDADES DE LA AMA, Y TRAVESURAS QUE HIZO

«Haz como viere» dice el refrán, y dice bien. De puro considerar en él, vine a resolverme de ser bellaco con los bellacos, y más, si pudiese, que todos. No sé si salí con ello, pero yo aseguro a V. Md. que hice todas las diligencias posibles.

Lo primero, yo puse pena de la vida a todos los cochinos que se entrasen en casa y a los pollos de la ama que del corral pasasen a mi aposento. Sucedió que un día entraron dos puercos del mejor garbo que vi en mi vida. Yo estaba jugando con los otros criados, y oílos gruñir, y dije al uno:

—Vaya y vea quién gruñe en nuestra casa.

Fue, y dijo que dos marranos. Yo que lo oí, me enojé tanto que salí allá diciendo que era mucha bellaquería y atrevimiento venir a gruñir a casa ajena. Y diciendo esto, envásole a cada uno a puerta cerrada la espada por los pechos, y luego los acogotamos. Porque no se oyese el ruido que hacían, todos a la par dábamos grandísimos gritos como que cantábamos y así expiraron en nuestras manos. Sacamos los vientres, recogimos la sangre, y a puros jergones los medio chamuscamos en el corral, de suerte que cuando vinieron los amos ya estaba todo hecho, aunque mal, si no eran los vientres, que aún no estaban acabadas de hacer las morcillas. Y no por falta de prisa, en verdad, que por no detenernos las habíamos dejado la mitad de lo que ellas se tenían dentro, y nos las comimos las más como se las traía hechas el cochino en la barriga.

Supo, pues, don Diego el caso, y enojóse conmigo de manera que obligó a los huéspedes (que de risa no se podían valer) a volver por mí. Preguntábame don Diego que qué había de decir si me acusaban y me prendía la justicia, a lo cual respondí yo que me llamaría a hambre, que es el sagrado de los estudiantes; y que si no me valiese, diría que como se entraron sin llamar a la puerta como en su casa, que entendí que eran nuestros. Riéronse todos de las disculpas. Dijo don Diego:

—A fe, Pablos, que os hacéis a las armas.

Era de notar ver a mi amo tan quieto y religioso y a mí tan travieso, que el uno exageraba al otro o la virtud o el vicio.

No cabía el ama de contento conmigo, porque éramos dos al mohíno: habíamonos conjurado contra la despensa. Yo era el despensero Judas, de botas a bolsa, que desde entonces hereda no sé qué amor a la sisa este oficio. La carne no guardaba en manos de la ama la orden retórica, porque siempre iba de más a menos; no era nada carnal, antes de puro penitente estaba en los huesos. Y la vez que podía echar cabra u oveja no echaba carnero, y si había huesos, no entraba cosa magra. Era cercenadora de porciones como de moneda, y así hacía unas ollas éticas de puro flacas, unos caldos que a estar cuajados se pudieran hacer sartas de cristal de ellos. Las Pascuas, por diferenciar, para que estuviese gorda la olla, solía echar cabos de vela de sebo y así decía que estaban sus ollas gordas por el cabo. Y era verdad según me lo parló un pabilo que yo masqué un día. Ella decía, cuando yo estaba delante:

—Mi amo, por cierto que no hay servicio como el de Pablicos, si él no fuese travieso; consérvele V. Md., que bien se le puede sufrir el ser bellaquillo por la fidelidad; lo mejor de la plaza trae.

Yo, por el consiguiente, decía de ella lo mismo y así teníamos engañada la casa. Si se compraba aceite de por junto, carbón o tocino, escondíamos la mitad, y cuando nos parecía, decíamos el ama y yo:

—Modérese V. Md. en el gasto, que en verdad que si se dan tanta prisa no baste la hacienda del Rey. Ya se ha acabado el aceite o el carbón. Pero tal prisa le han dado. Mande V. Md. comprar más y a fe que se ha de lucir de otra manera. Denle dineros a Pablicos.

Dábanmelos y vendíamosles la mitad sisada, y de lo que comprábamos sisábamos la otra mitad; y esto era en todo, y si alguna vez compraba yo algo en la plaza por lo que valía, reñíamos adrede el ama y yo.

Ella decía:

—No me digas a mí, Pablicos, que esto son dos cuartos de ensalada.

Yo hacía que lloraba, daba voces, íbame a quejar a mi señor, y apretábale para que enviase al mayordomo a saberlo, para que callase la ama, que adrede porfiaba. Iban y sabíanlo, y con esto asegurábamos al amo y al mayordomo, y quedaban agradecidos, en mí a las obras, y en el ama al celo de su bien. Decíale don Diego, muy satisfecho de mí:

—¡Así fuese Pablicos aplicado a virtud como es de fiar! ¿Toda esta es la lealtad que me decís vos de él?

Tuvímoslos de esta manera, chupándolos como sanguijuelas. Yo apostaré que V. Md. se espanta de la suma de dinero que montaba al cabo del año. Ello mucho debió de ser, pero no debía obligar a restitución, porque el ama confesaba y comulgaba de ocho a ocho días y nunca la vi rastro de imaginación de volver nada ni hacer escrúpulo, con ser, como digo, una santa.

Traía un rosario al cuello siempre, tan grande, que era más barato llevar un haz de leña a cuestas. De él colgaban muchos manojos de imágines, cruces y cuentas de perdones que hacían ruido de sonajas. Bendecía las ollas y al espumar hacía cruces con el cucharón. Yo pienso que las conjuraba por sacarles los espíritus, ya que no tenía carne. En todas las imágines decía que rezaba cada noche por sus bienhechores; contaba ciento y tantos santos abogados suyos, y en verdad que había menester todas estas ayudas para desquitarse de lo que pecaba. Acostábase en un aposento encima del de mi amo, y rezaba más oraciones que un ciego. Entraba por el Justo Juez y acababa en el Conquibules, que ella decía, y en la Salve Rehína. Decía las oraciones en latín adrede por fingirse inocente, de suerte que nos despedazábamos de risa todos. Tenía otras habilidades; era conqueridora de voluntades y corchete de gustos, que es lo mismo que alcahueta; pero disculpábase conmigo diciendo que le venía de casta como al rey de Francia sanar lamparones.

¿Pensará V. Md. que siempre estuvimos en paz? Pues ¿quién ignora que dos amigos, como sean codiciosos, si están juntos, se han de procurar engañar el uno al otro? «Ésta ha de ser ruin conmigo, pues lo es con su amo», decía yo entre mí; ella debía de decir lo mismo porque chocamos de embuste el uno con el otro, y por poco se descubriera la hilaza. Quedamos enemigos como gatos y gatos, que en despensa es peor que gatos y perros.

Yo, que me vi ya mal con el ama, y que no la podía burlar, busqué nuevas trazas de holgarme y di en lo que llaman los estudiantes correr o arrebatar. En esto me sucedieron cosas graciosísimas, porque yendo una noche a las nueve (que anda poca gente) por la calle Mayor, vi una confitería y en ella un cofín de pasas sobre el tablero, y tomando vuelo, vine a agarrarle y di a correr. El confitero dio tras mí, y otros criados y vecinos. Yo, como iba cargado, vi que aunque les llevaba ventaja, me habían de alcanzar, y al volver una esquina, sentéme sobre él y envolví la capa a la pierna de presto y empecé a decir, con la pierna en la mano, fingiéndome pobre:

—¡Ay! ¡Dios se lo perdone, que me ha pisado!

Oyéronme esto y en llegando, empecé a decir: «Por tan alta

Señora», y lo ordinario de la «hora menguada» y «aire corrupto».

Ellos se venían desgañifando, y dijéronme:

—¿Va por aquí un hombre, hermano?

—Ahí adelante, que aquí me pisó, loado sea el Señor.

Arrancaron con esto y fuéronse; quedé solo, llevéme el cofín a casa, conté la burla, y no quisieron creer que había sucedido así, aunque lo celebraron mucho. Por lo cual, los convidé para otra noche a verme correr cajas. Vinieron, y advirtiendo ellos que estaban las cajas dentro la tienda y que no las podía tomar con la mano, tuviéronlo por imposible, y más por estar el confitero, por lo que sucedió al otro de las pasas, alerta. Vine, pues, y metiendo doce pasos atrás de la tienda mano a la espada, que era un estoque recio, partí corriendo, y en llegando a la tienda, dije:

—«¡Muera!». Y tiré una estocada por delante del confitero. Él se dejó caer pidiendo confesión, y yo di la estocada en una caja y la pasé y saqué en la espada y me fui con ella. Quedáronse espantados de ver la traza y muertos de risa de que el confitero decía que le mirasen, que sin duda le había herido, y que era un hombre con quien él había tenido palabras. Pero, volviendo los ojos, como quedaron desbaratadas al salir de la caja las que estaban alrededor, echó de ver la burla, y empezó a santiguarse que no pensó acabar. Confieso que nunca me supo cosa tan bien.

Decían los compañeros que yo solo podía sustentar la casa con lo que corría, que es lo mismo que hurtar, en nombre revesado. Yo, como era muchacho y oía que me alababan el ingenio con que salía de estas travesuras, animábame para hacer muchas más. Cada día traía la pretina llena de jarras de monjas, que les pedía para beber y me venía con ellas; introduje que no diesen nada sin prenda primero. Y así, prometí a don Diego y a todos los compañeros, de quitar una noche las espadas a la mesma ronda. Señalóse cuál había de ser, y fuimos juntos, yo delante, y en columbrando la justicia, lleguéme con otro de los criados de casa, muy alborotado, y dije:

—¿Justicia?

Respondieron:

—Sí.

—¿Es el corregidor?

Dijeron que sí. Hinquéme de rodillas y dije:

—Señor, en sus manos de V. Md. está mi remedio y mi venganza y mucho provecho de la república; mande V. Md. oírme dos palabras a solas, si quiere una gran prisión.

Apartóse; ya los corchetes estaban empuñando las espadas y los alguaciles poniendo mano a las varitas. Yo le dije:

—Señor, yo he venido desde Sevilla siguiendo seis hombres los más facinorosos del mundo, todos ladrones y matadores de hombres, y entre ellos viene uno que mató a mi madre y a un hermano mío por saltearlos, y le está probado esto; y vienen acompañando, según los he oído decir, a una espía francesa; y aun sospecho, por lo que les he oído, que es… (y bajando más la voz dije) Antonio Pérez. Con esto, el corregidor dio un salto hacia arriba, y dijo:

—¿Y dónde están?

—Señor, en la casa pública; no se detenga V. Md., que las ánimas de mi madre y hermano se lo pagarán en oraciones, y el Rey acá.

—¡Jesús! —dijo—, no nos detengamos. ¡Hola, seguidme todos! Dadme una rodela.

Yo entonces le dije, tornándole a apartar:

—Señor, perderse ha V. Md. si hace eso, porque antes importa que todos V. Mds. entren sin espadas, y uno a uno, que ellos están en los aposentos y traen pistoletes, y en viendo entrar con espadas, como saben que no la puede traer sino la justicia, dispararán. Con dagas es mejor, y cogerlos por detrás los brazos, que demasiados vamos.

Cuadróle al corregidor la traza, con la codicia de la prisión. En esto llegamos cerca, y el corregidor, advertido, mandó que debajo de unas yerbas pusiesen todos las espadas escondidas en un campo que está enfrente casi de la casa; pusiéronlas y caminaron. Yo, que había avisado al otro que ellos dejarlas y él tomarlas y pescarse a casa fuese todo uno, hízolo así; y al entrar todos quedéme atrás el postrero, y en entrando ellos mezclados con otra gente que entraba, di cantonada y emboquéme por una callejuela que va a dar a la Vitoria, que no me alcanzara un galgo.

Ellos que entraron y no vieron nada, porque no había sino estudiantes y pícaros (que es todo uno), comenzaron a buscarme, y no hallándome, sospecharon lo que fue, y yendo a buscar sus espadas, no hallaron media. ¿Quién contara las diligencias que hizo con el retor el corregidor? Aquella noche anduvieron todos los patios reconociendo las caras y mirando las armas. Llegaron a casa, y yo, porque no me conociesen, estaba echado en la cama con un tocador y con una vela en la mano y un Cristo en la otra y un compañero clérigo ayudándome a morir, y los demás rezando las letanías.

Llegó el retor y la justicia, y viendo el espectáculo, se salieron, no persuadiéndose que allí pudiera haber habido lugar para cosa. No miraron nada, antes el retor me dijo un responso; preguntó si estaba ya sin habla, y dijéronle que sí; y con tanto, se fueron desesperados de hallar rastro, jurando el retor de remitirle si le topasen, y el corregidor de ahorcarle fuese quien fuese. Levantéme de la cama, y hasta hoy no se ha acabado de solemnizar la burla en Alcalá.

Y por no ser largo, dejo de contar cómo hacía monte la plaza del pueblo, pues de cajones de tundidores y plateros y mesas de fruteras (que nunca se me olvidará la afrenta de cuando fui rey de gallos) sustentaba la chimenea de casa todo el año. Callo las pensiones que tenía sobre los habares, viñas y huertos, en todo aquello de alrededor. Con estas y otras cosas, comencé a cobrar fama de travieso y agudo entre todos. Favorecíanme los caballeros y apenas me dejaban servir a don Diego, a quien siempre tuve el respeto que era razón por el mucho amor que me tenía.

Capítulo Siete

DE LA IDA DE DON DIEGO, Y NUEVAS DE LA MUERTE DE SU PADRE Y MADRE, Y LA RESOLUCIÓN QUE TOMÓ EN SUS COSAS PARA ADELANTE.

En este tiempo vino a don Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venía otra de un tío mío llamado Alonso Ramplón, hombre allegado a toda virtud y muy conocido en Segovia por lo que era allegado a la justicia, pues cuantas allí se habían hecho de cuarenta años a esta parte, han pasado por sus manos. Verdugo era, si va a decir la verdad, pero una águila en el oficio; vérsele hacer daba gana a uno de dejarse ahorcar. Este, pues, me escribió una carta a Alcalá, desde Segovia, en esta forma:

«Hijo Pablos (que por el mucho amor que me tenía me llamaba así), las ocupaciones grandes de esta plaza en que me tiene ocupado Su Majestad no me han dado lugar a hacer esto, que si algo tiene malo el servir al Rey es el trabajo, aunque se desquita con esta negra honrilla de ser sus criados.

Pésame de daros nuevas de poco gusto. Vuestro padre murió ocho días ha con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo; dígolo como quien lo guindó. Subió en el asno sin poner pie en el estribo; veníale el sayo vaquero que parecía haberse hecho para él, y como tenía aquella presencia, nadie le veía con los Cristos delante que no le juzgase por ahorcado. Iba con gran desenfado mirando a las ventanas y haciendo cortesías a los que dejaban sus oficios por mirarle; hízose dos veces los bigotes; mandaba descansar a los confesores y íbales alabando lo que decían bueno.

Llegó a la N de palo, puso el un pie en la escalera, no subió a gatas ni despacio y viendo un escalón hendido, volvióse a la justicia y dijo que mandase aderezar aquel para otro, que no todos tenían su hígado. No os sabré encarecer cuán bien pareció a todos.

Sentóse arriba, tiró las arrugas de la ropa atrás, tomó la soga y púsola en la nuez. Y viendo que el teatino le quería predicar, vuelto a él, le dijo:

—«Padre, yo lo doy por predicado; vaya un poco de Credo, y acabemos presto, que no querría parecer prolijo». Hízose así; encomendóme que le pusiese la caperuza de lado y que le limpiase las barbas. Yo lo hice así. Cayó sin encoger las piernas ni hacer gesto; quedó con una gravedad que no había más que pedir. Hícele cuartos y dile por sepultura los caminos. Dios sabe lo que a mí me pesa de verle en ellos haciendo mesa franca a los grajos, pero yo entiendo que los pasteleros de esta tierra nos consolarán, acomodándole en los de a cuatro.

De vuestra madre, aunque está viva agora, casi os puedo decir lo mismo, porque está presa en la Inquisición de Toledo, porque desenterraba los muertos sin ser murmuradora. Halláronla en su casa más piernas, brazos y cabezas que en una capilla de milagros. Y lo menos que hacía era sobrevirgos y contrahacer doncellas. Dicen que representará en un auto el día de la Trinidad, con cuatrocientos de muerte. Pésame que nos deshonra a todos, y a mí principalmente, que al fin soy ministro del Rey y me están mal estos parentescos.

Hijo, aquí ha quedado no sé qué hacienda escondida de vuestros padres; será en todo hasta cuatrocientos ducados. Vuestro tío soy, y lo que tengo ha de ser para vos. Vista ésta, os podéis venir aquí, que con lo que vos sabéis de latín y retórica, seréis singular en el arte de verdugo. Respondedme luego, y entre tanto, Dios os guarde».

No puedo negar que sentí mucho la nueva afrenta, pero holguéme en parte (tanto pueden los vicios en los padres, que consuela de sus desgracias, por grandes que sean, a los hijos). Fuime corriendo a don Diego, que estaba leyendo la carta de su padre, en que le mandaba que se fuese y que no me llevase en su compañía, movido de las travesuras mías que había oído decir. Díjome que se determinaba ir y todo lo que le mandaba su padre, que a él le pesaba de dejarme y a mí más; díjome que me acomodaría con otro caballero amigo suyo para que le sirviese. Yo, en esto, riéndome, le dije:

—Señor, ya soy otro, y otros mis pensamientos; más alto pico y más autoridad me importa tener. Porque si hasta agora tenía como cada cual mi piedra en el rollo, agora tengo mi padre.

Declaréle cómo había muerto tan honradamente como el más estirado, cómo le trincharon y le hicieron moneda, cómo me había escrito mi señor tío, el verdugo, de esto y de la prisioncilla de mama, que a él, como a quien sabía quién yo soy, me pude descubrir sin vergüenza. Lastimóse mucho y preguntóme que qué pensaba hacer.

Dile cuenta de mis determinaciones; y con tanto, al otro día, él se fue a Segovia harto triste, y yo me quedé en la casa disimulando mi desventura.

Quemé la carta porque, perdiéndoseme acaso, no la leyese alguien, y comencé a disponer mi partida para Segovia, con fin de cobrar mi hacienda y conocer mis parientes para huir de ellos.

Capítulo Ocho

LIBRO SEGUNDO

Del camino de Alcalá para Segovia, y de lo que le sucedió en él hasta Rejas, donde durmió aquella noche.

Llegó el día de apartarme de la mejor vida que hallo haber pasado. Dios sabe lo que sentí el dejar tantos amigos y apasionados, que eran sin número. Vendí lo poco que tenía de secreto, para el camino, y con ayuda de unos embustes hice hasta seiscientos reales. Alquilé una mula y salíme de la posada, adonde ya no tenía que sacar más de mi sombra. ¿Quién contará las angustias del zapatero por lo fiado, las solicitudes del ama por el salario, las voces del huésped de la casa por el arrendamiento? Uno decía: —«¡Siempre me lo dijo el corazón!»; otro: —«¡Bien me decían a mí que este era un trampista!». Al fin, yo salí tan bienquisto del pueblo que dejé con mi ausencia a la mitad de él llorando y a la otra mitad riéndose de los que lloraban.

Yo me iba entreteniendo por el camino considerando en estas cosas, cuando pasado Torote, encontré con un hombre en un macho de albarda, el cual iba hablando entre sí con muy gran prisa y tan embebecido, que aun estando a su lado no me veía. Saludéle y saludóme; preguntéle dónde iba, y después que nos pagamos las respuestas, comenzamos luego a tratar de si bajaba el turco y de las fuerzas del Rey. Comenzó a decir de qué manera se podía conquistar la Tierra Santa y cómo se ganaría Argel, en los cuales discursos eché de ver que era loco repúblico y de gobierno.

Proseguimos en la conversación (propia de pícaros), y venimos a dar de una cosa en otra, en Flandes. Aquí fue ello, que empezó a suspirar y a decir:

—Más me cuestan a mí esos estados que al Rey, porque ha catorce años que ando con un arbitrio que, si como es imposible no lo fuera, ya estuviera todo sosegado.

—¿Qué cosa puede ser —le dije yo— que, conviniendo tanto, sea imposible y no se pueda hacer?

—¿Quién le dice a V. Md. —dijo luego— que no se pueda hacer?. Hacerse puede, que ser imposible es otra cosa. Y si no fuera por dar pesadumbre, le contara a V. Md. lo que es; pero allá se verá, que agora lo pienso imprimir con otros trabajillos, entre los cuales le doy al Rey modo de ganar a Ostende por dos caminos.

Roguéle que me los dijese, y al punto, sacando de las faldriqueras un gran papel, me mostró pintado el fuerte del enemigo y el nuestro, y dijo:

—Bien ve V. Md. que la dificultad de todo está en este pedazo de mar…, pues yo doy orden de chuparle todo con esponjas y quitarle de allí.

Di yo con este desatino una gran risada, y él entonces mirándome a la cara, me dijo:

—A nadie se lo he dicho que no haya hecho otro tanto, que a todos les da gran contento.

—Ese tengo yo, por cierto —le dije—, de oír cosa tan nueva y tan bien fundada, pero advierta V. Md. que ya que chupe el agua que hubiere entonces, tornará luego la mar a echar más.

—No hará la mar tal cosa que lo tengo yo eso muy apurado —me respondió—, y no hay que tratar; fuera de que yo tengo pensada una invención para hundir la mar por aquella parte doce estados.

No lo osé replicar de miedo que me dijese que tenía arbitrio para tirar el cielo acá abajo. No vi en mi vida tan gran orate. Decíame que Joanelo no había hecho nada, que él trazaba agora de subir toda el agua de Tajo a Toledo de otra manera más fácil. Y sabido lo que era, dijo que por ensalmo: ¡Mire V. Md. quién tal oyó en el mundo! Y al cabo, me dijo:

—Y no lo pienso poner en ejecución si primero el Rey no me da una encomienda, que la puedo tener muy bien, y tengo una ejecutoria muy honrada.

Con estas pláticas y desconciertos llegamos a Torrejón, donde se quedó, que venía a ver una parienta suya.

Yo pasé adelante pereciéndome de risa de los arbitrios en que ocupaba el tiempo, cuando, Dios y enhorabuena, desde lejos vi una mula suelta y un hombre junto a ella a pie, que mirando a un libro hacía unas rayas que medía con un compás. Daba vueltas y saltos a un lado y a otro, y de rato en rato, poniendo un dedo encima de otro, hacía con ellos mil cosas saltando. Yo confieso que entendí por gran rato (que me paré desde lejos a verlo) que era encantador, y casi no me determinaba a pasar. Al fin me determiné, y llegando cerca, sintióme, cerró el libro, y al poner el pie en el estribo, resbalósele y cayó. Levantéle, y díjome:

—No tomé bien el medio de proporción para hacer la circunferencia al subir.

Yo no le entendí lo que me dijo y luego temí lo que era, porque más desatinado hombre no ha nacido de las mujeres. Preguntóme si iba a Madrid por línea recta o si iba por camino circunflejo. Yo, aunque no lo entendí, le dije que circunflejo. Preguntóme cúya era la espada que llevaba al lado. Respondíle que mía, y mirándola, dijo:

—Esos gavilanes habían de ser más largos, para reparar los tajos que se forman sobre el centro de las estocadas.

Y empezó a meter una parola tan grande que me forzó a preguntarle qué materia profesaba. Díjome que él era diestro verdadero y que lo haría bueno en cualquiera parte. Yo, movido a risa, le dije:

—Pues, en verdad, que por lo que yo vi hacer a V. Md. en el campo denantes, que más le tenía por encantador, viendo los círculos.

—Eso —me dijo— era que se me ofreció una treta por el cuarto círculo con el compás mayor, continuando la espada para matar sin confesión al contrario, porque no diga quién lo hizo y estaba poniéndolo en términos de matemática.

—¿Es posible —le dije yo— que hay matemática en eso?

—No solamente matemática —dijo—, mas teología, filosofía, música y medicina.

—Esa postrera no lo dudo, pues se trata de matar en esa arte.

—No os burléis —me dijo—, que agora aprendo yo la limpiadera contra la espada, haciendo los tajos mayores que comprehenden en sí las aspirales de la espada.

—No entiendo cosa de cuantas me decís, chica ni grande.

—Pues este libro las dice —me respondió—, que se llama Grandezas de la espada, y es muy bueno y dice milagros; y para que lo creáis, en Rejas que dormiremos esta noche, con dos asadores me veréis hacer maravillas. Y no dudéis que cualquiera que leyere en este libro matará a todos los que quisiere.

—U ese libro enseña a ser pestes a los hombres u le compuso algún doctor.

—¿Cómo doctor? Bien lo entiende —me dijo—: es un gran sabio y aun estoy por decir más.

En estas pláticas llegamos a Rejas. Apeámonos en una posada y al apearnos me advirtió con grandes voces que hiciese un ángulo obtuso con las piernas, y que reduciéndolas a líneas paralelas me pusiese perpendicular en el suelo. El huésped, que me vio reír y le vio, preguntóme que si era indio aquel caballero, que hablaba de aquella suerte. Pensé con esto perder el juicio. Llegóse luego al güésped, y díjole:

—Señor, déme dos asadores para dos o tres ángulos, que al momento se los volveré.

—¡Jesús! —dijo el huésped—, déme V. Md. acá los ángulos, que mi mujer los asará; aunque aves son que no las he oído nombrar.

—¡Que no son aves! —dijo volviéndose a mí—. Mire V. Md. lo que es no saber. Déme los asadores, que no los quiero sino para esgrimir; que quizá le valdrá más lo que me viere hacer hoy que todo lo que ha ganado en su vida.

En fin, los asadores estaban ocupados y hubimos de tomar dos cucharones. No se ha visto cosa tan digna de risa en el mundo. Daba un salto y decía:

—Con este compás alcanzo más y gano los grados del perfil. Ahora me aprovecho del movimiento remiso para matar el natural. Ésta había de ser cuchillada y éste tajo.

No llegaba a mí desde una legua y andaba alrededor con el cucharón, y como yo me estaba quedo, parecían tretas contra olla que se sale. Díjome al fin:

—Esto es lo bueno y no las borracherías que enseñan estos bellacos maestros de esgrima, que no saben sino beber.

No lo había acabado de decir, cuando de un aposento salió un mulatazo mostrando las presas, con un sombrero enjerto en guardasol y un coleto de ante debajo de una ropilla suelta y llena de cintas, zambo de piernas a lo águila imperial, la cara con un per signum crucis de inimicis suis, la barba de ganchos, con unos bigotes de guardamano y una daga con más rejas que un locutorio de monjas. Y, mirando al suelo, dijo:

—Yo soy examinado y traigo la carta, y por el sol que calienta los panes, que haga pedazos a quien tratare mal a tanto buen hijo como profesa la destreza.

Yo que vi la ocasión, metíme en medio y dije que no hablaba con él, y que así no tenía por qué picarse.

—Meta mano a la blanca si la trae y apuremos cuál es verdadera destreza, y déjese de cucharones.

El pobre de mi compañero abrió el libro, y dijo en altas voces:

—Este libro lo dice, y está impreso con licencia del Rey, y yo sustentaré que es verdad lo que dice, con el cucharón y sin el cucharón, aquí y en otra parte, y, si no, midámoslo.

Y sacó el compás, y empezó a decir:

—Este ángulo es obtuso.

Y entonces, el maestro sacó la daga, y dijo:

—Y no sé quién es Ángulo ni Obtuso, ni en mi vida oí decir tales hombres, pero con esta en la mano le haré yo pedazos.

Acometió al pobre diablo, el cual empezó a huir, dando saltos por la casa, diciendo:

—No me puede dar, que le he ganado los grados del perfil.

Metímoslos en paz el huésped y yo y otra gente que había, aunque de risa no me podía mover.

Metieron al buen hombre en su aposento, y a mí con él; cenamos, y acostámonos todos los de la casa. Y a las dos de la mañana, levántase en camisa y empieza a andar a oscuras por el aposento, dando saltos y diciendo en lengua matemática mil disparates.

Despertóme a mí, y no contento con esto, bajó el huésped para que le diese luz, diciendo que había hallado objeto fijo a la estocada sagital por la cuerda. El huésped se daba a los diablos de que lo despertase, y tanto le molestó que le llamó loco. Y con esto se subió y me dijo que si me quería levantar vería la treta tan famosa que había hallado contra el turco y sus alfanjes. Y decía que luego se la quería ir a enseñar al Rey, por ser en favor de los católicos.

En esto amaneció, vestímonos todos, pagamos la posada, hicímoslos amigos a él y al maestro, el cual se apartó diciendo que el libro que alegaba mi compañero era bueno, pero que hacía más locos que diestros, porque los más no le entendían.

Capítulo Nueve

DE LO QUE LE SUCEDIÓ HASTA LLEGAR A MADRID, CON UN POETA

Yo tomé mi camino para Madrid y él se despidió de mí por ir diferente jornada. Y ya que estaba apartado, volvió con gran prisa, y llamándome a voces, estando en el campo donde no nos oía nadie, me dijo al oído:

—Por vida de V. Md., que no diga nada de todos los altísimos secretos que le he comunicado en materia de destreza, y guárdelo para sí, pues tiene buen entendimiento.

Yo le prometí de hacerlo, tornóse a partir de mí, y yo empecé a reírme del secreto tan gracioso.

Con esto caminé más de una legua que no topé persona. Iba yo entre mí pensando en las muchas dificultades que tenía para profesar honra y virtud, pues había menester tapar primero la poca de mis padres, y luego tener tanta que me desconociesen por ella. Y parecíanme a mí tan bien estos pensamientos honrados, que yo me los agradecía a mí mismo. Decía a solas: «Más se me ha de agradecer a mí, que no he tenido de quien aprender virtud ni a quien parecer en ella, que al que la hereda de sus abuelos».

En estas razones y discursos iba, cuando topé un clérigo muy viejo en una mula, que iba camino de Madrid. Trabamos plática y luego me preguntó que de dónde venía; yo le dije que de Alcalá.

—Maldiga Dios —dijo él— tan mala gente como hay en ese pueblo, pues falta entre todos un hombre de discurso.

Preguntéle que cómo o por qué se podía decir tal de lugar donde asistían tantos doctos varones. Y él, muy enojado dijo:

—¿Doctos? Yo le diré a V. Md. qué tan doctos, que habiendo más de catorce años que hago yo en Majalahonda, donde he sido sacristán, las chanzonetas al Corpus y al Nacimiento, no me premiaron en el cartel unos cantarcicos, y porque vea V. Md. la sinrazón, se los he de leer, que yo sé que se holgará.

Y diciendo y haciendo, desenvainó una retahíla de copias pestilenciales, y por la primera, que era ésta, se conocerán las demás:

Pastores, ¿no es lindo chiste,
que es hoy el señor san Corpus Criste?

Hoy es el día de las danzas
en que el Cordero sin mancilla
tanto se humilla,
que visita nuestras panzas,
y entre estas bienaventuranzas
entra en el humano buche.
Suene el lindo sacabuche,
pues nuestro bien consiste.
Pastores, ¿no es lindo chiste?

—¿Qué pudiera decir más —me dijo— el mismo inventor de los chistes? Mire qué misterios encierra aquella palabra pastores: más me costó de un mes de estudio.

Yo no pude con esto tener la risa, que a borbollones se me salía por los ojos y narices, y dando una gran carcajada, dije:

—¡Cosa admirable! Pero sólo reparo en que llama V. Md. señor san Corpus Criste, y Corpus Christi no es santo sino el día de la institución del Sacramento.

—¡Qué lindo es eso! —me respondió haciendo burla—; yo le daré en el calendario, y está canonizado y apostaré a ello la cabeza.

No pude porfiar, perdido de risa de ver la suma ignorancia; antes le dije cierto que eran dignas de cualquier premio y que no había oído cosa tan graciosa en mi vida.

—¿No? —dijo al mismo punto—; pues oya V. Md. un pedacito de un librillo que tengo hecho a las once mil vírgenes adonde a cada una he compuesto cincuenta octavas, cosa rica.

Yo, por excusarme de oír tanto millón de octavas, le supliqué que no me dijese cosa a lo divino. Y así, me comenzó a recitar una comedia que tenía más jornadas que el camino de Jerusalén. Decíame:

—Hícela en dos días, y este es el borrador.

Y sería hasta cinco manos de papel. El título era El arca de Noé. Hacíase toda entre gallos y ratones, jumentos, raposas, lobos y jabalíes, como fábulas de Isopo. Yo le alabé la traza y la invención, a lo cual me respondió:

—Ello cosa mía es, pero no se ha hecho otra tal en el mundo y la novedad es más que todo; y si yo salgo con hacerla representar, será cosa famosa.

—¿Cómo se podrá representar —le dije yo—, si han de entrar los mismos animales y ellos no hablan?

—Esa es la dificultad, que a no haber esa, ¿había cosa más alta? Pero yo tengo pensado de hacerla toda de papagayos, tordos y picazas, que hablan, y meter para el entremés monas.

—Por cierto, alta cosa es esa.

—Otras más altas he hecho yo —dijo— por una mujer a quien amo. Y vea aquí novecientos y un sonetos y doce redondillas (que parecía que contaba escudos por maravedís) hechos a las piernas de mi dama.

Yo le dije que si se las había visto él, y díjome que no había hecho tal por las órdenes que tenía, pero que iban en profecía los conceptos. Yo confieso la verdad, que aunque me holgaba de oírle, tuve miedo a tantos versos malos, y así, comencé a echar la plática a otras cosas. Decíale que veía liebres, y él saltaba:

—Pues empezaré por uno donde la comparo a ese animal.

Y empezaba luego; y yo, por divertirle, decía:

—¿No ve V. Md. aquella estrella que se ve de día?

A lo cual, dijo:

—En acabando éste, le diré el soneto treinta, en que la llamo estrella, que no parece sino que sabe los intentos de ellos.

Afligíme tanto con ver que no podía nombrar cosa a que él no hubiese hecho algún disparate, que cuando vi que llegábamos a Madrid, no cabía de contento, entendiendo que de vergüenza callaría; pero fue al revés, porque por mostrar lo que era, alzó la voz entrando por la calle. Yo le supliqué que lo dejase, poniéndole por delante que si los niños olían poeta no quedaría troncho que no se viniese por sus pies tras nosotros, por estar declarados por locos en una premática que había salido contra ellos, de uno que lo fue y se recogió a buen vivir. Pidióme que se la leyese si la tenía, muy congojado. Prometí de hacerlo en la posada. Fuímonos a una, donde él se acostumbraba apear, y hallamos a la puerta más de doce ciegos. Unos le conocieron por el olor y otros por la voz. Diéronle una barahúnda de bienvenido; abrazólos a todos, y luego empezaron unos a pedirle oración para el Justo Juez en verso grave y sonoro, tal que provocase a gestos; otros pidieron de las ánimas; y por aquí discurrió, recibiendo ocho reales de señal de cada uno. Despidiólos, y díjome:

—Más me han de valer de trescientos reales los ciegos; y así, con licencia de V. Md., me recogeré agora un poco, para hacer algunas de ellas, y en acabando de comer oiremos la premática.

¡Oh vida miserable! Pues ninguna lo es más que la de los locos que ganan de comer con los que lo son.

Capítulo Diez

DE LO QUE HIZO EN MADRID, Y LO QUE LE SUCEDIÓ HASTA LLEGAR A CERCEDILLA, DONDE DURMIÓ

Recogióse un rato a estudiar herejías y necedades para los ciegos. Entre tanto, se hizo hora de comer; comimos, y luego pidióme que le leyese la premática. Yo, por no haber otra cosa que hacer, la saqué y se la leí. La cual pongo aquí, por haberme parecido aguda y conveniente a lo que se quiso reprehender en ella. Decía en este tenor:

Premática del desengaño contra los poetas güeros, chirles y hebenes

Diole al sacristán la mayor risa del mundo, y dijo:

—¡Hablara yo para mañana! Por Dios, que entendí que hablaba conmigo, y es sólo contra los poetas hebenes:

Cayóme a mí muy en gracia oírle decir esto, como si él fuera muy albillo o moscatel. Dejé el prólogo y comencé el primer capítulo que decía:

«Atendiendo a que este género de sabandijas que llaman poetas son nuestros prójimos, y cristianos aunque malos; viendo que todo el año adoran cejas, dientes, listones y zapatillas, haciendo otros pecados más enormes, mandamos que la Semana Santa recojan a todos los poetas públicos y cantoneros, como a malas mujeres, y que los prediquen sacando Cristos para convertirlos. Y para esto señalamos casas de arrepentidos.

»Ítem, advirtiendo los grandes bochornos que hay en las caniculares y nunca anochecidas coplas de los poetas de sol, como pasas, a fuerza de los soles y estrellas que gastan en hacerlas, les ponemos perpetuo silencio en las cosas del cielo, señalando meses vedados a las musas, como a la caza y pesca, porque no se agoten con la prisa que las dan.

»Ítem, habiendo considerado que esta secta infernal de hombres condenados a perpetuo concepto, despedazadores del vocablo y volteadores de razones, han pegado el dicho achaque de poesía a las mujeres, declaramos que nos tenemos por desquitados con este mal que las hemos hecho del que nos hicieron en la manzana. Y por cuanto el siglo está pobre y necesitado, mandamos quemar las coplas de los poetas, como franjas viejas, para sacar el oro, plata y perlas, pues en los más versos hacen sus damas de todos metales, como estatuas de Nabuco».

Aquí no lo pudo sufrir el sacristán y levantándose en pie, dijo:

—¡Mas no, sino quitarnos las haciendas! No pase V. Md. adelante, que sobre eso pienso ir al Papa y gastar lo que tengo. Bueno es que yo, que soy eclesiástico, había de padecer ese agravio. Yo probaré que las coplas del poeta clérigo no están sujetas a tal premática y luego quiero irlo a averiguar ante la justicia.

En parte me dio gana de reír, pero por no detenerme, que se me hacía tarde, le dije:

—Señor, esta premática es hecha por gracia, que no tiene fuerza ni apremia, por estar falta de autoridad.

—¡Pecador de mí! —dijo muy alborotado—, avisara V. Md. y hubiérame ahorrado la mayor pesadumbre del mundo. ¿Sabe V. Md. lo que es hallarse un hombre con ochocientas mil coplas de contado y oír eso? Prosiga V. Md., y Dios le perdone el susto que me dio.

Proseguí diciendo:

»Ítem, advirtiendo que después que dejaron de ser moros (aunque todavía conservan algunas reliquias) se han metido a pastores, por lo cual andan los ganados flacos de beber sus lágrimas, chamuscados con sus ánimas encendidas, y tan embebecidos en su música que no pacen, mandamos que dejen el tal oficio, señalando ermitas a los amigos de soledad. Y a los demás, por ser oficio alegre y de pullas, que se acomoden en mozos de mulas».

—¡Algún puto, cornudo, bujarrón y judío —dijo en altas voces— ordenó tal cosa! Y si supiera quién era yo le hiciera una sátira con tales coplas que le pesara a él y a todos cuantos las vieran de verlas. ¡Miren qué bien le estaría a un hombre lampiño como yo la ermita! ¡O a un hombre vinajeroso y sacristando ser mozo de mulas! Ea, señor, que son grandes pesadumbres esas.

—Ya le he dicho a V. Md. —repliqué— que son burlas, y que las oiga como tales.

Proseguí diciendo: «Que por estorbar los grandes hurtos, mandábamos que no se pasasen coplas de Aragón a Castilla, ni de Italia a España, so pena de andar bien vestido el poeta que tal hiciese, y, si reincidiese, de andar limpio un hora».

Esto le cayó muy en gracia, porque traía él una sotana con canas, de puro vieja, y con tantas cazcarrias que para enterrarle no era menester más de estregársela encima. El manteo, se podían estercolar con él dos heredades.

Y así, medio riendo, le dije que mandaban también tener entre los desesperados que se ahorcan y despeñan, y que como a tales no las enterrasen en sagrado a las mujeres que se enamoran de poeta a secas. Y que advirtiendo a la gran cosecha de redondillas, canciones y sonetos que había habido en estos años fértiles, mandaban que los legajos que por sus deméritos escapaban de las especerías, fuesen a las necesarias sin apelación.

Y, por acabar, llegué al postrer capítulo, que decía así:

«Pero advirtiendo con ojos de piedad a que hay tres géneros de gentes en la república tan sumamente miserables que no pueden vivir sin los tales poetas, como son farsantes, ciegos y sacristanes, mandamos que pueda haber algunos oficiales públicos de esta arte, con tal que puedan tener carta de examen de los caciques de los poetas que fueren en aquellas partes, limitando a los poetas de farsantes que no acaben los entremeses con palos ni diablos, ni las comedias en casamientos, ni hagan las trazas con papeles o cintas, y a los de ciegos, que no sucedan en Tetuán los casos, desterrándoles estos vocablos: cristián, amada, humanal y pundonores; y mandándoles que, para decir la presente obra, no digan zozobra, y a los de sacristanes, que no hagan los villancicos con Gil ni Pascual, que no jueguen del vocablo, ni hagan los pensamientos de tornillo, que mudándoles el nombre, se vuelvan a cada fiesta. Y finalmente, mandamos a todos los poetas en común que se descarten de Júpiter, Venus, Apolo y otros dioses, so pena de que los tendrán por abogados a la hora de su muerte».

A todos los que oyeron la premática pareció cuanto bien se puede decir, y todos me pidieron traslado de ella. Sólo el sacristanejo empezó a jurar por vida de las vísperas solemnes, introibo y Chiries, que era sátira contra él, por lo que decía de los ciegos, y que él sabía mejor lo que había de hacer que nadie. Y últimamente dijo:

—Hombre soy yo que he estado en un aposento con Liñán, y he comido más de dos veces con Espinel. Y que había estado en Madrid tan cerca de Lope de Vega como lo estaba de mí, y que había visto a don Alonso de Ercilla mil veces, y que tenía en su casa un retrato del divino Figueroa, y que había comprado los gregüescos que dejó Padilla cuando se metió fraile, y que hoy día los traía, y malos. Enseñólos, y dioles esto a todos tanta risa, que no querían salir de la posada.

Al fin, ya eran las dos, y como era forzoso el camino, salimos de Madrid. Yo me despedí de él, aunque me pesaba, y comencé a caminar para el puerto. Quiso Dios que porque no fuese pensando en mal, me topase con un soldado. Iba en cuerpo y en alma, el cuello en el sombrero, los calzones vueltos, la camisa en la espada, la espada al hombro, los zapatos en la faldriquera, alpargatas, y medias de lienzo, sus frascos en la pretina y un poco de órgano en cajas de hoja de lata para papeles. Luego trabamos plática; preguntóme si venía de la Corte; dije que de paso había estado en ella.

—No está para más —dijo luego— que es pueblo para gente ruin. Más quiero, ¡voto a Cristo!, estar en un sitio, la nieve a la cinta, hecho un reloj, comiendo madera, que sufriendo las supercherías que se hacen a un hombre de bien. Y en llegando a ese lugarcito del diablo nos remiten a la sopa y al coche de los pobres en San Felipe donde cada día en corrillos se hace consejo de estado, y guerra en pie y desabrigada. Y en vida nos hacen soldados en pena por los cementerios, y si pedimos entretenimiento nos envían a la comedia, y si ventajas, a los jugadores. Y con esto, comidos de piojos y huéspedas, nos volvemos en este pelo a rogar a los moros y herejes con nuestros cuerpos.

A esto le dije yo que advirtiese que en la Corte había de todo, y que estimaban mucho a cualquier hombre de suerte.

—¿Qué estiman —dijo muy enojado— si he estado yo ahí seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de servicios y haber perdido mi sangre en servicio del Rey, como lo dicen estas heridas? Y quiso desatacarse. Y dije:

—Señor mío, desatacarse más es brindar a puto que enseñar heridas.

Creo que pretendía introducir en picazos algunas almorranas. Luego, en los calcañares, me enseñó otras dos señales, y dijo que eran balas, y yo saqué por otras dos mías que tengo que habían sido sabañones. Y las balas pocas veces se andan a roer zancajos. Estaba derrengado de algún palo que le dieron porque se dormía haciendo guarda y decía que era de un astillazo. Quitóse el sombrero y mostróme el rostro; calzaba dieciséis puntos de cara, que tantos tenía en una cuchillada que le partía las narices. Tenía otros tres chirlos que se la volvían mapa a puras líneas.

—Estas me dieron —dijo— defendiendo a París, en servicio de Dios y del Rey, por quien veo trinchado mi gesto, y no he recibido sino buenas palabras, que agora tienen lugar de malas obras. Lea estos papeles —me dijo—, por vida del licenciado, que no ha salido en campaña, ¡voto a Cristo!, hombre, ¡vive Dios!, tan señalado.

Y decía verdad, porque lo estaba a puros golpes. Comenzó a sacar cañones de hoja de lata y a enseñarme papeles, que debían de ser de otro a quien había tomado el nombre. Yo los leí y dije mil cosas en su alabanza y que el Cid ni Bernardo no habían hecho lo que él. Saltó en esto y dijo:

—¿Cómo lo que yo? ¡Voto a Dios!, ni lo que García de Paredes, Julián Romero y otros hombres de bien, ¡pese al diablo! Sé que entonces no había artillería, ¡voto a Dios!, que no hubiera Bernardo para un hora en este tiempo. Pregunte V. Md. en Flandes por la hazaña del Mellado, y verá lo que le dicen.

—¿Es V. Md. acaso? —le dije yo.

Y él respondió:

—¿Pues qué otro? ¿No me ve la mella que tengo en los dientes? No tratemos de esto, que parece mal alabarse el hombre.

Yendo en estas conversaciones, topamos en un borrico un ermitaño, con una barba tan larga que hacía lodos con ella, macilento y vestido de paño pardo. Saludamos con el Deo gracias acostumbrado y empezó a alabar los trigos y en ellos la misericordia del Señor. Saltó el soldado, y dijo:

—¡Ah, padre!, más espesas he visto yo las picas sobre mí, y, ¡voto a Cristo!, que hice en el saco de Amberes lo que pude; sí, ¡juro a Dios!

El ermitaño le reprehendió que no jurase tanto, a lo cual dijo:

—Padre, bien se echa de ver que no es soldado, pues me reprehende mi propio oficio.

Diome a mí gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca, y eché de ver que era algún picarón gallina, porque ya entre soldados no hay costumbre más aborrecida de los de más importancia, cuando no de todos. El ermitaño le dijo:

—Y ¿dónde dejó V. Md. el saco de Amberes, que ese me parece de las

Navas—, y que sería de más abrigo el de Amberes.

Rióse mucho el soldado de la pregunta, y el ermitaño de su desnudez, y con tanto llegamos a la falda del puerto, el ermitaño rezando el rosario de una carga de leña hecha bolas, de manera que a cada avemaría sonaba un cabe; el soldado iba comparando las peñas a los castillos que había visto, y mirando cuál lugar era fuerte y a dónde se había de plantar la artillería. Yo iba mirando tanto el rosariazo del ermitaño, con las cuentas frisonas, como la espada del soldado.

—¡Oh, cómo volaría yo con pólvora gran parte de este puerto —decía—, y hiciera buena obra a los caminantes!

—No hay tal como hacer buenas obras —decía el santero. Y pujaba un suspiro por remate. Iba entre sí rezando a silbos oraciones de culebra.

En estas cosas divertidos, llegamos a Cercedilla. Entramos en la posada todos tres juntos, ya anochecido; mandamos aderezar la cena —era viernes—, y entre tanto, el ermitaño dijo:

—Entretengámonos un rato, que la ociosidad es madre de los vicios; juguemos avemarías.

Y dejó caer de la manga el descuadernado. Diome a mí gran risa al ver aquello, considerando en las cuentas. El soldado dijo:

—No, sino juguemos hasta cien reales que yo traigo, en amistad.

Yo, codicioso, dije que jugaría otros tantos, y el ermitaño, por no hacer mal tercio, aceptó, y dijo que allí llevaba el aceite de la lámpara, que eran hasta doscientos reales. Yo confieso que pensé ser su lechuza y bebérsele, pero ansí le sucedan todos sus intentos al turco.

Fue el juego al parar, y lo bueno fue que dijo que no sabía el juego y hizo que se le enseñásemos. Dejónos el bienaventurado hacer dos manos, y luego nos la dio tal que no dejó blanca en la mesa. Heredónos en vida; retiraba el ladrón con las ancas de la mano que era lástima. Perdía una sencilla y acertaba doce maliciosas. El soldado echaba a cada suerte doce votos y otros tantos peses, aforrados en por vidas. Yo me comí las uñas y el fraile ocupaba las suyas en mi moneda. No dejaba santo que no llamaba; nuestras cartas eran como el Mesías, que nunca venían y las aguardábamos siempre.

Acabó de pelarnos; quisímosle jugar sobre prendas, y él, tras haberme ganado a mí seiscientos reales, que era lo que llevaba, y al soldado los ciento, dijo que aquello era entretenimiento, y que éramos prójimos, y que no había de tratar de otra cosa.

—No juren —decía—, que a mí, porque me encomendaba a Dios, me ha sucedido bien.

Y como nosotros no sabíamos la habilidad que tenía de los dedos a la muñeca, creímoslo, y el soldado juró de no jurar más, y yo de la misma suerte.

—¡Pesia tal! —decía el pobre alférez (que él me dijo entonces que lo era)—, entre luteranos y moros me he visto, pero no he padecido tal despojo.

Él se reía a todo esto. Tornó a sacar el rosario para rezar. Yo, que no tenía ya blanca, pedíle que me diese de cenar, y que pagase hasta Segovia la posada por los dos, que íbamos in puribus. Prometió hacerlo. Metióse sesenta huevos, ¡no vi tal en mi vida! Dijo que se iba a acostar.

Dormimos todos en una sala con otra gente que estaba allí porque los aposentos estaban tomados para otros. Yo me acosté con harta tristeza, y el soldado llamó al huésped y le encomendó sus papeles en las cajas de lata que los traía, y un envoltorio de camisas jubiladas. Acostámonos; el padre se persinó, y nosotros nos santiguamos de él. Durmió; yo estuve desvelado trazando cómo quitarle el dinero. El soldado hablaba entre sueños de los cien reales, como si no estuvieran sin remedio.

Hízose hora de levantar. Pedí yo luz muy aprisa; trujéronla, y el huésped el envoltorio al soldado, y olvidáronsele los papeles. El pobre alférez hundió la casa a gritos pidiendo que le diese los servicios. El huésped se turbó, y como todos decíamos que se los diese, fue corriendo y trujo tres bacines, diciendo:

—He ahí para cada uno el suyo. ¿Quieren más servicios?

Que él entendió que nos habían dado cámaras. Aquí fue ella, que se levantó el soldado con la espada tras el huésped, en camisa, jurando que le había de matar porque hacía burla de él, que se había hallado en la Naval San Quintín y otras, trayendo servicios en lugar de papeles que le había dado. Todos salimos tras él a tenerle, y aun no podíamos. Decía el huésped:

—Señor, su merced pidió servicios; yo no estoy obligado a saber que en lengua soldada se llaman así los papeles de las hazañas. Apaciguámoslos, y tornamos al aposento. El ermitaño, receloso, se quedó en la cama, diciendo que le había hecho mal el susto. Pagó por nosotros y salímonos del pueblo para el puerto, enfadados del término del ermitaño y de ver que no le habíamos podido quitar el dinero.

Topamos con un genovés, digo con uno de estos antecristos de las monedas de España, que subía el puerto con un paje detrás, y él con su guardasol, muy a lo dineroso. Trabamos conversación con él; todo lo llevaba a materia de maravedís, que es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó a nombrar a Visanzón, y si era bien dar dineros o no a Visanzón, tanto que el soldado y yo le preguntamos que quién era aquel caballero. A lo cual respondió, riéndose:

—Es un pueblo de Italia, donde se juntan los hombres de negocios, que acá llamamos fulleros de pluma, a poner los precios por donde se gobierna la moneda.

De lo cual sacamos que en Visanzón se lleva el compás a los músicos de uña. Entretúvonos el camino contando que estaba perdido porque había quebrado un cambio, que le tenía más de sesenta mil escudos. Y todo lo juraba por su conciencia, aunque yo pienso que conciencia en mercader es como virgo en cantonera, que se vende sin haberle. Nadie, casi, tiene conciencia, de todos los de este trato; porque, como oyen decir que muerde por muy poco, han dado en dejarla con el ombligo en naciendo.

En estas pláticas vimos los muros de Segovia, y a mí se me alegraron los ojos, a pesar de la memoria, que con los sucesos de Cabra me contradecía el contento. Llegué al pueblo, y a la entrada vi a mi padre en el camino, aguardando ir en bolsas, hechos cuartos, a Josafad. Enternecíme, y entré algo desconocido de como salí, con punta de barba, bien vestido.

Dejé la compañía, y considerando en quién conocería a mi tío —fuera del rollo— mejor en el pueblo, no hallé nadie de quien echar mano. Lleguéme a mucha gente a preguntar por Alonso Ramplón y nadie me daba razón de él, diciendo que no le conocían. Holgué mucho de ver tantos hombres de bien en mi pueblo, cuando, estando en esto, oí al precursor de la penca hacer de garganta y a mi tío de las suyas. Venía una procesión de desnudos, todos descaperuzados, delante de mi tío, y él, muy haciéndose de pencas, con una en la mano tocando un pasacalles públicas en las costillas de cinco laúdes, sino que llevaban sogas por cuerdas. Yo, que estaba notando esto con un hombre a quien había dicho, preguntando por él, que era yo un gran caballero, veo a mi buen tío que echando en mí los ojos (por pasar cerca), arremetió a abrazarme, llamándome sobrino. Penséme morir de vergüenza; no volví a despedirme de aquel con quien estaba. Fuime con él, y díjome:

—Aquí te podrás ir mientras cumplo con esta gente; que ya vamos de vuelta y hoy comerás conmigo.

Yo, que me vi a caballo, y que en aquella sarta parecería punto menos de azotado, dije que le aguardaría allí; y así, me aparté tan avergonzado, que a no depender de él la cobranza de mi hacienda, no lo hablara más en mi vida ni pareciera entre gentes. Acabó de repasarles las espaldas, volvió y llevóme a su casa, donde me apeé y comimos.

Capítulo Once

DEL HOSPEDAJE DE SU TÍO, Y VISITAS; LA COBRANZA DE SU HACIENDA Y VUELTA A LA CORTE

Tenía mi buen tío su alojamiento junto al matadero, en casa de un aguador. Entramos en ella, y díjome:

—No es alcázar la posada, pero yo os prometo, sobrino, que es a propósito para dar expediente a mis negocios.

Subimos por una escalera, que sólo aguardé a ver lo que me sucedía en lo alto, para si se diferenciaba en algo de la horca. Entramos en un aposento tan bajo que andábamos por él como quien recibe bendiciones, con las cabezas bajas. Colgó la penca en un clavo, que estaba con otros de que colgaban cordeles, lazos, cuchillos, escarpias y otras herramientas del oficio. Díjome que por qué no me quitaba el manteo y me sentaba; yo le dije que no lo tenía de costumbre. Dios sabe cuál estaba de ver la infamia de mi tío, el cual me dijo que había tenido ventura en topar con él en tan buena ocasión, porque comería bien, que tenía convidados unos amigos.

En esto entró por la puerta, con una ropa hasta los pies morada, uno de los que piden para las ánimas, y haciendo son con la cajita, dijo:

—Tanto me han valido a mí las ánimas hoy como a ti los azotados: encaja.

Hiciéronse la mamona el uno al otro. Arremangóse el desalmado animero el sayazo, y quedó con unas piernas zambas en gregüescos de lienzo, y empezó a bailar y decir que si había venido Clemente. Dijo mi tío que no, cuando, Dios y enhorabuena, devanado en un trapo y con unos zuecos, entró un chirimía de la bellota, digo, un porquero. Conocíle por el (hablando con perdón) cuerno que traía en la mano. Saludónos a su manera, y tras él entró un mulato zurdo y bizco, un sombrero con más falda que un monte y más copa que un nogal, la espada con más gavilanes que la caza del Rey, un coleto de ante. Traía la cara de punto, porque a puros chirlos la tenía toda hilvanada.

Entró y sentóse, saludando a los de casa, y a mi tío le dijo:

—A fe, Alonso, que lo han pagado bien el Romo y el Garroso.

Saltó el de las ánimas, y dijo:

—Cuatro ducados di yo a Flechilla, verdugo de Ocaña, porque aguijase el burro, y porque no llevase la penca de tres suelas cuando me palmearon.

—¡Vive Dios! —dijo el corchete—, que se lo pagué yo sobrado a Juanazo en Murcia, porque iba el borrico con un paseo de pato y el bellaco me los asentó de manera que no se levantaron sino ronchas.

Y el porquero, concomiéndose, dijo:

—Con virgo están mis espaldas.

—A cada puerco le viene su San Martín —dijo el demandador.

—De eso me puedo alabar yo —dijo mi buen tío— entre cuantos manejan la zurriaga, que al que se me encomienda hago lo que debo. Sesenta me dieron los de hoy y llevaron unos azotes de amigo, con penca sencilla.

Yo, que vi cuán honrada gente era la que hablaba mi tío, confieso que me puse colorado, de suerte que no pude disimular la vergüenza. Echómelo de ver el corchete, y dijo:

—¿Es el padre el que padeció el otro día, a quien se dieron ciertos empujones en el envés?

Yo respondí que no era hombre que padecía como ellos. En esto, se levantó mi tío y dijo:

—Es mi sobrino, maeso en Alcalá, gran supuesto.

Pidiéronme perdón y ofreciéronme toda caricia. Yo rabiaba ya por comer y por cobrar mi hacienda y huir de mi tío. Pusieron las mesas, y por una soguilla, en un sombrero, como suben la limosna los de la cárcel, subían la comida de un bodegón que estaba a las espaldas de la casa, en unos mendrugos de platos y retacillos de cántaros y tinajas. No podrá nadie encarecer mi sentimiento y afrenta. Sentáronse a comer; en cabecera el demandador, diciendo: «La Iglesia en mejor lugar; siéntese, padre». Echó la bendición mi tío y, como estaba hecho a santiguar espaldas, parecían más amagos de azotes que de cruces. Y los demás nos sentamos sin orden. No quiero decir lo que comimos; sólo que eran todas cosas para beber. Sorbióse el corchete tres de puro tinto. Brindóme a mí el porquero; me las cogía al vuelo y hacía más razones que decíamos todos. No había memoria de agua, y menos voluntad de ella.

Parecieron en la mesa cinco pasteles de a cuatro, y tomando un hisopo, después de haber quitado las hojaldres, dijeron un responso todos, con su requiem aeternam, por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes. Dijo mi tío:

—Ya os acordáis, sobrino, lo que os escribí de vuestro padre.

Vínoseme a la memoria; ellos comieron, pero yo pasé con los suelos solos, y quedéme con la costumbre, y así, siempre que como pasteles, rezo una avemaría por el que Dios haya.

Menudeóse sobre dos jarros, y era de suerte lo que hicieron el corchete y el de las ánimas, que se pusieron las suyas tales, que trayendo un plato de salchichas que parecía de dedos de negro, dijo uno:

—¡Qué mulata está la olla!

Ya mi tío estaba tal, que alargando la mano y asiendo una, dijo con la voz algo áspera y ronca, el un ojo medio acostado y el otro nadando en mosto:

—Sobrino, por este pan de Dios que crió a su imagen y semejanza, que no he comido en mi vida mejor carne tinta.

Yo que vi al corchete que, alargando la mano, tomó el salero y dijo: «Caliente está este caldo», y que el porquero se llevó el puño de sal, diciendo: «Es bueno el avisillo para beber», y se lo chocló en la boca, comencé a reír por una parte y a rabiar por otra.

Trujeron caldo, y el de las ánimas tomó con entrambas manos una escudilla, diciendo: «Dios bendijo la limpieza», y alzándola para sorberla, por llevarla a la boca, se la puso en el carrillo, y volcándola, se asó en caldo y se puso todo de arriba abajo que era vergüenza. Él, que se vio así, fuese a levantar, y como pesaba algo la cabeza, quiso ahirmar sobre la mesa, que era de estas movedizas; trastornóla, y manchó a los demás, y tras esto decía que el porquero le había empujado. El porquero que vio que el otro se le caía encima, levantóse, y alzando el instrumento de hueso, le dio con él una trompetada. Asiéronse a puños, y, estando juntos los dos y teniéndole el demandador mordido de un carrillo, con los vuelcos y alteración, el porquero vomitó cuanto había comido en las barbas del de la demanda. Mi tío, que estaba más en su juicio, decía que quién había traído a su casa tantos clérigos. Yo que los vi que ya, en suma, multiplicaban, metí en paz la brega, desasí a los dos, y levanté del suelo al corchete, el cual estaba llorando con gran tristeza, eché a mi tío en la cama, el cual hizo cortesía a un velador de palo que tenía, pensando que era convidado. Quité el cuerno al porquero, el cual, ya que dormían los otros, no había hacerle callar, diciendo que le diesen su cuerno, porque no había habido jamás quien supiese en él más tonadas y que le quería tañer con el órgano. Al fin, yo no me aparté de ellos hasta que vi que dormían.

Salíme de casa; entretúveme a ver mi tierra toda la tarde, pasé por la casa de Cabra, tuve nueva de que ya era muerto, y no cuidé de preguntar de qué sabiendo que hay hambre en el mundo. Torné a casa a la noche, habiendo pasado cuatro horas, y hallé al uno despierto y que andaba a gatas por el aposento buscando la puerta, y diciendo que se les había perdido la casa. Levantéle, y dejé dormir a los demás hasta las once de la noche que despertaron; y esperezándose, preguntó mi tío que qué hora era. Respondió el porquero (que aún no la había desollado) que no era nada sino la siesta y que hacía grandes bochornos. El demandador, como pudo, dijo que le diesen su cajilla:

—«Mucho han holgado las ánimas para tener a su cargo mi sustento»; y fuese, en lugar de ir a la puerta, a la ventana, y como vio estrellas, comenzó a llamar a los otros con grandes voces, diciendo que el cielo estaba estrellado a mediodía, y que había un gran eclís. Santiguáronse todos y besaron la tierra.

Yo, que vi la bellaquería del demandador, escandalicéme mucho, y propuse de guardarme de semejantes hombres. Con estas vilezas y infamias que veía yo, ya me crecía por puntos el deseo de verme entre gente principal y caballeros. Despachélos a todos uno por uno lo mejor que pude, acosté a mi tío, que aunque no tenía zorra tenía raposa, y yo acomodéme sobre mis vestidos y algunas ropas de los que Dios tenga que estaban por allí.

Pasamos de esta manera la noche. A la mañana traté con mi tío de reconocer mi hacienda y cobrarla. Despertó diciendo que estaba molido y que no sabía de qué. El aposento estaba, parte con las enjaguaduras de las monas, parte con las aguas que habían hecho de no beberlas, hecho una taberna de vinos de retorno. Levantóse, tratamos largo en mis cosas, y tuve harto trabajo por ser hombre tan borracho y rústico. Al fin, le reduje a que me diera noticia de parte de mi hacienda, aunque no de toda, y así, me la dio de unos trescientos ducados que mi buen padre había ganado por sus puños, y dejádolos en confianza de una buena mujer a cuya sombra se hurtaba diez leguas a la redonda.

Por no cansar a V. Md., vengo a decir que cobré y embolsé mi dinero, el cual mi tío no había bebido ni gastado, que fue harto para ser hombre de tan poca razón, porque pensaba que yo me graduaría con este, y que estudiando, podría ser cardenal, que como estaba en su mano hacerlos, no lo tenía por dificultoso. Díjome, en viendo que los tenía:

—Hijo Pablos, mucha culpa tendrás si no medras y eres bueno, pues tienes a quién parecer. Dinero llevas, yo no te he de faltar, que cuanto sirvo y cuanto tengo, para ti lo quiero.

Agradecíle mucho la oferta. Gastamos el día en pláticas desatinadas y en pagar las visitas a los personajes dichos. Pasaron la tarde en jugar a la taba mi tío, el porquero, y demandador. Este jugaba misas como si fuera otra cosa. Era de ver cómo se barajaban la taba: cogiéndola en el aire al que la echaba, y meciéndola en la muñeca, se la tornaban a dar. Sacaban de taba como de naipe para la fábrica de la sed, porque había siempre un jarro en medio.

Vino la noche; ellos se fueron; acostámonos mi tío y yo cada uno en su cama, que ya había prevenido para mí un colchón. Amaneció y, antes que él despertase, yo me levanté y me fui a una posada, sin que me sintiese; torné a cerrar la puerta por de fuera y echéle la llave por una gatera.

Como he dicho, me fui a un mesón a esconder y aguardar comodidad para ir a la Corte. Dejéle en el aposento una carta cerrada, que contenía mi ida y las causas, avisándole que no me buscase, porque eternamente no lo había de ver.

Capítulo Doce

DE SU HUIDA, Y LOS SUCESOS EN ELLA HASTA LA CORTE

Partía aquella mañana del mesón un arriero con cargas a la Corte. Llevaba un jumento; alquilómele, y salíme a aguardarle a la puerta fuera del lugar. Salió, espetéme en el dicho y empecé mi jornada. Iba entre mí diciendo: «Allá quedarás, bellaco, deshonrabuenos, jinete de gaznates». Consideraba yo que iba a la Corte, adonde nadie me conocía, que era la cosa que más me consolaba, y que había de valerme por mi habilidad allí. Propuse de colgar los hábitos en llegando, y de sacar vestidos nuevos cortos al uso. Pero volvamos a las cosas que el dicho de mi tío hacía, ofendido con la carta que decía en esta forma:

«Señor Alonso Ramplón: tras haberme Dios hecho tan señaladas mercedes como quitarme de delante a mi buen padre y tener a mi madre en Toledo, donde, por lo menos sé que hará humo, no me faltaba sino ver hacer en V. Md. lo que en otros hace. Yo pretendo ser uno de mi linaje, que dos es imposible, si no vengo a sus manos, y trinchándome, como hace a otros. No pregunte por mí ni me nombre, porque me importa negar la sangre que tenemos. Sirva al Rey y a Dios».

No hay que encarecer las blasfemias y oprobios que diría contra mí. Volvamos a mi camino. Yo iba caballero en el rucio de la Mancha, y bien deseoso de no topar nadie, cuando desde lejos vi venir un hidalgo de portante, con su capa puesta, espada ceñida, calzas atacadas y botas, y al parecer bien puesto, el cuello abierto más de roto que de molde, el sombrero de lado. Sospeché que era algún caballero que dejaba atrás su coche; y ansí, emparejando le saludé.

Miróme y dijo:

—Irá V. Md., señor licenciado, en ese borrico con harto más descanso que yo con todo mi aparato.

Yo, que entendí que lo decía por coche y criados que dejaba atrás, dije:

—En verdad, señor, que lo tengo por más apacible caminar que el del coche, porque aunque V. Md. vendrá en el que trae detrás con regalo, aquellos vuelcos que da inquietan.

—¿Cuál coche detrás? —dijo él muy alborotado.

Y al volver atrás, como hizo fuerza, se le cayeron las calzas, porque se le rompió una agujeta que traía, la cual era tan sola que, tras verme muerto de risa de verle, me pidió una prestada. Yo, que vi que de la camisa no se veía sino una ceja, y que traía tapado el rabo de medio ojo, le dije:

—Por Dios, señor, si V. Md. no aguarda a sus criados, yo no puedo socorrerle, porque vengo también atacado únicamente.

—Si hace V. Md. burla —dijo él, con las cachondas de la mano—, vaya, porque no entiendo eso de los criados.

Y aclaróseme tanto en materia de ser pobre, que me confesó, a media legua que anduvimos, que si no le hacía merced de dejarle subir en el borrico un rato no le era posible pasar adelante, por ir cansado de caminar con las bragas en los puños; y movido a compasión, me apeé, y como él no podía soltar las calzas, húbele yo de subir. Y espantóme lo que descubrí en el tocamiento, porque por la parte de atrás, que cubría la capa, traía las cuchilladas con entretelas de nalga pura. Él, que sintió lo que le había visto, como discreto, se previno diciendo:

—Señor licenciado, no es oro todo lo que reluce. Debióle parecer a V. Md., en viendo el cuello abierto y mi presencia, que era un conde de Irlos. Como de estas hojaldres cubren en el mundo lo que V. Md. ha tentado.

Yo le dije que le aseguraba de que me había persuadido a muy diferentes cosas de las que veía.

—Pues aún no ha visto nada V. Md. —replicó—, que hay tanto que ver en mí como tengo, porque nada cubro. Veme aquí V. Md. un hidalgo hecho y derecho, de casa de solar montañés, que si como sustento la nobleza me sustentara, no hubiera más que pedir. Pero ya, señor licenciado, sin pan y carne no se sustenta buena sangre, y por la misericordia de Dios, todos la tienen colorada y no puede ser hijo de algo el que no tiene nada. Ya he caído en la cuenta de las ejecutorias, después que hallándome en ayunas un día, no me quisieron dar sobre ella en un bodegón dos tajadas; pues, ¡decir que no tiene letras de oro! Pero más valiera el oro en las píldoras que en las letras, y de más provecho es. Y con todo, hay muy pocas letras con oro. He vendido hasta mi sepultura, por no tener sobre qué caer muerto, que la hacienda de mi padre Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero (que todos estos nombres tenía) se perdió en una fianza. Sólo el don me ha quedado por vender y soy tan desgraciado que no hallo nadie con necesidad de él, pues quien no le tiene por ante le tiene por postre, como el remendón, azadón, pendón, blandón, bordón y otros así.

Confieso que, aunque iban mezcladas con risa, las calamidades del dicho hidalgo me enternecieron. Preguntéle cómo se llamaba y adónde iba y a qué. Dijo que todos los nombres de su padre: don Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero y Jordán. No se vio jamás nombre tan campanudo, porque acababa en dan y empezaba en don, como son de badajo. Tras esto dijo que iba a la Corte, porque un mayorazgo roído como él en un pueblo corto, olía mal a dos días, y no se podía sustentar, y que por eso se iba a la patria común, adonde caben todos y adonde hay mesas francas para estómagos aventureros.

—Y nunca, cuando entro en ella, me faltan cien reales en la bolsa, cama, de comer y refocilo de lo vedado, porque la industria en la Corte es piedra filosofal, que vuelve en oro cuanto toca.

Yo vi el cielo abierto, y en son de entretenimiento para el camino, le rogué que me contase cómo y con quiénes y de qué manera viven en la Corte los que no tenían, como él, porque me parecía dificultoso en este tiempo, que no solo se contenta cada uno con sus cosas, sino que aun solicitan las ajenas.

—Muchos hay de esos —dijo—, y muchos de estos otros. Es la lisonja llave maestra, que abre a todas voluntades en tales pueblos. Y porque no se le haga dificultoso lo que digo, oiga mis sucesos y mis trazas, y se asegurará de esa duda.

Capítulo Trece

EN QUE PROSIGUE EL CAMINO Y LO PROMETIDO DE SU VIDA Y COSTUMBRES

«—Lo primero ha de saber que en la Corte hay siempre el más necio y el más sabio, más rico y más pobre, y los extremos de todas las cosas; que disimula los malos y esconde los buenos, y que en ella hay unos géneros de gentes como yo, que no se les conoce raíz ni mueble, ni otra cepa de la que descienden los tales. Entre nosotros nos diferenciamos con diferentes nombres; unos nos llamamos caballeros hebenes; otros, hueros, chanflones, chirles, traspillados y caninos. Es nuestra abogada la industria; pagamos las más veces los estómagos de vacío, que es gran trabajo traer la comida en manos ajenas. Somos susto de los banquetes, polilla de los bodegones, cáncer de las ollas y convidados por fuerza. Sustentámonos así del aire, y andamos contentos. Somos gente que comemos un puerro y representamos un capón. Entrará uno a visitarnos en nuestras casas, y hallará nuestros aposentos llenos de huesos de carnero y aves, mondaduras de frutas, la puerta embarazada con plumas y pellejos de gazapos; todo lo cual cogemos de parte de noche por el pueblo para honrarnos con ello de día. Reñimos en entrando el huésped: «¿Es posible que no he de ser yo poderoso para que barra esa moza? Perdone V. Md., que han comido aquí unos amigos, y estos criados…», etc. Quien no nos conoce cree que es así y pasa por convite.

Pues ¿qué diré del modo de comer en casas ajenas? En hablando a uno media vez, sabemos su casa, vámosle a ver, y siempre a la hora de mascar, que se sepa que está en la mesa. Decimos que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento, etc. Si nos preguntan si hemos comido, si ellos no han empezado decimos que no; si nos convidan no aguardamos a segundo envite, porque de estas aguardadas nos han sucedido grandes vigilias. Si han empezado, decimos que sí; y aunque parta muy bien el ave, pan o carne el que fuere, para tomar ocasión de engullir un bocado, decimos:

—Ahora deje V. Md., que le quiero servir de maestresala, que solía, Dios le tenga en el cielo (y nombramos un señor muerto, duque o conde), gustar más de verme partir que de comer.

Diciendo esto, tomamos el cuchillo y partimos bocaditos, y al cabo decimos:

—¡Oh, qué bien huele! Cierto que haría agravio a la guisandera en no probarlo. ¡Qué buena mano tiene!

Y diciendo y haciendo, va en pruebas el medio plato: el nabo por ser nabo, el tocino por ser tocino, y todo por lo que es. Cuando esto nos falta, ya tenemos sopa de algún convento aplazada; no la tomamos en público, sino a lo escondido, haciendo creer a los frailes que es más devoción que necesidad.

Es de ver uno de nosotros en una casa de juego con el cuidado que sirve y despabila las velas, trae orinales, cómo mete naipes y solemniza las cosas del que gana, todo por un triste real de barato.

Tenemos de memoria, para lo que toca a vestirnos, toda la ropería vieja. Y como en otras partes hay hora señalada para oración, la tenemos nosotros para remendarnos. Son de ver, a las mañanas, las diversidades de cosas que sanamos; que, como tenemos por enemigo declarado al sol, por cuanto nos descubre los remiendos, puntadas y trapos, nos ponemos, abiertas las piernas, a la mañana, a su rayo, y en la sombra del suelo vemos las que hacen los andrajos y hilachas de las entrepiernas. Es de ver cómo quitamos cuchilladas de atrás para poblar lo de adelante; y solemos traer la trasera tan pacífica, por falta de cuchilladas, que se queda en las puras bayetas. Sábelo sola la capa, y guardámonos de días de aire y de subir por escaleras claras o a caballo. Estudiamos posturas contra la luz, pues, en día claro, andamos las piernas muy juntas, y hacemos las reverencias con solos los tobillos, porque, si se abren las rodillas, se verá el ventanaje.

No hay cosa en todos nuestros cuerpos que no haya sido otra cosa y no tenga historia. Verbi gratia: bien ve V. Md. —dijo— esta ropilla; pues primero fue gregüescos, nieta de una capa y bisnieta de un capuz, que fue en su principio, y ahora espera salir para soletas y otras cosas. Los escarpines, primero son pañizuelos, habiendo sido toallas, y antes camisas, hijas de sábanas; y después de todo, los aprovechamos para papel, y en el papel escribimos, y después hacemos dél polvos para resucitar los zapatos, que de incurables, los he visto hacer revivir con semejantes medicamentos.

Pues ¿qué diré del modo con que de noche nos apartamos de las luces porque no se vean los herreruelos calvos y las ropillas lampiñas?, que no hay más pelo en ellas que en un guijarro, que es Dios servido de dárnosle en la barba y quitárnosle en la capa. Pero por no gastar con barberos, prevenimos siempre de aguardar a que otro de los nuestros tenga también pelambre y entonces nos la quitamos el uno al otro, conforme lo del Evangelio: «Ayudaos como buenos hermanos».

Traemos gran cuenta en no andar los unos por las casas de los otros, si sabemos que alguno trata la misma gente que otro. Es de ver cómo andan los estómagos en celo.

Estamos obligados a andar a caballo una vez cada mes, aunque sea en pollino por las calles públicas; y obligados a ir en coche una vez en el año, aunque sea en la arquilla o trasera. Pero si alguna vez vamos dentro del coche, es de considerar que siempre es en el estribo, con todo el pescuezo de fuera, haciendo cortesías porque nos vean todos y hablando a los amigos y conocidos aunque miren a otra parte.

Si nos come delante de algunas damas, tenemos traza para rascarnos en público sin que se vea; si es en el muslo, contamos que vimos un soldado atravesado desde tal parte a tal parte, y señalamos con las manos aquellas que nos comen, rascándonos en vez de enseñarlas. Si es en la iglesia, y come en el pecho, nos damos sanctus aunque sea al introibo. Levantámonos, y arrimándonos a una esquina en son de empinarnos para ver algo, nos rascamos.

¿Qué diré del mentir? Jamás se halla verdad en nuestra boca. Encajamos duques y condes en las conversaciones, unos por amigos, otros por deudos, y advertimos que los tales señores, o están muertos o muy lejos.

Y lo que más es de notar es que nunca nos enamoramos sino de pane lucrando, que veda la orden damas melindrosas, por lindas que sean, y así, siempre andamos en recuesta con una bodegonera por la comida, con la huéspeda por la posada, con la que abre los cuellos por los que trae el hombre. Y aunque, comiendo tan poco y bebiendo tan mal no se puede cumplir con tantas, por su tanda todas están contentas.

Quien ve estas botas mías, ¿cómo pensará que andan caballeras en las piernas en pelo, sin media, ni otra cosa? Y quien viere este cuello, ¿por qué ha de pensar que no tengo camisa? Pues todo esto le puede faltar a un caballero, señor licenciado, pero cuello abierto y almidonado, no. Lo uno, porque así es gran ornato de la persona; y después de haberle vuelto de una parte a otra, es de sustento, porque se cena el hombre en el almidón con sus fondos en mugre, chupándole con destreza.

Y al fin, señor licenciado, un caballero de nosotros ha de tener más faltas que una preñada de nueve meses, y con esto vive en la Corte; y ya se ve en prosperidad y con dineros, y ya en el espital. Pero, en fin, se vive, y el que se sabe bandear es rey, con poco que tenga.»

Tanto gusté de las extrañas maneras de vivir del hidalgo, y tanto me embebecí, que divertido con ellas y con otras, me llegué a pie hasta las Rozas, adonde nos quedamos aquella noche. Cenó conmigo el dicho hidalgo, que no traía blanca y yo me hallaba obligado a sus avisos, porque con ellos abrí los ojos a muchas cosas, inclinándome a la chirlería. Declaréle mis deseos antes que nos acostásemos; abrazóme mil veces, diciendo que siempre esperó que habían de hacer impresión sus razones en hombre de tan buen entendimiento. Ofrecióme favor para introducirme en la Corte con los demás cofrades del estafón, y posada en compañía de todos. Aceptéla, no declarándole que tenía los escudos que llevaba, sino hasta cien reales solos, los cuales bastaron, con la buena obra que le había hecho y hacía, a obligarle a mi amistad.

Compréle del huésped tres agujetas, atacóse, dormimos aquella noche, madrugamos, y dimos con nuestros cuerpos en Madrid.

Capítulo Catorce

DE LO QUE LE SUCEDIÓ EN LA CORTE LUEGO QUE LLEGÓ HASTA QUE AMANECIÓ

Entramos en la Corte a las diez de la mañana; fuímonos a apear, de conformidad, en casa de los amigos de don Toribio. Llegó a la puerta; llamó; abrióle una vejezuela muy pobremente abrigada, rostro cáscara de nuez, mordiscada de facciones, cargada de espaldas y de años. Preguntó por los amigos, y respondió, con un chillido crespo, que habían ido a buscar. Estuvimos solos hasta que dieron las doce, pasando el tiempo él en animarme a la profesión de la vida barata, y yo en atender a todo.

A las doce y media entró por la puerta una estantigua vestida de bayeta hasta los pies, punto menos de Arias Gonzalo, que al mismo Portugal empalagara de bayetas. Habláronse los dos en germanía, de lo cual resultó darme un abrazo y ofrecérseme. Hablamos un rato, y sacó un guante con diez y seis reales, y una carta, con la cual, diciendo que era licencia para pedir para una pobre, los había allegado. Vació el guante y sacó otro y doblólos a usanza de médico. Yo le pregunté que por qué no se los ponía y dijo que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes.

A todo esto, noté que no se desarrebozaba, y pregunté como nuevo para saber la causa de estar siempre envuelto en la capa, a lo cual respondió:

—Hijo, tengo en las espaldas una gatera, acompañada de un remiendo de lanilla y de una mancha de aceite; que en mi hato, aunque caminéis a cualquiera parte, nunca saldréis de la Mancha, que parece que hago caravanas para lechuza u que retozo con algunos candiles. Este pedazo de arrebozo lo disimula todo.

Desarrebozóse y hallé que debajo de la sotana traía gran bulto. Yo pensé que eran calzas, porque eran a modo de ellas, cuando él, para entrarse a espulgar, se arremangó, y vi que eran dos rodajas de cartón que traía atadas a la cintura y encajadas en los muslos, de suerte que hacían apariencia debajo del luto, porque el tal no traía camisa ni gregüescos, que apenas tenía qué espulgar según andaba desnudo. Entró al espulgadero y volvió una tablilla como las que ponen en las sacristías, que decía:

«Espulgador hay», porque no entrase otro. Grandes gracias di a Dios viendo cuánto dio a los hombres en darles industria, ya que les quitase riquezas.

—Yo —dijo mi buen amigo— vengo del camino con mal de calzas, y así me habré menester recoger a remendar.

Preguntó si había algunos retazos, que la vieja recogía trapos dos días en la semana por las calles, como las que tratan en papel, para acomodar jubones incurables, ropillas tísicas y con dolor de costado de los caballeros. Dijo que no y que por falta de harapos se estaba, quince días había, en la cama, de mal de zaragüelles, don Lorenzo Iñíguez del Pedroso.

En esto estábamos, cuando vino uno con sus botas de camino y su vestido pardo, con un sombrero prendidas las faldas por los dos lados. Supo mi venida de los demás y hablóme con mucho afecto. Quitóse la capa, y traía (¡mire V. Md. quién tal pensara!) la ropilla de pardo paño la delantera, y la trasera de lienzo blanco, con sus fondos en sudor. No pude tener la risa, y él, con gran disimulación, dijo:

—Haráse a las armas, y no se reirá. Yo apostaré que no sabe por qué traigo este sombrero con la falda presa arriba.

Yo dije que por galantería y por dar lugar a la vista.

—Antes por estorbarla —dijo—; sepa que es porque no tiene toquilla, y que así no lo echan de ver.

Y, diciendo esto, sacó más de veinte cartas y otros tantos reales, diciendo que no había podido dar aquellas. Traía cada una un real de porte, y eran hechas por él mismo. Ponía la firma de quien le parecía, escribía nuevas que inventaba a las personas más honradas y dábalas en aquel traje cobrando los portes. Y esto hacía cada mes, cosa que me espantó ver la novedad de la vida.

Entraron luego otros dos, el uno con una ropilla de paño, larga hasta el medio valón y su capa de lo mismo, levantando el cuello porque no se viese el anjeo, que estaba roto. Los valones eran de chamelote, mas no era más de lo que se descubría, y lo demás de bayeta colorada. Este venía dando voces con el otro, que traía valona por no tener cuello, y unos frascos por no tener capa, y una muleta con una pierna liada en trapajos y pellejos por no tener más de una calza. Hacíase soldado, y habíalo sido en los alojamientos y hasta la mar. Contaba extraños servicios suyos, y a título de soldado entraba en cualquiera parte. Decía el de la ropilla y casi gregüescos:

—La mitad me debéis, o por lo menos mucha parte, y si no me la dais, ¡juro a Dios…!

—No jure a Dios —dijo el otro—, que en llegando a casa no soy cojo, y os daré con esta muleta mil palos.

Si daréis, no daréis, y en los mentises acostumbrados, arremetió el uno al otro y asiéndose se salieron con los pedazos de los vestidos en las manos a los primeros estirones y no fue mucho. Metímoslos en paz, y preguntamos la causa de la pendencia. Dijo el soldado:

—¿A mí chanzas? ¡No llevaréis ni medio! Han de saber V. Mds. que estando hoy en San Salvador, llegó un niño a este pobrete, y le dijo que si era yo el alférez Joan de Lorenzana, y dijo que sí, atento a que le vio no sé qué cosa que traía en las manos. Llevómele, y dijo, nombrándome alférez: «Mire V. Md. qué le quiere este niño». Yo que luego entendí la flor, acepté. Recibí el recado y con él doce pañizuelos, y respondí a su madre, que los inviaba a algún hombre de aquel nombre. Pídeme ahora la mitad. Yo antes me haré pedazos otra vez que tal dé. Todos los han de romper mis narices.

Juzgóse la causa en su favor. Solo se le contradijo lo del sonar con ellos, mandándole que los entregase a la vieja, para honrar la comunidad haciendo de ellos unos cuellos y unos remates de mangas que se viesen y representasen camisas, que el sonarse estaba vedado en la orden, si no era en el aire, u de saetilla a coz de dedo.

Era de ver llegada la noche cómo nos acostamos en dos camas, tan juntos que parecíamos herramienta en estuche. Pasóse la cena de en claro en claro. No se desnudaron los más, que con acostarse como andaban de día, cumplieron con el precepto de dormir en cueros.

Capítulo Quince

EN QUE PROSIGUE LA MATERIA COMENZADA Y CUENTA ALGUNOS RAROS SUCESOS

Amaneció el Señor y pusímonos todos en arma. Ya estaba yo tan hallado con ellos como si todos fuéramos hermanos (que esta facilidad y dulzura se halla siempre en las cosas malas). Era de ver a uno ponerse la camisa de doce veces, dividida en doce trapos, diciendo una oración a cada uno como sacerdote que se viste. A cuál se le perdía una pierna en los callejones de las calzas y la venía a hallar donde menos convenía asomada. Otro pedía guía para ponerse el jubón, y en media hora se podía averiguar con él.

Acabado esto, que no fue poco de ver, todos empuñaron aguja y hilo para hacer un punteado en un rasgado y otro. Cuál, para culcusirse debajo del brazo, estirándole, se hacía L. Uno, hincado de rodillas, arremedando un cinco de guarismo, socorría a los cañones. Otro, por plegar las entrepiernas, metiendo la cabeza entre ellas, se hacía un ovillo. No pintó tan extrañas posturas Bosco como yo vi, porque ellos cosían y la vieja les daba los materiales, trapos y arrapiezos de diferentes colores, los cuales había traído el soldado.

Acabóse la hora del remedio (que así la llamaban ellos) y fuéronse mirando unos a otros lo que quedaba mal parado. Determinaron de irse fuera, y yo dije que antes trazasen mi vestido, porque quería gastar los cien reales en uno, y quitarme la sotana.

—Eso no —dijeron ellos—; el dinero se dé al depósito, y vistámosle de lo reservado. Luego señalémosle su diócesis en el pueblo adonde él solo busque y apolille.

Parecióme bien; deposité el dinero y en un instante, de la sotanilla me hicieron ropilla de luto de paño, y acortando el herreruelo quedó bueno. Lo que sobró de paño trocaron a un sombrero viejo reteñido; pusiéronle por toquilla unos algodones de tintero muy bien puestos. El cuello y los valones me quitaron y en su lugar me pusieron unas calzas atacadas, con cuchilladas no más de por delante, que lados y trasera eran unas gamuzas. Las medias calzas de seda aun no eran medias, porque no llegaban más de cuatro dedos más abajo de la rodilla, los cuales cuatro dedos cubría una bota justa sobre la media colorada que yo traía. El cuello estaba todo abierto de puro roto; pusiéronmele, y dijeron:

—El cuello está trabajoso por detrás y por los lados. V. Md., si le mirase uno, ha de ir volviéndose con él, como la flor del sol con el sol; si fueren dos y miraren por los lados, saque pies, y para los de atrás traiga siempre el sombrero caído sobre el cogote, de suerte que la falda cubra el cuello y descubra toda la frente, y al que preguntare que por qué anda así respóndale que porque puede andar con la cara descubierta por todo el mundo.

Diéronme una caja con hilo negro y hilo blanco, seda, cordel y aguja, dedal, paño, lienzo, raso y otros retacillos, y un cuchillo; pusiéronme una espuela en la pretina, yesca y eslabón en una bolsa de cuero, diciendo:

—Con esta caja puede ir por todo el mundo, sin haber menester amigos ni deudos; en esta se encierra todo nuestro remedio. Tómela y guárdela.

Señaláronme por cuartel para buscar mi vida el de San Luis; y así, empecé mi jornada, saliendo de casa con los otros, aunque por ser nuevo me dieron, para empezar la estafa, como a misacantano, por padrino el mismo que me trujo y convirtió.

Salimos de casa con paso tardo, los rosarios en la mano; tomamos el camino para mi barrio señalado. A todos hacíamos cortesías; a los hombres, quitábamos el sombrero, deseando hacer lo mismo con sus capas a las mujeres hacíamos reverencias, que se huelgan con ellas y con las paternidades mucho. A uno decía mi buen ayo: «Mañana me traen dineros»; a otro: «Aguárdeme V. Md. un día, que me trae en palabras el banco». Cuál le pedía la capa, quién le daba prisa por la pretina; en lo cual conocí que era tan amigo de sus amigos, que no tenía cosa suya. Andábamos haciendo culebra de una acera a otra por no topar con casas de acreedores. Ya le pedía uno el alquiler de la casa, otro el de la espada y otro el de las sábanas y camisas, de manera que eché de ver que era caballero de alquiler, como mula.

Sucedió, pues, que vio desde lejos un hombre que le sacaba los ojos, según dijo, por una deuda, mas no podía el dinero. Y porque no le conociese, soltó de detrás de las orejas el cabello, que traía recogido, y quedó nazareno, entre ermitaño y caballero lanudo; plantóse un parche en un ojo y púsose a hablar italiano conmigo. Esto pudo hacer mientras el otro venía, que aún no le había visto, por estar ocupado en chismes con una vieja. Digo de verdad que vi al hombre dar vueltas alrededor, como perro que se quiere echar; hacíase más cruces que un ensalmador, y fuese diciendo:

—¡Jesús!, pensé que era él. A quien bueyes ha perdido…, etc.

Yo moríame de risa de ver la figura de mi amigo. Entróse en un portal a recoger la melena y el parche, y dijo:

—Estos son los aderezos de negar deudas. Aprendé, hermano, que veréis mil cosas de estas en el pueblo.

Pasamos adelante y, en una esquina, por ser de mañana, tomamos dos tajadas de alcotín y agua ardiente, de una picarona que nos lo dio de gracia, después de dar el bienvenido a mi adestrador. Y díjome:

—Con esto vaya el hombre descuidado de comer hoy; y, por lo menos, esto no puede faltar.

Afligíme yo, considerando que aún teníamos en duda la comida, y repliqué afligido por parte de mi estómago. A lo cual respondió:

—Poca fe tienes con la religión y orden de los caninos. No falta el Señor a los cuervos ni a los grajos ni aun a los escribanos ¿y había de faltar a los traspillados? Poco estómago tienes.

—Es verdad —dije—, pero temo mucho tener menos y nada en él.

En esto estábamos, y dio un reloj las doce; y como yo era nuevo en el trato, no les cayó en gracia a mis tripas el alcotín y tenía hambre como si tal no hubiera comido. Renovada, pues, la memoria con la hora, volvíme al amigo y dije:

—Hermano, este de la hambre es recio noviciado; estaba hecho el hombre a comer más que un sabañón y hanme metido a vigilias. Si vos no lo sentís, no es mucho, que criado con hambre desde niño, como el otro rey con ponzoña, os sustentéis ya con ella. No os veo hacer diligencia vehemente para mascar, y así, yo determino de hacer la que pudiere.

—¡Cuerpo de Dios —replicó— con vos! Pues dan agora las doce ¿y tanta prisa? Tenéis muy puntuales ganas y ejecutivas, y han menester llevar en paciencia algunas pagas atrasadas. ¡No, sino comer todo el día! ¿Qué más hacen los animales? No se escribe que jamás caballero nuestro haya tenido cámaras, que antes, de puro mal proveídos no nos proveemos. Ya os he dicho que a nadie falta Dios. Y si tanta prisa tenéis, yo me voy a la sopa de San Jerónimo, adonde hay aquellos frailes de leche como capones, y allí haré el buche. Si vos queréis seguirme, venid, y si no, cada uno a sus aventuras.

—Adiós —dije yo—, que no son tan cortas mis faltas que se hayan de suplir con sobras de otros. Cada uno eche por su calle.

Mi amigo iba pisando tieso y mirándose a los pies, sacó unas migajas de pan que traía para el efecto siempre en una cajuela, y derramóselas por la barba y vestido, de suerte que parecía haber comido. Ya yo iba tosiendo y escarbando, por disimular mi flaqueza, limpiándome los bigotes, arrebozado y la capa sobre el hombro izquierdo, jugando con el decenario, que lo era porque no tenía más de diez cuentas. Todos los que me veían me juzgaban por comido, y si fuera de piojos, no erraran.

Iba yo fiando en mis escudillos aunque me remordía la conciencia el ser contra la orden comer a su costa quien vive de tripas horras en el mundo. Yo me iba determinando a quebrar el ayuno, y llegué con esto a la esquina de la calle de San Luis, adonde vivía un pastelero. Asomábase uno de a ocho tostado, y con aquel resuello del horno tropezóme en las narices, y al instante me quedé del modo que andaba como el perro perdiguero con el aliento de la caza, puestos en él los ojos. Le miré con tanto ahínco que se secó el pastel como un aojado. Allí es de contemplar las trazas que yo daba para hurtarle; resolvíame otra vez a pagarlo. En esto me dio la una. Angustiéme de manera que me determiné a zamparme en un bodegón de los que están por allí. Yo que iba haciendo punta a uno, Dios que lo quiso, topo con un licenciado Flechilla, amigo mío, que venía haldeando por la calle abajo, con más barros que la cara de un sanguino y tantos rabos que parecía chirrión con sotana, pulpo graduado o mercader que cargaba para Italia. Arremetió a mí en viéndome, que, según estaba, fue mucho conocerme. Yo le abracé; preguntóme cómo estaba; díjele luego:

—¡Ah, señor licenciado, qué de cosas tengo que contarle! Sólo me pesa de que me he de ir esta noche y no habrá lugar.

—Eso me pesa a mí —replicó—, y si no fuera por ser tarde, y voy con prisa a comer, me detuviera más, porque me aguarda una hermana casada y su marido.

—¿Que aquí está mi señora Ana? Aunque lo deje todo, vamos, que quiero hacer lo que estoy obligado.

Abrí los ojos oyendo que no había comido. Fuime con él y empecéle a contar que una mujercilla que él había querido mucho en Alcalá sabía yo dónde estaba, y que le podía dar entrada en su casa. Pegósele luego al alma el envite, que fue industria tratarle de cosa de gusto. Llegamos tratando en ello a su casa. Entramos; yo me ofrecí mucho a su cuñado y hermana, y ellos, no persuadiéndose a otra cosa sino a que yo venía convidado por venir a tal hora, comenzaron a decir que si lo supieran que habían de tener tan buen huésped que hubieran prevenido algo. Yo cogí la ocasión y convidéme, diciendo que yo era de casa y amigo viejo, y que se me hiciera agravio en tratarme con cumplimiento.

Sentáronse y sentéme; y porque el otro lo llevase mejor, que ni me había convidado ni le pasaba por la imaginación, de rato en rato le pegaba yo con la mozuela, diciendo que me había preguntado por él y que le tenía en el alma y otras mentiras de este modo, con lo cual llevaba mejor el verme engullir, porque tal destrozo como yo hice en el ante no lo hiciera una bala en el de un coleto. Vino la olla y comímela en dos bocados casi toda, sin malicia, pero con prisa tan fiera, que parecía que aun entre los dientes no la tenía bien segura. Dios es mi padre, que no come un cuerpo más presto el montón de la Antigua de Valladolid, que le deshace en veinte y cuatro horas, que yo despaché el ordinario; pues fue con más prisa que un extraordinario el correo. Ellos bien debían notar los fieros tragos del caldo y el modo de agotar la escudilla, la persecución de los huesos y el destrozo de la carne. Y si va a decir verdad, entre burla y juego, empedré la faltriquera de mendrugos.

Levantóse la mesa, apartámonos yo y el licenciado a hablar de la ida en casa de la dicha. Yo se lo facilité mucho. Y estando hablando con él a una ventana, hice que me llamaban de la calle, y dije: «¿A mí, señor? Ya bajo». Pedíle licencia, diciendo que luego volvía. Quedóme aguardando hasta hoy, que desaparecí por lo del pan comido y la compañía deshecha. Topóme otras muchas veces y disculpéme con él contándole mil embustes que no importan para el caso.

Fuime por las calles de Dios, llegué a la puerta de Guadalajara, y sentéme en un banco de los que tienen en sus puertas los mercaderes. Quiso Dios que llegaron a la tienda dos de las que piden prestado sobre sus caras, tapadas de medio ojo, con su vieja y pajecillo. Preguntaron si había algún terciopelo de labor extraordinaria. Yo empecé luego, para trabar conversación, a jugar del vocablo, de tercio y pelado y pelo y apelo y pospelo, y no dejé hueso sano a la razón. Sentí que les había dado mi libertad algún seguro de algo de la tienda, y yo, como quien no aventuraba a perder nada, ofrecílas lo que quisiesen. Regatearon diciendo que no tomaban de quien no conocían. Yo me aproveché de la ocasión diciendo que había sido atrevimiento ofrecerles nada, pero que me hiciesen merced de aceptar unas telas que me habían traído de Milán, que a la noche llevaría un paje que les dije que era mío, por estar enfrente aguardando a su amo, que estaba en otra tienda, por lo cual estaba descaperuzado. Y para que me tuviesen por hombre de partes y conocido no hacía sino quitar el sombrero a todos los oidores y caballeros que pasaban, y sin conocer a ninguno les hacía cortesías como si los tratara familiarmente. Ellas se cegaron con esto y con unos cien escudos en oro que yo saqué de los que traía, con achaque de dar limosna a un pobre que me la pidió.

Pareciólas irse, por ser ya tarde, y así me pidieron licencia, advirtiéndome con el secreto que había de ir el paje. Yo las pedí por favor y como en gracia un rosario engazado en oro que llevaba la más bonita de ellas, en prendas de que las había de ver a otro día sin falta. Regatearon dármele; yo les ofrecía en prendas los cien escudos, y dijéronme su casa, y con intento de estafarme en más se fiaron de mí y preguntáronme mi posada, diciendo que no podía entrar paje en la suya a todas horas, por ser gente principal. Yo las llevé por la calle Mayor, y al entrar en la de las Carretas escogí la casa que mejor y más grande me pareció. Tenía un coche sin caballos a la puerta. Díjeles que aquella era y que allí estaba ella y el coche y dueño para servirlas. Nombréme don Álvaro de Córdoba y entréme por la puerta delante de sus ojos. Y acuérdome que cuando salimos de la tienda llamé uno de los pajes, con gran autoridad con la mano. Hice que le decía que se quedasen todos y que me aguardasen allí (que así dije yo que lo había dicho); y la verdad es que le pregunté si era criado del comendador mi tío. Dijo que no; y con tanto, acomodé los criados ajenos como buen caballero.

Llegó la noche oscura y acogímonos a casa todos. Entré y hallé al soldado de los trapos con una hacha de cera que le dieron para acompañar un difunto y se vino con ella. Llamábase éste Magazo, natural de Olías; había sido capitán en una comedia y combatido con moros en una danza. A los de Flandes decía que había estado en la China, y a los de la China en Flandes. Trataba de formar un campo y nunca supo sino espulgarse en él. Nombraba castillos y apenas los había visto en los ochavos. Celebraba mucho la memoria del señor don Juan, y oíle decir yo muchas veces de Luis Quijada que había sido honra de amigos. Nombraba turcos, galeones y capitanes, todos los que había leído en unas coplas que andaban de esto; y como él no sabía nada de mar, porque no tenía de naval más del comer nabos, dijo, contando la batalla que había vencido el señor don Juan en

Lepanto, que aquel Lepanto fue un moro muy bravo, como no sabía el pobrete que era nombre del mar. Pasábamos con él lindos ratos.

Entró luego mi compañero deshechas las narices y toda la cabeza entrapajada, lleno de sangre y muy sucio. Preguntámosle la causa, y dijo que había ido a la sopa de San Jerónimo y que pidió porción doblada, diciendo que era para unas personas honradas y pobres. Quitáronselo a los otros mendigos para dárselo, y ellos, con el enojo, siguiéronle, y vieron que en un rincón detrás de la puerta estaba sorbiendo con gran valor, y sobre si era bien hecho engañar por engullir y quitar a otros para sí, se levantaron voces y tras ellas palos y tras los palos chichones y tolondrones en su pobre cabeza. Embistiéronle con los jarros, y el daño de las narices se le hizo uno con una escudilla de palo que se la dio a oler con más prisa que convenía. Quitáronle la espada, salió a las voces el portero, y aun no los podía meter en paz. En fin, se vio en tanto peligro el pobre hermano, que decía: «¡Yo volveré lo que he comido!»; y aun no bastaba, que ya no reparaban sino en que pedía para otros y no se preciaba de sopón. «¡Miren el todo trapos, como muñeca de niños, más triste que pastelería en Cuaresma, con más agujeros que una flauta y más remiendos que una pía y más manchas que un jaspe y más puntos que un libro de música (decía un estudiantón de estos de la capacha, gorronazo), que hay hombre en la sopa del bendito santo que puede ser obispo o otra cualquier dignidad, y se afrenta un don Peluche de comer! ¡Graduado estoy de bachiller en artes por Sigüenza!». Metióse el portero de por medio, viendo que un vejezuelo que allí estaba decía que aunque acudía al brodio, que era descendiente de los godos y que tenía deudos.

Aquí lo dejo porque el compañero estaba ya fuera desaprensando los huesos.

Capítulo Dieciséis

EN QUE PROSIGUE LA MISMA MATERIA, HASTA DAR CON TODOS EN LA CÁRCEL

Entró Merlo Díaz, hecha la pretina una sarta de búcaros y vidros, los cuales, pidiendo de beber en los tornos de las monjas, había agarrado con poco temor de Dios. Mas sacóle de la puja don Lorenzo del Pedroso, el cual entró con una capa muy buena, la cual había trocado en una mesa de trucos a la suya, que no se la cubriera pelo al que la llevó, por ser desbarbada. Usaba éste quitarse la capa como que quería jugar, y ponerla con las otras, y luego, como que no hacía partido, iba por su capa y tomaba la que mejor le parecía y salíase. Usábalo en los juegos de argolla y bolos.

Mas todo fue nada para ver entrar a don Cosme cercado de muchachos con lamparones, cáncer y lepra, heridos y mancos, el cual se había hecho ensalmador con unas santiguaduras y oraciones que había aprendido de una vieja. Ganaba este por todos, porque si el que venía a curarse no traía bulto debajo de la capa, no sonaba dinero en faldriquera, o no piaban algunos capones, no había lugar. Tenía asolado medio reino. Hacía creer cuanto quería, porque no ha nacido tal artífice en el mentir; tanto, que aun por descuido no decía verdad. Hablaba del Niño Jesús, entraba en las casas con Deo gracias, decía lo del «Espíritu Santo sea con todos»… Traía todo ajuar de hipócrita: un rosario con unas cuentas frisonas; al descuido hacía que se le viese por debajo de la capa un trozo de disciplina salpicada con sangre de las narices; hacía creer, concomiéndose, que los piojos eran silicios y que la hambre canina eran ayunos voluntarios. Contaba tentaciones; en nombrando al demonio, decía «Dios nos libre y nos guarde»; besaba la tierra al entrar en la iglesia; llamábase indigno; no levantaba los ojos a las mujeres, pero las faldas sí. Con estas cosas, traía el pueblo tal, que se encomendaban a él y era como encomendarse al diablo. Porque él era jugador y lo otro (ciertos los llaman, y por mal nombre fulleros). Juraba el nombre de Dios unas veces en vano y otras en vacío. Pues en lo que toca a mujeres, tenía seis hijos y preñadas dos santeras. Al fin, de los mandamientos de Dios, los que no quebraba hendía.

Vino Polanco haciendo gran ruido, y pidió su saco pardo, cruz grande, barba larga postiza y campanilla. Andaba de noche de esta suerte, diciendo: «Acordaos de la muerte, y haced bien para las ánimas…», etc. Con esto cogía mucha limosna y entrábase en las casas que veía abiertas: si no había testigos ni estorbo, robaba cuando había; si le topaban, tocaba la campanilla y decía con una voz que él fingía muy penitente: «Acordaos, hermanos…», etcétera.

Todas estas trazas de hurtar y modos extraordinarios conocí, por espacio de un mes, en ellos. Volvamos agora a que les enseñé el rosario y conté el cuento. Celebraron mucho la traza y recibióle la vieja por su cuenta y razón para venderle. La cual se iba por las casas diciendo que era de una doncella pobre y que se deshacía de él para comer. Y ya tenía para cada cosa su embuste y su trapaza. Lloraba la vieja a cada paso, enclavijaba las manos y suspiraba de lo amargo, llamaba hijos a todos. Traía encima de muy buena camisa, jubón, ropa, saya y manteo, un saco de sayal roto, de un amigo ermitaño que tenía en las cuestas de Alcalá. Ésta gobernaba el hato, aconsejaba y encubría.

Quiso, pues, el diablo, que nunca está ocioso en cosas tocantes a sus siervos, que yendo a vender no sé qué ropa y otras cosillas a una casa, conoció uno no sé qué hacienda suya. Trujo un alguacil y agarráronme la vieja, que se llamaba la madre Labruscas. Confesó luego todo el caso y dijo cómo vivíamos todos y que éramos caballeros de rapiña. Dejóla el alguacil en la cárcel y vino a casa, y halló en ella a todos mis compañeros y a mí con ellos. Traía media docena de corchetes, verdugos de a pie, y dio con todo el colegio buscón en la cárcel, adonde se vio en gran peligro la caballería.

Capítulo Diecisiete

EN QUE TRATA LOS SUCESOS DE LA CÁRCEL, HASTA SALIR LA VIEJA AZOTADA, LOS COMPAÑEROS A LA VERGÜENZA Y ÉL EN FIADO.

Echáronnos, en entrando, a cada uno dos pares de grillos y sumiéronnos en un calabozo. Yo, que me vi ir allá, aprovechéme del dinero que traía conmigo y, sacando un doblón, díjele al carcelero:

—Señor, oígame V. Md. en secreto.

Y para que lo hiciese dile escudo como cara. En viéndolos, me apartó.

—Suplico a V. Md. —le dije— que se duela de un hombre de bien. Busquéle las manos, y como sus palmas estaban hechas a llevar semejantes dátiles, cerró con los dichos veinte y seis, diciendo:

—Yo averiguaré la enfermedad y si no es urgente bajará al cepo.

Yo conocí la deshecha y respondíle humilde. Dejóme fuera y a los amigos descolgáronlos abajo.

Dejo de contar la risa tan grande que en la cárcel y por las calles había con nosotros, porque como nos traían atados y a empellones, unos sin capas y otros con ellas arrastrando, eran de ver unos cuerpos pías remendados y otros aloques de tinto y blanco. A cuál por asirle de alguna parte segura, por estar todo tan manido le agarraba el corchete de las puras carnes y aun no hallaba de qué asir, según los tenía roídos la hambre. Otros iban dejando a los corchetes en las manos los pedazos de ropillas y gregüescos; al quitar la soga en que venían ensartados, se salían pegados los andrajos.

Al fin, yo fui, llegada la noche, a dormir a la sala de los linajes. Diéronme mi camilla. Era de ver algunos dormir envainados, sin quitarse nada; otros, desnudarse de un golpe todo cuanto traían encima como culebras; cuáles jugaban. Y, al fin, cerrados, se mató la luz. Olvidamos todos los grillos. Era de ver a los que no tenían cama llegar y asir de los pies al acostado y sacarlo arrastrando en medio de la sala y encajarse en la cama, y aquél asir de otro para acomodarse.

Estaba el servicio a mi cabecera; vime forzado, a intercesión de mis narices, a decirles que mudasen a otra parte el vedriado. Y sobre si le viene muy ancho o no (como si me hubieran tomado la medida con el bacín), tuvimos palabras. Usé el oficio de adelantado, que es mejor a veces serlo de un cachete que de un reino, y metíle a uno media pretina en la cara. Él, por levantarse aprisa, derramóle, y al ruido despertó el concurso. Asábamonos a pretinazos a oscuras, y era tanto el mal olor que hubieron de levantarse todos. Alzóse el grito. El alcaide, sospechando que se le iban algunos vasallos, subió corriendo, armado, con toda su cuadrilla; abrió la sala, entró luz y informóse del caso. Condenáronme todos; yo me disculpaba con decir que en toda la noche me habían dejado cerrar los ojos. El carcelero, pareciéndole que por no dejarme zabullir en lo hondo le daría otro doblón, asió del caso y mandóme bajar allá. Determinéme a consentir antes que a pellizcar el talego más de lo que lo estaba. Fui llevado abajo; recibiéronme con arbórbola y placer los amigos. Dormí aquella noche algo desabrigado.

Amaneció el Señor y salimos del calabozo. Vímonos las caras, y lo primero que nos fue notificado fue dar para la limpieza, como si en una noche lo hubiera yo ensuciado todo, so pena de culebrazo fino. Yo di luego seis reales; mis compañeros no tenían qué dar, y así, quedaron remitidos para la noche.

Había en el calabozo un mozo tuerto, alto, abigotado, mohíno de cara, cargado de espaldas y de azotes en ellas. Traía más hierro que Vizcaya, dos pares de grillos y una cadena de portada. Llamábanle el Jayán. Decía que estaba por cosas de aire, y así, sospechaba yo si era por algunos fuelles, chirimías o abanicos, y decíale si era por algo de esto. Respondía que no, que eran cosas de atrás. Yo pensé que pecados viejos quería decir, y averigüé que por puto. Cuando el alcaide le reñía por alguna travesura, le llamaba botiller del verdugo y depositario general de culpas. Otras veces le amenazaba diciendo: —«¿Qué te arriesgas, pobrete, con el que ha de hacer humo? Dios es Dios, que te vendimie de camino». Había confesado este, y era tan maldito que traíamos todos con carlancas, como mastines, las traseras, y no había quien se osase ventosear, de miedo de acordarle dónde tenía las asentaderas.

Este hacía amistad con otro que llamaban Robledo y por otro nombre el Trepado. Decía que estaba preso por liberalidades; y, entendido, eran de manos en pescar lo que topaba. Este había sido más azotado que postillón; no había verdugo que no hubiese probado la mano en él. Tenía la cara con tantas cuchilladas que a descubrirse puntos no se la ganara un flux. Tenía menos las orejas y pegadas las narices, aunque no tan bien como la cuchillada que se las partía.

A estos se llegaban otros cuatro hombres, rapantes como leones de armas, todos agrillados, gente de azotes y galeras, chilindrón legítimo. Decían ellos que presto podrían decir que habían servido a su Rey por mar y por tierra. No se podrá creer la notable alegría con que aguardaban su despacho.

Todos estos, mohínos de ver que mis compañeros no contribuían, ordenaron a la noche de darlos culebra de cáñamo, con una soga dedicada al efecto.

Vino la noche. Fuímonos ahuchados a la postrera faldriquera de la casa. Mataron la luz; yo metíme luego debajo de la tarima. Empezaron a silbar dos de ellos y otro a dar sogazos. Los buenos caballeros, que vieron el negocio de revuelta, se apretaron de manera las carnes ayunas (cenadas, comidas y almorzadas de sarna y piojos), que cupieron todos en un resquicio de la tarima. Estaban como liendres en cabellos o chinches en cama. Sonaban los golpes en la tabla; callaban los dichos. Los bellacos, que vieron que no se quejaban, dejaron el dar azotes y empezaron a tirar ladrillos, piedras y cascote que tenían recogido. Allí fue ella, que uno le halló el cogote a don Toribio y le levantó una pantorrilla en él de dos dedos. Comenzó a dar voces que le mataban. Los bellacos, porque no se oyesen sus aullidos, cantaban todos juntos y hacían ruido con las prisiones. Él, por esconderse, asió de los otros para meterse debajo. Allí fue el ver cómo, con la fuerza que hacían, les sonaban los huesos.

Acabaron su vida las ropillas; no quedaba andrajo en pie. Menudeaban tanto las piedras y cascotes, que dentro de poco tiempo tenía el dicho don Toribio más golpes en la cabeza que una ropilla abierta, y no hallando remedio contra el granizo, viéndose sin santidad cerca de morir San Esteban, dijo que le dejasen salir, que él pagaría luego y daría sus vestidos en prendas. Consintiéronselo, y a pesar de los otros, que se defendían con él, descalabrado y como pudo se levantó y pasó a mi lado.

Los otros, por presto que acordaron a hacer lo mismo, ya tenían las chollas con más tejas que pelos. Ofrecieron para pagar la patente sus vestidos haciendo cuenta que era mejor entrarse en la cama por desnudos que por heridos. Y así, aquella noche los dejaron, y a la mañana les pidieron que se desnudasen, y se halló que de todos sus vestidos juntos no se podía hacer una mecha a un candil.

Quedáronse en la cama, digo envueltos en una manta, la cual era la que llaman ruana, donde se espulgan todos. Empezaron luego a sentir el abrigo de la manta, porque había piojo con hambre canina, y otro que en un brazo ayuno de ellos quebraba ayuno de ocho días; habíalos frisones y otros que se podían echar a la oreja de un toro. Pensaron aquella mañana ser almorzados de ellos; quitáronse la manta, maldiciendo su fortuna, deshaciéndose a puras uñadas.

Yo salíme del calabozo diciéndoles que me perdonasen si no les hiciese mucha compañía, porque me importaba no hacérsela. Torné a repasarle las manos al carcelero con tres de a ocho y sabiendo quién era el escribano de la causa enviéle a llamar con un picarillo. Vino, metíle en un aposento, y empecéle a decir (después de haber tratado de la causa) cómo yo tenía no sé que dinero; supliquéle que me lo guardase, y que en lo que hubiese lugar favoreciese la causa de un hijodalgo desgraciado que por engaño había incurrido en tal delito.

—Crea V. Md. —dijo, después de haber pescado la mosca—, que en nosotros está todo el juego, y que si uno da en no ser hombre de bien puede hacer mucho mal. Más tengo yo en galeras de balde, por mi gusto, que hay letras en el proceso. Fíese de mí y crea que le sacaré a paz y a salvo.

Fuese con esto y volvióse desde la puerta a pedirme algo para el buen Diego García, el alguacil, que importaba acallarle con mordaza de plata y apuntóme no sé qué del relator, para ayuda de comerse cláusula entera. Dijo:

—Un relator, señor, con arcar las cejas, levantar la voz, dar una patada para hacer atender al alcalde divertido, hacer una acción, destruye a un cristiano.

Dime por entendido y añadí otros cincuenta reales, y en pago me dijo que enderezase el cuello de la capa, y dos remedios para el catarro que tenía de la frialdad del calabozo, y últimamente me dijo, mirándome con grillos:

—Ahorre de pesadumbre, que con ocho reales que dé al alcaide, le aliviará; que esta es gente que no hace virtud si no es por interés.

Cayóme en gracia la advertencia. Al fin, él se fue. Yo di al carcelero un escudo; quitóme los grillos. Dejábame entrar en su casa. Tenía una ballena por mujer y dos hijas del diablo, feas y necias, y de la vida, a pesar de sus caras. Sucedió que el carcelero (se llamaba tal Blandones de San Pablo, y la mujer doña Ana Moráez) vino a comer, estando yo allí, muy enojado y bufando. No quiso comer. La mujer, recelando alguna gran pesadumbre, se llegó a él, y le enfadó tanto con las acostumbradas importunidades, que dijo:

—¿Qué ha de ser, si el bellaco ladrón de Almendros el aposentador, me ha dicho, teniendo palabras con él sobre el arrendamiento, que vos nos sois limpia?

—¿Tantos rabos me ha quitado el bellaco? —dijo ella—; por el siglo de mi agüelo, que no sois hombre, pues no le pelastes las barbas. ¿Llamo yo a sus criadas que me limpien?

Y volviéndose a mí, dijo:

—Vale Dios que no me podrá decir que soy judía como él, que de cuatro cuartos que tiene, los dos son de villano y los otros ocho maravedís de hebreo. A fe, señor don Pablos, que si yo lo oyera, que yo le acordara de que tiene las espaldas en el aspa de San Andrés.

Entonces, muy afligido el alcaide, respondió:

—¡Ay, mujer, que callé porque dijo que en esa teníades vos dos o tres madejas! Que lo sucio no os lo dijo por lo puerco, sino por el no lo comer.

—Luego ¿judía dijo que era? ¿Y con esa paciencia lo decís, buenos tiempos? ¿Así sentís la honra de doña Ana Moráez, hija de Esteban Rubio y Joan de Madrid, que sabe Dios y todo el mundo?

—¡Cómo! ¿Hija —dije yo— de Joan de Madrid?

—De Joan de Madrid, el de Auñón.

—Voto a Dios —dije yo— que el bellaco que tal dijo es un judío, puto y cornudo.

Y volviéndome a ellas:

—Joan de Madrid, mi señor, que esté en el cielo, fue primo hermano de mi padre. Y daré yo probanza de quién es y cómo; y esto me toca a mí. Y si salgo de la cárcel yo le haré desdecir cien veces al bellaco. Ejecutoria tengo en el pueblo, tocante a entrambos, con letras de oro.

Alegráronse con el nuevo pariente y cobraron ánimo con lo de la ejecutoria. Y ni yo la tenía ni sabía quiénes eran. Comenzó el marido a quererse informar del parentesco por menudo. Yo, porque no me cogiese en mentira, hice que me salía de enojado, votando y jurando. Tuviéronme, diciendo que no se tratase más de ello. Yo, de rato en rato, salía muy al descuido con decir:

—¡Joan de Madrid! ¡Burlando es la probanza que yo tengo suya!

Otras veces decía:

—¡Joan de Madrid, el mayor! Su padre de Joan de Madrid fue casado con

Ana de Acevedo, la gorda.

Y callaba otro poco. Al fin, con estas cosas, el alcaide me daba de comer y cama en su casa, y el escribano, solicitado de él y cohechado con el dinero, lo hizo tan bien, que sacaron a la vieja delante de todos en un palafrén pardo a la brida, con un músico de culpas delante. Era el pregón: «¡A esta mujer, por ladrona!» Llevábale el compás en las costillas el verdugo, según lo que le habían recetado los señores de los ropones. Luego seguían todos mis compañeros, en los overos de echar agua, sin sombreros y las caras descubiertas. Sacábanlos a la vergüenza y cada uno, de puro roto, llevaba la suya de fuera. Desterráronlos por seis años. Yo salí en fiado, por virtud del escribano. Y el relator no se descuidó, porque mudó tono, habló quedo y ronco, brincó razones y mascó cláusulas enteras.

Capítulo Dieciocho

DE CÓMO TOMÓ POSADA, Y LA DESGRACIA QUE LE SUCEDIÓ EN ELLA

Salí de la cárcel. Halléme solo y sin los amigos; aunque me avisaron que iban camino de Sevilla a costa de la caridad, no los quise seguir.

Determinéme de ir a una posada, donde hallé una moza rubia y blanca, miradora, alegre, a veces entremetida y a veces entresacada y salida; zaceaba un poco; tenía miedo a los ratones; preciábase de manos y por enseñarlas siempre despabilaba las velas, partía la comida en la mesa, en la iglesia siempre tenía puestas las manos, por las calles iba enseñando siempre cuál casa era de uno y cuál de otro, en el estrado, de contino tenía un alfiler que prender en el tocado, si se jugaba a algún juego era siempre el de pizpirigaña, por ser cosa de mostrar manos. Hacía que bostezaba, adrede, sin tener gana, por mostrar los dientes y hacer cruces en la boca. Al fin, toda la casa tenía ya tan manoseada que enfadaba ya a sus mismos padres.

Hospedáronme muy bien en su casa, porque tenían trato de alquilarla, con muy buena ropa, a tres moradores: fui el uno yo, el otro un portugués, y un catalán. Hiciéronme muy buena acogida.

A mí no me pareció mal la moza para el deleite, y lo otro la comodidad de hallármela en casa. Di en poner en ella los ojos; contábales cuentos que yo tenía estudiados para entretener; traíalas nuevas aunque nunca las hubiese; servíalas en todo lo que era de balde. Díjelas que sabía encantamientos y que era nigromante, que haría que pareciese que se hundía la casa y que se abrasaba, y otras cosas que ellas como buenas creedoras tragaron. Granjeé una voluntad en todos agradecida, pero no enamorada, que, como no estaba tan bien vestido como era razón, aunque ya me había mejorado algo de ropa por medio del alcaide, a quien visitaba siempre, conservando la sangre a pura carne y pan que le comía, no hacían de mí el caso que era razón.

Di para acreditarme de rico que lo disimulaba, en enviar a mi casa amigos a buscarme cuando no estaba en ella. Entró uno, el primero, preguntando por el señor don Ramiro de Guzmán, que así dije que era mi nombre (porque los amigos me habían dicho que no era de costa mudarse los nombres, y que era útil). Al fin, preguntó por don Ramiro, «un hombre de negocios rico, que hizo agora tres asientos con el Rey». Desconociéronme en esto las huéspedas y respondieron que allí no vivía sino un don Ramiro de Guzmán, más roto que rico, pequeño de cuerpo, feo de cara y pobre.

—Ese es —replicó— el que yo digo. Y no quisiera más renta al servicio de Dios que la que tiene a más de dos mil ducados.

Contóles otros embustes, quedáronse espantadas, y él las dejó una cédula de cambio fingida, que traía a cobrar en mí, de nueve mil escudos. Díjoles que me la diesen para que la aceptase, y fuese. Creyeron la riqueza la niña y la madre y acotáronme luego para marido. Vine yo con gran disimulación, y en entrando, me dieron la cédula diciendo:

—Dineros y amor mal se encubren, señor don Ramiro. ¿Cómo que nos esconda V. Md. quién es debiéndonos tanta voluntad?

Yo hice como que me había disgustado por el dejar de la cédula y fuime a mi aposento. Era de ver cómo, en creyendo que tenía dinero, me decían que todo me estaba bien, celebraban mis palabras, no había tal donaire como el mío. Yo que las vi tan cebadas declaré mi voluntad a la muchacha y ella me oyó contentísima, diciéndome mil lisonjas.

Apartámonos; y una noche, para confirmarlas más en mi riqueza, cerréme en mi aposento, que estaba dividido del suyo con sólo un tabique muy delgado, y sacando cincuenta escudos estuve contándolos en la mesa tantas veces que oyeron contar seis mil escudos. Fue esto de verme con tanto dinero de contado, para ellas, todo lo que yo podía desear, porque dieron en desvelarse para regalarme y servirme.

El portugués se llamaba o siñor Vasco de Meneses, caballero de la cartilla, digo de Christus. Traía su capa de luto, botas, cuello pequeño y mostachos grandes. Ardía por doña Berenguela de Robledo, que así se llamaba. Enamorábala sentándose a conversación y suspirando más que beata en sermón de Cuaresma. Cantaba mal, y siempre andaba apuntando con él el catalán, el cual era la criatura más triste y miserable que Dios crió; comía a tercianas, de tres a tres días, y el pan tan duro que apenas le pudiera morder un maldiciente. Pretendía por lo bravo, y si no era el poner huevos, no le faltaba otra cosa para gallina, porque cacareaba notablemente.

Como vieron los dos que yo iba tan adelante dieron en decir mal de mí. El portugués decía que era un piojoso, pícaro, desarropado; el catalán me trataba de cobarde y vil. Yo lo sabía todo y a veces lo oía, pero no me hallaba con ánimo para responder. Al fin, la moza me hablaba y recibía mis billetes. Comenzaba por lo ordinario: «Este atrevimiento, su mucha hermosura de V. Md…»; decía lo de «me abraso», trataba de «penar», ofrecíame por esclavo, firmaba el corazón con la saeta… Al fin, llegamos a los túes, y yo, para alimentar más el crédito de mi calidad, salíme de casa y alquilé una mula, y arrebozado y mudando la voz, vine a la posada y pregunté por mí mismo, diciendo si vivía allí su merced del señor don Ramiro de Guzmán, señor del Valcerrado y Villorete.

—Aquí vive —repondió la niña— un caballero de ese nombre, pequeño de cuerpo.

Y, por las señas, dije yo que era él, y las supliqué que le dijesen que Diego de Solórzana, su mayordomo que fue de las depositarías, pasaba a las cobranzas y le había venido a besar las manos. Con esto me fui y volví a casa de allí a un rato.

Recibiéronme con la mayor alegría del mundo, diciendo que para qué les tenía escondido el ser señor de Valcerrado y Villorete. Diéronme el recado. Con esto, la muchacha se remató, codiciosa de marido tan rico, y trazó de que la fuese a hablar a la una de la noche por un corredor que caía a un tejado donde estaba la ventana de su aposento.

El diablo, que es agudo en todo, ordenó que venida la noche, yo deseoso de gozar la ocasión, me subí al corredor, y por pasar desde él al tejado que había de ser, vánseme los pies y doy en el de un vecino escribano tan desatinado golpe, que quebré todas las tejas y quedaron estampadas en las costillas. Al ruido despertó la media casa, y pensando que eran ladrones (que son antojadizos de ellos los de este oficio) subieron al tejado. Yo que vi esto quíseme esconder detrás de una chimenea y fue aumentar la sospecha, porque el escribano y dos criados y un hermano me molieron a palos y me ataron a la vista de mi dama, sin bastarme ninguna diligencia. Mas ella se reía mucho, porque como yo la había dicho que sabía hacer burlas y encantamentos, pensó que había caído por gracia y nigromancia y no hacía sino decirme que subiese, que bastaba ya. Con esto y con los palos y puñadas que me dieron, daba aullidos; y era lo bueno que ella pensaba que todo era artificio y no acababa de reír.

Comenzó luego a hacer la causa, y porque me sonaron unas llaves en la faldriquera, dijo y escribió que eran ganzúas y aunque las vio, sin haber remedio de que no lo fuesen. Díjele que era don Ramiro de Guzmán y ríose mucho. Yo, triste, que me había visto moler a palos delante de mi dama, y me vi llevar preso sin razón y con mal nombre, no sabía qué hacerme. Hincábame de rodillas y ni por esas ni por esotras bastaba con el escribano.

Todo esto pasaba en el tejado, que los tales, aun de las tejas arriba levantan falsos testimonios. Dieron orden de bajarme abajo y lo hicieron por una ventana que caía a una pieza que servía de cocina.

Capítulo Diecinueve

PROSIGUE EL CUENTO, CON OTROS VARIOS SUCESOS

No cerré los ojos con toda la noche, considerando mi desgracia, que no fue dar en el tejado sino en las manos del escribano, y cuando me acordaba de lo de las ganzúas y las hojas que había escrito en la causa, echaba de ver que no hay cosa que tanto crezca como culpa en poder de escribano.

Pasé la noche en revolver trazas; unas veces me determinaba a rogárselo por Jesucristo, y considerando lo que le pasó con ellos vivo, no me atrevía. Mil veces me quiso desatar, pero sentíame luego y levantábase a visitarme los nudos, que más velaba él en cómo forjaría el embuste que yo en mi provecho. Madrugó al amanecer y vistióse a hora que en toda su casa no había otros levantados sino él y los testimonios. Agarró la correa y tornóme a repasar las costillas, reprehendiéndome el mal vicio de hurtar como quien tan bien le sabía.

En esto estábamos, él dándome y yo casi determinado de darle a él dineros, que es la sangre con que se labran semejantes diamantes, cuando incitados y forzados de los ruegos de mi querida, que me había visto caer y apalear, desengañada de que no era encanto sino desdicha, entraron el portugués y el catalán, y en viendo el escribano que me hablaban, desenvainando la pluma, los quiso espetar por cómplices en el proceso.

El portugués no lo pudo sufrir, y tratóle algo mal de palabra, diciendo que él era un caballero «fidalgo de casa du Rey», y que yo era un «home muito fidalgo», y que era bellaquería tenerme atado. Comenzóme a desatar y al punto el escribano clamó: «¡Resistencia!», y dos criados suyos, entre corchetes y ganapanes, pisaron las capas, deshiciéronse los cuellos, como lo suelen hacer para representar las puñadas que no ha habido, y pedían favor al Rey. Los dos, al fin, me desataron, y viendo el escribano que no había quién le ayudase, dijo:

—¡Voto a Dios que esto no se puede hacer conmigo y que a no ser Vs. Mds. quien son les podría costar caro! Manden contentar estos testigos y echen de ver que les sirvo sin interés.

Yo vi luego la letra; saqué ocho reales y díselos y aun estuve por volverle los palos que me había dado; pero por no confesar que los había recibido lo dejé y me fui con ellos, dando las gracias de mi libertad y rescate.

Entré en casa con la cara rozada de puros mojicones y las espaldas algo mohínas de los varapalos. Reíase el catalán mucho y decía a la niña que se casase conmigo para volver el refrán al revés, y que no fuese tras cornudo apaleado sino tras apaleado cornudo. Tratábame de resuelto y sacudido por los palos; traíame afrentado con estos equívocos. Si entraba a visitarlos trataban luego de varear; otras veces de leña y madera. Yo, que me vi corrido y afrentado, y que ya me iban dando en la flor de lo rico, comencé a trazar de salirme de casa; y para no pagar comida, cama ni posada, que montaba algunos reales, y sacar mi hato libre, traté con un licenciado Brandalagas, natural de Hornillos, y con otros dos amigos suyos, que me viniesen una noche a prender. Llegaron la señalada y requirieron a la huéspeda que venían de parte del Santo Oficio y que convenía secreto. Temblaron todas, por lo que yo me había hecho nigromántico con ellas. Al sacarme a mí callaron; pero al ver sacar el hato pidieron embargo por la deuda, y respondieron que eran bienes de la Inquisición. Con esto no chistó alma terrena.

Dejáronles salir y quedaron diciendo que siempre lo temieron. Contaban al catalán y al portugués lo de aquellos que me venían a buscar; decían entrambos que eran demonios y que yo tenía familiar. Y cuando les contaban del dinero que yo había contado, decían que parecía dinero pero no lo era; de ninguna suerte persuadiéronse a ello.

Yo saqué mi ropa y comida horra. Di traza con los que me ayudaron de mudar de hábito y ponerme calza de obra y vestido al uso, cuellos grandes y un lacayo en menudos: dos lacayuelos, que entonces era uso. Animáronme a ello, poniéndome por delante el provecho que se me seguiría de casarme con la ostentación, a título de rico, y que era cosa que sucedía muchas veces en la Corte. Y aún añadieron que ellos me encaminarían parte conveniente y que me estuviese bien, y con algún arcaduz por donde se guiase. Yo, negro codicioso de pescar mujer, determinéme. Visité no sé cuántas almonedas y compré mi aderezo de casar. Supe dónde se alquilaban caballos y espetéme en uno el primer día, y no hallé lacayo.

Salíme a la calle Mayor y púseme enfrente de una tienda de jaeces, como que concertaba alguno. Llegáronse dos caballeros, cada cual con su lacayo. Preguntáronme si concertaba uno de plata que tenía en las manos; yo solté la prosa y con mil cortesías los detuve un rato. En fin, dijeron que se querían ir al Prado a bureo un poco, y yo, que si no lo tenían a enfado, que los acompañaría. Dejé dicho al mercader que si viniesen allí mis pajes y un lacayo, que los encaminase al Prado. Di señas de la librea y metíme entre los dos y caminamos. Yo iba considerando que a nadie que nos veía era posible el determinar cúyos eran los lacayos, ni cuál era el que no le llevaba.

Empecé a hablar muy recio de las cañas de Talavera y de un caballo que tenía porcelana; encarecíales mucho el roldanejo que esperaba de Córdoba. En topando algún paje, caballo o lacayo, los hacía parar y les preguntaba cúyo era, y decía de las señales y si le querían vender; hacíale dar dos vueltas en la calle, y, aunque no la tuviese, le ponía una falta en el freno y decía lo que había de hacer para remediarlo, y quiso mi ventura que topé muchas ocasiones de hacer esto. Y porque los otros iban embelesados y, a mi parecer, diciendo: «¿Quién será este tagarote escuderón?», porque el uno llevaba un hábito en los pechos, y el otro una cadena de diamantes (que era hábito y encomienda todo junto), dije yo que andaba en busca de buenos caballos para mí y a otro primo mío, que entrábamos en unas fiestas.

Llegamos al Prado, y en entrando, saqué el pie del estribo y puse el talón por defuera y empecé a pasear. Llevaba la capa echada sobre el hombro y el sombrero en la mano. Mirábanme todos; cuál decía: «Este yo le he visto a pie»; otro: «Hola, lindo va el buscón». Yo hacía como que no oía nada, y paseaba.

Llegáronse a un coche de damas los dos, y pidiéronme que picardease un rato. Dejéles la parte de las mozas y tomé el estribo de madre y tía. Eran las vejezuelas alegres, la una de cincuenta y la otra punto menos. Díjeles mil ternezas y oíanme, que no hay mujer, por vieja que sea, que tenga tantos años como presunción. Prometílas regalos y preguntélas del estado de aquellas señoras, y respondieron que doncellas, y se les echaba de ver en la plática. Yo dije lo ordinario: que las viesen colocadas como merecían; y agradóles mucho la palabra colocadas. Preguntáronme tras esto que en qué me entretenía en la Corte. Yo les dije que en huir de un padre y madre que me querían casar contra mi voluntad con mujer fea y necia y mal nacida, por el mucho dote.

—Y yo, señoras, quiero más una mujer limpia en cueros que una judía poderosa, que por bondad de Dios, mi mayorazgo vale al pie de cuatro mil ducados de renta, y si salgo con un pleito que traigo en buenos puntos, no habré menester nada.

Saltó tan presto la tía:

—¡Ay, señor, y cómo le quiero bien! No se case sino con su gusto y mujer de casta, que le prometo que con ser yo no muy rica, no he querido casar mi sobrina, con haberle salido ricos casamientos, por no ser de calidad. Ella pobre es, que no tiene sino seis mil ducados de dote, pero no debe nada a nadie en sangre.

—Eso creo muy bien —dije yo.

En esto, las doncellicas remataron la conversación con pedir algo de merendar a mis amigos:

Mirábase el uno a otro,
y a todos tiembla la barba.

Yo, que vi ocasión, dije que echaba menos mis pajes, por no tener con quien enviar a casa por unas cajas que tenía. Agradeciéronmelo y yo las supliqué se fuesen a la Casa del Campo al otro día, y que yo las enviaría algo fiambre. Aceptaron luego; dijéronme su casa y preguntaron la mía. Y, con tanto, se apartó el coche, y yo y los compañeros comenzamos a caminar a casa.

Ellos, que me vieron largo en lo de la merienda, aficionáronse, y por obligarme me suplicaron cenase con ellos aquella noche. Híceme algo de rogar, aunque poco, y cené con ellos, haciendo bajar a buscar mis criados y jurando de echarlos de casa. Dieron las diez, y yo dije que era plazo de cierto martelo y que, así, me diesen licencia. Fuime, quedando concertados de vernos a la tarde en la Casa del Campo.

Fui a dar el caballo al alquilador, y desde allí a mi casa. Hallé los compañeros jugando quinolicas. Contéles el caso y el concierto hecho, y determinamos de enviar la merienda sin falta, y gastar doscientos reales en ella.

Acostámonos con estas determinaciones. Yo confieso que no pude dormir en toda la noche con el cuidado de lo que había de hacer con el dote. Y lo que más me tenía en duda era el hacer de él una casa o darlo a censo, que no sabía yo cuál sería mejor y de más provecho.

Capítulo Veinte

EN QUE SE PROSIGUE LO MISMO, CON OTROS SUCESOS Y DESGRACIAS QUE LE SUCEDIERON

Amaneció y despertamos a dar traza en los criados, plata y merienda. En fin, como el dinero ha dado en mandarlo todo y no hay quien le pierda el respeto, pagándoselo a un repostero de un señor, me dio plata, y la sirvió él y tres criados.

Pasóse la mañana en aderezar lo necesario, y a la tarde ya yo tenía alquilado mi caballito. Tomé el camino a la hora señalada para la Casa del Campo. Llevaba toda la pretina llena de papeles como memoriales, y desabotonados seis botones de la ropilla, y asomados unos papeles. Llegué, y ya estaban allá las dichas y los caballeros y todo. Recibiéronme ellas con mucho amor y ellos llamándome de vos, en señal de familiaridad. Había dicho que me llamaba don Filipe Tristán, y en todo el día había otra cosa sino don Filipe acá y don Filipe allá. Yo comencé a decir que me había visto tan ocupado con negocios de Su Majestad y cuentas de mi mayorazgo, que había temido el no poder cumplir; y que, así, las apercibía a merienda de repente.

En esto, llegó el repostero con su jarcia, plata y mozos; los otros y ellas no hacían sino mirarme y callar. Mandéle que fuese al cenador y aderezase allí, que entretanto nos íbamos a los estanques. Llegáronse a mí las viejas a hacerme regalos, y holguéme de ver descubiertas las niñas, porque no he visto desde que Dios me crió tan linda cosa como aquella en quien yo tenía asestado el matrimonio: blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espesos, buena nariz, ojos rasgados y verdes, alta de cuerpo, lindas manazas y zazosita. La otra no era mala, pero tenía más desenvoltura, y dábame sospechas de hocicada.

Fuimos a los estanques, vímoslo todo y en el discurso conocí que la mi desposada corría peligro en tiempo de Herodes, por inocente. No sabía, pero como yo no quiero las mujeres para consejeras ni bufonas, sino para acostarme con ellas, y si son feas y discretas es lo mismo que acostarse con Aristóteles o Séneca o con un libro, procúrolas de buenas partes para el arte de las ofensas; que cuando sea boba, harto sabe si me sabe bien. Esto me consoló. Llegamos cerca del cenador, y al pasar una enramada prendióseme en un árbol la guarnición del cuello y desgarróse un poco. Llegó la niña, y prendiómelo con un alfiler de plata y dijo la madre que enviase el cuello a su casa al otro día, que allá lo aderezaría doña Ana, que así se llamaba la niña.

Estaba todo cumplidísimo; mucho que merendar, caliente y fiambre, frutas y dulces. Levantaron los manteles y, estando en esto, vi venir un caballero con dos criados por la huerta adelante, y cuando no me cato, conozco a mi buen don Diego Coronel. Acercóse a mí, y como estaba en aquel hábito, no hacía sino mirarme. Habló a las mujeres y tratólas de primas; y, a todo esto, no hacía sino volver y mirarme. Yo me estaba hablando con el repostero, y los otros dos, que eran sus amigos, estaban en gran conversación con él.

Preguntóles, según se echó de ver después, mi nombre, y ellos dijeron:

—Don Filipe Tristán, un caballero muy honrado y rico.

Veíale yo santiguarse. Al fin, delante de ellas y de todos, se llegó a mí y dijo:

—V. Md. me perdone, que por Dios que le tenía, hasta que supe su nombre, por bien diferente de lo que es; que no he visto cosa tan parecida a un criado que yo tuve en Segovia, que se llamaba Pablillos, hijo de un barbero del mismo lugar.

Riéronse todos mucho, y yo me esforcé para que no me desmintiese la color, y díjele que tenía deseo de ver aquel hombre, porque me habían dicho infinitos que le era parecidísimo.

—¡Jesús! —decía el don Diego—. ¿Cómo parecido? El talle, la habla, los meneos, hasta en esa señal de la frente, que en V. Md. debe de ser herida y en él fue un palo que le dieron entrando a hurtar unas gallinas. ¡No he visto tal cosa! Digo, señor, que es admiración grande, y que no he visto cosa tan parecida.

—Dolo al diablo —dije yo— y ¿no ahorcaron ese ganapán?

Entonces las viejas, tía y madre, dijeron que cómo era posible que a un caballero tan principal se pareciese un pícaro tan bajo como aquél. Y porque no sospechase nada de ellas, dijo la una:

—Yo le conozco muy bien al señor don Filipe, que es el que nos hospedó por orden de mi marido, que fue gran amigo suyo, en Ocaña.

Yo entendí la letra y dije que mi voluntad era y sería de servirlas con mi poco posible en todas partes.

El don Diego se me ofreció y me pidió perdón del agravio que me había hecho en tenerme por el hijo del barbero. Y añadía:

—No creerá V. Md.: su madre era hechicera y un poco puta, y su padre ladrón y su tío verdugo, y él el más ruin hombre y más mal inclinado tacaño del mundo.

Yo decía con unos empujoncillos de risa:

—¡Gentil bergantón! ¡Hideputa pícaro!

Y por de dentro considere el pío lector lo que sentiría mi gallofería. Estaba, aunque lo disimulaba, como en brasas. Tratamos de venirnos al lugar. Yo y los otros dos nos despedimos y don Diego se entró con ellas en el coche. Preguntólas que qué era la merienda y el estar conmigo, y la madre y tía dijeron cómo yo era un mayorazgo de tantos ducados de renta y que me quería casar con Anica; que se informase y vería si era cosa, no sólo acertada, sino de mucha honra para todo su linaje.

En esto pasaron el camino hasta su casa, que era en la calle del Arenal a San Filipe. Nosotros nos fuimos a casa juntos como la otra noche. Pidiéronme que jugase, codiciosos de pelarme. Yo entendíles la flor y sentéme. Sacaron naipes: estaban hechos. Perdí una mano. Di en irme por abajo, y ganéles cosa de trescientos reales; y con tanto, me despedí y vine a mi casa.

Topé a mis compañeros, licenciado Brandalagas y Pero López, los cuales estaban estudiando en unos dados tretas flamantes. En viéndome lo dejaron, codiciosos de preguntarme lo que me había sucedido. Yo venía cariacontecido y encapotado, no les dije más de que me había visto en un grande aprieto. Contéles cómo me había topado con don Diego y lo que me había sucedido; consoláronme aconsejando que disimulase y no desistiese de la pretensión por ningún camino ni manera.

En esto, supimos que se jugaba en casa de un vecino boticario juego de parar. Entendíalo yo entonces razonablemente, porque tenía más flores que un mayo y barajas hechas, lindas. Determinámonos de ir a darles un muerto (que así se llama el enterrar una bolsa); envié los amigos delante, entraron en la pieza, y dijeron si gustarían de jugar con un fraile que acababa de llegar a curarse en casa de unas primas suyas, que venía enfermo y traía talegos como el brazo y una calza de doblones. Creciólles a todos el ojo y clamaron:

—¡Venga el fraile norabuena!

—Es hombre grave en la orden —replicó Pero López— y, como ha salido, se quiere entretener, que él más lo hace por la conversación.

—Venga, y sea por lo que fuere.

—No ha de entrar nadie de fuera, por el recato —dijo Brandalagas.

—No hay tratar de eso —respondió el huésped—; ni criados.

Con esto, ellos quedaron ciertos del caso y creída la mentira.

Vinieron los acólitos y ya yo estaba con un tocador en la cabeza por disimular la corona y fingir la enfermedad; sahuméme con paja y afeitéme de tercianas, con una color de cera amarilla, y mi hábito de fraile, unos antojos y mi barba, que por ser atusada no desayudaba. Entré muy humilde, sentéme, comenzóse el juego. Ellos levantaban bien; iban tres al mohíno pero quedaron mohínos los tres, porque yo, que sabía más que ellos, les di tal gatada que en espacio de tres horas me llevé más de mil trescientos reales. Di baratos y con mi «¡Loado sea Nuestro Señor!», me despedí, encargándoles que no recibiesen escándalo de verme jugar, que era entretenimiento y no otra cosa. Los otros, que habían perdido cuanto tenían, dábanse a mil diablos. Despedíme y salímonos fuera.

Venimos a casa a la una y media y acostámonos después de haber partido la ganancia. Consoléme con esto algo de lo sucedido, y a la mañana me levanté a buscar mi caballo y no hallé por alquilar ninguno, en lo cual conocí que había otros muchos como yo. Pues andar a pie pareciera mal y más entonces, fuime a San Filipe y topéme con una lacayo de un letrado, que tenía un caballo y le aguardaba, que se había acabado de apear a oír misa. Metíle cuatro reales en la mano, porque mientras su amo estaba en la iglesia me dejase dar dos vueltas en el caballo por la calle del Arenal, que era la de mi señora.

Consintió, subí en el caballo y di dos vueltas calle arriba y calle abajo sin ver nada, y al dar la tercera asomóse doña Ana. Yo que la vi y no sabía las mañas del caballo ni era buen jinete, quise hacer galantería: dile dos varazos, tiréle de la rienda; empínase y, tirando dos coces, aprieta a correr y da conmigo por las orejas en un charco.

Yo que me vi así, y rodeado de niños que se habían llegado, y delante de mi señora, empecé a decir:

—¡Oh, hideputa! ¡No fuérades vos valenzuela! Estas temeridades me han de acabar. Habíanme dicho las mañas y quise porfiar con él.

Traía el lacayo ya el caballo, que se paró luego. Yo torné a subir; y al ruido se había asomado don Diego Coronel, que vivía en la misma casa de sus primas. Yo que le vi, me demudé. Preguntóme si había sido algo; dije que no, aunque tenía estropeada una pierna. Dábame el lacayo prisa porque no saliese su amo y lo viese, que había de ir a palacio. Y soy tan desgraciado, que estándome diciendo el lacayo que nos fuésemos, llega por detrás el letradillo, y conociendo su rocín arremete al lacayo y empieza a darle de puñadas, diciendo en altas voces que qué bellaquería era dar su caballo a nadie; y lo peor fue que, volviéndose a mí, dijo que me apease con Dios, muy enojado. Todo pasaba a vista de mi dama y de don Diego: no se ha visto en tanta vergüenza ningún azotado. Estaba tristísimo de ver dos desgracias tan grandes en un palmo de tierra. Al fin, me hube de apear; subió el letrado y fuese. Y yo, por hacer la deshecha, quedéme hablando desde la calle con don Diego y dije:

—En mi vida subí en tan mala bestia. Está ahí mi caballo overo en

San Filipe, y es desbocado en la carrera y trotón.

Dije cómo yo le corría y hacía parar; dijeron que allí estaba uno en que no lo haría, y era éste de este licenciado. Quise probarlo. No se puede creer qué duro es de caderas, y con mala silla fue milagro no matarme.

—Sí fue —dijo don Diego—; y con todo parece que se siente V. Md. de esa pierna.

—Sí siento —dije yo—; y me querría ir a tomar mi caballo y a casa.

La muchacha quedó satisfecha y con lástima de mi caída, mas el don Diego cobró mala sospecha de lo del letrado, y fue totalmente causa de mi desdicha, fuera de otras muchas que me sucedieron. Y la mayor y fundamento de las otras fue que cuando llegué a casa y fui a ver una arca, adonde tenía en una maleta todo el dinero que había quedado de mi herencia y lo que había ganado, menos cien reales que yo traía conmigo, hallé que el buen licenciado Brandalagas y Pero López habían cargado con ello y no parecían. Quedé como muerto, sin saber qué consejo tomar de mi remedio. Decía entre mí: «¡Malhaya quien fía en hacienda mal ganada, que se va como se viene! ¡Triste de mí! ¿Qué haré?». No sabía si irme a buscarlos, si dar parte a la justicia. Esto no me parecía bien, porque si los prendían, habían de aclarar lo del hábito y otras cosas y era morir en la horca. Pues seguirlos, no sabía por dónde. Al fin, por no perder también el casamiento, que ya yo me consideraba remediado con el dote, determiné de quedarme y apretarlo sumamente.

Comí, y a la tarde alquilé mi caballico y fuime hacia la calle; y como no llevaba lacayo, por no pasar sin él, aguardaba a la esquina, antes de entrar, a que pasase algún hombre que lo pareciese, y en pasando partía detrás de él, haciéndole lacayo sin serlo; y en llegando al fin de la calle, metíame detrás de la esquina hasta que volviese otro que lo pareciese; metíame detrás y daba otra vuelta.

Yo no sé si fue la fuerza de la verdad de ser yo el mismo pícaro que sospechaba don Diego, o si fue la sospecha del caballo del letrado, u qué se fue, que don Diego se puso a inquerir quién era y de qué vivía, y me espiaba. En fin, tanto hizo, que por el más extraordinario camino del mundo supo la verdad; porque yo apretaba en lo del casamiento, por papeles, bravamente, y él, acosado de ellas, que tenían deseo de acabarlo, andando en mi busca, topó con el licenciado Flechilla, que fue el que me convidó a comer cuando yo estaba con los caballeros, y este, enojado de cómo yo no le había vuelto a ver, hablando con don Diego, y sabiendo cómo yo había sido su criado, le dijo de la suerte que me encontró cuando me llevó a comer y que no había dos días que me había topado a caballo muy bien puesto, y le había contado cómo me casaba riquísimamente.

No aguardó más don Diego, y volviéndose a su casa encontró con los dos caballeros del hábito y cadena amigos míos, junto a la Puerta del Sol, y contóles lo que pasaba y díjoles que se aparejasen y en viéndome a la noche en la calle, que me magullasen los cascos; y que me conocerían en la capa que él traía, que la llevaría yo. Concertáronse, y en entrando en la calle, topáronme, y disimularon de suerte los tres que jamás pensé que eran tan amigos míos como entonces. Estuvímonos en conversación tratando de lo que sería bien hacer a la noche, hasta el avemaría. Entonces despidiéndose los dos, echaron hacia abajo, y yo y don Diego quedamos solos y echamos a San Filipe.

Llegando a la entrada de la calle de la Paz, dijo don Diego:

—Por vida de don Filipe, que troquemos capas, que me importa pasar por aquí y que no me conozcan.

—Sea en buen hora —dije yo.

Tomé la suya inocentemente y dile la mía. Ofrecíle mi persona para hacerle espaldas, mas él, que tenía trazado el deshacerme las mías, dijo que le importaba ir solo, que me fuese.

No bien me aparté de él con su capa, cuando ordena el diablo que dos que lo aguardaban para cintarearlo por una mujercilla, entendiendo por la capa que yo era don Diego, levantan y empiezan una lluvia de espaldarazos sobre mí. Yo di voces, y en ellas y la cara conocieron que no era yo.

Huyeron y yo quedéme en la calle con los cintarazos. Disimulé tres o cuatro chichones que tenía y detúveme un rato, que no osé entrar en la calle, de miedo. En fin, a las doce, que era a la hora que solía hablar con ella, llegué a la puerta; y emparejando, cierra uno de los que me aguardaban por don Diego, con un garrote conmigo, y dame dos palos en las piernas y derríbame en el suelo; y llega el otro, y dame un trasquilón de oreja a oreja y quítanme la capa, y déjanme en el suelo, diciendo:

—¡Así pagan los pícaros embustidores mal nacidos!

Comencé a dar gritos y a pedir confesión; y como no sabía lo que era, aunque sospechaba por las palabras que acaso era el huésped de quien me había salido con la traza de la Inquisición, o el carcelero burlado, o mis compañeros huidos…; y, al fin, yo esperaba de tantas partes la cuchillada, que no sabía a quién echársela; pero nunca sospeché en don Diego ni en lo que era. Daba voces:

—¡A los capeadores!

A ellas vino la justicia; levantáronme, y viendo mi cara con una zanja de un palmo y sin capa ni saber lo que era, asiéronme para llevarme a curar. Metiéronme en casa de un barbero, curóme, preguntáronme dónde vivía, y lleváronme allá. Acostáronme, y quedé aquella noche confuso, viendo mi cara de dos pedazos y tan lisiadas las piernas de los palos, que no me podía tener en ellas ni las sentía, robado, y de manera que ni podía seguir a los amigos, ni tratar del casamiento, ni estar en la Corte, ni estar fuera.

Capítulo Veintiuno

DE SU CURA Y OTROS SUCESOS PEREGRINOS

He aquí a la mañana amanece a mi cabecera la huéspeda de casa, vieja de bien, arrugada y llena de afeite, que parecía higo enharinado, niña si se lo preguntaban, con su cara de muesca, entre chufa y castaña apilada, tartamuda, barbada y bizca y roma; no le faltaba una gota para bruja. Tenía buena fama en el lugar y echábase a dormir con ella y con cuantos querían; templaba gustos y careaba placeres. Llamábase la Paloma; alquilaba su casa y era corredora para alquilar otras. En todo el año no se vaciaba la posada de gente.

Era de ver cómo ensayaba una muchacha en el taparse, lo primero enseñándola cuáles cosas había de descubrir de su cara. A la de buenos dientes, que riese siempre, hasta en los pésames; a la de buenas manos, se las enseñaba a esgrimir; a la rubia, un bamboleo de cabellos y un asomo de vedijas por el manto y la toca extremado; a buenos ojos, lindos bailes con las niñas y dormidillos, cerrándolos, y elevaciones mirando arriba. Pues tratada en materia de afeites, cuervos entraban y les corregía las caras de manera que al entrar en sus casas, de puro blancas no las conocían sus maridos. Enlucía manos y gargantas como paredes, acicalaba dientes, arrancaba el vello; tenía un bebedizo que llamaba Herodes, porque con él mataba los niños en las barrigas, y hacía malparir y mal empreñar. Y en lo que ella era más extremada era en arremedar virgos y adobar doncellas. En solos ocho días que yo estuve en casa la vi hacer todo esto. Y para remate de lo que era, enseñaba a pelar, y refranes que dijesen las mujeres. Allí les decía cómo habían de encajar la joya: las niñas por gracia, las mozas por deuda y las viejas por respeto y obligación. Enseñaba pediduras para dinero seco y pediduras para cadenas y sortijas. Citaba a la Vidaña, su concurrente en Alcalá, y a la Plañosa, en Burgos, a Muñatones la de Salamanca.

Esto he dicho para que se me tenga lástima de ver a las manos que vine y se ponderen mejor las razones que me dijo; y empezó por estas palabras, que siempre hablaba por refranes:

—De donde sacan y no pon, hijo don Filipe, presto llegan al hondón; de tales polvos, tales lodos; de tales bodas, tales tortas. Yo no te entiendo, ni sé tu manera de vivir. Mozo eres, no me espanto que hagas algunas travesuras, sin mirar que, durmiendo, caminamos a la güesa: yo, como montón de tierra, te lo puedo decir. ¡Qué cosa es que me digan a mí que has desperdiciado mucha hacienda sin saber cómo, y que te han visto aquí ya estudiante, ya pícaro, y ya caballero, y todo por las compañías! Dime con quién andas, hijo, y diréte quién eres; cada oveja con su pareja; sábete, hijo, que de la mano a la boca se pierde la sopa. Anda, bobillo que si te inquietaban mujeres, bien sabes tú que soy yo fiel perpetuo en esta tierra de esa mercaduría, y que me sustento de las posturas, así que enseño como que pongo, y que nos damos con ellas en casa, y no andarte con un pícaro y otro pícaro, tras una alcorzada y otra redomadona, que gasta las faldas con quien hace sus mangas. Yo te juro que hubieras ahorrado muchos ducados si te hubieras encomendado a mí porque no soy nada amiga de dineros. Y por mis entenado y difuntos, y así yo haya buen acabamiento, que aun lo que me debes de la posada no te lo pidiera agora, a no haberlo menester para unas candelicas y hierbas (que trataba en botes, sin ser boticaria, y si la untaban las manos, se untaba y salía de noche por la puerta del humo).

Yo que vi que había acabado la plática y sermón en pedirme, que, con ser su tema, acabó en él y no comenzó, como todos hacen, no me espanté de la visita, que no me la había hecho otra vez mientras había sido su huésped, si no fue un día que me vino a dar satisfacciones de que había oído que me habían dicho no sé qué de hechizos y que la quisieron prender y escondió la calle; vínome a desengañar y a decir que era otra de su nombre.

Yo la conté su dinero y, estándosele dando, la desventura, que nunca me olvida, y el diablo, que se acuerda de mí, trazó que la venían a prender por amancebada, y sabían que estaba el amigo en casa. Entraron en mi aposento; como me vieron en la cama y a ella conmigo, cerraron con ella y conmigo y diéronme cuatro o seis empellones muy grandes y arrastráronme fuera de la cama. A ella la tenían asida otros dos tratándola de alcahueta y bruja. ¡Quién tal pensara de una mujer que hacía la vida referida!

A las voces del alguacil y a mis quejas, el amigo, que era un frutero que estaba en el aposento de adentro, dio a correr. Ellos que lo vieron y supieron por lo que decía otro huésped de casa que yo lo era arrancaron tras el picaño, y asiéronle y dejáronme a mí repelado y apuñeado; y con todo mi trabajo me reía de lo que los picarones decían a la Guía. Porque uno la miraba y decía:

—¡Qué bien os estará una mitra, madre, y lo que me holgaré de veros consagrar tres mil nabos a vuestro servicio!

Otro:

—Ya tienen escogidas plumas los señores alcaldes, para que entréis bizarra.

Al fin, trujeron el picarón, y atáronlos entrambos. Pidiéronme perdón y dejáronme solo. Yo quedé algo aliviado de ver a mi buena huéspeda en el estado que tenía sus negocios; y así, no tenía otro cuidado sino el de levantarme a tiempo que la tirase mi naranja. Aunque, según las cosas que contaba una criada que quedó en casa, yo desconfié de su prisión, porque me dijo no sé qué de volar, y otras cosas que no me sonaron bien.

Estuve en la casa curándome ocho días, y apenas podía salir; diéronme doce puntos en la cara, y hube de ponerme muletas. Halléme sin dinero, porque los cien reales se consumieron en la cura, comida y posada; y así, para no hacer más gasto no teniendo dinero, determiné de salirme con dos muletas de la casa, y vender mi vestido, cuellos y jubones, que era todo muy bueno. Hícelo y compré con lo que me dieron un coleto de cordobán viejo y un jubonazo de estopa famoso, mi gabán de pobre, remendado y largo, mis polainas y zapatos grandes, la capilla del gabán en la cabeza, un Cristo de bronce traía colgando del cuello, y un rosario.

Impúsome en la voz y frases doloridas de pedir un pobre que entendía de la arte mucho, y así comencé luego a ejercitarlo por las calles. Cosíme sesenta reales que me sobraron en el jubón, y con eso me metí a pobre fiado en mi buena prosa. Anduve ocho días por las calles, aullando en esta forma, con voz dolorida y realzamiento de plegarias: «¡Dalde, buen cristiano, siervo del Señor, al pobre lisiado y llagado; que me veo y me deseo!» Esto decía los días de trabajo, pero los días de fiesta comenzaba con diferente voz, y decía: «¡Fieles cristianos y devotos del Señor! ¡Por tan alta princesa como la Reina de los Ángeles, Madre de Dios, dalde una limosna al pobre tullido y lastimado de la mano del Señor!» Y paraba un poco, que es de grande importancia, y luego añadía: «¡Un aire corrupto en hora menguada trabajando en una viña, me trabó mis miembros, que me vi sano y bueno como se ven y se vean, loado sea el Señor!»

Venían con esto los ochavos trompicando y ganaba mucho dinero. Y ganara más si no se me atravesara un mocetón mal encarado, manco de los brazos y con una pierna menos, que me rondaba las mismas calles en un carretón y cogía más limosna con pedir mal criado. Decía con voz ronca, rematando en chillido: «¡Acordaos siervos de Jesucristo, del castigado del Señor por sus pecados! ¡Dalde al pobre lo que Dios reciba!» Y añadía:

«¡Por el buen Jesú!»; y ganaba que era un juicio. Yo advertí, y no dije más Jesús, sino quitábale la s, y movía a más devoción. Al fin, yo mudé de frasecicas y cogía maravillosa mosca.

Llevaba metidas entrambas piernas en una bolsa de cuero, y liadas, y mis dos muletas. Dormía en un portal de un cirujano, con un pobre de cantón, uno de los mayores bellacos que Dios crió. Estaba riquísimo, y era como nuestro retor; ganaba más que todos; tenía una potra muy grande, y atábase con un cordel el brazo por arriba, y parecía que tenía hinchada la mano y manca, y calentura, todo junto. Poníase echado boca arriba en su puesto, y con la potra defuera, tan grande como una bola de puente, y decía: «¡Miren la pobreza y el regalo que hace el Señor al cristiano!» Si pasaba mujer decía: «¡Ah, señora hermosa, sea Dios en su ánima!» Y las más, porque las llamase así, le daban limosna y pasaban por allí aunque no fuese camino para sus visitas. Si pasaba un soldadico: «¡Ah, señor capitán!», decía; y si otro hombre cualquiera: «¡Ah, señor caballero!» Si iba alguno en coche, luego le llamaba señoría, y si clérigo en mula, señor arcediano. En fin, él adulaba terriblemente. Tenía modo diferente para pedir los días de los santos; y vine a tener tanta amistad con él, que me descubrió un secreto con que en dos días estuvimos ricos. Y era que este tal pobre tenía tres muchachos pequeños, que recogían limosna por las calles y hurtaban lo que podían; dábanle cuenta a él y todo lo guardaba. Iba a la parte con dos niños de la cajuela en las sangrías que hacían de ellas, y tomé el mismo arbitrio, y él me encaminó la gentecica a propósito.

Halléme en menos de un mes con más de doscientos reales horros. Y últimamente me declaró, con intento que nos fuésemos juntos, el mayor secreto y la más alta industria que cupo en mendigo, y la hicimos entrambos. Y era que hurtábamos niños, cada día, entre los dos, cuatro o cinco; pregonábanlos, y salíamos nosotros a preguntar las señas, y decíamos: «Por cierto, señor, que le topé a tal hora, y que si no llego, que le mata un carro; en casa está». Dábannos el hallazgo, y veníamos a enriquecer de manera que me hallé yo con cincuenta escudos, y ya sano de las piernas, aunque las traía entrapajadas.

Determiné de salirme de la Corte y tomar mi camino para Toledo, donde ni conocía ni me conocía nadie. Al fin, yo me determiné; compré un vestido pardo, cuello y espada, y despedíme de Valcázar, que era el pobre que dije, y busqué por los mesones en qué ir a Toledo.

Capítulo Veintidós

EN QUE SE HACE REPRESENTANTE, POETA Y GALÁN DE MONJAS

Topé en un paraje una compañía de farsantes que iban a Toledo. Llevaban tres carros, y quiso Dios que entre los compañeros iba uno que lo había sido mío del estudio en Alcalá, y había renegado y metídose al oficio. Díjele lo que me importaba ir allá y salir de la Corte; y apenas el hombre me conocía con la cuchillada, y no hacía sino santiguarse de mi per signum crucis. Al fin, me hizo amistad, por mi dinero, de alcanzar de los demás lugar para que yo fuese con ellos.

Íbamos barajados hombres y mujeres, y una entre ellas, la bailarina, que también hacía las reinas y papeles graves en la comedia, me pareció extremada sabandija. Acertó a estar su marido a mi lado, y yo, sin pensar a quien hablaba, llevado del deseo de amor y gozarla, díjele:

—A esta mujer ¿por qué orden la podremos hablar, para gastar con su merced unos veinte escudos, que me ha parecido bien por ser hermosa?

—No me lo está a mí el decirlo, que soy su marido —dijo el hombre —, ni tratar de eso; pero sin pasión, que no me mueve ninguna, se puede gastar con ella cualquier dinero, porque tales carnes no tiene el suelo, ni tal juguetoncica.

Y diciendo esto, saltó del carro y fuese al otro, según pareció, por darme lugar que la hablase.

Cayóme en gracia la respuesta del hombre, y eché de ver que estos son de los que dijera algún bellaco que cumplen el precepto de San Pablo de tener mujeres como si no las tuviesen, torciendo la sentencia en malicia. Yo gocé de la ocasión, habléla, y preguntóme que adónde iba y algo de mi vida. Al fin, tras muchas palabras, dejamos concertadas para Toledo las obras. Íbamos holgando por el camino mucho.

Yo, acaso, comencé a representar un pedazo de la comedia de San Alejo, que me acordaba de cuando muchacho, y representélo de suerte que les di codicia. Y sabiendo, por lo que yo le dije a mi amigo que iba en la compañía, mis desgracias y descomodidades, díjome que si quería entrar en la danza con ellos. Encareciéronme tanto la vida de la farándula, y yo, que tenía necesidad de arrimo y me había parecido bien la moza, concertéme por dos años con el autor. Hícele escritura de estar con él y diome mi ración y representaciones. Y con tanto, llegamos a Toledo.

Diéronme que estudiar tres o cuatro loas y papeles de barba, que los acomodaba bien con mi voz. Yo puse cuidado en todo y eché la primera loa en el lugar. Era de una nave, de lo que son todas, que venía destrozada y sin provisión; decía lo de «este es el puerto», llamaba a la gente «senado», pedía perdón de las faltas y silencio, y entréme. Hubo un víctor de rezado, y al fin parecí bien en el teatro.

Representamos una comedia de un representante nuestro (que yo me admiré de que fuesen poetas, porque pensaba que el serlo era de hombres muy doctos y sabios, y no de gente tan sumamente lega). Y está ya de manera esto que no hay autor que no escriba comedias, ni representante que no haga su farsa de moros y cristianos; que me acuerdo yo antes, que si no eran comedias del buen Lope de Vega, y Ramón, no había otra cosa.

Al fin, hízose la comedia el primer día y no la entendió nadie; al segundo, empezámosla y quiso Dios que empezaba por una guerra, y salía yo armado y con rodela, que, si no, a manos de mal membrillo, tronchos y badeas, acabo. No se ha visto tal torbellino, y ello merecíalo la comedia, porque traía un rey de Normandía sin propósito, en hábito de ermitaño, y metía dos lacayos por hacer reír, y al desatar de la maraña no había más de casarse todos y allá vas. Al fin, tuvimos nuestro merecido.

Tratamos todos muy mal al compañero poeta, y yo principalmente, diciéndole que mirase de la que nos habíamos escapado y escarmentase. Díjome que jurado a Dios, que no era suyo nada de la comedia, sino que de un paso tomado de uno y otro de otro, había hecho aquella capa de pobre, de remiendo, y que el daño no había estado sino en lo mal zurcido. Confesóme que los farsantes que hacían comedias todo les obligaba a restitución, porque se aprovechaban de cuanto habían representado, y que era muy fácil, y que el interés de sacar trescientos o cuatrocientos reales les ponía aquellos riesgos; lo otro, que como andaban por esos lugares, les leían unos y otros comedias: —«Tomámoslas para verlas, llevámonoslas y con añadir una necedad y quitar una cosa bien dicha, decimos que es nuestra». Y declaróme como no había habido farsante jamás que supiese hacer una copla de otra manera. No me pareció mal la traza, y yo confieso que me incliné a ella, por hallarme con algún natural a la poesía; y más, que tenía yo conocimiento con algunos poetas y había leído a Garcilaso; y así, determiné de dar en el arte. Y con esto y la farsanta y representar pasaba la vida. Que pasado un mes que había que estábamos en Toledo, haciendo comedias buenas y enmendando el yerro pasado, ya yo tenía nombre, y habían llegado a llamarme Alonsete, que yo había dicho llamarme Alonso, y por otro nombre me llamaban el Cruel, por serlo una figura que había hecho con gran aceptación de los mosqueteros y chusma vulgar. Tenía ya tres pares de vestidos y autores que me pretendían sonsacar de la compañía. Hablaba de entender de la comedia, murmuraba de los famosos, reprehendía los gestos a Pinedo, daba mi voto en el reposo natural de Sánchez, llamaba bonico a Morales, pedíanme el parecer en el adorno de los teatros y trazar las apariencias. Si alguno venía a leer comedia yo era el que la oía.

Al fin, animado con este aplauso, me desvirgué de poeta en un romancico y luego hice un entremés y no pareció mal. Atrevíme a una comedia y porque no escapase de ser divina cosa la hice de Nuestra Señora del Rosario. Comenzaba con chirimías, había sus ánimas de purgatorio y sus demonios, que se usaban entonces, con su «bu, bu» al salir, y «rri, rri» al entrar; caíale muy en gracia al lugar el nombre de Satán en las copias y el tratar luego de si cayó del cielo y tal. En fin, mi comedia se hizo y pareció muy bien.

No me daba manos a trabajar, porque acudían a mí enamorados, unos por coplas de cejas y otros de ojos, cuál soneto de manos y cuál romancico para cabellos. Para cada cosa tenía su precio, aunque, como había otras tiendas, porque acudiesen a la mía, hacía barato. ¿Pues villancicos? Hervía en sacristanes y demandaderas de monjas; ciegos me sustentaban a pura oración, ocho reales de cada una; y me acuerdo que hice entonces la del Justo Juez, grave y sonorosa, que provocaba a gestos. Escribí para un ciego, que las sacó en su nombre, las famosas que empiezan:

Madre del Verbo humanal,
Hija del Padre divino,
dame gracia virginal, etc.

Fui el primero que introdujo acabar las coplas como los sermones, con «aquí gracia y después gloria», en esta copla de un cautivo de Tetuán:

Pidámosle sin falacia
al alto Rey sin escoria,

pues ve nuestra pertinacia,
que nos quiera dar su gracia,
y después allá la gloria. Amén.

Estaba viento en popa con estas cosas, rico y próspero, y tal, que casi aspiraba ya a ser autor. Tenía mi casa muy bien aderezada, porque había dado para tener tapicería barata en un arbitrio del diablo, y fue de comprar reposteros de tabernas, y colgarlos. Costáronme veinte y cinco o treinta reales y eran más para ver que cuantos tiene el Rey, pues por estos se veía de puro rotos y por esotros no se verá nada.

Sucedióme un día la mejor cosa del mundo, que aunque es en mi afrenta, la he de contar. Yo me recogía en mi posada, el día que escribía comedia, al desván, y allí me estaba y allí comía; subía una moza con la vianda y dejábamela allí. Yo tenía por costumbre escribir representando recio, como si lo hiciera en el tablado. Ordena el diablo que a la hora y punto que la moza iba subiendo por la escalera, que era angosta y oscura, con los platos y olla, yo estaba en un paso de una montería, y daba grandes gritos componiendo mi comedia; y decía:

Guarda el oso, guarda el oso,
que me deja hecho pedazos,
y baja tras ti furioso;

que entendió la moza (que era gallega), como oyó decir «baja tras ti» y «me deja», que era verdad y que la avisaba. Va a huir y con la turbación písase la saya y rueda toda la escalera, derrama la olla y quiebra los platos, y sale dando gritos a la calle diciendo que mataba un oso a un hombre. Y por presto que yo acudí ya estaba toda la vecindad conmigo preguntando por el oso, y aun contándoles yo cómo había sido ignorancia de la moza, porque era lo que he referido de la comedia, aun no lo querían creer; no comí aquel día. Supiéronlo los compañeros y fue celebrado el cuento en la ciudad. Y de estas cosas me sucedieron muchas mientras perseveré en el oficio de poeta y no salí del mal estado.

Sucedió, pues, que a mi autor (que siempre paran en esto), sabiendo que en Toledo le había ido bien, le ejecutaron no sé por qué deudas y le pusieron en la cárcel, con lo cual nos desmembramos todos y echó cada uno por su parte. Yo, si va a decir verdad, aunque los compañeros me querían guiar a otras compañías, como no aspiraba a semejantes oficios y el andar en ellos era por necesidad, ya que me veía con dineros y bien puesto, no traté de más que de holgarme.

Despedíme de todos; fuéronse, y yo, que entendí salir de mala vida con no ser farsante, si no lo ha V. Md. por enojo, di en amante de red, como cofia, y por hablar más claro, en pretendiente de Antecristo, que es lo mismo que galán de monjas. Tuve ocasión para dar en esto porque una a cuya petición había yo hecho muchos villancicos se aficionó en un auto del Corpus de mí viéndome representar un San Juan Evangelista (que lo era ella). Regalábame la mujer con cuidado y habíame dicho que sólo sentía que fuese farsante, porque yo había fingido que era hijo de un gran caballero, y dábala compasión. Al fin, me determiné de escribirla lo siguiente:

CARTA

«Más por agradar a V. Md. que por hacer lo que me importaba, he dejado la compañía; que, para mí, cualquiera sin la suya es soledad. Ya seré tanto más suyo cuanto soy más mío. Avíseme cuándo habrá locutorio y sabré juntamente cuándo tendré gusto», etc.

Llevó el billetico la andadera; no se podrá creer el contento de la buena monja sabiendo mi nuevo estado. Respondióme de esta manera:

RESPUESTA

«De sus buenos sucesos antes aguardo los parabienes que los doy, y me pesara de ello a no saber que mi voluntad y su provecho es todo uno. Podemos decir que ha vuelto en sí; no resta agora sino perseverancia que se mida con la que yo tendré. El locutorio dudo por hoy, pero no deje de venirse V. Md. a vísperas, que allí nos veremos, y luego por las vistas, y quizá podré yo hacer alguna pandilla a la abadesa. Y adiós», etc.

Contentóme el papel, que realmente la monja tenía buen entendimiento y era hermosa. Comí y púseme el vestido con que solía hacer los galanes en las comedias. Fuime derecho a la iglesia, recé, y luego empecé a repasar todos los lazos y agujeros de la red con los ojos para ver si parecía, cuando Dios y enhorabuena, que más era diablo y en hora mala, oigo la seña antigua: empieza a toser y yo a toser, y andaba una tosidura de Barrabás. Arremedábamos un catarro y parecía que habían echado pimiento en la iglesia. Al fin, yo estaba cansado de toser, cuando se me asoma a la red una vieja tosiendo, y eché de ver mi desventura (que es peligrosísima seña en los conventos; porque como es seña a las mozas, es costumbre en las viejas, y hay hombre que piensa que es reclamo de ruiseñor y le sale después graznido de cuervo).

Estuve gran rato en la iglesia, hasta que empezaron vísperas. Oílas todas, que por esto llaman a los enamorados de monjas «solenes enamorados», por lo que tienen de vísperas, y tienen también que nunca salen de vísperas del contento, porque no se les llega el día jamás.

No se creerá los pares de vísperas que yo oí. Estaba con dos varas de gaznate más del que tenía cuando entré en los amores, a puro estirarme para ver, gran compañero del sacristán y monacillo y muy bien recibido del vicario, que era hombre de humor. Andaba tan tieso que parecía que almorzaba asadores y que comía virotes.

Fuime a las vistas, y allá, con ser una plazuela bien grande, era menester enviar a tomar lugar a las doce, como para comedia nueva: hervía en devotos. Al fin, me puse en donde pude; y podíanse ir a ver, por cosas raras, las diferentes posturas de los amantes. Cuál, sin pestañear, mirando con su mano puesta en la espada y la otra con el rosario, estaba como figura de piedra sobre sepulcro; otro, alzadas las manos y extendidos los brazos a lo seráfico recibiendo las llagas; cuál, con la boca más abierta que la de mujer pedigüeña, sin hablar palabra, la enseñaba a su querida las entrañas por el gaznate; otro, pegado a la pared, dando pesadumbre a los ladrillos, parecía medirse con la esquina; cuál se paseaba como si le hubieran de querer por el portante, como a macho; otro, con una cartica en la mano, a uso de cazador con carne, parecía que llamaba halcón. Los celosos eran otra banda; éstos, unos estaban en corrillos riéndose y mirando a ellas; otros, leyendo coplas y enseñándoselas; cuál, para dar picón, pasaba por el terrero con una mujer de la mano; y cuál hablaba con una criada echadiza que le daba un recado.

Esto era de la parte de abajo y nuestra, pero de la de arriba, adonde estaban las monjas, era cosa de ver también; porque las vistas era una torrecilla llena de rendijas toda, y una pared con deshilados, que ya parecía salvadera y ya pomo de olor. Estaban todos los agujeros poblados de brújulas; allí se veía una pepitoria, una mano y acullá un pie; en otra parte había cosas de sábado: cabezas y lenguas, aunque faltaban sesos; a otro lado se mostraba buhonería: una enseñaba el rosario, cuál mecía el pañizuelo, en otra parte colgaba un guante, allí salía un listón verde. Unas hablaban algo recio, otras tosían; cuál hacía la seña de los sombrereros, como si sacara arañas, ceceando.

En verano es de ver cómo no sólo se calientan al sol, sino se chamuscan, que es gran gusto verlas a ellas tan crudas y a ellos tan asados. En invierno acontece con la humedad nacerle a uno de nosotros berros y arboledas en el cuerpo. No hay nieve que se nos escape ni lluvia que se nos pase por alto, y todo esto, al cabo, es para ver a una mujer por red y vidrieras, como hueso de santo; es como enamorarse de un tordo en jaula, si habla, y si calla, de un retrato. Los favores son todos toques, que nunca llegan a cabes: un paloteadico con los dedos. Hincan las cabezas en las rejas y apúntanse los requiebros por las troneras. Aman al escondite. ¡Y verlos hablar quedito y de rezado! ¡Pues sufrir una vieja que riñe, una portera que manda y una tornera que miente! Y lo mejor es ver cómo nos piden celos de las de acá fuera, diciendo que el verdadero amor es el suyo, y las causas tan endemoniadas que hallan para probarlo.

Al fin, yo llamaba ya «señora» a la abadesa, «padre» al vicario y «hermano» al sacristán, cosas todas que con el tiempo y el curso alcanza un desesperado. Empezáronme a enfadar las torneras con despedirme y las monjas con pedirme. Consideré cuán caro me costaba el infierno, que a otros se da tan barato y en esta vida, por tan descansados caminos. Veía que me condenaba a puñados y que me iba al infierno por sólo el sentido del tacto. Si hablaba, solía, porque no me oyesen los demás que estaban en las rejas, juntar tanto con ellas la cabeza, que por dos días siguientes traía los hierros estampados en la frente, y hablaba como sacerdote que dice las palabras de la consagración. No me veía nadie que no decía: «¡Maldito seas, bellaco monjil!», y otras cosas peores.

Todo esto me tenía revolviendo pareceres y casi determinado a dejar la monja, aunque perdiese mi sustento. Y determinéme el día de San Juan Evangelista, porque acabé de conocer lo que son las monjas. Y no quiera V. Md. saber más de que las Bautistas todas enronquecieron adrede, y sacaron tales voces, que en vez de cantar la misa la gimieron, no se lavaron las caras y se vistieron de viejo. Y los devotos de las Bautistas, por desautorizar la fiesta, trujeron banquetas en lugar de sillas a la iglesia, y muchos pícaros del rastro. Cuando yo vi que las unas por el un santo y las otras por el otro trataban indecentemente de ellos, cogiéndola a mi monja, con título de rifárselos, cincuenta escudos de cosas de labor, medias de seda, bolsicos de ámbar y dulces, tomé mi camino para Sevilla, temiendo que si más aguardaba había de ver nacer mandrágoras en los locutorios.

Lo que la monja hizo de sentimiento, más por lo que la llevaba que por mí, considérelo el pío lector.

Capítulo Veintitrés

DE LO QUE LE SUCEDIÓ EN SEVILLA HASTA EMBARCARSE A INDIAS

Pasé el camino de Toledo a Sevilla prósperamente, porque como yo tenía ya mis principios de fullero y llevaba dados cargados con nueva pasta de mayor y de menor, y tenía la mano derecha encubridora de un lado —pues preñada de cuatro paría tres—, llevaba gran provisión de cartones de lo ancho y de lo largo para hacer garrotes de morros y ballestilla, y así, no se me escapaba dinero.

Dejo de referir otras muchas flores, porque a decirlas todas me tuvieran más por ramillete que por hombre; y también, porque antes fuera dar que imitar que referir vicios de que huyan los hombres. Mas quizá declarando yo algunas chanzas y modos de hablar, estarán más avisados los ignorantes y los que leyeron mi libro serán engañados por su culpa.

No te fíes, hombre, en dar tú la baraja, que te la trocarán al despabilar de una vela. Guarda el naipe de tocamientos, raspados o bruñidos, cosa con que se conocen los azares. Y por si fueres pícaro, lector, advierte que en cocinas y caballerizas pican con un alfiler u doblan los azares, para conocerlos por lo hendido. Si tratares con gente honrada guárdate del naipe, que desde la estampa fue concebido en pecado, y que con traer atravesado el papel, dice lo que viene. No te fíes de naipe limpio, que al que da vista y retén, lo más jabonado es sucio. Advierte que a la carteta, el que hace los naipes que no doble más arqueadas las figuras, fuera de los reyes, que las demás cartas, porque el tal doblar es por tu dinero difunto. A la primera, mira no den de arriba las que descarta el que da y procura que no se pidan cartas u por los dedos en el naipe u por las primeras letras de las palabras.

No quiero darte luz de más cosas; estas bastan para saber que has de vivir con cautela, pues es cierto que son infinitas las maulas que te callo. «Dar muerte» llaman quitar el dinero, y con propiedad; «revesa» llaman la treta contra el amigo, que de puro revesada no la entiende; «dobles» son los que acarrean sencillos para que los desuellen estos rastreros de bolsas; «blanco» llaman al sano de malicia y bueno como el pan y «negro» al que deja en blanco sus diligencias.

Yo, pues, con ese lenguaje y con estas flores, llegué a Sevilla con el dinero de las camaradas, gané el alquiler de las mulas y la comida y dineros a los huéspedes de las posadas. Fuime luego a apear al mesón del Moro, donde me topó un condiscípulo mío de Alcalá, que se llamaba Mata, y agora se decía, por parecerle nombre de poco ruido, Matorral. Trataba en vidas y era tendero de cuchilladas, y no le iba mal. Traía la muestra de ellas en su cara, y por las que le habían dado concertaba tamaño y hondura de las que había de dar. Decía: «No hay tal maestro como el bien acuchillado»; y tenía razón, porque la cara era una cuera y él un cuero. Díjome que me había de ir a cenar con él y otros camaradas, y que ellos me volverían al mesón.

Fui; llegamos a su posada, y dijo:

—«Ea, quite la capa vuacé, y parezca hombre, que verá esta noche todos los buenos hijos de Jevilla. Y porque no lo tengan por maricón, ahaje ese cuello y agobie de espaldas; la capa caída, que siempre nosotros andamos de capa caída; ese hocico, de tornillo, gestos a un lado y a otro; y haga vucé de las j, h, y de las h, j. Diga conmigo: jerida, mojino, jumo, pahería, mohar, habalí, y harro de vino». Tomélo de memoria. Prestóme una daga, que en lo ancho era alfanje, y en lo largo, de comedimiento suyo no se llamaba espada, que bien podía.

—Bébase —me dijo— esta media azumbre de vino puro, que si no da vaharada no parecerá valiente.

Estando en esto, y yo con lo bebido atolondrado, entraron cuatro de ellos, con cuatro zapatos de gotoso por caras, andando a lo columpio, no cubiertos con las capas sino fajados por los lomos; los sombreros empinados sobre la frente, altas las faldillas de delante que parecían diademas; un par de herrerías enteras por guarniciones de dagas y espadas; las conteras en conversación con el calcañar derecho; los ojos derribados, la vista fuerte; bigotes buidos a lo cuerno, y barbas turcas, como caballos.

Hiciéronnos un gesto con la boca, y luego a mi amigo le dijeron, con voces mohínas, sisando palabras:

—Seidor.

—So compadre —respondió mi ayo.

Sentáronse, y para preguntar quién era yo, no hablaron palabra, sino el uno miró a Matorrales, y abriendo la boca y empujando hacia mí el labio de abajo me señaló, a lo cual mi maestro de novicios satisfizo empuñando la barba y mirando hacia abajo. Y con esto, se levantaron todos y me abrazaron, y yo a ellos, que fue lo mismo que si catara cuatro diferentes vinos.

Llegó la hora de cenar; vinieron a servir unos pícaros que los bravos llaman «cañones». Sentámonos a la mesa; apareciése luego el alcaparrón; empezaron, por bienvenido, a beber a mi honra, que yo hasta que la vi beber no entendí que tenía tanta. Vino pescado y carne, y todo con apetitos de sed. Estaba una artesa en el suelo llena de vino y allí se echaba de buces el que quería hacer la razón; contentóme la penadilla; a dos veces, no hubo hombre que conociese al otro.

Empezaron pláticas de guerra; menudeábanse los juramentos; murieron de brindis a brindis, veinte o treinta sin confesión; recetáronsele al asistente mil puñaladas; tratóse de la buena memoria de Domingo Tiznado y Gayón, derramóse vino en cantidad al ánima de Escamilla; los que las cogieron tristes lloraron tiernamente al mal logrado Alonso Álvarez. Y a mi compañero, con estas cosas, se le desconcertó el reloj de la cabeza y dijo, algo ronco, tomando un pan con las dos manos y mirando a la luz:

—Por esta, que es la cara de Dios, y por aquella luz que salió por la boca del ángel, que si vucedes quieren, que esta noche hemos de dar al corchete que siguió al pobre Tuerto.

Levantóse entre ellos alarido disforme, y desnudando las dagas, lo juraron poniendo las manos cada uno en el borde de la artesa, y echándose sobre ella de hocicos; dijeron:

—Así como bebemos este vino hemos de beberle la sangre a todo acechador.

—¿Quién es este Alonso Álvarez —pregunté— que tanto se ha sentido su muerte?

—Mancebito —dijo el uno— lidiador ahigadado, mozo de manos y buen compañero. ¡Vamos, que me retientan los dimoños!

Con esto salimos de casa a montería de corchetes. Yo, como iba entregado al vino y había renunciado en su poder mis sentidos, no advertí al riesgo que me ponía. Llegamos a la calle de la Mar, donde encaró con nosotros la ronda. No bien la columbraron, cuando, sacando las espadas, la embistieron; yo hice lo mismo, y limpiamos dos cuerpos de corchetes de sus malditas ánimas al primer encuentro. El alguacil puso la justicia en sus pies y apeló por la calle arriba dando voces. No lo pudimos seguir, por haber cargado delantero. Y, al fin, nos acogimos a la Iglesia Mayor, donde nos amparamos del rigor de la justicia y dormimos lo necesario para espumar el vino que hervía en los cascos. Y vueltos ya en nuestro acuerdo, me espantaba yo de ver que hubiese perdido la justicia dos corchetes y huido el alguacil de un racimo de uvas, que entonces lo éramos nosotros.

Pasábamoslo en la iglesia notablemente, porque al olor de los retraídos vinieron ninfas, desnudándose para vestirnos. Aficionóseme la Grajales; vistióme de nuevo de sus colores. Súpome bien y mejor que todas esta vida; y así, propuse de navegar en ansias con la Grajal hasta morir. Estudié la jacarandina y en pocos días era rabí de los otros rufianes.

La justicia no se descuidaba de buscarnos; rondábanos la puerta, pero, con todo, de media noche abajo, rondábamos disfrazados. Yo que vi que duraba mucho este negocio y más la fortuna en perseguirme, no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador, determiné, consultándolo primero con la Grajal, de pasarme a Indias con ella y ver si mudando mundo y tierra mejoraría mi suerte. Y fueme peor, como V. Md. verá en la segunda parte, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres.

26. LA CAMPANILLA DE LA DONCELLA Y OTROS RELATOS (EDITH WHARTON)

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

CAPÍTULO UNO

Era el otoño, después de haber pasado el tifus. Había estado en el hospital, y cuando salí tenía un aspecto tan endeble y vacilante que las dos o tres damas a las que pedí trabajo no me aceptaron, por temor. Se me había agotado casi todo el dinero, y después de vivir de la pensión durante dos meses, frecuentando agencias de colocaciones y escribiendo a todos los anuncios que me parecían respetables, casi perdí las esperanzas, porque el andar de un lado para otro no me había permitido recuperar peso; así que no veía cómo podía cambiar mi suerte. Pero cambió…, o así lo creí yo entonces. Un día me tropecé con una tal señora Railton, amiga de la señora que me había traído a Estados Unidos, y me paró para saludarme; era de esas personas que hablan siempre con mucha familiaridad. Me preguntó qué me pasaba que estaba tan pálida, y cuando se lo conté, dijo:

—Vaya, Hartley; creo que tengo precisamente el puesto que necesitas. Ven mañana a verme y hablaremos de esto.

Al día siguiente, cuando fui a visitarla, me contó que se había acordado de una sobrina suya, una dama joven, aunque algo delicada, que vivía todo el año en su finca de Hudson, ya que no soportaba el ajetreo de la vida ciudadana.

—Ahora escúchame, Hartley —dijo la señora Railton con esa jovialidad que siempre me hacía sentir que las cosas iban a mejorar—: no es alegre el lugar al que te mando. La casa es grande y lúgubre; mi sobrina es una mujer nerviosa y melancólica; y su marido… bueno, generalmente está fuera; y dos hijos que tenían se les han muerto. Hace un año me lo habría pensado antes de encerrar en esa cripta a una muchacha activa y risueña como tú; pero ahora no te encuentras especialmente rozagante, ¿verdad?, y nada mejor para ti que un lugar tranquilo, con el aire del campo, buenos alimentos y la posibilidad de acostarte temprano. No me digas que me equivoco —añadió, porque supongo que debí poner cara de decepción—; puede que lo encuentras deprimente, pero no te sentirás desamparada. Mi sobrina es un ángel. Su anterior doncella, que murió la primavera pasada, la sirvió veinte años, y besaba el suelo que ella pisaba. Es un ama bondadosa con todos; y donde la señora es bondadosa, como sabes, los criados son generalmente joviales; de manera que probablemente te llevarás muy bien con el resto de la servidumbre. Eres justamente la chica que necesito para mi sobrina: tranquila, de buenos modales y educada por encima de tu condición social. ¿Lees bien en voz alta? Eso está bien; a mi sobrina le gusta que le lean. Necesita una doncella que pueda ser un poco su compañera: la anterior lo era, y no te puedes hacer idea de cuánto la echa de menos. Lleva una vida solitaria… Bueno, ¿qué decides?

—Por supuesto, señora —dije—, a mí no me da miedo la soledad.

—Bien, entonces ve; mi sobrina te aceptará con mi recomendación. Le telegrafiaré en seguida, y podrás coger el tren de esta tarde. No tiene a nadie que la atienda ahora y no quiero que pierdas tiempo.

Yo siempre estaba dispuesta a ponerme en marcha; sin embargo, había algo en mí que me retenía. Y para ganar tiempo pregunté:

—¿Y el señor, señora?

—Te repito que el señor casi siempre está fuera —dijo la señora Railton rápidamente—. Y cuando está en casa —exclamó de repente— no tienes más que evitar su presencia.

Cogí el tren de la tarde y llegué a la estación alrededor de las cuatro. Me esperaba un criado en una calesa, y partimos a buen paso. Era un oscuro día de octubre, con la lluvia suspendida a poca altura, y cuando ya nos adentrábamos en el bosque de Brympton Place, la luz casi se había ido. El camino cruzó serpenteante el bosque durante una milla o dos, y salió a un espacio de grava, cerrado por una espesura de arbustos altos y oscuros. No había luces en las ventanas, y la casa tenía efectivamente un aspecto algo lúgubre.

No le hice preguntas al criado, ya que nunca he sido partidaria de formarme una idea de mis señores a través de los compañeros: prefiero esperar, y ver por mí misma. Pero podía decir, por el aspecto de todo, que había entrado en una buena casa y que las cosas se hacían con gusto. Una cocinera de rostro afable me recibió en la puerta de atrás y llamó a la criada para que subiese a enseñarme mi habitación.

—Ya verás al ama más tarde —dijo—: la señora Brympton tiene visita.

No había supuesto que la señora Brympton fuese dama que recibiera muchas visitas, y estas palabras me alegraron en cierto modo. Seguí a la criada escalera arriba y vi, a través de una puerta del descansillo, que la parte principal de la casa estaba bien amueblada, con las paredes revestidas de madera oscura y varios retratos antiguos. Era ahora casi de noche, y la criada se excusó por no haber traído una luz.

—Pero hay fósforos en tu habitación —dijo—; y si caminas con precaución no tropezarás. Ten cuidado con el escalón del fondo. Tu cuarto está justo a continuación.

Miré en esa dirección mientras hablaba ella, y en mitad del pasillo vi a una mujer. Se retiró a una puerta al pasar nosotras, y la criada no pareció advertir su presencia. Era una mujer delgada, de cara pálida y con el vestido y el delantal oscuros. La tomé por el ama de llaves y me pareció raro que no dijese nada, aunque me miró largamente al pasar junto a ella. Mi dormitorio daba a un vestíbulo que había al final del pasillo. Frente a mi puerta había otra que estaba abierta; la criada exclamó al verla así.

—¡Vaya, la señora Blinder se ha dejado esta puerta abierta otra vez! —y la cerró.

—¿La señora Blinder es el ama de llaves?

—Aquí no hay ama de llaves; la señora Blinder es la cocinera.

—¿Es esa su habitación?

—¡No, por Dios! —dijo la criada, vivamente—. Ésta no es de nadie. Está vacía, quiero decir; y no debería estar abierta. La señora Brympton quiere que esté siempre cerrada con llave.

Abrió mi puerta y me pasó a una habitación limpia, amueblada con gusto, y con un cuadro o dos en las paredes. Y tras encender una vela se despidió, diciéndome que el té en el salón de la servi era a las seis y que la señora Brympton me vería después.

Encontré una agradable tertulia en el salón de los criados, y por lo que comentaban deduje que, como había dicho la señora Railton, la señora Brympton era la más bondadosa de las damas; pero no presté demasiada atención a lo que hablaban, ya que estaba atenta a ver si entraba la mujer pálida del vestido oscuro. No apareció, y me pregunté si comería aparte. Pero si no era el ama de llaves, ¿por qué había de hacerlo? De pronto se me ocurrió que podía ser una enfermera, en cuyo caso, naturalmente, se le serviría la comida en su habitación. Si la señora Brympton estaba inválida era lo más probable que tuviera una enfermera. La idea me contrarió, lo confieso, porque no siempre son personas con las que una se sienta a gusto; y de haberlo sabido, no habría aceptado el puesto. Pero ya estaba allí y de nada servía poner cara larga. Y dado que no tenía a quién hacerle preguntas, esperé a ver qué ocurría.

Terminado el té, la criada le dijo al lacayo:

—¿Se ha ido el señor Ranford?

Y al contestar éste que sí, me dijo que subiese con ella a ver a la señora Brympton.

La señora Brympton se hallaba en cama; al lado había una lámpara con pantalla. Era una dama de aspecto delicado, pero cuando sonrió comprendí que no habría nada que no hiciera yo por ella. Con voz dulce, y baja, me preguntó el nombre y la edad y demás, y si tenía todo lo que necesitaba, y si no temía sentirme sola en el campo.

—No. Con usted no lo estaré, señora —dije; y a mí misma me sorprendieron estas palabras, ya que no soy impulsiva. Pero fue exactamente como si hubiese pensado en voz alta.

Ella pareció complacida, y dijo que esperaba que siguiese pensando lo mismo; luego me dio algunas instrucciones sobre su tocador, y dijo que Agnes, la criada, me enseñaría dónde estaban las cosas.

—Esta noche estoy cansada y cenaré arriba —dijo—. Agnes me traerá la bandeja, así que puedes disponer de tiempo para deshacer el equipaje y acomodarte; después puedes venir a desvestirme.

—Muy bien, señora —dije—. ¿Tocará la campanilla, supongo?

Me miró con extrañeza.

—No. Te mandará a Agnes —dijo rápidamente, y cogió su libro otra vez.

Bueno, indudablemente, era de lo más raro: ¿cada vez que la señora necesitaba a su doncella, iba a llamarla la criada? Me pregunté si es que no había campanillas en la casa, pero al día siguiente comprobé que había en todas las habitaciones, y que había una especial que llamaba de la habitación de mi señora a la mía. Así que me pareció rarísimo que cada vez que la señora Brympton quisiera algo me mandase a Agnes, que tenía que recorrer todo el ala de los criados para venir a avisarme.

Pero no era esto lo único extraño en la casa. Al día siguiente mismo descubrí que la señora Brympton no tenía enfermera; entonces le pregunté a Agnes quién era la mujer que había visto en el pasillo la tarde anterior. Agnes dijo que ella no había visto ninguna mujer, y me di cuenta de que pensaba que eran imaginaciones mías. Desde luego, estaba oscuro cuando recorrimos el pasillo, y se había disculpado por no traer una luz; pero yo había visto a la mujer con suficiente claridad para reconocerla si volvía a verla. Concluí que debía ser alguna amiga de la cocinera o de alguna criada; quizá había venido del pueblo de visita, por la noche, y querían que no se supiese. Algunas señoras son muy estrictas en cuanto a albergar a los amigos de los criados en la casa por la noche. Fuera lo que fuese, decidí no preguntar más.

Un día o dos después sucedió otra cosa extraña. Estaba hablando una tarde con la señora Blinder, que era una mujer servicial y llevaba en la casa más tiempo que el resto de la servidumbre, cuando me preguntó se me sentía a gusto y tenía cuanto me hacía falta. Le dije que ninguna falta encontraba en mi trabajo ni en mi señora, aunque me extrañaba que en una casa tan grande no hubiese una habitación de costura para la doncella de la señora.

—¡Cómo! —dijo ella—. Hay una: la habitación donde tú duermes es la antigua habitación de costura.

—¡Ah! —dije—, ¿y dónde dormía la anterior doncella de la señora?

Aquí se quedó confundida, y dijo apresuradamente que habían cambiado todas las habitaciones de los criados el año anterior y que no recordaba bien.

Esto me sonó raro, pero proseguí como si no lo hubiera advertido:

—Bueno, hay una habitación vacía enfrente de la mía y pienso preguntarle a la señora Brympton si puedo utilizarla como cuarto de costura.

Ante mi asombro, la señora Blinder palideció y me dio una especie de apretón en la mano.

—No hagas eso, querida —dijo, como temblando—. Para ser sincera, ésa era la habitación de Emma Saxon; y la señora la ha tenido cerrada desde su muerte.

—¿Y quién era Emma Saxon?

—La anterior doncella de la señora Brympton.

—¿Qué clase de mujer era?

—No había otra mejor en la faz de la tierra —dijo la señora Blinder—. Mi señora la quería como a una hermana.

—Me refiero a cómo era físicamente.

La señora Blinder se levantó y me lanzó una mirada furiosa.

—No tengo muy buenas dotes para describir —me dijo—, y creo que mis pastas están subiendo —y se fue a la cocina y cerró la puerta tras de sí.

CAPÍTULO DOS

Llevaba casi una semana en la casa de los Brympton, y aún no había visto al señor, cuando una tarde corrió la voz de que iba a llegar, y se operó un cambio en toda la servidumbre. Estaba claro que no era querido abajo. La señora Blinder puso un cuidado especial en la cena esa noche, pero regañó a la fregonera de manera totalmente inusual en ella; y el mayordomo, el señor Wace, hombre serio y de habla premiosa, atendió a sus obligaciones como si preparase un funeral. El señor Wace era un gran aficionado a la Biblia, y tenía un buen repertorio de citas a las que solía recurrir, pero ese día empleó un lenguaje espantoso; y ya iba yo a levantarme de la mesa, cuando me aseguró que era todo de Isaías. Más tarde observé que cada vez que venía el señor, el señor Wace recurría invariablemente a los profetas.

Alrededor de las siete, Agnes vino a decirme que fuese a la habitación de la señora; y allí encontré al señor Brympton. Estaba de pie junto a la chimenea. Era un hombre corpulento, de cuello grueso, cara colorada y unos ojos azules furibundos: la clase de hombre que una pánfila podría haber considerado guapo, y después habría pagado caro haberlo juzgado así.

Se dio la vuelta al entrar yo y me miró de arriba abajo en un segundo. Comprendí lo que significaba esa mirada por haberla experimentado una o dos veces en mis anteriores colocaciones. Luego me volvió la espalda y siguió hablando con su esposa; y comprendí lo que eso significaba también: no era el bocado que le apetecía. El tifus me había beneficiado bastante en ese sentido: mantenía a distancia a esa clase de hombres.

—Ésta es Hartley, la nueva doncella —dijo la señora Brympton con su voz dulce; él asintió con la cabeza y siguió con lo que estaba diciendo. Un minuto o dos después se marchó y dejó que mi señora se vistiese para la cena; y observé, mientras la ayudaba, que estaba pálida y fría al tacto.

El señor Brympton se fue a la mañana siguiente, y toda la casa exhaló un gran suspiro al verlo marchar. En cuanto a mi señora, se puso el sombrero y el abrigo de pieles (era una agradable mañana de invierno), salió a dar un paseo por el parque, y regresó completamente fresca y sonrosada; con lo que durante un minuto, antes de que se le apagasen los colores, pude darme cuenta de lo bonita que debía de haber sido; y no hacía mucho, por cierto.

Se había encontrado con el señor Ranford en el parque y regresaron los dos juntos, recuerdo, sonriendo y charlando mientras cruzaba la terraza por debajo de mi ventana. Ésa fue la primera vez que vi al señor Ranford, aunque había oído mencionar su nombre muchas veces en nuestro comedor. Era un vecino que vivía a una milla o dos de la propiedad de los Brympton, a la salida del pueblo, y como tenía costumbre de pasar los inviernos en el campo, era casi la única compañía que mi señora tenía en esa época del año. Era un caballero delgado, alto, de unos treinta años, y su aspecto me pareció algo melancólico; hasta que vi su sonrisa, en la que había una especie de sorpresa, como el primer día cálido de la primavera. Era muy aficionado a la lectura, oí decir, igual que mi señora, y los dos se estaban prestando libros continuamente; a veces (me contó el señor Wace) le leía a la señora Brympton en voz alta durante sus visitas, en la oscura y enorme biblioteca donde ella pasaba las tardes de invierno. Todos los criados le tenían simpatía, y quizá sea esto más que el simple cumplido que podrían suponer los amos. Siempre tenía una palabra amable para cada uno de nosotros, y a todos nos alegraba que la señora Brympton tuviera la compañía de un caballero tan simpático y sociable cuando el señor se ausentaba. El señor Ranford parecía estar en excelentes relaciones con el señor Brympton, también; aunque no me explicaba cómo dos caballeros tan distintos podían ser amigos. Pero luego supe que dos personas de verdadera distinción son capaces de guardar para sí sus sentimientos.

En cuanto al señor Brympton, venía y se iba sin quedarse más de un día o dos, y durante ese tiempo maldecía la monotonía y la soledad, gruñía por todo y (como no tardé en enterarme) bebía más de lo que le convenía. Después de abandonar la mesa la señora Brympton, él seguía hasta la medianoche, tomándose el madeira y el oporto del viejo Brympton; y una de las veces en que salía yo de la habitación de mi señora un poco más tarde de lo usual y me crucé con él, subía la escalera en un estado que me horrorizó al pensar en lo que algunas señoras tienen que soportar y mantener callado.

Los criados hablaban muy poco del señor, pero por las palabras que inadvertidamente se les escapaban pude deducir que el matrimonio había sido desgraciado desde el principio. El señor Brympton era un hombre grosero, violento y amante de los placeres. Mi señora, apacible, modesta y quizá un poquito fría; no es que ella no le hablase siempre con afabilidad: a mí me parecía maravillosamente indulgente. Pero para un caballero licencioso como el señor Brympton, diría que resultaba un poco irritable.

Bien, pues las cosas siguieron tranquilas durante varias semanas. Mi señora era amable, mis obligaciones, ligeras, y me llevaba bien con los demás criados. En resumen, no tenía queja; sin embargo, notaba constantemente un peso sobre mí. No sabía decir cuál era el motivo, pero estaba segura de que no era la soledad. Pronto me acostumbré a esa opresión: y dado que aún me notaba débil por el tifus, agradecía la tranquilidad y el aire del campo. Pese a todo, no acababa de sentirme completamente a gusto por dentro. Mi señora, sabedora de que había estado enferma, me instaba a que diese paseos regulares, y muchas veces se inventaba algún mandado para mí: unos metros de cinta que traer del pueblo, una carta que enviar o un libro que devolver al señor Ranford. Y tan pronto como salía de la casa, se me alegraba el ánimo, y acogía con satisfacción el paseo por el bosque pelado y perfumado de húmeda fragancia. Pero en cuanto veía la casa otra vez, el corazón se me caía como una piedra en un pozo. No era exactamente un edificio lúgubre; sin embargo, jamás entraba en él sin que me invadiese una sensación de tristeza.

La señora Brympton salía raramente en invierno; sólo los días más agradables paseaba una hora, hacia mediodía, por la terraza sur. Aparte del señor Ranford, no teníamos más visitas que la del doctor, que venía del pueblo una vez a la semana. A mí me mandó llamar un par de veces para darme alguna pequeña instrucción sobre mi señora; y aunque no me dijo nunca qué enfermedad la aquejaba, me parecía, por el aspecto céreo que tenía algunos días por la mañana, que padecía del corazón. La época era suave, aunque nociva para la salud, y en enero tuvimos una larga temporada de lluvia. Fue una penosa prueba para mí, lo confieso, ya que no podía salir; y sentada ante mi labor todo el día, oyendo el constante gotear de los aleros, me ponía tan nerviosa que el menor ruido me causaba un sobresalto. No sé por qué, me dio por pensar que aquella habitación cerrada del otro lado del pasillo comenzaba a pesar sobre mí. Una o dos veces, en las largas noches lluviosas, me pareció oír ruidos en ella; pero era una estupidez, por supuesto, y la luz del día disipaba semejantes figuraciones de mi cabeza. Pues bien, una mañana, la señora Brympton me dio lo que se dice una gratísima sorpresa al decirme que deseaba que fuese al pueblo de compras. Hasta entonces no me había dado cuenta de cuánto había decaído mi ánimo.

Emprendí el camino contentísima, y mi primera visión de las calles transitadas y del alegre aspecto de las tiendas me embargó en parte. Por la tarde, sin embargo, el ruido y la confusión empezaron a cansarme, y me hicieron desear la tranquilidad de Brympton, y pensar cómo disfrutaría regresando a través del bosque sombrío. Entonces me tropecé con una antigua conocida, una doncella con la que había estado sirviendo una vez. No nos habíamos visto desde hacía años, y tuve que entretenerme con ella, contándole qué había sido de mí en todo ese tiempo. Cuando le dije dónde vivía ahora abrió los ojos y puso cara larga.

—¡Cómo! ¿Con la Brympton que vive todo el año en esa propiedad junto al Hudson? Querida, no durarás tres meses.

—¡Oh!, pero a mí no me desagrada el campo —dije, un poco ofendida por su tono—. Desde que he tenido el tifus, prefiero la tranquilidad.

Mi amiga meneó la cabeza.

—No me refiero al campo. Yo lo único que sé es que ha tenido cuatro doncellas en los seis últimos meses; y la última, que era amiga mía, me dijo que nadie podía soportar la casa.

—¿Te dijo por qué? —pregunté.

—No, no me dijo el motivo… Pero me dijo: «Ansey, si ves a alguna joven como tú que piense ir allí, dile que no se moleste en deshacer el equipaje».

—¿Es joven y bonita? —pregunté, pensando en el señor Brympton.

—¡Qué va! Es la clase de chica que las madres contratan cuando tienen alegres jovencitos en la universidad.

Bueno, aunque sabía que esta mujer era una charlatana, sus palabras me afectaron bastante, y el alma se me encogió más que nunca al llegar a Brympton, ya anocheciendo. Había algo en la casa, ahora estaba segura…

Cuando entré a tomar el té, oí decir que el señor Brympton había llegado, y me bastó una mirada para darme cuenta de que había ocurrido algo. La mano de la señora Blonder temblaba de tal manera que apenas podía servir té, y el señor Wace citó lo más espantosos textos cargados de azufre. Nadie me dijo una palabra entonces, pero cuando subí a mi habitación, la señora Blinder me siguió.

—¡Ay, querida! —dijo, cogiéndome la mano—. ¡Qué contenta y agradecida estoy de que hayas vuelto con nosotros!

Esto me extrañó, como es de suponer.

—¿Por qué? —dije—. ¿Creíais que iba a marcharme para siempre?

—No, no; claro que no —dijo un poco confundida—. Es que no soporto tener que dejar sola a la señora ni por un solo día —me apretó fuertemente la mano y—: ¡Ay, Hartley! —dijo—. Sé buena con la señora, como cristiana que eres —y dicho esto salió precipitadamente, dejándome boquiabierta.

Un momento después, Agnes me avisó de que fuese a ver a la señora Brympton. Al oír la voz de la señora Brympton en su habitación, di la vuelta por la trasalcoba, pensando que debía sacarle el vestido para la cena, antes de entrar. La trasalcoba es una amplia habitación de vestirse, con una ventana abierta sobre el pórtico que mira hacia el parque. Las habitaciones de la señora Brympton están al lado. Al entrar, la puerta que daba al dormitorio estaba entornada, y oí que el señor Brympton decía irritado:

—¿Debe suponerse que es la única persona apropiada para conversar contigo?

—No tengo muchas visitas en invierno —contestó la señora Brympton serenamente.

—¡Me tienes a mí! —le soltó él, con desprecio.

—Tú no estás aquí casi nunca —dijo ella.

—Bueno, ¿de quién es la culpa? Tú animas la casa casi tanto como el panteón de la familia.

Entonces moví los objetos del tocador para advertir de mi presencia a mi señora, y ella se levantó y me dijo que pasara.

Cenaron los dos solos, como de costumbre, y comprendí, por la actitud del señor Wace durante nuestra cena, que las cosas andaban mal. Citó algo terrible de los profetas, lo que afectó de tal modo a la fregona, que se marchó, pretextando que iba a guardar el fiambre en la nevera. Yo estaba nerviosa, y después de acostar a mi señora me sentí medio tentada de bajar a convencer a la señora Blinder de que se quedase un rato a jugar una partida de cartas. Pero la oí cerrar su puerta al retirarse, así que continué hacia mi habitación. La lluvia había empezado otra vez; y me parecía que el ploc, ploc, ploc del goteo me golpeaba el cerebro. Permanecí despierta, escuchándola, y dándole vueltas a lo que me había dicho mi amiga en el pueblo. Lo que me tenía perpleja era que fuesen siempre las doncellas las que se marchaban.

Un rato después me dormí; pero súbitamente me despertó un fuerte ruido: acababa de sonar mi campanilla. Me incorporé aterrada ante el inusitado tintineo, que parecía prolongar su estridencia en la oscuridad. Me temblaban las manos de tal manera que no conseguía encontrar los fósforos. Por último, encendí una luz y salté de la cama. Empezaba a pensar que debía de haberlo soñado, pero miré la campanilla adosada a la pared y allí estaba el pequeño macillo estremeciéndose aún.

Había empezado a vestirme atropelladamente cuando oí otro ruido. Esta vez fue la puerta de la habitación cerrada de enfrente al abrirse y cerrarse quedamente. Oí el ruido con claridad, y me asusté tanto que me quedé paralizada. Luego oí unos pasos apresurados por el pasillo, en dirección al cuerpo principal de la casa. Dado que el piso estaba alfombrado, el ruido de los pasos era muy apagado; sin embargo, estaba segura de que eran pasos de mujer. Este pensamiento me heló, y durante un minuto no me atreví a moverme ni a respirar siquiera. Luego recobré los sentidos.

«Alice Hartley —me dije a mí misma—, alguien acaba de salir de esa habitación ahora mismo y se aleja corriendo por el pasillo. La idea no es agradable, pero tienes que afrontarla: tu ama te ha llamado, y para responder a la campanilla tienes que recorrer el mismo trayecto que esa otra mujer».

Así que lo recorrí. Jamás he caminado más deprisa en mi vida, aunque pensé que nunca llegaría al otro extremo del pasillo y a la habitación de la señora Brympton. En el trayecto no oí nada ni vi nada: todo estaba oscuro y tranquilo como una tumba. Al llegar a la puerta de mi señora, el silencio era tan profundo que empecé a pensar que lo había soñado todo, y estaba medio decidida a regresar. Entonces el pánico se apoderó de mí, y llamé.

No obtuve respuesta, y llamé otra vez, fuerte. Para mi asombro, abrió la puerta el señor Brympton. Al verme, dio un salto atrás; su rostro, a la luz de mi vela, parecía encendido, salvaje.

—¿Tú? —dijo, con voz extraña—. Pero ¿cuántas sois, en nombre de Dios?

Al oírlo sentí que el suelo cedía abajo mis pies; pero me dije a mí misma que había estado bebiendo, y contesté lo más firmemente que pude:

—¿Puedo pasar, señor? La señora Brympton me ha llamado con la campanilla.

—Por mí podéis pasar todas —dijo, y empujándome a un lado, bajó al salón y se metió en su propio dormitorio. Lo vi alejarse y, para mi sorpresa, noté que caminaba tan derecho como un hombre sobrio.

Encontré a mi señora muy débil e inmóvil, pero forzó una sonrisa cuando me vio y me hizo seña de que le sirviese unas gotas. Después siguió echada, sin hablar. Su respiración se hizo más acelerada y cerró los ojos. De pronto, buscó a tientas con la mano.

—Emma —dijo, desmayadamente.

—Soy Hartley, señora —dije—. ¿Desea algo?

Abrió unos ojos dilatados y me miró con asombro.

—Estaba soñando —dijo—. Ya puedes irte, Hartley; y gracias por tu amabilidad. Me siento completamente bien otra vez, como ves —y se volvió hacia el otro lado.

CAPÍTULO TRES

No volví a conciliar el sueño esa noche, y agradecí la llegada del día.

Poco más tarde, Agnes me avisó de que fuese a ver a la señora Brympton. Temí que se hubiese vuelto a poner mala, ya que raramente me mandaba llamar antes de las nueve. Pero la encontré sentada en la cama, pálida y desencajada, aunque completamente dueña de sí.

—Hartley —dijo con rapidez—, ¿quieres arreglarte y llegarte al pueblo por mí? Necesito que me preparen esta receta… —vaciló un momento, y se ruborizó—; me gustaría que estuvieses de regreso antes de que se levantase el señor Brympton.

—Por supuesto, señora —dije.

—Y… otra cosa —me hizo volver, como si acabara de ocurrírsele una idea—; mientras esperas a que la preparen, te da tiempo a acercarte a casa del señor Ranford y entregarle esta nota.

El pueblo estaba a unas dos millas, y durante el trayecto tuve tiempo de darles vueltas a mis pensamientos. Me pareció extraño que mi señora quisiera esta medicina a espaldas del señor Brympton. Y al relacionar esto con la escena de la noche anterior y con muchas otras cosas que había notado y sospechado, empecé a preguntarme si la pobre no estaría cansada de la vida y habría llegado a la insensata decisión de ponerle fin. La idea se apoderó de mí de tal manera que llegué al pueblo a la carrera, y me dejé caer en una silla ante el mostrador de boticario. El buen hombre, que estaba abriendo los postigos, se quedó mirándome tan severamente que me hizo volver en mí.

—Señor Limmel —dije, tratando de hablar con indiferencia—, ¿querría echar una mirada a esto y decirme si es completamente normal?

Se puso los lentes y examinó la receta.

—Vaya, es del doctor Walton —dijo—. ¿Qué podría tener de anormal?

—Bueno… ¿es peligrosa de tomar?

Habría sacudido a este hombre por su estupidez.

—Quiero decir que… si una persona toma demasiada, por equivocación, naturalmente… —dije, con el corazón en un puño.

—¡Dios bendito, no! Es sólo agua de cal. Podría administrarle un frasco entero a un niño de pecho.

Di un gran suspiro de alivio y corrí a casa del señor Ranford. Pero por el camino me vino otro pensamiento: si no había nada que ocultar sobre mi visita al boticario, ¿sería el otro recado lo que la señora Brympton quería mantener en secreto? De alguna manera, esta idea me asustó más que la otra. Sin embargo, los dos caballeros parecían ser grandes amigos, y habría sido capaz de apostar mi cabeza sobre la virtud de mi señora. Me avergoncé de mis sospechas y concluí que aún estaba alterada por los extraños sucesos de la noche anterior. Dejé la nota en casa del señor Ranford, regresé apresuradamente a Brympton y entré por una puerta de servicio sin ser vista, según creía yo.

Una hora más tarde, sin embargo, cuando llevaba el desayuno a mi señora, me detuvo el señor Brympton en el vestíbulo.

—¿Qué hacías fuera tan temprano? —me preguntó, mirándome con severidad.

—¿Temprano… yo, señor? —dije con un estremecimiento.

—Vamos, vamos —dijo él, al tiempo que le surgía una mancha rojiza de ira en la frente—. ¿Acaso no te he visto volver corriendo por los arbustos hace una hora o más?

Soy sincera por naturaleza, pero en esta ocasión me salió una mentira sin pensar:

—No señor, eso no es verdad —dije, y le devolví la mirada con firmeza.

Él se encogió de hombros y soltó una horrible risotada.

—Supongo que anoche pensaste que estaba borracho —me preguntó de pronto.

—No señor, no lo pensé —contesté, esta vez con sinceridad.

Se alejó con otro encogimiento de hombros:

—¡Bonita idea tienen de mí mis criados! —le oí murmurar mientras se alejaba.

Hasta que no me senté ante mi labor, por la tarde, no me di cuenta de hasta qué punto me habían alterado los acontecimientos de la noche. No podía pasar por delante de aquella puerta cerrada sin un estremecimiento. Sabía que había oído a alguien salir de ella y avanzar por el corredor delante de mí. Pensé hablar con la señora Blinder o con el señor Wace, los únicos de la casa que parecían tener alguna noción de lo que ocurría, pero me daba la impresión de que si les preguntaba lo negarían todo, y que averiguaría más si mantenía la boca cerrada y los ojos abiertos. La idea de pasar otra noche enfrente de aquella habitación cerrada me producía malestar, y una de las veces me dieron ganas de meter mis cosas en el baúl y coger el primer tren para la ciudad; pero no me sentía capaz de dejar plantada de ese modo a una señora tan amable, y traté de reanudar mi labor como si nada hubiese ocurrido. No llevaba ni diez minutos trabajando cuando se estropeó la máquina de coser. Era una que había encontrado en la casa; aunque algo averiada, funcionaba: la señora Blinder dijo que no se había usado desde la muerte de Emma Saxon. Me puse a ver qué le pasaba, y cuando la estaba manipulando se abrió un cajón que yo no había podido abrir nunca, y cayó de él una fotografía. La cogí y me quedé mirándola, perpleja. Era de una mujer; y me di cuenta de que había visto aquella cara en alguna parte: los ojos tenían una mirada interrogante que yo había sentido antes sobre mí. Súbitamente, recordé a la pálida mujer del corredor.

Me levanté impresionada, y salí corriendo de la habitación. Me parecía como si el corazón me latiese en lo alto de la cabeza, y pensé que no iba a escapar nunca de la mirada de esos ojos. Fui directamente a ver a la señora Blinder. Se había echado un rato, y se incorporó vivamente al entrar yo.

—Señora Blinder —dije—, ¿quién es ésta? —le tendí la fotografía.

Se frotó los ojos y la miró.

—¡Vaya, es Emma Saxon! —dijo—. ¿Dónde la has encontrado?

La miré seriamente un minuto.

—Señora Blinder —dije—, yo he visto esa cara antes.

La señora Blinder se levantó y se dirigió al espejo:

—¡Válgame Dios! Me he quedado dormida —dijo—. Tengo el postizo caído sobre una oreja. Y debo salir corriendo, Hartley, querida; he oído dar las cuatro y tengo que bajar ahora mismo a sacar el jamón de Virginia para la cena del señor Brympton.

CAPÍTULO CUATRO

A todos los efectos, las cosas siguieron de costumbre durante una semana o dos. La única diferencia estaba en que el señor Brympton se había quedado, en vez de marcharse como hacía habitualmente, y que el señor Ranford no se dejaba ver. Oí el comentario del señor Brympton a propósito de esto una tarde, sentado en la habitación de mi señora antes de la cena:

—¿Dónde está Ranford? —dijo—. No se acerca a la casa desde hace una semana. ¿Se mantiene alejado porque estoy yo aquí?

La señora Brympton habló tan bajo que no conseguí entender lo que decía.

—Bien —prosiguió él—. Dos es compañía y tres, engaño. Siento cruzarme en el camino de Ranford. Creo que marcharé otra vez, dentro de un día o dos, para darle una oportunidad —y se rio de su propia gracia.

Al día siguiente, casualmente, vino a visitarlos. El lacayo contó que los tres estaban muy contentos tomando el té en la biblioteca, y el señor Brympton acompañó hasta la verja al señor Ranford cuando éste se marchó.

He dicho que las cosas siguieron como de costumbre. Y así era en lo que se refiere al resto de la casa. En cuanto a mí, no había vuelto a ser la misma desde que había sonado la campanilla. Noche tras noche permanecía despierta, atenta a si volvía a sonar y a si se abría furtivamente la puerta de la habitación cerrada. Pero ni sonaba la campanilla, ni se oía ruido alguno en el corredor. Por último, el silencio empezó a hacérseme más espantoso que los más misteriosos ruidos. Sentía que había alguien agazapado, detrás de la puerta cerrada, vigilando y escuchando mientras yo vigilaba y escuchaba. Y casi me daban ganas de gritar: «¡Quienquiera que seas, sal y deja que te mire cara a cara, y no te escondas ahí a espiarme en la oscuridad!».

Puesto que me hallaba en ese estado, quizá les extrañe que no dijera a nadie lo que ocurría. Una vez estuve a punto de hacerlo; pero en el último instante algo me contuvo. No sé si fue por compasión a mi señora, que cada vez confiaba más en mí, o por las pocas ganas que tenía de buscar otra colocación, el caso es que vivía como hechizada, aunque las noches me resultaban espantosas y los días muy poco mejores.

En primer lugar, no me gustaba el espejo de la señora Brympton. Al igual que yo, no volvió a ser la misma desde esa noche. Pensé que reviviría cuando se fuese el señor Brympton; pero aunque parecía más tranquila, su ánimo no se restableció, ni sus fuerzas tampoco. Me había tomado afecto, y parecía gustarle tenerme cerca. Agnes me contó un día que desde la muerte de Emma Saxon, yo era la única doncella a la que la señora había cobrado cariño. Esto despertó en mí un cálido sentimiento hacia la pobre dama, aunque en realidad era poco lo que yo podía hacer para ayudarla.

Después de marcharse el señor Brympton, el señor Ranford comenzó a venir otra vez, aunque con menos frecuencia que antes. Lo encontré una vez o dos en el parque, o en el pueblo, y no pude por menos de pensar que había cambiado también. Pero lo atribuí a mi imaginación trastornada.

Pasaron las semanas, y hacía un mes que el señor Brympton estaba ausente. Oímos decir que había emprendido un viaje a las Antillas con un amigo, y el señor Wace dijo que eso era muy lejos, pero que aunque tuviese alas de paloma y volase a la región remota del mundo, no podría huir del Todopoderoso. Agnes dijo que ya podía el Todopoderoso llamarlo y acogerlo en su seno, y así mantenerlo lejos de Brympton, comentario que nos hizo reír, aunque la señora Blinder trató de mostrarse enfadada y el señor Wace dijo que los osos nos iban a devorar.

Todos nos alegramos de saber que las Antillas era un lugar tan lejano; y recuerdo que, a pesar las miradas solemnes del señor Wace, tuvimos una cena muy distendida ese día en la casa. No sé si era que me sentía más animada, pero me daba la impresión de que la señora Brympton tenía mejor color, también, y parecía más alegre. Había salido a dar un paseo por la mañana y después de comer se retiró a su habitación, a echarse. Yo le leí en voz alta. Cuando me despidió, subí a mi cuarto totalmente contenta y feliz; y por primera vez desde hacía semanas pasé por delante de la puerta cerrada sin reparar en ella. Al sentarme en mi labor, miré hacia la ventana y vi que caían algunos copos de nieve. Esta visión era más agradable que la sempiterna lluvia, e imaginé lo precioso que estaría el parque desnudo con su manto blanco. Me parecía como si la nieve cubriese todas las tristezas, tanto las de fuera como las de dentro de casa.

Apenas me cruzó esta idea por la cabeza, cuando oí pasos detrás de mí. Alcé los ojos, convencida de que era Agnes.

—Hola, Agnes… —dije, y las palabras se me helaron en los labios; porque allí, en la puerta, estaba Emma Saxon.

No sé cuánto rato hacía que estaba allí. Sólo sé que yo no podía moverme ni apartar los ojos de ella. A continuación me sentí terriblemente asustada; pero al mismo tiempo, no era miedo lo que sentía, sino algo más hondo y sosegado. Me miró larga, severamente, y su rostro era una muda súplica dirigida a mí. Pero ¿cómo podía ayudarla? De pronto dio media vuelta y la vi alejarse por el corredor. Esta vez no tuve miedo de seguirla… Comprendí que quería que supiese algo. Me levanté de un salto y salí deprisa. Estaba ya en el otro extremo del corredor y pensé que se dirigía a la habitación de mi señora. Pero en vez de eso, abrió la puerta que conducía a la escalera de atrás. Bajé tras ella y la seguí por el pasillo que conducía a la puerta trasera. La cocina y el comedor estaban desiertos a estas horas, ya que los criados habían salido de servicio, salvo el lacayo, que estaba en la despensa. Se detuvo en la puerta un instante y me dirigió una mirada; luego hizo girar el pomo, y salió. Vacilé un minuto. ¿Adónde me llevaba? La puerta se había cerrado suavemente; la abrí y me asomé, casi esperando que hubiera desaparecido. Pero la vi unos metros más allá, que cruzaba el patio rápidamente, y se alejaba por el sendero que se adentraba en el bosque. Su figura destacaba oscura y solitaria y pensé volver. Pero seguía tras ella. Cogí un viejo mantón de la señora Blinder y salí a toda prisa.

Emma Saxon estaba ahora en el sendero del bosque. Caminaba decidida. La seguí al mismo paso y cruzamos la verja y salimos al camino real. Entonces echó a andar a campo traviesa, hacia el pueblo. El suelo estaba blanco, y cuando subía por la ladera de una colina pelada que se alzaba delante de mí, observé que sus pies no dejaban huellas. Al darme cuenta de ese detalle, el corazón me dio un vuelco y me flojearon las rodillas. En cierto modo, era peor aquí que dentro de la casa: hacía que el campo entero pareciese una tumba, sin nadie más que nosotras dos, y sin ayuda ninguna del ancho mundo.

Una vez intenté dar media vuelta, pero ella se volvió y me miró, y fue como si tirase de mí con una cuerda. A partir de ese instante la seguí como un perro. Llegamos al pueblo y me guio a través de él; pasamos la iglesia y la herrería y nos metimos por la calle donde se encuentra la casa del señor Ranford, cerca ya de la carretera: es un edificio visiblemente antiguo, con un sendero enlosado entre dos bordes de boj que conduce a la puerta. La calle estaba desierta, y al meterme en ella vi que Emma Saxon se detenía bajo un viejo olmo que había junto a la entrada. Ahora me asaltó otro temor. Comprendí que habíamos llegado al final de nuestro camino y que me tocaba actuar. Durante todo el trayecto, desde Brympton, me había estado preguntando qué querría de mí; pero la había seguido en estado de trance, por así decir, y hasta que no la vi detenerse ante la verja del señor Ranford no empezó a aclararse mi cerebro. Me detuve a cierta distancia, en medio de la nieve, con el corazón palpitándome con dolorosa violencia y los pies helados en el suelo; Emma Saxon estaba inmóvil al pie del olmo y me miraba.

Yo sabía muy bien que no me había traído aquí en vano. Me daba cuenta de que iba a hacer o decir algo… Pero ¿cómo podía adivinar el qué? Jamás se me habría ocurrido causar daño a mi señora y al señor Ranford, pero ahora estaba segura de que, por una u otra razón, se cernía sobre ellos algo espantoso. Emma Saxon sabía qué era; me lo diría si podía. Quizá contestase si le preguntaba.

La idea de hablar con ella me produjo vértigo; pero haciendo acopio de todo mi valor, avancé las pocas yardas que nos separaban. En ese instante oí abrirse la puerta de la casa y vi acercarse al señor Ranford. Su aspecto era hermoso y alegre, igual que el de mi señora por la mañana. Y al verlo, la sangre volvió a circularme por las venas.

—Hola Hartley —dijo—. ¿Qué ocurre? Te he visto venir por la calle y salgo a ver si has echado raíces en la nieve —se detuvo, y se quedó mirándome—. ¿Qué miras? —dijo.

Me volví hacia el olmo mientras me hablaba, y sus ojos me siguieron, pero allí no había nadie. La calle estaba vacía en todo lo que alcanzaba la vista.

Me invadió una sensación de desamparo. Emma Saxon se había ido, y yo no era capaz de adivinar qué quería. Su última mirada me había traspasado hasta el tuétano. ¡Y sin embargo, no me había hablado! De repente me sentí más desolada que cuando la tenía delante, vigilándome. Era como si me hubiese dejado para que llevase yo sola el peso del secreto que no podía adivinar. La nieve me envolvió en grandes círculos y el suelo cedió debajo de mí…

Una gota de coñac y el calor de la chimenea del señor Ranford me ayudaron a volver en mí, y supliqué que me llevasen inmediatamente a Brympton. Era casi de noche y tenía miedo de que mi señora me necesitara. Le expliqué al señor Ranford que había salido a dar un paseo y que me había dado un mareo al pasar por delante de su verja. Era bastante cierto; sin embargo, jamás me he sentido más mentirosa.

Cuando vestí a la señora Brympton para la cena se dio cuenta de la palidez de mi cara y me preguntó qué me pasaba. Le contesté que me dolía la cabeza; entonces dijo que no iba a necesitarme más esa noche, y me aconsejó que me acostase.

Era cierto que apenas podía tenerme de pie; sin embargo, no me hacía ninguna gracia pasar la noche sola en mi habitación. Permanecí abajo, en el salón, todo el tiempo que fui capaz de mantener levantada la cabeza; pero a las nueve subí, demasiado cansada para importarme lo que sucediera, con tal de apoyar la cabeza en la almohada. El resto de la servidumbre se fue a acostar poco después. Antes de las diez oí cerrarse la puerta de la señora Blinder y poco después la del señor Wace.

Fue una noche tranquila, con la tierra y el aire acolchados de nieve. Una vez en la cama me sentí mejor y me puse a escuchar los extraños ruidos que se producen en una casa después de oscurecer. Una de las veces me pareció oír abrirse y cerrarse una puerta, abajo: podía ser la cristalera que daba al jardín. Me levanté y me asomé a la ventana; pero no había luna y no se veía nada, salvo los rociones de nieve en los cristales.

Me volví a meter en la cama y debí adormilarme, ya que me sobresalté con el tintineo furioso de la campanilla. Antes de desplazarme del todo había saltado de la cama y estaba buscando mi ropa. «Va a ocurrir ahora», me sorprendí diciéndome a mí misma; pero no tenía ni idea de lo que quería decir. Mis manos parecían pringadas de engrudo, me daba la sensación de que jamás acabaría de vestirme. Finalmente abrí la puerta y me asomé al corredor. Hasta donde alumbraba la llama de mi vela no vi nada fuera de lo normal ante mí. Seguí andando apresuradamente, sin aliento; pero al empujar la puerta batiente que daba al salón principal, el corazón me dio un vuelco: porque allí, en lo alto de la escalera, estaba Emma Saxon mirando aterrada hacia la oscuridad de abajo.

Durante un segundo fui incapaz de moverme. Pero mi mano se soltó de la puerta y, al cerrarse, desapareció la figura. En ese mismo instante sonó otro ruido abajo; un ruido furtivo, misterioso, como el girar de una llave en la puerta de la entrada. Corrí a la habitación de la señora Brympton y llamé.

No obtuve respuesta, y volví a llamar. Esta vez oí a alguien en la habitación; se descorrió el cerrojo y apareció mi señora ante mí. Para mi sorpresa, no se había desvestido. Me dirigió una mirada sobresaltada.

—¿Qué te pasa, Hartley? —susurró—. ¿Te encuentras mal? ¿Qué haces aquí a estas horas?

—No me siento mal, señora. Es que ha sonado mi campanilla.

Al oír esto palideció y pareció a punto de desmayarse.

—Te has equivocado. Yo no te he llamado. Debes de haberlo soñado. —Nunca la había oído hablar en ese tono—. Vete a dormir —dijo, al tiempo que cerraba la puerta.

Pero mientras hablaba, oí otra vez ruido abajo en el vestíbulo, pasos de hombre esta vez. Y comprendí toda la verdad.

—Señora —dije, empujándola para entrar—, alguien acaba de llegar a casa…

—¿Alguien?

—Me parece que el señor Brympton… He oído pasos abajo.

Una expresión de terror afloró en su rostro y, sin proferir una sola palabra, se desplomó a mis pies. Caí de rodillas para incorporarla. Por la forma en que respiraba comprendí que no se trataba de un desmayo corriente. Pero mientras le levantaba la cabeza, oí unos pasos rápidos que cruzaban el vestíbulo y subían la escalera; se abrió la puerta de golpe, y allí estaba el señor Brympton con ropa de viaje, y goteándole la nieve. Retrocedió con sorpresa y alarma al verme arrodillada junto a mi señora.

—¿Qué demonios es esto? —exclamó. Estaba menos colorado de lo normal y se le había ido la mancha roja de la frente.

—La señora Brympton se ha desmayado, señor —dije. Soltó una risotada y me apartó a un lado.

—Es una pena que no haya escogido un momento más oportuno. Siento molestar, pero…

Me levanté horrorizada ante la reacción de este hombre.

—¡Señor! —dije—, ¿está loco? ¿Qué va a hacer?

—Voy a saludar a un amigo —dijo, e hizo ademán de dirigirse a la trasalcoba.

El corazón se me paralizó. No sé en qué pensé ni qué temí, pero me levanté de un salto y lo cogí de la manga.

—¡Señor, señor —dije—; por piedad, mire a su esposa!

Se zafó de mí furiosamente.

—Parece que esto se ha acabado para mí —dijo, y agarró la puerta de la trasalcoba.

En ese instante oí un leve ruido en el interior. Aunque fue muy ligero, él lo oyó también, y abrió de golpe. Pero al hacerlo dio un paso atrás: en el umbral estaba Emma Saxon. Todo estaba oscuro detrás, pero a ella la vi claramente, y él también; y alzó las manos como para ocultar su visión. Cuando volví a mirar, había desaparecido.

Él se había quedado inmóvil, como si sus fuerzas le hubiesen abandonado; y en medio de esta quietud, se incorporó súbitamente mi señora y, abriendo los ojos, clavó una mirada en él. Luego se desplomó, y vi aletear la muerte en su rostro…

La enterramos al tercer día, en medio de una fuerte nevada. Había poca gente en la iglesia, ya que hacía mal tiempo para venir desde el pueblo, y me da la impresión de que mi señora no era de las que tienen muchas amistades. El señor Ranford fue de los últimos en llegar, poco antes de que la trasladaran a la nave. Acudió de negro, naturalmente, dado que era íntimo de la familia. Jamás vi a un caballero tan pálido. Al pasar junto a mí observé que se apoyaba un poco en un bastón que llevaba. Creo que el señor Brympton lo vio también, porque le apareció la mancha roja de la frente, y durante todo el oficio permaneció con la mirada fija en el señor Ranford, en vez de seguir las oraciones, como sería lo propio en una persona afligida.

Cuando terminó la ceremonia y nos dirigimos al cementerio, el señor Ranford se había ido; y tan pronto como el cuerpo de mi infortunada señora estuvo bajo tierra, el señor Brympton subió al coche más cercano a la entrada y se fue sin decirnos una palabra a ninguno de nosotros. Le oí gritar «A la estación»; y los criados regresamos solos a casa.

DESPUÉS

—Sí; hay uno, por supuesto; pero no sabréis que lo es.

La aseveración, lanzada alegremente seis meses antes en un radiante jardín de junio, volvió a Mary Boyne con una nueva dimensión de su significado, en la oscuridad de diciembre, mientras esperaba a que trajesen las lámparas a la biblioteca.

Estas palabras las había pronunciado su amiga Alida Stair, cuando tomaba el té en su jardín de Pangbourne, refiriéndose a la misma casa cuyo «elemento» principal era la biblioteca en cuestión. A su llegada a Inglaterra, Mary Boyne y su marido, buscando un rincón apartado en uno de los condados del sur o el sureste, habían confiado esta misión a Alida Stair, quien lo había resuelto perfectamente; aunque no sin que antes hubiesen rechazado, casi caprichosamente, varias sugerencias prácticas y prudentes que les brindó: «Bueno, está Lyng, en Dorsetshire. Pertenece a los primos de Hugo, y podéis conseguirla por un precio de ganga».

Las razones que dio por las que podían comprarla tan barata —estar lejos de la estación, no tener luz eléctrica ni instalación de agua caliente y demás necesidades vulgares—, eran exactamente las que concurrían a favor para una pareja de románticos americanos que buscaban perversamente aquellas gangas que se asociaban, en su tradición, con la inusitada gracia arquitectónica.

—Jamás creeré que vivo en una casa vieja, a menos que sea completamente incómoda —había insistido en broma Ned Boyne, el más extravagante de los dos—; el más pequeño indicio de comodidad me haría pensar que la había comprado en una exposición, con las piezas numeradas y vueltas a montar.

Y se habían puesto a recitar con humorística precisión la lista de sus diversas dudas y exigencias, negándose a creer que la casa que la prima les recomendaba fuese realmente de estilo Tudor, hasta que se enteraron de que carecía de calefacción central, y de que la iglesia del pueblo estaba literalmente en su terreno, además de recalcarles la lamentable incertidumbre en cuanto al abastecimiento de agua.

—¡Es demasiado incómoda para ser cierto!

Edward Boyne se había ido animando a medida que le sonsacaban la confesión de un nuevo inconveniente, y de repente interrumpió su rapsodia para preguntar, con súbita desconfianza:

—¿Y el fantasma? ¡Nos estás ocultando que no tiene fantasma!

Mary, en ese momento, se había reído con él; aunque, casi mientras reía, dotada como estaba de dotes perceptivas independientes, había captado una nota de sequedad en la respuesta alegre de Alida.

—Bueno, Dorsetshire está lleno de fantasmas.

—Sí, sí; pero eso no me vale. Yo no quiero tener que viajar diez millas para ver el fantasma de otro. Lo que quiero es uno que sea mío particular. ¿Hay alguno en Lyng?

La respuesta había hecho reír a Alida otra vez; y fue entonces cuando había exclamado tentadoramente:

—¡Sí, hay uno, por supuesto; pero no sabréis que lo es!

—¿No lo sabremos? —la atajó Boyne—. Pero ¿qué demonios da razón de ser a un fantasma sino el hecho de aparecerse a alguien?

—No sé; pero ésa es la historia.

—¿Que hay un fantasma, pero nadie sabe que es un fantasma?

—Bueno, en todo caso, hasta después.

—¿Hasta después?

—Hasta mucho, mucho después.

—Pero si ha sido identificado alguna vez como tal visitante extramundano, ¿por qué no se ha transmitido ese signalement en la familia? ¿Cómo se las ha arreglado para conservar su anonimato?

Alida solo pudo negar con la cabeza:

—No me preguntes; pero lo hay.

—Y luego, de repente —dijo Mary como desde las profundidades cavernosas de la adivinación—, de repente, mucho tiempo después, te dices a ti misma, ¿era él?

Se estremeció ante el sonido sepulcral con que la pregunta cayó sobre el humorismo de los otros dos, y vio cruzar fugazmente la sombra de la misma sorpresa en las pupilas de Alida.

—Supongo que sí. El único remedio es esperar.

—¡Bah, al diablo la espera! —interrumpió Ned—. La vida es demasiado corta para tener un fantasma del que sólo se puede disfrutar retrospectivamente. ¿No podríamos conseguir algo mejor, Alida?

Pero al parecer no pudieron, porque a los tres meses de su conversación con la señora Stair habían tomado posesión de Lyng, y la vida por la que habían suspirado, hasta el punto de planearla con todos sus detalles cotidianos, había empezado realmente para ellos.

Estar sentada, en la espesa oscuridad de diciembre, junto a una chimenea como ésta, de ancha campana, bajo unas vigas de roble ennegrecido, y con la sensación de que, más allá de los cristales, las llanuras se entenebrecían en una soledad más profunda: por permitirse el goce último de tales sensaciones era por lo que Mary Boyne, precipitadamente exiliada de Nueva York por los negocios de su marido, había soportado durante casi catorce años la desoladora fealdad del Medio Oeste, y por lo que había luchado Boyne tenazmente en su ingeniería, hasta que de una manera tan repentina que aún le hacía parpadear, la prodigiosa bicoca de la mina Blue Star les había puesto de golpe en situación de disponer de su vida y de los medios para saborearla. Jamás se les había ocurrido ni por un instante, en este nuevo estado, entregarse a la oscuridad; pero se habían hecho el propósito de dedicarse sólo a actividades amables. Ella pensaba en la pintura y la jardinería (sobre un fondo de muros grises); él soñaba con escribir su largamente planeado libro sobre el «fundamento económico de la cultura»; y con tan absorbente obra por delante, ninguna existencia podía ser demasiado aislada: no podrían alejarse lo suficiente del mundo, ni sumergirse lo suficiente en el pasado.

Dorsetshire les había atraído desde el principio por su aire de lejanía, independientemente de su situación geográfica. Para los Boyne, una de las maravillas de toda la increíblemente apretujada isla —nido de condados, como ellos la llamaban—, era que una pequeña cantidad de una cualidad dada tuviera tanto efecto: que tan pocas millas produjesen una distancia, y tan poca distancia una diferencia.

—Es —había explicado una vez Ned con entusiasmo— lo que da esa profundidad a sus efectos, ese relieve a sus contrastes. Han sido capaces de poner una buena capa de mantequilla en cada bocado delicioso.

A decir verdad, habían puesto buena cantidad de maquillaje en Lyng: la vieja casa, oculta bajo el lomo de las colinas, reunía casi todos los signos hermosos del comercio con un pretérito dilatado. El mero hecho de que no fuese grande ni extraordinaria hacía, para los Boyne, más perfecto su encanto especial: el de haber sido durante siglos un profundo y oscuro depósito de vida. Probablemente no había sido una vida de las más animadas: durante largos períodos, indudablemente, se había ido hundiendo silenciosamente en el pasado mientras la apacible llovizna del otoño caía, hora tras hora, en el estanque de peces entre los tejos; pero estos remansos de existencia alimentaban a veces, en sus perezosas profundidades, extrañas sacudidas de emoción; y Mary Boyne había sentido desde el principio la misteriosa agitación de unos recuerdos más intensos.

Nunca había sido más grande esta impresión que una tarde en que, esperando en la biblioteca a que trajesen las lámparas, se levantó de la butaca y se quedó de pie entre las sombras del hogar. Su marido había salido después de comer a dar uno de sus largos paseos por las colinas. Había observado que últimamente prefería ir solo; y con la probada seguridad de sus relaciones personales, se había visto obligada a concluir que le tenía preocupado su libro, y que necesitaba las tardes para meditar en soledad los problemas surgidos durante el trabajo de la mañana. Ciertamente, el libro no marchaba tan bien como había creído, y entre sus ojos aparecieron unas arrugas de perplejidad que nunca habían existido en sus tiempos de ingeniero. En aquel entonces traía a casa muchas veces un aspecto fatigado que rayaba en la enfermedad; pero el demonio innato de la preocupación jamás había marcado su entrecejo. Sin embargo, las pocas páginas que habían llegado a leerle —la introducción y un resumen del capítulo primero— mostraban un firme dominio del tema, y una creciente confianza en sus fuerzas.

El hecho le sumió en una perplejidad aún mayor, porque, ahora que había dejado los negocios y sus enojosas contingencias, la otra posible fuente de ansiedad quedaba eliminada. A menos que fuese su salud, entonces. Pero físicamente había mejorado desde que se habían venido a Dorsetshire: estaba más fuerte, con mejor color y tenía aspecto más sano. Sólo desde hacía una semana había notado en él ese cambio indefinible que la llenaba de inquietud cuando estaba ausente y la enmudecía en su presencia, como si fuese ella quien ocultara un secreto.

El pensamiento de que había un secreto entre los dos le sobrevino como un golpe inesperado; y miró a su alrededor, por toda la habitación.

—¿Será la casa? —pensó.

La misma habitación podía estar llena de secretos. Parecían acumularse, mientras caía la tarde, como las capas y capas de sombras aterciopeladas que colgaban del bajo techo, las filas de libros, los relieves ahumados de la chimenea.

—¡Pues claro, la casa está encantada! —reflexionó.

El fantasma —el fantasma inaprensible de Alida—, tras figurar abundantemente en las bromas de los primeros meses en Lyng, se había ido quedando arrinconado poco a poco por su influencia como estimulante imaginativo: Mary, convertida en moradora de una casa encantada, había hecho las habituales preguntas a la gente campesina de la vecindad; pero aparte de un vago «eso dicen, señora», los lugareños no pudieron añadir más. Al parecer, el escurridizo espectro nunca había tenido identidad suficiente para que cristalizase una leyenda a su alrededor; y al cabo de un tiempo los Boyne tomaron el asunto a beneficio de inventario, conviniendo en que Lyng era una de las pocas casas lo bastante buenas en sí mismas para necesitar de aditamentos sobrenaturales.

—Y supongo que por eso el pobre demonio inocuo bate inútilmente sus alas en el vacío —había concluido Mary alegremente.

—O tal vez —había contestado Ned en el mismo tono humorístico—; en un ambiente tan fantasmal como éste no logra afirmar su existencia separada como el fantasma.

Y a partir de entonces el invisible compañero de residencia había quedado definitivamente al margen de sus conversaciones, que eran suficientemente abundantes para hacerles olvidar dicha pérdida.

Ahora, de pie junto al hogar, el tema de su anterior curiosidad revivió en ella con un sentido nuevo de su significado, un sentido adquirido poco a poco a través del contacto con el escenario del misterio oculto. Era la casa misma, por supuesto, que poseía el don de la evocación fantasmal, y conversaba visual aunque secretamente con su propio pasado. Si consiguiese entrar en íntima comunión con la casa, podría sorprender la visión del fantasma. Quizá su marido lo había visto ya en sus largas horas pasadas en esta misma habitación, donde jamás se demoraba ella después del atardecer, y sobrellevaba en silencio el peso de lo que le hubiese revelado. Mary conocía demasiado bien el código del mundo espectral para ignorar que uno puede ver fantasmas y no hablar con ellos: hacerlo suponía una falta de tacto casi tan grande como mencionar a una dama en un club. Pero esta explicación no le satisfacía verdaderamente.

«Al fin y al cabo —pensó—, ¿qué interés puede tener para él un viejo fantasma, aparte de proporcionarle algún divertido escalofrío?». Y volvió una vez más al dilema fundamental: al hecho de que la mayor o menor susceptibilidad a los influjos espectrales no tenía que ver con el caso, ya que, cuando uno veía al fantasma de Lyng, no lo sabía.

«Al menos hasta mucho después», había dicho Alida Stair. Bueno, ¿y si Ned lo había visto al principio de llegar, y se había enterado hacía apenas una semana de lo que le había pasado? Sumida cada vez más en el hechizo de la hora, se retrotrajo a los primeros días de mudarse; al principio, sólo para recordar una viva confusión de deshacer equipajes, instalarse, ordenar libros, y llamarse el uno al otro desde los remotos rincones de la casa cada vez que descubrían alguno de sus tesoros. Precisamente en relación con esto recordaba ahora cierta tarde suave del octubre anterior en que, al pasar del entusiasmo de las primeras exploraciones a la inspección detallada del viejo edificio, había presionado (como una heroína de novela) un entrepaño, y se había abierto al acceso a una escalera de caracol que conducía a una plataforma hacia la que, visto desde abajo, el tejado subía desde todos los lados con demasiada pendiente para poder escalar hasta ella, a menos que uno tuviese los pies avezados.

La vista desde esta meseta era espléndida; y había corrido a arrancar a Ned de sus papeles para hacerlo participar de su descubrimiento. Aún recordaba cómo, al ponerse a su lado, la había rodeado con su brazo mientras sus miradas se extendían hasta la línea ondulada del horizonte de lomas, y luego retrocedían tranquilamente para recorrer el arabesco de setos de tejo alrededor del estanque de los peces, y la sombra del cedro en el prado.

—Y ahora, en la otra dirección —había dicho él, volviéndola con el brazo que la rodeaba; y fuertemente apretada con él, había absorbido, como un largo trago reparador, el cuadro del patio de muros grises, los leones sentados en la entrada, y el paso de tilos que llegaba hasta la carretera, al pie de las lomas.

Fue precisamente entonces, mientras contemplaban cogidos el uno del otro, cuando notó que se aflojaban los brazos de su marido, y oyó un agudo «¡caramba!», que hizo que se volviera hacia él.

Sí; ahora recordaba claramente que había visto, al mirar fugazmente, que una sombra de ansiedad, de perplejidad más bien, ensombrecía su rostro; y, siguiendo la dirección de sus ojos, había visto la figura de un hombre —un hombre vestido con ropas sueltas y grises, según le pareció— andando por el paseo de tilos hacia el patio, con el paso vacilante del extraño que trata de encontrar el camino. Los ojos miopes de Mary habían captado una imagen confusa, indistinta y gris, de aspecto extranjero, o al menos no local, en la silueta de la figura o en su ropa. Pero su marido había visto más, al parecer: había visto lo bastante para apartarla con un enérgico «¡espera!», y echar a correr escaleras abajo sin detenerse a ayudarla.

Su ligera propensión al vértigo la obligó, tras agarrarse momentáneamente a la chimenea contra la que se había estado apoyando, a seguir con precaución; y cuando llegó al rellano, se detuvo otra vez por un motivo menos definido, se inclinó sobre la barandilla, y se asomó a las silenciosas y oscuras profundidades rayadas de sol. Se demoró allí hasta que, en algún lugar de abajo, oyó cerrarse una puerta; entonces, movida por un impulso maquinal, bajó los breves tramos de escalera hasta que llegó al vestíbulo de la planta baja.

La puerta de la entrada estaba abierta al sol del patio, y tanto el vestíbulo como el patio estaban desiertos. La puerta de la biblioteca estaba abierta también; y tras escuchar en vano, por si oía voces en el interior, cruzó el umbral, y encontró a su marido solo, hojeando vagamente los papeles de su escritorio.

Levantó la vista como sorprendido de verla entrar, pero la sombra de ansiedad había desaparecido de su rostro, dejándolo sereno, según le pareció a ella, y algo más animado y alegre de lo habitual.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién era? —preguntó ella.

—¿Quién? —repitió él, sorprendido todavía.

—Ese hombre que hemos visto venir hacia la casa.

Boyne pareció reflexionar.

—¿El hombre? Bueno, me pareció que era Peters; he echado a correr tras él para hablarle de los desagües del establo, pero había desaparecido antes de llegar yo.

—¿Había desaparecido? Pero si parecía caminar muy despacio cuando lo hemos visto.

Boyne se encogió de hombros.

—Eso me ha parecido a mí; pero debe de haber espesado la niebla en ese momento.

¿Qué te parece si subimos al Meldon Steep antes de la puesta del sol?

Eso fue todo. En aquel momento, el incidente no había tenido la menor trascendencia; había sido olvidado ante la magia del panorama que se desplegaba ante ellos desde el Meldon Steep, una cima que siempre habían soñado con escalar desde la primera vez que contemplaron su pico desnudo alzándose por encima del tejado de Lyng. Sin duda fue la coincidencia de que el otro incidente ocurriera el mismo día de la subida al Meldon, lo que hizo que éste quedara arrumbado en un rincón de la memoria, de donde ahora emergía; porque en sí mismo no tenía ningún detalle presagioso. En aquel momento, nada podía haber sido tan natural como que Ned bajara corriendo del tejado en persecución de un operario premioso. En esos días andaban siempre detrás de algún técnico del lugar, siempre esperando a que viniese, y acosándolo con preguntas, reproches o advertencias. Y desde luego, de lejos, la figura gris parecía Peters.

Ahora, en cambio, al evocar el incidente, se daba cuenta de que la explicación de su marido la desmentía la expresión de ansiedad de su rostro. ¿Por qué el aspecto familiar de Peters le había despertado tanta inquietud? ¿Por qué, sobre todo, si corría tanta prisa hablar con él de los desagües del establo, el hecho de no encontrarle le había producido tanto alivio? Mary no podía decir que ninguna de estas preguntas se le hubiera ocurrido entonces; sin embargo, por la facilidad con que ahora surgían ante su evocación, le parecía que habían estado allí, aguardando su momento.

CAPÍTULO CINCO

Cansada de sus propios pensamientos, se acercó a la ventana. La biblioteca estaba ahora totalmente a oscuras, y se sorprendió al ver la luz que había aún en el mundo exterior.

Al mirar hacia el patio, vio recortarse una figura a lo lejos, en la perspectiva de tilos desnudos: parecía un borrón de un gris más oscuro en la grisalla del paisaje; y al verlo venir hacia ella, el corazón le latió con fuerza ante el pensamiento: «¡Es el fantasma!».

Tuvo tiempo, en ese instante largo, de comprender de pronto que el hombre que había visto a lo lejos, dos meses antes, desde el tejado, estaba ahora, en su hora predestinada, a punto de revelar que no era Peters; y el alma se le encogió de terror ante esta inminente revelación. Pero casi al segundo siguiente marcado por el reloj, la figura, aumentando en consistencia y definición, se mostró a sus ojos debilitados como la de su marido; y salió a su encuentro al oírlo entrar, y le confesó su quimérica tontería.

—Es realmente absurdo —rio ella—; ¡pero nunca consigo acordarme!

—¿Acordarte de qué? —preguntó Boyne, al tiempo que ella llegaba a su lado.

—De que cuando ves al fantasma de Lyng, no lo sabes.

Había posado una mano sobre su manga, y él la retuvo allí, pero sin que asomara una respuesta a su gesto ni a las arrugas de su rostro preocupado.

—¿Creías que lo habías visto? —preguntó al cabo de bastante rato.

—¡Bueno, en realidad te he tomado por él!, en mi insensata decisión de desacreditarlo.

—¿A mí… ahora? —su brazo cayó y se apartó de ella con una débil risita—. Verdaderamente, cariño, deberías dejar eso; es lo mejor que puedes hacer.

—¡Ah, sí; lo dejaré! ¿Y tú? —preguntó, volviéndose hacia él de repente.

La criada había entrado con la correspondencia y una lámpara, y la luz iluminó de lleno el rostro de Boyne al inclinarse sobre la bandeja que le presentaban.

—¿Y tú? —insistió Mary perversamente, cuando la criada hubo desaparecido, cumplida la orden de traer la lámpara.

—¿Y yo qué? —replicó él ensimismado, mientras la luz ponía de relieve la profunda huella de preocupación entre sus cejas, mientras examinaba las cartas.

—Que si has renunciado a intentar ver al fantasma —el corazón se le aceleró un poco ante la prueba que estaba haciendo.

Su marido, dejando las cartas a un lado, fue a situarse a la sombra del lugar.

—Nunca lo he intentado —dijo, rompiendo la faja de un periódico.

—Bueno, naturalmente —persistió Mary—. Lo exasperante es que no sirve intentarlo, ya que uno no puede estar seguro hasta mucho tiempo después.

Comenzó a desdoblar el periódico como si no la hubiese oído; pero tras una pausa, durante la cual las hojas susurraron espasmódicamente entre sus manos, alzó los ojos para preguntar:

—¿Tienes alguna idea de cuánto después?

Mary se había hundido en una butaca baja junto a la chimenea. Alzó la mirada desde su asiento y se estremeció al ver el perfil de su marido recortado contra el círculo de luz de la lámpara.

—No, ninguna. ¿Y tú? —replicó ella, repitiendo su anterior frase cargada de intención.

Boyne arrugó el periódico en una pelota y luego, inconsecuentemente, se volvió con él hacia la lámpara.

—¡Dios mío, no! Sólo me refería —exclamó, con un atisbo de impaciencia— si hay alguna leyenda, alguna tradición sobre eso.

—Que yo sepa, no —contestó ella; pero cuando iba a añadir: «¿qué te hace preguntarlo?», entró la criada con el té y una segunda lámpara, y se contuvo.

Con la disipación de las sombras y la repetición de la rutina doméstica, Mary Boyne se sintió menos oprimida por esa sensación de algo inminente y solapado que había ensombrecido la tarde. Durante unos momentos se entregó a los pormenores de su labor; y cuando alzó la vista se sorprendió hasta el desconcierto ante el cambio operado en el semblante de su marido. Se había sentado cerca de la lámpara más alejada y estaba absorto leyendo las cartas. Pero ¿había encontrado algo en ellas, o era meramente un cambio de su propio punto de vista lo que había devuelto a sus facciones su aspecto normal? Cuanto más lo miraba, más veía afirmarse el cambio mismo. Se le habían disipado las arrugas de la tensión; y las huellas de cansancio que perduraban eran de naturaleza fácilmente atribuible a un esfuerzo intelectual continuado.

—Me muero de ganas de tomar el té; y aquí hay una carta para ti —dijo.

Cogió la carta que él le tendía a cambio de la taza que ella le ofrecía y, regresando a su asiento, rompió el sello con el gesto lánguido del lector cuyos intereses se circunscriben a la presencia de la persona querida.

Su siguiente movimiento consciente fue levantarse de golpe, con lo que se le cayó la carta al suelo, y mostrarle a su marido un recorte de periódico.

—¡Ned! ¿Qué es esto? ¿Qué significa?

Él se había levantado también, así como si hubiese oído el grito antes de que ella lo profiriese. Y durante un espacio de tiempo perceptible se estudiaron mutuamente como dos adversarios que esperan una ventaja, a través del trecho que se abría entre la butaca de ella y la mesa de él.

—¿Qué es? ¡Me has hecho dar un salto! —dijo Boyne por fin, acercándose con una risa súbita y semiforzada. La sombra del recelo había asomado a su rostro otra vez; ahora no era una mirada de firme presentimiento, sino una cambiante vigilancia de labios y ojos que le hizo comprender que su marido se sentía invisiblemente asediado.

Le temblaba tanto la mano que le costó darle el recorte.

—Es un artículo de Waukesha Sentinel en el que se dice que un hombre llamado Elwell ha presentado una demanda judicial contra ti… y que algo va mal en la mina Blue Star. Sólo he entendido la mitad.

Seguían mirándose mientras ella hablaba y, para su asombro, vio que sus palabras habían producido el efecto casi inmediato de disipar la tensa expectación de sus ojos.

—¡Ah, es eso! —Echó una mirada a la tira impresa y luego la plegó con el gesto del que maneja algo inofensivo y familiar—. ¿Qué te ocurre esta tarde, Mary? Creí que habías tenido malas noticias.

Mary estaba de pie delante de él; su indefinible terror se fue apaciguando lentamente ante la confianza de su tono.

—Tú sabías esto, entonces… ¿Va todo bien?

—Desde luego que lo sabía; y todo está bien.

—Pero ¿qué pasa? No lo entiendo. ¿De qué te acusa ese hombre?

—De casi todos los crímenes del código —Boyne había arrojado el recorte y se había dejado caer en una butaca junto al fuego—. ¿Quieres saber la historia? No es especialmente interesante… Se trata de una querella sobre los intereses de la Blue Star.

—Pero ¿quién es ese Elwell? No me suena el nombre.

—Es un individuo al que metí en el negocio, al que cedí la dirección. Te hablé de él en su día.

—Seguramente. Debo de haberlo olvidado —trató de rebuscar en vano entre sus recuerdos—. Pero si lo ayudaste, ¿por qué te lo paga de ese modo?

—Probablemente lo ha cogido por banda algún abogado picapleitos, y lo ha convencido. Es todo un poco técnico y complicado. Pensé que era la clase de cosas que te aburren.

Su esposa sintió una punzada de remordimiento. En teoría, lamentaba la indiferencia de la mujer americana respecto a los intereses profesionales del marido; pero en la práctica, siempre encontraba difícil fijar su atención en lo que Boyne le contaba sobre las operaciones en las que le metían sus diversos intereses. Además, había notado, durante los años que llevaba gozando del éxito, que en una comunidad en la que las dulzuras de la vida se conseguían a costa de esfuerzos tan arduos como los agobios profesionales de su marido, un descanso tan breve como este que habían llegado a alcanzar, debían aprovecharlo para evadirse de las preocupaciones inmediatas y disfrutar de la vida que siempre habían soñado vivir. Una o dos veces, ahora que esta nueva vida había trazado efectivamente su círculo mágico en torno a ellos, se había preguntado si había hecho bien; pero hasta entonces, tales conjeturas no habían sido otra cosa que excursiones retrospectivas de una imaginación activa. Ahora, por primera vez, le sobresaltó descubrir lo poco que sabía acerca de los cimientos materiales sobre los que se asentaba su felicidad.

Miró a su marido, y nuevamente se tranquilizó ante la expresión serena de su rostro; sin embargo, sentía la necesidad de una base más concreta para su confianza.

—Pero ¿no te preocupa ese pleito? ¿Por qué no me has hablado nunca de él?

Contestó a las dos preguntas a un tiempo.

—No te hablé de él al principio porque me preocupaba… Me atormentaba, más bien. Pero eso es ya agua pasada. La persona que te escribe ha debido de echar mano de un número atrasado del Sentinel.

Mary sintió un vivo estremecimiento de alivio:

—¿Quiere decir que está todo arreglado? ¿Ha perdido el caso?

Hubo una demora perceptible en la respuesta de Boyne:

—La demanda ha sido retirada… eso es todo.

Pero ella insistió, como para descargarse de la culpa interior de ser tan fácilmente apartada:

—¿La ha retirado porque ha visto que no tenía ninguna posibilidad?

—¡Ah!, no tenía ninguna —contestó Boyne.

Aún siguió ella luchando con una sensación de oscura perplejidad en el fondo de su cerebro.

—¿Cuánto tiempo hace que la ha retirado?

Él guardó silencio, como si volviese levemente a su anterior incertidumbre:

—Acabo de recibir la noticia ahora mismo, pero la estaba esperando.

—¿Ahora mismo… en una de tus cartas?

—Sí. En una de mis cartas.

Mary no contestó, y sólo se enteró, tras un breve intervalo de espera, de que se había levantado y cruzado la habitación, al notar que se acomodaba en el sofá, a su lado. Sintió cómo la rodeaba con el brazo, cómo las manos de él buscaban las suyas y se las apretaban; y volviéndose lentamente, atraída por el calor de su mejilla, se encontró con sus ojos sonrientes.

—¿Va todo bien… todo bien? —preguntó, en medio de un mar de dudas cada vez más brumosas.

—¡Te doy mi palabra de que nunca ha ido todo tan bien! —le contestó él con una risa, y la atrajo hacia sí.

CAPÍTULO SEIS

Una de las cosas más extrañas que habría de recordar después, de todas las que ocurrieron al día siguiente, fue la súbita y completa recuperación de su propia sensación de seguridad.

La notó en el aire, al despertar en su habitación oscura, la acompañó cuando bajó a desayunar, la iluminó desde el fuego y se multiplicó desde los flancos de la olla y las vigorosas estrías de la tetera georgiana. Era como si, indirectamente, todos sus vagos temores del día anterior, con su instante de suprema concentración en el artículo de periódico, como si este oscuro interrogante del futuro y sobresaltado retorno al pasado, hubieran liquidado las deudas de alguna obsesionante obligación moral. Si efectivamente había sido indiferente a los negocios de su marido era, como su nuevo estado parecía probar, porque su fe en él justificaba instintivamente tal diferencia; y el derecho de Boyne a la confianza de su esposa quedaba afirmado ahora ante el mismo rostro de la amenaza y la sospecha. Jamás había visto a su marido ser más despreocupado, natural e inconscientemente él mismo, que después del interrogatorio a que lo había sometido: era casi como si hubiera estado enterado de sus dudas y hubiese deseado despejar la atmósfera tal como ella había hecho.

Estaba tan limpia ahora, gracias al cielo, como la radiante luz exterior que la sorprendió con una pincelada casi veraniega, al salir de la casa para dar su paseo diario por el parque. Había dejado a Boyne ante su mesa, tras dirigir —al pasar por delante de la biblioteca— una última mirada a su rostro tranquilo, inclinado sobre sus papeles, con la pipa en la boca. Y ahora emprendía sus tareas de la mañana. Las tareas incluían en estos días encantadores de invierno deambular por los diferentes rincones de sus dominios, casi tan feliz como si la primavera hubiese empezado ya a hacerse sentir. Tenía tal cantidad de posibilidades ante sí, tantas oportunidades de sacar a la luz los encantos latentes del viejo lugar, sin infligirle una sola alteración irreverente, que el invierno resultaba demasiado corto para planear lo que la primavera y el otoño ejecutarían. Y su recuperada sensación de seguridad confería, en esta mañana particular, un incentivo especial a sus progresos en el paisaje dulce y apacible. Primero visitó el huerto, donde los perales de espaldera trazaban formas complicadas en los muros y las palomas revoloteaban y ordenaban sus plumas sobre la techumbre plateada del palomar. Ocurría algo con la calefacción del invernadero, y esperaba a una autoridad de Dorchester, que debía venir en un tren y marcharse en el siguiente, para que emitiese su diagnóstico sobre la caldera. Pero cuando se sumergió en el húmedo calor de los invernaderos, entre olores aromáticos y los rosas y rojos de cera de anticuadas plantas exóticas —¡incluso la flora de Lyng conservaba su fragancia!—, se enteró de que el gran hombre no había llegado; y dado que el día era demasiado extraordinario para pasarlo en una atmósfera artificial, salió otra vez y se dirigió por el esponjoso césped del campo de bolos, a la parte del parque que quedaba detrás de la casa. En el último extremo se elevaba una terraza de hierba que asomaba, por encima del estanque de los peces y de los setos de tejo, a la larga fachada de la casa con sus retorcidas chimeneas y los ángulos azules del tejado relucientes con la humedad pálida y dorada del aire.

Vista así, por encima del trazado horizontal del parque, sintió que le transmitía, desde las ventanas abiertas y las acogedoras chimeneas humeantes, un mensaje de cálida presencia humana, de espíritu lentamente madurado en un soleado muro de experiencia. Nunca había sentido esa impresión de intimidad con la casa, esa convicción de que sus secretos eran todo benévolos, guardados «por el bien de uno», como se decía a los niños; esa confianza en su capacidad de acoger su vida y la de Ned en el armonioso esquema de la larga, larga historia que la casa iba tejiendo al sol.

Oyó pasos detrás, y se volvió, esperando ver al jardinero acompañado del técnico de Dorchester. Pero sólo vio una figura: la de un hombre de aspecto joven y delgado, y que por alguna razón que de momento no podía precisar, no encajaba ni remotamente con la idea que ella se hacía de una autoridad en invernaderos. El recién llegado, al verla, se quitó el sombrero y se detuvo con el ademán del caballero —quizá del viajero— que desea dar a entender que su intromisión es involuntaria. De vez en cuando, Lyng atraía al viajero cultivado, y Mary medio esperó ver al desconocido disimular una cámara o justificar su presencia sacándola. Pero no hizo gesto alguno en ese sentido, y un momento después preguntó ella, en tono acorde con la cortés vacilación de su actitud:

—¿Desea ver a alguien?

—He venido a ver al señor Boyne —contestó. Su entonación, más que su acento, era ligeramente americana, y Mary, al notarlo, lo miró con más atención. El ala de su sombrero de fieltro proyectaba una sombra sobre su rostro que, oscurecido de ese modo, adoptaba para su mirada miope un aspecto serio, como una persona que llegaba en misión de negocios, cortés aunque claramente consciente de sus derechos.

La experiencia del pasado la había vuelto igualmente sensible a tales peticiones; pero era celosa con las horas matinales de su marido, indecisa en cuanto a conceder a nadie el derecho a molestarlo durante ese tiempo.

—¿Tiene cita con mi marido? —preguntó. El visitante vaciló, como si no estuviese preparado para esta pregunta.

—Creo que me espera —replicó.

Ahora le tocó vacilar a Mary:

—Estas horas suele dedicarlas a trabajar; no recibe nunca por la mañana.

El desconocido la miró un instante sin contestar; luego, como aceptando su decisión, se dispuso a irse. Al darse la vuelta, Mary lo vio dirigir una mirada a la fachada pacífica de la casa. Había algo en él que sugería cansancio y desencanto, el desaliento del viajero que ha venido de muy lejos y cuyo tiempo está limitado por el horario. Se le ocurrió entonces que si era ese el caso, su negativa podía hacer infructuosa su misión, y un súbito remordimiento le impulsó a correr tras él.

—¿Puedo preguntarle si ha venido de lejos?

El desconocido le dirigió la misma mirada grave.

—Sí… he venido de lejos.

—Entonces, si va a la casa, seguro que mi marido le recibe. Lo encontrará en la biblioteca.

No sabía por qué había añadido la última frase, a no ser por un vago deseo de reparar su anterior falta de hospitalidad. El visitante pareció a punto de darle las gracias; pero la atención de ella se distrajo al ver acercarse al jardinero con un acompañante con toda la pinta de ser el experto de Dorchester.

—Por ahí —dijo, indicándole la casa al desconocido; y un instante después se había olvidado de él, atenta como estaba al caldero.

La revisión dio tan amplio resultado que el técnico acabó por considerar más conveniente olvidarse de su tren, y Mary estuvo distraída el resto de la mañana en absorta confabulación entre tiestos de flores. Cuando el coloquio terminó, se sorprendió al descubrir que era casi la hora de comer; y medio esperó, mientras regresaba a la casa apresuradamente, ver salir a su marido a su encuentro. Pero no encontró a nadie en el patio, salvo al ayudante del jardinero que rastrillaba la grava. El vestíbulo, al entrar, estaba tan silencioso que pensó que Boyne aún seguía trabajando.

Como no quería molestarlo, se dirigió al salón; y allí, en su escritorio, se enfrascó en nuevos cálculos de los gastos que le iba a suponer la consulta de la mañana. El poder permitirse tales caprichos no había perdido su novedad; y de alguna manera, en contraste con los temores indefinidos de los días anteriores, ahora parecía formar parte de su recuperada seguridad, de esa sensación de que, como Ned había dicho, las cosas en general nunca habían ido «mejor».

Aún estaba disfrutando con el juego fastuoso de las cifras, cuando la criada, desde la puerta, la interrumpió con una pregunta sobre la conveniencia de servir la comida. Una de sus bromas consistía en comentar que Trimmle anunciaba la comida como si divulgase un secreto de estado; y Mary, absorta en sus papeles, murmuró unas abstraídas palabras de aquiescencia.

Notó que Trimmle vacilaba en el umbral, como si reprochase tan desconsiderado asentimiento; luego, al retirarse, sonaron sus pasos en el corredor, y Mary, apartando los papeles, cruzó el vestíbulo y fue a la puerta de la biblioteca. Aún seguía cerrada, y vaciló a su vez: no le gustaba molestar a su marido, ni que se excediese en su habitual jornada de trabajo. Mientras estaba allí sopesando sus impulsos, volvió Trimmle con el anuncio de la comida. Y Mary, así apremiada, abrió la puerta.

Boyne no estaba ante su mesa. Miró a su alrededor, esperando descubrirlo junto a las estanterías, en algún lugar de la habitación. Pero su llamada no obtuvo respuesta, y poco a poco se le hizo evidente que no estaba allí.

Se volvió a la criada.

—El señor Boyne debe de estar arriba. Por favor, dile que la comida está servida.

Trimmle pareció vacilar entre el claro deber de la obediencia y la igualmente clara convicción del sinsentido de la orden que se le daba. El debate acabó al manifestar:

—Con su permiso, señora, el señor Boyne no está arriba.

—¿No está en su habitación? ¿Estás segura?

—Sí, señora.

Mary consultó su reloj:

—¿Dónde está, entonces?

—Ha salido —anunció Trimmle con el aire superior de quien ha aguardado respetuosamente a la pregunta que un espíritu ordenado habría formulado en primer lugar.

La suposición de Mary Había sido correcta, entonces: Boyne debió de salir al parque en su busca, y al no encontrarla, evidentemente, había escogido el camino más corto por la puerta sur, en vez de dar la vuelta al patio. Así que cruzó el vestíbulo y se dirigió a la cristalera que daba directamente al jardín de tejos. Pero la criada, tras otro momento de conflicto interior, decidió manifestar:

—Con su permiso, señora, el señor Boyne no ha salido por ahí.

Mary se volvió:

—¿Adónde ha ido? ¿Y cuándo?

—Ha salido por la puerta principal, al paseo de coches.

Para Trimmle era cuestión de principios no contestar más de una pregunta cada vez.

—¿Al paseo de coches? ¿A estas horas?

Mary se dirigió a la puerta y miró, más allá del patio, hacia el túnel de tilos desnudos. Pero su perspectiva estaba tan vacía como cuando la había visto al entrar.

—¿No ha dejado el señor ningún recado?

Trimmle pareció renunciar a una última batalla con las fuerzas del caos.

—No, señora. Salió con el caballero.

—¿El caballero? ¿Qué caballero? —Mary dio media vuelta como para afrontar este nuevo factor.

—El caballero que ha venido, señora —dijo Trimmle resignadamente.

—¿Cuándo ha venido un caballero? ¡Explícate, Trimmle!

Sólo el hecho de que Mary estaba hambrienta y que necesitaba consultar a su marido sobre los invernaderos, podían moverla a imponer tan inusitada orden a su sirvienta; y aun ahora se sentía lo bastante despegada para notar en los ojos de Trimmle el creciente desafío de la respetuosa subordinada que ha sido presionada en exceso.

—No puedo decirle la hora exacta, señora, porque yo no dejé pasar al caballero —replicó, con aire de ignorar discretamente la irregularidad del rumbo de la señora.

—¿No lo has pasado tú?

—No señora. Cuando sonó la campanilla yo estaba ocupada, y Agnes…

—Ve a preguntarle a Agnes, entonces —dijo Mary. Trimmle siguió con su expresión de paciente magnanimidad:

—Agnes no lo sabe, señora, porque desgraciadamente se ha quemado la mano cuando arreglaba la luz de la nueva lámpara que han traído del pueblo —Trimmle, como Mary sabía, se había opuesto siempre a utilizar la nueva lámpara—. Así que la señora Dockett tuvo que mandar abrir a la fregona.

Mary miró otra vez el reloj.

—¡Son las dos pasadas! Ve y pregúntale a la fregona si el señor Boyne ha dejado algún recado.

Entró a comer sin esperar y, poco después, Trimmle le trajo la información de la fregona de que el caballero había llegado sobre las once y que el señor Boyne había salido con él sin dejar ningún recado. La fregona no sabía siquiera el nombre del visitante, ya que lo había escrito en una tira de papel, que después dobló y la tendió, con el ruego de que la entregase inmediatamente al señor Boyne.

Mary tomó su almuerzo, extrañada todavía, y cuando hubo terminado, y Trimmle le hubo servido el café en el salón, su extrañeza se convirtió en una débil sombra de inquietud. No era propio de Boyne ausentarse sin dar explicaciones a una hora tan inoportuna, y la dificultad de identificar al visitante a cuyo requerimiento había obedecido al parecer, hacía su desaparición más inexplicable. La experiencia de Mary Boyne como esposa de un atareado ingeniero, sujeto a llamadas repentinas y obligado a tener un horario irregular, le había ejercitado para una filosófica aceptación de las sorpresas. Pero desde que Boyne se había retirado de los negocios, había adoptado una regularidad benedictina de vida. Como para compensar los años de agobio y agitación, con sus comidas «de pie» y sus cenas en los traqueteantes coches-comedor, cultivaba los últimos refinamientos de la puntualidad y la monotonía, desalentando la afición de su esposa a lo inesperado y declarando que para un paladar delicado había infinitas gradaciones de placer en la repetición de los hábitos.

Sin embargo, como ninguna vida puede defenderse de lo imprevisible, era evidente que, tarde o temprano, las precauciones de Boyne iban a acabar revelándose ineficaces; y Mary concluyó que había querido abreviar una molesta visita dando un paseo con su visitante hasta la estación, o al menos acompañándolo un trecho.

Esta conclusión la liberó de la preocupación, y salió a celebrar su conferencia con el jardinero. De aquí se dirigió a la oficina de correos del pueblo, que distaba una milla más o menos, y cuando emprendió el regreso empezaba ya a declinar la tarde.

Había cogido un sendero que cruzaba las colinas; y como Boyne, entretanto, habría regresado de la estación por la carretera, era muy poco probable que se encontraran. Estaba segura, no obstante, de que había llegado a casa antes que ella. Tan segura se sentía, que al entrar, sin pararse a preguntarle a Trimmle, fue directamente a la biblioteca. Pero la biblioteca seguía vacía; y con una insólita precisión de memoria visual observó que los papeles de la mesa de su marido estaban exactamente como los había visto al entrar a llamarlo para comer.

Luego, de pronto, le sobrevino un vago temor a lo desconocido. Había cerrado la puerta al entrar, y al encontrarse sola en la larga habitación silenciosa su temor pareció adquirir forma y sonido, estar allí respirando y acechando entre las sombras. Esforzó sus ojos miopes, medio distinguiendo una presencia real, algo apartada, que vigilaba y sabía.

Y para rechazar esta presencia intangible, corrió al cordón de la campanilla y dio un enérgico tirón.

La violenta llamada hizo acudir a Trimmle precipitadamente con una lámpara; y Mary respiró otra vez ante esta tranquilizadora reaparición de lo habitual.

—Puede traer el té, si el señor Boyne está en casa —dijo, para justificar su llamada.

—Muy bien, señora, pero el señor Boyne no está —dijo Trimmle, dejando la lámpara.

—¿No está? ¿Quieres decir que ha regresado y ha salido otra vez?

—No señora; no ha regresado.

El miedo se agitó en ella otra vez, y se dio cuenta de que ahora la había atenazado.

—¿No ha vuelto desde que salió con… el caballero?

—No ha vuelto desde que salió con el caballero.

—Pero, ¿quién era ese caballero? —insistió Mary, con el agudo acento del que intenta que le oigan en medio de una confusión de ruidos.

—Eso no se lo puedo decir, señora.

Trimmle, de pie junto a la lámpara, pareció de pronto menos rozagante y sonrosada, como si la hubiese eclipsado la misma solapada sombra de aprensión.

—Pero la fregona sí lo sabe… ¿No ha sido ella quien le ha abierto?

—Pero no lo sabe, señora, porque escribió su nombre en un papel y luego lo dobló.

Mary, en medio de su agitación, se dio cuenta de que las dos designaban al desconocido con un pronombre vago, en vez de la fórmula convencional que hasta entonces había mantenido sus ilusiones dentro de los límites de la conformidad. Y en ese mismo instante su cerebro se fijó en la alusión al papel doblado.

—¡Pero debe tener un nombre! ¿Dónde está el papel?

Se dirigió a la mesa del escritorio y empezó a examinar los documentos que la cubrían. Lo primero que captaron sus ojos fue una carta inacabada con la letra de su marido y la pluma puesta encima como dejada allí por una súbita interrupción.

«Querido Parvis (¿quién era Parvis?): Acabo de recibir tu carta anunciándome la muerte Elwell, y aunque supongo que ahora ya no hay peligro de que surjan nuevos problemas, sería más seguro…».

Apartó la carta y siguió buscando. Pero no apareció ningún papel doblado entre las cartas y las páginas manuscritas ordenadas en un montón, como por un gesto apresurado o nervioso.

—Pero la fregona lo ha visto. Dile que venga —ordenó, asombrándose de su torpeza al no haber pensado antes en una solución tan sencilla.

Trimmle desapareció al instante, como agradecida de salir de la habitación; y cuando reapareció, trayendo a la aturrullada fregona, Mary había recobrado su dominio de sí y tenía preparadas las preguntas.

El caballero era extranjero, sí; eso había notado ella. Pero ¿qué había dicho? Y sobre todo, ¿cómo era? La primera pregunta fue contestada con bastante facilidad por la sencilla razón de que había dicho muy poco: había preguntado tan sólo por el señor Boyne. Y tras garabatear algo en un trozo de papel, había pedido que se lo entregase inmediatamente.

—Entonces, ¿no sabes qué escribió? ¿No estás segura de si fue un nombre?

La fregona no estaba segura, pero creía que sí, ya que lo había escrito cuando ella le preguntó a quién debía anunciar.

—Y cuando le llevaste el papel al señor Boyne, ¿qué dijo él?

La fregona creía que el señor Boyne no había dicho nada; aunque estaba segura, porque en cuanto le pasó el papel y lo abrió, se dio cuenta de que el visitante había entrado tras ella en la habitación. Así que salió y dejó a los dos caballeros reunidos.

—Pero entonces, si los dejaste en la biblioteca, ¿cómo sabes que salieron de la casa?

Esta pregunta sumió a la testigo en un mutismo momentáneo, del que fue rescatada por Trimmle, quien por medio de ingeniosos circunloquios le sacó la declaración de que antes de haber tenido ella tiempo de cruzar el vestíbulo en dirección al corredor, había oído a los dos caballeros detrás de ella y los había visto salir juntos por la puerta principal.

—Entonces, si viste al extranjero dos veces, podrás decirme cómo era.

Pero esta última prueba puso de manifiesto que la capacidad de expresión de la fregona había llegado al límite.

La obligación de ir a la puerta principal a abrirla a un visitante era en sí misma tan subversiva del orden natural de las cosas, que había sumido sus facultades en un caos desesperado, y sólo fue capaz de tartamudear, tras agitados esfuerzos:

—Su sombrero, señora, era diferente. Podría decirse…

—¿Diferente? ¿Cómo diferente? —a Mary le vino de pronto al cerebro una imagen grabada esa mañana y sepultada luego bajo las capas de las impresiones siguientes—: ¿Que era de ala ancha, quieres decir; tenía la cara pálida… una cara joven? —la apremió Mary, con los labios blancos por la intensidad de la pregunta. Pero si la ayudante de la cocinera encontró una respuesta adecuada a esta prueba, quedó borrada por la impetuosa corriente de las convicciones de su interlocutora. ¡El desconocido…, el desconocido del jardín! ¿Por qué no había caído Mary en él antes? Ahora no necesitó que nadie le dijese que era él quien había venido a buscar a su marido y se lo había llevado. Pero ¿quién era, y por qué Boyne le había obedecido?

CAPÍTULO SIETE

Se le ocurrió de repente, como una mueca surgió de la oscuridad, que a menudo habían llamado a Inglaterra «un maldito lugar para perderse».

¡Un maldito lugar para perderse! La frase era de su marido. Y ahora, con toda la maquinaria de la investigación oficial barriendo con sus linternas el país de costa a costa y los estrechos que la separaban; ahora, con el nombre Boyne difundido en las paredes de cada pueblo y ciudad, y su retrato (¡cómo le angustiaba eso!) multiplicado por todas partes como la imagen de un criminal perseguido; ahora la pequeña y densamente poblada isla, tan ordenada, vigilada y administrada, se revelaba como una esfinge guardiana de misterios insondables, devolviendo la mirada de los angustiados ojos de la esposa como con un gozo perverso de saber algo que ellos ignoraban.

En las dos semanas transcurridas desde la desaparición de Boyne, no se había sabido una palabra de él, ni se había descubierto el menor rastro de sus movimientos. Incluso las habituales informaciones erróneas a que da lugar la expectación de los pechos torturados habían sido escasas y efímeras. Nadie más que la fregona había visto a Boyne salir de casa, y nadie más había visto al «caballero» que lo acompañaba. Ninguna de las averiguaciones en la vecindad había logrado dar con alguien que recordase haber visto a un extranjero ese día en las proximidades de Lyng. Y nadie había visto tampoco a Edward Boyne solo o acompañado, en ninguno de los pueblos cercanos ni en la carretera que cruzaba las colinas, ni en las estaciones de ferrocarril de esas localidades. El británico y soleado mediodía se lo había engullido tan completamente como si se hubiese sumergido en la noche cimeria.

Mientras todos los medios oficiales de investigación trabajaban con la mayor diligencia, Mary había examinado los papeles de su marido en busca de alguna pista: anteriores complicaciones, problemas u obligaciones desconocidos por ella, que pudiesen arrojar luz sobre esa oscuridad. Pero si había existido algo en la anterior vida de Boyne, había desaparecido tan completamente como la tira de papel en la que el visitante había escrito su nombre: no quedaba ningún otro hilo, a excepción —si efectivamente era una excepción— de la carta que al parecer había estado escribiendo cuando recibió la misteriosa visita. Esa carta, leída y releída por su esposa, y entregada por ella a la policía, aportaba lo imprescindible para alimentar conjeturas.

«Acabo de recibir tu carta anunciándome la muerte de Eldewll; y aunque supongo que ahora ya no hay peligro de que surjan nuevos problemas, sería más seguro…».

Eso es todo. El «peligro de que surjan problemas» se explicaba fácilmente por el recorte de periódico que había informado a Mary de la demanda presentada contra su marido por uno de los socios de la empresa Blue Star. El único dato nuevo que proporcionaba la carta era que Boyne, en el momento en que le estaba escribiendo, tenía aún recelos sobre el resultado del litigio, aunque había dicho a su esposa que habían retirado la demanda, y a pesar de que la carta misma probaba que el demandante había muerto. Transcurrieron varios días entre unos cablegramas y otros, hasta establecer la identidad del Parvis al que iba dirigida la carta inacabada; pero aun después de averiguar que se trataba de un abogado de Waukesha, no se sacó en claro ningún nuevo dato sobre la demanda de Elwell. Al parecer, este abogado no tenía relación directa con el caso, sino que se había interesado sólo en calidad de amigo, y posiblemente intermediario; y se confesó incapaz de adivinar con qué objeto pretendía Boyne pedirle ayuda.

Esta información negativa, fruto único de la indagación de los primeros quince días, no se incrementó un ápice durante las lentas semanas que siguieron. Mary sabía que las investigaciones continuaban, pero tenía la vaga sensación de que languidecían gradualmente, a medida que la marcha real del tiempo parecía aminorar. Era como si los días, huyendo horrorizados de la amortajada imagen del día inescrutable, ganaran seguridad a medida que aumentaba la distancia, hasta alcanzar finalmente su paso normal. Y lo mismo ocurrió con las imaginaciones humanas centradas en el enigmático suceso. Evidentemente, aún las ocupaba; pero, semana tras semana, y hora tras hora, se iba volviendo menos absorbente, recibía menos tiempo e iba siendo lenta pero inexorablemente desplazado del primer plano de la conciencia por nuevos problemas que perpetuamente burbujean en el humeante caldero de la experiencia humana.

Incluso la conciencia de Mary Boyne sentía el aumento gradual de esa lentitud. Aún basculaba con las incesantes oscilaciones de las conjeturas; pero se habían vuelto más leves, más rítmicas en sus latidos. Aún había momentos de cansancio en que, como la víctima de un veneno que deja lúcido el cerebro pero inmoviliza el cuerpo, se sentía ya acostumbrada al horror, y aceptaba su constante presencia como una de las condiciones estables de la vida.

Estos momentos se prolongaban horas y días, hasta que entró en una fase de imperturbable aquiescencia. Observaba la rutina diaria con los ojos indiferentes de un salvaje al que los procesos sin sentido de la civilización dejan escasísima huella.

Había llegado a considerarse a sí misma parte de esa rutina, el rayo de una rueda que gira con el movimiento de ésta. Se sentía casi como el mueble de la habitación en el que estaba sentada, un objeto insensato al que había que limpiar el polvo y correr junto con las sillas y las mesas. Y esta honda apatía la ataba fuertemente a Lyng, a pesar de los ruegos de los amigos, y de las habituales recomendaciones médicas de un «cambio». Sus amigos pensaban que su negativa a mudarse se debía a la creencia de que su marido regresaría un día al lugar del que había desaparecido, lo que dio lugar a una hermosa leyenda sobre este imaginario estado de espera. Pero en realidad no creía tal cosa: las profundidades de la angustia que la enclaustraban no se iluminaban ya con los destellos de la esperanza. Estaba segura de que Boyne no volvería, que había desaparecido de su vida como si la propia Muerte hubiese aguardado ese día en el umbral. Había renunciado incluso, una tras otra, a las diversas teorías sobre su desaparición que la prensa, la policía y su propia imaginación angustiada habían sugerido. Por puro agotamiento, su espíritu había desechado estas alternativas de horror y se había sumido de nuevo en el hecho simple de que se había ido.

No, nunca sabría qué había sido de él… Nadie lo sabía. Pero la casa sí lo sabía. Porque era aquí donde se había desarrollado la última escena, aquí donde había venido el desconocido y había pronunciado la palabra que había hecho que Boyne se levantara y lo siguiera. El suelo que ella pisaba había sentido sus pisadas; los libros de las estanterías habían visto su rostro; y había momentos en que la intensa conciencia de las viejas paredes polvorientas parecía a punto de prorrumpir en alguna audible revelación de su secreto. Pero esta revelación no llegaba, y sabía que nunca llegaría. Lyng no era una de esas viejas casas locuaces que traicionaban los secretos que se les confían. Su misma leyenda demostraba que había sido siempre cómplice muda, guardiana incorruptible de los misterios que había sorprendido. Y Mary Boyne, sentada frente a frente con el silencio, sentía la inutilidad de tratar de romperlo por medio humano ninguno.

CAPÍTULO OCHO

—No digo que fuese correcto ni que no. Eran negocios.

Ante estas palabras, Mary irguió la cabeza con sobresalto y miró atentamente a su interlocutor.

Cuando, media hora antes, le pasaron la tarjeta de un tal «señor Parvis», se dio cuenta en el acto de que había tenido ese nombre en la conciencia desde que lo leyera en el encabezamiento de la carta inacabada de Boyne. En la biblioteca había encontrado esperándola a un hombre menudo, cetrino, de cabeza calva y lentes de oro, que le transmitió una vibración por la que supo que era la persona a la que su marido había dirigido el último pensamiento conocido.

Parvis, cortésmente, pero sin preámbulos inútiles —a la manera del hombre que tiene el reloj en la mano—, había expuesto el objeto de su visita. Había «pasado» por Inglaterra por cuestiones de negocios, y dado que se encontraba cerca de Dorchester, no había querido marcharse sin presentar sus respetos a la señora Boyne; y preguntarle, si tenía ocasión, qué pensaba hacer por la familia de Bob Elwell.

Estas palabras tocaron el resorte de algún oscuro temor en el pecho de Mary. ¿Sabía el visitante, en definitiva, lo que Boyne quiso decir en su frase incompleta? Le pidió una aclaración de la pregunta, y observó inmediatamente que lo sorprendía por su ignorancia del asunto. ¿Era posible que supiese tan poco como decía?

—No sé nada… debe contármelo —balbuceó; así que el visitante pasó a contarle la historia. Arrojó, aun para sus confusas percepciones y su visión imperfecta, una luz lívida sobre todo el brumoso episodio de la mina Blue Star: su marido había hecho su fortuna en esa brillante especulación a costa de «ganarle la delantera» a alguien menos atento a aprovechar la oportunidad; y la víctima de su ingenio había sido el joven Robert Elwell, al que había «engañado» con el proyecto de la Blue Star.

Parvis, a la primera exclamación de Mary, le había lanzado una mirada grave a través de sus lentes imparciales.

—Bob Elwell no fue lo bastante listo, eso es todo; de haberlo sido, podía haberse resuelto y haber utilizado a Boyne del mismo modo. Esas cosas pasan a diario en los negocios. Creo que es lo que los científicos llaman la supervivencia del más apto… ¿comprende? —dijo el señor Parvis, evidentemente complacido con la oportunidad de su analogía.

Mary sintió un encogimiento físico ante la siguiente pregunta que trató de formular: era como si las palabras tuviesen en sus labios un gusto que le producía náuseas.

—Pero entonces, ¿acusa usted a mi marido de haber hecho algo deshonroso?

El señor Parvis meditó la pregunta desapasionadamente.

—¡Ah, no; yo no he dicho eso! Ni siquiera he dicho que no fuese correcto —miró de arriba abajo las filas de libros, como si alguno de ellos pudiese proporcionarle la definición que buscaba—. No digo que no fuera correcto, aunque tampoco que lo fuera. Era una cuestión de negocios —en realidad, ninguna definición podía ser más esquemática que ésta.

Mary se quedó mirándolo con expresión de terror. Le parecía el emisario indiferente de algún poder maligno.

—Pero parece que los abogados del señor Elwell no lo consideraron como usted, ya que supongo que la demanda fue retirada por consejo de ellos.

—¡Ah, sí!; ellos sabían que técnicamente no tenía ninguna posibilidad. Cuando le aconsejaron que retirase la demanda, él se sintió desesperado. Verá, había pedido prestada la mayor parte del dinero que perdió en la Blue Star, y se encontraba entre la espada y la pared. Fue por eso por lo que se pegó un tiro, cuando le dijeron que no tenía ninguna posibilidad.

El horror invadió a Mary a grandes oleadas ensordecedoras.

—¿Se pegó un tiro? ¿Se mató por eso?

—Bueno, no se mató exactamente. Siguió viviendo de mala manera un par de meses, hasta que murió.

Parvis refirió el hecho con la misma falta de emoción que el gramófono arañando un disco.

—¿Quiere decir que intentó suicidarse y no pudo? ¿Y que lo intentó otra vez?

—No, no tuvo necesidad de intentarlo otra vez —dijo Parvis, espantosamente.

Se quedaron en silencio, sentados el uno frente al otro, él balanceando sus lentes pensativamente en torno a su dedo; y ella, inmóvil, con los brazos extendidos hasta las rodillas, en una actitud de rígida tensión.

—Pero si sabía usted todo esto —empezó Mary finalmente, incapaz de levantar la voz por encima del susurro—, ¿cómo es que cuando le escribí en las fechas de la desaparición de mi marido dijo que no entendía la carta que él estaba escribiendo?

Parvis encajó la pregunta sin el menor embarazo.

—Bueno, no la entendía… estrictamente hablando. Y aunque la hubiese entendido, no era el momento de hablar de eso. El asunto de Elwell quedó resuelto cuando se retiró la demanda. Nada de lo que hubiese podido decir habría ayudado a encontrar a su marido.

Mary seguía escrutándolo.

—Entonces, ¿por qué me lo dice ahora?

Tampoco vaciló Parvis.

—Bueno, para empezar, suponía que usted sabía más de lo que aparentaba… Me refiero a las circunstancias de la muerte de Elwell. Por otro lado, la gente empieza a hablar ahora; ha vuelto a salir el asunto a la luz. Y he considerado que si no estaba usted al tanto, debía estarlo.

Mary siguió callada, y él prosiguió:

—Mire, recientemente se ha averiguado lo mal que se encontraban los negocios de Elwell. Su esposa es una mujer con orgullo, y ha luchado todo lo que ha podido, saliendo a trabajar y cosiendo en casa, hasta que ha caído enferma… del corazón creo. Pero tenía a su cargo a la madre de él, además de los hijos. Y se desmoronó; al final se vio obligada a pedir ayuda. Eso ha llamado la atención sobre el caso; los periódicos lo han aireado, y han iniciado una suscripción. Todo el mundo quería a Bob Elwell; la mayoría de los nombres más prominentes del lugar se encuentran en esa lista, y la gente empieza a preguntarse por qué…

Parvis se interrumpió para hurgarse en el bolsillo interior:

—Aquí —prosiguió—; aquí tengo una información de todo el asunto, aparecida en el Sentinel… Un poco sensacionalista, por supuesto; pero creo que es mejor que le eche usted una ojeada.

Le tendió el periódico, y Mary lo desplegó despacio, recordando, al hacerlo, la noche en que, en esta misma habitación, la lectura de un recorte del Sentinel había sacudido por primera vez los cimientos de su seguridad.

Al abrir el periódico sus ojos, rehuyendo los deslumbrantes titulares: «La viuda de la víctima de Boyne obligada a suplicar ayuda», descendieron por la columna hasta los retratos insertos en el texto. El primero era el de su marido, sacado de una fotografía hecha el año en que se habían venido a

Inglaterra. Era la foto de Edward que a ella más le gustaba, la que tenía en el escritorio de su propia habitación. Al encontrarse los ojos de la fotografía con los suyos, sintió que le iba a ser imposible leer lo que se decía de él, y cerró los párpados con la fuerza del dolor.

—Pensé que si estuviera usted dispuesta a suscribir… —oyó que seguía diciendo Parvis.

Abrió los ojos con esfuerzo, y cayeron sobre el otro retrato. Era el de un joven delgado, con el semblante semioculto por la sombra que proyectaba el ala del sombrero. ¿Dónde había visto ella esta cara anteriormente? Siguió mirándolo, confundida, con el pulso latiéndole en los oídos. Entonces dio un grito.

—¡Es el hombre… el hombre que se llevó a mi marido!

Oyó a Parvis ponerse de pie, y tuvo conciencia confusamente, de que su propio cuerpo se había derrumbado hacia una esquina del sofá, y que él se inclinaba sobre ella alarmado. Mary se sobrepuso y recogió el periódico que había dejado caer.

—¡Es el hombre! ¡Lo habría reconocido en cualquier parte! —insistió con una voz que sonó en sus propios oídos como un grito.

La respuesta de Parvis le pareció llegar de muy lejos, desde infinitas volutas de espesa niebla.

—Señora Boyne, no se encuentra bien. ¿Llamo a alguien? ¿Le traigo un vaso de agua?

—¡No, no, no! —se abalanzó sobre él, empuñando frenéticamente el periódico—. ¡Le digo que es el hombre! ¡Le conozco! ¡Habló conmigo en el jardín!

Parvis le cogió el periódico y enfocó sus lentes hacia el retrato.

—No puede ser, señora Boyne. Es Robert Elwell.

—¿Robert Elwell? —su mirada vacía pareció desplazarse en el espacio —. Entonces fue Robert Elwell el que vino a por él.

—¿Qué se llevó a Boyne? ¿El día que Boyne se fue de aquí? —la voz de Parvis se apagó, al tiempo que se elevó la de ella. Se inclinó y posó una mano fraternal sobre la de Mary, como para apaciguarla—. ¡Pero si Elwell había muerto! ¿No se acuerda?

Mary siguió con los ojos fijos en el retrato, sin enterarse de lo que le decían.

—¿No recuerda la carta que Boyne dejó inacabada… la que encontró usted en su escritorio ese día? La estuvo escribiendo justo después de enterarse de la muerte de Elwell —ella notó una extraña inflexión en la voz neutra de Parvis—. ¡Sin duda lo recuerda! —le apremió.

Sí, lo recordaba; eso era lo más espantoso de todo. Elwell había muerto el día antes de la desaparición de su marido; y éste era el retrato de Elwell; el del hombre que había hablado con ella en el jardín. Alzó la cabeza y miró lentamente la biblioteca. La biblioteca podía haber atestiguado que era también el retrato del hombre que había entrado aquel día a arrancar a Boyne de su carta inacabada. A través de las brumosas agitaciones de su cerebro, oyó el débil bordoneo de frases semiolvidadas… de frases pronunciadas por Alida Stair en el prado de Pangbourne, antes de que Boyne y ella hubiesen visto la casa de Lyng ni pensasen que un día vivirían en ella.

—Éste fue el hombre que habló conmigo —repitió.

Miró otra vez a Parvis. Él trataba de ocultar su turbación bajo lo que probablemente imaginaba que era una expresión de indulgente conmiseración; pero las comisuras de sus labios estaban azules. «Me cree loca, pero no lo estoy», reflexionó; y de súbito se le ocurrió un modo de justificar su extraña afirmación.

Guardó silencio, dominando el temblor de sus labios, en espera de poder confiar en su voz; luego dijo, mirando directamente a Parvis:

—¿Podría contestarme a una pregunta, por favor? ¿Cuándo intentó Robert Elwell quitarse la vida?

—¿Cuándo… cuándo? —tartamudeó Parvis.

—Sí, la fecha; por favor, trate de recordar —veía que cada vez la miraba con más recelo—. Lo pregunto por un motivo —insistió.

—Sí, sí. Sólo que no recuerdo. Unos dos meses antes, creo.

—Necesito saber la fecha —replicó ella.

Parvis cogió el periódico.

—Podríamos verla aquí —dijo, siguiéndole la corriente. Recorrió la página con la mirada—. Aquí está. A finales de octubre… el…

Mary le quitó las palabras de la boca.

—El veinte, ¿no?

Tras dirigirle una mirada penetrante, confirmó:

—Sí, el veinte. ¿Así que lo sabía usted?

—Lo sé ahora —los ojos de Mary seguían fijos por encima de él—. El domingo, veinte… fue el día que vino por primera vez.

La voz de Parvis se hizo casi inaudible.

—¿Que vino aquí por primera vez?

—Sí.

—¿Lo vio usted dos veces, entonces?

—Sí, dos veces —dijo con un suspiro—. La primera fue el veinte de octubre. Recuerdo la fecha porque fue el día que subimos al Meldon Steep por primera vez —sintió un débil acceso de risa en su interior, al pensar que de no ser por eso lo habría olvidado.

Parvis seguía mirándola, como tratando de interceptar su mirada.

—Lo vimos desde el tejado —prosiguió—. Bajaba por el paseo de los tilos en dirección a la casa. Iba vestido tal como está el retrato. Mi marido lo vio primero. Se asustó y echó a correr hacia abajo, delante de mí; pero no vio a nadie. Se había desvanecido.

—¿Elwell se había desvanecido? —balbuceó Parvis.

—Sí —los susurros de ambos parecieron buscarse a tientas mutuamente—. No podía imaginar qué había sucedido. Ahora lo veo. Trató de venir entonces; pero no había muerto del todo… No pudo llegar hasta nosotros. Tuvo que esperar dos meses para morir; entonces vino otra vez… y se llevó a Ned.

Hizo un gesto de asentimiento a Parvis, con la expresión de triunfo del niño que ha logrado completar un difícil rompecabezas. Pero de repente, alzó las manos con gesto desesperado, apretándose las sienes.

—¡Dios mío! ¡Fui yo quien se lo envió; le dije dónde estaba! ¡Se lo envié a esta habitación! —gritó.

Sintió que las paredes de libros se precipitaban sobre ella, como el derrumbamiento de unas ruinas y oyó a Parvis, muy distante, a través de las ruinas, que le gritaba y luchaba por llegar hasta ella. Pero Mary era insensible a su tacto; no sabía qué le decía. A través del tumulto solo oyó una nota distinta; la voz de Alida Stair, que decía en el prado de Pangbourne.

—No lo sabrás hasta después. Hasta mucho, mucho después.

KERFOL

—Deberías comprarla —dijo mi anfitrión—; es precisamente el lugar ideal para un solitario impenitente como tú. Vale la pena poseer la casa más romántica de Bretaña. Sus dueños actuales están sin un céntimo y la dan por una ridiculez… Deberías comprarla.

No fue ni mucho menos con idea de vivir conforme al carácter que mi amigo Lanrivain me atribuía (de hecho, bajo mi apariencia insociable, siempre he tenido secretos anhelos de vida doméstica), por lo que hice caso de su sugerencia una tarde de otoño, y fui a Kerfol. Mi amigo iba en automóvil a Quimper por cuestiones de negocios: me dejó, de camino, en un cruce que había en un páramo; y me dijo:

—Tuerce primero a la derecha y luego a la izquierda. Después, sigue recto hasta que veas una avenida de árboles. Si te encuentras con algún campesino, no le preguntes. No entienden el francés, pero fingirán que sí y te confundirán. Pasaré por aquí a recogerte a la caída de la tarde… No te olvides de echar una ojeada a las tumbas de la capilla.

Seguí las indicaciones de Lanrivain con la incertidumbre que produce no recordar si te han dicho primero a la derecha y luego a la izquierda, o al revés. De haberme cruzado con un campesino, desde luego que habría preguntado; y probablemente me habría extraviado; pero tenía el desierto paisaje para mí solo, así que seguí, indeciso, por el camino de la derecha, y me adentré en el páramo hasta que llegué a una doble fila de árboles. Se parecía tan poco a las avenidas que había visto, que instantáneamente comprendí que debía de ser la avenida. Los troncos grises se elevaban a gran altura para luego entrelazar sus ramas pálidas en un largo túnel a través del cual se filtraba débilmente la luz del otoño. Sé el nombre de la mayoría de los árboles, pero hasta hoy no he podido determinar qué clase de árboles eran. Tenían la alta curva de los olmos, la delgadez de los álamos, el color ceniciento de los olivos bajo un cielo lluvioso, y se extendían ante mí una media milla o más, sin una sola interrupción en el túnel que formaban. Si he visto alguna vez una avenida que inequívocamente llevaba a algún lugar, esa era la de Kerfol. El corazón me palpitó un poco cuando me adentré por ella.

Poco después terminaron los árboles y llegué a una puerta fortificada abierta en un muro. Entre el muro y yo había un espacio abierto, cubierto de hierba, con otros paseos grises que arrancaban de allí. Detrás del muro se veían altos tejados de pizarra musgosa, la espadaña de una capilla, el remate de una torre. Un foso invadido de matorrales y espinos rodeaba la plaza; el puente levadizo había sido reemplazado por un arco de piedra, y el rastrillo por una verja de hierro. Estuve largo rato en el lado exterior del foso, mirando a mi alrededor y dejando que me invadiese el influjo del lugar. Me dije a mí mismo: «Si espero aquí suficiente rato saldrá el guarda y me enseñará las tumbas…»; y deseé que no apareciera demasiado pronto.

Me senté en una piedra y encendí un cigarrillo. En cuanto lo hice, me pareció un gesto pueril y monstruoso, con aquella enorme casa ciega mirándome, y todas las avenidas desiertas convergiendo hacia mí. Puede que fuera la profundidad del silencio lo que me hizo sentirme tan consciente de mi gesto. El rascado de la cerilla sonó tan fuerte como el chirrido de un freno, y casi me pareció oírla caer cuando la arrojé a la hierba. Pero no fue más que eso: una sensación de inoportunidad, de pequeñez, de desafío inútil, lo de sentarme allí a echar bocanadas de humo a la cara del pasado.

No sabía nada de la historia de Kerfol —acababa de llegar a Bretaña, y Lanrivain no me había mencionado nunca este nombre hasta la víspera—; pero uno no podía contemplar aquella mole sin sentir en ella una larga acumulación de historia. Qué clase de historia, es algo que yo no estaba preparado para adivinar; quizá era sólo el peso de muchas vidas y muertes asociadas, que confiere solemnidad a las casas antiguas. Pero el aspecto de Kerfol sugería algo más: una perspectiva de recuerdos severos y crueles que se prolongan como sus propias avenidas grises hacia una oscuridad borrosa.

Desde luego, ninguna casa señalaba una ruptura más completa y definitiva con el presente. Tal como alzaba el cielo sus tejados y sus hastiales orgullosos, habría podido ser su propio monumento funerario. «¿Las tumbas de la capilla? ¡El lugar entero es una tumba!», pensé. Cada vez deseaba más que no saliese el guarda. Los detalles del entorno, aunque sorprendentes, parecían triviales comparados con el impresionante conjunto; y lo único que quería era seguir sentado allí y dejar que me penetrase el peso de su silencio.

«¡Es el lugar ideal para ti!», había dicho Lanrivain; y me sentí abrumado ante la casi blasfema frivolidad de que ningún ser viviente sugiriese que Kerfol fuera el lugar para él. «¿Es posible que alguien pueda no ver…?», me iba a preguntar. No acabé el pensamiento: lo que yo quería decir era inefable. Me levanté y me acerqué a la entrada. Empezaba a desear saber más; no ver más —ahora estaba seguro de que no era cuestión de ver—, sino de sentir más: sentir todo lo que el lugar tenía que comunicar. «Pero para entrar habrá que llamar al guarda», pensé con renuencia, y vacilé. Finalmente, crucé el puente y probé a abrir la verja. Cedió, y me adentré en el túnel que formaba el espesor del chemin de ronde. En el otro extremo habían puesto una barrera de madera que cruzaba el acceso y más allá se veía el patio cerrado por la noble arquitectura. El edificio principal estaba de cara a mí, y ahora veía que la mitad era una mera fachada en ruinas, con las ventanas abiertas, a través de las cuales se veía la maleza invasora del foso y los árboles del parque. El resto de la construcción poseía aún su robusta belleza. Un extremo terminaba en la torre redonda y el otro en una pequeña capilla gótica; y en un ángulo había un gracioso brocal coronado de ánforas musgosas. Sobre las paredes crecían unos cuantos rosales, y en un alféizar recuerdo que vi un tiesto de fucsias.

Mi sensación de una presión de lo invisible empezó a ceder ante mi interés arquitectónico. El edificio era tan hermoso que me dieron ganas de explorarlo por simple placer. Inspeccioné el patio, preguntándome en qué rincón se alojaría el guarda. Luego empujé la barrera y entré. Y nada más entrar, un perro me cortó el paso. Era un perrito tan precioso que por un instante me hizo olvidar el espléndido lugar que defendía. No estaba seguro de su raza en aquel momento, pero después me he enterado de que era un pequinés, de una rara variedad llamada sleeve-dog. Era muy pequeño y de color marrón dorado, con grandes ojos castaños y cuello rizado: parecía un gran crisantemo leonado. Me dije: «Estos animalitos no paran de brincar y de ladrar, así que no tardará ni un minuto en salir alguien».

El animal se plantó delante de mí, deteniéndome, casi amenazándome. Había enojo en sus ojos castaños, pero no dio un solo ladrido, ni se me acercó más. Al contrario: al avanzar yo, fue retrocediendo de a poco; y observé que otro perro, de raza indeterminada, peludo, de varios colores, había salido cojeando de una pata. «Ahora se va a armar una buena», pensé. En ese mismo instante, un tercer perro cruzado de blanco, y de pelaje largo, salió sigilosamente de una entrada y se unió a los otros. Los tres se quedaron mirándome con ojos graves; pero no profirieron un solo ladrido. Al avanzar yo, retrocedieron, con sus pezuñas afelpadas, sin dejar de vigilarme. «De un momento a otro cargarán contra mis tobillos», pensé. No estaba alarmado, ya que no eran grandes ni temibles. Pero me dejaron deambular a mi gusto por el patio, siguiéndome a poca distancia —siempre la misma—, y siempre con los ojos fijos en mí. Después me asomé a la fachada en ruinas y vi en una de sus ventanas sin marco había otro perro: un pointer blanco con una oreja marrón. Era un perro viejo y serio, con mucha más experiencia que los otros; y parecía observarme con profunda atención.

«A éste sí que lo voy a oír», me dije a mí mismo. Pero siguió en el vano de la ventana, frente a los árboles del parque, vigilándome sin moverse. Yo lo miré un instante para ver si se excitaba al sentirse observado: entre nosotros se interponía la mitad de la anchura del patio; y nos miramos mutuamente en silencio desde esa distancia. Pero no se movió; así que finalmente di media vuelta. Detrás de mí descubrí al resto del grupo, con un recién llegado que se les había unido: un pequeño lebrel negro, con ojos de color ágata pálido. Tiritaba un poco, y su expresión era más medrosa que la de los otros. Observé que se mantenía un poco más atrás que el resto. Y seguían sin emitir un solo ladrido.

Estuve lo menos cinco minutos, con el círculo a mi alrededor… esperando; porque parecían estar esperando. Por último, me acerqué al perrito castaño dorado y me incliné para acariciarlo. Al hacerlo me oí a mí mismo soltar una risita nerviosa. El perrito no se sobresaltó, ni gruñó, ni apartó los ojos de mí… Simplemente retrocedió como una yarda; luego se detuvo y siguió mirándome.

«¡Bueno, vete al diablo!» —exclamé, y crucé el patio en dirección al pozo.

Al echar a andar, los perros se dispersaron y se refugiaron en distintos rincones del patio. Examiné las urnas que adornaban el pozo, traté de abrir una o dos puertas cerradas, y miré de arriba abajo la muda fachada, luego me dirigí a la capilla. Al darme la vuelta, vi que los perros habían desaparecido; todos salvo el viejo pointer, que aún me observaba desde la ventana. Fue un alivio sentirme libre de aquella hueste de mirones; y procedí a inspeccionar a mi alrededor, en busca de un acceso a la parte de atrás del edificio. «Quizá haya alguien en el jardín», pensé. Encontré un sendero que cruzaba el foso, trepé a un muro asfixiado por las zarzas y entré en el jardín. Unas cuantas hortensias y geranios languidecían en los cuadros, y la antigua casa los miraba con indiferencia. La fachada que daba al jardín era más simple y severa que la otra: el largo muro de granito, con sus escasas ventanas y su tejado picudo, parecía una prisión fortificada. Di la vuelta al ala más alejada, subí unos cuantos peldaños desencajados y entré en el profundo crepúsculo de un camino estrecho flanqueado de viejísimo boj. Tenía este camino la anchura suficiente para permitir el paso de una persona, y las ramas se juntaban por arriba. Era como el fantasma de un paseo de boj, con su verde reluciente vuelto hacia la oscura grisalla de las avenidas. Seguí andando; las ramas me daban en la cara y recobraban su posición con un ruido seco; finalmente salí a la parte de arriba del chemin de ronde. Continué por él hasta la torre de la entrada, que asomaba al patio que tenía justo debajo de mí. No se veía a nadie; y tampoco estaban los perros. Descubrí un tramo de escalera en el espesor del muro y bajé por él; y al salir otra vez al patio, topé nuevamente con el círculo de perros: el marrón dorado un poco más adelantado que el resto, y el negro lebrel tiritando detrás.

—¡Venga, fuera… latosos; marchaos! —exclamé, y mi voz me sobresaltó con un eco repentino. Los perros siguieron inmóviles, vigilándome. Yo sabía ya que no tratarían de evitar que me acercase a la casa, y este conocimiento me dio libertad para estudiarlos. Tenía la sensación de que debían de estar terriblemente acobardados para ser tan silenciosos y pasivos. Pero no tenían aspecto de hambrientos ni de recibir mal trato. Tenían el pelaje suave y no se les veía flacos, aparte del lebrel tembloroso. Era más como si hubiesen vivido mucho tiempo con gente que no les hablaba ni los miraba: como si el silencio del lugar hubiese ido entorpeciendo gradualmente sus naturalezas bulliciosas e inquisitivas. Y esta extraña pasividad, este cansancio casi humano, me parecía más triste que la miseria de los animales famélicos y apaleados. Me habría gustado haberlos cogido un minuto, haberlos divertido con algún juego o alguna carrera; pero cuanto más miraba a sus ojos fijos y cansados, más absurda me parecía la idea. Con las ventanas de la casa asomadas hacia nosotros, ¿cómo podía yo pensar en algo así? Los perros lo sabían mejor: ellos sabían lo que la casa consentiría y lo que no. Incluso imaginé que sabían lo que me pasaba por la cabeza, y me compadecían por mi frivolidad. Pero incluso ese sentimiento les llegaba probablemente a través de una espesa niebla de indiferencia. Me daba la sensación de que su distancia respecto a mí no era nada comparada con lo lejos que me sentía yo de ellos. La impresión que producían era la de que no tenían en común una memoria tan honda y oscura que nada de cuanto sucedía merecía un gruñido o un movimiento de cola.

—¡Eh! —exclamé de repente, dirigiéndome al silencioso grupo—. ¿Sabéis qué parecéis, todos vosotros? Parecéis estar viendo un fantasma… ¡Eso parecéis! Me pregunto si no habrá alguno por aquí, que no ve nadie más que vosotros.

Los perros siguieron mirándome sin moverse…

Había oscurecido ya cuando vi los faros de Lanrivain en el cruce. No fue precisamente malhumor lo que me produjo verlos. Tenía la sensación de haber escapado del lugar más solitario del mundo, y de que no me gustaba tanto la soledad como había imaginado, al menos hasta ese extremo. Mi amigo traía de Quimper a su procurador; y sentado junto a un grueso y afable desconocido, no me sentí con ánimo para hablar de Kerfol…

Pero esa noche, cuando Lanrivain y el procurador se encerraron en el despacho, Madame de Lanrivain empezó a preguntarme en el salón:

—Bueno… ¿Va a comprar Kerfol? —dijo, alzando su alegre barbilla de la labor.

—Aúno no lo he decidido. El caso es que no he podido entrar en la casa —dije, como si hubiese aplazado simplemente mi decisión, y me propusiera volver para echar otra mirada.

—¿No ha podido entrar? Vaya, ¿qué ha ocurrido? La familia se muere de ganas por vender ese sitio, y el viejo guarda tiene orden…

—Es muy probable. Pero el viejo guarda no estaba allí.

—¡Qué lástima! Estaría en el mercado. Pero ¿y su hija…?

—No había nadie. Al menos, yo no he visto a nadie.

—¡Qué extraño! ¿Absolutamente a nadie?

—A nadie; a parte de un montón de perros, toda una banda, que parecían tener la casa para ellos solos.

Madame de Lanrivain dejó caer el bordado sobre sus rodillas y entrelazó las manos encima. Durante un minuto me miró pensativa.

—¿Un grupo de perros… dice que ha visto?

—¿Que si los he visto? ¡No he visto otra cosa!

—¿Cuántos? —su voz desfalleció un poco—. Siempre me he preguntado…

La miré con sorpresa: había supuesto que el lugar le era familiar.

—¿No ha estado nunca en Kerfol? —pregunté.

—¡Sí, claro! Muchas veces. Pero nunca en este día.

—¿Qué día?

—Lo había olvidado por completo… y Hervé también, estoy segura. De haberlo recordado no le habríamos enviado hoy… Pero además, uno no cree ni la mitad de esa clase de cosas, ¿verdad?

—¿Qué clase de cosas? —pregunté, bajando la voz involuntariamente al nivel de la suya. Pensé para mis adentros: «Ya sabía yo que había algo…».

Madame de Lanrivain se aclaró la garganta y esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—¿No le ha contado Hervé la historia de Kerfol? Un antepasado suyo estuvo implicado en ella. Como sabe, cada bretona tiene su historia de fantasmas; algunas bastantes desagradables.

—Sí, pero… ¿esos perros?

—Bueno; esos perros son los fantasmas de Kerfol. Al menos, los campesinos dicen que hay un día al año en que aparece un montón de perros por allí, y que ese día el guarda y su hija se marchan a Morlaix a emborracharse. Las mujeres de Bretaña beben espantosamente —se inclinó para igualar una hebra de seda; a continuación alzó su bello rostro parisino —. ¿De veras ha visto un grupo de perros? No hay ninguno en Kerfol —dijo.

CAPÍTULO NUEVE

Lanrivain, al día siguiente, buscó un gastado volumen en piel del último estante de su biblioteca.

—Sí… aquí está. ¿Cómo se titula? Historia de los Juicios del Ducado de Bretaña. Quimper, 1702. El libro fue escrito unos cien años después del caso de Kerfol; pero creo que el informe está tomado literalmente de los archivos judiciales. De todas maneras, es un relato extraño. Y hubo un Hervé de Lanrivain implicado en esto… No precisamente de mi tipo, ya lo verás. Se trata sólo de un colateral. Bueno, toma el libro y llévatelo a la cama. Yo no recuerdo exactamente los detalles; ¡pero cuando lo hayas leído, te apuesto lo que quieras a que tendrás la luz encendida toda la noche!

Tuve la luz encendida toda la noche, como él había pronosticado. Pero fue porque el alba me sorprendió absorto aún en la lectura. El relato del juicio de Anne de Cornault, esposa del señor de Kerfol, era largo y tenía la letra apretada. Como mi amigo había dicho, era probablemente una transcripción casi literal de lo ocurrido en el estrado, y el juicio duró casi un mes. Además, el tipo de letra era muy malo…

Al principio pensé traducir el viejo documento. Pero está lleno de tediosas repeticiones y las líneas generales de la historia se desvían constantemente hacia cuestiones secundarias. De modo que he intentado aligerarla y presentarla aquí de forma más simple. A veces, sin embargo, he recurrido al texto porque no he encontrado palabras que plasmasen más exactamente la sensación de lo que yo había notado en Kerfol; y en ningún momento he añadido nada de mi propia cosecha.

CAPÍTULO DIEZ

En el año 16… Yves de Cornault, señor de las tierras de Kerfol, fue al pardon de Locronan a cumplir sus deberes religiosos. Era un noble rico y poderoso que contaba entonces sesenta y dos años, aunque sano y robusto, buen jinete y cazador, y hombre piadoso. Así lo atestiguan todos sus vecinos. Físicamente era bajo y ancho, de rostro moreno, piernas ligeramente torcidas de montar a caballo, nariz ganchuda, manos anchas y cubiertas de un vello negro. Se había casado joven y había perdido a su esposa y a su hijo poco después; y desde entonces había vivido en Kerfol. Dos veces al año iba a Morlaix, donde tenía una preciosa casa junto al río, y pasaba allí de una semana a diez días, y ocasionalmente se desplazaba a Rennes para resolver asuntos. Hubo testigos que declararon que durante estas ausencias llevaba una vida distinta de la que se le conocía en Kerfol, donde se ocupaba personalmente de su hacienda, oía misa diariamente y se distraía únicamente con la caza del jabalí y las aves acuáticas. Pero esos rumores no son particularmente importantes, y es cierto que entre los vecinos de su propia clase pasaba por hombre rígido y hasta austero, observador de las obligaciones religiosas y estricto consigo mismo. No existía ningún rumor de que se permitiese familiaridades con las mujeres de sus posesiones, pese a que en aquel tiempo la nobleza era muy atrevida con sus campesinos. Algunos decían que jamás había mirado a una mujer desde la muerte de su esposa. Pero ésas son cosas difíciles de demostrar, y los testimonios a ese respecto no tenían mucha validez.

Bien. Pues a sus sesenta y dos años, Yves de Cornault fue al pardon de Locronan, y vio allí a una joven dama de Douarnenez que había cabalgado a la grupa con su padre para cumplir su deber para con el santo. Se llamaba Anne de Barrigan y procedía de un buen linaje bretón, aunque mucho menos grande y poderoso que el de Yves de Cornault. Además, el padre había dilapidado su fortuna en las cartas, y vivía casi como un labriego en su pequeña y granítica mansión de los páramos… He dicho que no añadiría nada de mi cosecha a esta escueta exposición del extraño caso, pero debo interrumpirme aquí para describir a la joven dama que había llegado hasta el cobertizo de la del atrio de Locronan en el mismísimo instante en que desmontaba el barón de Cornault. Saco esta descripción de un borroso dibujo a sanguina, bastante sobrio y verídico, debido a un discípulo de

Clouets, que cuelga en el despacho de Lanrivain y del que se dice que era el retrato de Anne de Barrigan. Está sin firma y no tiene ninguna otra seña de identidad que las iniciales A. B. y la fecha: 16…, el año siguiente a su matrimonio: representan a una dama joven de rostro pequeño y ovalado, casi afilado, aunque lo bastante ancho para mostrar una boca llena, con cierta tierna depresión en las comisuras. La nariz es pequeña y las cejas son más bien altas, separadas y ligeramente marcadas a lápiz, como las cejas de las pinturas chinas. Su frente es alta y seria, y el cabello, que da la impresión de ser fino, abundante y rubio, lo lleva retirado, y recogido como un sombrero. Sus ojos no son ni grandes ni pequeños; probablemente castaños, con una expresión a la vez tímida y firme. Dos preciosas manos largas se cruzan bajo el pecho de la dama…

El capellán de Kerfol y otros testigos declararon que cuando el barón regresó de Locronan, saltó del caballo, ordenó que se le encasillase otro inmediatamente, pidió a un joven paje que fuese con él, y partió esa misma tarde hacia el sur. Su administrador lo siguió a la mañana siguiente con cofres cargados sobre un par de mulas. A la semana siguiente, Yves de Cornault regresó a Kerfol, mandó llamar a sus vasallos y renteros, y les dijo que iba a casarse el día de Todos los Santos con Anne de Barrigan, de Douarnenez. Y el día de Todos los Santos se celebró la boda.

Parece que hay pruebas por ambas partes de que los primeros años fueron felices para la pareja. No se encontró a nadie que dijese que Yves de Cornault hubiera sido duro con su esposa, y era evidente para todo el mundo que estaba contento con su transacción. A decir verdad, el capellán y otros testigos admitieron en el proceso que la joven dama ejercía una influencia apaciguadora en su esposo, y que éste se había vuelto menos exigente con sus renteros, menos rudo con los labriegos y siervos, y menos propenso a los accesos de hosco mutismo que habían ensombrecido su viudez. En cuanto a su esposa, la única queja que sus campeones pudieron aducir en su favor fue que Kerfol era un lugar solitario, y que cuando su esposo se marchaba por necesidad de sus asuntos en Rennes o Morlaix —ciudades a las que nunca la llevó a ella—, sólo le consentía pasear sin compañía por el parque. Pero nadie afirmó que no fuese feliz; aunque una sirvienta dijo que la había sorprendido llorando y la había oído decir que era una mujer maldita por no tener un hijo, y que no había en el mundo nada que pudiera llamar suyo. Pero éste era un sentimiento bastante natural en una esposa ligada a su esposo; y ciertamente debió de suponer una gran frustración para Yves de Cornault que no le diera hijos. Sin embargo, jamás le hizo sentir su esterilidad como un reproche —ella misma lo admite en su declaración—, sino que parecía tratar de que lo olvidase colmándola de regalos y favores. Aunque era rico, no fue jamás liberal; pero nada era demasiado delicado para su esposa en lo que se refería a sedas, joyas, lino o cualquier otra cosa que ella deseara. Todo mercader ambulante era bien recibido en Kerfol, y cuando el señor tenía que salir, jamás regresaba sin traer a su esposa algún hermoso presente —algo curioso y especial— de Morlaix, de Rennes o de Quimper. Una de las doncellas, en el interrogatorio, dio una interesante lista de los regalos de un año, que copio aquí: de Morlaix, un junco tallado en marfil, con chinos a los remos, que un extraño marinero había traído como ofrenda votiva a Notre Dame de la Clarté, de Ploumanac'h; de Quimper, un vestido bordado, hecho por las monjas de la Asunción; de Rennes, una rosa de plata que se abría y mostraba una Virgen de ámbar con una corona de granates; de Morlaix también, una larga pieza de terciopelo de Damasco, moteado de oro, comprada a un judío de Siria; y por san Miguel de ese mismo año, de Rennes, una gargantilla o brazalete de piedras redondas —esmeraldas y perlas y rubíes— ensartadas como cuentas en una fina cadena de oro. «Éste fue el regalo que más gustó a la dama», dijo la doncella. Más tarde, por cierto, fue presentado en el juicio, y parece que a los jueces y al público les pareció una joya curiosa y de gran valor.

El mismo invierno, el barón se ausentó de nuevo, esta vez a Burdeos, y a su regreso trajo a su esposa algo aún más singular y precioso que el brazalete. Fue una tarde invernal cuando llegó a Kerfol, y al entrar en el salón la halló sentada junto al hogar, con la barbilla apoyada en la mano, contemplando el fuego. Traía una caja de terciopelo en la mano y, depositándola en el suelo, alzó la tapa y dejó salir a un perrito de color marrón dorado.

Anne de Cornault dio un grito de júbilo al ver saltar hacia ella la pequeña bestezuela: «¡Oh, parece un pájaro o una mariposa!», exclamó al cogerlo; y el perro le puso las patitas en los hombros y la miró con ojos «como de cristiano». Después de eso, jamás volvió a tenerlo lejos de su vista, y lo mimaba y le hablaba como si fuera un niño… Y, efectivamente, fue lo más cercano a un niño que llegó a conocer. Yves de Cornault se alegró muchísimo de su compra. El perro lo había traído un marinero de un mercante indo-oriental, el cual se lo había comprado a un peregrino en un bazar de Jaffa, quien lo había robado a la esposa de un noble chino; cosa perfectamente permisible, ya que el peregrino era cristiano y el noble un pagano predestinado al fuego del infierno. Yves de Cornault había pagado un precio generoso por el perro, porque empezaban a estar en demanda en la corte francesa y el marinero sabía que era valioso. Pero la alegría de Anne era tan grande que, viéndola reír y jugar con el pequeño animal, su esposo habría dado sin duda alguna el doble de lo que le costó.

Hasta aquí todos los testimonios son unánimes, y el relato discurre sin incidencias. Pero ahora su curso se hace difícil. Trataré de atenerme lo más posible a las propias declaraciones de Anne, aunque hacia el final, pobre criatura…

Bien, retrocedamos. Al año siguiente de llegar el perrito marrón a Kerfol, una noche de invierno, Yves de Cornault fue encontrado muerto en lo alto de la escalera que bajaba de las habitaciones de su esposa a una puerta que daba acceso al patio. Fue su esposa quien lo encontró y dio la alarma, tan fuera de sí, pobre desdichada, tan presa de miedo y horror —dado que estaba toda manchada con su sangre— que al principio la excitada servidumbre no pudo entender lo que decía, y creían que se había vuelto loca de repente. Pero allí, efectivamente, en lo alto de la escalera, estaba el esposo, como una piedra, con la cabeza en el borde y la sangre de las heridas goteando en el peldaño que tenía debajo. Le habían arañado y herido la cara y el cuello como con unas armas singularmente puntiagudas y en una de sus piernas tenía un profundo desgarrón que le había cortado la arteria, lo que probablemente le había causado la muerte. Pero ¿cómo había llegado allí y quién lo había asesinado?

Su esposa declaró que ella estaba durmiendo, y al oír su grito había salido a toda prisa, y lo encontró en la escalera. Pero esto fue rebatido inmediatamente. En primer lugar, se probó que desde su habitación no pudo haber oído la lucha en la escalera debido al espesor de las paredes y a la longitud del corredor que se interponía; luego se aclaró que no estaba en la cama dormida, ya que cuando despertó a toda la casa estaba vestida y su cama no estaba deshecha. Además, la puerta de abajo de la escalera estaba entreabierta y el capellán (hombre observador) había notado que el vestido que llevaba estaba manchado de sangre hasta las rodillas y que había huellas de sangre de unas manos pequeñas en las paredes de la escalera, de modo que se supuso que en realidad estaba en la puerta cuando su marido cayó y que al subir a tientas en la oscuridad, tal vez de rodillas, se había manchado con la sangre que manaba hacia ella. Naturalmente, se arguyó por otro lado que las manchas de sangre del vestido podían haber sido causadas al arrodillarse junto a su esposo, cuando salió precipitadamente de su habitación; pero estaba abierta la puerta de abajo, y el hecho de que las huellas de dedos de la escalera señalaban la dirección hacia arriba.

La acusada mantuvo su declaración los dos primeros días, a pesar de su improbabilidad; pero al tercero le llegó la noticia de que Hervé de Lanrivain, joven noble de la vecindad, había sido detenido por complicidad en el crimen. Entonces aprovecharon dos o tres testigos para declarar que era sabido en toda la región que, en otro tiempo, Lanrivain había estado en buena relación con la dama de Cornault, pero que se había ausentado de Bretaña durante más de un año y la gente había dejado de relacionar sus nombres. Las personas que declararon esto no gozaban de muy buena reputación. Una de ellas era una vieja recogedora de hierbas sospechosa de brujería; otra, un clérigo borracho de la parroquia vecina; y la tercera, un pastor medio chiflado al que se le podía hacer decir cualquier cosa. Era evidente que el proceso no era totalmente satisfactorio sobre este particular y que habrían deseado encontrar una prueba más sólida sobre la complicidad de Lanrivain que las deposiciones de la recogedora de hierbas, quien juraba haberlo visto trepar por el muro del parque la noche del asesinato. Una manera de completar pruebas fragmentarias en aquellos tiempos consistía en ejercer alguna clase de presión, moral o física, sobre la persona acusada. No está claro a qué clase de presión sometieron a Anne de Cornault. Pero al tercer día, cuando fue llevada ante el tribunal, «parecía débil e incoherente»; y tras instalarla a que se sosegase y dijese la verdad, por su honor y por las llagas del Santísimo Redentor, confesó que, efectivamente, había bajado la escalera para hablar con Hervé de Lanrivain (quien lo negó todo) y de allí le había sorprendido el ruido de la caída de su esposo. Esta estaba mejor; y el fiscal se frotó las manos de satisfacción. La satisfacción aumentó cuando varios colonos que vivían en Kerfol fueron inducidos a decir —con aparente sinceridad— que durante un año o dos antes de su muerte, el señor se había vuelto otra vez variable e irascible, y propenso a los períodos de hosco mutismo que su servidumbre había aprendido a temer antes de su segundo matrimonio. Lo cual parecía demostrar que las cosas no marchaban bien en Kerfol, aunque no pudieron encontrar a nadie que dijese que hubiera habido signo alguno de desavenencia entre marido y mujer.

Anne de Cornault, al ser interrogada sobre el motivo por el que bajó de noche a abrirle la puerta a Hervé de Lanrivain, dio una respuesta que debió de hacer sonreír al tribunal. Dijo que porque estaba sola y quería hablar con el joven. «¿Era ésa la única razón?», le preguntaron; y contestó: «Sí, por la cruz que hay sobre las cabezas de vuestras Señorías». «Pero ¿por qué a medianoche?», preguntó el tribunal. «Porque no podía verlo de ninguna otra manera». Imagino el intercambio de miradas sobre los cuellos de armiño, debajo del crucifijo.

Anne de Cornault, interrogada más tarde, dijo que su vida de casada había sido extremadamente solitaria; «desolada», fue la palabra que empleó. Era cierto que su esposo le hablaba raramente con aspereza, pero había días en que no le dirigía la palabra. Era cierto también que jamás la había maltratado ni amenazado, pero la tenía como una prisionera en Kerfol; y cuando se marchaba a Morlaix, a Quimper o a Rennes, la sometía a tal vigilancia que no podía coger una flor del jardín sin tener a una doncella pegada a sus talones. «No soy reina, no necesito tales honores», dijo una vez a su esposo; y él le contestó que un hombre que tiene un tesoro no deja la llave en la cerradura cuando se ausentaba. «Entonces llevadme con vos», había insistido ella. Pero a esto replicó que las ciudades eran lugares perniciosos y que las jóvenes esposas estaban mejor junto a la chimenea.

—Pero ¿qué queríais decirle a Hervé de Lanrivain? —preguntó el tribunal.

Y ella contestó:

—Quería pedirle que me llevase con él.

—¡Ah! ¿Confesáis que bajasteis a abrirle con intenciones adúlteras?

—No.

—Entonces, ¿por qué queríais pedirle que os llevase con él?

—Porque temía por mi vida.

—¿De quién teníais miedo?

—De mi esposo.

—¿Por qué teníais miedo de vuestro esposo?

—Porque había estrangulado a mi perrito.

Otra sonrisa debió de cruzar por los rostros del tribunal: en los tiempos en que un noble tenía derecho a ahorcar a su campesinos —derecho que la mayoría ejercía—, retorcerle el cuello a un animal favorito no podía escandalizar a nadie.

Al llegar aquí, uno de los jueces, a quien al parecer la acusada inspiraba cierta simpatía, sugirió que debían permitirle explicarse a su manera; en consecuencia, hizo la siguiente declaración:

Que durante los primeros años de matrimonio había estado muy sola, aunque su esposo no la había tratado con rigor. Si hubiese tenido un hijo, no habría sido infeliz; pero los días eran largos y demasiado lluviosos.

Era cierto que su esposo, cada vez que se iba y la dejaba, le traía un precioso regalo a su regreso. Pero eso no compensaba su soledad; al menos, hasta que trajo su perrito de Oriente; entonces se sintió mucho menos desdichada. Su esposo parecía complacido al verla tan encariñada con el animal; le dio permiso para que le pusiese su brazalete de joyas en el cuello y que lo tuviera siempre con ella.

Un día se había quedado dormida en su habitación, con el perro a sus pies, como era su costumbre. Tenía los pies desnudos y apoyados en su lomo. De pronto, la despertó su esposo; estaba junto a ella sonriendo, no con desafecto.

—Os parecéis a mi bisabuela, Juliane de Cornault, descansando en la capilla con un perrito a los pies —dijo.

La analogía le produjo a la dama un escalofrío, pero rio y contestó:

—Bueno; cuando muera, ponedme junto a ella, esculpida en mármol, con el perro a mis pies.

—¡Ah…, tendremos que esperar! —dijo riendo él también; luego frunció sus negras cejas, y añadió—: El perro es el emblema de la fidelidad.

—¿Y dudáis que yo tenga derecho a descansar con él a mis pies?

—Cuando tengo una duda la aclaro —contestó—. Soy viejo —añadió—, y la gente dice que os hago llevar una vida solitaria. Pero juro que tendréis vuestro monumento si os lo ganáis.

—Y yo os juro ser fiel —replicó ella—, aunque no sea más que por tener mi perrito a los pies.

Algún tiempo después el barón tuvo que asistir al tribunal de Quimper; y estando ausente, una tía suya, viuda de un ilustre noble del ducado, se detuvo a pasar la noche en Kerfol, camino del pardon de Ste. Barbe. Era una mujer piadosa e influyente, y muy respetada por Yves de Cornault; y cuando le propuso a Anne que fuese con ella a Ste. Barbe, nadie se opuso, y hasta el capellán se mostró a favor de esta peregrinación. Así que Anne salió para Ste. Barbe, y allí habló por primera vez con Hervé de Lanrivain. Éste había ido una vez o dos a Kerfol con su padre, pero la dama no había llegado a intercambiar una docena de palabras con él. Esta vez no hablaron más de cinco minutos; fue bajo los castaños, mientras la procesión salía de la capilla. Él dijo «Os compadezco». Ella se sorprendió, ya que nunca había imaginado que pudiese ser compadecida por nadie. Y añadió: «Llamadme cuando me necesitéis». Ella sonrió; pero luego se alegró, y pensó en este encuentro.

Confesó haberlo visto tres veces después: no más. No dijo cómo ni dónde… Dio la impresión de que temía implicar a alguien. Sus encuentros habían sido escasos y breves y, al final, él le había dicho que iba a marcharse al día siguiente a un país extranjero, en una misión que no carecía de peligro y que quizá le retendría muchos meses. Le pidió un recuerdo y ella no encontró a mano otra cosa que el collar que llevaba puesto el perrito. Después se arrepintió de habérselo dado, pero le veía tan desdichado por marcharse que no tuvo valor para negárselo.

Su esposo estaba ausente por entonces. Cuando regresó, unos días más tarde, cogió al animal para acariciarlo y observó que le faltaba el collar. Su esposa le dijo que el perro lo había perdido en la maleza y que ella y sus doncellas lo habían estado buscando todo el día. Era cierto, explicó ella en el tribunal, que había hecho que las doncellas buscasen el collar…; todas creyeron que el perro lo había perdido en el parque.

Su esposo no hizo ningún comentario; y esa noche, en la casa, se comportó con su humor habitual, entre bueno y malo: nunca se sabía cuál. Habló mucho, comentando qué había hecho y visto en Rennes; pero de cuando en cuando se quedaba callado, y la miraba severamente; y cuando ella se retiró a dormir, encontró a su perrito estrangulado encima de la almohada. El pobre animal estaba muerto, aunque caliente todavía; se inclinó para cogerlo, y su angustia se convirtió en horror al descubrir que había sido estrangulado con dos vueltas de la gargantilla que ella le había dado a Lanrivain.

A la mañana siguiente enterró al perro en el jardín y se ocultó el collar en el pecho. No dijo nada a su esposo, ni entonces ni más tarde, y él tampoco hizo ningún comentario. Pero ese día ahorcó él a un labriego por robar un haz de leña en el parque, y al día siguiente casi mató a palos a un potro que estaba domando.

Empezó el invierno, pasaban uno tras otro los cortos días y las largas noches; y la dama no tenía noticias de Hervé de Lanrivain. Quizá su esposo lo había matado, o tal vez habían robado la gargantilla. Día tras día junto al fuego, entre las doncellas atareadas hilando, y noche tras noche sola en la cama, se sumía en conjeturas y temblaba. A veces en la mesa, su esposo la miraba y sonreía; entonces sentía la convicción de que Lanrivain había muerto. No intentó obtener noticias suyas, porque era seguro que su esposo se enteraría: estaba convencida de que podía averiguarlo todo. Y cuando una noche fue al castillo a guarnecerse una bruja que tenía fama de vidente y de mostrar el mundo en su cristal, y las doncellas se congregaron a su alrededor, Anne se mantuvo apartada.

El invierno fue largo, oscuro y lluvioso. Un día, en ausencia de Yves de Cornault, llegaron a Kerfol unos gitanos con un puñado de perros amaestrados. Anne les compró el más pequeño y el más listo, uno castaño. Parecía haber sido maltratado por los gitanos y se refugió junto a ella de manera quejumbrosa cuando lo apartó de los demás. Esa noche regresó su esposo, y cuando Anne se fue a dormir encontró al perro estrangulado sobre su almohada.

Después de eso, se dijo a sí misma que jamás volvería a tener otro perro; pero una noche de mucho frío encontraron a un lebrel flaco gimiendo en la entrada del castillo; lo recogió y prohibió a las doncellas que se lo dijesen a su esposo. Lo ocultó en una habitación en la que no entraba nadie, le llevó comida de su propio plato, le hizo un cálido lecho para que durmiese y le cuidó como a un niño.

Regresó Yves de Cornault a casa, y al día siguiente Anne encontró al lebrel estrangulado sobre su almohada. Lloró en secreto, pero no dijo nada; y decidió que aunque se encontrase un perro a punto de morir de hambre no lo traería por nada del mundo al castillo; pero un día se encontró un cachorro de perro pastor, una bola de algodón manchado y con los ojos azules, tumbado, con una pata rota, en la nieve del parque. Yves de Cornault estaba en Rennes; así que entró al perro, lo calentó y alimentó, le vendó la pata y lo ocultó en el castillo hasta el regreso de su esposo. El día antes se lo dio a una campesina que vivía muy lejos y le pagó generosamente para que lo cuidase y no dijese nada; pero esa noche oyó aullar y arañar en su puerta, y cuando abrió, el cachorro cojo, empapado y tiritando, saltó sobre ella con sus pequeños ladridos lastimeros. Lo ocultó en su cama, y a la mañana siguiente iba a llevárselo otra vez a la campesina cuando oyó a su marido entrar a caballo en el patio. Encerró al perro en un arca y bajó a recibirlo. Una hora o dos más tarde, cuando regresó a su habitación, el cachorro yacía estrangulado sobre su almohada.

No se atrevió a tener otro perro nunca más, y la soledad se le hizo casi insoportable. A veces, cuando cruzaba el patio del castillo y creía que nadie la miraba, se detenía a acariciar al viejo pointer de la entrada. Pero un día, mientras lo acariciaba, salió su esposo de la capilla. Al día siguiente el perro había desaparecido…

Esta extraña historia fue contada en una sola sesión del tribunal, ni escuchada sin comentarios impacientes e incrédulos. Era evidente que los jueces estaban sorprendidos de su puerilidad y que no ayudaba a la acusada a los ojos del público. Era un extraño relato, evidentemente; pero ¿qué probaba? Que Yves de Cornault tenía aversión a los perros y que su esposa, para satisfacer su propio capricho, hacía caso omiso de manera pertinaz de esta aversión. En cuanto a alegar esta trivial desavenencia como pretexto para sus relaciones —fueran de la naturaleza que fuesen— con su supuesto cómplice, el argumento era tan absurdo que su propio abogado lamentó manifiestamente haberle permitido hacer uso de él, y trató varias veces de interrumpir la historia. Pero ella siguió hasta su conclusión con una especie de insistencia hipnótica, como si las escenas que evocaba fueran tan reales que hubiese olvidado dónde se encontraba y creyese que las estaba viviendo otra vez.

Finalmente el juez que previamente había mostrado cierta benevolencia hacia ella, dijo (inclinándose ligeramente hacia delante, podemos imaginar, desde la fila de sus amodorrados colegas):

—Entonces, ¿queréis hacernos creer que habéis asesinado a vuestro esposo porque no os dejaba tener un perro?

—Yo no he asesinado a mi esposo.

—¿Quién entonces? ¿Hervé de Lanrivain?

—No.

—¿Quién entonces? ¿Podéis decírnoslo?

—Sí, puedo decíroslo: los perros…

Al llegar aquí, la sacaron de la sala, desmayada.

Es evidente que su abogado trató de hacerla abandonar esta idea de defensa. Posiblemente su explicación, cualquiera que fuese, le había parecido convincente cuando se la había contado en el calor de su primera entrevista privada; pero ahora que la exponía a la fría luz del día, en la encuesta judicial y ante la burla del pueblo, se sintió completamente avergonzado, y la hubiera sacrificado sin escrúpulos con tal de salvar su reputación profesional. Pero el obstinado juez —quien quizá, en realidad, era más inquisitivo que amable— quería oír evidentemente toda la historia; y al día siguiente le ordenó que continuase su deposición.

Contó que después de la desaparición del viejo perro guardián no ocurrió nada particular durante un mes o dos. Su esposo se comportaba como de costumbre: la dama no recordaba ningún incidente especial. Pero una noche llegó al castillo una buhonera y se puso a vender adornos y abalorios a las doncellas. Ella no se sentía con ánimos para esas cosas, pero estuvo un rato contemplando cómo las mujeres escogían. Y entonces, no sabía cómo, la buhonera la persuadió para que le comprase un pomo, o perfumador, en forma de pera, de fuerte fragancia; una vez le había visto algo parecido a una gitana. Ella no quería el perfumador y no sabía por qué lo había comprado. La buhonera dijo que quienquiera que lo llevase tendría el poder de leer el futuro; pero Anne no creía en esas cosas, ni le importaban tampoco. Sin embargo, lo compró y lo subió a su habitación, donde se sentó y comenzó a darle vueltas entre las manos. Entonces le atrajo el extraño olor, y empezó a preguntarse qué clase de especia tendría la cajita. La abrió y encontró como una judía gris envuelta en una tira de papel; y en el papel vio un signo que ella conocía, con un mensaje de Hervé de Lanrivain diciendo que había regresado y que estaría en la puerta del patio esa noche, en cuanto la luna se ocultara… Quemó el papel y se sentó a pensar. Anochecía ya, y su esposo estaba en casa… no había medio de advertir a Lanrivain, y no pudo hacer otra cosa que esperar…

Al llegar a este punto, imagino a la adormilada audiencia empezando a despertar. Incluso el más viejo del estrado debió de recrearse imaginando los sentimientos de una mujer al recibir, a la caída de la tarde, el mensaje de un hombre que vivía a veinte millas, al que no tenía medios de mandarle aviso…

No era una mujer lista, supongo; y la primera consecuencia de sus reflexiones parece que fue el error de comportarse esa noche demasiado amablemente con su esposo. No pudo inducirlo a beber en exceso, según el recurso tradicional, porque aunque a veces bebía mucho, su cabeza resistía bastante; y cuando bebía más allá de su resistencia era porque así lo quería él, y no porque una mujer lo persuadiese. Sobre todo su esposa, ahora que la consideraba agua pasada. Mientras leía el caso, imaginé que no habría dejado en él otro sentimiento que el odio ocasionado por la supuesta deshonra.

Fuera como fuese, trató de recurrir a sus viejos encantos. Pero hacia el anochecer él pretextó tener dolores y fiebre, y abandonó el salón y subió al gabinete donde dormía a veces. Su criado le subió una copa de vino, y al bajar anunció que se iba a acostar y no quería que le molestasen; y una hora más tarde, cuando Anne alzó el tapiz y escuchó en su puerta, oyó su respiración sonora y regular. Pensó que podía estar fingiendo, y permaneció un buen rato descalza en el corredor, con la oreja pegada a la grieta; pero su respiración seguía siendo demasiado regular y natural para no ser otra que la de un hombre profundamente dormido. Regresó confiada a su habitación y se asomó a la ventana a contemplar la luna entre los árboles del parque. El cielo estaba nublado y sin estrellas; y al ocultarse la luna, la noche se volvió negra como un pozo. Comprendió que había llegado el momento, y se deslizó furtivamente por el corredor, cruzó por delante de la puerta de su esposo —donde se detuvo otra vez a escuchar su respiración— y llegó a la escalera. Allí se detuvo un instante para cerciorarse de que nadie le seguía: luego empezó a bajar la escalera a oscuras. Era tan empinada y tortuosa que debía hacerlo muy despacio por temor a tropezar.

Su único propósito era descorrer el cerrojo de la puerta, decirle a Lanrivain que huyese y regresar apresuradamente a su habitación. Había probado el cerrojo por la tarde y se las había arreglado para ponerle un poco de grasa; sin embargo, cuando tiró de él, produjo un chirrido… no muy fuerte, pero le paralizó el corazón. Y al minuto siguiente oyó un ruido…

—¿Qué ruido? —preguntó el fiscal.

—Era la voz de mi esposo pronunciando mi nombre y maldiciéndome.

—¿Qué oísteis después?

—Un terrible alarido y una caída.

—¿Dónde estaba Hervé de Lanrivain en ese momento?

—Estaba fuera, en el patio. Acababa de verlo en la oscuridad. Le dije, por Dios, que se fuese y luego cerré la puerta.

—¿Qué hicisteis a continuación?

—Me quedé al pie de la escalera escuchando.

—¿Qué oísteis?

—Oí los perros que gruñían y jadeaban.

(Visible desaliento del tribunal, fastidio del público y exasperación del abogado encargado de la defensa. ¡Los perros otra vez! Pero el inquisitivo juez insistió:)

—¿Qué perros?

Ella inclinó la cabeza y habló tan bajo que tuvieron que pedirle que repitiese la respuesta:

—No lo sé.

—¿Cómo decís, que no lo sabéis?

—No sé qué perros…

El juez intervino otra vez:

—Tratad de decirnos exactamente qué ocurrió. ¿Cuánto tiempo estuvisteis al pie de la escalera?

—Sólo unos minutos.

—Y entretanto, ¿qué pasaba arriba?

—Los perros gruñían y jadeaban. Él gritó una vez o dos. Y creo que gimió. Luego calló.

—¿Y qué pasó?

—Luego oí un ruido como de una jauría cuando se abalanza sobre el lobo…, un tragar y beber a lengüetazos.

(Hubo una exclamación de repugnancia y horror en el tribunal, y otro intento de intervención por parte del abogado descompuesto. Pero el inquisitivo juez prosiguió su interrogatorio).

—¿Y en todo ese tiempo no subisteis?

—Sí; subí entonces para apartarlos.

—¿A los perros?

—Sí.

—¿Y bien…?

—Cuando llegué arriba, estaba completamente oscuro. Encontré el pedernal y el eslabón de mi esposo e hice saltar una chispa. Lo vi tendido allí. Estaba muerto.

—¿Y los perros?

—Los perros se habían ido.

—¿Se habían ido… adónde?

—No lo sé. No había salida… y no había perros en Kerfol.

Se irguió cuan alta era, alzó los brazos por encima de la cabeza y cayó al suelo de piedra con un alarido prolongado. Hubo un momento de confusión en la sala. Se oyó decir a alguien del estrado: «Éste es un caso claro para las autoridades eclesiásticas…». Y el abogado de la prisionera debió de saltar pinchado ante tal sugerencia.

A partir de aquí el juicio se pierde en un laberinto de preguntas y disputas. Cada testigo llamado corroboró la declaración de Anne de

Cornault de que no había perros en Kerfol: no había ninguno desde hacía meses. El amo de la casa les había cogido aversión, era innegable. Pero, por otra parte, en el interrogatorio hubo largas y agrias discusiones sobre la naturaleza de las heridas del muerto. Uno de los cirujanos llamados a declarar dijo que las señales parecían mordiscos. Se reavivó la insinuación de brujería, y los abogados oponentes se leyeron a gritos uno a otro gruesos librotes de nigromancia.

Finalmente, Anne de Cornault fue conducida otra vez ante el tribunal —a petición del mismo juez— y se le preguntó si sabía de dónde podían haber llegado los perros de los que hablaba. Por el alma de su Redentor, juró que no. Entonces el juez le hizo una pregunta final:

—Si os hubieran sido familiares los perros que os pareció oír, ¿creéis que los habríais reconocido por sus ladridos?

—Sí.

—¿Y reconocisteis a alguno?

—Sí.

—¿Qué perros os pareció que eran?

—Mis perros muertos —dijo en un susurro.

La sacaron de la sala para no reaparecer más. Hubo alguna investigación eclesiástica, y el final del asunto fue que los jueces disintieron entre sí y con la autoridad de la Iglesia, y que Anne de Cornault fue confiada a la custodia de la familia de su esposo, que la encerró en la torre de Kerfol, donde se dice que murió años después, loca inofensiva.

Así termina su historia. En cuanto a Hervé de Lanrivain, sólo tuve que pedirle a su descendiente colateral que me contase los detalles posteriores. Como las pruebas contra el joven eran insuficientes, y la influencia de su familia en el ducado era considerable, salió absuelto y se marchó a París poco después. Probablemente no se sentía con ánimos para llevar una vida mundana, y parece que cayó casi inmediatamente bajo la influencia del famoso M. Arnauld d'Andilly y los caballeros de Port Royal. Un año o dos más tarde ingresó en la Orden, y sin alcanzar ningún grado especial, siguió las vicisitudes que corrió ésta, hasta su muerte, unos veinte años después. Lanrivain me enseñó un retrato suyo, hecho por un discípulo de Philippe de Champaigne: ojos tristes, boca impulsiva y frente estrecha. ¡Pobre Hervé de Lanrivain!: fue un final gris el suyo. Sin embargo, mientras contemplaba su rígida y pálida imagen, con su oscuro traje de jansenista, casi sentí envidia de su destino. Al fin y al cabo, en el curso de su vida le habían ocurrido dos grandes cosas: había amado románticamente y debió de conversar con Pascal…

27. LA PIEDRA DE TOQUE (EDITH WHARTON)

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14

CAPÍTULO UNO

«El profesor Joslin, quien, como nuestros lectores bien saben, acomete la tarea de escribir la biografía de la señora Aubyn, nos pide que expongamos que contraerá una deuda impagable con cualquier amigo de la famosa novelista que pueda proporcionarle información acerca del periodo anterior a su llegada a Inglaterra. La señora Aubyn tenía tan pocos amigos íntimos y, en consecuencia, tan pocos corresponsales que, en el supuesto de que existieran cartas, éstas tendrían un valor muy especial. La dirección del profesor Joslin es: 10, Augusta Gardens, Kensington. Asimismo, nos ruega que digamos que devolverá con prontitud cualquier documento que se le confíe».

Glennard soltó el Spectator y se volvió hacia la chimenea. El club se estaba llenando, pero aún tenía para sí la salita interior y sus ensombrecidas vistas al lluvioso paisaje de la Quinta Avenida. Todo era bastante gris y deprimente, aunque sólo hacía un instante que su aburrimiento se había visto inesperadamente teñido por cierto rencor al pensar que, tal como iban las cosas, puede que incluso tuviera que renunciar al despreciable privilegio de aburrirse entre esas cuatro paredes. No era tanto que el club le importara mucho como que la remota posibilidad de tener que renunciar a él representaba, en aquellos momentos, quizá por su insignificancia y lejanía, el emblema de sus crecientes abnegaciones, de los continuos recortes que iban reduciendo gradualmente su existencia al mero hecho de mantenerse vivo. Dado que resultaban inútiles, tales cambios y privaciones no los podía considerar beneficiosos, y tenía la sensación de que, aunque se deshiciera de inmediato de lo superfluo, eso no implicaba que su despejado horizonte le ofreciera una visión más nítida del único paisaje que merecía su atención. Y es que renunciar a algo para casarse con la mujer amada es más difícil cuando llegamos a dicha conclusión por la fuerza.

A través de la puerta, vio que el joven Hollingsworth se levantaba, bostezando por el parvo consuelo de un brandy con soda, y dirigía su irresoluta persona a la ventana. Glennard lo examinó con desdén. Era tan propio de Hollingsworth levantarse a echar un vistazo por la ventana… ¡como si afuera le esperase algo que no fuese pura oscuridad! Allí estaba un hombre lo bastante rico como para dedicarse a lo que quisiera —si hubiese algo que le satisficiese—, pero al que su propia inmune desidia le incapacitaba para alcanzar cualquier logro; e irónicamente, a escasos metros de él, otro que lo único que quería era enfundarse un abrigo decente y ofrecer un techo donde resguardarse a la mujer que amaba. Glennard, que tanto se había esforzado y privado por una ínfima oportunidad, que su entusiasmo habría de convertir en todo un reino, se sentó, desolado, calculando que aunque se resignara a perder el club, a dejar los cigarros y a renunciar a las excursiones de los domingos, seguiría estando lejos de lograr su propósito.

El ejemplar del Spectator había resbalado hasta sus pies y al cogerlo no pudo evitar que sus ojos se posaran de nuevo en el párrafo dirigido a los amigos de la señora Aubyn. La primera vez lo había leído sin apenas prestarle atención: su nombre llevaba siendo público tanto tiempo que sus ojos pasaron de largo, del mismo modo que la gente que camina con prisas no repara en los monumentos que le son familiares.

«Información en lo concerniente al periodo anterior a su llegada a Inglaterra…». Esas palabras imponían una evocación. Volvió a verla como en su primer encuentro: aquel pobre genio, con su alargada cara pálida y sus ojos miopes, un poco moderado por la gracia de la juventud y la inexperiencia, pero tan incapaz, incluso entonces, de rendirse a sus impulsos. Cuando hablaba, de hecho, era maravillosa; quizá más, le parecía a Glennard, que cuando más adelante la conciencia de las cosas memorables que pronunciaba parecía despojar del rubor de la privacidad hasta su discurso más íntimo. Si alguna vez había estado cerca de amarla, fue en esos días tempranos, aunque sus sentimientos sólo se habían manifestado a intervalos. Después, cuando ser amado por ella habría podido volver loco a cualquier hombre, la reticencia física había sido tan superior a la atracción intelectual que los últimos años habían sido para ambos una auténtica agonía. Ahora, al remover viejos papeles, su mano iluminaba las cartas, pero el roce le producía una inexpresable tristeza…

«Tenía tan pocos amigos íntimos… que, en el supuesto de que existieran cartas, éstas tendrían un valor muy especial». ¡Tan pocos amigos íntimos! Durante mucho tiempo no había tenido más que uno; uno que en los últimos años había correspondido a sus espléndidas páginas, a sus trágicas efusiones de amor, humildad y perdón con la parquedad con la que los hombres suelen evadir las más vulgares impertinencias sentimentales. Había sido tosco, muy a su pesar, y algunas veces, ahora que el recuerdo de su rostro se había desvanecido y sólo su voz y sus palabras lo acompañaban, le irritaba su propia ineptitud, su estúpida incompetencia para ponerse a la altura de la pasión que ella le profesaba. Su egoísmo no era de los que buscan complacerse en la aventura. Ser amado por la mujer más brillante de su época y ser incapaz de amarla le parecía, al echar la vista atrás, la prueba más hiriente de sus limitaciones; y la compasión que sentía ante ese recuerdo se complicaba con una sensación de irritación hacia ella por haberle mostrado de golpe el alcance de su capacidad afectiva. Sin embargo, era impropio de él escarbar en el pasado. El público, al tomar posesión de Aubyn, le había quitado un peso de encima. Había algo de irracional en el hecho de pedirle disculpas sentimentales a un recuerdo que ya podría considerarse clásico: reprocharse el no haber sido capaz de amar a Margaret Aubyn era como preocuparse por la incapacidad de admirar la Venus de Milo. Paradójicamente ella debía estar contemplando, desde su frío nicho de celebridad, cómo él se flagelaba. Sólo cuando reparaba en alguna de sus pertenencias, sentía una repentina revivificación de aquel viejo sentimiento, un extraño doble impulso que, por una parte, lo arrastraba hacia su voz, pero, por otra, lo alejaba de su mano; incluso ahora se le encogía el corazón cuando contemplaba cualquier cosa que ella hubiese tocado. Casi nunca le ocurría ya. Uno por uno, sus escasos regalos habían ido desapareciendo de las habitaciones, y raramente volvían a sus manos las cartas que guardaba por cierta, no reconocida, vanidad pueril de poseer tales tesoros…

«Sus cartas tendrán un valor muy especial». ¡Sus cartas! Debía de tener cientos de ellas… suficientes para llenar un libro. A veces le parecía que llegaban en cada reparto: evitaba mirar el buzón cuando volvía a casa, pero era como si su escritura lo abordase en cuanto introducía la llave en la cerradura de la puerta.

Se levantó y se dirigió con parsimonia a la habitación contigua. Hollingsworth, después de apartarse distraídamente de la ventana, se había sumado a un decaído grupo de hombres. Con frases titubeantes que parecían luchar las unas con las otras para exponer una idea muy brillante, les contaba lo difícil que resultaba vivir en aquel sitio de mala muerte y con aquel clima nefasto que al llegar febrero les obligaba a escapar, con la dificultad añadida de que no había sitio en el que poder navegar en invierno, excepción hecha de otro célebre hoyo: la Riviera. Glennard se incorporó a otro grupo en el que una voz que nada tenía que ver con el monótono órgano de Hollingsworth, les hablaba a un nuevo círculo de lánguidos oyentes.

—¡Vengan a oír a Dinslow hablar de su patente: entrada gratuita! —anunciaba uno de los hombres con afectada resignación.

Dinslow dirigió a Glennard una sonrisa agresiva y segura de sí misma.

—Denle seis meses y hablará por sí sola —declaró—. Por poco puede articular.

—¿Sabe decir papá? —preguntó alguien.

Dinslow ensanchó su sonrisa.

—Ya se alegrará de decirle papá en un año —replicó—. Hasta a usted será capaz de mantenerlo con holgura. Venga, deje que le explique…

Glennard se apartó, impaciente. Los hombres del club —excepto los implicados en el asunto— estaban ya hartos de la patente de Dinslow, pero ninguno más que Glennard, que, buen conocedor de sus méritos, la situaba a la cabeza de su deprimente catálogo de oportunidades perdidas. Siempre había mantenido una relación cordial con Dinslow, y las apremiantes ofertas de éste para que se metiera en el negocio eran la confirmación de su incapacidad para conseguir que la suerte le fuera propicia. Algunos de los hombres que se habían parado a escuchar ya iban vestidos de noche; otros tenían que ir a cambiarse. Glennard se sentía humillado, consciente de que si tardaba en marcharse se debía sólo a la miserable esperanza de que alguien le invitara a cenar. La señorita Trent le había dicho que esa noche asistiría a la ópera con su rica tía, y si Glennard tenía la suerte de conseguir que le invitasen podría reunirse con ella allí sin tener que hacer un gasto adicional.

Deambuló por la sala intentando mostrar desinterés; pero, aunque lo saludaron con afabilidad, nadie lo invitó. Sin duda, aquellos hombres que podían permitirse pagar sus cenas, que no tenían que recurrir a invitaciones como si fueran mendigos revolviendo la basura en busca de un mendrugo, ya estaban comprometidos. Pero no… cuando Hollingsworth dejaba el reducido grupo alrededor de la mesa, un joven admirador lo reclamó:

—¡Holly, espere! ¡Venga a cenar!

Hollingsworth se volvió hacia él con cara de pocos amigos, mostrando el perfil menos favorable de un rostro mejor terminado.

—Lo siento, no puedo. Tenemos un festín de fieras en casa.

Glennard se dejó caer en un sillón. ¿Por qué ir a casa a cambiarse con esta lluvia? Era de locos coger un taxi hasta la ópera, aunque al fin y al cabo, más de locos era aún asistir. Sus constantes encuentros con Alexa Trent resultaban tan injustos para la joven como fatigosos para él. Ya que no podía casarse con ella, era hora de apartarse y dejar el camino libre a alguien mejor situado… Y había que admitir la irónica circunstancia de que, si de conveniencia se trataba, Hollingsworth entraba en el grupo de los posibles candidatos.

CAPÍTULO DOS

Cenó solo y se fue a casa andando bajo la lluvia. En la Quinta Avenida apreció el húmedo destello de los carruajes que se dirigían a la ópera, y, encolerizado con las insignificantes restricciones que lastraban todos sus deseos, tomó la primera calle lateral. Era ridículo renunciar a la ópera, no porque pudiese resultar aburrida, sino porque el experimento podría salirle caro.

En la sala de estar el tácito consentimiento de lo inanimado había enfocado la luz de la lámpara en una fotografía de Alexa Trent, encuadrada en el obligatorio marco de plata y colocada en el trono que, durante mucho tiempo, había ocupado Margaret Aubyn, según la memoria se encargaba de recordarle. Ahora bien, las virtudes de la señorita Trent justificaban de manera inmisericorde esa usurpación, pues tenía ese tipo de belleza que es resultado del feliz equilibrio entre cuerpo y espíritu. No muchas mujeres ponen de acuerdo los labios y los ojos con un carácter singular, y muchas de ellas se pasan la vida tras una máscara que apenas consigue expresar la ansiedad que les causa la cuenta del carnicero o su incapacidad para captar una broma. En la señorita Trent, en cambio, rostro y mente ofrecían el mismo contorno severo. Parecía una diosa Justicia extraída del cuadro de algún célebre pintor florentino, y Glennard estaba convencido de que su más destacado atributo, o al menos el atributo al que su conducta daba una expresión más consecuente, era el de poseer una suerte de apasionado sentido de la justicia: la intuitiva justicia femenina, que es mucho menos común que la razonada imparcialidad. Las circunstancias se habían aliado de manera trágica para transformar ese instinto en hábito consciente. Conocía el lado oscuro de la vida mejor que la mayoría de las jóvenes, aquella continua tendencia a quebrantar las actitudes más nobles. El infortunio y la pobreza planearon sobre su infancia y no la atacaban los refulgentes delirios sobre lo que es la vida que, se supone, son el culmen de la gracia juvenil. Esa capacidad, que la investía de una sensatez conmovedora, complicaba la situación de Glennard aún más que si estuviese cortejando a una princesa. No necesitaban de gran cosa, sabían muy bien cómo apañárselas, pero también sabían, y ella se lo recordaba constantemente, que sin ese algo, por poco que fuera, el futuro que soñaban se desvanecería.

La exasperación de Glennard se aguzó al contemplar el retrato. Estaba harto y avergonzado del papel que desempeñaba. Llevaba dos años amándola con una ternura sosegada que iba cobrando hondura y tamaño conforme se acercaba a la plenitud; él estaba convencido de que podrían alcanzarla, y esa certeza aumentaba su dolor. Hay ocasiones en que la fidelidad de la mujer con la que uno no puede casarse es casi tan enojosa como la de aquélla con la que uno no se casaría nunca.

Glennard giró hacia lo alto la lámpara de lectura y removió el fuego. Tenía una larga noche por delante y quería ahuyentar los malos pensamientos con algo de actividad, por lo que esparció sobre la mesa los documentos que se había traído de la oficina y se puso a trabajar.

Debía de haber pasado una hora cuando se vio a sí mismo introduciendo de manera automática una llave en la cerradura de un cajón. No tenía más nociones que las de un sonámbulo del proceso mental que lo había conducido a actuar de modo semejante. Tan sólo era vagamente consciente de haber apartado los papeles y los pesados volúmenes de piel de becerro que un momento antes configuraban su horizonte y de haber extendido en su lugar, sin muestras de voluntad aparente, el paquete que había extraído del cajón.

Las cartas se repartían en fajos de treinta o cuarenta y eran muchos. En algunos de los sobres la tinta se había borrado y en otros, los que tenían matasellos inglés, permanecía fresca. Sólo hacía tres años que había muerto y le había escrito cartas, en intervalos cada vez más largos, hasta el final…

Deshizo uno de los fajos: pequeñas notas escritas durante sus primeros encuentros en Hillbridge. Cuando terminó la universidad, Glennard empezó a trabajar en el bufete que su tío tenía en la añosa ciudad universitaria. Fue allí donde, en la casa del profesor Forth, el padre de ella, había visto por primera vez a aquella joven que más tarde sería conocida, esencialmente, por haber regresado al fuero paterno después de dos años de infeliz matrimonio.

Por aquel entonces Aubyn era una joven entusiasta y con un tinte trágico, una mente compleja y modales inmaduros. La cruda experiencia del matrimonio la había armado con un arsenal de opiniones generales que explotaban como bombas en el ambiente académico de Hillbridge. Sin embargo, por paradójico que fuese, había tenido la suficiente fortuna al elegir marido como para dar con uno con tal facilidad para meterse en problemas que el hecho de abandonarlo tuvo la dignidad de un manifiesto:

la convirtió en portavoz de las esposas ultrajadas. En este sentido era apreciada por esa parte mayoritaria de la sociedad de Hillbridge que no es nada indulgente con las peleas conyugales y que, sin embargo, obtenía un placer proporcional por poder darse un festín aderezado con una buena ración de escándalo. Gracias a ello la señora Aubyn se ganó de tal modo la simpatía de las damas de la universidad, que estuvieron dispuestas desde el principio a consentirle una mayor libertad de expresión y de acción que la que se solía permitir a las malas esposas de Hillbridge, donde la desgracia aún era considerada como un castigo que ponía a la gente en su lugar, para que sintiera la superioridad de los vecinos. La joven privilegiada combinaba cierta timidez personal con una audacia intelectual que era como una desviada necesidad de coquetería: daba la sensación de que, de haber sido más guapa, en lugar de ideas, hubiera tenido emociones. Por aquel entonces era ya lo que siempre había sido: un genio capacitado para hacer las observaciones más agudas, pero cuando se trataba de afrontar su propia sensibilidad, era notable su falta de criterio. La psicología le fallaba allí donde suele servir a la mayoría de mujeres, y era perceptible que su cabeza jamás sería un buen guía para su corazón. Pero a Glennard nada de todo eso podría haberle importado durante aquel primer año de relación. Estaba en una edad en la que todas las gracias y regalos no son más que simples alimentos indiferentes para el salvaje egoísmo de la juventud. Al procurarse la compañía de Aubyn, aceptaba por mera intuición una inclinación a la excelencia que fuera garantía de su propia superioridad. Que la mujer más inteligente de Hillbridge le mostrase su simpatía era un bálsamo para sus ansias de distinción: a nadie se le ocultaba que estaba convencido de que merecía un lugar mejor que aquel. Pero no es que Glennard fuera vanidoso. La vanidad se contenta con el más burdo sustento, y no hay paladar más exquisito que el de quien saborea la desconfianza en uno mismo. Para un joven con las aspiraciones de Glennard, el estímulo de una mujer inteligente representaba el éxito absoluto. Después, cuando empezara a tantear el terreno, a establecerse, ya no necesitaría de su apoyo, pero sí se sirvió de él para allanar el camino de un periodo donde a menudo triunfaban la inseguridad y el desánimo.

Pero sería injusto presentar su interés por Aubyn como calculado. Era tan instintivo como el amor y lo único que separaba ese interés del amor era una ligerísima desviación de la línea de belleza marcada por la curva de los labios de Aubyn. Cuando se conocieron, ella acababa de publicar su primera novela, y Glennard, que después emplearía su impaciencia de hombre ambicioso hacia las mujeres distinguidas, era lo bastante joven como para dejarse deslumbrar por la fama que había adquirido Aubyn. Era el tipo de libro que hace que las mujeres mayores bajen la voz para hablar de él a escondidas y susurren «madre mía», y que Glennard ensalzaba con ese conocimiento superior del mundo que le permitía tomarse con la mayor naturalidad aquellos sentimientos que la universidad reprobaba. Todavía tenía más encanto oír en los salones académicos el eco de los descaros de Aubyn, que sobrepasaban los de sus páginas impresas. La independencia intelectual daba un toque de camaradería a su intimidad, prolongando la ilusión de compañerismo basada en un feliz intercambio de herejías. Aubyn y Glennard eran, el uno para el otro, un guiño de complicidad a espaldas del ídolo de Hillbridge: caminaban juntos bajo esa luz de joven omnisciencia de la que el destino excluye, curiosamente, a los mayores.

Los maridos con fama de inoportunos pueden serlo hasta la hora de la muerte, y esa fue la venganza que el señor Aubyn se tomó con respecto a su ultrajada esposa, dos años después de que ésta regresase a Hillbridge. Murió en el preciso momento en que Glennard había empezado a hablar mal de ella. No es que le aburriera, no, era algo infinitamente peor: lo hacía sentirse inferior. La sensación de afinidad intelectual había sido gratificante para su ambición inicial, pero conforme se iba conociendo mejor a sí mismo, también la iba comprendiendo mejor a ella. Y si en ocasiones un hombre puede sentirse halagado por la superioridad moral de su esposa, el dominio intelectual de ésta no se verá nunca atenuado por cualquier tributo que se le haga a las facultades de él. Pero la admiración es como una contractura muscular, y en Glennard se iba forjando la opinión de que la inteligencia, en una mujer, no era más que el anverso de la belleza. En cuanto a belleza, Aubyn no podía quejarse, y aunque tenía suficiente como para sacarlo de quicio porque no sabía cómo emplearla, parecía ignorar todos los nimios artificios que las mujeres utilizan para paliar sus defectos o convertirlos en virtudes. Era como si los vestidos que se ponía no fueran suyos. Su ropa tenía un aire impersonal, como si hubieran pertenecido a otra persona que, por una urgencia que se había convertido en crónica, se las hubiese prestado. Conocía tan bien sus defectos que trataba de paliarlos con apresuradas imitaciones de las modelos más conocidas. Pero ninguna mujer incapaz de vestirse dejándose llevar por el gusto, sabrá hacerlo dejándose llevar por la razón, y, de alguna manera, los plagios de Aubyn, por emplear una metáfora de su oficio, siempre parecían sacados de contexto.

Pero el genio de poco le sirve a una mujer que no sabe peinarse. La celebridad que obtuvo Aubyn con su segundo libro no consiguió que Glennard cambiase de idea, y, a lo sumo, tuvo el efecto negativo de alejarla aún más del foco de sus simpatías. Todos somos esclavos del tiempo, y el destino perverso impuso la cronología del romance de Margaret Aubyn de manera tal que cuando su marido murió, Glennard sintió que acababa de perder a un amigo.

No estaba en su naturaleza practicar la crueldad sin necesidad, y aunque se encontraba en la invulnerable posición del hombre que no ha dado motivos de queja nunca a una mujer, salvo el de consentir que ella creyese que la amaba, por nada del mundo hubiera hecho evidente su ventaja mediante una traición o mostrando indiferencia. Durante el primer año de viudedad, la amistad entre ambos se prolongó cansina con un vacilante renacimiento de los sentimientos que se iría convirtiendo poco a poco en un banquete de platos vacíos a los que nunca se les retiró la tapa. Luego Glennard se marchó a vivir a Nueva York, y los desvaídos placeres de su relación dieron paso a la relativa novedad de la correspondencia. Curiosamente, al principio sus cartas la acercaron más a él que su propia presencia. Ella adoptó, y mantuvo con éxito, un tono tan impersonal como el de Glennard: escribía con pasión acerca de su trabajo, se interesaba por el de Glennard, y hasta bromeaba con él sobre la inevitable y joven belleza que, estaba convencida, no tardaría en desviar el curso de sus confidencias. Para Glennard, que era casi un extraño en Nueva York, ver la letra de Aubyn suponía oír una voz que le consolaba en un entorno que no parecía haberse dado por enterado de su presencia. Su vanidad encontró un placer retrospectivo en el sentimiento que su corazón había rechazado, y su emoción ficticia lo condujo un par de veces a Hillbridge, de donde, tras escenas de evasiva ternura, regresaba insatisfecho con ella y consigo mismo. Mientras se hacía un hueco en Nueva York y conseguía llenar el espacio que había vaciado con nuevas amistades de jóvenes agradables y seguros de sí mismos, consideraba natural deducir que Aubyn estaría haciendo lo mismo con el vacío que había provocado su marcha. Pero es raro que en las disoluciones sentimentales las dos partes retiren sus inversiones a la par, y Glennard acabó por comprender que él había representado una apuesta demasiado arriesgada mediante la cual Aubyn se lo había jugado todo. Y ese papel no le interesaba. No quería remordimientos de conciencia y habría preferido sembrar unas veloces semillas de olvido en los huecos que habían dejado sus irreflexivas incursiones, pero aunque él sembrara esas semillas, Aubyn hubiese tenido que encargarse de recoger la cosecha. De hecho, la actitud de Aubyn parecía subrayar a su manera lo razonable de la idea y, por lo tanto, puede que ambos hubieran sido lo bastante previsores y ahorrativos en la inversión de sus afectos.

No es que Aubyn pretendiera recibir los frutos de la generosidad de él a modo de pensión. Él sabía que tras el pequeño cambio sentimental que se había producido, ella prefería no seguir viviendo: sólo se alimentaba de su propia y arraigada pasión, y las indulgencias que ésta le proporcionaba otorgaban a Glennard la vaga certeza de que atesoraba el secreto de alguna alquimia inagotable.

Esta ternura negativa siguió alimentando sus relaciones hasta que, de repente, ella le comunicó su decisión de marcharse al extranjero. Su padre había muerto, nada la ataba ya a Hillbridge y Londres le ofrecía mejores oportunidades que Nueva York para ampliar sus horizontes. Ya era famosa y había llegado la hora de recoger sus laureles.

Por un momento, la noticia despertó en Glennard el celoso sentimiento de las oportunidades perdidas. Quería reafirmar su poder a toda costa antes de que ella hiciese el último esfuerzo por escapar. Hacía casi un año que no se veían, pero, por supuesto, no podía dejarla ir sin que se vieran, así que ella fue a Nueva York el día antes de que partiera y pasaron esas últimas horas juntos.

Glennard no tenía planes: pensaba sólo en dejarse llevar. Se dejaron arrastrar durante muchas horas por las lánguidas corrientes del recuerdo. Ella permaneció sentada sin hacer nada, dejando que él se abriera paso por los desaliñados canales del pasado, hasta que decidió recordarle que era mejor poner punto final a tales exploraciones. Él se levantó decidido a marcharse y se quedó observándola confundido por la misma incertidumbre que albergaba en su corazón. Ya estaba cansado de ella —siempre lo había estado— aunque no estaba seguro de querer que se fuera.

—Puede que no volvamos a vernos —le dijo, como apelando con seguridad a su compasión. Su mirada lo envolvió.

—En cambio, yo te seguiré viendo siempre… ¡Siempre!

—¿Por qué te marchas entonces? —se le escapó.

—Para estar más cerca de ti —respondió ella, y sus palabras fueron como un portazo en las narices.

La puerta ya no se volvería a abrir, pero conforme pasaron los años, Glennard iba cobrando conciencia de que una luz inextinguible se colaba por la estrecha rendija y llevaba su minúsculo rayo hacia un pasado que apenas consumía una ínfima parte de su propio aceite conmemorativo. Sin embargo, la conversión gradual de la señora Aubyn en celebridad universal restó a ese pensamiento su carga de reproches. Al transformarse en personaje había dejado su condición de persona con tal naturalidad que Glennard podía volver la vista y analizar su carácter como si visitara un sepulcro célebre, inmortal y, en cierta manera, profanado por la veneración popular.

Sus cartas siguieron llegando desde Londres con la misma puntualidad exquisita, pero los cambios que acontecían en su vida, la perspectiva de nuevas relaciones que se revelaba en cada una de sus frases, llenaban las misivas de la impersonalidad propia de los textos periodísticos. Era como si el país o, mejor dicho, el mundo entero, la hubiese arrancado de los brazos de Glennard y hubiera aceptado ocuparse de un temperamento que hacía ya mucho tiempo había agotado sus escasas reservas de dependencia.

Era incapaz de entender el significado concreto de unas cartas que irradiaban luz retrospectiva. La literatura no le interesaba y al principio las consideró como una extensión de su brillante conversación: más tarde, se revelarían como el temido vehículo de un trágico asedio. Por supuesto sabía que eran extraordinarias: a diferencia de los autores que regalan su esencia al público y dejan para los amigos la cáscara seca, Aubyn había reservado la más excepcional de sus cosechas para el recóndito sacramento del cariño. Lo cierto es que a veces Glennard se sentía oprimido, casi humillado, por la multiplicidad de alusiones, por el amplio alcance de sus intereses, por la insistencia en intentar introducir a la fuerza la exuberancia de su pensamiento y sus emociones en el diminuto recipiente de su simpatía, pero nunca alcanzó a pensar en las cartas de manera objetiva, como la obra de una mujer distinguida, nunca había considerado la importancia literaria de esa opresiva prodigalidad. Ahora, el tesoro que tenía entre las manos, casi le daba miedo. Nunca le había pesado tanto la obligación de su amor como este regalo de tener que imaginársela: era como si hubiera aceptado de ella algo que no habría exigido si el cariño hubiera sido recíproco.

Se quedó sentado un buen rato contemplando las hojas esparcidas encima del escritorio; y al percatarse de repente de su relevancia, se las imaginó transmutadas en oro gracias a un proceso alquímico que se producía mientras las miraba. Tenía la sensación de que no estaba solo en la sala, de que otra presencia lo estaba observando y de que esa presencia carecía de los impulsos subconscientes que ahora le anidaban en los surcos de la frente con oleadas de humillación. Se levantó al fin, y con el ademán propio de un hombre que ansía materializar su propósito —buscando, por decirlo así, una coartada moral— apiló las cartas y las llevó junto a la chimenea. Quemar los fajos le habría llevado demasiado tiempo. Regresó a la mesa y, una a una, fue metiendo las hojas en los sobres. Después los ató para introducirlos otra vez en el cajón, bajo llave.

CAPÍTULO TRES

Una de las constantes de la relación entre Glennard y la señorita Trent era que él siempre la visitaba al día siguiente de haber tomado la decisión de romper con ella. Esos movimientos arrancados de las fauces de la renuncia tenían un encanto especial, pero en esta ocasión Glennard había exagerado su importancia hasta el punto de que apenas podía apreciar la gravedad añadida en el recibimiento que ella le brindaba.

Había interiorizado sus sentimientos hacia ella de un modo tan vital que su cercanía tenía la capacidad de hacerle reajustar, de manera imperceptible, su punto de vista, por lo que las confusas lecciones de la experiencia se derrumbaban de repente ante un examen racional. Esta redistribución de los valores hacía que el melancólico viaje al pasado de la noche anterior quedase reducido a una mera nube en los límites de la conciencia. Tal vez el único favor que una mujer rechazada puede hacerle al hombre al que ama es realzar y prolongar las ilusiones de éste hacia su rival. El recuerdo de Margaret Aubyn estaba destinado a servir de contraste a la presencia de Alexa Trent, y la pobre mujer nunca había puesto de mayor relieve la figura de su sucesora.

La señorita Trent tenía el encanto de las aguas mansas que son renovadas por rápidas corrientes. Su superficie se mantenía en calma cuando prestaba atención a las demostraciones de atención de los demás y sólo en los días de tormenta sentía la presión de las mareas. Esta indefinible compostura era quizá su mejor virtud a ojos de Glennard. La reserva, en algunos caracteres, les lleva a cerrar habitaciones vacías o disimular incómodas molestias, pero para Glennard las reticencias de la señorita Trent eran como la puerta cerrada de un templo, y ser consciente de que tras esa puerta había un tesoro escondido le bastaba para mantenerse felizmente a la espera con las excesivas expectativas de un neófito.

—No viniste anoche a la ópera —dijo ella para romper el hielo, en aquel tono suyo que parecía querer más informar de un hecho que reflexionar sobre él. Glennard respondió con un gesto de desánimo.

—¿Para qué? Ni siquiera hubiéramos podido hablar.

—No tan bien como aquí —asintió ella después de meditarlo un instante—. Como no viniste, hablé con la tía Virginia.

—¡Ah! —dijo él, y la información le sorprendió tanto que dejó de mirarle las manos, que habían adoptado, como de costumbre, una postura de refinada plasticidad. Era como si sus manos se movieran sólo con algún propósito, pues llegaban a protagonizar intervalos de serena inactividad.

—Tuvimos una larga charla —siguió la señorita Trent y se detuvo un momento antes de añadir, con esa falta de énfasis con la que habituaba a tratar los asuntos más serios—: la tía Virginia quiere que viaje con ella al extranjero.

Glennard, dando un respingo, levantó la vista.

—¿Al extranjero? ¿Cuándo?

—Ya… El mes próximo. Estaríamos fuera dos años.

Hizo un movimiento de cariñosa burla.

—¿En serio? Me parece bien, yo también quiero que viajes al extranjero, pero conmigo… y durante varios años. ¿Cuál de las dos ofertas vas a aceptar?

—Parece que sólo una de ellas requiere que la considere inmediatamente —le contestó Alexa sonriendo.

Glennard la miró de nuevo.

—¿No vas a pensártelo?

Ella bajó la mirada y separó las manos. Sus movimientos eran tan parcos que podría decirse que subrayaban sus palabras.

—La tía Virginia hablaba en serio. Sería un gran alivio para mi madre y para los demás saber que alguien está en disposición de mantenerme durante dos años. Como comprenderás, debo pensármelo —se quedó mirando fijamente los bajos de su vestido que, a pesar de su aspecto renovado, procedía de los días iniciales del cortejo de Glennard—: trato de no ser muy cara, pero soy una carga.

—¡Por Dios! —gruñó Glennard.

Se sentaron en silencio hasta que, con mucho tacto, ella retomó la conversación.

—Ya sabes que, como la mayor que soy, estoy obligada a considerar este tipo de cosas. Las mujeres somos una carga… Jim hace lo que puede por madre, pero no es mucho, ya que tiene que mantener a sus hijos. Todos somos pobres, no es nada nuevo.

—Tu tía no es pobre. Podría ayudar a tu madre.

—Y lo hace… a su manera.

—Exacto… ¡Así son las relaciones con los ricos! Si estás triste, apáñatelas, pero para ser feliz hay que hacer lo que ellos digan… y ponerse su ropa vieja.

—Yo podría ser feliz con los viejos vestidos de la tía Virginia —le interrumpió la señorita Trent.

—¿En el extranjero?

—En cualquier sitio donde me sintiera útil. Y sé que si me voy al extranjero, serviré de algo.

—Ah, claro, ya veo. Y también me doy cuenta de tu habilidad para transformar sus ventajas en inconvenientes.

—¿Inconvenientes?

—Sí, porque te obsesionas con aquello de lo que vas a alejarte en vez de pensar en lo que supondría para ti. Por supuesto que para una mujer significa mucho poder escapar de una vida como ésta —dijo Glennard evaluando con una mirada de desprecio el pobre mobiliario—. La cuestión es si soportarías volver a ella.

Ella parecía aceptar con todas las consecuencias las reflexiones de Glennard.

—Sólo sé que no me gustaría perderla.

Él retrocedió, melancólico:

—¿Ni siquiera has pensado en ello, pues? ¿Ni remotamente?

—¿En qué? —la mirada de ella se hizo más profunda. Glennard se puso en pie y paseó por la habitación. Luego se situó ante ella:

—En la posibilidad de casarte conmigo.

El rubor fue pintándole la cara poco a poco —incluso su manera de sonrojarse era prudente—, hasta que los párpados inferiores se colorearon: los labios le temblaban, pero las palabras cedieron su sitio a una sonrisa, y aguardó. Glennard volvió a pasearse por la habitación con los pasos frustrados del hombre al que la exasperación nerviosa se le escapa por cada uno de sus músculos.

—¡Y pensar que en quince años tendré un gran bufete!

—¡En menos! —le brillaban los ojos.

—¡Maldita ironía! ¿Para qué preocuparse por el hombre que seré entonces? ¡Sacrificar tu vida por un desconocido! —De repente tomó sus manos—. Irás a Cannes, supongo… a Montecarlo… Le escuché decir a Hollingsworth que pensaba navegar hasta el Mediterráneo…

—Si eso es lo que piensas —soltó sus manos.

—No, no lo hago, ojalá lo hiciera. Sería todo más fácil… —se interrumpió, de forma incoherente—. Pero quizá tu tía Virginia sí. Te induce de algún modo a Hollingsworth y al Mediterráneo —volvió a tomar sus manos—. Alexa, ¿no habrá algún escondrijo para nosotros fuera de la ciudad?

—Ojalá lo hubiera —suspiró, medio rendida.

—Uno de esos sitios donde bromean sobre los mosquitos —la alentó —, ¿te las apañarías con un solo sirviente?

—Y tú, ¿te las apañarías sin tus botas bien lustradas?

—¡Entonces prométeme que no te irás!

—¿En qué estás pensando, Stephen?

—No lo sé —tartamudeó, pues sus intenciones habían cobrado nuevos bríos con la pregunta—. Aún está todo en el aire, claro, pero el otro día me hicieron una buena oferta…

—¿Es una especulación tuya? —exclamó ella con una especie de terror supersticioso.

—No, por Dios. Se trata de algo seguro… Casi preferiría que no lo fuera, quiero decir, que puede que salga bien —se le apareció entonces, de manera repentina, la tentación en toda su magnitud. ¡Si no hubiera estado tan seguro de Dinslow! Pero su convicción otorgaba a la situación el elemento de seguridad que necesitaba.

—No te entiendo —vaciló ella.

—¡Confía en mí! —imploró él, con brío renovado. Y volviéndose hacia ella, de pronto, concluyó—: Sabes que si te vas, te irás libre.

Ella se echó hacia atrás, ligeramente más pálida.

—¿Por qué me lo pones tan difícil?

—Para que sea más fácil para mí —respondió.

CAPÍTULO CUATRO

La tarde siguiente Glennard salió de la oficina más temprano de lo habitual y, de camino a casa, se detuvo en una biblioteca pública.

Era la hora del cierre y estaba solo, por lo que el bibliotecario pudo dedicarle atención personalizada en su indecisa petición de cartas… epistolarios. El bibliotecario le sugirió Walpole.

—Me refería a mujeres… Cartas de mujeres.

Le recomendó entonces Hanna More y la señorita Martineau.

Glennard maldijo su dificultad para expresarse.

—Quería decir cartas… a otra persona… a un hombre: su marido… o…

—Ah —dijo el bibliotecario inspirado—: Eloísa y Abelardo.

—Bien… ¿quizá algo más reciente? —dijo Glennard con delicadeza —. ¿No escribió Merimée…?

—En ese caso las cartas de la mujer no se publicaron.

—Ya lo sé —respondió Glennard, enojado por su metedura de pata.

—Están las cartas de Georges Sand a Flaubert.

—¡Ah! —Glennard titubeó—. ¿Ella era…? ¿Eran…? —se irritaba por su ignorancia acerca de los recovecos sentimentales de la literatura.

—Si busca cartas de amor, tal vez le sirvan algunas de las correspondencias del dieciocho francés: Mademoiselle Aïssé o Madame de Sabran…

Glennard, sin embargo, insistió:

—Prefiero algo moderno… inglés o americano. Necesito buscar una cosa —concluyó sin convicción alguna.

El bibliotecario sólo pudo sugerirle que probara con George Eliot.

—De acuerdo. Deme entonces algunas de las francesas. Y me llevaré también las de Merimée. Fue la mujer quien las publicó, ¿verdad?

Acarreó, los libros desde el umbral hasta él taxi que lo llevó a casa. Cenó solo y deprisa en un pequeño restaurante cercano y volvió enseguida a sus libros.

Esa noche, ya muy tarde, se desnudó pensando en el impulso deleznable que le había obligado a dirigir aquellas últimas palabras a Alexa Trent. Ya era lo suficientemente perverso interponerse en las oportunidades de la joven, apartándola de otros hombres, pero era peor si cabe justificar su debilidad pintándole el futuro con falsas y ambiguas ilusiones. Se vio a sí mismo hundiéndose cada vez más hondo por la cobardía de sus sentimientos al renunciar a dejarla marchar, y se dio asco al pensar que el más alto sentimiento del que se suponía capaz estaba intoxicado con semejantes principios.

La visión de su letra apenas lo animó cuando se despertó. Abrió la nota y leyó las escasas líneas —raramente se excedía de una página— con esa aprensión tan lúcida que siempre precede a una desgracia.

Mi tía parte en barco el sábado y debo responderle pasado mañana. Por favor, no vengas hasta entonces… Quiero tomar yo sola la decisión. Sé que debería ir. ¿Por qué no me ayudas a hacer lo correcto?

Por tanto, ya estaba decidido. La ayudaría, no se interpondría en su camino, la dejaría ir. Durante dos años había estado viviendo la vida de otro hombre más afortunado y había llegado el momento de recuperar la suya propia. Ya no trataría de mirar adelante, de buscar a tientas su camino en el eterno laberinto de las dificultades materiales; una triste resignación se cernía sobre él como una niebla.

—¡Hola, Glennard! —gritó alguien cuando se apeaba de un tranvía en una esquina de la zona residencial aquella tarde. Glennard alzó la vista y se encontró con la sonrisa interrogante de Barton Flamel, que desde el bordillo miraba cómo se alejaba el tranvía con ojos de filósofo convencido de que no tardará en venir otro.

Glennard sintió su habitual impulso de satisfacción al encontrarse a Flamel, pero esta vez no se vería reducido por el desdén con el que, frecuentemente, se saldaban sus encuentros. Seguramente ninguno de los pocos hombres que habían conocido a Flamel desde su juventud podría haber dado una buena razón para explicar el vago recelo que inspiraba. Hay personas a las que se juzgan por sus actos y a otras por sus ideas, quizá la mejor manera de definir a Flamel sea decir que su famosa mirada de indulgencia solía dirigirse hacia su propio ombligo sin reserva alguna. Puede que las mentes sencillas se ofendieran al descubrir que todas sus opiniones se basaban en meras impresiones, pero no pesaba contra él más cargo que el de la duda acerca de cómo reaccionaría en un caso de urgencia, y su compañía se consideraba una de esas disipaciones un poco desagradables que la gente prudente puede soportar de vez en cuando. Ahora se le ofrecía a Glennard como una fácil escapatoria de su obsesión por los problemas morales, que, del mismo modo que los roquetes desentonan en la calle, no podían lucirse en presencia de Flamel.

—¿A dónde va? ¿Al club? —preguntó Flamel, y al ver que el hombre más joven asentía, añadió—: ¿Por qué no viene a mi estudio? Es mejor soportar a un solo pelmazo que, a veinte, ¿no cree?

El apartamento al que Flamel se refería como estudio sólo hacía honor a ese nombre por un atril siempre vacío: el resto del espacio había sido ocupado con pruebas de un minucioso diletantismo. El entorno parecía la visible expresión de la amplitud de miras de su propietario y en él destacaban hileras de buenos libros que reflejaban la principal preocupación de Flamel.

Mientras su anfitrión se ocupaba en descorchar una botella de agua mineral Apollinaris, Glennard examinó las hileras de cálido tafilete con ojos de inexperta curiosidad.

—Tiene una espléndida colección de libros —le dijo.

—Son bastante decentes —afirmó Flamel con el tono cortante del coleccionista que no habla de su pasión por miedo a quedarse sin tema de conversación. Luego, con las manos metidas en los bolsillos, como Glennard, empezó a recorrer mecánicamente la larga fila de estanterías.

—Algunos hombres —añadió Flamel sin poder resistirse— piensan que los libros son meramente herramientas, y otros simples estampaciones. Yo creo que son ambas cosas. Hay días en los que los uso como decorado y otros como compañía: así que, como ve, mi biblioteca representa un compromiso improvisado entre la apariencia y la inteligencia, y los coleccionistas me desprecian casi tanto como los estudiantes.

Glennard no respondió, siguió inspeccionando libros de manera mecánica. Sus manos se deslizaban curiosas sobre las suaves cubiertas y recorrían con silenciosa calma las tripas. De pronto llegó a un fino volumen de desteñido manuscrito y con desganado asombro preguntó:

—¿Qué es esto?

—Ah, ese es el estante de los manuscritos… Últimamente me ha dado por ellos —Flamel se acercó y miró por encima de sus hombros—. Eso es de Stendhal —una de las historias italianas—, y ahí hay unas cartas de Balzac a Madame Commanville.

Glennard cogió el libro con súbito entusiasmo.

—¿Quién era Madame Commanville?

—Su hermana —se dio cuenta de que Flamel lo miraba con esa sonrisa que era como una interrogación—. No sabía que le interesaban este tipo de cosas.

—Y no me interesan… al menos nunca se me ha presentado la ocasión. ¿Tiene más colecciones de cartas?

—Por Dios, no… Muy pocas. Acabo de empezar y casi todas las más interesantes no están a mi alcance. Sin embargo, aquí guardo una pequeña recopilación, es lo más raro que tengo: media docena de cartas de Shelley a Harriet Westbrook. Tardé una eternidad en conseguirlas… muchos coleccionistas andaban tras ellas.

Glennard le quitó el volumen de las manos y miró con aversión las horas amarillentas intercaladas entre sus páginas.

—Fue aquélla que se ahogó, ¿verdad?

—Supongo que ese pequeño episodio aumenta su valor un cincuenta por ciento —asintió Flamel, pensativo.

Glennard dejó el libro. Se preguntaba qué hacía reunido con Flamel. No estaba de humor para disfrutar de la charla de aquel hombre y percibió cómo se recrudecía su desdicha personal hasta convertirse en una marea helada.

—Creo que debo marcharme —dijo—. He olvidado un compromiso.

Se dio la vuelta para salir, pero en ese preciso instante fue consciente de la ambigüedad de sus intenciones, pues el aparente deseo de marcharse se revelaba como un último esfuerzo de su voluntad frente al anhelo dominante de quedarse y desahogarse con Flamel.

El hombre, como adivinando su preocupación, lo retuvo agarrándolo del brazo.

—¿Esa cita no puede esperar? Siéntese y pruebe uno de estos cigarros. No tengo la suerte de verle por aquí a menudo.

—Supongo que no me queda alternativa —respondió Glennard vagamente, y volvió a sentarse.

Flamel había arrimado una pequeña tarima con una botella de Apollinaris y una licorera de coñac y, recostado en su amplio sillón, lo escrutaba a través de una nube de humo con la cómoda tolerancia de un hombre que no necesita que le expliquen las incongruencias. La complicidad flotaba en el aire. Era el tipo de atmósfera en la que lo escandaloso pierde su contorno y Glennard fue sintiendo cómo sus nervios se relajaban poco a poco.

—Supongo que debe de pagarse una fortuna por esas cartas —se oyó preguntar, mirando en la dirección del volumen que antes había cogido de la estantería.

—Bueno, depende de las circunstancias —Flamel lo observaba, pensativo—, ¿está pensando en hacerse coleccionista?

Glennard rio.

—Cielo santo, no, Al revés.

—¿En vender?

—No sé muy bien. Estaba pensando en un pobre tipo…

Flamel llenó la pausa asintiendo con interés.

—Un pobre tipo al que conocía… murió… murió el año pasado… y me dejó un montón de cartas que según él eran muy… me tenía en gran estima y me las dejó sin reservas con la idea, supongo, de que me beneficiara de algún modo… no sé… no sé mucho de estos asuntos… —estiró la mano hasta alcanzar el vaso que su anfitrión le había vuelto a llenar.

—Una colección de cartas autobiográficas, ¿eh? ¿Algún nombre célebre?

—Bueno… sólo uno. Son cartas que le escribió… una persona, ya me entiende; una mujer, de hecho…

—Ah, una mujer —dijo Flamel con descuido.

A Glennard le molestó su obvia falta de interés.

—Pero creo que tendrían una gran repercusión si se publicaran.

Flamel aún parecía desinteresado.

—Cartas de amor, supongo…

—Sólo… las cartas que una mujer escribiría a un hombre al que conocía bien. Eran grandes amigos.

—¿Y escribió alguna carta inteligente?

—¿Inteligente? Era Margaret Aubyn.

El silencio inundó la habitación. Glennard tuvo la sensación de que sus palabras habían manado como la sangre de una herida.

—¡Madre mía! —exclamó Flamel irguiéndose—, ¿una colección de cartas de Margaret Aubyn? ¿Y ha dicho que usted es el dueño?

—Me las dejó… mi amigo.

—Comprendo. ¿Y él era…? En fin, no importa. Van a felicitarle como poco. ¿Qué piensa hacer con ellas?

Glennard se incorporó con una sensación de cansancio en todos sus huesos.

—Pues no lo sé. No lo he pensado mucho. Acabo de enterarme de que alguien está escribiendo su biografía…

—Joslin, sí. ¿No ha pensado en dárselas a él?

Glennard vagó por la sala y se quedó mirando un Baco de bronce que apoyaba su adornada cabeza sobre el frontispicio de un armario italiano.

—¿Qué debería hacer? Usted es la persona adecuada para aconsejarme —sintió la sangre agolparse en sus mejillas mientras hablaba.

Flamel se sentó, reflexionando.

—¿Qué quiere hacer con ellas? —preguntó.

—Quiero publicarlas… —dijo Glennard, girándose en redondo con repentina energía—. Si puedo…

—¿Si puede? ¿No ha dicho que son suyas?

—Llegaron bastante rápido a mis manos. No hay nadie que pueda impedirlo… Quiero decir que no hay restricciones… —se detuvo ante la sensación de que esta acumulación de pruebas de impunidad parecía actuar precisamente en contra de sus actos.

—Y creo que la señora Aubyn no tenía familia, ¿verdad?

—No.

—Entonces no se me ocurre quién podría interferir —dijo Flamel, examinando la boquilla de su cigarro.

Glennard había vuelto su ciega mirada hacia una extasiada Santa Catalina enmarcada en oro empañado.

—Las cosas son así —volvió a empezar, haciendo un esfuerzo—: cuando las cartas son tan personales… como las de mi amigo… bueno, no me importa confiarle que el dinero me cambiaría la vida; tanto que me oscurece el juicio… la cuestión es que si pudiera hacerme con unos pocos miles ahora, podría meterme en algo grande; y sin riesgos; y quisiera saber si usted considera que eso lo justifica… considerando las circunstancias… —la garganta se le había secado.

Un instante más tarde pensaba que no podía haber caído más bajo. En realidad estaba menos avergonzado de sopesar la tentación que de presentarle sus escrúpulos a un hombre como Flamel y de fingir que apelaba a sentimientos de delicadeza cuya ausencia había calculado conscientemente. Pero había llegado a un punto donde cada palabra parecía forzar la siguiente, igual que la ola del arroyo se ve obligada a avanzar por la fuerza que la empuja; y antes de que Flamel pudiera abrir la boca, titubeó.

—¿Entonces no cree que la gente hablará… que pueda criticar al hombre…?

—Pero el hombre está muerto, ¿no?

—Sí, está muerto, pero… ¿puedo asumir yo la responsabilidad sin…?

Flamel vaciló y casi de inmediato los escrúpulos de Glennard cedieron paso al enfado. ¡Como Flamel pusiera alguna traba a estas alturas…!

Pero la respuesta del hombre lo tranquilizó.

—¿Por qué habría usted de asumir la responsabilidad? Su nombre ni siquiera aparecerá, por supuesto; y no veo que debiera hacerlo el de su amigo tampoco. Él no es famoso, ¿verdad?

—No, no.

—Entonces las cartas podrían ir dirigidas a un tal señor Nadie. Asunto arreglado, ¿no le parece?

Las dudas de Glennard resurgieron.

—Para el público sí, pero no veo que eso cambie las cosas para mí. La cuestión es: ¿debería publicarlas de todos modos?

—Claro que debería —dijo Flamel con estimulante énfasis—. No tiene excusas para ocultarlas. En estos tiempos cualquier cosa de Margaret Aubyn es más o menos de dominio público. Ella es un genio para todos nosotros. Me estaba preguntando cómo podría sacarles el mejor partido… para usted, me refiero. ¿Cuántas son?

—Oh, muchas… Tal vez cien. No las he contado. Puede que más…

—¡Dios! ¡Menudo botín! ¿Cuándo las escribió?

—No lo sé… quiero decir… durante años. ¿Importa mucho? —Glennard intentó alcanzar su sombrero con un ligero impulso.

—Todo importa —dijo Flamel, imperturbable—. Una prolífica correspondencia… que abarque un periodo de tiempo… resulta, obviamente, más valiosa que si la misma cantidad de cartas se hubiesen escrito en un solo año. En cualquier caso, ¿no va a dárselas a Joslin? Llenarían un libro, ¿no cree?

—Supongo. No sé cuánto cuesta llenar un libro.

—Y dice que no son cartas de amor…

—¿Por qué? —se le escapó.

—Ah, por nada… sólo que el gran público es sentimental y si lo fueran… vamos, podría usted hacer dinero con las cartas de amor de

Margaret Aubyn.

Glennard quedó en silencio.

—¿Las cartas tienen interés en sí mismas? Quiero decir, aparte de que pertenezcan a ella.

—¿Quién soy yo para juzgar eso? —Glennard se puso el sombrero y se enfundó en su abrigo—. Me imagino que no haré nada… Y, Flamel, no le hable a nadie de esto.

—No, por Dios. En fin, le felicito. Tiene algo grande —Flamel le sonreía de corazón.

Desde el umbral, Glennard se vio forzado a corresponderle, mientras preguntaba con indiferencia:

—Económicamente hablando, ¿no?

—Bastante, diría yo.

La mano de Glennard seguía en el tirador.

—¿Cuánto?… Usted entiende de estas cosas.

—Bueno, tendría que ver las cartas, pero diría… a ver… si tiene suficientes para llenar un libro, son legibles y el libro sale en el momento oportuno… pongamos diez mil al contado del editor y posiblemente uno o dos mil más en derechos de autor. Y si logra que los editores pujen entre sí aún puede sacarle más dinero, pero claro, estoy hablando a ciegas.

—Claro —dijo Glennard atacado de un vértigo repentino. La mano había resbalado del pomo y él miraba fijamente al suelo, a las exóticas espirales de la alfombra persa que tenía bajo los pies.

—Tendría que ver las cartas —repitió Flamel.

—Por supuesto… tendría que verlas… —murmuró Glennard; y sin darse la vuelta, le lanzó un «adiós» inarticulado por encima del hombro.

CAPÍTULO CINCO

Cuando Glennard la vislumbró entre los árboles, la casita no parecía más que una alegre tienda de campaña silueteada por los rayos del sol. Tenía la rigidez de un vestido veraniego recién almidonado y los geranios de la galería crecían parejos como las flores de un sombrero. El jardín prosperaba de manera irregular. Las semillas que habían sembrado al azar —entre risueñas e incompetentes ofensivas— habían crecido en un fragante desafío de su desatino. Sonrió al ver la clemátide desplegar sus puntuales alas sobre el porche. El césped era tan suave como unas mejillas lampiñas y un rosal carmesí trepaba hasta la ventana del cuarto de un bebé que nunca lloraba. La brisa hacía temblar el toldo que cubría la mesita de té, y al acercarse pudo ver a su esposa inclinada sobre una tetera a punto de hervir. La escena sugería con tanta viveza la pintada placidez de un decorado que apenas nos habría llamado la atención verla adelantarse entre las flores y gorjear su virtuosa felicidad desde la baranda de la galería.

El calor viciado del largo día en la ciudad y la polvorienta promiscuidad del tren suburbano se habían convertido en la antítesis de una noche de brisas perfumadas y tranquila conversación. Llevaban casados más de un año y cada regreso a casa aún reflejaba la frescura del primer día juntos. Si su felicidad tenía algún defecto era el de parecerse demasiado a la lúcida temporalidad de su entorno. Su amor todavía no era más que la alegre tienda de campaña de unos veraneantes.

Su mujer levantó la vista con una sonrisa. Le gustaba la vida en el campo y su belleza había ganado profundidad a partir de una calma que en algunos rostros podría haber derivado en opacidad.

—¿Estás muy cansado? —le preguntó mientras le servía el té.

—Lo bastante para disfrutar de esto —se levantó de la silla en la que se había desplomado y se inclinó sobre la bandeja para coger la leche—, ¿has tenido visita? —preguntó, advirtiendo la presencia de una taza medio vacía a su lado.

—Sólo Flamel —contestó ella con indiferencia.

—¿Flamel? ¿Otra vez?

—Acaba de irse. Tiene el barco atracado en Laurel Bay y ha venido en una calesa que le han dejado los Dresham —contestó ella sin muestras de sorpresa.

Glennard no hizo ningún comentario y ella continuó, apoyando la cabeza en los cojines de la silla de bambú.

—Quiere que el domingo que viene vayamos a navegar con él.

Glennard removió el té, pensativo. Trataba de encontrar la manera menos artificial de expresarse y su voz parecía venir de algún otro lado, como si hablara a través de una marioneta.

—¿Te apetece?

—Como tú prefieras —dijo ella, complaciente. Ninguna afectación de indiferencia podría haber sido más desconcertante que su conformidad. Y últimamente Glennard estaba empezando a sentir que la superficie que un año antes había tomado por una lámina de cristal transparente podía ser, después de todo, un espejo donde sólo se reflejara su propia concepción de lo que había detrás.

—¿Te agrada Flamel? —le preguntó de repente; ella, que seguía entretenida con el té, le devolvió una respuesta típicamente femenina.

—Creía que a ti sí.

—Por supuesto —accedió, irritado por su incorregible tendencia a magnificar la importancia de Flamel dándole vueltas al tema—; un paseo en barco sería estupendo; vayamos.

Ella no contestó y él sacó los periódicos de la tarde, que se había metido en el bolsillo al bajar del tren. Mientras los estiraba era como si su propio semblante se sometiera al mismo proceso. Echó una ojeada a la página de la Bolsa y la impertinente personalidad de Flamel desapareció tras las filas de números que avanzaban a trompicones por salir a la luz, como prolíficos portadores de buenas noticias. Las inversiones de Glennard prosperaban como su jardín: las acciones más áridas florecían en dividendos y una dorada cosecha aguardaba su hoz.

Miró a su esposa con el aire tranquilo del hombre que digiere la buena suerte con la misma naturalidad con que la tierra seca absorbe la lluvia.

—Las cosas están yendo de maravilla. Creo que podremos pasar dos o tres meses en la ciudad el próximo invierno si encontramos algo barato.

Ella le dedicó una amplia sonrisa; estaba encantada de poder decir, con cara de estar sopesando las consecuentes ventajas:

—¿En serio? Casi voy a sentirlo por el bien del bebé; pero si vamos podríamos quedarnos en la casa de Kate Erskine… ella nos la dejará por casi nada…

—Bueno, pues escríbele y pregúntaselo —le recomendó, mientras sus ojos viajaban en busca de la previsión del tiempo. Se había equivocado de página y de pronto una línea de caracteres negros le asaltó como si le tendiera una emboscada.

«Las cartas de Margaret Aubyn. Dos volúmenes. Hoy a la venta. Primera edición, con tirada de cinco mil ejemplares, agotada antes de salir de la imprenta. La segunda edición saldrá la semana que viene. EL LIBRO DEL AÑO…».

Levantó la vista torpemente. Alexa permanecía sentada con la cabeza echada: la pureza de su perfil destacaba contra los cojines, y sonreía al pensar en las posibilidades que habían abierto las últimas palabras de su marido. A su espalda, rayos de sol y sombras temblorosas recorrían el toldo listado. Una hilera de arces y un seto privado escondían los gabletes de las casas vecinas, proporcionándoles la posesión íntegra de su frondosa parcela de medio acre. Hasta hacía apenas un instante, su vida había sido como aquel trozo de tierra: cercada, aislada de impertinencias, impenetrablemente de los dos. Ahora le parecía que todas las hojas de arce, todos los brotes de su jardín representaban una implacable mirada humana que oprimía la intimidad de ambos. Era como sentarse en una habitación luminosa y sin cortinas en medio de una oscuridad repleta de observadores hostiles… Su esposa aún sonreía, y era como si su ignorancia del peligro hiciera imposible, de un modo terrible, que pudiera salvarse…

Nunca se imaginó que las cosas serían así. Después de aquellas primeras y odiosas semanas que empleó en preparar las cartas para su publicación, en enviárselas a Flamel y en negociar con los editores, la transacción le había hecho perder la conciencia, sumergiéndola en ese limbo desconocido al que relegamos los actos que preferiríamos no haber cometido, pero que no sabemos cómo deshacer. Desde el momento en que la señorita Trent le había hecho la promesa de no embarcar con su tía, su primera obligación fue para con ella: se había convertido en su conciencia. La suma obtenida de los editores gracias a las diestras manipulaciones de Flamel, oportunamente transferida a la exitosa empresa de Dinslow, le proporcionó un rendimiento que, combinado con sus ganancias profesionales, eliminaron las preocupaciones de su modo de vida, convirtiéndolo en la expresión de una elegante preferencia por la simplicidad. Aunque no habría estado mal que la mitigada pobreza consintiera en poner algunas flores en la mesa del comedor. Glennard apenas empezaba a sentir el magnetismo de la prosperidad. Los clientes que habían pasado de largo por su puerta en aquellos días de hambre ahora la buscaban sabiendo que albergaba el nombre de un hombre de éxito. Por todos era conocido que una pequeña herencia, sabiamente invertida, era la fuente de su fortuna; y pensaban que un hombre que había sacado tan buen rendimiento de su dinero podía hacer lo mismo con el de los demás.

Pero donde Glennard saboreaba las mieles del éxito era en la íntima recompensa de la felicidad de su esposa. Al haber tenido que soportar tantas estrecheces en la vida, las condiciones que Glennard le ofrecía le parecieron holgadas y encajó en su nueva vida sin tener que realizar grandes esfuerzos de adaptación, tan dolorosos para el orgullo de un marido como la importantísima reorganización del mobiliario nupcial. A cambio, Alexa le había otorgado el delicado placer de verla desarrollarse como una criatura marina devuelta a su elemento, extendiendo los atrofiados tentáculos de la vanidad pueril y el placer a la creciente marea del oportunismo. Y de algún modo, en aquella celda opaca de su conciencia que albergaba la autocrítica, la trayectoria de Glennard parecía justificada simplemente por su éxito material. ¿Cómo era posible que de aquel suelo contaminado hubiera brotado una buena cosecha?

Ahora tenía la odiosa sensación de estar entrampado en un negocio desfavorable. No sabía que las cosas serían así y una ira apagada se le iba acumulando poco a poco en el corazón. ¿Ira contra quién? ¿Contra su esposa, por ignorar su sufrimiento? ¿Contra Flamel, por ser el causante inconsciente de su mal proceder? ¿O contra el mudo recuerdo al que sus propios actos habían otorgado de repente una voz acusadora? Sí, era eso; y su castigo, de ahora en adelante, sería la presencia, la ineludible presencia, de la mujer a la que había evitado durante tanto tiempo. Ahora siempre estaría allí, como si se hubiera casado con ella en lugar de con la otra. Eso era lo que ella siempre había querido: estar con él; y al final lo había logrado…

Se incorporó de un salto, como si fuera a alzar el vuelo… y el repentino movimiento hizo que Alexa levantara la vista y le preguntara, con voz indiferente de mujer cuya vida está inmersa en un círculo mágico de prosperidad:

—¿Alguna novedad?

—No, ninguna… —contestó, con una sensación de peligro inminente.

Los periódicos estaban esparcidos a sus pies… ¿y si los viera? Estiró el brazo para recogerlos, pero lo que pensó a continuación le demostró la inutilidad del encubrimiento: el mismo anuncio aparecería todos los días, durante semanas, en todos los periódicos; ¿cómo iba a evitar que lo viera? No podía estar siempre escondiéndoselos… En fin, ¿y qué pasaría? No significaría nada para ella, lo más probable es que nunca leyera el libro… En cuanto su esposa dejó de ser un elemento temible en sus conjeturas, la distancia que los separaba pareció reducirse, y la introdujo de nuevo, por así decirlo, en el círculo de su protección conyugal… ¡Y pensar que un momento antes había estado a punto de odiarla!… Se rio en voz alta de sus miedos infundados… No estaba en sus cabales, sin duda.

—¿De qué te ríes? —le preguntó.

Muy elaboradamente, le explicó que se estaba acordando de una vieja que iba en el tren, una anciana cargada con muchos paquetes que había perdido el pasaje… Pero mientras la iba narrando, la historia parecía haber perdido su gracia, y apreció la diplomacia de la sonrisa que ella le dedicó. Consultó el reloj.

—¿No es hora de vestirse?

Alexa se levantó con tranquila desgana.

—Es una pena entrar. Se está tan bien en el jardín…

Se sentaron juntos, contemplando su dominio. A esa hora ya no quedaba espacio para la sombra del olmo en la esquina del seto: cruzó la hierba, cortó en dos la linde de flores y subió por el lateral de la casa hasta la ventana del cuarto infantil. Alexa se inclinó para sacudir una oruga de la madreselva; luego, cuando entraban en la casa, le sugirió:

—Si vamos a ir en el barco el próximo domingo, ¿no deberías decírselo a Flamel?

La exasperación de Glennard se desvaneció de inmediato.

—Claro que se lo haré saber. Parece que siempre insinúas que voy a ser grosero con Flamel.

Las palabras reverberaron en el silencio de su esposa. Alexa tenía la costumbre de darle espacio para que pudiera contemplar sus propias insensateces con cierta distancia. Glennard dio media vuelta y subió al piso de arriba. Mientras se dejaba caer en una silla delante de la cómoda se dijo a sí mismo que en la última hora había sondado las profundidades de su humillación y que los posos más hondos, el limo del fondo, albergaban la odiosa necesidad de ser siempre, mientras los dos vivieran, cortés con Barton Flamel.

CAPÍTULO SEIS

La semana en la ciudad había sido agobiante, y los hombres, vestidos con trajes blancos de dril y franela, lo que les proporcionaba la liberación dominical, llenaban las tumbonas del velero con su extensa apatía, siguiendo, a través de una neblina de humo de tabaco, las veleidosas intrascendencias de las mujeres. El grupo era pequeño —Flamel tenía pocos amigos íntimos—, pero sus componentes eran más heterogéneos que los que solían conformar las reuniones sociales. La reacción ante el principal episodio de su vida pasada había provocado en Glennard una incómoda aversión hacia cualquier tipo de lucimiento personal. La inteligencia era provechosa en los negocios, pero en sociedad le parecía tan inútil como las falsas cascadas que forma un arroyo para impulsar un molino. Le gustaba el punto de vista colectivo que guardaba la civilizada uniformidad del atuendo, y la actitud de su esposa mostraba idéntica predilección; sin embargo, ambos eran conscientes de estar introduciéndose poco a poco en la intimidad de Flamel. Alexa había dicho una o dos veces que le divertía reunirse con gente inteligente, aunque su disfrute adoptó la negativa forma de una sonriente receptividad; y Glennard empezaba a sentir una creciente simpatía por aquellas personas que abandonaban sus pensamientos a merced de los de la comunidad.

La tranquila cubierta del barco era un agradable refugio del calor de tierra, y el perfil de su esposa, serenamente proyectado contra el azul cambiante del mar, se instaló en sus retinas como una mano fresca que templara sus nervios. Nunca se había sentido más impresionado por aquella rotundidad que elevaba su belleza por encima de los transitorios dones de las otras mujeres y que hacía que el rostro más armonioso pareciera tan sólo una fortuita distribución de rasgos.

Las damas que eran sujetos directos de estas comparaciones estaban ya acostumbradas a asumir riesgos similares con resultados más gratificantes. La señora Armiger, de hecho, había sido durante mucho tiempo la mejor alternativa para aquellas mujeres que no podían «ver» la belleza de Alexa Glennard; y las llamadas de atención de la señora Touchett se basaban en ese reparto de dones que tanto maravilla a los que admiran a un país cuya gente es sumamente culta. Las circunstancias obligaban a la tercera dama del trío, al que la imaginación de Glennard había tratado de manera tan poco halagadora, a bailarle el agua a las otras dos. Era la señora Dresham, la mujer del director del Radiator. La señora Dresham era una dama que se había rescatado a sí misma de la oscuridad social asumiendo el papel de exponente e intérprete de su marido; y como Dresham era un devoto de las mujeres excelsas, la actitud de su esposa exponía a la celebración pública la excelencia de todas ellas. Por el comprensible fastidio de esa tarea, la señora Dresham recibía a cambio la satisfacción de que hubiera algunas personas que la tildaran a ELLA de mujer excepcional y que probablemente compraran a su vez una distinción similar con la calderilla de su meditada importancia. Las otras damas del grupo no eran más que las esposas de algunos de los hombres… mujeres acostumbradas a que nadie se dirigiera a ellas ni contestara a sus preguntas.

La señora Armiger, la última encarnación del instinto de excelencia de Dresham, era una belleza inocente que durante años había destilado aburrimiento entre un grupo de personas que ahora se autocondenaban por su incapacidad para apreciarla. Bajo la tutela de Dresham se había convertido en una «mujer de talento», que leía sus editoriales del Radiator y compraba los libros que él le recomendaba. Cuando aparecía una nueva novela, todo el mundo quería conocer la opinión que ésta le merecía, y hasta un joven caballero que había hecho un viaje por Turena le había dedicado hacía poco los notables resultados de sus exploraciones.

Glennard, reclinándose y apoyando la cabeza en la barandilla, con una línea de azul fugitivo entre los párpados medio cerrados, habría deseado que la señora Armiger no hubiera estropeado la tarde haciendo hablar a la gente. Y aunque redujo al mínimo su enfado no poniendo atención en lo que decían, tanta palabrería inútil le dejó un rescoldo de malestar.

El regalo del silencio de su esposa le parecía la muestra más evidente de la impericia del habla como modo de intercambio, y sus ojos se habían vuelto a mirarla para renovar el aprecio por esta facultad suya, cuando la voz de la señora Armiger lo trajo de vuelta a las subestimadas potencialidades del lenguaje.

—Señora Glennard, usted las ha leído, ¿verdad? —oyó que le preguntaba y que, en vista del ligero desconcierto de Alexa, continuaba—: Las Cartas de Aubyn… el único libro del que se habla esta semana.

La señora Dresham advirtió de inmediato su ventaja.

—¿Que NO las ha leído? ¡Esto sí que es raro! Como dice la señora Armiger, el libro está en el aire: uno lo respira como la gripe.

Glennard se sentó, inmovilizado, observando a su esposa.

—Tal vez no haya llegado aún a los suburbios —dijo ella, con su imperturbable sonrisa.

—¡Ay, DEJE que me siente con usted entonces! —exclamó la señora Touchett—. ¡Lo que sea para cambiar de aires! Estoy totalmente enganchada y soy incapaz de dejarlo. ¿No puede navegar lejos de su alcance, Flamel?

Flamel sacudió la cabeza.

—Ni con esta brisa. La literatura viaja más rápido que el vapor hoy en día. Y lo peor es que ninguno de nosotros puede dejar de leer; es tan pérfido como un vicio y tan pesado como una virtud.

—Yo creo que es un vicio, o casi, leer un libro como las Cartas —dijo la señora Touchett—. En ellas va el alma de una mujer, arrancada por completo desde la raíz… Su ser desnudo; y ante un hombre al que es evidente que no le importaba lo más mínimo; ¡bien podría haberle importado! No pienso leer ni una línea más; es como mirar por el ojo de una cerradura.

—Pero ¿y si ella quería que se publicaran?

—¿Qué? ¿Y cómo sabemos que era eso lo que quería?

—Bueno, he oído que le dejó las cartas al hombre, quienquiera que sea, con instrucciones de que a su muerte las publicara…

—No lo creo —declaró la señora Touchett.

—Entonces el hombre está muerto, ¿no? —preguntó uno de los hombres.

—¿Creen que si estuviera vivo podría mantener la cabeza alta, sabiendo que todo el mundo ha leído las cartas? —protestó la señora Touchett—. Ya debe de haber sido bastante horrible saber que le fueron escritas… ¡pero publicarlas! ¿Qué hombre podría hacer algo semejante? ¿Y qué mujer le habría pedido que lo hiciera?…

—Vamos, vamos —intercedió Dresham—; al fin y al cabo, no son cartas de amor.

—No, eso es lo peor: son cartas de desamor —replicó la señora Touchett.

—Entonces es obvio que no tenía por qué escribirlas; y podría haberle evitado al hombre, pobre diablo, el tener que recibirlas.

—Quizá contase con que el público le ahorraría el mal trago de tener que leerlas —dijo el joven Hartly, que aún estaba en la etapa de cinismo.

La señora Armiger volvió su belleza acusadora a Dresham.

—Por el modo en que lo defiende, creo que sabe quién es.

Todo el mundo miró a Dresham, y su esposa sonrió con el aire superior de la mujer que conoce los secretos profesionales de su marido. Dresham se encogió de hombros.

—¿Qué he dicho para defenderlo?

—Lo ha llamado pobre diablo… Le ha dado pena.

—¿Un hombre que permite que Margaret Aubyn le escriba esas cosas? Claro que me da pena.

—¡Entonces debe de saber quién es! —exclamó la señora Armiger, con cierto aire triunfante por su agudeza. Hartly y Flamel rieron y Dresham sacudió la cabeza.

—Nadie lo sabe, ni siquiera los editores; por lo menos, eso me dijeron.

—Así que eso le dijeron que nos dijera… —corrigió astutamente Hartly; y la señora Dresham añadió, como queriendo llevar la discusión un poco más lejos:

—Pero si él está muerto y ELLA también, alguien debe de haber dado las cartas a los editores.

—Probablemente un pajarito —dijo Dresham, sonriendo indulgente ante su propia deducción.

—Un ave de caza, en todo caso: un buitre, diría yo —intervino otro de los hombres.

—Ah, no estoy de acuerdo con ustedes —soltó Dresham—. Esas cartas pertenecen al público.

—No fueron escritas para el público, ¿cómo pueden pertenecerle? —dijo la señora Touchett.

—Bueno, en cierto sentido lo fueron. Una celebridad como Margaret Aubyn pertenece al mundo. Una mente semejante es parte del pensamiento colectivo. Es el precio de la grandeza: uno se convierte en un monumento histórico y la posteridad se encarga de mantenerlo, pero con la condición de que siga siempre abierto al público.

—No veo que eso exonere al hombre que cede las llaves del santuario, como es el caso.

—¿Y quién fue? —preguntó otra voz.

—¿Que quién fue? Imagino que nadie… el buzón, la rendija en la pared por la que las cartas pasaron a la posteridad…

—¡Pero ella nunca tuvo intención de dejarlas para la posteridad!

—Una mujer no debería escribir ese tipo de cartas si no quiere que se publiquen…

—¡No debería escribírselas a un hombre como ése! —corrigió con desprecio la señora Touchett.

—Yo nunca guardo las cartas —dijo la señora Armiger, con la obvia impresión de que estaba aportando algo realmente valioso a la discusión.

Hubo una risa generalizada y Flamel, que todavía no había hablado, dijo con apatía:

—Ustedes las mujeres son siempre subjetivas, no tienen remedio. En cambio, me atrevo a decir que la mayoría de los hombres no verían en esas cartas más que su inmenso valor literario, su importancia documental. El lado personal no cuenta cuando hay otras cosas mucho más importantes.

—Venga, todos sabemos que usted no tiene principios —declaró la señora Armiger; y Alexa Glennard, con una sonrisa indolente, coincidió con ella.

—Yo nunca le escribiría una carta de amor, señor Flamel.

Glennard se apartó con impaciencia. La charla era tan aburrida como el zumbido de los mosquitos. Se preguntó por qué su esposa se había empeñado en arrastrarlo a esta expedición sin sentido… Odiaba al grupo de Flamel… ¿Y qué se traía Flamel entre manos para interferir como lo hacía, justificando la publicación de las cartas como si Glennard necesitase que lo defendiera?…

Volvió la cabeza y vio que Flamel había arrastrado un asiento a la altura de Alexa y le hablaba en voz baja. Los demás se habían desperdigado en parejas por la cubierta. Le dio la impresión de que nunca sería capaz de ver a Flamel hablando con su esposa sin sentir esa terrible desconfianza que ahora lo sacaba de quicio.

A la mañana siguiente, durante el temprano desayuno, Alexa sorprendió a su marido con una petición inesperada.

—¿Me traerás esas cartas de la ciudad? —le preguntó.

—¿Qué cartas? —dijo él, soltando la taza. Se sentía tan vulnerable como el hombre que es atacado en la oscuridad.

—Las de Aubyn. El libro del que todos hablaban ayer.

Sirviéndose con cuidado la segunda taza de té, Glennard dijo con prudencia:

—No sabía que te importaban ese tipo de cosas.

Lo cierto es que no era una gran lectora y era raro que algún libro nuevo cayera en sus manos hasta que llegaba, por así decirlo, al ámbito familiar; pero ella insistió, con amable tenacidad.

—Creo que me va a interesar porque leí su biografía el año pasado.

—¿Su biografía? ¿Dónde la conseguiste?

—Me la prestaron cuando salió… Creo que fue Flamel.

Su primer impulso fue el de gritar: «¿Por qué diablos le pides libros a Flamel? Yo puedo comprarte todos los que quieras…», pero se vio forzado a sonreír con sumisión.

—Flamel siempre tiene los últimos libros que salen, ¿verdad? Por cierto, has de tener cuidado en devolvérselos. Es bastante celoso de su biblioteca.

—Ah, siempre tengo mucho cuidado —contestó, con un toque de competencia que lo alcanzó de pleno; y luego añadió, mientras él se ponía el sombrero—: no te olvides de las cartas.

¿Por qué le había pedido el libro? ¿Respondía su repentino deseo a alguna insinuación de Flamel? Le daba náuseas sólo pensarlo, pero mantuvo la suficiente lucidez como para convencerse, apenas un momento después, de que su última esperanza de autocontrol se perdería si se empeñaba en ver motivos ocultos en todas las palabras y actos de su esposa. Por mucho que Flamel supusiese, no tenía el don de la adivinanza, por lo que no podría predicar lo que sabía de él ni regodearse en la importancia de sus deducciones. Las mismas cualidades que hacían de Flamel un sabio consejero lo convertían en el más peligroso de los cómplices. Y Glennard se sintió sacudido por fuerzas extrañas que su propia actuación había puesto en marcha…

Alexa era mujer de pocos caprichos, pero sus deseos, hasta los más insignificantes, estaban tan bien definidos que se distinguían claramente de sus volubles impulsos. Y él sabía que, ahora que le había pedido el libro, ya no se olvidaría del tema, por lo que desechó, como un expediente inútil, la momentánea idea de preguntar por él en la biblioteca circulante y decirle que todos los ejemplares estaban prestados. Si había que comprarlo, lo mejor es que lo hiciera cuanto antes. Salió de la oficina más temprano de lo habitual y entró en la primera librería que encontró de camino al tren. El escaparate estaba repleto de llamativos volúmenes de cartas. Dos palabras: «Margaret Aubyn», le lanzaban continuos fogonazos. Entró en la tienda y se dirigió a un mostrador donde el mismo nombre se repetía una y otra vez en filas y filas de ejemplares encuadernados. Parecían haber relegado el resto de libros a los estantes del fondo. Cogió un ejemplar y le lanzó el dinero a un atónito empleado que lo persiguió hasta la puerta con el ofrecimiento de envolverle los volúmenes.

En la calle le sobrecogió un temor repentino. ¿Y si se encontraba a Flamel? La idea resultaba insoportable. Llamó a un taxi y fue directamente a la estación, donde, entre los abanicos de palma de la sudorosa multitud, esperó una larga media hora hasta que el tren salió.

Se había metido un volumen en cada bolsillo y no se atrevió a sacarlos durante el viaje; pero las irritantes palabras lo asaltaban desde los pliegues del periódico vespertino. El nombre de Margaret Aubyn parecía impregnar el aire. El traqueteo del tren hacía bailar su mirada por las páginas de la revista que estaba leyendo el señor que viajaba frente a él…

Cuando llegó, le dijeron que la señora Glennard aún no había regresado. Subió a su habitación y se sacó los libros de los bolsillos. Los echó sobre la mesa, ante él, como si tuviera miedo de tocarlos… Al final abrió el primer volumen. Una carta conocida lo abordó, cada palabra apresurada por el familiar estilo de su letra. Las pequeñas y entrecortadas frases huían por la página como animales heridos en campo abierto… Era una imagen horrible… Una batida de cosas indefensas sacadas salvajemente de su refugio. No imaginaba que iba a ser así…

Ahora comprendía que, a la hora de vender las cartas, había contemplado la transacción sólo desde su punto de vista: como una mancha lamentable en su decente historial. Apenas había considerado de qué modo su actuación podía afectar a Margaret Aubyn; pues la muerte, si santifica, también implica indefensión. El Dios de Glennard era el dios de lo que vive, de lo inmediato, de lo actual, de lo tangible. Todos sus días los había vivido en presencia de aquel dios, sin hacer caso a quienes, bajo la superficie de nuestros actos y pasiones, forjan en silencio las armas letales de los muertos.

CAPÍTULO SIETE

Algo lo despertó de golpe y, al levantar la vista, se encontró con su esposa. Le sostuvo la mirada en silencio hasta que ella titubeó.

—¿Estás enfermo?

Las palabras le hicieron volver en sí.

—¿Enfermo? Claro que no. Me han dicho que habías salido y me había subido.

Los libros estaban encima de la mesa, entre ambos. Se preguntó cuándo los vería. Ella permaneció tímidamente en el umbral, como dejando la explicación en sus manos. No era el tipo de mujer del que se esperaría que presentara sus excusas creando algún tipo de polémica.

—¿Dónde has estado? —preguntó Glennard, adelantándose para impedir que viera los libros.

—He ido a casa de los Dresham a tomar el té.

—No sé qué es lo que ves en esa gente —le dijo, encogiéndose de hombros; y luego añadió, sin poder controlarse—: Me imagino que Flamel estaría allí, ¿no?

—No, se marchó en el barco esta mañana.

Aquella respuesta que obstruía la fuga natural de su enfado dejó momentáneamente a Glennard sin recursos, salvo el de acudir con impaciencia hasta la ventana. Al seguirlo, los ojos de Alexa repararon en los libros.

—¡Ay, los has traído! ¡Qué alegría! —exclamó.

Él le contestó por encima del hombro.

—¡Para no leer nunca, haces unas excepciones asombrosas!

La sonrisa de Alexa era una concesión exasperante a la posibilidad de que Glennard hubiera tenido que soportar un día de calor en la ciudad o de que algo lo hubiese molestado.

—¿Quieres decir que no está bien querer leer un libro? —preguntó—. No estuvo bien publicarlo, es cierto, pero, al fin y al cabo, yo no soy la responsable, ¿verdad? —se detuvo y, en vistas de que él no contestaba, continuó, todavía sonriendo—. Y sí que leo algunas veces, ya lo sabes. Me gustan mucho los libros de Margaret Aubyn. Cuando nos conocimos estaba leyendo Semillas de granada, ¿no te acuerdas? Fuiste tú quien me lo contó todo sobre ella.

Glennard se había dado media vuelta y miraba a su mujer fijamente.

—¿Todo sobre ella? —repitió, y con las palabras vinieron los recuerdos.

Una tarde se había encontrado a la señorita Trent con la novela en la mano y, movido por la necia necesidad del amante de vincularse de algún modo a las inquietudes intelectuales de la amada, había roto su habitual silencio respecto al pasado. Alentado por la certeza de que ocuparía un papel destacado en la imaginación de Alexa Trent, había divagado de anécdota en anécdota, reviviendo los dormidos detalles de su antigua vida en Hillbridge y alimentando su vanidad con la ilusión con que ella recibía sus recuerdos sobre esa criatura que por aquel entonces ya vestía el traje impersonal de la grandeza.

El incidente no había hecho mella en su cabeza, pero ahora lo asaltaba como un viejo enemigo, el más peligroso por haber sido olvidado. El instinto de autodefensa —algunas veces el más arriesgado que un hombre puede ejercer— le hizo declarar con escasa fluidez:

—Bueno… solía verla en casas de otras personas, eso es todo —y al ver que el silencio de Alexa, para no perder la costumbre, hacía que las cosas empeoraran más si cabe, añadió, con crecida indiferencia—: Es sólo que no sé qué puedes encontrar de interés en un libro como ése.

Ella pareció considerarlo atentamente.

—¿Entonces lo has leído?

—Le he echado un vistazo… Nunca leo ese tipo de cosas.

—¿Es cierto que no quería que las cartas se publicaran?

Glennard sintió el vértigo repentino del montañero que camina por el saliente de una cornisa y tuvo la sensación de que si miraba más allá de donde pisaba, estaría perdido.

—Lo cierto es que no lo sé —contestó; después, armándose con una sonrisa, le acarició el brazo—. Ya que no he tomado el té en casa de los Dresham, ¿puedes traerme uno? —sugirió.

Aquella noche Glennard se encerró en el pequeño estudio que daba a la sala con el pretexto de que tenía trabajo que hacer. Mientras reunía los papeles, le dijo a su esposa:

—¿No irás a sentarte dentro con la noche que hace? Me reuniré contigo fuera en un rato.

Pero ella ya había acercado el sillón a la lámpara.

—Quiero hojear un poco el libro —dijo, tomando el primer volumen de las Cartas.

Glennard se encogió de hombros y se retiró al estudio.

—Voy a cerrar la puerta, quiero estar tranquilo —explicó desde el umbral; y ella asintió sin levantar la vista del libro.

Glennard se dejó caer en una silla, mirando fijamente los papeles extendidos. ¿Cómo iba a trabajar si al otro lado de la puerta ella tenía aquel volumen en sus manos? La puerta no la había dejado fuera, la veía con claridad, la sentía cerca, en un contacto tan doloroso como si le presionaran una herida.

La sensación formaba parte de aquella extrañeza general que lo hacía sentirse como si despertara de un largo sueño y se encontrara en un país desconocido entre gente de habla extranjera. Vivimos en nuestras propias almas como si fueran regiones que no aparecen en los mapas, de las que hemos limpiado algunos acres para establecer nuestra morada, mientras que de la naturaleza de los que nos rodean no conocemos más que los límites que colindan con los nuestros. De los puntos del carácter de su esposa que no estaban en contacto directo con los suyos, Glennard percibía su ignorancia; y la desconcertante sensación de lejanía se intensificó con el descubrimiento de que, en cierto modo, nunca la había tenido tan cerca. Igual que uno puede vivir durante años en la feliz inconsciencia de poseer unos nervios delicados, él no se había dado cuenta de que la personalidad de su esposa se había convertido en parte de la textura de su vida y que erradicarla sería imposible, como un tumor que se desarrollara en alguno de los órganos vitales; y ahora se sentía a la vez incapaz de prever su opinión e impotente para evitar sus consecuencias.

A la mañana siguiente, para evitar las confidencias del desayuno, se marchó a la ciudad más temprano de lo habitual. Su esposa, que distaba de ser una rápida lectora, era dada a comentar todo lo que leía y en ese momento el principal objetivo de Glennard era posponer la inevitable conversación sobre las cartas. Este mismo instinto de protección fue el que, por la tarde, lo condujo hasta el club en busca de alguien a quien convencer para que lo acompañara a cenar al campo. El único hombre que había en el club era Flamel.

Al oírse a sí mismo presionando a Flamel casi de forma involuntaria para que cenara con él, Glennard se percató de la tremenda ironía de la situación. Usar a Flamel como escudo contra el escrutinio de su mujer era sólo un poco menos humillante que utilizarla a ella para defenderse de Flamel.

Experimentó un contradictorio malestar cuando el hombre aceptó, y los dos se dirigieron a la estación en silencio. Al pasar junto al puesto de libros de la sala de espera, Flamel vaciló durante un momento y los ojos de ambos fueron a detenerse en el nombre de Margaret Aubyn, visiblemente expuesto sobre un mostrador repleto de los conocidos volúmenes.

—Vamos a llegar tarde —protestó Glennard, sacando el reloj.

—Adelántese —le dijo Flamel, impasible—. Quiero comprar algo…

Glennard giró sobre sus talones y caminó por el andén. Flamel se reunió con él cargando con una revista de apariencia inocente. Pero Glennard ni siquiera se atrevió a mirar la portada por miedo a que mostrara las sílabas que tanto temía.

El tren estaba lleno de gente conocida y se mantuvieron apartados hasta que se bajaron en la pequeña estación suburbana. Mientras subían paseando la sombreada colina, Glennard no dejaba de hablar, señalando las mejoras del vecindario, lamentando la próxima llegada del tranvía y protegiéndose con sus improvisaciones del riesgo inminente de la alusión a las Cartas. Flamel soportaba su discurso con la anodina indiferencia que suele prestarse a los asuntos domésticos de otra persona, hasta que por fin hallaron refugio en la mesa de té de Alexa sin que hubiesen hecho la más mínima alusión al temible punto.

La cena transcurrió plácidamente. Flamel, que siempre hacía gala de sus mejores modales en presencia de Alexa, le dedicaba ese tipo de atención que es como la luz de un faro para las palabras del interlocutor: sus respuestas desvelaban significados implícitos en sus frases, como el escultor extrae su estatua del bloque de piedra. Bajo la aparente serenidad de su esposa, Glennard detectó cierta susceptibilidad a su estratagema, y el descubrimiento fue como un relámpago en el paisaje nocturno. Hasta ahora estas iluminaciones pasajeras sólo habían servido para poner de relieve las irregularidades del terreno: era como si cada nueva observación contribuyera a incrementar la suma total de su ignorancia. La sencillez de su perfil era más desconcertante que una superficie compleja. Es probable que uno pueda encontrar la salida de un laberinto, pero el candor de Alexa era como una llanura cubierta de nieve en la que, una vez perdida la carretera, no hay señales por las que guiarse.

Acabada la cena, regresaron al porche, donde la luna, elevándose por detrás del viejo olmo, se unía al árbol sumiso mediante un romántico subrayado de sus bordes. Glennard se había dejado los cigarros en el estudio y fue a cogerlos. Al atravesar la sala, reparó en que el segundo volumen de las Cartas estaba abierto en la mesa de su esposa. Lo cogió y miró la fecha de la carta que había estado leyendo. Era una de las últimas… se sabía las pocas líneas de memoria. Soltó el libro y se apoyó en la pared. ¿Por qué la había incluido entre las otras? ¿O era posible que todas se parecieran…?

La voz de Alexa emergió de la oscuridad.

—May Touchett tenía razón: ES como mirar por el ojo de una cerradura. ¡Ojalá no lo hubiera leído!

Flamel le contestó, con el tono evasivo del hombre cuyas frases salen pausadas por el cigarrillo.

—A lo mejor eso es lo que nos parece a nosotros, pero otras generaciones lo considerarán un clásico.

—Entonces no debería haberse publicado hasta que se hubiera convertido en un clásico. Es horrible, casi degradante, leer los secretos de una mujer a la que uno podría haber conocido —y añadió, en voz baja—: Stephen la conocía.

—¿En serio? —dijo Flamel.

—Sí, y muy bien… Se conocieron en Hillbridge hace años. El libro lo ha hecho sentirse fatal… Por nada del mundo lo leería… Y tampoco quería que yo lo leyera. Al principio me pareció raro, pero ahora comprendo que para él sería como un acto de deslealtad: es mucho peor conocer los secretos de un amigo que los de un extraño.

—Ay, qué joven tan sensible —dijo Flamel, como si nada.

Y Alexa replicó, casi reprendiéndole:

—Si usted la hubiera conocido seguro que se sentiría igual…

Glennard permaneció inmóvil, vencido por la extraña inoportunidad con la que había hecho a Flamel partícipe de los dos puntos más dañinos para su causa: su amistad con Margaret Aubyn y haber ocultado a Alexa que había tenido que ver con la publicación de las cartas. Alguien dotado de una astucia menor que la de Flamel ya habría tenido claro a quién iban dirigidas; y una vez sugerida la posibilidad, nada sería más fácil que confirmarla mediante una discreta investigación. Un impulso de culpabilidad condujo a Glennard hasta la ventana. ¿Por qué no anticiparse y revelar a su mujer la verdad en presencia de Flamel? Si éste tenía algo de decencia, esta opción sería la mejor manera de asegurarse su silencio. Y, por encima de todo, lo libraría de tener que defenderse de las continuas críticas por haber traicionado la confianza de su esposa…

El impulso fue lo bastante fuerte para conducirlo a la ventana, pero allí le invadió cierta reacción de resistencia. ¿Qué había hecho, al fin y al cabo, para tener que defenderse y dar explicaciones? Tanto Dresham como Flamel habían declarado, él era testigo, que la publicación de las cartas no sólo estaba justificada, sino que era obligatoria. Y si la imparcialidad del veredicto de Flamel podía cuestionarse, al menos Dresham representaba el punto de vista objetivo del hombre de letras. Las palabras de Alexa no eran más que la expresión, en boca de una «buena» mujer, de una idea previamente concebida por otras mujeres similares. Había pronunciado las palabras adecuadas del mismo modo que si se pusiera el vestido apropiado o escribiera la perfecta invitación a una cena. Glennard tenía poca fe en los juicios abstractos del otro sexo. Sabía que la mitad de las mujeres que se mostraban horrorizadas por la publicación de las cartas de Aubyn habrían revelado sus secretos sin ningún escrúpulo.

Sus emociones se calmaron de repente y se sintió aliviado. Se dijo a sí mismo que lo peor había pasado y que las cosas volverían a su cauce. Su esposa y Flamel hablaban ahora de otros temas, así que salió al porche y le tendió los cigarros a Flamel, mientras le decía alegremente —¡y habría jurado que eran las últimas palabras que le hubiera gustado pronunciar!:

—Se me ocurre, viejo amigo, que antes de bajar a Newport debería pasar unos días con nosotros, ¿verdad que sí, Alexa?

CAPÍTULO OCHO

Aunque tal vez fuera de forma inconsciente, Glennard seguía de buen humor. Siempre se había enorgullecido de cierta solidez en su carácter que lo capacitaba para enfrentarse con firmeza a lo inevitable, para convertir sus fracasos en los materiales constructores del éxito. Ahora ni siquiera se le pasaba por la cabeza que lo que él llamaba «lo inevitable» había sido casualmente la mejor alternativa hasta entonces, y apenas se daba cuenta todavía de que su problema actual no iba a desaparecer por mucho que fingiera indiferencia. Algunas tristezas convierten el alma en una casa espaciosa, pero la de Glennard era tan miserable que no podía mantenerse erguido. Se le venía encima con cada movimiento. Pensaba que ello se debía a la imposibilidad de escapar de las pruebas visibles de sus actos. Dondequiera que fuera se encontraba con las Cartas. Gente que nunca había abierto un libro discutía sobre ellas con reticencia, y su lectura se había convertido en una obligación social dentro de unos círculos en los que la literatura no había logrado penetrar nunca antes, salvo por motivos personales.

Glennard era injusto consigo mismo. Lo que más le hacía sufrir era el inesperado descubrimiento de su propia mezquindad. Nuestra autoestima tiene tendencia a basarse en las supuestas grandes hazañas que nunca hemos tenido ocasión de emprender; y hasta la modestia más escrupulosa adquiere tintes negativos con una conducta excelente. Glennard nunca se había considerado un héroe, pero estaba seguro de que era incapaz de ser vil y mezquino. A todos nos gustaría que nuestros errores fueran borrados, corregidos, como quien dice; y Glennard se encontraba de pronto vestido con un traje de deshonra diseñado para una figura de peor calaña.

El resultado inmediato de sus primeras semanas de desdicha fue la decisión de trasladarse a la ciudad para pasar el invierno. Sabía que este cambio de rumbo estaba a punto de sobrepasar las fronteras de la prudencia, pero serviría para calmar los miedos de Alexa, que, escrupulosa como era en la gestión de la casa, guardaba esa actitud tan propia de las mujeres americanas de mantenerse al margen de los asuntos profesionales de su marido. Glennard sabía que no podía fiarse de sí mismo en todo un invierno a solas con ella. Le aterrorizaba exageradamente que descubriera la verdad sobre las cartas, pero no estaba seguro de tener ánimo para enfrentarse al impulso suicida de una confesión. Su propia alma, sedienta de lástima y compasión, se moría por una voz comprensiva que se apiadara de él. Pero ¿lo haría su mujer? ¿Lo comprendería? De nuevo se tropezó bruscamente con la increíble ignorancia sobre su carácter. El hecho de que supiera bastante bien cómo reaccionaría ante los asuntos urgentes de la vida cotidiana, de que pudiera contar, en semejantes contingencias, con la valentía y la franqueza que siempre había adivinado en ella, lo hacía desistir de involucrarla en la tortuosa psicología de un acto que él mismo ya no podía explicar ni comprender. Habría sido más sencillo si ella hubiera sido más compleja, más femenina, si pudiera haber contado con su supuesta compasión o con su estupidez moral, pero no estaba seguro de ninguna de las dos. No estaba seguro de nada, salvo de que debía evitarla durante algún tiempo. Glennard no podía deshacerse del delirio de que su actuación cesaría enseguida para dar paso a las consecuencias. Por nada del mundo se habría molestado en reconocer que estaba en su mano calmar sus emociones: prefería complacerse con la vaga hipótesis de que las circunstancias externas borrarían de algún modo la mancha de su conciencia. En los peores momentos de autodegradación, trataba de encontrar consuelo pensando que Flamel había aprobado este cambio de rumbo. Al principio, Flamel podría haber averiguado a quién iban dirigidas las cartas, pero ni entonces ni después había dudado en recomendar su publicación. Este pensamiento lo acercaba a él en intermitentes conatos de cordialidad, cada uno de los cuales desprendía acusados efectos de desconfianza y aversión. Cuando Flamel no estaba en la casa, echaba de menos el apoyo tácito de su complicidad, pero cuando estaba allí, su presencia era la personificación de una exigencia intolerable.

A principios del invierno, Glennard tomó posesión de una casita que apenas le costaba nada. El cambio le trajo el alivio inmediato de ver menos a su esposa y de sentirse protegido en su presencia por las múltiples preocupaciones de la vida urbana. Alexa, que nunca se mostraba estresada, presentaba la sonriente abstracción de una hermosa mujer para quien el lado social de la vida conyugal no ha perdido ni un ápice de novedad. Glennard, con la temeridad del hombre que ha tenido éxito en su primera imprudencia financiera, la animaba en aquellas pequeñas extravagancias a las que su buen gusto al principio oponía resistencia. Desde que se habían mudado a la ciudad, tenía la impresión de que podían disfrutar más, así que consideró agradable la necesidad de comprar ropa nueva y le regaló unas pieles por

Navidad. Y antes de Año Nuevo ya habían acordado incorporar una nueva sirvienta a su reducido personal de servicio.

Justo al día siguiente el destino se encargó de precipitar esta medida colocando en el plato del desayuno de Glennard un sobre con los nombres de los editores a los que había vendido las cartas de Aubyn. Daba la casualidad de que era la única carta que había llegado en el primer reparto e inspeccionó, al otro lado de la mesa, a su esposa, que había bajado antes que él y que probablemente había dejado el sobre en el plato. No era del tipo de personas que hacen preguntas comprometedoras, pero podía adivinar sus conjeturas en la forma de mirarle. Empezaba a debatirse entre la idea de reflejar sorpresa al ver la carta o quitarle toda importancia como si fuera una nota de trabajo que había llegado a casa por error, cuando un cheque cayó del interior del sobre. Eran los derechos correspondientes a la primera edición de las cartas. Su primer sentimiento fue de simple satisfacción. El dinero había llegado en un momento tan oportuno que no podía evitar recibirlo con alegría. Dentro de poco habría más; sabía que el libro se estaba vendiendo mucho mejor de lo que vaticinaron las previsiones iniciales del editor. Se guardó el cheque en el bolsillo y salió de la habitación sin mirar a su esposa.

De camino a su oficina volvió a invadirle aquella reacción habitual. El dinero que había recibido era la primera prueba tangible de que estaba viviendo de la venta de su autoestima. La conciencia de los beneficios materiales se había visto eclipsada por la sensación de vileza intrínseca en el hecho de dar a conocer las cartas. Ahora se daba cuenta de la sordidez que este hecho añadía a la situación y de que su necesidad de dinero y el uso que debía hacer de él lo comprometían más que nunca a acatar sin remedio las consecuencias de sus actos. Le parecía que en esa primera hora de incertidumbre había vuelto a traicionar a su amiga.

Cuando aquella tarde llegó a casa más temprano de lo normal, la salita de Alexa rebosaba alegría por los cuatro costados. Era un milagro que Flamel no estuviera allí, pero Dresham y el joven Hartly, alrededor de la mesa de té, recibían con resonante júbilo las notas intermitentes del staccato que convertía la conversación de la señora Armiger en los chillidos de una pajarería alarmada.

La mujer enmudeció al ver entrar a Glennard y éste aún tuvo tiempo de observar que su esposa, ocupada con la bandeja del té, no había agregado su risa a las carcajadas de los hombres.

—Ay, continúe, continúe —gimió el joven Hartly con entusiasmo, y la señora Armiger recibió la mirada inquisitiva de Glennard declarando en voz alta con desaprobación que no le veía la gracia por ninguna parte.

—Creí que me iba a dar algo. No sé qué habría hecho si Alexa no hubiera estado en casa para ofrecerme una taza de té. Tengo los nervios de punta. Sí, otra, querida, por favor —y mientras Glennard mostraba su perplejidad, continuó, después de considerar si le convenía servirse un segundo terrón de azúcar—: ¡Ah! Acabo de llegar de la lectura, ya sabe, en el Waldorf.

—No llevo tanto tiempo en la ciudad como para haberme enterado —dijo Glennard, cogiendo la taza que su esposa le tendía—. ¿Quién ha leído qué?

—Esa hermosa chica sureña: Georgie. Sí, Georgie se llama… La protegida de la señora Dresham… ¡A menos que sea la SUYA, señor Dresham! El gran salón de baile estaba REPLETO, y todas las mujeres gritaban como idiotas. Es la cosa más espeluznante que he oído nunca…

—¿Y qué es lo que ha oído? —preguntó Glennard, pero su esposa lo interrumpió.

—¿Quiere un poco más de pastel, Julia? Oh, Stephen, llama para que nos traigan unas tostadas, por favor —el tono de su voz revelaba educadamente que estaba harta del tema de conversación.

Glennard se volvió hacia la campana, pero la señora Armiger lo persiguió con su encantador asombro.

—Las Cartas de Aubyn, ¿no ha oído hablar de ellas? La chica las ha leído tan bien que ha sido horrible… Creo que si hubiera habido un hombre lo bastante cerca para sujetarme me habría desmayado.

La alegría de Hartly se duplicó y Dresham dijo jovialmente:

—¡Cómo les gusta a ustedes las mujeres poner a parir el libro y luego hacer todo lo que esté en su mano para dar publicidad a las lecturas!

La señora Armiger lo acompañó hasta más de la mitad del camino con un torrente de autoacusaciones.

—Ha sido horrible; un escándalo. Le dije a su esposa que a todas debería habernos dado vergüenza asistir y creo que Alexa hizo bien en no aceptar las entradas… aunque fuera para una causa benéfica.

—Ah —murmuró su anfitriona con indiferencia—, para mí las causas benéficas empiezan en casa. No puedo permitirme lujos emocionales.

—¿Una causa benéfica? ¿Una causa benéfica? —se regocijó Hartly—. No había considerado toda la belleza del asunto… ¡Leer las cartas de amor de la pobre Margaret Aubyn en el Waldorf ante quinientas personas por una buena causa!, ¿y qué causa es ésa, querida señora Armiger?

—El Hogar de las Mujeres Desamparadas.

—Buena elección —comentó Dresham; y Hartly enterró su júbilo entre los cojines del sofá.

Cuando estuvieron solos, Glennard, que aún sostenía su taza de té intacta, se volvió hacia su esposa, que seguía sentada en silencio detrás de la tetera.

—¿Quién te pidió que sacaras una entrada para esa lectura?

—En realidad no lo sé… Kate Dresham, me imagino. Fue ella la que lo organizó todo.

—¡Muy propio de ella semejante vulgaridad! Es repugnante… monstruoso…

Su esposa, sin levantar la vista, le contestó gravemente:

—Yo pensé lo mismo. Por eso no fui. Pero debes recordar que muy poca gente siente por Aubyn lo mismo que tú…

Glennard se las arregló para soltar su taza con mano firme, pero la habitación le daba vueltas y se dejó caer en la silla más próxima.

—¿Lo mismo que yo? —repitió.

—Me refiero a que muy poca gente la conocía cuando vivía en Nueva York. Para la mayoría de las mujeres que fueron a la lectura no era más que un nombre, demasiado remoto como para tener una identidad. Para mí, por supuesto, era diferente…

Glennard la miró espantado.

—¿Diferente? ¿Por qué diferente?

—Porque eras su amigo…

—¡Su amigo! —se levantó con impaciencia—. Hablas como si sólo hubiera tenido uno… ¡la mujer más famosa de su tiempo! —vagó por la habitación y se inclinó para mirar los libros que había en la mesa—. Espero —añadió— que no pusieras eso como excusa…

—¿Como excusa?

—Para no ir. Una mujer que pone excusas para no atender sus obligaciones sociales puede volverse impopular o ridícula.

No midió sus palabras, pero al instante se dio cuenta de que éstas habían acortado extrañamente la distancia que los separaba. La sintió próxima, como un enemigo jadeante, y su respuesta fue como un relámpago que iluminara una mano a punto de disparar un arma.

—Me parece —dijo ella desde el umbral— que lo he hecho dos veces excusándome también ante ti.

Como cenaban fuera esa noche pudo evitar a Alexa hasta que bajó vestida con su capa de ópera. La señora Touchett, que acudía a la misma cena, se había ofrecido a ir a buscarla, y Glennard, rechazando un precario asiento entre los trajes de noche, prefirió seguirlas a pie. La velada se le hizo interminable. La lectura del Waldorf, a la que habían asistido todas las mujeres, había reavivado la discusión sobre las Cartas de Aubyn, y Glennard, al oír que preguntaban a su esposa, se sintió miserable por desear que hubiera asistido en vez de que su ausencia llamara la atención de todo el mundo. Estaba perdiendo a marchas forzadas todo el sentido de la proporción respecto a las Cartas. Ya no podía oír que se mencionaban sin albergar sospecha de que un propósito oculto animaba cada alusión; y casi se rindió ante la extravagancia de imaginarse que la señora Dresham, que tanto le desagradaba, había organizado la lectura con la esperanza de hacerle confesar, pues estaba seguro de que Dresham había adivinado que había tomado parte en la transacción.

El intento de mantener este tumulto interior bajo una apariencia de sosiego parecía tan inacabable e inútil como los esfuerzos que uno realiza en una pesadilla. Perdió el sentido de todo lo que estaba contando a sus vecinos y, al levantar los ojos, la visión de su esposa lo dejó helado.

Estaba sentada frente a él, junto a Flamel, y a Glennard le pareció que habían levantado a su alrededor una de esas barreras tras las cuales las dos personas implicadas en una conversación pueden decir lo que les plazca. Mientras los demás discutían sobre la lectura, ambos se habían mantenido en silencio. Un silencio que a Glennard le parecía casi cínico, pues ocultaba el disfraz de su complicidad. Sintió una punzada de ira, pero de pronto supo, con curioso alivio, que en el fondo ya no le preocupaba si Flamel se lo había dicho a su esposa o no. Ya tenía asumido que Flamel sabía lo de las cartas y le parecía mejor que Alexa lo supiera también.

Al principio se asustó ante el descubrimiento de su propia indiferencia. Era como si hubiera bajado las últimas barreras de su voluntad ante un torrente de lasitud moral. ¿Cómo podía seguir desempeñando su papel, haciéndole frente a su enemigo, con esa indiferencia envenenada corriéndole por las venas? Trató de animarse con el recuerdo del desprecio de su esposa. No había olvidado el comentario con el que había puesto punto final a la conversación. Si alguna vez se había preguntado cómo encajaría la verdad, ahora ya no era necesario: lo despreciaría. Pero esto alimentó su tentación con malicia, pues el desdén de ella sería un refugio para el suyo propio, y se dijo que ya que no le preocupaban las consecuencias, al menos podía librarse de hablar en defensa propia. Lo que quería ahora no era inmunidad, sino castigo: la indignación de su esposa podía hacer que se reconciliara consigo mismo. Ahí residía la esperanza de su regeneración. Su desprecio era el antiséptico moral que necesitaba; su comprensión, el único bálsamo que podía curarlo…

Cuando se marcharon, tenía tanto miedo de hablar que dejó que ella se fuera sola a casa y se dirigió al club en compañía de Flamel.

CAPÍTULO NUEVE

A la mañana siguiente se levantó decidido a averiguar lo que Alexa pensaba de él. Más que anclarlo en puerto, el asunto parecía situarlo en el corazón de una tormenta, y sintió que necesitaba una tregua para calmar la confusión de sus sensaciones.

Llegó tarde a casa, pues cenaban solos y sabía que pasarían la noche juntos. A punto estuvo de abrir la boca cuando, terminada la cena, la siguió hasta la sala, pero al coger el café que ella le tendía, se excusó casi sin querer:

—Tendré que llevármelo al estudio. Esta noche tengo mucho trabajo.

Una vez solo en el despacho, maldijo su cobardía. ¿Qué lo había retenido? Ella parecía totalmente inaccesible. No era el tipo de mujer cuya compasión fuera fácil de conseguir y no había ocasión de avanzar posiciones: nunca la cogería por sorpresa. Entonces, ¿por qué no hacerle frente? Lo que le esperaba no podía ser peor que lo que estaba soportando. Retiró la silla y se dispuso a subir cuando se le ocurrió una idea. ¿Y si, en vez de contárselo, dejaba que ella lo averiguara por sí sola? Así comprobaría el efecto del descubrimiento antes de hablar con lo que podría librarse de la carga de la revelación.

La idea le había sido sugerida por la visión del documento con el que el editor acompañaba su cheque. Había ingresado el dinero, pero el justificante se le salió de la cartera cuando estaba despejando la mesa para ponerse a trabajar. Era un documento usual para estos casos y revelaba claramente que él era el destinatario de los derechos de las cartas de Margaret Aubyn. Sería imposible que Alexa lo leyera sin comprender de inmediato que las cartas le habían sido escritas y que él era el responsable de su venta…

Permaneció sentado en el piso de abajo hasta que oyó que Alexa llamaba a la sirvienta para que apagara las luces; después subió a la sala con un fajo de papeles. Alexa se estaba levantando de su asiento y la luz de la lámpara reflejaba el mechón de pelo ondulado que caía sobre su frente como el alero de un templo. Su rostro mostraba a menudo el aislamiento propio de un sepulcro, y ese toque de temor en su belleza era lo que lo hacía sentirse al borde del sacrilegio.

Para no dejarse dominar por sus sentimientos, por fin habló.

—Te he traído trabajo: un montón de viejas facturas y otras cosas que me gustaría que organizaras. Hay algunas que no merece la pena que las guardes, pero tú misma lo comprobarás. Puede que haya también una o dos cartas, nada importante, pero no quiero tirarlo todo sin haberle echado antes un vistazo y no tengo tiempo de hacerlo yo.

Soltó los papeles y ella los cogió con una sonrisa que simulaba reconocer en el favor que le pedía la tácita intención de enmendar el incidente del día anterior.

—¿Estás seguro de que sabré distinguir lo que debo guardar?

—Ah, claro que sí —contestó con ligereza—; además, no hay nada que sea demasiado importante.

A la mañana siguiente inventó una excusa para salir sin tener que verla y cuando regresó, justo antes de la cena, se topó con el sombrero y el bastón de un visitante en el vestíbulo. El visitante era Flamel y estaba a punto de marcharse.

El hombre se había levantado del sillón, pero Alexa aún permanecía sentada y por la actitud de ambos daba la impresión de que la charla había ido más allá de las palabras. Los dos miraron con sorpresa a Glennard y éste tuvo la sensación de estar entrando en una habitación que de repente se había quedado vacía, como si sus pensamientos fueran conspiradores que huían de su captor. Se sintió amenazado por sus viejos temores. ¿Y si su mujer ya había ordenado los papeles y había hecho a Flamel partícipe de su descubrimiento? Aunque, mirándolo bien, no era nada nuevo para Flamel que Glennard hubiera recibido los derechos de las Cartas de Aubyn…

El repentino propósito de conocer la verdad, por muy penosa que ésta fuera, le hizo volver a mirar a su esposa mientras la puerta se cerraba a espaldas de Flamel. Pero Alexa también se había levantado e, inclinándose sobre el escritorio de espaldas a Glennard, empezó a hablar precipitadamente.

—Voy a cenar fuera esta noche… espero que no te importe que te deje solo. Julia Armiger acaba de decirme que le sobra una entrada para el último concierto de Ambrose. Me ha pedido que te diga cuánto lamenta no tener otra para ti… ¡pero le he dicho que no te importaría! —terminó la frase con una risa que tuvo el eco de las carcajadas de la señora Armiger y, antes de que Glennard pudiera hablar, añadió, con la mano ya en la puerta —: Al señor Flamel se le ha hecho tan tarde que apenas he tenido tiempo de cambiarme. El concierto empieza ridículamente temprano y Julia cena a las siete y media…

Glennard se quedó solo en la sala vacía, que, irónicamente, parecía haberse llenado al cobrar él conciencia de lo que estaba ocurriendo.

—Me odia —murmuró—. Me odia…

El día siguiente era domingo y Glennard se quedó remoloneando en la cama, de modo que cuando bajó a desayunar, su esposa ya estaba sentada a la mesa. Ella le dedicó su habitual sonrisa cuando entró y ambos se refugiaron en las últimas noticias, como viajeros sorprendidos por una tormenta. Mientras escuchaba el relato del concierto, empezó a pensar que, después de todo, aún no había puesto en orden los papeles y que su nerviosismo del día anterior seguramente se debiera a otra causa que quizá sólo le concerniera a él de manera indirecta. Le asombraba que nunca antes se le hubiera ocurrido pensar que Flamel era el tipo de hombre que pudiese agradar a una mujer por su propia cuenta, sin necesidad de ayuda fortuita. Si bien esta posibilidad aclaraba el panorama, no lo hacía más alentador. Y Glennard sintió que lo habían dejado solo con su propia mezquindad.

Alexa se levantó primero de la mesa, y cuando subió al vestidor se la encontró preparada para salir.

—¿No es un poco temprano para ir a la iglesia? —le preguntó.

Ella replicó que dé camino pensaba parar un momento en casa de su madre. Y mientras se ponía los guantes, Glennard empezó a hurgar entre los chismes de la repisa buscando una cerilla para encenderse el cigarrillo.

—Bueno, adiós —dijo ella, dándose la vuelta para marcharse; y añadió desde el umbral—: ya he ordenado los papeles que me diste. He puesto en la mesa del estudio los que creo que te gustaría conservar.

Luego se fue, y Glennard oyó la puerta cerrarse tras ella.

Había ordenado los papeles… Entonces lo sabía. TENÍA QUE saberlo… ¡y no había dado señales! Sin apenas saber cómo, Glennard se encontró de nuevo en el estudio. Sobre la mesa reposaba el fajo de cartas que le había entregado, mucho más pequeño ahora… Era evidente que había ordenado los papeles con cuidado y se había deshecho de la mayoría. Soltó la gomilla y esparció en el escritorio los sobres restantes. La notificación del editor estaba entre ellos.

CAPÍTULO DIEZ

Su mujer lo sabía y se empeñaba en ocultarlo. Glennard se vio de pronto en la situación del marinero que cierra los ojos al anochecer y sueña con avanzar las máximas leguas posibles antes de que llegue el día, y que cuando los abre y mira por la portilla no encuentra más que la misma franja de costa. De la exaltación que era fruto de sus deseos, pasó a un estado de irracional apatía. El impulso de confesión había actuado como una droga para su remordimiento. Había intentado echar parte de esta pesadumbre sobre los hombros de su esposa y, ahora que ella le había rechazado tácitamente, sentía que era demasiado pesada para levantarla de nuevo.

Un afortunado intervalo de duro trabajo sirvió de respiro a esta fase de sufrimiento estéril. Viajó al oeste para defender un caso importante, lo ganó y volvió a sus quehaceres habituales. Sus negocios prosperaban tan bien que le ocupaban todo el tiempo libre que su profesión le permitía, y durante unos dos meses apenas tuvo tiempo de enfrentarse a sí mismo. Como es lógico —pues aún no era un experto en los matices de la introspección—, confundió la insensibilidad transitoria con un renacimiento gradual de la salud moral.

Estaba convencido de estar recuperando el sentido de la proporción, de empezar a ver las cosas con su luz verdadera; y ahora pensaba que la imprudente súplica a la compasión de su esposa había sido un acto de locura de cuyas consecuencias se había visto salvado por la providencia que vela por los hombres privados de juicio. Disponía de poco tiempo para observar a Alexa, pero alcanzó la conclusión de que el sentido común del que él se había visto momentáneamente privado había aconsejado a su esposa que aceptara lo inevitable sin rechistar. Si esta cualidad era una pobre sustituta de la justicia inquebrantable por la que Alexa parecía haberse caracterizado alguna vez, aceptó la alternativa como parte de esa vuelta de tuerca tan necesaria para el mantenimiento del matrimonio. ¿Qué mujer conservaría su sentido abstracto de la justicia cuando entraba en juego otra mujer? Tal vez la idea de que se había aprovechado de la fragilidad de la señora Aubyn no le hubiera resultado del todo desagradable a su mujer.

Cuando la presión del trabajo comenzó a disminuir y en aquellas tardes que se alargaban podía llegar relativamente temprano a casa, solía encontrarse el salón lleno de gente y casi nunca tenían la ocasión de pasar la noche solos. Si él estaba cansado, lo cual sucedía a menudo, salía ella sola; ni siquiera se le pasaba por la cabeza la posibilidad de romper el compromiso y quedarse a su lado. De joven nunca le había gustado mucho la vida social ni pareció echarla de menos el año que pasaron en el campo. Sin embargo, Glennard pensaba que compartía el destino común de los hombres casados, que confundían proverbialmente la temprana pasión hacia los quehaceres domésticos con una prueba de domesticidad. En todo caso, Alexa rebatía su teoría con la misma desconsideración con la que una planta de semillero rompe las expectativas del jardinero. Se había producido en ella un cambio indefinible. En cierto sentido era positivo, pues se había vuelto, si no más hermosa, al menos más vital y expresiva. Su belleza se apreciaba mejor: era como si hubiera aprendido a ejercitar conscientemente ciertos atributos intuitivos y utilizara sus efectos con la capacidad discriminatoria de un artista experto en valores. Para un crítico imparcial (como Glennard se consideraba entonces), el arte resultaba a veces demasiado obvio. Sus intentos por parecer frívola carecían de espontaneidad y algunas veces le exasperaba oírla reír como Julia Armiger. Pero Glennard era lo bastante inteligente como para comprender que, en lo que respecta a las habilidades sociales de su esposa, un marido siempre ve la cara equivocada del tapiz.

En esta irónica estimación de sus relaciones, Glennard se encontraba extrañamente aliviado de todo lo que concernía a los sentimientos de Alexa por Flamel. Desde la cumbre olímpica de su indiferencia contemplaba con calma sus inofensivas travesuras. Era sorprendente cómo al degradar a su esposa se sentía en paz consigo mismo. Por muy lejos que estuvieran el uno del otro, seguían manteniendo, en cierto modo, la tácita cercanía de la complicidad. Y es que, en efecto, eran cómplices: sus celos estaban a la altura del desprecio de Alexa. Ahora aquellos celos que antes le parecían un borrón en la blancura de su esposa no eran más que el homenaje a unos ideales en los que ya no creía…

Glennard era poco dado a explorar los terrenos aledaños a la literatura. Siempre se saltaba las «noticias literarias» en los periódicos y mostraba poco interés por los placeres intermitentes de los seriales. Es por eso por lo que no estaba al tanto de los prolongados ecos que las Cartas de Aubyn habían tenido en el terreno de la crítica. Cuando dejó de hablarse del libro, supuso que había dejado de leerse; y el aparente descenso de la agitación desatada a su alrededor le trajo la tranquilizadora sensación de que había exagerado su vitalidad. Esta convicción, si bien no calmó su conciencia, le ofreció al menos el relativo alivio de la oscuridad: se sentía como un reo al que habían bajado del suplicio para arrojarlo a la balsámica oscuridad de una celda.

Pero una noche que Alexa lo había dejado solo para asistir a un baile, aprovechó para hojear las revistas de su mesa, con las que se acomodó mientras fumaba un puro, y el ejemplar del Horóscopo le puso por delante, en primera página, un retrato de Margaret Aubyn. Era una reproducción de la fotografía que había permanecido durante tanto tiempo en su escritorio. El desencantado aire del recuerdo la había convertido en una mera abstracción de la mujer que había sido, y esta inesperada evocación parecía acercarla más a él de lo que nunca estuvo en vida. ¿Tal vez era porque la comprendía mejor? Miró largo rato sus ojos; pequeños rasgos personales lo alcanzaban a modo de caricias: la curva cansada de sus labios, la rapidez con la que se inclinaba hacia delante al hablar, los movimientos de sus largas e inexpresivas manos. Todos esos signos de feminidad, la cualidad que siempre había echado en falta en ella, lo abordaban en silencio desde aquellos ojos que lo miraban sin reproches; y ahora que era demasiado tarde la vida había desarrollado en él la perspicacia más sutil, capaz de poder detectarlos hasta en una pobre reproducción de su rostro. Durante un instante encontró consuelo al pensar que los habían unido a toda costa; luego lo inundó la vergüenza. Ahora que estaban frente a frente, sentía que lo habían desnudado hasta lo más recóndito de su conciencia. La vergüenza era profunda, pero también era una angustia renovadora. Se sentía como un hombre al que un dolor insoportable había despertado del progresivo letargo de la muerte…

A la mañana siguiente se levantó con una nueva sensación de vida, como si aquella hora de muda comunión con Margaret Aubyn hubiera constituido la más exquisita renovación de sus primeros encuentros. Lo primero que pensó al despertarse fue que debía verla de nuevo; y, mientras su mente tomaba conciencia de sí misma, sintió un miedo intenso a perder aquella sensación de cercanía. Pero aún la tenía cerca: su presencia era la única realidad que le quedaba en aquel mundo de sombras. Durante las horas de trabajo volvía a revivir con increíble menudencia cada episodio de su oculto pasado, como el hombre que ha logrado dominar el espíritu de una lengua extranjera vuelve a pasar con asombro las páginas de su lejana juventud. En esta lúcida retrospección, hasta el detalle más trivial adquiría significado, aunque para Glennard el éxtasis de recuperarlo se veía ensombrecido al contemplar todas sus lagunas. Había sido un estúpido insensible y lamentable. Y había ironía en el pensamiento de que, si no llega a ser por la crisis que estaba atravesando, habría vivido para siempre en la complaciente ignorancia de lo que se había perdido. Era como si ella lo hubiera comprado con su sangre…

Esa noche cenaron solos y después de la cena acompañó a Alexa a la sala. Ya no sentía la necesidad de evitarla; apenas se daba cuenta de su presencia. Tras unas pocas palabras permanecieron en silencio y él se sentó a fumar con la mirada perdida en el fuego. No es que no tuviera ganas de hablar con ella: sentía un curioso deseo de ser lo más amable posible, pero siempre acababa olvidándose de que ella estaba allí. Su brillante presencia, por la que solían fluir cálidamente los ríos de la vida, se había convertido en una tenue sombra que él atravesaba al mirar en la distancia…

Al rato, ella se incorporó y empezó a dar vueltas por la habitación. Parecía que buscara algo y Glennard se levantó para preguntarle qué estaba buscando.

—Sólo el último número del Horóscopo. Creí que lo había dejado encima de esta mesa —y como él no dijo nada, ella continuó—: ¿No lo has visto?

—No —contestó fríamente. La revista estaba bajo llave en su escritorio.

Su esposa se había dirigido a la repisa de la chimenea. Se lo quedó mirando fijamente y cuando él levantó los ojos se cruzó con su tímida mirada.

—Estaba leyendo un artículo… una reseña de las cartas de la señora Aubyn —añadió, despacio, sonrojándose profunda y lentamente.

Glennard se inclinó para sacudir el cigarro en la chimenea. Sintió el salvaje deseo de que Alexa no pronunciara el nombre de la otra mujer; nada más parecía importarle.

—Parece que te ha dado por leer —dijo.

Ella seguía empeñada en hacerle frente.

—Lo estaba guardando para ti… Creí que te interesaría —dijo con un aire de ligera insistencia.

Él se levantó y se dio la vuelta. Estaba seguro de que ella sabía que había cogido la revista y sintió que empezaba a odiarla de nuevo.

—No tengo tiempo para esas cosas —replicó con indiferencia.

Y cuando se encaminaba a la puerta, la oyó dar un paso precipitado hacia delante. Después se detuvo y se hundió sin decir palabra en la misma silla de la que se había levantado.

CAPÍTULO ONCE

Cuando bajo la cruda luz de febrero Glennard subía la carretera del cementerio, sintió la beatitud que llega con el cese abrupto del dolor físico. Había alcanzado el punto donde acaba la introspección y el impulso que lo movía era puramente intuitivo. Ya ni siquiera buscaba motivos, más allá de la razón obvia de que su deseo de visitar la tumba de Margaret Aubyn no respondía a ningún intento de reparación sentimental, sino más bien a la vaga necesidad de afirmar de algún modo la realidad del lazo que los unía.

La irónica promiscuidad de la muerte había traído de vuelta a la señora Aubyn para que compartiera la estrecha hospitalidad del último lecho de su marido; pero aunque Glennard sabía que había sido enterrada cerca de Nueva York, nunca había visitado su tumba. Ahora, al atravesar las largas avenidas, le oprimía la escalofriante visión de su regreso. No hubo familia que siguiera su coche fúnebre: había muerto sola, igual que había vivido, y los «distinguidos dolientes» que formaban el cortejo no sabían nada de la mujer a la que enviaban a la tumba. Glennard ni siquiera podía recordar en qué estación del año la habían enterrado, pero su humor le daba a entender que debía de haber sido un día de mucha luz: aquel incisivo resplandor de febrero que ofrece claridad, pero no calor. Las blancas avenidas se alargaban ante él, interminables, cubiertas de estereotipados emblemas de aflicción, como si todos los tópicos del mundo se hubieran convertido en mármol y coronaran a los muertos sumisos. Por todas partes, sin duda, frígidas urnas o ángeles insípidos aprisionaban punzadas de dolor, y los clichés se convertían en vehículo de raros significados. Pero, en su mayoría, las interminables hileras de monumentos parecían encarnar simples tópicos sobre la muerte que no alteran el descanso de los vivos. Mientras seguía el camino que le habían indicado, los ojos de Glennard se posaron de forma instintiva en un túmulo bajo con una lápida muda. Había olvidado que los muertos raramente diseñan sus propias casas y con una punzada descubrió el nombre que buscaba en la base ciclópea de un obelisco de granito que elevaba su agresiva altura en el cruce de dos avenidas.

—¡Cómo lo habría odiado ella! —murmuró.

Había un banco cerca y aprovechó para sentarse. El monumento se alzaba ante él como una morada pretenciosa y hueca. No podía creer que Margaret Aubyn reposara allí. Era domingo por la mañana y negras figuras vagaban por los senderos, colocando flores en los montículos cubiertos de escarcha. Glennard advirtió que las tumbas vecinas habían sido decoradas hacía poco y creyó ver un deslumbrante revuelo de expectación a través del tepe, como si los túmulos desnudos desplegaran una alfombra seca para esa lluvia conmemorativa. Se levantó poco después y regresó caminando a la entrada del cementerio. Había varios invernaderos cerca de la verja y, al entrar, pidió unas flores.

—¿Con algún emblema? —preguntó el anémico hombre desde detrás del empapado mostrador.

Glennard sacudió la cabeza.

—¿Sólo flores cortadas? Entonces venga por aquí.

El florista abrió la puerta de cristal y lo guio por un pasillo verde y húmedo. El aire caliente se mezclaba de manera agobiante con el olor de azaleas blancas, lirios blancos, lilas blancas… todas las flores eran blancas: simulaban una prolongación, una mística florescencia, de las largas hileras de lápidas de mármol y parecían neutralizar con su perfume el olor de la podredumbre. Glennard se mareó en medio de esta rica atmósfera. Al inclinarse hacia la jamba, mientras esperaba las flores, tuvo la penetrante sensación de que Margaret Aubyn estaba cerca… No la imponderable presencia de su visión interior, sino una vida que latía cálidamente en sus brazos…

El aire cortante lo golpeó al salir. Deshizo sus pasos y esparció las flores sobre la tumba. Los bordes de los blancos pétalos se arrugaron con el frío como papel quemado y, al mirarlos, la vana ilusión de su proximidad se desvaneció, volviendo a congelarse.

CAPÍTULO DOCE

No había un motivo definido que explicara su visita al cementerio, excepto considerarla como un último esfuerzo por escapar del inexpresivo consentimiento que Alexa otorgaba a la vergüenza que él estaba padeciendo. Le parecía que cuanto más tiempo pudiera mantenerse a salvo de esa vergüenza más tardaría en sucumbir por entero a sus consecuencias. Su mayor temor era convertirse en la criatura de sus actos. La indiferencia de su esposa lo degradaba; parecía situarlo a la altura de su deshonra. Margaret Aubyn habría aborrecido los hechos, pero, en la misma medida, también habría sentido lástima por él. La idea de su posible conmiseración volvió a acercarlo a ella. Una lo sabía y no quería comprenderlo; la otra parecía que algunas veces comprendiera sin saber.

Disfrazada de retrospectivos remordimientos, su autocompasión sentía deseos de soledad y meditación. Se perdía en enfermizas contemplaciones, en visiones inútiles de cómo habría sido la vida con Margaret Aubyn, y había momentos en que, en la extraña dislocación de su punto de vista, el daño que le había causado parecía un lazo de unión entre ambos.

Con tal de satisfacer estas emociones, los domingos por la tarde había cogido la costumbre de dar paseos solitarios que se prolongaban hasta entrada la noche. Los días se iban alargando, la primavera empezaba a flotar en el aire y sus errantes caminatas lo conducían con frecuencia a Central Park y sus alrededores.

Un domingo, cansado de tanto desplazamiento sin sentido, cogió un taxi a las puertas del parque y pidió que lo llevara a Riverside Drive. Era una tarde gris con rachas de levante. El taxi avanzaba despacio y, mientras Glennard se reclinaba y contemplaba ausente los desiertos senderos que serpenteaban bajo ramas desnudas entre montículos de prematura fertilidad, dos figuras que caminaban un poco más adelante captaron su atención. La pareja estaba sola en el camino y se movía con paso desigual, como adaptando su modo de andar a una conversación marcada por intervalos de reflexión. De vez en cuando se paraban y, en una de estas pausas en que la mujer se volvió hacia su acompañante, Glennard reconoció el perfil de su esposa. El hombre era Flamel.

La sangre se le subió a la cabeza. Se incorporó con un movimiento brusco y echó hacia atrás la capota del cabriolé; pero cuando el taxista se giró, se dejó caer en su asiento sin mediar palabra. Después, al tomar conciencia de que el hombre llevaba un rato preguntándole por la capota levantada, exclamó:

—Gire… dé la vuelta… donde sea… Tengo prisa…

Cuando el taxi daba la vuelta vio de reojo por última vez a las dos figuras. No se habían movido. Alexa, con la cabeza agachada, seguía escuchando.

—Dios mío, Dios mío… —gimió.

Era espantoso… abominable… no podía entenderlo. Aquella mujer ya no era nada para él… menos que nada… La sangre le zumbaba en los oídos y le cegaba los ojos. Sabía que sólo se trataba del instinto primario y que, en lo concerniente a su ser racional, era igual que cualquier otro impulso reflejo de su cuerpo; pero eso sólo transformaba la angustia en repugnancia. Sí, era asco lo que sentía… casi una náusea física. Los gases venenosos de la vida inundaban sus pulmones. Tenía ganas de vomitar, unas ganas terribles…

Volvió a casa y se fue a su habitación. Daban una pequeña cena esa noche y, cuando bajó, los invitados estaban llegando. Miró a su esposa: su belleza era extraordinaria, pero le pareció la belleza del mar calmo en una costa sin luz. Y le dio miedo.

Aquella noche se quedó hasta tarde en el estudio. Oyó que la sirvienta cerraba la puerta principal; luego su esposa subió las escaleras y se apagaron las luces. Su cerebro era como un gran vestíbulo vacío con eco: un único pensamiento reverberaba eternamente… Al final, acercó la silla a la mesa y empezó a escribir. Puso la dirección en un sobre y releyó despacio lo que había escrito.

Mi querido Flamel:

Le envío mis disculpas por no haberle remitido antes el cheque que ahora le adjunto. Representa el porcentaje correspondiente a la venta de las cartas.

Confío en que me perdone por este descuido.

Atentamente,

Stephen Glennard.

Salió de la oscurecida casa y echó la carta en el buzón de la esquina.

Al día siguiente se demoró hasta tarde en la oficina y ya estaba preparándose para marcharse cuando oyó que alguien preguntaba por él en la habitación contigua. Se sentó de nuevo y apareció Flamel.

Mientras Glennard apartaba una silla que obstaculizaba el paso, los dos hombres tuvieron tiempo para medirse mutuamente. Luego Flamel se adelantó, extrajo su billetera y dejó un papel en el escritorio.

—Mi querido amigo, ¿qué demonios significa esto?

Glennard reconoció el cheque.

—Perdón por mi negligencia, simplemente. Debería haberle llegado antes.

El tono de Flamel era de sincera sorpresa, pero ahora su acento cambió y preguntó deprisa:

—¿Por qué motivo?

Glennard se había alejado del escritorio y permanecía apoyado en los volúmenes de piel de becerro de la librería.

—Porque usted vendió las cartas de la señora Aubyn por mí y, según me consta, el intermediario debe percibir un porcentaje de la venta en estos casos.

Flamel se detuvo antes de contestar.

—Le consta, dice usted. ¿Acaba de enterarse?

—Obviamente, si no le habría enviado antes el cheque. Ya ve que soy nuevo en el negocio.

—¿Y cuánto hace que descubrió que se trataba de un asunto de negocios, por lo que a mí se refiere?

Glennard se sonrojó y elevó un poco la voz.

—¿Me está reprochando que me olvidara de enviárselo antes?

Flamel, que había hablado en el tono acelerado y reprimido de un hombre a punto de enfadarse, sopesó la situación y, recuperando su voz natural, replicó alegremente:

—¡Por mi vida que no le entiendo!

El cambio de tercio pareció desconcertar a Glennard.

—Pues es bastante simple —murmuró.

—¿Bastante simple… que usted me ofrezca dinero a cambio de un favor amistoso? ¡No sé lo que esperarán de usted sus otros amigos!

—Algunos de mis amigos nunca habrían aceptado el trabajo. Y los que lo hubieran hecho probablemente habrían esperado que les pagara por ello.

Levantó los ojos hacia Flamel y los dos hombres se miraron cara a cara. Flamel había empalidecido y le temblaban los labios, pero mantenía el tono de mesura.

—Si lo que insinúa es que el trabajo no estaba a la altura, debe aceptar las críticas por haberlo propuesto. Pero por mi parte nunca he visto, ni veré, ninguna razón para no publicar las cartas.

—¡De eso se trata!

—¿De qué…?

—De lo seguro que está de no saber por qué acudí a usted. Cuando alguien se encuentra con bienes robados que empeñar no los lleva a la policía.

—¿Robados? —repitió—. ¿Las cartas eran robadas?

Glennard se echó a reír groseramente.

—¿Cuánto tiempo más espera que siga manteniendo esta farsa? Usted sabía muy bien que las cartas iban dirigidas a mí.

Flamel lo miró en silencio.

—¿En serio? —dijo por fin—. No lo sabía.

—Y tampoco lo sospechaba, supongo —dijo con tono despectivo Glennard.

Flamel volvió a enmudecer; luego replicó:

—Le recuerdo que, suponiendo que hubiera sentido alguna curiosidad por el asunto, no tenía modo de averiguar que las cartas iban dirigidas a usted. Nunca me mostró los originales.

—¿Y eso qué demuestra? Había cincuenta maneras de averiguarlo. Ese tipo de cosas no cuestan nada.

Flamel lo observó con desprecio.

—Nuestras ideas respecto a lo que cuesta y lo que no probablemente difieren bastante. Para mí no habría sido fácil.

Glennard descargó su ira en las palabras que más le preocupaban.

—Entonces tal vez le interese saber que mi esposa está AL CORRIENTE de todo… desde hace meses…

—Ah —dijo el otro, despacio.

Glennard observó que, mientras buscaba a ciegas algo con lo que contraatacar, había dejado su cuerpo al descubierto y las probabilidades de que lo hirieran eran mayores. Flamel tenía los músculos bajo control, pero algún cambio indefinible se había producido en su rostro, como si le hubieran infiltrado veneno poco a poco. Las palabras cargadas de insinuación habían hecho mella en él, pero Glennard sentía que sus claras intenciones se habían perdido en medio de la angustia de lo que querían decir. Ahora estaba seguro de que Flamel nunca lo habría traicionado, pero la deducción sólo consiguió aumentar su ira. Sin aliento, dejó que Flamel hablara.

—Si ella lo sabe, no es por mí.

Era lo que Glennard se esperaba.

—Santo cielo, ¿por usted? ¿Quién ha dicho que fuera por usted? ¿Supone que voy a dejar que usted o cualquiera, puesto el caso, mantenga a mi mujer informada de lo que hago o dejo de hacer? ¡No me imaginaba que esa enorme vanidad que tiene pudiera engañarle hasta tal punto! —y buscando un firme apoyo en el pequeño desprendimiento de tierra en que se había convertido su dignidad, añadió, con firmeza—: Mi esposa se enteró de todo por mí.

Flamel recibió en silencio el estallido de Glennard y éste le hizo reforzar su autocontrol. Luego, como si no tuviera más remedio, determinó:

—En ese caso lo entiendo todavía menos…

—¿Todavía menos el qué?

—Lo que esto significa —señaló el cheque—. Cuando empezó a hablar me dio la impresión de que intentaba sobornarme; ahora veo que sólo se trata de un insulto fortuito. En cualquier caso, mi respuesta es ésta.

Rompió el papel por la mitad y lanzó los fragmentos por encima del escritorio de Glennard. Después dio media vuelta y salió de la oficina.

Glennard dejó caer la cabeza entre las manos. Si había esperado restablecer su autoestima asediando a Flamel, el resultado no había estado a la altura de sus expectativas. El golpe había colmado su ira y el imprevisto alcance del daño infligido no alteraba el hecho de que su ataque hubiera fracasado. Ahora era consciente de que la rabia que sentía hacia Flamel no era más que la proyección del tremendo asco que se daba a sí mismo. Sin embargo, esta toma de conciencia no aumentó sus simpatías; sólo anulaba la venganza. Que Flamel se hubiera negado a pelear con él era la gota que colmaba el vaso de su degradación.

Considerando esta última humillación, la idea de la indiferencia de su esposa lo golpeó con tanta fuerza y tan poco sentido como la emotiva resurrección de su pasado. Había estado viviendo en un mundo ficticio donde las emociones eran meras aduladoras de la vanidad, y sintió con alivio cómo se rompían en pedazos sobre su cabeza.

Era casi de noche cuando se marchó de la oficina y caminó de vuelta a casa sin prisas, acusando el cansancio mental que suele acompañar a crisis de este tipo. No se dio cuenta de que estaba pensando en su esposa y, al llegar a la puerta, advirtió que, en el reajuste involuntario de su punto de vista, Alexa había vuelto a convertirse en el elemento central de sus pensamientos.

CAPÍTULO TRECE

Nunca antes se le había ocurrido pensar que Alexa podía haber pasado por alto la intención del documento que le había servido de cebo. ¿Y si, al examinar rápidamente los papeles, lo había tomado por algo relacionado con los negocios privados de algún cliente? Si era el caso, esto le habría evitado sacar la conclusión de que Glennard era el abogado de ese desconocido que había vendido las Cartas de Aubyn. El asunto no era como para atraer su atención… no era una mujer curiosa.

En ese momento, Glennard dejó el tenedor y la observó entre las sombras de las velas. La posible explicación de su indiferencia no tardó en presentársele. Su cabeza agachada y expectante mostraba la misma actitud que cuando la había visto el día anterior en compañía de Flamel; el gesto revivía la intensidad de aquella impresión. Después de todo, era bastante simple: había dejado de preocuparse por él porque ya lo hacía por otra persona.

Al seguirla escaleras arriba sintió un repentino resurgimiento de su ira latente. Sus sentimientos habían perdido toda su complejidad artificial. Ya la había absuelto de ser cómplice de su bajeza y lo único que sentía era que la amaba y que ella se le había escapado. Sin embargo, el pensamiento que predominaba era bastante extraño: tenía la certeza de que ambos se habían visto sometidos a la fusión del amor y habían salido tan separados y sin posibilidad de comunicarse que parecía que la transmutación nunca hubiese tenido lugar. Todas las demás pasiones, pensó, dejaban alguna huella a su paso; pero el amor se borraba como la estela de un barco sobre las aguas.

Alexa se sumergió en su asiento de siempre junto a la lámpara y él se apoyó en la chimenea y se puso a cambiar de sitio distraídamente las figurillas de la repisa.

De repente, la vio reflejada en el espejo. Lo estaba mirando. Glennard se dio la vuelta y sus ojos se encontraron.

Atravesó la habitación y se detuvo delante de ella.

—Hay algo que quiero decirte —comenzó a decir en voz baja.

Ella le sostuvo la mirada, pero enrojeció. Glennard se dio cuenta de nuevo, con una punzada de celos, de cómo su belleza había ganado en calidez y objetivo. Era como una copa transparente que hubieran llenado de vino. La miró con ironía.

—Nunca te he negado que vieras a tus amigos aquí —estalló—. ¿Por qué te encuentras con Flamel en lugares recónditos? Es lo más humillante para una mujer…

Ella se levantó bruscamente y se miraron cara a cara guardando las distancias.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

—Os vi el domingo pasado en Riverside Drive —continuó, y al pronunciar la acusación resurgió su ira.

—¡Ah! —murmuró ella.

Se sentó de nuevo y empezó a juguetear con un abrecartas que tenía en la mesa al alcance de la mano.

Su silencio lo exasperaba.

—¿Y bien? —exclamó—, ¿eso es todo lo que tienes que decirme?

—¿Quieres que me explique? —preguntó, orgullosa.

—¿Acaso insinúas que no tengo derecho?

—No estoy insinuando nada. Te diré todo lo que deseas saber. Fui a dar un paseo con Flamel porque él me lo pidió.

—Ya suponía que te había invitado. Pero hay ciertas cosas que una mujer sensata no hace. Una mujer sensata no se pasea por ahí con hombres. ¿Por qué no os visteis aquí?

Ella vaciló.

—Porque quería verme a solas.

—¿En serio? ¿Y tú satisfaces todos sus deseos con la misma presteza, si puedo preguntar?

—No sé si tiene otros que me conciernan —hizo una pausa y después siguió hablando en una voz más baja que, de algún modo, ocultaba un tono de advertencia—. Quería despedirse de mí. Se marcha.

Glennard la miró sorprendido.

—¿Que se marcha?

—Sale para Europa mañana. Va a estar fuera mucho tiempo. Supuse que lo sabrías.

La última frase reavivó su enfado.

—Te olvidas de que todo lo que yo pueda saber o no saber de Flamel depende de ti. Es tu amigo, no el mío. De hecho, algunas veces me preguntaba por qué te esforzabas tanto en ser amable con él cuando es evidente que no me gusta.

La respuesta de Alexa se hizo esperar. Parecía estar escogiendo las palabras con esmero, no tanto por ella como por él, y la exasperación de Glennard aumentó al sospechar que estaba tratando de exculparlo.

—Era tu amigo antes de convertirse en el mío. Nunca supe de él hasta que me casé. Fuiste tú quien lo trajo a casa y quien al parecer se empeñó en que me gustara.

Glennard soltó una carcajada. La defensa era más débil de lo que esperaba: estaba claro que no era una mujer muy lista.

—Tu deferencia me halaga, pero no es la primera vez que un hombre comete el error de presentarle sus amigos a su esposa. En cualquier caso, debiste darte cuenta de que mi entusiasmo se había enfriado; pero quizá te cegaron las ansias de complacerme.

Alexa recibió la pulla con un silencio que pareció reducir su eficacia a la mitad.

—¿No crees? —la presionó.

—No —respondió ella con repentina franqueza—. Hace algún tiempo advertí que parecía disgustarte, pero desde entonces…

—¿Y bien? ¿Desde entonces qué?

—Me imaginé que tendrías razones para seguir queriendo que fuera amable con él, como dices tú.

—¡Ah! —exclamó Glennard, haciendo un esfuerzo por mostrar levedad; pero su ironía se vino pronto abajo: algo en su voz le hizo sentir que ambos habían llegado a ese desierto desnudo del entendimiento donde los significados apenas ya se esconden detrás de las palabras.

—¿Y qué te hizo pensar eso? —su frente enrojeció—. ¿Te dijo que yo tenía cierto compromiso con él?

—¿Cierto compromiso? —Alexa se puso pálida.

—No nos andemos con rodeos. ¿No te dijo que fui yo quien publicó las cartas de Aubyn? Contéstame.

—No —dijo ella; y tras un momento en que pareció sopesar las opciones, añadió—: nadie me lo dijo.

—¿Entonces no lo sabías?

Parecía que hablar le costara un gran esfuerzo.

—No hasta… no hasta que…

—¿Hasta que te di esos papeles para que los ordenases?

Agachó la cabeza.

—¿Lo supiste entonces?

—Sí.

Él contempló su rostro impasible.

—¿No lo sospechaste… antes? —dijo a duras penas.

—A ratos, sí… —su voz se tornó en un susurro.

—¿Por qué? ¿Por algo que alguien dijo…?

Había un atisbo de compasión en sus ojos.

—Nadie dijo nada… nadie me dijo nada —desvió la mirada—. Fue el modo de comportarte…

—¿El modo de comportarme?

—Cada vez que se mencionaba el libro. Las cosas que decías… y repetías… tus enfados… No puedo explicarlo…

Glennard se había acercado inconscientemente. Jadeaba como si hubiera estado corriendo.

—Lo sabías, lo sabías… —tartamudeó. Aquello era peor que si hubiera reconocido su amor por Flamel; aquello la alejaba todavía más—. Lo sabías… lo sabías —repitió; y de repente su angustia cobró voz—: ¡Por Dios! —exclamó—. Has dicho que al principio lo sospechaste… y luego que lo sabías… todo este maldito asunto es detestable; hace meses que lo sabes… hace meses que puse ese papel ante tus ojos… y no has hecho nada, no has dicho nada, no has movido un dedo, has vivido conmigo como si no ocurriera nada… como si nada hubiera ocurrido en nuestras vidas. ¿De qué estás hecha, por Dios? ¿No ves la ignominia que esconde todo esto? ¿No ves cómo compartes mi deshonra? ¿O es que no tienes ningún sentido de la vergüenza?

Al verter estas palabras mantuvo la suficiente lucidez como para ver que invitaban sin remedio al escarnio de Alexa; pero algo le decía que ambos habían sobrepasado la fase de las obvias represalias y que si se producía en ellos alguna reacción no sería la del desprecio.

Tenía razón. Ella se levantó despacio y se dirigió hacia él.

—¿No has tenido ya bastante…? —dijo con una extraña voz compasiva.

Él se la quedó mirando fijamente.

—¿Bastante…?

—Sufrimiento…

Fue como si un fleje de hierro se soltara de sus nervios.

—¿Entonces te diste cuenta…? —en un susurro.

—Ay, por Dios, por Dios… —sollozó.

Se dejó caer a su lado y ocultó su angustia en las rodillas de Glennard. Se aferraron en silencio, soportando juntos la oleada de vergüenza.

Cuando Alexa levantó finalmente el rostro, Glennard apartó la mirada. Su desdén le habría dolido menos que esas lágrimas en sus manos.

Ella habló lánguidamente, como una niña calmada tras un arranque de llanto.

—¿Lo hiciste por el dinero…?

Sus labios dibujaron un sí.

—¿Esa fue la herencia… por la que nos casamos?

—Sí.

Ella se echó hacia atrás y se incorporó. Él se sentó y se quedó observándola al alejarse.

—Me odias —se le escapó.

No obtuvo respuesta.

—¡Dime que me odias! —insistió.

—Eso habría sido lo más fácil —respondió Alexa, con una extraña sonrisa. Luego se desplomó en una silla junto al escritorio y apoyó la cabeza en la mano.

—¿Era mucho? —retomó la palabra.

—¿El qué…? —preguntó él, distraído.

—El dinero.

—¿El dinero? —esa parte del asunto le parecía tan poco relevante que durante un momento no supo a qué se refería.

—Hay que devolverlo —insistió ella—. ¿Puedes?

—Ah, sí —respondió con apatía—, claro que puedo.

—¡Sacrificaría lo que fuera! —le exhortó.

Glennard asintió.

—Por supuesto —se la quedó mirando con los ojos secos por el desprecio a sí mismo—. ¿Crees que servirá para algo?

—¿Que si servirá para algo?

—Si cambiará lo que siento, o lo que sientes por mí…

Ella sacudió la cabeza.

—Es lo de menos… —gruñó él.

—Es lo único que podemos arreglar.

—¡Santo cielo! Ojalá pudiéramos arreglarlo… —se levantó de pronto y cruzó el espacio que los separaba—. ¿Por qué nunca me dijiste nada? —quiso saber.

—¿No te has respondido tú mismo a esa pregunta?

—¿Cuándo?

—Justo ahora… cuando has dicho que lo hiciste por mí —se detuvo un momento y después continuó en un tono más grave—: te habría dicho algo si hubiera podido ayudarte.

—Pero has debido de odiarme…

—Ya te he dicho que eso habría sido lo más fácil.

—Pero ¿cómo pudiste seguir adelante así… despreciando el dinero?

—Sabía que hablarías a su debido tiempo. Quería que primero lo odiaras tanto como yo.

La contempló con cierto sobrecogimiento.

—Eres maravillosa —susurró—. Pero aún no sabes lo bajo que he caído.

Ella alzó una mano suplicante.

—¡No quiero saberlo!

—Entonces, ¿tienes miedo de odiarme?

—No… pero así me odiarás tú a MÍ. Déjame comprenderlo sin que me lo digas.

—No puedes. Es demasiado infame. Creí que no te importaba lo que había hecho porque amabas a Flamel.

Ella se puso colorada.

—No… no… —le advirtió.

—¿No crees que tengo derecho…?

—Creo que te arrepentirás.

Él permaneció ante ella de modo suplicante.

—Quiero decir algo peor… algo más escandaloso. Si no LO entiendes, tendrás todo el derecho a echarme de casa.

Alexa le contestó con una mirada perspicaz.

—Lo entenderé… pero te arrepentirás.

—Debo correr el riesgo —se apartó y revolvió los libros de la mesa. Luego se dio la vuelta para mirarla a la cara—: ¿Le importas a Flamel? —le preguntó.

Sus mejillas se encendieron aún más, pero siguió mirándolo sin enfadarse.

—¿A qué viene eso? —dijo con una nota de tristeza en la voz.

—Ah, aún no te lo había preguntado —murmuró compungido.

—Bien, entonces…

Glennard respondió a la súplica de Alexa mirándola fijamente, como si no fuera más que un simple factor en medio de una inmensa redistribución de significados.

—Hoy he insultado a Flamel. Le he dado a entender que sospechaba que él te lo había contado todo. Lo odiaba porque él sabía lo de las cartas.

Apreció el horror que desprendían sus ojos y por un instante tuvo que lidiar con la nueva tentación que se le aparecía. Luego, haciendo un esfuerzo, declaró:

—Él no tiene la culpa… es un hombre impecable. Me ayudó a publicar las cartas; pero también le mentí; fingí que iban remitidas a otro hombre… a otro hombre que estaba muerto…

Alexa levantó los brazos en un gesto que parecía que fuera a desviar sus palabras.

—¡Me desprecias! —insistió.

—Ay, pobre mujer… pobre mujer… —la oyó susurrar.

—¡Ya ves que no he dejado títere con cabeza! —su voz se impuso sobre la de ella.

Alexa mantuvo la cara tapada.

—¡Me odias! ¡Me desprecias! —exclamó de forma extraña.

—¡Cállate! —le ordenó ella; pero él ya no parecía ser consciente de su propósito conciliador.

—A él le importabas… le importabas —repitió— y nunca te habló de las cartas…

Ella se levantó de un salto.

—¿Cómo puedes? —se acaloró—. ¿Cómo te atreves? ¡ESO…!

Glennard se había puesto intensamente pálido.

—Es un arma… como otra cualquiera…

—¡Eso es indigno!

Él sonrió desconsolado.

—Yo debería haberla usado en su lugar.

—¡Stephen! ¡Stephen! —gritó, como para ahogar la blasfemia en sus labios. Se deslizó hasta él con ademán de rescatarlo—. No digas esas cosas. ¡Te lo prohíbo! Nos degrada a ambos.

Glennard la hizo volver a su sitio con manos temblorosas.

—Nada de lo que diga de mí puede degradarte. Estamos en niveles diferentes.

—¡Yo estoy en el tuyo, cualquiera que sea!

Él levantó la cabeza y las miradas confluyeron.

CAPÍTULO CATORCE

Los efectos que causaron aquellos grandes cambios fueron tan imperceptibles como los primeros esbozos de la primavera. Glennard se sentía ahora más cerca de su esposa, pero apenas llegaba a situarse todavía al alcance de su voz; y aunque ponía todo su empeño en adquirir las nociones elementales de esta nueva forma de comunicarse, aún tenía que buscarla a tientas en la densa niebla de la humillación, esa nube de vapor de la que su personalidad emergía mezquina y grotesca.

El único hecho que nos permite convivir con nuestros allegados es que desconocemos por completo lo bien que nos conocen. El amor es el refugio más inexpugnable de nuestra autoestima y odiamos a todo aquél que sepa ver nuestra desnudez. Si Glennard no odiaba a su esposa era porque lentamente y con mucho sufrimiento había nacido en él aquella pasión más profunda que situaba su anterior sentimiento a la altura de una mera conmoción de la sangre. Era como un niño al que hubiese que volver a arrullar: la cercanía de su esposa era un pecho en el que refugiarse.

Al principio no conversaban demasiado y ambos debían sortear un camino tortuoso para esquivar el tema que se interponía entre ellos como un bosque encantado. Pero todas las palabras, todas las acciones parecían mirar en la misma dirección, conducir al mismo sitio, como si de su sombra envenenada brotara una fuente con poderes curativos. ¡Ay, si pudieran extirpar la maleza y abrirse paso hasta aquella reconstituyente primavera!

Al observar a su esposa con la misma atención con la que un trotamundos prestaría a todos y cada uno de los signos de la naturaleza, Glennard se dio cuenta de que Alexa se había refugiado temporalmente en el propósito de renunciar al dinero. Si en teoría ambos eran conscientes de que esta forma de compensación no servía para nada, la subjetividad instintiva de la mujer le hacía encontrar alivio en esta burda penitencia. Glennard advirtió que tenía la intención de vivir con la mayor frugalidad posible hasta que diera la deuda por saldada; y rezaba por que no descubriera lo lejos que estaba de cumplir, en el sentido estrictamente material, la obligación que se había impuesto. Ella estaba obsesionada con la cantidad inicial que habían recibido por las cartas, y Glennard sabía que tardaría uno o dos años en volver a ahorrarla. Mientras tanto, le conmovía ver cómo Alexa se iba deshaciendo de los lujos insignificantes que estimaba como símbolos de su cautiverio. Las renuncias que ambos compartían la acercaban a él y, al poner de manifiesto su impotencia, contribuían a restaurar la coraza de su amor. Pero aún seguían sin mediar palabra.

Fue una cálida tarde junto a la chimenea, pasadas unas cuantas semanas, cuando Alexa le enseñó la carta que estaba leyendo en el momento en que él entraba.

—Noticias de Flamel —dijo ella.

Glennard se puso pálido. Era como si de pronto una presencia latente se hubiera manifestado ante ambos. Cogió la carta con un gesto mecánico.

—Es de Esmirna —continuó Alexa—, ¿no vas a leerla?

Él se la devolvió.

—Cuéntame qué dice… su letra es ilegible —se dirigió al lado contrario de la habitación y luego volvió para situarse justo delante de ella —. He estado pensando en escribirle —añadió.

Ella levantó la vista.

—Hay algo —continuó, despacio— que debería aclarar. Le dije que tú habías sabido lo de las cartas todo este tiempo, desde hacía mucho tiempo, al menos, y noté que mis palabras le hicieron mucho daño. Es lo que yo quería, por supuesto, pero no puedo dejarlo con esa falsa impresión. Debo escribirle.

Ella lo escuchó sin inmutarse, pero Glennard notó que algo se le removía por dentro. Al final le respondió, Con tono dubitativo.

—¿Por qué lo llamas falsa impresión? Yo lo sabía.

—Sí, pero le insinué que no te importaba.

—¡Ah!

Él continuó mirándola.

—¿No quieres que lo arregle? —vaciló.

Alexa levantó la cabeza y clavó en él valientemente la mirada.

—Ya no hace falta —concluyó.

La sorprendente respuesta hizo que se ruborizara; luego, en señal de que había comprendido, declaró:

—Puede que a ti no, pero a mí me serviría para resarcirme.

Ella lo miró con ternura.

—¿De eso no me encargo yo? —murmuró.

—Y lo estás haciendo muy bien. ¡Pero las cosas no se arreglan así como así! Me haces parecer, incluso ante mí mismo, algo que no soy; y que nunca seré. A veces no puedo defenderme de los errores, pero al menos puedo evitar que otros caigan en ellos.

La tormenta había amainado y, arrodillándose a su lado, la cogió de las manos.

—¿No ves que esto se ha convertido en una obsesión para mí? ¿Que si pudiera despojarme de todas mis mentiras (¡aunque siempre quedara alguna escondida por ahí!) y hacer penitencia exhibiéndome desnudo en el mercado, al menos sentiría el alivio de poder calmar una angustia con otra? ¿No ves que lo peor de mi tortura es que ya no hay nada que arreglar?

Las manos de Alexa reposaban en las suyas sin ejercer presión.

—Ay, pobre mujer, pobre mujer… —la oyó suspirar.

—¡No te apiades de ella! ¡Compadécete de mí! ¿Acaso le he hecho algo? ¿Acaso te he hecho algo a ti? ¡Las dos sois inaccesibles! Al único al que vendí fue a mí mismo.

Se alejó bruscamente; luego se detuvo de nuevo frente a ella.

—¿Cuánto tiempo más —saltó— crees que puedes soportarlo? Has estado espléndida, has hecho un esfuerzo increíble, pero ¿para qué? No puedes evitar la ignominia. ¡Es lamentable para ti y a ELLA no va a hacerle ningún bien!

Su rostro había cobrado vida.

—¡Es ése pensamiento el que no puedo soportar! —exclamó Alexa.

—¿Cuál?

—El de que a ella no va a hacerle ningún bien… todo lo que estás sintiendo, todo lo que estás sufriendo… ¿Acaso no se pueden cambiar las cosas?

Él esquivó su mirada desafiante.

—Lo hecho, hecho está —refunfuñó.

—Me pregunto si para siempre —caviló.

Él no respondió y ambos se sumergieron en una de aquellas pausas que conforman los canales subterráneos de la comunicación.

Fue Alexa la que al rato retomó la palabra, y lo hizo con tanta inseguridad que Glennard se le quedó mirando con los ojos bien abiertos.

—¿No dicen —preguntó, sintiendo que andaba a tientas, como con una especie de tierna inquietud— que los primeros cristianos, en lugar de derribar los templos paganos, los templos de los dioses impuros, los purificaban adaptándolos a sus propias costumbres? Siempre he creído que debe hacerse lo mismo con las propias acciones… con las acciones que uno condena, pero que no puede deshacer. Me refiero a que uno puede cometer algún error que conduzca a otros errores o construir un muro impenetrable a su alrededor… —su voz titubeó en la última palabra—. No siempre podemos derribar los templos que hemos construido para los dioses impuros, pero podemos poner buenos espíritus en la casa del diablo: los espíritus de la misericordia, de la vergüenza, de la comprensión, que nunca habrían acudido a nosotros si no estuviéramos tan necesitados…

Se acercó y posó su mano temblorosa sobre la de él. La cabeza de Glennard continuó gacha y no cambió de postura. Ella se sentó a su lado sin decir nada; pero sus silencios eran ahora fértiles como las nubes de lluvia: hacían que las semillas del entendimiento brotaran más rápido.

Por fin levantó la vista.

—No sé —dijo— qué espíritus han venido a habitar la casa del diablo que he construido… pero tú estás ahí y con eso me basta. Es extraño —continuó, tras hacer otra pausa— que ella me deseara siempre lo mejor y que al final lo haya alcanzado gracias a ella. Pues de no ser por ella no te habría conocido… gracias a ella te he encontrado. ¿Sabes? Algunas veces eso complica más las cosas, hace que me deteste más a mí mismo. ¿No te das cuenta de que eso es lo peor a lo que tengo que enfrentarme? ¡A veces pienso que lo habría sobrellevado mejor si tú no hubieras sido tan comprensiva! Se lo quité todo… todo… hasta el pobre refugio de lealtad en el que ella confiaba… ¡lo único que podría haberle dejado! Se lo quité todo, la engañé, la despojé, la destruí… ¿y qué me ha dado ella a cambio? ¡A TI!

El llanto de su esposa lo sobrecogió.

—No es a mí a quien te ha dado a cambio… sino a ti mismo —se inclinó hacia él como arrastrada por una oleada de lástima—, ¿no ves —continuó, mientras su marido la observaba— que ése es el regalo que no puedes devolver, la deuda que te has comprometido a saldar? ¿No ves que ella estaba equivocada contigo y que es ahora cuando te ha convertido en el hombre al que amaba? Para una mujer, merece la pena vivir, hasta morir por eso… ¡ése es el regalo que habría querido hacerte!

—Ay —exclamó él—, pero he sido un desagradecido. ¿Acaso le he dado algo alguna vez?

—Claro que sí —contestó Alexa—: la alegría de dar.

28. LA VIDA NUEVA (DANTE ALIGHIERI)

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

CAPÍTULO UNO

En aquella parte del libro de mi memoria, antes de la cual poco podía leerse, hay un epígrafe que dice Incipit vita nova. Bajo este epígrafe se hallan escritas las palabras que es mi propósito reunir en esta obrilla, ya que no en su integridad, al menos sustancialmente.

CAPÍTULO DOS

Luego de mi nacimiento, el luminoso cielo había vuelto ya nueve veces al mismo punto, en virtud de su movimiento giratorio, cuando apareció por vez primera ante mis ojos la gloriosa dama de mis pensamientos, a quien muchos llamaban Beatriz, en la ignorancia de cuál era su nombre. Había transcurrido de su vida el tiempo que tarda el estrellado cielo en recorrer hacia Oriente la duodécima parte de su grado y, por tanto, aparecióseme ella casi empezando su noveno año y yo la vi casi acabando mis nueve años. Llevaba indumento de nobilísimo, sen-cillo y recatado color bermejo, e iba ceñida y adornada de la guisa que cumplía a sus juveniles años. Y digo en verdad que a la sazón el esp í-ritu vital, que en lo recóndito del corazón tiene su morada, comenzó a latir con tanta fuerza, que se mostraba horriblemente en las menores pulsaciones. Temblando, dije estas palabras: Ecce deus fortior me, veniens dominabitur mihi. En aquel punto, el espíritu animal, que mora en la elevada cámara adonde todos los espíritus sensitivos del hombre llevan sus percepciones, empezó a maravillarme en gran manera, y dirigiéndose especialmente a los espíritus de la vista, dijo estas pala-bras: Apparuit jam beatitudo vestra. Y a su vez el espíritu natural, que reside donde se elabora nuestro alimento, comenzó a llorar, y, llorando, dijo estas palabras: Heu miser! quia frequenter impeditus ero deinceps!

Y a la verdad que desde entonces enseñoreóse Amor de mi alma, que a él se unió incontinente, y comenzó a tener sobre mí tanto asce n-diente y tal dominio, por la fuerza que le daría mi misma imaginación, que vime obligado a cumplir cuanto se le antojaba. Mandábame a menudo que procurase ver a aquella criatura angelical. Yo, pueril, andá-bame a buscarla y la veía con aparecer tan digno y tan noble que cier-tamente podíansele aplicar aquellas palabras del poeta Homero: «No parecía hija de hombre mortal, sino de un dios.»

Y aunque su imagen, que continuamente me acompaña, se enseñorease de mí por voluntad de Amor, tenía tan nobilísima virtud, que nun-ca consintió que Amor me gobernase sin el consejo de la razón en aquellas cosas en que sea útil oír el citado consejo.

Pero como a alguno le parecerá ocasionado a fábulas hablar de pasiones y hechos en tan extremada juventud, me partiré de ello, y, pasan-do en silencio muchas cosas que pudiera extraer de donde nacen éstas, hablaré de lo que en mi memoria se halla escrito con caracteres más grandes.

CAPÍTULO TRES

Transcurridos bastantes días para que se cumplieran nueve años tras la supradicha aparición de la gentilísima criatura, aconteció que la admirable mujer aparecióseme vestida con blanquísimo indumento, entre dos gentiles mujeres de mucha mayor edad. Y, al entrar en una calle, volvió los ojos hacia donde yo, temeroso, me encontraba, y con indecible amabilidad, que ya habrá recompensado el Cielo, me saludó tan expresivamente, que entonces creíame transportado a los últimos linderos de la felicidad.

La hora en que me llegó su dulcísimo saludo fue precisamente la nona de aquel día, y como se trataba de la primera vez en que sonaban sus palabras para llegar a mis oídos, embargóme tan dulce emoción, que apartéme, como embriagado, de las gentes, apelé a la soledad de mi estancia y púseme a pensar en aquella muy galana mujer.

Pensando en ella se apoderó de mí un suave sueño, en el que me sobrevino una visión maravillosa, pues parecíame ver en mi estancia una nubecilla de color de fuego, en cuyo interior percibía la figura de un varón que infundía terror a quien lo mirase, aunque mostrábase tan risueño, que era cosa extraña. Entre otras muchas palabras que no pude entender, díjome éstas, que entendí: Ego dominum tuus. Entre sus bra-zos parecíame ver una persona dormida, casi desnuda, sólo cubierta por un rojizo cendal, y, mirando más atentamente, advertí que era la mujer que constituía mi bien, la que el día antes se había dignado saludarme. Y parecióme que el varón en una de sus manos, sostenía algo que in-tensamente ardía, así como que pronunciaba estas palabras: Vide cor tuum. Al cabo de cierto tiempo me pareció que despertaba la durmiente y, no sin esfuerzo de ingenio, hacíale comer lo que en la mano ardía, cosa que ella se comía con escrúpulo. A no tardar, la alegría del extraño personaje se trocaba en muy amargo llanto. Y así, llorando, sujetaba más a la mujer entre sus brazos, y diríase que se remontaba hacia el cielo. Tan gran angustia me aquejó por ello que no pude mantener mi frágil sueño, el cual se interru mpió, quedando yo desvelado.

Y a la sazón, dándome a pensar, noté que la hora en que se me presentó la visión era la cuarta de la noche y, por ende, la primera de las nueve últimas horas de la noche. Y, meditando sobre la aparición, decidí comunicarlo a muchos renombrados trovadores de entonces. Como quiera que yo me hubiese ejercitado en el arte de rimar, acordé componer un soneto, en el cual, tras saludar a todos los devotos de Amor, rogaríales que juzgasen mi visión, que yo les habría descrito.

Y seguidamente puse mano a este soneto, que comienza: «Almas y corazones con dolor.»

Almas y corazones con dolor, a quienes llega mi decir presente

(y cada cual responda lo que siente), salud en su señor, que es el Amor.

Las estrellas tenían resplandor el más adamantino y más potente cuando adivino el Amor súbitamente en forma tal que me llenó de horror. Parecíame alegre Amor llevando mi corazón y el cuerpo de mi amada cubierto con un lienzo y dormitando.

La despertó mi corazón, sangrando, dio como nutrición a mi adorada.

Después le vi marcharse sollozando.

Este soneto se divide en dos partes. En la primera aludo y pido respuesta; en la segunda, indico a qué debe contestarse. La segunda parte empieza en «Las estrellas».

A este soneto respondieron, con diversas sentencias, muchos, en-tre los cuales figuraba aquel a quien yo llamo el primero de mis ami-gos.

Escribió entonces un soneto que empie za así: «Viste a mi parecer todo valor.» Y puede decirse que éste fue el principio de nuestra amis-tad, al saber él que era yo quien le había hecho el envío. Por cierto que el verdadero sentido del sueño menciona do no fue percibido entonces por nadie, aunque ahora es clarísimo hasta para los más ignorantes.

CAPÍTULO CUATRO

A partir de aquella visión, comen zó mi espíritu natural a verse perturbado en su desenvolvimiento, pues mi alma hallábase entregada por completo a pensar en aquella gentilísima mujer. Así es que en bre-ve tiempo tornéme de tan flaca y débil con dición, que muchos amigos se apesaraban con mi aspecto y otros muchos se esforzaban en saber de mí lo que yo quería a toda costa ocultar a los demás. Y yo, apercibido para sus maliciosas interrogaciones, gracias a la protección de Amor, que me gobernaba según el consejo de la razón, respondíales que Amor era quien me había reducido a semejante estado. Mentábales Amor porque mi rostro lo denotaba de tal guisa, que fuera imposible encu-brirlo. Y cuando me preguntaban: «¿Por causa de quien te ha destruido Amor?», mirábalos yo sonriendo y no les contestaba nada.

CAPÍTULO CINCO

Aconteció un día que la gentilísima mujer hallábase en sitio donde sonaban alabanzas a la Reina de los Cielos y que yo me encontraba en sitio donde podía ver a mi bien. En medio de la recta que nos unía es-taba una hermosa dama de agradable continente, la cual me miraba con frecuencia, maravillada de mis miradas, que a ella parecían enderezar-se. Fueron muchos los que se percataron, hasta el punto de que, al par-tirme de allí, oí que a mi vera decían: «¿Ves cómo esa mujer atormenta a este hombre?» Y como la nombraran, comprendí que se referían a la que había estado en medio de la recta que, partiendo de la gentilísima Beatriz, terminaba en mis ojos, lo cual me animó en extremo, aseg u-rándome de que mis miradas no habían descubierto mi secreto.

Y a la sazón pensé escudarme con aquella hermosa dama para d isimular la verdad. Tan lo conseguí en tiempo escaso, que las más de las personas que de mí hablaban creían saber mi secreto. Con aquella mu-jer escudéme por espacio de meses y hasta años. Y para fomentar la credulidad ajena, escribí ciertas rimas que no quiero transcribir aquí, aun cuando se referían a la gentilísima Beatriz; las omitiré, pues, a no ser que traslade alguna que más parezca en alabanza de ella.

CAPÍTULO SEIS

A tiempo que aquella dama servía para disimular el gran amor mío, sentí vehementes deseos de recordar el nombre de mi gentilísima señora, acompañándolo después de muchos nombres de mujeres más bellas de la ciudad- patria, por voluntad del Altísimo, de la mía-, com-puse una epístola en forma de serventesio, que no transcribiré, y que ni tan sólo hu biera mencionado si no fuese para decir lo que, componién-dola, sucedió, por maravilla, o sea que no pude co locar el nombre de mi amada sino en el lugar noveno entre las demás mujeres.

CAPÍTULO SIETE

En tanto, he aquí que la mujer que por largo tiempo habíame ser-vido para disimular mi pasión hubo de partirse de la susodicha ciudad y pasar a muy luengos países; por lo cual yo, al quedarme sin la exce-lente defensa, me desconsolé más de lo que hubiera podido creer al principio. Y pensando que si yo, de algún modo, no manifestaba dolor por su partida, las gentes hubieran advertido pronto mi fingimiento, decidí exponer mis lamentos en un soneto, que transcribiré, por cuanto mi amada fue causa inmediata de ciertas palabras que en tal soneto figuran, según advertirá quien lo conozca. Es cribí, pues, este soneto, que empieza, «Vosotros que de Amor seguís la vía.»

Vosotros que de Amor seguís la vía, mirad si hay lacería que se compare con mi pena grave. Escuchad mi clamor, por cortesía y en vuestra fantasía ved que soy del penar albergue y clave. Diome el Amor por grácil hidalguía -que no por virtud mía-, una vida tan dulce y tan suave, que a menudo la gente, nada pía, detrás de mí decía:

“¿Por qué ese pecho de la dicha sabe?” Pero he perdido ya el fácil acento

que el Amor me prestó con su tesoro; y tanto lo deploro

que aun para hablar carezco de ardimiento. Mostraré, pues -cual quienes en desdoro ocultan por vergüenza su tormento-,

por de fuera, contento, mientras por dentro me destrozo y lloro.

Este soneto consta de dos partes principales. En la primera quiere llamar a los fieles de Amor con aquellas palabras del profeta Jeremías que dicen: O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut meus, y rogarles que tengan la bondad de escucharme. En la segunda refiero en qué situación me ha colocado Amor con otra inte n-ción que no muestran las partes extremas del soneto, y digo lo que he perdido. La segunda parte empieza en «Diome el Amor».

CAPÍTULO OCHO

Poco después de partirse la hermosa dama plugo al Dios de los án-geles llamar a su gloria a una mujer joven y de muy bello aspecto que en la supradicha ciudad era muy estimada. Viendo yo su cuerpo ya-cente sin el alma entre otras muchas mujeres que lloraban lastimera-mente, recordé que habíale visto en compañía de mi gentilísima amada, y no pude contener algunas lágrimas. Así llorando, decidí dedicar, unas palabras a su muerte, en virtud de haberla visto alguna vez con la dama de mis pensamientos. Algo de ello apunté en las postreras palabras que escribí, como verá claramente quien las lea. Fue entonces cuando com-puse estos dos sonetos, el primero de los cuales comienza diciendo: «Puesto que llora Amor, llorad, amantes», y el segundo: «Muerte vil, de piedades enemiga.»

Puesto que llora Amor, llorad, amantes al escuchar la causa del lamento.

También las damas, con piadoso acento, como el Amor se muestran sollozantes.

En mujer de bellezas relevantes la muerte vil ha puesto su tormento,

ajando, no el honor, que es macilento, sino tales bellezas, más brillantes.

Pero hízole el Amor gran reverencia, pues yo le vi de veras, no apariencia, gimiendo cabe el hecho tremebundo.

Y a menudo a los cielos se volvía donde ya para siempre residía la que no tuvo par en este mundo.

Este soneto se divide en tres partes. En la primera llamo e incito a los fieles de Amor para que lloren, les comunico que su señora llora y les digo la causa de que llore, a fin de que estén más dispuestos a escu-charme; en la segunda refiero dicha causa, y en la tercera hablo de los honores que a dicha mujer hizo Amor. La segunda parte empieza en «También las damas;» la tercera, en «Pero hízole el Amor.»

Muerte vil, de piedades enemiga, De pesares amiga,

juicio que se resuelve pavoroso, ya que heriste mi pecho doloroso, acude presuroso

y en tu daño mi lengua se fatiga.

Si de merced te quiero hacer mendiga, conviene que yo diga tu proceder, que siempre es ominoso; no permanece a gentes misterioso, mas no hallaré reposo

hasta que el mundo amante te maldiga. De la tierra arrancaste con falsía cuanto a una dama embelleció galana: su juventud lozana

tronchaste cuando amante florecía. Su nombre no diré; sólo diría

su virtud y su gracia soberana. Quien al bien no se afana, jamás espere haber su compañía.

Esté soneto se divide en cuatro partes. En la primera llamo a la muerte con algunos de los nombres más apropiados; en la segunda, dirigiéndome a ella, expreso la causa que me impele a vituperarla; en la tercera la vitupero, y en la cuarta me dirijo a una persona indefinida, aunque para mi entendimiento esté definida. La segunda parte comien-za en «Ya que heriste»; la tercera, en «Si de merced», y la cuarta, en «Quien al bien».

CAPÍTULO NUEVE

Unos días después del fallecimiento de aquella dama aconteció que hube de partirme de la antedicha ciudad y encaminarme hacia donde se hallaba la gentil mujer que había sido mi defensa, si bien el término de mi andar no estaba tan lejos como ella. Y aun cuando iba yo en nutrida compañía, me disgustaba el andar en tal manera, que los suspiros no podían desahogar la angustia que mi corazón sentía a me-dida que me alejaba de mi bien.

Entonces, el dulcísimo sueño que me tiranizaba gracias a mi gentilísima amada se me apareció en la imaginación cual peregrino ligeramente vestido con groseros harapos. Parecía afligido y miraba al suelo, salvo cuando, al parecer, dirigía sus ojos hacia un río de aguas corrien-tes y cristalinas que se deslizaba cerca del camino que yo seguía. Creí que me llamaba para decirme estas palabras: «Vengo de ver a la dama que por tanto tiempo fue tu defensa, y sé que no volverá; pero traigo conmigo el corazón que yo te hice dedicarle y lo llevaré a otra dama que te defienda como aquélla te defendía.» Y, como la nombrase, co-nocíala perfectamente. «Empero -añadió -, si por ventura refirieses algo de lo que te he comunicado, hazlo de suerte que no se entrevea la si-mulación de amor que practicaste con aquélla y que te convendrá pra c-ticar con otras.»

Dijo, y desapareció súbitamente la visión, no sin haber influido grandemente sobre mí. Aquel día cabalgué con aspecto demudado, muy pensativo y suspirando pródigamente. Al día siguiente di principio a este soneto que empieza: «Cabalgando anteayer por un camino.»

Cabalgando anteayer por un camino,

rumbo que en modo alguno me placía, di con Amor en medio de mi vía

con ligero sayal de peregrino. Por su talante le juzgué mezquino, cual sí hubiera perdido jerarquía; el trato de la gente rehuía,

entre suspiros, pálido y mohino. Mas diciendo mi nombre así me hablaba:

“Vengo de lejos, donde se encontraba tu pobre corazón en minist erio,

que te devuelvo para verte gayo.” Y entonces me ganó turbio desm ayo mientras Amor fundíase en misterio.

Este soneto se divide en tres partes. En la primera refiero cómo encontré a Amor y qué me pareció; en la segunda refiero lo que me dijo, aunque no enteramente, por miedo a descubrir mi secreto; en la tercera refiero cómo desapareció. La segun da parte empieza en «Mas diciendo mi nombre»; la tercera, en «Y entonces me ganó».

CAPÍTULO DIEZ

A mi regreso dediquéme a buscar a la dama que mi dueño había-me indicado en el camino de los suspiros. Para abreviar, diré que en corto tiempo le hice de tal modo mi defensa, que muchos hablaban de ello más de lo prudente, lo cual me apesadumbraba sobre manera. Y por causa de estas lamentables habladurías, que me inflamaban con el vicio, mi discretísima amada, que fue debeladora de todos los vicios y soberana de todas las virtudes, encontrándome al paso, negóme su dulcísimo saludo, en que yo cifraba toda mi felicidad: Por eso, aun cuando me salga de mi actual propósito, quiero dar a enten der los bené-ficos efectos que su saludo obraba en mí.

CAPÍTULO ONCE

Cuando la encontraba, dondequiera que fuese, con la esperanza de su magnífico saludo, no sólo me olvidaba de todos mis enemigos, sino que una llama de caridad hacíame perdonar a todo el que me hubiese ofendido. Y si alguien me hubiera preguntado entonces algo, mi res-puesta, con humilde apostura, hubiera sido: «Amor.» Cuando ella esta-ba próxima a saludarme, un espíritu amoroso, destruyendo todos los otros espíritus sensitivos, impulsaba hacia afuera a los apocados espí-ritus del rostro, diciéndoles: «Salid para honrar a vuestra señora», y se quedaba él en lugar de ellos. Así, quien hubiera querido conocer a Amor, hubiera podido hacerlo mirando la expresión de mis ojos. Y cuando saludaba mí gentilísimo bien, no solamente Amor era incapaz de ensombrecer mi inefable dicha, sino que con semejante dulzura reducíase a tal estado, que mi cuerpo, en un todo sometido a su poder, manifestábase a menudo cual cosa inerte e inanimada. De lo cual se colige claramente que en su salud estaba mi felicidad, la cual muchas veces sobrepujaba y excedía a mis facultades.

CAPÍTULO DOCE

Mas, volviendo a mi propósito, de bo decir que, al negarme tal fe-licidad, fue tanto mi dolor que, partiéndome de la gente, retiréme a solitario paraje donde bañar el suelo con muy amargas lágrimas. Y una vez hubo remitido este llanto, encerréme en mi estancia, donde podía lamentarme sin ser oído. Allí, implorando misericordia a la dama de las cortesías y exclamando: «Ayuda, Amor, a tu siervo», me dormí como un niño entrelloroso luego del castigo.

En medio de mi sueño parecióme ver en mi estancia, y sentado junto a mí, a un joven puesto de blanquísimo indumento, que, muy preocupado al parecer, me contemplaba en el lecho. Y, cuando me hubo mirado algún tiempo, parecióme que me llamaba suspirando para decirme estas palabras: Fili mihi, tempus est ut proetermitantur simula-cra nostra. Y entonces me pareció conocerle, pues llamábame cual muchas veces me había llamado ya en mis sueños. Mirándole, pare-cióme asimismo que llo raba lastimeramente y que esperaba de mí al-guna palabra, por lo cual, convencido de ello, comencé a hablarle de esta manera: «¿Por qué lloras, noble señor?» A lo que respondióme :

Ego tanquan centrum, circuli cui simili modo se habent circunferentiae partes; tu autem non sic. Entonces, meditando sus palabras, hallé que me había hablado con gran oscuridad, por lo cual procuré decirle lo siguiente: «¿Por qué, señor, me hablas tan oscuramente?» Y me repuso, ya en lengua vulgar: «No preguntes sino cosas útiles.» Comencé, pues, a hablar con él del saludo que se me negó y le pregunté la causa de esta negativa, a lo cual respondióme del siguiente modo: «Nuestra Beatriz oyó, hablando de ti con algunas personas, que la da ma que te indiqué en el camino de los suspiros había sido enojada por ti, lo cual motivó que la gentilísima Beatriz, contraria a que se causen molestias de este linaje, no se dignara saludarte, creyendo que habías molestado. Por esto, aunque realmente ha tiempo que conoce tu secreto, quiero que le rimes unas palabras diciéndole el señorío que sobre ti ejerzo gracias a ella, y cómo a ella te consagraste desde tu más tierna infancia. Invoca por testimonio a quien lo sabe, y yo, que soy éste, gustosamente daré fe, con lo cual advertiré tus verdaderas intenciones y consiguiente-mente se percatará de que estaban engañados quienes le ha blaron. Haz que tales versos sean indirectos para no hablarle directamente, como si no fueras digno de ello. Cuida, en fin, de mandárselos a donde yo me encuentre y pueda dárselos a entender, así como de revestirlos con suave armonía, en la que intervendré cuando fuere menester.»

Pronunciadas estas palabras, desvanecióse y se truncó mi sueño. Luego, rememorando, inferí que la visión había acaecido en la novena hora del día. Y antes de salir de mi estancia me propuse componer una balada en la que cumpliría lo que mi señor habíame impuesto. Así, es-cribí esta balada, que empieza: «Balada, corre, que al Amor te envío.»

Balada, corre, que al Amor te envío; con él junto a mi dama te adelantas,

y de mi afecto, que en tus versos cantas,

hable después con ella el dueño mío. Balada mía: irás tan cortésmente que, aunque sin compañero, podrías presentarte do quisieras; mas si deseas ir seguramente

a Amor busca primero

porque no es bueno que sin él te fueras. Pues la dama que manda en mi albedrío contra mis ansias hállase enojada,

y si no vas de Amor acompañada temo que te reciba con desvío.

Con dulce son, cuando estés junto a ella comienza de este modo,

si su permiso concederte quiere: “El que me envía a vos, señora bella, anhela que ante todo

sus disculpas oigáis si las tuviere...

Amor, el grato acompañante mío, quizá le hizo mirar otras doncellas pensando en vos; mas al mirar en ellas no desertó de vuestro señorío.”

Dile: “Su corazón, señora, tuvo en vos fe tan entera

que a daros gloria fue siempre inclinado. Muy temprano fue vuestro y se mantuvo.” Y si no te creyera,

pregúntelo al Amor, que está enterado. Cuando te vayas, con acento pío, suplicando perdón, por si la enojas,

di que morir me mande, y sin congojas satisfará mi vida su albedrío.

Y a quien de toda compasión es clave le dices que argumente, quedándose, en favor de mi persona.

Siquiera- dile- por mi tono suave accede, complaciente,

y por tu siervo con favor razona. Y si ella, por tu oficio, le perdona, anúnciele por la paz gayo semblante.” Gentil balada mía, tú, constante,

haz que el triunfo te ciña su corona.

Esta balada se divide en tres partes. En la primera le digo dónde ha de ir, la animo para que vaya más tranquila y le aviso qué compañía ha de tomar si quiere ir con seguridad y sin peligro alguno; en la se-gunda le digo lo que le cumple dar a entender, y en la tercera le doy venia para partir cuando quiera y encomiendo su gestión en brazos de la fortuna. La segunda parte empieza en «Con dulce son», y la tercera, en «Gentil balada».

Alguien podría objetarme que no acierta a quién hablo en segunda persona, pues la balada no contiene más palabras que las citadas; pero creo que esta duda la resuelvo en parte todavía más dudosa de esta obrita; entonces, pues, comprenderá quien aquí dudare y quisiere con-trovertirme.

CAPÍTULO TRECE

Tras la susomentada visión, y una vez pronunciadas las palabras que Amor me obligó a decir, muchos y diversos pensamientos come n-zaron a asaltarme y combatirme en forma tal, que contra algunos de ellos no podría defenderme. Cuatro consideraciones, sobre todo, in-quietaban mi vida; una de ellas era ésta: bueno es el dominio de Amor, ya que aparta el entendimiento de sus siervos de todas las cosas viles. Otra era ésta: nada bueno es el dominio de Amor, pues cuanta más fe se tiene, más graves y dolorosos extremos hace pasar. Otra era ésta: tan dulce al oído es el nombre de Amor, que imposible me parece que su influencia no sea dulce en todo, comoquiera que los nombres respon-dan a las cosas denominadas: Nomina sunt cosequientia rerum. Y la cuarta era ésta: la mujer por quien Amor así te asedia no es como las demás mujeres, cuyo corazón fácilmente se puede ganar. Y cada una de tales consideraciones me acuciaba tanto, que estaba yo como quien quiere irse y no sabe por dónde. Si intentaba buscar un camino en el que todas las consideraciones coincidiesen, tal camino era también muy desfavorable para mí, pues tenía que invocar a la Piedad y arrojarme en brazos de ella. Y en tal situación viniéronme deseos de rimar y compu-se este soneto, que empieza: «Hablan de Amor mis muchos pensa-mientos.»

Hablan de Amor mis muchos pensamientos, pero con varia y múltiple tende ncia, pues mientras uno alega su potencia, otro halla en la virtud sus argumentos;

ni oculta la esperanza sus contentos, ni dejo de llorar con gran frecuencia. Sólo al pedir piedad tienen tangencia dentro del corazón tantos acentos.

Puesto en el trance de escoger, me pierdo; cuando pretendo hablar, no sé qué diga; y con ello me encuentro siempre en duda. Por eso, si deseo algún acuerdo, conviéneme apelar a mi enemiga,

la Piedad, gran señ ora, por mi ayuda.

Este soneto puede dividirse en cuatro partes. En la primera digo y expongo que todos mis pensamientos son de amor; en la segunda afir-mo que son diversos, y muestro diversidad; en la tercera digo en qué parece que anden todos los acordes, y en la cuarta digo que, deseando hablar de Amor, no sé por qué pensamiento decidirme, y si quiero abarcarlos todos necesito llamar a mi señora la Piedad, enemiga mía. Y digo «seño ra» casi irónicamente. La segunda parte empieza en «Pero con varia»; la tercera, en «Sólo al pedir», y la cuarta, en «Puesto en trance».

CAPÍTULO CATORCE

Tras esta porfía de tan diversos pensamientos, acaeció que mi gentilísima amada acudió a un lugar en que estaban reunidas muchas mujeres hermosas y adonde yo fui llevado por un amigo que creía ha-cerme un gran obsequio conduciéndome a sitio donde tantas mujeres mostraban su hermosura. Pero yo, ignorando a qué había sido conduci-do y confiándome a la persona que me había llevado a las postrimerías de la vida, le dije: «¿Para qué hemos venido junto a estas damas?» A lo que me contestó: «Para que sean más dignamente servidas.»Lo cierto era que se habían congregado allí para acompañar a una bella señora que aquel día habíase desposado y a quien, con arreglo a usanza de la supradicha ciudad, habían de acompañar asimismo la primera vez que se sentara a la mesa en la morada de su esposo. Por complacer a mi amigo decidí permanecer con él al servicio de aquellas damas; pero, seguidamente, parecióme sentir un pasmoso temblor que, co menzando en el lado izquierdo de mi pecho, extendíase súbitamente por todo mi ser. Hube de apoyarme disimuladamente en un pintado friso que rodea-ba toda la estancia. Entonces, temeroso de que los, demás reparasen en mi temblor, alcé la vista y, mirando a las damas, vi entre ellas a la gen-tilísima Beatriz. Y fueron de tal modo aniquilados mis espíritus por la fuerza que Amor adquirió viéndome tan próximo a mi bellísi ma dama, que sólo quedaron con vi da los de la vista, si bien parecían fuera de su sitio, como si Amor quisiera ocupar su lugar nobilísimo para ver a la admirable señora. Y aun que yo me hallaba demudado, mucho dolíanme estos traviesos espíritus de la vista, que, lamentándose fuertemente, decían: «Si Amor no nos lazara fuera de nuestro sitio, podríamos estar mirando a esa maravillosa mujer como están mirándola los ojos de los demás.»

A todo esto, muchas de aquellas damas, advirtiendo mi transfiguración, dieron en asombrarse y empe zaron a burlarse de mí, hablando con mi amada, por lo cual mi equivocado amigo cogióme de la mano, me sacó fuera de la presencia de di chas señoras y me preguntó qué me pasaba. Yo, más tranquilo ya, resucitados los espíritus muertos, repues-tos los lanzados, respondí a mi amigo de este modo: «Puse los pies en esa parte de la vida más allá de la cual no se puede pasar con propósito de volver.»

Y, separándome de él, tornéme a la estancia de los llantos, en la cual, llorando avergonzado, me decía: «Si mi amada conociera, mi estado, no creo que se mofara así de mi persona, sino que sentiría gran compasión.» Y, mientras lloraba, decidí escribir unas palabras en que, dirigiéndome a ella, significara la causa de mi transfiguración y le manifestara que yo sabía perfectamente que ella la ignoraba, así como que, de haberla conocido, se hubiera compadecido de mí. Naturalmen-te, decidí escribirlas con el deseo de que por ventura llegasen a sus oídos. Y compuse, por ende, este soneto, que empieza: «¡Oh mujer que mil burlas aderezas!»

¡Oh mujer que mil burlas aderezas con tus amigas viendo mi figura!

¿Sabes que vengo a ser nueva criatura en la contemplación de tus bellezas?

Si lo supieras, toda gentilezas fuese quizá la mofa que me apura,

que Amor, pues tu visión me, transfigura cobra tantos arrestos y fierezas,

que ataca aciagamente mis sentidos -ora parecen muertos, ora heridos-, dejándome tan sólo que te vea.

Cariz, por consiguiente, muestro ajeno, si bien en mi persona es donde peno el mal que en mi dolor se regodea.

No divido en partes este soneto, porque la división se hace sol a-mente para aclarar el sentido de la cosa dividida, y como es sobrado evidente por su motivada causa, no necesita división. No obstante, entre las palabras donde se manifiesta la materia de este soneto, hay las dudosas, como cuando digo que Amor mata todos mis espíritus, menos los de la vista, que permanecen con vida, si bien desplazados de sus funciones; pero esta duda, imposible de resolver por quien no sea tan devoto de Amor como yo, no lo es para quienes lo son, ya que éstos ven claramente lo que resolvería lo dudoso de esas palabras. Por lo demás, no me toca resolver dicha duda, ya que mi lenguaje resultaría entonces inútil o verdaderamente superfluo.

CAPÍTULO QUINCE

Después de la reciente transfiguración, asaltóme un pensamiento tenaz que no me daba punto de reposo y me argüía de esta manera: «Si pasas en tan lamentable estado cuando te hallas cerca de tu amada, ¿por qué procuras verla? Si ella te preguntara algo, ¿qué le contestarías, su-poniendo que para contestarle tuvieses libres tus facultades?» Pero un humilde pensamiento respondía así: «Si no me cohibieran mis faculta-des y tuviese desenvoltura para contestar, diríale que, en cuanto me pongo a considerar su admirable belleza, me acomete un deseo tan poderoso de verla, que destruye y aniquila cuanto en mi memoria se le pudiera oponer. Así es que los padecimientos pasados no son obstáculo para que procuré verla.» Y movido por estos efectos decidí escribir unas palabras en que, al mismo tiempo que me excusara de semejante reprensión, hablase tam bién de lo que me ocurre acerca de ella. Com-puse, pues, el soneto que empieza: "Cuanto vive en mi mente halla la muerte."

Cuanto vive en mi mente halla la muerte si me aproximo a vos, amada mía,

y Amor me dice en vuestra cercanía: "Huya quien por morir se desconcierte." El corazón exangüe y casi inerte,

en el color del rostro da su guía. Y las piedras, mirando mi agonía,

"¡Que muera al punto!", claman con voz fuerte.

¡Cómo peca quien viéndome en tal guisa mi alma desconsolada no conforta mostrando que el penar mío le apena! Y es que neutralizáis con vuestra risa mi mirada, en sus pésames absorta, y que, anhelando muerte, se envenena.

Este soneto se divide en dos partes. En la primera expreso la causa en virtud de la cual me abstengo de acercarme a mi amada; en la segun-da refiero lo que me ocurre por acercarme a ella. Esta segunda parte co-mienza en «y Amor me dice». Y esta misma segunda parte se divide en otras cinco, según diversas mate rias. En la primera expreso lo que Amor, aconsejado por la razón, me dice cuando estoy cerca de ella; en la segunda manifiesto el estado del corazón por el aspecto de mi rostro; en la tercera indico cómo pierdo to da tranquilidad; en la cuarta afirmo que peca quien no se apiada de mí, cosa que, en cierto modo, me con-solaría, y en la última explico por qué debiera compadecérseme, que es por la expresión lastimera de mis ojos, expresión lastimera desvirtuada, ya que no se manifiesta a otros, por las mofas de ella, que mueve a imi-tación a quienes tal vez verían mi lamentable estado. La segunda parte comienza en «El corazón»; la tercera, en «Y las piedras»; la cuarta, en: «¡Cómo peca!», y la quinta, en «Y es que neutralizáis».

CAPÍTULO DIECISÉIS

Después de haber escrito este soneto, entráronme deseos de, decir también algo referente a cuatro aspectos de mi estado, los cuales me parecía no haber manifestado nunca. El primero de ellos es que muchas veces condolíame porque la fantasía impulsaba a mi memoria para que considerase en qué estado me dejaba Amor. El segundo es que Amor, a menudo, me asaltaba dé súbito tan fuertemente, que sólo vivía para pensar en mi amada. El tercero es que, cuando esta lucha de Amor se movía contra mí, yo, completamente pálido, andaba buscando a mi amada, creyendo que con verla estaría defendido en la batalla y olvidando lo que me ocurría al aproximarme a tan gran beldad. El cuarto es que el hecho de verla, no solamente no me defendía, sino que acababa desbaratando lo poco que de vida me restaba. Así, pues, compuse este soneto que empieza: «Muchas veces revélase a mi mente.»

Muchas veces revélase a mi mente el estado a que Amor me a sometido,

y en fuerza de emoción pienso y me pido: “¿Sufrirá más dolor algún viviente?” Pues me acomete Amor tan diestramente que casi me derriba sin sentido,

no dejándome más que un desmedido aliento que por vos razona y siente. Buscando salvación, lucho a porfía, hasta que en postración sin valentía, busco en vos el remedio que apetezco. Y cuando al contemplar alzo los ojos, me ganan los temblores y sonrojos mientras, yéndose el alma, desfallezco.

Este soneto se divide en cuatro partes, correspondientes a los cua-tro aspectos a que se refiere; pero como han sido enumerados más arriba, me constreñiré a indicar cada parte por su comienzo. La segunda empieza en «Pues me acomete»; la tercera, en «Buscando salvación», y la cuarta, en «Y cuando al contemplar».

CAPÍTULO DIECISIETE

Escritos los tres sonetos últimos dirigidos a mi amada y en los que le refería mi estado, creí oportuno callar ya, pues me pareció haber ha-blado bastante de mí. Y comoquiera que después dejé de dirigirme a ella, convínome tratar materia nueva y más noble que la pasada. Diré, con la mayor brevedad posible, lo que fue motivo de ella, ya que es agradable de oír.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Muchas personas, por mi solo aspecto, habían comprendido el se-creto de mi corazón. Y varias damas que estaban Congregadas par a deleitarse con la mutua compañía eran conocedoras de mis afectos, por cuanto todas habían presenciado muchas de mis turbaciones. Pasando yo, llevado por el azar, cerca de las gentiles señoras, llamóme una de ellas, que por cierto era de gratísimo hablar. Cuando llegué a donde estaban y vi que mi gentilísima dama no se hallaba allí, me serené, las saludé y preguntéles qué se les ofrecía.

Había muchas mujeres, algunas de las cuales reían entre sí, mien-tras otras me miraban esperando mis palabras y otras mantenían colo-quios. Una de éstas, volviendo hacia mí sus ojos y llamándome por mi nombre, hablóme así: «¿Con qué fin amas a tu dama, que no puedes sostener su presencia? Dínoslo, porque seguramente la finalidad de ese amor será algo no visto jamás.» Pronun ciadas estas palabras, no sola-mente ella, sino todas las otras mujeres, mostraron sus deseos de espe-rar mi respuesta. Y entonces les hablé así: «La finalidad de mi amor, ¡oh dama!, se cifra en saludar a la mujer que sabéis, y en ello consiste mi felicidad, término de todos mis anhelos. Mas desde que le plugo negarme su saludo, Amor, que es mi señor, ha puesto mi felicidad entera en algo que no puede fallirme.» Rompieron entonces aquellas damas a hablar entre sí, de manera que yo creía oír sus palabras entre-cortadas de suspiros, tal como a veces vemos caer la lluvia mezclada con copos de nieve. Y cuando hubieron hablado algún tanto, la misma dama que antes me habló, díjome lo siguiente: «Te rogamos que nos digas dónde se halla tu felicidad.» Y díjeles respondiendo: «En las palabras de alabanza a mi amada.» Y repuso mi interlocutora: «De ser cierto cuanto dices, las palabras con que nos has referido tu situación las habrías pronunciado con ese propósito.»

Y me partí de aquellas damas meditando lo oído, casi avergonza-do, diciendo para mí: «Ya que tanta felicidad hallo en las palabras que loan a mi dama, ¿por qué he hablado de otras cosas?» Y decidí tomar siempre, en adelante, por motivo de mis palabras, cuanto fuera elogio de mi gentilísima amada. Reflexionando, pensé que me había lanzado a grave empresa para mí, por lo que no me atreví a empezar. Y así estuve algunos días, con ansia de hablar y con temor de quebrar mi silencio.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Aconteció, pues, que andando por un camino junto al cual se de s-lizaba un río clarísimo, sentí tantos deseos de expresarme, que comencé a pensar en qué modo lo haría. Y pensé que lo oportuno era hablar de ella dirigiéndome a otras mujeres, pero no a cualesquiera, sino a las que son bellas y distinguidas. Entonces mi lengua se movió como espont á-neamente para decir: «¡Oh damas que de amor tenéis idea!» Y con gran alegría retuve tales palabras en mi memoria para tomarlas por principio de lo que dijese. Ya vuelto a la supradicha ciudad, tras varias jornadas de meditación, comencé una canción con aquellas palabras, dis puesta como se verá al tratar de su división. La canción empieza, en efecto: «¡Oh damas que de amor tenéis idea!»

¡Oh damas que de amor tenéis idea! Hablaros de mi dama yo pretendo.

Y no agotar su elogio es lo que entiendo, sino tan sólo descargar mi mente. Cada vez que la elogio cual presea, Amor me hace sentir con tal dulzura, que, de obrar con sutil desenvoltura,

enamorara de ella a toda gente. Y no aspiro a loar sublimente

por si caigo- contraste- en la vileza; me ceñiré a tratar de su belleza, para lo que merece, brevemente, ¡oh señoras amables!, con vosotras, pues no dijera, cuanto os digo, a otras. Llama un ángel al célico intelecto y le dice: “En el mundo verse puede un ser maravilloso, que procede

de un alma que hasta aquí su luz envía.” El cielo, que no tiene más defecto, pide a Dios si tal guisa le concede

y el total de los santos intercede. Tan sólo la Piedad abogacía interpone por mí. Mas Dios decía: “Sufrid, dilectos míos, con paciencia, que no acuda tan presto a mi presencia, pues hay quien en la Tierra la porfía, y dirá en el infierno a los precitos:

“¡La esperanza yo vi de los malditos!” Por mi dama suspiran en el cielo; quiero, pues, referiros su nobleza. La que mostrar pretenda gentileza

acompáñase de ella en la salida que en todo pecho vil infunde un hielo

con que mata los viles sentimientos, y quien logra mirarla unos momentos se queda ennoblecido o sin la vida, y el digno de mirar a mi elegida experimenta al punto su potencia porque es su saludar beneficencia que hasta la ofensa estólida liquida.

A más, Dios otra gracia le ha otorgado: no puede mal morir el que le ha hablado.

“Siendo mortal -Amor en sí repite-, ¿cómo tan bella puede ser y pura?”

La vuelve a contemplar y en sí murmura que hízola Dios sin norma de costumbre.

Con la perla su fina tez compite; color grato en mujeres, con mesura. Compendia lo mejor de la Natura.

De todas las bellezas es la cumbre. Al lanzar de sus ojos clara lumbre surgen de amor espíritus radiosos que hieren en la vista a los curiosos y al corazón infligen pesadumbre. Su boca, donde Amor está presente,

nadie puede mirarla fijamente. ¡Oh canción mía! Sé que irás hablando,

a muchas damas una vez lanzada. Te ruego, ya que estás aleccionada como hija del Amor, joven y pía, que por doquier digas suplicando: “¿Qué senda llevárame a la persona

cuya alabanza lírica me abona?” Y si tu acción no quieres ver baldía, esquiva a todo ser sin cortesía,

no fíes, de poder, tus intereses sino a la dama y al varón corteses que te señalarán la buena vía.

Y puesto que al Amor verás con ella, recomienda al Amor mi gran querella.

Para que se entienda mejor esta canción, la dividiré más cuidadosamente que las composiciones anteriores. Ante todo, haré tres partes: la primera es proemio de las palabras siguientes; la segunda es el tema de que se trata, y la tercera viene a ser auxiliar de las precedentes. La segunda empieza en «Llama un ángel»; la tercera, en «¡Oh canción mía!»

La primera parte se divide en cuatro. En la primera explico a quién y por qué deseo hablar de mi amada; en la segunda, lo que me parece, cuando pienso en sus merecimientos y cómo hablaría de ella si me atreviera; en la tercera, cómo debo hablar de ella para no verme impelido por obstáculos, y en la cuarta, dirigiéndome de nuevo a quien quiero hablar, explico la causa de que me dirija a ellos. La segunda empieza en «Cada vez»; la tercera, en «Y no aspiro», y la cuarta, en «¡Oh señoras amables!»

Después, al decir: «Llama un ángel», empiezo a hablar de mi amada. Esta parte se divide en dos. En la primera explico cuánto la estiman en los cielos, y en la segunda, cuánto la estiman en la Tierra. Esta, que empieza en «Por mi dama», se divide en dos. En la primera explico lo referente a la nobleza de su alma, enumerando algunas de las poderosas virtudes que de su alma proceden; en la segunda explico lo referente a la nobleza de su cuerpo, enumerando algunas de sus bellezas. Esta, que empieza en «Siendo mortal», se divide en dos: en la primera trato de algunas bellezas, concernientes a toda persona; en la segunda trato de algunas bellezas que conciernen a determinadas partes de la persona. Esta segunda parte, que empieza en «Al lanzar de sus ojos», se divide en dos: en una hablo de su boca, que es término de amor. Y para que se disipe todo pensamiento impuro, recuerde el lector que más arriba queda escrito que el saludo de tal mujer, función de su boca, fue térm i-no de mis anhelos mientras lo pude recibir.

Luego, al decir: «¡Oh canción mía!» añado una estrofa a manera de auxiliar, en la cual manifiesto lo que de esta mi canción espero. Y comoquiera que esta última parte es fácil de entender, no me entretengo en más diversiones. No niego que, para hacer más inteligible esta can-ción, convendría establecer más subdivisiones; sin embargo, quien no tenga bastante ingenio para entenderla con las divisiones hechas, no me disgustará si la deja estar, pues, en verdad, temo, con las divisiones establecidas, haber facilitado, a demasiados su inteligencia, si acaso la canción llega a oídos de muchos.

CAPÍTULO VEINTE

Una vez divulgada, en cierto modo, esta canción, como la oyese cierto amigo mío, sintióse inclinado a rogarme que le dijera qué es Amor, pues quizá, por las palabras oídas, esperaba de mí más de lo que yo merecía., Y pensando yo que después de lo tratado era oportuno decir algo de Amor, así como en la conveniencia de atender a mi amigo, decidí escribir unas palabras en que de Amor tratase. Entonces compuse este soneto, que empieza: «Escribió el sabio: son la misma cosa.»

Escribió el sabio: son la misma cosa el puro amor y el noble entendimiento. Como alma racional y entendimiento, sin uno nunca el otro vivir osa.

Hace Naturaleza, si amorosa,

de Amor, señor, que tiene su ap osento en el noble sentir, donde contento por breve o largo término reposa. Como discreta dama, la Belleza

se muestra, y tanto place a la mirada, que los nobles sentires son deseo: por su virtud, si dura con viveza, la fuerza del amor es desvelada. Igual procede en damas galanteo.

Este soneto se divide en dos partes. En la primera hablo de Amor en cuanto es en potencia; en la segunda hablo de él en cuanto de po-tencia se reduce en acto. Esta segunda parte empieza en «Como dis-creta dama». La primera parte se divide en dos: en la primera mani-fiesto en qué sujeto se encuentra esta potencia; en la segunda explico cómo han nacido este sujeto y esta po tencia y cómo uno se halla en relación con otro igual que la materia con la forma. La segunda empi e-za en «Hace naturaleza». Luego, al decir: «Como discreta dama», ex-plico cómo dicha potencia se reduce a acto; primero cómo se reduce en el hombre, y después -al decir; «Igual procede»- cómo se reduce en la mujer.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Una vez traté de Amor en los susodichos versos, sentí apetencia de escribir, también en alabanza de mi gentilísima amada, unas pala-bras mediante las cuales mostrara no solamente cómo por ella se de s-pierta Amor en caso de que esté dormido, sino cómo ella le hace acudir allí donde no está en potencia. Y entonces compuse este soneto que empieza: «Mora Amor en los ojos de mi amada.»

Mora Amor en los ojos de mi amada por lo cual cuanto mira se ennoblece.

Aquel a quien saluda se estremece: todo mortal le lanza su mirada.

Si ella baja la faz, el todo es nada, el ánimo en quejumbre desmerece, muere soberbia, cólera perece. ¡Oh mujeres, le cumple ser loada! Toda humildad y toda dulcedumbre nace oyendo su voz pura y afable.

Dichoso el hombre que la vio primero. Cuando sonríe -que su boca es lumbre-se magnifica y hácese inefable porque es algo divino y hechicero.

Este soneto consta de tres partes. En la primera explico cómo d i-cha mujer reduce a acto la mencionada potencia con la nobleza que emana de sus ojos, y en la tercera explico lo mismo con referencia a su nobilísima boca; pero entre ambas partes hay otra cosa menor que, por decirlo así, se auxilia en la precedente y en la siguiente y que empieza en «¡Oh mujeres!», mientras la tercera empieza en «Toda humildad». La primera parte se divide a su vez en tres. En la primera digo cómo tiene la virtud de embellecer todo cuanto mira, lo cual equivale a decir que conduce a Amor en potencia allí donde no está; en la segunda digo cómo reduce en acto a Amor en los corazones de todos aquellos a quienes ve, y en la tercera digo cómo reduce en acto a Amor, en los corazones de todos aquellos a quienes mira. La segunda empieza en «Aquel a quien saludo»; la tercera, en «Todo mortal». Luego, al decir «¡Oh mujeres!», doy a entender a quién tengo intención de hablar, invitando a las mujeres para que ayuden a rendir pleitesía a mi amada. Después, al decir: «Toda humildad», repito lo ya dicho en la primera parte, pero con referencia a dos funciones de su boca, una de las cuales es su dulcísima voz y otra su admirable sonrisa, si bien no digo de ésta cómo actúa en otros corazones, pues la memoria no puede recordarla ni recordar sus efectos.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

No muchos días después, por voluntad del Señor de los Cielos (que ni a sí mismo se privó de la muerte), abandonó esta vida, segura-mente para ir a la eterna gloria, el que fue padre de la maravillosa y nobilísima Beatriz.

Y como semejante partida causa dolor en quienes, habiendo sido amigos de quien se va, se queda; como no hay amistad más íntima que la de un buen padre con un buen hijo y la de un buen hijo con un buen padre; como mi amada era extremadamente buena y su padre- según general y justificadamente se cree- extremadamente bueno, es natural que mi amada sintiese un amarguísimo dolor. Y como, según costum-bre de la antes referida ciudad, las mujeres reúnense con las mujeres y los hombres con los hombres en ocasión de estos tristes acaecimientos, fueron muchas las mujeres que se congregaron donde Beatriz lastime-ramente lloraba. Aconteció, pues, que encontré a varias mujeres que allí tornaban y les oí repetir palabras quejumbrosas de mi amada, entre ellas las siguientes: «Llora de tal suerte como para que muera de com-pasión quien la vea llorar.» Alejáronse después aquellas mujeres, y quedéme tan triste, que de vez en vez bañaba mis mejillas alguna l á-grima, que yo disimulaba llevándome con frecuencia las manos a los ojos. Al punto hubiérame ocultado, de no hallarme por donde pasaban la mayor parte de las mujeres que de ella separábanse. Así es que per-maneciendo en el mismo sitio, oí a otras mujeres, que pasaron junto a mí y que iban diciendo: «¿Cuál de nosotras podrá tener alegría habien-do oído quejarse tan dolorosamente a esta mujer?» Luego pasaron otras que decían por mí: «Ese hombre llora igual que si la hubiera visto co-mo la hemos visto nosotras.» Y otras, después, dijeron también por mí: «Se ha alterado tanto, que no parece el mismo.» Y al paso de otras mujeres oía yo palabras de este estilo referentes a ella y a mí.

Luego, meditando, decidí escribir unos versos, muy justificados, en los que resumiría cuanto de aquellas mujeres había oído. Y como gustosamente las hubiera interrogado, de no haber tenido reproches, escribí, cual si las hubiera interrogado y me hubieran respondido. Así es que compuse dos sonetos. En el primero, pregunto según sentía deseos de preguntar, y en el segundo expongo la respuesta utilizando lo que oí, como si me lo hubieran dicho contestando. El primero empieza: «Vosotras que traéis lacio semblante», y el segundo: «¿Eres tú quien loaba su hermosura?»

Vosotras que traéis lacio semblante, bajos los ojos y el dolor marcado, ¿de dó venís con rostro tan ajado que compasión inspirará al instante? ¿Tal vez tuvisteis a mi Amor delante con el rostro por llantos anegado? Damas: decidme ya lo sospechado viendo vuestro dramático talante. Y si venís de sitio tan piadoso, tomaos junto a mi breve reposo para comunicarme lo que sea.

Veo que vuestros ojos tienen llanto y en vosotras observo tal quebranto que por ende mi ser se tambalea.

Este soneto se divide en dos partes. En la primera, tras la invoca-ción, pregunto a dichas mujeres si vienen de junto a ella, anticipándoles que lo creo así al ver que vuelven ennoblecidas; en la segunda ruégoles que me hablen de ella. La segunda parte empieza en «Y si venís».

He aquí el otro soneto tal como anteriormente se ha referido:

¿Eres tú quien loaba su hermosura hablando con nosotras muy frecuente? Nos lo pareces por tu voz doliente, aunque se haya mudado tu apostura. Mas ¿por qué en el llorar tu alma se apura hasta dar compasión a extraña gente? ¿La viste tú llorando, y en tu mente patética membranza se figura?

Deja, pues, que llorando caminemos sin que livianamente nos calmemos, ya que su llanto nuestro oído hería. Tanto a la compasión mueve su cara, que quien con atención la contemplara llorando ante tu dama moriría.

Este soneto consta de cuatro partes, que corresponden a los cuatro modos de hablar entre sí que tuvieron las mujeres por quienes contesto. Pero como arriba están harto claras, no me entretengo en referir el contenido de cada parte, sino que me limito a separarlas. La segunda em-pieza en «Mas ¿por qué en el llorar»; la tercera, en «Deja, pues», y la cuarta, en «Tanto a la compasión».

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Pocos días después sucedió que en determinada parte de mi cuer-po me sobrevino una dolorosa afección, en virtud de la cual estuve sufriendo y penando nueve días de una manera muy amarga, lo cual me causó tanta debilidad, que hube de estar como los que no pueden moverse. Al noveno día, sintiendo unos dolores casi intolerables, me puse de pronto a pensar en mi amada, y, luego de haber pensado cierto tiem-po en ella, volví mis pensamientos hacia mi debilitada vida, y viendo cuán breve sería su duración, aun estando sano el cuerpo, comencé a llorar internamente por tanta desgracia. Con fuertes suspiros decía para mí: «Alguna vez tendrá que morirse la gentilísima Beatriz.»

Entonces me ganó tal desfallecimiento, que cerré los ojos y c o-mencé a delirar como persona fuera de sí. Y al principio de los desva-ríos de mi fantasía se me aparecieron rostros de mujeres con las cabe-lleras sueltas, que decían: «Morirás, morirás.» Tras aquellas mujeres se me aparecieron unos rostros estrambóticos y horripilantes que decían: «Ya estás muerto.» Y como mi fantasía diera en divagar así, llegué a ignorar dónde me hallaba, y, además, parecíame ver por las calles a mujeres de sueltos cabellos que lloraban con tremenda tristeza; pare-cíame que el sol se oscurecía hasta el punto de que las estrellas se mostraban de un color tal como sí llorasen; y parecíame que los pájaros caían del aire muertos, así como que se producían muy grandes terr-motos. Maravillado, al mismo tiempo que espantado, con tal fantasía, imaginé que un amigo venía a decirme: «¿Acaso no sabes que tu amada ha abandonado ya este mundo?» A la sazón, comencé a llorar muy lastimeramente, no sólo con la imaginación sino con los ojos, bañados en verdaderas lágrimas. Figurándome que miraba hacia el cielo, creía ver muchedumbre de ángeles que volvían a él llevando delante una blanquísima nubecilla. Y parecióme que aquellos ángeles cantaban a gloria y que entre las palabras del cántico figuraban las de Hosanna in excelsis! Nada más oía. Y entonces me figuré que el corazón, donde tanto amor se albergaba, decíame: «Cierto es que ha muerto nuestra amada», con lo cual echaba yo a andar para ver el cuerpo donde había residido aquella nobilísima y, bienaventurada alma. Tan poderosa fue la errada fantasía, que me enseñó a mi amada muerta; diríase que unas mujeres le cubrían la cabeza con blanco velo, y su cara ofrecía un ta-lante de humildad tal como si dijera: «Estoy viendo el principio de toda paz.» Con esto, sentíme tan anonadado que llamaba a la Muerte, di-ciendo: «¡Ven a mí, dulcísima Muerte! No me seas cruel, pues debes ser noble, a juzgar por donde has estado. ¡Ven a mí, que tanto te deseo! ¿No ves que ya tengo tu mismo color?»

Y cuando vi realizadas ya las dolorosas ceremonias que con los cuerpos de los difuntos es costumbre hacer, parecióme que volvía a mi estancia y que desde allí miraba al cielo. Y tan exaltada estaba mi imaginación, que, llorando, dije con voz verdadera: «¡Oh alma hermosísi-ma! ¡Feliz quien te contempla!» Y cuando, con dolorosos extremos de llanto, pronunciaba estas palabras y llamaba a la Muerte para que se llegara hasta mí, una mujer joven y bella que se encontraba junto a mi lecho, creyendo que mi llanto y palabras obedecían sólo a los dolores de mi enfermedad, comenzó también a llorar con gran espanto, por donde otras mujeres que en la estancia se hallaban se percataron, por el llanto de ella, de que yo lloraba. Entonces la separaron de mí (me unían a ella lazos de muy próxima consanguineidad) y se me acercaron para despertarme, creyendo que soñaba. «No duermas más- decíanme-. No desconsueles.» Estas palabras atajaron mi gran desvarío, cuando quería decir: «¡Oh Beatriz, bendita seas!» Ya había dicho: «¡Oh Beatriz!» cuando, reaccionando, abrí los ojos y vi que todo era un engaño. Y aunque había pronunciado dicho nombre, estaba mi voz tan entrecorta-da por los sollozos, que aquellas mujeres no pudieron entenderme, a lo que creí. Grave vergüenza sentía yo; mas, por una advertencia de Amor, volvíme hacia ellas. Y al verme comenzaron a decir por mí: «Semeja un muerto», y a musitar: «Procuremos reanimarlo.» Me diri-gieron, pues, muchas palabras de consuelo, y me preguntaron por qué había tenido miedo. Yo, una vez estuve algo repuesto y me hube dado cuenta del falaz desvarío, respondíles: «Voy a explicaros lo que me ha pasado.» Y desde el principio al fin les conté lo que había visto, si bien callando el nombre de mi amada.

Después, sanado ya de la dolencia, decidí escribir unos versos en que narrase lo acontecido, por parecerme cosa agradable de oír. Y compuse esta canción, que empieza: «Una joven señora compasiva», ordenada según declara la división infrascrita:

Una joven señora compasiva de humanas gentilezas adornada, oyó cómo llamaba yo a la Mue rte. Y al percibir mi vista en pena viva, así como al oír mi voz dañada se puso, temerosa, a llorar fuerte. Otras damas, a quienes llanto advierte, repararon en mí, desconsolado,

y, habiéndome apartado, solícitas corrieron a mi vera, diciendo: “¡No soñéis de esa manera!” y “¿Qué le habrá turbado de tal suerte?” Y de la pesadilla fui librado

diciendo al mismo tiempo el nombre amado. Era mi débil voz tan lastimosa, entrecortada por angustia y llanto,

que el nombre sólo oí de mi adorada. Con la vista confusa y vergonzosa, reminiscencia del pasado espanto, me hizo lanzar Amor una mirada. Se encontraba mi faz tan demacrada, que exclamaba con fúnebre recelo: “Hay que darle consuelo.”

Tras consultarse con la voz doliente, decía un son frecuente:

“¿Qué cosa ves que tanto te anonada?” Y dije, al amainarse mis suspiros:

“¡Oh, damas! Lo que fue voy a deciros.” Mientras pensaba yo en mi frágil vida, viendo que su durar es un instante, Amor lloraba dentro de mi pecho.

Y se me puso el alma dolorida para decir en tono suspirante:

“La muerte de mi amada será un hecho.” Entonces me ganó tan gran despecho,

que los ojos cerré como si ciegos quedaran, y andariegos

se fueron mis sentidos por el mundo. Mas yo, meditabundo,

aunque con el espíritu desecho,

vi que a mí unas mujeres se acercaban y que con saña “¡Morirás!” clamaban.

Después vi cosas nunca imaginadas al discurrir febril mi fantasía,

pues me encontraba en fantasmal paraje donde corrían hembras desgreñadas con lloro y clamoreo que esparcía tristeza corrosiva como ultraje.

Luego, con otro cuadro me distraje viendo apagarse el sol, naciendo estrellas llorar el sol con ellas,

cesar todos los pájaros su vuelo. estremecerse el suelo

y presentarse un hombre sin coraje diciéndome: “¿No sabes, dolorido, que tu dama sin par ha fallecido?” Mi vista lacrimosa levantaba

y como lluvia de maná, veía que tornaban los ángeles al Cielo. Nubecilla gentil, rula indicaba,

y “Hosanna!” proclamaban a porfía. Admitirlo podéis cual lo revelo.

Entonces dijo Amor: “Nada te celo. Ven nuestra dama a ver, que muerta yace Mi delirar falace

llevóme al sitio donde unas mujeres, en fúnebres deberes,

a mi amada cubrían con un velo. Y en aspecto la vi tan humildoso

que decir parecía: “En paz reposo.” Por suerte me abatió melancolía al contemplar tanta dulzura en ella.

“¡Oh Muerte!- dije-. En ti presiento bienes y bellezas que antaño no advertía.

Pues moraste en el cuerpo de mi bella, no es justo que por ti tenga desdenes.

Dirigiréme a ti, si tú no vienes. Hermana en palidez, mísera dama, ¡mi corazón te llama!”

Luego partíme, terminado el duelo, y solo con mi anhelo

dije alzando mi vista a los edenes: “¡Quien te vea, alma hermosa, qué contento!”

Y me llamasteis en aquel momento.

Esta canción consta de dos partes. En la primera, hablando con persona no concreta, explico que ciertas personas me sustrajeron de un vano delirio y que prometí contárselo; en la segunda cuento lo que les dije. La segunda parte empieza en «Mientras pensaba.» La primera parte se divide en dos. En la primera refiero lo que una mujer y varias mujeres dijeron e hicieron cuando me vieron delirar, antes que volviese a mis cabales sentidos. En la segunda repito lo que aquellas mujeres dijéronme cuando cesé en el desvarío. Esta parte empieza en «Era mi débil voz». Luego, al decir «Mientras pensaba», refiero cómo les conté mi fantasía. Y hago de ello dos partes. En la primera refiero ordenada-mente dicha fantasía; en la segunda, diciendo en qué momento me llamaron, les doy las gracias tácitamente. Esta parte empieza en «Y me llamasteis».

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Tras aquel vano delirio, aconteció un día que, hallándome sentado y meditabundo en un lugar, noté que el corazón me daba un vuelco cual si me encontrase ante mi amada. Entonces se me representó Amor y pa-recióme que venía de donde la dama de mis pensamientos estaba. También me pareció que alegremente decía a mi corazón: «No te olv i-des de bendecir el día en que me apoderé de ti, pues debes hacerlo.» Y en verdad sentíame el corazón tan jubiloso, que, dada su nueva condi-ción, no me pa recía el mío.

Poco después de estas palabras, que me dijo el corazón con la len-gua de Amor, vi venir hacia mí a una gentil señora, famosa por su be-lleza, y que había sido largo tiempo amada de aquel mi primer amigo. Llamábase Juana, si bien por su belleza, según cree alguien, se le im-puso el nombre de Primavera con que se la denominaba. Y mirando vi acercarse tras ella a la admirable Beatriz. Ambas pasaron junto a mí, una tras otra, y parecióme que Amor me hablaba con el corazón para decirme: «A la primera se la llama Primavera tan sólo porque hoy vi e-ne así, pues yo induje a quien le puso nombre a que la denominase Primavera, porque prima verrá , el día en que Beatriz se muestre des-pués de la visión de su devoto. Y si se considera su primer nombre también equivale a decir prima verrá , pues el nombre de Juana procede de aquel Juan que precedió a la luz verdadera diciendo: Ego vox cla-mantis in deserto; parate viam Domini. Y aún parecióme que a cont i-nuación me decía estas palabras: Quien quisiera pensar sutilmente, llamaría Amor a Beatriz por la gran semejanza que conmigo tiene.»

Volviendo después sobre todo esto decidí escribir unos versos a mi primer amigo, callando, no obstante, ciertas palabras que me parecía indicado callar y creyendo que su corazón aún estaba inclinado hacia la belleza de tan gentil Primavera. Y compuse este soneto, que empieza: «Un ímpetu amoroso que dormía.»

Un ímpetu amoroso que dormía tuvo en mi corazón renacimiento. Y Amor vi que venía tan contento, desde lejos, que no lo conocía. Díjome con talante de alegría: “Te cumple venerar mi valimento.”

Y apenas transcurrió corto momento, mirando al sitio de que Amor venía, vi a mis señoras Beatriz y Juana -una maravillosa, otra hechicera- seguir la ruta, hacia nosotros llana. Y según mi memoria reverdece, díjome Amor: “Si Juana es Primavera, es la otra el amor, pues me parece.”

Este soneto consta de muchas partes, la primera de las cuales dice cómo sentí desvelarse en mi corazón el acostumbrado temblor y cómo me pareció que Amor desde lejos alegraba mi corazón; la segunda dice cómo me pareció que Amor me hablaba al corazón y cómo se me mos-traba; y la tercera dice lo que vi y oí durante el tiempo en que Amor estuvo conmigo. La segunda parte empieza en «Díjome con talante», y la tercera, en «Y apenas transcurrió». La tercera parte se divide en dos: en la primera refiero lo que vi, y en la segunda refiero lo que oí. Esta segunda empieza en «Díjome amor».

CAPÍTULO VEINTICINCO

Aquí cualquiera persona digna de que se le aclaren las dudas po-dría dudar de lo que digo acerca de Amor, tratándolo como si fuera una cosa en sí, y no sólo sustancia inteligente, sino como si fuese sustancia corpórea. Lo cual, a decir verdad, es falso, pues Amor no existe por si mismo como sustancia, sino que es un accidente en la sustancia. Que yo hablo de él como si fuera cuerpo y, más aún, como si fuera hombre, despréndese de tres cosas que digo de él. Primeramente, digo que le vi venir de lejos; pero como venir implica movimiento local, y como, según el filósofo, sólo el cuerpo es localmen te móvil, se deduce que considero a Amor como cuerpo. También digo de él que reía y hasta que hablaba, lo cual- especialmente la risa- parece propio del hombre: por tanto, es evidente que lo considero personificado.

Para aclarar estas cosas, según creo oportuno, conviene considerar que antiguamente no había cantores de amor en lengua vulgar, sino que los cantores eran ciertos poetas de lengua latina; los asuntos amorosos no los trataban poetas vulgares, sino poetas cultos; y me refiero a entre nosotros, pues quizá en otras partes, como en Grecia, suceda aún lo que sucedía. No ha muchos años que surgieron los primeros poetas vulgares (hablar en rima en vulgar equivale a hablar en verso en latín, según cierta proporción). Y señal de que hace poco tiempo es que si busc a-mos en lengua de oc o en lengua de sí, no encontraremos escrito nada más allá de ciento cincuenta años a esta parte. Por cierto que la causa de que algunos burdos poetas lograsen nombradía de bien decir es que fueron los primeros que compusieron en lengua de sí. Y lo que movió al primero de todos ellos a versificar en lengua de sí fue el deseo de que entendiera sus decires una mujer a quien se le hacían de difícil enten-dimiento los versos latinos. Cito el detalle contra quienes riman sobre materia no amorosa, siendo así que tal guisa de expresarse fue inventa-da para decirles de Amor.

Por ende, como los poetas tienen más licencia en el lenguaje que los prosadores, y como quienes hablan en rima no son sino poetas vul-gares, justo y razonable es que se les conceda mayor licencia en el lenguaje que a los demás que se expresan en vulgar; así es que toda figura o recurso retóricos que se concedan a los poetas deben concede r-se a los rimadores. Si, pues, vemos que los poetas han hablado de las cosas inanimadas como si tuvieran sentidos y razón y han hecho que hablaran entre sí (y ello no sólo con cosas verdaderas, sino con cosas falsas, pues de cosas que no existen han dicho que hablan del mismo modo que han dicho que hablan de muchos accidentes cual si fueran sustancias y hombres), justo es que el rimador haga lo mismo, pero no sin razón alguna, sino razonadamente, de ma nera que sea posible expli-carlo en prosa.

Que los poetas han hablado como se ha dicho se demuestra con Virgilio, quien- en el primer canto de la Eneida- dice que Juno, diosa enemiga de los troyanos, habló así a Eeolo, señor de los vientos: Aeole, namque tibo, a la que Eolo repuso: Tuus, o regina, quid optes explora-re labor; mihi jussa capessere fas est.

El mismo poeta, en el tercer acto de la Eneida, hace que la cosa inanimada hable con la cosa animada, donde dice: Multum, Roma, tamen, debes civilibus armis. Horacio hace que el hombre hable con- su misma ciencia como con otra persona. Y no solamente son palabras de Horacio, sino que éste, casi repitiendo las del buen Homero, dice en su Arte poética: Dic mihi. Musa virum. Ovidio, al principio del libro lla-mado Remedio de amor, hace que Amor hable como un ser humano donde dice: Bella mihi, video, bella parantur, ait.

Todo esto pueden tenerlo en cuenta quienes duden en alguna parte de este mi opúsculo. Y para que no ter giverse las cosas ninguna perso-na obtusa, debo añadir que ni los poetas hablaron así sin sentido ni los rimadores deben hablar sin poner sentido en lo que digan, pues gran vergüenza sería para quien rimase con figuras y recursos retóricos que, al pedirle que desnudase sus palabras de tal vestidura, para que fueran entendidas rectamente, no supiese hacerlo.

Mi primer amigo y yo conocemos a algunos de los que riman tan neciamente.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

La gentilísima mujer de quien anteriormente he hablado era tan admirada por las gentes, que cuando iba por las calles corrían todos a contemplarla, lo cual me alegraba sobre manera. Y cuando ella estaba cerca de alguien, tanta honestidad infundíale en el corazón, que no osa-ba levantar la cabeza ni responder a su saludo: muchos que experimen-taron tal influencia podrían abonarme ante los incrédulos. Coronada y vestida de humildad pasaba ella, sin mostrar vanagloria de lo que veía y oía. Y cuando había pasado, decían muchos: «No es una mujer, sino un hermosísimo ángel del cielo.» Otros decían: «¡Qué maravilla! ¡Bendito sea el Señor, que tan admirables obras produce!» Mostrábase, en efec-to, tan bella y colmada de hechizos, que quienes la miraban sentíanse invadidos por una dulzura tan honesta y suave, que no podían expre-sarla, a más de que al principio se habían visto obligados a suspirar.

Estos efectos y otros más admirables producía mi amada, por lo cual yo, pensando en ello y queriendo volver al estilo de su alabanza, decidí escribir unos versos en los que diese a entender sus admirables y excelentes influencias, no tan sólo para di rigirlos a quienes podían verla en la realidad, sino para los demás, a fin de que procuren saber de ella lo que las palabras no pueden entender. Entonces compuse este soneto, que empieza: «Muéstrase tan hermosa y recatada.»

Muéstrase tan hermosa y recatada la dama mía si un saludo ofrece que toda lengua, trémula, enmudece y los ojos se guardan la mirada.

Sigue su rumbo, de humildad nimbada y al pasar ella su alabanza crece. Desde los cielos descender parece en virtud de un milagro presentada. Tan amable resulta a quien la mira, que por los ojos da un dulzor al seno

que no comprenderá quien no lo sienta. Y hasta parece que su boca alienta un hálito agradable, de amor lleno,

que va diciendo al corazón: “¡Suspira!”

Este soneto es tan fácilmente comprensible por lo ya referido, que no necesita división alguna. Así es que, dejándolo, insistiré en que mi amada causaba tanta admiración, que no solamente se le tributaban honores y alabanzas, sino que gracias a ella se les tributaban a otras damas. Yo, percibiendo esto y queriéndolo manifestar a quien no lo percibía, decidí escribir versos en que lo explicara. Y entonces decidí componer este otro soneto que empieza: «Ve toda perfección con gran fijeza.»

Ve toda perfección con gran fijeza quien ve, entre otras mujeres, a la mía, y deben, las que vanle en compañía, rendir gracias a Dios por tal largueza. Tan grande es el poder de su belleza, que, lejos de inspirar envidia impía, llevóme al sitio donde unas muj eres, de amores, y de fe, y de gentileza. Todo, a su sola aparición, se humilla; pero no luce sola en hermosura,

sino que la refleja por su ambiente. Y tal hechizo en sus acciones brilla, que nadie recordara su figura

sin suspirar de amores dulcemente.

Este soneto consta de tres partes. En la primera digo entre qué personas parecía más admirable mi amada; en la segunda pondero cuán agradable era su compañía, y en la tercera hablo de lo que por su in-fluencia se operaba en las demás. La segunda parte empieza en «Y deben»; la tercera, en «Tan grande». Esta última parte se divide en tres. En la primera digo cómo influía en las mujeres en cuanto a sí mismas; en la segunda, cómo influía en ellas respecto a los demás, y en la terce-ra afirmo que influía admirablemente, no sólo en las mujeres, sino en todas las personas, y no sólo cuando esta ban en su presencia, sino cuando se acordaban de ella. La segunda parte empieza en «Todo, a su sola aparición», y la tercera en «Y tal hechizo».

CAPÍTULO VEINTISIETE

Luego de esto, di un día en pensar sobre lo que había dicho de mi amada en los dos anteriores sonetos; y percatándome de que no había hablado de lo que a la sazón me ocu rría, parecióme haberme expresado defectuosamente. Decidí, por tanto, escribir unos versos en los que ma-nifestara cuán sujeto me hallaba a la influencia de mi amada y cómo actuaba en mí dicha influencia. Y suponiendo que no podía referirlo to-do en la brevedad de un soneto, comencé entonces esta canción que empieza:

Tanto tiempo, me tiene dominado Amor por su virtud de señ oría, que si al principio duro parecía, hogaño me parece suavizado.

Y es que cuando me deja anonadado porque el ánimo escapa y se extravía, entonces, débil, siente el alma mía tal goce, que me noto demudado. Amor requiere luego tal potencia, que me hace suspirar si estoy hablando Y, mi dama invocando,aumenta, con placer, mi complacencia. Tal acontece si a mi vista acude, aunque pueda haber gente que lo dude.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Quomodo sedet sola civitas plena populo! facta est quasi vidua domina gentium! Aún no había pasado del inicio de dicha canción, de la que sólo había terminado la anterior estrofa, cuando el Señor de los justos llamó a mi gentilísima amada para que goce de la gloria bajo la enseña de la bendita Reina y Virgen María, para cuyo nombre hubo siempre gran veneración en las palabras de la bien aventurada Beatriz. Y aunque tal vez fuera oportuno decir algo de su partida de este mun-do, no es mi propósito tratar de ello, por tres razo nes: la primera es que no entra en el plan del opúsculo, como puede verse en el proemio; la segunda es que, aun cuando entrase en el plan, no podría yo hablar de ello como fuera menester; y la tercera es que, aun eliminando los dos obstáculos anteriores, no me conviene tratar de ello, por cuanto habría de convertirme en un apologista de mí mismo, cosa, en fin de cuentas, muy vituperable, por lo cual dejaré tal materia para otro glosador.

Empero, como el número nueve se ha mostrado muchas veces e n-tre las precedentes palabras, no sin motivo al parecer, y comoquiera que en la partida de mi gentilísima amada diríase que también tuvo importancia tal número, conviene decir aquí algo que creo pertinente. En primer término, diré cómo intervino dicho número en su partida, y luego explicaré con razones la causa de que tal número le fuera tan amigo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

El alma nobilísima de Beatriz partióse, según la manera de co m-putar el tiempo en Arabia, en la primera hora del noveno día del mes; según la manera de computarlo en Siria, en el noveno mes del año, pues allí el primer mes es Tisirin, que corresponde a nuestro octubre, y según la manera de computarlo nosotros, en el año de nuestra indic a-ción, o sea, del Señor, cuyo número redondo ha bía cumplido nueve veces en el siglo en que ella fue puesta en este mundo: vivió entre los cristianos de la centuria decimotercera.

Una de las razones en virtud de las cuales dicho número le fue tan amigo, podría ser la de que, según Tolomeo y la ciencia cristiana, son nueve los cielos que se mueven, y, según la general opinión de los as-trólogos, dichos cielos nos transmiten las relaciones armoniosas a que se hallan sometidos, por lo cual la fidelidad de dicho número nueve da-ría a entender que, al ser ella engendrada, los nueve cielos móviles estaban en perfectísima armonía. Esto es, desde luego, una razón; pero, pensando más sutilmente y según la verdad infalible, dicho número fue ella misma. Me explicaré mediante una comparación. El número tres es la raíz de nueve, pues que sin otro número, multiplicado por sí mismo, da nueve, según vemos claramente que tres por tres son nueve. Ahora bien: si el tres es por sí mismo factor del nueve, y, por otra parte, el Factor o Hacedor por sí mismo de los milagros es también tres, o sea Padre, Hijo y Espíritu Santo, que son Tres y Uno, a mi amada le acompañó el número nueve para dar a entender que era un nueve, es decir, un milagro, cuya raíz- la del milagro- es solamente la Santísima Trini-dad. Quizá persona más sutil hallaría en esto razón todavía más sutil; pero la apuntada es la que yo veo y la que me place más.

CAPÍTULO TREINTA

Una vez ausente de este mundo mi gentilísima amada, quedó la ciudad antes aludida como viuda despojada, por lo que yo, llorando en medio de tanta desolación, escribí a los principales de la ciudad acerca de su condición, citando aquellas palabras iniciales de Jeremías que dicen: Quomodo sedet sola civitas. Y digo esto para que nadie se mara-ville de que las haya mencionado antes como introducción de la nueva materia que seguía. Y si alguien me reprochara no escribir las palabras que siguen a las citadas, me excusaría con que mi propósito, ya desde el principio, fue solamente escribir en lengua vulgar; por lo cual, co-moquiera que las palabras que siguen a las citadas son todas latinas, saldríame de mi propósito transcribiéndolas. A más, idén tica intención - que yo escribiera solamente en vulgar- sé que tuvo aquel mi primer amigo a quien escribo.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Cuando mis ojos hubieron llorado largo tiempo y tan fatigados estaban que ya no podían desahogar mi tristeza, propúseme aliviarla con palabras de dolor. Determiné, por ende, componer una canción en la cual, entre lágrimas, discurriese acerca de aquello por quien tanto dolor había destruido mi alma. Entonces compuse la canción, que e m-pieza: «Mis, ojos han vertido tanto llanto». Y para que esta canción termine más secamente, la dividiré antes de escribirla, como haré de ahora en adelante.

Esta misma canción consta, pues, de tres partes. La primera es prefacio; en la segunda hablo de ella, y en la tercera me dirijo lastimeramente a la canción. La segunda parte em pieza en «Beatriz ascendió»; la tercera, en «¡Oh mi canción!» La pri mera parte se divide en tres: en la primera explico qué me impulsa a hablar; en la segunda digo a quién quiero hablar, y en la tercera, de quién quiero hablar. La segunda em-pieza en «Comoquier que el recuerdo»; la tercera, en «Por ende». Lue-go, al decir: «Beatriz ascendió», ha blo de ella y hago dos partes en el discurso: en la primera digo la causa de que fuese arrebatada, y en la segunda, cómo los demás lamentan su partida. Esta segunda parte em-pieza en «Se separó». Y se divide, a su vez en tres partes. En la primera hablo de quien no la llora, en la segunda de quien la llora, y en la terce-ra, de mi situación. La segunda empieza en «Sin que le sobrecoja»; la tercera, en «Me causa angustia». Luego, al decir: «¡Oh mi canción!», me dirijo a la canción misma, indi cándole a qué mujeres ha de ir y per-manecer con ellas.

Mis ojos han vertido tanto llanto por el pesar que el corazón henchía, que parecen exhaustos totalmente. Y si aliviar pretendo mi quebranto, que a la muerte me lleva con falsía, he de hablar con la voz languideciente.

Comoquier que el recuerdo se presente de que, mientras mi dama subsistía, hablaba de ella, ¡oh damas!, con vosotras no quiero hablar con otras,

que las que cobijáis la cortesía. Por ende, como fue la amada mía súbitamente al Cielo, en llanto digo y cómo al triste Amor dejó co nmigo.

Beatriz ascendió al reino de los cielos y en la quietud del ángel permanece. ¡Oh damas, de vosotras se ha alejado!

Y no la arrebataron ni los hielos ni el calor, según norma que acontece,

sino su corazón, insuperado.

El resplandor por su virtud lanzado a los cielos llegó con tal potencia, que Dios, ante el magnífico portento, llamó con dulce acento

a la dama gentil a su presencia. Y provocó el maravilloso evento

a fin de evidenciar que el bajo mundo era indigno de un ser tan sin segundo.

Se separó de su gentil persona su espíritu gracioso y delicado,

que actualmente reside en lugar digno. Quien no la llora cuando la menciona, alberga un corazón duro y malvado do no se encontrará sentir benigno. No existe corazón, siquiera mali gno, que pueda imaginar su puro encanto, sin verse acometido de congoja,

sin que le sobrecoja

un ansia de morir fundido en llanto. Y de confortación su alma de spoja quien en su mente ve lo que ella fuera y cuál fue arrebatada considera.

Me causa angustia el suspirar muy fuerte cuando me acude el pensamiento grave de aquella que mi pecho desgarra.

Y pensando a las veces en la muerte me gana un sentimiento tan suave, que muda los colores de mi cara.

Cuando ese pensamiento se declara me vencen los dolores tan potentes, que me estremezco del dolor que siento, y tal cariz presiento

que me aparta vergüenza de las gentes. Solo, vertiendo lágrimas ardientes,

llamo a Beatriz. "¡Estás ya muerta!", exclamo, y me consuelo en tanto que la llamo.

Lloros de penas y ansias de agonía pártenme el corazón en dond equiera hasta el punto de herir a quien me oyese, y cuál es mi vivir desde aquel día

en que subió mi dama a la alta esfera no hay lengua que a decirlo se atreviese, ni tan siquiera yo, cuando quisiese, pues no sabría dar con tino el tono

que tanto amarga mi presente vida, a tal grado abatida,

que todos me murmuran: "¡Te abandono!" al percibir mi faz descolorida.

Pero mi ser presente ve el bien mío y de hallar galardón no desco nfío.

¡Oh mi canción de lágrimas y duelos!...

Vé en busca de señoras sob eranas a quienes tus hermanas

llevaban alegría y gentileza. Y tú, nac ida en gracia de tristeza, queda con ellas triste y en desgana.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Una vez compuesta semejante canción, llegóse a mí quien, según los grados de amistad, podía considerar yo como mi segundo amigo, el cual tenía tal parentesco de consanguinidad con la gloriosa Beatriz, que no podía haberlo mas estrecho. Luego de conversar conmigo, suplicó - me que le compusiera unos versos para dedicarlos a una mujer que había muerto, si bien disimuló sus palabras con objeto de parecer que se refería a otra que también había fallecido. Mas yo, advirtiendo que se refería solamente a la bienaventurada Beatriz, respondíle diciendo que haría lo que suplicaba. Y meditando sobre ello decidí escribir un soneto en que me lamentase largamente y entregarlo a mi amigo para que pareciese escrito por él. Y entonces compuse este soneto, que em-pieza: «Venid para escucharme los lamentos.» Se divide en dos partes. En la primera llamo a los devotos de Amor para que me escuchen; en la segunda hablo de mi lamentable estado. La segunda parte empieza en «Lo que morir.»

Venid para escucharme los lamentos, almas piadosas, que piedad lo pide.

Lo que morir, por el penar, me impide es que lanzo mis penas a los vientos. Apelo al llanto en todos los momentos aunque el llanto a acudir no se decide.

Mi dolor no se pesa ni se mide si lágrimas no bañan sus to rmentos. Venid para escucharme la llamada

a la dama que fuese a la morada que su virtud celeste requería.

Venid para escucharme que abomino de la presente vida y mi destino, ya que me falta su presencia pía.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Una vez compuesto el soneto, considerando quién era aquel a quien pensaba entregarlo para que pasase por suyo, parecióme la me r-ced pobre y mísera, tratándose de persona tan allegada a la gloriosa Beatriz. Por ende, antes de entregarle el susodicho soneto, compuse dos estrofas de una canción, la primera verdade ramente para él y la segun-da para mí, si bien quien no las examine sutilmente las juzgará refe-rentes a una misma persona; mas quien las examine sutilmente verá que hablan personas distintas, por cuanto una no la llama señora suya a Beatriz, y la otra, sí, como paladinamente aparece. Tanto esta canción como el soneto susomentado se los entregué, diciéndole que sólo para él los había compuesto. La canción empieza: «Cada vez que me acude el pensamiento.» Consta de dos partes. En una, es decir, en la primera estrofa, se lamenta el amigo mío y allegado de ella; en la segunda me lamento yo. Es en la estrofa que empieza: «Y tiene el suspirar.» Se ve, pues, que en esta canción laméntanse dos personas, una como hermano y otra como siervo.

Cada vez que me acude el pensamiento de la dama hechicera,
de la mujer por quien mi pecho siente, pone en mi corazón triste contento
la dolorida mente
y exclamo: "¿Aun, alma mía, no te ausentas? Las torturas sin par que experimentas.
"en este mundo, ya tan fastidioso, me ponen pensativo en miedo inerte." Y por eso a la muerte,
llamo como un dulcísimo reposo y le digo que venga, tan sincero,
que siento envidia porque yo no muero. Y tiene el suspirar de mis desvelos
un tono quejumbroso
que a la muerte se aclama con porfía, pues ella fue el confín de mis anhelos cuando la dama mía
víctima fue de golpe abominoso. Porque su ser, amable por lo hermoso, desde que abandonó nue stra presencia, con belleza tan alta se confunde
que en los cielos difunde,

luz de amor que todo ángel reverencia. Y su mentalidad, por sutil, brilla de tal modo que causa maravilla.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

El primer aniversario del día en que mi amada adquirió ciudadanía de vida eterna hallábame yo sentado mientras, recordándola, dibujaba un ángulo sobre unas tablillas. Al volver los ojos, vi cerca de mí a ca-balleros que me cumplía atender. Contemplaban lo que yo hacía y-según se me dijo después- ya estaban allí algún tiempo antes de que yo me percatase. Al verlos, me levanté y, saludándolos, dije: «Otra pers o-na pensaba tener ahora por testigo.» Cuando se alejaron torné a mi tarea, a dibujar figuras de ángel. Y estando en ello vínome a las mientes escribir en conmemoración del aniversario, y dirigiéndome a quienes se me habían acercado. Entonces compuse el soneto que empieza: «Por ventura acudió a la mente mía.» Tiene dos principios y lo dividiré con arreglo a cada uno de ellos.

Con arreglo al primero, el soneto consta de tres partes. En la pri-mera digo que aquella mujer estaba ya en mi memoria; en la segunda, lo que Amor me hacía; en la tercera, los efectos de Amor. La segunda empieza en «Amor, que en mi memoria»; la tercera, en «Llorando, sí». Esta parte se divide en dos: en la primera digo que todos mis suspiros salían hablando; en la segunda, cómo algunos hablaban de manera distinta a los otros. La segunda parte empieza en «Y el suspiro más fuerte». De la misma guisa se divide el soneto con arreglo al otro prin-cipio, salvo que en la primera parte digo cuándo aquella mujer se pre-sentó en mi mente, cosa que no refiero en el otro.

PRIMER COMIENZO

Por ventura acudió a la mente mía la señora gentil a quien pusiera

por sus méritos Dios en la alta esfera de la humanidad, do está siempre María.

SEGUNDO COMIENZO Por ventura acudió a la mente mía la que llora el Amor, dama radiosa

cuando por su virtud, tan poderosa, llegasteis, para ver lo que yo hacía. Amor, que en mi memoria la veía, despertóse en el alma, do r eposa, a suspiros mandó voz imperiosa

y brotaron con gran melancolía. Llorando, sí, salían de mi pecho con voz que determina la presencia de lágrima fatal en cara triste.

Y el suspiro más fuerte y más deshecho exclamaba: “Oh sublime inteligencia; al Cielo, hoy hace un año, que subiste.”

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Algún tiempo después, hallándome dedicado a recordar pasados tiempos, estaba preocupado y con tan dolorosos pensamientos, que me daban aspecto de terrible decaimiento. Dándome cuenta de mi estado, levanté los ojos por ver si alguien me miraba. Y entonces vi a gentil mujer, joven y sobre manera hermosa, que desde un ventanal mirábame tan compasivamente, al parecer, que diríase reunida en ella toda com-pasión. Y como cuando los afligidos ven que se compadecen de ellos, más presto dan en el llanto, cual si tuvieran compasión de sí mismos, noté que se iniciaba en mis ojos prurito de lágrimas, por lo cual, t e-miendo descubrir las miserias de mi vida, apartéme de la vista de aque-lla hermosa. «Es imposible- decía en mi fuero interno- que en dama tan compasiva no exista un nobilísimo amor.» Entonces decidí escribir un soneto en que me dirigiese a ella y comprendiera cuanto he referido en este discurso. Y como por ello mismo resultará harto evidente, no lo dividiré. El soneto empieza en «Vieron mis ojos toda la clemencia».

Vieron mis ojos toda la clemencia que clara apareció en vuestra fig ura al percibir los actos y postura

que me inspira el dolor con gran frecuencia. Noté que sabe vuestra inteligencia

la condición de mi existencia oscura, tanto, que el corazón se me tortura

por mostrar, con el llanto, mi indigencia. Por ende, me aparté de vuestros ojos sabiendo que los lloros y sonrojos saldrían de mi pecho emocionado.

Y dije para mí en pecho doliente: “También anida en dama tan clemente el amor que me puso en tal estado.”

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Aconteció después que, dondequie ra me viese esta mujer, tornába-se su semblante compasivo y palidecía como amorosamente, por lo cual a menudo recordábame a mi nobilísima amada, que con semejante palidez se me mostraba. Y en verdad digo que muchas veces, no pu-diendo llorar ni desahogar mi tristeza, procuraba ver a tan compasiva señora, la cual diríase que con su presencia hacía brotar lágrimas de mis ojos. Por ello ganáronme deseos de escribir algunos versos dirigi-dos a ella. Y entonces compuse este soneto, que empieza. «Color de amor y de piedad talante.» No el menester dividirlo, por cuanto resulta claro con lo antedicho.

Color de amor y de piedad talante, nunca tornó tan admirablemente un rostro de mujer por mí frecuente llanto de devoción, mirar ama nte, como vos los tomáis, señora, ante la gravedad de mi decir doliente, tanto, que al veros túrbase mi mente y el corazón sospecho que no aguante. Y están mis pobres ojos con recelo de veros mucho y por diversos modos por ansias de llorar que en ellos moran. Pero, aunque tanto fomentéis su anhelo que por las ansias se consumen todos, es- llorar ante vos- cosa que ignoran.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Tanto me deleitaba ver a tal seño ra, que mis ojos comenzaron a deleitarse en demasía al verla, por lo cual acusábame frecuentemente yo mismo y teníame por vil. En ocasiones abominaba de la vanidad de mis ojos y decíales en mis pensamientos: «Antes solíais provocar el llanto de quien veía vuestra dolorosa condición, y ahora diríase que pretendéis olvidarlo por esta mujer que os mira. Os mira, pero sola-mente por la pena que le produce la bienaventurada mujer a quien llo-rar solíais. Mas haced cuanto queráis, malditos ojos, ya que os recorda-ré con tanta frecuencia, que nunca, sino tras la muerte, cesarán vuestras lágrimas.» Y en cuanto hube reprendido entre mí y en tales términos a mis ojos, me asaltaron grandes y angustiosos suspiros. Y a fin de que la pugna desarrollada en mí fuera conocida por alguien más que por el desventurado que la sufría, decidí escribir un soneto en que describiese mi horrenda situación. Y compuse el soneto que empieza: «Lágrimas muy amargas derramando.» Consta de dos partes. En la primera hablo a mis ojos como hablaba mi corazón en mí mismo; en la segunda aclaro alguna duda, manifestando quién es el que así habla. Y empieza esta parte en «Dice mi corazón». Cabría hacer más divisiones, pero serían inútiles, una vez e xpuesta claramente la materia.

“Lágrimas muy amargas derramando, estuvisteis por tiempos, ojos míos.

Y la gente sentía escalofríos de lástima que fuisteis observando. “Más creo que lo iríais olvidando

si fuera yo inclinado a desvaríos

y no obstaculizara los desvíos

a la que hízoos llamar rememorando. “Pero me hacen temer la petulancia y la vanidad vuestra por la instancia de un rostro de mujer que ahora os mira

“Recordad, mientras muerta no os apunta . a la señora vuestra, ya difunta.”

Dice mi corazón. Luego, suspira.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

La presencia de aquella dama poníame de tal guisa, que muchas veces pensaba en ella como en persona que harto me placía. «Es- llega-ba a pensar- una gentil señora, bella, joven y discreta, que tal vez Amor me ha dado a conocer para consolar mi existencia.» Y a menudo pen-saba aún más amorosamente, hasta el punto de que el corazón aceptaba tal argumento. Pero luego de la aceptación, pensaba yo lo contrario, como por la razón inducido, y decíame: «¿Qué pensamiento es éste, Dios mío, que de tan ruin manera quiere consolarme y no me deja lugar a pensar otra cosa?» Pero seguidamente surgía otro pensamiento para decirme: «Ya que te hallas tan atribulado, ¿por qué no quieres sus-traerte a tal amargura? Bien advertirás que un hálito de Amor pone ante ti deseos amorosos, procedentes de tan noble origen como los ojos de la dama que tan compasiva se ha mostrado.» Yo, que albergaba una pug-na vivaz en mí mismo, quería seguir hablando de ello; pero como en la lid de los pensamientos venían los que abogaban por ella, a ella creí conveniente dirigirme. Y compuse el soneto que empieza: «Un noble pensamiento que os presenta.» Y digo «noble», por cuanto a noble dama se refería, ya que por lo demás era un pensamiento muy vil.

En dicho soneto hago dos partes en mí, con arreglo a la división de mis pensamientos. A una parte llamo «corazón», o sea el deseo, y a la otra, «alma», o sea la razón. Y refiero cómo hablan entre sí. Que es propio llamar corazón al deseo y alma a la razón, resultará evidente para quien me place que me entienda. Bien, es verdad que en el soneto anterior tomo el partido del corazón contra el de los ojos, lo cual parece contrario a lo que digo en el inmediato siguiente; no obstante, también allí tomé el corazón por el deseo, pues que mayor anhelo tenía yo de recordar a mi gentilísima amada que de ver a ésta, si bien tenía de ello cierta apetencia, ligera al parecer, con lo cual se demuestra que lo allí dicho no se opone a lo que aquí se dirá.

Este soneto consta de tres partes. En la primera comienza diciendo a esta señora cómo mi deseo se dirige hacia ella; en la segunda refiero cómo el alma, o sea la razón, habla con el corazón, o sea el deseo; en la tercera incluyo la respuesta. La segunda parte empieza en «¿Quién es?»; la tercera, en «Y el corazón».

Un noble pensamiento que os presenta viene a morar conmigo tan frecuente y razona de amor tan dulcemente,

que hace que el corazón en él consienta. “¿Quién es -demanda el alma- este que intenta

mitigar el dolor de nuestra mente y el influjo del cual es tan potente que cualquier otra idea nos ahuyenta?” Y el corazón: “¡Ay alma cav ilosa!

Es un novel espíritu amoroso

que ante mí ha desplegado sus delirios. “Su vida, en lo que tenga de valiosa, dimana del espíritu piadoso

que turbábase al ver nuestros martirios.”

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Un día (a la hora de nona, aproximadamente) alzóse en mí, con-tra este adversario de la razón, un pen samiento pertinaz. Creí ver a la bienaventurada Beatriz con las bermejas vestiduras con que primero se mostró a mis ojos y tan juvenil como cuando por vez primera la vi. Entonces comencé a pensar en ella. Y según iba recordándola por el orden del tiempo que pasó, mi corazón em pezaba a arrepentirse pro-fundamente por el deseo de que cobardemente habíase dejado ganar algunos días, a pesar de la constante razón. Una vez ahuyentado tan maligno deseo, todos mis pensamientos se dirigieron a la gentilísima Beatriz. A partir de entonces pensaba en ella tan avergonzado, que lo denotaba con suspiros: suspiros que al salir decían lo que el corazón decía, o sea el nombre de mi nobilísima dama y cómo partió de este mundo. Con frecuencia pensaba tan dolorido, que olvidábame hasta del sitio donde me encontraba. Con este recrudecimiento de suspiros reno-vóse el amortiguado llanto, de manera que mis ojos parecía que sola-mente desearan llorar, y sucedía a menudo que, por el llanto continuo, se ponía en torno a los ojos ese purpurino color que suele asomar cuan-do se recibe alguna tortura. Tuvieron, pues, justo castigo a su ligereza, de modo que en adelante no mirarían a nadie que los pudiese mirar en forma que los redujera a tal situación. Y yo, con el propósito de que el deseo maligno y la vana tentación aparecieran aniquilados sin que los anteriores versos pudieran inducir a dudas, decidí escribir un soneto en el que compendiara lo dicho. Y compuse entonces el soneto que empie-za: «Tanto, ¡ay de mí!, el espíritu suspira.» (Dije «¡ay de mí!» porque me avergonzaba de la ligereza de mis ojos.) No divido este soneto, por-que su sentido tiene sobrada claridad.

Tanto, ¡ay de mí!, el espíritu suspira -pensando en ella, nacen los enojos-, que ya no pueden mis vencidos ojos devolver la mirada a quien los mira.

Parecen hechos para un par de antojos llorar y revolverse en una pira.

Y Amor, viendo sus penas, no retira corona del martirio con abrojos. Los tales sentimientos suspirados dan en el corazón una soflam a

que el mismo Amor, con efusión, la advierte. Y es que llevan en sí los desdichados

el nombre prodigioso de mi dama y acentos relativos a su muerte.

CAPÍTULO CUARENTA

Después de esa tribulación, en esos días en que la multitud acude a ver la bendita imagen que Jesucristo nos dejó para recuerdo de su her-mosísima faz, la cual contempla mi amada en la gloria, aconteció que algunos peregrinos pasaron por la calle mayor de la ciudad donde na-ció, vivió y murió aquella gentilísima mujer. Y estos peregrinos, a lo que me pareció, andaban meditabun dos, por lo que yo, pensando en ellos, me dije: «Los tales peregrinos se me antojan de lueñes tierras y no creo que hayan oído hablar de aquella mujer ni sepan algo de ella; antes al contrario, pensarán en algo distinto, quizá en sus amigos ausen-tes, que nosotros no conocemos.» Luego seguí diciéndome: «Si los ta-les peregrinos fueran de cercano país, mostraríase la turbación en sus semblantes al atravesar la dolorida ciudad.» Y proseguía yo diciéndo-me: «De poderlos retener un tanto, haría que llorasen antes que salieran de esta ciudad, pues les diría palabras que arrancarían lágrimas en quienquiera que las oyese.»

En cuanto hube perdido de vista a los peregrinos decidí escribir un soneto en que manifestara lo que había dicho en mi fuero interno. Y pa-ra que pareciese más lastimero, me propuse escribirlo cual si a ella me dirigiese. Así, pues, compuse el soneto que empieza: «¡Oh peregrinos de faz cavilosa!» Escribí peregrinos en la amplia acepción del vocablo, que puede tomarse en dos sentidos: amplio y estrecho. En el amplio sentido, es peregrino quien se halla fuera de su patria; en el estrecho, sólo se llama peregrinos a quienes van a Santiago o de allí vuelven. A más, es de advertir que de tres modos se llama propiamente a quienes caminan para servir al Altísimo. Llámase «palmeros» a quienes van a Oriente, pues suelen traer muchas palmas de allí; «peregrinos» a los que van al templo de Galicia, pues la sepultura de Santiago está más lejos de su patria que la de cualquier otro apóstol, y «romeros» a losque van a Roma, que era adonde se dirigían mis peregrinos. No divido este soneto porque harto manifiesto es su sentido.

¡Oh peregrinos de faz cavilosa quizá por algo que no está prese nte! ¿Venís acaso, como se presiente, de alguna tierra luenga y fabulosa, ya que no vais con cara lacrimosa atravesando la ciudad doliénte

cual un enjambre ajeno, por nesciente, a la fatal desgracia que la acosa? Si queréis conocerla, deteneos.

El corazón me dice con suspiros que no proseguiréis sin afligiros.

La ciudad sin Beatriz hase quedado, y hablando de mi amada es obligado que de llorar os nazcan los deseos.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Dos nobles señoras me mandaron a decir, en ruego, que les envi a-ra estos versos; pero yo, atento a su nobleza, acordé enviárselos con más algunos versos nuevos que haría y que les enviaba con los otros para corresponder más dignamente a sus atenciones. Y entonces escribí un soneto refiriendo mi estado y se lo envié acompañado del soneto anterior y de otro que empieza: «Venid a oír.»

El soneto que a la sazón compuse empieza: «Sobre la esfera que más alta gira.» Consta de cinco partes. En la primera digo adónde va mi pensamiento, dándole el nombre de alguno de sus efectos. En la segun-da digo por qué asciende, es decir, qué le impele. En la tercera digo lo que ve, o sea una mujer a quien se honra en las alturas, y le llamo «pe-regrino espíritu» porque espiritualmente va allí y reside allí cual per-grino fuera de su patria. En la cuarta digo cómo la ve que es de tal modo, que no la puedo entender; pudiera decirse que mi pensamiento penetra en la ciudad de ella a tal punto que mi inteligencia no lo puede comprender, pues nuestra inteligencia se halla en relación a las almas bienaventuradas así como nuestros débiles ojos ante él sol, según dice el filósofo en el segundo libro de la Metafísica. Y en la quinta digo que, aun cuando no pueda comprender hasta dónde me remonta el pens a-miento, o sea lo admirable de la condición de mi ama da, al menos comprendo que semejante pensamiento se refiere a ella, porque noto frecuentemente su nombre en mi pensamiento. Al fin de esta quinta parte escribo «amigas» para dar a entender que me dirijo a mujeres. La segunda parte empieza en «Pero una vez allí»; la tercera, en «Y al lle-gar al lugar»; la cuarta, en «Y la ve tal», y la quinta, en «Más sé que». Cabría dividirlo más minuciosamente y hacerlo más útilmente co m-prensible; pero puede bastar esta división, por lo que no me entretengo en subdivisiones.

Sobre la esfera que más alta gira llega el suspiro que mi pecho lanza. Pero una vez allí, de nuevo avanza por más potencia que el Amor inspira. Y al llegar al lugar de donde aspira ve a una dama ceñida de al abanza

y, por el vivo resplandor que alcanza, el peregrino espíritu la mira.

Y la ve tal que no le entiendo cuando háblame de ella -rara y sutilmente-obedeciendo al corazón abierto.

Mas sé que de mi dama me está hablando, pues recuerda a Beatriz frecuentemente, lo cual, amigas, tengo por muy cierto.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Terminado este soneto, me sobrevino una extraña visión en que contemplé cosas tales que me determinaron a no hablar de aquella alma bienaventurada hasta tanto que pudiera hablar de ella más dignamente. Para lograrlo estudio cuanto puedo, como a ella le consta. Así es que, si el Sumo Hacedor quiere que mi vida dure algunos años, espero decir de ella lo que jamás se ha dicho de ninguna. Después ¡quiera el Señor de toda bondad que mi alma pueda ir a contemplar la gloria de mi amada, de la bienaventurada Beatriz, que gloriosamente admira la faz de Aquel qui est per omnia saecula benedictus!

29. LA SEXUALIDAD EN LA ETIOLOGÍA DE LAS NEUROSIS (SIGMUND FREUD)

Minuciosas investigaciones realizadas estos últimos años me han llevado al convencimiento de que las causas más inmediatas y prácticamente importantes de todo caso de enfermedad neurótica han de ser buscadas en factores de la vida sexual. Esta teoría no es totalmente nueva. Desde siempre, y por todos los autores, se ha concedido a los factores sexuales cierta importancia en la etiología de las neurosis, y algunas corrientes inferiores de la Medicina han reunido también siempre la curación de los «trastornos sexuales» y de la «debilidad nerviosa» en una sola promesa. No será, pues, difícil discutir a esta teoría la originalidad, si alguna vez se renuncia a negar su exactitud.

En algunos breves trabajos publicados durante estos últimos años en las revistas Neurologisches Zentralblatt, Revue Neurologique y Wiener Klinischer Rundschau, he tratado de indicar el material y los puntos de vista que ofrecen un apoyo científico a la teoría de la «etiología sexual de las neurosis». Lo que no he llevado aún a cabo es una exposición detallada de tal teoría, porque al tratar de explicar el conjunto de datos efectivamente comprobados se nos plantean de continuo nuevos problemas, cuya solución exige una labor preparatoria aún no realizada.

No me parece, en cambio, prematura una tentativa de orientar hacia los resultados de mis investigaciones el interés del médico práctico, para convencerle, a un mismo tiempo, de la exactitud de mis afirmaciones y de las ventajas que su conocimiento puede aportarle en el ejercicio de su actividad.

Sé muy bien que se intentará apartar al médico de este camino empleando argumentos moralistas. Para adquirir la convicción de que las neurosis de sus enfermos tienen realmente una relación con la vida sexual de los mismos, habrá de interrogarlos insistentemente sobre su vida sexual hasta lograr un completo y sincero esclarecimiento, y en esta investigación se ve un peligro, tanto para el individuo como para la sociedad. El médico -se dice- no tiene derecho a penetrar en los secretos sexuales de sus pacientes, lastimando su pudor, sobre todo cuando se trata de personas de sexo femenino. Su torpe intervención no puede sino destruir la felicidad familiar, ofender la inocencia de los pacientes jóvenes y suplantar la autoridad de sus padres; dar, en fin, a su propia relación con los enfermos adultos un carácter embarazoso y forzado. Constituye, pues, para él un deber de carácter ético permanecer ajeno a toda cuestión sexual.

Todo esto no es sino la expresión de una mojigatería indigna del médico, mal encubierta con deleznables argumentos. Si realmente se reconoce a los factores de la vida sexual la categoría de causas patógenas, su estudio y discusión constituirán para el médico un deber ineludible. Al obrar así, no se hace reo de un mayor atentado contra el pudor que al reconocer, por ejemplo, los órganos genitales de una paciente para curar una afección local. De mujeres ya maduras, residentes en lugares alejados de la capital, se oye contar aún, alguna vez, que han preferido irse agotando en repetidas hemorragias genitales, a consentir un reconocimiento médico. La influencia educativa ejercida por los médicos ha logrado, en el curso de una generación, que entre las mujeres de hoy sean ya muy raros tales casos de resistencia, y si aún surge alguno, es considerado como una ridícula gazmoñería. ¿Vivimos acaso en Turquía? -Preguntaría el médico-, donde las mujeres enfermas sólo pueden mostrar al médico el brazo pasándolo a través de un agujero de la pared?

No es exacto que el examen y la revelación de las circunstancias sexuales den al médico un peligroso poder sobre la paciente. La misma objeción hubiera podido oponerse a las narcosis, que despoja al enfermo de su consciencia y de su voluntad y le entrega en manos del médico sin que sepa cuándo las recobrará, ni si las recobrará siquiera. Y, sin embargo, se ha hecho indispensable, por los servicios insustituibles que presta a la terapia, habiendo agregado el médico a sus ya graves deberes la responsabilidad de su empleo.

El médico puede siempre causar daños cuando carece de habilidad o de conciencia, pero lo mismo en cualquiera de sus intervenciones profesionales que en la investigación de la vida sexual. Naturalmente, aquellos que después de un severo examen de su personalidad no se concedan el tacto, la severidad y la discreción necesarios para el examen de los neuróticos, y sepan que los descubrimientos de orden sexual han de despertar en ellos un voluptuoso cosquilleo en lugar de un riguroso interés científico harán muy bien en permanecer alejados del tema de la etiología de las neurosis. Por nuestra parte, sólo les pedimos, además, que no se dediquen al tratamiento de enfermos nerviosos.

Tampoco es exacto que los enfermos opongan obstáculos insuperables a una investigación de la vida sexual. Los adultos suelen poner término en seguida a sus vacilaciones reflexionando que el médico puede saberlo todo. Para muchas mujeres forzadas a ocultar en la vida de relación sus impulsos sexuales, constituye un alivio advertir que el médico antepone a todo su curación, estándoles permitido adoptar, por fin, alguna vez una franca actitud, puramente humana, ante las cosas sexuales. En la consciencia vulgar parece haber existido siempre un oscuro conocimiento de la importancia de los factores sexuales para la génesis de la nerviosidad. En mi consulta he presenciado numerosas escenas del tenor siguiente: Se nos presenta un matrimonio. Uno de los cónyuges padece de neurosis. Al cabo de muchos rodeos y de reflexiones, tales como la de que si el médico quiere alcanzar algún éxito en estos casos ha de prescindir de ciertas convenciones, etc., les comunicamos nuestra sospecha de que el motivo de la enfermedad reposa en ciertas prácticas sexuales, antinaturales y dañosas, adoptadas por ellos después del último parto de la mujer: Ante estas palabras, uno de los cónyuges se dirige al otro y le dice: «¿Lo ves? Ya te dije que eso me haría enfermar.» Y el interpelado responde: «También yo lo pensaba, pero ¿qué íbamos a hacer?»

En otras distintas circunstancias (por ejemplo, cuando se trata de muchachas jóvenes, a las que se educa generalmente en un encubrimiento sistemático de su vida sexual) ha de contentarse el médico con una menor sinceridad. Cuidará entonces de no afrontar la cuestión sexual sin una minuciosa preparación, de manera que no haya de demandar de la enferma esclarecimiento alguno previo, sino tan sólo la confirmación de sus hipótesis. Aquellos que consientan ceñirse a mis indicaciones sobre la forma de traducir al lenguaje etiológico la morfología de la neurosis, no precisarán acudir, en gran medida, a las confesiones de los pacientes. Con la descripción de sus síntomas patológicos -revelada siempre de buen grado- les informarán los enfermos, por lo general, los factores sexuales que detrás de tales síntomas se esconden.

Sería muy ventajoso que los enfermos se dieran mejor cuenta de la seguridad con la que el médico puede ya interpretar los trastornos nerviosos que los aquejan y deducir su etiología sexual. Ello los llevaría a prescindir de toda ocultación desde el momento en que se decidieron a pedir el auxilio de la Ciencia. A todos interesa que también en las cuestiones sexuales se llegue a observar entre los hombres, como un deber, una mayor sinceridad. Con ello ganaría mucho la moral sexual. Actualmente, todos, enfermos y sanos, nos hacemos reos de hipocresía en este orden de cosas. La general sinceridad habría de traer consigo una mayor tolerancia a todos conveniente.

Algunos de los problemas debatidos por los neurólogos no han logrado atraer aún el interés de los médicos. Así, la estricta diferenciación de la histeria y la neurastenia, la distinción de una histeroneurastenia, la adscripción de las representaciones obsesivas a la neurastenia o su reconocimiento como una neurosis especial, etc., etc., En realidad, tales diferenciaciones pueden serles indiferentes en tanto no enlacen a ellas un conocimiento más profundo de la enfermedad y una norma terapéutica y se limiten a aconsejar al paciente, en todos los casos, una cura hidroterápica, o a decirle que su dolencia es puramente imaginaria. No así, en cambio, si aceptan nuestros puntos de vista sobre las relaciones causales de la sexualidad con la neurosis. Despierta entonces un nuevo interés hacia la sintomatología de los diversos casos neuróticos, y adquiere gran importancia práctica saber disociar con exactitud los componentes del complicado cuadro patológico y dar a cada uno su nombre exacto. Resulta, en efecto, fácil traducir en etiología la morfología de las neurosis, y de este conocimiento etiológico se derivan por sí mismas nuevas indicaciones terapéuticas.

El examen minucioso de los síntomas nos permite siempre establecer un importante diagnóstico diferencial, mostrándonos si el caso de que se trate presenta los caracteres de la neurastenia o los de una psiconeurosis (histeria, representaciones obsesivas). (Surgen también con extraordinaria frecuencia casos mixtos, en los cuales los signos de la neurastenia aparecen unidos a los de una psiconeurosis; pero de ellos trataremos más adelante.) El examen del enfermo sólo en las neurastenias nos descubre ya los factores etiológicos sexuales, que en estos casos son conocidos por el paciente y pertenecen a la actualidad o, mejor dicho, al período que se extiende a partir de la época de su madurez sexual (aunque de todos modos no pueda aplicarse a todos los casos esta limitación). En las psiconeurosis tal examen nos proporciona escaso rendimiento. Sólo nos facilita, eventualmente, el conocimiento de factores a los que hemos de reconocer la categoría de motivos patógenos ocasionales, y que pueden tener o no una relación con la vida sexual del sujeto. En el primer caso resultan iguales a los factores etiológicos de la neurastenia, no presentando, por tanto un carácter específico en lo que se refiere a la causación de la neurosis. Y, sin embargo también la etiología de las psiconeurosis reposa siempre nuevamente en la sexualidad. Dando un singular rodeo, del que más tarde hablaremos, logramos llegar al conocimiento de esta etiología y a comprender que el enfermo no supiera decirnos nada de ella. Los sucesos y las influencias en el fondo de toda psiconeurosis no pertenecen a la actualidad, sino a una época muy pretérita de la vida del sujeto, a su primera infancia, habiendo sido olvidados luego, aunque sólo en cierto sentido, por el enfermo.

Todos los casos de neurosis poseen, pues una etiología sexual; pero tal etiología se halla constituida por sucesos actuales en las neurastenias, e infantiles en las psiconeurosis, siendo ésta la primera antítesis importante en la etiología de las neurosis. Una segunda antítesis se deriva de la diferencia que presenta el cuadro sintomático de la neurastenia. En esta enfermedad hallamos, por un lado, casos que presentan en primer término ciertos trastornos característicos de la neurastenia (pesadez de cabeza, fatiga, dispepsia, estreñimiento, irritación espinal etc.,) existiendo en cambio, otros en los que el cuadro sintomático aparece formado por síndromes distintos, relacionados todos con la «angustia» como perturbación central (sobresalto, inquietud, temores, ataque de angustia rudimentarios y suplementarios, vértigo locomotor, agorafobia, insomnios, hiperestesia, etc.). Dejando al primero de estos tipos de neurastenia el nombre de tal, hemos dado al segundo el de «neurosis de angustia»; diferenciación que hubimos de justificar ya en un trabajo anterior, en el que intentamos también explicar la general aparición conjunta de ambas neurosis. Para nuestros fines actuales nos bastará hacer resaltar que a la diferencia sintomática de estas dos formas de neurosis corresponde una diferente etiología. La neurastenia es imputable siempre a cierto estado del sistema nervioso, surgido a consecuencia de la masturbación excesiva o de continuadas poluciones espontáneas. En la génesis de la neurosis de angustia hallamos con regularidad influjos sexuales que presentan como carácter común la continencia o la satisfacción incompleta; así, el coito interrumpido, la abstinencia en individuos de libido muy intensa, las llamadas excitaciones frustradas, etc. En el breve ensayo, en el que intentamos introducir en la morfología de las neurosis la neurosis de angustia, formulamos ya el principio de que la angustia es, en general, libido desviada de sus fines.

En los casos mixtos en los cuales surgen conjuntamente síntomas de neurastenia y de neurosis de angustia, nos atenemos al principio, empíricamente descubierto, de que una mezcla de neurosis corresponde a una acción conjunta de varios factores etiológicos. Este principio resulta siempre confirmado en la práctica, y sería interesante examinar con cuánta frecuencia quedan enlazados orgánicamente entre sí estos factores etiológicos por la conexión de los procesos sexuales (por ejemplo, el coito interrumpido o la potencia insuficiente del hombre) con la masturbación.

Una vez seguramente diagnosticado un caso de neurosis neurasténica, y exactamente agrupados sus síntomas podemos ya traducir la sintomatología en etiología, y pedir luego al enfermo la confirmación de nuestras hipótesis. Sin dejarnos desorientar por su negativa inicial, insistiremos en nuestras deducciones, y nuestra firme convicción acabará con vencer toda resistencia. En esta labor aprendemos lo suficiente como para componer un tratado altamente instructivo sobre la vida sexual del hombre, imponiéndosenos cada vez más la necesidad de libertar a la ciencia sexual de la interdicción que sobre ella pesa. Teniendo en cuenta que las pequeñas desviaciones de la normalidad sexual son demasiado frecuentes para conceder un valor a su descubrimiento, sólo aceptaremos del enfermo neurótico, como explicación de su dolencia, una grave y duradera anormalidad de su vida sexual, sin que esta insistencia nuestra en la rebusca de una etiología sexual pueda nunca decidir a un enfermo psíquicamente normal a atribuirse, como alguna vez se ha sospechado, pecados sexuales imaginarios.

Siguiendo con nuestro paciente este procedimiento, adquirimos además la convicción de que la teoría de la etiología sexual de la neurastenia carece de excepciones. Esta convicción ha llegado a ser en mí tan absoluta, que el resultado negativo del examen toma a mis ojos un valor diagnóstico, haciéndome suponer que tales casos no pueden ser de neurastenia. De este modo he llegado a diagnosticar varias veces una parálisis progresiva en lugar de una neurastenia por no haberme sido posible comprobar que el enfermo se entregase a una masturbación excesiva, premisa necesaria de mi teoría, y el curso ulterior de estos casos me ha dado siempre la razón. En otro enfermo, que sin presentar claras modificaciones orgánicas se quejaba de dolores de cabeza y dispepsia, y oponía a mis sospechas sexuales una firme y constante negativa, de cuya sinceridad no podía dudarse, se me ocurrió diagnosticar una supuración latente en una de las cavidades nasales, y un rinólogo confirmó totalmente este diagnóstico, deducido del examen sexual negativo, curando totalmente al enfermo por medio de una operación, en la que hubo de provocar la salida de una gran cantidad de pus fétido, contenido en la cavidad de Highmor.

La existencia de «casos negativos» puede quedar también fingida por otras circunstancias. Hallamos, en efecto, casos en los que el examen revela una vida sexual normal, tratándose, no obstante, de enfermos cuya neurosis presenta a primera vista todos los caracteres de una neurastenia o una neurosis de angustia. Pero una más penetrante investigación acaba siempre por descubrirnos la verdad. Detrás de tales casos, en los que al principio creímos ver una neurastenia, se esconde como psiconeurosis una histeria o una neurosis obsesiva. Especialmente la histeria, que tantas afecciones orgánicas imita, puede fácilmente fingir una de las formas de las neurosis actuales, elevando sus síndromes a la categoría de síntomas histéricos. Tales histerias de forma neurasténica no son nada raras. Sin embargo, no debe creerse que el arbitrio de acogerse a las psiconeurosis en los casos de neurastenia con examen sexual negativo no se halla exento de dificultad. Para establecer el nuevo diagnóstico hemos de recurrir al único método que puede llevarnos sin error al descubrimiento de una histeria; esto es, el psicoanálisis, del que más adelante hablaremos.

Aunque aquellos que se hallen dispuestos a tener en cuenta en sus enfermos neurasténicos la etiología sexual se inclinarán, quizá, a juzgarnos unilaterales al ver que no invitamos al médico a atender también a los demás factores citados por los tratadistas como causas de la neurastenia. Así, pues, hemos de hacer constar que está muy lejos de nuestro ánimo sustituir totalmente dichos factores por la etiología sexual y negarles de este modo toda influencia. Nos limitamos a afirmar que a todos los factores etiológicos reconocidos por los tratadistas en la génesis de la neurastenia deben agregarse los sexuales, desatendidos hasta hoy. Ahora bien: estos factores sexuales ocupan, a nuestro juicio, en la serie etiológica, una situación preeminente, por ser los únicos que se presentan en todo caso de neurastenia, sin excepción alguna, y los únicos capaces de producir la neurosis por sí solos, quedando así rebajados los demás factores a la categoría de una etiología auxiliar y suplementaria. Sólo estos factores sexuales permiten al médico descubrir relaciones indudables entre su diversidad y la variedad de los cuadros patológicos. En cambio, aquellos casos en los que el sujeto ha enfermado de neurastenia, supuestamente a consecuencia del exceso de trabajo, de emociones intensas, de una fiebre tifoidea, etc., no muestran en sus síntomas nada común, ni me permiten deducir de la etiología el probable cuadro sintomático, o inversamente, de los síndromes, la causa etiológica.

Las causas sexuales son también las que antes ofrecen al médico un punto de apoyo para su acción terapéutica.

La herencia es indudablemente un factor importante cuando realmente existe, pues permite la emergencia de graves defectos patológicos en casos que sin ella hubieran sido leves.

Pero la herencia resulta inaccesible al influjo del médico.

Cada individuo trae consigo al mundo determinadas predisposiciones, contra las que nada podemos.

Sin embargo, tampoco debemos olvidar que precisamente en la etiología de las neurastenias ha de negarse a la herencia el primer puesto.

La neurastenia (en sus dos formas pertenece a aquellas afecciones que todo individuo exento de taras hereditarias puede adquirir sin dificultad.

Si así no fuera, sería increíble su extraordinario incremento actual, tan lamentado por todos los tratadistas.

Por lo que respecta a la civilización, a la cual se suele atribuir la causación de la neurastenia, quizá tengan también razón los autores (aunque en distinto sentido del que afirman); pero el estado de nuestra civilización es igualmente inmodificable por la acción individual, siendo además un factor cuya influencia general sobre los miembros de una misma sociedad no explica nunca la elección de la forma patológica.

El médico no neurasténico se halla bajo la misma influencia, supuestamente nefasta, de la civilización que el enfermo neurasténico al que ha de tratar.

La importancia de las influencias agotadoras queda subsistente con la restricción antes indicada.

En cambio, se abusa extraordinariamente del surmenage como factor etiológico de la neurosis.

Es exacto que el individuo predispuesto a la neurastenia por sus dañosas prácticas sexuales soporta mal el trabajo intelectual y los esfuerzos psíquicos de la vida; pero el trabajo y la excitación por sí solos no conducen a nadie a la neurosis.

Por el contrario, el trabajo intelectual es una excelente protección contra las enfermedades neuróticas.

Precisamente los trabajadores intelectuales más resistentes son respetados por la neurastenia, y el surmenage, a que los neurasténicos achacan su enfermedad, no merece casi nunca, ni por su cantidad ni por su calidad, el nombre de «trabajo intelectual».

Los médicos habrán de acostumbrarse a explicar al empleado que dice haberse matado a trabajar en su oficina, o a la mujer a quien se hace excesivamente pesado el gobierno de su casa, que no han enfermado por haber intentado realizar sus deberes, fáciles en realidad para un cerebro civilizado, sino por haber descuidado y estropeado groseramente mientras tanto su vida sexual.

Sólo la etiología sexual nos facilita además la compresión de todos los detalles de los historiales clínicos de los neurasténicos, descubriéndonos las causas de sus enigmáticas mejorías en pleno curso de la enfermedad y de sus agravaciones, no menos incomprensibles, relacionadas habitualmente por los enfermos y los médicos con la terapia emprendida. En mi colección, que abarca más de doscientos casos, encuentro el de un individuo que, después de una cura en el establecimiento de Woerishofen, pasó un año entero extraordinariamente mejorado. Al cabo de este tiempo recayó y acudió de nuevo al citado balneario, con la esperanza de nueva mejoría, sin obtener esta vez alivio alguno. Una ojeada a la crónica familiar de este enfermo nos resolvió el doble enigma. Seis meses y medio después de su primer retorno de Woerishofen tuvo su mujer un niño. Resulta, pues, que al separarse de su mujer para emprender la cura se encontraba aquélla al principio de un embarazo aún ignorado, y a su retorno pudo el sujeto practicar con ella un comercio sexual normal. Pero cuando después del parto volvió a realizar el coito interrumpido, surgió de nuevo la neurosis, y la nueva cura no dio resultado alguno, toda vez que al volver a su casa hubo de continuar la práctica patógena.

Otro caso análogo, en el que también se hizo posible aclarar un inesperado efecto de la terapia resultó aún más instructivo por presentar una enigmática transformación de los síntomas de la neurosis. Un joven nervioso había sido enviado por su médico a un establecimiento hidroterápico excelentemente dirigido en busca de alivio de una neurastenia típica. El estado del enfermo comenzó en seguida a mejorar visiblemente, haciendo esperar que nuestro sujeto abandonaría el balneario convertido en partidario entusiasta de la hidroterapia. Pero en la sexta semana sobrevino un cambio. El enfermo «no toleraba ya el agua»; se hallaba cada vez más nervioso, y al cabo de dos semanas más abandonó el establecimiento. Cuando luego acudió a mí, quejándose de tal engaño de la terapia, hice que me enterase de los síntomas que le habían atacado en medio de la cura, comprobando en ellos un cambio singular. Al llegar al balneario sufría pesadez de cabeza dispepsia y cansancio y los síntomas que interrumpieron la cura habían sido excitación, ataques de opresión, vértigos al andar e insomnios. Pude entonces decirle lo siguiente: «Es usted injusto con la hidroterapia. Como usted sabe muy bien, su enfermedad se debe a una continuada masturbación. En el balneario ha cesado usted de practicar este género de satisfacción sexual, y ha obtenido con ello una rápida mejoría. Pero cuando ya empezaba a sentirse bien ha cometido usted la imprudencia de entablar, quizá con una señora del mismo balneario, unas relaciones que sólo podían conducir a excitaciones sexuales sin satisfacción ulterior. Tales relaciones, y no una repentina intolerancia de la hidroterapia, le han hecho recaer en su enfermedad. De su actual estado deduzco además que todavía continúa usted viendo aquí, en la capital, a dicha señora.» El enfermo confirmó punto por punto mis palabras.

La terapia actual de la neurastenia, tal y como es practicada en los mejores balnearios, tiende a conseguir el alivio de los estados nerviosos, tonificando y tranquilizando al paciente. A mi juicio, sólo puede reprochársele el desatender las condiciones sexuales del caso. Mi experiencia me inclina a desear que los médicos directores de tales establecimientos se den clara cuenta de que sus enfermos no son víctimas de la civilización o de la herencia, sino -sit venia verbo- inválidos de la sexualidad. De este modo se explicarían mejor tanto sus éxitos como sus fracasos, y tenderán además a alcanzar nuevos resultados positivos, encomendados hoy al azar o a la conducta espontánea del enfermo. Cuando se saca de su casa a una mujer aquejada de angustia y neurastenia y se la envía a un balneario, en el cual, libre de todo cuidado, se la somete a un régimen de baños, ejercicios gimnásticos y alimentación adecuada, se tenderá a ver en la brillante mejoría, conseguida en algunas semanas o meses un resultado del reposo gozado por la enferma y de la tonificación obra de la hidroterapia. Puede ser; pero pensando así se olvida que al alejar a la paciente de su casa se ha producido también una interrupción del coito conyugal, y que esta exclusión de la causa patógena es la que hace posible conseguir una mejoría, con el auxilio de una terapia adecuada. El olvido de este punto de vista etiológico queda luego vengado por la efímera duración de la mejoría obtenida. Al poco tiempo de reanudar la paciente su vida habitual vuelven a surgir los síntomas patógenos, obligándola periódicamente a pasar una temporada en tales establecimientos o a orientar hacia otros medios sus esperanzas de curación. Resulta, pues, indudable que en los casos de neurastenia la acción terapéutica debe atacar directamente las circunstancias en que el paciente vive y no aquellas a las que es transferido en el balneario.

En otros casos nuestra teoría etiológica puede dar al médico de balneario la clave de los fracasos sufridos por la hidroterapia y proporcionarle el medio de evitarlos. La masturbación es en las muchachas púberes y en los hombres maduros mucho más frecuente de lo que se cree, y resulta dañosa, no sólo por dar origen a síntomas neurasténicos, sino por mantener a los enfermos bajo el peso de un secreto vergonzoso. El médico no acostumbrado a traducir en masturbación la neurastenia atribuye el estado patológico a la anemia, a una alimentación insuficiente o al surmenage, y encomienda la curación del enfermo a una terapia adecuada a tales causas. Mas para su sorpresa, alternan en el paciente períodos de mejoría con otros de profundo ensombrecimiento e intensificación de todos los síntomas. El resultado de tal tratamiento es siempre dudoso. Si el médico supiera que el enfermo lucha todo el tiempo con su hábito sexual, cayendo en una lúgubre desesperación cuando se ha visto obligado a ceder a él una vez más, y si poseyera el medio de arrancarle su secreto, disminuiría su gravedad a los ojos del paciente, y al apoyarle en su lucha contra la costumbre patógena, el éxito terapéutico quedaría asegurado.

La deshabituación del onanismo es una de las nuevas labores que el reconocimiento de la etiología sexual plantea al médico, y sólo puede llevarse a cabo, como todas las demás curas de este género, en un establecimiento médico y bajo la continua vigilancia del terapeuta. Abandonado a sí mismo, el masturbador recurre a la cómoda satisfacción habitual siempre que experimenta alguna contrariedad. El tratamiento médico no puede proponerse aquí otro fin que conducir de nuevo al neurasténico, tonificando por una adecuada terapia auxiliar, a la actividad sexual normal pues la necesidad sexual, despertada una vez y satisfecha durante un largo período, no se deja ya acallar, y sí únicamente derivar por otro camino. Esta observación puede aplicarse también a las demás curas de abstinencia cuyos resultados positivos seguirán siendo aparentes y efímeros mientras el médico se limite a quitar al enfermo el medio narcótico, sin preocuparse de la fuente de la que surge la necesidad imperativa del mismo. El «hábito» no es sino una mera locución, sin valor aclaratorio alguno. No todos los individuos que han tenido ocasión de tomar durante algún tiempo morfina, cocaína, etc., contraen la toxicomanía correspondiente. Una minuciosa investigación nos revela generalmente que estos narcóticos se hallan destinados a compensar -directa o indirectamente- la falta de goces sexuales, y en aquellos casos en los que no es ya posible restablecer una vida sexual normal puede esperarse con seguridad una recaída.

La etiología de la neurosis de angustia plantea al médico otra nueva labor, consistente en mover al enfermo a abandonar todas las formas perjudiciales del comercio sexual y a iniciar relaciones sexuales normales. Este deber incumbe, naturalmente al médico de cabecera, el cual hará graves perjuicios a sus clientes si se considera demasiado distinguido para ocuparse de tales asuntos.

Tratándose aquí generalmente de parejas matrimoniales, los esfuerzos del médico no tardan en tropezar con la tendencia malthusiana a limitar el número de embarazos. Es indudable que en nuestra clase media van adquiriendo estas tendencias cada vez mayor difusión. He encontrado matrimonios que comenzaron a ponerlas en práctica después del nacimiento de su primer hijo, y otros que las observaron ya la noche de bodas. El problema del malthusianismo es muy amplio y harto complicado para que podamos discutirlo aquí con el detenimiento que requería la terapia de las neurosis. Habremos, pues de limitarnos a indicar cuál es la mejor actividad que pueden adoptar ante él aquellos médicos que reconozcan la etiología sexual de la neurosis.

Lo más equivocado sería, desde luego, no tenerlo en cuenta, cualquiera que fuera la razón alegada. Lo que es necesario no puede estar por bajo de mi dignidad médica, e indudablemente es necesario auxiliar con el consejo médico a un matrimonio que se propone limitar el número de hijos, si no se quiere exponer a uno de los cónyuges o a ambos a la neurosis. Es indiscutible que las prevenciones malthusianas puedan llegar a ser alguna vez de absoluta necesidad en un matrimonio, y teóricamente constituiría uno de los mayores triunfos de la Humanidad y una de las más importantes liberaciones de la coerción natural, a la que nuestra especie se halla sometida conseguir elevar el acto de la concepción, que tanta responsabilidad entraña, a la categoría de acto voluntario e intencionado, desligándolo de su amalgama con la precisa satisfacción de una necesidad natural.

El médico prudente tomará, pues, a su cargo decidir en qué circunstancias está justificado el empleo de medios preventivos de la concepción, y habrá de explicar cuáles de estos medios son perjudiciales y cuáles inofensivos. Perjudicial es todo lo que se oponga al logro de la satisfacción sexual. Mas, por ahora, no poseemos medio alguno preventivo de la concepción que satisfaga todas las condiciones justificadamente exigidas; esto es que siendo cómodo y seguro, no disminuya la sensación de placer del coito ni ofenda la sensibilidad de la mujer. Se plantea aquí a los médicos una labor práctica, cuya solución compensaría sus esfuerzos. Aquel que llenase esta laguna de nuestra técnica médica habría logrado conservar a infinitos seres humanos la salud y el goce de la vida, si bien iniciando al mismo tiempo una decisiva transformación de nuestras circunstancias sociales.

No terminan aquí las sugestiones emanadas del reconocimiento de la etiología sexual de las neurosis. El resultado principal que se nos hace posible alcanzar en favor de los neurasténicos tiene un carácter profiláctico. Si la masturbación es la causa de la neurastenia en la juventud, y adquiere luego también, por la consiguiente disminución de la potencia, una importancia etiológica con respecto a la neurosis de angustia, su evitación habrá de constituir una labor a la que deberá prestarse mayor atención que hasta hoy. Teniendo en cuenta los perjuicios generales, más o menos visibles, causados por la neurastenia, cada vez más difundida, según los tratadistas, habremos de reconocer un interés social en que los hombres conserven intacta su potencia al iniciar las relaciones sexuales. Pero en las cuestiones profilácticas es casi impotente el esfuerzo individual. La colectividad ha de tomar interés en ellas y dar su aquiescencia a la adopción de medidas generales. Por ahora nos hallamos muy lejos de toda posibilidad de tal auxilio, y en este sentido sí puede hacerse responsable a nuestra civilización de la difusión de la neurastenia. Antes de lograr el apoyo de la colectividad para esta labor profiláctica tendrán que variar mucho las cosas. Habrá de romperse la resistencia de toda una generación de médicos que no quieren recordar su propia juventud; habrá de vencerse el orgullo de los padres, que no quieren descender ante sus hijos al nivel de la Humanidad, y habrá de combatirse el incomprensivo pudor de las madres, que consideran hoy como una fatalidad inescrutable, pero inmerecida, el que «precisamente sus hijos hayan enfermado de los nervios». Pero ante todo ha de hacerse lugar en la opinión pública a la discusión de los problemas de la vida sexual; ha de poderse hablar de ellos sin ser acusados de perturbar la tranquilidad pública o de especular con los más bajos instintos. Todo esto plantea ya trabajo para un siglo entero, durante el cual aprendería nuestra civilización a tolerar las aspiraciones de nuestra sexualidad.

El valor de una exacta diferenciación diagnóstica de las psiconeurosis y la neurastenia reposa también en el hecho de que las primeras reclaman una distinta orientación práctica y medidas terapéuticas especiales. Las psiconeurosis surgen en dos diferentes condiciones: bien independientemente, bien acompañando a las neurosis actuales (neurastenia y neurosis de angustia). En este último caso nos hallamos ante un nuevo tipo, muy frecuente, de neurosis mixtas. La etiología de la neurosis se convierte en etiología auxiliar de la psiconeurosis, resultando un cuadro patológico en el que predomina quizá la neurosis de angustia, pero que contiene además rasgos de neurastenia propiamente dicha, histeria y neurosis obsesiva. Ante tal mezcla no es conveniente renunciar a una separación de los distintos cuadros patológicos neuróticos, siendo fácil explicarse el caso en la forma siguiente: El desarrollo predominante de la neurosis de angustia demuestra que la enfermedad ha surgido bajo la influencia etiológica de un daño sexual actual. Ahora bien: el sujeto se hallaba además predispuesto a una o varias psiconeurosis por una etiología especial, y hubiera enfermado alguna vez de psiconeurosis, bien espontáneamente, bien al sobrevenir algún factor debilitante. Así, pues, la etiología auxiliar que aún faltaba para la emergencia de la psiconeurosis ha sido agregada por la etiología actual de la neurosis de angustia.

Para tales casos se ha impuesto justificadamente como práctica terapéutica la de prescindir de los componentes psiconeuróticos del cuadro patológico y tratar tan sólo la neurosis actual. En muchos de ellos se consigue dominar también la neurosis adjunta combatiendo adecuadamente la neurastenia. En cambio, aquellos otros casos de psiconeurosis que surgen espontáneamente o permanecen como restos independientes después del curso de una enfermedad mixta de neurastenia y psiconeurosis, han de ser enjuiciados de un modo muy distinto. Al hablar de una emergencia «espontánea» de una psiconeurosis, no quiero decir que en la investigación anamnésica correspondiente echemos de menos todo factor etiológico. Así puede, en efecto, suceder; pero puede también señalársele un factor indiferente; por ejemplo, una emoción, la debilidad consiguiente a una enfermedad orgánica, etc. Pero ha de tenerse en cuenta en todos los casos que la verdadera etiología de las psiconeurosis no reside en estos meros agentes provocadores, siendo inaprehensible por el procedimiento anamnésico habitual.

A esta brecha que se ha intentado cerrar con la hipótesis de una disposición neuropática especial, se debe que la terapia de tales estados patológicos no presentara hasta ahora grandes probabilidades de éxito. La disposición neuropática misma era interpretada como un signo de degeneración general, esgrimiéndose así de continuo esta última palabra contra los pobres enfermos, a quienes el médico no sabía ayudar. La disposición neuropática existe, desde luego, pero hemos de negar terminantemente que baste para generar la psiconeurosis. Tampoco es cierto que la coincidencia de la disposición nneuropática con causas provocadoras, sobrevenidas en la vida ulterior, constituye una etiología suficiente de las psiconeurosis. Se ha ido demasiado lejos en la atribución de los destinos patológicos del individuo a la vida de sus ascendientes, olvidando en ello que entre la concepción y la madurez del sujeto se extiende un largo e importante período: la niñez, en el cual pueden ser adquiridos los gérmenes de la enfermedad ulterior. Así sucede, efectivamente, en la psiconeurosis. Su verdadera etiología se halla en sucesos acaecidos en la infancia del individuo, y precisa y exclusivamente en impresiones relativas a la vida sexual. Es un error desatender por completo, como se viene haciendo, la vida sexual de los niños, capaces, según mi repetida y constante experiencia, de todas las funciones sexuales psíquicas y de muchas somáticas. Así como los genitales exteriores y las dos glándulas seminales no constituyen todo el aparato sexual del hombre, tampoco su vida sexual comienza sólo con la pubertad, como una observación superficial pudiera fingirnos. Es, en cambio, exacto que la organización y el desarrollo de la especie humana tienden a evitar una amplia actividad sexual durante la infancia. Parece como si las fuerzas instintivas sexuales del hombre hubieran de ir almacenándose para actuar luego, al desencadenarse en la pubertad, al servicio de grandes fines culturales (Wilh, Fliess). Esta circunstancia nos explica, quizá, por qué las experiencias sexuales de la infancia han de tener un efecto patógeno. Pero la acción que tales experiencias desarrollan en la época de su acaecimiento es insignificante, siendo mucho más intensa su acción ulterior, que puede iniciarse en épocas más tardías de la vida individual. Esta acción ulterior parte luego de las huellas psíquicas dejadas por los sucesos sexuales infantiles. En el intervalo entre tales impresiones y su reproducción (o más bien la intensificación de los impulsos libidinosos de ellas emanados), tanto del aparato sexual somático como el aparato psíquico han experimentado un importante desarrollo, y de este modo la acción de aquellas tempranas experiencias sexuales provoca una reacción psíquica anormal, surgiendo productos psicopatológicos.

Podemos ya indicar los factores principales en los que se apoya la teoría de las psiconeurosis: la acción ulterior y el infantilismo del aparato sexual y del instrumento psíquico. Para facilitar una verdadera comprensión del mecanismo de la génesis de las psiconeurosis se haría precisa una más amplia exposición. Ante todo sería inevitable presentar determinadas hipótesis, que creo totalmente nuevas, sobre la composición y el funcionamiento del aparato psíquico. En un libro que ahora preparo sobre la «interpretación de los sueños» tendré ocasión de plantear tales fundamentos de una psicología de las neurosis. El sueño pertenece, en efecto, a aquella misma serie de productos psicopatológicos en la que incluimos las ideas histéricas fijas, las representaciones obsesivas y las ideas delirantes.

Los fenómenos de la psiconeurosis, emanados de huellas psíquicas inconscientes bajo el influjo de la acción ulterior de las impresiones sexuales infantiles, resultan a consecuencia de este mismo origen accesibles a la psicoterapia, si bien por caminos distintos del único hasta ahora conocido, o sea, la sugestión con hipnosis o sin ella.

Partiendo del procedimiento «catártico», iniciado por Breuer, hemos dado forma en los últimos años a un nuevo método terapéutico, el método «psicoanalítico» al que debemos numerosos éxitos, y cuya eficacia esperamos aumentar aún considerablemente. En la obra titulada Estudios sobre la histeria, publicada en colaboración con J. Breuer en 1895, incluimos ya una primera comunicación de la técnica y el alcance de este método. Pero desde entonces he introducido en él diversas modificaciones, que lo han perfeccionado mucho. Por aquella época nos limitábamos a afirmar modestamente que sólo podíamos tender a la supresión de los síntomas histéricos y no a la curación de la histeria misma. Hoy puedo ya asegurar que el método por mí establecido encierra la posibilidad de curar tanto la histeria como las representaciones obsesivas. Me ha interesado, pues, vivamente leer en las publicaciones de mis colegas que el ingenioso método descubierto por Breuer y Freud había fracasado en tal o cual caso, o que no cumplía lo que parecía prometer. Estas frases me hacían una impresión semejante a la del hombre que lee en un periódico la noticia de su muerte, pero al que su mejor conocimiento conserva la tranquilidad. El método psicoanalítico es tan difícil que ha de ser previamente aprendido su desarrollo y no puedo recordar que ninguno de mis críticos haya acudido a mí en demanda de explicaciones ni creo tampoco que se haya ocupado de él, como yo, con intensidad suficiente para descubrirlo por sí mismo. Las indicaciones contenidas en los Estudios sobre la histeria son totalmente insuficientes para facilitar al lector el dominio de esta técnica y no tienden tampoco en modo alguno a semejante fin.

La terapia psicoanalítica no es, por ahora, generalmente aplicable, presentando, que yo sepa, las siguientes limitaciones: exige una determinada madurez intelectual en los enfermos, siendo, por tanto, inútil en los niños y en los adultos mentalmente débiles o incultos. Cuando se trata de personas de mucha edad, la duración del tratamiento, correlativa a la cantidad de material acumulado, resultaría excesiva, coincidiendo acaso su fin con el comienzo de un período de la vida en el que no se concede ya gran valor a la salud nerviosa. Por último, sólo es posible cuando el enfermo conserva un estado psíquico normal, partiendo del cual puede dominarse el material patológico. Durante una confusión histérica o una manía o melancolía interpolada, los medios psicoanalíticos no logran resultado alguno. Tales casos sólo pueden ser sometidos a nuestro método después de haber conseguido apaciguar con los medios acostumbrados los fenómenos tormentosos. Prácticamente se obtienen mejores resultados en los casos crónicos de psiconeurosis que en los de crisis aguda, en los cuales lo principal es obtener una rápida derivación. De este modo el terreno más favorable para la nueva terapia está constituido por las fobias histéricas y las distintas formas de la neurosis obsesiva.

Esta limitación de nuestro método se explica en gran parte por las condiciones en que hemos tenido que desarrollarlo. El material clínico de que disponemos está formado por nerviosos crónicos, pertenecientes a la clase cultivada. Creo muy posible la constitución de procedimientos suplementarios para sujetos infantiles y para el público de los hospitales. He de indicar también que hasta ahora sólo he probado mi terapia en graves casos de histeria y de neurosis obsesiva. No sé, por tanto, cuál sería su eficacia en aquellos casos leves que parecen curar al cabo de algunos meses de un tratamiento cualquiera. Como es natural, una terapia nueva, que exige múltiples sacrificios, no podía contar sino con enfermos que habían ensayado ya sin resultado los procedimientos oficialmente reconocidos o cuyo estado justificaba el temor de que tales métodos, más cómodos y breves, resultarían ineficaces. De este modo me he visto obligado a afrontar desde un principio, con un instrumento aún imperfecto, las más difíciles tareas. En compensación, los resultados obtenidos presentan así una mayor fuerza probatoria. Las dificultades principales que aún se oponen a la terapia psicoanalítica no se debe ya a sus propias características, sino a la incomprensión de la esencia de las psiconeurosis, tanto por parte de los médicos como del público en general. Esta absoluta ignorancia justifica que los médicos se crean con derecho a consolar a los enfermos con vanas seguridades o a hacerles aceptar inútiles medidas terapéuticas. «Venga usted a pasar seis semanas a mi sanatorio y desaparecerán sus síntomas» (miedo a los viajes, representaciones obsesivas, etc.). En realidad, tales establecimientos son indispensables para el apaciguamiento de los ataques agudos emergentes en el curso de una psiconeurosis, mas para la curación de los estados crónicos resultan totalmente ineficaces, y tanto los sanatorios más distinguidos, supuestamente dotados de una dirección científica, como los balnearios más vulgares.

Sería más digno y más tolerable para el enfermo que el médico dijese la verdad, tal y como todos los días se le impone: las psiconeurosis no son nunca enfermedades leves. Una vez iniciada una histeria, nadie puede predecir cuándo terminará. Por lo general, se consuela al enfermo con la vana profecía de que su dolencia desaparecerá un día de repente. La curación no es, con frecuencia, sino un acuerdo de tolerancia recíproca, establecido entre el hombre sano y el enfermo que en sí lleva el paciente, o resulta de la transformación de un síntoma en una fobia. La histeria, trabajosamente ocultada, de una muchacha reaparece, después de una breve interrupción, durante los primeros tiempos felices del matrimonio, siendo ahora el marido, como antes la madre, quien se encarga de silenciar, por interés propio, la enfermedad. Cuando la enfermedad no trae consigo una incapacidad manifiesta, produce siempre, por lo menos, una imposibilidad de desplegar libremente las energías psíquicas. Las representaciones obsesivas retornan una y otra vez a través de toda la vida, y la terapia se ha demostrado hasta ahora impotente contra las fobias y otras limitaciones de la voluntad. Todo esto es ocultado a los profanos, y de este modo el padre de una muchacha histérica se espanta cuando ha de prestar, por ejemplo, su aquiescencia a un tratamiento de un año de duración para una enfermedad cuyos primeros signos han parecido desvanecerse al cabo de unos meses. El profano se halla íntimamente convencido de la superfluidad de todas estas psiconeurosis, y no soporta con paciencia el curso de la enfermedad ni se muestra dispuesto a los sacrificios exigidos por la terapia. Si ante un tifus de tres semanas de duración, o la fractura de una pierna, cuya curación exige seis meses, se conduce más comprensivamente, y si al advertir en sus hijos las primeras huellas de una desviación de la columna vertebral acepta en el acto un tratamiento ortopédico que ha de durar años enteros, esta diferente actitud se debe a una mejor comprensión de los médicos, que transfieren honradamente su labor al profano. La sinceridad de los médicos y la docilidad de los profanos se extenderán también a las psiconeurosis, una vez que el conocimiento de la esencia de estas afecciones llegue a ser del dominio médico común.

De todos modos, el tratamiento radical psicoterápico de las mismas necesitará siempre una preparación especial y será incompatible con el ejercicio de otra actividad médica. En cambio, tales especialistas médicos, numerosos seguramente en lo futuro, hallarán ocasión de brillantes éxitos y llegarán a un profundo conocimiento de la vida anímica de los hombres.

30. LAS ILUSIONES PERDIDAS (HONORÉ DE BALZAC)

ÍNDICE

I. Los Dos Poetas
II. Un Gran Hombre de Provincias en París
III. Los Sufrimientos del Inventor

Parte Uno

LOS DOS POETAS

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2

CAPÍTULO UNO

En la época en que comienza esta historia, la prensa de Stanhope y los rodillos distribuidores de tinta no estaban aún en uso en las pequeñas imprentas de provincias. En Angulema, a pesar de la especialidad que la mantiene en contacto con las tipografías parisienses, se seguía utilizando prensas de madera, a las que la lengua debe la expresión «hacer gemir las prensas», hoy caída en desuso. La vieja imprenta utilizaba todavía las balas de cuero, entintadas, con las que uno de los prensistas impregnaba los tipos. La plataforma móvil en la que se coloca la «forma» llena de letras, sobre la cual se aplica la hoja de papel, era aún de piedra y justificaba su nombre de «mármol». Las voraces prensas mecánicas han hecho hoy olvidar hasta tal punto este mecanismo, al que debemos, pese a su imperfección, los bellos libros de los Elzevir, Plantin, Aldo y Didot, que se hace necesario mencionar el viejo utillaje por el que Jérôme-Nicolas Séchard sentía un afecto supersticioso, porque desempeña su papel en esta pequeña gran historia.

El tal Séchard era un ex prensista que, en su jerga tipográfica, los operarios encargados de ensamblar las letras llaman un «oso». Sin duda el movimiento de vaivén, que se asemeja bastante al de un oso en la jaula, mediante el cual los prensistas se desplazan del depósito de tinta a la prensa y de la prensa al depósito de tinta, les ha valido este remoquete. Pero, en revancha, los osos han llamado a los componedores «monos», por el continuo ejercicio que hacen tales señores para coger las letras en los ciento cincuenta y dos cajetines en que se guardan. En el desastroso período de 1793, Séchard, de unos cincuenta años de edad, estaba casado. Su edad y su matrimonio le permitieron librarse de la gran movilización que llevó a casi todos los obreros a filas. El viejo impresor se quedó solo en la imprenta, cuyo propietario, también conocido como el Ingenuo, acababa de morir, dejando una viuda sin hijos. El establecimiento pareció amenazado de desaparición inmediata: el oso solitario era incapaz de transformarse en mono, porque en su calidad de impresor nunca supo leer ni escribir. Sin tener en cuenta estas incapacidades, un representante del pueblo, que deseaba dar a conocer enseguida los bonitos decretos de la Convención, concedió al operario la licencia de maestro impresor, requisándole su tipografía. Después de aceptar tan peligrosa licencia, el ciudadano Séchard indemnizó a la viuda entregándole los ahorros de su mujer, con los que pagó el material de la imprenta por la mitad de su valor. Pero esto no era todo. Había que imprimir sin la menor dilación los decretos republicanos. En tan apurada coyuntura, Séchard tuvo la suerte de encontrar a un noble marsellés que no quería emigrar para no perder sus tierras y mucho menos ponerse en evidencia para no perder la cabeza, y que únicamente podía ganarse el pan haciendo un trabajo cualquiera. El señor conde de Maucombe, pues, vistió la humilde blusa de regente de una imprenta de provincias: compuso, leyó y corrigió él mismo los decretos que condenaban a muerte a los ciudadanos que escondían a nobles; y el oso, convertido ya en el Ingenuo, los imprimió e hizo fijar en las esquinas; así ambos salvaron el pellejo. En 1795, una vez pasado el vendaval del Terror, Nicolas Séchard se vio obligado a buscar a otro plebeyo que pudiera hacer de cajista, corrector y regente. Fue esta vez un abate, destinado a convertirse en obispo bajo la Restauración y que entonces se negaba a prestar juramento, quien ocupó el puesto del conde de Maucombe hasta el día en que el Primer Cónsul restableció la religión católica. Conde y obispo se reencontraron más tarde en el mismo banco de la Cámara de los Pares. Aunque en 1802 Jérôme-Nicolas Séchard no sabía leer ni escribir mejor que en 1793, había ganado dinero suficiente para poder pagarse un regente. El operario tan despreocupado de su porvenir se había convertido en muy temible para sus osos y monos. Y es que la avaricia empieza cuando se acaba la pobreza. El día en que el impresor entrevió la posibilidad de hacer fortuna, el interés desarrolló en él una inteligencia profesional que, aunque rudimentaria, era ávida, suspicaz y aguda. Su sentido práctico se mofaba de cualquier teoría. Conseguía ya calcular de un solo vistazo el precio de una página y de una hoja, según el cuerpo de cada carácter. Demostraba a sus ignorantes clientes que las letras grandes costaban más de manejar que las pequeñas, mientras que de las pequeñas decía que eran más difíciles de manejar. Como no entendía nada de composición, por miedo a equivocarse hacía siempre unos contratos leoninos. Si sus cajistas trabajaban por horas, no les quitaba nunca ojo de encima. Si se enteraba de que algún fabricante se encontraba en apuros, le compraba el papel a un precio irrisorio y lo almacenaba. Así, desde aquella época, ya poseía en propiedad la casa donde estaba instalada la imprenta desde tiempos inmemoriales. La suerte le colmó de venturas: quedó viudo y tuvo sólo un hijo, hijo al que mandó al instituto de la ciudad, más que para darle instrucción, para prepararse un sucesor; lo trataba con severidad a fin de prolongar la duración de su poder paterno; por eso durante las vacaciones le hacía trabajar en la caja diciéndole que debía aprender a ganarse la vida para que un día pudiera recompensar a su pobre padre, que se deslomaba para darle una educación. A la marcha del abate, Séchard eligió como regente a aquel de sus cuatro cajistas que el futuro obispo le señaló como el más dotado tanto de honestidad como de inteligencia. De este modo el buen hombre estuvo en condiciones de esperar el momento en que su hijo pudiera dirigir el establecimiento, que bajo la guía de unas jóvenes y diestras manos seguramente prosperaría. David Séchard hizo unos brillantes estudios en el instituto de Angulema. Aunque oso, advenedizo sin cultura ni educación y despreciara considerablemente la ciencia, papá Séchard envió a su hijo a París para que estudiara allí el arte tipográfica, pero le recomendó con tanta energía que amasara una buena suma en una región que él llamaba el paraíso de los obreros, diciéndole que no contara con la bolsa paterna, que, sin duda, veía un medio de conseguir sus fines en esa estancia en el país de la Sabiduría. Mientras aprendía su oficio, David terminó su educación en París. El regente de los Didot se volvió un sabio. Hacia finales del año 1819, David Séchard abandonó París sin haberle costado un céntimo a su padre, quien lo reclamaba para poner en sus manos el timón de los negocios. La imprenta de Nicolas Séchard contaba por aquel entonces con el único diario de anuncios judiciales que existía en el departamento, y trabajaba para la Prefectura y el Obispado, tres clientelas que habían de proporcionar una gran fortuna a un joven emprendedor.

Justo por aquella época, los hermanos Cointet, fabricantes de papel, compraron la segunda licencia de impresor con residencia en Angulema, que hasta entonces el viejo Séchard había sabido reducir a la más completa inactividad, favorecido por las crisis militares que, bajo el Imperio, paralizaron toda actividad industrial, razón por la cual no la había adquirido, y su tacañería fue una de las causas de la ruina de la vieja imprenta. Al enterarse de esta noticia, el viejo Séchard pensó con alegría que la lucha que se entablaría entre su establecimiento y los Cointet sería sostenida por su hijo y no por él. «Yo sucumbiría —se dijo—, pero un joven educado con los Didot saldrá adelante.» El septuagenario suspiraba por el momento en que pudiera vivir a su antojo. Si bien tenía escasos conocimientos del arte tipográfica, pasaba en cambio por ser extremadamente ducho en un arte que los operarios han dado en llamar humorísticamente «el bebercio», arte muy estimado por el divino autor de Pantagruel, pero cuyo culto, perseguido por las sociedades llama-das «de templanza», es cada vez menos practicado. Jérôme-Nicolas Séchard, fiel al destino que su nombre le había marcado, estaba dotado de una sed inextinguible. Durante muchos años su mujer había contenido dentro de sus justos límites esta pasión por la uva prensada, gusto tan natural a los osos que monsieur de Chateaubriand lo observó en los verdaderos osos de América; pero los filósofos han observado que las costumbres de la edad temprana retornan con fuerza en la vejez del hombre. Séchard confirmaba esta ley moral: cuanto más envejecía, más le gustaba beber. Su pasión dejaba en su fisonomía de oso unas huellas que le daban cierta originalidad: su nariz había adquirido el desarrollo y la forma de una A mayúscula de cuerpo de triple cañón, sus dos mejillas venosas se parecían a esas hojas de vid llenas de protuberancias violáceas, purpurinas y a veces abigarradas; se hubiera dicho que era una monstruosa trufa envuelta en pámpanos otoñales. Escondidos bajo dos espesas cejas, semejantes a dos arbustos cargados de nieve, sus ojillos grises, en los que chispeaba la astucia de una avaricia que mataba cualquier otro sentimiento en él, incluso el de la paternidad, conservaban su viveza hasta en plena borrachera. Su cabeza, calva en la parte superior, pero orlada de canos cabellos que aún se rizaban, recordaba a los franciscanos de los Cuentos de La Fontaine. Era bajo y barrigudo, como muchas de esas viejas lamparillas que consumen más aceite que mecha, porque los excesos, de cualquier tipo que sean, acentúan en el cuerpo las tendencias de la naturaleza. La embriaguez, como el estudio, engorda más aún al hombre gordo y adelgaza al hombre delgado. Jérôme-Nicolas Séchard llevaba desde hacía treinta años el famoso sombrero de tres picos, que vemos aún en algunas provincias en la cabeza del pregonero municipal. Su chaleco y su pantalón eran de una pana verdosa. Por último, llevaba una vieja levita marrón, medias de algodón de chiné de mezclilla y zapatos con hebilla de plata. Esta indumentaria, que hacía aún entrever al obrero en el burgués, se adaptaba tan bien a sus vicios y a sus costumbres, expresaba tan perfectamente su forma de vida, que el buen hombre parecía haber sido creado ya vestido; era tan imposible imaginarlo sin sus ropas como pensar en una cebolla sin sus velos. Si el viejo impresor no hubiera dado ya desde hacía tanto tiempo la medida de su ciega codicia, su abdicación habría sido suficiente para pintar su carácter. A pesar de los conocimientos que su hijo debía adquirir de la gran escuela de los Didot, se propuso hacer con él el buen negocio que venía rumiando desde hacía tiempo. Si el padre lo hacía bueno, el hijo debía hacerlo malo. Pero para el buen hombre, en cuestión de negocios, no había ni padres ni hijos. Si bien al principio había visto en David sólo a su hijo único, con el tiempo lo consideró como un adquiriente natural con intereses opuestos a los suyos: él quería vender caro. David tenía que comprar barato; su hijo pasaba, por consiguiente, a ser un enemigo al que vencer. Esta transformación del sentimiento en interés personal, de ordinario lenta, tortuosa e hipócrita en las personas de buena crianza, fue rápida y directa en el viejo oso, quien demostró hasta qué punto el astuto bebercio ganaba la partida al arte tipográfica. Cuando llegó su hijo, el buen hombre le dio muestras del afecto interesado que las personas hábiles sienten por sus víctimas: se preocupó por él como un amante se habría ocupado de su querida; le dio el brazo, le dijo dónde era necesario poner los pies para no enfangarse; había hecho calentar su cama, encender el fuego y preparar una cena. A la mañana siguiente, después de haber intentado embriagar a su hijo durante una opípara cena, Jérôme-Nicolas Séchard, bastante achispado, le dijo un «¿Hablamos de negocios?» que pasó con tanta dificultad entre dos hipos que David le rogó que dejaran los negocios para el día siguiente. El viejo oso sabía aprovechar demasiado bien su embriaguez para abandonar una batalla preparada desde hacía mucho tiempo. Además, después de haber cargado con la cruz durante cincuenta años, dijo, no quería cargar con ella ni una hora más. Mañana su hijo sería el Ingenuo.

Quizá sea necesario decir aquí unas palabras sobre el establecimiento. La imprenta, emplazada en el lugar donde la rue de Beaulieu desemboca en la place du Mûrier, se había establecido en aquel inmueble hacia finales del reinado de Luis XIV. Así, desde hacía mucho tiempo, el lugar había sido ya adaptado para la explotación de esta industria. La planta baja formaba una inmensa estancia que recibía luz de la calle a través de unas viejas ventanas y, por una claraboya, de un patio interior. Se podía llegar al despacho del dueño por un corredor. Pero en provincias, la actividad de la tipografía es siempre objeto de tal curiosidad que los clientes preferían entrar por una puerta acristalada, abierta en la fachada que daba a la calle, si bien había que bajar unos escalones, dado que el suelo del taller se encontraba por debajo del nivel de la calzada. Los curiosos estaban demasiado embobados para preocuparse de las dificultades a la hora de pasar a través de los estrechos pasadizos del taller. Si miraban las enramadas formadas por las hojas extendidas para secarse en las cuerdas fijadas al suelo, se daban contra las hileras de cajas o se despeinaban con las barras de hierro que sustentaban las prensas. Si seguían los ágiles movimientos de un cajista, que escogía sus letras de los ciento cincuenta y dos cajetines de su caja mientras leía su copia, releía la línea en su componedor y colocaba en él una interlínea, se tropezaban con una resma de papel mojado y prensada por los adoquines o bien se daban con la cadera contra la esquina de un banco; todo ello para gran regocijo de osos y monos. Nunca nadie había podido llegar sin percance alguno hasta las dos grandes jaulas que había en el fondo de esta cueva, que formaban dos exiguos pabellones en el patio, en uno de los cuales reinaban el regente y en el otro el maestro impresor. En el patio, las paredes estaban agradablemente adornadas con emparrados que, dada la reputación del dueño, tenían un sabroso color local. En el fondo, y adosado a la negra pared medianera, se alzaba un cobertizo en ruinas donde se mojaba y preparaba el papel. Allí estaba el lavadero, donde antes y después de cada tiraje se lavaban las formas, o, para decirlo en un lenguaje más corriente, las planchas de los tipos; se escapaba de allí una decocción de tinta mezclada con las aguas residuales de la casa que hacía creer a los campesinos que venían el día de mercado en que el diablo se lavaba en aquella casa. Este cobertizo estaba flanqueado por un lado por la cocina y por el otro por una leñera. El primer piso de esta casa, por encima del cual no había más que dos habitaciones abuhardilladas, se componía de tres cuartos. El primero, tan largo como el corredor, menos la caja de la vieja escalera de madera, recibía la luz de la calle por medio de un ventanillo oblongo, y la del patio por un ojo de buey, y servía tanto de antesala como de comedor. Con un simple encalado, destacaba por la descarada sencillez de la avaricia comercial: el sucio cristal de la ventana nunca había sido limpiado; el mobiliario lo formaban tres sillas baratas, una mesa redonda y un aparador situado entre dos puertas que daban entrada a un dormitorio y a un salón; las ventanas y la puerta estaban renegridas de mugre; papeles blancos o impresos lo atestaban la mayor parte del tiempo; a menudo, el postre, las botellas o los platos de la cena de Jérôme-Nicolas Séchard se veían sobre los fardos. El dormitorio, cuya ventana tenía un bastidor emplomado que dejaba pasar la luz del patio, estaba revestido con una de esas viejas colgaduras que, en provincias, se cuelgan fuera de las casas el día del Corpus. Asimismo había una gran cama con columnas, provista de cortinas, cenefas y un cubrepiés de sarga encarnada, dos sillones apolillados, dos sillas de nogal y tapizadas, un viejo escritorio, y sobre la chimenea un reloj Cartel. Esta habitación, en la que se respiraba una paz patriarcal y llena de tonalidades oscuras, había sido arreglada por monsieur Rouzeau, predecesor y maestro de Jérôme-Nicolas Séchard. El salón, modernizado por la difunta madame Séchard, presentaba un espantoso revestimiento de madera, pintado de un azul chillón; los entrepaños estaban adornados con un empapelado de escenas orientales, coloreadas en bistre sobre fondo blanco; el mobiliario consistía en seis sillas tapizadas de badana azul cuyos respaldos representaban liras. Las dos ventanas, burdamente cimbradas, a través de las cuales la vista abarcaba la place du Mûrier, carecían de cortinas; la chimenea no tenía ni bujías, ni reloj, ni espejo. Madame Séchard había muerto en pleno plan de embellecimiento y el oso, incapaz de comprender la utilidad de unas mejoras que no proporcionaban beneficio alguno, las había abandonado. Fue allí donde Jérôme-Nicolas Séchard, pede titubante, llevó a su hijo y le enseñó sobre la mesa redonda un inventario del material de la imprenta que, siguiendo sus instrucciones, había preparado el regente.

—Lee esto, hijo mío —dijo Jérôme-Nicolas Séchard, desplazando sus ebrios ojos del papel a su hijo y de su hijo al papel—. Podrás ver la joya de imprenta que te dejo.

—Tres prensas de madera sostenidas por unas barras de hierro, con una platina de fundición…

—Es una mejora que he introducido —dijo el viejo Séchard interrumpiendo a su hijo.

—Con todo su utillaje: depósitos de tinta, balas y bancos, etcétera, ¡mil seiscientos francos! Pero, padre —dijo David Séchard dejando caer el inventario—, sus prensas son unos viejos cacharros que no valen ni cien escudos y que para lo único que sirven es para echarlas al fuego.

—¿Unos viejos cacharros?… —gritó el viejo Séchard—, ¿unos viejos cacharros?… ¡Coge el inventario y bajemos! Vas a ver si vuestras invenciones de forja barata funcionan como esos viejos aparatos de probada eficacia. Luego no tendrás el valor de ofender a unas honestas prensas que van rápidas como los coches correos y que seguirán funcionando durante toda tu vida sin necesitar la menor reparación. ¡Unos viejos cacharros! ¡Sí, son unos viejos cacharros los que te ayudarán a ganarte el puchero! Unos viejos cacharros que tu padre ha manejado durante veinte años y que le han servido para hacer de ti lo que eres.

El padre corrió precipitadamente abajo por una madera nudosa, desgastada y tambaleante, pero sin perder el equilibrio; abrió la puerta que daba al taller, corrió hacia la primera de sus prensas, engrasadas y limpiadas a hurtadillas, y mostró las recias patas de madera de roble, a las que su aprendiz había sacado brillo.

—¿Acaso no es una preciosidad de prensa? —preguntó.

Había en ella una participación de boda en aquel momento. El viejo oso bajó la frasqueta sobre el tímpano y el tímpano sobre la platina, que hizo rodar debajo de la prensa; tiró de la barra, desenrolló la cuerda para hacer retroceder la platina, y levantó tímpano y frasqueta con la agilidad que habría puesto en ello un joven oso. Así maniobrada, la prensa lanzó un gemido tan alegre como el de un pájaro que, tras golpearse contra un cristal, lograra alzar de nuevo el vuelo.

—¿Hay una sola prensa inglesa capaz de imprimir a este ritmo? —preguntó el padre a su sorprendido hijo.

El viejo Séchard corrió acto seguido a la segunda y a la tercera prensas, en cada una de las cuales hizo idéntica maniobra con igual destreza. La última ofreció a su vista enturbiada por el vino una parte que había sido descuidada por el aprendiz; el borracho, tras haber lanzado una retahíla de tacos, cogió uno de los faldones de su levita para frotarla como un chalán que lustra el pelaje de un caballo que ha de vender.

—Con estas tres prensas, sin regente, puedes llegar a ganar nueve mil francos al año, David. Como futuro socio tuyo, me opongo a que las reemplaces por esas malditas prensas de fundición que desgastan los tipos. En París habéis gritado milagro al conocer el invento de ese condenado inglés, un enemigo de Francia que ha querido hacer la fortuna de los fundidores. ¡Ah!, ¡habéis querido unas Stanhope!; pues gracias por vuestras Stanhope, que cuestan cada una dos mil quinientos francos, casi el doble de lo que valen mis tres joyas juntas y que destrozan la letra por su falta de elasticidad. No soy instruido como tú, pero ten en cuenta siempre esto: la vida de las Stanhope es la muerte del tipo. Estas tres prensas te prestarán un buen servicio, el tiraje se hará rápido y los anguleminos no te pedirán más. Ya imprimas con hierro o con madera, con oro, o con plata, no por ello te pagarán un ochavo más.

—Item —prosiguió David—, cinco millones de libras de tipos procedentes de la fundición de monsieur Vaflard…

Al leer este nombre, el alumno de los Didot no pudo dejar de sonreír.

—¡Ríete, ríete! Al cabo de doce años, los tipos siguen nuevos. ¡A eso es a lo que yo llamo un fundidor! Monsieur Vaflard es un hombre honrado que suministra un material resistente, y para mí el mejor fundidor es aquél a cuya casa se va lo menos a menudo posible.

—Tasados en diez mil francos —prosiguió leyendo David—. ¡Diez mil francos, padre mío! ¡Pero si eso significa cuarenta sueldos la libra, y los señores Didot venden su cícero nuevo a sólo treinta y seis sueldos la libra! Sus tipos usados no valen más que el precio del hierro, diez sueldos la libra.

—Llamas tipos gastados a las bastardillas, y a las negritas y a las redondas de monsieur Gillé, que fue impresor del Emperador, tipos que valen seis francos la libra, obras maestras del grabado compradas hace cinco años y muchas de las cuales todavía conservan el blanco de la fundición, ¡mira!

El viejo Séchard abrió algunos cajetines con tipos que nunca habían sido utilizados y se los enseñó.

—No soy ningún sabio, no sé leer ni escribir, pero aún sé lo suficiente para comprender que los tipos de escritura de la casa Gillé han sido los padres de los ingleses de tus señores Didot. Aquí tienes una redonda —dijo señalando una caja y cogiendo una M—, una redonda de cícero que no ha sido aún estrenada.

David se dio cuenta de que no había forma de discutir con su padre. Había que aceptarlo o rechazarlo todo; se encontraba entre un no y un sí. El viejo oso había incluido en el inventario hasta las cuerdas de tender. La más pequeña rama, las tablas, los cuencos, la piedra y los cepillos de limpiar, todo estaba valorado con la escrupulosidad de un avaro. El total ascendía a treinta mil francos, incluidas la licencia de maestro impresor y la clientela. David se preguntaba si el negocio era o no viable. Viendo a su hijo atónito ante aquella suma, el viejo Séchard se inquietó, pues prefería una discusión violenta a un acuerdo tácito. En este tipo de tratos, la discusión revela a un negociante capaz que defiende sus intereses. «Quien consiente en todo —decía el viejo Séchard— no paga nada.» Mientras trataba de leer el pensamiento de su hijo, hizo el recuento de los mediocres utensilios, necesarios para la explotación de una imprenta en provincias; seguidamente condujo a David ante una prensa de satinar, una guillotina para hacer los trabajos ocasionales y le ponderó su utilidad y solidez.

—Las viejas herramientas son siempre las mejores —dijo—. En el negocio de la imprenta habría que pagarlas más caras que las nuevas, como se hace entre los batidores de oro.

Unas horrendas viñetas que representaban Himeneos, Amores o muertos que levantaban la losa de sus tumbas describiendo una V o una M, enormes cuadros de máscaras para los carteles de espectáculos, se convirtieron, por efecto de la elocuencia vinosa de Jérôme-Nicolas, en objetos de sumo valor. Le dijo a su hijo que la costumbre de los provincianos estaba tan fuertemente arraigada que en vano trataría él de ofrecerles mejores cosas que aquéllas a las que estaban acostumbrados. ¡Él mismo, Jérôme-Nicolas Séchard, había tratado de venderles mejores almanaques que el Double Liégeois, impreso en papel de azúcar! Pues bien, el verdadero Double Liégeois había sido preferido a los más magníficos almanaques. No tardaría David en reconocer la importancia de esas antiguallas, vendiéndolas más caras que las novedades más costosas.

—¡Ja, ja! Hijo mío, la provincia es la provincia y París es París. Si se te presenta un hombre del Houmeau para encargarte su participación de boda y tú se la imprimes sin un amorcillo con unas guirnaldas, no se considerará casado y no se la llevará si sólo ve una M como en la imprenta de tus señores Didot, que son la gloria de la tipografía, pero cuyas invenciones no serán adoptadas en provincias antes de cien años. Así son las cosas.

Las personas generosas son malos comerciantes. David tenía uno de esos caracteres pudorosos y afectivos que se espantan ante una discusión y que ceden en el momento en que el adversario les toca la fibra sensible. Sus elevados sentimientos y el dominio que el viejo borracho había conservado sobre él le hacían aún menos apto para discutir con su padre de dinero, sobre todo cuando él creía que iba con las mejores intenciones, porque en un principio atribuyó la voracidad de su interés al apego que tenía el impresor por sus herramientas de trabajo. Sin embargo, como Jérôme-Nicolas Séchard lo había obtenido todo de la viuda Rouzeau por diez mil francos en asignados, y dado que en el actual estado de cosas treinta mil francos eran un precio exorbitante, el hijo exclamó:

—¡Padre, me estrangula!

—¿Yo, que te he dado la vida…? —dijo el viejo borracho levantando la mano y señalando el tendedero—. Pero, David, ¿en cuánto valoras tú la licencia? ¿Sabes lo que vale el diario de anuncios, a diez sueldos la línea, privilegio que, por sí solo, ha dado quinientos francos el último mes? ¡Muchacho, abre los libros de contabilidad y mira lo que rinden los carteles y los registros de la Prefectura, los encargos del Ayuntamiento y del Obispado! Eres un vago de siete suelas que no quiere hacer fortuna. Discutes el precio del caballo que te llevará a alguna buena propiedad, como la de Marsac.

Este inventario iba acompañado de una escritura de constitución de una sociedad entre el padre y el hijo. El buen padre alquilaba a la sociedad su casa por una suma de mil doscientos francos, por más que la hubiera comprado por no más de seis mil libras, reservándose una de las dos habitaciones acondicionadas en la buhardilla. En tanto David Séchard no hubiera devuelto los treinta mil francos, los beneficios se repartirían a medias; el día que reembolsara esa suma a su padre, pasaría a ser el único propietario de la imprenta. David calculó el valor de la licencia, de la clientela y del diario sin preocuparse de los útiles de trabajo; creyó que podría salir adelante, y aceptó estas condiciones. Acostumbrado a las trapacerías de los campesinos y perfecto desconocedor de los grandes cálculos de los parisienses, el padre se extrañó de una conclusión tan rápida.

«¿Se habrá hecho rico mi hijo —se dijo—, o piensa quizás en este momento en la forma de no pagarme?» Movido por este pensamiento, le estuvo preguntando para saber si traía dinero consigo a fin de que le diera algo a cuenta. La curiosidad del padre despertó la desconfianza del hijo. David guardó la máxima reserva. A la mañana siguiente, el viejo Séchard hizo que su aprendiz trasladase a la habitación del segundo piso todos sus muebles, que esperaba hacer llevar a su casa de campo con los carros que volvieran de vacío. Le dejó a su hijo las tres habitaciones del primer piso completamente vacías, al tiempo que le hacía tomar posesión de la imprenta sin darle un céntimo con que pagar a los operarios. Cuando David le rogó a su padre que, en su calidad de socio, contribuyera a los gastos necesarios para la puesta en marcha de la explotación común, el viejo impresor se hizo el desentendido. Dijo que no se había comprometido a entregar dinero alguno al dar su imprenta; su aportación de fondos había sido ya hecha. Presionado por la lógica de su hijo, le respondió que al comprarle la imprenta a la viuda Rouzeau él había sacado adelante el negocio sin un céntimo. Si él, pobre operario sin instrucción, había tenido éxito, seguro que un discípulo de Didot lo haría aún mejor. Por otra parte, David había ganado dinero procedente de la educación pagada con el sudor de la frente de su anciano padre; bien podía emplearlo ahora.

—¿Qué has hecho de tus semanadas? —le dijo volviendo a la carga a fin de aclarar el problema que el silencio de su hijo había dejado irresuelto la víspera.

—Pero ¿es que no tenía que vivir, no he comprado libros? —respondió David, indignado.

—¡Ah!, ¿comprabas libros? Harás malos negocios. Las personas que compran libros no sirven para imprimirlos —respondió el oso.

David sintió la más horrible de las humillaciones, la que causa la bajeza de un padre: tuvo que aguantar el diluvio de viles, lacrimosas, ruines y comerciales razones por medio de las cuales el viejo avaro formuló su negativa. Se guardó su dolor para sí viéndose solo, sin apoyo, constatando que su padre era un especulador, a quien, por curiosidad filosófica, quiso conocer a fondo. Le hizo saber que jamás le había pedido cuentas de la dote de su madre. Si esta dote no podía bastar para pagar el precio de la imprenta, debía al menos servir para la explotación en común.

—¿La dote de tu madre? —dijo el viejo Séchard—. ¡Pero si eran sólo su inteligencia y su belleza!

Ante esta respuesta, David comprendió por completo el carácter de su padre y se dio cuenta de que para conseguir una valoración de la misma tendría que iniciar un proceso interminable, costoso y deshonroso. Aquel noble corazón aceptó la carga que iba a pesar sobre él, pues sabía a costa de cuántos esfuerzos lograría cumplir los compromisos contraídos con su padre.

«Trabajaré —se dijo—. Después de todo, si a mí me cuesta, también le costó a él. Por otra parte, siempre será trabajar para mí mismo.»

—Te dejo un tesoro —le dijo el padre, inquieto por el silencio de su hijo.

David preguntó qué tesoro era aquél.

—Marion —dijo el padre.

Marion era una robusta moza de campo, indispensable para la explotación de la imprenta: mojaba el papel y lo recortaba, hacía los recados y cocinaba, lavaba la ropa, descargaba los carros de papel, iba a realizar los cobros y limpiaba los tampones. De haber sabido Marion leer, el viejo Séchard la habría puesto a cargo de la composición.

El padre partió a pie para el campo. A pesar de que se sentía muy contento por aquella venta disfrazada de sociedad, estaba inquieto por la manera en que se le pagaría. Tras las angustias de la venta, vienen siempre las de hacerla efectiva. Todas las pasiones son esencialmente jesuíticas. Este hombre, que consideraba inútil la instrucción, se esforzó por creer en la influencia de la instrucción. Hipotecaba sus treinta mil francos en aras de las ideas del honor que la educación tenía que haber desarrollado en su hijo. Como joven de buena crianza que era, David sudaría tinta para cumplir sus compromisos, y sus conocimientos le ayudarían a encontrar soluciones; se había mostrado lleno de buenos sentimientos; ¡seguro que pagaría! Como muchos padres que actúan así, creyendo haber obrado paternalmente, también el viejo Séchard había acabado por convencerse de ello al llegar a su viñedo situado en Marsac, un pueblecito a cuatro leguas de Angulema. Esta propiedad, en la que su anterior dueño había construido una bonita vivienda, había ido acrecentándose de año en año desde 1809, época en la que el viejo oso la comprara. Cambió los cuidados de la prensa por los del lagar, y, como él decía, llevaba tanto tiempo entre viñas que las conocía bien. Durante el primer año de su retiro en el campo, Séchard padre no hizo sino mostrar un semblante de preocupación yendo por entre sus rodrigones; estaba siempre en su viñedo, como en otro tiempo permanecía en su taller. Aquellos treinta mil francos inesperados le embriagaban incluso más que el mosto septembrino, y en su imaginación jugaba con ellos entre los dedos. Cuanto menos se le debía, mayor era su deseo de embolsarse aquella suma. Por eso corría a menudo de Marsac a Angulema, movido por sus inquietudes. Trepaba por las cuestas del promontorio rocoso en cuyo alto se asienta la ciudad y entraba en el taller para ver si su hijo salía adelante. Las prensas se encontraban en su sitio. El único aprendiz, tocado con un gorro de papel, estaba limpiando los tampones. El viejo oso oía rechinar una prensa sobre alguna participación de boda, reconocía sus viejos tipos y veía a su hijo y al regente, cada cual en su jaula, leyendo un libro que el oso tomaba por unas pruebas. Luego de haber comido con David, se volvía a sus tierras de Marsac, rumiando sus temores. La avaricia, como el amor, posee el don de la visión de los acontecimientos futuros, que presiente y adivina. Lejos del taller, donde el aspecto de sus máquinas le fascinaba retrotrayéndole a los días en que hacía fortuna, el viñador encontraba en su hijo inquietantes síntomas de inactividad. El nombre «Cointet Hermanos» le espantaba, lo veía dominando al de «Séchard e hijo». En resumen, que el viejo presentía el viento de la desgracia. Tal presentimiento estaba justificado: la desgracia se cernía sobre la casa Séchard. Pero los avaros tienen un dios. Por una feliz coincidencia de circunstancias imprevistas, este dios tenía que hacer ir a parar a la bolsa del borrachín el precio de su venta usuraria. He aquí por qué la imprenta Séchard iba a menos, no obstante todos los factores para ser próspera. Indiferente a la reacción religiosa que la Restauración estaba produciendo en la política del Gobierno, y sin preocuparse tampoco por el Liberalismo, David mantenía la más perjudicial de las neutralidades en materia política y religiosa. Eran tiempos en que los comerciantes de provincias tenían que profesar un credo político para poder contar con una clientela, pues era menester optar entre la clientela de los liberales y la de los monárquicos. Pero un amor que había prendido en el pecho de David, sus inquietudes científicas y su buen carácter le impidieron desarrollar ese afán de lucro que constituye y forma el carácter del verdadero comerciante y que le habría hecho estudiar las diferencias que distinguen a la industria provinciana de la parisiense. Los matices, tan acusados en provincias, desaparecían en el gran tráfago de París. Los hermanos Cointet hicieron suyas las ideas monárquicas, cumplieron de forma ostensible con las abstinencias, frecuentaron la catedral, cultivaron la amistad de los curas y reimprimieron los primeros libros de religión cuya necesidad se hizo sentir. Los Cointet tomaron, pues, la delantera en este lucrativo ramo y difamaron a David Séchard, acusándole de liberalismo y ateísmo. ¿Cómo se podía dar trabajo —decían— a un hombre que tenía por padre a un setembrista, un borrachín, un bonapartista, un viejo avaro que más pronto o más tarde dejaría montones de oro? Ellos eran pobres, estaban cargados de familia, mientras que David era soltero y sería enormemente rico, y por eso sólo pensaba en su conveniencia, etcétera. Influidos por estas acusaciones lanzadas contra David, la Prefectura y el Obispado acabaron por dar el privilegio de sus impresiones a los hermanos Cointet. No tardaron estos ávidos antagonistas, enardecidos por la pasividad de su rival, en crear un segundo diario de anuncios judiciales. A la vieja imprenta le quedaron las impresiones de trabajos ocasionales, y el producto de su hoja de anuncios disminuyó a la mitad. Enriquecida con tan considerables beneficios obtenidos con los libros eclesiásticos y piadosos, la casa Cointet no tardó en proponer a los Séchard la compra de su diario a fin de tener los anuncios de la provincia y las sentencias judiciales en exclusiva. Tan pronto como David le comunicó esta noticia a su padre, el viejo viñador, ya asustado por los progresos de la casa Cointet, se desplazó de Marsac a la place du Mûrier con la celeridad de un cuervo que ha olfateado los cadáveres de un campo de batalla.

—Déjame a mí entendérmelas con los Cointet, tú no te metas en este asunto —le dijo a su hijo.

El anciano no tardó en intuir el interés de los Cointet y los aterró con la sagacidad de sus argumentaciones. Su hijo cometía una tontería que él habría impedido, decía. «¿Qué clientela nos quedará si él cede nuestro diario? Los abogados, los notarios, todos los comerciantes del Houmeau serán liberales; los Cointet han querido perjudicar a los Séchard al acusarles de liberalismo; les han preparado así una tabla de salvación, ya que todos los anuncios de los liberales quedaban en manos de los Séchard. ¿Vender el diario…? Ya tanto daba vender el material y la licencia.» Entonces les pidió a los Cointet sesenta mil francos por la imprenta, para no arruinar a su hijo: él quería a su hijo y lo defendía. El viñador se sirvió de su hijo como los campesinos utilizan a sus mujeres: su hijo quería o no quería según las propuestas que arrancaba una a una a los Cointet, induciéndoles, no sin esfuerzos, a ofrecer una suma de veintidós mil francos por el Journal de la Charente. Pero David tuvo que comprometerse a no volver a imprimir nunca más un periódico, so pena de tener que pagar treinta mil francos en concepto de daños y perjuicios. Esta venta era el suicidio de la imprenta Séchard, pero esto al viñador le traía absolutamente sin cuidado. Tras el robo viene siempre el asesinato. El buen hombre pensaba invertir aquella suma en su heredad; y, con tal de tocarla, habría sido capaz de vender hasta al mismísimo David, teniendo sobre todo en cuenta, además, que ese incordio de hijo tenía derecho a la mitad de aquel inesperado tesoro. En compensación, el generoso padre le entregó la imprenta, pero manteniendo el alquiler de la casa en los famosos mil doscientos francos. Tras la venta del diario a los Cointet, el viejo fue raras veces a la ciudad, alegando su avanzada edad, pero la verdadera razón no era otra que el escaso interés que sentía por una imprenta que ya no le pertenecía. No pudo, sin embargo, repudiar completamente el afecto que sentía por sus antiguas herramientas de trabajo. Cuando algún asunto le traía a Angulema, habría sido muy difícil discernir cuál de las dos cosas le movían más a ir a su casa: si sus prensas de madera o su hijo, a quien iba a reclamar sus alquileres por respeto a la costumbre. Su antiguo regente, ahora de los Cointet, sabía a qué atenerse en cuanto a esta generosidad paterna; decía que aquel viejo zorro se preparaba así el derecho a intervenir en los negocios de su hijo, convirtiéndose en acreedor privilegiado por la acumulación de los alquileres.

La incuria de David Séchard tenía causas que explicarán el carácter de este joven. Unos días después de haberse instalado en la imprenta paterna, se había encontrado a uno de sus compañeros de colegio, entonces hundido en la más negra miseria. El amigo de David Séchard era un joven, por aquel entonces de veintiún años, llamado Lucien Chardon, hijo de un ex oficial médico del ejército republicano, retirado del servicio activo a consecuencia de una herida. La inclinación había hecho de Chardon padre un químico, y el azar le llevó a ser farmacéutico en Angulema. La muerte le sorprendió en medio de los preparativos necesarios para un descubrimiento lucrativo en cuya investigación había invertido muchos años de estudios científicos. Quería curar todo tipo de gota. La gota es la enfermedad de los ricos, y los ricos pagan a buen precio su salud cuando se ven privados de ella. Por eso el farmacéutico había elegido la solución de este problema entre las varias que se le habían ocurrido en sus meditaciones. Indeciso entre la ciencia y el empirismo, el difunto Chardon comprobó que la ciencia era lo único que podía asegurar su fortuna: había estudiado, por tanto, las causas de la enfermedad y basado su remedio en un determinado régimen que él adaptaba a cada constitución. Murió durante una estancia en París, adonde había ido para solicitar la aprobación de la Academia de las Ciencias, perdiendo así el fruto de todos sus trabajos. Presintiendo su fortuna, el farmacéutico no había escatimado nada en la educación de su hijo y de su hija, de suerte que el mantenimiento de su familia se fue tragando constantemente los beneficios de la farmacia. Así, no sólo dejó a sus hijos en la miseria, sino que además, para su desgracia, los había educado en la esperanza de un brillante porvenir, que se extinguió con él. El ilustre Desplein, que le asistió, le vio morir entre las convulsiones de la rabia. Esta ambición tuvo su origen en el apasionado amor que el antiguo cirujano sentía por su mujer, último vástago de la familia de Rubempré, milagrosamente salvada por él del cadalso en 1793. Sin que la muchacha se prestara a esta mentira, él había ganado tiempo diciendo que estaba encinta. Después de haberse creado en cierto modo el derecho a casarse con ella, la tomó por esposa a pesar de su común pobreza. Sus hijos, como todos los hijos del amor, tuvieron como única herencia la maravillosa belleza de su madre, presente muchas veces fatal cuando va acompañado de la miseria. Las esperanzas, los esfuerzos y las angustias con los que tan estrechamente vivió habían alterado profundamente la belleza de madame Chardon, así como la lenta degradación de la indigencia había cambiado sus costumbres;

pero su valor y el de sus hijos igualó a su infortunio. La pobre viuda vendió la farmacia, sita en la calle Mayor del Houmeau, el principal barrio de Angulema. El precio pagado por la farmacia le permitió contar con trescientos francos de renta, suma insuficiente incluso para mantenerse ella sola, pero tanto ella como su hija aceptaron su nueva situación sin sonrojarse y se dedicaron a hacer trabajos mercenarios. La madre asistía a las parturientas y gracias a sus buenos modales era preferida a cualquier otra en las casas ricas, donde vivía sin costarles nada a sus hijos y ganando veinte sueldos diarios. Para evitarle a su hijo el disgusto de ver a su madre en situación tan humillante, había adoptado el nombre de madame Charlotte. Las personas que solicitaban sus cuidados se dirigían a monsieur Postel, el sucesor de monsieur Chardon. La hermana de Lucien trabajaba en casa de una mujer muy honrada y considerada en el Houmeau, llamada madame Prieur, planchadora de prendas finas, vecina suya, y donde ganaba alrededor de quince sueldos diarios. Dirigía a las operarias y gozaba en el taller de una especie de supremacía que le hacía destacar un poco de la clase de las modistillas. Los modestos ingresos de sus trabajos, sumados a las trescientas libras de renta de madame Chardon, ascendían a unos ochocientos francos anuales, con los que estas tres personas tenían que vivir, vestirse y pagar el alojamiento. El estricto ahorro de este hogar apenas si hacía suficiente esta suma, absorbida casi íntegramente por Lucien. Madame Chardon y su hija Ève creían en Lucien como la mujer de Mahoma creyó en su marido; su abnegación por su porvenir no conocía límites. Esta pobre familia vivía en el Houmeau en un piso alquilado por una módica suma por el sucesor de monsieur Chardon, y emplazado en el fondo de un patio interior, encima del laboratorio de la farmacia. Lucien ocupaba allí una mísera habitación abuhardillada. Estimulado por un padre que, apasionado por las ciencias naturales, le había empujado en un principio por este camino, Lucien fue uno de los alumnos más brillantes del instituto de Angulema, donde se encontraba en cuarto de bachillerato cuando Séchard finalizaba allí sus estudios.

Cuando quiso la casualidad que los dos compañeros de colegio volvieran a encontrarse, Lucien, cansado ya de apurar la amarga copa de la miseria, estaba a punto de tomar una de esas decisiones extremas tan propias de los veinte años. Cuarenta francos mensuales que David pagó generosamente a Lucien, ofreciéndose a enseñarle el oficio de regente, por más que no necesitase un regente para nada, salvaron a Lucien de su desesperación. Los lazos de esta amistad de colegio, reanudados así, no tardaron en estrecharse por la similitud de sus destinos y por lo diferente de sus caracteres. Ambos, con el espíritu henchido de ansias de éxito, poseían esa elevada inteligencia que pone al hombre en un plano de igualdad con todas las eminencias, y se veían relegados a lo más bajo de la sociedad. Lo injusto de este destino fue un vínculo poderoso. Además, los dos habían llegado a la poesía por caminos distintos. Aunque destinado a las más elevadas especulaciones de las ciencias naturales, Lucien se sentía apasionadamente atraído por la gloria literaria; sin embargo, David, a quien su genio meditativo predisponía a la poesía, se inclinaba por gusto hacia las ciencias exactas. Esta inversión de papeles engendró una especie de fraternidad espiritual. Lucien no tardó en transmitirle a David los elevados conocimientos recibidos de su padre sobre las aplicaciones de la Ciencia a la Industria, y David le enseñó a Lucien los nuevos caminos que debería tomar en la literatura para hacerse un nombre y lograr el éxito. La amistad de estos dos jóvenes se convirtió en poco tiempo en una de esas pasiones que no nacen más que al dejar atrás la adolescencia. David no tardó en conocer a la bella Ève y se prendó de ella como hacen los espíritus melancólicos y meditabundos. El Et nunc et semper et in secula seculorum de la liturgia es la divisa de estos sublimes poetas desconocidos, cuyas obras constituyen magníficas epopeyas creadas y perdidas entre dos corazones. Cuando el enamorado hubo penetrado en las secretas esperanzas que la madre y la hermana de Lucien ponían en esta hermosa cabeza de poeta, cuando supo de su ciega abnegación, le enterneció acercarse aún más a su amada, compartiendo con ella sus inmolaciones y esperanzas. Lucien fue, pues, para David un hermano elegido. Como los ultras que querían ser más realistas que el rey, David exageró la fe que la madre y la hermana de Lucien tenían en su genio, y le mimó como una madre mima a su hijo. Durante una de aquellas conversaciones en las que, acuciados por la falta de dinero que los tenía maniatados, rumiaban, como todos los jóvenes, los medios para obtener un éxito rápido sacudiendo todos los árboles despojados ya por quienes les habían precedido sin obtener ningún fruto de ellos, Lucien se acordó de dos ideas dejadas caer un día por su padre. Monsieur Chardon había hablado de reducir el precio del azúcar a la mitad mediante el empleo de un nuevo agente químico, y disminuir otro tanto el precio del papel, trayendo de América determinadas sustancias vegetales análogas a las empleadas por los chinos y que costaban poco. David, que conocía la importancia de esta cuestión, tratada ya en casa de los Didot, se apropió de esta idea viendo en ella una posibilidad de fortuna y consideró a Lucien como a un benefactor con quien siempre estaría en deuda.

Cualquiera puede intuir hasta qué punto los pensamientos dominantes y la vida interior de ambos amigos les hacían poco idóneos para dirigir una imprenta. Lejos de proporcionar de quince a veinte mil francos, como la de los hermanos Cointet, impresores-libreros del Obispado, propietarios del Courrier de la Charente, el único diario ya del departamento, la imprenta de Séchard hijo apenas si rendía trescientos francos al mes, de los cuales había que deducir el sueldo del regente, el de Marion, los impuestos y el alquiler, lo cual dejaba limpios a David unos cien francos mensuales. Unos hombres activos y emprendedores habrían renovado los tipos, comprado prensas de hierro, habrían buscado en la biblioteca de París algunas obras que hubieran publicado a bajo coste; pero el dueño y el regente, perdidos en los absorbentes afanes de la inteligencia, se contentaban con los trabajos que les daban sus últimos clientes. Los hermanos Cointet habían acabado por conocer el carácter y las costumbres de David y ya no le calumniaban; al contrario, una prudente política les aconsejaba dejar sobrevivir a aquella imprenta y mantenerla en una honrosa mediocridad para que no cayera en manos de algún temible rival; ellos mismos le enviaban los trabajos llamados ocasionales. De este modo, y sin él saberlo, David Séchard sólo existía, comercialmente hablando, gracias a un hábil cálculo de sus competidores. Felices por lo que llamaban su manía, los Cointet tenían para con él un modo de proceder lleno de rectitud y lealtad, pero en realidad actuaban igual que la dirección de las Mensajerías, cuando simula una competencia para evitarse así una real.

El exterior de la casa de los Séchard armonizaba con la crasa avaricia reinante en el interior, donde el viejo oso no había arreglado nunca nada. La lluvia, el sol y las inclemencias de cada estación habían dado a la puerta de entrada el aspecto de un viejo tronco de árbol, hasta tal punto estaba surcada por unas grietas desiguales. La fachada, construida de cualquier manera con piedras y ladrillos mezclados sin la menor simetría, parecía doblarse bajo el peso de un tejado carcomido sobrecargado con esas tejas cóncavas que forman todos los tejados del Mediodía de Francia. Las ventanas corroídas estaban resguardadas por esos enormes postigos sujetos por unos gruesos travesaños, tal como exige lo caluroso del clima. Difícil habría sido encontrar en toda Angulema una casa tan destartalada como aquélla, que sólo se mantenía en pie gracias a lo resistente del cemento. Imaginaos este taller claro en sus extremos y oscuro en el centro, con sus paredes cubiertas de carteles, ennegrecidas en su parte inferior por el roce de los obreros que durante treinta años habían desfilado por allí; sus cordajes en el suelo, sus pilas de papel, sus viejas prensas, sus montones de adoquines para presionar los papeles mojados, sus hileras de cajas, y a ambos extremos las dos jaulas donde, cada uno por su lado, se instalaban el dueño y el regente; comprenderéis entonces la vida de los dos amigos.

En 1821, en los primeros días del mes de mayo, David y Lucien se encontraban junto a la ventana del patio en el momento en que, a eso de las dos de la tarde, sus cuatro o cinco operarios dejaban el taller para ir a comer. Cuando el dueño vio que el aprendiz cerraba la puerta con campanilla que daba a la calle, se llevó a Lucien al patio, como si el olor a papeles, depósitos de tinta, prensas y viejas maderas le resultara insoportable. Se sentaron bajo un emparrado desde donde podían ver a cualquiera que entrara en el taller. Los rayos del sol, que se filtraban por entre los pámpanos del emparrado, acariciaron a los dos poetas, envolviéndolos con su luz como en una aureola. El contraste producido por la oposición de estos dos caracteres y de estos dos rostros fue entonces tan acusado que habría seducido al pincel de un gran pintor. Tenía David las formas que confiere la naturaleza a los seres destinados a grandes luchas, esplendorosas o secretas. Su amplio busto estaba flanqueado por unos fuertes hombros en armonía con la plenitud de todas sus formas. Su cara, de tez morena, colorada y gruesa, que descansaba sobre un cuello robusto y estaba cubierta por una frondosa selva de negros cabellos, se parecía a primera vista a la de los canónigos cantados por Boileau; pero un segundo examen os revelaba en los surcos de sus carnosos labios, en el hoyuelo de la barbilla, en la forma cuadrada de la nariz de perfil irregular, y sobre todo en los ojos, el fuego permanente de un único amor, la agudeza del pensador, la ardiente melancolía de un espíritu capaz de abarcar los dos extremos del horizonte, penetrando en todos sus recovecos, y que fácilmente se hastiaba de los goces totalmente ideales al aplicar a ellos la lucidez del análisis. Si en aquel semblante se adivinaban los destellos del genio que emprende el vuelo, igualmente se veían las cenizas junto al volcán; y la esperanza se extinguía en un profundo sentimiento de nulidad social, en la que los orígenes oscuros y la falta de fortuna mantienen a tantos espíritus superiores. Al lado del pobre impresor, a quien su profesión, a pesar de estar tan relacionada con la inteligencia, daba náuseas, al lado de este Sileno, pesadamente replegado en sí mismo, que bebía a grandes sorbos de la copa de la ciencia y de la poesía, embriagándose para olvidar las desdichas de la vida provinciana, Lucien se mantenía en la graciosa postura imaginada por los escultores para el Baco indio. Su rostro tenía la elegancia de líneas de la belleza antigua: una frente y una nariz griegas, la blancura aterciopelada de las mujeres, unos ojos negros de puro azules, ojos llenos de amor y cuyo blanco rivalizaba en frescura con el de un niño. Remataban estos bonitos ojos unas cejas que parecían trazadas por un pincel chino y los orlaban unas largas pestañas de color castaño. Brillaba en las mejillas un sedoso vello cuyo color armonizaba con el de una rubia cabellera de rizado natural. Una suavidad divina respiraba en sus sienes de un blanco dorado. Una incomparable nobleza animaba su corta barbilla, ligeramente respingona. La sonrisa de los ángeles tristes vagaba por sus labios de coral, realzados por unos bellos dientes. Tenía las manos de un hombre de buena cuna, unas manos elegantes, a un simple gesto de las cuales los hombres deberían obedecer y que las mujeres gustan de besar. Lucien era esbelto y de mediana estatura. Al ver sus pies, un hombre hubiera tenido todavía más la tentación de tomarle por una muchacha disfrazada, dado que, a semejanza de los hombres sutiles, por no decir astutos, sus caderas tenían la conformación de las de una mujer. Este indicio, que raramente engaña, era cierto por lo que respecta a Lucien: por su espíritu inquieto, a menudo, cuando analizaba el actual estado de la sociedad, se dejaba llevar por la típica depravación de los diplomáticos, convencidos de que el fin justifica los medios, por vergonzosos que estos sean. Una de las desgracias a las que se ven sometidas las grandes inteligencias es la de comprender por fuerza todas las cosas, tanto los vicios como las virtudes.

Estos dos jóvenes juzgaban a la sociedad desde tanta más altura cuanto más abajo se encontraban situados en la escala social, ya que los hombres desconocidos se vengan de lo modesto de su posición con su elevación de miras. Pero su desesperación era también tanto más amarga cuanto que de este modo se encaminaban más rápidamente hacia donde los llevaba su verdadero destino. Mucho era lo que Lucien había leído y comparado; y también David había pensado y meditado mucho. Pese a su apariencia de persona de una robusta salud de hombre de campo, el impresor era de carácter melancólico y enfermizo, dudaba de sí mismo, mientras que Lucien, dotado de un espíritu emprendedor, pero voluble, era de una audacia que se compadecía mal con su talante blando, casi débil, pero lleno de gracia femenina. Lucien poseía en grado sumo el carácter gascón, osado, valiente, aventurero, que exagera lo bueno y minimiza lo malo, que no retrocede ante una falta si puede sacar algún provecho de ella y que es indiferente al vicio si éste puede servirle de escalón para ascender. Estas cualidades propias del ambicioso se hallaban entonces refrenadas por las bellas ilusiones de la juventud, por el ardor que le empujaba hacia los nobles medios que los hombres amantes de la gloria emplean antes que los demás. No se hallaba en lucha aún más que con sus propios deseos y no con las dificultades de la vida, con sus propias potencialidades y no con la cobardía de los hombres, que es un ejemplo fatal para los espíritus volubles. Vivamente seducido por la brillante inteligencia de Lucien, David lo admiraba, si bien corrigiendo los errores en los que le hacía incurrir la furia francesa. Este hombre justo tenía un carácter tímido que contrastaba con su fuerte complexión, pero no carecía en absoluto del tesón de los hombres del Norte. Si bien veía todas las dificultades, se prometía vencerlas sin descorazonarse; y pese a poseer la firmeza de una virtud verdaderamente apostólica, la atemperaba con la gracia de una inagotable indulgencia. En esta amistad, ya vieja, uno de los dos amaba con idolatría, y era David. Por ello Lucien mandaba como mujer que se sabe amada. David obedecía de buen grado. La belleza física de su amigo comportaba una superioridad que él aceptaba, porque se sabía torpe y corriente.

«Para el buey la paciente agricultura, para el pájaro la vida despreocupada —se decía el impresor—. Por tanto, yo seré el buey, y Lucien, el águila.»

Desde hacía alrededor de tres años, los dos amigos habían vinculado, pues, sus destinos, para los que entreveían un brillante porvenir. Leían las grandes obras aparecidas tras la paz en el horizonte literario y científico; las obras de Schiller, Goethe, Lord Byron, Walter Scott, Jean-Paul, Berzélius, Davy, Cuvier, Lamartine, etcétera. Se calentaban en estos grandes hogares, se ejercitaban escribiendo obras abortadas o comenzadas, dejadas y retomadas con entusiasmo. Trabajaban sin descanso, sin gastar todas las inagotables fuerzas de la juventud. Igual de pobres, pero devorados por el amor al arte y a las ciencias, olvidaban la miseria presente tratando de echar los cimientos de su fama.

—Lucien, ¿sabes qué acabo de recibir de París? —dijo el impresor sacándose del bolsillo un pequeño volumen en decimoctavo—. ¡Escucha!

David leyó, como saben leer los poetas, el idilio de André de Chénier, titulado Néère; luego el del Joven enfermo y luego la elegía sobre el suicidio, compuesta al estilo antiguo, y los dos últimos yambos.

—¿O sea que éste es André de Chénier? —exclamó Lucien varias veces seguidas—. Es desesperante —repetía por tercera vez, cuando David, demasiado emocionado para continuar, le dejó coger el libro.

—¡Un poeta descubierto por otro poeta! —dijo al ver la firma del prefacio.

—Después de haber escrito esta obra —prosiguió David—, Chénier creyó que nada de lo que había escrito era digno de ser publicado.

Lucien, a su vez, leyó el épico pasaje de El ciego y varias elegías. Cuando llegó al fragmento:

No conocen la felicidad, pero ¿existe ésta en la tierra?,

besó el libro, y los dos amigos lloraron, porque ambos amaban con idolatría. Los pámpanos habían enrojecido, las viejas paredes de la casa, agrietadas, abombadas, desigualmente recorridas por unas innobles resquebrajaduras, se habían recubierto de acanaladuras, almohadillados, bajorrelieves e innumerables obras de arte de no sé qué arquitectura, por obra y gracia de un hada. La Fantasía había derramado sus flores y rubíes sobre el pequeño patio oscuro. La Camille de André Chénier se había convertido para David en su Ève adorada, y para Lucien en una gran dama a la que cortejaba. La Poesía había sacudido los pliegues majestuosos de su vestido estrellado en el taller en el que gesticulaban los monos y los osos de la tipografía. Daban las cinco, pero los dos amigos no tenían ni hambre ni sed; la vida era para ellos como un sueño dorado, tenían todos los tesoros de la tierra a sus pies, percibían ese rincón del horizonte azulado señalado por el dedo de la Esperanza a aquéllos cuya vida es un tormento y a quienes su voz de sirena dice: «Id, volad, escaparéis a la desgracia a través de este espacio de oro, plata o azur». En aquel preciso instante, un aprendiz llamado Cérizet, un pilluelo de París que David había hecho venir a Angulema, abrió la pequeña puerta acristalada que comunicaba el taller con el patio e indicó los dos amigos a un desconocido que avanzó saludándolos.

—Señor —dijo a David sacando de su bolsillo un enorme cuaderno—, aquí traigo una memoria que me gustaría imprimir, ¿podría decirme cuánto me costaría?

—No imprimimos, señor, manuscritos tan extensos —respondió David sin mirar el cuaderno—; vaya a casa de los señores Cointet.

—Pero tenemos un tipo muy bonito que tal vez podría irle muy bien —terció Lucien cogiendo el manuscrito—. Habría de tener la bondad de volver mañana, dejándonos su obra para calcular los costes de impresión.

—¿No es con monsieur Lucien Chardon con quien tengo el honor…?

—Sí, señor —repuso el regente.

—Me siento dichoso, señor —dijo el autor—, de haber podido conocer a un joven poeta llamado a tan altos desempeños. Me manda madame de Bargeton.

Al oír este nombre, Lucien se sonrojó y balbuceó unas frases para expresar su agradecimiento por el interés que le demostraba madame de Bargeton. David advirtió el rubor y la confusión de su amigo, a quien dejó mantener la conversación con el hidalgüelo, autor de una memoria sobre la cría del gusano de seda y a quien la vanidad movía a hacer imprimir su obra para que pudiera ser leída por sus colegas de la Sociedad de Agricultura.

—Bien, Lucien —dijo David cuando el gentilhombre se fue—, ¿acaso amas a madame de Bargeton?

—¡Perdidamente!

—Pero estáis más separados el uno del otro por los prejuicios que si ella estuviera en Pekín y tú en Groenlandia.

—La voluntad de dos enamorados triunfa sobre todo —dijo Lucien bajando los ojos.

—Nos olvidarás —replicó el tímido enamorado de la bella Ève.

—Al contrario, tal vez he sacrificado a mi amada por ti —exclamó Lucien.

—¿Qué quieres decir?

—Que, a pesar de mi amor y de los diversos intereses que me mueven a frecuentar su casa, le he dicho que no volvería a poner los pies allí si un hombre cuyo talento es superior al mío, cuyo porvenir será glorioso, si David Séchard, mi hermano y amigo, no era recibido por ella. En casa he de encontrar la respuesta. Pero aunque todos los aristócratas sean invitados esta noche para oírme recitar versos, si la respuesta es negativa, nunca más volveré a poner los pies en casa de madame de Bargeton.

David estrechó fuertemente la mano de Lucien tras haberse enjugado los ojos. Dieron las seis.

—Ève debe de estar inquieta, adiós —dijo bruscamente Lucien.

Y desapareció, dejando a David sumido en una de esas profundas emociones que sólo se sienten tan intensamente a esta edad, sobre todo en la situación en que se encontraban aquellos dos jóvenes cisnes, a quienes la vida de provincias no había cortado aún las alas.

—¡Un corazón de oro! —exclamó David siguiendo con los ojos a Lucien, que atravesaba el taller.

Lucien bajó al Houmeau por el bonito paseo de Beaulieu, por la rue du Minage y la Porte-Saint-Pierre. Si tomaba así el camino más largo, era porque la casa de madame de Bargeton se hallaba en este trayecto. Experimentaba tanto placer en pasar por debajo de las ventanas de aquella mujer, aun sin ella saberlo, que desde hacía dos meses no volvía ya al Houmeau por la Porte-Palet.

Al llegar bajo los árboles de Beaulieu, contempló la distancia que separaba Angulema del Houmeau. Las costumbres de la región habían levantado barreras morales mucho más difíciles de salvar que las cuestas por las que bajaba Lucien. El joven ambicioso que acababa de introducirse en el hôtel de los Bargeton, lanzando la gloria como un puente tendido entre la ciudad y el arrabal, estaba inquieto por la decisión de su amada, como un favorito que teme una desgracia tras haber intentado acrecentar su poder. Estas palabras podrán parecer oscuras a quienes no han observado aún las costumbres particulares de las ciudades divididas en parte alta y parte baja, pero es tanto más necesario dar aquí algunas explicaciones sobre Angulema cuanto que ayudarán a comprender mejor a madame de Bargeton, uno de los personajes más importantes de esta historia.

Angulema es una vieja ciudad, construida en lo alto de una montaña en forma de pan de azúcar, que domina los valles por los que discurre el Charente. Esta peña domina hacia la parte del Périgord una extensa colina que termina bruscamente en el camino de París a Burdeos, formando una especie de promontorio delimitado por tres pintorescos valles. La importancia que tenía esta ciudad en tiempos de las guerras de religión está atestiguada por sus murallas, sus puertas y los vestigios de una fortaleza situada en el pico de la montaña. Su situación hacía antaño de ella un punto estratégico, igual de precioso tanto para los católicos como para los calvinistas; pero su fuerza de otros tiempos constituye hoy su debilidad; al impedirle extenderse más allá del Charente, sus murallas y la pendiente demasiado empinada de la peña la han condenado a la más funesta inmovilidad. En los tiempos en que se desarrolla esta historia, el Gobierno trataba de extender la ciudad hacia la parte del Périgord construyendo a lo largo de la colina el palacio de la Prefectura, una escuela de Marina, establecimientos militares, y abriendo nuevos caminos. Pero el Comercio había tomado ya la delantera en otra parte. Desde hacía largo tiempo, el barrio del Houmeau había crecido como las setas al pie de la peña y en las márgenes del río, a lo largo del cual pasa el camino real de París a Burdeos. Nadie ignora la fama de las papeleras de Angulema, que desde hacía tres siglos se habían establecido forzosamente junto al Charente o sus afluentes, donde encontraron saltos de agua. El Estado había creado en Ruelle su más importante fundición de cañones para la Marina. La oficina de transportes, la de correos, las posadas, la carretería, las empresas de coches públicos, todas las industrias que viven del camino y del río, se habían agrupado en la parte baja de Angulema, a fin de evitar los problemas que presentaban sus vías de acceso. Y, naturalmente, las curtidurías, los lavaderos y todos los establecimientos náuticos se quedaron en las cercanías del Charente; luego, los almacenes de aguardientes, los depósitos de todas las materias primas transportadas por el río, y finalmente todo el tráfico fue bordeando con sus establecimientos la orilla del Charente. El barrio del Houmeau se convirtió por tanto en una ciudad rica e industriosa, en una segunda Angulema, que despertó celos en la ciudad alta donde quedaron la Prefectura, el Obispado, el Palacio de Justicia y la aristocracia. Así, el Houmeau, a pesar de su activa y creciente pujanza, no fue sino un apéndice de Angulema. En las alturas, la Nobleza y el Poder; abajo, el Comercio y el Dinero; dos esferas sociales que en todas partes son perpetuamente enemigas; por ello es difícil adivinar cuál de las dos ciudades odiaba más a su rival. Nueve años de Restauración habían agravado este estado de cosas bastante tranquilo bajo el Imperio. La mayoría de las casas de la alta Angulema están habitadas o por familias nobles o por antiguas familias burguesas que viven de sus rentas y forman una especie de nación autóctona en la que los extraños jamás son recibidos. Apenas si, después de doscientos años de convivencia, si después de un entronque con una de las principales familias, una familia llegada de alguna provincia vecina se ve aceptada, a los ojos de los autóctonos parece que fue ayer cuando llegó a la región. Los prefectos, los recaudadores generales, los funcionarios estatales que se han ido sucediendo desde hace cuarenta años, han tratado de civilizar a las viejas familias encaramadas en su peña como cuervos desafiantes: las familias han aceptado sus fiestas y sus cenas, pero en lo que se refiere a recibirlos en sus casas, se han negado a ello de forma permanente. Burlonas, despectivas, envidiosas y avaras, estas casas se casan entre sí, forman en cerrado y prieto batallón para no dejar entrar ni salir a nadie; ignoran las creaciones del lujo moderno; enviar un hijo a París es para ellas querer su perdición. Esta prudencia da una idea de los usos y costumbres retrógrados de estas familias aferradas a un monarquismo obtuso, imbuidas más de devoción que propiamente religiosas, que viven todas inamovibles como su ciudad y su peña. Angulema goza, sin embargo, de gran reputación en las provincias colindantes por la educación que en ella se imparte. Las ciudades vecinas mandan a sus hijas a los pensionados y conventos. Fácil es hacerse una idea de hasta qué punto el espíritu de casta influye en los sentimientos que separan a Angulema del Houmeau. El comercio es rico, la nobleza en general pobre. La una se venga del otro mediante un desprecio igual por ambas partes. Entre la burguesía de Angulema existe el mismo enfrentamiento. Un comerciante de la parte alta dice de otro del barrio bajo, con un acento indefinible: «¡Es uno del Houmeau!». La Restauración, al restablecer la posición de la nobleza en Francia y darle unas esperanzas que no podían cumplirse sin un completo trastorno social, aumentó la distancia moral que separaba, más aún que la distancia social, a Angulema del Houmeau. La nobleza, solidaria entonces con el Gobierno, se hizo allí más exclusivista que en cualquier otro lugar de Francia. El vecino del Houmeau se parecía bastante a un paria. De ahí procedían esos sordos y profundos odios que hicieron tan espantosamente unánime la insurrección de 1830 y acabaron con las bases de un duradero Estado social en Francia. La altivez de la nobleza cortesana hizo que la nobleza provinciana se mostrara desafecta con el trono, tanto como ésta se mostró desafecta con la burguesía al herir todas sus vanidades. Un vecino del Houmeau, hijo de un farmacéutico, introducido en casa de madame de Bargeton era, por tanto, una pequeña revolución. ¿Quiénes eran sus artífices? Lamartine y Victor Hugo, Casimir Delavigne y Canalis, Béranger y Chateaubriand; Villemain y M. Aignan, Soumet y Tissot, Étienne y D’Avrigny, Benjamin Constant y Lamennais, Cousin y Michaud; en fin, tanto las viejas como las jóvenes glorias literarias, tanto los liberales como los monárquicos. Madame de Bargeton era amante de las artes y de las letras, gusto extravagante, manía altamente deplorada en Angulema, pero que es necesario justificar al esbozar la vida de esta mujer nacida para ser célebre, mantenida en la oscuridad por unas circunstancias fatales y cuya influencia determinó el destino de Lucien.

Monsieur de Bargeton era biznieto de un regidor de Burdeos, llamado Mirault, ennoblecido bajo Luis XIII como consecuencia del largo tiempo en el ejercicio de su cargo. Bajo Luis XIV, su hijo, convertido en Mirault de Bargeton, fue oficial de la Guardia de la Porte e hizo tan excelente matrimonio de conveniencia, que posibilitó que, en tiempos de Luis XV, su hijo fuera llamado pura y simplemente monsieur de Bargeton. El tal monsieur de Bargeton, nieto de monsieur Mirault-le-Jurat, puso tanto celo en comportarse como un perfecto noble de sangre, que se comió el entero caudal de la familia y dilapidó su fortuna. Dos de sus hermanos, tíos abuelos del actual Bargeton, se hicieron negociantes, por lo que se encuentran Mirault en el comercio de Burdeos. Como las tierras de Bargeton, situadas en el Angoumois, en la jurisdicción del feudo de La Rochefoucauld, habían subsistido, así como una casa en Angulema, conocida como el hôtel de Bargeton, el nieto de monsieur de Bargeton el Derrochador heredó estas dos propiedades. En 1789 perdió sus derechos útiles y no pudo contar más que con las rentas de la tierra, que ascendían a unas diez mil libras. De haber seguido su abuelo los gloriosos ejemplos de Bargeton I y de Bargeton II, Bargeton V, a quien puede darse el sobrenombre del Mudo, habría sido marqués de Bargeton; habría entroncado con cualquier gran familia, habría sido duque y par como tantos otros; mientras que en 1805 se sintió muy halagado por su enlace con mademoiselle Marie-Louise-Anaïs de Nègrepelisse, hija de un gentilhombre olvidado desde hacía mucho tiempo en su casa solariega, pese a pertenecer a la rama menor de una de las más rancias familias del Mediodía de Francia. Hubo ya un Nègrepelisse entre los rehenes de San Luis; pero el cabeza de la rama mayor lleva el ilustre nombre de Espard, ganado en tiempos de Enrique IV, por un matrimonio con la heredera de esta familia. Este gentilhombre, segundón de un segundón, vivía en la propiedad de su mujer, una pequeña hacienda sita cerca de Barbezieux, la cual explotaba a las mil maravillas llevando a vender su trigo al mercado, haciéndose él mismo su vino y burlándose de las chanzas ajenas con tal de embolsarse unos escudos y poder engrandecer de vez en cuando sus posesiones. Unas circunstancias que suceden más bien raramente en lo profundo de las provincias habían inspirado a madame de Bargeton el gusto por la música y una inclinación por la literatura. Durante la Revolución, un tal abate Niollant, el mejor discípulo del abate Roze, se refugió en el pequeño castillo del Escarbas, trayendo consigo su bagaje de compositor. Pagó con largueza la hospitalidad del viejo gentilhombre, educando a su hija, Anaïs, a la que para abreviar se llamaba Naïs, y que sin esta aventura habría quedado abandonada a sí misma o, aún peor, en manos de cualquier doncella. El abate no sólo era músico, sino que poseía también unos conocimientos bastante vastos de literatura y sabía italiano y alemán. Enseñó, pues, estas dos lenguas y el contrapunto a mademoiselle de Nègrepelisse; le explicó las grandes obras literarias de Francia, de Italia y de Alemania, descifrando con ella la música de todos los grandes maestros. Por último, para combatir la holganza de la gran soledad a la que les condenaban los acontecimientos políticos, le enseñó griego y latín y le dio cierto barniz de ciencias naturales. La presencia de una madre no modificó en absoluto esta educación masculina en una joven ya de por sí demasiado inclinada a la independencia debido a la vida campestre. El abate Niollant, alma entusiasta y poética, era sobre todo notable por el espíritu peculiar de los artistas que comporta varias cualidades apreciables, pero que se eleva por encima de las ideas burguesas por la libertad de juicio y la amplitud de miras. Si en la vida de mundo este carácter se hace perdonar sus temeridades por su profundidad original, en la vida privada puede parecer perjudicial por los extravíos que inspira. El abate no carecía de corazón, y sus ideas fueron, por tanto, contagiosas para una muchacha en quien la natural exaltación de los jóvenes se veía reafirmada por la soledad del campo. El abate Niollant infundió a su alumna su audaz espíritu crítico y su seguridad de juicio, sin pensar que estas cualidades tan necesarias en un hombre se convierten en defectos en una mujer destinada a las humildes ocupaciones de una madre de familia. Pese a que el abate recomendaba continuamente a su alumna ser tanto más graciosa y modesta cuanto más iba aumentando su saber, mademoiselle de Nègrepelisse se hizo una excelente opinión de sí misma y concibió un sólido desprecio por la Humanidad. Al no ver a su alrededor sino a inferiores y a gentes dispuestas a obedecerla, adquirió la altanería de las grandes damas, sin poseer las sutiles astucias de su cortesía. Halagada en todas sus vanidades por un pobre abate que se admiraba en ella como un autor en su obra, tuvo la desgracia de no encontrar punto alguno de comparación que le ayudara a juzgarse a sí misma. La falta de vida social es uno de los mayores inconvenientes de la vida rural. Cuando no se está obligado a hacer por el prójimo esos pequeños sacrificios exigidos por la urbanidad y el arreglo personal, se acaba por adquirir la costumbre de no preocuparse por los demás. Entonces todo se vicia en nosotros, tanto las formas como el talento. Al no verse reprimido por el trato de la sociedad, el atrevimiento en las ideas de mademoiselle de Nègrepelisse pasó a sus maneras y a su mirada; tenía ese aire desenvuelto que parece en principio original, pero que solamente sienta bien a las mujeres de rompe y rasga. Así esta educación, cuyas asperezas se habrían ido puliendo en las altas esferas sociales, había de hacerla ridícula en Angulema en cuanto sus adoradores dejaran de divinizar errores, unos errores que sólo hacen gracia en la juventud. En cuanto a monsieur de Nègrepelisse, habría dado todos los libros de su hija con tal de salvar a un buey enfermo; pues era tan avaro que no le habría concedido ni dos ochavos más de la pensión a que tenía derecho, por más que se hubiera tratado de comprarle la bagatela más necesaria para su educación. El sacerdote murió en 1802, antes del casamiento de su querida niña, casamiento que sin duda habría desaconsejado. El viejo gentilhombre se encontró muy incómodo con su hija tras la muerte del abate. Se sentía demasiado débil para sostener la lucha que iba a estallar entre su avaricia y el espíritu independiente de su ociosa hija. Como todas las jóvenes que se han salido del camino trazado por el que deben de transitar las mujeres, Naïs se había hecho su propia idea del matrimonio y éste le interesaba muy poco. Le repugnaba someter su inteligencia y su persona a unos hombres sin valor ni grandeza personal, como los que hasta entonces había podido conocer. Quería mandar y le habría tocado obedecer. Entre obedecer a unos groseros caprichos y a unos espíritus sin indulgencia para con sus gustos o huir con un amante que le gustara, no habría dudado. Monsieur de Nègrepelisse era aún lo bastante noble como para temerse un matrimonio desigual. Lo mismo que muchos otros padres, decidió casar a su hija pensando menos en ella que en su propia tranquilidad. Necesitaba a un noble o a un gentilhombre de pocos alcances, incapaz de discutir sobre las cuentas de la tutela que quería presentar a su hija, lo bastante carente de luces y de voluntad como para que Naïs pudiera actuar a su antojo y lo bastante desinteresado como para casarse con ella sin dote. Pero ¿cómo encontrar un yerno que conviniera por igual al padre y a la hija? Un hombre semejante era el fénix de los yernos. Con este doble interés, monsieur de Nègrepelisse estudió a los hombres de la provincia, y le pareció que monsieur de Bargeton era el único que respondía a sus planes. Monsieur de Bargeton, un cuarentón bastante cascado por la disipada vida amorosa que había llevado en su juventud, revelaba poseer una notable cortedad mental; pero justo le quedaba el suficiente buen juicio como para administrar su fortuna y los suficientes modales como para seguir viviendo en Angulema sin cometer torpezas ni tonterías. Monsieur de Nègrepelisse le explicó muy crudamente a su hija el valor negativo del marido modelo que le proponía y le hizo ver las ventajas que podía sacar de dicha situación para su propia felicidad: se casaba con un escudo de armas con más de doscientos años de antigüedad: escudo cuartelado: 1.º, en campo de oro, tres cabezas descarnadas de ciervo de gules; 2.º y 1.º de sable, cruzados por tres cabezas de buey; 1.º y 2.º fajados de azur y plata de seis piezas; 3.º, 2.º y 1.º cargados el azur con seis conchas de oro. Con aquel marido protector, tomaría las riendas de su destino, al abrigo de una posición social y con la ayuda de las relaciones que le proporcionarían en París su inteligencia y su belleza. Naïs se sintió seducida ante tal perspectiva de libertad. Monsieur de Bargeton creyó que hacía un brillante matrimonio, considerando que su suegro no tardaría en dejarle unas tierras que con tanto amor agrandaba; pero en aquel momento monsieur de Nègrepelisse parecía tener que escribir el epitafio de su yerno.

Madame de Bargeton tenía a la sazón treinta y seis años y su marido cincuenta y ocho. Esta disparidad contrastaba tanto más cuanto que monsieur de Bargeton aparentaba setenta años, mientras que su mujer podía impunemente hacer el papel de jovencita, vestirse de rosa o peinarse como una niña. Pese a que su fortuna no excedía las doce mil libras de renta, figuraba entre las seis más importantes de la vieja ciudad, si exceptuamos a los comerciantes y a los funcionarios estatales. La necesidad de cultivar el trato con su padre, cuya herencia madame de Bargeton esperaba para trasladarse a París, y que le hizo esperar tanto que su yerno murió antes que él, obligó a monsieur y a madame de Bargeton a vivir en Angulema, donde las brillantes cualidades del espíritu y las riquezas en bruto ocultas en el corazón de Naïs habían de perderse sin dar fruto, para irse trocando con el paso del tiempo en ridiculeces. Efectivamente, nuestras ridiculeces son causadas en gran medida por un bello sentimiento, una virtud o unas facultades llevadas al extremo. El orgullo que no se refina con el trato del gran mundo se transforma en rigidez que se apega a simples pequeñeces en vez de crecer en un círculo de sentimientos elevados. La exaltación, esa virtud dentro de la virtud, que engendra a los santos, que inspira los sacrificios secretos y las brillantes poesías, se convierte en exageración al aplicarla a las naderías de provincias. Lejos del centro en el que brillan los grandes espíritus, donde el aire está cargado de pensamientos, donde todo se renueva, la instrucción envejece, el gusto se desnaturaliza como si de agua estancada se tratase. A falta de ejercicio, las pasiones se empequeñecen al agrandarse las nimiedades. Es ahí donde ha de buscarse la razón de la avaricia y de los comadreos que infestan la vida de provincias. La imitación de las ideas estrechas y de los comportamientos mezquinos no tarda en adueñarse de la persona más distinguida. Y así perecen hombres nacidos para ser grandes, y mujeres que, enmendadas por las enseñanzas del mundo y formadas por unos espíritus superiores, habrían sido encantadoras. Madame de Bargeton tomaba la lira a propósito de cualquier bagatela, sin distinguir las poesías personales de las públicas. Hay, en efecto, ciertas sensaciones incomprendidas que hay que guardarse para sí. Verdad es que una puesta de sol es un gran poema, pero una mujer ¿no es acaso ridícula al describirla con frases enfáticas ante un público de gentes prosaicas? Existe esa clase de goces que solamente pueden saborearse entre dos, de poeta a poeta, de corazón a corazón. Tenía ella el defecto de emplear esas grandes frases recargadas de palabras enfáticas, tan ingeniosamente llamadas «paparruchas» en la jerga del periodismo, de las que todas las mañanas ofrece una buena ración a sus suscriptores, quienes se las tragan a pesar de ser muy poco digeribles. Prodigaba demasiado unos superlativos que volvían pesada su conversación en la que la más mínima cosa adquiría unas proporciones gigantescas. Fue en aquella época cuando comenzó a tipificar, individualizar, sintetizar, dramatizar, superlativizar, analizar, poetizar, prosaizar, colosificar, angelizar, neologizar y tragiquizar, pues es preciso violar por un momento la lengua para describir nuevos defectos que comparten algunas mujeres. Por otra parte, su espíritu se inflamaba tanto como su lenguaje. Tenía el ditirambo en el corazón y en los labios. Palpitaba, desfallecía y se entusiasmaba con cualquier acontecimiento: por la abnegación de una monja, por la ejecución de los hermanos Faucher, tanto por el Ipsiboé de monsieur d’Arlincourt como por el Anaconda de Lewis, tanto por la evasión de Lavalette como por una de sus amigas que había logrado poner en fuga a unos ladrones dando gritos. Todo era para ella sublime, extraordinario, extraño, divino, maravilloso. Se animaba, se enojaba, caía en el abatimiento, se levantaba, volvía a caer, miraba el cielo o la tierra; sus ojos se llenaban de lágrimas. Malgastaba su vida en perpetuas admiraciones y se consumía en medio de extraños desdenes. Se imaginaba al bajá de Janina y habría querido luchar con él en su serrallo, y encontraba algo de grandeza en ser metida en un saco cerrado y arrojada al agua. Envidiaba a lady Esther Stanhope, aquella marisabidilla del desierto. Sentía ganas de hacerse hermana de santa Camila e ir a morir de fiebre amarilla en Barcelona cuidando enfermos: ¡eso sí que era un objetivo grande y noble! En una palabra, se sentía sedienta de todo cuanto no fuera el agua clara de su vida, oculta entre las hierbas. Adoraba a Lord Byron, a Jean-Jacques Rousseau y todas las vidas poéticas y dramáticas. Tenía lágrimas para todas las desgracias y fanfarrias para todas las victorias. Simpatizaba con Napoleón vencido y también con Mehmet Alí mientras masacraba a los tiranos de Egipto. En suma, rodeaba a las personas de genio de una aureola y creía que vivían en medio de perfumes y de luz. A mucha gente le parecía que era una loca cuya locura no era peligrosa; pero sin duda a un observador perspicaz tales cosas habrían parecido las ruinas de un magnífico amor desmoronado no bien construido, los restos de una Jerusalén celestial, en resumidas cuentas, el amor sin el amado. Y era verdad. La historia de los dieciocho primeros años de matrimonio de madame de Bargeton puede escribirse en pocas palabras. Vivió durante algún tiempo de su propia sustancia y de lejanas esperanzas. Luego, tras haber reconocido que la vida de París, a la que aspiraba, le estaba vedada a causa de lo mediocre de su fortuna, se puso a estudiar a las personas que la rodeaban y se estremeció de su soledad. No veía a su alrededor a ningún hombre que pudiera inspirarle una de esas locuras a las que las mujeres se entregan, empujadas por la desesperación que les causa una vida sin escapatoria, acontecimientos ni interés. No podía contar con nada, ni siquiera con el azar, pues hay vidas sin azar. En los tiempos en que el Imperio brillaba en toda su gloria, con ocasión del paso de Napoleón a España, adonde enviaba a la flor y nata de su ejército, las esperanzas de esta mujer, hasta entonces defraudadas, se despertaron. La curiosidad la empujó naturalmente a contemplar a aquellos héroes que conquistaban Europa a una palabra que figuraba en la orden del día, y que reverdecían las fabulosas hazañas de la caballería. Hasta las ciudades más avariciosas y refractarias se veían obligadas a festejar a la Guardia Imperial, a cuyo encuentro salían los alcaldes y los prefectos, con una arenga en los labios, como en tiempos de la Monarquía. Madame de Bargeton, que asistió a un baile ofrecido a la ciudad por uno de los regimientos, se quedó prendada de un gentilhombre, simple teniente a quien el astuto Napoleón había prometido el bastón de mariscal de Francia. Esta pasión contenida, noble y grande, que tanto contrastaba con las pasiones de aquel entonces, tan fáciles de anudar y desanudar, fue castamente consagrada por la mano de la muerte. En Wagram, una bala de cañón estalló en el corazón del marqués de Cante-Croix, destrozando el único retrato que acreditaba la belleza de madame de Bargeton. Lloró durante mucho tiempo a aquel apuesto muchacho, que en sólo dos campañas había alcanzado el grado de coronel, exaltado por la gloria y el amor, y que anteponía una carta de Naïs a las distinciones imperiales. El dolor dejó en el rostro de esta mujer un velo de tristeza. Esta nube no se disipó hasta la edad terrible en que la mujer comienza a añorar sus buenos tiempos pasados sin haberlos disfrutado, cuando ve marchitarse sus rosas y cuando los deseos del amor renacen con el ansia de prolongar las últimas sonrisas de la juventud. Todas sus cualidades superiores ulceraron su alma en el momento en que se apoderó de ella el frío de la provincia. Al igual que el armiño, se habría muerto de pena si, por una casualidad, se hubiera mancillado al contacto de unos hombres que no pensaban más que en jugarse unas monedas por la noche tras haber cenado bien. Su orgullo la preservó de los tristes amoríos de provincias. Entre la nulidad de los hombres que la rodeaban y la nada, una mujer tan superior tuvo que elegir la nada. Así, el matrimonio y la vida de sociedad fueron para ella un monasterio. Vivió para la poesía como la carmelita vive para la religión. Las obras de los ilustres extranjeros, desconocidos hasta aquel entonces, y que se publicaron entre 1815 y 1821, los grandes tratados de Bonald y de De Maistre, esas dos águilas pensantes, y, por último, las obras menos grandiosas de la literatura francesa, que tan vigorosamente dio sus primeros frutos, hermosearon su soledad, pero no dulcificaron ni su carácter ni su persona. Se mantuvo recta y fuerte como un árbol que ha aguantado un rayo sin haber sido abatido. Su dignidad se hinchó, su realeza la hizo preciosa y quinta-esenciada. Como todos los que se dejan adular por unos cortesanos cualesquiera, dominaba con todos sus defectos. Tal era el pasado de madame de Bargeton, fría historia que era necesario contar para que puedan comprenderse sus relaciones con Lucien, que fue introducido en su casa de modo harto singular. Durante el último invierno había llegado a la ciudad una persona que animó la vida monótona que llevaba madame de Bargeton. El puesto de director de contribuciones indirectas había quedado vacante y monsieur de Barante envió para ocuparlo a un hombre cuyo destino aventurero decía en su favor lo bastante como para que la curiosidad femenina le sirviera de pasaporte para ser recibido en casa de la reina de la región.

Monsieur du Châtelet, venido al mundo bajo el nombre de Sixte Châtelet a secas, pero que desde 1806 había tenido la feliz ocurrencia de atribuirse la partícula ennoblecedora, era uno de esos jóvenes agradables que, bajo Napoleón, escaparon a todas las levas permaneciendo junto al sol imperial. Había iniciado su carrera como primer secretario de una princesa imperial. Monsieur du Châtelet reunía todas las incapacidades exigidas para su puesto. Bien plantado, apuesto, buen bailarín, sabía jugar al billar, era ágil en todos los ejercicios, mediocre actor de salón, cantante de romanzas, aplaudidor de dichos graciosos, dispuesto a todo, dúctil, envidioso, lo sabía todo y nada. Ignorante en música, acompañaba al piano mal que bien a una mujer que quería cantar por simple amabilidad una romanza aprendida con mil esfuerzos durante un mes. Incapaz de comprender la poesía, pedía audazmente permiso para pasear durante diez minutos a fin de hacer una improvisación, alguna cuarteta insulsa y en la que la rima suplía la falta de ideas. Monsieur du Châtelet estaba también dotado del talento de acabar la tapicería cuyas flores había empezado la princesa; sostenía con infinita gracia la madeja de seda que ella iba devanando, mientras le decía insustancialidades en las que la indecencia se escondía debajo de un velo más o menos agujereado. Ignorante en pintura, sabía copiar un paisaje, esbozar a lápiz un perfil, bosquejar un vestido y colorearlo. En fin, poseía todos esos pequeños talentos que eran tan grandes medios de fortuna en una época en que las mujeres han tenido una influencia mayor de lo que se cree en todos los asuntos. Se preciaba de poseer amplios conocimientos en diplomacia, la ciencia de los que no tienen ninguna y que resultan profundos por su vacuidad; ciencia, por otra parte, muy cómoda en el sentido de que se demuestra por el ejercicio mismo de sus altas funciones; porque necesitando hombres discretos, permite que los ignorantes no digan nada, refugiándose en misteriosas inclinaciones de cabeza; y porque, finalmente, el hombre más experto es el que nada manteniendo su cabeza fuera del río de los acontecimientos, pareciendo así dirigirlos, lo cual se convierte en una simple cuestión de falta de peso específico. Como en las artes, se encuentran en ella mil mediocridades por cada hombre de genio. Sin embargo, a pesar de sus servicios ordinarios y extraordinarios cerca de su Alteza Imperial, el crédito de que gozaba su protectora no había podido encontrarle un puesto en el Consejo de Estado: y no porque no hubiera sido un delicioso maître des requêtes como tantos otros, sino porque la princesa consideraba que estando con ella estaba mejor que en cualquier otra parte.

Sin embargo fue nombrado barón y fue a Kassel como enviado extraordinario, y, en efecto, pareció ser muy extraordinario. Dicho en otras palabras, Napoleón, durante una crisis, se sirvió de él como correo diplomático. En el momento en que cayó el Imperio, el barón Du Châtelet contaba con la promesa de ser nombrado ministro plenipotenciario en Westfalia, cerca de Jerónimo. Tras haber perdido lo que él llamaba una embajada de familia, le entró la desesperación; hizo un viaje a Egipto en compañía del general Armand de Montriveau. Separado de su compañero por una serie de singulares acontecimientos, anduvo errante durante dos años de desierto en desierto, de oasis en oasis, de tribu en tribu, cautivo de los árabes, que se lo vendían unos a otros sin poder sacar el menor provecho de sus aptitudes. Finalmente llegó a los dominios del imán de Mascate, mientras Montriveau se dirigía a Tánger, pero tuvo la suerte de encontrar en Mascate un navío inglés que se hacía a la vela, y pudo regresar a París un año antes que su compañero de viaje. Sus recientes desgracias, algunas relaciones que conservaba de otro tiempo y los favores hechos a algunos personajes que entonces gozaban de favor, le valieron una recomendación para el presidente del Consejo, quien lo colocó junto a monsieur de Barante, en espera de que quedara vacante una dirección general. El papel desempeñado por monsieur du Châtelet cerca de su Alteza Imperial, su reputación de hombre galante, las singulares peripecias de su viaje, sus sufrimientos, todo ello excitó la curiosidad de las damas de Angulema. Informado de las costumbres de la ciudad alta, el señor barón Sixte du Châtelet se comportó en consecuencia. Se hizo el enfermo, interpretó el papel de un hombre a disgusto y hastiado. A la menor oportunidad se cogía la cabeza entre las manos como si sus padecimientos no le dieran un momento de tregua, pequeño ardid que recordaba su viaje y le hacía interesante. Visitó a las mayores autoridades, al general, al prefecto, al recaudador general y al obispo; pero en todas partes se mantuvo frío, educado y ligeramente desdeñoso como esas personas que no están en el lugar que les corresponde y que esperan los favores del poder. Dejó adivinar sus dotes de hombre de mundo, que ganaron al no ser conocidas; y luego, tras haberse hecho desear sin dejar que la curiosidad decayese, tras haber constatado la nulidad de los hombres y haber examinado hábilmente a las mujeres durante varios domingos en la catedral, reconoció en madame de Bargeton a la persona cuya intimidad le convenía. Depositó su confianza en la música para que le fueran abiertas las puertas de aquel palacio, impenetrable a los forasteros. Secretamente se consiguió una misa de Miroir y la estudió al piano; luego, un domingo en el que toda la sociedad de Angulema se encontraba en misa, extasió a los ignorantes tocando el órgano y despertó el interés que ya acompañaba a su persona haciendo circular, discretamente, su nombre por entre los miembros del bajo clero. A la salida de la iglesia, madame de Bargeton le felicitó y lamentó no tener ocasión de interpretar música juntos; durante este encuentro buscado, consiguió, naturalmente, hacerse ofrecer el pasaporte que no hubiera obtenido de haberlo solicitado. El hábil barón fue a casa de la reina de Angulema, a la que prodigó atenciones comprometedoras. Este viejo lechuguino, pues contaba ya cuarenta y cinco años, vio en esta mujer toda una juventud que reanimar, tesoros que revalorizar y tal vez una viuda rica en perspectiva de casarse, en una palabra, una alianza con la familia de los Nègrepelisse, que le permitiría abordar en París a la marquesa de Espard, cuya influencia podía abrirle de nuevo las puertas de la carrera política. A pesar del muérdago sombrío y lujuriante que dañaba a este hermoso árbol, decidió dedicarse a él, podarlo y cultivarlo para obtener de él buenos frutos. La Angulema noble puso el grito en el cielo por la intromisión de este infiel en la alcazaba, pues el salón de madame de Bargeton era el cenáculo de una sociedad pura de toda mezcla. Sólo el obispo iba allí habitualmente, el prefecto era recibido solamente dos o tres veces al año; el recaudador general de tributos no ponía los pies en él; madame de Bargeton iba a sus reuniones y conciertos, y no cenaba nunca en su casa. No recibir al recaudador general y aceptar a un simple director de tributos suponía un trastrueque de la jerarquía que pareció inconcebible a las autoridades desdeñadas.

Quienes en alas del pensamiento son capaces de comprender unas pequeñeces que se encuentran por lo demás en cada esfera social, comprenderán hasta qué punto imponía el hôtel de Bargeton a la burguesía de Angulema. En cuanto al Houmeau, las grandezas de este Louvre de poca monta, la gloria de ese hôtel de Rambouillet angulemino brillaba a una distancia solar. Todos cuantos allí se reunían eran los espíritus más lamentables, las inteligencias más insignificantes, los más pobres señores en veinte leguas a la redonda. La política se explayaba en trivialidades verbosas y apasionadas; La Quotidienne era juzgado allí tibio, Luis XVIII era tachado de jacobino. En cuanto a las mujeres, en su mayoría tontas y sin gracia, vestían mal, todas adolecían de alguna imperfección que las desvirtuaba, nada allí era completo, ni la conversación, ni el arreglo personal, ni el espíritu, ni la carne. Sin sus miras puestas en madame de Bargeton, Châtelet no habría podido aguantarlo. Sin embargo, los modales y el espíritu de casta, el aire noble, el orgullo del noble de castillejo y el conocimiento de las leyes de la cortesía, disimulaban todo este vacío. Allí la nobleza de sentimientos era mucho más real que en la esfera de las grandezas parisienses; irradiaba allí a pesar de todo una respetable adhesión a los Borbones. Esta sociedad podía compararse, si tal imagen fuera admisible, a un servicio de plata de estilo antiguo, ennegrecido, pero macizo. El inmovilismo de sus opiniones políticas guardaba cierto parecido con la fidelidad. La distancia que mediaba entre ella y la burguesía, la dificultad de entrar en ella, simulaban una especie de elevación y le conferían un valor convencional. Cada uno de aquellos nobles tenía su valor para los habitantes, lo mismo que los cauris representan el dinero entre los negros de Bámbara. Varias mujeres, halagadas por monsieur du Châtelet y reconociendo en él una superioridad de la que carecían los hombres de su círculo social, calmaron la insurrección de los amores propios: todas esperaban ocupar el puesto dejado vacante por su Alteza Imperial. Los puristas pensaron que verían al intruso en casa de madame de Bargeton, pero que no sería recibido en ninguna otra. Du Châtelet hubo de aguantar varias impertinencias, pero se mantuvo en su sitio cultivando la amistad del clero. Luego halagó los defectos que el terruño había producido en la reina de Angulema, le trajo todos los libros nuevos y le leía las poesías que se iban publicando. Se extasiaban juntos con las obras de los poetas jóvenes, ella de buena fe, él aburriéndose, pero tomándose con paciencia a los poetas románticos que, como hombre de la escuela imperial, difícilmente comprendía. A madame de Bargeton, entusiasmada por el renacimiento debido a la influencia de los lises, le gustaba Chateaubriand por haber llamado a Victor Hugo un niño sublime. Triste por no conocer al genio más que de lejos, suspiraba por París, donde vivían los grandes hombres. Monsieur du Châtelet creyó entonces maravillarla haciéndole saber que existía en Angulema otro niño sublime, un joven poeta que, sin saberlo, sobrepasaba en brillantez el esplendor sideral de las constelaciones parisienses. ¡Un futuro gran hombre había nacido en el Houmeau! El director del instituto había enseñado unas admirables composiciones poéticas al barón. Pobre y modesto, el chico era un Chatterton sin cobardía política, sin el odio feroz contra la alta sociedad que llevó al poeta inglés a escribir panfletos contra sus benefactores. En medio de las cinco o seis personas que compartían su afición por las artes y las letras, este porque rasgueaba el violín, aquel porque manchaba más o menos el papel blanco con sepia, uno en su calidad de presidente de la Sociedad de Agricultura, el otro en virtud de una voz de bajo que le permitía cantar a manera de toque de acoso el Se fiato in corpo avete; entre todos estos tipos estrambóticos, madame de Bargeton se encontraba como un hambriento ante una comida de teatro, donde los manjares son de cartón. Por ello, nada podría describir su alegría cuando se enteró de esta noticia. Quiso conocer a aquel poeta, ¡a aquel ángel!; se excitó, se entusiasmó y habló de ello durante dos horas seguidas. A la mañana siguiente, el antiguo correo diplomático había negociado por mediación del director del instituto la presentación de Lucien en casa de madame de Bargeton.

Sólo vosotros, pobres ilotas de provincias para quienes las distancias sociales son más largas de recorrer que para los parisienses, que las ven acortarse cada día más, sólo vosotros que soportáis todo el peso de las rejas detrás de las cuales cada uno de los diferentes mundos de esta tierra se lanzan uno al otro anatemas y se llaman Raca, sólo vosotros comprenderéis el trastorno que se produjo en el cerebro y el corazón de Lucien Chardon cuando su imponente director del instituto le dijo que ¡las puertas del hôtel de Bargeton iban a abrirse para él!, ¡la gloria las había hecho girar sobre sus goznes!, sería bien recibido en aquella casa cuyos viejos frontones atraían su mirada cuando por la noche se paseaba por Beaulieu con David, diciéndose que sus nombres tal vez nunca llegarían a esos oídos duros y sordos al saber cuándo éste viene de tan abajo. Sólo su hermana estuvo en el secreto. Como buena ama de casa y divina profetisa que era, Ève sacó algunos luises del tesoro para comprarle unos escarpines finos a Lucien en el mejor zapatero de Angulema y un traje nuevo en el mejor sastre. Le guarneció su mejor camisa con una chorrera que ella misma almidonó y plisó. ¡Qué alegría sintió cuando le vio vestido!, ¡qué orgullosa se sintió de su hermano!, ¡cuántas advertencias le hizo! Se preocupó de mil pequeñas tonterías. La tendencia a la meditación de Lucien le había hecho adquirir la costumbre de acodarse tan pronto como se sentaba, llegando al extremo de acercarse una mesa para poder apoyarse en ella; Ève le prohibió que en el santuario de la aristocracia se abandonara a unos modales desenvueltos. Le acompañó hasta la Porte-Saint-Pierre, llegó casi enfrente de la catedral y le vio tomar por la rue de Beaulieu, para llegar hasta la entrada, donde le esperaba monsieur du Châtelet. Luego la pobre muchacha se quedó emocionada como si hubiera tenido lugar un gran acontecimiento. Lucien en casa de madame de Bargeton era para Ève la aurora de la fortuna. La santa criatura ignoraba que donde empieza la ambición cesan los sentimientos ingenuos. Al llegar a la rue du Minage, el exterior del palacio no sorprendió en absoluto a Lucien. Este Louvre al que su imaginación había atribuido dimensiones gigantescas era una casa construida en piedra blanda particular de la región, y dorada por el tiempo. El aspecto del edificio, muy triste desde la calle, era en su interior muy sencillo: había el típico patio de provincias, frío y limpio; una arquitectura sobria, casi monástica, pero bien conservada. Lucien subió por una vieja escalera con pasamanos de castaño, cuyos escalones dejaban de ser de piedra en el primer piso. Después de atravesar una exigua antecámara y un gran salón escasamente iluminado, encontró a la soberana en un saloncito artesonado con madera tallada al gusto del pasado siglo y pintada de gris. La parte superior de las puertas estaban pintadas en camafeo. Un viejo damasco rojo, no muy a tono, adornaba los entrepaños. Los muebles de viejo estilo estaban piadosamente ocultos debajo de unas fundas a cuadros rojos y blancos. El poeta vio a madame de Bargeton sentada en un canapé con el asiento mullido de piqué, ante una mesa redonda cubierta con un tapete verde, iluminada con un quinqué de estilo antiguo, de dos bujías y con pantalla. La reina no se levantó, se rebulló con mucha gracia en su asiento, sonriéndole al poeta, a quien aquel serpenteo produjo una gran emoción, encontrándolo distinguido. La excesiva belleza de Lucien, la timidez de sus maneras, su voz, todo en él causó una gran impresión en madame de Bargeton. El poeta era la encarnación de la poesía. El joven examinó, con discretas ojeadas, a esta mujer que le pareció estar a la altura de su renombre; no se sentía defraudado en ninguna de sus ideas sobre lo que era una gran dama. Madame de Bargeton lucía, siguiendo una nueva moda, un gorrito acuchillado de terciopelo negro. Este tocado de reminiscencias medievales parecía muy a propósito para seducir a un joven y para agigantar, digámoslo así, a la mujer; y se escapaba de él una loca cabellera rubicunda, dorada a la luz y encendida en torno a los rizos. La noble dama tenía el color de tez resplandeciente con que una mujer compensa los supuestos inconvenientes de este color leonado. Sus ojos grises centelleaban, su frente ya surcada de arrugas los coronaba perfectamente con la blanca masa de su audaz peinado; estaban rodeados de una franja nacarada en la que, a cada lado de la nariz, unas venas azules hacían resaltar la blancura de este delicado marco. La nariz era de una curvatura borbónica, que aumentaba el fuego de una cara alargada, presentándola como un punto brillante que delataba la regia impulsividad de los Condé. Los cabellos no ocultaban por completo el cuello. El vestido, cruzado al descuido, dejaba entrever un pecho níveo, en el que el ojo adivinaba unos senos intactos y bien formados. Con sus dedos afilados y cuidados, pero un tanto secos, madame de Bargeton hizo al joven poeta un gesto amistoso para indicarle la silla que estaba a su lado. Monsieur du Châtelet ocupó un sillón. Lucien se dio cuenta entonces de que estaban solos. La conversación de madame de Bargeton embriagó al poeta del Houmeau. Las tres horas que pasó junto a ella fueron para Lucien uno de esos sueños que se quisieran eternizar. Encontró a esta mujer más bien enflaquecida que flaca, amante sin amor, enfermiza pese a su vigor; sus defectos, que exageraban sus maneras, fueron de su agrado, porque los jóvenes comienzan gustando de la exageración, esa mentira de las almas bellas. No reparó en sus ajadas mejillas, picadas de pequeñas pústulas rojas, y a las que las penas y algunos sufrimientos habían dado un tono color ladrillo. Su imaginación quedó cautivada al principio por aquellos ojos de fuego, por aquellos elegantes bucles por los que se derramaba la luz, por aquella resplandeciente blancura, puntos luminosos en los que quedó atrapado como una falena en una bujía. Acto seguido, aquella alma habló demasiado a la suya para que pudiera juzgar a la mujer. El brío de esta exaltación femenina, la inspiración de las frases algo anticuadas que desde hacía mucho tiempo repetía madame de Bargeton, pero que a él le parecieron nuevas, le fascinaron tanto más cuanto que él quería encontrarlo todo bien. No había traído ninguna poesía para poder leerla, pero no hubo necesidad de ello: había olvidado sus versos para tener así una excusa para volver; madame de Bargeton no se había referido a ello para comprometerle a hacer una lectura para ella cualquier otro día. ¿No era éste un primer acuerdo? Aquella acogida no le gustó nada a monsieur Sixte du Châtelet. Cayó demasiado tarde en la cuenta de que aquel apuesto joven podía ser un rival, al que acompañó hasta una esquina de la primera cuesta abajo de Beaulieu, para ayudarle con su diplomacia. No fue poco el asombro de Lucien al oír jactarse al director de contribuciones indirectas de haberle introducido y aprovechándose de ello para darle unos consejos.

Dios quiera que fuese tratado mejor que él, decía monsieur du Châtelet. La corte era menos impertinente que aquella sociedad de cernícalos. Se recibían en ella heridas mortales y había que tragarse terribles desprecios. La Revolución de 1789 volvería a repetirse si aquella gente no se corregía. Por lo que se refería a él, si seguía yendo a aquella casa era por madame de Bargeton, la única mujer de alguna calidad que había en Angulema y a la que había cortejado para entretener sus ocios y de la que se había enamorado locamente. No iba a tardar en poseerla, pues era amado y todo dejaba entrever que sería así. La sumisión de aquella reina orgullosa sería la única venganza que obtendría de esa tonta casa de hidalgüelos.

Châtelet hablaba de su pasión con el tono de un hombre capaz de dar muerte a un rival si hubiese encontrado a alguno. El viejo mariposón imperial cayó con todo su peso sobre el pobre poeta, tratando de aplastarle con su importancia y atemorizarle. Se hinchó al contar exagerándolos los peligros de su viaje; pero si bien causó efecto en la imaginación del poeta, no amedrentó en absoluto al enamorado.

Tras esta velada, a despecho del viejo fatuo, y no obstante sus amenazas y sus aires de burgués matasiete, Lucien había vuelto a casa de madame de Bargeton, primeramente con la discreción de un hombre del Houmeau, y seguidamente se familiarizó pronto con lo que de entrada le había parecido un enorme favor, y fue a verla cada vez con más asiduidad. Para las gentes de esta sociedad, el hijo de un farmacéutico era un ser sin importancia. Al comienzo, si algún gentilhombre o algunas mujeres de visita en casa de Naïs se encontraban con Lucien, todos tenían con él la abrumadora cortesía que emplean las personas de rango con los inferiores. Lucien encontró primeramente este mundo muy fascinante, pero más tarde comprendió de qué sentimiento derivaban aquellas falaces atenciones. No tardó en sorprender algunos aires protectores que revolvieron su bilis y que reforzaron en él las rencorosas ideas republicanas con las que muchos de estos futuros patricios se acercan a la alta sociedad. Pero cuántos sufrimientos no habría soportado por Naïs, a la que oía llamar así, pues entre los íntimos de este clan, lo mismo que entre los Grandes de España o los personajes de la crême de Viena, se llamaban, tanto hombres como mujeres, por sus diminutivos, último matiz inventado para dar un toque de distinción dentro de la aristocracia angulemina.

Lucien amó a Naïs como todo joven ama a la primera mujer que lo adula, pues Naïs pronosticaba un gran porvenir, una inmensa gloria a Lucien. Madame de Bargeton echó mano de toda su habilidad para establecer en su casa a su poeta: no sólo lo ensalzaba más de la cuenta, sino que le presentaba además como un muchacho sin fortuna al que quería encontrar una colocación y le disminuía a fin de poder conservarlo; hacía de él su lector, su secretario; pero le amaba más de lo que creía poder amar después de la espantosa desgracia que le había ocurrido. En su fuero interno se hacía duros reproches, diciéndose que habría sido una locura querer a un joven de veinte años que ya por su posición se encontraba a tanta distancia de ella. Sus familiaridades se veían caprichosamente desmentidas por la altanería que le inspiraban sus escrúpulos. Se mostraba unas veces altanera, otras protectora; unas veces afectuosa, otras aduladora. De entrada, intimidado por el alto rango de esta mujer, a Lucien le dominaron todos los terrores, las esperanzas y desesperanzas que acompañan al primer amor y lo sitúan de forma tan preeminente en el corazón por los golpes que alternativamente asestan el dolor y el placer. Durante dos meses vio en ella a una benefactora que iba a ocuparse de él maternalmente. Pero pronto comenzaron las confidencias. Madame de Bargeton llamó a su poeta querido Lucien; luego, simplemente querido. El poeta, enardecido, llamó a esta gran dama Naïs. Ella, al oírle llamarla así, tuvo uno de esos ataques de ira que tanto seducen a los niños; le reprochó usar un nombre del que todos se servían. La altiva y noble Nègrepelisse ofreció a este bello ángel el nombre que no había sido usado aún y quiso ser Louise para él. Lucien alcanzó el séptimo cielo del amor. Una tarde, Lucien entró en el momento en que Louise estaba mirando un retrato, que rápidamente guardó, y él quiso verlo. Para calmar la desesperación de un primer ataque de celos, Louise le enseñó el retrato del joven Cante-Croix, y le contó, no sin lágrimas, la dolorosa, historia de sus amores, tan puros y ahogados tan cruelmente. ¿Se preparaba a serle infiel a su muerte, o había pensado hacer de Lucien un rival de aquel retrato? Lucien era demasiado joven para analizar a su amada y se desesperó ingenuamente, porque ella abrió la campaña durante la cual las mujeres hacen batirse en la brecha a unos escrúpulos más o menos ingeniosamente fortificados. Sus discusiones acerca de los deberes, las conveniencias, la religión, son como plazas fuertes que ellas gustan de ver tomadas al asalto. El inocente Lucien no tenía necesidad de estas coqueterías, pues habría guerreado del modo más natural.

—Yo no moriré —le dijo un día Lucien audazmente queriendo acabar con el asunto del señor de Cante-Croix—; yo viviré para usted.

Y le dirigió una mirada en la que se leía una pasión que había alcanzado su paroxismo.

Asustada por los progresos que este nuevo amor hacía en ella y en su poeta, ella le pidió los versos prometidos para la primera página de su álbum, buscando un motivo de disputa en el retraso que ponía en escribirlos. ¿Qué experimentó al leer las dos estrofas siguientes, que naturalmente le parecieron más hermosas que las mejores de Canalis, el poeta de la aristocracia?

El mágico pincel, las musas lisonjeras,
no siempre adornarán de estas hojas ligeras
de fiel papel velina;
y el furtivo lápiz de mi bella amada
me confiará a menudo su alegría callada
o su muda melancolía.
¡Ah, pero cuando a mis páginas marchitas
sus torpes dedos finos
pidan razón de los altos destinos
que le tiene reservado el porvenir,
quiera entonces el amor que de este hermoso viaje
el recuerdo que hace revivir
sea agradable como el firmamento sin celaje!

—¿Soy yo quien se las ha inspirado? —preguntó ella.

Esta sospecha, dictada por la coquetería de una mujer que se complacía en jugar con fuego, hizo asomar una lágrima a los ojos de Lucien; ella le calmó besándole por primera vez en la frente. Decididamente, Lucien era un gran hombre al que ella quiso formar; pensó enseñarle italiano y alemán, pulir sus modales; eran excelentes pretextos para tenerle siempre en su casa, ante las mismas barbas de sus aburridos cortesanos. ¡Su vida se llenó de interés! Volvió de nuevo a tocar el piano por su poeta, a quien descubrió el mundo musical, interpretó para él algunos bellos fragmentos de Beethoven y le embelesó; dichosa de su alegría, le decía hipócritamente al verle medio extasiado:

—¿Acaso no es posible contentarse con esta felicidad?

El pobre poeta incurría en la necedad de responder:

—Sí.

En resumen, las cosas llegaron a tal punto que Louise había hecho cenar a Lucien con ella la semana anterior, teniendo como tercero en la mesa a monsieur de Bargeton. Pese a esta precaución, toda la ciudad tuvo conocimiento del hecho y lo consideró tan increíble que todos se preguntaron si ello podía ser cierto. Fue la comidilla de todo el mundo. A algunos les pareció que la Sociedad estaba al borde de una convulsión. Otros exclamaron: «Este es el fruto de las doctrinas liberales». El celoso Du Châtelet se enteró entonces de que madame Charlotte, que asistía a las parturientas, no era otra que madame Chardon, madre del Chateaubriand del Houmeau, según él decía. Esta expresión fue considerada una buena ocurrencia. Madame de Chandour fue la primera en correr a casa de madame de Bargeton.

—¿Sabe, querida Naïs, de lo que habla toda Angulema? —le dijo—. Parece ser que ese poetastro es hijo de madame Charlotte, que no hace ni un par de meses asistía a mi hermana en el parto.

—Querida —repuso madame de Bargeton adoptando unos aires totalmente regios—, ¿qué tiene ello de extraordinario? ¿Acaso no es la viuda de un boticario? Un triste destino para una demoiselle de Rubempré. Supongamos que no tenemos ni un céntimo… ¿qué haríamos para vivir nosotras?, ¿cómo mantendría usted a sus hijos?

La sangre fría de madame de Bargeton puso fin a las quejas de la nobleza. Las almas grandes están siempre dispuestas a hacer de una desgracia una virtud. Existe además un atractivo irresistible en obstinarse en hacer un bien en aquello en lo que los demás ven un motivo de reproche: la inocencia tiene el atractivo propio del vicio. Por la tarde, el salón de madame de Bargeton se llenó de sus amigos, que habían venido para amonestarla. Ella desplegó todo su espíritu cáustico; dijo que si los gentileshombres no podían ser ni Molière, ni Racine, ni Rousseau, ni Voltaire, ni Massillon, ni Beaumarchais, ni Diderot, no había más remedio que aceptar a los tapiceros, relojeros o cuchilleros, cuyos hijos se convertían en grandes hombres. Afirmó que el genio era siempre noble. Echó en cara a aquellos señorones sus escasos conocimientos fruto de sus nulas inquietudes. En suma, dijo muchas tonterías que habrían abierto los ojos a otras gentes menos necias, pero que aquéllas atribuyeron a su originalidad. Conjuró, pues, la tormenta a base de cañonazos. Cuando Lucien, a petición suya, entró por primera vez en el viejo y deslucido salón en el que se jugaba al whist en cuatro mesas, le dispensó un recibimiento encantador y lo presentó como una reina que deseaba ser obedecida. Llamó al director de contribuciones «monsieur Châtelet», y le dejó de piedra al darle a entender que conocía la ilegal atribución de su partícula ennoblecedora. A partir de aquella tarde, Lucien fue introducido a la fuerza en las reuniones de madame de Bargeton, pero fue aceptado en ellas como una sustancia tóxica que todos se prometieron expulsar sometiéndola a los reactivos de la impertinencia. Pese a este triunfo, Naïs perdió su dominio: hubo unos disidentes que intentaron emigrar. Por consejo de monsieur Châtelet, Amélie, que era madame de Chandour, decidió contraatacar recibiendo en su casa los miércoles. Madame de Bargeton abría su salón todas las tardes y las personas que acudían a su casa eran tan rutinarias, estaban tan habituadas a encontrarse ante los mismos tapetes, a jugar en los mismos chaquetes, a ver a la misma gente y los mismos candelabros, a ponerse sus abrigos, sus zapatos de doble suela, sus sombreros en el mismo pasillo, que les tenían tanto cariño a los peldaños de la escalera como la propia señora de la casa. Todos se resignaron a soportar al jilguero del bosque sagrado, como lo llamó Alexandre de Brebian con otra buena ocurrencia. Finalmente, el presidente de la Sociedad de Agricultura apaciguó la sedición con una observación magistral.

—Antes de la Revolución —dijo—, los más grandes señores recibían a Duclos, a Grimm, a Crébillon, a personas todas ellas que, como este poetilla del Houmeau, carecían de importancia, pero no admitían en absoluto a los recaudadores, que es lo que en realidad es Châtelet.

Du Châtelet pagó el pato por madame de Chardon y todos le dieron muestras de su frialdad. Al verse atacado, el director de contribuciones, quien, desde el mismo momento en que ella le había llamado Châtelet a secas, se había jurado poseer a madame de Bargeton, secundó los puntos de vista de la señora de la casa; prestó su apoyo al joven poeta, declarándose amigo suyo. Este gran diplomático, del que tan desconsideradamente había prescindido el Emperador, aduló a Lucien. Para dar a conocer al poeta dio una cena a la que asistieron el prefecto, el recaudador general, el coronel del regimiento de la guarnición, el director de la Escuela de Marina, el presidente del tribunal, en suma, todos los más altos cargos administrativos. El pobre poeta fue festejado tan a lo grande que, cualquier otro que no hubiera sido un joven de veintidós años, habría concebido fuertes sospechas de que todas aquellas alabanzas no eran más que una tomadura de pelo. A los postres, Châtelet hizo recitar a su rival una oda sobre Sardanápalo moribundo, la obra maestra del momento. Al oírle, el director del instituto, hombre flemático, aplaudió al tiempo que decía que ni el mismo Jean-Baptiste Rousseau lo habría hecho mejor. El barón Sixte du Châtelet pensó que el joven versificador tarde o temprano se sofocaría en el invernadero de las alabanzas, o que, en la embriaguez de su anticipada gloria, se permitiría algunas impertinencias que le harían volver a su primitiva oscuridad. Mientras esperaba la defunción de este genio, fingió inmolar sus pretensiones a los pies de madame de Bargeton; pero había trazado su plan con la habilidad de los libertinos y siguió con la atención de un estratega el comportamiento de los dos amantes, acechando la ocasión para acabar con Lucien. A partir de aquel día, se alzó en Angulema un sordo rumor que proclamaba la existencia de un gran hombre en la región. Madame de Bargeton era generalmente alabada por los desvelos que prodigaba a aquella joven águila. Una vez aceptada su conducta, quiso obtener la sanción general. Hizo proclamar a bombo y platillo por todo el departamento que ofrecería una velada con helados, pastas y té, gran innovación en una ciudad en la que el té se vendía aún en las farmacias como remedio contra las indigestiones. La flor y nata de la aristocracia fue invitada a escuchar una gran obra que tenía que leer Lucien. Louise había ocultado a su amigo las dificultades que había tenido que vencer, pero le dejó entrever algo de la conjura tramada contra él por la buena sociedad, ya que no quería que ignorara los peligros que se presentan en el camino que han de recorrer los hombres de genio y donde se encuentran obstáculos insuperables para los espíritus mediocres. Hizo de esta victoria una lección. Con sus blancas manos le mostró la gloria ganada al precio de continuos suplicios, le habló de la hoguera de los mártires que no quedaba más remedio que atravesar, le atiborró de sus más bellas paparruchas y las trufó de sus más pomposas expresiones. Fue un remedo de las improvisaciones que afean la novela Corinne. Louise se sintió tan grande por su elocuencia que su amor por el benjamín que se la inspiraba no hizo sino aumentar; le aconsejó repudiar con audacia a su padre adoptando el noble nombre de Rubempré, sin preocuparse por los comentarios que pudiera despertar un cambio que, por otra parte, el rey legitimaría. Emparentada como estaba con la marquesa de Espard, una mademoiselle de los Blamont-Chauvry, que gozaba de gran predicamento en la corte, se encargaría ella misma de obtener este favor.

Ante tales palabras, el rey, la marquesa de Espard, la corte, Lucien vio como un fuego de artificio y se convenció de la necesidad de aquel bautismo.

—Pequeño mío —le dijo Louise con un tono de voz afectuosamente burlón—, cuanto antes se haga, antes será sancionado.

Le fue enumerando uno tras otro los diferentes estratos sociales y le hizo contar al poeta los escalones que salvaría de golpe mediante esta sabia decisión. En un instante hizo abjurar a Lucien de sus ideas plebeyas sobre la quimérica igualdad de 1793, despertó en él una sed de distinciones que la fría razón de David había calmado, y le presentó la alta sociedad como el único teatro en el que debía exhibirse. El furibundo liberal se convirtió en un monárquico in pectore. Lucien mordió la manzana del lujo aristocrático y de la gloria. Juró traer a los pies de su dama una corona, aunque fuera ensangrentada; la conquistaría al precio que fuese, quibuscumque viis. A fin de demostrar su coraje, contó sus sufrimientos presentes, que le había ocultado a Louise aconsejado por ese inefable pudor que acompaña los primeros sentimientos y que le impide a un joven hacer gala de sus más grandes dotes, pues a tal punto gusta de ver que su alma es apreciada en su incógnito. Describió las penalidades de una miseria sobrellevada con orgullo, sus trabajos en el taller de David, sus noches consagradas al estudio. Aquel entusiasmo juvenil le hizo acordarse a madame de Bargeton de su coronel de veintiséis años, y sus ojos se humedecieron. Al ver que la debilidad ganaba a su imponente amada, Lucien tomó una mano que se le permitió coger, y la besó con la furia del poeta, del joven, del enamorado. Louise llegó hasta permitir que el hijo del farmacéutico se acercara a su frente y dejara impresa en ella la huella de sus palpitantes labios.

—¡Niño, niño! Si alguien nos viera, qué ridícula me sentiría —dijo despertándose de un torpor extático.

Durante esta velada, el espíritu de madame de Bargeton causó grandes estragos en lo que ella llamaba los prejuicios de Lucien. De creerla, los hombres de genio no tenían hermanos ni hermanas, ni padres ni madres; las grandes obras que habían de crear les imponían un egoísmo aparente al obligarles a sacrificarlo todo a su grandeza. Si bien inicialmente la familia había de pagar voraces tributos a un cerebro titánico, más tarde recibiría centuplicado el precio por los sacrificios de todo género exigidos por las primeras luchas de una realeza discutida, compartiendo los frutos de la victoria. El genio no dependía más que de sí mismo, era el único juez de los medios de que se valía, porque sólo él conocía el fin que se proponía: debía, por tanto, situarse por encima de las leyes, porque estaba llamado a rehacerlas; por otra parte, quien señorea su siglo puede tomarlo todo, arriesgarlo todo, ya que todo le pertenece. Citaba los comienzos de la vida de Bernard de Palissy, de Luis XI, de Fox, de Napoleón, de Cristóbal Colón, de César, de todos los jugadores ilustres, primero acribillados de deudas y en la miseria, incomprendidos, tenidos por locos, malos hijos, malos padres, malos hermanos, pero que más tarde se convertían en el orgullo de la familia, del país y del mundo entero. Estos razonamientos abundaban en los vicios secretos de Lucien y aceleraban la corrupción en su corazón, porque, en el ardor de sus deseos, admitía los medios a priori. Pero no triunfar es un crimen de lesa majestad social. ¿Acaso un vencido no ha asesinado todas las virtudes burguesas sobre las que descansa la sociedad que expulsa horrorizada a los Marios sentados ante sus ruinas? Lucien, que no se sabía entre la infamia de la prisión y la palma del genio, planeaba sobre el Sinaí de los profetas sin ver, allí abajo, el mar Muerto, el horrendo sudario de Gomorra.

Louise desnudó tan bien el corazón y el ánimo de su poeta de los pañales con que los habían envuelto las costumbres de la provincia, que Lucien quiso poner a prueba a madame de Bargeton a fin de saber si podía, sin exponerse a la vergüenza de un rechazo, conquistar esta gran presa. La anunciada velada le brindó la ocasión de intentar esta prueba. La ambición se mezclaba con su amor. Amaba y quería elevarse, un doble deseo muy natural entre los jóvenes que tienen un corazón que satisfacer y la indigencia contra la que luchar. Al invitar hoy a todos sus hijos al mismo festín, la Sociedad despierta sus ambiciones desde la aurora de la vida. Arrebata a la juventud sus encantos y vicia la mayor parte de sus sentimientos generosos al mezclar los cálculos en ellos. Quisieran los poetas que las cosas fueran distintas de como son, pero los hechos desmienten harto a menudo la ficción en la que querríamos creer para poder permitirnos representar al joven de manera distinta de como es en el siglo XIX. A Lucien le pareció que sus cálculos no eran sino en provecho de un buen sentimiento, de su amistad con David.

Lucien escribió una larga carta a su Louise, pues se sentía más atrevido pluma en mano que con la palabra en los labios. En doce cuartillas, copiadas tres veces, contó la genialidad de su padre, sus esperanzas perdidas y la terrible miseria en que se encontraba. Describió a su querida hermana como un ángel, a David como un futuro Cuvier, que, antes que un gran hombre, era como un padre, un hermano, un amigo para él; se habría creído indigno de ser amado por Louise, su primer timbre de gloria, de no haberle pedido que hiciera por David lo que estaba haciendo por él mismo. Renunciaría a todo antes que traicionar a David Séchard; quería que David fuera testigo de su éxito. Escribió una de esas cartas locas en las que los jóvenes oponen la pistola a una negativa, en las que se trasluce el casuismo de la infancia, en las que habla la insensata lógica de las almas bellas; deliciosa palabrería adornada con esas declaraciones ingenuas escapadas del corazón del escritor y que tanto gustan a las mujeres. Tras haber entregado esta carta a la doncella, Lucien se pasó el día corrigiendo pruebas, dirigiendo algunos trabajos y poniendo orden en los pequeños asuntos de la imprenta, sin decirle nada a David. En la época en que el corazón es aún niño, los jóvenes tienen estas sublimes discreciones. Por otra parte, tal vez Lucien comenzaba a temer el hacha de Foción, que David sabía manejar; tal vez temía la clarividencia de una mirada que llegaba al fondo del alma. Tras la lectura de Chénier, su secreto había pasado de su corazón a sus labios, alcanzado por un reproche que había causado el mismo efecto que el dedo que pone el médico sobre una herida.

Ahora imaginad los pensamientos que debieron de asaltar a Lucien mientras bajaba de Angulema al Houmeau. ¿Se habría enfadado aquella gran dama?, ¿recibiría a David en su casa?, ¿no sería precipitado el ambicioso a su rincón del Houmeau? Pese a que antes de besar a Louise en la frente Lucien había podido medir la distancia que separa a una reina de su favorito, no pensaba que David no pudiera superar en un abrir y cerrar de ojos la distancia que a él le había costado recorrer cinco meses. Ignorando lo absoluto que es el ostracismo al que se condena a la gente de condición humilde, no era consciente de que una segunda tentativa de este tipo habría sido la perdición de madame de Bargeton. Acusada de haberse encanallado, Louise se habría visto obligada a abandonar la ciudad, en la que su casta la habría evitado como en la Edad Media se evitaba a un leproso. El clan de lo más granado de la aristocracia y el mismo clero habrían defendido a Naïs contra todos y contra todo en el caso de que se hubiera permitido un desliz; pero el crimen de frecuentar malas compañías nunca le habría sido perdonado, porque si bien se excusan las culpas del poder, se las condena tras su abdicación. Ahora bien, recibir a David, ¿no era abdicar? Aunque Lucien no comprendía este aspecto de la cuestión, su instinto aristocrático le hacía presentir muchas otras dificultades que le espantaban. La nobleza de sentimientos no va siempre acompañada de la nobleza de maneras. Si bien Racine tenía el aire del más noble cortesano, Corneille se parecía mucho a un tratante de bueyes. Descartes tenía las trazas de un buen comerciante holandés. A menudo, al encontrarse a Montesquieu con su rastrillo al hombro y tocado con su gorro de dormir, los visitantes de La Brède le tomaban por un vulgar jardinero. La desenvoltura mundana, cuando no es un don de la alta cuna, una ciencia mamada con la leche o transmitida con la sangre, es el fruto de una educación que ha de secundar el azar mediante cierta elegancia de formas, un aspecto distinguido o un bonito timbre de voz. Todas estas importantes pequeñas cosas faltaban a David, mientras que, por el contrario, la naturaleza se las había proporcionado a su amigo. Noble por parte de madre, Lucien tenía incluso el empeine arqueado del franco, mientras que David tenía los pies planos del welche y el ancho cuello de su padre el prensista. Lucien oía ya las burlas que lloverían sobre David y le parecía ver ya la sonrisa que madame de Bargeton intentaría reprimir. En resumen, sin que se avergonzara propiamente de su hermano, se prometió no volver a ceder al primer impulso y pensar mejor las cosas en el futuro. Así, después de la hora de la poesía y de la abnegación, después de una lectura que acababa de mostrar a ambos amigos los campos literarios iluminados por un nuevo sol, sonaba para Lucien la hora de los cálculos y de la política. De vuelta al Houmeau, se arrepentía de su carta, le habría gustado poder recuperarla, porque adivinaba las leyes despiadadas del gran mundo. Intuyendo lo mucho que la fortuna conquistada favorecía la ambición, le costaba retirar el pie del primer peldaño de la escalera por la que había de subir al asalto de la grandeza. Luego las imágenes de su vida sencilla y tranquila, adornada con las más vivas flores del sentimiento; ese David lleno de inteligencia que tan noblemente le había ayudado, que en caso necesario daría incluso su vida por él; su madre, tan gran dama en su desgracia, y que le creía tan bueno como inteligente; su hermana, esa muchacha tan alegre en su resignación, su infancia tan pura y su conciencia aún inmaculada; sus esperanzas, que no habían deshojado aún cierzo alguno, todo ello volvía a florecer en su recuerdo. Entonces se decía que era más hermoso atravesar los compactos batallones de la turba aristocrática o burguesa a golpes de triunfo que alcanzar el éxito mediante la ayuda y los favores de una mujer. Su genio triunfaría tarde o temprano, como el de tantos otros, sus predecesores que se habían impuesto a la sociedad; ¡entonces le amarían las mujeres! El ejemplo de Napoleón, tan fatal para el siglo XIX por las pretensiones que inspira a tanta gente mediocre, se apareció ante Lucien, quien lanzó sus cálculos al viento reprochándose haberlos hecho. Así estaba hecho Lucien, iba del bien al mal y del mal al bien con la misma facilidad. En lugar del amor que el sabio siente por su retiro, Lucien experimentaba desde hacía un mes una especie de vergüenza al ver la tienda donde se leía en letras amarillas sobre fondo verde:

Farmacia de POSTEL, sucesor de CHARDON

El nombre de su padre, escrito así, en un lugar por el que pasaban todos los coches, hería su vista. La tarde en que había transpuesto el umbral de su puerta adornada con una pequeña cancela de mal gusto, para exhibirse por Beaulieu, entre los más elegantes jóvenes de la ciudad alta, dando el brazo a madame de Bargeton, deploró enormemente la discrepancia que reconocía que existía entre aquella vivienda y su buena fortuna.

«¡Amar a madame de Bargeton, poseerla quizá pronto, y tener que vivir en esta ratonera!», se decía al desembocar por el corredor al pequeño patio en el que había expuestos varios sacos de hierbas preparadas para su uso a lo largo de los muros, donde el mozo limpiaba los calderos del laboratorio, donde monsieur Postel, con un mandil de trabajo y retorta en mano, examinaba un producto químico sin perder de vista la tienda y, aunque miraba muy atentamente su droga, se mantenía pendiente de la campanilla. El olor a camomila, a menta y a otras plantas destiladas, llenaba el patio y el modesto piso al que se subía por una de esas escaleras rectas, llamadas escaleras molineras, sin más pasamanos que dos cuerdas. Arriba se encontraba la única habitación abuhardillada, donde vivía Lucien.

—Buenos días, hijo —le dijo monsieur Postel, verdadero prototipo del comerciante de provincias—. ¿Cómo anda la salud? Acabo de hacer un experimento con melaza, pero habría hecho falta tu padre para encontrar lo que busco: ¡él sí que era un gran hombre! ¡De haber conocido yo su secreto contra la gota, hoy iríamos los dos en carroza!

No pasaba semana sin que el farmacéutico, tan tonto como buena persona, diera una puñalada a Lucien, hablándole de la fatal discreción que su padre había mantenido sobre su descubrimiento.

—Es una gran desgracia —respondió lacónicamente Lucien, a quien comenzaba a parecerle un ser vulgar y corriente el discípulo de su padre, tras haberle bendecido a menudo, pues en más de una ocasión el honrado Postel había socorrido a la viuda y a los hijos de su patrón.

—¿Qué te pasa? —preguntó el señor Postel dejando su probeta sobre la mesa del laboratorio.

—¿Ha llegado alguna carta para mí?

—¡Sí, una que huele como un bálsamo!, está al lado de mi pupitre, encima del mostrador.

¡La carta de madame de Bargeton mezclada con los botes de la farmacia! Lucien se lanzó hacia la tienda.

—Date prisa, Lucien, tu comida está lista desde hace más de una hora, debe de estar ya fría —gritó dulcemente una bonita voz a través de una ventana entreabierta y que Lucien no oyó.

—Su hermano está chiflado, señorita —dijo Postel alzando la nariz.

Este solterón, muy parecido a un tonelete de aguardiente sobre el cual la fantasía de un pintor habría puesto una rojiza carota picada de viruelas, adoptó al mirar a Ève un aire ceremonioso y agradable que era la demostración de que pensaba casarse con la hija de su predecesor, sin poder poner fin a la lucha que el amor y el interés libraban en su corazón. Por eso a menudo le decía a Lucien, sonriendo, la frase que le volvió a repetir cuando el joven pasó cerca de él:

—¡Su hermana es increíblemente bonita! ¡Y tampoco usted está nada mal! Su padre lo hacía todo bien.

Ève era una muchacha alta y morena, de cabellos negros y ojos azules. Si bien mostraba todos los síntomas de un carácter viril, era dulce, cariñosa y abnegada. Su candor, su ingenuidad, su serena resignación a una vida de trabajo, su prudencia, que no se veía atacada por ninguna maledicencia, habían seducido a David Séchard. Así, desde su primera charla, había nacido entre ellos una sorda y simple pasión, a la alemana, sin ruidosas manifestaciones ni declaraciones apresuradas. Cada uno de ellos había pensado en el otro secretamente, como si hubieran estado separados por un marido celoso al que este sentimiento hubiera ofendido. Ambos se escondían de Lucien, a quien tal vez creían causar algún daño. Temía David no gustar a Ève, la cual, a su vez, se dejaba llevar por las timideces de la pobreza. Una verdadera obrera habría sido más atrevida, pero una muchacha de buena crianza y venida a menos se conformaba con su triste suerte. Modesta en apariencia, pero en realidad orgullosa, Ève no quería ir detrás del hijo de un hombre que pasaba por tener cierta fortuna. En aquel momento, las personas al tanto del valor creciente de las propiedades estimaban en más de ochenta mil francos la propiedad de Marsac, sin contar las tierras que el viejo Séchard, que tenía muchos ahorros, era afortunado con las cosechas, hábil en la venta, añadiría cada vez que se presentara la ocasión. Tal vez David era la única persona que desconocía todo acerca de la fortuna de su padre. Marsac era para él una bicoca comprada en 1810 por quince o dieciséis mil francos, adonde iba una vez al año, para la vendimia, y donde su padre le paseaba por entre las viñas, presumiendo de unas cosechas que el impresor nunca veía y que le traían sin cuidado. Su amor de sabio habituado a la soledad, que aumenta los sentimientos exagerando sus dificultades, necesitaba de aliento; porque para David Ève era una mujer que le infundía más respeto que una gran dama a un simple servidor suyo. Torpe e inquieto en presencia de su ídolo, tan ansioso por irse como por llegar, el impresor refrenaba su pasión en vez de manifestarla. A menudo, por la tarde, tras haberse inventado un pretexto para consultarle algo a Lucien, bajaba desde la place du Mûrier hasta el Houmeau, por la Porte-Palet; pero al llegar a la cancela de verdes barrotes de hierro volvía sobre sus pasos, temiendo llegar demasiado tarde o parecer importuno a Ève, quien sin duda se habría ya acostado. Aunque ese gran amor sólo se había revelado en pequeños detalles, Ève lo había comprendido todo; se sentía halagada sin orgullo al verse tratada con un profundo respeto que se traslucía en las miradas, las palabras y los modales de David; pero sobre todo estaba fascinada por el fanatismo del impresor por Lucien; aquél había intuido el medio mejor de gustar a Ève. Para expresar en qué se diferenciaban las mudas delicias de este amor de las tumultuosas pasiones, habría que compararlo con las flores del campo opuestas a las soberbias flores de los parterres. Eran miradas dulces y delicadas como los lotos azules que flotan sobre las aguas, expresiones fugitivas como el suave perfume de la gavanza, tiernas melancolías como el terciopelo de los musgos; flores de dos bellas almas que nacen en una tierra rica, feraz e inmutable. Ève había adivinado ya varias veces la fuerza que se escondía tras aquella debilidad; tenía tan en cuenta todo lo que David no se atrevía a hacer o decir, que el más leve incidente podía llevar a una unión más íntima de sus almas.

Lucien encontró la puerta abierta por Ève, y se sentó sin decirle nada ante una pequeña mesa montada sobre un caballete en tijera, sin mantel, y en la que habían puesto sus cubiertos. No tenía el pobre hogar más que tres cubiertos de plata y Ève los utilizaba todos para su querido hermano.

—¿Qué estás leyendo? —le preguntó tras haber dejado sobre la mesa un plato que retiró del fuego y haber apagado el hornillo portátil cubriéndolo con su tapadera.

Lucien no contestó. Ève cogió un pequeño plato, coquetonamente adornado con unos pámpanos de vid, y lo dejó sobre la mesa con un jarrillo de nata.

—Toma, Lucien, te he preparado unas fresas.

Lucien prestaba tanta atención a su lectura, que ni siquiera la oyó. Entonces Ève se sentó junto a él, sin dejar escapar ni un solo murmullo, porque en los sentimientos de una hermana por su hermano cabe también el placer de ser tratada sin cumplidos.

—Pero ¿qué te pasa? —exclamó al ver brillar unas lágrimas en los ojos de su hermano.

—Nada, nada, Ève —repuso él cogiéndola por el talle y estampándole un beso en la frente y en el pelo, y luego en el cuello con sorprendente agitación.

—Me escondes algo.

—Bueno, ¡ella me ama!

—Ya sabía yo que no era a mí a quien besabas —le dijo poniendo la pobre hermana cara larga y ruborizándose.

—Todos nosotros seremos felices —exclamó Lucien tomándose la sopa a grandes cucharadas.

—¿Nosotros? —repitió Ève. Luego presa del mismo presentimiento que había tenido David, agregó—: ¡Ahora nos querrás menos!

—¿Cómo puedes decir tal cosa conociéndome como me conoces?

Ève le tendió la mano para apretar la suya; luego retiró el plato vacío, la sopera de loza oscura, y trajo el plato que acababa de preparar. En vez de comer, Lucien releyó la carta de madame de Bargeton, que la discreta Ève no pidió ver, pues a tal punto sentía respeto por su hermano; si él quería enseñársela, tenía que esperar; y si él no quería, ¿acaso podía ella exigirlo? Esperó. He aquí la carta:

Amigo mío:

¿Por qué habría de negarle yo a su hermano en saber el apoyo que le ha prestado a usted? Todos los talentos tienen a mis ojos los mismos derechos; pero ignora usted los prejuicios de las personas que forman mi círculo social. No conseguiremos hacer reconocer la nobleza de espíritu a quienes son la aristocracia de la ignorancia. Aunque no tengo el poder suficiente para imponerles a monsieur David Séchard, le sacrificaré con mucho gusto a esa mezquina gente. Será una especie de holocausto a la antigua. Pero, querido amigo, sin duda no deseará usted hacerme aceptar la compañía de una persona cuyo carácter o modales podrían no ser de mi agrado. ¡Sus halagos me han enseñado lo fácilmente que la amistad se ciega!; ¿se molestaría si pongo una restricción a mi consentimiento? Quiero ver a su amigo, juzgarlo y valorar por mí misma, en interés de su futuro, si no yerra. ¿No es acaso uno de esos cuidados maternales que he de tener con usted, mi querido poeta?

Louise de Nègrepelisse

Lucien ignoraba con cuánto arte se emplea el sí en la alta sociedad para llegar al no y el no para llegar al sí. Esta carta fue un triunfo para él. David iría a casa de madame de Bargeton y brillaría allí con la majestad del genio. En la embriaguez que le producía una victoria que le hizo creer en el poder de su ascendiente sobre los hombres, adoptó una actitud tan altiva y se reflejaron tantas esperanzas en su rostro, confiriéndole un aspecto tan radiante, que su hermana no pudo dejar de decirle lo guapo que era.

—Si esta mujer es inteligente no puede dejar de quererte mucho, y entonces esta noche se sentirá desgraciada, porque todas las mujeres van a hacerte mil coqueterías. ¡Estarás tan guapo leyendo tu «San Juan en Patmos»! Me gustaría ser un ratón para infiltrarme hasta allí. Ven, he preparado tus ropas en el cuarto de nuestra madre.

Esta habitación era de una miseria decorosa. Había una cama de nogal, guarnecida de cortinas blancas y una fina alfombra verde a los pies. Una cómoda con el tablero de madera, un espejo y unas sillas de nogal completaban el mobiliario. Sobre la chimenea, un reloj recordaba los tiempos de la antigua holgura ahora desvanecida. La ventana tenía unos visillos blancos. Recubría las paredes un papel gris rameado de flores grises. El embaldosado, encerado y frotado por Ève, relucía como una patena. En el centro de esta habitación había un velador en el que, sobre una bandeja granate con unos rosetones dorados, se veían tres tazas y un azucarero de porcelana de Limoges. Ève dormía en un cuarto contiguo que contenía una estrecha cama, una vieja bergère y un costurero junto a la ventana. Lo exiguo de esta especie de camarote de marinero exigía que la puerta de cristales estuviera siempre abierta para que entrara el aire. Pese a la impresión general de miseria, se respiraba allí la modestia de una vida laboriosa. Para quienes conocían a la madre y a sus dos hijos, era un espectáculo de conmovedora armonía.

Se estaba Lucien poniendo la corbata, cuando se oyeron en el patiecillo los pasos de David y apareció de improviso el impresor con el aspecto y las maneras de una persona que tenía prisa por llegar.

—Bien, David —exclamó el ambicioso—; ¡hemos triunfado!, ¡ella me ama y tú irás!

—No —replicó el impresor con aire confuso—, vengo a darte las gracias por esta prueba de amistad que me ha hecho reflexionar seriamente. Mi camino, Lucien, está trazado. Soy David Séchard, impresor del rey en Angulema, y cuyo nombre puede leerse en todas las paredes al pie de los carteles. Para las personas de esa casta, soy un artesano, un comerciante, si quieres, pero a fin de cuentas un industrial establecido en una tienda, en la rue de Beaulieu, esquina a la place du Mûrier. No poseo aún ni la fortuna de un Keller ni el renombre de un Desplein, dos tipos de poder que los nobles tratan aún de negar, pero que, y en esto coincido con ellos, no son nada sin el trato social y el refinamiento del caballero. ¿Con qué puedo legitimar yo este súbito encumbramiento? Tanto los burgueses como los nobles se burlarían de mí. Tu situación es distinta. Un regente no está comprometido con nada. Trabajas para adquirir los conocimientos indispensables para triunfar, puedes explicar tu actual ocupación en función de tu porvenir. Por otra parte, puedes emprender mañana otra cosa, estudiar Derecho, Diplomacia, entrar en la Administración. En una palabra, no estás ni marcado ni encasillado. Aprovecha tu virginidad social, sigue sólo tu camino y echa mano a los honores. Saborea alegremente todos los placeres, incluso los que proporciona la vanidad. Sé feliz, yo disfrutaré con tus éxitos, serás una especie de álter ego para mí. Sí, mi pensamiento me permitirá vivir tu vida. Para ti las fiestas, el brillo mundano y las hábiles maquinaciones de sus intrigas. Para mí la vida austera y laboriosa del comerciante y la paciente ocupación de la ciencia. Serás nuestra aristocracia —dijo mirando a Ève—. Cuando vaciles, siempre encontrarás mi brazo para sostenerte. Si tienes motivos de queja por alguna traición, podrás refugiarte en nuestros corazones, donde encontrarás un amor inalterable. La protección, el favor, la buena voluntad de la gente, al verse dividida en dos, podría debilitarse y ello nos perjudicaría a ambos; ve tú por delante, y si es preciso ya me llevarás a remolque. Lejos de envidiarte, me consagro a ti. Lo que acabas de hacer por mí, arriesgándote a perder a tu benefactora, quizás a tu amada, antes que abandonarme, que renegar de mí, esta simple cosa tan grande, me uniría a ti para siempre, Lucien, si no fuéramos ya como dos hermanos. No te remuerda ni preocupe parecer la parte más fuerte. Este reparto a la Montgommery me gusta. Por último, aunque vayas a causarme algún tormento, ¿quién sabe si no te seguiré siempre estando agradecido? —Al decir estas palabras lanzó la más tímida de las miradas a Ève, quien tenía los ojos llenos de lágrimas, porque lo había comprendido todo—. En resumen —dijo a un Lucien asombrado—, tienes buenas trazas, un bonito porte, los trajes te sientan muy bien, tienes todo el aspecto de un señor con tu frac azul de botones amarillos y un simple pantalón de nanquín; yo tendría el aire de un obrero en medio de ese mundo, sería torpe, me sentiría incómodo, diría tonterías o no despegaría los labios; tú puedes, para secundar los prejuicios sobre el apellido, adoptar el de tu madre y hacerte llamar Lucien de Rubempré; yo soy y seré siempre David Séchard. A ti todo te favorece y a mí todo me perjudica en el mundo que frecuentas. Tú estás hecho para triunfar en él. Las mujeres adorarán tu cara de ángel. ¿No es verdad, Ève?

Lucien saltó al cuello de David y lo abrazó. Esta modestia ponía término definitivamente a muchas dudas y problemas. ¿Cómo no iba a redoblar su afecto por un hombre que acababa de hacer por amistad las mismas reflexiones que se había hecho él por ambición? El ambicioso y el enamorado presentían el camino allanado, el corazón del joven y del amigo se henchía. Fue uno de esos raros momentos en la vida en que todas las fuerzas están suavemente en tensión, en el que todas las cuerdas vibran dando la plenitud de su sonido. Pero esta cordura de un alma noble excitaba más aún en Lucien la tendencia inherente al hombre de interpretarlo todo en función de sí mismo. Todos decimos más o menos como Luis XIV: «¡El Estado soy yo!». El cariño exclusivo de su madre y de su hermana, la abnegación de David y la costumbre que tenía de verse objeto de los secretos esfuerzos por parte de estos tres seres, le viciaban como a un hijo de familia, engendrando en él ese egoísmo que devora al noble y que madame de Bargeton alimentaba, incitándole a que olvidase sus obligaciones para con su hermana, su madre y David. Aunque aún no había sucedido, ¿no era lícito temer que, al ampliar la esfera de sus ambiciones, se viera obligado a pensar sólo en sí mismo para mantenerse en ella?

Pasado el momento de emoción, David le hizo observar a Lucien que su poema «San Juan en Patmos» era quizá demasiado bíblico para ser leído ante un círculo de personas poco familiarizadas con la poesía apocalíptica. Lucien, que tenía que exhibirse ante el público más difícil del Charente, pareció inquieto. David le aconsejó llevarse a André de Chénier y sustituir un placer dudoso por uno seguro. Lucien leía a la perfección, gustaría por fuerza y demostraría una modestia que redundaría sin duda en su provecho. Como la mayoría de los jóvenes, atribuía a las personas de mundo su inteligencia y sus virtudes. Si bien la juventud, que no ha cometido aún ningún error, carece de indulgencia para con las faltas ajenas, les presta asimismo sus magníficas creencias. En efecto, hay que tener una gran experiencia de la vida para reconocer que, según un hermoso dicho de Rafael, comprender significa igualar. En general, la sensibilidad necesaria para comprender la poesía es rara en Francia, donde el ingenio no tarda en secar la fuente de las sagradas lágrimas del éxtasis, donde nadie quiere tomarse el trabajo de descifrar lo sublime, de sondearlo para percibir así en él el infinito. ¡Lucien estaba a punto de tener su primera experiencia de la ignorancia y la frialdad mundanas! Pasó por casa de David para recoger el libro de poesía.

Cuando los dos enamorados estuvieron a solas, David se sintió más incómodo que en cualquier otro momento de su vida. Presa de mil terrores, deseaba y temía a la vez un elogio; hubiera querido salir huyendo, ya que ¡el pudor tiene también su coquetería! El pobre enamorado no se atrevía a decir una sola frase que pudiera dar la impresión de mendigar un agradecimiento; encontraba comprometedora cualquier palabra y se callaba mostrando una actitud culpable. Ève, que intuía los tormentos de esta modestia, disfrutaba con este silencio; pero cuando David estrujó su sombrero para indicar que quería marcharse, ella sonrió.

—Monsieur David —le dijo—, si no va a pasar la velada en casa de madame de Bargeton, podemos pasarla juntos. Hace buen tiempo, ¿quiere que demos un paseo por la orilla del Charente? Hablaremos de Lucien.

A David le dieron ganas de prosternarse ante aquella deliciosa muchacha. Ève había puesto en el sonido de su voz inflexiones de inesperadas recompensas; la ternura de su acento había resuelto lo difícil de aquella situación; su propuesta, más que un elogio, era la primera merced del amor.

—Déjeme sólo unos minutos —dijo a un gesto que hizo David— para que me vista.

David, que no había sabido en toda su vida lo que era una tonadilla, salió canturreando, cosa que sorprendió al honesto Postel, inspirándole fuertes sospechas sobre las relaciones entre Ève y el impresor.

Hasta las circunstancias más insignificantes de aquella velada tuvieron una notable repercusión sobre Lucien, inclinado por carácter a fiarse de las primeras impresiones. Como todo enamorado inexperto, llegó tan pronto que Louise no había bajado aún al salón. Monsieur de Bargeton se encontraba allí solo. Lucien ya había comenzado su aprendizaje sobre las pequeñas bajezas mediante las cuales el amante de una mujer casada compra su amor, y que dan la medida a las mujeres de lo que pueden exigir; pero no se había encontrado aún cara a cara con monsieur de Bargeton.

Era este gentilhombre una de esas personas de pocos alcances agradablemente instalados entre la nulidad inofensiva capaz aún de comprender y la orgullosa estupidez que se niega a aceptar y a conceder nada. Consciente de sus deberes sociales, se esforzaba por resultar agradable a todos y había adoptado como único lenguaje la sonrisa del bailarín. Ya estuviera contento o descontento, siempre sonreía. Sonreía lo mismo ante una noticia desastrosa que ante un feliz acontecimiento. Esta sonrisa respondía a todo por medio de las expresiones que le daba monsieur de Bargeton. Si era absolutamente imprescindible una aprobación directa, subrayaba su sonrisa con una risa complaciente, sin soltar una palabra más que en último extremo. Una conversación a solas le hacía sentir la única incomodidad que complicaba su vida vegetativa, porque entonces se veía obligado a buscar algo en la inmensa vacuidad de su vida interior. En la mayoría de las ocasiones salía del paso retomando las ingenuas costumbres de su infancia; pensaba en voz alta, le iniciaba a uno en los más nimios detalles de su vida; le explicaba sus necesidades, sus pequeñas sensaciones que, para él, eran algo parecido a ideas. No hablaba ni de la lluvia ni del buen tiempo; no caía en los tópicos de la conversación que son la salvación de los imbéciles, se refería a los intereses más íntimos de su vida. «Por complacer a madame de Bargeton, he comido ternera esta mañana, que a ella le gusta mucho, y ahora el estómago me lo hace pagar —decía—. Sé que lo lamentaré, y no por ello dejo siempre de picar, explíqueme usted esto.» O bien: «Voy a llamar para que me traigan un vaso de agua con azucarillo. ¿Quiere que pida otro para usted?». O bien: «Mañana montaré a caballo e iré a visitar a mi suegro». Estas frases intrascendentes, que no daban pie a diálogo alguno, arrancaban un no o un sí a su interlocutor, y la conversación decaía de plano. Monsieur de Bargeton imploraba entonces la ayuda de su huésped volviendo hacia el oeste su nariz de viejo doguillo asmático; le miraba a uno con sus ojazos zarcos como queriendo decir: «¿Decía?». A los pesados ansiosos de hablar de sí mismos, los mimaba y los escuchaba con bondadosa y honrosa atención que le hacía tan inapreciable a sus ojos, que los charlatanes de Angulema le atribuían una disimulada inteligencia y pretendían que se le juzgaba mal. De modo que, cuando no tenían ya quien les escuchara, se acercaban a él y terminaban de contar sus historias o expresar sus razonamientos, seguros de encontrar su sonrisa elogiosa. El salón de su esposa siempre estaba lleno y él se encontraba generalmente a sus anchas. Se ocupaba de los más pequeños detalles: miraba quién entraba, saludaba sonriente y llevaba hasta su mujer al recién llegado; observaba a quienes se iban y los acompañaba hasta la puerta acogiendo sus adioses con su eterna sonrisa. Cuando la velada era animada y veía a cada uno ocupado, el feliz mudo se quedaba plantado sobre sus dos largas piernas igual que una cigüeña sobre sus patas, con aire de estar escuchando una conversación política; o bien se acercaba a estudiar las cartas de un jugador sin comprender nada del juego, porque no conocía ninguno; o se paseaba tomando rapé y soltando resoplidos a causa de su digestión. Anaïs era el lado bueno de su vida, pues le proporcionaba goces infinitos. Cuando ella interpretaba su papel de señora de la casa, él se recostaba en una bergère admirándola, ya que hablaba para él: luego se complacía en desentrañar el sentido de sus frases; y como muchas veces no las entendía hasta mucho después de que hubieran sido dichas, se permitía sonrisas que salían disparadas como proyectiles de efecto retardado. Su respeto hacia ella rayaba en la adoración. ¿Acaso una adoración cualquiera no es suficiente para la felicidad de la vida? Como persona inteligente y generosa que era, Anaïs no había abusado de sus ventajas reconociendo en su marido la naturaleza fácil de un niño que no pide nada mejor que ser mandado. Había cuidado de él como quien cuida de un abrigo; lo mantenía limpio, lo cepillaba, lo tapaba y lo contemplaba, y sintiéndose contemplado, cepillado y cuidado, monsieur de Bargeton había llegado a sentir por su mujer un afecto perruno. ¡Cuesta tan poco hacer feliz a alguien cuando no cuesta nada! Y madame de Bargeton, al no conocer en su marido otro placer que el de la buena mesa, le hacía preparar comidas exquisitas; sentía compasión por él; nunca se había quejado de ello, y algunas personas que no comprendían el silencio de su orgullo atribuían a monsieur de Bargeton virtudes ocultas. Por otra parte, ella le había disciplinado militarmente, y la obediencia de este hombre a la voluntad de su mujer era pasiva. Le decía ella: «Haga una visita a tal señor o a tal señora», y él iba como el soldado a su puesto de guardia. Así, delante de ella se mantenía en situación de presenten armas e inmóvil. Era preciso hablar de ese mudo diputado en estos momentos. Lucien no frecuentaba desde hacía el suficiente tiempo la casa para haber descorrido el velo bajo el cual se ocultaba este carácter inimaginable. Monsieur de Bargeton, arrellanado en su bergère, dando la impresión de verlo y comprenderlo todo, dignificando su silencio, le parecía prodigiosamente imponente. En vez de tomarle por un mojón de granito, Lucien hizo de este gentilhombre una temible esfinge, como resultado de la tendencia que tiene un hombre de imaginación a magnificarlo todo o a prestar un alma a todas las formas, y creyó necesario adularlo.

—Veo que soy el primero en llegar —dijo saludándole con un poco más de respeto que el que se solía conceder a aquel buen hombre.

—Es muy natural —respondió monsieur de Bargeton.

Lucien tomó esta frase como la ironía de un marido celoso, se ruborizó y se miró en el espejo en busca de cierto aplomo.

—Vive usted en el Houmeau —dijo monsieur de Bargeton—; todas las personas que viven lejos llegan antes que las que viven cerca.

—¿Y a qué se debe esto? —preguntó Lucien adoptando un aire agradable.

—No lo sé —respondió monsieur de Bargeton, que volvió a su inmovilidad.

—Tal vez no ha querido investigarlo —siguió diciendo Lucien—. Un hombre capaz de hacer la observación puede encontrar la causa.

—¡Ah —exclamó monsieur de Bargeton—, las causas finales! ¡Ya, ya!

Lucien se devanó los sesos para reanimar la conversación, que volvió a decaer.

—Madame de Bargeton debe de estar vistiéndose, ¿no? —dijo, estremeciéndose ante lo tonto de la pregunta.

—Sí, se está vistiendo —respondió el marido con naturalidad.

Lucien alzó los ojos para contemplar las dos vigas a la vista, pintadas de gris y con cielo raso en los espacios intermedios, sin encontrar una frase para reanudar la conversación; pero entonces vio, no sin terror, que la pequeña araña de viejos colgantes de cristal había sido despojada de su gasa y guarnecida de unas bujías. Las fundas de los muebles habían sido retiradas y la china roja mostraba sus flores marchitas. Todos estos preparativos anunciaban una reunión extraordinaria. El poeta tuvo sus dudas sobre lo conveniente de su atuendo, ya que iba calzado con botas. Con asombro mezclado de inquietud fue a contemplar un jarrón japonés que adornaba una consola con guirnaldas de tiempos de Luis XV; acto seguido le entró miedo de no ser del agrado de aquel marido si no le hacía la corte, y se decidió a buscar en aquel hombre alguna afición que halagar.

—¿Deja a menudo la ciudad o rara vez, señor? —preguntó a monsieur de Bargeton mientras se dirigía hacia él.

—Rara vez.

Se hizo de nuevo el silencio. Monsieur de Bargeton espió como una gata suspicaz los menores movimientos de Lucien, quien perturbaba su descanso. Cada uno temía al otro.

«¿Sospechará de mi asiduidad? —pensó Lucien—. Pues noto una marcada hostilidad hacia mí.»

En aquel momento, afortunadamente para Lucien, incomodísimo de sostener las miradas inquietas con las que monsieur de Bargeton le examinaba mientras iba y venía, el viejo criado, que se había endosado una librea, anunció a Du Châtelet. El barón entró con gran desenvoltura, saludó a su amigo Bargeton, e hizo a Lucien una pequeña inclinación de cabeza que estaba entonces de moda, pero que al poeta se le antojó en el fondo impertinente. Sixte du Châtelet llevaba unos pantalones de una blancura deslumbrante, con trabillas interiores que marcaban perfectamente los pliegues. Calzaba unos escarpines y medias de hilo escocés. Sobre su blanco chaleco oscilaba la cinta negra de sus anteojos. Finalmente, su chaqueta negra se distinguía por un corte y una hechura parisienses. Era el perfecto fachendón que sus antecedentes anunciaban; pero la edad le había dotado de una redonda barriguita bastante difícil de contener dentro de los límites de la elegancia. Se teñía el cabello y las patillas encanecidas por los padecimientos de su viaje, lo cual le endurecía los rasgos. Su piel, en otro tiempo muy delicada, había tomado el color cobrizo de las personas que vuelven de las Indias; pero su porte, si bien ridículo para las pretensiones que conservaba, revelaba no obstante al agradable primer secretario de una Alteza Imperial. Tomó sus anteojos y miró el pantalón de nanquín, las botas, el chaleco y la chaqueta azul hecha en Angulema de Lucien, por último a su rival en su conjunto. Luego, volvió a guardar fríamente sus anteojos en el bolsillo de su chaleco, como diciendo: «Me doy por satisfecho».

Apabullado por la elegancia del funcionario, Lucien pensó que ya se tomaría el desquite cuando mostrara a la reunión su rostro animado por la poesía; pero no por eso acusó menos un vivo sufrimiento que acentuó más aún la desazón interior que la supuesta hostilidad de monsieur de Bargeton le había causado. El barón parecía hacer sentir sobre Lucien todo el peso de su riqueza para humillar aún más aquella miseria. Monsieur de Bargeton, que contaba ya con no tener que decir nada más, quedó consternado ante el silencio que guardaban los dos rivales mientras se examinaban; pero, cuando se encontraba ya en el límite de lo soportable, tenía una pregunta que se reservaba como la tabla para el náufrago, y juzgó necesario soltarla, adoptando un aire preocupado:

—Bien, señor —dijo a Du Châtelet—, ¿qué hay de nuevo?, ¿se cuenta alguna cosa?

—Pero —dijo maliciosamente el director de contribuciones— la novedad es monsieur Chardon. Diríjase a él. ¿Nos trae algún bonito poema? —preguntó el vivaz barón enderezándose el rizo mayor de uno de los lados, que le pareció descompuesto.

—Para saber si está logrado, debería de haberle consultado —respondió Lucien—. Ha cultivado usted la poesía antes que yo.

—¡Bah! Algunos vodeviles bastante agradables que escribí por simple amabilidad, canciones de circunstancias, romanzas de las que sólo valía la música, mi gran epístola a una hermana de Buonaparte (¡el ingrato!), no son títulos para pasar a la posteridad.

En aquel momento apareció madame de Bargeton en todo el esplendor de una estudiada toilette. Llevaba un turbante judío enriquecido con un broche oriental. Una chalina de gasa, debajo de la cual relucían los camafeos de un collar, envolvía graciosamente su cuello. Su vestido de muselina estampada, de mangas cortas, le permitía exhibir varios brazaletes escalonados a lo largo de sus bonitos brazos blancos. Esta vestimenta teatral encantó a Lucien. Monsieur du Châtelet dirigió galantemente a esta reina unos cumplidos nauseabundos que la hicieron sonrojarse de placer, hasta tal punto se sintió dichosa de verse elogiada delante de Lucien. Sólo cruzó una mirada con su querido poeta, y respondió al director de contribuciones mortificándole con una cortesía que le excluía de su intimidad.

En aquel momento comenzaron a llegar los invitados. En primer lugar se presentaron el obispo y su vicario general, dos figuras dignas y solemnes, pero que hacían un violento contraste: monseñor era alto y delgado y su acólito bajo y gordo. Los dos tenían los ojos brillosos, pero el obispo era pálido y su vicario general exhibía un rostro colorado rebosante de salud. Tanto en uno como en el otro los gestos y visajes eran escasos. Ambos parecían prudentes, su reserva y su silencio intimidaban, y pasaban por ser personas de gran inteligencia.

Siguieron a los dos sacerdotes madame de Chandour y su marido, personajes extraordinarios que las personas que no conocen la provincia estarían tentadas de creer que son fruto de la invención. El marido de Amélie, la mujer que se presentaba como rival de madame de Bargeton, monsieur de Chandour, conocido como Stanislas, era un ex joven, delgado todavía a sus cuarenta y cinco años y cuya cara semejaba un cedazo. Llevaba la corbata siempre anudada de forma que presentaba dos puntas amenazadoras, una a la altura del oído derecho y la otra vuelta hacia la cinta carmesí de su cruz. Los faldones de su frac estaban vueltos violentamente del revés. Su chaleco, muy abierto, dejaba ver una camisa hinchada y almidonada, cerrada con unos alfileres sobrecargados de orfebrería. En resumen, toda su indumentaria presentaba un aspecto exagerado que le confería una semejanza tan grande con las caricaturas, que los extraños al verle no podían dejar de sonreír. Stanislas se miraba continuamente con una especie de satisfacción de arriba abajo, comprobando el número de los botones del chaleco, siguiendo las líneas sinuosas que dibujaban sus pantalones ajustados y acariciando sus piernas con una mirada que se detenía amorosamente en las puntas de sus botas. Cuando dejaba de mirarse así, sus ojos buscaban un espejo y observaba si sus cabellos conservaban el rizado; interrogaba a las mujeres con mirada feliz ensartando uno de sus dedos en el bolsillo de su chaleco, balanceándose hacia atrás y colocándose de tres cuartos, coqueterías de gallito que le hacían triunfar en la sociedad aristocrática de la que era el lechuguino. Las más de las veces sus discursos incluían palabras muy libres, como se decía en el siglo XVIII. Este género detestable de conversación le proporcionaba cierto éxito entre las mujeres al hacerlas reír. A monsieur du Châtelet comenzaba a inquietarle. Efectivamente, intrigadas por el desdén del fatuo de las contribuciones indirectas, incitadas por su afectación al pretender que era imposible hacerlo salir de su marasmo y picadas por su aire de sultán hastiado, las mujeres le buscaban aún con más ahínco que a su llegada desde que madame de Bargeton se había prendado del Byron de Angulema. Amélie era una pequeña mala comedianta, gorda, blanca de tez, de cabellos negros, que lo exageraba todo, que hablaba en voz alta, pavoneándose con su cabeza cargada de plumas en verano y de flores en invierno; buena parlanchina, pero incapaz de acabar una parrafada sin acompañarla con los silbidos de un asma no confesada.

Monsieur de Saintot, llamado Astolphe, el presidente de la Sociedad de Agricultura, hombre de semblante encendido, alto y grueso, apareció, remolcado por su mujer, especie de figura bastante parecida a un helecho seco, a la que llamaban Lili, abreviatura de Élisa. Este nombre, que sugería en su persona un no sé qué de infantil, se compadecía mal con el carácter y comportamiento de madame de Saintot, mujer solemne, extremadamente piadosa, jugadora difícil y enredadora. Astolphe era considerado un sabio de primer orden. Sin saber el abecé, no por ello había dejado de escribir los artículos «Azúcar» y «Aguardiente» en un diccionario de agricultura, dos obras copiadas al pie de la letra de todos los artículos de prensa y de todos los tratados antiguos que hacían referencia a estos dos productos. Todo el departamento le creía ocupado en un tratado sobre los cultivos modernos. Pese a que se pasaba encerrado toda la mañana en su gabinete, en doce años no había escrito ni dos páginas. Si alguien iba a verle, se dejaba sorprender emborronando unas cuartillas, buscando una nota extraviada o afilando su pluma; pero todo el tiempo que permanecía en su gabinete de trabajo lo empleaba en nimiedades: leía largo rato el periódico, esculpía corchos con su cortaplumas, trazaba dibujos fantásticos en el papel secante, hojeaba a Cicerón para tomar de él al voleo una frase o algunos pasajes cuyo sentido pudiera ser aplicado a los acontecimientos del día; luego, por la noche, procuraba dirigir la conversación hacia un asunto que le permitiera decir: «En Cicerón se encuentra un pasaje que verdaderamente parece escrito para lo que sucede en nuestros días». Recitaba entonces su pasaje ante el asombro del auditorio, que se decía: «Verdaderamente Astolphe es un pozo de ciencia». Este hecho curioso era contado por toda la ciudad y mantenía a ésta en sus halagüeñas opiniones sobre monsieur de Saintot.

Tras esta pareja, apareció monsieur de Bartas, llamado Adrien, el hombre que cantaba tonadillas de bajo y que tenía grandes pretensiones musicales. El amor propio le había orientado hacia el solfeo: había comenzado por admirarse a sí mismo cantando; luego se había puesto a disertar sobre música y por último había acabado por ocuparse exclusivamente de ella. El arte musical se había convertido en él en una especie de monomanía; sólo se animaba si hablaba de música, sufría durante toda la velada hasta que se le rogaba que cantara. Una vez que había berreado una de sus tonadillas, comenzaba a vivir: se pavoneaba, se alzaba sobre sus talones al recibir cumplidos, se hacía el modesto; pero no por ello dejaba de ir de grupo en grupo para recibir los elogios; luego, cuando ya había sido dicho todo, volvía de nuevo al tema de la música, entablando una discusión sobre las dificultades de su tonadilla o bien haciendo la loa del compositor.

Monsieur Alexandre de Brebian, el héroe de la tinta de sepia, el dibujante que infestaba las habitaciones de sus amigos con producciones estrafalarias y estropeaba todos los libros de visita del departamento, acompañaba a monsieur de Bartas. Cada uno de ellos daba el brazo a la mujer del otro. Al decir de la crónica escandalosa, este trueque era completo. Las dos mujeres, Lolotte (madame Charlotte de Brebian) y Fifine (madame Joséphine de Bartas), igual de preocupadas por una pañoleta, una guarnición o la combinación de unos colores heterogéneos, ardían en deseos de parecer parisienses y desatendían su casa, donde todo iba manga por hombro. Si bien las dos mujeres, embutidas como muñecas en unos vestidos de confección económica, exhibían una colección de colores insultantemente extravagantes, los maridos se permitían, en su calidad de artistas, un descuido provinciano que les hacía curiosos de ver. Sus fracs arrugados les conferían el aspecto de los comparsas que en los pequeños teatros representan a la alta sociedad invitada a una boda.

Entre las personas que se dejaron ver por el salón, una de las más originales fue el señor conde de Sénonches, aristocráticamente llamado Jacques, gran cazador, altanero, seco, de tez tostada, amable como un jabalí, desafiante como un veneciano, celoso como un moro y en muy buenos términos con monsieur du Hautoy, también llamado Francis, el amigo de la casa.

Madame de Sénonches (Zéphirine) era esbelta y bella, pero ya rojiza de cara por cierta inflamación hepática, que la hacía pasar por una mujer exigente. Su fino talle y sus delicadas proporciones le permitían adoptar unas maneras lánguidas, que parecían afectación, pero que revelaban la pasión y los caprichos siempre satisfechos de una persona amada.

Francis era un hombre bastante distinguido, que había abandonado el puesto de cónsul en Valencia y sus esperanzas en la diplomacia para irse a vivir a Angulema con Zéphirine, también conocida como Zizine. El antiguo cónsul se cuidaba de la casa, de la educación de los hijos, a quienes enseñaba idiomas, y administraba la fortuna de monsieur y de madame de Sénonches con absoluta abnegación. La Angulema noble, la Angulema funcionarial, la Angulema burguesa habían glosado largo tiempo la perfecta unidad de este matrimonio a tres, pero a la larga este misterio de trinidad conyugal pareció tan raro y hermoso, que monsieur du Hautoy habría parecido extremadamente inmoral de haber tenido intención de casarse. Por otra parte, se comenzaba a sospechar por el excesivo apego de madame de Sénonches por una ahijada llamada mademoiselle de La Haye, que hacía funciones de señorita de compañía, unos misterios inquietantes; y a pesar de la aparente imposibilidad cronológica, se encontraba un gran parecido entre Françoise de La Haye y Francis du Hautoy. Cuando Jacques cazaba en los alrededores, todos le pedían noticias de Francis, y él contaba las pequeñas indisposiciones de su intendente voluntario, dándole la precedencia a él en vez de a su mujer. Esta ceguera parecía tan curiosa en un hombre celoso, que sus mejores amigos se divertían tirándole de la lengua, y se lo hacían saber a los que no conocían el misterio para que se divirtieran. Monsieur du Hautoy era un estimable dandy cuyos pequeños cuidados personales habían caído en la lindeza y el infantilismo. Se preocupaba de su tos, de su sueño, de su digestión y de su comida. Zéphirine había convertido a su factótum en un hombre de salud delicada: le abrigaba en exceso, le tocaba con un sombrero y le medicaba; le atracaba de manjares escogidos como al perrito de lanas de una marquesa; le prescribía o le prohibía tal o cual alimento; le bordaba chalecos, corbatas y pañuelos; había acabado por acostumbrarlo a llevar cosas tan lindas que le había convertido en una especie de ídolo japonés. Su entendimiento era, sin embargo, total y absoluto: Zizine le consultaba todo con la mirada a Francis y Francis parecía sacar sus ideas de los ojos de Zizine. Censuraban y sonreían a la vez, y hasta parecían consultarse para decir el más sencillo buenos días.

El más rico propietario de los contornos, el hombre envidiado por todos, el señor marqués de Pimentel y su esposa, que reunían entre los dos cuarenta mil libras de renta y pasaban el invierno en París, vinieron del campo en calesa con sus vecinos el señor barón y la señora baronesa de Rastignac, acompañados de la tía de la baronesa y de sus hijas, dos encantadoras jovencitas, bien educadas, pobres pero arregladas con esa sencillez que tanto realza las bellezas naturales. Estas personas, que ciertamente eran lo más selecto de aquella reunión social, fueron recibidas con un frío silencio y un respeto lleno de envidia, especialmente cuando todos vieron la distinción en la acogida que les dispensó madame de Bargeton. Estas dos familias pertenecían a ese pequeño número de personas que en provincias se mantienen por encima de las habladurías, no se mezclan con ningún círculo social, viven en un silencioso retiro y guardan una imponente dignidad. Monsieur de Pimentel y monsieur de Rastignac eran llamados por sus títulos; ninguna familiaridad mezclaba a sus mujeres y a sus hijas con el alto cogollito de Angulema, se encontraban demasiado próximos a la nobleza cortesana para implicarse en las tonterías de provincias.

El prefecto y el general fueron los últimos en llegar, acompañados del hidalgüelo que aquella mañana había llevado su memoria sobre los gusanos de seda a casa de David. Debía de ser sin duda algún alcalde de cantón, recomendado por sus grandes propiedades; pero su porte y su indumentaria delataban su falta absoluta de costumbre a la vida de sociedad: se sentía incómodo dentro de sus ropas, no sabía dónde poner sus manos, daba vueltas alrededor de su interlocutor mientras hablaba, se levantaba y se volvía a sentar para responder cuando le dirigían la palabra, parecía estar dispuesto a echar una mano en algún trabajo doméstico; se mostraba a ratos obsequioso, inquieto y grave, se apresuraba a reír cualquier broma, escuchaba con actitud servil y a veces adoptaba un aire taimado, creyendo que se burlaban de él. Varias veces durante la velada, obsesionado por su memoria, pretendió hablar de gusanos de seda, pero el infortunado monsieur de Séverac fue a tropezar con monsieur de Bartas, que le respondió sobre música, y con monsieur de Saintot, que le citó a Cicerón. Mediada la velada, el pobre alcalde acabó por entenderse con una viuda y su hija, madame y mademoiselle du Brossard, que no eran las figuras menos interesantes de esta reunión. Dicho en pocas palabras: eran tan pobres como nobles. Tenían en su forma de vestir esas pretensiones de elegancia que revelan una secreta miseria. Madame du Brossard no perdía oportunidad de alabar muy torpemente a su alta y gorda hija, de veintisiete años de edad, que pasaba por ser una buena pianista; le hacía compartir oficialmente todos los gustos de los hombres en edad casadera, y, en su deseo de casar a su querida Camille, había sostenido en una misma velada que Camille adoraba la vida errante de las guarniciones y la vida plácida de los terratenientes dedicados al cultivo de su hacienda. Tenían las dos la dignidad ofendida y agridulce de las personas a las que todo el mundo gusta de compadecer, por las que se interesa sólo por egoísmo y que han sondeado el vacío de las frases consoladoras con las que el mundo se complace en aceptar a los desventurados. Monsieur de Séverac tenía cincuenta y nueve años, era viudo y sin hijos; la madre y la hija escucharon, pues, con devota admiración los detalles que les dio sobre sus criaderos de gusanos de seda.

—A mi hija siempre le han gustado los animales —dijo la madre—. Por ello, como la seda que hacen esos bichitos es algo que interesa a las mujeres, le pediría que nos permitiera ir a Séverac para enseñarle a Camille cómo se recoge. Camille es tan inteligente que comprenderá en un instante cuanto usted le diga. ¿Acaso no comprendió un día la razón inversa del cuadrado de las distancias?

Esta frase puso fin gloriosamente a la conversación entre monsieur de Séverac y madame du Brossard, tras la lectura de Lucien.

Algunos asiduos se colaron familiarmente en la reunión, así como dos o tres hijos de familia, tímidos, silenciosos, hechos un brazo de mar, felices por haber sido invitados a aquella solemnidad literaria, y el más atrevido de los cuales habló mucho con mademoiselle de La Haye. Todas las mujeres se colocaron seriamente en círculo, detrás del cual se situaron los hombres de pie. Esta reunión de personajes estrafalarios, con vestidos variopintos y rostros maquillados, causó gran impresión a Lucien, cuyo corazón latió con fuerza al verse objeto de todas las miradas. Por más osado que fuese, superó esta primera prueba no sin ciertas dificultades, a pesar de los ánimos que le dio su amada, quien desplegó todo el fasto de sus reverencias y sus mejores encantos al recibir a las ilustres personalidades de Angulema. La incomodidad que sentía continuó debido a una circunstancia fácilmente previsible, pero que no podía dejar de espantar a un joven poco hecho aún al trato mundano. Lucien, todo ojos y oídos, se oía llamar monsieur de Rubempré por Louise, monsieur de Bargeton, el obispo y algunos aduladores de la señora de la casa, y monsieur Chardon por la mayor parte de aquel temible público. Intimidado por las miradas inquisitivas de los curiosos, presentía su nombre burgués al sólo movimiento de los labios, así como adivinaba los juicios anticipados que se hacían sobre su persona con esa franqueza provinciana a menudo un poco rayana en la descortesía. Estos continuos alfilerazos inesperados le hicieron sentir aún peor. Esperó con impaciencia el momento de dar comienzo a su lectura, para asumir una actitud que hiciera cesar su suplicio interior; pero Jacques estaba contándole su última cacería a madame de Pimentel; Adrien hablaba del último astro musical, Rossini, con mademoiselle Laure de Rastignac; Astolphe, que se había aprendido de memoria en un periódico la descripción de un nuevo arado, le hablaba de él al barón. No sabía Lucien, el pobre poeta, que ninguna de estas inteligencias, salvo la de madame de Bargeton, era capaz de comprender la poesía. Todas estas personas, incapaces de sentir una emoción, habían acudido engañándose a sí mismas sobre la naturaleza del espectáculo que les esperaba. Existen palabras que, semejantes a las trompetas, a los címbalos o al bombo de los titiriteros, atraen siempre al público. Las palabras belleza, gloria, poesía, poseen un sortilegio que seduce incluso a los espíritus más toscos. Cuando hubo llegado todo el mundo, cuando todas las charlas hubieron cesado, no sin mil advertencias hechas a los importunos por monsieur de Bargeton, a quien su mujer envió como al pertiguero a dar con su vara sobre las losas, Lucien se sentó a la mesa redonda, junto a madame de Bargeton, sintiendo una violenta emoción en el alma. Anunció con voz trémula que, para no defraudar las expectativas de nadie, leería las obras maestras recién descubiertas de un gran poeta desconocido. Aunque las poesías de André de Chénier habían sido publicadas a partir de 1819, nadie en Angulema había oído todavía hablar de él. Todos quisieron ver en aquel anuncio un hábil ardid de madame de Bargeton para proteger el amor propio del poeta y que los oyentes se sintieran cómodos. Lucien leyó en primer lugar «El joven enfermo», que fue acogido con murmullos de agrado; luego «El ciego», poema que a aquellos espíritus mediocres les pareció largo. Durante la lectura, Lucien fue presa de uno de esos sufrimientos infernales que sólo unos artistas eminentes o aquéllos a los que su entusiasmo y una gran inteligencia ponen a su nivel pueden comprender perfectamente. Para ser traducida por la voz, así como para ser comprendida, la poesía exige una religiosa atención. Ha de crearse entre el lector y el auditorio una íntima complicidad, sin la cual no se produce la comunicación eléctrica de los sentimientos. Si falta esta comunión de las almas, el poeta se encuentra en la misma situación que un ángel que tratara de entonar un himno celestial en medio de las risas burlonas del infierno. Ahora bien, en la esfera en que se desarrollan sus facultades, los hombres inteligentes poseen la vista aguda del caracol, el olfato del perro y el oído del topo; ven, sienten y oyen todo a su alrededor. El músico y el poeta se saben así tan inmediatamente admirados o incomprendidos, como una planta se seca o revive en un clima favorable u hostil. Los murmullos de los hombres, que habían acudido allí sólo por sus mujeres y que hablaban de sus asuntos, resonaban en los oídos de Lucien por las leyes de esta acústica particular, lo mismo que veía los bostezos contagiosos de algunas mandíbulas violentamente entreabiertas y cuyos dientes se mofaban de él. Cuando, semejante a la paloma del Diluvio, buscaba un rincón favorable en el que poder posar su mirada, encontraba las miradas impacientes de las personas que pensaban evidentemente aprovechar esta reunión para preguntarse sobre algunos intereses positivos. A excepción de Laure de Rastignac, de dos o tres jóvenes y del obispo, el resto de los asistentes se aburrían. Efectivamente, quienes comprenden la poesía tratan de desarrollar en su alma lo que el autor ha puesto en germen en sus versos; pero aquel auditorio gélido, en vez de abrirse al alma del poeta, ni siquiera escuchaba sus acentos. Lucien sintió, pues, un desaliento tan profundo que un sudor frío empapó su camisa. Una mirada de fuego lanzada por Louise, hacia la cual se volvió, le dio el valor para terminar; pero su corazón de poeta sangraba por mil heridas.

—¿Encuentra esto verdaderamente divertido, Fifine? —preguntó a su vecina la seca Lili, que sin duda esperaba alguna proeza.

—No me pida mi parecer, querida, mis ojos se cierran en cuanto oigo leer.

—Espero que Naïs no nos ofrezca muy a menudo veladas poéticas por las noches —dijo Francis—. Cuando oigo leer después de cenar, la atención a que me veo obligado perturba mi digestión.

—Cielo mío —dijo Zéphirine en voz baja—, tómese un vaso de agua con azucarillo.

—Ha sido muy bien declamado —dijo Alexandre—, pero yo prefiero el whist.

Al oír esta respuesta, que se consideró ingeniosa debido al significado de la palabra inglesa, algunas jugadoras consideraron que el poeta necesitaba un descanso. Con este pretexto, una o dos parejas se escabulleron al boudoir. Lucien, a ruegos de Louise, de la encantadora Laure de Rastignac y del obispo, despertó la atención, gracias al verbo contrarrevolucionario de los Yambos que varias personas, arrastradas por el entusiasmo de la declamación, aplaudieron sin comprenderlos. Esta clase de personas son influenciables por los gritos, como los paladares no refinados se ven excitados por los licores fuertes. Durante una pausa en que se tomaron helados, Zéphirine mandó a Francis a ver el libro de poesía, y le dijo a su vecina Amélie que los versos leídos por Lucien estaban impresos.

—Pero si es —respondió Amélie con visible contento— algo de lo más natural, pues monsieur de Rubempré trabaja en casa de un impresor. Es —añadió mirando a Lolotte— como si una mujer hermosa se hiciera ella misma sus vestidos.

—Ha impreso sus poesías él mismo —se dijeron las mujeres.

—¿Por qué se hace llamar, entonces, monsieur de Rubempré? —preguntó Jacques—. Un noble que trabaja con sus manos debe dejar de usar su apellido.

—Efectivamente, ha dejado de usar el suyo, que es plebeyo —respondió Zizine—, pero para adoptar el de su madre, que es noble.

—Dado que sus versos (en provincias se pronuncia verse) están impresos, podemos leerlos nosotros mismos —dijo Astolphe.

Esta estupidez complicó la cuestión hasta que Sixte du Châtelet se dignó decir a esta ignorante tertulia que el anuncio no había sido una mera precaución oratoria y que aquellas hermosas poesías pertenecían a un hermano monárquico del revolucionario Marie-Joseph Chénier. La sociedad de Angulema, a excepción del obispo, madame de Rastignac y sus dos hijas, en quienes esta poesía había producido una profunda impresión, se creyó burlada y se ofendió por este engaño. Se alzó un sordo murmullo, pero Lucien no lo oyó. Aislado de aquel mundo odioso por la embriaguez que le producía una melodía interior, se esforzaba por repetirla, y veía los rostros como a través de una nube. Leyó la sombría elegía sobre el suicidio, la escrita al gusto antiguo y en la que se respira una melancolía sublime; luego, aquélla en que se lee este verso:

Tus versos son dulces, me gusta repetirlos.

Finalmente, terminó con el dulce idilio titulado Néère.

Sumida en dulce ensoñación, con una mano en sus rizos, que había desrizado inadvertidamente, y la otra colgando, la mirada distraída, sola en medio de su salón, madame de Bargeton se sentía por primera vez en su vida transportada a la esfera que le era propia. Juzgad, pues, cuán desagradablemente fue interrumpida por Amélie, encargada de expresarle los deseos del público.

—Naïs, hemos venido para escuchar las poesías de monsieur Chardon, y nos ofrece usted unos versos ya impresos. Por más bellos que sean estos fragmentos, por patriotismo estas damas preferirían vino de la propia cosecha.

—¿No le parece que la lengua francesa se presta muy poco a la poesía? —preguntó Astolphe al director de contribuciones—. La prosa de Cicerón me parece mil veces más poética.

—La verdadera poesía francesa es la poesía ligera, la canción —le replicó Du Châtelet.

—La canción demuestra que nuestro idioma es muy musical —dijo Adrien.

—Mucho me gustaría conocer los versos que han causado la perdición de Naïs —dijo Zéphirine—; pero después de cómo ha sido acogida la petición de Amélie, no creo que esté dispuesta a ofrecernos ni una pequeña muestra siquiera.

—No puede negárnoslo —respondió Francis—, pues el genio de ese buen muchacho es su justificación.

—Usted que ha estado en la diplomacia, consíganos esto —le rogó Amélie a monsieur du Châtelet.

—Nada más fácil —dijo el barón.

El antiguo primer secretario, habituado a estos pequeños tejemanejes, fue a donde estaba el obispo y supo asegurarse sus buenos oficios. A ruegos de monseñor, Naïs se vio obligada pedirle a Lucien algún fragmento que se supiese de memoria. El rápido éxito del barón en esta gestión le valió una lánguida sonrisa de Amélie.

—No cabe duda de que este barón es muy ingenioso —le dijo a Lolotte.

Lolotte se acordaba de las palabras agridulces de Amélie sobre las mujeres que se hacen ellas mismas sus vestidos.

—¿Desde cuándo da muestras de gratitud a los barones del Imperio? —le respondió sonriendo.

Lucien había tratado de deificar a su amada en una oda que le había dedicado con un título que se les ha ocurrido a todos los jóvenes al dejar el colegio. Esta oda, trabajada con tanta complacencia, embellecida con todo el amor que sentía en su corazón, le pareció la única obra capaz de competir con la poesía de Chénier. Lanzó una mirada un tanto fatua en dirección a madame de Bargeton diciendo: «¡A ELLA!». Acto seguido adoptó una actitud orgullosa para desarrollar este ambicioso poema, pues su amor propio de autor se sentía a sus anchas al amparo de las faldas de madame de Bargeton. En aquel instante Naïs dejó escapar su secreto a los ojos de las mujeres. No obstante estar acostumbrada a dominar aquel mundo desde lo alto de su inteligencia, no pudo dejar de temblar por Lucien. Su aplomo se vio alterado, sus miradas pidieron en cierto modo indulgencia; luego, se vio obligada a permanecer con los ojos bajos, disimulando su contento a medida que se iban desarrollando las siguientes estrofas.

A ELLA
Del seno de aquellos torrentes de gloria y de fulgor,
donde con áureos sistros los ángeles fervorosos
repiten, a los pies de Jehová, el clamor
de nuestros astros quejumbrosos,
A menudo un querubín de cabello rubicundo,
velando el esplendor divino en su frente posado,
en el celeste atrio deja su plumaje plateado
y desciende al mundo.
De Dios ha comprendido la mirada bienhechora:
del genio en apuros alivia toda penalidad;
al viejo mece la muchacha que le adora,
entre las flores de la primera edad;
del malvado anota el tardío arrepentimiento;
a la madre inquieta dice en sueños: ¡Ten paciencia!
Y, con corazón alegre, cuenta el padecimiento
que nos inspira la indigencia.
Uno solo de estos mensajeros vino entre nosotros a habitar,
a quien la amorosa tierra detiene en su carrera eterna;
pero él llora, y busca con dulce y triste mirar
la celeste bóveda paterna.
Ni la deslumbrante blancura de su frente,
ni el brillo de sus ojos, ni el fecundo ardor,
me han revelado el linaje de su gente,
ni su virtud superior.
Pero deslumbrado mi amor por tanto esplendor
unirse pretendió a su santa natura,
pero repelido fue por el ángel con fragor
con la impenetrable armadura.

¡Ah!, guardaos, guardaos de que vuelva a ver
al brillante serafín que hacia los cielos vuela;
muy pronto sabría la mágica pastorela
que se canta al atardecer.
Pues le veríais, de la noche rasgando los negros velos,
como un súbito romper de aurora, alcanzar los cielos
con vuelo fraterno;
y el marino que, aguardando una señal, vela,
de sus pies luminosos mostraría la huella,
como un faro eterno.

—¿Comprende usted algo de este retruécano? —preguntó Amélie a monsieur du Châtelet dirigiéndole una mirada llena de coquetería.

—Son versos como los que hemos hecho más o menos todos al dejar el colegio —respondió el barón con aire aburrido, para atenerse a su papel de juez al que nada sorprende—. En otros tiempos nos entregábamos a las brumas osiánicas. Todo eran Malvinas, Fingales, apariciones nebulosas, guerreros que salían de sus tumbas con estrellas sobre sus cabezas. Hoy, toda esa quincalla poética ha sido sustituida por Jehová, los sistros, los ángeles, las plumas de los serafines y por toda la guardarropía del paraíso remozada con las palabras inmenso, infinito, soledad, inteligencia. Todo son lagos, palabras de Dios, una especie de panteísmo cristianizado, enriquecido con rimas raras y buscadas con gran esfuerzo, como esmeralda y gualda, carmesíes y rubíes, etcétera. En fin, hemos variado de latitud: en vez de encontrarnos en el Norte, estamos en Oriente, pero las tinieblas siguen siendo igual de densas.

—Aunque la oda es oscura —dijo Zéphirine—, la declaración me parece en cambio muy clara.

—Y la armadura del arcángel es un vestido de muselina bastante ligero —dijo Francis.

No obstante la cortesía para con madame de Bargeton exigía que se encontrara la oda ostensiblemente encantadora, las mujeres, furiosas por no contar con un poeta a su servicio para ser tratadas de ángeles, se levantaron con cara de aburrimiento musitando con aire glacial unos «muy bien», «bonito», «perfecto».

—Si me quiere usted, espero que no cumplimente ni al autor ni a su ángel —dijo Lolotte con aire despótico a su querido Adrien, a quien no le quedó más remedio que obedecer.

—A fin de cuentas, no son más que frases —dijo Zéphirine a Francis —, y el amor es poesía en acción.

—Acaba de decir algo en lo que yo mismo estaba pensando, Zizine, pero que no hubiera sabido expresar con tanta finura —terció Stanislas examinándose minuciosamente de arriba abajo con mirada acariciadora.

—No sé qué daría —dijo Amélie a Du Châtelet— con tal de ver humillar el orgullo de Naïs, que se hace tratar de arcángel, como si fuera más que nosotros, y nos encanalla con el hijo de un boticario y de una enfermera, cuya hermana es una modistilla y trabaja en una imprenta.

—Ya que el padre vendía preparados contra las lombrices —dijo Jacques—, bien podría haber hecho tomar uno a su hijo.

CAPÍTULO DOS

—Continúa el oficio de su padre, porque lo que nos acaba de ofrecer no me parece sino una purga —dijo Stanislas adoptando una de sus poses más irritantes—. Droga por droga, prefiero otra cosa.

En un instante todos se pusieron de acuerdo en humillar a Lucien con alguna frase de aristocrática ironía. Lili, mujer piadosa, consideró que era una acción caritativa decir que ya había llegado el momento de abrirle los ojos a Naïs, que estaba a punto de cometer una locura. Francis, el diplomático, se encargó de llevar a cabo aquella estúpida conspiración, por la que se interesaron todas estas personas de cortas luces como si se tratara del desenlace de un drama, y en la que vieron una aventura que poder contar al día siguiente. El antiguo cónsul, poco preocupado de tener que batirse con un joven poeta que montaría en cólera si era insultado ante su amada, comprendió que había que asesinar a Lucien con un arma sagrada contra la cual resultara imposible la venganza. Siguió el ejemplo del hábil Du Châtelet cuando se trató de convencer a Lucien de que recitase sus versos. Fue a conversar con el obispo, fingiendo compartir el gran entusiasmo que la oda de Lucien había producido a Su Ilustrísima; acto seguido le engañó haciéndole creer que la madre de Lucien era una mujer superior y de excesiva modestia, inspiradora de todas las composiciones de su hijo. El mayor placer de Lucien era ver que se hacía justicia a su madre, a la que adoraba. Una vez inculcada esta idea al obispo, Francis volvió a retomar los azares de la conversación para propiciar la hiriente frase que había pensado hacerle decir a monseñor. Una vez que Francis y el obispo volvieron al corrillo en cuyo centro se encontraba Lucien, se redobló la atención por parte de las personas que le hacían ya beber la cicuta a pequeños sorbos. El pobre poeta, absolutamente desconocedor de las intrigas de los salones, no tenía miradas más que para madame de Bargeton y respondía con torpeza a las necias preguntas que se le hacían. Ignoraba los nombres y la condición social de la mayoría de los presentes, y no sabía qué clase de conversación mantener con las mujeres que le decían sandeces que le producían vergüenza ajena. Por otra parte, se sentía a miles de leguas de aquellas divinidades anguleminas al oírse llamar unas veces monsieur Chardon y otras monsieur de Rubempré, mientras que ellas se hacían llamar Lolotte, Adrien, Astolphe, Lili, Fifine. Su confusión llegó al colmo cuando, tras haber tomado Lili por un apellido de hombre, llamó monsieur Lili al brutal monsieur de Sénonches. El Nemrod interrumpió a Lucien con un «¿Monsieur Lulu?», que hizo que madame de Bargeton se ruborizara hasta las cejas.

—Hace falta estar muy ciega para admitir aquí y presentarnos a este jovenzuelo —dijo él a media voz.

—Señora marquesa —dijo bajito Zéphirine a madame de Pimentel, pero de modo que pudieran oírla—, ¿no encuentra un gran parecido entre monsieur Chardon y monsieur de Cante-Croix?

—El parecido es puramente ideal —respondió sonriendo madame de Pimentel.

—La gloria posee seducciones que pueden confesarse —dijo madame de Bargeton a la marquesa—. Hay mujeres a las que cautiva la grandeza como a otras la pequeñez —añadió mirando a Francis.

Zéphirine no comprendió, pues encontraba a su cónsul muy grande, pero la marquesa se pasó al bando de Naïs, echándose a reír.

—Es usted muy afortunado, señor —dijo a Lucien monsieur de Pimentel, quien se corrigió para llamarle monsieur de Rubempré tras haberle llamado Chardon—, no debe de aburrirse usted nunca.

—¿Trabaja muy rápido? —le preguntó Lolotte en el mismo tono con que le hubiera dicho a un ebanista: «¿Le lleva mucho tiempo hacer una caja?».

Lucien quedó anonadado ante este golpe de matarife, pero levantó la cabeza al oírle decir a madame de Bargeton sonriendo:

—Querida, la poesía no brota en la cabeza de monsieur de Rubempré como la hierba en nuestros patios.

—Señora —le dijo el obispo a Lolotte—, nunca tendremos el respeto suficiente por los nobles espíritus a quienes Dios dota de sus rayos. Sí, la poesía es algo santo. Quien dice poesía, dice sufrimiento. ¡Cuántas noches silenciosas han hecho falta para componer las estrofas que usted admira! Salude con amor al poeta que casi siempre lleva una vida desgraciada y a quien sin duda Dios reserva un lugar en el cielo entre sus profetas. Este joven es un poeta —añadió colocando una mano sobre la cabeza de Lucien—. ¿Acaso no ve impreso el signo del destino en esta bella frente?

Feliz de verse tan noblemente defendido, Lucien dirigió al obispo una dulce mirada, sin saber que el digno prelado iba a ser su verdugo. Madame de Bargeton lanzó sobre el círculo enemigo unas miradas llenas de triunfo que se hundieron como otros tantos dardos en el corazón de sus rivales, cuya rabia se redobló.

—¡Ah!, monseñor —respondió el poeta, esperando golpear esas cabezas estúpidas con su cetro de oro—, el vulgo no tiene ni su inteligencia ni su caridad. Nuestras pesadumbres son ignoradas; nadie sabe de nuestros esfuerzos. El minero tiene menos dificultad en extraer el oro de la mina que lo que a nosotros nos cuesta arrancar nuestras imágenes de las entrañas de la lengua más ingrata que exista. Si el fin que persigue la poesía es poner las ideas en el punto concreto en el que todo el mundo pueda verlas y sentirlas, el poeta debe recorrer sin cesar la escala de las inteligencias humanas a fin de satisfacerlas a todas; debe disimular bajo las más vivas tonalidades la lógica y el sentimiento, dos potencias enemigas; tiene que reunir todo un mundo de pensamientos en una palabra, resumir sistemas filosóficos enteros por medio de una descripción; y, por último, sus versos son semillas cuyas flores han de germinar en los corazones procurando encontrar en ellos los surcos abiertos por los sentimientos personales. ¿No hay que haberlo experimentado todo para poder expresarlo todo? Y sentir vivamente, ¿no es sufrir? Por consiguiente, las poesías no se crean sino tras penosos viajes que se emprenden a las vastas regiones del pensamiento y de la sociedad. ¿No son trabajos inmortales aquéllos a los que debemos criaturas cuya vida se torna más auténtica que la de los seres que han existido de verdad, como la Clarisse de Richardson, la Camille de Chénier, la Delia de Tibulo, la Angelica de Ariosto, la Francesca de Dante, el Alcestes de Molière, el Fígaro de Beaumarchais, la Rebecca de Walter Scott o el Don Quijote de Cervantes?

—¿Y qué nos creará usted? —preguntó Du Châtelet.

—Anunciar semejantes concepciones —respondió Lucien—, ¿no es atribuirse un título de hombre de genio? Por otra parte, esas sublimes creaciones requieren una larga experiencia del mundo, un estudio de las pasiones e intereses humanos que yo no puedo tener; pero estoy empezando —dijo con amargura lanzando una mirada vengativa sobre aquel círculo—. El cerebro necesita mucho tiempo para gestar…

—Su alumbramiento será trabajoso —dijo monsieur du Hautoy interrumpiéndole.

—Sin duda su excelente madre podrá serle de ayuda —dijo el obispo.

Esta frase tan hábilmente preparada, esta esperada venganza, encendió en todas las miradas un destello de alegría. En todas las bocas asomó una sonrisa de aristocrática satisfacción, aumentada por la imbecilidad de monsieur de Bargeton, que se echó a reír con efecto retardado.

—Monseñor, es usted demasiado ingenioso para nosotros en estos momentos, estas señoras no le entienden —dijo madame de Bargeton, que refrenó con esta sola frase las sonrisas y atrajo hacia ella todas las miradas asombradas—. Un poeta que busca inspiración solamente en la Biblia tiene en la Iglesia a su verdadera madre. Monsieur de Rubempré, recítenos «San Juan en Patmos» o el «Festín de Baltasar» para demostrarle a monseñor que Roma sigue siendo la Magna parens de Virgilio.

Las mujeres intercambiaron una sonrisa al oír a Naïs pronunciar las dos palabras latinas.

Al comienzo de la vida, hasta los ánimos más intrépidos no están libres de abatimiento. Este golpe había mandado de entrada a Lucien al fondo del agua; pero a impulsos de un talonazo volvió a la superficie, jurándose a sí mismo que dominaría aquel mundo. Como el toro acribillado por mil banderillas, se levantó furioso y obediente a la voz de Louise y se dispuso a declamar el «San Juan en Patmos»; pero la mayor parte de las mesas de juego habían atraído a sus jugadores, que volvían a su inveterada costumbre, encontrando en ella un placer que la poesía no les había proporcionado. Además, la venganza de tantos amores propios irritados no habría sido completa sin el negativo desdén demostrado a la poesía autóctona, dejando solos a Lucien y a madame de Bargeton. Todos parecieron preocupados: uno se dirigió al prefecto para hablarle de un camino cantonal; el otro propuso introducir una variación en las diversiones de la velada interpretando un poco de música. La alta sociedad de Angulema, sintiéndose mal juez en materia de poesía, sentía curiosidad sobre todo por conocer la opinión de los Rastignac y de los Pimentel acerca de Lucien, y fueron varias las personas que se acercaron a ellos. La gran influencia que estas dos familias ejercían en el departamento no dejaba de ser nunca reconocida en las grandes circunstancias; todos las envidiaban y las cortejaban, pues todos preveían necesitar de su protección.

—¿Qué opina de nuestro poeta y de su poesía? —preguntó Jacques a la marquesa, en cuyas propiedades solía cazar.

—Pues para ser unos versos de provincias —dijo ella sonriendo— no están mal; además, un poeta tan apuesto difícilmente puede hacer algo que no esté bien.

Todos encontraron la sentencia admirable, y fueron a repetirla a los demás, poniendo en ella más maldad de la que había puesto la marquesa. Entonces se requirió a Du Châtelet para que acompañara a monsieur de Bartas, que destrozó la obertura de Fígaro. Una vez abierta la puerta a la música, hubo que escuchar la romanza caballeresca, compuesta bajo el Imperio por Chateaubriand, cantada por Châtelet. Vinieron después los fragmentos a cuatro manos ejecutados por las jovencitas y reclamados por madame du Brossard, quien quería hacer brillar el talento de su querida Camille a los ojos de monsieur de Séverac.

Madame de Bargeton, herida por el desprecio demostrado por todos hacia su poeta, devolvió desdén por desdén encerrándose en su boudoir durante todo el tiempo que duró la sesión musical. La siguió el obispo, a quien su vicario general explicó la profunda ironía de su involuntario juego de palabras y que quería excusarse. Mademoiselle de Rastignac, a quien la poesía había seducido, se coló en el boudoir a espaldas de su madre. Sentándose en su canapé revestido de piqué, al que arrastró a Lucien, Louise pudo, sin ser vista ni oída, decirle al oído:

—Ángel querido, no le han entendido, pero…

Tus versos son dulces, me gusta repetirlos.

Lucien, consolado por este halago, olvidó por un momento sus pesares.

—No hay gloria que no se pague —le dijo madame de Bargeton tomándole la mano y apretándosela—. Sufra, sufra, amigo mío, será famoso, sus penas son el precio de su inmortalidad. Mucho me gustaría a mí tener que soportar las penalidades de una lucha. Dios le guarde de una vida sin conflicto ni luchas, en la que las alas del águila no encuentran espacio bastante. ¡Envidio sus sufrimientos, pues al menos usted está vivo! ¡Desplegará sus fuerzas, esperará una victoria! Su lucha será gloriosa. Cuando haya llegado a la esfera imperial donde dominan las grandes inteligencias, acuérdese de los pobres desheredados de la fortuna, cuya inteligencia se ve anulada por la acción de un ázoe moral y que perecen después de haber sabido constantemente lo que era la vida sin poder vivirla, que han tenido unos ojos penetrantes pero que nada han visto, cuyo olfato era delicado y que no han olido más que unas flores corruptas. ¡Cante, entonces, a la planta que se marchita en el fondo de un bosque, sofocada por las lianas, por la vegetación devoradora, tupida, sin haber sido vivificada por el sol y que muere sin haber florecido! ¿No sería ése un poema de horrible melancolía, un tema de los más fantásticos? ¡Qué sublime composición pintar a una muchacha nacida bajo los cielos de Asia, o a una muchacha del desierto, trasladada a un país frío de Occidente, y que invoca a su querido sol, muere de dolores desconocidos, e igualmente fulminada por el frío y el amor! Ese sería el arquetipo de muchas existencias.

—Describiría así el alma que se acuerda del cielo —dijo el obispo—, un poema que debió de escribirse hace mucho tiempo y del que me alegra encontrar un fragmento en El Cantar de los Cantares.

—Emprenda esa obra —exclamó Laure de Rastignac expresando una fe ingenua en el genio de Lucien.

—Le falta a Francia un gran poema sacro —dijo el obispo—. Créame, la gloria y la fortuna corresponderán al hombre de talento que trabaje en pro de la religión.

—Lo emprenderá, monseñor —aseguró madame de Bargeton enfáticamente—. ¿No ve ya la idea del poema, despuntando como un arrebol de la aurora, en sus ojos?

—Naïs nos trata muy mal a nosotros —decía Fifine—. ¿Qué está haciendo ahora?

—Pero ¿es que no la oye? —respondió Stanislas—. Suelta sus grandes frases que no tienen ni pies ni cabeza.

Amélie, Fifine, Adrien y Francis aparecieron en el vano de la puerta del boudoir, acompañando a madame de Rastignac, que venía en busca de su hija para irse.

—Naïs —dijeron las dos mujeres encantadas de interrumpir la reunión en el boudoir—, sería usted muy amable si quisiera interpretar para nosotros algún fragmento.

—Amigas mías —respondió madame de Bargeton—, monsieur de Rubempré va a recitarnos su «San Juan en Patmos», un magnífico poema bíblico.

—¡Bíblico! —repitió Fifine, asombrada.

Amélie y Fifine regresaron al salón llevando allí esa palabra para dar pasto a las burlas. Lucien se excusó de recitar el poema alegando falta de memoria. Cuando reapareció, no despertó ya el menor interés. Todos charlaban o jugaban. El poeta había sido despojado de todos sus rayos, los terratenientes no veían en él nada que pudiera ser útil, la gente con pretensiones le temía como un poder hostil a su ignorancia; las mujeres celosas de madame de Bargeton, la Beatriz de este nuevo Dante, en palabras del vicario general, le lanzaban miradas fríamente desdeñosas.

«¡Así que esto es el gran mundo!», se dijo Lucien mientras bajaba hacia el Houmeau por las cuestas de Beaulieu, pues hay momentos en la vida en que se desea tomar el camino más largo a fin de mantener vivo caminando el hervidero de ideas en el que nos encontramos inmersos y a cuyo fluir desea uno abandonarse. Lejos de desanimarle, la rabia del ambicioso rechazado daba a Lucien renovadas fuerzas. Como todas las personas que se dejan llevar por su instinto a una elevada esfera adonde llegan antes de poder mantenerse en ella, se prometía sacrificarlo todo para permanecer en la alta sociedad. De camino, se iba arrancando uno a uno los dardos envenenados que había recibido, hablaba en voz alta consigo mismo, replicaba a todos los necios a los que había tenido que enfrentarse, encontraba agudas respuestas a las tontas preguntas que le habían hecho y se desesperaba de ver que su genio se despertaba demasiado tarde. Al llegar al camino de Burdeos, que serpentea al pie de la montaña y bordea las orillas del Charente, creyó ver, al claro de luna, a Ève y a David sentados sobre una viga al borde del río, cerca de una fábrica, y descendió hacia ellos por un sendero.

Mientras Lucien corría hacia su tortura en casa de madame de Bargeton, su hermana se había puesto un vestido de percalina rosa listada, su sombrero de paja y una chalina de seda, sencillo atuendo que hacía creer que iba engalanada, tal como les sucede a todas las personas en quienes una nobleza natural realza los menores aderezos. Así, cuando se despojaba de su ropa de obrera, intimidaba a David de manera asombrosa. Por más que el impresor estuviera decidido a hablar de sí mismo, no encontró ya nada que decir en cuanto dio el brazo a la bella Ève para atravesar el Houmeau. El amor se complace en esos terrores respetuosos, parecidos a los que la gloria de Dios causa a sus fieles. Los dos enamorados se dirigieron en silencio hacia el puente de Sainte Anne a fin de pasar a la margen izquierda del Charente. Ève, que encontró embarazoso este silencio, se detuvo en mitad del puente para contemplar el río que, desde allí hasta el lugar donde se construía la fábrica de pólvora, forma un amplio remanso de agua sobre el que el sol en aquel momento proyectaba un alegre reguero de luz.

—¡Qué bonita tarde! —dijo buscando un tema de conversación—. El aire es, a la vez, tibio y fresco, las flores lo embalsaman y el cielo está magnífico.

—Todo le habla al corazón —repuso David tratando de llegar a su amor con una analogía—. Para los enamorados es un placer infinito encontrar en los accidentes de un paisaje, en la transparencia del aire y en los aromas de la tierra la poesía que anida en su alma. La naturaleza habla por ellos.

—Y les desata también la lengua —dijo Ève entre risas—. Estaba usted muy callado al atravesar el Houmeau. ¿Sabe que me sentía incómoda?…

—Me parecía tan hermosa que me sentía embargado —repuso ingenuamente David.

—¿Así que estoy menos bonita en este momento? —le preguntó ella.

—No, pero me siento tan feliz de poder pasear solo con usted que…

Se interrumpió, confuso, y miró hacia las colinas por donde baja el camino de Saintes.

—Si encuentra algún placer en este paseo, estoy encantada, porque me creo obligada a proporcionarle una velada a cambio de la que ha sacrificado usted por mí. Al rehusar ir a casa de madame de Bargeton ha sido tan generoso como Lucien arriesgándose a enojarla con su petición.

—Generoso no, prudente —respondió David—. Ya que nos encontramos solos bajo el cielo, sin más testigos que los cañaverales y los arbustos que bordean el Charente, permítame, mi querida Ève, que le exprese algunas de las inquietudes que me produce la actual marcha de Lucien. Después de lo que acabo de decirle, mis temores le parecerán, eso espero, un gesto de amistad. Usted y su madre han hecho todo lo posible para que se elevara por encima de su posición; pero al acicatear su ambición, ¿no le han abocado imprudentemente a grandes sufrimientos? ¿Cómo va a poder mantenerse en el mundo al que le llevan sus gustos? ¡Le conozco!, tiene una forma de ser que gusta de las cosechas sin trabajo; los compromisos sociales le robarán su tiempo, y el tiempo es el único capital de las personas que poseen como única fortuna su inteligencia; le gusta brillar, el mundo exacerbará sus deseos que ninguna suma podrá satisfacer; gastará dinero y no lo ganará; en fin, le han acostumbrado ustedes a creerse grande, pero el mundo antes de reconocer la superioridad de quien sea exige éxitos brillantes. Ahora bien, los éxitos literarios sólo se consiguen mediante la soledad y un trabajo obstinado. ¿Qué es lo que le dará a su hermano madame de Bargeton a cambio de tantas horas pasadas a sus pies? Lucien es demasiado orgulloso para aceptar su ayuda, y sabemos que es todavía demasiado pobre para seguir frecuentando su círculo social, que es doblemente ruinoso. Tarde o temprano esta mujer abandonará a nuestro querido hermano después de haberle hecho perder el gusto por el trabajo y haber fomentado en él la afición al lujo, el desprecio por nuestra vida austera, el amor a los placeres, su inclinación a la ociosidad, ese vicio de las almas poéticas. Sí, tiemblo sólo de pensar que esta gran dama vaya a divertirse con Lucien como con un juguete: o le ama sinceramente y le hará olvidarse de todo, o no le quiere y en ese caso le hará muy desgraciado, pues él está loco por ella.

—Me hiela el corazón —dijo Ève deteniéndose en la presa del Charente—. Pero mientras mi madre tenga fuerzas para ejercer su penoso oficio y yo viva, el fruto de nuestro trabajo quizá baste para los gastos de Lucien y le permitan esperar el momento en que comience a sonreírle la fortuna. A mí nunca me faltará el valor, porque la idea de trabajar para una persona querida —dijo Ève animándose— le quita al trabajo toda su amarga pesadez. Soy feliz de pensar por quién hago tantos esfuerzos, si es que es un esfuerzo. Sí, no tema nada, ganaremos dinero suficiente para que Lucien pueda entrar en el gran mundo. Allí está su fortuna.

—Y también su perdición —apostilló David—. Escúcheme, querida Ève. La lenta ejecución de las obras del genio exige una considerable fortuna de entrada o el cinismo sublime de una vida pobre. ¡Créame! Lucien tiene tanto pavor a las privaciones de la miseria, ha saboreado con tanta complacencia el aroma de los festines, el incienso del éxito, y su amor propio se ha desarrollado de tal modo en el boudoir de madame de Bargeton, que intentará cualquier cosa antes que fracasar, y las ganancias de su trabajo siempre estarán por debajo de sus necesidades.

—¡Pero entonces es sólo un falso amigo! —exclamó Ève, desesperada —. Si no, no nos desanimaría así.

—¡Ève, Ève! —respondió David—. Yo quisiera ser el hermano de Lucien. Sólo usted puede concederme ese título que le permitiría aceptarlo todo de mí, que me daría el derecho a consagrarme a él con el religioso amor que pone usted en sus sacrificios, pero aportándole el discernimiento de la persona que piensa. Ève, querida niña adorada, haga que Lucien tenga un tesoro al que pueda recurrir sin avergonzarse. La bolsa de un hermano, ¿no será como la suya? ¡Si supiera todas las reflexiones que me ha sugerido la nueva posición de Lucien! Si quiere ir a casa de madame de Bargeton, el pobre chico no debe seguir siendo mi regente, no debe seguir viviendo en el

Houmeau, usted no debe continuar trabajando como operaria, ni su madre desempeñando su oficio. Si consintiera en ser mi mujer, todo se allanaría: Lucien podría vivir en el segundo piso de mi casa, mientras hago construir para él otro sobre el cobertizo en el fondo del patio, a menos que mi padre no quiera levantar una segunda planta. Así le prepararíamos una vida libre de preocupaciones, una vida independiente. Mi deseo de mantener a Lucien me infundirá para hacer fortuna un valor que no tendría de tratarse sólo de mí; pero de usted depende autorizar mi abnegación. Tal vez un día él vaya a París, el único teatro donde puede exhibirse y en el que su talento será apreciado y reconocido. La vida en París es cara y tres no seremos demasiados para ayudarle. Por otra parte, tanto usted como su madre, ¿no necesitarán de un apoyo? Querida Ève, cásese conmigo por amor a Lucien. Más tarde quizá me ame al ver los esfuerzos que pienso hacer por ayudarle y hacerla a usted dichosa. Somos los dos igual de modestos en nuestros gustos, y necesitaremos poco para vivir; la felicidad de Lucien será nuestro gran objetivo, y su corazón será el tesoro en el que pondremos fortuna, sentimientos, sensaciones, ¡todo!

—Las conveniencias nos separan —dijo Ève, emocionada al ver cómo se hacía de menos aquel gran amor—. Usted es rico y yo pobre. Mucho hay que amar para salvar semejante obstáculo.

—Entonces, ¿no me ama aún lo suficiente? —exclamó David, aterrado.

—Pero quizá su padre se oponga…

—Bueno —respondió David—, si no hay más que consultar a mi padre, será mi mujer. ¡Ève, mi querida Ève!, acaba de hacerme la vida muy llevadera en cosa de un momento. Tenía, ¡ay!, el corazón lleno de sentimientos que no podía ni sabía cómo expresar. Dígame solamente que me quiere un poco, y me sentiré con el valor suficiente para hablarle de todo lo demás.

—La verdad —dijo ella—, me hace sentir avergonzada; pero ya que nos confiamos nuestros sentimientos, le diré que nunca en mi vida he pensado en otro que no fuera usted. He visto en usted a uno de esos hombres a los que una mujer tiene a orgullo ser suya, y yo no me atrevía a esperar para mí, pobre obrera sin porvenir, un tan gran destino.

—Basta, basta —dijo él sentándose sobre el parapeto de la presa, junto a la cual habían vuelto, pues iban y venían como unos locos haciendo el mismo recorrido.

—¿Qué le pasa? —le dijo ella expresando por primera vez esa inquietud tan graciosa que demuestran las mujeres por el hombre que les pertenece.

—Sólo cosas buenas —dijo él—. Al vislumbrar toda una vida feliz, el espíritu queda como deslumbrado, el alma está como abrumada. ¿Por qué soy el más feliz? —dijo con una expresión de melancolía—. Pero sé el motivo.

Ève miró a David con el aire coqueto e incrédulo de quien pide una explicación.

—Querida Ève, recibo mucho más de lo que doy. Así yo la amaré mucho más de lo que me ama usted, porque tengo muchas más razones para amarla; es usted un ángel y yo soy un hombre.

—Yo no soy tan sabia —respondió Ève sonriendo—. Le quiero…

—¿Tanto como quiere a Lucien? —preguntó él interrumpiéndola.

—Lo suficiente para ser su mujer, para consagrarme a usted y tratar de no darle ni un solo disgusto en la vida, algo dura al principio, que llevaremos.

—¿Se da cuenta, querida Ève, de que la amo desde el primer día que la vi?

—¿Qué mujer no se siente amada? —preguntó ella.

—Déjeme, pues, disipar los escrúpulos que le causa mi supuesta fortuna. Soy pobre, mi querida Ève. Sí, mi padre se ha complacido en arruinarme, ha especulado con mi trabajo, ha hecho como muchos pretendidos benefactores con sus beneficiados. Si me hago rico, el mérito será de usted. No es ésta una frase de enamorado, sino una reflexión de pensador. Debo hacerle saber mis defectos, que son enormes en un hombre obligado a hacer fortuna. Mi carácter, mis hábitos y las ocupaciones que me gustan me hacen poco apto para todo cuanto es comercio y especulación, y sin embargo no podemos convertirnos en personas ricas sin dedicarnos a alguna industria. Si bien soy capaz de descubrir una mina de oro, soy absolutamente incapaz de explotarla. Pero usted, que, por amor a su hermano, ha descendido hasta los más pequeños detalles, que tiene la virtud del ahorro, la atención paciente del verdadero comerciante, recogerá la cosecha que yo haya sembrado. Nuestra situación, pues hace tiempo que me siento de su familia, me oprime tanto el corazón que he pasado mis días y mis noches buscando una oportunidad de hacer fortuna. Mis conocimientos en química y en la observación de las necesidades del comercio me han puesto en el camino de un descubrimiento lucrativo. No le puedo decir aún nada sobre ello, pues preveo que habrá que ir despacio. Sufriremos todavía durante unos años, pero acabaré por dar con los procedimientos industriales tras cuya pista no ando yo solo, y si soy el primero en lograrlo nos proporcionarán una gran fortuna. No le he dicho nada a Lucien, porque su carácter apasionado lo echaría todo a perder, transformaría mis esperanzas en realidades, viviría como un señor y quizá contraería deudas. Por tanto, guárdeme el secreto. Su dulce y querida compañía será lo único que podrá consolarme durante estas largas pruebas, así como el deseo de enriquecerla a usted y a Lucien me dará la constancia y el tesón…

—También yo había adivinado —le dijo Ève interrumpiéndole— que es uno de esos inventores que, como mi pobre padre, necesitan de una mujer que cuide de ellos.

—Así pues, ¿me ama? ¡Ah!, dígamelo sin temor, a mí que ha visto en su nombre un símbolo de mi amor. Eva era la única mujer que había en el mundo; y lo que era materialmente verdadero para Adán, lo es moralmente para mí. ¡Dios mío!, ¿me ama?

—Sí —dijo ella alargando esta simple sílaba como si quisiera expresar lo grande que era su sentimiento.

—Pues bien, vayamos a sentarnos allí —le dijo él llevando a Ève de la mano hacia una larga viga que había bajo las ruedas de una papelera—. Déjeme respirar el aire del anochecer, oír el croar de las ranas, admirar los rayos de la luna que cabrillean en las aguas; déjeme que me detenga en esta naturaleza, donde creo ver mi felicidad escrita en cada cosa y que se me aparece por vez primera en todo su esplendor, iluminada por el amor, embellecida por usted. Ève, ¡amor mío!, ¡éste es el primer instante de pura felicidad que me ha deparado la suerte! ¡Dudo que Lucien sea tan dichoso como lo soy yo!

Al sentir la mano de Ève húmeda y temblorosa en la suya, David dejó caer una lágrima sobre ella.

—¿No puedo saber el secreto? —dijo Ève con voz mimosa.

—Tiene todo el derecho, puesto que su padre se ocupó de esta cuestión, que se volverá importante. He aquí por qué. La caída del Imperio va a hacer que el uso de la ropa de algodón se generalice, debido al buen precio de esta materia con respecto al tejido de hilo. En la actualidad el papel se sigue haciendo con trapos de cáñamo y de lino, pero este componente es caro y su precio retrasa el gran impulso que ha de adquirir necesariamente la prensa francesa.

»Ahora bien, la producción de trapos no puede acelerarse. Los trapos son el resultado del uso del tejido, y la población de una nación no da más que una cantidad determinada de ellos. Esta cantidad sólo puede verse aumentada con una mayor tasa de natalidad. Para producir un cambio sensible en su población, un país necesita un cuarto de siglo y grandes revoluciones en las costumbres, en el comercio y en la agricultura. Si las necesidades de la industria papelera son, pues, superiores a lo que produce Francia en trapos, ya sea el doble o triple, es preciso, para mantener el papel a bajo precio, introducir en la fabricación de papel un elemento distinto de los trapos. Este razonamiento descansa sobre un hecho que se produce aquí. Las papeleras de Angulema, las últimas en las que se fabricarán papeles a base de trapos de hilo, ven cómo el algodón va invadiendo la pasta en una progresión tremenda.

Ante una pregunta de la joven operaria, que no sabía qué significaba la palabra pot, David le dio sobre la fabricación del papel una información que no estará de más en una obra cuya existencia material se debe tanto al papel como a la prensa; pero este largo paréntesis entre los dos enamorados ganará sin duda si es resumido previamente.

El papel, producto no menos maravilloso que la imprenta, a la que sirve de base, existía desde hacía mucho tiempo en China, cuando a través de las redes misteriosas del comercio llegó hasta Asia Menor, donde hacia el año 750, según algunas tradiciones, se usaba un papel de algodón triturado y reducido a pasta. La necesidad de sustituir el pergamino, cuyo precio era excesivo, hizo que se encontrara mediante una imitación de papel bómbice (tal fue el nombre del papel de algodón en Oriente) el papel de trapos; unos dicen que en Basilea, en 1170, por unos griegos refugiados; otros que en Padua, en 1301, por un italiano llamado Pax. Así el papel se fue perfeccionando lenta y oscuramente, pero lo cierto es que durante el reinado de Carlos VI se fabricaba ya en París la pasta de los naipes. Cuando los inmortales Faust, Coster y Gutenberg inventaron EL LIBRO, artesanos desconocidos, como tantos grandes artistas de aquella época, adaptaron la fabricación del papel a las necesidades de la tipografía. En este siglo XV, tan vigoroso e ingenuo, los nombres de los diferentes formatos de papel, lo mismo que los nombres dados a los caracteres, llevan el sello de la ingenuidad de la época. Así el raisin, el Jésus, el colombier, el papel pot, el écu, la coquille y la couronne son papeles cuyos nombres derivan de la imagen del racimo de Nuestro Señor, de su corona, del escudo, del cáliz, en fin, de la filigrana impresa en medio de la hoja, como más tarde, bajo Napoleón, se puso un águila: de ahí el papel llamado gran águila. De igual modo, a los caracteres se les llamó Cícero, San Agustín, Gran Canon, según los libros litúrgicos, las obras teológicas o los tratados de Cicerón en que fueron utilizados por primera vez. El itálico fue ideado por los Aldo, en Venecia; de ahí su nombre. Antes de la invención del papel continuo, de longitud ilimitada, los mayores formatos eran el gran Jesús o el gran palomar, y aun este último no se empleaba más que para los atlas o los grabados. Efectivamente, los tamaños del papel de impresión debían corresponderse con las platinas de las prensas. En el momento en que David hablaba, la existencia del papel continuo parecía una quimera en Francia, a pesar de que ya Denis Robert d’Essonnes hubiera inventado, hacia 1799, una máquina para fabricarlo, que luego Didot-Saint-Léger trató de perfeccionar. El papel vitela, inventado por Ambroise Didot, no data más que de 1780. Este rápido resumen demuestra irrefutablemente que todas las grandes conquistas de la industria y de la inteligencia se han hecho con excesiva lentitud y mediante aportaciones inesperadas; exactamente del mismo modo que trabaja la Naturaleza. Para llegar a su perfeccionamiento, la escritura, ¡y tal vez el lenguaje!…, han conocido los mismos tanteos que la tipografía y la fabricación del papel.

—Los traperos recogen por toda Europa los trapos, la ropa vieja, y compran los restos de todo tipo de tejidos —dijo, a modo de conclusión, el impresor—. Estos restos, posteriormente seleccionados, se almacenan en los depósitos de los traperos al por mayor, que se encargan del suministro a las fábricas de papel. Para que pueda hacerse una idea de este comercio, sepa, señorita, que en mil ochocientos catorce el banquero Cardon, propietario de las fábricas de Buges y de Langlée, donde Léorier de l’Isle trató a partir de mil setecientos setenta y seis de solucionar el problema que tuvo ocupado a su padre, tenía entablado un proceso contra un tal monsieur Proust por un error de dos millones de diferencia en una cuenta de diez millones de libras, o sea, en torno a unos cuatro millones de francos. El fabricante lava sus trapos y los reduce a una pasta clara que, igual que una cocinera pasa una salsa por su colador, se tamiza sobre un armazón de hierro llamado «forma», y cuyo interior se halla cubierto por una tela metálica que tiene en medio la filigrana que da su nombre al papel. Del tamaño de la forma depende el tamaño del papel. En los tiempos en que estaba yo en la tipografía de los señores Didot, se ocupaban ya de esta cuestión, y se siguen ocupando de ello en la actualidad, porque el perfeccionamiento perseguido por su padre es una de las necesidades más imperiosas de estos tiempos. Y la razón es la siguiente. Aunque la duración del hilo, si la comparamos con la del algodón, hace en definitiva el hilo menos caro que el algodón, como se trata siempre de sacarles algún dinero a los pobres, prefieren dar menos que más y sufren, en virtud del vae victis!, unas pérdidas enormes. La clase burguesa se comporta igual que el pobre. Por eso la ropa de hilo escasea. En Inglaterra, donde el algodón ha reemplazado al hilo en las cuatro quintas partes de la población, no se fabrica más que papel de algodón. Este papel, que en principio tiene el inconveniente de rasgarse y romperse, se disuelve en agua con tanta facilidad que un libro de papel de algodón, si se pusiera en remojo durante un cuarto de hora, quedaría convertido en una papilla, mientras que un libro viejo tardaría al menos dos horas en hacerlo, de forma que secando el libro antiguo, aunque amarillento, descolorido, el texto podría aún leerse, la obra no se vería destruida. Hemos llegado a unos tiempos en que, al disminuir las fortunas a causa de su igualación, todo se empobrecerá; querremos ropa y libros baratos, igual que empiezan a pedirse cuadros pequeños por falta de espacio para poner los grandes. Las camisas y los libros no durarán, éstas son las consecuencias. La solidez de los productos desaparece en todas partes. Por eso el problema que hay que resolver es de la mayor importancia para la literatura, las ciencias y la política. Hubo por ello un día en mi oficina una animada discusión sobre los ingredientes que utilizan en China para la fabricación del papel. Allí, gracias a las materias primas, la fabricación del papel alcanzó desde sus orígenes una perfección de la que carece la nuestra. Había entonces mucho interés por el papel de China, cuya ligereza y finura lo hacen muy superior al nuestro, pues estas preciosas cualidades no le impiden ser consistente, y, por más fino que sea, no presenta ninguna transparencia. Un corrector muy instruido (en París es fácil encontrar sabios entre los correctores: Fourier y Pierre Leroux son en la actualidad correctores en la imprenta de Lachevardière…), el conde de Saint-Simon, corrector por aquel entonces, se presentó en plena discusión. Nos dijo entonces que, según Kempfer y Du Halde, la broussonetia proporcionaba a los chinos la materia de su papel, completamente vegetal, como el nuestro por otra parte. Otro corrector sostuvo que el papel de China se fabricaba principalmente con una materia animal, con la seda, tan abundante en China. Se hizo delante de mí una apuesta. Como los señores Didot son los impresores del Institut, se sometió naturalmente el debate a algunos miembros de esta asamblea de sabios. Monsieur Marcel, antiguo director de la Imprenta Imperial, designado como árbitro, remitió a los dos correctores al señor abate Grosier, bibliotecario del Arsenal. Según el dictamen de éste, los dos perdieron la apuesta. El papel de China no se fabrica ni con seda ni con broussonetia; su pasta proviene de las fibras vegetales de la caña de bambú trituradas. Tenía el abate Grosier un libro chino, obra iconográfica y técnica a un tiempo, que incluía numerosas ilustraciones que representaban la fabricación del papel en cada una de sus fases, y nos enseñó una pila de cañas de bambú pintadas en montones en un rincón de un taller para hacer papel magníficamente dibujado. Cuando Lucien me dijo que su padre, gracias a una especie de intuición propia de los hombres de talento, había previsto sustituir los restos de tela por una materia vegetal muy común y asequible para la industria del lugar, como hacen los chinos al utilizar las fibras vegetales, clasifiqué todas las tentativas hechas por mis predecesores, y me puse a estudiar finalmente la cuestión. El bambú es una caña: naturalmente pensé en las cañas de nuestra región. La mano de obra no cuesta nada en China; un jornal se paga a tres sueldos: por eso los chinos pueden poner su papel, al salir de la forma, hoja por hoja entre unas planchas de porcelana blanca recalentadas, mediante las cuales lo comprimen y le dan ese lustre, esa consistencia, esa ligereza y esa suavidad satinada que hacen de él el primer papel del mundo. Pues bien, es preciso reemplazar los procedimientos de los chinos por medio de alguna máquina. Con maquinaria es posible llegar a resolver el problema del bajo coste que consiguen los chinos gracias a lo barato de su mano de obra. Si lográramos fabricar a bajo precio un papel de calidad parecido al de China, disminuiríamos en más de la mitad el peso y el grosor de los libros. Un Voltaire encuadernado, que en nuestro papel vitela pesa unas doscientas cincuenta libras, no pesaría más de cincuenta en papel de China. Y éste, qué duda cabe, es un avance. El lugar necesario para una biblioteca será un problema cada vez más difícil de resolver en una época en que el empequeñecimiento general de las cosas y de los hombres afecta a todo, incluso a sus viviendas. En París, los grandes palacios y los grandes pisos serán tarde o temprano demolidos; pronto ya no habrá fortunas en consonancia con las construcciones de nuestros padres. ¡Qué vergüenza para nuestra época fabricar libros condenados a no durar! Diez años más y el papel de Holanda, es decir, el papel hecho con trapos de hilo, será completamente imposible. Pero su generoso hermano me ha transmitido la idea que tuvo su padre de emplear determinadas plantas fibrosas en la fabricación del papel, y ya ve que si tengo éxito tendrá usted derecho a…

En aquel momento, Lucien se acercó a su hermana e interrumpió la generosa propuesta de David.

—No sé —les dijo— si habéis encontrado esta velada agradable, pero para mí ha sido cruel.

—Mi pobre Lucien, ¿qué te ha pasado? —preguntó Ève advirtiendo la expresión encendida del rostro de su hermano.

El poeta, irritado, contó sus angustias, derramando en esos corazones amigos los raudales de pensamientos que le asaltaban. Ève y David escucharon a Lucien en silencio, afligidos al ver brotar ese torrente de dolores que revelaba tanta grandeza como mezquindad.

—Monsieur de Bargeton —dijo Lucien al terminar— es un anciano que sin duda pronto dejará este mundo por alguna indigestión; pues bien, ¡yo dominaré ese mundo orgulloso y me casaré con madame de Bargeton! Esta noche he leído en sus ojos un amor igual al mío. Sí, ha acusado mis heridas, ha calmado mis sufrimientos, es tan grande y noble como bella y graciosa. No, ¡ella jamás me traicionará!

—¿No sería ya hora de darle una vida tranquila? —dijo en voz baja David a Ève.

Ève apretó silenciosamente el brazo de David, quien, comprendiendo lo que pensaba, se apresuró a contarle a Lucien los proyectos que tenía en mente. Estaban los dos enamorados tan preocupados de sí mismos como Lucien lo estaba de él, de modo que Ève y David, ansiosos por que les diera su aprobación a su felicidad, no advirtieron el gesto de sorpresa que dejó escapar el amante de madame de Bargeton al saber la noticia de la próxima boda de su hermana y de David. Lucien, que soñaba con que su hermana hiciera un matrimonio ventajoso cuando él hubiera alcanzado una alta posición, a fin de apuntalar su ambición con los beneficios que le reportaría una familia poderosa, se quedó desolado al ver en esta unión un obstáculo más para sus éxitos en el gran mundo.

«Aunque madame de Bargeton acepte convertirse en madame de Rubempré, ¡nunca querrá ser la cuñada de David Séchard! —Esta frase era la fórmula clara y precisa de las ideas que atenazaban el corazón de Lucien

—. ¡Louise tiene razón!, las personas con futuro no son nunca comprendidas por sus familias», pensó con amargura.

De haberle hecho saber esta unión en un momento en que no hubiera estado dando muerte en su imaginación a monsieur de Bargeton, habría estallado sin duda en una gran alegría. Reflexionando sobre su situación actual, examinando el destino de una bonita muchacha, sin fortuna, de Ève Chardon, habría considerado este matrimonio una felicidad inesperada. Pero vivía uno de esos sueños dorados en los que los jóvenes, agarrándose a hipotéticos síes, vencen todos los obstáculos. Acababa de verse dominando a la sociedad, y el poeta sufría al ver que se estrellaba tan pronto contra la realidad. Ève y David pensaron que su hermano, abrumado por tanta generosidad, se callaba. Para estas dos bellas almas, un asentimiento silencioso era la demostración de una verdadera amistad. El impresor se puso a describir con dulce y cordial elocuencia la felicidad que esperaba a los cuatro. Pese a las protestas de Ève, amuebló el primer piso con un lujo de enamorado; levantó con ingenua buena fe el segundo para Lucien y la parte superior del cobertizo para madame Chardon, a la que quería dedicar todas las atenciones de una solicitud filial. Por último, hizo tan dichosa a la familia y tan independiente a su hermano, que Lucien, encandilado por la voz de David y por las caricias de Ève, olvidó bajo las enramadas del camino, a lo largo del Charente tranquilo y centelleante, bajo la bóveda estrellada y en la tibia atmósfera de la noche, la hiriente corona de espinas que la sociedad le había hundido en la cabeza. Monsieur de Rubempré dio al final la razón a David. La volubilidad de su carácter no tardó en devolverle a la vida pura, laboriosa y burguesa que siempre había llevado; la encontró embellecida y carente de preocupaciones. El mundanal ruido aristocrático se fue alejando cada vez más. Finalmente, cuando llegó al empedrado del Houmeau, el ambicioso estrechó la mano de su hermano y se puso al unísono con los dos enamorados.

—Eso si tu padre no desaprueba este matrimonio —le dijo a David.

—¡Ya ves lo que se preocupa por mí! El buen hombre sólo vive para él, pero mañana le iré a ver a Marsac, aunque no sea más que para conseguir que haga las obras que necesitamos.

David acompañó a los hermanos hasta la casa de madame Chardon, a quien pidió la mano de Ève, con las prisas de un hombre que no quiere ningún retraso. La madre tomó la mano de su hija, la colocó sobre la de

David con alegría, y el enamorado, enardecido, besó en la frente a su bella prometida, quien le sonrió ruborizándose.

—Estos son los esponsales de los pobres —dijo la madre alzando los ojos como si quisiera implorar la bendición de Dios—. Tienes mucho valor, hijo mío —le dijo a David—, pues estamos en la desgracia y temo que sea contagioso.

—Seremos ricos y felices —dijo seriamente David—. Para empezar, usted no seguirá cuidando enfermos y vendrá a vivir con su hija y su hijo Lucien a Angulema.

Los tres jóvenes se apresuraron entonces a contarle a la sorprendida madre su atractivo proyecto, abandonándose a una de esas locas charlas de familia en las que la gente se divierte haciendo castillos en el aire y disfrutando por adelantado de todo tipo de alegrías. Hubo que llevar a David hasta la puerta; hubiera deseado que aquella velada fuese eterna. Dio la una de la noche cuando Lucien acompañaba a su futuro cuñado hasta la Porte-Palet. El honrado Postel, inquieto por aquel trajín fuera de lo normal, estaba de pie detrás de la persiana; había abierto la celosía y se decía al ver luz en casa de Ève a aquella hora: «¿Qué pasa en casa de los Chardon?».

—Hijo —dijo viendo volver a Lucien—, ¿qué os pasa? ¿Me necesitáis para algo?

—No, señor —repuso el poeta—; pero como es usted nuestro amigo, puedo confiarle de qué se trata; mi madre acaba de conceder la mano de mi hermana a David Séchard.

Por toda respuesta, Postel cerró bruscamente su ventana, desesperado por no haber pedido la mano de mademoiselle Chardon.

En vez de volver a Angulema, David tomó el camino de Marsac. Se fue paseando hasta la casa de su padre y llegó a lo largo del cercado colindante con la casa cuando salía ya el sol. El enamorado divisó bajo un almendro la cabeza del viejo oso que asomaba por encima de un seto.

—Buenos días, padre —le dijo David.

—¡Ah!, eres tú, hijo mío. ¿Qué te trae por aquí a estas horas? Entra por aquí —dijo el viñador indicándole a su hijo una puertecilla—. Todas mis viñas están en flor, ni una cepa se ha helado. ¡Este año saldrán más de veinte cubas por fanega, pero también cuánto abono ha habido que echar!

—Padre, vengo a hablarle de un asunto importante.

—¡Bien! ¿Cómo van nuestras prensas? Debes de ganar tus buenos dineros.

—Los ganaré, padre, pero por el momento no soy rico.

—Aquí todos me critican por abonar de firme —respondió el padre—. Los burgueses, es decir, el señor marqués, el señor conde, señores esto y aquello, pretenden que quito calidad al vino. ¿Para qué sirve ser instruido? Para confundir el entendimiento. ¡Escucha! Estos señores recogen siete y algunas veces ocho cubas por fanega, y las venden a sesenta francos la cuba, lo cual les reporta como máximo unos cuatrocientos francos por fanega las buenas añadas. Yo recojo veinte cubas y las vendo a treinta francos, seiscientos francos en total. ¿Quién es el tonto? ¡La calidad, la calidad! ¿Qué me importa a mí la calidad? ¡Que se la queden para ellos su calidad, los señores marqueses! Para mí la calidad son los escudos. ¿Qué decías…?

—Padre, voy a casarme y venía a pedirle…

—¿Pedirme? ¿El qué? Nada de nada, muchacho. Cásate, te doy mi consentimiento, pero no puedo darte nada, estoy sin un céntimo. ¡Los jornales me han arruinado! ¡Desde hace dos años, no hago más que pagar jornales, impuestos y gastos de todo tipo; el Gobierno se queda con todo, la parte sustancial va a parar al Gobierno! Hace ya dos años que los pobres viñadores no sacan nada. Este año la cosecha no se presenta mal; pues bien, ¡sólo mis condenadas cubas valen ya once francos! Cosecharemos para el tonelero. Pero, dime, ¿por qué quieres casarte antes de la vendimia…?

—Padre, no vengo más que a pedirle su consentimiento.

—¡Ah!, eso es otra cosa. ¿Y con quién te casas, si puede saberse?

—Me caso con mademoiselle Ève Chardon.

—¿Y quién es ésa? ¿De dónde ha salido?

—Es la hija del difunto monsieur Chardon, el farmacéutico del Houmeau.

—¡Te casas con una moza del Houmeau, tú, un burgués, tú, el impresor del rey en Angulema! ¡Estos son los frutos de la instrucción! ¡Poned a vuestros hijos en un colegio! Pero será muy rica, ¿no, hijo mío? —preguntó el viejo viñador acercándose a su hijo con aire zalamero—. Pues, si te casas con una muchacha del Houmeau, debe de nadar en dinero. ¡Bien, si es así podrás pagarme mis alquileres! Ya sabes, chico, que me debes dos años y tres meses de alquileres, lo que asciende a dos mil setecientos francos que me vendrían de perillas para pagarle al tonelero. A cualquier otro que no fuera mi hijo estaría en mi derecho de exigirle intereses, porque, al fin y al cabo, los negocios son los negocios, pero te los perdono. Bien, ¿cuánto tiene?

—Tiene lo que tenía mi madre.

El viejo viñador iba a decir: «¡No tiene más que diez mil francos!». Pero se acordó de haberse negado a pasar cuentas con su hijo, y vociferó:

—¿No tiene nada?

—La fortuna de mi madre era su inteligencia y su belleza.

—¡Ve con ello al mercado y ya verás lo que te dan! ¡Vaya desgracia tienen los padres con sus hijos! David, cuando yo me casé, no tenía más fortuna que un gorro de papel sobre la cabeza y estos dos brazos. Era un pobre oso; pero con la buena imprenta que te he dado, tu trabajo y tu inteligencia, debes casarte con una burguesa de la ciudad, una mujer rica, que tenga de treinta a cuarenta mil francos. ¡Renuncia a tu pasión y te casaré yo! A una legua de aquí vive una viuda de treinta y dos años, molinera, que posee cien mil francos en bienes inmuebles; ése es tu partido. Podrías reunir sus propiedades con las de Marsac, pues se tocan. ¡Qué buenas tierras tendríamos y qué bien las administraría yo! Dicen que se va a casar con Courtois, su primer mozo; ¡tú vales más que él! Yo llevaría el molino mientras ella haría vida de señora en Angulema.

—Padre, ya estoy comprometido…

—David, tú no entiendes nada de negocios; ya te veo arruinado. Sí, si te casas con esa moza del Houmeau, te exigiré cuentas como es debido y te requeriré para que me pagues mis alquileres, porque no preveo nada bueno. ¡Ah, mis pobres prensas!, ¡mis prensas!, necesitabais dinero para engrasaros, manteneros y haceros funcionar. Sólo una buena añada puede consolarme de todo esto.

—Padre, no creo haberle dado hasta ahora ningún disgusto…

—Ni tampoco haberme pagado los alquileres —replicó el viñador.

—Venía a pedirle, aparte de su consentimiento para contraer matrimonio, que levante un segundo piso en su casa y construya una segunda vivienda encima del cobertizo.

—¡Naranjas de la China! No tengo un céntimo, y tú lo sabes muy bien. Además, sería dinero tirado, porque ¿qué provecho iba a sacar yo de ello? ¡Ah!, te levantas temprano para venir a pedirme unas obras que arruinarían a un rey. Pese a llamarte David, no poseo yo los tesoros de Salomón. ¿Es que estás loco? Deben de haberme cambiado al hijo cuando estaba con la nodriza. ¡Mira, aquí tienes una que dará uva! —dijo interrumpiéndose para enseñar una cepa a David—. Estos sí que son hijos que no defraudan las esperanzas de sus padres: los abonas, y te rinden. Yo te puse en el instituto; tuve que pagar cuantiosas sumas para hacer de ti un sabio, estudiaste con los Didot, ¡y el único fruto de todos estos sacrificios es que me des por nuera a una muchacha del Houmeau sin un céntimo de dote! Si no hubieras estudiado y no te hubiera perdido de vista, hoy harías mi real gana, y te casarías con una molinera que tiene cien mil francos, sin contar el molino. ¡Ah!, ¿para lo único que te sirve tu talento es para creer que voy a recompensarte por tu gratitud, construyéndote palacios?… Cualquiera diría que, desde hace doscientos años, la casa en que estás no ha servido más que de chiquero, y que una moza del Houmeau no puede vivir en ella… ¿Acaso es la reina de Francia?

—Bien, padre, ya levantaré yo el segundo piso a mis expensas; será el hijo quien enriquezca al padre. Aunque sea el mundo al revés, son cosas que se ven a veces.

—¡Cómo, muchacho! ¿Tienes dinero para construir y no lo tienes para pagar mis alquileres? ¡Ladino, así que trampeas con tu padre!

Así planteada, la cuestión se ponía difícil, porque el buen hombre estaba encantado de poner a su hijo en una situación que le permitía no darle nada, sin dejar por ello de parecer paternal. Así pues, David no pudo obtener de su padre más que el simple consentimiento a su matrimonio y el permiso de hacer a su costa, en la casa paterna, todas las obras de que pudiera tener necesidad. El viejo oso, modelo de padre a la antigua, hizo a su hijo el favor de no exigirle los alquileres, ni de apropiarse de los ahorros que había tenido la imprudencia de revelar. David volvió a casa triste: comprendió que en la desgracia no podría contar con la ayuda de su padre.

En toda Angulema no se hablaba de otra cosa que de la frase del obispo y de la respuesta de madame de Bargeton. Los menores incidentes fueron tan desvirtuados, exagerados y adornados, que el poeta se convirtió en el héroe del día. Desde las altas esferas en las que rugió, esta tormenta de maledicencias salpicó algo a la burguesía. Al pasar Lucien por Beaulieu para ir a casa de madame de Bargeton, notó la envidiosa atención con que varios jóvenes le miraban y cogió al vuelo algunas frases que le enorgullecieron.

—Ahí tenéis a un joven feliz —decía un pasante de abogado llamado Petit-Claud, compañero de colegio de Lucien, con quien éste se daba ciertos aires de protector y que era poco agraciado.

—Sí, cierto que es un buen mozo, tiene talento y madame de Bargeton está loca por él —respondió un hijo de familia que había asistido a la lectura.

Había esperado con impaciencia la hora en que sabía encontraría sola a Louise, pues necesitaba que el matrimonio de su hermana fuese aceptado por esta mujer que se había convertido en el árbitro de su destino. Tal vez Louise, tras la velada de la víspera, se mostrara más tierna, y esta ternura podía depararle un momento de felicidad. No andaba equivocado: madame de Bargeton le recibió con un énfasis sentimental que a aquel bisoño en amores le pareció un conmovedor progreso de la pasión. ¡Ella abandonó sus bellos cabellos de oro, sus manos y su cabeza a los besos inflamados del poeta que tanto había sufrido la víspera!

—Si hubieras visto la expresión de tu rostro mientras leías —le dijo ella, pues la víspera habían llegado a tutearse, a esta caricia del lenguaje, mientras que en el canapé Louise con su blanca mano había secado las gotas de sudor que perlaban por adelantado la frente en la que ella colocaba una corona—. ¡Tus bonitos ojos centelleaban! Veía salir de tus labios las cadenas de oro que suspenden los corazones a la boca de los poetas. Me leerás todo Chénier, es el poeta de los enamorados. ¡No sufrirás más, no quiero que lo hagas! Sí, ángel mío, te crearé un oasis en el que vivirás toda tu vida de poeta, activa, cómoda, indolente, laboriosa o pensativa según los momentos; pero nunca olvides que me debes tus laureles y que ésta será para mí la noble recompensa por los sufrimientos por los que habré de pasar. Pobre querido mío, este mundo no me los ahorrará a mí más de lo que te los ahorra a ti, se venga de todas las dichas que no puede compartir. Sí, seré siempre envidiada, ¿no te diste cuenta ayer? Esas moscas sedientas de sangre vinieron rápidamente a abrevar en las picaduras que infligieron. Pero yo estaba feliz, ¡estaba viva! ¡Hacía tanto tiempo que no vibraban todas las cuerdas de mi corazón!

Unas lágrimas rodaron por las mejillas de Louise. Lucien le cogió la mano, y por toda respuesta la besó largamente. La vanidad de este poeta se vio, pues, halagada por esta mujer como lo había sido por su madre, por su hermana y por David. Todos a su alrededor seguían levantando el pedestal imaginario en el que él se ponía. Mantenido en sus ambiciosas creencias por todo el mundo, tanto por sus amigos como por la rabia de sus enemigos, se movía en medio de una atmósfera llena de espejismos. Las jóvenes imaginaciones son cómplices tan naturales de estas alabanzas e ideas, todo contribuye de tal modo a servir a un apuesto joven con futuro, que se hace necesaria más de una amarga y fría lección para disipar tales quimeras.

—¿Quieres, pues, mi bella Louise, ser mi Beatriz, pero una Beatriz que se deje amar?

Ella alzó sus bellos ojos que había mantenido bajos, y dijo, desmintiendo sus palabras con una sonrisa angelical:

—Si te lo mereces… ¡más tarde! ¿Acaso no eres feliz? ¡Tener un corazón para uno!, poder decirlo todo con la certeza de saberse comprendido, ¿acaso no es ésta la verdadera felicidad?

—Sí —repuso él haciendo una mueca de enamorado contrariado.

—Niño —dijo ella en son de burla—. Vamos, ¿no tienes nada que decirme? Has entrado muy preocupado, Lucien mío.

Lucien confió tímidamente a su amada el amor de David por su hermana, el de su hermana por David y el proyectado casamiento.

—¡Pobre Lucien! —le contestó ella—. ¡Tiene miedo de que le peguen o le riñan como si fuera él quien va a casarse! Pero ¿qué hay de malo en ello? —prosiguió pasando sus dedos por entre los cabellos de Lucien—. ¿Qué me importa tu familia, en la que tú eres una excepción? Si mi padre se casara con su criada, ¿te preocuparías mucho por ello? Querido niño, los amantes no tienen más familia que ellos mismos. ¿Qué otro interés tengo yo en el mundo que no sea mi Lucien? Sé grande, aprende a conquistar la gloria; ¡es lo único que nos interesa!

Con esta egoísta respuesta Lucien fue el hombre más feliz del mundo. Justo en el momento en que escuchaba los locos razonamientos con los que Louise le argumentó que estaban solos en el mundo, entró monsieur de Bargeton. Lucien frunció el ceño, y pareció cohibido; Louise le hizo una seña y le rogó que se quedara a cenar con ellos, pidiéndole que le leyera a André Chénier hasta que llegaran los jugadores y los asiduos.

—No sólo le dará un gusto a ella —dijo monsieur de Bargeton—, sino también a mí. No hay nada que me guste tanto como oír leer después de cenar.

Mimado por monsieur de Bargeton, mimado por Louise, servido por los criados con el respeto que sienten por los favoritos de sus amos, Lucien se quedó en casa de los Bargeton, identificándose con todos los disfrutes de una fortuna cuyo usufructo se le ofrecía. Cuando el salón estuvo lleno de gente, se sintió tan reafirmado por la bobaliconería de monsieur de Bargeton y el amor de Louise que adoptó unos aires dominantes que su bella enamorada no hizo sino alentar. Saboreó el placer del despotismo conquistado por Naïs y que ella quería que compartiera. En suma, durante esa velada trató de interpretar el papel de un héroe de ciudad pequeña. Al ver la nueva actitud de Lucien, algunas personas pensaron, en expresión de tiempos antiguos, que era el bien más preciado de madame de Bargeton. Amélie, que había acudido con monsieur du Châtelet, confirmaba esta gran desgracia en un extremo del salón, donde se habían reunido los celosos y los envidiosos.

—No hagan responsable a Naïs de la vanidad de un hombrecillo tan orgulloso por encontrarse en un mundo en el que nunca hubiese soñado entrar —dijo Châtelet—. ¿No ven que este Chardon confunde las frases amables de una mujer de mundo con insinuaciones y no sabe distinguir todavía el silencio que guarda la verdadera pasión del lenguaje protector que le merecen su belleza, su juventud y su talento? Serían muy dignas de lástima las mujeres si las hiciéramos responsables de todos los deseos que nos inspiran. Él está sin duda enamorado, pero en cuanto a Naïs…

—¡Oh!, Naïs —repitió la pérfida Amélie—, Naïs se siente felicísima por esta pasión. ¡A su edad, el amor de un joven ofrece tantas seducciones! A su lado se siente una rejuvenecer, se vuelve una muchachita, con su pudibundez y actitudes y no se piensa en el ridículo… ¿Es que no lo ven? El hijo de un farmacéutico se da aires de amo en casa de madame de Bargeton.

—El amor no sabe de jerarquías —arguyó Adrien.

Al día siguiente no hubo una sola casa en Angulema en la que no se discutiera acerca del grado de intimidad que existía entre monsieur Chardon, alias De Rubempré, y madame de Bargeton: apenas culpables de unos pocos besos, la opinión pública les acusaba ya de la más criminal de las felicidades. Madame de Bargeton sobrellevaba la carga de su realeza. Entre las extravagancias de la sociedad, ¿no habéis observado lo caprichoso de sus opiniones y lo desatinado de sus exigencias? Hay personas a las que todo les está permitido: pueden hacer las cosas más insensatas; todo cuanto hagan será decoroso; todos justificarán sus actos. Pero hay otras para las que el mundo es de una severidad inaudita; éstas deben hacerlo todo bien, no equivocarse nunca, no errar, ni siquiera dejar escapar una tontería; se dirían estatuas admiradas a las que se baja de su pedestal desde el preciso momento en que el invierno les ha hecho caer un dedo o les ha roto la nariz; nada de humano se les permite y se les exige ser siempre divinas y perfectas. Una sola mirada de madame de Bargeton a Lucien equivalía a doce años de dicha de Zizine y de Francis. Un apretón de manos de los dos enamorados iba a atraer sobre ellos todos los rayos del Charente.

David se había traído de París un secreto peculio que destinaba a los gastos necesarios para su casamiento y para la construcción del segundo piso de la casa paterna. Ampliar esta casa, ¿no era trabajar para él? Tarde o temprano sería suya, pues su padre tenía setenta y ocho años. El impresor hizo, pues, construir en entramado el piso de Lucien, a fin de no sobrecargar las viejas paredes de aquella agrietada casa. Se complació en decorar y amueblar coquetonamente el primer piso, donde la bella Ève habría de pasar el resto de su vida. Fue un tiempo de alegría y de felicidad sin nubes para ambos. Aunque cansado de las estrecheces de la vida de provincias, y harto de aquel sórdido ahorro que hacía de una moneda de cien sueldos una suma enorme, Lucien soportó sin quejarse los cálculos de la miseria y sus privaciones. Su sombría melancolía había dado paso a la radiante expresión de la esperanza. Veía brillar una estrella por encima de su cabeza; soñaba con una hermosa vida asentando su felicidad sobre la tumba de monsieur de Bargeton, quien tenía, de vez en cuando, difíciles digestiones y la feliz manía de considerar la indigestión de su comida como una enfermedad que debía curarse con la digestión de la cena.

A comienzos del mes de septiembre Lucien no era ya regente, sino que era monsieur de Rubempré, magníficamente alojado en comparación con la miserable buhardilla con tragaluz en la que el desconocido Chardon vivía en el Houmeau; ya no era un hombre del Houmeau, vivía en la alta Angulema, y cenaba más de cuatro veces por semana en casa de madame de Bargeton. Había estrechado amistad con monseñor y era recibido en el Obispado. Sus ocupaciones le situaban entre las personas más eminentes. En suma, era alguien que un día llegaría a ocupar un lugar entre las grandes glorias de Francia. Sin duda que al recorrer un bello salón, una alcoba encantadora o un gabinete que revelaba buen gusto, podía consolarse de tomar treinta francos mensuales del salario ganado con tantos sudores por su madre y su hermana, pues vislumbraba el día en que la novela histórica en la que trabajaba desde hacía dos años, El arquero de Carlos IX, y un libro de poesías titulado Las margaritas, darían a conocer su nombre en el mundo literario, proporcionándole dinero suficiente para resarcir a su madre, a su hermana y a David. Así, sintiéndose engrandecido, prestando oídos a la resonancia de su nombre en el futuro, aceptaba ahora tales sacrificios con noble seguridad: se sonreía de su pobreza y disfrutaba de sus últimas miserias. Ève y David habían antepuesto la felicidad de su hermano a la suya propia. La boda había sido pospuesta a causa del tiempo que necesitaban todavía los obreros para acabar los muebles, pintar y poner el empapelado del primer piso, pues los asuntos de Lucien habían tenido prioridad. Nadie que conociera a Lucien se habría sorprendido de esta abnegación: ¡era tan seductor!, ¡sus maneras eran tan cautivadoras!, ¡sabía expresar con tanta gracia su impaciencia y sus deseos! Antes de abrir la boca tenía ganada ya su causa. Privilegio fatal que pierde a más jóvenes que salva. Acostumbrados a las deferencias que inspira una hermosa juventud, feliz con esa egoísta protección que la gente concede a todo el que le gusta, como da limosna a un mendigo que despierta un sentimiento y una emoción, muchos de esos niños grandes gozan de ese favor en vez de aprovecharlo. Equivocados sobre el sentido y lo que mueve las relaciones sociales, creen encontrar siempre sonrisas decepcionantes; pero llegan desnudos, calvos, despojados, sin valor ni fortuna en el momento en que, como una vieja cómoda o un viejo guiñapo, el mundo los deja a la puerta de un salón y tirados en un rincón. Ève, por otra parte, estaba contenta de posponer la boda porque, para ahorrar, quería preparar por sí misma todo el ajuar necesario para una joven pareja. Qué podían negar dos enamorados a un hermano que, viendo trabajar a su hermana, decía con un acento salido del corazón: «¡Lo que daría por saber coser!». Y también el serio y observador David había sido cómplice de aquella abnegación. No obstante, tras el triunfo de Lucien en casa de madame de Bargeton, sintió miedo de la transformación que se operaba en él, temió verle despreciar las costumbres burguesas. En su deseo de poner a prueba a su hermano, David le puso algunas veces en la tesitura de elegir entre las alegrías patriarcales de la familia y los placeres del gran mundo, y al ver que Lucien sacrificaba aquéllos a los placeres de su vanidad, había exclamado: «¡No nos lo corromperán!». Varias veces, los tres amigos y madame Chardon realizaron algunas salidas al campo tal como se acostumbra hacer en provincias: iban a pasear por los bosques cercanos a Angulema que se extienden a lo largo del Charente; comían sentados en la hierba las provisiones que el aprendiz de David les llevaba a un lugar determinado y a una hora fijada; luego regresaban al atardecer, algo cansados y sin haber gastado ni tres francos. En las ocasiones especiales, cuando comían en lo que se llama un restaurat, especie de hosterías campestres a caballo entre las tabernas de provincias y los merenderos de París, gastaban hasta cien sueldos, pagados a medias entre David y los Chardon. David agradecía infinitamente a Lucien que olvidara en aquellos días de vida campestre las satisfacciones que encontraba en casa de madame de Bargeton y los suntuosos banquetes del gran mundo. Todos querían entonces festejar al gran hombre de Angulema.

Así las cosas, cuando ya no faltaba casi nada en el futuro hogar, durante un viaje que hizo David a Marsac para conseguir de su padre que asistiera a su boda, esperando que el anciano, seducido por su nuera, contribuyera a los enormes gastos ocasionados por el arreglo de la casa, ocurrió uno de esos acontecimientos que cambian por completo en una ciudad pequeña el cariz de las cosas.

Lucien y Louise tenían en Du Châtelet a un espía íntimo que acechaba, con la tenacidad de un odio mezcla de pasión y de avaricia, la ocasión de armar un escándalo. Sixte quería obligar a madame de Bargeton a decidirse tan sin equívocos por Lucien que quedara, como se suele decir, perdida. Se presentaba como un humilde confidente de madame de Bargeton, pero si bien admiraba a Lucien en la rue du Minage, le ponía por los suelos en todos los demás lugares. Insensiblemente había conseguido tener la puerta abierta en casa de Naïs, que ya no desconfiaba en absoluto de su viejo adorador; pero sus suposiciones acerca de los dos enamorados habían ido demasiado lejos, porque aquel amor seguía siendo platónico, para gran desesperación de Louise y de Lucien. Hay, efectivamente, pasiones que se encauzan mal o bien, según se quiera. Dos personas se confían a la táctica del sentimiento, hablan en vez de actuar y se baten en campo abierto en lugar de poner un cerco. Así se cansan a menudo de sí mismas al extenuar sus deseos en el vacío. Dos enamorados se dan entonces tiempo para reflexionar y juzgarse. Frecuentemente pasiones que habían entrado en campaña con las banderas desplegadas, pimpantes, con un ardor que lo arrollaba todo a su paso, acaban por volver a sus puestos sin haber logrado la victoria, avergonzadas, desarmadas y atontadas por su vano estruendo. Tales fatalidades resultan explicables en ocasiones por la timidez de la juventud y por las dilaciones de que gustan las mujeres que se inician, pues esta especie de mutuo engaño no se da ni en los fatuos duchos en la práctica, ni en las coquetas habituadas a los ardides de la pasión.

La vida en provincias es, por otra parte, especialmente contraria a las satisfacciones del amor, y favorece los debates intelectuales de la pasión; así como también los obstáculos que opone al agradable trato que tanto une a los enamorados hace caer a las almas ardientes en el extremo contrario. Esta vida se basa en un espionaje tan meticuloso, en una transparencia tan grande del propio ámbito doméstico, admite tan raras veces la intimidad que consuela sin ofender a la virtud, las relaciones más puras se ven objeto de recriminaciones tan injustificadas, que muchas mujeres quedan mancilladas pese a su inocencia. Algunas, entonces, se desesperan por no haber disfrutado de todas las delicias de una culpa cuyas desgracias padecen. La sociedad que censura o critica sin ningún tipo de examen serio los hechos patentes en que acaban largas luchas secretas, es, por ello mismo, la primera cómplice de estos estallidos; pero la mayoría de las personas que despotrican contra los supuestos escándalos armados por algunas mujeres calumniadas sin motivo no se han parado nunca a pensar en las causas que determinan en ellas una decisión de trascendencia pública. Madame de Bargeton iba a encontrarse en esa extraña tesitura en la que se han encontrado multitud de mujeres que se han perdido sólo después de haber sido injustamente acusadas.

Al principio de la pasión, los obstáculos asustan a las personas sin experiencia, y los que encontraban los dos amantes se parecían mucho a las ataduras con que los liliputienses habían atado a Gulliver. Eran cosas sin importancia que al multiplicarse hacían imposible todo impulso y anulaban los más violentos deseos. Por ello, madame de Bargeton debía de permanecer siempre visible. De haber hecho cerrar su puerta a las horas en que venía Lucien, todo habría quedado dicho y lo mismo habría dado huir con él. Le recibía, a decir verdad, en aquel boudoir al que él estaba tan acostumbrado que creía le pertenecía; pero las puertas permanecían abiertas de par en par. Todo se desarrollaba de la manera más virtuosa del mundo. Monsieur de Bargeton se paseaba por su casa como un abejorro, sin creer que su mujer quisiera estar a solas con Lucien. De no haber habido más obstáculo que él, Naïs habría podido perfectamente despedirle o tenerle ocupado, pero estaba abrumada por las visitas y la curiosidad era más viva cuantos más visitantes había. Los provincianos son guasones por naturaleza y les gusta contrariar las pasiones nacientes. Los criados iban y venían por la casa sin ser llamados ni avisar de su aparición, como consecuencia de viejas costumbres adquiridas, y que una mujer que nada tenía que ocultar les había permitido. Cambiar las costumbres interiores de su casa, ¿no era confesar un amor del que aún dudaba toda Angulema? Madame de Bargeton no podía poner los pies fuera de casa sin que la ciudad supiera adónde iba. Pasear con Lucien a solas fuera de la ciudad era un paso decisivo: habría sido menos peligroso encerrarse en su casa a solas con él. Si Lucien se hubiera quedado pasada la medianoche en casa de madame de Bargeton sin estar en compañía, habría dado pie a la maledicencia al día siguiente. Así, tanto en el interior como en el exterior, madame de Bargeton vivía siempre en público. Estos detalles sirven por sí solos para ilustrar lo que es una provincia; los deslices en ella o son confesados o son imposibles.

Louise, como todas las mujeres arrastradas por una pasión, sin tener experiencia en ella, reconocía una a una todas las dificultades de su posición; y se asustaba por ello. Su espanto reaccionaba entonces en esas amorosas discusiones que llenan las más hermosas horas en las que dos enamorados se encuentran juntos. Madame de Bargeton no tenía tierras a las que poder llevar a su querido poeta, como hacen algunas mujeres que, valiéndose de un hábil pretexto, van en busca de soledad al campo. Cansada de vivir en público, exasperada por aquella tiranía cuyo yugo era más duro que dulces eran sus distracciones, pensaba en el Escarbas, y meditaba sobre si ir o no a visitar a su anciano padre, pues a tal punto le irritaban aquellos miserables obstáculos.

Châtelet no creía en tanta inocencia. Acechaba las horas en que Lucien acudía a casa de madame de Bargeton y se dirigía allí unos minutos después, haciéndose acompañar siempre por monsieur de Chandour, el hombre más indiscreto de toda la región y a quien cedía el paso para entrar, siempre en espera de una sorpresa y buscando tenazmente un azar. Su papel y el éxito de su plan eran tanto más difíciles porque tenía que permanecer neutral a fin de dirigir a todos los actores del drama que quería que interpretaran. Así, para tener distraído a Lucien, a quien adulaba, y a madame de Bargeton, que no carecía de perspicacia, cortejaba, para cubrir las apariencias, a la celosa Amélie. Para poder espiar mejor a Louise y a Lucien, había logrado, desde hacía algunos días, establecer entre monsieur de Chandour y él mismo una controversia sobre los dos enamorados. Du Châtelet pretendía que madame de Bargeton se burlaba de Lucien, que era demasiado orgullosa, de demasiada alta cuna para rebajarse hasta el hijo de un farmacéutico. Este papel de incrédulo casaba perfectamente con el plan que se había trazado, pues deseaba pasar por el defensor de madame de Bargeton. Stanislas sostenía que Lucien no era un amante desgraciado. Amélie atizaba la discusión, deseando saber la verdad. Todos exponían sus razones. Tal como acostumbra a pasar en algunas ciudades pequeñas, a menudo algunos íntimos de casa de los Chandour llegaban en medio de una conversación en la que Du Châtelet y Stanislas justificaban a cuál mejor su opinión con excelentes observaciones. Era muy difícil que cada adversario no buscara partidarios, preguntándole a su vecino: «Y a usted, ¿qué le parece?, ¿cuál es su opinión?». Esta controversia mantenía siempre a madame de Bargeton y a Lucien en el punto de mira. Finalmente, un día Du Châtelet hizo observar que, cuantas veces monsieur de Chandour y él se presentaban en casa de madame de Bargeton y Lucien se encontraba allí, ningún indicio dejaba entrever unas relaciones sospechosas: la puerta del boudoir estaba abierta y las personas iban y venían; nada misterioso anunciaba los hermosos delitos del amor, etcétera. Stanislas, quien no estaba falto de una buena dosis de estupidez, se prometió aparecer al día siguiente de puntillas, a lo que le animó con todas sus fuerzas la pérfida Amélie.

El día siguiente de esta reunión fue para Lucien uno de esos días en que los jóvenes se mesan los cabellos jurándose no seguir haciendo el tonto papel del aspirante. Se había acostumbrado a su situación. El poeta que tan tímidamente había ocupado una silla en el boudoir sagrado de la reina de Angulema se había metamorfoseado en un enamorado exigente. Habían bastado seis meses para que se creyera el igual de Louise y ahora quería convertirse en su amo. Salió de su casa prometiéndose ser muy poco razonable, jugarse la vida y emplear todos los recursos de una elocuencia inflamada, decir que había perdido la cabeza y que era incapaz de tener un solo pensamiento ni de escribir una línea. Existen algunas mujeres que sienten una especie de horror por los lugares comunes que honra su delicadeza, y que gustan de ceder a la incitación y no a unas convenciones. Por lo general a nadie agrada un placer impuesto. Madame de Bargeton observó en la frente de Lucien, en sus ojos, en su fisonomía y en sus modales ese aire agitado que delata una resolución ya tomada; se propuso desbaratarla, un poco por espíritu de contradicción, pero también por una noble alianza del amor. Como mujer exagerada que era, tenía también una opinión exagerada de sí misma. A sus ojos, madame de Bargeton era una soberana, una Beatriz, una Laura. Se sentaba, como en la Edad Media, bajo el dosel del torneo literario, y Lucien debía merecerla al cabo de varias victorias, tenía que eclipsar al niño sublime a Lamartine, a Walter Scott, a Byron. La noble criatura consideraba su amor como un principio generoso:

los deseos que inspiraba a Lucien debían ser un motivo de gloria para él. Este donquijotismo femenino es un sentimiento que confiere al amor una consagración respetable, lo utiliza, lo engrandece y lo honra. Obstinada en interpretar el papel de Dulcinea en la vida de Lucien durante siete u ocho años, madame de Bargeton quería, como muchas mujeres de provincias, hacer ganarse su persona mediante una especie de servidumbre durante un tiempo de constancia que le permitiera juzgar a su amigo.

Cuando Lucien hubo entablado la lucha con uno de esos grandes malhumores de los que se ríen las mujeres dueñas todavía de sí, y que no entristecen más que a las mujeres amadas, Louise adoptó un aire digno y comenzó uno de esos largos discursos suyos salpicados de palabras pomposas.

—¿Es esto lo que me prometió, Lucien? —le dijo para terminar—. No mezcle en un presente tan dulce remordimientos que más tarde envenenarían mi vida. ¡No estropee el porvenir! Y lo digo con orgullo, ¡no estropee el presente! ¿Acaso no es suyo todo mi corazón? ¿Qué más necesita, pues? ¿Acaso su amor se dejaría influir por los sentidos, mientras que el más hermoso privilegio de una mujer amada es imponerles silencio? ¿Por quién me toma? ¿No soy ya su Beatriz? Si no soy para usted algo más que una mujer, soy menos que una mujer.

—No le hablaría de otro modo a un hombre al que no amara —exclamó Lucien, furioso.

—Si no ve todo lo que hay de verdadero amor en mis ideas, nunca será digno de mí.

—Pone en duda mi amor para no tener que corresponderlo —dijo Lucien arrojándose a sus pies y llorando.

El pobre muchacho lloró seriamente al verse por tanto tiempo a las puertas del paraíso. Fueron lágrimas de poeta que se creía humillado en su poder, lágrimas de niño desesperado de ver que le niegan el juguete que pide.

—¡Nunca me ha amado! —exclamó él.

—No cree lo que dice —replicó ella, halagada por tanta vehemencia.

—Demuéstreme entonces que es mía —dijo Lucien, desenfrenado.

En aquel preciso instante llegó Stanislas sin ser oído, vio a Lucien medio trastornado, con lágrimas en los ojos y la cabeza apoyada sobre las rodillas de Louise. Satisfecho ante este cuadro suficientemente sospechoso, Stanislas retrocedió bruscamente hacia Du Châtelet, quien se encontraba en la puerta del salón. Madame de Bargeton se incorporó rápidamente, pero no alcanzó a los dos espías, que se habían retirado precipitadamente como personas que resultaban importunas.

—¿Quién ha venido? —preguntó a su servidumbre.

—Los señores de Chandour y Du Châtelet —respondió Gentil, su viejo mayordomo.

Volvió a su boudoir, pálida y temblorosa.

—Si le han visto así, estoy perdida —dijo a Lucien.

—¡Tanto mejor! —exclamó el poeta.

Ella sonrió ante ese grito de egoísmo lleno de amor. En provincias una aventura semejante se vuelve aún más grave por el modo como se cuenta. En un instante todo el mundo supo que Lucien había sido sorprendido a los pies de Naïs. Monsieur de Chandour, feliz por la importancia que le daba este asunto, fue primero a contarlo al Círculo, y luego de casa en casa. Du Châtelet se apresuró a decir por todas partes que él no había visto nada, pero al ponerse así al margen del hecho excitaba aún más a Chandour a que hablase, le hacía extenderse en detalles; y Stanislas, sintiéndose inspirado, añadía algunos nuevos cada vez que lo contaba. Por la tarde la buena sociedad afluyó a casa de Amélie, porque por la tarde corrían por la Angulema noble las más exageradas versiones, en las que cada narrador había imitado a Stanislas. Mujeres y hombres se sentían impacientes por conocer la verdad. Las mujeres que más se rasgaban las vestiduras poniendo el grito en el cielo por el escándalo y la perversidad eran precisamente Amélie, Zéphirine, Fifine y Lolotte, que tenían en mayor o menor medida devaneos ilícitos. El cruel tema sufría variaciones en todos los tonos.

—Pues bien —decía una—, la pobre Naïs, ¿no saben? ¿Ya se han enterado? Yo no acabo de creérmelo, tiene tras de sí toda una vida sin tacha; es demasiado orgullosa para ser otra cosa que la protectora de monsieur Chardon. Pero si eso que dicen es cierto, la compadezco de todo corazón.

—Es tanto más digna de lástima cuanto que ha caído en un ridículo espantoso, pues podría ser la madre de monsieur Lulu, como le llamaba Jacques. Este poetastro tiene a lo sumo veintidós años, y Naïs, dicho sea entre nosotras, ya tiene los cuarenta.

—Yo —decía Châtelet— opino que la situación misma en la que se encuentra monsieur de Rubempré prueba la inocencia de Naïs. Nadie se pone de rodillas para pedir lo que ya se ha obtenido.

—¡Depende! —dijo Francis en tono picante, lo que le valió una desaprobadora mirada de Zéphirine.

—Pero díganos de una vez por todas lo que ha pasado —le pidieron a Stanislas formando un comité secreto en un rincón del salón.

Stanislas había terminado por componer un pequeño relato plagado de salacidades y lo acompañaba de gestos y poses que agravaban asombrosamente la cosa.

—Es increíble —repetían.

—A mediodía —decía una.

—Naïs es la última persona de quien habría sospechado.

—¿Qué va a hacer ahora?

¡Y seguían comentarios e infinitas suposiciones!… Du Châtelet defendía a madame de Bargeton, pero lo hacía con tal torpeza que lo único que conseguía era atizar aún más el fuego del comadreo en vez de apagarlo. Lili, desolada por la caída del más bello ángel del olimpo angulemino, se fue toda llorosa a llevar la noticia al Obispado. Cuando la ciudad entera estuvo perfectamente enterada del rumor, el feliz Du Châtelet se fue a casa de madame de Bargeton, donde no había, ¡ay!, más que una sola mesa de whist; le pidió diplomáticamente a Naïs que fuera a hablar con ella en su boudoir. Ambos se sentaron en el pequeño canapé.

—Ya sabrá sin duda —dijo Du Châtelet en voz baja— de lo que habla toda Angulema…

—No —repuso ella.

—¡Pues bien! —prosiguió—. Soy demasiado amigo suyo para dejar que lo ignore. Debo informarle de ello para que así pueda hacer cesar las calumnias sin duda inventadas por Amélie, que tiene la presunción de creerse su rival. Esta mañana venía a verla con ese bobalicón de Stanislas, que me precedía en algunos pasos, cuando al llegar aquí —dijo señalando la puerta del boudoir— pretende haberla visto con monsieur de Rubempré en una situación que no le permitía entrar; volvió hacia donde yo estaba, estupefacto, haciéndome marchar con él sin darme tiempo a presentarme; y nos encontrábamos ya en Beaulieu cuando me explicó la razón de su retirada. De haberlo sabido, no me habría movido de su casa, a fin de aclarar este asunto para bien suyo; pero volver a su casa después de haber salido no era ya ninguna solución. Ahora, tanto si Stanislas ha visto visiones como si está en lo cierto, debe estar equivocado. Querida Naïs, no permita que su vida, su honor, su porvenir sean puestos en entredicho por culpa de un imbécil; impóngale silencio en el acto. Ya conoce usted mi situación aquí. Aunque tengo necesidad de todo el mundo, soy todo suyo. Disponga de una vida que le pertenece. Por más que haya rechazado mis pretensiones, mi corazón siempre será suyo y en cualquier circunstancia le demostraré que la amo. Sí, velaré por usted como un fiel servidor, sin ninguna esperanza de recompensa, sólo por el placer que encuentro en servirla, incluso aunque usted lo ignore. Esta mañana he dicho por todas partes que estaba en la puerta del salón y que no había visto nada. Si alguien le pregunta quién le ha informado de lo que se dice sobre usted, cite mi nombre. Me sentiré muy honrado de poder ser su abogado defensor; pero, dicho sea entre nosotros, monsieur de Bargeton es el único que puede pedirle una satisfacción a Stanislas… Aunque ese joven Rubempré hubiera cometido alguna locura, el honor de una dama no debe estar a merced del primer atolondrado que se postre a sus pies. Esto es cuanto tenía que decir.

Naïs dio las gracias a Du Châtelet con una inclinación de cabeza y se quedó pensativa. Estaba harta, hasta llegar a sentir asco, de la vida provinciana. A las primeras palabras de Du Châtelet había puesto sus miras en París. El silencio de madame de Bargeton ponía a su astuto adorador en una situación embarazosa.

—Disponga de mí —dijo—, se lo repito.

—Gracias —contestó ella.

—¿Qué piensa hacer?

—Ya veré.

Se hizo un largo silencio.

—¿Tanto quiere a ese joven Rubempré?

Ella dejó escapar una soberbia sonrisa y se cruzó de brazos, mirando las cortinas de su boudoir. Du Châtelet salió sin haber podido descifrar aquel corazón de mujer altiva. Cuando Lucien y los cuatro fieles ancianos que habían acudido a echar su partida sin inmutarse por aquellos cotilleos problemáticos se hubieron ido, madame de Bargeton detuvo a su marido, que se disponía a acostarse abriendo la boca para desear las buenas noches a su mujer.

—Venga aquí, querido, tengo que hablarle —le dijo con cierta solemnidad.

Monsieur de Bargeton siguió a su mujer hasta el boudoir.

—Señor —le dijo—, tal vez he cometido el error de poner en mis atenciones protectoras para con monsieur de Rubempré un calor tan mal comprendido por las necias gentes de esta ciudad como por él mismo. Esta mañana Lucien se ha echado a mis pies, aquí, mientras me hacía una declaración de amor. Stanislas ha entrado justo en el momento en que yo hacía levantarse a ese muchacho. Con desprecio de los deberes que impone la cortesía a un caballero para con una dama en cualquier circunstancia, pretende haberme sorprendido en una situación equívoca con ese muchacho, a quien en aquel momento trataba como se merece. Si ese joven descerebrado supiera las calumnias a las que ha dado pie su locura, estoy convencida de que iría a insultar a Stanislas y le forzaría a batirse. Esta acción sería como una confesión pública de su amor. No tengo necesidad de decirle que su esposa es pura, pero comprenda que hay algo de deshonroso para usted y para mí en que sea monsieur de Rubempré quien la defienda. Vaya ahora mismo a casa de Stanislas y exíjale seriamente satisfacción por las ofensivas palabras que ha dicho de mí; no olvide que no debe aceptar un arreglo del asunto a menos que se retracte en presencia de numerosos e importantes testigos. Así se ganará la estima de todas las personas honradas; se comportará como una persona de carácter, como un hombre galante, y tendrá derecho a mi aprecio. Voy a hacer que Gentil vaya a caballo al Escarbas, mi padre ha de ser su testigo; a pesar de su edad, sé que es capaz de pisotear a ese muñeco que mancilla la reputación de una Nègrepelisse. Tiene derecho a escoger las armas; bátanse a pistola, dispara usted a las mil maravillas.

—Voy para allá —respondió monsieur de Bargeton cogiendo su bastón y su sombrero.

—Bien, amigo mío —dijo su mujer, emocionada—; así es como me gustan los hombres. Es usted un caballero.

Le presentó su frente para que se la besara, y el viejo la besó muy feliz y orgulloso. Esta mujer, que sentía una especie de sentimiento maternal por este niño mayor, no pudo reprimir una lágrima al oír cómo la puerta cochera se cerraba tras él.

«¡Cómo me quiere! —se dijo—. El pobre hombre aprecia mucho su vida, pero la perdería por mí sin lamentarlo.»

Monsieur de Bargeton no se inquietaba lo más mínimo por tener que enfrentarse a la mañana siguiente con un hombre, por tener que mirar fríamente la boca de una pistola dirigida contra él; no, sólo se sentía incómodo por una cosa, y al pensar en ella no hacía más que temblar mientras se dirigía a casa de monsieur de Chandour. «¿Qué voy a decir? —

pensaba—. Naïs hubiera tenido que prepararme un pequeño discurso.» Y se devanaba los sesos a fin de poder encontrar algunas frases que no resultaran ridículas.

Pero las personas que viven como vivía monsieur de Bargeton, en un silencio impuesto por su cortedad mental y sus pocos alcances, adquieren en los grandes momentos de la vida una grandeza natural. Al hablar poco, se les escapan naturalmente muy pocas tonterías; luego, al reflexionar mucho sobre lo que deben decir, la extrema desconfianza hacia sí mismos les lleva a estudiar tan bien lo que han de decir que se expresan a las mil maravillas debido a un fenómeno parecido al que desató la lengua de la burra de Balaam. Por tanto, monsieur de Bargeton se comportó como un hombre superior. Justificó la opinión de quienes le consideraban como un filósofo de la escuela pitagórica. Entró en casa de Stanislas a las once de la noche y encontró allí gran concurrencia. Fue a saludar en silencio a Amélie y ofreció a todos su candorosa sonrisa, que, en las actuales circunstancias, se les antojó profundamente irónica. Se hizo entonces un gran silencio, tal como sucede en la naturaleza cuando se aproxima una tormenta. Châtelet, que había vuelto, miraba alternativamente y de forma muy significativa a monsieur de Bargeton y a Stanislas, a quien el ofendido marido abordó cortésmente.

Du Châtelet enseguida comprendió el motivo de la visita hecha a una hora en que el anciano ya estaba siempre en la cama: era evidente que Naïs agitaba este débil brazo, y como sus relaciones con Amélie le daban derecho a mezclarse en los asuntos de la casa, se levantó, tomó a monsieur de Bargeton por el brazo y, haciendo un aparte con él, le dijo:

—¿Quiere hablar con Stanislas?

—Sí —repuso el pobre hombre feliz de tener un mediador que, tal vez, tomara la palabra por él.

—Pues bien, vaya a la habitación de Amélie —le respondió el director de contribuciones, feliz por aquel duelo que podía convertir a madame de Bargeton en viuda, impidiéndole así casarse con Lucien, causa del mismo—. Stanislas —dijo Du Châtelet a monsieur de Chandour—, Bargeton viene sin duda a pedirle explicaciones por los comentarios que ha hecho usted sobre Naïs. Venga a la alcoba de su esposa y compórtense los dos como unos caballeros. No haga ruido, afecte mucha cortesía, mantenga, en una palabra, toda la frialdad de la dignidad británica.

En un instante, Stanislas y Du Châtelet fueron a reunirse con Bargeton.

—Señor —dijo el ofendido marido—, ¿afirma usted haber encontrado a madame de Bargeton en una situación equívoca con monsieur de Rubempré?

—Con monsieur Chardon —repuso irónicamente Stanislas, que no creía que Bargeton fuera un hombre con agallas.

—Como quiera —prosiguió diciendo el marido—. Si no desmiente lo dicho en presencia de las personas reunidas aquí en este momento, le ruego designe un testigo. Mi suegro, monsieur de Nègrepelisse, pasará a recogerle a las cuatro de la noche. Tomemos cada uno nuestras disposiciones, ya que el asunto no puede arreglarse de otra manera que la que acabo de indicarle. Yo escojo la pistola, como ofendido que soy.

Por el camino, monsieur de Bargeton había rumiado este discurso, el más largo que había dicho en toda su vida, y lo dijo sin apasionamiento y con el aire más sencillo del mundo. Stanislas palideció y se dijo: «Después de todo, ¿qué vi?». Pero, entre la vergüenza de tener que desmentir una afirmación delante de toda la ciudad, en presencia de aquel mudo que parecía no querer aguantar la broma, y el miedo, el horroroso miedo que le estrangulaba con sus manos ardientes, optó por el peligro más lejano.

—Está bien. Hasta mañana —dijo a monsieur de Bargeton pensando que el asunto podría tener arreglo.

Los tres hombres volvieron al salón, y todos estudiaron sus fisonomías: Du Châtelet sonreía, monsieur de Bargeton se sentía como en su casa, pero Stanislas aparecía palidísimo. Ante su aspecto, algunas mujeres adivinaron el objeto de la conversación. Las palabras «¡Van a batirse!» circularon de boca a oído. La mitad de la reunión pensó que Stanislas no tenía razón, su palidez y su aspecto delataban una falsedad; la otra mitad admiró la dignidad de monsieur de Bargeton. Du Châtelet se hizo el serio y misterioso. Tras permanecer unos instantes examinando los semblantes, monsieur de Bargeton se retiró.

—¿Tiene usted pistolas? —dijo Châtelet al oído de Stanislas, a quien un estremecimiento recorrió el espinazo.

Amélie, que finalmente lo había comprendido todo, se sintió indispuesta y las damas se apresuraron a llevarla a su alcoba. Se produjo un murmullo tremendo, todos hablaban a la vez. Los hombres se quedaron en el salón y declararon unánimemente que monsieur de Bargeton estaba en su derecho.

—¿Hubieran creído que ese pobre hombre iba a comportarse así? —preguntó monsieur de Saintot.

—Pero si en su juventud —respondió el implacable Jacques— era uno de los más diestros en el uso de las armas. Mi padre me ha hablado muchas veces de las proezas de Bargeton.

—¡Bah!, si los ponen a veinte pasos y les dan unas pistolas de caballería, fallarán —dijo Francis a Châtelet.

Cuando todos se hubieron ido, Châtelet tranquilizó a Stanislas y a su mujer asegurándoles que todo iría bien y que en un duelo entre un hombre de sesenta años y un joven de treinta y seis, éste tenía todas las de ganar.

A la mañana siguiente, en el momento en que Lucien desayunaba con David, que había vuelto ya de Marsac sin su padre, madame Chardon entró espantada.

—Lucien, ¿sabes ya la noticia de la que se habla hasta en el mercado? Monsieur de Bargeton casi ha matado a monsieur de Chandour, esta noche a las cinco, en el prado de monsieur Tulloye, un nombre que se presta a juegos de palabras. Parece ser que monsieur de Chandour dijo ayer que te había sorprendido con madame de Bargeton.

—¡Eso es falso!, madame de Bargeton es inocente —vociferó Lucien.

—Un hombre de campo, a quien le he oído contar los detalles, lo ha presenciado todo desde su carro. Monsieur de Nègrepelisse había llegado ya a las tres de la noche para asistir a monsieur de Bargeton; le ha dicho a monsieur de Chandour que si le sucedía algo malo a su yerno, él se encargaría de vengarlo. Un oficial del regimiento de caballería ha prestado sus pistolas, que han sido probadas varias veces por monsieur de Nègrepelisse. Monsieur du Châtelet quería oponerse a que se probaran las pistolas, pero el oficial que había sido designado como juez de campo dijo que, a menos que quisieran comportarse como unos niñatos, debían usar armas en buen estado. Los padrinos han colocado a los dos adversarios a veinticinco pasos uno del otro. Monsieur de Bargeton, que estaba allí como quien está de paseo, ha sido el primero en disparar y ha alojado una bala en el cuello de monsieur de Chandour, que ha caído sin poder responder. El cirujano del hospital ha declarado hace un rato que monsieur de Chandour quedará con el cuello torcido para el resto de su vida. He venido a contarte el desenlace de este duelo para que no vayas a casa de madame de Bargeton o no te dejes ver por Angulema, pues algunos amigos de monsieur de Chandour podrían provocarte.

En aquel preciso momento, Gentil, el ayuda de cámara de monsieur de Bargeton, entró conducido por el aprendiz de la imprenta, y entregó a Lucien una carta de Louise.

Seguramente se habrá enterado ya, mi querido amigo, del desenlace del duelo entre Chandour y mi marido. Hoy no recibiremos a nadie; sea prudente, no salga, se lo pido en nombre del afecto que me tiene. ¿No le parece que la mejor manera de pasar esta triste jornada es ir a escuchar a su Beatriz, cuya vida ha cambiado radicalmente debido a este episodio, y que tiene mil cosas que decirle?

—Afortunadamente pospusimos nuestra boda —dijo David— para pasado mañana; así tendrás una excusa para frecuentar menos la casa de madame de Bargeton.

—Querido David —repuso Lucien—, me pide que vaya a ver-la hoy… Y creo que debo obedecerla, porque ella sabrá mejor que nosotros cómo he de comportarme en las presentes circunstancias.

—¿Está todo listo aquí? —preguntó madame Chardon.

—Venga a verlo —exclamó David, feliz de poder enseñar la transformación que había experimentado el primer piso, en el que todo era nuevo flamante.

Se respiraba allí esa agradable atmósfera que reina en los hogares jóvenes donde las flores de azahar y el velo de la desposada coronan aún la vida doméstica, donde la primavera del amor se refleja en las cosas, donde todo es blanco, limpio y floreciente.

—Ève se sentirá como una princesa —dijo la madre—, pero has gastado demasiado dinero. ¡Has hecho locuras!

David sonrió sin responder nada, ya que madame Chardon había puesto el dedo en la llaga secreta que hacía sufrir cruelmente al pobre enamorado: sus previsiones se habían visto tan superadas por la realización de las obras que le era imposible ya construir encima del cobertizo. Su suegra no podría disponer por mucho tiempo del piso que quería darle. Los espíritus generosos sienten los dolores más intensos al tener que faltar a esta clase de promesas que son, en cierto modo, las pequeñas vanidades del cariño. David disimulaba con gran cuidado su incomodidad para no herir el corazón de Lucien, quien habría podido sentirse abrumado por los sacrificios hechos por él.

—Ève y sus amigas han hecho también un buen trabajo —decía madame Chardon—. El ajuar y la ropa blanca de la casa ya están listos.

Estas señoritas la quieren tanto que, sin que ella supiera nada, le han revestido los colchones de fustán blanco, bordados con ribetes de color rosa. ¡Ha quedado tan bonito que dan ganas de casarse!

Madre e hija habían empleado todos sus ahorros en proveer a la casa de David de cosas en las que los jóvenes no piensan nunca. Conociendo la esplendidez con que él solía hacerlo todo, pues hasta había encargado un servicio de porcelana de Limoges, habían tratado de hacer armonizar las cosas que ellas aportaban con las que había comprado David. Esta pequeña rivalidad de amor y de generosidad había de llevar a los recién casados a sentirse incómodos desde el comienzo de su matrimonio, en medio de todos aquellos signos de una comodidad burguesa que podía confundirse con el lujo en una ciudad tan atrasada como era entonces Angulema. En el momento en que Lucien vio que su madre y David pasaban al dormitorio, cuyas tonalidades azules y blancas y el bonito mobiliario ya conocía, se escabulló yéndose a casa de madame de Bargeton. Encontró a Naïs almorzando con su marido, a quien su paseo matinal había abierto el apetito, y que comía sin la menor preocupación por lo sucedido. El viejo hidalgüelo, monsieur de Nègrepelisse, esa imponente figura, residuo de la vieja nobleza francesa, se encontraba junto a su hija. Cuando Gentil hubo anunciado a monsieur de Rubempré, el anciano de canos cabellos le lanzó una mirada escrutadora de padre ansioso de juzgar al hombre que su hija ha distinguido. La extrema apostura de Lucien le impresionó tan vivamente que no pudo evitar una mirada de aprobación; pero le parecía ver en la relación de su hija un amorío más que una pasión, un capricho más que una pasión duradera. El almuerzo estaba terminando, Louise pudo levantarse y dejar a su padre y a monsieur de Bargeton, mientras hacía una seña a Lucien para que la siguiese.

—Amigo mío —le dijo con un tono de voz triste y alegre a un tiempo —, me voy a París y mi padre se lleva a Bargeton al Escarbas, donde se quedará durante mi ausencia. Madame d’Espard, de soltera una Blamont-Chauvry, con quien estamos emparentados por los D’Espard, los primogénitos de la familia de los Nègrepelisse, es en estos momentos una persona muy influyente por sí misma y también por sus familiares. Si se digna reconocernos, quiero cultivar su amistad: gracias a su crédito, puede conseguirnos un cargo para Bargeton. Mis solicitudes podrían hacer que la corte le quisiera como diputado por el Charente, lo que favorecerá su nombramiento aquí. Su condición de diputado podrá favorecer más adelante mis gestiones en París. Eres tú, mi niño adorado, quien me has inspirado este cambio de vida. El duelo de esta mañana me obliga a cerrar mi casa por un tiempo, porque habrá personas que tomarán partido por los Chandour en contra de nosotros. En la situación en que nos hallamos, y más aún en una ciudad pequeña, siempre se hace necesaria una ausencia para dar tiempo a que los odios se aplaquen. Pero, o tengo éxito y no vuelvo nunca más a Angulema, o si fracaso, quiero esperar en París el momento en que pueda pasar todos los veranos en el Escarbas y los inviernos en París. Es la única vida posible para una mujer que se precie, y demasiado que he tardado en decidirme. Bastará con el día de hoy para hacer los preparativos; partiré mañana por la noche y usted me acompañará, ¿no? Irá por delante. Entre Mansle y Ruffec, subirá a mi coche y pronto llegaremos a París. Allí, querido, puede uno llevar la vida de las personas superiores. Uno sólo se encuentra cómodo entre sus iguales, en todas las demás partes no se hace más que sufrir. ¡Además, París, la capital del mundo intelectual, será el teatro de sus éxitos!, ¡supere cuanto antes la distancia que le separa de ella! No deje que sus ideas se anquilosen en la provincia, entre pronto en contacto con los grandes hombres que representarán al siglo diecinueve. Aproxímese a la corte y al poder. Ni las distinciones ni las dignidades van al encuentro del talento que se marchita en una ciudad pequeña. Dígame, si no, las grandes obras que se hayan hecho en provincias. Piense, por el contrario, en el sublime y pobre Jean-Jacques, irresistiblemente atraído por ese sol moral, que crea las glorias encendiendo en los ánimos el espíritu de emulación en contacto con los rivales. ¿No debe darse prisa por ocupar su lugar entre la pléyade que surge en cada época? Nunca podría creer lo útil que es para un joven talento ser dado a conocer en la alta sociedad. Haré que le reciban en casa de madame d’Espard; no es fácil tener entrada en su salón, donde encontrará a todos los grandes personajes, los ministros, los embajadores, los oradores de la Cámara, los pares más influyentes, la gente más rica o célebre. Muy torpe habría que ser para no despertar su interés cuando se es apuesto, joven y se posee genio. Los grandes talentos no son mezquinos y le prestarán su apoyo. Cuando le sepan bien situado, sus obras adquirirán un inmenso valor. El gran problema para los artistas es decidirse a salir a la luz. Encontrará allí mil ocasiones de hacer fortuna, sinecuras, una pensión del tesoro real. ¡Es tanto del agrado de los Borbones favorecer las artes y las letras! Sea, por tanto, poeta religioso y poeta monárquico a un tiempo. No sólo quedará bien, sino que además hará fortuna. ¿Acaso son la

Oposición, el Liberalismo, los que otorgan los puestos, las recompensas y hacen la fortuna de los escritores? Tome por ello el buen camino y siga los pasos de todos los hombres de genio. Ya sabe mi secreto, guarde el más profundo silencio y dispóngase a seguirme. ¿No quiere? —añadió, extrañada por la silenciosa actitud de su enamorado.

Lucien, embobado por la fulminante visión de París evocada por aquellas seductoras palabras, creyó no haber disfrutado hasta entonces más que de la mitad de su cerebro, y que la otra mitad se despertaba, revelándole posibilidades insospechadas: se vio en Angulema como una rana debajo de una piedra, en el fondo de una charca. París y sus esplendores, París, que a todas las mentes provincianas parece un Eldorado, se le apareció con su ropaje dorado, la frente ceñida de regia pedrería y los brazos abiertos al talento. Las personas ilustres iban a darle el respaldo fraterno. Allí todo le sonreía al genio. Allí no había ni nobiluchos envidiosos que lanzaran pullas para humillar al escritor, ni la estúpida indiferencia hacia la poesía. Allí nacían las obras de los poetas, allí eran reconocidas y sacadas a la luz pública. Después de haber leído las primeras páginas de El arquero de Carlos IX, los libreros abrirían sus cajas y le dirían: «¿Cuánto quiere?». Comprendía también que, después de un viaje en el que las circunstancias les desposarían, madame de Bargeton sería única y exclusivamente para él y vivirían juntos.

A las palabras: «¿No quiere?», respondió con una lágrima, cogió a Louise por el talle, la apretó contra su corazón y le llenó el cuello de moretones con unos violentos besos. Luego se detuvo de golpe, como impresionado por un recuerdo, y exclamó:

—¡Dios mío, mi hermana se casa pasado mañana!

Este grito fue el último suspiro del niño noble y puro. Los lazos tan poderosos que unen a los jóvenes corazones a su familia, a su primer amigo, a todos los sentimientos primitivos, iban a recibir un terrible hachazo.

—¡Y bien! —exclamó la altiva Nègrepelisse—, ¿qué tiene que ver la boda de su hermana con el futuro de nuestro amor? ¿Tanto empeño tiene en ser el corifeo de esta boda de burgueses y obreros, que no pueda siquiera sacrificarme esas nobles alegrías? ¡Qué hermoso sacrificio! —continuó con desprecio—. Esta mañana he enviado a mi marido a batirse por su culpa. Bien, señor, ¡váyase! Me he equivocado.

Cayó desfallecida sobre su canapé y Lucien se acercó a ella, pidiéndole perdón y maldiciendo a su familia, a David y a su hermana.

—¡Creía tanto en usted! —le dijo ella—. Monsieur de Cante-Croix tenía una madre a la que idolatraba, pero para conseguir una carta en la que le decía: «¡Estoy contenta!», murió en plena batalla. ¡Y usted, cuando se trata de viajar conmigo, ni siquiera es capaz de renunciar a un banquete de bodas!

Lucien quiso matarse, y su desesperación fue tan real y verdadera, tan profunda, que Louise le perdonó, pero haciéndole ver que tendría que ganarse el perdón por aquel error.

—Vaya, pues —le dijo ella finalmente—, sea discreto, y mañana no deje de estar a medianoche a un centenar de pasos una vez pasado Mansle.

Lucien sintió que la tierra se hacía pequeña bajo sus pies, regresó a casa de David seguido por sus esperanzas igual que Orestes lo era por sus Furias, pues entreveía mil dificultades que se resumían en esta frase terrible: «¿Y el dinero?». Le asustaba de tal modo la perspicacia de David, que se refugió en su bonito gabinete para recuperarse del aturdimiento que le causaba su nueva situación. Era necesario, pues, dejar aquel piso acondicionado con tanto cariño, convertir en inútiles tantos sacrificios. Lucien pensó que su madre podría alojarse allí y que David se ahorraría así la costosa obra que había proyectado hacer en el fondo del patio. Su marcha no podía sino convenir a su familia, encontró mil razones perentorias para su huida, porque nada hay más jesuítico que un deseo. Al punto se fue corriendo hacia el Houmeau, a casa de su hermana, para comunicarle su nuevo destino y ponerse de acuerdo con ella. Al llegar ante la tienda de Postel, pensó que, si no había más remedio, le pediría prestado al sucesor de su padre la suma necesaria para su estancia en París durante un año.

«Si vivo con Louise, un escudo al día será para mí toda una fortuna, y ya sólo esto representa mil francos anuales —se dijo—. Ahora bien, ¡en seis meses seré rico!»

Ève y su madre escucharon, después de prometer guardar el secreto, las confidencias de Lucien. Ambas lloraron al oír al ambicioso; y cuando quiso saber la causa de tanta aflicción, le dijeron que todo cuanto poseían había sido gastado en las mantelerías, la ropa de cama, el ajuar de Ève y una multitud de compras en las que David no había pensado, y que ellas se alegraban de haber hecho, porque el impresor reconocía a Ève una dote de diez mil francos. Entonces Lucien les hizo saber su idea de pedir un préstamo, y madame Chardon se encargó de ir a pedirle a monsieur Postel mil francos por un año.

—Pero, Lucien —dijo Ève con el corazón en un puño—, ¿no asistirás, pues, a mi boda? ¡Oh, vuelve! ¡Esperaré unos días! Te dejará volver aquí dentro de quince días, una vez que la hayas acompañado. ¡No puede dejar de concedernos ocho días para nosotros, que te hemos educado para ella! Nuestra unión tomará un mal sesgo si tú no asistes… Pero ¿tendrás suficiente con mil francos? —dijo interrumpiéndose de repente—. Aunque tu frac te siente divinamente, no tienes más que uno. Y sólo dos camisas finas y las seis restantes son de una tela basta. Sólo tienes tres corbatas de batista, las otras tres son de chaconada corriente, y tus pañuelos no son nada bonitos. ¿Encontrarás en París una hermana que te lave y planche la ropa cuando te haga falta? Necesitas mucha más. No tienes más que unos pantalones de nanquín hechos este año, los del año pasado te vienen estrechos; tendrás, pues, que hacerte vestir en París, y los precios allí no son los de Angulema. No tienes más que un par de chalecos blancos que puedas llevar, los otros los he tenido que remendar. Mira, te aconsejo que te lleves dos mil francos.

En aquel preciso instante entró David, y por la manera en que miró al hermano y a la hermana sin decir nada, dio la impresión de haber oído estas dos últimas palabras.

—No me ocultéis nada —dijo.

—Pues bien —exclamó Ève—, se va con ella.

—Postel —dijo madame Chardon entrando sin ver a David— acepta prestar los mil francos, pero sólo por seis meses, y quiere una letra de cambio tuya aceptada por tu cuñado, ya que dice que no ofreces ninguna garantía.

La madre se volvió, vio a su yerno y aquellas cuatro personas guardaron un profundo silencio. La familia Chardon era consciente de lo mucho que habían abusado de David. Todos estaban avergonzados. Una lágrima rodó de los ojos del impresor.

—¿Así que no asistirás a mi boda —preguntó—, no te quedarás con nosotros? ¡Y yo que me he gastado todo lo que tenía! ¡Ah!, Lucien, yo, que venía a traerle a Ève sus modestas alhajas de boda, no sabía —dijo enjugándose los ojos y sacando unos estuches de sus bolsillos— que tendría que arrepentirme de haberlas comprado.

Dejó en la mesa, ante su suegra, varias cajitas forradas de piel.

—¿Por qué piensas tanto en mí? —preguntó Ève con una sonrisa de ángel que desmentía sus palabras.

—Querida mamá —dijo el impresor—, vaya a decirle al señor Postel que acepto firmar, porque veo en tu rostro, Lucien, la firme resolución de marcharte.

Lucien inclinó lenta y tristemente la cabeza, añadiendo al cabo de unos instantes:

—No me juzguéis mal, mis queridos ángeles. —Tomó a Ève y a David entre sus brazos, les estrechó contra su pecho y les dijo—: Esperad los resultados y os daréis cuenta de cuánto os quiero. David, ¿de qué sirven nuestras altas miras si no nos permiten pasar por alto las pequeñas ceremonias con las que las leyes aherrojan los sentimientos? A pesar de la distancia, ¿dejará mi alma de estar aquí?, ¿no nos unirá el pensamiento? ¿No tengo acaso un destino que cumplir? ¿Vendrán a buscar aquí los libreros mi Arquero de Carlos IX y Las margaritas? Tarde o temprano habría que hacer inevitablemente lo que hago hoy, ¿y cuándo tendré unas circunstancias más favorables? ¿No es ya la mayor de las suertes para mí poder entrar desde el principio de mi carrera en París en el salón de la marquesa de Espard?

—Tienes razón —dijo Ève—. ¿No me decíais vosotros mismos que tendría que irse cuanto antes a París?

David tomó a Ève de la mano y se la llevó a aquel estrecho gabinete donde dormía desde hacía siete años, y le dijo al oído:

—¿No decías que necesita dos mil francos, amor mío? Postel sólo le presta mil.

Ève miró a su prometido con una mirada terrible que hablaba de todas sus penalidades.

—Escucha, Ève adorada, mal vamos a empezar nuestra vida. Sí, mis gastos han hecho que volara todo lo que tenía. Sólo me quedan dos mil francos, y la mitad me es indispensable para sacar adelante la imprenta. Darle mil francos a tu hermano es darle nuestro pan y comprometer nuestra tranquilidad. Si estuviera solo, sé lo que haría, pero somos dos. Decide tú.

Ève, desconsolada, se arrojó en los brazos de su amado, le besó cariñosamente y le dijo al oído, entre lloros:

—Haz como si estuvieras solo, trabajaré para recuperar esta suma.

A pesar del más ardiente beso que jamás se hayan dado dos prometidos, David dejó abatida a Ève y volvió junto a Lucien.

—No te preocupes —le dijo—, tendrás tus dos mil francos.

—Id a ver a Postel —dijo madame Chardon—, pues tenéis que firmar los dos el documento.

Cuando los dos amigos volvieron, sorprendieron a Ève y a su madre de rodillas, rezando. Si bien sabían cuántas esperanzas debía hacer realidad el retorno de Lucien, en aquel momento sentían todo cuanto perdían con aquella despedida, ya que les parecía que pagaban demasiado cara la felicidad futura con una ausencia que les destrozaría el corazón y les sumiría en mil temores sobre el destino de Lucien.

—Si alguna vez olvidaras esta escena —le dijo David al oído de Lucien—, serías el más despreciable de los hombres.

El impresor juzgó sin duda necesarias aquellas serias palabras, no porque le asustara la influencia de madame de Bargeton, sino porque pensaba que la funesta volubilidad de carácter podía llevar a Lucien tanto por el buen como por el mal camino. Ève tuvo pronto listo el equipaje de Lucien. Este Hernán Cortés literario se llevaba pocas cosas. Se dejó puestos su mejor levita, su mejor chaleco y una de sus dos camisas finas. Toda su ropa, su famoso frac, sus efectos personales y sus manuscritos formaron un equipaje tan pequeño que, para ocultarlo a las miradas de madame de Bargeton, David propuso enviarlo por la diligencia a su corresponsal, un fabricante de papel al que escribiría para que lo tuviera a disposición de Lucien.

No obstante las precauciones tomadas por madame de Bargeton para ocultar su marcha, monsieur du Châtelet se enteró de ella y quiso saber si haría el viaje sola o acompañada por Lucien; mandó a su criado a Ruffec con la misión de examinar todos los carruajes que pararan en la posta.

«Si se lleva a su poeta —pensó—, ya es mía.»

Partió Lucien al día siguiente al alba, acompañado de David, que se había conseguido un cabriolé y un caballo, anunciando que se iba a tratar unos negocios con su padre, pequeña mentira que en aquellas circunstancias resultaba verosímil. Los dos amigos se dirigieron a Marsac, donde pasaron parte de la jornada en casa del viejo oso; luego, por la tarde, fueron más allá de Mansle, a esperar a madame de Bargeton, que llegó por la mañana. Al ver la vieja calesa sexagenaria que tantas veces había observado en la cochera, Lucien experimentó una de las emociones más fuertes de su vida y se arrojó entre los brazos de David, quien le dijo:

—¡Dios quiera que sea por tu bien!

El impresor montó de nuevo en su modesto cabriolé, y desapareció con el corazón encogido, pues tenía terribles presentimientos sobre el futuro de Lucien en París.

Parte Dos

UN GRAN HOMBRE DE PROVINCIAS EN PARÍS

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4

CAPÍTULO UNO

Ni Lucien, ni madame de Bargeton, ni Gentil, ni Albertine, la doncella, hablaron nunca de los incidentes de este viaje, pero es de creer que la continua presencia de gente lo hizo muy poco grato para un enamorado que esperaba todos los placeres de un rapto. Lucien, que corría la posta por primera vez en su vida, se quedó muy sorprendido al ver que en el camino de Angulema a París iba dejándose casi la totalidad de la suma que pensaba destinar a sus gastos de un año en París. Como los hombres que unen los encantos de la infancia a la fuerza del talento, cometió el error de expresar su ingenua sorpresa ante este tipo de cosas nuevas para él. Un hombre debe estudiar bien a una mujer antes de dejarle entrever sus emociones y pensamientos tal como surgen. Una amante, tan mayor como afectada, se sonríe ante tales infantilismos y los comprende; pero por poca vanidad que tenga, no perdonará a su enamorado el que se haya mostrado pueril, fatuo o mezquino. Muchas mujeres son tan exageradas en su culto, que quieren encontrar siempre un dios en su ídolo, mientras que las que aman a un hombre más por lo que es que por sí mismas adoran sus pequeñeces tanto como sus grandezas. Lucien no había comprendido aún que en madame de Bargeton el amor descansaba sobre el orgullo. Cometió el error de no explicarse determinadas sonrisas que se le escaparon a Louise durante aquel viaje, cuando, en vez de dominarlas, se dejaba llevar por sus gentilezas de ratoncillo salido de su agujero.

Los viajeros llegaron al hotel del Gaillard-Bois, en la rue de l’Échelle, antes del amanecer. Estaban los dos enamorados tan cansados que, antes que nada, Louise quiso acostarse y así lo hizo, no sin antes haber ordenado a Lucien que pidiera una habitación que estuviese encima de los aposentos que ocupaba ella. Lucien durmió hasta las cuatro de la tarde. Madame de Bargeton le hizo despertar para cenar y, al saber la hora, él se vistió a toda prisa y encontró a Louise en una de esas innobles habitaciones que son la vergüenza de París, donde, a pesar de las muchas pretensiones de elegancia, no existe aún un solo hotel donde un viajero rico pueda sentirse como en su casa. Si bien tenía los ojos nublosos que deja un brusco despertar, Lucien no reconoció a su Louise en aquella habitación fría, sin sol, de cortinas descoloridas, cuyo gastado embaldosado parecía miserable, donde los muebles eran usados, de mal gusto, viejos o de ocasión. Efectivamente, hay ciertas personas que no tienen ya el mismo aspecto ni el mismo valor una vez separadas de los rostros, de las cosas y de los lugares que les sirven de marco. Las fisonomías llenas de vida tienen una especie de atmósfera que les es propia, como el claroscuro de los cuadros flamencos es necesario a la vida de las figuras que ha situado en ellos el genio del pintor. La gente de provincias es casi toda así. Además, madame de Bargeton parecía más digna, más pensativa de lo que hubiera tenido que estar en un momento en que daba comienzo una felicidad sin trabas. Lucien no podía quejarse: Gentil y Albertine les servían. Tampoco la comida era ya abundante ni de esa genuina calidad que caracteriza a la vida en provincias. Los platos, reducidos por la especulación, preparados en un restaurante cercano, estaban pobremente presentados y las raciones dejaban mucho que desear. París no es bonito en estas pequeñas cosas a las que están condenadas las personas de mediocre fortuna. Lucien esperó el final de la comida para interrogar a Louise, cuyo cambio le parecía inexplicable. No andaba errado. Un grave acontecimiento, pues las reflexiones son los acontecimientos de la vida moral, se había producido mientras dormía.

Hacia las dos de la tarde, Sixte du Châtelet se había presentado en el hotel, había hecho despertar a Albertine y había manifestado su deseo de hablar con la señora, volviendo un poco más tarde, sin dar apenas tiempo a que madame de Bargeton se arreglara. Anaïs, cuya curiosidad se vio excitada por esta singular aparición de monsieur du Châtelet, cuando se creía tan bien escondida, le recibió hacia las tres.

—La he seguido aun a riesgo de recibir una reprimenda de mis superiores —le dijo a modo de saludo—, porque preveía lo que iba a pasar. Pero ¡aunque haya de perder yo mi puesto, al menos usted no se perderá!

— ¿Qué quiere decir? —exclamó madame de Bargeton.

—Veo que quiere a Lucien —prosiguió con aire afectuosamente resignado—, pues mucho se ha de querer a un hombre para no pensar en nada y olvidar todas las conveniencias, ¡usted que tan bien las conoce! ¿Cree, pues, querida Naïs adorada, que será recibida en casa de madame d’Espard o en un salón de París, cualquiera que sea, cuando se sepa que ha huido de Angulema con un joven, y sobre todo tras el duelo de monsieur de Bargeton con monsieur de Chandour? La estancia de su marido en el Escarbas se diría una separación. En casos así, la gente como es debido primero se baten por sus mujeres y luego las dejan libres. Ame a monsieur de Rubempré, protéjale, haga por él todo cuanto le plazca, pero ¡no vivan juntos! Si alguien de aquí llegara a enterarse de que han hecho el viaje juntos en el mismo coche, sería al punto incluida en el Índice por esos mismos que desea ver. Además, Naïs, no haga estos sacrificios por un joven a quien no ha tenido ocasión de comparar aún con nadie, que no ha sido sometido a ninguna prueba y que aquí puede olvidarla por una parisiense que crea más conveniente para sus ambiciones. No quiero perjudicar a quien usted ama, pero me permitirá que anteponga los intereses de usted a los suyos, y que le diga: «¡Estúdiele! Sea consciente del alcance de sus decisiones». Que al menos, si encuentra las puertas cerradas, si las señoras se niegan a recibirla, no tenga que lamentarse de haber hecho tantos sacrificios pensando que aquél por quien los ha hecho será siempre digno de ellos y los comprenderá. Madame d’Espard es tanto más severa y moralista cuanto que también ella está separada de su marido, sin que nadie haya podido saber la causa de esta desunión; pero los Navarreins, los Blamont-Chauvry, los Lenoncourt y todos sus parientes le han prestado su apoyo, las señoras más encopetadas van a su casa y le dan muestras de respeto, de manera que quien pasa por culpable de todo es el marqués de Espard. A la primera visita que le haga, reconocerá lo acertado de mis consejos. Puedo, sin lugar a dudas, predecírselo, porque conozco París: al entrar en casa de la marquesa, se desesperaría usted si ella supiera que se aloja en el hotel del Gaillard-Bois con el hijo de un boticario, por muy monsieur de Rubempré que pretenda ser. Aquí tendrá rivales mucho más astutas y arteras que Amélie, que no dejarán de saber quién es usted, dónde vive, de dónde viene y qué hace. Ha contado usted, por lo que veo, con el incógnito, pero es usted una de esas personas para quienes éste no existe. ¿Cree que no encontrará aquí a Angulema por todas partes? Ya sean los diputados del Charente que vienen para la apertura de las Cámaras, ya el general que está de permiso en París; pero bastará con que la vea un solo vecino de Angulema para que su vida quede definitivamente marcada: no será más que la amante de Lucien. Si necesita de mí para lo que se le ofrezca, me tiene en casa del recaudador general, en la rue del faubourg Saint-Honoré, a dos pasos de la casa de la marquesa de Espard. Conozco lo bastante a la mariscala de Carigliano, a madame de Sérizy y al presidente del Consejo como para presentarla a ellos, pero conocerá a tanta gente en casa de madame d’Espard que no va a necesitar de mí. En vez de desear ir a tal o cual salón, se verá solicitada en todos ellos.

Du Châtelet pudo hablar sin que madame de Bargeton le interrumpiera: ella estaba impresionada por lo acertado de sus observaciones. La reina de Angulema, efectivamente, había contado con el incógnito.

—Tiene razón, amigo mío; pero ¿qué he de hacer?

—Déjeme —respondió Châtelet— buscarle un piso completamente amueblado y conveniente; llevará así una vida menos cara que la de los hoteles y estará en su casa; y si me hace caso, dormirá allí esta misma noche.

—Pero ¿cómo se ha enterado de mis señas? —preguntó.

—Su carruaje era fácil de reconocer; y, además, la seguía. En Sèvres, el aposentador que les conducía le dio sus señas al mío. ¿Me permite que sea su guía? Muy pronto le mandaré una nota para decirle dónde se alojará.

—Bien, hágalo, pues —respondió ella.

Estas palabras, que no parecían nada, lo eran sin embargo todo. El barón Du Châtelet había hablado como un hombre de mundo a una mujer de mundo. Se había mostrado con toda la elegancia de un atuendo parisino; un bonito cabriolé atalajado le había traído. Por casualidad, madame de Bargeton se acercó a la ventana para reflexionar acerca de su situación y vio irse al viejo dandy. Algunos instantes después, Lucien, bruscamente despertado y vestido a toda prisa, apareció ante su mirada con sus pantalones de nanquín del año anterior y su levita corta de mala calidad. Estaba apuesto, pero ridículamente ataviado. Vestid de aguador al Apolo de Belvedere o al Antinoo, y ¿creéis que podríais reconocer entonces la divina creación del cincel griego o romano? Los ojos comparan antes de que el corazón haya rectificado este rápido y maquinal juicio. El contraste entre Lucien y Châtelet fue demasiado brusco para que no hiriera la vista de Louise. Cuando acabaron de cenar hacia las seis, madame de Bargeton hizo una seña a Lucien para que viniera a sentarse a su lado en un vulgar canapé de calicó rojo estampado de flores amarillas, en el que ella se había sentado.

—Lucien mío —dijo—, ¿no crees que si hemos cometido una locura que nos perjudica a los dos por igual hemos de hacer lo posible por repararla? No debemos, querido mío, vivir juntos en París, ni siquiera dejar sospechar que hemos venido juntos. Tu porvenir depende en gran medida de mi posición, y yo no debo echarla a perder de ninguna manera. Por ello, a partir de esta noche, voy a alojarme a unos pasos de aquí, pero tú seguirás en este hotel y así podremos vernos cada día sin que nadie tenga nada que decir.

Louise explicó las leyes del gran mundo a Lucien, quien puso unos ojos como platos. Sin saber que las mujeres que se arrepienten de sus locuras se arrepienten también de su amor, comprendió que no era ya el Lucien de Angulema. Louise sólo le hablaba de ella, de sus intereses, de su reputación, del gran mundo; y para disculpar su egoísmo, trataba de hacerle creer que pensaba en él. No tenía ningún derecho sobre Louise, convertida tan repentinamente de nuevo en madame de Bargeton, y, algo más grave aún, no tenía ningún poder. Por ello no pudo evitar que unos lagrimones rodaran de sus ojos.

—Si yo soy su orgullo, usted es para mí más aún, es mi única esperanza y todo mi porvenir. Creí que si usted se identificaba con mis éxitos también se identificaría con mi infortunio, y he aquí que hemos de separarnos.

—Juzga mi conducta —dijo ella—, no me ama. —Lucien la miró con una expresión tan apesadumbrada que ella no pudo dejar de decirle—: Querido mío, me quedaré si tú quieres, nos perderemos juntos y nadie nos será de ayuda. Pero cuando seamos igual de miserables y nos veamos los dos rechazados, cuando el fracaso, pues hay que preverlo todo, nos haya desterrado al Escarbas, acuérdate, amor mío, de que yo preví este final y que te propuse primero salir adelante de acuerdo con las leyes del mundo, acatándolas.

—Louise —contestó él abrazándola—, me asusta verte tan prudente. Piensa que soy un niño y que me he entregado enteramente a tu querida voluntad. Yo quería triunfar sobre los hombres y las cosas a viva fuerza, pero si puedo alcanzar el éxito más rápidamente con tu ayuda que solo, me sentiré muy feliz de deberte toda mi fortuna. ¡Perdóname! He puesto demasiadas esperanzas en ti para no tener miedo de todo. Para mí, una separación es el primer paso hacia el abandono, y el abandono es la muerte.

—Pero si, mi niño querido, la sociedad no te pide gran cosa —repuso ella—. Tan sólo se trata de pasar la noche aquí, pero estarás todo el resto del día en mi casa, sin que nadie tenga nada que objetar.

Algunas caricias acabaron por tranquilizar a Lucien. Una hora después, Gentil trajo unas líneas en las que Châtelet le hacía saber que le había encontrado un piso en la rue Neuve-du-Luxembourg. Se hizo explicar la ubicación de esta calle, que no se encontraba lejos de la rue de l’Échelle, y le dijo a Lucien: «Somos vecinos». Dos horas después, Louise subió en un coche que le mandaba Du Châtelet para ir a su casa. El piso, uno de esos que los tapiceros llenan de muebles y alquilan a los ricos diputados o a grandes personajes que pasan poco tiempo en París, era suntuoso, pero incómodo. Lucien volvió hacia las once a su pequeño hotel del Gaillard-Bois sin haber visto de París más que la parte de la rue Saint-Honoré que se encuentra entre la rue Neuve-du-Luxembourg y la rue de l'Échelle. Se acostó en su pequeña y miserable habitación, que no pudo dejar de comparar con el magnífico piso de Louise. Justo en el momento en que salía de casa de madame de Bargeton, llegó el barón Du Châtelet, tras una recepción en casa del ministro de Asuntos Exteriores, en todo el esplendor de su traje de etiqueta. Venía a dar cuenta de todas las gestiones hechas en nombre de madame de Bargeton. Louise estaba inquieta, pues ese lujo la asustaba. Las costumbres provincianas habían acabado por hacer mella en ella y se había vuelto meticulosa en sus cuentas; se andaba con tanto cuidado que en París iba a pasar por avara. Se había traído un bono por valor de casi veinte mil francos emitido por el recaudador general, pensando que esa suma bastaría para cubrir todos los gastos durante cuatro años; pero ya se temía que no sería suficiente y tendría que contraer deudas. Châtelet le informó de que su piso sólo le costaría seiscientos francos al mes.

—Una miseria —dijo al ver el escalofrío que recorrió a Naïs—. Tiene a su disposición un carruaje por quinientos francos al mes, lo cual hace un total de cincuenta luises. No tendrá que pensar más que en su guardarropa. Una mujer que frecuenta el gran mundo no puede gastar menos que eso. Si quiere que monsieur de Bargeton sea recaudador general o conseguirle un cargo en la Casa Real, no puede tener un aspecto miserable. Aquí sólo se da a los ricos. Es una suerte que tenga con usted a Gentil para acompañarla y a Albertine para vestirla, pues los criados en París son una ruina. Comerá rara vez en su casa, cuando sea presentada en sociedad como desea.

Madame de Bargeton y el barón charlaron de París. Du Châtelet le puso al corriente de las noticias del día, las mil naderías que se han de saber, so pena de no ser de París. No tardó en dar a Naïs consejos sobre los comercios en los que aprovisionarse: le indicó Herbault para las tocas, Juliette para los gorros y sombreros; le dio la dirección de la modista que podía reemplazar a Victorine; en resumen, le hizo sentir la necesidad de desangulemizarse. Después se fue pronunciando la última frase de efecto que se le ocurrió.

—Mañana —dijo con indiferencia— dispondré sin duda de un palco para algún espectáculo; pasaré a recogerles a usted y a monsieur de Rubempré, si me permite hacerles a los dos los honores de París.

«En el fondo es más generoso de lo que me imaginaba», pensó madame de Bargeton al ver que invitaba también a Lucien.

En el mes de junio, los ministros no saben qué hacer con sus palcos en el teatro. Los diputados de la mayoría y quienes les apoyan se dedican a sus vendimias o vigilan sus cosechas, y sus conocidos más interesados están en el campo o de viaje; así que en esta época del año, los más bellos palcos de los teatros de París reciben a huéspedes heterogéneos que los asiduos no vuelven a ver más y que dan al público cierto aire de gastada tapicería. Du Châtelet había pensado ya que, gracias a esta circunstancia, podría, sin desembolsar mucho dinero, ofrecer a Naïs las diversiones que más encandilan a los provincianos. A la mañana siguiente, Lucien, que la visitaba por primera vez, no encontró a Louise. Madame de Bargeton había salido para hacer algunas compras indispensables. Había ido a pedir consejo a las serias e ilustres autoridades en materia de atuendo femenino que Châtelet le había indicado, pues había informado por escrito de su llegada a la marquesa de Espard. Por más que a madame de Bargeton no le faltara esa confianza en sí misma que da una larga preeminencia, su temor a parecer provinciana era grande. Poseía el tacto suficiente para darse cuenta de hasta qué punto las relaciones entre las mujeres dependen de las primeras impresiones; y, por más que supiera que podía ponerse enseguida a la altura de las mujeres superiores como madame d’Espard, sentía que al principio tenía necesidad de cierta benevolencia, y sobre todo no quería descuidar nada que pudiera contribuir a su éxito. Por eso le estuvo infinitamente agradecida a Du Châtelet por haberle indicado los medios para ponerse a tono con el gran mundo parisiense. Quiso la suerte que la marquesa se hallara en una situación en la que estaría encantada de hacer un favor a alguna pariente de la familia de su marido. Sin causa aparente, el marqués de Espard se había retirado del mundo; no se ocupaba ni de sus negocios, ni de los asuntos políticos, ni de su familia, ni de su mujer. Viéndose así dueña de sí, la marquesa sentía la necesidad de ganarse la aprobación de la gente; estaba, pues, feliz de poder sustituir al marqués en esta circunstancia erigiéndose en protectora de su familia. Haría gala de su patrocinio a fin de hacer más evidentes los yerros de su marido. El mismo día le escribió a «madame de Bargeton, de soltera Nègrepelisse», uno de esos encantadores billetes en los que la belleza de estilo exige su tiempo para descubrir la vaciedad de fondo: la marquesa se sentía dichosa por una circunstancia que acercaba a la familia a una persona de la que había oído hablar y que deseaba conocer, porque las amistades de París no eran tan sólidas como para no hacerle desear tener a alguien más a quien querer en este mundo; y ello, de no haberse producido, habría sido una ilusión más que enterrar junto con las demás. Estaba a la entera disposición de su prima, a quien habría ido a hacer una visita de no ser por una indisposición que la obligaba a quedarse en casa; pero por el simple hecho de que hubiera pensado en ella se sentía ya agradecida.

Durante su primer paseo en el que vagó por los bulevares y la rue de la Paix, Lucien, como todos los recién llegados, se preocupó mucho más por las cosas que por las personas. En París son las masas lo primero que llama la atención: el lujo de las tiendas, la altura de las casas, la afluencia de coches, el contraste entre un lujo exagerado y una exagerada miseria es lo que impresiona antes que nada. Sorprendido por aquella muchedumbre en la que era un extraño, este hombre de imaginación sintió como una especie de desmedro de sí mismo. Las personas que disfrutan en provincias de algún tipo de consideración y que encuentran a cada paso una prueba de su importancia, no se acostumbran a esta súbita y total pérdida de su valor. Ser algo en la propia región y no ser nada en París son dos estados que exigen cierta transición; y quienes pasan demasiado bruscamente del uno al otro caen en una especie de anulación. Para un joven poeta que encontraba un eco a todos sus sentimientos, un confidente para todas sus ideas, un alma para compartir sus menores sensaciones, París había de ser un desierto espantoso. Lucien no había pasado a recoger su bonito frac azul, por lo que se sintió incómodo por la modestia, por no decir mal estado, de su indumentaria, al aparecer en casa de madame de Bargeton a la hora en que ésta debía de estar de vuelta; encontró allí al barón Du Châtelet que se los llevó a los dos a cenar al Rocher de Cancale. Lucien, aturdido por el ritmo de vida trepidante de París, no era capaz de decirle nada a Louise; iban los tres en el coche; pero él le apretó la mano, y ella respondió amistosamente a todos los pensamientos que le expresaba de aquel modo. Después de cenar, Châtelet llevó a sus dos invitados al Vaudeville. Lucien sentía una especie de secreto descontento por el aspecto de Du Châtelet y maldecía la casualidad que había traído a éste a París. El director de contribuciones explicó que el motivo de su viaje se debía a su ambición: esperaba ser nombrado secretario general de una administración y entrar en el Consejo de Estado como maître des requêtes; había venido a exigir el cumplimiento de las promesas que le habían sido hechas, teniendo en cuenta que un hombre como él no podía quedarse en simple director de contribuciones; antes prefería no ser nada, hacerse diputado o volver a la diplomacia. Aunque se daba aires de grandeza, Lucien reconocía vagamente en aquel viejo lechuguino la superioridad del hombre de mundo en lo que hacía a la vida parisiense; sobre todo se sentía avergonzado de deberle sus diversiones. En aquello en lo que el poeta se encontraba inquieto e incómodo, el antiguo primer secretario se encontraba como pez en el agua. Du Châtelet sonreía ante las vacilaciones, los asombros, las preguntas y los pequeños errores que la falta de costumbre arrancaba a su rival, como los viejos lobos de mar se burlan de los novatos que se marean. El placer que sentía Lucien, al asistir por primera vez a un espectáculo de París, compensó el desagrado que le producía su confusión. Aquella velada fue digna de señalar porque significó el secreto repudio de una gran cantidad de sus ideas sobre la vida en provincias. El círculo se ensanchaba, la sociedad adquiría otra dimensión. La cercanía de varias bellezas parisienses elegantísimas y modernamente vestidas le hizo tomar conciencia de lo anticuado del atavío de madame de Bargeton, no obstante ser pasablemente ambicioso: ni las telas, ni el corte, ni los colores estaban de moda. El peinado que tanto le seducía en Angulema aquí le pareció de un gusto espantoso comparado con las delicadas invenciones que exhibían las otras mujeres. «¿Seguirá así?», se dijo, sin saber que había empleado todo el santo día en preparar una transformación. En provincias no hay ni dónde escoger, ni comparación posible: la costumbre de ver las fisonomías les da una belleza convencional. Trasladada a París, una mujer que en provincias pasa por ser bonita no llama la menor atención, porque sólo es bella según el refrán que reza que «en el país de los ciegos, el tuerto es rey». Los ojos de Lucien hacían la comparación que madame de Bargeton había hecho la víspera entre él y Châtelet. Por su parte, madame de Bargeton se entregaba a extrañas reflexiones sobre su enamorado. A pesar de su rara belleza, el pobre poeta carecía de buena presencia. Su levita de mangas demasiado cortas, sus vulgares guantes provincianos, su chaleco raído, le hacían asombrosamente ridículo al lado de los jóvenes del piso principal: madame de Bargeton le encontraba un aire digno de lástima. Châtelet, que se ocupaba de ella sin ninguna pretensión, que velaba por ella con una atención que delataba una profunda pasión; Châtelet, elegante y desenvuelto como un actor que se reencuentra con las tablas de su teatro, volvía a ganar en dos días todo el terreno perdido en seis meses. Aunque el vulgo no admite cambios bruscos en los sentimientos, no es menos cierto que dos amantes se separan a menudo más rápidamente de lo que tardan en unirse. Iba incubándose en madame de Bargeton y en Lucien un desencanto sobre ellos mismos cuya causa no era otra que París. La vida se agrandaba allí a los ojos del poeta, igual que la sociedad adquiría una nueva faz a los ojos de Louise. Uno y otra no necesitaban más que un pequeño incidente para cortar los lazos que les unían. Este hachazo, terrible para Lucien, no se hizo esperar mucho. Madame de Bargeton dejó al poeta en su hotel y volvió a su casa acompañada por Du Châtelet, cosa que disgustó terriblemente al pobre enamorado.

«¿Qué van a decir de mí?», pensaba mientras subía a su triste habitación.

—Ese pobre muchacho es de lo más aburrido —dijo Du Châtelet, sonriendo, en cuanto se cerró la portezuela.

—Es lo que pasa siempre con todos los que tienen todo un mundo de pensamientos en el corazón y en la mente. Los hombres que tienen tantas cosas que expresar en bellas obras soñadas durante mucho tiempo sienten cierto desprecio por la conversación, trato en el que el espíritu se rebaja al degradarse —dijo la orgullosa Nègrepelisse, que tuvo aún el valor de defender a Lucien, menos por él que por sí misma.

—Convengo gustosamente con usted en esto —repuso el barón—, pero vivimos con personas, no con libros. Mire, querida Naïs, bien veo que aún no hay nada entre usted y él, lo cual me alegra. Si alguna vez decide poner en su vida un interés del que ha carecido hasta ahora, le suplico que no sea por ese supuesto hombre de genio. ¿Y si se equivocara, si dentro de unos días, al compararlo con los verdaderos talentos, con los hombres seriamente notables que va a conocer, reconociera, querida y bella sirena, haber cargado sobre sus espaldas y llevado a buen puerto, en vez de a un hombre armado de una lira, a un pequeño arrendajo, sin educación ni elegancia, tonto y presuntuoso, que puede tener cierto talento en el Houmeau, pero que en París se convierte en un muchacho ordinario en extremo? Al fin y al cabo, aquí se publican libros de versos cada semana, el peor de los cuales vale más que toda la poesía de monsieur Chardon. Por favor, ¡espere y compare! Mañana viernes hay función de ópera —dijo viendo que el carruaje entraba en la rue Neuve-du-Luxembourg—, madame d’Espard dispone del palco de los primeros gentileshombres de cámara, y sin duda la llevará allí. Para verla en todo su esplendor, yo estaré en el palco de madame de Sérizy. Dan Las Danaides.

—Adiós —dijo ella.

Al día siguiente, madame de Bargeton trató de ponerse un vestido de mañana conveniente para ir a ver a su prima, madame d’Espard. Hacía un poco de fresco y no encontró nada mejor entre sus antiguallas de Angulema que un vestido de terciopelo verde, guarnecido de manera muy extravagante. Por su parte, Lucien sintió la necesidad de ir a buscar su famoso frac azul, ya que le había cogido verdadero horror a su estrecha levita y quería presentarse siempre bien ataviado pensando que podía encontrarse con la marquesa de Espard, o tener que ir de improviso a su casa. Tomó un coche de punto a fin de ir a recoger cuanto antes su equipaje. En dos horas, gastó tres o cuatro francos, lo cual le hizo pensar mucho sobre el coste de la vida en París. Después de haberse acicalado lo mejor posible, se dirigió a la rue Neuve-du-Luxembourg, donde se encontró en la puerta con Gentil en compañía de un lacayo magníficamente empenachado.

—Me dirigía a su casa, señor; la señora me manda con esta carta para usted —dijo Gentil, que no conocía las fórmulas de respeto parisiense, acostumbrado a la campechanía de las costumbres provincianas.

El lacayo confundió al poeta con un criado. Lucien deselló el billete, por el cual se enteró de que madame de Bargeton pasaba el día en casa de la marquesa de Espard e iba por la noche a la Ópera; pero le decía a Lucien que acudiera allí, pues su prima le autorizaba a cederle un sitio en su palco al joven poeta, a quien la marquesa se sentía encantada de poder darle aquel gusto.

—Entonces, ¡me ama!, mis temores son infundados —se dijo Lucien —; me presentará a su prima esta misma noche.

Dio un brinco de contento y quiso pasar alegremente el tiempo que le separaba de esta feliz velada. Se dirigió hacia las Tullerías, pensando pasear por ellas hasta la hora en que iría a comer a Véry. He aquí a Lucien juguetón y saltarín, ligero de puro feliz, que va a parar a la Terrasse des Feuillants y la recorre examinando a los paseantes, a las bellas mujeres con sus adoradores, a los elegantes, de dos en dos, y del bracete, saludándose unos a otros con una mirada al pasar. ¡Qué diferencia entre esta terraza y Beaulieu! ¡Los pájaros de esta magnífica alcándara eran mucho más bonitos que los de Angulema! Había allí todo el lujo de colores que brilla en las familias ornitológicas de las Indias Orientales o de América comparado con los colores grises de las aves de Europa. Lucien pasó dos terribles horas en las Tullerías; volvió a examinarse de golpe a sí mismo y se juzgó. En primer lugar, no vio a ninguno de aquellos jóvenes elegantes con frac. Si veía a alguien que lo llevaba era un viejo ajeno a la moda, algún pobre diablo, un rentista venido del Marais o algún escribiente. Tras haberse dado cuenta de que existía un traje de mañana y otro de tarde, el poeta de vivas emociones, de mirada penetrante, reconoció la fealdad de sus ropas viejas, los defectos que hacían ridículo su indumento, cuyo corte estaba pasado de moda, cuyo azul desentonaba, cuyo cuello carecía completamente de gracia, cuyos faldones delanteros, por el largo uso, tendían a bambolearse; los botones se habían oxidado y los pliegues dibujaban unas fatales líneas blancas. Además su chaleco era demasiado corto y de corte tan grotescamente provinciano que, para esconderlo, se abotonó bruscamente la chaqueta. Finalmente, veía que sólo llevaba pantalones de nanquín la gente corriente. La gente comme il faut lucía unas deliciosas telas de fantasía o de un blanco siempre impoluto. Además, todos los pantalones tenían trabillas y el suyo casaba muy mal con los tacones de sus botas, por las que los bajos de la tela arrugada mostraban una marcada antipatía. Llevaba una corbata blanca con los extremos bordados por su hermana, quien, tras haberle visto algunas parecidas a monsieur du Hautoy y a monsieur de Chandour, se había apresurado a hacer varias parecidas a su hermano. No sólo nadie, exceptuando las personas de aire serio, viejos banqueros o algunos funcionarios más formales, llevaba corbata, sino que, además, el pobre Lucien vio pasar por el otro lado de la verja, por la acera de la rue de Rivoli, a un mozo de mercería con un cesto a la cabeza, y en el que el hombre de Angulema sorprendió dos puntas de corbata bordadas por alguna modistilla adorada. Verlo le produjo un fuerte impacto en el pecho, en ese órgano mal estudiado aún en el que se refugia nuestra sensibilidad y al que, desde que existen sentimientos, los hombres se llevan la mano tanto en los momentos de alegría como en los de intenso dolor. ¿Tacháis esta narración de pueril? Sin duda, para los ricos que nunca han conocido esta clase de sufrimientos, hay en ella algo de despreciable e increíble; pero las angustias de los infortunados no son menos dignas de atención que las crisis que revolucionan la vida de los poderosos y de los privilegiados de la tierra. Y además, ¿acaso no hay tanto dolor en unos como en otros? El sufrimiento todo lo engrandece. En fin, cambiad los términos: en vez de un traje más o menos bonito, poned una condecoración, una distinción, un título. Estas en apariencia pequeñas cosas, ¿no han atormentado a existencias brillantes? La cuestión del vestido es, por otra parte, de gran importancia para quienes quieren aparentar que tienen lo que no tienen, porque es a menudo el mejor medio de poseerlo más adelante. Lucien sintió un sudor frío al pensar que por la noche tendría que presentarse vestido de aquel modo ante la marquesa de Espard, la pariente de un primer gentilhombre de cámara del rey, ante una mujer cuya casa era frecuentada por gente ilustre de todo tipo y personalidades escogidas.

«¡Tengo el aspecto de un hijo de boticario, de un verdadero mancebo de botica!», se dijo a sí mismo con rabia al ver pasar a los graciosos, los coquetos, los elegantes jóvenes de las familias del faubourg Saint-Germain, los cuales tenían todos un estilo peculiar que les hacía asemejarse por su finura de rasgos, nobleza de porte y aire del semblante, y diferenciarse por el conjunto que habían elegido para hacerse notar. Todos hacían resaltar lo que más les favorecía mediante una especie de puesta en escena que los jóvenes de París dominan tan bien como las mujeres. Tenía Lucien de su madre la atractiva prestancia física cuyos privilegios saltaban a la vista; pero este oro estaba en bruto y sin labrar. Llevaba el pelo mal cortado. En vez de mantener la cabeza erguida mediante una ballena flexible, se sentía enterrado dentro de un feo cuello de camisa, y su corbata, al no ofrecer resistencia, le dejaba colgar la cabeza con aire triste. ¿Qué mujer habría adivinado sus lindos pies dentro de las plebeyas botas que se había traído de Angulema? ¿Qué joven habría envidiado su bonito talle disimulado por el saco azul que hasta entonces había creído que era un frac? Veía encantadores botones en camisas resplandecientes de blancura; ¡y la suya amarilleaba! Todos aquellos elegantes caballeros iban maravillosamente enguantados, ¡mientras que él llevaba guantes de gendarme! Uno jugueteaba con un bastón deliciosamente engastado. Otro lucía una camisa de puños sujetos por unos preciosos gemelos de oro. Al dirigir la palabra a una mujer, uno hacía molinetes con una encantadora fusta, y los abundantes pliegues de su pantalón salpicado de diminutas manchitas de barro, sus tintineantes espuelas, su corta levita ajustada indicaban que iba a volver a montar uno de los dos caballos que sujetaba un tigre que no cabía en su pellejo. Otro sacaba de un bolsillo de su chaleco un reloj plano como una moneda de diez sueldos, y consultaba la hora como alguien que se había adelantado o retrasado en una cita. Al observar todas aquellas bonitas insignificancias que Lucien nunca hubiera sospechado, ¡se le reveló todo un mundo de superfluidades necesarias y se echó a temblar al pensar en el enorme capital que hacía falta para hacer el papel de joven elegante! Cuanto más admiraba a aquellos jóvenes de aire dichoso y desenvuelto, más conciencia tomaba de su aspecto extraño, el aspecto del que no sabe adónde conduce el camino que sigue, que no sabe dónde está el Palais-Royal cuando está allí tocando y que pregunta dónde está el Louvre a un transeúnte que responde: «Está usted en él». Lucien se veía separado de aquel mundo por un abismo, y se preguntaba cuáles serían los medios con los que podría salvarlo, pues quería parecerse a aquella esbelta y delicada juventud parisiense. Todos aquellos patricios saludaban a mujeres divinamente ataviadas y divinamente bellas, mujeres por las que Lucien se habría dejado hacer picadillo a cambio de un solo beso, como el paje de la condesa de Königsmarck. En las tinieblas de su memoria, Louise, comparada con estas soberanas, apareció como una vieja. Encontró a varias de esas mujeres de las que se hablará en la historia del siglo XIX, cuya inteligencia, amores y belleza no serán menos célebres que las de las reinas de antaño. Vio pasar a una muchacha sublime, mademoiselle des Touches, tan conocida bajo el nombre de Camille Maupin, escritora eminente, tan grande por su belleza como por una inteligencia superior, y cuyo nombre fue repetido en voz baja por los paseantes y las mujeres.

«¡Ah! —se dijo—. ¡He aquí la poesía!»

¿Qué era madame de Bargeton al lado de ese ángel resplandeciente de juventud, de esperanza, de porvenir, de dulce sonrisa y cuyos negros ojos eran vastos como el firmamento y ardientes como el sol? Ella reía, mientras hablaba con madame Firmiani, una de las mujeres más encantadoras de París. Una voz le gritó que «la inteligencia es la palanca con la que se mueve al mundo», pero otra voz le gritó que el punto de apoyo de la inteligencia era el dinero. No quiso quedarse en medio de sus ruinas y en el teatro de su derrota, y tomó el camino del Palais-Royal después de haber preguntado por él, porque no conocía aún el callejero de su barrio. Entró en Véry y encargó, para iniciarse en los placeres de París, una comida que le consolara de su desesperación. Una botella de vino de Burdeos, ostras de Ostende, pescado, una perdiz, macarrones y fruta fueron el non plus ultra de sus deseos. Saboreó aquella pequeña bacanal pensando lucir su inteligencia aquella noche delante de la marquesa de Espard y compensar así lo pobre de su extravagante indumentaria mediante el despliegue de su riqueza intelectual. Fue sacado de sus sueños por el total de la cuenta, que se le llevó los cincuenta francos con los que esperaba llegar muy lejos en París. Esta comida costaba lo que un mes de su vida en Angulema. Por ello cerró respetuosamente la puerta de este palacio, pensando que no volvería a poner los pies en él.

«Ève tenía razón —se dijo mientras iba por la Galerie de Pierre hacia su casa para coger más dinero—; los precios de París no son los mismos que los del Houmeau.»

De camino, se quedó admirado ante las tiendas de los sastres, soñando con los atuendos que había visto aquella mañana.

— ¡No! —exclamó—. No me presentaré hecho un adefesio como voy ahora ante madame d’Espard.

Corrió raudo como un gamo hasta el hotel del Gaillard-Bois, subió a su habitación y, tras coger cien escudos, volvió a bajar hasta el Palais-Royal, para vestirse allí de pies a cabeza. Había visto zapateros a la medida, camiseros, chalequeros, peluqueros, en el Palais-Royal, donde su futura elegancia estaba repartida en diez tiendas. El primer sastre en el que entró le hizo probarse tantos trajes como quiso y le convenció de que eran todos de última moda. Lucien salió en posesión de un traje verde, unos pantalones blancos y un chaleco de fantasía, por la suma de doscientos francos. No tardó en encontrar un par de botas muy elegantes y de su medida. Por último, tras haber comprado todo cuanto precisaba, le pidió al peluquero que fuera a su hotel, donde cada proveedor le trajo su mercancía. A las siete de la tarde, montó a un coche de punto y se hizo llevar a la Ópera, rizado como un san Juan de procesión, con un buen chaleco, una buena corbata, pero un tanto incómodo en esta especie de estuche en el que por primera vez se embutía. Siguiendo el consejo de madame de Bargeton, preguntó por el palco de los primeros gentileshombres de cámara. Ante el aspecto de un hombre cuya elegancia como de prestado le hacía parecer un invitado a una boda, el portero pidió que le enseñara su entrada.

—No tengo.

—No puede entrar —le respondió secamente.

—Pero si estoy invitado por madame d’Espard —dijo.

—No estamos obligados a saberlo —dijo el portero, que no pudo reprimir un intercambio imperceptible de sonrisas con sus colegas.

En aquel preciso instante, se detuvo un carruaje bajo el peristilo. Un lacayo, a quien Lucien no reconoció, desplegó el estribo de un cupé del que salieron dos mujeres con sus mejores galas. Lucien, que no quiso recibir del portero ningún aviso impertinente para que se apartara, dejó pasar a las dos damas.

— ¡Pero si esta dama es la marquesa de Espard, a quien usted pretende conocer, señor! —dijo irónicamente el portero a Lucien.

Lucien quedó tanto más sorprendido cuanto que madame de Bargeton no parecía reconocerle en su nuevo plumaje; pero cuando le abordó, ella le sonrió y le dijo:

— ¡Qué magnífica coincidencia, venga!

Los porteros habían recobrado la seriedad. Lucien siguió a madame de Bargeton, quien, mientras subían la amplia escalinata de la Ópera, presentó a su Rubempré a su prima. El palco de los primeros gentileshombres es el que se encuentra en una de las dos esquinas del fondo de la sala: uno allí es visto desde todas partes y puede también ver. Lucien ocupó una silla detrás de la prima, contento de estar a la sombra.

—Monsieur de Rubempré —dijo la marquesa con un tono de voz halagador—, como es la primera vez que viene a la Ópera, véalo bien todo, ocupe este asiento, póngase delante, le dejamos.

Lucien obedeció; terminaba el primer acto de la ópera.

—Has empleado muy bien tu tiempo —le dijo Louise al oído, tras el primer momento de sorpresa que le causó el cambio de Lucien.

En cambio, Louise seguía siendo la misma. La cercanía de una mujer a la moda como era la marquesa de Espard, esa madame de Bargeton de París, la perjudicaba tanto, la brillante parisiense hacía resaltar a tal punto las imperfecciones de la mujer provinciana, que Lucien, doblemente ilustrado por la selecta concurrencia de aquella pomposa sala y por aquella mujer eminente, vio finalmente en la pobre Anaïs de Nègrepelisse a la mujer real, la mujer que la gente de París veía: ¡una mujer alta, seca, con la cara rojiza, ajada, más que rubicunda, angulosa, afectada, amanerada, pretenciosa, provinciana en su hablar, y sobre todo mal arreglada! En efecto, los pliegues de un viejo vestido de París aún demuestran cierto gusto, se explica, se adivina lo que fue, pero un viejo vestido provinciano no tiene explicación y es digno de risa. El vestido y la mujer no tenían ni gracia ni novedad, y el terciopelo estaba tan raído como la tez. Lucien, avergonzado de haber amado a aquel hueso de sepia, se prometió aprovechar el primer ataque de virtud de su Louise para dejarla. Su excelente vista le permitía ver los impertinentes dirigidos hacia el palco aristocrático por excelencia. Las mujeres más elegantes estaban examinando sin duda a madame de Bargeton, pues todas sonreían mientras se dirigían la palabra. Si madame d’Espard se dio cuenta, por las sonrisas y los gestos femeninos, de cuál era la causa de los sarcasmos, no se dio en absoluto por enterada. En primer lugar, todos debían reconocer en su compañera a la parienta pobre llegada de provincias, con la que toda familia parisiense se puede ver afligida. Luego, su prima le había hablado del vestuario manifestando cierto temor; ella la había tranquilizado al darse cuenta de que Anaïs, una vez ataviada, no tardaría en adquirir las maneras parisienses. Si bien a madame de Bargeton le faltaba la desenvoltura, poseía la altanería innata de una mujer noble y ese no sé qué al que podemos llamar raza. Al lunes siguiente se tomaría, pues, su desquite. Por otra parte, una vez que el público supiera que aquella mujer era su prima, la marquesa sabía que cesarían sus críticas y esperarían a un nuevo examen antes de juzgarla. Lucien no adivinaba el cambio que provocaría en la persona de Louise un echarpe rodeando su cuello, un bonito vestido, un elegante peinado y los consejos de madame d’Espard. Al subir la escalera, la marquesa había advertido ya a su prima que no sostuviera el pañuelo desplegado en la mano. El buen o mal gusto dependen de mil pequeños matices de este tipo, que una mujer inteligente capta a la primera y que ciertas mujeres no comprenderán nunca. Madame de Bargeton, llena ya de buena voluntad, era lo bastante inteligente como para darse cuenta de en qué pecaba. Madame d’Espard, segura de que su discípula la honraría, no se había negado a formarla. En definitiva, se había establecido entre aquellas dos mujeres un pacto cimentado por su mutuo interés. Madame de Bargeton había consagrado de repente un culto al ídolo del día, cuyos modales, inteligencia y ambiente social la habían seducido, deslumbrado y fascinado. Había reconocido en madame d’Espard el poder en la sombra de la gran dama ambiciosa, y se dijo que llegaría lejos convirtiéndose en el satélite de aquel astro: la había admirado, por tanto, con toda franqueza. La marquesa había sido sensible a esta ingenua conquista, se había interesado por su prima, al parecerle débil y pobre; luego se las había ingeniado para tener una discípula a fin de crear escuela, y no pedía sino tener en madame de

Bargeton a una especie de dama de compañía, una esclava que haría su elogio, tesoro más raro aún entre las gentes de París que un crítico fiel en el mundillo literario. Sin embargo, la curiosidad del público resultaba demasiado visible para que la recién llegada no se diera cuenta de ella, y madame d'Espard quiso cortésmente engañarla respecto a aquel revuelo.

—Si vienen visitas —le dijo—, quizá sepamos cuál es la causa a la que debemos el honor de ocupar el tiempo de esas señoras…

—Tengo fuertes sospechas de que es mi viejo vestido de terciopelo y mi cara angulemina lo que divierte a las parisienses —repuso entre risas madame de Bargeton.

—No, no es usted; hay algo que no me explico —añadió ella observando al poeta, a quien miró por primera vez, pareciéndole ataviado de modo singular.

—Ahí está monsieur du Châtelet —dijo en ese momento Lucien señalando con el dedo el palco de madame de Sérizy, donde el viejo lechuguino renacido acababa de hacer su entrada.

A aquella seña, madame de Bargeton se mordió los labios de despecho, pues la marquesa no pudo evitar una mirada y una sonrisa de asombro que decía con tanto desprecio: «¿De dónde ha salido este joven?», que Louise se sintió humillada en su amor, la sensación más punzante que puede haber para una francesa y que no perdona a su amante el haberla provocado. En aquel mundo en el que las pequeñas cosas se vuelven grandes, un gesto, una palabra pueden ser la perdición de un principiante. El principal mérito de las buenas formas y del buen tono en la alta sociedad es presentar un conjunto armonioso en el que todo esté tan bien fundido que nada desentone. Los mismos que, sea por ignorancia, sea por una distracción de cualquier tipo, no observan las leyes de esta ciencia, constatarán que en esta materia una sola disonancia es, como en la música, la negación misma del Arte, en el que todo ha de ser perfectamente ejecutado en sus menores detalles, so pena de no ser tal.

— ¿Quién es ese señor? —preguntó la marquesa señalando a Châtelet —. ¿Conoce ya a madame de Sérizy?

— ¡Ah! ¡Esa persona es la famosa madame de Sérizy que tantas aventuras ha tenido y que a pesar de ello es recibida en todas partes!

—Algo inaudito, querida —respondió la marquesa—; ¡una cosa explicable, pero inexplicada! Los hombres más temibles son amigos suyos, y ¿por qué? Nadie se atreve a sondear ese misterio. ¿Ese señor es, pues, el lion de Angulema?

—Pero si el señor barón Du Châtelet —dijo Anaïs, que por vanidad volvió a dar en París el título que discutía a su adorador— es un hombre que ha dado mucho que hablar. Es el compañero de monsieur de Montriveau.

— ¡Ah! —exclamó la marquesa—, nunca oigo este nombre sin pensar en la pobre duquesa de Langeais, que desapareció como una estrella fugaz. Ahí están —prosiguió, señalando un palco— monsieur de Rastignac y madame de Nucingen, la mujer de un abastecedor, banquero, hombre de negocios y chamarilero al por mayor, un hombre que se impone en el gran mundo de París por su fortuna y del que se dice que es poco escrupuloso en cuanto a los medios que emplea para acrecentarla; se toma mucho trabajo y hace muchos esfuerzos por hacer creer en su fidelidad a los Borbones, y ya ha intentado venir a mi casa. ¡Al ocupar el palco de madame de Langeais, su esposa habrá pensado que así poseerá sus atractivos, su inteligencia y su éxito! ¡La eterna fábula del grajo que se engalana con las plumas del pavo real!

— ¿Cómo se las arreglan monsieur y madame de Rastignac, que no tienen ni mil escudos de renta, para sostener a su hijo en París? —preguntó Lucien a madame de Bargeton, sorprendido ante la elegancia y el lujo de la indumentaria del joven.

—Cómo se ve que viene usted de Angulema —respondió la marquesa un tanto irónicamente sin dejar sus impertinentes.

Lucien no comprendió, absorto como estaba contemplando el aspecto de los palcos en los que adivinaba los comentarios que se hacían sobre madame de Bargeton y la curiosidad de que él mismo era objeto. Por su parte, Louise se sentía muy mortificada por el poco aprecio que la marquesa hacía de la belleza de Lucien. «¡No es entonces tan guapo como yo creía!», se decía. De ahí a encontrarle menos inteligente no había más que un paso. Había caído el telón. Châtelet, que había ido a hacer una visita a la duquesa de Carigliano, cuyo palco se hallaba contiguo al de madame d’Espard, saludó desde allí a madame de Bargeton, que respondió con una inclinación de cabeza. A una mujer de mundo no se le pasa nada por alto, y la marquesa observó al punto la magnífica indumentaria de Du Châtelet. En aquel momento entraron sucesivamente cuatro personas en el palco de la marquesa, cuatro celebridades parisienses.

La primera era monsieur de Marsay, hombre famoso por las pasiones que inspiraba, notable sobre todo por una belleza de doncella, belleza blanda, afeminada, pero corregida por un mirar fijo, impasible, fiero y firme como el de un tigre: se le amaba y aterraba. Lucien era igual de apuesto, pero su mirar era tan dulce y sus ojos azules de mirada tan límpida, que no parecía susceptible de poseer esa fuerza y ese poder por los que tanto apego sienten las mujeres. Nada, por otra parte, hacía destacar aún la valía del poeta, mientras que De Marsay poseía una viveza de espíritu, una seguridad de gustar y un modo de vestir apropiado a su naturaleza que aplastaba a todos los rivales que le rodeaban. Juzgad lo que podía hacer Lucien a su lado, envarado, peripuesto, tieso y nuevo como sus ropas. De Marsay se había ganado el derecho a decir impertinencias por el ingenio que ponía en ellas y por la gracia de las formas con que las acompañaba. La acogida de la marquesa le indicó inmediatamente a madame de Bargeton el poder de aquel personaje. El segundo era uno de los dos Vandenesse, el que había armado el escándalo de lady Dudley, un joven dulce, inteligente y modesto que triunfaba por unas cualidades completamente opuestas a aquellas de las que se vanagloriaba De Marsay y que la prima de la marquesa, madame de Mortsauf, le había recomendado muy efusivamente. El tercero era el general Montriveau, que había sido la causa de la perdición de la duquesa de Langeais. El cuarto era monsieur de Canalis, uno de los poetas más ilustres de aquella época, un joven aún en los albores de su gloria y que, más orgulloso de ser gentilhombre que de su talento, presumía de cortejo de madame d’Espard para disimular su pasión por la duquesa de Chaulieu. Se adivinaba, a pesar de su desenvoltura teñida de afectación, la inmensa ambición que más tarde había de lanzarle a las tormentas de la vida política. Su belleza, casi remilgada, sus maneras acariciadoras, disimulaban mal un profundo egoísmo y los perpetuos cálculos de una vida por entonces problemática; pero la elección que había hecho de madame de Chaulieu, mujer de cuarenta años cumplidos, le valían por aquel entonces los favores de la corte, los aplausos del faubourg Saint-Germain y los denuestos de los liberales, que le llamaban poeta de sacristía.

Al ver a aquellos cuatro hombres tan notables, madame de Bargeton se explicó la escasa atención que la marquesa prestaba a Lucien. Luego, cuando se inició la conversación, cuando cada una de estas inteligencias tan finas y delicadas se mostró con rasgos de ingenio que poseían más sentido, más profundidad que lo que Anaïs podía oír en todo un mes en provincias, cuando sobre todo el gran poeta hizo oír su verbo vibrante que reunía lo más auténtico de aquella época, pero revestido con el baño de oro de la poesía, Louise comprendió lo que Du Châtelet le había advertido la víspera: Lucien dejó de existir. Todos miraban al pobre desconocido con tan cruel indiferencia, que estaba allí como un extranjero que no hablase el idioma, que la marquesa sintió compasión por él.

—Permítame, señor —dijo a Canalis—, presentarle a monsieur de Rubempré. Ocupa usted una posición demasiado alta en el mundo literario como para no acoger a un principiante. Monsieur de Rubempré llega de Angulema, y tendrá sin duda necesidad de su protección ante quienes dan a conocer aquí el genio. No tiene aún enemigos que puedan hacerle famoso atacándole. ¿No le parece muy original intentar hacerle obtener con la amistad lo que usted ha conseguido con el odio?

Los cuatro personajes miraron entonces a Lucien mientras la marquesa hablaba. Aunque se encontraba a dos pasos del recién llegado, De Marsay enristró sus impertinentes para verle; su mirada iba de Lucien a madame de Bargeton y de madame de Bargeton a Lucien, emparejándoles con un pensamiento burlón que los mortificó cruelmente a ambos; les examinaba como a dos bichos raros y sonreía. Esta sonrisa fue una especie de puñalada para el gran hombre de provincias. Félix de Vandenesse adoptó un aire caritativo. Montriveau lanzó sobre Lucien una mirada para sondearle hasta el fondo del alma.

—Señora —dijo monsieur de Canalis haciendo una inclinación—, la obedeceré, a pesar del interés personal que nos lleva a no favorecer a nuestros rivales; pero nos ha acostumbrado usted a los milagros.

— ¡Pues bien!, deme el gusto de venir a cenar el lunes a mi casa con monsieur de Rubempré, allí hablarán más cómodamente que aquí de los asuntos literarios; yo trataré de reunir a algunos de los tiranos de la literatura y a las celebridades que la protegen, a la autora de Ourika y a algunos jóvenes poetas de buenos principios.

—Señora marquesa —dijo De Marsay—, si apadrina usted a este caballero por su inteligencia, yo le protegeré por su belleza; le daré consejos que harán de él el dandy más dichoso de París. Después, si quiere, será poeta.

Madame de Bargeton dio las gracias a su prima con una mirada llena de gratitud.

—No le sabía celoso de las personas de talento —dijo Montriveau a De Marsay—. La felicidad mata a los poetas.

— ¿Es por eso por lo que el señor trata de casarse? —replicó el dandy dirigiéndose a Canalis, a fin de ver si madame d’Espard se sentiría afectada por estas palabras.

Canalis se encogió de hombros y madame d’Espard, amiga de madame de Chaulieu, se echó a reír.

Lucien, que se sentía con sus ropas como una momia egipcia con sus vendas, estaba avergonzado por no decir nada. Finalmente, manifestó con su tierna voz a la marquesa:

—Sus bondades, señora, me condenan a no lograr sino éxitos.

En aquel momento entró Du Châtelet, atrapando la ocasión al vuelo de hacerse apoyar ante la marquesa por Montriveau, uno de los reyes de París. Saludó a madame de Bargeton y rogó a madame d’Espard que le perdonara la libertad de invadir su palco: ¡hacía tanto tiempo que se había separado de su compañero de viaje! Montriveau y él se volvían a ver por primera vez, después de haberse separado en medio del desierto.

— ¡Separarse en el desierto y volverse a encontrar en la Ópera! —dijo Lucien.

—Es una verdadera agnición de teatro —dijo Canalis.

Montriveau presentó al barón Du Châtelet a la marquesa y ésta dispensó al antiguo primer secretario de Su Alteza Imperial una acogida tanto más calurosa cuanto que le había visto ya ser bien recibido en tres palcos, porque madame de Sérizy no admitía más que a personas de nota y porque, finalmente, era el compañero de Montriveau. Este último título tenía tan gran valor que madame de Bargeton pudo ver en el tono, en las miradas y en los ademanes de los cuatro personajes que reconocían sin disputa a Du Châtelet como a uno de los suyos. La conducta sultanesca observada por Du Châtelet en provincias quedó de repente explicada para Naïs. Por fin, Du Châtelet vio a Lucien y le dirigió uno de esos pequeños saludos, secos y fríos, con los cuales un hombre desacredita a otro dando a entender a las personas de mundo el ínfimo lugar que ocupa en la escala social. Acompañó su saludo con un aire sardónico que parecía querer decir: «¿Por qué casualidad se encuentra aquí?». Du Châtelet fue bien comprendido, porque De Marsay se acercó al oído de Montriveau, de manera que el barón pudiera oírlo, para decirle: «Pregúntele quién es este extraño joven que tiene todo el aspecto de uno de esos maniquíes vestidos que se ven ante la puerta de un sastre».

Du Châtelet habló durante un momento al oído de su compañero, con aire de reanudar su amistad, y sin duda hizo trizas a su rival. Sorprendido por el arte de tener siempre salidas ingeniosas, por la finura con que aquellos hombres soltaban sus respuestas, Lucien estaba aturdido por lo que se ha dado en llamar la pulla, la agudeza y, sobre todo, por la facundia y la soltura de ademanes. El lujo que por la mañana le había asombrado en las cosas lo encontraba ahora en las ideas. Se preguntaba por qué misterio aquella gente encontraba de improviso reflexiones picantes y réplicas que a él no se le habrían ocurrido sino tras larga reflexión. Además, aquellos cinco hombres de mundo no sólo se sentían cómodos con la conversación, sino también con su indumentaria: no llevaban nada ni nuevo ni viejo. Nada brillaba en ella, y todo atraía la mirada. Su lujo de hoy era el de ayer y sería el de mañana. Lucien comprendió que tenía el aspecto de un hombre que se viste por primera vez en su vida.

—Amigo mío —decía De Marsay a Félix de Vandenesse—, ¡este pequeño Rastignac se lanza como una cometa! ¡Ahí lo tiene con la marquesa de Listomère, hace progresos, nos está observando con sus impertinentes! Sin duda debe de conocer al señor —prosiguió el dandy dirigiéndose a Lucien, pero sin mirarlo.

—Es difícil —respondió madame de Bargeton— que el nombre del gran hombre del que nos sentimos orgullosos no haya llegado hasta él; su hermana oyó últimamente a monsieur de Rubempré leernos unos versos hermosísimos.

Félix de Vandenesse y De Marsay saludaron a la marquesa y se dirigieron al palco de madame de Listomère, la hermana de Vandenesse. Dio comienzo el segundo acto y todos dejaron solos a madame d’Espard, a su prima y a Lucien. Unos fueron a explicar quién era madame de Bargeton a las mujeres intrigadas por su presencia, otros contaron la llegada del poeta y se burlaron de su indumentaria. Canalis volvió al palco de la duquesa de Chaulieu y no regresó. Lucien se sintió feliz con la diversión que ofrecía el espectáculo. Todos los temores de madame de Bargeton relativos a Lucien no hicieron sino aumentar por la atención que su prima había concedido al barón Du Châtelet, y que tenía un carácter muy distinto de su protectora cortesía para con Lucien. Durante el segundo acto, el palco de madame de Listomère permaneció repleto de gente y pareció agitado por una conversación que tenía por tema a madame de Bargeton y a Lucien. El joven Rastignac era, evidentemente, el animador de aquel palco, daba pie a ese bromear parisiense que, teniendo cada día una nueva comidilla, se apresura a agotar el tema actual volviéndolo viejo y manido en cosa de un instante. Madame d’Espard, inquieta, sabía que una maledicencia no permanece ignorada por mucho tiempo por aquéllos a quienes hiere, y esperó el final del acto. Cuando los sentimientos se vuelven contra sí mismos, como en el caso de Lucien y de madame de Bargeton, suceden cosas extrañas en poco tiempo: las revoluciones morales se producen en virtud de leyes de un efecto rápido. Louise tenía presentes en la memoria las palabras prudentes y políticas que Du Châtelet le había dicho sobre Lucien a la vuelta del Vaudeville. Cada frase era una profecía, y parecía que Lucien se empeñara en hacerlas realidad todas. Al perder sus ilusiones sobre madame de Bargeton, lo mismo que madame de Bargeton perdía las suyas sobre él, el pobre muchacho, cuyo destino se parecía un poco al de J.-J. Rousseau, le imitó hasta el punto de que quedó fascinado por madame d’Espard; y enseguida se enamoriscó de ella. Los jóvenes o los hombres que recuerden sus emociones de juventud comprenderán que esta pasión era totalmente previsible y natural. Las maneras llenas de gracia, ese hablar delicado, ese tono de voz fino, esa mujer grácil, tan noble, tan encopetada, tan envidiada, esa reina le parecía al poeta tal como madame de Bargeton le había parecido en Angulema. Su volubilidad de carácter le llevó enseguida a desear esta alta protección; el medio más seguro era poseer a la mujer, ¡entonces lo tendría todo! En Angulema había tenido éxito, ¿por qué no podía tenerlo en París? Involuntariamente, y pese a la magia de la Ópera totalmente nueva para él, su mirada, atraída por esta magnífica Célimène, se volvía en todo momento hacia ella; ¡y cuanto más la miraba, más deseos sentía de seguir haciéndolo! Madame de Bargeton sorprendió una de aquellas miradas chispeantes de Lucien; le observó y le vio más pendiente de la marquesa que del espectáculo. De buen grado se habría resignado a ser sustituida por las cincuenta hijas de Dánao, pero cuando una mirada más ambiciosa, más ardiente, más significativa que las otras le hizo comprender lo que ocurría en el corazón de Lucien, sintió celos, pero menos del futuro que del pasado. «Nunca me ha mirado así —pensó—. ¡Dios mío, Châtelet estaba en lo cierto!» Reconoció entonces lo equivocado de su amor. Cuando una mujer llega a arrepentirse de sus debilidades, pasa sobre su vida una especie de esponja a fin de borrarlo todo. Pese a que cada mirada de Lucien la enojaba, guardó la calma. De Marsay volvió en el entreacto trayendo consigo a monsieur de Listomère. El hombre serio y el joven presumido no tardaron en hacer saber a la altiva marquesa que el invitado de boda endomingado que habían cometido el error de admitir en su palco tenía tanto derecho a llamarse monsieur de Rubempré como un judío a tener un nombre de pila. Lucien era el hijo de un boticario llamado Chardon. Monsieur de Rastignac, muy al tanto de todo cuanto pasaba en Angulema, había hecho reír ya a dos palcos a costa de esa especie de momia que la marquesa llamaba su prima y de la precaución que esta dama tenía de ir siempre acompañada de un farmacéutico para poder así, sin duda, prolongar su vida artificial a base de drogas. En suma, De Marsay contó algunas de las mil chanzas a las que se entregan en un minuto los parisienses y que una vez dichas se olvidan, pero detrás de las cuales estaba Châtelet, el artífice de esta traición cartaginesa.

—Querida —dijo detrás de su abanico madame d’Espard a madame de Bargeton—, por favor, dígame si su protegido se llama realmente monsieur de Rubempré.

—Ha tomado el apellido de su madre —contestó Anaïs con embarazo.

—Pero ¿cuál es el apellido de su padre?

—Chardon.

— ¿Y qué es lo que hacía el tal Chardon?

—Era boticario.

—Ya me parecía a mí, querida, que todo París no podía burlarse de una mujer que adopto. No me gusta ver venir por aquí a bromistas encantados de encontrarme con el hijo de un boticario; si le parece bien, nos iremos juntas y enseguida.

Madame d’Espard adoptó un aire bastante impertinente, sin que Lucien pudiera adivinar a qué obedecía este cambio de expresión. Pensó que su chaleco era de mal gusto, cosa que era cierta; que el estilo de su traje era de una moda exagerada, cosa que no era menos cierta. Reconoció con secreta amargura que había que hacerse vestir por un buen sastre y se prometió ir al día siguiente a casa del más célebre a fin de poder, el lunes siguiente, rivalizar con los hombres que encontraría en casa de la marquesa. Aunque perdido en sus reflexiones, sus ojos, atentos al tercer acto, no se apartaban de la escena. Mientras seguía la pompa de aquel espectáculo único, se abandonaba a su sueño sobre madame d’Espard. Se sintió desesperado ante aquella súbita frialdad que contrastaba extrañamente con el entusiasmo intelectual con que abordaba este nuevo amor, sin tener en cuenta las inmensas dificultades que vislumbraba y que se prometía vencer. Salió de su profunda meditación para mirar otra vez a su nuevo ídolo, pero al volver la cabeza vio que estaba solo; había oído un ligero ruido, la puerta se cerraba y madame d’Espard se llevaba a su prima. Lucien se quedó enormemente sorprendido ante aquel súbito abandono, pero no pensó en ello mucho rato, precisamente por encontrarlo inexplicable.

Cuando las dos mujeres hubieron subido a su coche y éste rodaba por la rue de Richelieu hacia el faubourg Saint-Honoré, la marquesa dijo con un tono de disimulada cólera:

— ¿En qué piensas, mi querida niña? Espere a que el hijo de un boticario sea realmente célebre antes de interesarse por él. La duquesa de Chaulieu no demuestra aún interés por Canalis, y eso que es célebre y gentilhombre. Este muchacho no es ni su hijo ni su amante, ¿verdad? —dijo esta mujer altiva lanzando a su prima una mirada inquisitiva e inequívoca.

«¡Por suerte he mantenido las distancias con ese bribonzuelo y no le he concedido nada!», pensó madame de Bargeton.

— ¡Pues bien! —prosiguió la marquesa, que tomó la expresión de los ojos de su prima por una respuesta—, déjele ahora mismo, se lo suplico. ¡Mira que arrogarse un nombre ilustre…! ¡Pero si es una audacia que la sociedad castiga! Admito que sea el de su madre, pero piense, querida, que el derecho de conferir, mediante una real orden, el nombre de Rubempré al hijo de una señorita de esa casa sólo corresponde al rey; si ella contrajo un matrimonio desigual, el favor sería enorme, y para obtenerlo se requiere una gran fortuna, servicios prestados y muy altas protecciones. Ese atuendo de tendero endomingado demuestra que ese muchacho no es ni rico ni noble; tiene un bonito rostro, pero me parece muy tonto y no sabe ni estar ni hablar; en fin, no está educado. ¿Por qué razón le protege?

Madame de Bargeton, que renegó de Lucien, como Lucien había renegado de ella para sus adentros, tuvo un miedo terrible a que su prima supiera la verdad de su viaje.

—Mi querida prima, estoy desesperada por haberla comprometido.

—A mí no se me compromete —dijo sonriendo madame d’Espard—. Sólo pienso en usted.

—Pero usted le ha invitado a ir el lunes a cenar a su casa.

—Me pondré enferma —respondió con viveza la marquesa—; usted se lo hará saber, y yo no le permitiré la entrada en mi casa bajo ninguno de sus dos nombres.

A Lucien se le ocurrió ir a pasear por el foyer durante el entreacto al ver que todo el mundo iba para allí. En primer lugar, ninguna de las personas que habían estado en el palco de madame d’Espard le saludó ni pareció reparar en su presencia, cosa que se le antojó muy extraña al poeta de provincias. Luego, Du Châtelet, a quien trató de acercarse, le vigilaba con el rabillo del ojo y le estuvo evitando constantemente. Después de haberse convencido, al ver a los hombres que vagaban por el foyer, de que su traje era bastante ridículo, Lucien volvió a refugiarse en el rincón de su palco y permaneció durante el resto de la función absorto alternativamente en el pomposo espectáculo del ballet del quinto acto, tan célebre por su «Infierno», en el aspecto de la sala en la que su mirada paseó de palco en palco, y en sus propias reflexiones, que fueron profundas en presencia de la sociedad parisiense. «¡Así que éste es mi reino! —se dijo—. ¡He aquí el mundo que he de dominar!» Volvió a pie a su hotel, pensando en todas las cosas dichas por los personajes que habían acudido a hacerle la corte a madame d’Espard; sus maneras, sus ademanes, su forma de entrar y salir, todo acudió a su mente con asombrosa fidelidad. Al día siguiente, hacia el mediodía, su primera preocupación fue dirigirse a Staub, el sastre más célebre de aquella época. A fuerza de rogar, y sobre todo gracias al pago al contado, logró que su ropa fuese entregada el famoso lunes. Staub llegó incluso a prometerle una preciosa levita, un chaleco y unos pantalones para el día decisivo. Lucien encargó camisas, pañuelos, en fin, todo un pequeño ajuar, en una tienda de lencería, y se hizo tomar la medida de zapatos y botas en un célebre zapatero. Compró un bonito bastón en Verdier y guantes y gemelos en la tienda de madame Irlande; en pocas palabras, trató de ponerse a la altura de los dandies. Una vez que hubo satisfecho sus fantasías, se fue a la rue Neuve-du-Luxembourg, donde se encontró con que Louise había salido.

—Come en casa de madame d’Espard, y volverá tarde —le dijo Albertine.

Lucien se fue a comer a un restaurante de cuarenta sueldos del Palais-Royal, y se acostó temprano. El domingo, a las once, estaba ya en casa de Louise; ella no se había levantado aún. Volvió a las dos.

—La señora no recibe todavía —le dijo Albertine—, pero me ha dado unas líneas para usted.

—No recibe todavía —repitió Lucien—, pero yo no soy un cualquiera…

—No lo sé —dijo Albertine con un tono muy impertinente.

Lucien, menos sorprendido por la respuesta de Albertine que por recibir una carta de madame de Bargeton, tomó el billete y leyó en la calle estas líneas desesperantes:

Madame d’Espard está indispuesta y no podrá recibirle el lunes; yo misma no me encuentro tampoco muy bien, y, sin embargo, voy a vestirme para ir a hacerle compañía. Estoy desesperada por esta pequeña contrariedad; pero tengo confianza en su talento y sé que se abrirá camino sin dar que hablar.

«¡Y encima sin firma!», se dijo Lucien, que, sin creer haber andado tanto, se encontró en las Tullerías. Ese sexto sentido que poseen las personas de talento le hizo sospechar la catástrofe anunciada en aquel frío billete. Absorto en sus pensamientos, seguía adelante, mirando los monumentos de la place Louis XV. Hacía un bonito día. Elegantes carruajes pasaban sin cesar ante sus ojos en dirección a la gran avenida de los Campos Elíseos. Siguió a la multitud de paseantes y vio entonces los tres o cuatro mil coches que, en un día de buen tiempo, afluyen a este lugar el domingo, e improvisan allí un Longchamp. Distraído por el lujo de los caballos, de los atuendos y de las libreas, anduvo sin parar hasta llegar ante el Arco de Triunfo, ya comenzado. Pero ¿cuál no sería su sorpresa cuando, de vuelta, vio llegar hacia él a madame d’Espard y a madame de Bargeton en una calesa magníficamente atalajada y tras la cual ondeaban las plumas del lacayo, cuyo traje verde bordado de oro hizo que las reconociera? La fila se detuvo a causa de un atasco. Lucien pudo ver a Louise en su transformación; no era reconocible: los colores de su toilette habían sido elegidos a propósito para que resaltaran su cutis; su vestido era una delicia; sus cabellos peinados con esmero la favorecían y su sombrero de un gusto exquisito era notable al lado del de madame d’Espard, quien imponía la moda. Hay una forma indefinida de llevar un sombrero: echaos el sombrero ligeramente hacia atrás y tendréis un aire chulesco; demasiado hacia delante, y tendréis un aire taimado; ladeado, y vuestro aire será insolente; las mujeres comme il faut se ponen los sombreros como quieren y tienen siempre un aire distinguido. Madame de Bargeton había resuelto en el acto este extraño problema. Un bonito cinturón realzaba su esbelto talle. Había adoptado los ademanes y modales de su prima; sentada como ella, jugaba con un elegante pomo de perfume sujeto a uno de sus dedos mediante una cadenita, y mostraba así su mano fina y bien enguantada sin dar la impresión de querer enseñarla. En fin, se había mimetizado con madame d’Espard sin remedarla; era la digna prima de la marquesa, quien parecía sentirse orgullosa de su discípula. Las mujeres y los hombres que se paseaban por la calzada observaban el brillante carruaje con las armas de los Espard y los Blamont-Chauvry, cuyos blasones llevaba adheridos. Lucien se extrañó ante el gran número de personas que saludaban a las dos primas; ignoraba que todo aquel París, que se reduce a veinte salones, conocía ya el parentesco de madame de Bargeton con madame d’Espard. Jóvenes a caballo, entre quienes Lucien reconoció a De Marsay y a Rastignac, se unieron a la calesa para conducir a las dos primas al Bois de Boulogne. Le fue fácil comprender a Lucien, por el gesto de los dos fatuos, que cumplimentaban a madame de Bargeton por su metamorfosis. Madame d’Espard resplandecía de gracia y salud: su indisposición era, por tanto, un simple pretexto para no recibir a Lucien, puesto que no había pospuesto la cena para otro día. El poeta, furioso, se acercó lentamente a la calesa y, cuando estuvo a la vista de las dos mujeres, las saludó: madame de Bargeton hizo como que no le veía, la marquesa le miró a través de sus impertinentes y no respondió a su saludo. La reprobación de la aristocracia parisiense no era como la de los soberanos de Angulema: tratando de herir a Lucien, los hidalgüelos admitían su poder y le tenían por un hombre, mientras que para madame d’Espard ni siquiera existía. No era una sentencia, sino la negación de la justicia. Un frío mortal se apoderó del pobre poeta cuando De Marsay le observó con sus impertinentes; el lion parisiense dejó caer los anteojos de forma tan singular que a Lucien le pareció que era la cuchilla de la guillotina la que caía. La calesa pasó. La rabia, el deseo de venganza se apoderaron de aquel hombre desdeñado: de haber tenido a su alcance a madame de Bargeton, la habría degollado; se imaginó ser un Fouquier-Tinville para darse el gusto de mandar a madame d’Espard al cadalso y le habría gustado poder aplicar a De Marsay uno de esos refinados suplicios inventados por los salvajes. Vio pasar a Canalis a caballo, elegante como debía serlo el más mimado de los poetas, saludando a las mujeres más bellas.

«¡Dios mío!, ¡oro al precio que sea! —se decía Lucien—. El oro es el único poder ante el cual esta gente se arrodilla.» «¡No! —le gritó su conciencia—, sino la gloria, y la gloria es cuestión de trabajo.» «¡El trabajo!, es la palabra de David. ¡Dios mío!, ¿qué hago aquí? ¡Pero triunfaré! ¡Pasaré por esta avenida en calesa con un lacayo, y tendré marquesas de Espard!»

Mientras pronunciaba estas palabras llenas de rabia Lucien estaba comiendo en Hurbain por cuarenta sueldos. A la mañana siguiente, a las nueve, fue a casa de Louise, con la intención de reprocharle su grosera conducta: no solamente madame de Bargeton no estaba para él, sino que el portero ni siquiera le dejó subir, y se quedó en la calle, al acecho, hasta mediodía. A esa hora, salió Du Châtelet de casa de madame de Bargeton, vio al poeta con el rabillo del ojo y lo evitó. Lucien, herido en lo más vivo, persiguió a su rival; Du Châtelet, sintiéndose acorralado, se volvió y lo saludó, con la evidente intención de seguir adelante tras esta cortesía.

—Por favor, señor —dijo Lucien—, concédame un segundo, tengo que decirle dos palabras. Me demostró usted amistad, que ahora invoco para pedirle el más pequeño de los favores. Sale usted de casa de madame de Bargeton, explíqueme la causa de mi caída en desgracia ante ella y madame d’Espard.

—Monsieur Chardon —respondió Du Châtelet con una falsa campechanía—, ¿sabe por qué razón esas señoras le abandonaron en la Ópera?

—No —dijo el pobre poeta.

—Pues bien, ha sido desacreditado desde un principio por monsieur de Rastignac. El joven dandy, al ser preguntado sobre usted, dijo simplemente que se llamaba monsieur Chardon y no monsieur de Rubempré; que su madre asistía a las parturientas y que su padre fue durante su vida boticario del Houmeau, un barrio de Angulema; que su hermana era una encantadora muchacha que planchaba admirablemente las camisas y que iba a casarse con un impresor de Angulema llamado Séchard. Así es el gran mundo. ¿Quiere usted distinguirse? Pues se le discute. Monsieur de Marsay fue a reírse de usted con madame d’Espard, e inmediatamente esas dos damas huyeron al creer que se comprometían quedándose en su compañía. No quiera ir a casa de una o de otra. Madame de Bargeton no sería recibida por su prima de enterarse que esta sigue viéndole. Tiene usted talento, así que trate de tomarse la revancha. Si el mundo le desdeña, desdeñe usted al mundo. Refúgiese en una buhardilla, escriba obras maestras, consiga el poder que sea y verá el mundo a sus pies; entonces podrá devolverle las heridas que se le han infligido allí mismo donde las sufrió. Cuanta más amistad le haya demostrado madame de Bargeton, más se distanciará de usted. Así son los sentimientos femeninos. Pero no es éste el momento de reconquistar la amistad de Anaïs, se trata de no tenerla como enemiga, y yo le indicaré la manera de hacerlo. Ella le ha escrito, devuélvale todas sus cartas y se mostrará sensible a este rasgo de nobleza; más adelante, si tiene necesidad de ella, no le será hostil. En cuanto a mí, tengo tan alta opinión de su porvenir que le he defendido en todas partes, y si, a partir de ahora, puedo hacer algo aquí por usted, cuente siempre con mi buena disposición.

Lucien estaba tan triste, pálido y deshecho que no devolvió al viejo lechuguino, rejuvenecido por la atmósfera parisiense, el saludo secamente cortés que recibió de él. Regresó a su hotel, donde encontró a Staub en persona, que había venido menos para probarle los trajes, que se los probó, que para conocer por la dueña del Gaillard-Bois la solvencia económica de su desconocido cliente. Lucien había llegado en la posta, madame de Bargeton le había llevado en coche al Vaudeville el jueves anterior. Estos informes eran buenos. Staub llamó a Lucien señor conde y le hizo ver con qué talento había hecho resaltar sus seductoras formas.

—Un joven vestido así —le dijo— puede ir a pasearse por las Tullerías y se casará con una inglesa antes de quince días.

Esta broma de sastre alemán, junto con el corte perfecto de sus trajes, la finura de la tela, la gracia que se encontraba a sí mismo al mirarse en el espejo, todas estas pequeñeces hicieron sentirse menos triste a Lucien. Se limitó a decirse que París era la capital del azar, y por un momento creyó en el azar. ¿Acaso no tenía un libro de poesías y una magnífica novela, El arquero de Carlos IX, en manuscrito? Confió en el porvenir. Staub prometió la levita y el resto de sus ropas para el día siguiente por la mañana. Al día siguiente, el zapatero a la medida, la costurera y el sastre volvieron armados con sus facturas. Lucien, no sabiendo cómo despedirlos, bajo el encanto aún de las costumbres de provincias, les pagó; pero tras haberlo hecho no le quedaron más que trescientos sesenta francos de los dos mil que se había traído a París: ¡y no hacía más que una semana que había llegado! No obstante, se vistió y se fue a dar una vuelta por la Terrasse des Feuillants. Allí se tomó un pequeño desquite. Iba tan bien vestido, rebosaba de tanta gracia y apostura, que varias mujeres le dirigieron sus miradas, y dos o tres de ellas se sintieron lo bastante prendadas de su belleza como para volver la cabeza. Lucien estudió los andares y ademanes de los jóvenes y tomó lecciones de buenos modales, sin dejar de pensar en ningún momento en sus trescientos sesenta francos. Por la tarde, sólo en su habitación, se le ocurrió calcular cuánto le costaba vivir en el hotel del Gaillard-Bois, donde comía los platos más sencillos, creyendo así economizar. Pidió la cuenta como quien desea trasladarse, y se encontró con que debía un centenar de francos. Al día siguiente se fue directo al Barrio Latino, que David le había recomendado por lo barato. Tras mucho buscar, acabó encontrando en la rue de Cluny, cerca de la Sorbona, un hostal miserable, con una habitación disponible a un precio conveniente. Pagó de inmediato a la dueña del Gaillard-Bois, y aquel mismo día se instaló en la rue de Cluny. La mudanza sólo le costó lo que cuesta una carrera de simón.

Después de haberse aposentado en su pobre habitación, reunió todas las cartas de madame de Bargeton, hizo un paquete con ellas, lo dejó encima de la mesa y, antes de ponerse a escribirle, hizo recuento de los acontecimientos de aquella semana fatídica. No reconoció que había sido él el primero en renegar atolondradamente de su amor sin saber en qué se convertiría su Louise en París; no vio sus errores, sólo su situación presente; acusó a madame de Bargeton: ésta, en vez de abrirle los ojos, le había hecho perderse. Se enojó, se dejó dominar por el orgullo y escribió la siguiente carta en el paroxismo de su ira:

¿Qué diría, señora, de una mujer que se hubiera encaprichado de un pobre niño tímido lleno de esos nobles ideales que el hombre llama ilusiones en la edad adulta, y que hubiera empleado las seducciones de la coquetería, los ardides de la mente y las más bellas apariencias del amor materno para corromperlo? No le escatima ni las más lisonjeras promesas, ni los castillos en el aire de los que él se maravilla; le guía, le protege, le riñe por su poca confianza, le halaga, según el caso; cuando el niño abandona a su familia y la sigue ciegamente, ella le conduce a orillas de un inmenso mar y le hace subir con una sonrisa en una frágil barquichuela, para lanzarlo solo, sin ayuda de nadie, en medio de las tormentas; luego, desde el peñasco en que ella se queda, se echa a reír y le desea buena suerte. Esa mujer es usted y ese niño soy yo. En poder de este niño queda un recuerdo que podría revelar los crímenes de su falsa benevolencia y los favores de su entrega. Podría tener motivos para sonrojarse al reencontrarse al niño luchando con las olas, si pensara que lo tuvo en su regazo. Cuando lea esta carta, tendrá el recuerdo en su poder. Libre es de olvidarlo todo. Tras las bellas esperanzas que me señalara su dedo en el cielo, veo las realidades de la miseria en el fango de París. Mientras usted irá, brillante y adorada, entre los esplendores de ese mundo, hasta cuyo umbral me ha traído, yo estaré temblando de frío en la miserable buhardilla a la que me ha arrojado. Pero tal vez la domine a usted un remordimiento en medio de las fiestas y diversiones, y piense acaso en el niño que ha arrojado al abismo. Pues bien, señora, ¡piense en ello sin remordimientos! Desde el fondo de su miseria, este muchacho le ofrece lo único que le queda, su perdón en una última mirada. Sí, señora; gracias a usted no me queda ya nada. ¡Nada! ¿Acaso el mundo no se hizo de la nada? El genio debe imitar a Dios: comienzo por tener su clemencia sin saber si llegaré a poseer su fuerza. Sólo tendrá que temblar si las cosas me van mal, pues sería cómplice de mis culpas. ¡Ay!, siento lástima de que ya no pueda desempeñar ningún papel en la gloria hacia la cual tenderé con el trabajo como guía.

Después de haber escrito esta carta, enfática, pero llena de esa sombría dignidad que el artista de veintiún años exagera a menudo, Lucien se remontó con el pensamiento al seno de su familia: volvió a ver el bonito piso que David había decorado para él sacrificando una parte de su fortuna, y tuvo una visión de las alegrías tranquilas, modestas y burguesas de las que había disfrutado; las sombras de la madre, de la hermana y de David vinieron a rodearle, oyó de nuevo los sollozos que su marcha les había arrancado, y lloró también él, pues se hallaba solo en París sin amigos ni protectores.

Unos días después, he aquí lo que Lucien le escribió a su hermana:

Mi querida Ève:

Las hermanas tienen el triste privilegio de conocer más penas que alegrías al compartir la vida de los hermanos consagrados al Arte, y empiezo a temer que voy a convertirme en una carga para ti. ¿No he abusado ya de todos vosotros, que os habéis sacrificado por mí? Este recuerdo de mi pasado, tan lleno de alegrías familiares, me ayuda a soportar la soledad de mi presente. ¡Con qué rapidez de águila que retorna a su nido he recorrido la distancia que nos separa para encontrarme en un ambiente de afectos verdaderos después de haber conocido las primeras miserias, y las primeras decepciones del mundo parisiense! ¿Han parpadeado vuestras luces? ¿Han rodado los tizones en vuestra chimenea? ¿Habéis oído zumbar vuestros oídos? ¿Ha dicho mi madre: «Lucien piensa en nosotros»? ¿Ha respondido David: «Se debate con los hombres y las cosas»? Ève querida, te escribo esta carta a ti sola. Porque sólo a ti me atrevería a confesar lo bueno y lo malo que pueda pasarme, ruborizándome de lo uno y de lo otro, ya que aquí el bien es tan raro como debería serlo el mal. Bastarán unas pocas palabras para que lo sepas todo: madame de Bargeton se ha avergonzado de mí, ha renegado de mí, me ha despedido, repudiado, al noveno día de mi llegada. Al verme ha vuelto la cabeza hacia el otro lado, y yo, por seguirla al gran mundo en el que ella quería darme a conocer, me he gastado mil setecientos sesenta francos de los dos mil que me traje de Angulema, reunidos a costa de tantos sudores. ¿En qué?, preguntarás tú. Pobre hermana mía, París es un abismo insondable: se puede cenar por dieciocho sueldos, y la comida más sencilla en un restaurante elegante cuesta cincuenta francos; hay chalecos y pantalones por cuatro francos y cuarenta sueldos, y los sastres de moda no los hacen por menos de cien francos. Se da un sueldo para que te pasen sobre los arroyos en que se convierten las calles cuando llueve. En fin, la menor carrera en coche cuesta treinta y dos sueldos. Después de haber vivido en un bonito barrio, actualmente estoy en el hostal de Cluny, en la calle del mismo nombre, una de las más lóbregas callejuelas de París, encajonada entre tres iglesias y los viejos edificios de la Sorbona. Ocupo una habitación en el cuarto piso de este hostal, y aunque sucia y desnuda, pago por ella quince francos al mes. Desayuno un panecillo de dos sueldos y un sueldo de leche, pero como muy bien por veintidós sueldos en el restaurante de un tal Flicoteaux, situado en la misma place de la Sorbonne. Hasta el invierno mis gastos no excederán de los sesenta francos mensuales, todo incluido, al menos así lo espero. De este modo mis doscientos cuarenta francos me bastarán para los cuatro primeros meses. Para entonces habré vendido sin duda El arquero de Carlos IX y Las margaritas. No os preocupéis, pues, por mí. Si bien el presente es frío, desnudo y mísero, el porvenir es radiante, rico y espléndido. La mayor parte de los grandes hombres han pasado por las mismas vicisitudes por las que paso yo sin darme por vencido. Plauto, un gran poeta cómico, fue mozo de molino. Maquiavelo escribía El príncipe por las noches, después de haber pasado el día con los braceros. Y por último, el gran Cervantes, que perdió un brazo en la batalla de Lepanto, contribuyendo a la victoria en aquella célebre jornada, y fue llamado «viejo e innoble manco» por los escritorzuelos de su tiempo, tardó, por no encontrar quien la editara, diez años en publicar la segunda parte de su sublime Don Quijote. Hoy día no ocurren ya estas cosas. Las penalidades y la miseria no pueden afectar más que a los talentos desconocidos; pero cuando salen a la luz, los escritores se hacen ricos, y yo lo seré. Vivo, además, para el pensamiento, me paso la mitad del día en la biblioteca de Sainte-Geneviève, donde adquiero la instrucción que me falta, y sin la cual no iría muy lejos. Hoy me siento, pues, casi dichoso. En unos pocos días me he conformado de buena gana a mi situación. Desde que amanece me dedico a un trabajo que me gusta; mi vida material está asegurada; medito mucho, estudio y no veo cómo podría ser herido después de haber renunciado al gran mundo en el que mi vanidad podía sufrir a cada instante. Los hombres ilustres de cada época se ven forzados a vivir aparte. ¿No son los pájaros del bosque? Cantan, dan encanto a la naturaleza, y nadie ha de verlos. Así haré también yo, si es que puedo hacer realidad los ambiciosos planes de mi espíritu. No echo de menos a madame de Bargeton. Una mujer que se comporta así no es digna de recuerdo. Tampoco lamento haber dejado Angulema. Esta mujer tenía razón al lanzarme al mundo de París y dejarme abandonado a mis propias fuerzas. Este es el lugar de los escritores, los pensadores y los poetas. Solamente aquí se cultiva la gloria, y ya conozco las buenas hornadas que hoy produce. Solamente aquí pueden encontrar los escritores, en los museos y en las colecciones privadas, las obras vivas de los genios de tiempos pasados que avivan y estimulan la imaginación. Solamente aquí se encuentran inmensas bibliotecas permanentemente abiertas que ofrecen al espíritu información y alimento. En suma, en París, en el aire y en los menores detalles, hay el mismo espíritu que se respira y que impregna las creaciones literarias. Se aprenden más cosas conversando en un café, o en el teatro, durante media hora, que en diez años en provincias. Aquí, en verdad, todo es espectáculo, comparación e instrucción. O todo es muy barato o todo muy caro, esto es París, donde toda abeja encuentra su celdilla, donde toda alma asimila lo que le es propio. Así pues, si bien padezco en estos momentos, no me arrepiento de nada. Al contrario, un atractivo porvenir se despliega ante mí y alegra mi corazón por el momento dolorido. Adiós, mi hermana querida, no esperes recibir cartas mías con regularidad: una de las particularidades de París es no saber realmente cómo pasa el tiempo. La vida es aquí de un ritmo tan trepidante que asusta. Un abrazo a mi madre y a David, y para ti otro más cariñoso que nunca.

Flicoteaux es un nombre grabado en muchas memorias. Habrá pocos estudiantes alojados en el Barrio Latino durante los doce primeros años de la Restauración que no hayan frecuentado este templo del hambre y de la miseria. La comida, compuesta de tres platos, costaba dieciocho sueldos, con una jarra de vino o una botella de cerveza, o veintidós sueldos con una botella de vino. Lo que ha impedido, sin duda, a este amigo de la juventud hacer una colosal fortuna es una de las especificaciones de su menú, impreso en grandes caracteres en los carteles de sus competidores, que decía así: «PANA DISCRECIÓN», es decir, hasta la indiscreción. Muchas celebridades han tenido a Flicoteaux como padre nutricio. Sin duda el corazón de más de un hombre célebre debe de sentir el placer de mil indecibles recuerdos ante el aspecto de la fachada de azulejos que daba a la place de la Sorbonne y a la rue Neuve-de-Richelieu, que Flicoteaux II o III habían respetado, antes de las Jornadas de Julio, dejándole ese colorido parduzco, ese aire antiguo y respetable que anunciaba un profundo desdén por todo oropel exterior, especie de anuncio hecho para la vista a costa del estómago por parte de casi todos los restauradores de hoy día. En lugar de esos montones de caza disecada destinados a ser guisados, en lugar de esos fantásticos pescados que justifican el dicho de aquel saltimbanqui: «He visto una bonita carpa, pienso comprarla dentro de ocho días»; en lugar de esas primicias, que sería más propio llamar «postmicias», expuestas en escaparates falaces para el placer de cabos y paisanos, el honrado Flicoteaux exponía unas ensaladeras muy estañadas, en las que montones de ciruelas cocidas alegraban la vista del consumidor, seguro de que esta palabra, «postre», de la que mucho se abusa en otros anuncios, no era como la Carta. Los panes de seis libras, cortados en cuatro, tranquilizaban acerca de la promesa de pan a discreción. Tal era el lujo de un establecimiento que Molière habría celebrado en su tiempo, hasta tal punto resulta chistoso el juego de palabras del nombre. Flicoteaux subsiste, vivirá tanto como los estudiantes quieran vivir. Allí se come, ni más ni menos; pero se come allí igual que se trabaja, con una actividad sombría o alegre, según el carácter o las circunstancias de cada cual. Este célebre establecimiento constaba en aquel entonces de dos salas formando escuadra, largas, angostas y bajas, una que recibía luz de la place de la Sorbonne y la otra de la rue Neuve-de-Richelieu, ambas equipadas con mesas procedentes sin duda de algún refectorio abacial, pues su longitud tiene algo de monástico y los cubiertos se preparan junto con las servilletas de los clientes fijos puestas en unos servilleteros de muaré metálico numerados. Flicoteaux I no cambiaba los manteles más que los domingos; pero Flicoteaux II los ha cambiado, dicen, dos veces por semana desde que la competencia ha amenazado su dinastía. Este restaurante es un taller con sus útiles de trabajo, y no un salón para festines con su elegancia y sus placeres: todos se levantan de la mesa prontamente. En su interior se trabaja rápido. Los mozos van y vienen sin perder el tiempo, están todos ocupados y todos son necesarios. Los platos son poco variados. La patata es allí sempiterna, si no hubiera una sola patata en toda Irlanda, ni en ninguna otra parte, podría encontrarse en Flicoteaux. Se produce allí desde hace treinta años, con ese color amarillento tan del gusto de Tiziano, acompañada de verdura trinchada, y goza de un privilegio envidiado por las mujeres: tal como la visteis en 1814 la veréis en 1840. Las chuletas de cordero y el filete de buey son en la carta de este establecimiento lo que el gallo silvestre y los filetes de esturión en Véry, platos extraordinarios que exigen ser encargados por la mañana. La hembra del buey domina aquí, y su hijo abunda bajo los aspectos más ingeniosos. Cuando la pescadilla, las caballas tropiezan con las costas del océano, dan un brinco hasta Flicoteaux. Allí todo está en relación con las vicisitudes de la agricultura y los caprichos de las estaciones francesas. Allí se aprenden cosas sobre la naturaleza que ignoran los ricos, los ociosos, los indiferentes a las fases de la naturaleza. El estudiante encerrado en el Barrio Latino posee un exacto conocimiento de las estaciones: sabe cuándo es la temporada de las alubias y los guisantes, cuándo el mercado rebosa de coles, cuál es la ensalada que allí abunda y si la remolacha escasea. Una vieja calumnia, repetida en el momento de la llegada de Lucien, consistía en atribuir la aparición de filetes a la mortandad de los caballos. Pocos restaurantes parisienses ofrecen un tan bello espectáculo. No encontraréis allí más que juventud y fe, miseria alegremente sobrellevada, a pesar de que no faltan los rostros ardientes y serios, sombríos e inquietos. Por lo general se viste con desaliño. Así destacan los asiduos que vienen bien vestidos. Todos saben que este atuendo fuera de lo común significa: que se espera a la amante, la asistencia a un espectáculo o una visita a las altas esferas. Han surgido allí, se dice, algunas amistades entre varios estudiantes, que se han vuelto con el tiempo hombres célebres, como se podrá ver en esta historia. Pero exceptuando a los jóvenes de la misma región reunidos en el mismo extremo de la mesa, los comensales son generalmente de una seriedad difícil de alegrar, tal vez debido al bautismo del vino, que se opone a toda expansión. Los frecuentadores de Flicoteaux podrán acordarse de varios personajes sombríos y misteriosos, envueltos en las brumas de la más fría miseria, que han podido comer allí durante dos años y desaparecer a continuación sin que ninguna luz haya iluminado a esos trasgos parisienses a los ojos de los más curiosos asiduos. Las amistades iniciadas en

Flicoteaux se sellaban en los cafés vecinos, al fuego de un ponche con licor o al calor de media taza de café bendecida por un aguardiente del montón.

Durante los primeros días de hospedaje en el hostal de Cluny, Lucien, como todo neófito, se comportó tímida y correctamente. Tras la triste prueba de la vida elegante, que acababa de hacerle volar su capital, se enfrascó en el trabajo con ese primer entusiasmo que tan rápidamente disipan las dificultades y distracciones que brinda París a todas las existencias, tanto a las más lujosas como a las más pobres, y que para ser dominadas exigen la salvaje energía del verdadero talento o la sombría voluntad de la ambición. Lucien se dejaba caer por Flicoteaux hacia las cuatro y media, después de haberse dado cuenta de las ventajas de llegar de los primeros; a esa hora los platos eran más variados, todavía había de aquello que a uno le apetecía. Como todos los espíritus poéticos, se había aficionado a un determinado sitio, y su elección denotaba bastante discernimiento. Desde el primer día de su entrada en Flicoteaux, había distinguido, cerca del mostrador, una mesa en la que las fisonomías de sus ocupantes y las conversaciones cogidas al vuelo delataban que era gente del mundillo literario. Además, una especie de instinto le hizo adivinar que colocándose cerca del mostrador podría charlar con los dueños del restaurante. A la larga trabarían conocimiento y, cuando llegaran los días de apuros económicos, sin duda conseguiría que le fiaran. Estaba sentado, pues, a una pequeña mesa cuadrada junto al mostrador, en la que no vio más que dos cubiertos adornados con dos blancas servilletas sin servilletero, y probablemente destinadas a las aves de paso. El que estaba frente por frente de Lucien era un hombre delgado y pálido, joven, probablemente tan pobre como él, cuyo hermoso rostro ya ajado anunciaba que unas esperanzas desvanecidas habían marcado su frente y dejado en su alma unos surcos en los que la simiente sembrada no germinaba. Lucien se sintió atraído por el desconocido a causa de esos vestigios de poesía y un irresistible impulso de simpatía.

Este joven, el primero con quien el poeta de Angulema pudo entablar conversación al cabo de una semana de pequeñas cortesías, breves palabras y observaciones esporádicas, se llamaba Étienne Lousteau. Como Lucien, Étienne había abandonado su provincia, una ciudad del Berry, hacía dos años. Su gesticulación, su mirada brillante y su hablar parco por momentos delataban un amargo conocimiento de la vida literaria. Étienne había venido de Sancerre, con su tragedia a cuestas, atraído por lo que Lucien anhelaba:

la gloria, el poder y el dinero. Este joven, que comió al principio allí algunos días seguidos, pronto no apareció más que de tanto en tanto. Al cabo de cinco o seis días de ausencia, al reencontrarse una vez con su poeta, Lucien esperaba volver a verle al día siguiente, pero al otro día su sitio estaba ocupado por un desconocido. Sucede entre jóvenes que, cuando se han visto la víspera, el fuego de la conversación de ayer se refleja en la de hoy, pero tales intervalos obligaban a Lucien a romper cada vez el hielo, y retrasaban una intimidad que, durante las primeras semanas, progresó muy poco. Después de haber preguntado a la mujer del mostrador, Lucien se enteró de que su futuro amigo era redactor de un pequeño periódico en el que hacía la crítica de los libros recién editados y daba cuenta de las obras que se estrenaban en el Ambigu-Comique, en la Gaîté, en el Panorama-Dramatique. Este joven se convirtió de repente en todo un personaje a los ojos de Lucien, que decidió entablar una conversación algo más íntima con él y hacer algunos sacrificios para conseguir una amistad tan necesaria a un principiante. El periodista permaneció quince días ausente. No sabía aún Lucien que Étienne sólo comía en Flicoteaux cuando estaba sin blanca, lo cual le daba ese aire sombrío y desencantado, esa frialdad a la que Lucien oponía sonrisas lisonjeras y dulces palabras. No obstante, esta relación exigía maduras reflexiones, ya que aquel oscuro periodista parecía llevar una vida cara, de copas, tazas de café, ponches, espectáculos y cenas. Sin embargo, durante los primeros días de estancia en el barrio, el comportamiento de Lucien fue el de un pobre niño atolondrado por su primera experiencia de la vida parisiense. Por ello, tras haber estudiado el precio de las consumiciones y sopesado su bolsa, Lucien no se atrevió a adoptar las costumbres de Étienne, temiendo volver a cometer los errores de los que todavía se arrepentía. Siempre bajo el yugo de la recta conciencia de la provincia, sus dos ángeles custodios, Ève y David, se alzaban ante el menor mal pensamiento recordándole las esperanzas puestas en él, la felicidad de que estaba en deuda con su anciana madre y todas las promesas de su genio. Pasaba sus mañanas en la biblioteca de Sainte-Geneviève estudiando historia. Sus primeras investigaciones le hicieron caer en la cuenta de algunos errores garrafales en su novela El arquero de Carlos IX. A la hora de cierre de la biblioteca, volvía a su húmeda y fría habitación para corregir su obra, hacer añadidos y suprimir capítulos enteros. Después de cenar en Flicoteaux, bajaba hasta el passage du Commerce, leía en el gabinete de lectura de Blosse las obras de la literatura contemporánea, la prensa, las publicaciones semanales y los libros de poesía para estar al día del movimiento intelectual y volvía a su miserable hostal hacia medianoche sin haber gastado en leña ni luz. Estas lecturas cambiaban sus ideas tan radicalmente que se dedicó a corregir su colección de sonetos sobre las flores, sus queridas Margaritas, y tanto los rehízo que no conservó de ellos más que un centenar de versos. Así, al principio, Lucien llevó la vida inocente y pura de los pobres muchachos de provincias que encuentran lujoso Flicoteaux en comparación con el vulgar hogar paterno, que se recrean con lentos paseos bajo las alamedas del Luxemburgo mirando a las lindas mujeres con el rabillo del ojo y el corazón henchido de sangre, que no salen del barrio y se consagran religiosamente al trabajo pensando en su porvenir. Pero Lucien, nacido poeta, sujeto muy pronto a grandes deseos, se vio sin fuerzas ante las seducciones de los carteles de los espectáculos. El Théâtre-Français, el Vaudeville, las Variétés y la Opéra-Comique, donde iba al patio de butacas, hicieron que le volaran unos sesenta francos. ¿Qué estudiante habría podido resistirse a la suerte de poder ver a Talma en los papeles que él mismo había hecho famosos? El teatro, ese primer amor de todos los espíritus poéticos, fascinó a Lucien. Los actores y las actrices le parecieron personajes imponentes; no creía posible salvar las candilejas y conocerlos de cerca. Para él estos autores que hacían sus delicias eran seres maravillosos que los periódicos trataban como los grandes intereses del Estado. ¡Qué sueño acariciado ser autor dramático y poder estrenar! ¡Sueño que, algunos audaces, como Casimir Delavigne, hacían realidad! Estos pensamientos fecundos, estos momentos de fe en sí mismo seguidos de desesperación agitaron a Lucien y lo mantuvieron en el recto camino del trabajo y del ahorro, no obstante el sordo bramar de más de un deseo ardiente. Por un exceso de prudencia se prohibió entrar en el Palais-Royal, aquel lugar de perdición donde en un solo día se había gastado cincuenta francos en Véry, y cerca de quinientos en ropa. Así, cuando cedía a la tentación de ver a Fleury, a Talma, a los dos Baptiste, o a Michot, no pasaba de la oscura galería donde se hacía cola desde las cinco y media, y donde los que llegaban con retraso tenían que comprar por diez sueldos un sitio al lado de la taquilla. A menudo, tras haber permanecido allí por espacio de dos horas, las palabras: «¡Ya no hay entradas!» resonaban en los oídos de más de un estudiante decepcionado. Después del espectáculo, Lucien volvía con los ojos bajos, sin mirar en absoluto las calles pobladas entonces de seducciones vivientes. Tal vez le ocurriera alguna de esas aventuras de lo más corrientes, pero que para una joven imaginación timorata adquiere enorme importancia. Asustado por lo menguado de su capital, un día en que contó sus escudos, Lucien notó un sudor frío al pensar en la necesidad de buscar un editor y encontrar algún trabajo remunerado. El joven periodista del que ya se consideraba amigo no venía ya por Flicoteaux. Lucien esperaba un golpe de fortuna que no se presentaba. En París no los hay más que para las personas de la buena sociedad; el número de relaciones aumenta las probabilidades de éxito de todo tipo y el azar está también del lado de los grandes batallones. Como hombre en quien subsistía aún la previsión de los provincianos, Lucien no quiso esperar al momento en que sólo le quedaran unos pocos escudos: tomó la decisión de enfrentarse a los libreros.

Una mañana bastante fría del mes de septiembre bajó por la rue de La Harpe con sus dos manuscritos bajo el brazo. Fue a pie hasta el quai des Augustins, se paseó a lo largo de la acera, mirando alternativamente el agua del Sena y las librerías, como si un genio bueno le aconsejara lanzarse al agua antes que lanzarse a la literatura. Después de angustiosas vacilaciones, de un profundo examen de los rostros más o menos agradables, divertidos, ceñudos, alegres o tristes que observaba a través de los cristales o en el umbral de las puertas, divisó una casa delante de la cual unos diligentes dependientes estaban embalando libros. Allí hacían los envíos y las paredes estaban cubiertas de carteles. A la venta: «EL SOLITARIO, por el señor vizconde D’Arlincourt. Tercera edición». «LÉONIDE, por Victor Ducange; cinco tomos en doceavo, impresos en papel fino. Precio, 12 francos.» «INDUCCIONES MORALES, por Kératry.»

— ¡Qué suerte la suya! —exclamó Lucien.

El cartel, creación nueva y original del famoso Ladvocat, florecía entonces por primera vez en las paredes. No tardó en estar París abigarrado de colores por los imitadores de este procedimiento de anuncio, fuente de ingresos públicos. Finalmente, con el corazón henchido de sangre y de inquietud, Lucien, en un tiempo tan grande en Angulema y ahora tan insignificante en París, se acercó pegado a las paredes de las casas e hizo de tripas corazón para entrar en aquella tienda atestada de dependientes, clientes y libreros. «Y tal vez de autores», pensó Lucien.

—Quisiera hablar con monsieur Vidal o con monsieur Porchon —le dijo a uno de los dependientes.

Había leído a la entrada un rótulo de grandes letras: «VIDAL Y PORCHON, libreros comisionistas para Francia y el extranjero».

—Estos dos señores están ocupados —le replicó un dependiente atareado.

—Esperaré.

Dejaron al poeta en la tienda, donde se dedicó a examinar los bultos; permaneció dos horas ocupado en mirar los títulos, abrir libros y leer páginas aquí y allá. Acabó apoyando un hombro en una puerta acristalada con unos visillos verdes, tras la cual sospechó debían de encontrarse o Vidal o Porchon, y oyó la siguiente conversación:

— ¿Quiere quedarse con quinientos ejemplares? Pues entonces se los dejo en quinientos francos, y además le doy un ejemplar por cada docena comprada.

— ¿A qué precio saldría eso?

—Dieciséis sueldos menos.

—Cuatro francos y cuatro sueldos —dijo Vidal o Porchon al que ofrecía sus libros.

—Bien —replicó el vendedor.

— ¿A crédito? —preguntó el comprador.

— ¡Viejo truhán! ¿Es que quiere pagármelos dentro de dieciocho meses en letras a un año vista?

—No, en letras aceptadas inmediatamente —replicó Vidal o Porchon.

— ¿A qué plazo?, ¿nueve meses? —preguntó el editor o el autor que ofrecía sin duda un libro.

—No, amigo mío, a un año —respondió uno de los dos libreros comisionistas.

Hubo un momento de silencio.

— ¡Me estrangula usted! —exclamó el desconocido.

—Pero ¿es que piensa que vamos a colocar en un año quinientos ejemplares de Léonide? —respondió el librero comisionista al editor de Victor Ducange—. Si los libros se vendieran al gusto de los editores seríamos millonarios, mi querido maestro; pero se venden al gusto del público. Si se venden las novelas de Walter Scott a dieciocho sueldos el volumen, tres libras y doce sueldos el libro entero, ¿quiere usted que venda yo sus libros más caros? Si quiere que dé salida a esta novela, tendrá que darme algunas ventajas. ¡Vidal!

Un hombre gordo dejó la caja y acudió con una pluma a la oreja.

— ¿Cuántos Ducange colocaste durante tu último viaje? —le preguntó Porchon.

—Coloqué doscientos Viejecitos de Calais; pero, para ello, tuve que bajar el precio a dos obras por las que no nos daban una comisión tan buena y que se han convertido en dos maulas.

Más tarde Lucien se enteró de que ese remoquete de maulas lo aplicaban los libreros a las obras que quedan encaramadas en lo alto de los anaqueles en las profundas soledades de sus almacenes.

—Ya sabes, además —continuó Vidal—, que Picard prepara unas novelas. Nos prometen un veinte por ciento de descuento sobre el precio normal de librería, para que se pueda organizar un éxito.

—Está bien, ¡a un año! —replicó tristemente el editor, fulminado por la última observación confidencial de Vidal a Porchon.

— ¿Trato hecho? —preguntó directamente Porchon al desconocido.

—Sí.

El editor salió. Lucien oyó cómo Porchon le decía a Vidal:

—Tenemos pedidos trescientos ejemplares. Le daremos largas con el pago, venderemos el Léonide a cien sueldos la unidad, nos los haremos pagar a seis meses, y…

—Y —dijo Vidal— nos embolsaremos mil quinientos francos de beneficio.

—Sí, he visto lo apurado que estaba.

— ¡Se está hundiendo! Paga cuatro mil francos a Ducange por dos mil ejemplares.

Lucien interrumpió a Vidal ocupando el vano de la pequeña puerta de aquella jaula.

—Señores —dijo a los dos socios—, es un honor saludarles.

Los libreros apenas si le saludaron.

—Soy autor de una novela sobre la historia de Francia al estilo de Walter Scott, y que lleva por título El arquero de Carlos IX; les propongo su compra.

Porchon lanzó sobre Lucien una mirada poco cálida y dejó su pluma sobre el pupitre. Vidal miró al autor con aire brutal y le respondió:

—Señor, nosotros no somos libreros editores, sino libreros comisionistas. Cuando hacemos libros por cuenta propia es porque son operaciones que emprendemos con nombres consagrados. Además, sólo compramos libros serios, historias y compendios.

—Pero si mi libro es muy serio, es una reconstrucción fiel de la lucha entre los católicos, que se mantenían partidarios del Gobierno absolutista, y los protestantes, que querían instaurar la república.

— ¡Señor Vidal! —gritó un dependiente.

Vidal se escabulló.

—Yo no le digo, señor, que su libro no sea una obra maestra —retomó Porchon haciendo un gesto bastante descortés—, pero nosotros solamente nos ocupamos de libros ya impresos. Vaya a ver a los que compran manuscritos, el viejo Doguereau, en la rue du Coq, al lado del Louvre, es uno de los que se dedican a la novela. De haberlo dicho antes, acaba usted de ver a Pollet, el competidor de Doguereau y de los editores de las Galeries de Bois.

—Verá, tengo también un libro de poesía…

— ¡Monsieur Porchon! —gritaron.

— ¿Poesía? —exclamó Porchon, encolerizado—. ¿Por quién me toma? —añadió riéndose en sus narices y desapareciendo en la trastienda.

Lucien atravesó el Pont-Neuf sumido en mil reflexiones. Lo que había podido comprender de aquella jerga comercial le hizo adivinar que, para aquellos libreros, los libros eran como gorros de algodón para los almacenistas, una mercancía que se ha de vender cara y comprar barata.

«Me he equivocado», se dijo, sorprendido no obstante por el cariz brutal y materialista que presentaba la literatura. En la rue du Coq divisó una modesta tienda por delante de la cual ya había pasado y sobre la que habían pintadas en letras amarillas, sobre fondo verde, estas palabras: DOGUEREAU, EDITOR. Recordó haber visto estas palabras repetidas en la parte inferior del frontispicio de varios libros que había leído en el gabinete de lectura de Blosse. Entró, no sin esa agitación interior que produce a todos los hombres de imaginación la certeza de una lucha. Encontró en la tienda a un curioso anciano, una de las originales figuras de la edición bajo el Imperio. Llevaba Doguereau una especie de frac negro con unos largos faldones cuadrados, cuando la moda del momento cortaba los fraques en forma de ala de pichón. Lucía un chaleco de tela corriente a cuadros de diversos colores del que colgaban, en el lugar del bolsillo, una leontina de acero y una llave de cobre que se bamboleaban sobre su calzón negro. El reloj debía de ser del grosor de una cebolla. Completaban este atuendo unas medias de paño de un color gris acerado y unos zapatos adornados con hebillas de plata. Iba el viejo con la cabeza descubierta, adornada de cabellos entrecanos y repartidos un tanto poéticamente. El viejo Doguereau, como lo había llamado Porchon, parecía por su frac, su calzón y sus zapatos un profesor de literatura, y un vendedor por el chaleco, el reloj y las medias. Su fisonomía no desmentía en absoluto esta singular mezcolanza: tenía el aspecto magistral, dogmático, la cara surcada de arrugas del profesor de retórica y los ojos vivos, la boca con un rictus de desconfianza y la vaga inquietud del editor.

— ¿Monsieur Doguereau? —preguntó Lucien.

—Soy yo, señor…

—Soy autor de una novela —dijo Lucien.

—Es usted muy joven —repuso el editor.

—Pero, señor, mi edad no tiene nada que ver.

—Es cierto —dijo el anciano editor tomando el manuscrito—. ¡Ah, diantres! El arquero de Carlos IX, un título sugestivo. Veamos, joven, cuénteme en dos palabras el argumento.

—Verá, se trata de una obra histórica al estilo de Walter Scott, en la que el carácter de la lucha entre católicos y protestantes está presentado como un combate entre dos sistemas de gobierno en un momento en que el trono se veía seriamente amenazado. He tomado partido por los católicos.

—Muy bien, jovencito, ¡eso son ideas! Leeré su obra, se lo prometo. Me habría gustado más una novela al estilo de miss Radcliffe; pero si es usted trabajador, tiene un poco de estilo, inventiva, ideas y arte en la descripción de ambientes, no pido más que servirle. ¿Qué hace falta… sino buenos originales?

— ¿Cuándo podré volver?

—Esta tarde salgo para el campo, estaré de vuelta pasado mañana; habré ya leído su libro y, si me gusta, podremos llegar a un acuerdo el mismo día.

Lucien, al verle tan campechano, tuvo la fatal idea de sacar el manuscrito de Las margaritas.

—Señor, tengo también una colección de poesías…

— ¡Ah!, es poeta; pues entonces no quiero su novela —dijo el anciano devolviéndole el manuscrito—. Los versificadores fracasan cuando quieren hacer prosa. En prosa no hay ripio que valga, hay que decir siempre algo.

—Pero, señor, Walter Scott también ha escrito versos…

—Es cierto —hubo de admitir Doguereau, que se dulcificó, intuyó la penuria del joven y se guardó el manuscrito—: ¿Dónde vive? Iré yo a verle.

Lucien le dio su dirección, sin sospechar ninguna doble intención en aquel anciano, no reconocía en él al editor de la vieja escuela, un hombre de los tiempos en que los editores deseaban tener en una buhardilla y encerrados bajo llave a Voltaire y a Montesquieu muriéndose de hambre.

—He de volver precisamente por el Barrio Latino —le dijo el editor, después de haber leído la dirección.

«¡Qué buen hombre! —pensó Lucien al despedirse del editor—. Así que he encontrado a un amigo de la juventud, alguien que sabe realmente lo que se trae entre manos. ¡Que no me vengan con historias! Ya se lo decía yo a David: en París el talento triunfa con facilidad.»

Lucien regresó feliz y contento, soñaba ya con la gloria. Sin pensar más en las siniestras palabras que había escuchado en la oficina de Vidal y Porchon, se veía ya rico, con por lo menos mil doscientos francos. Mil doscientos francos representaban un año de estancia en París, un año durante el cual prepararía nuevas obras. ¡Cuántos proyectos no concibió sobre esta esperanza! ¡Cuántas dulces ensoñaciones viendo su vida afianzada sobre el trabajo! Se vio ya situado, se acicaló y poco faltó para que hiciera algunas compras. Sólo pudo engañar a su impaciencia con lecturas constantes en el gabinete de Blosse. Dos días después, el viejo Doguereau, sorprendido por el estilo del que hacía gala Lucien en su primera obra, encantado por la exageración de los caracteres que admitía la época en que se desarrollaba el drama, sorprendido por la férvida imaginación con que un joven autor traza su primer plan, se presentó en el hostal en el que vivía su Walter Scott en cierne. Estaba decidido a pagar mil francos por la exclusiva propiedad de El arquero de Carlos IX y ligar a Lucien con un contrato para varias obras. Al ver el hostal, el viejo zorro cambió de parecer.

«Un joven que se aloja aquí no puede tener sino unos gustos modestos, ama el estudio y el trabajo; puedo ofrecerle sólo ochocientos francos.»

La hostelera, a quien preguntó por monsieur Lucien de Rubempré, le respondió:

— ¡Cuarto piso!

El editor alzó la nariz y no vio más que el firmamento por encima del cuarto.

«Este joven —pensó— es un buen mozo, tal vez hasta demasiado; si ganara mucho dinero, se entregaría a una vida disipada y dejaría de trabajar.

En nuestro común interés, le ofreceré seiscientos francos; pero en metálico, nada de billetes.»

Subió la escalera, llamó tres veces a la puerta de Lucien, quien salió a abrir. La habitación era de una desnudez desesperante. Encima de la mesa había un tazón de leche y una barra de pan de dos céntimos. Esta indigencia del genio impresionó al bueno de Doguereau.

«Que conserve —pensó— estas sencillas costumbres, esta frugalidad y estas necesidades modestas.»

—Me alegra volver a verle —dijo a Lucien—. Así vivía Jean-Jacques, con quien a buen seguro tiene más de un parecido. En este tipo de alojamientos brilla el fuego del genio y se escriben las buenas obras. Así es como tendrían que vivir los literatos, en vez de malgastar el tiempo en los cafés, en los restaurantes, y echar a perder su tiempo, su talento y nuestro dinero. —Se sentó—. Joven, su novela no está mal. He sido profesor de retórica y conozco la historia de Francia; hay cosas excelentes en ella. En una palabra, tiene usted futuro.

— ¡Ah!, señor.

—No, lo que le digo, podremos hacer negocios juntos. Le compro su novela…

El corazón de Lucien se esponjó, palpitaba de contento, iba a entrar en el mundo literario, al fin iba a ver impresa su obra.

—Se la compro por cuatrocientos francos —dijo Doguereau en tono meloso y mirando a Lucien con el aire de quien acaba de hacer un esfuerzo de generosidad.

— ¿El volumen? —preguntó Lucien.

—La novela —dijo Doguereau, sin extrañarse de la sorpresa de Lucien —. Pero —agregó— será al contado. Se comprometerá usted a escribir dos al año durante seis años. Si la primera se agota en seis meses, le pagaré las demás a seiscientos francos. Así, a dos por año, podrá contar con cien francos al mes, tendrá su vida resuelta y será feliz. Tengo autores a quienes no pago más que trescientos francos por novela. Doy doscientos francos por una traducción del inglés. En otros tiempos este precio habría sido exorbitante.

—Señor, no podremos llegar a un acuerdo; le ruego que me devuelva mi manuscrito —dijo Lucien, helado.

—Aquí lo tiene —dijo el viejo editor—. No entiende usted de negocios, señor. Al publicar la primera novela de un autor, un editor tiene que arriesgar mil seiscientos francos en la impresión y el papel. Es más fácil escribir una novela que encontrar una suma semejante. Tengo cien manuscritos de novelas en mi casa y no tengo ciento sesenta mil francos en la caja. Desgraciadamente esta suma no la he ganado en los veinte años que llevo de editor. No nos hacemos ricos en nuestro oficio de editores de novelas. Vidal y Porchon nos las compran con unas condiciones cada día más gravosas para nosotros. Ustedes los escritores arriesgan sólo su tiempo, pero yo he de desembolsar dos mil francos. Si no acertamos, porque habent sua fata libelli, pierdo dos mil francos; y a usted le basta con hacer una oda contra la estupidez del público lector. Después de haber meditado sobre lo que le acabo de decir, vendrá a verme de nuevo. Volverá a mí —repitió el editor con autoridad en respuesta a un gesto lleno de soberbia que se le escapó a Lucien—. Lejos de encontrar un editor que quiera arriesgar dos mil francos por un joven desconocido, no encontrará ni a un empleado que se tome la molestia de leer sus garambainas. Yo, que las he leído, puedo señalarle varias faltas. Ha puesto «desapercibido» en vez de «inadvertido», y «a pesar que» en vez de «a pesar de que». «A pesar de que» exige un régimen directo. —Lucien pareció humillado—. Cuando vuelva a verle habrá perdido usted cien francos —añadió—. Entonces no le daré más que cien escudos. —Se levantó, saludó, pero cuando estaba en el umbral de la puerta dijo—: Si no tuviera usted talento y futuro, si no me interesara por los jóvenes estudiosos, no le habría propuesto tan buenas condiciones. ¡Cien francos al mes! Piense en ello. Al fin y al cabo, una novela en un cajón no es lo mismo que un caballo en una cuadra, no come pan. ¡A decir verdad, tampoco lo da!

Lucien cogió su manuscrito, lo estampó contra el suelo y exclamó:

— ¡Antes prefiero quemarlo, señor!

—Razona usted como un poeta —dijo el viejo.

Lucien devoró su barra de pan, se bebió de dos tragos la leche y salió. Su habitación no era lo bastante espaciosa y en ella habría dado vueltas como un león en su jaula del Jardin des Plantes. En la biblioteca de Sainte-Geneviève, adonde pensaba ir Lucien, se había fijado en un joven de unos veinticinco años que, siempre en el mismo rincón, trabajaba con esa gran concentración que nada distrae ni perturba y por la que se reconoce a los verdaderos trabajadores de la literatura. Este joven iba allí, sin duda, desde hacía tiempo, los empleados y el mismo bibliotecario se mostraban serviciales con él; el bibliotecario le dejaba llevarse libros que Lucien veía cómo el estudioso desconocido devolvía a la mañana siguiente, y en quien el poeta reconocía a un hermano de miseria y esperanza. Menudo, flaco y pálido, este trabajador ocultaba una bella frente bajo una espesa melena negra bastante descuidada; tenía unas manos bonitas y llamaba la atención de los indiferentes debido a un vago parecido con el grabado de Bonaparte hecho a partir del retrato de Robert Lefebvre. Este grabado es todo un poema de ardiente melancolía, de ambición contenida, de secreta energía. ¡Examinadlo bien! Encontraréis en él genio y discreción, sutileza y grandeza. Los ojos son vivaces como los de una mujer. La mirada está ávida de espacio y deseosa de obstáculos que vencer. Aunque el nombre de Bonaparte no figurara escrito al pie, lo contemplaríais igualmente. El joven que encarnaba este grabado llevaba normalmente unos pantalones con trabilla, zapatos de gruesas suelas, una levita de paño corriente, una corbata negra, un chaleco de paño gris, mezclado de blanco, abotonado hasta arriba, y un sombrero barato. Su desdén por toda gala superflua era evidente. A este misterioso desconocido, marcado con el sello que imprime el genio en la frente de sus esclavos, se lo volvía a encontrar Lucien en Flicoteaux como el más puntual de todos los asiduos; comía allí para sobrevivir, sin dar importancia a una comida con la que parecía familiarizado, y bebía siempre agua. Tanto en la biblioteca como en Flicoteaux, trascendía de él una especie de dignidad que le venía sin duda de la conciencia de una vida ocupada en algo grande y que le hacía inabordable. Su mirada era pensativa. La meditación se adueñaba de su bella y noblemente dibujada frente. Sus vivos y negros ojos, que veían bien y con presteza, revelaban la costumbre de ir siempre al fondo de las cosas. Sencillo en sus ademanes, tenía un talante grave. Lucien sentía un involuntario respeto por él. Ya en varias ocasiones se habían mirado mutuamente, como para hablar a la entrada o a la salida de la biblioteca o del restaurante, pero ninguno de los dos se había atrevido a hacerlo. Aquel silencioso joven se iba al fondo de la sala, en la parte situada del lado de la place de la Sorbonne. Lucien no había podido, pues, entablar relación con él, por más que se sintiera atraído por aquel joven trabajador en el que se descubrían los inefables síntomas de un hombre superior. Tanto el uno como el otro, como habían de reconocer ambos más tarde, eran dos naturalezas vírgenes y tímidas, expuestas a todos los temores cuyas emociones gustan a los hombres solitarios. Sin su súbito encuentro en el momento del desastre que acababa de ocurrirle a Lucien, tal vez nunca habrían cruzado palabra. Pero al entrar en la rue des Grès, Lucien vio al joven desconocido que volvía de Sainte-Geneviève.

—La biblioteca está cerrada y no sé por qué —dijo.

En aquel momento, Lucien sentía cómo las lágrimas asomaban a sus ojos; dio las gracias al desconocido con uno de esos gestos que son más elocuentes que las mismas palabras y que de joven a joven abren enseguida los corazones. Ambos bajaron por la rue des Grès y se dirigieron hacia la de La Harpe.

—Voy a pasearme por el Luxemburgo —dijo Lucien—. Una vez que se ha salido, es difícil volver al trabajo.

—En efecto, pierde uno el hilo necesario de las ideas —prosiguió el desconocido—. Parece usted preocupado, señor.

—Acaba de ocurrirme una singular aventura —dijo Lucien.

Contó su visita al muelle y luego al viejo editor y las propuestas que acababa de recibir; se presentó y le dio algunos detalles sobre su situación. Desde hacía poco más de un mes se había gastado unos sesenta francos en vivir, treinta en el hostal, veinte en espectáculos, diez en el gabinete de lectura; en total ciento veinte francos; no le quedaban más que otros ciento veinte.

—Señor —le dijo el desconocido—, su historia es la mía y la de otros mil o mil doscientos jóvenes que todos los años llegan a París de provincias. De todos modos, no somos aún los más desgraciados. ¿Ve ese teatro? —dijo señalando en dirección al Odéon—. Un día fue a alojarse, en una de las casas que dan a la plaza, un hombre de talento que había caído en la miseria; casado, desgracia añadida que no nos aflige aún ni a usted ni a mí, con una mujer a la que quería, con la suerte o la desgracia, como usted quiera, de tener dos hijos pequeños, cargado de deudas, pero con la confianza puesta en su pluma. Presenta en el Odéon una comedia en cinco actos, que es aceptada y consigue un turno preferente, los actores la ensayan y el director intensifica los ensayos. Estas cinco dichas constituyen cinco dramas más inconcebibles aún que escribir cinco actos. El pobre autor, alojado en una buhardilla que puede usted ver desde aquí, agota sus últimos recursos durante los ensayos de su obra para poder vivir; su mujer pignora sus últimas ropas en el Monte de Piedad y la familia come sólo pan. El día del ensayo general, la víspera del estreno, el matrimonio debía cincuenta francos en el barrio, al panadero, a la lechera y al portero. El poeta había conservado lo estrictamente necesario: un frac, una camisa, unos pantalones, un chaleco y unas botas. Convencido del éxito, abraza a su mujer y le anuncia el final de sus desdichas. «¡Por fin nos sonríe la fortuna!», exclama. «Hay fuego», le dice su mujer; «mira, el Odéon está ardiendo.» Señor, el Odéon se incendió. Así pues, no se queje. No tiene falta de ropa, no tiene mujer ni hijos, tiene ciento veinte francos en el bolsillo y no debe nada a nadie. La obra alcanzó las ciento cincuenta representaciones en el teatro Louvois. El rey otorgó una pensión al autor. Ya lo dijo Buffon: el genio no es sino cuestión de paciencia. La paciencia, en efecto, es lo que, en el hombre, más se parece a lo que la Naturaleza emplea en sus creaciones. ¿Qué es el Arte, señor? Es la Naturaleza concentrada.

Los dos jóvenes recorrían a grandes zancadas el Luxemburgo. Lucien no tardó mucho en saber el nombre, vuelto célebre posteriormente, del desconocido, que trataba de consolarle. Este joven era Daniel d’Arthez, hoy uno de los más ilustres escritores de nuestra época y una de las raras personas que, según el hermoso pensamiento de un poeta, presentan «un perfecto acuerdo entre un gran talento y un buen carácter».

—No se puede ser un gran hombre a bajo precio —le dijo Daniel con su dulce voz—. El genio riega sus obras con lágrimas. El talento es una criatura moral que tiene, como todos los seres, una infancia sujeta a enfermedades. La Sociedad rechaza a los talentos incompletos lo mismo que la Naturaleza hace perecer a las criaturas endebles o mal conformadas. Todo el que quiera elevarse por encima de los hombres debe prepararse para la lucha y no retroceder ante ninguna dificultad. Un gran escritor es un mártir que no morirá, eso es todo. Usted lleva en la frente el sello del genio —dijo D’Arthez a Lucien envolviéndole en su mirada—; pero si no posee su voluntad, si no tiene su angélica paciencia, si a cualquier distancia en que le dejen los reveses de la fortuna no retoma, como las tortugas en cualquier lugar donde estén, el camino de su infinito, como toman ellas el de su querido océano, renuncie desde hoy mismo.

—Entonces, ¿usted espera suplicios? —dijo Lucien.

—Pruebas de todo tipo: calumnias, traiciones, injusticias por parte de mis rivales; afrentas, astucias, la dura ley del comercio —respondió el joven con voz resignada—. Si su obra es bella, ¿qué importa empezar perdiendo…?

— ¿Quiere leer y darme su opinión sobre la mía? —dijo Lucien.

—Está bien —dijo D’Arthez—. Vivo en la rue des Quatre-Vents, en una casa en la que uno de los hombres más ilustres, uno de los genios más grandes de nuestro tiempo, un fenómeno de la ciencia, Desplein, el más grande cirujano conocido, sufrió su primer martirio, luchando contra las primeras dificultades de la vida y de la gloria en París. Este recuerdo me proporciona todas las noches la dosis de valor que necesito cada mañana. Estoy en esa habitación en la que él comió tantas veces, como Rousseau, pan y cerezas, pero sin Thérèse. Venga dentro de una hora, allí estaré.

Los dos poetas se despidieron con un efusivo apretón de manos que revelaba un afecto melancólico. Lucien fue a buscar su manuscrito. Daniel d’Arthez se dirigió al Monte de Piedad para empeñar su reloj y poder comprar dos haces de leña a fin de que su nuevo amigo encontrara fuego en casa, porque hacía frío. Lucien llegó puntual y vio en primer lugar una casa menos decente que su hostal y que tenía un lúgubre pasillo al final del cual comenzaba una oscura escalera. La habitación de Daniel d’Arthez, situada en el quinto piso, tenía dos ventanas en mal estado, entre las cuales había una librería de madera ennegrecida, llena de cartapacios etiquetados. Un pobre camastro de madera pintada, parecida a las literas de colegio, una mesilla de noche comprada de ocasión y dos sillones con relleno de crin ocupaban el fondo de este cuarto tapizado con un papel pintado escocés renegrido por el humo y el tiempo. Entre la chimenea y una de las ventanas había una larga mesa atestada de papeles. Enfrente de esta chimenea, una cómoda de caoba desvencijada. Una alfombra de lance recubría completamente el embaldosado. Este lujo necesario permitía ahorrar la calefacción. Delante de la mesa, un vulgar sillón de oficina de badana roja descolorida por el uso, y seis sillas baratas completaban el mobiliario. En la repisa de la chimenea vio Lucien un viejo candelero de bouillotte con pantalla, provisto de cuatro bujías. Cuando Lucien preguntó el porqué de las bujías, reconociendo en todas las cosas los signos de una extrema miseria, D’Arthez le respondió que no podía soportar el olor de las velas de sebo. Ello revelaba unos sentidos muy delicados y era indicio de una sensibilidad exquisita. La lectura duró siete horas. Daniel escuchó religiosamente sin decir una palabra ni hacer una observación, lo cual es una de las mayores pruebas de buen gusto que pueden dar los autores.

—Bien —dijo Lucien a Daniel dejando el manuscrito sobre la repisa de la chimenea.

—Está usted en el buen camino —respondió con aire grave el joven—; pero su obra necesita ser rehecha. Si no quiere ser un mono de imitación de Walter Scott, tiene que crear un estilo diferente, porque usted le ha imitado.

Comienza, como él, con largas conversaciones para situar a sus personajes; después de que han hablado, llega la descripción y la acción. Este antagonismo necesario en toda obra dramática viene en último lugar. Invierta los términos del problema. Sustituya esos diálogos prolijos, magníficos en Scott, pero descoloridos en usted, por descripciones a las que tan bien se presta nuestra lengua. Que el diálogo sea en usted la esperada consecuencia que corona sus preparativos. Acometa primero la acción. Aborde el tema unas veces tangencialmente y otras por el final; en resumen, varíe el planteamiento para no repetirse. Resultará nuevo aunque adapte a la historia de Francia la forma del drama dialogado del escocés. Walter Scott carece de pasión, la ignora, o quizá las hipócritas costumbres de su país se la vedaban. Para él la mujer es el deber encarnado. Salvo raras excepciones, sus heroínas son siempre las mismas y sólo ha hecho de ellas un estarcido, para emplear un término de los pintores. Todas derivan de Clarisse Harlowe; al cortarlas todas por el mismo patrón, no podía obtener más que ejemplares de un mismo tipo que variaba mediante un colorido más o menos vivo. La mujer trae el desorden a la sociedad mediante la pasión. La pasión tiene infinitos accidentes. Describa, pues, las pasiones, encontrará en ellas inmensos recursos de los que ese gran genio ha prescindido para así poder ser leído en todos los hogares de la gazmoña Inglaterra. En Francia, encontrará las fascinantes culpas y las brillantes costumbres del catolicismo que puede oponer a las sombrías figuras del calvinismo durante el más apasionante período de nuestra historia. Cada auténtico reinado a partir de Carlomagno exigirá al menos una obra, y a veces hasta cuatro o cinco, como en el caso de Luis XIV, Enrique IV y Francisco I. Así hará una historia de Francia pintoresca en la que describirá las costumbres, el mobiliario, las casas, los interiores, la vida privada, restituyendo el espíritu del tiempo, en vez de narrar fatigosamente unos hechos conocidos. Tiene una manera de ser original, poniendo de manifiesto los errores populares que dan una imagen equivocada de la mayoría de nuestros monarcas. Atrévase, en su primera obra, a recuperar la grande y magnífica figura de Catalina que ha sacrificado usted a los prejuicios que aún pesan sobre ella. Describa también a Carlos IX como realmente era y no en lo que lo han convertido los escritores protestantes. Al cabo de diez años de persistir en ello, alcanzará fama y fortuna.

Eran ya las nueve. Lucien imitó el secreto gesto de generosidad de su futuro amigo invitándole a cenar en Édon, donde se gastó doce francos.

Durante esta cena, Daniel le reveló a Lucien el secreto de sus estudios y de sus esperanzas. D'Arthez no admitía la existencia de un talento excepcional sin un profundo conocimiento de la metafísica. Estaba dedicado en aquel momento a la investigación de todas las riquezas filosóficas de los tiempos antiguos y modernos con el fin de asimilarlas. Quería, como Molière, ser un profundo filósofo antes de ponerse a escribir comedias. Estudiaba el mundo en los libros y en la vida, el pensamiento y los hechos. Entre sus amigos había sabios naturalistas, jóvenes médicos, escritores políticos y artistas, un grupo de gente estudiosa, seria y con un gran futuro. Vivía de escribir artículos concienzudos y mal pagados para diccionarios biográficos, enciclopédicos o de ciencias naturales; sólo escribía lo indispensable para vivir y poder seguir enriqueciendo su pensamiento. D'Arthez tenía escrita una obra de imaginación, emprendida con la exclusiva finalidad de estudiar los recursos de la lengua. Este libro, aún inconcluso, tomado y retomado según su humor, lo guardaba para los días de grandes apuros. Se trataba de una obra psicológica muy ambiciosa en forma de novela. Aunque Daniel hablaba de sí con gran modestia, a Lucien le pareció un ser excepcional. A la salida del restaurante, a las once, Lucien se sentía unido por una profunda amistad a aquella virtud sin énfasis, a aquella naturaleza inconscientemente sublime. El poeta no discutió los consejos de Daniel; los siguió al pie de la letra. Aquel gran talento, ya granado por el pensamiento y una crítica solitaria, inédita, hecha para él y para nadie más, le había abierto de repente las puertas de los magníficos palacios de la fantasía. Los labios del provinciano habían sido rozados por una brasa, y la palabra del trabajador parisiense encontró en el cerebro del poeta de Angulema un terreno abonado. Lucien se puso a rehacer su obra.

Feliz de haber encontrado en el desierto de París un corazón en el que abundaban unos sentimientos generosos en armonía con los suyos, el gran hombre de provincias hizo lo que hacen todos los jóvenes sedientos de afecto: se pegó a D'Arthez como una enfermedad crónica; pasaba a buscarle para ir a la biblioteca, paseaba con él por el Luxemburgo los días de buen tiempo, le acompañaba todas las noches hasta su modesta habitación, después de haber cenado juntos en Flicoteaux; en fin, se apretó contra él como el soldado se apretaba contra su compañero en las heladas llanuras de Rusia. Durante los primeros días de su amistad con Daniel, notó, no sin pesar, que su presencia creaba cierta incomodidad cuando se hallaban reunidos los íntimos. La conversación de aquellos seres superiores, de los que D’Arthez le hablaba con vehemente entusiasmo, se mantenía dentro de los límites de una reserva que contrastaba con las claras muestras de su fuerte amistad. Entonces Lucien se iba discretamente, sintiendo una especie de pena causada por el ostracismo de que era objeto y por la curiosidad que despertaban en él aquellos desconocidos personajes, porque todos se llamaban por sus nombres de pila. Llevaban todos impreso en la frente, como D’Arthez, el sello de un genio especial. Tras una secreta oposición, contra la cual D’Arthez luchó sin que él lo supiera, Lucien fue, finalmente, considerado digno de entrar en este Cenáculo de grandes espíritus. Lucien pudo, a partir de entonces, conocer a esas personas unidas por la más viva simpatía, por la seriedad de su vida intelectual, que casi todas las noches se reunían en la habitación de D’Arthez. Todos presentían en éste al gran escritor: le veían como el cabeza de grupo, después de haber perdido a uno de los talentos más extraordinarios de aquel tiempo, un genio místico, su primer mentor, que, por razones que no vienen al caso, había regresado a su provincia, y de quien Lucien oía a menudo hablar con el nombre de Louis. Se comprenderá fácilmente lo mucho que aquellos personajes habían despertado la curiosidad y el interés de un poeta, tratándose de personas que posteriormente han conquistado toda su gloria, como el mismo D’Arthez, porque varios de ellos sucumbieron.

Entre quienes aún viven se encontraba Horace Bianchon, entonces interno en el Hospital General, convertido más tarde en una de las eminencias de la Escuela de París y demasiado conocido ahora para que sea necesario describir su personalidad o explicar su carácter o la índole de su espíritu. Luego estaba Léon Giraud, ese profundo filósofo, el osado teórico que pone en entredicho todos los sistemas, los enjuicia, los explica, los formula y los pone a los pies de su ídolo, la HUMANIDAD; siempre grande, aun en sus errores, ennoblecidos por su buena fe. Este trabajador intrépido, este sabio concienzudo, se ha convertido en el jefe de filas de una escuela moral y política sobre cuyo mérito sólo el tiempo podrá pronunciarse. Sus convicciones le han llevado a militar en un campo opuesto al de sus camaradas, pero no por ello ha dejado de ser su fiel amigo. El Arte estaba representado por Joseph Bridau, uno de los mejores pintores de la joven escuela. Sin las íntimas desgracias a las que le condena un carácter demasiado impresionable, Joseph, que no ha dicho, por otra parte, aún la última palabra, habría podido seguir los pasos de los grandes maestros de la escuela italiana: domina el dibujo de Roma y el color de

Venecia; pero el amor lo mata y no sólo es el corazón lo que le traspasa: el amor le lanza las flechas al cerebro, trastorna su vida y le obliga a hacer los zigzagueos más extraños. Según que su amante del momento le haga o muy feliz o muy desgraciado, Joseph presentará en la exposición o bocetos en los que el color empasta el dibujo, o cuadros que ha querido terminar bajo el peso de unas penas imaginarias en los que demuestra una preocupación por el dibujo tan grande que el color, que emplea a capricho, brilla por su ausencia. Así defrauda de continuo tanto al público como a sus amigos. Hoffmann le habría adorado por sus atrevidas incursiones en el campo del Arte, por sus caprichos y por sus fantasías. Cuando se muestra en la plenitud de sus facultades, saborea la admiración que provoca y se ofende de no ser elogiado por sus obras fallidas, en las que con los ojos del alma ve todo aquello que el público es incapaz de percibir. Extremadamente caprichoso, sus amigos le han visto destruir un cuadro acabado que a él le parecía demasiado relamido. «Es demasiado amanerado —decía—, demasiado académico.» A veces original y sublime, está sujeto a todas las felicidades y desdichas de los temperamentos nerviosos, en quienes el anhelo de perfección se convierte en una enfermedad. Es un espíritu hermano del de Sterne, talento literario aparte. Sus palabras, sus destellos de pensamiento tienen un sabor inaudito. Es elocuente y sabe amar, no obstante sus caprichos, que manifiesta tanto en sus sentimientos como en sus actos. Era apreciado en el Cenáculo precisamente por lo que el mundo burgués habría llamado sus defectos. Y, por último, Fulgence Ridal, uno de los autores de nuestro tiempo de mayor inspiración cómica, un poeta indiferente a la gloria, que sólo da a la escena sus producciones más vulgares y conserva en el serrallo de su cerebro, para él y para sus amigos, las más bellas escenas, y que le pide al público sólo el dinero necesario para su independencia y que, una vez obtenido, no quiere hacer ya nada. Perezoso y fecundo como Rossini, obligado, como los grandes poetas cómicos, como Molière y Rabelais, a ver en todo los pros y los contras, era escéptico, capaz de reírse y se reía de todo. Fulgence Ridal es un gran filósofo práctico. Su conocimiento del mundo, su genio para la observación, su desdén por la gloria, a la que llamaba la fanfarria, no le han secado el corazón. Tan solícito para con el prójimo como desinteresado para consigo mismo, si da un paso es por un amigo. Para no desmentir su máscara verdaderamente rabelesiana, no aborrece la buena mesa ni tampoco la busca, es a la vez melancólico y alegre. Sus amigos le llaman «la mascota del regimiento», y nada lo pinta mejor que este apodo. Otros tres, tan superiores al menos como estos cuatro amigos pintados de perfil, habían de sucumbir uno tras otro: el primero de ellos, Meyraux, muerto tras haber provocado la célebre disputa entre Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire, gran debate que había de dividir al mundo científico a favor o en contra de estos dos genios equiparables, algunos meses antes de la muerte de quien abogaba por una ciencia rigurosa y analítica contra la panteísta, que sobrevive y que Alemania venera. Meyraux era el amigo de aquel Louis a quien una muerte prematura no tardaría en arrebatar al mundo intelectual. A estos dos hombres, marcados ambos por la muerte, los dos hoy desconocidos pese al inmenso alcance de su saber y de su genio, hay que añadir a Michel Chrestien, republicano de grandes vuelos que soñaba con la federación de Europa y que, en 1830, tuvo un papel destacado en el movimiento moral de los sansimonianos. Político de la fuerza de Saint-Just y de Danton, pero sencillo y dulce como una muchacha, lleno de ilusiones y de amor, dotado de una melodiosa voz que habría encantado a Mozart, Weber o Rossini, y cantando ciertas canciones de Béranger como para embriagar el corazón de poesía, amor y esperanza, Michel Chrestien, pobre como Lucien, como Daniel, como todos sus amigos, se ganaba la vida con una despreocupación digna de Diógenes. Preparaba índices de materias para grandes obras, folletos para los editores, mudo por lo que respectaba a sus doctrinas como es muda una tumba sobre los secretos de la muerte. Este alegre bohemio de la inteligencia, este gran estadista, que tal vez habría cambiado la faz del mundo, murió en el claustro de Saint-Merry como un soldado raso. La bala de algún comerciante mató allí a una de las más nobles criaturas que pisara nunca suelo francés. Michel Chrestien pereció por otras doctrinas que las suyas. Su federación amenazaba mucho más que la propaganda republicana a la aristocracia europea; era más racional y menos loca que las horribles ideas de libertad indiscriminada proclamadas por los jóvenes insensatos que se consideran herederos de la Convención. Este noble plebeyo fue llorado por todos cuantos le conocieron; no hay ninguno de ellos que no piense, y bastante a menudo, en este gran hombre y desconocido político.

Estas nueve personas formaban un Cenáculo en el que la estima y la amistad hacían que la paz reinara entre las más opuestas ideas y doctrinas. Daniel d’Arthez, gentilhombre picardo, defendía la monarquía con un tesón igual al que hacía que Michel Chrestien defendiera su federalismo europeo.

Fulgence Ridal se burlaba de las doctrinas filosóficas de Léon Giraud, quien predecía a D’Arthez el fin del cristianismo y de la familia. Michel Chrestien, que creía en la religión de Cristo, divino legislador de la Igualdad, defendía la inmortalidad del alma contra el escalpelo de Bianchon, el analista por excelencia. Todos discutían sin pelearse. No conocían la vanidad, al ser ellos mismos su propio auditorio. Se confiaban sus trabajos y se consultaban con la adorable buena fe de la juventud. Si se trataba de una cuestión seria, el contrincante abandonaba su propia opinión para tratar de comprender las ideas de su amigo, tanto más dispuesto a ayudarle por ser imparcial en una causa o en una obra cuyas ideas no compartía. Tenían casi todos un carácter bondadoso y tolerante, dos cualidades que demostraban su superioridad. La envidia, ese horrible tesoro de nuestras esperanzas defraudadas, de nuestro talento abortado, de nuestros éxitos frustrados y de nuestras pretensiones heridas, les era desconocida. Todos seguían, además, caminos distintos. Así, todos los que fueron admitidos, como Lucien, en su compañía, se sentían cómodos. El verdadero talento es siempre bondadoso y candoroso, abierto y nada estirado; en él, el epigrama acaricia la inteligencia y no hiere jamás el amor propio. Una vez pasada la primera emoción causada por el respeto, se sentían dulzuras infinitas al lado de aquellos espíritus selectos. La familiaridad no excluía la conciencia que cada uno tenía de su propia valía, cada uno sentía una profunda estima por sus compañeros; cada uno, en suma, se sentía en el deber de ser a su vez el benefactor o el beneficiado, todos lo aceptaban francamente. Las conversaciones, llenas de encanto y nada fatigosas, abarcaban los más variados temas. Ligeras como saetas, las palabras tocaban el fondo, sin ser por ello menos rápidas. La gran miseria exterior y el esplendor de las riquezas intelectuales producían un contraste singular. Nadie pensaba allí en las realidades de la vida más que para hacer bromas amistosas con ellas. Un día que el frío se dejó sentir prematuramente, cinco de los amigos de D’Arthez que llegaron habían tenido la misma idea: todos traían leña bajo su abrigo, como en esas comidas campestres en las que cada invitado debe llevar algo para comer y todos traen un paté. Adornados todos ellos de esa belleza moral que se refleja en el aspecto exterior, y que, no menos que los trabajos y las veladas, dora los rostros jóvenes de un color divino, presentaban esos rasgos algo atormentados que la pureza de la vida y el fuego del pensamiento vuelven regulares y purifican. Sus amplias frentes de poetas llamaban enseguida la atención. Sus ojos vivos y brillantes daban fe de una vida sin tacha. Las penalidades de la miseria, cuando se dejaban sentir, eran tan alegremente soportadas, eran aceptadas con tal entusiasmo por todos, que no alteraban en modo alguno la serenidad propia de los rostros de los jóvenes que no han cometido aún graves errores, que no han cedido aún a ninguna de las viles componendas fruto de la miseria mal soportada, el deseo ardiente de triunfar a cualquier precio y la fácil complacencia con la que los literatos aceptan o perdonan las traiciones. Lo que hace a las amistades indisolubles y redobla su encanto es un sentimiento que falta al amor: la confianza. Estos jóvenes se sentían seguros de sí mismos: el enemigo de uno de ellos se convertía en el enemigo de todos, y habrían dejado de lado sus intereses más urgentes por obedecer a la sagrada solidaridad de sus corazones. Incapaces todos ellos de una vileza, podían responder con un «no» formidable a cualquier acusación y defenderse mutuamente con seguridad. Su nobleza de corazón y de sentimientos les permitía pensar y decirse cualquier cosa en el terreno de las ideas y del conocimiento; de ahí lo inocente de su trato y lo alegre de sus palabras. Seguros de comprenderse, sus espíritus divagaban a sus anchas; así no existían los cumplidos entre ellos y se confiaban sus penas y alegrías, pensaban y sufrían con cuerpo y alma. Las encantadoras delicadezas que hacen de la fábula de Los dos amigos un tesoro para las grandes almas eran habituales entre ellos. Es comprensible, por tanto, su gran exigencia a la hora de admitir en su grupo a un nuevo adepto. Tenían demasiada conciencia de su grandeza y de su felicidad para perturbar su amistad admitiendo a elementos nuevos y desconocidos.

Esta federación de sentimientos e intereses duró veinte años sin enfrentamientos ni desengaños. La muerte, que les arrebató a Louis Lambert, Meyraux y Michel Chrestien, fue la única que pudo disminuir esta noble Pléyade. Cuando, en 1832, sucumbió este último, Horace Bianchon, Daniel d’Arthez, Léon Giraud, Joseph Bridau y Fulgence Ridal fueron, pese al peligro que entrañaba este paso, a recuperar su cuerpo a Saint-Merry para rendirle los últimos honores a despecho de la Política. De noche acompañaron aquellos amados restos hasta el cementerio del Père-Lachaise. Horace Bianchon solventó todas las dificultades al respecto y no retrocedió ante ninguna; llegó a solicitar la intervención de los ministros confesándoles su vieja amistad con el federalista muerto. Fue una escena conmovedora, que quedó grabada en la memoria de los amigos poco numerosos que acompañaron a los cinco célebres personajes. Paseando por este elegante cementerio, veréis un terreno adquirido a perpetuidad, en el que se alza una tumba cubierta de hierba que remata una cruz de madera negra en la que han sido grabados en letras rojas estos dos nombres: MICHEL CHRESTIEN. Es el único monumento que existe de ese estilo. Los cinco amigos pensaron que había que rendir homenaje a aquel hombre sencillo con esta sencillez.

En aquella fría buhardilla se hacían realidad, pues, los más hermosos sueños del sentimiento. Allí, un grupo de amigos fraternos, todos igual de dotados en distintos campos del saber, se ilustraban mutuamente de buena fe, se lo confiaban todo, incluso sus malos pensamientos, todos de una instrucción inmensa y todos acrisolados por la miseria. Una vez admitido entre aquellos seres selectos y aceptado como su igual, Lucien representó allí la Poesía y la Belleza. Leyó sonetos que fueron admirados. Se le pedía un soneto igual que se rogaba a Chrestien que cantara una canción. En el desierto de París, Lucien encontró, pues, un oasis en la rue des Quatre-Vents.

A principios del mes de octubre, Lucien, después de haber empleado el resto de su dinero en procurarse un poco de leña, se quedó sin recursos en medio del más entusiasta trabajo, el de rehacer su obra. Daniel d’Arthez quemaba cortezas de encina y soportaba heroicamente la miseria: no se quejaba, era ordenado como una solterona y se parecía a un avaro, a tal punto era metódico. Este valor estimulaba el de Lucien, quien, recién llegado al Cenáculo, sentía una invencible repugnancia por hablar de su desgracia. Una mañana se fue hasta la rue du Coq para venderle El arquero de Carlos IX a Doguereau, a quien no encontró. Ignoraba Lucien de cuánta indulgencia son capaces los grandes espíritus. Todos sus amigos comprendían las flaquezas propias de los poetas, los abatimientos que siguen a los esfuerzos del alma exaltada por la contemplación de la Naturaleza que tienen por misión reproducir. Estos hombres tan fuertes cuando se trata de soportar los propios males se compadecían de los sufrimientos de Lucien. Habían comprendido que no tenía dinero. El Cenáculo coronó, pues, las gratas veladas dedicadas a la conversación, a profundas meditaciones, a la poesía, a las confidencias, a los vuelos a alas desplegadas por los dominios de la inteligencia, del porvenir de las naciones, de la Historia, con un gesto que prueba lo poco que Lucien había comprendido a sus nuevos amigos.

—Lucien, amigo mío —le dijo Daniel—, ayer no viniste a cenar a Flicoteaux, y sabemos por qué.

Lucien no pudo contener unas lágrimas que rodaron por sus mejillas.

—No has tenido confianza en nosotros —le dijo Michel Chrestien—; haremos una cruz en la chimenea, y cuando hayamos llegado a diez…

—Todos nosotros —intervino Bianchon— hemos encontrado algún trabajo ocasional: yo he cuidado por cuenta de Desplein a un enfermo rico; D'Arthez ha escrito un artículo para La Revue encyclopédique; Chrestien quiso ir a cantar una noche a los Campos Elíseos tocado con un pañuelo y con cuatro velas, pero le ha salido hacer un folleto para un hombre que aspira a ser un personaje político, y le ha ofrecido seiscientos francos por hacer de Maquiavelo; Léon Giraud ha pedido prestados cincuenta francos a su editor; Joseph ha vendido algún boceto y Fulgence estrenó su obra el domingo y hubo un lleno total.

—Aquí tienes doscientos francos —le dijo Daniel—, acéptalos y que no se repita.

—Vamos, ¿es que no vas a abrazarnos, como si hubiéramos hecho algo fuera de lo común? —dijo Chrestien.

Para que se comprenda qué delicias sentía Lucien en medio de esta enciclopedia viviente de espíritus angélicos, de jóvenes marcados con el sello de una distinta originalidad fruto del saber que cada uno cultivaba, bastará con reproducir las respuestas que recibió Lucien, al día siguiente, a una carta escrita a su familia, obra maestra de sensibilidad, de buena voluntad, un horrible grito que le había arrancado su miseria.

DAVID SÉCHARD A LUCIEN

Mi querido Lucien:

Adjunta encontrarás una letra de cambio a noventa días y a tu nombre por valor de doscientos francos. Podrás negociarla con monsieur Métivier, comerciante en papel, nuestro corresponsal en París, rue Serpente. Mi buen Lucien, no tenemos absolutamente nada. Mi mujer se ha puesto a dirigir la imprenta, y desempeña su trabajo con tal abnegación, paciencia y actividad que me hace bendecir el cielo por haberme dado a semejante ángel por mujer. Ella misma ha podido comprobar la imposibilidad en que nos encontramos de enviarte la más pequeña ayuda. Pero, amigo mío, te creo en tan buen camino, acompañado de corazones tan grandes y nobles, que no podrás faltar a tu hermoso destino contando con el apoyo de las inteligencias casi divinas de los señores Daniel d'Arthez, Michel Chrestien y Léon Giraud, aconsejado por los señores Meyraux, Bianchon y Ridal, que tu querida carta nos ha hecho conocer. A espaldas de Ève, te he suscrito, pues, este efecto, que ya encontraré la manera de rembolsar a su vencimiento. No te apartes de tu camino: es arduo, pero será glorioso. Antes preferiría sufrir mil penalidades que saber que has caído en uno de los cenagales de París, donde he visto tantos. Ten el valor de evitar, como haces, los lugares de mala nota, a la gente poco recomendable, los atolondrados y ciertos literatos que aprendí a apreciar en su justo valor durante mi estancia allí. En fin, sé el digno émulo de esos espíritus celestes que me has hecho apreciar. Tu conducta no tardará en verse recompensada. Adiós, mi querido hermano, te has ganado mi corazón, pues no esperaba de ti tanto valor.

David

ÈVE SÉCHARD A LUCIEN

Querido hermano:

Tu carta nos ha hecho llorar a todos. Que lo sepan esos buenos y nobles corazones hacia los que te guía tu ángel bueno: una madre y una pobre mujer rezarán a Dios mañana y tarde por ellos, y si las más fervientes oraciones se elevan hasta su trono, no dejarán de obtener algunos favores para todos vosotros. Sí, hermano mío, sus nombres están grabados en mi corazón. ¡Ah!, espero llegar a conocerlos algún día. Iré, aunque tenga que hacer el camino a pie, para agradecerles su amistad por ti, pues se ha extendido como un bálsamo sobre mis llagas en carne viva. Aquí, querido, trabajamos como pobres obreros. Mi marido, ese gran hombre desconocido a quien quiero cada día más al descubrir a cada momento nuevas riquezas en su corazón, desatiende su imprenta y yo intuyo por qué: tu miseria, la nuestra, la de nuestra madre, le están matando. Nuestro adorado David es como Prometeo devorado por el buitre, un suplicio atroz causado por un agudo pico. Pero él, tan noble, no piensa en absoluto en ello, pues tiene la esperanza de hacer fortuna. Se pasa los días haciendo experimentos sobre la fabricación del papel; me ha rogado que me ocupe yo en su lugar de los negocios, en los que me ayuda todo cuanto se lo permite su ocupación. Y, ¡ay!, estoy además en estado. Este hecho, que me habría colmado de alegría en otras circunstancias, me entristece en la situación en que nos encontramos todos. Mi pobre madre ha rejuvenecido, ha encontrado fuerzas para su fatigoso oficio de cuidar enfermos. Si no fuera por los apuros económicos, seríamos felices. El viejo papá Séchard no quiere darle a su hijo ni un céntimo; David fue a verle para pedirle algún dinero con el que socorrerte, pues tu carta le sumió en la desesperación. «Conozco a Lucien, perderá la cabeza y hará alguna tontería», decía. Yo le reñí. «¿Mi hermano faltar a su deber? —le respondí—. Lucien sabe que me moriría de pena.» Mi madre y yo, a escondidas de David, hemos empeñado algunas cosas; mi madre las recuperará en cuanto hayamos hecho algún dinero. Hemos podido así reunir cien francos que te envío por las Mensajerías. No te enfades conmigo, mi querido hermano, si no contesté a tu primera carta. Estábamos en una situación en la que había que pasar las noches en blanco y yo trabajaba como un hombre. ¡Ah!, no me creía con tantas fuerzas. Madame de Bargeton es una mujer sin alma ni corazón; estaba obligada, por más que ya no te amase, a protegerte y ayudarte después de haberte arrancado de nuestros brazos para lanzarte a ese espantoso mar parisiense donde es necesaria una bendición de Dios para encontrar verdaderas amistades en medio de esa vorágine de hombres y de intereses. No es digna de recuerdo. Me habría gustado que tuvieras a tu lado a una mujer abnegada, alguien como yo; pero ahora que sé que tienes amigos que sienten por ti nuestros mismos sentimientos, me siento más tranquila. ¡Despliega tus alas, mi bello y amado genio! Serás nuestro orgullo, como ya eres nuestro amor.

Ève

Mi niño querido:

No me resta más que bendecirte después de lo que dice tu hermana, y asegurarte que mis oraciones y mi pensamiento están puestos sólo en ti, en detrimento de todos cuantos me rodean; pues hay corazones en los que los ausentes pueden más y así sucede en el corazón de

Tu madre

Así, dos días después, Lucien pudo devolver a sus amigos el préstamo tan dadivosamente ofrecido. Tal vez nunca le pareció la vida más hermosa, pero el gesto de su amor propio no escapó a la penetrante mirada de sus amigos y a su delicada sensibilidad.

— ¡Cualquiera diría que temes debernos algo! —exclamó Fulgence.

— ¡Oh!, la satisfacción que manifiesta es para mí algo muy grave —dijo Michel Chrestien—, confirma totalmente mis observaciones: Lucien es vanidoso.

—Es poeta —terció D’Arthez.

— ¿Acaso me reprocháis un sentimiento tan natural como el mío?

—Hay que reconocer que no nos lo ha ocultado —dijo Léon Giraud—; todavía es franco, pero mucho me temo que tarde o temprano acabe desconfiando de nosotros.

— ¿Y por qué? —preguntó Lucien.

—Porque leemos en tu corazón —respondió Joseph Bridau.

—Hay en ti —le dijo Michel Chrestien— un espíritu diabólico que te haría justificar a tus propios ojos las cosas más contrarias a nuestros principios: en vez de ser un sofista de las ideas serás un sofista de la acción.

— ¡Ah!, mucho me temo, Lucien —dijo D’Arthez—, que sufrirás conflictos interiores admirables que te engrandecerán y llevarán a comportarte de modo reprobable… Estarás siempre en contradicción contigo mismo.

— ¿En qué os basáis para vuestra requisitoria? —preguntó Lucien.

— ¡Tu vanidad, mi querido poeta, es tan grande que hasta se refleja en tu amistad! —exclamó Fulgence—. Cualquier vanidad de este tipo revela un terrible egoísmo, y el egoísmo es el veneno de la amistad.

— ¡Oh, Dios mío, veo que no sabéis cuánto os quiero! —exclamó Lucien.

—Si nos quisieras como nos queremos nosotros, ¿te habrías dado tanta prisa por devolvernos lo que con tanto gusto te dimos?

—Aquí no se presta nada, se da —le dijo brutalmente Joseph Bridau.

—No nos creas duros de corazón, muchacho —le dijo Michel Chrestien—, simplemente somos previsores. Tememos verte preferir un día las alegrías de una pequeña venganza a las alegrías de nuestra pura amistad. Lee el Tasso de Goethe, la más grande de las obras de este gran genio, y verás cómo en ella el poeta gusta delas telas preciosas, los festines, el triunfo, el esplendor: pues bien, sé Tasso sin su locura. ¿Te llamarán el mundo y sus placeres?… Quédate aquí. Traslada a la región de las ideas todo cuanto les pides a tus vanidades. Locura por locura, pon la virtud en tus acciones y el vicio en tus ideas, en lugar de, como te decía D’Arthez, pensar bien y comportarte mal.

Lucien bajó la cabeza; sus amigos tenían razón.

—Confieso que no soy tan fuerte como vosotros —dijo dirigiéndoles una mirada adorable—. No tengo redaños para enfrentarme a París, para luchar con valor. La naturaleza nos ha dado temperamentos y facultades distintas, y vosotros conocéis mejor que nadie la otra cara de los vicios y de las virtudes. Ya estoy cansado, os lo confieso.

—Nosotros seremos tu bastón. Para eso están, precisamente, los amigos fieles —dijo D’Arthez.

—La ayuda que acabo de recibir es precaria y todos somos igual de pobres; pronto volverá a acuciarme la necesidad. Chrestien, a sueldo del primero que llega, nada puede en el mundo de la edición. Bianchon vive al margen de este tipo de asuntos. D’Arthez no conoce más que a editores de libros de ciencias o especializados, que nada tienen que ver con los editores de novedades. Horace, Fulgence Ridal y Bridau trabajan en campos distintos que les sitúan a cien leguas de las casas de edición. He de tomar una determinación.

—Toma, pues, la que hemos tomado nosotros, ¡sufrir! —dijo Bianchon —. ¡Sufrir valientemente y tener fe en el trabajo!

— ¡Pero lo que para vosotros no es más que sufrimiento para mí es la muerte! —dijo vivamente Lucien.

—Antes de que cante el gallo tres veces —dijo Léon Giraud sonriendo —, este hombre habrá traicionado la causa del Trabajo por la de la pereza y los vicios de París.

— ¿Adónde os ha llevado a vosotros el trabajo? —preguntó Lucien entre risas.

—Cuando se va de París a Italia, no se encuentra una Roma a mitad de camino —dijo Joseph Bridau—. Para ti los guisantes deberían crecer ya preparados con mantequilla.

—Sólo crecen así para los primogénitos de los pares de Francia —dijo Michel Chrestien—. Pero nosotros los sembramos, los regamos y los encontramos mejores.

La conversación se volvió divertida y siguió por otros derroteros. Aquellos espíritus perspicaces, aquellos corazones delicados, trataron de hacerle olvidar esta pequeña disputa a Lucien, quien a partir de aquel momento comprendió lo difícil que era engañarlos. No tardó en dominarle una desesperación interior, que ocultó con sumo cuidado a sus amigos, creyéndoles unos mentores implacables. Su carácter meridional, que tan fácilmente recorría el teclado de los sentimientos, le hacía tomar las más contradictorias decisiones.

En varias ocasiones habló de dedicarse al periodismo, y siempre sus amigos le replicaron: «¡Guárdate mucho de hacerlo!».

—Sería la tumba del apuesto y delicado Lucien que queremos y conocemos —dijo D’Arthez.

—No resistirías la constante oposición de placer y de trabajo que se da en la vida de los periodistas; y resistir es el fondo de la virtud. Estarías tan encantado de ejercer el poder, de tener derecho a la vida y a la muerte sobre las obras del pensamiento, que te convertirías en periodista en dos meses. Ser periodista es llegar a procónsul en la República de las Letras. ¡Quien puede decirlo todo llega a poder hacerlo todo! Esta máxima es de Napoleón, y se comprende.

— ¿No estaréis a mi lado? —preguntó Lucien.

—Ya no —exclamó Fulgence—. Siendo periodista, no pensarás en nosotros más de lo que la muchacha brillante y adorada de la Ópera, en su coche forrado de seda, piensa en su pueblo, sus vacas y sus zuecos. A ti te sobran cualidades para ser periodista: la brillantez y la rapidez mental. No renunciarás nunca a una frase ingeniosa, aunque haga llorar a un amigo. Yo, cuando veo a los periodistas en los foyers de los teatros, siento horror. El periodismo es un infierno, un abismo de iniquidades, de mentiras, de traiciones, que es imposible atravesar y del que es imposible salir indemne si no es protegido, como Dante, por el divino laurel de Virgilio.

Cuanto más trataba el Cenáculo de apartar a Lucien de este camino, más su deseo de conocer el peligro lo incitaba a aventurarse en él, y comenzó a preguntarse si no era ridículo dejarse sorprender una vez más por la miseria sin haber hecho nada por evitarla. Viendo cómo habían fracasado sus gestiones para publicar su primera novela, Lucien estaba poco dispuesto a escribir una segunda. Además, ¿de qué viviría mientras la escribiese? Había agotado su dosis de paciencia durante un mes de privaciones. ¿Acaso no podría hacer de forma noble lo que los periodistas hacían sin conciencia ni dignidad? Sus amigos le ofendían con su desconfianza, quería demostrarles su entereza de carácter. Tal vez un día pudiera ayudarles; ¡sería así el heraldo de sus glorias!

—Por otra parte, ¿qué es una amistad que retrocede ante la complicidad? —le preguntó una tarde a Michel Chrestien, a quien había acompañado de vuelta a su casa junto con Léon Giraud.

—Nosotros no retrocedemos ante nada —respondió Michel Chrestien —. Si tuvieras la desgracia de matar a tu amante, yo te ayudaría a ocultar tu crimen y aún podría seguir apreciándote; pero si te hicieras soplón, te rehuiría con horror, porque serías vil e infame por sistema. Así es el periodismo, en dos palabras. La amistad perdona el error, el impulso irreflexivo de la pasión; pero debe mostrarse implacable con la premeditación de traficar con el alma, la inteligencia y el pensamiento propios.

— ¿No puedo hacerme periodista para vender mi libro de poemas y mi novela, y dejar luego el periodismo?

—Esa sería la manera de actuar de Maquiavelo, pero no la de Lucien de Rubempré —dijo Léon Giraud.

—Pues bien —exclamó Lucien—, os demostraré que no soy menos que Maquiavelo.

— ¡Ah! —exclamó Michel apretando la mano de Léon—, acabas de perderle. Lucien —le dijo—, tienes ahora trescientos francos, suficiente para vivir tres meses cómodamente; pues bien, trabaja, escribe una segunda novela; D'Arthez y Fulgence te ayudarán en la trama, harás progresos y te convertirás en un novelista. Ya entraré yo en uno de esos lupanares del pensamiento, seré periodista durante tres meses, venderé tus libros a cualquier editor cuyas publicaciones atacaré, escribiré los artículos y conseguiré otros para ti; organizaremos un gran éxito; serás un gran hombre y seguirás siendo nuestro Lucien.

— ¡Me menosprecias si crees que voy a sucumbir en aquello en lo que tú te salvarás! —le respondió el poeta.

— ¡Perdonadle, Dios mío, es un niño! —exclamó Michel Chrestien.

Después de haber aguzado su ingenio durante las veladas pasadas en casa de D'Arthez, Lucien había estudiado las chanzas y los artículos de los pequeños periódicos. Seguro de estar a la altura de los más inteligentes redactores, se entrenó en secreto en esta gimnasia mental, y salió una mañana con la idea triunfal de ir a pedirle trabajo a algún coronel de esas tropas ligeras de la Prensa. Se vistió con sus mejores galas y cruzó los puentes, pensando que los autores, los periodistas, los escritores, en una palabra, sus futuros hermanos, tendrían y demostrarían un poco más de afecto y de desinterés que los dos tipos de libreros contra los que habían topado sus esperanzas. Encontraría simpatías, quizás algún afecto bueno y dulce como el que había encontrado en el Cenáculo de la rue des Quatre-Vents. Presa de las emociones producidas por el presentimiento que le había asaltado y combatido, al que son tan dados los hombres de imaginación, llegó a la rue Saint-Fiacre, al lado del bulevar Montmartre, enfrente del inmueble donde se encontraban las oficinas del pequeño periódico y cuyo aspecto le hizo sentir las palpitaciones del joven que entra por primera vez en un lugar de mala nota. A pesar de ello, subió hasta las oficinas, situadas en el entresuelo. En la primera estancia, que dividía en dos partes iguales una pared medianera, mitad enmaderada, mitad enrejillada hasta el techo, encontró a un inválido manco que sujetaba con su única mano varias resmas de papel sobre su cabeza y la libreta exigida por la oficina del Timbre entre los dientes. Este pobre hombre, cuyo rostro amarillento estaba salpicado de bultos rojos, lo cual le había valido el apodo de «Coloquíntida», le señaló tras el enrejillado al Cancerbero del periódico. Este personaje era un antiguo oficial condecorado, con la nariz casi oculta por unos canos bigotes, tocado con un gorro de seda negra y embutido en una amplia levita azul como una tortuga dentro de su caparazón.

— ¿A partir de qué día quiere el señor que comience su suscripción? —le preguntó el oficial del Imperio.

—No vengo para ninguna suscripción —respondió Lucien.

El poeta miró, en la puerta por la que había entrado, el letrero en el que se leían las palabras OFICINA DE REDACCIÓN, y debajo: PROHIBIDA LA ENTRADA AL PÚBLICO.

—Una reclamación, sin duda —prosiguió el soldado de Napoleón—. ¡Ah!, sí, hemos sido duros con Mariette. ¿Qué quiere que le diga?, aún no sé por qué. Pero si pide una satisfacción, estoy dispuesto a dársela —añadió mirando los floretes y las pistolas, una especie de panoplia moderna agrupada en pabellón en un rincón.

—Menos aún, señor. Vengo para hablar con el redactor jefe.

—Aquí no hay nadie antes de las cuatro.

—Vea, mi querido Giroudeau, me salen once columnas, que a cien sueldos la colaboración hacen cincuenta y cinco francos; he recibido cuarenta, por lo que me debe aún quince, como le decía…

Estas palabras fueron dichas por una cara de garduña, descolorida como la clara de un huevo mal cocido, perforada por dos ojos de un azul pálido, pero de una malicia tremenda, y que pertenecían a un joven delgado, escondido detrás del cuerpo opaco del antiguo militar. Esta voz dejó helado a Lucien, pues tenía algo de maullido de gato y de ahogo asmático de hiena.

—Sí, mi pequeño miliciano —respondió el oficial retirado—, pero usted cuenta los títulos y los blancos, y yo tengo órdenes de Finot de sumar el total de las líneas y dividirlas por el número fijado para cada columna. Después de practicar esta operación de estrangulamiento en su artículo, el resultado da tres columnas menos.

— ¡No paga los blancos, el muy judío!, y se los cuenta a su socio en el coste total del artículo. Voy a ir a ver a Étienne Lousteau, Vernou…

—Yo no puedo infringir las órdenes, amigo —dijo el oficial—. ¡Cómo!, ¿por quince francos grita contra quien le da de comer, usted que hace artículos tan fácilmente como yo me fumo un cigarro? Pues bien, pague un vaso de ponche menos a sus amigos, o gane una partida más al billar, y asunto concluido.

—Finot quiere hacer unos ahorros que le saldrán muy caros —respondió el redactor, que se levantó y se fue.

— ¿No se diría que es Voltaire o Rousseau? —se dijo para sí el cajero mirando al poeta de provincias.

—Señor —dijo Lucien—, volveré hacia las cuatro.

Durante la discusión, Lucien había visto en las paredes los retratos de Benjamin Constant, del general Foy y de los diecisiete oradores ilustres del partido liberal, mezclados con caricaturas contra el Gobierno. Había mirado, sobre todo, la puerta del santuario en el que debía de hacerse el ingenioso diario que le divertía todos los días y que gozaba del derecho a ridiculizar a los reyes y los más graves acontecimientos, en fin, de ponerlo todo en solfa por medio de una agudeza. Se fue a callejear por los bulevares, un placer totalmente nuevo para él, pero tan atractivo que vio las agujas de las péndulas en las relojerías marcando las cuatro sin caer en la cuenta de que no había comido. Volvió el poeta a toda prisa a la rue de Saint-Fiacre, subió la escalera, abrió la puerta, no encontró ya al viejo militar y vio al inválido sentado sobre su papel timbrado, comiéndose un mendrugo y guardando su puesto con aire de resignación, acostumbrado como estaba al periódico como antaño a las faenas del ejército, y sin entenderlo más de lo que había comprendido nunca el porqué de las marchas rápidas ordenadas por el Emperador. Lucien tuvo la audaz idea de engañar a este temible funcionario; pasó con el sombrero encasquetado y abrió, como si estuviera en su casa, la puerta del santuario. La oficina de la redacción ofreció a sus ávidas miradas una mesa redonda cubierta por un tapete verde, seis sillas de cerezo con el asiento de enea aún nueva. El pequeño embaldosado de esta estancia, de colores, no había sido aún fregado, pero estaba limpio, lo cual indicaba una afluencia de público bastante escasa. Sobre la chimenea, un espejo, un reloj de pared de tendero cubierto de polvo, dos candelabros en los que las velas habían sido brutalmente encajadas, y unas tarjetas de visita desparramadas. Encima de la mesa, se veían unos viejos periódicos arrugados en torno a un tintero en el que la tinta seca parecía laca y adornado con unas plumas en estrella. En unos papeluchos leyó algunos artículos de escritura ilegible y casi jeroglífica, rasgados en su parte superior por los cajistas de la imprenta, a quienes esta marca sirve para reconocer los artículos ya compuestos. Luego, aquí y allá, en unos papeles grises pudo admirar unas caricaturas dibujadas con bastante ingenio por gente que, sin duda, había tratado de matar el tiempo de paso que mataba alguna cosa para tener entretenida la mano. Sobre el empapelado de un color verde agua, vio prendidos con alfileres nueve dibujos diferentes realizados a pluma sobre El solitario, libro cuyo éxito inaudito hablaba en su favor en toda Europa y que debía de dar mucho que hacer a los periodistas. — La aparición de El solitario en provincias sorprende a las mujeres. — El solitario leído en un castillo. — El efecto de El solitario en los animales domésticos. — El solitario, explicado a los salvajes, alcanza un brillante éxito. — El solitario, traducido al chino, es presentado por el autor al emperador de Pekín. — Elodie violada en el Montsauvage. Esta caricatura le pareció muy impúdica a Lucien, pero le hizo reír. — El solitario, bajo palio, paseado en procesión por los periódicos. — El solitario, al hacer estallar una prensa, hiere a los osos. — Leído al revés, El solitario sorprende a los académicos por su excelsa belleza. En una faja de periódico Lucien vio un dibujo que representaba a un redactor que alargaba su sombrero, y debajo escrito: «Finot, ¿y mis cien francos?», firmado con un nombre que luego se ha hecho famoso, pero que nunca será ilustre. Entre la chimenea y la ventana había una mesa escritorio, un sillón de caoba, una papelera y una alfombra oblonga llamada devant de cheminée, todo ello cubierto por una espesa capa de polvo. Las ventanas no tenían más que unos visillos. Sobre este escritorio había cerca de veinte obras dejadas allí durante el día, grabados de música, tabaqueras adornadas con la Carta, un ejemplar de la novena edición de El solitario, que seguía siendo la gran chacota del momento, y una decena de cartas lacradas. Cuando Lucien hubo inventariado este extraño moblaje, hecho numerosas reflexiones trascendentes, y dieron las cinco, volvió a donde se encontraba el inválido para preguntarle. Coloquíntida se había terminado su mendrugo y esperaba con la paciencia del centinela al militar condecorado que tal vez se estaba paseando por el bulevar. Justo en aquel momento apareció una mujer en el umbral de la puerta, tras haber hecho oír el crujido de su vestido por la escalera y ese leve paso femenino tan fácilmente reconocible. Era bastante bonita.

—Señor —le dijo a Lucien—, sé por qué alaba tanto usted los sombreros de mademoiselle Virginie, y vengo, en primer lugar, a pedirle una suscripción por un año, pero dígame sus condiciones…

—Señora, yo no soy del periódico…

— ¡Ah!

— ¿Una suscripción a partir de octubre? —preguntó el inválido.

— ¿Qué reclama usted, señora? —preguntó el viejo militar, que apareció en aquel momento.

El viejo oficial se puso a charlar con la bella comerciante en géneros de moda. Cuando Lucien, que se estaba impacientando de tanto esperar, entró en la primera estancia, oyó esta frase final:

—Pero estaré encantada, señor. Mademoiselle Florentine puede venir a mi tienda y escoger lo que guste. Tengo cintas también. Así que todo arreglado: no hablará usted más de Virginie, ¡una chapucera incapaz de crear un solo modelo, mientras que yo sí que los creo!

Lucien oyó caer cierto número de escudos en la caja. Luego el militar comenzó a hacer sus cuentas diarias.

—Llevo una hora esperando, señor —dijo el poeta con cierto tono de enfado en la voz.

—No han venido aún —dijo el veterano napoleónico manifestando cierto interés por simple cortesía—. No me extraña. Hace ya algún tiempo que no les veo el pelo, y ya estamos a mitad de mes. Estos perros viejos no aparecen más que para cobrar, del veintinueve al treinta.

— ¿Y monsieur Finot? —preguntó Lucien, que había retenido el nombre del director.

—Está en su casa, en la rue Feydeau. Coloquíntida, amigo mío, llévale todo lo que ha llegado hoy cuando te pases para llevar el papel a la imprenta.

—Pero ¿dónde se hace el periódico? —dijo Lucien hablando consigo mismo.

— ¿El periódico? —repitió el empleado, que recibió de Coloquíntida el resto del dinero de la oficina del Timbre—. ¿El periódico?… ¡Ejem, ejem! Amigo, mañana esté a las seis en la imprenta para ver cómo se mete prisa a los repartidores. El periódico, señor, se hace en la calle, en casa de los autores, en la imprenta, entre las once y medianoche. En tiempos del

Emperador, señor, estas tiendas de sucio papel no se conocían. ¡Ah!, se las habría quitado de en medio con cuatro hombres y un cabo, y no se habría dejado fastidiar con simples palabras. Pero basta de charlas. Si mi sobrino saca provecho de esto y quiere que se escriba para el hijo del otro, ¡ejem, ejem!, no hace mal después de todo. ¡Ah!, como no parece que los suscriptores vayan a venir en columna cerrada, dejaré mi puesto.

—Señor, me parece al corriente de la redacción del periódico.

—Desde un punto de vista financiero, ¡ejem, ejem! —dijo el soldado tragándose las flemas que tenía en el gaznate—. Según el talento, a cien sueldos o tres francos la columna de cincuenta líneas de cuarenta espacios, sin blancos. En cuanto a los redactores, son unos tipos raros, jovenzuelos que no habría querido ni para soldados de tren de equipajes, y que, por poner unas patitas de mosca en un papel blanco, se creen ya con derecho a darse aires de desprecio con un antiguo capitán de los dragones de la Guardia Imperial, retirado con el grado de jefe de batallón, que entró en todas las capitales de Europa con Napoleón…

Lucien, empujado hacia la puerta por el soldado de Napoleón, que iba quitándose el polvo de su levita azul con la evidente intención de salir, tuvo el valor de impedirle el paso.

—Vengo para ser redactor —dijo—, y le juro que me siento lleno de respeto por un capitán de la Guardia Imperial, unos hombres de hierro…

—Bien dicho, muchacho —interrumpió el oficial golpeando el vientre de Lucien—. Pero ¿en qué categoría de redactores quiere entrar usted? —preguntó dejando con un palmo de narices a Lucien y comenzando a bajar la escalera. No se detuvo ya hasta encender su cigarro en la portería—. Si viene alguien para suscribirse, recíbale y tome nota, señora Chollet. Siempre con la suscripción, no conozco otra cosa que la suscripción —dijo volviéndose hacia Lucien, que le había seguido—. Finot es sobrino mío, el único de la familia que me ha echado una mano. Por ello cualquiera que busca trifulca con Finot se topa con el viejo Giroudeau, ¡capitán de dragones de la Guardia, que empezó como simple jinete en el ejército de Sambre-et-Meuse, cinco años maestro de armas en el Primero de Húsares, en el ejército de Italia! ¡Uno, dos, y el contrincante fuera de combate! —dijo haciendo gesto de lanzar un afondo—. Así pues, amigo, le decía que contamos con varios equipos de redactores: está el redactor que redacta y tiene su sueldo, el redactor que redacta y no ve ni un céntimo, lo que llamamos un voluntario, y, por último, el redactor que no escribe nada, pero no porque sea el más tonto, no es el tipo que comete faltas, se las da de escritor, forma parte del periódico, nos paga una cena, anda por los teatros, mantiene a una actriz y es más feliz que unas Pascuas. ¿Qué quiere ser usted?

—Pues un redactor que trabaja bien y comienza siendo bien pagado.

— ¡Es usted como todos los reclutas, que quieren ser mariscales de Francia! Hágale caso al viejo Giroudeau, por la derecha y a paso ligero; vaya a recoger trastos viejos por ahí como ese buen hombre que ha servido a la patria, sólo hay que verlo. ¿No es vergonzoso que un viejo soldado que ha visto mil veces a la muerte de cara ande recogiendo trastos viejos por París? Maldita sea, no eres más que un bribón, tú no luchaste por el Emperador. En fin, joven, ese desgraciado que ha visto esta mañana, se ha ganado cuarenta francos este mes. ¿Cree que lo haría usted mejor? Y según Finot es el más inteligente de sus redactores.

—Cuando fue al Sambre-et-Meuse, le debieron de decir que existía allí peligro, ¿no?

— ¡Pues claro!

— ¿Y entonces?

—Vaya a ver a mi sobrino Finot, un buen chico, el hombre más leal que podría encontrar, si es que puede encontrarlo, porque se mueve como un pez. Su trabajo no es escribir, ¿comprende?, sino hacer que escriban otros. Parece ser que esos tipos prefieren regalarse con las actrices que emborronar papel. ¡Oh! ¡Son unos tipos raros! ¡Hasta más ver!

El cajero blandió su temible bastón emplomado, como uno de los que sirvieron para proteger Germánico, y dejó a Lucien en el bulevar, tan estupefacto ante aquel cuadro de la redacción como había quedado acerca del resultado final de la literatura en la librería de Vidal y Porchon. Lucien fue diez veces a casa de Andoche Finot, director del periódico, en la rue Feydeau, sin encontrarle. Por la mañana temprano, Finot aún no había llegado. Al mediodía, Finot ya había salido; comía, le decían, en tal café; Lucien iba al café, preguntaba por Finot a la camarera, venciendo repugnancias inauditas: Finot acababa de salir. Finalmente Lucien, cansado, consideró a Finot como un personaje apócrifo y fabuloso, y juzgó más simple ir a ver a Étienne Lousteau en Flicoteaux. Este periodista le explicaría sin duda el misterio que envolvía la existencia del periódico al que estaba vinculado.

Después del día, cien veces bendito, en que Lucien conoció a Daniel d’Arthez, había cambiado de sitio en Flicoteaux: los dos amigos comían uno al lado del otro, y hablaban en voz baja de la gran literatura, de temas a tratar, de cómo presentarlos, abordarlos y desarrollarlos. En aquel momento, Daniel d’Arthez estaba corrigiendo el manuscrito de El arquero de Carlos IX, rehacía algunos capítulos; escribía las bellas páginas que contiene y añadía el magnífico prólogo que quizás es superior al libro, y que arrojó tanta luz sobre la joven literatura. Un día, en el momento en que Lucien iba a sentarse al lado de Daniel, que le había esperado y cuya mano estrechaba aún, vio en la puerta a Étienne Lousteau, accionando la manija. Lucien se soltó bruscamente de la mano de Daniel y le dijo al camarero que quería comer en su antiguo sitio, junto al mostrador. D’Arthez lanzó sobre Lucien una de esas miradas angelicales en las que el perdón encierra el reproche, y que causó tan viva impresión en el corazón del poeta que éste volvió a coger la mano de Daniel para estrechársela de nuevo.

—Se trata de un asunto importante para mí —le dijo—; luego te cuento.

Lucien estaba ya en su antiguo sitio cuando Lousteau se sentaba en el suyo; fue el primero en saludar y enseguida entablaron conversación, que se animó tanto que Lucien fue a buscar su manuscrito de Las margaritas mientras Lousteau terminaba de comer. Había conseguido que el periodista le diera su opinión sobre sus sonetos y contaba con su aparente benevolencia para encontrar un editor o poder entrar en el periódico. Al volver, Lucien vio, en un rincón del restaurante, a Daniel tristemente acodado que le miraba melancólicamente, pero, devorado por la miseria y movido por la ambición, hizo como si no viera a su hermano del Cenáculo y siguió a Lousteau. Antes de la caída de la tarde, el periodista y el neófito fueron a sentarse bajo los árboles de esa parte del Luxemburgo, que lleva de la gran alameda del Observatoire a la rue de l’Ouest. Esta calle era por aquel entonces un gran lodazal, rodeado de huertas y charcas, donde sólo había casas del lado de la rue de Vaugirard, y esta zona de paso era tan poco frecuentada que, en el momento en que París está cenando, dos enamorados podían discutir allí y darse expresivas muestras de reconciliación sin temor a que les vieran. El único aguafiestas posible era el veterano de guardia en la pequeña verja situada en la rue de l’Ouest, si el venerable soldado se dignaba aumentar el número de pasos de su monótono paseo. Fue en esta alameda, en un banco de madera, entre dos tilos, adonde Étienne llevó a

Lucien para escuchar de boca de éste los sonetos elegidos como muestra de sus Margaritas. Étienne Lousteau, quien, después de dos años de aprendizaje, había sido ascendido a redactor, y que contaba con ciertas amistades entre las celebridades de aquella época, era un personaje imponente para Lucien. Así, mientras desataba el cordón que sujetaba el manuscrito de Las margaritas, el poeta de provincias juzgó oportuno hacer una especie de preámbulo.

—El soneto, señor, es una de las composiciones poéticas más difíciles. Este pequeño poema ha sido abandonado por la mayoría. Nadie en Francia ha podido rivalizar con Petrarca, cuya lengua, sin duda mucho más maleable que la nuestra, admite juegos de ideas que son rechazados por nuestro positivismo (perdóneme la palabra). Por ello, me ha parecido original comenzar con un conjunto de sonetos. Victor Hugo ha adoptado la oda, Canalis cae en la poesía de circunstancias, Béranger monopoliza la canción, Casimir Delavigne copa la tragedia y Lamartine la meditación.

— ¿Es usted clásico o romántico? —le preguntó Étienne Lousteau.

El aire de extrañeza de Lucien denotaba una ignorancia tan completa de la situación reinante en la República de las Letras, que Lousteau juzgó necesario hacerle algunas aclaraciones.

—Querido amigo, llega usted en medio de una batalla de lo más encarnizada, es preciso decidirse cuanto antes. En primer lugar, el mundo de la literatura está dividido en varios bandos, pero nuestros grandes hombres están separados en dos campos. Los realistas son románticos y los liberales son clásicos. A la divergencia de opiniones literarias se suma la divergencia de opiniones políticas, lo cual origina una guerra sin cuartel y en todos los frentes, verdaderos ríos de tinta, agudezas aceradas, hirientes calumnias, remoquetes a troche y moche entre las glorias nacientes y las glorias decadentes. Aunque parezca extraño, los realistas románticos piden la libertad literaria y la revocación de las leyes que imponen unas formas aceptadas en nuestra literatura, mientras que los liberales quieren mantener las unidades, el carácter del alejandrino y los temas clásicos. Las opiniones literarias se hallan, pues, en desacuerdo en todos los órdenes con las opiniones políticas. Si es usted ecléctico, con toda seguridad no tendrá a nadie de su parte. ¿En qué bando piensa alinearse?

— ¿Quiénes son los más fuertes?

—Los periódicos liberales tienen muchos más suscriptores que los periódicos monárquicos o gubernamentales; no obstante, Canalis se abre camino pese a ser monárquico y religioso, pese a ser el protegido de la corte y del clero. ¡Bah!, los sonetos son literatura de antes de Boileau —dijo Étienne, al ver a Lucien asustado ante la perspectiva de tener que elegir entre dos bandos—. Sea romántico. Los románticos son gente joven y los clásicos son perruques: los románticos triunfarán.

La palabra perruque era el último vocablo acuñado por el periodismo romántico, que lo había aplicado a los clásicos.

— ¡LA MARGARITA! —dijo Lucien, escogiendo el primero de los dos sonetos que justificaban el título y servían de pórtico.

Margarita de los prados, de colores surtidos,
no sólo para los ojos exquisitas distracciones,
también desvelan al hombre sus deseos más queridos
con un poema en el que lee sus inclinaciones:
vuestros dorados estambres en plata engastados
le revelan los tesoros ante los que se inclinará;
¡y vuestros filamentos, como de sangre jaspeados,
la prenda de sufrimientos que el éxito exigirá!
¿Es para abrirse el día en que de la fosa
Jesús, resucitado a una vida más hermosa,
sacudiendo sus alas virtudes hizo llover,
que el otoño de vuestros pétalos el candor
habla a nuestras miradas del ilícito placer,
o es para recordarnos los felices años en flor?

Lucien se picó por la perfecta inmovilidad de Lousteau mientras escuchaba este soneto; no conocía aún la desconcertante impasibilidad dada por la costumbre a la crítica y que distingue a los periodistas cansados de la prosa, los dramas y los versos. El poeta, acostumbrado a cosechar aplausos, se tragó su desencanto; leyó el soneto preferido por madame de Bargeton y por algunos de sus amigos del Cenáculo.

«Tal vez este logre arrancarle alguna palabra», pensó.

Segundo soneto

LA MARGARITA

Soy la margarita, flor hechizadora,
que adornaba la alfombra aterciopelada.
Feliz de ser sólo por mi belleza buscada
mis días pasaban en una eterna aurora.
Pero sorda a mis deseos, de una diadema fatal

una virtud nueva ha rodeado mi frente;
ser profetisa me ha tocado en suerte,
y sufro y muero: el saber es mortal.
Ya ni paz ni descanso me es dado;
el amor viene a arrancarme mi responso,
me desgarra el corazón por saber si es amado.
Soy la única flor tratada sin pena ni cuidado:
mi frente despojan de su blanca diadema,
me pisan apenas mi secreto es desvelado.

Cuando hubo terminado, el poeta miró a su aristarco. Étienne Lousteau contemplaba los árboles del plantel.

— ¿Qué tal? —dijo Lucien.

— ¿Cómo que qué tal?, amigo, ¡continúe!, ¿no le estoy escuchando? En París, escuchar sin decir nada es ya un elogio.

— ¿Tiene ya bastante? —preguntó Lucien.

— ¡Continúe! —contestó un tanto bruscamente el periodista.

Lucien leyó el soneto siguiente, pero lo leyó con el corazón en un puño, pues la impenetrable sangre fría de Lousteau congeló su elocuencia. De haber tenido más experiencia de la vida literaria, habría sabido que, en los autores, el silencio y la brusquedad, en tales circunstancias, delatan la envidia que produce una bella obra, igual que su admiración anuncia el placer que les inspira una obra mediocre que tranquiliza su amor propio.

Trigésimo soneto

LA CAMELIA

Cada flor es una palabra del libro de Natura.
La rosa es del amor y celebra la belleza,
la violeta exhala una amistad simple y pura
y el blanco lirio esplende de llaneza.
Pero la camelia, monstruo del jardín de Flora,
rosa sin ambrosía, lirio sin majestad,
se diría que florece, en la estación heladora,
para las penas coquetas de la virginidad.
Pero en los teatros oscuros el níveo candor
me gusta ver de estas coronas de pudor,
y los pétalos como albatros desplegados,
entre los negros cabellos de bellas doncellas
que al corazón inspiran pasiones bellas

como los mármoles de Fidias pulimentados.

— ¿Qué le parecen mis pobres sonetos? —preguntó sin ambages Lucien.

— ¿Quiere que le diga la verdad? —dijo Lousteau.

—Soy lo bastante joven como para amarla, y ansío demasiado el éxito para oírla sin ofenderme, pero no sin desesperación —respondió Lucien.

—Pues bien, amigo, lo enrevesado del primero revela que es una obra escrita en Angulema y que sin duda alguna le ha costado demasiado como para renunciar a él; el segundo y el tercero huelen ya a París, pero léame otro más —añadió haciendo un gesto que pareció encantador al gran hombre de provincias.

Animado por esta petición, Lucien leyó con mayor confianza el soneto que preferían D’Arthez y Bridau, tal vez a causa de su colorido.

Soneto quincuagésimo

EL TULIPÁN

Yo soy el tulipán, de Holanda la flor,
y tal es mi belleza que el avaro flamenco
un bulbo mío más que un diamante paga caro
si soy esbelto, grande y de bonito color.
Mi aire es feudal, y como una Yolanda,
con su amplia falda llena de ondulaciones
en mi manto hay pintados heráldicos blasones:
gules fajado de plata, oro con púrpura en banda;
el divino jardinero ha tejido con sus manos
rayos de sol y la púrpura de soberanos
para hacerme un vestido de trama ligera y fina.
No hay flor que iguale mi esplendor,
pero la naturaleza, ¡ay!, no ha derramado olor
en mi cáliz delicado como un jarrón de China.

— ¿Qué me dice? —dijo Lucien al cabo de un momento de silencio que le pareció una eternidad.

—Amigo —le dijo con aire serio Étienne Lousteau, mirando la punta de las botas que Lucien se había traído de Angulema y estropeadas ya por el uso—, le invito a que ennegrezca la punta de sus botas con tinta para ahorrarse así el betún; a que se haga mondadientes con sus plumas para dar la impresión de que ha cenado cuando salga de Flicoteaux a pasear por la bonita alameda de este jardín, y que se busque un trabajo cualquiera.

Hágase escribano judicial, si tiene estómago para ello; dependiente, si tiene unos riñones de acero; soldado, si le gusta la música militar. Tiene usted madera de tres poetas, pero, antes de abrirse camino, tendrá tiempo de morirse seis veces de hambre si cuenta con los beneficios que puede reportarle su poesía para vivir. Ahora bien, sus intenciones son, según sus palabras de persona joven, hacer dinero con su pluma. No juzgo su poesía. Es, con mucho, superior a todas las poesías que se acumulan en los almacenes de los editores. Esas maulas elegantes, vendidas un poco más caras que las otras por su papel vitela, acaban casi todas por amontonarse a orillas del Sena, adonde puede ir a escuchar sus aleluyas si algún día desea ir a hacer algún peregrinaje instructivo por los muelles de París, desde el puesto del viejo Jérôme, en el puente de Notre Dame, hasta el Pont-Royal. Encontrará usted allí todos los Ensayos poéticos, las Inspiraciones, las Elevaciones, los Himnos, los Cantos, las Baladas, las Odas, en fin, todas las elucubraciones creadas en los últimos siete años, a musas cubiertas de polvo, salpicadas por los coches de punto y violadas por todos los transeúntes deseosos de ver la viñeta del frontispicio. No conoce a nadie, no tiene la puerta abierta en ningún periódico, sus Margaritas permanecerán castamente guardadas como las tiene; no se abrirán nunca al sol de la publicidad en el prado de amplias márgenes en las que crecen las flores del ilustre Dauriat, el editor de las celebridades, el rey de las Galeries de Bois. Mi pobre amigo, yo llegué como usted, con el corazón lleno de ilusiones, movido por el amor al Arte, llevado por impulsos invencibles hacia la gloria; me he encontrado con las realidades del oficio, las dificultades del mundo de la edición y la cara amarga de la miseria. Mi exaltación, ahora contenida, y mi primera efervescencia me ocultaban cómo funciona el mundo; me ha sido preciso verlo, toparme con todos los engranajes, herirme con los pivotes, mancharme de grasa, oír el ruido de las cadenas y de las ruedas. Y lo mismo que yo, también usted llegará a saber que, debajo de todas esas hermosas cosas soñadas, se agitan hombres, pasiones y necesidades. Se verá mezclado forzosamente en luchas horribles, de obra contra obra, de hombre contra hombre, de partido contra partido, en las que hay que batirse sistemáticamente para no verse uno abandonado por los suyos. Estos innobles combates desencantan el alma, depravan el corazón y producen un cansancio sin provecho alguno; pues a menudo nuestros esfuerzos sirven para hacer coronar a un hombre al que se detesta, un talento de segundo orden, presentado, a pesar nuestro, como un genio. La vida literaria tiene sus entre bastidores. Los éxitos injustificados o merecidos, esto es lo que aplaude la galería; los medios para conseguirlo, siempre repulsivos, los comparsas emperifollados, la claque y los mozos de turno, esto es lo que ocultan los entre bastidores. Está usted aún en el patio de butacas. Está todavía a tiempo, desista antes de poner un pie en el primer escalón del trono que tantas ambiciones se disputan y no se deshonre como lo hago yo para vivir. —Una lágrima asomó a los ojos de Étienne Lousteau —. ¿Sabe cómo vivo? —prosiguió con acento de rabia—. El poco dinero que pudo darme mi familia, no tardé mucho en gastármelo. Me encontraba sin recursos después de haberme sido aceptada una obra en el Théâtre-Français. En el Théâtre-Français, la protección de un príncipe o de un primer gentilhombre de cámara del rey no basta para obtener un turno preferente. Los actores no ceden más que ante aquellos que suponen una amenaza para su amor propio. Si cuenta usted con el poder de hacer decir que el primer actor tiene asma, que la primera actriz tiene una fístula donde usted quiera, que la soubrette caza las moscas al vuelo, se verá a la mañana siguiente en cartel. No sé si de aquí a dos años quien ahora le habla estará en condiciones de conseguir ese poder: para ello se necesitan demasiados amigos. Dónde, cómo y de qué manera ganarme el pan, fue una pregunta que me hice tan pronto como comencé a sentir los primeros zarpazos del hambre. Tras muchos intentos, tras haber escrito una novela anónima que Doguereau compró por doscientos francos, y con la que no ha ganado gran cosa, me convencí de que solamente el periodismo podría darme de comer. Pero ¿cómo entrar en esa casa de fieras? No le contaré todos los pasos ni mis solicitudes inútiles, ni los seis meses pasados como meritorio y oyendo decir que espantaba a los suscriptores, cuando en realidad conseguía nuevos. Pasemos por alto estas mezquindades. Hoy hago las reseñas, poco menos que gratis, de los teatros del bulevar en el periódico propiedad de Finot, ese gran muchacho que desayuna aún dos o tres veces al mes en el Café Voltaire (¡pero no vaya allí!). Finot es el redactor jefe. Yo vivo de vender las entradas que me regalan los directores de esos teatros para comprar mi benevolencia en el periódico, y los libros que los editores me mandan para que hable de ellos. En fin, trafico, una vez satisfecho Finot, con los tributos en especie que aporta la industria para la que, a favor o en contra, aquél me permite publicar artículos. L’eau carminative, la Pâte des Sultanes, L’Huile céphalique, la Mixture brésilienne, pagan por un artículo satírico veinte o treinta francos. Me veo obligado a ladrarle al editor que da pocos ejemplares al periódico: el periódico se queda con dos, que vende Finot, y yo necesito vender otros dos. Aunque publique una obra maestra, al editor avaro en ejemplares lo destrozo. Es algo innoble, sí, pero yo, como otros cien, vivo de este oficio. Y no se crea que el mundo de la política es mucho mejor que este mundillo literario: en ambos reina la corrupción, se es corruptor o corrompido. Siempre que se trata de lanzar una obra de cierta importancia, el editor me paga ante el temor de verse atacado. Por ello mis ingresos están relacionados con los folletos. Cuando se hacen tiradas de miles de éstos, entonces el dinero entra a espuertas en mi bolsa e invito a mis amigos. Si no hay por medio ningún negocio editorial, entonces como en Flicoteaux. Las actrices pagan también los elogios, pero las más listas pagan las críticas, porque el silencio es lo que ellas más temen. Así una crítica, hecha para encontrar una réplica inmediata en otro periódico, se paga más y vale más que un simple elogio que se olvida al día siguiente. La polémica, mi querido amigo, es el pedestal de las celebridades. En este oficio de espadachín al servicio de las ideas y del prestigio industrial, gano cincuenta escudos al mes, puedo vender una novela por quinientos francos y comienzo a ser considerado un hombre temible. Cuando en vez de vivir en casa de Florine, a costa de un droguero que se da aires de milord, tenga una casa propia y trabaje en un gran periódico donde dirija un feuilleton, ese día, amigo mío, Florine se convertirá en una gran actriz; en cuanto a mí, aún no sé en qué me convertiré entonces, si en ministro u hombre honrado, todo es aún posible. —Alzó su cabeza humillada y lanzó hacia el follaje una mirada de desesperación acusadora y terrible—. ¡Y eso que tengo una hermosa tragedia aceptada! ¡Y entre mis papeles un poema condenado a no ver nunca la luz! ¡Y yo que era bueno! Tenía el corazón puro: mi amante es una actriz del Panorama-Dramatique, ¡yo que soñaba con bellos amores entre las mujeres más distinguidas del gran mundo! En una palabra, por un ejemplar que el editor niegue a mi periódico, hablo mal de una obra que a mí me gusta.

Lucien, conmovido hasta las lágrimas, apretó la mano de Étienne.

—Fuera del mundo literario —dijo el periodista levantándose y dirigiéndose hacia la gran alameda del Observatoire por donde los dos poetas se pasearon como para oxigenar sus pulmones—, no existe una sola persona que conozca la horrible odisea por la que se llega a lo que hay que llamar, según los entendidos, boga, moda, prestigio, renombre, celebridad, favor público, esos distintos escalones que conducen a la gloria y que no pueden nunca sustituirla. Este fenómeno moral, tan fascinante, se compone de mil accidentes que varían con tanta rapidez que no existe el ejemplo de dos hombres que hayan triunfado siguiendo el mismo camino. Canalis y Nathan son dos casos sin comparación entre sí y que no se repetirán. D'Arthez, que se mata a trabajar, se hará célebre, pero por otra vía. Esta reputación tan deseada es casi siempre una prostituta coronada. Sí, para las obras de ínfimo orden de la literatura, ella representa a la pobre buscona que se hiela en las esquinas; para la literatura de segundo orden es la mujer mantenida que sale de los lugares de mala nota del periodismo y para la que yo hago de rufián; y para la literatura de éxito es la brillante cortesana insolente, que posee casas, paga impuestos al Estado, recibe a los grandes señores, los trata y los maltrata, tiene su servidumbre, su carruaje y puede hacer esperar a sus ansiosos acreedores. ¡Ah!, aquéllos para quienes es, como para mí en otro tiempo y ahora para usted, un ángel con las alas desplegadas, revestido con su blanca túnica, mostrando una palma verde en una mano y una espada flamígera en la otra, participando a un tiempo de la abstracción mitológica que vive en el fondo de una sima y de la pobre muchacha virtuosa desterrada a un suburbio, sin otra riqueza que el brillo de su virtud lograda con noble valor y que retorna al cielo inmaculada, cuando no muere profanada, mancillada, violada y olvidada en el carro de los pobres; esos hombres de cerebro blindado de bronce, con los corazones aún calientes bajo las tumbas de nieve de la experiencia, son muy raros en el país que ve usted a nuestros pies —dijo señalando la gran ciudad que humeaba al morir el día.

Una fugaz visión del Cenáculo cruzó entonces ante los ojos de Lucien conmoviéndole, pero se vio arrastrado de nuevo por las palabras de Lousteau, quien prosiguió con su espantosa lamentación.

—Son raros y escasos en esta caldera de fermentación, raros como los verdaderos amantes en el mundo del amor, raros como las fortunas honradas en el mundo financiero, raros como un hombre puro en el periodismo. La experiencia del primero que me dijo lo que yo le digo ahora fue vana, como vana será sin duda la mía para usted. Siempre el mismo entusiasmo precipita cada año de la provincia hasta aquí a un número igual, por no decir creciente, de ambiciones imberbes, que se lanzan con la cabeza alta y el corazón altivo al asalto del gran mundo, esa especie de princesa Turandot de Los mil y un días de la que todos quieren ser el príncipe Calaf. Pero nadie es capaz de adivinar el enigma. Todos caen en el abismo de la desgracia, en el fango del periódico, en las ciénagas de la edición. Van mendigando por ahí unas voces para diccionarios biográficos, colaboraciones, artículos de crónica para los periódicos, o libros por encargo impuestos por esa lógica comercial que prefiere una tontería que se agota en quince días a una obra maestra que necesita tiempo para venderse. Estas orugas, aplastadas antes de convertirse en mariposas, viven de la vergüenza y de la infamia, dispuestas a morder o a elogiar a un talento naciente a una orden del bajá del Constitutionnel, de La Quotidienne o de los Débats, a la señal de unos editores o al ruego de un colega envidioso, muchas veces por una simple comida. Los que superan los obstáculos olvidan la miseria de sus comienzos. Quien le habla ha escrito durante seis meses artículos en los que he puesto lo mejor de mi talento para un miserable que decía que eran suyos y que gracias a ellos ha llegado a ser redactor de un feuilleton: no me tomó como colaborador, y ni siquiera me dio un franco, y me veo obligado a darle la mano y a estrechar la suya.

— ¿Y por qué? —dijo indignado Lucien.

—Porque podría verme en la necesidad de insertar diez líneas en su suplemento —respondió fríamente Lousteau—. En fin, querido amigo, en literatura el secreto del éxito no radica en trabajar, sino en explotar el trabajo ajeno. Los propietarios de los periódicos son los contratistas de obras y nosotros somos sus peones. Por ello, cuanto más mediocre es un hombre, más rápidamente triunfa; puede tragarse sapos vivos, resignarse a todo, halagar las mezquinas y bajas pasiones de los sultanes literarios, como un recién llegado de Limoges, como Hector Merlin, que ya hace política en un periódico de centro derecha y trabaja en nuestro diario: yo le he visto recoger el sombrero que le cayó a un redactor jefe. Y como no hace sombra a nadie, este muchacho pasará entre las ambiciones rivales mientras estas luchen entre sí. Me da usted pena. Me veo en usted como yo era antes, y estoy seguro de que dentro de uno o dos años será usted como yo soy ahora. Creerá que le doy estos amargos consejos por alguna secreta envidia o interés personal, pero en realidad están dictados por la desesperación del condenado que no puede abandonar ya el infierno. Nadie se atreve a decir lo que yo le digo a gritos con todo el dolor del hombre herido en el corazón y que, como otro Job sobre el estiércol, exclama: «¡Estas son mis llagas!».

—Luchar en este campo o en otro, tengo que luchar —dijo Lucien.

— ¡Sépalo, pues! —prosiguió Lousteau—. Esta lucha será sin tregua si tiene talento, pues su mayor suerte sería no tenerlo. La inflexibilidad de su conciencia hoy pura se doblegará ante aquellos que tengan su éxito en sus manos, que, con una sola palabra, pueden darle la vida y que no querrán decirla; pues, créame, el escritor de moda es más insolente y duro con los que empiezan de lo que pueda serlo el más brutal de los editores. Allí donde el editor no ve más que pérdidas, el escritor teme a un rival: el uno no le recibe y el otro le aplasta. Para escribir grandes obras, mi pobre amigo, sacará de su corazón, untando generosamente su pluma de tinta, la ternura, la savia, la energía, y las transformará en pasiones, sentimientos y frases. Sí, escribirá en vez de actuar, cantará en vez de luchar, amará, odiará y vivirá en sus libros; pero cuando haya reservado sus riquezas para su estilo, su oro, su púrpura para sus personajes, cuando se pasee cubierto de harapos por las calles de París, feliz por haber creado, rivalizando con el registro civil, un ser llamado Adolphe, Corinne, Clarisse o Manon, cuando haya echado a perder su vida y su estómago para dar vida a esta creación, la verá calumniada, traicionada, vendida, condenada a las lagunas del olvido por los periodistas, enterrada por sus mejores amigos. ¿Será capaz de esperar al día en que su creación resurja vivificada? ¿Y por quién?, ¿cuándo?, ¿cómo? Existe un magnífico libro, el pianto de la incredulidad, Obermann, que se pasea solitario por los almacenes desiertos, y al que desde entonces los libreros llaman irónicamente una maula: ¿cuándo llegará la Pascua para él? ¡Imposible saberlo! Ante todo, trate de encontrar un editor lo suficientemente atrevido como para publicar Las margaritas. No se trata de que se lo pague, sino de que lo publique. Entonces verá escenas curiosas.

Esta dura perorata, pronunciada con los distintos acentos de las pasiones que expresaba, cayó como un alud de nieve sobre el corazón de Lucien, helándoselo. Permaneció de pie y silencioso durante unos momentos. Finalmente su corazón, como estimulado por la terrible poesía de las dificultades, estalló. Lucien estrechó la mano de Lousteau y le dijo.

— ¡Triunfaré!

—Bien —dijo el periodista—, un cristiano más que baja a la arena para ofrecerse en sacrificio a las fieras. Querido amigo, esta noche hay un estreno en el Panorama-Dramatique, no comenzará hasta las ocho, y no son más que las seis, así que vaya a ponerse su mejor traje, en fin, arréglese convenientemente. Pase a recogerme. Vivo en la rue de La Harpe, encima del Café Servel, en el cuarto piso. Primero pasaremos por casa de Dauriat. Persiste, ¿no es así? Pues bien, esta noche haré que conozca a uno de los reyes de la edición y a algunos periodistas. Después del espectáculo cenaremos en casa de mi querida con algunos amigos, pues no se puede decir que hayamos comido. Allí conocerá a Finot, el redactor jefe y propietario de mi periódico. ¿Conoce la frase de Minette del vodevil: El tiempo es un gran flaco? Pues bien, para nosotros el azar también es un gran flaco, y hay que tentar la suerte.

—Nunca olvidaré este día —dijo Lucien.

—Tráigase el manuscrito y vístase bien, más por el editor que por Florine.

La bonhomía del colega, que seguía al grito violento del poeta describiendo la guerra literaria, impresionó a Lucien tan vivamente como le había sucedido en su momento al escuchar el discurso serio y religioso de D’Arthez. Animado por la perspectiva de una lucha inmediata entre los hombres y él, el inexperto joven no sospechó en absoluto la realidad de las desgracias morales que le denunciaba el periodista. No sabía que estaba en una encrucijada, entre dos filosofías representadas por el Cenáculo y por el periodismo, uno de cuyos caminos era largo, honroso y seguro; el otro sembrado de peligrosos escollos, lleno de arroyos fangosos en los que su conciencia habría de enlodarse. Su carácter lo inducía a tomar el camino más corto, en apariencia más agradable, y hacer uso de los medios rápidos y decisivos. No vio en aquel momento diferencia alguna entre la noble amistad de D’Arthez y la fácil camaradería de Lousteau. Ese carácter voluble vio en el periodismo un arma a su alcance, se sentía en condiciones de manejarla y quiso tomarla. Deslumbrado por los ofrecimientos de su nuevo amigo, que chocó su mano con una familiaridad que encontró graciosa, ¿podía saber que, en el ejército de la Prensa, todos necesitan amigos, igual que los generales necesitan soldados? Lousteau, al verle tan decidido, le reclutaba esperando más adelante tenerlo de acólito. El periodista encontraba en él a su primer amigo, así como Lucien a su primer valedor: el uno quería ascender a cabo y el otro quería ser soldado. El neófito regresó muy contento a su hostal, donde se arregló con tanto esmero como el infausto día en que quiso exhibirse en el palco de la marquesa de Espard en la Ópera; pero ya sus ropas le sentaban mejor, se había adaptado a ellas. Se puso sus bonitos pantalones ajustados de color claro, unas elegantes botas con borlas que le habían costado cuarenta francos y su frac de baile. Hizo rizar, perfumar y caer en brillantes bucles sus finos y abundantes cabellos rubios. Su frente adquirió un aire audaz que nacía de la conciencia de su propia valía y del porvenir que le esperaba. Sus manos femeninas fueron cuidadosamente lavadas, sus uñas almendradas se volvieron limpias y rosadas. Sobre el cuello de negro raso resaltaron las blancas redondeces de su mentón. Nunca un joven más apuesto descendió la montaña del país latino.

Bello como un dios griego, Lucien tomó un coche de punto y a las siete menos cuarto estaba a la puerta de la casa del Café Servel. La portera le invitó a escalar cuatro pisos, impartiéndole unas nociones topográficas bastante complicadas. Armado con estas indicaciones, encontró, no sin dificultad, una puerta abierta al final de un largo pasillo oscuro, y reconoció la típica habitación del Barrio Latino. La miseria de los jóvenes le perseguía tanto allí como en la rue de Cluny, en casa de D’Arthez, en casa de Chrestien, ¡en todas partes! Pero, en todas partes, lleva la impronta que le confiere el carácter del que la sufre. Allí, esta miseria era siniestra. Una cama de nogal, sin cortinas, a cuyos pies hacía pliegues una vulgar alfombra de ocasión; en las ventanas, unos visillos amarillentos por el humo de una chimenea que no tiraba y el de los cigarros; sobre la chimenea, una lámpara Carcel, regalo de Florine y que por el momento se había librado del Monte de Piedad; luego, una cómoda de caoba deslucida, una mesa atestada de papeles, dos o tres plumas de oca alborotadas, sólo los libros traídos la víspera o durante el día: tal era el mobiliario de esta habitación desprovista de objetos preciados, pero que presentaba un innoble conjunto de malas botas en un rincón que parecían bostezar de tan abiertas, viejos calcetines reducidos al estado de puntillas; en otro rincón, colillas aplastadas, pañuelos sucios, camisas en dos volúmenes, corbatas en tres ediciones. Era, en fin, un vivaque literario amueblado de las cosas más sórdidas y de la más extraña desnudez que imaginarse pueda. Sobre la mesilla de noche, llena de libros leídos durante la mañana, relucía el tubo rojo de Fumade. Sobre la repisa de la chimenea andaban a la buena de Dios una navaja de afeitar, un par de pistolas y una tabaquera. En un entrepaño, Lucien vio dos floretes entrecruzados debajo de una máscara. Tres sillas y dos sillones, apenas dignos del hotel más miserable de esa calle, completaban el mobiliario. Esta habitación, a la vez sucia y triste, revelaba una vida sin reposo ni dignidad: en ella se dormía, se trabajaba deprisa, se vivía a la fuerza, se sentía la necesidad de abandonarla. ¡Qué diferencia entre este impúdico desorden y la miseria limpia y decente de D’Arthez!… Este consejo, arropado en un recuerdo, Lucien no lo escuchó, porque Lousteau le gastó una broma para enmascarar la desnudez del Vicio.

—Esta es mi leonera, mis habitaciones de representación están en la rue de Bondy, en el nuevo piso que nuestro droguero ha amueblado para Florine y que esta noche inauguraremos.

Étienne Lousteau llevaba unos pantalones negros, botas muy bien lustradas y una chaqueta abotonada hasta el cuello; su camisa, que Florine debía de irle sin duda renovando, quedaba oculta por un cuello de terciopelo, y estaba cepillando su sombrero para darle apariencia de nuevo.

—Vamos —dijo Lucien.

—Todavía no, estoy esperando a un editor que me traerá dinero, tal vez se juegue. No tengo ni un ochavo; y además necesito unos guantes.

En aquel instante los dos nuevos amigos oyeron los pasos de un hombre en el pasillo.

—Es él —dijo Lousteau—. Va a ver, amigo, el aspecto que adopta la Providencia cuando se manifiesta a los poetas. Antes de contemplar en su gloria a Dauriat, el editor de moda, habrá visto al librero del quai des Augustins, al librero del descuento, al vendedor de saldos literarios, al normando ex vendedor de lechugas. ¡Adelante, viejo Tártaro! —exclamó Lousteau.

—Aquí estoy —dijo una voz cascada como el sonido de una campana rota.

— ¿Con el dinero?

— ¿Qué dinero? Ya no lo hay en la edición —respondió un joven que entró mirando a Lucien con aire de curiosidad.

CAPÍTULO DOS

—En primer lugar, me debe cincuenta francos —continuó Lousteau—. Luego, aquí tiene dos ejemplares de un Viaje a Egipto, del que se dice que es una maravilla, está repleto de grabados y se venderá: Finot ha cobrado por dos artículos que yo tengo que hacer. Item, dos ejemplares de las últimas novelas de Victor Ducange, un autor ilustre en el Marais. Item, dos ejemplares de la segunda obra de Paul de Kock, un principiante que se dedica al mismo género. Item, dos Yseult de Dole, una bonita obra provinciana. En total, cien francos, precio sin rebaja. Me debe, por tanto, cien francos, amigo Barbet.

Barbet miró los libros examinando los cortes y las tapas con atención.

— ¡Oh!, están en perfecto estado de conservación —exclamó Lousteau —. El Viaje tiene los pliegos intonsos, y también el Paul de Kock y el Ducange, y ese que hay encima de la chimenea, Consideraciones sobre lo simbólico, se lo entrego, pues el mito es tan aburrido que se lo doy para no ver salir de él miles de polillas.

—Entonces —preguntó Lucien—, ¿cómo hará sus artículos?

Barbet lanzó a Lucien una mirada de profundo asombro y, volviéndose hacia Étienne, comentó sarcásticamente:

—Cómo se ve que este señor no tiene la desgracia de ser hombre de letras…

—No, Barbet, no. El señor es poeta, un gran poeta que destronará a Canalis, a Béranger y a Delavigne. Llegará lejos, con tal de que no se lance al agua, y aun así llegaría hasta Saint-Cloud.

—Si tuviera que darle un consejo al señor —dijo Barbet—, éste sería que se olvidara de los versos y se dedicara a la prosa. No queremos más versos en el muelle.

Barbet llevaba una fea levita abotonada con un solo botón y con el cuello pringoso, conservaba el sombrero puesto, calzaba zapatos y su chaleco entreabierto dejaba ver una gruesa camisa de tela basta. Su cara redonda, perforada por dos ojos ávidos, no carecía de bondad; pero tenía en la mirada la vaga inquietud de las personas acostumbradas a oír que les piden dinero y que lo tienen. Parecía franco y fácil de llevar, hasta tal punto su gordura acolchaba su astucia. Después de haber sido dependiente, tenía desde hacía un par de años una miserable tiendecita en el muelle, desde la cual se lanzaba sobre los periodistas, autores e impresores, comprándoles a bajo precio los libros que les regalaban, sacándose así unos quince o veinte francos diarios. Con sus buenos ahorros, olfateaba las necesidades de cada uno, acechando la ocasión de cualquier buen negocio, descontaba a una tasa del quince o el veinte por ciento a los autores en apuros las letras de los editores, a quienes iba a comprar al día siguiente, a precios acordados al contado, algunos buenos libros que le habían pedido; y luego les devolvía sus propias letras en vez de pagarles en metálico. Había hecho sus estudios, y su instrucción le servía para evitar cuidadosamente la poesía y las novelas modernas. Era partidario de las pequeñas inversiones, los libros útiles, cuya propiedad en exclusiva le costaba mil francos y que podía explotar a su antojo, como La Historia de Francia puesta al alcance de los niños, la Teneduría de libros en veinte lecciones, la Botánica para jovencitas. Había dejado escapar ya un par o tres de buenos libros, después de haber hecho volver veinte veces a sus autores a su casa, sin decidirse a comprar su original. Cuando se le reprochaba su cobardía, sacaba el dossier de un famoso proceso cuyo manuscrito, hecho a partir de artículos de prensa, no le había costado ni un céntimo, y que sin embargo le había reportado dos o tres mil francos. Barbet era el prototipo del librero miedoso que vive de pan y nueces, que firma pocos pagarés, que araña en las facturas, las rebaja, lleva él mismo sus libros no se sabe adónde, pero que los coloca y se los hace pagar. Era el terror de los impresores, que no sabían por dónde cogerle: les pagaba con descuento y recortaba sus facturas adivinando necesidades urgentes; luego no volvía a tener tratos con aquellos que había esquilmado, temiéndose alguna mala pasada.

—Bueno, ¿continuamos con nuestros negocios? —dijo Lousteau.

—Eh, amigo —dijo con familiaridad Barbet—, en mi tienda tengo seis mil libros por vender. Y, según el dicho de un viejo librero, los libros no son francos. El negocio de la edición va mal.

—Si va a su tienda, mi querido Lucien —dijo Étienne—, encontrará sobre un mostrador de madera de roble, procedente de la liquidación por quiebra de algún comerciante en vinos, una vela sin despabilar, porque así se consume menos deprisa. Iluminado aduras penas por este pequeño resplandor, no verá más que anaqueles vacíos. Para guardar esta nada, un mozo con blusa azul se sopla en los dedos, da pataditas en el suelo para calentarse los pies o gesticula como un cochero en su asiento. ¡Mira! No tiene más libros de los que tengo yo aquí. Imposible adivinar el negocio que allí se hace.

—Aquí tiene un pagaré a tres meses por valor de cien francos —dijo Barbet, que no pudo evitar sonreír al sacar un papel timbrado de su bolsillo —, y me llevaré sus libros. Mire, yo no le puedo dar el dinero al contado, pues las ventas cuestan demasiado. He pensado que tendría necesidad de mí, y al estar sin un céntimo, he firmado un pagaré para hacerle un favor, porque no me gusta que mi firma ande por ahí.

— ¿Así que encima quiere mi aprecio y mi gratitud? —dijo Lousteau.

—Por más que las letras no se paguen con sentimientos, aceptaré de todos modos su aprecio —replicó Barbet.

—Pero necesito unos guantes, y los perfumistas tendrán la vileza de rechazar su carta de pago —dijo Lousteau—. Tenga, aquí tiene un soberbio grabado, en el primer cajón de la cómoda, que vale ochenta francos, metido entre una carta y un artículo. Me ha servido para escribir uno bastante divertido. Había que pinchar a alguien con Hipócrates rechazando los presentes de Artajerjes. ¿Eh?, esta bonita lámina es ni que pintada para todos los médicos que rechazan los regalos exagerados de los sátrapas parisienses. Debajo del grabado encontrará además una treintena de romanzas. Vamos, lléveselo todo y deme cuarenta francos.

— ¡Cuarenta francos! —exclamó el editor pegando un grito de gallina asustada—. Como máximo, veinte. Y es probable que aún los pierda —añadió Barbet.

— ¿Dónde están los veinte francos? —preguntó Lousteau.

—Le doy mi palabra de honor de que no sé si los tengo —dijo Barbet registrándose—. Aquí están. Me desvalija usted, me obliga a hacer unas cosas…

—Venga, vámonos —dijo Lousteau, quien cogió el manuscrito de Lucien haciendo una señal con tinta en el cordón.

— ¿Tiene alguna cosa más? —preguntó Barbet.

—Nada, mi pequeño Shylock. Ya verás como haces un negocio excelente (en el que perderás mil escudos, de este modo aprenderás a no desplumarme así) —le dijo en voz baja Étienne a Lucien.

— ¿Y sus artículos? —preguntó Lucien mientras se dirigían al Palais-Royal.

— ¡Bah!, esto se arregla en un abrir y cerrar de ojos. Por lo que se refiere al Viaje a Egipto, con sólo abrir el libro y hojear un poco las páginas sin cortar, he podido detectar once faltas gramaticales. Escribiré una columna diciendo que si el autor ha aprendido el lenguaje de los patos grabados en esos pedruscos egipcios llamados obeliscos, no conoce su lengua, cosa que le demostraré. Diré que en vez de hablarnos de historia natural y de antigüedades debería haber tratado exclusivamente del porvenir de Egipto, del progreso de la civilización, de cómo unir Egipto a Francia, que, después de haberlo conquistado y perdido, puede anexionárselo aún por medio de su ascendiente moral. Y para terminar, un fervorín patriótico, todo ello aderezado con unas parrafadas sobre Marsella, el Levante y nuestro comercio.

—Pero si él hubiera dicho esto, ¿qué diría usted?

—Pues bien, diría que en vez de aburrirnos con la política hubiera tenido que ocuparse del Arte y describirnos los aspectos pintorescos del país y su territorio. Entonces va el crítico y se queja. La política, dice, nos invade, nos aburre, la encontramos hasta en la sopa. Echaría de menos esos encantadores viajes en los que se nos explican las dificultades de la navegación, el encanto de salir a mar abierta, las delicias del paso del Ecuador, en fin, todo cuanto necesitan saber los que no viajarán nunca. Pese a aplaudirlos, nos burlamos de esos viajeros que celebran como si fueran grandes acontecimientos el vuelo de un pájaro que pasa, un pez volador, una pesca, la indicación de las coordenadas geográficas, el reconocimiento de los bajíos. Volvemos a preguntar por esas cosas científicas absolutamente ininteligibles, que fascinan como todo lo que es profundo, misterioso, incomprensible. El suscriptor se ríe, está servido. En cuanto a las novelas, Florine, que es la mejor lectora de novelas que pueda haber en el mundo, me hace su análisis, y yo despacho mi artículo basándome en su juicio. Cuando se aburre con lo que ella llama «las frases de autor», tomo en consideración el libro y mando pedir otro ejemplar al editor, que me lo envía encantado de tener un artículo favorable.

— ¡Dios mío!, pero ¿y la crítica?, ¡la sacrosanta crítica! —exclamó Lucien, imbuido de las doctrinas de su Cenáculo.

—Querido amigo —dijo Lousteau—, la crítica es un cepillo que no puede emplearse con las telas ligeras, porque se lo llevaría todo. Escuche, dejemos estar el oficio. ¿Ve esta señal? —le dijo enseñándole el manuscrito de Las margaritas—. Con un poco de tinta he unido el cordón al papel. Si Dauriat lee su manuscrito, le será imposible volver a colocar el cordón tal como estaba. Así su manuscrito está como lacrado. No está de más para la prueba que quiere hacer. Y tenga en cuenta también que no se presentará, solo y sin padrinos, en esa casa editorial, como esos chicos ingenuos que se presentan a diez editores antes de poder encontrar uno que les ofrezca una silla…

Lucien había comprobado ya la verdad de este detalle. Lousteau pagó el simón dándole al cochero tres francos, para gran sorpresa de Lucien, quien no se explicaba la prodigalidad que seguía a tanta miseria. Luego los dos amigos entraron en las Galeries de Bois, en las que destacaba en aquel entonces la llamada Librería de Novedades. En aquella época, las Galeries de Bois constituían una de las curiosidades parisienses más ilustres. No estará de más describir este bazar innoble, pues durante treinta y seis años ha desempeñado en la vida de París un papel tan importante que hay muy pocos hombres de cuarenta años a quienes esta descripción, increíble para los jóvenes, no deleite aún. En lugar de la fría, alta y ancha galería de Orléans, especie de invernadero sin flores, había unas barracas, o, para ser más exactos, unas chozas hechas a base de tablas, bastante mal cubiertas, pequeñas, mal iluminadas del lado que da al patio y del lado del jardín por unas luces de medianería llamadas ventanas, pero más parecidas a los sucios ventanucos de los merenderos del extrarradio. Una triple hilera de tiendas formaba allí dos galerías, de una altura aproximada de doce pies. Las tiendas situadas en su parte central se asomaban a las dos galerías, cuya atmósfera les daba un aire mefítico y cuya techumbre dejaba pasar poca claridad a través de unos cristales eternamente sucios. Estas celdillas habían adquirido un precio tal debido a la afluencia de público, que a pesar de lo angosto de algunas de ellas, apenas de seis pies de ancho y ocho o diez de largo, su alquiler costaba mil escudos. Las tiendas a las que daba luz el jardín y el patio estaban protegidas por unos verdes emparrados, tal vez con objeto de impedir que la muchedumbre demoliera, a su contacto, los muros de mala mampostería que formaban la trasera de los almacenes. Pues había allí un espacio de dos o tres pies en el que vegetaban los productos más extraños de una botánica desconocida a la ciencia, mezclados con los de diversas industrias no menos florecientes. Una maculatura hacía de tocado a un rosal, de suerte que las flores de la retórica eran perfumadas por las flores abortadas de aquel jardín mal cuidado y fétidamente regado. Cintas de todos los colores y folletos florecían entre las hojas. Los restos de serie de las modas ahogaban la vegetación: podíais encontraros allí, sobre una mata de hierba, un enredijo de cintas, y os llevabais una desilusión al daros cuenta de que la flor que habíais admirado de lejos era una coca de raso que figuraba una dalia. Del lado del patio, así como del lado del jardín, la vista de aquel palacio fantasmagórico ofrecía todo cuanto la suciedad parisiense ha producido de más extraño: revoques lavados, mampostería rehecha, restos de viejas pinturas, letreros fantásticos. Además, el público parisiense ensuciaba enormemente los verdes emparrados, tanto del lado del jardín como del lado del patio. Así, por ambos lados, una franja infame y nauseabunda parecía prohibir a las personas delicadas que se acercaran a las galerías; pero aquéllos no retrocedían ante aquellas horribles cosas, como los príncipes de los cuentos de hadas no retroceden ante los dragones y los obstáculos que un genio malvado interpone entre ellos y las princesas. Estas galerías, igual que hoy día, estaban divididas en su parte central por un pasaje, y, como hoy, también se accedía a ellas por los dos peristilos actuales, comenzados antes de la Revolución y abandonados posteriormente por falta de presupuesto. La bonita galería de piedra que conduce al Théâtre-Français formaba entonces un pasadizo angosto de una altura desmesurada y tan mal cubierto que muy a menudo llovía allí dentro. Era conocida como la Galerie Vitrée para distinguirla de las Galeries de Bois. Las techumbres de aquellos tugurios estaban todas ellas, por otra parte, en tan mal estado, que la Casa de Orleans tuvo que afrontar un proceso con un célebre comerciante de chales de Cachemira y de telas que una noche se encontró unas mercancías estropeadas por un valor considerable. El comerciante ganó el pleito. Un doble toldo alquitranado hacía las veces de cubierta en algunos lugares. El suelo de la Galerie Vitrée, donde Chevet comenzó su fortuna, y el de las Galeries de Bois eran el suelo natural de París, aumentado por el adventicio creado por las botas y los zapatos de los paseantes que allí venían. En cualquier época del año, los pies tropezaban con montañas y valles de barro endurecido, barrido sin cesar por los vendedores y que obligaban a los recién llegados a una cierta habilidad para caminar por él.

Aquel siniestro amasijo de inmundicias, aquel conjunto de cristales ensuciados por la lluvia y el polvo, aquellas chozas chatas y cubiertas de harapos en su exterior, la suciedad de los paredones comenzados, aquel conjunto de cosas que tenía algo de campamento de gitanos, de barraca de feria, de construcción provisional con la que París rodea los monumentos que nunca se construyen, esta fisonomía de mueca burlesca, concordaba admirablemente con los diferentes comercios que proliferaban bajo aquel impúdico hangar, descarado, lleno de murmullos y de loca alegría, donde, desde la Revolución de 1789 hasta la Revolución de 1830, se han hecho inmensos negocios. Durante veinte años la Bolsa tuvo su sede enfrente, en la planta baja del Palais. Así, la opinión pública, las reputaciones se hacían y deshacían allí, así como los negocios políticos y financieros. La gente se daba cita en aquellas galerías antes y después de la sesión de Bolsa. El París de los banqueros y de los hombres de negocios llenaba a menudo el patio del Palais-Royal, y afluía hacia aquellos refugios cuando llovía. La naturaleza de este edificio, surgido en aquel punto no se sabía cómo, le daba una extraña sonoridad. Los estallidos de risa aumentaban allí de volumen. No se producía una disputa, en uno de sus extremos, sin que se supiera en el otro de qué se trataba. No había allí más que libreros, poesía, política, prosa, tiendas de modas y hasta muchachas de vida alegre que venían solamente por las tardes. Allí florecían las novelas y los libros, las jóvenes y las viejas glorias, las conspiraciones de la Tribuna y las mentiras de la Edición. Allí se vendían las novedades al público, que se obstinaba en comprarlas exclusivamente en aquel lugar. Allí se llegaron a vender en una sola tarde varios millares de uno u otro panfleto de Paul-Louis Courier o unas Aventuras de la hija de un rey, el primer disparo lanzado por la Casa de Orleans contra la Carta de Luis XVIII. En la época en que Lucien se dejó ver por allí, algunas tiendas tenían escaparates o vitrinas bastante elegantes; pero estas tiendas formaban parte de las hileras que daban al jardín o al patio. Hasta el día en que aquella singular colonia desapareció bajo la piqueta del arquitecto Fontaine, las tiendas situadas entre las dos galerías permanecieron siempre abiertas, sostenidas por unos pilares como las tiendas de las ferias de provincias, y la vista se sumergía en las dos galerías a través de las mercancías o las puertas acristaladas. Como no se podía encender fuego allí, los comerciantes no tenían más que calientapiés y ellos mismos hacían de policía contra incendios, porque cualquier imprudencia podía hacer prenderse en menos de un cuarto de hora aquellas tablas resecas por el sol y ya como inflamadas por la prostitución, abarrotadas como estaban de gasa, de muselina, de papeles, algunas veces ventiladas por corrientes de aire. Las tiendas de las modistas estaban llenas de sombreros inconcebibles, que parecían estar allí menos para la venta que para su exhibición, colgados todos a centenares de alcayatas con cabeza en forma de hongo y que engalanaban las galerías con sus mil colores. Durante veinte años, todos los que pasaban por ellas se han preguntado sobre qué cabezas acababan su carrera aquellos sombreros polvorientos. Trabajadoras generalmente feas, pero con gran desparpajo, abordaban a las mujeres con una labia astuta, siguiendo la costumbre y el lenguaje propios del mercado de abastos. Una modistilla, con menos pelos en la lengua que vivacidad en los ojos, se había subido a un taburete y acosaba a los visitantes. «¡Señora, cómprese un bonito sombrero!» «¡Señor, déjeme que le venda alguna cosa!» Su vocabulario fecundo y pintoresco era variado por las inflexiones de voz, las miradas y las críticas a los paseantes. Los libreros y los vendedores de modas vivían en buena armonía. En el pasaje llamado con tanta pompa la Galerie Vitrée, se encontraban los comercios más singulares. Allí se establecían los ventrílocuos, los charlatanes de toda laya, los espectáculos en los que no se ve nada y esos otros en que se muestra el mundo entero. Allí se estableció por primera vez un hombre que ganó setecientos u ochocientos mil francos recorriendo las ferias. Tenía como enseña un sol girando dentro de un cuadro negro a cuyo alrededor resplandecían estas palabras escritas en rojo: «Aquí el hombre ve lo que Dios no podría ver. Precio: dos sueldos». El voceador no os admitía nunca solos ni tampoco en número superior a dos. Una vez dentro, os dabais de bruces con un gran espejo. De repente una voz que habría asustado al mismísimo Hoffmann el Berlinés se disparaba como accionada por un resorte: «Ahí ven, señores, lo que durante toda la Eternidad Dios no podría ver, es decir, su semejante. ¡Dios no tiene semejante!». Y salíais avergonzados, sin atreveros a reconocer vuestra estupidez. Salían de todas las portezuelas voces parecidas que os ponderaban los cosmoramas, vistas de Constantinopla, espectáculos de marionetas, autómatas que jugaban al ajedrez, perros que distinguían a la más bella mujer de la concurrencia. El ventrílocuo Fitz-James floreció allí en el Café Borel, antes de ir a morir a Montmartre, mezclado con los alumnos de la Escuela Politécnica. Había vendedoras de fruta y de ramos de flores, un famoso sastre cuyos bordados militares resplandecían por la noche como soles. Por la mañana, hasta las dos de la tarde, las Galeries de Bois permanecían silenciosas, lúgubres y desiertas. Los comerciantes charlaban allí como si estuvieran en su casa. Las citas que allí se daba la población parisiense no comenzaban hasta las tres de la tarde, a la hora de la Bolsa. A partir del momento en que llegaba la multitud, se hacían lecturas gratuitas en los puestos de los libreros a cargo de jóvenes hambrientos de literatura y sin blanca. Los dependientes encargados de vigilar los libros expuestos dejaban caritativamente que las pobres gentes fueran pasando las hojas. Cuando se trataba de un manual en doceavo de doscientas páginas, como Smarra, Peter Schlemihl, Jean Sbogar, Jocko, era devorado en dos sesiones. En aquellos tiempos no existían los gabinetes de lectura y había que comprar un libro si se quería leerlo; por ello las novelas se vendían en cantidades que hoy podrían parecer fabulosas. Había, pues, un no sé qué de francés en esta limosna dada a la juventud y a su inteligencia, ávida y pobre. La poesía de aquel terrible bazar brillaba a la caída de la tarde. Por todas las calles adyacentes iban y venían en gran número muchachas que podían pasearse por allí impunemente. Desde todos los puntos de París, una muchacha de vida alegre acudía a «hacer su Palais». Las Galeries de Pierre pertenecían a casas privilegiadas que pagaban el derecho a exponer a muchachas ataviadas como princesas, entre tal arcada y tal otra y en el lugar correspondiente en el jardín; mientras que las Galeries de Bois eran para la prostitución un terreno público, el Palais por antonomasia, vocablo que era sinónimo por aquel entonces de templo de la prostitución. Una mujer podía ir allí y salir acompañada de su presa o llevarla a donde mejor le pareciera. Estas mujeres atraían, pues, por la tarde a las Galeries de Bois a una muchedumbre tan considerable que había que andar al paso, como en una procesión o en un baile de máscaras. Esta lentitud, que no molestaba a nadie, permitía un mejor examen. Aquellas mujeres se ataviaban de un modo que hoy ya no se estila; la manera en que iban descotadas por detrás hasta media espalda, y hasta muy abajo también por delante; sus extraños peinados concebidos para llamar la atención: esta de la comarca de Chaux, la otra española; la una con más rizos que un caniche, la otra con bandós lisos; sus piernas enfundadas en unas medias blancas y enseñándolas, no se sabe cómo, pero siempre muy a propósito; toda esta infame poesía se ha perdido. La licencia de las preguntas y de las respuestas, ese cinismo público en armonía con el lugar no se encuentra ya ni en el baile de máscaras, ni en los célebres bailes que se dan hoy día. Era horrible y alegre a la vez. La carne rebosante de hombros y escotes resplandecía en medio de los trajes de los hombres, generalmente oscuros, y producía los más magníficos contrastes. La algarabía de las voces y el ruido del paseo creaban un murmullo que se oía desde el centro del jardín, como un bajo continuo salpicado de las carcajadas de las chicas alegres o los gritos de alguna rara disputa. Las personas comme il faut, los hombres más notables, se codeaban con gente de jetas patibularias. Estas monstruosas reuniones tenían un no sé qué de picante y hasta los hombres más insensibles se sentían emocionados. Por ello, todo París fue allí hasta el último momento; se paseó por el piso de madera que el arquitecto situó por encima de los sótanos mientras los construía. Una inmensa y unánime nostalgia ha acompañado la caída de estos innobles pedazos de madera.

El librero Ladvocat se había establecido desde hacía algunos días en la esquina del pasaje que dividía estas galerías en dos, enfrente de Dauriat, joven hoy olvidado, pero audaz, y que abrió el camino en el que más tarde había de brillar su competidor. La librería de Dauriat se encontraba en una de las hileras que daban al jardín, y la de Ladvocat en la que daba al patio. Dividida en dos partes, la librería de Dauriat poseía un vasto almacén para sus libros y la otra parte le servía de despacho. Lucien, que venía allí por vez primera por la tarde, quedó anonadado ante aquel espectáculo, al que no se resistían ni los provincianos ni los jóvenes. Pronto perdió a su acompañante.

—Si fueses tan guapo como ese muchacho, no te cobraría nada —le dijo una joven a un viejo señalándole a Lucien.

A Lucien se le subió el pavo de la vergüenza, siguió la riada humana en un estado de alelamiento y excitación difícil de describir. Acosado por las miradas de las mujeres, incitado por blancas redondeces y escotes atrevidos que le deslumbraban, sujetaba su manuscrito con mano firme para que no se lo robaran, ¡el muy inocente!

— ¡Eh, señor! —exclamó sintiéndose sujeto por un brazo y creyendo que su poesía había atraído a algún autor.

Reconoció a su amigo Lousteau, quien le dijo:

— ¡Ya sabía yo que acabaría pasándose por aquí!

El poeta estaba ante la puerta de una tienda en la que Lousteau le hizo entrar, y que se encontraba llena de gente, esperando poder hablar con el sultán de la edición. Los impresores, papeleros y dibujantes se agrupaban alrededor de los dependientes y les preguntaban sobre los negocios en marcha o que tenían en mente.

— ¡Mire! Ahí tiene a Finot, el director de mi periódico; está hablando con un joven que tiene talento, Félicien Vernou, un granuja más malo que la quina.

—Bueno, sé que tienes un estreno, amigo —dijo Finot acercándose con Vernou hacia donde estaba Lousteau—, y he reservado el palco.

— ¿Se lo has vendido a Braulard?

—Sí, ¿y qué querías que hiciera? Ya encontrarás otro sitio. ¿Qué vienes a pedirle a Dauriat? Ah, sí, acordamos que daríamos un empujoncito a Paul de Kock, Dauriat ha comprado doscientos ejemplares de él y Victor Ducange le rechaza una novela. Dauriat quiere —dijo— lanzar un nuevo autor del mismo género. Pondrás a Paul de Kock por encima de Ducange.

— ¡Pero si tengo una obra con Ducange en el Gaîté! —dijo Lousteau.

—Pues bien, le dirás que el artículo es mío; que era terrible y que tú lo suavizaste; así te deberá agradecimiento.

— ¿No podrías hacer que el cajero de Dauriat me pagara este pequeño bono de cien francos? —le dijo Étienne a Finot—. ¡Ya sabes!, cenamos juntos para inaugurar el nuevo piso de Florine.

— ¡Ah, sí!, nos agasajas —dijo Finot con el aire de quien hace un esfuerzo de memoria—. Pues bien, Gabusson —dijo Finot tomando el billete de Barbet y presentándolo al cajero—, dele noventa francos de mi parte a este hombre. ¿Me endosas el pagaré, amigo?

Lousteau cogió la pluma del cajero, mientras éste contaba el dinero, y firmó. Lucien, todo ojos y oídos, no se perdió ni ripio de esta conversación.

—Eso no es todo, mi querido amigo —prosiguió diciendo Étienne—, no te doy las gracias, porque estamos unidos hasta la muerte. He de presentar a este señor a Dauriat y tú deberías prepararle para que nos haga caso.

— ¿De qué se trata? —preguntó Finot.

—De un libro de poesía —respondió Lucien.

— ¡Ah! —dijo Finot encogiéndose de hombros.

—El señor —dijo Vernou mirando a Lucien— no debe de llevar mucho en el negocio de la edición, porque, de lo contrario, ya habría guardado su manuscrito en el lugar más recóndito de su casa.

En ese momento entró un joven apuesto, Émile Blondet, que acababa de estrenarse en el Journal des Débats con artículos de mucho fuste, dio la mano a Finot y a Lousteau y saludó de pasada a Vernou.

—Ven a cenar con nosotros a medianoche a casa de Florine —le dijo Lousteau.

—Allí estaré —dijo el joven—. Pero ¿quién habrá?

— ¡Ah! —repuso Lousteau—, pues Florine y el droguero Matifat, Du Bruel, el autor que ha dado un papel a Florine para su debut; un viejo, Cardot y su yerno Camusot; luego, Finot…

— ¿Y tu droguero se comportará como Dios manda?

—Al menos no nos suministrará drogas —contestó Lucien.

—El señor tiene mucho ingenio —dijo con aire serio Blondet mirando a Lucien—. ¿Viene también a la cena, Lousteau?

—Sí.

—Pues entonces nos vamos a reír.

Lucien se había ruborizado hasta las cejas.

— ¿Tienes para mucho, Dauriat? —preguntó Blondet golpeando el cristal que comunicaba con el despacho de Dauriat.

—Amigo, enseguida estoy contigo.

—Bueno —dijo Lousteau a su protegido—. Este joven, casi de su misma edad, está en los Débats. Es uno de los príncipes de la crítica: se le teme. Dauriat vendrá a bailarle el agua y entonces nosotros podremos hablar de nuestro asunto con el bajá de las viñetas y de la imprenta. De lo contrario, a las once estaríamos aún esperando nuestro turno. La audiencia se irá engrosando por momentos.

En aquel momento, Lucien y Lousteau se acercaron a Blondet, Finot y Vernou y fueron a formar un corrillo en un extremo de la tienda.

— ¿Qué hace? —le preguntó Blondet a Gabusson, el encargado, que se levantó para ir a saludarle.

—Está en plena compra de un semanario que quiere relanzar para así contrarrestar la influencia de La Minerve, que apoya casi exclusivamente a Eymery, y del Conservateur, que está totalmente de parte de los románticos.

— ¿Pagará bien?

—Pues como siempre… ¡demasiado! —dijo el cajero.

Justo en aquel momento entró un joven, que acababa de publicar una novela magnífica, rápidamente agotada y coronada con un gran éxito, una novela cuya segunda edición estaba haciendo Dauriat. Este joven, con ese aspecto extraordinario y singular que delata a los temperamentos artísticos, impresionó vivamente a Lucien.

—Aquí está Nathan —dijo Lousteau al oído del poeta de provincias.

Nathan, a pesar de la salvaje fiereza de su fisonomía, entonces en la flor de la edad, abordó a los periodistas con el sombrero en la mano, y adoptó una actitud casi humilde ante Blondet, a quien sólo conocía de vista. Blondet y Finot no se quitaron el sombrero.

—Señor, celebro la ocasión que me brinda la casualidad…

—Está tan nervioso que acaba de cometer un pleonasmo —dijo Félicien a Lousteau.

—… de expresarle mi agradecimiento por el hermoso artículo que ha tenido a bien dedicarme en el Journal des Débats. Le debo a usted la mitad del éxito de mi libro.

—No, amigo, no —respondió Blondet con un tono protector disimulado por la bonhomía—. Tiene usted talento, pardiez, y estoy encantado de conocerle.

—Como su artículo ha sido ya publicado, así no daré la impresión de ser un adulador del poder: ahora estamos cómodos el uno frente al otro. ¿Quiere hacerme el honor y darme el gusto de cenar conmigo mañana? Estará también Finot; Lousteau, amigo mío, espero que no digas que no —añadió Nathan dando un apretón de manos a Étienne—. ¡Ah!, va por buen camino, señor —le dijo a Blondet—; sigue los pasos de los Dussault, los Fiévée y los Geoffroy! Hoffmann le ha hablado de usted a Claude Vignon, su discípulo y uno de mis amigos, y le ha dicho que ya se puede morir tranquilo porque el Journal des Débats vivirá eternamente. Le deben de pagar muy bien.

—Cien francos por columna —prosiguió Blondet—. Este precio no es gran cosa cuando se está obligado a leer libros, a leer cien para encontrar uno del que valga la pena ocuparse, como es el caso del suyo. Su obra me ha gustado, palabra de honor.

—Y le ha reportado mil quinientos francos —dijo Lousteau a Lucien.

—Pero ¿hace usted política? —prosiguió Nathan.

—Sí, de vez en cuando —respondió Blondet.

Lucien, que se encontraba allí como un embrión, había admirado el libro de Nathan, reverenciaba a su escritor como a un Dios, y se quedó estupefacto ante tanta bajeza delante de aquel crítico cuyo nombre e importancia desconocía.

«¿Me comportaré yo alguna vez así? ¿Es que hay que renunciar a la propia dignidad? —se dijo—. Vuelve a ponerte el sombrero, Nathan, pues has escrito un buen libro y la crítica no se ha dignado dedicarte más que un artículo.»

Estos pensamientos le hacían hervir la sangre. De rato en rato, veía a jóvenes tímidos, autores necesitados que pedían hablar con Dauriat, pero que al ver la tienda llena desesperaban de que se les recibiera y se marchaban diciendo: «¡Ya volveré!». Dos o tres políticos estaban charlando de la convocatoria de las Cámaras y de los asuntos públicos en medio de un grupo compuesto de celebridades políticas. El semanario que Dauriat estaba negociando figuraba entre aquellos que tenían derecho a poder hablar de política. En aquel tiempo iban escaseando las tribunas de prensa. Un periódico era un privilegio tan solicitado como un teatro. Uno de los accionistas más influyentes del Constitutionnel se encontraba en medio del corrillo político. Lousteau desempeñaba a las mil maravillas su papel de cicerone. Por ello, a cada frase, Dauriat se agrandaba en la imaginación de Lucien, quien veía la política y la literatura convergiendo en aquella tienda. A la vista de un poeta eminente prostituyendo a su musa ante un periodista, humillando al Arte, como la Mujer era humillada y prostituida bajo aquellas galerías innobles, el gran hombre de provincias recibía terribles enseñanzas. ¡El dinero!, ésta era la clave de todo el enigma. Lucien se sentía solo, desconocido, atado por medio del hilo de una dudosa amistad al éxito y a la fortuna. Acusaba a sus afectuosos, verdaderos amigos del Cenáculo de haberle pintado el mundo con falsos colores, de haberle impedido lanzarse a aquella vorágine, pluma en ristre. «Podría ser ya un Blondet», exclamó para sí. Lousteau, que acababa de gritar desde las cimas del Luxemburgo como un águila herida, que tan grande le había parecido, pasó a tener a partir de aquel momento unas dimensiones mínimas. Allí, el editor de moda, el medio de vida de todas aquellas existencias, le pareció que era el hombre importante. El poeta, con su manuscrito en la mano, sintió un temblor muy parecido al miedo. En medio de aquella tienda, sobre pedestales de madera pintada de imitación mármol, vio unos bustos, el de Byron, el de Goethe, el de monsieur de Canalis, de quien Dauriat esperaba recibir un original y que el día que había acudido a esa tienda pudo comprobar el nivel en que le situaba la Edición. Sin quererlo, Lucien perdía parte de la conciencia de su propia valía, su coraje flaqueaba, comenzaba a vislumbrar cuál era la influencia del tal Dauriat en su destino, y esperaba impacientemente su aparición.

—Bien, hijos míos —dijo un hombrecillo rechoncho con una cara muy parecida a la de un procónsul romano, pero dulcificada por un aire de bonhomía que engañaba a las personas superficiales—, ya soy propietario del único semanario que se podía comprar y que cuenta con dos mil suscriptores.

— ¡Embustero! La oficina del Timbre declara setecientos y ya es un buen número —dijo Blondet.

—Mi palabra de honor más sagrada, mil doscientos. He dicho dos mil —añadió en voz baja— por los papeleros e impresores que hay ahí en el fondo. Creía que tenías más tacto, hijo mío —prosiguió en voz alta.

— ¿Acepta socios? —preguntó Finot.

—Depende —repuso Dauriat—. ¿Quieres un tercio por cuarenta mil francos?

—De acuerdo, si acepta como redactores a Émile Blondet, que aquí lo tiene, a Claude Vignon, Scribe, Théodore Leclercq, Félicien Vernou, Jay, Jouy, Lousteau…

— ¿Y por qué no a Lucien de Rubempré? —dijo con osadía el poeta de provincias, interrumpiendo a Finot.

— ¿Y Nathan? —añadió Finot.

— ¿Y por qué no a la gente que pasea por ahí? —dijo el editor frunciendo el ceño y volviéndose hacia el autor de Las margaritas—. ¿Con quién tengo el honor de hablar? —preguntó mirando a Lucien con aire impertinente.

—Un momento, Dauriat —repuso Lousteau—. Soy yo quien trae a este señor. Mientras Finot se piensa su propuesta, escúcheme.

Lucien sintió su camisa empapada en la espalda al ver el aire frío y descontento de aquel temible sátrapa de la edición, que tuteaba a Finot a pesar de que Finot le trataba de usted, que llamaba al temible Blondet «hijo mío», que había dado la mano de un modo regio a Nathan con un gesto de familiaridad.

— ¡Una nueva apuesta, hijo mío! —exclamó Dauriat—. ¡Pero si ya sabes que tengo mil cien manuscritos! Sí, señores —exclamó—, me han traído más de mil originales, y si no, pregúntenle a Gabusson. En fin, a este paso pronto voy a necesitar un administrador para que lleve el registro de los manuscritos, y un comité de lectura para que los examine; tendremos que preparar sesiones para votar sobre su calidad, con fichas de asistencia y un secretario perpetuo para que me presente sus informes. Será la sucursal de la Academia Francesa, y los académicos estarán mejor pagados en las Galeries de Bois que en el Institut.

—Es una idea —dijo Blondet.

—Una mala idea —repuso Dauriat—. Mi negocio no consiste en proceder al examen detenido de las elucubraciones de aquellos de entre vosotros que se dedican a la literatura cuando no pueden ser ni capitalistas, ni zapateros, ni cabos, ni criados, ni funcionarios estatales, ni alguaciles. Aquí sólo se entra con una reputación ya consolidada. Haceos célebres y encontraréis aquí ríos de oro. Mirad, en dos años, de tres hombres que me lo deben todo, he hecho tres ingratos. Nathan quiere seis mil francos por la segunda edición de su libro, que me ha costado tres mil francos en artículos y que no me ha reportado ni mil. Los dos artículos de Blondet los he pagado a mil francos y con una cena de quinientos francos…

—Pero, señor, si todos los editores dijeran lo mismo que usted, ¿cómo se podría publicar un primer libro? —preguntó Lucien, ante cuyos ojos Blondet había perdido muchos enteros en su consideración, cuando supo la cifra que Dauriat había pagado por los artículos de los Débats.

—Eso no es asunto mío —dijo Dauriat lanzando una mirada asesina al apuesto Lucien, quien le miró con una expresión agradable—. Yo no me entretengo en publicar un libro, en arriesgar dos mil francos para ganar dos mil; yo me dedico a especular con la literatura: publico cuarenta volúmenes en diez mil ejemplares, como lo hacen Panckoucke y los Baudouin. Mi poder y los artículos que consigo me dan un rendimiento de cien mil escudos mientras que un libro sólo me da dos mil francos. Hace falta tanto esfuerzo para imponer un nuevo nombre, un autor y su libro, como para hacer triunfar los Teatros Extranjeros, Victorias y Conquistas o las Memorias sobre la Revolución, que suponen una fortuna. Yo no estoy aquí para ser el escalón de las glorias del futuro, sino para ganar dinero y repartirlo con los hombres célebres. ¡El manuscrito que compro por cien mil francos me sale más barato que aquél por el que un autor desconocido me pide solamente seiscientos! Si no soy del todo un mecenas, al menos tengo derecho a la gratitud de la literatura, pues he hecho subir ya a más del doble el precio de los originales. Le doy todas estas explicaciones porque es amigo de Lousteau, joven —dijo Dauriat al poeta dándole una palmadita de repulsiva familiaridad en el hombro—. Si hablara con todos los autores que quieren que sea su editor, tendría que cerrar mi tienda, pues me pasaría todo el tiempo en conversaciones de lo más agradables, pero que salen demasiado caras. Aún no soy lo bastante rico como para escuchar los monólogos de cada amor propio. Eso sólo se ve en el teatro, en las tragedias clásicas.

El lujo en el vestir de aquel terrible Dauriat confirmaba, a los ojos del poeta provinciano, este comentario de una lógica implacable.

— ¿Qué es eso? —le preguntó a Lousteau.

—Un magnífico libro de versos.

Al oír aquella palabra, Dauriat se volvió hacia Gabusson con un gesto digno de Talma:

—Amigo Gabusson, a partir de hoy, cualquiera que venga por aquí para proponerme algún original… ¿Lo oís también vosotros? —dijo dirigiéndose a tres dependientes que se incorporaron de debajo de las pilas de libros a la voz colérica de su patrón que se miraba sus uñas y su mano, que tenía bonita—. A cualquiera que me traiga algún manuscrito, le preguntaréis si es de poesía o de prosa. En caso de que se trate de versos, despachadle con cajas destempladas. ¡Los versos acabarán con la edición!

— ¡Bravo! Bien dicho, Dauriat —gritaron los periodistas.

—Es la pura verdad —exclamó el editor midiendo a grandes pasos su tienda, con el manuscrito de Lucien todavía en la mano—; no saben, señores, el mal que los éxitos de Lord Byron, de Lamartine, de Victor Hugo, de Casimir Delavigne, de Canalis y de Béranger han hecho. Su gloria nos ha valido una invasión de bárbaros. Estoy seguro de que en este momento hay en las editoriales mil volúmenes de versos propuestos, que comienzan con historias deshilvanadas, sin pies ni cabeza, a imitación del Corsario y de Lara. ¡Con la excusa de la originalidad, los jóvenes se lanzan a hacer estrofas incomprensibles, poemas descriptivos en los que la joven escuela se cree nueva con su vuelta a Delille! Desde hace dos años los poetas pululan como las moscas. ¡El año pasado perdí veinte mil francos! Preguntadle si no a Gabusson. No digo que no haya en el mundo poetas inmortales, y yo conozco a algunos, blancos y sonrosados y aún imberbes —le dijo a Lucien—; pero para el mundo de la edición, jovencito, no existen más que cuatro poetas, que son Béranger, Casimir Delavigne, Lamartine y Victor Hugo; ya que Canalis… es un poeta hecho a base de artículos.

Lucien no tuvo el valor de erguirse y mostrarse altivo delante de todos aquellos hombres influyentes que se reían de muy buena gana. Comprendió que se cubriría de ridículo, pero sentía unas violentas ganas de saltarle al cuello al editor, descomponerle aquella corbata anudada con una perfección irritante, romperle la cadena de oro que relucía en su pecho, pisotearle el reloj y hacerlo trizas. El puntillo de honor irritado abrió la puerta a la venganza, y juró un odio mortal a aquel editor al que en aquel momento sonreía.

—La poesía es como el sol que hace crecer las selvas eternas y que engendra los mosquitos, las moscas y los moscardones —dijo Blondet—. No hay una sola virtud que no tenga su correspondiente vicio. La literatura engendra, por fuerza, a los editores.

— ¡Y a los periodistas! —dijo Lousteau.

Dauriat rompió en una carcajada.

—Bueno, ¿qué es esto si puede saberse? —preguntó señalando el manuscrito.

—Una colección de sonetos que harían morirse de vergüenza al mismísimo Petrarca —dijo Lousteau.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Dauriat.

—Lo que he dicho —repuso Lousteau, que vio una sonrisa irónica en todos los labios.

Lucien no podía molestarse, pero sudaba dentro de su arnés.

—Pues bien, lo leeré —dijo Dauriat haciendo un gesto regio con el que demostraba la gran concesión que hacía—. Si tus sonetos están a la altura del siglo diecinueve, haré de ti, hijo mío, un gran poeta.

—Si tiene tanta inteligencia como belleza, no corre usted grandes riesgos —dijo uno de los más famosos oradores de la Cámara, que hablaba con uno de los redactores del Constitutionnel y el director de La Minerve.

—General —dijo Dauriat—, la gloria supone doce mil francos en artículos y mil escudos en cenas; y si no pregúntele al autor de El solitario. Si monsieur Benjamin Constant quiere hacer un artículo sobre este joven poeta, no tardaré mucho en cerrar el trato.

Al oír la palabra general y el nombre del ilustre Benjamin Constant, la tienda adquirió a los ojos del gran hombre de provincias las proporciones del Olimpo.

—Lousteau, tengo que hablar contigo —dijo Finot—, pero ya te veré en el teatro. Dauriat, el negocio me interesa, pero con determinadas condiciones. Vayamos a su despacho.

— ¿Vamos, hijo mío? —dijo Dauriat dejando pasar a Finot delante de él, mientras hacía un gesto de hombre ocupado a diez personas que le esperaban; iba ya a desaparecer cuando Lucien, impaciente, le detuvo.

—Se ha quedado con mi manuscrito, ¿para cuándo la respuesta?

—Mi querido poeta, vuelva dentro de tres o cuatro días, ya veremos.

Lousteau se llevó a Lucien, sin darle siquiera tiempo de despedirse de Vernou, Blondet, Nathan, el general Foy y Benjamin Constant, cuya obra sobre los Cien Días acababa de publicarse. Lucien apenas logró entrever aquella cabeza de cabellos rubios y finos, aquella cara entrelarga, aquellos ojos de mirada inteligente, aquella boca agradable, en fin, al hombre que durante veinte años había sido el Potemkin de Madame de Staël y que hacía la guerra a los Borbones después de habérsela hecho a Napoleón, pero que acabaría muriendo aterrado por su victoria.

— ¡Vaya tienda! —exclamó Lucien una vez sentado en un cabriolé de punto al lado de Lousteau.

—Al Panorama-Dramatique, ¡y a escape! Te daré treinta sueldos por tu carrera —le dijo Étienne al cochero—. Dauriat es un tunante que vende por un valor de un millón y medio a un millón seiscientos mil francos en libros al año, es como si fuera el ministro de la literatura —respondió Lousteau, cuyo amor propio se sentía gratamente halagado y se daba aires de importancia con Lucien—. Su codicia, que es tan grande como la de Barbet, se centra en los grandes números. Dauriat tiene modales, es generoso, pero vano; en cuanto a su inteligencia, es un compuesto de todo lo que oye decir a su alrededor; su tienda es un excelente lugar para frecuentar. Allí se puede charlar con las personas superiores del momento. Allí, mi querido amigo, un joven aprende en una hora más que lo que le enseñarían diez años leyendo libros. Se discuten artículos, se barajan temas, se entabla relación con personas célebres o influyentes que pueden ser útiles. Hoy día, para triunfar, hay que relacionarse. Todo es fruto del azar, como puede ver. No hay nada más peligroso que tener inteligencia y quedarse solo en su rincón.

— ¡Pero qué impertinencia la suya! —dijo Lucien.

— ¡Bah!, todos nos burlamos de Dauriat —repuso Étienne—. Si uno lo necesita, lo pisotea; no puede prescindir del Journal des Débats, Émile Blondet le hace dar más vueltas que a una peonza. ¡Oh!, si entra en el mundillo de la literatura verá otras muchas cosas. Bien, ¿qué le decía yo?

—Sí, tiene razón —replicó Lucien—. Lo he pasado en esa tienda aún peor de lo que esperaba, de acuerdo con su programa.

— ¿Y por qué sufrir sin necesidad? El precio que hemos de pagar por vivir, el tema por el cual, durante noches de estudio, nos hemos devanado los sesos, todas esas incursiones en los campos del pensamiento, el monumento que nos construimos con nuestra sangre, se convierte para los editores en un buen o mal negocio. Vender o no su obra, en esto consiste para los editores todo el problema. Un libro representa para ellos un capital que han de arriesgar. Cuanto mejor es el libro, menos probabilidades tiene de venderse. Todo hombre superior se eleva por encima de las masas; su éxito, pues, está en relación directa con el tiempo necesario para que su obra sea apreciada. Ningún editor quiere esperar. El libro de hoy ha de venderse mañana. Con esta filosofía, los editores rechazan los libros sustanciales, que requieren tiempo y juicios competentes para ser apreciados.

—D’Arthez tiene razón —exclamó Lucien.

— ¿Conoce a D’Arthez? —preguntó Lousteau—. No conozco nada más peligroso que los espíritus solitarios que piensan, como ese muchacho, poder atraer al mundo a ellos. Fanatizando a las jóvenes imaginaciones con unas creencias que halagan la fuerza inmensa que sentimos inicialmente en nosotros mismos, estas personas destinadas a una gloria póstuma les impiden entregarse a la acción a una edad en que la actividad es posible y provechosa. Yo me inclino por la filosofía de Mahoma, que, después de haber ordenado a la montaña que fuese a él, exclamó: «¡Si no vienes a mí, entonces iré yo a ti!».

Esta salida, en la que la razón adoptaba una forma incisiva, sirvió para hacer dudar a Lucien entre la filosofía de pobreza sumisa que propugnaba el Cenáculo y la doctrina militante que le exponía Lousteau. Por ello, el poeta de Angulema guardó silencio hasta llegar al bulevar del Temple.

El Panorama-Dramatique, hoy día reemplazado por una casa, era una encantadora sala de espectáculos situada enfrente de la rue Charlot, en el bulevar del Temple, y donde sucumbieron dos empresas sin conseguir un solo éxito, a pesar de que Vignol, uno de los actores que se repartieron el legado de Potier, había comenzado allí su carrera, al igual que Florine, actriz que, cinco años más tarde, se hizo tan célebre. Los teatros, como los hombres, se ven sometidos a fatalidades. El Panorama-Dramatique tenía que rivalizar con el Ambigu, la Gaîté, la Porte-Saint-Martin y los teatros de vodevil; no pudo resistir a sus manejos, a las restricciones de su privilegio y a la falta de obras de calidad. Los autores no quisieron ponerse a malas con los teatros existentes por un teatro cuya vida parecía problemática. Sin embargo, la administración contaba con una nueva comedia, una especie de melodrama cómico de un joven autor, colaborador de algunas celebridades, llamado Du Bruel, quien decía haberla hecho él solo. Esta obra había sido escrita para la presentación de Florine, comparsa hasta entonces en la Gaîté, donde desde hacía un año interpretaba pequeños papeles en los que había destacado, sin poder conseguir un contrato, de suerte que el Panorama se la había quitado a su vecino. Coralie, otra actriz, también debía debutar en ella. Cuando los dos amigos llegaron, Lucien quedó estupefacto ante el poder de la Prensa.

—El señor viene conmigo —le dijo Étienne al portero, quien hizo una profunda reverencia.

—Les será difícil encontrar sitio —dijo el jefe de acomodadores—. No queda libre más que el palco del director.

Étienne y Lucien perdieron algún tiempo vagando por los corredores y charlando con las acomodadoras.

—Vamos a la sala; hablaremos con el director, quien nos acogerá en su palco. Además le presentaré a la heroína de la velada, a Florine.

A una seña de Lousteau, el portero del patio de butacas cogió un llavín y abrió una puerta falsa que había en una gruesa pared. Lucien siguió a su amigo, y pasó de repente del pasillo completamente iluminado a un negro agujero que, en casi todos los teatros, sirve de comunicación entre la sala y los entre bastidores. Luego, subiendo unos húmedos escalones, el poeta de provincias llegó a entre bastidores, donde le esperaba el más extraño espectáculo. La estrechez de los bastidores, la altura del teatro, las escaleras con quinqués, los decorados tan horribles vistos de cerca, los actores pintarrajeados, sus trajes tan estrambóticos y hechos de telas tan bastas, los tramoyistas con chaquetas pringosas, las cuerdas colgando, el director de escena paseándose con el sombrero puesto, los comparsas sentados, los telones de fondo suspendidos, los bomberos, todo este conjunto de cosas divertidas, tristes, sucias, espantosas, resplandecientes, se parecía tan poco a lo que Lucien había visto desde su butaca, que su asombro no conoció límites. Acababan de representar un excelente melodrama titulado Bertram, pieza imitada de una tragedia de Maturin muy apreciada por Nodier, Lord Byron y Walter Scott, pero que no tuvo ningún éxito en París.

—No se suelte de mi brazo si no quiere ir a parar dentro de alguna trampilla, que le caiga en la cabeza un bosque, derribar un palacio o tropezarse con una cabaña —le dijo Étienne a Lucien—. ¿Está Florine en su camerino, tesoro? —le preguntó a una actriz que se preparaba para hacer su entrada en escena, mientras escuchaba a los actores.

—Sí, mi amor. Gracias por lo que has dicho de mí. Has sido tanto más gentil cuanto que Florine había de hacer su debut aquí.

—Vamos, te ruego, querida, que no estropees el efecto —le dijo Lousteau—; entra corriendo, levanta la patita, y di: «¡Detente, desventurado!», pues se han hecho dos mil francos de taquilla.

Lucien, estupefacto, vio cómo la actriz se preparaba y salía a escena gritando un «¡Detente, desventurado!» que le dejaba a uno helado de espanto. No era la misma mujer.

—Así que esto es el teatro —le dijo a Lousteau.

—Es como la tienda de las Galeries de Bois y como un periódico para la literatura, una verdadera cocina —le respondió su nuevo amigo.

Apareció Nathan.

— ¿Por quién viene aquí? —indagó Lousteau.

—Hago pequeñas reseñas teatrales en la Gazette, en espera de que salga algo mejor —repuso Nathan.

— ¡Pues bien!, cene esta noche con nosotros, y a cambio trate bien a Florine —le propuso Lousteau.

—Cuente conmigo para lo que guste —repuso Nathan.

—Ya sabe, ahora ella vive en la rue de Bondy.

— ¿Quién es este buen mozo que te acompaña, mi querido Lousteau? —preguntó la actriz entrando de la escena a entre bastidores.

—Ah, querida, un gran poeta, un hombre que se hará célebre. Como van a tener que cenar juntos, monsieur Nathan, le presento a monsieur Lucien de Rubempré.

—Tiene un bonito nombre, señor —le dijo Raoul a Lucien.

—Lucien, monsieur Raoul Nathan —le dijo Étienne a su nuevo amigo.

—Le leí, señor, hace un par de días y le aseguro que, cuando se ha escrito un libro y una colección de poesías como los suyos, cuesta imaginar cómo se puede ser tan humilde con un periodista.

—Ya me lo dirá cuando publique su primer libro —dijo Nathan dejando escapar una tímida sonrisa.

—Vaya, vaya, los ultras y los liberales se dan la mano —exclamó Vernou al ver a aquel trío.

—Por la mañana soy de la opinión de mi periódico —dijo Nathan—, pero por las noches pienso lo que me da la gana, de noche todos los redactores son pardos.

—Étienne —dijo Félicien dirigiéndose a Lousteau—, Finot ha venido conmigo y te está buscando… Aquí está.

— ¡Vaya!, ¿es que no hay un sitio? —dijo Finot.

—Tiene usted siempre uno en nuestros corazones —le contestó la actriz dirigiéndole su más agradable sonrisa.

—Vaya, mi pequeña Florville, veo que te has curado de tu amor. Me habían dicho que un príncipe ruso te había raptado.

— ¿Acaso se rapta hoy ya a las mujeres? —dijo Florville, que era la actriz del «¡Detente, desventurado!»—. Nos quedamos diez días en Saint-Mandé, que a mi príncipe sólo le costaron una indemnización pagada a la Administración. El director —continuó Florville, entre risas— va a rogarle a Dios que vengan muchos príncipes rusos, porque sus indemnizaciones le proporcionarían unos buenos ingresos sin ningún gasto.

—Y tú, querida —dijo Finot a una bonita mujer de pueblo que les escuchaba—, ¿dónde has robado los brillantes que llevas en las orejas? ¿Acaso has encontrado a un príncipe indio?

—No, pero sí un comerciante en betún, un inglés que ya se ha ido. No todas tenemos cuando queremos, como Florine y Coralie, negociantes millonarios aburridos de su matrimonio: ¿son ellas felices?

— ¡No vas a entrar a tiempo, Florville! —exclamó Lousteau—; el betún de tu amiga se te sube a la cabeza.

—Si quieres tener éxito —le dijo Nathan—, en vez de gritar como una furia: «¡Se ha salvado!», entra con naturalidad, llega hasta las candilejas y di con un do de pecho: «Se ha salvado», como la Pasta dice «¡Oh, patria!» en Tancredo. ¡Anda! —añadió empujándola.

— ¡Ya no está a tiempo; ha estropeado el efecto! —dijo Vernou.

— ¿Qué es lo que ha hecho? La sala aplaude a rabiar —preguntó Lousteau.

—Les ha enseñado su escote poniéndose de rodillas, es su gran arma —contestó la actriz viuda del betún.

—El director nos deja su palco, allí me encontrarás —le dijo Finot a Étienne.

Lousteau llevó entonces a Lucien por la trasera del teatro, a través del dédalo de bastidores, pasillos y escaleras hasta el tercer piso, a un cuartito al que llegaron seguidos de Nathan, Félicien y Vernou.

—Buenos días, o buenas noches, señores —dijo Florine—. Señor —añadió volviéndose hacia un hombre retaco que estaba en un rincón—, estos señores son los árbitros de mi destino, mi porvenir está en sus manos; pero estarán, espero, debajo de nuestra mesa mañana por la mañana, si el señor Lousteau no ha olvidado nada…

— ¡Cómo! Estará Blondet de los Débats —le dijo Étienne—, el verdadero Blondet, Blondet en persona, en una palabra, Blondet.

— ¡Oh!, mi querido Lousteau, te has ganado un beso —dijo ella saltándole al cuello.

Ante esta demostración, Matifat, el hombre gordo, adoptó un aire serio. A los dieciséis años, Florine era delgada. Su belleza, como un capullo lleno de promesas, sólo podía gustar a los artistas que prefieren los bocetos a los cuadros. Esta encantadora actriz tenía en sus rasgos toda la finura que la caracterizaba, y se parecía entonces a la Mignon de Goethe. Matifat, rico droguero de la rue des Lombards, había pensado que una modesta actriz de los bulevares sería poco dispendiosa; pero, en once meses, Florine le había costado sesenta mil francos. Nada le pareció más extraordinario a Lucien que aquel honrado y probo comerciante, colocado allí como un dios Término en un rincón de aquel reducto de diez pies cuadrados, revestido con un bonito papel pintado, adornado con una psiché, un diván, dos sillas, una alfombra, una chimenea y lleno de armarios. Una doncella estaba terminando de vestir a la actriz como a una española. La obra era un enredo en el que Florine interpretaba el papel de una condesa.

—Esta criatura, en cinco años, será la actriz más bella de París —le dijo Nathan a Félicien.

— ¡Ah!, amores míos —dijo Florine volviéndose hacia los tres periodistas—, tratadme bien mañana; para empezar, he hecho reservar unos cuantos coches para esta noche, pues no os permitiré volver a casa hasta que estéis borrachos como cubas. Matifat ha traído los vinos, pero, ¡oh!, unos vinos dignos de Luis XVIII, y ha contratado al cocinero del ministro de Prusia.

—Viendo a este señor podemos esperar grandes cosas —dijo Nathan.

—Pero él sabe que trata con los hombres más peligrosos de París —respondió Florine.

Matifat miraba a Lucien con aire inquieto, pues la gran apostura del joven excitaba sus celos.

— ¡Ah!, pero si hay uno a quien no conozco —dijo Florine advirtiendo la presencia de Lucien—. ¿Quién de vosotros se ha traído de Florencia al Apolo de Belvedere? Este señor es tan encantador como una figura de Girodet.

—Señorita —dijo Lousteau—, este señor es un poeta de provincias que he olvidado presentarle. Está usted tan bonita esta noche que es imposible pensar en esos pueriles deberes de la cortesía o de la buena educación…

— ¿Tan rico es como para dedicarse a la poesía? —preguntó Florine.

—Pobre como Job —repuso Lucien.

—Pues entonces es una tentación para nosotros —dijo la actriz.

Du Bruel, autor de la obra, un joven con levita, pequeño, delgado, que tenía a la vez algo de burócrata, de propietario y de agente de cambio, entró de repente.

—Mi pequeña Florine, se sabe bien su papel, ¿eh? Nada de fallos de memoria. Cuide sobre todo la escena del segundo acto, mordacidad y sutileza. Diga «No os quiero» como hemos acordado.

— ¿Por qué acepta papeles en los que hay frases semejantes? —le preguntó Matifat a Florine.

Una carcajada general acogió la observación del droguero.

— ¿Y qué le importa eso —le dijo ella— si no es con usted con quien hablo, so burro? ¡Oh!, contenta me tiene con sus sandeces —añadió mirando a los demás—. Palabra de mujer honrada, le pagaría un tanto por cada tontería que dice si no fuera a arruinarme.

—Sí, pero usted me mira al decírmelo a mí igual que cuando ensaya su papel, y esto me da miedo —replicó el droguero.

—Muy bien, entonces miraré a mi querido Lousteau —respondió ella.

Una campanilla resonó en los pasillos.

—Largaos todos —dijo Florine—, dejadme releer mi papel y sed comprensivos.

Lucien y Lousteau fueron los últimos en irse. Lousteau dio un beso en los hombros a Florine y Lucien oyó que la actriz decía:

—Esta noche imposible. Este viejo sandio le ha dicho a su mujer que se iba al campo.

— ¿Le parece bonita? —le preguntó Étienne a Lucien.

—Pero, amigo, ese Matifat… —exclamó Lucien.

— ¡Ah!, hijo mío, usted no conoce aún nada de la vida parisiense —repuso Lousteau—. ¡Hay males necesarios! Es como querer a una mujer casada, así es. Uno se aviene a razones.

Étienne y Lucien entraron en un palco proscenio de la planta baja, donde encontraron al director del teatro y a Finot. Enfrente, Matifat estaba en el palco opuesto, con uno de sus amigos llamado Camusot, un sedero que protegía a Coralie y a quien acompañaba un discreto vejete, su suegro. Estos tres burgueses estaban limpiando los cristales de sus impertinentes y observaban la platea, cuya agitación les inquietaba. Los palcos estaban atestados de ese público heterogéneo de las primeras representaciones: periodistas con sus queridas, mantenidas con sus amantes, algunos viejos asiduos de los teatros, muy aficionados a los estrenos, personas del gran mundo que gustan de este tipo de emociones. En un primer palco se encontraba el director general y su familia, que había colocado a Du Bruel en una administración financiera donde el creador de variedades cobraba el sueldo de una sinecura. Lucien, desde después de la comida, iba de sorpresa en sorpresa. La vida literaria, tan pobre desde hacía dos meses, tan desnuda a sus ojos, tan horrible en la habitación de Lousteau, tan humilde e insolente a la vez en las Galeries de Bois, revelaba una extraña magnificencia y aspectos singulares. Esta mezcla de altibajos, de conflictos de conciencia, de sublimidades y bajezas, de traiciones y placeres, de grandezas y servidumbres, le tenía estupefacto, como alguien atento a un espectáculo inaudito.

— ¿Cree que la obra de Du Bruel le dará dinero? —preguntó Finot al director.

—La obra es una comedia de intriga en la que Du Bruel ha querido hacer de Beaumarchais. Al público de los bulevares no le gusta este género, quiere que le atiborren de emociones. El ingenio aquí no se aprecia. Esta noche todo depende de Florine y de Coralie, que son encantadoras en cuanto a gracia y belleza. Estas dos criaturas llevan faldas muy cortas, bailan una danza española y pueden conquistar al público. Esta representación es una apuesta de verdad. Si los periódicos me hacen algunos artículos con gancho, en caso de éxito, puedo ganar cien mil escudos.

—Vamos, a mí me parece —dijo Finot— que no pasará de ser un éxito de prestigio.

—Hay tramado un boicot por los tres teatros vecinos, algunos van a silbar pase lo que pase; pero estoy en condiciones de desbaratar estas malas intenciones. He dado una prima a los de la claque enviados contra mí; silbarán, pero lo harán desganadamente. Hay dos comerciantes que, con el fin de conseguir el triunfo de Florine y de Coralie, han comprado cada uno cien entradas y las han repartido entre conocidos suyos capaces de poner en la calle a los maquinadores. Éstos, pagados dos veces, dejarán que les echen, lo cual hace ganarse siempre las simpatías del público.

— ¡Doscientas entradas! ¡Qué gente más espléndida! —exclamó Finot.

— ¡Pues sí!, con otras dos bonitas actrices tan magníficamente mantenidas como Florine y Coralie, sus problemas se habrían acabado.

Desde hacía dos horas, los oídos de Lucien sólo oían que todo se resolvía con dinero. Tanto en el Teatro como en la Edición, tanto en la Edición como en el Periodismo, no se trataba del arte y de la gloria. Los golpes del gran volante de la Ceca le martilleaban la cabeza y el corazón, atronándolo. Mientras la orquesta interpretaba la obertura, Lucien no pudo dejar de comparar los aplausos y los silbidos de la platea alborotada con los momentos de auténtica y dulce poesía que había disfrutado en la imprenta de David, cuando los dos soñaban con las maravillas del Arte, los nobles triunfos del genio, la Gloria de blancas alas. Al recordar las veladas del Cenáculo, una lágrima brilló en los ojos del poeta.

— ¿Qué le sucede? —le preguntó Étienne Lousteau.

—Veo a la poesía en un cenagal —contestó.

— ¡Ah, querido!, aún tiene ilusiones.

—Pero ¿es que hay que rebajarse y soportar aquí a esos dos gordinflones de Matifat y Camusot como las actrices soportan a los periodistas y como nosotros soportamos a los editores?

—Amigo mío —le dijo Lousteau al oído señalándole a Finot—, ¿ve a ese muchacho tosco, sin gracia ni talento, pero codicioso, que quiere el éxito a toda costa y es listo en los negocios, que en la tienda de Dauriat se me ha quedado con un cuarenta por ciento con aires de hacerme un favor?… Pues bien, tiene cartas en las que muchos genios en cierne se postran de rodillas ante él por cien francos.

Una contracción causada por el asco hizo encogerse el corazón de Lucien, quien se acordó de aquello de «Finot, ¿y mis cien francos?», ese dibujo dejado sobre el tapete verde de la redacción.

—Antes muerto —dijo.

—Antes vivo —le respondió Lousteau.

Al alzarse el telón, el director salió y se dirigió a entre bastidores para dar algunas órdenes.

—Amigo mío —dijo entonces Finot a Étienne—, Dauriat me ha dado su palabra, me he quedado con un tercio de la propiedad del semanario. Yo me he comprometido a aportar treinta mil francos al contado con la condición de ser nombrado redactor jefe y director. Es un magnífico negocio. Blondet me ha asegurado que se preparan leyes restrictivas contra la prensa y que únicamente se mantendrán los periódicos existentes. Dentro de seis meses hará falta un millón para abrir un nuevo periódico. Escúchame. Si puedes conseguir que Matifat compre la mitad de mi participación, una sexta parte, por treinta mil francos, te daré el cargo de redactor jefe de mi periódico, con doscientos cincuenta francos al mes. Serás mi testaferro. Quisiera seguir dirigiendo la redacción y velar por mis intereses, dando la impresión de que no intervengo para nada. Todos los artículos se te pagarán a razón de cien sueldos la columna; puedes sacarte así una prima de quince francos diarios, pagándolos sólo a tres francos y aprovechándote de la redacción gratuita. Son cuatrocientos cincuenta francos mensuales más al mes. Pero quiero seguir siendo dueño de hacer atacar o defender a los hombres y los asuntos a mi antojo en el periódico, dejándote siempre satisfacer los odios y las amistades que no dañen a mi política. Tal vez sea progubernamental o ultra, no lo sé aún, pero quiero conservar, bajo mano, mis relaciones liberales. Te hablo de todo esto con franqueza porque eres un buen chico. Tal vez pueda dejar que te encargues de las Cámaras para el periódico, cosa que ahora hago yo, pues seguramente no podré continuar con ellas. Por tanto, utiliza a Florine para esta pequeña maquinación y dile que le apriete las tuercas al droguero; no dispongo más que de cuarenta y ocho horas para desdecirme, si no puedo pagar. Dauriat ha vendido el otro tercio de treinta mil francos a su impresor y a su proveedor de papel. Él conserva su tercio gratis y gana diez mil francos, porque en total sólo le ha costado cincuenta mil. Pero de aquí a un año la cosecha será de doscientos mil francos, y podrá venderse a la corte si, como dicen, tiene el buen sentido de financiar los periódicos.

—Eres un hombre afortunado —exclamó Lousteau.

—Si hubieras pasado los días de miseria que yo he conocido, no hablarías así. Pero hoy por hoy, ya ves, disfruto de una desgracia irremediable: soy hijo de un sombrerero que sigue vendiendo sombreros en la rue du Coq. Sólo una revolución podría ayudarme a alcanzar una alta posición; y a falta de una convulsión social, he de tener millones. No sé si, de estas dos cosas, lo más fácil no es la revolución. Si yo llevara el apellido de tu amigo, sería todo más fácil. Silencio, que llega el director. Adiós —dijo Finot levantándose—. Me voy a la Ópera, quizá mañana tenga un duelo: estoy escribiendo un artículo fulminante, que firmo con una F, contra dos bailarinas que tienen por amigos a dos generales. Ataco, y a fondo, a la Ópera.

— ¡Ah, bah! —exclamó el director.

—Sí, todos racanean conmigo —dijo Finot—. Éste me cierra su palco, el otro se niega a aceptarme cincuenta suscripciones. Ya he dado mi ultimátum a la Ópera: ahora quiero cien suscripciones y cuatro palcos por mes. Si aceptan, mi periódico tendrá entonces ochocientos suscriptores de favor y mil de pago. Y conozco la manera de conseguir doscientas suscripciones más: en enero llegaremos a las mil doscientas…

—Acabará por arruinarnos —dijo el director.

—Usted sí que está verdaderamente mal con sus diez suscripciones. Le he hecho hacer dos buenos artículos en Le Constitutionnel.

— ¡Oh!, no me quejo de usted —exclamó el director.

—Hasta mañana por la noche, Lousteau —dijo Finot—. Ya me darás una respuesta en el Français, donde hay un estreno; y como no podré escribir el artículo, podrás hacer uso de mi palco para el periódico. Te doy la preferencia: te has desvivido por mí y te estoy agradecido. Félicien Vernou me ofrece renunciar al sueldo por un año y me propone veinte mil francos por un tercio de la propiedad del periódico; pero quiero ser en él el dueño absoluto. Adiós.

—No en vano se llama Finot —le dijo Lucien a Lousteau.

— ¡Oh!, es carne de presidio que se abrirá camino —le replicó Étienne, sin preocuparse de que pudiera oírle aquel hombre listo que en aquel momento cerraba la puerta del palco.

— ¿Él?… —dijo el director—. Será millonario, gozará de la consideración general y quizá hasta tenga amigos…

— ¡Dios mío! —dijo Lucien—, ¡qué cueva de ladrones! ¿Y usted va a hacer que entable esta muchacha tan deliciosa semejante negociación? —dijo señalando a Florine que les lanzaba miradas.

—Y lo conseguirá. No conoce usted la abnegación y la astucia de estas adorables criaturas —respondió Lousteau.

—Cuando aman, su amor es tan grande, tan absoluto, que se hacen perdonar todos sus defectos, todas sus culpas —contestó el director—. La pasión de una actriz es algo tanto más hermoso cuanto que supone un violento contraste con el ambiente que las rodea.

—Es como encontrar en medio del barro un diamante digno de adornar la más soberbia corona —añadió Lousteau.

—Pero —prosiguió el director— Coralie está distraída. Nuestro amigo está conquistando a Coralie sin saberlo, y va a hacerle echar a perder la escena; ella no se fija en sus réplicas, y ya van dos veces que no oye al apuntador. Señor, se lo ruego —dijo a Lucien—, póngase en ese rincón. Si Coralie se ha enamorado de usted, voy a decirle que se ha marchado.

— ¡Ah, no! —exclamó Lousteau—. Dígale que este señor irá a la cena; que allí podrá hacer con él lo que quiera, y actuará como mademoiselle Mars.

El director se fue.

—Amigo mío —le dijo Lucien a Étienne—, ¡cómo!, ¿no tiene usted escrúpulos de hacerle pedir a mademoiselle Florine treinta mil francos a ese droguero por la mitad de algo que Finot acaba de comprar a ese precio?

Lousteau no le dejó acabar su razonamiento a Lucien.

—Pero ¿en qué mundo vive usted, amigo mío? Este droguero no es un hombre, es una caja de caudales ofrecida por el amor.

—Pero ¿y su conciencia?

—La conciencia, amigo, es uno de esos bastones que todo el mundo coge para apalear a su vecino, pero que nunca nadie hace servir para sí mismo. ¡Ah! Pero ¿de qué se queja? ¡El azar ha hecho con usted en un día un milagro que yo he estado esperando durante dos años, y aún se divierte discutiendo los medios! ¡Cómo! Usted, que parece una persona inteligente, capaz de lograr esa falta de prejuicios en las ideas que deben tener los aventureros de la inteligencia en el mundo en que vivimos, ¿cae en los escrúpulos de la monja que se acusa de haberse comido su huevo con concupiscencia?… Si Florine lo consigue, me convertiré en redactor jefe, ganaré doscientos cincuenta francos fijos y me encargaré de los grandes teatros; dejaré a Vernou los teatros de variedades y usted hará sus primeras armas, sucediéndome en todos los teatros de los bulevares. Entonces recibirá tres francos por columna y escribirá una por día, treinta al mes, lo cual le reportará unos beneficios de noventa francos; tendrá sesenta francos de libros para vender a Barbet; luego podrá pedir a sus teatros diez entradas mensuales, cuarenta entradas en total, que venderá por cuarenta francos al Barbet de los teatros, un hombre con el que le pondré en contacto. Así se encontrará con doscientos francos al mes. Podrá, prestándole sus servicios a Finot, colocar un artículo de cien francos en su nuevo semanario, en el supuesto de que despliegue un talento trascendental, pues allí se firma y no pueden hacerse al buen tuntún, como en un pequeño periódico. Podría ganar así cien escudos al mes. Amigo mío, existen personas de talento, como ese pobre D’Arthez que come cada día en Flicoteaux, que necesitan diez años para ganar cien escudos. Con su pluma se ganará usted cuatro mil francos al año sin contar con los ingresos de la edición, si escribe para ella. Ahora bien, un subprefecto no cobra más que mil francos de sueldo y se aburre soberanamente en su distrito. No le hablo del gusto que da asistir sin pagar a un espectáculo, pues ese placer no tardará en cansarle; pero tendrá entrada libre entre bastidores en cuatro teatros. Muéstrese duro y burlón durante uno o dos meses, le abrumarán a invitaciones, a fiestas con las actrices, sus queridas le harán la corte, sólo cenará en Flicoteaux el día que no tenga treinta sueldos en el bolsillo ni una invitación a cenar. No sabía usted a las cinco dónde dar con sus huesos en el Luxemburgo, y ahora está en puertas de convertirse en una de las cien personas privilegiadas que imponen sus opiniones en Francia. De aquí a tres días, si la cosa sale, puede, con treinta agudezas a razón de tres por día, hacerle maldecir la vida a un hombre; puede obtener gratificaciones sexuales de todas las actrices de sus teatros; puede poner por los suelos una buena obra y hacer que todo París acuda a una mala. Si Dauriat se niega a publicar sus Margaritas sin ofrecerle nada a cambio, puede hacerle acudir, humilde y sumiso, a su casa para que se las compre por dos mil francos. Saque todo su talento y coloque en tres periódicos distintos tres artículos que amenacen con acabar con algunas de las especulaciones de Dauriat o con algún libro en el que confía; entonces le verá subir hasta su buhardilla y quedarse allí pegado como una lapa. Y en cuanto a su novela, los editores, que en la actualidad le pondrían de patitas en la calle más o menos cortésmente, harán cola ante su casa, ¡y el manuscrito, que el viejo Doguereau estimó en cuatrocientos francos, alcanzará una cifra de cuatro mil! Estas son las ventajas de la profesión de periodista. Por eso impedimos a los recién llegados acercarse a los periódicos; no solamente se requiere un inmenso talento, sino también mucha suerte para poder entrar. ¡Y usted infravalora su suerte!…, ¿se da cuenta? Si hoy no nos hubiéramos encontrado en Flicoteaux, seguiría ahí de plantón durante tres años más o muriéndose de hambre, como D’Arthez, en una buhardilla. Cuando D’Arthez sea tan sabio como Bayle y tan gran escritor como Rousseau, nosotros ya habremos hecho nuestra fortuna y seremos dueños de la suya y de su gloria. Finot será diputado y propietario de un gran periódico y nosotros seremos lo que queramos ser: pares de Francia o presos por deudas en Sainte-Pélagie.

—Y Finot venderá su gran periódico a los ministros que le den más dinero, así como vende sus elogios a madame de Bastienne denigrando a mademoiselle Virginie, y demostrando que los sombreros de la primera son de una calidad superior a los que el periódico ensalzaba en un principio —exclamó Lucien recordando la escena de la que había sido testigo.

—Es usted un ingenuo, amigo mío —respondió Lousteau en un tono seco—. Finot, hace tres años, caminaba sobre las cañas de sus botas, comía en Tabar por dieciocho sueldos, despachaba folletos por diez céntimos y su traje se le aguantaba sobre el cuerpo gracias a un misterio parecido al de la Inmaculada Concepción; ahora, Finot es dueño de su periódico valorado en cien mil francos; con las suscripciones de pago y no de favor, con las suscripciones reales y las contribuciones indirectas sacadas por su tío, gana veinte mil francos al año; todos los días tiene las cenas más suntuosas del mundo, y desde hace un mes cuenta con un cabriolé, y por último, desde mañana estará a la cabeza de un semanario, con un sexto de la propiedad de balde y con quinientos francos de sueldo al mes, a los que sumará mil francos de redacción obtenidos gratuitamente y que hará pagar a sus socios. Usted el primero, si Finot acepta pagarle cincuenta francos por página, se sentirá feliz de llevarle tres artículos por nada. Cuando se encuentre en análoga posición podrá juzgar a Finot, pues uno sólo puede ser juzgado por sus iguales. ¿Acaso no tiene un gran futuro si obedece ciegamente al espíritu de partido, si ataca cuando Finot le diga «¡Ataca!», si ensalza cuando le diga «¡Ensalza!?». Cuando quiera vengarse de alguien, podrá vapulear a su amigo o a su enemigo con una frase publicada todas las mañanas en nuestro diario, con sólo decirme: «Lousteau, carguémonos a ése». Rematará a su víctima con un gran artículo en el semanario. En una palabra, si el asunto es de suma importancia para usted, Finot, para quien se habrá vuelto indispensable, le dejará darle la puntilla en una gran publicación que cuente con diez o doce mil suscriptores.

— ¿Así que cree que Florine logrará que su droguero acepte el negocio? —preguntó Lucien, deslumbrado.

—Claro que lo creo, estamos en el entreacto, voy a decirle dos palabras sobre el asunto, esto estará solucionado esta misma noche. Una vez instruida debidamente, Florine podrá contar con los recursos de mi inteligencia y de la suya.

— ¡Y ese honrado negociante que está ahí, con la boca abierta, admirando a Florine, sin sospechar que están a punto de birlarle treinta mil francos!…

— ¡Otra bobada más! Cualquiera diría que van a robarle —protestó Lousteau—. Pero, amigo mío, si el Gobierno compra el periódico, en seis meses, el droguero, de sus treinta mil francos quizá obtenga cincuenta mil. Además, Matifat no pensará en el periódico, sino en los intereses de

Florine. Cuando se sepa que Matifat y Camusot (pues se repartirán el negocio) son los propietarios de una revista, aparecerán en todos los periódicos artículos benévolos sobre Florine y Coralie. Florine se hará célebre, y tal vez consiga un contrato por doce mil francos en otro teatro. Así Matifat se ahorrará los mil francos mensuales que le costarían los regalos y las cenas a los periodistas. No sabe usted nada ni de los hombres ni de negocios.

— ¡Pobre hombre! —dijo Lucien—. ¡Y él que espera pasar una noche agradable!

—Y además —prosiguió Lousteau—, Florine no le dejará en paz hasta que le haya enseñado el documento acreditativo del sexto de las acciones compradas a Finot. Y yo, al día siguiente, seré redactor jefe y ganaré mil francos al mes. ¡Con ello se terminará mi miseria! —exclamó el amante de Florine.

Lousteau salió dejando a Lucien estupefacto, sumido en un abismo de pensamientos, mientras pasaba volando por encima del mundo tal como es. Después de haber visto en las Galeries de Bois los hilos que mueven la edición y la cocina de la gloria, después de haberse paseado entre los bastidores de un teatro, el poeta percibía el revés de las conciencias, el juego de los engranajes de la vida parisiense, el mecanismo de todo. Había envidiado la felicidad de Lousteau cuando admiraba a Florine en escena. Por unos momentos había olvidado a Matifat. Se quedó allí durante un tiempo difícil de precisar, quizá cinco minutos. Pero fue una eternidad. Ardientes pensamientos inflamaban su alma, y sus sentidos se veían abrasados por el espectáculo de aquellas actrices de ojos lascivos realzados por el maquillaje, de pechos de blancura deslumbrante, vestidas con basquiñas voluptuosas de provocativos pliegues, con faldillas, enseñando sus piernas enfundadas en unas medias rojas con espiguillas verdes y calzadas de forma que provocaba el delirio en la platea. Dos fuerzas corruptoras corrían paralelas, como dos ramales de río que, en una crecida, quieren juntarse; desgarraban al poeta acodado en un rincón del palco, con el brazo sobre el terciopelo rojo de la baranda, la mano colgando, los ojos fijos en el telón, y tanto más expuesto a los encantamientos de esta vida mezcla de relámpagos y de nubes cuanto que brillaba como un fuego de artificio tras la profunda noche de su vida laboriosa, oscura y monótona. De repente, la luz amorosa de una mirada brilló ante los ojos distraídos de Lucien, perforando el telón del teatro. El poeta, despertado de su embotamiento, reconoció la mirada de Coralie, que le abrasaba; bajó la cabeza y miró a Camusot, que en aquel momento volvía a entrar en el palco de enfrente. Este aficionado era un rechoncho sedero de la rue des Bourdonnais, juez del Tribunal de Comercio, padre de cuatro niños y casado en segundas nupcias, con ochenta mil libras de renta, pero de cincuenta y seis años de edad y con un copete de canos cabellos, el aire camandulero de quien aprovecha lo que le queda de vida y no quiere dejar este mundo sin disfrutar después de haberse tragado los mil y un sapos del comercio. Aquella frente de un color mantecoso, aquellas mejillas frailunas y lustrosas parecían no ser lo bastante amplias como para contener la plenitud de su regocijo superlativo. Camusot estaba sin su mujer y esperaba aplaudir a Coralie a rabiar. Ésta era un compendio de todas las vanidades de aquel rico burgués, y delante de ella se daba aires de gran señor de antaño. En aquel momento estaba convencido de que la actriz le debía la mitad de su éxito, sobre todo porque lo había pagado de su bolsillo. Y la presencia del suegro de Camusot, un vejete de cabellos empolvados, ojos de mirada picarona, pero no por ello menos digno, legitimaba su conducta. Las repugnancias de Lucien se despertaron, recordó el amor puro, exaltado, que había sentido durante un año por madame de Bargeton. El amor de los poetas desplegó de inmediato sus blancas alas, y mil recuerdos rodearon con sus horizontes celestes al gran hombre de Angulema, que recayó en su ensoñación. El telón se alzó, Coralie y Florine estaban en escena.

—Querida, piensa en ti tanto como en el Gran Turco —dijo en voz baja Florine, mientras Coralie daba comienzo a una réplica.

Lucien no pudo evitar reírse y miró a Coralie. Esta mujer, una de las más encantadoras y deliciosas actrices de París, la rival de madame Perrin y de mademoiselle Fleuriet, a las que se parecía y cuya suerte había de igualar, era de ese tipo de chicas que ejercen a su antojo una fascinación sobre los hombres. Coralie tenía el tipo sublime del rostro judío; ese rostro alargado y ovalado, de un tono de marfil amarillento, boca roja como la granada, barbilla fina como el bisel de una copa. Bajo sus párpados abrasados por una pupila de jade, bajo sus pestañas curvadas, se adivinaba una mirada lánguida, pero en la que centelleaban oportunamente los ardores del desierto. Aquellos ojos sombreados con un cerco aceitunado estaban rematados por unas cejas arqueadas y espesas. En su frente morena, coronada por dos bandós de ébano en los que relumbraban en aquel momento las luces como sobre el barniz, se albergaba una magnificencia de pensamientos que habría podido hacer pensar en el genio. Pero, al igual que otras muchas actrices, sin verdadero talento pese a su ironía entre bastidores, sin instrucción pese a su experiencia del camerino, no poseía más picardía que la de los sentidos y la bondad de las mujeres enamoradas. Pero ¿qué sentido tendría hablar de moral cuando atraía todas las miradas deslumbradas con sus brazos redondeados y tersos, sus dedos ahusados, sus dorados hombros, con unos pechos cantados por El Cantar de los Cantares, con un cuello flexible y torneado, unas piernas de una adorable elegancia y revestidas con medias de seda roja? Estas bellezas de una poesía verdaderamente oriental se veían más realzadas aún por el traje español que gustaba en nuestros teatros. Coralie era la alegría de la sala en la que todos los ojos estaban dirigidos hacia su talle bien ceñido en su basquiña y no perdían de vista sus curvas andaluzas que imprimían lascivos contoneos a la falda. Hubo un momento en que Lucien, viendo a aquella criatura interpretando para él solo y sin importarle Camusot más de lo que el pilluelo del gallinero se preocupa por la peladura de una manzana, antepuso el amor sensual al amor puro, el goce al deseo, y el demonio de la lujuria le insufló tormentosos pensamientos. «¿Qué sé yo del amor que se deleita con la buena mesa, el vino y los placeres sensuales? —se dijo—. Hasta ahora he vivido más para el Espíritu que para la Acción. Un hombre que quiera pintarlo todo debe conocerlo todo. He aquí mi primera cena fastuosa, mi primera orgía con gente desconocida, ¿por qué no he de gustar de estas delicias tan célebres sobre las que se abalanzaban los grandes señores del siglo pasado, viviendo con criaturas impuras? Y aunque no sea más que para trasladarlas a las hermosas regiones del amor verdadero, ¿acaso no es necesario conocer las alegrías, las cualidades notables, los apasionamientos, los medios de que se valen, las astucias del amor de las cortesanas y de las actrices? ¿No es, al fin y al cabo, la poesía de los sentidos? Hace dos meses estas mujeres me parecían divinidades guardadas por dragones inabordables; y he aquí una cuya belleza supera a la de Florine, que yo le envidiaba a Lousteau; ¿por qué no aprovecharse de su capricho, cuando los más grandes señores cubren de regalos a estas mujeres por pasar una noche con ellas? Cuando los embajadores ponen los pies en esas grutas profundas, en esas simas, no se hacen tantos problemas. Necio sería si tuviera yo más delicadeza que los príncipes, ¡tanto más cuanto que no amo aún a nadie!» Lucien no pensaba ya en Camusot. Después de haberle expresado a Lousteau el más profundo asco ante la idea de tener que compartir una mujer, también él caía en la trampa y con el típico jesuitismo de la pasión se abandonaba a la corriente del deseo.

—Coralie está loca por usted —le dijo Lousteau al entrar—. La belleza de usted, digna de los más ilustres mármoles de Grecia, causa estragos entre bastidores. Es una persona con suerte, amigo. A sus dieciocho años, Coralie podrá contar, dentro de unos días, con sesenta mil francos anuales gracias a su belleza. Y todavía es muy prudente. Vendida por su madre hace tres años en sesenta mil francos, no ha cosechado por el momento más que desdichas y ella busca la felicidad. Entró en el mundo del teatro por desesperación, ya que no podía soportar a De Marsay, el primero que se quedó con ella; y al dejar ese infierno, ya que pronto fue libertada por el rey de nuestros dandies, se encontró con el bueno de Camusot, a quien no ama en absoluto, pero que es una especie de padre para ella y al que aguanta y por el que se deja querer. Ha rechazado ya las más tentadoras proposiciones y le es fiel a Camusot, el cual no la atormenta. O sea que es usted su primer amor. ¡Oh!, cuando le ha visto, ha sido como si hubiera recibido un disparo en pleno corazón y Florine ha tenido que ir a consolarla a su camerino, donde está llorando por su frialdad. La obra se va a ir al traste, porque Coralie no se acuerda ya de su papel, y adiós al contrato con el Gymnase que le preparaba Camusot…

— ¡Bah, pobre chica! —dijo Lucien, cuya vanidad se vio halagada por aquellas palabras y sintió el corazón henchido de amor propio—. En una sola tarde, mi querido amigo, me están pasando más cosas que en los primeros dieciocho años de mi vida.

Y Lucien le contó sus amores con madame de Bargeton y su odio hacia el barón Châtelet.

—Mira por dónde, el periódico anda falto de una bestia negra, así que vamos a emprenderla con él. Este barón es un lechuguino del Imperio, está ligado al Gobierno y nos viene ni que pintado, le he visto muchas veces en la Ópera. Y veo también por allí a su gran dama, que está a menudo en el palco de la marquesa de Espard. El barón hace la corte a la ex amante de usted, un verdadero hueso de sepia. ¡Un momento! Finot acaba de enviarme un correo urgente en el que me dice que el periódico está sin copia, una jugarreta que le ha hecho uno de nuestros redactores, ese pequeñajo majadero de Hector Merlin, a quien le han descontado los blancos. Finot, desesperado, está escribiendo a toda prisa un artículo contra la Ópera. Pues bien, amigo, haga un artículo sobre esta obra, préstele mucha atención y piense en ello. Yo me voy al despacho del director a meditar tres columnas sobre su hombre y sobre su bella desdeñosa, que mañana no se irán precisamente de fiesta…

— ¿Así es, pues, cómo y dónde se hace el periódico? —dijo Lucien.

—Siempre es así —respondió Lousteau—. Desde hace diez meses que trabajo en él, el periódico siempre está sin copia a las ocho de la tarde.

En el argot tipográfico se llama copia al manuscrito que se ha de componer, sin duda porque los autores están autorizados a enviar sólo la copia de su texto. Quizás es también una irónica traducción de la palabra latina copia («abundancia»), dado que la copia falta siempre.

—Lo ideal, que nunca se conseguirá, sería contar con varios números por adelantado —prosiguió Lousteau—. Son ya las diez y no tenemos ni una línea. Voy a decirles a Vernou y a Nathan que, para cerrar con brillantez el número, nos preparen una veintena de epigramas sobre los diputados, el canciller Cruzoé y los ministros y, si fuera necesario, hasta sobre amigos nuestros. En caso de apuro, machacaríamos hasta a nuestros propios padres, como esos corsarios que para no morir cargan sus cañones con los escudos de sus presas. Derroche ingenio en su artículo y así habrá dado un gran paso ante Finot, que es agradecido por conveniencia. ¡Es la mejor y más sólida de las gratitudes, después de las del Monte de Piedad, claro está!

— ¿Qué clase de gente son los periodistas? —exclamó Lucien—. ¿Es que hay que sentarse a una mesa y demostrar que se tiene ingenio?…

—Exactamente igual que se enciende un quinqué… hasta que se acaba el aceite.

Justo en el momento en que Lousteau abría la puerta del palco entraron el director y Du Bruel.

—Señor —dijo el autor de la obra a Lucien—, permítame decirle de parte suya a Coralie que se irá con ella después de cenar, o si no mi comedia se va al traste. La pobre chica ya no sabe ni lo que dice ni lo que se hace, y va a llorar cuando haya que reír y reír cuando haya que llorar. Ya la han silbado. Aún puede usted salvar la obra. Después de todo, no es ninguna desgracia el placer que le espera.

—Señor, no tengo por costumbre tener rivales —respondió Lucien.

—No le diga tal cosa —exclamó el director mirando al autor—. Coralie es una muchacha capaz de tirar por la ventana a Camusot y se buscaría la ruina. Este digno propietario del Cocon d’Or le da a Coralie dos mil francos al mes y paga todos sus trajes y sus claques.

—Como su promesa no me compromete a nada, salve su obra —dijo sultanescamente Lucien.

—Pero no adopte ese aire de rechazar a esta encantadora muchacha —dijo suplicante Du Bruel.

— ¡Vamos, que tengo que escribir el artículo sobre su obra y sonreírle a su joven primera actriz, de acuerdo, lo haré! —dijo el poeta.

El autor desapareció tras haberle hecho una señal a Coralie, que interpretó a partir de aquel momento de forma maravillosa. Bouffé, que hacía el papel de un viejo alcalde, en el que se reveló por primera vez su talento en la caracterización de ancianos, salió en medio de una tormenta de aplausos para decir: «Señores, la obra que acabamos de representar es de los señores Raoult y De Cursy».

— ¡Hombre!, Nathan anda metido en esto —dijo Lousteau—, por lo que no me sorprende ya su presencia.

— ¡Coralie, Coralie! —vociferó la platea, en pleno delirio.

En el palco donde estaban los dos negociantes se alzó una voz de trueno que gritó:

— ¡Y Florine!

— ¡Florine y Coralie! —repitieron entonces algunas voces.

Se volvió a alzar el telón; y apareció Bouffé con las dos actrices, a las que Matifat y Camusot lanzaron sendas coronas. Coralie recogió la suya y se la ofreció a Lucien. Para Lucien aquellas dos horas pasadas en el teatro fueron como un sueño. Los entre bastidores, a pesar de sus horrores, habían sido los primeros en ejercer esta fascinación. El poeta, aún inocente, había respirado allí los vientos del desorden y el aire de la voluptuosidad. En aquellos sucios pasillos, atestados de tramoyas y donde humean aceitosos quinqués, reina como una peste que devora el alma. La vida no es ya allí ni sagrada ni real. Allí se ríe de todas las cosas serias y hasta las imposibles parecen verdaderas. Para Lucien fue como una especie de narcótico, y Coralie terminó por sumirle en una alegre embriaguez. Se apagó la araña. Sólo quedaban ya en aquel momento en la sala unas acomodadoras que hacían un ruido muy particular al retirar los pequeños bancos y cerrar los palcos. Las candilejas, apagadas de un soplo como si fueran una sola vela, despidieron un olor nauseabundo. Se alzó el telón. Un farol descendió del arco de la bóveda. Los bomberos comenzaron su ronda junto con los mozos de turno. A la magia de la escena, al espectáculo de los palcos repletos de bonitas mujeres, a las deslumbrantes luces, al espléndido espectáculo de los decorados y de los trajes nuevos seguían el frío, el horror, la oscuridad y el vacío. Era espantoso.

Lucien estaba sumido en un estupor indecible.

— ¿Qué?, ¿vienes, amigo? —dijo Lousteau desde el escenario—. Salta del palco aquí.

Lucien se plantó allí de un brinco. Apenas si reconoció a Florine y a Coralie ya sin los trajes de escena, envueltas en sus ropajes largos y en sus dulletas corrientes y tocadas con sombreros con velos negros, en fin, parecidas a mariposas que hubieran retornado a su estado de larvas.

— ¿Me hará el honor de darme su brazo? —le dijo Coralie temblando.

—Con mucho gusto —respondió Lucien sintiendo cómo el corazón de la actriz palpitaba contra el suyo, igual que el de un pajarito, en cuanto la hubo cogido.

La actriz, apretándose contra el poeta, demostró la voluptuosidad de una gata que se restriega contra la pierna de su dueño con dulce ardor.

—Así que vamos a cenar juntos —le dijo ella.

Los cuatro salieron y vieron dos coches en la puerta de los actores que daba a la rue des Fossés-du-Temple. Coralie hizo subir a Lucien al carruaje, en el que se encontraban ya Camusot y su suegro, el bueno de Cardot. Ofreció el cuarto sitio a Du Bruel. El director se fue con Florine, Matifat y Lousteau.

— ¡Estos simones son infames! —dijo Coralie.

— ¿Por qué no tiene un coche propio? —preguntó Du Bruel.

— ¿Que por qué? —exclamó ella en tono humorístico—. No lo quiero decir delante de monsieur Cardot, que sin duda ya tiene enseñado a su yerno. ¿Creería que, pequeñajo y vejancón como es, monsieur Cardot no le da más de quinientos francos por mes a Florentine, lo justo para que pueda pagarse el alquiler, la comida y un par de chanclos? El viejo marqués de Rochegude, que tiene seiscientas mil libras de renta, me ofrece un cupé desde hace dos meses. Pero yo soy una artista y no una cualquiera.

—Pasado mañana tendrá usted un carruaje, señorita —dijo Camusot con aire grave—; pero nunca me lo había pedido.

— ¿Es que son cosas que se piden? Cuando se quiere a una mujer, no se la deja chapotear en el barro, a riesgo de romperse una pierna yendo a pie. Sólo a esos señores de la vara les puede gustar el barro pegado a los bajos de un vestido.

Mientras decía estas palabras con una acritud que le rompía el corazón a Camusot, Coralie buscaba la pierna de Lucien y la apretaba entre las suyas, le cogió una mano y se la estrechó. Entonces se calló y pareció concentrada en uno de esos goces infinitos que recompensan a esas pobres criaturas de todas sus penas pasadas, de sus desgracias, y que despiertan en su alma una poesía desconocida para las demás mujeres que, por fortuna, carecen de esos violentos contrastes.

—Al final ha actuado tan bien como mademoiselle Mars —le dijo Du Bruel a Coralie.

—Sí —intervino Camusot—, al principio había algo que preocupaba a la señorita; pero desde la mitad del segundo acto ha estado soberbia. Le debe usted la mitad de su éxito.

—Y ella a mí la mitad del suyo —replicó Du Bruel.

—Se mete usted en camisa de once varas —dijo ella con voz alterada.

La actriz aprovechó un momento de oscuridad para llevarse a sus labios la mano de Lucien, y la besó humedeciéndola con sus lágrimas. Lucien se sintió entonces emocionado hasta los tuétanos. La humildad de la cortesana enamorada lleva en sí magnificencias que hacen pensar en las de los ángeles.

—Este señor va a escribir el artículo —dijo Du Bruel refiriéndose a Lucien—; puede escribir un párrafo encantador sobre nuestra querida Coralie.

— ¡Oh!, háganos este pequeño favor —imploró Camusot con voz de hombre que se postra de rodillas ante Lucien—, y me tendrá a su servicio para lo que disponga.

—Pero dejen a este señor su independencia —exclamó la actriz, rabiosa—; escribirá lo que quiera. Papá Camusot, cómpreme carruajes y no elogios.

—Los tendrá, y bien baratos —repuso cortésmente Lucien—. Nunca he escrito nada en los periódicos; no estoy al tanto de sus costumbres; tendrá usted la virginidad de mi pluma…

—Será divertido —añadió Du Bruel.

—Ya estamos en la rue de Bondy —dijo el vejete Cardot, a quien la frase de Coralie había aterrado.

—Si yo tengo la primicia de tu pluma, tú tendrás la de mi corazón —dijo Coralie en el breve instante en que se quedó a solas con Lucien dentro del carruaje.

Coralie fue a reunirse con Florine en su alcoba para ponerse el vestido que había hecho traer allí. Aún no conocía Lucien el lujo con el que los comerciantes enriquecidos deseosos de disfrutar de la vida adornan las casas de las actrices o las de sus queridas. Pese a que Matifat, que no poseía una fortuna tan considerable como la de su amigo Camusot, no se había mostrado muy espléndido, Lucien se quedó sorprendido al ver un comedor decorado artísticamente, tapizado en paño verde guarnecido de tachones dorados e iluminado por unas bonitas lámparas, amueblado con maceteros llenos de flores, y un salón revestido de seda amarilla realzada con agremanes de color marrón en el que resplandecían los muebles entonces de moda, una araña de Thomire y una alfombra persa. El reloj de pared, los candelabros y la chimenea, todo era de buen gusto. Matifat lo había dejado todo en manos de Grindot, un joven arquitecto que le estaba construyendo una casa y que, sabedor de a qué iba a ser destinado aquel piso, había puesto un esmero especial en él. Así, Matifat, que tenía alma de comerciante en todo, tocaba cada cosa con muchas precauciones y parecía que tuviese siempre ante sus ojos el importe de las facturas, y miraba toda aquella magnificencia como si fueran joyas imprudentemente sacadas de su joyero.

«Esto es lo que tendré que hacer yo por Florentine», era el pensamiento que se leía en los ojos del viejo Cardot.

Lucien comprendió de repente por qué el estado de la habitación en la que Lousteau vivía no preocupaba lo más mínimo al periodista amado. Rey secreto de aquellas fiestas, Étienne disfrutaba de todo aquel lujo. Por eso se plantaba con aires de amo de casa, ante la chimenea, mientras charlaba con el director que felicitaba a Du Bruel.

— ¡La copia, la copia! —exclamó entrando Finot—. No hay nada en el buzón del periódico. Los cajistas ya tienen mi artículo y pronto lo habrán terminado.

—Acabamos de llegar —dijo Étienne—. Encontraremos una mesa y fuego en el boudoir de Florine. Si monsieur Matifat quiere proporcionarnos papel y tinta, escribiremos el artículo mientras Florine y Coralie se visten.

Cardot, Camusot y Matifat desaparecieron, dándose prisa por encontrar las plumas, los cortaplumas y todo cuanto necesitaban los dos escritores. En aquel momento, una de las más bonitas bailarinas de la época, Tullia, entró precipitadamente en el salón.

—Mi niño querido —le dijo a Finot—, te conceden tus cien suscripciones, no le van a costar nada a la dirección, pues están ya colocadas, se las han impuesto a los del coro, la orquesta y el cuerpo de baile. Tu periódico es tan ingenioso que nadie se quejará. Tendrás tus palcos. En fin, aquí tienes el importe del primer trimestre —agregó presentándole dos billetes de banco—. ¡Pero ahora no se te ocurra destrozarme!

—Estoy perdido —exclamó Finot—. Ya no tengo artículo de cabecera para mi número, pues es preciso suprimir mi infame diatriba…

— ¡Qué pirueta, mi divina Lais! —exclamó Blondet, quien seguía a la bailarina junto con Nathan, Vernou y Claude Vignon, que había sido traído por él—. Te quedarás a cenar con nosotros, amor mío, o te haré aplastar como a la frágil mariposa que eres. En tu condición de bailarina, no despertarás la envidia de ninguna rival. En cuanto a la belleza, todas sois demasiado inteligentes como para mostraros envidiosas en público.

— ¡Dios mío!, amigos míos, Du Bruel, Nathan, Blondet, salvadme —exclamó Finot—. Necesito cinco columnas.

—Yo haré dos sobre la obra —dijo Lucien.

—Mi artículo llenará una —añadió Lousteau.

—Pues bien, entonces vosotros, Nathan, Vernou, Du Bruel, escribidme los chascarrillos que van al final. El bueno de Blondet podrá solucionarme las dos pequeñas columnas de primera página. Yo me voy corriendo a la imprenta. Por suerte, Tullia, has venido con tu coche.

—Sí, pero el duque está allí con un diplomático alemán.

—Invitémosles también a ellos —dijo Nathan.

—Un alemán sabe beber y escuchar, y le diremos cosas tan atrevidas que escribirá al respecto a su corte —exclamó Blondet.

— ¿Quién es el más serio para bajar a hablar con él? —preguntó Finot—. Vamos, Du Bruel, tú que trabajas en la burocracia, tráete al duque de Rhétoré, al plenipotenciario, y dale el brazo a Tullia. ¡Dios mío! ¿No está Tullia bellísima esta noche?…

— ¡Vamos a ser trece! —dijo Matifat palideciendo.

— ¡No, catorce —exclamó Florentine llegando—, quiero vigilar a (mai lord kerdot) milord Cardot!

—Y además —dijo Lousteau—, Blondet ha venido con Claude Vignon.

—Lo he traído para hacerle beber —repuso Blondet cogiendo un tintero—. ¡Ah, y vosotros estrujaos las meninges pensando en las cincuenta y seis botellas de vino que nos vamos a beber! —dijo a Nathan y a Vernou —. Sobre todo estimulad a Du Bruel, que es vodevilista, porque es capaz de ocurrírsele algún puyazo, y hay que conseguir que sólo diga agudezas.

Lucien, deseoso de lucirse ante personajes tan notables, escribió su primer artículo en la mesa redonda del boudoir de Florine, a la luz de las velas rosas encendidas por Matifat.

PANORAMA-DRAMATIQUE

Primera representación de Los apuros de un alcalde, comedia de enredo en tres actos. — Debut de mademoiselle Florine. — Mademoiselle Coralie. —Bouffé.

La gente entra, sale, habla, se pasea, busca algo y no encuentra nada; todo es un ruido confuso. El alcalde ha perdido a su hija y encuentra su gorra; pero la gorra no le va bien, debe de ser la gorra de un ladrón. Pero ¿dónde está el ladrón? De nuevo gente que entra, sale, habla, pasea, busca más afanosamente aún. El alcalde acaba encontrando a un hombre sin su hija y a su hija sin un hombre, lo cual deja satisfecho al magistrado, pero no al público. Vuelve a hacerse la calma y el alcalde quiere interrogar al hombre. Este alcalde anciano se sienta en un gran sillón de alcalde, arreglándose sus mangas de alcalde. España es el único país donde existen alcaldes con amplias mangas y con el cuello estrangulado por esas gorgueras que en los teatros de París constituyen la mitad del personaje. Este alcalde, que ha trotado tanto con sus pasitos de viejo asmático, es Bouffé, Bouffé, el sucesor de Potier, un joven actor que interpreta tan bien el papel de anciano que ha hecho reír hasta a los más ancianos. Con esa cabeza calva, esa vocecilla temblona y esas patas de gallina bajo un físico de Geronte, tiene el futuro de cien ancianos asegurado. Es más, es tan viejo ese joven actor, que al verlo uno casi teme que su vejez sea como una enfermedad. ¡Y qué admirable alcalde! ¡Qué encantadora sonrisa inquieta!, ¡qué redomada idiotez!, ¡qué estúpido sentido de la dignidad!, ¡cómo duda cuando se trata de juzgar! ¡Qué bien sabe que todo puede ser verdadero y falso según el cristal con que se mira! ¡Sería el digno ministro de un rey constitucional! A cada una de las preguntas del alcalde, el desconocido responde con otras preguntas. Así, a fuerza de responder a sus mismas preguntas, el alcalde aclara todo el asunto. Esta escena de gran comicidad, que tiene un sabor a Molière, ha hecho reír a la sala. Sobre el escenario todos parecen estar de acuerdo, pero yo francamente no estoy en condiciones de deciros qué está claro y qué no: la hija del alcalde estaba allí, representada por una verdadera andaluza, una española, de ojos españoles, de tez española, de talle español, de andares españoles, una española por los cuatro costados, con la faca en la liga, su temperamento pasional y una cruz sobre el pecho colgando de una cinta. Al final del acto, alguien me ha preguntado cómo iba la obra y yo le he respondido: «Lleva medias rojas con espiguillas verdes, calza sus pies así de pequeños en unos zapatitos de charol, y tiene las piernas más bonitas de Andalucía». ¡Ah!, esta hija de alcalde le hace a uno la boca agua, le provoca deseos inconfesables y ganas de saltar al escenario para ofrecerle el corazón y una casita, o treinta mil libras de renta y la pluma. Esta andaluza es la más bella actriz de París. Coralie, ya que hay que llamarla por su nombre, es capaz de ser condesa o modistilla. Difícil decir bajo qué aspecto gustaría más. Será lo que quiera ser; ha nacido para ser lo que le venga en gana. ¿Qué cosa mejor se podría decir de una actriz de bulevar?

En el segundo acto ha aparecido una española de París, con su rostro de camafeo y sus ojos de mirada asesina. Esta vez he sido yo quien ha preguntado de dónde salía, y me han dicho que de entre bastidores y que se llamaba mademoiselle Florine; pero, palabra de honor, que no conseguía creérmelo, tal era el fuego de sus arrebatos y la pasión de su amor. Esta rival de la hija del alcalde es la mujer de un señor cortado sobre la capa de un Almaviva, donde hay tela aún para otros cien grandes señores de bulevar. Si bien Florine no lucía medias rojas con espiguillas verdes ni zapatitos de charol, llevaba en cambio una mantilla, un velo que utilizaba admirablemente, como gran dama que es. Nos ha demostrado de forma maravillosa que una tigresa puede convertirse en gata. He comprendido que se encerraba allí un drama de celos ante las frases punzantes que estas dos españolas se decían. Luego, cuando parecía que todo iba a arreglarse, la estupidez del alcalde ha venido a complicarlo todo de nuevo. Todo ese mundo de candelabros, de ricos, de criados, de Fígaros, de señores, de alcaldes, de hijas y de esposas, se ha puesto de nuevo a buscar por todas partes, a removerlo todo, a ir y venir y a dar vueltas. Se ha reanudado la intriga, y yo he dejado gustoso que lo hiciera, pues estas dos mujeres, Florine la celosa y la feliz Coralie, han vuelto a envolverme en los pliegues de su basquiña y de su mantilla, y me han obnubilado.

He conseguido llegar al tercer acto sin cometer ninguna fechoría, sin que fuera necesaria la intervención del comisario de policía, ni escandalizar a la sala, a partir de cuyo momento creo en el poder de la moral pública y religiosa de la que tanto se ocupa la Cámara de los Diputados, hasta el punto de que se diría que ya no hay moral en Francia. He podido comprender que se trata de un hombre que ama a dos mujeres sin verse correspondido por ellas, o que ellas le aman sin él amarlas, al que no le gustan los alcaldes o que a los alcaldes no les gusta él; pero que, a buen seguro, es un señor a carta cabal que quiere a alguien, sea a él mismo o a Dios, tanto da, pues al final se mete a monje. Si queréis saber más cosas, corred al Panorama-Dramatique. Pero os digo desde ahora que tendréis que hacerlo dos veces: una para acostumbraros a esas exitosas medias rojas con espiguillas verdes, a esos piececitos tan prometedores, a esos ojos que despiden un rayo de sol, a esas sutilezas de mujer parisiense disfrazada de andaluza, y de andaluza disfrazada de parisiense; y luego una segunda para disfrutar de la obra que os hará desternillaros de risa con la figura del anciano y derramar lágrimas con la del señor enamorado. La obra ha sido un éxito en ambos aspectos. El autor, de quien dicen que tiene como colaborador a uno de nuestros más grandes poetas, ha puesto sus miras en el éxito con una muchacha enamorada en cada mano; y a punto ha estado de hacer morirse de gusto a la excitada platea. Las piernas de estas dos muchachas parecían tener más talento que el autor de la obra. Ello no obstante, cuando salían las dos rivales de escena, el diálogo era chispeante, lo cual viene a demostrar inequívocamente la excelencia de la obra. El autor, cuya presencia ha sido reclamada entre aplausos que han creado cierta inquietud en el arquitecto del teatro, pese a estar acostumbrado a las trepidaciones de ese Vesubio de borrachos que brinca bajo la araña, ni se ha inmutado: no es otro que monsieur de Cursy. Por lo que hace a las dos actrices, han bailado el famoso bolero de Sevilla que antaño mereció el perdón de los padres del Concilio, y que la censura ha permitido, no obstante la peligrosa lascivia de sus pasos. Basta este bolero para atraer a todos los ancianos a quienes les queda un resto de energías que emplear en el amor, y me veo en el deber de advertirles que tengan bien limpios los cristales de sus impertinentes.

Mientras Lucien escribía estas páginas que produjeron una revolución en el periodismo por la revelación de un estilo nuevo y original, Lousteau redactaba un artículo llamado de costumbres, titulado «El ex lechuguino», y que comenzaba así:

El lechuguino del Imperio es siempre un hombre alto y delgado, bien conservado, encorsetado y con la cruz de la Legión de Honor. Se llama algo así como Potelet; y, para estar a tono con los tiempos, el barón del Imperio se ha adornado con un «de»: convirtiéndose así en De Potelet, siempre dispuesto a volver a ser Potelet en caso de Revolución. Hombre para dos fines, como su nombre, hace la corte al faubourg Saint-Germain después de haber sido el glorioso, el útil y el agradable caudatario de una de las hermanas de ese hombre que el pudor me impide nombrar. Aunque De Potelet reniega de los servicios prestados cerca de su Alteza Imperial, canta aún las alabanzas de su íntima benefactora…

El artículo era un entretejido de personalidades, como era costumbre en aquella época, bastante tontas, pues este género fue sorprendentemente perfeccionado más tarde, sobre todo por Le Figaro. Entre madame de Bargeton, a quien el barón Châtelet hacía la corte, y un hueso de sepia, existía un gracioso paralelismo que hacía reír por más que no se conocieran a las dos personas objeto de la burla. Se comparaba a Châtelet con una garza. Los amores de esta garza, que no podía tragarse el hueso de sepia y que se rompía en tres pedazos al dejarlo caer, provocaban una risa irresistible. Esta chanza, que fue continuada en varios artículos, tuvo, como es sabido, una enorme repercusión en el faubourg Saint-Germain, y fue una de las mil y una causas que provocaron los rigores de la legislación sobre la Prensa. Una hora más tarde, Blondet, Lousteau y Lucien volvieron al salón donde estaban charlando los invitados, el duque, el plenipotenciario y las cuatro mujeres, los tres hombres de negocios, el director del teatro, Finot y los tres autores. Un aprendiz de la imprenta, tocado con su gorro de papel, había venido ya a buscar la copia para el periódico.

—Los trabajadores se van a ir si no les llevo nada —dijo.

—Toma, aquí tienes diez francos, y que esperen —respondió Finot.

—Si se los doy, señor, se darán al bebercio, y adiós diario.

—El sentido común de este muchacho me asusta —dijo Finot.

Fue justo en el preciso momento en que el diplomático vaticinaba un brillante porvenir para aquel muchacho, cuando entraron los tres autores. Blondet leyó un artículo muy ingenioso contra los románticos. El artículo de Lousteau hizo reír. El duque de Rhétoré recomendó, para no contrariar demasiado al faubourg Saint-Germain, introducir un elogio indirecto a madame d’Espard.

—Ahora, léanos lo que ha escrito usted —le dijo Finot a Lucien.

Cuando Lucien, que temblaba como una hoja, hubo terminado, el salón rompió en aplausos, las actrices abrazaron al neófito, los tres comerciantes le apretaban hasta ahogarle, Du Bruel le cogió de una mano con lágrimas en los ojos, y por último el director le invitó a cenar.

—Ya no hay niños —dijo Blondet—. Así como monsieur de Chateaubriand ha acuñado la expresión «niño sublime» para referirse a Victor Hugo, yo estoy obligado a decirle simplemente que es un hombre de talento, de corazón y de estilo.

—Este señor es ya del periódico —dijo Finot dándole las gracias a Étienne y lanzándole la mirada astuta del explotador.

— ¿Qué agudezas han hecho ustedes? —preguntó Lousteau a Blondet y a Du Bruel.

—Éstas son las de Du Bruel —dijo Nathan.

Viendo lo mucho que el público se preocupa por el señor vizconde de A***, el señor vizconde Démosthène dijo ayer: «Tal vez ahora es cuando me dejen en paz».

Una señora le dice a un ultra que echa pestes del discurso de monsieur Pasquier porque continúa la política de Decazes: «Sí, pero tiene las pantorrillas muy monárquicas».

—Si todos son así, no os pido más; todo va sobre ruedas —dijo Finot —. Corre a llevarles esto —ordenó al aprendiz—. El periódico lleva un poco de retraso, pero es nuestro mejor número —añadió volviéndose hacia el grupo de escritores que miraban ya a Lucien con una especie de socarronería.

—Este muchacho tiene talento —dijo Blondet.

—Su artículo está bien —añadió Claude Vignon.

— ¡A cenar! —gritó Matifat.

El duque dio el brazo a Florine, Coralie tomó el de Lucien y la bailarina se colocó entre Blondet y el diplomático alemán.

—No entiendo por qué atacáis a madame de Bargeton y al barón de Châtelet, que, según se dice, ha sido nombrado prefecto del Charente y maître des requêtes.

—Madame de Bargeton despidió a Lucien como si de un truhán se tratara —contestó Lousteau.

— ¡Un muchacho tan apuesto! —exclamó el plenipotenciario.

La cena, servida en vajilla de plata nueva, en porcelana de Sèvres y con mantelería adamascada, era de una gran magnificencia señorial. Chevet había preparado la cena, los vinos habían sido elegidos por el negociante más famoso del quai Saint-Bernard, amigo de Camusot, de Matifat y de Cardot. Lucien, que vio por primera vez el nivel que podía alcanzar el lujo parisiense, iba así de sorpresa en sorpresa, pero como hombre de talento, de corazón y de estilo que era, según frase de Blondet, disimulaba su asombro.

Mientras atravesaba el salón, Coralie le había susurrado al oído a Florine:

—Emborracha a Camusot para que así se vea obligado a pasar la noche en tu casa.

— ¿Así que te has camelado a tu periodista? —preguntó Florine usando una expresión de la jerga de aquellas muchachas alegres.

— ¡No, querida, le quiero! —repuso Coralie con un admirable e imperceptible encogimiento de hombros.

Estas palabras habían llegado a oídos de Lucien, traídas por el quinto pecado capital. Coralie iba admirablemente bien vestida y su atavío realzaba muy conscientemente sus particulares encantos, porque toda mujer posee perfecciones que le son propias. Lo atractivo de su vestido, como el de Florine, era debido sobre todo a ser de un delicioso tejido, no puesto aún a la venta, llamado «muselina de seda», cuya exclusiva tenía por unos días Camusot, uno de los proveedores parisienses de las fábricas de Lyon en su calidad de propietario del Cocon d’Or. De este modo, el amor y el atavío, ese afeite y perfume de la mujer, realzaban las seducciones de la feliz Coralie. Un placer esperado, y que no se nos escapará, ejerce una seducción inmensa sobre los jóvenes. Tal vez sea precisamente esta seguridad lo que explica el atractivo de los lugares de mala nota, y el secreto de las largas fidelidades. El amor puro y sincero, en una palabra, el primer amor, unido a la fuerza de esos delirios de la imaginación que atormentan a estas pobres criaturas y a la admiración por la gran belleza de Lucien, daban a Coralie su osadía amorosa.

— ¡Te querría incluso enfermo y feo! —le dijo al oído a Lucien al sentarse a la mesa.

¡Qué frase para un poeta! Camusot desapareció y Lucien no volvió a verlo porque sólo tenía ojos para Coralie. Un hombre como él, hecho para disfrutar de todos los placeres y sensaciones, aburrido de la monotonía de la provincia, atraído por los abismos de París, cansado de la miseria, aguijoneado por su forzada continencia, harto de su vida monacal en la rue de Cluny, de sus esfuerzos infructuosos, ¿acaso podía renunciar a aquel brillante festín? Lucien tenía un pie en el lecho de Coralie y el otro en el lazo del periódico, tras el cual tanto había corrido sin poder alcanzarlo. Después de tantas esperas inútiles en la rue du Sentier, se encontraba a la Prensa sentada a su misma mesa, bebiendo despreocupada, alegre y cordialmente. Acababa de ser vengado de todos sus padecimientos con un artículo que a la mañana siguiente traspasaría dos corazones en los que él había querido, aunque en vano, derramar toda la rabia y todo el dolor que había tenido que tragarse. Mientras observaba a Lousteau, se decía «esto es un amigo», sin imaginarse que Lousteau le temía ya como a un rival peligroso. Lucien había cometido el error de mostrar todo su talento: un artículo mediocre le habría servido igualmente. Blondet alivió un poco la envidia que devoraba a Lousteau al decirle a Finot que había que rendirse ante un talento que poseía semejante fuerza. Esta sentencia dictó a Lousteau la conducta que había que seguir, quien decidió seguir siendo amigo de Lucien y entenderse con Finot para explotar a un recién llegado tan peligroso, manteniéndole en un estado de necesidad. Fue una decisión tomada rápidamente entre aquellos dos hombres que se entendieron con sólo dos frases susurradas al oído:

—Tiene talento.

—Será exigente.

— ¡Oh!

— ¡Bueno!

—Nunca ceno sin cierto espanto con periodistas franceses —dijo el diplomático alemán con una bonhomía serena y digna mientras miraba a Blondet, a quien había conocido en casa de la condesa de Montcornet—. Hay una frase de Blücher que ustedes están encargados de poner en práctica.

— ¿Qué frase? —preguntó Nathan.

—Cuando Blücher llegó a las alturas de Montmartre con Saacken, en mil ochocientos catorce, y perdónenme, señores, que les traiga a la memoria este infausto día para ustedes, Saacken, que era muy brutal, dijo: «¡Vamos a incendiar París!». «Guárdese mucho de hacer tal cosa», le contestó Blücher; «Francia, si ha de morir, lo hará de eso», dijo señalando una gran lacra que veían extenderse a sus pies, ardiente y humeante, en el valle del Sena. Doy gracias a Dios de que en mi país no haya periódicos —prosiguió el ministro plenipotenciario tras una pausa—. No me he recuperado aún del espanto que me ha producido ese chiquillo tocado con su gorro de papel, que, a los diez años, posee el buen juicio de un viejo diplomático. Por eso, esta noche tengo la impresión de que ceno con leones y panteras que me hacen el honor de no enseñar sus garras.

—Está claro —dijo Blondet— que podemos contar y demostrarle a toda Europa que Su Excelencia ha vomitado esta noche una serpiente, la cual ha estado a punto de inocularle su veneno a mademoiselle Tullia, la más bella de nuestras bailarinas, y que encima se permite hacer comentarios sobre Eva, la Biblia y el pecado original. Pero puede estar tranquilo, es nuestro huésped.

—Sería divertido —afirmó Finot.

—Podríamos incluso publicar una serie de disertaciones científicas sobre todas las serpientes encontradas en el corazón y en el cuerpo humano hasta llegar al cuerpo diplomático —añadió Lousteau.

—Podríamos mostrar una serpiente cualquiera en ese tarro de guindas en aguardiente —dijo Vernou.

—Acabaría por creérselo usted mismo —le dijo Vignon al diplomático.

—Señores, no saquen ahora sus garras que están quietas —exclamó el duque de Rhétoré.

—La influencia y el poder del periodismo no están sino en sus albores —dijo Finot—; el periodismo, en su infancia, ya crecerá. Dentro de diez años se verá sometido a la publicidad. El pensamiento será el sol que lo ilumine todo y…

—Lo marchitará todo —añadió Blondet interrumpiendo a Finot.

—Buena frase —dijo Claude Vignon.

—Creará reyes —terció Lousteau.

—Y derribará monarquías —apostilló el diplomático.

—Ya —dijo Blondet—, si la Prensa no existiese, no habría necesidad de inventarla; pero vivimos gracias a ella.

—Y morirán a causa de ella —sentenció el diplomático—. ¿No ven que la superioridad de las masas, en caso de que se las instruya, hará que la grandeza del individuo sea más difícil, que al sembrar la razón en el corazón de las clases bajas lo único que cosecharán será la revuelta y que serán ustedes sus primeras víctimas? ¿Qué es lo primero que se rompe en París cuando hay alguna revuelta?

—Los faroles —respondió Nathan—; pero nosotros somos gente demasiado modesta para temer nada, no saldremos más que resquebrajados.

—Son ustedes un pueblo demasiado inteligente como para permitir a ningún gobierno que funcione —dijo el embajador—. Si no fuera por eso, comenzarían de nuevo con sus plumas la conquista de esa Europa que su espada no ha sido capaz de conservar.

—Los periódicos son un mal —declaró Claude Vignon—. Pero el Gobierno, en vez de servirse de él, quiere combatirlo. Habrá lucha. ¿Quién sucumbirá? Esa es la pregunta clave.

—El Gobierno —dijo Blondet—. No me canso de repetirlo. En Francia no se puede hacer callar a la inteligencia, y los periódicos, aparte de contar con los hombres más inteligentes, tienen también la hipocresía de Tartufo.

—Blondet, Blondet, vas demasiado lejos —advirtió Finot—; te olvidas de que tenemos también suscriptores.

—Tú tienes miedo porque eres propietario de uno de esos depósitos de veneno, pero yo me cisco en todas vuestras tiendas, pese a que me den de vivir.

—Blondet tiene razón —dijo Claude Vignon—. El periodismo, en vez de ser una especie de sacerdocio, se ha convertido en un medio en manos de los partidos; de medio ha pasado a ser un negocio; y, como todos los negocios, no tiene ni credo ni ley. Todo periódico es, como dice Blondet, una tienda en la que se venden al público palabras del color que éste quiere. Si existiera un periódico para jorobados, probarían mañana y tarde la belleza, la bondad y la necesidad de los jorobados. Un periódico no está hecho ya para ilustrar, sino para halagar las opiniones. Por ello, dentro de un tiempo, todos los periódicos serán viles, hipócritas, infames, mentirosos, asesinos; matarán las ideas, las filosofías y a los hombres, y florecerán por eso mismo. Disfrutarán del privilegio de todo organismo colectivo: se hará el mal sin que nadie sea responsable de ello. Tanto vosotros como yo, tú, Lousteau, tú, Blondet, tú, Finot, seremos unos Arístides, unos Platones o unos Catones, hombres de Plutarco; todos seremos inocentes y podremos lavarnos las manos de toda infamia. Napoleón definió este fenómeno moral, o inmoral, como se prefiera, con una frase sublime que le dictaron sus análisis acerca de la Convención: «Los crímenes colectivos no comprometen a nadie». El periódico puede permitirse la más abyecta conducta y nadie se cree personalmente manchado por ella.

—Pero el poder creará leyes represivas —dijo Du Bruel—; ya las está preparando.

— ¡Bah!, ¿qué puede la ley contra la inteligencia francesa? —preguntó Nathan—. Es el más sutil de todos los disolventes.

—Las ideas sólo pueden ser contrarrestadas con otras ideas —continuó diciendo Vignon—. Únicamente el terror y el despotismo pueden aherrojar la inteligencia francesa, cuya lengua se presta admirablemente a la alusión y al doble sentido. Por eso, cuanto más represiva sea la ley, más se desarrollará la inteligencia, como el vapor en una máquina a presión. Así, cuando el periódico quiere atacar al rey, por bien que este haya actuado, todo el mérito será del ministro de turno, o viceversa. Si el periódico inventa una infame calumnia, finge limitarse a reproducirla, y si alguien se ofende por ello, sale del paso disculpándose por la libertad que se ha tomado. Si se le lleva ante los tribunales, se quejará de que nadie haya venido previamente a pedirle una rectificación; pero ¿y si se la pedís? Entonces os la negará riéndose en vuestras barbas, con la excusa de que no son más que bagatelas. Si su víctima gana la causa, la escarnece, y si tiene que pagar una indemnización cuantiosa llamará al demandante enemigo de las libertades, del país y del progreso. Dirá que Fulano es un ladrón, hablando de él como si fuese el hombre más honrado del reino. Así, ¿qué son sus delitos?, ¡insignificancias!, ¿y los que se enfrentan a él?, ¡unos monstruos! Y en un momento dado puede hacer creer lo que quiera a quienes lo leen todos los días. Luego, nada que le desagrade podrá ser patriótico, y pretenderá tener siempre la razón. Utilizará la religión para combatir a la religión, la Carta contra el rey, se burlará de la magistratura cuando esta caiga sobre él; hará su elogio cuando haya servido a las pasiones populares. Para ganarse suscriptores se inventará las más emocionantes fábulas; hará, como Bobèche, toda una comedia. Con tal de emocionar o divertir a su público, el periódico sería capaz de servir a su padre crudo y condimentado nada más que con la sal de sus chanzas. Es como el actor que guarda las cenizas de su hijo en una urna para llorar sinceramente, o como la amante que lo sacrifica todo a su amigo.

—En una palabra, es el pueblo del papel impreso —exclamó Blondet interrumpiendo a Vignon.

—El pueblo hipócrita e ingrato —prosiguió Vignon— desterrará al talento de su seno como Atenas desterró a Arístides. Veremos los periódicos dirigidos primero por hombres honorables, y caer más tarde en manos de los más mediocres dotados de la flexibilidad y bajeza de la goma elástica de la que carecen los grandes genios, o bien en manos de tenderos con dinero para comprar a las plumas más prestigiosas. ¡Ya vemos tales cosas! Pero, dentro de diez años, el primer chaval salido del colegio se creerá un gran hombre, se subirá a la columna de un periódico para abofetear a los mayores que él, y les derribará para ocupar su puesto. No le faltaba razón a Napoleón al amordazar a la Prensa. Apuesto a que si la oposición llegara al Gobierno, los periódicos que le han prestado su apoyo le harían acto seguido la guerra si no obtuvieran todo cuanto desean, utilizando los mismos artículos con los que ahora atacan al Gobierno del rey. Y cuantas más concesiones se haga a los periodistas, más exigentes se volverán éstos. Los periodistas de prestigio consolidado serán sustituidos por otros hambrientos y pobres. La herida es incurable, será cada vez más maligna, cada vez más enconada, y cuanto mayor sea el mal, más tolerado será hasta el día en que reine la confusión en la prensa debido a su proliferación, como en Babilonia. Todos nosotros sabemos muy bien que los periódicos irán más lejos que los reyes en lo que a ingratitud se refiere, más lejos que el más sucio negocio especulativo y abusivo, y que consumirán nuestras inteligencias vendiendo un tercio de nuestra materia gris; pero todos nosotros escribiremos en ellos como esos mineros que explotan una mina de plata, a sabiendas de que morirán en ella. Aquí tenéis, junto a Coralie, a un muchacho…, ¿cómo se llama? ¡Lucien! Es bien parecido, poeta y, lo más valioso para él, lleno de talento. Pues bien, entrará en uno de esos prostíbulos del pensamiento llamados periódicos, a los que consagrará sus mejores ideas y secará así su cerebro, corromperá su alma y cometerá esas bajezas anónimas que en la guerra de las ideas hacen las veces de estratagemas, saqueos, incendios y cambios de bando en las guerras de los condottieri. Una vez que él, como otros mil, haya utilizado una gran parte de su talento en beneficio de los accionistas, estos vendedores de veneno le dejarán morirse de hambre si tiene sed, o de sed si tiene hambre.

—Gracias —dijo Finot.

—Pero, Dios mío —dijo Claude Vignon—, yo ya sabía que me encontraba en un presidio, y la llegada de un nuevo forzado me llena de placer. Blondet y yo somos más fuertes que esos señores que especulan con nuestro talento, y sin embargo siempre seremos explotados por ellos. Aparte de inteligencia tenemos corazón, lo único que nos falta son las terribles cualidades del explotador. ¡Somos perezosos, contemplativos, meditabundos, observadores: nos exprimirán el cerebro y nos acusarán de mala conducta!

—Creía que estaríais más divertidos —dijo Florine.

—Florine tiene razón —dijo Blondet—; dejemos que sean esos charlatanes del Gobierno quienes se preocupen de las enfermedades sociales. Como dice Charlet: «¡No escupir nunca sobre la vendimia!».

— ¿Sabéis a quién me recuerda Vignon? —preguntó Lousteau señalando a Lucien—. A una de esas gordas matronas de la rue du Pélican que le dice a un colegial: «Tesoro, eres aún demasiado jovencito para venir aquí»…

Esta salida hizo reír a todos, pero a Coralie le gustó. Los comerciantes bebían, comían y escuchaban.

— ¡Qué gran nación aquélla en la que se encuentran tantas cosas buenas y malas! —exclamó el plenipotenciario al duque de Rhétoré—. Señores, son ustedes unos pródigos que no podrán arruinarse nunca.

Así, por una feliz casualidad, no se le escatimaba a Lucien ninguna admonición acerca de la pendiente del precipicio en el que había de caer. D’Arthez había orientado al poeta hacia el noble camino del trabajo despertando en él los sentimientos que permiten vencer los obstáculos. El mismo Lousteau había tratado de apartarlo de él por puro egoísmo, presentándole el periodismo y la literatura bajo su verdadera faz. Lucien no había querido creer que existiera tanta corrupción oculta; pero por fin oía a los periodistas proclamando a gritos su mal, les veía manos a la obra, mientras abrían las entrañas de su nutriz para predecir así el porvenir. Durante aquella velada había visto las cosas tal como eran. En vez de sentirse horrorizado a la vista de aquella corrupción parisiense tan bien definida por Blücher, disfrutaba embriagado de aquella compañía tan ingeniosa. Estos hombres extraordinarios, bajo la damasquinada armadura de sus vicios y el yelmo brillante de su frío análisis, le parecían superiores a los hombres dignos y serios del Cenáculo. Y además comenzaba a saborear las primeras mieles de la riqueza. Subyugado por el lujo y los placeres de la mesa, sus caprichosos instintos se despertaban. Era la primera vez que bebía vinos selectos, que probaba los exquisitos manjares de la alta cocina, que veía a un diplomático, a un duque y a su bailarina mezclados con los periodistas, admirando su terrible poder; sintió la horrible comezón de dominar aquel mundo de reyes, y se sentía con fuerzas suficientes para vencerles. Finalmente, esa Coralie a la que acababa de hacer feliz con unas simples palabras, que había examinado al resplandor de las velas del festín, a través del vapor que salía de los platos y de los efluvios de la embriaguez, le parecía sublime, ¡el amor la volvía tan hermosa! Esta muchacha era, por otra parte, la más adorable, la más bella actriz de París. El Cenáculo, ese cielo de nobles inteligencias, habría sucumbido ante una tan irresistible tentación. Hasta sus futuros rivales habían halagado, como verdaderos expertos, la vanidad propia de todos los escritores. El éxito de su artículo y la conquista de Coralie eran dos triunfos que habrían hecho perder la cabeza incluso a alguien mayor que él. Durante aquella discusión todo el mundo había comido estupendamente y bebido más de la cuenta. Lousteau, que estaba sentado al lado de Camusot, mezcló dos o tres veces kirsch con el vino en la copa de éste, sin que nadie se diera cuenta, y le pinchó en su amor propio para incitarle a beber. Tan hábil fue que el comerciante no lo advirtió, convencido de ser a su manera tan listo como los periodistas. Cuando se sirvieron los postres y los licores, comenzaron a menudear las bromas acerbas. El diplomático, persona cabal como era, hizo, tan pronto como oyó soltar las tonterías que preludian las escenas grotescas con que terminan las orgías, una seña al duque y a la bailarina y los tres desaparecieron. En cuanto Camusot perdió el oremus, Coralie y Lucien, que se habían comportado durante toda la cena como dos enamorados quinceañeros, escaparon escaleras abajo y montaron a un coche de punto. Como Camusot había acabado bajo la mesa, Matifat creyó que había desaparecido en compañía de la actriz; dejó a sus huéspedes fumando, bebiendo, riendo y discutiendo, y siguió a Florine cuando ésta se retiró para acostarse. El día sorprendió a los contendientes, o mejor dicho, a Blondet, bebedor intrépido, el único que aún era capaz de hilvanar dos palabras y que propuso a los invitados que se caían de sueño un brindis a la Aurora de rosados dedos.

No estaba Lucien acostumbrado a las orgías parisienses; todavía estaba en sus cabales cuando bajó las escaleras, pero el aire fresco desencadenó su borrachera, que era horrible. Coralie y su doncella se vieron obligadas a subir al poeta hasta el primer piso de la bonita casa en la que vivía la actriz, en la rue de Vendôme. En la escalera, Lucien empezó a desfallecer y se sintió terriblemente mal.

— ¡Deprisa, Bérénice! —exclamó Coralie—. Un poco de té. ¡Haz té!

— ¡No es nada, sólo es el aire! —decía Lucien—. Y además es la primera vez que bebo tanto.

— ¡Pobre chico!, es inocente como un corderillo —dijo Bérénice, una gruesa normanda, tan fea como guapa era Coralie.

Finalmente metieron a Lucien, ya inconsciente, en la cama de Coralie. Con la ayuda de Bérénice, la actriz había desvestido, con el cuidado y el amor de una madre para con su niño, al poeta, que repetía:

—No es nada, es el aire; gracias, mamá.

— ¡Qué bien dice «mamá»! —exclamó Coralie besándole en el pelo.

— ¡Qué suerte, señorita, amar a un ángel semejante! ¿Y dónde lo ha pescado? Nunca hubiera creído que pudiese existir un hombre tan guapo como guapa es usted —dijo Bérénice.

Lucien quería dormir, no sabía dónde estaba y tampoco veía nada.

Coralie le hizo tomar varias tazas de té y luego le dejó durmiendo.

—Ni la portera ni nadie nos ha visto —dijo Coralie.

—No, yo la esperaba.

—Tampoco Victoire sabe nada.

—No, por supuesto —respondió Bérénice.

Diez horas más tarde, hacia el mediodía, Lucien se despertó encontrándose con los ojos de Coralie, quien lo había estado contemplando mientras dormía. El poeta lo intuyó. La actriz llevaba aún su bonito vestido, espantosamente manchado y que guardaría como una reliquia. Lucien reconoció la abnegación, la delicadeza del verdadero amor que ahora quería su recompensa; miró a Coralie. Ésta se desnudó en un instante y se deslizó como una culebra al lado de Lucien. A las cinco, el poeta dormía arrullado por divinas voluptuosidades; había entrevisto la habitación de la actriz, una encantadora creación del lujo, toda blanca y rosa, un mundo de maravillas y de coquetos refinamientos que sobrepasaba lo que Lucien había admirado en casa de Florine. Coralie estaba ya en pie. A las siete tenía que estar en el teatro para interpretar su papel de andaluza. Había contemplado aún un poco a su poeta que dormía inmerso en el placer, se había embriagado sin poder saciarse de aquel noble amor que unía los sentidos al corazón y el corazón a los sentidos, exaltándolos conjuntamente. Esta divinización que permite en este bajo mundo ser dos para sentir y uno sólo en el cielo para amar, era su absolución. Por otra parte, ¿a quién no habría servido de excusa la sobrehumana belleza de Lucien? Arrodillada junto al lecho, feliz por el amor en sí, la actriz se sentía santificada. Aquellas delicias se vieron perturbadas por Bérénice.

—Ha llegado Camusot. Sabe que estás aquí —exclamó.

Lucien se incorporó, pensando con innata generosidad en no perjudicar a Coralie. Bérénice abrió una cortina. Lucien entró en una deliciosa pieza de tocador, adonde Bérénice y su ama llevaron con inusitada presteza las ropas de Lucien. Cuando el hombre de negocios hizo su entrada, las botas de Lucien llamaron la atención de Coralie; Bérénice las había colocado delante del fuego para que se calentaran después de haberlas lustrado a escondidas. La sirvienta y su ama se habían olvidado de aquellas botas delatoras. Bérénice salió después de haber intercambiado una mirada de inquietud con su ama. Coralie se dejó caer en una causeuse y rogó a Camusot que se sentara en un sillón de góndola frente a ella. El buen hombre, que adoraba a Coralie, miraba las botas y no se atrevía a levantar los ojos hacia su amante.

«¿Tengo que amoscarme por este par de botas y dejar a Coralie? Sería enfadarse por poca cosa. Hay botas por todas partes. Éstas estarían mejor en el escaparate de un zapatero o en los pies de un hombre de paseo por los bulevares. En cambio, aquí, sin piernas, hacen pensar en todo menos en la fidelidad… Tengo cincuenta años, es cierto: debo de estar tan ciego como el amor.»

Este cobarde monólogo no tenía disculpa. El par de botas no era de aquellas de media caña que se usan hoy y que, hasta cierto punto, un hombre distraído podría no reparar en ellas; era, como la moda exigía entonces, un par de botas hasta las rodillas, muy elegantes, con borlas, que relucían sobre unos pantalones ajustados, casi siempre de un color claro, y en las que las cosas se reflejaban como en un espejo. Así, las botas herían la vista del discreto sedero y, digámoslo también, le destrozaban el corazón.

— ¿Qué le sucede? —preguntó Coralie.

—Nada —contestó él.

—Llame —dijo Coralie sonriendo ante la cobardía de Camusot—. Bérénice —dijo a la normanda cuando ésta hubo aparecido—, tráigame un calzador para que me ponga de nuevo esas malditas botas. No olvide llevarlas esta noche a mi camerino.

— ¿Cómo? Sus botas… —exclamó Camusot, que respiró aliviado.

— ¿Y qué se creía? —preguntó ella con aire altanero—. Grandísimo tonto, no iría a creer… ¡Oh, sería muy capaz! —le dijo a Bérénice—. Hago un papel de hombre en una obra, y nunca me he vestido de hombre. El zapatero del teatro me ha traído esas botas para que pruebe a caminar mientras espero aquellas de las que me ha tomado las medidas; me las ha calzado, pero me han hecho tanto daño que me las he quitado, y sin embargo he de volver a ponérmelas.

—No se las vuelva a poner si le molestan —dijo Camusot, a quien las botas tanto habían hecho sufrir.

—Es lo mejor que la señorita podría hacer en vez de martirizarse como hace un rato; ¡lloraba por las dichosas botas, señor! —dijo Bérénice—, y si yo fuese hombre, jamás dejaría que llorase una mujer a la que quisiera; sería mejor que las llevara de tafilete fino. ¡Pero la administración del teatro es tan tacaña! Señor, tendría que ir usted a encargarle unas…

—Sí, sí —dijo el comerciante—. ¿Se levanta ahora? —preguntó a Coralie.

—Justo ahora. No he llegado hasta las seis, después de haberle buscado por todas partes. ¡He tenido que retener al coche de punto durante siete horas! ¡Estos son sus cuidados! Olvidarme por unas botellas. He tenido que cuidarme yo misma, que voy a actuar ahora todas las noches, mientras El alcalde dé dinero. ¡No quiero dejar en mal lugar a ese jovenzuelo del artículo!

—Ese muchacho es muy apuesto —dijo Camusot.

— ¿Usted cree? A mí no me gustan esa clase de hombres; se parecen demasiado a una mujer; y además no saben querer como vosotros, viejos tontorrones del comercio. ¡Os aburrís tanto!

— ¿El señor cenará con la señorita? —preguntó Bérénice.

—No, tengo la boca pastosa.

—Así que ayer cogió una buena melopea. ¡Ah, papá Camusot, para empezar no me gustan los hombres que beben!…

—Le harás un regalo a ese joven —dijo el comerciante.

— ¡Ah!, sí. Prefiero recompensarle de este modo que hacer lo que hace Florine. Vamos, mala raza de mi alma, márchese o regáleme un coche para que no pierda más tiempo.

—Lo tendrá mañana para ir a cenar con su director al Rocher de Cancale. El domingo no se representa la nueva obra.

—Venga, voy a cenar —dijo Coralie llevándose a Camusot.

Una hora más tarde, Lucien fue liberado por Bérénice, la compañera de infancia de Coralie, una criatura tan lista y espabilada como corpulenta.

—Quédese aquí, Coralie volverá sola; hasta estaría dispuesta a dejar a Camusot si le molesta a usted —dijo Bérénice a Lucien—; pero, niño querido de mi corazón, es usted demasiado bueno para arruinarla. Me ha dicho que está decidida a plantarlo todo, a dejar este paraíso para irse a vivir a su buhardilla. ¡Oh!, los celosos y envidiosos no han perdido ni un momento en decirle que no tiene usted ni un céntimo, que vive en el Barrio Latino. Pero yo la seguiría y cuidaría de su casa. Acabo de consolar a la pobre niña. ¿Verdad, señor, que es usted lo bastante inteligente como para no caer en semejantes tonterías? ¡Ah!, ya verá como ese gordinflón no recibe más que el cuerpo mortal, que es usted el querido, el preferido, la divinidad a la que se entrega el alma. ¡Si supiera lo gentil que es mi Coralie cuando le hago ensayar sus papeles! Un encanto de niña. ¡Bien que se merecía que Dios le enviara a uno de sus ángeles, desengañada como estaba de la vida! ¡Era tan desgraciada con su madre, que le pegaba y que la vendió! Sí, señor, ¡una madre, y a su propia hija! Si yo tuviera una hija la cuidaría como a mi pequeña Coralie, de la que he hecho mi niña. Es la primera vez que veo que la vida le sonríe, la primera vez que ha sido aplaudida de verdad. Parece ser que, en vista de lo que usted ha escrito, han reunido una buena claque para la segunda representación. Mientras dormía, Braulard ha venido a hablar con ella.

— ¿Quién?, ¿Braulard? —repitió Lucien, que creía haber oído ya ese nombre.

—El jefe de la claque, que, de acuerdo con ella, han establecido los momentos de la representación en que la aplaudirán. Aunque dice ser su amiga, Florine podría querer gastarle una mala pasada para llevarse todos los aplausos. Todo el bulevar anda revuelto por su artículo. ¡Vaya cama tan bien arreglada para los amores de un príncipe!… —dijo echando sobre el lecho un cubrepiés de encaje.

Encendió las velas. Con las luces, Lucien, aturdido, se creyó en efecto en un palacio de El gabinete de las hadas. Las más ricas telas del Cocon d’Or habían sido escogidas por Camusot para las cortinas y drapeados de las ventanas. El poeta caminaba sobre una alfombra regia. El palisandro de los muebles capturaba en las tallas de sus esculturas el centelleo de la luz parpadeante. La chimenea de mármol blanco resplandecía con las chucherías más caras. El pie de cama era de plumón de cisne bordado con marta cibelina. Unas zapatillas de terciopelo negro, forradas de seda púrpura, hablaban de los placeres que esperaban allí al poeta de Las margaritas. Una preciosa lámpara pendía del techo, revestido de seda. Por todas partes, maceteros maravillosos exhibían flores escogidas, bonitas matas de brezo blanco, camelias inodoras. Por todas partes se reflejaba la viva imagen de la inocencia. ¿Cómo imaginarse allí a una actriz y las costumbres del mundo del teatro? Bérénice notó el estupor de Lucien.

— ¿No es bonito? —le dijo con voz mimosa—. ¿No es esto mejor, como nido de amor, que una buhardilla? No deje que lleve a cabo su cabezonada —prosiguió diciendo mientras llevaba a Lucien hasta delante de un velador lleno de manjares sustraídos subrepticiamente a la cena de su ama para que la cocinera no pudiera sospechar la presencia de un amante.

Lucien cenó muy bien, servido por Bérénice en un servicio de plata repujado y en unos platos pintados de a luis la pieza. Este lujo producía en su alma el mismo efecto que una muchacha de la calle, con sus carnes desnudas y sus medias blancas bien estiradas, en un estudiante.

— ¡Dichoso de Camusot! —exclamó.

— ¿Dichoso? —repitió Bérénice—. ¡Ah! Con gusto daría toda su fortuna por estar en su lugar y por poder cambiar sus canos cabellos por su joven y rubia melena.

Convenció a Lucien, a quien ofreció el vino más delicioso que Burdeos haya criado para el más rico inglés, de que se acostara de nuevo mientras esperaba a Coralie, y Lucien tenía, en efecto, ganas de acostarse en aquella cama que despertaba su admiración. Bérénice, que había leído aquel deseo en los ojos del poeta, estaba feliz por su ama. A las diez y media, Lucien se despertó envuelto en una mirada llena de amor. Coralie se encontraba allí, en el más voluptuoso traje de noche. Lucien había dormido. Lucien no estaba sino ebrio de amor. Bérénice se retiró preguntando:

— ¿A qué hora, mañana?

—A las once. Tráenos el desayuno a la cama. No estaré para nadie antes de las dos.

A las dos del día siguiente, la actriz y su amante estaban vestidos y presentables, como si el poeta hubiera ido a hacer una visita a su protegida. Coralie había bañado, peinado, vestido y acicalado a Lucien; había enviado a buscar doce bonitas camisas, doce corbatas, doce pañuelos a la tienda de Colliau y una docena de guantes en una caja de madera de cedro. Cuando oyó el ruido de un coche en su puerta, fue precipitadamente a una ventana seguida por Lucien. Ambos vieron que Camusot bajaba de un magnífico cupé.

—No creía —dijo ella— que se pudiera odiar tanto a un hombre y al lujo…

—Soy demasiado pobre para permitir que te arruines —dijo Lucien pasando así bajo las horcas caudinas.

—Pobre gatito mío —dijo estrechando a Lucien contra su corazón—; por tanto, ¿me quieres? Le he pedido a este señor —dijo a Camusot señalando a Lucien— que viniera a verme esta mañana, pensando que iríamos a los Campos Elíseos para probar el carruaje.

—Id solos —dijo tristemente Camusot—; no puedo comer con vosotros, es el cumpleaños de mi mujer y lo había olvidado.

— ¡Pobre Musot! ¡Cómo te aburrirás! —repuso ella saltando al cuello del comerciante.

Se sentía embriagada de felicidad, pensando que estrenaría sola con Lucien ese bonito cupé, que irían juntos al Bois de Boulogne; y en su arrebato de alegría dio la impresión de amar a Camusot, a quien hizo mil caricias y arrumacos.

—Me gustaría poder regalarte un coche cada día —dijo el pobre hombre.

CAPÍTULO TRES

—Vamos, señor; son las dos —dijo la actriz a Lucien, a quien vio avergonzado y a quien consoló con un gesto adorable.

Coralie bajó precipitadamente la escalera llevándose consigo a Lucien, quien oyó al negociante ir detrás de ellos como una foca, sin poder darles alcance. El poeta sintió el más embriagador de los goces: Coralie, radiante de felicidad, ofreció a todos los ojos embelesados una toilette llena de gusto y elegancia. El París de los Campos Elíseos admiró a aquellos dos amantes. En una avenida del Bois de Boulogne, su cupé se cruzó con la calesa de madame d'Espard y de madame de Bargeton, que observaron a Lucien con aire de asombro, pero a las que él lanzó la mirada despectiva del poeta que presiente su gloria y va a hacer uso de su poder. El momento en que pudo intercambiar mediante una mirada con aquellas dos mujeres algunos de los pensamientos de venganza que ellas habían puesto en su corazón para que lo fueran royendo, fue uno de los más dulces de su vida y acaso decidió su destino. Lucien fue de nuevo víctima de las furias del orgullo: quiso volver a aparecer en el gran mundo y tomarse una clamorosa venganza, su alma estaba de nuevo presa de todas las fútiles convenciones sociales tiempo antes despreciadas por el trabajador, por el amigo del Cenáculo. Por fin comprendió todo el significado del ataque que Lousteau había lanzado por él. Lousteau acababa de favorecer sus pasiones; mientras que el Cenáculo, ese Mentor colectivo, parecía reprimirlas en favor de las virtudes enojosas y de los trabajos que Lucien comenzaba a encontrar inútiles. ¡Trabajar!, ¿no es esto la muerte para las almas sedientas de placeres? Por ello, ¡con qué facilidad los escritores se entregan al dolce far niente, a la buena mesa y a las delicias de la vida lujosa con actrices y mujeres fáciles! Lucien sintió unas ganas irresistibles de continuar con la vida de aquellos dos días de locura. La cena en el Rocher de Cancale fue exquisita. Aparte de Lucien, estaban todos los invitados de Florine, excepto el diplomático, el duque, la bailarina y Camusot, que habían sido sustituidos por dos actores célebres y por Hector Merlin, que iba acompañado por su amante, una mujer deliciosa que se hacía llamar madame du Val-Noble, la más bella y elegante de las mujeres que formaban por aquel entonces el mundillo excepcional de aquellas mujeres que hoy se conocen por decencia con el nombre de lorettes. Lucien, que llevaba cuarenta y ocho horas viviendo en un paraíso, se enteró del éxito de su artículo. Viéndose agasajado, envidiado, el poeta recobró su aplomo, chispeó su ingenio, fue el Lucien de Rubempré que durante varios meses brillara en el mundo del arte y de la literatura. Finot, ese hombre de indiscutible destreza a la hora de intuir el talento y que lo olfateaba como un ogro que huele la carne fresca, lisonjeó a Lucien, intentando enrolarle en el escuadrón de periodistas que mandaba. Lucien sucumbió a estas adulaciones. Coralie observó las maniobras de aquel devorador de talentos y quiso poner a Lucien en guardia contra él.

—No te comprometas, querido —le dijo a su poeta—; espera, quieren explotarte, ya hablaremos de ello esta noche.

— ¡Bah! —le replicó Lucien—. Me siento lo suficientemente fuerte como para ser tan malo y tan astuto como puedan serlo ellos.

Finot, que no parecía demasiado enojado con Hector Merlin por el asunto de los blancos, presentó Merlin a Lucien y Lucien a Merlin. Coralie y madame du Val-Noble hicieron buenas migas, se colmaron de halagos y atenciones. Madame du Val-Noble invitó a cenar a Lucien y a Coralie. Hector Merlin, el más peligroso de todos los periodistas presentes en aquella cena, era un hombrecillo enjuto, de finos labios, que incubaba una ambición desmedida, de una envidia sin límites, feliz con todos los males que ocurrían a su alrededor y que se aprovechaba de las disensiones que él mismo fomentaba con mucho ingenio, y poca voluntad, pero cuya falta suplía con el instinto que guía a todos los arribistas hacia los lugares que hacen brillar el oro y el poder. Nació enseguida entre Lucien y él una antipatía mutua. No es difícil explicar el porqué. Merlin tuvo la mala ocurrencia de decirle a Lucien en voz alta lo que Lucien pensaba para sí. A los postres, los lazos de la más conmovedora amistad parecían unir a estos dos hombres que se creían cada uno superior al otro. Lucien, el recién llegado, era el objeto preferente de la coquetería de todos. Se hablaba con absoluta franqueza. Hector Merlin era el único que no reía. Lucien le preguntó la razón de que estuviera tan serio.

—Le veo que entra en el mundo literario y del periodismo lleno de ilusiones. Cree en la amistad. Aquí todos somos amigos o enemigos según las circunstancias. Somos los primeros en herirnos con el arma que sólo debería servirnos para herir a los demás. No tardará en darse cuenta de que no logrará nada con los buenos sentimientos. Si es bueno, hágase malo. Muéstrese arisco aunque no sea más que por conveniencia. Si nadie le ha revelado aún esta ley suprema, se la hago saber yo y no es una confidencia baladí. Para ser amado, no deje nunca a su amante sin haberla hecho llorar un poco; para tener éxito en la literatura, hiera siempre a todo el mundo, incluso a sus amigos, haga llorar al amor propio ajeno: todo el mundo se mostrará amable con usted.

Hector Merlin se sintió feliz al ver, por el aspecto de Lucien, que sus palabras penetraban en el neófito como la hoja de un puñal en un corazón. Se jugó. Lucien perdió todo su dinero. Coralie se lo llevó y las mieles del amor le hicieron olvidar las terribles emociones del juego, que más adelante había de encontrar en él a una de sus víctimas. A la mañana siguiente, al salir de su casa camino del Barrio Latino, encontró en su bolsa el dinero que había perdido. Esta atención de entrada le entristeció, quiso regresar a casa de la actriz y devolverle un regalo que le humillaba, pero se encontraba ya en la rue de La Harpe y continuó su camino hacia el hostal de Cluny. Mientras caminaba, iba pensando en esa atención que había tenido Coralie, en la que vio una prueba de ese amor maternal que esta clase de mujeres mezclan en sus pasiones. Para ellas la pasión abarca toda la gama de los sentimientos. Al cabo de mucho pensar, Lucien acabó por encontrar una razón para aceptarlo, diciéndose: «¡La quiero, viviremos juntos como marido y mujer y nunca la dejaré!».

A menos de ser Diógenes, ¿quién no comprendería las sensaciones de Lucien al subir la escalera mugrienta y maloliente de su hostal, al hacer chirriar la cerradura de su puerta, al volver a ver los sucios cristales y la lamentable chimenea de su habitación, horrible por su miseria y desnudez? Sobre la mesa encontró el manuscrito de su novela y este billete de Daniel d’Arthez:

Nuestros amigos están casi satisfechos de su obra, querido poeta. Podrá presentarla con más confianza, dicen, a sus amigos y enemigos. Hemos leído su encantador artículo sobre el Panorama-Dramatique y debe provocar tanta envidia en el mundo literario como pesar entre nosotros.

Daniel

— ¡Pesar!, ¿qué quiere decir? —exclamó Lucien, sorprendido por el tono sumamente cortés con que estaba escrito aquel billete.

¿Era, pues, un extraño para el Cenáculo? Después de haber devorado los frutos deliciosos que le había entregado la Eva de entre bastidores, aún ansiaba más la amistad y el aprecio de sus amigos de la rue des Quatre-Vents. Permaneció durante unos instantes sumido en una meditación que abarcaba tanto su presente en aquella habitación como su porvenir en la de

Coralie. Presa de las dudas, alternativamente honrosas y vergonzantes, se sentó y se puso a examinar los cambios que sus amigos habían introducido en su obra. ¡Cuál no sería su asombro! Capítulo tras capítulo, la pluma hábil y abnegada de aquellos grandes hombres aún desconocidos había trocado sus insuficiencias en riquezas. Un diálogo abundante, ceñido, conciso y nervioso reemplazaba sus conversaciones que, comparadas con aquellos parlamentos en los que vibraba el espíritu de la época, comprendió que no eran más que insulsa charlatanería. Sus retratos, algo flojos de dibujo, habían sido vigorosamente coloreados y realzados; todos habían adquirido una vida nueva al vincularlos a los curiosos fenómenos de la vida humana gracias a las observaciones fisiológicas, que sin duda eran obra de Bianchon y que estaban expresadas con sutileza. Sus descripciones prolijas se habían vuelto esenciales y vivas. Él les había entregado un ser deforme y mal vestido y se encontraba con una deliciosa criatura vestida toda de blanco, con cinturón y un echarpe rosa, una creación encantadora. La noche le sorprendió con los ojos llenos de lágrimas, aterrado ante aquella grandeza, reflexionando sobre el valor de una lección semejante, admirando esas correcciones que le enseñaban sobre literatura y arte más que sus cuatro años de lecturas, comparaciones y estudios. Siempre el retoque de un boceto mal concebido, un trazo maestro en lo esencial, enseñan más que las teorías y las observaciones.

— ¡Qué amigos!, ¡qué corazón!, ¡qué feliz me siento! —exclamaba apretando contra sí el manuscrito.

Impelido por un entusiasmo muy propio de las naturalezas poéticas y volubles, corrió a casa de Daniel. Pero mientras subía la escalera, se creyó no obstante menos digno de aquellos corazones a los que nada podía hacer apartarse del camino del honor. Una voz le decía que si Daniel hubiese amado a Coralie, no la habría aceptado con Camusot. Igualmente conocía el profundo horror del Cenáculo por los periodistas, y él se sabía ya un poco periodista. Encontró a sus amigos, excepto a Meyraux, que acababa de salir, presos de una desesperación que se reflejaba en todos los semblantes.

— ¿Qué os pasa, amigos? —preguntó Lucien.

—Acabamos de enterarnos de una horrible tragedia: el mayor talento de nuestra época, nuestro más querido amigo, el que durante dos años ha sido nuestro faro…

— ¿Louis Lambert? —preguntó Lucien.

—Ha caído en un estado cataléptico que no deja ningún margen a la esperanza —dijo Bianchon.

—Morirá con el cuerpo insensible y la cabeza en el cielo —añadió solemnemente Michel Chrestien.

—Morirá como ha vivido —confirmó D'Arthez.

—El amor, que ha penetrado como fuego en el vasto imperio de su mente, la ha incendiado —añadió Léon Giraud.

—Sí —dijo Joseph Bridau—, le tiene tan exaltado que le hemos perdido de vista.

—Somos nosotros los dignos de lástima —dijo Fulgence Ridal.

—Tal vez se cure —exclamó Lucien.

—Según nos ha dicho Meyraux, la curación es imposible —repuso Bianchon—. Su cabeza está a merced de fenómenos sobre los que la medicina nada puede.

—Existen, sin embargo, remedios —insinuó D'Arthez.

—Sí —dijo Bianchon—, sólo está cataléptico, podemos volverlo completamente imbécil.

— ¡Y no poder ofrecer al maligno otra cabeza a cambio de la suya! —gritó Michel Chrestien—. ¡Yo daría la mía!

— ¿Y qué sería de la federación europea? —preguntó D'Arthez.

— ¡Ah!, es cierto —repuso Michel Chrestien—, antes de pertenecer a alguien nos debemos a la Humanidad.

—Yo venía aquí con el corazón rebosante de gratitud hacia todos vosotros —dijo Lucien—. Habéis cambiado mi ochavo en un luis de oro.

— ¿Gratitud? ¿Por quién nos tomas? —exclamó Bianchon.

—El placer ha sido nuestro —añadió Fulgence.

—Bien, ya es usted periodista —le dijo Léon Giraud—. El ruido de su debut ha llegado hasta el Barrio Latino.

—Todavía no —repuso Lucien.

— ¡Ah!, tanto mejor —dijo Michel Chrestien.

—Ya os lo decía yo —repuso D'Arthez—. Lucien es uno de esos corazones que conocen el valor de una conciencia limpia. ¿No es un alivio reconfortante descansar cada noche la cabeza en la almohada pudiéndose decir: «No he juzgado las obras ajenas, no he hecho mal a nadie; mi inteligencia no ha herido, como un puñal, el alma de ningún inocente; mis bromas no han destruido la felicidad de nadie, ni siquiera han perturbado la tontería satisfecha, ni han molestado injustamente al genio; he desdeñado las fáciles satisfacciones de la burla ingeniosa, en una palabra, no he traicionado en ningún momento mis convicciones»?

—Pero —dijo Lucien— yo creo que se puede ser así y trabajar al mismo tiempo en un periódico. Si no tuviera más que ese medio de subsistencia, no tendría más remedio que recurrir a él.

— ¡Oh, oh, oh! —dijo Fulgence subiendo el tono en cada exclamación —. Capitulamos.

—Será periodista —dijo con aire serio Léon Giraud—. ¡Ah! Lucien, si quisieras serlo con nosotros, que vamos a publicar un periódico en el que nunca se verán ultrajadas ni la justicia ni la verdad, en el que seremos portavoces de las doctrinas verdaderamente útiles para la Humanidad, tal vez entonces…

—No tendréis ni un suscriptor —replicó maquiavélicamente Lucien interrumpiendo a Léon.

—Tendrá quinientos que valdrán por cinco mil —repuso Michel Chrestien.

—Necesitaréis un buen capital —dijo Lucien.

—No —contestó D’Arthez—, pero sí abnegación.

—Parece recién salido de una perfumería —exclamó Michel Chrestien oliendo con gesto cómico la cabeza de Lucien—. Se te ha visto en un carruaje magníficamente bruñido, con un tiro de caballos de dandy y una amante principesca, Coralie.

— ¿Y qué? —exclamó Lucien—. ¿Qué tiene ello de malo?

—Dices esto como si lo tuviera —gritó Bianchon.

—A mí me habría gustado más para Lucien una Beatriz —dijo D’Arthez—, una noble dama que lo hubiera sostenido en la vida…

—Pero, Daniel, ¿no es el amor el mismo en todas partes? —preguntó el poeta.

— ¡Ah! —repuso el republicano—, yo soy aristócrata en esto. No podría querer a una mujer a la que un actor besa en la mejilla delante del público, una mujer a la que, entre bastidores, se tutea, que se inclina ante una platea y le sonríe, que baila unos pasos levantándose las faldas, y que se viste de hombre para enseñar lo que a mí me gustaría ser el único en ver. Sí, si yo amara a una mujer así, ella dejaría el teatro y yo la purificaría con mi amor.

— ¿Y si no pudiera dejar el teatro?

—Pues me moriría de pena, de celos y de otros mil males. No se puede arrancar el amor del corazón como quien se arranca una muela.

Lucien se quedó pensativo y sombrío.

«Cuando sepan que he de aguantar a Camusot, me despreciarán», se dijo.

—Mira —le dijo el salvaje republicano con espantosa campechanía—, podrás ser un gran escritor, pero nunca pasarás de ser un pequeño oportunista.

Cogió su sombrero y se fue.

—Michel Chrestien es muy duro —dijo el poeta.

—Duro y saludable como las tenazas de un dentista —añadió Bianchon—. Michel ve tu porvenir, y quizás en estos momentos está llorando por ti en la calle.

D'Arthez estuvo bondadoso y consolador, trató de levantarle los ánimos a Lucien. Al cabo de una hora, el poeta abandonó el Cenáculo, atormentado por su conciencia que le gritaba: «¡Serás periodista!», como la bruja le grita a Macbeth: «¡Serás rey!». Ya en la calle contempló las ventanas del paciente D'Arthez, iluminadas por un débil resplandor, y regresó a su casa con el corazón lleno de tristeza y el alma inquieta. Una especie de presentimiento le decía que acababa de abrazarse por última vez con sus verdaderos amigos. Al entrar en la rue de Cluny por el lado de la place de la Sorbonne, reconoció el carruaje de Coralie. Para venir a ver un momento a su poeta, para darle unas simples buenas noches, la actriz había recorrido todo el bulevar del Temple hasta la Sorbona. Lucien se encontró a su querida llorando a la vista de su buhardilla; quería ser pobre como su amante, y lloraba mientras ponía orden en las camisas, los guantes, las corbatas y los pañuelos en la horrible cómoda del hostal. Aquella desesperación era tan sincera, tan grande, demostraba tanto amor que Lucien, a quien se le había reprochado el estar con una actriz, vio en Coralie a una santa dispuesta a ceñirse el cilicio de la miseria. Para venir a verle, esta adorable criatura se había valido del pretexto de ir a avisar a su amigo de que el clan Camusot, Coralie y Lucien devolvería su invitación a cenar al clan Matifat, Florine y Lousteau, y para preguntarle a Lucien si tenía que invitar a alguien que le conviniera; Lucien le dijo que hablaría de ello con Lousteau. Al cabo de unos instantes, la actriz se marchó, ocultando a Lucien que Camusot la estaba esperando abajo. Al día siguiente, a las ocho, Lucien se dirigió a casa de Étienne, y al no encontrarle allí corrió hacia casa de Florine. El periodista y la actriz recibieron a su amigo en la bonita alcoba en la que estaban maritalmente instalados, y los tres desayunaron allí espléndidamente.

—Pero, amigo mío —le dijo Lousteau una vez que estuvieron sentados a la mesa y Lucien le hubo hablado de la cena que pensaba dar Coralie—, te aconsejo que vengas conmigo a ver a Félicien Vernou, que le invites y trabes amistad con él, en la medida en que cabe ser amigo de semejante sujeto. Tal vez Félicien te brinde la oportunidad de entrar en el periódico político en el que cocina su feuilleton, y en el que podrás progresar a tus anchas a base de grandes artículos en las páginas centrales de ese periódico. Este diario, como el nuestro, pertenece al partido liberal; tú serás liberal, porque es el partido popular; por otra parte, si quisieras pasarte del lado del Gobierno, podrías hacerlo tanto más fácilmente cuanto más te hayas hecho temer. Hector Merlin y su madame du Val-Noble, cuya casa frecuentan algunos grandes señores, los jóvenes dandies y los millonarios, ¿no os han invitado a cenar a Coralie y a ti?

—Sí —repuso Lucien—; y también a ti con Florine.

Lucien y Lousteau, en su borrachera del viernes y durante la comida del domingo, habían llegado a tutearse.

—Pues bien, encontraremos a Merlin en el periódico; es un tipo que seguirá los pasos de Finot, y harás bien en cuidarle e invitarle a tu cena con su querida; tal vez te sea útil dentro de no mucho tiempo, porque las personas rencorosas tienen necesidad de todo el mundo, y te hará favores para poder contar con tu pluma en caso necesario.

—Su debut ha causado la suficiente sensación como para que no encuentre usted obstáculo alguno —le dijo Florine a Lucien—; apresúrese a aprovecharlo, pues de lo contrario pronto será olvidado.

— ¡El negocio —prosiguió Lousteau—, el gran negocio ha sido cerrado! Ese Finot, un hombre sin ningún talento, es director y redactor jefe del semanario de Dauriat, propietario de una sexta parte que no le cuesta nada, y con un sueldo de seiscientos francos al mes. Y desde esta misma mañana, amigo, soy redactor jefe de nuestro pequeño periódico. Todo ha ido como lo preví la otra noche. Florine ha estado soberbia, le daría cien vueltas al príncipe de Talleyrand.

—Nosotras nos ganamos a los hombres por el placer —dijo Florine—, y los diplomáticos halagando sólo el amor propio; los diplomáticos les ven hacer ceremonias y nosotras tonterías, así que nosotras somos las más fuertes.

—En conclusión —dijo Lousteau—, Matifat ha dicho la única frase ingeniosa de toda su vida de droguero: «¡Este es un asunto que tiene que ver con mi ramo!».

—Sospecho que es Florine quien se la ha sugerido —exclamó Lucien.

—Así que, amigo —le dijo Lousteau—, ya tienes un pie en el estribo.

—Has nacido con buena estrella —dijo Florine—. ¿Cuántos jóvenes no vemos en París esperar durante años y años sin poder publicar un artículo en un periódico? Correrá usted la suerte que corrió Émile Blondet. Dentro de seis meses ya le veo haciendo lo que le salga de las narices —añadió ella empleando una expresión de su muy particular jerga y dirigiéndole una sonrisa burlona.

—Llevo tres años en París —dijo Lousteau— y sólo desde ayer Finot me paga trescientos francos fijos al mes, pues como redactor jefe gano cien sueldos por columna, y cien francos por página en su semanario.

—Y bien, ¿usted no dice nada?… —exclamó Florine mirando a Lucien.

—Ya veremos —dijo Lucien.

—Amigo mío —respondió Lousteau un tanto picado—, te lo he puesto todo en bandeja como si fueras mi propio hermano, pero no respondo de Finot. De aquí a dos días, habrá sesenta pelafustanes que irán a proponerle sus servicios a precios tirados. Yo he dado la cara por ti, pero si quieres puedes decirle que no. No te imaginas la suerte que has tenido —prosiguió el periodista tras una pausa—. Formarás parte de un cogollito cuyos miembros atacan a sus enemigos en varios periódicos y se prestan mutuos favores.

—Vamos primero a ver a Félicien Vernou —dijo Lucien, que no veía la hora de unirse a aquellas temibles aves de presa.

Lousteau mandó llamar a un cabriolé y los dos amigos fueron a la rue Mandar, donde vivía Vernou, en una casa con corredor en la que ocupaba un piso de la segunda planta. Lucien se llevó una gran sorpresa al encontrar a aquel acerbo crítico, desdeñoso y estirado, en un comedor de una extrema vulgaridad con las paredes revestidas de un papel agramilado, llenas de manchas de moho a intervalos regulares y sobre las que colgaban unos grabados al aguatinta en unos marcos dorados. El periodista estaba sentado a la mesa con una mujer demasiado fea para no ser la legítima y con dos niños de corta edad encaramados en unas sillitas de patas muy altas y barradas, destinadas a tener sentados a aquellos diablillos. Sorprendido en un batín confeccionado con los restos de un vestido de indiana de su mujer, Félicien puso cara de pocos amigos.

— ¿Has desayunado, Lousteau? —preguntó ofreciéndole una silla a Lucien.

—Venimos de casa de Florine —dijo Étienne—, y hemos desayunado allí.

Lucien no cesaba de examinar a madame Vernou, que se parecía a una gorda cocinera de aire bonachón, bastante blanca, pero vulgarísima. Madame Vernou llevaba un pañuelo atado encima de su toca de noche con cintas de la que desbordaban sus apretadas mejillas. Su bata, sin ceñidor y cerrada al cuello por un botón, caía en grandes pliegues cubriéndola tan mal que era imposible no compararla con un marmolillo. De una salud desesperante, tenía las mejillas casi violáceas y unas manos de dedos morcillones. Viéndola, Lucien comprendió de repente la incomodidad que sentía Vernou en sociedad. Afligido por aquel matrimonio e incapaz de dejar a la mujer y a los hijos, pero con suficiente alma de poeta como para sufrir siempre por ello, este periodista no podía perdonar a nadie un éxito y no estaba nunca satisfecho con nada, igual que no lo estaba consigo mismo. Lucien comprendió la expresión avinagrada que congelaba aquel semblante envidioso, el porqué de las réplicas ásperas que salpicaban su conversación, lo acerbo de sus frases, siempre incisivas y afiladas como un estilete.

—Pasemos a mi gabinete —dijo Félicien levantándose—; sin duda se trata de asuntos literarios.

—Sí y no —le respondió Lousteau—. Amigo mío, se trata más bien de una cena.

—Yo venía a rogarle de parte de Coralie… —dijo Lucien.

Al oír este nombre, madame Vernou alzó la cabeza.

—… que viniera a cenar dentro de ocho días —continuó Lucien—. Encontrará en su casa el mismo grupito de gente que había en casa de Florine, más madame du Val-Noble, Merlin y algunos otros. Se jugará.

—Pero ese día precisamente, amigo, tenemos que ir a casa de madame de Mahoudeau —dijo la mujer.

— ¿Y eso qué importa? —exclamó Vernou.

—Si no vamos, se va a molestar, y tú querías verla para que te descontara las letras de tu editor.

—Amigo mío, aquí tiene a una mujer que no comprende que una cena literaria, que comienza a medianoche, no impide asistir a una velada que acaba a las once. Además, si trabajo al lado de su casa —añadió.

— ¡Cuánta imaginación tiene usted! —le dijo Lucien, que con sólo esta frase se ganó en Vernou a un enemigo mortal.

—Bien —prosiguió Lousteau—, entonces vienes, pero esto no es todo. Monsieur de Rubempré pasa a ser uno de los nuestros, así que ayúdale a entrar en tu periódico; preséntalo como a un muchacho capaz de escribir gran literatura, para que pueda colocar al menos dos artículos al mes.

—De acuerdo, si quiere ser de los nuestros y está dispuesto a atacar a nuestros enemigos como nosotros atacaremos a los suyos, y defender a nuestros amigos, hablaré esta noche de él en la Ópera —repuso Vernou.

—Bien, pues hasta mañana, amigo —dijo Lousteau dando un muy amistoso apretón de manos a Vernou—. ¿Cuándo se publica tu libro?

—Bueno —contestó el padre de familia—, eso depende de Dauriat, yo ya lo he terminado.

— ¿Estás contento?

—Sí y no.

—Ya nos encargaremos nosotros de convertirlo en un éxito —dijo Lousteau levantándose y saludando a la mujer de su colega.

Esta brusca despedida se hizo necesaria por los gritos de los dos niños, que se peleaban y se lanzaban cucharazos, tirándose la sopa a la cara.

—Acabas de ver, amigo mío —le dijo Étienne a Lucien—, a una mujer que, sin saberlo, causará grandes estragos en la literatura. Este pobre Vernou no nos perdona la mujer que tiene. Deberíamos desembarazarle de ella en bien del interés público, se comprende. Así evitaríamos un diluvio de artículos atroces, de mofas contra todos los éxitos y todas las fortunas. ¿Qué puedes ser, adónde puedes llegar con una mujer así acompañada por esos dos terribles mocosos? ¿Viste al Rigaudin de la Casa de la lotería, la obra de Picard? …Pues bien, lo mismo que Rigaudin, Vernou no se batirá, pero hará que los demás se batan; es muy capaz de sacarse un ojo si con ello consigue que su mejor amigo pierda los dos; le verás pasar por encima de todos los cadáveres, sonreír a todas las desgracias, atacar a los príncipes, duques, marqueses y nobles por el simple hecho de que él es plebeyo, atacar a las celebridades célibes porque él está casado, hablar siempre de moral y abogar por la felicidad doméstica y los deberes del ciudadano. En resumen, este crítico tan moral no será benévolo con nadie, ni siquiera con los niños.

Vive en la rue Mandar con una mujer que podría interpretar el papel de Mamamouch de El burgués gentilhombre y sus dos pequeños Vernou, feos como demonios; quiere escarnecer al faubourg Saint-Germain, donde él nunca pondrá los pies, y hará hablar a las duquesas como habla su mujer. Este es el hombre que va a gritar contra los jesuitas, insultar a la corte, atribuirle intenciones de restablecer los derechos feudales, el derecho de primogenitura, y que predicará alguna cruzada en favor de la igualdad, él, que no se cree el igual de nadie. Pero si fuera soltero, si hiciera vida de sociedad, si tuviera el talante de los poetas legitimistas, pensionados y condecorados con la gran cruz de la Legión de Honor, sería un optimista. Y éste no es más que un ejemplo de los muchos que pueden encontrarse en el periodismo. Es como una gran catapulta accionada por pequeñas envidias. ¿Te quedan aún ganas de casarte? Vernou no tiene ya corazón, la hiel le ha invadido por completo. Por eso es el periodista por excelencia, un tigre con dos garras que lo desgarran todo como si su pluma tuviera la rabia.

—Es ginéfobo —dijo Lucien—. ¿Tiene talento?

—Tiene ingenio, es un articulista nato. Vernou lleva el artículo en la sangre, hará siempre artículos y nada más que artículos. Ni el mayor de los empeños podría hacer que acabase un libro de prosa. Félicien es incapaz de concebir una obra, disponer los materiales y reunir los personajes de un modo armonioso según un plan que tiene su principio, su desarrollo y su desenlace; tiene ideas, pero le faltan los hechos; sus héroes serán simples personificaciones de utopías filosóficas o liberales; y además su estilo es de una originalidad rebuscada, y sus frases hinchadas reventarían al menor alfilerazo de la crítica. Por ello teme tanto a los periódicos, como todos los que necesitan las mentiras y las patrañas del elogio para mantenerse a flote.

— ¡Vaya artículo que estás haciendo! —exclamó Lucien.

—Éstos, hijo mío, se dicen, pero no se escriben nunca.

—Ya, ahora eres redactor jefe —dijo Lucien.

— ¿Dónde quieres que te deje? —le preguntó Lousteau.

—En casa de Coralie.

— ¡Ah!, ¿estamos enamorados? —preguntó Lousteau—. ¡Qué error! ¡Haz de Coralie lo que hago yo de Florine, un ama de casa, pero la libertad ante todo!

— ¡Harías condenarse a los mismos santos! —exclamó Lucien entre risas.

—Los demonios no se condenan —repuso Lousteau.

El tono ligero y brillante de su nuevo amigo, su manera de ver la vida, sus paradojas, mezcladas con las máximas llenas de sabiduría del maquiavelismo parisiense, actuaban sobre Lucien sin él darse cuenta. En teoría, el poeta reconocía el peligro de aquellas ideas, pero le parecían de utilidad práctica. Al llegar al bulevar del Temple los dos amigos acordaron encontrarse, entre las cuatro y las cinco, en las oficinas del periódico, adonde sin duda iría Hector Merlin. Lucien estaba, efectivamente, bajo el dominio de las voluptuosidades del verdadero amor de las cortesanas, que clavan sus garfios en los puntos más sensibles del alma plegándose con increíble ductilidad a todos los deseos, propiciando las muelles costumbres de las que ellas sacan sus fuerzas. Estaba ya ávido de los placeres parisienses, gustaba de la vida fácil, holgada y magnífica que la actriz le brindaba en su casa. Encontró a Coralie y a Camusot ebrios de alegría. El Gymnase proponía para la próxima Pascua un contrato cuyas condiciones, claramente especificadas, superaban todas las expectativas de Coralie.

—Le debemos este triunfo —dijo Camusot.

—Sí, desde luego. Sin él El alcalde hacía aguas —exclamó Coralie—; de no ser por el artículo, yo habría seguido en el bulevar seis años más.

Le saltó al cuello delante de Camusot. La actitud efusiva de la actriz tenía un no sé qué de molicie en su espontaneidad, de dulzura en su entusiasmo, que el comerciante no tuvo ya dudas: ¡lo amaba! Como todos los hombres abrumados por un gran dolor, Camusot bajó la vista y reconoció, a lo largo de la costura de las botas de Lucien, el hilo de color empleado por los zapateros más afamados y que destacaba en un tono amarillo oscuro sobre el negro reluciente de la caña. El original color de este hilo le había preocupado durante su monólogo acerca de la inexplicable presencia de un par de botas delante de la chimenea de Coralie. Había leído, en letras negras impresas en el cuero blanco y suave del forro, la dirección de un zapatero famoso en aquella época: «Gay, rue de La Michodière».

—Señor —le dijo a Lucien—, lleva usted unas botas muy bonitas.

—Todo lo tiene bonito —repuso Coralie.

—Me gustaría surtirme en casa de su zapatero.

— ¡Oh! —exclamó Coralie—. ¡Se ve que es propio de los de la rue des Bourdonnais pedir direcciones de proveedores! ¿No querrá llevar unas botas de joven? ¡Le tomarían por un guapo soltero! Mejor conserve sus botas con vueltas, que son las más apropiadas para un hombre respetable como usted, que tiene mujer, hijos y querida.

—Bien, pero si al señor no le importa dejarme una de sus botas, se lo agradecería mucho —dijo el obstinado Camusot.

—Sin calzador no me las podría volver a poner —observó Lucien ruborizándose.

—Bérénice irá a buscar uno, no deben de faltar aquí —añadió el comerciante con un horrible tono guasón.

—Papá Camusot —dijo Coralie lanzándole una mirada llena de tremendo desprecio—, ¡tenga el valor propio de su bajeza! Vamos, diga todo lo que está pensando. ¿Cree que las botas de este caballero se parecen a las mías? Le prohíbo que se quite las botas —dijo dirigiéndose a Lucien—. Sí, monsieur Camusot, sí, estas botas son las mismas que vio delante de mi chimenea el otro día, y este señor, escondido en mi tocador, las estaba esperando, después de haber pasado la noche aquí. Esto es lo que está pensando, ¿verdad? Pues piénselo, me parece muy bien. Es la pura verdad. Le engaño. ¿Y qué, después de todo? ¡Eso me gusta!

Se sentó como si tal cosa, y con el aire más tranquilo del mundo observaba a Camusot y a Lucien, que no se atrevían a mirarse el uno al otro.

—No creeré lo que usted quiere que crea —dijo Camusot—. No bromee, estoy en un error.

—O soy una infame desvergonzada que se ha encaprichado por un momento de este señor, o soy una pobre y mísera criatura que por primera vez ha sentido el verdadero amor tras el cual corren todas las mujeres. En un caso o en otro, hay que dejarme o tomarme tal como soy —dijo haciendo un gesto de soberana con el que abrumó al comerciante.

—Pero ¿es cierto, entonces? —preguntó Camusot, quien observó por la actitud de Lucien que Coralie hablaba en serio, cuando él estaba mendigando un engaño.

—Quiero a la señorita —dijo Lucien.

Al oír esta frase dicha con voz emocionada, Coralie saltó al cuello de su poeta, lo estrechó entre sus brazos y volvió la cabeza hacia el sedero, mostrándole el admirable grupo escultórico del Amor que formaba con Lucien.

—Pobre Musot, llévate todo lo que me has regalado, no quiero nada tuyo; amo locamente a este muchacho, no por su inteligencia, sino por su belleza. Prefiero la miseria con él a los millones contigo.

Camusot se desplomó en un sillón, se cogió la cabeza entre las manos y se quedó en silencio.

— ¿Quiere que nos vayamos? —preguntó ella con increíble ferocidad.

Lucien sintió que un escalofrío recorría su espinazo al ver que tendría que cargar con una mujer, una actriz y un hogar.

—Quédate aquí, es todo tuyo, Coralie —dijo el comerciante con una voz débil y afligida que le salía del alma—, no quiero llevarme nada. Hay aquí dentro sesenta mil francos en mobiliario, pero no podría acostumbrarme a la idea de mi Coralie reducida a la miseria. Y, sin embargo, es así como acabarás dentro de poco. Por grande que sea el talento de este señor, no puede darte un buen pasar. ¡Esto es lo que nos espera a todos los viejos como yo! Permíteme al menos, Coralie, venir a verte de vez en cuando: todavía puedo serte de utilidad. Y además, lo confieso, soy incapaz de vivir sin ti.

La dulzura de este pobre hombre desposeído de toda su dicha en el momento que se creía el más feliz del mundo conmovió vivamente a Lucien, pero no así a Coralie.

—Ven, mi pobre Musot, ven tanto como quieras —dijo ella—; te querré mucho más no engañándote.

Camusot pareció contento de no verse expulsado de su paraíso terrenal en el que sin duda debía de sufrir, pero en el que esperaba volver a entrar más adelante con plenos derechos confiando en las vueltas que da la vida parisiense y en las tentaciones que rodearían a Lucien. Aquel viejo maula de tendero pensó que tarde o temprano aquel apuesto joven se permitiría alguna que otra infidelidad, y para espiarle, para comprometerlo ante Coralie, quería seguir siendo amigo de ambos. Esta bajeza de la verdadera pasión asustó a Lucien. Camusot les invitó a cenar en el Palais-Royal, en Véry, invitación que fue aceptada.

— ¡Qué felicidad! —exclamó Coralie cuando Camusot se hubo marchado—. Nada de buhardilla en el Barrio Latino, te quedarás aquí, no nos separaremos, pero para salvar las apariencias alquilarás un pisito en la rue Charlot, ¡y adelante a toda vela!

Se puso a bailar su danza española con un ímpetu que evidenció su pasión indomable.

—Puedo ganar quinientos francos al mes trabajando duro —dijo Lucien.

—Y yo otro tanto en el teatro, sin contar los extras. Camusot me seguirá pagando los vestidos, ¡pues me quiere! Con mil quinientos francos viviremos como Creso.

— ¿Y los caballos, el cochero y el criado? —preguntó Bérénice.

—Contraeré deudas —exclamó Coralie.

Se puso a bailar una giga con Lucien.

—Entonces, tengo que aceptar la propuesta de Finot —exclamó Lucien.

—Vamos —dijo Coralie—, me visto y te llevo a tu periódico, te esperaré abajo en el coche, en el bulevar.

Lucien se sentó en un sofá, observó a la actriz mientras se ataviaba y se abandonó a las más serias reflexiones. Habría preferido dejar libre a Coralie a cargar con las obligaciones de una unión semejante; pero la vio tan hermosa, tan bien formada, tan atractiva, que se sintió atraído por los pintorescos aspectos de esta vida de bohemio y arrojó el guante a la cara de la Fortuna. Bérénice recibió órdenes de ocuparse del traslado de las pertenencias de Lucien y de su instalación. Luego, la triunfante, la bella, la feliz Coralie se llevó a su querido amante, a su poeta, y atravesó todo París para ir a la rue Saint-Fiacre. Lucien subió con ligereza la escalera y se presentó con aires de dueño y señor en las oficinas del periódico. Coloquíntida, siempre con su papel timbrado sobre la cabeza, y el viejo Giroudeau le salieron de nuevo con el camelo de que no había llegado aún nadie.

—Pero en algún sitio tendrán que verse los redactores para hablar del periódico —dijo.

—Probablemente, pero la redacción no es asunto mío —repuso el capitán de la Guardia Imperial, que procedió de nuevo a comprobar sus fajas con sus sempiternos ¡ejem, ejem!

Justo en aquel momento, y por una feliz, ¿o infausta?, casualidad, apareció Finot para anunciarle a Giroudeau su fingida renuncia y rogarle que velara por sus intereses.

—Nada de diplomacias con este señor, es del periódico —le dijo Finot a su tío dándole la mano a Lucien y estrechándosela.

— ¡Ah!, ¿este señor es del periódico? —exclamó Giroudeau, sorprendido por el gesto de su sobrino—. ¡Pues, señor, bien veo que no le ha costado entrar!

—Quiero dejar resueltas sus condiciones para que Étienne no se la pegue —dijo Finot dirigiendo a Lucien una mirada de inteligencia—. Este señor percibirá tres francos por columna por cada uno de sus artículos, incluidas las crónicas teatrales.

—A nadie le has ofrecido nunca estas condiciones —dijo Giroudeau observando a Lucien con asombro.

—Tendrá los cuatro teatros del bulevar, y tú te preocuparás de que no le birlen sus palcos y que le entreguen sus entradas para el espectáculo. Le aconsejo, no obstante, que se las hagan llegar a su domicilio —dijo volviéndose hacia Lucien—. Este señor se compromete a escribir, aparte de su crítica, diez artículos de varietés de unas dos columnas por cincuenta francos al mes durante un año. ¿De acuerdo?

—Sí —contestó Lucien, que estaba obligado por las circunstancias.

—Tío —dijo Finot al cajero—, encárgate de redactar el contrato que firmaremos al bajar.

— ¿Quién es este señor? —preguntó Giroudeau levantándose y quitándose su gorro de seda negra.

—Monsieur Lucien de Rubempré, el autor del artículo sobre El alcalde —respondió Finot.

—Joven —exclamó el antiguo militar dando un golpecito en la frente de Lucien—, tiene usted aquí una mina de oro. Yo no soy literato, pero he leído su artículo y me ha gustado. ¡Esto es lo que hace falta! Un poco de alegría. Por lo que me he dicho: «Eso nos traerá nuevas suscripciones». Y han venido, hemos vendido cincuenta números.

— ¿Está listo para la firma mi contrato con Étienne Lousteau con doble copia? —preguntó Finot a su tío.

—Sí —dijo Giroudeau.

—Pon al que firmo con este señor fecha de ayer, para que así Lousteau se vea obligado a aceptar estas condiciones. —Finot cogió del brazo a su nuevo redactor fingiendo una camaradería que halagó al poeta y se lo llevó hacia la escalera diciéndole—: Ya tiene así una posición estable. Yo mismo le presentaré a mis redactores. Luego, esta noche, Lousteau se encargará de darle a conocer en los teatros. Puede ganar ciento cincuenta francos al mes en nuestro pequeño periódico que va a dirigir Lousteau; trate, por consiguiente, de llevarse bien con él. El muy bribón me guardará rencor por haberle atado las manos con respecto a usted, pero tiene usted talento y no quiero que esté a merced de los caprichos de un redactor jefe. Dicho sea entre nosotros, puede traerme hasta dos páginas por mes para mi semanario, se las pagaré a doscientos francos. No se le ocurra hablar con nadie de este acuerdo, porque me convertiría en el blanco de las iras de todos esos amores propios heridos por la suerte de un recién llegado. Haga cuatro artículos con sus dos planas, firme dos con su nombre y otros dos con seudónimo para no dar la impresión de que les roba el pan a los demás. Debe usted su posición a Blondet y a Vignon, que creen que tiene usted futuro. Por tanto, no se malogre. Sobre todo no confíe en sus amigos. En cuanto a nosotros dos, espero que nos entendamos bien siempre. Sírvame y yo le serviré a usted. Tiene unos cuarenta francos de palcos y localidades para revender y unos sesenta francos en libros. Eso y su redacción le proporcionarán cuatrocientos cincuenta francos al mes. Con un poco de talento sabrá sacarse por lo menos doscientos francos más con los editores, que le pagarán artículos y folletos. Pero es usted mío, ¿verdad? Puedo contar con usted.

Lucien chocó la mano con Finot en un arranque inaudito de alegría.

—No quiero que parezca que nos hemos conchabado —le dijo Finot al oído mientras empujaba la puerta de una buhardilla, en el quinto piso de la casa, situada al fondo de un largo pasillo.

Lucien vio entonces a Lousteau, Félicien Vernou, Hector Merlin y a dos redactores más a los que no conocía en torno a una mesa cubierta con un tapete verde, delante de un buen fuego, sentados en sillas y sillones, fumando y riendo. La mesa estaba repleta de papeles, con un verdadero tintero lleno de tinta, unas plumas bastante malas, pero que prestaban su servicio a los redactores. Esta era la prueba para el nuevo periodista de que era allí donde se creaba la gran obra.

—Señores —dijo Finot—, les he reunido para comunicarles que nuestro querido Lousteau ocupará mi puesto de redactor jefe del periódico que me veo obligado a dejar. Ahora que soy redactor jefe de la revista que todos vosotros conocéis me veré obligado a cambiar de opiniones, pero mis convicciones siguen siendo las de siempre, y continuamos siendo amigos. Podréis contar siempre conmigo, y yo con vosotros. Cambian las circunstancias, pero los principios permanecen inmutables. Los principios son el eje sobre el cual giran las agujas del barómetro político.

Todos los redactores soltaron la carcajada.

— ¿Quién te ha sugerido esas frases? —preguntó Lousteau.

—Blondet —repuso Finot.

—Con viento, lluvia, tempestad o buen tiempo —dijo Merlin—, avanzamos siempre juntos.

—Bueno —prosiguió Finot—, no nos enredemos con metáforas: todos los que tengan algún artículo que traerme, serán siempre bienvenidos por

Finot. El señor aquí presente —dijo presentando a Lucien— es de los suyos. Yo ya me he puesto de acuerdo con él, Lousteau.

Todos cumplimentaron a Finot por su ascenso y su nuevo destino.

—Te has montado sobre nuestra grupa y sobre la de los demás —le dijo uno de los redactores desconocidos para Lucien—, te conviertes en un Jano…

—Con tal de que no sea Janot —dijo Vernou.

— ¿Nos dejas atacar a nuestras bestias negras?

— ¡Todo lo que queráis! —fue la respuesta de Finot.

— ¡Ah! —dijo Lousteau—, pero el periódico no puede dar marcha atrás. Monsieur Châtelet se ha molestado; no le vamos a dar tregua en toda una semana.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Lucien.

—Ha venido a pedir una satisfacción —dijo Vernou—. El ex lechuguino del Imperio se ha encontrado con el viejo Giroudeau, que con su mayor sangre fría le ha indicado que el autor del artículo era Philippe Bridau, y Philippe le ha pedido al barón hora y armas. El asunto no ha pasado de ahí. Ahora estamos ocupados en presentar disculpas al barón en el número de mañana. Cada frase es una puñalada.

—Duro con él, así vendrá a verme —dijo Finot—. Y yo fingiré que le hago un favor aplacándoos, tiene influencia en el Gobierno y algo le sacaremos, una plaza de profesor suplente o algún estanco. Es una suerte que haya mordido el anzuelo. ¿Quién de vosotros quiere hacer en mi nuevo periódico un artículo de fondo sobre Nathan?

—Dádselo a Lucien —dijo Lousteau—. Hector y Vernou escribirán unos artículos en sus respectivos periódicos.

—Adiós, señores, nos volveremos a ver a solas en casa de Barbin —dijo Finot riendo.

Lucien recibió algunos cumplidos por su admisión en el temible cuerpo de periodistas, y Lousteau le presentó como a un hombre con el que se podía contar.

—Lucien os invita a cenar a todos, señores, en casa de su querida, la guapa Coralie.

—Coralie se pasa al Gymnase —le dijo Lucien a Étienne.

—Pues bien, señores, se sobreentiende que daremos un empujoncito a Coralie, ¿eh? Incluid en todos vuestros periódicos unas líneas sobre su contrato y hablad de su talento. Le reconoceréis tacto y habilidad a la dirección del Gymnase, pero ¿podemos atribuirle también talento?

—Se lo atribuiremos —repuso Merlin—, Frédéric tiene contratada con ellos una obra escrita en colaboración con Scribe.

— ¡Oh!, pues entonces el director del Gymnase es el más previsor y perspicaz de los especuladores —afirmó Vernou.

— ¡Eh!, pero esperad antes de escribir vuestros artículos sobre el libro de Nathan a que nos hayamos puesto de acuerdo, ya sabréis por qué —dijo Lousteau—. Hemos de serle de utilidad a nuestro nuevo colega. Lucien tiene dos libros que colocar, una recopilación de sonetos y una novela. ¡Por obra y gracia del entrefilete, hemos de hacer de él un gran poeta a tres meses vista! Utilizaremos sus Margaritas para desmerecer las Odas, las Baladas, las Meditaciones y toda la poesía romántica.

—Sería algo ridículo si luego los sonetos no valieran nada —dijo Vernou—. ¿Qué opina de sus sonetos, Lucien?

—Eso, ¿qué le parecen? —preguntó uno de los redactores.

—Señores, están bien —contestó Lousteau—, palabra de honor.

—Bien, me alegro —dijo Vernou—, así se los pasaré por las narices a esos poetas de sacristía que me tienen harto.

—Si Dauriat no acepta esta noche Las margaritas, publicaremos un artículo tras otro contra Nathan.

— ¿Y qué dirá Nathan? —preguntó Lucien.

Los cinco redactores se echaron a reír.

—Estará encantado —dijo Vernou—. Ya verá como arreglamos las cosas.

— ¿Así que este señor es de los nuestros? —preguntó uno de los dos redactores que Lucien no conocía.

—Sí, sí, Frédéric, nada de bromas. Así que ya ves, Lucien —le dijo Étienne al neófito—, cómo nos portamos contigo. Espero que llegado el momento tú no te eches atrás. Todos queremos a Nathan y vamos a atacarle. Ahora, repartámonos el imperio de Alejandro. Frédéric, ¿quieres el Français y el Odéon?

—Si no tienen inconveniente estos señores… —repuso Frédéric.

Todos inclinaron la cabeza, pero Lucien vio brillar miradas de envidia.

—Yo me quedo con la Ópera, Les Italiens y la Opéra-Comique —dijo Vernou.

—Pues bien, entonces Hector se dedicará a los teatros de varietés —dijo Lousteau.

—Y yo, ¿es que no voy a tener ningún teatro? —preguntó el otro redactor que Lucien no conocía.

—Bueno, pues que Hector te deje las varietés y Lucien la Porte-Saint-Martin —dijo Étienne—. Cédele la Porte-Saint-Martin, está loco por Fanny Beaupré —le dijo a Lucien—; tú te quedarás con el Cirque-Olympique a cambio. Yo me dedicaré a Bobino, los Funámbulos y Madame Saqui. ¿Qué tenemos para el número de mañana?

—Nada.

—Nada.

— ¡Nada!

—Señores, muéstrense un poco brillantes para mi primer número. No podemos continuar toda la semana con el barón Châtelet y su hueso de sepia. El autor de El solitario está ya muy resobado.

—Sosthène-Démosthène ya no hace gracia —manifestó Vernou—, nos lo han copiado todos.

— ¡Oh!, necesitamos nuevas víctimas —exclamó Frédéric.

—Señores, ¿y si ridiculizáramos a los hombres virtuosos de la derecha? ¿Y si dijéramos, por ejemplo, que a monsieur de Bonald le huelen los pies? —exclamó Lousteau.

— ¿Por qué no empezar con una serie de retratos de los oradores gubernamentales? —preguntó Hector Merlin.

—Ocúpate tú de ello, querido —concedió Lousteau—; tú los conoces, pues son de tu partido, y así podrás satisfacer algunos odios intestinos. Arremete contra Beugnot, Syrieys de Mayrinhac y algún otro. También puedes preparar algunos pocos artículos por adelantado, así no nos veremos apurados cuando haya que mandarlos a la imprenta.

— ¿Y si nos inventáramos algunas denegaciones de sepultura, con circunstancias más o menos agravantes? —dijo Hector.

—Haríamos con ello la competencia a los grandes periódicos constitucionales que tienen sus fichas de los curas llenas de bulos —repuso Vernou.

— ¿Bulos? —preguntó Lucien.

—Llamamos bulos —le respondió Hector— a un hecho con apariencia de cierto, pero que se inventa para dar realce a la crónica de sucesos de París cuando éstos son de escasa relevancia. El bulo es un hallazgo de

Franklin, ese que inventó el pararrayos, el bulo y la república. Este periodista engañó tan bien a los enciclopedistas con sus bulos de ultramar que, en la Historia filosófica de las Indias, Raynal dio dos de esos bulos como sucesos auténticos.

—No sabía eso —dijo Vernou—. ¿Cuáles son los dos bulos?

—La historia referente a un inglés que vende a su libertadora, una negra, después de haberla hecho madre para sacar más dinero por ella. Y luego el sublime alegato de la joven embarazada ganando su causa. Cuando Franklin vino a París, confesó sus bulos en casa de Necker, para gran confusión de los filósofos franceses. Y así es como el Nuevo Mundo ha corrompido por dos veces al Viejo.

—El periódico considera verdadero todo lo que es probable —dijo Lousteau—. Ese es nuestro punto de partida.

—La justicia criminal no procede de otro modo —añadió Vernou.

—Bien, pues hasta esta noche a las nueve, aquí mismo —dijo Merlin.

Todos se pusieron en pie, se dieron la mano y se levantó la sesión en medio de los testimonios de la más conmovedora familiaridad.

— ¿Qué le has hecho a Finot —le dijo Étienne a Lucien mientras bajaban— para que haya llegado a un acuerdo contigo? Eres el único que lo ha conseguido.

—Yo, nada, me lo ha propuesto él —respondió Lucien.

—En fin, si te las arreglas tú con él, yo encantado; así seremos más fuertes los dos.

En la planta baja, Étienne y Lucien se encontraron con Finot, quien hizo un aparte con Lousteau en el despacho que servía en teoría de Redacción.

—Firme su contrato para que el nuevo director crea que la cosa fue hecha ayer —dijo Giroudeau presentando a Lucien dos papeles timbrados.

Mientras leía aquel contrato, Lucien oyó que Étienne y Finot discutían bastante acaloradamente sobre los ingresos en especie del periódico. Étienne quería su parte en los impuestos percibidos por Giroudeau. Sin duda debió de haber alguna transacción entre Finot y Lousteau, porque a la salida los dos amigos parecían completamente de acuerdo.

—A las ocho en las Galeries de Bois, en la librería de Dauriat —le dijo Étienne a Lucien.

Se presentó un joven para ofrecerse como redactor, con el aire tímido e inquieto que hacía poco tenía Lucien. Éste observó con secreto placer a

Giroudeau, que hacía con el neófito las mismas bromas que el antiguo militar había empleado antes con él; su propio interés le hizo comprender perfectamente la necesidad de aquella artimaña para poner unas barreras casi infranqueables entre los que empezaban y la buhardilla en la que se reunían los elegidos.

—Hay ya poco dinero para los redactores —dijo a Giroudeau.

—Si fuesen más, aún habría menos que repartir —repuso el capitán—. ¿Y entonces qué?

El antiguo militar hizo unos molinetes con su bastón emplomado, salió carraspeando y pareció estupefacto al ver subir a Lucien al hermoso coche parado en el bulevar.

—Ahora ustedes son los militares y nosotros los de paisano —le dijo el soldado.

—Palabra de honor, esos jóvenes me parece que son los mejores muchachos del mundo —le dijo Lucien a Coralie—. Aquí me tienes hecho todo un periodista, con la seguridad de poder ganar seiscientos francos al mes trabajando como una mula; pero colocaré mis dos libros y escribiré otros, pues mis amigos me van a conseguir un éxito. Así que digo como tú, Coralie: ¡a toda vela!

—Triunfarás, cariño mío, pero no seas tan bueno como guapo eres, pues te perderías. Sé malo con los hombres; es más distinguido.

Coralie y Lucien se fueron a pasear por el Bois de Boulogne y allí se encontraron de nuevo con la marquesa de Espard, madame de Bargeton y el barón Châtelet. Madame de Bargeton miró a Lucien con aire seductor que podía interpretarse como un saludo. Camusot había encargado la mejor cena del mundo. Coralie, sabiéndose desembarazada de él, estuvo tan encantadora con el pobre sedero que éste no recordaba, en los catorce meses de sus relaciones, haberla visto nunca tan graciosa y atractiva.

«Bueno —se dijo—, permanezcamos a su lado a pesar de todo».

Camusot propuso en secreto a Coralie la adquisición de una renta en bonos del Tesoro por valor de seis mil libras, que su esposa desconocía, si quería seguir siendo su querida y aceptando él cerrar los ojos sobre sus amores con Lucien.

— ¿Traicionar yo a semejante ángel?…, pero mírale a él y mírate a ti, pobre mamarracho —le dijo señalándole al poeta, a quien Camusot había aturdido ligeramente haciéndole beber.

Camusot decidió esperar a que la miseria le devolviera a la mujer que la miseria le había entregado.

—Entonces no seré más que tu amigo —le dijo besándola en la frente.

Lucien se despidió de Coralie y Camusot para dirigirse a las Galeries de Bois. ¡Qué cambio había producido en su espíritu la iniciación en los misterios del periodismo! Se mezcló sin miedo entre la muchedumbre que iba y venía por las Galerías, adoptó unos aires impertinentes porque tenía una querida, y entró en la librería de Dauriat con desenvoltura porque era periodista. La encontró muy concurrida y dio la mano a Blondet, a Nathan, a Finot y a todos los literatos con los que había fraternizado hacía una semana; se creyó todo un personaje y se felicitó por sobrepujar a todos sus colegas; la euforia producida por el vino se reveló propicia, pues estuvo ocurrente y demostró que sabía bailar al son que tocaban. Y, sin embargo, Lucien no cosechó la aprobación tácita, muda o expresa con que contaba, sino que más bien notó un primer indicio de envidia entre aquella gente que se mostraba más curiosa que preocupada por saber adónde llegaría aquel astro naciente y qué arañaría en el gran reparto de las prebendas de la Prensa. Finot, que veía en Lucien una mina que explotar, y Lousteau, que se creía con derechos sobre él, fueron los únicos a quienes el poeta vio sonreír. Lousteau, que había adoptado ya la actitud de un redactor jefe, llamó enérgicamente en la puerta acristalada del despacho de Dauriat.

—Un momento, amigo —le respondió al reconocerle el editor alzando la cabeza por encima de las cortinas verdes.

El momento duró una hora, tras la cual Lucien y su amigo entraron en el santuario.

—Bien, ¿ha pensado ya en el asunto de nuestro amigo? —preguntó el nuevo redactor jefe.

—Por supuesto —respondió Dauriat arrellanándose como un sultán en su sillón—. He leído el libro y lo he dado a leer a una persona de gusto, a un buen juez, porque yo no tengo la pretensión de ser un entendido en estas cosas. Yo, amigo mío, compro la gloria ya consagrada, como aquel inglés que compraba el amor. Es usted tan gran poeta como buen mozo, hijo mío —dijo Dauriat—. Palabra de hombre honrado, y vea que no le hablo como editor, que sus sonetos son magníficos, no se nota el trabajo de la lima, cosa rara cuando se tienen inspiración y estro. En una palabra, sabe versificar, una de las cualidades de la nueva escuela. Sus Margaritas son un hermoso libro, pero no es negocio, y yo sólo puedo ocuparme de grandes empresas.

Seré honesto, por tanto, y no me quedaré con sus sonetos, porque no podría lanzarlos, no ganaría lo bastante como para amortizar los gastos para lograr un éxito. Por otra parte, no seguirá usted con la poesía, su libro es una obra aislada. ¡Es usted joven, muchacho! Y me ha traído la sempiterna recopilación de primeros versos que escriben todos los literatos al dejar el colegio, que primero les importa mucho pero de la que más tarde reniegan. Su amigo Lousteau debe de tener algún poema escondido entre sus viejos calcetines. ¿No tienes un poema en el que has creído, Lousteau? —preguntó Dauriat dirigiendo a Étienne una mirada cómplice de colega.

— ¿Cómo podría escribir en prosa si no? —preguntó Lousteau.

—Pues bien, ya lo ve, nunca me ha hablado de ello; pero su amigo conoce el mundo de la edición y los negocios —prosiguió Dauriat—. Para mí no se trata —dijo halagando a Lucien— de saber si es usted un gran poeta o no; tiene usted mucho, pero que mucho mérito; si estuviera yo en mis comienzos como editor, cometería el error de publicarle. Pero de entrada, hoy por hoy, mis socios y mis financieros comenzarían por cortarme el suministro; bastó con que perdiera veinte mil francos el año pasado para que no quieran ni oír hablar de poesía, y son mis amos. Pero no es ésta la cuestión. Admito que es usted un gran poeta, pero ¿será fecundo? ¿Creará regularmente nuevos libros de sonetos? ¿Llegará a los diez volúmenes? ¿Será un negocio? Pues bien, no, será usted un delicioso prosista; es demasiado inteligente para malgastar su talento en unos ripios; puede ganar treinta mil francos al año en los periódicos y no los va a cambiar por los tres mil francos que difícilmente le reportarían sus hemistiquios, sus estrofas y otras zarandajas.

—Ya debe de saber, Dauriat, que este señor pertenece al periódico —dijo Lousteau.

—Sí —repuso Dauriat—, ya he leído su artículo; ¡y en su propio interés, claro está, rechazo Las margaritas! ¡Sí, señor, le habré proporcionado dentro de seis meses por los artículos que le iré pidiendo más dinero que por su invendible poesía!

— ¿Y la gloria? —exclamó Lucien.

Dauriat y Lousteau se echaron a reír.

— ¡Vaya, hombre! —dijo Lousteau—. ¡Éste aún tiene ilusiones!

—La gloria —le contestó Dauriat— significa diez años de esfuerzos tenaces y la alternativa entre cien mil francos perdidos o ganados por el editor. Si encuentra a algún loco dispuesto a publicar sus poesías, dentro de un año me dará la razón cuando vea el resultado de la operación.

— ¿Tiene ahí el manuscrito? —preguntó Lucien fríamente.

—Aquí lo tiene, amigo —respondió Dauriat, cuya actitud para con Lucien ya se había dulcificado considerablemente.

Lucien cogió el rollo sin mirar cómo estaba el cordón, hasta tal punto Dauriat daba la impresión de haber leído Las margaritas. Salió acompañado de Lousteau, sin parecer abatido ni desilusionado. Dauriat acompañó a los dos amigos por la tienda, hablando de su periódico y del de Lousteau. Lucien jugaba distraídamente con el manuscrito de Las margaritas.

— ¿Crees que Dauriat ha leído o ha hecho leer tus sonetos? —le preguntó Étienne al oído.

—Sí —dijo Lucien.

—Mira si aún está sellado.

Lucien vio que la tinta y el cordón se encontraban perfectamente adheridos.

— ¿Qué soneto le ha gustado en particular? —le preguntó Lucien al librero palideciendo de cólera y de rabia.

—Todos son notables, amigo mío —respondió Dauriat—; pero el de la margarita es delicioso, acaba con un pensamiento fino y muy delicado. Ahí es donde he adivinado el éxito que tendrá su prosa. Por eso le he recomendado de inmediato a Finot. Escríbanos artículos, se los pagaremos bien. ¿Ve? Pensar en la gloria está muy bien, pero no olvide tener los pies en el suelo y acepte todo lo que se presente. Cuando sea rico podrá escribir versos.

El poeta salió bruscamente a las Galerías para no estallar, estaba furioso.

—Bien, muchacho —dijo Lousteau, que le había seguido—, mantén la calma y valora a los hombres por lo que son, simples medios. ¿Quieres tomarte el desquite?

—Al precio que sea —repuso el poeta.

—Aquí tienes un ejemplar de la obra de Nathan que Dauriat acaba de darme, la reimpresión aparece mañana; relee esta obra y redacta un artículo demoledor. Félicien Vernou no puede tragar a Nathan, porque su éxito perjudica, según cree él, al futuro éxito de su obra. Una de las manías de estos espíritus mezquinos es creer que no puede haber dos éxitos bajo el sol. Así hará publicar tu artículo en el importante periódico en el que él trabaja.

—Pero ¿qué se puede decir contra ese libro? Es bueno —dijo Lucien.

— ¡Ah!, vamos, querido, aprende el oficio —dijo riendo Lousteau—. El libro, aunque fuera una obra maestra, debe convertirse, bajo tu pluma, en un cúmulo de estupideces, en una obra peligrosa y malsana.

—Pero ¿cómo?

—Transformando los méritos en defectos.

—Soy incapaz de semejante proeza.

—Amigo mío, un periodista es un acróbata, tienes que acostumbrarte a las servidumbres del oficio. Mira, voy a ser bueno contigo y te explicaré cómo debes proceder en tales casos. ¡Presta atención, amigo mío! Empezarás por reconocer la belleza de la obra, y puedes divertirte entonces escribiendo lo que piensas de ella. El público se dirá: «Este crítico no es envidioso, por lo que sin duda será imparcial». A partir de ese momento el público juzgará tu crítica concienzuda. Después de haberte ganado la estima de tu lector, te lamentarás de tener que criticar las nuevas tendencias de la literatura francesa que semejantes obras anuncian. «¿No rige Francia», dirás, «la inteligencia del mundo entero? Hasta hoy, siglo tras siglo, los escritores franceses mantenían a Europa en el camino del análisis, del examen filosófico mediante el poder de su estilo y la originalidad de la forma que conferían a las ideas.» Incluye aquí, para el burgués, un elogio de Voltaire, de Rousseau, de Diderot, de Montesquieu o de Buffon. Luego dirás que la lengua francesa tiene unas leyes férreas y demostrarás que es como la capa de barniz que se extiende sobre el pensamiento. Intercalarás algún axioma del tipo: «En Francia un gran escritor es siempre un gran hombre porque la lengua le obliga a pensar siempre, cosa que no puede decirse del resto de los países», etcétera. Demostrarás tu afirmación comparando a Rabener, un moralista satírico alemán, con La Bruyère. Si un crítico quiere impresionar al público, nada mejor que hablar de un autor extranjero desconocido. Dirás que Kant es el pedestal de Cousin. Y en este punto incluirás una frase que resuma y explique a los tontos la filosofía estética de nuestros grandes genios del siglo pasado, calificando su literatura de literatura de ideas. Armado de esta expresión, pásales por las narices a los autores vivos todos los muertos ilustres. Explica, entonces, que en nuestros días se produce una nueva literatura en la que se abusa del diálogo (la más fácil de las formas literarias) y de las descripciones, que eximen de pensar. Contrapondrás las novelas de Voltaire, de Diderot, de Sterne, de Lesage, tan esenciales e incisivas, a la novela moderna en la que todo se reduce a imágenes, y que Walter Scott ha dramatizado en exceso. En un género de este tipo sólo hay cabida para los genios originales. La novela a lo Walter Scott es un género y no una renta, dirás. Tronarás contra este género funesto, en el que las ideas se ven diluidas, en el que se las pasa por el tamiz, género accesible a todos los espíritus, género en el que todo el mundo puede convertirse en autor sin mayor esfuerzo, género, en una palabra, que tú llamarás literatura de imágenes. Usarás esta argumentación para cargar contra Nathan, demostrando que no es más que un imitador y que sólo tiene una apariencia de talento. El gran estilo conciso del siglo dieciocho está ausente de su libro, y probarás que en él su autor ha sustituido los acontecimientos por los sentimientos. ¡La acción no es la vida, el cuadro no es la idea! Deja caer sentencias de este tipo, pues el público las repite. A pesar de los méritos que pueda tener esta obra, a ti te parece, pues, fatal y peligrosa, abre las puertas del Templo de la Gloria a las masas, y dejarás entrever en la lejanía a un ejército de autores menores impacientes por imitar esta forma tan fácil. En este punto podrás abandonarte a tonantes jeremiadas sobre la decadencia del gusto y dejarás caer un elogio para los señores Étienne, Jouy, Tissot, Gosse, Duval, Jay, Benjamin Constant, Aignan, Baour-Lormian, Villemain, los corifeos del partido liberal napoleónico, bajo cuya protección se encuentra el periódico de Vernou. Mostrarás esta gloriosa falange que resiste a la invasión de los románticos defendiendo la idea y el estilo contra la imagen y la palabrería, que continúan la escuela volteriana y se oponen a la escuela inglesa y alemana, tal como los diecisiete oradores de la izquierda combaten por la nación contra los ultras de la derecha. Protegido por estos nombres reverenciados por la inmensa mayoría de los franceses, que siempre estarán del lado de la oposición de izquierdas, puedes aplastar a Nathan, cuya obra, no obstante sus grandes méritos, da entrada en Francia a una literatura carente de ideas. A partir de este planteamiento, ya no es cuestión ni de Nathan ni de su libro, ¿comprendes?, sino de la gloria de Francia. Los escritores honestos y valientes tienen el deber de oponerse con todas sus fuerzas a esas importaciones extranjeras. Con ello halagas al suscriptor. Dirás que a tu parecer Francia es una astuta comadre que no se deja enredar fácilmente. Si el editor, por razones en las que no quieres entrar, ha logrado astutamente un éxito, el verdadero público no tardará en hacer justicia a los errores causados por los quinientos necios que componen su vanguardia. Dirás que después de haber tenido la suerte de vender una edición de ese libro, el editor es muy audaz al reimprimirla, y lamentarás que un editor tan listo conozca tan poco los humores del país. He aquí el meollo del artículo. Salpimenta con ingenio estos razonamientos, alíñalos con un chorrito de vinagre, y tendrás a Dauriat frito en la sartén de los artículos. Pero no olvides terminar dando la impresión de deplorar en Nathan el error de un hombre al que, si se aparta de este camino, la literatura contemporánea acabará debiendo grandes obras.

Lucien quedó estupefacto al oír hablar a Lousteau: a las palabras del periodista se le cayeron las telarañas de los ojos, descubría verdades literarias que nunca había sospechado siquiera.

—Pero lo que dices es muy sensato y justo —exclamó.

— ¿Es que si no fuera así podrías criticar severamente el libro de Nathan? —dijo Lousteau—. Este es, hijo mío, un primer tipo de artículo utilizado para demoler una obra. Es la piqueta del crítico. ¡Pero hay muchas otras fórmulas!, ya las irás aprendiendo con el tiempo. Cuando te veas obligado a hablar impepinablemente de un hombre al que no aprecias, porque en ocasiones los propietarios, los redactores jefes de un periódico tienen las manos atadas, harás exactamente lo contrario de lo que llamamos un artículo de fondo. En la cabecera pones el título del libro del que te han pedido que te ocupes; comienzas con consideraciones generales en las que se puede hablar de los griegos y de los romanos, para a renglón seguido concluir: estas consideraciones nos llevan al libro del señor Fulano de Tal, que será objeto de un segundo artículo. Y el segundo artículo no aparece nunca. Así hundes el libro entre dos promesas. En este caso no haces un artículo contra Nathan, sino contra Dauriat; por tanto es necesario un buen golpe de piqueta. En una gran obra la piqueta no causa daño alguno, es en un mal libro donde entra hasta el fondo: en el primer caso sólo hiere al editor y en el segundo hace un favor al público. Estas formas de crítica literaria se emplean igualmente para la crítica política.

La cruel lección de Étienne abría nuevos horizontes en la imaginación de Lucien, que comprendió perfectamente el oficio.

—Vamos al periódico —dijo Lousteau—; encontraremos allí a nuestros amigos y nos pondremos de acuerdo para lanzar una carga a fondo contra Nathan, cosa que les divertirá, ya lo verás.

Llegados a la rue Saint-Fiacre, subieron juntos a la buhardilla en la que se hacía el periódico, y Lucien quedó tan sorprendido como encantado de ver esa especie de alegría con la que sus colegas se pusieron de acuerdo para hacer polvo el libro de Nathan. Hector Merlin tomó una cuartilla de papel y escribió estas líneas que fue a llevar a su periódico:

Se anuncia una segunda edición del libro de monsieur Nathan. Nos prometimos guardar silencio sobre esta obra, pero su aparente éxito nos obliga a publicar un artículo no tanto sobre la obra como sobre las tendencias de la joven literatura.

A la cabeza de las chanzas para el número del día siguiente, Lousteau insertó esta frase:

¿El editor Dauriat hace una segunda edición del libro de monsieur Nathan? Es evidente que no conoce el aforismo del Palacio de Justicia: Non bis in idem. ¡Honor al valor desgraciado!

Las palabras de Étienne fueron como una iluminación para Lucien, en quien el deseo de vengarse de Dauriat vino a ocupar el lugar de la conciencia y de la inspiración. Tres días más tarde, durante los cuales no salió de su habitación en casa de Coralie, donde trabajaba al amor de la lumbre, servido por Bérénice y acariciado en los momentos de relajo por la atenta y silenciosa Coralie, Lucien pasó a limpio un artículo crítico, de unas tres columnas aproximadamente, en el que picaba muy alto. Se fue corriendo al periódico; eran las nueve de la noche, encontró allí a los redactores y les leyó su trabajo. Fue escuchado con actitud seria. Félicien no dijo nada, cogió el original y bajó las escaleras precipitadamente.

Lucien preguntó:

— ¿Qué le pasa?

—Se lleva tu artículo a la imprenta —dijo Hector Merlin—; es una obra maestra en la que no sobra ni una sola palabra, ni hay que añadir una sola línea.

— ¡Sólo hay que enseñarte el camino! —dijo Lousteau.

—Me gustaría ver la cara que pondrá mañana Nathan al leer esto —dijo otro redactor en cuyo semblante se podía leer una grata satisfacción.

—Conviene ser amigo suyo —dijo Hector Merlin.

—Pero ¿así que está bien? —preguntó vivamente Lucien.

—Blondet y Vignon van a enfermar de la envidia —dijo Lousteau.

—Aquí tenéis —prosiguió Lucien— un pequeño artículo que he escrito para vosotros y, en caso de tener éxito, podría hacer toda una serie de parecidos.

—Léenoslo —dijo Lousteau.

Lucien les leyó, pues, uno de esos deliciosos artículos que hicieron la fortuna de aquel pequeño periódico, y en el que en dos columnas trataba de uno de los pequeños detalles de la vida parisiense, una figura, un tipo, un acontecimiento cualquiera o algún hecho singular. Esta muestra, titulada «Los paseantes de París», estaba escrita en aquella forma nueva y original en la que las ideas brotaban de la asociación imprevista de las palabras, y el chisporroteo de verbos y de adjetivos llamaba la atención. Este artículo era tan diferente del artículo serio y profundo sobre Nathan, como las Cartas persas difieren de El espíritu de las leyes.

—Eres un periodista nato —le dijo Lousteau—; esto saldrá mañana, haz tantos como quieras.

—Pero oye —dijo Merlin—. Dauriat está furioso por los dos obuses que hemos lanzado contra su negocio. Vengo de su casa; no hacía más que lanzar juramentos amenazadores, la tenía tomada con Finot, quien le decía que te había vendido su periódico. He hecho un aparte con él y le he susurrado al oído estas palabras: «¡Las margaritas te van a costar caro! Se presenta a usted un hombre de talento y le manda a paseo cuando nosotros le recibimos con los brazos abiertos».

—Dauriat caerá fulminado por el artículo que acabamos de oír —dijo Lousteau a Lucien—. ¿Ves, muchacho, lo que es un periódico? ¡Pero tu venganza sigue adelante! El barón Châtelet ha venido esta mañana a pedir tu dirección, pues hoy ha salido un artículo sangriento contra él; el ex lechuguino se espanta fácilmente y está al borde de la desesperación. ¿No has leído el periódico? El artículo tiene gracia. ¿Ves? «Cortejo fúnebre de la Garza, llorada por la Sepia». Ahora ya todo el mundo en la alta sociedad se refiere a madame de Bargeton con el apodo de «Hueso de sepia», y a Châtelet no se le conoce de otro modo que como «barón Garza».

Lucien tomó el periódico y no pudo dejar de reír al leer aquella pequeña obra maestra de la chanza, debida a la pluma de Vernou.

—Van a capitular —dijo Hector Merlin.

Lucien participó alegremente en algunas de las ocurrencias con las que se cerraba el periódico, charlando y fumando, mientras contaban las aventuras de la jornada, las ridiculeces de los compañeros o algunos nuevos detalles sobre su carácter. Esta conversación, eminentemente burlona, ingeniosa y sarcástica, puso a Lucien al corriente de las costumbres y del personal de la literatura.

—Mientras se compone el periódico —dijo Lousteau— voy a ir a dar una vuelta contigo, para presentarte a todos los porteros y en todos los entre bastidores de los teatros para los que tienes entradas; luego pasaremos a buscar a Florine y a Coralie al Panorama-Dramatique, donde retozaremos un rato con ellas en sus camerinos.

Los dos se cogieron del brazo y fueron de teatro en teatro, donde Lucien fue entronizado como redactor, felicitado por los directores y mirado con el rabillo del ojo por las actrices, pues todas ellas sabían la notoriedad que uno solo de sus artículos había dado a Coralie y a Florine, contratadas la una en el Gymnase por doce mil francos al año y la otra en el Panorama-Dramatique por ocho mil. Fueron otras tantas pequeñas ovaciones que hicieron sentirse a Lucien grande a sus propios ojos y le dieron la medida de su poder. A las once, los dos amigos llegaron al Panorama-Dramatique, donde Lucien hizo gala de una desenvoltura que causó sensación. Nathan se encontraba allí y le dio la mano a Lucien, quien se la estrechó.

—Ah, maestros míos —dijo mirando a Lucien y a Lousteau—, ¿es que queréis hundirme?

—Espera a mañana, querido, y verás cómo te zurra Lucien. ¡Palabra de honor que no vas a quedar descontento! Cuando la crítica es tan seria, un libro sólo puede salir ganando con ella.

Lucien estaba rojo de vergüenza.

— ¿Es duro? —preguntó Nathan.

—Es serio —repuso Lousteau.

—Así pues, ¿no me perjudicará? —continuó Nathan—. Hector Merlin decía en el foyer del Vaudeville que estaba acabado.

—Déjele que hable y espere —exclamó Lucien, que escapó hacia el camerino de Coralie, siguiendo a la actriz en el momento en que abandonaba la escena con su atractivo vestido.

Al día siguiente, en el momento en que Lucien estaba desayunando en compañía de Coralie, oyó el ruido claro de un cabriolé, en su calle bastante solitaria, ruido que anunciaba un carruaje elegante tirado por un caballo cuya andadura suelta y su modo de pararse delataba ser un purasangre. Desde la ventana, Lucien vio, efectivamente, el magnífico caballo inglés de Dauriat, y a este que le alargaba las riendas a su groom antes de apearse.

—Es el editor —gritó Lucien a su amante.

—Hágale esperar —le dijo al punto Coralie a Bérénice.

Lucien se sonrió ante el aplomo de esta muchacha, que se tomaba tan a pecho sus intereses, y fue a abrazarla con verdadero afecto: había demostrado ser rápida de reflejos. La repentina llegada del impertinente editor, aquel súbito rebajarse del príncipe de los charlatanes se debía a unas circunstancias casi olvidadas por completo, hasta tal punto el negocio de la edición ha experimentado grandes transformaciones en los últimos quince años. De 1816 a 1827, época en que los gabinetes de lectura, creados en principio para la lectura de la prensa, comenzaron a ofrecer los libros recién aparecidos previo pago de una cuota, y en que el endurecimiento de las leyes fiscales sobre la prensa periódica llevó a la invención del anuncio, el único medio de comunicación con el público con que contaba la edición era la inserción de artículos en los feuilletons o en las páginas interiores del periódico. Hasta 1822, los periódicos franceses se publicaban en hojas de tamaño tan reducido que los grandes diarios apenas superaban las dimensiones de los pequeños periódicos de hoy día. Para resistir a la tiranía de los periodistas, Dauriat y Ladvocat fueron los primeros en inventar aquellos carteles, mediante los cuales llamaron la atención de París, desplegando en ellos caracteres de fantasía, de sorprendente colorido, viñetas y más tarde hasta litografías que hicieron del cartel un poema para la vista y a menudo una verdadera sangría para la bolsa de los aficionados a los mismos. Los carteles llegaron a ser tan originales que uno de esos maniáticos llamados coleccionistas posee una colección completa de carteles parisienses. Esta forma de anuncio, restringida al principio a los expositores de las tiendas y a los escaparates de los bulevares, pero más tarde extendida por toda Francia, fue abandonada por el anuncio. Sin embargo, el cartel, que llama aún la atención cuando ya tanto el anuncio como a veces la obra misma han sido olvidados, subsistirá siempre, sobre todo después de haber encontrado la manera de fijarlo en las paredes. El anuncio, accesible a todo el mundo mediante pago y que ha convertido la cuarta página de los periódicos en un campo tan fértil tanto para el fisco como para los especuladores, nació como consecuencia del aumento de las tarifas del timbre, del correo y de las cauciones. Estas restricciones, surgidas en tiempos de monsieur de Villèle, que habría podido suponer la muerte de la prensa al liberalizarla, crearon en cambio una especie de pequeños privilegios al hacer casi imposible la fundación de un periódico. En 1821, los periódicos tenían, por tanto, derecho de vida o de muerte sobre las creaciones del espíritu y las empresas de la edición. Un anuncio de unas pocas líneas insertado en la crónica de sucesos de París costaba un ojo de la cara. Las intrigas eran tan frecuentes, tanto en el seno de las oficinas de las redacciones como por la noche en el campo de batalla de las imprentas, cuando de la compaginación dependía la admisión o el rechazo de uno u otro artículo, que las más grandes casas editoriales tenían a sueldo un literato para redactar estos pequeños artículos en los que había que incluir muchas ideas en pocas palabras. Estos oscuros periodistas, a quienes no se pagaba hasta después de realizada la inserción, se pasaban frecuentemente toda la noche en la imprenta para comprobar la entrada en máquina de los grandes artículos obtenidos Dios sabe cómo, o esas pocas líneas que más adelante recibieron el nombre de réclames. Hoy las costumbres de la literatura y de la edición han cambiado tanto que mucha gente tildaría de fábulas los inmensos esfuerzos, los incentivos pagados, las ruindades, las intrigas que la necesidad de conseguir esas réclames inspiraban a los editores, a los autores, a los mártires de la gloria, a todos los forzados condenados al éxito a perpetuidad. Comidas, lisonjas, regalos, todos los medios eran buenos para ganarse a los periodistas. La siguiente anécdota ilustrará mejor que cualquier otra consideración la estrecha alianza de la crítica y de la edición.

Un hombre de gran distinción y que tenía sus miras puestas en llegar a ser hombre de Estado, joven a la sazón, galante y redactor de un gran periódico, se convirtió en la niña de los ojos de una famosa casa editorial. Un día, un domingo, en que el acaudalado editor daba una fiesta en el campo para agasajar a los principales redactores de prensa, la dueña de la casa, entonces joven y bonita, se llevó a dar un paseo por el parque a su ilustre escritor. El empleado más importante de la empresa, un alemán frío, serio y metódico, que no pensaba más que en los negocios, se paseaba del brazo con un crítico de un periódico mientras le exponía un asunto sobre el cual quería conocer su parecer; la charla les llevó fuera del jardín y llegaron al bosque. Al fondo de una espesura, el alemán ve algo que se parece mucho a su patrona; se cala los impertinentes, hace una seña al joven redactor de que guarde silencio y de que se vaya, y él mismo se retira del lugar con paso cauteloso. «¿Qué ha visto?», le preguntó el escritor. «Casi nada», le responde. «Nuestro gran artículo va a salir. Mañana tendremos por lo menos tres columnas en los Débats.»

Otro hecho explicará el gran poder de los artículos. Un libro de Chateaubriand sobre el último de los Estuardos estaba muerto de asco en un almacén. Bastó con un solo artículo escrito por un joven en el Journal des Débats para que el libro se vendiera en una semana. En un tiempo en que para leer un libro hay que comprarlo, sin posibilidad de alquilarlo, se vendían diez mil ejemplares de determinadas obras liberales ensalzadas por todos los diarios de la oposición; pero es cierto que no existía aún la piratería belga. Los ataques preparatorios de los amigos de Lucien y su artículo tenían el poder de parar las ventas del libro de Nathan. Pero si bien Nathan sólo se podía sentir herido en su amor propio, porque había ya recibido su pago y no tenía nada que perder, Dauriat podía perder treinta mil francos. Efectivamente, el negocio de la edición llamada de novedades se resume en el siguiente teorema mercantil: una resma de papel blanco vale quince francos; impresa puede valer, según sea su éxito, cien sueldos o cien escudos. En aquella época, bastaba a menudo con un artículo a favor o en contra para resolver esta cuestión financiera. Dauriat, que tenía quinientas resmas que vender, corría, pues, para capitular ante Lucien. De sultán, el librero pasaba a convertirse en esclavo. Después de haber esperado un rato murmurando, haciendo el mayor ruido posible y charlando con Bérénice, consiguió hablar con Lucien. Aquel orgulloso librero se presentó con la expresión sonriente de los cortesanos al hacer su entrada en la corte, pero mezclada con suficiencia y campechanía.

— ¡No se molesten, mis queridos amigos! ¡Qué tiernos son estos dos pichoncitos, parecen dos tortolitos! ¡Quién diría, señorita, que este joven, que tiene casi el aspecto de una muchacha, es un tigre con garras de acero que destroza una reputación lo mismo que debe de destrozar sus vestidos cuando tarda en quitárselos! —Y se echó a reír sin acabar la broma—. Amigo mío… —continuó mientras tomaba asiento al lado de Lucien—. Señorita, soy Dauriat —dijo interrumpiéndose.

El editor juzgó necesario soltar el pistoletazo de su nombre al considerar que no era suficientemente bien recibido por Coralie.

—Señor, ¿ha desayunado ya? ¿Quisiera acompañarnos? —preguntó la actriz.

—Pues sí, charlaremos mejor sentados a la mesa —contestó Dauriat—. Además, aceptando su desayuno tendré el derecho a invitarla a cenar con mi amigo Lucien, porque ahora hemos de ser amigos y estar a partir un piñón.

— ¡Bérénice! Ostras, limones, mantequilla fresca y champán —dijo Coralie.

—Es usted un hombre demasiado inteligente como para ignorar lo que me trae aquí —dijo Dauriat mirando a Lucien.

— ¿Viene a comprar mi colección de sonetos?

—Exactamente —respondió Dauriat—; pero, antes que nada, depongamos las armas por una y otra parte.

Se sacó del bolsillo una elegante cartera, extrajo tres billetes de mil francos, los puso sobre un plato y se los ofreció a Lucien con aire cortesano diciéndole: «¿El señor está contento?».

—Sí —dijo el poeta, quien se sintió embargado de una felicidad desconocida al ver aquella suma inesperada.

Lucien se contuvo, pero tenía ganas de cantar, de saltar, creía en la lámpara maravillosa y en los encantadores; creía, por fin, en su genio.

—Así pues, Las margaritas son mías —dijo el editor—, pero no atacará usted nunca ninguna de mis publicaciones.

—Las margaritas son suyas, pero no puedo comprometer mi pluma, pues es de mis amigos, como mía es la suya.

—En cualquier caso, se convierte usted en uno de mis autores. Todos ellos son amigos míos. Así que no me perjudicará en mis intereses, sin previo aviso de los ataques para que pueda estar prevenido.

—De acuerdo.

— ¡Por su gloria! —dijo Dauriat alzando su copa.

—Ahora sí que veo que ha leído Las margaritas —dijo Lucien.

Dauriat no se inmutó.

—Mi querido amigo, comprar Las margaritas sin haberlas leído es el mejor halago que puede permitirse un editor. Dentro de seis meses será usted un gran poeta; escribirá artículos, se le teme, y yo no tendré que mover un dedo por vender su libro. Hoy soy el mismo hombre de negocios de hace cuatro días. No soy yo quien ha cambiado, sino usted: la semana pasada sus sonetos eran para mí como pura hojarasca, hoy por hoy su posición las ha convertido en unas Messéniennes.

—Pues bien —dijo Lucien, a quien el placer sultanesco de tener una bella amante y la certeza de su éxito le volvía burlón y adorablemente impertinente—, si no ha leído mis sonetos, ha leído mi artículo.

—Sí, amigo mío. De lo contrario, no habría venido aquí tan precipitadamente. Ese terrible artículo es condenadamente bueno. ¡Ah!, tiene usted un inmenso talento, mi querido amigo. Hágame caso, aproveche que está en boga —dijo con una campechanía que disimulaba la profunda impertinencia de la frase—. Pero ¿ha recibido el periódico? ¿Lo ha leído?

—Todavía no —dijo Lucien—; y, sin embargo, ésta es la primera vez que publico algo en prosa de cierta extensión; pero Hector me lo habrá mandado a mi casa de la rue Charlot.

—Tome, lea —dijo Dauriat imitando a Talma en Manlio.

Lucien cogió el diario, que Coralie le arrancó de las manos.

—Para mí las primicias de tu pluma —dijo ella riendo—, ya lo sabes.

Dauriat estuvo sorprendentemente lisonjero y cortesano, pues temía a Lucien, y lo invitó por tanto junto con Coralie a una gran cena que daba a los periodistas hacia el final de la semana. Se llevó el manuscrito de Las margaritas diciéndole a su poeta que se pasara cuando quisiera por las Galeries de Bois para firmar el contrato, que ya tendría listo. Siempre fiel a las maneras regias mediante las cuales trataba de imponerse a las personas superficiales y hacerse pasar más por un mecenas que por un editor, dejó los tres mil francos sin exigir ningún recibo y rechazando con un gesto de despreocupación el que le ofrecía Lucien, y se marchó tras besar la mano de Coralie.

— ¡Vaya, amor mío!, ¿cuántos billetes como estos habrías visto de haberte quedado en tu rincón de la rue de Cluny, consultando tus libros en la biblioteca de Sainte-Geneviève? —le preguntó Coralie a Lucien, quien le había contado toda su vida—. ¡Me parece a mí que tus amiguitos de la rue des Quatre-Vents son unos grandes zamacucos!

¡Sus hermanos del Cenáculo unos zamacucos! Y Lucien oyó esta sentencia riéndose. Acababa de leer su artículo impreso y saboreaba esa inefable e irrepetible alegría de los autores la primera vez que se sienten halagados en su amor propio. Leyendo y releyendo su artículo se daba más cuenta de su alcance y peso. La imprenta es a los manuscritos lo que el teatro a las mujeres, pone de relieve las bellezas y los defectos; mata con igual facilidad que da vida; un error salta así a la vista con la misma inmediatez que un hermoso pensamiento. Lucien estaba tan embriagado que no pensaba ya en Nathan, Nathan era su escalón, y Lucien se sentía embargado de alegría y se veía rico. Para un muchacho que hasta hacía poco bajaba humildemente las cuestas de Beaulieu a Angulema para volver al Houmeau, a la buhardilla de Postel, en la que vivía toda su familia con mil doscientos francos al año, la suma traída por Dauriat valía un Potosí. Un recuerdo, aún vivo, pero que los continuos placeres de la vida parisiense había de apagar, le hizo remontarse a la place du Mûrier. Se acordó de su bella y noble hermana Ève, de su David y de su pobre madre; mandó inmediatamente a Bérénice a cambiar un billete, mientras él escribía una breve carta a su familia; luego mandó a Bérénice a las Mensajerías temiendo no poder, si lo posponía, entregar los quinientos francos que le mandaba a su madre. Para él y para Coralie esta devolución parecía ser una buena acción. La actriz dio un beso a Lucien, porque le pareció un hijo y un hermano modelos; le colmó de caricias, ya que esta clase de gestos encantan a esas buenas muchachas a las que el corazón se les sale del pecho.

—Ahora daremos —le dijo ella— una cena cada día durante una semana; vamos a organizar un pequeño carnaval, pues ya has trabajado bastante.

Coralie, como mujer que quería disfrutar de la belleza de un hombre que todas las mujeres le envidiarían, se lo llevó a Staub, ya que le parecía que Lucien no vestía lo bastante bien. De allí los dos amantes se fueron al Bois de Boulogne y luego a cenar en casa de madame du Val-Noble, donde Lucien se encontró a Rastignac, Bixiou, Des Lupeaulx, Finot, Blondet, Vignon, el barón de Nucingen, Beaudenord, Philippe Bridau, Conti, el gran músico, y a todo el mundillo artístico, a especuladores, gentes que prefieren las grandes emociones a los grandes trabajos y que dispensaron una magnífica acogida a Lucien. Éste, seguro de sí, derrochó ingenio como si no comerciara con él y fue proclamado un «hombre fuerte», elogio de moda por aquel entonces entre aquellos medio colegas.

— ¡Oh!, habrá que ver si tiene agallas —dijo Théodore Gaillard a uno de los poetas protegidos por la corte y que soñaba con fundar un pequeño periódico monárquico que más tarde se llamó LeRéveil.

Tras la cena, los dos periodistas acompañaron a sus queridas a la Ópera, donde Merlin tenía palco y adonde se dirigió todo el grupo. Así Lucien reapareció triunfante allí donde meses antes sufriera una derrota humillante. Se presentó en el foyer del brazo de Merlin y de Blondet y mirando a la cara a los dandies que no hacía mucho se habían mofado de él. ¡Tenía a Châtelet bajo sus pies! De Marsay, Vandenesse, Manerville, los lions de aquella época, cambiaron algunas miradas insolentes con él. En el palco de madame d’Espard, al que Rastignac hizo una larga visita, se habló sin duda del apuesto, del elegante Lucien, ya que la marquesa y madame de Bargeton dirigieron sus gemelos hacia Coralie. ¿Albergaba el corazón de madame de Bargeton alguna añoranza de Lucien? Este pensamiento inquietó al poeta: viendo a la Corinne de Angulema, un deseo de venganza agitaba su corazón como el día en que había tenido que tragarse el desprecio de esta mujer y de su prima en los Campos Elíseos.

— ¿Es que vino usted de su provincia con un amuleto? —preguntó Blondet a Lucien al entrar unos días después en casa de éste, quien a las once de la mañana no se había levantado todavía—. Su apostura —le dijo a Coralie señalando a Lucien, que besó a la actriz en la frente— causa estragos allá por donde va, desde lo más alto hasta lo más bajo. Vengo a requerirle, querido —añadió estrechando la mano del poeta—. Ayer, en Les Italiens, la señora condesa de Montcornet me pidió que le presentara en su casa. Espero que no rechace la invitación de una mujer encantadora y joven, en cuya casa encontrará a lo más selecto del gran mundo…

—Si Lucien es amable, no irá a casa de su condesa —dijo Coralie—. ¿Qué necesidad tiene de lucir su palmito en la alta sociedad? Se aburriría.

— ¿Quiere tenerle en exclusiva? —preguntó Blondet—. ¿Está celosa de las mujeres decentes?

—Sí —exclamó Coralie—, son peores que nosotras.

— ¿Cómo lo sabes, gatita mía? —preguntó Blondet.

—Por sus maridos —repuso ella—. Olvida que De Marsay fue mío durante seis meses.

— ¿Cree, amiga mía —dijo Blondet—, que tengo un gran empeño en presentar en casa de madame de Montcornet a un hombre tan apuesto como el suyo? Si no quiere usted, hágase cuenta de que no he dicho nada. Pero creo que no se trata tanto de mujeres como de lograr la paz y la misericordia por parte de Lucien para un pobre diablo, que es el blanco de su periódico. El barón Châtelet comete la necedad de tomarse en serio los artículos. La marquesa de Espard, madame de Bargeton y el salón de la condesa de Montcornet se interesan por la Garza y he prometido reconciliar a Laura y a Petrarca, a madame de Bargeton y a Lucien.

— ¡Ah! —exclamó Lucien, por cuyas venas sintió correr una sangre más fresca y la embriagadora sensación placentera que da la venganza satisfecha—. ¡Así que tengo el pie en su cuello! Me hace sentir adoración por mi pluma, por mis amigos y por el fatal poder de la Prensa. No he escrito aún ningún artículo sobre la Sepia y la Garza. ¡Iré, amigo mío —dijo cogiendo a Blondet de la cintura—, pero cuando esa pareja haya sentido todo el peso de esta cosa tan ligera! —Cogió la pluma con la que había escrito el artículo sobre Nathan, y la blandió—. Mañana les dedicaré dos pequeñas columnas que serán como dos mazazos en su cabeza. Luego ya veremos. No te preocupes por nada, Coralie, no se trata de amor, sino de venganza, y quiero que sea total y completa.

— ¡Esto es un hombre! —dijo Blondet—. Si supieras, Lucien, lo difícil que es encontrar a alguien capaz de una explosión de energía semejante en el mundo estragado de París, sabrías lo que vales. Serás un tipo de armas tomar —añadió utilizando una expresión un poco más fuerte —, estás en el camino que lleva al poder.

—Llegará a él —dijo Coralie.

—Pero bastante camino ha hecho ya en seis semanas.

—Y cuando no le separe de un cetro más que el grueso de un cadáver, podrá hacer servir de escalón el cuerpo de Coralie.

—Os amáis como en tiempos de la Edad de Oro —dijo Blondet—. Te felicito por tu gran artículo —prosiguió mirando a Lucien—, ¡es algo novedoso! Estás hecho un maestro acabado.

Lousteau se presentó con Hector Merlin y Vernou para ver a Lucien, que se sintió profundamente halagado al ser objeto de sus atenciones. Félicien traía cien francos a Lucien en pago por su artículo. El periódico había considerado oportuno retribuir un artículo tan bien hecho para asegurarse la colaboración del autor. Coralie, al ver a aquella caterva de periodistas, mandó encargar una comida en el Cadran-Bleu, el restaurante más cercano; y cuando Bérénice le dijo que estaba ya todo listo, les invitó a pasar a su bonito comedor. En mitad de la comida, y cuando el champán se hubo subido a todas las cabezas, se descubrió el verdadero motivo de la visita que sus colegas le hacían a Lucien.

—Supongo que no querrás —le dijo Lousteau— hacerte un enemigo de Nathan. Nathan es periodista, tiene amigos y te jugaría una mala pasada a la primera cosa que publicases. ¿No tienes El arquero de Carlos IX para vender? Hemos visto a Nathan esta mañana y está desesperado, pero vas a hacer un artículo sobre él en el que le cubrirás de elogios.

— ¡Cómo! Después de mi artículo contra su libro, ¿queréis…? —preguntó Lucien.

Émile Blondet, Hector Merlin, Étienne Lousteau, Félicien Vernou, todos interrumpieron a Lucien con una carcajada.

— ¿No le has invitado a cenar aquí pasado mañana? —le preguntó Blondet.

—Tu artículo —le dijo Lousteau— no va firmado. Félicien, que no es tan bisoño como tú, no ha vacilado en poner una C. al pie, con la que a partir de ahora podrás firmar tus artículos en su periódico, que es declaradamente de izquierdas. Todos nosotros somos de la oposición. Félicien ha tenido la delicadeza de no comprometer tus futuras opiniones. En la redacción de Hector, cuyo periódico es de centro derecha, podrás firmar con una L. El ataque es siempre anónimo, pero el elogio lo firmamos con gusto.

—No me preocupa firmar —dijo Lucien—, pero es que no veo nada que decir en favor del libro.

—Entonces, ¿pensabas de veras lo que escribiste? —le preguntó Hector a Lucien.

—Sí.

— ¡Vamos, hijo mío —dijo Blondet—, te creía más fuerte! No, palabra de honor, viendo tu cabeza pensaba que poseías una omnipotencia parecida a la de las grandes inteligencias, todas lo suficientemente dotadas para considerarlo todo desde dos puntos de vista distintos. Amigo mío, en literatura cada idea tiene su derecho y su revés; nadie puede afirmar cuál es el revés. Todo es doble en el campo del pensamiento. Las ideas son binarias. Jano es el mito de la crítica y el símbolo del genio. ¡Sólo Dios es trino! Lo que hace que Molière y Corneille sean excepcionales, ¿no es su capacidad de poder hacer decir «sí» a Alcestes y «no» a Philinte, a Octavio y a Cinna? Rousseau, en La nueva Heloísa, escribió una carta a favor y otra en contra del duelo. ¿Quién podría pretender saber cuál es su verdadera opinión? ¿Quién de nosotros podría pronunciarse entre Clarisse y Lovelace, entre Héctor y Aquiles? ¿Quién es el héroe de Homero? ¿Qué se proponía Richardson? La crítica debe saber ver una obra bajo todos sus aspectos. En una palabra, nosotros no somos más que unos grandes relatores de tribunal.

— ¿Tanto le importa lo que escribe? —le preguntó Vernou con zumba —. Pero si somos sólo vendedores de palabras y vivimos de nuestro comercio. Cuando quiera escribir una obra grande y bella, un libro en fin, puede plasmar en él sus pensamientos, su alma, encariñarse con él y defenderlo; pero los artículos, que hoy se escriben y mañana se olvidan, no valen a mi juicio más que el dinero que se paga por ellos. Si da importancia a semejantes estupideces, acabará santiguándose e invocando al Espíritu Santo cuando tenga que escribir un folleto.

Todos parecieron asombrados de ver que Lucien tenía escrúpulos y acabaron de rasgar su toga pretexta para investirle con la toga viril de los periodistas.

— ¿Sabes con qué frase se ha consolado Nathan después de haber leído tu artículo? —le dijo Lousteau.

— ¿Cómo voy a saberlo?

—Pues ha exclamado: «¡Los artículos intrascendentes se olvidan, las grandes obras quedan!». Dentro de dos días este hombre vendrá a cenar aquí, este hombre ha de prosternarse a tus pies, besarlos y asegurarte que eres un gran hombre.

—Sería gracioso —dijo Lucien.

— ¡Gracioso! —replicó Blondet—, necesario.

—Amigos míos, yo bien quisiera —dijo Lucien algo achispado—. Pero ¿qué debo hacer?

—Bien —continuó Lousteau—, escribe para el periódico de Merlin tres columnas en las que te refutarás a ti mismo. Después de haber disfrutado viendo a Nathan furioso, acabamos de decirle que pronto tendría que agradecernos la reñida polémica con la que íbamos a conseguir que su libro se agote en ocho días. En estos momentos eres para él un traidor, un canalla, un truhán; pasado mañana serás un gran hombre, un hombre de carácter, un héroe de Plutarco. Nathan te abrazará como a su mejor amigo. Ha venido Dauriat, tienes tres billetes de mil francos, el ciclo se ha completado. Lo que necesitas ganarte ahora es la estima y la amistad de Nathan. El único que ha salido escaldado es el editor. Únicamente debemos perseguir e inmolar a nuestros enemigos. Si se tratara de un hombre que se hubiese ganado un renombre sin nosotros, de un talento incómodo y que hubiera que quitar de en medio, no haríamos una réplica semejante; pero Nathan es uno de nuestros amigos, Blondet le hizo atacar en Le Mercure para darse el gusto de defenderlo en los Débats. ¡Por eso se agotó la primera edición de su libro!

—Amigos míos, palabra de hombre honrado, soy incapaz de escribir ni dos palabras en favor de ese libro…

—Recibirás cien francos más —dijo Merlin—. Nathan te habrá dado a ganar ya diez luises, sin contar un artículo que puedes escribir para la revista de Finot y por el que Dauriat te pagará cien francos, además de los cien francos de la revista: ¡veinte luises en total!

—Pero ¿qué decir? —preguntó Lucien.

—Ahora verás cómo puedes salir del paso, hijo mío —le respondió Blondet concentrándose—. Dirás que la envidia, que ataca todas las buenas obras igual que el gusano las mejores frutas, ha tratado de morder este libro. Para encontrarle defectos, la crítica se ha visto obligada a inventarse unas teorías a propósito de este libro, a distinguir dos clases de literatura: la que trata de ideas y la que se dedica a las imágenes. En este punto, muchacho, dirás que la expresión suma del arte literario es la que integra la idea en la imagen. Al tratar de probar que para la poesía la imagen lo es todo, te lamentarás de lo poco que se presta nuestra lengua a la poesía, hablarás de los reproches que nos hacen los extranjeros por el positivismo de nuestro estilo y elogiarás a Canalis y a Nathan por los servicios que prestan a Francia desprosaizando su lenguaje. Refuta tu anterior argumentación haciendo ver que, respecto al siglo dieciocho, hemos hecho algunos progresos. ¡Invéntate cualquier tipo de Progreso (un engañabobos que pondrá muy contentos a los burgueses)! Nuestra joven literatura procede mediante cuadros en los que se concentran todos los géneros, tales como la comedia y el drama, la descripción, los caracteres, el diálogo, aglutinados por los brillantes nudos de una intriga interesante. La novela, que exige el sentimiento, el estilo, la imagen, es la más grande creación moderna. Ha ocupado el lugar de la comedia, que con sus viejas leyes no resulta ya adecuada para las costumbres modernas. La novela abarca el hecho y la idea con sus invenciones, que exigen el ingenio de un La Bruyère y su moral incisiva, los caracteres tratados con el espíritu de un Molière, las grandes maquinaciones de un Shakespeare y la pintura de los matices más delicados de la pasión, único tesoro que nos han legado nuestros predecesores. Por ello la novela es con mucho superior a la discusión fría y matemática, al seco análisis del siglo dieciocho. La novela, dirás en tono sentencioso, es una epopeya divertida. Cita a Corinne, apóyate en Madame de Staël. El siglo dieciocho lo puso todo en duda y el diecinueve tiene la tarea de darle remate; concluye, por tanto, con realidades, pero realidades vivas y que avanzan; en una palabra, pon en juego la pasión, elemento desconocido para Voltaire. Parrafada contra Voltaire. En cuanto a Rousseau, no hizo sino vestir razonamientos y sistemas. Julie y Claire son simples entelequias, sin carne y hueso. Puedes despacharte sobre este tema y decir que debemos a la paz, a los Borbones, una literatura joven y original, puesto que escribes en un periódico de centro derecha. Búrlate de quienes viven dedicados a elaborar sistemas. Y finalmente puedes terminar con una bonita frase: «¡He aquí los muchos errores, las muchas mentiras de nuestro colega! ¿Y por qué? Por despreciar una obra bella, por engañar al público y llegar a la conclusión siguiente: un libro vendible por ello mismo no se vende. Pro pudor!», deja caer un pro pudor!, pues esta imprecación de buena educación gusta al lector. ¡Luego anuncia la decadencia de la crítica! Conclusión: no existe más que una literatura, la de los libros divertidos. Nathan ha emprendido un camino nuevo, ha comprendido su época y responde a sus necesidades. Y de lo que tiene necesidad nuestra época es del drama. El drama es la respuesta a un siglo en el que la política es un perpetuo mimodrama. ¿Acaso no hemos visto en veinte años, dirás, los cuatro dramas de la Revolución, del Directorio, del Imperio y de la Restauración? De ahí pasas al elogio ditirámbico, y la segunda edición se agota. He aquí cómo: el próximo sábado escribes una página en nuestra revista y firmas DE RUBEMPRÉ, con todas sus letras. En este último artículo dirás: lo bueno que tienen las grandes obras es que provocan un amplio debate. Esta semana tal periódico ha dicho tal cosa del libro de Nathan, tal otro le ha respondido enérgicamente. Criticas a los dos críticos C. y L. y de paso haces el elogio del primer artículo que escribí yo en los Débats, y terminas afirmando que la obra de Nathan es el libro mejor y más agradable de nuestro tiempo. Que es como no decir nada, porque se dice de todos los libros. Así habrás ganado cuatrocientos francos en una semana, aparte de la satisfacción personal de escribir lo que verdaderamente piensas en alguna parte. La gente sensata dará la razón a C. o a L., o a Rubempré, ¡o tal vez a los tres! La mitología, que es sin duda una de las más grandes invenciones humanas, ha puesto a la Verdad en el fondo de un pozo, por lo que hacen falta unos baldes para sacarla de allí. ¿No habrás dado así al público tres por el precio de uno? Así es como se hace, hijo mío. ¡Y ahora, marchando!

Lucien se quedó estupefacto; Blondet le besó en las dos mejillas diciéndole:

—Me voy a mi tienda.

Todos se fueron a sus respectivas tiendas. Para estos hombres poderosos el periódico no era más que una tienda. Habían de volver a verse todos aquella misma noche en las Galeries de Bois, adonde iría Lucien para firmar su contrato con Dauriat. Florine y Lousteau, Lucien y Coralie, Blondet y Finot cenaban en el Palais-Royal, donde Du Bruel daba un agasajo al director del Panorama-Dramatique.

— ¡Tienen razón! —exclamó Lucien cuando se encontró a solas con Coralie—. Los hombres deben ser medios en manos de las personas fuertes. ¡Cuatrocientos francos por tres artículos! Apenas si me los daba Doguereau por un libro que me ha costado dos años de trabajo.

— ¡Dedícate a la crítica —le dijo Coralie—, diviértete! ¿Acaso no me visto yo hoy de andaluza, tal vez mañana de cíngara y otro día de hombre? Haz como yo, dales muecas a cambio de su dinero y vivamos felices.

Lucien, espoleado por la paradoja, hizo que su imaginación se subiera a ese mulo caprichoso, hijo de Pegaso y de la burra de Balaam. Se puso a galopar por los campos del pensamiento durante su paseo por el Bois y descubrió bellezas originales en la tesis de Blondet. Cenó como cenan las personas felices y firmó en la librería de Dauriat un contrato por el que le cedía la propiedad exclusiva del manuscrito de Las margaritas sin ver los inconvenientes de tal cesión; luego se fue a dar una vuelta por el periódico, donde despachó deprisa y corriendo dos columnas, y volvió a la rue de Vendôme. A la mañana siguiente descubrió que las ideas de la víspera habían germinado en su cerebro, como ocurre en todos los intelectos pletóricos y cuyas facultades no han sido aún muy explotadas. Lucien sintió gusto en pensar sobre ese nuevo artículo y se puso al trabajo con entusiasmo. Movido por el espíritu de contradicción, su pluma fue pródiga en hallazgos. Se mostró ingenioso y burlón, no dejó de añadir algunas consideraciones nuevas sobre el sentimiento, la idea y la imagen en literatura. Para elogiar a Nathan hizo gala de ingenio y finura y se refirió a las primeras impresiones que la lectura del libro le habían producido en el gabinete de lectura de la Cour du Commerce. Y, por último, de crítico áspero y feroz, burlón e incisivo, pasó a ser un poeta en las frases finales que oscilaban majestuosamente como un incensario cargado de perfumes hacia el altar.

— ¡Cien francos, Coralie! —dijo enseñándole las ocho hojas escritas mientras ella se vestía.

En plena inspiración, despachó de cuatro plumazos el terrible artículo prometido a Blondet contra Châtelet y madame de Bargeton. Degustó aquella mañana uno de los grandes placeres secretos de los periodistas, el de afilar la agudeza, pulir la fría hoja que encuentra su vaina en el corazón de la víctima y repujar el mango para el placer de los lectores. El público admirará el delicado trabajo de esta empuñadura sin ver en él perfidia alguna, ignorando que el acero de las incisivas frases, alterado por la venganza, se hunde en un amor propio hábilmente mancillado y herido por mil golpes. Este horrible placer, sombrío y solitario, saboreado sin testigos, es como un duelo con un ausente al que se da muerte a distancia con el cañón de una pluma, como si el periodista tuviera el fantástico poder concedido a los deseos de quienes poseen talismanes en los cuentos árabes. La agudeza es el espíritu del odio, del odio que hereda todas las bajas pasiones del hombre, igual que el amor reúne todas sus buenas cualidades. No hay por ello hombre que no sea agudo en la venganza, por la misma razón que no hay uno solo que no saque placer del amor. Y no obstante su facilidad y vulgaridad, este ingenio es siempre muy bien acogido en Francia. El artículo de Lucien había de coronar y coronó la fama de malicia y sarcasmo que el periódico tenía; penetró hasta el fondo de dos corazones e hirió de gravedad a madame de Bargeton, su ex Laura, y al barón Châtelet, su rival.

—Ahora vamos a dar una vuelta por el Bois de Boulogne; los caballos ya están enganchados y piafan —le dijo Coralie—. Tampoco hay que matarse.

—Vayamos a llevar el artículo sobre Nathan a Hector. Es cierto que el periódico es como la lanza de Aquiles, que curaba las heridas que ella misma había infligido —dijo Lucien mientras corregía algunas expresiones.

Salieron los dos amantes y se mostraron en todo su esplendor a ese París que poco antes había renegado de Lucien y que ahora empezaba a ocuparse de él. Hacer que París se ocupe de uno, cuando se ha podido medir la inmensidad de esta ciudad y lo difícil de ser alguien en ella, causó embriagadores goces que emborracharon a Lucien.

—Tesoro —dijo la actriz—, pasemos por casa de tu sastre para meterle prisa con tus trajes o para probártelos si los tiene ya listos. Si vas a ir a casa de tus bellas damas, quiero que eclipses a ese monstruo de De Marsay, al pequeño Rastignac, a los Ajuda-Pinto, a los Maxime de Trailles, a los Vandenesse; en fin, a todos los elegantes. No olvides que tu amante es Coralie. No me traiciones, ¿eh?

Dos días después, la víspera de la cena ofrecida por Lucien y Coralie a sus amigos, el Ambigu ponía en escena una nueva comedia cuya reseña tenía que hacer Lucien. Tras la cena, Lucien y Coralie fueron a pie desde la rue de Vendôme hasta el Panorama-Dramatique pasando por el bulevar del Temple, por la zona del Café Turc, que era por aquel entonces uno de los lugares de paseo más frecuentados. Lucien oyó celebrar su suerte y la belleza de su amante. Unos decían que Coralie era la mujer más bella de todo París, otros encontraban a Lucien digno de ella. El poeta se sintió en su ambiente. Esta vida era la suya. Apenas si pensaba en el Cenáculo. En relación a esas grandes inteligencias que tanto admiraba hacía dos meses, se preguntaba ahora si no eran un poco zamacucos con sus ideas y su puritanismo. La palabra «zamacucos», empleada por Coralie despreocupadamente, había germinado ya en el alma de Lucien y dado sus frutos. Dejó a Coralie en su camerino, deambuló por entre bastidores, donde se paseaba con unos aires de sultán y donde todas las actrices le acariciaban con ardientes miradas y palabras aduladoras.

—Tengo que ir al Ambigu, el trabajo me llama —dijo.

En el Ambigu, la sala estaba a rebosar. No hubo forma humana de encontrar un asiento para Lucien; se fue a entre bastidores y se quejó amargamente de que no le hubieran reservado un sitio. El administrador, que todavía no le conocía, le dijo que habían mandado dos entradas para los palcos a su periódico, y le mandó a paseo.

—Hablaré de la obra por lo que oiga de ella —le replicó Lucien picado.

— ¿Es usted tonto? —le dijo la primera actriz al administrador—. ¡Pero si es el amante de Coralie!

El administrador se volvió inmediatamente hacia Lucien y le dijo:

—Señor, voy a hablar con el director.

Así, hasta los menores detalles venían a demostrarle a Lucien el inmenso poder de la prensa y halagaban su vanidad. Llegó el director, que les pidió al duque de Rhétoré y a Tullia, la primera bailarina, que se encontraban en un palco proscenio, que aceptaran a Lucien con ellos. El duque accedió a ello al reconocer a Lucien.

—Tiene a dos personas desesperadas —le dijo el joven refiriéndose al barón Châtelet y a madame de Bargeton.

—Me pregunto entonces qué pasará mañana —respondió Lucien—. Hasta ahora mis amigos se han limitado a disparar contra ellos, pero esta noche yo les lanzo el verdadero cañonazo. Mañana comprenderán por qué nos burlamos de Potelet. El artículo se titula «Del Potelet de 1811 al Potelet de 1821». Châtelet pasará a ser el símbolo de todos los veletas que han renegado de su bienhechor para entrar al servicio de los Borbones. Después de demostrarle de lo que soy capaz, iré a casa de madame de Montcornet.

Lucien mantuvo con el joven duque una conversación chispeante de ingenio; ardía en deseos de poder demostrar a este gran señor que madame d’Espard y madame de Bargeton habían cometido un grave error despreciándolo; pero se le vio el plumero al tratar de defender su derecho a llevar el apellido de Rubempré cuando por malicia el duque de Rhétoré le llamó Chardon.

—Debería usted —le aconsejó el duque— hacerse realista. Ha demostrado ser un hombre inteligente, así que demuestre ahora que tiene juicio. La única manera de lograr una real orden que le restituya el título y el apellido de sus antepasados maternos es solicitarlo en recompensa por los servicios prestados a Palacio. ¡Los liberales nunca le harán conde! Mire, la Restauración acabará por meter en cintura a la prensa, el único poder temible. Demasiado ha esperado, ya debería haberle puesto el bozal. Aproveche estos últimos momentos de libertad para hacerse temible. Dentro de unos pocos años, un apellido y un título serán en Francia riquezas más seguras que el talento. Podría así tenerlo todo: inteligencia, nobleza y belleza, y llegará a donde se proponga. No sea, pues, en este momento liberal si no es para tratar de vender más cara su adhesión al partido realista.

El duque rogó a Lucien que aceptara la invitación a cenar que debía enviarle al plenipotenciario con el que había cenado en casa de Florine. Lucien se sintió al instante seducido por las reflexiones del gentilhombre y encantado al ver abrirse ante él las puertas de los salones de los que se creía desterrado para siempre unos meses antes. Admiró una vez más el poder del pensamiento. La prensa y la inteligencia eran, pues, los medios de la sociedad actual. Lucien comprendió que tal vez Lousteau se arrepentía de haberle abierto las puertas del Templo; también sentía ya, por la cuenta que le traía, la necesidad de poner barreras insuperables a los ambiciosos provincianos que se lanzaban a la conquista de París. Si un poeta se hubiera dirigido a él igual que se había lanzado él mismo a los brazos de Étienne, no se atrevía a preguntarse cómo le habría acogido. El joven duque notó en Lucien los síntomas de una profunda meditación, y no se equivocó al creer intuir su causa. Había revelado a aquel ambicioso, carente de una voluntad constante, pero no de deseos, todo el horizonte político del mismo modo que los periodistas le habían mostrado desde lo alto del Templo, al igual que el demonio a Jesús, el mundo literario y sus riquezas. Ignoraba Lucien la pequeña conjura tramada contra él por las personas que en aquellos momentos hería desde el periódico y de la que formaba parte monsieur de

Rhétoré. El joven duque había asustado al círculo social de madame d’Espard al contarles lo inteligente que era Lucien. Encargado por madame de Bargeton de sondear al periodista, había esperado encontrarle en el Ambigu-Comique. Pero esto no significa que el gran mundo o los periodistas sean profundos. No penséis que se había urdido una traición. Ni el uno ni los otros se trazaban planes; su maquiavelismo va, por así decirlo, a salto de mata y consiste en estar siempre alertas, dispuestos a todo, a aprovecharse tanto del mal como del bien ajeno, acechando los momentos en que la pasión pone a un hombre a su merced. Durante la cena en casa de Florine, el joven duque había estudiado el carácter de Lucien, le acababa de atacar por el flanco de la vanidad y trataba de ser diplomático con él. Terminada la obra, Lucien se fue corriendo a la rue Saint-Fiacre para escribir allí su artículo sobre la función. Su crítica fue, calculadamente, áspera y mordaz; se complació en demostrar su poder. El melodrama era mejor que el del Panorama-Dramatique, pero quería saber si podía, como le habían dicho, hundir una buena obra y levantar una mala. Al día siguiente, mientras desayunaba con Coralie, abrió el periódico, después de haberle dicho que vapuleaba al Ambigu-Comique. Pero después de haber leído su artículo sobre madame de Bargeton y Châtelet, fue grande su sorpresa al ver una reseña sobre el Ambigu tan bien edulcorada durante la noche, que a pesar de conservar su agudo análisis, la conclusión que se desprendía de ella era favorable. La obra tenía que llenar la caja del teatro. Sería imposible describir su ataque de furia; se prometió hablar seriamente de ello con Lousteau. Se creía ya indispensable y se prometía a sí mismo no dejarse dominar o explotar como un tonto. Para dejar establecido definitivamente su poder, escribió para la revista de Dauriat y de Finot el artículo en el que resumía y sopesaba todas las opiniones emitidas sobre el libro de Nathan. Luego, sintiéndose en vena, redactó uno de sus artículos de varietés para el pequeño periódico. En su primera efervescencia, los jóvenes periodistas cuidan sus artículos con amor, y así, de forma muy imprudente, exhiben todas sus galas. El director del Panorama-Dramatique había programado el estreno de un espectáculo de varietés para dejar a Florine y Coralie la noche libre. La función había de terminar antes de la cena. Lousteau fue a buscar el artículo de Lucien, escrito por anticipado sobre esta pequeña obra, a cuyo ensayo general había asistido, para no tener así problemas a la hora de componer el número. Cuando Lucien le hubo leído uno de sus pequeños y encantadores artículos sobre las curiosidades parisienses, que hicieron la fortuna del periódico, Étienne le besó en los ojos y le llamó la providencia de los periódicos.

— ¿Por qué, entonces, te diviertes en cambiar el sentido de mis artículos? —preguntó Lucien, que había escrito aquel brillante artículo sólo para dar más fuerza a sus quejas.

— ¿Yo? —exclamó Lousteau.

—Entonces, ¿quién ha introducido modificaciones en mi artículo?

—Amigo mío —repuso Lousteau riendo—, aún no estás al corriente de los negocios. El Ambigu nos paga veinte suscripciones, de las cuales sólo nueve son para el director, el jefe de la orquesta, el administrador, sus queridas y los tres socios propietarios del teatro. Cada uno de los teatros del bulevar paga así ochocientos francos al periódico, a los que hay que sumar otro tanto en palcos dados a Finot, sin contar las suscripciones de los actores y de los autores. El muy granuja se saca de este modo ocho mil francos sólo de los bulevares. Y ello nada más que en los teatros modestos, ¡así que imagínate con los grandes! ¿Entiendes? Estamos obligados a ser muy indulgentes.

—Comprendo que no soy libre de escribir lo que pienso…

— ¿Y qué te importa si te llenas los bolsillos? —exclamó Lousteau—. Por otra parte, amigo mío, ¿qué tienes tú contra el teatro? Hace falta una razón para poner por los suelos la obra de ayer. Pues si criticáramos por criticar perjudicaríamos al periódico. Cuando el periódico atacara con una justa razón, no produciría ya ningún efecto. ¿Te ha tratado mal el director?

—No me había reservado una localidad.

—Bueno —dijo Lousteau—. Enseñaré tu artículo al director, le diré que te he apaciguado, y así quedarás mejor que si lo hubieras publicado. Pídele mañana unas pocas localidades, y te firmará cuarenta en blanco todos los meses y yo te presentaré a una persona con la que podrás llegar a un acuerdo para revenderlas; te las comprará todas al cincuenta por ciento sobre el precio de venta. Con las localidades de los espectáculos se trafica igual que con los libros. Conocerás a otro Barbet, un jefe de claque, que vive no lejos de aquí; tenemos aún tiempo, ¿vienes?

—Pero, amigo mío, es realmente infame por parte de Finot imponer una contribución indirecta a las creaciones del espíritu. Tarde o temprano…

— ¡Pero, hombre!, ¿de dónde sales tú? —exclamó Lousteau—. ¿Quién te crees que es Finot? Detrás de su falsa campechanía, de ese aire de Turcaret, de su ignorancia y estupidez, hay toda la astucia del vendedor de sombreros que le trajo al mundo. ¿No has visto en su garita, en el despacho del periódico, a un antiguo soldado del Imperio, el tío de Finot? Ese tío no es sólo un hombre honrado, sino que tiene además la suerte de pasar por tonto. Es él quien se encarga de todas las transacciones pecuniarias. En París, un ambicioso es muy afortunado cuando tiene a alguien dispuesto a hacerle de hombre de paja. En la política, como en el periodismo, se dan multitud de situaciones en las que los jefes no deben verse nunca mezclados. Si Finot llegase a ser un día un personaje político, su tío se convertiría en su secretario y se dedicaría a cobrar el dinero sucio que se percibe en las oficinas por los grandes negocios. Giroudeau, a quien se creería un tonto a primera vista, tiene precisamente la astucia suficiente como para ser un compadre impenetrable. Está siempre de centinela para impedir que nos veamos molestados por las quejas, los principiantes, las reclamaciones, y no creo que exista nadie parecido en ningún otro periódico.

—Interpreta muy bien su papel —dijo Lucien—, le he visto actuar.

Étienne y Lucien se dirigieron a la rue del faubourg du Temple, donde el redactor jefe se detuvo ante una casa de aspecto noble.

— ¿Está monsieur Braulard? —preguntó al portero.

— ¿Cómo? —dijo Lucien—. ¿El jefe de la claque es, pues, señor?

—Amigo mío, Braulard tiene veinte mil libras de renta, así como la exclusiva de los autores dramáticos del bulevar, todos los cuales poseen una cuenta corriente con él, como si de un banquero se tratase. Braulard compra las entradas que se reparten a los autores y las de favor para luego revenderlas a su vez. Trata de hacer un poco de estadística, ciencia muy útil si no se abusa de ella. Cincuenta pases de favor por día y espectáculo hacen doscientas cincuenta localidades por día; y dado que cada una de ellas vale de promedio cuarenta sueldos, Braulard paga ciento veinticinco francos por día a los autores teatrales y si le va bien gana otro tanto. Así, sólo con las entradas de autor gana cerca de cuatro mil francos al mes, lo que asciende a cuarenta y ocho mil francos por año, a los que hay que descontar unos veinte mil francos de pérdidas, porque no siempre logra revenderlas todas.

— ¿Por qué?

— ¡Ah!, los que compran su entrada en taquilla tienen prioridad sobre los pases de favor, para los que no hay asiento reservado. Por último, el teatro se reserva su derecho de venta de localidades. Luego hay días de buen tiempo y otros de malos espectáculos. Por tanto, Braulard debe de ganar unos treinta mil francos al año con este comercio. Luego tiene a su claque, otra fuente de ingresos. Florine y Coralie también tienen que contribuir; si no le untaran la mano, no se las recibiría con aplausos en todas sus entradas y salidas.

Lousteau daba todas estas explicaciones en voz baja mientras subían la escalera.

—París es un lugar muy singular —dijo Lucien viendo agazapado el interés en cada rincón.

Una doncella muy pulcra introdujo a los dos periodistas en las habitaciones de monsieur Braulard. El comerciante en localidades, sentado en un sillón de despacho, delante de un gran buró de cilindro, se levantó al ver a Lousteau. Braulard, con una levita de muletón gris, llevaba un pantalón con trabilla y unas zapatillas rojas, igual que un médico o un abogado. Lucien reconoció en él al hombre del pueblo enriquecido: un rostro vulgarote, unos ojos grises llenos de astucia, unas manos de aplaudidor de claque, una tez sobre la que las orgías habían pasado igual que la lluvia sobre los tejados, cabello entrecano y una voz bastante apagada.

—Vienen, sin duda, por mademoiselle Florine, y este señor por mademoiselle Coralie —dijo—; les conozco bien. Esté tranquilo, señor —dijo dirigiéndose a Lucien—, me dedico a comprar a la clientela del Gymnase, así que cuidaré de su querida y le avisaré si alguien urde algo contra ella.

—No es cosa de despreciar, mi querido Braulard —dijo Lousteau—, pero venimos por las entradas del periódico en todos los teatros de los bulevares: yo como redactor jefe, y este señor en calidad de crítico de cada teatro.

—Ah, sí, Finot ha vendido su periódico. Ya estoy enterado de ello. Le van bien las cosas a Finot. Este fin de semana doy una comida en su honor. Si quieren hacerme el honor de asistir a ella, pueden traerse a sus consortes, pues habrá francachela; vendrán Adèle Dupuis, Ducange, Frédéric Dupetit-Méré, mademoiselle Millot, mi querida. ¡No faltarán las risas y menos aún la bebida!

—Ducange debe de estar preocupado, pues ha perdido su pleito.

—Le he prestado diez mil francos; el éxito de Calas me los devolverá; ha sido mi forma de levantarle los ánimos. Ducange es una persona inteligente y dotado…

Lucien creía estar soñando al oír a aquel hombre apreciar el talento de los creadores.

—Coralie lo ha conseguido —le dijo Braulard con aire de juez competente—. Si es buena chica, la apoyaré bajo mano contra la maquinación que se está tramando para su debut en el Gymnase. Escuchen. Situaré a unos hombres bien vestidos en las galerías, que sonreirán y murmurarán en voz baja para incitar a los espectadores a aplaudir. No hay nada mejor para consagrar a una actriz. Me gusta Coralie y usted debe de estar muy contento con ella, pues tiene muy buenos sentimientos. ¡Ah!, puedo hacer triunfar a quien yo quiera…

— ¿Qué le parece si arreglamos el asunto de las entradas? —preguntó Lousteau.

— ¡Muy bien! Iré a buscarlas a casa del señor los primeros días de cada mes. El señor es amigo suyo y le trataré como si se tratara de usted mismo. Tiene usted cinco teatros, le darán treinta entradas; será algo así como setenta y cinco francos por mes. ¿Quiere quizás un anticipo? —preguntó el comerciante en localidades dirigiéndose a su buró y sacando una caja de caudales llena de escudos.

—No, no —dijo Lousteau—, ese recurso lo dejaremos para cuando vengan mal dadas…

—Señor —dijo Braulard dirigiéndose a Lucien—, uno de estos días iré a trabajar con Coralie, seguro que nos pondremos de acuerdo.

Lucien miraba no sin gran asombro el despacho de Braulard, en el que veía una librería, cuadros y un mobiliario conveniente. Al pasar por el salón, pudo ver también que estaba amueblado sin demasiada modestia ni tampoco demasiado lujo. El comedor le pareció la estancia mejor acondicionada; hizo una broma al respecto.

—Braulard es todo un gastrónomo —dijo Lousteau—. Sus comidas, citadas en la literatura dramática, están a la altura de sus ingresos.

—Tengo buenos vinos —respondió modestamente Braulard—. Vaya, aquí llegan los que encienden la guerra —exclamó al oír unas voces enronquecidas y un ruido de pasos en la escalera.

A la salida, Lucien vio desfilar ante él el apestoso escuadrón de la claque y de los revendedores de entradas, todos gente con gorra, pantalones gastados, levitas raídas, jetas patibularias, azuladas, verduscas, sucias, chupadas, la barba larga, unos ojos de mirada feroz a la vez que zalamera, horrible populacho que vive y deambula por los bulevares de París, y que por la mañana vende cadenas de seguridad, joyas de oro por veinticinco sueldos, y que aplaude bajo las arañas por las noches; en definitiva, gente siempre dispuesta a chapotear en el fango de las necesidades de París.

— ¡Aquí tenéis a los romanos! —dijo Lousteau entre risas—. Esta es la gloria de las actrices y de los autores dramáticos. Vista de cerca, no es mucho más hermosa que la nuestra.

—Es difícil —repuso Lucien mientras volvían a su casa— hacerse ilusiones sobre algo en París. Todo está gravado de impuestos, todo se vende, todo se fabrica, incluso el éxito.

Los invitados de Lucien eran Dauriat, el director del Panorama, Matifat y Florine, Camusot, Lousteau, Finot, Nathan, Hector Merlin y madame du Val-Noble, Félicien Vernou, Blondet, Vignon, Philippe Bridau, Mariette, Giroudeau, Cardot y Florentine, Bixiou. Había invitado a sus amigos del Cenáculo, Tullia, la bailarina que, según se decía, no se mostraba demasiado desdeñosa con Du Bruel, fue también de la partida, pero sin su duque, así como los propietarios de los periódicos en los que trabajaban Nathan, Merlin, Vignon y Vernou. Los comensales formaban una reunión de treinta personas y el comedor de Coralie no habría podido dar cabida a nadie más. Hacia las ocho, a la luz de las arañas encendidas, los muebles, las colgaduras y las flores de aquel piso adquirieron ese aire festivo que da al lujo parisiense la apariencia de un sueño. Viéndose dueño de aquella casa, Lucien experimentó la más inefable sensación de dicha, de vanidad satisfecha y de esperanza, y ya no se explicaba cómo ni por qué golpe de varita mágica había sido tocado. Florine y Coralie, vestidas con el loco rebuscamiento y la magnificencia artística de las actrices, sonreían al poeta como dos ángeles encargados de abrirle las puertas del Palacio de los Sueños. Lucien poco menos que soñaba. En pocos meses su vida había cambiado tan bruscamente de aspecto, y había pasado tan rápido de la miseria extrema a la mayor de las opulencias, que había momentos en que se sentía dominado por inquietudes tal como les ocurre a las personas que, en sueños, son conscientes de que están dormidas. Su mirada expresaba, no obstante, a la vista de esta hermosa realidad, una confianza que los envidiosos habrían calificado de fatuidad. También él, por lo demás, había cambiado. Feliz todos los días, sus colores habían palidecido, y su mirada reflejaba una delicuescente languidez; en suma, en palabras de madame d’Espard, tenía «la expresión de la persona amada». Su belleza ganaba con ello. La conciencia de su poder y de su fuerza trascendía de su fisonomía iluminada por el amor y por la experiencia. Por fin podía contemplar al mundo literario y a la alta sociedad cara a cara, creyendo que podía moverse por ellos con aires de dominador. Para aquel poeta, capaz de reflexión sólo bajo el peso de la desgracia, el presente le parecía carente de preocupaciones. El éxito hinchaba las velas de su barquichuela, tenía ahora lo que necesitaba para llevar adelante sus proyectos: una casa ya montada, una amante que todo París le envidiaba, un carruaje y, finalmente, sumas incalculables en su escribanía. Su alma, su corazón y su mente habían sufrido también una metamorfosis: no pensaba ya en discutir los medios en vista de tan excelentes resultados. Este tren de vida parecerá con razón tan sospechoso a los ojos de los economistas que conocen la vida parisiense, que no estará de más mostrar la base, por muy frágil que fuera, sobre la que descansaba la felicidad material de la actriz y de su poeta. Sin comprometerse, Camusot había convencido a los proveedores de Coralie para que le concedieran un crédito de por lo menos tres meses. Los caballos, la servidumbre, todo debía seguir estando a disposición como por arte de magia de aquellos dos muchachos, ávidos de placeres y que disfrutaban de todo con embeleso. Coralie vino a tomar a Lucien de la mano y le preparó para la sorpresa que le produciría el comedor, engalanado con su cubertería espléndida, sus candelabros con cuarenta velas, el refinamiento principesco de los postres y del menú, preparados por Chevet. Lucien besó a Coralie en la frente, estrechándola contra su corazón.

—Llegaré a donde me proponga, amor mío —le dijo—, y te recompensaré por tanto amor y tanta abnegación.

— ¡Bah! —repuso ella—. ¿Estás contento?

— ¡Muy raro sería no estarlo!

—Pues entonces esta sonrisa me paga por todo —contestó ella posando con un gesto serpentino sus labios sobre los de Lucien.

Encontraron a Florine, Lousteau, Matifat y Camusot organizando las mesas de juego. Los amigos de Lucien iban llegando, pues toda aquella gente se decían ya amigos de Lucien. Se jugó desde las nueve hasta medianoche. Por suerte para él, Lucien no conocía ningún juego, pero Lousteau perdió mil francos y se los pidió prestados a Lucien, quien no pudo dejar de prestárselos, pues se los pedía su amigo. Hacia las diez, se presentaron Michel, Fulgence y Joseph. Lucien se retiró a hablar con ellos en un rincón, pero sus expresiones le parecieron frías y serias, por no decir incómodas. D’Arthez no había podido venir, porque estaba terminando su libro. Léon Giraud estaba muy ocupado con la publicación del primer número de su revista. El Cenáculo había mandado a sus tres artistas, quienes se encontrarían menos desplazados que los otros en medio de una orgía.

—Bien, amigos míos —dijo Lucien adoptando un tonillo de superioridad—, y ahora veréis cómo el pequeño farsante puede convertirse en un gran político.

—Me alegraría mucho haberme equivocado —replicó Michel.

— ¿Vives con Coralie en espera de algo mejor? —le preguntó Fulgence.

—Sí —replicó Lucien con un tono que pretendía ser ingenuo—. Coralie estaba con un pobre y viejo hombre de negocios que la adoraba, y lo mandó a paseo. Soy más feliz que tu hermano Philippe, que no sabe cómo tener a raya a esa Mariette —añadió mirando a Joseph Bridau.

—En fin —dijo Fulgence—, ahora eres un hombre como cualquier otro, seguro que llegarás lejos.

—Un hombre que para vosotros seguirá siendo siempre el mismo, se encuentre en la situación que se encuentre —repuso Lucien.

Michel y Fulgence se miraron, intercambiando una sonrisa burlona que no pasó inadvertida a Lucien y le hizo comprender lo ridículo de su frase.

—Coralie es de una belleza admirable —exclamó Joseph—. ¡Qué magnífico retrato se podría hacer!

CAPÍTULO CUATRO

—Y buena —respondió Lucien—. Palabra de honor que es angelical; pero tú harás su retrato; tómala, si quieres, como modelo de tu veneciana conducida al senador por una anciana.

—Todas las mujeres que aman son angelicales —dijo Michel Chrestien.

En aquel momento, entró Raoul Nathan, que se dirigió con actitud muy amistosa hacia Lucien, le cogió las manos y se las estrechó.

—Mi buen amigo, no sólo es usted un gran hombre, sino que además tiene corazón, cosa que hoy día es más rara aún que el genio —le dijo—. Es fiel a sus amigos. En una palabra, soy suyo en la vida y en la muerte y nunca podré olvidar lo que esta semana ha hecho por mí.

Lucien, en el colmo de la alegría, al verse adulado por un hombre que gozaba de gran predicamento, miró a sus tres amigos del Cenáculo con una especie de superioridad. Detrás de la entrada de Nathan estaba la mano de Merlin, quien le había hablado de las pruebas del artículo favorable a su libro y que aparecería en el periódico del día siguiente.

—No acepté escribir el ataque sino a condición de poder refutarlo yo mismo —dijo Lucien al oído de Nathan—. Cuente siempre conmigo.

Volvió de nuevo con sus tres amigos del Cenáculo, encantado de una circunstancia que justificaba la frase que había provocado la risa de Fulgence.

—Cuando salga el libro de D’Arthez podría serle de utilidad en mi posición. Sólo por esto me sentiría obligado a seguir en el periodismo.

— ¿Eres libre? —preguntó Michel.

—Tanto como puede serlo uno cuando es indispensable —respondió Lucien con falsa modestia.

Hacia medianoche, los invitados se sentaron a la mesa y dio comienzo la orgía. La conversación fue más libre en casa de Lucien que en la de Matifat, porque nadie sospechaba la divergencia existente entre los tres delegados del Cenáculo y los representantes de la prensa. Aquellos jóvenes talentos, tan depravados por la costumbre del pro y del contra, se enzarzaron en una discusión, lanzándose las más terribles sentencias de esa particular jurisprudencia que por entonces creaba el periodismo. Claude Vignon, que quería defender el carácter augusto de la crítica, se alzó contra la tendencia de los pequeños periódicos a los ataques personales, diciendo que con el tiempo los escritores llegarían a desacreditarse por sí solos. Lousteau, Merlin y Finot tomaron entonces abiertamente la defensa de este sistema, llamado en la jerga periodística «la filfa», sosteniendo que era como un punzón con el que se marca el talento.

—Cuantos resistan esta prueba serán hombres realmente fuertes —dijo Lousteau.

—Y además —exclamó Merlin—, en el momento de ovacionar a los grandes hombres, tiene que haber en torno a ellos, como había en torno a los triunfadores romanos, un concierto de injurias.

—Ya —dijo Lucien—. ¡Así todos los que sean objeto de nuestras burlas creerán que han triunfado!

—Cualquiera diría que lo dices por ti —exclamó Finot.

— ¡Y nuestros sonetos! —dijo Michel Chrestien—. ¿No se merecerían un triunfo como el de Petrarca?

—Algo tiene que ver el oro en todo esto —añadió Dauriat, cuya ocurrencia provocó una aclamación general.

—Faciamus experimentum in anima vili —respondió sonriendo Lucien.

— ¡Ah! ¡Pobres de aquéllos a quienes la prensa no discute y les arroja coronas desde un principio! Quedarán relegados como los santos en su hornacina, y nadie les hará el menor caso —dijo Vernou.

—Les dirá lo que le dijo Champcenetz al marqués de Genlis, que miraba a su mujer con ojos demasiado golosos: «Ande, buen hombre, que ya es suya» —dijo Blondet.

—En Francia el éxito es la muerte —observó Finot—. Somos demasiado envidiosos unos de otros para no querer olvidar y hacer olvidar los triunfos ajenos.

—En efecto, en literatura, es la contradicción lo que da vida —opinó Claude Vignon.

—Como en la naturaleza, donde la vida es el resultado de la lucha de dos principios —exclamó Fulgence—. El triunfo de uno de los dos equivale a la muerte.

—Como en la política —añadió Michel Chrestien.

—Como acabamos de demostrar —dijo Lousteau—. Dauriat venderá esta semana dos mil ejemplares del libro de Nathan. ¿Por qué? El libro atacado será bien defendido.

— ¿Cómo podría un artículo semejante —preguntó Merlin cogiendo las pruebas de su periódico del día siguiente— dejar de vender la edición entera?

—Léame el artículo —pidió Dauriat—. Soy siempre editor, incluso cuando ceno.

Merlin leyó el triunfal artículo de Lucien, que fue aplaudido por todos los presentes.

— ¿Podía haber sido escrito este artículo sin el primero? —preguntó Lousteau.

Dauriat se sacó del bolsillo las pruebas del tercer artículo y las leyó. Finot siguió atentamente la lectura de este artículo destinado al segundo número de su revista; y, en su calidad de redactor jefe, exageró su entusiasmo.

—Señores —proclamó—, si Bossuet viviera en nuestro siglo, no lo habría escrito mejor.

—Ya lo creo —añadió Merlin—. Bossuet, en nuestros días, habría sido periodista.

— ¡A la salud de Bossuet II! —exclamó Claude Vignon alzando su copa y saludando irónicamente a Lucien.

— ¡A mi Cristóbal Colón! —repuso Lucien proponiendo un brindis por Dauriat.

— ¡Bravo! —exclamó Nathan.

— ¿Es acaso un sobrenombre? —preguntó maliciosamente Merlin mirando a la vez a Finot y a Lucien.

—Si siguen así —dijo Dauriat—, nos será imposible seguirles, y estos señores —dijo señalando a Matifat y a Camusot— ya no les entenderán. La ironía y la broma son como el algodón, que si se hila demasiado fino se rompe, ha dicho Bonaparte.

—Señores —exclamó Lousteau—, somos testigos de un hecho grave, inconcebible, inaudito, verdaderamente sorprendente. ¿No admiran la rapidez con la que nuestro amigo ha pasado de provinciano a periodista?

—Era un periodista nato —replicó Dauriat.

—Hijos míos —dijo entonces Finot levantándose y sosteniendo una botella de champán en la mano—, todos nosotros hemos protegido y alentado los comienzos de nuestro anfitrión en la carrera en la que ha superado nuestras expectativas. En dos meses ha dado muestras de lo que es capaz con los magníficos artículos que conocemos: propongo bautizarle como un periodista auténtico.

—Una corona de rosas a fin de consagrar su doble victoria —exclamó Bixiou mirando a Coralie.

Coralie hizo una seña a Bérénice, que fue a buscar unas viejas flores artificiales en las cajas de cartón de la actriz. Tan pronto como la gruesa sirvienta trajo unas flores, se trenzó rápidamente una corona de rosas, que se ciñeron grotescamente los que se encontraban más ebrios. Finot, el sumo sacerdote, derramó unas gotas de champán sobre la bella cabeza rubia de Lucien mientras pronunciaba con divertida seriedad estas palabras sacramentales:

—En el nombre del Timbre, de la Caución y de la Multa, te bautizo periodista. ¡Que tus artículos te sean leves!

—Y pagados sin deducción de blancos —añadió Merlin.

En aquel momento, Lucien observó los semblantes tristes de Michel Chrestien, Joseph Bridau y Fulgence Ridal, que cogieron sus sombreros y salieron en medio de un coro de imprecaciones.

—Qué cristianos más extraños —dijo Merlin.

—Fulgence era un buen chico —repuso Lousteau—, pero ellos lo han pervertido con la moral.

— ¿Quiénes? —preguntó Claude Vignon.

—Unos jóvenes serios que se reúnen en un conventículo filosófico y religioso de la rue des Quatre-Vents, donde se preocupan por el sentido general de la Humanidad… —repuso Blondet.

— ¡Oh, oh, oh!

—… Allí se investiga si gira sobre sí misma —dijo Blondet— o si progresa. Estaban muy indecisos entre la línea recta y la línea curva; el triángulo bíblico les parecía un sinsentido y entonces se les apareció no sé qué profeta que se pronunció en favor de la espiral.

—Cuando un grupo de hombres se reúne puede inventar tonterías más peligrosas —exclamó Lucien, que quiso defender al Cenáculo.

—Para ti todas esas teorías son palabras huecas —dijo Félicien Vernou —, pero llega un día en que se transforman en auténticos disparos o en la guillotina.

—Están todavía investigando —añadió Bixiou— el pensamiento providencial del champán, el significado humanitario de los pantalones y la bestia que mueve el mundo. Tratan de recuperar a hombres olvidados, como

Vico, Saint-Simon, Fourier. Temo que acaben trastornando a mi pobre Joseph Bridau.

—Son la causa —terció Lousteau— de que Bianchon, mi paisano y compañero de colegio, me trate con frialdad…

— ¿Enseñan la gimnasia y la ortopedia de las mentes? —preguntó Merlin.

—Es posible —respondió Finot—, pues Bianchon participa de sus fantasías.

— ¡Bah! A pesar de todo —replicó Lousteau— será un gran médico.

— ¿No es acaso D'Arthez su cabeza visible —dijo Nathan—, un jovenzuelo que se nos comerá a todos?

— ¡Es un hombre de genio! —exclamó Lucien.

—Prefiero un vino de Jerez —dijo Claude Vignon sonriendo.

En aquel momento, todos comenzaron a explicar su manera de ser a quien tenían al lado. Cuando las personas inteligentes llegan al punto de tratar de explicar cómo son, desvelar la clave de su corazón, no cabe duda de que el vino se les ha subido a la cabeza. Una hora más tarde, todos los invitados eran los mejores amigos del mundo y se trataban de grandes hombres, de hombres poderosos, de personas destinadas a un gran futuro. Lucien, que, como anfitrión, conservaba aún cierta lucidez, oyó sofismas que le impresionaron y completaron la obra de su relajación moral.

—Muchachos —dijo Finot—, el partido liberal se ve obligado a reavivar su polémica, porque en el actual momento no encuentra qué decir contra el Gobierno, así que comprenderéis la incómoda situación en que se encuentra la oposición. ¿Quién de vosotros quiere escribir un panfleto para pedir el restablecimiento del derecho de primogenitura, a fin de calentar a la opinión pública contra los designios secretos de la corte? Será bien pagado.

—Yo —dijo Hector Merlin—, comparto tales opiniones.

—Tu partido diría que le comprometes —replicó Finot—. Félicien, encárgate tú del asunto, Dauriat lo editará y nosotros guardaremos el secreto.

— ¿Cuánto pagan? —preguntó Vernou.

— ¡Seiscientos francos! Lo firmarás: el conde C…

— ¡De acuerdo! —dijo Vernou.

— ¿Así que vais a utilizar el bulo hasta en la política? —preguntó Lousteau.

—Es el caso de Chabot llevado al terreno de las ideas —replicó Finot —. Se atribuyen determinadas intenciones al Gobierno y se moviliza contra él a la opinión pública.

—Nunca dejaré de asombrarme viendo a un gobierno dejar la dirección de las ideas a una panda de bribones como nosotros —dijo Claude Vignon.

—Si el Gobierno comete la tontería de entrar en liza, lo llevaremos a baqueta —dijo Finot—; si se pica, se envenena la cuestión y pierde el favor de las masas. El periódico nunca corre ningún riesgo allí donde el Poder puede perderlo todo.

—Francia está acabada hasta que no se ponga a la prensa fuera de la ley —repuso Claude Vignon—. Estáis ganando cada vez más terreno —dijo dirigiéndose a Finot—. Seréis como los jesuitas, excepto por la fe, la doctrina, la disciplina y la unión.

Todos volvieron a ocupar sus sitios en las mesas de juego. Las luces de la aurora pronto hicieron palidecer las velas.

—Tus amigos de la rue des Quatre-Vents estaban tristes como condenados a muerte —le dijo Coralie a su amante.

—Estaban de jueces —contestó el poeta.

—Los jueces son más divertidos —replicó Coralie.

Durante un mes, Lucien pasó todo su tiempo en cenas, comidas, almuerzos y veladas, viéndose arrastrado por una vorágine irresistible de distracciones y de trabajos fáciles. Dejó de pensar en el mañana. La capacidad de no perder de vista el objetivo en medio de las complicaciones de la vida es el sello de las voluntades tenaces que ni los poetas, las personas débiles o simplemente inteligentes pueden falsificar jamás. Como la mayoría de los periodistas, Lucien vivió al día, gastando su dinero a medida que lo ganaba, sin pensar en las cargas periódicas de la vida parisiense tan onerosas para tales bohemios. Su aspecto e indumentaria rivalizaban con los de los elegantes más célebres. Coralie, como todos los fanáticos, gustaba de engalanar a su ídolo; se arruinó por dar a su querido poeta ese equipo de los elegantes que él tanto había deseado durante su primer paseo por las Tullerías. Lucien tuvo, pues, bastones maravillosos, un precioso monóculo, gemelos de brillantes, alfileres para sus corbatas de mañana, sortijas de sello y chalecos espléndidos en número suficiente para combinar con los colores de su atuendo. Pronto fue considerado un dandy. El día que se dirigió a la velada del diplomático alemán, su metamorfosis provocó una especie de envidia disimulada entre los jóvenes que allí se encontraban y que estaban en el candelero en el reino de la fashion, tales como De Marsay, Vandenesse, Ajuda-Pinto, Maxime de Trailles, Rastignac, el duque de Maufrigneuse, Beaudenord, Manerville, etcétera. Los hombres de mundo son celosos entre sí, igual que las mujeres. La condesa de Montcornet y la marquesa de Espard, en cuyo honor se daba la cena, hicieron sentarse a Lucien entre ellas y le colmaron de coqueterías.

— ¿Por qué ha abandonado el gran mundo? —le preguntó la marquesa —. ¡Estaba tan dispuesto a recibirle con los brazos abiertos, a festejarle! ¡Tengo una queja contra usted!, me debía una visita y aún la espero. El otro día le vi en la Ópera, y no se dignó venir a verme ni a saludarme.

—Su prima, señora, me despidió de manera tan inequívoca…

—No conoce usted a las mujeres —repuso madame d’Espard interrumpiendo a Lucien—. Ha herido usted el corazón más angelical y el alma más noble que yo conozca. Ignora todo lo que Louise pensaba hacer por usted y con cuanta astucia preparaba su plan. ¡Oh! Ella lo habría conseguido —dijo ante una muda negativa de Lucien—. Su marido, que ahora ha muerto como había de morir, de una indigestión, ¿no iba a darle tarde o temprano su libertad? ¿Cree que habría querido ser madame Chardon? El título de condesa de Rubempré valía la pena ser conquistado. ¿Ve?, el amor es una gran vanidad que, sobre todo en el matrimonio, hay que hacer concordar con las demás vanidades. A mí misma, aunque le amara con locura, es decir, lo bastante como para casarme con usted, me sería muy duro llamarme madame Chardon. ¿No le parece? Ahora que conoce las dificultades de la vida en París, sabe cuántos rodeos son precisos para alcanzar el objetivo previsto; reconocerá usted que, para un desconocido sin fortuna, Louise aspiraba a un favor casi imposible, y por consiguiente no debía descuidar nada. Es usted una persona de mucho talento, pero cuando nosotras amamos tenemos mucho más que el hombre más inteligente. Mi prima quería servirse de ese ridículo Châtelet… Le debo a usted muy buenos ratos, pues sus artículos contra él me han hecho reír mucho —dijo interrumpiéndose.

Lucien no sabía ya qué pensar. Iniciado en las traiciones y perfidias del periodismo, ignoraba las del gran mundo; así pues, y pese a su perspicacia, tenía aún que recibir rudas lecciones en él.

—Pero ¿cómo es posible, señora —dijo el poeta, cuya curiosidad se vio vivamente despertada—, que no proteja ya a la Garza?

—En el gran mundo se está obligado a ser cortés hasta con los más acérrimos enemigos, a fingir que uno se divierte con los más aburridos, y a menudo se sacrifica en apariencia a los propios amigos con el fin de servirles mejor. Aún es usted bisoño. ¿Cómo, queriendo escribir, ignora los engaños corrientes de la sociedad? Si mi prima ha dado la impresión de que le sacrificaba a usted en favor de la Garza, ¿acaso no era preciso hacerlo para utilizar esta influencia en provecho suyo?, ya que nuestro hombre está muy bien visto por el actual Gobierno; por ello le hemos demostrado que hasta cierto punto sus ataques le eran de provecho a fin de poder reconciliarse los dos un día. Châtelet se ha visto recompensado por la persecución sufrida. Como les decía Des Lupeaulx a los ministros: mientras los periódicos ponen en ridículo a Châtelet, no se ocupan del Gobierno.

—Monsieur Blondet me dio esperanzas de que tendría el gusto de verle por mi casa —dijo la condesa de Montcornet, durante el tiempo que la marquesa dejó a Lucien con sus reflexiones—. Conocerá allí a algunos artistas, a escritores y a una mujer que tiene un gran interés en conocerle, mademoiselle des Touches, uno de esos raros talentos entre las personas de nuestro sexo y en cuya casa sin duda será recibido. Mademoiselle des Touches, Camille Maupin, si lo prefiere, tiene uno de los salones más notables de París, es asombrosamente rica, le han dicho que es usted tan apuesto como inteligente y se muere de ganas de conocerle.

Lucien no pudo sino deshacerse en agradecimientos y dirigió a Blondet una mirada de envidia. Entre una mujer del tipo y la clase de la condesa de Montcornet y Coralie existía la misma diferencia que entre Coralie y una buscona. Aquella condesa, joven, bonita e inteligente, tenía, como rasgo de belleza particular, la excesiva blancura de las mujeres del Norte; su madre era, de soltera, la princesa Scherbellof; por ello el diplomático, antes de la cena, le había prodigado sus más respetuosas atenciones. En aquel momento la marquesa acababa de mordisquear con aire desdeñoso un ala de pollo.

— ¡Mi pobre Louise! —dijo a Lucien—. ¡Le quería tanto! Me había confiado el espléndido futuro con el que soñaba para usted; habría soportado muchas cosas, pero ¡qué desprecio le hizo usted devolviéndole sus cartas! Perdonamos las ofensas, porque quien nos ofende nos sigue queriendo, ¡pero la indiferencia! La indiferencia es como el hielo de los polos, lo ahoga todo. Vamos, admítalo, ha perdido un tesoro por su culpa. ¿Por qué romper? Y aunque hubiera sido usted desdeñado, ¿no tiene que pensar en hacer fortuna y en recuperar su apellido? Louise pensaba en todo eso.

— ¿Y por qué no me dijo nada, entonces? —preguntó Lucien.

— ¡Ah, Dios mío! Fui yo quien le aconsejé que no le hiciera partícipe de sus planes. Mire, dicho sea entre nosotros, al verle tan poco hecho a la práctica del mundo, le temía; temía que su inexperiencia y su atolondramiento mandaran al traste todas sus expectativas y nuestros planes. ¿Se ve capaz ahora de acordarse de cómo era usted? Confiéselo. Estaría usted de acuerdo conmigo si viera hoy a su doble. Ya no se parecen en nada. Ese ha sido nuestro único error. Pero sólo se encuentra un hombre entre mil que reúna tanto talento y una capacidad de adaptación tan asombrosa. Nunca habría creído que fuese usted una excepción tan sorprendente. Su metamorfosis ha sido tan rápida, se ha habituado tan fácilmente a las maneras parisienses que no le reconocí hace un mes en el Bois de Boulogne.

Lucien escuchaba a esta gran dama con indecible placer: acompañaba sus halagadoras palabras de un tono tan convencido, tan ingenuo, tan pícaro, y parecía tan profundamente interesada en él, que se creyó frente a un prodigio semejante al de su primera noche en el Panorama-Dramatique. Desde aquella noche feliz, todo el mundo le sonreía, atribuía a su juventud el poder de un talismán, y quiso entonces poner a prueba a la marquesa, prometiéndose no dejarse sorprender.

— ¿Y cuáles eran, pues, señora, esos planes, que hoy no son más que quimeras?

—Louise quería conseguir del rey una real orden que le permitiera llevar el apellido y el título de Rubempré. Quería enterrar el Chardon. Este primer éxito, tan fácil de obtener entonces, y que ahora sus opiniones hacen poco menos que imposible, habría representado la fortuna para usted. Quizá tache estas ideas de visiones y futesas, pero conocemos un poco la vida y sabemos lo que vale un título de conde llevado por un elegante y encantador joven. Pruebe si no a anunciar aquí, delante de alguna joven inglesa millonaria o delante de alguna heredera: «monsieur Chardon», o «el señor conde de Rubempré», y verá la diferencia. Las reacciones serían muy distintas. Aunque estuviera endeudado, el conde encontraría los corazones abiertos, y su belleza se vería realzada como un diamante sobre una rica montura. Nadie, en cambio, haría caso a monsieur Chardon. No hemos sido nosotros quienes hemos creado estas ideas, pero las vemos reinar por doquier, incluso entre los burgueses. Da usted en estos momentos la espalda a la fortuna. Vea a ese apuesto joven, el vizconde Félix de Vandenesse, que es uno de los dos secretarios privados del rey. El soberano estima mucho a los jóvenes con talento, y él, cuando llegó de su provincia, no traía más equipaje que usted; es usted mil veces más inteligente que él; pero ¿pertenece a una gran familia?, ¿tiene un apellido? Conoce usted a Des Lupeaulx, su apellido se parece al suyo, se llama Chardin, pero no vendería ni por un millón su finca de los Des Lupeaulx, algún día será conde Des Lupeaulx y su nieto quizá llegue a ser un gran señor. Si se empeña en continuar por el camino equivocado que ha tomado, está perdido. ¡Fíjese cuánto más inteligente y sensato que usted es monsieur Émile Blondet!, está en un periódico que apoya al poder, está bien visto por todos los poderosos del momento, puede alternar sin peligro con los liberales; piensa con sentido; así tarde o temprano llegará alto, pues ha sabido elegir tanto sus opiniones como sus protectores. Esta linda dama que tiene a su lado es una Troisville, que cuenta con dos pares de Francia y dos diputados en su familia; ha hecho un matrimonio ventajoso gracias a su apellido; recibe mucho, y pondrá con su influencia a todo el mundo político al servicio de este señor Émile Blondet. ¿Adónde le llevará a usted una Coralie? A acabar completamente endeudado y hastiado de los placeres de aquí a unos pocos años. Desperdicia su amor y arruina su vida. Esto es lo que me decía el otro día en la Ópera la mujer a quien se divierte usted en zaherir. Al deplorar el derroche inútil que hace de su talento y de su hermosa juventud, no pensaba en ella, sino en usted.

— ¡Ah, señora, si dijera usted la verdad! —exclamó Lucien.

— ¿Qué interés podría tener yo en mentirle? —dijo la marquesa lanzando a Lucien una mirada altiva y fría que le devolvió a la nada.

Lucien, desconcertado, no reanudó la conversación, y la marquesa, ofendida, no le volvió a dirigir la palabra. Se sintió herido, pero reconoció que había cometido por su parte una torpeza y decidió subsanarla. Se volvió hacia madame de Montcornet y le habló de Blondet ponderando los méritos de este joven escritor. Fue bien acogido por la condesa, quien le invitó, a una indicación de madame d’Espard, a su próxima reunión, preguntándole si no vería con agrado a madame de Bargeton, la cual, a pesar de su luto, asistiría a ella; no se trataba de una fiesta de gala, sino de su habitual reunión entre amigos.

—La señora marquesa —dijo Lucien— afirma que toda la culpa fue mía, por lo que ¿no le corresponde a su prima ser buena conmigo?

—Cese los ataques ridículos de los que la hace objeto, y que además la comprometen enormemente con un hombre del que ella se mofa, y pronto habrán hecho las paces. Me han dicho que se ha creído usted engañado por ella, pero yo la he visto muy triste por su abandono. ¿Es cierto que dejó su provincia con usted y por usted?

Lucien miró a la condesa sonriendo, sin atreverse a responder.

— ¿Cómo puede desconfiar de una mujer que ha sido capaz de hacer semejantes sacrificios por usted? Y además, bella e inteligente como es, debería ser amada a pesar de todo. Madame de Bargeton le quería sobre todo por su talento. Créame, las mujeres gustan más de la inteligencia que de la belleza —dijo mirando con disimulo a Émile Blondet.

Lucien reconoció en el palacete del diplomático toda la diferencia que existe entre el gran mundo y el mundo bohemio en el que vivía desde hacía algún tiempo. No había comparación, ningún punto de contacto entre el fasto de uno y del otro. La altura y disposición de las estancias en esa casa, una de las más suntuosas del faubourg Saint-Germain, los dorados antiguos de los salones, la magnificencia de la decoración, la sobria riqueza de los adornos, todo era extraño y nuevo para él, pero se había acostumbrado ya rápidamente al lujo, y por ello no pareció sorprendido. No había en su actitud nada de fatua seguridad o complaciente servilismo. El poeta causó una buena impresión y gustó a quienes no tenían motivo alguno para serle hostiles, como era el caso de los jóvenes envidiosos de su repentina entrada en el gran mundo, de sus éxitos y de su belleza. Al levantarse de la mesa, ofreció el brazo a madame d’Espard, quien lo aceptó. Al ver a Lucien cortejado por la marquesa de Espard, Rastignac fue a recordarle su paisanaje y su primer encuentro en casa de madame du Val-Noble. El joven noble pareció querer estrechar amistad con el gran hombre de su provincia, invitándole a almorzar en su casa cualquier mañana de ésas y ofreciéndose a presentarle a los jóvenes de moda. Lucien aceptó la proposición.

—También estará nuestro querido amigo Blondet —le dijo Rastignac.

El diplomático se unió al grupo formado por el marqués de Ronquerolles, el duque de Rhétoré, De Marsay, el general Montriveau, Rastignac y Lucien.

—Muy bien —le dijo a Lucien con esa bonhomía alemana que disimulaba su temible astucia—; ha hecho las paces con madame d’Espard, que está encantada con usted, y todos nosotros sabemos —dijo mirando a los que le rodeaban— lo difícil que es de complacer.

—Sí, pero ella adora la inteligencia —dijo Rastignac—, y mi ilustre paisano tiene para dar y vender.

—No tardará en reconocer lo mal que está invirtiendo la suya —dijo vivamente Blondet—; entonces vendrá con nosotros y no tardará en ser uno de los nuestros.

Aquella frase desencadenó un coro de réplicas. Los hombres de cierta edad lanzaron algunas frases profundas en tono despótico, mientras que los jóvenes hicieron burla del partido liberal.

—Estoy seguro de que ha echado a cara o cruz —dijo Blondet— si se inclina por la derecha o por la izquierda, pero ahora elegirá.

Lucien se echó a reír recordando su escena en el Luxemburgo con Lousteau.

—Ha tomado por guía —prosiguió Blondet— a un tal Étienne Lousteau, un espadachín de un pequeño periódico que ve un franco en una columna y cuya política consiste en creer en la vuelta de Napoleón y, en lo que me parece aún más estúpido, en la gratitud y en el patriotismo de los señores de la izquierda. Como Rubempré que es, las simpatías de Lucien no pueden ser sino aristocráticas; como periodista, debe inclinarse a favor del poder; si no, no será nunca ni Rubempré ni secretario general.

Lucien, a quien el diplomático había propuesto jugar al whist, despertó la más viva sorpresa cuando confesó que no conocía el juego.

—Amigo mío —le dijo Rastignac al oído—, venga temprano a mi casa el día que quiera almorzar de penitencia y le enseñaré a jugar al whist; deshonra a nuestra real villa de Angulema, y sólo le citaré una frase de Talleyrand, quien decía que si no conoce ese juego le espera una vejez muy triste.

Anunciaron a Des Lupeaulx, un maître des requêtes que prestaba servicios secretos al Gobierno, hombre astuto y ambicioso que andaba metido en todo. Saludó a Lucien, con quien se había encontrado ya en casa de madame du Val-Noble, y ostentó un aire amigable destinado a engañarle. Al encontrar allí al joven periodista, aquel hombre que en política se hacía amigo de todo el mundo para no verse sorprendido por nadie, comprendió que Lucien iba a conseguir en el gran mundo tanto éxito como en la literatura. Reconoció en el poeta a un ambicioso, y se prodigó en muestras y declaraciones de amistad y de interés para hacerse pasar por un viejo amigo y engañar a Lucien sobre el verdadero valor de sus promesas y de sus palabras. Des Lupeaulx tenía por principio conocer bien a las personas en las que reconocía posibles rivales, para poder deshacerse más fácilmente de ellos. Lucien, por tanto, fue bien acogido por el gran mundo. Comprendió lo mucho que le debía al duque de Rhétoré, al diplomático, a madame d'Espard y a madame de Montcornet. Fue a hablar unos momentos con cada una de aquellas señoras antes de marcharse, y derrochó con ellas todos los encantos de su ingenio.

— ¡Qué fatuidad! —dijo Des Lupeaulx a la marquesa cuando Lucien les hubo dejado.

—Se estropeará antes de madurar —dijo De Marsay sonriendo a la marquesa—. Debe de tener usted razones ocultas para hacerle perder la cabeza así.

Lucien encontró a Coralie al fondo de su coche en el patio; había venido a esperarle; Lucien se sintió conmovido por esta atención y le contó la velada. Para su gran asombro, la actriz aprobó las nuevas ideas que ya comenzaban a rondar la cabeza de Lucien y le animó vivamente a enrolarse bajo la bandera gubernamental.

—Con los liberales sólo te buscarás problemas, pues son unos conspiradores, han matado al duque de Berry. ¿Derribarán al Gobierno? ¡Nunca! Estando con ellos no llegarás a nada, mientras que, con los otros, llegarás a ser conde de Rubempré. Puedes hacer favores, ser nombrado par de Francia, casarte con una mujer rica. Hazte ultra. Además, es más distinguido —añadió lanzando esta frase que para ella era la razón suprema —. La Val-Noble, en cuya casa he comido, me ha dicho que Théodore Gaillard va a fundar su pequeño periódico realista, llamado Le Réveil, para responder a los sarcasmos del vuestro y del Miroir. De creerle, monsieur de Villèle y su partido estarán en el Gobierno antes de un año. Trata de aprovecharte de este cambio uniéndote a ellos mientras no son aún nada; pero no le digas nada a Étienne ni a tus amigos, que serían capaces de jugarte una mala pasada.

Ocho días después, Lucien fue a la reunión en casa de madame de Montcornet, donde experimentó una violenta emoción al volver a ver a la mujer que tanto había amado y a la que había traspasado el corazón con sus chanzas. También Louise había experimentado un gran cambio. Se había convertido en aquella gran dama que habría sido de no haber vivido en provincias. La gracia y el estilo con que llevaba el luto dejaban adivinar una viuda feliz. Lucien pensó que era en parte la causa de aquella coquetería, y no se equivocaba; pero era como un ogro que hubiese probado la carne fresca y durante toda aquella velada permaneció indeciso entre la bella, enamorada y voluptuosa Coralie, y la seca, altiva y desdeñosa Louise. No se decidía a tomar partido, a sacrificar la actriz a la gran dama. Madame de Bargeton, que sentía renacer su amor por Lucien al verlo tan apuesto e ingenioso, esperó toda la tarde ese sacrificio. Pero no obstante sus palabras insinuantes y sus visajes coquetones, salió trasquilada, y abandonó el salón con un irrevocable deseo de venganza.

—Muy bien, mi querido Lucien —le dijo con una bondad llena de gracia parisiense y de nobleza—, habías de ser mi orgullo y me has convertido en tu primera víctima. Te he perdonado, niño mío, pensando que en esa venganza quedaba un poco de amor.

Con esta frase, dicha en un tono regio, madame de Bargeton reconquistaba su posición de otro tiempo, mientras que Lucien, que se creía cargado de mil razones, quedaba en falso. No se habló ni de la terrible carta de adiós con la que él había roto, ni de los motivos de la ruptura. Las mujeres del gran mundo tienen un maravilloso talento para minimizar sus errores, bromeando sobre ellos. Pueden y saben borrarlo todo con una sonrisa, con una pregunta que adopta un tono de sorpresa. No se acuerdan de nada, tienen una explicación para todo, se sorprenden, preguntan, comentan, exageran, discuten y terminan por eliminar sus errores igual que una pequeña mancha desaparece con un poco de jabón; sabíais que eran negras, y en un instante se vuelven blancas e inmaculadas. En cuanto a vosotros, podéis sentiros afortunados si no os descubrís culpables de algún crimen imperdonable. En un momento, Lucien y Louise sintieron renacer sus ilusiones comunes de otro tiempo y hablaban como dos viejos amigos; pero Lucien, ebrio de vanidad satisfecha, ebrio de Coralie, que, admitámoslo, le hacía la vida fácil, no fue capaz de responder con claridad a esta frase que Louise acompañó con un suspiro de duda: «¿Eres feliz?». Un «no» melancólico le habría sacado del paso. En cambio, creyó ser inteligente dando una explicación sobre Coralie; confesó que era amado por lo que era; en resumen, todas las sandeces del hombre enamorado. Madame de Bargeton se mordió los labios. No hubo nada más que decir. Madame d’Espard fue a sentarse al lado de su prima, acompañada por madame de Montcornet. Lucien se sintió, por así decir, el héroe del día: fue halagado, mimado, festejado por aquellas tres mujeres que le enredaron con consumada pericia. El éxito que obtuvo en ese gran mundo no fue menor que el conseguido en el periodismo. Labella mademoiselle des Touches, tan famosa bajo el nombre de Camille Maupin, y que madame d'Espard y madame de Bargeton presentaron a Lucien, le invitó a cenar uno de sus miércoles, y pareció impresionada por aquella belleza tan justamente famosa. Lucien trató de demostrar que era todavía más inteligente que apuesto. Mademoiselle des Touches testimonió su admiración con esa cándida jovialidad y ese bonito entusiasmo de amistad superficial que engaña a todos los que no conocen a fondo la vida parisiense, en la que la costumbre y la abundancia de placeres vuelve a uno tan ávido de novedades.

—Si le gustara tanto como ella me gusta a mí —dijo Lucien a Rastignac y a De Marsay—, abreviaríamos la novela…

—Son los dos bastante buenos escribiéndolas como para querer hacer una juntos —respondió Rastignac—. ¿Es posible amarse entre escritores? Siempre llega un momento en que se lanzan frases punzantes.

—No sería un mal partido —le dijo riendo De Marsay—. Es cierto que esa encantadora muchacha tiene treinta años, pero no lo es menos que cuenta con casi ochenta mil libras de renta. Es adorablemente caprichosa, y su belleza es de las que resisten al paso del tiempo. Coralie es una tontita, mi querido amigo, está muy bien para darse tono, porque todo buen mozo que se precie ha de tener una querida; pero si no hace una buena conquista en el gran mundo, la actriz a la larga le perjudicará. Vamos, amigo mío, ocupe la plaza de Conti, que ahora cantará con Camille Maupin. Siempre la poesía ha tenido prioridad sobre la música.

Cuando Lucien hubo oído a mademoiselle des Touches y a Conti, sus esperanzas se esfumaron.

—Conti canta demasiado bien —le dijo a Des Lupeaulx y volvió con madame de Bargeton, quien le llevó al salón donde se encontraba la marquesa de Espard.

—Entonces —preguntó madame de Bargeton a su prima—, ¿no quiere hacer algo por él?

—Pero antes monsieur Chardon —respondió la marquesa con un aire a la vez dulce e impertinente— debe situarse bien para permitir a sus protectores apoyarle. Si quiere obtener la real orden que le permita cambiar el plebeyo apellido de su padre por el de su madre, debe ser al menos de los nuestros.

—Antes de dos meses lo habré arreglado todo —dijo Lucien.

—Muy bien —añadió la marquesa—; veré a mi padre y a mi tío, que están al servicio del rey, para que le hablen de usted al canciller.

El diplomático y las dos damas habían intuido perfectamente el punto flaco de Lucien. Seducido por el prestigio aristocrático, el poeta sentía una mortificación indecible al oírse llamar Chardon, cuando en los salones no veía otra cosa que entrar personajes que llevaban apellidos sonoros engastados en títulos nobiliarios. Este dolor se repitió en todos los salones en que puso los pies durante aquellos días. Y cuando volvía a su trabajo, al día siguiente de haber estado en el gran mundo, donde hacía buen papel con el carruaje y los lacayos de Coralie, experimentaba, por otra parte, una sensación no menos desagradable. Aprendió a montar a caballo para poder galopar al lado de la portezuela de los coches de madame d’Espard, de mademoiselle des Touches y de la condesa de Montcornet, privilegio que tanto había envidiado a su llegada a París. Finot se sintió encantado de proporcionar a su mejor redactor un pase de favor para la Ópera, donde Lucien perdió muchas noches, pero pertenecía a partir de entonces al mundo especial de los elegantes de aquella época. Y aunque el poeta devolvió a Rastignac y a sus elegantes amigos un soberbio almuerzo, cometió el error de darlo en casa de Coralie, pues era demasiado joven, demasiado poeta y demasiado confiado para conocer determinados matices de comportamiento: una actriz, excelente muchacha, pero sin educación, ¿podía proporcionarle alguna enseñanza sobre la vida? El provinciano demostró de la manera más evidente a aquellos jóvenes tan mal dispuestos para con él todos los inconvenientes de aquella relación que cualquier joven envidia en secreto y censura en público. Aquella misma noche fue precisamente Rastignac quien hizo de ella el blanco de sus ocurrencias más crueles, a pesar de que se mantuviera en el gran mundo gracias a recursos tales, pero estando tan pendiente de guardar las apariencias que podía hacer pasar las calumnias por maledicencias. Lucien aprendió muy pronto a jugar al whist. El juego se convirtió en una pasión para él. Coralie, a fin de evitar cualquier rivalidad, en vez de desaprobarlo, favorecía su vida disipada con la típica ceguera de los sentimientos exclusivos, que no ven nunca más allá del presente y que lo sacrifican todo, incluso el futuro, al placer del momento. El verdadero amor tiene muchas cosas en común con la infancia: tiene su irreflexión, su imprudencia, su disipación, su risa y sus lágrimas.

Florecía en aquel entonces un tipo de jóvenes ricos o pobres, todos ociosos, llamados «vividores», y que, en efecto, vivían con increíble despreocupación, dedicados sobre todo a comer, y más aún a beber. Eran todos grandes manirrotos, se divertían en gastar bromas muy pesadas y vivían no loca, sino desenfrenadamente, sin retroceder ante nada y alardeando de sus fechorías, que no rebasaban en cualquier caso determinados límites; sus barrabasadas eran tan ingeniosas que era imposible no perdonárselas. No hay nada que demuestre más claramente la esclavitud a la que había condenado la Restauración a la juventud. No sabiendo en qué emplear sus energías, los jóvenes no sólo las invertían en el periodismo, en conspiraciones, en la literatura y en el arte, sino que las derrochaban también en los excesos más extraños, tan rica era la savia y tan lujuriantes los recursos de la joven Francia. Quien trabajaba quería el poder y el placer; quien se dedicaba al arte quería la riqueza, y el ocioso quería algo que encendiese sus pasiones; sea como fuese, esta juventud quería un lugar en la sociedad, y la política se lo negaba en todas partes. Casi todos los vividores poseían dotes extraordinarias; algunos las han echado a perder con esa vida enervante, pero otros han sabido conservarlas. Rastignac, el más célebre de estos vividores, el de más talento, ha acabado haciendo, gracias a De Marsay, una seria carrera en la que se ha distinguido. Las chuscadas de estos jóvenes se han hecho tan famosas que han inspirado varios vodeviles. Lucien, introducido por Blondet en aquel círculo de libertinos, fue uno de sus más brillantes adeptos junto con Bixiou, uno de los espíritus más malignos y el más incansable burlón de la época. Durante todo el invierno, la vida de Lucien fue, pues, un prolongado estado de ebriedad sólo interrumpido por los fáciles trabajos del periodismo; continuó con la serie de sus pequeños artículos, e hizo grandes esfuerzos por escribir ocasionalmente algún buen artículo de crítica concienzuda. Pero el estudio era una excepción y el poeta se dedicaba a él sólo obligado por la necesidad: las comidas, las cenas, las fiestas, las veladas mundanas y el juego ocupaban todo su tiempo, y Coralie absorbía el resto. Lucien se negaba a pensar en el mañana. Veía, por otra parte, que también sus presuntos amigos se comportaban de igual modo, y se mantenían gracias a lucrativos folletos de los editores y a las retribuciones por determinados artículos necesarios para apoyar operaciones arriesgadas, comiéndoselo todo y despreocupándose del porvenir. Una vez admitido en el mundo del periodismo y de la literatura en pie de igualdad, Lucien se dio cuenta de las enormes dificultades que tendría que vencer para poder ascender: si bien todos consentían en ser sus iguales, nadie le quería por encima de él. Así, poco a poco, terminó por renunciar a la gloria literaria, creyendo más fácil conseguir el éxito político.

—La intriga despierta menos pasiones contrarias que el talento, pues sus sordos manejos no llaman la atención de nadie —le dijo un día Châtelet, con quien Lucien se había reconciliado—. La intriga es, además, superior al talento: crea cualquier cosa de la nada, mientras que la mayor parte de las veces los inmensos recursos del talento no sirven más que para hacer al hombre desgraciado.

Haciendo esta vida en la que siempre el día siguiente pisaba los talones a la víspera en medio de una orgía y no encontraba nunca el trabajo prometido, Lucien persiguió su objetivo principal: era asiduo del gran mundo, cortejaba a madame de Bargeton, a la marquesa de Espard y a la condesa de Montcornet, sin faltar a ninguna de las veladas de mademoiselle des Touches; se presentaba en sociedad antes de una fiesta, o bien después de una cena dada por algún autor o editor; y dejaba los salones por una cena, fruto de cualquier apuesta; el gusto por la conversación parisiense y el juego le absorbían las escasas ideas y energías que le quedaban de sus excesos. El poeta perdió esa lucidez mental y esa frialdad indispensables para observar el mundo de su alrededor y para desplegar el exquisito tacto de que deben hacer gala los arribistas en todo momento; ya no conseguía reconocer los momentos en que madame de Bargeton buscaba una aproximación o se alejaba de él ofendida, le perdonaba o le condenaba de nuevo. Châtelet, viendo cuántas probabilidades de éxito le quedaban aún a su rival, se hizo amigo de Lucien para mantenerlo en la disipación en la que se consumían todas sus energías. Y Rastignac, celoso de su paisano, y que encontraba además en el barón un aliado más seguro y más útil que Lucien, abrazó la causa de Châtelet. Por ello, días después del encuentro del Petrarca y de la Laura de Angulema, Rastignac había reconciliado al poeta y al antiguo lechuguino del Imperio en medio de una magnífica cena en el Rocher de Cancale. Lucien, que había adquirido la costumbre de regresar a casa de madrugada y se levantaba a mediodía, era incapaz de resistirse a un amor estable y siempre a mano. De modo que la fuerza de su voluntad, constantemente debilitada por una pereza que lo hacía indiferente a las grandes resoluciones tomadas en los momentos en que veía su situación bajo su verdadera luz, se anuló por completo y no tardó en ser incapaz de reaccionar incluso ante las más fuertes presiones de la miseria. Tras haberse sentido muy feliz de ver a Lucien divirtiéndose, y animándole a seguir con ello, viendo en esta disipación una garantía para una unión duradera y los vínculos que con las necesidades le creaba, la dulce y tierna Coralie tuvo la valentía de recomendar a su amante que no olvidara el trabajo, y se vio en la obligación de decirle que durante el mes había ganado muy poco. Los amantes se endeudaron con terrible rapidez. Los últimos mil quinientos francos recibidos por Las margaritas y los primeros quinientos francos ganados por Lucien habían sido rápidamente dilapidados. En tres meses, sus artículos no le habían reportado al poeta más de mil francos, no obstante tener la impresión de haber trabajado como un negro. Pero en cuanto a las deudas, Lucien había adoptado la cómoda filosofía de los vividores. A los veinticinco años es excusable tener deudas, más tarde nadie las perdona. Es de notar que ciertos temperamentos en verdad poéticos, pero de flaca voluntad, ocupados en sentir para expresar sus sensaciones en imágenes, carecen esencialmente del sentido moral que debe acompañar a toda observación. Los poetas prefieren recibir ellos las impresiones a penetrar en las ajenas para estudiar el mecanismo de los sentimientos. Por ello Lucien no se preocupó de preguntar a los vividores qué fin tenían aquellos que desaparecían de la circulación, ni tampoco se daba cuenta de que aquellos presuntos amigos tenían todos un porvenir asegurado, uno una herencia, el otro esperanzas ciertas de tenerla, un tercero un talento reconocido o una confianza absoluta en su buena estrella y el propósito premeditado de infringir las leyes. Lucien creyó en su porvenir fiándose de estos profundos axiomas de Blondet: «Al final todo se arregla». «Nada pierde quien nada tiene.» «Nada tenemos que perder, salvo el golpe de fortuna que esperamos.» «Quien se deja llevar por la corriente llega siempre a alguna parte.» «Un hombre inteligente, que entra en el gran mundo, hace fortuna cuando quiere.»

Théodore Gaillard y Hector Merlin pasaron aquel invierno, colmado de tantas diversiones, buscando los capitales para fundar LeRéveil, cuyo primer número no apareció hasta marzo de 1822. El asunto era discutido en casa de madame du Val-Noble. Esta cortesana elegante e inteligente, que mientras enseñaba sus magníficas estancias decía: «¡He aquí las cuentas de Las mil y una noches!», ejercía cierta influencia sobre los banqueros, los grandes señores y los escritores del partido realista, acostumbrados todos a reunirse en su salón para tratar de determinados asuntos que sólo podían ser tratados allí. Hector Merlin, a quien había sido prometido el puesto de redactor jefe de Le Réveil, había de tener como brazo derecho a Lucien, que se había convertido en su amigo íntimo, y a quien se prometía también el feuilleton de un periódico gubernamental. Este cambio de frente en la posición de Lucien iba gestándose sordamente en medio de las diversiones de su vida. El muchacho se creía un gran político por disimular este golpe de efecto y contaba mucho con la largueza del Gobierno para sanear sus cuentas y disipar las secretas preocupaciones de Coralie. La actriz, siempre sonriente, disimulaba su inquietud; pero Bérénice, más atrevida, le hablaba de ello a Lucien. Como todos los poetas, el gran hombre en cierne se lamentaba momentáneamente por los desastres, prometía trabajar, olvidaba su promesa y ahogaba en francachelas esta preocupación pasajera. Los días en que Coralie veía ensombrecerse el semblante de su amante, regañaba a Bérénice y le decía a su poeta que todo se arreglaría. Madame d’Espard y madame de Bargeton esperaban la conversión de Lucien para mandar a Châtelet a ver al ministro con el fin de solicitar la tan ansiada real orden para el cambio de apellido. Lucien había prometido dedicar sus Margaritas a la marquesa de Espard, que parecía muy halagada por una distinción que tan rara se ha vuelto desde que los escritores se han transformado en un instrumento de poder. Cuando Lucien iba por la noche a casa de Dauriat para interesarse por su libro, el editor siempre encontraba alguna excelente razón para retrasar su publicación. Siempre había algún otro asunto que le absorbía todo el tiempo, o estaba a punto de aparecer un nuevo libro de Canalis y era mejor no indisponerse con él, o estaban ya en la imprenta las segundas Meditaciones de Lamartine y no debían de coincidir dos importantes obras de poesía. Además, el autor debía confiar en el criterio de su editor. Sin embargo, los apuros económicos de Lucien se habían vuelto tan acuciantes que tuvo que recurrir a Finot, el cual le hizo algunos adelantos a cuenta de sus artículos. Cuando por las noches el poeta-periodista explicaba durante la cena su situación a sus amigos vividores, éstos ahogaban sus escrúpulos con ríos de champán, enfriado con las chanzas. ¡Las deudas! ¡No hay hombre importante que no las tenga! Las deudas representan necesidades satisfechas, vicios exigentes. Un hombre no alcanza el éxito si no se ve oprimido por la férrea mano de la necesidad.

— ¡A los grandes hombres, el Monte de Piedad les está agradecido! — le gritó Blondet.

—Quererlo todo es deberlo todo —decía Bixiou.

—No, deberlo todo es haberlo tenido todo —replicaba Des Lupeaulx.

Sabían demostrarle los vividores a ese joven que sus deudas serían la espuela de oro con que acicatearía a los caballos enganchados al carro de su fortuna. ¡Y luego, como siempre, se sacaba a relucir el caso de César con sus cuarenta millones de deudas, y el de Federico II que recibía de su padre un ducado al mes, y siempre los célebres y corruptores ejemplos de los grandes hombres mostrados en sus vicios y no en la omnipotencia de su valor y de sus grandes ideas! Al final varios acreedores embargaron el coche, los caballos y el mobiliario de Coralie por unas sumas cuyo montante ascendía a los cuatro mil francos. Cuando Lucien recurrió a Lousteau para pedirle que le devolviera los mil francos prestados, Lousteau le enseñó papeles timbrados que acreditaban una situación en casa de Florine análoga a la de Coralie; pero Lousteau, agradecido, le propuso hacer las gestiones necesarias para encontrarle editor para su libro El arquero de Carlos IX.

— ¿Cómo ha llegado Florine a ese punto? —preguntó Lucien.

—El tal Matifat se ha asustado —respondió Lousteau—; le hemos perdido, pero, si Florine quiere, pagará cara su traición. Ya te lo contaré otro rato de éstos.

Tres días después de aquel paso inútil de Lucien yendo a casa de Lousteau, los dos amantes desayunaban tristemente al amor del fuego de su bonita alcoba; Bérénice les había hecho unos huevos al plato en la chimenea, porque la cocinera, el cochero y el resto de criados se habían despedido. Era imposible poder disponer del mobiliario embargado. Ya no quedaba en la casa ningún objeto de oro o plata, o de particular valor. En su lugar había otros tantos resguardos del Monte de Piedad, que formaban un pequeño volumen en octavo muy instructivo. Bérénice había conservado dos cubiertos. El pequeño periódico prestaba una inapreciable ayuda a Lucien y a Coralie al permitirles conservar el sastre, la modista y la costurera, que temblaban ante la sola idea de contrariar a un periodista que podía desacreditar sus negocios. Lousteau llegó durante el desayuno exclamando:

— ¡Hurra! ¡Viva El arquero de Carlos IX! He sacado cien francos revendiendo libros, amigos míos —dijo—, repartámonoslos.

Dio cincuenta francos a Coralie y mandó a Bérénice a por un sustancioso almuerzo.

—Ayer, Hector Merlin y yo cenamos con unos editores, y preparamos la venta de tu novela mediante hábiles insinuaciones. Estás en tratos con Dauriat, pero regatea, no quiere pagar más de cuatro mil francos por dos mil ejemplares, y tú quieres seis mil. Te hemos hecho dos veces más grande que Walter Scott. ¡Oh! ¡Llevas dentro novelas incomparables! No ofreces un libro, sino un negocio; no eres el autor de una novela más o menos ingeniosa, ¡serás una colección entera! Esta palabra, colección, ha causado efecto. Por tanto no olvides tu papel, tienes en cartera: La gran Mademoiselle o Francia bajo Luis XIV; Cotillon I o los primeros días de Luis XV; La reina y el cardenal o cuadro de París bajo la Fronda; Los hijos de Concini o una intriga de Richelieu. Estos títulos se anunciarán en la cubierta. Es lo que nosotros llamamos dar el pego con un éxito. Se destacan los títulos en la cubierta hasta que se hacen famosos, momento en que se llega a ser más grande por las obras aún no escritas que por las que en realidad se han escrito. ¡El «en prensa» se ha convertido en la hipoteca literaria! ¿Nos lo tomamos, pues, un poco a risa? Aquí tenéis champán. Como comprenderás, Lucien, nuestros hombres han puesto unos ojos como platos… A propósito, ¿tienes aún platos?

—Los han embargado —exclamó Coralie.

—Comprendo y prosigo —dijo Lousteau—. Los editores creerán en la existencia de todos tus originales en cuanto vean uno solo. En la edición se pide ver el original manuscrito, y se tiene la pretensión de leerlo. Dejemos a los editores su fatuidad: nunca leen los libros, pues de lo contrario no publicarían tantos. Hector y yo hemos dado a entender que por cinco mil francos les concederías tres mil ejemplares en dos ediciones. Dame el manuscrito de El arquero, pues pasado mañana comemos con los editores y se lo colocamos.

— ¿Quiénes son? —preguntó Lucien.

—Dos socios, dos buenos chicos, bastante decididos en los negocios, que se llaman Fendant y Cavalier. El primero trabajaba para la casa Vidal y Porchon como encargado, y el otro es el más hábil viajante del quai des Augustins, los dos establecidos por su cuenta desde hace un año. Después de haber perdido algún dinero publicando novelas traducidas del inglés, mis dos valientes quieren aventurarse con la novela autóctona. Corre el rumor de que estos dos comerciantes de papel emborronado no arriesgan sino capitales ajenos, pero supongo que a ti te importa muy poco saber de dónde sale el dinero que te vayan a pagar.

Dos días después, los dos periodistas estaban invitados a comer en la rue Serpente, en el antiguo barrio de Lucien, donde Lousteau seguía conservando su habitación de la rue de La Harpe; y Lucien, que pasó a recoger a su amigo, la encontró en el mismo estado que al entrar en ella por primera vez, la tarde de su presentación en el mundo literario, pero ya no se sorprendió: su educación le había iniciado en las vicisitudes de la vida de los periodistas, y se esperaba cualquier cosa. El gran hombre de provincias había recibido, se había jugado y perdido la remuneración de más de un artículo, perdiendo, además, las ganas de hacerlos; había escrito más de una columna siguiendo los procedimientos ingeniosos que le había enseñado Lousteau mientras bajaban por la rue de La Harpe hacia el Palais-Royal. Tras caer bajo la dependencia de Barbet y de Braulard, traficaba con libros y entradas de teatros; en fin, no retrocedía ya ante ningún elogio ni ante ningún ataque; en aquel momento incluso sentía una especie de alegría de poder sacarle a Lousteau todo el jugo posible antes de dar la espalda a los liberales, a quienes se proponía atacar tanto mejor cuanto que los había estudiado muy a fondo. Por su parte, Lousteau recibía, a costa de Lucien, una suma de quinientos francos en metálico que Fendant y Cavalier le pagarían en concepto de comisión por haber conseguido a este futuro Walter Scott a los dos editores en busca de un Scott francés.

La casa Fendant y Cavalier era una de esas casas editoriales fundadas sin ningún capital, como se fundaban tantas por aquel entonces, y como seguirán fundándose mientras los papeleros e impresores sigan fiando a los editores por el tiempo que se necesita para jugar seis o siete de esas manos de cartas llamadas publicaciones. Tanto entonces como ahora, se compraban las obras a los autores con letras de cambio a un vencimiento de seis, nueve y doce meses, y el pago dependía de cómo fueran las ventas, que eran liquidadas por los editores a un vencimiento más largo aún. Estos editores pagaban con la misma moneda a papeleros e impresores, los cuales tenían así durante un año en sus manos, gratis, toda una librería compuesta por una docena o una veintena de obras. Les bastaba con dos o tres éxitos para compensar pérdidas y conseguían mantenerse a flote sacando un libro tras otro. Pero si tropezaban con una serie de fracasos, o si la mala suerte quería que se encontraran con buenos libros que para venderse habían de esperar a ser degustados y apreciados por verdaderos lectores; si el descuento de sus efectos era excesivamente oneroso o sufrían pérdidas, se declaraban tranquilamente en quiebra, dado que estaban preparados de antemano para tal eventualidad. De ese modo, cualquier posibilidad les era favorable; se jugaban, en el tapete verde de la especulación, los fondos ajenos, y no los propios. Esta misma era la situación de Fendant y Cavalier. Cavalier había aportado su competencia profesional, a la que Fendant había sumado su oficio. El capital social era merecedor justamente de este nombre, porque consistía en algunos miles de francos, ahorros reunidos a duras penas por sus amantes, y de los cuales uno y otro detraían unos sueldos bastante considerables y muy escrupulosamente gastados en cenas ofrecidas a periodistas y autores, y en espectáculos, que era donde, según ellos, se hacían los verdaderos negocios. Estos medio pícaros pasaban los dos por listos, pero Fendant era más astuto que Cavalier. Cavalier, haciendo honor a su nombre, viajaba, y Fendant dirigía los negocios en París. Esta asociación fue lo que siempre será entre dos editores: un duelo. Los socios ocupaban la planta baja de una de esas viejas mansiones de la rue Serpente, donde el despacho de la casa se encontraba al final de unos vastos salones transformados en almacenes. Habían publicado ya numerosas novelas, como La torre del Norte, El mercader de Benarés, La fuente del sepulcro, Tekeli, las novelas de Galt, autor inglés que no tuvo éxito en Francia. El éxito de Walter Scott despertaba tanto la atención del mundo de la edición sobre los productos de Inglaterra que todos los editores, como verdaderos normandos, estaban interesados en la conquista de Inglaterra; iban allí en busca de Walter Scotts, así como más tarde habían de ir en busca de asfalto en los terrenos pedregosos, de bitumen en los pantanos y de la obtención de beneficios con proyectos de líneas de ferrocarriles. Una de las mayores estupideces del comercio parisiense consiste en querer encontrar el éxito en las cosas similares, cuando éste está justamente en lo contrario. Sobre todo en París el éxito mata al éxito. Así, bajo el título de Los Strelitz, o Rusia hace cien años, Fendant y Cavalier insertaban con osadía en grandes caracteres la leyenda: «al estilo de Walter Scott». Fendant y Cavalier tenían sed de éxito: un buen libro podía servirles para dar salida a los fondos que se apilaban en su almacén; y se habían arregostado ante la perspectiva de poder contar con artículos en la prensa, condición entonces indispensable para vender los libros, pues es muy raro que un libro se compre por su valor intrínseco y casi siempre se publica por razones ajenas a su mérito. Fendant y Cavalier veían en Lucien al periodista, y en su libro una mercancía que con las primeras ventas les ayudaría a hacer frente a los vencimientos de final de mes. Los periodistas encontraron a los socios en su despacho, con el contrato ya listo y las letras de cambio firmadas. Esta rapidez dejó maravillado a Lucien. Fendant era un hombrecillo delgado, con una fisonomía más bien siniestra: tenía el aspecto de un calmuco, frente estrecha y baja, nariz chata, boca fina, negros ojillos avispados, un rostro de facciones angulosas, tez áspera y una voz que sonaba de modo parecido a una campana agrietada; en resumen, todas las trazas de un pillo redomado; pero compensaba todas estas desventajas con la melosidad de sus palabras y lograba sus fines mediante la conversación. Cavalier, un muchacho rechoncho a quien se hubiera tomado más por un postillón de diligencia que por su editor, era rubicundo de pelo, tenía el rostro de un rojo vivo, el cuello grueso y la eterna labia del viajante de comercio.

—No habrá necesidad de discutir —dijo Fendant dirigiéndose a Lucien y a Lousteau—. He leído la obra, es muy literaria, y nos interesa tanto que ya he enviado el manuscrito a la imprenta. El contrato ha sido redactado de acuerdo con lo convenido; por lo demás, respetamos siempre las condiciones estipuladas. Nuestras letras son a seis, nueve y doce meses; podrá descontarlas fácilmente y nosotros le reembolsaremos el descuento. Nos hemos reservado el derecho a cambiar el título, pues no nos gusta El arquero de Carlos IX, ya que no despierta lo suficiente la curiosidad del lector. Hemos tenido varios reyes que se llamaban Carlos, ¡y arqueros había muchos en la Edad Media! ¡Si al menos fuese El soldado de Napoleón!; pero ¿El arquero de Carlos IX? Cavalier se vería obligado a dar un curso de historia de Francia para colocar cada ejemplar en provincias.

— ¡Si supiera usted la gente con la que tenemos que tratar! —exclamó Cavalier.

—La noche de San Bartolomé sería mejor —continuó Fendant.

—Catalina de Médicis, o Francia bajo Carlos IX se parecería más a un título de Walter Scott —añadió Cavalier.

—En fin, lo decidiremos una vez impresa la obra —añadió Fendant.

—Como quieran —dijo Lucien—, con tal de que el título me guste.

Después de haber leído el contrato, lo firmó, se quedó una copia y se metió en el bolsillo las letras con una satisfacción sin igual. Luego, los cuatro subieron a casa de Fendant, donde les esperaba un almuerzo de lo más vulgar: ostras, filetes, riñones al champán y queso Brie; pero estos manjares fueron regados por unos exquisitos vinos comprados por Cavalier, que conocía a un viajante que comerciaba en vinos. En el momento de sentarse a la mesa, apareció el impresor encargado de la novela, y que vino a dar una sorpresa a Lucien trayéndole las galeradas de las dos primeras páginas de su libro.

—Queremos darnos prisa —dijo Fendant a Lucien—, contamos con su libro y nos urge terriblemente conseguir un éxito.

El almuerzo, que comenzó hacia el mediodía, no acabó hasta las cinco.

— ¿Dónde podemos encontrar dinero? —preguntó Lucien a Lousteau.

—Vamos a ver a Barbet —dijo Étienne.

Los dos amigos bajaron, un tanto acalorados y achispados, hacia el quai des Augustins.

—Coralie se ha quedado de una pieza al saber que Florine está arruinada; Florine no se lo dijo hasta ayer, te echa toda la culpa a ti, y estaba tan enojada que parecía dispuesta a dejarte —dijo Lucien a Lousteau.

—Es cierto —contestó Lousteau, que dejó de lado su habitual reserva y se confió a Lucien—. Amigo mío, porque tú eres mi amigo, tú, Lucien, que me prestaste mil francos y hasta ahora sólo me los has pedido una vez. Desconfía del juego. Si no jugara, sería un hombre feliz. Le debo dinero a medio mundo. En este momento tengo a los agentes ejecutivos pisándome los talones. Cuando aparezco por el Palais-Royal me veo obligado a doblar cabos peligrosos.

En la jerga de los vividores, doblar un cabo en París significa dar un rodeo, sea para no pasar por delante de un acreedor, sea por tener que evitar el sitio donde uno podría encontrarse con él. Lucien, que no iba indiferentemente por todas las calles, conocía la maniobra sin conocer su nombre.

—Así pues, ¿debes mucho?

— ¡Una miseria! —repuso Lousteau—. Mil escudos me salvarían. He querido sentar cabeza, no jugar más, y para salir a flote he hecho un poco de chantaje.

— ¿Qué es el chantaje? —preguntó Lucien, para quien la palabra era desconocida.

—El chantaje es un invento de la prensa inglesa, recién importado en Francia. Los chantajistas son gente que están en condiciones de poder disponer de la prensa. El director de un periódico y el redactor jefe no pueden ser nunca sospechosos de estar mezclados en el chantaje. Para ello están los Giroudeau y los Philippe Bridau de turno. Estos bravi van a ver a un hombre que tiene buenas razones para no querer que nadie se ocupe de él. Hay mucha gente sobre cuya conciencia pesa algún pecadillo más o menos original. En París son muchas las fortunas sospechosas, logradas de modo más o menos legal, a menudo recurriendo a métodos criminales y que proporcionarían materia para muchas anécdotas deliciosas, como esos gendarmes de Fouché cercando a los soplones del prefecto de policía, los cuales, como no estaban en el secreto de la fabricación de los billetes falsos del banco inglés, iban a prender a los impresores clandestinos protegidos por el ministro; y luego la historia de los diamantes del príncipe Galathione, el caso Maubreuil, la herencia Pombreton, etcétera. El chantajista consigue alguna prueba incriminatoria, un documento importante, y le pide una cita al hombre que se ha enriquecido. Si la persona comprometida no desembolsa determinada cantidad, el chantajista le indica el diario preparado para atacarle y desvelar sus secretos. El rico se asusta y suelta el dinero. El asunto queda zanjado. Supongamos que te dedicas a alguna operación peligrosa, que puede fracasar por unos artículos publicados en la prensa: te envían a un chantajista que te propone la compra de dichos artículos. Hay ministros a quienes se ha mandado chantajistas y que llegan a un acuerdo con ellos para que el periódico ataque su labor política pero no a su persona, o bien que sacrifican su persona y piden benevolencia con su amante. Des Lupeaulx, ese encantador maître des requêtes que ya conoces, anda permanentemente metido en este tipo de negociaciones con los periodistas. El muy canalla se ha labrado una posición magnífica dentro del poder gracias a sus relaciones: es a la vez el mandatario de la prensa y el intermediario de los ministros, chalanea con el amor propio ajeno y extiende ese tráfico incluso a los asuntos políticos; consigue el silencio de la prensa a cambio de un préstamo o una concesión que se le da sin mediar competencia ni concurso público, parte de la cual va a parar a los buitres de la banca liberal. Tú mismo has hecho un poco de chantaje con Dauriat, quien te dio mil escudos para impedirte que desprestigiaras a Nathan. En el siglo dieciocho, cuando el periodismo estaba en mantillas, el chantaje se hacía por medio de panfletos, que compraban y destruían las favoritas y los grandes señores. El inventor del chantaje fue el Aretino, un gran italiano, que imponía reyes igual que un determinado periódico impone en nuestros días a los actores.

— ¿Qué se te ocurrió hacerle a Matifat para sacarle mil escudos?

—Hice atacar a Florine en seis periódicos, y Florine se quejó a Matifat. Entonces éste le pidió a Braulard que se enterara del motivo de tales ataques. Y Finot, para quien yo hacía de chantajista, le enredó contándole al droguero que tú atacabas a Florine en interés de Coralie. Giroudeau fue a decirle confidencialmente a Matifat que todo se arreglaría si estaba dispuesto a vender su sexta parte de la propiedad de la revista de Finot por diez mil francos. Si la cosa salía bien, Finot me daba mil escudos. Matifat estaba dispuesto a cerrar el trato, feliz por recuperar al menos diez mil francos de los treinta mil de esa inversión que ahora le parecía arriesgada, porque desde hacía unos días Florine no paraba de decirle que la revista de Finot no marchaba. En vez de recibir un dividendo había que hacer una nueva aportación de capital. Antes de cerrar el ejercicio, el director del Panorama-Dramatique tenía que negociar unos efectos de colusión y, para que Matifat se los descontara, le previno de la jugada que le preparaba Finot. Matifat, astuto comerciante como es, ha dejado a Florine, se ha guardado su sexta parte y ahora sabe lo que pretendemos. Finot y yo gritamos de desesperación. Hemos tenido la desgracia de atacar a un hombre a quien su amante le importa un rábano, un miserable sin alma ni corazón. Por desgracia, la prensa no puede hacer nada contra el tipo de comercio de Matifat, por ese lado es inatacable. No se puede criticar a un droguero de la misma forma que se critican los sombreros, los artículos de moda, los teatros o los negocios del mundo del arte. No se puede despreciar el cacao, la pimienta, las pinturas, los tintes y el opio. Florine está al borde de la desesperación, el Panorama cierra mañana y no sabe qué va a ser de ella.

—En vista de que el teatro está por cerrar, Coralie debutará dentro de unos días en el Gymnase —dijo Lucien—; podrá serle de ayuda a Florine.

— ¡Eso nunca! —dijo Lousteau—. ¡Aunque Coralie no sea un lince, no es tan tonta como para ayudar a una rival! ¡Nuestra situación ha empeorado terriblemente! Pero Finot está tan ansioso por recuperar su sexta parte…

— ¿Y por qué?

—Es un negocio excelente, amigo mío. Existe la posibilidad de vender el diario por trescientos mil francos. En tal caso Finot tendría una tercera parte, más una comisión que le pagarían sus socios y que él se repartiría con Des Lupeaulx. Por ello voy a proponerle un chantaje.

—Pero ¿el chantaje es la bolsa o la vida?

—Mucho mejor —dijo Lousteau—. Es la bolsa o el honor. Anteayer un pequeño periódico, a cuyo propietario le habían negado un crédito, publicó que el reloj de repetición engastado de diamantes perteneciente a una de las notabilidades de la capital estaba sorprendentemente en manos de un soldado de la Guardia Real, y prometía contar dicha historia, digna de Las mil y una noches. El notable se apresuró a invitar a cenar al redactor jefe. Es indudable que el redactor jefe algo ha ganado, pero la historia contemporánea se ha perdido la anécdota del reloj. Cada vez que veas que la prensa se ensaña con algún poderoso, piensa que detrás hay un descuento que se niega o un favor que no se ha querido hacer. Este chantaje sobre la vida privada es el más temido por los ricos ingleses, y tiene un peso importante en la cuenta de ingresos opacos de la prensa británica, infinitamente más depravada que la nuestra. ¡Nosotros somos unos angelitos en comparación! En Inglaterra una carta comprometedora se compra por cinco o seis mil francos para luego revenderla.

— ¿Y en qué has pensado para echarle el guante a Matifat? —le preguntó Lucien.

—Amigo mío —prosiguió Lousteau—, ese vil tendero le ha escrito las más curiosas cartas a Florine: ortografía, estilo, pensamientos, todo es de una comicidad increíble. Matifat le teme mucho a su mujer, y nosotros podemos, sin nombrarle, sin que pueda defenderse, golpearle en pleno seno de sus lares y penates, donde se cree seguro. Imagínate su furia cuando vea la primera entrega de una novela de costumbres, titulada Los amores de un droguero, después de haber sido lealmente puesto sobre aviso de la casualidad que pone en manos de los redactores de un determinado periódico unas cartas en las que se habla del pequeño Cupido, en las que escribe «gamás» en vez de «jamás», y dice que Florine le ayuda a atravesar el desierto de la vida, lo cual cabría interpretarlo como que la toma por un camello. En resumen, hay materia para que los suscriptores se mueran de risa durante quince días con esta correspondencia absolutamente grotesca. Le meteremos el miedo en el cuerpo con una carta anónima mediante la cual pondríamos a su mujer al corriente de toda la chanza. Pero ¿querrá hacer ver Florine que persigue a Matifat? Aún le quedan principios, es decir, esperanzas. Así que tal vez se guarde las cartas para ella y quiera conseguir una parte. Es muy astuta, discípula mía. Pero cuando sepa que con los agentes ejecutivos no se gastan bromas, y Finot le haya hecho un regalo apropiado o dado esperanzas de un contrato, me entregará las cartas, que yo le haré llegar a Finot a cambio de unos buenos escudos. Finot le entregará la correspondencia a su tío, y Giroudeau hará capitular al droguero.

Esta confidencia hizo desengañarse por completo a Lucien; lo primero que pensó fue que tenía unos amigos extremadamente peligrosos; luego, que no le convenía indisponerse con ellos, por si podía tener necesidad de su terrible influencia en caso de que madame d’Espard, madame de Bargeton y Châtelet faltarán a su palabra. Pero Étienne y Lucien habían llegado ya al muelle, ante la miserable tienda de Barbet.

—Barbet —dijo Étienne al librero—, tenemos cinco mil francos de Fendant y Cavalier a seis, nueve y doce meses; ¿quiere descontarnos sus letras?

—Me las quedo por mil escudos —dijo Barbet con una calma imperturbable.

— ¡Mil escudos! —exclamó Lucien.

—Nadie le dará tanto —prosiguió el librero—. Estos señores quebrarán antes de tres meses; pero yo sé que tienen dos obras suyas cuya venta es dura, y como no pueden esperar, se las compraré pagándoles con sus efectos: de este modo tendré dos mil francos de descuento sobre el precio de la mercancía.

— ¿Quieres perder dos mil francos? —le dijo Étienne a Lucien.

— ¡No! —exclamó Lucien asustado por el resultado de este primer negocio.

—Haces mal —dijo Étienne.

—Nadie querrá negociar estas letras —dijo Barbet—. El libro del señor es la última baza de Fendant y Cavalier, que no pueden publicarlo si no es dejando los ejemplares en depósito en casa de su impresor, y un éxito sólo les salvará por seis meses, ¡porque tarde o temprano se irán a pique! ¡Ésos se toman más copas que libros venden! Para mí sus letras suponen un negocio y usted podría obtener una ganancia mayor que la que conseguiría con los banqueros de descuento que se preguntarán lo que vale cada firma. El comercio del banquero de descuento consiste en saber si tres firmas valdrán cada una el treinta por ciento de su valor en caso de quiebra. Para empezar, no ofrecen ustedes más que dos firmas, y ninguna de ellas vale el diez por ciento.

Los dos amigos se miraron sorprendidos al oír salir de boca de aquel patán un análisis que resumía en pocas palabras toda la esencia del negocio del descuento.

—Dejémonos de cháchara, Barbet —dijo Lousteau—. ¿A qué banquero de descuento podemos ir?

—Al viejo Chaboisseau, en el quai Saint-Michel, que, ya saben, ha ayudado a llegar a fin de mes a Fendant. Si no aceptan mi propuesta, vayan a verle a él, pero volverán a mí, y entonces no les daré más que dos mil quinientos francos.

Étienne y Lucien se fueron hacia el quai Saint-Michel y entraron en una casita con corredor donde vivía el tal Chaboisseau, uno de los banqueros de descuento del mundo del libro, y le encontraron en la segunda planta, en un piso amueblado del modo más original. Este banquero de categoría inferior que, no obstante, era millonario, era un apasionado del estilo griego. La cornisa de la habitación era una greca. Drapeada con una tela color púrpura y dispuesta a la griega a lo largo de la pared, como el fondo de un cuadro de David, la cama, de líneas muy puras, databa de tiempos del Imperio, cuando todo se fabricaba en ese estilo. Los sillones, las mesas, las lámparas, los candelabros y hasta los menores accesorios, escogidos sin duda pacientemente en las mueblerías, respiraban la gracia fina y frágil, pero elegante, de la Antigüedad. Este estilo mitológico y ligero creaba un extraño contraste con las costumbres del banquero de descuento. Hay que observar que los hombres más fantasiosos se encuentran entre quienes se dedican al mundo del dinero. Estas personas son, en cierto sentido, los libertinos del pensamiento. Pudiendo tenerlo todo, no conocen por ello sino el aburrimiento y buscan por todos los medios salir de su apatía. Un observador perspicaz reconoce siempre en ellos una manía, un resquicio en su corazón por el que son accesibles. Chaboisseau parecía atrincherado en la Antigüedad como en una plaza inexpugnable.

—Es ciertamente digno de su rótulo —dijo con una sonrisa Étienne a Lucien.

Chaboisseau, un hombrecillo de cabello empolvado, con una levita verdusca, chaleco color avellana, adornado con un calzón negro que terminaba en unas medias de mezclilla y unos zapatos que gemían al andar, tomó las letras, las examinó y acto seguido se las devolvió a Lucien con aire serio.

—Los señores Fendant y Cavalier son encantadoras, unos jóvenes muy inteligentes, pero ahora estoy sin dinero —dijo con voz suave.

—Mi amigo se avendrá al descuento —replicó Étienne.

—No me quedaría con estas letras a ningún precio —dijo el hombrecillo con un tono cortante que cayó sobre la propuesta de Lousteau como la cuchilla de la guillotina sobre el cuello de un hombre.

Los dos amigos se retiraron; al atravesar la antesala, hasta donde prudentemente les acompañó Chaboisseau, Lucien vio un montón de libros que el banquero, antiguo librero, había comprado, y entre los que destacó de repente a los ojos del novelista la obra del arquitecto Du Cerceau sobre las mansiones reales y los célebres châteaux de Francia, que reproducen los planos con gran exactitud.

— ¿Me vendería esta obra? —preguntó Lucien.

—Sí —repuso Chaboisseau, que de banquero se convirtió en librero.

— ¿A qué precio?

—Cincuenta francos.

—Es caro, pero la necesito; pero no tengo para pagarle más que las letras que no quiere usted.

—Tiene una letra de quinientos francos a seis meses, me quedaré con ella —dijo Chaboisseau, que sin duda debía a Fendant y Cavalier la liquidación de alguna factura por una suma equivalente.

Los dos amigos volvieron a entrar en la habitación decorada en estilo griego, donde Chaboisseau extendió una pequeña factura al seis por ciento de interés y al seis por ciento de comisión, obteniendo así una deducción de treinta francos que sumó a los cincuenta francos del precio del libro de Du Cerceau, y sacó de su caja, llena de relucientes escudos, cuatrocientos veinte francos.

—Vaya, monsieur Chaboisseau, las letras o son todas buenas o son todas malas, ¿por qué no nos descuenta también las otras?

—Yo no descuento, me limito a cobrar una venta —dijo el buen hombre.

Étienne y Lucien se reían aún de Chaboisseau sin haberle entendido, cuando llegaron a casa de Dauriat, donde Lousteau le rogó a Gabusson que le diera la dirección de un banquero de descuento. Los dos amigos tomaron un cabriolé de alquiler y se dirigieron al bulevar Poissonnière provistos de una carta de recomendación proporcionada por Gabusson, anunciándoles el más extraño y sorprendente «fulano», en expresión suya.

—Si Samanon no acepta sus letras —había dicho Gabusson—, no las querrá nadie.

Librero de lance en la planta baja, prendero en el primer piso, vendedor de grabados prohibidos en el segundo, Samanon, era además prestamista a cambio de empeños. Ninguno de los personajes de las novelas de Hoffmann, ninguno de los siniestros avaros de Walter Scott, puede ser comparado con lo que la naturaleza social parisiense se había permitido crear en este hombre, si es que Samanon era un hombre; Lucien no pudo reprimir un gesto de espanto ante el aspecto de aquel viejecillo seco, cuyos huesos parecían querer atravesar su pellejo perfectamente curtido, moteado de numerosas manchas verdes o amarillas, como un cuadro de Tiziano o del Veronés visto de cerca. Samanon tenía un ojo inmóvil y apagado, el otro vivo y reluciente. El avaro, que parecía se sirviera de este ojo muerto para descontar y del otro para vender sus grabados obscenos, llevaba una peluquilla de cabellos lisos cuyo negro tiraba a rojo y bajo la cual asomaban unas greñas blancas; su frente amarillenta tenía un aspecto amenazante, las mejillas estaban profundamente hundidas por la mandíbula prominente, y los dientes aún blancos parecían salir de entre sus labios como los de un caballo que bosteza. El contraste de sus ojos y la mueca de esta boca le daba un aspecto un tanto feroz. Los pelos de la barba, duros e hirsutos, debían de pinchar como alfileres. Una corta levita raída llegada al estado de la yesca, y una corbata negra desteñida, desgastada por el roce de la barba y que dejaba al descubierto un cuello arrugado como el de un pavo, revelaban el escaso interés por mejorar su siniestro aspecto por medio de la vestimenta. Los dos periodistas encontraron a este hombre sentado ante un escritorio horriblemente sucio, ocupado en pegar etiquetas en el dorso de unos libros viejos comprados en una subasta. Tras haber intercambiado una mirada mediante la cual se comunicaron las mil preguntas que la existencia de un personaje tal despertaba, Lucien y Lousteau le saludaron presentándole la carta de Gabusson y las letras de Fendant y Cavalier. Mientras Samanon leía, entró en aquella oscura tienda un hombre de gran inteligencia, ataviado con una corta levita que parecía cortada sobre una chapa de cinc, a tal punto parecía estar solidificada con la aleación de mil sustancias extrañas.

—Necesito mi levita, mi pantalón negro y mi chaleco de raso —le dijo a Samanon al tiempo que le presentaba una boleta numerada.

En cuanto Samanon tiró del pomo de cobre de una campanilla, apareció una mujer que tenía el colorido fresco de una normanda.

—Presta al señor su ropa —dijo dando la mano al escritor—. Es un placer trabajar con usted, ¡pero uno de sus amigos me ha mandado a un jovencito que me la ha jugado bien!

— ¡Jugársela a él! —dijo el artista a los dos periodistas señalando a Samanon con un gesto sumamente cómico.

Este gran hombre dio, como hacen los lazzaroni para recuperar por un día sus trajes de fiesta en el Monte di Pietà, treinta sueldos, que la mano amarilla y agrietada del usurero tomó e hizo caer dentro de la caja de su escritorio.

— ¿Qué te trae por aquí? —preguntó Lousteau a aquel gran artista víctima del opio, y que se pasaba el tiempo inmerso en sus visiones de palacios encantados y no quería o no podía crear nada.

—Este hombre paga mucho más que el Monte de Piedad por los objetos que se empeñan, y además tiene la increíble generosidad de dejarte recuperar tus ropas si tienes necesidad de ellas para alguna ocasión mundana —repuso—. Esta noche voy a cenar a casa de los Keller con mi amante. Para mí es más fácil tener treinta sueldos que doscientos francos, así que vengo a retirar mi guardarropa, que al cabo de seis meses de estar aquí ha proporcionado cien francos a este caritativo usurero. Samanon se ha quedado con toda mi biblioteca, libro tras libro.

—Y sueldo tras sueldo —dijo Lousteau entre risas.

—Le daré mil quinientos francos —dijo Samanon a Lucien.

Lucien dio un brinco como si el banquero de descuento le hubiera hundido un hierro candente en el corazón. Samanon miraba las letras con atención examinando las fechas.

—Pero antes tendré que pedirle a Fendant que me deje en depósito unos libros como garantía —dijo el avaro—. No vale usted mucho —añadió dirigiéndose a Lucien—; vive con Coralie y sus muebles están embargados.

Lousteau miró a Lucien, quien cogió de nuevo las letras y se precipitó fuera de la tienda hacia el bulevar diciendo:

—Pero ¿quién es este hombre, el diablo?

El poeta contempló durante algunos instantes aquella tienducha. Era tan miserable, con aquellas sucias cajitas llenas de libros etiquetados, que cuantos pasaban por delante de ella no podían dejar de sonreír preguntándose: «¿Qué venderán aquí?».

Al cabo de unos pocos instantes también el alto desconocido, que diez años después había de participar en la empresa grandiosa pero sin fundamento de los saintsimonianos, salió muy bien vestido, sonrió a los dos periodistas y se dirigió con ellos hacia el pasaje de los Panoramas, para completar allí su atavío haciéndose lustrar las botas.

—Cuando se ve entrar a Samanon en el establecimiento de algún librero, un fabricante de papel o un impresor, quiere decir que están perdidos —dijo el artista a los dos escritores—. Samanon es como uno de la funeraria que viene a tomar las medidas del ataúd.

—No encontrarás ya a nadie que te descuente tus letras —dijo Étienne a Lucien.

— ¡Cuando Samanon las rechaza —dijo el desconocido—, ya nadie las acepta, pues es la última ratio! Es uno de los buitres de Gigonnet, De Palma, Werbrust, Gobseck y otros chacales que merodean por la plaza de París y con los que tarde o temprano acaba encontrándose todo hombre que tiene que hacer o deshacer una fortuna.

—Si no puedes descontar tus letras al cincuenta por ciento —prosiguió Étienne—, no te queda más remedio que cambiarlas por escudos.

— ¿Y cómo?

—Dáselas a Coralie, se las hará cambiar a Camusot. ¿Qué?, ¿te repugna? —añadió Lousteau, a quien Lucien detuvo dando un brinco—. ¡Qué chiquillada! ¿Es que quieres arriesgar tu porvenir por semejante tontería?

—Siempre me queda la posibilidad de llevarle este dinero a Coralie —dijo Lucien.

— ¡Una tontería más! —exclamó Lousteau—. Estos cuatrocientos francos no te servirán de nada si necesitas cuatro mil. ¡Guarda algo para emborracharnos si perdemos, y juégate el resto!

—Es un buen consejo —dijo el alto desconocido.

A cuatro pasos del Frascati, aquellas palabras tuvieron un efecto magnético. Los dos amigos despidieron al cabriolé y subieron a la sala de juego. Ganaron de entrada tres mil francos, luego volvieron a quinientos para subir de nuevo a tres mil setecientos francos; tras quedarse nada más que con cien sueldos, volvieron a ganar dos mil francos y los arriesgaron a pares para doblarlos de una sola jugada. Pares era ya la quinta vez seguida que no salía, por lo que colocaron en su casilla toda la suma. Salió de nuevo impares. Lucien y Lousteau bajaron precipitadamente la escalera de aquella célebre sala donde habían pasado dos horas presos de extenuantes emociones. Se habían guardado cien francos. Al llegar a los escalones del pequeño peristilo formado por dos columnas que sustentaban en el exterior una pequeña marquesina de cinc que más de unos ojos habían contemplado con amor o desesperación, Lousteau dijo viendo la encendida mirada de Lucien:

—Arriesguemos otros cincuenta francos.

Subieron de nuevo. En una hora llegaron a los mil escudos, los apostaron al rojo que había salido cinco veces seguidas, confiando en el azar que antes les había hecho perder. Salió negro. Eran las seis.

—Arriesguemos otros veinticinco francos —dijo Lucien.

Pero esta nueva tentativa duró poco; al cabo de diez apuestas lo habían perdido todo. Lucien lanzó rabiosamente sus últimos veinticinco francos sobre la cifra de los años que tenía y ganó: imposible describir el temblor que agitaba su mano al coger la raqueta para retirar los escudos que el crupier le iba entregando uno a uno. Dio diez luises a Lousteau, al tiempo que le decía:

—Corre enseguida a Véry.

Lousteau comprendió lo que Lucien quería decirle y se fue a encargar la cena. Lucien, que se había quedado solo jugando, puso sus treinta luises al rojo y ganó. Enardecido por la voz secreta que oyen a veces los jugadores, lo apostó todo al rojo y ganó de nuevo; sus entrañas eran un verdadero brasero, pero ya no escuchó la voz, apostó los ciento veinte luises al negro y perdió. Sintió entonces en él la deliciosa sensación de alivio de todos los jugadores al sentirse liberados de la fiebre del juego, cuando no teniendo ya nada más que arriesgar abandonan el ardiente palacio donde materializan sus fugaces sueños. Se reunió con Lousteau en Véry, donde, como diría La Fontaine, comió a dos carrillos y ahogó sus penas en vino. A las nueve, estaba tan ebrio que no comprendió por qué su portera de la rue de Vendôme quería mandarle a la rue de la Lune.

—Mademoiselle Coralie ha dejado la casa y se ha instalado en la dirección escrita en este papel.

Lucien, demasiado borracho como para sorprenderse de nada, subió de nuevo al simón que le había traído y se hizo llevar a la rue de la Lune, mientras hacía mentalmente juegos de palabras con el nombre de la calle. Aquella mañana había corrido la noticia de la quiebra del Panorama-Dramatique. La actriz, asustada, se había apresurado a vender con el consentimiento de sus acreedores todo su mobiliario al viejo Cardot, quien, para no cambiar el nombre del arrendatario de aquel piso, instaló en él a Florentine. Coralie lo había pagado todo, liquidado sus deudas y satisfecho al propietario. Mientras ella estaba ocupada en esta operación, que llamaba «hacer la colada», Bérénice amueblaba con unos pocos muebles comprados de ocasión un pequeño piso de tres habitaciones en la cuarta planta de una casa de la rue de la Lune, cerca del Gymnase. Coralie esperaba allí a

Lucien, tras haber salvado de aquel naufragio su amor sin desdoro y una bolsa con mil doscientos francos. Lucien, en su embriaguez, les contó a Coralie y a Bérénice todas sus desdichas.

—Has hecho bien, ángel mío —le dijo la actriz estrechándole entre sus brazos—. Bérénice sabrá negociar bien tus letras con Braulard.

A la mañana siguiente, al despertar, Lucien fue acogido por las caricias hechizadoras que le prodigó Coralie. La actriz redobló su amor y su cariño, como si quisiera compensar con los más preciados tesoros del corazón la indigencia de su nueva casa. Estaba de una belleza arrebatadora con sus cabellos que le asomaban por debajo de un pañuelo anudado sobre la cabeza, la piel blanca y lozana, los ojos risueños y la voz alegre como el rayo de sol naciente que entró por las ventanas para dorar aquella encantadora miseria. A pesar de todo, la habitación estaba decorosa, con las paredes cubiertas por un papel verde agua con la orla roja, y adornadas con dos espejos, uno colgado encima de la chimenea y el otro sobre la cómoda. Una alfombra de segunda mano, que Bérénice había comprado con su propio dinero, desoyendo a Coralie, disimulaba el rectángulo desnudo y frío del suelo. Las ropas de los dos amantes habían sido guardadas en un armario de luna y en la cómoda. Los muebles de caoba estaban guarnecidos de una tela de algodón azul. Bérénice había salvado del desastre un reloj y dos jarrones de porcelana, cuatro cubiertos de plata y seis cucharillas. El comedor, frente por frente del dormitorio, tenía el aire de la casa de un empleadillo que cobrara mil doscientos francos al mes. La cocina estaba situada enfrente del descansillo. Bérénice dormía arriba, en una buhardilla. El alquiler no pasaba de los cien escudos. Esta horrenda casa tenía una puerta cochera falsa. El portero vivía detrás de una de las hojas de la puerta condenada, provista de un ventanillo por el que vigilaba a diecisiete inquilinos. Esta colmena se llama una casa de alquiler de estilo notario. Lucien vio un escritorio, un sillón, tinta, pluma y papel. La alegría de Bérénice, que contaba con el debut de Coralie en el Gymnase, la de la actriz, que estudiaba su papel, un cuaderno atado con una cinta azul, disiparon las inquietudes y la tristeza del poeta, a quien se le había pasado la borrachera.

—Con tal de que en el gran mundo no se sepa nada de este patinazo, saldremos adelante —dijo él—. Después de todo, ¡tenemos cuatro mil quinientos francos! Explotaré mi nueva posición en los periódicos monárquicos. Mañana inauguramos Le Réveil. Ahora conozco el mundo del periodismo, ¡y verás de lo que soy capaz!

Coralie, que no vio en aquellas palabras más que una muestra de amor, besó los labios que las habían pronunciado. Entretanto Bérénice había terminado de poner la mesa junto al fuego y de servir un modesto desayuno compuesto de huevos revueltos, dos chuletas y café con leche. Llamaron a la puerta. Lucien se quedó estupefacto al ver entrar a tres amigos de verdad, D’Arthez, Léon Giraud y Michel Chrestien, a quienes, muy conmovido, invitó a compartir el desayuno con ellos.

—No —dijo D’Arthez—. Venimos por asuntos más serios que el simple consuelo, hemos estado en la rue de Vendôme y nos hemos enterado de todo. Lucien, ya conoce usted lo que pienso. En cualquier otra circunstancia me alegraría de verle compartir mis convicciones políticas; pero en la situación en que se encuentra, después de haber colaborado en la prensa liberal, no puede pasarse a las filas de los ultras sin cubrirse de lodo para siempre y manchar su vida. Venimos a suplicarle en nombre de nuestra amistad, por muy debilitada que esté, que no cometa esa infamia. Ha atacado a los románticos, a la derecha y al Gobierno; ahora no puede defender al Gobierno, a la derecha y a los románticos.

—Hay razones de orden superior que me hacen actuar así, el fin lo justificará todo —dijo Lucien.

—Tal vez no es consciente de la situación actual —le dijo Léon Giraud—. El Gobierno, la corte, los Borbones, el partido absolutista, o si prefiere un término más general, todas las fuerzas que se oponen al sistema constitucional, y que están divididas en varias facciones a la hora de tomar medidas para sofocar la Revolución, están perfectamente de acuerdo sobre la necesidad de suprimir la prensa. Diarios como Le Réveil, La Foudre y Le Drapeau Blanc, fundados para responder a las calumnias, a las injurias y a los sarcasmos de la prensa liberal, y que yo por tanto no puedo aprobar en absoluto, toda vez que es precisamente esta incomprensión de la grandeza de nuestra misión lo que nos lleva a publicar un periódico serio y respetable, que dentro de poco tendrá una notable e indiscutida influencia —dijo haciendo un paréntesis—; pues bien, esta artillería monárquica y gubernamental es un primer intento de represalia emprendido para devolver a los liberales puyazo por puyazo y ofensa por ofensa. ¿Qué cree que sucederá, Lucien? La mayoría de los suscriptores son de izquierdas. En la prensa, como en la guerra, la victoria se decantará siempre del lado de los grandes batallones. Ustedes serán los infames, los embusteros, los enemigos del pueblo; los otros, en cambio, pasarán por los defensores de la patria, personas honorables, mártires, aunque tal vez sean más pérfidos e hipócritas que ustedes. De este modo aumentará la influencia perniciosa de la prensa, legitimando y consagrando sus más odiosas tropelías. El derecho a recurrir a la injuria y a la descalificación personal para diversión del suscriptor será reconocido públicamente, y el uso recíproco de este derecho no hará sino sancionarlo. Cuando el mal se haya revelado en toda su extensión, volverán todas las leyes restrictivas y prohibitivas, junto con la censura, instaurada con ocasión del asesinato del duque de Berry y levantada a raíz de la apertura de las Cámaras. ¿Y sabe qué conclusiones sacará el pueblo francés de toda esta contienda? Pues dará por ciertas las insinuaciones de la prensa liberal, creerá que los Borbones quieren atacar las conquistas logradas durante la Revolución, y un buen día se levantará y expulsará a los Borbones del trono. Así, no solamente mancha su vida, sino que, además, un día se encontrará en el partido de los perdedores. Es demasiado joven y acaba de llegar al mundo del periodismo; conoce demasiado poco sus mecanismos secretos y sus jugarretas; ha despertado demasiadas envidias para resistir la oleada de indignación colectiva que se levantará contra usted en los periódicos liberales. Se verá arrastrado a las luchas furibundas entre los partidos que están aún en la fase más virulenta, con la única diferencia de que su fiebre ha pasado de las acciones brutales de mil ochocientos quince y mil ochocientos dieciséis a las ideas y a los enfrentamientos verbales de la Cámara y a los debates de la prensa.

—Amigos míos —dijo Lucien—, no soy el descerebrado poeta que queréis ver en mí. Pase lo que pase, yo habré conseguido una posición ventajosa que nunca podré obtener del triunfo del partido liberal. Cuando vosotros logréis la victoria, yo ya habré conseguido lo que quería.

—Te cortaremos… el pelo —dijo riendo Michel Chrestien.

—Para entonces ya tendré hijos —respondió Lucien—, y cortarme la cabeza será como no cortarme nada.

Los tres amigos no comprendieron a Lucien, en quien sus relaciones con el gran mundo habían desarrollado en sumo grado el orgullo nobiliario y la infatuación aristocrática. El poeta estaba convencido, con razón por lo demás, de que su belleza e inteligencia se verían revalorizadas por el nombre y el título de conde de Rubempré. Madame d’Espard, madame de Bargeton y madame de Montcornet le tenían sujeto por ese hilo como un niño tiene agarrado por las alas a un abejorro. Lucien volaba solamente dentro de un determinado círculo. Las palabras: «¡Es de los nuestros; piensa como es debido!», pronunciadas tres días antes en los salones de mademoiselle des Touches, le habían embriagado, así como las felicitaciones recibidas de los duques de Lenoncourt, de Navarreins y de Grandlieu, de Rastignac, de Blondet, de la bella duquesa de Maufrigneuse, del conde de Esgrignon, de Des Lupeaulx y de las personas más influyentes y destacadas del partido realista.

— ¡Vamos!, y no hay más que hablar —respondió D'Arthez—. Te será más difícil que a cualquier otro mantenerte puro y conservar tu propia estima. Te conozco, sufrirás mucho cuando te veas despreciado por aquellos mismos a quienes te vas a consagrar.

Los tres amigos se despidieron de Lucien sin darle la mano amistosamente. Lucien se quedó pensativo y triste durante unos instantes.

— ¡Bah! No hagas caso a esos bobos —dijo Coralie saltando sobre las rodillas de Lucien y ciñéndole el cuello con sus lozanos y bonitos brazos—. Se toman la vida en serio cuando no es más que una broma. Tú serás además el conde Lucien de Rubempré. Si es necesario, engatusaré a los de la Cancillería. Ya sé por dónde coger a ese libertino de Des Lupeaulx, que hará que firmen tu real orden. Ya te dije que cuando tuvieras necesidad de un escalón más para alcanzar tu objetivo, podrías subir sobre el cadáver de Coralie.

Al día siguiente, Lucien permitió que su nombre figurara entre los de los colaboradores de Le Réveil. Este nombre fue anunciado como una conquista en los folletos repartidos por orden del Gobierno con una tirada de cien mil ejemplares. Lucien asistió a la comida triunfal, que duró nueve horas, en Robert, a dos pasos del Frascati, y a la que asistieron los corifeos de la prensa monárquica: Martainville, Auger, Destains, junto con una multitud de autores vivos aún que, en aquellos tiempos, «se habían consagrado a la monarquía y a la religión», en expresión acuñada por aquel entonces.

— ¡Van a saber lo que es bueno esos liberales! —exclamó Hector Merlin.

— ¡Señores! —respondió Nathan, que se enroló bajo aquella bandera considerando con razón que para lanzarse a la carrera de director teatral con la que soñaba le convenía alinearse del lado del Gobierno—, si hemos de hacerles la guerra, hagámosela en serio; no empecemos con fuego de salvas.

Ataquemos a todos los escritores clásicos y liberales sin distinción de edad ni de sexo, pasémosles por el filo de la burla y no les demos cuartel.

—Comportémonos honorablemente, no nos dejemos corromper por los ejemplares gratuitos, los regalos y el dinero de los editores. Llevemos a cabo la regeneración del periodismo.

—Muy bien —dijo Martainville—. Justum et tenacem propositi virum! Seamos implacables e hirientes. ¡Daré a Lafayette el nombre que se merece!, ¡Gilles I!

—Y yo —dijo Lucien— me encargo de los héroes del Constitutionnel, del sargento Mercier, de las Obras completas de Jouy y de los ilustres oradores de la izquierda.

A la una de la noche se decidió y votó por unanimidad por parte de los redactores, que ahogaron todas sus discrepancias y todas sus ideas en un ponche flameante, una guerra a muerte.

—Hemos cogido una buena borrachera monárquica y religiosa —dijo ya en el umbral de la puerta uno de los escritores más célebres de la literatura romántica.

Esta frase que pasó a la historia, revelada por un editor presente en la cena, apareció a la mañana siguiente en Le Miroir; pero su revelación fue atribuida a Lucien. Esta traición tuvo gran resonancia en la prensa republicana. Lucien se convirtió en su bestia negra y fue ferozmente ridiculizado: se contaron las desgracias de sus sonetos, se hizo saber al público que Dauriat prefería perder mil escudos a tener que publicarlos, por lo que fue llamado el poeta sin sonetos.

Una mañana, en aquel mismo periódico en el que Lucien había hecho sus primeras armas de manera tan brillante, leyó las siguientes líneas, escritas exclusivamente para él, ya que el público no podía comprender la broma:

Si el librero Dauriat persiste en no querer publicar los sonetos del futuro Petrarca francés, nos comportaremos como enemigos generosos, abriremos nuestras columnas a esas poesías que deben de ser punzantes a juzgar por esta que nos ha hecho llegar un amigo del autor.

Y bajo este anuncio terrible, el poeta leyó este soneto, que le hizo derramar lágrimas de rabia.

Una planta grácil y de vil apariencia
brotó una mañana en un macizo de flores,
pero, al olerla, sus espléndidos colores

habían de revelar un día su noble procedencia.
Se la aceptó, pero ella, en agradecimiento,
cruelmente se burló de sus bellas hermanas,
que, indignadas por sus aires retadores,
la obligaron a que probara su nacimiento.
Entonces floreció. Pero un vulgar bailarín
nunca fue silbado como todo el jardín
reprobó, silbó e insultó a este cáliz vulgar.
Luego el amo, al pasar, la quebró sin perdón,
y a su tumba sólo un asno fue a rebuznar,
¡pues no era sino un repulsivo CHARDON!

Vernou habló de la pasión de Lucien por el juego y acusó por adelantado al Arquero de obra antipatriótica en la que el autor tomaba la defensa de los desalmados católicos contra las víctimas calvinistas. En ocho días esta polémica se envenenó. Lucien contaba con su amigo Lousteau, quien le debía mil francos y con el que se había puesto secretamente de acuerdo; pero Lousteau se convirtió en enemigo jurado de Lucien. He aquí de qué manera. Desde hacía tres meses, Nathan amaba a Florine, sin saber cómo quitársela a Lousteau, para quien ella era, además, una ayuda providencial. Conociendo la desgracia y la desesperación en que se encontraba la actriz tras perder su contrato, Nathan, el colaborador de Lucien, fue a ver a Coralie y le rogó que le ofreciera a Florine un papel en una obra suya, asegurando que trataría de conseguir para la actriz sin teatro un contrato temporal en el Gymnase. Florine, ebria de ambición, no lo dudó. Había tenido tiempo de estudiar a Lousteau. Nathan tenía ambiciones literarias y políticas, y estaba dotado de una energía a la altura de sus necesidades, mientras que Lousteau era esclavo de los vicios. La actriz, que quería asombrar a todos con una vuelta triunfal, entregó las cartas del droguero a Nathan, quien se las ofreció a Matifat a cambio de la sexta parte del periódico que Finot codiciaba. Florine consiguió así un magnífico piso en la rue Hauteville y tomó a Nathan como protector frente al mundo del periodismo y teatral. Lousteau se sintió tan cruelmente herido por ese proceder, que lloró al final de una comida que sus amigos le dieron para consolarlo. En aquel banquete los invitados comprendieron que Nathan había hecho su juego. Algunos escritores, como Finot y Vernou, conocían la pasión del dramaturgo por Florine, pero, al decir de todos, Lucien, maquinando todo esto, había faltado a las más sagradas leyes de la amistad.

El espíritu partidista, el deseo de servir a sus nuevos amigos hacían imperdonable el modo de actuar del nuevo monárquico.

—Al menos Nathan se ha dejado llevar por la lógica de las pasiones, mientras que al gran hombre de provincias, como le llama Blondet, sólo le ha movido el cálculo —exclamó Bixiou.

Así se decretó unánimemente, tras profunda reflexión, la pérdida de Lucien, de aquel intruso y bribón que quería hundir a todo el mundo. Vernou, que odiaba a Lucien, se encargó de no darle tregua. A fin de ahorrarse pagar mil escudos a Lousteau, Finot acusó a Lucien de haberle impedido ganar cincuenta mil francos revelándole a Nathan el secreto de la operación contra Matifat. Nathan, en cambio, aconsejado por Florine, se había ganado el apoyo de Finot vendiéndole su pequeña sexta parte por quince mil francos. Lousteau, que perdía sus mil escudos, no perdonó a Lucien el enorme daño que ocasionaba a sus intereses. Las heridas del amor propio se vuelven incurables cuando penetra en ellas el óxido de plata. Es imposible describir con palabras o con una imagen la rabia que se apodera de los escritores cuando se sienten atacados en su amor propio, o la energía que son capaces de derrochar en el momento en que se sienten heridos por los envenenados dardos de la burla. Aquellos que, estimulados por un ataque, despliegan toda su energía y resistencia, no tardan en sucumbir. En cambio, las personas serenas, que no ceden a la tentación de responder a un artículo injurioso al saber que está destinado a un profundo olvido, demuestran poseer el verdadero valor literario. A primera vista, por tanto, los débiles parecen ser los más fuertes, pero en realidad son incapaces de resistir por mucho tiempo. Durante los primeros quince días, Lucien desahogó su rabia disparando una granizada de artículos en los periódicos monárquicos, en los que compartió el peso de la crítica con Hector Merlin. Todos los días, en la brecha de Le Réveil, hacía fuego con todo su ingenio, también con el apoyo de Martainville, el único que le prestaba ayuda sin segundas intenciones y a quien se tuvo a oscuras respecto a los acuerdos que los periodistas de los dos partidos, unidos secretamente por la camaradería, sellaban a escondidas con alguna broma después de beber, o bien en la librería de Dauriat en las Galeries de Bois, o entre bastidores del teatro. Cuando Lucien aparecía por el foyer del Vaudeville, no era ya tratado como un amigo y sólo la gente de su partido le daba la mano, mientras que Nathan, Hector Merlin y Théodore Gaillard confraternizaban abiertamente con Finot, Lousteau, Vernou y algunos de esos periodistas motejados como «buenos chicos». Por aquel tiempo, el foyer del Vaudeville era el centro donde se concentraba toda la maledicencia literaria, una especie de boudoir donde acudían personas de todos los partidos, políticos y magistrados. Tras una reprimenda echada en cierta Cámara del Consejo, el presidente, que había reprochado a uno de sus colegas el barrer los entre bastidores con su toga, se encontró, toga con toga, con el amonestado en el foyer del Vaudeville. Lousteau acabó por dar la mano a Nathan. Finot acudía allí casi todas las noches. Cuando Lucien tenía tiempo, iba allí a estudiar la disposición para con él de sus enemigos, pero el pobre muchacho descubría siempre en ellos una implacable frialdad.

En aquel tiempo, el partidismo engendraba odios mucho más profundos que los de hoy. A la larga la tensión excesiva ha acabado por atenuarse. Hoy los críticos, tras haber inmolado un libro, dan la mano a quien lo ha escrito. Y la víctima se ve obligada a abrazar a quien lo ha sacrificado si no quiere ser objeto de tremendas burlas. En caso de negativa, un escritor se gana fama de insociable, malcarado, pagado de sí mismo, intratable, odioso y rencoroso. Hoy, cuando un escritor ha recibido una puñalada trapera, cuando ha evitado las añagazas tendidas con infame hipocresía, o ha sufrido los peores maltratos, oye a sus asesinos desearle los buenos días y pretender tener derecho a su estima, cuando no incluso a su amistad. Todo se excusa y se justifica en una época en que la virtud se ha transformado en vicio, del mismo modo que de ciertos vicios se ha hecho virtudes. La camaradería se ha convertido en una de las más sagradas libertades. Los jefes de las corrientes de ideas más opuestas se hablan con palabras suaves y maneras corteses. En aquel tiempo, en cambio, si alguien se acuerda, a ciertos escritores monárquicos y algunos escritores liberales les hacía falta valor para encontrarse en el mismo teatro. Se oían las más detestables provocaciones. Las miradas estaban cargadas como pistolas, y el menor chispazo podía originar una disputa. ¿Quién no ha sorprendido a su vecino imprecar a la entrada de algunos hombres particularmente en guerra con el partido contrario? No existían por aquel entonces más que dos partidos, los monárquicos y los liberales, los románticos y los clásicos, dos formas del mismo odio, un odio que explicaba los cadalsos de la Convención. Lucien, convertido en monárquico y romántico furibundo, de liberal y volteriano rabioso como había sido desde sus comienzos, tuvo que correr, pues, con el peso de las enemistades que se cernían sobre la cabeza del hombre más aborrecido por los liberales en aquella época, Martainville, el único que le defendía y apreciaba. Esta solidaridad perjudicó a Lucien. Los partidos son ingratos con sus primeras figuras y a menudo abandonan a sus hijos extraviados. Sobre todo en política, es necesario a los que quieren triunfar ir con el grueso del ejército. La principal malicia de los pequeños periódicos consistió en emparejar a Lucien y a Martainville. El liberalismo los arrojó al uno en brazos del otro. Y esta amistad, falsa o verdadera, les valió a ambos artículos escritos con hiel por Félicien, desesperado por los éxitos de Lucien en el gran mundo y que creía, como todos los antiguos compañeros del poeta, en su próximo ennoblecimiento. La pretendida traición del poeta se vio entonces envenenada y embellecida con las circunstancias más agravantes. Lucien fue apodado el pequeño Judas y Martainville el gran Judas, dado que Martainville era acusado, con razón o sin ella, de haber abandonado el puente de Pecq a los ejércitos extranjeros. Lucien respondió, riendo, a Des Lupeaulx que, si por él hubiera sido, seguramente no se habría planteado problemas. La vida de lujo de Lucien, si bien sostenida en falso y apoyada en simples esperanzas, sublevaba a sus amigos, que no le perdonaban ni su tren de vida, ya que, según ellos, seguía yendo en carruaje, ni sus esplendideces de la rue de Vendôme. Todos sentían instintivamente que un hombre joven y apuesto, inteligente y corrompido por ellos, podía llegar a donde se propusiera, y por ello emplearon todos los medios para hundirle.

Unos días antes del debut de Coralie en el Gymnase, Lucien apareció del brazo con Hector Merlin en el foyer del Vaudeville. Merlin le reprochaba a su amigo el haber prestado su ayuda a Nathan en el asunto de Florine.

—Se ha creado usted en Lousteau y en Nathan dos enemigos mortales. Le di buenos consejos y no ha sabido aprovecharlos en absoluto. Ha repartido elogios y favores, por lo que será cruelmente castigado por sus buenas acciones. Florine y Coralie no harán nunca buenas migas mientras compartan el mismo escenario: una querrá destacar sobre la otra. No cuenta más que con nuestros periódicos para defender a Coralie, mientras que Nathan, además de la ventaja que le da ser autor de comedias, dispone para la crítica teatral de los periódicos liberales y lleva en el periodismo algo más de tiempo que usted.

Esta frase venía a confirmar los secretos temores de Lucien, que no encontraba ni en Nathan ni en Gaillard la franqueza a la que tenía derecho; pero no podía quejarse, pues ¡era tan reciente su conversión!… Gaillard le repetía siempre a Lucien que los recién llegados tenían que dar muchas pruebas de fidelidad antes de que su partido pudiera fiarse de ellos. El poeta encontraba, en los periódicos monárquicos y gubernamentales, una envidia con la que no había contado, la envidia que aflora en todos los hombres cuando hay cualquier pastel que repartir, y que les hace parecerse a perros a la rebatiña: gruñen igual que ellos, tienes la misma actitud y el mismo talante. Aquellos escritores se hacían mil jugadas sucias bajo cuerda para perjudicarse mutuamente ante el poder, y se acusaban de tibieza; y, con el fin de desembarazarse de un competidor, eran capaces de ingeniar las más pérfidas maquinaciones. No tenían los liberales ningún motivo para una lucha intestina, pues estaban lejos del poder y de sus prebendas. Al entrever este intrincado nudo de ambiciones, Lucien no tuvo valor suficiente para sacar la espada y cortarlo, ni paciencia bastante para deshacerlo; no podía ser ni el Aretino, ni el Beaumarchais, ni el Fréron de su época, y se atuvo a su único deseo: conseguir su real orden, tras haber comprendido que un título nobiliario le garantizaría un buen matrimonio. Su fortuna, entonces, no dependería más que de un azar, favorecido por su belleza. Lousteau, a quien había mostrado tanta confianza, conocía su secreto y el periodista sabía dónde herir de muerte al poeta de Angulema; así, el día en que Merlin le acompañaba al Vaudeville, Étienne había preparado para Lucien una terrible trampa en la que este muchacho había de caer y sucumbir.

—Aquí llega nuestro guapo Lucien —dijo Finot yendo a su encuentro con Des Lupeaulx, con quien estaba charlando, y dándole la mano con falso aire de amistad—. No conozco a nadie que haya hecho fortuna tan rápido como tú —añadió mirando alternativamente a Lucien y al maître des requêtes—. En París hay dos clases de fortuna: la material, el dinero que cualquiera puede amasar, y la moral, los conocidos, la posición, el tener las puertas abiertas en determinado mundo inalcanzable para ciertas personas, cualquiera que sea su fortuna material, y mi amigo…

—Nuestro amigo —dijo Des Lupeaulx dirigiendo a Lucien una mirada afable.

—Nuestro amigo —prosiguió Finot dando unas palmaditas en la mano de Lucien— en este aspecto ha hecho una brillante carrera. A decir verdad, Lucien está más dotado, tiene más talento y es más inteligente que todos los que le envidian, y además es de una belleza arrebatadora; sus antiguos amigos no le perdonan sus éxitos y dicen que han sido fruto de la suerte.

—Este tipo de suerte nunca sonríe a los tontos ni a los ineptos —dijo Des Lupeaulx—. ¿Acaso se puede llamar suerte al destino de Bonaparte? Había veinte generales en jefe por delante de él para mandar los ejércitos de Italia, como hay cien jóvenes que en estos momentos quisieran entrar en casa de mademoiselle des Touches, a quien ya todos se la dan por mujer, mi querido amigo —dijo Des Lupeaulx dando una palmadita en el hombro a Lucien—. ¡Ah!, es usted el favorito. Madame d'Espard, madame de Bargeton y madame de Montcornet están locas por usted. ¿No asiste esta noche a la velada de madame Firmiani y mañana al sarao de la duquesa de Grandlieu?

—Sí —dijo Lucien.

—Permita que le presente a un joven banquero, monsieur du Tillet, un hombre digno de usted; ha sabido hacer fortuna en muy poco tiempo.

Lucien y Du Tillet se saludaron y entablaron conversación, y el banquero invitó a cenar a Lucien. Finot y Des Lupeaulx, dos hombres igual de profundos y que se conocían lo suficiente para seguir siendo siempre amigos, parecieron continuar una conversación ya iniciada, dejaron a Lucien, Merlin, Du Tillet y Nathan hablando entre sí, y se dirigieron hacia uno de los divanes que amueblaban el foyer del Vaudeville.

—Bien, mi querido amigo —dijo Finot a Des Lupeaulx—, dígame la verdad. Lucien debe de contar con protectores muy poderosos cuando se ha convertido en la bestia negra de todos mis redactores, y, antes de favorecer su conspiración, quisiera consultarle a usted para saber si no me conviene más desbaratarla y prestarle mi ayuda.

En este punto el maître des requêtes y Finot se observaron unos instantes con profunda atención.

—Mi querido amigo —dijo Des Lupeaulx—, ¿cómo puede imaginar que la marquesa de Espard, Châtelet y madame de Bargeton, que ha hecho nombrar al barón prefecto del Charente y conde para poder volver triunfalmente a Angulema, van a perdonarle a Lucien sus ataques? Le han arrojado en brazos del partido monárquico para anularlo. Hoy todos buscan excusas para negarle a este muchacho lo que le prometieron; si encuentra alguna habrá hecho un gran favor a estas dos mujeres: un día u otro se acordarán. Conozco los propósitos de esas dos señoras, odian a este hombre hasta un punto que me ha sorprendido. Ese Lucien habría podido desembarazarse de su mayor y más cruel enemiga, madame de Bargeton, proponiéndole cesar sus ataques bajo determinadas condiciones que todas las mujeres gustan de cumplir, ya me entiende. Es apuesto, joven, y habría ahogado este odio en torrentes de amor, se habría convertido entonces en conde de Rubempré, y la Sepia le habría conseguido un puesto cualquiera en la Casa Real y sinecuras. Lucien habría sido un muy apuesto lector para Luis XVIII, habría llegado a bibliotecario de no sé dónde, a ser un maître des requêtes de risa, a director de algo en los Menus-Plaisirs. Ese bobo ha errado el tiro. Tal vez sea eso lo que no se le ha perdonado. En lugar de imponer sus propias condiciones, las ha recibido. El día en que Lucien se dejó engatusar por la promesa del real decreto, el barón Châtelet dio un gran paso. Coralie ha hecho que este muchacho se perdiera. De no haber tenido a la actriz como amante, habría vuelto a amar a la Sepia y habría sido suya.

—Por tanto, podemos cargárnoslo —dijo Finot.

— ¿Por qué medios? —preguntó como quien no quiere la cosa Des Lupeaulx, que quería hacer valer este favor ante la marquesa de Espard.

—Está ligado aún mediante contrato al pequeño periódico de Lousteau y dado que no tiene ni un céntimo le haremos escribir artículos. Si el Guardasellos se siente ofendido por un artículo burlón y se prueba que su autor es Lucien, lo considerará un hombre indigno de las bondades del monarca. Para hacer perder un poco la cabeza a ese gran hombre de provincias, hemos preparado la caída de Coralie: verá cómo silban a su amante y se queda sin ningún papel. Luego, una vez quede la real orden indefinidamente suspendida, nos reiremos de las pretensiones aristocráticas de nuestra víctima y airearemos que su madre es comadrona y su padre era un boticario. El valor de Lucien es puramente epidérmico; sucumbirá y le devolveremos allí de donde vino. Gracias a Nathan, Florine ha convencido a Matifat para que me venda su sexta parte, y yo he podido comprar la parte del papelero, por lo que soy el único socio con Dauriat; usted y yo podemos llegar a un acuerdo para absorber ese periódico en favor de la corte. He protegido a Florine y a Nathan sólo a condición de que me devolvieran mi sexta parte, y ahora que me la han vendido he de recompensarles; pero antes quería conocer las probabilidades de éxito de Lucien…

—Es usted digno de su nombre —dijo Des Lupeaulx entre risas—. ¡Vaya!, me gustan los hombres como usted…

—Y bien, ¿puede hacer que Florine tenga un contrato definitivo? —le preguntó Finot al maître des requêtes.

—Sí, pero líbrenos de Lucien, puesto que Rastignac y De Marsay ya no quieren oír hablar más de él.

—Duerma tranquilo —repuso Finot—. Nathan y Merlin siempre tendrán los artículos prometidos por Gaillard. Lucien no conseguirá publicar una sola línea y así le cortaremos el suministro. No le quedará más que el periódico de Martainville para defenderse y defender a Coralie: un periódico contra todos es imposible que resista.

—Yo le revelaré los puntos flacos del ministro, pero usted entrégueme el manuscrito del artículo que le haga escribir a Lucien —repuso Des Lupeaulx, que se guardó mucho de decirle a Finot que la real orden que se había prometido a Lucien no pasaba de ser una broma.

Des Lupeaulx dejó el foyer. Finot se acercó a Lucien y, en ese tono de campechanía que ha engañado a tanta gente, le explicó que no podía renunciar al artículo que le debía. Finot retrocedía ante la idea de un proceso que arruinaría las esperanzas que su amigo tenía puestas en el partido monárquico. A Finot le gustaban los hombres lo bastante fuertes como para cambiar osadamente de opinión. Lucien y él, ¿no se encontrarían quizás en la vida y tendrían mil pequeños favores mutuos que hacerse? Lucien tenía necesidad de un hombre seguro en el partido liberal para que atacara a los hombres del Gobierno o a los ultras que se negaran a prestarle ayuda.

—Si le juegan una mala pasada, ¿qué podrá hacer? —preguntó Finot para terminar—. Si algún ministro, pensando que le tiene sujeto por el cabestro de su apostasía, deja de temerle y le manda a paseo, ¿no necesitará algunos perros que lanzar para que le muerdan en las pantorrillas? Pues bien, se ha peleado a muerte con Lousteau, quien pide su cabeza. Félicien y usted no se hablan. Solamente le quedo yo. Una de las normas de mi oficio es vivir en paz y armonía con los hombres verdaderamente fuertes. Podrá devolverme, en la sociedad en que entre, el equivalente de los favores que yo le pueda prestar en la prensa. Pero los negocios son los negocios. Mándeme artículos estrictamente literarios, no le comprometerán a nada y habrá cumplido con nuestros acuerdos.

Lucien no vio en ello sino amistad unida a prudentes cálculos en las propuestas de Finot, cuya adulación, junto con la de Des Lupeaulx, le habían puesto de buen humor: ¡le dio las gracias a Finot!

En la vida de los ambiciosos y de cuantos son incapaces de medrar si no es con el apoyo de los hombres y de las circunstancias, por medio de un plan más o menos bien trazado, seguido y mantenido, hay un momento terrible en el que no sé qué poder los somete a rudas pruebas: todo falla al mismo tiempo, se rompen los hilos por todos lados o se enredan, la desgracia asoma por todas partes. Cuando un hombre pierde la cabeza en medio de tal desorden moral está perdido. Los hombres verdaderamente fuertes son los que saben resistir a este primer revés de la fortuna, los cuales se mantienen firmes esperando que pase la tormenta y se salvan alcanzando con un esfuerzo terrible la esfera superior. Todo hombre, a menos que haya nacido rico, tiene lo que cabría llamar su semana fatal. Para Napoleón esta semana fue la de la retirada de Moscú. Este cruel momento había llegado para Lucien. Todo había ido como una seda para él en el mundo social y en la literatura; había sido demasiado dichoso. Y ahora tenía que ver cómo los hombres y las cosas le daban la espalda. El primer dolor, el más vivo y el más cruel de todos, le alcanzó donde se creía invulnerable, en su corazón y en su amor. Coralie quizá no fuese inteligente, pero tenía buen corazón y la capacidad de mostrarlo con uno de esos impulsos repentinos que revelan a las grandes actrices. Pero este extraño fenómeno, mientras no se convierte en una especie de costumbre gracias a una larga práctica, está sometido a los caprichos del humor y a menudo a ese admirable pudor que domina a las actrices todavía jóvenes. De carácter tímido e ingenuo, pero aparentemente desenvuelto y atrevido como debe serlo una actriz cómica, Coralie estaba aún enamorada, y bajo la máscara de la actriz palpitaba su corazón de mujer. En ella el arte sublime de fingir los sentimientos no había triunfado aún sobre su carácter natural. Se sentía avergonzada de tener que dar al público lo que pertenecía sólo al amor. Además, tenía un punto flaco típico de las verdaderas mujeres. Pese a saberse destinada a reinar como soberana en la escena, tenía necesidad de éxito. Incapaz de enfrentarse a una platea con la que no se sintiera en sintonía, temblaba siempre al entrar en escena; y entonces la frialdad del público podía paralizarla. Por ello, cada vez que tenía que hacer un nuevo papel, se sentía atenazada por la terrible emoción del debut. Los aplausos le provocaban una especie de ebriedad inútil para su amor propio, pero que era indispensable para su valor. Bastaba con un murmullo de desaprobación o el silencio del público distraído para anularla, mientras que una sala repleta y atenta y unas miradas llenas de admiración y benevolencia la electrizaban; entonces entraba en contacto con las más nobles cualidades de todas esas almas y se sentía capaz de elevarlas y conmoverlas. Esta duplicidad, que delataba un temperamento nervioso y dotado de talento, revelaba también toda la delicadeza y la ternura de aquella pobre muchacha. Lucien había terminado por apreciar los tesoros escondidos en aquel corazón y el candor infantil de su amante. Incapaz de las falsedades propias de la actriz, Coralie era también incapaz de defenderse contra las rivalidades y los tejemanejes de entre bastidores a los que recurría Florine, muchacha tan peligrosa y corrompida como generosa y sencilla era su amiga. Coralie esperaba que le ofreciesen siempre los papeles, pues era demasiado orgullosa para implorar a los autores y tolerar sus deshonrosas condiciones, o para entregarse al primer periodista que la amenazara con su amor y su pluma. El talento, ya raro de por sí en el arte extraordinario del actor, es sólo una condición del éxito, y a la larga llega a resultar dañino si no va acompañado de ciertas aptitudes para la intriga, talento del que Coralie carecía por completo. Presintiendo los sufrimientos que esperaban a su amiga en su debut en el Gymnase, Lucien decidió procurarle un triunfo a cualquier precio. El dinero que quedaba del mobiliario vendido y el que ganaba Lucien se había ido todo en vestidos, en el acondicionamiento del camerino y en costear todos los gastos del estreno. Unos días antes, Lucien se decidió por amor a hacer una gestión humillante: cogió las letras de Fendant y Cavalier y se dirigió a la rue des Bourdonnais, al Cocon d’Or, para pedirle a Camusot que se las descontara. Pero el poeta no estaba aún lo suficientemente corrompido como para dar fríamente este paso. Se dejó muchos escozores por el camino, empedrándolo con los más terribles pensamientos y diciéndose alternativamente: ¡sí!, ¡no! Pero a pesar de todo llegó hasta el pequeño despacho frío, oscuro, al que daba luz un patio interior, que ocupaba con aire serio no ya el enamorado de Coralie, el bonachón, el holgazán, el libertino, el incrédulo Camusot que conocía Lucien, sino el serio padre de familia, el negociante lleno de astucias y de virtudes, cubierto con la máscara de la reserva judicial de un magistrado del Tribunal de Comercio y armado con la frialdad patronal de un jefe de empresa rodeado de dependientes, cajeros, cajas de cartón verdes, facturas y muestras, acompañado por su mujer y por una de sus hijas vestida con sencillez. Lucien sintió que le recorría un escalofrío al abordarlo, pues el digno negociante le arrojó la mirada insolentemente indiferente que había visto ya en los ojos de los usureros.

—Le traigo unas letras, le quedaría infinitamente agradecido si quisiera aceptármelas, señor —dijo quedándose de pie junto al comerciante sentado.

—Señor, se apropió usted de algo mío —dijo Camusot—, no lo he olvidado.

Entonces Lucien explicó la situación de Coralie hablándole en voz baja y al oído al sedero, quien pudo oír las palpitaciones del poeta humillado. No entraba en los cálculos de Camusot dejar que Coralie sufriera un fracaso. Mientras escuchaba, el negociante miró las firmas y se sonrió; era juez en el Tribunal de Comercio y conocía la situación de los editores. Dio cuatro mil quinientos francos a Lucien, a condición de hacer constar en el endoso: «contravalor recibido en sedas». Lucien fue inmediatamente a ver a Braulard, con quien se puso de acuerdo para asegurarle a Coralie un gran éxito. Braulard prometió ir y fue al ensayo general a fin de convenir los momentos en que sus hombres habían de aplaudir para asegurar el éxito. Lucien entregó el resto de su dinero a Coralie, ocultándole su visita a Camusot; calmó la inquietud de la actriz y de Bérénice, que no sabían ya qué hacer para atender las necesidades de la casa. Martainville, uno de los mayores expertos teatrales de aquel tiempo, había ido varias veces para hacerle ensayar su papel a Coralie. Lucien había conseguido también de varios redactores monárquicos la promesa de unos artículos favorables, y por ello no tenía ningún mal presentimiento. Pero la víspera del debut de Coralie ocurrió algo funesto para Lucien. Acababa de aparecer el libro de D’Arthez. El redactor jefe del periódico de Hector Merlin dio la obra a Lucien por considerarle la persona más capaz de reseñarla: debía su fatal reputación en esta materia a los artículos que había escrito sobre Nathan. Aquel día había gente en la oficina, todos los redactores se encontraban presentes. Martainville había acudido para discutir la estrategia general adoptada por los diarios monárquicos contra los diarios liberales. Nathan, Merlin y todos los colaboradores de Le Réveil comentaban la influencia del semanario de Léon Giraud, influencia tanto más perniciosa cuanto que el tono era prudente, docto y moderado. Se comenzaba a hablar ya del Cenáculo de la rue des Quatre-Vents; era conocido como «La Convención». Se había decidido que los periódicos monárquicos harían una guerra a muerte y sistemática a esos peligrosos adversarios que se convirtieron, efectivamente, en quienes pusieron en práctica la Doctrina, esa secta fatídica que derribó a los Borbones, a partir del día en que la más mezquina de las venganzas llevó al más brillante escritor monárquico a aliarse con ella. D’Arthez, cuyas opiniones absolutistas eran desconocidas, incluido en el anatema pronunciado contra el Cenáculo, iba a ser la primera víctima. Su libro había de ser «vapuleado», en expresión consagrada. Lucien rehusó hacer el artículo. Esta negativa provocó la más violenta indignación de los capitostes del partido monárquico que habían acudido a aquella cita. Se le dijo clara y rotundamente a Lucien que un recién llegado, un converso, no tenía voluntad propia, que si no era de su interés pertenecer a la monarquía y a la religión, era muy dueño de volver al bando del que había venido: Merlin y Martainville hicieron un aparte con él y le hicieron ver amistosamente que estaba exponiendo a Coralie al odio que los diarios liberales le habían jurado, y que no podría contar entonces con la prensa gubernamental y monárquica para defenderse. La actriz provocaría sin duda una encendida polémica que le daría la fama por la que suspiran todas las mujeres de teatro.

—No entiende usted nada de todo esto —le dijo Martainville—; ella actuará durante tres meses en medio del fuego cruzado de nuestros artículos y ganará treinta mil francos en provincias durante tres meses más cuando acabe aquí la temporada. Por uno de esos escrúpulos que le impedirán ser un político y que hay que despreciar, arruinará a Coralie y su porvenir, pues rechaza una oportunidad que le garantizará la subsistencia.

Lucien se vio obligado a elegir entre D’Arthez y Coralie: su amante estaba perdida si no destrozaba a D’Arthez en el gran periódico y en Le Réveil. El pobre poeta volvió a su casa llorando lágrimas de sangre; se sentó al amor del fuego en su habitación y leyó aquel libro, uno de los más bellos de la literatura moderna. Dejó lágrimas en cada una de sus páginas, dudó largo rato, y finalmente escribió uno de esos artículos burlones que eran su especialidad, tratando al libro como los niños tratan a un hermoso pájaro para desplumarlo y martirizarlo. Su terrible mordacidad podía hacer daño al libro. Pero cuando releyó aquella bella obra, todos sus buenos sentimientos se despertaron: a medianoche atravesó París y se personó en casa de D’Arthez. A través de los cristales vio temblar el casto y tímido resplandor que tan a menudo había observado con el sentimiento de admiración que merecía el noble tesón de aquel auténtico gran hombre; no se sintió con fuerzas para subir y se sentó durante unos instantes en un guardacantón. Finalmente, empujado por su ángel guardián, llamó y encontró a D’Arthez leyendo y sin fuego.

— ¿Qué le sucede? —dijo el joven escritor al ver a Lucien e intuyendo que sólo una terrible desgracia podía haberle conducido hasta allí.

—Su libro es sublime —exclamó Lucien con los ojos llenos de lágrimas—, pero me han ordenado que lo ataque.

—Pobre muchacho, comes un pan muy duro —dijo D'Arthez.

—Sólo le pido un favor, que guarde el secreto de mi visita y me deje en mi infierno con mis trabajos de condenado. Tal vez no es posible llegar a nada sin antes tener callos en el corazón.

— ¡Siempre el mismo! —dijo D'Arthez.

— ¿Me cree un vil? No, D'Arthez, no, soy un muchacho ebrio de amor.

Y entonces le explicó su situación.

—Veamos el artículo —dijo D'Arthez conmovido por todo lo que Lucien acababa de contarle sobre Coralie.

Lucien le entregó el original; D'Arthez lo leyó y no pudo evitar una sonrisa.

— ¡Qué manera de desperdiciar el talento! —exclamó, pero se volvió a callar al ver a Lucien en un sillón, abrumado de sincero dolor—. ¿Me permite que lo corrija? Se lo devolveré mañana —continuó—. La burla deshonra siempre a una obra, pero una crítica seria y ponderada es a veces un elogio; sabré hacer su artículo más honroso para usted y para mí. Por otra parte, nadie mejor que yo conoce mis puntos flacos.

—Al subir por una pronunciada pendiente, uno encuentra a veces una fruta para calmar los ardores de una sed horrible, y esta fruta es usted —dijo Lucien, quien se echó entre los brazos de D'Arthez, lloró y le besó en la frente añadiendo—: ¡Tengo la sensación de prestarle mi conciencia para que un día me la devuelva!

—Considero el arrepentimiento periódico una gran hipocresía —dijo D'Arthez solemnemente—; el arrepentimiento en tales casos no es sino un premio concedido a las malas acciones. El arrepentimiento es una virginidad que nuestra alma debe ofrecer a Dios: un hombre que se arrepiente dos veces es, pues, un despreciable sicofante. Mucho me temo que sea solamente una forma de descargo de conciencia.

Estas palabras fulminaron a Lucien, que volvió a paso lento a la rue de la Lune. Al día siguiente el poeta llevó al periódico su artículo que le había devuelto y corregido D'Arthez, pero a partir de aquel día se vio en todo momento devorado por una melancolía que no fue siempre capaz de disimular. Cuando por la noche vio llena la sala del Gymnase, sintió las terribles emociones que produce un estreno teatral y que toda la fuerza de su amor contribuía a hacer más intensas aún. Estaba en juego toda su vanidad, y con la mirada abarcaba todas las fisonomías de los espectadores igual como hace un acusado delante de los semblantes de los miembros del jurado y de los jueces; bastaba con un murmullo para hacer que se estremeciera; un pequeño incidente en el escenario, las entradas y salidas de Coralie, las menores inflexiones de su voz le producían una gran agitación. La comedia en la que Coralie debutaba era una de esas que fracasan y luego se recuperan, y de hecho fracasó. Al hacer su entrada en escena, Coralie no fue aplaudida y se sintió sobrecogida por la frialdad de la platea. En los palcos, el único aplauso que recibió fue el de Camusot. Algunas personas del piso principal y de las galerías hicieron callar al comerciante con unos «chist» repetidos. Las galerías impusieron silencio a la claque cada vez que ésta se entregaba a salvas de aplausos evidentemente exagerados. Martainville aplaudía valientemente, así como la hipócrita Florine; Nathan y Merlin la imitaban. Una vez fracasada la obra, se agolpó un gentío en el camerino de Coralie para consolarla, pero eso no hizo sino agravar la situación. La actriz estaba desesperada, menos por ella que por Lucien.

—Hemos sido traicionados por Braulard —dijo Lucien.

Coralie tuvo una terrible fiebre, había sido golpeada en pleno corazón. Al día siguiente le fue imposible actuar: su carrera estaba truncada. Lucien le ocultó los periódicos y los abrió en el comedor. Todos los críticos atribuían el fracaso de la obra a Coralie, que había sobrevalorado su talento; ella, que hacía las delicias de los teatros de los bulevares, se encontraba fuera de lugar en el Gymnase. Había llegado hasta allí movida por una loable ambición, pero sin tener en cuenta sus capacidades había elegido mal su papel. Lucien leyó entonces sobre Coralie comentarios escritos en el mismo estilo hipócrita que sus artículos sobre Nathan. Una rabia digna de Milón de Crotona cuando sintió sus manos aprisionadas por el roble que él mismo había abierto estalló en Lucien, que palideció; sus amigos daban a Coralie, con una fraseología admirable por su bondad, complacencia e interés, los más pérfidos consejos. Debía interpretar, decían, unos papeles que los autores de aquellas infames críticas sabían que eran totalmente inadecuados a su talento. Y éstos eran los periódicos monárquicos, amañados sin duda por Nathan. En cuanto a los liberales y a los pequeños periódicos, desplegaban la misma perfidia y el mismo sarcasmo que había empleado Lucien. Coralie oyó uno o dos sollozos, saltó de su cama yendo a donde estaba Lucien, vio los periódicos, quiso leerlos y así lo hizo. Tras su lectura volvió a acostarse y permaneció en silencio. Florine estaba en la conspiración; había previsto ya el desenlace, se sabía el papel de Coralie y había tenido a Nathan para dirigirla en los ensayos. La dirección, que quería mantener la obra en cartel, quiso dar el papel de Coralie a Florine. El director fue a ver a la pobre actriz, que se encontraba abatida y llorando; pero en cuanto le dijo delante de Lucien que Florine se sabía el papel y que le era imposible no hacer representar la obra aquella noche, se enderezó y saltó fuera de la cama.

—Actuaré yo —gritó.

Y cayó desmayada. El papel fue, por tanto, dado a Florine, que se hizo un nombre, pues levantó la obra; todos los periódicos la pusieron por las nubes, y a partir de aquel día se convirtió en la gran actriz que todos conocemos. El triunfo de Florine exasperó a Lucien en extremo.

— ¡Una miserable, a la que has tenido que dar de comer! Si el Gymnase lo quiere, puede rescindir tu contrato. Seré conde de Rubempré, haré fortuna y me casaré contigo.

— ¡Qué tontería! —le dijo Coralie dirigiéndole una pálida mirada.

— ¿Tontería? —gritó Lucien—. Pues bien, dentro de unos días vivirás en una bonita casa, tendrás un carruaje y escribiré un papel para ti.

Cogió dos mil francos y corrió al Frascati. El pobre infeliz pasó allí dentro siete horas, perseguido por las furias, pero con expresión aparentemente fría y tranquila. Durante todo el día y parte de la noche tuvo una suerte alterna: llegó a ganar treinta mil francos y finalmente salió sin un céntimo. Cuando volvió, se encontró con Finot, que le esperaba para que le diera sus articulitos. Lucien cometió el error de quejarse.

— ¡Ah!, no siempre todo es de color de rosa —repuso Finot—. Ha dado usted tan bruscamente media vuelta a la derecha, que por fuerza tenía que perder el apoyo de la prensa liberal, mucho más influyente que la prensa gubernamental y monárquica. No se debe pasar nunca de un bando a otro sin antes haberse preparado un buen lecho en el que consolarse de las previsibles pérdidas, pero en cualquier caso un hombre prudente va a ver a sus amigos, les expone sus razones y hace que sean ellos quienes le aconsejen abjurar; y de este modo se convierten en cómplices que le compadecen y, como en el caso de Nathan y Merlin con sus colegas, acuerdan prestarse mutuos favores. Los lobos no se muerden entre sí. Ha demostrado usted en este asunto la inocencia de un corderillo. Si quiere sacar tajada ha de enseñar los dientes a su nuevo partido. Era inevitable que fuera sacrificado en provecho de Nathan. Y no le ocultaré el ruido, el escándalo y las protestas que ha provocado su artículo contra D’Arthez. Marat es un santo comparado con usted. Se están preparando ataques contra usted y su libro no saldrá bien parado. ¿Cómo va su novela?

—Aquí tengo las últimas pruebas —dijo Lucien enseñando un paquete de hojas.

—Se le atribuyen los artículos sin firma de los periódicos gubernamentales y ultras contra D’Arthez. Ahora no pasa día sin que Le Réveil suelte algún alfilerazo contra los de la rue des Quatre-Vents, y las injurias son tanto más sangrientas cuanto que tienen su gracia. Pero detrás del periódico de Léon Giraud hay todo un grupo político, serio y respetable, que tarde o temprano subirá al poder.

—No he puesto los pies en Le Réveil desde hace ocho días.

— ¡Bueno! Piense en mis articulitos. Haga pronto cincuenta y se los pagaré de una vez; pero hágalos dentro del estilo del periódico.

Y como quien no quiere la cosa Finot dio a Lucien el tema de un artículo burlón sobre el Guardasellos, contándole una pretendida anécdota que, según le dijo, corría por los salones.

Para recuperarse de las pérdidas en el juego, Lucien consiguió encontrar, a pesar de su abatimiento, algo de inspiración y frescura de espíritu, y escribió treinta artículos de dos columnas cada uno. Una vez terminados, Lucien se fue a la tienda de Dauriat, seguro de encontrar allí a Finot, a quien quería entregárselos en secreto; necesitaba además que el editor le explicara por qué no había publicado Las margaritas. La tienda estaba llena de enemigos suyos. A su aparición, se hizo un silencio absoluto y las conversaciones se interrumpieron de golpe. Al ver que le daban de lado, Lucien sintió redoblarse su valor y se dijo a sí mismo, como en la avenida del Luxemburgo: «¡Triunfaré!». Dauriat no estuvo ni amable ni protector, se mostró irónico, atrincherado en su derecho: publicaría Las margaritas cuando él quisiera, esperaría a que la situación de Lucien asegurara su éxito, y además había comprado todos los derechos. Cuando Lucien objetó que Dauriat estaba obligado a publicar sus Margaritas según lo establecido en el contrato y los compromisos de los contratantes, el editor sostuvo lo contrario y dijo que desde el punto de vista legal no podía ser obligado a realizar una operación que consideraba lesiva para sus intereses;

él era el único a quien correspondía juzgar acerca de la oportunidad de su publicación. Existía además una solución que ningún tribunal dejaría de admitir. Lucien era muy dueño de devolver los mil escudos, recuperar su obra y publicarla con un editor monárquico.

Lucien se retiró más molesto por el tono comedido adoptado por Dauriat que por los aires de autócrata exhibidos con ocasión de su primera entrevista. Era evidente que Las margaritas no serían publicadas hasta que Lucien pudiera contar con el apoyo de unos colegas poderosos, o cuando hubiera alcanzado por sí solo una posición de indiscutido poder. Lentamente el poeta regresó a su casa, presa de un desaliento que le habría llevado al suicidio de haber cedido al impulso del primer momento. Encontró a Coralie en la cama, pálida y enferma.

— ¡O consigue un papel o se nos muere! —le dijo Bérénice mientras Lucien se vestía para ir a la rue du Mont-Blanc, a casa de mademoiselle des Touches, quien daba una gran fiesta, y donde se encontraría a Des Lupeaulx, Vignon, Blondet, madame d’Espard y madame de Bargeton.

La velada era en honor de Conti, el gran compositor que poseía una de las voces más célebres fuera del mundo de la escena, y en honor de la Cinti, la Pasta, Garcia, Levasseur y dos o tres voces ilustres del gran mundo. Lucien se deslizó hasta el lugar donde estaban sentadas la marquesa, su prima y madame de Montcornet. El pobre muchacho adoptó un aire ligero, contento, feliz; bromeó, se mostró tal como era en sus días de esplendor, no quería dar en absoluto la impresión de tener necesidad de la ayuda de los demás. Se extendió hablando de los servicios que prestaba al partido monárquico, y en prueba de ello se refirió a los gritos de odio que habían lanzado los liberales contra él.

—Será usted generosamente recompensado por todo ello, amigo mío —le dijo madame de Bargeton dirigiéndole una amable sonrisa—. Vaya pasado mañana a la Cancillería, con la Garza y Des Lupeaulx, y tendrá su real orden firmada por el rey. El Guardasellos lo lleva mañana a Palacio, pero hay consejo y volverá tarde; si me entero, sin embargo, del resultado por la noche, le mandaré noticias. ¿Dónde vive?

—Ya vendré —repuso Lucien avergonzado por tener que decir que vivía en la rue de la Lune.

—Los duques de Lenoncourt y de Navarreins le han hablado de usted al rey —prosiguió la marquesa—, elogiando su absoluta y total abnegación que merece una gran recompensa para resarcirle de la persecución del partido liberal. Por otra parte, el nombre y el título de Rubempré, a los que tiene derecho por parte de madre, llegarán a ser ilustres en usted. Esta misma tarde el rey le ha dicho a Su Excelencia que le traiga una real orden para autorizar a monsieur Lucien Chardon a llevar el apellido y los títulos de los condes de Rubempré, en su calidad de nieto del último conde por parte de madre. «Favorezcamos a los jilgueros del Pindo», ha dicho tras haber leído su soneto sobre el lirio, que, por suerte, mi prima se había acordado de darle al duque. «Sobre todo si el rey puede hacer el milagro de transformarlos en águilas», ha respondido monsieur de Navarreins.

Fue tal la emoción de Lucien que habría enternecido a cualquier otra mujer que hubiese estado menos herida de lo que lo estaba Louise d’Espard de Nègrepelisse. Cuanto más guapo veía a Lucien, mayor era su sed de venganza. Des Lupeaulx tenía razón, Lucien carecía de tacto: no supo adivinar que la real orden de la que le hablaban no era sino una broma al estilo de las que tan bien sabía hacer madame d’Espard. Envalentonado por aquel éxito y por la halagadora distinción de la que le daba muestras mademoiselle des Touches, se quedó en su casa hasta las dos de la noche para poder hablar con ella en privado. Lucien se había enterado en las oficinas de los periódicos monárquicos de que mademoiselle des Touches colaboraba en secreto en la redacción de un drama en el que actuaría la gran revelación del momento, la pequeña Fay. Cuando los salones quedaron desiertos, llevó a mademoiselle des Touches hasta un sofá del boudoir y le contó de forma tan conmovedora la desgracia de Coralie y la suya propia, que esta ilustre hermafrodita le prometió darle el papel principal a Coralie.

Al día siguiente de esta velada, en el momento en que Coralie, feliz por la promesa que mademoiselle des Touches le había hecho a Lucien, volvía a la vida y almorzaba con su poeta, Lucien estaba leyendo el diario de Lousteau, en el que figuraba el relato burlón de la anécdota inventada sobre el Guardasellos y sobre su mujer. La más negra maldad se ocultaba bajo el ingenio más incisivo. El rey Luis XVIII estaba perfectamente representado y ridiculizado, pero sin llegar al extremo de que pudieran intervenir las autoridades judiciales. He aquí el hecho al que el partido liberal quería dar apariencia de verdad, pero que solamente ha servido para engrosar el número de sus ingeniosas calumnias.

La pasión de Luis XVIII por una correspondencia galante y azucarada, llena de madrigales y alusiones licenciosas, era interpretada como la última expresión de su amor que se estaba volviendo doctrinario: pasaba, según se decía, del hecho a la idea. La ilustre amante, tan cruelmente atacada por Béranger bajo el nombre de Octavie, comenzaba a alimentar los más serios temores. La correspondencia languidecía. Cuanto más desplegaba Octavie su ingenio, más frío y apagado se mostraba su amante. Octavie había acabado descubriendo la causa de su desgracia: su poder estaba amenazado por la fresca gracia de una nueva relación epistolar del regio corresponsal con la esposa del Guardasellos. Esta excelente mujer era considerada incapaz de escribir ni un billete; por tanto debía de ser la títere de una audaz ambición. ¿Quién podía esconderse detrás de aquellas faldas? Tras algunas averiguaciones, Octavie descubrió que el rey mantenía correspondencia con su ministro. E inmediatamente concibe su plan. Con la ayuda de un fiel amigo retiene un buen día al ministro en la Cámara gracias a una tempestuosa discusión, y consigue una entrevista con el rey, en la que subleva el amor propio del monarca con la revelación del engaño. Luis XVIII estalla en un ataque de cólera borbónica y real contra Octavie, no la cree; Octavie le ofrece al punto una prueba rogándole que escriba un mensaje exigiendo una respuesta inmediata. La pobre mujer, sorprendida, manda a buscar a su marido a la Cámara; pero todo estaba previsto, y en aquel momento se hallaba en la tribuna de oradores. La mujer suda sangre, se estruja los sesos y responde con todo el ingenio de que es capaz. «Vuestro canciller os contará el resto», exclama Octavie, riéndose ante la decepción del rey.

Aunque falso, el artículo hería en lo más vivo al rey, al Guardasellos y a su mujer. Se decía que Des Lupeaulx, a quien Finot le guardó siempre el secreto, era quien se había inventado la anécdota. Este agudo y mordaz artículo hizo las delicias de los liberales y del partido de Monsieur. Lucien se divirtió, sin ver en él más que un muy agradable bulo. Al día siguiente fue a reunirse con Des Lupeaulx y el barón Du Châtelet. El barón iba a darle las gracias a Su Excelencia. Monsieur Châtelet, nombrado consejero de Estado en servicio extraordinario, había sido nombrado conde con la promesa de convertirse en prefecto del Charente tan pronto como el actual prefecto hubiera acabado los pocos meses necesarios para retirarse con la pensión máxima. El conde Du Châtelet, pues el «du» había sido incluido en la real orden, hizo subir a Lucien a su carruaje y le trató como a un igual. De no ser por los artículos de Lucien, tal vez no habría ascendido tan rápidamente: el acoso de los liberales le había servido como una especie de plataforma de promoción. Des Lupeaulx estaba en el Ministerio, en el despacho del secretario general. Al ver a Lucien, este funcionario dio un salto de sorpresa y miró a Des Lupeaulx.

— ¡Cómo!, ¿se atreve a aparecer por aquí, señor? —dijo el secretario general a un estupefacto Lucien—. ¡Su Excelencia ha hecho pedazos la real orden que tenía ya lista, aquí tiene! —Enseñó entonces el primer papel rasgado que encontró a mano—. El ministro ha querido conocer al autor del espantoso artículo de ayer, y he aquí un ejemplar del periódico —dijo el secretario general alargando a Lucien las hojas de su artículo—. ¿Se dice monárquico, señor, y es colaborador de ese infame periódico que hace encanecer los cabellos de los ministros, que ataca a los Ministerios y nos arrastra hacia el abismo? Se desayuna con Le Corsaire, Le Miroir, Le Constitucionnel, Le Courier, come con La Quotidienne y Le Réveil y cena con Martainville, el antagonista más terrible del Gobierno y que empuja al rey hacia el absolutismo, lo cual le conduciría a una revolución tan rápidamente como si se entregara a la extrema izquierda. Es usted un periodista muy ingenioso, pero nunca llegará a ser un político. El ministro le ha denunciado al rey como el autor del artículo y el rey, enfurecido, ha reprendido al señor duque de Navarreins, su primer gentilhombre de servicio. ¡Se ha creado unos enemigos tanto más poderosos cuanto más favorables le eran! Lo que en un enemigo parece natural, es espantoso en un amigo.

—Pero, mi querido amigo, ¿es usted un niño? —dijo Des Lupeaulx—. Me ha puesto en un compromiso. Madame d’Espard, madame de Bargeton y madame de Montcornet, que respondían por usted, deben de estar furiosas. El duque ha debido de hacer caer su cólera sobre la marquesa y la marquesa habrá reñido a su prima. ¡No vaya allí! ¡Espere!

— ¡Aquí llega Su Excelencia, salga! —dijo el secretario general.

Lucien se encontró en la place Vendôme, aturdido como un hombre al que acaban de asestar un mazazo en la cabeza. Regresó a pie por los bulevares, tratando de hacer examen de conciencia. Se vio convertido en el juguete de unos hombres envidiosos, ávidos y pérfidos. ¿Qué era en aquel mundo de ambiciones? Un niño que corría tras los placeres y las satisfacciones de la vanidad, sacrificándolo todo a ellos; un poeta incapaz de reflexionar en profundidad, yendo como una falena de luz en luz, sin un plan preestablecido, esclavo de las circunstancias, pensando bien y obrando mal. Su conciencia fue un despiadado verdugo. Además, no tenía ya dinero y se sentía extenuado por el trabajo y por el dolor. Los artículos de Nathan y

Merlin tenían siempre la precedencia sobre los suyos. Mientras caminaba sin rumbo, perdido en sus reflexiones, vio, en algunos gabinetes literarios, que comenzaban a ofrecer libros de lectura junto con los periódicos, un cartel en el que bajo un extraño título, completamente desconocido para él, destacaba su nombre: «Por monsieur Lucien Chardon de Rubempré». Había aparecido su obra, y él no sabía nada, los periódicos no habían hablado de ella. Se quedó parado, con los brazos colgando, inmóvil, sin advertir la presencia de un grupo de jóvenes elegantes, entre quienes se encontraban Rastignac, De Marsay y algunos otros conocidos suyos. No se fijó en Michel Chrestien y en Léon Giraud, que se le acercaron.

— ¿Es usted monsieur Chardon? —le preguntó Michel con un tono que hizo resonar las entrañas de Lucien como cuerdas.

— ¿No me conoce? —respondió palideciendo.

Michel le escupió en la cara.

—Estos son los honorarios por sus artículos contra D'Arthez. ¡Si todos siguieran mi ejemplo cuando está en juego el propio honor o el de sus amigos, la prensa sería lo que debe ser: un sacerdocio respetable y respetado!

Lucien vaciló y tuvo que apoyarse en Rastignac, a quien dijo, así como a De Marsay:

—Señores, no pueden negarse a ser mis testigos. Pero antes quiero pagarle con la misma moneda para que la cosa no tenga vuelta de hoja.

Lucien dio un bofetón a Michel, quien no se lo esperaba. Los elegantes y los amigos de Michel se interpusieron entre el republicano y el monárquico, a fin de que esta pelea no degenerase en una vulgar reyerta. Rastignac sujetó a Lucien y se lo llevó a su casa de la rue Taitbout, a dos pasos de la escena de los hechos que tenían lugar en el bulevar de Gand, a la hora de la comida. Esta circunstancia evitó los acostumbrados apiñamientos de gente que se producen en tales casos. De Marsay fue a buscar a Lucien, a quien los dos dandies obligaron a comer alegremente con ellos en el Café Inglés, donde se emborracharon.

— ¿Es usted diestro con la espada? —le preguntó De Marsay.

—Nunca he manejado ninguna.

— ¿Con la pistola? —preguntó Rastignac.

—En mi vida he disparado un solo tiro.

—Pues entonces tiene la suerte de cara; es usted un temible adversario, puede dar muerte a su rival —dijo De Marsay.

Afortunadamente, Lucien encontró a Coralie ya acostada, durmiendo. La actriz había trabajado, improvisando, en una pequeña comedia y se había tomado la revancha logrando aplausos legítimos, no comprados. Aquella velada, que sus enemigos no se esperaban, hizo decidirse al director a darle el papel principal en la obra de Camille Maupin, pues había acabado por descubrir los verdaderos motivos del fracaso de Coralie el día de su debut. Irritado por las intrigas de Florine y de Nathan para hacer caer a una actriz por la que sentía estima, el director le había prometido a Coralie su protección.

A las cinco de la madrugada, Rastignac pasó a recoger a Lucien.

—Amigo, vive usted en la Luna, como indica el nombre de su calle —le dijo por todo cumplido—. Seamos los primeros en llegar a la cita en el camino de Clignancourt, es de buen gusto y debemos dar ejemplo.

—El programa es el siguiente —le dijo De Marsay cuando el coche rodaba ya por el faubourg Saint-Denis—. Se batirán a pistola, a una distancia de veinticinco pasos, avanzando libremente el uno hacia el otro hasta una distancia máxima de quince pasos. Cada uno puede dar cinco pasos y hacer tres disparos, ni uno más. Pase lo que pase, los dos se comprometen a limitarse a esto. Nosotros cargaremos las pistolas de su adversario y los testigos de él cargarán las de usted. Las armas han sido escogidas por los cuatro testigos en casa de un mismo armero. Le prometo que hemos hecho todo lo posible para que el azar le favoreciera: tienen ustedes pistolas de caballería.

Para Lucien la vida se había convertido en una pesadilla; le era indiferente vivir o morir. El valor propio del suicida le sirvió, pues, para parecer revestido de bravura ante los ojos de los espectadores de su duelo. Se quedó en su sitio sin dar un paso. Esta despreocupación fue tomada por frío cálculo: se pensó que aquel poeta era todo un hombre. Michel Chrestien llegó hasta el límite prescrito. Los dos adversarios hicieron fuego al mismo tiempo, pues las ofensas habían sido consideradas iguales. Al primer disparo, la bala de Chrestien rozó la barbilla de Lucien, cuya bala pasó diez pies por encima de la cabeza de su adversario. Al segundo disparo, la bala de Michel se alojó en el cuello de la levita del poeta, que, por fortuna, era de piqué y estaba forrada de bucarán. Al tercer disparo, Lucien recibió la bala en el pecho y se desplomó.

— ¿Está muerto? —preguntó Michel.

—No —dijo el cirujano—, saldrá de ésta.

—Tanto peor —repuso Michel.

— ¡Ah!, sí, tanto peor —dijo Lucien prorrumpiendo en sollozos.

A mediodía, el pobre muchacho se encontraba en su habitación tendido en el lecho; se habían requerido cinco horas y grandes cuidados para trasladarlo hasta allí. Aunque su estado no revestía peligro, requería precauciones: la fiebre podía provocar serias complicaciones. Coralie ahogó su desesperación y dolor. Durante todo el tiempo que su amigo corrió peligro, pasó las noches con Bérénice, aprendiéndose sus papeles. Dos meses duró el estado preocupante de Lucien. A veces la pobre muchacha interpretaba un papel en el que debía fingir alegría, mientras que no paraba de repetirse para sus adentros: «¡Tal vez mi pobre Lucien esté muriéndose en estos momentos!».

Durante todo aquel tiempo Lucien fue cuidado por Bianchon: debió la vida a la abnegación de este amigo tan vivamente herido, pero a quien D’Arthez le había confiado el secreto de la visita que Lucien le había hecho para justificar al desdichado poeta. En un momento de lucidez, ya que Lucien tuvo una gravísima fiebre nerviosa, Bianchon, que sospechaba cierta generosidad por parte de D’Arthez, interrogó al enfermo; Lucien le dijo que no había escrito ningún otro artículo sobre el libro de D’Arthez, aparte del aparecido en el periódico de Hector Merlin.

A finales del primer mes, la casa editorial Fendant y Cavalier se declaró en quiebra. Bianchon le rogó a la actriz que ocultara este terrible revés a Lucien. La famosa novela El arquero de Carlos IX, aparecida bajo un título extraño, no había tenido el menor éxito. Para conseguir algo de dinero antes de declararse en quiebra, Fendant, a espaldas de Cavalier, había vendido todas las existencias a unos tenderos que la revendían a bajo precio a los buhoneros. En aquel momento el libro de Lucien adornaba los parapetos de los puentes y muelles de París. La librería del quai des Augustins, que había adquirido cierta cantidad de ejemplares de esta novela, vio cómo perdía una considerable suma a consecuencia de la súbita bajada del precio: los cuatro volúmenes en doceavo que había comprado a cuatro francos y cincuenta céntimos se vendían a cincuenta sueldos. El comercio ponía el grito en el cielo, y los periódicos seguían guardando el más completo silencio. Barbet no había previsto aquella limpieza, creyendo como creía en el talento de Lucien; en contra de su costumbre, se había asegurado doscientos ejemplares; y la perspectiva de una pérdida le volvía loco, decía pestes de Lucien. Barbet tomó una decisión heroica: guardó sus ejemplares en un rincón de su almacén por pura testarudez de avaro, y dejó que sus colegas se deshicieran de los suyos a bajo precio. Más tarde, en 1824, cuando el hermoso prefacio de D'Arthez, los méritos propios del libro y dos artículos escritos por Léon Giraud revalorizaron esta obra, Barbet vendió sus ejemplares uno a uno al precio de diez francos. A pesar de todas las precauciones de Bérénice y Coralie, fue imposible impedir que Hector Merlin fuera a ver a su amigo moribundo; y le hizo beber gota a gota el cáliz amargo de aquel bouillon, palabra en uso en el mundo de la edición para describir la funesta operación a la que se habían dedicado Fendant y Cavalier al publicar la obra de un novel. Martainville, el único amigo fiel de Lucien, escribió un magnífico artículo a favor de la obra, pero la exasperación era tal, tanto en el campo liberal como en el gubernamental, contra el redactor jefe de L'Aristarque, L'Oriflamme y Le Drapeau blanc, que los esfuerzos de este valiente atleta, que devolvió siempre a los liberales diez insultos por cada uno, perjudicaron a Lucien. Ningún periódico recogió el guante de la polémica, por muy punzantes que fueran los ataques del bravo realista. Coralie, Bérénice y Bianchon cerraron la puerta a todos cuantos se decían amigos de Lucien, que profirieron grandes gritos de protesta, pero fue imposible cerrar la puerta a los alguaciles. La bancarrota de Fendant y Cavalier autorizaba a los acreedores a exigir el pago de sus letras en virtud de una disposición del Código de Comercio, que es la más lesiva para los derechos de terceros, que se ven privados así de los beneficios del contrato. Lucien se vio por ello perseguido insistentemente por Camusot. Al leer aquel nombre, la actriz comprendió la terrible y humillante gestión que había tenido que hacer su poeta, que para ella era tan angelical. Por ello le amó diez veces más y no quiso implorarle a Camusot. Cuando se presentaron en busca del imputado, los alguaciles le encontraron en su lecho y desistieron de llevárselo; pasaron por casa de Camusot antes de rogarle al presidente del tribunal que les indicara una casa de salud adonde trasladarlo. Camusot se presentó de inmediato en la rue de la Lune. Coralie bajó y subió de nuevo con los documentos procesales que, según el endoso, señalaban a Lucien como comerciante. ¿Cómo había obtenido ella aquellos documentos de Camusot?, ¿qué promesa le había hecho? Ella guardó el más absoluto silencio, pero había subido pálida como una muerta. Coralie actuó en la obra de Camille Maupin y contribuyó en gran parte al éxito de la ilustre hermafrodita literaria. La creación de este papel fue el último destello de este bello astro. A la vigésima representación, en el momento en que Lucien, restablecido, comenzaba a pasear, a comer y hablaba de reanudar sus trabajos, Coralie cayó enferma: una pena secreta la devoraba. Bérénice siempre creyó que por salvar a Lucien se había comprometido a volver con Camusot. La actriz tuvo que sufrir la mortificación de ver que daban su papel a Florine. Nathan pensaba declarar la guerra al Gymnase en el caso de que no se diera a Florine el papel de Coralie. Interpretando su papel hasta el último momento para no dejar que se hiciera con él su rival, Coralie agotó todas sus fuerzas; el Gymnase le había hecho algunos adelantos durante la enfermedad de Lucien; no podía pedir nada más a la caja del teatro, pese a su buena voluntad; Lucien no estaba en condiciones aún de trabajar, además cuidaba de Coralie a fin de aliviar a Bérénice; se llegó así en aquel pobre hogar a la más negra miseria; sin embargo, tuvo suerte de encontrar a un médico experto y abnegado como Bianchon que convenció a un farmacéutico para que les fiase. La situación de Coralie y de Lucien no tardó en ser conocida por los proveedores y el propietario. Los muebles fueron embargados. La modista y el sastre, al no temer ya al periodista, persiguieron sañudamente a estos dos bohemios. Por último, no quedaron más que el farmacéutico y el chacinero que les fiaran a aquellos dos infortunados jóvenes. Lucien, Bérénice y la enferma se vieron obligados así a comer durante una semana nada más que carne de tocino en todas las ingeniosas variantes que son capaces de darle los charcuteros. Esta carne, bastante indigesta de por sí, agravó la enfermedad de la actriz. Lucien se vio obligado por la miseria a presentarse en casa de Lousteau para reclamarle los mil francos que aquel viejo amigo, aquel traidor, le debía. Entre todas sus desventuras, éste fue el paso que más le costó dar. Lousteau no podía ya volver a su habitación de la rue de La Harpe; dormía en casa de amigos, al verse perseguido y acorralado como una liebre. Lucien sólo pudo encontrar a su fatal introductor en el mundo literario en Flicoteaux. Estaba cenando en la misma mesa en la que Lucien le había encontrado para su desgracia el día en que dejara solo a D’Arthez. Lousteau le invitó a cenar y Lucien aceptó. Cuando al salir de Flicoteaux, Claude Vignon, que cenaba también allí aquel día, Lousteau, Lucien y el alto desconocido que tenía su guardarropa en casa de Samanon quisieron ir al Café Voltaire para tomar un café, no consiguieron reunir ni treinta sueldos con la calderilla del fondo de sus bolsillos. Deambularon por el Luxemburgo confiando encontrar a un editor, y efectivamente vieron a uno de los más famosos de aquel tiempo, a quien

Lousteau consiguió sacarle cuarenta francos. Lousteau hizo cuatro partes con dicha suma, que repartió entre los escritores. Lucien no sentía ya ningún orgullo, la miseria había matado todo sentimiento en él; lloró delante de aquellos tres artistas contándoles su situación; pero cada uno de sus colegas tenía un drama propio que contar tan horrible como el suyo; cuando cada uno explicó su historia, el poeta se sintió el menos desgraciado de los cuatro. Todos, por tanto, tenían necesidad de olvidar su desgracia y cuanto podía recordársela. Lousteau se marchó corriendo al Palais-Royal a jugarse los nueve francos que le quedaban de sus diez. El alto desconocido, pese a tener una amante encantadora, se fue a una innoble casa pública para sumergirse en el cenagal de los placeres peligrosos. Vignon se acercó al Petit Rocher de Cancale con el propósito de tomarse dos botellas de Burdeos para ahogar en vino su razón y su memoria. Lucien dejó a Claude Vignon en la puerta del restaurante, rehusando tomar parte en aquella cena. El apretón de manos que el gran hombre de provincias dio al único periodista que no le había sido hostil estuvo acompañado de un horrible encogimiento de corazón.

— ¿Qué puedo hacer? —le preguntó.

—Cual el tiempo tal el tiento —le dijo el gran crítico—. Su novela es un buen libro, pero se ha creado envidiosos; su lucha será larga y difícil. El genio es una horrible enfermedad. Todo escritor lleva en su corazón a un monstruo que, semejante a la tenia en el estómago, devora los sentimientos a medida que se forman. ¿Quién triunfará?, ¿la enfermedad sobre el hombre o el hombre sobre la enfermedad? Cierto que hay que ser un gran hombre para mantener la balanza equilibrada entre el genio y el carácter. Cuanto más crece el talento, más se seca el corazón. A menos de ser un coloso, a menos de tener las espaldas de un Hércules, uno se queda o sin corazón o sin talento. Usted es débil y delicado, sucumbirá —dijo entrando en el restaurante.

Lucien volvió a su casa meditando sobre esta terrible sentencia, cuya profunda verdad arrojaba luz sobre la vida literaria.

«¡Dinero!», le gritaba una voz.

Libró a su orden tres letras de mil francos cada una a uno, dos y tres meses de vencimiento, imitando con admirable perfección la firma de David Séchard; las endosó, y a la mañana siguiente se las llevó a Métivier, el fabricante de papel de la rue Serpente, quien se las pagó sin ningún problema. Lucien escribió unas líneas a su cuñado, para avisarle de este ataque a su caja prometiéndole, como es costumbre, remitirle los fondos a su vencimiento. Pagadas las deudas de Coralie y de Lucien, quedaron trescientos francos, que el poeta entregó a Bérénice diciéndole que no le diera nada si se lo pedía; temía que la fiebre del juego se apoderara de él. Animado por una sombría, fría y taciturna rabia, Lucien se puso a escribir sus artículos más agudos a la luz de una lamparilla, mientras velaba a Coralie. Cuando buscaba sus ideas veía a esta adorable criatura, blanca como la porcelana, bella como pueden serlo los moribundos, sonriéndole con los labios exangües, mirándole con unos ojos brillantes como los de todas las mujeres que se están muriendo tanto de pena como de enfermedad. Lucien mandaba sus artículos a los periódicos, pero como no podía ir a las oficinas para importunar a los redactores jefe, los artículos no se publicaban. Cuando se decidía a ir al periódico, Théodore Gaillard, que le había hecho unos adelantos y que luego se aprovechó de aquellos diamantes literarios, le recibía fríamente.

—Cuídese, amigo; ya no es ingenioso, no se deje llevar por el desaliento, ¡esfuércese en ser más brillante! —le decía.

—Este pequeño Lucien no tenía en gestación más que su novela y sus primeros artículos —exclamaron Félicien Vernou, Merlin y todos los que le detestaban, cuando se hablaba de él en casa de Dauriat o en el Vaudeville—. Nos manda unos artículos que dan pena.

«No tener nada en gestación», frase consagrada en la jerga del periodismo, constituye una sentencia suprema contra la que es difícil apelar una vez pronunciada. Esta frase, que se extendió por todas partes, mataba a Lucien sin él saberlo; a partir de aquel día, en efecto, comenzó a tener problemas superiores a sus fuerzas. En medio de sus agotadores trabajos, se vio perseguido por las letras vencidas de David Séchard y tuvo que recurrir a la experiencia de Camusot. El antiguo amante de Coralie tuvo la generosidad de proteger a Lucien. Esta horrorosa situación se prolongó por espacio de dos meses, en los que le llovieron papeles timbrados, que, a recomendación de Camusot, Lucien mandaba a Desroches, un amigo de Bixiou, de Blondet y de Des Lupeaulx.

A principios del mes de agosto, Bianchon le dijo al poeta que Coralie estaba en las últimas, que no le quedaban más que unos pocos días de vida. Bérénice y Lucien pasaron aquellos días fatales llorando, sin poder ocultar sus lágrimas a esta pobre muchacha que estaba desesperada por morir a causa de Lucien. Por una extraña regresión, Coralie le pidió a Lucien que mandase llamar a un sacerdote. La actriz quiso reconciliarse con la Iglesia y murió en santa paz. Tuvo un final cristiano y su arrepentimiento fue sincero. Esta agonía y esta muerte acabaron por privar a Lucien de todas sus fuerzas y de todo su valor. El poeta quedó completamente abatido, sentado en un sillón a los pies del lecho de Coralie, sin dejar de mirarla hasta el momento en que vio los ojos de la actriz entornados por la mano de la muerte. Eran las cinco de la madrugada. Un pajarillo vino a posarse en los tiestos de la ventana y gorjeó. Bérénice, arrodillada, besaba la mano de Coralie, que se iba enfriando bajo sus lágrimas. En la repisa de la chimenea no había más que once sueldos. Lucien salió empujado por una desesperación que le aconsejaba pedir limosna para enterrar a su amante o ir a echarse a los pies de la marquesa de Espard, el conde du Châtelet, madame de Bargeton, mademoiselle des Touches o del terrible dandy De Marsay: no quedaba ya nada en él de orgullo ni de fuerzas. ¡Capaz habría sido de alistarse en el ejército por tener un poco de dinero! Caminando con ese paso arrastrado y desacompasado de los desgraciados llegó hasta la residencia de Camille Maupin, donde entró sin tener en cuenta el desaliño de sus ropas y rogó ser anunciado.

—La señorita se ha acostado a las tres de la noche, y nadie se atrevería a entrar en su habitación antes de que ella llame —respondió el criado.

— ¿A qué hora llama?

—Nunca antes de las diez.

Lucien escribió entonces una de esas cartas espantosas en las que los elegantes que no tienen donde caerse muertos pierden todo recato. Una tarde en que Lousteau le hablaba de las solicitudes hechas por los jóvenes talentos a Finot, se había mostrado incrédulo sólo de pensar que uno se pudiera humillar hasta tal punto, y ahora su pluma le llevaba incluso más lejos de todo lo que podían haber escrito sus compañeros de desgracia. Cuando regresaba a casa alelado y febril, al pasar por los bulevares sin imaginar la horrible obra maestra que acababa de dictarle la desesperación, se encontró con Barbet.

—Barbet, ¿quinientos francos? —le dijo tendiéndole la mano.

—No, doscientos —repuso el librero.

— ¡Ah!, ¿así que tiene corazón?

—Sí, pero también negocios. Me hace usted perder mucho dinero —le dijo después de contarle la quiebra de Fendant y Cavalier—, deme a ganar algo.

Lucien se estremeció.

—Es usted poeta, y por tanto sabrá hacer todo tipo de versos —prosiguió el editor—. En estos momentos necesito canciones subidas de tono para publicarlas junto con otras que he editado de autores varios, para que nadie pueda acusarme de piratería y poder así vender por las calles una bonita colección de canciones a diez sueldos. De modo que si quiere enviarme mañana diez buenas canciones que ensalcen el vino o que sean licenciosas… Bien, ¡ya sabe!, le daré doscientos francos.

Lucien volvió a su casa: allí encontró a Coralie, rígida y yacente sobre un catre de tijera y envuelta en una vieja sábana que Bérénice estaba cosiendo con lágrimas en los ojos. La gorda normanda había encendido cuatro cirios en las cuatro esquinas de la cama. En el rostro de Coralie resplandecía esa belleza sublime que fascina a los vivos con su calma absoluta. La actriz se asemejaba a esas muchachitas cloróticas: por momentos parecía que aquellos labios amoratados fueran a entreabrirse para pronunciar el nombre de Lucien, que antes de expirar había repetido aún junto con el nombre de Dios. Lucien le dijo a Bérénice que fuera a las pompas fúnebres para encargar un carruaje que no costase más de doscientos francos, incluido el servicio fúnebre en la iglesucha de la Bonne-Nouvelle. Apenas hubo salido Bérénice, el poeta se sentó a la mesa, cerca del cuerpo de su pobre amada, y allí compuso las diez canciones que requerían ideas alegres y aires populares. Al principio un dolor desgarrador le impidió trabajar, pero finalmente la necesidad le hizo encontrar la inspiración, como si no sufriera. Se hacía realidad la terrible sentencia de Claude Vignon sobre la escisión entre corazón y cerebro. ¡Qué noche la que pasó el pobre muchacho esforzándose en componer canciones para ofrecer a los juerguistas escribiendo a la luz de los cirios y al lado del sacerdote que rezaba por el alma de Coralie! Al día siguiente por la mañana, Lucien, que había acabado su última canción, trataba de adaptarla a una tonadilla de moda; al oírle cantar, Bérénice y el sacerdote temieron que hubiera enloquecido.

Amigos, la moral en la canción
me cansa, aburre hasta la hartura.
¿Para qué invocar la razón
cuando se sirve a la Locura?
No hay mal estribillo
si se mata el gusanillo.

Epicuro dicho lo ha dejado.
Apolo no es un buen consejero
si Baco es nuestro copero.
Riamos y bebamos
y lo demás váyase al diablo.
Hipócrates a todo buen bebedor
cien años de vida prometía.
¿Qué importa, al fin, oh, dolor,
si la pierna que antes corría
no puede ya alcanzar a una moza bella,
si para soplarnos una botella
tenemos siempre presta la mano?
Si hasta los setenta años
como esponjas trincamos,
riamos y bebamos
y lo demás váyase al diablo.
Saber de dónde venimos
es cosa al alcance de cualquiera,
pero para saber adónde vamos
hace falta una mejor sesera.
Entonces, no nos inquietemos
y hasta el fin aprovechemos
el bien de Dios del que hablo.
Cierto es que hemos de morir,
no menos que ahora hay que vivir.
Riamos y bebamos
y lo demás váyase al diablo.

En el preciso instante en que el poeta estaba cantando esta espantosa estrofa final, entraron Bianchon y D’Arthez y le encontraron en pleno paroxismo del abatimiento, derramando un torrente de lágrimas y sin fuerzas para pasar a limpio sus canciones. Cuando terminó de contar en medio de sollozos su situación, vio lágrimas en los ojos de sus amigos que le escuchaban.

— ¡Esto —dijo D’Arthez— lava muchas culpas!

—Dichosos los que conocen el infierno en este mundo —sentenció gravemente el sacerdote.

El espectáculo de aquella belleza muerta que sonreía a la eternidad, su amante que le compraba una tumba con canciones de taberna, Barbet que pagaba el ataúd, aquellos cuatro cirios en torno a aquella actriz cuya basquiña y medias rojas con espiguillas verdes hasta hacía poco hacían delirar a todo el teatro; y luego, en la puerta, el sacerdote que la había reconciliado con Dios volviendo a la iglesia para decir una misa en sufragio por la que tanto había amado, aquella grandeza de ánimo y aquella infamia, aquellos dolores sepultados bajo la necesidad, dejaron helados al gran escritor y al gran médico, que tomaron asiento sin poder decir una palabra. Entró un criado para anunciar a mademoiselle des Touches. Esta bella y sublime mujer lo había comprendido todo, se dirigió directamente a Lucien y le estrechó la mano en la que deslizó dos billetes de mil francos.

—Ya es demasiado tarde —le dijo él lanzándole una mirada de moribundo.

D’Arthez, Bianchon y mademoiselle des Touches no dejaron a Lucien hasta después de haber confortado su desesperación con las más dulces palabras, pero ya tenía el corazón destrozado. A mediodía, todo el Cenáculo, a excepción de Michel Chrestien, que no obstante había sido informado de la inocencia de Lucien, estuvo presente en la iglesucha de la Bonne-Nouvelle, así como Bérénice, mademoiselle des Touches, dos comparsas del Gymnase, la camarera de Coralie y el pobre Camusot. Todos los hombres acompañaron a la actriz hasta el cementerio del Père-Lachaise. Camusot, que lloraba a lágrima viva, juró a Lucien que compraría allí un terreno a perpetuidad y levantaría una pequeña columna en la que grabaría CORALIE, y debajo: «Muerta a los diecinueve años (agosto de 1822)».

Lucien se quedó solo hasta la puesta del sol, en aquella colina desde donde la mirada abarcaba todo París: «¿Quién me querrá ahora? —se preguntaba—. Mis verdaderos amigos me desprecian. ¡Hiciera lo que hiciese, a esta que yace aquí todo le parecía noble y bien! ¡No me quedan más que mi hermana, David y mi madre! ¿Qué pensarán de mí?».

El pobre gran hombre de provincias regresó a la rue de la Lune, pero al ver el piso vacío sus impresiones fueron tan vívidas que fue a hospedarse a un triste hotel de la misma calle. Con los dos mil francos de mademoiselle des Touches, más lo que logró sacar de la venta de los muebles, pagó todas las deudas. Bérénice y Lucien se quedaron con cien francos cada uno, lo cual les permitió vivir durante dos meses, tiempo que Lucien pasó en un estado de postración enfermiza; no podía escribir ni pensar, se abandonaba al dolor; Bérénice sintió compasión por él.

—Si volviese a su tierra, ¿cómo iría? —preguntó ella a una exclamación de Lucien, que pensaba en su hermana, su madre y David Séchard.

—A pie —dijo él.

—Pero aun así hay que comer y alojarse durante el viaje. Haciendo doce leguas al día, necesitará por lo menos veinte francos.

—Los tendré —dijo Lucien.

Cogió sus trajes y su bonita ropa blanca, quedándose sólo con lo estrictamente necesario, y se fue a ver a Samanon, quien le ofreció cincuenta francos por todos aquellos desechos. Le suplicó al usurero que le diera lo suficiente para tomar la diligencia, pero no consiguió convencerle. Presa de la rabia, se fue corriendo al Frascati, tentó la suerte y volvió sin un céntimo. Cuando se encontró en su miserable habitación de la rue de la Lune, le pidió a Bérénice el chal de Coralie. Tras haberle confesado que había perdido en el juego, la buena mujer comprendió con una simple mirada cuáles eran las intenciones de aquel pobre poeta desesperado: quería ahorcarse.

— ¿Se ha vuelto loco, señor? —preguntó—. Vaya a dar una vuelta y vuelva a medianoche, que yo habré ganado el dinero que necesita; pero quédese por los bulevares y no se acerque a los muelles.

Lucien estuvo paseándose por los bulevares, aturdido por el dolor, mirando los carruajes, los transeúntes, sintiéndose abandonado, solo, en medio del bullicioso tráfago de la vida de París. Al volver a su mente las orillas del Charente, sintió sed de las alegrías familiares y tuvo entonces una de esas súbitas recuperaciones de fuerza que engañan a todos los caracteres medio femeninos: no quiso abandonar la partida antes de haber confiado sus cuitas a David Séchard y pedido consejo a los tres ángeles que le quedaban. Mientras callejeaba, vio a Bérénice endomingada hablando con un hombre, en el lodoso bulevar de la Bonne-Nouvelle, donde estaba parada en la esquina de la rue de la Lune.

— ¿Qué haces? —le preguntó Lucien espantado por las sospechas que le habían entrado por el aspecto de la normanda.

—Aquí tiene usted veinte francos que pueden costar caros de ganar, pero que al menos le permitirán irse —respondió ella deslizando cuatro monedas de cinco francos en la mano del poeta.

Bérénice desapareció sin que Lucien pudiera ver por dónde se había ido; ya que, y es preciso decirlo en su honor, este dinero le quemaba la mano y habría querido devolverlo; pero se vio obligado a guardárselo como un último estigma de la vida parisiense.

Parte Tres

LOS SUFRIMIENTOS DEL INVENTOR

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3

CAPÍTULO UNO

Honoré de Balzac

CAPÍTULO DOS

Al día siguiente, Lucien hizo visar su pasaporte, se compró un bastón de acebo y tomó en la plaza de la rue d’Enfer una silla volante que, por diez sueldos, le dejó en Longjumeau. En la primera etapa, hizo noche en el establo de una granja a dos leguas de Arpajon. Cuando hubo llegado a Orleáns, se sentía ya muy fatigado, pero por tres francos un barquero le llevó hasta Tours y durante el trayecto únicamente gastó dos francos en la comida. De Tours a Poitiers, Lucien anduvo durante cinco días. Cuando hubo dejado bastante atrás Poitiers, no tenía en el bolsillo más que cien sueldos, pero hizo acopio de fuerzas para continuar su camino. Un día que Lucien, sorprendido por la noche en una llanura, decidió vivaquear en ella, vio al fondo de un barranco una calesa que subía por una pendiente. Sin ser visto por el postillón, los viajeros y un criado instalado en el pescante, pudo acurrucarse en la trasera entre dos bultos y se durmió acomodándose lo mejor posible para poder resistir el traqueteo. Por la mañana, despertado por el sol que hería sus ojos y por un ruido de voces, reconoció Mansle, la pequeña ciudad en la que, dieciocho meses antes, había ido a esperar a madame de Bargeton con el corazón lleno de amor, esperanza y alegría. Viéndose cubierto de polvo y en medio de un corro de curiosos y de postillones, comprendió que debían de acusarle de algo; se puso en pie de un salto e iba a decir algo cuando dos viajeros que salieron de la calesa se lo impidieron: vio al nuevo prefecto del Charente, el conde Sixte du Châtelet, y a su esposa, Louise de Nègrepelisse.

—¡De haber sabido qué compañero de viaje nos deparaba la casualidad!… —exclamó la condesa—. Suba con nosotros, señor.

Lucien saludó fríamente a esta pareja lanzándoles una mirada humilde y amenazadora a un tiempo, y se perdió por un atajo fuera de Mansle, a fin de llegar a una granja donde pudo desayunar con pan y leche, descansar y deliberar en silencio acerca de su porvenir. Le quedaban aún tres francos. El autor de Las margaritas, empujado por la fiebre, corrió durante largo rato; siguió a lo largo del curso del río mientras observaba el paisaje circundante que se volvía cada vez más pintoresco. Hacia mediodía llegó a un lugar en el que la corriente de agua, rodeada de sauces, formaba una especie de lago. Se detuvo para contemplar aquel umbroso y tupido bosquecillo, y su gracia campestre apaciguó algo su alma. Una casa contigua a un molino levantado junto a un brazo del río dejaba entrever por entre las copas de los árboles su techumbre de caña adornada con una siempreviva mayor. Esta sencilla fachada tenía como únicos ornamentos unos arbustos de jazmín, madreselva y lúpulo, y en torno destacaban unas flores de flox y otras espléndidas plantas grasas. Sobre el empedrado que sustentaban unos gruesos pilares que mantenían la calzada por encima del nivel de las mayores crecidas, vio unas redes secándose al sol. Unos patos nadaban en el estanque de aguas cristalinas que estaba más allá del molino, entre las dos corrientes de agua que rugían en las compuertas del caz del molino. Éste dejaba oír su irritante ruido. Sentada en un rústico banco, el poeta distinguió a una rolliza ama de casa haciendo calceta mientras vigilaba a un niño que molestaba a los pollos.

—Buena mujer —dijo Lucien adelantándose—, estoy muy cansado, tengo fiebre y no me quedan más que tres francos en el bolsillo; ¿querría venderme pan de centeno y leche y dejarme dormir en el pajar durante una semana? Así tendré tiempo de escribirles a mis padres, que me mandarán dinero o vendrán a buscarme aquí.

—Con mucho gusto —respondió ella—, si mi marido no tiene inconveniente. ¡Eh, oye!

El molinero salió, miró a Lucien y se quitó la pipa de la boca para decir:

—¿Tres francos por una semana? Es como tenerle de balde.

«Tal vez acabe de mozo de molino», se dijo el poeta mientras contemplaba aquel delicioso paisaje antes de acostarse en la cama que le hizo la molinera y donde durmió tanto que metió el miedo en el cuerpo a sus anfitriones.

—Courtois, ve a ver si ese joven está muerto o vivo; lleva catorce horas acostado y yo no me atrevo a ir —dijo la molinera al día siguiente a eso del mediodía.

—Yo creo —respondió el molinero a su mujer mientras acababa de extender sus redes y sus aparejos de pesca— que este buen mozo podría ser algún cómico de la legua que está sin blanca.

—¿Y qué te lo hace suponer? —preguntó la molinera.

—¡Mujer! Si no es ni príncipe ni ministro, ni diputado ni obispo, ¿cómo es que tiene las manos tan blancas como alguien que no da golpe?

—Pues, entonces, es muy raro que el hambre no le despierte —dijo la molinera, que acababa de preparar un desayuno para el huésped que le había deparado la víspera el azar—. ¿Será un comediante? —continuó—. ¿Y adónde irá? Aún no son ferias en Angulema.

Ni el molinero ni la molinera podían imaginar que aparte del comediante, del príncipe y del obispo, pudiera haber un hombre que fuese a la vez príncipe y comediante, un hombre revestido con un magnífico sacerdocio, el poeta, que aparenta no hacer nada, pero que reina sobre la Humanidad cuando ha sabido pintarla.

—¿Quién será, entonces? —le preguntó Courtois a su mujer.

—¿No será peligroso tenerle aquí? —preguntó la molinera.

—¡Bah!, los ladrones son más listos; a estas horas ya nos habría desplumado —repuso el molinero.

—No soy ni príncipe, ni ladrón, ni obispo, ni comediante —dijo tristemente, apareciendo de improviso, Lucien, quien sin duda había oído por la ventana la conversación entre marido y mujer—. Soy un pobre joven cansado, que ha llegado a pie desde París. Me llamo Lucien de Rubempré y soy el hijo de monsieur Chardon, el predecesor de Postel, el boticario del Houmeau. Mi hermana está casada con David Séchard, el impresor de la place du Mûrier, en Angulema.

—¡Espere un momento! —dijo el molinero—. ¿No es ese impresor el hijo de ese viejo avaro que tiene una finca en Marsac?

—El mismo —respondió Lucien.

—¡Pues menudo padre! —prosiguió Courtois—. Dicen que su hijo se ve obligado a venderlo todo, teniendo él más de doscientos mil francos de fortuna, sin contar la hucha.

Cuando alma y cuerpo se han visto extenuados por una larga y dolorosa lucha, el momento fatal en el que también fallan las últimas fuerzas se ve seguido por la muerte o por un aniquilamiento parecido a la muerte, pero del que las naturalezas capaces de resistir saben recuperarse. Lucien estaba pasando por una de esas crisis y pareció a punto de sucumbir cuando se enteró, si bien de manera vaga, de que a su cuñado David Séchard le había ocurrido una catástrofe.

—¡Oh, hermana mía! —exclamó—, ¡qué he hecho, Dios mío! Soy un infame.

Luego se dejó caer sobre un banco de madera pálido y abatido como un moribundo; la molinera se apresuró a traerle un cuenco de leche que le obligó a tomarse; pero él le rogó al molinero que le ayudara a meterse en la cama, pidiéndole perdón por las molestias que su muerte le causaría, pues creía llegada ya su última hora. Viéndose ante el fantasma de la muerte, asaltaron al poeta los escrúpulos religiosos: quiso ver a un cura, confesarse y recibir los sacramentos. Tales súplicas, exhaladas con débil voz por un muchacho tan bien parecido y de tan buenas trazas como Lucien, conmovieron vivamente a madame Courtois.

—Vamos, marido mío, monta en tu caballo y tráete a monsieur Marron, el médico de Marsac; él verá lo que tiene este chico, que no me parece a mí que se encuentre muy bien, y de paso te traes al cura; tal vez ellos sepan mejor que tú lo que le pasa a ese impresor de la place du Mûrier, siendo Postel el yerno de monsieur Marron.

Una vez que Courtois hubo partido, la molinera, convencida como toda la gente de campo de que salud es sinónimo de estar bien alimentado, dio de comer a Lucien, quien aceptó de buen grado la comida, entrándole fuertes remordimientos que le salvaron de su abatimiento gracias a la repulsión que le produjo aquella especie de tópico moral.

El molino de Courtois se encontraba a una legua de Marsac, cabeza de partido a medio camino entre Mansle y Angulema; por ello el honrado molinero no tardó en traer al médico y al cura de Marsac. Estos dos personajes habían oído hablar de las relaciones de Lucien con madame de Bargeton, y como todo el departamento del Charente comentaba la boda de esta dama y su vuelta a Angulema con el nuevo prefecto, el conde Sixte du Châtelet, al enterarse de que Lucien estaba en casa del molinero, tanto el médico como el cura sintieron un vivo deseo de conocer las razones que habían impedido a la viuda de monsieur de Bargeton casarse con el joven poeta con el que había huido, y saber si regresaba a la región para ayudar a su cuñado, David Séchard. La curiosidad, la humanidad, todo contribuía, pues, a que se acudiese prontamente en socorro del poeta moribundo. Por tanto, dos horas después de la marcha de Courtois, Lucien oyó en la pedregosa calzada del molino el ruido del desvencijado carruaje del médico rural. Al poco aparecieron los señores Marron, ya que el médico era el sobrino del cura. De modo que Lucien veía en aquel momento a dos personas tan ligadas al padre de David Séchard como pueden estarlo los vecinos de una pequeña aldea de viñadores. Cuando el médico hubo observado al moribundo, le hubo tomado el pulso y examinado la lengua, miró a la molinera con una sonrisa que disipaba toda inquietud.

—Madame Courtois —dijo—, si, como no me cabe la menor duda, guarda en su bodega alguna botella de buen vino y en el vivero una anguila, sírvanselas a su enfermo, que lo único que le pasa es que está derrengado. ¡Ya verá como nuestro gran hombre no tarda en levantarse!

—¡Ah, señor! —exclamó Lucien—. Mi mal no es del cuerpo, sino del alma, y esta buena gente, al anunciarme no sé qué desastres en casa de mi hermana, madame Séchard, me ha dicho algo que me ha matado. En nombre de Dios, como me he enterado por madame Courtois de que es usted el suegro de Postel, sabrá algo de los asuntos de David Séchard.

—Pues debe de estar en la cárcel —contestó el médico—. Su padre se ha negado a ayudarle…

—¿En la cárcel? —preguntó Lucien—. ¿Y por qué?

—Por unas letras que le llegaron de París y que sin duda olvidó, pues tiene fama de estar en las nubes —respondió monsieur Marron.

—Le ruego que me deje a solas con el señor cura —rogó Lucien, cuya fisonomía se alteró sobremanera.

El médico, el molinero y su mujer salieron. Cuando Lucien se vio a solas con el viejo sacerdote, exclamó:

—Merezco la muerte que siento ya próxima, y soy un gran miserable a quien no le queda más que arrojarse en brazos de la religión. Yo soy, señor, el verdadero verdugo de mi hermana y hermano, pues David Séchard es un hermano para mí. Fui yo quien libró las letras que luego David no ha podido pagar… Le he arruinado. En la horrible miseria en que me encontraba, olvidé ese delito. Los protestos a que han dado origen esas letras fueron parados por la intervención de un millonario y yo creí que las había pagado, ¡pero al parecer no lo hizo!

Y Lucien contó sus desventuras. Una vez que hubo terminado aquel poema narrado con febril elocuencia, una elocuencia verdaderamente digna de un poeta, le suplicó al cura que fuese a Angulema y se enterara por su hermana Ève y por su madre, madame Chardon, de cómo estaban realmente las cosas para saber si podía aún remediarlas.

—Hasta que usted vuelva —dijo llorando a lágrima viva—, podré vivir. ¡Si mi madre, mi hermana y David no me rechazan, no moriré!

La elocuencia del parisiense, las lágrimas de aquel tremendo arrepentimiento, aquel apuesto joven pálido y casi moribundo por su desesperación, el relato de unas desgracias que sobrepasaban las fuerzas humanas, todo ello despertó la compasión y el interés del cura.

—En provincias, como en París, señor —le contestó—, no se ha de hacer caso ni a la mitad de lo que se cuenta; no se asuste ante un rumor que, a tres leguas de Angulema, tendrá poco que ver con la verdad. El viejo Séchard, nuestro vecino, se fue de Marsac hace unos días; así que es probable que esté ocupado en solucionar los asuntos de su hijo. Voy a Angulema y regresaré para decirle si puede volver con su familia, ante la cual su confesión y sincero arrepentimiento me serán de ayuda para interceder por su causa.

El cura no sabía que, desde hacía dieciocho meses, Lucien se había arrepentido muchas veces, que su arrepentimiento, por muy grande que fuese, no tenía más valor que el de una escena perfectamente interpretada, ¡e interpretada además de buena fe! Al cura le siguió el médico. Viendo que el enfermo estaba superando la crisis nerviosa, el sobrino trató de consolarle tal como había hecho el tío y terminó por convencer al enfermo de que comiera algo.

El cura, que conocía la región y sus costumbres, llegó hasta Mansle, por donde no había de tardar en pasar el coche de Ruffec a Angulema, y en el que ocupó una plaza. El anciano sacerdote contaba con pedir noticias de David Séchard a su sobrino Postel, el boticario del Houmeau, antiguo rival en amores del impresor por la bella Ève. Al ver las precauciones que tomaba el pequeño farmacéutico para ayudar al anciano a bajar de la horrible galera que por aquel entonces cubría el trayecto entre Ruffec y Angulema, hasta el más obtuso de los espectadores se habría dado cuenta de que los señores Postel hipotecaban su bienestar en aras de una herencia.

—¿Ha almorzado ya? ¿Quiere tomar algo? No le esperábamos y ha sido una grata sorpresa…

Le hicieron mil preguntas a la vez. Madame Postel estaba predestinada a ser la mujer de un boticario del Houmeau. Bajita como Postel, tenía los colores de cara de una muchacha criada en el campo; aparte de su gran lozanía, era de aspecto vulgar. La melena pelirroja, la frente baja, los ademanes y el lenguaje en consonancia con la sencillez impresa en los rasgos de su cara redonda, los ojos casi amarillos, todo en ella revelaba que se había casado sólo por razones de interés. Por ello, al cabo de un año de matrimonio, había comenzado ya a mandar y parecía haber sometido completamente a Postel, muy feliz de haber encontrado a esta heredera. Madame Léonie Postel, de soltera Marron, amamantaba a un niño, el ojito derecho del anciano sacerdote, del médico y de Postel, un horrible niño que se parecía a su padre y a su madre.

—Pero, entonces, tío, ¿qué viene a hacer a Angulema —preguntó Léonie—, puesto que no quiere tomar nada y habla ya de dejarnos?

Apenas el digno eclesiástico hubo pronunciado el nombre de Ève y de David Séchard, Postel enrojeció y Léonie dirigió al hombrecillo esa mirada de obligados celos que toda mujer que domina completamente a su marido no deja nunca de sentir por el pasado, en interés de su futuro.

—¿Qué le han hecho esas gentes para que tenga que mezclarse en sus asuntos, querido tío? —preguntó Léonie con visible acritud.

—Son infelices, hija mía —repuso el cura, quien describió a Postel el estado en que se encontraba Lucien en casa de los Courtois.

—¡Ah! ¡Bonito bagaje con el que vuelve de París! —exclamó Postel—. ¡Pobre chico! ¡Y pensar que era inteligente y ambicioso! Se fue a por lana y ha vuelto trasquilado. Pero ¿qué viene a hacer aquí? Su hermana está en la más espantosa miseria, porque todos esos genios, tanto David como Lucien, no entienden nada de negocios. Hemos examinado su caso en el Tribunal, ¡y yo, como juez, he tenido que firmar su procesamiento!… ¡Lo cual me ha dado mucha pena! No sé si, en las actuales circunstancias, Lucien podrá ir a casa de su hermana; pero, en cualquier caso, la pequeña habitación que ocupaba aquí está libre y se la ofrezco con mucho gusto.

—Bien, Postel —dijo el cura calándose el bonete y disponiéndose a abandonar el establecimiento después de haber dado un beso al niño, que dormía en brazos de Léonie.

—Supongo que comerá con nosotros, tío —dijo madame Postel—, pues no va a terminar muy pronto si quiere aclarar algo de los asuntos de esa gente. Mi marido le llevará de vuelta a casa en su carricoche y su caballo.

Los dos esposos siguieron con la mirada a su queridísimo tío mientras se alejaba hacia Angulema.

—Se conserva bien para sus años —dijo el farmacéutico.

Mientras el venerable eclesiástico sube las cuestas de Angulema, no estará de más explicar el enredo de intereses en los que iba a meterse.

Tras la marcha de Lucien, David Séchard, ese buey valiente e inteligente como el que los pintores dan por compañero al evangelista, quiso hacer la gran y rápida fortuna que había deseado, menos por él que por Ève y Lucien, una noche, a orillas del Charente, sentado con Ève junto a la presa, cuando ella le concedió su mano y su corazón. Situar bien a su mujer, vivir en la riqueza y elegancia en las que a ella le correspondía vivir, sostener con su poderoso brazo la ambición de su hermano, tal fue el plan escrito con letras de fuego que tuvo ante sus ojos. Los periódicos, la política, el inmenso desarrollo de la edición y de la literatura, el progreso científico, la tendencia cada vez más creciente a discutir públicamente de todos los intereses del país, la agitación social que se manifestó cuando la Restauración pareció haberse consolidado definitivamente, todo esto exigía una producción de papel casi diez veces superior a la cantidad sobre la cual había especulado el célebre Ouvrard a comienzos de la Revolución, previendo un desarrollo semejante. Pero en 1821 las papeleras eran demasiado numerosas en Francia para que alguien pudiera esperar comprarlas todas tal como había hecho Ouvrard, que se adueñó de las principales fábricas tras haber acaparado su producción. Y además David no tenía ni la audacia ni el capital suficiente para realizar tales operaciones. En aquel momento, la técnica de fabricación del papel continuo comenzaba a utilizarse en Inglaterra. Por ello era absolutamente indispensable adaptar la producción papelera a las necesidades del progreso social en Francia, que amenazaba con extender la discusión a todo y limitarse a una eterna manifestación del pensamiento individual, una verdadera desgracia, porque los pueblos que discuten actúan siempre muy poco. Así pues, por una extraña coincidencia, mientras Lucien entraba en los engranajes de la inmensa máquina del periodismo, aun a riesgo de dejarse en ella el honor y la inteligencia hechos jirones, David Séchard, desde el fondo de su imprenta, abarcaba todo el desarrollo de la prensa periódica desde el punto de vista de sus consecuencias prácticas. Quería poner los medios en consonancia con el resultado hacia el cual tendían las ideas del siglo. Y, por lo demás, la evolución de los acontecimientos ha venido a demostrar hasta qué punto era acertada su idea de enriquecerse con la fabricación de papel a bajo coste. En los últimos quince años, la oficina de patentes de invención ha recibido más de cien solicitudes de presuntos descubrimientos de sustancias para la fabricación del papel. Más convencido que nunca de la utilidad de aquel descubrimiento, que no habría reportado gran fama pero sí pingües beneficios, David, pues, tras la marcha de su cuñado a París, no hizo sino pensar en la manera de resolver dicho problema. Como había agotado todos sus recursos para casarse, así como para sufragar los gastos del viaje de Lucien a París, al comienzo de su matrimonio se vio hundido en la más negra miseria. Había reservado mil francos para las necesidades de su imprenta y debía otros tantos a Postel, el boticario. Por ello, para aquel profundo pensador, el problema era doble: necesitaba encontrar cuanto antes el sistema de fabricar papel de bajo coste, y explotar las ganancias de su descubrimiento para hacer frente a las necesidades de su familia y de su actividad. Ahora bien, ¿qué epíteto aplicar a la mente capaz de sacudirse de encima las terribles preocupaciones causadas tanto por una indigencia que había que ocultar y el ver a una familia sin pan, cuanto por las exigencias cotidianas de una profesión tan meticulosa como la de impresor, y capaz al mismo tiempo de recorrer los dominios de lo desconocido con todo el ardor y las embriagueces del científico en pos de un secreto que de día en día escapa a las más sagaces investigaciones? Lamentablemente, como vamos a ver, los inventores tienen que soportar otras muchas calamidades, sin contar la ingratitud de las masas, dado que los vagos y los ineptos, refiriéndose a un genio, dicen: «Nació para ser inventor, no habría podido hacer otra cosa. No hay por tanto que agradecerle su descubrimiento, como no hay que estar agradecidos a una persona por el hecho de que haya nacido príncipe; simplemente ejercita unas facultades naturales y tiene su recompensa ya en su propio trabajo».

El matrimonio provoca en una muchacha profundas perturbaciones físicas y morales; pero, además, una muchacha burguesa ha de familiarizarse con una serie de cuestiones completamente nuevas para ella e iniciarse en el mundo de los negocios; de ahí la necesidad de dedicar un período de tiempo a la observación, sin actuar. Por desgracia, el amor de David por su mujer retrasó su educación, puesto que no se atrevió a exponerle cuál era la situación a la mañana siguiente de la boda ni tampoco en los días posteriores. Pese a los grandes apuros a que le condenaba la avaricia de su padre, no quiso resignarse a estropear su luna de miel con el triste aprendizaje de su laboriosa profesión y enseñándole todo cuanto debe saber la mujer de un comerciante. Así, los mil francos, que eran todos sus haberes, fueron engullidos más por la casa que por el taller. La inconsciencia de David y la ignorancia de su mujer duraron cuatro meses. El despertar fue terrible. Al vencimiento de la letra firmada por David a Postel, el matrimonio se encontró sin dinero y demasiado que sabía Ève la razón de aquella deuda para no sacrificar a su vencimiento sus joyas de desposada y su plata. Pero la noche misma del pago, Ève decidió preguntarle a David cómo marchaban sus asuntos, porque había notado que iba desatendiendo la imprenta para dedicarse a las investigaciones de las que le había hablado hacía poco. A partir del segundo mes de matrimonio, David pasaba la mayor parte del tiempo en el cobertizo situado al fondo del patio, en un pequeño cuarto que le servía para fundir los rodillos. En efecto, tres meses después de su llegada a Angulema, había sustituido las balas de entintar los tipos por el depósito de tinta de plancha y de cilindro, con el que se extiende la tinta mediante unos rodillos de cola fuerte y melaza. Este primer perfeccionamiento de la tipografía fue tan indiscutible, que tan pronto como los hermanos Cointet vieron el efecto lo adoptaron al punto. David había colocado pegado a la pared medianera de aquella especie de cocina un hornillo con un recipiente de cobre, so pretexto de gastar menos carbón para fundir sus rodillos, cuyos moldes herrumbrosos se alineaban a lo largo de la pared y que no pensó en refundir. No sólo había provisto al local de una sólida puerta de roble, reforzada interiormente con una hoja metálica, sino que sustituyó además los sucios cristales de la ventana, por donde entraba la luz, por otros estriados, para impedir ver así desde el exterior el objeto de sus ocupaciones. Apenas Ève se refirió al porvenir, David la miró con aire inquieto y la interrumpió con estas palabras:

—Querida mía, sé lo que debe inspirarte el ver un taller vacío y esa especie de suicidio comercial al que parezco abocado, pero ¿ves? —continuó llevándosela hasta la ventana de su cuarto y señalándole el reducto misterioso—, nuestra fortuna está ahí… Aún tendremos que sufrir durante algunos meses, por lo que armémonos de paciencia, y mientras tanto resolveré el problema industrial que tú ya conoces y que pondrá fin a todas nuestras miserias.

David era tan bueno y había que creer tan a pie juntillas en su abnegación, que la pobre mujer, preocupada, como todas las mujeres, por los gastos diarios, decidió ahorrarle a su marido las tareas domésticas; dejó por ello el bonito cuarto blanco y azul donde había estado haciendo sus labores mientras charlaba con su madre, y bajó a una de las dos jaulas de madera situadas en el fondo del taller para estudiar cómo funcionaba el negocio de la tipografía. ¿No era un heroísmo por parte de una mujer ya embarazada? Durante aquellos primeros meses, la inoperante imprenta de David iba siendo abandonada por los operarios que hasta aquel momento habían sido necesarios para sus trabajos, y que se fueron despidiendo uno tras otro. Abrumados por el trabajo, los hermanos Cointet empleaban no solamente a los obreros del departamento, atraídos por la perspectiva de hacer con ellos muchas horas extras, sino también a algunos de Burdeos, de donde venían sobre todo los aprendices que se creían lo suficientemente expertos como para ahorrarse las condiciones del aprendizaje. Examinando los recursos humanos con que podía contar la imprenta Séchard, Ève vio que no quedaban más que tres personas. En primer lugar, Cérizet, el aprendiz que David se había traído de París; luego Marion, que servía a la casa con la fidelidad de un perro guardián, y por último Kolb, un alsaciano que había trabajado con anterioridad de mozo en la tipografía de los Didot. Llamado a filas, Kolb fue a parar casualmente a Angulema, donde David le reconoció en un desfile, en el momento en que estaba a punto de licenciarse. Kolb fue a ver a David y se enamoriscó de la gorda Marion, descubriendo en ella todas las virtudes que un hombre de su clase busca en una mujer: esa salud vigorosa que colorea las mejillas, la fuerza masculina que permitía a Marion levantar una forma sin esfuerzo, la rectitud religiosa que tanto aprecian los alsacianos, la fidelidad a sus amos que es indicio de buen carácter y, finalmente, el sentido del ahorro que le había permitido reunir una pequeña suma de mil francos, ropa blanca, trajes y otras pertenencias de un decoro provinciano. Marion, grandota y rolliza, de treinta y seis años de edad, sintiéndose muy halagada de verse objeto de las atenciones de un coracero de cinco pies y siete pulgadas de alto, buenas trazas, fuerte como un bastión, le sugirió, naturalmente, la idea de hacerse impresor. Para cuando el alsaciano recibió su licencia absoluta, Marion y David habían hecho ya de él un oso bastante diestro, que sin embargo no sabía leer ni escribir. La composición de las obras llamadas ocasionales no fue tan abundante aquel trimestre como para que Cérizet no se bastara por sí solo. Desempeñando a la vez las funciones de cajista, compaginador y regente de imprenta, Cérizet efectuaba lo que Kant llama una triplicidad fenoménica: componía, corregía su composición, tomaba nota de los encargos y extendía las facturas, pero las más de las veces, sin trabajo, se dedicaba a leer novelas en su escritorio en el fondo del taller, mientras esperaba el encargo de un cartel o de una participación de boda. Marion, formada por Séchard padre, preparaba el papel, lo mojaba, ayudaba a Kolb a imprimirlo, lo extendía, lo cortaba, y no por eso dejaba de cocinar e ir al mercado muy de mañana.

Cuando Ève le pidió a Cérizet el balance del primer semestre, vio que los ingresos habían sido de ochocientos francos. Los gastos, a razón de tres francos al día para Cérizet y Kolb, cuyo jornal diario era de dos y un francos respectivamente, ascendían a seiscientos francos. Pero como el coste de los materiales necesarios para las obras impresas y entregadas ascendía a cien francos y pico, Ève se dio cuenta de que, en los seis primeros meses de casada, David no había cubierto el alquiler, el interés de los capitales representados por el valor de su material y de su licencia, el sueldo de Marion, la tinta, en resumen, los beneficios que un impresor debe tener, todo ese conjunto de cosas que en la jerga tipográfica se conoce como «telas», término debido a las piezas de paño o de seda (la llamada «mantilla») que se interponen entre el tímpano y la hoja que hay que imprimir para atenuar la presión de la rosca cilíndrica sobre los caracteres. Tras haberse hecho más o menos una idea de los medios de la imprenta y de lo que podía producir, Ève intuyó que la inactividad de aquel taller se debía sobre todo a la voraz competencia de los hermanos Cointet, fabricantes de papel a la vez que periodistas, impresores, proveedores del Obispado, del Ayuntamiento y de la Prefectura. El periódico que dos años antes Séchard padre e hijo habían vendido por veintidós mil francos rendía ahora dieciocho mil por año. Ève adivinó la estrategia oculta bajo la aparente generosidad de los hermanos Cointet, que dejaban a la imprenta Séchard el suficiente trabajo para subsistir, pero no el suficiente para poder hacerles la competencia. Al asumir ella la dirección del negocio, comenzó por hacer un preciso inventario de todo el material de valor. Empleó a Kolb, Marion y Cérizet en acondicionar el taller, limpiar y poner todo en orden. Luego, una tarde, cuando David volvió de una excursión al campo, seguido por una anciana que le traía un enorme hato, Ève le pidió consejo sobre cómo aprovechar las existencias de papel que les había dejado papá Séchard, prometiéndole dirigir ella sola el negocio. Siguiendo el consejo de su marido, madame Séchard empleó todos los restos de papel que había encontrado y ordenado por tipo y tamaño en imprimir a dos columnas y por una sola cara esas leyendas populares pintadas con vivos colores que los aldeanos pegan en las paredes de sus casas: la historia del Judío Errante, Roberto el Diablo, la Belle Maguelonne, y el relato de algunos milagros. Ève utilizó a Kolb como vendedor ambulante. Cérizet no perdió ni un instante, componiendo aquellas páginas ingenuas y sus burdas viñetas de la mañana a la noche. Marion se bastaba por sí sola para hacer el tiraje. Madame Chardon se encargó de todas las tareas domésticas, mientras Ève se dedicaba a colorear los grabados. En dos meses, gracias al celo de Kolb y a su honradez, madame Séchard vendió en Angulema, y en doce leguas a la redonda, tres mil hojas que le costaron treinta francos de fabricación y que le reportaron, a razón de dos sueldos por hoja, trescientos francos. Pero cuando todas las casas y tabernas estuvieron tapizadas con aquellas leyendas, fue preciso pensar en otra operación, porque el alsaciano no podía viajar más allá de los límites del departamento. Ève, que lo revolvía todo en la imprenta, encontró la colección de figuras utilizadas para imprimir el llamado Almanaque de los pastores, en el que las cosas están representadas mediante signos, imágenes o grabados impresos en rojo, negro o azul. El viejo Séchard, que no sabía leer ni escribir, había ganado en otro tiempo un buen pellizco imprimiendo aquel libro destinado a quienes no saben leer. Este almanaque, vendido a un sueldo, está formado por una hoja plegada sesenta y cuatro veces, lo cual hace un total de ciento veintiocho páginas. Contenta por el éxito de sus hojas volantes, una especialidad sobre todo de las pequeñas imprentas de provincias, madame Séchard emprendió el Almanaque de los pastores a gran escala, invirtiendo en él todos sus beneficios. El papel del Almanaque de los pastores, del que se venden muchos millones de ejemplares al año en Francia, es más basto que el del Almanaque de Lieja, y cuesta en torno a los cuatro francos la resma. Una vez impresa esta resma que componen quinientas hojas, se vende, pues, a razón de un sueldo la hoja, a veinticinco francos. Madame Séchard decidió hacer una primera tirada de cien resmas, que equivalen a cincuenta mil almanaques para la venta y dos mil francos de beneficio potencial. Aunque distraído como cualquier hombre muy ocupado, cuando David echó un vistazo a su taller quedó sorprendido de oír crujir la prensa y ver a Cérizet siempre atareado, componiendo bajo la dirección de madame Séchard. El día en que entró allí para supervisar los trabajos emprendidos por Ève, fue un gran triunfo para ella la aprobación de su marido, a quien le pareció excelente el negocio del almanaque. David le prometió igualmente darle algún consejo para el empleo de las tintas de diversos colores que requiere la realización de este almanaque, en el que todo entra por la vista. Finalmente quiso él mismo fundir los rodillos en su misterioso taller, para echar así una mano, en la medida de lo posible, a su mujer en aquella pequeña gran empresa.

Acababan de lanzarse a aquella intensa actividad cuando llegaron las cartas desoladoras con las que Lucien informaba a su madre, a su hermana y a su cuñado de su fracaso y miseria en París. Se comprenderá así que, al mandar entonces a este niño mimado trescientos francos, Ève, madame Chardon y David le ofrecieron al poeta, cada uno por su parte, lo más puro de su sangre. Abrumada por tales noticias y desesperada por ganar tan poco trabajando con tanto ahínco, Ève vio llegar, no sin estremecimiento, el acontecimiento que colma de felicidad a los jóvenes hogares. Viéndose ya a punto de ser madre se dijo: «Si mi querido David no consigue encontrar lo que busca antes de que yo dé a luz, ¿qué será de nosotros?… ¿Y quién sacará adelante nuestra pobre imprenta?».

El Almanaque de los pastores tenía que estar terminado antes de primeros de enero, pero Cérizet, sobre quien pesaba toda la composición, trabajaba con desesperante lentitud; y como madame Séchard no conocía lo bastante el oficio para poder reñirle, se limitó a observar a aquel joven parisiense. Huérfano recogido en la inclusa, Cérizet había sido mandado a casa de los Didot como aprendiz. De los catorce a los diecisiete años fue el ayudante de Séchard, quien, después de haberle confiado a uno de sus operarios más diestros, hizo de él su mozo, su paje tipográfico, ya que David se interesó naturalmente por Cérizet al encontrarle inteligente, y se ganó su afecto al procurarle algunos placeres y diversiones que su indigencia no le permitía. Con su linda carita de pícaro, su pelo rojizo y unos ojos de un azul turbio, Cérizet había importado las costumbres del pilluelo de París a la capital de Angulema. Su genio vivaracho y burlón y su maliciosidad le hacían temible. Menos vigilado por David en Angulema, ya porque su mayor edad inspiraba más confianza a su mentor, ya porque el impresor contaba con la influencia de la provincia, lo cierto es que Cérizet se había convertido, sin saberlo su tutor, en el don Juan con gorra de tres o cuatro jóvenes trabajadoras, cayendo en la más absoluta depravación. Su moral, hija de las tabernas parisienses, no conocía otra ley que el interés personal. Por otra parte, Cérizet, que según la expresión popular, iba a «ser sorteado» al año siguiente, se vio sin porvenir; contrajo asimismo deudas, pensando que, si a los seis meses iba a ser soldado, ya podían correr tras él sus acreedores. Si bien David conservaba cierta autoridad sobre el muchacho, no era por el hecho de ser su patrón, ni tampoco por haberse interesado por él, sino porque el ex pilluelo de París reconocía en David una gran inteligencia. Cérizet hizo pronto amistad con los operarios de Cointet, atraído por el prestigio de la blusa de trabajo, en una palabra, por el espíritu corporativo, que tal vez tiene una influencia mayor en las clases bajas que en las altas. Con estas amistades, Cérizet acabó perdiendo los pocos buenos principios que David le había inculcado; sin embargo, cuando se reían de los «viejos cacharros» de su taller, término despreciativo que los viejos osos daban a las antiguas prensas de los Séchard, al enseñarle las magníficas prensas de hierro que en número de doce funcionaban en el inmenso taller de los Cointet, donde la única prensa de madera existente no servía más que para imprimir pruebas, seguía defendiendo a David y respondía con orgullo en las mismas barbas de los burlones:

—¡Con sus viejos cacharros mi ingenuo amo llegará más lejos que los vuestros con esos armatostes de hierro de los que no salen más que libros de misa! ¡Está buscando un secreto que dejará a cien años luz a todas las imprentas de Francia y de Navarra!…

—Pero entretanto tú, mal regente de cuarenta sueldos, tienes por patrón a una planchadora —le replicaban.

—Sí, pero bien guapa que es —replicaba Cérizet—, y es mucho más agradable de ver que las jetas de vuestros patrones.

—¿Es que te da de comer el ver a su mujer?

De las tabernas o de las puertas de la imprenta donde tenían lugar estas amistosas discusiones, llegaron algunos rumores a oídos de los hermanos Cointet sobre la situación de la imprenta Séchard; se enteraron así de la operación puesta en marcha por Ève y juzgaron necesario frenar el desarrollo de una empresa que podía permitir prosperar a aquella pobre mujer.

—Hagamos que se pille los dedos, para que así se acabe cansando del negocio —se dijeron los dos hermanos.

El de los dos Cointet que dirigía la imprenta fue a ver a Cérizet y le propuso corregir pruebas para ellos, a tanto por prueba, para aliviar de este modo a su corrector que no daba abasto a leer las obras. Trabajando unas horas por la noche Cérizet ganó más con los hermanos Cointet que con David Séchard en todo el día. Se establecieron así relaciones entre los Cointet y Cérizet, a quien los dos hermanos reconocieron unas grandes cualidades, compadeciéndole por tener que trabajar en unas condiciones tan poco favorables para sus intereses.

—Podría —le dijo un día uno de los Cointet— llegar a ser regente de una importante imprenta, donde ganaría seis francos diarios, y con su inteligencia llegaría un día a ser alguien importante en este negocio.

—¿Y de qué me puede servir ser un buen regente? —repuso Cérizet—. Soy huérfano y tengo que entrar en filas el año que viene si me toca en suerte, ¿quién me va a pagar un sustituto?…

—Si se hace indispensable —repuso el rico impresor—, ¿por qué no iban a adelantarte la cantidad necesaria para ser eximido del servicio?

—En cualquier caso, no será mi ingenuo —dijo Cérizet.

—¡Bah! Tal vez haya encontrado el secreto que anda buscando…

Esta frase fue dicha de modo que despertara los peores pensamientos en quien la escuchaba, y, por consiguiente, Cérizet lanzó al fabricante de papel una mirada que equivalía a la más penetrante y directa interrogación.

—No sé qué hace —replicó prudentemente viendo al patrón mudo—, ¡pero no es persona que tenga la caja llena de caudales!

—Tome, amigo —le dijo el impresor cogiendo seis hojas de El parroquiano de la diócesis y alargándoselas a Cérizet—; si puede corregirnos esto para mañana, le daremos dieciocho francos. ¡No somos mala gente, damos a ganar dinero al regente de nuestro competidor! Además, podríamos dejar que madame Séchard se embarcara en el negocio del Almanaque de los pastores y hacer que se arruinase; pues bien, le damos permiso para que le diga que hemos emprendido un Almanaque de los pastores, y no será el suyo el primero en salir al mercado…

Ahora se comprenderá por qué Cérizet componía tan lentamente el almanaque.

Al saber que los Cointet atacaban su pequeña y pobre operación, Ève se vio dominada por el terror y quiso ver una prueba de fidelidad en la información que Cérizet le había proporcionado de forma muy hipócrita sobre la competencia que le esperaba; pero no tardó en sorprender en su único cajista indicios de una curiosidad demasiado viva y que quiso atribuir a su edad.

—Cérizet —le dijo una mañana—, veo que se pone en el umbral de la puerta y espera a que pase monsieur Séchard para ver qué esconde; mira al fondo del patio cuando sale del taller para fundir los rodillos en vez de terminar la composición de nuestro almanaque. Todo esto no está bien, sobre todo cuando me ve que yo, que soy su mujer, respeto sus secretos y cargo sobre mis hombros con tanto trabajo para dejarle a él el tiempo necesario para sus investigaciones. Si no hubiera perdido tanto tiempo, el almanaque estaría terminado. Kolb podría estar vendiéndolo ya y los Cointet no podrían perjudicarnos.

—¡Eh, señora! —repuso Cérizet—. Por cuarenta sueldos al día que gano aquí, ¿cree que no son bastante los cien sueldos que hago de composición? Si no tuviera pruebas para leer por las noches para los hermanos Cointet, tendría que pasar con salvado.

—Bien, joven, muy pronto empieza usted a ser ingrato, se abrirá camino en la vida —le dijo Ève dolida en el alma, no tanto por los reproches de Cérizet como por el tono grosero, la actitud amenazadora y las miradas agresivas.

—En cualquier caso, no será teniendo a una mujer como amo, pues, si no, no habría muchos motivos para la alegría.

Herida en su dignidad de mujer, Ève lanzó a Cérizet una mirada fulminante y subió a casa. Cuando David llegó a comer, le preguntó:

—¿Estás seguro, querido, de ese pilluelo de Cérizet?

—¿Cérizet? —replicó él—. Es mi aprendiz, le formé yo, le tuve de ayudante, luego le puse a componer, en fin, me debe todo lo que es. Es como si le preguntaras a un padre si está seguro de su hijo…

Ève le contó a su marido que Cérizet leía pruebas por cuenta de los Cointet.

—¡Pobre chico! Tiene que ganarse la vida —dijo con la humildad de un maestro que se siente culpable.

—Sí, querido, pero mira la diferencia que hay entre Kolb y Cérizet; Kolb hace veinte leguas todos los días, se gasta quince o veinte sueldos y nos trae siete, ocho y a veces hasta nueve francos de hojas vendidas, y sólo me pide unos veinte sueldos una vez pagados sus gastos. Kolb antes se dejaría cortar una mano que tiraría de la barra de una prensa en casa de los Cointet, y no se dedicaría a examinar lo que arrojas al patio aunque le ofrecieran mil escudos, mientras que Cérizet lo recoge y examina.

Es difícil para las almas nobles llegar a creer en la maldad e ingratitud humanas; antes de admitir lo extendida que está la corrupción humana necesitan duras lecciones; y cuando no tienen nada ya que aprender en este sentido, muestran una indulgencia que es el último grado del desprecio.

—¡Bah! Pura curiosidad de pilluelo parisiense —exclamó David.

—Pues, entonces, querido, hazme el favor de bajar al taller y mira lo que ha compuesto tu pilluelo en un mes, y dime si no habría podido terminar en ese mes nuestro almanaque…

Después de cenar, David reconoció que el almanaque podría haber sido compuesto en ocho días; y cuando supo que los Cointet preparaban uno parecido, decidió ayudar a su mujer; le dijo a Kolb que interrumpiera la venta de sus hojas ilustradas y dirigió personalmente los trabajos; preparó una forma que dio a imprimir a Kolb y a Marion, mientras él imprimía otra con Cérizet, vigilando al mismo tiempo el resultado de las impresiones en tintas de diversos colores. Cada color requiere una impresión por separado. Cuatro tintas diferentes significan, pues, cuatro pasadas por la prensa. Todas estas operaciones hacen el Almanaque de los pastores tan costoso que solamente pueden permitirse imprimirlo las imprentas de provincias, donde la mano de obra y los intereses del capital invertido en la impresión son casi nulos. Por tosco que sea, este producto es por tanto prohibitivo para las imprentas de donde salen obras de más calidad. Era la primera vez, desde que se retirara el viejo Séchard, que se veía trabajar dos prensas en aquel viejo taller. A pesar de que el almanaque era una obra maestra en su género, Ève se vio obligada a venderlo a dos ochavos, porque los hermanos Cointet dieron el suyo por tres céntimos a los buhoneros; con ellos cubrió gastos y los beneficios los obtuvo con las ventas hechas directamente por Kolb, pero su operación había sido un fracaso. Cérizet, viendo que su guapa patrona desconfiaba de él, comenzó a incubar un ánimo de revancha y se dijo: «Sospechas de mí, ¡pues me vengaré!». El pilluelo parisiense está hecho así. Cérizet aceptó de los hermanos Cointet unos emolumentos demasiado altos por la simple lectura de unas pruebas, que iba a buscar todas las noches a su oficina y que devolvía por la mañana. Hablando cada vez más a diario con ellos se estableció una familiaridad y acabó por entrever la posibilidad de librarse del servicio militar que se le presentaba como cebo; y los Cointet ni siquiera tuvieron que corromperle porque fue él mismo quien primero habló de espionaje y de sacar partido de la actividad secreta de David.

Inquieta al ver lo poco que podía contar con Cérizet, y ante la imposibilidad de encontrar otro Kolb, Ève decidió despedir al único cajista en quien su sexto sentido de mujer enamorada había adivinado a un traidor; pero como ello suponía la muerte de su imprenta, tomó una viril resolución: rogó en una carta a monsieur Métivier, el corresponsal de David Séchard, de los Cointet y de casi todos los fabricantes de papel del departamento, que publicara en el Journal de la Librairie, en París, el siguiente anuncio: «Se vende imprenta en plena actividad, incluidas máquinas y licencia, sita en Angulema. Para más información, dirigirse a monsieur Métivier, rue Serpente». Después de haber leído el número del periódico en el que se incluía este anuncio, los Cointet se dijeron: «Esta mujer sabe lo que se hace, es hora de hacernos con su imprenta dándole para vivir, de lo contrario podríamos vernos con un adversario en el sucesor de David, y lo que a nosotros nos interesa es no perder de vista ese taller». Animados por esta idea, los hermanos Cointet fueron a hablar con David Séchard. Ève, por quien preguntaron los dos hermanos, sintió la más viva alegría al ver el rápido resultado de su astucia, porque no le ocultaron su intención de proponerle a monsieur Séchard que imprimiera para ellos: sobrecargados de trabajo como estaban, pues sus prensas no eran suficientes, habían pedido incluso algunos operarios a Burdeos, y estaban convencidos de poner tener ocupadas las tres prensas de David.

—Señores —dijo ella a los Cointet mientras Cérizet iba a avisar a David de la visita de sus colegas—, mi marido conoció en la tipografía de los Didot a excelentes operarios, honrados y trabajadores, y sin duda elegirá a uno de los mejores como sucesor… ¿Acaso no es mucho mejor vender el establecimiento por una veintena de miles de francos, que nos proporcionarán mil francos de renta, que perder mil francos al año en las condiciones a las que ustedes nos reducen? ¿Por qué nos han arruinado el pequeño negocio de nuestro almanaque, que pertenecía por derecho a esta imprenta?

—¿Y por qué, señora, no nos avisó de ello? No le habríamos hecho la competencia —dijo con gracia aquel de los dos hermanos al que llamaban Cointet el largo.

—Vamos, señores, no empezaron ustedes su almanaque hasta que supieron por Cérizet que yo había emprendido el mío.

Y mientras replicaba vivamente miró a Cointet el largo y le hizo bajar la mirada. Tuvo así la certeza de la traición de Cérizet.

El tal Cointet, director de la papelera y de los negocios, era un comerciante mucho más hábil que su hermano Jean, que dirigía por lo demás la imprenta con gran inteligencia, pero cuya capacidad podía compararse a la de un coronel, mientras que Boniface era un general al que Jean cedía el mando supremo. Boniface, hombre alto y enjuto, de rostro amarillento como un cirio y jaspeado de rojeces, boca de labios finos y ojos muy parecidos a los de un gato, nunca se alteraba; escuchaba con la calma de un beato las mayores ofensas, y respondía con dulce voz. Iba a misa, se confesaba y comulgaba. Pero bajo sus modales suaves y una aparente blandura, escondía el tesón, la ambición del cura y la codicia del negociante devorado por la sed de riquezas y de honores. Desde 1820, Cointet el largo aspiraba a todo cuanto la burguesía ha acabado por obtener en la Revolución de 1830. Lleno de odio contra la aristocracia e indiferente en materia de religión, era tan devoto como miembro de la Montaña fue

Bonaparte. Su espinazo se doblaba con maravillosa flexibilidad ante la Nobleza y la Administración, ante las cuales se empequeñecía, se volvía humilde y complaciente. En una palabra, para pintar a este hombre con un rasgo cuyo valor será bien apreciado por las personas acostumbradas a tratar de negocios, diremos que llevaba anteojos de cristales azules para ocultar su mirada, so pretexto de proteger su vista de la deslumbrante reverberación de la luz en una ciudad en la que la tierra y las construcciones son blancas y donde la crudeza de la luz se ve aumentada por la elevada altura de su suelo. Si bien su estatura era sólo un poco superior a la media, parecía alto debido a su delgadez, que delataba una naturaleza agotada por el trabajo y un cerebro en constante ebullición. Su fisonomía jesuítica se completaba con una cabellera plateada, gris, larga y cortada al modo de la de los eclesiásticos, y con su indumentaria que, desde hacía siete años, consistía en unos pantalones negros, medias negras, chaleco negro y una levita (nombre meridional del redingote) de color pardo. Le llamaban Cointet el largo para diferenciarlo de su hermano, al que apodaban Cointet el gordo, en alusión a la diferencia tanto de estatura como de carácter que existía entre ambos hermanos, que de todas formas eran igual de temibles el uno como el otro. Efectivamente, Jean Cointet, un muchacho bonachón de cara flamenca, tostado por el sol de la región de Angulema, retaco y panzudo como Sancho, con una eterna sonrisa en los labios, de hombros cuadrados, presentaba un marcado contraste con su hermano. Jean no sólo se diferenciaba de su hermano por su fisonomía e inteligencia, sino que era de ideas casi liberales, de centro izquierda, no iba a misa más que los domingos y se entendía a las mil maravillas con los comerciantes liberales. Algunos negociantes del Houmeau pretendían que esta diferencia de ideas no era más que una estratagema ideada por los dos hermanos. Cointet el largo explotaba con habilidad la aparente bonachonería de su hermano, se servía de Jean como de una maza. Éste se encargaba de las palabras duras, de las ejecuciones que repugnaban a la mansedumbre de su hermano. Jean estaba al cargo del departamento de las cóleras, se sulfuraba y hacía proposiciones inaceptables que volvían las de su hermano más suaves, y de este modo conseguían tarde o temprano lo que se proponían.

Ève, con ese sexto sentido propio de las mujeres, no tardó en intuir el carácter de ambos hermanos y, por tanto, permaneció muy en guardia ante unos adversarios tan peligrosos. David, puesto ya al tanto por su mujer, escuchó con aire profundamente distraído las propuestas de sus enemigos.

—Entiéndanse con mi mujer —dijo a los dos Cointet saliendo del despacho acristalado para volver a encerrarse en su pequeño laboratorio—, está más al corriente que yo de mi imprenta, que ya no sigo de cerca. Estoy ocupado en algo que será mucho más rentable que este pobre establecimiento, y que me resarcirá de las pérdidas que he tenido con ustedes.

—¿Y cómo, si puede saberse? —preguntó Cointet el gordo entre risas.

Ève miró a su marido para rogarle prudencia.

—Dependerán de mí, ustedes y todos los que consuman papel.

—¿Y qué busca? —insistió Benoît-Boniface Cointet.

Cuando oyó la pregunta de Boniface, dicha en tono dulce e insinuante, Ève miró de nuevo a su marido para rogarle que no dijera nada, o bien algo ajeno al asunto.

—Estoy buscando la forma de hacer papel a un coste inferior al cincuenta por ciento del actual…

Y se fue sin ver la mirada que se intercambiaban los dos hermanos y con la que parecían decirse: «¡Este hombre no puede ser sino un inventor; un tipo como él no puede permanecer ocioso! ¡Explotémosle!», decía Boniface. «¿Y cómo?», preguntaba Jean.

—David se comporta con ustedes igual que lo hace conmigo —dijo madame Séchard—. Cuando me hago la curiosa, desconfía hasta de mi nombre y me lanza esta frase que, al fin y al cabo, no es más que un programa de intenciones.

—Si su marido es capaz de llevar adelante su programa hará fortuna más rápidamente que con la imprenta, por lo que no me extraña nada que desatienda este establecimiento —continuó Boniface volviéndose para mirar el taller vacío en el que Kolb, sentado sobre un mojador, estaba frotando su pan con una cabeza de ajos; pero no nos convendría mucho ver esta imprenta en manos de un competidor activo, emprendedor y ambicioso, y tal vez podríamos llegar a un acuerdo. Si, por ejemplo, consiente en alquilar por una determinada cantidad su maquinaria a uno de nuestros operarios, que trabajaría para nosotros, a su nombre, como se hace en París, nosotros tendríamos lo bastante ocupado a ese muchacho como para permitirle pagar un buen alquiler y poder tener usted así unas ganancias…

—Eso depende de la cantidad —repuso Ève Séchard—. ¿Cuánto están dispuestos a ofrecer? —añadió mirando a Boniface para hacerle ver que comprendía perfectamente lo que tenía en mente.

—Pero ¿cuáles serían sus pretensiones? —replicó Jean Cointet.

—Tres mil francos por seis meses —dijo ella.

—Eh, querida señora, habla de vender su imprenta por veinte mil francos —replicó en tono suave Boniface—. El interés de veinte mil francos al seis por ciento no es más que mil doscientos.

Ève se quedó cortada durante unos instantes y reconoció entonces el valor de la discreción en los negocios.

—Se servirán de nuestras prensas, de nuestros caracteres, con los que les he demostrado que sé hacer aún pequeños negocios —replicó ella—, y tenemos alquileres pendientes de pagar al señor Séchard padre, que no nos colma de regalos precisamente.

Tras una pugna de dos horas, Ève obtuvo dos mil francos por seis meses, de los cuales mil serían pagados por adelantado. Una vez todo convenido, los dos hermanos le informaron de que su intención era hacer de Cérizet el arrendatario de la maquinaria de la imprenta. Ève no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¿No es mejor tomar a alguien que esté ya al corriente del taller? —dijo Cointet el gordo.

Ève se despidió de los dos hermanos sin responder, y se prometió vigilar personalmente a Cérizet.

—¡Bien, ya tenemos a nuestros enemigos que han quedado señores del campo! —dijo David riendo a su mujer, cuando a la hora de la cena le enseñó los documentos para la firma.

—¡Bah! —dijo ella—. Respondo de la fidelidad de Kolb y de Marion; ellos dos lo vigilarán todo. Por otra parte, sacaremos cuatro mil francos de renta por un mobiliario industrial que nos costaba dinero, y tienes un año por delante para hacer realidad tus esperanzas.

—Estabas destinada a ser, como me dijiste en la presa, la mujer de un inventor —dijo Séchard estrechando con ternura la mano de su mujer.

Pero si bien en el hogar de David hubo el dinero suficiente para pasar el invierno, estuvo bajo la vigilancia de Cérizet y, sin saberlo, bajo la dependencia de Cointet el largo.

—¡Ya los tenemos en nuestro poder! —dijo al salir el director de la papelera a su hermano el impresor—. Estos pobretones se acostumbrarán a recibir el alquiler de su imprenta, contarán con él y contraerán deudas. Dentro de seis meses no renovaremos el arrendamiento, y entonces veremos lo que ese genio ha descubierto, pues le propondremos para sacarle del apuro asociarnos con él para explotar su descubrimiento.

Si algún astuto comerciante hubiera podido ver a Cointet el largo pronunciar las palabras «nos asociaremos», habría comprendido que las uniones celebradas en el Ayuntamiento son menos peligrosas que las que se celebran en el Tribunal de Comercio. ¿Qué pasaría ahora que los feroces cazadores iban tras los pasos de su presa? ¿Conseguirían resistir David y su mujer, con la ayuda de Kolb y de Marion, a las artimañas de un Boniface Cointet?

Cuando llegó el momento del parto de madame Séchard, los quinientos francos enviados por Lucien, junto con el segundo pago de Cérizet, bastaron para cubrir todos los gastos. Ève, su madre y David, que se creían olvidados por Lucien, sintieron la misma alegría que les habían producido los primeros éxitos del poeta, cuyos comienzos en el periodismo causaron una sensación aún mayor en Angulema que en París.

Acunado en una engañosa seguridad, a David le flaquearon las piernas cuando recibió inesperadamente de su cuñado esta terrible carta:

Mi querido David:

He negociado, en Métivier, tres letras firmadas por ti, a mi favor, a uno, dos y tres meses de vencimiento. Entre las letras y el suicidio he optado por este horrible recurso que seguramente te creará grandes apuros. Ya te explicaré la situación en que me encuentro y trataré, desde luego, de mandarte el dinero al vencimiento.

Quema mi carta y no digas nada a mi madre ni a mi hermana, pues te confieso que he contado con tu heroísmo, que tan bien conoce tu hermano en la desesperación.

Lucien de Rubempré

—Tu pobre hermano —le dijo David a su mujer, que se estaba recuperando entonces del parto— pasa por serias dificultades. Le he enviado tres letras de mil francos a uno, dos y tres meses de vencimiento; toma nota.

Luego se fue al campo para no tener que darle explicaciones a su mujer. Pero cuando comentó con su madre aquella frase que hacía presagiar tantas desgracias, Ève, ya muy inquieta por el silencio que su hermano guardaba desde hacía seis meses, tuvo tan malos presentimientos que, para disiparlos, se decidió a tomar una de esas decisiones que sólo dicta la desesperación. El hijo de los Rastignac fue a pasar unos días con su familia, y habló en términos lo suficientemente peyorativos de Lucien como para que estas noticias de París, corriendo de boca en boca, llegaran hasta oídos de la madre y de la hermana del periodista. Ève fue a ver a madame de Rastignac y solicitó el favor de una entrevista con su hijo, a quien hizo partícipe de todos sus temores, preguntándole la verdad sobre la situación de Lucien en París. En un momento, Ève se enteró así de las relaciones de Lucien con Coralie, de su duelo con Michel Chrestien, causado por la traición a D'Arthez; en fin, de todas las circunstancias de la vida de Lucien envenenadas por un dandy ingenioso que supo disfrazar el odio y la envidia que sentía con la compasión, la solidaridad del ciudadano preocupado por el porvenir de un gran hombre y la hipócrita admiración por el talento de un hijo de Angulema, tan terriblemente comprometido. Habló de los errores que Lucien había cometido y que acababan de costarle la protección de los personajes más encopetados y la pérdida de una real orden que le habría conferido las armas y el nombre de Rubempré.

—Señora, si su hermano hubiera sido bien aconsejado, a estas horas tendría por delante una carrera llena de honores y sería el marido de madame de Bargeton; pero ¿qué quiere?… ¡La ha abandonado, insultado! Y, muy a su pesar, se ha convertido en la condesa de Sixte du Châtelet, aunque amaba a Lucien.

—¿Es posible? —exclamó madame Séchard.

—Su hermano es un aguilucho que se ha visto deslumbrado por los primeros fulgores del lujo y de la gloria. Cuando un águila cae, ¿quién puede saber al fondo de qué precipicio se detendrá? La caída de un gran hombre está siempre en proporción directa con la altura que ha alcanzado.

Ève regresó espantada por esta última frase, que le atravesó el corazón como una flecha. Herida en lo más vivo de su alma, guardó en casa el más profundo silencio; pero más de una lágrima rodó por sus mejillas y sobre la frente de la criatura que amamantaba. Sin embargo, es tan difícil renunciar a las ilusiones que alimentamos desde la cuna por un familiar, que Ève no se fio de Eugène de Rastignac y quiso oír el parecer de un amigo de verdad. Escribió, por tanto, una conmovedora carta a D'Arthez, cuya dirección sabía por Lucien, de los tiempos en que éste era entusiasta del Cenáculo, y he aquí la respuesta que recibió:

Estimada señora:

Me pide usted la verdad sobre la vida que lleva su hermano en París, quiere que le diga qué puede ser de su futuro, y, para exhortarme a responderle con franqueza, me repite lo que sobre el particular le ha dicho monsieur de Rastignac, preguntándome si tales hechos son ciertos. En lo que a mí se refiere, señora, hay que rectificar a favor de Lucien las confidencias de monsieur de Rastignac. Su hermano sintió remordimientos, vino a enseñarme su crítica a mi libro diciéndome que era incapaz de decidirse a publicarla, a pesar del riesgo que su desobediencia a las órdenes de su partido podía suponer para una persona muy querida para él. Pero, ¡ay!, señora, la tarea de un escritor es comprender las pasiones, porque su gloria consiste en darles expresión: por tanto, comprendí que entre una amante y un amigo, tenía que ser sacrificado el amigo. Le facilité incluso las cosas a su hermano corrigiendo yo mismo dicho artículo liberticida y aprobándolo por completo. Me pregunta si Lucien ha conservado mi estima y amistad. Se hace difícil responder a esto. Su hermano sigue un camino por el que se extraviará. Por el momento le compadezco; pero pronto le habré voluntariamente olvidado, ¡no por lo que hizo, sino por lo que está aún por hacer! Su querido Lucien es un temperamento poético, no un poeta, sueña y no piensa, se agita y no crea. En suma, permítame decirlo, es como una mujercita a la que le gusta aparentar, el principal vicio de los franceses. Por ello Lucien sacrificará siempre al mejor de sus amigos por el simple gusto de hacer alarde de su inteligencia. Haría de buena gana mañana mismo un pacto con el demonio si dicho pacto le permitiera llevar, durante unos años, una vida brillante y lujosa. ¿Acaso no ha malbaratado ya su futuro por los placeres efímeros que le ha brindado su vida pública con una actriz? En estos momentos, la juventud, la belleza, la abnegación de esta mujer, ya que ella le adora, le ocultan los peligros de una situación que ni la gloria, ni el éxito, ni la fortuna hacen que sea aceptada por el gran mundo. Pues bien, a cada nueva seducción, su hermano no verá, como hace hoy, más que los placeres del momento. En cualquier caso, quédese tranquila, Lucien no llegará nunca al crimen, no tiene valor para ello; pero consentiría un crimen ya perpetrado por otros, compartiendo su provecho y no los peligros, cosa que repugna a cualquiera, hasta a los depravados. Se despreciará a sí mismo, se arrepentirá, pero si la necesidad volviera a ponerlo en la misma tesitura, reincidiría, ya que carece de voluntad, y es incapaz de resistirse a las seducciones de la voluptuosidad y de la satisfacción de sus menores ambiciones. Indolente como todos los temperamentos poéticos, se cree hábil escamoteando las dificultades en vez de vencerlas. Será valiente en un momento dado, pero cobarde en otro. Y elogiarle por su coraje sería tan inútil como reprocharle su cobardía. Lucien es como un arpa cuyas cuerdas se tensan o se aflojan según los cambios atmosféricos. Podrá escribir un buen libro en un momento de ira o de felicidad y ser indiferente al éxito después de haberlo deseado tanto. Desde los primeros días de su llegada a París, cayó bajo la influencia de un joven sin principios, pero que le fascinó por su habilidad y experiencia en apañárselas en medio de las dificultades de la vida literaria. Este prestidigitador sedujo a Lucien completamente y le arrastró a una vida sin dignidad y en la que, por desgracia para él, también el amor ha obrado su encantamiento. Cuando se ha mostrado demasiado fácilmente admiración, ésta es un síntoma de debilidad: no se debe pagar con la misma moneda a un saltimbanqui y a un poeta. Todos nos hemos sentido heridos al verle preferir la intriga y la marrullería literaria al valor y al honor de quienes aconsejaban a Lucien que aceptara la lucha en vez de lograr el éxito por medios fraudulentos, de lanzarse a la arena en vez de convertirse en una de las trompetas de la orquesta. La sociedad, señora, cosa bien extraña, es mucho más indulgente con los jóvenes como él; los quiere, se deja seducir por el atractivo de sus prendas exteriores; no les exige nada, disculpa todos sus errores, da por descontada su perfección permaneciendo ciega a sus defectos, y los convierte así, finalmente, en sus niños mimados. Por el contrario, es de una severidad sin límites con las naturalezas fuertes e íntegras. Pero es precisamente así como la sociedad, aunque en apariencia puede parecer injusta, es tal vez sublime. Se divierte con los bufones, sin pedirles nada más que diversión, pero los olvida muy pronto, mientras que para doblar la rodilla ante la grandeza le exige a esta unas dotes divinas. A cada cosa su ley: el diamante eterno no debe tener ninguna impureza, mientras que la creación efímera de la Moda tiene derecho a ser ligera, extravagante y sin consistencia. Por ello, y pese a sus errores, tal vez Lucien logre maravillosos triunfos, para ello le bastará con aprovechar alguna buena oportunidad o conocer gente de la buena sociedad; pero, si se encuentra con un ángel del mal, acabará en el fondo de los infiernos. Es un brillante conjunto de buenas cualidades bordadas sobre un fondo demasiado ligero; el tiempo acaba con las flores, y un buen día no queda más que el tejido y, si éste es de mala calidad, parecerá nada más que un harapo. Mientras Lucien sea joven, gustará; pero, a los treinta años, ¿qué será de él? Esta es la pregunta que han de hacerse quienes le quieren sinceramente. Si fuera el único en pensar así de Lucien, tal vez habría evitado afligirle con mi sinceridad; pero además de verme obligado en tal caso a eludir con banalidades las preguntas que me plantea, lo cual me parecía injusto para con usted que con su carta me manda un grito de angustia, e indigno de mí a quien usted tiene en demasiada alta estima, aquellos amigos míos que han conocido a Lucien se muestran unánimes en su opinión; por eso me he sentido en el deber de contarle la verdad, por muy terrible que ésta sea. Cabe esperar cualquier cosa de Lucien, tanto en lo bueno como en lo malo. Esto es, en síntesis, lo que pensamos y resume el contenido de esta carta. Si los azares de su vida, ahora muy miserable y bastante incierta, hicieran que este poeta volviera a su lado, haga uso de toda su influencia para retenerle en el seno de su familia, pues hasta que su carácter haya adquirido cierta firmeza París siempre será peligroso para él. Llamaba a usted y a su marido sus ángeles custodios; y seguramente les ha olvidado, pero se acordará de nuevo de ustedes en el momento en que, azotado por la tempestad, no le quede más que su familia como refugio; conserve por tanto su afecto por él, señora; bien que lo va a necesitar.

Reciba, señora, el sincero homenaje de un hombre que conoce sus estimables cualidades y que respeta demasiado sus maternales inquietudes para no ofrecerse a su entera disposición declarándose su fiel servidor,

D’Arthez

Dos días después de haber leído esta respuesta, Ève se vio obligada a tomar una nodriza, porque no tenía ya leche. Su hermano había sido su dios, y ahora lo veía corrompido por el abuso de sus mejores facultades; en pocas palabras, para ella, se revolcaba en el fango. Aquella noble criatura era incapaz de transigir con la probidad, la delicadeza y con todos los preceptos sagrados cultivados en el hogar familiar, que en provincias se mantenía aún tan puro y luminoso. David había acertado, pues, en sus previsiones. Cuando Ève confió a su marido su pesar, que daba a su blanca frente un colorido plúmbeo, en una de esas conversaciones sin tapujos en las que las parejas de enamorados pueden decírselo todo, David trató de consolarla. A pesar de que las lágrimas hubieran asomado a sus ojos al ver el bonito pecho de su mujer seco por el dolor, y a aquella madre al borde de la desesperación por no poder cumplir con su labor maternal, el impresor tranquilizó a su mujer dándole algunas esperanzas.

—Ves, niña mía, tu hermano ha pecado con la imaginación. ¡Es tan natural para un poeta querer su ropaje púrpura y azul y correr presuroso a las fiestas!… ¡Es como un pájaro atraído por el esplendor y el lujo con tan buena fe que Dios le perdona en aquello en que la sociedad le condena!

—¡Pero nos mata!… —exclamó la pobre mujer.

—Hoy nos mata igual que hace unos meses nos salvaba mandándonos el primer dinero que ganó —respondió David, que tuvo el buen sentido de comprender que su mujer se dejaba llevar por la desesperación y que pronto retornaría a su amor por Lucien—. Mercier decía en su Tableau de Paris, hace unos cincuenta años, que la literatura, la poesía, las letras y las ciencias, todas las creaciones del espíritu no podrían dar de comer nunca a un hombre; y Lucien, como poeta que es, no ha querido creer en una sabiduría de cinco siglos de antigüedad. Las cosechas regadas con tinta no se recogen (cuando se recogen) hasta diez o doce años después de la siembra, y Lucien ha confundido el grano con la paja. Pero al menos la vida le habrá enseñado algo. Después de haber sido engañado por una mujer, tenía que ser engañado por el mundo y las falsas amistades. La experiencia que ha sacado la ha pagado bien cara, eso es todo. Nuestros antepasados decían: «Con tal de que un hijo vuelva sano y salvo a casa, y con el honor incólume, todo lo demás no importa…».

—¡El honor! —exclamó la pobre Ève—. ¡Ay!, ¡a cuántas virtudes no ha faltado Lucien!… ¡Escribir en contra de su conciencia! ¡Atacar a su mejor amigo!… ¡Aceptar el dinero de una actriz!… ¡Exhibirse con ella! ¡Y dejarnos en la miseria!…

—¡Oh! Eso no es nada… —exclamó David interrumpiéndose.

Había estado a punto de escapársele el secreto de la falsificación cometida por su cuñado y, desgraciadamente, Ève, dándose cuenta de aquella reacción, albergó vagas inquietudes.

—¿Cómo que nada? —repuso—. ¿Y de dónde vamos a sacar tres mil francos?

—En primer lugar —continuó David— vamos a renovar con Cérizet el arriendo de explotación de nuestra imprenta. En seis meses ha ganado seiscientos francos recibiendo de los Cointet el quince por ciento por los trabajos a su nombre, y con otros trabajillos ocasionales se ha sacado quinientos más.

—Si se enteraran los Cointet, tal vez no prorrogarían el contrato de arriendo por miedo a Cérizet —dijo Ève—, pues es un tipo peligroso.

—¡Y qué me importa! —exclamó Séchard—. ¡Dentro de unos cuantos días seremos ricos! Una vez rico Lucien, ángel mío, no será sino un espejo de virtudes…

—¡Ah, David, querido mío, qué cosas dices! ¡En la miseria, Lucien sería incapaz de resistirse al mal! ¡Piensas como D'Arthez! No existe superioridad sin fuerza, y Lucien es débil… Un ángel al que no conviene tentar, ¿qué es en realidad?

—Lucien es un espíritu noble que únicamente puede brillar en su ambiente, en su esfera, en su cielo. Lucien no está hecho para luchar, y yo le evitaré la lucha. Mira, estoy ya tan cerca de la solución que debo confiarte lo que he descubierto hasta ahora.

Sacó de su bolsillo varias hojas de papel blanco de tamaño en octavo y las blandió victoriosamente dejándolas sobre las rodillas de su mujer.

—Una resma de este papel, en formato gran marquilla, no costará más de cinco francos —dijo dando a examinar las muestras a Ève, quien mostró una sorpresa infantil.

—Bueno, ¿y cómo has hecho las pruebas?

—Con un viejo tamiz de crin que le cogí a Marion.

—¿Y no estás contento aún? —preguntó ella.

—El problema no está en la fabricación, sino en el precio de coste de la pasta. Pero por desgracia, amor mío, yo no soy más que uno de los últimos que se ha aventurado en este difícil camino. Madame Masson, a partir de mil setecientos noventa y cuatro, hacía ya sus intentos por convertir los papeles impresos en papel blanco; lo consiguió, ¡pero a qué precio! En Inglaterra, allá por mil ochocientos, el marqués de Salisbury intentaba, al mismo tiempo que Séguin en mil ochocientos uno en Francia, emplear la paja para la fabricación del papel. Nuestra caña vulgar, el Arundo phragmitis, ha proporcionado las hojas de papel que tienes en la mano. Pero yo quiero utilizar las ortigas y los cardos, porque para mantener un precio barato de la materia prima es preciso recurrir a las sustancias vegetales que crecen en los pantanos y terrenos baldíos; saldrán a un precio tirado. El secreto radica exclusivamente en la preparación de esos tallos. Por el momento mi procedimiento no es aún lo bastante simple. Pues bien, a pesar de estas dificultades estoy seguro de poder dar a la papelería francesa la primacía de que goza nuestra literatura y hacer de ella un monopolio para nuestro país, como los ingleses tienen el del hierro, la hulla o la loza común. Quiero ser el Jacquard de la industria papelera.

Ève se levantó, impelida por el entusiasmo y por la admiración que le producía la modestia de David; abrió sus brazos y le estrechó contra su corazón apoyando la cabeza sobre su hombro.

—Me recompensas como si lo hubiera descubierto ya —le dijo él.

Por toda respuesta, Ève mostró su bonito rostro inundado completamente de lágrimas, y durante unos instantes se quedó sin habla.

—¡No abrazo al hombre de genio, sino al que me sirve de consuelo! —dijo ella—. A una gloria caída opones tú una gloria que se levanta. A la pena que me causa la abyección de un hermano, opones tú la grandeza del esposo… Sí, serás grande como los Graindorge, los Rouvet, los Van Robais, como el persa que nos proporcionó la rubia, como todos esos hombres de los que me has hablado y cuyos nombres permanecen desconocidos porque, al perfeccionar una industria, hicieron algo bueno sin ostentación.

—¿Qué estarán haciendo a estas horas? —decía Boniface.

Cointet el largo se paseaba por la place du Mûrier con Cérizet observando las sombras de los dos cónyuges recortándose contra las cortinas de muselina, porque todas las noches, a las doce, iba a charlar con Cérizet, que estaba encargado de vigilar los menores pasos de su antiguo patrón.

—Seguramente debe de estar enseñándole los papeles que ha fabricado esta mañana —le dijo Cérizet.

—¿Qué sustancias ha utilizado? —preguntó el fabricante de papel.

—Imposible adivinarlo —repuso Cérizet—. He hecho un agujero en el tejado y he trepado hasta allí arriba; he visto a mi patrón la pasada noche poner a hervir su pasta en un recipiente de cobre; he examinado atentamente sus materiales, amontonados en un rincón, pero todo cuanto he podido observar es que la materia prima parecía un montón de estopa…

—No sigas —le rogó Boniface Cointet con voz melosa a su soplón—. ¡Sería un esfuerzo ímprobo!… Madame Séchard te propondrá renovar el arriendo de explotación de la imprenta; dile que quieres ser impresor, ofrécele la mitad de lo que valen la licencia y el material, y, si están de acuerdo, ven a verme. De todas formas, da largas al asunto…, están sin dinero.

—¡Sin un céntimo! —dijo Cérizet.

—Sin un céntimo —repitió Cointet el largo.

«Están en mis manos», se dijo para sí.

Las casas Métivier y Cointet Hermanos unían a su condición de comisionistas de papel y papeleros-impresores la de banqueros, por cuya actividad, sin embargo, se guardaban mucho de pagar licencia. El fisco no ha encontrado la manera aún de controlar los negocios comerciales a fin de obligar a todos cuantos hacen de banqueros de extranjis a sacarse la licencia de banquero, licencia que en París, por ejemplo, cuesta quinientos francos. Pero los hermanos Cointet y Métivier, pese a ser lo que se llama en Bolsa unos «clandestinos», no dejaban de manejar unos cientos de miles de francos por trimestre en las plazas de París, Burdeos y Angulema. Ahora bien, aquella misma tarde, la casa Cointet Hermanos había recibido de París las letras falsificadas por valor de tres mil francos que había librado Lucien. Cointet el largo vio inmediatamente en aquella deuda una formidable maquinación dirigida, como vamos a ver, contra el pobre y paciente inventor.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, Boniface Cointet se paseaba a lo largo de la presa que alimentaba su gran papelera y cuyo ruido ahogaba el de las voces. Esperaba allí a un joven de veintinueve años, que desde hacía seis semanas era abogado en el Tribunal de Primera Instancia de Angulema y que respondía al nombre de Pierre Petit-Claud.

—¿Era usted compañero de colegio en Angulema de David Séchard? —preguntó Cointet el largo al saludar al joven abogado, que acudió de inmediato a la llamada del rico fabricante.

—Sí, señor —respondió Petit-Claud poniéndose al paso de Cointet el largo.

—¿Han seguido tratándose?

—Desde que volvió, nos habremos encontrado a lo sumo un par de veces. No podía ser de otro modo, porque los días normales yo estaba ocupado en el bufete o en la Audiencia, y los domingos y días festivos tenía que estudiar para completar mi instrucción, porque sabía que sólo podía contar conmigo mismo…

Cointet asintió con la cabeza.

—Cuando volvimos a vernos, David me preguntó a qué me dedicaba. Yo le dije que, después de haber estudiado Derecho en Poitiers, era el primer pasante del abogado Olivet y que esperaba un día u otro quedarme con su bufete… Pero a quien más conocía era a Lucien Chardon, que ahora se hace llamar De Rubempré, el amante de madame de Bargeton, nuestro gran poeta, y que es cuñado de David Séchard.

—Pues, entonces, puede ir a ver a David para anunciarle que tiene ya el título y ofrecerle sus servicios —dijo Cointet el largo.

—Es algo que no se acostumbra a hacer —repuso el joven abogado.

—No ha tenido nunca ningún pleito y no tiene abogado, por lo que puede ofrecerle sus servicios —contestó Cointet que miraba de arriba abajo al pequeño abogado desde detrás de sus anteojos.

Hijo de un sastre del Houmeau, despreciado por sus compañeros de colegio, Pierre Petit-Claud parecía tener cierta dosis de hiel que se le hubiera transvasado a la sangre. Su rostro tenía ese colorido de matices sucios y confusos que delatan viejas enfermedades, antecedentes de miseria y casi siempre una mala índole. Existe una expresión de la lengua familiar que puede describir en dos palabras a este joven: tenía pelos en el corazón. Su voz cascada estaba en consonancia con su cara de vinagre, su aspecto flaco y el color indefinible de sus ojos de urraca. Unos ojos de urraca, en expresión de Napoleón, son indicio de falta de honestidad. «Mirad a ése —le decía a Las Cases en Santa Elena refiriéndose a uno de sus confidentes, a quien se vio obligado a despedir por malversación—, no sé cómo he podido estar tanto tiempo engañado teniendo como tiene ojos de urraca.» Por eso, cuando Cointet el largo hubo examinado bien a aquel abogado delgaducho, picado de viruelas, de cabello ralo, y en quien empezaban a confundirse frente y cráneo, cuando lo vio dispuesto a mandar al diablo todos sus escrúpulos, se dijo: «Este es mi hombre». Efectivamente, Petit-Claud, nutrido de vejaciones, devorado por unas ansias de medrar que le corroían, había tenido la audacia, si bien con escasa fortuna, de comprar por treinta mil francos el bufete de su amo, pensando en un matrimonio para pagar su deuda; y, siguiendo la costumbre, contaba con su amo para que le encontrara esposa, porque el predecesor siempre tiene interés en casar a su sucesor para poder cobrar así su deuda. Pero Petit-Claud contaba más aún consigo mismo, porque no carecía de cierta superioridad, rara por otra parte en provincias, y cuya raíz no era otra que el odio. A grandes odios, grandes esfuerzos. Entre los abogados de París y los de provincias existe una gran diferencia, y Cointet el largo era demasiado hábil para no sacar partido de las pasiones mezquinas a que obedecen estos leguleyos. En París, un abogado notorio, y los hay en gran número, posee algunas de las cualidades que distinguen al diplomático: el número de asuntos, la amplitud de intereses y la importancia de las causas que se le confían, son todas buenas razones para no ver en el procedimiento un medio de hacer fortuna. Arma ofensiva o defensiva, el procedimiento no es ya para él, como en otros tiempos, un objeto de lucro. Por el contrario, en provincias, los abogados cultivan lo que en los bufetes de París se ha dado en llamar el «minutado», ese montón de pequeños gajes que elevan las cuentas de gastos y no hacen sino gastar papel timbrado. Es en estas bagatelas en lo que se ocupa el abogado de provincias y ve gastos que hacer ahí donde el abogado de París no se preocupa más que de sus honorarios. Los honorarios son lo que el cliente debe, además de los gastos, a su abogado por llevar más o menos hábilmente su asunto. El fisco se queda con la mitad de los gastos, mientras que los honorarios son enteramente para el abogado. ¡Digámoslo francamente! Los honorarios pagados raramente se corresponden con los honorarios pedidos y debidos por los servicios de un buen abogado. Los procuradores, los médicos y los abogados de París, al igual que las cortesanas con sus amantes ocasionales, se fían muy poco de la gratitud de sus clientes. Éstos podrían pintar, antes y después del asunto, dos admirables cuadros de género, dignos de Meissonier, y que serían sin duda muy apreciados por unos representantes de la justicia ad honorem. Pero existen otras diferencias entre el abogado de París y el de provincias. El abogado de París raramente defiende de viva voz, se dirige a veces al tribunal en los recursos de urgencia. Pero en 1822, en la mayor parte de los departamentos (luego los abogados han proliferado), los procuradores eran abogados y defendían ellos mismos sus causas. De esta doble vida deriva un doble trabajo que contagia al abogado de provincias de los vicios mentales del procurador, sin ahorrarle las pesadas cargas del abogado. De modo que el abogado de provincias se vuelve un charlatán y pierde esa lucidez mental tan necesaria para la buena marcha de los asuntos. Al desdoblarse así, a menudo de un hombre superior salen dos hombres mediocres. En cambio, en París, el abogado no se prodiga ni extiende mucho hablando ante el tribunal, ni tampoco defiende a menudo el pro o el contra, pudiendo mantener su rectitud de ideas. Y mientras estudia la táctica legal y rebusca en el arsenal de medios que se esconden entre las contradicciones de la jurisprudencia, mantiene sus propias convicciones sobre el asunto, esforzándose en ganar el caso. En resumidas cuentas, el pensamiento embriaga mucho menos que la palabra. A fuerza de hablar, un hombre acaba por creerse lo que dice; mientras que se puede actuar en contra de sus propias ideas sin debilitarlas, y ganar una mala causa sin tener que sostener que es buena, como le ocurre al abogado demandante. Por ello, el viejo procurador de París puede ser, mucho mejor que un viejo abogado, un buen juez. Un abogado de provincias tiene sus buenas razones para ser un hombre mediocre: se pone al servicio de intereses mezquinos, lleva asuntos de poca monta, vive de generar gastos, abusa de la ley de enjuiciamiento, ¡y defiende de viva voz! En suma, tiene muchas imperfecciones. ¡Por ello, cuando se encuentra entre los representantes de la justicia de provincias un hombre verdaderamente digno de mención, es que es un hombre realmente superior!

—Creía, señor, que me había llamado por asuntos suyos —respondió Petit-Claud dando a esta observación un tono irónico por la mirada que lanzó hacia los impenetrables anteojos de Cointet el largo.

—Dejémonos de ambages —replicó Cointet—. Escúcheme.

Tras esta frase que rezumaba confidencias, Cointet fue a sentarse en un banco, invitando a Petit-Claud a hacer otro tanto.

—En mil ochocientos cuatro, cuando monsieur du Hautoy pasó por Angulema de camino a Valencia en su calidad de cónsul, conoció a madame de Sénonches, por aquel entonces mademoiselle Zéphirine, de quien tuvo una hija —dijo Cointet en voz muy baja al oído de su interlocutor—. Sí —continuó al ver el sobresalto de Petit-Claud—, el matrimonio de mademoiselle Zéphirine con monsieur Sénonches siguió enseguida a aquel parto clandestino. Esta muchacha, criada en el campo, en casa de mi madre, es mademoiselle Françoise de La Haye, de quien cuida madame de Sénonches, que, siguiendo la costumbre, es madrina suya. Como mi madre, encargada de la hacienda rural de la anciana madame de Cardanet, la abuela de mademoiselle Zéphirine, estaba en el secreto de la única heredera de los Cardanet y de los Sénonches de la rama primogénita, fui encargado de administrar la pequeña suma que monsieur Francis du Hautoy destinó en su día a su hija. Mi fortuna tuvo su origen en esos diez mil francos que hoy se han convertido en treinta mil. Sin duda madame de Sénonches legará el ajuar, la plata y algún mueble a su pupila; yo puedo conseguirle a la muchacha, amigo mío —dijo Cointet dándole una palmadita en la rodilla a Petit-Claud—. Casándose con Françoise de La Haye aumentará su clientela con una gran parte de la aristocracia de Angulema. Este matrimonio de la mano izquierda le abre un magnífico porvenir… La posición de un abogado-procurador será juzgada suficiente: no piden nada mejor, lo sé de cierto.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó con codicia Petit-Claud—. Porque usted tiene como abogado al licenciado Cachan…

—No pienso dejar de buenas a primeras a Cachan por usted; seré su cliente sólo más tarde —dijo astutamente Cointet el largo—. ¿Que qué hay que hacer, amigo? Pues bien, se trata de los negocios de David Séchard. Ese pobre diablo me debe mil escudos en letras, pero no los pagará. Le defenderá usted contra las demandas, para que así tenga que asumir una gran cantidad de gastos… No se preo-cupe, usted vaya a lo suyo, acumule incidentes. Doublon, mi alguacil, que se encargará de demandarle en base a las instrucciones de Cachan, no se andará con chiquitas… A buen entendedor, pocas palabras bastan. Así que ¿cómo lo ve, jovencito?…

Se hizo una pausa elocuente durante la cual estos dos hombres se observaron.

—No nos hemos visto nunca —continuó Cointet—, no le he dicho nada y no sabe nada de monsieur du Hautoy, ni de madame de Sénonches, ni de mademoiselle de La Haye; solamente cuando llegue el momento, dentro de dos meses, pedirá usted la mano de esa jovencita. Cuando tengamos que vernos, vendrá aquí, al atardecer. Nada por escrito.

—¿Así que quiere arruinar a Séchard? —preguntó Petit-Claud.

—No exactamente, pero hay que tenerlo unos meses en prisión…

—¿Y con qué fin?

—¿Me cree tan estúpido como para decírselo? Si tiene la suficiente inteligencia como para adivinarlo, también la tendrá para callárselo.

—Séchard padre es rico —dijo Petit-Claud, que comenzaba ya a entrar en las ideas de Boniface y preveía una posibilidad de fracaso.

—Mientras viva, el padre no le dará ni un céntimo a su hijo, y ese ex tipógrafo no tiene aún ningunas ganas de hacer imprimir su esquela de defunción…

—¡De acuerdo, pues! —dijo Petit-Claud, quien se decidió rápidamente —. No le pido garantías, soy abogado; si me enreda nos veremos las caras…

«El muy granuja llegará lejos», pensó Cointet al despedirse de Petit-Claud.

Al día siguiente de esta charla, el 30 de abril, los hermanos Cointet hicieron presentar la primera de las tres letras falsificadas por Lucien. Por desgracia, la letra fue entregada a la pobre madame Séchard, que, al reconocer la imitación de la firma de su marido por Lucien, llamó a David y le dijo a bocajarro:

—¿Has firmado tú esta letra?

—No —repuso él—; tu hermano estaba tan necesitado que la firmó por mí.

Ève devolvió la letra al ayudante del cajero de la casa Cointet Hermanos, diciéndole:

—No estamos en condiciones de pagar.

Luego, sintiéndose desfallecer, subió a su habitación, adonde la siguió David.

—Amor mío —dijo Ève a Séchard con voz de moribunda—, corre a casa de los Cointet, tendrán consideración contigo; ruégales que esperen y, además, hazles notar que a la renovación del arriendo de Cérizet te deberán mil francos.

David se fue inmediatamente a ver a sus enemigos. Un regente siempre puede convertirse en impresor, pero no siempre un hábil tipógrafo tiene madera de hombre de negocios; por ello David, que entendía poco de negocios, se quedó indeciso ante Cointet el largo cuando, tras haberle presentado, con el gaznate seco y el corazón palpitante, sus disculpas y hecho su súplica, recibió esta respuesta:

—Esto no es asunto nuestro; tenemos la letra de Métivier, y Métivier nos pagará. Diríjase a monsieur Métivier.

—¡Oh! —exclamó Ève al conocer esta respuesta—. Si la letra es retornada a monsieur Métivier, podemos estar tranquilos.

Al día siguiente, Victor-Ange-Herménégilde Doublon, el alguacil judicial de los Cointet, efectuó el protesto a las dos, hora en la que la place du Mûrier está llena de gente; y no obstante la cautela con que habló en la puerta de la calle con Marion y Kolb, no por ello el protesto fue menos conocido aquella misma tarde por todos los comerciantes de Angulema. Pero, además, las maneras hipócritas de Doublon, a quien Cointet el largo había rogado que tuviera la máxima consideración, ¿acaso podían salvar a Ève y a David de la ignominia comercial que supone una suspensión de pagos? ¡Juzgad vosotros mismos! Nadie se quejará por que nos extendamos aquí. El noventa por ciento de los lectores se sentirán atraídos por los siguientes detalles, como si se tratara de la más excitante novedad. De este modo quedará probada una vez más la verdad de este axioma: «Nada hay que se conozca menos que lo que todo el mundo tendría que conocer: ¡LA LEY!».

Seguramente, para la mayoría de los franceses la descripción minuciosa de cómo funciona uno de los engranajes de la banca será tan interesante como un viaje a un país extranjero. Cuando un negociante expide, desde la ciudad en que tiene su establecimiento, una letra a una persona que vive en otra ciudad, como se suponía que había hecho David para prestar su ayuda a Lucien, transforma una operación tan simple como la de emitir un efecto suscrito entre dos negociantes de la misma ciudad para asuntos comerciales, en algo parecido a la letra de cambio emitida de una plaza a otra. Por ello, al aceptar los tres efectos bancarios emitidos a nombre de Lucien, Métivier estaba obligado, para cobrar el total, a expedirlos a los hermanos Cointet, sus representantes. Ello comportaba una primera pérdida para Lucien, designada como «comisión por cambio de plaza», y que comprendía un determinado porcentaje que era deducido de cada efecto, aparte del descuento. Los efectos Séchard habían pasado, pues, a la categoría de operaciones bancarias. No podríais imaginar hasta qué punto la condición de banquero, unida al título augusto de acreedor, cambia la condición del deudor. Por ello, «en banca» (recordad bien esta expresión), cuando un efecto transmitido desde la plaza de París a la plaza de Angulema no es pagado, los banqueros están obligados a enviarse a sí mismos lo que la ley llama «una cuenta de resaca». Bromas aparte, nunca los novelistas han inventado nada más inverosímil. De ahí las ingeniosas bromas, dignas de un Mascarilla, a que da lugar cierto artículo del Código de Comercio y cuya explicación os demostrará cuántas atrocidades se esconden bajo esta terrible palabra: ¡la «legalidad»!

Apenas Doublon hubo hecho registrar su protesto, se lo llevó personalmente a los hermanos Cointet. Doublon tenía una cuenta abierta con aquellos chacales de Angulema, y les concedía un crédito por seis meses, que Cointet el largo ampliaba a un año por la manera de saldarlo, si bien diciéndole cada mes a este cachorro de chacal: «Doublon, ¿necesita dinero?». ¡Y esto no era todo! Doublon favorecía con una comisión a esta poderosa casa, que así ganaba con cada operación un tanto, nada, una miseria, ¡un franco cincuenta por protesto!… Cointet el largo se sentó tranquilamente en su escritorio y cogió una cuartilla de papel timbrado de treinta y cinco céntimos, sin dejar de hablar con Doublon para enterarse por él del estado real de las finanzas de los comerciantes.

—Bien, ¿está usted contento del pequeño Gannerac…?

—No le van mal las cosas. ¡Y cómo! La de trabajo que tiene…

—¡Sí, pero el hecho es que pasa por dificultades! Me han dicho que su mujer le causa muchos gastos…

—¿A él? —exclamó Doublon con aire socarrón.

Y el chacal, que había terminado de preparar su papel timbrado, escribió en redondilla el siniestro encabezamiento debajo del cual extendió la siguiente cuenta (sic!).

CUENTA DE RESACA Y GASTOS

Por un efecto de MIL FRANCOS, fechado en Angulema el 10 de febrero de 1822, suscrito por SÉCHARD HIJO, a la orden de LUCIEN CHARDON, llamado DERUBEMPRÉ, endosado a la orden de MÉTIVIER y a la nuestra, con vencimiento el 30 de abril último, protestado por DOUBLON, alguacil, el 1 de mayo de 1822.

Montante 1000,00

Protesto 12,35

Comisión del 0,5% 5,00

Comisión de corretaje del 0,25% 2,50

Timbre de nuestra resaca y de la presente 1,35

Intereses y gastos por portes 3,00

TOTAL 1024,20

Cambio de plaza al 1,23% sobre 1024,20 13,25

1037,45

Mil treinta y siete francos con cuarenta y cinco céntimos, suma que nos reembolsamos con una letra a la vista a monsieur Métivier, rue Serpente, en París, a la orden de monsieur Gannerac del Houmeau.

Angulema, 2 de mayo de 1822

Cointet Hermanos

Al pie de este pequeño memorándum, extendido con toda la pericia de un experto mientras hablaba con Doublon, Cointet el largo escribió la siguiente declaración:

Los abajo firmantes, Postel, farmacéutico del Houmeau, y Gannerac, comisionista en transportes, comerciantes de esta ciudad, certificamos que el cambio de nuestra plaza con respecto a París es de 1,25

Angulema, 3 de mayo de 1822

—Tenga, Doublon, hágame el favor de ir a casa de Postel y de Gannerac y ruégueles que me firmen rápidamente esta declaración y devuélvamela mañana por la mañana.

Y Doublon, familiarizado con estos instrumentos de tortura, se fue, como si se tratara de la cosa más natural del mundo. Evidentemente, al no ser enviado el protesto en sobre cerrado, como se acostumbra a hacer en París, toda Angulema se acabaría enterando de las pésimas condiciones financieras por las que atravesaban los negocios del pobre Séchard. ¡Y de cuántas acusaciones no fue objeto su apatía! Unos decían que si se había perdido por un exceso de amor a su mujer; otros le acusaban de sentir demasiado afecto por su cuñado. ¡Y qué atroces conclusiones no sacaban de tales premisas! ¡No hay que inmiscuirse nunca en los intereses ajenos! ¡La gente aprobaba la dureza de papá Séchard para con su hijo y le admiraban!

Ahora bien, todos vosotros que, por una razón u otra, olvidáis hacer frente a vuestros compromisos, examinad atentamente los procedimientos, perfectamente legales, por los que, en diez minutos, se gana en banca veintiocho francos de interés por un capital de mil francos.

El primer artículo de esa cuenta de resaca es lo único incontestable.

El segundo artículo se refiere al porcentaje del fisco y del alguacil. Los seis francos que percibe el erario público al registrar la pena del deudor, y al proporcionar el papel timbrado, harán que el abuso siga aún durante largo tiempo. Por lo demás sabéis que este artículo proporciona un beneficio de un franco cincuenta al banquero por el descuento hecho por Doublon.

La comisión del 0,5%, objeto del tercer artículo, se percibe tomando como base el ingenioso pretexto de que, en banca, no recibir un pago equivale a descontar un efecto. Y aunque sea justamente al revés, no hay nada más parecido que dar mil francos o no cobrarlos. Cualquiera que haya presentado unos efectos al descuento sabe que, aparte del 6% debido por ley, el banquero obtiene, bajo el modesto nombre de comisión, un tanto por ciento que supone los intereses que le reporta, por encima del interés legal, la habilidad con la que hace trabajar sus fondos. Y cuanto más hábil es en sacar dinero, más os pide. Por tanto, sale más a cuenta hacerse descontar los propios efectos por un tonto. Pero ¿hay tontos entre los banqueros?…

La ley obliga al banquero a hacer que un agente de cambio certifique la tasa de cambio. En las plazas que tienen la mala suerte de no contar con una Bolsa, el agente de cambio es sustituido por dos negociantes. La llamada comisión de corretaje, que ha de pagarse al agente, corresponde a un 0,25% de la suma que se indica en el efecto protestado. Rige la costumbre de considerar esta comisión como pagada a los negociantes que sustituyen al agente, y el banquero se la embolsa pura y simplemente. De ahí el tercer artículo de esta bonita cuenta.

El artículo cuarto se refiere al coste del impreso de papel timbrado en el que se ha redactado la cuenta de resaca y al timbre de lo que ingeniosamente se denomina la «resaca», es decir, la nueva letra librada por el banquero a su colega para ser reembolsada.

El quinto artículo atañe al precio que se ha de pagar por los gastos por portes y a los intereses legales de la suma por todo el tiempo que puede tardar en llegar a la caja del banquero.

Finalmente, el cambio de plaza, el objeto mismo de la banca, es el importe que se debe por hacerse pagar de una plaza a otra.

Ahora examinad atentamente esta cuenta. ¿No parece hecha por el Polichinela de la canción napolitana tan bien interpretada por Lablache, para quien quince más cinco son veintidós? Es evidente que la firma de los señores Postel y Gannerac era un simple intercambio de favores: los Cointet certificarían en caso de necesidad para Gannerac lo que Gannerac certificaba para los Cointet. Es la puesta en práctica de ese conocido proverbio: «Hazme la barba, hacerte he el copete». Los señores Cointet Hermanos tenían cuenta corriente con Métivier y por tanto no tenían necesidad de librar una letra. Entre ellos, un efecto devuelto no significaba más que una línea más en el «debe» o en el «haber».

Esta fantasiosa cuenta se reducía, pues, en realidad, a los mil francos debidos, al protesto de trece francos y a un tanto por ciento de interés por un mes de retraso, tal vez unos mil dieciocho francos en total.

Si una gran casa de banca tiene todos los días de media una cuenta de resaca relativa a un valor de mil francos, gana diariamente veintiocho francos por la gracia de Dios y de la legislación bancaria, formidable realeza ideada por los judíos del siglo XII, y que en la actualidad domina a tronos y pueblos. Dicho en otras palabras, mil francos proporcionan a esta casa de banca veintiocho francos diarios o diez mil doscientos francos anuales. Triplicad la media de las cuentas de resaca y tendréis unos ingresos de treinta mil francos, fruto de estos capitales ficticios. No hay nada, por tanto, que sea cultivado con más amor que las cuentas de resaca. Si David Séchard hubiera ido a pagar su letra el 3 de mayo o la misma mañana del protesto, los hermanos Cointet le habrían dicho: «¡Su letra se la hemos devuelto a monsieur Métivier!», por más que tuvieran la letra encima de la mesa. La cuenta de resaca queda asentada la misma tarde del protesto. A esto, en el lenguaje bancario de provincias, se le llama «hacer sudar los escudos». Ya sólo los gastos por portes devengan unos veinte mil francos a la casa Keller, que tiene sucursales en todo el mundo; y las cuentas de resaca pagan el palco en Les Italiens, el coche y el vestuario de la señora baronesa de Nucingen. Los gastos por portes son un abuso tanto más espantoso cuanto que los banqueros se ocupan de diez asuntos parecidos en diez líneas de una misma carta. Y, mira por dónde, el fisco tiene su parte en esta prima arrancada a la desgracia, y otra el Tesoro Público, que así se incrementa con las desventuras del comercio. En cuanto a los banqueros, desde lo alto de sus mostradores le lanzan al deudor esta frase llena de razón: «¿Por qué no puede pagar usted?», a la que, por desgracia, nada se puede responder. De este modo la cuenta de resaca es una cuenta llena de ficciones terribles y los deudores que reflexionen sobre esta instructiva página sentirán en lo sucesivo un saludable pavor.

El 4 de mayo, Métivier recibió de los señores Cointet Hermanos la cuenta de resaca con una orden de reclamar judicialmente en París a monsieur Lucien Chardon, llamado De Rubempré.

Unos días más tarde, Ève recibió, en respuesta a la carta que mandara a monsieur de Métivier, las líneas siguientes, que la tranquilizaron por completo.

A MONSIEUR SÉCHARD HIJO, IMPRESOR EN ANGULEMA

Obra en mi poder su apreciada carta del 5 del corriente. Por sus explicaciones referentes a la letra protestada del 30 de abril último, deduzco que quiso usted socorrer a su cuñado, monsieur de Rubempré, quien gasta en exceso para que se le obligue a usted a pagar haciéndole a él un favor; su situación es tan crítica que no podrá seguir así por mucho tiempo. Si su honorable cuñado no pagara, cuento con la lealtad de su antigua casa; y me reitero, como siempre, su seguro servidor,

Métivier

—Bien —dijo Ève a David—, mi hermano se enterará por esta reclamación judicial de que no hemos podido pagar.

¿Qué cambios anunciaba esta frase en Ève? El amor cada vez más grande que le inspiraba el carácter de David a medida que le iba conociendo venía a ocupar el sitio en su corazón del afecto fraterno. Pero ¿a cuántas ilusiones no decía adiós?…

Veamos ahora todo el camino que recorrió la cuenta de resaca en la plaza de París. Un tercer portador, nombre comercial de quien posee un efecto por transmisión, queda libre, en términos legales, de perseguir judicialmente sólo a aquel de los diversos deudores de este efecto que le pueda pagar con mayor prontitud. En virtud de esta facultad, Lucien fue perseguido por el abogado de monsieur Métivier. He aquí cuáles fueron las fases de esta acción judicial, que, por otra parte, era absolutamente inútil. Métivier, tras el cual se escondían los hermanos Cointet, conocía la insolvencia de Lucien; pero siempre, dentro del espíritu de la ley, la insolvencia de hecho no existe en derecho sino sólo después de haber sido comprobada. Por tanto, se comprobó de la siguiente manera la imposibilidad de obtener de Lucien el pago del efecto.

El alguacil de Métivier denunció, el 5 de mayo, la cuenta de resaca y el protesto de Angulema a Lucien, citándole ante el Tribunal de Comercio de París para hacerle oír una multitud de cosas, entre otras, que sería condenado a prisión por deudas como negociante. Cuando Lucien, en medio de su vida de ciervo acosado por la jauría, leyó este galimatías, recibía la notificación de una sentencia dictada contra él en rebeldía por el Tribunal de Comercio. Su amante Coralie, desconocedora de todo el asunto, pensó que Lucien había querido hacerle un préstamo a su cuñado y cuando le entregó toda la documentación era demasiado tarde. Una actriz ve demasiados actores disfrazados de alguaciles en las comedias para creer en el papel timbrado. A Lucien se le saltaron las lágrimas, se compadeció de Séchard, sintió vergüenza por su falsificación y quiso pagar. Naturalmente, consultó a sus amigos qué tenía que hacer para ganar tiempo. Pero cuando Lousteau, Blondet, Bixiou y Nathan hubieron instruido a Lucien sobre el poco caso que un poeta tenía que hacer del Tribunal de Comercio, institución creada para los tenderos, el poeta estaba ya ante la ejecución del embargo. Veía en su puerta ese cartelito amarillo cuyo color se destiñe en las porterías y que tiene la virtud más astringente sobre el crédito, que produce un escalofrío en el corazón de los proveedores más insignificantes y que, sobre todo, hiela la sangre en las venas de los poetas lo bastante sensibles como para encariñarse con esos pedazos de madera, esos jirones de seda, esos montones de lana teñida, o esas bagatelas llamadas mobiliario. Cuando vinieron a llevarse los muebles de Coralie, el autor de Las margaritas se fue a ver a un amigo de Bixiou, Desroches, un abogado que se echó a reír al ver tanto espanto en Lucien por tan poca cosa.

—Pero si eso no es nada, amigo; ¿quiere ganar tiempo?

—El máximo posible.

—Pues bien, opóngase a la ejecución de la sentencia. Vaya a ver a uno de mis amigos, Masson, abogado del Tribunal de Comercio; llévele sus documentos y él presentará un recurso, comparecerá por usted y recusará la competencia del Tribunal de Comercio. Lo cual no presentará la menor dificultad, pues es usted un periodista bastante conocido. Si se le cita ante el Tribunal de lo Civil, venga a verme, porque eso es de mi competencia: ya me encargo yo de mandar a paseo a quienes quieran molestar a la guapa Coralie.

El 28 de mayo, Lucien, citado ante el Tribunal de lo Civil, fue condenado más pronto de lo que creía Desroches, pues había orden terminante de perseguir a Lucien sañudamente. Cuando se llevó a cabo un nuevo embargo, y el cartelito amarillo volvió de nuevo a decorar las pilastras de la puerta de Coralie y quisieron llevarse el mobiliario, Desroches, sintiéndose un poco ridículo por haberse «dejado atenazar» por su colega (tal fue su expresión), se opuso a ello, pretendiendo, con razón, además, que el mobiliario pertenecía a mademoiselle Coralie e interpuso un recurso de urgencia. Ante el recurso, el presidente del tribunal volvió a enviar los autos a la Audiencia, donde la propiedad de los muebles fue adjudicada mediante sentencia a la actriz. Métivier, que apeló esta sentencia, vio su apelación denegada por una resolución del 30 de julio.

El 7 de agosto, Cachan recibió por la diligencia un enorme expediente con el membrete: MÉTIVIER CONTRA SÉCHARD Y LUCIEN CHARDON.

El primer documento era la bonita factura siguiente, cuya exactitud garantizamos:

Letra del 30 de abril último, suscrita por Séchard hijo, a la orden de Lucien de Rubempré (2 de mayo). Cuenta de resaca: 1037 fr. 45 c.

5 de mayo.

Denuncia de la cuenta de resaca y del protesto con citación ante el Tribunal de Comercio de París para el 7 de mayo

7 de mayo. Juicio y condena en rebeldía a prisión por deudas 8,75

10 de mayo. Notificación de la sentencia 35,00

12 de mayo. Mandamiento 8,5

14 de mayo. Diligencia de embargo 5,5

18 de mayo. Diligencia de publicación de anuncios 16,00

19 de mayo.

Publicación en prensa 15,25 4,00

24 de mayo. Diligencia de verificación previa al embargo y que contiene el recurso contra la ejecución de la sentencia por parte de monsieur Lucien de Rubempré 12,00

27 de mayo. Sentencia del tribunal que, con arreglo a derecho, traslada, a causa de la oposición, debidamente reiterada, los autos al Tribunal de lo Civil 35,00

28 de mayo. Asignación a breve plazo por Métivier ante el Tribunal de lo Civil con designación de abogado 6,50

2 de junio.

Sentencia del juicio entre partes que condena a Lucien Chardon a pagar los conceptos de la cuenta de resaca y deja a cargo del demandante los gastos hechos ante el Tribunal de Comercio 150,00 10,00

6 de junio. Notificación de la susodicha 5,50

15 de junio.

Mandamiento

19 de junio. Diligencia de embargo y oposición a este embargo por parte de mademoiselle Coralie, que pretende que el mobiliario le pertenece e interpone recurso de urgencia contra la denegación del embargo. Resolución del presidente, que devuelve los autos a la Audiencia para sustanciar el recurso de urgencia 20,00

19 de junio. Sentencia que adjudica la propiedad de los muebles a la citada mademoiselle Coralie 40,00

20 de junio. Recurso de Métivier 250,00

30 de junio.

Confirmación de la sentencia 17,00 250,00

TOTAL 889,00

Letra del 31 de mayo 1037,45
Denuncia a Lucien 8,75 1046,20

Letra de 30 de junio, cuenta de resaca 1037,45
Denuncia a Lucien 8,75 1046,20

Estos documentos iban acompañados de una carta mediante la cual Métivier daba orden a Cachan, alguacil en Angulema, de actuar legalmente contra David Séchard por todos los medios legales. Victor-Ange-Herménégilde Doublon citó, pues, a David Séchard el 3 de julio ante el Tribunal de Comercio de Angulema para el pago de la suma total de cuatro mil dieciocho francos con ochenta y cinco céntimos, montante de las tres letras más los gastos. El mismo día que Doublon debía llevarle la orden de pago de esta suma, enorme para ella, Ève recibió por la mañana esta fulminante carta escrita por Métivier:

A MONSIEUR SÉCHARD HIJO, IMPRESOR EN ANGULEMA

Su cuñado, monsieur Chardon, es persona de probada mala fe, que ha puesto su mobiliario a nombre de una actriz con la que convive, y usted, señor, habría tenido que avisarme lealmente de dichas circunstancias para evitarme inútiles diligencias, ya que no ha contestado a mi carta del 10 de mayo último. No tenga, pues, a mal que le pida el inmediato reembolso de las tres letras y todos los gastos.

Reciba mis cordiales saludos,

Métivier

Al no haber recibido más noticias, Ève, poco versada en cuestiones de derecho comercial, pensaba que su hermano había remediado su mala acción pagando las letras falsificadas.

—Querido —dijo a su marido—, ve corriendo ante todo a ver a Petit-Claud, explícale nuestra situación y que te aconseje.

—Amigo mío —dijo el pobre impresor al entrar en el despacho de su compañero, adonde precipitadamente había acudido—, cuando viniste a anunciarme que te habías colegiado y a ofrecerme tus servicios, no sabía que iba a necesitarlos tan pronto.

Petit-Claud estudió el bello rostro de pensador que le ofrecía este hombre sentado en un sillón, enfrente de él, sin escuchar el relato detallado de unos asuntos que conocía mejor que quien se los exponía. Al ver entrar a Séchard preocupado, se dijo: «Ya lo tenemos en nuestras manos». Esta escena es interpretada muy a menudo en el despacho de los abogados. «¿Por qué le perseguirán los Cointet?», se preguntaba Petit-Claud. Es típico de los abogados querer escudriñar tanto en el alma de sus clientes como en la de sus adversarios al tener que conocer tan bien el derecho como el revés de la trama jurídica.

—Lo que tú quieres es ganar tiempo —observó al fin Petit-Claud cuando Séchard hubo terminado—. ¿Qué necesitas? ¿Tres o cuatro meses?

—¡Oh! ¡Cuatro meses sería mi salvación! —exclamó David, a quien Petit-Claud le pareció un ángel.

—Pues bien, antes de tres o cuatro meses nadie tocará ni uno de tus muebles ni podrán detenerte… Pero eso te saldrá muy caro —añadió Petit-Claud.

—¿Y eso qué puede importarme?

—¿Esperas algunos ingresos? ¿Estás seguro de poder contar con ellos? —preguntó el abogado, casi sorprendido por la facilidad con que su cliente caía en la trampa.

—Antes de tres meses seré rico —respondió David con la seguridad del inventor.

—Tu padre no está aún criando malvas —repuso Petit-Claud—, no creo que quiera renunciar a cultivar sus viñas.

—¿Es que crees que cuento con la muerte de mi padre?… —replicó David—. Estoy tras la pista de un secreto industrial que me permitirá fabricar sin una pizca de algodón un papel tan sólido como el de Holanda, y a mitad de precio del de algodón actual…

—¡Un descubrimiento que vale una fortuna! —exclamó Petit-Claud, que entonces comprendió claramente el proyecto de Cointet el largo.

—Una gran fortuna, amigo mío, ya que de aquí a diez años será necesario diez veces más papel del que se consume en la actualidad. El periodismo será la locura de nuestro tiempo.

—¿Nadie está al corriente de tu secreto?

—Nadie, salvo mi mujer.

—¿No has hablado de tu proyecto, de tu programa, a alguien más?… ¿A los Cointet, por ejemplo?

—Les hablé de ello, pero vagamente, creo…

Un destello de generosidad cruzó por el alma amargada de Petit-Claud, quien trató de conciliarlo todo, el interés de los Cointet, el suyo y el de Séchard.

—Escucha, David, somos compañeros de colegio, yo te defenderé; ¡pero ten presente que esta defensa contra las leyes te costará de cinco a seis mil francos!… No comprometas tu fortuna. Yo creo que te verás obligado a compartir los beneficios de tu invento con uno de nuestros fabricantes de papel. Si me haces caso, antes de comprar o hacer construir una papelera piénsatelo dos veces… Además, tendrás que patentar tu invento… Todo ello requerirá tiempo y dinero. Los alguaciles podrían caer sobre ti demasiado pronto, a pesar de los rodeos que les obligaremos a dar…

—¡Tengo mi secreto! —dijo David con la ingenuidad del sabio.

—Pues bien, tu secreto será tu tabla de salvación —continuó Petit-Claud echándose atrás de su primera y leal intención de evitar un proceso mediante una transacción—. No quiero saberlo; pero escúchame bien: trata de trabajar en las mismas entrañas de la tierra, que nadie te vea ni pueda sospechar lo que te traes entre manos, porque podrían robarte tu tabla de salvación en tus mismas narices… Bajo un inventor se esconde a menudo un simple. ¡Pensáis demasiado en vuestros secretos para poder estar en todo! ¡Alguien acabará por descubrir el objeto de tus investigaciones, rodeado como estás de fabricantes! ¡Tantos fabricantes, tantos enemigos! Me pareces como el castor en medio de los cazadores, no les entregues tu piel…

—Gracias, amigo querido, es lo que me digo yo también —exclamó Séchard—. ¡Pero te estoy agradecido por tu gran prudencia y solicitud!… No es por mí por quien hago todo esto. A mí me bastarían mil doscientos francos de renta, y algún día mi padre tiene que dejarme al menos tres veces más… ¡Yo vivo de amor y de mi pensamiento…, una vida celestial…! Se trata de Lucien y de mi mujer, es por ellos por quienes trabajo…

—Pues, vamos, fírmame este poder, y no te preocupes más que de tu descubrimiento. El día que tengas que esconderte para que no vayas a prisión por deudas, te avisaré la víspera, pues hay que tenerlo todo previsto. Y deja que te diga que no dejes entrar en tu casa a nadie de quien no estés seguro como de ti mismo.

—Cérizet no ha querido renovar el arriendo de la explotación de mi imprenta, y de ahí nos han venido los pequeños problemas económicos. En mi casa no quedan más que Marion, Kolb, un alsaciano que es como un perro fiel, mi mujer y mi suegra…

—Escucha —dijo Petit-Claud—, desconfía del perro fiel…

—No le conoces —exclamó David—. Kolb es como si fuera yo.

—¿Me dejas ponerle a prueba?…

—Sí —dijo Séchard.

—Entonces, adiós; pero mándame a la guapa madame Séchard. Me es indispensable un poder de tu mujer. Y recuerda, amigo mío, que la cosa está que arde en tus negocios —dijo Petit-Claud a su compañero previniéndole así de todos los problemas judiciales que lloverían sobre él.

«Aquí me tienes poniendo una vela a Dios y otra al diablo», se dijo Petit-Claud tras haber acompañado a su amigo David Séchard hasta la puerta de su despacho.

No obstante las preocupaciones que le causaban la falta de dinero y la pena de ver a su mujer postrada por la infamia de Lucien, David seguía buscando la solución de su problema; ahora bien, tanto a la ida como a la vuelta de su visita a Petit-Claud, iba mascando distraídamente un tallo de ortiga de las que ponía a macerar en agua para obtener las fibras que empleaba en la preparación de la pasta. Quería sustituir por procedimientos equivalentes las diversas operaciones que se logran mediante la maceración, el tejido y el uso de todo cuanto se emplea para conseguir hilo, ropa blanca o trapos. Cuando iba ya por la calle, bastante satisfecho de la entrevista con su amigo Petit-Claud, se encontró con una bola de pasta entre los dientes: se la puso en la mano, la extendió y vio que era superior a todas las composiciones que había logrado hasta aquel momento, ya que el principal inconveniente de las pastas que se obtienen de los vegetales es su falta de flexibilidad. De la paja, por ejemplo, se obtiene un papel quebradizo, casi metálico y crujiente. ¡Estos azares afortunados sólo les ocurren a los audaces investigadores de las causas naturales!

«Sustituiré —se decía— mediante un procedimiento mecánico y una sustancia química la operación que acabo de realizar maquinalmente.» Y se presentó ante su mujer radiante de alegría por su fe en el éxito.

—¡Oh, ángel mío! —dijo David al ver a su mujer con señales de haber llorado—. No te preocupes, Petit-Claud nos garantiza unos meses de tranquilidad. Me costará un dinero, pero como me ha dicho antes de despedirse de mí: «Todos los franceses tienen el derecho de hacer esperar a sus acreedores, con tal de que les acaben pagando su capital, intereses y gastos…». Pues bien, nosotros pagaremos…

—¿Y mientras tanto de qué viviremos? —preguntó la pobre Ève, que pensaba en todo.

—¡Ah!, es cierto —respondió David llevándose una mano a la oreja con un gesto inexplicable y familiar en casi todas las personas preocupadas.

—Mi madre cuidará de nuestro pequeño Lucien y yo puedo volver a ponerme a trabajar —dijo Ève.

—¡Ève! ¡Oh, mi querida Ève! —exclamó David abrazando a su mujer y estrechándola contra su corazón—. ¡Ève!, en Saintes, a dos pasos de aquí, en el siglo dieciséis, uno de los hombres más grandes de Francia, porque no sólo fue el inventor de los esmaltes, sino también el glorioso precursor de Buffon, de Cuvier, descubrió la geología antes que ellos; este ingenuo buen hombre, Bernard de Palissy, estaba devorado por la pasión de los buscadores de secretos, pero tenía en contra a su mujer, a sus hijos y al barrio entero. Su mujer vendía sus herramientas… Él vagaba por los campos, incomprendido…, perseguido y hasta señalado muchas veces con el dedo… Mientras que a mí se me quiere…

—Y mucho —respondió Ève con la plácida expresión del amor seguro de sí mismo.

—Entonces, puedo soportar todo lo que soportó ese pobre Bernard de Palissy, el autor de las cerámicas de Écouen, a quien Carlos IX salvó de la noche de San Bartolomé y que ya viejo, rico y honrado impartió sus lecciones en toda Europa sobre su «ciencia de las tierras», como él la llamaba.

—¡Mientras tenga fuerza en los dedos para sostener una plancha, no te faltará nada! —exclamó la pobre mujer con el acento de la mayor abnegación—. Cuando era primera oficiala de madame Prieur, tenía como amiga a una muchachita muy sensata, la prima de Postel, Basine Clerget; pues bien, Basine vino hace poco a traerme mi ropa blanca y me dijo que ocupaba el puesto de madame Prieur; iré, pues, a trabajar a su casa…

—¡Ah!, no habrás de trabajar allí por mucho tiempo —repuso Séchard —. He encontrado…

Por primera vez, Ève acogió con una sonrisa velada de tristeza la sublime confianza en el éxito que sostiene a los inventores y les da el valor de seguir adelante en la selva virgen del país de los descubrimientos, y David bajó la cabeza con una expresión fúnebre.

—¡Oh, querido!, no me burlo, no me río, no dudo —exclamó la bella Ève arrodillándose ante su marido—. Pero veo cuánta razón tenías de guardar el más profundo silencio acerca de tus ensayos y esperanzas. ¡Sí, amor mío, los inventores tienen que esconder el esforzado parto de su gloria a todo el mundo, incluso a sus mujeres!… Una mujer siempre es una mujer. Tu Ève no ha podido evitar una sonrisa al oírte decir «¡He encontrado!» por decimoséptima vez en un mes.

David se echó a reír de sí mismo con tanta franqueza que Ève cogió su mano y se la besó con religioso respeto. Fue un momento delicioso, una de esas rosas de amor y de ternura que florecen al borde de los caminos más áridos de la miseria y algunas veces en el fondo de los precipicios.

Ève redobló su valor al ver que la desgracia redoblaba su furia. La grandeza de su marido, su candor de inventor, las lágrimas que algunas veces sorprendió en los ojos de aquel hombre de corazón y poesía, todo ello desarrolló en su interior una fuerza insospechada. Una vez más recurrió al medio que tan buen resultado le había dado en otras ocasiones. Escribió a monsieur Métivier para que anunciara la venta de la imprenta, ofreciéndole pagarle con el precio que se sacara de ella y rogándole que no arruinase a David con gastos inútiles. Ante aquella sublime carta, Métivier se hizo el sordo, y su primer dependiente contestó que, en ausencia de monsieur Métivier, le era imposible asumir la responsabilidad de parar la demanda, porque no era lo que acostumbraba a hacer su amo en cuestión de negocios. Ève propuso renovar las letras haciéndose cargo de todos los gastos, y el dependiente aceptó, siempre y cuando las avalara el padre de David Séchard. Ève se fue entonces a pie hasta Marsac acompañada por su madre y Kolb. Hizo frente al viejo viñador, estuvo encantadora, consiguió arrancar una sonrisa a aquella vieja careta; pero cuando con el corazón que le temblaba mencionó el aval, vio un cambio completo y repentino en aquel rostro de borrachín.

—Si dejase a mi hijo taparme la boca y meter mano en mi caja de caudales, la metería hasta el fondo y la dejaría completamente vacía —exclamó—. Todos los hijos vacían la bolsa paterna. ¿Y cómo la hice yo? No les costé ni un céntimo a mis padres. Vuestra imprenta está sin trabajo. Sólo las ratas y los ratones hacen alguna impresión allí… Usted es bonita… y yo la quiero; es una mujer trabajadora y esmerada, pero mi hijo… ¿Sabe lo que es David?… Bien, un sabio holgazán. Si le hubiera criado como me criaron a mí, sin instrucción alguna, y hubiera hecho de él un oso como su padre, hoy viviría de renta… ¡Oh, ese chico es mi cruz, ya lo ve! ¡Y, para mi desgracia, es mi único bien, porque no imprimiré otro ejemplar! Y, por si fuera poco, la hace desgraciada a usted. —Ève protestó con un gesto de rotunda negación—. Sí —continuó respondiendo a este gesto—, se ha visto obligada a tomar una nodriza, y se ha quedado sin leche de la pena. Vamos, estoy enterado de todo, han terminado en los tribunales y siendo la comidilla de toda la ciudad. Yo no era más que un simple oso, sin estudios, no fui regente en casa de los Didot, la gloria de la tipografía, pero ¡no recibí nunca papel timbrado alguno! ¿Sabe qué es lo que me digo cuando voy a mis viñas, cuidándolas y recogiendo la uva, y haciendo mis pequeños negocios?… Me digo: «Pobre viejo, te matas a trabajar demasiado, amasas escudo tras escudo, dejarás una sustanciosa fortuna, y todo será para los alguaciles, los abogados o para las quimeras…, las ideas…». Oiga, hija mía, es usted madre de ese chiquillo que me pareció que tenía la narizota de su abuelo cuando lo tuve en la pila con madame Chardon, ¡pues bien!, piense menos en Séchard que en ese mocosillo… Sólo en usted tengo confianza… Podría impedir que mis bienes…, mis pobres bienes… acabaran siendo dilapidados.

—Pero, querido papá Séchard, su hijo será su timbre de gloria y llegará el día en que le verá rico por sí mismo gracias a sus esfuerzos y con la Legión de Honor en el ojal…

—¿Qué piensa hacer para conseguirlo? —preguntó el viñador.

—Ya lo verá… Pero, por el momento, ¿qué le supondrían a usted mil escudos?… Con mil escudos usted conseguiría parar las diligencias judiciales… Si no confía en él, préstemelos a mí, se los devolveré, puede hipotecarlos sobre mi dote, sobre mi trabajo…

—¿Qué?, ¿a David Séchard lo persiguen los acreedores? —exclamó el labrador sorprendido al enterarse de que lo que creía una calumnia era cierto—. A esto es a lo que lleva saber hacer la propia firma… ¡Y mis alquileres!… ¡Oh!, hija mía, es preciso que vaya a Angulema para enterarme y consultar a Cachan, mi abogado… Has hecho muy bien en venir… ¡Hombre prevenido vale por dos!

Al cabo de un tira y afloja de dos horas, Ève se vio obligada a irse, derrotada por este invencible argumento: «Las mujeres no entienden nada de negocios». Tras venir con una vaga esperanza de tener éxito, Ève hizo el camino de vuelta de Marsac a Angulema casi destrozada. Al llegar, se encontró precisamente con la notificación de la sentencia que condenaba a

Séchard a pagárselo todo a Métivier. En provincias, la presencia de un alguacil a la puerta de una casa es todo un acontecimiento; pero Doublon iba demasiado a menudo de un tiempo a esta parte como para que ello no provocara los comentarios de la vecindad. Por ello, Ève no se atrevía ya a salir de su casa y temía oír murmurar a su paso.

—¡Oh, hermano mío, hermano mío! —exclamó la pobre Ève precipitándose al zaguán y subiendo las escaleras—. Sólo podría perdonarte si se tratara de una cuestión…

—¡Ay! —le dijo Séchard saliendo a su encuentro—, se trataba de evitar su suicidio.

—No se hable nunca más de ello —dijo ella dulcemente—. La mujer que le arrastró a ese abismo de París es una criminal, y tu padre, David querido, un ser despiadado… Soportémoslo todo calladamente.

Estaba David a punto de responderle con palabras llenas de ternura cuando un golpe discreto dado en la puerta le hizo interrumpirse, y se presentó Marion, llevando tras ella por la habitación al grueso y hercúleo Kolb.

—Señora —dijo—, Kolb y yo nos hemos enterado de que los señores pasan por unos momentos de angustia, y como entre los dos tenemos mil cien francos ahorrados, hemos pensado que no pueden estar en mejor sitio que en manos de la señora.

—Te la señora —repitió Kolb con entusiasmo.

—Kolb —exclamó David Séchard—, no nos separaremos nunca; lleva mil francos a cuenta al bufete de Cachan, el abogado, pero exígele un recibo, el resto lo guardaremos. Pero cuidado, Kolb, que ningún poder humano te arranque ni una palabra sobre lo que hago, sobre mis horas de ausencia, sobre lo que me puedas ver traer; y cuando te mande a buscar hierbas, recuerda que ningún ojo humano debe verte… Tratarán, mi buen Kolb, de seducirte, tal vez te ofrezcan miles, decenas de miles de francos para hacerte hablar…

—Ya bueten ofrecerme millones, gue yo no tiré una balabra. ¿Agaso no gonozgo bien la gonsigna militar?

—Estás avisado. Andando, pues, y ve a rogarle a monsieur Petit-Claud que asista a la entrega de estos fondos a monsieur Cachan.

—Sí —dijo el alsaciano—, esbero ser dotavía más rigo bara tarle su meregito a ese chutío. No me gusta su gara.

—Es un buen hombre, señora —dijo la gorda Marion—, es fuerte como un toro y manso como un corderillo. Haría feliz a cualquier mujer. Y fue a él a quien se le ocurrió la idea de darles nuestros ahorros, que él llama ajorros. ¡Pobre hombre! Aunque habla mal, piensa bien, y yo le entiendo igual. Está pensando en irse a trabajar con otros para así no ser una carga…

—Quisiera ser rico sólo para poder recompensar a estas personas tan honradas —dijo Séchard mirando a su mujer.

A Ève le parecía aquello de lo más natural y no se sorprendía de encontrar almas a la altura de la suya. Mirándola, hasta los seres más estúpidos o indiferentes habrían comprendido de inmediato su nobleza de carácter.

—Será rico, señor, tiene el pan asegurado —exclamó Marion—; su padre acaba de comprar una finca y tendrá usted rentas…

Dadas las circunstancias, estas palabras pronunciadas por Marion para disminuir en cierto modo el mérito de su acción, ¿no revelaban una delicadeza exquisita?

Como todas las cosas humanas, también el procedimiento francés tiene sus defectos; sin embargo, al igual que un arma de dos filos, puede servir tanto para la defensa como para el ataque. Por otra parte, lo que tiene de bueno es que si dos abogados se entienden (y para esto no tienen siquiera necesidad de intercambiar ni dos palabras, ¡porque por el modo como discurre el proceso se entienden al vuelo!), un proceso se parece entonces a la guerra tal como la hacía el primer mariscal de Biron, a quien su hijo proponía en el cerco de Ruán un medio para tomar la ciudad en dos días. «Tienes mucha prisa —le replicó— por ir a plantar nuestras coles.» Dos generales pueden hacer que la guerra se eternice sin llegar a nada decisivo y preservar a sus tropas, siguiendo la táctica de los generales austríacos, a quienes el Consejo Áulico no hace nunca ningún reproche por no haber realizado una maniobra, para dar tiempo así a sus soldados a tomarse el rancho. Cachan, Petit-Claud y Doublon se comportaron mejor aún que los generales austríacos, ¡tomaron como modelo a un austríaco de la Antigüedad, Fabio Máximo Cunctator!

Petit-Claud, astuto como una zorra, no tardó en darse cuenta de todas las ventajas de su posición. Desde el momento en que el pago de los gastos estaba garantizado por Cointet el largo, decidió aliarse con toda su astucia con Cachan, y hacer brillar su genio a los ojos del papelero, creando incidentes cuyo coste repercutiera en Métivier. Pero, por desgracia para la gloria de aquel joven Fígaro de los golillas, el historiador debe recorrer el terreno de sus hazañas como si caminara sobre unas brasas al rojo vivo. Una simple relación de gastos como la hecha en París basta, sin duda, para la historia de las costumbres contemporáneas. Imitemos, pues, el estilo de los boletines de la Grande Armée, porque, para la mejor comprensión del relato, cuanto más rápida sea la enumeración de los hechos y hazañas de Petit-Claud, mejor resultará esta página exclusivamente jurídica.

Citado, el 3 de julio, ante el Tribunal de Comercio de Angulema, David no compareció; la sentencia le fue notificada el 8. El 10, Doublon solicitó un mandamiento e intentó el 12 un embargo, al que se opuso Petit-Claud, emplazando de nuevo a Métivier para dentro de quince días. Por su parte, a Métivier este plazo le pareció demasiado largo y le emplazó de nuevo con carácter de urgencia para el día siguiente, logrando el 19 una sentencia que desestimó la oposición de Séchard. Esta sentencia, que fue firme el 21, autorizó un mandamiento el 22, una notificación de prisión por deudas el 23 y un mandamiento de embargo el 24. Petit-Claud se opuso al embargo presentando una apelación ante el Tribunal Real. Esta apelación, confirmada el 15 de julio, obligó a Métivier a personarse en Poitiers. «Bien —se dijo Petit-Claud—, ahora nos quedaremos allí por un tiempo.» Una vez desviada la tormenta sobre Poitiers a un abogado del Tribunal Real a quien Petit-Claud dio instrucciones, este defensor de dos caras mandó emplazar a David Séchard con carácter de urgencia y en nombre de madame Séchard para la separación de bienes. En expresión judicial, «cursó diligencias» para obtener la sentencia de separación el 28 de julio y la publicó en el Courrier de la Charente, la notificó debidamente, y el 1 de agosto se procedía, ante notario, a una liquidación de bienes de madame Séchard que la constituía acreedora de su marido por la modesta suma de diez mil francos, que el enamorado David le había reconocido como dote en las capitulaciones matrimoniales, y para cuyo pago le cedía el mobiliario de su imprenta y del domicilio conyugal. Mientras Petit-Claud ponía así a salvo los bienes del matrimonio, en Poitiers hacía triunfar la pretensión en la que había basado su recurso de apelación. A su entender, no debía cargarse a David los gastos hechos en París contra Lucien de Rubempré, toda vez que el Tribunal de lo Civil del Sena los había cargado, según su sentencia, a Métivier. Esta tesis, adoptada por el tribunal, fue ratificada por una sentencia que confirmó las condenas dictadas por el Tribunal de Comercio de Angulema contra Séchard hijo, detrayendo una suma de seiscientos francos de los gastos de París que correrían a cargo de Métivier, y compensaba algunos gastos entre las partes teniendo en cuenta el incidente que había motivado la apelación de Séchard. Esta sentencia, notificada el 17 de agosto a Séchard hijo, se tradujo el 18 en un mandamiento de pago del capital, de los intereses y de los gastos originados, seguido de un mandamiento de embargo el día 20. Pero entonces intervino Petit-Claud en nombre de madame Séchard y reivindicó el mobiliario como perteneciente a la esposa, debidamente separada. Además, Petit-Claud hizo comparecer a Séchard padre, en calidad de cliente suyo. He aquí el porqué.

Al día siguiente de la visita que le había hecho su nuera, el viñador fue a ver a su abogado de Angulema, Cachan, a quien consultó sobre la manera en que podría recuperar y asegurarse sus alquileres, comprometidos en la batalla legal en que estaba metido su hijo.

—No puedo ocuparme del padre mientras actúo contra el hijo —le dijo Cachan—, pero vaya a ver a Petit-Claud; es muy hábil, y tal vez le preste mejores servicios de lo que podría hacer yo…

En la Audiencia, Cachan le dijo a Petit-Claud:

—Te he mandado a Séchard padre, ocúpate tú, y quedo a la recíproca.

Los abogados se hacen esta clase de favores tanto en provincias como en París.

Al día siguiente de que Séchard padre hubo dado su confianza a Petit-Claud, Cointet el largo fue a ver a su cómplice y le dijo:

—¡Trate de dar una lección a Séchard padre! Es un hombre capaz de no perdonarle nunca a su hijo que le cueste mil francos, y este desembolso hará que se le quiten las ganas de ser generoso, si es que alguna vez las ha tenido.

—Vuelva a sus viñas —le dijo Petit-Claud a su nuevo cliente—; su hijo no pasa por un buen momento, no sea una carga para él estando en su casa. Ya le llamaré cuando sea el momento.

Así pues, en nombre de Séchard, Petit-Claud sostuvo que las prensas, fijadas al suelo como estaban, debían ser consideradas bienes inmuebles, tanto más cuanto que la casa había sido destinada a imprenta desde el reinado de Luis XIV. Cachan, indignado por cuenta de Métivier, quien, después de haberse encontrado en París con que los muebles de Lucien pertenecían a Coralie, se encontraba ahora en Angulema con que los muebles de David pertenecían a la mujer y al padre (se dijeron en la

Audiencia cosas graciosas al respecto), emplazó al padre y al hijo para desbaratar tales pretensiones. «Queremos desenmascarar —exclamó— los fraudes de esos hombres que se escudan en las formidables defensas de la mala fe y usan los artículos más inocentes y claros del código como si fuesen caballos de Frisia para defenderse, ¿y de qué?…, ¡de la obligación de pagar tres mil francos!, ¿tomados de dónde?…, de la caja del pobre Métivier. ¡Y encima se atreven a acusar a los banqueros de descuento!… Pero ¿en qué tiempos vivimos? A este paso me pregunto si dentro de poco no andará todo el mundo detrás del dinero de su vecino… ¡No pueden aprobar una pretensión que introduciría la inmoralidad en el corazón mismo de la justicia!…» El tribunal de Angulema, impresionado por el enérgico alegato de Cachan, dictó una sentencia en presencia de todas las partes, atribuyendo la propiedad de los bienes muebles nada más que a madame Séchard y rechazando las pretensiones de Séchard padre de paso que le condenaba a pagar cuatrocientos treinta y cuatro francos con sesenta y cinco céntimos de costas.

—Bueno es ese Séchard padre —se dijeron entre risas los abogados—. Ha querido sacar tajada… ¡Así que pague!

El 26 de agosto fue notificada la sentencia que establecía para el 28 de agosto el embargo de las prensas y el resto de los enseres de la imprenta. ¡Se pegaron unos carteles!… Se consiguió, por medio de una demanda, una sentencia que autorizaba la venta in situ de los bienes embargados. El anuncio de la venta se publicó en la prensa y Doublon se jactó de poder proceder al reconocimiento y a la venta el 2 de septiembre. En aquel momento, David Séchard debía a Métivier, según sentencia y por ejecución firme, una suma que ascendía a cinco mil doscientos setenta y cinco francos y veinticinco céntimos, sin contar los intereses. A Petit-Claud le debía mil doscientos francos, aparte de los honorarios, cuya cantidad se había dejado a su generosidad, como hacen los cocheros que os han llevado expeditamente. Madame Séchard debía a Petit-Claud unos trescientos cincuenta francos y los honorarios. Séchard padre debía sus cuatrocientos treinta y cuatro francos y sesenta y cinco céntimos, y Petit-Claud le pedía cien escudos de honorarios. El total, por tanto, debía rondar los diez mil francos. Pero, aparte del interés que puedan tener estos documentos para las naciones extranjeras que podrán observar las maniobras de la artillería judicial, es necesario que también en Francia el legislador, admitiendo que tenga tiempo de leer, vea hasta dónde puede llegar el abuso de las leyes procesales. ¿No debería introducirse una pequeña ley que, en ciertos casos, prohibiera a los abogados superar en costas la suma que es objeto del proceso? ¿No es algo ridículo someter la propiedad de una centiárea a las formalidades que rigen una tierra de un millón de metros cuadrados? Con esta sucinta exposición de todas las fases por las que pasa el debate, se comprenderá el significado de estas palabras, ¡la forma, la justicia, las costas!, que desconocen la inmensa mayoría de los franceses. He aquí lo que en la jerga judicial se denomina calentar los asuntos de una persona. Los tipos de la imprenta, que pesaban cinco mil libras, valían, a precio de fundición, dos mil francos. Las tres prensas, seiscientos francos. El resto del material habría que venderlo como madera y hierro viejo. Del mobiliario doméstico se habría sacado, a lo sumo, mil francos. Así pues, de los valores pertenecientes a Séchard hijo y que representaban una suma de aproximadamente cuatro mil francos, Cachan y Petit-Claud habían hecho un pretexto para ganar siete mil francos de costas sin contar las futuras, porque la flor prometía muy buenos frutos, tal como vamos a ver. Ciertamente, los picapleitos de Francia y de Navarra, incluso los de Normandía, concederán toda su estima y admiración a Petit-Claud, pero las personas de buen corazón, ¿no concederán una lágrima de simpatía a Kolb y a Marion?

Mientras tenía lugar esta guerra, Kolb, sentado a la puerta de la calle, en una silla, cuando David no tenía necesidad de él, hacía las veces de perro guardián. Recibía las actas judiciales, siempre revisadas, además, por un pasante de Petit-Claud. Cuando los carteles anunciaban la venta del material de la imprenta, Kolb los arrancaba apenas el empleado los había pegado a la pared, y corría por toda la ciudad para quitarlos gritando:

—¡Los muy tesalmatos!… ¡Mira que temantar así a un hombre tan güeno! ¡Y llaman a esdo chustigia!

Marion se ganaba durante la mañana una moneda de diez sueldos haciendo girar una máquina en una papelera, y la empleaba en los gastos diarios de la casa. Madame Chardon había reanudado, sin quejarse, las fatigosas tareas de su oficio de cuidar enfermos y traía su salario a su hija al final de cada semana. Había hecho ya dos novenas y se extrañaba de que

Dios se mostrara sordo a sus plegarias y ciego a la luz de los cirios que le encendía.

El 2 de septiembre, Ève recibió la única carta que Lucien escribió después de aquélla en la que informaba a su cuñado de que había librado las tres letras y que David había ocultado a su mujer.

«Esta es la tercera carta que he recibido de él desde que se fue», se dijo la pobre hermana, que dudaba de si abrir o no el sobre fatal. En aquellos momentos estaba alimentando a su bebé con biberón, porque se había visto obligada a despedir a la nodriza para así ahorrar gastos. Júzguese en qué estado le puso la lectura de la siguiente carta tanto a ella como a David, a quien Ève hizo levantarse. Después de haber pasado toda la noche fabricando papel, el inventor se había acostado hacia el amanecer.

París, 29 de agosto

Mi querida hermana:

Hace dos días, a las cinco de la mañana, expiró su último suspiro una de las más bellas criaturas de Dios, la única mujer que podía quererme como me quieres tú, como me quieren David y mi madre, uniendo a esos sentimientos desinteresados el que una madre y una hermana no pueden ofrecer: ¡todas las felicidades del amor! ¡Después de habérmelo sacrificado todo, tal vez la pobre Coralie ha muerto por mí! Por mí, que en estos momentos no tengo ni para darle sepultura… En vida, era la única que podría haberme consolado. Ahora sois vosotros, mis queridos ángeles, los únicos que podéis consolarme de su muerte. Dios habrá perdonado a esta inocente muchacha, pues ha muerto cristianamente. ¡Oh, París…, querida Ève, París reúne toda la gloria y toda la infamia de Francia, he perdido aquí ya muchas de mis ilusiones y voy a perder muchas más al mendigar el poco dinero que necesito para dar sepultura al cuerpo de un ángel!

Tu desventurado hermano,

Lucien

P. S.: Debo haberte causado muchos disgustos por mi ligereza; un día lo sabrás todo y me perdonarás. Por otra parte, puedes estar tranquila; al vernos tan angustiados, a Coralie y a mí, un buen hombre de negocios, a quien he causado crueles pesares, monsieur Camusot, se ha encargado, según ha dicho, de solucionar este asunto.

—¡La carta está húmeda todavía de sus lágrimas! —dijo Ève a David mirándole con tanta lástima que en sus ojos relucía algo de su antiguo cariño por Lucien.

—Pobre chico, mucho ha tenido que sufrir si era tan querido como dice —exclamó el afortunado esposo de Ève.

Marido y mujer olvidaron todos sus pesares ante el grito de este supremo dolor. Justo en aquel momento entró precipitadamente Marion diciendo:

—Señora, ¡aquí están, aquí están!…

—¿Quiénes?

—Doublon y sus hombres, el mismísimo diablo; Kolb se está peleando con ellos, van a venderlo todo.

—¡No, no, no se va a vender nada, estén tranquilos! —exclamó Petit-Claud, cuya voz sonó en la habitación que precedía al dormitorio—. Acabo de presentar una apelación, no podemos aceptar una sentencia que nos acusa de mala fe. No he considerado oportuno defenderme aquí. Para ganar tiempo, he dejado perorar a Cachan, estoy seguro de que en Poitiers ganaré una vez más…

—Pero ¿cuánto costará este triunfo? —preguntó madame Séchard.

—Mis honorarios, si ganan, y mil francos si perdemos.

—¡Dios mío! —exclamó la pobre Ève—, pero ¿no es peor el remedio que la enfermedad?

Al oír aquel grito de la inocencia iluminada por el fuego judicial, Petit-Claud quedó completamente desconcertado, a tal punto le pareció bella Ève. Séchard padre, avisado por Petit-Claud, llegó mientras tanto. La presencia del anciano en el dormitorio de sus hijos, donde su nieto le sonreía a la desgracia, completó la escena.

—Papá Séchard —dijo el joven abogado—, me debe setecientos francos por la intervención que me pidió, pero los repercutirá sobre su hijo, añadiéndolos al total de los alquileres que se le deben.

Al viejo viñador no se le pasó por alto la punzante ironía que Petit-Claud puso en su tono y actitud al dirigirle aquella frase.

—¡Menos le habría costado avalar a su hijo! —dijo Ève apartándose de la cuna para acercarse a abrazar al viejo.

Abrumado por el gentío que se había reunido en torno a su casa, donde la lucha de Kolb y los hombres de Doublon había atraído a la gente, David tendió la mano a su padre sin decirle buenos días.

—¿Y cómo es posible que le deba setecientos francos? —preguntó el viejo a Petit-Claud.

—Porque, en primer lugar, he pleiteado por usted. Y dado que se trata de sus alquileres, usted es solidario con su deudor por lo que a mí respecta. Si su hijo no me paga las costas, será usted quien me las tendrá que pagar… Pero esto no es aún nada; dentro de unas horas, querrán meter a David en la cárcel. ¿Dejará que le encarcelen?

—¿Cuánto debe?

—Pues unos cinco o seis mil francos, sin contar lo que le debe a usted y lo que debe a su mujer.

El viejo, que se había vuelto absolutamente desconfiado, miró el cuadro conmovedor que se ofrecía a su vista en aquella habitación azul y blanca: una bonita mujer llorando a moco tendido junto a una cuna, David doblegado al fin bajo el peso de sus preocupaciones, el abogado, que tal vez le había atraído hasta allí para tenderle una trampa; el oso creyó entonces que querían aprovecharse de sus sentimientos paternos y temió que le enredasen. Se acercó a mirar y acariciar al niño, que le tendió sus manitas. En medio de tantas preocupaciones, aquel niño, cuidado como el de un par de Inglaterra, estaba tocado con un gorrito bordado y forrado de color rosa.

—¡Bah! Que David se las apañe como pueda, yo no pienso más que en este niño —exclamó el abuelo—, y su madre estará de acuerdo conmigo. David, que tan sabio es, debe de saber cómo pagar sus deudas.

—Le voy a traducir en buen francés sus sentimientos —dijo el abogado con tono guasón—. Mire, papá Séchard, está usted celoso de su hijo. ¿Quiere oír la verdad? Ha puesto usted a David en la situación en que se encuentra al venderle su imprenta por el triple de su valor y le ha arruinado al obligarle a pagarle ese precio de usurero. No, no menee la cabeza; el periódico vendido a los Cointet, y cuyo precio usted se embolsó por entero, era lo único de valor de su imprenta… Y detesta usted a su hijo no sólo porque le ha despojado de todo, sino también porque ha hecho de él un hombre superior a usted. Finge que siente un gran cariño por su nieto para enmascarar la bancarrota sentimental que declara a su hijo y a su nuera, que le costarían dinero hic et nunc, mientras que su nieto sólo necesita de su cariño in extremis. Se muestra afectuoso con el pequeño sólo para aparentar que quiere a alguien de su familia y no ser tachado de insensible. Esto es lo que hay en el fondo de usted, papá Séchard…

—¿Para oír tales cosas me ha hecho venir? —dijo el viejo en tono amenazador mirando alternativamente a su hijo, a su nuera y a su abogado.

—Pero, señor —exclamó la pobre Ève dirigiéndose a Petit-Claud—, ¿es que quiere usted nuestra ruina? Nunca mi marido se ha quejado de su padre… —El viñador miró a su nuera con aire desconfiado—. Me ha dicho cien veces que usted le quería a su manera —dijo al viejo dándose cuenta de su desconfianza.

Siguiendo instrucciones de Cointet el largo, Petit-Claud acababa de enemistar a padre e hijo con objeto de que el padre no salvara a David de la apurada situación en que se encontraba.

—El día en que David acabe en la cárcel —había dicho la víspera Cointet el largo a Petit-Claud—, será usted presentado en casa de madame de Sénonches.

Gracias a ese sexto sentido que da el afecto, madame Séchard había adivinado el deseo de sembrar cizaña, así como se había percatado ya de la traición de Cérizet. Todos podrán imaginar la sorpresa de David, que no podía comprender que Petit-Claud conociera tan bien a su padre y sus asuntos. El leal impresor ignoraba absolutamente todo de las relaciones entre su defensor y los Cointet y, además, desconocía que los Cointet estuvieran detrás de Métivier. El silencio de David era una ofensa para el viejo viñador, y por tanto, el abogado aprovechó la sorpresa de su cliente para ahuecar el ala.

—Adiós, mi querido David, ya está avisado, la prisión por deudas no puede ser recurrida con una apelación, es la única vía que les queda a sus acreedores, y van a tomarla. Así que ¡póngase a salvo!… O mejor dicho, si quiere hacerme caso, vaya a ver a los hermanos Cointet, que tienen capital, y si ha descubierto lo que buscaba, si es tan importante como dice, asóciese con ellos, pues, después de todo, no son mala gente.

—¿Qué secreto es ése? —preguntó papá Séchard.

—¿Se cree que su hijo es tan tonto como para haber abandonado su imprenta sin una razón? —exclamó el abogado—. Me ha dicho que está buscando la manera de fabricar por tres francos la resma un papel que hoy vale diez…

—¡Otra manera astuta de querer enredarme! —exclamó papá Séchard —. Aquí estáis todos conchabados como los ladrones en una feria. Si David ha hecho ese descubrimiento no me necesita para nada, ¡es ya millonario! Adiós, amigos míos, buenas tardes.

Y el viejo comenzó a bajar las escaleras.

—Piense en esconderse —le dijo Petit-Claud a David mientras corría tras el viejo Séchard para exasperarle aún más.

El abogado encontró al viñador refunfuñando en la place du Mûrier, le acompañó hasta el Houmeau y le dejó amenazándole con recurrir a los tribunales si no le pagaba las costas en el término de una semana.

—¡Le pagaré si me encuentra la manera de poder desheredar a mi hijo sin perjudicar a mi nieto y a mi nuera!… —dijo el viejo Séchard dejando bruscamente a Petit-Claud.

«¡Qué bien sabe lo que se hace Cointet el largo!… Ya me lo decía: estos setecientos francos que tiene que soltar impedirán al padre pagar los siete mil de su hijo —pensaba el abogado mientras regresaba a Angulema—. Sin embargo, no hay que dejarse enredar por ese viejo papelero embaucador; ya es hora de pedir algo más que palabras.»

—Y bien, David, querido mío, ¿qué piensas hacer?… —preguntó Ève a su marido cuando Séchard padre se hubo ido con el abogado.

—Pon al fuego la cacerola más grande que tengas, muchacha —exclamó David dirigiéndose a Marion—. ¡Ya he dado con ello!

Al oír estas palabras Ève cogió su sombrero, su chal y se puso los zapatos con una febril rapidez.

—Vístase, amigo mío —le dijo a Kolb—; ha de acompañarme, pues quiero ver si hay un medio de salir de este infierno…

—Señor —exclamó Marion cuando se hubo ido Ève—, sea razonable, o la señora se morirá de pena. Gane dinero para pagar lo que debe, y después busque sus tesoros a sus anchas…

—Calla, Marion —repuso David—; venceré la última dificultad. Tendré una patente de invención junto con una patente de perfeccionamiento.

La plaga de los inventores en Francia es la patente de perfeccionamiento. Un hombre dedica diez años de su vida a descubrir un secreto industrial, una máquina, un descubrimiento cualquiera; saca la patente y se cree dueño de su invento; pero si no lo ha previsto todo, después de él viene un competidor que lo perfecciona con un simple tornillo y se lo quita de las manos. Para fabricar papel a bajo precio no bastaba con inventar una pasta barata. Otros podían perfeccionar el procedimiento. David Séchard quería preverlo todo a fin de no dejarse arrebatar una fortuna perseguida en medio de tantas contrariedades. El papel de Holanda (nombre que ha quedado para el papel fabricado enteramente con trapos de hilo de lino, a pesar de que Holanda ya no lo fabrica) está ligeramente encolado; pero se encola hoja por hoja en un proceso que encarece el papel. Si se encontrara la manera de efectuar el encolado de la pasta en tinas y con una cola barata (como por lo demás se hace hoy día, pero con resultados aún imperfectos), la invención no requeriría de más perfeccionamientos. Desde hacía un mes David buscaba, por tanto, encontrar la forma de encolar la pasta en tina. Así pretendía hacer dos descubrimientos a la vez.

Ève fue a ver a su madre. Por una feliz casualidad, madame Chardon estaba cuidando a la mujer del primer fiscal sustituto, que acababa de dar un presunto heredero a los Milaud de Nevers. Ève, desconfiando de todos los funcionarios estatales, había pensado en someter el caso al defensor legal de las viudas y de los huérfanos, preguntándole si podía liberar a David empeñándose ella, vendiendo sus derechos; pero esperaba también saber la verdad sobre la conducta ambigua de Petit-Claud. El magistrado, sorprendido por la belleza de madame Séchard, la recibió no solamente con la consideración debida a una mujer, sino también con una especie de cortesía a la que Ève no estaba acostumbrada. La pobre mujer vio finalmente en los ojos del magistrado esa expresión que, desde que se había casado, sólo había encontrado en Kolb, y que para las mujeres bellas como Ève es el criterium con el que juzgan a los hombres. Cuando una pasión, el interés o la edad enfrían en los ojos de un hombre la llama de la obediencia absoluta que brilla en la juventud, entonces una mujer desconfía de ese hombre y comienza a observarlo. Los Cointet, Petit-Claud, Cérizet, todos los hombres en los que Ève había intuido a enemigos, la habían observado con una mirada seca y fría; se sintió, pues, a gusto con el primer fiscal sustituto, quien, a pesar de recibirla con cortesía, hizo esfumarse en pocas palabras todas sus esperanzas.

—No es seguro, señora —le dijo—, que el Tribunal Real reforme la sentencia que restringe a los bienes muebles la cesión que le ha hecho su marido de todo cuanto poseía para compensarla de sus bienes dotales. Su privilegio no puede servir para encubrir un fraude. Pero, como será admitida en calidad de acreedora en el reparto de lo que se obtenga de los objetos embargados, y como su suegro debe ejercer igualmente su privilegio por la suma de los alquileres adeudados, habrá, una vez que el tribunal haya emitido su fallo, materia para otras apelaciones respecto a lo que se llama en derecho una «derrama».

—Entonces, ¿monsieur Petit-Claud nos está llevando a la ruina?… —exclamó ella.

—La conducta de Petit-Claud —continuó el magistrado— responde a las instrucciones recibidas de su marido, que quiere, según dice su abogado, ganar tiempo. A mi parecer, sería preferible desistir de la apelación y en el momento de la venta presentarse, usted y su suegro, como compradores en la subasta de las herramientas que son más necesarias para su explotación, usted hasta donde le corresponde y él por la suma total de sus alquileres… Pero así terminaría todo demasiado rápido. ¡Los abogados les están timando!…

—De este modo me encontraría a merced de monsieur Séchard padre, a quien debería el alquiler de las herramientas de trabajo y el de la casa; mi marido seguiría estando expuesto a las acciones judiciales de monsieur Métivier, que de este modo no percibiría casi nada…

—Así es, señora.

—Entonces nuestra posición sería peor que la actual…

—La fuerza de la ley, señora, está del lado del acreedor. Han recibido ustedes tres mil francos, y están obligados a devolverlos…

—¡Oh, señor! ¿Acaso nos cree capaces de…?

Ève se interrumpió al darse cuenta del peligro en que su justificación podía poner a su hermano.

—Oh, sé muy bien —continuó el magistrado— que todo este asunto es poco claro, tanto por parte de los deudores, que son honestos, escrupulosos e incluso de ánimo noble, como por parte del acreedor, que no es más que un testaferro… —Ève, asustada, miraba al magistrado con aire aturdido—. Comprenderá usted —añadió lanzándole una mirada llena de sagacidad— que mientras estamos sentados escuchando los alegatos de los señores abogados tenemos todo el tiempo para reflexionar sobre lo que sucede ante nuestros ojos.

Ève volvió a su casa desesperada por su impotencia. Por la tarde, a la siete, Doublon trajo el mandamiento en el que se notificaba la orden de detención. Ahora las acciones judiciales habían llegado a su apogeo.

—A partir de mañana —dijo David—, sólo podré salir de noche.

Ève y madame Chardon prorrumpieron en llanto. Para ellas, esconderse era una deshonra. Al enterarse de que la libertad de su amo estaba amenazada, Kolb y Marion se alarmaron tanto más cuanto que, desde hacía mucho tiempo, le habían considerado carente de toda malicia; estaban tan asustados por él, que fueron a ver a madame Chardon, Ève y David con la excusa de saber en qué podían serle de utilidad con su abnegación. Llegaron en el momento en que aquellos tres seres, para quienes la vida había sido hasta entonces tan sencilla, lloraban al darse cuenta de que era preciso esconder a David en algún sitio. Pero ¿cómo escapar a los espías invisibles que, desde aquel momento, debían de observar ya los menores movimientos de aquel hombre, por desgracia tan distraído?

—Si la señora guiere esberar un guardo de hora, voy a hager un regonogimiendo en el gambo enemigo —dijo Kolb— y ferán gue no soy ningún esdúbito; aungue denga binda de alemán, sé ser lisdo gomo un fertatero frantés.

—¡Oh, señora! —dijo Marion—. Déjele ir, sólo quiere ayudar al señor, no piensa en otra cosa. Kolb no es un alsaciano. Es… ¿cómo decirlo?…, un verdadero perro de Terranova.

—Vaya, mi buen Kolb —le dijo David—; aún tenemos tiempo de tomar una decisión.

Kolb corrió a casa del alguacil, donde los enemigos de David, reunidos en consejo, estudiaban la manera de detener al impresor.

En provincias, la detención de un deudor es un hecho desproporcionado, anómalo, admitiendo que se haya producido nunca. En primer lugar, todo el mundo se conoce demasiado bien para que nadie recurra jamás a tan aborrecible método. Acreedores y deudores deberán seguir viéndose durante toda la vida. Además, cuando un comerciante, alguien que ha quebrado, para decirlo como la gente de provincias que no transige en absoluto con esta especie de robo legal, piensa en declararse en bancarrota, París le sirve de refugio. En cierto modo, París es la Bélgica de las provincias: allí es posible hallar escondites casi inencontrables, y el mandato del alguacil no tiene ya poder alguno fuera de su jurisdicción. Por otra parte, también hay otros impedimentos casi dirimentes. En efecto, la ley que sanciona la inviolabilidad del domicilio no sufre ninguna excepción en provincias; el alguacil no tiene derecho, como en París, a penetrar en una casa ajena para apresar allí al deudor. Han considerado los legisladores que debía hacerse una excepción con París, porque allí generalmente una misma casa es habitada por varias familias. Pero en provincias, para allanar la morada de un deudor, el alguacil debe ir acompañado por el juez de paz. Ahora bien, el juez de paz tiene a su mando a los alguaciles y es libre de conceder o de negar su colaboración. Hay que decir en honor de los jueces de paz que éstos no quieren asumir esta pesada responsabilidad sirviendo a ciegas pasiones o venganzas personales. Además, hay otras dificultades no menos graves que tienden a modificar la crueldad totalmente inútil de la ley que prevé la cárcel para los deudores, debido al poder de las costumbres, capaces de modificar las leyes hasta el punto de anularlas. En las grandes ciudades existe gran cantidad de miserables, gentes corruptas, que no temen ni rey ni roque, que se prestan a hacer de espías; pero en las pequeñas ciudades todos se conocen demasiado como para ponerse a sueldo de un alguacil. Cualquiera que, perteneciendo a la capa más baja de la sociedad, se prestara a esta actividad vergonzante, se vería obligado a dejar la ciudad. Por tanto, la detención de un deudor, que en París o en otros grandes centros urbanos es un hecho que entra dentro de las funciones diarias de los agentes ejecutivos, en provincias se convierte en un procedimiento extremadamente complicado, una lucha en la que el deudor y el alguacil juegan a la astucia, y cuyos incidentes han hecho a veces las delicias en la crónica de sucesos de los periódicos parisienses. El mayor de los Cointet no había querido dar la cara; pero Cointet el gordo, que decía haber sido encargado por Métivier de este asunto, se había presentado en casa de Doublon acompañado por Cérizet, convertido en su regente y cuya cooperación había sido comprada con la promesa de un billete de mil francos. Doublon disponía de dos de sus corchetes; así, los Cointet contaban con tres sabuesos para vigilar a su presa. Para la detención, Doublon podía, además, servirse de la gendarmería, que está obligada por ley a ayudar al alguacil que requiera sus servicios. Esas cinco personas se encontraban, pues, reunidas en aquel momento en el despacho de Doublon, situado en la planta baja de la casa, contiguo a la oficina.

Se llegaba a la oficina a través de un corredor empedrado bastante largo, que era una especie de pasadizo. La casa tenía una simple puerta falsa, a cuyos lados podían verse las insignias oficiales doradas, en cuyo centro se leía en letras negras: ALGUACIL. Las dos ventanas de la oficina que daban a la calle estaban protegidas por unos gruesos barrotes de hierro. El despacho daba a un jardín en el que el alguacil, amante de Pomona, cultivaba él mismo, con gran éxito, unos árboles frutales. La cocina estaba situada enfrente de la oficina, y tras ella comenzaba la escalera por la que se accedía al piso superior. Esta casa se encontraba en una callejuela detrás del nuevo Palacio de Justicia, en construcción por aquel entonces, y que no fue acabado hasta después de 1830. Estos detalles no son inútiles para comprender mejor lo que le pasó a Kolb. El alsaciano había pensado presentarse ante el alguacil pretextando querer traicionar a su amo, para enterarse así de cuáles serían las trampas que iban a tenderle y poder preservarle de ellas. La cocinera acudió a abrir y Kolb le manifestó su deseo de hablar con monsieur Doublon sobre unos asuntos. Enfadada por haber sido molestada mientras fregaba los platos, la mujer abrió la puerta de la oficina diciéndole a Kolb, a quien no conocía, que esperara allí al señor, quien en aquellos momentos se hallaba reunido en su despacho; luego fue a avisar a su amo de que un hombre quería hablar con él. Decir «un hombre» significaba inequívocamente un campesino, por lo que Doublon dijo:

—¡Que espere!

Y Kolb se sentó junto a la puerta de la oficina.

—Entonces, ¿cómo piensa proceder? Pues, si pudiéramos echarle el guante mañana por la mañana, ese tiempo que ganaríamos —dijo Cointet el gordo.

—La verdad es que hace honor a su apodo de Ingenuo, nada será más fácil —exclamó Cérizet.

Al reconocer la voz de Cointet el gordo, pero sobre todo al oír aquellas dos frases, Kolb intuyó inmediatamente que se estaban refiriendo a su amo, y mayor fue aún su asombro cuando reconoció la voz de Cérizet.

—Un muchacho que muerte la mano gue le ta de gomer —exclamó lleno de horror.

—Amigos míos —dijo Doublon—, esto es lo que hay que hacer. Apostaremos a nuestros hombres a cierta distancia uno de otro, desde la rue de Beaulieu y la place du Mûrier, en todas las direcciones, para seguir al Ingenuo, este apodo me gusta, sin que se dé cuenta; no le perderemos de vista hasta que haya entrado en la casa, donde se creerá en lugar seguro; le dejaremos que esté allí tranquilo unos días, y luego le echaremos el guante un día de éstos entre la hora del amanecer y la puesta de sol.

—Pero ¿ahora qué está haciendo? Se nos podría escapar —dijo Cointet el gordo.

—Está en su casa —dijo Doublon—; si saliera, yo sería informado. Tengo a uno de mis corchetes al acecho en la place du Mûrier; otro en la esquina del Palacio de Justicia y un tercero a treinta pasos de mi casa. Si nuestro hombre llegase a salir, se pondrían a silbar y no habría dado tres pasos sin que yo lo supiera enseguida mediante esta comunicación telegráfica.

Los alguaciles dan el respetable nombre de «corchetes» a sus ayudantes.

Kolb no había contado con tan inesperada suerte; salió silenciosamente de la oficina y le dijo a la criada:

—El señor Toublon tebe te esdar ogubado en un asundo largo e imgordande. Folferé mañana bor la mañana dembrano.

Se le ocurrió al alsaciano, por haber servido en caballería, una idea que puso inmediatamente en práctica. Corrió a casa de un conocido suyo que alquilaba caballos, escogió uno, lo hizo ensillar y volvió a toda prisa a casa de su amo, donde encontró a madame Ève sumida en la más profunda desolación.

—¿Qué hay, Kolb? —preguntó el impresor viendo entrar al alsaciano con una expresión alegre y espantada a la vez.

—Esdá roteato de sinfergüenzas. Lo más seguro es gue se esgonta, amo. ¿Ha bensato la señora en un sidio tonte esgonder al señor?

Después de que el bueno de Kolb hubo contado la traición de Cérizet, los espías apostados alrededor de la casa, la implicación de Cointet el gordo en el asunto, y hecho comprender las astucias que tramaban aquella gente contra su amo, una luz fatal iluminó por completo la situación de David.

—Son los Cointet quienes te persiguen —exclamó la pobre Ève anonadada—, y ésta es la razón de que Métivier se mostrara tan duro…, son papeleros y quieren descubrir tu secreto.

—Pero ¿qué se puede hacer para burlarlos? —preguntó madame Chardon.

—Si la señora gonsigue engondrar un esgondite bara el señor —dijo Kolb—, bromedo llefarlo hasda allí sin gue natie se endere.

—Id esta noche a casa de Basine Clerget —respondió Ève—; yo iré a ponerme de acuerdo en todo con ella. En las actuales circunstancias, me fío de Basine como de mí misma.

—Los espías te seguirán —dijo finalmente David, que había recobrado cierta presencia de ánimo—. Hay que encontrar una manera de poder avisar a Basine sin que ninguno de nosotros vaya.

—Buete ir la señora —dijo Kolb—. He aguí mi blan: saltré gon el señor, así los silbatores nos seguirán. Miendras dando, la señora irá a gasa de matemoiselle Glerchet y sin gue la sigan. Dengo un gaballo, llefaré al señor en la gruba, ¡y a fer si nos adrapan!

—Bien, ¡adiós, amor mío! —exclamó la pobre mujer arrojándose a los brazos de su marido—; ninguno de nosotros irá a verte, porque podríamos provocar tu detención. Debemos decirnos adiós por todo el tiempo que pueda durar esta prisión voluntaria. Nos escribiremos, Basine enviará tus cartas y yo te escribiré a su nombre.

A su salida, David y Kolb oyeron los silbidos y fueron seguidos por los espías hasta la parte baja de la Porte-Palet, donde vivía el alquilador de caballos. Una vez allí, Kolb hizo subir a su amo en la grupa, rogándole que se agarrara fuerte a él.

—¡Silbat, silbat, mis gueridos amigos! ¡Me río de dotos fosodros! —exclamó Kolb—. No gogeréis nunga a un fiejo chinede.

Y el viejo jinete se lanzó en dirección al campo con una rapidez que debía impedir, como impidió, a los espías seguirlos y saber adónde se dirigían.

Ève fue a ver a Postel con la excusa bastante ingeniosa de pedirle consejo. Después de haber sufrido la ofensa de esa piedad que no prodiga nada más que buenas palabras, Ève dejó al matrimonio Postel y pudo llegar sin ser vista hasta la casa de Basine, quien para más discreción hizo entrar a Ève en su habitación y abrió la puerta de un cuarto contiguo al que daba luz una lucerna por la que nadie podía ver el interior. Las dos amigas desobstruyeron una pequeña chimenea cuyo cañón corría paralelo al de la chimenea del taller donde ponían a calentar sus planchas. Ève y Basine extendieron unas viejas mantas sobre el suelo para amortiguar el ruido que David pudiera hacer involuntariamente; y prepararon un catre para dormir, un hornillo para sus experimentos, una mesa y una silla para sentarse y escribir. Basine se comprometió a traerle de comer por la noche, y, dado que nadie entraba jamás en su habitación, David podía desafiar a todos sus enemigos, incluso a la policía.

—Finalmente —dijo Ève abrazando a su amiga— está a salvo.

Ève regresó a casa de Postel para aclarar alguna duda que, dijo, le obligaba a volver a consultar a un tan sabio juez del Tribunal de Comercio, y se hizo acompañar por él de vuelta a casa mientras escuchaba sus lamentos. «Si usted se hubiera casado conmigo, ¿se vería en esta situación?…» Este sentimiento era recurrente en cada una de las frases del pequeño farmacéutico. A la vuelta, Postel se encontró a su mujer celosa de la admirable belleza de madame Séchard y furiosa por la cortesía de su marido. El farmacéutico la calmó sosteniendo que las mujeres pequeñas y pelirrojas son superiores a las altas y morenas que, como los caballos de raza, están siempre encerradas en las caballerizas. Y sin duda debió de darle algunas pruebas de su sinceridad, porque a la mañana siguiente madame Postel estaba de lo más melosa con él.

—Podemos estar tranquilas —dijo Ève a su madre y a Marion, a quienes había encontrado aún sobrecogidas.

—¡Oh, se han ido! —exclamó Marion cuando Ève miró maquinalmente dentro de su dormitorio.

—¿Atónte denemos gue tirigirnos? —preguntó Kolb cuando se encontró a una legua, en el camino de París.

—A Marsac —repuso David—, ya que estamos en el camino, quiero hacer una última tentativa de convencer a mi padre.

—Breferiría ir al asaldo de una badería de gañones, borgue su padre no diene ni bizga de gorazón…

El viejo prensista no creía en su hijo; lo juzgaba como juzga el pueblo, por los resultados. En primer lugar, no creía haber despojado a David de todo; luego, sin tener en cuenta que los tiempos habían cambiado, se decía: «Le puse a cargo de una imprenta, como yo mismo me vi; y él, mil veces más instruido que yo, no ha sabido salir adelante». Incapaz de comprender a su hijo, le condenaba, y se atribuía sobre esta elevada inteligencia una especie de superioridad diciéndose: «Le conservo el pan». Los moralistas no conseguirán hacer comprender nunca toda la influencia que ejercen los sentimientos sobre los intereses. Esta influencia es tan poderosa como la de los intereses sobre los sentimientos. Todas las leyes de la naturaleza tienen un doble efecto, que son uno el contrario del otro. David, por su parte, comprendía a su padre y tenía la caridad sublime de excusarle. A las ocho, Kolb y David llegaron a Marsac mientras el viejo, que acababa de cenar, se disponía a acostarse.

—Ha hecho falta la autoridad de la justicia para que te volviese a ver —dijo el padre a su hijo con una amarga sonrisa.

—¿Y gómo habría botito engondrarle… si mi amo fiaja siembre al gielo miendras que usdet esdá siembre en sus fiñas?… —exclamó Kolb indignado—. ¡Faya! ¡Faya! Le doga a usted gue es su batre.

—Vamos, Kolb, vete y deja el caballo en casa de madame Courtois y no molestes a mi padre, pues has de saber que los padres siempre tienen razón.

Kolb se fue gruñendo como un perro al que su dueño hubiera reñido por su prudencia y que protesta mientras obedece. Sin confesar sus secretos, David ofreció a su padre la prueba más evidente de su descubrimiento proponiéndole una participación en aquel negocio a cambio de las sumas que necesitaba tanto para verse liberado de inmediato de los acreedores como para la explotación de su descubrimiento.

—¿Y cómo me demostrarás que puedes hacer con nada un buen papel que cueste poco? —preguntó el antiguo tipógrafo lanzando a su hijo una mirada vinosa, pero astuta, ávida y curiosa.

Se hubiera dicho un relámpago saliendo de una nube cargada de lluvia, pues el viejo oso, fiel a sus costumbres, nunca se iba a la cama sin su gorro de dormir. Este gorro consistía en dos botellas de excelente vino añejo que, según su expresión, se bebía a sorbitos.

—Nada más simple —repuso David—. Ahora no llevo papel conmigo; estoy aquí para escapar de Doublon, y al verme en el camino de Marsac he pensado que bien podía encontrar en usted las mismas facilidades que podría darme un usurero. Sólo llevo lo puesto. Enciérreme en un lugar a cal y canto y donde nadie pueda entrar, donde nadie pueda verme, y…

—¡Cómo! —exclamó el viejo lanzando a su hijo una mirada terrible —. ¿No me dejarás ver tus operaciones?…

—Padre —respondió David—, fue usted quien me enseñó que no hay padre en los negocios…

—¡Ah! Desconfías de quien te ha dado la vida…

—No, desconfío de quien me ha privado de los medios para vivir.

—¡Tienes razón!, cada uno que mire por lo suyo —dijo el anciano—. Muy bien, te encerraré en la bodega.

—Kolb vendrá también conmigo, proporcióneme un caldero para hacer la pasta —continuó David sin percatarse de la mirada que le lanzó su padre—; después irá a buscarnos unos tallos de alcachofas, espárragos, ortigas y juncos que cortará en las orillas de su riachuelo. Mañana por la mañana saldré de su bodega con un papel magnífico…

—Si ello es posible… —exclamó el oso dejando escapar un hipido—, te daré, tal vez… Veré si puedo darte…, ¡bah!…, veinticinco mil francos, a condición de que me hagas ganar otro tanto cada año…

—Póngame a prueba, ¡lo acepto! —exclamó David—. Kolb, monta a caballo, acércate a Mansle y compra un gran tamiz de crin en casa de un fabricante de celemines, cola en un tendero y vuelve a toda prisa.

—Toma, bebe… —dijo el padre poniendo ante su hijo una botella de vino, pan y sobras de carne fría—. Recupera fuerzas, que yo voy a recoger tus provisiones de trapos verdes, porque verdes son tus trapos, mucho me temo que sean hasta un poco demasiado verdes.

Dos horas después, hacia las once de la noche, el viejo encerraba a su hijo y a Kolb en un cuartito contiguo a su bodega, y techado con tejas, donde había todos los utensilios necesarios para destilar los caldos de la región de Angulema, que como es sabido proporcionan los aguardientes llamados de Cognac.

—Vaya, ¡pero si esto es una verdadera fábrica! —exclamó David—. Hay incluso madera y recipientes.

—Pues bien, hasta mañana —dijo papá Séchard—; voy a encerraros y soltaré a mis dos perros; estoy seguro de que no va a venir nadie a traeros papel. Si mañana me enseñas tus hojas, me comprometo a ser tu socio; así los negocios estarán claros y bien dirigidos…

Kolb y David se dejaron encerrar y se pasaron alrededor de dos horas macerando y preparando los tallos, sirviéndose para ello de dos tablones. El fuego relumbraba, el agua hervía. Hacia las dos de la noche, Kolb, menos ocupado que David, oyó un suspiro aguardentoso, como un hipido de borracho; cogió una de las dos velas y comenzó a mirar por todas partes; vio entonces la cara violácea del viejo Séchard que asomaba por una pequeña abertura cuadrada practicada encima de la puerta que comunicaba la destilería con la bodega y disimulada con unos viejos toneles. El malicioso anciano había hecho entrar a su hijo y a Kolb en su destilería por la puerta exterior que servía para sacar las barricas que se vendían. Esta otra puerta interior permitía hacerlas rodar de la bodega a la destilería sin tener que pasar por el patio.

—¡Ah, babá! Esdo no es un juego limbio; guiere enretar a su hicho… ¿Sabe lo gue hage guando se bebe una bodella de buen fino? ¡Pues tarle de beber a un bribón!

—¡Padre! —dijo David.

—Venía a ver si necesitabais algo —dijo el viñador a quien casi se le había pasado la curda.

—¿Y es bor esdo bor lo gue se ha subito a esa esgalerilla? —dijo Kolb, que, tras haber despejado el camino, abrió la puerta y descubrió al viejo subido a una escalerilla y en camisón de dormir.

—¡Va a coger algo! —exclamó David.

—Creo que soy sonámbulo —dijo el viejo bajando de la escalera avergonzado—. Tu falta de confianza en tu padre me ha hecho soñar, imaginaba que hacías un pacto con el diablo para hacer realidad lo imposible.

—El tiablo es su gasión bor las monetas de oro —exclamó Kolb.

—Vuelva a la cama, padre —dijo David—; enciérrenos si quiere, pero ahórrese la molestia de volver: Kolb hará de centinela.

Al día siguiente, a las cuatro, David salió de la destilería después de haber hecho desaparecer todo rastro de sus operaciones y llevó a su padre una treintena de hojas de papel, cuya finura, blancura, gramaje y resistencia no dejaban nada que desear, y que llevaban impresas como filigrana las marcas de los hilos más gruesos del tamiz de crin. El viejo cogió aquellas muestras, se las pasó por la lengua como oso avezado desde la juventud a servirse del paladar para probar el papel, las apreció por el tacto, las arrugó, las dobló, en fin, las sometió a todas las pruebas que realizan los tipógrafos con los papeles para reconocer sus cualidades, y aunque no encontró nada que decir, no quiso dar su brazo a torcer.

—¡Ahora hay que ver cómo se comportan bajo la prensa!… —dijo para no tener que verse obligado a felicitar a su hijo.

—¡Faya hombre! —exclamó Kolb.

El viejo se mostró frío y amagó, bajo su dignidad paterna, una fingida falta de decisión.

—No quiero engañarle, padre; este papel me parece que ha de costar aún un tanto caro, y quiero resolver el problema del encolado en tina… Sólo me queda por lograr esta mejora…

—¡Ah!, ¡querías engañarme!

—Pero ¿cómo he de decírselo? Consigo hacer el encolado en tina, pero por el momento la cola no penetra regularmente en la pasta y le da al papel la aspereza de un cepillo.

—Pues bien, perfecciona tu invento y tendrás mi dinero.

—¡Mi amo no ferá nunga el golor de su tinero!

Era evidente que el viejo quería hacer pagar a David la vergüenza por la que había pasado la noche anterior; por tanto, le trató más que fríamente.

—Padre —dijo David, que despidió a Kolb—, nunca le he reprochado que tasara su imprenta a un precio exorbitante y que me la vendiera según su exclusiva estimación; siempre le he considerado mi padre. Me he dicho a menudo: dejemos tranquilo a un anciano que ha tenido que trabajar tan duramente y que me ha educado mejor de lo que merecía, dejándole disfrutar en paz y a su manera del fruto de su trabajo. Ni siquiera le he pedido la herencia de mi madre, y he soportado sin rechistar la vida llena de deudas a la que me ha obligado. Me he prometido hacer una gran fortuna sin causarle molestias. Pues bien, ahora he descubierto lo que andaba buscando, incluso con el agua al cuello, sin pan en mi casa y angustiado por unas deudas que no he contraído yo… Sí, he luchado pacientemente mientras he tenido fuerzas. Y quizá tendría usted el deber de ayudarme…, pero no piense en mí, ¡piense en una mujer y en un niño pequeño!… —David no pudo en aquel momento contener sus lágrimas—, y présteles su ayuda y protección. ¿Es que va a ser menos que Marion y Kolb, que me han dado sus ahorros? —exclamó el hijo al ver a su padre frío como el mármol de una prensa.

—¿Y no te han bastado? —exclamó el viejo sin sentir la menor vergüenza—. Pero si devorarías Francia entera… ¡Buenas noches! Soy demasiado ignorante para meterme en explotaciones en las que el único explotado sería yo. El mono no se comerá al oso —dijo haciendo alusión a sus apodos de tipógrafos—. Soy viñador y no banquero… Y, además, ya sabes, los negocios entre padre e hijo no funcionan. Y ahora cenemos, ¡así no podrás decir que no te doy nada!…

David era uno de esos seres de gran corazón que pueden enterrar en él sus penas para ocultarlas a las personas queridas; pero cuando su dolor se desborda significa que hacen un esfuerzo sobrehumano. Ève había comprendido perfectamente aquel carácter generoso. Pero en aquella oleada de dolor que subía del fondo a la superficie el padre vio el llanto indigno de los hijos que quieren engañar a sus padres, y tomó el terrible abatimiento de su hijo por la vergüenza de un fracaso. Padre e hijo se separaron en malos términos. David y Kolb regresaron hacia medianoche a Angulema, donde entraron a pie con tantas precauciones como habrían tomado dos ladrones para perpetrar un robo. Hacia la una de la noche, David pudo entrar, sin ser visto por nadie, en casa de Basine Clerget, en el refugio impenetrable que su mujer había preparado para él. Allí David estaría protegido por la compasión más ingeniosa que pueda existir, la de una modistilla. A la mañana siguiente, Kolb presumió de haber salvado a su amo a caballo y no haberse separado de él hasta haberle hecho subir a una galera que había de llevarle a los alrededores de Limoges. Una gran provisión de materias primas fue almacenada en el sótano de Basine, de manera que Kolb, Marion, madame Séchard y su madre no tuvieran que verse obligadas a estar en contacto con mademoiselle Clerget.

Dos días después de esta escena con su hijo, el viejo Séchard, viendo que disponía de veinte días antes de empezar la vendimia, corrió a casa de su nuera movido por su avaricia. No podía ya dormir y quería saber si el descubrimiento podía ser rentable, y pensaba estar ojo avizor, como decía él. Se instaló encima del piso de su nuera, en una de las dos habitaciones abuhardilladas que se había reservado, y vivió cerrando los ojos a la precaria situación económica en que se encontraba el hogar de su hijo. Se le debían los alquileres retrasados, ¡bien podían darle de comer! Y no encontraba extraño que se le sirviera en cubiertos de peltre.

—Yo empecé así —respondió a su nuera, cuando ésta se excusó de no poder servirle en vajilla de plata.

Marion se vio obligada a partir de entonces a comprar todo al fiado con los tenderos. Kolb trabajaba en una obra por veinte sueldos diarios. Finalmente, pronto no le quedaron a la pobre Ève más que diez francos, y en interés de su hijo y de David sacrificó sus últimos recursos para tratar lo mejor posible al viñador. Esperaba aún que sus zalamerías, su respetuoso cariño y su resignación enternecieran al avaro, pero éste se mostraba siempre insensible. Por último, viendo en él la misma mirada fría que en los Cointet, Petit-Claud y Cérizet, decidió observar su carácter y adivinar sus intenciones, pero fue tiempo perdido. El viejo Séchard, que estaba siempre un poco achispado, conseguía ser impenetrable. La embriaguez es un doble velo. Con la excusa de la embriaguez, unas veces real y otras simulada, el muy tunante trataba de sonsacarle a Ève los secretos de David. Tan pronto halagaba como asustaba a su nuera. Cuando Ève le respondía que ella no sabía nada, él le decía: «Me beberé toda la herencia, la cambiaré por una renta vitalicia». Estas deshonrosas luchas cansaban a la pobre muchacha, que, para no faltarle al respeto a su suegro, había acabado optando por guardar silencio. Un día, no pudiendo más, le dijo:

—Pero, papá, hay una manera muy simple de saberlo todo; pague las deudas de David, así su hijo volverá aquí y se pondrán de acuerdo.

—¡Ah! Eso es lo único que queréis sacar de mí —exclamó—; bueno es saberlo.

Papá Séchard, que no creía en su hijo, creía en los Cointet. Los Cointet, a quienes fue a consultar, le encandilaron diciéndole que los experimentos emprendidos por su hijo suponían muchos millones.

—Si David puede demostrar que ha conseguido descubrir lo que buscaba, no dudaré un momento en asociarme con él, atribuyendo al descubrimiento de su hijo un valor igual al de mi papelera —le dijo Cointet el largo.

El desconfiado viejo recabó tanta información bebiendo con los operarios y tirando de la lengua hábilmente a Petit-Claud, haciéndose pasar por tonto, que acabó por sospechar que los Cointet se escondían detrás de Métivier, y llegó a la conclusión de que querían arruinar la imprenta Séchard y desplumarle poniéndole como cebo el descubrimiento, pues aquel viejo hombre de campo no podía intuir la complicidad de Petit-Claud, ni la trama urdida para hacerse tarde o temprano con aquel excelente secreto industrial. Finalmente, un día, el viejo, exasperado por no poder vencer el silencio de su nuera y no poder saber por ella ni siquiera dónde se había escondido David, decidió forzar la puerta del taller donde se fundían los rodillos, después de haberse enterado de que su hijo hacía en él sus experimentos. Una mañana temprano bajó al patio y trató de forzar la cerradura.

—¡Eh!, ¿qué está haciendo aquí, papá Séchard? —le gritó Marion, que se levantaba al amanecer para ir a la fábrica y que fue corriendo hacia la pila donde se mojaba el papel.

—¿Es que no estoy en mi casa, Marion? —respondió el hombre, avergonzado.

—¡Ah! ¿Se ha vuelto ladrón a sus años? Y eso que está en ayunas… Voy enseguida a contarle esto a la señora.

—Tú estate callada, Marion —le dijo el viejo sacándose del bolsillo dos monedas de seis francos—. Toma…

—Me callaré, pero no vuelva a hacerlo —le dijo Marion amenazándole con el dedo—, o se enterará toda Angulema.

En cuanto el anciano se hubo ido, Marion subió a casa de su ama.

—Tenga, señora, le he sacado doce francos a su suegro; aquí tiene…

—¿Y cómo lo has hecho?

—Quería ver las tinas y las provisiones del señor para descubrir el secreto. Yo sabía que no quedaba ya nada en la pequeña bodega, pero le he metido miedo como si quisiera robarle a su hijo, y me ha dado dos monedas para tenerme con la boca cerrada…

En aquel momento llegó Basine muy contenta con una carta de David escrita en un papel magnífico y que le entregó a escondidas a Ève.

Mi adorada Ève:

Eres la primera persona a quien le escribo en la primera hoja de papel conseguida según mi procedimiento. ¡He logrado resolver el problema del encolado en tina! Una libra de esta pasta, aun cuando hayan de utilizarse buenos terrenos para cultivar los productos que empleo, costará cinco sueldos. Para una resma de doce libras harán falta, por tanto, tres francos de pasta encolada. Estoy seguro de que podré disminuir el peso de los libros por lo menos a la mitad. El sobre, la carta, las muestras son todos distintos los unos de los otros. Te mando un beso. La riqueza era lo único que faltaba a nuestra felicidad.

—Tenga —dijo Ève a su suegro entregándole las muestras—, dé a su hijo el valor de su cosecha y déjele hacer fortuna; le devolverá diez veces lo que usted le preste, ¡pues lo ha conseguido!

Papá Séchard corrió a ver a los Cointet. Allí cada muestra fue minuciosamente sometida a prueba y examinada; había algunas que tenían cola, las otras no; todas estaban etiquetadas con su precio, que oscilaba entre tres y diez francos la resma; unas eran de una pureza metálica, otras suaves como el papel de China y con toda la gama de matices del blanco. Unos judíos dedicados a examinar diamantes no habrían tenido los ojos más chispeantes de lo que lo estaban los de los Cointet y los del viejo Séchard.

—Su hijo está en el buen camino —dijo Cointet el gordo.

—Muy bien, pues entonces paguen ustedes sus deudas —dijo el viejo prensista.

—Con mucho gusto, si quiere tomarnos como socios —repuso Cointet el largo.

—¡Son ustedes unos bandidos! —gritó el oso retirado—. Persiguen a mi hijo amparándose bajo el nombre de Métivier y quieren que sea yo quien les pague, ésa es la pura verdad. No soy tan tonto, señores.

Los dos hermanos se miraron, pero supieron disimular la sorpresa que les produjo la perspicacia del avaro.

—No somos aún lo bastante millonarios como para permitirnos regalar el dinero a los demás —replicó Cointet el gordo—; nos daríamos por satisfechos si pudiéramos pagar nuestros trapos al contado, pero tenemos aún que librar letras a nuestro proveedor.

—Se ha de intentar una prueba a lo grande —dijo fríamente Cointet el largo—, pues a menudo lo que se logra en un pequeño recipiente fracasa en una fabricación a gran escala. Pague las deudas de su hijo.

—Sí, pero ¿me querrá luego como socio? —preguntó el viejo Séchard.

—Eso no es asunto nuestro —replicó Cointet el gordo—. ¿Es que cree usted, buen hombre, que dándole diez mil francos a su hijo estará todo resuelto? Una patente de inventor cuesta dos mil francos; habrá que hacer algunos viajes a París; y luego, para estar seguros antes de lanzarse de lleno a la empresa, lo prudente sería fabricar, como dice mi hermano, mil resmas, arriesgar tinas enteras para ver cómo funciona. ¿Lo ve?, no se puede confiar absolutamente en los inventores.

—Yo prefiero —dijo Cointet el largo— el pan ya cocido.

El viejo se pasó toda la noche rumiando este dilema: «Si pago las deudas de David, queda libre; y, una vez libre, no necesita tenerme como socio. Sabe muy bien que le enredé la primera vez que le propuse asociarnos y ahora no querrá saber ya nada de mí. Lo que me convendría más es tenerle preso y en la miseria».

Los Cointet conocían bastante bien a papá Séchard como para saber que lo tendrían de compañero de caza. Estos tres hombres, pues, se decían: «Para constituir una sociedad basada en el secreto hay que hacer experimentos, y para hacer esos experimentos es preciso liberar a David Séchard. Pero si le liberamos, se nos escapará de las manos». Todos, además, tenían sus segundas intenciones; Petit-Claud se decía: «Una vez casado, estaré en paz con los Cointet, pero mientras tanto los tengo en un puño». Cointet el largo se decía: «Preferiría tener encerrado a David, así sería yo el amo». El viejo Séchard pensaba: «Si pago las deudas de mi hijo, me despedirá dándome las gracias». Ève, atacada, amenazada por el viñador con ser echada de la casa, no quería revelarle el refugio de su marido ni tampoco proponerle que aceptara un salvoconducto. No estaba segura de conseguir encontrar otro buen escondite para David, y le respondía a su suegro:

—Pague las deudas de su hijo y lo sabrá todo.

Ninguno de los cuatro interesados, que se encontraban todos como ante una mesa bien abastecida, se atrevía a dar comienzo al festín, hasta tal punto temían verse adelantados: y todos se observaban desconfiando los unos de los otros.

Unos días después de haberse escondido Séchard, Petit-Claud visitó a Cointet el largo en su papelera.

—Lo he hecho lo mejor posible —le dijo—. David se ha encerrado voluntariamente en una prisión que no sabemos dónde está y busca tranquilamente algún perfeccionamiento. Si no ha conseguido lo que deseaba, no es culpa mía. ¿Mantendrá usted su promesa?

—Sí, si conseguimos nuestros propósitos —respondió Cointet el largo —. Papá Séchard anda por aquí desde hace unos días; ha venido a hacernos algunas preguntas sobre la fabricación del papel, pues el viejo avaro se ha olido la invención de su hijo y quiere sacar tajada; hay, pues, esperanzas de llegar a constituir una sociedad. Usted es el abogado del padre y del hijo…

—Que el Espíritu Santo le inspire para entregárnoslos —concluyó Petit-Claud con una sonrisa.

—Sí —dijo Cointet—. Si tiene éxito y consigue meter en la cárcel a David o ponerlo en nuestras manos mediante la escritura de constitución de una sociedad, usted será el marido de mademoiselle de La Haye.

—¿Es éste su ultimátum? —preguntó Petit-Claud.

—Yes! —dijo Cointet—, ya que hablamos lenguas extranjeras.

—Pues bien, éste es el mío en buen francés —respondió secamente Petit-Claud.

—¡Ah!, oigamos —replicó Cointet poniendo cara de curiosidad.

—Preséntenme mañana a mademoiselle de Sénonches, deme una prueba positiva de nuestro acuerdo, en una palabra, cumpla con su promesa, o pago la deuda de Séchard y me asocio con él vendiendo mi bufete. No quiero que se me enrede. Me ha hablado usted claro, así que yo empleo el mismo lenguaje. Yo he cumplido con mi parte, cumpla usted con la suya. Usted lo tiene todo, yo no tengo aún nada. Si no me da una prueba de su sinceridad, recurriré a su mismo juego.

Cointet el largo cogió el sombrero y el paraguas, adoptó su aire jesuítico y salió diciéndole a Petit-Claud que le siguiera.

—Ahora verá, mi querido amigo, si no le he allanado el camino… —dijo el hombre de negocios al abogado.

El agudo y astuto papelero se había dado cuenta de inmediato de lo peligroso de su situación, y veía en Petit-Claud a uno de esos hombres con los que conviene jugar a cartas descubiertas. Por otra parte, con el fin de prepararse el terreno y por escrúpulos de conciencia, con la excusa de presentar un balance de la situación económica de mademoiselle de La Haye, había dejado ya caer algunas palabras al oído del ex cónsul general.

—Ya tengo lo que hace falta para resolver el asunto de Françoise, porque hoy día con treinta mil francos de dote —dijo sonriendo— una muchacha no puede permitirse ser muy exigente.

—Ya hablaremos de ello —había respondido Francis du Hautoy—. Desde la marcha de madame de Bargeton, la posición de madame de Sénonches ha cambiado mucho: podremos casar a Françoise con algún viejo hidalgüelo.

—No es conveniente para ella —dijo el papelero adoptando su aire frío—. Cásela con un hombre joven, capaz, ambicioso, a quien usted protegerá y que le dará a su mujer una buena posición.

—Ya veremos —había repetido Francis—. Primero hay que consultar a la madrina.

A la muerte de monsieur de Bargeton, Louise de Nègrepelisse había hecho vender el palacio de la rue du Minage. Madame de Sénonches, que vivía con angosturas, convenció a monsieur de Sénonches para que comprara aquella casa, cuna de las ambiciones de Lucien, y donde dio comienzo esta historia. Zéphirine de Sénonches había concebido el plan de suceder a madame de Bargeton en aquella especie de reinado que había ejercido, tener un salón y poder, por fin, hacer de gran dama. Después del duelo entre monsieur de Bargeton y monsieur de Chandour la alta sociedad de Angulema se había dividido en dos facciones: por una parte, estaban los que defendían la inocencia de Louise de Nègrepelisse y, por otra, los que daban crédito a las calumnias de Stanislas de Chandour. Madame de Sénonches se declaró a favor de los Bargeton y se ganó primeramente a todos los de aquel bando. Luego, cuando se hubo instalado en su palacio, se aprovechó de la costumbre de muchas personas que acudían allí para jugar desde hacía tantos años. Recibía todas las noches y consiguió un claro triunfo sobre Amélie de Chandour, que se erigió en su rival. Francis du Hautoy, que ahora se veía en el centro de la aristocracia de Angulema, esperaba por tanto hacer casar a Françoise con el viejo monsieur de Séverac, a quien madame du Brossard no había podido pescar para su hija. La vuelta de madame de Bargeton, convertida en mujer del prefecto de Angulema, no hizo sino aumentar las pretensiones de Zéphirine para con su muy querida ahijada. Se decía que la condesa Sixte du Châtelet emplearía toda su influencia para ayudar a la que se había convertido en su adalid. El papelero, que se conocía el mundo de Angulema al dedillo, tras sopesar de un vistazo todas aquellas dificultades, resolvió salir de aquel difícil apuro mediante una de esas maniobras audaces que sólo Tartufo se habría permitido. El abogadillo, muy sorprendido por la lealtad de su compinche en enredos, le dejaba sumido en sus meditaciones mientras caminaban desde la fábrica de papel hasta el palacio de la rue du Minage, donde en la puerta de entrada los dos importunos fueron detenidos por estas palabras:

—El señor y la señora están comiendo.

—Anúncienos a pesar de todo —repuso Cointet el largo.

Y, tras anunciar su nombre, apenas el hipócrita comerciante hubo sido introducido, presentó al abogado a la preciosa Zéphirine, que estaba comiendo con monsieur Francis du Hautoy y mademoiselle de La Haye. Monsieur de Sénonches se había ido, como siempre, de caza con monsieur de Pimentel.

—He aquí, señora, el joven abogado-procurador de quien le hablé y que se encargará de la emancipación de su bella pupila.

El antiguo diplomático examinó a Petit-Claud, quien, por su parte, miraba a hurtadillas a la bella pupila. Por lo que se refiere a la sorpresa de Zéphirine, a quien nunca ni Cointet ni Francis le habían dicho una sola palabra al respecto, fue tal que el tenedor se le cayó de las manos. Mademoiselle de La Haye, especie de arpía de cara ceñuda, talle poco agraciado, delgada, cabellos de un rubio sin atractivo, era, a pesar de ciertos aires aristocráticos, sumamente difícil de casar. Las palabras «padre y madre desconocidos» de su partida de bautismo en realidad le vedaban la esfera en la que querían situarla la solicitud de su madrina y de Francis. Mademoiselle de La Haye, ignorando su posición, se hacía la difícil: habría rechazado al comerciante más rico del Houmeau. La muy significativa mueca inspirada a mademoiselle de La Haye por el aspecto del esmirriado abogado la vio Cointet también en los labios de Petit-Claud. Madame de Sénonches y Francis parecían consultarse para encontrar la manera de despedir a Cointet y a su protegido. Cointet, que se dio cuenta de todo, le rogó a monsieur du Hautoy que le concediera un momento de audiencia y pasó al salón con el diplomático.

—Señor —le dijo sin tapujos—, la paternidad le ciega. Difícilmente casará a su hija, y, en el interés de todos ustedes, le he puesto ante la imposibilidad de echarse atrás, porque también yo quiero a Françoise como si fuera mi ahijada. ¡Petit-Claud lo sabe todo!… Su gran ambición le garantiza a usted la felicidad de su querida pequeña. En primer lugar, Françoise hará de su marido todo cuanto ella quiera, pero usted, ayudado por la mujer del prefecto que nos llega, hará de él un procurador real. Monsieur Milaud va a ser destinado a Nevers, es ya seguro. Petit-Claud venderá su bufete y usted logrará fácilmente para él el puesto de segundo fiscal sustituto; pronto llegará a procurador real, luego a presidente del tribunal, a diputado…

De vuelta al comedor, Francis estuvo encantador con el pretendiente de su hija. Lanzó una mirada de inteligencia a madame de Sénonches y terminó aquella escena de presentación invitando a Petit-Claud a cenar al día siguiente para hablar de negocios. Luego acompañó al comerciante y al abogado hasta el patio, diciéndole a Petit-Claud que, ante la recomendación de Cointet, estaba dispuesto, igual que madame de Sénonches, a confirmar todo cuanto el administrador de la fortuna de mademoiselle de La Haye hubiera dispuesto para la felicidad de aquel pequeño ángel.

—¡Ah, qué fea es! —dijo Petit-Claud—. ¡Estoy atrapado!…

—Tiene un aire distinguido —respondió Cointet—; pero si fuera guapa, ¿cree que se la darían a usted?… ¡Ah!, amigo mío, hay más de un pequeño propietario a quien treinta mil francos, la protección de madame de Sénonches y la de la condesa Du Châtelet le irían de perillas; y tanto más cuanto que monsieur Francis du Hautoy no se casará nunca y esta muchacha será su heredera… ¡Su matrimonio es cosa hecha!…

—¿Y cómo?

—Escuche lo que acabo de argumentar —continuó Cointet el largo contándole al abogado su rasgo de audacia—. Querido amigo, monsieur Milaud, según se dice, va a ser nombrado procurador real en Nevers: venderá usted su bufete y antes de diez años será Guardasellos. Es usted lo bastante audaz como para no retroceder ante ninguno de los servicios que le pida la corte…

—Pues bien, esté mañana a la cuatro y media en la place du Mûrier —respondió el abogado fanatizado ante las posibilidades de aquel porvenir—. Habré visto a papá Séchard y estipularemos una escritura en la que tanto el padre como el hijo pertenezcan al Espíritu Santo de los Cointet.

En el momento en que el anciano cura de Marsac subía las cuestas de Angulema para ir a informar a Ève del estado en que se encontraba su hermano, David se hallaba escondido desde hacía once días dos puertas más allá de aquélla por la que el digno sacerdote acababa de salir.

Cuando el padre Marron desembocó en la place du Mûrier, se encontró en ella a los tres hombres, cada uno notable en su género, que hacían sentir todo su peso sobre el presente y el porvenir del pobre preso voluntario: papá Séchard, Cointet el largo y el flacucho abogadillo. ¡Tres hombres, tres tipos de codicia!, pero tres tipos de codicia tan diferentes como los mismos hombres. Uno había concebido la idea de lucrarse con su propio hijo, el otro con su cliente y Cointet el largo compraba todas estas infamias, jactándose de no pagar nada. Eran alrededor de las cinco, y la mayor parte de los que volvían a sus casas para cenar se paraban a mirar un momento a aquellos tres hombres.

«¿Qué demonios tendrán que decirse papá Séchard y Cointet el largo?», pensaban los más curiosos.

—Seguramente estarán hablando de ese desgraciado que deja a su mujer, a su suegra y a su hijo sin pan —respondían.

—¡Y luego mandad a vuestros hijos a que aprendan un oficio en París! —decía un incrédulo de provincias.

—¡Eh!, ¿qué viene a hacer por aquí, señor cura? —exclamó el viñador al distinguir al padre Marron tan pronto como desembocó en la plaza.

—Vengo por los suyos —repuso el anciano.

—¡Alguna otra idea de mi hijo!… —exclamó papá Séchard.

—Tan poco que le costaría hacer feliz a todo el mundo —dijo el sacerdote señalando las ventanas, detrás de las cuales madame Séchard dejaba ver, entre las cortinas, su bonito rostro.

En aquel momento, Ève intentaba acallar los gritos de su hijo haciéndole saltar y cantándole una nana.

—¿Me trae noticias de mi hijo, o, lo que sería mejor aún, dinero? —preguntó papá Séchard.

CAPÍTULO TRES

—No —dijo el padre Marron—, le traigo a la hermana noticias del hermano…

—¿De Lucien?… —exclamó Petit-Claud.

—Sí. El pobre muchacho ha venido desde París a pie. Lo he encontrado en casa de Courtois muerto de cansancio y de miseria —repuso el sacerdote—. ¡Es muy desgraciado!

Petit-Claud saludó al sacerdote y cogió a Cointet el largo del brazo, mientras decía en voz alta:

—¡Cenamos en casa de madame de Sénonches, así que es hora ya de que nos vistamos!… —Y tras dar dos pasos le dijo al oído—: Cuando se tiene a la cría, no se tarda en conseguir a la madre. Ya tenemos a David…

—Yo le he encontrado una mujer, encuéntreme usted ahora una a mí —dijo Cointet el largo con una falsa sonrisa.

—Lucien fue compañero mío de colegio, éramos amigos… De aquí a una semana sabré algo sobre él. Apáñeselas para que se publiquen las amonestaciones, y yo le garantizo que meto a David en la cárcel. Mi misión termina con su encarcelamiento.

—¡Ah! —exclamó bajito Cointet el largo—. El gran negocio sería registrar la patente a nuestro nombre.

Al oír esto, el esmirriado abogado se estremeció.

En aquel instante Ève veía entrar a su suegro acompañado del padre Marron, quien, con una sola palabra, había resuelto el drama judicial.

—Vea, madame Séchard —dijo el viejo oso a su nuera—, aquí tiene a nuestro cura, que sin duda viene a contarle bonitas cosas de su hermano.

—¡Oh! —exclamó la pobre Ève, herida en el alma—. ¿Qué ha podido sucederle ahora?

Esta exclamación dejaba traslucir tantos dolores pasados, tantas aprensiones y tantas inquietudes, que el padre Marron se apresuró a decir:

—Tranquilícese, señora, ¡está vivo!

—¿Tendría la bondad, padre —le pidió Ève al viejo viñador—, de ir a buscar a mi madre? Así oirá lo que tenga que decirnos de Lucien.

El viejo se fue a buscar a madame Chardon, a quien dijo:

—Tienen para un buen rato con el padre Marron, que es buena persona, a pesar de ser cura. Seguramente la comida se retrasará, así que volveré dentro de una hora.

Y el viejo, insensible a todo cuanto no sonaba o relucía como el oro, dejó a la pobre mujer sin ver el efecto del golpe que le acababa de asestar. La desgracia que pesaba sobre sus dos hijos, la frustración de las esperanzas puestas en Lucien, el cambio tan imprevisto de un carácter que durante tanto tiempo se había creído enérgico y honesto; en suma, todos los acontecimientos que venían sucediéndose desde hacía dieciocho meses habían transformado a madame Chardon hasta el punto de volverla irreconocible. No sólo era noble de cuna, sino que tenía también un gran corazón, y adoraba a sus hijos. Por ello había sufrido más en aquellos últimos seis meses que desde que se quedara viuda. Lucien había tenido oportunidad de ser Rubempré por una real orden, de resucitar a aquella familia, de hacer revivir el título y los blasones, ¡de llegar a ser un grande! ¡Y había caído en el fango! Pues, más severa con él que la hermana, le había dado por un caso perdido el día en que se enteró del asunto de las letras. Las madres quisieran a veces equivocarse, pero conocen siempre muy bien a los hijos que han criado y no han abandonado, y, en las discusiones entre David y su mujer sobre las oportunidades que ofrecía París a Lucien, madame Chardon, pese a que aparentemente parecía compartir las ilusiones de Ève sobre su hermano, en realidad temblaba sólo de pensar que David pudiera tener razón, ya que él hablaba como ella oía hablar a su conciencia de madre. Demasiado bien conocía ella la delicada sensibilidad de su hija como para poder expresarle sus dolores y se veía, por tanto, forzada a rumiarlos en ese silencio del que sólo son capaces las madres que saben querer a sus hijos. Ève, por su parte, seguía con terror los estragos que los disgustos causaban en su madre y la veía pasar de la vejez a la decrepitud, empeorando a ojos vista. Madre e hija se comunicaban una a otra esas nobles mentiras que nunca engañan. En la vida de esta madre, la frase del feroz viñador fue la gota que colmó el vaso de las aflicciones de madame Chardon, y se sintió herida en el alma.

Por eso cuando Ève le dijo al sacerdote: «¡Le presento a mi madre!», y éste vio aquel rostro, demacrado como el de una vieja religiosa, enmarcado por unos cabellos completamente blancos, pero embellecido por el aire dulce y sereno de las mujeres cristianamente resignadas a la voluntad divina, como suele decirse, comprendió lo que era la vida de aquellas dos criaturas. No sintió ya el sacerdote ninguna compasión por su verdugo, por

Lucien; tembló al adivinar todos los suplicios que habían sufrido aquellas víctimas.

—Madre —dijo Ève secándose las lágrimas—, nuestro pobre hermano está muy cerca de nosotros, se encuentra en Marsac.

—¿Y por qué no está aquí? —preguntó madame Chardon.

El padre Marron contó todo lo que Lucien le había dicho sobre las penalidades de su viaje y las desgracias de sus últimos días en París. Describió las angustias que habían agitado el alma del poeta al tener noticia del efecto que habían causado en el seno de su familia sus imprudencias y cuáles eran sus aprensiones ante el recibimiento que podía esperarle en Angulema.

—Así pues, ¿ha llegado a dudar de nosotros? —preguntó madame Chardon.

—El pobre desgraciado ha venido hasta aquí a pie, sufriendo las privaciones más horribles, y vuelve dispuesto a retornar al más humilde camino de la vida… para enmendar sus errores.

—Señor —dijo la hermana—, pese al daño que nos ha causado, quiero a mi hermano como se quiere al cuerpo de un ser que ha muerto; y quererlo así es quererlo más aún de lo que muchas hermanas quieren a sus hermanos. Nos ha dejado en la más absoluta pobreza, pero que venga, compartirá el mísero trozo de pan que nos queda; mejor dicho, que él nos ha dejado. ¡Ah! Si no nos hubiera abandonado, no habríamos perdido nuestros más preciados tesoros.

—Y ha vuelto precisamente con el coche de la mujer que nos lo arrebató —exclamó madame Chardon—. ¡Se fue sentado al lado de madame de Bargeton en su calesa, y ha vuelto ahora en la trasera!

—¿En qué puedo serles de utilidad dada la situación en que se encuentran? —preguntó el bueno del cura que buscaba una manera de despedirse.

—¡Ah! —respondió madame Chardon—. Aunque dicen que la falta de dinero no es mortal, son heridas que sólo puede curar el propio enfermo.

—Si consiguiera convencer a mi suegro para que ayudara a su hijo, salvaría a toda una familia —manifestó madame Séchard.

—No cree en usted y me ha parecido muy irritado contra su marido —dijo el anciano, a quien las perífrasis del viñador le habían hecho comprender que los negocios de Séchard eran un avispero en el que convenía no meter la nariz.

Terminada su misión, el sacerdote se fue a cenar a casa de su sobrino Postel, quien disipó la poca buena voluntad que le quedaba a su tío dando la razón, como toda Angulema, al padre y no al hijo.

—Con los dilapidadores siempre existe algún remedio —dijo el pequeño Postel a modo de conclusión—, pero con los que hacen experimentos acabaría uno en la ruina.

La curiosidad del cura de Marsac había quedado completamente satisfecha, lo cual en todas las provincias de Francia es el fin principal del extraordinario interés que se siente por los demás. Por la noche, puso al corriente al poeta de todo cuanto sucedía en casa de los Séchard, pintándole su viaje como una misión dictada por la más pura y desinteresada caridad.

—Ha endeudado usted a su hermana y a su cuñado en unos diez mil o doce mil francos —dijo para terminar—, y nadie, mi querido señor, dispone de tal minucia para prestar a su vecino. En Angulema no somos ricos. Yo creía que se trataba de mucho menos cuando me habló usted de sus letras.

Después de haber agradecido al anciano sus bondades, el poeta le dijo:

—Para mí el verdadero tesoro son las palabras de perdón que me trae.

Al día siguiente, salió Lucien muy de mañana de Marsac para ir a Angulema, adonde llegó hacia las nueve, cayado en mano, vestido con una levita corta que había salido bastante malparada del viaje y unos pantalones negros descoloridos. Por otra parte, sus gastadas botas indicaban a las claras que pertenecía a la infortunada categoría de los caminantes. No se engañaba por ello en cuanto al efecto que debía de producir en sus paisanos el contraste entre su vuelta y su partida. Pero con el corazón encogido aún por los remordimientos que había sentido al escuchar el relato del anciano sacerdote, aceptaba por el momento aquel castigo, decidido a afrontar las miradas de sus conocidos. Se decía: «¡Soy heroico!». Estos temperamentos poéticos comienzan todos por engañarse a sí mismos. A medida que andaba por el Houmeau, su alma luchaba entre la vergüenza de aquella vuelta y la poesía de sus recuerdos. Su corazón se puso a latir con fuerza al pasar por delante de la puerta de Postel, donde, para su suerte, Léonie Marron se encontraba sola en la tienda con su niño. Vio con placer (hasta tal punto era grande aún su vanidad) que el nombre de su padre había sido eliminado. Tras su boda, Postel había hecho repintar su tienda y, como en París, puesto encima de la puerta: FARMACIA. Al subir la cuesta de la Porte-Palet, Lucien, bajo la influencia del aire natal, no sintió ya el peso de sus desgracias y se dijo con placer: «¡Voy a volver a verlos!». Llegó hasta la place du Mûrier sin haberse encontrado con nadie: una suerte que apenas esperaba, ¡él que en otro tiempo se paseaba por su ciudad con aire triunfal! Marion y Kolb, de centinelas ante la puerta, corrieron escalera arriba gritando: «¡Ya está aquí!». Lucien vio de nuevo el viejo taller y el viejo patio, se encontró en la escalera con su hermana y su madre y se abrazaron, olvidando por un momento todas las desgracias en aquel abrazo. En familia se acaba por aceptar la desgracia; se resigna uno a ella y la esperanza hace que se acepte su dureza. Aunque Lucien era la viva imagen de la desesperación, también era la de la poesía: el sol de los caminos reales y los espacios abiertos le había tostado la tez, una profunda melancolía, impresa en sus rasgos, ensombrecía su frente de poeta. Este cambio anunciaba tantos sufrimientos, que ante el aspecto de las huellas dejadas por la miseria en su fisonomía, el único sentimiento posible era la compasión. El soñador que había abandonado el seno de la familia se encontraba a su vuelta con una triste realidad. Ève, en su alegría, sonreía como las santas en pleno martirio. La pena vuelve sublime el rostro de una joven muy bella. En lugar de aquella expresión de absoluta inocencia que Lucien recordaba haber visto en el rostro de su hermana en el momento de su partida para París, encontraba ahora una seriedad demasiado elocuente para no impresionarle dolorosamente. Por eso, tras la primera efusión de sentimientos, tan viva y espontánea, hubo por una y otra parte la misma reacción: todos temían hablar. Sin embargo, Lucien no pudo dejar de buscar con la mirada a quien faltaba en aquella reunión. Esta mirada no pasó inadvertida a Ève, que rompió en llanto, y Lucien también se echó a llorar. En cuanto a madame Chardon, estaba pálida y, en apariencia, impasible. Ève se levantó, bajó para ahorrarle a su hermano una dura reprimenda, y fue a decirle a Marion:

—Hija mía, a Lucien le gustan mucho las fresas, ¡tienes que encontrar unas pocas!

—¡Oh!, ya he pensado que querría agasajar al señorito Lucien. Esté tranquila, tendrá una buena comida y también una buena cena.

—Lucien —dijo madame Chardon a su hijo—, tienes muchos errores que enmendar aquí. Te fuiste para convertirte en el orgullo de tu familia y nos has hundido en la miseria. Has echado casi a perder el medio que tu hermano tenía en sus manos para lograr una riqueza que él deseaba sólo para su nueva familia. Y no sólo has echado a perder esto… —dijo la madre. Hubo una pausa terrible, y el silencio de Lucien expresaba la aceptación de esos reproches maternos—. Búscate un trabajo —continuó dulcemente madame Chardon—. No te censuro por haber intentado hacer revivir la noble familia en cuyo seno nací, pero, para tales empresas, es menester tener una fortuna y nobles sentimientos, y tú no posees ni lo uno ni lo otro. La confianza que teníamos puesta en ti se ha visto sustituida por la desconfianza. Has destruido la paz de esta familia trabajadora y resignada, que había emprendido un difícil camino… Hay que perdonar los primeros errores. Pero no vuelvas a caer en ellos. Pasamos aquí por momentos difíciles, sé prudente, escucha a tu hermana: la desgracia es un maestro cuyas lecciones, aunque muy duras, a ella le han sido de provecho: se ha vuelto seria, es madre y soporta toda la carga de la casa por abnegación hacia nuestro querido David; en resumen, ella es por tu culpa mi único consuelo…

—Podría ser más severa —dijo Lucien besando a su madre—. Acepto su perdón porque será el único que tendré que recibir en toda mi vida.

Volvió Ève y, ante la expresión humilde de su hermano, comprendió que madame Chardon había ya hablado. Su bondad le hizo asomar una sonrisa a los labios, sonrisa a la que Lucien respondió con una mirada en la que brillaron las lágrimas contenidas. La presencia tiene su propia fascinación, consigue aplacar las disposiciones más hostiles tanto entre los enamorados como en el seno de las familias, por muy fuertes que sean las razones del descontento. ¿Será que el afecto traza en el corazón unos caminos por los que gusta volver a pasar? ¿Es un fenómeno explicable por el magnetismo? ¿O es la razón la que dice que no hay que volver a verse nunca más o perdonarse? Tanto si este efecto es debido a un razonamiento, a una causa física o al alma, cualquiera estará de acuerdo en que las miradas, los gestos y el comportamiento del ser amado despiertan en aquellos que más ha ofendido, disgustado o maltratado, vestigios de ternura. Aunque el espíritu difícilmente olvida y el interés se resienta aún, el corazón, a pesar de todos los pesares, reanuda su servidumbre. Por eso, la pobre hermana, que escuchó hasta la hora de la comida las confidencias de su hermano, cuando dejó hablar a su corazón no consiguió contener las lágrimas y dominar su voz. Al comprender los engranajes de la vida literaria de París, Ève comprendió también por qué Lucien había podido sucumbir en la lucha. La alegría del poeta, mientras acariciaba al hijo de su hermana, sus niñerías, la felicidad de volver a ver su tierra y a los suyos, unido al profundo dolor de saber que David estaba escondido, las frases de melancolía que se le escapaban a Lucien, la emoción que sintió al ver que, en medio de su desgracia, su hermana se había acordado de lo que a él le gustaba, cuando Marion sirvió las fresas; todo ello, incluso la obligación de alojar al hermano pródigo y ocuparse de él, hizo de aquella jornada una fiesta. Fue como si la miseria hubiera concedido una tregua. Fue el propio papá Séchard quien contribuyó a hacer cambiar los sentimientos de las dos mujeres al decir:

—¡Le festejáis como si os hubiera traído un dineral!…

—Pero ¿qué ha hecho mi hermano para que no se le festeje?… —exclamó madame Séchard, que quería disimular a toda costa la ignominia cometida por Lucien.

Sin embargo, una vez pasadas las primeras muestras de afecto, la verdad comenzó a aflorar. Lucien no tardó en darse cuenta de que el afecto que le prodigaba Ève no era el de otro tiempo. David era profundamente respetado, mientras que a Lucien se le quería a pesar de todo y como se quiere a una amante no obstante los desastres que provoca. La estima, base necesaria para nuestros sentimientos, es el tejido recio que les da un no sé qué de seguridad y esa firmeza indefinible que los hace importantes en nuestra vida, y que faltaba entre madame Chardon y su hijo, entre el hermano y la hermana. Lucien se sintió privado de esta plena confianza que habrían tenido en él de no haber faltado al honor. El juicio por escrito que D’Arthez había dado sobre él, y que su hermana había hecho suyo, se traslucía en sus gestos, miradas y acento. Lucien era compadecido; pero todas las bellas esperanzas que se habían hecho respecto a él, la gloria, el orgullo de la familia, el héroe del hogar doméstico, se habían esfumado para siempre. Las dos mujeres temían tanto su ligereza que no querían revelarle siquiera dónde estaba escondido David. Ève, insensible a los halagos que acompañaban la curiosidad de Lucien, que quería ver a su hermano, no era ya la Ève del Houmeau, para quien una sola mirada de Lucien era en otro tiempo una orden irresistible. Lucien habló de reparar sus yerros, jactándose de poder salvar a David. Ève le replicó:

—No te inmiscuyas en esto, pues nuestros adversarios son muy pérfidos y hábiles.

Lucien sacudió la cabeza como queriendo decir: «He luchado con parisienses…». Y su hermana le replicó con una mirada que significaba: «Pero has sido vencido».

«Ya no me quieren —pensó Lucien—. También para la familia, como para el mundo, hay que triunfar.» A partir del segundo día, tratando de explicarse la poca confianza que su madre y su hermana le demostraban, el poeta se sintió dominado por un pensamiento no ya de odio, pero sí de despecho. Consideró con los ojos de un parisiense aquella austera vida de provincias olvidando que la mediocridad de aquella familia, soportada con paciente y sublime resignación, era obra suya. «Son unas burguesas, no pueden entenderme», se dijo, distanciándose así de su hermana, de su madre y de Séchard, a quien ya no podía engañar acerca de su carácter ni de su porvenir.

Ève y madame Chardon, vueltas precavidas por los reveses y las desgracias que habían sufrido, espiaban los más ocultos pensamientos de Lucien y se sentían mal juzgadas viendo al joven encerrarse en sí mismo. «¡París nos lo ha cambiado totalmente!», se dijeron. Finalmente recogían el fruto del egoísmo que ellas mismas habían alimentado. Era una ligera levadura destinada a fermentar en ambas partes, pero principalmente en Lucien, que se consideraba tan digno de reproche. En cuanto a Ève, era una de esas hermanas capaces de decirle a un hermano culpable: «Perdóname tus errores…». Cuando la unión de las almas ha sido perfecta, como lo fue al comienzo de la vida entre Ève y Lucien, cualquier atentado a este bello ideal del sentimiento resulta mortal. Ahí donde los canallas hacen las paces después de haberse asestado unas puñaladas, a los enamorados les basta con una simple mirada o palabra para romper definitivamente. El corazón guarda el recuerdo de una especie de perfección ideal, lo cual explica el motivo secreto de separaciones que a menudo resultan inexplicables. Se puede vivir con una duda en el corazón cuando el pasado no nos ofrece el cuadro de un afecto puro y sin nubes, pero para dos seres que han estado perfectamente unidos en otro tiempo la vida se vuelve insoportable cuando se ven obligados a medir cada mirada o palabra. Por eso los grandes poetas hacen morir a sus Pablos y Virginias al final de la adolescencia. ¿Os imagináis a Pablo y Virginia peleados?… Digamos en honor a Ève y a Lucien que no eran los intereses, tan profundamente afectados, los que avivaban aquellas heridas: tanto en la hermana intachable como en el poeta culpable todo era sentimiento; por eso el más mínimo malentendido, el más pequeño roce, un nuevo desengaño debido a Lucien podía desunirlos o provocar una de esas disputas que separan y enemistan definitivamente a las familias. En cuestiones de dinero todo se arregla, pero los sentimientos son implacables.

Al día siguiente, Lucien recibió un ejemplar del diario de Angulema y palideció de gusto al verse objeto de uno de los primeros artículos de crónica de aquel respetable periódico, que, semejante a las academias de provincias, como una muchacha bien educada, en palabras de Voltaire, nunca daba que hablar.

Que el Franco Condado se enorgullezca de haber sido la cuna de Victor Hugo, Charles Nodier y Cuvier; Bretaña, de Chateaubriand y de Lamennais; Normandía, de Casimir Delavigne; Turena, del autor de «Eloa»; hoy, la región de Angulema, donde ya bajo el reinado de Luis XIII el ilustre Guez, más conocido como De Balzac, quiso ser conciudadano nuestro, no tiene ya nada que envidiar ni a esas provincias, ni al Limousin, que vio nacer a Dupuytren, ni a Auvernia, patria de Montlosier, ni a Burdeos, que ha tenido la fortuna de contar entre sus hijos a tantos grandes hombres; también nosotros tenemos un poeta: el autor de los bellos sonetos titulados Las margaritas, une a la gloria del poeta la del prosista, porque suya es también la magnífica novela El arquero de Carlos IX. Algún día nuestros nietos se sentirán orgullosos de tener por paisano a Lucien Chardon, ¡¡¡un rival de Petrarca!!!…

En los periódicos de provincias de la época, los signos de admiración venían a ser como los hurrahs con los que se acogen los speeches de los meetings en Inglaterra.

A pesar de sus brillantes éxitos en París, nuestro joven poeta se ha acordado de que el palacio de Bargeton fue la cuna de sus triunfos, que la aristocracia angulemina fue la primera en aplaudir sus poesías; que la esposa del señor conde Du Châtelet, prefecto de nuestro departamento, alentó sus primeros pasos en el camino de las musas, ¡y ha vuelto entre nosotros!… Todo el Houmeau se conmovió, ayer, cuando nuestro Lucien de Rubempré hizo su aparición. La noticia de su regreso ha despertado en todas partes la más viva sensación. Y seguro que la ciudad de Angulema no se dejará aventajar por el Houmeau en cuanto a los honores que se habla ya de tributar a quien, tanto en la prensa como en la literatura, ha representado tan gloriosamente a nuestra ciudad en París. Lucien, poeta de credo religioso y monárquico, ha desafiado las luchas furibundas entre los partidos y ahora, se dice, ha venido a descansar de las fatigas de una lucha que sería extenuante incluso para unos atletas más fuertes aún que los poetas y los soñadores.

Aplaudamos, por consiguiente, la idea eminentemente política, y de la que parece que ha sido inspiradora la señora condesa Du Châtelet, de devolver a nuestro gran poeta el título y el apellido ilustre de la familia de los Rubempré, cuya única heredera es su madre, madame Chardon. Reverdecer con talento y gloria nuevos las viejas familias a punto de extinguirse es, en la patria del inmortal autor de la Carta, una nueva prueba de su constante deseo, que se resume en estas palabras: «unión y olvido».

Nuestro poeta se ha alojado en casa de su hermana, madame Séchard.

En la página de la crónica de Angulema, podían leerse las siguientes noticias:

Nuestro prefecto, el señor conde Du Châtelet, ya nombrado gentilhombre ordinario de cámara de S. M., acaba de ser promovido a consejero de Estado en servicio extraordinario.

Ayer, todas las autoridades se presentaron en casa del señor prefecto.

La señora condesa Sixte du Châtelet recibirá todos los jueves.

El alcalde del Escarbas, monsieur de Nègrepelisse, representante de la rama menor de los Espard, padre de madame du Châtelet, nombrado recientemente conde, par de Francia y comendador de la Real Orden de San Luis, ha sido, según se rumorea, designado para presidir el gran colegio electoral de Angulema en las próximas elecciones.

—Mira —dijo Lucien a su hermana llevándole el periódico.

Después de haber leído atentamente el artículo, Ève devolvió la hoja a su hermano con aire pensativo.

—¿Qué me dices?… —le preguntó Lucien, asombrado de una prudencia que parecía frialdad.

—Querido —respondió ella—, este periódico pertenece a los Cointet, que son muy dueños de insertar en él los artículos que quieran, y sólo la Prefectura o el Obispado puede forzarles la mano. ¿Supones que tu antiguo rival, hoy prefecto, es tan generoso como para cantar así tus alabanzas? ¿Acaso olvidas que los Cointet nos persiguen detrás del nombre de Métivier y quieren, sin duda alguna, obligar a David a que les deje sacar partido de sus descubrimientos?… De cualquier parte que venga este artículo, a mí me parece inquietante. Aquí tú no despertabas más que odios y envidias, y se te calumniaba en virtud del refrán que reza «Nadie es profeta en su tierra», y he aquí que todo cambia en un abrir y cerrar de ojos…

—No conoces el amor propio de las ciudades provincianas —replicó Lucien—. ¡En una pequeña ciudad del Sur salieron a sus puertas a recibir en triunfo a un joven que había ganado el premio de honor en el Grand Concours, al considerarle como un gran hombre en cierne!

—Escúchame, querido Lucien, no es mi deseo echarte un sermón, te lo diré todo en una sola frase: desconfía aquí hasta de las cosas más nimias.

—Tienes razón —repuso Lucien, sorprendido de encontrar a su hermana tan poco entusiasta.

El poeta se sentía en el colmo de la gloria al ver transformada en un triunfo su miserable y vergonzante vuelta a Angulema.

—¡Vosotros no creéis en ese poco de gloria que tan caro nos cuesta! —exclamó Lucien al cabo de una hora de silencio, durante la cual se formó una especie de tormenta en su corazón.

Por toda respuesta, Ève le dirigió una mirada a Lucien, mirada que le hizo avergonzarse de su acusación.

Unos instantes antes de la comida, un empleado de la Prefectura trajo una carta dirigida a monsieur Lucien Chardon y que pareció dar la razón a la vanidad del poeta, que la buena sociedad disputaba a la familia.

Esta carta era la siguiente invitación:

El señor conde Sixte du Châtelet y la señora condesa Du Châtelet ruegan a monsieur Lucien Chardon les haga el honor de comer con ellos el próximo 15 de septiembre.

S. R. C.

A la carta iba unida esta tarjeta de visita:

EL CONDE SIXTE DU CHÂTELET

Gentilhombre ordinario de cámara del rey,

Prefecto del Charente,

Consejero de Estado.

—Goza usted de favor —dijo papá Séchard—; y en la ciudad hablan de usted como de un gran personaje… Angulema y el Houmeau se disputan quién será el que más coronas le trence…

—Mi querida Ève —dijo Lucien al oído de su hermana—, estoy en las mismas que en el Houmeau el día que tuve que ir a casa de madame de Bargeton: no tengo nada que ponerme para ir a la comida del prefecto.

—Entonces, ¿piensas aceptar esa invitación? —exclamó madame Séchard, espantada.

Estalló entre hermano y hermana una discusión sobre la oportunidad de acudir o no a la Prefectura. El buen sentido de la mujer de provincias le decía a Ève que nadie puede mostrarse en público si no es con semblante risueño, un traje impecable y un aspecto irreprochable; pero se callaba lo que de verdad pensaba: «¿Qué sucederá si Lucien va a la comida del prefecto? ¿Qué puede hacer por él la alta sociedad de Angulema? ¿No se estará maquinando algo en su contra?».

Lucien acabó por decir a su hermana antes de ir a acostarse:

—Tú no sabes cuál es mi influencia: la mujer del prefecto teme al periodista; ¡y además la condesa Du Châtelet sigue siendo Louise de Nègrepelisse! Una mujer que acaba de obtener tantos favores puede salvar a David. Le hablaré del descubrimiento que mi hermano acaba de hacer y a ella no le costará nada obtener del Ministerio una subvención de diez mil francos.

A las once de la noche, Lucien, su hermana, su madre, papá Séchard, Marion y Kolb fueron despertados por los acordes de la banda municipal, a la que se había unido la de la guarnición, y se encontraron con la place du Mûrier llena de gente. Se dio una serenata a Lucien Chardon de Rubempré, a cargo de los jóvenes de Angulema. Lucien se asomó a la ventana del cuarto de su hermana y dijo en medio del más profundo silencio, después del último acorde:

—Agradezco a mis paisanos el honor que me dispensan, trataré de ser digno de él; ruego me perdonen si no digo nada más: mi emoción es tan viva que no podría continuar.

—¡Viva el autor de El arquero de Carlos IX!… ¡Viva el autor de Las margaritas! ¡Viva Lucien de Rubempré!

Tras estas tres ovaciones, proferidas por algunas voces, tres coronas y unos ramilletes de flores fueron lanzados diestramente, a través de la ventana, dentro del piso. Diez minutos después, la plaza estaba completamente vacía y el silencio reinaba en ella.

—Habría preferido diez mil francos —dijo papá Séchard, que miró y remiró las coronas y los ramilletes con aire profundamente sarcástico—. Pero usted les ha dado margaritas y ellos le devuelven unos ramilletes: todo queda en flores.

—¡Este es el aprecio en que tiene los honores que me dispensan mis paisanos! —exclamó Lucien, cuya fisonomía ofreció una expresión enteramente desprovista de melancolía y que verdaderamente resplandeció de satisfacción—. Si conociera a los hombres, papá Séchard, sabría que no se encuentran en la vida dos momentos parecidos a éste. ¡Sólo un verdadero entusiasmo puede tributar semejantes triunfos!… Esto, mi querida madre y hermana, consuela de muchas penas.

Lucien abrazó a su madre y a su hermana tal como lo hacemos en esos momentos en que tenemos necesidad del corazón de un amigo para derramar en él la alegría que desborda en oleadas. (A falta de un amigo, decía en cierta ocasión Bixiou, un autor embriagado por su éxito abraza a su portero.)

—Pues bien, querida niña —dijo a su hermana—, ¿por qué lloras ahora? ¡Oh!, es de alegría…

—¡Ah! —dijo Ève cuando estuvo a solas con su madre, antes de volver a la cama—. Creo que dentro de cada poeta se esconde una bella mujer de la peor especie.

—Tienes razón —respondió la madre sacudiendo la cabeza—. Lucien lo ha olvidado ya todo, no sólo sus miserias, sino también las nuestras.

Madre e hija se separaron sin atreverse a decirse todo lo que pensaban.

En los países devorados por ese sentimiento de insubordinación social que se esconde detrás de la palabra «igualdad», cualquier triunfo supone un milagro que requiere precisamente, como ciertos milagros, el concurso de unos expertos tramoyistas. De diez ovaciones que la patria tributa a personas vivas y consideradas, nueve no tienen nada que ver con los méritos del glorioso homenajeado. La apoteosis de Voltaire en el escenario del Théâtre-Français, ¿no era acaso el triunfo de la filosofía de su siglo? En Francia sólo se puede triunfar cuando toda la nación es glorificada junto con el triunfador. He aquí por qué los presentimientos de las dos mujeres estaban más que justificados. El éxito del gran hombre de provincias contrastaba demasiado con las inconmovibles costumbres de Angulema como para que no hubiese sido puesto en escena por ciertos intereses o por un hábil intrigante, dos fuerzas igualmente pérfidas. Ève, como la mayoría de las mujeres, por otra parte, desconfiaba por naturaleza y sin poder explicarse los motivos de dicha desconfianza. Al dormirse se dijo: «¿Quién puede querer tanto aquí a mi hermano como para haber movilizado a la región?… Las margaritas no se han publicado aún; ¿cómo pueden, entonces, felicitarle por un éxito que todavía no se ha producido?…».

Este triunfo, efectivamente, era obra de Petit-Claud. El día en que el cura de Marsac le había anunciado la vuelta de Lucien, el abogado comía por primera vez en casa de madame de Sénonches, que tenía que recibir oficialmente la petición de mano de su pupila. Fue una de esas comidas de familia cuya solemnidad se revela más por los atavíos que por el número de invitados. Aunque se está en familia, se deja sentir el carácter oficial y las intenciones se traslucen en todos los semblantes. Françoise estaba expuesta como en un escaparate. Madame de Sénonches había enarbolado el pabellón de uno de sus trajes más rebuscados. Monsieur du Hautoy vestía de negro. Monsieur de Sénonches, a quien le había escrito su mujer sobre la llegada de madame du Châtelet, que había de hacer su aparición por primera vez en su casa, y sobre la presentación oficial de un pretendiente para Françoise, había regresado de casa de monsieur de Pimentel. Cointet, vestido con su mejor traje marrón de corte eclesiástico, exhibía un diamante de seis mil francos en su chorrera, la venganza del rico comerciante sobre la aristocracia empobrecida. Petit-Claud, afeitado, peinado y engominado, no había podido desprenderse de su aire seco. Era imposible no comparar a aquel abogado esmirriado, enfundado en su traje, con una víbora congelada; pero la esperanza daba tal vivacidad a sus ojos de urraca, su rostro tenía una expresión tan glacial, estuvo tan envarado, que justo alcanzó la dignidad de un ambicioso pequeño procurador real. Madame de Sénonches había rogado a sus íntimos que no dijeran ni una palabra de la primera entrevista de su pupila con un pretendiente, ni de la aparición de la mujer del prefecto, y por tanto esperaba ver sus salones llenos. Efectivamente, el prefecto y su mujer habían hecho su presentación oficial por carta, reservándose el honor de las visitas personales para otros fines. Por ello, entre la aristocracia de Angulema la curiosidad era tan grande que muchas personas del bando de Chandour se propusieron acudir al palacio Bargeton, porque todos se obstinaban en no llamarlo el palacio de los Sénonches. Las demostraciones del favor de que gozaba la condesa Du Châtelet habían despertado muchas ambiciones; y además se decía que había cambiado tanto a mejor que todos querían juzgar por sus propios ojos. Por el camino, cuando Petit-Claud se enteró por Cointet de la gran noticia de que Zéphirine había obtenido de la mujer del prefecto el honor de poderle presentar al futuro esposo de la querida Françoise, Petit-Claud se jactó de poder sacar partido de la falsa posición en que la vuelta de Lucien ponía a Louise de Nègrepelisse.

Cuando monsieur y madame de Sénonches habían comprado aquella casa asumieron unos compromisos tan gravosos que, como buenos provincianos, no se habían atrevido a hacer el más mínimo cambio en ella. Así, cuando le fue anunciada Louise, Zéphirine, saliendo a su encuentro, le dijo:

—Mi querida Louise, mire, está aún todo como usted lo dejó… —mientras le señalaba la pequeña araña con almendras, las boiseries y el mobiliario que en otro tiempo tanto fascinara a Lucien.

—Querida mía, es en lo último en que quisiera pensar —le respondió amablemente la mujer del prefecto echando un vistazo a su alrededor para examinar a los presentes.

Todos reconocieron que Louise de Nègrepelisse no parecía ya la misma. El gran mundo parisiense en el que había pasado dieciocho meses, la primera felicidad de su matrimonio, capaz de transformar a la mujer como París había transformado a la provinciana, esa especie de dignidad que confiere el poder, todo contribuía a transformar a la condesa Du Châtelet en una mujer que se parecía a madame de Bargeton como una muchacha de veinte años se parece a su madre. La condesa lucía una encantadora toca de encaje y flores prendida al descuido con un alfiler de cabeza de diamante. Sus cabellos peinados a la inglesa le favorecían y la rejuvenecían al ocultar los contornos del rostro. Llevaba un vestido de fulard, con la blusa en punta, adornado con deliciosos flecos y cuya hechura, obra de la célebre Victorine, realzaba su talle. Sus hombros, cubiertos con una pañoleta de blonda, apenas si resultaban visibles bajo un chal de gasa, envuelto ingeniosamente en torno a su cuello demasiado largo. Finalmente, jugaba con aquellas graciosas bagatelas cuyo manejo constituye siempre un problema para la mujer de provincias; un bonito perfumador colgaba de su pulsera con una cadenita; tenía en una mano su abanico y su pañuelo enrollado, sin sentirse incómoda. El exquisito gusto en los más mínimos detalles, la pose y las actitudes imitadas de madame d’Espard, revelaban en Louise un sabio estudio del faubourg Saint-Germain. En cuanto al antiguo lechuguino del Imperio, el matrimonio le había madurado como a esos melones que, verdes aún la víspera, se vuelven amarillos en una sola noche. Al encontrar en el rostro de su mujer la lozanía que Sixte había perdido, las bromas de provincias corrían de boca en boca, tanto más cuanto que todas las mujeres estaban rabiosas por la nueva supremacía de la antigua reina de Angulema; y el tenaz intruso tuvo que pagar por su mujer. A excepción de monsieur de Chandour y de su mujer, el difunto Bargeton, monsieur de Pimentel y los Rastignac, se encontraron en el salón más o menos la misma concurrencia que el día en que Lucien hizo su lectura, porque monseñor obispo llegó seguido de sus vicarios. Petit-Claud, impresionado por el espectáculo de la aristocracia angulemina, entre la cual desesperaba encontrarse nunca sólo cuatro meses antes, sintió cómo se aplacaba su odio hacia las clases altas. Encontró encantadora a la condesa Du Châtelet diciéndose: «¡Esta es, pues, la mujer que puede hacerme nombrar fiscal sustituto!».

A mitad de la velada, después de haber charlado el mismo tiempo con cada una de las mujeres, variando siempre el tono de su conversación según la importancia de la persona y la conducta que había seguido a raíz de su fuga con Lucien, Louise se retiró al boudoir con monseñor. Zéphirine tomó entonces el brazo de Petit-Claud, a quien le palpitó el corazón, y le condujo hacia aquel boudoir donde habían comenzado las desgracias de Lucien y donde ahora iban a consumarse.

—Aquí tiene a monsieur Petit-Claud, querida; te lo recomiendo con tanto más interés cuanto que todo lo que por él puedas hacer será, sin duda, en provecho de mi pupila.

—¿Es usted abogado, señor? —preguntó la augusta hija de los Nègrepelisse mientras examinaba a Petit-Claud.

—Lamentablemente sí, señora condesa.

Ni una sola vez en toda su vida el hijo del sastre del Houmeau había tenido ocasión de emplear estas dos palabras, así que se llenó la boca con ellas.

—Pero depende de la señora condesa —añadió— hacerme entrar en la magistratura. Según dicen, monsieur Milaud ha sido destinado a Nevers…

—Pero —interrumpió la condesa—, ¿no hay que ser primero segundo fiscal sustituto para llegar a ser primer fiscal sustituto? Me gustaría verle inmediatamente como primer fiscal sustituto… Para ocuparme de usted y conseguirle este favor quiero estar segura de su adhesión a la Legitimidad, a la Religión y, sobre todo, a monsieur de Villèle.

—¡Ah!, señora —dijo Petit-Claud acercándose a su oído—, estoy dispuesto a servir fielmente al rey.

—Es de hombres como usted de los que nosotros tenemos necesidad en este momento —repuso ella echándose hacia atrás para demostrarle que no quería que se le dijera nada al oído—. Si usted sigue siendo del agrado de madame de Sénonches, cuente conmigo —añadió haciendo un gesto regio con su abanico.

—Señora —dijo Petit-Claud mientras Cointet se asomaba a la puerta del boudoir—, Lucien está aquí.

—¿Y bien, señor?… —respondió la condesa en un tono que habría hecho enmudecer a cualquier otro hombre.

—La señora condesa no me ha entendido —continuó Petit-Claud con la más respetuosa fórmula—; quiero darle una prueba de mi adhesión a su persona. ¿Cómo quiere la señora condesa que el gran hombre que ella creó sea recibido en Angulema? No puede haber término medio: ha de ser objeto de desprecio o de gloria.

Louise de Nègrepelisse no había pensado en aquel dilema, por el que, evidentemente, estaba interesada, más por el pasado que por el presente. Pero de los sentimientos que albergaba actualmente la condesa por Lucien dependía el triunfo del plan concebido por el abogado para conseguir detener a Séchard.

—Monsieur Petit-Claud —dijo ella adoptando una actitud digna y altiva—, quiere usted formar parte del Gobierno; pues bien, sepa entonces que su principio supremo es no errar nunca, y que las mujeres tienen más aún que el Gobierno el instinto del poder y el sentimiento de su propia dignidad.

—Es precisamente lo que pensaba también yo, señora —respondió vivamente el abogado observando a la condesa con una atención tan profunda como disimulada—. Lucien llega aquí en la más negra miseria. Pero si ha de recibir una ovación, puedo también obligarle, por la misma ovación, a abandonar Angulema, donde su hermana y su cuñado David Séchard sufren una encarnizada persecución judicial…

Louise de Nègrepelisse dejó entrever en su altivo rostro una leve expresión producida por la misma represión del placer que sentía. Sorprendida por haber sido comprendida tan bien, miró a Petit-Claud, desplegando su abanico, pues en aquel momento hacía su entrada Françoise de La Haye, lo que le dio tiempo a encontrar una respuesta.

—Señor —le dijo con una sonrisa significativa—, no tardará en ser procurador real.

¿No era decirlo todo sin comprometerse?

—¡Oh, señora! —exclamó Françoise yendo a dar las gracias a la mujer del prefecto—. Le deberé, pues, la felicidad de mi vida. —Y acercándose al oído de su protectora con un gesto de muchacha, agregó—: Mi vida sería una muerte lenta si tuviese que ser la mujer de un abogado de provincias…

Zéphirine se había abalanzado así sobre Louise empujada por Francis, que no carecía de cierto conocimiento del mundo burocrático.

—En los primeros días de cualquier advenimiento, ya sea el de un prefecto, de una dinastía o de una empresa —dijo el antiguo cónsul general a su amiga—, todo el mundo se muestra muy dispuesto a hacer favores, pero no tardan en darse cuenta de que la protección tiene muchos inconvenientes y pronto se vuelven de hielo. Lo que hoy Louise hará por Petit-Claud, dentro de tres meses no querrá hacerlo ni siquiera por el marido de usted.

—¿Ha pensado la señora condesa —dijo Petit-Claud— en todo lo que se requiere para el triunfo de nuestro poeta? Deberá recibir a Lucien en algún momento durante los diez días que dure nuestro entusiasmo.

La mujer del prefecto hizo un signo con la cabeza para despedir a Petit-Claud y se levantó para ir a hablar con madame de Pimentel, que asomó su cabeza por la puerta del boudoir. Impresionada por la noticia de la promoción del bueno de Nègrepelisse a la dignidad de par, la marquesa había juzgado necesario ir a agasajar a una mujer lo bastante hábil como para haber acrecentado su influencia a partir de un medio error.

—Dígame, querida, ¿por qué se ha tomado la molestia de promover a su padre a la Cámara Alta? —preguntó la marquesa en medio de una conversación confidencial en la que doblaba su rodilla ante la superioridad de su querida Louise.

—Querida, se me ha concedido de tanto mejor grado el favor cuanto que mi padre no tiene hijos y votará siempre por la Corona; pero si yo tuviera hijos varones, ya me encargaré de que mi primogénito herede el título, las armas y la dignidad de par de su abuelo…

Madame de Pimentel comprendió con pesar que, para ver cumplido su deseo de elevar a monsieur de Pimentel a la dignidad de par, no podría servirse de una madre cuya ambición se proyectaba en sus hijos futuros.

—Ya tengo en un puño a la mujer del prefecto —iba diciendo Petit-Claud a Cointet mientras salían—, y le prometo su escritura… Dentro de un mes seré primer fiscal sustituto y usted tendrá a Séchard en sus manos. Ahora trate de encontrarme un sucesor para mi bufete, en cinco meses lo he convertido en el primero de Angulema…

—Sólo hacía falta que ensillara —dijo Cointet casi celoso de su labor.

Todo el mundo puede comprender ahora el motivo del triunfo de Lucien en su región. Al igual que aquel rey de Francia que no vengaba al duque de Orleans, Louise no quería acordarse de las ofensas recibidas en París por madame de Bargeton. Quería ser la valedora de Lucien, aplastarlo con su protección y librarse de él honestamente. Puesto al corriente de toda la intriga de París por los comadreos, Petit-Claud había adivinado perfectamente el vivo odio que las mujeres guardan hacia el hombre que ha sido incapaz de amarlas en el momento en que ellas han sentido el deseo de ser amadas.

Al día siguiente de la ovación que justificaba el pasado de Louise de Nègrepelisse, Petit-Claud, para acabar de embriagar a Lucien y tenerle en sus manos, se presentó en casa de madame Séchard al frente de seis jóvenes de la ciudad, todos ellos antiguos compañeros de Lucien en el instituto de Angulema. Esta delegación era enviada al autor de Las margaritas y de El arquero del Carlos IX por sus condiscípulos, para rogarle su asistencia al banquete que querían dar al gran hombre salido de sus filas.

—¡Vaya! ¡Eres tú, Petit-Claud! —exclamó Lucien.

—Tu vuelta aquí —le dijo Petit-Claud— ha estimulado nuestro amor propio, ha despertado nuestro sentido del honor, nos hemos rascado el bolsillo y te preparamos una magnífica comida. Asistirán nuestro director del instituto y nuestros profesores, y tal como van las cosas tendremos sin duda hasta a las autoridades.

—¿Y para qué día es? —preguntó Lucien.

—Para el próximo domingo.

—Imposible —respondió el poeta—; no puedo aceptar hasta dentro de diez días…, pero entonces asistiré con mucho gusto…

—Pues bien, como tú digas —dijo Petit-Claud—; así que para dentro de diez días.

Lucien estuvo encantador con sus antiguos condiscípulos, quienes le dieron muestras de una admiración casi respetuosa. Habló durante casi media hora y estuvo muy brillante, pues se veía sobre un pedestal y quería justificar la opinión de su tierra natal: se metió las manos en los bolsillos del chaleco y habló exactamente igual que un hombre que ve las cosas desde la altura en que le han puesto sus conciudadanos. Se mostró modesto y buen chico, como un genio de trapillo. Fueron las quejas de un atleta cansado de las luchas de París, sobre todo desencantado; felicitó a sus compañeros por no haber abandonado su buena provincia, etcétera. Todos quedaron encantados con él. Luego, hizo un aparte con Petit-Claud y le rogó que le dijera toda la verdad acerca de los negocios de David, reprochándole la situación de secuestro en que se encontraba su cuñado. Lucien quería mostrarse astuto con Petit-Claud. Éste se esforzó ante su antiguo compañero, él, Petit-Claud, por dar la impresión de ser un pobre abogado de provincias, carente de malas artes. La actual constitución de la sociedad, infinitamente más compleja en sus engranajes que las sociedades antiguas, ha tenido como efecto una subdivisión de las facultades en el hombre. En otro tiempo, las personas eminentes, al verse obligadas a ser universales, eran pocas y resplandecían como lumbreras en medio de las naciones antiguas. Más tarde, las facultades comenzaron a especializarse, pero siguieron aún orientadas hacia una cierta unidad. Así, un hombre lleno de «astuta prudencia», como se ha dicho de Luis XI, podía aplicar su astucia a todo; pero hoy día, la facultad misma es la que se ha subdividido. Por ejemplo, hay tantas formas distintas de astucia como diferentes profesiones existen. En una provincia, un astuto diplomático puede verse perfectamente enredado por un mediocre abogado o por un campesino. Hasta el más astuto periodista puede ser tomado por un perfecto ignorante en materia de intereses comerciales, y Lucien no podía dejar de ser y fue un juguete en manos de Petit-Claud. El malicioso abogado había escrito él mismo, naturalmente, el artículo en el que la ciudad de Angulema, comprometida con su barrio del Houmeau, se veía obligada a agasajar a Lucien. Los conciudadanos de Lucien que habían acudido a la place du Mûrier eran los operarios de la imprenta y de la papelera de los Cointet, acompañados por los pasantes de Petit-Claud, por Cachan y por algunos compañeros de colegio. Convertido de nuevo el poeta en el compañero de colegio, el abogado pensaba con razón que su amigo dejaría escapar, en un momento dado, el secreto del escondite de David. Y si David sucumbía por culpa del poeta, Angulema dejaría de ser un lugar para Lucien. Así, para ganarse mejor su confianza, adoptó una actitud de inferior respecto a Lucien.

—¿Cómo no iba a hacer todo lo posible? —dijo Petit-Claud a Lucien —. Se trataba de la hermana de mi compañero; pero, en la Audiencia, existen situaciones en las que no hay nada que hacer. David me pidió, a primeros de junio, que le garantizara tres meses de tranquilidad; no ha estado en peligro hasta septiembre, y, además, he podido sustraer todos sus haberes a sus acreedores, ya que ganaré el proceso en el Tribunal Real; allí haré que reconozcan que el privilegio de la mujer no admite ninguna excepción, que, en este caso, no encubre ningún fraude… En cuanto a ti, has vuelto en la miseria, pero eres un genio… —Lucien hizo un gesto como si el incienso le llegara demasiado cerca de la nariz—. Sí, querido amigo —

continuó Petit-Claud—, he leído El arquero de Carlos IX, y es algo más que una simple obra, es un libro de verdad. ¡El prefacio sólo puede haber sido escrito por dos hombres, Chateaubriand o tú!

Lucien aceptó este elogio sin confesar que el prefacio era de D'Arthez. De cien autores franceses, noventa y nueve habrían reaccionado como él.

—Pues bien, aquí nadie parecía conocerte —continuó Petit-Claud fingiendo indignación—. En cuanto vi la indiferencia general, me puse manos a la obra para revolucionar a toda esa gente. Escribí el artículo que has leído…

—¡Cómo! —exclamó Lucien—. ¿Tú eres el que…?

—¡Yo precisamente!… Angulema y el Houmeau se han convertido en rivales; reuní a algunos jóvenes, tus antiguos condiscípulos, y organicé la serenata de ayer; luego, una vez llevados por el entusiasmo, hemos comenzado la suscripción para la comida. «¡Si David se esconde, Lucien al menos será coronado!», me dije. Y aún he hecho más, he visto a la condesa Du Châtelet y le he hecho entender que era su deber sacar a David de su situación; puede y debe hacerlo. Si de veras David ha encontrado el secreto del que me habló, el Gobierno no se arruinará sosteniéndole, y ¡vaya gloria para un prefecto parecer que ha contribuido en algo a un descubrimiento tan grande, gracias a la feliz protección que brinda al inventor! Se hablaría de él como de un administrador ilustrado… ¡Tu hermana se ha aterrado por el fuego de nuestra mosquetería judicial!, se ha espantado del humo… La guerra en la Audiencia cuesta tan cara como en los campos de batalla, pero David ha mantenido su posición, y está en posesión de su secreto: ¡no se le puede detener y no se le detendrá!

—Te lo agradezco, amigo mío, y veo que puedo confiarte mi plan, me ayudarás a ponerlo en práctica. —Petit-Claud miró a Lucien dando a su nariz retorcida la forma de un signo de interrogación—. Quiero salvar a Séchard —dijo Lucien con ciertos aires de importancia—, puesto que soy la causa de su desgracia, y quiero repararla… Yo tengo más poder sobre Louise…

—¿Qué Louise?…

—¡La condesa Du Châtelet!… —Petit-Claud esbozó un gesto de sorpresa—. Tengo más poder sobre ella del que ella misma se imagina —continuó Lucien—. Sólo que, querido amigo, si bien tengo poder sobre vuestro Gobierno, no tengo trajes en absoluto…

Petit-Claud hizo otro gesto como para ofrecer su bolsa.

—Gracias —dijo Lucien estrechando la mano de Petit-Claud—. Dentro de diez días iré a hacerle una visita a la mujer del prefecto y te devolveré la tuya.

Y se separaron dándose unos apretones de manos como verdaderos compañeros.

«Debe de ser poeta —se dijo Petit-Claud para sus adentros—, porque está loco.»

«Por más que se diga —pensaba Lucien mientras volvía a casa de su hermana—, no hay nada como los amigos del colegio.»

—Lucien —dijo Ève—, ¿qué te ha prometido Petit-Claud para que le demuestres tanta amistad? ¡Ten cuidado con él!

—¿Con él? —exclamó Lucien—. Escucha, Ève —prosiguió pareciendo obedecer a una reflexión—, tú ya no crees en mí, desconfías de mí y puedes desconfiar de Petit-Claud, pero dentro de doce o quince días cambiarás sin duda de parecer —añadió con unos aires un tanto fatuos…

Lucien subió de nuevo a su habitación y le escribió a Lousteau la siguiente carta.

Querido amigo:

Sólo yo, entre nosotros dos, puedo acordarme del billete de mil francos que te presté; pero por desgracia conozco demasiado bien la situación en que te encontrarás cuando abras mi carta para pretender que me los devuelvas en monedas de oro o de plata; no, te los pido a crédito, del mismo modo que se los pediría uno a Florine en placeres. Tenemos el mismo sastre; por tanto, podrías hacerme confeccionar en el espacio de tiempo más breve posible un traje completo. Sin que me encuentre exactamente in púribus, lo cierto es que no puedo mostrarme en público. Aquí, para mi gran asombro, me esperaban los honores provincianos debidos a las celebridades parisienses. Soy el héroe de un banquete, ni más ni menos que un diputado de izquierdas: ¿comprendes ahora por qué necesito un frac negro? Promete que se pagará, encárgate tú de ello, haz una buena propaganda; en fin, invéntate una escena inédita de don Juan con monsieur Dimanche, porque he de endomingarme al precio que sea. No tengo encima más que unos harapos: ¡imagínate! Estamos en septiembre y hace un tiempo magnífico; ergo, procura que reciba, a finales de esta semana, un elegante traje de mañana: una levita corta de color verde bronce oscuro, tres chalecos, uno de color azufre, el otro de fantasía, de género escocés, y el tercero completamente blanco; además, tres pantalones que conquisten a las mujeres, uno blanco, de tela inglesa, el otro de nanquín y el tercero de un casimir negro ligero; por último, un traje negro de noche y un chaleco negro de raso. Si has encontrado a alguna Florine cualquiera, me encomiendo a ella para que elija dos corbatas de fantasía. Esto no es nada, confío en ti y en tu habilidad: el sastre me preocupa poco. Mi querido amigo, es algo que hemos deplorado muchas veces: la inteligencia de la miseria, que, sin duda, es el veneno más activo que corroe al hombre por excelencia, al parisiense, esa inteligencia cuya actividad sorprendería al mismísimo Satanás, ¡no ha encontrado todavía la manera de poder tener un sombrero al fiado! Cuando hayamos conseguido poner de moda los sombreros que valgan mil francos, entonces podremos tenerlos al fiado, pero mientras tanto tendremos que llevar siempre en nuestros bolsillos dinero bastante para pagarnos un sombrero. ¡Ah!, qué daño nos hace la Comédie-Française con lo de «Lafleur, llenarás mis bolsillos de oro». Sé, pues, perfectamente lo difícil que es conseguir lo que te pido: añade al paquete del sastre unas botas, unos escarpines, un sombrero y seis pares de guantes. Es pedir la luna, lo sé. Pero ¿qué es la vida literaria sino el intento de sacar partido sistemáticamente de lo imposible?… Sólo te digo una cosa: haz este prodigio con un gran artículo o cualquier pequeña infamia, y te condono y libero de tu deuda. Y es una deuda de honor, querido amigo, que dura ya doce meses y te ruborizarías si fueras capaz de hacerlo. Mi querido Lousteau, bromas aparte, estoy en una situación espantosa. Juzga tú mismo por esta sola frase: la Sepia ha engordado y se ha convertido en la esposa de la Garza, y la Garza es el prefecto de Angulema. Esta terrible pareja puede hacer mucho por mi cuñado, a quien he metido en una situación espantosa; ¡es perseguido, está escondido, a causa de unas letras de cambio!… Se trata de reaparecer ante los ojos de la mujer del prefecto y volver a adquirir sobre ella al precio que sea cierto ascendiente. ¿No es espantoso pensar que la suerte de David Séchard depende de unas bonitas botas, de unas medias de seda gris caladas (no las vayas a olvidar) y de un sombrero nuevo?… Me voy a hacer el enfermo y guardar cama, como hizo Duvicquet, para verme libre de tener que responder al interés de mis conciudadanos. Éstos, mi querido amigo, me han dado una serenata preciosa. Comienzo a preguntarme cuántos necios hacen falta para componer estas dos palabras: «mis conciudadanos», después de haber sabido que el entusiasmo de la capital de Angulema tenía como animadores a algunos de mis antiguos compañeros de colegio.

Si pudieras incluir en la crónica de sucesos algunas líneas sobre el recibimiento que me ha sido dispensado, elevarías mi estatura en varios tacones de bota. Y, además, haré que la Sepia se dé cuenta de que, si no amigos, al menos tengo cierto crédito en la prensa parisiense. Como no renuncio a ninguna de mis esperanzas, quedaré en deuda contigo por todo esto. Si necesitaras algún bonito artículo de fondo para cualquier sección, tengo todo el tiempo del mundo para pensar en alguno. Sólo me resta decirte una cosa, querido amigo: cuento contigo, como tú puedes contar con quien se declara todo tuyo,

Lucien de R.

P. S.: Envíamelo todo por la diligencia, a la lista de correos.

Esta carta, en la que Lucien retomaba el tono de superioridad que le daba la conciencia de su éxito, le hizo acordarse de París. Engolfado desde hacía seis días en la calma chicha de la provincia, rememoró las gratas miserias pasadas y sintió una vaga nostalgia, estuvo durante una semana preocupado por la condesa Du Châtelet y concedió tanta importancia a su reaparición que, cuando bajó al caer la noche al Houmeau a buscar en la oficina de la diligencia los paquetes que esperaba de París, sentía toda la angustia de la incertidumbre lo mismo que una mujer que ha puesto sus últimas esperanzas en un vestido y desespera de tenerlo.

«¡Ah, Lousteau, te perdono tus traiciones!», se dijo al ver por la forma de los paquetes que el envío debía de contener todo cuanto había pedido.

En la sombrerera encontró la carta siguiente:

En el salón de Florine

Mi querido muchacho:

El sastre se ha portado muy bien, pero como te hacía presentir tu profunda mirada retrospectiva, las corbatas, el sombrero, las medias de seda han creado un trastorno en nuestros corazones, porque en nuestra bolsa no había nada que trastornar. Comentábamos con Blondet que se podría amasar una fortuna abriendo un establecimiento en el que los jóvenes pudieran encontrar todo aquello que cuesta poco. Pues acabamos por pagar muy caro lo que no podemos pagar en absoluto. Ya el gran Napoleón, detenido en su camino hacia las Indias por falta de un par de botas, lo dijo: «¡Los asuntos fáciles son interminables!». Así pues, todo marchaba bien, salvo el calzado… ¡Te veía vestido, pero sin sombrero! Con chaleco pero sin zapatos, y pensaba mandarte un par de mocasines que un americano le regaló a Florine como cosa curiosa. Florine nos dio un total de cuarenta francos para que nos los jugáramos por ti. Nathan, Blondet y yo nos hemos sentido tan afortunados no jugando ya por nuestra cuenta, que hemos ganado bastante como para invitar a la Torpille, ex rat de Des Lupeaulx, a cenar. Frascati nos lo debía con creces. Florine se ha encargado de las compras; además ha adjuntado tres camisas preciosas. Nathan te regala un bastón. Blondet, que ganó trescientos francos, una cadena de oro. La bailarina añade un reloj de oro, grande como una moneda de cuarenta francos, que un imbécil le dio y que no funciona. «Eso es pacotilla, ¡como lo es lo que él recibió a cambio!», nos ha dicho ella. Bixiou, que vino a vernos al Rocher de Cancale, ha querido incluir un frasco de agua de Portugal dentro del envío que te hace París. Nuestro primer autor cómico ha dicho: «Si esto puede hacerle feliz, que lo sea…», con ese acento de barítono y esa suficiencia burguesa que tan bien imita. Todo esto, mi querido muchacho, te demuestra cuánto se quiere a los amigos caídos en desgracia. Florine, a quien tuve la debilidad de perdonar, te ruega que nos envíes un artículo sobre la última obra de Nathan. ¡Adiós, hijo mío! Sólo me resta compadecerte por haber vuelto al perdido rincón de donde acababas de salir cuando encontraste a un viejo amigo en tu colega

Étienne L.

«¡Pobres chicos, han jugado por mí!», se dijo conmovido.

De los países malsanos o de aquéllos en los que más se ha sufrido, llegan bocanadas que se parecen a los olores del paraíso. Para quien lleva una vida apacible, el recuerdo de los sufrimientos es como un placer indefinible. Ève se quedó estupefacta cuando vio bajar a su hermano con su ropa nueva; no le reconocía.

—Ahora sí puedo irme a pasear por Beaulieu —exclamó—. Ya no dirán de mí: ¡ha vuelto cubierto de harapos! Mira, aquí tienes un reloj que te regalaré porque es mío; y, además, me parece que no funciona.

—¡Qué niño eres!… —dijo Ève—. Es imposible guardarte rencor.

—¿No creerás, mi querida niña, que he pedido todo esto con la estúpida idea de brillar ante los ojos de Angulema, que tan poco me importa? —dijo azotando el aire con su bastón de puño de oro labrado—.

Quiero reparar el mal que he hecho, y por eso me he puesto el uniforme de combate.

El éxito de Lucien como elegante fue el único verdadero triunfo que obtuvo, pero fue inmenso. La envidia desata tanto las lenguas como las hiela la admiración. Las mujeres enloquecieron por él, los hombres le denigraron y él pudo exclamar como el chansonnier: «¡Oh, traje mío, cuánto te doy las gracias!». Fue a dejar dos tarjetas de visita en la Prefectura e hizo igualmente una visita a Petit-Claud, a quien no encontró. Al día siguiente, fecha señalada para el banquete, los periódicos de París traían, en la crónica de Angulema, las siguientes líneas:

ANGULEMA. La vuelta de un joven poeta, cuyos comienzos fueron tan brillantes, del autor de El arquero de Carlos IX, la única novela histórica escrita en Francia sin imitar el estilo de Walter Scott, y cuyo prólogo constituye un verdadero acontecimiento literario, ha sido recibida con un entusiasmo halagador tanto para la ciudad como para monsieur Lucien de Rubempré. La ciudad se ha apresurado a ofrecerle un banquete patriótico. El nuevo prefecto, que acaba de asumir sus funciones, se ha sumado a la manifestación pública, festejando al autor de Las margaritas, cuyo talento tanto alentó en sus comienzos la señora condesa Du Châtelet.

En Francia, cuando algo cobra impulso, nadie puede ya pararlo. El coronel del regimiento de la guarnición ofreció su banda de música. El maître del hotel de la Cloche, cuyas expediciones de pavos trufados llegan incluso a la China, adonde se mandan en las más magníficas porcelanas, el famoso hotelero del Houmeau, encargado de la comida, había engalanado su gran comedor con paños sobre los que unas coronas de laurel, combinadas con ramilletes de flores, hacían un efecto magnífico. A las cinco, cuarenta personas se habían reunido allí, todas en traje de etiqueta. Una muchedumbre de ciento y pico de personas, atraídas sobre todo por la presencia de los músicos en el patio, representaba a la ciudadanía.

—Toda Angulema está aquí —dijo Petit-Claud asomándose a la ventana.

—No entiendo nada —decía Postel a su mujer, que había salido para escuchar a la banda—. ¡Cómo! ¡El prefecto, el recaudador general, el coronel, el director del polvorín, nuestro diputado, el alcalde, el director del instituto, el director de la fundición de Ruelle, el presidente, el procurador real, monsieur Milaud, todas las autoridades acaban de llegar!…

Cuando se sentaron a la mesa, la banda militar atacó unas variaciones sobre el motivo de «¡Viva el rey, viva Francia!», que no ha conseguido hacerse popular. Eran las cinco de la tarde. A las ocho, un postre de sesenta y cinco platos, digno de nota por un Olimpo de azúcar rematado por una Francia de chocolate, dio la señal para los brindis.

—Señores —dijo el prefecto levantándose—, ¡por el rey!… ¡Por la Legitimidad! ¿Acaso no debemos a la paz que nos han traído los Borbones la generación de poetas y de pensadores que mantienen en las manos de Francia el cetro de la literatura?…

—¡Viva el rey! —gritaron los comensales, entre los que predominaban los funcionarios estatales.

El venerable director del instituto se levantó.

—Por el joven poeta —dijo—, por el héroe del día, que ha sabido aunar la gracia y la poesía de Petrarca, en un género que Boileau declaraba tan difícil, al talento del prosista.

—¡Bravo, bravo!

El coronel se puso en pie.

—Señores, ¡por el monárquico!, ya que el héroe de esta fiesta ha tenido el valor de defender los buenos principios.

—¡Bravo! —exclamó el prefecto, quien desencadenó una salva de aplausos.

Petit-Claud se levantó.

—Compañeros de Lucien, a la gloria del instituto de Angulema, y a nuestro venerable director, que nos es tan querido y a quien debemos todos nuestros éxitos…

El viejo director del instituto, que no se esperaba este brindis, se enjugó los ojos. Cuando se levantó Lucien, se hizo el silencio más profundo y el poeta palideció. En aquel momento, el viejo director del instituto, que se encontraba a su izquierda, le puso en la cabeza una corona de laurel. Hubo aplausos. Lucien sintió asomar las lágrimas a sus ojos y le tembló la voz.

—Está ebrio —dijo a Petit-Claud el futuro procurador real de Nevers.

—No es el vino lo que le ha embriagado —repuso el abogado.

—Mis queridos paisanos, mis queridos compañeros —comenzó diciendo al fin Lucien—, quisiera que toda Francia fuera testigo de esta escena. Así es como se educa a los hombres y se logran en nuestro país las grandes obras y acciones. Pero, al ver lo poco que yo he hecho y el gran honor que me tributáis, no puedo dejar de sentirme confuso y remitirme al porvenir para que él se encargue de justificar la acogida que hoy me dispensáis. El recuerdo de estos momentos me dará fuerzas para nuevas luchas. Permitidme que os pida un brindis por quien fue mi primera musa y protectora, y beber a la salud de mi ciudad natal; brindemos por tanto a la salud de la bella condesa Sixte du Châtelet y por la noble ciudad de Angulema.

—No ha salido mal del paso —dijo el procurador real, que meneó la cabeza en señal de aprobación—, ya que nuestros brindis estaban preparados y el suyo ha sido improvisado.

A las diez, los invitados se fueron en grupos, y David Séchard, al oír aquella música extraordinaria, le dijo a Basine:

—¿Qué sucede en el Houmeau?

—Dan un homenaje en honor a su cuñado Lucien… —respondió ella.

—¡Estoy seguro —contestó él— de que debe de haber sentido mucho el no haberme visto allí!

A medianoche, Petit-Claud acompañó a Lucien hasta la place du Mûrier. Allí, Lucien le dijo al abogado:

—Amigo mío, nuestra amistad será hasta la muerte.

—Mañana —dijo el abogado— se firma mi contrato de matrimonio en casa de madame de Sénonches con mademoiselle Françoise de La Haye, su pupila; hazme el favor de venir; madame de Sénonches me ha rogado que te invite, y allí verás a la mujer del prefecto, que se sentirá muy halagada por tu brindis del que, sin duda, le hablarán.

—¡Es justo lo que quería!

—¡Oh! Tú salvarás a David.

—Estoy seguro de ello —respondió el poeta.

En aquel momento, apareció David como por ensalmo. He aquí por qué. Se encontraba en una situación bastante difícil: su mujer le prohibía absolutamente que recibiera a Lucien y que le hiciera saber el lugar de su escondite, mientras que, por su parte, Lucien le escribía las cartas más afectuosas, en las que le decía que en pocos días habría reparado el mal causado. Y mademoiselle Clerget había entregado a David las dos cartas siguientes, diciéndole el motivo de la fiesta cuya música llegaba a sus oídos.

Querido mío:

Haz como si Lucien no estuviera aquí; no te preocupes por nada, y métete bien esto en la cabeza: nuestra seguridad depende totalmente de que tus enemigos no sepan dónde te encuentras. Mi desgracia radica en que tengo más confianza en Kolb, Marion y Basine que en mi hermano. ¡Ay!, mi pobre Lucien ya no es el cándido y tierno poeta que conocimos. Precisamente es porque quiere mezclarse en tus asuntos y tiene la presunción de poder pagar nuestras deudas (¡por orgullo, David mío!), por lo que le temo. Ha recibido de París buena ropa y una bonita bolsa con cinco monedas de oro. Las ha puesto a mi disposición y vivimos de este dinero. Al fin tenemos un enemigo menos: tu padre nos ha dejado y debemos su marcha a Petit-Claud, quien ha descubierto las intenciones de papá Séchard e inmediatamente las ha desbaratado diciéndole que tú ya no harías nada sin contar con él; que él, Petit-Claud, no te dejaría ceder nada de tu descubrimiento sin previa compensación de treinta mil francos; primero quince mil, para liquidar tus deudas, y quince mil que cobrarías en cualquier caso, tanto si tienes éxito como si fracasas. Petit-Claud sigue siendo un misterio para mí. Te mando un abrazo como una mujer abraza a su marido en la desventura. Nuestro pequeño Lucien está bien. ¡Qué espectáculo ver a esta flor que toma color y crece en medio de nuestras tempestades domésticas! Mi madre, como siempre, reza a Dios y te manda un abrazo tan cariñoso como el que te manda

tu Ève

Petit-Claud y los Cointet, espantados por la astucia campesina del viejo Séchard, se habían liberado de él tanto más fácilmente cuanto que la vendimia le reclamaba en sus viñas de Marsac.

La carta de Lucien, adjuntada a la de Ève, estaba concebida en los siguientes términos:

Mi querido David:

Todo va bien. Estoy armado hasta los dientes. Comienzo hoy mi campaña, y en dos días habré hecho mucho camino. ¡Qué feliz me hará el abrazarte cuando estés libre y exonerado de mis deudas! Pero me siento herido en el alma y para toda la vida por la desconfianza que me siguen demostrando mi madre y mi hermana. ¿Acaso no sé ya que te escondes en casa de Basine? Siempre que Basine viene a casa tengo noticias tuyas y respuesta a mis cartas. Además, es evidente que mi hermana no podía contar más que con su vieja amiga del taller. Hoy me sentiré muy cerca de ti y profundamente contrariado porque no puedas asistir al homenaje que me dedican. El amor propio de Angulema me ha valido un pequeño triunfo, que dentro de unos días será totalmente olvidado, pero en el que tu alegría habría sido la única sincera. En fin, unos días más y se lo perdonarás todo a aquél para quien, más que todas las glorias del mundo, cuenta el ser tu hermano,

Lucien

David se sintió dividido entre aquellas dos fuerzas contrarias, aunque desiguales, ya que adoraba a su mujer y había disminuido un poco la estima que sentía por Lucien. Pero en la soledad, la fuerza de los sentimientos cambia por completo. El hombre solitario, dominado por unas preocupaciones como las que atormentaban a David, cede ante pensamientos contra los que encontraría puntos de apoyo en medio de la vida normal. Por eso, al leer la carta de Lucien en medio de las fanfarrias de aquel inesperado triunfo, se sintió profundamente conmovido al ver expresado en ella un pesar con el que ya contaba. Las almas tiernas son incapaces de resistirse a esos pequeños efectos del sentimiento que creen tan poderosos en los demás como en sí mismos. ¿Acaso no es la gota que colma la copa ya llena?… Por eso, hacia medianoche, ninguna de las súplicas de Basine pudieron impedir que David se lanzara a la calle para ir a ver a Lucien.

—Nadie —le dijo él— se pasea a esta hora por las calles de Angulema, no van a verme y no pueden detenerme por la noche, y, caso de que me encontrara con alguien, siempre puedo recurrir de nuevo a la treta ideada por Kolb para volver a mi escondite. Además, hace demasiado tiempo que no he abrazado a mi mujer y a mi hijo.

Basine cedió ante todas esas razones bastante plausibles, y dejó salir a David, que gritó «Lucien» en el momento en que éste y Petit-Claud se despedían. Y los dos hermanos se arrojaron el uno en brazos del otro, llorando. No hay muchos momentos parecidos en la vida. Lucien sentía todo el afecto de una de esas amistades a toda prueba, en las que no cabe el interés de ningún tipo y que nos reprochamos haber traicionado. David sentía la necesidad de perdonar. Este generoso y noble inventor quería, sobre todo, echarle un sermón a Lucien y disipar las nubes que empañaban el afecto de hermano y hermana. Ante estas consideraciones de carácter sentimental, todos los peligros originados por la falta de dinero desaparecieron.

Petit-Claud le dijo a su cliente:

—¡Ve a casa, aprovecha al menos tu imprudencia para abrazar a tu mujer y a tu hijo, y que no te vean!

«¡Qué pena! —se dijo Petit-Claud, que se quedó solo en la place du Mûrier—. Si tuviese aquí a Cérizet…»

Justo en el momento en que el abogado hablaba entre sí a lo largo de la empalizada que rodea la plaza en el lugar donde hoy se levanta orgullosamente el Palacio de Justicia, oyó golpear detrás de él en una de las tablas, como cuando alguien llama a la puerta con los nudillos.

—Estoy aquí —dijo Cérizet susurrando a través de la rendija de dos tablas mal ajustadas—. He visto que David salía del Houmeau. Empezaba a sospechar el lugar de su escondite, y ahora estoy ya seguro de él, sé dónde pillarle; pero para tenderle una trampa he de conocer los planes de Lucien, y ahora veo que los ha hecho usted entrar en casa. Quédese al menos aquí con cualquier excusa. Cuando David y Lucien salgan, tráigalos cerca de mí: se creerán solos y así podré oír lo que se digan antes de despedirse.

—¡Eres un verdadero demonio! —dijo en voz baja Petit-Claud.

—¡Por supuesto! —exclamó Cérizet—. ¿Qué no haría yo por conseguir todo lo que me han prometido?

Petit-Claud se alejó de la empalizada y se puso a pasear por la place du Mûrier, mirando hacia las ventanas de la habitación donde estaba reunida la familia, y para cobrar valor pensó en su porvenir, porque la astucia de Cérizet le permitía asestar el último golpe. Petit-Claud era uno de esos hombres profundamente retorcidos y de una doblez traicionera, que, después de haber observado las mudanzas del corazón humano y la estrategia de los intereses, no se dejan deslumbrar nunca por los atractivos del presente ni caen en el señuelo de la lealtad por nadie. Por eso había contado poco al principio con Cointet. En caso de que el arreglo de su matrimonio no hubiera dado fruto, sin poder acusar a Cointet el largo de traición, tenía preparado un plan de venganza; pero tras el éxito obtenido en el palacio Bargeton, Petit-Claud jugaba limpio. Su doble juego se había revelado inútil y resultaba peligroso para la posición política a la que aspiraba. He aquí las bases sobre las cuales deseaba asentar su importancia futura. Gannerac y algunos grandes comerciantes comenzaban a formar en el Houmeau un comité liberal que mantenía contactos por cuestiones comerciales con los líderes de la oposición. La formación del Gobierno Villèle, aceptado por un Luis XVIII ya moribundo, era la señal de un cambio de actitud en la oposición, que, desde la muerte de Napoleón, renunciaba al peligroso recurso de las conspiraciones. El partido liberal organizaba en lo profundo de las provincias su sistema de resistencia legal: quería ganarse a la mayor parte de los electores para conseguir sus fines convenciendo a las masas. Liberal furibundo e hijo del Houmeau, Petit-Claud fue el promotor, el alma y el consejero secreto de la oposición de la ciudad baja, oprimida por la aristocracia de la ciudad alta. Fue el primero en poner de manifiesto el peligro que existía en dejar que los Cointet dispusieran para sí solos de la prensa en el departamento del Charente, donde la oposición tenía que contar con un órgano, a fin de no quedar atrás con respecto a las otras ciudades.

—Que cada uno de nosotros dé un billete de quinientos francos a Gannerac, y así tendrá unos cuantos miles de francos para comprar la imprenta Séchard, de la que entonces seremos los dueños al tener atrapado como tenemos al propietario con un préstamo —dijo Petit-Claud.

El abogado hizo adoptar esta idea con la intención de reforzar su doble posición frente a Cointet y Séchard, y naturalmente pensó en un bribón de la calaña de Cérizet para hacer de él el hombre de confianza del partido.

—Si consigues descubrir el paradero de tu antiguo patrón y ponerlo en mis manos —dijo al antiguo regente de Séchard—, te prestarán veinte mil francos para que puedas comprar su imprenta, y probablemente estarás al frente de un periódico. Así que adelante.

Petit-Claud, que confiaba más en la destreza de un hombre como Cérizet que en la de todos los Doublon del mundo, había prometido en consecuencia a Cointet el largo la detención de Séchard. Pero desde que Petit-Claud acariciaba la esperanza de entrar en la magistratura, previó la necesidad de dar la espalda a los liberales; y había inflamado a tal punto los espíritus en el Houmeau, que los fondos necesarios para la adquisición de la imprenta habían sido reunidos. Petit-Claud, entonces, decidió dejar que los acontecimientos siguieran su curso.

«¡Bah! —se dijo—. Cérizet acabará cometiendo algún delito de prensa y lo aprovecharé para demostrar mi talento…»

Se dirigió hacia la puerta de la imprenta y le dijo a Kolb, que hacía de centinela:

—Sube y avisa a David de que aproveche el momento para irse, y tomad muchas precauciones; yo me voy, es ya la una…

Cuando Kolb abandonó su puesto de centinela en la puerta, le sustituyó Marion. Lucien y David bajaron, Kolb les precedió unos cien pasos y Marion caminó a cien pasos detrás de ellos. Cuando los dos hermanos pasaron cerca de la empalizada, Lucien hablaba animadamente con David.

—Amigo mío —le decía—, mi plan es muy simple; pero ¿cómo hablar de él delante de Ève, que no comprendería nunca el modo de proceder? Estoy seguro de que Louise guarda en el fondo de su corazón un deseo que sabré despertar, y yo la necesito sólo para vengarme de ese imbécil de prefecto. Si nos amásemos, aunque sólo fuese una semana, le haría pedir al Ministerio un fondo de ayuda de veinte mil francos para ti. Mañana volveré a ver a esa mujer en el pequeño boudoir donde dieron comienzo nuestros amores y donde, según Petit-Claud, nada ha cambiado: haré allí mi comedia. Así que, pasado mañana por la mañana, te haré llegar por medio de Basine unas líneas para hacerte saber si he sido silbado… ¿Quién sabe?, tal vez ya estés libre… ¿Comprendes ahora para qué quería ropas de París? No es con unos harapos con los que se puede interpretar el papel de galán joven.

A las seis de la mañana, Cérizet fue a ver a Petit-Claud.

—Mañana a mediodía, Doublon puede preparar su golpe; apresará a nuestro hombre, respondo de ello —le dijo el parisiense—. Tengo amistad con una de las operarias de mademoiselle Clerget, ¿comprende?…

Tras haber escuchado el plan de Cérizet, Petit-Claud corrió a casa de los Cointet.

—Apáñeselas para que esta tarde monsieur du Hautoy se decida a dar a Françoise la nuda propiedad de sus bienes, y dentro de dos días firmarán una escritura con Séchard. No me casaré hasta ocho días después de su firma; así respetaremos exactamente los términos de nuestros pequeños acuerdos: do ut des. Pero estemos atentos a lo que suceda esta noche en casa de madame de Sénonches entre Lucien y la señora condesa Du Châtelet, pues todo depende de ello… Si Lucien espera triunfar, gracias a la mujer del prefecto, yo tengo a David.

—Yo creo que será usted un día Guardasellos —dijo Cointet.

—¿Y por qué no? Monsieur de Peyronnet bien que lo es —respondió Petit-Claud, que no había cambiado aún por completo su piel de liberal.

La posición incierta de mademoiselle de La Haye hizo que estuvieran presentes la mayoría de los nobles de Angulema en la firma de su contrato. La pobreza de aquella futura pareja, que se casaba sin canastilla de boda, avivaba el interés que la sociedad gusta de testimoniar, porque con la beneficencia ocurre como con los triunfos: nos gusta una caridad que satisface el amor propio. Por tanto, la marquesa de Pimentel, la condesa Du Châtelet, monsieur de Sénonches y dos o tres amigos de la casa hicieron a Françoise algunos regalos que eran la comidilla de la ciudad. Estas bonitas bagatelas, unidas al ajuar preparado desde hacía un año por Zéphirine, a las joyas del padrino y a los regalos de costumbre del novio, consolaron a Françoise y despertaron la curiosidad de algunas madres, que llevaron a sus hijas. Petit-Claud y Cointet habían notado ya que los nobles de Angulema les toleraban tanto al uno como al otro, en su Olimpo, como un mal necesario: el uno era el administrador de la fortuna, el tutor subrogado de Françoise; el otro era indispensable para la firma del contrato, como el ahorcado en una ejecución; pero a la mañana siguiente de su boda, si bien madame Petit-Claud seguiría teniendo derecho a acudir a casa de su madrina, el marido difícilmente se vería admitido en ella por lo que se prometía imponerse por completo a aquella orgullosa sociedad. Avergonzado por sus oscuros padres, el abogado hizo quedarse a su madre en Mansle, adonde se había retirado, rogándole que se hiciera la enferma y diera su consentimiento por escrito. Aunque muy humillado por no verse acompañado por su familia, sin protectores ni testigos por su parte, Petit-Claud se sentía muy feliz de poder presentar en el hombre célebre a un amigo aceptable, y a quien la condesa estaba deseosa de ver. Pasó, pues, a recoger a Lucien en coche. Para esta velada memorable, el poeta se había vestido con tal esmero que iba a asegurarle sin duda una superioridad sobre todos los hombres. Madame de Sénonches, además, había anunciado al héroe del día, y la entrevista de los dos amantes peleados era una de esas escenas que son especialmente sabrosas para la provincia. Lucien había pasado a la condición de lion: se decía de él que estaba tan guapo, tan cambiado, tan maravilloso, que todas las mujeres de la Angulema noble se morían de ganas de volver a verle. Siguiendo la moda de aquel tiempo, a la que debemos el paso del antiguo calzón de baile a los plebeyos pantalones de hoy, se había puesto unos pantalones negros ajustados. Para desgracia de los delgados y las personas mal hechas, los hombres llevaban aún trajes ajustados que destacaban sus formas, pero las de Lucien eran apolíneas. Las medias de seda gris caladas, los escarpines, el chaleco de raso negro, la corbata, todo le sentaba de maravilla, le iba, por así decir, como un guante. Su rubia y abundante cabellera rizada realzaba su blanca frente, en torno a la cual los bucles estaban peinados con rebuscada gracia. Sus ojos relucían llenos de orgullo. Sus pequeñas manos femeninas, bellamente enguantadas, no habían de dejarse ver desnudas. Imitó la compostura de De Marsay, el famoso elegante parisiense, llevando en una mano su bastón y su sombrero, que no abandonó, y sirviéndose de la otra para una gesticulación mesurada con la que acompañaba sus palabras. Lucien habría querido entrar en el salón sin llamar la atención, como esos célebres personajes que por falsa modestia se inclinarían al pasar por la Porte-Saint-Denis. Pero Petit-Claud, que no tenía otros amigos, se aprovechó de él. A mitad de la velada acompañó a Lucien casi pomposamente hasta donde estaba madame de Sénonches. A su paso, el poeta oyó murmullos que antes le habrían hecho perder la cabeza y que ahora le dejaron indiferente: estaba seguro de valer, por sí solo, tanto como todo el Olimpo de Angulema.

—Señora —dijo a madame de Sénonches—, he felicitado ya a mi amigo Petit-Claud, que tiene madera de Guardasellos, por la fortuna de entrar a formar parte de su familia, por muy débiles que puedan ser los lazos entre una madrina y su ahijada. —Y estas últimas palabras fueron dichas en un tono sardónico que no escapó a ninguna de las damas que escuchaban sin aparentarlo—. Pero en cuanto a mí, no puedo dejar de bendecir una circunstancia que me permite presentarle mis respetos.

Esto fue dicho sin embarazo y con una actitud de gran señor de visita en casa de personas de bajo rango. Lucien escuchó la respuesta embrollada de Zéphirine mientras miraba en torno al salón para ir preparando el efecto siguiente. De este modo pudo saludar afablemente, y dando a su sonrisa un matiz distinto, a Francis du Hautoy y al prefecto, quienes respondieron a su saludo; finalmente, se acercó a madame du Châtelet, fingiendo percatarse de su presencia en aquel momento. A tal punto era aquel encuentro el acontecimiento de la noche, que a partir de entonces nadie pensó ya en el contrato de matrimonio en el que personas destacadas iban a estampar su firma, acompañadas hasta la alcoba por el notario o por Françoise. Lucien dio unos pasos hacia Louise de Nègrepelisse; y con esa gracia parisiense que para ella era ya nada más que un recuerdo desde su llegada, le dijo en voz lo bastante alta:

—¿Es a usted, señora, a quien debo la invitación que me procura el placer de cenar pasado mañana en la Prefectura?…

—No la debe, señor, sino a su gloria —replicó secamente Louise un tanto chocada por el tono agresivo de la frase que Lucien se había preparado para herir el orgullo de su antigua protectora.

—¡Ah!, señora condesa —respondió Lucien con aire a la vez astuto y fatuo—, será imposible que el hombre que no goza ya de su favor pueda aceptar la invitación.

Y sin esperar respuesta, se dio media vuelta al distinguir al obispo, a quien saludó muy noblemente.

—Su Ilustrísima fue casi un profeta —dijo en un tono de voz encantador—, y trataré de que lo sea por completo. Me considero muy dichoso por haber podido venir aquí esta noche, pues tengo así ocasión de poder presentarle mis respetos.

Lucien entabló con monseñor una conversación que duró diez minutos. Todas las mujeres miraban a Lucien como a un fenómeno. Su inesperada impertinencia había dejado a madame du Châtelet sin habla ni respuesta. Viendo que Lucien era objeto de la admiración de todas las mujeres, y captando mientras pasaba de un grupo a otro los comentarios que se bisbiseaban al oído sobre las frases intercambiadas mediante las cuales Lucien la había casi aplastado al aparentar despreciarla, sintió su corazón encogido por su amor propio herido.

«Si mañana no viniera, después de lo que me ha dicho, ¡qué escándalo! —pensó—. ¿De dónde saca este orgullo? ¿Se habrá encaprichado de él mademoiselle des Touches?… ¡Es tan guapo! ¡Dicen que en París ella corrió a su casa a la mañana siguiente de la muerte de la actriz!… Tal vez ha venido a salvar a su cuñado y acabó en la trasera de nuestra calesa en Mansle por un accidente del viaje. Esa mañana nos miró a Sixte y a mí de arriba abajo.»

Rondaban su mente mil pensamientos, y, por desgracia para Louise, se abandonó a ellos mientras observaba a Lucien, que hablaba con el obispo como si fuera el rey del salón: no saludaba a nadie, y esperaba a que se acercasen a él, mirando a su alrededor con una variedad de expresiones y una desenvoltura digna de De Marsay, su modelo. No se separó del prelado ni tan siquiera para ir a saludar a monsieur de Sénonches, que se había parado a escasa distancia.

Al cabo de diez minutos, Louise no pudo más. Se levantó, se acercó al obispo y le dijo:

—¿Qué le están diciendo, monseñor, para hacerle sonreír tanto?

Lucien retrocedió unos pasos para dejar discretamente a madame du Châtelet con el prelado.

—¡Ah!, señora condesa, ¡este muchacho tiene mucho ingenio!… Me estaba explicando que le debe a usted todos sus éxitos…

—Yo, señora, no soy ingrato… —dijo Lucien lanzando una mirada de reproche que encantó a la condesa.

—Expliquémonos —dijo ella con un gesto del abanico para hacer acercarse a Lucien—. Venga aquí con monseñor… Su Ilustrísima será nuestro juez. —Y señaló el boudoir, donde hizo entrar también al obispo.

—Qué bonito oficio le hace hacer a monseñor… —dijo una mujer del bando Chandour lo bastante alto como para que la oyeran.

—¡Nuestro juez!… —dijo Lucien mirando alternativamente al prelado y a la mujer del prefecto—. ¿Hay acaso un culpable?

Louise de Nègrepelisse tomó asiento en el canapé de su antiguo boudoir. Después de haber hecho sentarse a Lucien a un lado y a monseñor al otro, comenzó a hablar. Lucien dispensó a su antigua amiga el honor, la sorpresa y la cortesía de no escuchar. Adoptó la actitud y los gestos de la Pasta en Tancredi cuando se dispone a decir: «¡Oh, patria!…». Viéndolo se habría dicho que estaba cantando la famosa cavatina «del Rizzo». Finalmente, el alumno de Coralie consiguió también que le asomaran unas lágrimas a los ojos.

—¡Ah, Louise, cómo te amaba! —le dijo al oído sin preocuparse del prelado ni de la conversación, en el momento en que se dio cuenta de que la condesa había notado sus lágrimas.

—Séquese los ojos o me perderá otra vez —dijo ella volviéndose hacia él en un aparte que chocó al prelado.

—Es suficiente con una —repuso vivamente Lucien—. Esta frase de la prima de madame d’Espard secaría todas las lágrimas de una Magdalena. ¡Dios mío!… Por un momento he recuperado los recuerdos, las ilusiones de mis veinte años, y usted me los…

Monseñor regresó bruscamente al salón, comprendiendo que su dignidad podía verse comprometida por aquellos dos antiguos amantes. Todos fingieron dejar solos a la mujer del prefecto y a Lucien en el boudoir. Pero un cuarto de hora después, Sixte, disgustado por los comentarios, las risitas y los paseos por delante de la puerta del boudoir, se acercó con aire más que preocupado, y se encontró a Lucien y a Louise en animado coloquio.

—Señora —dijo Sixte al oído de su mujer—, usted que conoce mejor que yo Angulema, ¿no debería recordar que es la mujer del prefecto y que representa al Gobierno?

—Querido —dijo mirando a su títere con un aire altivo que le hizo temblar—, estoy hablando con monsieur de Rubempré de cosas importantes que le afectan a usted. Se trata de salvar a un inventor a punto de ser víctima de los manejos más ruines, y usted nos va a ayudar a ello… En cuanto a lo que esas señoras puedan pensar de mí, ahora verá lo que voy a hacer para helar el veneno en sus lenguas.

Louise salió del boudoir, del brazo de Lucien, y lo llevó a firmar el contrato haciendo alarde de la audacia de una gran señora.

—¿Firmamos juntos?… —dijo ella alargando la pluma a Lucien.

Lucien se hizo indicar por Louise dónde había firmado, para que sus firmas figuraran la una al lado de la otra.

—Monsieur de Sénonches, ¿ha reconocido a monsieur de Rubempré? —dijo la condesa forzando al impertinente cazador a saludar al poeta.

Luego llevó de nuevo a Lucien al salón y le hizo sentarse entre ella y Zéphirine en el temible canapé que estaba en el centro. Acto seguido, como una reina en su trono, comenzó, primero en voz baja, una conversación más bien mordaz, a la que se unieron algunos de sus viejos amigos y muchas mujeres que le hacían la corte. Muy pronto Lucien, convertido en el héroe del círculo, fue instado por la condesa a hablar de la vida parisiense, cuya sátira fue improvisada con una inspiración increíble y trufada de anécdotas sobre personas célebres, verdadera golosina de la conversación de la que tan ávidos son los provincianos. Todos admiraron su ingenio como antes habían admirado al hombre. La señora condesa Sixte parecía tan complacida por el éxito de Lucien, hacía tan bien el papel de mujer encantada con su criatura, le respondía tan a tono, invitaba a los demás a darle su aprobación con miradas tan comprometedoras, que varias mujeres comenzaron a ver en la coincidencia de la vuelta de Louise y Lucien un profundo amor víctima de algún doble malentendido. Quizá detrás del desafortunado matrimonio con Du Châtelet había un desquite, y ahora aquélla era la reacción.

—Pues bien, hasta pasado mañana —dijo Louise en voz baja a Lucien a la una de la noche y antes de levantarse—, y hágame el favor de ser puntual…

La mujer del prefecto se despidió de Lucien con un leve cabeceo un tanto demasiado amistoso; y se fue a decir unas palabras al conde Sixte, que estaba buscando su sombrero.

—Si lo que madame du Châtelet me acaba de decir es verdad, mi querido Lucien, cuente conmigo —dijo el prefecto siguiendo a su mujer, que se iba sin él, como en París—. A partir de esta noche su cuñado puede considerarse persona fuera de peligro.

—El señor conde me lo debe —repuso Lucien sonriendo.

—Bueno, estamos fritos… —dijo Cointet al oído de Petit-Claud, testigo de esta despedida.

Petit-Claud, deslumbrado por el éxito de Lucien, estupefacto por su ingenio brillante y por su gracia fascinadora, miraba a Françoise de La Haye, cuya fisonomía, llena de admiración por Lucien, parecía decirle a su prometido: «Sea como su amigo».

Un relámpago de alegría iluminó el rostro de Petit-Claud.

—La cena del prefecto no es hasta pasado mañana, tenemos aún un día por delante —dijo—; respondo de todo.

—Bueno, amigo mío —dijo Lucien a Petit-Claud a las dos de la mañana, mientras regresaban a pie—; llegué, vi y vencí. Dentro de unas horas Séchard será completamente feliz.

«Esto es todo cuanto quería yo saber. No te creía más que poeta y eres también un Lauzun; esto es como ser doblemente poeta», pensó Petit-Claud dándole un apretón de manos que había de ser el último.

—Mi querida Ève —dijo Lucien despertando a su hermana—; ¡una buena noticia! ¡Dentro de un mes David no tendrá más deudas!…

—¿Y cómo es eso?

—Pues bien, madame du Châtelet escondía bajo sus faldas a mi antigua Louise; ¡me quiere más que nunca y le hará hacer a su marido un informe para el Ministerio del Interior favorable a nuestro descubrimiento!… Por eso, sólo nos queda un mes que sufrir, el tiempo de vengarme del prefecto y hacerle el más dichoso de los esposos. —Ève creyó seguir soñando al oír hablar a su hermano—. Cuando he visto de nuevo el boudoir gris donde temblaba como un niño dos años atrás, mirando aquellos muebles, los cuadros y las figuras, ¡ha sido como si me cayera una venda de los ojos! ¡Cómo le cambia a uno París la forma de pensar!

—¿Es una suerte?… —preguntó Ève que por fin comprendía lo que decía su hermano.

—Vamos, ahora duerme; volveremos a hablar mañana después de la comida —le respondió Lucien.

El plan de Cérizet era muy simple. Aunque se trataba de una de las acostumbradas tretas utilizadas por los alguaciles en provincias para detener a los deudores y que no tienen ninguna garantía de éxito, debía tenerlo, porque se basaba tanto en el conocimiento de los caracteres de Lucien y David como de sus esperanzas. Entre las jóvenes trabajadoras con las que se hacía el don Juan y a las que tenía dominadas, enfrentando a unas contra otras, el regente de los Cointet, por el momento en misión especial, había puesto los ojos en una de las planchadoras de Basine Clerget, una muchacha casi tan guapa como madame Séchard, llamada Henriette Signol, hija de unos humildes viñadores que vivían en su propiedad a dos leguas de Angulema, en el camino de Saintes. Los Signol, como toda la gente de campo, no eran lo bastante ricos como para mantener a su única hija con ellos y la habían destinado a entrar en el servicio doméstico, es decir, a que fuera doncella. En provincias, una doncella tiene que saber lavar y planchar la ropa blanca fina. Era tal la reputación de madame Prieur, a quien sucedía Basine, que los Signol colocaron allí a su hija como aprendiza, pagando una pensión por el alojamiento y la manutención. Madame Prieur pertenecía a esa raza de viejas amas que, en provincias, creen sustituir a los padres. Vivía con sus aprendizas como en familia, las llevaba a la iglesia y las vigilaba concienzudamente. Henriette Signol, una guapa morena bien plantada, de mirar descarado, espeso pelo largo, era blanca como lo son las hijas del Sur, con la blancura de una magnolia. Por eso, Henriette fue una de las primeras modistillas a las que Cérizet echó el ojo; pero como ella pertenecía a una familia de honrados labradores, no cedió más que cuando se sintió vencida por los celos, el mal ejemplo y esta seductora promesa: «¡Me casaré contigo!», que le había hecho Cérizet una vez convertido en regente en casa de los Cointet. Al enterarse de que los Signol poseían unos diez o doce mil francos en viñedos y una pequeña casa bastante confortable, el parisiense se apresuró a poner a Henriette ante la imposibilidad de ser la mujer de algún otro. Los amores de la bella Henriette y del pequeño Cérizet estaban en aquel punto cuando Petit-Claud le habló de hacerle propietario de la imprenta Séchard, enseñándole una especie de comandita de veinte mil francos que había de servir de cebo. Este porvenir deslumbró al regente y se le subió a la cabeza, mademoiselle Signol le pareció un obstáculo para sus ambiciones y se desentendió de la pobre muchacha. Desesperada, Henriette se apegó tanto más al pequeño regente cuanto que éste parecía querer dejarla. Al descubrir que David se ocultaba en casa de mademoiselle Clerget, el parisiense cambió de idea respecto a Henriette, pero no así de conducta, porque se proponía servirse para sus propios fines de la especie de locura que trastorna a una muchacha cuando, para esconder su deshonra, tiene que casarse con su seductor. Durante la mañana del día en que Lucien había de reconquistar a su Louise, Cérizet confió a Henriette el secreto de Basine, diciéndole que su futuro y su matrimonio dependían del descubrimiento del lugar donde se escondía David. Una vez informada, a Henriette no le costó comprender que el impresor sólo se podía esconder en el gabinete de mademoiselle Clerget, y no creyó haber hecho nada malo dedicándose a ese espionaje; pero Cérizet la había comprometido ya de este modo en su traición.

Dormía aún Lucien cuando Cérizet, que vino a informarse del resultado de la velada, estaba escuchando en el bufete de Petit-Claud el relato de los acontecimientos que sacudirían Angulema.

—¿Le ha escrito alguna carta Lucien desde su vuelta? —preguntó el parisiense después de haber inclinado la cabeza en señal de satisfacción cuando el abogado hubo terminado.

—Ésta es la única que tengo —dijo Petit-Claud alargándole una nota en la que Lucien había trazado unas líneas en el papel de carta que utilizaba su hermano.

—Bien —dijo Cérizet—, que diez minutos antes de la puesta del sol, Doublon se aposte en la Porte-Palet con sus gendarmes escondidos y disponga a su gente. Tendrá a su hombre.

—¿Estás seguro de lo que haces? —preguntó Petit-Claud observando a Cérizet.

—Confío en el azar —dijo el ex pilluelo de París—, pero es un gran bribón y no le gusta la gente honrada.

—Hay que tener éxito —repuso el abogado en tono seco.

—Lo tendré —dijo Cérizet—. Es usted quien me ha arrastrado a este lodazal; y podría darme algunos billetes de banco para limpiarme… Pero, señor —añadió el parisiense al sorprender en el rostro del abogado una expresión que no le gustó—, si me ha enredado y dentro de ocho días no me compra la imprenta… Bien, dejará usted una joven viuda —dijo en voz baja el pilluelo de París lanzando una mirada mortífera.

—Si a las seis detenemos a David, estate a las nueve en casa de monsieur Gannerac y lo pondremos todo por escrito —respondió perentoriamente el abogado.

—De acuerdo, ¡será servido, patrón! —dijo Cérizet.

Cérizet conocía ya el procedimiento de lavar el papel, que amenaza hoy seriamente los intereses del fisco. Lavó las cuatro líneas escritas por Lucien y las reemplazó por las siguientes, imitando la letra con una perfección que dejaba poco margen a la esperanza en cuanto al porvenir social del regente.

Mi querido David:

Puedes venir sin temor a casa del prefecto; tu asunto está resuelto; y puedes ir ya a esta hora, yo me adelantaré a tu encuentro para explicarte cómo debes comportarte con el prefecto.

Tu hermano,

Lucien

A mediodía, Lucien le escribió a David para contarle el éxito de la velada y asegurarle la protección del prefecto, quien, según dijo, ese mismo día mandaría un informe al ministro sobre el descubrimiento que le había entusiasmado. En el momento en que Marion llevó esa carta a mademoiselle Basine, con la excusa de llevarle las camisas de Lucien para lavar, Cérizet, avisado por Petit-Claud de la posibilidad de aquella carta, se llevó a mademoiselle Signol de paseo por las orillas del Charente. Hubo sin duda una lucha en la que la honestidad de Henriette presentó larga resistencia, porque el paseo duró dos horas. No sólo estaba en juego el interés de un niño, sino también todo un porvenir de felicidad y de fortuna; y lo que Cérizet le pedía era una nimiedad, de la que, por lo demás, se guardó mucho de revelarle las consecuencias. Henriette estaba espantada por el precio exorbitante de aquellas nimiedades. Sin embargo, Cérizet la convenció para que se prestara a su estratagema. A las cinco, Henriette salió y volvió a entrar, diciendo a mademoiselle Clerget que a madame Séchard le urgía verla. Luego, un cuarto de hora después de que Basine hubiera salido, subiría, llamaría a la puerta del gabinete y entregaría a David la falsa carta de Lucien. Para el resto, Cérizet confiaba en el azar.

Por primera vez en más de un año, Ève sintió que se aflojaba la férrea mordaza con que la oprimía la necesidad. Por fin tuvo esperanzas. ¡También ella quiso disfrutar de su hermano, mostrarse del brazo del hombre festejado en su tierra natal, adorado por las mujeres, amado por la orgullosa condesa Du Châtelet! Se arregló y se propuso pasearse del brazo de su hermano por Baulieu. A aquella hora, en el mes de septiembre, toda Angulema se da cita allí para tomar el fresco.

—¡Oh!, es la guapa madame Séchard —exclamaron algunas voces al ver a Ève.

—Nunca lo hubiera creído de ella —dijo una mujer.

—El marido se esconde y la mujer se muestra en público —manifestó madame Postel lo bastante alto como para que la pobre mujer lo oyera.

—¡Oh!, volvamos a casa —dijo Ève a su hermano—, he hecho mal en salir.

Minutos antes de la puesta del sol, desde la cuesta que baja al Houmeau se oyó el ruido que produce una aglomeración de gente. Llenos de curiosidad, Lucien y su hermana se dirigieron hacia allí, pues habían oído a algunas personas que venían del Houmeau hablar entre sí como si se hubiera cometido algún crimen.

—Probablemente se trata de algún ladrón al que acaban de coger… Está pálido como un muerto —dijo un paseante al hermano y a la hermana, al verles correr hacia el gentío que iba en aumento.

Ni Lucien ni su hermana tenían el menor presentimiento. Miraron a la treintena de personas, entre chiquillos, viejas, obreros de vuelta del trabajo que precedían a los gendarmes, cuyos sombreros galonados relucían en medio del grupo principal. Este grupo, seguido de una muchedumbre de unas cien personas, caminaba como una nube cargada de tormenta.

—¡Ah! —dijo Ève—. ¡Pero si es mi marido!

—¡David! —gritó Lucien.

—¡Es su mujer! —dijo la multitud apartándose.

—¿Quién te ha hecho salir? —preguntó Lucien.

—Tu carta —respondió David, pálido y deshecho.

—Lo presentía —dijo Ève, que sufrió un desvanecimiento.

Lucien levantó a su hermana, a la que dos personas ayudaron a trasladar hasta su casa, donde Marion la metió en la cama. Kolb salió a buscar un médico. Cuando llegó el doctor, Ève no había recobrado aún el conocimiento. Lucien se vio entonces obligado a confesarle a su madre que él era la causa de la detención de David, porque no podía explicarse la confusión a que había dado pie la falsa carta. Lucien, fulminado por la maldición que leyó en la mirada de su madre, subió a su cuarto y se encerró dentro.

Al leer la siguiente carta, escrita en medio de la noche e interrumpida en varias ocasiones, cualquiera podrá comprender por las frases como escritas a borbotones toda la agitación que sentía Lucien.

Mi querida hermana:

Nos hemos visto todos hace un momento por última vez. Mi decisión es irrevocable. Te explicaré el porqué: hay en muchas familias un ser fatal que es, para dicha familia, como una plaga. Para vosotros, ese ser soy yo. Esta observación no es mía, sino de un hombre que ha conocido mucho mundo. Estábamos cenando una noche con un grupo de amigos en el Rocher de Cancale. Entre las mil ocurrencias que se intercambian en tales momentos, este diplomático nos dijo que una chica, a la que a todos nos extrañaba ver aún soltera, «estaba enferma de su padre». Y entonces nos expuso su teoría sobre las enfermedades de familia. Nos explicó que, sin una determinada madre, una casa habría prosperado, que un hijo había arruinado a su padre, cómo un padre había arruinado el porvenir y la reputación de sus hijos. Aunque lo decía medio entre risas, esta tesis social, apoyada en diez minutos por muchos ejemplos, me impresionó. Esta verdad bien valía por todas las paradojas insensatas, pero expuestas ingeniosamente, con que los periodistas se divierten entre ellos cuando no tienen a quien tomar el pelo. Pues bien, yo soy el ser fatal de nuestra familia. Aunque con el corazón lleno de amor, actúo como el peor de los enemigos. He respondido a todos vuestros sacrificios causándoos daño. Y aunque involuntario, el último golpe es el más cruel de todos. Mientras en París llevaba una vida sin dignidad, llena de placeres y de miserias, confundiendo la camaradería con la amistad, y abandonando a los verdaderos amigos por personas que querían y habían de explotarme, olvidándoos y no acordándome de vosotros más que para causaros daño, vosotros seguíais la humilde senda del trabajo, buscando con esfuerzo pero con pie firme esa fortuna que yo trataba tan locamente de coger al vuelo. Mientras vosotros os volvíais mejores, yo introducía en mi vida un elemento funesto. Sí, tengo unas ambiciones desmedidas que me impiden aceptar una vida humilde. Tengo gustos e inclinaciones cuyo recuerdo envenena el placer que está a mi alcance y que en otro tiempo me habría satisfecho. ¡Oh, mi querida Ève!, me juzgo más severamente de lo que podría hacer cualquiera, pues me condeno sin apelación y sin la menor compasión para conmigo mismo. La lucha en París exige una gran constancia, pero mi voluntad y mi inteligencia son intermitentes. Me asusta tanto el futuro que no quiero saber nada de él, y el presente me es insoportable. He querido volver a veros, pero habría sido mejor permanecer desterrado para siempre. Pero el destierro sin medios de subsistencia sería la enésima locura y no voy a añadir ésta a todas las demás. Prefiero la muerte a una vida incompleta; y, cualquier cosa que hiciese, mi gran vanidad me haría cometer alguna tontería. Determinados seres son como ceros a la izquierda, necesitan que les preceda una cifra para que su nada adquiera un valor diez veces mayor. Yo, para adquirir algún valor, he de casarme con una voluntad tenaz e implacable. Madame de Bargeton habría sido la mujer ideal para mí, pero equivoqué mi vida al no dejar a Coralie por ella. David y tú podríais ser excelentes guías para mí, pero no sois lo bastante fuertes como para domeñar mi debilidad que de algún modo se sustrae a la dominación. Me gusta la vida fácil, sin problemas; y, para librarme de una contrariedad, soy de una cobardía que puede llevarme muy lejos. Nací príncipe. Poseo más rapidez mental de la que hace falta para triunfar, pero me dura sólo un momento, y el precio que ha de pagar un ambicioso que quiere hacer carrera es no hacer uso de ella más de lo necesario, si quiere que le quede suficiente al final del día. Haría daño, como acabo de hacerlo yo aquí, con la mejor intención del mundo. Hay hombres fuertes como robles, y yo no lo soy, quizá sólo puedo ser un elegante arbusto y tengo la pretensión de ser un cedro. He aquí el balance de mi vida. Este desacuerdo entre los medios y los deseos, esta falta de equilibrio anulará para siempre mis esfuerzos. Tipos así abundan entre los escritores debido a la continua desproporción entre la inteligencia y el carácter, entre la voluntad y el deseo. ¿Cuál sería mi destino? Puedo preverlo si pienso en algunas viejas glorias parisienses que he visto caer en el olvido. En el umbral de la vejez seré un viejo prematuro, sin fortuna ni consideración. Todo mi ser actual rechaza una vejez semejante: no quiero convertirme en un despojo social. Querida hermana, adorada tanto por tus últimos rigores como por tus primeras ternuras, si hemos pagado caro el placer que sentí al volver a veros tanto a ti como a David, ¡tal vez más adelante penséis que ningún precio era demasiado alto para las últimas alegrías de un pobre ser que os amaba!… No tratéis de saber más sobre mí ni mi destino: al menos mi inteligencia me habrá servido para ejecutar mi voluntad. La resignación, ángel mío, es un suicidio diario; yo sólo tengo resignación para un día, así que la aprovecharé hoy…

Las 2

Sí, lo he decidido. Adiós, pues, para siempre, mi querida Ève. Me consuela un poco pensar que viviré sólo en vuestros corazones. Esa será mi tumba…, no quiero otra. ¡Adiós una vez más!… Es el último de tu hermano

Lucien

Después de haber escrito esta carta, Lucien bajó sin hacer ruido, la dejó sobre la cuna de su sobrino, le dio un último beso húmedo de lágrimas en la frente a su hermana dormida y salió. Era el amanecer, apagó la vela y, después de haber contemplado aquella vieja casa por última vez, abrió suavemente la puerta del pasillo, pero a pesar de sus precauciones despertó a Kolb, que dormía sobre un colchón en el suelo del taller.

—¿Guién va?… —exclamó.

—Soy yo —repuso Lucien—. Me voy, Kolb.

—Habría hego mejor no finiendo nunga —se dijo Kolb a sí mismo, pero lo suficientemente alto como para que lo oyera Lucien.

—Mejor habría sido que no hubiera nacido nunca —repuso Lucien—. Adiós, Kolb, no te guardo rencor por algo que también pienso yo. Dile a David que mi último pensamiento será lamentar no haberle podido dar un abrazo.

Cuando el alsaciano se hubo levantado y vestido, Lucien había cerrado ya la puerta de casa y bajaba hacia el Charente por el paseo de Beaulieu, pero como si se dirigiera a una fiesta, pues había hecho un sudario de su ropa parisiense y de su elegante conjunto de dandy. Sorprendido por el tono y las últimas palabras de Lucien, Kolb quiso saber si su ama estaba al tanto de la marcha de su hermano y si se había despedido de ella; pero cuando vio la casa sumida en un profundo silencio, pensó que sin duda aquella marcha debía de ser conocida y volvió a acostarse.

Teniendo en cuenta lo serio del asunto, existen muy pocas obras sobre el suicidio, que ha sido escasamente estudiado. Tal vez esta enfermedad sea imposible de observar. El suicidio es el efecto de un sentimiento al que llamaremos, si os parece, la «estima de sí», para no confundirlo con la palabra honor. El día que el hombre se desprecia, o que se ve despreciado, cuando la realidad de la vida está en desacuerdo con sus esperanzas, se da muerte y rinde homenaje así a la sociedad ante la cual no quiere aparecer desprovisto de sus virtudes o de su esplendor. Se diga lo que se diga, entre los ateos (hay que exceptuar al cristiano del suicidio) sólo los cobardes aceptan una vida deshonrosa. Hay tres tipos de suicidio: en primer lugar está el suicidio que no es más que el último ataque de una larga enfermedad y que, sin duda, entra dentro de la patología; luego está el suicidio por desesperación, y, finalmente, el suicidio por razonamiento. Lucien quería quitarse la vida por desesperación y por razonamiento, los dos suicidios sobre los cuales se puede cambiar de idea, porque el patológico es el único irrevocable, aunque a menudo se unen las tres causas, como en el caso de Jean-Jacques Rousseau. Una vez tomada su decisión, Lucien examinó los medios para ponerla en práctica, y el poeta quiso tener un final digno de un poeta. Primero había pensado simplemente en ir a arrojarse al Charente; pero, al bajar las cuestas de Beaulieu por última vez, le parecía oír ya el ruido que armaría su suicidio, veía el terrible espectáculo de su cuerpo flotando sobre las aguas, deformado, siendo objeto de una investigación judicial, y como algunos suicidas tuvo un ataque de amor propio póstumo. Durante el día pasado en el molino de Courtois había paseado por la orilla del río y se había fijado en que, no lejos del molino, había una de esas balsas de agua circulares, como las que suelen encontrarse en las pequeñas corrientes de agua cuya tranquila superficie delata una gran profundidad. El agua no es ya ni verde, ni azul, ni clara, ni amarilla; es como un espejo de acero pulimentado. En las márgenes de esta laguna no crecían ni gladiolos ni flores azules, ni se veían tampoco las anchas hojas del nenúfar, la hierba de la orilla era corta y tupida, los sauces llorones que la rodeaban hacían un efecto muy pintoresco. Era fácil adivinar una poza. Quien tuviera el valor de llenarse los bolsillos de piedras encontraría allí una muerte segura y no sería encontrado jamás.

«He aquí —se había dicho el poeta mientras contemplaba aquel delicioso paisaje— un lugar que invita a ahogarse.»

Este recuerdo acudió a su mente en el momento en que llegaba al Houmeau. Echó a andar, pues, hacia Marsac, presa de sus últimos y fúnebres pensamientos, y con el firme propósito de ocultar así el secreto de su muerte, de no ser objeto de una investigación, ni ser enterrado y visto en el horrendo estado en que se encuentra a los ahogados cuando vuelven a salir a flor de agua. No tardó en llegar a pie hasta una de esas cuestas que se encuentran tan frecuentemente en los caminos de Francia, y sobre todo entre Angulema y Poitiers. La diligencia de Burdeos a París avanzaba con rapidez y sin duda los viajeros iban a bajar para subir aquella empinada cuesta a pie. Lucien, que no quería que le vieran, tomó por un sendero encajonado y se puso a coger flores en una viña. Cuando regresó de nuevo al camino real, llevaba en la mano un gran ramo de telefios, una flor amarilla que crece entre las piedras de los viñedos, y fue a topar con un viajero vestido enteramente de negro, de cabellos empolvados y calzado con unos zapatos de piel de Orleáns con hebillas de plata, de tez morena y llena de cicatrices, como si se hubiera caído de niño al fuego. Aquel viajero, de aspecto inequívocamente eclesiástico, caminaba a paso lento y fumaba un cigarro. Al oír a Lucien que saltaba de la viña al camino, el desconocido se volvió y pareció sorprendido por la belleza profundamente melancólica del poeta, de su ramo simbólico y de su elegante atuendo. Aquel viajero parecía un cazador que se encuentra con una presa larga e inútilmente esperada. Dejó que Lucien arribase, como se dice en lenguaje marinero, y demoró el paso fingiendo mirar abajo de la cuesta. Lucien, que hizo lo propio, divisó allí una pequeña calesa con dos caballos enganchados y un postillón a pie.

—Ha dejado escapar la diligencia, señor; perderá su plaza, a menos que quiera subir a mi calesa para alcanzarla, pues la silla de posta va más rápida que el transporte público —dijo el viajero a Lucien pronunciando estas palabras con un acento español muy marcado y poniendo en su ofrecimiento una exquisita cortesía.

Sin esperar la respuesta de Lucien, el español sacó de su bolsillo una pitillera y se la presentó abierta al poeta para que cogiera un cigarro.

—No soy un viajero —respondió Lucien—, y estoy demasiado cerca del final de mi viaje para darme el gusto de fumar…

—Es usted muy severo consigo mismo —prosiguió el español—. Aunque soy canónigo honorario de la catedral de Toledo, me permito de vez en cuando un buen cigarro. Dios nos ha dado el tabaco para aplacar nuestras pasiones y nuestros dolores… Parece usted aquejado de tristeza, o al menos lleva el símbolo en la mano, como el triste dios del himeneo. Tome…, todas esas penas desaparecerán con el humo del cigarro.

Y el sacerdote acercó de nuevo su pitillera de mimbre con actitud insinuante y dirigiendo a Lucien una mirada caritativa.

—Perdón, padre —replicó secamente Lucien—, no hay cigarros que puedan disipar mis penas…

Y al decir esto, los ojos de Lucien se inundaron de lágrimas.

—¡Oh!, jovenzuelo, entonces, ¿es la Providencia Divina la que me ha despertado las ganas de estirar un poco las piernas para disipar así el sueño que les entra por la mañana a todos los viajeros, a fin de que, consolándole, pueda cumplir mi misión en este mundo?… ¿Y qué grandes penas puede tener a su edad?

—Padre, sus palabras de consuelo serían vanas; es usted español y yo francés; cree usted en los mandamientos de la Iglesia, mientras que yo soy ateo…

—¡Santa Virgen del Pilar!… ¡Es ateo! —exclamó el sacerdote cogiendo del brazo a Lucien con solicitud casi maternal—. Esta es una de las cosas curiosas que me prometí observar en París. En España no creemos en los ateos… Sólo en Francia pueden tenerse opiniones semejantes a los diecinueve años.

—¡Oh! Yo soy totalmente ateo; no creo en Dios, ni en la sociedad, ni en la felicidad. Míreme, pues, bien, padre, porque dentro de unas horas dejaré de existir… ¡Este es mi último sol!… —dijo Lucien con cierto énfasis señalando al cielo.

—Pero ¿qué ha hecho para morir? ¿Quién le ha condenado a muerte?

—Un tribunal supremo, ¡yo mismo!

—¡Pero hijo! —exclamó el sacerdote—. ¿Ha matado usted a alguien?, ¿le espera el cadalso? Razonemos un poco. Si quiere usted retornar, según dice, al seno de la nada, todo en este mundo le es indiferente. —Lucien inclinó la cabeza en señal de asentimiento—. Pues bien, puede contarme sus penas… ¿Se trata acaso de penas de amor?… —Lucien hizo un elocuente encogimiento de hombros—. ¿Quiere quitarse la vida para evitar la deshonra o porque no espera ya nada de la vida? Pues bien, entonces no existe ninguna diferencia entre matarse en Poitiers o en Angulema, en Tours o en Poitiers. Las arenas movedizas del Loira no devuelven su presa…

—No, padre —replicó Lucien—, ya lo tengo decidido. Hará unos veinte días vi la ensenada más encantadora para que un hombre, asqueado de este mundo, pueda recalar en el otro…

—¿Otro mundo? Entonces, usted no es ateo.

—¡Oh! Lo que yo entiendo por el otro mundo es mi transformación en animal o en planta…

—¿Tiene alguna enfermedad incurable?

—Sí, padre…

—Bueno, ¡pues entonces ya está! —dijo el sacerdote—. ¿Cuál es?

—La pobreza.

El sacerdote miró a Lucien sonriendo, y le dijo con gracia infinita y una sonrisa casi irónica:

—El diamante ignora su valor.

—¡Sólo un sacerdote puede adular a un hombre pobre que va a morir! —gritó Lucien.

—Usted no morirá —repuso el español en tono autoritario.

—Había oído decir —prosiguió Lucien— que en los caminos reales se desvalijaba a la gente, pero nunca me dijeron que se les pudiera también enriquecer.

—Se lo explicaré —dijo el sacerdote tras haber examinado si la distancia a la que se encontraba el coche les permitía dar aún algunos pasos a solas—. Escúcheme —dijo mascando su cigarro—, su pobreza no puede ser una razón para morir. Yo necesito un secretario. El mío acaba de morir en Barcelona. Me encuentro en la misma situación en que estaba el barón de Goërtz, el famoso ministro de Carlos XII, quien llegó sin secretario a una pequeña ciudad camino de Suecia, como yo voy a París. El barón tropezó con el hijo de un platero, notable por su apostura, que, sin embargo, no iguala a la de usted… El barón de Goërtz le encuentra inteligente como yo encuentro que tiene usted una frente de poeta; le hace montar a su coche, como yo le voy a hacer montar al mío, y de este muchacho, condenado a bruñir cubiertos y a fabricar joyas en una pequeña ciudad de provincias como Angulema, hace de él su favorito, como usted será el mío. Llegado a Estocolmo, el barón instala a su secretario y le cubre de trabajo. El joven secretario se pasa las noches escribiendo y, como todos los grandes trabajadores, adquiere una costumbre, se pone a mascar papel. El difunto monsieur de Malesherbes solía hacer desaires, y uno de ellos se lo hizo a no sé qué personaje cuyo proceso dependía de un informe suyo. Nuestro joven y apuesto amigo empieza con papel blanco, pero se acostumbra a él y se pasa al papel escrito, que encuentra más sabroso. Entonces no se fumaba como hoy. Hasta que finalmente el secretario, de sabor en sabor, llega a masticar pergaminos y a comérselos. Por aquel entonces Rusia y Suecia estaban negociando un tratado de paz que el Parlamento exigía a Carlos XII, como en mil ochocientos catorce se quería forzar a Napoleón a negociar la paz. La base de las negociaciones era el tratado estipulado entre las dos potencias respecto a Finlandia; Goërtz confió el original a su secretario; pero cuando llega el momento de someter el proyecto al Parlamento, se encuentran con el pequeño problema de que el tratado no aparece. El Parlamento se imagina que al ministro, con objeto de favorecer los intereses del rey, se le ha ocurrido hacer desaparecer este documento; el barón de Goërtz es acusado y entonces su secretario confiesa haberse comido el tratado… Se instruye un proceso, el hecho es probado y el secretario condenado a muerte. Pero como usted no está en tal situación, acepte un cigarro y fúmeselo mientras esperamos a nuestra calesa.

Lucien tomó un cigarro y se lo encendió, como se hace en España, con el cigarro del sacerdote, diciéndose: «Tiene razón, siempre estoy a tiempo de matarme».

—Sucede a menudo —prosiguió el español— que, justo en el momento en que los jóvenes pierden toda esperanza acerca de su futuro, comienza su fortuna. Esto es lo que quería decirle, y he preferido demostrárselo con un ejemplo. Este apuesto secretario condenado a muerte se encontraba en una situación tanto más desesperada cuanto que el rey de Suecia no podía amnistiarle, toda vez que la sentencia había sido dictada por el Parlamento de Suecia; pero hizo la vista gorda a su evasión. El apuesto secretario escapa en una barca con algunos escudos en el bolsillo y llega a la corte de Curlandia, provisto de una carta de recomendación de Goërtz para el duque, en la que el ministro sueco explicaba la manía de su protegido y toda la aventura. El duque coloca al apuesto muchacho como secretario de su intendente. Ahora bien, el duque era un derrochador, tenía una bella esposa y un intendente, tres causas de ruina. Pero si piensa que aquel guapo muchacho, condenado a muerte por haberse comido el tratado relativo a Finlandia, se corrigió de su depravada inclinación, es que no conoce la influencia del vicio sobre el hombre; ¡no le detiene ni la pena capital cuando se trata de un placer que se ha creado él mismo! ¿De dónde nace este poder del vicio? ¿Es una fuerza inherente al mismo, o nace de la debilidad humana? ¿Existen gustos que rayan en la locura? ¡No puedo dejar de reírme de los moralistas que quieren combatir semejantes enfermedades con bellas frases!… Un buen día el duque, asustado por la negativa de su intendente a propósito de una petición de dinero, quiso revisar las cuentas,

¡una tontería! Nada más fácil que falsear una cuenta; no es esto lo difícil. El intendente confió todos los documentos a su secretario para que hiciera un balance de la lista civil de Curlandia. En plena noche, cuando estaba a punto de terminar su trabajo, nuestro comedor de papel se da cuenta de que está mascando un recibo del duque por una suma considerable: presa del terror, se para a medio firmar y corre a arrojarse a los pies de la duquesa, explicándole su manía, implorando la protección de su soberana y suplicándole en medio de la noche. La mujer se quedó tan prendada de la apostura del joven secretario, que se casó con él al enviudar. Así, en pleno siglo dieciocho, en un país en el que reinaban los blasones, el hijo de un platero se convirtió en príncipe soberano… ¡Y ha llegado incluso más alto!… Ha sido regente a la muerte de Catalina I, ha dominado a la emperatriz Ana y ha querido ser el Richelieu de Rusia. Pues bien, hijo mío, sepa que si bien es usted más apuesto que Byron, yo valgo mucho más, a pesar de ser un simple canónigo, que el barón de Goërtz. Por tanto, ¡suba!, le encontraremos un ducado de Curlandia en París y, a falta de ducado, siempre nos quedará la duquesa.

El español cogió del brazo a Lucien y le obligó literalmente a montar al coche, y el postillón cerró la portezuela.

—Ahora hable, soy todo oídos —dijo el canónigo de Toledo a Lucien, estupefacto—. Soy un viejo sacerdote a quien puede contárselo todo sin ningún temor. Habrá dilapidado a lo sumo su patrimonio o el dinero de su mamá. Se habrá ido sin pagar unas deudas, y estamos tan llenos de honor que nos sale por las orejas… ¡Vamos!, tenga la valentía de confesarse como si hablara consigo mismo.

Lucien se encontraba en la misma situación que aquel pescador de no sé qué cuento árabe, el cual, queriendo ahogarse en pleno océano, va a parar a un país submarino y le hacen rey. El sacerdote español parecía tan realmente afectuoso, que el poeta no dudó en abrirle su corazón, y de Angulema a Ruffec le contó toda su vida, sin omitir ninguno de sus errores y concluyendo con la última desgracia que acababa de provocar. En el momento en que terminaba este relato, narrado tanto más poéticamente cuanto que era la tercera vez que Lucien lo repetía en los últimos quince días, llegaba al punto en que, en el camino, cerca de Ruffec, se extienden los dominios de la familia Rastignac, cuyo nombre, la primera vez que Lucien lo pronunció, hizo dar un respingo al español.

—Es de aquí —dijo— de donde salió el joven Rastignac, que vale sin duda menos que yo, pero que ha tenido más suerte.

—¡Ah!

—Sí, esta extraña casa solariega es la casa de su padre. Se ha convertido, como le decía, en el amante de madame de Nucingen, la mujer del famoso banquero. Yo me he consagrado a la poesía; él, en cambio, más listo, se ha decantado por lo positivo…

El sacerdote hizo detener la calesa y quiso, por curiosidad, recorrer la pequeña alameda de acceso a la casa, mirándolo todo con más interés del que Lucien podía esperar de un sacerdote español.

—¿Así que conoce usted a los Rastignac?… —le preguntó Lucien.

—Conozco a todo París —dijo el español montando de nuevo al coche —. De modo que, por carecer de diez o doce mil francos, iba a suicidarse. Es usted un niño y no conoce ni a los hombres ni el mundo. Nuestro destino vale aquello en lo que nosotros lo estimamos, y usted sólo ha puesto a su futuro un precio de doce mil francos; pues bien, yo, ahora mismo, voy a comprárselo por más. En cuanto al encarcelamiento de su cuñado, es una fruslería. Si ese querido monsieur Séchard ha hecho un descubrimiento, será rico. Los ricos nunca han ido a la cárcel por deudas. No me parece usted muy versado en Historia. Existen dos clases de Historia: una Historia oficial, llena de mentiras, y que es la que se enseña, la Historia ad usum delphini; y luego está la Historia secreta, en la que se escriben las verdaderas causas de los acontecimientos, una historia ignominiosa. Permítame que le cuente, en cuatro palabras, otra anécdota que no conoce. Un joven sacerdote, ambicioso, quiere entrar en los negocios públicos y se convierte en el perro faldero del favorito, el favorito de una reina; el favorito se interesa por el sacerdote y le otorga el rango de ministro, concediéndole un puesto en el Consejo. Una noche, uno de esos hombres que creen hacer un favor (¡nunca haga un favor que no le hayan pedido!), le escribe al joven ambicioso que la vida de su benefactor corre peligro. El rey está cansado de tener quien le domine, y al día siguiente el favorito será asesinado si acude a Palacio. Bien, joven, dígame: ¿qué habría hecho usted de haber recibido esa carta?

—Habría ido al instante a avisar a mi benefactor —respondió vivamente Lucien.

—Sigue siendo el niño que revela el relato de su vida —dijo el sacerdote—. Nuestro hombre se dijo: «Si el rey no retrocede ante el crimen, mi benefactor está perdido; ¡fingiré haber recibido esta carta demasiado tarde!». Y durmió hasta la hora en que dieron muerte al favorito…

—¡Es un monstruo! —exclamó Lucien, quien sospechó que el sacerdote quería ponerle a prueba.

—Todos los grandes hombres son unos monstruos. Éste se llama cardenal de Richelieu —repuso el canónigo—, y su benefactor era el mariscal de Ancre. Ya ve que no conoce la Historia de Francia. ¿No tenía razón al decirle que la HISTORIA que se enseña en los colegios es una colección de fechas y de hechos, extremadamente sospechosa por otra parte, pero carente de todo valor? ¿Para qué le sirve saber que Juana de Arco ha existido? ¿No ha pensado nunca que si Francia hubiera aceptado entonces la dinastía angevina de los Plantagenet, hoy los dos pueblos unidos gobernarían los destinos del mundo y que las dos islas donde se incuban los desórdenes políticos del continente serían dos provincias francesas?… ¿No ha estudiado los medios por los que los Médicis, de simples comerciantes que eran, llegaron a ser grandes duques de Toscana?

—Un poeta de Francia no está obligado a ser un benedictino —repuso Lucien.

—Pues bien, jovenzuelo, llegaron a convertirse en grandes duques como Richelieu se convirtió en ministro. Si hubiera indagado en la Historia las causas de los acontecimientos, en vez de aprenderse de memoria simples datos sin utilidad alguna, habría aprendido unas normas útiles para su conducta. De este puñado de hechos que acabo de elegir al azar se deduce esta ley: no vea en los hombres, y sobre todo en las mujeres, algo más que simples medios; pero no deje que se den cuenta de ello. Adore, como si fuera Dios en persona, a quien está situado por encima de usted, pues puede serle útil, y no lo abandone hasta que haya pagado un alto precio por su servilismo. En el trato con el mundo sea ávido y rastrero como el judío; haga por el poder todo cuanto él hace por el dinero. Pero con el hombre caído en desgracia haga como si nunca hubiera existido. ¿Sabe por qué tiene que comportarse así?… Quiere dominar el mundo, ¿no? Pues es menester comenzar por obedecer al mundo y estudiarlo bien. Los sabios estudian los libros, los políticos estudian a los hombres, sus intereses y las causas que determinan sus acciones. Pero el mundo, la sociedad, los hombres considerados en su conjunto, son fatalistas; adoran el éxito. ¿Sabe por qué le doy este pequeño curso de Historia? Porque le creo de una ambición desmedida…

—¡Sí, padre!

—Bien que lo he visto —prosiguió el canónigo—. Pero en este momento se estará diciendo: «Este canónigo español inventa anécdotas y exprime la Historia para demostrarme que he tenido demasiados escrúpulos…». —Lucien no pudo dejar de sonreír al ver que el sacerdote había adivinado tan bien sus pensamientos—. Pues bien, jovenzuelo, consideremos lo ocurrido como simples hechos triviales —dijo el sacerdote —. Un día Francia es casi conquistada por los ingleses, al rey no le queda más que una provincia. Se alzan dos hijos del pueblo: una pobre muchacha, esa misma Juana de Arco de la que hablábamos, y luego un burgués llamado Jacques Coeur. La primera ofrece su brazo y el prestigio de su virginidad, el otro su oro: el reino es salvado; ¡pero la muchacha es hecha prisionera!… El rey, en vez de rescatarla, deja que la quemen viva. En cuanto al heroico burgués, el rey deja que sea acusado de crímenes capitales por sus cortesanos, los cuales se apropian y reparten todos sus bienes. Los despojos del inocente, perseguido, cercado y condenado por la justicia, enriquecen a cinco casas nobles… Y el padre del arzobispo de Bourges abandona para siempre el reino, sin llevarse un céntimo de sus bienes de Francia, sin otro dinero que el que había confiado a los árabes, a los sarracenos de Egipto. Me dirá: todos estos ejemplos son muy antiguos, todas estas historias de ingratitud las cuentan en la escuela desde hace trescientos años y los esqueletos de esa edad se han vuelto míticos. Entonces, jovenzuelo, quizá cree en el último semidiós que ha tenido Francia, en Napoleón. Nunca vio con buenos ojos a uno de sus generales, le nombró mariscal sólo de mala gana, y nunca se sirvió de él más que a regañadientes. Ese mariscal se llama Kellermann. ¿Sabe por qué?… Kellermann salvó a Francia y al Primer Cónsul en Marengo mediante una carga audaz que fue aplaudida en medio de la sangre y del fuego. Esta carga heroica ni siquiera fue mencionada en la orden del día. El motivo de la frialdad de Napoleón para con Kellermann es el mismo que el de la caída en desgracia de Fouché, del príncipe de Talleyrand: es la ingratitud del rey Carlos VII, de Richelieu, la ingratitud…

—Pero, padre, suponiendo que me salvara la vida e hiciera mi fortuna —dijo Lucien—, de este modo me enseña a despreciar la gratitud.

—Bribonzuelo —dijo el clérigo sonriendo y cogiendo de la oreja a Lucien para retorcérsela con una familiaridad casi regia—, si usted fuese ingrato conmigo sería porque es un hombre fuerte y me doblegaría ante usted; pero aún no ha llegado a serlo, pues, de simple escolar, ha querido pasar a maestro demasiado pronto. Es el defecto de los franceses de su generación. Todos han sido echados a perder por el ejemplo de Napoleón. Y ahora presenta su dimisión porque no ha podido conseguir la charretera que ambicionaba… Pero ¿ha puesto toda su voluntad y toda su energía al servicio de una idea?…

—¡Ah, no! —exclamó Lucien.

—Usted ha sido lo que los ingleses llaman un inconsistent —prosiguió el canónigo sonriendo.

—¡Qué importa lo que yo haya sido, si ya no puedo ser nada! —exclamó Lucien.

—Detrás de sus bellas cualidades hay una fuerza semper virens —dijo el sacerdote para demostrar que sabía un poco de latín—, y nada se le resistirá en el mundo. Ya le aprecio un poco… —Lucien sonrió con aire incrédulo—. Sí —continuó el desconocido respondiendo a la sonrisa de Lucien—, me interesa como si fuera hijo mío, y soy lo bastante poderoso como para hablarle con el corazón en la mano, como usted acaba de hacer. ¿Sabe lo que me gusta de usted?… Que ha hecho tabla rasa en su interior y es capaz de escuchar un curso de moral que no puede oírse en ninguna parte, porque los hombres, cuando se hallan juntos, son aún más hipócritas de lo que acostumbran a serlo cuando su interés les obliga a representar una comedia. Por eso se pasan una buena parte de su vida intentando extirpar lo que han dejado crecer durante su adolescencia. Y a esta operación la llaman adquirir experiencia.

Mientras escuchaba al padre, Lucien se decía: «Es algún viejo político encantado de divertirse por el camino. Se complace en hacer cambiar de opinión a un pobre muchacho al borde del suicidio y me dejará cuando se haya cansado de la broma… Pero es bueno con la paradoja, tanto como Blondet o Lousteau». A pesar de esta prudente reflexión, la corrupción intentada por este diplomático sobre Lucien penetraba hasta el fondo de aquella alma dispuesta a acogerla, y hacía tanto más daño cuanto que se apoyaba en ejemplos célebres. Cautivado por el encanto de esta cínica conversación, Lucien se aferraba más aún a la vida cuanto que se sentía reconducido del fondo de su suicidio a la superficie por un brazo poderoso. En esto el éxito del sacerdote era evidente. Por ello, de vez en cuando, había acompañado sus sarcasmos históricos con una sonrisa maliciosa.

—Si su forma de tratar la moral se parece a su manera de ver la Historia —dijo Lucien—, me gustaría saber cuál es en este momento el motivo de su aparente caridad.

—Este, jovenzuelo, es el último punto de mi plática, y me permitirá que me lo guarde, porque así no nos separaremos hoy —replicó con la astucia de un sacerdote que ve triunfar su maniobra.

—Pues bien, hábleme de moral —dijo Lucien, que se dijo para sí: «Voy a hacer que tome postura».

—La moral, jovenzuelo, comienza con la ley —dijo el sacerdote—. Si sólo se tratara de la religión, las leyes serían inútiles: los pueblos religiosos tienen pocas leyes. Por encima de la ley civil está la ley política. Pues bien, ¿quiere saber lo que ve escrito un político en la frente de su siglo diecinueve? Los franceses inventaron en mil setecientos noventa y tres una soberanía popular que ha acabado con un emperador absoluto. Esto en lo que se refiere a su historia nacional. En cuanto a las costumbres: madame Tallien y madame de Beauharnais se han comportado del mismo modo, Napoleón se casa con una, la convierte en emperatriz, y nunca quiso recibir a la otra, por más que fuera una princesa. Sans-culotte en mil setecientos noventa y tres Napoleón se ciñe la corona de hierro en mil ochocientos cuatro. Los feroces defensores de la «Igualdad o Muerte» de mil setecientos noventa y dos, se convierten, a partir de mil ochocientos seis, en cómplices de una aristocracia legitimada por Luis XVIII. En el extranjero, la aristocracia que hoy domina en el faubourg Saint-Germain se ha comportado incluso peor: ha sido usurera, comerciante, charcutera, cocinera, granjera, guardiana de ganado. Por tanto, en Francia, tanto la ley política como la ley moral han desmentido lo que eran en un principio sus opiniones con su conducta, o la conducta con sus opiniones. No ha habido ninguna lógica ni por parte del Gobierno ni de los particulares. Por ello no tienen ustedes ya moral. Hoy día, en su patria, el éxito es la razón suprema de todo, sea lo que sea. El hecho en sí no cuenta para nada, lo que cuenta es la idea que los demás se hacen de él. De ahí, jovenzuelo, se deriva un segundo precepto: ¡tenga una buena apariencia!, esconda el revés de su vida y presente un derecho muy brillante. La discreción, esa divisa de los ambiciosos, es la de nuestra Orden, hágala suya. Los grandes cometen casi tantas bajezas como los miserables, pero las cometen en la sombra y hacen gala de sus virtudes: siguen siendo grandes. Los humildes despliegan sus virtudes en la sombra y exponen sus miserias a la luz pública: son despreciados. Usted ha escondido sus grandezas y ha mostrado sus flaquezas. Ha tenido públicamente por amante a una actriz, ha vivido con ella, en su casa; no era nada reprensible, pues uno y otro eran totalmente libres, pero infringieron las convenciones sociales y no se ganaron la consideración que la sociedad concede a quienes acatan sus leyes. Si hubiera dejado a Coralie a ese monsieur Camusot, si hubiera ocultado sus relaciones con ella, se habría casado con madame de Bargeton, sería prefecto de Angulema y marqués de Rubempré. Cambie de conducta, exhiba su belleza, sus encantos, su ingenio y su poesía. Si se permite pequeñas infamias, hágalo entre cuatro paredes: nadie podrá así acusarle de ensuciar el decorado de este gran teatro llamado mundo. Napoleón llamó a esto lavar «la ropa sucia en casa». Del segundo precepto se infiere este corolario: sólo cuenta la forma. Y preste atención a lo que yo entiendo por Forma. Hay gente sin instrucción que, obligada por la necesidad, sustrae con violencia una suma determinada a alguien; se les llama criminales y tienen que vérselas con la Justicia. Un pobre hombre con talento hace un descubrimiento cuya explotación equivale a un tesoro, uno le presta tres mil francos (como han hecho esos Cointet que se han encontrado con sus tres mil francos en la mano y que ahora despojarán a su cuñado), le atormenta hasta que le cede el secreto en todo o en parte, uno solo tiene que rendir cuentas con su conciencia, y nuestra conciencia no nos lleva ante un tribunal. Los enemigos del orden social aprovechan este abuso para despotricar contra la Justicia y protestar en nombre del pueblo porque un ladrón que roba de noche unas gallinas en un recinto cerrado es mandado a galeras, mientras que un hombre que arruina a varias familias provocando una quiebra fraudulenta apenas si pasa unos meses en la cárcel; pero esos hipócritas saben muy bien que, condenando al ladrón, los jueces mantienen la barrera entre pobres y ricos, que si fuera derribada conduciría al fin del orden social; mientras que el que se declara en quiebra, el astuto cazadotes, el banquero que arruina un negocio en beneficio propio, sólo provocan que la fortuna cambie de manos. De este modo la sociedad, hijo mío, está obligada a distinguir, en beneficio propio, lo que yo le hago distinguir en beneficio suyo. El quid de la cuestión no es otro que amoldarse a la sociedad. Napoleón, Richelieu, los Médicis se amoldaron a su siglo. Y usted, ¡usted se valora en doce mil francos!… Su sociedad ya no adora al verdadero Dios, sino al Becerro de Oro. Esta es la religión de su Carta, que, en política, tiene en cuenta sólo la propiedad. ¿Y no es esto como decirles a todos los súbditos: tratad de enriqueceros?… Cuando haya logrado amasar legalmente una fortuna, sea rico y marqués de Rubempré, podrá permitirse el lujo del honor. Entonces hará ostentación de tanta delicadeza, que nadie se atreverá nunca a acusarle de no haberla tenido, si alguna vez llega a hacer fortuna sin demasiados escrúpulos, cosa que no le aconsejaría nunca —dijo el sacerdote tomando la mano de Lucien y dándole unas palmaditas—. ¿Qué tiene entonces que meterse en esa bella cabecita?… Solamente esto: tener un objetivo brillante y esconder los medios para alcanzarlo, tanto como el camino que seguirá. Se ha comportado como un niño, sea ahora hombre, sea cazador, póngase al acecho, embósquese en el mundo parisiense, espere una presa y un golpe de suerte; no escatime ni su persona ni lo que se llama la dignidad, pues todos obedecemos a algo, a un vicio, a una necesidad, pero observe siempre la ley suprema: ¡el secreto!

—¡Me asusta usted, padre! —exclamó Lucien—. Esto me parece una teoría de salteadores de caminos.

—Tiene razón —le contestó el canónigo—, pero no la he inventado yo. Es así como han razonado los advenedizos, tanto la Casa de Austria como la de Francia. No tiene usted nada, se encuentra en la situación de los Médicis, de Richelieu, de Napoleón en los comienzos de su ambición. Todos esos personajes, hijo mío, pensaron que su futuro bien valía el precio de la ingratitud, de la traición y de las contradicciones más violentas. Para conseguirlo todo hay que atreverse a todo. ¿Razonamos? Cuando se sienta a una mesa de bouillotte, ¿discute usted las condiciones? Las reglas ya existen y usted las acepta.

«Bueno —pensó Lucien—, al menos conoce la bouillotte.»

—¿Qué hace cuando juega a la bouillotte?… —preguntó el sacerdote—. ¿Practica la más hermosa de las virtudes, la franqueza? No sólo oculta su juego, sino que además trata de hacer creer, cuando está seguro de ganar, que lo va a perder todo. En una palabra, disimula, ¿no es así?… ¡Miente para ganar cinco luises!… ¿Qué diría de un jugador que fuera tan generoso como para advertir a los demás de que tiene un trío de ases? Pues bien, el ambicioso que quiere luchar armado con los preceptos de la virtud en una pugna en la que sus adversarios juegan sin escrúpulos, es un niño al que los viejos políticos dirían lo que los jugadores le dicen a quien no saca partido de sus propias cartas: «Señor, no juegue nunca a la bouillotte…». ¿Es usted quien dicta las reglas en el juego de la ambición? ¿Por qué le he dicho que se amolde a la Sociedad?… Porque hoy día, jovenzuelo, la Sociedad se ha arrogado insensiblemente tantos derechos sobre los individuos, que el individuo se ve obligado a luchar contra ella. Ya no hay leyes, sólo costumbres, es decir, maneras, siempre la forma. —Lucien hizo un gesto de extrañeza—. ¡Ah!, hijo mío —prosiguió el sacerdote temiendo haber escandalizado el candor de Lucien—, ¿esperaba acaso encontrar al ángel Gabriel en un sacerdote cargado con todas las iniquidades de la contradiplomacia de dos reyes? Soy el mediador entre Fernando VII y Luis XVIII, dos grandes… reyes que deben ambos su corona a complicadas… componendas. Creo en Dios, pero más aún creo en nuestra Orden, y nuestra Orden sólo cree en el poder temporal. Para hacer el poder temporal muy poderoso, nuestra Orden defiende a la Iglesia católica, apostólica y romana, es decir, el conjunto de sentimientos que mantienen al pueblo en la obediencia. Somos los templarios modernos, tenemos una doctrina. Al igual que el Temple, nuestra Orden fue destruida por las mismas razones: se había adaptado al mundo. Si quiere ser soldado, yo seré su capitán. Obedézcame como una mujer obedece a su marido, como un niño obedece a su madre, y le garantizo que en menos de tres años será marqués de Rubempré, se casará con una de las más nobles muchachas del faubourg Saint-Germain y un día llegará a sentarse en los bancos de los pares. En este momento, de no haberle yo distraído con mi conversación, ¿qué habría sido de usted? Un cadáver imposible de encontrar al fondo de una poza; pues bien, ¡haga un esfuerzo de imaginación! —En este momento Lucien miró a su protector con curiosidad—. El joven que se encuentra sentado aquí, en esta calesa, al lado del sacerdote Carlos Herrera, canónigo honorario del Capítulo de Toledo, enviado secreto de Su Majestad Fernando VII a Su Majestad el Rey de Francia, para llevarle un despacho en el que tal vez le dice: «Cuando me hayáis liberado, haced colgar a todos aquéllos a quienes en estos momentos halago, y a mi enviado, para que sea verdaderamente secreto»; este joven —dijo el desconocido— ya no tiene nada en común con el poeta que acaba de morir. Le he pescado, le he devuelto a la vida y me pertenece como la criatura pertenece a su creador, como, en los cuentos de hadas, el alifitre pertenece al genio y como el icoglan pertenece al sultán, como el cuerpo pertenece al alma. Yo le mantendré con mano poderosa en el camino del poder, prometiéndole, no obstante, una vida de placeres, de honores, de continuas fiestas… Nunca le faltará el dinero… Brillará, lucirá, mientras yo, curvado dentro del barro de los cimientos, aseguraré el brillante edificio de su fortuna. ¡Yo amo el poder por el poder! Me sentiré siempre feliz de verle disfrutar de unos placeres que a mí me están vedados. En una palabra, ¡viviré a través de usted!… Y el día en que este pacto entre un hombre y un demonio, entre un muchacho y un diplomático, ya no le convenga, siempre podrá ir en busca de un recóndito paraje, como ese del que hablaba, para ahogarse: será más o menos lo que es hoy, desgraciado o deshonrado…

—¡No es precisamente esto una homilía del arzobispo de Granada! —exclamó Lucien al ver la calesa detenida en una casa de posta.

—Llame como quiera a esta somera instrucción, hijo mío, porque le adopto y haré de usted mi heredero, pero es el código de la ambición. Son pocos los elegidos de Dios. No hay alternativa posible: o se refugia uno en un convento (¡y a menudo encontrará allí el mundo en miniatura!), o se acepta este código.

—Tal vez sería preferible no ser tan sabio —dijo Lucien tratando de sondear el alma de aquel terrible sacerdote.

—¡Cómo! —continuó el canónigo—. Después de haber jugado sin conocer las reglas del juego, abandona la partida en el momento en que comienza a jugarse fuerte, justo cuando ha encontrado a un sólido padrino… ¡y sin tan siquiera el deseo de tomarse el desquite! ¡Cómo! ¿No siente ni ganas de subirse a la espalda de quienes le expulsaron de París?

Lucien se estremeció como si un instrumento de bronce, un gong chino, hubiera dejado oír aquellos terribles sones que atacan los nervios.

—No soy más que un humilde sacerdote —prosiguió este hombre dejando asomar una horrible expresión en su rostro, atezado por el sol de España—, pero si a mí unos hombres me hubieran humillado, vejado, torturado, traicionado y vendido, como hicieron con usted los bribones de que me ha hablado, sería como el árabe del desierto… Sí, me entregaría en cuerpo y alma a la venganza. No me importaría acabar mi vida colgado de una horca, sentado en el garrote vil, empalado o guillotinado, como en su país; pero no me dejaría cortar la cabeza antes de haber aplastado a mis enemigos bajo mis pies.

Lucien guardaba silencio, no sentía ya ningunas ganas de hacer tomar postura a aquel sacerdote.

—Unos descienden de Abel y otros de Caín —dijo el canónigo a modo de conclusión—; yo tengo la sangre mezclada: Caín para mis enemigos, Abel para mis amigos, y pobre de aquel que despierte a Caín… ¡Después de todo, es usted francés, yo soy español y, además, canónigo!…

«¡Qué temperamento de árabe!», se dijo Lucien examinando al protector que el cielo acababa de enviarle.

No había nada en el aspecto del padre Carlos Herrera que hiciera pensar en un jesuita, ni siquiera en un religioso. Grueso y bajo, manos grandes, tórax ancho, fuerza hercúlea, una mirada terrible, pero atenuada por una estudiada mansedumbre, tez de bronce que no dejaba traslucir nada de su interior, inspiraba mucha más repulsión que atracción. Unos largos y bonitos cabellos blancos empolvados, al estilo del príncipe de Talleyrand, daban a este singular diplomático el aire de un obispo, y la cinta azul, bordada de blanco, de la que colgaba una cruz de oro, indicaba además que era un dignatario eclesiástico. Sus medias de seda negra moldeaban unas piernas de atleta. La exquisita pulcritud de su indumentaria revelaba ese esmero de la propia persona que es raro normalmente en los sacerdotes, y más aún en España. En la testera del coche decorado con las armas de España había un bonete. Pero, no obstante la repugnancia que inspiraba aquella fisonomía, los ademanes a la vez agresivos y melosos atenuaban el efecto que producía. Era evidente que el sacerdote se había querido mostrar con Lucien coqueto, halagador, casi gatuno. Lucien examinó hasta los menores detalles con aire preocupado. Sintió que se trataba en aquel momento de vivir o morir, pues se encontraban en la segunda parada una vez pasado Ruffec. Las últimas frases del sacerdote español habían tocado muchas fibras sensibles de su corazón, y, digámoslo para vergüenza de Lucien y del sacerdote, quien con mirada perspicaz estudiaba el bello rostro del poeta, estas cuerdas eran las peores, las que vibran ante el ataque de los sentimientos depravados. Lucien volvía a ver París, volvía a coger las riendas del poder, que sus inexpertas manos habían dejado escapar, ¡se vengaba! La comparación entre la vida de provincias y la de París que acababa de hacer constituía la causa más poderosa de su propósito de suicidarse, y ahora desaparecía: volvería a su ambiente, pero protegido por un político profundo que podía llegar hasta la perversidad de un Cromwell.

«Estaba solo, y ahora seremos dos», se decía. Cuantos más errores había confesado de su conducta anterior, mayor había sido el interés mostrado por el eclesiástico. La caridad de aquel hombre había aumentado en proporción a la desgracia, y no se extrañaba de nada. Sin embargo, Lucien se preguntó cuál podía ser el fin perseguido por este urdidor de intrigas reales. En primer lugar, se le ocurrió una razón banal: ¡los españoles son generosos! El español es generoso igual que el italiano es envenenador y celoso, como el francés es ligero, como es sincero el alemán, despreciable el judío y noble el inglés. Invertid estas afirmaciones y tendréis la verdad. Los judíos han acaparado el oro, escriben Robert le Diable, interpretan Fedra, cantan Guillermo Tell, encargan cuadros, construyen palacios, escriben los Reisebilder y poesías admirables, son más poderosos que nunca, su religión es aceptada y, por añadidura, conceden préstamos al Papa. En Alemania, por la cosa más simple, preguntan al extranjero: «¿Tiene un contrato?», hasta tal punto se cometen estafas. En Francia, desde hace cincuenta años, se aplauden en escena las estupideces nacionales, se siguen llevando sombreros inexplicables, y ¡sólo cambia el gobierno a condición de seguir siendo siempre el mismo!… Inglaterra despliega ante la faz del mundo unas perfidias cuyo horror sólo es comparable a su codicia. El español, después de haber tenido el oro de las Indias, se ha quedado sin nada. No hay país en el mundo en que existan menos envenenamientos que en Italia y donde las costumbres sean más fáciles y corteses. Los españoles han vivido mucho de la reputación de los moros.

Cuando el español montó de nuevo a la calesa, dijo al oído del postillón:

—Necesito alcanzar al coche correo; hay tres francos de propina.

Lucien dudaba en subir, y el sacerdote le dijo:

—¡Vamos ya!

Y Lucien subió con la excusa de soltarle un argumento ad hominem.

—Padre —le dijo—, un hombre que acaba de exponer con la mayor sangre fría del mundo las máximas que muchos burgueses tacharían de profundamente inmorales…

—Y que lo son —interrumpió el sacerdote—; por eso quería Jesucristo el escándalo, hijo mío. Y ésta es la razón de que el mundo tema tanto el escándalo.

—Un hombre de su temple no se sorprenderá por la pregunta que voy a hacerle.

—Adelante, hijo mío… —dijo Carlos Herrera—, no me conoce usted. ¿Acaso cree que tomaría un secretario sin antes saber si posee unos sólidos principios que le impidan despojarme de nada? Estoy contento de usted. Tiene aún toda la inocencia del hombre que se quita la vida a los veinte años. ¿Cuál es su pregunta?…

—¿Por qué este interés por mí? ¿Qué quiere a cambio?

El español miró a Lucien y sonrió:

—Esperemos a que haya un repecho, lo subiremos a pie y hablaremos al aire libre. El interior de una calesa no es un lugar discreto.

Se hizo el silencio durante un rato entre los dos compañeros, y la rapidez de la carrera ayudó, por así decirlo, a la embriaguez moral de Lucien.

—Padre, ya estamos en la cuesta —dijo Lucien como despertándose de un sueño.

—Pues bien, andemos —dijo el sacerdote gritando con fuerte voz al postillón para que se detuviera.

Y los dos echaron a andar camino adelante.

—Hijo —le dijo el español cogiendo a Lucien por el brazo—, ¿has reflexionado sobre la Venecia salvada de Otway? ¿Has llegado a comprender esa amistad profunda de un hombre con otro, que une a Peter con Jaffier, que hace que las mujeres sean indiferentes para ellos, y que les permite superar todas las diferencias sociales?… Pues bien, aquí tienes un tema para el poeta.

«El canónigo conoce también el teatro», se dijo Lucien.

—¿Ha leído a Voltaire? —le preguntó.

—Hago algo mejor —repuso el canónigo—; lo pongo en práctica.

—¿No cree en Dios?…

—Vamos, ahora resultará que el ateo soy yo —respondió el sacerdote sonriendo—. Vayamos al grano, hijo mío —prosiguió cogiéndole por la cintura—. Tengo cuarenta y seis años, soy hijo natural de un gran señor, por tanto sin familia, y tengo corazón… Pero presta atención a lo que voy a decirte y grábatelo en el cerebro, aún tan blando: el hombre le tiene horror a la soledad. Y entre todas, la soledad moral es la que más le espanta. Los primeros anacoretas vivían con Dios, habitaban el mundo más poblado, el del espíritu. Los avaros viven en el mundo de la fantasía y de los placeres. El avaro lo tiene todo, hasta el sexo, en su cerebro. El primer pensamiento de todo hombre, ya sea un leproso o un forzado, un infame o un enfermo, es tener un cómplice de su destino. Y para hacer realidad este deseo, que es la vida misma, hace uso de todas sus fuerzas, de todo su poder, de toda su inspiración. Sin este deseo soberano, ¿habría podido encontrar Satanás compañeros?… Hay en esto el tema para un poema que está por hacer, y que podría servir de prólogo al Paraíso perdido, que no es sino una apología de la rebelión.

—Éste sería la Ilíada de la corrupción —dijo Lucien.

—Pues bien, estoy solo y vivo solo. Y aunque llevo hábito, en mi caso no hace al monje. Me gusta ser abnegado, tengo este vicio. Vivo para la abnegación, por eso soy sacerdote. No le temo a la ingratitud, y soy agradecido. La Iglesia no cuenta para mí, es sólo una idea. Me he consagrado al rey de España, pero no se puede querer al rey de España; él me protege desde lo alto. Yo quiero amar a mi criatura, formarla, modelarla a mi manera, a fin de quererla como un padre quiere a su hijo. Montaré contigo en tu tílburi, muchacho, disfrutaré con tu éxito con las mujeres, y me diré: «¡Este apuesto joven soy yo! Yo he creado a este marqués de Rubempré y lo he introducido en el mundo aristocrático; su grandeza es obra mía, calla o habla a mi dictado, me lo consulta todo». El abate de Vermont era esto para María Antonieta.

—¡La llevó al cadalso!

—No quería a la reina… —respondió el sacerdote—; sólo se quería a sí mismo.

—¿He de dejar atrás la desolación? —dijo Lucien.

—Mis tesoros están a tu disposición.

—En este momento no sé qué daría por salvar a Séchard —repuso Lucien con una voz que no era ya la de un suicida.

—Una palabra tuya, hijo mío, y mañana recibirá el dinero necesario para ponerle en libertad.

—¡Cómo! ¿Me daría usted doce mil francos?

—¡Eh, muchacho!, ¿es que no ves que hacemos cuatro leguas por hora? Cenaremos en Poitiers. Y allí, si quieres firmar el pacto y darme una sola prueba de obediencia, ¡pero quiero que sea grande!, pues bien, la diligencia de Burdeos le llevará quince mil francos a tu hermana…

—¿Dónde están?

El sacerdote español no respondió y Lucien se dijo: «Ya le he cogido, se burlaba de mí». Un instante después, el español y el poeta subieron de nuevo al coche. Y en silencio el sacerdote metió la mano dentro de la saca del carruaje y sacó esa talega de cuero en forma de alforja dividida en tres compartimientos, tan conocida por los viajeros, y extrajo de ella cien portuguesas introduciendo por tres veces su ancha mano, que salía siempre llena de oro.

—Padre, suyo soy —dijo Lucien deslumbrado por aquel río de oro.

—Hijo —repuso el sacerdote besando con ternura en la frente a Lucien—, esto no es más que la tercera parte del oro que hay en esta bolsa, treinta mil francos, sin contar el dinero para el viaje.

—¿Y viaja solo?… —exclamó Lucien.

—Pero ¡si esto no es nada! —dijo el español—. Tengo más de cien mil escudos en letras pagaderas a la vista en París. Un diplomático sin dinero es lo que tú eras hace un momento: un poeta sin voluntad.

En el instante en que Lucien subía al coche con el supuesto diplomático español, Ève se levantaba para dar de beber a su hijo. Encontró la carta fatal y la leyó. Un frío sudor heló el trasudor que produce el sueño matinal, sufrió un vahído y llamó a Marion y a Kolb.

A las palabras:

—¿Ha salido mi hermano?

Kolb repuso:

—Sí, señora, andes tel amaneger.

—Guardad el mayor secreto sobre lo que os voy a decir —recomendó Ève a los dos criados—. Mi hermano ha salido sin duda para poner fin a su vida. Id corriendo los dos, tratad de informaros con discreción y vigilad el curso del río.

Ève se quedó sola, sumida en un estupor horrible. En medio de su turbación, hacia las siete de la mañana, llegó Petit-Claud para hablarle de negocios. En tales momentos, se escucha a cualquiera.

—Señora —dijo el abogado—, nuestro pobre David está en prisión y se encuentra en la situación que yo preví desde el comienzo de este asunto. Entonces le aconsejé que se asociara para la explotación de su descubrimiento con sus competidores, los Cointet, que cuentan con los medios para poner en práctica lo que su marido por ahora sólo tiene en fase de concepción. Por tanto, ayer por la noche, en cuanto me enteré de su detención, ¿qué hice?, pues me fui a ver a los señores Cointet con el propósito de obtener de ellos unas concesiones que puedan satisfacerles a ustedes. De querer defender este descubrimiento, la vida de ustedes seguirá siendo lo que es ahora: un calvario de pleitos en el que sucumbirán, y acabarán haciendo, agotados y moribundos, tal vez en detrimento suyo, con alguna persona de dinero lo que yo quiero que ahora hagan ustedes por su bien con los hermanos Cointet. Se ahorrarán así las privaciones, las angustias de la lucha del inventor contra la codicia del capitalista y la indiferencia de la sociedad. ¡Veamos!, si los señores Cointet pagan sus deudas…, si una vez pagadas éstas les ofrecen además una suma que les satisfaga independientemente del valor, del futuro y de la posibilidad de ganancias del descubrimiento, concediéndoles, desde luego, una participación en los beneficios de la explotación, ¿no estarían contentos?… Usted, señora, será la propietaria de la imprenta y de todo el material, y sin duda la venderá; sólo esto ya valdrá veinte mil francos, y yo le garantizo un comprador por este precio. Con los quince mil francos que podría obtener firmando una escritura con los señores Cointet, tendría una fortuna de treinta y cinco mil francos, que, al interés de la renta, le proporcionaría dos mil francos… Con dos mil francos de renta se puede vivir en provincias. Y tenga en cuenta, señora, que también tendría las eventuales ganancias de su asociación con los señores Cointet. Digo eventuales porque no podemos tener una certeza absoluta del éxito. Por tanto, esto es lo que puedo conseguir para ustedes: en primer lugar, la libertad completa de David, luego quince mil francos a título de compensación por sus investigaciones y que los señores Cointet no podrán reclamar nunca bajo ningún concepto, aunque el descubrimiento fuera improductivo; y, por último, una sociedad formada entre David y los señores Cointet para la explotación de una patente de invención, después de un experimento hecho en común y en secreto, del proceso de fabricación, sobre las siguientes bases: los señores Cointet correrán con todos los gastos. A David se le reconocerá como contribución financiera la aportación de la patente y tendrá derecho a la cuarta parte de los beneficios. Es usted una mujer juiciosa y muy razonable, lo que no es frecuente entre las mujeres muy guapas; reflexione sobre esta propuesta, y la encontrará muy aceptable…

—¡Ah, señor! —exclamó la pobre mujer desesperada y rompiendo a llorar—. ¿Por qué no vino ayer noche a proponerme esta transacción? Habríamos evitado la deshonra y… algo mucho peor…

—Mi discusión con los Cointet, que como seguramente habrá comprendido se esconden detrás de Métivier, no terminó hasta medianoche. Pero ¿qué ha pasado desde ayer noche que sea peor que la detención de nuestro pobre David? —preguntó Petit-Claud.

—Esta es la espantosa noticia que me he encontrado al despertar —contestó ella alargándole a Petit-Claud la carta de Lucien—. En este momento me demuestra que se interesa por nosotros, que es usted amigo de David y de Lucien, no necesito pedirle que guarde el secreto…

—Puede estar tranquila —dijo Petit-Claud devolviéndole la carta después de haberla leído—. Lucien no se matará. Después de haber sido la causa de la detención de su hermano, necesitaba una razón para dejarles, y yo veo en ello una especie de salida, como entre bastidores.

Los Cointet habían conseguido sus fines. Después de haber torturado al inventor y a su familia, elegían el momento de esa tortura en que el cansancio hace desear cierto descanso. Todos los buscadores de secretos no tienen la resistencia del bulldog, que muere con la presa entre sus dientes, y los Cointet habían estudiado atentamente el carácter de sus víctimas. Para Cointet el largo, la detención de David era la última escena del primer acto de aquel drama. El segundo acto comenzaba con la propuesta que Petit-Claud acababa de hacer. Como gran maestro que era, el abogado vio en la cabezonada de Lucien uno de esos golpes de suerte inesperados que deciden el final de una partida. Vio a Ève tan completamente abatida por aquel acontecimiento, que decidió aprovecharse de él para ganarse su confianza, pues había acabado adivinando la influencia de la mujer sobre el marido. Por ello, en vez de sumir más aún a madame Séchard en la desesperación, trató de tranquilizarla y aprovechando el estado de ánimo en que se encontraba dirigió hábilmente sus pensamientos hacia la prisión, pensando que ella convencería entonces a David para asociarse con los Cointet.

—David me dijo, señora, que sólo deseaba la fortuna por usted y por su hermano; pero debe de haber comprobado ya que sería una locura querer enriquecer a Lucien. Ese muchacho sería capaz de dilapidar tres patrimonios.

La actitud de Ève demostraba a las claras que la última de sus ilusiones respecto a su hermano se había esfumado y, por tanto, el abogado hizo una pausa para que el silencio de su cliente fuera una especie de asentimiento.

—Por eso ahora, en este asunto —prosiguió—, se trata ya sólo de usted y de su hijo. Le corresponde a usted saber si dos mil francos de renta son suficientes para su felicidad, sin contar la herencia del viejo Séchard. Desde hace un tiempo su suegro percibe unas rentas de siete a ocho mil francos, sin incluir los intereses que cobra por sus capitales; así que tienen, después de todo, un porvenir brillante. ¿Para qué atormentarse?

El abogado dejó a madame Séchard para que reflexionara sobre esta perspectiva bastante hábilmente preparada la víspera por Cointet el largo.

—Vaya a hacerles entrever la posibilidad de embolsarse una suma cualquiera —le había dicho el chacal de Angulema al abogado cuando fue a anunciarle la detención—, y una vez que se hayan hecho a la idea de poder disponer de cierta cantidad de dinero, los tendremos en el bolsillo; regatearemos y poco a poco les haremos llegar al precio que queremos pagar por ese secreto.

Esta frase contenía, de alguna forma, el argumento del segundo acto de este drama financiero.

Cuando madame Séchard, con el corazón roto por sus recelos sobre la suerte de su hermano, se hubo vestido y bajó para dirigirse a la cárcel, sintió la angustia que le producía el tener que atravesar sola las calles de Angulema. Sin preocuparle la zozobra de su cliente, Petit-Claud volvió sobre sus pasos para ofrecerle su brazo, movido por una idea más bien maquiavélica, y Ève fue extremadamente sensible a esta delicadeza; Petit-Claud aceptó su agradecimiento sin sacarla de su error. Esta pequeña atención por parte de un hombre tan duro y áspero, y en un momento semejante, hizo cambiar la opinión que madame Séchard se había hecho hasta el momento de Petit-Claud.

—La llevo —le dijo— por el camino más largo, pero así no nos encontraremos con nadie.

—Es la primera vez, señor, que no tengo derecho a ir con la cabeza alta, bien duramente me lo hicieron saber ayer…

—Será la primera y la última.

—¡Oh! Con toda seguridad no me quedaré en esta ciudad…

—Si su marido acepta la propuesta que más o menos hemos pactado los Cointet y yo —dijo Petit-Claud a Ève al llegar ante la puerta de la prisión—, hágamelo saber; vendré al punto con una autorización de Cachan, que le permitirá a David salir de prisión, y es de creer que no volverá a ingresar en ella…

Esto dicho ante la puerta de la cárcel era lo que los italianos llaman una combinazione. Para ellos esta palabra expresa, en efecto, una acción difícil de definir, en la que hay un poco de perfidia mezclada con el derecho, el sentido de la oportunidad de un fraude autorizado, una astucia casi legítima y bien premeditada; según los italianos, la noche de San Bartolomé es una combinazione política.

Por las razones expuestas más arriba, la detención por deudas es un procedimiento judicial tan raro en provincias que, en la mayoría de las ciudades francesas, no existe ni siquiera una prisión para deudores. En tales casos, el deudor es encerrado junto con los inculpados, los acusados y los condenados. Tales son los distintos nombres que se asignan legal y sucesivamente a quienes el pueblo califica genéricamente de «criminales». David fue, por tanto, puesto provisionalmente en una de las celdas de la planta baja de la prisión de Angulema, de donde tal vez acababa de salir algún condenado que había cumplido ya su pena. Una vez registrado con la anotación de la suma establecida por ley para el sustento mensual del prisionero, David se encontró ante un hombretón que, para los presos, es más poderoso que el mismísimo rey: ¡el carcelero! No se ha visto nunca en provincias un carcelero delgado. En primer lugar, este oficio es poco menos que una sinecura; y el carcelero es, además, como un posadero que no tuviera que pagar una casa, y que se alimenta muy bien dando mal de comer a sus presos, y alojándolos, como hace el posadero, según sus posibilidades económicas. El carcelero conocía a David de nombre, sobre todo por su padre, y tuvo la deferencia de ofrecerle una buena yacija por una noche, pese a no tener David un céntimo. La cárcel de Angulema data de la Edad Media y no ha sufrido más cambios que la catedral. Llamada todavía Casa de Justicia, se halla adosada al antiguo Presidial. La puerta de entrada es la típica puerta claveteada, de solidez aparente, consumida, baja y de construcción tanto más ciclópea cuanto que tiene como un único ojo en la frente la mirilla por la que el carcelero identifica a quienes llaman antes de abrir. En la planta baja hay un corredor de igual longitud que la fachada y en el que se abren varias celdas cuyos altos ventanucos provistos de campanas de aireación reciben luz del patio. El alojamiento del carcelero se halla separado de dichas celdas por una bóveda que divide la planta baja en dos partes, en el fondo de la cual se ve, desde la puerta de entrada, una reja que cierra el patio. David fue llevado por el carcelero a la celda cuya puerta daba enfrente de su alojamiento. El carcelero quería estar cerca de un hombre que, dada su particular situación, podía hacerle compañía.

—Es la mejor celda —dijo al ver a David estupefacto por el aspecto del recinto.

Las paredes de la celda eran de piedra y bastante húmedas. Las ventanas, altísimas, tenían unos barrotes de hierro. Las losas del suelo despedían un frío glacial. Se oía el paso regular del centinela que se paseaba por el corredor. Este ruido monótono como el de la marea provoca a cada momento este pensamiento: «¡Estás vigilado, no eres ya libre!». Todos estos detalles, este conjunto de cosas, actúa prodigiosamente sobre la moral de las personas honradas. David vio una yacija execrable; pero las personas encarceladas están tan inquietas durante la primera noche, que no notan hasta la segunda lo dura que es. El carcelero estuvo cortés, le propuso naturalmente a su preso si quería pasear por el patio hasta la noche. El suplicio de David no comenzó hasta el momento de acostarse. Estaba prohibido dejar una luz a los presos; se requería, por tanto, un permiso del procurador real para eximir al detenido por deudas de una norma que no afectaba más que a las personas sometidas al brazo de la justicia. El carcelero invitó gustosamente a David a su alojamiento, pero a la hora de acostarse tuvo finalmente que encerrarle en su celda. El pobre marido de Ève conoció entonces los horrores de la prisión y la dureza de sus costumbres, que le produjeron un profundo desagrado. Pero, debido a una de esas reacciones bastante frecuentes en los pensadores, se aisló en aquella soledad y escapó de ella mediante uno de esos sueños de que son capaces los poetas incluso estando despiertos. El pobre desgraciado terminó por reflexionar sobre sus negocios. La cárcel predispone mucho al examen de conciencia. David se preguntó si había cumplido con sus deberes de cabeza de familia, cuánta debía de ser la desolación de su mujer. ¿Por qué, como le decía Marion, no había tratado de ganar el dinero suficiente para luego dedicarse tranquilamente a sus investigaciones?

«¿Podré seguir —se decía— en Angulema después de un escándalo semejante? Si salgo de la cárcel, ¿qué será de nosotros?, ¿adónde iremos?» Comenzó a tener dudas sobre su conducta. Sólo un inventor podría comprender la angustia que sentía David en aquel momento. De duda en duda, David comenzó a hacerse una idea clara de su situación y se dijo que los Cointet le habían dicho a papá Séchard lo que Petit-Claud acababa de decirle a Ève: «Suponiendo que todo se resuelva, ¿cómo podré aplicar mi invento? Necesito una patente de inventor, y eso supone dinero. Asimismo necesito una fábrica donde hacer mis experimentos a gran escala, y ello me obligará a revelar mi invención. ¡Oh!, ¡cuánta razón tenía Petit-Claud!».

Las más lóbregas prisiones permiten a veces iluminaciones fulgurantes.

«¡Bah! —se dijo David mientras se dormía sobre aquella especie de catre de campaña en el que había un horrible colchón forrado de tela parda muy basta—. Mañana por la mañana veré seguramente a Petit-Claud.»

Así pues, David se había preparado bien a sí mismo para escuchar las propuestas que su mujer le llevaba de parte de sus enemigos. Tras haber abrazado a su marido, Ève se sentó al pie de la cama, pues sólo había una silla de madera de lo peor, y su mirada fue a fijarse en el espantoso cubo colocado en un rincón y en las paredes cubiertas de nombres y de apotegmas escritos por quienes habían precedido a David. Y entonces, de sus enrojecidos ojos, comenzaron a correr de nuevo las lágrimas. Y aún le quedaban, tras las que había derramado, al ver a su marido en la situación de un criminal.

—¡Adónde puede llevar el deseo de gloria!… —exclamó—. ¡Oh, ángel mío!, abandona esta carrera… Sigamos juntos el camino que sigue todo el mundo y no busquemos una rápida fortuna… ¡Necesito muy poca cosa para ser feliz, sobre todo después de haber sufrido tanto!… ¡Y si tú supieras!… La deshonra de tu situación no es nuestra mayor desgracia… ¡Toma!

Le alargó la carta de Lucien, que David leyó rápidamente; y para consolarle le refirió las terribles palabras de Petit-Claud sobre Lucien.

—Si Lucien se ha matado, a estas horas lo ha hecho ya —dijo David —; y si aún no lo ha hecho, no se matará; como bien dice él, su valor sólo le dura una mañana…

—¡Pero cómo vivir con esta desazón!… —exclamó la hermana, dispuesta a perdonarlo casi todo ante la idea de la muerte.

Refirió a su marido las propuestas que Petit-Claud afirmaba haberles arrancado a los Cointet y que fueron inmediatamente aceptadas por David con visible placer.

—Tendremos con qué vivir en una aldea cerca del Houmeau, donde se encuentra la fábrica de los Cointet, ¡lo único que deseo ahora es tranquilidad! —exclamó el inventor—. Si Lucien se ha castigado con la muerte, tendremos el suficiente dinero como para esperar el de mi padre; y si en cambio está aún vivo, el pobre muchacho sabrá aceptar nuestra vida modesta… Los Cointet se aprovecharán a buen seguro de mi descubrimiento, pero, al fin y al cabo, ¿qué soy yo para mi país?… Un hombre como todos los demás. ¡Si mi secreto llega a ser beneficioso para todos, me doy por satisfecho! Mira, querida Ève, ni uno ni otro hemos nacido para ser comerciantes. Nos falta ese afán de lucro, esa resistencia a soltar el dinero, incluso el legalmente debido, que tal vez son las virtudes del comerciante, porque a estas dos formas de avaricia las llaman prudencia y genio comercial.

Encantada por esta afinidad de pareceres, una de las más dulces flores del amor, porque los intereses y las mentalidades pueden muy bien no ir de la mano en dos seres que se quieren, Ève rogó al carcelero que mandara a alguien a casa de Petit-Claud con un billete en el que le pedía que dejaran en libertad a David, anunciándole el consentimiento de ambos a las bases del acuerdo proyectado. Diez minutos después, Petit-Claud entraba en la horrible celda de David y le decía a Ève:

—Vuelva a casa, señora, venimos enseguida…

—Así que, mi querido amigo —dijo Petit-Claud—, te has dejado atrapar. ¿Cómo pudiste cometer la imprudencia de salir?

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Mira lo que me escribió Lucien.

David le dio a Petit-Claud la carta de Cérizet; Petit-Claud la cogió, la leyó, la examinó, palpó el papel y habló de negocios al tiempo que doblaba como inadvertidamente la carta y se la metía en el bolsillo. Luego, el abogado cogió a David del brazo y salió con él, pues mientras tanto el alguacil había hecho entregar al carcelero el auto de libertad. Al volver a su casa, David se creyó en el séptimo cielo, lloró como un niño al abrazar a su pequeño Lucien y al encontrarse de nuevo en su dormitorio, al cabo de veinte días de una detención cuyas últimas horas, para la mentalidad provinciana, eran deshonrosas. Kolb y Marion estaban de vuelta. Marion había oído decir en el Houmeau que Lucien había sido visto por el camino de París, pasado Marsac. El atuendo del dandy había llamado la atención de los campesinos que traían sus productos a la ciudad. Después de lanzarse a caballo por la carretera principal, Kolb se había enterado finalmente en Mansle de que Lucien, reconocido por monsieur Marron, viajaba en una calesa.

—¿Qué le decía yo? —exclamó Petit-Claud—. Este chico no es un poeta, es una novela continua.

—En una calesa —repitió Ève—. ¿Adónde irá esta vez?

—Ahora —dijo Petit-Claud a David— venga a casa de los señores Cointet, que le están esperando.

—¡Ah!, señor —exclamó la bella madame Séchard—, se lo ruego, defienda bien nuestros intereses, todo nuestro futuro está en sus manos.

—¿Prefiere, señora, que el encuentro tenga lugar en su casa? —preguntó Petit-Claud—. Le dejo con David. Esos señores vendrán aquí esta tarde, y ya verá si sé defender o no sus intereses.

—¡Ah, señor, me haría un gran favor! —dijo Ève.

—Pues, entonces —respondió Petit-Claud—, esta tarde aquí, hacia las siete.

—Se lo agradezco —repuso Ève con una mirada y un acento que vinieron a demostrar a Petit-Claud cuántos progresos había hecho en la confianza de su cliente.

—No tema, ¿lo ve? Tenía yo razón —añadió—. Su hermano está a treinta leguas de su suicidio. Quizás esta tarde tenga usted una pequeña fortuna. Hay un comprador seriamente interesado en su imprenta.

—Si es así —dijo Ève—, ¿por qué no esperar entonces antes de comprometernos con los Cointet?

—¿Olvida, señora —repuso Petit-Claud, que vio lo peligroso de su confidencia—, que sólo podrá vender su imprenta después de haberle pagado a monsieur Métivier, porque todo su utillaje sigue embargado?

Una vez en su casa, Petit-Claud mandó llamar a Cérizet. Cuando el regente entró en su despacho, lo llevó hasta una de las ventanas.

—Mañana por la noche serás propietario de la imprenta Séchard, y gozarás de protecciones lo bastante poderosas como para hacerte también con la patente —le dijo al oído—. ¡Pero imagino que no querrás acabar en galeras!

—¿De qué… de qué galeras me habla? —preguntó Cérizet.

—Tu carta a David es una falsificación, y la tengo en mi poder… Si interrogaran a Henriette, ¿qué diría?… No quiero arruinarte —dijo a continuación Petit-Claud viendo palidecer a Cérizet.

—¿Quiere alguna cosa más de mí? —preguntó el parisiense.

—Sí que espero una cosa más de ti —continuó Petit-Claud—. Escúchame bien, serás impresor en Angulema dentro de dos meses… ¡Pero habrás contraído una deuda, y de aquí a diez años todavía no habrás terminado de pagar la imprenta!… Tendrás que trabajar mucho tiempo para tus capitalistas, y te verás además obligado a ser el hombre de paja del partido liberal… Seré yo quien redacte tu acta de comandita con Gannerac, y lo haré de forma que un día la imprenta pueda ser tuya… Pero si fundan un periódico, y tú eres su director, si yo soy aquí el primer fiscal sustituto, te pondrás de acuerdo con Cointet el largo para publicar en tu periódico artículos que lo hagan secuestrar y cerrarlo… Los Cointet te pagarán muy bien por hacerles este favor… Sé perfectamente que serás condenado y acabarás en la cárcel, pero pasarás por un hombre importante y perseguido. Te convertirás en una personalidad del partido liberal, en un sargento Mercier, un Paul-Louis Courier, un Manuel en pequeño. Y no dejaré que se te retire la patente. En resumen, el día en que el periódico sea cerrado, quemaré esta carta delante de ti… Tu fortuna no te saldrá muy cara…

La gente del pueblo tiene ideas muy equivocadas respecto a lo que la ley define como una falsificación, y Cérizet, que se veía ya en el banquillo, respiró de alivio.

—Dentro de tres años seré procurador real en Angulema —siguió diciendo Petit-Claud—, puedes necesitarme, piénsalo.

—De acuerdo —dijo Cérizet—. Pero no me conoce usted bien: queme esa carta delante de mí y confíe en mi gratitud.

Petit-Claud miró a Cérizet. Fue uno de esos duelos en los que la mirada de quien observa es como un escalpelo con el que se intenta llegar al fondo del alma, y los ojos de quien exhibe sus virtudes son como un libro abierto.

Petit-Claud no replicó; encendió una vela y quemó la carta, mientras pensaba: «¡Aún tiene que hacer su fortuna!».

—Cuente con un instrumento ciego —dijo el regente.

David esperaba con vaga inquietud su conversación con los Cointet: no le preocupaba el tener que discutir sobre sus intereses ni tampoco la escritura que había que redactar, sino la opinión que los fabricantes se pudieran hacer de sus trabajos. Se encontraba en la situación del autor dramático frente a sus críticos. El amor propio del inventor y su ansiedad en el momento de conseguir el fin que se había propuesto hacían palidecer cualquier otro sentimiento. Finalmente, hacia las siete de la tarde, en el momento en que la señora condesa Du Châtelet se acostaba, pretextando una jaqueca, y dejaba que su marido hiciera los honores de la cena, hasta tal punto se encontraba afligida por las noticias contradictorias que circulaban sobre Lucien, los Cointet, el gordo y el largo, entraron con Petit-Claud en casa de su competidor, que se entregaba a ellos atado de pies y manos. Pero las negociaciones tropezaron enseguida con una dificultad preliminar: ¿cómo hacer una escritura sin conocer los procedimientos de David? Y si éstos se divulgaban, David se encontraría a merced de los Cointet. Petit-Claud consiguió que la escritura se estipulara previamente. Cointet el largo pidió entonces a David que le enseñara algunas de las muestras, y el inventor le presentó las últimas hojas fabricadas, garantizándole el precio de coste.

—¡Está bien! —dijo Petit-Claud—, ya tenemos la base de la escritura; pueden asociarse bajo esas condiciones introduciendo una cláusula de disolución en caso de que las condiciones de la patente no se cumplieran en la fabricación.

—Otra cosa, señor —dijo Cointet el largo a David—; una cosa es fabricar en pequeñas cantidades, en su casa, con una pequeña forma, muestras de papel, y otra muy distinta dedicarse a la fabricación a gran escala. Juzgue usted mismo con un ejemplo que le voy a poner. Nosotros fabricamos papeles de color y para colorearlos compramos colores absolutamente idénticos. Así, el índigo para azulear nuestras coquilles viene en una caja que nos llega en panes que proceden de una misma fabricación. Pues bien, nunca hemos podido conseguir dos baños de igual color… Durante la preparación de los materiales se producen fenómenos que escapan a nuestros conocimientos. Modificando la cantidad y la calidad de la pasta inmediatamente cambian también los términos del problema. Cuando tenía usted en una tina una cantidad de ingredientes que no pido saber cuáles son, estaba en condiciones de dominar esta materia, podía actuar uniformemente sobre todas las partes, ligarlas, empastarlas, mezclarlas a su antojo, darles un aspecto homogéneo… Pero ¿quién le garantiza que en una fabricación de quinientas resmas suceda lo mismo y que su procedimiento tenga éxito?

David, Ève y Petit-Claud se miraron, diciéndose muchas cosas con los ojos.

—Le pondré un ejemplo que le sirva de analogía —dijo Cointet el largo tras una pausa—. Corte un par de haces de heno en un prado y póngalos bien atados en su cuarto sin dejar que la hierba llegue a echar fuego, como dicen los campesinos; la fermentación se produce igualmente sin provocar accidentes. Pero tomando como base esta experiencia, ¿almacenaría usted dos mil gavillas en un granero de madera?… Sabe perfectamente que el heno se encendería y que su granja ardería como una cerilla. Es usted un hombre instruido —dijo Cointet a David— y puede sacar por sí mismo la conclusión. En estos momentos ha cortado dos gavillas de heno, y tememos prender fuego a nuestra fábrica de papel si amontonamos en ella dos mil. Dicho en otras palabras, podemos perder más de una fabricación, sufrir pérdidas y encontrarnos con las manos vacías después de haber gastado mucho dinero.

David estaba aterrado. La Práctica hablaba su lenguaje positivo a la Teoría, que se expresa siempre en términos de futuro.

—¡Que el diablo me lleve si firmo semejante escritura! —exclamó brutalmente Cointet el gordo—. Si tú quieres, Boniface, puedes perder tu dinero, pero yo me guardaré el mío… Ofrezco pagar las deudas de monsieur Séchard y seis mil francos… Más tres mil francos en letras —se corrigió— a doce y quince meses… Y aun así es bastante arriesgado… Tendremos que tomar doce mil francos de nuestra cuenta con Métivier. Únicamente esto ya sumará quince mil francos. Pero es todo cuanto yo pagaría por explotar el descubrimiento yo solo. ¿Así que ésta es la ganga de la que me hablabas, Boniface?… Pues muchas gracias, ¡te creía más listo! No, esto no es lo que se llama un negocio…

—La cuestión se reduce para ustedes a lo siguiente —dijo entonces Petit-Claud sin asustarse por esta salida—, ¿quieren arriesgar veinte mil francos para comprar un descubrimiento que puede enriquecerles? Pero, señores, los riesgos están siempre en proporción con los beneficios… Es una apuesta de veinte mil francos contra una fortuna. En la ruleta el jugador arriesga un luis para ganar treinta y seis, pero sabe que puede perderlo. Hagan lo propio.

—Pido que me dejen pensarlo —dijo Cointet el gordo—; no soy tan inteligente como mi hermano. Soy solamente un simplón que no sabe hacer más que una cosa: fabricar el devocionario a veinte sueldos y venderlo a cuarenta. Para mí una invención que está todavía muy verde puede llevar a la ruina. La primera tina saldrá bien, mal la segunda, persistiremos en ello, nos dejaremos llevar, y cuando uno está metido hasta los corvejones, se acaba dejando hasta la piel…

Y contó la historia de un comerciante de Burdeos que se había arruinado por haber querido cultivar en las Landas confiando en las teorías de un sabio; dio con seis ejemplos parecidos en los departamentos del Charente y de Dordoña, en la industria y en la agricultura; perdió los estribos, no quiso escuchar nada más, y las objeciones de Petit-Claud no hacían sino aumentar su irritación en vez de calmarla.

—Prefiero comprar más caro algo más seguro, y no tener más que unos pequeños beneficios, que este descubrimiento —dijo mirando a su hermano—. Para mí, el proceso no me parece aún lo bastante desarrollado como para que sea un negocio —exclamó a modo de conclusión.

—Pero bien, ustedes han venido aquí para algo —dijo Petit-Claud—. ¿Qué ofrecen?

—Liberar a monsieur Séchard y asegurarle, en caso de éxito, el treinta por ciento de los beneficios —repuso vivamente Cointet el gordo.

—¡Eh, señor! —dijo Ève—. ¿Y de qué viviremos mientras duren los experimentos? Mi marido ha sufrido la vergüenza de verse detenido, puede volver a prisión; las cosas no van a cambiar por eso, y nosotros pagaremos nuestras deudas…

Petit-Claud se llevó un dedo a los labios mirando a Ève.

—No son ustedes razonables —dijo dirigiéndose a los dos hermanos —. Han visto el papel, papá Séchard les contó que su hijo, a quien había encerrado, fabricó en una sola noche, con ingredientes de muy bajo coste, un papel excelente… Han venido aquí para ponerse de acuerdo sobre la compra. ¿Quieren comprar, sí o no?

—Escuche —dijo Cointet el largo—, tanto si mi hermano quiere como si no, yo arriesgo el pago de las deudas de monsieur Séchard; ofrezco seis mil francos al contado, y monsieur Séchard recibirá el treinta por ciento de los beneficios; pero escuchen bien esto: si dentro de un año no ha conseguido cumplir las condiciones que él mismo establezca en la escritura, nos devolverá los seis mil francos, la patente quedará en nuestro poder y trataremos de resarcirnos como podamos.

—¿Estás seguro de ti? —dijo Petit-Claud haciendo un aparte con David.

—Sí —respondió David, que cayó en la trampa tendida por los dos hermanos y que temblaba sólo de pensar que Cointet el gordo pudiera mandar al traste el acuerdo del que dependía su porvenir…

—Muy bien, pues, entonces, voy a redactar la escritura —dijo Petit-Claud a los Cointet y a Ève—; esta noche enviaré una copia a cada uno, tendrán toda la mañana para reflexionar sobre ella, y luego, por la tarde, a eso de las cuatro, cuando salga de la Audiencia, la firmarán. Ustedes, señores, retiren las letras de Métivier. Yo, por mi parte, escribiré para que suspendan el procedimiento en el Tribunal Real y nos notificaremos las desestimaciones.

He aquí el enunciado de las obligaciones de Séchard.

ENTRE LOS ABAJO FIRMANTES, etc.

Afirmando monsieur David Séchard hijo, impresor en Angulema, haber descubierto el sistema de encolado del papel en tina y al mismo tiempo el sistema para reducir el coste de fabricación de cualquier tipo de papel en más de un cincuenta por ciento mediante el empleo de sustancias vegetales en la pasta, bien mezclándolas con los trapos utilizados hasta ahora, bien utilizándolas sin agregado de trapos, se constituye una Sociedad entre monsieur David Séchard hijo y Cointet Hermanos para la explotación de la patente de invención, que se ha de establecer sobre la base de dichos procedimientos, con las cláusulas y condiciones siguientes…

Uno de los artículos de la escritura despojaba completamente a David Séchard de sus derechos en el caso de que no cumpliera las promesas especificadas en aquel texto cuidadosamente redactado por Cointet el largo y aceptado por David.

Al llevarles esta escritura a la mañana siguiente, a las siete y media, Petit-Claud hizo saber a David y a su mujer que Cérizet ofrecía veintidós mil francos al contado por la imprenta. El contrato de venta podía firmarse aquella misma tarde.

—Pero si los Cointet se enteraran de esta compra —añadió—, serían capaces de no firmar la escritura, perseguirles y hacerles vender esto…

—¿Está seguro del pago? —preguntó Ève, extrañada de ver concluirse un asunto sobre el que había perdido ya toda esperanza y que tres meses antes lo habría salvado todo.

—Tengo el dinero en mi casa —respondió lacónicamente.

—¡Pero esto es cosa de magia! —dijo David preguntando a Petit-Claud la causa de aquella suerte.

—Es algo muy simple. Los comerciantes del Houmeau quieren fundar un periódico —dijo Petit-Claud.

—Pero yo me comprometí a no hacerlo —exclamó David.

—Usted sí; pero ¿y su sucesor?… Además —añadió—, no se preocupe por nada; venda, embólsese el dinero y deje que Cérizet se las apañe con las cláusulas de la venta, ya sabrá salirse él sólo del apuro.

—Oh, sí —dijo Ève.

—Si usted se comprometió a no imprimir ningún periódico en Angulema, los que financian a Cérizet lo harán en el Houmeau.

Deslumbrada por la perspectiva de contar con treinta mil francos y de dejar de tener problemas económicos, Ève no dio más importancia a la escritura. Así, los Séchard cedieron en una cláusula que provocó una última discusión. Cointet el largo exigió que se pusiera a su nombre la patente de invención. Consiguió demostrar que, desde el momento en que los derechos útiles de David estaban perfectamente definidos en la escritura, era indiferente que la patente estuviera a nombre de cualquiera de los socios. Y su hermano concluyó: «¡Es él quien pone el dinero para la patente, quien costea los gastos del viaje, que suponen dos mil francos más! Que se ponga a su nombre, o no hay nada que hacer». El chacal triunfó, pues, en toda la línea. La escritura fue firmada hacia las cuatro y media. Cointet el largo regaló galantemente a madame Séchard seis docenas de cubiertos repujados con filetes y un bonito chal de Ternaux, para alfileres, con el fin de hacerle olvidar, dijo, la acalorada discusión. Apenas se habían intercambiado las copias, y Cachan acababa de entregar a Petit-Claud los descargos, los documentos y las tres terribles letras firmadas por Lucien, cuando se oyó la voz de Kolb en la escalera precedida por el ruido ensordecedor de un coche de las Mensajerías, que se detuvo ante la puerta.

—¡Señora, señora!, guince mil frangos… —exclamó—. ¡Mantatos teste Boidiers (Poitiers), en medálico bor el señor Lugien!

—¡Quince mil francos! —exclamó Ève levantando los brazos.

—Sí, señora —dijo el cartero presentándose—, quince mil francos que ha traído la diligencia de Burdeos, que venía bien cargada, ¡ya lo creo! Tengo dos hombres abajo que le suben las talegas. Se lo expide monsieur Lucien Chardon de Rubempré. Le subo una pequeña bolsa de cuero en la que hay para usted quinientos francos en monedas de oro y es de suponer que una carta.

Ève creyó estar soñando al leer la carta siguiente:

Mi querida hermana:

Te mando quince mil francos.

En lugar de matarme, he vendido mi vida. Ya no soy dueño de mí, me he convertido en algo más que el secretario de un diplomático español, soy su criatura.

Comienzo una existencia terrible. Tal vez me habría valido más ahogarme.

Adiós. David quedará libre, y con cuatro mil francos podrá, sin duda, comprar una pequeña papelera y hacer fortuna.

No penséis más, os lo ruego, en vuestro pobre hermano

Lucien

—Está escrito —dijo madame Chardon, que acudió a ver cómo se apilaban las talegas— que mi pobre hijo será siempre fatal, como escribía él mismo, incluso haciendo el bien.

—¡De buena nos hemos librado! —exclamó Cointet el largo cuando se encontró en la place du Mûrier—. Una hora más tarde los reflejos de ese dinero habrían iluminado la escritura, y a nuestro hombre le habría entrado el miedo. Dentro de tres meses, como nos ha prometido, sabremos a qué atenernos.

Por la tarde, a las siete, Cérizet compró la imprenta y la pagó, cargando con el alquiler del último trimestre. Al día siguiente, Ève entregaba cuarenta mil francos al recaudador general, para la compra, a nombre de su marido, de dos mil quinientos francos de renta pública. Luego le escribió a su suegro para que le encontrara en Marsac una pequeña finca de diez mil francos, a fin de invertir allí su fortuna personal.

El plan de Cointet el largo era extremadamente simple. De entrada consideró que el encolado en tina era imposible. La adición de sustancias vegetales de bajo coste a la pasta de trapos le pareció el verdadero y único medio de conseguir su propósito. Por eso se propuso no dar importancia alguna al abaratamiento de la pasta e insistir mucho en el encolado en tina. He aquí por qué. En aquel tiempo las papeleras de Angulema fabricaban casi exclusivamente distintos formatos de papel de escribir llamados écu, poulet, écolier, coquille, que naturalmente contienen todos cola, y que durante mucho tiempo fueron el orgullo de la industria papelera de Angulema. Por ello, esta especialidad, cuyo monopolio tenían desde hacía mucho los fabricantes de Angulema, justificaba la exigencia de los Cointet; pero, en realidad, el papel encolado, como acto seguido se verá, no tenía nada que ver con su especulación. El suministro de papel de escribir es muy reducido, mientras que el del papel que se emplea para la impresión y sin encolar es casi ilimitado. Con ocasión del viaje que hizo a París para poner la patente a su nombre, Cointet el largo pensó en cerrar algunos acuerdos que iban a determinar un gran cambio en su producción. Hospedado en casa de Métivier, Cointet le dio instrucciones para que, en el espacio de un año, se hiciera con el suministro de los periódicos quitándoselo a los papeleros que lo explotaban, mediante el recurso de bajar la resma a un precio con el que ninguna fábrica pudiera competir y prometiendo a cada periódico un papel más blanco y de calidad superior a todos los empleados hasta entonces. Dado que los contratos con los diarios son a plazo fijo, a fin de conquistar aquel monopolio iba a precisar de cierto período de trabajos subterráneos con las administraciones; pero Cointet había calculado que contaría con tiempo suficiente para deshacerse de Séchard mientras

Métivier lograba unos acuerdos con los principales diarios de París, cuyo consumo de papel se elevaba por entonces a doscientas resmas diarias. Naturalmente, Cointet concedió a Métivier un porcentaje sobre la mercancía suministrada, para tener así un hábil representante en la plaza de París, y no perder tiempo en viajes. La fortuna de Métivier, una de las más considerables del comercio del papel, tuvo su origen precisamente en este negocio. Durante diez años, sin competencia posible, tuvo el suministro de la prensa de París. Tranquilizado en cuanto al mercado futuro, Cointet el largo regresó a Angulema a tiempo de asistir a la boda de Petit-Claud, cuyo bufete había sido vendido, y que estaba a la espera del nombramiento de su sucesor para poder ocupar el puesto de monsieur Milaud, prometido al protegido de la condesa Du Châtelet. El segundo fiscal sustituto del procurador real en Angulema fue nombrado primer fiscal sustituto en Limoges, y el Guardasellos envió a uno de sus protegidos al Tribunal de Angulema, donde el puesto de primer fiscal sustituto quedó vacante por espacio de dos meses. Este intervalo fue la luna de miel de Petit-Claud. En ausencia de Cointet el largo, David hizo una primera tina sin cola que dio un papel de periódico superior al que empleaban éstos, y luego una segunda tina de un papel velina magnífico destinado a las ediciones de lujo y del que se sirvió la imprenta Cointet para una edición del devocionario de la diócesis. David había preparado personalmente los materiales en secreto, porque no quiso más operarios con él que a Kolb y a Marion.

Al regreso de Cointet el largo las cosas cambiaron completamente; estudió las muestras de los papeles fabricados y no quedó muy satisfecho.

—Mi querido amigo —le dijo a David—, la especialidad del comercio de Angulema es la coquille. Por tanto, lo primero que hay que hacer es la más bonita coquille posible al cincuenta por ciento del actual precio de coste.

David trató de fabricar una tina de pasta encolada para el formato coquille y obtuvo un papel áspero como un cepillo y en el que la cola se agrumaba. El día en que hubo terminado el experimento y tuvo David en su mano una de las hojas, se fue a un rincón para desahogar a solas su pesadumbre; pero Cointet el largo fue a darle ánimos, estuvo de una amabilidad encantadora con él y consoló a su socio.

—No se desaliente —dijo Cointet—. ¡Adelante siempre! Soy buena persona y le comprendo, ¡seguiré hasta el final!…

—¡La verdad es que estamos con buena gente —dijo David a su mujer al regresar a casa para comer—, y nunca habría creído que Cointet el largo pudiera ser tan generoso!

Y le contó la conversación que había tenido con su pérfido socio.

Pasaron tres meses en experimentos. David dormía en la papelera y observaba los efectos de las diversas composiciones de la pasta. Unas veces atribuía su fracaso a la mezcla de trapos y sustancias vegetales, y preparaba una tina íntegramente compuesta de sus ingredientes. Otras trataba, en cambio, de encolar una tina toda de trapos. Prosiguiendo su labor con un tesón admirable y ante la mirada de Cointet el largo, de quien el pobre hombre ya no desconfiaba, David terminó por agotar toda la serie de sus ingredientes combinados con diferentes colas. Durante los seis primeros meses del año 1823, David Séchard vivió con Kolb en la papelera, si se puede llamar vivir a descuidar su sustento, su vestimenta y su cuidado personal. Se batió con tanto desespero contra las dificultades, que para otros que no fueran los Cointet habría sido un espectáculo sublime, porque ningún pensamiento interesado movía a aquel atrevido luchador. Momento hubo en que no deseó otra cosa que la victoria. Observaba con gran sagacidad los efectos tan curiosos de las sustancias transformadas por el hombre en productos para sus propios fines, y en los que las resistencias secretas de la naturaleza se ven, en cierto modo, domadas. Sacó de todas aquellas observaciones una serie de deducciones sobre las leyes fascinantes que rigen los procedimientos industriales, y concluyó que no podían lograrse aquellos efectos más que obedeciendo a las relaciones ulteriores entre las sustancias, a lo que llamó su segunda naturaleza. Finalmente, en el mes de agosto, consiguió obtener un papel encolado en tina, idéntico al que fabrica la industria actualmente, y que se emplea como papel de pruebas en las imprentas, pero cuya calidad no es uniforme y cuyo encolado en muchas ocasiones deja mucho que desear. Este resultado, estimable para 1823, teniendo en cuenta la situación de la industria papelera, había costado diez mil francos, y David esperaba resolver las últimas dificultades del problema. Pero entonces comenzaron a correr por Angulema y el Houmeau unos singulares rumores: David Séchard estaba arruinando a los hermanos Cointet. Después de haber derrochado treinta mil francos en experimentos, no había conseguido obtener, según se decía, más que un papel muy malo. El resto de los fabricantes, asustados, se atenían a los antiguos métodos y, celosos de los Cointet, iban propagando el rumor de la próxima ruina de esta ambiciosa casa. Cointet el largo, por su parte, encargaba máquinas para fabricar el papel continuo, permitiendo que se creyera que esta maquinaria era necesaria para los experimentos de David Séchard. Pero el jesuítico comerciante mezclaba en la pasta los ingredientes indicados por Séchard y, mientras le animaba a ocuparse exclusivamente del encolado en tina, mandaba a Métivier miles de resmas de papel de periódico.

En el mes de septiembre, Cointet el largo hizo un aparte con David Séchard, y, al enterarse por él de que meditaba un experimento triunfal, le disuadió de que siguiera con aquella lucha.

—Mi querido David, váyase a Marsac a ver a su mujer y a descansar de sus esfuerzos; no queremos arruinarnos —le dijo amistosamente—. Lo que usted considera un gran éxito no es más que un punto de partida. Queremos esperar antes de lanzarnos a nuevos experimentos. Admítalo. Vea los resultados. No sólo somos papeleros, sino también impresores, banqueros, y ya dicen que nos arruina usted… —David Séchard hizo un gesto de sublime ingenuidad para protestar de su buena fe—. No son cincuenta mil francos tirados al Charente lo que nos arruinará —continuó Cointet el largo respondiendo al gesto de David—, pero no queremos vernos obligados, por las calumnias que corren sobre nosotros, a tener que pagarlo todo al contado; nos veríamos obligados a interrumpir nuestra actividad. Hemos llegado al final de nuestro contrato, y es preciso que ambas partes reflexionemos.

«¡Tiene razón!», se dijo David, quien, enfrascado en sus experimentos a gran escala, no había reparado en el intenso ritmo de trabajo de la fábrica.

Y así regresó a Marsac, donde, desde hacía seis meses, iba a ver a Ève todos los sábados por la noche para volver a marcharse el martes por la mañana. Bien aconsejada por el viejo Séchard, Ève había comprado, justo delante de los viñedos de su suegro, una casa llamada La Verberie, con tres fanegas de jardín, y un cercado de viñas enclavado en el viñedo de su suegro. Vivía con su madre y Marion con estrecheces, porque había de pagar aún cinco mil francos por esta preciosa propiedad, la más bonita de Marsac. La casa, entre el corral y el jardín, estaba construida de toba blanca, con el tejado de pizarra y adornada con esculturas que uno puede permitirse a no muy alto precio cuando se dispone de un material fácil de esculpir como la toba. El bonito mobiliario, procedente de Angulema, parecía todavía más bonito en el campo, donde nadie en la región hacía alarde aún del más mínimo lujo. Delante de la fachada, del lado del jardín, había una fila de granados, naranjos y plantas raras que el anterior propietario, un anciano general muerto a manos de monsieur Marron, cultivaba personalmente. Fue debajo de un naranjo, en el momento en que David estaba jugando con su mujer y su pequeño Lucien, en presencia de su padre, cuando el alguacil trajo personalmente una comunicación de los hermanos Cointet a su socio para constituir el tribunal arbitral ante el cual, según los acuerdos de su escritura, debían resolverse sus diferencias. Los hermanos Cointet reclamaban la devolución de los seis mil francos y la propiedad de la patente, aparte de los futuros beneficios de su explotación, a título de indemnización por los enormes gastos hechos por ellos sin ningún fruto.

—¡Dicen que les estás arruinando! —manifestó el viñador a su hijo—. Es lo único de todo lo que has hecho que me satisface.

Al día siguiente, Ève y David estaban a las nueve en la antesala de monsieur Petit-Claud, convertido en el defensor de la viuda y el tutor del huérfano, y cuyos consejos les parecieron los más indicados para seguir. El magistrado recibió con gran afabilidad a sus antiguos clientes, y se empeñó en que los señores Séchard le hicieran el honor de comer con él.

—¡Los Cointet les reclaman seis mil francos! —dijo sonriendo—. ¿Cuánto deben aún del precio de La Verberie?

—Cinco mil francos, pero ya tengo dos mil… —respondió Ève.

—Guárdese sus dos mil francos —repuso Petit-Claud—. Veamos, cinco mil…, necesitan aún diez mil francos para instalarse cómodamente allí… Pues bien, dentro de un par de horas los Cointet les traerán quince mil francos…

Ève hizo un gesto de sorpresa.

—… A cambio de su renuncia a todos los beneficios pactados en la escritura que disolveremos por vía amistosa —prosiguió el magistrado—. ¿Están de acuerdo?

—¿Y esta suma será legalmente nuestra? —preguntó Ève.

—Absolutamente legal —dijo el magistrado sonriendo—. Los Cointet ya les han causado bastantes disgustos y voy a poner fin a sus pretensiones. Escuchen, hoy soy magistrado y tienen derecho a saber la verdad. Pues bien, los Cointet les están enredando en este momento, pero tienen ustedes las manos atadas. Si aceptan declararles la guerra, podrían incluso ganar la causa que ellos plantean ahora contra ustedes. Pero ¿quieren seguir pleiteando durante diez años? Se multiplicarán los peritajes y los arbitrajes y estarán a merced de los pareceres más contradictorios… Y —dijo sonriendo— no conozco aquí a ningún abogado que pueda defenderles, pues mi sucesor no está a la altura. Piénsenlo, un mal arreglo es preferible a un buen pleito…

—Cualquier arreglo que nos traiga la tranquilidad me parecerá bien —dijo David.

—Paul —llamó a voces Petit-Claud a su criado—, ¡vaya a buscar a monsieur Ségaud, mi sucesor!… Mientras nosotros comemos, él irá a ver a los Cointet —dijo a sus antiguos clientes—, y dentro de unas horas volverán a Marsac, arruinados, pero tranquilos. Con diez mil francos podrán conseguir quinientos francos más de renta, y vivirán felices en su bonita finca.

Al cabo de dos horas, como Petit-Claud había dicho, el abogado Ségaud volvió con unas escrituras debidamente firmadas por los Cointet y con quince billetes de mil francos.

—Te debemos mucho —dijo Séchard a Petit-Claud.

—Pero si acabo de arruinarles —respondió Petit-Claud a sus antiguos clientes, extrañados—. Les he arruinado, se lo repito, ya lo verán con el tiempo; pero les conozco y sé que prefieren su ruina a una fortuna que podría llegar demasiado tarde.

—No somos interesados, señor, le agradecemos que nos haya proporcionado los medios para conseguir ser felices —dijo madame Ève—, y siempre le estaremos agradecidos.

—¡Dios mío, no me bendigan!… —dijo Petit-Claud—. Siento remordimientos, pero creo que hoy lo he reparado todo. Si he llegado a magistrado ha sido gracias a ustedes; y si alguien tiene que sentirse agradecido, ése soy yo… Adiós.

Con el tiempo, el alsaciano cambió de opinión con respecto a papá Séchard, el cual, por su parte, tomó afecto al alsaciano, al descubrir que también él no sabía leer ni escribir y le gustaba empinar el codo. El antiguo oso enseñó al ex coracero a cultivar las viñas y a vender sus productos; y le instruyó con el propósito de dejarles a sus hijos un hombre con la cabeza sobre los hombros, porque en sus últimos días estuvo obsesionado por grandes y pueriles temores acerca de la suerte de sus bienes. Courtois, el molinero, se había convertido en su confidente.

—Ya verá —le decía— cómo andará todo en casa de mis hijos cuando yo esté en la hoya. ¡Ah, Dios mío! Tiemblo sólo de pensar en su futuro.

En marzo de 1829, el viejo Séchard murió, dejando unos doscientos mil francos en tierras, que, sumados a La Verberie, formaron una magnífica propiedad muy bien administrada por Kolb desde hacía dos años.

David y su mujer encontraron en casa del padre cerca de cien mil escudos en oro. Las habladurías, como siempre, exageraron de tal modo el tesoro del viejo Séchard, que todo el departamento del Charente lo evaluó en un millón. Con esta herencia y su pequeño patrimonio Ève y David tuvieron cerca de treinta mil francos de renta. Como habían esperado un poco de tiempo antes de invertir sus capitales, durante la Revolución de Julio pudieron colocarlos en títulos del Tesoro. Sólo entonces el departamento del Charente y David Séchard pudieron hacerse una idea aproximada de la fortuna de Cointet el largo. Millonario, elegido diputado y nombrado par de Francia, corre el rumor de que en el próximo gobierno será ministro de Comercio. En 1842 se casó con la hija de uno de los hombres de Estado más influyentes de la dinastía, mademoiselle Popinot, hija de monsieur Anselme Popinot, diputado de París y alcalde de un distrito.

El descubrimiento de David Séchard ha entrado en la industria francesa como el alimento en un gran organismo. Gracias a la introducción de sustancias distintas del trapo, Francia puede fabricar papel a un precio más bajo que cualquier otro país de Europa. Pero, tal como había previsto David Séchard, el papel de Holanda ya no existe. Más pronto o más tarde será sin duda necesario crear una manufactura real del papel, a ejemplo de las manufacturas de los Gobelinos, de Sèvres, de la Savonnerie y de la Imprenta Real que, hasta el presente, han conseguido resistir los embates de los vandálicos burgueses.

David Séchard, amado por su mujer, padre de dos hijos y una hija, ha tenido el buen gusto de no hablar nunca de sus tentativas, así como Ève ha tenido el buen sentido de hacerle renunciar a la terrible vocación de los inventores, esos nuevos Moiseses atormentados por la zarza ardiente de Horeb. Cultiva las letras por simple recreo, pero lleva la vida feliz e indolente del propietario acomodado. Tras haber dicho un adiós definitivo a la gloria, se ha alineado resueltamente con la clase de los soñadores y coleccionistas; se dedica a la entomología e investiga las transformaciones secretas de los insectos que por ahora la ciencia sólo conoce en su último estadio.

Todo el mundo ha oído hablar de los éxitos de Petit-Claud como procurador general; es el rival del famoso Vinet de Provins, y su ambición es llegar a ser primer presidente del Tribunal Real de Poitiers.

Cérizet, condenado en repetidas ocasiones por delitos políticos, ha dado mucho que hablar. El más intrépido de los hijos perdidos del partido liberal fue apodado Cérizet el Valiente. Obligado por el sucesor de Petit-Claud a vender su imprenta de Angulema, buscó en los escenarios de los teatros de provincias una nueva existencia que su talento como actor podía convertir en brillante. Una joven primera actriz le obligó a ir a París para buscar en la ciencia remedios contra el amor, y trató allí de explotar el favor que le dispensaba el partido liberal.

Por lo que se refiere a Lucien, su vuelta a París forma parte de las Escenas de la vida parisiense.

31. JEAN VALJEAN (VICTOR HUGO)

ÍNDICE

I. La guerra dentro de cuatro paredes
II. El intestino de Leviatán
III. Javert desorientado
IV. El nieto y el abuelo
V. La noche en blanco
VI. La última gota del cáliz
VII. Decadencia crepuscular
VIII. Suprema sombra, suprema aurora

Parte Uno

LA GUERRA DENTRO DE CUATRO PAREDES

Capítulo 1 Cinco de menos y uno de más

Enjolras había ido a hacer un reconocimiento, saliendo por la callejuela de Mondetour y serpenteando a lo largo de las casas. Al regresar, dijo:

- Todo el ejército de París está sobre las armas. La tercera parte de este ejército pesa sobre la barricada que defendéis, y además está la guardia nacional. Dentro de una hora seréis atacados. En cuanto al pueblo, ayer mostró efervescencia pero hoy no se mueve. No hay nada que esperar. Estáis abandonados.

Estas palabras causaron el efecto de la primera gota de la tempestad que cae sobre un enjambre. Todos quedaron mudos; en el silencio se habría sentido pasar la muerte. De pronto surgió una voz desde el fondo:

- Con o sin auxilio, ¡qué importa! Hagámonos matar aquí hasta el último hombre.

Esas palabras expresaban el pensamiento de todos y fueron acogidas con entusiastas aclamaciones.

- ¿Por qué morir todos? -dijo Enjolras-. Los que tengáis esposas, madres, hijos, tenéis obligación de pensar en ellos. Salgan, pues, de las filas todos los que tengan familia. Tenemos uniformes militares para que podáis filtraros entre los atacantes.

Nadie se movió.

- ¡Lo ordeno! -gritó Enjolras.

- Os lo ruego -dijo Marius.

Para todos era Enjolras el jefe de la barricada, pero Marius era su salvador. Empezaron a denunciarse entre ellos.

- Tú eres padre de familia. Márchate -decía un joven a un hombre mayor.

- A ti es a quien toca irse -respondía aquel hombre-, pues mantienes a tus dos hermanas.

Se desató una lucha inaudita, nadie quería que lo dejaran fuera de aquel sepulcro.

- Designad vosotros mismos a las personas que hayan de marcharse -ordenó Enjolras.

Se obedeció esta orden. Al cabo de algunos minutos fueron designados cinco por unanimidad, y salieron de las filas.

- ¡Son cinco! -exclamó Marius.

No había más que cuatro uniformes.

- ¡Bueno! -dijeron los cinco-, es preciso que se quede uno.

Y empezó de nuevo la generosa querella. Pero al final eran siempre cinco, y sólo cuatro uniformes.

En aquel instante, un quinto uniforme cayó, como si lo arrojaran del cielo, sobre los otros cuatro. El quinto hombre se había salvado.

Marius alzó los ojos, y reconoció al señor Fauchelevent. Jean Valjean acababa de entrar a la barricada. Nadie notó su presencia, pero él había visto y oído todo; y despojándose silenciosamente de su uniforme de guardia nacional, lo arrojó junto a los otros.

La emoción fue indescriptible.

- ¿Quién es ese hombre? -preguntó Laigle.

- Un hombre que salva a los demás -contestó Combeferre.

Marius añadió con voz sombría:

- Lo conozco.

Que Marius lo conociera les bastó a todos.

Enjolras se volvió hacia Jean Valjean y le dijo:

- Bienvenido, ciudadano.

Y añadió:

- Supongo que sabréis que vamos a morir por la Revolución.

Jean Valjean, sin responder, ayudó al insurrecto a quien acababa de salvar a ponerse el uniforme.

Capítulo 2 La situación se agrava

Nada hay más curioso que una barricada que se prepara a recibir el asalto. Cada uno elige su sitio y su postura.

Como la víspera por la noche, la atención de todos se dirigía hacia el extremo de la calle, ahora clara y visible. No aguardaron mucho tiempo. El movimiento empezó a oírse distintamente aunque no se parecía al del primer ataque. Esta vez el crujido de las cadenas, el alarmante rumor de una masa, la trepidación del bronce al saltar sobre el empedrado, anunciaron que se aproximaba alguna siniestra armazón de hierro.

Apareció un cañón. Se veía humear la mecha.

- ¡Fuego! -gritó Enjolras.

Toda la barricada hizo fuego, y la detonación fue espantosa. Después de algunos instantes se disipó la nube, y el cañón y los hombres reaparecieron. Los artilleros acababan de colocarlo enfrente de la barricada, ante la profunda ansiedad de los insurgentes. Salió el tiro, y sonó la detonación.

- ¡Presente! -gritó una voz alegre.

Y al mismo tiempo que la bala dio contra la barricada se vio a Gravroche lanzarse dentro.

El pilluelo produjo en la barricada más efecto que la bala, que se perdió en los escombros. Todos rodearon a Gavroche. Pero Marius, nervioso y sin darle tiempo para contar nada, lo llevó aparte.

- ¿Qué vienes a hacer aquí?

- ¡Psch! -le respondió el pilluelo-. ¿Y vos?

Y miró fijamente a Marius con su típico descaro.

- ¿Quién te dijo que volvieras? Supongo que habrás entregado mi carta.

No dejaba de escocerle algo a Gavroche lo pasado con aquella carta; pues con la prisa de volver a la barricada, más bien que entregarla, lo que hizo fue deshacerse de ella.

Para salir del apuro, eligió el medio más sencillo, que fue el de mentir sin pestañar.

- Ciudadano, entregué la carta al portero. La señora dormía, y se la darán en cuanto despierte.

Marius, al enviar aquella carta, se había propuesto dos cosas: despedirse de Cosette y salvar a Gavroche. Tuvo que contentarse con la mitad de lo que quería.

El envío de su carta y la presencia del señor Fauchelevent en la barricada ofrecían cierta correlación, que no dejó de presentarse a su mente, y dijo a Gavroche, mostrándole al anciano:

- ¿Conoces a ese hombre?

- No -contestó Gavroche.

En efecto, sólo vio a Jean Valjean de noche.

Y ya estaba al otro extremo de la barricada, gritando:

- ¡Mi fusil!

Courfeyrac mandó que se lo entregasen.

Gavroche advirtió a los camaradas (así los llamaba) que la barricada estaba bloqueada. Dijo que a él le costó mucho trabajo llegar hasta allí. Un batallón de línea tenía ocupada la salida de la calle del Cisne; y por el lado opuesto, estaba apostada la guardia municipal. Enfrente estaba el grueso del ejército. Cuando hubo dado estas noticias, añadió Gavroche:

- Os autorizo para que les saquéis la mugre.

Capítulo 3 Los talentos que influyeron en la condena de 1796

Iban a comenzar los disparos del cañón.

- Nos hace falta un colchón para amortiguar las balas -dijo Enjolras.

- Tenemos uno -replicó Combeferre-, pero sobre él están los heridos.

Jean Valjean recordó haber visto en la ventana de una de las casas un colchón colgado al aire.

- ¿Tiene alguien una carabina a doble tiro que me preste? -dijo.

Enjolras le pasó la suya. Jean Valjean disparó. Del primer tiro rompió una de las cuerdas que sujetaban el colchón; con el segundo rompió la otra.

- ¡Ya tenemos colchón! -gritaron todos.

- Sí -dijo Combeferre-, ¿pero quién irá a buscarlo?

El colchón había caído fuera de la barricada, en medio del nutrido fuego de los atacantes. Jean Valjean salió por la grieta, se paseó entre las balas, recogió el colchón, y regresó a la barricada llevándolo sobre sus hombros. Lo colocó contra el muro. El cañón vomitó su fuego, pero la metralla rebotó en el colchón; la barricada estaba a salvo.

- Ciudadano -dijo Enjolras a Jean Valjean-, la República os da las gracias.

Capítulo 4 Gavroche fuera de la barricada

El 6 de junio de 1832, una compañía de guardias nacionales lanzó su ataque contra la barricada, con tan mala estrategia que se puso entre los dos fuegos y finalmente debió retirarse, dejando tras de sí más de quince cadáveres.

Aquel ataque, más furioso que formal, irritó a Enjolras.

- ¡Imbéciles! -dijo-. Envían a su gente a morir, y nos hacen gastar las municiones por nada.

- Vamos bien -dijo Laigle-. ¡Victoria!

Enjolras, meneando la cabeza contestó:

- Con un cuarto de hora más que dure esta victoria, no tendremos más de diez cartuchos en la barricada.

Al parecer, Gavroche escuchó estas últimas palabras. De improviso, Courfeyrac vio a alguien al otro lado de la barricada, bajo las balas. Era Gavroche que había tomado una cesta, y saliendo por la grieta del muro, se dedicaba tranquilamente a vaciar en su cesta las cartucheras de los guardias nacionales muertos.

- ¿Qué haces ahí? -dijo Courfeyrac.

Gavroche levantó la cabeza.

- Ciudadano, lleno mi cesta.

- ¿No ves la metralla?

Gavroche respondió:

- Me da lo mismo; está lloviendo. ¿Algo más?

Le gritó Courfeyrac:

- ¡Vuelve!

- Al instante.

Y de un salto se internó en la calle.

Cerca de veinte cadáveres de los guardias nacionales yacían acá y allá sobre el empedrado; eran veinte cartucheras para Gavroche, y una buena provisión para la barricada. El humo obscurecía la calle como una niebla. Subía lentamente y se renovaba sin cesar, resultando así una oscuridad gradual que empañaba la luz del sol. Los combatientes apenas se distinguían de un extremo al otro.

Aquella penumbra, probablemente prevista y calculada por los jefes que dirigían el asalto de la barricada, le fue útil a Gavroche. Bajo el velo de humo, y gracias a su pequeñez, pudo avanzar por la calle sin que lo vieran, y desocupar las siete u ocho primeras cartucheras sin gran peligro. Andaba a gatas, cogía la cesta con los dientes, se retorcía, se deslizaba, ondulaba, serpenteaba de un cadáver a otro, y vaciaba las cartucheras como un mono abre una nuez.

Desde la barricada, a pesar de estar aún bastante cerca, no se atrevían a gritarle que volviera por miedo de llamar la atención hacia él.

En el bolsillo del cadáver de un cabo encontró un frasco de pólvora.

- Para la sed -dijo.

A fuerza de avanzar, llegó adonde la niebla de la fusilería se volvía transparente, tanto que los tiradores de la tropa de línea, apostados detrás de su parapeto de adoquines, notaron que se movía algo entre el humo.

En el momento en que Gavroche vaciaba la cartuchera de un sargento, una bala hirió al cadáver.

- ¡Ah, diablos! -dijo Gavroche-. Me matan a mis muertos.

Otra bala arrancó chispas del empedrado junto a él. La tercera volcó el canasto.

Gavroche se levantó, con los cabellos al viento, las manos en jarra, la vista fija en los que le disparaban, y se puso a cantar. En seguida cogió la cesta, recogió, sin perder ni uno, los cartuchos que habían caído al suelo, y, sin miedo a los disparos, fue a desocupar otra cartuchera. La cuarta bala no le acertó tampoco. La quinta bala no produjo más efecto que el de inspirarle otra canción:

La alegría es mi ser;
por culpa de Voltaire;
si tan pobre soy yo,
la culpa es de Rousseau.Así continuó por algún tiempo.

El espectáculo era a la vez espantoso y fascinante.

Gavroche, blanco de las balas, se burlaba de los fusileros. Parecía divertirse mucho. Era el gorrión picoteando a los cazadores. A cada descarga respondía con una copla. Le apuntaban sin cesar, y no le acertaban nunca.

Los insurrectos, casi sin respirar, lo seguían con la vista. La barricada temblaba mientras él cantaba. Las balas corrían tras él, pero Gavroche era más listo que ellas.

Jugaba una especie de terrible juego al escondite con la muerte; y cada vez que el espectro acercaba su faz lívida, el pilluelo le daba un papirotazo.

Sin embargo, una bala, mejor dirigida o más traidora que las demás, acabó por alcanzar al pilluelo. Lo vieron vacilar, y luego caer. Toda la barricada lanzó un grito. Pero se incorporó y se sentó; una larga línea de sangre le rayaba la cara.

Alzó los brazos al aire, miró hacía el punto de donde había salido el tiro y se puso a cantar:

Si acabo de caer,
la culpa es de Voltaire;
si una bala me dio,
la culpa es…No pudo acabar.

Otra bala del mismo tirador cortó la frase en su garganta.

Esta vez cayó con el rostro contra el suelo, y no se movió más.

Esa pequeña gran alma acababa de echarse a volar.

Capítulo 5 Un hermano puede convertirse en padre

En ese mismo momento, en los jardines del Luxemburgo -porque la mirada del drama debe estar presente en todas partes-, dos niños caminaban tomados de la mano. Uno tendría siete años, el otro, cinco. Vestían harapos y estaban muy pálidos. El más pequeño decía: *"Tengo hambre"*. El mayor, con aire protector, lo guiaba.

El jardín estaba desierto y las rejas cerradas, a causa de la insurrección. Los niños vagaban, solos, perdidos. Eran los mismos que movieron a compasión a Gavroche; los hijos de los Thenardier, atribuidos a Gillenormand, entregados a la Magnon.

Fue necesario el trastorno de la insurrección para que niños abandonados como esos entraran a los jardines prohibidos a los miserables. Llegaron hasta la laguna y, algo asustados por el exceso de luz, trataban de ocultarse, instinto natural del pobre y del débil, y se refugiaron detrás de la casucha de los cisnes.

A lo lejos se oían confusos gritos, un rumor de disparos y cañonazos. Los niños parecían no darse cuenta de nada. Al mismo tiempo, se acercó a la laguna un hombre con un niño de seis años de la mano, sin duda padre a hijo.

El niño iba vestido de guardia nacional, por el motín, y el padre de paisano, por prudencia. Divisó a los niños detrás de la casucha.

- Ya comienza la anarquía -dijo-, ya entra cualquiera en este jardín.

En esa época, algunas familias vecinas tenían llave del Luxemburgo.

El hijo, que llevaba en la mano un panecillo mordido, parecía disgustado y se echó a llorar, diciendo que no quería comer más.

- Tíraselo a los cisnes -le dijo el padre.

El niño titubeó. Aunque uno no quiera comerse un panecillo, esa no es razón para darlo.

- Tienes que ser más humano, hijo. Debes tener compasión de los animales.

Y tomando el panecillo, lo tiró al agua. Los cisnes nadaban lejos y no lo vieron. En ese momento aumentó el tumulto lejano.

- Vámonos, -dijo el hombre-, atacan las Tullerías.

Y se llevó a su hijo.

Los cisnes habían visto ahora el panecillo y nadaban hacia él. Al mismo tiempo que ellos, los dos niños se habían acercado y miraban el pastel.

En cuanto desaparecieron padre e hijo, el mayor se tendió en la orilla y, casi a riesgo de caerse, empezó a acercar el panecillo con una varita. Los cisnes, al ver al enemigo, nadaron más rápido, haciendo que las olas que producían fueran empujando suavemente el panecillo hacia la varita. Cuando los cisnes llegaban a él, el niño dio un manotazo, tomó el panecillo, ahuyentó a los cisnes y se levantó.

El panecillo estaba mojado, pero ellos tenían hambre y sed. El mayor lo partió en dos, dio el trozo más grande a su hermano y le dijo:

- ¡Zámpatelo a la panza!

Capítulo 6 Marius herido

Se lanzó Marius fuera de la barricada, seguido de Combeferre, pero era tarde. Gavroche estaba muerto.

Combeferre se encargó del cesto con los cartuchos, y Marius del niño.

Pensaba que lo que el padre de Gavroche había hecho por su padre, él lo hacía por el hijo. Cuando Marius entró en el reducto con Gavroche en los brazos, tenía, como el pilluelo, el rostro inundado de sangre.

En el instante de bajarse para coger a Gavroche, una bala le había pasado rozando el cráneo, sin que él lo advirtiera. Courfeyrac se quitó la corbata, y vendó la frente de Marius.

Colocaron a Gavroche en la misma mesa que a Mabeuf, y sobre ambos cuerpos se extendió el paño negro. Hubo suficiente lugar para el anciano y el niño.

Combeferre distribuyó los cartuchos del cesto. Esto suministraba a cada hombre quince tiros más.

Jean Valjean seguía en el mismo sitio, sin moverse. Cuando Combeferre le presentó sus quince cartuchos, sacudió la cabeza.

- ¡Qué tipo tan raro! -dijo en voz baja Combeferre a Enjolras-. Encuentra la manera de no combatir en esta barricada.

- Lo que no le impide defenderla -contestó Enjolras.

- Al estilo del viejo Mabeuf -susurró Combeferre.

Jean Valjean, mudo, miraba la pared que tenía enfrente.

Marius se sentía inquieto, pensando en lo que su padre diría de él. De repente, entre dos descargas, se oyó el sonido lejano de la hora.

- Son las doce -dijo Combeferre.

Aún no habían acabado de dar las doce campanadas, cuando Enjolras, poniéndose en pie, dijo con voz tonante desde lo alto de la barricada:

- Subid adoquines a la casa y colocadlos en el borde de la ventana y de las boardillas. La mitad de la gente a los fusiles, la otra mitad a las piedras. No hay que perder un minuto.

Una partida de zapadores bomberos con el hacha al hombro, acababa de aparecer, en orden de batalla, al extremo de la calle. Aquello tenía que ser la cabeza de una columna de ataque.

Se cumplió la orden de Enjolras y se dejaron a mano los travesaños de hierro que servían para cerrar por dentro la puerta de la taberna. La fortaleza estaba completa: la barricada era el baluarte y la taberna el torreón. Con los adoquines que quedaron se cerró la grieta.

Como los defensores de una barricada se ven siempre obligados a economizar las municiones, y los sitiadores lo saben, éstos combinan su plan con una especie de calma irritante, tomándose todo el tiempo que necesitan. Los preparativos de ataque se hacen siempre con cierta lentitud metódica; después viene el rayo. Esta lentitud permitió a Enjolras revisar todo y perfeccionarlo. Ya que semejantes hombres iban a morir, su muerte debía ser una obra maestra. Dijo a Marius:

- Somos los dos jefes. Voy adentro a dar algunas órdenes; quédate fuera tú, y observa.

Dadas sus órdenes, se volvió a Javert, y le dijo:

- No creas que te olvido.

Y poniendo sobre la mesa una pistola, añadió:

- El último que salga de aquí levantará la tapa de los sesos a ese espía.

- ¿Aquí mismo? -preguntó una voz.

- No; no mezclemos ese cadáver con los nuestros. Se le sacará y ejecutará afuera.

En aquel momento entró Jean Valjean y dijo a Enjolras:

- ¿Sois el jefe?

- Sí.

- Me habéis dado las gracias hace poco.

- En nombre de la República. La barricada tiene dos salvadores: Marius Pontmercy y vos.

- ¿Creéis que merezco recompensa?

- Sin duda.

- Pues bien, os pido una.

- ¿Cuál?

- La de permitirme levantar la tapa de los sesos a ese hombre.

Javert alzó la cabeza, vio a Jean Valjean, hizo un movimiento imperceptible y dijo:

- Es justo.

Enjolras se había puesto a cargar de nuevo la carabina y miró alrededor.

- ¿No hay quien reclame?

Y dirigiéndose a Jean Valjean le dijo:

- Os entrego al soplón.

Jean Valjean tomó posesión de Javert sentándose al extremo de la mesa; cogió la pistola y un débil ruido seco anunció que acababa de cargarla.

Casi al mismo instante se oyó el sonido de una corneta.

- ¡Alerta! -gritó Marius desde lo alto de la barricada.

Javert se puso a reír con su risa sorda, y mirando fijamente a los insurrectos, les dijo:

- No gozáis de mejor salud que yo.

- ¡Todos fuera! -gritó Enjolras.

Los insurrectos se lanzaron en tropel, mientras Javert murmuraba:

- ¡Hasta muy pronto!

Capítulo 7 La venganza de Jean Valjean

Cuando Jean Valjean se quedó solo con Javert, desató la cuerda que sujetaba al prisionero a la mesa. Enseguida le indicó que se levantara.

Javert obedeció con una indefinible sonrisa.

Jean Valjean lo tomó de una manga como se tomaría a un asno de la rienda, y arrastrándolo tras de sí salió de la taberna con lentitud, porque Javert, a causa de las trabas que tenía puestas en las piernas, no podía dar sino pasos muy cortos.

Jean Valjean llevaba la pistola en la mano.

Atravesaron de este modo el interior de la barricada. Los insurrectos, todos atentos al ataque que iba a sobrevenir, tenían vuelta la espalda. Sólo Marius los vio pasar.

Atravesaron la pequeña trinchera de la callejuela Mondetour, y se encontraron solos en la calle. Entre el montón de muertos se distinguía un rostro lívido, una cabellera suelta, una mano agujereada en medio de un charco de sangre: era Eponina.

Javert dijo a media voz, sin ninguna emoción:

- Me parece que conozco a esa muchacha.

Jean Valjean colocó la pistola bajo el brazo y fijó en Javert una mirada que no necesitaba palabras para decir: Javert, soy yo.

Javert respondió:

- Toma tu venganza.

Jean Valjean sacó una navaja del bolsillo, y la abrió.

- ¡Una sangría! -exclamó Javert-. Tienes razón. Te conviene más.

Jean Valjean cortó las cuerdas que ataban las muñecas del policía, y luego las de los pies. Después le dijo:

- Estáis libre.

Javert no era hombre que se asombraba fácilmente. Sin embargo, a pesar de ser tan dueño de sí mismo, no pudo menos de sentir una conmoción. Se quedó con la boca abierta e inmóvil. Jean Valjean continuó:

- No creo salir de aquí. No obstante, si por casualidad saliera, vivo con el nombre de Fauchelevent, en la calle del Hombre Armado, número 7.

Javert entreabrió los labios como un tigre y murmuró entre dientes:

- Ten cuidado.

- Idos -dijo Jean Valjean.

Javert repuso:

- ¿Has dicho Fauchelevent, en la calle del Hombre Armado?

- Número siete.

Javert repitió a media voz:

- Número siete.

Se abrochó la levita, tomó cierta actitud militar, dio media vuelta, cruzó los brazos sosteniendo su mentón con una mano, y se encaminó en la dirección del Mercado. Jean Valjean le seguía con la vista. Después de dar algunos pasos, Javert se volvió y le gritó:

- No me gusta esto. Matadme mejor.

Javert, sin advertirlo, no lo tuteaba ya.

- Idos -dijo Jean Valjean.

Javert se alejó poco a poco. Cuando hubo desaparecido, Jean Valjean descargó la pistola al aire. En seguida entró de nuevo en la barricada, y dijo:

- Ya está hecho.

Mientras esto sucedía, Marius, que había reconocido a último momento a Javert en el espía maniatado que caminaba hacia la muerte, se acordó del inspector que le proporcionara las dos pistolas de que se había servido en esta misma barricada; pensó que debía intervenir en su favor. En aquel momento se oyó el pistoletazo y Jean Valjean volvió a aparecer en la barricada. Un frío glacial penetró en el corazón de Marius.

Capítulo 8 Los héroes

La agonía de la barricada estaba por comenzar. De repente el tambor dio la señal del ataque. La embestida fue un huracán. Una poderosa columna de infantería y guardia nacional y municipal cayó sobre la barricada. El muro se mantuvo firme.

Los revolucionarios hicieron fuego impetuosamente, pero el asalto fue tan furibundo, que por un momento se vio la barricada llena de sitiadores; pero sacudió de sí a los soldados como el león a los perros.

En uno de los extremos de la barricada estaba Enjolras, y en el otro, Marius. Marius combatía al descubierto, constituyéndose en blanco de los fusiles enemigos, pues más de la mitad de su cuerpo sobresalía por encima del reducto. Estaba en la batalla como en un sueño. Diríase un fantasma disparando tiros.

Se agotaban los cartuchos. Se sucedían los asaltos. El horror iba en aumento. Aquellos hombres macilentos, haraposos, cansados, que no habían comido desde hacía veinticuatro horas, que tampoco habían dormido, que sólo contaban con unos cuantos tiros más, que se tentaban los bolsillos vacíos de cartuchos, heridos casi todos, vendados en la cabeza o el brazo con un lienzo mohoso y negruzco, de cuyos pantalones agujereados corría sangre, armados apenas de malos fusiles y de viejos sables mellados, se convirtieron en titanes. Diez veces fue atacado y escalado el reducto, y ninguna se consiguió tomarlo.

Laigle fue muerto, y lo mismo Feuilly, Joly, Courfeyrac y Combeferre. Marius, combatiendo siempre, estaba tan acribillado de heridas particularmente en la cabeza, que el rostro desaparecía bajo la sangre.

Cuando no quedaron vivos más jefes que Enjolras y Marius en los dos extremos de la barricada, el centro cedió. El grupo de insurrectos que lo defendía retrocedió en desorden. Se despertó a la sazón en algunos el sombrío amor a la vida. Viéndose blanco de aquella selva de fusiles, no querían ya morir. Enjolras abrió la puerta de la taberna, que impedía pasar a los sitiadores. Desde allí gritó a los desesperados:

- No hay más que una puerta abierta. Esta.

Y cubriéndolos con su cuerpo, y haciendo él solo cara a un batallón, les dio tiempo para que pasasen por detrás.

Todos se precipitaron dentro. Hubo un instante horrible, queriendo penetrar los soldados y cerrar los insurrectos. La puerta se cerró, al fin, con tal violencia, que al encajar en el quicio, dejó ver cortados y pegados al dintel los cinco dedos de un soldado que se había asido de ella.

Marius se quedó afuera; una bala acababa de romperle la clavícula, y se sintió desmayar y caer. En aquel momento, ya cerrados los ojos, experimentó la conmoción de una vigorosa mano que lo cogía, y su desmayo le permitió apenas este pensamiento en que se mezclaba el supremo recuerdo de Cosette:

- Soy hecho prisionero, y me fusilarán.

Enjolras, no viendo a Marius entre los que se refugiaron en la taberna, tuvo la misma idea. Pero habían llegado al punto en que no restaba a cada cual más tiempo que el de pensar en su propia suerte. Enjolras sujetó la barra de la puerta, echó el cerrojo, dio dos vueltas a la llave, hizo lo mismo con el candado, mientrás que por la parte de afuera atacaban furiosamente los soldados con las culatas de los fusiles, y los zapadores con sus hachas. Empezaba el sitio de la taberna. Cuando la puerta estuvo trancada, Enjolras dijo a los suyos:

- Vendámonos caros.

Después se acercó a la mesa donde estaban tendidos Mabeuf y Gavroche. Veíanse bajo el paño negro dos formas derechas y rígidas, una grande y otra pequeña, y las dos caras se bosquejaban vagamente bajo los pliegues fríos del sudario. Una mano asomaba por debajo del paño, colgando hacia el suelo. Era la del anciano. Enjolras se inclinó y besó aquella mano venerable, lo mismo que el día antes había besado la frente. Fueron los únicos dos besos que dio en su vida.

Nada faltó a la toma por asalto de la taberna Corinto; ni los adoquines lloviendo de la ventana y el tejado sobre los sitiadores; ni el furor del ataque; ni la rabia de la defensa; ni, al fin, cuando cedió la puerta, la frenética demencia del exterminio.

Los sitiadores al precipitarse dentro de la taberna con los pies enredados en los tableros de la puerta rota y derribada, no encontraron un solo combatiente. La escalera en espiral, cortada a hachazos, yacía en medio de la sala baja; algunos heridos acababan de expirar; los que aún vivían estaban en el piso principal; y allí, por el agujero del techo que había servido de encaje a la escalera empezó un espantoso fuego. Eran los últimos cartuchos.

Aquellos agonizantes, una vez quemados los cartuchos, sin pólvora ya ni balas, tomó cada cual en la mano dos de las botellas reservadas por Enjolras para el final e hicieron frente al enemigo con estas mazas horriblemente frágiles. Eran botellas de aguardiente.

La fusilería de los sitiadores, aunque con la molestia de tener que dirigirse de abajo arriba, era mortífera. Pronto el borde del agujero del techo se vio rodeado de cabezas de muertos, de donde corría la sangre en rojos y humeantes hilos. El ruido era indecible; un humo espeso y ardiente esparcía casi la noche sobre aquel combate. Faltan palabras para expresar el horror. No había ya hombres en aquella lucha, ahora infernal. Demonios atacaban, y espectros resistían. Era un heroísmo monstruoso.

Cuando por fin unos veinte soldados lograron subir a la sala del segundo piso, encontraron a un solo hombre de pie, Enjolras. Sentado en una silla dormía desde la noche anterior Grantaire, totalmente borracho.

- Es el jefe -gritó un soldado-. ¡Fusilémoslo!

- Fusiladme -repuso Enjolras.

Se cruzó de brazos y presentó su pecho a las balas.

Un guardia nacional bajó su fusil y dijo:

- Me parece que voy a fusilar a una flor.

- ¿Queréis que se os venden los ojos? -preguntó un oficial a Enjolras.

- No.

El silencio que se hizo en la sala despertó a Grantaire, que durmió su borrachera en medio del tumulto. Nadie había advertido su presencia, pero él al ver la escena comprendió todo.

- ¡Viva la República! -gritó-. ¡Aquí estoy!

Atravesó la sala y se colocó al lado de Enjolras.

- Matadnos a los dos de un golpe -dijo.

Y volviéndose hacia Enjolras le dijo con gran dulzura:

- ¿Lo permites?

Enjolras le apretó la mano sonriendo. Estalló la detonación. Cayeron ambos al mismo tiempo. La barricada había sido tomada.

Capítulo 9 Marius otra vez prisionero

Marius era prisionero, en efecto. Prisionero de Jean Valjean. La mano que lo cogiera en el momento de caer era la suya.

Jean Valjean no había tomado más parte en el combate que la de exponer su vida. Sin él, en aquella fase suprema de la agonía, nadie hubiera pensado en los heridos. Gracias a él, presente como una providencia en todos lados durante la matanza, los que caían eran levantados, trasladados a la sala baja y curados. En los intervalos reparaba la barricada.

Pero nada que pudiera parecerse a un golpe, a un ataque, ni siquiera a una defensa personal salió de sus manos. Se callaba y socorría. Por lo demás, apenas tenía algunos rasguños. Las balas lo respetaban. Si el suicidio entró por algo en el plan que se propuso al dirigirse a aquella tumba, el éxito no le favoreció. Pero dudamos que hubiese pensado en el suicidio, acto irreligioso.

Jean Valjean, en medio de la densa niebla del combate, aparentaba no ver a Marius, siendo que no le perdía de vista un solo instante. Cuando un balazo derribó al joven, saltó con la agilidad de un tigre, se arrojó sobre él como si se tratara de una presa, y se lo llevó.

El remolino del ataque estaba entonces concentrado tan violentamente en Enjolras que defendía la puerta de la taberna, que nadie vio a Jean Valjean, sosteniendo en sus brazos a Marius sin sentido, atravesar el suelo desempedrado de la barricada y desaparecer detrás de Corinto. Allí se detuvo, puso en el suelo a Marius y miró en derredor. La situación era espantosa. ¿Qué hacer? Sólo un pájaro hubiera podido salir de allí.

Y era preciso decidirse en el momento, hallar un recurso, adoptar una resolución. A algunos pasos de aquel sitio se combatía, y por fortuna todos se encarnizaban en la puerta de la taberna; pero si se le ocurría a un soldado dar vuelta a la casa, o atacarla por el flanco, todo habría concluido para él.

Jean Valjean miró la casa de enfrente, la barricada de la derecha, y, por último, el suelo, con la ansiedad de la angustia suprema, desesperado, y como si hubiese querido abrir un agujero con los ojos.

A fuerza de mirar, llegó a adquirir forma ante él una cosa vagamente perceptible en tal agonía, como si la vista tuviera poder para hacer brotar el objeto pedido. Vio a los pocos pasos y al pie del pequeño parapeto y bajo unos adoquines que la ocultaban en parte, una reja de hierro colocada de plano y al nivel del piso, compuesta de fuertes barrotes transversales. El marco de adoquines que la sostenía había sido arrancado y estaba como desencajada. A través de los barrotes se entreveía una abertura oscura, parecida al cañón de una chimenea o al cilindro de una cisterna. Su antigua ciencia de las evasiones le iluminó el cerebro. Apartar los adoquines, levantar la reja, echarse a cuestas a Marius inerte como un cuerpo muerto, bajar con esta carga sirviéndose de los codos y de las rodillas a aquella especie de pozo, felizmente poco profundo, volver a dejar caer la pesada trampa de hierro que los adoquines cubrieron de nuevo, asentar el pie en una superficie embaldosada a tres metros del suelo, todo esto fue ejecutado como en pleno delirio, con la fuerza de un gigante y la rapidez de un águila; apenas empleó unos cuantos minutos.

Se encontró Jean Valjean con Marius, siempre desmayado, en una especie de corredor largo y subterráneo. Reinaba allí una paz profunda, silencio absoluto, noche.

Tuvo la misma impresión que experimentara en otro tiempo cuando saltó de la calle al convento. Sólo que ahora no llevaba consigo a Cosette, sino a Marius.

Apenas oía encima de su cabeza algo como un vago murmullo; era el formidable tumulto de la taberna tomada por asalto.

Parte Dos

EL INTESTINO DE LEVIATÁN

Capítulo 1 Historia de la cloaca

París arroja anualmente veinticinco millones al agua. Y no hablamos en estilo metafórico. ¿Cómo y de qué manera? Día y noche. ¿Con qué objeto? Con ninguno ¿Con qué idea? Sin pensar en ello. ¿Para qué? Para nada. ¿Por medio de qué órgano? Por medio de su intestino. ¿Y cuál es su intestino? La cloaca.

París tiene debajo de sí otro París. Un París de alcantarillas; con sus calles, encrucijadas, plazas, callejuelas sin salida; con sus arterias y su circulación, llenas de fango.

La historia de las ciudades se refleja en sus cloacas. La de París ha sido algo formidable. Ha sido sepulcro, ha sido asilo. El crimen, la inteligencia, la protesta social, la libertad de conciencia, el pensamiento, el robo, todo lo que las leyes humanas persiguen, se ha ocultado en ese hoyo. Hasta ha sido sucursal de la Corte de los Milagros.

Ya en la Edad Media era asunto de leyendas, como cuando se desbordaba, como si montase de repente en cólera, y dejaba en París su sabor a fango, a pestes, a ratones. Hoy es limpia, fría, correcta. No le queda nada de su primitiva ferocidad. Sin embargo, no hay que fiarse demasiado. Las mismas la habitan aún y exhala siempre cierto olorcillo vago y sospechoso.

El suelo subterráneo de París no tiene más boquetes y pasillos que el pedazo de tierra de seis leguas de circuito donde descansa la antigua gran ciudad. Sin hablar de las catacumbas, que son una bóveda aparte; sin hablar del confuso enverjado de las cañerías del gas; sin contar el vasto sistema de tubos que distribuyen el agua a las fuentes públicas, las alcantarillas por sí solas forman en las dos riberas una prodigiosa red subterránea; un laberinto cuyo hilo es la pendiente.

La construcción de la cloaca de París no ha sido una obra insignificante. Los últimos diez siglos han trabajado en ella sin poder terminarla como tampoco han podido terminar París. La cloaca sigue paso a paso el desarrollo de París.

Capítulo 2 La cloaca y sus sorpresas

Jean Valjean se encontraba en la cloaca de París.

En un abrir y cerrar de ojos había pasado de la luz a las tinieblas, del mediodía a la medianoche, del ruido al silencio, del torbellino a la quietud de la tumba, y del mayor peligro a la seguridad absoluta.

Qué instante tan extraño aquel cuando cambió la calle donde en todos lados veía la muerte, por una especie de sepulcro donde debía encontrar la vida. Permaneció algunos segundos como aturdido, escuchando, estupefacto. Se había abierto de improviso ante sus pies la trampa de salvación que la bondad divina le ofreció en el momento crucial.

Entretanto, el herido no se movía y Jean Valjean ignoraba si lo que llevaba consigo a aquella fosa era un vivo o un muerto.

Su primera sensación fue la de que estaba ciego. Repentinamente se dio cuenta de que no veía nada. Le pareció también que en un segundo se había quedado sordo. No oía el menor ruido. El huracán frenético de sangre y de venganza que se desencadenaba a algunos pasos de allí llegaba a él, gracias al espesor de la tierra que lo separaba del teatro de los acontecimientos, apagado y confuso, como un rumor en una profundidad. Lo único que supo fue que pisaba en suelo sólido, y le bastó con eso. Extendió un brazo, luego otro, y tocó la pared a ambos lados, de donde infirió que el pasillo era estrecho. Resbaló, y dedujo que la baldosa estaba mojada. Adelantó un pie con precaución, temiendo encontrar un agujero, un pozo perdido, algún precipicio, y así se cercioró de que el embaldosado se prolongaba. Una bocanada de aire fétido le indicó cuál era su mansión actual.

Al cabo de algunos instantes empezó a ver. Un poco de luz caía del respiradero por donde había entrado, y ya su mirada se había acostumbrado a la cueva.

Calculó que los soldados bien podían ver también la reja que él descubriera debajo de los adoquines. No había que perder un minuto. Recogió a Marius del suelo, se lo echó a cuestas, y se puso en marcha, penetrando resueltamente en aquella oscuridad.

La verdad es que estaban menos a salvo de lo que Jean Valjean creía. ¿Cómo orientarse en aquel negro laberinto? El hilo de este laberinto, es la pendiente; siguiéndola se va al río. Jean Valjean lo comprendió de inmediato. Pensó que estaba probablemente en la cloaca del Mercado; que si tomaba a la izquierda y seguía la pendiente llegaría antes de un cuarto de hora a alguna boca junto al Sena; es decir, que aparecería en pleno día en el punto más concurrido de París. Los transeúntes al ver salir del suelo, bajo sus pies, a dos hombres ensangrentados, se asustarían; acudirían los soldados y antes de estar fuera se les habría ya echado mano. Era preferible internarse en el laberinto, fiarse de la oscuridad, y encomendarse a la Providencia en lo que respecta a la salida.

Subió la pendiente y tomó a la derecha. Cuando hubo doblado la esquina de la galería, la lejana claridad del respiradero desapareció, la cortina de tinieblas volvió a caer ante él, y de nuevo quedó ciego. No obstante, poco a poco, sea que otros respiraderos lejanos enviaran alguna luz, sea que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, empezó a entrever confusamente, tanto la pared que tocaba como la bóveda por debajo de la cual pasaba.

La pupila se dilata en las tinieblas, y concluye por percibir claridad, del mismo modo que el alma se dilata en la desgracia, y termina por encontrar en ella a Dios. Era difícil dirigir el rumbo. Estaba obligado a encontrar y casi a inventar su camino sin verlo. En ese paraje desconocido cada paso que daba podía ser el último de su vida.

¿Cómo salir? ¿Morirían allí, Marius de hemorragia, y él de hambre? A ninguna de estas preguntas sabía qué responder.

De repente, cuando menos lo esperaba, y sin haber cesado de caminar en línea recta, notó que ya no subía; el agua del arroyo le golpeaba en los talones y no en la punta de los pies. La alcantarilla bajaba ahora. ¿Por qué? ¿Iría a llegar de improviso al Sena? Este peligro era grande pero era mayor el de retroceder. Siguió avanzando.

No se dirigía al Sena. La curva que hace el suelo de París en la ribera derecha vacía una de sus vertientes en el Sena y la otra en la gran cloaca. Hacia allá se dirigía Jean Valjean; estaba en el buen camino, pero no lo sabía.

De repente oyó sobre su cabeza el ruido de un trueno lejano, pero continuo. Eran los carruajes que rodaban.

Según sus cálculos, hacía media hora poco más o menos que caminaba, y no había pensado aún en descansar, contentándose con mudar la mano que sostenía a Marius. La oscuridad era más profunda que nunca; pero esta oscuridad lo tranquilizaba.

De súbito vio su sombra delante de sí. Destacábase sobre un rojo claro que teñía vagamente el piso y la bóveda, y que resbalaba, a derecha e izquierda, por las dos paredes viscosas del corredor. Se volvió lleno de asombro.

Detrás de él, en la parte del pasillo que acababa de dejar y a una distancia que le pareció inmensa, resplandecía rasgando las tinieblas una especie de astro horrible que parecía mirarlo. Era el lúgubre farol de la policía que alumbraba la cloaca.

Detrás del farol se movían confusamente ocho o diez formas, formas negras, rectas, vagas y terribles.

Y es que ese 6 de junio se dispuso una batida de la alcantarilla porque se temía que los vencidos se refugiaran en ella. Los policías estaban armados de carabinas, garrotes, espadas y puñales. Lo que en aquel momento reflejaba la luz sobre Jean Valjean era la linterna de la ronda del sector. Habían escuchado un ruido y registraban el callejón.

Fue un minuto de indecible angustia.

Felizmente, aunque él veía bien la linterna, ésta le veía a él mal, pues estaba muy lejos y confundido en el fondo oscuro del subterráneo. Se pegó a la pared, y se detuvo. El ruido cesó. Los hombres de la ronda escuchaban y no oían; miraban y no veían. El sargento dio la orden de torcer a la izquierda y dirigirse a la vertiente del Sena.

El silencio volvió a ser profundo, la oscuridad completa, la ceguedad y la sordera se posesionaron otra vez de las tinieblas, y Jean Valjean, sin osar moverse, permaneció largo rato contra la pared, con el oído atento, la pupila dilatada, mirando alejarse esa patrulla de fantasmas.

Capítulo 3 La pista perdida

Preciso es hacer a la policía de aquel tiempo la justicia de decir que, aun en las circunstancias públicas más graves, cumplía imperturbablemente su deber de inspección y vigilancia. Un motín no era a sus ojos un pretexto para aflojar la rienda a los malhechores.

Era lo que sucedía por la tarde del 6 de junio a orillas del Sena, en la ribera izquierda, un poco más allá del puente de los Inválidos.

Dos hombres, separados por cierta distancia, parecían observarse, evitándose mutuamente. A medida que el que iba delante procuraba alejarse, se empeñaba el que iba detrás en vigilarlo más de cerca. El que iba delante era un ser de mal talante, harapiento, encorvado e inquieto, que tiritaba bajo una blusa remendada. Se sentía el más débil y evitaba al que iba detrás; en sus ojos había la sombría hostilidad de la huida y toda la amenaza del miedo. El otro era un personaje clásico y oficial, con el uniforme de la autoridad abrochado hasta el cuello.

El lector conocería quizá a estos dos hombres si los viera más de cerca.

¿Qué fin se proponía el último? Probablemente suministrar al primero ropa de abrigo.

Cuando un hombre vestido por el Estado persigue a otro hombre andrajoso, es con el objeto de convertirlo en hombre vestido también por el Estado. Si el de atrás permitía al otro ir adelante y no se apoderaba de él aún era, según las apariencias, con la esperanza de verlo dirigirse a alguna cita importante con algún grupo que fuese buena presa. El hombre del uniforme, divisando un coche de alquiler que iba vacío, indicó algo al cochero. Este comprendió y conociendo evidentemente con quién se las había, cambió de dirección, y se puso a seguir desde lo alto del muelle a aquellos dos hombres. De esto no se impuso el personaje de mala traza que caminaba delante.

Era de suponer que el hombre andrajoso subiría por la rampa a fin de intentar evadirse en los Campos Elíseos. Pero con gran sorpresa del que le seguía, no tomó por la rampa sino que continuó avanzando por la orilla, junto al muelle. Evidentemente su posición se iba poniendo muy crítica. ¿Qué haría, a menos que se arrojara al Sena?

El hombre perseguido llegó a un montículo de escombros de una construcción y se perdió tras él. El uniformado aprovechó el momento en que ni veía ni era visto, y, dejando a un lado todo disimulo, se puso a caminar con rapidez. Pronto dio la vuelta al montículo, deteniéndose en seguida asombrado. El hombre a quien perseguía no estaba allí. Eclipse total del harapiento.

El fugitivo no hubiera podido arrojarse al Sena, ni escalar el muelle sin que lo viera su perseguidor. ¿Qué se había hecho? Caminó hasta el extremo de la ribera y permaneció allí un momento, pensativo, con los puños apretados, y registrándolo todo con los ojos.

De pronto percibió, en el punto donde concluía la tierra y empezaba el agua, una reja de hierro, gruesa y baja, provista de una enorme cerradura y de tres goznes macizos. Aquella reja, especie de puerta en la parte inferior del muelle, daba al río. Por debajo pasaba un arroyo negruzco que iba a desaguar en el Sena. Al otro lado de los pesados y mohosos barrotes se distinguía una especie de corredor abovedado y oscuro.

El hombre cruzó los brazos, y miró la reja con el aire de una persona que se echa en cara algo. Como no bastaba mirar, trató de empujarla, la sacudió, y la reja resistió tenazmente. Era probable que acabaran de abrirla y no había duda de que la habían vuelto a cerrar, lo que probaba que la persona que la abrió no lo hizo con una ganzúa, sino con una llave.

- ¡Esto ya es el colmo! ¡Una llave del gobierno! -exclamó.

Esperando ver salir al de la blusa o entrar a otros, se puso en acecho detrás del montón de escombros, con la paciente rabia del perro de presa.

Por su parte, el carruaje de alquiler, que seguía todos sus movimientos, se detuvo junto al parapeto. El cochero, previendo que la espera no sería corta, se bajó y ató el saco de avena al hocico de sus caballos.

Capítulo 4 Con la cruz a cuestas

Jean Valjean emprendió de nuevo su marcha, y ya no volvió a detenerse.

Era una marcha que se hacía cada vez más difícil. Muchas veces se veía obligado a caminar encorvado, por miedo a que Marius se golpeara contra la bóveda; iba siempre tocando la pared.

Tenía hambre y sed; sed sobre todo; se sentía cansado y a medida que perdía vigor, aumentaba el peso de la carga. Marius, muerto quizá, pesaba como pesan los cuerpos inertes. Las ratas se deslizaban por entre sus piernas. Una se asustó hasta el punto de querer morderlo.

De tanto en tanto, llegaban hasta él ráfagas de aire fresco procedentes de las bocas de la cloaca, que le infundían nuevo ánimo.

Podrían ser las tres de la tarde cuando entró en la alcantarilla del centro. Al principio le sorprendió aquel ensanche repentino. Se encontró bruscamente en una galería cuyas dos paredes no tocaba con los brazos extendidos, y bajo una bóveda mucho más alta que él.

Pensó, sin embargo, que la situación era grave y que necesitaba, a todo trance, llegar al Sena, o lo que equivalía a lo mismo, bajar. Torció, pues, a la izquierda. Su instinto le guió perfectamente. Bajar era, en efecto, la única salvación posible.

Se detuvo un momento. Estaba muy cansado. Un respiradero bastante ancho daba una luz casi viva. Jean Valjean con la suavidad de un hermano con su hermano herido, colocó a Marius en la banqueta de la alcantarilla. El rostro ensangrentado del joven apareció a la luz pálida como si estuviera en el fondo de una tumba. Tenía los ojos cerrados, los cabellos pegados a las sienes, las manos yertas, la sangre coagulada en las comisuras de la boca. Puso la mano en su pecho y vio que el corazón latía aún. Rasgó la camisa, vendó las heridas lo mejor que pudo y restañó la sangre que corría; después, inclinándose sobre Marius que continuaba sin conocimiento y casi sin respiración, lo miró con un odio indecible.

Al romper la camisa de Marius, encontró en sus bolsillos dos cosas: un pan guardado desde la víspera, y la cartera del joven. Se comió el pan, y abrió la cartera. En la primera página vio las líneas escritas por Marius: "Me llamo Marius Pontmercy. Llevar mi cadáver a casa de mi abuelo, el señor Gillenormand, calle de las Hijas del Calvario número 6, en el Marais".

Jean Valjean permaneció un momento como absorto en sí mismo, repitiendo a media voz: calle de las Hijas del Calvario, número 6, señor Gillenormand. Volvió a colocar la cartera en el bolsillo de Marius. Había comido y recuperó las fuerzas. Puso otra vez al joven en sus hombros, apoyó cuidadosamente la cabeza en su hombro derecho, y continuó bajando por la cloaca.

De súbito se golpeó contra la pared. Había llegado a un ángulo de la alcantarilla caminando desesperado y con la cabeza baja. Alzó los ojos y en la extremidad del subterráneo delante de él, lejos, muy lejos, percibió la claridad. Esta vez no era la claridad terrible, sino la claridad buena y blanca. Era el día. Jean Valjean veía la salida.

Un alma condenada que en medio de las llamas divisara de repente la salida del infierno, experimentaría lo que él experimentó; recobró sus piernas de acero y echó a correr.

A medida que se aproximaba distinguía mejor la salida. Era un arco menos alto que la bóveda, la cual por grados iba decreciendo, y menos ancho que la galería que iba estrechándose mientras la bóveda bajaba.

Llegó a la salida. Allí se detuvo. Era la salida pero no se podía salir. El arco estaba cerrado con una fuerte reja, y la reja, que al parecer giraba muy pocas veces sobre sus oxidados goznes, estaba sujeta al dintel de piedra por una gruesa cerradura llena de herrumbre, que parecía un enorme ladrillo. Se veía el agujero de la llave y el macizo pestillo profundamente encajado en la chapa de hierro.

Jean Valjean colocó a Marius junto a la pared, en la parte seca; se dirigió a la reja y cogió con sus dos manos los barrotes. El sacudimiento fue frenético, pero la reja no se movió. Fue probando uno por uno los barrotes para ver si podía arrancar el menos sólido y convertirlo en palanca para levantar la puerta, o para romper la cerradura. Ningún barrote cedió. El obstáculo era invencible. No había manera de abrir la puerta.

No quedaba más remedio que pudrirse allí. Cuanto había hecho era inútil. Después de tanto esfuerzo, el fracaso. No tenía fuerzas para rehacer el camino, y pensó que todos los respiraderos debían estar igualmente cerrados. No había medio de salir de allí.

Volvió la espalda a la reja y se dejó caer en el suelo cerca de Marius, que continuaba inmóvil. Hundió la cabeza entre sus rodillas. Era la última gota de la amargura. ¿En qué pensaba en aquel profundo abatimiento? Ni en sí mismo, ni en Marius.

Pensaba en Cosette.

En medio de tal postración, una mano se apoyó en su hombro y una voz que hablaba bajo, susurró:

- Compartamos.

¿Quién le hablaba en aquel lóbrego sitio? Nada se parece más al sueño que la desesperación, y Jean Valjean creyó estar soñando. No había oído pasos. ¿Era sueño o realidad? Levantó los ojos. Un hombre estaba delante de él.

Iba vestido de blusa y estaba descalzo. Llevaba los zapatos en la mano izquierda pues, sin duda, se los había quitado para llegar sin ser oído.

Jean Valjean no vaciló un momento. A pesar de cogerle tan de improviso, reconoció al hombre. Era Thenardier.

Recobró al instante toda su presencia de ánimo. La situación no podía empeorar, pues hay angustias que no tienen aumento posible y ni el mismo Thenardier añadiría oscuridad a aquella tenebrosa noche.

Thenardier guiñó los ojos tratando de reconocer al hombre que tenía delante de sí. No lo consiguió, porque Jean Valjean volvía la espalda a la luz y estaba, además, tan desfigurado, tan lleno de fango y de sangre, que ni aun en pleno día lo habría reconocido.

Al revés, Jean Valjean no tuvo dudas pues el rostro de Thenardier estaba alumbrado por la luz de la reja. Esta desigualdad de posiciones bastaba para dar alguna ventaja a Jean Valjean en el misterioso duelo que iba a comenzar.

El encuentro era entre Jean Valjean con máscara, y Thenardier sin ella. Jean Valjean advirtió inmediatamente que Thenardier no lo reconocía. Thenardier habló primero.

- ¿Cómo pretendes salir?

Jean Valjean no contestó.

Thenardier continuó:

- Es imposible abrir la puerta, y, sin embargo, tienes que marcharte.

- Cierto.

- Pues bien, compartamos las ganancias.

- ¿Qué quieres decir?

- Has matado a ese hombre, es indudable. Yo tengo la llave.

Thenardier indicaba con el dedo a Marius.

- No lo conozco -prosiguió-, pero quiero ayudarte. Debes ser un camarada.

Jean Valjean empezó a comprender. Thenardier lo tomaba por un asesino.

- Escucha -volvió a decir Thenardier-. No habrás matado a ese hombre sin mirar lo que tenía en el bolsillo. Dame la mitad y te abro la puerta.

Sacando entonces a medias una enorme llave de debajo de su agujereada blusa, añadió:

- ¿Quieres ver lo que ha de proporcionarte la salida? Mira.

Jean Valjean quedó atónito, no atreviéndose a creer en la realidad de lo que veía. Era la providencia en formas horribles; era el ángel bueno que surgía ante él bajo la forma de Thenardier. Este sacó de un bolsillo una cuerda, y se la pasó a Jean Valjean.

- Toma -dijo-, te doy además la cuerda.

- ¿Para qué?

- También necesitas una piedra; pero afuera la hallarás. Junto a la reja las hay de sobra.

- ¿Y para qué necesito esa piedra?

- Imbécil, si arrojas el cadáver al río sin atarle una piedra al pescuezo, flotaría sobre el agua.

Jean Valjean tomó maquinalmente la cuerda, como cualquiera habría hecho en su caso. Después de una breve pausa, Thenardier añadió:

- Porque no vea tu cara ni conozca tu nombre, no te figures que ignoro lo que eres y lo que quieres. Pero te voy a ayudar. ¡Aunque eres un imbécil! ¿Por qué no lo arrojaste en el fango?

Jean Valjean no despegó los labios.

- Bien puede ser que actuaras cuerdamente -añadió Thenardier, pensativo-; porque mañana los obreros habrían tropezado con el cadáver e hilo por hilo, hebra por hebra, quizá llegaran hasta ti. La policía tiene talento. La cloaca es desleal y denuncia, mientras que el río es la verdadera sepultura. Al cabo de un mes se pesca al hombre con las redes en Saint-Cloud. ¿Y qué importa? Está hecho un desastre. ¿Quién lo mató? París. Y ni siquiera interviene la justicia. Has obrado a las mil maravillas.

Cuanto más locuaz era Thenardier, más mudo se volvía Jean Valjean.

- Terminemos nuestro asunto. Partamos el botín. Has visto mi llave; muéstrame tu dinero.

Thenardier tenía la mirada extraviada, feroz, amenazante, y sin embargo el tono era amistoso. Aunque sin afectar misterio, hablaba bajo. No era fácil adivinar la causa. Se encontraban solos y Jean Valjean supuso que tal vez habría más bandidos ocultos en algún rincón, no muy lejos, y que Thenardier no querría repartir el botín con ellos.

- Acabemos -repitió Thenardier-, ¿cuánto tenía ese tipo en los bolsillos?

Jean Valjean metió la mano en los suyos. Tenía la costumbre de llevarlos siempre bien provistos; esta vez, sin embargo, sólo tenía unas cuantas monedas en el bolsillo del chaleco lleno de fango. Las desparramó sobre el suelo, y eran un luis de oro, dos napoleones y cinco o seis sueldos.

- Lo has matado casi por las gracias -dijo Thenardier.

Y se puso a registrar con toda familiaridad los bolsillos de Jean Valjean y los de Marius. Jean Valjean, preocupado principalmente en que no le diera la claridad en el rostro, lo dejaba hacer. Al examinar la ropa de Marius, Thenardier, con la destreza de un escamoteador, halló medio de arrancar, sin que Jean Valjean lo notara, un pedazo de tela, y ocultarlo debajo de la blusa calculando, sin duda, que podría servirle algún día para saber quiénes eran el hombre asesinado y el asesino. En cuanto al dinero, no encontró más.

- Es verdad -dijo-, eso es todo.

Y, olvidándose de la idea de compartir, se lo guardó todo. En seguida sacó otra vez la llave.

- Ahora, amigo mío, tienes que salir. Aquí como en la feria, se paga a la salida. Has pagado, sal.

Y se echó a reír.

Que al proporcionar a un desconocido el auxilio de aquella llave y al abrirle la reja, le guiase la intención pura y desinteresada de salvar a un asesino, hay más de un motivo para dudarlo.

Jean Valjean, con la ayuda de Thenardier, colocó de nuevo a Marius sobre sus hombros. Thenardier se dirigió entonces a la reja con sigilo, indicando a Jean Valjean que lo siguiera; miró hacia afuera, se puso el dedo en la boca y permaneció algunos segundos como escuchando. Satisfecho de lo que oyera, introdujo la llave en la cerradura.

Entreabrió la puerta lo suficiente para que saliera Jean Valjean, volvió a cerrar, dio dos vueltas a la llave en la cerradura y se hundió otra vez en las tinieblas, sin hacer el menor ruido. Un segundo después, esta providencia de mala catadura se diluía en lo invisible.

Jean Valjean se encontró al aire libre.

Capítulo 5 Marius parece muerto

Colocó a Marius en la ribera del Sena.

¡Estaban afuera!

Detrás quedaban las miasmas, la oscuridad, el horror; los inundaba ahora el aire puro, impregnado de alegría. La hora del crepúsculo había pasado, y se acercaba a toda prisa la noche, libertadora y amiga de cuantos necesitan un manto de sombra para salir de alguna angustiosa situación.

Durante algunos segundos se sintió Jean Valjean vencido por aquella serenidad augusta y grata. Hay ciertos minutos de olvido en que el padecimiento cesa de oprimir al miserable; en que la paz, cual si fuera la noche, cubre al soñador. Después, como si el sentimiento del deber lo despertara, se inclinó hacia Marius, y cogiendo agua en el hueco de la mano, le salpicó el rostro con algunas gotas. Los párpados de Marius no se movieron, y, sin embargo, su boca entreabierta respiraba.

Iba a introducir de nuevo la mano en el río, cuando tuvo la sensación de que detrás suyo había alguien. Desde hacía poco, había, en efecto, una persona detrás de él.

Era un hombre de elevada estatura, envuelto en una levita larga, y que llevaba en la mano derecha un garrote con puño de plomo. Estaba de pie, a muy corta distancia.

Jean Valjean reconoció a Javert.

Javert, después de su inesperada salida de la barricada, se dirigió a la prefectura de policía, dio cuenta de todo verbalmente al prefecto en persona, y continuó luego su servicio que implicaba, según la nota que se le encontró en Corinto, una inspección de la orilla derecha del Sena, la cual hacía tiempo que despertaba la atención de la policía. Allí había visto a Thenardier, y se puso a seguirlo. Se comprenderá también que el abrir tan obsequiosamente aquella reja a Jean Valjean, fue una hábil perfidia de Thenardier, que sabía que allí estaba Javert. El hombre espiado tiene un olfato que no lo engaña. Era preciso arrojar algo que roer a aquel sabueso. Un asesino, ¡qué hallazgo! Thenardier, haciendo salir en su lugar a Jean Valjean, proporcionaba una presa a la policía, que así desistiría de perseguirlo y lo olvidaría ante un asunto de mayor importancia; ganaba dinero y quedaba libre el camino para él.

Javert no reconoció a Jean Valjean, que estaba desfigurado.

- ¿Quién sois? -preguntó con voz seca y tranquila.

- Yo.

- ¿Quién?

- Jean Valjean.

Javert colocó en los hombros de Jean Valjean sus dos robustas manos, que se encajaron allí como si fuesen dos tornillos, lo examinó y lo reconoció. Casi se tocaban sus rostros.

La mirada de Javert era terrible.

Jean Valjean permaneció inerte bajo la presión de Javert, como un león que admitiera la garra de un lince.

- Inspector Javert -dijo- estoy en vuestras manos. Por otra parte, desde esta mañana me juzgo prisionero vuestro. No os he dado las señas de mi casa para tratar luego de evadirme. Detenedme. Sólo os pido una cosa.

Javert parecía no escuchar. Tenía clavadas en Jean Valjean sus pupilas, en una meditación feroz. Por fin, lo soltó, se levantó de golpe, cogió de nuevo el garrote, y, como en un sueño, murmuró, más bien que pronunció esta pregunta:

- ¿Qué hacéis ahí? ¿Quién es ese hombre?

Seguía sin tutear ya a Jean Valjean.

Jean Valjean contestó, y el tono de su voz pareció despertar a Javert.

- De él quería hablaros. Haced de mí lo que os plazca, pero antes ayudadme a llevarlo a su casa. Es todo lo que os pido.

El rostro de Javert se contrajo, como le sucedía siempre que alguien parecía creerle capaz de una concesión. Sin embargo, no respondió negativamente.

Sacó del bolsillo un pañuelo que humedeció en el agua, y limpió la frente ensangrentada de Marius.

- Este hombre estaba en la barricada -dijo a media voz y como hablando consigo mismo-. Es el que llamaban Marius.

Cogió la mano de Marius y le tomó el pulso.

- Está herido -dijo Jean Valjean.

- Está muerto -dijo Javert.

- No todavía…

- ¿Lo habéis traído aquí desde la barricada?

Jean Valjean no respondió. Parecía no tener más que un solo pensamiento.

- Vive -dijo- en la calle de las Hijas del Calvario, en casa de su abuelo… No me acuerdo cómo se llama.

Sacó la cartera de Marius, la abrió en la página escrita y se la mostró a Javert.

Este leyó las pocas líneas escritas por Marius, y dijo entre dientes: Gillenormand, calle de las Hijas del Calvario, número 6.

Luego gritó:

- ¡Cochero!

Y se guardó la cartera de Marius.

Un momento después, el carruaje estaba en la ribera. Marius fue colocado en el asiento del fondo, y Javert y Jean Valjean ocuparon el asiento delantero.

Capítulo 6 La vuelta del hijo prodigo

A cada vaivén del carruaje una gota de sangre caía de los cabellos de Marius.

Era noche cerrada cuando llegaron al número 6 de la calle de las Hijas del Calvario.

Javert fue el primero que bajó, y después de cerciorarse de que aquella era la casa que buscaba, levantó el pesado aldabón de hierro de la puerta cochera. El portero apareció bostezando, entre dormido y despierto, con una vela en la mano.

- ¿Vive aquí alguien que se llama Gillenormand? -preguntó Javert.

- Sí, aquí vive.

- Le traemos a su hijo.

- ¡Su hijo! -dijo el portero atónito.

- Está muerto. Fue a la barricada y ahí le tenéis.

- ¡A la barricada! -exclamó el portero.

- Se dejó matar. Id a despertar a su padre.

El portero no se movía.

- ¡Id de una vez!

El portero se limitó a despertar a Vasco, Vasco despertó a Nicolasa y Nicolasa despertó a la señorita Gillenormand. En cuanto al abuelo, lo dejaron dormir, pensando que sabría demasiado pronto la desgracia.

Mientras subían a Marius al primer piso, Jean Valjean sintió que Javert le tocaba el hombro. Comprendió, y salió seguido del inspector de policía.

Subieron al carruaje, y el cochero ocupó su asiénto.

- Inspector Javert -dijo Jean Valjean-, concededme otra cosa.

- ¿Cuál? -preguntó con dureza Javert.

- Dejad que entre un instante en mi casa. Después haréis de mí lo que os acomode.

Javert permaneció algunos segundos en silencio, con la barba hundida en el cuello de su abrigo; luego corrió el cristal delantero, y dijo:

- Cochero, calle del Hombre Armado, número siete.

No volvieron a despegar los labios en todo el camino.

¿Qué quería Jean Valjean? Acabar lo que había principiado; advertir a Cosette; decirle dónde estaba Marius, darle quizá alguna otra indicación útil, tomar, si podia, ciertas disposiciones supremas. En cuanto a él, en cuanto a lo que le concernía personalmente, era asunto concluido; Javert lo había capturado y no se resistía.

A la entrada de la calle del Hombre Armado, el coche se detuvo; Javert y Jean Valjean descendieron. Javert despidió al carruaje. Jean Valjean supuso que la intención de Javert era conducirle a pie al cuerpo de guardia. Se internaron en la calle, que, como de costumbre, se hallaba desierta. Llegaron al número 7; Jean Valjean llamó y se abrió la puerta.

- Está bien -dijo Javert-; subid.

Y añadió con extraña expresión, y como si le costase esfuerzo hablar así:

- Os aguardo.

Jean Valjean miró a Javert. Aquel modo de obrar desdecía los hábitos del inspector de policía; pero, resuelto como se mostraba a entregarse y acabar de una vez, no debía sorprenderle mucho que Javert tuviese en aquel caso cierta confianza altiva, la confianza del gato que concede al ratón una libertad de la longitud de su garra.

Subió al primer piso. Una vez allí, hizo una corta pausa. Todas las vías dolorosas tienen sus estaciones. La ventana de la escalera, que era de una sola pieza, estaba corrida. Como en muchas casas antiguas, la escalera tenía vista a la calle. El farol situado enfrente de la casa número 7, comunicaba alguna claridad a los escalones, lo que equivalía a un ahorro de alumbrado.

Jean Valjean, sea para respirar, sea maquinalmente, sacó la cabeza por la ventana y miró la calle, que es corta y bien iluminada. Quedó atónito: no se veía a nadie.

Javert se había marchado.

Capítulo 7 El abuelo

Marius seguía inmóvil en el canapé donde lo habían tendido a su llegada. El médico estaba ya allí. Lo examinó y, después de cercionarse de que continuaban los latidos del pulso, de que el joven no tenía en el pecho ninguna herida profunda, y de que la sangre de los labios provenía de las fosas nasales, lo hizo colocar en una cama, sin almohada, con la cabeza a nivel del cuerpo, y aun algo más baja y el busto desnudo, a fin de facilitar la respiración.

El cuerpo no había recibido ninguna lesión interior; una bala, amortiguada al dar en la cartera, se había desviado y al correrse por las costillas, había abierto una herida de feo aspecto, pero sin profundidad y por consiguiente sin peligro. El largo paseo subterráneo había acabado de dislocar la clavícula rota, y esto presentaba serias complicaciones.

Tenía los brazos acuchillados; pero ningún tajo desfiguraba su rostro. Sin embargo, la cabeza estaba cubierta de heridas. ¿Serían peligrosas estas heridas? ¿Eran superficiales? ¿Llegaban al cráneo? No se podía decir aún.

El médico parecía meditar tristemente. De tiempo en tiempo hacía una señal negativa con la cabeza, como si respondiera a alguna pregunta interior. Estos misteriosos diálogos del médico consigo mismo son mala señal para el enfermo. En el momento en que limpiaba el rostro y tocaba apenas con el dedo los párpados siempre cerrados de Marius, la puerta del fondo se abrió, y apareció en el umbral una figura alta y pálida. Era el abuelo.

Sorprendido de ver luz a través de la puerta, se dirigió a tientas hacia el salón. Vio la cama y sobre el colchón a aquel joven ensangrentado, blanco como la cera, con los ojos cerrados, la boca abierta, los labios descoloridos, desnudo hasta la cintura, lleno de heridas, inmóvil y rodeado de luces.

El abuelo sintió de los pies a la cabeza un estremecimiento. Se le oyó susurrar:

- ¡Marius!

- Señor -dijo Vasco-, acaban de traer al señorito. Estaba en la barricada, y…

- ¡Ha muerto! -gritó el anciano con voz terrible-. ¡Ah, bandido!

Se torció las manos, prorrumpiendo en una carcajada espantosa.

- ¡Está muerto! ¡Está muerto! ¡Se ha dejado matar en las barricadas… por odio a mí!, ¡por vengarse de mí! ¡Ah, sanguinario! ¡Ved cómo vuelve a casa de su abuelo! ¡Miserable de mí! ¡Está muerto!

Se dirigió a la ventana, abrió las dos hojas como si se ahogara.

- ¡Traspasado, acuchillado, degollado, exterminado, cortado en trozos, ¿no lo veis? ¡Tunante! ¡Sabía que lo esperaba, que había hecho arreglar su cuarto y colgar a la cabecera de mi cama su retrato de cuando era niño! ¡Sabía que no tenía más que volver, y que no he cesado de llamarlo en tantos años, y que todas las noches me sentaba a la lumbre, con las manos en las rodillas, no sabiendo qué hacer, y que por él me había convertido en un imbécil! ¡Sabías esto, sabías que con sólo entrar y decir soy yo, eras el amo y yo te obedecería, y dispondrías a tu antojo del bobalicón de tu abuelo! ¡Y te has ido a las barricadas! ¡Uno se acuesta y duerme tranquilo, para encontrarse al despertar con que su nieto está muerto!

Se volvió al médico y le dijo con calma:

- Caballero, os doy las gracias. Estoy tranquilo, soy un hombre; he visto morir a Luis XVI, y sé sobrellevar las desgracias. Pero, ved como le traen a uno sus hijos a casa. ¡Es abominable! ¡Muerto antes que yo! ¡Y en una barricada! ¡Ah, bandido! No es posible irritarse contra un muerto. Sería una estupidez. Es un niño a quien he criado. Yo había entrado ya en años cuando él todavía era pequeñito. Jugaba en las Tullerías con su carretoncito, y para que los inspectores no gruñeran, iba yo tapando con mi bastón los agujeros que él hacía en la tierra. Un día gritó: ¡Abajo Luis XVIII! y se fue. No es culpa mía. Su madre ha muerto. Es hijo de uno de esos bandidos del Loira; pero los niños no pueden responder de los crímenes de sus padres. Me acuerdo cuando era así de chiquitito. ¡Qué trabajo le costaba pronunciar la d! En la dulzura del acento se le hubiera creído un pájaro. Por la mañana, cuando entraba en mi cuarto, yo solía refunfuñar, pero su presencia me producía el efecto del sol. No hay defensa contra esos mocosos. Una vez que os han cogido, ya no os vuelven a soltar. La verdad es que no había otra cosa más querida para mí que ese niño.

Se acercó a Marius, que seguía lívido a inmóvil.

- ¡Ah! ¡Desalmado! ¡Clubista! ¡Septembrista! ¡Criminal!

Eran reconvenciones en voz baja dirigidas por un agonizante a un cadáver.

En aquel momento abrió Marius lentamente los párpados, y su mirada, velada aún por el asombro letárgico, se fijó en el señor Gillenormand.

- ¡Marius! -gritó el anciano-. ¡Marius! ¡Hijo de mi alma! ¡Hijo adorado! Abres los ojos, me miras, estás vivo, ¡gracias!

Y cayó desmayado.

Parte Tres

JAVERT DESORIENTADO

Capítulo 1 Javert comete una infracción

Javert se alejó lentamente de la calle del Hombre Armado.

Caminaba con la cabeza baja por primera vez en su vida, y también por primera vez en su vida con las manos cruzadas atrás.

Se internó por las calles más silenciosas. Sin embargo, seguía una dirección. Tomó por el camino más corto hacia el Sena, hasta donde se forma una especie de lago cuadrado que atraviesa un remolino. Este punto del Sena es muy temido por los marineros, pues quienes caen en aquel remolino no vuelven a aparecer, por más diestros nadadores que sean.

Javert apoyó los codos en el parapeto del muelle, el mentón en sus manos, y se puso a meditar.

En el fondo de su alma acababa de pasar algo nuevo, una revolución, una catástrofe, y había materia para pensar. Padecía atrozmente. Se sentía turbado; su cerebro, tan límpido en su misma ceguera, había perdido la transparencia.

Ante sí veía dos sendas igualmente rectas; pero eran dos y esto le aterraba, pues en toda su vida no había conocido sino una sola línea recta. Y para colmo de angustia aquellas dos sendas eran contrarias y se excluían mutuamente. ¿Cuál sería la verdadera? Su situación era imposible de expresar.

Deber la vida a un malhechor; aceptar esta deuda y pagarla; estar, a pesar de sí mismo, mano a mano con una persona perseguida por la justicia y pagarle un servicio con otro servicio; permitir que le dijesen: márchate, y decir a su vez: quedas libre; sacrificar el deber a motivos personales; traicionar a la sociedad por ser fiel a su conciencia; todo esto le aterraba.

Le sorprendía que Jean Valjean lo perdonara; y lo petrificaba la idea de que él, Javert, hubiera perdonado a Jean Valjean.

¿Qué hacer ahora? Si malo le parecía entregar a Jean Valjean, no menos malo era dejarlo libre.

Con ansiedad se daba cuenta de que tenía que pensar. La misma violencia de todas estas emociones contradictorias lo obligaba a hacerlo. ¡Pensar! Cosa inusitada para él, y que le causaba un dolor indecible. Hay siempre en el pensamiento cierta cantidad de rebelión interior, y le irritaba sentirla dentro de sí.

Le quedaba un solo recurso: volver apresuradamente a la calle del Hombre Armado y apoderarse de Jean Valjean. Era lo que tenía que hacer. Y sin embargo, no podía. Algo le cerraba ese camino.

¿Y qué era ese algo? ¿Hay en el mundo una cosa distinta de los tribunales, de las sentencias de la policía y de la autoridad? Las ideas de Javert se confundían. ¿No era horrible que Javert y Jean Valjean, el hombre hecho para servir y el hombre hecho para sufrir, se pusieran ambos fuera de la ley? Su meditación se volvía cada vez más cruel.

Jean Valjean lo desconcertaba. Los axiomas que habían sido los puntos de apoyo de toda su vida caían por tierra ante aquel hombre. Su generosidad lo agobiaba. Recordaba hechos que en otro tiempo había calificado de mentiras y locuras, y que ahora le parecían realidades. El señor Magdalena aparecía detrás de Jean Valjean, y las dos figuras se superponían, hasta formar una sola, que era venerable. Javert sentía penetrar en su alma algo horrible: la admiración hacia un presidiario. Pero ¿se concibe que se respete a un presidiario? No, y a pesar de ello, él lo respetaba. Temblaba. Pero por más esfuerzos que hacía, tenía que confesar en su fuero interno la sublimidad de aquel miserable. Era espantoso. Un presidiario compasivo, dulce, clemente, recompensando el mal con el bien, el odio con el perdón, la venganza con la piedad, prefiriendo perderse a perder a su enemigo, salvando al que le había golpeado, más cerca del ángel que del hombre; era un monstruo cuya existencia ya no podía negar.

Esto no podía seguir así.

En realidad no se había rendido de buen grado a aquel monstruo, a aquel ángel infame. Veinte veces, cuando iba en el carruaje con Jean Valjean, el tigre legal había rugido en él. Veinte veces había sentido tentaciones de arrojarse sobre él y arrestarlo. ¿Había algo más sencillo? ¿Había cosa más justa? Y entonces, igual que ahora, tropezó con una barrera insuperable; cada vez que la mano del policía se levantaba convulsivamente para coger a Jean Valjean por el cuello, había vuelto a caer, y en el fondo de su pensamiento oía una voz, una voz extraña que le gritaba: "Muy bien, entrega a tu salvador, y en seguida haz traer la jofaina de Poncio Pilatos, y lávate las garras". Después se examinaba a sí mismo, y junto a Jean Valjean ennoblecido, contemplaba a Javert degradado. ¡Un presidiario era su bienhechor!

Sentía como si le faltaran las raíces. El Código no era más que un papel mojado en su mano. No le bastaba ya la honradez antigua. Un orden de hechos inesperados surgía y lo subyugaba. Era para su alma un mundo nuevo; el beneficio aceptado y devuelto, la abnegación, la misericordia, la indulgencia; no más sentencias definitivas, no más condenas; la posibilidad de una lágrima en los ojos de la ley; una justicia de Dios, contraria a la justicia de los hombres. Divisaba en las tinieblas la imponente salida de un sol moral desconocido, y experimentaba al mismo tiempo el horror y el deslumbramiento de semejante espectáculo.

Se veía en la necesidad de reconocer con desesperación que la bondad existía. Aquel presidiario había sido bueno; y también él, ¡cosa inaudita!, acababa de serlo. Era un cobarde. Se horrorizaba de sí mismo. Acababa de cometer una falta y no lograba explicarse cómo.

Sin duda tuvo siempre la intención de poner a Jean Valjean a disposición de la ley, de la que era cautivo, y de la cual él, Javert, era esclavo. Toda clase de novedades enigmáticas se abrían a sus ojos. Se preguntaba: ¿Por qué ese presidiario a quien he perseguido hasta acosarlo, que me ha tenido bajo sus pies, que podía y debía vengarse, me ha perdonado la vida? ¿Por deber? No. Por algo más. Y yo, al dejarlo libre, ¿qué hice? ¿Mi deber? No, algo más. ¿Hay, pues, algo por encima del deber? Al llegar aquí se asustaba. Desde que fue adulto y empezó a desempeñar su cargo, cifró en la policía casi toda su religión. Tenía un solo superior, el prefecto, y nunca pensó en Dios, en ese otro ser superior. Este nuevo jefe, Dios, se le presentaba de improviso y lo hacía sentir incómodo. Pero ¿cómo hacer para presentarle su dimisión? El hecho predominante para él era que acababa de cometer una espantosa infracción. Había dado libertad a un criminal reincidente; nada menos. No se comprendía a sí mismo ni concebía las razones de su modo de obrar. Sentía una especie de vértigo. Hasta entonces había vivido con la fe ciega que engendra la probidad tenebrosa. Ahora lo abandonaba esa fe; todas sus creencias se derrumbaban. Algunas verdades que no quería escuchar lo asediaban inexorablemente. Padecía los extraños dolores de una conciencia ciega, bruscamente devuelta a la luz. En él había muerto la autoridad; ya no tenía razón de existir.

¡Qué situación tan terrible la de sentirse conmovido! ¡Ser de granito y dudar! ¡Ser hielo, y derretirse! ¡Sentir de súbito que los dedos se abren para soltar la presa! No había sino dos maneras de salir de un estado insoportable. Una, ir a casa de Jean Valjean y arrestarlo. Otra…

Javert dejó el parapeto y, esta vez con la cabeza erguida, se dirigió con paso firme al puesto de policía.

Allí dio su nombre, mostró su tarjeta y se sentó junto a una mesa sobre la cual había pluma, tintero y papel. Tomó la pluma y un pliego de papel, y se puso a escribir lo siguiente:

"Algunas observaciones para el bien del Servicio.

"Primero. Suplico al señor prefecto que pase la vista por las siguientes líneas.

"Segundo. Los detenidos que vienen de la sala de Audiencia se quitan los zapatos, y permanecen descalzos en el piso de ladrillos mientras se les registra. Muchos tosen cuando se les conduce al encierro. Esto ocasiona gastos de enfermería.

"Tercero. Es conveniente que al seguir una pista lo hagan dos agentes y que no se pierdan de vista, con el objeto de que si por cualquier causa un agente afloja en el servicio, el otro lo vigile y cumpla su deber."Cuarto. No se comprende por qué el reglamento especial de la cárcel prohíbe al preso que tenga una silla, aun pagándola."Quinto. Los detenidos, llamados ladradores, porque llaman a los otros a la reja, exigen dos sueldos de cada preso por pregonar su nombre con voz clara. Es un robo."Sexto. Se oye diariamente a los gendarmes referir en el patio de la Prefectura los interrogatorios de los detenidos. En un gendarme, que debiera ser sagrado, semejante revelación es una grave falta."

Javert trazó las anteriores líneas con mano firme y escritura correcta, no omitiendo una sola coma, y haciendo crujir el papel bajo su pluma, y al pie estampó su firma y fecha, *"7 de junio de 1832, a eso de la una de la madrugada"*.

Dobló el papel en forma de carta, lo selló, lo dejó sobre la mesa y salió.

Cruzó de nuevo diagonalmente la plaza del Chatelet, llegó al muelle, y fue a situarse con una exactitud matemática en el punto mismo que dejara un cuarto de hora atrás. Los codos, como antes, sobre el parapeto. Parecía no haberse movido.

Obscuridad completa. Era el momento sepulcral que sigue a la medianoche.

Nubes espesas ocultaban las estrellas. El cielo tenía un aspecto siniestro; no pasaba nadie; las calles y los muelles hasta donde la vista podía alcanzar, estaban desiertos; el río había crecido con las lluvias.

Javert inclinó la cabeza y miró. Todo estaba negro. No veía nada, pero sentía el frío hostil del río y el olor insípido de las piedras. La sombra que lo rodeaba estaba llena de horror.

Javert permaneció algunos minutos inmóvil, mirando aquel abismo de tinieblas. El único ruido era el del agua. De repente se quitó el sombrero y lo puso sobre la barandilla.

Poco después apareció de pie sobre el parapeto una figura alta y negra, que a lo lejos cualquier transeúnte podría tomar por un fantasma; se inclinó hacia el Sena, volvió a enderezarse, y cayó luego a plomo en las tinieblas.

Hubo una agitación en el río, y sólo la sombra fue testigo de las convulsiones de aquella forma oscura que desapareció bajo las aguas.

Parte Cuatro

EL NIETO Y EL ABUELO

Capítulo 1 Volvemos a ver el árbol con el parche de zinc

Poco tiempo después de estos acontecimientos, Boulatruelle tuvo una viva emoción.

Se recordará que Boulatruelle era aquel peón caminero de Montfermeil, aficionado a las cosas turbias. Partía piedras y con ellas golpeaba a los viajeros que pasaban por los caminos. Tenía un solo sueño: como creía en los tesoros ocultos en el bosque de Montfermeil, esperaba que un día cualquiera encontraría dinero en la tierra al pie de un árbol. Por mientras, tomaba con agrado el dinero de los bolsillos de los viajeros.

Pero por ahora era prudente. Había escapado con suerte de la emboscada en la buhardilla de Jondrette, gracias a su vicio: estaba absolutamente borracho aquella noche.

Nunca se pudo comprobar si estaba allí como ladrón o como víctima. Por lo tanto, fue puesto en libertad. Volvió a su trabajo a los caminos, pensativo, temeroso, cuidadoso en los robos y más aficionado que nunca al vino.

Una mañana en que se dirigía al despuntar el día a su trabajo, divisó entre los ramajes a un hombre cuya silueta le pareció conocida. Boulatruelle, por borracho que fuera, tenía una excelente memoria.

- ¿Dónde diablos he visto yo alguien así? -se preguntó.

Pero no pudo darse una respuesta clara.

Hizo sus elucubraciones y sus cálculos. El hombre no era del pueblo; llegaba a pie; había caminado toda la noche; no podía venir de muy lejos, pues no traía maleta. Venía de París, sin duda. ¿Qué hacía en ese bosque, y a esa hora?

Boulatruelle pensó en el tesoro. A fuerza de retroceder en su memoria, se acordó vagamente de haber vivido esa escena, muchos años atrás, y le pareció que podía ser el mismo hombre.

En medio de su meditación bajó sin darse cuenta la cabeza, cosa natural pero poco hábil. Cuando la levantó, el hombre había desaparecido.

- ¡Demonios! -exclamó-. Ya lo encontraré. Descubriré de qué parroquia es el parroquiano. Este caminante del amanecer tiene un secreto, y yo lo sabré. No hay secretos en mi bosque sin que yo los descubra.

Y se internó en la espesura.

Cuando había caminado unos cien pasos, la claridad del día que nacía vino en su ayuda. Encontró ramas quebradas, huellas de pisadas. Después, nada. Siguió buscando, avanzaba, retrocedía. Vio al hombre en la parte más enmarañada del bosque, pero lo volvió a perder.

Tuvo una idea. Boulatruelle conocía bien el lugar, y sabía que había en un claro del bosque, junto a un montón de piedras, un castaño medio seco en cuya corteza habían puesto un parche de zinc. El famoso tesoro estaba seguramente ahí. Era cuestión de recogerlo. Ahora, que llegar hasta ese claro no era fácil. Tomaba su buen cuarto de hora y por senderos zigzagueantes. Prefirió tomar el camino derecho; pero éste era tremendamente intrincado y agreste. Tuvo que abrirse paso entre acebos, ortigas, espinos, cardos. Hasta tuvo que atravesar un arroyo. Por fin llegó, todo arañado, a su meta. Había demorado cuarenta minutos. El árbol y las piedras estaban en su lugar, pero el hombre se había esfumado en el bosque. ¿Hacia dónde? Imposible saber. Y, para su gran angustia, vio delante del castaño del parche de zinc la tierra recién removida, una piqueta abandonada, y un hoyo. El hoyo estaba vacío.

- ¡Ladrón! -gritó Boulatruelle, amenazando con sus puños hacia el horizonte.

Capítulo 2 Marius, saliendo de la guerra civil, se prepara para la guerra familiar

Marius permaneció mucho tiempo entre la vida y la muerte. Durante algunas semanas tuvo fiebre acompañada de delirio y síntomas cerebrales de alguna gravedad, causados más bien por la conmoción de las heridas en la cabeza que por las heridas mismas.

Repitió el nombre de Cosette noches enteras en medio de la locuacidad propia de la alta temperatura.

Mientras duró el peligro, el señor Gillenormand, a la cabecera del lecho de su nieto, estaba como Marius, ni vivo ni muerto.

Todos los días una, y hasta dos veces, un caballero de pelo blanco y decentemente vestido (tales eran las señas del portero), venía a saber del enfermo y dejaba para las curaciones un gran paquete de vendas.

Por fin, el 7 de septiembre, al cabo de tres meses desde la fatal noche en que le habían traído moribundo a casa de su abuelo, el médico declaró que había pasado el peligro. Empezó la convalecencia. Sin embargo, tuvo que permanecer aún más de dos meses sentado en un sillón, a causa de la fractura de la clavícula.

El señor Gillenormand padeció al principio todas las angustias para experimentar luego todas las dichas.

El día en que el facultativo le anunció que Marius estaba fuera de peligro, faltó poco al anciano para volverse loco; al entrar en su cuarto esa noche, bailó una gavota, imitó las castañuelas con los dedos y cantó.

Luego se arrodilló sobre una silla, y Vasco, que le veía desde la puerta a medio cerrar, no tuvo duda de que oraba. Hasta entonces no había creído verdaderamente en Dios. Marius pasó a ser el dueño de la casa; el señor Gillenormand, en el colmo de su júbilo, había abdicado, viniendo a ser el nieto de su nieto.

En cuanto a Marius, mientras se dejaba curar y cuidar, no tenía más que una idea fija: Cosette. No sabía qué había sido de ella. Los sucesos de la calle de la Chanvrerie vagaban como una nube en su memoria; los confusos nombres de Eponina, Gavroche, Mabeuf, Thenardier y todos sus amigos envueltos lúgubremente en el humo de la barricada, flotaban en su espíritu; la extraña aparición del señor Fauchelevent en aquella sangrienta aventura le causaba el efecto de un enigma en una tempestad. Tampoco comprendía cómo ni por quién había sido salvado. Los que lo rodeaban sabían sólo que le habían traído de noche en un coche de alquiler.

Pasado, presente, porvenir, nieblas, ideas vagas en su mente; pero en medio de aquella bruma había un punto inmóvil, una línea clara y precisa, una resolución, una voluntad: encontrar a Cosette.

Los cuidados y cariños de su abuelo no lo conmovían; quizá desconfiaba de aquella solicitud como de una cosa extraña y nueva, encaminada a dominarlo. Se mantenía, pues, frío. Y luego, a medida que iba cobrando fuerzas, renacían los antiguos agravios, se abrían de nuevo las envejecidas úlceras de su memoria, pensaba en el pasado, el coronel Pontmercy se interponía entre él y el señor Gillenormand, y el resultado era que ningún bien podía esperar de quien había sido tan injusto y tan duro con su padre. Su salud y la aspereza hacia su abuelo seguían la misma proporción. El anciano lo notaba, y sufría sin despegar los labios.

No cabía duda de que se aproximaba una crisis. Marius esperaba la ocasión para presentar el combate, y se preparaba para una negativa, en cuyo caso dislocaría su clavícula, dejaría al descubierto las llagas que aún estaban sin cerrarse, y rechazaría todo alimento. Las heridas eran sus municiones. Cosette o la muerte. Aguardó el momento favorable con la paciencia propia de los enfermos. Ese momento llegó.

Capítulo 3 Marius ataca

Un día el señor Gillenormand, mientras que su hija arreglaba los frascos y las tazas en el mármol de la cómoda, inclinado sobre Marius, le decía con la mayor ternura:

- Mira, querido mío, en tu lugar preferiría ahora la carne al pescado. Un lenguado frito es bueno al principio de la convalecencia; pero después al empezar a levantarse el enfermo, no hay como una chuleta.

Marius, que había recobrado ya casi todo su vigor, hizo un esfuerzo, se incorporó en la cama, apoyó las manos en la colcha, miró a su abuelo de frente, frunció el ceño, y dijo:

- Esto me ayuda a deciros una cosa.

- ¿Cuál?

- Que quiero casarme.

- Lo había previsto -dijo el abuelo soltando una carcajada.

- ¿Cómo previsto?

Marius, atónito y sin saber qué pensar, se sintió acometido de un temblor. El señor Gillenormand, continuó:

- Sí; verás colmados tus deseos; tendrás a esa preciosa niña. Ella viene todos los días, bajo la forma de un señor ya anciano, a saber de ti. Desde que estás herido pasa el tiempo en llorar y en hacer vendas. Me he informado, y resulta que vive en la calle del Hombre Armado, número 7. ¡Ah! ¿Conque la quieres? Perfectamente; la tendrás. Esto destruye todos tus planes, ¿eh? Habías formado tu conspiracioncilla, y te decías: *"Voy a imponerle mi voluntad a ese abuelo, a esa momia de la Regencia y del Directorio, a ese antiguo pisaverde, a ese Dorante convertido en Geronte. También él ha tenido sus veinte años; será preciso que se acuerde."* ¡Ah! Te has llevado un chasco, y bien merecido. Te ofrezco una chuleta y me respondes que quieres casarte. Golpe de efecto. Contabas con que habría escándalo, olvidándote de que soy un viejo cobarde. Estás con la boca abierta. No esperabas encontrar al abuelo más borrico que tú, y pierdes así el discurso que debías dirigirme. ¡Imbécil! Escucha. He tomado informes, pues yo también soy astuto, y sé que es hermosa y formal. Vale un Perú, te adora, y si hubieras muerto, habríamos sido tres; su ataúd hubiera acompañado al mío. Desde que te vi mejor, se me ocurrió traértela, pero una joven bonita no es el mejor remedio contra la fiebre. Por último, ¿a qué hablar más de eso? Es negocio hecho; tómala. ¿Te parezco feroz? He visto que no me querías, y he dicho para mis adentros: ¿qué podría hacer para que ese animal me quiera? Darle a su Cosette. Caballero, tomaos la molestia de casaros. ¡Sé dichoso, hijo de mi alma!

Dicho esto, el anciano prorrumpió en sollozos. Cogió la cabeza de Marius, la estrechó contra su pecho y los dos se pusieron a llorar. El llanto es una de las formas de la suprema dicha.

- ¡Padre! -exclamó Marius.

- ¡Ah! ¡Conque me quieres! -dijo el anciano.

Hubo un momento de inefable expansión, en que se ahogaban sin poder hablar. Por fin, el abuelo tartamudeó:

- Vamos, ya estás desenojado, ya has dicho padre.

Marius desprendió su cabeza de los brazos del anciano y dijo alzando apenas la voz:

- Pero, padre, ahora que estoy sano, me parece que podría verla.

- También lo tenía previsto. La verás mañana.

- ¡Padre!

- ¿Qué?

- ¿Por qué no hoy?

- Sea hoy, concedido. Me has dicho tres veces padre y vaya lo uno por lo otro. En seguida te la traerán. Lo tenía previsto, créeme.

Capítulo 4 El señor Faucbelevent con un bulto debajo del brazo

Cosette y Marius se volvieron a ver. Toda la familia, incluso Vasco y Nicolasa, estaba reunida en el cuarto de Marius cuando entró Cosette.

Precisamente en aquel instante iba a sonarse el anciano y se quedó parado, cogida la nariz, y mirando a Cosette por encima del pañuelo.

- ¡Adorable! -exclamó.

Después se sonó estrepitosamente.

Cosette estaba embriagada de felicidad, medio asustada, en el cielo. Balbuceaba, ya pálida, ya encendida, queriendo echarse en brazos de Marius, y sin atreverse.

Detrás de Cosette había entrado un hombre de cabellos blancos, serio y, sin embargo, sonriente, aunque su sonrisa tenía cierto tinte vago y doloroso. Era el señor Fauchelevent; era Jean Valjean. En el cuarto de Marius permaneció junto a la puerta. Llevaba bajo el brazo un paquete bastante parecido a un libro con cubierta de papel verde, algo mohoso.

El señor Gillenormand lo saludó y dijo con voz alta:

- Señor Fauchelevent, tengo el honor de pediros para mi nieto, el señor barón Marius de Pontmercy, la mano de esta señorita.

El señor Fauchelevent se inclinó en señal de asentimiento.

- Negocio concluido -dijo el abuelo.

Y volviéndose hacia Marius y Cosette, con los dos brazos extendidos en actitud de bendecir, les gritó:

- Se os permite adoraros.

No dieron lugar a que se les repitiese pues en seguida empezó el susurro, Marius recostado en el sillón y Cosette de pie junto a él. Después, como había gente delante, cesaron de hablar, contentándose con estrecharse suavemente las manos.

El señor Gillenormand se volvió a los que estaban en el cuarto, y les dijo:

- Vamos, hablad alto, meted ruido, ¡qué diablos!, para que estos muchachos puedan charlar a gusto.

Permaneció un instante en silencio, y luego dijo, mirando a Cosette:

- ¡Es preciosa! ¡Preciosa! Hijos míos, adoraos. Pero -añadió poniéndose triste de repente-, ¡qué lástima! Ahora que pienso, sois tan pobres. Más de la mitad de mis rentas son vitalicias. Mientras yo viva, todo marchará bien; pero, después que muera, de aquí a unos veinte años, ¡ah, pobrecillos! No tendréis un centavo.

Se oyó entonces una voz grave y tranquila, que decía:

- La señorita Eufrasia Fauchelevent tiene seiscientos mil francos.

Era la voz de Jean Valjean.

No había desplegado aún los labios; nadie parecía cuidarse siquiera de que estuviese allí, y él permanecía de pie a inmóvil detrás de todos aquellos seres dichosos.

- ¿Quién es la señorita Eufrasia? -preguntó el abuelo, asustado.

- Soy yo -respondió Cosette.

- ¡Seiscientos mil francos! -exclamó el señor Gillenormand.

- Menos catorce o quince mil quizá -dijo Jean Valjean.

Y colocó en la mesa el paquete. Lo abrió; era un legajo de billetes de banco. Los contó, y había en total quinientos ochenta y cuatro mil francos.

- ¡Miren ese diablo de Marius que ha ido a tropezar en la región de los sueños con una millonaria! Ni Rothschild.

En cuanto a Marius y Cosette, no hacían más que mirarse, prestando apenas atención a aquel incidente.

Capítulo 5 Más vale depositar el dinero en el bosque que en el banco

Jean Valjean después del caso Champmathieu pudo, gracias a su primera evasión, ir a París y retirar de Casa Laffitte la suma que tenía depositada a nombre del señor Magdalena. Temiendo ser apresado de nuevo, escondió el dinero en el bosque de Montfermeil dentro de un pequeño cofre de madera. Junto a los billetes puso su otro tesoro, los candelabros del obispo. Fue en esa ocasión cuando lo vio Boulatruelle por primera vez. Cada vez que necesitaba dinero, venía Jean Valjean al bosque.

Cuando supo que Marius comenzaba a convalecer, pensó que había llegado la hora en que aquel dinero sería de utilidad, y fue a buscarlo. Fue la segunda y última vez que lo vio Boulatruelle.

De los seiscientos mil francos originales, Jean Valjean había retirado cinco mil francos, que fue lo que costó la educación de Cosette, más quinientos francos para sus gastos personales.

Los dos ancianos procuran labrar, cada uno a su manera, la felicidad de Cosette. Jean Valjean sabía que nada tenía ya que temer de Javert. Había oído contar, y lo vio confirmado en el Monitor, el caso de un inspector de policía, llamado Javert, al que encontraron ahogado debajo de un lanchón, entre el Pont-du-Change y el Puente Nuevo.

Un escrito que había dejado el tal inspector, hombre por otra parte irreprochable y apreciadísimo de sus jefes, inducía a creer en un acceso de enajenación mental como causa inmediata del suicidio.

- En efecto -pensó Jean Valjean- debía estar loco cuando, a pesar de tenerme en su poder, me dejó ir libre.

Se dispuso todo para el casamiento, que se fijó para el mes de febrero. Corría el mes de diciembre.

Cosette y Marius habían pasado repentinamente del sepulcro al paraíso. La transición había sido tan inesperada que casi les hizo perder el sentido.

- ¿Comprendes algo de todo esto? -preguntaba Marius a Cosette.

- No -respondía Cosette-; pero me parece que Dios nos está mirando.

Jean Valjean concilió y facilitó todo, apresurando la dicha de Cosette con tanta solicitud y alegría, a lo menos en la apariencia, como la joven misma.

La circunstancia de haber sido alcalde le ayudó a resolver un problema delicado, cuyo secreto le pertenecía a él sólo: el estado civil de Cosette. Supo allanar todas las dificultades, dando a Cosette una familia de personas ya difuntas, lo cual era el mejor medio de evitar problemas. Cosette era el último vástago de un tronco ya seco; debía el nacimiento, no a él, sino a otro Fauchelevent, hermano suyo.

Los dos hermanos habían sido jardineros en el convento del Pequeño Picpus. Las buenas monjas dieron excelentes informes. Poco aptas y sin inclinación a sondear las cuestiones de paternidad, no supieron nunca fijamente de cuál de los dos Fauchelevent era hija Cosette. Se extendió un acta y Cosette fue, ante la ley, la señorita Eufrasia Fauchelevent, huérfana de padre y madre.

En cuanto a los quinientos ochenta y cuatro mil francos, era un legado hecho a Cosette por una persona, ya difunta, y que deseaba permanecer desconocida.

Había esparcidas acá y allá algunas singularidades; pero se hizo la vista gorda. Uno de los interesados tenía los ojos vendados por el amor y los demás por los seiscientos mil francos.

Cosette supo que no era hija de aquel anciano, a quien había llamado padre tanto tiempo. En otra ocasión esto la habría lastimado, pero en aquellos momentos supremos de inefable felicidad, fue apenas una sombra, una nubecilla, que el exceso de alegría disipó pronto. Tenía a Marius. Al mismo tiempo de desvanecerse para ella la personalidad del anciano, surgía la del joven. Así es la vida. Continuó, sin embargo, llamando padre a Jean Valjean.

Se dispuso que los esposos habitaran en casa del abuelo. El señor Gillenormand quiso cederles su cuarto por ser el más hermoso de la casa.

- Esto me rejuvenecerá -decía-. Es un antiguo proyecto. Había tenido siempre la idea de cónvertir mi cuarto en cámara nupcial.

Su biblioteca se transformó en despacho de abogado para Marius.

Capítulo 6 Recuerdos

Los enamorados se veían diariamente, pues Cosette iba a casa de Marius con su padre. Pontmercy y el señor Fauchelevent no se hablaban. Parecía algo convenido.

Al discutir sobre política, aunque vagamente y sin determinar nada, en el tema del mejoramiento general de la suerte de todos llegaban a decirse algo más que sí y no.

Una vez, con motivo de la enseñanza, que Marius quería que fuese gratuita y obligatoria, prodigada a todos como el aire y el sol, en una palabra, respirable al pueblo entero, fueron de la misma opinión, y casi entraron en conversación. Marius notó entonces que el señor Fauchelevent hablaba bien, y hasta con cierta elevación de lenguaje. Le faltaba, sin embargo, un no se sabe qué. El señor Fauchelevent tenía algo de menos que el hombre de mundo, y algo de más.

Marius, interiormente y en el fondo de su pensamiento, se hacía todo género de preguntas mudas. Se preguntaba si estaba bien seguro de haber visto al señor Fauchelevent en la barricada, y hasta si existió el motín.

A veces sentía el humo de la barricada, veía de nuevo caer a Mabeuf, oía a Gavroche cantar bajo la metralla, sentía en sus labios el frío de la frente de Eponina, vislumbraba las sombras de todos sus amigos. Aquellos seres queridos, impregnados de dolor, valientes, ¿eran creaciones de su fantasía? ¿Existieron realmente? ¿Dónde estaban, pues, ahora? ¿Habían muerto, sin quedar uno solo?

Capítulo 7 Dos hombres difíciles de encontrar

La dicha no consiguió borrar en el espíritu de Marius otras preocupaciones.

Mientras llegaba la época fijada, se dedicó a hacer escrupulosas indagaciones retrospectivas. Tenía deudas de gratitud con dos personas, tanto en nombre de su padre como en el suyo propio. Una era con Thenardier, y la otra con el desconocido que lo llevó a casa de su abuelo.

Deseaba encontrar a estos dos hombres, pues no podía conciliar la idea de su felicidad con la de olvidarlos, pareciéndole que esas deudas de gratitud no pagadas ensombrecerían su vida futura.

El que Thenardier fuese un infame no impedía que hubiera salvado al coronel Pontmercy. Thenardier era un bandido para todos excepto para Marius, que ignoraba la verdadera escena del campo de batalla de Waterloo y no sabía, por lo tanto que su padre, aunque debía la vida a Thenardier, no le debía, en atención a las circunstancias particulares de aquel hecho, ninguna gratitud.

Pero no logró descubrir la pista de Thenardier. Sólo averiguó que su mujer había muerto en la cárcel durante el proceso. Thenardier y su hija Azelma, únicos personajes que quedaban de aquel deplorable grupo, habían desaparecido de nuevo en las tinieblas.

En cuanto al individuo que había salvado a Marius, las indagaciones llegaron hasta el carruaje que lo trajera a casa de su abuelo, la noche del 6 de junio. El cochero contó su historia con el policía, la captura del hombre que salió de la cloaca con el herido a cuestas, la llegada a la calle de las Hijas del Calvario, y finalmente el momento en que el policía lo despachó y se llevó al otro individuo.

Marius sólo recordaba haber perdido el conocimiento cuando una mano lo cogió al momento de caer al suelo, y luego despertó en casa del abuelo. Se perdía en conjeturas. ¿Cómo, si cayó en la calle de la Chanvrerie el policía lo recogió en el puente de los Inválidos? Alguien lo había trasladado desde el barrio del Mercado a los Campos Elíseos a través de la cloaca. ¡Inaudita abnegación! ¿Y quién era ese alguien? ¿Habría muerto? ¿Qué clase de hombre era? Nadie podía decirlo. El cochero se limitaba a responder que la noche estaba muy oscura; Vasco y Nicolasa, en su azoramiento, habían mirado sólo al señorito cubierto de sangre.

Esperando que lo ayudarían en sus investigaciones, conservó Marius la ropa ensangrentada que tenía puesta esa noche. Al examinar la levita, notó que a uno de los faldones le faltaba un pedazo. Una tarde hablaba Marius delante de Cosette y de Jean Valjean de esta singular aventura y de la inutilidad de sus esfuerzos. Le molestó el rostro frío del señor Fauchelevent, y exclamó con una vivacidad que casi tenía la vibración de la cólera:

- Sí, ese hombre, quienquiera que sea, ha sido sublime. ¿Sabéis qué hizo? Se arrojó en medio del combate, me sacó de allí, abrió la alcantarilla, bajó a ella conmigo. Tuvo que andar más de legua y media por horribles galerías subterráneas, encorvado en medio de las tinieblas, a través de las cloacas. ¿Y con qué objeto? Sin otro objeto que salvar un cadáver. Y el cadáver era yo. Sin duda pensó: quizás en ese miserable haya todavía un resto de vida y para salvar esa pobre chispa voy a aventurar mi existencia. ¡Y no la arriesgó una vez, sino veinte! Cada paso era un peligro. La prueba es que lo prendieron al salir de la cloaca. ¿Sabéis que ese hombre hizo todo esto sin esperar ninguna recompensa? ¿Qué era yo? Un insurrecto, un vencido. ¡Oh!, si los seiscientos mil francos de Cosette fuesen míos…

- Son vuestros -interrumpió Jean Valjean.

- Pues bien -continuó Marius-, los daría por encontrar a ese hombre.

Jean Valjean guardó silencio.

Parte Cinco

LA NOCHE EN BLANCO

Capítulo 1 El 16 de febrero de 1833

La noche del 16 de febrero de 1833 fue una noche bendita. Sobre sus sombras estaba el cielo abierto. Fue la noche de la boda de Marius y Cosette.

La fiesta del casamiento se efectuó en casa del señor Gillenormand.

A pesar de lo natural y trillado que es el asunto del matrimonio, las amonestaciones, las diligencias civiles, los trámites en la iglesia ofrecen siempre alguna complicación; por eso no pudo estar todo listo hasta del 16 de febrero. Ahora bien, ese 16 de febrero era martes de Carnaval, lo cual dio lugar a vacilaciones y escrúpulos, en particular de la señorita Gillenormand.

- ¡Martes de Carnaval! -exclamó el abuelo-. Tanto mejor. Hay un refrán que dice:

Si en Carnaval te casas

*no habrá ingratos en tu casa.*Unos días antes del fijado para el casamiento, Jean Valjean tuvo un pequeño accidente. Se lastimó el dedo pulgar de la mano derecha; y sin ser cosa grave, como que no permitió que nadie lo curara ni que nadie viera siquiera en qué consistía la lastimadura, tuvo que envolverse la mano en una venda y llevar el brazo colgado de un pañuelo, por lo cual no le fue posible firmar ningún papel. Lo hizo en su lugar el señor Gillenormand, como tutor sustituto de Cosette.

Todo fue normal ese día, salvo un incidente que se produjo cuando los novios se dirigían a la iglesia. Debido a arreglos en el pavimento, la comitiva nupcial hubo de pasar por la avenida donde se desarrollaba el Carnaval. En la primera berlina iba Cosette con el señor Gillenormand y Jean Valjean. En la segunda iba Marius.

Los carruajes tuvieron que detenerse en la fila que se dirigía a la Bastilla; casi al mismo instante en el otro extremo, la otra fila que iba hacia la Magdalena, se detuvo también.

Había allí un carruaje lleno de máscaras que participaban en las fiestas.

La casualidad quiso que dos máscaras de aquel carruaje, un español de descomunal nariz con enormes bigotes negros, y una verdulera flaca, aún en la flor de la edad, y con antifaz, quedaran al frente del coche de la novia.

- ¿Ves a ese viejo? -dijo el hombre.

- ¿Cuál?

- Aquel que va en el primer coche, a este lado.

- ¿El que lleva el brazo metido en un pañuelo negro?

- El mismo. ¡Que me ahorquen si no lo conozco! ¿Puedes ver a la novia inclinándote un poco?

- No puedo.

- No importa. Te digo que conozco al del brazo vendado.

- ¿Y qué ganas con conocerlo?

- Escucha.

- Escucho.

- Yo, que vivo oculto, no puedo salir sino disfrazado. Mañana no se permiten ya máscaras como que es miércoles de Ceniza, y corro peligro de que me echen el guante. Fuerza es que me vuelva a mi agujero. Tú estás libre.

- No del todo.

- Más que yo al menos.

- Bien. ¿Qué es lo que quieres?

- Que averigües dónde viven los de esa boda.

- ¿Adónde van?

- Sí, es muy importante, Azelma, ¿me entiendes?

Se reinició el fluir de los vehículos, y el carruaje de las máscaras perdió al de los novios.

Capítulo 2 Jean Valjean contínúa enfermo

Cosette irradiaba hermosura y amor. Los hermosos cabellos de Marius estaban lustrosos y perfumados; pero se entreveían acá y allá las cicatrices de la barricada.

Todos los tormentos pasados se convertían para ellos en goces. Les parecía que los disgustos, los insomnios, las lágrimas, las angustias, los terrores, la desesperación, al transformarse en caricias y rayos de luz hacían aún más agradable el momento que se aproximaba. ¡Qué bueno es haber sufrido! Sin las desgracias anteriores fuera menos grande ahora su felicidad.

Cosette no había mostrado nunca más cariño a Jean Valjean; exhalaba el amor y la bondad como un perfume. Es propio de las personas felices desear que las demás también lo sean. Buscaba para hablarle las inflexiones de voz del tiempo en que era niña, y lo acariciaba con su sonrisa.

- ¿Estáis contento, padre?

- Sí.

- Entonces, reíos.

Jean Valjean se sonrió.

Antes de pasar al comedor donde se había preparado un banquete, el señor Gillenormand buscó a Jean Valjean.

- ¿Sabes dónde está el señor Faucheleventi?- preguntó a Vasco.

- Señor, precisamente acaba de salir, y me encargó decirle que le dolía mucho la mano, lo cual le impedía comer con el señor barón y la señora baronesa. Que rogaba lo dispensaran, y que vendría mañana a primera hora.

Aquel sillón vacío entibió un instante la euforia del banquete nupcial, pero el señor Gillenormand ocupó al lado de Cosette el sitio destinado a Jean Valjean y las cosas se arreglaron. Cosette, al principio triste por la ausencia de su padre, acabó recuperando su alegría. Teniendo a Marius, Cosette no hubiera echado de menos ni al mismo Dios. Al cabo de cinco minutos, la risa y el júbilo reinaban de un extremo al otro de la mesa.

Capítulo 3 La inseparable

¿Qué se había hecho Jean Valjean?

Aprovechó un instante en que nadie lo miraba, y salió del salón. Habló con Vasco y se marchó.

Las ventanas del comedor daban a la calle. Permaneció algunos minutos de pie e inmóvil en la oscuridad, delante de aquellas ventanas iluminadas. Estaba escuchando. El confuso ruido del banquete llegaba hasta él. Oía la voz alta del abuelo, los violines, el sonido de los platos y los vasos, las carcajadas, y en medio de todo aquel alegre rumor, distinguía la dulce voz de Cosette.

Se fue a su casa. Al entrar encendió la vela y subió. La habitación estaba vacía; hasta faltaba Santos, quien desde ahora atendía a Cosette. Sus pisadas hacían en los cuartos más ruido que de ordinario.

Entró en el cuarto de Cosette. La cama sin hacer ofrecía a sus ojos el espectáculo de colchones arrollados y almohadas sin funda que daban a entender que nadie debía volver a acostarse en aquel lecho.

Volvió a su dormitorio. Había sacado el brazo del pañuelo, y se servía de la mano derecha sin ningún dolor.

Se acercó a la cama, y sus ojos, no sabemos si por casualidad o de intento, se fijaron en la "inseparable", como llamaba Cosette a la maleta que tanto la intrigaba. La abrió y fue sacando de ella uno a uno los vestidos con que diez años antes había partido Cosette de Montfermeil; primero el traje negro, después el pañuelo también negro, en seguida los zapatos, tan grandes que casi podrían servir aún a Cosette, por lo diminuto de su pie; el delantal y las medias de lana. El era quien había llevado a Montfermeil estos vestidos de luto para Cosette.

A medida que los sacaba de la maleta, iba poniéndolos en la cama.

Pensaba. Recordaba.

En invierno, en diciembre, con más frío que de costumbre, estaba tiritando la niña medio desnuda, apenas envuelta en harapos, con los pies amoratados y metidos en unos zuecos rotos, y él la había hecho dejar aquellos andrajos para vestirse de luto. La madre debió alegrarse en la tumba al ver a su hija de luto por ella y, sobre todo, al verla vestida y abrigada. Colocó en orden las prendas sobre la cama, el pañuelo junto a la falda, las medias junto a los zapatos, la camiseta al lado del vestido, y las contempló una tras otra, diciendo: "Este era su tamaño; tenía la muñeca en los brazos, había guardado el luis de oro en el bolsillo de este delantal, se reía, íbamos los dos tomados de la mano, no tenía más que a mí en el mundo".

Al llegar allí, su blanca y venerable cabeza cayó sobre el lecho. Aquel viejo corazón estoico pareció romperse y hundió el rostro en los vestidos de Cosette. Si entonces alguien hubiera pasado frente a su cuarto, habría oído sus desconsolados sollozos.

La antigua y terrible lucha, de la que hemos visto ya varias fases, empezó de nuevo. ¡Cuántas veces hemos visto a Jean Valjean luchando en medio de las tinieblas a brazo partido con su conciencia! ¡Cuántas veces la conciencia, precipitándolo hacia el bien, lo había oprimido y agobiado! ¡Cuántas veces, derribado a impulso de su luz, había implorado el perdón! ¡Cuántas veces aquella luz implacable, encendida en él y sobre él por el obispo, le había deslumbrado, cuanto deseaba ser ciego! ¡Cuántas veces se había vuelto a levantar en medio del combate, asiéndose de la roca, apoyándose en el sofisma, arrastrándose por el polvo, a veces vencedor de su conciencia, a veces vencido por ella!

Resistencia a Dios. Sudores mortales. ¡Qué de heridas secretas que sólo él veía sangrar! ¡Qué de llagas en su miserable existencia! ¡Cuántas veces se había erguido sangrando, magullado, destrozado, iluminado, con la desesperación en el corazón, y la serenidad en el alma! Vencido, se sentía vencedor.

Su conciencia, después de haberlo atormentado, terrible, luminosa, tranquila, le decía:

- ¡Ahora, ve en paz!

Pero, ¡ay! ¡Qué lúgubre paz, después de una lucha tan triste! La conciencia es, pues, infatigable e invencible. Sin embargo, Jean Valjean sabía que esa noche libraba su postrer combate. Como le había sucedido en otras ocasiones dolorosas, dos caminos se abrían ante él, uno lleno de atractivos, otro de terrores. ¿Por cuál debería decidirse? Tenía que escoger una vez más entre el terrible puerto y la sonriente emboscada. ¿Es, pues, cierto, que habiendo cura para el alma, no la hay para la suerte? ¡Cosa horrible, un destino incurable! La cuestión era ésta: ¿De qué manera iba a conducirse ante la felicidad de Cosette y de Marius?

El era quien había querido, quien había hecho aquella felicidad, por más que le destrozara el corazón. ¿Qué le correspondía hacer ahora? ¿Tratar a Cosette como si le perteneciera? Cosette ya era de otro; pero, ¿retendría Jean Valjean todo lo que podía retener de la joven? ¿Continuaría siendo la especie de padre que había sido hasta allí? ¿Se introduciría tranquilamente en la casa de Cosette? ¿Uniría sin decir palabra su pasado a aquel porvenir? ¿Entraría a participar de la suerte reservada a Cosette y Marius e intercalaría su catástrofe en medio de aquellas dos felicidades?

Es preciso estar habituado a los golpes de la fatalidad para atreverse a alzar los ojos, cuando ciertas preguntas se presentan en su horrible desnudez. El bien o el mal se hallan detrás de este severo punto de interrogación. ¿Qué vas a hacer?, pregunta la esfinge. Jean Valjean estaba habituado a las pruebas, y miró fijamente a la esfinge. Examinó el despiadado problema en todas sus fases.

Cosette era la tabla de salvación de aquel náufrago. ¿Qué debía hacer? ¿Asirse con todas sus fuerzas a ella o soltarla? Si se aferraba a ella se libraba del desastre; se salvaba, vivía. Si la dejaba ir, entonces, el abismo.

Combatía furioso dentro de sí mismo, ya con su voluntad, ya con sus convicciones. Fue una dicha haber podido llorar. Eso quizás lo iluminó. Al principio, no obstante, una tremenda tempestad se desencadenó en su alma. El pasado reaparecía; comparaba y sollozaba. La conciencia no desiste jamás. La conciencia no tiene límites siendo, como es, Dios. ¿No es digno de perdón el que al fin sucumbe? ¿No habrá un límite a la obediencia del espíritu? Si el movimiento perpetuo es imposible, ¿por qué ha de exigirse la abnegación perpetua? El primer paso no es nada; el último es el difícil. ¿Qué era lo de Champmathieu al lado del casamiento de Cosette y sus consecuencias? ¿Qué era la vuelta a presidio en comparación con la nada en que ahora iba a sumirse? ¿Cómo no apartar entonces el rostro? Jean Valjean entró por fin en la calma de la postración.

Pensó, meditó, consideró las alternativas de la misteriosa balanza de la luz y la sombra. Imponer su presidio a aquellos jóvenes, o consumar su irremediable anonadamiento. A un lado el sacrificio de Cosette; al otro el suyo propio. ¿Cuál fue su resolución? ¿Cuál fue la respuesta definitiva que dio en su interior al incorruptible interrogatorio de la fatalidad? ¿Qué puerta se decidió a abrir? ¿Qué parte de su vida resolvió condenar? Permaneció hasta el amanecer en la misma actitud, doblado sobre aquel lecho, prosternado bajo el enorme peso del destino, aniquilado tal vez, con las manos contraídas y los brazos extendidos en ángulo recto como un crucifijo desclavado, y colocado allí boca abajo.

Así estuvo doce horas, las doce horas de una larga noche de invierno, sin alzar la cabeza ni pronunciar una palabra, inmóvil como un cadáver, mientras que su pensamiento rodaba por el suelo o subía a las nubes.

Al verlo sin movimiento se le habría creído muerto; de improviso se estremeció, y su boca pegada a los vestidos de Cosette los llenó de besos. Entonces se vio que aún vivía. ¿Quién lo vio, si estaba solo? Ese quien está en las tinieblas.

Parte Seis

LA ÚLTIMA GOTA DEL CÁLIZ

Capítulo 1 El séptimo círculo y el octavo cielo

El 17 de febrero, pasadas las doce, Vasco oyó un ligero golpe en la puerta. Abrió y vio al señor Fauchelevent. Lo hizo pasar al salón, donde todo estaba aún revuelto y ofrecía el aspecto del campo de batalla de la fiesta de la víspera.

- ¿Se ha levantado vuestro amo? -preguntó Jean Valjean.

- ¿Cuál? ¿El antiguo o el nuevo?

- El señor de Pontmercy.

- ¿El señor barón? -dijo Vasco, con orgullo. Los criados gustan de recalcar los títulos, como si recogiesen algo para sí, las salpicaduras de cieno como las llamaría un filósofo-. Voy a ver. Le diré que el señor Fauchelevent le aguarda.

- No, no le digáis que soy yo. Decidle que hay una persona que desea hablarle en privado.

- ¡Ah! -exclamó Vasco.

- Quiero darle una sorpresa.

- ¡Ah! -repitió el criado pretendiendo explicar con esta segunda interjección el sentido de la primera. Y salió.

Marius entró con la cabeza erguida, risueño, el rostro inundado de luz, la mirada triunfante.

- ¡Sois vos, padre! -exclamó al ver a Jean Valjean-. Pero venís demasiado temprano, Cosette está durmiendo.

La palabra padre, dicha al señor Fauchelevent por Marius significaba felicidad suprema. Había existido siempre entre ambos frialdad y tensión. Pero Marius se encontraba ahora en ese punto de embriaguez en que las dificultades desaparecen, en que el hielo se derrite, en que el señor Fauchelevent era para él, como para Cosette, un padre.

Continuó; las palabras salían a torrentes, reacción propia de los divinos paroxismos de la felicidad:

- ¡Qué contento estoy de veros! ¡Si supiéseis cómo os echamos de menos ayer! ¿Cómo va esa mano? Mejor, ¿no es verdad?

Y satisfecho de la respuesta que se daba a sí mismo, prosiguió:

- Hemos hablado mucho de vos. ¡Cosette os quiere tanto! No vayáis a olvidaros de que tenéis aquí vuestro cuarto. Basta de calle del Hombre

Armado. Basta. Vendréis a instalaros aquí y desde hoy o Cosette se enfadará. Habéis conquistado a mi abuelo, le agradáis sobremanera. Viviremos todos juntos. ¿Sabéis jugar al whist? En tal caso, mi abuelo hallará en vos cuanto desea. Los días que yo vaya al tribunal sacaréis a pasear a Cosette, la llevaréis del brazo, como hacíais en otro tiempo en el Luxemburgo. Estamos decididos a ser muy dichosos; y vos entráis en nuestra felicidad. ¿Oís, padre? Supongo que hoy almorzaréis con nosotros.

- Señor -dijo Jean Valjean-, tengo que comunicaros una cosa. Soy un ex presidiario.

El límite de los sonidos agudos perceptibles puede estar lo mismo fuera del alcance del espíritu que de la materia. Estas palabras: "Soy un expresidiario", al salir de los labios del señor Fauchelevent y al entrar en el oído de Marius, iban más allá de lo posible; Marius, pues, no oyó. Se quedó con la boca abierta.

Entonces advirtió que aquel hombre estaba desfigurado. En su felicidad no había notado la palidez terrible de su cara.

Jean Valjean desató el pañuelo negro que sostenía su brazo, se quitó la venda de la mano, descubrió el dedo pulgar, y dijo mostrándoselo a Marius:

- No tengo nada en la mano.

Marius miró el dedo.

- Ni he tenido jamás nada.

En efecto no se veía allí señal de ninguna herida.

Jean Valjean prosiguió:

- Convenía que no asistiera a vuestro casamiento, y me ausenté lo más que pude. Fingí esta herida para evitar falsedades; para no invalidar los contratos matrimoniales, para no tener que firmar.

- ¿Qué significa esto? -preguntó Marius entre dientes.

- Esto significa -respondió Jean Valjean- que estuve en presidio.

- ¡Vais a volverme loco!

- Señor de Pontmercy, he estado diecinueve años en presidio por robo. Luego se me condenó a cadena perpetua, también por robo, como reincidente y a estas horas estoy prófugo.

Marius hacía vanos esfuerzos por retroceder ante la realidad, por resistir a la evidencia.

- ¡Decidlo todo, todo! -exclamó-. ¡Sois el padre de Cosette!

Y dio dos pasos hacia atrás con un movimiento de horror indecible.

Jean Valjean irguió la cabeza con actitud majestuosa.

- ¡Padre de Cosette, yo! En nombre de Dios os juro que no, señor barón de Pontmercy. Soy un aldeano de Faverolles. Ganaba la vida podando árboles. No me llamo Fauchelevent, sino Jean Valjean. Ningún parentesco me une a Cosette. Tranquilizaos.

- ¿Y quién me prueba… ? -balbuceó Marius.

- Yo. Yo, puesto que lo digo.

Marius miró a aquel hombre; estaba serio y tranquilo. La mentira no podía salir de semejante calma glacial.

- Os creo -dijo.

Jean Valjean inclinó la cabeza, y continuó:

- ¿Qué soy para Cosette? Un extraño. Hace diez años ignoraba mi existencia. La quiero mucho, es cierto. Cuando uno, ya viejo, ha visto crecer a una niña, es natural que la quiera. Los viejos se creen abuelos de todos los niños. Supongo que no iréis a considerarme desprovisto enteramente de corazón. Era huérfana. No tenía padre ni madre. Me necesitaba, y por eso le he consagrado todo mi cariño. Los niños son tan débiles que cualquiera, aun siendo un hombre de mi clase, puede servirles de protector. He cumplido ese deber con Cosette. No creo que esto merezca el nombre de buena acción; pero, si lo merece, yo la he ejecutado. Anotad esta circunstancia atenuante. Hoy Cosette deja mi casa, con lo cual nuestros caminos se separan, y en lo sucesivo no puedo hacer nada por ella. Cosette es ya la señora de Pontmercy. En cuanto a los seiscientos mil francos, aunque no me habléis de ellos, me anticipo a vuestro pensamiento. Es un depósito. ¿Cómo se hallaba en mis manos ese depósito? Poco importa. Devuelvo el depósito y no se me debe exigir más. Completo la restitución diciendo mi verdadero nombre. Es importante para mí que sepáis quién soy.

Y Jean Valjean clavó la vista en Marius.

Marius estaba atónito con la nueva situación que se abría ante él.

- Pero, ¿por qué me decís todo esto? ¿Quién os obligaba? Podíais guardar vuestro secreto. Nadie os ha denunciado. No sé os persigue. No se sabe vuestro paradero. Sin duda tenéis alguna razón para hacer, libremente, una revelación así. Acabad. Hay algo más. ¿Con qué motivo me habéis hecho esta confesión?

- ¿Qué motivo? -respondió Jean Valjean con una voz tan baja y tan sorda, que se hubiera dicho que hablaba consigo mismo más que con Marius-. ¿Qué motivo ha obligado al presidario a decir: soy un presidario? Pues bien, el motivo es extraño. Es por honradez. Mi mayor desgracia es un hilo que tengo en el corazón, y que me tiene amarrado. Esos hilos nunca son tan sólidos como cuando uno es viejo. Toda la vida se quiebra en derredor; ellos resisten. Si hubiera podido arrancar ese hilo, romperlo, desatar el nudo o cortarlo, irme muy lejos, me habría salvado; con partir de aquí bastaba. Sois felices y me marcho. Traté de romper ese hilo, pero resistió y no se ha roto; me arrancaba el corazón al hacerlo. Entonces dije: No puedo vivir en otra parte; necesito quedarme. Pero tenéis razón, soy un imbécil; ¿por qué no quedarme, simplemente? Me ofrecéis un cuarto en vuestra casa; la señora de Pontmercy me quiere mucho; vuestro abuelo desea mi compañía, habitaremos todos bajo el mismo techo, comeremos juntos, daré el brazo a Cosette… a la señora de Pontmercy, perdón, es la costumbre. La misma casa, la misma mesa, el mismo hogar, la misma chimenea en el invierno; el mismo paseo en el verano. ¡Esa es la felicidad, la dicha! Viviremos en familia. ¡En familia!

Al pronunciar esta palabra, Jean Valjean tomó un aspecto feroz. Cruzó los brazos, fijó la vista en el suelo como si quisiera abrir a sus pies un abismo, y exclamó con voz tonante:

- ¡En familia! No. No tengó familia. No pertenezco a la vuestra. No pertenezco a la familia de los hombres. Estoy de sobra en las casas donde se vive en común. Hay familias, mas no para mí. Soy el miserable, el extraño. Apenas sé si he tenido padres. El día en que casé a esa niña, todo terminó; la vi dichosa, unida al hombre a quien ama, y junto a ambos ese buen anciano, y me dije: Tú no debes entrar. Fácil me era mentir, engañarlos a todos, seguir siendo el señor Fauchelevent. Mientras fue por el bien de ella, he mentido; pero hoy que se trata sólo de mí, no debo hacerlo. Me preguntáis quién me ha obligado a hablar. Os contesto que es algo muy raro: mi conciencia. Pasé la noche buscando buenas razones; se me han ocurrido algunas excelentes; pero no he logrado ni romper el hilo que aprisiona mi corazón, ni hacer callar a alguien que me habla cuando estoy solo. Por eso he venido a decíroslo todo, o casi todo; pues lo que concierne únicamente a mi persona me lo guardo. Sabéis lo esencial. Os he revelado mi secreto. Bastante me ha costado decidirme, he luchado toda la noche. Sí, seguir siendo Fauchelevent arreglaba todo, todo menos mi alma. ¡Ah! ¿Pensáis que callar es fácil? Hay un silencio que miente y había que mentir, ser embustero, indigno, vil, traidor en todas partes, de noche, de día, mirando cara a cara a Cosette. ¿Y para qué? ¡Para ser feliz! ¿Acaso tengo ese derecho? No. En cambio así no soy sino el más infeliz de los hombres, en el otro caso hubiera sido el más monstruoso.

Jean Valjean se detuvo un instante, luego siguió con una voz siniestra.

- No soy perseguido, decís. ¡Sí, soy perseguido, y acusado y denunciado! ¿Por quién? Por mí. Yo mismo me he cerrado el camino. No hay mejor carcelero que uno mismo. Para ser feliz, señor, se necesita no comprender el deber, porque una vez comprendido, la conciencia es implacable. Se diría que os castiga, pero no, os recompensa; os lleva a un infierno donde se siente junto a sí a Dios.

Y con indecible acento añadió:

- Señor de Pontmercy; esto no tiene sentido común; soy un hombre honrado. Degradándome a vuestros ojos, me elevo a los míos. Esto me sucedió ya antes. Sí, soy un hombre honrado. No lo sería si por mi culpa hubieseis continuado estimándome; ahora que me despreciáis, lo soy. Tengo la fatalidad de que no pudiendo jamás poseer sino una consideración robada, esa consideración me humilla y agobia interiormente, y necesito, para el respeto propio, el desprecio de los demás. Entonces alzo la frente. Soy un presidiario que obedece a su conciencia; caso raro, lo sé. He contraído compromisos conmigo mismo y los cumplo. Hay encuentros que nos ligan, y casualidades que nos impulsan por el camino del deber.

Jean Valjean hizo otra pausa tragando la saliva con esfuerzo, como si sus palabras tuviesen un sabor amargo, y luego prosiguió:

- Cuando se horroriza uno de sí mismo hasta ese extremo, no tiene derecho para hacer a los demás partícipes, sin saberlo, de su horror. En vano Fauchelevent me prestó su nombre en agradecimiento por un favor; no me asiste derecho para llevarlo y aunque él haya querido dármelo, yo no he podido aceptarlo. Un nombre es la personalidad. Sustraer un nombre, y cubrirse con él, está mal hecho. Tan grave delito es robar letras del alfabeto como robar un reloj. ¡Ser una firma falsa en carne y hueso, una llave falsa viva; entrar en casa de las personas honradas falseando la cerradura; no mirar nunca sino de través, encontrarme infame en el fondo de mi corazón! ¡No, no, no! Vale más padecer; sangrar, llorar, pasar las noches en las convulsiones de la agonía, roerse el alma. Por eso os he contado lo que acabáis de oír.

Respiró penosamente, y pronunció después esta última frase:

- En otro tiempo, para vivir robé un pan: hoy para vivir no quiero robar un nombre.

- ¡Para vivir! -dijo Marius-. ¿Acaso necesitáis de ese nombre para vivir?

- ¡Ah! Yo me entiendo -respondió Jean Valjean.

Hubo un silencio. Los dos callaban, hundido cada cual en un abismo de pensamientos. Marius, sentado junto a una mesa; Jean Valjean paseándose por la habitación. Notó que Marius lo miraba caminar, y le dijo con un acento indescriptible:

- Arrastro un poco la pierna. Ahora comprenderéis por qué.

Miró de frente a Marius, y continuó:

- Y ahora figuraos que nada he dicho, que soy el señor Fauchelevent, que vivo en vuestra casa, que soy de la familia, que tengo mi cuarto, que por la tarde vamos los tres al teatro, que acompaño a la señora de Pontmercy a las Tullerías y a la Plaza Real; en una palabra, que me creéis igual a vos. Y el día menos pensado, cuando estemos los dos conversando, oís una voz que grita este nombre: Jean Valjean, y veis salir de la sombra esa mano espantosa, la policía, que me arranca mi máscara bruscamente.

Calló de nuevo; Marius se había levantado con un estremecimiento. Jean Valjean prosiguió:

- ¿Qué decís?

Marius no acertó a desplegar los labios.

- Ya veis que he tenido razón en hablar. Sed dichosos, vivid en el cielo, sin preocuparos de cómo un pobre condenado desgarra su pecho y cumple con su deber. Tenéis delante de vos, señor, a un hombre miserable.

Marius cruzó lentamente el salón, y, cuando estuvo frente a Jean Valjean, le tendió la mano; pero tuvo que coger él mismo esa mano que no se le daba. Le pareció que estrechaba en la suya una mano de mármol.

- Mi abuelo tiene amigos -dijo Marius- yo os conseguiré el perdón.

- Es inútil -respondió Jean Valjean-. Se me cree muerto, y basta. Los muertos no están sometidos a la vigilancia de la policía. Se les deja podrirse tranquilamente. La muerte equivale al perdón.

Y retirando su mano de la de Marius, añadió con una especie de dignidad inexorable:

- No necesito más que un perdón: el de mi conciencia.

En aquel momento la puerta se entreabrió poco a poco al extremo opuesto del salón, y apareció la cabeza de Cosette. Tenía los párpados hinchados aún por el sueño.

Miró primero a su esposo, luego a Jean Valjean, y les gritó riendo:

- ¡Apostaría a que habláis de política! ¡Qué necedad! ¡En vez de estar conmigo!

Jean Valjean se estremeció.

- Cosette… -tartamudeó Marius, y se detuvo.

Parecían dos criminales. Cosette, radiante de felicidad y de hermosura, seguía mirándolos.

- Os he cogido in fraganti -dijo Cosette-. Acabo de oír a través de la puerta las palabras de mi padre. La conciencia, el cumplimiento del deber. No cabe duda. Hablabais de política. ¡Hablar de política al día siguiente de la boda! No me parece justo.

- Te engañas, Cosette -respondió Marius-. Hablábamos de negocios. Buscábamos el medio mejor de colocar tus seiscientos mil francos, y…

- Pues si no es más que eso -interrumpió Cosette-, aquí me tenéis ¿Se me admite?

- Necesitamos estar solos ahora, Cosette.

Jean Valjean no pronunciaba una palabra. Cosette se volvió hacia él:

- Lo primero que quiero, padre, es que me deis un abrazo y un beso.

Jean Valjean se acercó. Cosette retrocedió, exclamando:

- ¡Qué pálido estáis, padre! ¿Os duele el brazo?

- No, ya está bien.

- ¿Habéis dormido mal?

- No.

- ¿Estáis triste?

- No.

- ¡Vaya, un beso! Si os sentís bien, si dormís mejor, si estáis contento, no os reñiré.

Y le presentó la frente. Jean Valjean la besó.

- Cosette -dijo Marius en tono suplicante-, déjanos solos, por favor. Tenemos que terminar cierto asunto.

- ¡Está bien! Me marcho.

Marius se cercioró de que la puerta estaba bien cerrada.

- ¡Pobre Cosette! -murmuró-, cuando sepa…

A estas palabras, Jean Valjean se estremeció y clavó en Marius la vista.

- ¡Cosette! ¡Ah! Os lo suplico, señor, os lo ruego por lo más sagrado, dadme vuestra palabra de no decirle nada. ¿No basta que vos lo sepáis? Nadie me ha obligado a delatarme, lo he hecho porque he querido. Pero ella ignora estas cosas, y se asustaría. ¡Un presidiario! ¡Oh, Dios mío!

Se dejó caer en un sillón, y ocultó el rostro entre las manos. Por el movimiento de los hombros se notaba que lloraba. Lágrimas silenciosas; lágrimas terribles.

Marius le oyó decir tan bajo que su voz parecía salir de un abismo sin fondo:

- ¡Quisiera morir!

- Serenaos -dijo Marius-; guardaré vuestro secreto para mí solo.

Y luego añadió:

- Me es imposible no deciros algo sobre el depósito que tan fiel y honradamente habéis entregado. Es un acto de probidad. Merecéis que se os recompense. Fijad vos mismo la cantidad, y no temáis que sea muy elevada.

- Gracias -respondió Jean Valjean, con dulzura.

Permaneció pensativo un momento; después alzó la voz:

- Todo ha concluido. Me queda una sola cosa…

- ¿Cuál?

Jean Valjean tuvo una última vacilación y sin voz, casi sin aliento, balbuceó:

- Ahora que lo sabéis todo, ¿creéis, señor, que no debo volver a ver a Cosette?

- Sería lo más acertado -respondió fríamente Marius.

- No volveré a verla -dijo Jean Valjean.

Y se dirigió hacia la puerta.

Puso la mano en la cerradura, se quedó un segundo inmóvil, luego cerró de nuevo y se encaró con Marius. No estaba ya pálido, sino lívido. Sus ojos no tenían ya lágrimas sino una especie de luz trágica. Su voz había cobrado cierta extraña serenidad.

- Si queréis, señor, vendré a verla. Os aseguro que lo deseo con toda mi alma. Si no esperara ver a Cosette, no os habría hecho esta confesión. Hubiera partido simplemente. Pero como quiero permanecer en el pueblo donde vive Cosette y continuar viéndola, me ha parecido que debía deciros la verdad. Me comprendéis, ¿no es cierto? Es razonable lo que digo. Nueve años hace que no nos separamos. Desde mi habitación la oía tocar el piano. Esa ha sido mi vida. Nunca nos hemos separado. Nueve años y algunos meses ha durado esto. Era para ella un padre; y se creía mi hija. No sé si me comprenderéis, señor Pontmercy, pero os aseguro que me sería difícil marcharme ahora y no volverla a ver, no hablarle más, quedarme sin nada en el mundo. Si no os pareciera mal, vendría de vez en cuando a ver a

Cosette. No lo haría con frecuencia, ni permanecería aquí mucho tiempo. Daríais orden de que se me recibiese en la salita del primer piso, y hasta entraría por la puerta trasera, la de los criados. Lo esencial es, señor, que desearía ver alguna vez a Cosette, tan pocas como queráis. Poneos en mi lugar. Además de que si no volviese, a ella le extrañaría. Lo que podré hacer es venir por la tarde cuando empiece ya a oscurecer.

- Vendréis todas las tardes -dijo Marius-, y Cosette os aguardará.

- ¡Qué bueno sois, señor! -respondió Jean Valjean.

Marius se despidió de él; la felicidad acompañó hasta la puerta a la desesperación, y aquellos dos hombres se separaron.

Capítulo 2 La oscuridad que puede contener una revelación

Marius estaba trastornado. Ahora se explicaba la especie de antipatía que había sentido siempre hacia el supuesto padre de Cosette. El señor Fauchelevent era el presidiario Jean Valjean. Hallar de improviso semejante secreto en medio de su dicha equivalía a descubrir un escorpión en un nido de tórtolas.

En adelante su felicidad y la de Cosette no podrían prescindir de aquel testigo. ¿Era éste un hecho consumado? ¿Formaba parte de su casamiento la aceptación de Jean Valjean? ¿No había ya remedio? ¿Se había casado también Marius con el presidiario prófugo? La antipatía de Marius hacia el señor Fauchelevent transformado en Jean Valjean se mezclaba ahora con ideas terribles, entre las cuales, justo es decirlo, había algo de lástima, y hasta de sorpresa.

El ladrón, y ladrón reincidente, había restituido un depósito, ¡y qué depósito! Seiscientos mil francos, de los que sólo él tenía noticia, y que pudo muy bien guardarse. Además, era delator de sí mismo. ¿Qué lo obligaba a delatarse? Un escrúpulo de conciencia. Marius sentía que sus palabras tenían el irresistible acento de la verdad.

Jean Valjean era sincero. Esta sinceridad visible, palpable, y aún evidente por el dolor que le causaba, hacía inútiles las pesquisas. ¡Inversión extraña de las situaciones! ¿Qué brotaba para Marius del señor Fauchelevent? La desconfianza. ¿Y de Jean Valjean? La confianza. Aunque sus recuerdos fueran confusos, se explicaba ahora ciertas escenas antes incomprensibles.

¿Por qué a la llegada de la justicia al desván de Jondrette aquel hombre, en lugar de querellarse, había huido? Marius encontraba esta vez la respuesta: porque aquel hombre era un forzado que estaba prófugo. Otra pregunta: ¿Por qué había ido a la barricada? Ante esta pregunta surgía un espectro y daba la contestación. Era Javert.

Marius recordaba perfectamente ahora la fúnebre visión de Jean Valjean arrastrando fuera de la barricada a Javert, atado, y oía aún detrás de la callejuela Mondetour el horrible pistoletazo. Existía, sin duda, odio entre el espía y el presidiario. Jean Valjean había ido a la barricada por vengarse. Jean Valjean había matado a Javert.

Ultima pregunta, a la cual no encontraba qué responder: ¿Por qué la existencia de Jean Valjean había transcurrido tanto tiempo unida a la de Cosette? ¿Qué significaba la obra sombría de la Providencia al poner a aquella niña en contacto con semejante hombre? Este era el secreto de Jean Valjean y también de Dios. Ante esto, Marius retrocedía. Dios hace los milagos como mejor le cuadra.

Adoraba a Cosette, era su esposa, ¿qué más quería? Los asuntos personales de Jean Valjean no le incumbían, principalmente desde la declaración solemne del miserable: *"No soy nada de Cosette. Hace diez años ignoraba mi existencia"*.

Sin embargo, por más atenuantes que buscase, preciso le era admitir ser un presidiario; es decir, el ser que en la escala social carece hasta de sitio. Después del último de los hombres está el presidiario.

En las ideas que entonces profesaba Marius, Jean Valjean era para él un ser diferente y repugnante. Era el réprobo, el presidiario.

En tal situación de espíritu, era para Marius una perplejidad dolorosa pensar que aquel hombre tendría contacto en lo sucesivo, aunque poco, con Cosette. Se había dejado conmover; suya era la culpa. Debió pura y simplemente alejarlo de su casa.

Se indignó contra sí mismo, contra el torbellino de emociones que lo había aturdido, cegado y arrastrado. Hizo sin objeto aparente algunas preguntas a Cosette, que, sin recelar nada, le habló de su infancia y de su juventud. Se convenció entonces que todo lo bueno, paternal y respetable que puede ser un hombre, lo fue aquel presidiario con Cosette. Cuanto

Marius había supuesto era verdad. Aquella ortiga siniestra había amado y protegido a aquel lirio.

Parte Siete

DECADENCIA CREPUSCULAR

Capítulo 1 La sala del piso bajo

Al día siguiente, cuando empezaba a oscurecer, Jean Valjean llamó a la puerta cochera de la casa del señor Gillenormand. Vasco lo recibió; se encontraba allí como si cumpliera órdenes especiales.

- El señor barón me encargó que os pregunte si queréis subir o quedaros abajo.

- Quedarme abajo -respondió Jean Valjean.

Vasco, respetuoso como siempre, abrió la puerta de la sala.

- Voy a avisar a la señora -dijo.

La habitación en que Jean Valjean entró era una especie de subterráneo abovedado y húmedo, con el suelo de ladrillos rojos, que servía a veces de bodega y que daba a la calle; tenía una pequeña ventana que permitía apenas el paso a unos míseros rayos de luz.

La sala, pequeña y de techo bajo, estaba sucia; se veían unas cuantas botellas vacías, amontonadas en un rincón. La pared estaba descascarada; en el fondo había una chimenea encendida, lo cual indicaba que se contaba con la respuesta de Jean Valjean. A cada lado de la chimenea había un sillón, y entre los dos sillones, a modo de alfombra, una vieja bajada de cama, que mostraba más trama que lana. El alumbrado de la habitación consistía en la llama de la chimenea y el crepúsculo de la ventana.

Jean Valjean estaba cansado; llevaba muchos días sin comer ni dormir. Se dejó caer en uno de los sillones. Vasco entró, puso sobre la chimenea una vela encendida y se retiró, sin que Jean Valjean, con la cabeza inclinada hasta tocar el pecho, hubiera notado su presencia. De repente se levantó como sobresaltado.

Cosette estaba detrás de él. No la vio entrar. Se volvió y la contempló extasiado. Estaba adorablemente hermosa; pero lo que él miraba no era la hermosura sino el alma.

- Padre -exclamó Cosette-, sabía vuestras rarezas, pero jamás me hubiera figurado que llegasen a tanto. ¡Vaya una idea! Dice Marius que habéis insistido en que os reciba aquí.

- Sí, he insistido.

- Ya esperaba esa respuesta. Está bien. Os prevengo que voy a armar un escándalo. Empecemos por el principio. Padre, besadme.

Y le presentó la mejilla. Jean Valjean permaneció inmóvil.

- No me besáis. Actitud culpable. Os perdono, sin embargo. Jesucristo ha dicho: *Presentad la otra mejilla*. Aquí la tenéis.

Y le presentó la otra mejilla. Jean Valjean parecía clavado en el suelo.

- Esto se pone serio -dijo Cosette-. ¿Qué os he hecho? Me declaro ofendida, y me debéis una safisfacción. Comeréis con nosotros.

- He comido ya.

- No es verdad. Haré que el señor Gillenormand os riña. Los abuelos están encargados de reñir a los padres. Vamos, subid conmigo al salón.

- Imposible.

Al llegar aquí, Cosette perdió algún terreno. Cesó de mandar y pasó a las preguntas.

- ¡Imposible! ¿Por qué? ¡Y escogéis para verme, el cuarto más feo de la casa!

- Sabes…

Jean Valjean se detuvo, y luego continuó, corrigiéndose:

- Sabéis, señora, que soy raro, que tengo mis caprichos.

Cosette dio una palmada.

- ¡Señora!… ¡Sabéis!… ¡Cuántas novedades! ¿Qué significa esto?

Jean Valjean la miró con la sonrisa dolorosa a que recurría de vez en cuando.

- Habéis querido ser señora y lo sois.

- Para vos no, padre.

- No me llaméis más padre.

- ¿Cómo?

- Llamadme señor Jean, Jean si queréis.

- ¡No sois ya padre, ni yo soy Cosette! ¡Que os llame señor Jean! ¿Qué significan estos cambios? ¿Qué revolución es ésta? ¿Qué ha pasado? Miradme a la cara. ¡Y no aceptáis un cuarto en esta casa! ¡El cuarto que os tenía destinado! ¿Qué mal os he hecho? ¿En qué os he ofendido? ¿Ha ocurrido algo?

- Nada.

- ¿Y entonces?

- Todo sigue igual.

- ¿Por qué cambiáis el nombre?

- También vos habéis cambiado el vuestro.

Sonrió como antes, y añadió:

- Siendo vos la señora de Pontmercy, muy bien puedo yo ser el señor Jean.

- No comprendo. Pediré permiso a mi marido para que seáis el señor Jean y espero que no consentirá. Me causáis mucha pena. Está bien tener caprichos, pero no entristecer a su Cosette. No tenéis derecho a ser malo vos que sois tan bueno.

Jean Valjean no respondió.

Le tomó ella las dos manos, y las besó con profundo cariño.

- ¡Por favor -le dijo-, sed bueno! Comed en nuestra compañía, sed mi padre.

El retiró las manos.

- No necesitáis ya de padre; tenéis marido.

Cosette se incomodó.

- ¡Conque no necesito de padre! No hay sentido común en lo que decís. Y no me tratéis de vos.

- Cuando venía -dijo Jean Valjean, como si no la oyera-, vi en la calle Saint-Louis un bonito mueble. Un tocador a la moda, de palo de rosa, con un espejo grande y varios cajones.

- ¡Oh, estoy furiosa! -exclamó Cosette haciendo un gesto como de arañarlo-. ¡Mi padre Fauchelevent quiere que lo llame señor Jean y que lo reciba en esta sala horrible! ¿Qué tenéis contra mí? Me causáis mucha pena, os lo juro.

Clavó la vista en Jean Valjean, y añadió:

- ¿Os pesa que sea dichosa?

La candidez, sin saberlo, penetra a veces en lo más hondo. Esta pregunta, sencilla para Cosette, era profunda para Jean Valjean. Cosette quería sólo arañar, pero destrozaba. Se puso pálido. Permaneció un momento sin responder; luego, como hablando consigo mismo, murmuró:

- Su felicidad era el objeto de mi vida. Dios, ahora, puede quitármela sin que yo haga falta a nadie. Cosette, eres dichosa, y mi misión ha terminado.

- ¡Ah! ¡Me habéis dicho tú! -exclamó Cosette.

Y se arrojó en sus brazos. Jean Valjean, desvanecido, la estrechó contra su pecho pareciéndole casi que la recobraba.

- ¡Gracias, padre! -dijo Cosette

Jean Valjean se desprendió con dulzura de los brazos de Cosette, y tomó el sombrero.

- ¿Adónde vais? -preguntó Cosette.

- Me retiro, señora; os aguardan.

Y desde el umbral añadió:

- Os he tuteado. Decid a vuestro marido que no volverá a suceder. Perdonadme.

Salió dejando a Cosette atónita con aquel adiós enigmático.

Capítulo 2 De mal en peor

Jean Valjean volvió al día siguiente a la misma hora.

Cosette no le hizo preguntas ni mostró admiración ni dijo que sentía frío, ni habló mal de la sala; evitó al mismo tiempo llamarle padre y señor Jean; dejó que la tratase de vos y de señora. Pero estaba menos alegre.

Probablemente habría tenido con Marius una de esas conversaciones en que el hombre amado dice lo que quiere y, sin explicar nada, satisface a la mujer amada. La curiosidad de los enamorados no se extiende a menudo más que a su amor.

La sala baja estaba algo más limpia. Las visitas continuaron siendo diarias. Jean Valjean no tuvo valor para ver en las palabras de Marius otra cosa que la letra. Marius, por su parte se ingenió de manera que siempre se hallaba ausente cuando él iba. Las personas de la casa se acostumbraron a aquel nuevo capricho del señor Fauchelevent. Nadie entrevió la siniestra realidad. Mas, ¿quién podía adivinar semejante cosa?

Varias semanas transcurrieron así. Poco a poco entró Cosette en una vida nueva; el matrimonio crea relaciones, las visitas son su necesaria consecuencia, y el cuidado de la casa ocupa gran parte del tiempo. En cuanto a los placeres de la nueva vida, se reducían a uno sólo: estar con Marius. Su principal gloria era salir con él y no separarse de su lado. Ambos sentían un placer cada vez mayor en pasearse tomados del brazo, a la vista de todos, los dos solos.

Sustituido el tuteo por el vos, y las expresiones de señora y señor Jean por las de su trato familiar, Cosette encontraba a Jean Valjean distinto de lo que era antes. Y hasta el propósito que había tomado Jean Valjean de separarla de él se cumplió, pues Cosette se mostraba cada vez más alegre y menos cariñosa. Sin embargo, siempre lo quería mucho, y Jean Valjean lo sabía.

- Erais mi padre y no lo sois ya; erais mi tío, y ya no lo sois; erais el señor Fauchelevent, y sois el señor Jean. ¿Quién sois, pues? No me gustan estas cosas. Si no os conociera, os tendría miedo.

El vivía siempre en la calle del Hombre Armado, porque no podía resolverse a alejarse del barrio donde habitaba Cosette. Al principio se quedaba con ella unos cuantos minutos, y luego se marchaba. Poco a poco se fue acostumbrando a alargar sus visitas, como si aprovechara la autorización que se le dieran. Llegaba más temprano y se despedía más tarde. Cierto día a Cosette se le escapó decirle padre y un relámpago de alegría iluminó el sombrío rostro del anciano.

- Llamadme Jean -fue su única respuesta.

- ¡Ah!, es verdad -dijo Cosette riéndose-, señor Jean.

- Eso, eso -replicó él, y volvió la cara para que ella no le viera enjugarse los ojos.

Capítulo 3 Recuerdos en el jardín de la calle Plumet

Fue la última vez. Después de aquel relámpago vino la extinción absoluta. No más familiaridad, no más buenos días acompañados de un beso, no más esa palabra tan dulce: ¡padre! Se vio, tal como él mismo lo buscara, despojado sucesivamente de todas sus alegrías; y su mayor miseria fue que, después de haber perdido a Cosette en un solo día, le era preciso perderla ahora otra vez paso a paso.

Pero le bastaba con ver a Cosette todos los días, ¿qué más necesitaba? Toda su vida se centraba en aquella hora que pasaba sentado junto a ella, mirándola sin desplegar los labios, o bien hablándole de los años de su infancia, del convento y de sus amiguitas de entonces. Una tarde Marius dijo a Cosette:

- Habíamos prometido hacer una visita a nuestro jardín de la calle Plumet. Vamos, no hay que ser ingratos.

La casa de la calle Plumet pertenecía aún a Cosette, por no haber concluido el plazo del arriendo. Allí los recuerdos del pasado les hicieron olvidar el presente. Cuando oscurecía, a la hora de siempre, Jean Valjean fue a la calle de las Hijas del Calvario.

- La señora salió con el señor barón, y aún no ha vuelto -le dijo Vasco.

Se sentó en silencio, y esperó una hora. Cosette no volvió. Bajó la cabeza y se marchó. Quedó Cosette tan embriagada con aquel paseo a su jardín, y tan contenta de haber vivido un día en el pasado, que la tarde siguiente no habló de otra cosa. Ni siquiera advirtió que no había visto a Jean Valjean.

- ¿Cómo habéis ido? -le preguntó éste.

- A pie.

- ¿Y cómo habéis vuelto?

- En un coche de alquiler.

Observaba hacía algún tiempo la estrechez con que vivían los esposos, y le molestaba. La economía de Marius era demasiado rigurosa. Aventuró una pregunta:

- ¿Por qué no tenéis coche propio? Una bonita berlina no os costará más de quinientos francos al mes. Sois rica.

- No sé -respondió Cosette.

- Lo mismo ha sucedido con Santos. Se ha ido y no la habéis reemplazado. ¿Por qué?

- Basta con Nicolasa.

- Pero no tenéis doncella.

- ¿No tengo a Marius?

- Casa propia, criados, carruaje, palco en la Opera, todo esto deberíais tener. ¿Por qué no sacar provecho de la riqueza? La riqueza ayuda a la felicidad.

Cosette no respondió nada.

Las visitas de Jean Valjean no se abreviaban, antes por el contrario. Cuando el corazón se escapa, nada detiene al hombre en la pendiente.

Siempre que Jean Valjean deseaba prolongar su visita y hacer olvidar la hora, elogiaba a Marius; decía que era noble, valeroso, lleno de ingenio, elocuente, bueno. Cosette resplandecía. De esta manera lograba Jean Valjean permanecer alli más tiempo. ¡Le era tan dulce ver a Cosette y olvidarlo todo a su lado! Era la única medicina para su llaga.

Varias veces tuvo Vasco que repetir este recado: el señor Gillenormand me envía a recordar a la señora baronesa que la cena está servida. Entonces se marchaba muy pensativo. Un día se quedó más tiempo aún de lo que acostumbraba. Al día siguiente notó que no había fuego en la chimenea.

- ¡Dios mío!, ¡qué frío se siente aquí! -exclamó Cosette al entrar-. ¿Sois vos el que habéis dado orden a Vasco de que no encienda?

- Sí. Ya estamos por llegar a mayo y me ha parecido que era inútil.

- ¡Otra de esas ideas vuestras! -respondió Cosette.

Al otro día no faltaba el fuego, pero los dos sillones estaban colocados en el extremo opuesto de la sala, cerca de la puerta.

- ¿Qué significa esto? -pensó Jean Valjean.

Tomó los sillones y los puso en el sitio de siempre, junto a la chimenea.

Se reanimó un poco al ver de nuevo el fuego, y prolongó la visita más de lo regular. Pero empezaba a darse cuenta de que lo rechazaban.

Al día siguiente tuvo un sobresalto al entrar en la sala baja. Los sillones habían desaparecido, no había ni siquiera una silla.

- ¿Qué es esto? -dijo Cosette en cuanto entró-, no hay sillones. ¿Dónde están los sillones?

- Se los han llevado -respondió Jean Valjean.

- ¡Pues esto es demasiado!

- Yo he dicho a Vasco que se los lleve, porque no voy a estar más que un minuto.

- No es razón para pasarlo de pie.

Jean Valjean no halló que decir.

- ¡Hacer quitar los sillones! ¡No os bastaba con apagar el fuego! ¡Qué raro sois!

- Adiós -murmuró Jean Valjean.

No dijo: Adiós, Cosette; pero le faltaron fuerzas para decir: Adiós, señora. Salió abrumado de dolor. Esta vez había comprendido.

Al día siguiente no fue. Cosette no lo notó hasta la noche.

- ¡Vaya! -dijo-, el señor Jean no vino hoy.

Sintió como una ligera opresión de corazón; pero un beso de Marius la distrajo en seguida. Tampoco fue al otro día. Cosette no se dio cuenta hasta la mañana siguiente. ¡Era tan dichosa!

Envió a Nicolasa para saber si estaba enfermo, y por qué no había venido la víspera. Nicolasa trajo la respuesta: no estaba enfermo, sino muy ocupado. Ya volvería, lo más pronto posible. Iba a emprender un viajecito, costumbre antigua suya, como la señora no ignoraba.

Cuando Nicolasa dijo que su ama la enviaba a saber por qué el señor Jean no había ido la víspera, Jean Valjean observó con dulzura:

- Hace dos días que no voy.

Pero Nicolasa no comprendió el sentido de la observación y nada dijo a Cosette.

Capítulo 4 La atracción y la extinción

En los últimos meses de la primavera y los primeros del verano de 1833, se veía a un anciano vestido de negro que todos los días, a la misma hora, antes de oscurecer, salía de la calle del Hombre Armado y entraba en la de Saint-Louis.

Allí caminaba a paso lento, fija siempre la vista en un mismo punto que parecía ser para él una estrella, y que no era otra cosa que la esquina de la calle de las Hijas del Calvario. Cuanto más se acercaba a aquella esquina, más brillo había en sus ojos y una especie de alegría iluminaba sus pupilas como una aurora interior; tenía una expresión de fascinación y de ternura; sus labios se movían, como si hablasen a una persona sin verla; sonreía vagamente caminando a paso lento. Se diría que, aunque deseaba llegar, lo temía al mismo tiempo.

Cuando no faltaban sino unas cuantas casas, se detenía tembloroso, se asomaba tímidamente y había en esa trágica mirada algo semejante al deslumbramiento de lo imposible, y a la reverberación de un paraíso cerrado. Luego una lágrima resbalaba por su mejilla, yendo a parar a veces a la boca donde el anciano sentía su sabor amargo.

Permanecía allí unos pocos minutos, cual si fuera de piedra, y después se volvía por el mismo camino y con igual lentitud; su mirada se apagaba a medida que se alejaba. Gradualmente el anciano cesó de ir hasta la esquina de las Hijas del Calvario. Se detenía a mitad de camino en la calle Saint-Louis. Al poco tiempo no pudo llegar siquiera hasta allí. Parecía un péndulo cuyas oscilaciones, por falta de cuerda, van acortándose hasta que al fin se paran.

Todos los días salía de su casa a la misma hora, emprendía el mismo trayecto, pero no lo acababa ya; y tal vez sin conciencia de ello, lo iba abreviando incesantemente. La expresión de su semblante parecía decir:

¿Para qué? La pupila estaba apagada y ya no había lágrima; sus ojos meditabundos permanecían secos.

A veces, cuando hacía mal tiempo, llevaba un paraguas que jamás abría. Los niños lo seguían y se burlaban de él.

Parte Ocho

SUPREMA SOMBRA, SUPREMA AURORA

Capítulo 1 Compasión para los desdichados e indulgencia para los dichosos

¡Qué terrible es ser feliz! Está uno tan contento, y eso le basta, como si la única meta en la vida fuera ser feliz, y se olvida de la verdadera, que es el deber. Sería un error culpar a Marius.

Marius se limitó a alejar poco a poco a Jean Valjean de su casa, y a borrar, en lo posible, su recuerdo del espíritu de Cosette. Procuró en cierto modo colocarse siempre entre Cosette y él, seguro de que así la joven no se daría cuenta y dejaría de pensar en él.

Hacía lo que juzgaba necesario y justo. Creía que le asistían serias razones para alejar a Jean Valjean, sin dureza pero también sin debilidad. Creía su deber restituir los seiscientos mil francos a su dueño, a quien buscaba con toda discreción, absteniéndose entretanto de tocar ese dinero.

Cosette ignoraba el secreto que conocía Marius, pero también merece disculpa. Marius ejercía sobre ella un fuerte magnetismo, que la obligaba a ejecutar casi maquinalmente sus deseos. Respecto al señor Jean, sentía una presión vaga, pero clara, y obedecía ciegamente. En este caso, su obediencia consistía en no acordarse de lo que Marius olvidaba. Pero respecto a Jean Valjean, este olvido no era más que superficial.

Cosette en el fondo quería mucho al que había llamado por tanto tiempo padre, pero quería más a su marido. Cuando Cosette se extrañaba del silencio de Jean Valjean, Marius la tranquilizaba, diciéndole:

- Está ausente, supongo. ¿No avisó que iba a emprender un viaje?

- Cierto -pensaba Cosette-. Esa ha sido siempre su costumbre, pero nunca ha tardado tanto.

Dos o tres veces envió a Nicolasa a la calle del Hombre Armado, a preguntar si el señor Jean había vuelto de su viaje; y por orden de Jean Valjean se le contestó que no. Cosette no inquirió más; pues para ella en la tierra no había ahora más que una necesidad, Marius.

Marius consiguió poco a poco separar a Cosette de Jean Valjean. Digamos para concluir que lo que en ciertos casos se denomina, con demasiada dureza, ingratitud de los hijos, no es siempre tan reprensible como se cree. Es la ingratitud de la Naturaleza. La Naturaleza divide a los vivientes en seres que vienen y seres que se van. De ahí cierto desvío, fatal en los viejos, involuntario en los jóvenes. Las ramas, sin desprenderse del tronco, se alejan. No es culpa suya. La juventud va donde está la alegría, la luz, el amor; la vejez camina hacia el fin. No se pierden de vista, pero no existe ya el lazo estrecho.

Los jóvenes sienten el enfriamiento de la vida; los ancianos el de la tumba.

No acusemos, pues, a estos pobres jóvenes.

Capítulo 2 Últimos destellos de la lámpara sin aceite

Un día Jean Valjean bajó la escalera, dio tres pasos en la calle, se sentó en el banco donde Gavroche, en la noche del 5 al 6 de junio, lo encontrara pensativo; estuvo allí tres minutos, y luego volvió a subir. Fue la última oscilación del péndulo. Al día siguiente no salió de la casa; al subsiguiente no salió de su lecho.

La portera, que le preparaba su parco alimento, miró el plato, y exclamó:

- ¡Pero si no habéis comidó ayer!

- Sí, comí -respondió Jean Valjean.

- El plato está como lo dejé.

- Mirad el jarro del agua. Está vacío.

- Lo que prueba que habéis bebido, no que habéis comido.

- No tenía ganas más que de agua.

- Cuando se siente sed y no se come al mismo tiempo, es señal de que hay fiebre.

- Mañana comeré.

- O el año que viene. ¿Por qué no coméis ahora? ¿A qué dejarlo para mañana? ¡Hacer tal desaire a mi comida! ¡Despreciar mis patatas que estaban tan buenas!

Jean Valjean tomó la mano de la portera y le dijo con bondadoso acento:

- Os prometo comerlas.

Transcurrió una semana sin que diera un paso por el cuarto. La portera dijo a su marido:

- El buen hombre de arriba no se levanta ya ni come. No durará mucho. ¡Los disgustos, los disgustos! Nadie me quitará de la cabeza que su hija se ha casado mal.

El portero replicó con el acento de la soberanía marital:

- Morirá.

Esa misma tarde la portera divisó en la calle a un médico del barrio, y acudió a él suplicándole que subiera a ver al enfermo.

- Es en el segundo piso -le dijo-. El infeliz no se mueve de la cama.

El médico vio a Jean Valjean y habló con él. Cuando bajó, la portera le preguntó por el paciente.

- Está muy grave -dijo el doctor.

- ¿Qué es lo que tiene?

- Todo y nada. Es un hombre que, según las apariencias, ha perdido a una persona querida. Algunos mueren de eso.

- ¿Qué os ha dicho?

- Que se sentía bien.

- ¿Volveréis?

- Sí -respondió el doctor- aunque le haría mejor que otra persona, no yo, regresara.

Capítulo 3 El que levantó la carreta de Fauchelevent no puede levantar una pluma

Una tarde Jean Valjean, apoyándose con trabajo en el codo, se tomó la mano y no halló el pulso; su respiración era corta, y se interrumpía a cada momento; comprendió que estaba más débil que nunca. Entonces, sin duda bajo la presión de alguna gran preocupación, hizo un esfuerzo, se incorporó y se vistió.

Se puso el traje de obrero, pues ahora que no salía lo prefería a los otros. Tuvo que pararse repetidas veces y le costó mucho ponerse la ropa. Abrió la maleta, sacó el ajuar de Cosette y lo extendió sobre la cama. Los candelabros del obispo estaban en su sitio, en la chimenea. Sacó de un cajón dos velas de cera y las puso en ellos. Después, aunque no había oscurecido aún, las encendió.

Cada paso lo extenuaba, y se veía obligado a sentarse. Era la vida que se agotaba en esos abrumadores esfuerzos. Una de las sillas donde se dejó caer estaba colocada enfrente del espejo; se miró y no se conoció. Parecía tener ochenta años; antes del casamiento de Cosette sólo representaba cincuenta; en un año había envejecido treinta.

Lo que en su frente se veía no eran las arrugas de la edad; era la señal misteriosa de la muerte. Estaba en la última fase del abatimiento, fase en que ya el dolor no fluye, sino que se solidifica; hay sobre el alma algo como un coágulo de desesperación.

Llegó la noche. Arrastró con enorme trabajo una mesa y el viejo sillón junto a la chimenea, y puso en la mesa pluma, tintero y papel.

Hecho esto, se desmayó. Cuando se recobró, clavó los ojos en el trajecito negro que le era tan querido. Sintió un temblor, y figurándose que iba a morir, se apoyó en la mesa que alumbraban los candelabros del obispo, y cogió la pluma. Le temblaba la mano. Escribió lentamente:

"Cosette, te bendigo. Voy a explicártelo todo. Tu marido tenía razón al darme a entender que debía marcharme; aunque se haya equivocado algo en lo que ha creído, tenía razón. Es un hombre excelente. Amalo mucho cuando yo no exista. Señor de Pontmercy, amad siempre a mi querida niña. Cosette, escucha: ese dinero es tuyo. Ahora lo entenderás. El azabache blanco viene de Noruega; el azabache negro de Inglaterra; los abalorios negros de Alemania. El azabache es más ligero, más precioso, más caro. En Francia pueden hacerse imitaciones como en Alemania. Se necesita un pequeño yunque de dos pulgadas cuadradas y una lámpara de espíritu de vino para ablandar la cera. La cera en otro tiempo era muy cara. Se me ocurrió hacerla con goma laca y trementina. Es muy barata, y es mejor… "

No le fue posible seguir. La pluma se le cayó de los dedos; le acometió uno de esos sollozos desesperados que subían por instantes desde lo más hondo de su pecho. El desdichado se tomó la cabeza entre las manos y se hundió en la meditación.

- ¡Oh! -gritó para sus adentros, con lamentos que sólo Dios escuchó-. Es el fin. No la veré más. Es una sonrisa que pasó por mi vida. Voy a sepultarme en la noche sin volverla a ver. ¡Oh!, ¡un minuto, un instante, oír su -voz, tocar su ropa, mirarla, a ella, al ángel mío, y luego morir! La muerte no es nada; pero ¡morir sin verla es horrible! Una sonrisa, una palabra suya. ¿Puede esto perjudicar a alguien? Pero no, todo ha terminado para mí, todo. Estoy solo para siempre. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No la volveré a ver!

En aquel momento llamaron a la puerta.

Capítulo 4 Equívoco que sirvió para limpiar las manchas

Esa misma tarde, cuando Marius entraba en su gabinete para estudiar unos asuntos, le entregó Vasco una carta, diciéndole:

- La persona que la ha escrito espera en la antesala.

Cosette daba una vuelta por el jardín del brazo del abuelo. Hay cartas que, lo mismo que ciertos hombres, tienen mala catadura. Papel ordinario, manera tosca de cerrarlas; con sólo ver algunas misivas, repugnan. La carta que había traído Vasco pertenecía a esta clase. Marius la tomó y sintió olor a tabaco, despertando en él una serie de recuerdos.

Miró el sobre. Conocido el tabaco, fácil le fue reconocer la letra. Se presentó a sus ojos la buhardilla de Jondrette.

¡Extraña casualidad! Una de las dos pistas que había buscado tanto, que creía perdida para siempre, se le aparecía cuando menos esperaba. Abrió ansiosamente la carta, y leyó lo que sigue:

"Señor barón:

"Poseo un secreto que concierne a un indibiduo, y este indibiduo os concierne. El secreto está a buestra disposición, deseando el onor de seros hútil. Os proporcionaré un modo sencillo de arrojar de buestra familia a ese indibiduo que no tiene derecho a estar en ella, pues la señora baronesa pertenece a una clase elevada. El santuario de la birtú no puede coavitar más tiempo con el crimen sin mancharse. Espero en la antesala las órdenes del señor barón."

La firma de la carta era Thenard. Firma verdadera, aunque abreviada. Por lo demás, el estilo y la ortografía completaban la revelación. La emoción de Marius fue profunda. Después de la sorpresa, experimentó una gran felicidad. Si lograba encontrar ahora al otro a quien buscaba, a su salvador, ya no pediría más.

Abrió un cajón de su papelera, cogió algunos billetes de banco, los guardó en el bolsillo, volvió a cerrar, y tiró de la campanilla. Vasco asomó la cabeza.

- Haced que pase -dijo Marius.

Entró un hombre y la sorpresa de Marius fue grande, pues le era totalmente desconocido. El personaje introducido por Vasco, de edad avanzada, tenía una enorme nariz, anteojos verdes y el pelo gris y caído sobre la frente hasta las cejas, como la peluca de los cocheros ingleses de las casas de alcurnia.

El disgusto experimentado por Marius al ver entrar a un hombre distinto del que esperaba, recayó sobre el recién venido.

- ¿Qué se os ofrece? -le preguntó secamente.

El personaje contestó sonriéndose, como lo habría hecho un cocodrilo capaz de sonreírse, y con un tono de voz en todo diferente del que Marius esperaba oír.

- Señor barón, dignaos oírme. Hay en América, en un país que confina con Panamá, una aldea llamada Joya. Es un país maravilloso, porque allí hay oro.

- ¿Qué queréis? -preguntó Marius, a quien la contrariedad había vuelto impaciente.

- Quisiera ir a establecerme en Joya. Somos tres; tengo esposa e hija, una hija muy linda. El viaje es largo y caro, y necesito algún dinero.

- ¿Y qué tiene que ver eso conmigo? -preguntó Marius.

El desconocido volvió a sonreír.

- ¿No ha leído el señor barón mi carta?

- Sed más explícito.

- Está bien, señor barón. Voy a ser más explícito. Tengo un secreto que venderos.

- ¿Qué secreto?

- Señor barón, tenéis en vuestra casa a un ladrón, que es al mismo tiempo un asesino.

Marius se estremeció.

- ¿En mi casa? No.

El desconocido imperturbable continuó:

- Asesino y ladrón. Tened en cuenta, señor barón, que no hablo de hechos antiguos, anulados por la prescripción ante la ley, y por el arrepentimiento ante Dios. Hablo de hechos recientes, de hechos actuales ignorados aún por la justicia. Continúo. Ese sujeto se ha introducido en vuestra confianza y casi en vuestra familia con un nombre falso. Voy a deciros el nombre verdadero. Os lo diré de balde.

- Escucho.

- Se llama Jean Valjean.

- Lo sé.

Voy a deciros, también gratis, quién es.

- Decidlo.

- Un antiguo presidiario.

- Lo sé.

- Lo sabéis desde que he tenido el honor de decíroslo.

- No. Lo sabía antes.

El tono frío de Marius despertó en el desconocido una cólera sorda.

- No me atrevo a desmentir al señor barón, pero lo que tengo que revelaros sólo yo lo sé, y concierne a la señora baronesa. Es un secreto extraordinario, que vale dinero. A vos os lo ofrezco antes que a nadie, y barato. Veinte mil francos.

- Sé ese secreto como sé los demás -dijo Marius. El personaje sintió la necesidad de rebajar algo.

- Señor barón, dadme diez mil francos.

- Os repito que no tenéis que tomaros ese trabajo. Sé lo que queréis decirme.

Los ojos de aquel hombre chispearon de nuevo; luego exclamó:

- Con todo, fuerza es que yo coma hoy. Insisto en que el secreto vale la pena. Señor barón, voy a hablar. Hablo. Dadme veinte francos.

Marius le miró fijamente.

- Conozco vuestro secreto extraordinario, lo mismo que sabía el nombre de Jean Valjean y que sé vuestro nombre.

- ¿Mi nombre?

- Sí.

- No es difícil, señor barón, pues he tenido el honor de escribíroslo y decíroslo, Thenar…

- Dier.

- ¿Cómo?

- Thenardier.

- ¿Quién?

En el peligro, el puerco espín se eriza, el escarabajo se finge muerto, la guardia veterana forma el cuadro; nuestro hombre se echó a reír.

Marius continuó:

- Sois también el obrero Jondrette, el comediante Fabantou, el poeta Genflot, el español Alvarez y la señora Balizard. Y habéis tenido una taberna en Montfermeil.

- ¡Una taberna! Jamás…

- Y os digo que sois Thenardier.

- Lo niego.

- Y que sois un miserable. Tomad.

Marius sacó del bolsillo un billete de banco, y se lo arrojó a la cara.

-¡Gracias! ¡Perdón! ¡Quinientos francos! ¡Señor barón!

Y el hombre, atónito, saludando y cogiendo el billete, lo examinó.

- ¡Quinientos francos! -repitió absorto.

Luego exclamó con un movimiento repentino:

- Pues bien, sea. Fuera disfraces.

Y con la prontitud de un mono, echándose hacia atrás los cabellos, arrancándose los anteojos y sacándose la nariz, se quitó el rostro como quien se quita el sombrero. Sus ojos se inflamaron; la frente desigual, agrietada, con protuberancias en varios sitios, horriblemente arrugada en la parte superior, se manifestó por entero; la nariz volvió a ser aguileña; reapareció el perfil feroz y sagaz del hombre de rapiña.

- El señor barón es infalible -dijo con voz clara-, soy Thenardier.

Y enderezó la espina dorsal.

Thenardier estaba sorprendido. Quiso causar asombro, y era él el asombrado. Valía esta humillación quinientos francos, y en último caso la aceptaba; pero no por eso estaba menos aturdido. Veía por primera vez al barón Pontmercy, y a pesar de su disfraz éste lo había conocido. Para mayor sorpresa suya, no sólo sabía su historia, sino la de Jean Valjean. ¿Quién era aquel joven casi imberbe, tan glacial y tan generoso, que sabía todo?

Se recordará que Thenardier, aunque en otro tiempo vecino de Marius, no lo había visto nunca, lo cual es muy frecuente en París. Había oído hablar a sus hijas vagamente de un joven muy pobre, llamado Marius, que vivía en la casona. Ninguna relación podía existir para él entre el Marius de aquella época y el señor barón Pontmercy.

Había logrado, tras largas investigaciones, adivinar quién era el hombre que había encontrado cierto día en la gran cloaca. Del hombre le costó poco llegar al nombre. Sabía que la baronesa Pontmercy era Cosette, y en este tema se proponía obrar con toda discreción, siendo que ignoraba el verdadero origen de la joven. Entreveía, es cierto, algún nacimiento bastardo, pues la historia de Fantina le había parecido siempre llena de ambigüedades; pero, ¿qué sacaría con hablar?, ¿que le pagasen caro su silencio? Poseía, o creía poseer, un secreto de mucho más valor.

En la mente de Thenardier la conversación con Marius no había empezado todavía. Se vio obligado a retroceder, a modificar su estrategia, a abandonar una posición y cambiar de frente; pero nada esencial se hallaba aún comprometido, y tenía ya quinientos francos en el bolsillo. Le quedaban cosas decisivas por revelar, y se sentía fuerte hasta contra aquel barón Pontmercy tan bien informado. Para los hombres de la índole de Thenardier todo diálogo es un duelo. ¿Cuál era su situación actual? No sabía a quién hablaba, pero sí de lo que hablaba. Pasó rápidamente esta revista interior de sus fuerzas, y después de haber dicho -soy Thenardier-, aguardó.

Marius meditaba. Por fin tenía delante a Thenardier, al hombre que tanto había deseado encontrar, y podía cumplir el encargo del coronel Pontmercy. Le humillaba que el héroe debiera algo a este bandido. Le pareció que se le presentaba la ocasión de vengar al coronel de la desgracia de haber sido salvado por un individuo tan vil y tan perverso. A este deber agregábase otro; el de averiguar el origen de la fortuna de Cosette. Tal vez Thenardier supiera algo. Por ahí empezó. Thenardier, después de guardarse el billete de banco, miraba a Marius con aire bondadoso y casi tierno. Marius rompió el silencio:

- Thenardier, os he dicho vuestro nombre. Ahora, ¿queréis que os diga el secreto que pretendéis venderme? También he reunido yo datos y os convenceréis de que sé más que vos. Jean Valjean, como dijisteis, es asesino y ladrón. Ladrón, porque robó a un rico fabricante, el señor Magdalena, siendo causa de su ruina. Asesino, porque dio muerte al agente de policía Javert.

- No comprendo, señor barón -dijo Thenardier.

- Vais a comprenderme. Escuchad. Vivía en un distrito del Paso de Calais, por los años de 1822, un hombre que había tenido no sé qué antiguo choque con la justicia, y que bajo el nombre del señor Magdalena, se había corregido y rehabilitado. Este hombre era, en toda la fuerza de la expresión, un justo. Con una fábrica de abalorios negros labró la fortuna de toda la ciudad. Por su parte, aunque sin darle mayor importancia, reunió también una fortuna considerable. Era el padre de los pobres. Lo nombraron alcalde. Otro presidiario lo denunció, y logró que el banquero Laffitte le entregara, en virtud de una firma falsa, más de medio millón de francos pertenecientes al señor Magdalena. El presidiario que robó al señor Magdalena, es Jean Valjean. En cuanto al otro hecho, nada necesitáis tampoco decirme. Jean Valjean mató al agente Javert de un pistoletazo. Yo estaba allí.

Thenardier lanzó a Marius esa mirada soberana de la persona derrotada que se repone y vuelve a ganar en un minuto todo el terreno perdido.

- Señor barón, equivocamos el camino.

- ¿Cómo? -replicó Marius-. ¿Negáis esto? Son hechos.

- Son quimeras. La confianza con que me honra el señor barón me impone el deber de decírselo. Ante todo la verdad y la justicia. No me gusta acusar a nadie injustamente. Señor barón, Jean Valjean no le robó al señor Magdalena, ni mató a Javert.

- ¡Qué decís! ¿En qué fundáis vuestras palabras?

- En dos razones. Primero: no robó al señor Magdalena, porque el señor Magdalena y Jean Valjean son una misma persona. Segundo: no asesinó a Javert, porque Javert, y no Jean Valjean, es el autor de su muerte.

- ¿Qué queréis decir?

- Javert se suicidó.

- ¡Probadlo, probadlo! -gritó Marius fuera de sí.

Thenardier repuso, recalcando cada palabra:

- Al agente de policía Javert se le encontró ahogado debajo de una barca del Pont-du-Change.

- Pero, ¡probadlo!

Thenardier sacó del bolsillo unos pliegos doblados de diferentes tamaños.

- Tengo mi legajo -dijo con calma.

Y añadió:

- Señor barón, por interés vuestro quise conocer a Jean Valjean. Repito que Jean Valjean y el señor Magdalena son uno mismo y que Javert murió a manos de Javert; cuando así me expreso, es porque me sobran pruebas.

Mientras hablaba extraía Thenardier de su legajo dos periódicos amarillos, estrujados y fétidos a tabaco. Uno de los números, roto por los dobleces y casi deshaciéndose, parecía mucho más antiguo que el otro.

- Dos hechos, dos pruebas -dijo Thenardier.

Y entregó a Marius los dos periódicos.

El lector los conoce. Uno, el del 25 de julio de 1823 que probaba la identidad del señor Magdalena y de Jean Valjean. El otro era un Monitor del

15 de julio de 1832, donde se refería al suicidio de Javert, añadiendo, que hecho prisionero en la barricada de la calle de la Chanvrerie, había salvado su vida la magnanimidad de un insurrecto, el cual, teniéndolo al alcance de su pistola, en lugar de volarle el cerebro había disparado al aire.

Marius leyó. No cabía duda; la fecha era cierta, la prueba irrefutable. Jean Valjean, engrandecido repentinamente, salía de las sombras. Marius no pudo contener un grito de alegría:

- ¡Entonces ese desdichado es un hombre admirable! ¡Entonces esa fortuna era suya! ¡Es Magdalena, la providencia de todo un país! ¡Es Jean Valjean, el salvador de Javert! ¡Un héroe! ¡Un santo!

- Ni un santo, ni un héroe -dijo Thenardier-. Es un asesino y un ladrón.

- ¿Todavía? -preguntó.

- Siempre -contestó Thenardier-. Jean Valjean no robó al señor Magdalena, pero es un ladrón; no mató a Javert, pero es un asesino.

- ¿Queréis hablar -repuso Marius- de ese miserable robo de hace cuarenta años, expiado, como resulta de vuestros mismos periódicos, por toda una vida de arrepentimiento, de abnegación y de virtud?

- Digo asesinato y robo. Señor barón, el 6 de junio de 1832, hace cosa de un año, el día del motín, estaba un hombre en la cloaca grande de París, por el lado donde desemboca en el Sena, entre el puente de Jena y el de los Inválidos.

Calló un segundo gozando de la expectación de Marius, y continuó:

- Ese hombre, obligado a ocultarse por razones ajenas a la política, había elegido la cloaca como su domicilio, y tenía una llave de la reja. Era, repito, el 6 de junio, a las ocho poco más o menos de la noche. El hombre oyó ruido. Bastante sorprendido se ocultó y espió. Era ruido de pasos, alguien caminaba en medio de las tinieblas adelantándose hacia él. Había en la cloaca otro hombre. La reja de salida no estaba lejos, y la escasa claridad que entraba por ella le permitió conocer al recién venido, y ver que traía algo a cuestas. Era un antiguo presidiario, y llevaba en sus hombros un cadáver. Flagrante delito de asesinato. En cuanto al robo, es su causa; no se mata a un hombre gratis. El presidiario iba a arrojar aquel cadáver al río. Antes de llegar a la reja de salida, el presidiario que venía de un punto lejano de la alcantarilla, debió necesariamente tropezar con un cenagal espantoso, donde hubiera podido dejar el cadáver; pero al día siguiente los poceros, trabajando en el cenagal, habrían descubierto al hombre asesinado, lo cual no quería sin duda el asesino. Decidió atravesar el pantano con su carga, con inmensos esfuerzos, y arriesgando de una manera increíble su propia existencia. No comprendo cómo logró salir de allí vivo.

Thenardier respiró profundamente, muy satisfecho, y luego prosiguió:

- Señor barón, la cloaca no es el Campo de Marte. Allí falta todo, hasta sitio. Así, cuando la ocupan dos hombres, menester es que se encuentren. Esto fue lo que sucedió. El domiciliado y el transeúnte tuvieron que darse las buenas noches, sin la menor gana. El transeúnte dijo al domiciliado: "Ves lo que llevo a cuestas; es preciso que salga de aquí. Tú tienes la llave, dámela". El presidiario era hombre de extraordinarias fuerzas y no había medio de resistirle. Sin embargo, el que poseía la llave parlamentó, únicamente para ganar tiempo. Examinó al muerto; mas sólo pudo averiguar que era joven, con apariencia de persona rica, y que estaba todo desfigurado por la sangre. Mientras hablaba, halló medio de romper y arrancar sin que el asesino lo advirtiera, un pedazo de faldón de la levita que vestía el hombre asesinado. Documento justificativo como comprenderéis. Se guardó en el bolsillo el testimonio, y abriendo la reja, dejó salir al presidiario con su pesada carga. Después cerró de nuevo, y se puso a salvo, importándole poco el desenlace de la aventura, y sobre todo no conviniéndole estar allí cuando el asesino arrojara el cadáver al río. Ahora veréis claro. El que llevaba el cadáver era Jean Valjean; el que tenía la llave os habla en este momento; y el pedazo de la levita…

Thenardier acabó la frase sacando del bolsillo y mostrándole a Marius un jirón de paño negro, todo lleno de manchas oscuras.

Marius se levantó, pálido, respirando apenas, con la vista fija en el pedazo de paño negro; y sin pronunciar una palabra, sin apartar los ojos de aquel jirón, retrocedió hacia la pared, buscando detrás de sí con la mano derecha, a tientas, una llave que estaba en la cerradura de una alacena, junto a la chimenea. Encontró la llave, abrió la alacena e introdujo el brazo sin separar la vista de Thenardier. Entretanto éste continuaba:

- Señor barón, me asisten grandes razones para creer que el joven asesinado era un opulento extranjero, atraído por Jean Valjean a una emboscada, y portador de una suma enorme.

- El joven era yo y aquí está la levita -gritó Marius, arrojando en el suelo una levita negra y vieja, manchada de sangre.

En seguida, arrancando el jirón de manos de Thenardier, lo ajustó en el faldón roto. Se adaptaba perfectamente.

Thenardier quedó petrificado, pensando: "Me he lucido hoy".

Marius, tembloroso, desesperado, radiante, metió la mano en el bolsillo y se dirigió fuera de sí hacia Thenardier con el puño, que apoyó casi en el rostro del bandido, lleno de billetes de quinientos y de mil francos.

- ¡Sois un infame! ¡Sois un embustero! ¡Un calumniador! ¡Un malvado! ¡Veníais a acusar a ese hombre y le habéis justificado; queríais perderlo y habéis conseguido tan sólo glorificarlo! ¡Vos sois el ladrón! ¡Vos sois el asesino! Yo os he visto, Thenardier, Jondrette, en el desván del caserón Gorbeau. Sé de vos lo suficiente para enviaros a presidio y más lejos aún, si quisiera. Tomad estos mil francos, canalla.

Y arrojó un billete de mil francos a los pies de Thenardier.

- ¡Ah, Jondrette-Thenardier, vil gusano! ¡Que os sirva esto de lección, mercader de secretos y misterios, escudriñador de las tinieblas, miserable! ¡Tomad, además, estos quinientos francos, y salid de aquí! Waterloo os protege.

- ¡Waterloo! -murmuró Thenardier guardándose los quinientos francos al mismo tiempo que los mil.

- ¡Sí, asesino! Habéis salvado en esa batalla la vida a un coronel…

- A un general -dijo Thenardier alzando la cabeza.

- ¡A un coronel! -replicó Marius furioso-. ¡Y venís aquí a cometer infamias! Os digo que sobre vos pesan todos los crímenes. ¡Marchaos! ¡Desapareced! Sed dichoso, es cuanto os deseo. ¡Ah, monstruo! Tomad también esos tres mil francos. Mañana, mañana mismo, os iréis a América con vuestra hija, porque vuestra mujer ha muerto, abominable embustero. ¡Id a que os ahorquen en otra parte!

- Señor barón -respondió Thenardier inclinándose hasta el suelo-, gratitud eterna.

Y Thenardier salió sin comprender una palabra, atónito y contento de verse abrumado bajo sacos de oro, y herido en la cabeza por aquella granizada de billetes de banco. Acabemos desde ahora con este personaje. Dos días después de los sucesos que estamos refiriendo, salió, merced a Marius, para América en compañía de su hija Azelma. Allá, con el dinero de Marius, Thenardier se hizo negrero.

En cuanto se retiró Thenardier, Marius corrió al jardín donde Cosette estaba aún paseando.

- ¡Cosette! ¡Cosette! -exclamó-. ¡Ven! ¡Ven pronto! Vamos. Vasco, un coche. Ven, Cosette. ¡Ah, Dios mío! ¡El es quién me salvó la vida! ¡No perdamos un minuto!

Cosette creyó que se había vuelto loco. Marius no respiraba y ponía la mano sobre su corazón para comprimir los latidos. Iba y venía a grandes pasos, y abrazaba a Cosette, diciendo:

- ¡Ah! ¡Qué desgraciado soy!

Enloquecido, Marius empezaba a entrever en Jean Valjean una majestuosa y sombría personalidad. Una virtud inaudita aparecía ante él, suprema y dulce, humilde en su inmensidad. El presidiario se transfiguraba en Cristo. Marius estaba deslumbrado. El coche no tardó en llegar.

Marius hizo subir a Cosette, y se lanzó en seguida dentro.

- Cochero -dijo-, calle del Hombre Armado, número siete.

El coche partió.

- ¡Ah, qué felicidad! -exclamó Cosette-. A la calle del Hombre Armado. No me atrevía a hablarte de eso. Vamos a ver al señor Jean.

- A tu padre, Cosette. A tu padre, pues lo es hoy más que nunca. Cosette, ahora comprendo. Tú no recibiste la carta que te mandé con Gavroche. Cayó sin duda en sus manos, y fue a la barricada para salvarme. Como su misión es ser un ángel, de paso salvó a otras personas, salvó a Javert. Me sacó de aquel abismo para entregarme a ti. Me llevó sobre sus hombros a través de la cloaca. ¡Ah! ¡Soy el peor de los ingratos! Cosette, después de haber sido tu providencia, fue la mía. Figúrate que había allí un espantoso cenagal donde ahogarse cien veces, y lo atravesó conmigo a cuestas. Yo estaba desmayado; no veía, no oía. Vamos a traerlo a casa y a tenerlo con nosotros quiera o no; no volverá a separarse de nuestro lado. Si es que lo encontramos, si es que no ha partido. Pasaré lo que me resta de vida venerándolo. Gavroche seguramente le entregó a él la carta. Todo se explica. ¿Comprendes, Cosette?

Cosette no comprendía una palabra.

- Tienes razón -fue su respuesta.

Entretanto, el coche seguía rodando.

Capítulo 5 Noche que deja entrever el día

Oyendo llamar a la puerta, Jean Valjean dijo con voz débil:

- Entrad, está abierto.

Aparecieron Cosette y Marius. Cosette se precipitó en el cuarto. Marius permaneció de pie en el umbral.

- ¡Cosette! -dijo Jean Valjean y se levantó con los brazos abiertos y trémulos, lívido, siniestro, mostrando una alegría inmensa en los ojos.

Cosette, ahogada por la emoción, cayó sobre su pecho, exclamando:

- ¡Padre!

Jean Valjean, fuera de sí, tartamudeaba:

- ¡Cosette! ¡Es ella! ¡Sois vos, señora! ¡Eres tú! ¡Ah, Dios mío!

Y sintiéndose estrechar por los brazos de Cosette, añadió:

- ¡Eres tú, sí! ¡Me perdonas, entonces!

Marius, bajando los párpados para detener sus lágrimas, dio un paso, y murmuró:

- ¡Padre!

- ¡Y vos también me perdonáis! -dijo Jean Valjean.

Marius no encontraba palabras y el anciano añadió:

- Gracias.

Cosette se sentó en las rodillas del anciano, separó sus cabellos blancos con un gesto adorable, y le besó la frente. Jean Valjean extasiado, no se oponía, y balbuceaba:

- ¡Qué tonto soy! Creía que no la volvería a ver. Figuraos, señor de Pontmercy, que en el mismo momento en que entrabais, me decía: "¡Todo se acabó! Ahí está su trajecito; soy un miserable, y no veré más a Cosette". Decía esto mientras subíais la escalera. ¿No es verdad que me había vuelto idiota? No se cuenta con la bondad infinita de Dios. Dios dijo: *"¿Crees que te van a abandonar, tonto? No. No puede ser así. Este pobre viejo necesita a su ángel"*. ¡Y el ángel vino, y he vuelto a ver a mi Cosette, a mi querida Cosette! ¡Ah, cuánto he sufrido!

Estuvo un instante sin poder hablar; luego continuó:

- Tenía realmente necesidad de ver a Cosette un rato, de tiempo en tiempo. Sin embargo, sabía que estaba de sobra, y decía en mis adentros: *"No te necesitan, quédate en tu rincón, nadie tiene derecho a eternizarse"*. ¡Ah, Dios de mi alma! ¡La vuelvo a ver! ¿Sabes, Cosette, que tu marido es un joven apuesto? ¡Ah! Llevas un bonito cuello bordado, me gusta mucho. Señor de Pontmercy, permitidme que la tutee; será por poco tiempo.

- ¡Qué maldad dejarnos de ese modo! -exclamó Cosette-. ¿Adónde habéis ido? ¿Por qué habéis estado ausente tanto tiempo? Antes vuestros viajes apenas duraban tres o cuatro días. He enviado a Nicolasa, y le respondían siempre que estabais fuera. ¿Cuándo regresasteis? ¿Por qué no nos avisasteis? Os veo con mal semblante: ¡Mal padre! ¡Enfermo y sin decírnoslo! Ten, Marius, toma su mano y verás qué fría está.

- Habéis venido, señor de Pontmercy; ¡conque me perdonáis! -repitió Jean Valjean.

A estas palabras los sentimientos que se agolpaban al corazón de Marius hallaron una salida, y el joven exclamó:

- Cosette, ¿no lo oyes? ¿No lo oyes que me pide perdón? ¿Sabes lo que me ha hecho, Cosette? Me ha salvado la vida. Más aún, te ha entregado a mí. Y después de salvarme y después de entregarte a mí, Cosette, ¿sabes lo que ha hecho de su persona? Se ha sacrificado. Eso ha hecho. ¡Y a mí, el ingrato, el olvidadizo, el cruel, el culpable, me dice gracias! Cosette, aunque pase toda la vida a los pies de este hombre siempre será poco. La barricada, la cloaca, el lodazal, todo lo atravesó por mí, por ti, Cosette, preservándome de mil muertes, que alejaba de mí y que aceptaba para él. En él está todo el valor, toda la virtud, todo el heroísmo. ¡Cosette, este hombre es un ángel!

- ¡Silencio! ¡Silencio! -murmuró apenas Jean Valjean- ¿Para qué decir esas cosas?

- ¡Pero vos! -exclamó Marius, con cierta cólera llena de veneración-, ¿por qué no lo habéis dicho? Es culpa vuestra también. ¡Salváis la vida a las personas y se lo ocultáis! ¡Y bajo pretexto de quitaros la máscara, os calumniáis! Es horrible.

- Dije la verdad -respondió Jean Valjean.

- No -replicó Marius-; la verdad es toda la verdad, y no habéis dicho sino parte. Erais el señor Magdalena, ¿por qué callarlo? Habíais salvado a Javert, ¿por qué callarlo? Yo os debía la vida, ¿por qué callarlo?

- Porque sabía que vos teníais razón, que era preciso que me alejara. Si os hubiera referido lo de la cloaca, me habríais retenido a vuestro lado. Debía, pues, callarme. Hablando, todo se echaba a perder.

- ¡Se echaba a perder! ¿Qué es lo que se echaba a perder? ¿Por ventura os figuráis que os vamos a dejar aquí? No. Os llevamos con nosotros, ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuando pienso que por casualidad he sabido estas cosas! Os llevamos con nosotros. Formaréis parte de nosotros mismos. Sois su padre y el mío. No pasaréis un día más en esta horrible casa. Mañana ya no estaréis aquí.

- Mañana -dijo Jean Valjean-, no estaré aquí, ni tampoco en vuestra casa.

- ¿Qué queréis decir? -dijo Marius-. Se acabarán los viajes. No os volveréis a separar de nosotros. Nos pertenecéis, y no os soltaremos.

- Esta vez -añadió Cosette-, emplearé la fuerza si es necesario.

Y riéndose, hizo ademán de coger al anciano en sus brazos.

- Vuestro cuarto está tal como estaba -continuó-. ¡Si supieseis qué bonito se ha puesto ahora el jardín! ¡Cuántas flores! Un petirrojo anidó en un agujero de la pared y un horrendo gato se lo comió. ¡Lloré tanto! Padre, vais a venir con nosotros. ¡Cómo va a alegrarse el abuelo! Tendréis vuestro lugar propio en el jardín y lo cultivaréis, veremos si vuestras fresas valen tanto como las mías. Una vez en casa, yo haré cuanto queráis, y vos me obedeceréis. ¿Verdad que sí?

Jean Valjean la escuchaba sin oírla. Percibía la música de su voz sin casi comprender el sentido de sus palabras y una de esas gruesas lágrimas, sombrías perlas del alma, se formaba lentamente en sus ojos.

- ¡Dios es bueno! -murmuró.

- ¡Padre querido! -dijo Cosette.

Jean Valjean prosiguió:

- No hay duda que sería delicioso vivir juntos. Tenéis árboles llenos de pájaros. Me pasearía las horas con Cosette. ¡Es grata la vida en compañía de las personas que uno quiere, darles los buenos días, oírse llamar en el jardín! Cada cual cultivaría un pequeño trozo. Ella me haría comer sus fresas, y yo le haría coger mis rosas. Sería delicioso pero…

Se detuvo, y luego dijo bajando más la voz:

- Es una pena.

La lágrima no cayó sino que entró de nuevo en la órbita y la reemplazó una sonrisa.

Cosette tomó las manos del anciano entre las suyas.

- ¡Dios mío! -exclamó-. Vuestras manos me parecen más frías que antes, ¿os sentís mal?

- ¿Yo? No -respondió Jean Valjean-, me siento bien. Sólo que…

Se detuvo.

- ¿Sólo qué?

- Sólo que me estoy muriendo.

Cosette y Marius se estremecieron.

- ¡Muriendo! -exclamó Marius.

- Sí -dijo Jean Valjean.

Respiró y sonriéndose repuso:

- Cosette, ¿no estabas hablando? Continúa, háblame más. ¿Conque el gato se comió a tu petirrojo? Habla, ¡déjame oír tu voz!

Marius petrificado, miraba al anciano. Cosette lanzó un grito desgarrador.

- ¡Padre! ¡Padre mío! Viviréis, sí, viviréis. Yo quiero que viváis. ¿Oís?

Jean Valjean alzó los ojos y los fijó en ella con adoración.

- ¡Oh, sí, prohíbeme que muera! ¿Quién sabe? Tal vez te obedezca. Iba a morir cuando entrasteis, y la muerte detuvo su golpe. Me pareció que renacía.

- Estáis lleno de fuerza y de vida -dijo Marius-. ¿Acaso imagináis que se muere tan fácilmente? Habéis tenido disgustos y no volveréis a tenerlos. ¡Os pido perdón de rodillas! Vais a vivir, y con nosotros y por largo tiempo. Os hemos recobrado.

Jean Valjean continuaba sonriendo.

- Señor de Pontmercy, aunque me recobraseis ¿me impediría eso que sea lo que soy? No; Dios ya ha decidido, y él no cambia sus planes. Es mejor que parta. La muerte lo arregla todo. Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Que seáis dichosos, que haya en torno vuestro, hijos míos, lilas y ruiseñores, que vuestra vida sea un hermoso prado iluminado por el sol, que todo el encanto del cielo inunde vuestra alma, y que ahora yo, que para nada sirvo, me muera. Seamos razonables; no hay remedio ya; sé que no hay remedio. ¡Qué bueno es lo marido, Cosette! Con él estás mejor que conmigo.

Se oyó un ruido en la puerta. Era el médico que entraba.

- Buenos días y adiós, doctor -dijo Jean Valjean-. Estos son mis pobres hijos.

Marius se acercó al médico y lo miró anhelante. El médico le respondió con una expresiva mirada. Jean Valjean se volvió hacia Cosette y se puso a contemplarla como si quisiera atesorar recuerdos para una eternidad. En la profunda sombra donde ya había descendido, aún le era posible el éxtasis mirando a Cosette. La luz de aquel dulce rostro iluminaba su pálida faz. El médico le tomó el pulso.

- ¡Ah! ¡Os necesitaba tanto! -dijo el anciano dirigiéndose a Cosette y a Marius.

E inclinándose al oído del joven, añadió muy bajo:

- Pero ya es demasiado tarde.

Sin apartar casi los ojos de Cosette, miró al médico y a Marius con serenidad. Se oyó salir de su boca esta frase apenas articulada:

- Nada importa morir, pero no vivir es horrible.

De repente se levantó. Caminó con paso firme hacia la pared, rechazó a Marius y al médico que querían ayudarle, descolgó el crucifijo que había sobre su cama, volvió a sentarse como una persona sana, y dijo alzando la voz y colocando el crucifijo sobre la mesa:

- He ahí al Gran mártir.

Después sintió que su cabeza oscilaba, como si lo acometiera el vértigo en la tumba, y quedó con la vista fija. Cosette sostenía sus hombros y sollozaba, procurando hablarle.

- ¡Padre! No nos abandonéis. ¿Es posible que no os hayamos encontrado sino para perderos?

Hay algo de titubeo en el acto de morir. Va, viene, se adelanta hacia el sepulcro y se retrocede hacia la vida. Jean Valjean después del síncope, se serenó, y recobró casi una completa lucidez. Tomó la mano de Cosette y la besó.

- ¡Vuelve en sí, doctor, vuelve en sí! -gritó Marius.

- Sois muy buenos -dijo Jean Valjean-. Voy a explicaros lo que me ha causado viva pena. Señor de Pontmercy, me la ha causado que no hayáis querido tocar ese dinero. Ese dinero es de vuestra mujer. Esta es una de las razones, hijos míos, por la que me he alegrado tanto de veros. El azabache negro viene de Inglaterra y el azabache blanco de Noruega. En el papel que veis ahí consta todo esto. Para los brazaletes inventé sustituir los colgantes simplemente enlazados a los colgantes soldados. Es más bonito, mejor y menos caro. Ya comprenderéis cuánto dinero puede ganarse. Por tanto, la fortuna de Cosette es suya, legítimamente suya. Os refiero estos pormenores para que os tranquilicéis.

Había entrado la portera y miraba desde el umbral. Dijo al moribundo:

- ¿Queréis un sacerdote?

- Tengo uno -respondió Jean Valjean.

Es probable, en realidad, que el obispo lo estuviera asistiendo en su agonía. Cosette, con mucha suavidad, le puso una almohada bajo los riñones. Jean Valjean continuó:

- Señor de Pontmercy, no temáis nada, os lo suplico. Los seiscientos mil francos son de Cosette. Si no disfrutaseis de ellos, resultaría perdido todo el trabajo de mi vida. Habíamos conseguido fabricar con singular perfección los abalorios, y rivalizábamos con los de Berlín.

Cuando va a morir una persona que nos es querida, las miradas se fijan en ella como para retenerla. Los dos jóvenes, mudos de angustia, no sabiendo qué decir a la muerte, desesperados y trémulos, estaban de pie delante del anciano.

Jean Valjean decaía rápidamente. Su respiración era ya intermitente e interrumpida por un estertor. Le costaba trabajo cambiar de posición el antebrazo y los pies habían perdido todo movimiento. Al mismo tiempo que la miseria de los miembros y la postración del cuerpo crecían, toda la majestad del alma brillaba, desplegándose sobre su frente. La luz del mundo desconocido era ya visible en sus pupilas. Su rostro empalidecía, pero continuaba sonriendo. Hizo señas a Cosette de que se aproximara, y luego a Marius. Era sin duda el último minuto de su última hora, y se puso a hablarles con voz tan queda que parecía venir de lejos, como si en ese momento hubiera ya una pared divisoria entre ellos y él.

- Acércate; acercaos los dos. Os quiero mucho. ¡Ah! ¡Qué bueno es morir así! Tú también me quieres, Cosette. Yo sabía que lo quedaba siempre algún cariño para tu viejo. ¡Cuánto lo agradezco, niña mía, esta almohada! Me llorarás ¿no es verdad? Pero que no sea demasiado. Quiero que seáis felices, amados hijos. Los seiscientos mil francos, señor de Pontmercy, es dinero ganado honradamente. Podéis ser ricos sin repugnancia alguna. Será preciso que compréis un carruaje, que vayáis de vez en cuando a los teatros. Cosette, para ti bonitos vestidos de baile, para vuestros amigos buenas comidas. Sed dichosos. Estaba hace poco escribiendo una carta a Cosette, ya la encontrará. Te lego, hija mía, los dos candelabros que están sobre la chimenea. Son de plata; mas para mí son de oro, de diamantes, y convierten las velas en cirios. No sé si el que me los dio está satisfecho de mí en el Cielo. He hecho lo que he podido. Hijos míos, no olvidéis que soy un pobre, y os encargo que me hagáis enterrar en el primer rincón de tierra que haya a mano, con sólo una piedra por lápida. Es mi voluntad. Sobre la piedra no grabéis ningún nombre. Si Cosette quiere ir allí alguna vez se lo agradeceré. Vos también, señor Pontmercy. Debo confesaros que no siempre os he tenido afecto; os pido perdón. Os estoy muy agradecido, pues veo que haréis feliz a Cosette. ¡Si supieseis, señor Pontmercy, cuánto ha sido mi cariño hacia ella! Sus hermosas mejillas sonrosadas eran mi alegría; en cuanto la vela un poco pálida, ya estaba triste. Hay en la cómoda un billete de quinientos francos. Es para los pobres. Cosette, ¿ves tu trajecito allí sobre la cama? ¿Te acuerdas? No hace más de diez años de eso. ¡Cómo pasa el tiempo! Fuimos muy dichosos. Hijos míos, no lloréis, que no me voy muy lejos; desde allá os veré. Con sólo que miréis en la noche, mi sonrisa se os aparecerá. Cosette, ¿te acuerdas de Montfermeil? Estabas en el bosque y tenías miedo. ¿Te acuerdas cuando yo cogí el asa del cubo lleno de agua? Fue la primera vez que toqué tu pobre manita. ¡Y qué fría estaba! Entonces vuestras manos, señorita, tiraban a rojas, hoy brillan por su blancura. ¿Y la muñeca, lo acuerdas? La llamaste Catalina. ¡Qué de veces me hiciste reír, ángel mío! ¡Eras tan traviesa! No hacías más que jugar. Te colgabas las guindas de las orejas. En fin, son cosas pasadas. Los bosques que uno ha atravesado con su amada niña, los árboles que les han resguardado del sol, los conventos que les han resguardado de los hombres, las inocentes risas de la infancia; todo no es más que sombra. Se me figuró que esas cosas me pertenecían, y ahí estuvo el mal. Los Thenardier fueron muy perversos; pero hay que perdonarlos. Cosette, ha llegado el momento de decirte el nombre de tu madre. Se llamaba Fantina. Recuerda este nombre, Fantina. Arrodíllate cada vez que lo pronuncies. Ella padeció mucho, y te quería con locura. Su desgracia fue tan grande, como grande es tu felicidad. Dios lo dispuso así. Dios nos ve desde el cielo a todos, y en medio de sus brillantes estrellas sabe bien lo que hace. Me voy ahora, mis queridos hijos. Amaos mucho, siempre. En el mundo casi no hay nada más importante que amar. Pensad alguna vez en el pobre viejo que ha muerto aquí. Cosette mía, no tengo la culpa de no haberte visto en tanto tiempo; el corazón se me desgarraba, estaba medio loco. Hijos míos, no veo claro. Aún tenía que deciros muchas cosas; pero no importa. Vosotros sois seres benditos. No sé lo que siento, pero me parece que veo una luz. Acercaos más. Muero dichoso. Venid, acercad vuestras cabezas tan amadas para poner encima mis manos.

Cosette y Marius cayeron de rodillas, inundando de lágrimas las manos de Jean Valjean; manos augustas, pero que ya no se movían. Estaba echado hacia atrás, de modo que la luz de los candelabros iluminaba su pálido rostro dirigido hacia el cielo. Cosette y Marius cubrían sus manos de besos.

Estaba muerto.

Era una noche profundamente obscura; no había una estrella en el cielo. Sin duda, en la sombra un ángel inmenso, de pie y con las alas desplegadas, esperaba su alma.

Capítulo 6 La hierba oculta y la lluvia borra

En el cementerio Padre Lachaise, cerca de la fosa común y lejos del barrio elegante de esa ciudad de sepulcros, lejos de todas esas tumbas a la moda, en un lugar solitario, al pie de un antiguo muro, bajo un gran tejo por el cual trepan las enredaderas de campanillas en medio del musgo, hay una piedra.

Esta piedra no se halla menos expuesta que las demás a la lepra del tiempo, a los efectos de la humedad, del líquen y de las inmundicias de los pájaros. El agua la pone verde y el aire la ennegrece. No está próxima a ninguna senda, y no es agradable ir a pasear por aquel lado a causa de la altura de la hierba. Cuando la bañan los rayos del sol, se suben a ella los lagartos. A su alrededor se mecen los tallos de avena agitados por el viento, y en la primavera cantan en el árbol las currucas.

Esta piedra está desnuda. Al cortarla, se pensó únicamente en las necesidades de la tumba, esto es, que fuera lo bastante larga y lo bastante angosta para cubrir a un hombre. Ningún nombre se lee en ella. Pero hace muchos años, una mano escribió allí con lápiz estos cuatro versos que se fueron volviendo poco a poco ilegibles a causa de la lluvia y del polvo, y que probablemente ya se habrán borrado:

Duerme. Aunque la suerte fue con él tan extraña,
El vivía. Murió cuando no tuvo más a su ángel.
La muerte simplemente llegó,
Como la noche se hace cuando el día se va.

Al lado de ésta piedra, se ubica una tumba, en la cual, yace una lapida que tiene tallado en la roca un nombre: Gavroche. A ésta tumba, acude diariamente al anochecer un hombre de aspecto joven, gornido, de cabellos negros y un rostro hermoso, sobre el cual lleva un sombrero; del cual, en su ala derecha levantada, reluce al agacharse un rizo dorado según la moda de Luis IV.

32. DOCE HISTORIAS Y UN SUEÑO (H.G WELLS)

ÍNDICE

Filmer
La Tienda Mágica
La Verdad Sobre Pyecraft
El Valle De Las Arañas
El Fantasma Inexperto
Jimmy Goggles, El Dios
El Nuevo Acelerador
Las Vacaciones De Mr. Ledbetter
El Cuerpo Robado
El Tesoro De Mr. Brisher
El Corazón De Miss Winchelsea
El Sueño De Armageddon
EDIPO
Edipo. — Creonte
Creonte — Edipo — Tiresias — Manto
Coro
Coro
Edipo. — Yocasta
Forbas. -- Los Mismos
Coro
Mensajero. — Coro
Edipo. — Luego Yocasta. — Coro

FILMER

En verdad, el dominio de la navegación aérea se debe al esfuerzo de miles de hombres: éste sugiere una idea y aquel otro realiza un experimento, hasta que, finalmente, sólo fue necesario un potente esfuerzo intelectual para concluir la empresa. Pero la inexorable injusticia del sentir popular ha decidido que de todos esos miles de hombres, sólo uno, y en este caso un hombre que nunca voló, fuera elegido como el inventor, del mismo modo que decidió honrar a Watt como descubridor del vapor y a Stephenson de la locomotora. Y, seguramente, de todos estos nombres reverenciados, ninguno lo ha sido de forma tan grotesca y trágica como el del pobre Filmer, la tímida e intelectual criatura que resolvió el problema que había sumido en la perplejidad y en el temor a tantas generaciones, el hombre que apretó el botón que ha modificado la paz y la guerra, y casi todas las condiciones de la felicidad y vida humanas. El repetido prodigio de la pequeñez del científico que se enfrenta a la grandeza de su ciencia jamás ha encontrado una ejemplificación tan asombrosa. Gran parte de los datos referentes a Filmer permanecen en una profunda oscuridad, y así han de quedar —los Filmer no atraen a los Boswell—, pero los hechos esenciales y la escena final son suficientemente claros, y existen cartas, notas y alusiones casuales que nos ayudan a ensamblar las diferentes piezas del rompecabezas final. Y esta es la historia que se obtiene, juntando una pieza con otra, sobre la vida y muerte de Filmer.

La primera huella auténtica de Filmer en las páginas de la historia es un documento en el cual solicita ser admitido como estudiante de física becado en los laboratorios del gobierno, en South Kensington, y con tal propósito se describe a sí mismo como hijo de un «zapatero de batalla» («remendón» en lenguaje vulgar) de Dover, y elabora además una lista de las diferentes investigaciones que prueban su elevada capacidad para la química y las matemáticas. Con cierta falta de dignidad, pretende incrementar dichas dotes valiéndose de una declaración de pobreza y de las desventajas consecuentes a dicha situación y se refiere al laboratorio como la «meta» de sus ambiciones, una revelación involuntaria que refuerza su pretensión de consagrarse exclusivamente a las ciencias exactas. El documento está anotado de una manera que muestra que Filmer consiguió esta codiciada oportunidad, pero hasta hace muy poco no se habían encontrado rastros de sus éxitos en la institución del gobierno.

Ahora, sin embargo, ha quedado demostrado que a pesar de su celo declarado por la investigación, Filmer, antes de haber cumplido un año de beca, fue tentado por la posibilidad de un pequeño incremento en sus ingresos inmediatos, de manera que abandonó el laboratorio y se convirtió en uno de los calculadores de nueve peniques hora empleados por un célebre Profesor para ayudarle en la dirección de sus vastas investigaciones en el terreno de la física solar, investigaciones que todavía son motivo de asombro para los astrónomos. Después, por espacio de siete años, a excepción de las listas de aprobados de la Universidad de Londres, en las cuales se le ve trepar lentamente hasta una doble licenciatura de primera clase en matemáticas y química, no hay evidencia de cómo pasaba Filmer su vida. Nadie sabe cómo o dónde vivió, aunque parece muy probable que se mantuviera dando clases mientras proseguía los estudios necesarios para su graduación. Y después, cosa realmente extraña, aparece mencionado en la correspondencia de Arthur Hicks, el poeta.

«¿Recuerdas a Filmer? —escribe Hicks a su amigo Vance—. Pues bien, no ha cambiado lo más mínimo; la misma forma hostil de hablar entre dientes y la misma barba repugnante —¿cómo puede ingeniárselas un hombre para dar siempre la impresión de que lleva tres días sin afeitarse?—, y todavía conserva esa especie de aire furtivo de estar ocupado en asuntos secretos cuando uno se lo encuentra; incluso su chaqueta y su cuello raído no muestran señales del paso de los años. Estaba escribiendo en la biblioteca y yo me senté a su lado en nombre de la caridad divina, tras lo cual me insultó deliberadamente mientras tapaba sus anotaciones. Al parecer, tiene en sus manos algún brillante descubrimiento y sospecha que yo —¡con un libro de poemas editado en Bodley!— pretendo robárselo. Ha cosechado notables honores en la Universidad —me los enumeró precipitadamente, con una especie de estúpido entusiasmo, como si temiera que yo pudiera interrumpirle antes de haberme mencionado todos— y me habló largo y tendido sobre la obtención de su doctorado en ciencias, de la misma forma que uno podría hablar de subir a un coche. Y luego, con un insidioso tono comparativo, me preguntó por lo que yo estaba haciendo mientras su brazo se extendía nerviosamente —un verdadero brazo protector— sobre el papel que escondía la preciosa idea, su única idea prometedora.

—Poesía —dijo—, poesía. ¿Y qué pretende enseñar con eso, Hicks?

El pobre hombre es un embrión de catedrático de provincias, y yo doy gracias a Dios con devoción por haberme obsequiado con una preciosa indolencia, sin la cual podría haber seguido el camino hacia el doctorado en ciencias y la destrucción…».

Me atrevo a pensar que esta curiosa viñeta atrapa a Filmer en el momento o en momentos cercanos al nacimiento de su descubrimiento.

Hicks se equivocaba al pronosticar a Filmer una cátedra de provincias. La siguiente instantánea nos lo muestra disertando acerca de «la goma y sus sustitutos» en la Sociedad de Artes —había llegado a director de una importante fábrica de productos plásticos—, y ahora se sabe que en aquel tiempo era miembro de la Sociedad Aeronáutica, aunque no aportó nada en las discusiones de dicha corporación, pues prefería, sin duda, madurar su gran idea sin ayudas externas. Y a los dos años de aquella ponencia en la Sociedad de Artes se dedicó a sacar apresuradamente cierto número de patentes y a proclamar de forma muy poco seria la conclusión de las investigaciones divergentes que harían posible su máquina voladora. La primera declaración definitiva apareció en un mediocre vespertino, a través de la agencia de un individuo que se alojaba en la misma casa que Filmer. Esta precipitación final, después de una larga y laboriosa paciencia para mantener el secreto, parece haber sido debida a un pánico innecesario, pues Bootle, el célebre charlatán científico americano, había hecho una declaración que Filmer interpretó erróneamente como una anticipación de su idea.

Ahora bien, ¿en qué consistía exactamente la idea de Filmer? En realidad era una idea muy simple. Antes de él, las búsquedas de los aeronáuticos habían seguido dos líneas divergentes: por una parte se habían construido globos —grandes aparatos más ligeros que el aire, de fácil ascenso y de descenso relativamente seguro, pero que flotaban impotentemente a merced de cualquier brisa que los impulsara—; y, por otra, se habían desarrollado máquinas voladoras que sólo volaban en teoría —vastas estructuras planas más pesadas que el aire, impulsadas y mantenidas por pesados motores, y la mayoría de ellas se hacían pedazos al primer descenso—. Pero, dejando a un lado el hecho de que el inevitable desplome final las hacía imposibles, el peso de las máquinas voladoras ofrecía al menos una teórica ventaja: podrían navegar por el aire en sentido contrario al viento, una condición necesaria si la navegación aérea había de tener algún valor práctico. El mérito particular de Filmer consistió en descubrir la manera de que las ventajas opuestas, y hasta entonces incompatibles, del globo y la pesada máquina voladora pudieran ser combinadas en un único aparato, que sería, a voluntad, más pesado o más ligero que el aire. Las vejigas contráctiles de los peces y las cavidades neumáticas de los pájaros le brindaron los primeros ejemplos. Inventó un sistema de globos contráctiles y absolutamente cerrados que, al dilatarse, podrían elevar los actuales aparatos voladores con facilidad, y, al contraerse por medio de una complicada «musculatura» que Filmer había entretejido a su alrededor, quedarían casi completamente replegados en el interior del armazón; la estructura que sostenía estos globos fue construida con tubos huecos y rígidos que expulsaban el aire automática-mente por medio de un ingenioso dispositivo a medida que el aparato descendía, y que permanecían vacíos tanto tiempo como deseara el aeronauta. A diferencia de los aeroplanos precedentes, esta máquina no tenía alas o hélices, y el único motor que requería era el potente y compacto dispositivo, imprescindible para contraer los globos. Se dio cuenta de que un aparato como el que había inventado podría elevarse con la estructura vacía de aire y los globos dilatados a una altura considerable; y luego, podría contraer los globos y dejar que el aire penetrara en la estructura de tubos, de modo que al ajustar sus pesos se deslizara por el aire en la dirección deseada. A medida que descendiera, el aparato acumularía velocidad y, al mismo tiempo, perdería peso, y el impulso acumulado por el rápido descenso podría ser utilizado por medio de un desplazamiento de pesos para remontarse de nuevo gracias a la expansión de los globos. Esta concepción, que permanecía todavía dentro de los límites de la concepción básica de toda máquina voladora factible, necesitaba, sin embargo, un enorme despliegue de trabajos para coordinar los detalles, antes de que pudiera ser realizada definitivamente, y Filmer —como solía decir a los numerosos reporteros que se apiñaban a su alrededor en el apogeo de su fama— había llevado a cabo estos trabajos «generosa e incondicionalmente». Encontró una dificultad especial en el tejido elástico del globo contráctil. Comprendió que necesitaba un nuevo material, y para el descubrimiento y manufactura de este nuevo material, tuvo que realizar —como jamás dejó de recalcar a los reporteros— «un trabajo mucho más arduo que el que realicé para llegar a la conclusión definitiva de lo que parece ser mi mayor descubrimiento».

Pero no vaya a creerse que estas entrevistas sucedieron inmediatamente después de que Filmer proclamara su invento. Transcurrieron cerca de cinco años, durante los cuales continuó tímidamente en la fábrica de goma —parece haber dependido por completo de estos pequeños ingresos desde que inició su investigación—, haciendo infructuosos intentos para convencer a un público bastante indiferente de que él había inventado realmente lo que había inventado. Dedicó la mayor parte de su tiempo libre a redactar cartas para la prensa diaria y científica, explicando con precisión el incuestionable resultado de sus investigaciones y demandando ayuda financiera. Esto último habría sido suficiente para suprimir sus cartas. Invirtió los días festivos de los que podía disponer en insatisfactorias entrevistas con los porteros de los principales periódicos de Londres —estaba muy poco dotado para inspirar confianza a los conserjes —, y se sabe con absoluta seguridad que intentó convencer al Ministerio de la Guerra para que patrocinara su invento. En dicho Ministerio se conserva todavía una carta confidencial del general Volleyfire al conde de Frogs.

«El tipo en cuestión es un chiflado, y un pelota de la más baja categoría», dice el general con su típico estilo militar, populachero y sensato, y de este modo dio a los japoneses la oportunidad de asegurarse — tal y como hicieron posteriormente— la primacía en este aspecto de la guerra, primacía que, para mayor desventura nuestra, conservan todavía.

Y entonces, gracias a un golpe de suerte, se descubrió que la membrana que había ideado Filmer para su globo contráctil era de gran utilidad para las válvulas de un nuevo motor de gasolina y consiguió los fondos necesarios para construir un modelo experimental de su máquina voladora. Renunció a su empleo en la fábrica de goma, dejó de escribir cartas, y, con esa especie de misterio que parece haber sido una característica inseparable de todos sus procedimientos, se puso a trabajar en el aparato. Todo parece indicar que dirigió la fabricación de sus diferentes elementos y que reunió la mayor parte de los mismos en su habitación de Shoreditch, pero el montaje final se llevó a cabo en Dymchurch, en el condado de Kent. No construyó el aparato con las dimensiones necesarias para transportar a un hombre, pero hizo un uso de lo más ingenioso de lo que en aquel entonces se llamaban ondas Marconi para controlar el vuelo. La primera incursión aérea de esta nueva máquina voladora se efectuó sobre unos campos de los alrededores de Burford Bridge, cerca de Hythe, en

Kent, y Filmer siguió y controló el vuelo desde un triciclo de motor diseñado para tal efecto.

Considerando todas las circunstancias, el vuelo tuvo un éxito asombroso. El aparato fue transportado en una carreta de Dymchurch a Burford Bridge, donde se elevó a una altura cercana a los trescientos pies; desde allí descendió hasta las proximidades de Dymchurch, detuvo su descenso, se remontó de nuevo, describió un círculo y, finalmente, cayó sin daños considerables en un campo situado detrás de la posada de Burford Bridge. En el descenso sucedió algo muy curioso. Filmer abandonó su triciclo, trepó por el dique intermedio, avanzó unos veinte metros hacia su triunfo, extendió los brazos con gesticulaciones extrañas y se desplomó sin conocimiento. Más tarde, todos pudieron recordar la palidez de sus facciones y las muestras de extrema agitación que habían observado durante el desarrollo de la prueba, cosa que, de no haber ocurrido el incidente, habrían olvidado. Después, en la posada, Filmer tuvo un arrebato indescriptible de llanto histérico.

En total no hubo más de veinte testigos del suceso, y la mayor parte eran hombres sin educación. El médico de New Romney vio el ascenso, pero no el descenso, pues su caballo se asustó con el aparato eléctrico del triciclo de Filmer y le ocasionó una terrible caída. Dos miembros de la policía de Kent contemplaron de forma extraoficial la aventura desde una carreta. Un tendero que estaba visitando la región en busca de pedidos y dos señoritas en bicicleta parecen completar la lista de personas instruidas. También se encontraban presentes dos informadores; uno representaba a un diario de Folkestone, y el otro no era más que un reportero de cuarta categoría, un periodista de «simposio», cuyos gastos, Filmer, ansioso de una publicidad adecuada —y ahora por fin se daba cuenta de cuál era la forma más adecuada de conseguir esa publicidad—, había pagado. Era uno de esos escritores que pueden darle un tono convincente de irrealidad a los sucesos más verosímiles, y su semicómico relato del acontecimiento apareció en el suplemento de un diario popular. Pero, por fortuna para Filmer, los métodos coloquiales de este individuo eran más convincentes. Fue a ofrecer alguna aburrida crónica adicional sobre el tema a Banghurst, propietario del New Papery uno de los hombres mejor dotados y menos escrupulosos del periodismo londinense; y Banghurst se aprovechó inmediatamente de la situación. El reportero desaparece de la narración, sin duda muy dudosamente remunerado, y Banghurst, el propio Banghurst —papada, traje de sarga gris, abdomen, voz, gestos y demás—, aparece en Dymchurch siguiendo los consejos de su larga e inigualable nariz periodística. Con una sola mirada había adivinado todo el asunto, lo que era en ese momento y lo que podría llegar a ser.

El caso es que con su intervención, las investigaciones de Filmer, mantenidas en secreto tanto tiempo, alcanzaron la fama. Instantáneamente y de la forma más espléndida se convirtió en un Boom. Cuando uno revuelve los archivos de los periódicos del año 1907, comprueba con incredulidad lo repentino y delirante que debió de ser el boom en aquellos días. Los periódicos de julio no saben nada sobre navegación aérea, ni ven nada en la navegación aérea, manifestando con tan elocuente silencio que los hombres jamás querrían, podrían, o deberían volar. En agosto, la navegación aérea y los paracaídas, y las tácticas aéreas y el gobierno japonés, y Filmer y de nuevo la navegación aérea, sustituyen a la guerra de Yunnan y las minas de oro de la alta Groenlandia en las primeras páginas. Y Banghurst había dado diez mil libras esterlinas, y, un poco más tarde, cinco mil libras más, y había consagrado sus ilustres y espléndidos —aunque estériles hasta entonces— laboratorios privados y una cantidad de acres de los terrenos cercanos a su residencia privada en las colinas de Surrey a la conclusión enérgica y fulminante —estilo Banghurst— de una máquina voladora practicable del tamaño apropiado. Entretanto, a la vista de las multitudes privilegiadas que se agolpaban en el jardín amurallado de la residencia urbana de Banghurst en Fulham, Filmer era exhibido en recepciones semanales al aire libre, en las que ponía a prueba las cualidades de su modelo. Con un coste inicial enorme, pero con beneficio final, el New Paper ofreció a sus lectores un precioso documento fotográfico de la primera de estas funciones.

En este punto, la correspondencia entre Arthur Hicks y su amigo Vance, viene de nuevo en nuestra ayuda.

«Vi a Filmer en el esplendor de su gloria —escribe con el preciso toque de envidia acorde con su situación de poeta pasado de moda—. El tipo aparece peinado y afeitado, y vestido a la moda de una Real Institución de Conferenciantes de Sobremesa, con el último grito en levitas y botines de charol, y, en general, su comportamiento oscila entre el de un grave y solitario hombre de ciencia y el de un asustado y tímido patoso cruelmente expuesto al ridículo. No hay el más leve toque de color en la piel de su rostro; su cabeza sobresale hacia delante y esos extraños y pequeños ojos de color ámbar espían furtivamente a su alrededor para preservar su fama. Sus ropas están perfectamente cortadas y, sin embargo, le sientan como si las hubiese comprado de confección. Todavía habla mascullando entre dientes, pero se percibe confusamente que dice cosas en tono agresivo, y retrocede instintivamente hasta las últimas filas de los grupos en cuanto Banghurst desaparece durante un minuto, y cuando pasea por los prados de Banghurst se observa que está un tanto sofocado y que se mueve nerviosamente, apretando sus blancas y débiles manos. Se encuentra en un estado de tensión, de horrible tensión. Y es el más Famoso Inventor de este siglo o de cualquier otro siglo… ¡El más Famoso Inventor de este siglo o de cualquier otro siglo! Lo que más choca de él es que no da la impresión de haberse esperado jamás, y en ningún caso, nada parecido a esto. Banghurst está en todas partes, el enérgico Maestro de Ceremonias con su pequeña gran presa, y yo juraría que nos tendrá a todos en sus tierras antes de que Filmer finalice su ingenio. Ayer había cazado al primer ministro, y Filmer —¡bendita sea su alma!— no parecía especialmente inflado, para ser una ocasión tan importante. ¡Imagínatelo! ¡Filmer! ¡Nuestro oscuro y plebeyo Filmer! ¡La Gloria de la Ciencia Británica! Las duquesas se apiñan a su alrededor; las hermosas y atrevidas damas de la nobleza —por cierto, ¿has notado lo perspicaces que se han vuelto las grandes damas?— le dicen con sus hermosas y claras voces:

»—Oh, Mr. Filmer, ¿cómo ha sido capaz de inventar esto?

»Los hombres vulgares, que viven al margen de las cosas, están demasiado aislados para responder ingeniosamente. Uno se imagina una respuesta al modo de una interview:

»—Trabajando duramente y sin descanso, Madame, y, tal vez… no lo sé… tal vez, gracias a cierta capacidad personal».

Hasta aquí el testimonio de Hicks. El suplemento fotográfico del New Paper está en perfecta armonía con la descripción. En una de las imágenes, la máquina desciende hacia el río y, debajo de ella, a través de un claro entre los olmos, aparece el campanario de la iglesia de Fulham; en otra, Filmer está sentado ante sus baterías de control, y los hombres poderosos y las mujeres hermosas de la tierra permanecen de pie a su alrededor, con Banghurst al fondo, que muestra un aire modesto, pero decidido. La instantánea del grupo es extraordinariamente oportuna. Tapando gran parte de Banghurst, y mirando hacia Filmer con expresión triste y especulativa, aparece Lady Mary Elkinghorn, todavía hermosa, a pesar de su aire de escándalo y de sus treinta y ocho años, y, además, la única persona que no parece estar pendiente de la cámara que está a punto de retratarlos.

Hasta aquí hemos dado muchos detalles superficiales de la historia de Filmer, pero, al fin y al cabo, son sólo detalles superficiales. En cuanto a lo que interesa realmente del caso, uno se encuentra sumido necesariamente en la oscuridad. ¿Cómo se sentía Filmer en aquella época? ¿Cuál era la intensidad de cierto sentimiento desagradable que se alojaba en el interior de su nueva y elegante levita? Aparecía en los periódicos de medio penique, en los de penique, en los de seis peniques y publicaciones similares algo más caras, y era reconocido en el mundo entero como «el más Famoso Inventor de este siglo o de cualquier otro siglo». Había inventado una máquina voladora factible y, día tras día, la construcción de un modelo de dimensiones apropiadas se llevaba a cabo en las colinas de Surrey. Y cuando estuviera terminado, se esperaba, como consecuencia clara e inevitable de haberlo inventado y realizado —y desde luego, a todo el mundo le parecía indudable y no había el menor resquicio para la duda en este vaticinio universal—, que el propio Filmer se subiría a bordo con orgullo y entusiasmo, se remontaría con ella por los aires y volaría.

Pero ahora sabemos con absoluta certeza que el simple orgullo y el entusiasmo para afrontar una acción desemejante naturaleza, no estaban en armonía con la constitución particular de Filmer. En aquel entonces no se le ocurrió a nadie, pero lo cierto es que así era.

Ahora podemos suponer con entera confianza que la idea de volar debió de originar en su espíritu una constante zozobra durante el día, y, por una carta que envió a su médico quejándose de un insomnio persistente, tenemos una sólida razón para suponer que la zozobra dominó también sus noches. Al fin y al cabo, la idea de revolotear en el vacío a mil pies de altura, tenía que parecerle a Filmer abominablemente angustiosa, incómoda y peligrosa.

Ya desde el principio, por la época en que fue proclamado el más Famoso Inventor de este siglo o de cualquier otro siglo, debió de haberle atormentado la visión de acometer una empresa semejante, y con un vacío inmenso bajo sus pies. Es posible que alguna vez, en su juventud, hubiera sentido vértigo desde una gran altura, o sufrido una caída excesivamente desafortunada; o, quizá, el hábito de dormir en una mala postura hubiera desembocado en la desagradable pesadilla de la caída en el vacío, que todo el mundo conoce, infundiéndole ese horror. De lo que no cabe la menor sombra de duda ahora es de la intensidad de ese horror.

Aparentemente, en los primeros tiempos de su investigación jamás se había planteado la obligación de volar; la máquina había sido su meta, pero ahora las cosas habían sobrepasado los límites de su meta y, particularmente, aquella vertiginosa ascensión por los aires. Era un Inventor y había Inventado. Pero no era un Aeronauta, y sólo ahora empezaba a darse cuenta con claridad de que todo el mundo esperaba que volara. Y sin embargo, por más que la idea ocupara constantemente su imaginación, no dio ninguna muestra de ello hasta el último momento. Entretanto, iba de un lado a otro en los espléndidos laboratorios de Banghurst; era entrevistado y celebrado, vestía a la moda, comía suculentos manjares y vivía en un piso elegante, pegándose un atracón de tan espléndida, inmoderada y saludable Fama y Exito, como jamás un hombre, muerto de hambre durante tantos años como él había estado, habría soñado pegarse.

Las reuniones semanales de Fulham cesaron al cabo de un tiempo. Cierto día, el modelo se había negado por unos momentos a obedecer los controles de Filmer, o tal vez éste se distrajera a causa de las bendiciones de un arzobispo. El caso es que, de repente, en el preciso instante en que el arzobispo se embarcaba en una cita latina, como si fuera un arzobispo de novela, el aparato hundió el morro en el aire y fue a caer en la carretera de Fulham, a tres yardas del caballo de un ómnibus. Durante cosa de un segundo se mantuvo en suspenso, asombrando a los presentes con su asombroso comportamiento. Luego se desplomó, estalló en pedazos, y el caballo del ómnibus fue asesinado accidentalmente.

Filmer se perdió el final de la bendición arzobispal. Se levantó y se quedó mirando cómo su invento caía fuera del alcance de su mirada. Sus largas y pálidas manos permanecían aferradas a su inútil aparato. El arzobispo siguió el recorrido de la mirada de Filmer por el cielo con una aprensión impropia de un arzobispo.

Después, el estallido, los pitos y el escándalo, mitigaron la tensión de Filmer.

—¡Dios mío! —susurró, y se sentó.

Casi todos los demás miraban sorprendidos hacia el cielo para ver por dónde había desaparecido la máquina; algunos corrían hacia la casa.

La construcción de la máquina grande se aceleró después de este accidente. Filmer dirigía la construcción, siempre con cierta lentitud y ademanes muy cuidados, siempre con una preocupación creciente en su espíritu. Las precauciones que tomó respecto a la resistencia y seguridad del modelo fueron prodigiosas. A la menor señal de duda detenía todos los trabajos hasta que la pieza fuera reemplazada. Wilkinson, su ayudante principal, echaba pestes cada vez que se producían estas interrupciones, la mayor parte de las cuales, insistía, eran innecesarias. Banghurst ensalzaba la paciente exactitud de Filmer en el New Paper —aunque le injuriaba implacablemente cuando estaba con su mujer— y MacAndrew, el segundo ayudante, acreditaba la sabiduría de Filmer.

—No queremos que se produzca un fiasco —decía—. Filmer es extremadamente prudente.

Y siempre que se presentaba una oportunidad, Filmer explicaba con total precisión a Wilkinson y a MacAndrew cómo tenía que ser controlado y manejado cada componente de la máquina voladora, de manera que estuvieran realmente tan capacitados, o más, para conducirla a través de los cielos cuando llegara el momento.

Ahora pienso que si Filmer, ante esta comedia, hubiera sido capaz de determinar exactamente cuáles eran sus sentimientos y adoptar una línea de conducta definida respecto al tema de su ascensión, podría haber eludido esa penosa prueba con facilidad. Si hubiera tenido esto claro, podría haber hecho un sinfín de cosas. Seguramente habría encontrado sin dificultad un especialista que certificara que tenía el corazón débil, o alguna afección gástrica o pulmonar, para impedir el vuelo —y esta es precisamente la actitud que no adoptó, lo cual no deja de asombrarme—; o podría, si hubiera sido un hombre de más carácter, haber declarado simple y llanamente que no tenía intención de hacer tal cosa. Aunque el terror estaba constantemente presente en su espíritu, el hecho es que no se planteaba con claridad y precisión el problema. Supongo que durante todo aquel periodo no dejó de decirse que, cuando llegara el momento, se encontraría a la altura de las circunstancias. Era como un hombre paralizado por una grave enfermedad, que dice estar un poco indispuesto, pero que espera sentirse mejor al cabo de un rato. Entretanto, retrasaba la terminación de la máquina y dejaba que arraigara y creciera a su alrededor la presunción de que él iba a tripularla. Incluso aceptó elogios anticipados por su valor. Y, dejando a un lado sus aprensiones secretas, no cabe duda de que todas las alabanzas, distinciones y aclamaciones que recibió le parecieron una droga deliciosa y embriagadora.

Lady Mary Elkinghorn consiguió que las cosas se le complicaran un poco más.

El origen de aquello fue tema de inagotables especulaciones para Hicks. Es probable que al principio ella se mostrara un tanto «amable» con Filmer, haciendo gala de esa imparcial parcialidad tan suya, y es posible que a sus ojos —y debido al hecho de que se destacara tan notoriamente mientras dirigía su monstruo hacia los cielos— Filmer hubiera adquirido una distinción que Hicks no estaba dispuesto a concederle. Sea como sea, debieron de disponer ambos de un momento de aislamiento, y el gran Inventor de un momento de valor suficiente para que algo de índole un poco más personal fuera revelado o declarado entre dientes. De cualquier modo, es indudable que empezó, y no tardó en ser observado por una clase de gente acostumbrada a encontrar en los actos de Lady Mary Elkinghorn un motivo de diversión. Esto complicó las cosas, porque, el estado amoroso en un espíritu tan virginal como el de Filmer, tenía que reforzar su determinación —si no lo suficiente, al menos en grado considerable— de afrontar un peligro que le horrorizaba, y le impediría además cualquier tentativa de evasión que, en realidad, habría sido lo lógico y natural.

Sigue siendo tema de especulación saber cuáles eran exactamente los sentimientos de Lady Mary hacia Filmer y lo que realmente pensaba de él. A los treinta y ocho años, uno puede haber acumulado bastante sabiduría, y no ser todavía sabio del todo; y, además, la imaginación funciona aún con actividad suficiente para crear espejismos y aspirar a lo imposible. Filmer aparecía ante sus ojos como un personaje de capital importancia —y eso siempre cuenta— y, al parecer, estaba dotado de poderes únicos, al menos en el aire. Su actuación con el modelo tenía un aire de fascinación que lo equiparaba con un potente conjuro, y las mujeres han mostrado siempre una insensata disposición a imaginar que cuando un hombre tiene poderes, ha de tener necesariamente Poder. De este modo, cualquier imperfección en la apariencia o los modales de Filmer, se convertía en un mérito añadido. Era modesto, odiaba la ostentación, pero cuando llegara el momento en que se necesitaran verdaderas cualidades, entonces… ¡entonces se vería!

La difunta Mrs. Bampton creyó prudente comunicar a Lady Mary su opinión de que Filmer, considerando todas las cosas, era más bien un «gusano».

—Ciertamente, es un tipo de hombre que no había conocido hasta ahora —dijo Lady Mary con imperturbable serenidad.

Y Mrs. Bampton, después de lanzar una rápida e imperceptible mirada hacia aquella serenidad, decidió que por lo que se refería a comunicarle sus prevenciones a Lady Mary, había hecho cuanto se podía esperar de ella. Pero a los demás les dijo un montón de cosas.

Y por fin, sin excesiva o impropia precipitación, amaneció el día, el gran día, en el que Banghurst había prometido a su público —el mundo entero en realidad— que la navegación aérea sería definitivamente dominada y superada. Filmer lo vio amanecer; acechó incluso en la oscuridad antes de que amaneciera y vio cómo se apagaban las estrellas y cómo los grises y nacarados tonos rosáceos daban paso al claro azul celeste de un día radiante y despejado. Lo contempló desde la ventana de su dormitorio situado en el ala recién construida de la residencia estilo Tudor de Banghurst. Y a medida que las estrellas se desvanecían y las formas y sustancias de las cosas surgían de la amorfa oscuridad, debió de ver con creciente claridad los preparativos de la fiesta en el parque, más allá de los grupos de hayas cercanos al pabellón verde, las tres tribunas levantadas para los espectadores privilegiados, la nueva y reluciente valla del recinto, los cobertizos y los talleres, los mástiles venecianos y los ondeantes pabellones que Banghurst había considerado indispensables… Y en medio de todas aquellas cosas se destacaba, lánguida y funesta en la plácida aurora, una gran forma cubierta con una lona. Un extraño y terrible presagio para la humanidad se ocultaba bajo aquella forma, un destello inicial que había de propagarse y ensancharse y transformar y dominar con seguridad todos los acontecimientos de la vida humana; pero es indudable que Filmer sólo lo veía en aquellos momentos bajo una perspectiva estrecha y personal. Muchas personas le oyeron pasearse a altas horas de la noche, pues la vasta mansión estaba atestada de huéspedes invitados por su propietario editor que, ante todo, creía en el aprovechamiento del espacio. Y hacia las cinco de la mañana, si no antes, Filmer abandonó su habitación y se alejó de la dormida mansión y deambuló por el parque, donde, a esa hora, no había nada más que la luz del sol, los pájaros, las ardillas y los gamos. MacAndrew, que era también un hombre madrugador, se encontró con él cerca de la máquina y se fueron juntos a echar un vistazo.

No se sabe si Filmer desayunó algo, a pesar de las recomendaciones de Banghurst. Parece ser que tan pronto como los invitados empezaron a deambular en número creciente, Filmer se retiró a su habitación. De allí se fue, a eso de las diez, hacia los setos, probablemente porque había visto a

Lady Mary Elkinghorn. Se paseaba de acá para allá conversando alegremente con su vieja amiga de colegio, Mrs. Brewis-Craven y, aunque Filmer no había visto nunca a ésta última, se unió a ellas y paseó a su lado durante un rato. A pesar de la elocuencia de Lady Mary, se produjeron varios momentos de silencio. La situación era complicada y Mrs. Brewis-Craven no acertaba a vencer esa complicación.

—Me dio la impresión —dijo después, incurriendo en una flagrante contradicción— de que era un ser muy desgraciado, que tenía algo que decir y, sobre todo, necesitaba que le ayudaran a decirlo. Pero ¿cómo iba una a ayudarle si no se podía adivinar de qué se trataba?

A las once y media, los recintos reservados para el público en el parque exterior estaban atestados; había una corriente intermitente de carruajes a lo largo de la franja que rodeaba el parque, y los invitados de la casa estaban diseminados por el césped, los setos y las esquinas del parque interior, en una sucesión de grupos vistosamente ataviados, atentos todos a la máquina voladora. Filmer paseaba en un grupo de tres, con Banghurst, que hacía gala de una suprema y visible felicidad, y Sir Theodore Hickle, presidente de la Sociedad Aeronáutica. Mrs. Banghurst les seguía a poca distancia, en compañía de Lady Mary Elkinghorn, Georgina Hickle y el deán de Stays. Banghurst monopolizaba la conversación y Hickle rellenaba inmediatamente los pocos intersticios que dejaba con observaciones complementarias dirigidas a Filmer. Y Filmer caminaba entre ellos sin decir una palabra, excepto cuando se hacía inevitable una respuesta. Detrás, Mrs. Banghurst gozaba de la conversación admirablemente tramada y proporcionada del deán, con esa palpitante atención hacia el alto clero que diez años de promoción y supremacía social no habían podido borrar de su espíritu; y Lady Mary contemplaba, sin duda con una entera confianza en el hombre que había de desilusionar al mundo, los hombros caídos de esa clase de hombre que no había conocido hasta entonces.

Cuando el grupo principal llegó a la vista del público, se produjeron algunos aplausos, tal vez no demasiado unánimes ni estimulantes. Se habían acercado a unos cincuenta metros del aparato, cuando Filmer lanzó una impaciente mirada por encima del hombro para medir la distancia que le separaba de las mujeres que venían detrás, y se atrevió entonces a hacer el primer comentario que pronunciaban sus labios desde que salieron de la mansión. Su voz era un poco ronca, y cortó a Banghurst en medio de una sentencia sobre el Progreso.

—Oiga, Banghurst —dijo, y se calló.

—¿Sí? —dijo Banghurst.

—Quisiera… —se humedeció los labios—. No me siento bien.

Banghurst se paró en seco.

—¿Qué? —gritó.

—Una sensación extraña —Filmer hizo ademán de moverse, pero Banghurst seguía inmóvil—. No sé.

Tal vez me encuentre mejor dentro de un minuto. Si no… quizá… MacAndrew…

—¿No se encuentra bien? —dijo Banghurst, y clavó su mirada en el pálido rostro de Filmer—. ¡Querida! —añadió en el preciso instante en que Mrs. Banghurst se acercaba a ellos—. Filmer dice que no se siente bien.

—Un pequeño malestar —exclamó Filmer, eludiendo la mirada de Lady Mary—. Puede que se me pase…

Se produjo un silencio.

Filmer pensó que era la persona más desamparada del mundo.

—En cualquier caso —dijo Banghurst—, la ascensión debe ser efectuada. Tal vez, si se sentara en algún sitio durante un rato…

—Es por la muchedumbre, creo —dijo Filmer.

Se produjo una segunda pausa. Los ojos de Banghurst se posaron en Filmer, escrutándole, y después recorrieron la masa de público del recinto.

—Qué inoportuno —dijo Sir Theodore Hickle—; pero todavía… supongo… sus ayudantes… Desde luego, si no se encuentra en condiciones y está indispuesto…

—No creo que Mr. Filmer permita eso ni por un sólo instante —dijo Lady Mary.

—Pero si a Mr. Filmer le fallan los nervios… Incluso puede ser peligroso para él intentarlo… —dijo Hickle, y tosió.

—Precisamente porque es peligroso… —comenzó Lady Mary, y creyó que había expresado con suficiente claridad su punto de vista y el de Filmer.

Filmer se debatía entre motivos contradictorios.

—Creo que debo subir —dijo, mirando al suelo.

Levantó la vista y se encontró con los ojos de Lady Mary.

—Quiero subir —dijo, y le sonrió débilmente.

Después se volvió hacia Banghurst.

—Si pudiera sentarme durante un rato en algún sitio apartado de la muchedumbre y el sol…

Por fin, Banghurst empezó a comprender el caso.

—Venga a mi habitación del pabellón verde —dijo—. Allí hace bastante fresco.

Cogió a Filmer del brazo.

Filmer se volvió de nuevo hacia Lady Mary Elkinghorn.

—Me pondré bien en cinco minutos —dijo—. Estoy tremendamente apenado…

Lady Mary Elkinghorn le sonrió.

—No podía imaginar… —le dijo a Hickle, y cedió a la fuerza del tirón de Banghurst.

El resto del mundo se quedó mirando a los dos que se alejaban.

—Es tan frágil —dijo Lady Mary.

—Es un hombre extremadamente nervioso —dijo el deán, cuya debilidad consistía en considerar «neurótico» a todo el mundo, a excepción de los clérigos casados y con familia numerosa.

—Desde luego —dijo Hickle—, no es absolutamente necesario que vuele por el mero hecho de haber inventado…

—¿Podría ser de otra manera? —preguntó Lady Mary, con una débil mueca de desprecio.

—Ciertamente, sería de lo más desafortunado que cayera enfermo ahora —dijo Mrs. Banghurst con severidad.

—No se pondrá enfermo —dijo Lady Mary, que había recibido la mirada de Filmer.

—Se recuperará —decía Banghurst mientras caminaban hacia el pabellón—. Todo lo que necesita es un trago de brandy. Tiene que ser usted, ¿comprende? Y será usted… Lo pasará muy mal si permite que otro hombre…

—¡Oh! Quiero hacerlo yo —dijo Filmer—. Me recuperaré. De hecho, estoy casi dispuesto ahora… ¡No! Creo que primero tendré que tomar ese trago de brandy.

Banghurst le instaló en la habitación y destapó una licorera vacía. Después salió en busca de brandy de repuesto. Estuvo fuera cerca de cinco minutos.

La historia de esos cinco minutos no puede ser escrita. Los espectadores situados en el ala oriental de las tribunas levantadas para el público pudieron ver a intervalos la cara de Filmer pegada contra los cristales de la ventana, mirando hacia el exterior con ojos desorbitados y, después, alejarse y desvanecerse. Banghurst desapareció gritando por detrás de la tribuna principal, e inmediatamente apareció el mayordomo, que se dirigía hacia el pabellón con una bandeja.

La habitación en donde Filmer tomó su última decisión era una pieza confortable, amueblada de forma muy simple, con muebles de color verde y un escritorio antiguo, pues Banghurst era sencillo en sus costumbres privadas. Estaba decorada con pequeños grabados de estilo Morland, y había también un estante con libros. Pero sucedió que Banghurst había dejado un rifle pequeño con el que a veces se entretenía encima de la mesa, y en una esquina de la chimenea había una lata que contenía tres o cuatro cartuchos. Mientras Filmer se paseaba de un lado a otro de la habitación luchando con su intolerable dilema, se dirigió en primer lugar hacia el insinuante rifle que se hallaba atravesado sobre el cartapacio que había encima de la mesa, y después hacia la insinuante etiqueta roja:

22 LARGO

La idea debió de penetrar en su cerebro en un instante.

Al parecer, nadie relacionó el sonido con él, aunque el rifle, al ser disparado en un espacio tan reducido, tuvo que haber resonado estrepitosamente, y eso que había varias personas reunidas en la sala de billar, que estaba separada tan sólo por un delgado tabique de yeso de la habitación donde se encontraba Filmer. Pero en cuanto el mayordomo de Banghurst abrió la puerta y percibió el acre olor a humo, comprendió, dijo, lo que había sucedido. Al menos los sirvientes de la mansión de Banghurst habían presentido que sucedía algo en el espíritu de Filmer.

Durante toda aquella penosa tarde, Banghurst se comportó tal y como creía que un hombre había de comportarse al enfrentarse con un desastre irremediable, y la mayoría de los invitados hicieron bien en no insistir sobre el hecho —aunque les resultaba imposible disimular ciertas perspicacias— de que Banghurst había sido timado por el suicida de la forma más elaborada y completa. El público que llenaba el recinto, según me contó Hicks, se dispersó «como una fiesta que ha sido echada a perder por un patoso», y, al parecer, no había un alma en el tren de regreso a Londres que no supiera desde el principio que la navegación aérea era una aventura imposible para el hombre.

—Pero, después de haber llegado tan lejos —decían algunos—, podía haberlo intentado.

Por la noche, cuando se quedó relativamente solo, Banghurst perdió la serenidad y se desmoronó como un ídolo de barro. Me han dicho que lloró, lo cual debió de ser un espectáculo impresionante. Y se sabe con absoluta seguridad que dijo que Filmer había arruinado su vida, y que ofreció y vendió el aparato completo a MacAndrew por media corona.

—He estado pensando que… —dijo MacAndrew a la conclusión del negocio, pero se calló.

A la mañana siguiente el nombre de Filmer era por primera vez menos visible en el New Paper que en cualquier otro diario del mundo. El resto de los informadores del globo terráqueo, con un énfasis que variaba de acuerdo a su dignidad y grado de competencia con el New Paper, proclamaban el «completo fracaso de la Nueva Máquina Voladora» y el «suicidio del Impostor». Pero en la región septentrional de Surrey la acogida de las noticias era mitigada por la percepción de fenómenos aéreos insólitos.

La noche anterior Wilkinson y MacAndrew se habían enzarzado en una violenta discusión sobre los motivos exactos de la insensata decisión de su jefe.

—Es cierto que era muy poca cosa, un cobarde, pero en lo que se refiere a su ciencia, no era un impostor —dijo MacAndrew—, y yo estoy dispuesto a hacer una demostración práctica de esta verdad, Mr. Wilkinson, tan pronto como podamos disfrutar de algo de tranquilidad, pues no tengo ninguna fe en todo este despliegue publicitario para las pruebas experimentales.

Y con este objetivo, mientras el mundo entero se dedicaba a leer las noticias referentes al fracaso de la nueva máquina voladora, MacAndrew se elevó hacia los cielos y describió curvas de gran amplitud y mérito sobre los campos de Epsom y Wimbledon; y Banghurst, que había recuperado una vez más la esperanza y la energía, sin prestar atención a la seguridad pública ni al Ministerio de Comercio, seguía de cerca sus evoluciones e intentaba atraer la atención del aeronauta desde un automóvil, y en pijama —pues había contemplado la escena de la ascensión en el momento en que levantaba la persiana de la ventana de su dormitorio—, equipado, entre otras cosas, con una máquina fotográfica que más tarde se comprobó que estaba estropeada.

Y Filmer yacía sobre la mesa de billar del pabellón verde con una sábana sobre su cuerpo.

LA TIENDA MÁGICA

Había visto varias veces la Tienda Mágica desde lejos; había pasado una o dos veces por delante del escaparate, donde se podían contemplar pequeños objetos mágicos: bolas mágicas, gallinas mágicas, conos maravillosos, muñecas ventrílocuas, material para el truco del cesto, barajas que parecían corrientes, y todo ese tipo de cosas; pero nunca se me había pasado por la cabeza entrar, hasta que un día, sin previo aviso, Gip me cogió del dedo y me arrastró hasta el escaparate, y se comportó de tal forma que no me quedó más remedio que entrar con él. A decir verdad, no pensaba que estuviera en ese lugar —era una fachada de dimensiones modestas en Regent Street, entre una tienda de cuadros y un establecimiento donde salen los polluelos de las incubadoras patentadas—, pero el hecho es que estaba allí. Creía que se encontraba más cerca de Circus, o por la esquina de Oxford Street, incluso en Holborn; siempre estaba en la acera de enfrente y un tanto inaccesible, como si su situación fuera un espejismo; pero estaba allí en ese momento, sin ningún género de dudas, y la gruesa yema del dedo de Gip hacía un ruido sobre el cristal.

—Si fuera rico —dijo Gip, mientras señalaba con un dedo el «huevo que desaparece»— me compraría esto. Y eso —refiriéndose a la «muñeca que llora, muy humana»—, y esto —señalando una cosa misteriosa que se llamaba, según se leía en una elegante tarjeta: «Compra uno y asombra a tus amigos»—. Cualquier cosa —añadió— puede desaparecer bajo uno de estos conos. Lo he leído en un libro. Y allí, papá, está el «medio penique que desaparece» … sólo que lo han puesto de esa forma para que no podamos ver cómo se hace.

Gip, un niño encantador que había heredado la educación de su madre, no tenía intención de entrar en la tienda ni de molestar en absoluto; pero me llevó del dedo inconscientemente hasta la puerta y dio a entender su interés de una forma clara.

—Eso —dijo, y señaló la «botella mágica».

—¿Y si la tuvieras? —le dije.

Cuando oyó esta pregunta prometedora, me miró con un resplandor repentino en los ojos.

—Se lo enseñaría a Jessie —dijo, pensando como siempre en los demás.

—Quedan menos de cuatro meses para tu cumpleaños, Gibbles —dije, y puse la mano en el picaporte.

No respondió, pero su mano me apretó más el dedo, y así entramos en la tienda.

No era una tienda común; era una tienda mágica, y el entusiasmo y la precipitación que Gip habría mostrado de tratarse de meros juguetes, no se manifestó en esta ocasión. Dejó que el peso de la conversación recayera sobre mí.

Era una tienda pequeña, estrecha y con poca luz; el timbre de la puerta volvió a sonar con una nota de dolor cuando la cerramos. Durante un momento estuvimos solos y pudimos contemplar lo que había a nuestro alrededor. Había un tigre de papier-maché sobre la vitrina que cubría el mostrador, un tigre grave, de ojos bondadosos que movía la cabeza rítmicamente; había varias esferas de cristal, una mano de porcelana que sostenía cartas mágicas, un surtido de peceras mágicas de varios tamaños, un sombrero mágico impúdico que mostraba sin vergüenza sus resortes. En el suelo había espejos mágicos: uno te alargaba y estrechaba, otro te aumentaba la cabeza y te hacía desaparecer las piernas, y otro te hacía pequeño y gordo como un tonelete. Cuando nos estábamos riendo de esto, llegó el que, según creí, era el encargado de la tienda.

Fuera quien fuera, estaba detrás del mostrador; era un hombre cetrino, moreno, extraño, con una oreja más grande que otra y un mentón como la punta de una bota.

—¿En qué puedo servirles? —dijo extendiendo sus dedos largos y mágicos sobre la vitrina.

Y así, con un susto, fue como le conocimos.

—Quiero comprar a mi pequeño algún truco sencillo de prestidigitación —dije.

—¿Un juego de manos? —preguntó—. ¿Mecánico? ¿Casero?

—Algo divertido —dije.

—¡Hum! —dijo el dependiente, y se rascó la cabeza como si reflexionara. Entonces sacó claramente de la cabeza una bola de cristal—. ¿Algo así? —dijo, y nos la acercó.

Lo que hizo fue sorprendente. Había visto el truco infinidad de veces en algún espectáculo —forma parte del repertorio habitual de los prestidigitadores—, pero no esperaba verlo allí.

—Está muy bien —dije riéndome.

—¿Verdad? —dijo el dependiente.

Gip alargó la mano para coger la bola, pero sólo encontró una mano vacía.

—Está en tu bolsillo —dijo el dependiente, ¡y allí estaba!

—¿Cuánto cuesta? —pregunté.

—Las bolas de cristal no cuestan nada —dijo el dependiente con cortesía—. Las conseguimos gratis —añadió sacando una del codo.

Volvió a sacar otra de la nuca y la dejó junto a la anterior en el mostrador. Gip miró su bola de cristal con prudencia, después dirigió una mirada de interrogación hacia las dos que estaban en el mostrador y, finalmente, examinó con sus ojos redondos al dependiente, que sonrió.

—Puedes quedarte con estas también —dijo el dependiente—, y, si no te importa, con una que saque de mi boca. ¡Así!

Gip me pidió consejo con la mirada y luego, en profundo silencio, se guardó las cuatro bolas, estrechó de nuevo mi dedo tranquilizador y se dio ánimos para presenciar el siguiente acontecimiento.

—Conseguimos todos nuestros pequeños trucos de esta forma —observó el dependiente.

Me reí como el que sigue una broma.

—En lugar de ir al distribuidor —dije—. Evidentemente, así sale más barato.

—En cierto modo —dijo el dependiente—. A fin de cuentas acabamos pagándolos, pero no tanto… como la gente supone… Nuestros trucos más importantes y los suministros diarios de las demás cosas que queremos los sacamos de ese sombrero… Y usted sabe, señor, si me permite decírselo, que no hay un almacén de venta al por mayor de artículos mágicos genuinos. No sé si ha reparado en nuestro rótulo: La Tienda de Magia Genuina.

Sacó una tarjeta comercial de su mejilla y me la entregó.

—Genuina —dijo, acompañando la palabra con el movimiento de un dedo—. No hay ningún tipo de engaño —añadió.

Parecía que estaba llevando la broma demasiado lejos.

Se volvió hacia Gip con una sonrisa extraña.

—Mira, tú eres un Buen Muchacho.

Me sorprendió que supiera esto, pues, en beneficio de su disciplina, lo manteníamos en secreto incluso en casa; pero Gip recibió la frase con impávido silencio y mantuvo la mirada firme sobre el dependiente.

—Sólo los Niños Buenos logran pasar por esa puerta.

Y, a modo de ejemplo, llegó hasta nosotros un golpeteo en la puerta y se pudo oír débilmente una vocecita que gritaba:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Quiero entrar ahí, papá! ¡Quiero entrar ahí!

Luego se oyó la voz de un angustiado padre que trataba de consolarle y tranquilizarle:

—Está cerrado, Edward —dijo.

—Pero no lo está —dije.

—Sí, señor —dijo el dependiente—. Siempre está cerrado para esa clase de niños.

Mientras hablaba vislumbramos al niño: una carita blanca, pálida de comer dulces y chucherías, y deformada por las malas pasiones; un pequeño egoísta inexorable que daba patadas al cristal encantado.

—No servirá de nada —dijo el comerciante cuando me dirigí hacia la puerta, movido por mi natural amabilidad.

Al poco tiempo se llevaron al niño mimado, que no paraba de berrear.

—¿Cómo logra hacer eso? —dije respirando un poco más libremente.

—¡Magia! —dijo el dependiente, moviendo la mano descuidadamente, y, de pronto… surgieron chispas de diversos colores de sus dedos y se desvanecieron en las sombras de la tienda.

—Antes de entrar decías —dijo dirigiéndose a Gip— que querías una de nuestras cajas «compra una y asombra a tus amigos».

—Sí —dijo Gip, después de haberse dado ánimos.

—Está en tu bolsillo.

E inclinándose sobre el mostrador —tenía un cuerpo increíblemente largo—, este asombroso personaje mostró el artículo como suelen hacerlo los prestidigitadores.

—Papel —dijo, y sacó una hoja del sombrero vacío—. Cuerda.

Y su boca se convirtió en una caja de cuerdas, de la cual sacó una tira interminable que rompió con los dientes cuando terminó de atar el paquete… y, después —eso me pareció a mí—, se tragó el ovillo. Luego encendió una vela en la nariz de una de las muñecas ventrílocuas, puso uno de sus dedos (que se había puesto rojo como el lacre) en el fuego, y selló el paquete.

—Luego estaba el «huevo que desaparece» —observó.

Sacó uno de mi chaqueta y lo empaquetó, así como el «niño que llora, muy humano». Cuando estaban listos, yo entregaba los paquetes a Gip, que los estrechaba contra el pecho.

Habló muy poco, pero sus ojos eran elocuentes, al igual que la fuerza con que sostenía los paquetes. Gip era el escenario de emociones indescriptibles. Estas eran magia auténtica.

Luego, sobresaltado, descubrí algo que se movía dentro de mi sombrero, algo suave e inquieto. Me quité el sombrero rápidamente y una paloma irritada —un cómplice, sin duda— saltó, corrió por el mostrador, y creo que se metió en una caja de cartón, detrás del tigre de papier-maché.

—¡Qué horror! —dijo el dependiente, quitándome el sombrero con destreza—. ¡Vaya pájaro descuidado! ¡Mira que anidar en cualquier parte!

Sacudió mi sombrero y en su mano abierta aparecieron dos o tres huevos, una canica grande, un reloj, media docena de las inevitables bolas de cristal, y más y más papel arrugado y estrujado, mientras hablaba sin parar de cómo la gente se olvida de cepillar los sombreros por dentro, así como por fuera; lo decía con mucha educación, pero refiriéndose a mí.

—Se acumulan todo tipo de cosas, señor… No me refiero a usted en particular, por supuesto… Casi todos los clientes… Es asombroso todo lo que llevan encima…

El papel arrugado crecía y ondeaba en el mostrador, cada vez en mayor cantidad, hasta que casi ocultó al dependiente, hasta que lo ocultó por completo, y su voz seguía y seguía.

—Ninguno de nosotros sabe lo que puede ocultar la buena apariencia de un ser humano, señor. No somos mejores que fachadas encaladas, sepulcros blanqueados…

Su voz se paró exactamente igual que cuando se golpea el gramófono del vecino con un ladrillo bien dirigido: el mismo silencio instantáneo. El crujido del papel cesó, todo quedó en silencio.

—¿Ha terminado con mi sombrero? —dije al cabo de un rato.

Pero no hubo respuesta.

Miré a Gip y Gip me miró a mí; allí estaban nuestras imágenes deformadas en los espejos mágicos: extrañas, graves, inmóviles…

—Creo que nos vamos a ir —dije—. ¿Nos puede decir cuánto es todo esto…?

—¡Oiga! —dije con voz más bien fuerte—. Quiero la cuenta y mi sombrero, por favor.

Creo que alguien sorbió por las narices detrás del mostrador.

—Miremos detrás del mostrador, Gip —dije—. Creo que nos está tomando el pelo.

Llevé a Gip alrededor del tigre que meneaba la cabeza. Y ¿qué creéis que había detrás del mostrador? ¡Nadie, absolutamente nadie! Sólo mi sombrero tirado en el suelo y un típico conejo de prestidigitador, blanco y con orejas romas, sumido en sus meditaciones y con un aspecto tan estúpido y apocado como sólo los conejos de los prestidigitadores pueden tenerlo. Recogí mi sombrero y el conejo se apartó de mi camino arrastrando los pies.

—Papá —dijo Gip, susurrando débilmente.

—¿Qué pasa, Gip? —dije.

—Me gusta esta tienda, papá.

«A mí también me gustaría —me dije para mis adentros— si el mostrador no se hubiera alargado de repente, impidiéndonos el paso hacia la puerta».

Pero no quise llamar la atención de Gip sobre esto.

—¡Miz, miz! —dijo alargando la mano hacia el conejo cuando pasó arrastrándose por delante de nosotros—. ¡Conejito, haz un truco a Gip! —y le siguió con la mirada hasta que se introdujo por una puerta que un momento antes no estaba allí.

Luego, esta puerta se abrió de par, y el hombre que tenía una oreja más grande que la otra apareció de nuevo. Todavía sonreía, pero cruzó una mirada entre divertida y desafiante.

—Seguro que querrá ver la sala de exposiciones, señor —dijo con cierta cortesía.

Gip tiró de mi dedo en dirección a la sala. Miré hacia el mostrador y volví a encontrarme con la mirada del dependiente. Estaba empezando a pensar que la magia era demasiado genuina.

—No tenemos mucho tiempo —dije.

Pero, sin saber cómo, nos encontramos en la sala antes de que terminara de decir esto.

—Todos los artículos son de la misma calidad —dijo el dependiente frotándose las manos—, y esta calidad es la mejor. Aquí no hay nada que no sea magia genuina, y todo totalmente garantizado. ¡Perdón, señor!

Sentí que tiraba de algo que se pegaba a la manga de mi chaqueta; entonces vi que agarraba a un inquieto demonio rojo por el rabo —la pequeña criatura mordía, luchaba e intentaba cogerle la mano—, y en seguida lo tiró descuidadamente detrás de un mostrador. Sin duda esa cosa era sólo una figura de goma retorcida pero ¡a primera vista…! Su gesto era exactamente el de un hombre que tiene entre las manos un pequeño bicho que muerde. Miré a Gip, pero estaba mirando a un caballo mágico de madera. Me alegró que no hubiera visto esa cosa.

—Oiga —dije en voz baja, dirigiendo la mirada hacia Gip y el demonio—, ¿no tendrá muchas cosas de ese tipo por aquí, verdad?

—¡Ninguna de esas es nuestra! Seguramente la trajo usted —dijo el dependiente en voz baja y con una sonrisa más deslumbrante que nunca—. ¡Es asombroso lo que la gente puede llevar encima sin darse cuenta! ¿Ves algo que te agrade por aquí? —preguntó a Gip.

Allí había muchas cosas que agradaban a Gip.

Se volvió hacia el sorprendente comerciante con una mezcla de confianza y respeto.

—¿Es eso una espada mágica? —dijo.

—Una espada de juguete mágica. No se dobla, ni se rompe, ni corta los dedos. Al que la lleva, le hace invencible en la lucha contra cualquiera que tenga menos de diez y ocho años. Cuestan desde media corona a siete y seis peniques, según el tamaño. Estas panoplias son para jóvenes caballeros andantes, y muy útiles: escudo de seguridad, sandalias para andar velozmente, yelmo que hace invisible.

—¡Oh, papá! —exclamó sofocado.

Traté de averiguar lo que costaban, pero el dependiente no me hizo ni caso. Había cogido a Gip; había conseguido que se soltara de mi dedo; se había embarcado en la explicación de sus artículos y nada era capaz de pararle. Poco después observé, desconfiado y celoso, que Gip había cogido el dedo de esta persona como solía hacerlo conmigo. Sin duda el tipo era interesante, pensé, y tenía un lote de cosas curiosamente trucadas, realmente cosas muy bien trucadas, sin embargo…

Deambulaba detrás de ellos, casi sin hablar, pero sin perder de vista al prestidigitador. Al fin y al cabo, Gip se lo estaba pasando bien, y, cuando llegara la hora de irnos, no tendríamos ningún problema en hacerlo.

Aquella sala de exposiciones era larga y laberíntica, una galería interrumpida por mostradores y columnas, con arcos que llevaban a otras secciones donde vendedores del aspecto más extraño ganduleaban y te observaban, y también había espejos y cortinas turbadores. Tan turbadores eran, en efecto, que al cabo de un rato no fui capaz de distinguir la puerta por donde habíamos entrado.

El dependiente enseñó a Gip unos trenes que no eran de vapor, ni de cuerda, y que corrían con solo dar la señal; después, algunas cajas muy valiosas de soldados que tomaban vida en cuanto quitabas la tapa y decías… Yo no tengo un oído muy fino y sólo aprecié que se trataba de un sonido producido al retorcer la lengua; pero Gip, que tiene el oído de su madre, lo cazó al vuelo.

—¡Bravo! —dijo el dependiente, metiendo los soldados en la caja sin mucha ceremonia y dándosela a Gip—. ¡Ahora! —añadió, y en un momento Gip les había dado vida de nuevo.

—¿Se llevan esta caja? —preguntó el dependiente.

—Nos la llevamos —dije— sólo si usted no nos cobra todo su valor, en caso contrario habría que ser un magnate…

—¡No, hombre! ¡No! —exclamó el dependiente y volvió a recoger los soldaditos, cerró la tapa, agitó la caja en el aire y ¡zas!… ya estaba envuelta, atada y… ¡el nombre completo y la dirección de Gip escritos en el papel!

El dependiente se rio de mi asombro.

—Esto es magia auténtica —dijo—, real.

—Es demasiado auténtica para mi gusto —repetí.

Después de esto continuó haciendo trucos a Gip, extraños trucos, aunque más extraña era la forma de realizarlos. Se los explicaba, se los enseñaba por delante y por detrás, y el niño, encantador, inclinaba la cabeza con aire de inteligencia.

Yo no prestaba la atención necesaria.

—¡Eh, presto! —dijo el dependiente mágico.

—¡Eh, presto! —repitió la voz clara y débil del niño.

En realidad, a mí me distraían otras cosas. Me estaba afectando la extraordinaria rareza de aquel lugar, que aparecía, por decirlo así, inundado de una atmósfera de extravagancia. Incluso había algo extraño en la instalación; en el techo, en el suelo, en las sillas colocadas al azar. Tuve la extraña sensación de que, cuando no las miraba directamente, se inclinaban, se movían y jugaban silenciosamente al escondite detrás de mí. La cornisa tenía un adorno sinuoso con máscaras, que parecían demasiado expresivas para ser sólo de yeso.

Entonces, uno de los vendedores de aspecto extraño atrajo mi atención. Estaba a cierta distancia de mí, y, evidentemente, no se daba cuenta de mi presencia… Veía, a través de un arco, casi todo su cuerpo, sobre una pila de juguetes; el vendedor se inclinaba indolentemente sobre una columna, haciendo muecas horribles. Hacía una mueca especialmente horrible con la nariz. Lo hacía sólo porque parecía aburrido y quería divertirse a sí mismo. Cuando empezaba, tenía la nariz chata y redonda; luego, la extendía rápidamente como un telescopio, la estiraba, y cada vez se hacía más delgada, hasta que parecía un látigo largo, rojo y flexible. ¡Parecía una cosa de pesadilla! La agitaba y la lanzaba como un pescador lanza su caña.

Lo primero que pensé fue que Gip no tenía que verle. Me volví y le vi totalmente absorto con el dependiente y sin pensar en nada malo. Ambos cuchicheaban y me miraban. Gip estaba de pie sobre un taburete y el dependiente sostenía una especie de gran tambor con la mano.

—¡Vamos a jugar al escondite, papá! —gritó Gip—. Tú te quedas.

Y antes de que pudiera hacer algo para evitarlo, el dependiente había puesto el gran tambor sobre Gip.

En seguida me di cuenta de lo que iba a pasar.

—¡Quite eso inmediatamente! —grité—. Va a asustar al niño. ¡Quítelo!

El dependiente de orejas desiguales lo hizo sin decir una palabra y me acercó el gran cilindro para que viera que estaba vacío. ¡Y el taburete también estaba vacío! ¿Había desaparecido también mi hijo en ese instante…?

Tal vez conozcan esa cosa siniestra que surge como una mano de la nada y oprime el corazón. Saben que destruye el yo habitual y le deja a uno tenso y cauto, ni lento ni precipitado, ni enfadado ni temeroso. Eso me sucedió a mí.

Me acerqué al risueño dependiente y di una patada a su taburete.

—¡Ya está bien de locuras! —dije—. ¿Dónde está mi hijo?

—¿Ve? —dijo, mientras mostraba el interior del taburete—. Aquí no hay engaño…

Alargué la mano para agarrarle, pero se escabulló con un hábil movimiento. Intenté agarrarle otra vez, pero se apartó de mí y empujó una puerta para escapar.

—¡Alto! —grité, y se rio mientras se alejaba.

Me precipité tras él, en medio de una oscuridad total.

¡Plaf!

—¡Válgame Dios! ¡No le he visto venir, señor!

Me encontraba en Regent Street y había chocado con un trabajador de aspecto amable; un poco más allá estaba Gip, que parecía algo perplejo. Me disculpé, y entonces Gip se volvió y caminó hacia mí con una sonrisa brillante, como si se hubiera perdido por un momento.

¡Y llevaba cuatro paquetes en los brazos!

Al instante estrechó mi dedo entre su mano.

Estuve un segundo sin saber qué hacer. Miré alrededor para ver la puerta de la tienda mágica, pero… ¡no estaba allí! No había puerta, ni tienda… nada, sólo la pilastra corriente que se encuentra entre la tienda donde venden cuadros y el escaparate de los pollos…

Hice lo único que podía hacerse ante semejante confusión mental. Fui derecho al bordillo y levanté el paraguas para parar un coche.

—¡Coche! —dijo Gip exultante.

Le ayudé a montar; recordé mi dirección con dificultad y por fin monté yo también. Algo extraño se manifestó en un bolsillo de mi chaqueta; metí la mano y descubrí una bola de cristal. Con un gesto de petulancia la tiré a la calle.

Gip no dijo nada.

Durante un rato ninguno de los dos habló.

—¡Papa! —dijo Gip al fin—. ¡Esa era una auténtica tienda!

Esto me llevó a considerar el problema de la impresión que le podía haber producido todo aquello. No parecía que le hubiera afectado nada, y de momento se encontraba bien. No estaba trastornado, ni asustado, sino tremendamente satisfecho por lo bien que se lo había pasado aquella tarde y por los cuatro paquetes que llevaba en los brazos.

¡Diablos! ¿Qué podría haber en los paquetes?

—¡Hum! —dije—. Los niños pequeños no pueden ir a tiendas así todos los días.

Escuchó estas palabras con su estoicismo acostumbrado y, por un momento, lamenté ser su padre y no su madre para poder besarle allí inmediatamente, coram publico, en el coche. Al fin y al cabo, pensé, no había salido tan mal la cosa.

Pero hasta que no abrimos los paquetes, no empecé a sentirme realmente tranquilo. Tres de ellos contenían cajas de soldados, soldados de plomo totalmente normales, pero de tan buena calidad que Gip olvidó que estos paquetes habían sido originariamente trucos mágicos, de una clase única y genuina. El cuarto contenía un gatito, un gatito blanco de carne y hueso, con excelente salud, carácter y apetito.

Cuando abrimos los paquetes, sentí un alivio provisional. Estuve dando vueltas por el cuarto del niño durante horas y horas…

Esto sucedió hace seis meses. Y ahora estoy empezando a pensar que todo está en orden. El gatito sólo tiene la magia que es natural a todos los gatos, y los soldados parecen una compañía tan disciplinada como cualquier coronel podría desear. ¿Y Gip…?

Los padres inteligentes comprenderán que debo conducirme con suma cautela con él.

Pero un día me atreví a preguntarle:

—¿Te gustaría que tus soldados tomasen vida, Gip, y que marcharan ellos solos?

—Los míos lo hacen —dijo Gip—. Sólo tengo que decir una palabra que sé antes de abrir la tapa.

—¿Y marchan solos?

—Claro que sí, papá. No me gustarían si no lo hicieran.

No mostré ningún signo de sorpresa improcedente; desde entonces he tenido ocasión de sorprenderle una o dos veces con los soldados fuera de la caja, pero hasta ahora no los he visto comportarse de una manera mágica…

Es algo difícil de explicar.

Existe también un problema económico. Tengo la incurable costumbre de pagar todas las facturas. He subido y bajado Regent Street varias veces buscando esa tienda. Me inclino a pensar, en efecto, que esta cuestión de honor ha sido satisfecha, y que, como conocen el nombre y la dirección de Gip, puedo esperar perfectamente que esas personas, sean quienes sean, envíen la factura a su debido tiempo.

LA VERDAD SOBRE PYECRAFT

Está sentado a menos de una docena de metros. Si echo una mirada por encima del hombro puedo verle. Y si tropiezo con sus ojos —y con frecuencia tropiezo con sus ojos— me corresponden con una expresión…

Es ante todo una mirada suplicante y, además, acompañada de cierto recelo.

¡Maldito sea su recelo! Si quisiera contar lo que sé de él, hace tiempo que lo habría hecho. No digo nada y no cuento nada, y él debería estar tranquilo. ¡Como si algo tan gordo y grasiento pudiera permanecer tranquilo! ¿Quién me creería si yo me decidiera a hablar?

¡Pobre Pyecraft! ¡Enorme y desasosegada masa de gelatina! El clubman más gordo de Londres. Está sentado ante una de las pequeñas mesas del club, en el rincón de la chimenea, engullendo. ¿Qué es lo que engulle? Miro con cautela y le sorprendo tratando de morder un redondo y caliente pastel de frutas relleno de mantequilla, y con los ojos fijos en mí. ¡Que el diablo se lo lleve! ¡Con los ojos fijos en mí!

¡Ya no hay más que decir, Pyecraft! ¡Se acabaron las contemplaciones, Pyecraft! Puesto que usted quiere ser abyecto; puesto que usted quiere proceder como si yo no fuera un hombre de honor, aquí mismo, bajo la mirada de sus ojos empotrados, voy a poner por escrito todo el asunto, la pura y simple verdad sobre Pyecraft. El hombre a quien ayudé, el hombre a quien protegí, y que me ha recompensado haciéndome insufrible mi propio club, absolutamente insufrible, con sus húmedas súplicas, con el perpetuo «no hables» de sus miradas.

Y, además, ¿por qué se obstina en estar comiendo eternamente?

¡Pues bien, allá va la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad!

Pyecraft… Conocí a Pyecraft en este mismo salón de fumar. Yo era un nuevo miembro del club, joven y tímido, y él lo advirtió. Yo estaba sentado, completamente solo, deseando conocer a otros miembros, y él se acercó hacia mí de repente —un desmesurado conglomerado de papadas y abdomen— y gruñó. Después se sentó a mi lado, jadeó durante unos instantes, se demoró rascando una cerilla, prendió un cigarrillo y, finalmente, me dirigió la palabra. He olvidado lo que me dijo… Algún comentario sobre lo mal que encendían las cerillas; y después, mientras hablaba, paró a todos los camareros que pasaban y se quejó de las cerillas con esa fina y aflautada vocecilla que tiene. Sea como fuere, nuestra conversación se inició de modo parecido.

Habló sobre varios temas y fue a parar a los deportes. Y de ahí a mi hechura y mi tez.

—Usted debe de ser un buen jugador de criquet —dijo.

Admito que soy delgado, tan delgado que algunos podrían llamarme flaco, y admito también que soy bastante moreno, y sin embargo… no es que esté avergonzado de tener una bisabuela hindú, pero, después de todo, no me gusta que cualquier desconocido adivine esta ascendencia por el mero hecho de mirarme.

Así pues, sentí cierta hostilidad hacia Pyecraft desde el principio.

Pero hablaba de mí sólo con la intención de hablar de sí mismo.

—Supongo —dijo— que usted no hace más ejercicio que yo, y probablemente no come mucho menos. (Como todas las personas excesivamente obesas imaginaba que no comía nada). Sin embargo —sonrió con una sonrisa oblicua— somos diferentes.

Y entonces empezó a hablar de su gordura y su gordura; todo lo que había hecho para combatir su gordura y todo lo que estaba haciendo para combatir su gordura; lo que la gente le había aconsejado hacer para combatir su gordura y lo que había oído que la gente hacía para combatir una gordura similar a la suya.

—A priori —dijo—, uno podría pensar que un problema de nutrición puede ser tratado por medio de una dieta, y un problema de asimilación por medio de drogas.

Era sofocante. Una conversación empalagosa. Al escucharle sentía que me inflaba por momentos.

Una cosa semejante se puede tolerar hasta cierto punto en un club, pero llegó un momento en que creí que estaba soportando más de la cuenta. Mostraba hacia mí una simpatía demasiado evidente. Nunca podía entrar al salón de fumar sin que viniera hacia mí balanceándose y, a veces, llegaba y se ponía a engullir a mi lado mientras yo tomaba el almuerzo. En ocasiones parecía estar casi pegado a mí. Era un pelmazo, pero no un pelmazo menos terrible por el hecho de que se limitara exclusivamente a mi persona. Desde el principio advertí algo extraño en sus maneras —como si supiera, como si adivinara que yo podría…— que denotaba que veía en mí una oportunidad remota y excepcional que ningún otro le ofrecía.

—Daría cualquier cosa por bajar de peso —decía—, cualquier cosa —y me miraba desde lo alto de sus voluminosos carrillos con ojos de miope y suspiraba.

¡Pobre Pyecraft! En este preciso instante está aporreando el timbre, ¡sin duda para ordenar que le traigan otro pastel de frutas relleno de mantequilla!

Un día se decidió a abordar el verdadero tema.

—Nuestra farmacopea —dijo—, nuestra farmacopea occidental, no es otra cosa que la última palabra de la ciencia médica. He oído decir que en Oriente…

Se detuvo y me miró fijamente. Era como estar en un aquarium.

Sentí una cólera repentina contra él.

—Un momento —dije—, ¿quién le ha hablado de las recetas de mi bisabuela?

—Bueno… —titubeó a la defensiva.

—Todas las veces que nos hemos encontrado durante la semana —dije—, y nos hemos encontrado con bastante frecuencia, usted me ha hecho insinuaciones o algo parecido acerca de mi pequeño secreto.

—Bueno —dijo—, ahora que el gato está fuera del saco, lo reconozco, sí, es cierto. Lo he sabido por…

—¿Por Pattison?

—Indirectamente —dijo, pero me parecía que estaba mintiendo—, sí.

—Pattison —dije— tomó esos brebajes por su cuenta y riesgo.

Pyecraft frunció los labios y se inclinó.

—Las recetas de mi bisabuela —dije— son demasiado extrañas para jugar con ellas. Mi padre estuvo a punto de hacerme prometer…

—¿No lo hizo?

—No. Pero me advirtió. Él mismo usó una de ellas… sólo una vez.

—¡Ah…! Pero ¿usted cree…? Suponga… suponga que apareciera por casualidad una que…

—Son documentos muy curiosos —dije—. Incluso el olor… ¡No!

Pero después de haber llegado tan lejos, Pyecraft estaba resuelto a ir más lejos todavía. Yo me temía que si insistía en poner a prueba su paciencia acabaría por abalanzarse sobre mí y asfixiarme. Fui débil, lo confieso.

Pero también estaba harto de Pyecraft. Había llegado a inspirarme tal sentimiento de repugnancia que me decidí a decirle:

—Está bien, arriésguese.

El pequeño experimento de Pattison al que yo había aludido era de una naturaleza completamente diferente. Ahora no nos interesa saber en qué consistía, pero, de todos modos, yo sabía que la receta que utilicé entonces para ese caso particular era inofensiva. De las demás no sabía demasiado y, a decir verdad, me sentía inclinado a dudar que fueran absolutamente inofensivas.

Pero en el caso de que Pyecraft se envenenara…

Debo confesar que el envenenamiento de Pyecraft se me apareció como una enorme empresa.

Aquella noche saqué de mi caja de caudales el extraño cofre de madera de sándalo que tenía un olor tan singular y revolví los crujientes pergaminos. El caballero que transcribió las recetas de mi bisabuela tenía una notable debilidad por los pergaminos de origen heteróclito, y su letra se apretaba hasta el máximo grado. Algunas de las recetas me resultaban indescifrables —aunque mi familia, debido a sus relaciones con el Indian Civil Service, había mantenido el conocimiento del indostánico de generación en generación—, y de las restantes, ninguna era fácil de leer. Pero en seguida encontré la que me interesaba, de modo que me senté en el suelo, al lado de la caja de caudales, y la contemplé durante un rato.

—Aquí tiene —le dije al día siguiente a Pyecraft, y aparté la hoja de sus ávidas garras.

—Por lo que he conseguido descifrar, se trata de una receta para «Perder Peso» —(«¡Ah!», dijo Pyecraft)—. No estoy del todo seguro, pero creo que se trata de eso. Y si usted sigue mi consejo, debería olvidarse de ella. Porque, ha de saber —estoy ensuciando mi linaje para complacerle a usted, Pyecraft que mis antepasados de esa rama eran, por lo que puedo adivinar, una colección de personajes terriblemente estrafalarios. ¿Comprende?

—Permítame intentarlo —dijo Pyecraft.

Me arrellané en el sillón. Mi imaginación hizo un inmenso esfuerzo y se desplomó.

—¡En nombre del cielo, Pyecraft! —exclamé—. ¿Qué aspecto cree usted que tendrá cuando adelgace?

Era impermeable a las razones. Le hice prometer que nunca más volvería a decirme una palabra referente a su desagradable gordura, sucediera lo que sucediera —nunca más—, y sólo entonces le tendí el pequeño trozo de pergamino.

—Es un mejunje nauseabundo —dije.

—No importa —contestó, y cogió la receta. Los ojos se le salieron de las órbitas.

—Pero… pero… —dijo.

Acababa de descubrir que no estaba escrita en inglés.

—Emplearé a fondo mis conocimientos —dije— y se la traduciré.

Hice lo que pude. Después estuvimos quince días sin hablarnos. Siempre que se acercaba yo fruncía el ceño y le hacía señas para que se alejara, y él respetaba nuestro pacto. No obstante, al término de los quince días estaba tan gordo como siempre. Entonces volvió a dirigirme la palabra.

—Necesito hablar —dijo—. Esto no es lógico. Tiene que haber un error. No noto ninguna mejoría. Está dejando usted en mal lugar a su bisabuela.

—¿Dónde está la receta?

La sacó con sumo cuidado de su cartera.

Yo recorrí con la mirada las instrucciones.

—¿Estaba podrido el huevo? —pregunté.

—No. ¿Es que tenía que estarlo?

—Pues claro —dije—; en las recetas de mi pobre y querida bisabuela eso no hace falta ni mencionarlo. Cuando no se especifica el estado o la calidad hay que escoger lo peor. Era muy drástica… Y aquí hay una o dos posibles alternativas para alguna de las otras prescripciones. ¿Se ha procurado usted veneno fresco de serpiente de cascabel?

—He adquirido una serpiente de cascabel en Jamrach. Me ha costado… me ha costado…

—Eso es asunto suyo. Esta última prescripción…

—Conozco a un hombre que…

—Bien. Hum… Muy bien; le copiaré las alternativas. Por lo que sé de esa lengua, la ortografía de esta receta es particularmente atroz. Por cierto, el perro que está especificado aquí tendrá que ser seguramente un perro paria.

Durante el mes siguiente vi constantemente a Pyecraft en el club y seguía tan gordo y ansioso como siempre. Se mantenía fiel a nuestro tratado, pero a veces rompía el espíritu del convenio moviendo la cabeza con gestos de desaliento. Hasta que un día me abordó en el guardarropas.

—Su bisabuela…

—Ni una palabra contra ella —dije, y se calló.

Llegué a imaginar que se había rendido, pero un día le sorprendí hablando con tres nuevos miembros sobre su gordura, como si estuviera a la caza de otras recetas. Y poco después, de forma absolutamente inesperada, recibí un telegrama suyo.

—¡Mr. Formalyn! —voceó un botones justamente bajo mis narices.

Cogí el telegrama y lo abrí en el acto.

«Por amor de Dios, venga. —Pyecraft»

—¡Hum! —exclamé; y, a decir verdad, estaba tan complacido por la reivindicación de la fama de mi bisabuela que el mensaje prometía, que me regalé con el más exquisito de los almuerzos.

Me enteré de la dirección de Pyecraft por el portero del club. Pyecraft habitaba la mitad superior de una casa de Bloomsbury, y allí me dirigí nada más acabar mi café y mi copa de trappistine.

—¿Mr. Pyecraft? —pregunté en la puerta de entrada.

Creían que estaba enfermo; no había salido en dos días.

—Me está esperando —dije, y me enviaron arriba.

Toqué el timbre de una puerta enrejada que había en el rellano.

«No debería haber probado el brebaje —me dije—. Un hombre que come como un cerdo tiene que parecer un cerdo».

Una mujer de aspecto respetable, con cara de preocupación y una cofia colocada descuidadamente, apareció y me observó a través de la reja.

Le di mi nombre y me dejó entrar con un gesto dudoso.

—¿Y bien? —dije cuando llegamos a la parte del rellano que correspondía a Pyecraft.

—Ha dicho que le hiciéramos pasar a usted si venía —dijo la mujer, sin hacer ningún gesto que me indicara el camino. Después añadió en tono confidencial—: Está encerrado, señor.

—¿Encerrado?

—Se encerró ayer por la mañana y no ha dejado entrar a nadie desde entonces. Y no hace más que blasfemar. ¡Oh, Dios mío!

Concentré la atención en la puerta que ella señalaba con sus miradas.

—¿Está ahí dentro? —pregunté.

—Sí, señor.

—¿Qué le pasa?

Movió la cabeza con un gesto de tristeza.

—No hace más que pedir alimentos, señor. Y sólo quiere alimentos pesados. Yo le llevo lo que puedo. Cerdo, morcillas, salchichas, pan fresco. Y cosas por el estilo. Me ordena que lo deje fuera, por favor, y que me vaya. Está comiendo constantemente, señor; es una cosa horrorosa.

Un grito aflautado se escuchó al otro lado de la puerta.

—¿Es usted, Formalyn?

—¿Es usted, Pyecraft? —grité, y me dirigí hacia la puerta y la golpeé.

—Dígale a la mujer que se marche.

Así lo hice.

Después escuché un extraño golpeteo en la puerta —como si alguien tanteara en la oscuridad en busca del picaporte—, acompañado por los familiares gruñidos de Pyecraft.

—Está bien —dije—. Ya se ha ido.

Pero la puerta permaneció cerrada durante un buen rato.

Por fin oí girar la llave. Y después la voz de Pyecraft.

—Entre.

Giré el picaporte y abrí la puerta. Como es lógico, esperaba ver a Pyecraft.

Pues bien, ¡él no estaba allí!

No había recibido una impresión tan fuerte en toda mi vida. Su habitación se encontraba en un lamentable estado de desorden, con platos y fuentes dispersos entre los libros y los objetos de escritorio, y varias sillas volcadas; pero allí no estaba Pyecraft…

—Está bien, amigo. Cierre la puerta —dijo, y en ese preciso instante lo vi.

Estaba haciendo equilibrio en el aire, pegado a la cornisa que había en la esquina de la puerta, como si alguien lo hubiera encolado en el techo. Su cara aparecía angustiada y colérica. Jadeaba y gesticulaba.

—Cierre la puerta —repitió—. Si esa mujer se enterase…

Cerré la puerta. Después me dirigí al extremo opuesto y me quedé mirándole.

—Si algo de esto cede y usted se desploma —dije—, se romperá el cuello, Pyecraft.

—Ya me gustaría —dijo, resollando ruidosamente.

—Un hombre de su edad y de su peso no debería realizar ejercicios gimnásticos tan juveniles…

—No es nada de eso —dijo.

Parecía angustiado.

—Se lo contaré todo —añadió gesticulando.

—Pero ¿cómo diablos —dije— está usted agarrado ahí arriba?

De pronto me di cuenta de que no estaba agarrado a nada, sino que estaba flotando en el aire, exactamente igual que una vejiga llena de gas habría flotado en la misma posición. Empezó a hacer esfuerzos para desprenderse del techo y gateó por la pared hacia el lugar donde yo me encontraba.

—Ha sido esa receta —jadeó reptando por la pared—. Su bisabuela…

Mientras hablaba se agarró descuidadamente al marco de un grabado; éste cedió y Pyecraft voló hasta el techo mientras el cuadro se estrellaba contra el sofá. Pyecraft chocó con el techo y entonces comprendí por qué estaba manchado de blanco en las curvas y ángulos más sobresalientes de su persona. Lo intentó de nuevo, esta vez con más cuidado, descendiendo por la parte exterior de la chimenea.

Realmente era un espectáculo de lo más extraordinario ver a aquel hombre enorme, gordo, de aspecto apopléjico, boca abajo e intentando descender desde el techo hasta el suelo.

—Esa receta —dijo— ha sido demasiado eficaz.

—¿Cómo?

—Pérdida de peso… casi completa.

Entonces, claro está, comprendí.

—¡Por Júpiter, Pyecraft! —exclamé—. ¡Usted quería un remedio para la gordura! Pero siempre decía peso. Prefería decir peso.

De todos modos yo sentía un placer extraordinario. Incluso Pyecraft me resultó simpático en ese momento.

—Déjeme que le ayude —dije, y le cogí de la mano atrayéndole hacia el suelo.

Él agitó las piernas, intentando encontrar algo firme donde apoyar el pie. Parecía una bandera desplegada en un día de viento.

—Esa mesa —dijo, señalándola con el dedo— es de caoba maciza y muy pesada. Si pudiera usted meterme debajo…

Así lo hice, pero empezó a revolverse como un globo cautivo mientras yo permanecía de pie sobre la alfombra de la chimenea y le hablaba.

Encendí un cigarro.

—Dígame —dije—, ¿qué ha sucedido?

—Tomé el brebaje —dijo.

—¿Qué tal sabía?

—¡Oh! ¡Horrible!

Yo imaginaba que eso pasaría con todas. Si uno considera los ingredientes, o las posibles mezclas, o los probables resultados, casi todos los remedios de mi bisabuela resultan, como mínimo, absolutamente repelentes. Yo por mi parte…

—Primero tomé un sorbito.

—¿Sí?

—Y como al cabo de una hora me sentía mejor y más ligero, decidí tomar toda la dosis.

—¡Mi querido Pyecraft!

—Me tapé las narices —explicó—. Luego seguí sintiéndome más ligero… e imposibilitado, como ve. Un acceso de cólera le invadió súbitamente.

—¿Qué demonios voy a hacer? —exclamó.

—Está claro que hay una cosa que no debe hacer —dije—. Si sale a la calle empezará a subir y a subir —agité el brazo hacia arriba— y después tendrán que enviar a Santos-Dumont para alcanzarle y volver a traerle aquí abajo.

—Supongo que se me pasará.

Moví la cabeza.

—No creo que pueda usted contar con eso —dije.

Entonces tuvo otro acceso de cólera y se puso a dar puntapiés a las sillas cercanas y a patear el suelo. Se comportaba tal y como cabría esperar que se comportara un hombre enorme, gordo e inmoderado bajo circunstancias molestas, es decir: muy mal. Se refirió a mí y a mi bisabuela con una total falta de discreción.

—Yo jamás le pedí que se tomara ese mejunje —dije.

Y desdeñando generosamente los insultos que me prodigaba, me senté en un sillón y empecé a hablarle en tono juicioso y amigable.

Le hice ver que él mismo era el responsable del trastorno que padecía y que en cierto modo tenía un aire de justicia poética. Había comido en exceso. Él lo negó, y durante un rato estuvimos discutiendo este punto.

Pero en vista de que se ponía ruidoso y violento, dejé de insistir en este aspecto de su escarmiento.

—Y además —dije—, usted cometió un pecado de eufemismo. Nunca decía Gordura, que es un término preciso e ignominioso, sino Peso.

Usted…

Me interrumpió para decirme que lo reconocía todo. Pero ¿qué iba a hacer ahora?

Le aconsejé que se adaptara a sus nuevas circunstancias. Así llegamos a la parte realmente complicada del asunto. Entonces le sugerí que no sería difícil aprender a andar a gatas por el techo…

—No puedo dormir —dijo.

Pero eso no constituía una gran dificultad. Era totalmente factible, le indiqué, preparar una cama en el techo bajo un somier de alambre, asegurando los colchones con correas y abotonando la manta, la sábana y la colcha a los lados. Pero tendría que confiar en su ama de llaves, dije, a lo que accedió después de una breve disputa. (Posteriormente fue una verdadera delicia contemplar la manera tan maravillosamente flemática con que la buena mujer se tomó estas sorprendentes inversiones del orden). Podría tener una escalera de biblioteca en la habitación y las comidas serían depositadas en lo alto de la librería. Imaginamos también un ingenioso procedimiento mediante el cual podría descender al suelo siempre que quisiera; consistía simplemente en colocar la Enciclopedia Británica (décima edición) en el último entrepaño de la librería. Bastaría con sacar un par de volúmenes, agarrarlos con fuerza y descender tranquilamente. También acordamos distribuir asas de acero a lo largo del rodapié para que pudiera afianzarse siempre que deseara andar por la parte inferior de la habitación.

A medida que fuimos progresando en las soluciones, descubrí que yo mismo estaba enormemente entusiasmado. Fui yo quien llamó al ama de llaves y le descifró el enigma y, sobre todo, quien instaló en el techo la cama invertida. De hecho pasé dos días enteros en su casa. Soy un hombre habilidoso, de esa clase de personas que se ponen a hacer cosas con un destornillador, y le preparé todo tipo de ingeniosas adaptaciones: tendí un cable para poner los timbres a su alcance; coloqué las lámparas eléctricas boca abajo, y así sucesivamente. Para mí todo aquel asunto se había convertido en algo extraordinariamente curioso e interesante y me parecía delicioso imaginar a Pyecraft como una enorme y gorda moscarda arrastrándose por el techo y gateando por el dintel de las puertas de una habitación a otra, y sin posibilidad de volver al club, nunca, nunca, nunca más…

Pero al final mi fatal inventiva me superó. Yo estaba sentado junto a la chimenea, bebiéndome su whisky, y él se encontraba en su rincón preferido, al lado de la cornisa, clavando en el techo un tapiz turco, cuando se me ocurrió la idea:

—¡Por Júpiter, Pyecraft! —exclamé—. Todo esto es completamente innecesario.

Y antes de que pudiera calcular las consecuencias de mi idea, la solté:

—Ropa interior de plomo —dije, y el daño era ya irreparable.

Pyecraft acogió la ocurrencia casi con lágrimas.

—Poder andar de nuevo en la posición correcta… —dijo.

Le revelé todos los detalles del secreto antes de prever adónde me llevaría.

—Compre láminas de plomo —dije— y córtelas en rodajas. Después cósalas sobre su ropa interior hasta que pese suficiente. Póngase botas con suela de plomo, lleve un maletín cargado de plomo y la cosa está hecha. En vez de estar prisionero aquí, tendrá la posibilidad de salir fuera, Pyecraft; podrá viajar…

Y entonces se me ocurrió una idea más feliz todavía.

—Usted jamás tendrá que sentir miedo a un naufragio. Le bastará con quitarse un poco de ropa, cargar en la mano la cantidad necesaria de equipaje y flotar por el aire…

Llevado por la emoción Pyecraft soltó el martillo y cayó a dos dedos de mi cabeza.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. Podré volver al club.

La sugerencia me dejó helado.

—¡Por Júpiter! —dije, casi sin voz—. Sí. Desde luego… podrá…

Y lo hizo. Y lo hace. Ahora está sentado detrás de mí, engullendo —¡tan seguro como que estoy vivo!— una tercera ración de pasteles de frutas. Y nadie en el ancho mundo sabe —excepto su ama de llaves y yo— que realmente no pesa nada; que es sólo una fastidiosa mole de materia asimilatoria, una simple nube vestida, niente, nefas, el más insignificante de los hombres. Allí está sentado, acechándome hasta que haya acabado de escribir. Entonces, si puede, me atrapará. Vendrá balanceándose hacia mí…

Me repetirá una vez más lo de siempre: cómo le afecta aquello y cómo no le afecta, y cómo a veces abriga la ilusión de que el efecto se disipe un poco. Y, como siempre, en alguna parte de su espeso y monótono discurso dirá:

—El secreto estará seguro, ¿no? Si alguien se enterara, me sentiría tan ridículo… Una cosa así lo convierte a uno en una especie de estúpido, ¿comprende? Arrastrarse por el techo y todo lo demás…

Y ahora, ¡a eludir el acoso de Pyecraft, que ocupa —como siempre— una admirable posición estratégica entre la puerta y yo!

EL VALLE DE LAS ARAÑAS

Hacia el mediodía los tres perseguidores salieron de un recodo del lecho del torrente y se encontraron, de pronto, ante la vista de un valle muy ancho y extenso. El difícil y tortuoso cauce pedregoso por el que habían seguido las huellas de los fugitivos durante tanto tiempo se convertía en una pendiente ancha. Movidos por un impulso común, los tres hombres abandonaron el rastro y cabalgaron hacia una pequeña elevación cubierta de árboles pardos; allí, dos de ellos se detuvieron, como les correspondía, un poco detrás del hombre de la brida tachonada de plata.

Durante algún tiempo escudriñaron la gran extensión que se abría a sus pies con mirada impaciente. Esta se desplegaba hasta el infinito; sólo unos cuantos espinos secos y desperdigados y la vaga insinuación de un árido barranco rompían la desolación de la hierba amarilla. Sus distancias purpúreas se desvanecían entre las azuladas faldas de las colinas más lejanas, que daban la impresión de ser verdes; y sobre éstas, invisiblemente sostenidas —de hecho parecían colgar del azul del cielo—, aparecían las cimas nevadas de las montañas, que se hacían más imponentes y escarpadas hacia el noroeste, donde se cerraba el valle.

Hacia el oeste, el valle se extendía bajo el cielo, hasta una oscuridad remota en la que comenzaban los bosques. Pero los tres hombres no miraron al este ni al oeste, sino fijamente a lo largo del valle.

El hombre delgado de la cicatriz en el labio fue el primero en hablar.

—No se les ve por ninguna parte —dijo, susurrando con decepción—. Pero, después de todo, llevaban un día entero de ventaja.

—No saben que vamos tras ellos —dijo el hombre pequeño del caballo blanco.

—Ella debe de saberlo —dijo el jefe con amargura, como si hablara consigo mismo.

—Incluso así, no pueden ir muy rápido. Sólo tienen una mula para cabalgar, y el pie de la chica ha estado sangrando todo el día.

El hombre de la brida tachonada de plata le lanzó una mirada breve e intensa, llena de rabia.

—¿Crees que no lo he visto? —dijo gruñendo.

—Eso nos conviene, de todas formas —susurró el hombre pequeño para sí.

El hombre delgado de la cicatriz en el labio observaba impasible.

—No pueden estar fuera del valle —dijo—. Si cabalgásemos rápido…

Lanzó una mirada hacia el caballo blanco y se calló.

—Malditos sean todos los caballos blancos —dijo el hombre de la brida de plata, y se volvió a examinar la bestia incluida en su maldición.

El hombre pequeño miró entre las tristes orejas de su montura.

—Hice lo que pude —dijo.

Los otros dos volvieron a mirar a través del valle durante un rato. El hombre delgado pasó el dorso de la mano por su labio cicatrizado.

—¡Vamos! —dijo de pronto el dueño de la brida de plata.

El hombre pequeño se asustó y tiró de las riendas, y las pezuñas de los caballos golpearon apagada y repetidamente la hierba seca cuando dieron la vuelta para seguir el rastro.

Bajaron con cautela la larga pendiente que tenían ante ellos; así, llegaron, a través de un yermo de arbustos espinosos y retorcidos y de extrañas figuras de ramas tiesas que crecían entre las rocas, a la parte baja. Allí el rastro se debilitó, pues la tierra era escasa y la única vegetación que había era esa hierba abrasada y muerta que yacía sobre el suelo. Con todo, gracias a que escudriñaron con tenacidad, inclinándose junto al cuello de los caballos y parándose de vez en cuando, lograron estos hombres blancos seguir detrás de su presa.

Había sitios que habían sido hollados, briznas de hierba gruesa dobladas y rotas y, de vez en cuando, la insinuación suficiente de una huella. Una vez vio el jefe una mancha oscura de sangre en el lugar donde debía de haber pisado la mestiza. Acto seguido la maldijo en voz baja por loca.

El hombre delgado examinaba el rastreo que hacía su jefe y el hombre pequeño del caballo blanco cabalgaba detrás, perdido en un sueño. Cabalgaban en fila; el hombre de la brida blanca marcaba el camino y no decía una palabra. Después de un rato, el hombre pequeño del caballo blanco tuvo la sensación de que el mundo no se movía. Salió de su sueño sobresaltado. Fuera de los ruidos de los caballos y de la carga, todo el vasto valle guardaba el melancólico silencio de una escena pintada.

Delante de él iban su amo y su compañero; ambos se inclinaban hacia la izquierda mirando con atención las huellas, ambos se movían impasibles al paso de los caballos; sus sombras se proyectaban delante de ellos: acompañantes inmóviles, silenciosas, sutiles. Y la suya, más cercana, era una figura fría y encogida. Miró a su alrededor. Algo había desaparecido. Entonces recordó el rugido de la garganta y el acompañamiento continuo de los guijarros que se movían y chocaban entre sí. ¿Y, además…? Ya no había brisa. ¡Eso era! ¡Qué inmenso! ¡Qué inmóvil lugar! ¡Qué monótono letargo en el atardecer! Y el cielo infinito y despejado, excepto un velo sombrío de neblina que se había formado en lo alto del valle.

Irguió la espalda, se impacientó con la brida, frunció los labios para silbar, pero sólo suspiró. Se volvió en la silla un rato para mirar la garganta de la montaña por donde habían descendido. ¡Todo yermo! Yermas las vertientes a ambos lados, sin señal alguna de un animal o de un árbol decente…, y menos aún de un hombre. ¡Qué tierra! ¡Qué tierra baldía! Volvió a su posición anterior.

Le proporcionó un efímero placer ver un palo torcido de un color negro purpúreo que se deslizó sinuosamente bajo la forma de una culebra y desapareció entre la hierba parda. Después de todo, el valle infernal estaba vivo. Luego, para mayor regocijo, un leve soplo se posó sobre su cara, un susurro que iba y venía, una inclinación casi imperceptible de un arbusto duro de cuernos negros en una cima pequeña: los primeros signos de una posible tormenta. Humedeció un dedo con indolencia y lo sostuvo.

Se paró bruscamente para no chocar con el hombre delgado, que se había detenido al no ser capaz de seguir la pista. En ese momento de confusión captó la mirada del amo que se dirigía hacia él.

Durante un rato se interesó desganadamente por el rastreo. Luego, cuando cabalgaban de nuevo, escrutó la sombra, el sombrero y los hombros de su amo, que aparecían y desaparecían delante de la silueta del hombre delgado, que estaba más cerca. Llevaban cabalgando cuatro días fuera de los límites del mundo por este lugar desolado, escasos de agua, con sólo una tira de carne seca bajo las sillas, entre piedras y montañas, donde seguramente nadie, salvo esos fugitivos, había estado antes… ¡Y todo por aquello!

¡Todo por una muchacha, una simple chica traviesa! Un hombre que tenía ciudades enteras llenas de gente prestas a cumplir sus órdenes más infames… ¡Chicas, mujeres! ¿Por qué, en nombre de una locura apasionada, tenía que ser ésta en concreto?, se preguntó el hombre pequeño, y frunció el ceño y se lamió los labios resecos con una lengua ennegrecida. Era el deseo del amo, eso era todo lo que sabía. Sólo porque la muchacha quería escaparse de él…

Su mirada abarcó una fila entera de cañas altas que se inclinaban al unísono; luego, los flecos de seda que colgaban de su cuello se agitaron y cayeron. La brisa soplaba más fuerte. De algún modo se llevaría la inmovilidad inflexible de las cosas… y eso estaba bien.

—¡Demonio! —dijo el hombre delgado.

Los tres se detuvieron en seco.

—¿Qué? —preguntó el amo.

—Allí —dijo el hombre delgado señalando algo en el valle.

—¿Qué?

—Algo viene hacia nosotros.

Y mientras hablaba, un animal amarillo coronó una elevación y bajó amenazadoramente hacia ellos. Era un gran perro salvaje que corría en la dirección del viento, con la lengua fuera, a paso firme, y con tanta decisión que no pareció ver a los jinetes a los que se acercaba. Corría con el hocico levantado sin seguir, estaba claro, rastro ni presa. Cuando estuvo más cerca, el hombre pequeño agarró su espada.

—Está loco —dijo el jinete delgado.

—¡Gritemos! —dijo el hombre pequeño, y gritó.

El perro seguía su carrera y, cuando la espada del hombre pequeño estaba ya desenvainada, se echó a un lado y pasó jadeando velozmente. El hombre pequeño siguió con la mirada su carrera.

—No tenía espuma —dijo.

Durante un rato el hombre de la brida de plata examinó el valle.

—¡Vamos! —gritó finalmente—. ¿Qué importancia tiene esto? —y sacudió el caballo para reanudar la marcha.

El hombre pequeño dejó de pensar en el misterio insoluble de un perro que no huía más que del viento y se hundió en profundas meditaciones sobre la condición humana.

«¡Vamos! —susurró para sí—. ¿Por qué le es dada a un hombre la facultad de decir; ¡Vamos! con esa fuerza asombrosa de efecto? Siempre, a lo largo de su vida, el hombre de la brida de plata lo ha estado diciendo. ¡Si yo lo dijera…! —pensó el hombre pequeño».

Pero la gente se asombra cuando no se obedece al amo incluso en las cosas más insensatas. Esta mestiza le parecía a él, y a todo el mundo, una loca… casi blasfema. Comparando, al hombre pequeño le pareció que el jinete delgado de la cicatriz era tan robusto como su dueño, tan valiente o quizá más, y, sin embargo tenía que obedecer, sólo obedecer ciegamente y sin vacilación…

Algunas molestias en las manos y rodillas atrajeron la atención del hombre pequeño hacia cosas más inmediatas. Se dio cuenta de algo y se puso a cabalgar junto a su compañero, el hombre delgado.

—¿Notas algo en los caballos? —dijo en voz baja.

La cara delgada miró con un gesto de interrogación.

—No les gusta este viento —dijo el hombre pequeño, y se colocó detrás al ver que el hombre de la brida de plata se volvía hacia él.

—No veo nada raro —dijo el hombre de la cara delgada.

Siguieron cabalgando un rato en silencio. Los dos primeros cabalgaban echados sobre el rastro, el último contemplaba la neblina que descendía arrastrándose poco a poco por la inmensidad del valle, y advirtió cómo el viento soplaba cada vez más fuerte. Lejos, a la izquierda, una línea de masas oscuras, jabalíes quizá, bajaban galopando por el valle; pero no dijo nada, y tampoco hizo ningún comentario sobre el desasosiego de los caballos.

Entonces vio primero una gran bola blanca, y luego otra, grandes, blancas y brillantes como vilanos de cardos que eran empujadas por el viento a través del camino. Estas bolas se elevaban a bastante altura en el aire, caían y se volvían a elevar, se detenían un instante, se aceleraban y pasaban por delante de ellos; al verlas, la inquietud de los caballos aumentó.

Al poco rato vio que más esferas de aquellas, empujadas por el viento —y a continuación muchas más—, se precipitaban por el valle hacia ellos.

Escucharon un grito agudo. A través del camino irrumpió un enorme jabalí, que volvió la cabeza sólo un instante para mirarlos y luego se precipitó de nuevo a través del valle. Acto seguido, los tres se detuvieron y, sentados en las sillas, contemplaron la niebla espesa que se abatía sobre ellos.

—Si no fuera por estos vilanos… —empezó a decir el jefe.

Pero en ese momento un gran globo, empujado por el viento, se puso por delante de ellos, a unos veinte metros. En realidad no era una esfera uniforme en absoluto, sino una cosa inmensa, blanda, desigual y transparente, como una sábana atada por las puntas, como una medusa aérea que fuera dando vueltas y vueltas mientras avanzaba arrastrando hilos de telaraña y serpentinas que flotaban en su estela.

—Esto no es un vilano —dijo el hombre pequeño.

—No me gusta nada —dijo el hombre delgado. Y se miraron entre ellos.

—¡Maldita sea! —gritó el jefe—. El aire está lleno de esta porquería. Si siguen pasando así durante mucho tiempo, nos impedirán el paso por completo.

Un sentimiento instintivo —como el que hace agruparse a una manada de ciervos ante la proximidad de algo desconocido— les impulsó a volver sus caballos contra el viento; cabalgaron unos pasos y contemplaron la multitud de masas flotantes que avanzaban. Venían empujadas por el viento con una velocidad uniforme, se elevaban y caían en silencio, tocaban la tierra, rebotaban y se elevaban muy alto; todas en perfecta sincronización, con una seguridad firme y consciente.

A ambos lados de los jinetes pasaba la avanzadilla de este insólito ejército. Cuando uno de estos globos, que venía dando vueltas por el suelo, se rompió en trozos informes arrastrando perezosamente largas cintas y tiras viscosas, los tres caballos se espantaron y se encabritaron. Una impaciencia repentina y desmedida se apoderó del amo. Maldijo los globos que volaban dando vueltas.

—¡Sigamos! —gritó—. ¡Sigamos! ¿Qué nos importan estas cosas? ¿Cómo pueden importarnos? ¡Volvamos a retomar el rastro!

Empezó a echar pestes de su caballo y apretó el freno contra su boca.

—Seguiré ese rastro, os lo aseguro —gritó con rabia—. ¿Dónde está ese rastro?

Agarró la brida de su caballo encabritado y buscó entre la hierba. Un hilo largo y pegajoso cayó sobre su cara, una flámula gris se enredó en el brazo que sostenía la brida, y una cosa grande, hormigueante, con muchas patas, descendió rápidamente por su nuca. Miró hacia arriba y descubrió una de esas masas grises, que parecía anclada encima de él por medio de esos hilos y cabos que se agitaban como la vela de un barco cuando cambia el rumbo… aunque silenciosamente.

Tuvo la impresión de que había muchos ojos, una tripulación numerosa de cuerpos rechonchos con miembros largos y muy articulados, que tiraban de los cabos que amarraban esa cosa para dejarla caer sobre él. Durante un rato miró hacia arriba al mismo tiempo que contenía al caballo desbocado, gracias al instinto que nace de cabalgar muchos años. Después, el plano de una espada y el filo de una hoja brilló sobre su cabeza y separó el globo volante de la telaraña; entonces la masa se elevó suavemente y se alejó sin dejar rastro alguno.

—¡Arañas! —gritó el hombre delgado—. ¡Esas cosas están llenas de arañas gigantes! ¡Mire, señor!

El hombre de la brida de plata, inmóvil, contempló cómo se alejaba la masa.

—¡Mire, señor!

El amo se sorprendió al ver una cosa roja aplastada contra el suelo que, a pesar de estar destruida parcialmente, aún podía menear sus patas inútiles. Luego, cuando el hombre delgado señaló otra masa que avanzaba amenazadora hacia ellos, desenvainó precipitadamente la espada. El cielo del valle parecía un banco de niebla rasgado en jirones. El amo intentó controlar la situación.

—¡Cabalguemos! —gritaba el hombre pequeño—. ¡Cabalguemos hacia abajo!

Lo que pasó luego fue algo parecido a la confusión de una batalla. El hombre de la brida de plata vio cómo el hombre pequeño le adelantaba acuchillando con furia imaginarias telarañas, le vio chocar con violencia contra el caballo del hombre delgado y arrojarlo junto con su jinete al suelo. Su propio caballo dio una docena de pasos antes de que pudiera dominarlo. Entonces levantó la mirada para evitar peligros imaginarios, retrocedió unos pasos y vio un caballo que se revolcaba por el suelo y al hombre delgado que estaba sobre él acuchillando a una masa gris rasgada y convulsa que se deslizaba sobre ambos y los envolvía. Densas y veloces, como vilanos sobre una tierra baldía en un día ventoso de julio, seguían pasando las masas de telarañas.

El hombre pequeño se bajó del caballo, pero no se atrevió a soltarlo. Se esforzaba por hacer retroceder con un brazo a la bestia enfurecida, mientras que con el otro golpeaba a ciegas con su espada. Los tentáculos de una segunda masa gris se enredaron en la lucha y las amarras de ésta se rompieron y se hundieron lentamente.

El jefe apretó los dientes, agarró la brida, bajó la cabeza y espoleó al caballo. El caballo que se revolcaba en el suelo tenía sangre y formas que se agitaban sobre los costados; el hombre delgado lo abandonó súbitamente y avanzó corriendo unos diez pasos hacia su amo. Sus piernas estaban envueltas y llenas de esa sustancia gris; mientras corría, hacía movimientos inútiles con la espada. Las flámulas grises ondeaban sobre él; un delgado velo gris cubría su cara. Con la mano izquierda golpeó algo que estaba sobre su cuerpo y, de pronto, tropezó y cayó. Se esforzó por levantarse, pero cayó otra vez. Entonces comenzó a dar unos alaridos horribles:

¡Ahh! ¡Ahh! ¡Ahh!

El amo pudo ver las arañas que lo cubrían y otras que andaban por el suelo.

Cuando luchaba por obligar a su caballo a acercarse a ese objeto gris que gritaba, gesticulaba, se elevaba y descendía penosamente, se produjo un ruido de cascos y el hombre pequeño, en actitud de montar, sin espada, atravesado sobre el caballo blanco y agarrado a sus crines, pasó por delante de él como un torbellino. De nuevo un hilo viscoso de esta gasa gris pasó por delante de la cara del jefe. A su alrededor, y por encima de él, daba la impresión de que esta telaraña silenciosa y flotante daba vueltas acercándose cada vez más…

Hasta el día de su muerte ignoró lo que sucedió exactamente en ese momento. ¿Fue él quien hizo dar la vuelta a su caballo, o fue éste quien huyó espontáneamente detrás de su compañero? Basta decir que un segundo después bajaba galopando a toda velocidad por el valle y blandiendo la espada frenéticamente sobre su cabeza. Tenía la impresión de que alrededor de él, a través de la brisa que soplaba más fuerte, las naves, los fardos y las escotas aéreas de las arañas le perseguían veloz y conscientemente.

El hombre de la brida de plata cabalgaba produciendo una serie de ruidos apagados, sin saber bien adónde iba, elevando la mirada hacia uno y otro lado con el rostro desencajado de miedo y el brazo dispuesto a hundir la espada. Unos cuantos metros por delante de él, arrastrando un jirón de telaraña, cabalgaba el hombre pequeño del caballo blanco, tranquilo, aunque mal montado en la silla. Las cañas se inclinaban ante ellos, el viento soplaba con fuerza; por encima del hombro, el amo pudo ver las telarañas que se apresuraban para alcanzarlos…

Estaba tan absorto en la huida, que no se dio cuenta del barranco que tenía delante hasta que su caballo se preparó para saltar. Entonces se equivocó en el movimiento y lo único que consiguió fue estorbar al caballo. Iba inclinado sobre el cuello del animal, se incorporó y se echó hacia atrás demasiado tarde.

Pero si con la excitación había errado el salto, al menos no había olvidado cómo se debe caer. Cuando estaba en el aire, volvió a comportarse como un verdadero jinete. No salió mal parado, pues sólo sufrió una contusión en un hombro y su caballo rodó dando coces convulsivamente hasta que se quedó inmóvil. Pero la espada del jefe se hincó de punta en la dura tierra, saltó hecha pedazos —como si la Fortuna ya no le aceptase como Caballero— y la punta rota pasó a un centímetro de su cara.

Se puso de pie en seguida y contempló jadeante las telarañas que pasaban impetuosas. Se dispuso a correr, pero pensó en el barranco y retrocedió. En una ocasión se echó hacia un lado para esquivar uno de esos horrores flotantes; luego bajó rápidamente por las paredes escarpadas y se puso a salvo del vendaval.

Allí, resguardado por los abruptos terraplenes del torrente seco, podía observar sin peligro cómo pasaban esas extrañas masas grises hasta que el viento cesara y fuera posible escapar. Durante mucho tiempo estuvo contemplando, agachado, cómo las extrañas y rasgadas masas grises arrastraban sus flámulas a través de la estrecha franja de cielo.

Mientras esperaba, una araña extraviada cayó junto a él en el barranco; de pata a pata medía más de un pie y su cuerpo era como media mano humana. Después de haber observado durante un instante con qué monstruosa celeridad se movía y escapaba, la atrajo usando como cebo la espada rota; entonces levantó su bota y la aplastó con el tacón de hierro. Mientras lo hacía profirió una blasfemia, y durante un rato estuvo buscando arriba y abajo más arañas.

Poco después, cuando estuvo más seguro de que estas manadas de arañas ya no podían caer en el barranco, encontró un sitio donde sentarse; allí se hundió en profundas meditaciones y empezó a morderse los nudillos y a comerse las uñas tal y como solía hacer. La llegada del hombre del caballo blanco interrumpió sus reflexiones.

Oyó ruido de cascos, pisadas que tropezaban desiguales y una voz tranquilizadora mucho antes de verle. El hombre pequeño apareció: era una triste figura que arrastraba todavía un trozo de telaraña por detrás. Se acercaron mutuamente sin hablar, sin un saludo siquiera. El hombre pequeño estaba cansado y avergonzado, y lleno de amargura y desesperación; finalmente se paró frente a su amo, que seguía sentado. Este se estremeció levemente bajo la mirada de su subordinado.

—¿Y bien? —dijo por fin, en tono no autoritario.

—¿Le ha abandonado?

—Mi caballo se desbocó.

—Ya. También el mío.

Se burló de su amo con tristeza.

—Te digo que mi caballo se desbocó —dijo el hombre que una vez tuvo una brida tachonada de plata.

—Los dos somos unos cobardes —dijo el hombre pequeño.

El otro se mordía las uñas mientras reflexionaba y miraba a su subordinado.

—No me llames cobarde —dijo finalmente.

—Usted es un cobarde, como yo.

—Probablemente. Hay un límite más allá del cual todo hombre no puede sino sentir miedo. Es lo que al final he aprendido. Pero no soy un cobarde como tú. Esa es la diferencia.

—Nunca hubiera podido imaginar que usted le abandonaría. Le había salvado la vida dos minutos antes… ¿Por qué es usted nuestro dueño?

El amo volvió a morderse los nudillos y su rostro se ensombreció.

—Nadie me llama a mí cobarde —dijo—. No… Una espada rota es mejor que nada… No se puede esperar que a un caballo blanco con cojera le sea posible llevar a dos hombres durante un viaje de cuatro días. Odio los caballos blancos, pero esta vez no queda más remedio. ¿Empiezas a entenderme…? Me doy cuenta de que estás dispuesto a manchar mi reputación con lo que has visto e imaginado. Hombres como tú destronan reyes. Aparte de eso… nunca me has gustado.

—¡Señor! —dijo el hombre pequeño.

—¡No! —dijo el amo—. ¡No!

Se levantó de un golpe cuando el hombre pequeño se movió. Durante un minuto permanecieron frente a frente. Por encima de sus cabezas pasaban los globos de arañas empujados por el viento. Entre los guijarros hubo un rápido movimiento; unos pies que corrían, un grito de desesperación, un gemido y un golpe…

Cuando anochecía, el viento dejó de soplar. El sol se puso en medio de una apacible serenidad, y el hombre que en otro tiempo poseyó la brida de plata salió por fin del barranco con mucha cautela, avanzando por una sencilla pendiente; pero ahora llevaba el caballo blanco que pertenecía al hombre pequeño.

Quería volver al lugar donde estaba su caballo para recobrar la brida de plata, pero tuvo miedo de que la noche y la brisa le sorprendieran en el valle; además le disgustaba mucho la idea de que pudiera encontrar su caballo totalmente envuelto en telarañas y tal vez horriblemente devorado.

Cuando pensaba en aquellas telarañas, en todos los peligros por los que había pasado y en cómo se había salvado ese día, su mano buscó un pequeño relicario que colgaba de su cuello y lo estrechó con sincera gratitud. Cuando lo hizo, su mirada recorrió el valle.

—La pasión me hizo perder la razón —dijo—, pero ahora ella ha encontrado su merecido. Sin duda, ellos también…

Y he aquí que lejos de las laderas arboladas, al otro lado del valle, pero bajo la nítida luz del crepúsculo, vio una pequeña columna de humo.

Entonces, la serena resignación de su cara se transformó en ira y estupefacción. ¿Humo? Hizo volver la cabeza del caballo blanco y dudó. Un soplo de aire atravesó la hierba que estaba a su alrededor. Lejos, sobre algunas cañas, se balanceaban los jirones de una sábana gris. Contempló las telarañas; contempló el humo.

—Después de todo, puede que no sean ellos —dijo finalmente. Pero tuvo otra idea.

Después de haber contemplado el humo durante un rato, montó en el caballo blanco.

Cabalgaba abriéndose camino entre las masas de telarañas encalladas. Por alguna razón había muchas arañas muertas en el suelo, y las que estaban vivas se regalaban con sus compañeras en un banquete siniestro. Al oír el ruido de los cascos de su caballo, huyeron.

Había pasado su hora. Desde el suelo, sin viento que las empujase, sin una tortuosa sábana disponible, esas cosas no podían hacer mucho daño, a pesar de su veneno.

Golpeaba con el cinturón las que, según él, se acercaban demasiado. Una vez, estuvo a punto de desmontar en un lugar raso donde corrían varias arañas juntas y pisotearlas con las botas, pero controló su impulso. Varias veces se volvió en la silla y observó el humo.

—Arañas —murmuraba sin parar—. ¡Arañas! Bueno, bueno… La próxima vez tendré que tejer una tela.

MR. SKELMERSDALE EN EL PAÍS DE LAS HADAS

—Hay un hombre en esa tienda —dijo el doctor— que ha estado en el País de las Hadas.

—¡Tonterías! —dije, y me di la vuelta para mirar la tienda.

Era la típica tienda de pueblo con oficina de correos, hilos telegráficos en las cornisas, cacerolas de zinc y cepillos en el exterior, y botas, telas y latas de conserva en el escaparate.

—Hábleme de eso —dije, tras una pausa.

—No estoy muy enterado —dijo el doctor—. Es el típico palurdo, se llama Skelmersdale. Pero la gente de aquí le cree a pies juntillas.

Después de un rato volví sobre el tema.

—No sé nada —dijo el doctor— y no quiero saberlo. Le estaba curando un dedo que se había roto en un partido de criquet cuando me topé con esa estupidez. Eso es todo. Al menos, esto le muestra la clase de gente con la que tengo que tratar. ¡Imposible meter a gente así las nuevas ideas sanitarias!

—Muy cierto —dije en tono amable.

El doctor siguió hablándome del asunto de las alcantarillas de Bonham. Cosas de este tipo, creo, son adecuadas para ocupar las cabezas de los funcionarios médicos de sanidad. Intenté ser lo más comprensivo posible, y cuando llamó a la gente de Bonham «burros», yo le dije que eran unos «malditos burros», pero ni siquiera esto le calmó.

Tiempo después, al final del verano, mientras terminaba el capítulo sobre patología espiritual que, en mi opinión, era más difícil de escribir que de leer, un apremiante deseo de reclusión me condujo a Bignor. Me alojé en una granja y poco después, buscando tabaco, me encontré de nuevo junto a aquella tienda. «Skelmersdale», me dije al verla, y entré.

Me atendió un joven bajo, pero de buena planta, tez clara y suave, dientes pequeños y sanos, ojos azules y maneras lánguidas. Le examiné con curiosidad. Salvo un toque de melancolía en su expresión, nada en su persona estaba fuera de lo común. Estaba en mangas de camisa y llevaba arremangado el delantal de tendero y un lápiz detrás de una inofensiva oreja. Una cadena de oro, de la que colgaba una guinea retorcida, cruzaba su chaleco.

—¿Nada más, señor? —preguntó, inclinándose sobre la cuenta.

—¿Es usted Mr. Skelmersdale?

—Sí, señor —dijo sin levantar la vista.

—¿Es verdad que usted ha estado en el País de las Hadas?

Me miró un instante frunciendo las cejas y con semblante ofendido y exasperado.

—¡Oh! ¡Cállese! —dijo.

Y después de un momento de hostilidad en el que permanecimos mirándonos, siguió haciendo la cuenta.

—Cuatro, seis y medio —dijo tras una pausa—. Gracias, señor.

Así, de este modo tan poco propicio, comenzó mi relación con Mr. Skelmersdale.

Sin embargo conseguí su amistad a través de penosos esfuerzos. Le volví a ver en el bar del pueblo, donde una noche, después de cenar, fui a jugar al billar y a mitigar el riguroso retiro que me era tan útil para trabajar durante el día. Logré jugar con él y conversar. Me di cuenta de que el único tema que había que evitar era el del País de las Hadas. Hablando de cualquier otra cosa se mostraba abierto y afable de modo poco común, pero le habían molestado con aquel tema, que era un tabú manifiesto. En el bar, y en su presencia, sólo una vez oí una alusión a su experiencia y fue hecha por un granjero contra el que jugaba y que iba perdiendo. Mr. Skelmersdale hizo diez carambolas seguidas, lo que para la gente de Bignor era una jugada extraordinaria.

—¡Cuidado con lo que haces! —dijo su adversario—. Esos churros te salen porque te ayudan las hadas.

Mr. Skelmersdale le miró fijamente un instante con el taco en la mano, lo tiró al suelo y salió del bar.

—¿Por qué no le deja en paz? —dijo un respetable anciano que había estado disfrutando de la partida, y ante el murmullo general de desaprobación, al campesino se le borró de la cara la sonrisa que le había producido su ocurrencia.

Yo aproveché la oportunidad.

—¿Qué broma es esa —dije— sobre el País de las Hadas?

—No bromee sobre el País de las Hadas; al menos no con el joven Skelmersdale —dijo el respetable anciano mientras bebía.

Un hombre pequeño de mejillas sonrosadas se mostró más comunicativo.

—Se dice, señor —dijo—, que las hadas le cogieron en el monte Aldington y le retuvieron allí unas tres semanas.

Y con esto la reunión se fue animando. Una vez que una oveja había dado el primer paso, las otras estaban listas para seguirla, y en poco tiempo pude formarme una idea general del caso Skelmersdale. Anteriormente, antes de ir a Bignor, había estado en una tienda del mismo estilo en

Aldington Corner y allí sucedió la historia, cualquiera que fuera ésta. Por lo que me contaron, estaba claro que se había quedado hasta tarde en el monte, que había desaparecido de la vista de los hombres durante tres semanas y que había vuelto con «los puños de la camisa tan limpios como cuando salió» y los bolsillos llenos de polvo y ceniza. Volvió en un estado de depresión melancólica del que emergió lentamente y durante días no quiso dar cuenta del lugar donde había estado. La muchacha de Clapton Hill con la que estaba comprometido intentó sonsacárselo y rompió con él, en parte porque se negó a revelárselo y en parte porque, como ella decía, él le disgustaba totalmente. Y cuando algún tiempo después reveló descuidadamente a alguien que había estado en el País de las Hadas y quería volver allí, el asunto se difundió y el humor rural entró en juego, por lo que abandonó bruscamente su situación y se fue a Bignor huyendo del revuelo. Pero en cuanto a lo que había ocurrido en el País de las Hadas, ninguno de ellos sabía nada. Los hombres que estaban reunidos en el bar del pueblo perdieron la serenidad y se comportaron como una jauría que pierde el rastro. Unos decían una cosa y otros lo contrario.

Cuando consideraban este prodigio se mostraban ostensiblemente críticos y escépticos, pero pude ver que se traslucía mucha credulidad a través de sus reservas cautelosas. Adopté una postura de interés inteligente, teñido de una duda razonable sobre la totalidad de la historia.

—Si el País de las Hadas está dentro del monte Aldington —dije—, ¿por qué no cavan allí?

—Es lo que digo yo —dijo el joven campesino.

—Muchos han intentado cavar en el monte Aldington una y otra vez —dijo solemnemente el anciano respetable—. Pero hasta hoy ninguno ha venido a decir lo que ha encontrado en sus excavaciones.

La unanimidad del vago ambiente de credulidad que me rodeaba era más bien impresionante. Sentí que seguramente debía de haber algo en el origen de tal convicción, y la aguda curiosidad que ya sentía por los hechos reales del caso se despertó con nitidez. Si alguien podía revelar los hechos reales, éste era el mismo Mr. Skelmersdale; me esforcé, por tanto, con más asiduidad todavía en borrar la mala impresión que había dejado en él la primera vez y en ganar su confianza hasta el punto de que me hablara espontáneamente de todo ello. En este empeño tenía una ventaja social. Al ser una persona afable, sin empleo aparente, que llevaba un traje de tweed y pantalones cortos, fui catalogado en Bignor como un artista, y en el singular código social dominante de Bignor, un artista ocupa una posición considerablemente más alta que un dependiente de ultramarinos. Mr. Skelmersdale, como muchos de su clase, es algo snob. Me había dicho «CÁLLESE» sólo porque había sido provocado de forma brusca y excesiva y, además, estoy seguro, se arrepintió en seguida; yo sabía que le agradaba que le vieran paseando por el pueblo conmigo. En el momento oportuno aceptó con agrado mi invitación a fumar una pipa y tomar un whisky en mis habitaciones; y como, gracias a un feliz instinto, yo sospechaba que en todo esto se mezclaban desdichas amorosas y sabía que las confidencias llaman a las confidencias, le hablé sugestivamente de mi pasado real y ficticio. Fue después del tercer whisky de la tercera de estas visitas cuando rompió el hielo por su propia voluntad a propósito de un comentario sobre un pequeño amor que me conmovió y me abandonó en mi adolescencia.

—Fue lo mismo que me pasó a mí en Aldington —dijo—. Es eso precisamente lo extraño. Al principio, yo era indiferente y era ella quien quería, después, cuando ya era demasiado tarde, fui yo, por decirlo de alguna manera, el que quería.

Me abstuve de responder a esta alusión: así, poco después, hizo otra, y en poco tiempo dio a entender claramente que de la única cosa que quería hablar era de aquella aventura del País de las Hadas que había guardado herméticamente tanto tiempo. Como ven, había caído en la trampa, y de ser sólo un semi-incrédulo más, un desconocido que pretende ser gracioso, me había convertido, gracias a mis confidencias insistentes e impúdicas, en su posible confidente. Le había picado el deseo de dejar ver que él también había vivido y experimentado muchas cosas; la fiebre se había apoderado de él.

Al principio su narración era ciertamente confusa, y mi impaciencia por aclarar ciertos puntos con unas cuantas preguntas precisas era sólo igualada y vencida por mi preocupación por no llegar a dicha situación demasiado pronto. Pero en una o dos reuniones el fundamento de su confianza quedó bien establecido. Creo que me hice con casi todos los datos y aspectos de la historia desde el principio hasta el final; y, en efecto, escuché muchas veces casi todo lo que Mr. Skelmersdale, con su limitada capacidad de narración, podía contar. Y, de este modo, llego al relato de su aventura y la reconstruyo de nuevo en su totalidad. Si realmente sucedió, la imaginó, la soñó o se le ocurrió en un trance alucinatorio extraño, es algo sobre lo que no quiero pronunciarme. Pero no consideraré ni por un momento que la haya inventado. El hombre cree simple y honestamente que todo sucedió tal como lo cuenta; es, evidentemente, incapaz de una mentira tan elaborada y coherente, y, además, encuentro una buena confirmación de su sinceridad en el hecho de que las sencillas mentes rurales, aunque a menudo están dotadas de una aguda penetración, le crean. Él lo cree, y nadie puede presentar una prueba que falsifique su creencia. En cuanto a mí, transmito su historia con este apoyo; soy ya un poco viejo para dar justificaciones o explicaciones.

Dice que fue a dormir una noche al monte Aldington alrededor de las diez, es muy posible que fuera la noche de San Juan, aunque él nunca pensó en la fecha y no estaba seguro si fue una semana antes o después. Era una noche hermosa y serena y la luna se elevaba en el horizonte. Me he tomado la molestia de visitar este monte tres veces desde que la historia creció al amparo de mi persuasión; en una de aquellas visitas la luna aparecía en el crepúsculo estival: tal vez una noche similar a la de su aventura. Júpiter se mostraba grande y espléndido por encima de la luna; por el norte y el noroeste, el cielo aparecía verde y brillante sobre el sol ya oculto. El monte se levanta yermo y desnudo bajo el cielo, pero rodeado de matorrales espesos a corta distancia; cuando ascendía por el monte había conejos espectrales o casi invisibles que respingaban y corrían sin parar. Sólo en la cima del monte, y en ninguna otra parte, se oía un zumbido turbulento de moscas. El monte es, creo, un montículo artificial, el túmulo de algún gran caudillo prehistórico, y seguro que ningún hombre ha escogido un panorama tan vasto para una sepultura. Hacia el este se ve, a lo largo de las colinas, hasta Hythe; y de allí, a través del canal, hasta donde las grandes luces blancas de Gris Nez y Boulogne pestañean, brillan y desaparecen a treinta millas de distancia, o quizá más. Hacia el oeste yace el profundo valle del Weald, visible hasta Hindhead y la colina de Leith, mientras que el valle del Stour extiende sus elevaciones por el norte hasta las colinas interminables, más allá de Wye. Toda la llanura de Romney yace a sus pies, extendiéndose hacia el sur. Dymchurch, Romney, Lydd, Hastings y su colina están a media distancia, y las colinas se multiplican vagamente más allá de donde Eastbourne abraza Beach Head.

Y sobre este paisaje, Mr. Skelmersdale erraba turbado por su primer disgusto amoroso, y como él mismo decía: «sin que le preocupara hacia dónde se dirigía». Se sentó para meditar y, allí, malhumorado y afligido, le sorprendió el sueño. Así fue como las hadas se apoderaron de él.

La pelea que le había trastornado se debía a algún conflicto trivial entre él y la chica de Clapton Hill con la que estaba prometido. Ella era hija de un granjero, decía Mr. Skelmersdale, y «muy respetable»: sin duda un excelente partido para él. Sin embargo, tanto la chica como su amante eran muy jóvenes y poseían ese recelo mutuo, esa crítica intolerante y afilada, ese ansia irracional de una belleza perfecta que la vida y la prudencia apagan en poco tiempo felizmente. No tengo idea del motivo exacto de la pelea. Ella pudo decirle que le gustaban los hombres con polainas cuando él no las llevaba, o él pudo decirle que le gustaba más con otro tipo de sombrero; pero, empezara como empezara, llegaron, tras una serie de torpezas, a la amargura y las lágrimas. Sin duda ella terminó llorosa y humillada, y él deshecho y deprimido. La chica se marchó haciendo odiosas comparaciones, con serias dudas sobre si le quiso realmente alguna vez y con la certeza clara de que nunca le volvería a querer. Y con estos pensamientos en su espíritu se fue afligido hacia el monte de Aldington, y luego, tal vez después de mucho tiempo, cayó dormido sin explicación alguna.

Al despertarse se encontró en el césped más blando sobre el que jamás había dormido y bajo la sombra de árboles tan oscuros que tapaban el cielo por completo. Al parecer, en el País de las Hadas el cielo está siempre oculto. A excepción de una noche en que las hadas estuvieron bailando, Mr. Skelmersdale, durante el tiempo que estuvo con ellas, nunca vio una estrella. Y en cuanto a esa noche, dudo si se encontraba en el mismo País de las Hadas o en otro sitio, tal vez donde se levantan los cercos y los juncos, en los bajos prados cercanos a la vía del ferrocarril de Smeeth.

Pero, a pesar de todo, había luz bajo esos árboles y, sobre las hojas y el césped, brillaban abundantes luciérnagas, relucientes y hermosas. La primera sensación que tuvo fue que era pequeño; la siguiente, que estaba rodeado por gente aún más pequeña. Por alguna razón, según dice, no se sorprendió ni se asustó, sino que se incorporó pesadamente y alejó el sueño de sus ojos. Rodeándole por completo se encontraban los elfos risueños que le habían capturado y conducido al País de las Hadas mientras dormía desamparado.

Tan vago e imperfecto es su vocabulario, tan poca atención prestó a los pequeños detalles, que me ha sido imposible colegir qué aspecto podrían tener estos elfos. Iban vestidos con algo muy ligero y bonito que no era lana, ni seda, ni hojas, ni pétalos de flores. Cuando se despertó y se sentó, los elfos empezaron a rodearle; de repente, desde un claro y a través de una avenida de luciérnagas descendió, con una estrella en la frente, el hada que constituye el personaje principal de su historia y de su memoria. De ella he reunido más datos. Vestía ropa verde transparente y su pequeño talle estaba ceñido por un ancho cinturón de plata. Sus cabellos ondulaban hacia atrás, a ambos lados de su frente, formando bucles caprichosos, aunque no demasiado descuidados, y lucía una diadema pequeña engastada con una sola estrella sobre la frente. Sus mangas estaban abiertas de tal forma que dejaban vislumbrar los brazos; creo que el hada exhibía algo el cuello, pues Mr. Skelmersdale hablaba de la belleza de su cuello y de su barbilla. Un collar de coral ceñía su blanca garganta y sobre el pecho llevaba prendida una flor del color del coral. Tenía las líneas suaves de un niño en el mentón, el cuello y las mejillas. Deduzco que sus ojos eran de un marrón encendido, muy tiernos, suaves y puros. Se puede ver por estos detalles cuántas veces ha aparecido esta señorita en el recuerdo de Mr. Skelmersdale. Intentó expresar ciertas cosas y no pudo; «su manera de moverse» dijo varias veces, e imagino la alegría recatada que irradiaba esta señorita.

En compañía de esta persona encantadora, como huésped y compañero escogido, Mr. Skelmersdale empezó a conocer los secretos del País de las Hadas. Ella le acogió con mucho gusto y cierto afecto; imagino que ella estrecharía su mano entre las suyas mientras se le iluminaba la cara. Después de todo, hace diez años, Mr. Skelmersdale pudo haber sido un joven muy atractivo. Entonces ella cogió su brazo y luego, supongo, le llevó de la mano por el claro que iluminaban las luciérnagas.

Es imposible saber, a partir de la estructura desarticulada de la narración de Mr. Skelmersdale, cómo ocurrió todo con exactitud. Ofrecía cuadros imperfectos y fugaces de rincones y hechos extraños, de lugares donde había muchas hadas juntas, de «hongos que brillaban con luz rosada», de la comida de las hadas, de la que sólo sabía decir: «¡tendría que haberla probado usted!», y de la música de las hadas —«como una cajita de música»— que nacía de flores que se mecían. Había un gran espacio abierto donde las hadas montaban en «cosas» y corrían, pero no se puede saber lo que Mr. Skelmersdale quiso decir con «estas cosas en las que montan las hadas». Tal vez eran larvas o grillos o los pequeños escarabajos que nos esquivan tan a menudo. Había un lugar donde el agua se esparcía y crecían ranúnculos gigantescos; allí, en la época cálida, las hadas se bañaban juntas. Jugaban, bailaban y los elfos hacían la corte entre la espesura de los musgos. No cabe la menor duda de que el Hada pretendía a Mr. Skelmersdale, como tampoco de que el joven opuso resistencia. Llegó un momento, en efecto, en que ella se sentó en un banco junto a él, en un lugar apartado y silencioso, «inundado de aroma de violetas» y le habló de amor.

—Cuando su voz bajó y se convirtió en un susurro —dijo Mr. Skelmersdale—, cuando pasó su mano sobre mi mano y se acercó de esa manera tierna y afectuosa, hice lo que pude para no perder la cabeza.

Parece que sólo hasta cierto punto no perdió la cabeza, desgraciadamente. Vio «cómo soplaba el viento», y así, sentado en un lugar inundado de aroma de violetas, con su piel junto a la del Hada adorable, Mr. Skelmersdale le manifestó suavemente ¡que estaba prometido!

Ella le dijo que le quería muchísimo, que era un chico encantador y que le daría cualquier cosa que le pidiera, incluso el deseo de su corazón.

Skelmersdale, que intentó evitar mirar a sus labios cuando se abrían y cerraban, preparó el terreno para la pregunta más íntima diciendo que le gustaría tener suficiente capital para montar una tienda. Sólo le gustaría sentir, dijo, que tenía dinero suficiente para hacer eso. Imagino una pequeña sorpresa en esos ojos marrones cuando él dijo esto, pero, a pesar de todo, se mostró comprensiva y le hizo muchas preguntas sobre la tienda riéndose todo el tiempo. Mr. Skelmersdale hizo una relación completa de su noviazgo y le contó todo sobre Millie.

—¿Todo? —dije.

—Todo —dijo Mr. Skelmersdale—; quién era, dónde vivía, le conté todo sobre ella. Sentí un inexplicable deber de hacerlo.

«Cualquier cosa que quieras la tendrás —dijo el Hada—. Es como tenerlo ya. Sentirás que tienes el dinero, tal como deseas. Y ahora, sabes… debes darme un beso».

Mr. Skelmersdale fingió no oír la última parte de sus palabras y le dijo que era muy amable. Que él no merecía que ella fuera tan amable y…

De pronto, el Hada se acercó a él y le susurró:

«¡Bésame!».

—Y la besé locamente —dijo Mr. Skelmersdale.

Me han dicho que hay besos y besos, y éste debió de ser muy diferente de las ruidosas muestras de afecto de Millie. Había algo mágico en ese beso; seguramente marcó un punto decisivo. De cualquier forma, éste es uno de los pasajes que le pareció importante describir con mayor extensión. He intentado narrarlo bien, he intentado desenredarlo de las insinuaciones y gestos con que llegó hasta mí, pero no me cabe ninguna duda de que fue muy diferente de como lo he contado, mucho más bello y tierno, bajo la suave luz filtrada y entre el silencio conmovedor de los claros del bosque de las hadas. El Hada le preguntó más detalles sobre Millie: si era hermosa, y cosas así, muchas veces. Imagino que cuando respondió a la pregunta sobre la belleza de Millie, él dijo que «era perfecta». Y entonces, o en una ocasión parecida, el Hada le dijo que se enamoró de él cuando dormía a la luz de la luna y que, al no saber nada de Millie, le había llevado al País de las Hadas pensando que tal vez se enamorara de ella. «Pero ahora sé que no puedes —dijo ella—, así que te quedarás un poco más conmigo y después debes volver con Millie». Él ya estaba enamorado del Hada y, a pesar de estas palabras, por pura inercia de su espíritu persistió en la actitud que ya había adoptado. Me imagino a Mr. Skelmersdale sentado, estupefacto entre todas esas cosas hermosas y relucientes y hablando de Millie, de la pequeña tienda que pensaba montar, de la necesidad de comprar un caballo y un carro… Y este estado absurdo de cosas debió de prolongarse durante días y días. Me parece ver a esta señorita flotando sobre él y tratando de divertirle, demasiado delicada para comprender su complejidad y demasiado tierna para dejarle ir. Como si estuviera hipnotizado, iba con ella de un lado para otro, ciego a todas las cosas del País de las Hadas, excepto a la maravillosa relación que mantenía. Es difícil, es imposible ofrecer en un libro el efecto de la ternura radiante del Hada que brillaba a través de la selva de frases toscas e imperfectas del pobre Mr. Skelmersdale. Para mí, al menos, brilló intensamente a través del desorden de su narración como una luciérnaga en una maraña de hierbajos.

Debió de pasar mucho tiempo mientras todo esto sucedía —ya dije que una vez bailaron bajo la luz de la luna en los cercados que tachonaban los prados cercanos a Smeeth—, pero un buen día las cosas tocaron a su fin. Ella le condujo a una gran caverna, iluminada «por una extraña luz roja», donde había cofres apilados, copas, cajas de oro y un enorme montón de algo que a todos los sentidos de Mr. Skelmersdale les pareció oro acuñado. Había pequeños gnomos entre estos tesoros, que saludaron al Hada cuando llegó y permanecieron a su lado. Y de pronto ella se volvió hacia él con una mirada refulgente.

«Ya es hora —dijo ella— de que te deje ir; has sido muy amable por estar conmigo tanto tiempo. Debes volver con tu Millie. Debes volver con tu Millie y, tal como te prometí, te darán tu oro».

—No pudo sostener la respiración —me dijo Mr. Skelmersdale—. Entonces tuve un sentimiento extraño… —añadió, y se tocó el pecho— como si me desmayara. Empalidecí y me estremecí… incluso entonces no pude decir una palabra.

Hizo una pausa.

—Ya —dije.

La escena estaba más allá de su capacidad de descripción. Pero sé que ella le despidió con un beso. —¿Y usted no dijo nada?

—Nada —dijo—. Me quedé como una vaca atiborrada. Se volvió a mirarme sólo una vez, sonriente y llorosa —pude ver cómo le brillaban los ojos— y luego se fue; y en torno a mí, sus pequeños compañeros estaban muy ocupados llenándome de oro las manos, los bolsillos y cualquier sitio que encontraban.

Fue en ese momento cuando desapareció el Hada y Mr. Skelmersdale comprendió realmente todo. De pronto empezó a desembarazarse del oro que le obligaban a coger y les gritó que no le dieran más.

—No quiero vuestro oro —les dije—. Todavía no he acabado. No me voy. Quiero hablar con el Hada otra vez. Empecé a correr tras ella, pero los gnomos me echaron para atrás. Sí, clavaron sus manitas en mi cintura y me hicieron retroceder a empujones. Siguieron dándome más y más oro, hasta que empezó a correr por debajo de los pantalones y rebosaba en mis manos. «No quiero vuestro dinero —les dije—, sólo quiero hablar con el Hada otra vez».

—¿Y habló con ella?

—Terminé peleándome.

—¿Antes de verla?

—No la llegué a ver. Cuando me libré de ellos, no la vi en ninguna parte.

Así que salió corriendo de la cueva rojiza en su busca. Recorrió una gruta larga y después salió a un espacio grande y desolado donde una multitud de fuegos fatuos volaba de aquí para allá. Los elfos danzaban burlonamente a su alrededor y los pequeños gnomos, que habían salido de la cueva en su persecución con puñados de oro, lo lanzaban contra él al tiempo que gritaban: «¡Amor de hadas, oro de hadas! ¡Amor de hadas, oro de hadas!».

Cuando oyó estas palabras, Mr. Skelmersdale sintió el temor de que todo hubiera terminado; alzó la voz y la llamó por su nombre, y de pronto echó a correr por la pendiente que sale de la boca de la caverna, a través de un lugar cubierto de espinas y zarzas, llamándola en voz alta repetidas veces. Los elfos danzaban indiferentes a su alrededor, pellizcándole y pinchándole; los fuegos fatuos giraban en torno a él y se abalanzaban contra su cara, y los gnomos le perseguían gritándole y arrojándole el oro de las hadas. Cuando corría en medio de este tropel singular que le aturdía, se hundió inesperadamente en un pantano hasta las rodillas; de pronto se encontró entre raíces retorcidas, su pie quedó atrapado en una, tropezó y cayó…

Cayó y rodó, y en ese instante se encontró tumbado en el monte Aldington, completamente solo bajo las estrellas.

Se incorporó con fuerza en seguida, dijo, y descubrió que estaba frío y entumecido, y su ropa humedecida por el rocío. La primera palidez de la aurora y un viento helado surgieron a la vez. Pudo haber pensado que todo había sido un sueño de una vividez extraordinaria hasta que metió la mano en el bolsillo y lo encontró atiborrado de ceniza. Entonces supo con certeza que era el oro de las hadas que le habían dado los gnomos. Todavía podía sentir los pellizcos y pinchazos, aunque no tenía ningún cardenal. De esta manera, y tan bruscamente, Mr. Skelmersdale volvió del País de las Hadas al mundo de los hombres. Incluso entonces, creyó que todo había sido cuestión de una noche, hasta que llegó a la tienda de Aldington Corner y descubrió, en medio del asombro general, que había estado fuera tres semanas.

—¡Señor! ¡Menudo apuro pasé! —dijo Mr. Skelmersdale.

—¿Y eso?

—Cuando tuve que explicarlo. Supongo que usted nunca ha tenido que explicar una cosa así.

—Nunca —dije.

Y se explayó hablando de la reacción de esta persona, de aquella… Evitó pronunciar un nombre durante un rato.

—¿Y Millie? —dije por fin.

—No tenía ninguna gana de verla —dijo.

—Me figuro que ella habría cambiado.

—Todo el mundo había cambiado. Todos habían cambiado para siempre, ¿sabe? Me parecían más grandes y bastos. Y sus voces más fuertes. ¿Por qué el sol, cuando salía por la mañana, me hería los ojos?

—¿Y Millie?

—No quería ver a Millie.

—¿Y cuándo la vio?

—Me encontré con ella el domingo cuando salía de la iglesia. «¿Dónde has estado?», me preguntó. Vi que iba a haber bronca, pero me daba igual. Me dio la impresión de que me había olvidado de ella incluso cuando me estaba hablando. No significaba nada para mí. No llegaba a entender qué había visto en ella, o a qué se habría debido mi atracción. A veces, cuando estaba ausente, volvía a pensar algo en ella; pero nunca cuando estaba presente, pues entonces aparecía la otra y la oscurecía… De cualquier forma, esto no le rompió el corazón.

—¿Se casó? —pregunté.

—Se casó con un primo —dijo Mr. Skelmersdale, y meditó un rato con la mirada puesta en el dibujo del mantel.

Cuando volvió a hablar, quedó claro que su antigua novia había desaparecido por completo de su espíritu y que la conversación le había traído de nuevo la imagen del Hada, que triunfaba en su corazón. Se puso a hablar de ella… y pronto empezó a revelar cosas extrañas, secretos de amor insólitos que sería desleal repetir aquí. Pienso, en efecto, que la cosa más extraordinaria de todo fue escuchar, cuando terminó su relato, a este pequeño tendero acicalado, con su vaso de whisky junto a él y un cigarro entre los dedos, confesar, todavía con dolor, aunque mitigado por el tiempo, el insaciable deseo amoroso que en poco tiempo se había adueñado de él.

—No podía comer —dijo—, no podía dormir. Me equivocaba en los pedidos y daba mal el cambio. Ella estaba presente noche y día sin dejar de atraerme un instante. ¡Oh! ¡Yo la deseaba, Señor! ¡Cuánto la deseé! Casi todas las noches iba al monte y daba vueltas y vueltas, rogándoles que me dejaran entrar. Gritaba. A veces estallaba en sollozos. Me sentía estúpido y miserable. Me decía sin cesar que había sido una ilusión. Y todos los domingos por la tarde subía allí, hiciera buen tiempo o no, aunque yo sabía tan bien como usted que era inútil durante el día. Intenté dormir allí.

Se interrumpió de pronto y decidió beber un trago de whisky.

—Intenté dormir allí —dijo, y podría jurar que sus labios temblaron—. Intenté dormir allí una y otra vez. Y, ¿sabe, señor? No pude… nunca. Creo que si me hubiera dormido, habría pasado algo… Pero me echaba, me incorporaba, y no podía… porque pensaba en ello, porque lo deseaba ardientemente. Era el ansia… Lo intenté…

Resopló, bebió convulsivamente el whisky que le quedaba, se levantó de repente y empezó a abrocharse la chaqueta, mirando y juzgando, mientras tanto, las reproducciones baratas que estaban junto a la repisa de la chimenea.

La libreta donde apuntaba los pedidos del día sobresalía con rigidez del bolsillo de la chaqueta. Cuando terminó de abrocharse todos los botones se pasó la mano por el pecho y se volvió hacia mí bruscamente.

—Bueno —dijo—, me tengo que ir.

Había algo en sus ojos y en su actitud que me resulta demasiado difícil expresar con palabras.

—Uno empieza a hablar… —dijo finalmente en la puerta, sonrió con tristeza, y así desapareció de mi vista.

Y esta es la historia de Mr. Skelmersdale en el País de las Hadas, tal como me la relató.

EL FANTASMA INEXPERTO

La escena en que Clayton narró su última historia vuelve vívidamente a mi memoria. Estuvo sentado casi todo el tiempo en el extremo del confortable sofá que está junto a la espaciosa chimenea, y Sanderson, que se sentaba a su lado, fumaba una de esas pipas de arcilla Broseley que llevan su nombre. También estaban Evans y Wish, actor maravilloso y hombre modesto al mismo tiempo. Todos habíamos llegado al Mermaid Club aquel sábado por la mañana, excepto Clayton, que durmió allí la noche anterior, acontecimiento que propició su historia. Habíamos estado jugando al golf hasta que la bola se hizo invisible; tras la cena, nos encontrábamos en ese estado de bondad apacible en que los hombres pueden soportar una historia. Cuando Clayton empezó a contar una, supusimos naturalmente que la estaba inventando. Tal vez la inventaba de hecho, y el lector podrá juzgarlo en seguida tan bien como yo. Empezó, es verdad, como si relatara una anécdota real, pero pensamos que sólo era el artificio incorregible del hombre.

—¡Oídme! —comentó después de haber observado largamente la lluvia de chispas que ascendía desde el tronco que Sanderson había atizado—. ¿Sabéis que he estado solo aquí esta noche?

A excepción del servicio —dijo Wish.

—Que duermen en el otro ala —dijo Clayton—. Bien, pues…

Dio unas caladas a su cigarrillo durante un rato, como si todavía dudara de su confidencia. Entonces dijo en voz muy baja:

—He atrapado un fantasma.

—¿Que has atrapado un fantasma? ¿En serio? —dijo Sanderson—. ¿Dónde está?

Y Evans, que admiraba a Clayton de una forma inconmensurable y que había estado cuatro semanas en América, exclamó:

—¿En serio que has atrapado un fantasma, Clayton? ¡Me alegro! ¡Cuéntanoslo ahora mismo!

Clayton dijo que lo haría en seguida y le pidió que cerrara la puerta.

Me miró excusándose.

—Por supuesto que no hay chismosos, pero no quiero perturbar a nuestro excelente servicio con rumores de que hay fantasmas en el club. Ya hay suficientes tinieblas y paneles de roble como para andar jugando con estas cosas. Y además, este no era un fantasma cualquiera. No creo que vuelva nunca más.

—¿Quieres decir que no lo retuviste? —dijo Sanderson.

—No tuve corazón para ello —dijo Clayton.

Y Sanderson dijo a su vez que estaba sorprendido.

Nos reímos, y Clayton pareció ofenderse.

—Ya —dijo con una sonrisa trémula—, pero el caso es que era un fantasma de verdad, y estoy tan seguro de ello como de que estoy hablando ahora con vosotros. No bromeo. Sé lo que digo.

Sanderson aspiró profundamente de su pipa mientras dirigía una mirada rojiza hacia Clayton; luego expulsó un hilo delgado de humo más elocuente que muchas palabras.

Clayton ignoró el gesto.

—Es la cosa más extraña que me ha sucedido en la vida. Ya sabéis que yo no había creído nunca en cosas de ese estilo; y entonces, mira por dónde, cazo uno en un rincón y me encuentro con todo el asunto en mis manos.

Meditó todavía más profundamente y, tras haber sacado un segundo cigarro, comenzó a perforarlo con un curioso punzón por el que sentía afecto.

—¿Hablaste con él? —preguntó Wish.

—Alrededor de una hora.

—¿Animadamente? —dije, uniéndome al círculo de escépticos.

—El pobre diablo estaba en un apuro —dijo Clayton, inclinado sobre el extremo del cigarro y con un leve tono de reprobación.

—¿Sollozaba? —preguntó alguien.

Clayton exhaló un auténtico suspiro cuando esto le vino a la memoria.

—¡Santo Dios! —dijo—. ¡Pobre hombre! Sí, claro que sí.

—¿Dónde lo descubriste? —preguntó Evans con su mejor acento americano.

—Nunca llegué a concebir —dijo Clayton sin hacerle caso— qué cosa tan penosa puede ser un fantasma —y mientras buscaba las cerillas en el bolsillo y prendía su cigarro, nos volvió a dejar en suspenso.

—Lo sorprendí —contestó al fin.

Ninguno de nosotros tenía prisa.

—Un carácter —dijo— permanece exactamente igual, aun cuando haya sido privado de su cuerpo. Es algo que olvidamos con demasiada frecuencia. La gente dotada con cierta fuerza o firmeza de voluntad tiene un espectro con igual fuerza y firmeza de voluntad; la mayor parte de los fantasmas que se aparecen deben de estar dominados por una idea fija, como los monomaníacos, y ser tan obstinados como burros para regresar hasta la saciedad. Esta pobre criatura no era así.

De repente levantó los ojos y recorrió la habitación con la mirada.

—Lo digo —prosiguió— sin mala intención, pero es la pura verdad. Incluso a primera vista me pareció débil.

Hizo una pausa llevándose el cigarro a la boca.

—Lo encontré en el corredor. Estaba de espaldas a mí y yo le vi primero. En seguida me di cuenta de que se trataba de un fantasma. Era transparente y blanquecino; a través de su pecho pude ver con nitidez la luz tenue de la pequeña ventana del fondo. Y no sólo su físico, también su actitud me dio una impresión de debilidad. Parecía como si no supiera en absoluto qué hacer. Una mano se apoyaba en el panel y la otra se agitaba sobre su boca. ¡Así…!

—¿Cómo era? —preguntó Sanderson.

—Flaco. Ya sabéis cómo es ese cuello que tienen algunos jóvenes, y que forma una especie de surcos cuando se une con la espalda, aquí y aquí… ¡Así era el suyo! La cabeza pequeña e innoble, con pelo tieso y escaso, y orejas más bien deformes. Los hombros contrahechos, más estrechos que las caderas. Llevaba un cuello vuelto, una chaqueta corta y unos pantalones con rodilleras y algo deshilachados por abajo. Así fue como apareció ante mí. Subí en silencio las escaleras. Yo tenía puestas mis zapatillas a rayas, y no llevaba ninguna luz —ya sabéis que las velas están en la mesa del rellano, y allí sólo hay una lámpara—; entonces vi cómo subía. Me detuve de repente para observarle. No sentía ningún miedo. Creo que en la mayoría de estas situaciones uno no se asusta, ni se excita tanto como podría haber imaginado. Yo estaba sorprendido e intrigado. Pensé: «¡Dios mío! ¡Por fin un fantasma! Y yo que no había creído en ellos ni un sólo instante en los últimos veinticinco años».

—Humm —dijo Wish.

—Me parece que justo antes de llegar al rellano, descubrió mi presencia. Volvió la cabeza con brusquedad y pude ver la cara de un joven inmaduro de nariz fofa, bigotito esmirriado y barbilla escuálida. Así nos mantuvimos un instante, uno frente a otro, y él mirándome por encima del hombro. Entonces pareció recordar su alta vocación. Se volvió por completo, se elevó sobre sí mismo, adelantó la cara, levantó los brazos, desplegó las manos al modo clásico de los fantasmas y avanzó hacia mí. Mientras se mantenía en esta postura, dejó caer su pequeña mandíbula y emitió un «Uhh» débil y prolongado. No, aquello no infundía terror en absoluto. Yo ya había cenado; había bebido una botella de champán y, cuando me quedé solo, tal vez dos o tres —tal vez cuatro o cinco— whiskies, de modo que estaba tan firme como una roca y no más asustado que si me hubiera atacado una rana.

»—Uhh —dije—. ¡Qué disparate! Tú no perteneces a este club. ¿Qué haces aquí?

»Pude ver cómo se estremecía».

—Uhh… uhh —dijo él.

»—Uhh… ¡Que te cuelguen! ¿Eres miembro del club? —dije, y para demostrarle que no me inspiraba ni una pizca de miedo caminé a través de uno de sus costados para encender mi vela.

»—¿Eres miembro del club? —repetí mirándole de lado.

»Se movió un poco para distanciarse de mí y mostró un gesto de abatimiento.

»—No —dijo respondiendo a la pregunta persistente de mi mirada—; no soy miembro del club… Soy un fantasma.

»—Bueno, eso no te da derecho a entrar en el Mermaid Club. ¿Quieres ver a alguien, o algo parecido?

»Y encendí la vela con la mayor calma posible por temor a que confundiera la torpeza producida por el whisky con la perturbación del miedo. Me volví hacia él con la vela en la mano.

»—¿Qué haces aquí? —dije.

»Dejó caer sus manos y cesó de decir «Uhh». Y allí se erguía, torpe y avergonzado, el fantasma de un joven débil, simple e indeciso.

»—Estoy de ronda —dijo.

»—No tienes nada que hacer aquí —dije en tono tranquilo.

»—Soy un fantasma —dijo a modo de justificación.

»—Puede ser, pero no tienes por qué rondar por aquí. Este es un club privado, respetable; aquí vienen con frecuencia personas con niñeras y niños, y como andas con tanto descuido, algún pobre niño te puede encontrar y asustarse horriblemente. Supongo que no has reparado en ello.

»—No, señor —dijo.

»—Pues deberías haberlo hecho. ¿No tendrás alguna justificación para venir aquí, verdad? Haber sido asesinado en el club o algo parecido.

»—No, señor; pero pensé que como era un edificio viejo y tenía paredes de roble…

»—Eso es una excusa —dije, mirándole fijamente—. Es un error haber venido aquí —continué en un tono de superioridad amistosa. Hice como que buscaba mis cerillas y luego lo miré con franqueza—. Si yo fuera tú, no esperaría al canto del gallo… me desvanecería al instante.

»Pareció aturdirse.

»—Es que, señor… —comenzó.

»—Me desvanecería —repetí, dándole a entender que regresara a su mundo.

»—Es que, señor, por alguna razón, no puedo.

»—¿Que no puedes?

»—No, señor. Hay algo que he olvidado. He estado vagando por aquí desde medianoche, ocultándome en los armarios de los dormitorios vacíos y en lugares parecidos. Estoy confundido. Nunca antes había salido a rondar y esta situación me desconcierta.

»—¿Te desconcierta?

»—Sí, señor. He intentado hacerlo varias veces, pero no lo he conseguido. Hay algo que se me ha ido de la memoria y no puedo volver.

»Esto me impresionó profundamente. Me miraba con tanta humildad que por nada del mundo habría mantenido yo el tono tan agresivo que había adoptado.

»—Es extraño —dije, y mientras hablaba imaginé oír a alguien que se movía por abajo—. Ven a mi cuarto y cuéntame algo más sobre el asunto —yo, por supuesto, no entendía nada.

»Intenté cogerle del brazo, pero, evidentemente, era como intentar coger un soplo de humo. Había olvidado mi número, me parece. De cualquier forma, recuerdo haber entrado en varios dormitorios —fue una suerte que yo fuera el único que se encontraba en ese ala— hasta que al fin vi mis cosas.

»—Ya estamos —dije, y me senté en el sillón—. Siéntate y cuéntamelo todo. Me parece que te has metido en un buen lío, amigo.

»Bueno, el fantasma dijo que no quería sentarse y que prefería ir y venir por la habitación, si a mí no me importaba. Así lo hizo y en un instante nos vimos sumidos en una conversación larga y seria. En ese momento, los efluvios de los whiskies y del soda se desvanecieron y empecé a tomar conciencia del extraordinario y fantástico asunto en que estaba metido. Allí estaba, semitransparente, el fantasma convencional, silencioso excepto cuando emitía su voz fantasmal, revoloteando de aquí para allá, en aquel dormitorio viejo, limpio, agradable y tapizado de quimón. Se podía ver, a través de él, la tenue luz de las palmatorias de cobre, el resplandor de los guardafuegos de bronce y las esquinas de los grabados enmarcados en la pared; y allí estaba él, contándome su desdichada y corta vida, que acababa de concluir en la tierra. No tenía una cara especialmente honesta, pero, al ser transparente, no podía eludir decir la verdad.

—¿Eh? —dijo Wish, levantándose repentinamente de la silla.

—¿Cómo? —dijo Clayton.

—Por ser transparente… no podía evitar decir la verdad… No lo entiendo —dijo Wish.

—Yo tampoco —dijo Clayton, con una seguridad inimitable—; pero es así. Puedo asegurarlo. No creo que se haya desviado un ápice de la verdad. Me contó cómo había muerto —bajó con una vela a un sótano de Londres para descubrir el lugar donde se producía un escape de gas— y que era profesor de inglés en una escuela privada de Londres cuando sucedió el escape.

—Pobre desdichado —dije.

—Lo mismo pensaba yo, y a medida que me hablaba, más lo pensaba. Allí estaba, sin meta en la vida, sin meta fuera de ella. Habló de su padre, de su madre, de su profesor y de todos aquellos con quienes había tenido trato, con desprecio. Había sido demasiado sensible, demasiado nervioso; nadie le había valorado en su justa medida, ni entendido, dijo. Nunca había tenido en el mundo un amigo de verdad, sospecho. Nunca había tenido éxito. Había rehuido las diversiones y suspendido los exámenes.

»—Hay mucha gente así —me dijo—; cuando entraba en el aula del examen, parecía que todo se esfumaba.

»Se había prometido con otra persona extremadamente impresionable, supongo, cuando la imprudencia con el escape de gas puso fin a su aventura amorosa.

»—¿Y dónde estás ahora? —pregunté—. ¿No estarás en…?

»No fue nada claro en su respuesta. Me dio la impresión de que se trataba de un estado vago, intermedio, un lugar reservado especialmente a las almas con muy poca existencia para cosas tan positivas como el pecado o la virtud. No lo sé. Era demasiado egoísta y distraído para darme una idea clara sobre la clase de lugar, de región que se extiende al Otro Lado de las Cosas. Estuviera donde estuviera, parece que había caído entre un grupo de espíritus afines: fantasmas de jóvenes débiles de los barrios bajos de Londres, que tenían el mismo nombre y que hablaban a menudo de «ir de ronda» y cosas parecidas. Al parecer, pensaban que «ir de ronda» era una aventura tremenda y la mayoría de ellos se rajaban siempre. Y así, apremiado por los otros, había llegado al club.

—¡Increíble! —dijo Wish, absorto frente al fuego.

—En todo caso, eso es lo que me dio a entender —dijo Clayton con modestia—. Es posible que yo no me encontrara en el estado más apropiado para juzgar, pero ese es el panorama que describió. Continuó revoloteando de un lado para otro, sin dejar de hablar con su delgada voz, de su yo desdichado, pero sin decir una palabra clara ni una frase coherente en todo el tiempo. Era más delgado, más simple y más inútil que cuando estaba vivo; en ese caso, si hubiera estado vivo, no habría permanecido en mi dormitorio, le habría echado a patadas.

—Sin duda —dijo Evans—, hay pobres mortales de esa naturaleza.

—Y tienen tantas posibilidades de convertirse en fantasmas como cualquiera de nosotros —admití yo.

—Lo que tenía cierta importancia para él era que, dentro de unos límites, parecía descubrirse así mismo. El desorden producido por la ronda le había deprimido terriblemente. Le habían dicho que sería una «juerga»; él había venido esperando que fuera una juerga y sólo había conseguido un nuevo fracaso que añadir a su larga lista. Se definía a sí mismo como un fracasado completo y consumado. Decía, y le creo totalmente, que nunca había intentado hacer algo en la vida que no le hubiera salido fatal y que le seguiría ocurriendo a través de la inmensidad de la eternidad. Si hubiera recibido más comprensión, tal vez… Se interrumpió y se quedó mirándome. Observó que, por extraño que pudiera parecerme, nadie, absolutamente nadie le había dado la comprensión que yo le estaba dando en ese momento. En seguida me di cuenta de lo que quería y decidí librarme de él de una vez por todas. Puedo ser un bestia, pero ser el Único Amigo Verdadero, el receptáculo de las confidencias de uno de esos egoístas enfermizos, ya sea hombre o fantasma, es algo que está más allá de mi resistencia física. Me levanté bruscamente.

»—No te obsesiones demasiado con estas cosas —dije—. Lo que tienes que hacer es irte, irte ya… Serénate e inténtalo.

»—No puedo —dijo.

»—Inténtalo —dije, y lo intentó.

—¡Intentarlo! —dijo Sanderson—. ¿Cómo?

—Con pases —dijo Clayton.

—¿Pases?

—Series complicadas de gestos y pases hechos con las manos. Así vino y así tenía que irse. ¡Señor! ¡El trabajo que me costó!

—Pero ¿cómo una serie de pases puede…? —comencé a decir.

—Amigo mío —dijo Clayton, volviéndose hacia mí y poniendo mucho énfasis en ciertas palabras—, quieres tenerlo todo claro. No sé cómo. Sé lo que tú: al final lo hizo, pero no sé cómo. Después de un rato espantoso, consiguió hacer bien sus pases y desapareció súbitamente.

—¿Te fijaste en esos pases? —dijo Sanderson con lentitud.

—Sí —dijo Clayton, y pareció meditar unos instantes—. Era tremendamente extraño. Allí estábamos los dos, yo y ese fantasma impreciso y delgado, en esa habitación silenciosa, en esta casa silenciosa y vacía, en esta pequeña ciudad silenciosa el viernes por la noche. Ningún sonido, salvo nuestras voces y el jadeo casi imperceptible que el fantasma producía cuando gesticulaba. La vela de la habitación y la que había encima del tocador estaban encendidas, eso era todo; a veces, una de las dos lanzaba una llama alta, delgada y temblorosa durante un corto espacio de tiempo. Y sucedieron cosas extrañas.

»—No puedo —decía el fantasma—, ¡nunca podré…!

»Y de repente se sentó en una silla junto al pie de la cama y empezó a sollozar. ¡Dios mío! ¡Qué cosa tan horrible y quejumbrosa parecía!

»—Domínate —le decía yo, y trataba de darle palmaditas en la espalda… ¡y mi condenada mano pasaba a través de él!

»En ese momento no me sentía tan… entero como cuando estaba en el rellano. Sentía plenamente la singularidad de la situación. Recuerdo que alejé mi mano de él con un leve temblor y que fui hacia el tocador.

»—Sobreponte —le dije— e inténtalo.

»Y para animarle y ayudarle, me puse a intentarlo yo también.

—¡Qué! —dijo Sanderson—. ¿Los pases?

—Sí, los pases.

—Pero… —dije yo, movido por una idea que se me escapaba.

—Esto es interesante —dijo Sanderson, con un dedo metido en el hornillo de la pipa—. ¿Quieres decir que ese fantasma tuyo reveló…?

—¿Que si hizo todo lo que pudo para revelar el secreto de la maldita barrera? Sí.

—No —dijo Wish—, no pudo hacerlo. De otro modo, te hubieras ido tú también.

—Eso es precisamente… —dije, al ver mi esquiva idea expresada con palabras.

—Eso es precisamente —repitió Clayton, mirando el fuego con ojos pensativos.

Se produjo un breve silencio.

—¿Y al final lo consiguió? —dijo Sanderson.

—Al fin lo consiguió. Tuve que emplearme a fondo para mantenerle a flote, pero al fin lo consiguió… y de forma inesperada. Se desesperaba, discutimos violentamente, y entonces se levantó de un salto y me pidió que ejecutara despacio todos los movimientos para que él pudiera fijarse.

»—Creo —dijo— que si pudiera verlo, descubriría en seguida lo que va mal.

»Y lo descubrió.

»—Ya lo sé —dijo.

»—¿Qué sabes? —pregunté.

»—Ya lo sé —repitió. Después añadió malhumorado—: Si me mira, no puedo hacerlo… de verdad que no puedo; eso ha sido, en parte, lo que me lo ha impedido hasta ahora. Soy tan nervioso que usted me desconcierta.

»Bueno, discutimos un poco. Yo quería verlo, naturalmente, pero él era tan terco como una mula; y, de pronto, me sentí extenuado… me había dejado sin fuerzas.

»—Está bien, no te miraré —dije, y me volví hacia el espejo del armario que está junto a la cama.

»Empezó muy rápido. Yo traté de seguir mirándole en el espejo para ver lo que había omitido. Sus brazos y manos giraban así y así, y entonces, de golpe, llegó al movimiento final —el cuerpo erguido y los brazos abiertos—, y así se quedó. Y después, ¡ya no estaba! ¡No estaba! ¡Desapareció! Giré sobre mis talones, desde el espejo hacia el lugar donde él se encontraba. ¡No había nada! Estaba solo entre velas llameantes y un espíritu fluctuante. ¿Qué había pasado? ¿Había pasado algo realmente? ¿Había estado soñando…? Y entonces, con un timbre absurdo de finalidad, el reloj del rellano descubrió que era el momento adecuado para dar la una. Así: ¡Ping! Y yo estaba tan grave y sobrio como un juez, con todo mi champán y todo mi whisky que se habían ido a tomar el fresco. Y con una sensación extraña, ¿sabéis…? ¡Condenadamente extraña! ¡Dios mío!

Contempló la ceniza de su cigarro un instante.

—Esto es todo lo que pasó.

—¿Te fuiste a la cama después?

—¿Qué otra cosa podía hacer?

Miré a Wish a los ojos. Queríamos reírnos, pero había algo, tal vez algo, en la voz y en la actitud de Clayton que impedía nuestro deseo.

—¿Y los pases? —dijo Sanderson.

—Creo que los podría hacer ahora.

—¡Oh! —dijo Sanderson, y sacó una navaja y se puso a limpiar de restos de tabaco el hornillo de su pipa de arcilla.

—¿Por qué no los haces ahora? —continuó Sanderson, cerrando su navaja con un chasquido.

—Es lo que voy a hacer —dijo Clayton.

—No funcionará —dijo Evans.

—Y si… —sugerí.

—Prefiero que no lo hagas —dijo Wish, estirando las piernas.

—¿Por qué? —preguntó Evans.

—Prefiero que no lo haga —dijo Wish.

—Pero si no los sabe hacer bien —dijo Sanderson, cargando su pipa con un montón de tabaco.

—Me da igual, preferiría que no lo hiciera —dijo Wish.

Discutimos con Wish. Decía que si Clayton ejecutaba esos gestos, sería burlarse de una cosa muy seria.

—¿Pero tú no habrás creído…? —dije.

Wish miró a Clayton, quien, mirando fijamente al fuego, sopesaba algo en su mente.

—Lo creo… al menos más de la mitad, sí —dijo Wish.

—Clayton —dije—, eres demasiado bueno para engañarnos. La mayor parte estaba bien. Pero esa desaparición… tendría que ser más convincente. Confiesa que se trataba de un cuento fantástico.

Se levantó sin haberme prestado atención, se situó en el centro de la alfombra y se volvió hacia mí. Durante un rato contempló sus pies con aire pensativo, después sus ojos se clavaron en la pared opuesta y los mantuvo con expresión abstraída durante el resto del tiempo. Levantó las manos lentamente hasta la altura de los ojos y así empezó…

Ahora bien, Sanderson es un francmasón, miembro de la logia de los Cuatro Reyes, la cual se dedica con acierto al estudio y elucidación de todos los misterios de la masonería del pasado y del presente, y entre los estudiosos de esta logia, Sanderson no es en absoluto el menos importante. Siguió, con sus ojos enrojecidos, los movimientos de Clayton con singular interés.

—No está mal —dijo cuando Clayton terminó—. Realmente ejecutas los movimientos de una manera asombrosa: pero falta un pequeño detalle.

—Ya lo sé —dijo Clayton—, creo que podría decirte cuál es.

—¿Cuál?

—Este —dijo Clayton, y giró extrañamente la mano, la retorció y la impulsó hacia delante.

—Exacto.

—Esto, sabes, es lo que él no conseguía hacer bien —dijo Clayton—. Pero ¿cómo tú…?

—No comprendo casi nada de este asunto, y especialmente cómo has podido inventártelo —dijo Sanderson—, pero esto último… —reflexionó— me resulta familiar. Tienen que ser series de gestos conectados con cierta rama de la Masonería esotérica… Supongo que lo sabes. De otra forma… ¿cómo?

Reflexionó de nuevo.

—No creo que pueda hacerte ningún daño si te digo cuál es el giro adecuado. Al fin y al cabo da lo mismo que lo sepas o no.

—Sólo sé —dijo Clayton— lo que el pobre diablo me reveló anoche.

—De acuerdo, no importa —dijo Sanderson, y colocó su pipa en la repisa de la chimenea con sumo cuidado. Entonces gesticuló con las manos vertiginosamente.

—¿Así? —dijo Clayton, repitiendo los movimientos.

—Así —dijo Sanderson, y volvió a coger su pipa.

—¡Ah! Ahora —dijo Clayton— puedo hacerlo todo… bien.

Se irguió frente al fuego mortecino y nos sonrió. Pero creo que había cierta vacilación en su sonrisa.

—Y si empiezo —dijo.

—Yo no empezaría —dijo Wish.

—¡No hay motivo de preocupación! —dijo Evans—. La materia es indestructible. No irás a pensar que una patraña de ese tipo va a arrojar a

Clayton al mundo de las sombras. ¡Ni mucho menos! Por mí, Clayton, puedes intentarlo hasta que los brazos se te desprendan de las muñecas.

—Yo no pienso lo mismo —dijo Wish, levantándose y poniendo un brazo sobre el hombro de Clayton—; has conseguido que me crea esa historia y no quiero que lo hagas.

—¡Dios mío! —dije—. ¡Mirar qué asustado está Wish!

—Lo estoy —dijo Wish, con una intensidad real o fingida admirablemente—. Creo que si ejecuta esos movimientos, desaparecerá.

—No le ocurrirá nada parecido —exclamé—. Los hombres sólo tienen un camino para salir de este mundo y a Clayton le quedan treinta años para llegar a él. Además… ¡Vaya fantasma! ¿Piensas que…?

Wish me interrumpió al moverse. Salió del círculo de los sillones y se paró junto a la mesa.

—Clayton —dijo—, ¡estás loco!

Clayton se volvió y le sonrió con una mirada alegre y luminosa.

—Wish —dijo—, tienes razón, y los demás estáis equivocados. Desapareceré. Ejecutaré hasta el último de estos pases y, cuando el último silbido cruce el aire… ¡allez hop! Esta alfombra estará vacía, la habitación rebosará de profundo asombro y un caballero respetablemente vestido, de noventa y cinco kilos de peso, se precipitará en el mundo de las sombras. Estoy tan seguro como vosotros lo estaréis. Me niego a seguir discutiendo. ¡Probemos!

—No —dijo Wish, y dio un paso y se paró.

Clayton levantó una vez más las manos para repetir los pases del fantasma.

En ese momento todos nos hallábamos en un estado de tensión, a causa, en gran parte, del comportamiento de Wish. Estábamos sentados con los ojos fijos en Clayton, y yo, al menos, me sentía rígido y tirante, como si mi cuerpo, desde la nuca hasta la mitad de los muslos, se hubiera convertido en acero. Y allí, con una gravedad imperturbablemente serena, Clayton se inclinaba, se balanceaba y agitaba las manos frente a nosotros. Cuando estaba a punto de finalizar, nos apretujamos unos contra otros y sentimos un hormigueo entre los dientes. El último gesto, como ya he dicho, consistía en girar los brazos y abrirlos por completo con la cara hacia arriba; y, cuando por fin inició ese gesto definitivo, dejé incluso de respirar. Era ridículo, sin duda, pero ya conocen ustedes el sentimiento que producen los relatos de fantasmas. Era después de cenar, en una casa poco común, vieja y oscura. ¿Podría, después de todo…?

Durante un periodo de tiempo asombroso permaneció con los brazos abiertos y la cara hacia arriba, sereno y resplandeciente bajo la luz deslumbrante de la lámpara. Nos mantuvimos inmóviles durante un momento que se nos hizo un siglo, y entonces nació de todos nosotros un suspiro que expresaba un alivio infinito y un ¡no! tranquilizador. Porque, evidentemente, no había desaparecido. Todo era una invención. Nos había contado una historia infundada y casi había conseguido que le creyésemos, ¡eso era todo…! Y entonces, en ese preciso momento, la cara de Clayton cambió.

Cambió. Cambió como cambia una casa con las luces encendidas cuando las apagan de golpe. Sus ojos se quedaron inmóviles bruscamente, su sonrisa se heló en sus labios y se mantenía de pie. Se mantenía balanceándose muy suavemente.

También aquel momento se nos hizo eterno. Y entonces las sillas chocaron entre sí, cayeron cosas y todos nos movimos. Sus rodillas parecieron doblarse, se desplomó, y Evans se levantó y lo cogió entre sus brazos…

Nos quedamos pasmados. Me parece que nadie dijo nada coherente durante un minuto. Lo veíamos, y sin embargo, no podíamos creerlo… Yo salí de una estupefacción desordenada para encontrarme arrodillado junto a él; su chaqueta y su camisa estaban desgarradas y la mano de Sanderson descansaba sobre su corazón.

Bueno… el simple hecho al que nos enfrentábamos en ese momento podía esperar nuestra interpretación; no teníamos prisa por comprenderlo. Allí yació durante una hora. Hoy sigue yaciendo, negro y espantoso, a través de mi memoria. Clayton había pasado, en efecto, al mundo que está tan cerca y tan lejos del nuestro, y había ido por el único camino que pueden tomar los mortales. Pero si entró allí a causa del conjuro del pobre fantasma, o si sufrió un ataque repentino de apoplejía en el transcurso de la narración de un cuento inventado —como nos hizo creer el juez— es algo que está fuera del alcance de mi juicio; es uno de esos misterios inexplicables que deben quedar sin resolver hasta que llegue la solución final de todo. Lo único que puedo asegurar es que en el mismo momento, en el mismo instante en que Clayton concluía aquellos pases, se demudó, se tambaleó y cayó delante de nosotros… ¡muerto!

JIMMY GOGGLES, EL DIOS

—No hay nadie que haya sido un dios —dijo el hombre de piel tostada—. Y sin embargo eso me sucedió a mí, entre otras cosas.

Yo le di a entender que agradecía su condescendencia al hablar conmigo.

—Una cosa así acaba con la ambición, ¿no cree? —dijo el hombre de piel tostada—. Yo fui uno de los hombres que rescataron del naufragio del Pionero del Océano. ¡Maldición! ¡Cómo vuela el tiempo! Sucedió hace veinte años. Dudo que usted recuerde algo sobre el Pionero del Océano.

El nombre me resultaba familiar y traté de recordar cuándo y dónde lo había leído. ¿El Pionero del Océano?

—Recuerdo algo sobre polvo de oro —dije con cierta gravedad—, pero no sé exactamente…

—Eso es —dijo—. Se hundió en un maldito canal donde no tenía nada que hacer, salvo huir de los piratas. Sucedió antes de que acabaran con ese oficio. Probablemente, en otro tiempo hubo allí volcanes, o algo parecido, pues todas las rocas estaban situadas en lugares inoportunos. Hay zonas en Soona en las que es necesario ir acechando cada roca para adivinar por dónde va a salir la próxima. Se hundió veinte brazas en menos de lo que canta un gallo, con cuarenta mil libras esterlinas en oro a bordo, según se dijo, en polvo o en otra forma.

—¿Hubo supervivientes?

—Tres.

—Ahora recuerdo el caso —dije—. Se hicieron algunos trabajos de rescate…

Al oír la palabra rescate, el hombre de piel tostada estalló en improperios con un lenguaje tan extremadamente horrible que me quedé estupefacto. Después bajó el tono, empleando maldiciones algo más ordinarias, pero se contuvo bruscamente.

—Perdóneme —dijo—, pero… ¡rescate!

Se inclinó hacia mí.

—Yo participé en aquel trabajo —dijo—. Pretendía hacerme rico, y en vez de eso, me vi convertido en dios. Yo tengo mis sentimientos…

—No todo es miel en la vida de un dios —continuó el hombre de piel tostada, y durante un rato siguió hablando por medio de análogos axiomas sentenciosos, pero inútiles. Por fin reanudó su historia.

—Allí estaba yo —dijo el hombre de piel tostada—, y un marinero llamado Jacobs, y Always, el piloto del Pionero del Océano. Fue él quien planeó todo el negocio. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo ahora mismo, cuando estábamos en el bote y nos sugirió la idea con una sola frase. Tenía una prodigiosa habilidad para plantear las cosas. «Había cuarenta mil libras esterlinas en el barco —dijo—, y a mí me toca decir el lugar exacto donde se hundió». No se necesita mucha sesera para comprender lo que eso significaba. Y él fue quien dirigió la cosa, desde el principio hasta el final. Echó mano de los Sanders y de su bergantín; eran hermanos, y el bergantín se llamaba el Orgullo de Banya. Y compró el traje de buzo; uno de segunda mano con un aparato de aire comprimido en lugar del sistema de bomba. Habría hecho de buzo también si el sumergirse en el agua no hubiera dañado su salud. Y, entretanto, la gente encargada del rescate perdía el tiempo con una carta de navegación que él mismo había falsificado —con su solemnidad habitual— por Starr Race, a ciento veinte millas de distancia.

»Puedo asegurarle que formábamos un grupo de lo más feliz a bordo de aquel bergantín, todo el día entre bromas, bebidas y esperanzas de lo más optimistas. Nos parecía todo tan ingenioso, tan bien planeado, tan sencillo… o como dicen los tipos poco finos: «un asunto limpio». Nos entreteníamos haciendo conjeturas sobre lo que estaría sacando el otro grupo de benditos, los verdaderos encargados del rescate, que habían salido dos días antes que nosotros, y nos partíamos de risa. Íbamos todos juntos en la cabina de los Sanders —una curiosa tripulación formada por oficiales y ni un solo marinero—, y la escafandra, que estaba también allí, esperando su turno. El joven Sanders era uno de esos tipos bromistas y, a decir verdad, había algo cómico en aquel condenado engendro, con su monstruosa cabeza y su insistente mirada, y el joven Sanders nos hizo reparar en ello. Solía llamarle «Jimmy Goggles» y hablaba con él como si fuera un cristiano. Le preguntaba si estaba casado, y qué tal se encontraba la señora Goggles y los pequeños Goggles. Era para morirse de risa. Todos los benditos días bebíamos a la salud de Jimmy Goggles y le desmontábamos el ojo y le echábamos un vaso de ron dentro hasta que, en lugar de aquel repugnante olor a goma impermeable, desprendía un perfume tan agradable como el de un barril de ron. Pasábamos ratos divertidos en aquellos días, créame, sin sospechar —¡pobres desgraciados!— lo que se nos venía encima.

»Está claro que no íbamos a echar a perder nuestra suerte por una estúpida precipitación, como usted comprenderá, de modo que empleamos todo un día haciendo sondeos en la ruta que nos llevaba al lugar donde el Pionero del Océano se había hundido, justamente entre dos masas de rocas inestables de color grisáceo, sin duda rocas de origen volcánico, que apenas sobresalían del agua. Tuvimos que desviarnos casi media milla para encontrar un anclaje seguro, y entonces se produjo una ensordecedora trifulca para determinar quién se tendría que quedar a bordo. Y el barco estaba allí, tal y como se había hundido, de manera que la parte superior de los mástiles se distinguía perfectamente. Decidimos ir todos en el bote y la bronca se terminó. Yo descendí con la escafandra el viernes por la mañana, en cuanto hubo luz.

»¡Menuda sorpresa me llevé! Me parece estar viéndolo ahora mismo con absoluta nitidez. Era un paraje muy extraño y en ese momento empezaba a alborear. La gente de por aquí cree que en los trópicos no hay más que playas lisas, y palmeras, y olas. ¡Estúpidos! Aquel paraje, por ejemplo, no tenía ni una pizca de tales maravillas. No había rocas normales, desgastadas por las olas, sino enormes bancos retorcidos como montañas de escoria, con un légamo verde debajo y arbustos y cosas por el estilo encima que se movían de aquí para allá; y el agua transparente, clara y lisa, que mostraba una especie de sucio resplandor gris negruzco, con enormes y fulgurantes algas de color rojo intenso que se desplegaban inmóviles, y a través de las cuales pasaban seres serpenteantes y veloces. Y más allá de los canales, los charcos y las masas de rocas había un bosque en la falda de una montaña, que volvía a crecer después de la lluvia de fuego y cenizas de la última erupción. Y al otro lado había otro bosque y una especie de accidentado…

—¿Cómo se dice? Anfi…teatro de lava negra y herrumbrosa que se elevaba por encima de todo lo demás, en medio del cual el mar formaba una pequeña bahía.

»Como le he dicho, la aurora estaba despuntando y apenas había color en las cosas. Aparte de nosotros no se veía ningún ser humano, ni arriba ni abajo del canal. Sólo el Orgullo de Banya, que se encontraba más allá de un grupo de rocas, hacia alta mar.

—No se veía ningún ser humano —repitió. Hizo una pausa y continuó:

»No sé de dónde salieron, no me lo explico. Nos sentíamos tan seguros pensando que nos encontrábamos solos, que el joven Sanders se puso a cantar. Yo estaba dentro de Jimmy Goggles, sólo me faltaba el casco. «Despacio —dijo Always—, ahí está el mástil».

Y, después de echar un vistazo por encima de la borda, cogí la monstruosa cabeza y a punto estuve de caerme al agua cuando el viejo Sanders hizo virar el bote. Una vez que las ventanillas fueron atornilladas y todo dispuesto, cerré la válvula del cinturón neumático para facilitar mi inmersión y salté por la borda, con los pies por delante, pues no teníamos escala. La barca se quedó dando tumbos y mis compañeros se inclinaron a mirar el agua mientras mi cabeza se hundía entre las algas y la oscuridad que rodeaba el mástil. Creo que nadie, ni el hombre más precavido del mundo, se habría molestado en explorar un paraje tan desolado. Apestaba a soledad.

»Desde luego, debe usted comprender que yo era un novato en el buceo. Ninguno de nosotros era buzo. Tuvimos que desperdiciar un montón de tiempo para familiarizarnos con el manejo del aparato, y era la primera vez que yo descendía a las profundidades. Es una sensación abominable. Los oídos duelen horriblemente. No sé si usted se habrá hecho daño alguna vez al bostezar o al estornudar, el caso es que se siente algo parecido, sólo que diez veces peor. Y aquí, sobre la ceja, un dolor espantoso, y un malestar en la cabeza como de gripe. Y tampoco es un paraíso para los pulmones y demás órganos. El descenso produce una sensación similar al arranque de un ascensor, sólo que esa sensación dura todo el rato. Y no puedes levantar la cabeza para ver lo que hay arriba, y tampoco puedes echar un vistazo a lo que está sucediendo bajo los pies sin doblarte de una manera bastante dolorosa. A medida que descendía todo se tornaba más oscuro, sin contar la negrura de la lava y el fango que formaban el fondo. Era, por decirlo así, como si, al sumergirse, uno fuera saliendo de la aurora e internándose en la noche.

»El mástil surgió como un fantasma de la oscuridad; luego un montón de peces, y después un grupo de inquietas algas rojas. Entonces me dejé caer de golpe, con una especie de vuelo torpe, en la cubierta del Pionero del Océano; y los peces que habían estado alimentándose de los muertos se elevaron a mi alrededor, igual que un enjambre de moscas se abalanza sobre el estiércol del camino en un día de verano. Abrí de nuevo la válvula de aire comprimido —pues el traje estaba cerrado herméticamente y olía a goma, a pesar del ron— y me detuve para recobrar fuerzas. La válvula dejó entrar aire fresco, lo que ayudó a atenuar un poco la mala ventilación.

»Cuando empecé a sentirme más a gusto, me paré a mirar a mi alrededor. Era un espectáculo extraordinario. Incluso la luz era extraordinaria: una especie de resplandor crepuscular de tonos rojizos producido por las ondulaciones de las algas que flotaban hacia arriba a ambos lados de la embarcación. Y por encima de mi cabeza sólo se veía una sombría profundidad de color azul verdoso. La cubierta del barco, salvo una ligera inclinación a estribor, estaba nivelada, y se extendía larga y tenebrosa entre las algas. Estaba entera, a excepción de los lugares por donde se habían quebrado los mástiles al chocar, y hacia el castillo de proa, su perfil se desvanecía en la negra noche. No había ningún cadáver en los puentes. Supuse que la mayoría estaría entre las algas de los lados, pero poco después encontré dos esqueletos tendidos en los camarotes de los lados, donde la muerte los había sorprendido. Era curioso hallarse de nuevo en aquella cubierta y reconocerlo todo, palmo a palmo; el sitio de la barandilla donde me gustaba fumar a la luz de las estrellas, y el rincón donde un viejo pájaro de Sidney solía flirtear con una viuda que teníamos a bordo. Tan sólo un mes antes habrían formado una pareja feliz, y ahora no podría sacarse de ninguno de los dos ni un mísero pedazo de comida para una cría de cangrejo.

»Yo he tenido siempre cierta propensión a la filosofía, y me atrevería a decir que pasé cerca de cinco minutos entregado a tales meditaciones antes de descender al lugar donde el bendito polvo de oro estaba almacenado. La búsqueda fue lenta, pues tenía que andar a tientas casi todo el tiempo, en medio de la tétrica oscuridad, desconcertado por los azulados destellos que bajaban de la toldilla. Había cosas que se movían a mi alrededor; una vez sentí un golpe en el cristal y otra un pinchazo en la pierna. Cangrejos, espero. Di un puntapié a un montón de porquería suelta que me tenía intrigado, me agaché y cogí una cosa llena de nudos y protuberancias. ¿Y qué cree usted que era? ¡Un espinazo! Pero yo nunca he tenido un interés especial por los huesos. Habíamos estudiado a fondo el asunto y Always conocía el lugar exacto donde estaba guardado el tesoro. Lo encontré en esa misma exploración. Cogí un cofre por uno de sus extremos y lo levanté un palmo o dos del suelo.

El hombre interrumpió su relato.

—¡Llegué a levantarlo unos palmos del suelo! —exclamó—. ¡Cuarenta mil libras esterlinas en oro puro!

»¡Oro! grité dentro del casco, cediendo a un ataque de entusiasmo, y el estrépito hirió mis oídos. En esos momentos empezaba a sentirme condenadamente sofocado y cansado —debía de llevar veinticinco minutos o más bajo el agua—, y pensé que ya era suficiente. Subí por la escalera de la toldilla y en el preciso momento en que mis ojos estaban a ras de la cubierta un enorme y monstruoso cangrejo dio una especie de salto convulsivo y huyó corriendo de lado. Menudo susto me dio. Me planté sin novedad en la cubierta y cerré la válvula de la parte posterior del casco para dejar que el aire se acumulara y me facilitara la ascensión. Entonces noté una especie de agitación, como si estuvieran golpeando el agua con un remo, pero no miré hacia arriba. Me figuré que estaban haciéndome señales para que subiera.

»Después algo cayó a mi lado, algo pesado, que se quedó clavado con una especie de estremecimiento sobre una de las tablas de la cubierta. Lo miré y reconocí el largo cuchillo que había visto manejar al joven Sanders. Lo ha dejado caer, pensé, y todavía estaba reprochándole esta estupidez —pues podía haberme herido seriamente— cuando empecé a subir y a impulsarme hacia la luz del sol. Y justo cuando había alcanzado la copa de las vergas del Pionero del Océano —¡plaf!— tropiezo con algo que desciende y una bota que da golpes delante de mi casco. Luego observé que había algo más, algo que se debatía horriblemente. Fuera lo que fuera, era algo pesado que había por encima de mi cabeza, y no paraba de moverse y de dar vueltas. Yo habría creído que se trataba de un pulpo, o algo parecido, de no ser por la bota. Los pulpos no llevan botas. Desde luego, todo sucedió en un segundo. Noté que volvía a descender y agité los brazos para mantenerme firme, y la cosa aquella siguió rodando y se hundió mientras yo subía…

Hizo una pausa.

—Vi la cara del joven Sanders por encima de un hombro negro y desnudo; una lanza le atravesaba la garganta de parte a parte, y su boca y su cuello vertían en el agua chorros de color rosado. Se hundían dando vueltas, aferrados uno a otro, demasiado malheridos para soltarse. Y un segundo después, mi casco se dio un tremendo golpe contra la canoa de los negros. ¡Eran negros! Dos canoas llenas.

»Fueron momentos animados, créame. Always cayó al agua atravesado por tres lanzas. Las piernas de tres o cuatro negros pataleaban en el agua a mi alrededor. No pude ver mucho, pero una mirada fue suficiente para comprender que la partida estaba perdida, de modo que di a mi válvula un violento giro y volví a descender burbujeando tras el pobre Always, sumido en un estado de pánico y estupefacción que usted, sin duda, puede imaginar perfectamente. Pasé al lado del joven Sanders y el negro, que ascendían de nuevo, luchando un poco todavía, y un momento después me planté en la penumbra de la cubierta del Pionero del Océano.

»¡Demonios!, pensé, ¡la situación es apurada! ¿Negros? Al principio no veía más salida que la asfixia abajo y las lanzas arriba. No tenía una idea precisa de la cantidad de aire que me quedaba, pero no me sentía capaz de permanecer mucho más tiempo sumergido. Tenía calor, y un tremendo dolor de cabeza, por no mencionar el hecho de que me moría de miedo. Jamás habíamos contado con aquellos inmundos indígenas, los inmundos papúes. No habría sido muy acertado ascender por ese lugar, pero tenía que hacer algo. Sin apenas reflexionar trepé por la borda, me dejé caer entre las algas y me puse a andar por la oscuridad tan rápido como me era posible. En una ocasión me detuve y me arrodillé para mirar hacia arriba echando la cabeza para atrás dentro del casco. En la superficie reinaba el más extraordinario resplandor verde azulado que había contemplado, y las dos canoas y el bote flotaban, pequeñas y distantes, componiendo una especie de H retorcida. Me puso enfermo contemplar aquello y pensar lo que el balanceo y el cabeceo de las tres embarcaciones significaba.

»Le aseguro que fueron los diez minutos más horribles que he pasado, deambulando a ciegas por las tinieblas, sufriendo una opresión espantosa, como si me enterraran en la arena, con un dolor que me atravesaba el pecho, muerto de miedo, y sin poder respirar, al parecer, otra cosa que el olor del ron y de la goma. ¡Cielos! Al cabo de un rato me encontré subiendo por una abrupta pendiente. Eché otra ojeada para comprobar si había algún rastro de las canoas y el bote, y continué la ascensión. Cuando mi cabeza estuvo a un pie de la superficie, me paré y traté de examinar el lugar en que me encontraba pero, como es natural, no se veía nada más que el reflejo del fondo. Entonces emergí, y fue como si mi cabeza chocara contra la superficie de un espejo. Nada más sacar los ojos del agua vi que había emergido en una especie de playa cercana al bosque. Miré alrededor, pero los salvajes y el bergantín quedaban ocultos por un enorme conglomerado de lava retorcida. Mi creciente estupidez me impulsó a correr hacia la espesura. No me desprendí del casco, pero dejé abierta una de las ventanillas y, tras una pausa para recuperar el resuello, salí del agua. No puede usted imaginar lo puro y ligero que me pareció el aire.

»Está claro que con cuatro pulgadas de plomo en la suela de los zapatos y la cabeza enfundada en una bola de cobre del tamaño de un balón de fútbol, y después de haber pasado treinta y cinco minutos bajo el agua, nadie sería capaz de batir un récord de velocidad. Yo corría con un entusiasmo similar al de un haragán que se dirige al duro trabajo. Y cuando había recorrido la mitad del camino que me separaba de los árboles, descubrí una docena de negros o más que salían de un claro y que avanzaban hacia mí con aire de asombro.

»Me paré en seco y me maldije a mí mismo como representante de todos los estúpidos que están fuera de Londres. Tenía tantas probabilidades de volver al agua como una tortuga vuelta del revés. Cerré otra vez la ventanilla para dejar mis manos libres y me quedé esperándolos. En mi situación no había otra cosa que hacer.

»Pero no se acercaron demasiado. Y empecé a sospechar la causa. «Jimmy Goggles —me dije—, he aquí una prueba de tu belleza». Creo que en esos momentos tenía una cierta propensión a dejarme llevar por el delirio, con todos aquellos peligros que me rodeaban y el bendito cambio que se había producido en la presión atmosférica. «¿A quién miráis? —dije, como si los salvajes pudieran oírme—. ¿Por quién me habéis tomado? ¡Que me cuelguen —exclamé— si no os ofrezco un espectáculo mejor!». Y acto seguido abrí la válvula de escape y solté el aire comprimido del cinturón neumático hasta que me hinché como una rana. Realmente debió de ser impresionante. Que el diablo me lleve si avanzaron un solo paso… Y, de pronto, uno tras otro cayeron al suelo y se pusieron a cuatro patas. No sabían qué pensar de mí y empezaron a hacerme unas extraordinarias reverencias, que era lo más sabio y razonable que podían hacer. Durante un momento pensé en ir retrocediendo con cautela hacia el mar y echar a correr de golpe, pero me pareció demasiado quimérico. De haber dado un paso hacia atrás, se habrían arrojado sobre mí. Y entonces, como la situación era absolutamente desesperada, empecé a caminar hacia ellos, playa arriba, con pasos lentos y pesados, al tiempo que agitaba mis inflados brazos de forma solemne. Pero en mi interior, estaba tan asustado como una gallina.

»De cualquier forma, no hay nada como una apariencia chocante para ayudar a un hombre a salir de un apuro, cosa que yo ya había descubierto y seguiría descubriendo después. La gente como nosotros, que estamos acostumbrados a ver escafandras desde los siete años, apenas podemos imaginar el efecto que causa en un ingenuo salvaje. Uno o dos de los negros echaron a correr; los otros empezaron a golpear rápidamente el suelo con la cabeza, como si intentaran estampar allí los sesos. Y yo seguí avanzando con mi aspecto ridículo, tan lento, solemne y apañado como un fontanero trabajando a destajo. Era evidente que me tomaban por algo inmenso.

»Entonces uno de ellos se puso en pie de un salto y empezó a señalar hacia el mar, dirigiéndome al mismo tiempo unos gestos extrañísimos, y los demás dividieron entonces su atención entre mi persona y algo que había en el mar. «¿Qué pasa ahora?», me dije. Me volví con lentitud para preservar mi dignidad y vi al viejo Orgullo de Banya doblando un promontorio, remolcado por un par de canoas. La escena me puso malo. Pero como parecía evidente que los negros esperaban alguna señal de reconocimiento agité los brazos de forma poco comprometedora. Después me di media vuelta y avancé majestuosamente hacia los árboles. En ese momento, recuerdo, iba rezando como un loco, repitiendo una y otra vez: «¡Señor, ayúdame a salir de este lío! ¡Señor, ayúdame a salir de este lío!». Sólo los necios que no conocen el peligro pueden permitirse el lujo de reírse de estas oraciones.

»Pero los negros no iban a dejar que me escabullera tan fácilmente. Iniciaron una especie de danza ritual en torno a mí y me obligaron a seguir un sendero que se abría a través de los árboles. Estaba claro que, pensaran lo que pensaran de mí, no me tomaban por un ciudadano británico, y por mi parte jamás he sentido menos ganas de confesarme súbdito de este viejo país.

»Tal vez le cueste a usted creerlo, a menos que esté familiarizado con los salvajes, pero aquellas pobres criaturas ignorantes y descarriadas me llevaron directamente a una especie de templo para presentarme a una bendita piedra negra que tenían allí. Para entonces yo estaba empezando a darme cuenta de la profundidad de su ignorancia y en cuanto posé los ojos en aquella deidad representé mi comedia. Lancé un prolongado berrido de barítono: «Uhh-uhh», y empecé a mover los brazos en círculos. Y luego, con mucha tranquilidad y ceremonia derribé a su ídolo y me senté encima. Tenía unas ganas locas de sentarme, pues las escafandras no son muy prácticas en los trópicos. O, para decirlo de manera diferente, son demasiado espectaculares. Me di cuenta de que los negros se habían quedado sin aliento cuando me senté sobre su ídolo, pero en menos de un minuto tomaron su decisión y se pusieron a adorarme con verdaderas ganas. Puedo asegurarle que sentí un gran alivio al ver el giro que tomaban los acontecimientos, a pesar del peso que soportaba sobre los hombres y los pies.

»Pero lo que me tenía angustiado era lo que podrían pensar los tipejos de la canoa cuando regresaran. Si me habían visto en el bote antes de sumergirme y sin el casco puesto —podían haber estado espiándonos durante la noche—, adoptarían, con toda probabilidad, un punto de vista diferente al de sus colegas. Durante un rato, que me pareció de varias horas, estuve sudando la gota gorda al pensar en ello, hasta que escuché el alboroto de la llegada.

»Pero se lo tragaron; toda la bendita tribu se lo tragó. A costa de permanecer rígido y severo, como esas hieráticas imágenes egipcias que todo el mundo ha visto alguna vez, pude ir tirando durante doce preciosas horas, pero, al menos, al final pude conjeturar que había salido del apuro. Difícilmente puede usted hacerse una idea de lo que tal cosa significaba con aquella peste y con aquel calor. No creo que a ninguno de ellos se le ocurriera que había un hombre dentro. Yo era sencillamente un maravilloso y espléndido ídolo de cuero que había surgido felizmente del agua. ¡Pero la fatiga! ¡El calor! ¡La insufrible falta de ventilación! ¡El hedor de la goma y el ron! ¡Y la bulla! Encendieron un apestoso fuego en una losa de lava que había delante de mí y echaron un montón de inmundicias sanguinolentas —las peores partes de lo que ellos estaban engullendo, ¡los Bestias!— y los quemaron en mi honor. Yo empezaba a tener hambre, pero ahora comprendía cómo se las arreglan los dioses para pasar sin comer: les basta con el olor de las ofrendas quemadas a su alrededor. Después trajeron un montón de chismes que habían cogido del bergantín y, entre otros chismes —lo cual fue un gran alivio para mí—, descubrí esa especie de bomba neumática que se empleaba para el asunto del aire comprimido, y a continuación un grupo de jóvenes y jovencitas entró en escena y se pusieron a danzar a mi alrededor de forma un tanto indecente. Es sorprendente comprobar las maneras tan diferentes que tienen los distintos pueblos de mostrar respeto. Si hubiera tenido un hacha a mano, la habría emprendido contra todos ellos: tal era el salvajismo que me inspiraban. Durante todo ese tiempo permanecí tan rígido como un regimiento, sin que se me ocurriera nada mejor que hacer. Y al final, cuando cayó la noche y el recinto de zarzas que constituía la casa del dios se tornó demasiado oscuro para su gusto —ya sabe usted que todos estos salvajes tienen miedo a la oscuridad— lancé un «Muu» ruidoso y ellos hicieron unas grandes hogueras en el exterior y me dejaron solo y en paz en la oscuridad de mi choza, libre para desatornillar mis ventanillas y reflexionar, y para sentirme tan mal como me diera la real gana. Y ¡Dios mío! Estaba fatal.

»Me sentía débil y hambriento, y mi cabeza funcionaba como un escarabajo en un alfiler: una tremenda actividad y, al final, nada. Vueltas y vueltas para volver al punto de partida. Estaba apenado por los otros compañeros; unos terribles borrachos, es cierto, pero que no merecían semejante destino. Y la imagen del joven Sanders con la garganta atravesada por la lanza no se me iba de la cabeza. Y también le daba vueltas al asunto del tesoro escondido en el Pionero del Océano y en el modo de sacarlo de allí y ocultarlo en un lugar más seguro para escaparme y volver por él. Y además estaba el problema de conseguir algo de comer. Le aseguro que era un completo desvarío. No me atrevía a pedir comida valiéndome de señas por miedo a comportarme de forma excesivamente humana, así que continué sentado allí, hambriento, hasta que se aproximó el amanecer. Entonces la tribu se quedó algo tranquila y, como me era imposible resistir más tiempo, abandoné el recinto y me procuré unas cosas parecidas a alcachofas que había en un cuenco y un poco de leche agria. Lo que sobró, lo coloqué entre las otras ofrendas para darles una pista sobre mis gustos. Por la mañana vinieron a adorarme y me encontraron sentado, rígido y respetable, encima de su anterior dios, tal como me habían dejado cuando se hizo la noche. Yo me había recostado contra el pilar central de la choza y estaba prácticamente dormido. Y así es como llegué a ser un dios entre los paganos; un dios falso y blasfemo, sin duda, pero no siempre puede uno permitirse el lujo de elegir.

»Ahora bien, no es que quiera darme como dios un bombo que exceda mis méritos personales, pero debo reconocer que mientras fui el dios de aquella tribu cosecharon éxitos extraordinarios. No puedo decir que aquello fuera una nadería, compréndame. Vencieron en una batalla a otra tribu —y yo recibí un montón de ofrendas que no quería para nada—, hicieron pescas maravillosas y su cosecha de porquerías fue excelente. Además incluían la captura del bergantín entre los beneficios que yo les había deparado. En honor a la verdad, debo decir que no me parece un resultado desdeñable para un perfecto neófito. Y, aunque usted tal vez no se lo crea, fui el dios local de esos feroces salvajes durante cuatro preciosos meses…

»¿Qué otra cosa podía hacer, mi querido amigo? Pero no tuve puesta la escafandra todo el tiempo. Les hice construir una especie de santuario de santuarios y derroché ingentes cantidades de tiempo en hacerles comprender lo que quería que hicieran. En efecto, esa fue mi gran dificultad: hacerles comprender mis deseos. No podía permitirme descender a hablarles incorrectamente en su jerga —en el caso de que hubiera sido capaz de comprenderla—, y tampoco me era posible realizar muchos de los gestos. Así que dibujaba imágenes en la arena y me sentaba junto a ellos y gritaba como un becerro. Algunas veces hacían bien lo que quería, y otras al revés. Pero siempre mostraban buena voluntad, eso es cierto. Entretanto yo seguía dándole vueltas a la manera de resolver la maldita situación. Todas las noches, antes del amanecer, solía salir fuera con mi atuendo completo y me dirigía a un lugar desde el cual podía ver el canal donde se había hundido el Pionero del Océano y, una vez, incluso, en una noche de luna llena, intenté llegar hasta él, pero las algas, las rocas y la oscuridad me derrotaron ampliamente. No pude regresar hasta que se hizo de día, y entonces encontré en la playa a los cándidos negros implorando a su dios marino que regresara a su lado. Yo estaba tan enfadado y cansado después de haber deambulado de un sitio a otro dando tumbos, subiendo y bajando una y otra vez, que de buena gana habría aporreado sus estúpidas cabezas cuando estallaron en gritos de júbilo. ¡Que me ahorquen si me gustan tantas ceremonias!

»Y entonces llegó el misionero. ¡Vaya misionero! Llegó por la tarde y yo estaba sentado con gran pompa en la parte exterior de mi templo, encima de su vieja piedra negra. En el exterior se produjo un gran jaleo, acompañado de chillidos ininteligibles, y después escuché su voz, mientras hablaba con un intérprete. “Adoran troncos y piedras”, dijo, y al instante comprendí de qué se trataba. Yo me había quitado uno de mis cristales para estar más cómodo y sin tomarme un tiempo para reflexionar grité: «¡Troncos y piedras! Entre aquí y le machacaré su condenada cabeza». Durante unos momentos reinó el silencio, pero en seguida se reanudaron los chillidos y el misionero entró con la Biblia en la mano, tal como acostumbran a hacer. Era un tipo pequeño salpicado con manchas rojizas, y con un casco de corcho. Me halagó sobremanera que se quedara boquiabierto al verme allí, en la sombra, con mi cabeza de cobre y mis enormes cristales. «Bien —dije—, ¿cómo marcha el comercio de calicó?», pues no simpatizo nada con los misioneros.

»Me divertí con aquel misionero. Era un verdadero novato y desentonaba bastante con un hombre como yo. Con voz entrecortada me preguntó que quién era yo, y yo le dije que leyera la inscripción que había a mis pies si quería saberlo. Él se inclinó para leerla, y su intérprete, que era tan supersticioso como cualquiera de los negros, lo interpretó como un acto de adoración y se tiró al suelo como una bala. Mis prosélitos lanzaron un alarido de triunfo, y después de esta jornada quedó claro que en mi tribu no tenía nada que hacer un misionero, ni nadie que se le pareciera.

»Pero, sin duda, fue una estupidez espantarle de esa manera. Si hubiera tenido una pizca de sensatez, le habría hablado inmediatamente del tesoro y nos habríamos asociado en el negocio. Estoy seguro de que se habría asociado. Hasta un niño, después de unas cuantas horas de reflexión, habría descubierto la relación que había entre mi escafandra y el Pionero del Océano. Una semana después de su partida salí por la mañana y divisé el Maternidad, el navío encargado de los trabajos de rescate en el área de Starr Race, que remontaba sondeando el canal. Todo el bendito negocio se había esfumado, y todos mis sacrificios habían sido inútiles. ¡Maldición! ¡Cómo me enfurecí! ¡Para eso había estado haciendo el ridículo en aquel absurdo y hediondo traje de buzo! ¡Durante cuatro meses!

La historia del hombre de piel tostada degeneró otra vez en improperios.

—Imagínese —dijo cuando emergió una vez más a la pureza del lenguaje—, ¡cuarenta mil libras esterlinas en oro!

—¿Volvió aquel pequeño misionero? —pregunté.

—¡Oh, sí! ¡Pobre bendito! Y apostó su reputación afirmando que había un hombre dentro del dios y se dispuso a demostrarlo con una tremenda ceremonia. Pero allí no había nada… y quedó otra vez como un novato. Yo he odiado siempre las escenas y las explicaciones, y mucho antes de que llegara me había esfumado, dirigiéndome hacia Banya a lo largo de la costa, ocultándome entre los arbustos durante el día y robando comida en los poblados por la noche. Como única arma, una lanza. Ni ropas, ni dinero. Nada. Mi cara era mi fortuna, como reza el dicho. Y ni un penique de las ocho mil libras esterlinas en oro, mi quinta parte correspondiente. Pero los nativos le dieron una buena al sonrosado misionero, gracias a Dios, porque creyeron que había sido él quien había ahuyentado su buena suerte.

EL NUEVO ACELERADOR

Ciertamente, si alguna vez un hombre encontró una guinea cuando estaba buscando un alfiler, ése fue mi buen amigo, el profesor Gibberne. Yo ya había tenido noticias de investigadores que se pasan de la raya, pero jamás hasta el punto al que él ha llegado. Realmente ha descubierto, al menos esta vez y sin la más leve pincelada de exageración en la frase, algo que revolucionará la vida humana. Y lo ha conseguido cuando estaba buscando simplemente un estimulante general del sistema nervioso para levantar el ánimo de las personas abatidas por las tensiones de estos tiempos agresivos. Yo he probado ya la droga varias veces, y no se me ocurre nada mejor que describir el efecto que dicha sustancia ha provocado en mí. Resulta cada vez más evidente que nos esperan experiencias sorprendentes en la investigación de nuevas sensaciones.

El profesor Gibberne, como mucha gente sabe, es vecino mío en Folkestone. Si la memoria no me engaña, han aparecido retratos correspondientes a diferentes épocas de su vida en el Strand Magazine, creo que hacia finales del año 1899; pero me resulta imposible comprobarlo porque he prestado ese volumen a alguien que no me lo ha devuelto. Es posible que el lector recuerde la alta frente y las largas cejas negras que daban a su rostro un toque tan mefistofélico. Vive en una de esas agradables casitas independientes de estilo mixto que hacen tan peculiar el extremo occidental del camino alto de Sandgate. Su casa es la que tiene el tejado flamenco y el pórtico árabe, y es precisamente en la habitación que tiene un mirador donde trabaja cuando se encuentra aquí, y donde tantas noches hemos fumado y conversado juntos. El profesor es un terrible charlatán, pero, además, le gusta conversar conmigo acerca de su trabajo. Es uno de esos hombres que encuentran ayuda y estímulo en la conversación, y gracias a ello me ha sido posible asistir directamente a la concepción y desarrollo del Nuevo Acelerador desde una etapa muy temprana. Desde luego, la mayor parte del trabajo experimental no se realizaba en Folkestone, sino en Gower Street, en el nuevo e imponente laboratorio contiguo al hospital, que el profesor había sido el primero en utilizar.

Como todo el mundo sabe, o mejor dicho, como todas las personas inteligentes saben, la especialidad en que Gibberne ha adquirido una reputación tan grande y merecida entre los fisiólogos, es precisamente la de la acción de las drogas sobre el sistema nervioso. En lo que se refiere a soporíferos, sedantes y anestésicos es, según me han informado, inigualable. Es también una notable eminencia en química, y supongo que en la sutil e intrincada jungla de enigmas que se aglutinan en torno a la célula ganglionar y las fibras vertebrales, sus trabajos han despejado pequeños espacios, pequeños claros en los que ahora penetra la luz, y que, hasta el momento en que crea conveniente publicarlos, permanecerán inaccesibles al resto de los mortales. En los últimos años se ha concentrado con especial dedicación en el problema de los estimulantes nerviosos, con los que había cosechado éxitos importantes antes del descubrimiento del Nuevo Acelerador. La ciencia médica tiene que agradecerle al menos tres reconstituyentes distintos y absolutamente inocuos, de incomparable valor para los individuos activos. En los casos de agotamiento, la mixtura conocida como «Jarabe B de Gibberne» ha salvado ya, supongo, más vidas que cualquier bote de rescate de la costa.

—Pero ninguna de estas limitadas fórmulas ha conseguido satisfacerme todavía —me dijo hace casi un año—. O bien incrementan la energía central sin afectar a los nervios, o simplemente incrementan la energía disponible reduciendo la conductividad nerviosa; y todas ellas actúan de forma desigual y local. Una estimula el corazón y las vísceras, pero deja el cerebro en estado de estupefacción; otra consigue imitar el efecto del champán, pero causa trastornos en el plexo solar. Y lo que yo quiero, y lo que, si es humanamente posible, pretendo obtener, es una droga que estimule todo el sistema, que te despierte durante un tiempo desde la coronilla hasta la punta del dedo gordo del pie, y que te haga dos o tres veces superior a los demás. ¿Comprendes? Ese es el efecto que persigo.

—Ese efecto fatigaría a un hombre —dije.

—Sin duda. Y comerías el doble o el triple, y cosas así. Pero piensa en lo que tal cosa significaría. Imagínate a ti mismo con un frasquito como éste —cogió un frasquito de cristal verde y remarcó sus palabras con él—, y que en este precioso frasquito se encuentra el poder de pensar dos veces más rápido, de moverte con el doble de velocidad, de realizar el doble de trabajo en un tiempo determinado del que realizarías de forma normal.

—Pero ¿es posible una cosa semejante?

—Creo que sí. Si no lo es, he desperdiciado el tiempo durante un año. Estas diferentes preparaciones de los hipofosfitos, por ejemplo, parecen demostrar que algo de esta clase… Creo que sería posible conseguir una aceleración una vez y media superior a la normal.

—Sería posible —dije.

—Si fueras un hombre de estado en un apuro, por ejemplo, y el tiempo corriese en contra tuya, tendrías que hacer algo con urgencia, ¿no?

—Podría administrar una dosis al secretario privado —dije.

—Y ganar el doble de tiempo. Y suponte, por ejemplo, que quieres terminar un libro.

—Generalmente —dije— deseo no haberlos empezado nunca.

—O un doctor, que tiene que luchar contra la muerte y necesita concentrarse y reflexionar sobre un caso. O un abogado… O una persona que tiene que empollar para un examen.

—Valdría una guinea la gota —dije—, o más… para hombres como esos.

—Y en un duelo también —dijo Gibberne—, donde todo depende de tu velocidad en apretar el gatillo.

—O en la esgrima —sugerí.

—Mira —dijo Gibberne—, si lo consigo con una droga de estimulación general, realmente no causará ningún daño, excepto que tal vez te haga envejecer más rápido, en un grado infinitesimal. Habrás vivido exactamente el doble que los demás…

—Supongo —reflexioné— que en un duelo… ¿Sería honesto?

—Esa es una pregunta para los padrinos —dijo Gibberne.

Volví al tema del que nos habíamos alejado.

—¿Y crees realmente que una cosa semejante es posible? —dije.

—Tan posible —dijo Gibberne, y miró por la ventana hacia algo que pasaba vibrando— como un ómnibus. De hecho…

Hizo una pausa y me sonrió astutamente; después golpeó suavemente el borde de su mesa con el frasquito verde.

—Creo que conozco la sustancia… Ya he conseguido resultados prometedores.

La nerviosa sonrisa que afloró sobre su rostro traicionó la gravedad de su revelación. Rara vez hablaba de sus actuales trabajos experimentales, a menos que estuviera muy cerca del fin.

—Y puede ser, puede ser… no me sorprendería… que la velocidad sea superior al doble, incluso.

—Sería algo realmente grande —aventuré.

—Sería, creo, algo realmente grande.

Pero no creo que se hiciera una idea de lo grande que iba a ser al final.

Recuerdo que después de aquello hablamos muchas veces sobre la droga. La llamaba el «Nuevo Acelerador», y en cada ocasión su tono se hacía más confidencial. Algunas veces hablaba nerviosamente de resultados fisiológicos inesperados que podían desprenderse de su uso, y entonces se quedaba algo preocupado; otras se mostraba francamente mercenario y discutíamos larga y apasionadamente sobre la manera de darle a la fórmula un enfoque comercial.

—Es una cosa muy buena —decía Gibberne—, una cosa tremenda. Sé que estoy dándole al mundo algo importante, y creo que lo único razonable que podemos esperar es que el mundo pague. La dignidad de la ciencia está muy bien, pero, de todos modos, creo que debo tener el monopolio de la droga durante… diez años, digamos. No veo por qué razón todas las diversiones de la vida han de tocarles a los tratantes de jamones.

Mi interés por la prometedora droga no decayó con el tiempo, ciertamente. Siempre he tenido una extraña inclinación hacia la metafísica. He sido siempre aficionado a las paradojas sobre el espacio y el tiempo, y me parecía que Gibberne estaba preparando nada menos que la aceleración absoluta de la vida. Imagínense a un hombre que se administrara repetidamente dosis de una droga semejante: viviría una vida activa y sin precedentes, sin duda, pero sería adulto a los once años, de mediana edad a los veinticinco y, hacia los treinta, estaría bien adentrado en el camino de la decadencia senil. Me parecía que Gibberne había llegado tan lejos con el único propósito de ofrecer a cualquiera que tomase la droga lo que la Naturaleza ha dado precisamente a los judíos y a los orientales, que son hombres antes de los veinte años y ancianos hacia los cincuenta, y más rápidos en pensar y actuar que nosotros durante toda la vida. Los prodigios de las drogas han ejercido siempre una gran atracción en mi espíritu; pueden volver loco a un hombre, tranquilizarle, hacerle increíblemente fuerte y despierto o convertirle en un tronco inútil, avivar tal pasión y moderar tal otra; todo por medio de drogas. ¡Y ahora había un nuevo milagro que añadir a este extraño arsenal de frasquitos para uso de los médicos! Pero Gibberne estaba demasiado concentrado en los aspectos técnicos para ahondar en mi enfoque particular de la cuestión.

Fue el siete o el ocho de agosto cuando me dijo que la destilación que decidiría su fracaso o su éxito, durante un periodo de tiempo, se estaba efectuando mientras hablábamos, y el diez cuando me dijo que la cosa estaba hecha y que el Nuevo Acelerador era una realidad tangible en el mundo. Me lo encontré mientras ascendía la colina de Sandgate hacia Folkestone. Yo iba a cortarme el pelo, y él bajaba corriendo a mi encuentro. Supongo que se dirigía a mi casa para informarme inmediatamente de su éxito. Recuerdo que sus ojos tenían un brillo inusual y que su rostro aparecía encendido; incluso advertí en ese momento una repentina aceleración de sus pasos.

—¡Está hecho! —gritó, y agarró mi mano mientras me hablaba a toda velocidad—. Más que hecho. Ven a mi casa y lo verás.

—¿De verdad?

—¡De verdad! —gritó—. ¡Increíble! Ven y lo verás.

—¿Y el efecto es… el doble?

—Más, mucho más. Me asusta. Ven y contempla la droga. ¡Pruébala! ¡Ensáyala! Es la droga más asombrosa del mundo.

Se agarró a mi brazo y, caminando a una velocidad tal que me obligaba a ir al trote, subimos la colina mientras me gritaba. Un ómnibus repleto de gente se giró y se nos quedó mirando al unísono, de ese modo tan peculiar con que lo hace la gente que ocupa un ómnibus. Era uno de esos días cálidos y despejados que se dan con frecuencia en Folkestone. Los colores brillaban de manera increíble y los contornos de las cosas se dibujaban con nitidez. Corría un poco de brisa, desde luego, pero no lo suficiente para mantenerse fresco y sereno en tales circunstancias. Suspiré pidiendo clemencia.

—¿No estaré caminando muy deprisa, verdad? —exclamó Gibberne, y redujo el paso hasta dejarlo en una marcha rápida.

—Has tomado una dosis de la droga —resoplé.

—No —dijo—. A lo sumo una gota de agua que quedó en la retorta después de enjuagarla para hacer desaparecer las últimas huellas de la sustancia. Tomé un poco anoche, lo confieso. Pero ahora ya es una vieja historia.

—¿Y duplica la actividad? —dije, bañado en un sudor incómodo, cuando nos acercamos a la puerta de entrada de su casa.

—¡La multiplica un millar de veces! ¡Muchos millares de veces! —gritó Gibberne, haciendo un gesto dramático y abriendo de golpe la cancela de roble tallada al viejo estilo inglés.

—¡Puf! —dije, y le seguí hacia la puerta.

—No sé cuántas veces multiplica la actividad —dijo con la llave en la mano.

—Y tú…

—Este descubrimiento arroja nuevas luces sobre la fisiología del sistema nervioso, ¡le da a la teoría de la visión un giro completamente inesperado…! ¡Sabe Dios cuántos miles de veces! Comprobaremos todo eso después… Lo que conviene ahora es probar la droga.

—¿Probar la droga? —dije, mientras caminábamos a lo largo del pasillo.

—Claro que sí —dijo Gibberne, volviéndose hacia mí en su despacho—. ¡Está en aquel frasquito verde! A no ser que estés asustado…

Soy un hombre prudente por naturaleza, y sólo intrépido en teoría. Estaba asustado. Pero, por otra parte, me enfrentaba con mi orgullo.

—Bueno —argumenté—, ¿no has dicho que la has probado?

—La he probado —dijo—, y no parece que me haya hecho daño, ¿verdad? Ni siquiera he cambiado de color, y me encuentro…

Me senté.

—Dame la poción —dije—. Si sucede lo peor, al menos me quedará el consuelo de no tener que cortarme el pelo, que es, a mi juicio, uno de los más odiosos deberes del hombre civilizado. ¿Cómo se toma el brebaje?

—Con agua —dijo Gibberne, golpeando la mesa con una garrafa.

Estaba de pie, frente a la mesa, y me miraba a mí, que ocupaba su confortable sillón. Sus modales adquirieron de pronto un toque afectado, a la manera de un especialista de Harley Street.

—Es una droga extraña, ¿sabes? —dijo.

Hice un gesto con la mano.

—Debo advertirte, en primer lugar, que cierres los ojos inmediatamente después de ingerirla; espera un minuto o así y ábrelos con cuidado. Uno ve todavía. El sentido de la vista depende de la longitud de la vibración, y no de la cantidad de impactos. Si se tienen los ojos abiertos, se puede producir un choque en la retina, acompañado de una horrible y vertiginosa confusión. Manténlos cerrados.

—Cerrados —dije—. ¡Bien!

—Y la siguiente advertencia es que permanezcas quieto. No empieces a moverte de un lado a otro. Si lo haces, puedes sufrir un tremendo golpe. Recuerda que irás varios miles de veces más rápido de lo que has ido en toda tu vida; el corazón, los pulmones, los músculos, el cerebro: todo. Y te pegarás un golpe espantoso sin saber cómo. No te darás cuenta, ¿comprendes? Te sentirás exactamente igual que ahora. Sólo que todo lo que hay en el mundo te parecerá que va muchos miles de veces más despacio de lo que ha ido nunca. Esto es lo que la hace tan endiabladamente extraña.

—¡Señor! —dije—. ¿Quieres decir que…?

—Ya lo verás —dijo, y cogió una pequeña probeta graduada.

Echó una mirada al material que estaba encima de la mesa.

—Vasos, agua. Todo está aquí. No debemos tomar demasiado en el primer ensayo.

El frasquito dejó caer su precioso contenido.

—No olvides lo que te he dicho —dijo, vaciando el contenido de la probeta en un vaso, a la manera de un camarero italiano cuando mide un whisky—. Quédate sentado, con los ojos herméticamente cerrados y en absoluta inmovilidad durante dos minutos. Después me oirás hablar.

Añadió uno o dos dedos de agua a la pequeña dosis que había en cada vaso.

—Por cierto —dijo—, no dejes tu vaso encima de la mesa. Sosténlo en la mano y déjala apoyada en la rodilla. Sí… eso es. Y ahora…

Levantó su vaso.

—Por el Nuevo Acelerador —dijo.

—Por el Nuevo Acelerador —respondí.

Chocamos nuestros vasos y bebimos, y cerré los ojos inmediatamente.

Ustedes ya conocen esa sensación de caer en el vacío que se experimenta al respirar «gas». Durante un tiempo indeterminado me sentí así. Luego oí decir a Gibberne que me despertara. Me estremecí y abrí los ojos. Seguía de pie, en el mismo sitio donde estaba antes, con el vaso en la mano. Ahora estaba vacío: esa era la única diferencia.

—¿Y bien? —dije.

—¿No siente nada anormal?

—Nada. Una ligera sensación de alegría… quizá.

Nada más.

—¿Ruidos?

—Todo está silencioso —dije—. ¡Por Júpiter! ¡Sí! Todo está silencioso. Excepto ese débil golpeteo, ese sordo tamborileo, como si la lluvia cayese sobre objetos diversos. ¿Qué es?

—Sonidos analizados —creo que fue su respuesta, pero no estoy seguro. Después miró hacia la ventana—. ¿Has visto alguna vez que una cortina se quede fija, en la posición que se ha quedado ésta?

Seguí la dirección de su mirada y vi la parte inferior de la cortina levantada, como si se hubiera quedado congelada —si me permiten la expresión en el preciso instante de ser agitada por el viento.

—No —dije—. ¡Qué raro!

—¿Y esto? —dijo, y abrió la mano que sostenía el vaso.

Como es natural, me sobresalté; esperaba que el vaso se hiciera pedazos. Pero no se rompió; ni siquiera se movió. Se quedó suspendido en el aire… inmóvil.

—Hablando en términos generales —dijo Gibberne—, un objeto en estas latitudes recorre dieciséis pies en el primer segundo de caída. Este vaso está cayendo ahora a una velocidad de dieciséis pies por segundo. Sólo que para ti todavía no ha caído más que una centésima de segundo. Esto te dará una idea de la velocidad de mi Acelerador.

Pasó la mano por encima, por abajo y alrededor del vaso que caía de forma tan lenta. Por último, lo cogió por abajo y lo colocó con cuidado sobre la mesa.

—¿Eh? —me dijo, y se rio.

—Esto es estupendo —dije, y empecé a levantarme con cautela del sillón.

Me sentía perfectamente bien, muy ligero y cómodo, y con la suficiente confianza en mí mismo. Todo mi ser funcionaba muy deprisa. Mi corazón, por ejemplo, latía mil veces por segundo, pero no me causaba ningún malestar. Miré por la ventana. Un paralizado ciclista, con la cabeza inclinada y una helada estela de polvo detrás de la rueda, corría a toda velocidad para dar alcance a un eternizado charabán lanzado al galope. Me quedé boquiabierto de asombro ante este espectáculo increíble.

—¡Gibberne! —grité—. ¿Cuánto tiempo durará esta endemoniada droga?

—¡Dios sabe! —respondió—. La última vez que la tomé me fui a la cama, a dormir la mona. Te confieso que estaba asustado. Seguramente duró unos minutos, pero me parecieron horas… Al cabo de un rato disminuye la velocidad de forma más bien brusca, creo.

Yo me sentía orgulloso al comprobar que no estaba asustado; supongo que se debía al hecho de que éramos dos.

—¿Por qué no salimos al exterior? —pregunté.

—¿Por qué no?

—La gente nos verá.

—No nos verán. ¡Gracias a Dios! Sencillamente porque iremos mil veces más deprisa que el juego de manos más rápido que se haya realizado jamás. ¡Vamos! ¿Por dónde salimos? ¿Por la ventana o por la puerta?

Salimos por la ventana.

Sin duda, de todas las extrañas experiencias que he tenido o imaginado a lo largo de mi vida, o he leído que otros han tenido o imaginado, aquella pequeña incursión que hice en compañía de Gibberne por los prados de Folkestone bajo los efectos del Nuevo Acelerador, fue la más extraña y enloquecedora de todas. Salimos por la cancela a la carretera y permanecimos allí durante un minuto observando el petrificado trasiego del tráfico. Los radios de las ruedas y algunas de las patas de los caballos de un charabán, así como el extremo del látigo y la mandíbula inferior del conductor —que en ese preciso instante iniciaba un bostezo— estaban en perceptible movimiento, pero el resto del pesado vehículo parecía inmóvil. Y en absoluto silencio, a excepción de un borroso estertor que salía de la garganta de un hombre. ¡Y los integrantes de este monumento congelado eran un guía, un conductor, y once pasajeros! Mientras caminábamos, el efecto de la droga nos parecía disparatadamente raro, pero acabó siendo… desagradable. Allí había seres humanos exactamente iguales a nosotros y, sin embargo, muy diferentes, congelados en actitudes descuidadas, atrapados en mitad de un gesto. Una jovencita y un hombre se sonreían mutuamente, con una sonrisa impúdica que amenazaba con prolongarse eternamente; una mujer con una capellina caída apoyaba el brazo en la barandilla y miraba hacia la casa de Gibberne con la mirada imperturbable de la eternidad; un hombre se mesaba el bigote, como si fuera una figura de cera, y otro alargaba una pesada y rígida mano, con los dedos extendidos, hacia el sombrero que se le volaba. Nosotros los mirábamos, nos reíamos de ellos, les hacíamos muecas, hasta que sentimos una especie de desagrado; entonces dimos media vuelta y pasamos por delante del ciclista, hacia el parque.

—¡Cielos! —exclamó Gibberne de repente—. ¡Mira allí!

Señaló con la mano, y allí, delante de la punta de su dedo, deslizándose por el aire y batiendo lentamente las alas a la velocidad de un caracol excepcionalmente lánguido, había una abeja.

Y así llegamos al parque. Allí el fenómeno era más absurdo todavía. La banda estaba tocando en el quiosco, aunque el sonido que nos llegaba era parecido a una carrera de asmáticos, en un tono muy bajo, una especie de prolongado suspiro de moribundo, que a veces se convertía en un sonido semejante al del lento y apagado tictac de un reloj monstruoso. El congelado público permanecía rígido, extraño, silencioso, como tímidos maniquíes sorprendidos en actitudes inestables, a mitad de un paso, mientras paseaban sobre la hierba. Yo pasé al lado de un perrito de lanas petrificado en el acto de saltar y contemplé el lento movimiento de sus patas dispuestas para caer a tierra.

—¡Señor! ¡Mira allí! —gritó Gibberne.

Y nos detuvimos un momento ante un magnífico personaje ataviado con un traje de franela con tenues rayas blancas, zapatos blancos y un sombrero panamá, que se daba media vuelta para guiñar el ojo a dos señoritas vestidas con ropas de colores alegres, que en ese momento habían pasado a su lado. Un guiño, estudiado con el impune detenimiento que nosotros podíamos permitirnos, resulta muy poco atractivo. Pierde todo su efecto de chispeante alegría, y uno nota que el ojo que se guiña no está completamente cerrado, y que bajo el párpado caído aparece el borde inferior del globo ocular y una pequeña línea blanca.

—Si el cielo me concede memoria —dije—, jamás volveré a guiñar un ojo.

—Ni a sonreír —dijo Gibberne, que dirigía su mirada hacia los dientes obsequiosos de las señoritas.

—Hace un calor infernal —dije—. Vamos más despacio.

—¡Oh, vamos! —dijo Gibberne.

Nos abrimos camino entre las sillas de la vereda. Muchas de las personas que estaban sentadas en las sillas parecían casi naturales en sus posturas estáticas, pero los rostros retorcidos y congestionados de los músicos no ofrecían un espectáculo tranquilizador. Un caballero bajito de rostro morado estaba congelado en mitad de un violento esfuerzo contra el viento para doblar el periódico. Encontramos un montón de detalles que probaban que todas aquellas personas, en sus actitudes inertes, estaban expuestas a una fuerte brisa, una brisa que no tenía existencia para nuestras propias sensaciones. Nos separamos y caminamos a cierta distancia de la muchedumbre; después nos volvimos para contemplarla. Ver aquella multitud convertida en un cuadro, víctimas de la rigidez, como si fueran auténticas figuras de cera, era una maravilla inconcebible. Era absurdo, desde luego, pero me llenaba de un irracional y exultante sentimiento de superioridad. ¡Figúrense qué maravilla! Todo lo que yo había dicho, pensado y hecho desde que la droga empezó a correr por mis venas había sucedido —por lo que se refiere a esa gente y al mundo en general—, en un abrir y cerrar de ojos.

—El Nuevo Acelerador… —empecé, pero Gibberne me interrumpió.

—¡Allí está esa vieja infernal! —dijo.

—¿Qué vieja?

—Vive al lado de mi casa —dijo Gibberne—. Tiene un perro faldero que no para de ladrar. ¡Cielos! La tentación es irresistible.

Hay algo verdaderamente infantil e impulsivo en Gibberne que se manifiesta en algunas ocasiones. Antes de que pudiera discutir con él, había salido disparado y había arrebatado al infortunado animal de la existencia visible, y corría velozmente con el chucho hacia la pendiente del parque. Era un espectáculo insólito. La pequeña bestia no ladró, ni se movió, ni dio la más leve señal de vitalidad. Permanecía completamente tieso, en una actitud de soñoliento reposo, mientras Gibberne lo sostenía por el cuello. Daba la impresión de que corría con un perro de madera.

—¡Gibberne! —grité—. ¡Suéltelo!

En seguida añadí algo más.

—¡Gibberne! ¡Si sigues corriendo de esa manera, se te incendiarán las ropas! ¡Tus pantalones de lino se están chamuscando!

Se llevó una mano al muslo y se paró vacilante al borde de la pendiente.

—¡Gibberne! —grité, acercándome a él—. ¡Suéltelo! ¡Este calor es excesivo! ¡Es a causa de nuestra carrera! ¡Dos o tres millas por segundo! ¡El rozamiento del aire!

—¿Qué? —dijo él, mirando al perro.

—¡El rozamiento del aire! —grité—. El rozamiento del aire. Vamos a demasiada velocidad. Como meteoritos. Demasiado calor. Y… ¡Gibberne! ¡Gibberne! Siento pinchazos por todo el cuerpo y estoy bañado en sudor. ¡Mira! La gente se mueve ligera-mente. ¡Creo que el efecto de la droga se está disipando! Suelta el perro.

—¿Eh? —dijo.

—Se está disipando —repetí—. ¡Estamos demasiado calientes y la droga se está disipando! Estoy mojado hasta los huesos.

Me miró. Después miró a la banda; la asmática carraca se estaba acelerando. Entonces, describiendo una curva tremenda con el brazo, lanzó al perro lejos de él, y el animal ascendió dando vueltas por el aire, inanimado todavía, y al final fue a caer sobre las sombrillas de un corrillo de gente que estaba cuchicheando. Gibberne me agarró por el codo.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. ¡Ya lo creo! Una especie de pinchazos ardientes… sí. ¡Aquel hombre está moviendo su pañuelo! Claramente. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Pero nos era imposible escapar de allí con la suficiente rapidez. ¡Y tal vez fue una suerte! Porque habríamos echado a correr; y si hubiéramos echado a correr, creo que habríamos estallado en llamas. ¡Casi seguro que habríamos estallado en llamas! Ninguno de los dos habíamos pensado en ello… El caso es que antes de que pudiéramos empezar a correr, el efecto de la droga había cesado. Fue cosa de una fracción de segundo. El efecto del Nuevo Acelerador cesó, como si hubiera caído un telón; se desvaneció en el movimiento de una mano. Escuché la voz de Gibberne, que expresaba una infinita alarma.

—Siéntate —dijo, y me dejé caer pesadamente sobre el césped que crecía al borde de la pendiente; y según me sentaba, sentí que se chamuscaba el suelo.

Todavía hay un pedazo de hierba abrasada en el lugar donde me senté.

Pero mientras realizaba este movimiento, la paralización general también pareció acabarse; la vibración desarticulada de la banda desembocó en una explosión de música; los paseantes pusieron sus pies en el suelo y reanudaron su camino; los papeles y las banderas empezaron a agitarse; las sonrisas se convirtieron en palabras; el hombre que estaba guiñando el ojo concluyó su guiño y prosiguió complacido su camino; las personas que estaban sentadas se movieron y hablaron.

El mundo entero había vuelto a la vida, y volvía a marchar tan rápido como nosotros, o mejor dicho, nosotros no íbamos más rápido que el resto del mundo. Era como la reducción de la velocidad de un tren al entrar en la estación. Durante un segundo o dos, me pareció que todo giraba a mi alrededor y experimenté una ligera sensación de náusea; y eso fue todo. ¡El perrito que parecía haber quedado suspendido un momento en su trayectoria, después de que el vigoroso brazo de Gibberne lo lanzara por los aires, cayó con repentina aceleración encima de la sombrilla de una dama!

Eso fue nuestra salvación. Si no hubiera sido por un anciano y corpulento caballero que estaba sentado en una silla de ruedas, y que ciertamente se estremeció al vernos —y que después nos observó a intervalos con una extraña mirada de sorpresa, terminando, creo, por decirle algo a su enfermera acerca de nosotros—, dudo que una sola persona se diera cuenta de nuestra repentina aparición entre ellos. ¡Paf? ¡Debió de ser de lo más brusco! Dejamos de arder casi en el mismo momento, aunque el césped que había debajo de mí estaba endemoniadamente caliente. La atención de los presentes —incluida la banda de la Asociación de Recreos, que en esta ocasión, se salió de tono por primera vez en su historia— estaba concentrada en el asombroso acontecimiento, y en el todavía más sorprendente ladrido y escándalo provocado por el insólito hecho de que un respetable y sobrealimentado perro faldero —un tanto chamuscado debido a la extrema velocidad de sus movimientos al surcar el aire— que dormía tranquilamente en el ala este del quiosco de música, cayera súbitamente encima de la sombrilla de una dama que se encontraba en el ala opuesta. ¡Y en estos tiempos absurdos —demasiado absurdos quizá— en que todos tratamos de ser tan psíquicos, tan estúpidos, tan supersticiosos como nos sea posible! La gente se levantó y se pisaron unos a otros; las sillas cayeron al suelo y el guarda del parque acudió de inmediato. Ignoro cómo se resolvieron las cosas. Estábamos demasiado ansiosos por escabullirnos de aquel lío y por salir del campo visual del viejo caballero que estaba sentado en la silla de ruedas como para emprender investigaciones más precisas. Tan pronto como estuvimos suficientemente fríos y recuperados del vértigo, de las náuseas y de la confusión mental, nos levantamos y nos alejamos de la muchedumbre, dirigiendo nuestros pasos por el camino que bajaba del Metropol hacia la casa de Gibberne. Pero, en medio del estrépito, escuché claramente al caballero que había estado al lado de la dama de la sombrilla rota, que profería insultos y amenazas injustificables hacia uno de los acomodadores que lucían en sus gorras la palabra «Inspector».

—Si usted no ha tirado el perro —decía—, ¿quién ha sido?

El súbito retorno del movimiento y de los sonidos familiares, a lo que se añadía una lógica preocupación por nosotros mismos —nuestras ropas estaban todavía terriblemente calientes, y la parte delantera de los pantalones blancos de Gibberne lucían una quemadura de color marrón amarillento—, me impidieron llevar a cabo las minuciosas observaciones que me habría gustado hacer sobre todas estas cosas. En realidad, no hice ninguna observación de valor científico durante el regreso. La abeja, evidentemente, se había marchado. Busqué al ciclista, pero ya se había perdido de vista cuando llegamos al camino alto de Sandgate, o quizá estaba tapado por el tráfico. El charabán, sin embargo, con sus ocupantes resucitados, marchaba con estruendo y buen paso a la altura de la iglesia.

Observamos, no obstante, que el antepecho de la ventana en donde habíamos pisado al salir de la casa estaba ligeramente chamuscado y que las huellas de nuestros pies en la grava del sendero eran de una profundidad insólita. Esta fue mi primera experiencia con el Nuevo Acelerador. En realidad, habíamos estado paseando de un lado a otro y diciendo y haciendo un montón de cosas en el transcurso de unos pocos segundos. Habíamos vivido media hora mientras la banda tocaba, quizá, dos compases. Sin embargo, bajo el efecto de la droga, el mundo entero se había detenido para nuestra oportuna inspección. Si consideramos todos los aspectos, y en particular nuestra temeridad al aventurarnos fuera de la casa, la experiencia podría haber sido mucho más desagradable de lo que fue. Demostró, sin duda, que Gibberne tiene todavía mucho que investigar antes de que su preparación sea de fácil manejo. Pero su efectividad quedó demostrada contundentemente, más allá de cualquier crítica.

Desde aquella aventura, Gibberne ha estado sometiendo el uso de la droga a un severo control, y yo mismo la he tomado varias veces, en dosis medidas y bajo su dirección, sin resultados negativos, aunque debo confesar que no me he vuelto a aventurar a salir al exterior mientras estaba bajo su influencia. Puedo mencionar, por ejemplo, que esta historia ha sido escrita de un tirón y sin interrupción, excepto para mordisquear un poco de chocolate, bajo los efectos de la droga. Empecé a las seis y veinticinco, y mi reloj está a punto de marcar las seis y treinta y un minutos. La comodidad de asegurarse una larga e ininterrumpida racha de trabajo en medio de un día lleno de obligaciones no puede pasarse por alto.

Gibberne está concentrando sus esfuerzos en la manipulación cuantitativa de su preparación, y pone especial cuidado en el estudio de los efectos que provoca en los diferentes tipos de constitución. Espera encontrar un Retardador con el que diluir su excesiva potencia actual. El Retardador, evidentemente, tendrá el efecto contrario del Acelerador. Empleado en solitario, permitirá al paciente vivir en unos pocos segundos varias horas de tiempo ordinario y mantenerse en una inacción apática, en una helada ausencia de vivacidad en medio de los ambientes más animados o irritantes. La combinación de las dos preparaciones ha de provocar necesariamente una total revolución en la forma de vida civilizada. Es el principio de nuestra liberación del Vestido del Tiempo, del que hablaba Carlyle. Mientras que el Acelerador nos permitirá concentrarnos con tremenda potencia en cualquier momento u ocasión que requiera nuestra máxima inteligencia o vigor, el Retardador nos permitirá pasar con pasiva tranquilidad las infinitas horas de infortunio o de tedio. Tal vez me muestre demasiado optimista respecto al Retardador que, en realidad, no ha sido descubierto todavía; pero, en cuanto al Acelerador, no hay la menor sombra de duda. Su aparición en el mercado en una forma adecuada, controlable y asimilable es cuestión de unos cuantos meses. Se adquirirá en todas las farmacias y droguerías, en pequeños frascos verdes, a un precio elevado, pero no excesivo si tenemos en cuenta sus extraordinarias cualidades. Se llamará «Acelerador Nervioso de Gibberne», y el profesor espera ser capaz de suministrarlo con tres potencias: una de 200, otra de 900, y otra de 2.000, que se distinguirán por sus etiquetas amarillas, rosas y blancas respectivamente.

No hay duda de que su empleo hace posible gran número de cosas extraordinarias; porque, evidentemente, los actos más notables, e incluso los procedimientos más criminales pueden ser realizados con total impunidad escurriéndose, por decirlo así, a través de los intersticios del tiempo. Como todas las drogas potentes, será susceptible de abuso. No obstante, Gibberne y yo hemos discutido en profundidad este aspecto de la cuestión, y hemos llegado a la conclusión de que es un problema que atañe exclusivamente a la jurisprudencia médica y que está al margen de nuestra competencia. Fabricaremos y venderemos el Acelerador y, por lo que se refiere a las consecuencias… ya veremos.

LAS VACACIONES DE MR. LEDBETTER

Mi amigo Mr. Ledbetter es un hombre pequeño, de cara redonda, cuya mirada expresa una placidez natural que resulta enormemente exagerada cuando se capta su luz a través de sus gafas, y cuya voz profunda e intencionada irrita a la gente irritable. Una cierta y rebuscada claridad de pronunciación le ha acompañado a su actual casa parroquial desde sus días de estudiante, una rebuscada claridad de pronunciación y una tímida determinación de mostrarse firme y correcto ante cualquier situación, sea o no sea ésta importante. Es sacerdotalista y jugador de ajedrez, y muchos sospechan que ejerce la práctica secreta de las matemáticas superiores, lo cual es más loable que interesante. Su conversación es copiosa y atestada de detalles inútiles. Muchos, en efecto, le consideran, hablando llanamente, un «pelmazo» y algunos han llegado a hacerme el cumplido de asombrarse de que yo le tolere. Pero, por otra parte, hay un amplio sector que se maravilla de que él tolere la relación con un tipo tan desaliñado y desacreditado como yo. Pocos parecen considerar nuestra amistad con ecuanimidad. Pero esto es porque desconocen el vínculo que nos une, mi conexión afable, vía Jamaica, con el pasado de Mr. Ledbetter.

Respecto a este pasado, muestra una reserva angustiada.

—No sé lo que haría si se llegara a conocer —dice—. No sé lo que haría —repite de una forma que impresiona.

De hecho, dudo que hiciera otra cosa que ponerse rojo hasta las orejas. Pero esto saldrá a la luz más tarde; tampoco hablaré aquí de nuestro primer encuentro, pues es una regla general —aunque yo tienda a romperla— que el final de una historia venga después, y no antes del comienzo. Y el comienzo de esta historia se remonta a muchos años atrás; en efecto, hace ahora cerca de veinte años que el Destino, por medio de una serie de maniobras complicadas y sorprendentes, trajo hasta mis manos, por decirlo así, a Mr. Ledbetter.

En aquellos días yo vivía en Jamaica y Mr. Ledbetter era profesor en Inglaterra. Era clérigo y ya se podía reconocer en él al mismo hombre que es hoy: la misma gordura de cara, las mismas o parecidas gafas y la misma pálida sombra de sorpresa en su sosegada expresión. Estaba, desde luego, despeinado cuando yo le vi, y su cuello parecía menos un cuello que una venda mojada, lo que tal vez nos ayudó a salvar el abismo natural que nos separaba; pero de esto, como ya he dicho, hablaré más tarde.

El asunto empezó en Hithergate-on-Sea, al mismo tiempo que las vacaciones de verano de Mr. Ledbetter. Fue allí en busca de un descanso que necesitaba sin dilación, con un baúl marrón claro donde estaban marcadas las letras «F W L.», un sombrero de paja nuevo, de color blanco y negro, y dos pares de pantalones blancos de franela. Desde luego, estaba exultante por haberse liberado de la escuela, pues no era muy aficionado a los niños. Después de la cena, se puso a charlar con una persona locuaz que residía en la pensión a donde, siguiendo el consejo de su tía, había acudido. Este locuaz individuo era el único hombre que residía en la casa. La conversación trató de la triste desaparición de lo maravilloso y de la aventura en estos últimos tiempos, de la tendencia a viajar constantemente, de la abolición de la distancia debido a las máquinas de vapor y a la electricidad, de la vulgaridad de los anuncios, de la degradación de los hombres a causa de la civilización, y de muchas más cosas por el estilo. Esta persona locuaz fue especialmente elocuente cuando se refirió a la decadencia del valor humano debido a la seguridad, y Mr. Ledbetter, sin pensarlo mucho, deploró esta seguridad, poniéndose del lado de su interlocutor. Mr. Ledbetter, que disfrutaba del primer placer que le producía la emancipación del «deber» y que estaba deseoso, quizá, de establecer una reputación de alegría viril, tomó, con más liberalidad de la que era conveniente, el excelente whisky que le ofreció la persona locuaz. Pero él insiste en que no llegó a emborracharse.

Sencillamente estaba un poco más elocuente de lo que acostumbra cuando está sobrio y desprovisto de la sutil agudeza de su juicio. Y después de esta larga conversación sobre los viejos tiempos heroicos que se fueron para siempre, salió por Hithergate, que estaba bañado por la luz de la luna, y subió por la carretera de los acantilados, donde se agrupaban los hotelitos.

Se había lamentado, y mientras subía la silenciosa carretera, seguía lamentándose de que el destino le hubiera reservado una vida tan poco azarosa como la de un pedagogo. ¡Qué vida tan prosaica, tan parada, tan insípida llevaba! Segura, metódica, año tras año… ¿Qué estímulo había en esa vida para el valor? Pensó con envidia en aquellos días errantes de la edad media, tan cercanos y tan remotos, llenos de búsquedas y conspiradores, de condotieros y empresas arriesgadas. Y, de pronto, le vino una idea, una extraña idea, que saltó de algún pensamiento fortuito sobre los tormentos de esta vida y que destruyó por completo la actitud que había adoptado esa noche.

Al fin y al cabo, ¿era realmente Mr. Ledbetter tan valiente como se suponía? ¿Se alegraría realmente de que desaparecieran de pronto los trenes, los policías y la seguridad?

El hombre locuaz había hablado del delito con envidia.

—El ladrón de casas —dijo— es el único aventurero auténtico que queda en la tierra. ¡Piense en esa lucha en solitario contra todo el mundo civilizado!

Mr. Ledbetter se había hecho eco de su envidia.

—Esos son los que se divierten en la vida —había dicho Mr. Ledbetter —. Y tal vez son los únicos que lo hacen. ¡Imagínese lo que se debe de sentir al colarse en una casa!

Y se había reído perversamente. Ahora, en la franca intimidad de la autoconfesión, se sorprendió al establecer una comparación entre su valor y el de un criminal habitual. Intentó responder estas preguntas insidiosas con vagas afirmaciones.

«Yo podría hacer todo eso —decía Mr. Ledbetter—. Ardo en deseos de hacerlo. Sólo que no doy vía libre a mis impulsos criminales. Mi conciencia moral me reprime».

Pero seguía dudando, incluso mientras se decía estas cosas.

Mr. Ledbetter pasó por delante de un hotelito aislado. Convenientemente situada sobre un balcón practicable y discreto, se encontraba una ventana abierta de par en par en la oscuridad. En ese momento apenas reparó en ella, pero su imagen, entrelazada en sus pensamientos, le acompañaba. Se imaginaba escalando ese balcón y agachándose y sumergiéndose en ese interior misterioso y oscuro.

«¡Bah! ¡No te atreverás!», decía el Espíritu de la Duda.

«Mi deber con el prójimo me lo prohíbe», decía el amor propio de Mr. Ledbetter.

Eran casi las once y la pequeña ciudad marítima estaba ya muy silenciosa. Todo el mundo dormía profundamente bajo la luz de la luna. Sólo el rectángulo iluminado de la persiana de una ventana hablaba de vida despierta. Se volvió y se dirigió lentamente hacia el hotelito de la ventana abierta. Permaneció un rato frente a la puerta, en medio de un campo de batalla donde luchaban motivos encontrados.

«Hagamos la prueba —decía la Duda—. Para satisfacer estas dudas intolerables, demuestra que te atreves a entrar en la casa. Métete y no te lleves nada. A fin de cuentas, eso no es un delito».

Después de abrir y cerrar la puerta con mucha suavidad, se deslizó entre las sombras de los arbustos.

«Esto es una locura», decía la prudencia de Mr. Ledbetter.

«Ya me lo esperaba», decía la Duda.

Su corazón latía de prisa pero, ciertamente, no tenía miedo. No tenía miedo. Permaneció entre las sombras bastante tiempo.

Era evidente que había que subir al balcón con rapidez, pues éste estaba bañado por la clara luz de la luna y era visible desde la puerta que daba a la avenida. Un enrejado, por donde trepaban rosas jóvenes y ambiciosas, hacía la subida ridículamente fácil. Allí, en la sombra negra del jarrón de piedra cubierto de flores, podría agazaparse y observar más cerca esa brecha abierta en la fortificación doméstica: la ventana abierta. Durante un rato, Mr. Ledbetter estuvo tan quieto como la noche, hasta que el pernicioso whisky desequilibró la balanza. Salió disparado hacia el balcón. Subió el enrejado con movimientos rápidos y convulsivos, saltó la barandilla del balcón y cayó jadeando bajo la sombra, tal como lo había planeado. Temblaba violentamente, se había quedado sin aliento y el corazón le golpeaba con estrépito; pero se sentía exultante. Estuvo a punto de gritar al ver que sentía tan poco miedo. Un verso feliz que había leído en el Mefistófeles de Wills le vino a la memoria cuando se agazapó allí.

«Me siento como un gato en un tejado», susurró para sí.

Esta emocionante aventura iba mucho mejor de lo que esperaba. Sintió pena por todos los pobres infelices para los que robar casas era algo desconocido. No le había pasado nada. Se encontraba completamente a salvo y estaba actuando con mucha valentía.

Y ahora, ¡a pasar por la ventana para acabar de hacer el robo! ¿Se atrevería a hacerlo? Como la ventana estaba situada encima de la puerta de entrada, todo hacía suponer que diera a un rellano o a un pasillo; además, no había ningún espejo, ni ningún indicio de dormitorio, ni otra ventana en el primer piso que sugiriese la posibilidad de que hubiera alguien durmiendo en el interior. Durante un rato escuchó bajo la ventana, después levantó la mirada por encima del alféizar y miró hacia dentro. Muy cerca, sobre un pedestal, había una estatua gesticulante de bronce, casi de tamaño natural, que le sobrecogió un poco al verla. Agachó la cabeza y, al cabo de un rato, volvió a mirar. Más allá había un amplio rellano que relucía débilmente; una cortina de tela negra muy ligera se recortaba con nitidez contra una ventana que había detrás; una escalera ancha se hundía en el abismo de las tinieblas de la parte inferior, y otra ascendía al segundo piso. Miró hacia atrás, pero la quietud de la noche seguía sin ser perturbada.

«¡Crimen! —susurró—. ¡Crimen!».

Y subió a gatas, suave y rápidamente, al alféizar y penetró en la casa. Sus pies se posaron silenciosamente sobre una alfombra de piel. ¡Ya era un auténtico ladrón!

Permaneció agachado un rato, con el oído atento y los ojos bien abiertos. Escuchó ruidos de carreras y susurros que provenían del exterior, y por un momento se arrepintió de su empresa. Un corto maullido, un bufido y un súbito silencio le indicaron que se trataba de gatos, lo cual le tranquilizó. Se armó de valor. Se puso en pie. Parecía que todo el mundo estaba acostado. Es tan fácil meterse en una casa para robar si estás dispuesto a hacerlo… Estaba contentísimo de haber hecho la prueba. Decidió coger algún trofeo de poca monta, sólo para demostrar que no tenía ningún miserable temor a la ley, e irse por donde había venido.

Miró a su alrededor y, de repente, volvió a surgir el espíritu crítico. Los ladrones no se limitan a introducirse de esa forma tan elemental: entran en las habitaciones, fuerzan las cajas de caudales. Bueno… a él no le daba miedo hacer todo esto. No iba a forzar la caja porque eso sería una estúpida falta de consideración hacia sus anfitriones. Pero sí entraría en las habitaciones y subiría las escaleras. Es más: se animó a sí mismo diciéndose que estaba totalmente seguro; una casa vacía no podía estar más tranquila. Tuvo que apretarse las manos, sin embargo, y reunir toda su determinación antes de empezar a subir con mucha suavidad la sombría escalera, deteniéndose varios segundos en cada escalón. Arriba había un rellano cuadrado con una puerta abierta y varias cerradas; y toda la casa estaba en silencio. Durante un momento se preguntó qué pasaría si alguien que estuviese durmiendo se despertara de repente y apareciera. La puerta abierta dejaba ver el dormitorio bañado por la luz de la luna; una colcha blanca estaba extendida. Tardó tres interminables minutos en introducirse en esa habitación, donde cogió una pastilla de jabón como botín: su trofeo. Se dio la vuelta para bajar con más suavidad aún de la que había empleado para subir. Aquello era tan fácil como… ¡Chis…!

¡Pasos! Se oyeron unos pasos sobre la gravilla que había en el exterior de la casa… y luego, el ruido de unas llaves, una puerta que se abre, un portazo, y el ruido de una cerilla que encienden abajo, en el vestíbulo. Mr. Ledbetter se quedó petrificado al darse cuenta de golpe del lío en el que estaba metido.

«¡Diablos! ¿Cómo voy a salir de ésta?», dijo Mr. Ledbetter.

La llama de una vela iluminó el vestíbulo, un objeto pesado chocó contra el paragüero y se oyeron unos pasos que subían por la escalera. Al instante se dio cuenta de que tenía cortada la retirada. Se quedó parado un momento, su figura compungida infundía lástima.

«¡Dios mío! ¡Cómo he podido ser tan estúpido!», susurró.

Y luego se precipitó en seguida, a través del rellano oscuro, hacia el dormitorio vacío de donde acababa de salir. Se quedó escuchando, sin dejar de temblar un sólo momento. Los pasos alcanzaron el rellano del primer piso.

¡Horrible pensamiento! ¡Tal vez esa era la habitación del que acababa de llegar! ¡No había un segundo que perder! Se paró junto a la cama, dio gracias al cielo por la cenefa, y se metió arrastrándose bajo su protección, apenas diez segundos antes de que entrara el recién llegado. Apoyado sobre manos y rodillas, permaneció inmóvil. Vio la luz de la vela, que avanzaba, a través de la delgada trama de la tela; las' sombras se movieron desordenadamente y se quedaron yertas cuando posaron la vela.

—¡Señor! ¡Vaya día! —dijo el recién llegado, resoplando ruidosamente, y depositó, al parecer, un pesado paquete sobre lo que Mr. Ledbetter, a juzgar por las patas, decidió que era un escritorio. El hombre invisible fue entonces hacia la puerta y la cerró, examinó cuidadosamente los cerrojos de las ventanas y bajó las persianas; y, después de darse la vuelta, se sentó sobre la cama con una pesadez asombrosa.

—¡Vaya día! ¡Dios mío! —dijo, y volvió a resoplar, y Mr. Ledbetter se inclinó a creer que se estaba lavando la cara.

Sus botas eran buenas y fuertes: la sombra de sus piernas sugería que se trataba de un hombre de una corpulencia extraordinaria. Al cabo de un rato se quitó algunas prendas —la chaqueta y el chaleco, dedujo Mr. Ledbetter— y, tras arrojarlas sobre los pies de la cama, respiró menos ruidosamente, como si se sintiera aliviado por haber dejado un sitio demasiado caluroso. De vez en cuando murmuraba para sí y en una ocasión se rio ligeramente. Mr. Ledbetter también murmuraba para sí, pero no reía.

«¡Esta es la cosa más absurda del mundo! —se dijo Mr. Ledbetter—. ¿Qué diablos voy a hacer ahora?».

Su perspectiva era necesariamente limitada. Los diminutos resquicios entre los puntos de la tela de la cenefa dejaban pasar cierta cantidad de luz, pero impedían la visión. Las sombras que se proyectaban sobre la colcha eran, excepto las de aquellas piernas definidas con nitidez, enigmáticas, y se entremezclaban confusamente con el florido dibujo de la zaraza. Debajo del borde de la cenefa se veía un trozo de alfombra y, bajando la mirada con precaución, Mr. Ledbetter descubrió que ese trozo ocupaba toda la extensión del suelo que abarcaba su vista. La alfombra era lujosa, la habitación amplia y, a juzgar por las ruedecillas y otros elementos parecidos del mobiliario, bien decorada.

Le era difícil imaginar lo que debía hacer. Esperar a que esta persona se metiera en la cama y, luego, cuando estuviera dormido, avanzar cautelosamente a gatas hasta la puerta, abrirla y precipitarse de cabeza por el balcón, le parecía que era lo único que podía hacer. ¿Sería posible saltar desde el balcón? ¡Era arriesgado! Cuando pensó en las circunstancias adversas, Mr. Ledbetter se desesperó. Estuvo a punto de sacar la cabeza junto a las piernas del caballero, toser —si fuera necesario— para llamar su atención y luego, sonriendo, disculparse y dar explicaciones sobre su desafortunada intrusión con unas cuantas frases oportunas. Pero comprendió que era difícil escoger estas frases.

«Sin duda, señor, mi presentación es muy peculiar», o, «confío, señor, en que sabrá perdonar mi presentación, un tanto ambigua, hecha debajo de usted»; esto fue más o menos todo lo que se le ocurrió.

Sombrías perspectivas invadieron su imaginación. Suponiendo que no le creyeran, ¿qué harían con él? ¿No le serviría de nada su intachable reputación? Técnicamente era un ladrón, y esto estaba fuera de toda discusión. Siguiendo el curso de estos pensamientos, compuso una lúcida defensa de «este delito técnico que he cometido», para pronunciarla en el banquillo de los acusados antes de la sentencia, cuando el robusto caballero se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación. Abría y cerraba cajones, y Mr. Ledbetter tuvo la fugaz esperanza de que tal vez estuviera desnudándose. Pero ¡no! Se sentó en el escritorio y empezó a escribir, y luego a romper documentos. Poco tiempo después, el olor del papel quemado se mezcló con el olor del tabaco en las narices de Mr. Ledbetter.

—La posición en que me hallaba —me dijo Mr. Ledbetter cuando me contó todo esto— era en muchos aspectos nada recomendable. Una tabla transversal que había debajo de la cama oprimía excesivamente mi cabeza, de forma que mis manos debían soportar una parte desproporcionada de mi peso. Al cabo de un rato me entró lo que se llama, según creo, tortícolis. La presión de mis manos sobre la alfombra áspera me produjo en seguida una sensación dolorosa. También me dolían las rodillas, pues los pantalones las rozaban con fuerza. En aquel tiempo llevaba cuellos algo más altos que ahora —exactamente seis centímetros y medio— y descubrí algo de lo que me había dado cuenta antes: que el borde de uno de ellos estaba ligeramente raído por el contacto con mi barbilla. Pero mucho peor que todo esto era un picor en la cara que sólo podía mitigar haciendo muecas violentas; intenté levantar la mano, pero el crujido de las mangas me alarmó. Pasado un rato tuve que desistir también de ese pequeño alivio, porque descubrí —a tiempo, por fortuna— que mis contorsiones faciales hacían que mis gafas se deslizaran por la nariz. Si se me llegan a caer, me habrían descubierto, sin duda; pero resultó que se quedaron en una posición oblicua, en un equilibrio muy precario. Además, tenía un ligero resfriado, y un deseo intermitente de estornudar o de sorber por las narices me producía una gran molestia. De hecho, aparte de que me encontraba muy preocupado, el malestar físico que sentía llegó a ser realmente insoportable en poco tiempo. Pero, a pesar de todo, tenía que quedarme allí, inmóvil.

Después de un tiempo que se le hizo interminable, empezó a oírse un tintineo que se convirtió en un sonido rítmico: tin, tin, tin —veinticinco veces—; seguido de un golpe seco sobre el escritorio y un gruñido emitido por el propietario de las piernas robustas. Mr. Ledbetter cayó en la cuenta de que eran monedas de oro las que producían ese tintineo. Llegó a sentir una enorme curiosidad, que fue creciendo a medida que el tintineo continuaba. Si era oro, aquel extraño hombre ya debía de haber contado cientos de libras. Finalmente, Mr. Ledbetter no pudo resistir más y, con mucha cautela, empezó a doblar los brazos y a bajar la cabeza hasta el suelo, con la esperanza de ver algo por debajo de la cenefa. Movió los pies y uno de ellos raspó ligeramente el suelo. El tintineo dejó de oírse de inmediato. Mr. Ledbetter se quedó rígido. Pasado un rato, el tintineo volvió a sonar. Luego cesó de nuevo y todo se sumió en el silencio, salvo el corazón de Mr. Ledbetter, a quien le daba la impresión de que aquel órgano sonaba como un tambor.

El silencio continuó. La cabeza de Mr. Ledbetter estaba ahora apoyada en el suelo y podía ver las piernas robustas hasta las espinillas. Permanecían completamente inmóviles. Los pies descansaban sobre las puntas y, al parecer, estaban echados hacia atrás bajo la silla de su propietario. Todo seguía en silencio, todo continuaba inmóvil. Se apoderó de Mr. Ledbetter la descabellada idea de que el desconocido hubiera sufrido un síncope o muerto de repente dejando la cabeza inerte sobre el escritorio.

El silencio continuaba. ¿Qué había pasado? El deseo de echar un vistazo se le hizo irresistible. Con mucha precaución Mr. Ledbetter movió la mano, sacó un dedo para explorar y empezó a levantar la cenefa por la parte en donde estaban sus ojos. Nada rompió el silencio. Entonces vio las rodillas del extraño, la parte posterior del escritorio, y luego contempló con sorpresa el cañón de un pesado revólver que le apuntaba a la cabeza por encima del escritorio.

—¡Salga de ahí, canalla! —dijo la voz del hombre robusto en tono tranquilo y enérgico—. ¡Salga! ¡Por aquí, en el acto! ¡Y nada de triquiñuelas! ¡Salga inmediatamente!

Mr. Ledbetter salió, un poco de mala gana quizá, pero sin triquiñuelas y en el acto, tal como le habían ordenado.

—¡De rodillas! —dijo el caballero robusto—. ¡Y arriba las manos!

La cenefa volvió a caer detrás de Mr. Ledbetter, que andaba a cuatro patas. Se puso de pie y levantó las manos.

—¡Vestido de cura! —dijo el caballero robusto—. ¡Que me aspen si no lo está! ¡Vaya pájaro! ¡Canalla! ¿Qué demonios se le ha perdido en mi casa esta noche? ¿Por qué demonios se ha metido debajo de mi cama?

No parecía esperar respuestas a sus preguntas, pero hizo en seguida algunas observaciones desagradables sobre el aspecto personal de Mr. Ledbetter. No era un hombre muy voluminoso, pero a Mr. Ledbetter le pareció robusto, tan robusto como sus piernas habían prometido; sus rasgos eran más bien pequeños y delicados, repartidos por casi toda su cara blanquecina, además, tenía mucha papada. El tono de su voz era suave y susurrante.

—¿Qué demonios le ha hecho meterse debajo de mi cama?

Mr. Ledbetter, esbozó con esfuerzos una sonrisa triste y propiciatoria. Tosió y dijo:

—Lo entiendo perfectamente…

—¡Ya! ¿Qué diablos…? ¿Es jabón? ¡No, no mueva esa mano, canalla!

—Es jabón —dijo Mr. Ledbetter—. Lo he cogido de su lavabo. No hay duda de que si…

—¡No hable! —dijo el hombre robusto—. Ya lo veo. Es increíble.

—Si pudiera explicarle…

—No explique nada. Seguro que es mentira, y no hay tiempo para explicaciones. ¿Qué iba a preguntarle? ¡Ah, sí! ¿Tiene cómplices?

—En poco tiempo, si usted…

—¿Tiene cómplices? ¡Desgraciado! Si empieza con otro discurso jabonoso, disparo. ¿Tiene cómplices?

—No —dijo Mr. Ledbetter.

—Supongo que es mentira —dijo el hombre robusto—. Pero pagará por ello, si es así. ¿Por qué diablos no me derribó cuando subía las escaleras? Ahora ya no tiene ninguna posibilidad de hacerlo. ¡Qué ocurrencia, meterse debajo de la cama!

—No sé cómo voy a probar una coartada —observó Mr. Ledbetter, intentando dar a entender con su lenguaje que era un hombre culto.

Hubo una pausa. Mr. Ledbetter observó que en una silla cercana a su capturador había una maleta sobre un montón de papeles arrugados y que había papeles rotos y quemados en la mesa. Y delante de estos, ordenados metódicamente a lo largo del borde, había filas y filas de pequeños cartuchos amarillos, cien veces más oro del que Mr. Ledbetter había visto en toda su vida. La luz de dos velas, en palmatorias de plata, caía sobre el oro. El silencio se prolongó.

—Es bastante cansado mantener las manos así —dijo Mr. Ledbetter, con una sonrisa de desaprobación.

—Está bien —dijo el hombre gordo—. El problema es que no sé qué hacer con usted.

—Comprendo que mi situación es ambigua.

—¡Santo cielo! —dijo el hombre gordo—. ¡Ambigua! ¡Y va por ahí con su jabón y su enorme cuello de clérigo! ¡Es usted un condenado ladrón, si alguna vez ha habido alguno!

—Para ser estrictamente exacto… —dijo Mr. Ledbetter, y sus gafas se deslizaron de repente y cayeron ruidosamente sobre los botones del chaleco.

El semblante del hombre gordo cambió, un destello de salvaje resolución cruzó su cara y se oyó un chasquido en el revólver. Puso la otra mano sobre el arma. Luego miró a Mr. Ledbetter y su mirada fue a posarse sobre el pince-nez caído.

—Ahora está perfectamente amartillado —dijo el hombre gordo después de una pausa, y pareció volver a respirar—. Pero tengo que decirle que nunca ha estado tan cerca de la muerte. ¡Dios mío! Estoy casi contento. Si no hubiera sido porque el revólver tenía echado el seguro, ahora estaría usted tendido ahí, muerto.

Mr. Ledbetter no dijo nada, pero sintió que la habitación se tambaleaba.

—Da lo mismo librarse por poco que por mucho. Es una suerte para los dos que no haya sucedido. ¡Señor! —y respiró ruidosamente—. No tiene por qué palidecer por una cosa tan poco importante.

—Le puedo asegurar, señor… —dijo Mr. Ledbetter, haciendo un esfuerzo.

—Sólo se puede hacer una cosa. Si llamo a la policía, estoy perdido y el pequeño negocio que he hecho se va al garete. Eso no sucederá. Si le ato y le dejo aquí es lo mismo, pues esto puede saberse mañana. Mañana es domingo y el lunes cierran los bancos… y he contado con tres días completos. Si le disparo, es un asesinato… la horca. Además, echaría a perder todo el condenado negocio. ¡Que me ahorquen si sé lo que hacer! ¡Que me ahorquen si lo sé!

—Si me permite…

—Habla más que si fuera un cura de verdad. Que me aspen si no lo es. De todos los ladrones es usted el… ¡Bueno! No… no se lo permito. Si empieza otra vez con la cháchara, le meto una bala en el estómago. ¿Comprende? Y esta vez no fallaré… ¡no fallaré! Lo primero que vamos a hacer es registrarle para ver si tiene armas escondidas. Y ponga atención. Cuando yo le diga que haga una cosa, no empiece con la cháchara… y hágalo rápido.

Y con muchas precauciones, y apuntando siempre con la pistola a la cabeza de Mr. Ledbetter, el hombre robusto le hizo levantarse y le registró en busca de armas.

—¿En serio que es usted un ladrón? —dijo—. Usted es un perfecto aficionado. Ni siquiera tiene un bolsillo en los pantalones para llevar una pistola. No, ¡usted no es un ladrón! ¡No empiece a hablar!

Nada más concluir el registro, el hombre robusto ordenó a Mr. Ledbetter que se quitara la chaqueta y se arremangara las mangas de la camisa, y, apuntándole a la oreja, le obligó a seguir haciendo cartuchos, cosa que había interrumpido su aparición. En opinión del hombre robusto, ésta era evidentemente la única solución posible, porque si hubiera hecho él los cartuchos, habría tenido que dejar el revólver. De modo que Mr. Ledbetter ordenó todo el oro que había en la mesa. Esta operación nocturna era muy singular. Evidentemente, la idea del hombre robusto era repartir el oro en todo su equipaje, de tal forma que su peso pasara inadvertido. Desde luego, no era poco peso. Mr. Ledbetter me dijo que había en total cerca de 18.000 libras esterlinas en oro, contando lo que había en la maleta negra y en la mesa. Había también muchos fajos de billetes de 5 libras. Mr. Ledbetter envolvía cada cartucho de 25 libras en papel. Luego los metía con esmero en cajas de cigarros y los repartía entre un baúl de viaje, una maleta Gladstone y una caja de sombreros. Cerca de 600 libras iban en una caja de tabaco escondida en una maleta llena de ropa. El hombre robusto se metió en el bolsillo 10 libras en oro y unos cuantos billetes de 5 libras. De vez en cuando increpaba a Mr. Ledbetter por su torpeza y le metía prisa, y en alguna ocasión le preguntó la hora.

Mr. Ledbetter ató con correas el baúl y la maleta y devolvió las llaves al hombre robusto. Faltaban entonces diez minutos para las doce, y el hombre robusto le hizo sentarse en la maleta Gladstone hasta que dieron las doce, mientras que él, a una distancia prudente, se sentó en el baúl sosteniendo el revólver con la mano y esperó. Parecía estar menos agresivo, y después de haber examinado mejor a Mr. Ledbetter durante un rato, le hizo unas cuantas observaciones.

—Por su acento juzgo que es usted un hombre de cierta educación —dijo mientras encendía un cigarro—. No, no empiece con explicaciones de las suyas. Veo por su cara que sería demasiado prolijo; además, soy un mentiroso muy experimentado para que me interesen las mentiras de los demás. Usted es, repito, una persona educada. Hace bien en ir vestido de cura. Incluso entre la gente educada podría pasar por cura.

—Lo soy —dijo Mr. Ledbetter—, o al menos…

—Intenta serlo. Lo sé. Pero no debe robar. Usted no está hecho para eso. Usted es, si me permite decírselo, y ya se lo habrán dicho alguna vez, un cobarde.

—Justamente —dijo Mr. Ledbetter tratando de aprovechar una pausa en la conversación del otro fue ese el problema…

El hombre robusto le indicó que se callara.

—Usted echa a perder su educación robando. Debe hacer una de estas dos cosas: falsificar o desfalcar. Yo, por mi parte, me dedico al desfalco. Sí, yo desfalco. ¿Qué piensa usted que puede hacer un hombre para tener todo este oro sino eso? ¡Ah! ¡Escuche! ¡Es medianoche…! Diez, once, doce. Hay algo que me impresiona enormemente en estas lentas campanadas. El tiempo… el espacio… ¡qué grandes misterios! ¿Por qué razón los misterios…? Es hora de irse. ¡En pie!

Y después, con amabilidad, pero con firmeza, ordenó a Mr. Ledbetter que se colocara la maleta de la ropa sobre la espalda y se la sujetara con una cuerda cruzada sobre el pecho, que se echara el baúl al hombro, y, rechazando una tímida protesta, que cogiera la maleta Gladstone con la mano que le quedaba libre. Cargado de esta forma, Mr. Ledbetter inició el peligroso descenso de las escaleras. El caballero robusto le seguía con un abrigo, la sombrerera y el revólver, mientras hacía observaciones despectivas sobre la fuerza de Mr. Ledbetter y le ayudaba en los recodos de la escalera.

—Por la puerta trasera —le ordenó.

Y Mr. Ledbetter atravesó tambaleándose un invernadero, dejando a sus espaldas una estela de tiestos rotos.

—No se preocupe por los tiestos —dijo el hombre robusto—; es provechoso para el comercio. Esperaremos hasta y cuarto. Puede dejar todo eso en el suelo. ¡Eso es!

Mr. Ledbetter se desplomó jadeando sobre el baúl.

—Anoche —balbuceó— dormía profundamente en mi habitación y no llegué a imaginar ni remotamente…

—No tiene por qué recriminarse —dijo el caballero robusto, examinando el seguro del revólver.

Empezó a canturrear y Mr. Ledbetter intentó decir algo, pero cambió de idea.

Al cabo de un rato se oyó una campanilla. El hombre robusto le llevó hasta la puerta trasera y le ordenó abrirla. Entró un hombre de pelo rubio vestido de marino. Al ver a Mr. Ledbetter se sobresaltó violentamente y le puso la mano en la espalda. Entonces vio al hombre robusto.

—¡Bingham! —exclamó—. ¿Quién es éste?

—Se trata tan sólo de un acto de filantropía por mi parte… Es un ladrón, estoy intentando reformarle. Le he pillado hace un momento debajo de mi cama. No hay nada que temer. Es un burro de aquí te espero. Nos será útil para llevar nuestras cosas.

Al principio, el recién llegado no pareció dispuestos aceptar la presencia de Mr. Ledbetter, pero el hombre robusto le tranquilizó.

—Está completamente solo. Ninguna banda del mundo le aceptaría. ¡No…! ¡No empiece a hablar, por el amor de Dios!

Salieron a la oscuridad del jardín mientras la espalda de Mr. Ledbetter continuaba inclinada bajo el peso del baúl. El hombre vestido de marino caminaba delante con la maleta Gladstone y un revólver; detrás iba Mr. Ledbetter, que se asemejaba a Atlas; Mr. Bingham los seguía con la sombrerera, un abrigo y un revólver, como antes. La casa era de las que tienen un jardín que llega justo hasta el acantilado. En el acantilado había una escalera empinada de madera que descendía hasta una caseta de baños que apenas se distinguía en la playa. Abajo había una barca parada, y un hombre pequeño, silencioso y de cara negra se encontraba junto a ella.

—Sólo una breve explicación —dijo Mr. Ledbetter—; puedo asegurarles…

Alguien le dio una patada y no dijo nada más.

Con el baúl encima, le hicieron caminar por el agua hasta la barca, le subieron a bordo tirándole de los hombros y el pelo, y no le dijeron ninguna palabra mejor que «canalla» y «ladrón» durante toda la noche. Por fortuna hablaban en voz baja, de modo que la gente no se enteró de su ignominia. Luego le subieron a rastras a un yate tripulado por orientales extraños y crueles, y en parte porque le empujaron y en parte porque se cayó, fue a parar a un lugar oscuro y maloliente, donde iba a permanecer muchos días, aunque no sabe cuántos porque perdió la cuenta, entre otras cosas, a causa del mareo. Le daban de comer galletas y palabras incomprensibles; le daban de beber agua mezclada con ron que no deseaba. Había cucarachas en el lugar donde le habían metido; día y noche había cucarachas y por la noche ratas. Los orientales le vaciaron los bolsillos y le cogieron el reloj; pero acudió a Mr. Bingham, quien se lo quedó para sí. Cinco o seis veces los cinco marineros hindúes —si es que eran cinco—, el chino y el negro que componían la tripulación le sacaron y le llevaron a popa, junto a Bingham y su amigo para jugar al whist entre los tres y escuchar sus historias y fanfarronerías con interés.

Estos jefes le hablaban como se habla a alguien que lleva una vida criminal. No le permitían ninguna explicación, aunque le dijeron abiertamente que era el ladrón más raro que habían visto. Se lo decían una y otra vez. El hombre rubio tendía a ser taciturno e irascible en el juego, pero

Mr. Bingham, una vez mitigada la manifiesta inquietud que sentía al salir de Londres, mostraba una vena de filosofía amable. Se extendía en reflexiones sobre el espacio y el tiempo y citaba a Kant y a Hegel, o al menos él decía que los citaba. Varias veces Mr. Ledbetter llegó a decir: «Estaba debajo de la cama, ¿sabe…?», pero al final tenía siempre que cortar o pasar el whisky o hacer cosas por el estilo. Después del tercer intento malogrado, el hombre rubio estaba pendiente del comienzo de la frase y cuando Mr. Ledbetter empezaba a decirla se reía a carcajadas y le golpeaba con fuerza la espalda.

—¡Siempre el mismo comienzo, siempre la misma, historia! ¡Bravo, viejo ladrón! —decía el hombre del pelo rubio.

Así sufrió Mr. Ledbetter durante muchos días, veinte tal vez; y una tarde le sacaron con algunas latas de conserva y le desembarcaron en una pequeña isla rocosa en la que había un manantial. Mr. Bingham fue en la barca con él dándole buenos consejos durante todo el camino y rechazando sus últimos intentos de explicación.

—No soy realmente un ladrón —dijo Mr. Ledbetter.

—Y nunca lo será —dijo Mr. Bingham—. Nunca conseguirá serlo. Me alegro de que empiece a entenderlo. A la hora de escoger una profesión, un hombre debe estudiar su temperamento; si no lo hace, tarde o temprano fracasará. Compárese conmigo, por ejemplo. He pasado toda la vida trabajando en bancos… y he triunfado. He llegado a ser director de uno. Pero ¿era feliz? No. ¿Por qué no era feliz? Porque ese trabajo no se ajustaba a mi temperamento. Soy demasiado aventurero… demasiado versátil. Prácticamente lo abandoné. No creo que vuelva a dirigir un banco otra vez. Se alegrarían de que volviera a trabajar con ellos, sin duda, pero he aprendido la lección de mi temperamento… ¡No! Nunca volveré a dirigir un banco. Ahora bien, su temperamento no es el adecuado para el crimen, de igual manera que el mío no está hecho para llevar una vida honrada. Ahora que le conozco mejor, ni siquiera le recomendaría que se dedicase a la falsificación. Vuelva a los caminos de la honradez, amigo mío. Su modo de ser es el filantrópico, y ése es su modo de ser. Con esa voz le puede ir bien en la «Asociación para el Fomento del Lloriqueo entre los Jóvenes», o algo en esa línea. Considérelo cuidadosamente. Por lo visto, la isla a la que nos estamos acercando no tiene nombre; al menos no figura en el mapa. Puede pensar un nombre para ella mientras permanezca allí meditando sobre lo que le he dicho. Hay bastante agua potable, según tengo entendido. Es una de las islas Granadinas, que pertenecen a las Islas de Barlovento. Allá a lo lejos, borrosas y azules, se ven otras islas de las Granadinas. Hay una infinidad, pero la mayoría de ellas están fuera del alcance de la vista. Me he preguntado a menudo por la utilidad de estas islas, ¿sabe? Ahora sé una cosa más. Al menos, una sirve para dejarle a usted. Tarde o temprano vendrá algún ingenuo nativo que le sacará de aquí. Diga lo que quiera de nosotros entonces, diga improperios si quiere, a nosotros nos trae sin cuidado una Granadina solitaria. Y aquí… aquí tiene plata por valor de medio soberano. No lo derroche absurdamente cuando vuelva a la civilización. Debidamente empleado, puede ayudarle a comenzar una nueva vida. Y no… ¡No varéis, hombre, ya puede ir andando!… No desperdicie la preciosa soledad que tiene por delante en estúpidos pensamientos. Debidamente empleada, puede suponer un punto decisivo en su carrera. No malgaste el dinero, ni el tiempo, y morirá rico. Lo siento, pero tengo que pedirle que lleve sus cosas a tierra en brazos. No, no está profundo. ¡Al diablo con sus explicaciones! Ya no hay tiempo. ¡No, no y no! No pienso escucharle. ¡Tírese al agua!

Y el crepúsculo encontró a Mr. Ledbetter —el mismo Mr. Ledbetter que se quejaba de que la aventura hubiese muerto— sentado al lado de sus latas de comida con el mentón apoyado sobre las rodillas y mirando con triste dulzura a través de sus gafas el mar radiante y desierto.

Al cabo de tres días le recogió un pescador negro que le llevó a la isla de San Vicente, y de San Vicente se trasladó, gastando sus últimas monedas, a Kingston, en Jamaica. Y allí estuvo a punto de terminar sus días. En la actualidad sigue sin ser un hombre de negocios, pero entonces era singularmente inútil. No tenía la más remota idea de lo que debía hacer. Según parece, la única cosa que hizo fue visitar a todos los pastores religiosos que pudo encontrar en el lugar y pedirles prestado el dinero para el viaje de vuelta. Pero tenía un aspecto excesivamente mugriento, era muy incoherente y su historia demasiado increíble para ellos. Me encontré con él por casualidad. Se estaba poniendo el sol, y yo paseaba, después de haber dormido la siesta, por la carretera que va a Dunn’s Battery, cuando le encontré —yo estaba más bien aburrido y con toda la noche por delante—, afortunadamente para él. Iba caminando penosa y lúgubremente hacia la ciudad. Su cara angustiada y el corte casi clerical de su traje sucio y harapiento llamaron mi atención. Nuestras miradas se encontraron. Él vaciló.

—Señor —dijo, tomando aliento—, ¿puede dedicarme unos minutos para oír una historia que me temo que le parecerá increíble?

—¡Increíble! —dije.

—Por completo —respondió con ansiedad—. Nadie la creerá, por mucho que la modifique. Sin embargo, puedo asegurarle, señor…

Se interrumpió desesperado. El tono del hombre me hizo gracia. Parecía un personaje singular.

—Soy —dijo— uno de los seres vivos más desgraciados.

—Entre otras cosas, ¿usted no ha cenado, verdad? —dije, impresionado por una idea.

—No —dijo solemnemente—, no lo he hecho en muchos días.

—La contará mejor después de cenar —dije.

Y sin más, le llevé a un restaurante económico que yo conocía y donde era improbable que un atuendo como el suyo ofendiera a alguien. Y allí, aunque omitió ciertos datos de los que luego tuve noticia, me enteré de su historia. Al principio me mostré incrédulo, pero a medida que el vino le iba reanimando y el débil toque de servilismo que sus desgracias habían añadido a su actitud desapareció, empecé a creerle. Al final, acabé tan convencido de su sinceridad que le conseguí una cama para pasar la noche, y al día siguiente fui a comprobar, por medio de mi banco en Jamaica, la información bancaria que me había proporcionado. Y hecho esto, le acompañé a comprar ropa interior y demás cosas propias de un caballero. Al poco tiempo llegó la comprobación de la información. Su sorprendente historia era verdadera. No añadiré comentarios a nuestras relaciones posteriores. Tres días después salía para Inglaterra.

«No sé cómo podré agradecerle lo suficiente —empezaba la carta que me escribió desde Inglaterra— la bondad que mostró hacia un total desconocido —y continuaba en un tono parecido durante algún tiempo—. Si no hubiera sido por su generosa ayuda, no habría podido, sin duda, volver a tiempo de reanudar mis deberes académicos, y unos pocos minutos de locura imprudente habrían acarreado mi ruina. A pesar de ello, me encuentro enredado en una sarta de mentiras y evasivas para dar razón de mi bronceado y mi paradero durante las vacaciones. He contado dos o tres historias distintas más bien irreflexivamente, sin darme cuenta de las molestias que esto significaría para mí. No me atrevo a decir la verdad; he consultado un buen número de libros de Derecho en el Museo Británico y no cabe la menor duda de que he intervenido y he sido cómplice de una felonía. Ese canalla de Bingham era el director del banco de Hithergate, según he comprobado, y autor de un desfalco de los más escandalosos. Por favor, queme esta carta cuando la haya leído, confío plenamente en usted. Lo peor de todo es que ni mi tía ni su amiga, la propietaria de la pensión donde me alojé, se creen del todo, al parecer, la circunspecta exposición que les he hecho… de casi todo lo que sucedió realmente. Sospechan que me he visto envuelto en una aventura deshonrosa, pero no sé en qué tipo de aventura deshonrosa piensan ellas. Mi tía dice que me perdonaría si se lo contara todo. Se lo he contado todo y más, pero todavía no está satisfecha. Nunca le dejaría conocer la verdad del caso, por supuesto; y describo que fui víctima de una emboscada y amordazado en la playa. Mi tía quiere saber por qué me atraparon y amordazaron, y por qué me llevaron en el yate. Yo no lo sé. ¿Puede sugerirme alguna razón? No se me ocurre nada. Cuando me escriba, si puede hacerlo en dos hojas, de modo que pueda enseñar una a mi tía, y si en ella pudiera indicar claramente que estuve en Jamaica y que llegué allí al ser abandonado por un barco, me haría un gran favor. Se añadiría, sin duda, a la carga de obligaciones que he contraído con usted…, una carga, temo, a la que nunca podré corresponder plenamente. Sin embargo, si la gratitud…», y así sucesivamente. Al final volvía a pedirme que quemara la carta.

Así termina la extraordinaria historia de las vacaciones de Mr. Ledbetter. La enemistad con su tía no duró mucho tiempo. La anciana le perdonó antes de morir.

EL CUERPO ROBADO

Mr. Bessel era el socio más antiguo de la empresa Bessel, Hart y Brown, de St. Paul’s Churchyard, y durante muchos años fue muy conocido entre los que se interesan por las investigaciones psíquicas como investigador abierto y concienzudo. No estaba casado, y en lugar de vivir en las afueras, como estaba de moda entre la gente de su clase, ocupaba unas habitaciones en el Albany, cerca de Piccadilly. Estaba particularmente interesado en cuestiones de transmisión de pensamiento y de aparición de personas vivas, y en noviembre de 1896, inició una serie de experimentos junto con Mr. Vincey, que vivía en Staple Inn, para verificar la supuesta posibilidad de proyectar, a través del espacio, la aparición de uno mismo por la fuerza de la voluntad.

Sus experimentos fueron llevados a cabo de la siguiente manera: a una hora previamente acordada, Mr. Bessel se encerró en una de sus habitaciones del Albany y Mr. Vincey en su cuarto de estar de Staple Inn; y cada uno concentró su mente, con la mayor fuerza posible, en el otro. Mr. Bessel había adquirido el arte del autohipnotismo, y, en la medida de lo posible, intentó en primer lugar hipnotizarse a sí mismo y luego proyectarse como el «fantasma de un ser vivo» a través del espacio de cerca de tres kilómetros que había entre ellos, hasta el aposento de Mr. Vincey. Durante varias noches, lo intentaron sin ningún resultado satisfactorio, pero en la quinta o sexta ocasión, Mr. Vincey vio o imaginó ver realmente una aparición de Mr. Bessel en su habitación. Afirma que la aparición, aunque breve, fue muy vívida y real. Notó que la cara de Mr. Bessel estaba blanca, que su expresión era de ansiedad y, además, que su pelo estaba desordenado. Por un momento, Mr. Vincey, a pesar de estar esperándolo, se llevó tal sorpresa que no pudo hablar ni moverse, y en ese momento le pareció como si la figura mirara por encima del hombro y desapareciera inmediatamente.

Habían acordado que se intentaría fotografiar cualquier fantasma que fuera visto, pero Mr. Vincey no tuvo la suficiente presencia de ánimo para disparar la cámara que se encontraba en una mesa situada junto a él, y cuando lo hizo, era demasiado tarde. Muy contento, sin embargo, por este éxito parcial, apuntó la hora exacta y en seguida cogió un coche y se dirigió hacia el Albany para informar a Mr. Bessel de este resultado.

Se quedó sorprendido al encontrar la puerta de Mr. Bessel abierta a la oscuridad de la noche y los aposentos interiores iluminados y en extraordinario desorden. Había una botella de champán hecha pedazos en el suelo; el cuello roto de la botella se encontraba junto al tintero del escritorio, Una pequeña mesa octogonal, en la que había una estatua de bronce y unos cuantos libros escogidos, había sido volcada con violencia, y en la parte inferior del papel amarillo de la pared, se veía la marca de unos dedos manchados de tinta, como si lo hubieran hecho por el mero placer de manchar. Una de las delicadas cortinas de quimón había sido arrancada violentamente de las anillas y arrojada al fuego, de modo que el olor de su lenta combustión invadía la habitación. Todo el lugar, en efecto, estaba desordenado de la forma más extraña. Durante unos minutos Mr. Vincey, que había entrado con la seguridad de ver a Mr. Bessel esperándole en su cómodo sillón, apenas podía dar crédito a sus ojos y se quedó contemplando, vacilante, estas cosas inesperadas.

Luego, invadido por una sensación de calamidad, llamó al portero.

—¿Dónde está Mr. Bessel? —preguntó—. ¿Sabe que todos los muebles de su habitación están destrozados?

El portero no dijo nada, pero siguiendo sus indicaciones, fue en seguida al aposento de Mr. Bessel para ver lo que había sucedido.

—Ahora se explica todo —dijo, contemplando el demente desorden—. No sabía nada de esto. Mr. Bessel se ha ido. ¡Está loco!

Después procedió a contar a Mr. Vincey que una media hora antes, aproximadamente cuando se apareció Mr. Bessel en las habitaciones de Mr. Vincey, el caballero desaparecido había salido a toda velocidad por las puertas del Albany hacia Vigo Street, sin sombrero y con el pelo desordenado, y había desaparecido finalmente en dirección a Bond Street.

—Y cuando pasó por delante de mí —dijo el portero—, se rio a carcajadas (era una risa entrecortada) con la boca abierta y una mirada feroz. ¡Le aseguro, señor, que me pegó un buen susto! Se reía así…

Tal y como la imitaba, la risa no dejaba de ser agradable.

—Agitó las manos con los dedos encorvados y arañando… así. Y dijo susurrando ferozmente: «¡Vida!». Sólo esa palabra: «¡Vida!».

—¡Ay! —dijo Mr. Vincey—. ¡Qué horror! ¡Ay!

No se le ocurría otra cosa que decir. Estaba, como es natural, muy sorprendido. Iba de la habitación al portero y del portero a la habitación, gravemente preocupado y perplejo. Aparte de su sugerencia de que Mr.

Bessel volvería dentro de poco y explicaría lo que había sucedido, la conversación que mantenían no llevaba a ninguna parte.

—Puede haber sido un dolor de muelas repentino —dijo el portero—, un dolor de muelas repentino y violento que le ha dado de golpe y le ha vuelto loco. Yo mismo he roto cosas en situaciones semejantes… —reflexionó—. Si fuera así, ¿por qué tenía que decirme «vida» cuando pasó delante de mí?

Mr. Vincey no lo sabía. Mr. Bessel no volvía y, finalmente, Mr. Vincey, después de haber echado otra ojeada inútil y haber escrito una nota donde preguntaba por lo ocurrido y que dejó en un lugar visible del escritorio, volvió en un estado de ánimo sumamente perplejo a sus habitaciones de Staple Inn. El caso le había conmocionado. No acertaba a explicarse la conducta de Mr. Bessel de acuerdo con alguna hipótesis sensata. Intentó leer, pero no pudo hacerlo; salió a dar un pequeño paseo, pero iba tan preocupado que casi le atropella un coche al final de Chancery Lane; y, finalmente, una hora antes de lo habitual, se fue a la cama. Durante mucho tiempo, fue incapaz de dormir a causa del recuerdo del desorden silencioso de los aposentos de Mr. Bessel, y, cuando por fin se sumergió en un sueño intranquilo, fue perturbado inmediatamente por un sueño vívido y doloroso sobre Mr. Bessel.

Vio a Mr. Bessel gesticulando de un modo violento, con la cara pálida y retorcida. Se mezclaban inexplicablemente con su aspecto un temor intenso y una súplica apremiante, sugeridos quizá por sus gestos. Incluso cree que oyó la voz de su compañero de experimento que le llamaba angustiosamente, aunque entonces consideró que esto era una ilusión. La vívida impresión permaneció, aunque Mr. Vincey se despertase. Durante un tiempo estuvo despierto y temblando en la oscuridad, poseído por ese terror vago e inexplicable hacia las posibilidades desconocidas que se revela hasta en los sueños de los hombres más valientes. Pero se animó, se dio la vuelta y se durmió de nuevo, sólo para que el sueño volviese con vividez más intensa.

Se despertó tan convencido de que Mr. Bessel se hallaba en un peligro agobiante y de que necesitaba ayuda, que no pudo dormir más. Estaba persuadido de que su amigo se había arrojado a alguna horrenda calamidad. Durante un tiempo, estuvo razonando vanamente contra esta creencia, pero al final cedió ante ella. Se levantó, desobedeciendo toda norma de prudencia, encendió la lámpara de gas, se vistió y se lanzó a través de las calles desiertas —desiertas salvo por la presencia de un policía silencioso y las carretas de los periódicos— hacia Vigo Street para preguntar si Mr. Bessel había vuelto.

Pero no llegó allí. Cuando bajaba por Long Acre, un impulso inexplicable le desvió hacia Covent Garden, que empezaba a despertar a sus actividades nocturnas. Vio el mercado delante de él: una extraña impresión de luces amarillas incandescentes y negras figuras atareadas. Percibió un grito y vio una figura que daba la vuelta a la esquina del hotel y corría velozmente hacia él. Supo en seguida que se trataba de Mr. Bessel, pero estaba transfigurado. Iba sin sombrero y despeinado, con el cuello de la camisa, desabrochado; tenía la boca retorcida y llevaba, cogido cerca de la contera, un bastón con puño de hueso. Corría a gran velocidad, dando ágiles zancadas. El encuentro fue cosa de un instante.

—¡Bessel! —gritó Vincey.

El hombre que iba corriendo no dio muestras de reconocer a Mr. Vincey, ni su propio nombre. En cambio, le produjo una herida con el bastón al golpearle salvajemente en la cara, muy cerca del ojo. Mr. Vincey, aturdido y pasmado, se tambaleó hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó pesadamente sobre la acera. Le pareció que Mr. Bessel saltó por encima de él cuando cayó al suelo. Cuando volvió a mirar, Mr. Bessel ya había desaparecido y un policía y unos cuantos mozos de cuerda y vendedores corrían precipitadamente hacia Long Aire, en impetuosa persecución.

Con la ayuda de varios transeúntes —toda la calle se llenó de gente que corría—, Mr. Vincey intentó levantarse. En seguida se convirtió en el centro de una muchedumbre ávida por ver su herida. Una multitud de voces compitió por tranquilizarle diciéndole que estaba a salvo, y luego por contarle la conducta del loco, como consideraban a Mr. Bessel. Había aparecido de repente en medio del mercado gritando: «¡Vida! ¡Vida!», golpeando a diestro y siniestro con el bastón manchado de sangre, saltando y riendo a carcajadas cada vez que acertaba un golpe. Un muchacho y dos mujeres tenían la cabeza abierta; había destrozado la muñeca de un hombre y había golpeado a un niño dejándole sin conocimiento. Durante un tiempo mantuvo alejados a todos de él, tan furioso y decidido era su comportamiento. Hizo una incursión en un puesto de café, lanzó la lámpara por la ventana de la oficina de correos y huyó riéndose después de dejar sin sentido al primero de los dos policías que habían tenido el valor de atacarle.

Naturalmente, el primer impulso de Mr. Vincey fue unirse a la persecución de su amigo para evitar, en lo posible, que fuera presa de la violencia de la gente indignada. Pero se movía con lentitud, el golpe le había dejado semiincosciente y, cuando su impulso seguía siendo sólo un propósito, oyó, mezclado entre la multitud, que Mr. Bessel había eludido a sus perseguidores. En un primer momento, Mr. Vincey apenas podía dar crédito a esto, pero la unanimidad de la noticia y el grave regreso al poco rato, de los policías burlados acabaron por convencerle. Después de hacer algunas preguntas sin objeto, volvió a Staple Inn introduciéndose un pañuelo en la nariz, que ahora le dolía mucho.

Estaba enojado, preocupado y perplejo. Le parecía indiscutible que Mr. Bessel tenía que haberse vuelto loco de repente en el transcurso del experimento de transmisión de pensamiento, pero por qué se aparecía en sueños a Mr. Vincey con la cara triste y pálida era un problema de solución inalcanzable. En vano se devanó los sesos buscando una explicación. Finalmente, pensó que no sólo Mr. Bessel debía de estar loco, sino que también había enloquecido el orden de las cosas. Pero no se le ocurría nada que pudiera hacer. Se encerró prudentemente en su habitación, encendió la estufa —una estufa de gas con ladrillos de asbesto— y, como temía nuevos sueños si se metía en la cama, se quedó lavándose la cara herida y después intentó inútilmente leer algún libro hasta el amanecer. Durante toda aquella vigilia, tuvo la curiosa persuasión de que Mr. Bessel intentaba hablar con él, pero se negó a prestar atención a semejante creencia.

Al amanecer, el cansancio físico le venció, y al fin, se acostó y durmió a pesar de los sueños. Se levantó tarde, angustiado y desasosegado, con la cara muy dolorida. Los periódicos de la mañana no traían noticia alguna de la aberración de Mr. Bessel; había ocurrido demasiado tarde para que la pudieran incluir. La perplejidad de Mr. Vincey, a quien la fiebre producida por sus contusiones añadía una nueva irritación, se hizo finalmente insoportable, y, después de hacer una infructuosa visita al Albany, se dirigió a St. Paul’s Churchyard para ver a Mr. Hart, socio de Mr. Bessel, y, por lo que sabía Mr. Vincey, su mejor amigo.

Se sorprendió al enterarse de que Mr. Hart, aunque no sabía nada del escándalo, había sido perturbado por una visión, la misma que Mr. Vincey había visto: Mr. Bessel, pálido y despeinado, pidiendo ayuda de todo corazón por medio de gestos. Este es el sentido que Mr. Hart creyó ver en esas señas.

—Iba al Albany a verle justo cuando usted llegó —dijo Mr. Hart—. Estaba seguro de que algo malo le había pasado.

Como resultado de esta consulta, los dos caballeros decidieron preguntar en Scotland Yard por su amigo desaparecido.

—Seguro que le echan el guante —dijo Mr. Hart—. No podrá seguir mucho tiempo a este paso.

Pero la policía no había echado el guante a Mr. Bessel. Confirmaron los sucesos nocturnos a los que Mr. Vincey había asistido y aportaron nuevos datos, algunos de ellos de un carácter aún más grave que los que él ya conocía: una serie de cristales rotos en la parte alta de Tottenham Court Road, una agresión a un policía en Hampstead Road, un asalto atroz a una mujer. Todos estos desmanes fueron cometidos entre las doce y media y las dos menos cuarto de la madrugada, y en este tiempo —en realidad, desde el mismo momento en que Mr. Bessel salió corriendo de sus habitaciones a las nueve y media de la noche la policía pudo seguir el rastro de la violencia, que iba en aumento, de su fantástica carrera. Durante la última hora, esto es, desde antes de la una hasta las dos menos cuarto, corrió enloquecido por las calles de Londres, escapando con asombrosa agilidad de cualquier intento de detenerle o capturarle.

Pero a partir de las dos menos cuarto había desaparecido. Hasta esa hora los testigos habían sido muy numerosos. Docenas de personas le habían visto, habían huido de él o le habían perseguido, y entonces todo terminó súbitamente. A las dos menos cuarto le habían visto corriendo por Euston Road hacia Baker Street, agitando una lata de aceite de colza combustible y rociando el aceite en llamas por las ventanas de las casas por donde pasaba. Pero ninguno de los policías de Euston Road que están más allá del Museo de Cera, ni ninguno de los que están en las bocacalles por donde tenía que haber pasado de haber dejado Euston Road le habían visto. Desapareció repentinamente. Nada se supo de lo que hizo después, a pesar de las intensas investigaciones que se realizaron.

Esto constituyó una nueva sorpresa para Mr. Vincey. Había encontrado un gran consuelo en la convicción de Mr. Hart: «Seguro que no tardan mucho en echarle el guante», y con esta certeza había sido capaz de suspender su perplejidad. Pero cualquier novedad parecía destinada a añadir nuevas dificultades a un montón que ya pesaba más de lo que él podía soportar. Comenzó a preguntarse si su memoria no le había jugado una mala pasada y si era posible que todo esto hubiera sucedido; y por la tarde, fue a ver otra vez a Mr. Hart para compartir el peso insoportable que abrumaba su mente. Encontró a Mr. Hart conversando con un detective muy conocido, pero como este caballero no logró nada en este caso, no tenemos por qué tratar con más extensión su modo de proceder.

Durante todo el día y toda la noche, se investigó activa e incesantemente sin lograr dar con el paradero de Mr. Bessel. Y durante todo ese día, Mr. Vincey tuvo, en el fondo de su espíritu, la convicción de que Mr. Bessel, con la cara cubierta de lágrimas por la angustia, le persiguió a través de sus sueños. Y siempre que veía a Mr. Bessel en sus sueños, también veía otras cosas, confusas, pero malignas, que daban la impresión de perseguir a Mr. Bessel.

Fue al día siguiente, el domingo, cuando Mr. Vincey recordó ciertas historias extraordinarias de Mrs. Bullock, la médium, que por aquella época llamaba la atención por primera vez en Londres. Decidió consultarla. Se alojaba en casa del famoso investigador, el doctor Wilson Paget, y Mr. Vincey, aunque no conocía a este caballero, se dirigió a él sin dilación con el propósito de implorar su ayuda. Pero apenas había mencionado el nombre de Bessel, cuando el doctor Paget le interrumpió.

—Anoche, justo al final —dijo—, tuvimos una comunicación.

Abandonó la habitación y volvió con una pizarra sobre la que había ciertas palabras escritas con una letra poco firme, en efecto, pero que era sin discusión ¡la de Mr. Bessel!

—¿Cómo ha conseguido esto? —dijo Mr. Vincey — ¿Quiere decir…?

—Lo recibimos anoche —dijo el doctor Paget.

Con numerosas interrupciones por parte de Mr. Vincey, procedió a explicar cómo habían obtenido el escrito. Parece ser que en sus séances, Mrs. Bullock entra en trance, sus ojos giran de un modo extraño bajo los párpados y su cuerpo se queda rígido. Entonces empieza a hablar muy rápido, normalmente con una voz diferente a la suya. Al mismo tiempo, una de sus manos o ambas empiezan a moverse, y si hay pizarras y lápices preparados, escriben a la vez e independientemente del torrente de palabras que brota de su boca. Muchos la consideran una médium todavía más extraordinaria que la célebre Mrs. Piper. Era uno de esos mensajes, el que escribió la mano derecha de Mrs. Bullock, el que tenía ahora Mr. Vincey delante. Consistía en ocho palabras escritas de un modo deslavazado: «George Bessel… excavación prueba… Baker Street… socorro… inanición». Aunque parezca mentira, ni el doctor Paget ni los otros dos investigadores que estaban presentes habían oído hablar de la desaparición de Mr. Bessel —las noticias sobre ella sólo salieron en los periódicos de la tarde del sábado— y habían puesto el mensaje aparte, junto a muchos otros de carácter vago y enigmático que Mrs. Bullock recibe con frecuencia. Cuando el doctor Paget oyó la narración de Mr. Vincey, concentró todas sus fuerzas en seguir el rastro que permitiera encontrar a Mr. Bessel. Sería inútil describir aquí sus investigaciones y las de Mr. Vincey; baste decir que la pista era auténtica y que Mr Bessel fue descubierto, en efecto, gracias a ella.

Lo encontraron en el fondo de un pozo solitario que habían excavado y abandonado cuando se iniciaron las obras del nuevo ferrocarril eléctrico, cerca de la estación de Baker Street. Tenía rotos un brazo, una pierna y dos costillas. El pozo está protegido por una valla de cerca de siete metros y, por increíble que parezca, Mr. Bessel —hombre gordo y de edad madura— tuvo que escalarla para caer en el pozo. Estaba empapado de aceite de colza y la lata, que estaba hecha pedazos, se encontraba junto a él; pero, por fortuna, la llama se había extinguido al caer. Su locura había desaparecido por completo. Pero estaba, como es natural, terriblemente debilitado, y, al ver a sus salvadores, se echó a llorar de forma histérica.

En vista del deplorable estado de sus habitaciones, le llevaron a casa del doctor Hatton, en Baker Street. Fue sometido a un tratamiento sedativo y se evitó cualquier cosa que pudiera recordarle la crisis violenta que había atravesado. Pero al segundo día se ofreció a relatar los hechos.

Desde entonces, Mr. Bessel ha repetido varias veces su relato —a mí entre otras personas— variando los detalles, como sucede siempre que se narran experiencias reales, pero sin contradecirse nunca en ningún punto. Y el relato que hace es, en esencia, como sigue.

Para comprenderlo con claridad es necesario remontarse a sus experimentos con Mr. Vincey, antes de que sufriera el extraordinario ataque. Los primeros intentos que hizo Mr. Bessel, con la colaboración de Mr. Vincey, fueron, como el lector recordará, un fracaso. Pero a lo largo de todos ellos, fue concentrando todo su poder y voluntad en salir del cuerpo: «queriéndolo con todas mis fuerzas», dice él. Al fin, casi en contra de lo que esperaba, tuvo éxito. Y Mr. Bessel afirma que él, estando vivo, abandonó realmente su cuerpo, gracias a un esfuerzo de la voluntad, y entró en un lugar o estado situado más allá de este mundo.

La liberación, afirma, fue instantánea: «en un determinado momento, estaba sentado en mi sillón, con los ojos totalmente cerrados y las manos agarradas a los brazos del sillón, haciendo todo lo que podía para concentrar mi mente en Vincey, y luego me percibí a mí mismo fuera del cuerpo. Vi mi cuerpo cerca de mí, pero ya no me contenía; las manos se relajaban y la cabeza se inclinaba sobre el pecho».

Nada puede conmover su creencia en esta liberación. Describe la nueva sensación que experimentó de un modo tranquilo y realista. Sintió que se había vuelto impalpable, esto se lo esperaba; pero lo que ya no se esperaba era sentirse enormemente grande. Parece ser, sin embargo, que ésta fue la forma que adquirió. «Era una gran nube —si puedo expresarlo así— anclada en mi cuerpo. Tuve la impresión, al principio, de haber descubierto un yo mayor del cual el ser consciente de mi cerebro era sólo una pequeña parte. Vi el Albany, Piccadilly, Regent Street y todas las habitaciones y lugares de las casas muy diminutos, brillantes y definidos, esparcidos debajo de mí como una ciudad vista desde un globo. De vez en cuando, vagas figuras, como espirales de humo a la deriva, hacían que la visión fuese un poco borrosa, pero al principio apenas les presté atención. La cosa que más me asombró, y que aún sigue asombrándome, fue que veía muy nítidamente los interiores de las casas, así como las calles; veía gente pequeña cenando y hablando en sus casas, hombres y mujeres cenando, jugando al billar y bebiendo en restaurantes y hoteles, y varios lugares de diversión repletos de gente. Era como observar los acontecimientos de una colmena de cristal».

Éstas eran las palabras exactas de Mr. Bessel, tal como las apunté cuando me contó la historia. Durante un rato, observó estas cosas sin acordarse de Mr. Vincey. Impulsado por la curiosidad, según dice, se inclinó, y con el quimérico brazo informe que descubrió que poseía intentó tocar a un hombre que paseaba por Vigo Street. Pero no lo consiguió, aunque parecía que su dedo atravesaba al hombre. Algo le impidió hacerlo, pero es difícil saber lo que encontró. Compara el obstáculo con una lámina de cristal.

«Sentí lo mismo que un gatito puede sentir —dijo cuando va por primera vez a acariciar su imagen en un espejo». Cuando le oigo contar esta historia, Mr. Bessel vuelve una y otra vez a esta comparación de la lámina de cristal para explicar este punto. No es, sin embargo, una comparación totalmente precisa porque, como el lector verá en seguida, había lagunas en esa resistencia generalmente impenetrable, medios de volver a atravesar la barrera del mundo material. Pero, naturalmente, existe una gran dificultad para expresar estas impresiones insólitas con el lenguaje de la experiencia cotidiana.

Algo que le impresionó al instante, y que le inquietó hasta el final de la experiencia, fue el silencio de aquel lugar: estaba en un mundo sin sonido.

Al principio, el estado mental de Mr. Bessel consistía en un asombro desprovisto de emoción. Su pensamiento estaba principalmente ocupado en averiguar en qué lugar podría hallarse. Estaba fuera de su cuerpo —fuera del cuerpo material, en cualquier caso—, pero eso no era todo. Cree —y yo, por lo menos, también lo creo— que estaba en un lugar situado completamente fuera del espacio, tal como lo entendemos. Gracias a un esfuerzo intenso de la voluntad, había salido del cuerpo y se había introducido en un mundo situado más allá de éste, un mundo nunca soñado, que, sin embargo, se encuentra tan cerca y tan extrañamente situado con relación a éste, que todas las cosas de la tierra son claramente visibles, tanto por dentro como por fuera, desde ese otro mundo que nos rodea. Durante mucho tiempo, así le pareció, esta observación ocupó su mente, excluyendo cualquier otra cuestión, y luego se acordó de la cita que tenía con Mr. Vincey, de la cual esta asombrosa experiencia era, después de todo, sólo un preludio.

Dirigió su atención hacia la locomoción de este nuevo cuerpo en el que se encontraba. Durante un tiempo, fue incapaz de separarse del lazo que le unía al cuerpo terrestre. Durante un tiempo este nuevo cuerpo extraño y nebuloso simplemente oscilaba, se contraía, se dilataba, se enrollaba y se retorcía por los esfuerzos que hacía para liberarse, y luego, de pronto, el vínculo que le unía se rompió. Por un momento todo quedó oculto por lo que a él le parecían esferas giratorias de vapor oscuro, y luego, a través de un resquicio efímero, vio su cuerpo inerte que se derrumbaba con languidez, su cabeza sin vida que se desplomaba hacia un lado, y se vio arrastrado como una inmensa nube por un extraño lugar de nubes misteriosas, a través de las cuales se vislumbraba la complejidad de Londres, que se extendía como una maqueta.

Pero ahora se dio cuenta de que el vapor que fluctuaba alrededor de él era algo más que vapor, y el entusiasmo temerario de su primer ensayo se convirtió en temor. Porque percibió, al principio borrosamente, pero después muy claramente y de una forma súbita, que estaba rodeado de caras, que cada rollo y espiral de lo que parecía una materia hecha de nubes era una cara. ¡Y qué caras! Caras de sombras transparentes, caras de temeridad gaseosa. Caras como las que miran con furia, de una forma insoportable y extraña, al durmiente en las horas aciagas de sus sueños. Ojos diabólicos y codiciosos llenos de codiciosa curiosidad, cosas con las cejas fruncidas y enredadas, y labios que insinuaban sonrisas. Sus manos informes se agarraban a Mr. Bessel cuando pasaba, y el resto de sus cuerpos no era más que una estela esquiva de tinieblas que se arrastraban. Nunca dijeron una palabra, nunca salió un sonido de las bocas que daban la impresión de farfullar. Se estrujaban a su alrededor en ese silencio de pesadilla, atravesando libremente la débil bruma que era su cuerpo, reuniéndose cada vez más numerosos a su alrededor. Y el informe Mr. Bessel, presa ahora de un súbito miedo, paseaba a través de la silenciosa y activa multitud de ojos y manos violentas.

Tan inhumanas eran estas caras, tan malvados sus ojos saltones y sus gestos misteriosos y amenazadores que no se le ocurrió a Mr. Bessel tratar de establecer ninguna relación con estas criaturas flotantes. Fantasmas imbéciles, hijos del vano deseo, seres nonatos y privados del don de la existencia, cuyas únicas expresiones y gestos manifestaban el deseo y el anhelo de vivir, que era su solitario vínculo con la existencia.

Dice mucho en favor de su audacia que, en medio de toda la nube hormigueante de estos espíritus mudos del mal, pudiera todavía pensar en Mr. Vincey. Hizo un violento esfuerzo de voluntad y se vio, sin saber cómo, bajando hacia Staple Inn, y vio a Mr. Vincey sentado en su sillón, atento y alerta, junto al fuego.

Y reunida en torno a él, como siempre lo hacen en torno a todo lo que vive y respira, se hallaba otra multitud de estas vanas y calladas sombras, anhelando, deseando, buscando una grieta que los llevara a la vida.

Durante un rato, quiso llamar la atención de su amigo, pero no lo consiguió. Intentó ponerse delante de sus ojos, mover los objetos de la habitación, tocarle. Pero Mr. Vincey permanecía imperturbable, ignorando el ser que estaba tan cerca del suyo. La cosa extraña que Mr. Bessel había comparado con una lámina de cristal los separaba de una forma inexorable.

Finalmente, Mr. Bessel hizo algo desesperado. Ya he dicho que, de algún modo extraño, podía ver no sólo el exterior de un hombre, como lo vemos nosotros, sino también el interior. Extendió su misteriosa mano y metió sus vagos dedos negros a través del cerebro desatento.

Entonces, súbitamente, Mr. Vincey se sobresaltó, como alguien que emerge de pensamientos errantes, y a Mr. Bessel le pareció que un pequeño cuerpo rojo oscuro, situado en el centro del cerebro de Mr. Vincey, se inflaba y brillaba. Después de esta experiencia, han mostrado a Mr. Bessel láminas anatómicas del cerebro, y ahora sabe que aquel cuerpo oscuro es esa estructura inútil que los doctores llaman el ojo pineal. Pues, por extraño que parezca a muchos, tenemos, en las profundidades del cerebro —donde posiblemente ninguna luz terrenal puede acceder— ¡un ojo! En aquellos días este dato, como el resto de la anatomía interna del cerebro, era totalmente nuevo para él. Sin embargo, al ver que modificaba su aspecto, impulsó el dedo y, más bien temeroso de las consecuencias, tocó este pequeño punto. Mr. Vincey se sobresaltó al instante y Mr. Bessel supo que Vincey le estaba viendo.

Y en ese mismo instante, Mr. Bessel sintió que algo malo le había ocurrido a su cuerpo; de repente, una gran ráfaga de viento dispersó ese mundo de sombras y lo arrebató. Tan fuerte era esta persuasión que no pensó más en Mr. Vincey, sino que se dio media vuelta en seguida y todas las innumerables caras retrocedieron con él como hojas arrastradas por un vendaval. Pero volvió demasiado tarde. En un instante vio que el cuerpo que había dejado inerte y desplomado —que yacía en realidad como el cuerpo de un hombre que acaba de morir— se había levantado; se había levantado en virtud de una fuerza y voluntad que no eran las suyas. Se mantenía de pie con los ojos saltones, estirando los miembros torpemente.

Durante un momento lo observó con una consternación frenética y luego se inclinó hacia él. Pero la lámina de cristal se había vuelto a cerrar y le impidió llegar a su cuerpo. Se estrelló furiosamente contra ella y, a su alrededor, los espíritus del mal se reían, le señalaban y se mofaban de él. Se puso colérico y furioso. Mr. Bessel se compara a sí mismo con un pájaro que, sin advertirlo, entra revoloteando en una habitación y golpea los cristales que le niegan el camino de la libertad.

Y he aquí que el pequeño cuerpo que una vez había sido suyo está saltando de alegría. Le vio gritar, aunque no podía oír sus gritos y observó que sus movimientos eran cada vez más violentos. Contempló cómo arrojaba sus queridos muebles, ebrio del loco placer de la existencia; también le vio destrozar sus libros preferidos, romper botellas, beber descuidadamente de los trozos de vidrio, saltar y dar golpes a modo de aceptación apasionada de vivir. Mr. Bessel observó estas acciones paralizado por el asombro. Luego se lanzó una vez más contra la barrera infranqueable, y después, rodeado de toda esa multitud de fantasmas burlones, volvió rápidamente, en medio de una horrible confusión, a casa de Vincey para contarle el atropello de que había sido objeto.

Pero el cerebro de Mr. Vincey estaba ahora cerrado a las apariciones, y el Mr. Bessel incorpóreo le persiguió en vano cuando salió apresuradamente a Holborn para llamar un coche. Frustrado y aterrorizado, Mr. Bessel volvió rápidamente a su casa para encontrarse con su cuerpo profanado, que iba gritando, presa de un enorme frenesí, por el Arco de Burlington.

Y ahora el lector atento empezará a comprender la interpretación de Mr. Bessel de la primera parte de esta extraña historia. El ser cuyo loco ajetreo por las calles de Londres había causado tantos daños y desastres tenía, en efecto, el cuerpo de Mr. Bessel, pero no era Mr. Bessel. Era un espíritu perverso que se había escapado de ese extraño mundo situado más allá de la existencia, y en el que Mr. Bessel se había aventurado independientemente. Durante veinte horas poseyó su cuerpo, y durante todas esas horas el espíritu desposeído de Mr. Bessel vagó de un lado para otro por ese desconocido mundo de sombras, buscando ayuda en vano.

Pasó muchas horas golpeando las mentes de Mr. Vincey y de su amigo Mr. Hart. Como ya sabemos, despertó a ambos gracias a sus esfuerzos. Pero desconocía el lenguaje que pudiera transmitir su situación a estos salvadores a través del abismo; sus débiles dedos buscaban a tientas en sus cerebros vana e impotentemente. Una vez, en efecto, como ya hemos dicho, fue capaz de desviar a Mr. Vincey de su camino para que tropezara con el cuerpo robado en su carrera, pero no pudo hacerle entender lo que había pasado: fue incapaz de obtener ayuda alguna de este encuentro…

A lo largo de estas horas, el espíritu de Mr. Bessel se sintió abrumado por la persuasión de que en poco tiempo su furioso inquilino acabaría con la vida de su cuerpo y de que él tendría que permanecer en aquel país de sombras para siempre. De modo que aquellas largas horas fueron una creciente agonía de terror. Y mientras corría de un lado para otro agitándose inútilmente, incontables espíritus de ese mundo que le rodeaba, le acosaban y le desconcertaban. Y una multitud envidiosa corría aplaudiendo detrás de su compañero afortunado mientras proseguía su gran carrera.

Así debe de ser, al parecer, la vida de estas cosas sin cuerpo de ese mundo que es la sombra del nuestro. Siempre están al acecho, codiciando un camino que los introduzca en un cuerpo mortal, para poder descender, como furias y frenesíes, como apetitos violentos e insensatos, extraños impulsos que se regocijan en el cuerpo que han conquistado. Pues Mr.

Bessel no era la única alma humana que había en ese lugar. Lo prueba el hecho de que primero encontró una, y después varias sombras de hombres, hombres como él mismo, al parecer, que habían perdido sus cuerpos, tal vez como él había perdido el suyo, y erraban desesperadamente por ese mundo perdido que no es la vida ni la muerte. No podían hablar porque ese mundo es mudo; supo, sin embargo, que eran hombres por sus tenues figuras humanas y por la tristeza de sus caras.

Pero cómo habían entrado en ese mundo, no lo podía decir, ni dónde podrían estar los cuerpos que habían perdido, si siguen anhelando la tierra o si habían caído en la muerte sin retorno. Que fueran los espíritus de los muertos no lo creemos ni él ni yo. Pero el doctor Wilson Paget piensa que son las almas racionales de los hombres que se han extraviado en la locura, aquí en la tierra.

Al fin, Mr. Bessel fue a dar con un lugar donde estaba reunido un pequeño grupo de estas criaturas silenciosas e incorpóreas, y, abriéndose paso entre ellas, vio abajo una habitación muy iluminada, cuatro o cinco caballeros y una mujer; una mujer corpulenta vestida de bombasí negro y sentada en una silla de forma incómoda con la cabeza echada para atrás. Por los retratos que había visto de ella, supo que era Mrs. Bullock, la médium. Y percibió que las regiones y estructuras de su cerebro brillaban y se agitaban como lo hacía el ojo pineal del cerebro de Mr. Vincey que ya había visto. La luz era muy desigual; a veces era una amplia iluminación y otras sólo un débil punto crepuscular que se trasladaba lentamente por su cerebro. No dejaba de hablar ni de escribir con una mano. Y Mr. Bessel vio que las sombras de hombres que se agolpaban a su alrededor y gran multitud de espíritus tenebrosos del país de las sombras se esforzaban y se empujaban para tocar las regiones iluminadas de la médium. Cuando uno alcanzaba su cerebro u otro era expulsado, la voz y la escritura de la mano cambiaba, de modo que lo que decía era algo desordenado y confuso en su mayor parte; ya escribía un fragmento del mensaje de un alma, ya un fragmento del de otra, ya farfullaba las fantasías descabelladas de los espíritus del vano deseo. Entonces Mr. Bessel comprendió que hablaba por el espíritu que la había tocado y empezó a luchar furiosamente por llegar hasta ella.

Pero estaba alejado del centro de la multitud y en ese momento no pudo alcanzarla; finalmente, cada vez más angustiado, se fue a ver lo que le había sucedido a su cuerpo.

Durante mucho tiempo fue de un lado para otro buscándolo en vano, con el temor de que estuviera sin vida, hasta que lo encontró en el fondo de un pozo de Baker Street, maldiciendo y retorciéndose de dolor. Tenía rotos una pierna, un brazo y dos costillas a causa de la caída. Además, el malvado espíritu estaba colérico por haber poseído tan poco tiempo ese cuerpo y, a causa del dolor, hacía movimientos bruscos y agitaba con violencia su cuerpo.

Entonces Mr. Bessel volvió con redoblado celo a la habitación donde tenía lugar la séance. En cuanto logró alcanzar la vista la habitación, vio que uno de los hombres que estaban alrededor de la médium miraba el reloj, como si diera a entender que la séance terminaría dentro de poco. Entonces, muchas de las sombras que habían estado luchando se marcharon con gestos de desesperación. Pero la idea de que la séance estuviera a punto de terminar sólo hizo aumentar el celo de Mr. Bessel, y luchó tan tenazmente contra los otros que al poco tiempo alcanzó el cerebro de la mujer. Resultó que en ese preciso instante brillaba con mucha intensidad, y en ese instante escribió el mensaje que el doctor Wilson Paget conservó. Y luego las otras sombras y la nube de espíritus malvados que le rodeaban le empujaron y le alejaron de ella, y durante todo el resto de la séance ya no pudo volver a alcanzarla.

Por lo tanto, volvió a Baker Street y contempló, durante largas horas, el fondo del pozo donde el espíritu malvado yacía en el interior del cuerpo robado que había dañado, retorciéndose y maldiciendo, llorando y gimiendo, y aprendiendo la lección del dolor. Y hacia el amanecer ocurrió lo que estaba esperando, el cerebro brilló con intensidad y el espíritu del mal salió, y Mr. Bessel entró en el cuerpo donde había temido que nunca más volvería a entrar. Cuando lo hizo, el silencio —el melancólico silencio — cesó; y oyó el tumulto del tráfico y las voces de la gente que llegaban desde arriba, y ese extraño mundo que es la sombra del nuestro —las sombras oscuras y calladas del fútil deseo y las sombras de los hombres perdidos— desapareció por completo.

Allí yació por espacio de unas tres horas antes de que lo encontraran. Y a pesar del dolor y el tormento de sus heridas, y del lugar húmedo y sombrío donde yacía; a pesar de las lágrimas que brotaban como consecuencia de su agotamiento físico, su corazón se llenó de alegría al ver que había vuelto de nuevo, a pesar de todo, al mundo benévolo de los hombres.

EL TESORO DE MR. BRISHER

—Nunca se es demasiado prudente a la hora de escoger la mujer con la que te vas a casar —dijo Mr. Brisher, y se estiró con una mano de muñeca gorda el bigote lacio que disimulaba su falta de mentón.

—Es por lo que… —intenté decir.

—Sí —dijo Mr. Brisher con un resplandor solemne en sus ojos azules y legañosos, moviendo la cabeza expresivamente y echándome un profundo aliento de alcohol—. Hay un montón que lo han intentado conmigo… podría nombrar muchas de esta ciudad, pero ninguna lo ha conseguido… ninguna.

Contemplé la cara enrojecida, la dilatada línea ecuatorial de su cuerpo, el genial desaliño de su atuendo, y suspiré al pensar que a causa del poco mérito de las mujeres, él tenía que ser necesariamente el último de su estirpe.

—Cuando era joven, yo era un tipo elegante —dijo Mr. Brisher—. Hice lo que pude, pero fui muy prudente… mucho. Y logré escapar…

Se inclinó sobre la mesa de la taberna y se notó que pensó si podía confiar en mí. Me relajé cuando comenzó a hacerme sus confidencias.

—En una ocasión estuve prometido —dijo por fin, dirigiendo una mirada evocadora sobre el tablero de la mesa.

—¿Tan cerca estuvo?

Me miró y dijo:

—Tan cerca. El hecho es que… —miró a su alrededor, acercó su cara a la mía, bajó el tono de la voz y apartó un mundo adverso con su mano tiznada—. Si no ha muerto o se ha casado con algún otro… sigo estando prometido. Todavía.

Confirmó su afirmación moviendo la cabeza hacia delante y retorciendo la cara.

—Todavía —dijo terminando la pantomima, y se puso a sonreír sin venir a cuento, lo cual no dejó de sorprenderme—. ¡Yo!…

—Me escapé —explicó más tarde frunciendo las cejas—. Me volví a casa… Pero no acaba aquí la cosa. Le costará trabajo creerlo, pero encontré un tesoro. Un auténtico tesoro.

Imaginé que era una ironía y no lo acogí con la debida sorpresa.

—Sí —dijo—, encontré un tesoro y me fui a casa. Le digo que podría asombrarle con las cosas que me han pasado.

Durante un tiempo se contentó con repetir que había encontrado un tesoro y que lo había abandonado. No cometí la indiscreción de pedirle que me contara la historia, pero atendí con amabilidad sus deseos corporales y poco después le incité a que volviese sobre la dama abandonada.

—Era una chica encantadora —dijo, creo que con cierta tristeza—. Y respetable.

Arqueó las cejas y apretó los labios para expresar una respetabilidad extrema, incomprensible para nosotros, gente de más edad.

—Sucedió lejos de aquí. Exactamente en Essex, cerca de Colchester. Fue cuando estaba en Londres, trabajando en la construcción. Entonces era un tipo elegante, puedo asegurárselo. Esbelto. Vestía la mejor ropa. Un sombrero… un sombrero de seda, figúrese —y la mano de Mr. Ledbetter se lanzó por encima de su cabeza hacia el infinito para indicar un sombrero de seda altísimo—. Un paraguas… un paraguas precioso con un puño de cuerno. Tenía ahorros. Era muy ahorrativo…

Se quedó un rato pensativo, reflexionando, como acabamos todos por hacer tarde o temprano, sobre el esplendor desvanecido de la juventud. Pero, como estaba en una taberna, se abstuvo de expresar la obvia moraleja.

—La conocí por medio de un tipo que estaba prometido a su hermana. Ella estaba pasando unos días en Londres, y se alojaba en casa de una tía que tenía una carnicería. Esta tía era muy singular —todos eran gente muy singular, toda su gente lo era— y no permitía a su sobrina que saliese con este compañero, excepto si su otra sobrina, esto es, mi chica, fuese también con ellos. Así que me introdujo en el asunto para estar a solas con su chica. Solíamos pasear por el parque de Battersea los domingos por la tarde. Yo con mi chistera y él con la suya, y las chicas muy elegantes. No había muchos en el parque que fueran tan distinguidos como nosotros. No era lo que se dice guapa, pero nunca he encontrado una chica tan encantadora. Me gustó desde el principio y, bueno —aunque no sea yo quien deba decirlo—, yo le gusté a ella. Ya se hace una idea de todo esto.

Yo fingí que sí.

—Y cuando ese tipo se casó con su hermana —él y yo éramos grandes amigos—, no pudo hacer otra cosa que llevarme a Colchester, muy cerca de donde ella vivía. Naturalmente me presentaron a su gente, y bueno, nos prometimos en seguida.

Repitió «nos prometimos».

—Ella vivía con sus padres, como una auténtica señorita, en una bonita casa con jardín; era gente muy respetable. Casi se podía decir que eran ricos. Eran los propietarios de la casa donde vivían; la adquirieron muy barata a la Sociedad de Construcciones porque al antiguo dueño le metieron en la cárcel por ladrón. También tenían algunas tierras, casas de campo y dinero invertido. Todos eran muy tacaños, lo que se dice una familia acomodada. Le aseguro que estaba bien. También tenían muebles. ¡Guau! Tenían un piano. Jane, ella se llamaba Jane, solía tocarlo los domingos, y además muy bien. Apenas había un himno en el libro que no lo pudiera tocar. Muchas tardes nos reuníamos allí y cantábamos himnos. Su familia, ella y yo. Su padre era un miembro destacado en la iglesia. Tenía que haberle visto cómo interrumpía al pastor los sábados, cuando se ponía a entonar himnos. Recuerdo que llevaba unas gafas de oro y solía mirar por encima de ellas cuando cantaba con fuerza —siempre se destacaba cuando cantaba al señor—, y siempre que desentonaba la gente le seguía. Era de esa clase de hombres. Cuando andaba detrás de él y veía su magnífico traje negro y su sombrero con alas, me sentía orgulloso de tener un futuro suegro semejante. Y cuando llegó el verano fui a su casa, donde pasé quince días. Ahora bien, existía una especie de prurito —dijo Mr. Brisher—. Jane y yo queríamos casarnos e instalarnos. Pero el padre decía que yo debía conseguir antes una buena posición. En consecuencia, había un prurito. En consecuencia, cuando llegué allí, ardía en deseos de mostrar que era un tipo muy competente y que podía hacer bien casi todo, ¿entiende?

Hice un ruido de asentimiento.

—En el fondo del jardín había una parte que estaba silvestre, así que le dije: «¿Por qué no hace aquí un jardín rocoso? Quedaría bonito». «Demasiado caro», dijo él. «Ni un penique —dije yo—, tengo buena mano para esto. Déjeme que se lo haga». Mire usted, yo había ayudado a mi hermano a hacer uno en el pequeño jardín de detrás de su casa, así que sabía cómo hacerlo. «Déjeme hacérselo —dije—. Estoy de vacaciones, pero soy de esa clase de tipos que no soportan estar sin hacer nada. Le haré uno en condiciones». Y, en resumidas cuentas, me dijo que podía hacerlo. Y así fue como encontré el tesoro.

—¿Qué tesoro? —pregunté.

—¡Cómo! —dijo Mr. Brisher—. El tesoro del que le estoy hablando y que ha sido el motivo por el que no me he casado.

—¡Qué! ¿Un tesoro desenterrado?

—Sí, una fortuna enterrada, un tesoro. Lo saqué del suelo. Es lo que sigo llamando un auténtico tesoro… —dijo, mirándome con una falta de respeto insólita.

—La parte superior no estaba a más de un metro de profundidad —dijo—. Apenas había empezado a tener sed cuando encontré la esquina.

—Siga —dije—. No había entendido.

—¡Ah, bueno! En cuanto golpeé la caja supe que era un tesoro. Me lo dijo una especie de instinto. Sentí que algo gritaba dentro de mí: «Esta es tu oportunidad… escóndelo». Fue una suerte que conociera las leyes sobre los tesoros encontrados, porque si no, habría gritado en ese mismo momento. Supongo que usted conoce…

—La corona se embolsa casi todo —dije—, excepto un uno por ciento. Siga. Es una vergüenza. ¿Qué hizo?

—Quité la tapa de la caja. No había nadie en el jardín ni en los alrededores. Jane estaba ayudando a su madre a hacer la casa. Estaba excitado, se lo aseguro. Intenté abrir la cerradura y luego di un golpe en las bisagras. La caja se abrió. ¡Estaba llena de monedas de plata! Relucientes. Temblé al verlas. Y en ese preciso momento… ¡Que me maten si el barrendero no dio la vuelta por detrás de la casa! Casi me dio un síncope al pensar en la estupidez que estaba cometiendo al dejar el dinero a la vista. En seguida oí al tipo de la casa de al lado, que también estaba de vacaciones, regar sus judías. ¡Con sólo haber mirado por encima de la valla…!

—¿Qué hizo usted?

—Di una patada a la tapa y la oculté en un abrir y cerrar de ojos; después seguí cavando a un metro del tesoro, como un loco. Y mi cara, por decirlo así, reía por su cuenta hasta que lo escondí. Le digo que estaba realmente asustado de mi suerte. Sólo pensé que había que dejarlo escondido, eso era todo. «¡Un tesoro! —susurraba sin cesar para mí mismo—. ¡Un tesoro! ¡Y cientos de libras, cientos y cientos de libras!». Susurraba y cavaba con todas mis fuerzas. Me dio la impresión de que la caja se marcaba como unas piernas debajo de las sábanas, y empecé a echar toda la tierra que sacaba del agujero que estaba cavando para hacer el jardín rocoso sobre el tesoro. Estaba sudando. Y en medio de todo esto, aparece su padre. No me dijo nada, se limitó a quedarse detrás de mí y a mirarme; pero luego me contó Jane que cuando entró le dijo: «Ese mequetrefe tuyo —siempre me llamaba así, no sé por qué— sabe trabajar duro, después de todo». Parecía muy impresionado por mi esfuerzo.

—¿Cómo era de larga la caja? —pregunté de repente.

—¿Larga? —dijo Mr. Brisher.

—Sí, ¿qué longitud tenía?

—¡Oh! Algo así como esto… y esto —dijo Mr. Brisher, indicando el tamaño de un barril mediano.

—¿Lleno? —dije.

—De monedas de plata… de media corona, creo.

—¡Cómo! —exclamé—. Significaría cientos de libras.

—Miles —dijo Mr. Brisher con una tranquilidad llena de tristeza—. Ya lo calculé.

—Pero ¿cómo llegaron hasta allí?

—Todo lo que sé es que lo encontré. Lo que pensé entonces fue esto: «El tipo que había poseído la casa antes que su padre era un ladrón de mucho cuidado. Lo que se dice un criminal de clase alta. Solía conducir su coche como lo hacía Peace».

Mr. Brisher reflexionó sobre las dificultades de la narración y se embarcó en un paréntesis complicado.

—No sé si le he dicho que era la casa de un ladrón antes de que fuera la del padre de mi chica, y me enteré que el dueño había robado un tren correo. Sabía esto e imaginé…

—Es muy probable —dije—, pero ¿qué hizo?

—Estaba —dijo— sudando realmente la gota gorda. Estuve toda la mañana en ello, fingiendo que hacía el jardincito y preguntándome qué debía hacer. Tal vez se lo hubiera dicho a su padre, sólo que dudaba de su honestidad —temía que me lo quitara y se lo diera a las autoridades— y además, teniendo en cuenta que iba a emparentar con la familia, pensé que sería mejor que el tesoro les llegara a través de mí. Entraría en la familia con mejor pie, por decirlo así. Bueno, me quedaban todavía tres días de vacaciones, así que no había prisa; la enterré y seguí cavando al tiempo que me rompía la cabeza pensando cómo encontrar el momento de dejarla en lugar seguro; pero era inútil. Pensaba y pensaba. Una vez dudé de si había visto realmente el tesoro o no; fui allí y lo volví a desenterrar en el preciso momento en que su madre salía a tender la ropa que había lavado. ¡Otro susto! Después, cuando estaba pensando en intentarlo de nuevo, vino Jane a decirme que la comida estaba lista. «Buena falta te hará —dijo—, después de haber cavado ese hoyo». Estuve toda la comida aturdido, preguntándome si el tipo de la casa de al lado no habría saltado la valla y estaría llenándose los bolsillos. Pero por la tarde me tranquilicé —pensé que la caja debía de llevar allí mucho tiempo y que no le pasaría nada por estar un poco más— e intenté hablar un poco con el viejo para tirarle de la lengua y ver lo que pensaba de los tesoros encontrados.

Mr. Brisher hizo una pausa y dio la impresión de que le divertía recordarlo.

—El viejo era un tipo sarcástico —dijo—, un tipo realmente sarcástico.

—¡Cómo! —dije—. ¿Es que él…?

—La cosa fue así —explicó Mr. Brisher, posando una mano amistosa sobre mi brazo y echándome el aliento en la cara para tranquilizarme—. Sólo para sonsacarle algo, le conté una historia inventada; le dije que conocía a un tipo que había encontrado un soberano en un abrigo que le habían prestado. Le dije que se quedó con él, pero que yo no estaba seguro si eso estaba bien o no. Entonces el viejo empezó. ¡Dios mío! ¡Menudo sermón me echó!

Mr. Brisher mostró una alegría poco sincera.

—Era, bueno… lo que se dice un tipo poco común en sus burlas. Dijo que esa era la clase de amigos que esperaba que yo tuviera; que esperaba eso del amigo de un gandul sin trabajo que se relaciona con chicas que no le corresponden. Bueno, no podría contarle ni la mitad de lo que dijo. Siguió hablando de un modo indignante; le soportaba sólo para sonsacarle algo. «¿No se quedaría —dije— con medio soberano, si lo encuentra en la calle?». «¡Desde luego que no —dijo—, desde luego que no lo haría!». «¡Cómo! ¿Incluso si lo encontrara como un tesoro?». «¡Joven! —dijo—. Hay una autoridad mayor que la mía: Da al César…». ¿Cómo es esta frase? Sí, bueno, él la soltó. El viejo era un tipo poco común golpeándote la cabeza con la Biblia. Y así continuó. Me lanzó tales burlas que ya no pude aguantar más. Había prometido a Jane no replicarle, pero se puso demasiado pesado. Yo… yo le contesté que…

Mr Brisher, por medio de gestos enigmáticos, intentó darme a entender que había salido ganando en la discusión. Pero yo pensaba de otra forma.

—Al final salí indignado, pero no antes de estar seguro de que tenía que coger el tesoro yo solo. La única cosa que me quitaba el sueño era pensar en el modo de vengarme de él cuando tuviera el dinero.

Hubo una larga pausa.

—Ahora bien, apenas lo podrá creer, pero en los tres días nunca tuve ocasión de tocar el dichoso tesoro, ni siquiera saqué media corona. Siempre ocurría algo… siempre. Es sorprendente que no se piense más en ello. Encontrar un tesoro no es extraordinario, conseguirlo sí lo es. Creo que no pegué ojo ninguna de esas noches, pensando dónde iba a llevarlo, qué iba a hacer con él, cómo lo explicaría todo. Me puse malo de verdad. Y por el día estaba torpe, y esto le ponía de mal humor a Jane. «No eres el mismo de Londres», me dijo varias veces. Yo trataba de atribuirlo a su padre y a sus burlas, pero ¡vaya!, ella no lo creía así. ¿A qué había que atribuirlo sino a que yo tenía otra mujer en la cabeza? Le dije que no era verdad. Bueno, reñimos un poco. Pero estaba tan absorto con el tesoro que no hice caso de lo que decía. Bueno, por fin hice una especie de plan. Yo siempre he sido bueno haciendo planes, aunque no tanto llevándolos a cabo. Lo pensé todo con detenimiento y desarrollé un plan. En primer lugar, me llenaría todos los bolsillos de esas medias coronas, ¿entiende? Y después… ahora lo cuento. Bueno, había llegado al convencimiento de que no podía volver a llevarme el tesoro durante el día, así que esperé hasta la noche anterior al día que tenía que irme y, entonces, cuando todo estaba en silencio, me levanto y me deslizo por la puerta trasera con la intención de llenarme los bolsillos. Y en la cocina, no me ocurre otra cosa que caerme sobre un cubo. Se levanta el padre con una escopeta —tenía el sueño ligero y era muy receloso— y viene hacia mí: tuve que explicarle que había bajado a la fuente a beber agua, porque el agua de mi botella estaba mala. No dejó de lanzarme un par de sarcasmos por aquello.

—Usted quiere decir… —empecé.

—Espere un momento —dijo Mr. Brisher—. Le digo que tenía hecho mi plan. Esto sólo fue un pequeño contratiempo, pero no ponía en peligro mi esquema general en absoluto. Decidí terminar el jardincito al día siguiente, como si no existiera una burla en el mundo; cubrí de cemento las piedras, las embadurné de verde y todo eso. Hice una señal con la brocha para indicar dónde estaba la caja. Todos vinieron a verlo y dijeron que había quedado muy bonito; incluso el padre se suavizó un poco al verlo y todo lo que dijo fue: «Es una pena que no pueda trabajar siempre así, podría tener algo concreto que hacer». «Sí —dije sin poder evitarlo—, tengo mucho que hacer en el jardincito». ¿Entiende? «Tengo mucho que hacer en el jardincito», queriendo decir…

—Entiendo… —dije, pues Mr. Brisher tiende a contar sus chistes con excesivos detalles.

—Él no lo entendió —dijo Mr. Brisher—, al menos en aquel momento. Sin embargo, cuando todo esto terminó, me preparé para ir a Londres… me preparé para ir a Londres… —se interrumpió—, sólo que no iba a Londres —dijo con súbita vivacidad y acercando su cabeza a la mía—. ¡Ni hablar! ¿Qué piensa de esto? No fui más lejos de Colchester, ni un metro más. Había dejado la azada en un lugar donde pudiera encontrarla. Lo había planeado todo bien. Alquilé un coche en Colchester y fingí que quería ir a Ipwich, pasar allí la noche y volver al día siguiente. El tipo a quien se lo alquilé me hizo dejar dos soberanos al instante, y partí. Tampoco fui a Ipwich. A medianoche el caballo y el coche estaban atados junto al camino que va a la casa donde vivía él —no estaban a más de sesenta metros— y me puse a trabajar con ahínco. Era una noche apropiada para tales juegos. Estaba cubierto, pero hacía un poco de calor; alrededor del cielo había relámpagos, y al poco rato se desató una tormenta. Al principio cayeron gotas gordas, como las de un líquido efervescente, y luego granizo. Yo continué. Golpeaba ruidosamente, no pensaba que el viejo pudiera oírme. Ni siquiera me molesté en cavar en silencio, y los truenos, los relámpagos y el granizo me excitaban. No me habría asombrado si me hubiera puesto a cantar. Trabajaba con tanto ahínco que me olvidé por completo de los truenos, del caballo y del coche. Muy pronto dejé la caja a la vista y empecé a levantarla…

—¿Era pesada? —dije.

—Me era tan imposible levantarla como volar. Me, puse malo. ¡Nunca había pensado en eso! Me puse furioso, se lo aseguro, y empecé a maldecir. Me indigné bastante. No pensé en dividirlo en partes pequeñas, y aún así no habría podido llevar el dinero suelto al coche. La levanté furiosamente por un extremo y todas las monedas saltaron haciendo un ruido tremendo. Un auténtico estruendo de plata. Y en ese mismo instante… ¡un relámpago! ¡Había tanta claridad como por el día! Y la puerta trasera que se abre… y el viejo que baja al jardín con la condenada escopeta. ¡No estaba a más de cien metros! Le aseguro que me hallaba tan desconcertado que no sabía lo que hacía. No me paré un segundo, ni siquiera para llenarme los bolsillos. Salté la valla como una bala y salí disparado hacia el coche, maldiciendo y jurando, con los bolsillos vacíos, tal como fui. Estaba en un estado… Y, ¿puede usted creer que cuando llegué al sitio donde había dejado el caballo y el coche, estos habían desaparecido? ¡Se habían marchado! Cuando lo vi ya no me quedaban más maldiciones. Me limité a patalear sobre la hierba y cuando me harté, me dirigí hacia Londres… Estaba hecho polvo.

Mr. Brisher se quedó pensativo durante un rato.

—Estaba hecho polvo —repitió con gran amargura.

—¿Y luego? —dije.

—Esto es todo —dijo Mr. Brisher.

—¿No volvió?

—¡Ni hablar! Estaba harto de ese maldito tesoro, al menos por una temporada. Además, no sabía lo que les hacen a los tipos que intentan quedarse con los tesoros encontrados. Me dirigí hacia Londres en ese mismo momento…

—¿Y nunca volvió?

—Nunca.

—Pero ¿qué pasó con Jane? ¿Le escribió usted?

—Tres veces, a ver qué pasaba. Y no respondió. Nos habíamos despedido un poco enfadados a causa de sus celos. De modo que no pude saber a ciencia cierta lo que ese silencio significaba. No sabía qué hacer. Ni siquiera sabía si el viejo me había reconocido. Estuve bastante pendiente de los periódicos para ver cuándo entregaba el tesoro a la corona, pues no tenía ninguna duda de que lo haría, considerando lo honrado que había sido siempre.

—¿Y lo hizo?

Mr. Brisher frunció los labios y movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Él no —dijo—. Jane era una chica encantadora, totalmente encantadora, a pesar de sus celos, y es imposible saber si no hubiera vuelto con ella después de un tiempo. Pensaba que si su padre no entregaba el tesoro, yo tendría por dónde cogerle. Bueno, un día, como era habitual, leo la sección de noticias sobre Colchester… y allí vi su nombre. ¿Por qué cree usted que estaba allí?

No pude adivinarlo.

La voz de Mr. Brisher se debilitó hasta convertirse en un susurro, y una vez más habló tapándose la boca con la mano. Una auténtica alegría le inundó súbitamente.

—Por emitir monedas falsas —dijo—. ¡Falsas!

—¿Quiere decir que…?

—En efecto. Falsas. Hubo un proceso muy largo. Pero le cazaron, aunque él se defendió lo suyo. Probaron que había pasado… ¡oh!… cerca de una docena de medias coronas falsas.

—¿Y usted no…?

—¡Ni hablar! A él tampoco le ayudó mucho decir que era un tesoro encontrado.

EL CORAZÓN DE MISS WINCHELSEA

Miss Winchelsea iba a Roma. Hacía más de un mes que no pensaba en otra cosa y el viaje salía en su conversación con tanta frecuencia que mucha gente que no iba a Roma y que probablemente no iría nunca, consideraba su insistencia una descortesía por su parte. Algunos habían intentado convencerla, sin éxito alguno, de que Roma no era un lugar tan atractivo como se decía, y había incluso quien, a sus espaldas, llegó a sugerir que se estaba poniendo terriblemente «pesada» con «su querida Roma». La pequeña Lily Hardhurst había dicho a su amigo Mr. Binns que, por lo que a ella se refería, Miss Winchelsea podía «irse a su antigua Roma y quedarse allí para siempre; le daba exactamente igual». La extraordinaria ternura que Miss Winchelsea mostraba al hablar de Horacio y Benbenuto Cellini, de Rafael, Shelley y Keats —de haber sido la esposa de éste no habría profesado mayor interés en su tumba— era motivo de asombro general. Su vestido suponía un triunfo de la discreción; era práctico, pero no demasiado «turista» —Miss Winchelsea tenía verdadero pánico a parecer «turista»— y su Baedeker había sido forrada de gris para ocultar el rojo chillón de la encuadernación. Cuando por fin llegó el día de la partida, y a pesar de su petulancia, su figura resultaba delicada y agradable sobre el andén de Charing Cross. Hacía un día espléndido, la travesía del Canal prometía ser agradable y todos los presagios anunciaban lo mejor. Había un alegre sabor de aventura en aquella partida sin precedentes.

Le acompañaban dos amigas que habían sido compañeras en la escuela normal, dos chicas agradables y honestas, aunque no tan puestas en Historia y Literatura como Miss Winchelsea. Ambas tenían un elevado concepto de su compañera, pero para dirigirse a ella tenían que bajar la cabeza. Miss Winchelsea esperaba pasar buenos ratos animándolas a ponerse al nivel de su entusiasmo estético e histórico. Sus amigas ya habían cogido los asientos y le dieron una efusiva bienvenida en la portezuela del compartimento. Miss Winchelsea hizo un rápido análisis del encuentro y advirtió que Fanny llevaba un cinturón de cuero algo «turista», y que Helen había cedido a la tentación de ponerse una chaqueta de sarga con bolsillos en los que tenía metidas las manos. Pero estaban demasiado contentas consigo mismas y con el viaje como para que su amiga intentara hacerles alguna sugerencia sobre aquellas cuestiones. Pasados los primeros momentos de euforia —el entusiasmo de Fanny era un poco ruidoso y apasionado, y consistía sobre todo en repeticiones enfáticas de «¡Imagínate querida! ¡Vamos a Roma! ¡A Roma!»— comenzaron a prestar atención a sus compañeros de viaje. Helen estaba decidida a tener un compartimento para ellas solas y, con el fin de alejar a los intrusos, salió y se plantó con firmeza en el estribo. Miss Winchelsea miró por encima del hombro hacia el exterior e hizo unos comentarios jocosos sobre la gente que atestaba el andén, lo que provocó la risa escandalosa de Fanny.

Viajaban con uno de los grupos de Mr. Thomas Gunn —catorce días en Roma por catorce libras—. No pertenecían al grupo dirigido personalmente por el guía, desde luego —ya se había encargado Miss Winchelsea de eso—, pero hacían el viaje con ellos por las ventajas que se desprendían de la combinación.

La gente que integraba el grupo formaba una mezcla rarísima y muy divertida. Había un guía políglota de cara colorada, muy chillón, que llevaba un traje de color sal y pimienta, cuyas largas mangas y piernas no cesaban de moverse. Daba las informaciones a gritos. Cuando quería hablar con alguien, extendía el brazo y le sujetaba hasta que conseguía su propósito.

En una mano llevaba un montón de papeles, billetes y recibos. Los viajeros parecían ser de dos tipos: unos a los que el guía buscaba y no encontraba, y otros, que sin que él los llamara, no dejaban de seguirle por todo el andén. Estos últimos debían de creer que la única forma segura de llegar a Roma era no despegarse del guía. Tres viejecitas resultaban tan especialmente enérgicas en su persecución que terminaron por sacar de quicio al guía hasta un grado tal, que éste las puso en un compartimento y les prohibió salir de él. Durante el resto del viaje, cada vez que el guía pasaba cerca, surgían de la ventana una, dos, tres cabezas que hacían lastimeras preguntas acerca de una «cajita de mimbre». También había un hombre muy fornido con una señora vestida de negro brillante, igualmente corpulenta, y un anciano que parecía un viejo mozo de cuadra.

—¿Qué puede buscar esta gente en Roma? —preguntó Miss Winchelsea—. ¿Qué significará Roma para ellos?

Vieron un cura alto con un pequeño sombrero de paja, y otro muy bajo cargado con un gran trípode fotográfico. El contraste hizo mucha gracia a

Fanny. Después oyeron que alguien llamaba a un tal «Snooks».

—Siempre creí que ese nombre era un invento de los novelistas —dijo Miss Winchelsea—. ¡Imaginaos! ¡Snooks! Me pregunto cuál será ese Mr. Snooks.

Finalmente escogieron a un individuo bajo y regordete, con aspecto decidido, que llevaba un amplio traje a cuadros.

—Si ése no es Snooks, debería serlo —dijo Miss Winchelsea.

En ese momento el guía descubrió la intención de Helen de apropiarse del compartimento.

—Sitio para cinco —voceó al mismo tiempo que hacía una traducción paralela con los dedos.

Un grupo de cuatro personas —padre, madre y dos hijas— todos muy nerviosos, entraron dando tropezones.

—Vale, mamaíta, déjame a mí —dijo una de las chicas mientras aplastaba el sombrero de su madre con un bolso que intentaba colocar en la rejilla.

Miss Winchelsea detestaba a la gente que daba empujones y llamaba a su madre «mamaíta». Después entró un joven que viajaba solo. Según pudo comprobar Miss Winchelsea, su vestimenta no era en absoluto «turista»; su maleta Gladstone era de cuero de calidad, con etiquetas que recordaban sus estancias en Luxemburgo y Ostende, y sus botas, marrones, no eran de las corrientes. Llevaba un abrigo sobre el brazo. Antes de que todos se hubieran acomodado en sus asientos, llegó el revisor y, tras unos cuantos portazos, partieron al fin de la estación de Charing Cross con dirección a Roma.

—¡Imagínate! —gritó Fanny—. ¡Vamos hacia Roma, querida! ¡A Roma! ¡Todavía me parece mentira!

Miss Winchelsea puso fin a la emoción de Fanny con una ligera sonrisa y la señora a quien llamaban «mamaíta» explicó a la gente allí reunida por qué habían estado a punto de perder el tren. Sus dos hijas, tras llamarla de nuevo «mamaíta» varias veces, le hicieron bajar el tono de voz, de un modo poco amable, y la convencieron para que revisara el contenido de su neceser de viaje. Enseguida alzó la vista y exclamó:

—¡Dios mío! ¡No los he traído!

Las dos chicas exclamaron:

—¡Oh, mamaíta!

Pero nadie supo a qué se refería con aquello.

Al cabo de un rato Fanny sacó los Paseos por Roma de Hare, una especie de guía amena, muy popular entre los visitantes de la ciudad; el padre de las dos jóvenes empezó a examinar los billetes minuciosamente, en busca, al parecer, de palabras inglesas. Después de mirarlos por un lado, les dio la vuelta, sacó su pluma y escribió la fecha con sumo cuidado. El joven, tras un discreto examen de los compañeros de viaje, sacó un libro y se puso a leer. Mientras Helen y Fanny se dedicaban a mirar por la ventana para ver Chiselhurst —lugar en el que Fanny tenía interés, pues había sido residencia de la pobre emperatriz de Francia—, Miss Winchelsea aprovechó la oportunidad para observar el libro que el joven sostenía en sus manos. No era una guía, sino un volumen delgado de poesía, encuadernado. Miss Winchelsea le miró a la cara y su rápida mirada descubrió un rostro agradable y distinguido. Llevaba unos pequeños lentes de oro.

—¿Crees que todavía vivirá ahí? —preguntó Fanny, y con esa pregunta la observación de Miss Winchelsea llegó a su fin.

Durante el resto del trayecto Miss Winchelsea habló poco e intentó que sus escasas palabras sonaran refinadas y agradables. Su tono siempre había sido bajo, claro y distinguido, y procuró que en esa ocasión también lo fuera. Mientras pasaban bajo los blancos acantilados, el joven dejó de leer y, cuando por fin el tren se detuvo junto al barco, se preocupó cortésmente por el equipaje de Miss Winchelsea y sus amigas. Miss Winchelsea «detestaba las pamplinas», pero le agradó ver que el joven había captado enseguida que eran damas y las ayudaba sin ninguna afabilidad exagerada; con qué finura dejaba ver que su cortesía no era un pretexto para intromisiones posteriores. Ninguna de las tres había salido de Inglaterra con anterioridad y estaban muy excitadas y algo nerviosas por la travesía del Canal. Formaron un pequeño grupo en el centro del barco —donde el joven había llevado el bolso de viaje de Miss Winchelsea diciéndole que era un buen lugar— y contemplaron cómo las blancas costas de Albión se alejaban. Citaron a Shakespeare y se burlaron de los compañeros de viaje con el tradicional sentido del humor británico.

Se divirtieron particularmente con las precauciones que las personas gruesas tomaban contra las pequeñas olas —predominaban las rodajas de limón y los frascos con brebajes—; una señora se había echado sobre una tumbona, con un pañuelo sobre el rostro, y un hombre robusto y decidido, que llevaba un flamante traje marrón, muy «turista», estuvo paseándose por la cubierta durante toda la travesía, con las piernas tan separadas como la

Providencia le permitía. Todas estas precauciones dieron un resultado excelente, pues nadie se mareó. El grupo de turistas acosaba de tal modo al guía con preguntas por toda la cubierta que a Helen le sugirió la imagen un tanto vulgar de gallinas peleándose por un trozo de corteza de tocino. Finalmente, el guía acabó por esconderse en su camarote. Entretanto, el joven del libro de poesía se encontraba en popa viendo cómo Inglaterra se alejaba, con un aspecto que a Miss Winchelsea le pareció solitario y triste.

Después vino Calais con sus tumultuosas novedades y el joven no olvidó recoger el bolso de Miss Winchelsea y el resto del equipaje. Las tres chicas habían pasado exámenes oficiales de francés en su país, pero como se sentían avergonzadas de su mala pronunciación, el joven les resultó de bastante utilidad, sin extralimitarse en su ayuda. Las instaló en un confortable vagón, se despidió quitándose el sombrero y se marchó. Miss Winchelsea le dio las gracias con su mejor educación y Fanny comentó que era «muy atractivo» cuando aún estaba a sólo unos pasos de distancia.

—Me pregunto quién será —dijo Helen—. Debe de ir también a Italia porque he visto unos billetes de color verde en su cartera.

Miss Winchelsea estuvo a punto de hablarles del libro de poesía, pero decidió no hacerlo. Poco después el paisaje que se veía por las ventanas atrajo su atención y se olvidaron del joven. Viajar por un país cuyos anuncios más comunes estaban escritos en francés les parecía una actividad muy culta, y Miss Winchelsea hizo unas cuantas comparaciones no muy patrióticas entre los pequeños carteles que estaban contemplando junto a la vía y las enormes vallas publicitarias que afean el paisaje inglés.

Pero el norte de Francia es realmente una zona poco interesante y, después de un rato, Fanny volvió a los Paseos de Hare y Helen comenzó a comer. Miss Winchelsea despertó de un ensueño feliz; había estado intentando ser consciente, dijo, de que realmente iba hacia Roma, pero tras una sugerencia de Helen se dio cuenta de que tenía hambre y las tres se dedicaron a consumir las viandas que llevaban en las cestas, con gran alegría. Después de la comida se sintieron cansadas y permanecieron en silencio hasta que Helen preparó el té. Miss Winchelsea habría descabezado un sueño, pero como sabía que Fanny dormía con la boca abierta, y con ellas viajaban dos señoras de edad indeterminada y aspecto criticón que conocían la lengua francesa suficientemente bien como para hablarla, Miss Winchelsea se entregó a la tarea de mantener despierta a Fanny. El movimiento del tren se fue haciendo monótono y el paisaje exterior que desfilaba a través de las ventanas acabó por resultar doloroso para la vista. Antes de la parada nocturna, ya estaban tremendamente cansadas.

Cuando esa parada llegó, fue animada por la aparición del joven, cuyos modales resultaron todo lo correctos que se podía desear y cuyo francés fue de nuevo muy útil. Tenía reserva para el mismo hotel que ellas y, por casualidad, al parecer, se sentó a la mesa al lado de Miss Winchelsea. A pesar de su entusiasmo por Roma, ella había pensado muy profundamente en una eventualidad semejante, y cuando el joven se decidió a hacer un comentario sobre el aburrimiento del viaje —para entonces ya había dejado pasar la sopa y el pescado— ella no sólo se mostró de acuerdo con su observación, sino que le contestó con otra. Pronto empezaron a comparar sus respectivos viajes y Helen y Fanny resultaron cruelmente apartadas de la conversación. Descubrieron que iba a ser un viaje muy parecido: un día de visita a las galerías de Florencia —«según he oído —comentó el joven —, apenas es suficiente»— y el resto en. Roma. Habló de esta ciudad de un modo muy agradable; evidentemente era un hombre culto, pues citó a Horacio al hablar del Soracte. Miss Winchelsea había hecho un trabajo sobre ese libro de Horacio para su ingreso en la universidad y se sintió encantada de poder terminar la cita. Este incidente dio cierto tono a la situación, un toque de refinamiento que lo distinguía de la mera charla. Fanny expresó algunas de sus emociones y Helen intervino con una serie de comentarios sensatos, pero el grueso de la conversación por parte de las chicas recaía naturalmente en Miss Winchelsea.

Antes de que llegaran a Roma, el joven ya pertenecía tácitamente a su grupo. No conocían su nombre ni cuál era su profesión, pero parecía que se dedicaba a la enseñanza y Miss Winchelsea tuvo la sensación de que era catedrático de universidad. De cualquier modo, algo así debería de ser, un personaje culto y refinado, ni exagerado ni inaccesible. Miss Winchelsea intentó descubrir un par de veces si provenía de Oxford o Cambridge, pero él eludió sus tímidos comentarios. Entonces ella buscó la forma de hacerle hablar de dichos lugares para ver si decía «subir» a ellos en vez de «bajar». Sabía que era la forma de reconocer a un hombre de universidad —él empleaba la construcción «de universidad» en vez de «universitario»— en la forma apropiada.

De la Florencia de Ruskin vieron todo lo que el tiempo les permitió; el joven las encontró en la Galería Pitti y la visitó con ellas, con animada charla y, evidentemente, muy agradecido por el reconocimiento que le mostraban. Sus conocimientos sobre arte eran muy vastos, y los cuatro disfrutaron mucho aquella mañana. Visitar las salas y reconocer viejas obras favoritas, o descubrir otras nuevas, resultaba fascinante, especialmente cuando había tanta gente a su alrededor que pasaba las hojas de su Baedeker desesperadamente. Para Miss Winchelsea, que detestaba la pedantería, el joven no tenía nada de pedante. Su claro sentido del humor, sin ser vulgar, era divertido, a costa, por ejemplo, de la obra singular de Beato Angélico. Debajo de eso había una grave seriedad que captaba rápidamente la lección moral de cada cuadro. Fanny se paseaba en silencio entre las obras maestras; reconocía que «sabía tan poco sobre ellas» y confesaba que para ella «todas eran bellas». Miss Winchelsea consideraba los comentarios de Fanny un poco monótonos. Había sentido un gran alivio cuando la última cumbre soleada de los Alpes había desaparecido y con ella los exagerados gritos de admiración de Fanny. Helen hablaba poco aunque Miss Winchelsea ya sabía, desde que estudiaron juntas, que en ella había una cierta falta de sentido estético y no le sorprendía su silencio. Unas veces se reía de las delicadas bromas gastadas por el joven, otras veces no, y en ocasiones parecía perdida para el arte que les rodeaba y prefería sumirse en la contemplación de las ropas de los otros visitantes.

En Roma, el joven las acompañó sólo en algunas ocasiones. Un amigo suyo, bastante «turista», se lo llevaba a veces. El joven se quejaba cómicamente ante Miss Winchelsea.

—Dispongo sólo de dos semanas en Roma —decía—, y mi amigo Leonardo quiere que pase un día completo en Tívoli viendo una cascada.

—¿Qué es su amigo Leonardo? —preguntó Miss Winchelsea bruscamente.

—El trotamundos más entusiasta que nunca he conocido —contestó el joven de un modo simpático, pero insatisfactorio para Miss Winchelsea.

Pasaron unos momentos deliciosos, y Fanny no podía imaginar qué habrían hecho sin él. El interés de Miss Winchelsea y la enorme capacidad de admiración de Fanny eran insaciables. No flaquearon nunca; vieron galerías de pintura y escultura, iglesias llenas de gente, ruinas y museos, árboles de judas y chumberas, carros de vino y palacios: todo, con la mayor resolución. No encontraron ni un pino, ni un eucalipto, pero los nombraban y los admiraban. Nunca dirigieron la vista hacia el monte Soracte, pero prorrumpían en exclamaciones sobre él. Su actitud imaginativa hacía maravillosas las cosas más normales.

—Puede que César haya caminado por aquí —decían—. Rafael debe de haber contemplado el Soracte desde aquí mismo.

Fueron a la tumba de Bíbulo.

—El viejo Bíbulo —dijo el joven.

—El monumento más antiguo de la Roma republicana —añadió Miss Winchelsea.

—Lamento ser tan estúpida —dijo Fanny—, pero ¿quién fue Bíbulo?

Hubo una curiosa y breve pausa.

—¿No fue el que construyó la muralla? —dijo Helen.

El joven le lanzó una mirada rápida y se echó a reír.

—Ese fue Balbo —comentó.

Helen se ruborizó, pero ni él ni Miss Winchelsea hicieron nada por acabar con la ignorancia de Fanny sobre Bíbulo.

Helen se mostraba más taciturna que los demás, pero ella siempre había sido así; solía encargarse de los billetes de tranvía y esas cosas, y de no perderlos de vista si el joven los cogía para decirle luego dónde estaban cuando él los buscaba. Pasaron ratos estupendos en aquella ciudad rojiza, llena de recuerdos, que fue una vez el centro del mundo. Lo único que lamentaban era la falta de tiempo. Decían que los tranvías eléctricos y los edificios de los setenta, junto con el criminal anuncio que resplandecía sobre el foro, ultrajaban sus sentimientos estéticos, pero eso también era parte de la diversión. Y en verdad Roma es un lugar tan maravilloso que Miss Winchelsea llegaba a olvidarse de algunos de sus entusiasmos mejor preparados, y Helen, cogida de improviso, admitía rápidamente la belleza de cosas inesperadas. A Fanny y Helen les habría gustado ver algún escaparate en el barrio inglés, pero la inflexible hostilidad que Miss Winchelsea profesaba contra el resto de los visitantes ingleses hizo imposible visitar tal lugar.

La camaradería intelectual y estética entre Miss Winchelsea y el joven erudito se fue transformando poco a poco en un sentimiento más profundo. La exuberante Fanny hizo todo lo posible por mantenerse a tono con su profunda admiración, expresando sus exclamaciones vigorosamente y diciendo «¡Venga, vamos!» con gran ilusión cada vez que se nombraba un nuevo lugar de interés. Helen, por el contrario, manifestaba una cierta falta de entusiasmo que incomodaba un poco a Miss Winchelsea.

Se negó a ver «algo especial» en la fisonomía de Beatrice Cenci —¡la Beatrice Cenci de Shelley!— en la galería Barberini; un día, mientras los demás lamentaban la existencia de los tranvías, ella empezó a decir con bastante brusquedad que «la gente tenía que desplazarse de algún modo y que utilizar los tranvías era mejor que torturar a los caballos por aquellos horribles cerros». ¡Esos «horribles cerros» eran las Siete Colinas de Roma!

El día que fueron al Palatino, aunque Miss Winchelsea no se enteró de sus comentarios, dijo de pronto a Fanny:

—¡No corras tanto, querida! ¡No les gusta que les alcancemos!

—No intentaba alcanzarles —replicó Fanny aflojando el paso—. De verdad que no —añadió, y estuvo jadeando un minuto.

Pero Miss Winchelsea había encontrado la felicidad. Sólo se daría cuenta de lo feliz que había sido paseando entre aquellas ruinas a la sombra de los cipreses e intercambiando los pensamientos más elevados que el ser humano posee y las impresiones más distinguidas que puedan transmitirse, cuando evocara la tragedia que ocurriría después. Sin que se dieran cuenta, el sentimiento se iba introduciendo en su relación y llegaba a resplandecer claramente y de un modo agradable cuando Helen y su modernidad no estaban demasiado cerca. Su interés pasaba imperceptiblemente de las cosas maravillosas que les rodeaban a los sentimientos más íntimos y personales. La información sobre sus vidas iba surgiendo tímidamente; ella hizo alusión a su escuela, a su éxito en los exámenes, y expresó su alegría porque ya hubiera pasado la época de los «atracones» en los estudios. El joven dejó claro que él también se dedicaba a la enseñanza. Hablaron de la grandeza de su tarea, de la necesidad de vocación para afrontar los detalles molestos, de la soledad que a veces sentían…

Esto ocurrió en el Coliseo, pero no les dio tiempo a más aquel día porque Helen volvió enseguida con Fanny, a la que había llevado a ver las galerías superiores del anfiteatro. Sin embargo, los sueños de Miss Winchelsea, bastante claros y concretos ya, se hicieron realistas en grado extremo. Se imaginaba a aquel atractivo joven instruyendo a sus alumnos del modo más edificante, con ella como modesta compañera y colaboradora intelectual. Se imaginaba un pequeño pero distinguido hogar, con dos escritorios y estantes blancos para unos libros excelentes, y con reproducciones de obras de Rossetti y Burne Jones sobre paredes empapeladas con diseños de Morris y flores en calderos de cobre trabajado. En realidad se imaginaba muchas cosas. En el Pincio pasaron unos ratos deliciosos juntos, mientras Helen se llevaba a Fanny a ver el «muro Torto». El joven le habló con sinceridad. Le dijo que esperaba que su amistad estuviera sólo empezando y que su compañía era para él algo muy preciado, incluso más que eso.

Se puso muy nervioso y se sujetó los lentes con dedos temblorosos, como si temiera que la emoción los fuera a hacer caer.

—Desde luego —dijo—, debería hablarle de mí. Sé que no es normal que me dirija a usted así. Pero como nuestro encuentro ha sido tan accidental, o providencial, tengo que aprovechar la situación. Vine a Roma a hacer un viaje solitario… y he sido tan, tan feliz. Hace muy poco que he conseguido cierta posición… y me he atrevido a pensar… que…

Echó una mirada por encima del hombro y dejó de hablar.

—¡Demonios! —exclamó con claridad, pero Miss Winchelsea no le censuró ese varonil descuido.

Volvió la vista y vio que su amigo Leonardo se aproximaba. Llegó hasta donde ellos se encontraban, se quitó el sombrero para saludar a Miss Winchelsea y sonrió un tanto burlonamente.

—Te he estado buscando por todas partes, Snooks —dijo—. Dijiste que estarías en los escalones de la Piazza hace media hora.

¡Snooks! El nombre fue como un puñetazo en la cara. Ni siquiera oyó su contestación. Más tarde pensó que Leonardo debió de sacar la impresión de que ella era una persona de lo más distraída. La verdad es que ni aún hoy está segura de si fue presentada a Leonardo o no, ni recuerda lo que le dijo. Había sufrido una especie de parálisis mental. De todos los apellidos horribles tenía que ser… ¡Snooks!

Helen y Fanny acababan de llegar; hubo los consiguientes saludos y los jóvenes se marcharon. Con un gran esfuerzo Miss Winchelsea consiguió dominarse y hacer frente a las miradas inquisitivas de sus amigas. Durante toda aquella tarde vivió una vida de heroína bajo el indescriptible ultraje de aquel nombre, teniendo que soportar charlas y comentarios mientras «Snooks» le roía el corazón. Desde el momento en que el nombre resonó en sus oídos, el sueño de su felicidad se había desmoronado. Toda la distinción que había imaginado desapareció y quedó deformada por la vulgaridad inevitable de aquel apellido.

¿De qué le servía ahora un hogar distinguido, con reproducciones de cuadros, el empapelado de Morris y los escriptorios? Sobre todo aquello había ahora una increíble inscripción escrita con letras de fuego: «Mrs. Snooks». Esto puede que al lector le parezca una insignificancia, pero hay que tener en cuenta la delicadeza de espíritu de Miss Winchelsea. Imaginad que sois de lo más refinado y después pensad que tenéis que firmar «Snooks». Miss Winchelsea se imaginaba a todas las personas que más detestaba llamándola Mrs. Snooks y sentía el apellido pronunciado con un cierto tono insultante. Veía una tarjeta de visita gris en la que el apellido Winchelsea escrito con letras de plata había sido triunfalmente borrado por una flecha, la de Cupido, en favor de «Snooks». ¡Degradante confesión de debilidad femenina! Se imaginaba el terrible alborozo de ciertas amigas, de aquellos primos tenderos de los que su creciente exquisitez le había apartado. ¡Con qué grandes letras escribirían el apellido en el sobre que enviarían con sus sarcásticas felicitaciones!

—¡Es imposible! —murmuró—. ¡Es imposible! ¡Snooks!

Lo lamentaba por él, pero no tanto como por ella misma. De repente sintió una cierta indignación hacia el joven. Ser tan agradable, tan refinado, y no dejar de llamarse «Snooks» ni un momento. Esconder bajo una pretenciosa gentileza de trato el emblema siniestro de su apellido era una especie de traición. Expresado en el lenguaje de la ciencia sentimental, sentía que se había burlado de ella.

Pasó, por supuesto, por algunos momentos de terrible incertidumbre; incluso en una ocasión, un sentimiento semejante a la pasión estuvo a punto de hacer que perdiera su distinción. Había algo en su interior, un incorruptible vestigio de vulgaridad que hacía persistentes tentativas por probar que Snooks no era después de todo un apellido tan feo. Pero toda vacilación desapareció ante el comportamiento de Fanny cuando ésta llegó y le dijo, con aire catastrófico, que ella también conocía la desgracia. La voz de Fanny se redujo a un susurro mientras pronunciaba «Snooks». Miss Winchelsea no quiso dar ninguna contestación al joven cuando por fin, en la villa Borghese, pudo charlar un minuto con él; pero prometió que le contestaría por escrito.

Le entregó la carta dentro del pequeño libro de poesía que le había prestado, aquel librito que les había unido al principio. Su rechazo era ambiguo, lleno de alusiones. No podía explicarle por qué le rechazaba, del mismo modo que no se puede hablar a un jorobado de su joroba. Él ya debía de tener una idea sobre el innominable carácter de su apellido. En verdad —ahora se daba cuenta Miss Winchel— se había evitado pronunciarlo en una docena de ocasiones. Ella le habló de «obstáculos que no podía salvar» y «razones por las que resultaba imposible lo que le pedía». Al escribir el nombre en el sobre sintió un escalofrío: «E. K. Snooks».

Las cosas empezaron a ponerse peor de lo que esperaba; el joven le pidió una explicación. ¿Cómo podía ella explicarse? Aquellos dos últimos días en Roma habían sido horribles. El aire de perplejidad y asombro del joven le rondaba continuamente en la cabeza. Sabía que le había dado ciertas esperanzas y no tenía el valor suficiente de examinar su mente para ver hasta dónde había llegado. Suponía que el joven debía de considerarla un ser tremendamente voluble. Ahora que se batía en retirada no quiso escuchar sus sugerencias acerca de una pretendida correspondencia cuando dejaran de verse. En este asunto Snooks hizo algo que a Miss Winchelsea enseguida le pareció delicado y romántico: utilizó a Fanny como intermediario. Fanny no supo guardar el secreto y aquella misma noche corrió a contárselo a su amiga con el transparente pretexto de pedirle consejo.

—Mr. Snooks —dijo Fanny—, quiere escribirme. ¡Imagínate! Ni me había dado cuenta. Pero ¿tú crees que debo permitírselo?

Hablaron sobre ello largo y tendido y Miss Winchelsea tuvo cuidado para no retirar el velo que cubría el corazón de su amiga. Empezaba a arrepentirse de haber dejado pasar las sugerencias de carteo que el joven le había hecho.

¿Por qué no iba ella a saber de él de vez en cuando, por muy desagradable que le resultara su apellido? Miss Winchelsea decidió que podía permitírselo y Fanny le dio un beso de buenas noches con una emoción inusual. Cuando su amiga se hubo marchado, Miss Winchelsea se sentó junto a la ventana de su habitación durante un largo rato. Había luna llena y en la calle un hombre cantaba «Santa Lucía» con una ternura que le partía el corazón… La joven se quedó inmóvil.

Susurró una palabra con suavidad: «Snooks». Después se puso en pie y, tras un profundo suspiro, se fue a la cama. A la mañana siguiente el joven le dijo con decisión:

—Espero noticias suyas a través de su amiga.

Mr. Snooks las vio marchar de Roma con aquella patética perplejidad interrogante aún sobre su rostro, y de no haber sido por Helen se habría quedado con el bolso de Miss Winchelsea a modo de recuerdo enciclopédico. Durante el viaje de vuelta a Inglaterra, Miss Winchelsea hizo prometer a Fanny, en seis ocasiones distintas, que le escribiría unas cartas larguísimas. Fanny, al parecer, iba a vivir bastante cerca de Mr. Snooks. Su nueva escuela —siempre estaba cambiando de escuela— distaba sólo cinco millas de Steely Bank, y era precisamente en la universidad politécnica de esa ciudad y en otro par de universidades de primer orden donde Mr. Snooks ejercía su profesión. Incluso podría verle en ocasiones. Las dos amigas no pudieron hablar mucho de él —siempre le llamaban «él», nunca «Mr. Snooks»—, pues Helen estaba siempre dispuesta a decir cosas desagradables sobre ese tema. Desde los tiempos de la vieja escuela normal, el carácter de esa joven se había agriado considerablemente, pensó Miss Winchelsea; se había vuelto dura y cínica. Decía que el joven tenía un rostro débil, confundiendo debilidad y delicadeza, como suele hacer la gente de su especie, y cuando se enteró de que su apellido era Snooks, dijo que ya se esperaba ella algo parecido. Después de eso, Miss Winchelsea se mostró muy cuidadosa a la hora de expresar sus sentimientos, aunque Fanny fue menos discreta.

Las chicas se separaron en Londres y Miss Winchelsea volvió, con renovada vitalidad, al colegio femenino de segunda enseñanza en el que había prestado sus servicios como profesor ayudante durante los tres años anteriores. Su nuevo interés en la vida radicaba en la correspondencia con Fanny a quien, para darle ejemplo, le escribió una larga y descriptiva carta a los quince días de su regreso. Fanny contestó de una manera decepcionante. La verdad es que no tenía dotes literarias, pero lo que a Miss Winchelsea le resultaba asombroso era verse deplorando la falta de aptitudes de una amiga. Incluso llegó a criticar la carta en voz alta, en la segura soledad de su estudio, y su crítica, expresada con gran amargura fue: «¡Sandeces!». En la carta Fanny contaba lo mismo que Miss Winchelsea le había contado en la suya: detalles del colegio. Y de Mr. Snooks, sólo esto: «He recibido una carta de Mr. Snooks y se ha pasado a verme los dos últimos sábados por la tarde. Habló de ti y de Roma; los dos hablamos de ti. Cómo te deben de haber silbado los oídos, querida…».

Miss Winchelsea reprimió su deseo de solicitar una explicación más precisa y volvió a escribir una dulce y larga carta. «Háblame de ti, querida. Aquel viaje renovó nuestra antigua amistad y quiero, de verdad, seguir en contacto contigo». En la quinta página citaba simplemente a Mr. Snooks para decir que le alegraba que le hubiera visto y que si alguna vez preguntaba por ella le diera afectuosos recuerdos (subrayado). Fanny contestó de la manera más estúpida sobre el tema de su «antigua amistad», recordando a Miss Winchelsea una docena de estupideces sobre los días de la escuela normal y sin decir una sola palabra de Mr. Snooks.

Miss Winchelsea estuvo casi una semana tan enfadada por el fracaso de Fanny como intermediario que no quería escribirle. Por fin redactó una carta con menos efusión en la que le preguntaba directamente: «¿Has visto a Mr. Snooks?». La respuesta de Fanny fue inesperadamente satisfactoria. «Sí, he visto a Mr. Snooks», contestó, y después de nombrarle continuó hablando de él; todo era Snooks: Snooks esto, Snooks lo otro. Iba a dar una conferencia, decía Fanny entre otras cosas. Sin embargo, después del primer momento de alegría, esta carta tampoco le satisfacía del todo. Fanny no hacía alusión a un posible comentario de Mr. Snooks sobre Miss Winchelsea, ni citaba que tuviera aspecto pálido y abatido como debería de estar ocurriendo. Pero he aquí que antes de que le hubiera contestado, llegó una segunda carta de Fanny sobre el mismo tema; un verdadero chorro de palabras que ocupaban seis hojas escritas con su dilatada letra femenina.

En esa segunda carta había algo bastante extraño que Miss Winchelsea sólo advirtió cuando releyó la carta por tercera vez. La natural femineidad de Fanny había prevalecido incluso frente a las claras y rotundas tradiciones de la escuela normal; era una de esas débiles criaturas que hacían todas las m, las n y las u, y las r y las e, iguales y que dejaban las o y las a abiertas y las i sin punto. De ese modo, sólo después de una trabajosa comparación entre varias palabras Miss Winchelsea quedó convencida de que Mr. Snooks no era en absoluto Mr. «Snooks». En la primera carta de Fanny sí era Mr. «Snooks», pero en la segunda su amiga había modificando la ortografía y era Mr. «Senoks». A Miss Winchelsea le tembló claramente la mano cuando dio la vuelta a la hoja: ¡significaba tanto para ella! Le había empezado a parecer que un apellido como Snooks sólo podría evitarse a un precio demasiado alto y, de pronto, ¡esta solución! Repasó las seis hojas, todas salpicadas con ese nombre comprometido y, en todos los casos, la primera letra después de la S tenía la forma de una e. Durante un rato se paseó por la habitación con la mano en el corazón.

Pasó todo un día reflexionando sobre el cambio mientras elaboraba mentalmente una carta que debía ser a la vez discreta y efectiva, y pensando en lo que iba a hacer una vez que recibiera la respuesta. Si la alteración de la ortografía era algo más que una extraña rareza de Fanny, estaba decidida a escribir directamente a Mr. Snooks. Había llegado al punto en que la discreción en el comportamiento resulta inútil. Aún no había inventado la excusa, pero el tema de la carta estaba claro en su mente, incluyendo la insinuación de que «las circunstancias de mi vida han cambiado enormemente desde que nos conocimos». Pero nunca llegó a expresar tal insinuación por escrito. Llegó una tercera carta de aquella caprichosa corresponsal que era Fanny. En la primera línea se proclamaba «la chica más feliz del mundo».

Miss Winchelsea estrujó la carta en la mano sin leer el resto y, con la cara repentinamente rígida, se sentó. Había recibido la carta justo antes de ir a clase y la había abierto cuando los alumnos de tercero de matemáticas estaban trabajando. Después reanudó su lectura dando apariencia de gran serenidad. Pero tras la primera hoja, pasó a leer la tercera sin darse cuenta del error: «… le dije francamente que no me gustaba su nombre», era el comienzo de la tercera hoja. «Me contestó que a él tampoco, ya conoces esa especie de repentina franqueza que tiene». Miss Winchelsea la conocía. «Entonces le dije: ¿No podría cambiarlo? Al principio dijo que no sabía cómo. Después, bueno, me dijo lo que significa su nombre. Significa “Sevenoaks”, pero ha llegado a convertirse en Snooks; tanto los Snooks como los Noaks, apellidos terriblemente vulgares, son en realidad deformaciones de “Sevenoaks”. Así que le dije —a veces tengo ideas brillantes— si de Sevenoaks derivó a Snooks, ¿por qué no volver de Snooks a Sevenoaks? Y el resultado es, querida, que no ha podido negármelo y ha cambiado su apellido de Snooks a Senoks en los anuncios de su nueva conferencia. Y después, cuando estemos casados, le pondremos un apóstrofe y lo convertiremos en “Se’noks”. ¿No te parece encantador por su parte el que haya tomado en consideración una sugerencia mía por la que muchos otros hombres se hubieran ofendido? Pero él es así, tan encantador como inteligente. Sabía tan bien como yo que le habría aceptado a pesar de su apellido, aunque se hubiera llamado diez veces Snooks. Pero aún así me ha dado el gusto».

Los alumnos se sobresaltaron al oír el ruido de papeles desgarrados con rabia y, al levantar la vista, vieron a Miss Winchelsea que, con cara pálida, estrujaba en la mano unos cuantos trozos de papel. Durante unos segundos sus fijas miradas se cruzaron y después su expresión se tornó más familiar.

—¿Ha hecho alguien ya el problema número tres? —preguntó en tono sosegado.

Después de aquello continuó serena, pero tuvo que hacer esfuerzos por imponerse durante el resto del día. Pasó dos laboriosas tardes escribiendo diversos tipos de carta antes de encontrar una forma decorosa de felicitar a Fanny. Su razón luchaba desesperadamente contra la convicción de que su amiga se había comportado de un modo extraordinariamente desleal.

Uno puede ser extremadamente distinguido y sentirse emocionalmente deshecho. Ciertamente, ese era el estado de Miss Winchelsea. Tenía ataques de hostilidad hacia el sexo masculino, que extendía sin compasión al resto de la humanidad. «Conmigo no se atrevió —se decía—. Pero Fanny es linda y sonrosada, dulce y necia: un partido excelente para un hombre». A modo de regalo de boda le envió un volumen de poesía de George Meredith, cuidadosamente encuadernado, y Fanny le contestó con una carta groseramente feliz en la que le decía que el volumen era «preciosísimo». Miss Winchelsea tenía la esperanza de que algún día Mr. Senoks tomaría aquel libro entre sus manos y pensaría en quién lo había regalado. Fanny le escribió varias veces antes de su boda, (continuaba con su leyenda favorita de la «antigua amistad»), para describirle su felicidad con todo detalle. Miss Winchelsea escribió a Helen por primera vez desde el viaje a Roma, sin decirle nada de la boda, pero expresándole sus más cordiales sentimientos.

Habían estado en Roma en Semana Santa y Fanny se casó durante las vacaciones de agosto. Escribió a Miss Winchelsea una extensa carta en la que describía su llegada al hogar y la estupenda disposición de su casita, «tan chiquitina.» Mr. Senoks estaba empezando a adquirir en el recuerdo de Miss Winchelsea una distinción que no tenía nada que ver con la realidad y en vano intentaba imaginarse su grandeza cultural dentro de aquella casa «tan chiquitina». «Estoy muy ocupada pintando un rinconcito —escribía Fanny con su amplia letra hacia el final de la tercera hoja—, así que perdona que no te cuente más». Miss Winchelsea le contestó con su mejor estilo, burlándose con gracia de las tareas de Fanny y deseando con vehemencia que Mr. Se’noks viera la carta. Era únicamente esa esperanza lo que le daba fuerzas para escribir y contestar no sólo aquella carta sino otra en noviembre y otra en Navidad.

Las dos últimas contenían insistentes invitaciones para que fuera a Steely Bank durante las vacaciones de Navidad. Intentó convencerse de que él le había dicho a Fanny que la invitara, pero aquello tenía todo el aspecto de ser algo que partía de la desbordante afabilidad de Fanny. Miss Winchelsea no hacía más que pensar que él ya debería de estar arrepentido de su error; y tenía más que esperanzas de que en breve recibiría una carta de él que comenzara: «Querida amiga». Había algo sutilmente trágico en su separación que era de gran valor para ella: un triste equívoco. Haber sido rechazada hubiera sido intolerable. Pero él nunca escribiría una carta que comenzara: «Querida amiga».

Durante dos años Miss Winchelsea no encontró el momento de ir a visitar a sus amigos, a pesar de las reiteradas invitaciones de Mrs. Sevenoaks: ya era así, con todas las letras, a partir del segundo año. Un día, hacia Semana Santa, se sintió sola y sin nadie en el mundo que la comprendiera y su mente recurrió una vez más a lo que se conoce como «amistad platónica». Fanny era, claramente, una persona feliz y dedicada a sus nuevas tareas domésticas, pero él, sin lugar a dudas, debía de tener sus horas de soledad. ¿No se habría acordado alguna vez de aquellos días en Roma, perdidos ahora para siempre? Nadie le había entendido como él, nadie en el mundo. Volver a hablar con él sería un gran placer lleno de melancolía; y ¿qué mal podría haber en ello? ¿Por qué debería negarse a sí misma ese deseo? Aquella noche escribió un soneto al que sólo le faltaron los dos últimos versos del segundo cuarteto, que no le salieron, y al día siguiente escribió una deliciosa nota en la que anunciaba a Fanny su llegada.

Y así volvió a verle.

Desde el primer encuentro fue evidente que no era el mismo; parecía más fuerte y menos nervioso. Miss Winchelsea pudo apreciar rápidamente que su conversación había perdido su antigua delicadeza. Incluso encontró una justificación para el comentario de Helen acerca de la debilidad de su rostro: realmente ciertos rasgos eran débiles. Parecía ocupado y volcado en sus asuntos, e incluso debía de creer que Miss Winchelsea había ido a ver a Fanny. Se pasó la cena hablando con su mujer de un modo muy inteligente y con Miss Winchelsea sólo mantuvo una corta conversación que no condujo a nada. No hizo referencia alguna a Roma y estuvo todo el rato atacando a un individuo que le había robado una idea para hacer un libro de texto, idea que a Miss Winchelsea no le pareció tan maravillosa. Descubrió que había olvidado más de la mitad de los nombres de los pintores cuyas obras habían disfrutado en Florencia.

Fue una semana tristemente decepcionante y Miss Winchelsea se alegró cuando llegó a su fin. Eludió posteriores visitas con varias excusas. Unos años después, el cuarto de los invitados fue ocupado por dos niños y las invitaciones cesaron. La intimidad de sus cartas había desaparecido mucho tiempo antes.

EL SUEÑO DE ARMAGEDDON

El hombre de cara pálida subió al vagón en Rugby. A pesar de las prisas del mozo que le llevaba el equipaje, se movía con lentitud; advertí, cuando aún se encontraba en el andén, que parecía encontrarse muy enfermo. Tras lanzar un suspiro, se dejó caer en el asiento situado frente al mío, hizo un intento por arreglar su manta de viaje y después se quedó inmóvil, con la mirada perdida en el vacío. Al cabo de un rato pareció darse cuenta de que le observaba. Me miró y estiró una mano extremadamente débil en dirección a su periódico. Luego volvió de nuevo la vista hacia mí.

Fingí leer. Temí haberle molestado involuntariamente, pero al momento me sorprendió encontrarle dirigiéndose a mí.

—Perdón —dije—, ¿decía usted?

—Ese libro —repitió mientras señalaba con un dedo huesudo—, es sobre sueños ¿verdad?

—Desde luego —le contesté, pues se trataba de los Estados del Sueño de Fortnum-Roscoe y el título aparecía en la cubierta.

Permaneció en silencio durante un rato, como si estuviera buscando las palabras.

—Sí —dijo por fin—, pero no le dicen a usted nada.

Al principio no entendí lo que quería decir.

—No saben —añadió.

Le miré a la cara con un poco más de atención.

—Hay sueños —dijo—, y sueños.

Nunca suelo discutir ese tipo de enunciados.

—Supongo… —dijo titubeando—. ¿Sueña usted alguna vez? Quiero decir —añadió—, algo que se le quede fuertemente grabado en la memoria.

—Sueño muy poco —contesté—. Dudo que tenga más de tres sueños al año que pueda recordar.

—¡Ah! —exclamó, y por un momento pareció dedicarse a rememorar sus pensamientos.

—¿Y a usted no se le mezclan sueños y recuerdos? —preguntó directamente—. ¿No se ha encontrado alguna vez ante la duda de decir: «habrá ocurrido esto o no»?

—Casi nunca —contesté—. Sólo de vez en cuando, y apenas me dura. Supongo que lo que usted dice le pasa a muy poca gente.

—¿Habla él…? —dijo señalando el libro.

—Sí, dice que a veces ocurre —contesté—, y da la explicación usual, referente a la intensidad de la impresión y todo eso, para demostrar que, como regla general, no suele suceder. Supongo que usted sabrá algo de estas teorías… —añadí.

—Un poco —contestó—, fundamentalmente que todas son erróneas.

Sus dedos afilados jugaron con la correa de la ventanilla durante un rato. Me dispuse a proseguir con mi lectura, lo que pareció precipitar un nuevo comentario por su parte; se inclinó hacia mí, como si fuera a tocarme y dijo:

—¿No hay algo que se llama sueño consecutivo, es decir, que se repite noche tras noche?

—Creo que sí —contesté—. Se citan casos de ese tipo en la mayoría de los tratados sobre trastornos mentales.

—¡Trastornos mentales! —exclamó—. Bueno, puede que lo sean; al menos es el lugar que les corresponde. Pero a lo que me refiero —añadió mirando sus nudillos descarnados—, es a si se trata siempre de un sueño. ¿Es un sueño o es algo más? ¿No podría ser algo distinto?

De no haber sido por la preocupación ojerosa que mostraba su rostro, habría rechazado su monótona conversación. Aún recuerdo su mirada mortecina y sus párpados enrojecidos; tal vez conozcáis ese tipo de mirada.

—No se trata solamente de un tema de conversación —dijo—. Es un asunto que me está destrozando.

—¿Se refiere a los sueños? —pregunté.

—Si usted quiere llamarlo así… —repuso—. Noche tras noche… y de un modo tan real. Esto —dijo señalando el paisaje que desfilaba tras la ventanilla parece irreal en comparación. Apenas puedo recordar quién soy, a qué me dedico…

Se detuvo.

—Incluso ahora…

—Usted quiere decir que el sueño es siempre el mismo ¿no? —pregunté.

—Ya ha terminado —repuso.

—¿Cómo?

—He muerto.

—¿Muerto?

—Destrozado y muerto. Todo lo que había en mi sueño ha muerto para siempre. Soñé que era otro hombre, que vivía en otra parte del mundo y en una época diferente. Soñé con ello noche tras noche, y noche tras noche me desperté en aquella otra vida. Nuevas escenas y acontecimientos… hasta que llegó el último.

—¿En el que usted murió?

—Eso es. En el que morí.

—Y a partir de entonces…

—No —dijo—. Ya nada, gracias a Dios; aquello fue el final del sueño.

Era evidente que yo quería que me contara el sueño. Después de todo, tenía una hora por delante, la luz iba disminuyendo con rapidez y Fortnum Roscoe resultaba un poco aburrido.

—Vivía usted en una época diferente —dije—, ¿quiere eso decir en otro siglo?

—Sí.

—¿Pasado?

—No, no. Futuro.

—¿El año tres mil, por ejemplo?

—No sé qué año era. Lo sabía cuando estaba dormido, cuando soñaba quiero decir, pero ahora que estoy despierto no lo sé. Hay muchas cosas que he olvidado desde que desperté de esos sueños, aunque las sabía cuando estaba, supongo, soñando. Ellos llamaban al año de una forma distinta a la nuestra… ¿Cómo lo llamaban? —dijo llevándose la mano a la frente—. No, lo he olvidado.

Sonrió débilmente. Durante un rato temí que no tuviera la intención de contarme su sueño. Como regla general, detesto a la gente que cuenta sus sueños, pero éste me impresionaba de un modo especial. Incluso quise ayudarle.

—Comenzaba… —le sugerí.

—Desde el principio fue muy real. Me daba la impresión de que despertaba en él de repente. Resulta curioso que en estos sueños nunca me acordara de la vida que ahora vivo. Era como si la vida onírica fuera suficiente mientras duraba. Tal vez… Pero ya le contaré cómo me encuentro cuando haya hecho lo posible por recordarlo todo. No me acuerdo absolutamente de nada hasta el momento en que me veo sentado en una especie de terraza que da al mar. Me había quedado adormilado y de pronto me desperté, fresco y despejado, sin la menor apariencia de estar soñando, porque la chica había dejado de abanicarme.

—¿La chica?

—Sí, la chica. No me interrumpa o perderé el hilo del relato.

Se detuvo bruscamente.

—¿No creerá que estoy loco, verdad?

—No —contesté—; ha estado soñando, eso es todo. Pero siga contándome su sueño.

—Como decía, me desperté porque la chica había dejado de abanicarme. No me sorprendió encontrarme allí, ni nada de eso, usted ya me entiende. No sentía que mi aparición hubiera sido repentina. Sencillamente acepté la situación tal y como era. Todo recuerdo que pudiera tener sobre esta vida, esta vida decimonónica, se desvaneció al despertarme, desapareció como un sueño. Sabía todo acerca de mi persona, sabía que mi nombre ya no era Cooper, sino Hedon, y conocía mi posición en el mundo. He olvidado muchas cosas desde que desperté —hay una gran falta de cohesión—, pero entonces todo parecía bastante claro y evidente.

Volvió a dudar y, tras agarrar la correa de la ventanilla de nuevo, acercó su rostro al mío y con mirada suplicante me dijo:

—Todo esto le parecerán tonterías ¿no?

—En absoluto —exclamé—. Continúe. Dígame cómo era la terraza.

—No era verdaderamente una terraza, pero no sé qué otro nombre darle. Era pequeña y daba al sur. Estaba toda en sombra menos el semicírculo sobre el balcón desde el que se veía el cielo y el mar y el rincón en el que estaba la chica. Me encontraba echado en un sofá, un sofá de metal con cojines a rayas, y la chica estaba asomada al balcón, de espaldas a mí. La luz del amanecer le rozaba los oídos y las mejillas. Su precioso cuello blanco, decorado con unos pequeños rizos, y sus pálidos hombros recibían la luz del sol mientras toda la elegancia del resto de su cuerpo quedaba disimulada por una fría sombra azulada. Su vestido —¿cómo podría describirlo?— era holgado y ligero. Al verla allí, delante de mí, pensé en lo bella y atractiva que era, como si nunca antes la hubiera visto. Cuando por fin suspiré y me puse en pie, apoyándome en un brazo, volvió su rostro hacia mí…

El hombre se detuvo.

—Llevo viviendo cincuenta y tres años en este mundo. He tenido madre, hermanas, amigas, esposa e hijas de las que conozco todos sus rostros y gestos. Pero el semblante de esta chica es para mí mucho más real. Puedo evocarlo y verlo de nuevo. Podría dibujarlo o pintarlo. Y después de todo…

Se detuvo de nuevo, pero yo no dije nada.

—Es el rostro de un sueño, el rostro de un sueño. Era bella, pero no con esa belleza que es terrible, fría y venerable, como la de una santa. Tampoco era la belleza que provoca fieras pasiones. Se trataba de una especie de resplandor, de unos labios dulces que se ablandaban en sonrisas y de unos ojos grises y solemnes. Se movía con elegancia; parecía participar de todas las cosas agradables y dulces…

Se volvió a detener y esta vez agachó la cabeza y ocultó el rostro. Después, alzó la vista y continuó, sin hacer ningún otro intento por disimular su fe absoluta en la realidad del relato.

—Verá —continuó—. Yo había renunciado a mis planes y ambiciones y había abandonado todo aquello que había ansiado y por lo que había trabajado, a cambio de su amor. En el norte, lejos de allí, yo era un hombre poderoso, con influencia y riqueza, y con una gran reputación, pero nada de todo esto era digno de compararse con ella. Y con ella había llegado a ese lugar, a esa ciudad de placer y de sol, y había acabado con todo lo anterior definitivamente para salvar al menos lo que quedaba de mi vida. Mientras estuve enamorado de ella antes de saber si me correspondía, antes de imaginar que ella se arriesgaría, que nos arriesgaríamos los dos, toda mi vida me pareció vana y absurda, polvo y cenizas. Y así era. Noche tras noche, y durante largos días, la había ansiado y deseado… ¡Mi alma se había estado debatiendo contra lo prohibido!

»Pero resulta imposible para un hombre contar estas cosas con exactitud. Es una emoción, un matiz, un resplandor que va y viene. Sólo mientras dura, todo cambia, absolutamente todo. El hecho es que me marché y les dejé en medio de su Crisis para que se las arreglaran como pudieran.

—Dejó, ¿a quién? —pregunté con confusión.

—A la gente del norte. En el sueño yo era un hombre importante, de esos en los que la gente confía y se agrupa a su alrededor. Millones de personas que nunca me habían visto antes estaban dispuestas a hacer cosas y a arriesgarse por la confianza que tenían depositada en mí. Llevaba años jugando ese juego importante y laborioso, ese monstruoso juego político, rodeado de intrigas y traiciones, discursos y agitación. Aquel era un mundo vasto y confuso, y por fin yo era el jefe de los que se habían rebelado contra la camarilla —ya sabe, se llamaba así a esa especie de mezcla de proyectos ruines y bajas ambiciones con estupideces emocionales ampliamente extendidas y algunos tópicos—, contra esa camarilla que mantenía al mundo en la ceguera y el desorden año tras año y que seguía dirigiéndolo hacia un desastre sin fin. Pero sé que es imposible que usted comprenda las sombras y complicaciones de aquel año —sea cual fuese— u otro posterior. Todo estaba, hasta los más mínimos detalles, en mi sueño. Supongo que había estado soñando con aquello antes de despertarme y el recuerdo borroso de alguna extraña innovación que yo había imaginado todavía me rondaba mientras me frotaba los ojos. Era un asunto sórdido, y le di gracias a Dios por la luz del sol que recibía. Me incorporé y me quedé sentado sobre el sofá contemplando a la joven y alegrándome de haber escapado de aquel tumulto de locura y violencia antes de que fuera demasiado tarde. Después de todo, pensé, así es la vida; el amor y la belleza, el deseo y el deleite, ¿acaso no valen más que todas aquellas disputas siniestras por alcanzar unas metas imprecisas y gigantescas? Me culpaba a mí mismo por haber querido ser un líder cuando podía haber entregado mis días al amor. Pero luego me di cuenta de que, de no haber pasado mi juventud de un modo austero, habría derrochado mis energías con mujeres viles y despreciables, y, sólo de pensarlo, todo mi ser se estremeció de amor y ternura hacia mi amada, la adorada mujer que por fin había aparecido y me había impulsado con su en-canto irresistible a abandonar aquella vida.

»—Te mereces todo —dije sin intención alguna de ser oído—; te lo mereces, querida. Te mereces orgullo, alabanza y todo lo demás. ¡Mi amor! Tenerte vale más que todo eso junto.

»Al oír el murmullo de mi voz, ella se volvió.

»—Ven —exclamó; aún puedo oír su voz—. Ven a ver salir el sol por el monte Solaro.

»Recuerdo que me puse en pie de un salto y me reuní con ella en el balcón. Posó su mano blanca sobre mi hombro y con la otra señaló hacia unas grandes masas de piedra caliza que enrojecían como si cobraran vida. Miré, después de observar cómo acariciaba el sol sus mejillas y su garganta. ¿Cómo podría describirle a usted la escena que teníamos ante nosotros? Estábamos en Capri…

—Lo conozco —dije—. He escalado el monte Solaro y he bebido en su cima el vero Capri, un licor turbio como la sidra.

—¡Ah! —exclamó el tipo de la cara pálida—; entonces tal vez pueda usted decirme, es decir, usted sabrá si realmente era Capri. Porque yo no he estado allí en mi vida. Déjeme que se lo describa. Estábamos en una pequeña habitación, una de las muchas que había, muy fresca y soleada, excavada en la piedra de una especie de promontorio que se elevaba sobre el mar. Toda la isla era un hotel enorme, cuya complejidad resulta difícil de explicar, y al otro lado había kilómetros de hoteles flotantes y gigantescas plataformas sobre el mar en las que las máquinas voladoras tomaban tierra. Llamaban a aquello una ciudad del placer. Desde luego no había nada de eso en su época, o mejor dicho, no hay nada de eso ahora. ¡Ahora! ¡Por supuesto!

»Bien. Nuestra habitación estaba en el extremo del promontorio, de modo que podíamos mirar al este y al oeste. Hacia el este había un gran acantilado, de unos mil pies de altura, de un color gris frío con una brillante franja dorada, y más allá estaba la Isla de las Sirenas y una costa baja que se fundía con el esplendoroso amanecer. Al volverse hacia el oeste se divisaba, cercana y nítida, una pequeña bahía con una playita aún en sombra. Y fuera de ésta se alzaba el monte Solaro, alto y rígido, con su cima rosa y dorada, como una belleza entronizada, mientras la luna blanca flotaba tras él en el cielo. Ante nuestra vista se extendía un mar multicolor salpicado con pequeñas barcas de vela.

»Hacia el este, evidentemente, esas barcas eran grises y diminutas, pero hacia el oeste mostraban un color dorado, brillante, casi como el de llamas encendidas. Y a nuestros pies se alzaba una roca en la que se había labrado un arco que la atravesaba. El azul de las olas se convertía en verde espumoso cuando rompían contra las rocas. Un barco de remos pasó deslizándose por debajo del arco.

—Conozco esas rocas —exclamé—. Casi me ahogo allí. Se llaman los Faraglioni.

—¿I Faraglioni? Sí, así las llamó ella —contestó el hombre del semblante pálido—. Había una historia sobre eso… pero…

Volvió a llevarse la mano hacia la frente.

—No —dijo—, la he olvidado. Bueno, esto es lo primero que recuerdo, el primer sueño que tuve; aquella habitación en sombra y la hermosura del cielo y el aire, mi amada con sus brazos relucientes y su elegante vestido, y cómo nos sentamos y charlamos quedamente. Hablábamos así, no porque alguien pudiera oírnos, sino porque existía todavía tal serenidad de espíritu entre nosotros que nuestros pensamientos se asustaban un poco, creo yo, de verse por fin expresados en palabras. Por eso salían con suavidad.

»Más tarde sentimos hambre y salimos de la habitación por un extraño corredor cuyo suelo era móvil, hasta llegar a un gran salón comedor en el que había una fuente y música. Era un lugar alegre y atractivo, muy fresco y soleado, envuelto por el murmullo de instrumentos de cuerda. Nos sentamos y comimos intercambiando sonrisas, sin prestar atención al tipo que me miraba desde una mesa cercana.

»Luego fuimos a la sala de baile; pero me resulta imposible describirla. El lugar era enorme, mayor que cualquier edificio que usted pueda haber visto, y a un lado estaba la vieja puerta de Capri, incrustada en el muro de una galería superior. Unas vigas ligeras y unos tallos e hilos de oro brotaban de sus columnas como chorros de una fuente, ondeaban por el techo y se entrelazaban, como en una aurora, en difíciles juegos malabares. Alrededor del gran círculo reservado a los bailarines había hermosas figuras, dragones extraños y siluetas de aspecto grotesco, maravillosas e indescriptibles, que sostenían unos candelabros. El lugar estaba inundado de una luz artificial que suponía un ultraje para el día que comenzaba. Mientras avanzábamos entre la multitud, la gente se volvía a mirarnos, pues todo el mundo conocía mi nombre y mi rostro, así como mi decisión de abandonar orgullo y disputas para ir a aquel lugar. Y también miraban a la dama que me acompañaba, aunque se desconocía o falseaba el relato de cómo había llegado a mi lado. Yo era consciente de que algunos de los hombres que allí se encontraban, a pesar de la vergüenza y deshonor que habían caído sobre mi nombre, me consideraban un hombre feliz.

»La atmósfera estaba llena de música, de perfumes delicados, del ritmo de armoniosos movimientos. Millones de personas atractivas pululaban por la sala, llenaban las galerías y descansaban en otros tantos rincones; llevaban ropas de colores espléndidos y coronaban sus cabezas con flores. Miles de ellos bailaban en el gran círculo, bajo las imágenes blancas de los dioses antiguos, mientras unos cortejos gloriosos de mozos y doncellas iban y venían. Nosotros dos también bailamos, pero no los bailes aburridos de su época, de ésta quiero decir, sino bailes que eran fastuosos, embriagadores. Todavía recuerdo a mi amada bailando con gran alegría. Su rostro era serio, con una gran dignidad, y sin embargo me sonreía y acariciaba… me sonreía y acariciaba con la mirada.

»La música era distinta —murmuró—. Era… no sé cómo describirla; pero era infinitamente más rica y variada que cualquier otra música que haya escuchado despierto.

»Después, una vez que dejamos de bailar, un hombre se acercó a hablarme. Era un individuo delgado, con aspecto decidido y vestido de un modo demasiado sobrio para un lugar como aquél. Me había fijado en él mientras me observaba en el salón y había evitado su mirada cuando pasamos por el comedor.

»Pero ahora que nos habíamos sentado en un rincón y sonreíamos con placer a todos los que iban de un lado para otro sobre aquel suelo reluciente, el tipo se acercó, me dio en el hombro y se dirigió a mí de tal modo que no me quedó otro remedio que escucharle. Me preguntó si podía hablarme un momento a solas.

»—No —le dije—. No tengo secretos para esta dama. ¿Qué quiere usted decirme?

»Añadió que era un asunto trivial o por lo menos algo aburrido para los oídos de una señora.

»—O tal vez para los míos —repuse yo.

»El hombre echó una mirada a mi amada, como si quisiera recurrir a ella. De repente me preguntó si había oído hablar de una declaración extensa y vengativa que Evesham había hecho. El tal Evesham siempre había sido mi hombre de confianza en la jefatura de aquel gran partido del norte. Era un individuo agresivo, duro e imprudente, y yo era el único que había podido contenerle y calmarle. Creo que era más por él que por mí por lo que el resto de mis compañeros se habían mostrado consternados con mi retirada. Esta pregunta sobre su declaración despertó por un instante mi viejo interés por la vida que había abandonado.

»—No he prestado atención a las noticias desde hace varios días —dije —. ¿Qué es lo que ha dicho Evesham?

»Entonces el hombre empezó a hablar con ganas, y debo confesar que incluso me sentí impresionado por la audaz sinrazón de las palabras violentas y amenazadoras que Evesham había empleado. El mensajero que me habían enviado no sólo me habló del discurso de Evesham sino que pasó a pedirme consejo y a indicarme cuánto me necesitaban. Mientras el individuo hablaba, mi amada permaneció sentada, ligeramente inclinada hacia adelante, dedicada a contemplar su rostro y el mío.

»Mis viejos hábitos de organización y planificación se reafirmaron. Pude incluso verme regresando rápidamente al norte y el efecto dramático que tal hecho produciría. Todo lo que ese hombre dijo daba fe del desorden en el que se encontraba el partido, pero no de su destrucción. Yo regresaría más fuerte de lo que había venido. Entonces pensé en mi amada. Pero… ¿cómo podría explicárselo a usted? Había ciertas peculiaridades en nuestra relación, ciertas cosas que no hace falta que le relate, que harían imposible que viniera conmigo. Tendría que dejarla, tendría que renunciar a ella clara y abiertamente si quería hacer todo cuanto fuera preciso en el norte. Y aquel hombre lo sabía. Mientras nos hablaba, sabía tan bien como ella que mis pasos hacia el deber eran la separación, en primer lugar, y después el abandono. Al contacto con esa idea mi sueño sobre un posible retorno se hizo añicos. De repente me puse agresivo con el individuo, que creía que su elocuencia iba ganando terreno.

»—¿Qué tengo que ver yo con todo eso ahora? —dije—. Para mí se acabó. ¿O cree usted que he venido aquí para provocar la reacción de sus amigos?

»—No —contestó—, pero…

»—¿Por qué no me dejan en paz? Todo aquello acabó para mí. No soy más que un simple ciudadano.

»—Sí —dijo—, pero ¿ha pensado usted en esas palabras de guerra, en esos desafíos temerarios, en esas salvajes agresiones…?

»Me puse en pie.

»—No —exclamé—. No le escucharé más. Ya tuve en cuenta todo eso, lo sopesé y decidí marcharme.

»Pareció considerar la posibilidad de insistir. Dejó de mirarme para dirigir la vista hacia el lugar desde el que la dama, sentada, nos observaba.

»—La guerra —dijo el hombre como si hablara consigo mismo.

»Después, dio media vuelta lentamente y se alejó.

»Permanecí inmóvil, atrapado en el torbellino de ideas que su petición había originado». Oí la voz de mi amada.

»—Querido —dijo—, si ellos te necesitan…

»No acabó la frase, sino que la dejó reposar así, inconclusa. Me volví hacia su dulce rostro y mi estado de ánimo comenzó a desequilibrarse.

»—Sólo me quieren para que haga aquello que no se atreven a hacer por sí solos —dije—. Si desconfían de Evesham, que se las arreglen con él.

Ella me miró con cierta indecisión.

»—Pero la guerra… —dijo.

»Vi en su semblante una duda que ya había visto anteriormente; una duda sobre ella misma y sobre mí, la primera sombra de la revelación que, considerada a fondo y con firmeza, debía separarnos para siempre.

»Pero mi espíritu estaba más formado que el suyo y podía hacerle creer esto o aquello.

»—Querida —le dije—, no debes preocuparte por esas cosas. No habrá guerra, en serio. La época de las guerras ya pasó. Confía en mí para entender la justicia de esta causa. No tienen ningún derecho sobre mí, querida. Ni ellos ni nadie. Soy libre de escoger mi vida y ésta es la que he escogido.

»—Pero la guerra… —repuso de nuevo.

»Me senté a su lado. La rodeé con mi brazo y le cogí la mano. Me propuse acabar con esa duda y me dediqué a llenar de nuevo su espíritu de cosas agradables. Le mentí y, al hacerlo, me mentí a mí mismo. Ella estaba totalmente dispuesta a creerme, totalmente dispuesta a olvidar.

»En poco tiempo la preocupación había desaparecido y nos dirigimos rápidamente a la Grotta del Bovo Marino donde solíamos tomar un baño todos los días. Nadamos y nos salpicamos agua mutuamente; en aquella agua reconfortante creí convertirme en algo más ligero y fuerte que un hombre. Al final salimos del agua chorreando y corrimos alegremente por las rocas. Después me puse un traje de baño seco y nos sentamos a tomar el sol; descansé mi cabeza sobre sus rodillas y, mientras ella acariciaba suavemente mi cabello, me quedé dormido. De pronto, como si saltara la cuerda de un violín, me desperté en mi propia cama, en Liverpool, en la vida real.

»No podía creer que todos esos momentos tan vívidos habían sido únicamente la materia de un sueño.

»A decir verdad no podía creer que aquello sólo fuera un sueño porque la realidad de lo que en él había era patente. Me bañé y me vestí como de costumbre y, mientras me afeitaba, me pregunté por qué tenía que ser yo, de todos los hombres, el que abandonara a la mujer amada y volviera a dedicarse a la política caprichosa en el arduo y agitado norte. Incluso, ¿qué me importaba si Evesham obligaba al mundo a comenzar una nueva guerra? Yo era un hombre con corazón humano. ¿Por qué iba yo a sentir la responsabilidad de un dios debido al cariz que tomaran los acontecimientos en el mundo?

»Esa no suele ser mi forma de considerar las cosas, cuando éstas son reales. Soy abogado, sabe usted, y, como tal, tengo mi propio punto de vista.

»La visión era tan real, tan completamente distinta a un sueño, entiéndame, que seguí recordando detalles sin importancia durante mucho tiempo; incluso el diseño de la cubierta de un libro que había sobre la máquina de coser de mi esposa me recordaba, con la más absoluta exactitud, la línea dorada que decoraba el sillón en el que había charlado con el emisario del partido que había abandonado. ¿Ha conocido usted alguna vez un sueño con una naturaleza como ésa?

—¿Cómo cuál?

—Como la que le permite recordar pequeños detalles que había olvidado.

Me detuve a pensar. Nunca antes había reparado en esa cuestión, pero llevaba razón.

—Jamás —contesté—. Eso parece que no tiene nada que ver con los sueños.

—Cierto —contestó—, pero eso es precisamente lo que me ocurrió. Ejerzo como abogado, debe usted entender esto, en Liverpool y no podía evitar preguntarme lo que los clientes con los que trataba en mi despacho pensarían si les dijera de repente que estaba enamorado de una chica que iba a nacer unos doscientos años más tarde y que estaba preocupado por la situación política de los hijos de mis tataranietos. Aquel día estaba negociando el arriendo de un edificio por noventa y nueve años. Se trataba del caso de un constructor particular y queríamos tenerle cogido por todos lados. Tuve una entrevista con él en la que mostró tal falta de disposición que cuando me fui a la cama aún me sentía algo irritado. Aquella noche no hubo sueño. Ni tampoco la siguiente, al menos que yo recuerde.

»La intensa realidad de mi convicción desapareció en cierta medida. Empecé a sentirme seguro de que todo había sido un sueño. Y entonces fue cuando volvió otra vez.

»Cuando eso ocurrió, unos cuatro días más tarde, fue muy distinto. Creo que también habían pasado cuatro días en el sueño. Habían sucedido muchas cosas en el norte y la sombra de esos hechos, esta vez más difícil de disipar, estaba de nuevo entre nosotros. Comenzaba con reflexiones apesadumbradas. ¿Por qué razón, a pesar de todo, tenía que volver durante el resto de mis días a las penalidades y fatigas, a los insultos y a la insatisfacción perpetua, simplemente para salvar de las angustias de la guerra y del desgobierno a cientos de millones de gente vulgar, a la que no amaba y por la que frecuentemente no sentía otra cosa que desprecio? Y además, podría fracasar. Ellos perseguían sus propios fines egoístas, ¿por qué yo no? ¿Por qué no iba yo a vivir también como un hombre? Su voz me sacó de estas reflexiones y, al alzar la vista, la vi.

»Me encontré despierto y paseando. Habíamos salido de la Ciudad del Placer y estábamos cerca de la cumbre del monte Solaro, mirando hacia la bahía sobre la que caía la tarde luminosa. Lejos, a la izquierda, se veía Ischia suspendida en una niebla dorada entre el cielo y el mar. Nápoles aparecía con su fría blancura contra las colinas, y ante nosotros se alzaba el Vesubio, con su alto y delgado penacho de humo que se dirigía hacia el sur, y las ruinas de la Torre dell'Annunziata y de Castellammare resplandecían en las proximidades.

—¿Usted ha estado en Capri, verdad? —le interrumpí con brusquedad.

—Sólo en este sueño —contestó—, solo en él. Por toda la bahía, más allá de Sorrento, se encontraban los palacios flotantes de la Ciudad del Placer, amarrados y anclados. Hacia el norte se extendían las amplias plataformas en las que aterrizaban los aviones. Cada tarde llegaban desde el cielo aviones que traían hasta Capri y sus bellos alrededores miles de buscadores de placer procedentes de los lugares más recónditos de la tierra. Todo esto, como digo, se extendía a nuestros pies.

»Pero sólo lo observábamos en parte, a causa de la insólita vista que aquella tarde nos ofrecía. Cinco aviones de guerra que habían permanecido inactivos durante largo tiempo en los lejanos arsenales de las bocas del Rin, maniobraban ahora en el cielo, hacia el este. Evesham había asombrado al mundo al producir esos y otros aviones semejantes y enviarlos a dar vueltas aquí y allá. Era la amenaza material en el gran juego de intimidación que desarrollaba y nos había cogido a todos, incluso a mí, por sorpresa. Evesham era uno de esos tipos enérgicos e increíblemente estúpidos que parecen enviados por el cielo para producir desastres. A primera vista, su energía se parecía de un modo asombroso a su capacidad. Pero en verdad no tenía imaginación ni inventiva, solamente una fuerza de voluntad enorme y absurda y una fe ciega en la estupidez de su suerte para salir de apuros. Recuerdo cómo contemplamos desde el promontorio los giros de la escuadrilla y cómo comprendí el significado completo de tal visión y el cariz que iban a tomar los acontecimientos. Aún entonces, no era demasiado tarde. Podría haber regresado y salvado al mundo. Sabía que la gente del norte me seguiría con tal de que respetara sus normas morales. El este y el sur confiarían en mí como en ningún otro hombre del norte. No tenía más que decírselo a ella y me dejaría marchar… ¡Y no porque no me quisiera!

»Pero yo no quería irme; mi deseo era totalmente opuesto a esa idea. ¡Me había deshecho hacía tan poco tiempo del espíritu de responsabilidad! Había renegado del sentimiento del deber y la evidente claridad de lo que debía hacer no tenía ninguna influencia sobre mi voluntad. Mi único deseo era vivir, gozar de los placeres y hacer feliz a mi amada. Pero aunque el sentimiento de grandes deberes relegados no tenía fuerza alguna para arrastrarme, me convirtió en una persona silenciosa y preocupada, despojó a los días que había vivido de la mitad de su encanto y me hundió en sombrías meditaciones en el silencio de la noche. Mientras contemplaba los aeroplanos de Evesham —pájaros de mal agüero— ir de un lado a otro, ella permanecía a mi lado observándome y captando la situación con claridad; sus ojos examinaban mi rostro y su expresión ensombrecía de perplejidad. Sus facciones mostraban un tono grisáceo porque el sol poniente se estaba ocultando en el horizonte. —No era culpa de ella que yo me encontrara a su lado. Me había pedido que la abandonara y por la noche me lo repitió con lágrimas en los ojos.

»Por fin, el sentimiento de su presencia me sacó de mi estado. Me volví hacia ella con rapidez y la desafié a bajar corriendo por la montaña. “No”, dijo, como si aquello chocara con su seriedad; pero estaba decidido a acabar con esa formalidad y la hice correr, pues nadie que esté sin aliento puede sentirse triste y melancólico. Dio un traspiés, la agarré por la cintura, y así descendimos pasando por delante de dos individuos que se volvieron a mirarnos sorprendidos por mi comportamiento. Debieron reconocerme. Cuando habíamos recorrido la mitad del trayecto, oímos un ruido metálico en el aire y nos detuvimos. Poco después, sobre la cima de la colina, aparecieron esos pájaros de guerra volando uno detrás de otro.

El hombre pareció dudar al borde de la descripción.

—¿Cómo eran? —le pregunté.

—Nunca habían entrado en combate —contestó—. Eran igual que nuestros actuales acorazados; nunca habían combatido. Nadie sabía de lo que eran capaces si los tripulaban hombres exaltados; incluso poca gente se preocupaba en imaginarlo. Eran grandes máquinas pilotadas, con forma de punta de lanza, pero con una hélice en el lugar en que debía ir la empuñadura.

—¿Eran de acero?

—No.

—¿De aluminio?

—No, no, nada de eso. Eran de una aleación muy corriente, tan corriente como ahora es el bronce, por ejemplo. Se llamaba, espere… —dijo mientras se apretaba la frente con los dedos de una mano—. Se me está olvidando todo —añadió.

—¿Y llevaban armas?

—Cañones pequeños que lanzaban proyectiles de gran fuerza explosiva. Disparaban hacia atrás, por la base, como si dijéramos, y se cargaban por delante. Esa era la teoría, pues nunca habían entrado en combate. Nadie podía decir lo que ocurriría. Mientras tanto, supongo que era muy agradable revolotear por el aire como una bandada de golondrinas, ligeras y veloces. Creo que los pilotos evitaban pensar demasiado en cómo sería un verdadero ataque. Esas máquinas de guerra no eran más que unos de los innumerables aparatos que habían sido inventados y habían caído en desuso durante el largo periodo de paz. Había montones de esos artilugios con gente dedicada a sacarlos a la luz y ponerlos a punto. Máquinas infernales y estúpidas; máquinas que nunca habían sido probadas. Motores grandes, explosivos terribles, cañones enormes. Usted ya conoce el necio sistema de esos individuos ingeniosos que construyen estas máquinas; las producen como los castores hacen sus diques, sin tener en cuenta los ríos que van a desviar ni las tierras que van a inundar.

»Durante el crepúsculo, mientras bajábamos por la sinuosa senda hacia nuestro hotel, lo preví todo. Vi con qué claridad e inevitabilidad los acontecimientos, en las manos estúpidas y violentas de Evesham, conducían a la guerra y me imaginé lo que ésta iba a ser en las nuevas condiciones. Incluso entonces, aunque sabía que el final de mi oportunidad se estaba acercando, no encontré ningún deseo de volver.

Suspiró.

—Esa fue mi última posibilidad. No entramos en la ciudad hasta que el cielo estaba lleno de estrellas. Paseamos por la terraza, de un lado para otro, y ella me aconsejó que regresara.

»—Amor mío —me dijo mirándome con su dulce rostro—, esto es la Muerte. La vida que llevas conduce a la Muerte. Vuelve con ellos, vuelve a tus obligaciones…

»Comenzó a llorar mientras, entre sollozos y agarrada a mi brazo, decía: «vuelve… vuelve…».

»De repente enmudeció y, al mirarle a la cara, descubrí en un instante lo que había pensado hacer. Fue uno de esos momentos en los que uno ve.

»—¡No! —exclamé.

»—¿No? —preguntó sorprendida y creo que algo asustada por la respuesta a su pensamiento.

»—Nada me hará volver —dije—. ¡Nada! He escogido, cariño, he hecho mi elección y el mundo debe seguir su curso. Pase lo que pase viviré mi vida, ¡viviré para ti! Nada me apartará de mi camino; nada, mi amor. Aunque murieras, aunque murieras…

»—¿Sí? —murmuró.

»—Entonces… yo también moriría.

»Y antes de que pudiera contestar comencé a hablar con elocuencia, como yo sabía hacerlo en aquella vida, para exaltar al amor y hacer que la vida que estábamos viviendo tuviera un aspecto heroico y glorioso, y que la que yo abandonaba apareciera como algo tan innoble y tremendamente difícil que desdeñarla era lo mejor. Utilicé toda mi imaginación para conseguir esa sensación de atractivo con el fin de convencer no sólo a ella, sino también a mí. Charlamos y ella se me acercó más, indecisa entre lo que consideraba noble y lo que sabía dulce. Finalmente, hablé en tono sublime, presentando todo el tremendo desastre del universo como un escenario glorioso para nuestro amor inigualable, y nuestras dos pobres almas ingenuas se pavonearon por fin, envueltas, o mejor dicho, embriagadas en aquel delirio espléndido y glorioso bajo las estrellas inmóviles.

»Y así pasó mi oportunidad.

Fue la última. Mientras paseábamos de acá para allá, los líderes aunaron sus propósitos y la calurosa contestación que acabaría con las bravatas de Evesham para siempre tomaba forma y aguardaba. Por toda Asia, por el océano y por el sur, el aire y los cables telegráficos vibraban con llamadas a prepararse.

»Ningún ser vivo sabía lo que era la guerra; nadie podía imaginar qué horrores podrían traer todos aquellos nuevos inventos. Creo que la mayoría pensaba aún que era un asunto de uniformes brillantes y cargas ruidosas, con triunfos, banderas y bandas de música, en una época en que la mitad de la humanidad conseguía sus recursos alimenticios en regiones que distaban decenas de miles de kilómetros.

El hombre del semblante pálido hizo una pausa. Le miré y observé que su mirada se había quedado absorta en el suelo del vagón. Por la ventanilla pasaron una pequeña estación, una serie de vagones de mercancías, una garita de señales y la parte trasera de una casita de campo. Un puente resonó estrepitosamente devolviendo en el eco el estruendo del tren.

—Después de aquello —dijo—, volví a soñar a menudo. Aquel sueño fue mi vida durante las noches de tres semanas. Y lo peor es que hubo noches que no podía soñar, que yacía dando vueltas sobre la cama en esta maldita vida; y allá, en algún lugar inaccesible para mí, ocurrían cosas terribles y trascendentales. Vivía por la noche. Los días, los días de vigilia, esta vida que ahora vivo, se convirtieron en un sueño borroso y lejano, en un escenario monótono, la simple cubierta de un libro.

Se detuvo a pensar.

—Podría contarle todo, relatarle hasta el último detalle del sueño, pero no podría hacer lo mismo con lo que pasaba durante el día. No lo recuerdo. Mi memoria de esos hechos ha desaparecido. Las cosas de la vida se me escapan.

Se inclinó hacia delante y se frotó los ojos. Permaneció en silencio durante un rato.

—¿Y después? —pregunté.

—La guerra estalló como un huracán.

Se quedó abstraído, como si contemplara cosas indescriptibles.

—¿Y entonces? —insistí.

—Un toque de irrealidad —dijo en voz baja, como si hablara consigo mismo—, y habrían sido pesadillas.

Pero no, ¡no lo eran!

Guardó silencio durante tanto tiempo que me dio la impresión de que iba a quedarme sin el resto del relato. Pero entonces retomó el discurso en el mismo tono de íntima interpelación.

—¿Qué otra cosa podía hacer sino huir? Había pensado que la guerra no llegaría hasta Capri. Me había parecido que Capri quedaba fuera, como si hubiera sido la antítesis de todo aquello, pero dos noches después toda la isla gritaba y vociferaba. Casi todas las mujeres y algún que otro hombre llevaban una insignia, la de Evesham, y ya no había música sino un discordante canto de guerra que se repetía una y otra vez mientras por todas partes los hombres se alistaban y hacían instrucción en los salones de baile. Todo el lugar hervía de rumores; se repetía, incesantemente, que la guerra había comenzado. No era lo que yo esperaba. Había conocido tan poco la vida placentera que no había contado con la violencia de los amateurs. Por lo que a mí se refería, me encontraba fuera de todo aquello. Era un hombre que podía haber evitado la explosión de un polvorín. Pero ese momento había pasado: ya no era nadie. El mozalbete más insignificante con una insignia era más importante que yo. La multitud nos daba empujones y vociferaba en nuestros oídos; el maldito canto guerrero resultaba ensordecedor. Una mujer increpó a mi amada porque no llevaba insignia, e injuriados y ofendidos regresamos a nuestras habitaciones; mi amada pálida y callada, yo temblando de rabia. Estaba tan furioso que habría discutido con ella si hubiera encontrado una sombra de acusación en sus ojos.

»Todo mi esplendor había desaparecido. Me paseé por nuestra rocosa habitación de arriba abajo mientras en el exterior el mar se oscurecía y, hacia el sur, una luz aparecía y desaparecía una y otra vez.

»—Debemos salir de aquí —repetía sin cesar—. He hecho mi elección y no quiero saber nada de estos problemas. No tomaré parte en esta guerra. Hemos puesto nuestras vidas al margen de todo esto. Este no es refugio para nosotros. Vámonos.

»Al día siguiente huíamos de la guerra que invadía el mundo.

»Y todo lo demás fue huir y huir —musitó en tono triste.

—¿Cuánto tiempo duró eso?

No contestó.

—¿Cuántos días?

Su rostro estaba cansado y pálido y tenía las manos crispadas. No prestó atención alguna a mi curiosidad.

Intenté hacerle volver al relato con preguntas.

—¿Dónde fue…? ¿Cuándo? ¿Cuándo abandonó Capri…?

—Al sudoeste —dijo mirándome por un breve instante—. Nos fuimos en una barca.

—Yo habría pensado en un aeroplano.

—Todos habían sido incautados.

No le hice más preguntas. Después me pareció que iba a comenzar de nuevo. Rompió a hablar con una monótona argumentación.

—Pero ¿por qué debía ser así? Si verdaderamente toda esa carnicería, toda esa tensión, es realmente la vida, ¿por qué tenemos ese deseo de placer y belleza? Si no existe refugio alguno, si no hay ningún lugar de paz y si todos nuestros sueños sobre rincones tranquilos son una locura y un engaño, ¿por qué los tenemos? Con toda seguridad no eran los deseos innobles ni las bajas intenciones los que nos habían llevado a aquella situación. Era el amor lo que nos había aislado. El amor me había llegado en sus ojos, envuelto en su belleza; más glorioso que el resto de las cosas y con la forma y el color de la vida, me había hecho partir. Yo había acallado todas las voces, había contestado a todas las preguntas y me había entregado a ella. ¡Y de repente no había más que Guerra y Muerte!

Tuve una idea.

—Después de todo —dije—, podía haber sido sólo un sueño.

—¡Un sueño! —exclamó de un modo colérico— un sueño cuando incluso ahora…

Por primera vez parecía animado. Un ligero rubor llenó sus mejillas. Elevó su mano abierta y, tras cerrarla con fuerza, la dejó caer sobre su rodilla. Habló, y durante todo el rato no volvió a mirarme.

—No somos más que fantasmas —dijo—, fantasmas de fantasmas, deseos como sombras de nubes y briznas de paja que el viento amontona; los días pasan y el uso y la costumbre nos sustentan como un tren sustenta el espectro de sus luces. ¡Sea! Pero hay algo real y cierto que no es onírico, sino eterno e imperecedero. Es el centro de mi vida y todas las demás cosas que lo rodean son subordinadas y completamente vanas. Amaba a aquella mujer del sueño. ¡Y ella y yo hemos muerto juntos!

»¡Un sueño! ¿Cómo puede ser un sueño, cuando impregnó una vida humana de una tristeza sin consuelo, cuando convierte todo aquello por lo que he vivido y me he preocupado en algo vacío y sin sentido?

»Hasta el mismo instante en que ella murió, creí que todavía teníamos posibilidades de huir. A lo largo de aquella noche y aquel día en que navegamos desde Capri a Salerno, hablamos de huir. Estábamos llenos de una esperanza que nos acompañó hasta el fin, esperanza por la vida que llevaríamos juntos, lejos de todo, lejos de la batalla y del combate, de las salvajes y vanas pasiones y del arbitrario y vacío «debes» y «no debes» del mundo. Nos sentíamos inspirados, como si nuestra búsqueda fuera algo sagrado, como si nuestro amor mutuo fuera una misión…

»Incluso cuando contemplamos desde nuestra barca la serena apariencia de la gran roca de Capri, llena ya de cicatrices y hendiduras por los emplazamientos de los cañones y por los escondrijos que iban a convertirla en fortaleza, no preveíamos todavía la inminente matanza, aunque la furia de los preparativos se expresaba ya en humaredas y nubes de polvo en cientos de puntos. Pero, en verdad, hice de todo ello un simple tema de conversación. Allí estaba la roca, aún bella, a pesar de sus cicatrices, con sus ventanas innumerables, sus arcos y caminos, nivel sobre nivel, hasta mil pies de altura; una talla enorme de color gris, fracturada por terrazas llenas de viñas y por huertos de naranjos y limoneros, con macizos de pitas y chumberas y grupos de almendros en flor. Bajo el arco que hay sobre la Piccola Marina pasaban otras barcas y, al doblar el cabo cerca del continente, vimos otra hilera de ellas que, con el viento en popa, se dirigían hacia el sudoeste. En un instante se convirtieron en una multitud, las más remotas apenas eran unas motas azules en la sombra proyectada por el acantilado oriental.

»—Es el amor y la razón —dije— que huyen de toda esta locura de la guerra.

»Y aunque después vimos un escuadrón de aviones que surcaban el cielo hacia el sur, no le prestamos atención. Ahí estaba, una línea de pequeños puntos en el cielo, y luego más, que llenaba el horizonte por el sudeste, y después aún muchos más hasta que aquel cuadrante del cielo apareció moteado de puntos azules. Unas veces eran pequeñas pinceladas de ese color, otras, al inclinarse, recibían la luz del sol y se transformaban en breves destellos. Llegaban, se elevaban y descendían, cada vez mayores, como una enorme bandada de gaviotas o cuervos que avanzaba con una uniformidad maravillosa y, al acercarse, cubría una enorme extensión de cielo. El ala sur se lanzó en forma de punta de flecha a través del sol y de repente viró hacia el este. Tras tomar esa dirección, los aparatos se hacían cada vez más pequeños y de nuevo más nítidos, hasta que desaparecían del cielo. Después, advertimos que por el norte, y a gran altura, las máquinas de guerra de Evesham amenazaban Nápoles como una nube de mosquitos al atardecer.

»Todo aquello parecía importarnos lo mismo que una simple bandada de pájaros.

»Incluso el estruendo de los cañones lejanos en el sudeste significaba poco para nosotros.

»Cada día, en los sueños que siguieron, todavía nos sentíamos exaltados, todavía buscábamos un refugio en el que vivir y amar. Sobre nosotros se cernía la fatiga, el dolor y las calamidades. Aunque estábamos llenos de polvo y suciedad por nuestra penosa huida, muertos de hambre y horrorizados de los cadáveres que habíamos visto y de la huida de los campesinos —pues pronto una ráfaga de guerra barrió la península—; a pesar de todas esas cosas que obsesionaban nuestras mentes, la decisión de escapar era cada vez mayor. ¡Oh! ¡Qué valiente y sufrida era ella! Ella, que nunca se había enfrentado al infortunio y al peligro, tuvo valor por ella y por mí. Íbamos de un lado para otro buscando una salida, a través de una zona dominada y saqueada por las huestes de la guerra que se iban agrupando. Siempre fuimos a pie. Al principio encontramos otros fugitivos, pero no nos mezclamos con ellos. Unos huían hacia el norte, otros eran arrastrados por el torrente de campesinos que barría las carreteras principales; muchos se entregaban a la soldadesca y eran enviados al norte. La mayor parte de los hombres eran reclutados a la fuerza. Pero nosotros nos mantuvimos apartados de todo esto; no teníamos dinero para conseguir por medio de soborno un pasaje hacia el norte y temía que mi amada cayera en manos de aquella multitud guerrera. Habíamos desembarcado en Salerno, nos habían hecho retroceder desde Cava, y habíamos intentado cruzar a Taranto por un paso sobre el monte Alburno, pero tuvimos que volver atrás por falta de provisiones y nos vimos en las marismas de Pesto donde se alzan unos grandes templos solitarios. Tenía la idea de que en Pesto podríamos encontrar un barco para volver al mar. Y allí nos sorprendió la batalla.

»Una especie de ceguera espiritual me poseía. Pude ver con claridad que estábamos rodeados, que la gran malla del conflicto armado nos tenía atrapados en sus redes. Habíamos visto muchas veces las levas de soldados que descendían del norte e iban de un lado a otro, y les habíamos contemplado a lo lejos, entre las montañas, abriendo caminos para las municiones y preparando las baterías. Una vez nos pareció que nos tomaban por espías y disparaban contra nosotros; en cualquier caso, lo cierto es que un cañonazo pasó silbando por encima de nuestras cabezas. Varias veces nos ocultamos en los bosques de los aeroplanos que pasaban sobre nosotros.

»Pero todo esto, todas esas noches de huida y dolor, no importa ahora. Estábamos por fin en un espacio abierto cerca de aquellos grandes templos de Pesto, en un paraje rocoso y solitario salpicado de arbustos espinosos, vacío y desolado, y tan llano que un grupo de eucaliptos que había a lo lejos mostraba sus tallos hasta la raíz. ¡Aún puedo verlo! Mi amada se había sentado bajo un arbolito para descansar un rato porque estaba agotada y era débil, y yo me encontraba de pie, intentando calcular la distancia a la que estaban los proyectiles que iban y venían. Los contendientes combatían muy separados unos de otros con aquellas terribles armas modernas que nunca antes habían sido utilizadas: cañones que llegaban más allá de donde alcanzaba la vista y aeroplanos que podían… lo que podían hacer nadie sabía predecirlo.

»Sabía que estábamos entre los dos ejércitos y que estos se iban aproximando. Comprendí que nos encontrábamos en peligro y que no nos podíamos detener allí a descansar.

»Aunque todo esto estaba en mi mente, quedaba en segundo plano. Me parecían cosas que no nos incumbían. Pensaba en mi amada principalmente y me invadía una pena angustiosa. Por primera vez se había declarado vencida y había comenzado a sollozar. Pude oír su llanto a mis espaldas, pero no quise volverme porque sabía que tenía necesidad de llorar y se había contenido durante mucho tiempo por mí. Estaba bien, pensé, que llorara y se desahogara. Luego continuaríamos nuestra penosa huida porque no tenía la menor idea de lo que nos amenazaba. Aún puedo verla allí, con su hermoso cabello sobre los hombros, aún puedo advertir los profundos hoyuelos de sus mejillas…

»—Si nos hubiéramos separado —dijo—, si te hubiera dejado marchar…

»—No —repliqué—. Ni siquiera ahora me arrepiento. Nunca me arrepentiré; hice mi elección y la mantendré hasta el fin.

»Y entonces…

»Algo relampagueó sobre nuestras cabezas y estalló. Oí que las balas resonaban a nuestro alrededor, como si nos hubieran arrojado un puñado de guisantes. Desconchaban las piedras a nuestro alrededor, arrancaban fragmentos de los ladrillos y pasaban…

Se llevó la mano a la boca y humedeció los labios.

—Al ver el destello, yo me había vuelto…

»Ella se puso en pie… se puso en pie… y dio un paso hacia mí… como si quisiera acercarse… Una bala le había alcanzado el corazón.

Se detuvo y me miró fijamente. Sentí aquella incapacidad estúpida que siente un inglés en ocasiones semejantes. Le miré a los ojos por un instante y después volví la vista hacia la ventanilla. Nos mantuvimos en silencio durante largo rato. Cuando al fin volví a mirarle estaba sentado de nuevo en su asiento, con los brazos cruzados y se mordía los nudillos.

De repente se mordió una uña y la miró.

—La llevé hacia los templos —dijo—, en brazos —añadió como si aquello importara—. No sé por qué. Eran como una especie de santuario… habían durado tanto tiempo, supongo.

»Debió de morir casi en el acto. Pero… yo le fui hablando… durante todo el rato.

De nuevo el silencio.

—Conozco esos templos —dije con brusquedad.

Verdaderamente me había hecho recordar con claridad aquellas arcadas tranquilas y soleadas de gastada piedra arenisca.

—Fue en el oscuro, en el grande y oscuro. Me senté en una columna caída con mi amada en los brazos… Después del primer balbuceo me quedé en silencio. Al rato las lagartijas salieron y volvieron a corretear como si nada extraño hubiera ocurrido, como si nada hubiera cambiado. Reinaba una quietud espantosa, el sol estaba en lo alto y las sombras no se movían; hasta las sombras de las hierbas sobre los entablamentos estaban inmóviles, a pesar del estruendo y las detonaciones que surcaban el aire.

»Creo recordar que los aviones subían desde el sur y que la batalla se trasladó hacia el oeste. Un aeroplano fue alcanzado, dio una vuelta y cayó. Lo recuerdo, aunque no me interesó lo más mínimo. No parecía tener importancia. Era como una gaviota herida, ya sabe, con su aleteo momentáneo sobre el agua. Pude verlo caer, un objeto negro sobre el azul brillante del agua, desde un lateral del templo.

»Tres o cuatro proyectiles estallaron en la playa y luego todo cesó. Cada vez que ocurría, las lagartijas huían y se escondían bajo las piedras durante un rato. Ese fue todo el daño, exceptuando una bala perdida que desgarró una piedra cercana dejando una superficie pura y brillante.

»Mientras las sombras crecían, la quietud parecía mayor.

»Lo curioso —señaló con el tono de quien mantiene una conversación trivial— es que no pensaba, no pensaba en absoluto. Me senté entre las piedras, con ella en mis brazos, paralizado, en una especie de letargo.

»Y no recuerdo haber despertado. No recuerdo haberme vestido aquel día. Sé que me encontré en mi despacho, con todas las cartas abiertas delante de mí, y recuerdo cómo me impresionó lo absurdo de mi estancia allí, puesto que en realidad yo estaba sentado, aturdido, en aquel templo de Pesto con una mujer muerta en mis brazos. Leí las cartas mecánicamente. He olvidado de qué trataban.

Se detuvo y hubo un largo silencio.

De repente me di cuenta de que íbamos bajando la pendiente de Chalk Farm. Me asombré del paso del tiempo. Me volví a dirigir a él con otra pregunta brusca, con el tono de «ahora o nunca».

—¿Y volvió a soñar?

—Sí.

Pareció esforzarse por terminar. Su tono de voz era muy bajo.

—Una vez más, y sólo duró unos instantes. Me pareció que despertaba de repente de una gran apatía, que había cambiado de postura y que su cuerpo yacía a mi lado, sobre las piedras. Era un cuerpo desfigurado. Ya no era ella, ¿me entiende? Tan pronto, y ya no era ella…

»Puede que oyera voces. No sé. Sabía con seguridad que unos hombres se acercaban a aquel lugar solitario y que aquello suponía un último ultraje.

»Me puse en pie y atravesé el templo. Entonces aparecieron. El primer hombre, de rostro amarillento, llevaba un uniforme blanco, muy sucio, guarnecido con una cinta azul, y detrás iban varios más que treparon hasta lo alto de la antigua muralla de la ciudad desaparecida y se quedaron allí, agazapados. Eran pequeñas figuras que brillaban a la luz del sol y escudriñaban desde allí, con las armas en la mano, lo que tenían delante.

»Y más lejos vi a otros y luego a muchos más en otro punto de la muralla. Formaban una larga línea desordenada de hombres en orden abierto.

»Luego, el hombre que había visto primero se puso en pie y dio una orden. Sus hombres se arrojaron de la muralla y se dirigieron, por entre las hierbas altas, hacia el templo. Se dejó caer con ellos y les dirigió. Avanzó hacia mí y, cuando me vio, se detuvo.

»Al principio había observado a esos hombres con simple curiosidad, pero cuando me di cuenta de que intentaban acercarse al templo, intenté impedírselo.

»—No deben entrar aquí —grité al oficial—. Aquí estoy yo. Estoy aquí con mi amada muerta.

»Me miró fijamente y después me gritó una pregunta en una lengua desconocida». Repetí lo que había dicho.

»Él volvió a gritar. Me crucé de brazos y permanecí inmóvil. Luego, se dirigió a sus hombres y se aproximó. Desenvainó la espada.

»Le hice señas para que se alejara, pero siguió avanzando. Me dirigí a él de nuevo en un tono paciente y claro.

»—No debe entrar aquí. Estos son templos antiguos y yo estoy aquí con mi amada muerta.

»Al rato estaba tan cerca que pude ver su rostro con claridad. Era delgado, con apagados ojos grises y un bigote negro. Tenía una cicatriz sobre el labio superior y su aspecto era sucio y sin afeitar. Continuó gritando palabras ininteligibles, tal vez preguntas, hacia mí.

»Ahora soy consciente de que me tenía miedo, pero en aquel momento no se me ocurrió pensarlo. Mientras intentaba explicarme, me interrumpió con tono imperioso, ordenándome, supongo, que me apartara.

»Hizo ademán de pasar por delante de mí y le agarré.

»Entonces vi que su rostro cambió.

»—¿Está loco? —grité—. ¿No ve que está muerta?

»El oficial retrocedió y me lanzó una mirada llena de crueldad. Vi una especie de resolución exultante en sus ojos… Era deleite. Después, y de repente, frunció el ceño, echó su espada hacia atrás —así— y la clavó.

Se detuvo bruscamente.

Advertí un cambio en el ritmo del tren. Los frenos alzaron sus voces y el vagón chirrió y dio una sacudida. El mundo actual se hacía notar por medio del ruido. A través de la ventanilla empañada distinguí enormes anuncios luminosos que brillaban en los altos postes sobre la niebla, y vi pasar hileras de inmóviles vagones vacíos; después, una garita de señales, que alzaba su constelación de verde y rojo en el lóbrego crepúsculo londinense, pasó tras ellos. Miré de nuevo las facciones ojerosas de aquel hombre.

—Me atravesó el corazón. Sentí una especie de asombro, no dolor ni miedo, sino sólo sorpresa cuando me vi atravesado, cuando noté que la espada se hundía en mi cuerpo. Pero no me dolió, no me dolió en absoluto.

Las luces amarillas del andén surgieron en nuestro campo de visión y pasaron, primero con rapidez, luego lentamente, hasta que se detuvieron con una sacudida. Borrosas siluetas humanas iban de un lado para otro en el exterior.

—¡Euston! —gritó una voz.

—¿Quiere usted decir…?

—No sentí ningún dolor, ningún pinchazo ni escozor. Sólo asombro y una oscuridad que lo invadía todo. El rostro furioso y brutal que tenía ante mí, el rostro del hombre que me había matado parecía alejarse. Desapareció de la existencia…

—¡Euston! —clamaban las voces en el exterior—. ¡Euston!

La portezuela del vagón se abrió dando paso a una oleada de ruido y un mozo apareció ante nosotros. Los golpes de las puertas al cerrarse, el ruido de los cascos de los carruajes, y tras ellos el lejano y confuso rumor de los adoquines londinenses, llegaron hasta mis oídos. Bultos y farolas encendidas resplandecían a lo largo del andén.

—Una oscuridad, un torrente de oscuridad que se abrió, se extendió y borró todas las cosas.

—¿Equipaje, señor? —dijo el mozo.

—¿Y ése fue el final? —pregunté.

Pareció dudar. Después, en un tono casi inaudible, contestó:

—No.

—¿Cómo?

—No pude llegar hasta ella. Estaba allí, al otro lado del templo… y entonces…

—¿Y entonces? —insistí—. ¿Entonces?

—¡Pesadillas! —exclamó—. ¡Auténticas pesadillas! ¡Dios mío! ¡Aves enormes que combatían y destruían…

EDIPO

EDIPO

Séneca

EDIPO, Y A CONTINUACIÓN YOCASTA

Edipo. — Una vacilante claridad ha disipado las tinieblas; el sol eleva tristemente su disco pálido, velado de sombras brumosas, para contemplar el luto de nuestra villa azotada por un flagelo atroz; el día descubre ante nuestros ojos la devastación ocurrida durante la noche.

¿Se halla feliz el rey en su trono? Oh! ídolo embustero!, que ocultas tus miserias tras una apariencia risueña! Pues como a las más altas montañas azota siempre la mayor furia de los vientos ; como a los agudos peñascos que dividen los vastos mares, aún en tiempo de calma, incesantes abaten las aguas: así, contra la mas alta posición de los reyes se descargan con denuedo los mayores golpes del infortunio.

¡Bien he hecho de huir del reino de mi padre Pólibo!, he estado exiliado, pero tranquilo, errante, pero exento de alarma. El cielo y los dioses son testigos de que no he buscado el trono sobre el que ahora estoy sentado. Una predicción funesta me persigue, temo llegar a ser el asesino de mi propio padre, los laureles proféticos de Delfos me auguran ese crimen , y otro aún mas grande. Pero, ¿qué puede haber de más horrendo aun que la muerte de un padre ? Ay! que infeliz soy! Que desgracia el no poder olvidar esta predicción funesta: Apolo ha hablado de un lecho incestuoso, y de unas antorchas impías que habrán de alumbrar la unión de un hijo con su madre! Es este el temor que me ha alejado de la casa de mi padre. Ya veis que no he abandonado el lugar de mi nacimiento como un vil desterrado; sino que desconfiando de mi mismo, he puesto a resguardo tus santas leyes, oh naturaleza! Porque cuando el hombre se estremece ante la idea de un crimen , aun cuando el mismo no lo crea posible, debe así mismo permanecer temeroso.

Todo me asusta, y ya no me atrevo a confiar en mi mismo. Se que el destino me prepara alguna desgracia; pero, que debo pensar al verme solo y a salvo de la catástrofe que se ha desencadenado sobre el pueblo de Cadmo, y que ya extiende tan lejos su devastación?. Que infortunio mayor entonces está reservado para mi? Si en la desolación de esta comarca, en medio de su gran dolor y de los

funerales que renacen sin cesar, yo permanezco de pie, intacto, sobre los despojos de todo un pueblo. ¿Condenado como estoy por la boca de

Apolo, puedo esperar un reinado mas feliz, por precio de tan grandes crímenes ?. Soy yo quien envenena el aire que se respira aquí. El soplo tenue de la brisa no refresca los pechos jadeantes y afiebrados; los céfiros han huido, el sol abrasa con todos los fuegos del ardiente Sirio que precede al terrible León de Nemea, las aguas escapan de los ríos, y el verdor abandona las hierbas; la fuente de Dirce esta reseca, y no queda mas que un hilo de agua que apenas lame las arenas de su lecho. La hermana de Apolo pasa invisible a través del cielo, y las noches serenas carecen de estrellas; un denso y sombrío vapor se esparce por la tierra; los palacios del Olimpo y las altas moradas de los dioses se ocultan tras la obscuridad de una noche infernal. Ceres se niega a fructificar, y allí donde hace un momento alegremente se mecía una espiga dorada, ahora yace un fruto muerto sobre su tallo reseco.

No hay persona que escape a este infeccioso mal : golpea sin distinción de edades ni sexos, mata por igual a viejos y a jóvenes, a padres y a niños ; y al mismo tiempo consume al esposo y a la esposa en el fuego de una misma pira.

El duelo y los lamentos faltan a estos funerales, porque el obstinado rigor de este terrible mal ha secado hasta la fuente de las lagrimas; los ojos permanecen secos. Aquí un padre agonizante, allá una madre extraviada portando su hijo a las llamas, y tan pronto como se termina con uno, en seguida se va por otro para cumplir con idéntico deber. La muerte nace de la muerte ; aquellos que conducen los funerales caen sin vida al lado de quienes eran portados. Se ve a los infelices dejar sus muertos sobre la pira encendida para otros cuerpos disputándose las llamas funerarias; la desgracia sofoca todo sentimiento. Los restos mortales no son sepultados en tumbas separadas, se contentan con encontrar alguna llama, y aun las llamas son insuficientes. La tierra escasea para las sepulturas, y los bosques son insuficientes para tantas piras ; ni ruegos ni cuidados pueden aplacar la furia de este mal ; los médicos también sucumben, y así la enfermedad se lleva a aquellos que la debieran combatir. Postrernado al pie del altar extiendo las manos suplicantes para rogar que una muerte pronta me lleve antes de ver sucumbir a mi patria y me salve de ser el ultimo en morir habiendo acompañado el cortejo de todo mi pueblo.

Crueles dioses!, despiadado destino!, solo a mi me negáis la muerte, tan activa y despiadada con todo lo que me rodea. Huye!, infeliz!, de este reino infectado por tus manos culpables; cesa en tus lagrimas, deja estos funerales, abandona este aire envenenado que tu mismo contaminas allí donde quiera que pisas. Escapa, apúrate a huir, aunque sea para encontrar asilo en la casa de tus propios padres.

Yocasta. — ¿De qué sirve, esposo mío, agravar nuestros males con nuestras quejas? Yo creo que lo verdaderamente

digno de un rey es saber hacer frente a la adversidad: cuanto más insegura es la situación y cuanto más inminente y amenazadora es la ruina por la pesada carga del poder, más necesario se hace afirmar el pie y resistir enérgicamente: no es viril volver la espalda al asalto del Destino.

Edipo. — Lejos está de mí el pecado de miedo, y el merecer el dictado de cobarde; mi valor desconoce los cobardes temores: ni aun cuando una espada desvainada viniera contra mí, aunque el horrible furor de Marte se precipitase sobre mí, me lanzaría animoso al encuentro de los fieros gigantes. La Esfinge misma y las enigmáticas palabras que insidiosamente profería no me hicieron huir: soporté la vista de la horrible y sangrante faz de aquella infame profetisa y no me arredró contemplar el suelo blanquecino por los huesos calcinados, y cuando desde la alto de su roca preparaba sus alas y se azotaba los flancos con su cola aprestándose amenazadora como un león embravecido, le reclame su enigma: Resonó su voz horrenda junto a mí; crujieron sus mandíbulas, e impaciente por la espera, clavaba sus garras en la roca, con la esperanza de desgarrar luego mis entrañas; y sin embargo, las palabras enmarañadas de su enigma, los pérfidos y complejos misteriosos del funesto poema de esa fiera alada, fueron, explicados por mí.

Yocasta. — ¿Por qué ahora, en tu locura, dirigir tan tardíamente a los dioses esos votos de muerte? Podrías haberlo hecho entonces. Este cetro es la recompensa de tu gloria; éste es el premio que te valió la muerte de la Esfinge.

Edipo. — Sí; sí; es la espantosa ceniza de ese monstruo astuto lo que se levanta contra mí y aquella plaga destruida por mí es la que pierde ahora Tebas. Una sola esperanza de salvación nos queda: ¡la de que Apolo quiera tener a bien indicarme un medio de salvarnos! (Sale.)

Coro

Coro. —Pereces, generosa descendencia de Cadmo así como tu ciudad entera. ¡Oh desgraciada Tebas; que ves tas campos yermos de sus labradores! La muerte ¡oh Baco! llega a tu famoso soldado, aquel que te acompañó hasta las lejanas Indias y se atrevió a cabalgar en los países de la

Aurora, y plantar tus emblemas al extremo del mundo, vió la Arcadia de bosques ricos en cinamonos y la huida de los jinetes partos (huida falaz y temible por sus flechas), penetró hasta las riberas del mar Eritreo, lugar donde el sol hace amanecer el día, en donde Febo comienza a desplegar su brillo y con sus fuegos demasiado cercanos curte a los indios de desnudo cuerpo.

Hijos de una invencible raza perecemos víctimas de un hado cruel que nos arrastra; de instante en instante la Muerte preside un nuevo fúnebre cortejo; interminables filas de una muchedumbre desolada van presurosas al reino de los manes; y esta triste multitud se atasca porque no son suficientes nuestras siete puertas para dar salida a tantos como se encaminan a sus túmulos funerarios. Los cadáveres se van amontonando, y sobre cada uno viene a gravitar el peso del que tras él llega ininterrumpidamente.

El azote alcanzó primero a las tardas ovejas: el lanudo carnero ramoneó sin apetito los ricos pastos; luego cuando el sacrificador se irguió, alta la mano para herir con golpe mortal la cerviz del toro, de rutilantes y dorados cuernos, cayó exánime el animal y al hendir su cuello el acero no se tiño de roja sangre, sino que de la profunda herida broto un"repugnante pus. El corcel emperezado cae en una de sus vueltas y al flaquear sus lomos arrastra a su jinete en la caída.

Tendidos en los campos sestean los ganados sin pastar: adolece el toro en medio de su vacada moribunda; el pastor expira entre su mermado rebaño. Los ciervos, ya no temen a los rapaces lobos; el león no hace ya resonar su furioso rugido; los peludos osos deponen su fiereza; la sierpe en su escondrijo ha perdido su ponzoña y seco su veneno, se agosta y muere. El bosque, despojado del follaje que lo adornaba, no difunde por los montes su opaca sombra; el limo fértil no hace verdeguear los campos, ni la viña doblega sus vastagos bajo el peso de los dones de Baco: todos los seres han sido inficionados por la peste que padecemos.

Las barreras del Eber profundo han sido rotas por el tro-pel de las hermanas armadas con las tartáreas antorchas; el Flegetonte ha cambiado de riberas y mezclado las aguas de la Estigia con las de la sidonia Tebas. La sombría Muerte abre de par en par sus fauces ávidas y despliega en toda exten-sión sus alas; y aquel cuya espaciosa barca surca los sombríos ríos, él de recia senectud, apenas puede mover sus brazos fati-gados de manejar sin cesar su timón. Y aún hay quien pretende (que el perro del Tenaro ha roto sus férreas cadenas, y vaga errante por nuestras tierras; que el suelo ha rugido y que en los sagrados bosques de los dioses se han visto fantasmas sobrehumanos y que el bosque de Cadmea tembló dos veces sacudiendo su nieve, y la fuente de Dirce se enturbió con sangre y que en la noche silenciosa, aullan los perros de Anfión.

¡Oh, terribles síntomas de una extraña muerte, más pensos que la misma muerte! Una perezosa languidez se adueña de las articulaciones, que quedan inertes, y en el semblante aparece un enfermizo carmín; ligeras pústulas salpican el cutis; luego una ardiente fiebre abrasa con su fuego el cerebro, ciu-dadela del cuerpo, e hincha las mejillas con una súbita afluencia de sangre, se quedan inmóviles los ojos; la erisipela devora los miembros; las orejas se enrojecen y de la nariz que se encorva fluye una sangre negruzca que se escapa de las venas rotas; un jadeo frecuente y estridente agita el cuerpo hasta lo más hondo de sus vísceras. Los atacados se abrazan desesperados a las frías piedras de las estatuas y aquellos a quienes la desesperación de sus parientes ha dejado en libertad para que puedan salir de sus moradas se sienten atraídos hacia las fuentes, y su fiebre se nutre con la misma agua que ingieren. Prosternada al pie de los altares yace una muchedumbre que implora la muerte, único bien concedido voluntariamente por los dioses; las gentes van a los templos, no para aplacar, a las divinidades con votos y promesas, sino porque se sienten complacidos saciándolos con el espectáculo de su propia muerte.

Mas, ¿quién es ese ser que camina hacia palacio con paso tan rápido? ¿No es Creonte, ilustre por su nacimiento y sus hazañas? ¿Es una ilusión de mi imaginación, o bien es una realidad? No, ¡es efectivamente Creonte por quien todos anhelantes suspirábamos!

EDIPO. — CREONTE

(Edipo sale del palacio al anuncio de la. llegada de Creonte.) Edipo.— Tiemblo de horror; me pregunto con espanto a dónde va a inclinarse mi destino: un doble sentimiento conmueve mi corazón alarmado: cuando se entremezclan en la penumbra confundidas felicidad y desgracia, nuestro espíritu indeciso fluctúa a la vez entre el deseo y el temor de saber. Hermano de mi esposa, si con tu llegada traes algún alivio a mi aflicción, apresúrate a hacérmelo saber.

Creonte. — La respuesta del dios se oculta equívoca en un oráculo enigmático.

Edipo. — Quien da a los afligidos un medio de salvación equívoco es como si se lo rehusase.

Creonte. — El dios de Delfos acostumbra a velar con oscuros rodeos sus misteriosos avisos.

Edipo. — Habla, aun cuando la respuesta sea ambigua. Edi-po tiene el privilegio de descifrar enigmas.

Creonte. — El dios ordena que se castigue con el exilio, la muerte del rey y que se vengue el asesinato de Layo: sólo entonces nos será dado ver el día claro y respirar aire puro y saludable.

Edipo. — Pero, ¿quién fue el que mató a aquel ilustre rey? Dinos a quién Febo señala como tal, a fin de que reciba el debido castigo.

Creonte. — ¡Ojalá pudiera yo revelar con serenidad hechos horribles de ver y de oír. Mis miembros se paralizan y la sangre se hiela en mis venas. Apenas mis pies pisaron suplicantes el sagrado templo de Febo, y, siguiendo el rito imploré piadosamente a la divinidad prosternado y con las manos extendidas; las dos nevadas cimas del Parnaso retumbaron con un fragor horrible; el laurel de Febo se estremeció amenazador, agitó su follaje; y de repente el agua santa de la fuente Castalia dejó de fluir. La sacerdotisa del hijo de Latona empezó a sacudir sus cabellos erizados y a recibir delirante la inspiración de Febo; no había llegado aún al antro profético, cuando un fragor inmenso y sobrehumano resonaron estas palabras: «La cadmea Tebas verá volver cielos más clementes si abandonas como fugitivo la fuente Dircea de Ismeno, ¡oh extranjero culpable de la muerte del rey y conocido de Fébo desde tu primera infancia! No disfrutarás por mucho tiempo del fruto de esta muerte criminal: te harás a ti mismo la guerra y se la legarás también a tus hijos, tú, ser infame, que con tu incesto has vuelto a penetrar en las entrañas maternas.

Edipo. — Lo que yo ahora, ante el mandato de la divinidad me preparo a cumplir, debió haber sido prestado por vosotros a las cenizas del rey difunto, para prevenir desde entonces todo pérfido atentado contra la santidad del cetro. A los reyes es a quienes sobre todo conviene asegurar la protección de la realeza: nadie se inquieta por vengar la muerte de un monarca a quien en vida se temía.

Creonte. — La preocupación de castigar aquel asesinato, se dejó a un lado ante temores más acuciantes.

Edipo. — ¿Qué temor pudo impedir cumplir ese piadoso deber?

Creonte. —El de la Esfinge y el de las amenazas horribles de sus enigmas.

Edipo. — Que ese crimen sea castigado ahora como lo prescriben los dioses. ¡Oh vosotros, dioses todos, que contempláis con ojos benignos la suerte de los reyes; tú, que mantienes en tus manes el imperio del cielo; tú, el más hermoso ornamento del firmamento sereno, que en tu curso arrastras uno tras otro los doce signos del zodíaco, y que con tu carro veloz vas haciendo girar los siglos lentos; y tú noctivaga Febe, que al encuentro vas siempre de tu hermano, y tú, señor de los vientos, que a través del mar profundo conduces tu cerúleo carro; y tú, que riges la morada horra de luz, sedme todos propicios: que aquel cuya diestra mató a Layo, no tenga ni un techo donde reposar tranquilo, ni penates, a cuya sombra pueda estar seguro; que exilado, no encuentre acogida en tierra hospitalaria; que padezca el dolor de un himeneo deshonroso y tenga hijos execrables; mate también a su padre con su propia mano, y cometa (ya que nada puede desearse más horrendo) todas las maldades de que yo huí! No habrá perdón para él; lo juro por los dos reinos; por el que ahora rijo aunque extranjero, y por aquel que abandoné; lo juro por mis dioses domésticos y por ti, venerado Neptuno, cuyas olas vienen a morir a ambos lados de nuestro suelo donde retozan; sé, también tú, testigo de mis palabras, tú que animas con tu acento los proféticos labios de la sacerdotisa de Cirra; pueda mi padre pasar una apacible ancianidad y terminar gratamente sus días en su excelso trono; que Mépore no conozca otro matrimonio que el de Pólibo (ayudadme) para que ningún favor arranque de mis manos a ese culpable. Pero, ¿te acuerdas tú, dónde se cometió aquel infame asesinato? ¿Sucumbió el rey en un ataque franco o en alguna celada?

Creonte. — Cuando iba al sagrado bosque de Castalia de espesos follajes, al pisar el suelo de un sendero por entre tupida maleza, cerca del punto donde el camino para salir al llano se abre en tres ramales, uno que atraviesa la Fócida, suelo amado de Baco, de donde dejando las tierras labrantías se va elevando hacia los cielos, por colinas que suben en pendiente suave a la doble cima del alto Parnaso; otro llega a las tierras (del istmo) de Sísifo, bañado por dos mares, y a los campos de Oleno; el tercero, serpenteando por un valle profundo va a tocar las aguas sinuosas y corta el lecho helado del río Iliso.

Precisamente cuando tranquilo y confiado llegaba a este lugar una banda de ladrones, lo atacó de improviso a mano armada y cometió ese crimen misterioso. Pero he aquí que en este instante el oráculo de Febo trae a Tiresias, que llega apresurando su paso tardo y tembloroso: viene acompañado por Manto, que le guía en su ceguera.

CREONTE — EDIPO — TIRESIAS — MANTO

Edipo. — Mortal consagrado a los dioses, ser que estás más próximo a Febo, explica su respuesta; dime quién debe ser castigado.

Tiresías. — Si mi lengua tarda en hablar y demanda algún respiro, no debes sorprenderte, magnánimo rey: a un ser privado de la vista, quédale encubierta una buena parte de la verdad. Sin embargo, iré donde me llama la voz de la patria y la voluntad de Febo: arranquemos al destino sus secretos. Si mi sangre fuera todavía joven y cálida, recibiría en mi mismo seno los divinos oráculos.

Poned al pie de los altares un buey blanco de lucido lomo y una becerra, cuyos cuellos jamás se hayan doblegado bajo el corvo yugo. Y tú, Hija mía, guía de un padre privado de la luz, ve dándome cuenta de los signos ciertos de este sacrificio fatídico.

(Los servidores traen ante Edipo las víctimas.)

Manto. — La opima víctima está ante el altar.

Tiresias. — Dirige fervorosa con las fórmulas rituales, nuestras súplicas a los dioses celestiales en favor de nuestros votos, y colma las aras con el incienso del Orienté.

Manto. — (Poniendo incienso sobre el altar) Acabo de poner incienso en la sagrada hoguera de los dioses.

Tiresias. — ¿Y la llama? ¿Ha quemado ya ampliamente las ofrendas?

Manto. — Brilló un súbito resplandor que se extinguió repentinamente.

Tiresias. — ¿La llama clara y brillante se elevó hacia el cielo recta y pura extendiendo su alto penacho por los aires, o bien serpeó indecisa por los costados del altar y se abatió deshaciéndose entre volutas de humo?

Manto. — No fue uniforme el aspecto de la móvil llama: a la manera que la lluviosa Iris envuelve en sí, y en su contorno se entremezclan y confunden variados colores, y abarcando con sus pintadas franjas una vasta parte del cielo, anuncia, por los matices de sus tonalidades, las lluvias, sin que pueda saberse qué color tiene o cual no tiene, pasando del azul a los pardos reflejos o a los rojos de sangre, y por último se desvanece en las tinieblas. Pero de pronto, el fuego obstinado asciende, y la llama de este único sacrificio se escinde en dos discordes masas: ¡oh padre mío! me horrorizo viendo lo que veo: Las libaciones de Baco truécanse en sangre; la ca-beza del rey aparece circundada por espesa humareda que se torna más densa aún en torno de sus propios ojos, una densa nube le priva de la vista de esta sombría luz. Dime, padre ¿qué significa todo esto?

Tiresias. — ¿Cómo voy a poder hablar en medio del tumulto que perturba mi ánimo atónito? ¿Qué podría yo decir? Hay signos de desgracias terribles; pero aún yacen profundamente en el misterio: la cólera de los dioses se muestra de costumbre por síntomas inequívocos. ¿Qué secreto es, pues, éste, que tan pronto quieren como no quieren revelar? ¿Por qué esconden sus temibles amenazas? ,Los dioses sienten vergüenza de no sé qué. Ven, apresúrate a traer aquí las víctimas" y a esparcir sobre la cabeza de los toros la harina sagrada, ¿Se someten ellos plácidamente al rito y sé dejan tocar con las manos?

Manto. — El toro, al levantar su altiva cabeza y colocado mirando a Levante, fue herido por la luz, volvió la cara temblando y esquivó los rayos del sol.

Tiresias. — ¿Caen los animales abatidos al primer golpe?

Manto. — La becerra se lanzó ella misma contra la cuchilla levantada y cayó al primer golpe; pero el toro, después de recibir dos heridas, vagando de un sitio a otro se desploma, y va exhalando, agotado, una vida que obstinada se resiste.

Tiresias. — ¿Brota rápida la sangre de una estrecha herida o bien va manando lentamente de hondas heridas ?

Manto. — Fluye abundante por la abertura del pecho en ella; las profundas heridas del toro, tíñense apenas por un como tenue rocío de sangre, que fluye copiosa por su faz y por sus ojos.

Tiresias. — Los sacrificios infaustos despiertan en mí un terror inmenso. Pero, ve dándonos los signos más seguros que ofrecen las entrañas.

Manto. — Padre mío ¿qué es esto? Las entrañas no palpitan como de costumbre agitadas por un leve movimienton; rehusan violentamente las manos enteras, y de las venas brotan nuevos chorros de sangre. El corazón, todo él alterado, aparece mustio y se esconde en el fondo del cuerpo; las venas están lívidas; falta gran parte de las fibras de los pulmones; el hígado corrompido, despide una espuma de hiél negra (y esto es siempre un presagio amenazador para la unidad de un reino), he aquí que se elevan dos cabezas iguales por la masa de sus tejidos, y estas dos cabezas tiene cada una sus lesiones escondidas por una delgada membrana que las recubre, dejando, sin embargo, entrever sus secretos: el lado hostil se hincha de una masa sólida, en la cual siete venas se tienden cortadas por una línea oblicua, que les impide volver hacia atrás. El orden de la naturaleza está turbado; nada se encuentra en el lugar que le corresponde; todo está invertido: el pulmón, en la parte derecha no contiene aire, sino sangre; no está tampoco al lado izquierdo el corazón; ni pliegues grasosos encubren con su blanda cubierta las membranas de las entrañas; las partes sexuales están trastocadas; el útero de la novilla, presenta un aspecto insólito. Investiguemos de dónde procede la causa de esta extraña rigidez en las visceras.

Pero ¿qué prodigio es éste? Un feto, colocado en un lugar insólito, y no donde debiera estar, llena con su grandor el vientre de la novilla; mueve sus miembros exhalando vagidos y su cuerpo débil se agita con trémulas sacudidas; sangre lívida mancha las fibras negruzcas de las carnes; los cuerpos deformes de las víctimas intentan escapar, y su masa huera se yergue y amenaza con sus cuernos a los ministros del sacrificio; las entrañas se escapan de las manos. Ese mugido que acaba de sonar en tus oídos no es el mugido grave de un buey, ni el bramido de espanto de una torada asustada; es el fuego que muge en el altar y es el hogar que chisporrotea.

Edipo. — Dime, ¿qué es lo que presagian los signos terro-ríficos de este sacrificio? Escucharé sin temblar tus palabras. Las desgracias excesivas confieren una especie de seguridad.

Tiresias. —Lamentarás los males que tratas de mitigar.

Edipo. — Dime lo único que los dioses quieren que yo sepa: quién manchó sus manos con la muerte del rey.

Tiresias. — Ni los pájaros al hender con sus veloces alas las alturas del cielo, ni las fibras arrancadas de las entrañas palpitantes pueden revelar ese nombre; para ello es necesario buscar otro medio: hay que evocar al mismo rey en persona desde la morada de la eterna noche y hacerle subir desde el Erebo a fin de que sea él quien. designe el autor de su asesinato. Hay que abrir la tierra; hay que conseguir por imprecaciones mover la implacable voluntad de Plutón; hay que arrancar hasta aquí a gente de la Estigia infernal: di a quién vas a confiar esa misión sagrada, ya que a ti te está prohibido asistir a la aparición de las sombras, porque en tus manos tienes el poder supremo.

Edipo. — A ti, pues, Creonte, te corresponde este cuidado, puesto que tú eres el segundo en reino.

Tiresias. — Mientras nosotros vamos a abrir los profundos abismos, de la Estigia haced que resuene el himno de nuestro pueblo en honor de Baco.

CORO

Coro.— ¡Oh tú! cuyos sueltos cabellos coronados con trémulos corimbos de hiedra y cuyos brazos delicados adorna el tirso de Nisa; tú, gloria deslumbrada del cielo ¡oh Baco! ven a escuchar nuestros votos, los que la noble Tebas, tu patria, con sus manos suplicantes te dirige. Vuelve propicio a nosotros tu virginal cabeza; y con tu faz deslumbrante, disipa las nubes y ahuyenta las amenazas siniestras del Erebo y la suerte ávida. A ti te sienta bien coronar tu cabellera con flores primaverales, ceñir tu cabeza con la tiria mitra, y ajustar a tu frente serena la guirnalda de hiedra, cargada de bayas, y dejar flotar tus sueltos cabellos, o recogerlos luego sujetos en apretado nudo, cual antaño, cuando temeroso de tu irritada madrastra, creciste disfrazando tus formas, e imitando a las doncellas de rubias guedejas y sujetando tu vestido con amarillo cinturón. Desde entonces fue de tu agrado este atuendo afeminado, amplio y de flotante cola. Viéronte así sentado en áurea carroza, escondiendo con tus largas vestiduras tus leones, cuantos viven en las vastas llanuras del Oriente; los que beben las aguas del Ganges, y cuantos rompen los hielos del glacial Araxes.

Sigue en pos tuyo en su tardo borriquillo el anciano Sueno, con sus nevadas sienes, coronadas con guirnaldas de pámpanos; tus lascivos mistas guían con sus danzas tus misteriosas orgías.

A ti te acompaña unas veces la cohorte de basaridos que pisan ya el Pangeo edonio, ya la cima del tracio Pindo. Otras es entre las matronas tebanas que se adelanta la impía ménade, compañera del Baco Origión, ceñidos sus flancos con la piel sagrada del cervatillo; eri tu honor las matronas, encendido su pecho con tu delirio, dejaron flotar tus cabellos; luego, después de haber desgarrado los miembros de Penteo, las Tiadas, cuyas manos agitaban el leve tirso, liberadas del estro que aguijó su cuerpo, contemplaron su maldad monstruosa como si les fuese extraña.

El reino del mar lo posee la tía del glorioso Baco, e Ino, la tebana, va rodeada por el coro de los Nereidas; y un niño extranjero es el señor de las olas del vasto océano, Palemón divinidad venerable, deudo de Baco.

A ti de niño, te raptó una cuadrilla de tirrenos; pero Nereo serenó el mar embravecido trocando en praderas sus cerúleas aguas: aquí verdea el plátano con sus hojas primaverales y el laurel, árbol caro a Febo; parleras aves gorgean entre el ramaje; a los remos se adhiere la vivaz hiedra, y la viña trepa enroscándose hasta las altas copas; el león del Ida ruge en la proa, y en la popa se asienta el tigre del Ganges.

Entonces los piratas empavorecidos se lanzan a nado al mar; pero en cuanto se zambullen en él, cobran una nueva forma; cáenseles primero sus brazos a los ladrones; su pecho se contrae y únesele al vientre; sus manos minúsculas penden a sus flancos, su torso se encorva y aguanta las olas; su cola en forma de media luna hiende las aguas y transformados en delfines van siguiendo las velas que huyen.

A ti es a quien llevó en sus aguas opulentas el lidio Pactolo de áurea y rápida corriente. Distendió su arco y abandonó sus géticas flechas el Masogeta, que mezcla en sus copas la sangre con leche. Los dominios de Licurgo, el armado de la podadera, sufrió el poderío de Baco. Sintiéronlo también esos países feroces, y asimismo las naciones que Bóreas toca de cerca, y las que cambian constantemente de morada; e igualmente aquellas a las que con sus heladas aguas baña la Meótida laguna; aquellas que contemplan desde sus alturas celestes, la estrella Arcadia y ambos Carros. Él fue quien sometió a los gelonos, que viven diseminados; quitó sus armas a las doncellas guerreras y las cohortes del Termodonte, humillada hasta el suelo su cerviz, depusieron al huir sus saetas ligeras, se convirtieron en ménades.

El Citerón sagrado se inundó con la sangre vertida en el exterminio de Ofión; y las hijas de Preto hubieron de huir a los bosques, y Argos dio culto a Baco, a pesar de la presencia de su madrastra.

Naxos, circundada por el mar Egeo, te dio por esposa a una doncella abandonada, que compensó el daño del esposo (que había perdido) con un más glorioso esposo: de árida roca brotó el licor de Nictelio; cantarines riachuelos corrieron por la grama y la tierra se embebió profundamente con los dulces jugos, y tersas fuentes de nivea leche y de lésbicos vinos, aromados de tomillo.

La nueva desposada es conducida al inmenso cielo; Febo canta el himno nupcial, dejando flotar sobre sus hombros su cabellera y Cupido el dios de la doble condición, agita las antorchas nupciales, Júpiter depuso sus ígneas flechas, y la llegada de Baco, le hace odiosos sus rayos. Mientras los astros brillantes prosiguen su curso en el cielo milenario; mientras el océano tenga al mundo encerrado en sus olas, que lo ciñen; mientras la luna llena vuelva a juntar sus fulgores perdidos, mientras la estrella de la mañana anuncie el nacimiento matinal del día; mientras la elevada Osa ignore el azul de Nereo, veneraremos la rutilante faz del hermoso Layo.

Edipo. — Aunque tu semblante muestre señales que hacen presagiar lamentables noticias, dime qué cabeza debe apaciguar a los dioses.

Creonte. — Me ordenas decir lo que el temor me aconseja callar.

Edipo, — Si las ruinas de Tebas no son bastante a moverte, muévate el cetro, que se escapa de la casa emparentada con la tuya.

Creonte. — Desearás ignorar, lo que ahora tratas por demás saber.

Edipo. —La ignorancia es un remedio ineficaz contra la desgracia. Así pues ¿pretendes ocultarme lo que puede ser la salvación del Estado?

Creonte.— Cuando el remedio es espantoso, repugna a uno ser curado.

Edipo. — Dime lo que has sabido, o de lo contrario, sabrás cuan temible es el poder de un rey irritado.

Creonte. — A menudo los reyes se irritan porque se les dice lo que se les ha ordenado decirles.

Edipo. — Serás enviado al Erebo, vil víctima sacrificada a la salvación común, si tu voz no me revela los misterios de esta ceremonia.

Creonte.— ¡Ah, séame permitido callar! ¿Se puede implorar de un rey más humilde libertad?

Edipo. — Muchas veces la libertad del mutismo es más peligrosa que la palabra misma para un rey y para una realeza.

Creonte. — Si a uno no le está permitido callar ¿qué es entonces lo que le está permitido?

Edipo. — Es rebelde quienquiera que calla, cuando le ordenan hablar.

Creonte. — Te ruego que al menos acojas sin cólera las palabras que tú me obligas a pronunciar.

Edipo. — ¿Se ha castigado alguna vez a alguien por palabras que le han obligado a decir?

Creonte. — A alguna distancia de la ciudad hay un sombrío bosque de encinas, en los parajes que riega la fuente de Dirce: en la cumbre de este alto bosque levantan sus copas los apreses que lo cercan con sus ramas de follaje siempre verde, y robles añosos que extienden sus ramas tortuosas y carcomidas: uno de éstos, minado por los años, ha reventado por un costado; otro por haber cedido sus raíces agotadas, se inclina y se apoya sobre un tronco inmediato. El laurel de amargas bayas, los leves tilos, el mirto de Pafos, el olmo que proporciona remos que batirán las olas del vasto mar, y el pino, que detiene a Febo y opone a los céfiros su tronco liso, rodean a un árbol gigante cuya densa sombra domina los árboles menores y esparciendo las ramas de su copa en una vasta extensión, defiende él solo el bosque todo.

A sus pies, tristemente, privada de la claridad de Febo, helada por una eterna frialdad, brota una fuente cuyas aguas se estancan perezosas en una laguna fangosa.

En cuanto el anciano adivino penetró allí dentro, no tuvo que esperar nada puesto que el lugar le ofrecía la oscuridad que se precisa para estos sacrificios. Se cavó luego la tierra y se echaron en ella brasas cogidas de la hoguera de la pira. El adivino se reviste con fúnebres ropas y mueve su cabeza. Un lúgubre manto le llega hasta los pies; con este siniestro atavío avanza triste, ceñidos sus blancos cabellos con una corona de mortífero tejo. En la hoya recién abierta, son arroja-das ovejas de negros vellones y bueyes de oscuro pelaje. Las llamas devoran las viandas sagradas y el ganado vivo aún, se estremece junto al fuego feral. Luego el anciano evoca a los manes y te evoca también a ti, que gobiernas y custodias las barreras del lago Leteo; recita las fórmulas mágicas, entona con acento amenazador y voz furiosa, todos los conjuros que apaciguan o doman a las leves sombras; esparce sobre la hoguera cruentas libaciones; quema enteramente las víctimas e inunda la fosa con copiosa sangre: vierte encima, como nueva libación, nivea leche y licor de Baco con la mano izquierda, y repite sus conjuros y encantamientos y con la vista clavada en la tierra, evoca a los manes con voz atronadora y delirante. La jauría de Hécate ladró por tres veces; el fondo de los valles resonó con un lúgubre plañido; la tierra toda tembló con sacudidas que conmovían el suelo. «Me oye, dijo el adivino, he pronunciado las fórmulas rituales: el tenebroso caos se abre y a los subditos de Plutón se les permite subir hasta el mundo de los vivos.» Todo el bosque se inclinó; luego, volvió a alzar su follaje; los robles se hendieron y la floresta entera se estremeció de horror; la tierra se agrietó y gimió desde lo más profundo, bien fuera porque el Áqueronte se sintiera irritado, porque se bucease en sus más hondos abismos, o bien que la tierra misma produjera aquel fragor para dar paso a los muertos, o bien porque el tricéfalo Cerbero, loco de rabia, hubiera agitado sus pesadas cadenas. De repente el suelo se abrió, ahondado en inmensa sima, dejó patente una abertura por donde yo mismo vi entre las sombras los inmotos lagos, los pálidos dioses y la noche en toda su verdad; la sangre se me heló y paralizó en las venas: Surgió de pronto amenazadora una cruel cohorte e irguióse completamente armada, la raza toda nacida del dragón de Cadmo, y el ejército de los hermanos engendrados por los dientes del monstruo de Dirce, con la Peste, plaga ávida del pueblo de Ogigia . Después retumbó la voz horrible de la feroz Erinia," "resonó la del ciego Furor, la del Horror y la de todo cuanto crean y esconden a la vez las eternas tinieblas: el Duelo, que se mesa los cabellos; la Enfermedad, que con dificultad puede sostener su cabeza fatigada; la Vejez, insoportable consigo misma; el Temor, siempre indeciso. Mi valor desfallecía. Aquella misma para quien son familiares los ritos y los sortilegios del anciano, quedó helada de estupor. Pero su padre, a quien su propia ceguera hace intrépido y audaz, evocó a todo el pueblo exangüe del feroz Plutón, y en seguida vino a respirar el aire libre. Menos numerosas son las hojas que caen sobre el Erix, que las vio crecer; menos abundantes las flores que hace nacer el Hibla, mediada la primavera, cuando densos enjambres se dirigen en ellas en compactos grupos; el mar Jónico no estrella tantas olas en sus playas, ni son tan numerosas las aves que huyen de las amenazas del glacial Estimón, hienden las auras cerúleas, para invernar en otros cielos, cambiando las árticas nieves por el tibio ambiente del Nilo, como numerosas fueron las multitudes, que al conjuro de la voz del adivino, surgieron y medrosas se fueron dirigiendo recatadas a los umbrosos retiros de aquel bosque. Fue el primero en emerger del suelo, Zeto, que llevaba asida de su mano derecha, el asta de un feroz toro; vino luego Anfión, que en su izquierda mano traía la cítara de concha, con cuyas sus suaves melodías tras él llevaba a las rocas; siguió la hija de Tántalo, quien al fin, entre sus hijos, y ya tranquila, va contando sus sombras. A su lado aparece otra madre menos tierna, la enloquecida Agave, seguida de toda aquella femenina banda, que descuartizó á un rey; va en pos de estas bacantes, Penteo, todo lacerado, pero conservando aún en su rostro su aire retador y amenazador. Por fin, y después de muchas evocaciones, levanta su frente avergonzado alejándose de toda "aquella muchedumbre, y procurando esconderse, hasta tal punto que el vate lo amenaza y redobla sus infernales imprecaciones para conseguir que ven-, ga, a mostrar bien a las claras los rasgos de su faz, aparece Layo. Me horroriza decirlo: se yergue horrible con todo su cuerpo cubierto de sangre y los cabellos en desorden, manchados por un fango repugnante y exclama con voz furiosa: « ¡ Oh, casa de Cadmo, que en tu crueldad te complaces siempre en verter sangre de los tuyos, vibra tus tirsos y con tu mano, movida de un delirio destroza mejor a tus hijos: el mayor crimen de Tebas es el amor materno! ¡Oh, patria mía, no es la ira de los dioses, la que destruye, sino un crimen! ¡No es el soplo funesto del austro el que causa tus duelos; ni la tierra demasiado reseca por falta de lluvias celestiales la que te abruma con exhalaciones nocivas: es un rey manchado de sangre, que como recompensa de un cruel homicidio ocupa el trono y el lecho incestuoso de su padre; hijos odiosos son los suyos, pero el padre es peor todavía que los hijos, ya que hace que un vientre funesto, conciba de nuevo, de manera que el hijo vuelve a entrar en las entrañas que le alumbraron y siembre en su madre progenie impía; y cosa que rara vez acaece ni entre las mismas bestias feroces, se ha engendrado hermanos! ¡Oh, mal intrincado y monstruo más complejo que los enigmas de su propia Esfinge! ¡ A ti, a ti, cuya ensangrentada mano empuña el cetro; a ti, es a quien yo, padre aún sin venganza, voy a perseguir con toda la ciudad y arrastraré conmigo a Erinis, madrina de tu boda. Azotaré con mi látigo a los culpables, hundiré esta casa incestuosa y aniquilaré sus penates con guerra impía. Por lo tanto, apresuraos a lanzar al destierro a vuestro rey, y todo el terreno que él dejare atrás, reverdecerá tras su funesto paso y recobrará sus galas como en la florida primavera; el aire vital se tornará sano; los bosques readquirirán su ornato. La Muerte, la Peste, el Trabajo, la Pena, el Contagio, el Dolor, digno cortejo suyo, se irán al mismo tiempo que él; y él mismo no pedirá más que huir lo antes posible de nuestro país; pero yo lo retendré; yo pondré obstáculos penosos a sus pasos: vagará indeciso sin saber a dónde dirigirse, tanteando ante él penosamente su camino, con su bastón de anciano. ¡Quitadle la tierra, que yo, su padre, le privaré del cielo!

Edipo. — Glacial estremecimiento invade mis huesos y mis miembros; me veo acusado precisamente de los mismos crímenes "que temí cometer. La unión de Mépore con Pólipo destruye la posibilidad de un crimen mío dé incesto; por otra parte el hecho de que Pólibo viva, absuelve a mis manos del parricidio: el hecho de que mis padres vivan constituye mi defensa de asesinato y de adulterio. ¿Qué posibilidad de crimen me queda aún? Tebas deploró la pérdida de Layo mucho antes de que yo hollara con mis pies el suelo de Beocia. ¿Ha podido equivocarse el anciano, o bien la divinidad abruma aún a Tebas? ¡Ah! ¡No! ¡Ya caigo; ya tengo a los cómplices de una pérfida intriga. Con estas mentiras del adivino se encubre un ardid y con un pretexto divino promete darte mi cetro!

Creonte. — ¿Pero iba yo a querer ver a mi hermana destronada? Si la lealtad sagrada que uno debe a un hogar, próximo al tuyo, no me retuviera firmemente sujeto a la posición que ocupo ahora, las excesivas amarguras que el destino ofrece bastarían para atemorizarme. ¡Ojalá consientas, mientras estás fuera de peligro, soltar el peso del poder, para que no te aplaste! ¡Retírate! Más seguro estarás en una situación menos elevada.

Edipo.— ¿De modo que aún me exhortas a descargarme espontáneamente de mi demasiado pesada realeza?

Creonte. — Se lo aconsejaría a cuantos todavía tuvieran una situación donde poder escoger libremente; pero para ti es necesario ya soportar lo que te impone tu destino.

Edipo. — Para un ambicioso el camino más seguro de llegar al trono que desea, es cantar las ventajas de la templanza, predicar las dulzuras del ocio y ponderar las delicias del sueño tranquilo; los espíritus a quienes inquieta la ambición son los que más simulan la quietud.

Creonte. — ¿No basta a defenderme de tu acusación un largo pasado de fidelidad?

Edipo. — La lealtad no es para el felón sino un medio, para llegar al crimen.

Creonte. — Libre yo del peso de la realeza, disfruto de sus ventajas; mi casa se ve honrada constantemente por los homenajes de gran número de ciudadanos: no pasa día sin que mis lazos estrechos con el trono valgan a mi hogar nuevos y abundantes presentes; llevo una vida magnífica; tengo mesa opulenta y crédito, gracias al cual muchas personas me deben su salvación, ¿qué es lo que falta, a mi modo de ver, a mi felicidad?

Edipo. — ¡Lo que le falta! Jamás los que están en la prosperidad saben moderarse.

Creonte. — ¿ Así que sin saber por qué, voy a perecer como un culpable?

Edipo. — ¿Acaso vosotros me habéis dejado daros cuenta de mi vida? ¿Acaso Tiresias me ha oído defender mi causa? Y sin embargo, a vuestros ojos soy culpable. Me habéis dado el ejemplo: yo lo sigo.

Creonte.—Pero ¿y si soy inocente?

Edipo. — Un rey teme a un culpable posible, tanto como a un culpable cierto.

Creonte. — El que teme falsos peligros los merece verdaderos.

Edipo. — Todo el que ha sido inculpado conserva su odio cuando se le perdona. ¡Caiga pues todo lo que amenaza peligro!

Creonte. — Así germinan los odios.

Edipo. — Quien teme los odios en demasía no sabe ser rey: el terror es el guardián de los tronos.

Creonte. — Quien empuñe el cetro con cruel dureza, teme él mismo a aquellos que lo temen: el terror se vuelve contra el que se lo ha creado.

Edipo. — (A sus guardias.) Asegurad a este culpable, encerrándolo en una mazmorra. Yo entre tanto me llegaré a palacio.

CORO

Coro. — No eres tú la causa de nuestros inmensos peligros, y no es a los Labdácidas a quienes atacan los hados: sino que desde hace tiempo nos persigue la cólera de los dioses; desde que el bosque de Castalia ofreció su sombra al huésped venido de Sidón, y desde que en la fuente Dirce se bañaran los colonos que llegaron de Tiro; es desde cuando el hijo del gran Agenor, cansado de perseguir a través del mundo el objeto del rapto de Júpiter, se detuvo medroso bajo los árboles a fin de adorar al mismo que había raptado a su hermana, y advertido por una orden de Apolo que acompañase a una becerra vagabunda, que no había sido sometida ni al pesado arado, ni al corvo yugo de una lenta carreta, renunció a su persecución y dio a nuestra raza un nombre que tomó de esta fatal becerra; sí, desde aquel momento nuestra tierra ha producido siempre nuevos monstruos: una vez fue una serpiente, que saliendo del fondo de nuestros valles, se irguió silbando en las copas de los añosos robles, o en las cimas de los pinos, o en las más altas ramas de los árboles de Caonia, o asomó su cabeza azulada, aunque replegando sobre sí misma la mayor parte de su cuerpo; otra vez fue la tierra, que grávida de monstruosa preñez, hizo brotar de su seno hombres armados, cuyas trompas de cuerno retorcido retumbaron, y cuyo corvo clarín de bronce lanzó sus notas estridentes. Nunca habían probado la agilidad de sus lenguas, y sus bocas que ignoraban la palabra, se ensayaron primero lanzando un grito de guerra: aquellos ejércitos de hermanos, se disputaron el terreno, raza digna de la simiente lanzada para su nacimiento, raza que recorrió el curso todo de su vida en el espacio de un solo día, y que nacida después de la llegada del matinal lucero, murió antes de aparecer el vespertino.

El extranjero quedó pasmado por tales prodigios y horrorizado por los combates de ese pueblo que acababa de nacer, hasta que cayó exterminada toda aquella fiera juventud, y su madre vió volver a su seno, a aquellos hijos que acababa de dar a luz. ¡Ojalá las guerras civiles pudieran ser terminadas así, y la Tebas de Hércules no conociera nuevas guerras fraticidas!

Y ¿qué diré del destino del nieto de Cadmo? Los cuernos de un ciervo vigoroso ocultaron de repente con su frondosidad su frente, y sus propios perros persiguieron a su dueño. Precipitó su huida a través de los bosques y montañas el rápido Acteón, errante y con pies más ágiles todavía, a través de matorrales y de rocas, temió las plumas movidas por el céfiro, evitó las redes que él mismo colocara antes que viera sus cuernos y su cabeza de animal reflejados en el agua de una apacible fuente, en el sitio mismo donde había refrescado sus miembros virginales la diosa del pudor, sañuda en demasía.

EDIPO. — YOCASTA

Edipo. — Mi mente pasa revista a todas sus inquietudes y revive todos sus temores. Los dioses celestes y los infernales pretenden que soy yo el autor del asesinato de Layo, en tanto que mi alma se sabe inocente y conociéndose ella misma mejor que los dioses, les contradice.

Un recuerdo me asalta: en un estrecho camino, yo di muerte con un golpe de mi cayado y lo mandé á la morada de Plutón, a un hombre, con quien me encontré: él era un · hombre de edad, que arrogante me había empujado él primero con su carroza; yo era joven: ello fue lejos de Tebas, en la comarca de Fócida, en un paraje en el que el camino se bifurca. ¡Oh esposa mía, que tan al unísono sientes conmigo! ¡Disipa, te lo ruego, la duda en la que mi mente se debate! ¿En qué; época de su vida estaba Layo cuando pereció?_¿Es-taba aún verde y en flor de la edad cuando fue muerto, o bien andaba ya abrumado por la vejez?

Yocasta. — Estaba entre las dos edades; sin embargo, andaba ya más próximo a la vejez.

Edipo. — ¿Acompañaba al rey una escolta numerosa?

Yocasta. — La mayor parte de sus compañeros se habían extraviado, equivocándose por los varios ramales del camino; pero un pequeño número, con celosa solicitud había seguido al pie de la carroza.

Edipo. — ¿Murió alguno más compartiendo el destino del rey?

Yocasta.— Únicamente uno, cuya fidelidad y valor le llevaron a compartir su muerte.

Edipo. — Ya tengo al culpable. Todo concuerda; el número, el lugar. Falta la fecha.

Yocasta. — Actualmente es la décima cosecha a partir de entonces. (Sale.)

Un anciano de Corinto. — Edipo. — Esclavos

Anciano. — El pueblo de Corinto te llama al trono de tu padre Pólibo; éste disfruta ya del eterno descanso.

Edipo. — ¡De qué manera se encarniza por todos los lados contra mí la cruel Fortuna! Dime, pues, ¿de qué muerte ha sucumbido mi padre?

Anciano. — En un apacible sueño, el anciano expiró.

Edipo.— ¡Ah! mi padre yace pues muerto sin que ningún crimen lo haya matado. Testimonio es este que me permite desde ahora levantar piadosamente mis manos inocentes hacia el cielo sin temor a que ningún crimen las manche. ¡Pero queda todavía la parte más temible de mi destino!

Anciano. — Todos tus temores se disiparán en el reino de tu padre.

Edipo. — Volvería con gusto al reino de mi padre; pero mi madre me espanta.

Anciano.— ¡Cómo! ¿Temes a tu madre, que desea ardientemente tu retorno con terrible ansiedad?

Edipo. — Es mi propio amor filial precisamente el que me hace huir de ella.

Anciano. — ¿Abandonarás a tu madre en su viudez?

Edipo — Has tocado justamente el objeto de mis temores.

Anciano. — Dime, ¿qué secreto terror invade tu espíritu? Acostumbro a guardar los secretos de los reyes con muda lealtad.

Edipo. — Me hace temblar el oráculo délfico que me ha amenazado con unos desposorios con mi propia madre.

Anciano. — Da de lado esos quiméricos temores, y disípense tus vergonzosos miedos. Mérope no fue tu verdadera madre.

Edipo. — ¿Qué ventajas esperaba con la suposición de un hijo?

Anciano. — Los hijos son siempre lazos poderosos que afianzan la fidelidad soberbia de los reyes.

Edipo.— Dime, ¿cómo llegó a tu conocimiento este secreto de familia?

Anciano, — Estas manos te presentaron muy niño aún a tu madre.

Edipo—¿Si tú me entregaste a mi madre, quién me entregó a ti?, Anciano. — Un pastor, al pie de la cima nevada del Citerón.

Edipo. — ¿Qué azar te había llevado a ti a esos bosques?

Anciano. — Apacentaba en aquellos montes a mis rebaños.

Edipo. — Dime aún algunas señales particulares de mi cuerpo.

Anciano. — En tus pies había señales de haber sido agujereados con un hierro; a su hinchazón y a su deformidad debes tu nombre.

Edipo. — Quisiera saber quién fue el que te hizo el don de mi cuerpo.

Anciano. — Uno que apacentaba los rebaños del rey y tenía a sus órdenes como inferiores, a todos los demás pastores.

Edipo. — Dime su nombre.

Anciano. — Los recuerdos de antaño se debilitan en los ancianos y la memoria cansada flaquea y se desgasta.

Edipo. — ¿No podrías reconocer a aquel hombre por sus rasgos y por su semblante?

Anciano. — Quizá lo reconociera: a menudo un recuerdo sepultado ya, por el pasado y olvidado, surge gracias a un leve indicio.

Edipo. — (A los esclavos.) Que sean arreados hacia los altares de los sacrificios, todos mis rebaños, acompañados de sus pastores. Id; apresuraos, haced, esclavos, que se presenten ante mí todos aquellos en cuyas manos está el cuidado de todos mis rebaños.

Anciano. — Sea que la razón, sea que el azar haya tenido escondido ese misterio, deja que quede en la sombra lo que en ella estuvo tanto tiempo. Ocurre con harta frecuencia que cuando se violenta la verdad, sale a la luz para desgracia nuestra.

Edipo.-— ¿Puede acaso temerse una desgracia mayor que las que estamos padeciendo?

Anciano. — Has de saber que lo que exige tan grandes esfuerzos es de gran importancia; se da aquí un doble .conflicto entre la salud pública y la salud del rey; ambas tienen una importancia igual: manten tus manos apartadas de uno y otro: incluso sin que tú trates de hacer ninguna averiguación, el destino se encargará él mismo de revelarlo.

Edipo. — No conviene, es cierto, quebrantar una situación afortunada; pero nada arriesga uno poniendo en movimiento lo que ya está en un estado desesperado.

Anciano. — ¿Pretendes acaso un nacimiento más noble que tu real raza? Ten cuidado, no tenga que pesarte haber encontrado a tu madre.

Edipo. — Aun cuando tuviera que arrepentirme de ello, intentaré llegar a la certeza de mi nacimiento, si es posible dar con esa certidumbre. Aquí tienes al hombre de edad avanzada ahora, bajo cuyas órdenes estaban los pastores de los rebaños del rey: su nombre es Forbas) ¿Te acuerdas de ese nombre o de los rasgos del semblante de este anciano?

FORBAS. -- LOS MISMOS

(Forbas se adelanta y el anciano lo examina de cerca.)

Anciano. — Su fisonomía algo dice a mi memoria; pero su semblante no me es muy familiar, y sin embargo, tampoco me es del todo desconocido.

Edipo. — ¿Cuando Layo ocupaba el trono, no llevaste tú, como esclavo, sus lucidos rebaños a las pendientes del Citerón?

Forbas. — Sí; es fértil Citerón ofrecía en verano a nuestros

rebaños, sus praderas siempre cubiertas de nueva yerba.

Anciano. — ¿Y a mí, me reconoces?

Forbas. — Vacila mi fragil memoria..

Edipo. — ¿Tú entregaste un niño a este hombre? Habla. ¿Dudas? ¿Por que tus mejillas cambian de color? ¿Por qué rebuscas tus palabras? La verdad es enemiga de rodeos.

Forbas. — Sí; es cierto que entregué a este hombre un rede tiempo ha oscurecido.

Edipo. — Confiesa, si no quieres que sea el dolor quien te fuerce a decir la verdad.

Forbas. — Sí; es cierto que entregué a este hombre un recién nacido: no era capaz de disfrutar ni de la luz ni del cielo.

Anciano.— ¡Ah! ¡Lejos de nosotros este presagio! ¡Vive y deseo que siga viviendo!

Edipo. — ¿Por qué presumes que el niño que entregaste no ha sobrevivido?

Forbas. — Sus pies estaban unidos por un agudo hierro que los taladraba y una hinchazón producida por la herida, iba minando su cuerpo infantil con horrible infección.

Anciano. — ¿Para qué interrogar más? Ya se aproxima tu destino.

Edipo. — ¿Quién era ese niño? Házmelo saber.

Forbas. — La fidelidad jurada me lo impide.

Edipo.— ¡Hola! ¡A ver, alguien! ¡Fuego! Las llamas sabrán triunfar de tu fidelidad.

Forbas. — Se me quiere arrancar la verdad por tan crueles medios. ¡ Por favor! ¡ Te suplico!

Edipo. — Si te parezco duro y tiránico, en tu mano tienes la evasión; di la verdad: ¿Quién era? ¿Qué padre lo engendró? ¿Qué madre lo trajo al mundo?

Forbas.— ¡La madre que lo trajo al mundo es ¡tu esposa!

(Forbas y el Anciano salen.)

Edipo.— ¡Ábrete, tierra; y tú, que gobiernas la tenebrosa morada, rey de las sombras, hunde en el fondo de los abismos del Tártaro a quien ha trastornado las leyes del nacimiento y de la generación! ¡Ciudadanos, acopiad piedras, para lapidar mi cabeza culpable; atravesadme con vuestras flechas; traspásenme con su espada los padres; traspásenme los hijos; que las esposas armen contra mí sus manos, así como los hermanos, y que este pueblo contaminado me lance teas arrancadas de las hogueras! ¡ Oprobio del mundo, objeto del odio de los dioses; destructor de las más santas leyes, voy vagando merecedor de la muerte, desde el día mismo en que respiré por primera vez! ¡Devuélveme tus sentimientos de entonces, madre mía; atrévete ahora a un acto digno de tus maldades! ¡Ve, apresúrate; ve con rápido paso a tu palacio; felicita a tu madre por los hijos con los que acrecentaste tu casa!

CORO

Coro. — Si me fuera permitido forjar a mi voluntad mi destino, templaría mis velas a favor del leve céfiro, para que mis antenas no se estremecieran al soplo de un poderoso viento. Quisiera que una brisa suave, de moderado soplo, hiciera avanzar, sin azotar sus flancos, mi bajel que no tiembla; pudiera yo con toda seguridad seguir el curso de la vida, por el camino medio. Por temor al rey de Gnoso y dejándose llevar de su loco desvarío, quiso llegar hasta las estrellas un adolescente, confiando en su osada invención, trató de vencer a las aves verdaderas; pero pidió demasiado a sus alas artificiales y cambió su nombre al mar, que recibió el suyo. Su viejo padre, el prudente Dédalo, manteniéndose a una altura moderada en su vuelo, permaneció en las regiones medianas del aire, bajo las nubes y espera a su hijo-pájaro, y corno un ave auténtica, esquivando a las aves de rapiña, que congrega a sus crías que el miedo dispersó, hasta que el hijo caído al mar empezó a agitar sus brazos embarazados por los estorbos con que se había cargado para emprender su audaz ascensión. ¡Todo lo que sobrepasa la justa medida queda suspendido sobre un precipicio! Pero ¿qué es esto? Las puertas crujen. Aquí llega un servidor del rey triste y golpeándose con las manos la cabeza. Dinos, ¿qué nuevas traes?

MENSAJERO. — CORO

mensajero. — En cuanto se convenció de que las predicciones de los oráculos se habían cumplido y supo cuál era su nacimiento infame, y en fin, de qué maldad era responsable, Edipo se condenó a sí mismo, y dirigiéndose al palacio, lleno de indignación contra si mismo penetró con precipitados pasos en aquella odiosa morada, cual libre león que, enfurecido vaga a través del campo sacudiendo sobre su temible frente su amarilla melena, torvo de rabia el semblante, desorbitado el mirar, exhalando gemidos y sordos lamentos, bañado su cuerpo en un frío sudor, lanza espuma de su boca, profiere amenazas y el inmenso dolor escondido profundamente, desborda de su pecho. Cruel consigo mismo, maquina no sé qué designio formidable en proporción con su destino. «¿Por qué retardar mi castigo?» exclama; «que este culpable pecho sea atravesado por la espada; que sea consumido por alguna antorcha ardiente, o quebrantado a pedradas». «¿Qué tigre o qué ave de presa vendrá a cebarse en mis entrañas?» «Tú mismo, ¡oh fatal Citerón!, que tantas maldades cobijas, azuza contra mí, las tierras de tus bosques o tus canes rabiosos.» «Ha llegado la hora de devolverme a Agave.» «¡Alma mía, ¿por qué temer la muerte? Sólo la muerte puede sustraer al inocente de los avatares de la Fortuna.» Al decir estas palabras, echa mano al pomo de su espada, la saca de la vaina y dice: «Pero, ¿con tan breve y expedito castigo es como piensas expiar tan grandes crímenes, y con un único golpe pretendes compensar todas tus maldades? Mueres; cierto, y ello bastaría para vengar a tu padre, pero luego ¿qué satisfacción das a tu madre, a tus hijos, cuyo nacimiento está maldito; qué expiación, te impon-drás a ti mismo, qué compensación ofrecerás a tu patria, la que por tu crimen soporta una terrible calamidad?»

«No podrías pagar todo eso: que esta Naturaleza, que para Edipo solo, trastornó sus inmutables leyes, e imaginó insospechados alumbramientos, que invente también para mí nuevos suplicios.»

«Que se me conceda vivir y morir varias veces seguidas para expiar cada vez con un suplicio nuevo mis delitos. Sírvete, mísero Edipo, de tu ingenio: si la repetición del suplicio es imposible, que por lo menos suduración lo supla. Elegiré una muerte lenta: encontraré un medio de andar errante sin mezclarme entre los muertos y, sin embargo, aislado de los vivos: morir, pero sin llegar a la muerte ¿Vacilas, alma mía? De repente un llanto copioso inunda mis ojos y un mar de lágrimas baña mis mejillas. Pero ¿basta con llorar? ¿Este leve rocío será el único que verterán mis ojos? ¡Ah, que arrancados de sus órbitas sigan a mis lágrimas! ¡Sí; arranquemos estos ojos incestuosos! Y así diciendo salvaje, y cual si quisieran ellos salirse de sus orbitas, furioso, audaz, feroz, como sólo lo están los locos, lanzó un gemido y sañudo, hundió sus manos en sus ojos. Pero sus ojos amenazadores se yerguen a su encuentro tendidos hacia la mano que los ataca, la siguen y como por propio impulso, se precipitan al golpe que los hiere. Busca él ávidamente sus órbitas y arranca a la vez los dos globos de sus ojos desraizándolos por completo; sus dedos escarban en la cavidad abierta, y hundidos en el fondo, lacera con sus uñas la profundidad de las órbitas ya vacías; y se encruelece en vanos esfuerzos y se ensaña inútilmente. Réstale hacer la prueba de la luz. Alza la cabeza recorriendo con sus órbitas vacías la extensión del cielo y comprueba la absoluta oscuridad, la noche total. Corta las fibras que cuelgan aún de sus ojos mal arrancados, y grita victoriosamente a los dioses. «Perdonad ahora a la patria yo os lo suplico; me he hecho justicia, ya sufrí el castigo que debía, he sabido encontrar una noche digna de mi fatal himeneo.» ¡Horribles chorros de sangre ba-ñan su semblante y su cabeza mutilada; de sus venas arrancadas brota un raudal de sangre!

(Sale.)

Coro. — Los hados nos conducen, ceded al destino; nuestras inquietudes no podrían cambiar la trama del huso fatal.

Todo lo que sufrimos, ¡oh raza de los mortales, y todo lo que hacemos, proviene de allá arriba! El huso de Láquesis, hila un destino del cual ella es la guardiana y jamás su mano vuelve a enrollar sus hilos.

Todos los seres caminan por un inevitable sendero y el primero de sus días determina el último; los dioses mismos no tienen la facultad de modificar el curso de las cosas, que dependen de sus propias causas.

El orden de los aconteceres sigue para cada uno, sin que ninguna plegaria pueda alterar su inmutabilidad; a menudo es el mismo temor el que pierde a la gente, y más de uno ha encontrado su muerte porque la temía.

Las puertas han chirriado y he aquí al mismo Edipo, que sin guía, de nadie y huérfano de luz, tantea su camino.

EDIPO. — LUEGO YOCASTA. — CORO

Edipo. — Está bien: ya está hecho; he pagado a mi padre mi deuda. Me gustan estas tinieblas. ¿Qué dios, por fin, clemente conmigo ha esparcido sobre mi cabeza esta nube de oscuridad? ¿ Qué dios me perdona mis crímenes? He escapado a la luz, cómplice"del día. A tus manos parricidas nada debes: la luz ha huído de ti En efecto, sí; éste es el semblante que a Edipo le sienta bien.

(Yocasta sale de palacio.)

Coro. — ¡ Ah! ¡ He aquí que Yocasta desesperada, fuera de sí sale de palacio con precipitados pasos, cual la madre tebana, presa de un delirio alocado, cuando cortó la cabeza de su hijo y se dió cuenta de que era a él a quien había matado! Duda, a la vez y desea, y teme hablar al desgraciado. Ya su pudor cedió al exceso de sus males; pero la palabra se corta a flor de sus labios...

Yocasta.— ¿Con qué nombre, he de llamarte? ¿Hijo mío? ¿Te turbas ? Eres mi hijo. ¿Te avergüenzas de ese nombre? Aunque este nombre te repugne, hijo mío, contesta. ¿Por qué vuelves tu cabeza y tus órbitas vacías?

Edipo. — ¿Quién me prohibe disfrutar de las tinieblas? ¿Quién me devuelve mis ojos? ¡Es mi madre, sí; es la voz de mi madre! ¡ He pues actuado en vano! Desde ahora ya no nos está permitido encontrarnos. ¡Que la inmensidad de los mares separe nuestras cabezas malditas: que las más recónditas tie-rras nos mantengan lejos el uno del otro y que el hemisferio opuesto a éste y vuelto hacia otros astros y un sol opuesto al nuestro, sea la morada de cada uno de nosotros !

Yocasta. — La culpa es de los hados: nadie es culpable cuando es víctima de la fatalidad.

Edipo.— ¡Oh madre mí! Ahorra tus palabras: que no te oigan más mis oídos, te lo suplico; por los restos de mi cuerpo mutilado, por las infortunadas prendas de nuestro himeneo, por todos los nombres legítimos o ilegítimos que podemos darnos.

Yocasta. — ¿Por qué te quedas pasmada, alma mía? ¿Por qué, tú, cómplice de sus crímenes, te niegas a expiarlos? Con tu incesto, has hecho perecer, confundidas, las leyes humanas más santas: muere, y que el acero te arranque tu culpable aliento. Ni aun cuando el padre de los dioses trastornara el universo y con despiadada mano lanzase contra mí sus ardientes rayos, nunca sufrí yo, madre infame, un castigo proporcionado a mis maldades. La muerte es mi deseo: busquemos el medio de morir. Vamos, presta tu brazo a tu madre, si eres parricida. Aún te queda esta suprema labor: coge esta espada; ella fue la que mató a mi esposo, ¿qué digo, esposo? ¿Por qué darle ese nombre mentiroso? Fue mi suegro. Voy a atravesarme el pecho con esta espada o bien la hundiré en mi abierto cuello. No sabes elegir el sitio donde herirte: atraviesa, ¡oh diestra mía, atraviesa este vientre, demasiado fecundo, que gestó al marido y a sus hijos!

(Se mata.)

Coro. — Yace atravesada por el golpe. Su mano moribunda se mantiene en la herida y la sangre brota a torrentes tan fuertes que con ella escupe la espada.

Edipo. — ¡ Dios fatídico, dios tutelar de oráculos infalibles, te tomo por testigo que sólo debí a la fatalidad la muerte de mi padre: ahora bien dos veces parricida, más culpable aún que lo que temía, he aquí que he matado a mi madre: mi crimen la ha abrumado! ¡Oh Febo, embustero; he ido más allá de mi destino impío! Seguiré con paso titubeante los falaces caminos osando apenas posar en tierra la planta de mis pies y guiándome en las tinieblas espesas, con ayuda de mi temblorosa mano! Vamos, Edipo. Ve al azar, exponiéndote a caer, andando con pasos inseguros. Ve, huye, anda; —anda—, no; detente, no vayas a tropezar con el cadáver de tu madre. Vosotros todos, que agotados de cuerpo y agobiados de males arrastráis vuestros corazones desfallecidos, erguid vuestras cabezas : ya me voy, ya huyo. Un cielo más puro renacerá en pos mío que todos aquellos que yacen y cuyo pecho retiene apenas un soplo de vida, respiren aliviados un aire vivificador. Id; socorred aún a las personas que consideréis desahuciadas. Me llevo conmigo todos los gérmenes mórbidos de estas tierras. ¡Oh, muertes violentas, horribles convulsiones de la Enfermedad, de la Demacración, de la negruzca Pestilencia, de la Desesperación rabiosa, venid comigo! ¡Venid, sed vosotras el guía que me conviene!

33. DEL SENTIDO Y LO SENSIBLE (ARISTÓTELES)

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

CAPÍTULO UNO

Hemos tratado ahora mismo detalladamente del alma en sí misma y de sus diversas facultades. Nuestra labor ha de ser, pues, a continuación, considerar los animales y todas aquellas cosas que poseen vida y descubrir cuáles son sus actividades distintivas o peculiares y cuáles son sus actividades comunes. Hay que presuponer todo lo que se ha dicho ahora mismo acerca del alma, pero hemos de discutir ahora las cuestiones que quedan, relacionadas ante todo con lo que tiene una prioridad natural.

Las características más importantes de los animales, sean comunes o peculiares, son evidentemente las que pertenecen al alma y al cuerpo, tales como la sensación, la memoria, la pasión, el deseo y el apetito en general, y junto a ellas, el placer y la pena; estas cosas, en efecto, pertenecen a la gran mayoría de los seres vivos. Además de éstas, hay algunas que son comunes a todos los seres que participan de la vida, y otras que son peculiares a ciertos animales. Las más importantes de éstas son las que constituyen los cuatro pares siguientes: el velar y el dormir, la juventud y la vejez, la inspiración y la espiración, la vida y la muerte; hemos de investigar ahora qué es cada una de estas cosas, y por qué razones tienen lugar.

Es, además, el deber del filósofo de la naturaleza estudiar los primeros principios de la salud y la enfermedad; porque ni la salud ni la enfermedad pueden ser propiedades de los seres que carecen de vida. De donde se puede decir que la mayoría de los filósofos de la naturaleza y aquellos médicos que ponen un interés especial en su arte, tienen esto en común: el primero acaba por estudiar medicina, y el último basa sus teoría médica en los principios de la ciencia de la naturaleza.

Es evidente que las características que hemos mencionado pertenecen al alma y al cuerpo, conjuntamente. Pues todas ellas aparecen unidas a la sensación o nacen a través de la sensación: algunas, por su parte, son afecciones o modificaciones de las sensaciones y algunas son estados positivos de ellas; algunas, a su vez, tienden a preservar y salvaguardar la vida, mientras que otras tienden a destruirla y extinguirla.

Que la sensación, por otra parte, se produce en el alma a través del cuerpo como medio transmisor es evidente en sus rasgos teóricos y también independientemente de la teoría.

Ahora bien, hemos ya explicado en nuestra obra Del alma qué son la sensación y el sentir y por qué se da esta afección entre los animales.

Todo animal, en cuanto animal debe tener sensación.

Es, en efecto, por medio de ella como diferenciamos entre lo que es y lo que no es un animal.

En cuanto a los varios sentidos individuales, el tacto y el gusto se hallan necesariamente presentes en todos los animales: el tacto por la razón que hemos dado en nuestro tratado Del alma , y el gusto, en orden a la nutrición.

El gusto, en efecto, es el sentido que discrimina entre lo agradable y lo desagradable en el mundo del alimento, de manera que lo uno pueda ser evitado y lo otro buscado o perseguido.

Y, hablando en general, el sabor es una afección del elemento nutritivo.

Mientras que aquellos sentidos que obran gracias a medios externos, como son el olfato, el oído y la vista, pertenecen a los animales que son capaces de locomoción.

Para todos aquellos que los poseen, son medios de preservación, a fin de que puedan conocer su alimento, antes de buscarlo o andar tras el, y puedan evitar lo que es inferior o destructivo o incluso engañoso, mientras que en los animales o seres vivos que tienen inteligencia, también existen estos sentidos a fin de que la existencia de los mismos sea mejor; esos sentidos, en efecto, nos aportan muchas diferencias de las cosas, de las cuales diferencias nace la comprensión de los objetos del pensamiento y de los quehaceres de la vida práctica.

De todas estas facultades, de cara a las simples necesidades de la vida y en sí misma, la más importante es la vista, mientras que para la mente y de manera indirecta la más importante es el oído. La facultad de la vista, en efecto, nos hace conocedores de muchas diferencias de toda especie, ya que todos los cuerpos participan del color, de manera que es por este medio principalmente como percibimos los sensibles comunes. —Entiendo por éstos la figura, la magnitud, el movimiento y el número—. El oído, en cambio, sólo comunica las diferencias de sonido y, respecto de unos pocos animales, las diferencias de la voz. Pero, de manera indirecta, el oído es el que aporta la más amplia contribución a la sabiduría. El discurso, en efecto, o el razonamiento, que es la causa del aprender, es así por ser audible; pero, no es audible en sí mismo, sino indirectamente, debido a que el lenguaje se compone de palabras, y cada palabra es un símbolo racional. En consecuencia, entre aquellos que, de nacimiento, se ven privados de uno u otro sentido, los ciegos son más inteligentes que los sordos o los mudos.

CAPÍTULO DOS

Hemos hablado ya de la capacidad que posee cada uno de estos sentidos. En cuanto a las partes el cuerpo en que, como en sus órganos, son naturalmente engendrados los distintos sentidos, los pensadores modernos intentan referirlos a los elementos de que los cuerpos están compuestos. Pero, al hallar difícil ajustar los cinco sentidos a los cuatro elementos, se inquietan seriamente en lo que toca al quinto. Todos ellos hacen consistir la visión en el fuego, porque no comprenden la razón de una de las características peculiares de la vista. Cuando el ojo es presionado y puesto en movimiento, parece que brilla en él un fuego. Esto ocurre naturalmente en la oscuridad o cuando los ojos están cerrados, ya que también entonces hay oscuridad. Pero, esto solamente plantea otra dificultad. Pues, a no ser que supongamos que es posible que un sujeto que siente vea un objeto visible sin conocerlo, el ojo debe, según esta teoría, verse a sí mismo. ¿Por qué, pues, no ocurre esto, cuando el ojo está en reposo? La razón de ello, así como la solución de nuestra dificultad y la causa de la teoría de que la visión es fuego, debe hallarse en las consideraciones siguientes. Siempre las superficies lisas brillan en la oscuridad, aunque ellas no produzcan luz. Y la parte central del ojo, que los hombres llaman el negro del ojo, aparece lisa. Este fenómeno tiene lugar cuando el ojo se mueve, porque entonces se produce el mismo efecto que si una cosa se convirtiera en dos. Esto se debe a la rapidez del movimiento, de manera que parece una cosa distinta el que ve y el objeto visto. De aquí que el fenómeno no tenga lugar, a no ser que el movimiento sea rápido y se realice en la oscuridad; pues es en la oscuridad donde una superficie lisa parece brillar, como, por ejemplo, las cabezas de ciertos peces y el fluido oscuro de la jibia; cuando el movimiento del ojo es lento, es imposible que el órgano que ve y el objeto visto parezcan ser uno y dos al mismo tiempo. Mientras que, en el otro caso, el ojo se ve a sí mismo, exactamente igual que en una reflexión; si el ojo fuera actualmente fuego, como dice Empédocles, y tal como se afirma en el Timeo, y si la visión tuviera efecto cuando la luz saliera del ojo como de una lámpara, ¿por qué no sería igualmente posible la visión en la oscuridad? Carece absolutamente de sentido decir, como hace el Timeo, que, al salir del ojo, la luz es extinguida por la oscuridad; ¿qué sentido, en efecto, podemos dar a esta expresión de "extinguirse la luz?" Lo que es caliente y seco, como se admite que lo es el carbón en brasa o la llama, se extingue por medio de lo húmedo o lo frío; pero el calor y la sequedad no, son evidentemente atributos de la luz. Sí lo son, pero en un grado tan débil que nos es imposible percibirlo, la luz se extinguiría durante el día cuando llueve, la oscuridad se daría más comúnmente en tiempo frío. La llama y los cuerpos que arden muestran este fenómeno; pero no ocurre tal cosa en el otro caso. Empédocles parece, a veces, imaginar que uno ve porque la luz sale de su ojo, según se ha dicho antes; en todo caso, dice:

"En cuanto alguien, pensando salir fuera, se prepara una lámpara, una brillantez de fuego llamea a través de la noche tempestuosa, y para protegerlo contra todos los vientos ajusta a ello una pantalla, que esparce el soplo de los vientos que alientan con fuerza; y saltando adelante, por ser más tenue, la luz brilla sobre un umbral con sus infatigables rayos de manera que entonces —el amor —, rodeó el fuego primigenio cercado de membranas, y también la redonda pupila, con finas membranas; y éstas excluyeron o separaron el abismo de las aguas circundantes y sólo las atravesó el fuego, porque era más tenue".

En unas ocasiones, pues, explica él el sentido de la vista de esta manera, mientras que otras veces lo explica por medio de emanaciones de los objetos vistos.

Demócrito tiene razón cuando dice que el ojo es agua, pero se equivoca cuando supone que la visión es meramente un fenómeno de reflexión. La imagen es visible al ojo, porque el ojo es listo; no existe en el ojo, sino en el que mira u observa; porque la modificación recibida en el ojo no es más que un fenómeno de reflexión. Sin embargo, no parece haber allí una teoría general clara acerca de los objetos reflejados y la reflexión. Pero, es extraño que nunca se le ocurriera sorprenderse de por qué solamente ve el ojo, mientras que no ve, en cambio, ninguna de las demás cosas en que parece darse así la imagen. Es verdad que el ojo consta de agua, pero tiene el poder y la capacidad de la vista no por ser agua, sino por ser transparente; atributo éste que comparte con el aire. Ahora bien, el agua es más fácilmente delimitada y controlada que el aire; de aquí que la pupila o el ojo se componga propiamente de agua. Esto es evidente por los hechos observados. Cuando el ojo se corrompe, lo que exuda es evidentemente agua, y ésta, en los seres meramente embrionarios, sobresale por su frialdad y su brillo. Y el blanco del ojo, en los animales que tienen sangre, es grasiento y aceitoso; esto es así, a fin de que la humedad pueda mantenerse sin helarse. Por esta razón, el ojo es la parte del cuerpo menos sensible al frío; nadie, en efecto, ha sentido frío jamás dentro de sus párpados. Los ojos de los animales que carecen de sangre tienen una piel muy dura, que les da una protección análoga a ésta.

De manera general, es ilógico suponer que la visión tiene lugar por medio de algo, que emana del ojo; es decir, que un rayo de visión llega hasta las estrellas o hasta un determinado objeto y que allí se funde con el objeto mismo, como algunos piensan. Sería mejor suponer que la fusión se verifica en el centro mismo del ojo. Pero, aun eso es tonto; ¿qué sentido tiene la luz fundiéndose con la luz? ¿Cómo puede realizarse esto? La fusión, en efecto, no se da entre objetos cualesquiera al azar. Y ¿de qué manera la luz de dentro se fundirá con la luz de fuera? Entre ambas está, en efecto, la membrana. En otra parte hemos demostrado la imposibilidad de la visión sin la luz. Ahora bien, sea que el medio transmisor entre el objeto visible y el ojo sea la luz o sea el aire, el movimiento a través de este medio es lo que produce la visión. Y es natural que lo que hay dentro sea agua; ya que el agua es transparente. Y exactamente igual que fuera no hay visión sin luz, tampoco la hay dentro; debe haber allí transparencia. Y ésta, puesto que no es aire aquello, debe hallarse en el agua. Porque el alma o el órgano del sentido del alma no reside en la superficie del ojo, sino que debe hallarse de toda evidencia en el interior del ser. En consecuencia, la parte interior |del ojo debe ser transparente y receptiva de la luz. Esto resulta evidente por lo que actualmente ocurre; pues, es un hecho que, cuando en la guerra los hombres han sido golpeados en la sien hasta el extremo de cortar o interceptar los conductos del ojo, parece caer en ellos la oscuridad corno si se hubiera apagado una lámpara, porque la sustancia transparente, llamada la pupila, ha sido arrancada corno una lámpara.

Si los hechos son en absoluto como los hemos descrito, evidentemente el único método por el que podemos asignar y adaptar cada uno de los órganos de los sentidos a un elemento es el siguiente. Hemos de suponer que la parte vidente del ojo consta de agua, la que es sensible al sonido de aire, el olfato de fuego —no el órgano del olfato; pues el órgano del olfato es potencialmente lo que el sentido del olfato es en su actualización; ya que, puesto que el sentido es reducido a acto por su objeto, aquel debe preexistir potencialmente—. Ahora bien, el olor es una especie de vapor humeante, y el vapor humeante nace del fuego. De aquí que el órgano sensitivo del olfato tenga su lugar propio cerca del cerebro; porque la materia de lo que es frío es potencialmente caliente. Lo mismo se aplica a la generación del ojo —que se desarrolla a partir del cerebro, que es la parte más llena de agua y más fría de todas las partes del cuerpo—. Finalmente, el órgano del sentido del tacto, consta de tierra. La facultad del gusto es una forma del tacto. Por esta razón, el órgano sensitivo del gusto y del tacto está cerca del corazón. El corazón, en efecto, es la antítesis del cerebro y es la más caliente de todas las partes del cuerpo. De esta manera queda definida o descrita la naturaleza de las partes sensitivas del cuerpo.

CAPÍTULO TRES

Los sensibles que corresponden a cada uno de los órganos sensitivos, a saber, el color, el sonido, el olor, el sabor y el tacto, han sido estudiados en sus trazos generales en el tratado Del alma, donde se ha explicado su función y el efecto de su actualización respecto de los varios órganos sensitivos; pero, nos toca ahora considerar de qué manera hemos de describir cada uno de ellos, es decir, hemos de responder a la cuestión de qué es el color, el sonido, el olor o el sabor, y análogamente respecto del tacto. Tratemos primero del color:

Cada uno de estos términos se emplea en dos sentidos: como actual, y como potencial.

Hemos explicado en el tratado del alma el sentido en que el color y el sonido actuales se identifican con las sensaciones actuales o el sentido en que se diferencian de ellas, es decir, del ver o del oir .

Expliquemos ahora cual de cada una de ellas debe existir para producir la sensación en su plena actualidad.

En aquel tratado hemos dicho de la luz que es, indirectamente, el color de lo transparente; pues, siempre que hay un elemento ardiente en la transparencia, su presencia es luz, mientras que su ausencia es la oscuridad.

Lo que llamamos "transparente o diáfano" no es peculiar al aire, al agua, o a algún otro cuerpo descrito así, sino que es una naturaleza común o potencia común, que no es separable, sino que reside en aquellos cuerpos y en todos los demás, en un grado mayor o menor; de aquí que, así como todo cuerpo debe tener un límite, así también debe tener una transparencia.

La naturaleza de la luz reside en lo transparente cuando es indeterminado; pero, evidentemente, lo transparente que se halla en los cuerpos ha de tener unos limites, y esto resulta obvio por el hecho de que este límite es el color; ya que el color o bien está en el mismo límite, o bien es él mismo el límite.

Esta es la razón por la que los pitagóricos llamaron color a la superficie del cuerpo.

El color yace en la frontera o límite del cuerpo, pero este límite no es una cosa real; hemos de suponer que la misma naturaleza que nos muestra por fuera el color, existe también dentro.

El aire y el agua evidentemente tienen color; porque su brillo es de la naturaleza del color.

Pero, en este caso, puesto que el color reside en algo indefinido, el aire y el mar no muestran el mismo color de cerca, al alcance de la mano, y a los que se acercan a ellos, que a los que los miran a distancia.

En los cuerpos, en cambio, de no ser que la envoltura circundante cause un cambio, incluso la apariencia del color es definida.

De aquí que, evidentemente, sea la misma cosa la que es receptiva del color, en uno y otro caso.

Es, pues, lo transparente, en la proporción en que existe en los cuerpos —y existe en todos ellos en un grado mayor o menor—, lo que es causa de que ellos participen del color.

Pero, puesto que el color reside en el límite, debe estar en el límite de lo transparente.

Y así el color será el límite de lo transparente en un cuerpo definido.

Tanto en los objetos actualmente transparentes, el agua, etc., como en todos aquellos que parecen tener como límite un determinado color característico, el color inhiere siempre en la superficie limítrofe.

Lo que en el aire es causa de la luz puede estar presente en lo transparente , o puede no estar presente, por carecer de ello el cuerpo. Así pues, las mismas condiciones que producen en el aire la luz o la oscuridad, producen en los cuerpos lo blanco y lo negro.

Hemos de hablar ahora de los demás colores y explicar las varias maneras en que ellos pueden producirse. Una posibilidad es que las partículas blancas y negras alternen de tal manera que, mientras que cada una sea por sí misma invisible, a causa de su pequeñez, el compuesto de las dos resulte visible. Esto no puede aparecer como blanco o como negro; pero, ya que debe poseer algún color y no puede tener uno de estos dos, debe evidentemente existir alguna especie de mezcla, es decir, alguna otra especie de color. Es, pues, posible creer que hay más colores que el simple negro y blanco, y que su número se debe a la proporción de sus componentes; estos, en efecto, pueden agruparse según las proporciones de tres a dos, o de cuatro a tres, o bien en otras proporciones numéricas —o bien incluso pueden existir en alguna proporción inexpresable, sino en una relación inconmensurable de exceso o efecto—, de tal manera que estos colores vienen determinados de igual manera que los intervalos musicales.

Según este punto de vista, los colores que dependen de proporciones simples, igual que las consonancias en música, se consideran como los más atractivos o agradables, como, por ejemplo, el púrpura marino o el púrpura de los fenicios, y algunos pocos más como éstos, mientras que los otros colores son aquellos que carecen de proporciones numéricas; ahora bien, es posible que todos puedan ser expresados en números, pero, mientras algunos realizan una proporción o función regular o exacta, otros no la verifican; y los últimos, cuando no son puros, tienen este carácter a causa de no realizarse en una función o proporción numérica pura.

Esta es una manera de explicar los colores. Otra teoría es la de que aparecen unos por medio de otros o a través de otros, igual que los producen algunos pintores, cuando extienden un color encima de otro más vivo, por ejemplo, cuando quieren hacer que algo aparezca en el agua o en la niebla; igual que el sol aparece blanco, cuando se mira directamente, y rojo, cuando se mira a través de la bruma o el humo. Pero, aun con este punto de vista la multiplicidad de los colores se explicará de la misma manera que antes; pues existirá alguna proporción definida entre los colores puestos encima y los que quedan debajo, y otros incluso carecerán de toda proporción expresable.

Pero, para decir, como hacen los filósofos antiguos, que los colores son emanaciones de los objetos y son visibles éstos en razón de lo mismo, es algo ilógico; pues, en todos los casos tendrían que explicar la sensación por contacto, de manera que resultaría mejor decir de una vez que la sensación es causada debido a que el objeto sensible pone en movimiento el medio transmisor de la sensación, es decir, que obra por contacto y no por emanación.

En la teoría de las partículas alternas hemos de presuponer no sólo unas magnitudes invisibles, sino también un tiempo imperceptible, si hemos de evitar que se advierta la llegada sucesiva de los estímulos y si las partículas han de producirnos una impresión singular y única, apareciéndosenos simultáneamente. En el otro caso, no hay necesidad de esto; el color superior afectará el medio transmisor de distinta manera, según sea él mismo modificado o no lo sea por el color subyacente. De aquí que él aparezca como un color distinto, que no es ni blanco ni negro. Así pues, si ninguna magnitud puede ser invisible, antes toda magnitud es visible desde alguna distancia, esta segunda teoría explicaría la mezcla de los colores. También en la primera teoría las partículas pueden aparecer como un color compuesto, a una cierta distancia, pero solamente así; pues vamos a demostrar más adelante que ninguna magnitud puede ser invisible.

Ahora bien, una mezcla de cuerpos tiene efecto no solamente, como alguna gente cree, por la alternancia de sus partículas más pequeñas, sino por una completa interpenetración de todas sus partes, como hemos dicho en nuestras consideraciones acerca de las mezcla en general. Según cree esta gente a que hemos aludido, solamente es posible la mezcla en el caso de aquellas cosas que pueden ser divididas en partes pequeñísimas, por ejemplo, hombres, caballos o diversas especies de semillas; el hombre, en efecto, es la más pequeña parte o unidad de los hombres, y el caballo de los caballos; de manera que, cuando éstos están colocados alternativamente, el número total viene a ser una mezcla de los dos; sin embargo, no decimos que un hombre esté mezclado con un caballo. Pero, en aquellas cosas que no son divisibles en sus partes más pequeñas no puede haber mezcla ninguna en este sentido, sino tan sólo una completa fusión, que es la forma más natural de la mezcla. De qué manera puede ocurrir esto se ha discutido ya anteriormente en nuestro estudio de la mezcla. Con todo, es evidente que los colores deben estar mezclados, cuando los cuerpos en que ellos concurren están mezclados y que ésta es la razón real dé que haya multitud de colores; ello no se debe ni a la alternancia ni a la superposición; porque no sólo desde lejos, ni sólo desde cerca, aparece uniforme el color de lo que está mezclado, sino desde cualquier distancia. La multiplicidad de los colores se deberá al hecho de que los componentes pueden combinarse en varias y distintas proporciones, de las que unas expresarán una relación aritmética y otras simplemente una sobreabundancia. Todo lo que hemos dicho acerca de los colores, considerando como causa de los mismos la alternancia o la superposición, se aplica igualmente a los que tienen como causa la mezcla. Por qué razón las distintas formas posibles del color son limitadas y no ilimitadas, cosa que también es verdadera acerca de los sabores y sonidos, lo trataremos más adelante.

CAPÍTULO CUATRO

Hemos explicado qué es el color y por qué razón hay muchos colores. Hemos tratado anteriormente del sonido y la voz, en nuestro tratado Del alma. Hemos, de someter ahora a nuestra consideración el olor y el sabor.

Ambos son, en efecto, casi una misma afección, si bien cada uno de ellos tiene efecto en distintas circunstancias La clase de los sabores es más fácilmente reconocible que la de los olores. El motivo de ello está en que nuestro sentido del olfato es inferior al de todos los demás seres vivos, y también es inferior a todos los demás sentidos que poseemos, mientras que nuestro sentido del tacto es mucho más refinado que el de cualquier otro ser vivo; y el gusto es una forma del tacto.

Ahora bien, la naturaleza del agua tiende a ser insípida: de donde hemos de explicar los hechos de una de estas tres maneras: el agua puede poseer intrínsecos a sí misma todos los tipos de sabores, que son imperceptibles a causa de su mínima magnitud, como sugiere Empédocles. O bien, el agua puede contener una materia de tal categoría que contenga o comprenda las semillas de todos los sabores, es decir, que todos los sabores nacen del agua, unos de una parte y otros de otra. O bien, las diferencias en el sabor no pueden residir en el agua, sino ser causadas por determinados agentes externos; por ejemplo, se puede sugerir entre ellos el calor o el sol.

De estas tres teorías, la primera es evidentemente falsa; porque nos encontramos con sabores que cambian bajo la-acción del calor, cuándo a los frutos con pericarpio, por ejemplo, se los expone al sol o se los asa al fuego; de manera que éstos no pueden proceder del agua, sino que los sabores cambian en el fruto mismo, y cuando los zumos de ellos son extractados y dejados reposar, a lo largo del tiempo, en lugar de dulces se vuelven amargos o toman otros varios sabores, y cuando fermentan, derivan a toda clase de sabores, por así decirlo.

De manera semejante, es imposible que el agua sea una materia que comprenda las semillas de todos los sabores; porque vernos distintas especies de sabores producidas a partir de la misma agua, siendo ésta su alimento.

La solución restante es la de que el agua cambia al ser modificada de alguna manera. Es evidente que ella no adquiere esta cualidad que llamamos gusto por su potencia de calor; porque el agua es el más sutil o delgado de todos los líquidos, incluso más sutil que el aceite. El aceite, a causa de su viscosidad, ofrece una mayor superficie que el agua; el agua, en cambio, es volátil; en consecuencia, es más difícil sostener en la mano el agua que el aceite. Pero, puesto que el agua, por sí misma, cuando es calentada, no manifiesta ningún signo de condensación, es evidente que debe haber en todo esto alguna otra razón; porque todos los sabores tienden a tener alguna densidad. Con todo, el calor es una concausa. Los sabores que se hallan en los frutos que poseen pericarpio, están también evidentemente presentes en la tierra. Por esto muchos filósofos antiguos que trataron de la naturaleza sostienen que el agua se asemeja a la tierra a través de la cual pasa. Esto es absolutamente evidente en el caso de los manantiales salinos; pues la sal es una forma de la tierra. El agua filtrada a través de cenizas amargas, tiene un sabor amargo. Se dan también muchos manantiales que tienen un sabor amargo o ácido, o de otras varias clases. Como es natural, el género de los sabores se produce de preferencia en las plantas. Lo húmedo, en efecto, es tan sólo modificado, por naturaleza, por su contrario, a saber, por lo seco. Por esta razón es modificado hasta cierto punto por el fuego: porque la naturaleza del fuego es que sea seco. Pero, la propiedad característica del fuego es el calor, siendo la sequedad la característica esencial de la tierra, como se ha dicho en nuestro estudio de los elementos. Así pues, en cuanto luego y tierra, no pueden estos elementos producir: de manera natural, ni padecer efecto alguno; nada produce o padece algo, sino en la medida en que contiene algún elemento de contrariedad. Igual que los que disuelven en un liquido los colores o los sabores hacen que el agua reciba estos colores o sabores, lo mismo hace la naturaleza con lo que es seco y terrestre: haciendo que el agua, movida por el calor, se cuele a través de lo seco y terrestre, reviste el líquido de una determinada cualidad. Y ésta, a saber, la modificación producida en el líquido por esto seco que hemos dicho, capaz de hacer del gusto potencial un gusto actual, es el sabor. Ya que éste lleva la facultad sensitiva, que ya existe potencialmente, a la actualidad; puesto que la sensación activa es análoga no a la adquisición del conocimiento, sino a su ejercicio.

Que los sabores no son una modificación ni una privación de todo lo seco, sino solamente del alimento seco, puede deducirse del hecho de que ninguna cosa seca sin humedad, como tampoco ninguna cosa húmeda sin sequedad, es nutritiva; porque ningún elemento por sí mismo, sino solamente los productos compuestos, sirven como alimento a los animales.

Ahora bien, de entre los elementos sensibles que se hallan en el alimento asimilado por los animales, los elementos que son tangibles son los que causan el crecimiento y la destrucción; los cuales son causados por el alimento asimilado en cuanto caliente o frío; esto, en efecto, es lo que produce el crecimiento y la destrucción. Pero, el alimento asimilado nutre en cuanto gustable; porque todo es nutrido por lo dulce, solo o combinado con otra cosa. Conviene que definamos esto en nuestro tratado De la generación, pero ahora nos referiremos a ello en la medida en que sea necesario. El calor dilata y modifica el alimento, y extrae de él lo que es ligero, dejando en él lo que es acre y amargo debido a su peso. La función llevada a cabo por el calor externo en los cuerpos exteriores, es realizada por el propio calor natural en los animales y las plantas; de esta manera ellos son nutridos por lo dulce. Los demás sabores están mezclados con el alimento, de la misma manera que usamos lo salino o lo ácido como sazón. Esto se hace para contrarrestar la tendencia de lo dulce a ser demasiado nutritivo y a permanecer indigesto en el estómago.

Igual que los colores proceden de una mezcla de blanco y negro, así los sabores proceden de una mezcla de dulce y amargo. Los distintos colores suponen distintas proporciones, tanto si la proporción de su mezcla es exactamente numérica, como si es indeterminada. Aquellos que, una vez mezclados, producen placer, existen todos según proporciones aritméticas.

Solamente es rico el sabor de lo dulce, y lo salado y lo amargo son prácticamente lo mismo; entre estos extremos están lo áspero, lo picante, lo acre y lo ácido. Las especies de sabor son aproximadamente las mismas en número que las especies de colores. Hay siete especies de cada uno de ellos, si, como es lógico, se considera el gris o parduzco como una variedad del negro; pues, la alternativa sería catalogar el amarillo con el blanco, igual que lo rico con lo dulce; el rojo, el púrpura fenicio, el verde y el azul son colores intermedios entre el blanco y el negro, y los demás son combinaciones de éstos. E igual que el negro es la privación de lo blanco en la transparencia, así lo salado o amargo es una privación de lo dulce en la mezcla nutritiva. Por esta razón la ceniza de todo lo que ha sido quemado es amarga: la mezcla potable, en efecto, se ha evaporado de ello.

Demócrito y la mayoría de los filósofos de la naturaleza que tratan de la sensación sostienen la más irrazonable de las hipótesis; ya que hacen de todos los objetos sensibles objetos del tacto. Sin embargo, es evidente que, de ser esto así, cada uno de los demás sentidos es una especie del tacto.

Pero, no hay dificultad alguna en ver que esto es imposible. Por otra parte, tratan los objetos perceptibles que son comunes a todos los sentidos, como si ellos fueran peculiares de uno solo de ellos; en efecto, el tamaño, la figura, la aspereza y la lisura, y también lo agudo y lo obtuso, tal como se dan en los cuerpos sólidos, son comunes, si no a todos los sentidos, al menos sí a la vista y al tacto. De aquí que los sentidos estén expuestos a error acerca de los sensibles comunes, pero no respecto de sus sensibles propios; por ejemplo, la vista no yerra respecto del color, ni el oído respecto del sonido. Ahora bien, estos pensadores y filósofos reducen los sensibles propios a los sensibles comunes, como hace Demócrito. Este, en efecto, dice que lo blanco y lo negro son respectivamente lo áspero y lo liso, y refiere los sabores a las figuras. Sin embargo, reconocer los sensibles comunes o no es propio de ningún sentido, o lo es preferentemente de la vista. Si atribuimos esta función al gusto, entonces, puesto que es propio del sentido más agudo reconocer en cada género las más pequeñas diferencias, el gusto debe, además de ser el más discriminativo de las figuras, ser también el más apto para percibir los demás sensibles comunes. Por otra parte, todos los objetos sensibles manifiestan alguna contrariedad, por ejemplo, la del blanco respecto del negro, en los colores, o la de lo amargo respecto de lo dulce en los sabores. Pero, ninguna figura parece ser contraria de otra; ¿a qué polígono se contrapone en contrariedad la esfera? Además, igual que las figuras son numéricamente infinitas, también los sabores deben ser numéricamente infinitos; pues, ¿por qué razón había de producir sensación un sabor y no la habría de producir otro?

Con esto hemos hablado ya del gusto y del sabor; las demás afecciones o modificaciones del sabor tienen su lugar propio de investigaciones en la Historia o Tratado natural de las plantas - "fisiología de las . . ."

CAPÍTULO CINCO

De la misma manera hemos de considerar los olores; pues, el efecto que lo seco produce en lo húmedo, es también producido por el líquido que tiene un sabor en otra esfera, en el aire y en el agua por igual. Hemos dicho que en éstos la transparencia era una cualidad o propiedad común, pero el objeto es olfateable no en cuanto transparente, sino por ser capaz de lavar o limpiar la sequedad dotada de sabor; ya que el fenómeno del olfato tiene lugar no solamente en el aire, sino también en el agua. Esto es evidente en el caso de los peces y de los animales con caparazones duros; estos seres evidentemente tienen la capacidad de oler, aunque no haya aire en el agua —pues, apenas se produce en el agua, sube hacia la superficie—, y aunque tales seres no respiren. Si, pues, admitimos que el aire y el agua son húmedos, el olor será la naturaleza que manifiesta lo seco dotado de sabor en un medio húmedo, y lo que posee estas condiciones será un objeto del olfato.

Que este efecto se debe a la posesión del sabor resulta, evidente, considerando aquellas rosas que tienen olor y aquellas que no lo tienen. Los elementos, a saber, el fuego, el aire, el agua y la tierra, son inodoros, porque tanto los que son secos, como los que son húmedos, carecen de sabor, a no ser que formen una combinación. Por esta razón el mar huele; porque tiene sabor y un componente seco. La sal común tiene más olor que el nitrato potásico: lo demuestra el aceite extraído de ella; mientras que el nitrato potásico es más tierra. Por su parte la piedra carece de olor, porque no tiene gusto, mientras que las maderas tienen olor, porque también tienen sabor; las maderas húmedas tiene menos olor que las secas. En el caso de los metales, el oro no tiene olor porque carece de sabor, y en cambio sí tienen olor el bronce y el hierro. Pero, cuando la mezcla de ellos se ha consumido en el fuego, la escoria de todos ellos tiene menos olor. La plata y el estaño tienen más olor que el oro, y menos que el bronce y el hierro; porque contienen agua.

Algunos creen que el olor es un vapor humeante, que es en parte aire y en parte tierra. En verdad, todos se inclinan a esta teoría acerca del olfato. Por esta razón Heráclito dijo que, si todo lo que existe se convirtiera en humo, la nariz sería el órgano apropiado para percibirlo todo. Todos tienden a considerar el olor como vapor, como humo, o como una mezcla de los dos. El vapor es una especie de humedad, pero una emanación humeante es, como hemos dicho, un compuesto de aire y tierra; lo primero, cuando se condensa, resulta agua, mientras que lo otro se convierte en una especie de tierra. Pero, probablemente, el olor no es ninguna de estas cosas; porque el vapor consta de agua, mientras que la emanación humeante no puede producirse en el agua. Sin embargo, los seres acuáticos tiene el sentido del olfato, como se ha dicho antes. Además, las emanaciones humeantes o gaseosas entran dentro de la teoría general de las emanaciones. Si éstas resultan algo ilógico, también lo serán las primeras.

Es evidente que es posible que la humedad, tanto en el aire como en el agua, absorba la naturaleza de lo seco dotado de sabor y sea modificada o afectada por ello; pues también el aire tiene una naturaleza húmeda. Por otra parte, si lo seco produce en los líquidos y en el aire por igual un efecto como de algo disuelto, evidentemente los olores deben ser algo análogo a los sabores. Por lo demás esto es ciertamente así en algunos casos; pues los olores, igual que los sabores, son picantes, dulces, aperos, acres y ricos u opulentos, y se puede llamar a lo pestilente análogo a lo amargo. De donde, igual que estos sabores son desagradables al paladar, así los olores fétidos son desagradables de respirar. Es, pues, evidente que el olor, en el aire y en el agua, es lo mismo que el sabor, tan sólo en el agua. Por esta razón el frío y las heladas embotan los sabores y son causa de que desaparezcan los olores; porque el frío y el hielo obran en contra del calor, que excita y desarrolla el sabor.

Hay dos especies de objetos olorosos; es, en efecto, falso decir, como hacen algunos, que no hay especie alguna de lo oloroso, puesto que las hay. Pero, hemos de distinguir en qué sentido existen tales especies y en que sentido no existen. Hay una especie de olores que es paralela a los correspondientes sabores, como hemos dicho, y para éstos la capacidad de agrado o desagrado son incidentales; pues, dado que son afecciones de las sustancias nutritivas, esos olores son agradables cuando estamos hambrientos, mientras que no lo son para aquellos que están saciados y no necesitan nada; y tampoco es agradable el olor para aquellos para quienes el alimento oloroso es desagradable. Así pues, según hemos dicho, esos olores son agradables o desagradables tan sólo incidentalmente, y así son también comunes a todos los animales. La otra especie de olores es la de los que son agradables en sí mismos, por ejemplo, los de las flores; pues ellos no tienen ningún efecto, ni grande ni pequeño, como incitación a la comida, ni contribuye en nada al apetito, sino más bien lo opuesto. Es, en efecto, verdad lo que dijo Strattis, burlándose de Eurípides, "cuando hagas puré de lentejas, no le eches perfume". Los que mezclan en las bebidas estas cualidades violentan el placer por la simultaneidad, a fin de que el placer nazca de dos sentidos como si fuera uno y a partir de uno solo. Esta especie de percepción olfativa es peculiar al hombre, mientras que las que corresponden a los sabores son perceptibles por todos los demás animales, como se ha dicho antes; los últimos, dado que su agrado es accidental, pueden dividirse en clases de acuerdo con los sabores, mientras que los primeros no admiten en manera alguna esta división, porque su naturaleza es por sí misma agradable o desagradable.

La razón de que la primera especie de olores sea peculiar al hombre hay que hallarla en las condiciones o situación prevalente en torno al cerebro. El cerebro, en efecto, es naturalmente frío, y la sangre que lo entorna en las venas es ligera y pura, y corre fácilmente —por esta razón, los vapores de la comida, enfriados por la proximidad de esta región, producen enfermedades reumáticas—. Esta clase de olor, pues, está desarrollado en los hombres para salvaguardar su salud; no tiene, en efecto, otra función más que ésta. Y evidentemente cumple con ella; pues el alimento agradable, tanto seco, como húmedo, es nocivo a menudo, mientras que lo que tiene un olor que es en sí mismo agradable, es ordinariamente beneficioso a las personas, cualquiera sea su estado de salud. Por esta razón el olor es llevado por la respiración, no en todos los animales, sino en los hombres y en algunos animales que tienen sangre, por ejemplo, los cuadrúpedos y aquellos que participan más de la naturaleza del aire; pues, igual que los olores suben hacia el cerebro por la ligereza del calor contenido en ellos, las partes del cuerpo situadas en esta región son más sanas; porque la potencia del olor es, según su naturaleza, caliente.

La naturaleza ha hecho uso de la respiración con dos fines: en primer lugar, y como función principal, para ayuda o salvaguarda del pecho, y en segundo lugar, para hacer posible el olfato; pues, cuando un ser respira, el olor estimula las mucosas de la nariz, pero como si procediera de la parte interna.

El olor de esta clase es peculiar al hombre, porque éste tiene el cerebro mayor y más húmedo, en proporción a su tamaño, de todos los animales; de aquí que también se pueda decir que solamente el hombre, entre los animales, es consciente y goza del olor de las flores y otros semejantes;

porque el calor y el estímulo producido por éstos contrabalancea el exceso de humedad y de frialdad en esta región el cuerpo.

Pero la naturaleza ha asignado la sensación de la otra clase de olores a los demás animales que tienen pulmones, por medio de la respiración, a fin de evitar hacer dos órganos de sentido independientes; pues, en la respiración, los animales tienen suficientes medios para la percepción de una de las especies de olores, igual que los hombres los tienen suficientes para la percepción de las dos clases de los mismos.

Pero, es evidente que los animales que no respiran tienen percepción de un objeto oloroso; pues los peces y el género todo de los insectos, debido a la especie nutritiva del olor, tienen una percepción exacta, aun a distancia larga, de su propio alimento, aun estando muy lejos de él, como, ejemplo, hacen las abejas (para la miel) , y la familia de las hormigas pequeñas, que algunos llaman "knipas" , y, entre los animales marinos, el múrex , y muchos otros seres semejantes sienten agudamente su alimento por el olor.

Pero, el órgano por medio del cual ellos lo perciben no resulta tan definido.

Por eso puede uno sentirse ante el problema de saber por medio de qué órgano perciben el olor, si el oler tan sólo se da en los seres que respiran y cuando lo hacen —lo cual es evidentemente el caso en todos los animales que respiran—, y todos los animales susodichos poseen este sentido, aunque ninguno de ellos respire; a no ser que exista otro sentido, además de los cinco mencionados.

Ahora bien, esto es imposible; porque la percepción del olor es el sentido del olfato, y estos animales lo perciben, si bien quizá no de la misma manera; sin embargo, en el caso de los animales que respiran, la respiración aparta algo que hay en el órgano sensitivo, a manera de una especie de membrana cobertora —y así no pueden sentir el olor, si no respiran— mientras que en el caso de los animales que no respiran esta cobertura está ya apartada; exactamente igual que algunos animales tienen párpados en sus ojos, y no pueden ver cuando estos están cerrados, mientras que los animales dotados de ojos duros carecen de párpados, y no necesitan nada que descubra los ojos, sino que pueden ver directamente tan pronto como el objeto entra dentro de la distancia de visibilidad.

Semejantemente, ninguno de los animales inferiores soporta de mala gana el olor de las cosas que son por sí malolientes, a no ser que sean actualmente destructivas.

Ellos son destruidos por estos olores de la misma manera exactamente que los hombres sufren dolores de cabeza y aun muchas veces son muertos por las emanaciones gaseosas de los carbones de antracita; de esta manera los demás animales son destruidos por la acción del azufre y de las sustancias asfálticas y las huyen o evitan a causa de estos efectos.

Pero no prestan atención al olor desagradable en sí mismo —y, sin embargo muchas plantas tienen olores no agradables o molestos—, a no ser que afecte al gusto o a la comestibilidad del alimento.

Puesto que el número de los sentidos es impar, y un número impar posee siempre una unidad intermedia, el olfato podría parecer ser un término medio entre los sentidos táctiles, el gusto y el tacto, por una parte, y por otra parte los sentidos que perciben a través de un medio transmisor, la vista y el oído. Así pues, el objeto del olfato es una afección de las sustancias empleadas como alimento, que pertenecen al género de las cosas tangibles, y también de lo audible y lo visible. De aquí que los seres huelen tanto en el aire como en el agua. Así e! objeto del olfato es común a las dos esferas o campos: corresponde a lo tangible, y también a lo audible y lo transparente; y así fue razonablemente descrito como una inmersión o disolución de lo seco en lo húmedo o fluido. Baste con esto acerca de la cuestión de saber hasta qué punto podemos hablar de especies de objetos olorosos y hasta qué punto no.

La teoría expuesta por algunos pitagóricos no es lógica; dicen, en efecto que algunos animales se nutren por medio de los olores. En primer lugar, vemos que el alimento debe ser compuesto; porque los animales nutridos no son simples y por esta razón se produce abundante materia de desecho a partir del alimento, o bien en los mismos cuerpos, o bien fuera de ellos, como en las plantas; ni siquiera el agua servirá de alimento, si carece de toda mezcla; pues lo que se adhiere debe ser de alguna manera corpóreo. Es aún menos probable que el aire pueda hacerse corpóreo. Además, es evidente que todos los animales poseen una región o zona del cuerpo que recibe el alimento y en la cual, una vez que ha llegado, el cuerpo lo asimila. Ahora bien, el órgano del olfato está en la cabeza y el olor entra simultáneamente con el aire inspirado, de manera que ha de ir a parar a la región respiratoria. Así pues, es evidente que el olor en cuanto olor no contribuye a la nutrición; pero, resulta igualmente claro, partiendo de nuestra propia experiencia sensitiva y de lo que hemos ya dicho, que contribuye a la salud; de manera que el olor es, en relación con la salud en general, lo que es el sabor en la nutrición, respecto de lo que se nutre. Baste esto como explicación de los varios órganos de los sentidos.

CAPÍTULO SEIS

Puede planteársenos la dificultad de saber si, al ser todo cuerpo susceptible de una división infinita o limitada, sus cualidades sensibles a saber, el color, el sabor, el olor, el peso, el sonido, el calor y el frío, la ligereza, la dureza y la blandura, ¿son también susceptibles de esa división o es esto imposible? Cada una de estas cualidades produce, en efecto, una sensación; de hecho todas ellas se llaman sensibles por su capacidad de excitar la sensación. Así pues, en la hipótesis de arriba, la sensación debe ser capaz de división indefinida, y toda magnitud debe ser perceptible; porque es imposible ver una cosa blanca que no sea una magnitud. De otra manera, sería posible que un cuerpo, que no poseyera ni color ni peso, ni otro cualquier atributo, existiera; de manera que no sería en absoluto perceptible, ya que éstos son los atributos perceptibles. En este caso todo cuerpo perceptible constará de partes imperceptibles. Sin embargo, sus partes deben ser perceptibles; ya que no pueden consistir en abstracciones matemáticas. Además, ¿por medio de qué facultad discerniremos o conoceremos estas partes? ¿Por medio de la mente? No obstante ellas no son aprehendidas por la mente, ni la mente conoce ningún objeto externo que esté desconectado de la sensación. Al mismo tiempo, si es verdadera nuestra hipótesis, parece apoyar la teoría de los que admiten las magnitudes atómicas; nuestra dificultad, en efecto, se solucionaría según su enfoque o punto de vista. Ahora bien, esta teoría es imposible; ha sido ya discutido en nuestro tratado del movimiento.

La solución de estas cuestiones pondrá en claro por qué las especies de color, sabor, sonidos y otros objetos sensibles son limitadas; pues, donde hay extremos, los estadios intermedios deben estar limitados; y los contrarios son extremos. Todo objeto sensible envuelve una contrariedad, por ejemplo, en el olor, lo blanco y lo negro, en el sabor, lo dulce y lo amargo; y en todos los demás sensibles, los contrarios son extremos. Ahora bien, lo que es continuo puede ser dividido en un número infinito de partes desiguales, pero en un número finito de partes iguales; mientras que lo que en sí mismo no es continuo puede ser dividido en un número finito de especies. Así pues, puesto que los atributos estos de que hablamos deben ser considerados como especies y siempre se halla inherente a ellas la continuidad, hemos de admitir que lo potencial y lo actual son distintos; por esta razón, cuando un grano de mijo es visto, no lo es su diezmilésima parte, aunque la vista lo abarque todo o por más que se acerque a ella, y el sonido de un cuarto de tono nos pasa desapercibido, aunque uno pueda oír toda la escala continua; pero, el intervalo entre los extremos nos pasa inadvertido. Éso mismo es verdadero para todas las cantidades muy pequeñas en los otros objetos sensibles; son potencialmente visibles, pero no actualmente, de no ser que estén aislados del todo. Pues potencialmente también existe la longitud de un pie en la longitud de dos pies, pero actualmente sólo existe luego de su división. Estos pequeños incrementos, al estar separados, podrían con razón disolverse en lo que les rodea, como una pequeña gota de sabor derramada en el mar. Pero, es importante verificar que, igualmente que el incremento del sentido no es perceptible por sí mismo, ni es tampoco separable —ya que existe sólo potencialmente en un todo más distintamente perceptibles—, así tampoco es posible percibir actualmente un objeto igualmente pequeño, cuando está separado del todo, aun cuando él sea perceptible: pues él es así potencialmente ya ahora, y vendrá a ser actualmente tal por adición al todo.

Hemos, pues, demostrado que algunas magnitudes y algunas cualidades nos pasan por alto; hemos explicado la razón de esto y el sentido en que son perceptibles y aquel en que no lo son. Así pues, cuando están interrelacionadas de tal manera en un conjunto que son perceptibles actualmente, no simplemente en el todo, sino aun separadas, se sigue que sus colores, sabores y sonidos deben ser limitados en número.

Hay aún otra cuestión que tener en consideración: cuando estos objetos sensibles o los movimientos que se producen en ellos —cualquiera sea la manera en que nazca la sensación— están actualizados, ¿llegan ellos primero a un punto medio, como parecen hacerlo el olor y el sonido? Pues el que está cerca del olor lo percibe más pronto, y el sonido del golpe llega a nosotros luego que el golpe se ha dado. ¿Ocurre lo mismo en el objeto visto y en la luz? Empédocles, por ejemplo, afirma que la luz del sol alcanza un punto intermedio, antes de llegar a la vista o a la tierra. Parece ésta una explicación probable de lo que ocurre; porque lo que se mueve es movido desde alguna parte y hacia alguna parte, de manera que es necesario un tiempo en que se mueva de un punto a otro. Ahora bien, todo tiempo es divisible, de manera que existió un intervalo durante el cual la luz todavía no era vista, sino que el rayo de luz se movía aún en el espacio intermedio. Y aun suponiendo que el oír y el haber oído, el percibir y el haber percibido sean simultáneos y no envuelvan ningún proceso de generación, antes existan sin ningún proceso de esta clase, no obstante el intervalo aún existe, como quiera que el sonido no ha alcanzado aún el oído, aunque el golpe que lo causa haya sido dado ya. Prueba también esto la transformación que sufre la palabra oída, por darse una traslación en el espacio intermedio; en efecto, los oyentes parecen no haber captado la palabra dicha, debido a la transformación sufrida por el aire que se mueve hacia ellos. ¿Vale eso mismo para el color y la luz? Pues no es verdad que uno vea y el otro sea visto, precisamente porque los dos estén en una cierta relación, por ejemplo, de igualdad; pues en este caso no habría ninguna necesidad de que cada uno de ellos estuviera en un lugar particular; porque cuando las cosas son iguales, no importa ninguna diferencia el que estén la una cerca de la otra o lejos una de otra. Ahora bien, es razonable suponer que ocurre lo mismo con el sonido y el olfato; ya que, igual que sus medios transmisores, el aire y el agua, son continuos, así también son ellos e incluso el movimiento de los dos está dividido en partes. Y así, en un sentido se puede decir que el primero y el último oyen y huelen la misma cosa, y en otro sentido también es verdad que esto no es así.

Ahora bien, algunos hallan una nueva dificultad en esto; dicen, en efecto, que es imposible que una persona oiga, vea o huela la misma cosa que otra; y arguyen diciendo que es imposible que varias personas independientes oigan o huelan la misma cosa; ya que, en tal caso, una misma cosa escaria separada de sí misma. La causa original del movimiento, por ejemplo, la campana, el incienso o el fuego, que todos percibimos, es la misma y es numéricamente una, mientras que las percepciones sujetivas, aunque específicamente idénticas, son numéricamente distintas, ya que muchas personas ven, huelen u oyen esos objetos al mismo tiempo. Esas percepciones no son cuerpos, sino una afección o movimiento de una segunda especie— otra manera no ocurriría esto—, y no existe en el cuerpo.

Es distinto lo que ocurre con la luz, porque la luz es debida a la existencia de algo, pero no es un movimiento. Hablando en general, cambio de estado y traslación espacial son cosas distintas; porque los movimientos espaciales alcanzan naturalmente en primer lugar el espacio intermedio —el sonido se admite ser un movimiento de algo que se traslada—, pero, respecto de las cosas que cambian de estado, la posición que tomar no es la misma; pues es posible que el tal cambio de estado tenga lugar en una cosa todo de una vez y no primero en su mitad; por ejemplo, el agua puede helarse toda a un mismo tiempo. Debe, sin embargo, admitirse que, cuando se calienta o se hiela un cuerpo grande, cada parte es afectada por la siguiente, mientras que la parte primera debe su cambio a la causa actual del mismo; el todo no necesita cambiar todo el juntamente al mismo tiempo. El gusto sería como el olfato, si viviéramos en el agua, y percibiéramos a distancia antes de establecer contacto con el objeto. Naturalmente, donde hay un medio transmisor entre el órgano del sentido y el objeto, las partes no son todas afectadas simultáneamente, de no ser en el caso de la luz y por la razón dada, y en el caso de la vista por la misma razón. La luz en efecto, causa la visión.

CAPÍTULO SIETE

Hay aún otra cuestión acerca de la sensación, la de saber si es posible percibir dos en un mismo tiempo indivisible o no es posible, suponiendo que el estímulo más fuerte siempre domina al más débil; ésta es la razón por la cual vemos los objetos que se presentan a nuestros ojos, si nos ocurre que pensamos intensamente en algo, estamos dominados por el temor o prestamos atención a un sonido muy fuerte. Concedamos esto, y también que es más posible percibir cada cosa individual cuando se nos presenta sola, que cuando se nos presenta mezclada con otra. Por ejemplo, es más fácil gustar vino solo que vino mezclado con agua, y así ocurre también con la miel o con el color; y la tónica es más fácil de oír por sí misma, que cuando suena con la octava, porque tienden a oscurecerse la una a la otra. Eso mismo ocurre también con las cosas individuales de las que se forma un todo. Si, pues, el estímulo más fuerte predomina sobre el más débil, se deduce que, si ellos tienen lugar juntos, el más fuerte será menos perceptible que si tuviera lugar solo; porque el más débil, al mezclarse con él, le ha sustraído algo, puesto que todas las cosas simples son más perceptibles. Si, pues, los estímulos son iguales y distintos, no habrá percepción ninguna de ninguno de los dos; pues cada uno de ellos desfigurará de manera semejante al otro. Sino que es imposible, en este caso, percibir ninguno de los dos en su forma simple. De aquí que no habrá en absoluto percepción, o bien una percepción compleja, distinta de la de cada uno de ellos. Esto último parece darse actualmente, cuando dos cosas están mezcladas, cualquiera sea el todo en que ellas se hayan combinado. Algunos estímulos, pues, dan lugar a una sensación compleja, y otros no; a la última clase pertenecen aquellos que entran en el campo de sentidos distintos —ya que la mezcla sólo puede tener lugar entre cosas cuyos extremos son contrarios; de manera que no puede formarse ningún todo único a partir de lo blanco y lo alto, a no ser accidentalmente, como tampoco se forma una consonancia a base de un tono agudo y uno grave—; y así es imposible percibirlos los dos juntos. Los estímulos, si son iguales, se restarán el uno al otro, puesto que no brota de ellos ningún impulso; pero, si no son iguales, el mayor producirá sensación. Además, el alma percibirá más probablemente dos cosas al mismo tiempo con el mismo sentido, si los dos son objetos del mismo sentido, como, por ejemplo, lo agudo y lo grave; porque el movimiento simultáneo de esta sola sensación es mayor de lo que sería en el caso de dos sensaciones, tales como la vista y el oído.

Pero, no es posible percibir dos objetos con un sentido, a no ser que ellos estén combinados o mezclados; pues la combinación tiende a ser o formar un solo objeto, y la percepción de un objeto único es una sola, y una sola percepción es simultánea consigo misma. De aquí que la percepción de los objetos combinados es necesariamente simultánea, puesto que nosotros los percibimos con una percepción actualmente una; porque la percepción de lo que es numéricamente uno es actualmente una, mientras que la de un objeto específicamente uno es tan sólo potencialmente una . Ahora bien, si la percepción actual es una, afirmará que sus objetos son uno solo. De donde ellos deben estar combinados. Así pues cuando no están combinados, las sensaciones actuales serán dos. Pero, en el caso de una facultad singular en un momento indivisible del tiempo, necesariamente la actualización debe ser una; pues el estímulo y el ejercicio de una facultad en un instante único debe ser uno, y la facultad en este mismo caso es solamente una. Así pues no es posible percibir dos objetos a la vez con un sentido único. Además, si es imposible percibir dos cosas en el mismo momento, cuando ambas caen en el campo de un mismo sentido, evidentemente es aún más imposible percibir simultáneamente dos cosas que corresponden a dos sentidos, como serían, por ejemplo, lo blanco y lo dulce. Pues, aparentemente el alma afirma una unidad numérica solamente en virtud de la percepción simultánea, mientras que afirma la unidad específica en virtud del sentido discriminativo y de esta manera. Quiero decir que, verosímilmente, el mismo sentido discierne el blanco y el negro, por ser específicamente distintos; y un sentido idéntico a sí mismo, pero distinto del primero, discierne lo dulce de lo amargo; pero, mientras que estos sentidos difieren en su manera de percibir sus respectivos contrarios, son semejantes en su manera de percibir las cualidades correspondientes; por ejemplo, la visión aprehende lo blanco de la misma manera que el gusto aprehende lo dulce; e igual que el primero aprehende lo negro, el otro aprehende lo amargo.

Además, si los estímulos excitados por los contrarios son también contrarios y si los contrarios no pueden residir a la vez en lo que es lo mismo y es indivisible, y si los contrarios, por ejemplo, lo dulce y lo amargo, caen bajo un único sentido, no puede ser posible percibir estos contrarios simultáneamente. De la misma manera, evidentemente, las cosas que no son contrarias no pueden ser percibidas simultáneamente; porque algunos colores son afines al blanco y otros al negro, y análogamente en los demás sensibles; por ejemplo, algunos sabores son afines a lo dulce y otros a lo amargo. Tampoco los objetos mezclados pueden ser simultáneamente percibidos —porque sus proporciones numéricas corresponden a opuestos, por ejemplo, la cuerda de la octava y la de la quinta—, a no ser que sean percibidos como una unidad. En efecto, de esta manera la función numérica de los extremos deviene una, pero de ninguna otra manera; pues, en este caso, tendremos la relación numérica de lo mucho a lo poco, o de los impares a los pares, y también la de lo poco a lo mucho o la de los pares a los impares. Si, pues, los objetos que son llamados correspondientes, aunque se hallen encuadrados en distintos géneros —llamo, por ejemplo, correspondientes lo blanco y lo dulce, aunque genéricamente sean distintos —, están más alejados y difieren más uno de otro que los miembros del mismo género, y en la forma lo dulce difiere de lo negro aún más que de lo blanco, será aún menos posible percibir estos simultáneamente, que lo es percibir las cosas que corresponden a la misma clase. De manera que, si esto último es imposible, lo primero ciertamente es así.

Ahora bien, acerca de lo que dicen algunos de las consonancias, a saber, que los sonidos no llegan simultáneamente, sino tan sólo parecen hacerlo así y nos inducen a error, al ser imperceptible el intervalo de tiempo, nos preguntamos si tienen razón en ello o no. Si es así, se puede decir de una vez que ésta es la razón por la que nos parece que vemos y oímos simultáneamente, porque el tiempo intermedio no nos resulta apreciable. Quizá esto no sea tanta verdad y no sea posible que nos sea imperceptible y nos pase por alto ningún tiempo; es posible percibir cada instante del mismo. Porque si, cuando un hombre se percibe a sí mismo u otra cosa cualquiera en un tiempo continuo, es imposible que él sea inconsciente de su existencia, y si, por otra parte, en un tiempo continuo puede darse un tiempo tan breve que sea completamente imperceptible, es evidente que, durante este tiempo, él será inconsciente de su existencia y 'del hecho de su visión o percepción; y, si aún percibe, no habrá ningún objeto que perciba él o ningún tiempo en el que lo perciba, a no ser en el sentido de que ve en alguna parte del tiempo o alguna parte del objeto; es decir, si existe alguna magnitud, sea tiempo o sea objeto, que sea completamente imperceptible debido a su pequeñez: él, en efecto, ve la línea total y la percibe en un tiempo continuamente idéntico, en el sentido de que hace esto en alguna parte del tiempo éste; córtese de la línea total AB una parte C, en el tiempo de la cual no sentirá nada . Así pues, él percibe en una parte del tiempo o una parte de la línea, en el sentido de que se ve la tierra viendo una parte de ella, o bien camina un año, caminando en una determinada parte de el. Pero, según nuestra hipótesis, durante la parte BC no percibe nada. En este caso se dice que se ve la totalidad de la línea AB en la totalidad del tiempo, porque el ve una parte de ella en una parte del tiempo. El mismo argumento se aplica a la parte AC; porque nos encontraremos con que siempre se percibe una parte de ella en una parte del tiempo y que nunca puede nadie percibir el todo. Por consiguiente, todas las magnitudes pueden ser percibidas, pero su tamaño no es aparente a nuestros sentidos; por ejemplo, alguien ve una magnitud tal como la del sol o una longitud de cuatro codos desde lejos, pero no se manifiesta con ello su tamaño actual; y algunas veces parece indivisible, mientras que lo que vemos no es realmente indivisible. La causa de esto la hemos expuesto anteriormente, al hablar o tratar del sujeto de la sensación. Es, pues, evidente por todo esto que no hay ningún tiempo imperceptible.

Respecto de la dificultad mencionada antes, hemos de considerar si es posible o imposible percibir más de una cosa a la vez. Por la expresión "a la vez" entiendo un tiempo que es uno e indivisible respecto de varias cosas entre sí relativas. En primer lugar, pues, ¿es posible percibir dos cosas a la vez, aunque con una distinta parte del alma, y no lo es percibirlas con una parte indivisible, pero una parte indivisible en el sentido de ser un todo continuo? ¿O implica esto, en primer lugar, que, respecto de cada uno de los sentidos particulares, por ejemplo, la vista, si el alma ha de percibir un color con una parte y otro color con otra parte, poseerá ella un número de partes iguales en especie? Porque los objetos que ella percibe están en un mismo género. Si se urgiera que, igual que hay dos ojos, nada impide que haya también en el alma dos partes idénticas, responderíamos que probablemente los dos ojos constituyan una unidad y que, en la operación actual son uno solo; pero, si eso es así, en la medida en que ellos constituyan un órgano, lo que éste perciba será también uno; mientras que, si ellos obran separadamente, la analogía queda desbaratada. Además, los mismos sentidos resultarán entonces plurales, exactamente igual que se habla de las diversas ramas del conocimiento. Pues no habrá ninguna actividad sin su facultad propia, como tampoco sin actualidad o actividad habrá percepción ninguna.

Si el alma no percibe esas cosas en un tiempo indivisible, evidentemente lo mismo es verdadero en todos los demás casos; pues, sería aún más posible que ella percibiremos varias de esas cosas simultáneamente, que no que percibiera así cosas de distinto género. Si, pues, es verdad que el alma percibe lo dulce con una parte de ella y lo blanco con otra parte, entonces, o bien el compuesto de éstas es uno o no lo es. Ahora bien, debe ser uno: porque la facultad perceptiva es una. ¿Qué objeto uno, pues, puede percibir esa facultad una? Porque no puede componerse ningún objeto de estas sensaciones. Así pues, como se ha dicho antes, debe haber una parte del alma con la que ella lo perciba todo, aunque ella perciba los diversos objetos con partes distintas. Por tanto, ¿hay una facultad sensitiva para lo blanco y lo dulce, en cuanto indivisibles en acto, y otra, cuando son actualmente divisibles? Probablemente, lo que es posible en los objetos del sentido, es también posible en el alma. Porque lo que es numéricamente uno e idéntico puede ser blanco y dulce y aun poseer-otras muchas cualidades, si los atributos no son separables unos de otros, sino que difieren individualmente en su existencia. De manera semejante, pues, hay que suponer lo mismo del alma y que la facultad sensitiva de todas las cosas es numéricamente una, y distinta respecto de sus objetos, unas veces genéricamente y otras específicamente. De manera que la percepción simultánea sería posible con una parte que es la misma y única, pero no idéntica en la relación conceptual.

Es, por tanto, evidente que todo objeto sensible es una magnitud, y que ningún objeto sensible es indivisible. La distancia a partir de la cual un objeto no puede ser visto es indeterminada, pero es determinada la distancia desde la cual puede sí ser visto. Eso es también verdad de los objetos del olfato y del oído y de todos los demás objetos que percibimos sin contacto. Hay en el espacio intermedio un punto determinado, más allá del cual el objeto no puede ser visto, mientras que más cerca del cual puede sí ser visto. Este punto, más allá del cual, si un objeto se halla allí, no se puede percibir, mientras que, si el objeto está más cerca que él, sí es perceptible, es, con toda seguridad, necesariamente indivisible. Si, pues, algún objeto sensible es indivisible, cuando está colocado en el punto límite, es decir el último punto en que no puede ser visto y el primero en que ya puede ser visto, será visible e invisible al mismo tiempo: lo cual es imposible.

Respecto de los órganos de los sentidos y de los objetos del sentido, de su carácter en general y relativamente al órgano de cada sentido, damos con esto por terminada nuestra discusión. De los temas que quedan, hemos de considerar en primer lugar la memoria y el recuerdo.

CAPÍTULO OCHO

Hemos de tratar ahora de la memoria y el recuerdo: qué es, por qué motivos tiene lugar y a qué parte del alma corresponde esta afección y la del recuerdo. Porque los hombres que tienen buena memoria no son idénticos a los que son prontos en recordar, sino que, hablando en general, los que son de penetración lenta tienen mejor memoria, mientras que los que son de penetración rápida y aprenden fácilmente son mejores en el recordar.

En primer lugar, pues, hemos de entender qué clase de cosas son objetos de la memoria; ya que con frecuencia se yerra en este punto. Es, en efecto, imposible recordar el futuro, que es objeto de la conjetura o de la espera —podría incluso haber una ciencia de la expectación; según algunos dicen que ella es la adivinación—; tampoco hay memoria del presente, sino tan sólo percepción de él; puesto que, por la percepción, no conocemos ni lo que es futuro ni lo que es pasado, sino solamente lo que es presente. Ahora bien, la memoria tiene por objeto el pasado; nadie podría pretender recordar el presente, mientras él es presente. Por ejemplo, no se puede recordar un objeto blanco particular mientras uno lo está mirando, como tampoco se puede recordar el tema de una especulación teórica, mientras actualmente se está especulando acerca de ella y se está pensando en ello. Solamente se dice que se percibe lo primero, y que se conoce lo último. Pero, cuando uno tiene conocimiento o sensación de algo sin la actualización de estas facultades, entonces se dice que recuerda: en el primer caso, se recuerda lo que él aprendió o pensó, y en el otro caso, lo que se oyó, se vio o se percibió de cualquier otra manera; pues, cuando un hombre ejercita su memoria, siempre dice en su mente que él ha oído, sentido o pensado aquello antes.

La memoria, pues, no es ni sensación ni juicio, sino un estado o afección de una de estas cosas, una vez ha transcurrido un tiempo. No puede haber memoria de algo presente ahora y en el tiempo presente, según se ha dicho, sino que la sensación se refiere al tiempo presente, la esfera o expectación a lo que es futuro y la memoria a lo que es pretérito. Toda memoria o recuerdo implica, pues, un intervalo de tiempo. Por esto, sólo aquellos seres vivos que son conscientes del tiempo puede decirse que recuerdan y hacen esto con aquella parte del alma que es consciente del tiempo.

Hemos tratado ya de la imaginación o fantasía en el tratado Del alma: incluso pensar es imposible, sin una pintura o reproducción mental. Se da la misma modificación o afección en el pensar, que se da también en el dibujar; en este caso, en efecto, aunque no hacemos uso del hecho de que la magnitud de un triángulo es una cantidad finita, sin embargo lo dibujamos con una cantidad finita. De la misma manera, el hombre que está pensando, aunque pueda no estar pensando en una magnitud finita, sin embargo coloca ante sus ojos una magnitud finita, aunque no piense así en ella. Y, aun cuando la naturaleza del objeto sea cuantitativa, pero indeterminada, sin embargo pone ante sus ojos una magnitud finita, aunque piensa en ella como si fuera meramente cuantitativa.

Por qué motivo es imposible pensar en cualquier cosa sin continuidad, o pensar en las cosas intemporales a no ser en términos de temporalidad, es otra cuestión. Necesariamente conocemos la magnitud y el movimiento con la facultad con que conocemos el tiempo, y la imagen es una afección de la facultad sensitiva común. Así pues, es evidente que el conocimiento de estas cosas pertenece a la facultad sensitiva primaria. Pero la memoria, aun la de los objetos del pensamiento, implica una pintura mental. Por eso parecerá pertenecer accidentalmente a la facultad pensante, pero esencialmente pertenece a la facultad sensitiva primaria. De aquí que la memoria se halle no solamente en el hombre y en los seres que son capaces de opinión y pensamiento, sino también en algunos otros animales. Si ella formara parte de la facultad intelectual, no pertenecería, como pertenece, a muchos otros animales; probablemente, no corresponde a todo ser mortal, porque tal como vemos las cosas actualmente no pertenece a todos, puesto que no todos tienen consciencia del tiempo; ya que, como hemos dicho antes, siempre que un hombre recuerda actualmente lo que ha visto, oído o aprendido, tiene la conciencia simultánea de que ha hecho aquello antes; ahora bien, expresiones como antes y después dicen relación al tiempo.

Es, pues, evidente que la memoria corresponde a aquella parte del alma a que también pertenece la imaginación: todas las cosas que son imaginables son esencialmente objetos de la memoria, y aquellas cosas que implican necesariamente la imaginación son objetos de la memoria tan sólo de una manera accidental.

Puede plantearse la cuestión de cómo es posible recordar algo que no está presente, puesto que solamente está presente la impresión, pero no el hecho. Porque, es evidente que hay que considerar la afección causada en el alma por la sensación, igual que la causada en la parte del cuerpo que contiene el alma, a manera de una especie de grabado o pintura —la afección, cuyo último estadio llamamos memoria—; el estímulo, en efecto, produce la impresión de una especie de semejanza de lo percibido, igual que cuando los hombres sellan algo con sus anillos sellados. De aquí que, en algunas gentes, debido a la ineptitud o a la edad, la memoria no tenga efecto ni aun bajo un estímulo muy fuerte, como si el estímulo o el sello se hubiera aplicado a un agua que fluye; mientras que en otros, debido a un desgaste parecido al de las paredes viejas en los edificios, o bien debido a la dureza de la superficie receptora, la impresión no penetra. Por esta razón los muy jóvenes y los viejos tienen pobre memoria; esos están en estado de fluencia, los jóvenes a causa de su crecimiento, los viejos a causa de su decadencia. Por una razón semejante, ni los que son muy rápidos, ni los que son muy lentos parecen tener buena memoria; los primeros son más húmedos de lo que deberían ser y los otros son más duros de lo conveniente; en los primeros, no puede perdurar la impresión en el alma y en los otros no deja huella.

Ahora bien, si la memoria efectivamente tiene lugar de esta manera, ¿qué es lo que uno recuerda, la afección presente o el objeto que dio origen a ella?

Si lo primero, entonces no recordaríamos nada una vez ausente; si lo otro, ¿cómo podemos, percibiendo la afección, recordar el hecho ausente que no percibimos?

Si hay en nosotros algo análogo a una impresión o una pintura, ¿por qué razón la percepción de esto será memoria o recuerdo de algo distinto y no de esto mismo?

Pues es esta afección lo que uno considera y percibe, cuando ejercita su memoria.

¿Cómo, pues, se recuerda lo que no es presente?

Esto implicaría que se puede también ver y oír lo que no está presente.

Y seguramente, en algún sentido, es esto lo que puede ocurrir y ocurre.

Igual que una pintura pintada sobre un panel es a la vez una pintura y un retrato y, aunque una sola e idéntica, es ambas cosas, sin que, sin embargo, la esencia de las dos sea idéntica, y así como es posible pensar de ella las dos cosas, que es una pintura y que es un retrato, así, de la misma manera, hemos de considerar la pintura mental que se da dentro de nosotros como un objeto de contemplación en sí mismo y como una pintura mental de una cosa distinta.

En la medida en que la consideramos en sí misma, es un objeto de contemplación o una pintura mental, mientras que en la medida en que la consideramos relacionada con alguna otra cosa, por ejemplo, como una semejanza, es también un recuerdo.

De manera que, cuando su estímulo es actual, si el alma percibe la impresión en sí misma, parece tener efecto a manera de un pensamiento o una pintura mental, es como si uno contemplara en un retrato o pintura una figura, por ejemplo, la de Corisco, aun cuando uno no haya visto precisamente a Corisco.

Igual que, en este caso, la afección causada por la contemplación difiere de la que se produce cuando se contempla el objeto meramente como pintado en un lienzo, así en el alma un objeto aparece como meramente pensado, mientras que el otro, por ser —como en el primer caso — una semejanza, es "un recuerdo.

Y, por esta razón, a veces no conocernos, cuando estos estímulos tienen lugar en el alma, a partir de una sensación antigua, si el fenómeno es debido a la sensación, y dudamos de si aquello es recuerdo o no lo es.

A veces ocurre que pensamos o recordamos que hemos visto u oído este algo antes.

Ahora bien, esto ocurre siempre al comienzo pensamos en ello por sí mismo, y luego cambiamos y pensamos en ello refiriéndolo a algo distinto.

También tiene lugar lo contrario, como le ocurrió a Antiferon de Oreo y a otros alienados; esos, en efecto, hablan de sus imágenes como si ellas tuvieran lugar actualmente y como si ellos las recordaran en la actualidad.

Esto ocurre cuando se considera como semejanza lo que no lo es.

El ejercicio guarda el recuerdo y conserva la memoria por medio de una constante repetición mental.

Esto no es nada más que contemplar muchas veces un objeto como una semejanza y no como un algo en sí mismo o un algo independiente.

Así pues, hemos explicado qué es la memoria o el recordar: hemos dicho que es un estado producido por una imagen mental, referida, como una semejanza, a aquello de que es una imagen; y hemos explicado también a qué parte de nosotros pertenece: a saber, que pertenece a la facultad sensitiva primaria, es decir, a aquella con que percibimos el tiempo.

CAPÍTULO NUEVE

Nos resta ahora hablar del recuerdo. En primer lugar, hemos de admitir corno punto de partida las verdades que hemos establecido en nuestra anterior exposición.

Porque el recuerdo no es ni la recuperación ni la adquisición de la memoria.

Pues, cuando uno por vez primera aprende o recibe una impresión sensible, no recupera uno ninguna memoria —pues no ha habido ninguna anteriormente—, ni la adquiere uno por primera vez; solamente en el momento en que el estado o la afección se producen en el interior hay memoria; de manera que la memoria no se produce al mismo tiempo que la afección originaria.

Además, tan pronto como la afección ha entrado completamente en el órgano sensitivo individual y último, la afección —o el conocimiento, si es que alguien puede llamar al estado o afección al conocimiento, ya que nada hay que pueda impedir que nuestro recuerdo verse accidentalmente sobre algunos objetos de nuestro conocimiento— está ya presente en el sujeto afectado; pero, la memoria propiamente no se ha fijado hasta que ha transcurrido un tiempo; ya que uno recuerda en el presente lo que uno ha visto o ha padecido en el pretérito; no se puede recordar en el presente lo que uno experimenta en el presente.

Además, es evidente que es posible recordar cosas que uno no tiene presente en el momento, pero que uno ha percibido o padecido hace mucho.

Pero, cuando uno recupera algún conocimiento anterior, alguna sensación o experiencia, el estado continuado de lo que antes hemos descrito como memoria, este proceso, por tanto, es el recuerdo de uno de los

objetos antedichos. No obstante, el proceso del recuerdo implica la memoria y va acompañado de memoria. Tampoco es verdadero decir, sin ninguna calificación o determinación ulterior, que el recuerdo es introducir de nuevo algo que ya antes existía en nosotros; en un sentido, es esto verdadero, pero no lo es en otros; pues es posible que un mismo hombre aprenda o descubra una misma cosa dos veces. Así pues, el recuerdo debe diferir de estos actos; debe implicar algún principio originario fuera de aquel a partir del cual aprendemos por vez primera.

Los actos del recuerdo tienen lugar, cuando un movimiento o impulso sucede naturalmente a. otro; si la secuencia es necesaria, es evidente que quienquiera que experimente un movimiento o impulso, experimentará también el siguiente; pero, si la secuencia no es necesaria, sino simplemente habitual o fruto de costumbre, la segunda experiencia se seguirá de ordinario. Pero, ocurre que algunos impulsos nos vienen a ser habituales más fácilmente por una única experiencia que otros a partir de muchas; y así, recordamos algunas cosas que tan sólo hemos visto una vez mejor que otras que hemos visto muchas veces. Cuando recordamos, pues, re-experimentamos uno de nuestros primeros movimientos o, impulsos, hasta que al fin experimentamos también lo que habitualmente les precede. Por esta razón, seguimos ordenada y continuadamente el rastro cuando pensamos, partiendo del presente o de alguna otra cosa, o bien de algo semejante o contrario a lo que buscamos, o bien de algo íntimamente relacionado con ello. De esta manera tiene lugar el recuerdo; pues los movimientos o impulsos que nacen de estas experiencias son a veces idénticos y a veces simultáneos con los de lo que buscamos, y aun a veces forman parte de ello; de manera que la parte restante que nosotros experimentamos luego de ésta es relativamente pequeña.

Esa es la manera en que los hombres intentan recordar, como también la manera en que recuerdan, aun cuando no lo intenten: es decir, cuando un movimiento o impulso se sigue o sigue a otro. Hablando en general, cuando otros impulsos o movimientos, tales como los que hemos mencionado, se han despertado o han sido excitados antes, se sigue o produce el impulso o movimiento particular. No necesitamos investigar de qué manera recordamos, cuando los extremos de" las series están muy alejados, sino solamente cómo lo hacemos cuando estos extremos están muy próximos; es, en efecto, evidente que el método es idéntico en ambos casos, es decir, siguiendo una cadena de sucesión continua, sin una búsqueda previa o un recuerdo. Porque, por costumbre o hábito, los impulsos o movimientos se siguen unos a otros, ordenadamente. Así pues, cuando un hombre desea recordar algo, este será el método que debe seguir; intentará hallar un punto de partida para un movimiento o impulso que le conduzca al que él busca. Por esta razón los actos del recuerdo consiguen una más rápida realización y un éxito más completo, cuando parte del comienzo de una serie; porque, igual que los objetos están relacionados entre sí por un orden de, sucesión, así también lo están los impulsos o movimientos. Los sujetos que poseen un determinado orden interno o síquico, análogo al de los problemas y cuestiones matemáticas, son los que más fácilmente recuerdan; los sujetos síquicamente desordenados recuerdan con dificultad. Aquí es donde está la diferencia entre recordar y aprender de nuevo: que, en el primer caso, uno será apto para llegar, de alguna manera, por su propio esfuerzo, al término siguiente al punto de partida. Cuando uno no puede hacer esto por sí mismo, sino que necesita la mediación de otro agente, éste ya no recuerda.

Sucede a menudo que uno no puede recordar de momento, pero puede conseguirlo buscando y acaba por hallar lo que quería. Esto tiene lugar, iniciando muchos movimientos o impulsos, hasta que al fin uno inicia uno de tal clase, que conducirá efectivamente al objeto de su búsqueda. Porque el recuerdo consiste en la existencia potencial, en la mente, del estímulo efectivo; y éste, como se ha dicho, de tal manera que el sujeto es movido o estimulado desde el mismo impulso y de los demás estímulos que él contiene en sí mismo. Pero, se debe asegurar el punto de partida. Por esta razón algunas personas parecen recordar, partiendo de los lugares. La razón de esto se halla en que ellos pasan rápidamente de un eslabón de la cadena continua al siguiente; por ejemplo, de la leche a lo blanco, de lo blanco al aire, del aire a lo húmedo; de lo cual uno recuerda el otoño, si era ésta la estación que buscaba. Hablando en general, el punto medio parece ser el mejor para comenzar; porque uno recordará cuando llegue a este punto, sino antes, o bien no recordará ya partiendo de ningún otro. Por ejemplo, supongamos que uno esté pensando en una serie, que puede representarse por las letras ABCDEFGH; si uno recuerda lo que quiere en la A, puede sin embargo recordarlo en la E; porque, a partir de este punto es posible moverse en una y otra dirección, es decir, hacia la D o hacia la F. Si uno no quiere uno de éstos, recordará siguiendo su camino hacia la F, si lo que quiere es G o H. Si no, sigue su camino hacia la D. Siempre se obtiene éxito completo de esta manera. La razón por la que a veces recordamos y otras veces no, aun partiendo del mismo punto, es que es posible moverse desde un punto de partida idéntico a varios puntos distintos; por ejemplo, desde C podemos ir directamente a F o solamente a D.

Si uno no se mueve por un camino antiguo, el movimiento de uno tiende a lo más habitual o acostumbrado; pues, en este caso la costumbre o el hábito tiene las veces de la naturaleza. Por eso recordamos rápidamente las cosas que frecuentemente están en nuestro pensamiento; porque, igual que en la naturaleza una cosa sigue a otra, así ocurre también en la actualización de estos estímulos; y la frecuencia o iteración tiene las veces de la naturaleza. Pero, puesto que en los fenómenos puramente naturales, algunas cosas tienen lugar de manera contraria a la naturaleza, y se deben al azar, más aún ocurre así en el orden de los hábitos, a quienes el término natural no corresponde en el mismo sentido; de manera que la mente es impulsada o movida a veces no sólo en la dirección requerida, sino también de otra manera, especialmente cuando la aparta alguna cosa de su dirección y la vuelve hacia sí misma. Por esta razón, cuando queremos recordar un nombre, recordamos fácilmente alguno parecido, pero fallamos en el enunciado del que queremos.

El recuerdo, pues tiene lugar de esta manera.

Ahora bien, el punto más importante es conocer el tiempo, sea con exactitud, sea de una manera indeterminada. Admitamos que se posee una facultad por la que se puede distinguir el tiempo mayor o menor; es natural suponer que podemos distinguir estos tiempos, igual que distinguimos las magnitudes. La mente, en efecto, no piensa a distancia en las cosas grandes extendiéndose hasta ellas, como piensan algunos que opera la vista —ya que la mente pensará igualmente en ella, si ellas no están allí—, sino que uno piensa en ellas por medio de un movimiento proporcionado de la mente; pues, hay en la mente movimiento y figuras semejantes. ¿De qué manera, pues, cuando la mente piensa en cosas grandes, diferirá su pensar en ellas de su pensar en cosas pequeñas? Todas las cosas internas, en efecto, son más pequeñas y como proporcionadas a las de fuera. Quizá, igual que podemos suponer que hay en el hombre algo proporcionado a las formas, podamos también suponer que hay en él algo análogamente proporcionado a sus distancias. Por ejemplo, si uno experimenta los movimientos AB, BE, este tal puede imaginar CD; porque AC y CD están en la misma relación que AB y BE. ¿Por qué, pues, imagina uno más fácilmente CD que FG? Probablemente porque A es a AC lo que H es a I. Ahora bien, este tiene sus movimientos o estímulos simultáneamente. Ahora bien, si quiere imaginar FG, conserva en la mente, pero, en lugar de la razón H/I, piensa la razón K/L; ya que éstas guardan la misma relación que FA a BA .

Así pues, cuando el impulso relativo al hecho y el impulso relativo a su tiempo, tienen lugar juntos, uno recuerda actualmente. Si uno piensa que experimenta sus impulsos o movimiento sin hacer esto, piensa que recuerda; porque no hay nada que impida que un hombre se engañe respecto a esto, ni nada que le impida suponer que recuerda, cuando no hay tal. Pero, cuando un hombre recuerda actualmente, no puede suponer que no lo hace, y recordar sin ser consciente de ello; porque el recuerdo, según hemos visto, esencialmente implica la conciencia. Pero, si el impulso o movimiento que dice referencia al hecho tiene lugar separadamente del movimiento relativo al tiempo del mismo, o al revés, no se recuerda.

El impulso o movimiento relativo al tiempo es de dos clases. A veces uno recuerda un hecho, sin una exacta estimación de tiempo, tal como que uno hizo tal y tal cosa antes de ayer, y a veces uno recuerda con una estimación exacta del tiempo. Los hombres acostumbran a decir que recuerdan un suceso, pero que no saben cuándo ocurrió, cuando ellos no conocen exactamente la longitud del período de tiempo transcurrido.

Hemos dicho antes que los que tienen buena memoria no son los mismos que los que recuerdan rápidamente. El recordar difiere de la memoria, no solamente en el aspecto del tiempo, sino también porque, mientras que muchos otros animales participan de la memoria, se puede decir que ninguno de los animales conocidos, excepto el hombre, puede recordar. Por esta razón el recordar es como una especie de silogismo o inferencia; pues, cuando un hombre recuerda, infiere o deduce que él antes ha visto, ha oído o ha experimentado algo de aquella clase, y el proceso de recordar es una especie de búsqueda. Este poder o capacidad sólo puede corresponder por naturaleza a animales que posean la facultad de la deliberación; ya que también la deliberación es una especie de inferencia.

Que la experiencia es en algún sentido del orden físico y que el recuerdo es una búsqueda de una imagen o pintura mental que se halla asimismo en el orden físico, se demuestra por el malestar o molestia de que dan muestras algunos hombres cuando, a pesar de una intensa concentración, no consiguen recordar, malestar que además persiste incluso una vez han abandonado ellos todo intento de recordar, especialmente en el caso de los temperamentos melancólicos; ya que estos temperamentos se ven especialmente afectados por las imágenes o pinturas mentales. La razón de que el recordar no esté al alcance de su mano o su poder está en que, igual que cuando los hombres lanzan piedras no está muy al alcance de su capacidad el pararlas ya, así el hombre que se ha concentrado en el recuerdo y en la búsqueda pone en movimiento una parte del cuerpo, en la cual reside la afección. Y los que sufren mayores molestias de esta clase son los que tienen humedad en torno a las regiones sensitivas; porque la humedad, una vez puesta en movimiento, no se para fácilmente hasta que el objeto buscado recobra de nuevo su fuerza y el impulso sigue una línea recta. También por esta razón, los de temperamento explosivo o los tímidos, cuando ellos han producido una vez un impulso o movimiento, no cejan ya aun cuando sus sujetos les opongan movimientos contrarios, sino que siguen en su actividad y dirección originaria, pese a éstos. Esta afección es análoga a lo que ocurre en el caso de los nombres, tonadas y refranes, cuando alguno de ellos ha estado muchas veces en nuestros labios; pues, aun cuando arranquemos el hábito y no queramos repetirlos más, nos encontramos continuamente cantando o pronunciando aquellos sonidos familiares.

Las personas que tienen sus extremidades excesivamente largas y las que son enanas tiene la memoria más pobre que sus opuestas, porque acarrean un gran peso en su órgano perceptivo, y sus impulsos o movimientos no pueden desde el comienzo conservar su dirección, sino que encuentran impedimentos para ello, y no pueden moverse fácilmente en línea recta en su proceso recordativo. Los muy jóvenes y los muy viejos tienen memorias de inferior calidad o categoría, debido al gran número de fuerzas que hay en ellos en actividad; los últimos, en efecto, están ya en un estado de rápida decadencia o decaimiento, y los primeros están en un estado de rápido crecimiento o desarrollo; los niños pequeños son además semejantes a los enanos, hasta tanto que han avanzado en edad.

De esta manera damos fin a nuestra explicación o exposición de la memoria y el recuerdo. Exposición de cuál es su naturaleza, y de cuál es la parte del alma con que los animales pueden tener memoria. También acerca del recuerdo, hemos dicho qué era, de qué manera tiene lugar y por qué razones.

34. EL ALIMENTO DE LOS DIOSES (H. G. WELLS)

ÍNDICE

LA ALBORADA DEL ALIMENTO
EL ALIMENTO LLEGA AL PUEBLO

LA ALBORADA DEL ALIMENTO

LIBRO PRIMERO

ÍNDICE

I. EL DESCUBRIMIENTO DEL ALIMENTO
II. LA GRANJA EXPERIMENTAL
III. LAS RATAS GIGANTES
IV. LOS NIÑOS GIGANTES

Parte Uno

EL DESCUBRIMIENTO DEL ALIMENTO

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4

CAPÍTULO UNO

Hacia mediados del siglo XIX empezó a abundar en este extraño mundo nuestro cierta clase de hombres, hombres tendientes en su mayor parte, a envejecer prematuramente, a los que se denominó, y muy adecuadamente por cierto, aunque a ellos no les guste el término, «científicos». Les desagrada tanto esa palabra, que en las columnas de Nature, que fue ya desde el principio su revista más distintiva y característica, ha quedado cuidadosamente excluida, como si fuera… aquella otra palabra que constituye la base del mal gusto en este país. Pero el gran público y su Prensa lo saben mejor que nadie, y como «científicos» quedan, ya que cuando de algún modo salen a la luz pública lo menos que se les llama es «distinguidos científicos», y «científicos eminentes», y «famosos científicos».

Y tal calificación merecieron por cierto tanto el señor Bensington como el profesor Redwood, aún mucho antes de dar con el maravilloso descubrimiento que relata esta historia. El señor Bensington era miembro de la Royal Society y expresidente de la Chemical Society.

Redwood era profesor de Fisiología en el Bond Street College de la Universidad de Londres, y había sido groseramente calumniado por los antiviviseccionistas en diversas ocasiones. Ambos habían disfrutado en vida de la distinción académica, ya desde su juventud.

Tenían, como es natural, un aspecto poco distinguido, como es corriente en los verdaderos científicos. Cualquier actor dramático tiene modales más distinguidos que todos los miembros de la Royal Society. El señor Bensigton era de corta estatura y calvo, muy calvo, y además algo encorvado. Llevaba lentes con montura de oro y botas de lona con numerosos cortes a causa de sus callos. El profesor Redwood era de aspecto vulgar y ordinario. Hasta que tuvieron la suerte de dar con el Alimento de los Dioses (como debo persistir en llamarlo) llevaron ambos una vida de eminente y estudiosa oscuridad que es difícil poder encontrar algo que pueda llamar la atención del lector.

El señor Bensington había ganado las espuelas de caballero (que se avenían mal con sus botas de lona agujereadas) con sus espléndidas investigaciones sobre «los alcaloides de mayor toxicidad», y el profesor Redwood había alcanzado la eminencia, ¡no me acuerdo cómo ni por qué!

Lo que sé es que era muy famoso, y eso es todo. Me parece que en este caso debió su fama a una obra muy voluminosa sobre los Tiempos de Reacción, con numerosas láminas de gráficas esfigmográficas (escribo esto sujeto a ulterior corrección), y valorada por una admirable y nueva terminología.

El público en general pudo ver en pocas ocasiones, o en ninguna, a estos dos caballeros. A veces, en ciertos lugares, tales como en la Royal Institution, o en la Society of Arts, el público pudo, hasta cierto punto, ver a Bensington, o, al menos, su sonrosada calvicie, y algunas veces hasta su cuello y su chaqueta, y pudo oír fragmentos de alguna conferencia suya que él se imaginaba estar leyendo de una manera comprensible. En una ocasión, me acuerdo —era un mediodía del pasado ya desvanecido— la British Association estaba aún en Dover, discutiendo sobre la sección C o D u otra letra parecida, en cierta taberna que había tomado como sede, y yo, siguiendo a dos señoras de aspecto serio y cargadas de paquetes, por simple curiosidad me metí por una puerta sobre la cual se leía «Billares» y «Truco» y me encontré sumido en una escandalosa oscuridad, interrumpida sólo por el círculo de luz de una linterna mágica, en el que se veían los trazos de Redwood. Me quedé contemplando el lento pasar de las gráficas sobre el círculo luminoso, y escuché una voz, no recuerdo lo que decía, que supuse era la voz del profesor Redwood. Se escuchaba un siseo producido por la linterna, mezclado con otros ruidos que hicieron me quedara allí por simple curiosidad, hasta que inesperadamente se encendieron las luces. Y no fue hasta entonces que advertí que aquellos ruidos eran debidos a la masticación de panecillos, sandwiches y otras golosinas que los miembros de la British Association devoraban allí al amparo de la oscuridad.

Recuerdo que Redwood siguió hablando todo el tiempo que las luces permanecieron encendidas, señalando el sitio donde su diagrama debió haberse hecho visible en la pantalla… y así continuó, tan pronto como se restableció la oscuridad. Lo recuerdo como un hombre de tipo ordinario, moreno, algo nervioso, con ese aire de los hombres preocupados por algo ajeno al asunto que tratan, y que actúan siempre por un extraño sentimiento del deber.

También oí a Bensington una vez —en los viejos tiempos— en una conferencia educativa en Bloomsbury. Como la mayoría de los químicos y botánicos eminentes, Bensington era muy autoritario en las cuestiones de educación —estoy seguro de que se habría horrorizado de haber asistido a una clase de media hora en uno cualquiera de los colegios corrientes— y por lo que recuerdo se proponía mejorar el método heurístico del profesor Armstrong, de tal modo que, a costa de unos cuantos aparatos de un valor de tres a cuatrocientas libras esterlinas, con el abandono total de todo otro estudio y la atención constante de un maestro excepcionalmente dotado, un niño corriente, ni muy inteligente ni demasiado tonto, podría llegar a aprender, en el curso de diez o doce años, tanta química como se puede aprender en uno de esos desprestigiados libros de texto de un chelín que entonces eran tan corrientes…

Por lo que llevo dicho habrán comprendido que, aparte de su ciencia, ambos no eran más que unas personas vulgares. O, en todo caso, seres corrientes y poco prácticos. Y eso es precisamente lo que son los «científicos», como clase en todo el mundo. Lo que hay de notable en ellos constituye una molestia para sus compañeros colegas y un misterio para el público en general, y lo que no lo es, resulta evidente.

No hay ninguna duda referente a lo que no es notable en ellos, ya que no hay raza humana que se distinga tanto por sus obvias pequeñeces. Viven en un mundo mezquino de relaciones humanas; sus investigaciones requieren una atención infinita y una reclusión casi monástica, y lo que resta no es gran cosa. Cuando vemos a cualquiera de estos pequeños descubridores de grandes descubrimientos, de aspecto estrambótico, aire tímido, desgarbado, de cabeza cana, ridículamente adornado con la ancha cinta de alguna orden de caballería, ofreciendo una recepción a sus colegas, o leyendo los angustiosos párrafos de Nature ante «el menosprecio de la ciencia» cuando el ángel de los premios ha pasado de largo por la Royal Society, o por último escuchar cómo un infatigable liquenólogo comenta la obra de otro infatigable liquenólogo, son cosas que nos obligan a advertir la fuerza de la invariable pequeñez de los hombres.

¡Y, con todo, los escollos de la ciencia que estos minúsculos «científicos» han construido y están todavía construyendo es algo maravilloso, portentoso, lleno de misteriosas promesas aún informes para el potente futuro del hombre! ¡Parece como si no se dieran cuenta de las cosas que están haciendo! No existe duda de que tiempo atrás, hasta Bensington, cuando sintió aquella vocación, cuando consagró su existencia a los alcaloides y compuestos similares, tuvo un destello de la visión… o algo más que un destello. Sin semejante inspiración para alcanzar las glorias y posiciones que únicamente como «científico» pueden esperarse, ¿qué joven consagraría su vida a semejante obra, tal como lo hacen en realidad los jóvenes? No; todos ellos deben haber visto la gloria, tienen que haber tenido su visión, pero de tan cerca que los ha cegado. El esplendor los ha cegado, piadosamente, de modo que durante todo el resto de la vida puedan sostener las luces del conocimiento con tanta facilidad para que nosotros las podamos ver. Tal vez esto explique aquella sombra de preocupación en Redwood —ahora no puede haber la menor duda de ello—, ya que él era distinto a todos sus colegas, puesto que conservaba en los ojos algo de esa visión.

CAPÍTULO DOS

El nombre de Alimento de los Dioses con el que yo califico a esa sustancia que fabricaron entre los dos, Bensington y Redwood no es exagerado, teniendo en cuenta ahora todo lo que ya lleva hecho y todo lo que con toda seguridad va a hacer. Pero a Bensington se le habría ocurrido tanto llamarla así como salir de su piso de la calle Sloane ataviado con un manto de grana real y ceñidas las sienes con una corona de laurel.

La frase fue un simple grito de asombro. Fue él, quien en su entusiasmo, y durante una hora o más siguió repitiéndola sin parar. Después se dio cuenta de que se estaba comportando de un modo absurdo. Cuando se puso a pensar en lo que se le ofrecía a la vista, un panorama, como si dijéramos, de enormes posibilidades —literalmente de enormes posibilidades— tuvo que cerrar con resolución los ojos, después de una mirada de estupefacción, a aquella deslumbrante perspectiva, como debe hacer todo «científico» consciente. Después de todo, Alimento de los Dioses sonaba algo escandaloso, hasta indecente. Se encontró muy sorprendido de haber empleado semejante ex-presión. Y, no obstante, algo de aquel momento de clara visión caía sobre él e irrumpía de vez en cuando…

—En realidad, ¿sabe usted? —dijo frotándose las manos y riendo nerviosamente—, esto tiene un interés mayor que el teórico. «Por ejemplo —añadió, acercando su rostro al del profesor y bajando el tono de voz—, tal vez si el asunto se manejara adecuadamente, se vendería… precisamente, como alimento. O al menos como ingrediente de la alimentación».

«Admitiendo, naturalmente, que tenga buen sabor. Cosa que no podremos saber hasta que hayamos hecho el preparado».

Se volvió hacia la alfombrilla de la chimenea, y contempló los cortes estratégicamente dispuestos de sus botas de lona.

—¿Nombre…? —dijo levantando la vista, como si respondiera a una pregunta—. Por mi parte me inclino a una sugestiva alusión clásica. Esto hace… hace a la ciencia más res… Le da unos matices de dignidad a la antigua. He pensado que… No sé si a usted le parecerá eso absurdo… Seguramente una pequeña fantasía puede permitirse de vez en cuando… Heracleoforbia. ¿Eh? ¿La nutrición de un posible Hércules? Ya sabe usted que podría…

«Claro que si usted cree que no…»

Redwood reflexionó con los ojos fijos en el fuego y no hizo objeciones.

—¿Le parece a usted bien?

Redwood movió la cabeza gravemente.

—Podría llamarse Titanoforbia, ¿sabe? Alimento de Titanes… ¿Prefiere usted el anterior?

«¿De veras no le parece a usted, tal vez, demasiado…?»

—No.

—¡Ah! ¡Cuanto lo celebro!

Y por esto le pusieron por nombre Heracleoforbia durante todo el período de sus investigaciones, y en su informe (informe que no llegó nunca publicarse a causa de los inesperados acontecimientos que trastornaron todos sus propósitos) está escrito invariablemente de este modo. Habían ya preparado tres sustancias similares antes de que descubrieran la que había sido prevista por sus especulaciones, y estas tres sustancias previas fueron llamadas Heracleoforbia I, Heracleoforbia II y Heracleoforbia III. Es, pues, la Heracleoforbia IV la que yo (insistiendo en el nombre original que le dio Bensington) denomino aquí el Alimento de los Dioses.

CAPÍTULO TRES

La idea fue de Bensington. Pero, como que le había sido sugerida por una de las contribuciones del profesor Redwood a los Anales Filosóficos, consultó con este otro caballero antes de llevar las cosas más adelante. Aparte el asunto, como investigación, tenía tanto de filosófico como de químico.

El profesor Redwood era uno de esos hombres de ciencia adictos en grado sumo a los gráficos y las curvas. Ya os habréis familiarizado —si pertenecéis a la clase de lector que yo espero— con la clase de artículo científico a que me refiero. Es un artículo sin pies ni cabeza, al final del cual aparecen cinco o seis diagramas plegados que al abrirse muestran unas peculiarísimas gráficas en zig-zag, elaborados relámpagos u otras líneas sinuosas e inexplicables llamadas «curvas alisadas» colocadas según las ordenadas y arraigadas en las abscisas…, y otras cosas parecidas. Os quedáis perplejos ante todo aquello durante un buen rato, con la sospecha de que no sólo sois vosotros los que no entendéis nada, sino que ni su mismo autor lo entiende. Pero, en realidad, lo cierto es que muchos de esos científicos comprenden perfectamente el significado de sus propios artículos. Es, sencillamente su forma de expresarlo lo que levanta el obstáculo entre ellos y nosotros.

Me inclino a creer que Redwood pensaba siempre en gráficos y curvas. Y después de su obra monumental sobre los Tiempos de Reacción (y aquí he de exhortar al lector no científico que aguante un poco más, ya que todo le parecerá luego tan claro como el agua), Redwood se puso a trazar curvas alisadas y esfigmograferías sobre el crecimiento, y fue precisamente uno de sus artículos sobre el crecimiento lo que realmente sugirió a Bensington su idea.

Hay que decir que Redwood había estado midiendo toda clase de cosas en pleno conocimiento: gatitos, perritos, girasoles, setas, alubias e (hasta que su esposa terminó con ello) incluso a su propio hijo, demostrando que el crecimiento no progresaba de un modo uniforme, sino a saltos y con intermitencias, y que, al parecer, no había nada que creciese de un modo uniforme y continuo, y por lo que él podía entrever, nada podía crecer de un modo uniforme y continuo; las cosas sucedían como si todo ser viviente tuviese que acumular una fuerza de terminada para poder crecer, creciendo entonces con vigor durante cierto tiempo, pero teniendo luego que esperar durante un período antes de que pudiese volver a emprender el crecimiento. Y con el lenguaje esotérico y altamente técnico propio de los verdaderos «científicos», Redwood insinuó que el proceso del crecimiento requería probablemente la presencia en cantidades considerables de alguna sustancia necesaria para la sangre, que se formaba únicamente con extremada lentitud, y que cuando esta sustancia se agotaba por el crecimiento, se remplazaba muy lentamente, y entretanto, el organismo tenía que aguardar. Comparó esta sustancia desconocida al aceite en la maquinaria. Un animal en crecimiento, sugirió, era muy parecido a una locomotora que puede moverse hasta una distancia determinada pero debe ser lubricada si se la quiere hacer andar más allá. («Pero ¿por qué no se la puede lubricar desde fuera?», preguntó Bensington al leer el artículo). Y todo esto, decía Redwood con la deliciosa inconsecuencia nerviosa propia de los de su clase, probablemente proyectaría una gran luz sobre el misterio de ciertas glándulas de secreción interna. ¡Cómo si estas glándulas tuvieran algo que ver con todo aquello!

En una comunicación ulterior Redwood iba aún más lejos. Trazó un gran número de diagramas iguales que trayectorias de cohetes, cuya intención venía a significar —si intención había— que la sangre de los cachorros de perro y de gato, así como la savia de los girasoles y el jugo de las setas durante lo que él llamaba la «fase de crecimiento», difería, en la proporción de ciertos elementos, de la sangre y la savia de los mismos organismos durante los días en que no estaban creciendo.

Y cuando Bensington, después de mirar los diagramas de lado y del revés empezó a advertir cuál era la diferencia, se sintió invadido de un grandísimo asombro. Porque, ¡lo que son las cosas!, la diferencia podía ser debida, con toda probabilidad, a la presencia de la misma sustancia que él había estado recientemente intentando aislar en sus investigaciones sobre aquellos alcaloides que más intensamente estimulaban el sistema nervioso. Puso el artículo de Redwood encima del atril patentado que se balanceaba, de un modo muy inconveniente por cierto, surgiendo del brazo de su sillón, se quitó los lentes con montura de oro, empañó los cristales y los limpió muy cuidadosamente.

—¡Por Júpiter! —exclamó el señor Bensington.

Luego se puso otra vez los lentes, se volvió hacia el atril patentado, que, al chocar con su codo, dio un coqueto chirrido y depositó el artículo con todos sus diagramas, arrugados y dispersos, en el suelo.

—¡Por Júpiter! —repitió el señor Bensington, doblando el estómago por encima del brazo del sillón con evidente desprecio para las costumbres de dicho mueble. Y viendo que el artículo quedaba todavía fuera de su alcance, no tuvo otro remedio que ir a gatas en su búsqueda. Fue al verlo en el suelo cuando se le ocurrió la idea de bautizarlo el Alimento de los Dioses…

Porque, vamos a ver, si él tenía razón y Redwood también, resultaba que inyectando o administrando la sustancia descubierta por él con la comida, se eliminaría la «fase de reposo», y el crecimiento se efectuaría de forma distinta.

CAPÍTULO CUATRO

La noche siguiente de su conversación con Redwood, el señor Bensington apenas pudo pegar los ojos. En una ocasión pareció que iba a descabezar un sueñecito, pero fue sólo un momento, durante el cual soñó que había cavado un profundísimo pozo en la tierra, en el que vertía toneladas y más toneladas del Alimento de los Dioses, y la tierra se iba hinchando, hinchando cada vez más, y las fronteras de los países estallaban y la Royal Geographical Society se ponía a trabajar con gran ahínco, como un gran gremio de sastres, a fin de aflojar el cinturón del ecuador…

Aquello fue, naturalmente, un sueño absurdo, pero demuestra el estado de excitación mental a que llegó el señor Bensington y el valor real que prestaba a su idea, mucho mejor de lo que pudiera hacerlo cualquiera de las cosas que hacía o decía mientras estaba despierto y alerta. De otro modo, no lo habría mencionado, ya que, por regla general, no creo nada interesante que la gente vaya por ahí contándose sus sueños unos a otros.

Por una singular coincidencia, Redwood también tuvo un sueño la noche aquella, y este sueño fue así:

Era un diagrama trazado en líneas de fuego sobre un largo rollo abismal. Y él (Redwood) estaba de pie en un planeta, ante una especie de estrado negro, dando una conferencia sobre la nueva clase de crecimiento que se había hecho posible, en la Más que Real Institución de Fuerzas Primordiales.

Y él les estaba explicando, de una manera muy lúcida y convincente, que estos métodos tan lentos, hasta incluso tan retrógrados, quedarían en muy brevísimo plazo reducidos a métodos anticuados gracias a su descubrimiento.

Por supuesto que era ridículo. Pero también eso demuestra…

Que haya que considerar los dos sueños como significativos o proféticos, aparte de lo que he dicho categóricamente, es cosa que no se me ha ocurrido ni por un momento sugerir.

Parte Dos

LA GRANJA EXPERIMENTAL

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8

CAPÍTULO UNO

Bensington propuso en un principio poner a prueba la eficacia de su sustancia tan pronto como pudiera prepararla, en renacuajos. Siempre se prueban esta clase de elixires en renacuajos para empezar; para esto están precisamente los renacuajos. Y se pusieron de acuerdo en que fuera él quien dirigiera los experimentos y no Redwood, porque el laboratorio de éste estaba ocupado con el aparato de balística y los animales necesarios para realizar una investigación sobre las Variaciones Diurnas de la Frecuencia de las Embestidas del Ternero Joven, investigación que estaba dando unas curvas de un tipo muy anómalo y sorprendente, y, por otra parte, la presencia de peceras con renacuajos era extremadamente indeseable mientras esta investigación en particular estuviera en curso.

Pero cuando Bensington comunicó a su prima Jane algo de lo que tenía en mente, la mujer puso veto de inmediato a la importación de renacuajos, o cualquier género similar de animaluchos experimentales, dentro de su vivienda. Ella no tenía inconveniente alguno en que su primo utilizase una de las habitaciones del piso para sus experimentos de química no explosiva, porque aquello, en lo que a ella se refería, no tenía consecuencias; y lo autorizó para que instalara un hornillo de gas y un sumidero, y hasta un armario lleno de polvo, refugio de la tempestad semanal de limpieza a la que no quiso renunciar. Y como había conocido a algunas personas adictas a la bebida, consideraba el ahínco que él demostraba para alcanzar distinciones y honores en las sociedades científicas como un excelente sustitutivo para la otra forma, mucho más grosera, de depravación. Pero se mostró intransigente en no admitir bichos de esos que se «menean» cuando están vivos y «huelen» cuando están muertos. Dijo que eso era insalubre, que Bensington se hallaba algo delicado de salud, y… que era una tontería afirmar lo contrario. Y cuando Bensington intentó aclarar la enorme importancia de su posible descubrimiento, ella respondió que estaba muy bien, pero que si consintiese en que él ensuciara e infectara todo en el piso en que vivían (y eso era lo que sucedería) estaba segura de que él sería el primero en quejarse.

Bensington comenzó a andar de un lado para otro de la habitación sin hacer el menor caso de sus callos, y habló con su prima con gran franqueza e indignación sin obtener el menor resultado. Dijo que no admitía que se pusieran obstáculos al Avance de la Ciencia, y ella contestó que el Avance de la Ciencia era una cosa, y tener renacuajos en casa era otra; él arguyó que en Alemania podía darse por seguro que un hombre con una idea como la suya podría disponer inmediatamente de un laboratorio de más de seiscientos metros cúbicos de capacidad, a lo que ella respondió que estaba muy satisfecha y siempre lo había estado de no ser alemana; él dijo que aquello lo haría famoso para siempre, y ella contestó que lo más probable es que se pusiera enfermo si tenía que albergar en aquel piso un criadero de renacuajos; él afirmó que era el amo de casa y ella replicó que antes de tener que cuidar renacuajos iría a emplearse en una escuela; y él le pidió que fuera razonable, y ella le contestó que era él el que tenía que ser razonable y dejar de lado aquel enojoso asunto de los renacuajos. Y él opuso que ella debía respetar sus ideas, y ella aseguró que si apestaban, no, y entonces él perdió por completo los estribos y dijo, a pesar de las clásicas observaciones de Huxley al respecto, una palabrota. No de las peores, pero palabrota al fin.

Entonces ella se sintió gravemente ofendida y él tuvo que pedirle perdón, y el proyecto de poder probar el Alimento de los Dioses en los renacuajos y en su propio piso se desvaneció por completo entre las excusas.

Así Bensington tuvo que considerar otra manera de poner en práctica estos experimentos sobre la alimentación, necesarios para demostrar su descubrimiento, tan pronto como hubiese aislado y preparado su sustancia. Meditó durante algunos días la posibilidad de confiar el cuidado de sus renacuajos a alguna persona digna de toda su confianza, y luego, un buen día, al dar por casualidad con una frase en el periódico, sus ideas se enfocaron sobre la posibilidad de establecer una Granja Experimental y experimentar con pollos.

Apenas pensó en el asunto, imaginó que sería una granja avícola. Tuvo la visión de unos pollos creciendo desmesuradamente. Concibió la imagen de unos gallineros descomunales, y aún más descomunales todavía, creciendo fabulosa e ininterrumpidamente. Los pollos son tan accesibles, tan fáciles de alimentar y observar, tanto más secos para manejar y medir, que los renacuajos le parecían ya, comparándolos con los pollos, unas bestezuelas completamente salvajes e incontrolables. Se quedó muy perplejo, sin comprender cómo no había pensado desde el principio en pollos y en gallinas en vez de renacuajos.

Habría podido evitar el altercado con la prima Jane. Cuando se lo comunicó a Redwood, éste estuvo de acuerdo con él.

Redwood dijo también que él estaba convencido de que, al trabajar tanto sobre animaluchos innecesariamente pequeños, los fisiólogos experimentales cometían un gran error. Era como hacer experimentos de química con una cantidad insuficiente de material, pues los errores de observación y manipulación se hacen desproporcionadamente grandes. Era de una importancia extrema que los científicos hicieran valer sus derechos a que se les suministrarán grandes cantidades de material experimental. Era por eso que él estaba efectuando su serie de experimentos en el Bond Street College con los terneros, a pesar de ciertos inconvenientes para los estudiantes y profesores de otras asignaturas, a causa de la incidental veleidad de los terneros a escapar por los pasillos. Pero las curvas que obtenía eran excepcionalmente interesantes, y al ser publicadas, justificarán ampliamente su elección. Por su parte, si no fuese por el insuficiente equipamiento de la ciencia en el país, no trabajaría nunca por poco que pudiera, en animales inferiores a una ballena. Pero mucho temía que un vivero público en escala suficiente para hacer esto posible era actualmente, en este país al menos, un pedido utópico. En Alemania quizá…

Como los terneros de Redwood requerían su atención diaria, la selección y equipamiento de la Granja Experimental recayeron principalmente sobre Bensington. Los gastos fueron pagados, tal como se convino de antemano, por Bensington, al menos hasta que pudieran obtener una subvención. En consecuencia, Bensington, alternó su trabajo en el laboratorio de su piso con expediciones en busca de una granja, siguiendo las líneas que, partiendo de Londres, se dirigen hacia el sur, y sus escrutadoras gafas, su calvicie y sus cortajeadas botas de lona hicieron concebir a los numerosos propietarios de fincas indeseables vanas esperanzas. Y publicó un anuncio en varios diarios y en Nature, pidiendo una pareja (casada) responsable, puntual, activa y práctica en el cuidado de aves que quisiera encargarse de administrar una Granja Experimental de tres acres.

Encontró el lugar que parecía necesitar para la granja en Hickleybrow, cerca de Urshot, en Kent. Era un paraje extraño y aislado, situado en una hondonada rodeada de viejos pinares, que de noche se volvían negros y temibles. La irregular pendiente de una colina tapaba la vista del sol poniente, y un escuálido pozo junto a un ruinoso cobertizo empequeñecía a la casa. La casucha en cuestión aparecía pelada y desprovista de hiedra y de toda clase de verdor, algunas ventanas estaban rotas y el cobertizo proyectaba una sombra oscura incluso al mediodía. Estaba a milla y media de la última casa del pueblo, y su soledad quedaba muy dudosamente aliviada por una ambigua familia de ecos.

El lugar impresionó a Bensington, quien lo consideró eminentemente apto para los requerimientos de la investigación científica. Anduvo de un lado para otro, dibujando en el aire un gran número de gallineros y halló que la cocina era capaz de acomodar una serie de incubadoras con un mínimo de alteraciones. Se quedó con aquella granja de inmediato, sin pensarlo más. Al regresar a Londres se detuvo en Dunton Green y contrató a un matrimonio con buenas referencias que había contestado a sus anuncios, y esa misma noche consiguió aislar una cantidad suficiente de Heracleoforbia I, lo cual justificaba de sobras todos los compromisos contraídos.

La pareja escogida por el señor Bensington, que estaban destinados a ser, bajo su dirección, los primeros dispensadores sobre la tierra del Alimento de los Dioses, eran personas no solamente muy ancianas, sino también extremadamente sucias. Este último punto pasó desapercibido al señor Bensington, ya que nada destruye tanto las facultades de observación como toda una vida dedicada a la ciencia experimental. Se llamaban Skinner, señor y señora Skinner, y el señor Bensington los interrogó en un cuartucho con las ventanas herméticamente cerradas, un espejo lleno de manchas sobre la repisa de la chimenea y unas celceolarias enfermizas.

La señora Skinner era una vieja pequeñita, con la cabeza descubierta, dejando a la vista un sucio pelo cano aplastado apretadamente hacia atrás y enmarcando un rostro que había sido siempre, y ahora lo era todavía más, gracias a la pérdida de los dientes, al hundimiento del mentón y al encogimiento de todo lo demás, casi exclusivamente… una nariz. Llevaba un vestido de color de pizarra (si podía decirse que tenía algún color) remendado en algunos lados con lanilla roja. La mujer recibió al señor Bensington y le habló con cierta cautela, mirándolo por encima y alrededor de su propia nariz, mientras el señor Skinner, según dijo concluía de arreglarse. Tenía un solo diente y se apretaba nerviosamente las flacas y arrugadas manos. Explicó a Bensington que había tratado con aves de corral durante muchos años y que conocía muy bien las incubadoras. En realidad, ellos habían tenido, en otra época, una granja aviar que fracasó por falta de pupilos.

—Son los pupilos los que producen beneficios —dijo la señora Skinner.

Cuando Skinner hizo su aparición, se vio que era un hombre de rostro alargado, ceceante y bizco, con una mirada que le hacía desviar los ojos por encima de la cabeza de la gente. Llevaba unas zapatillas cortajeadas, cosa que le hizo simpático al señor Bensington. Exhibía una escasez manifiesta de botones que le obligaba a asir la chaqueta y camisa con una mano, mientras con el índice de la otra trazaba figuras sobre el mantel negro y dorado. Con el ojo suelto contemplaba, como si dijéramos, la espada de Damocles sobre la cabeza del señor Bensington, con expresión de triste indiferencia.

—¿Uzted no quiere dirigir eza granja para zacar provecho? ¿No? Ez igual, ceñor. ¿Ezperimentoz? ¡Bien!

Dijo que podían trasladarse a la granja en seguida. No estaba haciendo nada de particular en Dunton Green, aunque trabajaba un poco de sastre.

—Ezte pueblo no ez lo que yo creía, y lo que gano ez poco —dijo—, de modo que ci uzted quiere ya podemoz…

Al cabo de una semana, el señor y la señora Skinner ya se hallaban instalados en la granja, y el carpintero que había ido de Hickleybrow alternaba la tarea de levantar cobertizos y gallineros con una sistemática discusión acerca del señor Bensington.

—No lo he vizto mucho todavía —decía el señor Skinner—, pero por lo vizto de él me parece que ce trata de un eztúpido o de un imbécil.

—Ya me pareció a mí que estaba algo chalado —dijo el carpintero de Hickleybrow.

—Ce cree que zabe mucho de avez —prosiguió Skinner— ¡Ay, Dioz mío! ¡Ce diría que nadie entiende nada de avez de corral, fuera de él!

—¡Con esas gafas que lleva —dijo el carpintero de Hickleybrow— parece una gallina!

Skinner se acercó al carpintero de Hickleybrow y le habló confidencialmente, un ojo mirando, con tristeza el pueblo lejano y el otro brillante y taimado.

—Hay que tomar laz medidaz… todoz loz malditoz diaz, de todaz laz malditaz gallinaz. Para ver ci crecen bien. ¿Qué tal…? ¿Eh? Cada una de laz malditaz gallinaz todoz loz díaz.

Y el señor Skinner se tapó la boca con la mano para reírse de un modo refinado y contagioso, sacudiendo los hombros exageradamente. Sólo su otro ojo evitó de participar en el regocijo. Luego, por si el carpintero no hubiese visto la intención, repitió, con un penetrante susurro:

—¡Tomar laz medidaz!

—Está peor aún que nuestro viejo amo, y que me ahorquen si me equivoco —dijo el carpintero de Hickleybrow.

CAPÍTULO DOS

El trabajo experimental es lo más aburrido del mundo si exceptuamos los artículos sobre esa clase de trabajos en los Anales Filosóficos, y a Bensington le pareció que había transcurrido mucho tiempo desde que su primer ensueño sobre las enormes posibilidades implicadas fue reemplazado por una migaja de realidad. Se había hecho cargo de la Granja Experimental en octubre, y hasta mayo no consiguió los primeros indicios de éxito. Tuvo que probar las Heracleoforbias, I, II y III, que fueron rotundos fracasos, hubo dificultades con las ratas de la Granja Experimental y también hubo dificultades con los Skinner. La única manera de conseguir que Skinner hiciera algo de lo que se le había dicho era amenazarlo con el despido. Entonces se rascaba la barbilla sin afeitar —siempre estaba sin afeitar del modo más milagroso, puesto que nunca llegaba a brotarle la barba del todo— con la palma de la mano, y mirando al señor Bensington con un ojo y por encima de él con el otro, decía:

—¡Oh! ¡Claro, ceñor Bencington…, ci lo dice en cerio…!

Pero por fin surgieron los primeros indicios del éxito. Y su heraldo fue una carta escrita con la caligrafía alargada y esbelta del señor Skinner:

«La nueva pollada ha roto la cáscara, y no me gusta nada. Crecen con mucha lozanía, muy diferente de como era el último lote antes de que usted nos diera sus instrucciones recientes. El último de ellos, antes de que el gato lo cogiera, era un pollo hermoso y robusto, pero los de esta última cría crecen como cardos silvestres. Jamás vi nada igual. Picotean con tanta fuerza que perforan las botas de modo que no he podido tomar las medidas exactas, tal como usted me había pedido. Son verdaderos gigantes y comen como tales. Pronto necesitaremos más trigo, porque nunca se han visto gallinas que coman como estos polluelos. Son ya mayores que los Bantam. A este paso, serán aves de exposición, con lo lozanos que están. Los Plymouth Rock ni se podrán comparar con ellos. Anoche me llevé un susto creyendo que el gato iba a por ellos; cuando miré por la ventana hubiera jurado que vi al gato metiéndose por debajo del alambrado. Los polluelos estaban despiertos y picoteando hambrientos cuando salí a ver, pero del gato, ni rastro. Por lo tanto, les di un puñado de trigo y cerré con candado el gallinero. Desearía saber si la alimentación tiene que continuar según las instrucciones recibidas. La mezcla que usted hizo ya casi se ha terminado y yo no quiero hacer ninguna mezcla a causa del accidente del pudding. Con los mejores deseos por parte de nosotros dos, y esperando que continuemos en su aprecio, con todos los respetos, su fiel servidor.

ALFRED NEWTON SKINNER».

El accidente a que Skinner hacía referencia hacia el final de la carta se relacionaba con un pudding de leche al que accidentalmente se mezcló cierta cantidad de Heracleoforbia II, con resultados muy malos y casi fatales para los Skinner.

Pero Bensington, leyendo entre líneas, advirtió en aquel crecimiento tan notable la consecución del fin buscado. La mañana siguiente llegaba a la estación de Urshot con un saco en el que llevaba, herméticamente cerrada en tres latas, una provisión del Alimento de los Dioses suficiente para todos los pollos de Kent.

Era una clara y hermosa mañana de fines de mayo, y sus callos habían mejorado tanto, que resolvió ir andando a la granja, atravesando a pie Hickleybrow. Esto representaba, en conjunto, un paseo de tres millas y media a través del parque y del pueblo, y luego por las verdes cañadas de los vedados de Hickleybrow. Las ramas de los árboles estaban salpicadas con los brotes que la primavera, en toda su fuerza hacía surgir; los setos estaban llenos de alsines y collejas, y los bosques, de jacintos azules y orquídeas purpúreas; y por todas se oía el gorjeo de los pájaros: zorzales, mirlos, petirrojos, pinzones, y muchísimos más; y en un cátido rincón del parque iban creciendo los helechos y se oían los brincos y carreras de los ciervos moteados.

Todo esto hacía evocar a Bensington el recuerdo de su juventud y el ya olvidado gozo de vivir. Ante él, la promesa de su descubrimiento surgió clara y alegre, y le pareció que era realmente el día más feliz de su vida. Y cuando en el soleado cobertizo de la arenosa colina bajo la sombra de los pinos, vio los polluelos que se habían alimentado con la mezcla que él les había preparado, gigantescos y desgarbados, mayores ya que muchas gallinas adultas y con hijos; y creciendo todavía, aún con su primer y blando plumón amarillo (apenas mucado de marrón en el lomo), estuvo completamente seguro de que el día más feliz de su vida había llegado.

Ante la insistencia de Skinner, el señor Bensington entró en el gallinero, pero después de haber sido picoteado en las rajas de las botas dos o tres veces, volvió a salir, y se quedó observando aquellos monstruos a través del alambrado. Los miró embelesado, siguiendo con la vista todos sus movimientos como si no hubiese visto un pollo en toda su vida.

—Cómo cerán cuando hayan crecido del todo, ez coza que uno no puede imaginarce —dijo Skinner.

—Grandes como caballos —aventuró Bensington.

—Pocible —admitió Skinner.

—¡Una sola ala servirá de comida a varias personas! —exclamó el señor Bensington—. Y habrá que cortarlos en filetes, como la carne de la vaca:

—Pero no ceguirán creciendo de ezta forma —objetó Skinner.

—¿No?

—No —afirmó—. Ya conozco ezo. Empiezan primero muy lozanoz, pero luego ce eztancan.

Hubo una pausa.

—Zon loz cuidadoz nueztroz —dijo Skinner, modestamente.

Bensington enfocó los lentes sobre él, de repente.

—Teníamoz unoz caci tan grandez en el otro citio donde estuvimoz —dijo Skinner con su ojo bueno piadosamente elevado y cogiendo algo de confianza— yo y mi ceñora.

Bensington hizo su habitual inspección general del lugar, pero volvió rápidamente al gallinero. Aquello era, en verdad, mucho más de lo que se había atrevido a esperar. ¡El curso de la ciencia es tan tortuoso y lento! Después de las más claras promesas y antes de que pueda llegarse a la realización práctica, transcurren, por regla general, años y años de intrincados planes y preparativos… ¡y he aquí que el Alimento de los Dioses llegaba a la práctica después de menos de un año de pruebas! Parecía demasiado…, demasiado bueno. ¡Aquellas Esperanzas Aplazadas que constituyen el alimento cotidiano de la imaginación científica ya no lo obsesionarían más! Así, al menos, lo creía. Volvió otra vez al gallinero y se quedó de nuevo boquiabierto ante aquellos estupendos pollos de su creación.

—Vamos a ver —dijo—. Tienen diez días. Y, comparados con un polluelo ordinario, me imagino que serán… seis o siete veces más grandes…

—Ya ez hora que noz dé un aumento de zalario —dijo Skinner a su esposa—. Eztá contento como unaz pazcuaz por el modo como hemoz criado a aquelloz pollueloz de allá abajo… Eztá contento como unaz pazcuaz.

Se inclinó confidencialmente hacia ella y dijo, tapándose la boca con la mano:

—Cree que ce debe a ece alimento que lez da.

E hizo un ruido de risa reprimida en su cavidad faríngea…

Bensington fue verdaderamente un hombre dichoso aquel día. Estaba dispuesto a no encontrar faltas en ningún detalle avícola. El brillo de aquel día ponía de relieve más vivamente de lo que había podido notar hasta entonces, la acumulada suciedad y desidia de los Skinner. Pero sus comentarios fueron amabilísimos. Las cercas de varios de los gallineros estaban estropeadas, pero Bensington pareció considerar totalmente satisfactoria la explicación de Skinner, cuando éste le dijo que era a causa de «una zorra o un perro o algo ací». Bensington se limitó a indicar que no se había limpiado la incubadora.

—Muy cierto, ceñor —repuso Skinner con los brazos cruzados y sonriendo astutamente por debajo de la nariz—. No hemoz tenido tiempo de limpiarla dezde que vinimoz aquí…

Bensington se dirigió al piso superior para examinar los boquetes abiertos por las ratas, y que, a juicio de Skinner, reclamaban la colocación de trampas, ya que ciertamente eran enormes, y descubrió entonces que el cuarto en que el Alimento de los Dioses se mezclaba con la harina y el salvado estaba en un desorden lamentable. Los Skinner eran de esa clase de personas que siempre encuentran un uso para los platos rajados, las latas viejas, los tarros de conservas y los botes de mostaza; el lugar estaba sembrado de todo eso. En un rincón se pudría un montón de manzanas que Skinner había guardado Dios sabe para qué, y de un clavo en la parte inclinada del techo pendían varias pieles de conejo con las que Skinner intentaba poner a prueba sus dotes de curtidor.

(–Poco habrá en cueztión de pielez y otraz cozaz que yo no cepa —dijo Skinner).

Es muy cierto que Bensington resolló desaprobando aquel desorden, pero no armó ningún escándalo inútil, y hasta cuando notó una avispa regodeándose dentro de una vasija a medio llenar de Heracleoforbia IV, simplemente hizo observar con toda amabilidad que sería mejor cubrir aquella sustancia para evitar que quedase expuesta a la humedad del aire de aquel modo.

Luego, bruscamente, se volvió hacia Skinner para decirle lo que había estado barruntando desde hacía rato.

—Me parece, Skinner…, que voy a matar uno de esos pollos… como muestra. Creo que podremos matarlo esta tarde, después de comer, y me lo llevaré a Londres.

Hizo como si mirara dentro de otra vasija, se quitó los lentes y los limpió.

—Me gustaría —dijo—, me gustaría muchísimo tener una muestra… un recuerdo… de esta cría tan especial, en este día también tan especial. Y, a propósito no les dará usted carne para comer a estos polluelos ¿verdad?

—¡Oh! No, ceñor —replicó Skinner—. Ce lo aceguro, ceñor Bencington. Zabemoz demaciado bien cómo hay que criar a las avez de corral de todo género, para hacer una coza cemejante.

—¿Está usted seguro de no haber echado aquí las sobras de su comida? Me ha parecido ver unos huesos de conejo esparcidos en un rincón del gallinero…

Pero cuando fueron a mirar se encontraron con que eran los huesos, algo mayores, de un gato, limpios y secos.

CAPÍTULO TRES

—Esto no es un pollo —dijo Jane, la prima de Bensington—. Vamos me parece que sé distinguir un pollo de lo que no lo es. En primer lugar, es muy grande para ser un polluelo, y, además, cual-quiera puede ver que eso no es ningún pollo, vamos.

—Se parece más a una avutarda que a un pollo.

—Por mi parte —dijo Redwood de mala gana, permitiendo por esta vez que Bensington le arrastrara a la discusión—, debo confesar que, considerando toda la evidencia que tenemos.

—¡Oh…! Si se pone usted así —protestó Jane, la prima de Bensington —, en lugar de usar sus ojos como persona sensata…

—¡Pero, verdaderamente, señorita Bensington…!

—¡Oh! ¡Adelante! —exclamó la prima Jane—. Todos los hombres son iguales.

—Considerando toda la evidencia, este ejemplar ciertamente cae dentro de los límites de la definición… Sin duda alguna es un ejemplar anormal e hipertrofiado, pero aun así… teniendo en cuenta especialmente que salió del huevo de una gallina normal… Sí, creo señorita Bensington, que debo aceptar…, que, si hay que dar nombre a esto, se trata, de una especie de pollo.

—¿Quiere decir que es un pollo? —dijo la prima Jane.

—Creo que es un pollo —dijo Redwood.

—¡Qué tontería! —exclamó Jane, dirigiéndose a Redwood—. ¡Oh, acabará usted con mi paciencia!

Dio media vuelta bruscamente y salió de la habitación dando un portazo.

—Y es una gran satisfacción para mí también poder contemplar este ejemplar, Bensington —dijo Redwood cuando el eco del portazo se hubo amortiguado—. A pesar de ser tan enorme.

Sin previa invitación por parte de Bensington, Redwood se sentó en el bajo sillón junto al fuego y confesó cierto proceder que hasta en un hombre no científico habría sido indiscreto.

—Creerá usted que he obrado de un modo temerario, Bensington, ya lo sé. Pero lo cierto es que puse un poco… —no mucho— pero, en fin, algo de eso… en el biberón de mi hijo, hará cosa de una semana.

—Pero ¿y si…? —exclamó Bensington.

—Lo sé —murmuró Redwood, echando una ojeada al pollo gigante que estaba en una fuente sobre la mesa; y prosiguió, hurgándose el bolsillo, en busca de cigarrillos—: Todo ha salido bien, gracias a Dios.

En seguida se puso a dar detalles fragmentarios.

—El pobrecillo no aumentaba de peso… desesperadamente ansioso… Winkles es un solemne imbécil…, fue discípulo mío…, muy malo… la señora Redwood…, inquebrantable confianza en Winkles… Ya conoce usted el tipo, un hombre de esos con aire superior…, altanero y dominante… Ninguna confianza en mí, claro está… Le enseñé a Winkles… Casi ni podía entrar en el cuarto del niño… Había que hacer algo… Me deslicé allí mientras la niñera estaba desayunando… y cogí el biberón.

—Pero crecerá —dijo Bensington.

—Ya crece. Ochocientos diez gramos la semana pasada. Tendría usted que oír a Winkles. Son sus cuidados, dice.

—¡Mi querido! ¡Eso es lo que dice Skinner!

Redwood volvió a echar una ojeada al pollo.

—Lo peor es que no sé cómo seguir adelante —dijo—. No quieren dejarme solo en el cuarto del niño porque antes quise trazar la curva del peso de Georgina Phyllis —usted ya sabe— ¿y cómo voy a poder darle una segunda dosis?

—¿Es necesario?

—Hace dos días que llora sin parar… Ahora ya no quiere su comida ordinaria. Quiere algo más.

—Dígaselo a Winkles.

—¡Que lo ahorquen!

—Podría usted ir a Winkles y darle los polvos para que se los diera al niño…

—Eso será lo que me veré obligado a hacer, si me veo obligado —dijo Redwood, apoyando el mentón en el puño y mirando fijamente el fuego.

Bensington se quedó un rato alisando el plumón de la pechuga del pollo gigante.

—Serán unas aves monstruosas —afirmó.

—Lo serán —dijo Redwood sin apartar los ojos del fuego.

—Grandes como caballos —dijo Bensington.

—Mayores aún —dijo Redwood—. ¡Eso es lo que ocurrirá!

Besington se apartó del espécimen.

—Redwood —dijo—, estas aves van a causar sensación.

Redwood asintió, inclinando la cabeza hacia el fuego.

—¡Y por Júpiter! —dijo Bensington, volviéndose con un gran destello en sus lentes—. ¡También causará sensación su hijo!

—Esto es precisamente lo que estoy pensando —dijo Redwood.

Se reclinó, suspiró, arrojó al fuego su cigarrillo a medio consumir y metió profundamente las manos en los bolsillos del pantalón.

—Esto es precisamente lo que estoy pensando —repitió—. Esta Heracleoforbia será una sustancia muy difícil de manejar. ¡Al ritmo que este pollo ha crecido…!

—Un niño que crezca al mismo ritmo… —susurró lentamente Bensington, mirando al pollo mientras hablaba—. ¡Lo dije! —exclamó—. Será algo grandioso.

—Le administraré dosis cada vez más pequeñas —dijo Redwood—. O lo hará Winkles.

—Sería llevar demasiado lejos el experimento.

—Bastante lejos.

—Y, sin embargo, ¿sabe usted?, debo confesar que… tarde o temprano algún niño tenía que someterse a la prueba.

—Claro que lo probaremos en algún niño… ¡Seguro!

—Desde luego —aprobó Bensington, acercándose al fuego y quitándose los lentes para limpiarlos con el pañuelo.

—Hasta que vi a esos pollos no creo que me haya dado cuenta cabal, Redwood, de ninguna de las posibilidades que entrañaba lo que estábamos haciendo. Sólo ahora empiezan a asomar en mi mente las… posibles consecuencias…

E incluso entonces, Mr. Bensington estaba muy lejos de tener idea del revuelo que aquel experimento iba a provocar.

CAPÍTULO CUATRO

Aquello sucedió a principios de junio. Durante unas semanas Bensington no pudo volver a visitar la Granja Experimental a causa de un severo catarro imaginario, y Redwood se vio obligado a hacer en su lugar una visita relámpago. Volvió hecho un padre muchísimo más preocupado de lo que estaba al ir. En conjunto habían transcurrido siete semanas de crecimiento progresivo e ininterrumpido…

Y entonces las avispas empezaron a entrar en funciones.

A finales de julio, fue muerta la primera de las grandes avispas, casi una semana antes de que las gallinas se escapasen de Hickleybrow. La información apareció en diversos periódicos, pero no sé si la noticia llegó a oídos de Bensington, y mucho menos si, en caso de que se enterase, la relacionó con el descuido general que prevalecían en la Granja Experimental.

Pocas dudas caben de que, mientras Skinner administraba a los pollos de Bensington la Heracleoforbia IV, un gran número de avispas se hallaban trabajando casi industrialmente —o quizá más— en el acarreo de grandes cantidades de la misma pasta a sus primeras crías de verano en los bancos de arena, más allá de los pinares adyacentes. Y es indiscutible que aquellas precoces crías crecieron y se beneficiaron tanto de aquella sustancia como las gallinas de Bensington. Está en la naturaleza de la avispa que alcance la madurez efectiva antes que el ave del corral, y, en realidad, de todas las criaturas que compartían, gracias al generoso descuido de los Skinner, los beneficios que Bensington había querido verter sobre sus gallinas, las avispas fueron las destinadas a ser las primeras en hacer ruidoso acto de presencia.

Fue un guardabosque llamado Godfrey, empleado en la hacienda que el teniente coronel Rupert Hick poseía cerca de Maidstone, quien encontró y tuvo la suerte de matar al primero de esos monstruos que registra la historia. Andaba metido en los helechos hasta las rodillas en un claro del bosquecillo de hayas que diversifica al parque del teniente coronel Hick, con su escopeta al hombro —afortunadamente para él era una escopeta de dos cañones—, cuando vio por primera vez el insecto. Se acercaba a contraluz, de modo que no pudo verlo distintamente, y al acercarse zumbaba «como un motor de automóvil». Admite que se asustó.

Evidentemente era tan grande o mayor que una lechuza, y a su ojo ejercitado, el vuelo del monstruo, y particularmente el nebuloso torbellino de sus alas, debió de haberle parecido en nada semejante al vuelo de un pájaro. El instinto de conservación, según creo, se mezclaría con un antiguo hábito, cuando Godfrey dice que «dejó que volara en línea recta».

Lo extraño de aquella experiencia probablemente afectó su puntería; sea por lo que fuere, lo cierto es que erró el tiro, y el monstruo inició un descenso con un colérico «Fuzzzz» que reveló inmediatamente su identidad de avispa, y luego volvió a elevarse con todas sus rayas brillando a la luz del sol. Godfrey dice que la avispa se revolvió contra él. Entonces disparó su segundo cañón a menos de veinte metros, arrojó la escopeta al suelo y dio dos o tres pasos, agachándose para evitar al animal.

Está convencido de que la avispa pasó volando a un metro de él, dio contra el suelo, volvió a elevarse, volvió a caer, quizás a unos treinta metros de distancia, y empezó a dar tumbos por el suelo, contorsionándose y moviendo su aguijón en su última agonía. Godfrey vació los dos cañones de su escopeta por segunda vez sobre el animal antes de aventurarse a acercársele.

Cuando se decidió a medirla vio que tenía setenta centímetros de una punta del ala a la otra, y el aguijón ocho. El abdomen había estallado por la mitad, pero estimó la longitud del animal, de la cabeza al aguijón, como de unos cuarenta y cinco centímetros… lo que es casi exacto. Sus ojos compuestos eran del tamaño de monedas de un penique.

Ésta es la primera aparición auténtica de las avispas gigantes. El día siguiente, un ciclista que bajaba a toda velocidad la cuesta que hay entre Sevenoaks y Tonbridge, con los pies en el manillar, por poco no aplasta otra de esas avispas gigantes que se arrastraba por la carretera. El paso del ciclista pareció alarmarla, y emprendió el vuelo con un ruido parecido al de un aserradero. Con la emoción del momento la bicicleta saltó por la cuneta, y cuando el ciclista pudo mirar hacia atrás, la avispa se alejaba, elevándose por encima de los bosques, hacia Westerham.

Después de hacer unas cuantas eses, el ciclista echó mano de los frenos, se apeó —temblaba de un modo tan violento que se cayó de bruces encima de la bicicleta al apearse— y se sentó en el borde de la cuneta para rehacerse un poco. Se había propuesto pedalear hasta Ashford, pero aquel día no pudo llegar más allá de Tonbridge…

Después de esto, y curiosamente por cierto, no se registraba la presencia de las grandes avispas durante tres días. Consultando los informes meteorológicos de aquellos tiempos me encuentro con que fueron con precipitaciones locales, lo cual puede tal vez explicar esta intermitencia. Luego, al cuarto día, el cielo se presentó de nuevo azul y despejado, con un sol brillante y una invasión tal de avispas como el mundo es seguro no había visto nunca.

Es imposible adivinar cuántas avispas salieron a la luz aquel día. Hubo una víctima, un tendero de comestibles, que descubrió uno de esos monstruos en un barril de azúcar, y con mucha temeridad por su parte lo atacó con una pala al emprender el vuelo. La arrojó al suelo por un momento, pero la avispa le aguijoneó perforándole la bota, mientras él la golpeaba de nuevo, partiéndola en dos. De los dos, el tendero fue el primero en sucumbir…

La más dramática de aquella cincuentena de apariciones fue la de la avispa que visitó el Museo Británico a eso del mediodía, descolgándose del sereno y azul firmamento sobre una de las innumerables palomas que picotean en el patio de dicho edificio y remontándose luego a la cornisa para devorar a su víctima con toda tranquilidad. Después se arrastró un rato por el techo del museo, entró en el interior de la cúpula de la biblioteca por un tragaluz, zumbó un buen rato por el interior —produciendo la consiguiente huida de los lectores— y, por fin, encontrando otra ventana, volvió a desaparecer de la observación humana, produciéndose un súbito silencio.

La mayoría de las demás informaciones se refieren al paso o al descenso de uno de estos insectos.

En Aldington Knoll dispersó un picnic en el campo. Todos los dulces y la mermelada quedaron consumidos en un santiamén y un cachorrillo de perro fue muerto y despedazado, cerca de Whitstable, bajo los mismos ojos de su dueña…

Aquella noche las calles resonaron con la noticia, los anuncios de los periódicos advirtieron exclusivamente, con numerosos titulares de gran tamaño, la aparición de las «Avispas Gigantes de Kent».

Los directores de periódicos y los redactores jefes, aguadísimos, se lanzaron arriba y abajo de tortuosas escaleras, gritando un sinfín de cosas sobre las avispas.

Y el profesor Redwood, al salir de su colegio en Bond Street, a las cinco, con el rostro colorado, después de una acaloradísima discusión con la junta acerca del precio de los terneros, compró un periódico de la tarde, lo abrió, se le demudó el rostro, olvidó inmediatamente el asunto de los terneros y de la junta y cogió un cabriolé para dirigirse al piso de Bensington.

CAPÍTULO CINCO

El piso estaba ocupado, según le pareció, con exclusión de todo otro objeto sensible, por Skinner y su voz, si es que tanto al uno como a la otra puede llamárseles objetos sensibles.

La voz era muy aguda y el tono era angustioso.

—Ez impocible quedarnoz un día máz, ceñor Bencington. Noz hemoz quedado porque creíamoz que laz cozaz ce arreglarían, y lo que paza ez que han ido de mal en peor, ceñor Ben-cington… No zon zólo laz avizpaz, ceñor Bencington… Ahora hay también grandez tijeretaz y ciempiez, ceñor Bencington, aci de grandez. (Y señalaba todo lo largo de la mano y cerca de ocho centímetros más de un ancho y sucio antebrazo). Por poco le da un ataque de nervioz a la ceñora Zkinner, ceñor Bencington. Y, por ci fuera poco, laz ortigaz de al lado del gallinero, ceñor Bencington, también eztán creciendo, ci, ceñor, y la enredadera amarilla, aquélla que plantamoz cerca del zumidero, ceñor Bencington… Ya ha pazado zuz zarcilloz a través de la ventana durante la noche, cí, ceñor Bencington, y caci ce enredó con la propia ceñora Zkinner, ceñor Bencington. Y todo ez a cauza del alimento ece que uzted lez da, ceñor Bencington. Por dondequiera que ce haya derramado, por poco que cea, todo lo que hay allí ce pone a crecer de un modo pavorozo, ceñor Bencington. Todo crece máz de lo que yo nunca zupuce que pudiera crecer. Ez impocible quedarnoz otro mez, ceñor Bencington. Ez máz de lo que valen nuestraz vidaz, ceñot Bencington. Aun en el cazo de que laz avizpaz no noz picaran, moriríamoz zofocadoz por la enredadera ceñor Bencington. Uzted no puede imaginárcelo, ceñor Bencington…, a menoz de que venga a verlo con zuz propioz ojoz, usted…

Giró su ojo superior hacia la cornisa, por encima de la cabeza de Redwood, añadiendo:

—¿Cómo podremoz zaber ci laz rataz no han comido el alimento ece, ceñor Bencington? Ezo ez lo que me preocupa, ceñor Bencington. No he vizto aún ninguna rata grande, ceñor Bencington, pero ¿cómo voy a zaber ci laz hay? Hemoz eztado zobrezaltadoz durante varioz diaz a cauza de la tijereta que vimoz, o de laz tijeretaz, mejor dicho, porque eran doz… Y grandez como langoztaz, ceñor Bencington, y del modo pavorozo como ha crecido la enredadera amarilla, y cuando oí lo de laz avizpaz… Dezpuez de enterarme, lo comprendo todo, ceñor Bencington. No he aguardado máz ciño a que mi mujer me cociera un botón que ce me había caído, y he venido enceguida. Aún eztoy lleno de anciedad, ceñor Bencington. ¿Qué cé yo de lo que le puede eztar zucediendo a la ceñora Zkinner en ezce inztante, ceñor Bencington? La enredadera crece por todoz ladoz, como una cerpiente… Aunque parezca increíble hay que eztarla vigilando y huir de zu proccimidad… Y laz tijeretaz creciendo aún máz y máz laz avizpaz… ¡Ceñor Bencington! ¡Ci le ocurriera algo a ella, ceñor Bencington…!

—Pero ¿y las gallinas? —preguntó Bensington—. ¿Cómo están las gallinas?

—Laz hemoz eztado alimentando hazta ayer, ¡Dios me proteja! Pero ezta mañana no noz atrevimoz, ceñor Bencington. El ruido que producían ha cido algo ezpantozo, ceñor Bencington. Venían a docenaz. Grandez como gallinaz. Yo le digo a ella, le digo, cóceme un botón o doz, le digo, porque no puedo ir a Londrez ací como eztoy, le digo, y voy a ver al ceñor Bencington, le digo, a explicarle lo que ocurre. Y tú quédate en ezta habitación hazta que yo vuelva, le digo, y cierra la ventana y déjala cerrada que no pueda pazar nada, le digo.

—Si usted no hubiese sido tan sucio y descuidado… —empezó a decir Redwood.

—¡Oh, no diga ezo, ceñor Redwood! ¡Y ahora menoz que nunca, ceñor Redwood, que eztoy decezperado penzando en la ceñora Zkinner, ceñor Redwood! ¡Oh, no diga ezaz cozaz, ceñor Redwood! ¡No tengo ánimoz ahora para ponerme a dizcutir con uzted! ¡Que Dioz me proteja, que no tengo ánimoz, vaya! Zon laz rataz laz que me preocupan… ¿Cómo puedo zaber que no han atacado a la ceñora Zkinner mientras yo eztoy aquí?

—¿Y ustet no ha tomado alguna medida de todas esas maravillosas curvas de crecimiento? —preguntó Redwood.

—He eztado demaciado preocupado, ceñor Redwood —contestó Skinner—. ¡Ci uzted zupiera por lo que hemoz pazado… yo y mi ceñora! ¡Y todo durante el último mez! No zabíamos qué pensar de todo ello, ceñor Redwood. ¡Con laz gallinaz haciéndoce tan gordaz, y las tijeretaz, y la enredadera amarilla! No cé ci le he dicho a uzted, ceñor, que la enredadera amarilla…

—Ya nos ha hablado usted de todo eso —dijo Redwood—. Lo que ahora importa, Bensington, es saber qué vamos a hacer.

—¿Qué vamoz a hacer? —repitió Skinner.

—Tendrá usted que volver allí, señor Skinner —dijo Redwood—. No puede usted dejar a su esposa sola toda la noche.

—No me iré zolo, no, ceñor. Aunque hubiece una docena de ceñoras Zkinner. Ez el ceñor Bencington…

—¡Tonterías! —dijo Redwood—. Las avispas estarán quietas por la noche. Y las tijeretas se marcharán…

—Pero ¿y laz rataz?

—No hay ninguna rata —dijo Redwood.

CAPÍTULO SEIS

El señor Skinner podía muy bien haber hecho caso omiso de su principal motivo de ansiedad. La señora Skinner no terminó el día en casa.

A eso de las once la enredadera amarilla, que había estado poco activa toda la mañana, empezó a trepar por la ventana y a oscurecer la habitación con rapidez y cuanto más oscuro se hacía, tanto más claramente percibía la señora Skinner que su situación se tornaría muy pronto inaguantable. Y también le pareció que habían transcurrido unos cuantos siglos desde que se fue su marido. Se asomó a la oscurecida ventana, a través de los inquietos zarcillos, permaneció allí algún tiempo, y luego se fue, muy cautelosamente, a abrir la puerta del dormitorio y se puso a escuchar…

Todo parecía estar quieto. Por lo tanto, recogiéndose las faldas, pasó al dormitorio, y después de haber mirado debajo de la cama y de haberse encerrado, procedió, con la metódica rapidez de una mujer experta en esos quehaceres, a hacer el equipaje. La cama no estaba hecha y el suelo estaba cubierto de trozos de enredadera que Skinner había cortado la noche anterior a fin de poder cerrar la ventana, pero a aquel desorden ella no hizo el menor caso. Hizo un fardo con un lienzo muy decente. Enfardó toda su ropa más una chaqueta de pana que Skinner solía llevar en ocasiones especiales, y además empaquetó también un tarro de pepinillos en conserva que no había sido abierto aún. Hasta aquí estuvo plenamente justificado su plan de hacer paquetes. Pero también empaquetó dos latas herméticamente cerradas que contenían Heracleoforbia IV, que Bensington había llevado en su último viaje. (Era una mujer buena y honrada… pero era también abuela, y le había apenado ver cómo se despilfarraba un alimento que producía un crecimiento tan fabuloso en un grupo de infectos pollos).

Y después de haber hecho un gran paquete con todas estas cosas se caló el gorrito, se quitó el delantal, ató las varillas del paraguas con un cordón de zapato nuevo, y después de permanecer un buen rato a la escucha en la ventana, abrió la puerta y salió impetuosamente a un mundo lleno de peligros. Llevaba el paraguas debajo del brazo y asía el fardo con sus manos nudosas y resueltas. Llevaba su mejor gorrito dominguero, y las dos amapolas que erguían sus corolas, en medio de sus esplendores de cintas y cuentas, parecían impulsadas por el mismo trémulo valor de que ella se hallaba poseída.

Sus facciones arrugaron la raíz de la nariz con determinación. ¡Ya estaba harta de todo aquello! ¡Dejarla allí sola! Qué Skinner volviera cuando quisiese.

Salió por la puerta principal, y siguió adelante, no porque quisiera dirigirse a Hickleybrow (su destino era Cheasing Eyebright, donde residía su hija casada), sino porque la puerta trasera era infranqueable debido a la enredadera amarilla que había estado creciendo furiosamente desde que la señora Skinner vertió impensadamente una lata de alimento cerca de sus raíces. Al salir, volvió a aguzar el oído durante unos momentos, y luego cerró la puerta con mucho cuidado. Al llegar a la esquina de la casa se detuvo a escudriñar…

Un extenso montículo arenoso en la ladera de la colina, más allá de los pinares, marcaba el lugar del nido de las avispas gigantes, y la señora Skinner lo estudió con gran cuidado. Ya atardecía y ni por casualidad se veía una avispa; a no ser por un ruidito un poco más perceptible del que hubiese hecho un aserradero de vapor situado en medio de los pinares, todo estaba silencioso. En cuanto a las tijeretas, no pudo ver ni una sola. Allá abajo, en medio de las coles, había algo que se movía, pero debía ser probablemente un gato al acecho de algún pájaro. Permaneció contemplando todo durante un buen rato.

Dio unos pasos, doblando la esquina de la casa, y se le ofreció a la vista el gallinero con los pollos gigantes. Se detuvo de nuevo.

—¡Ah! —exclamó, sacudiendo la cabeza al verlos.

Ya habían alcanzado la talla de un avestruz, pero, naturalmente, tenían en cuerpo mucho más rechoncho… Eran animales mayores, en conjunto. Todas eran gallinas, cinco en total, pues los dos gallos se habían matado mutuamente. Vaciló un momento ante la actitud decaída de los pollos.

—¡Pobrecillos! —exclamó, dejando en el suelo su fardo—. No tienen agua. ¡Y con el apetito que tienen! —Se puso un flaco dedo en los labios y sostuvo una conferencia consigo misma.

Entonces aquella vieja sucia y desaliñada hizo lo que a mí me parece un acto heroico de caridad. Dejó su fardo y su paraguas en mitad del camino enladrillado, y dirigiéndose al pozo sacó no menos de tres cubos de agua para el vacío abrevadero de los pollos, y mientras éstos se agolpaban en él, descorrió muy suavemente el cerrojo del gallinero. Después de lo cual entró en una fase de gran actividad, volvió a coger su equipaje, franqueó el vallado del fondo del jardín, atravesó los fértiles prados (para evitar el avispero) y se dirigió a toda marcha por el tortuoso camino que conducía hacia Cheasing Eyebright.

Subió jadeando la cuesta, deteniéndose de vez en cuando para descansar de su carga, recobrar el aliento y volverse para mirar hacia abajo en dirección a la casa de campo junto al pinar. Y cuando, por último, al llegar ya cerca de la cima, vio a lo lejos varias grandes avispas que descendían pesadamente hacia occidente, sintió como si le hubiesen crecido alas en los pies.

Pronto salió del campo abierto para entrar en un camino que transcurría entre taludes bastante elevados (que le pareció un sitio más seguro) y de allí, por Hickleybrow Coobe, salió a la llanura. Al comienzo de ésta, donde un gran árbol daba cierta sensación de refugio, la señora Skinner descansó durante un buen rato en los peldaños de un portillo.

Luego prosiguió adelante con decisión…

Os la podéis figurar como una especie de hormiga negra erguida llevando a cuestas su blanco hato y apresurándose a lo largo del pequeño y blanco sendero que se va separando de la ladera, bajo el cálido sol de una tarde de verano. Iba esforzándose hacia delante, tras su resuelta nariz, infatigable, las amapolas de su gorrito temblando constantemente, y sus botas de cierre elástico blanqueándose cada vez más en el polvo de la llanura. Flip-flap, flip-flap, iban haciendo sus pasos a través del inmóvil bochorno del día canicular, y de un modo persistente el paraguas buscaba la manera de deslizarse bajo el codo que lo sostenía La boca aparecía fruncida, denotando una resolución extrema, y de vez en cuando ordenaba a su paraguas que volviera a colocarse en su sitio o daba a su estrechamente agarrado fardo una vengativa sacudida. Y a veces sus labios mascullaban fragmentos de alguna prevista disputa entre ella y Skinner.

Y muy lejos, a muchos kilómetros de distancia, el campanario de una iglesia empezó a destacarse insensiblemente surgiendo del vago azul del cielo, para marcar más y más distintamente el tranquilo rincón donde Cheasing Eyebright se refugiaba del tumulto mundanal, sin acordarse en absoluto de la existencia de la Heracleoforbia oculta en aquel blanco hato que se esforzaba tan persistentemente en avanzar en dirección a aquel ordenadísimo retiro.

CAPÍTULO SIETE

Tal como he podido deducir, los pollos hicieron su aparición en Hickleybrow hacia las tres de la tarde. Su llegada debió de ser algo jocoso, aunque no había entonces nadie en las calles para poder presenciarla. El violento berrido del pequeño Skelmersdate parece que fue el primer aviso de que ocurría algo insólito. La señorita Durgan de la Oficina de Correos, estaba asomada a la ventana como de costumbre cuando vio a la gallina que había cogido al infeliz niño, corriendo a escape calle arriba con su víctima, con otras dos gallinas pisándole los talones. ¡Ya conocéis las balanceantes zancadas de los polluelos modernos, atléticos y emancipados! ¡Podéis imaginaros la viva insistencia de la hambrienta gallina! Aquellas aves eran Plymouth Rock, según me han dicho, una raza que, aun sin la ayuda de la Heracleoforbia, se caracteriza por sus grandes zancadas.

Probablemente la señorita Durgan no se sorprendió demasiado. A pesar de la insistencia de Bensington en guardar el secreto, habían circulado rumores en el pueblo, desde hacía algunas semanas, acerca de los grandes polluelos que estaba criando Skinner.

—¡Dios mío! —exclamó Miss Durgan—. ¡Es lo que me temía!

Parece que se comportó con una gran presencia de espíritu. Cogió de un tirón el saco precintado de la correspondencia que estaba esperando para enviar a Urshot, y se lanzó a la puerta inmediatamente. Casi simultáneamente apareció el señor Skelmersdale al otro extremo del pueblo, aferrando una regadera por el pico, y muy pálido. Y, como es natural, al cabo de un instante, cada uno de los habitantes del pueblo se había asomado a la puerta o a la ventana.

El espectáculo que ofrecía la señorita Durgan cruzando la calle, con toda la correspondencia diaria de Hickleybrow en las manos, hizo detenerse al pollo que se había apoderado del pequeño Skelmersdale. El ave se detuvo en un momento de indecisión, y luego se dirigió hacia las abiertas puertas del patio de Fulcher. Aquel instante fue fatal. El segundo pollo lo alcanzó limpiamente, entró en posesión del niño gracias a un picotazo muy bien dirigido y saltó por encima de la tapia dentro del jardín de la vicaría.

—¡Croe, croe, croe, croe, croe, croe! —chilló la gallina más rezagada al recibir un golpe propinado por el señor Skelmersdale con mucha habilidad, al lanzarle la regadera. La gallina aleteó desesperadamente saltando por encima de la cerca del cottage de la señora Glue y de allí al campo del médico, mientras aquellas aves gargantuescas perseguían al pollo que tenía el niño por el césped de la vicaría.

—¡Cielos! —exclamó el cura, o (alguien afirma) quizás algo más grave.

Echó a correr, volteando el mazo de croquet y gritando para interceptar el paso al ave:

—¡Detente, maldita! —gritó, como si las gallinas gigantes fueran animales corrientes en el mundo.

Y luego, viendo que le era imposible evitarla, le arrojó el mazo con todo el vigor y toda la fuerza de que disponía. Éste fue a parar, después de describir una graciosa curva, a poco más de un palmo de distancia de la cabeza del niño Skelmersdale, rompiendo de paso unos cristales de invernáculo. ¡Crash! ¡El nuevo invernáculo! ¡El nuevo y hermoso invernáculo de la esposa del vicario!

Aquello asustó a la gallina. Y habría podido asustar a cualquiera. Soltó a su víctima dentro de un laurel de Portugal, de donde fue extraída inmediatamente, algo descompuesta, pero, salvo en sus poco delicadas ropas, indemne, luego dio un brinco aleteante para alcanzar el tejado de los establos de Fulcher, pero, apoyándose en un sitio inseguro entre las tejas, descendió como si dijéramos desde el infinito a la quietud contemplativa del señor Bumps, el paralítico, que, como sin duda ha quedado probado, en aquella única ocasión de su vida pudo atravesar el jardín, en todo su diámetro y meterse en casa, sin requerir asistencia alguna, cerrando la puerta con llave, para recaer inmediatamente en su habitual estado de resignación cristiana y desvalida dependencia de su esposa…

Los demás pollos fueron acosados por los otros jugadores de croquet, y pasando por el huerto del vicario, se metieron en el campo del médico, a cuya cita acudió también, por fin, el quinto pollo cacareando desconsoladamente después de un fracasado intento pasearse por el pepinar del señor Whiterspoon.

Parece que durante un buen rato se comportaron de un modo bastante gallináceo, escarbando el suelo y cloqueando meditativamente, pero después uno de los pollos picoteó repentinamente una colmena del médico. Luego los cinco echaron a correr de un modo desmañado, a sacudidas y aleteos, como si tuvieran ataques de nervios, a campo traviesa, en dirección a Urshot, y Hickleybrow Street ya no los vio más. Cerca de Urshot llegaron por fin a dar con un alimento apropiado en un campo de nabos suecos y se quedaron allí picoteando con gran satisfacción hasta que los alcanzó su propia fama.

La principal reacción inmediata ante aquella pasmosa irrupción de gigantescas aves de corral sobre la mente humana se tradujo en la aparición de una extraordinaria afición a gritar, correr y lanzar objetos, y en seguida todos los hombres hábiles de Hickleybrow y algunas mujeres salieron al exterior con una notable variedad de artículos contundentes en las manos para comenzar a dar caza a las gallinas gigantes. Consiguieron espantarlas en dirección a Urshot, donde se estaba celebrando una feria rural, y Urshot las acogió como la gloriosa apoteosis de una jornada feliz. Empezaron a disparar contra ellas cerca de Findon Beeches, pero al principio solamente con escopetas pequeñas. Naturalmente, unos pajarracos de aquel tamaño podían absorber una cantidad ilimitada de perdigones sin grave riesgo. Se dispersaron algo cerca de Sevenoaks, y cerca ya de Tonbridge una de ellas emprendió vuelo choqueando un rato, presa de una agitación excesiva, en cabeza y paralelamente al expreso del barco correo de la tarde… con gran asombro por parte de los que allí viajaban.

A eso de las cinco y media dos de ellas fueron cogidas, muy ingeniosamente, por el propietario de un circo en Tunbridge Wells, que las atrajo dentro de una jaula que se hallaba vacante por la muerte de un dromedario viudo, con la añagaza de esparcir por el suelo trozos de pan y de pastel…

CAPÍTULO OCHO

Cuando el infortunado Skinner se apeó aquella tarde del tren de la línea del Sudeste en Urshot, ya había anochecido. El tren llegó con retraso, pero no excesivo, y Skinner así se lo hizo notar al jefe de la estación. Tal vez viera alguna intención en la mirada del jefe de estación. Después de una breve vacilación, y con un ademán confidencial, poniéndose la mano al lado de la boca, preguntó si había ocurrido «algo» aquel día.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el jefe de estación, que tenía una voz seca y enfática.

—Laz avizpaz ezas y demaz.

—No hemos tenido tiempo de pensar en avizpaz —dijo con sorna el jefe de estación—. Hemos estado demasiado atareados con sus endemoniadas gallinas.

Y comunicó la noticia de los polluelos a Skinner, del mismo modo que si se tratara de romper los cristales de la ventana de un político enemigo.

—¿No ha oído uzted nada de la ceñora Zkinner? —preguntó Skinner, entre aquella lluvia de expresivas noticias y comentarios.

—¡Ni por asomo! —exclamó el jefe de estación, como si hasta él trazara en algún sitio la línea divisoria entre lo que se sabe y lo que se ignora.

—Deberé inveztigar zobre ezo —dijo Skinner, poniéndose fuera del alcance de las conclusiones que profería el jefe de estación sobre la responsabilidad que implicaba una nutrición gallinácea excesiva…

Al pasar por Urshot, un calero llamó a Skinner, desde las minas de Hankey, preguntándole si buscaba a sus gallinas.

—¿No zabe uzted nada de la ceñora Zkinner? —le preguntó éste.

El calero —sus frases exactas no nos interesan aquí— demostró un interés superior por las gallinas…

Ya estaba todo oscuro —tan oscuro, al menos como puede estarlo una clara noche de junio inglesa cuando Skinner asomó la cabeza en la taberna de los Jolly Drovers preguntando:

—¡Hola! ¿No habéiz oído algo de eza hiztoria de miz gallinaz?

—¿Que si hemos oído algo? —dijo Fulcher—. ¡Hombre! Precisamente una parte de la historia se ha desarrollado en el tejado de mis establos, y uno de sus capítulos ha abierto un boquete en el huerto de la señora del vicario. ¡Ah Perdón…! Quise decir del invernáculo.

Skinner se decidió a entrar.

—Quiciera algo que fuece un poco reconfortante. Ginebra caliente y agua para mi gaznate.

Y todo el mundo empezó a contarle cosas de los polluelos.

—¡Válgame Dioz! —exclamó Skinner. Y después de una pausa, añadió—: ¿No zabéis nada de la ceñora Zkinner?

—¡Nada! —contestó Witherspoon—. No hemos pensado en ella. No hemos pensado en ninguno de los dos.

—¿No ha estado usted en casa hoy? —preguntó Fulcher con un jarro de cerveza en la mano.

—Si uno de esos endemoniados pajarracos la ha picoteado… —empezó a decir Witherspoon, dejando el entero horror de la imagen a las libres imaginaciones de los circundantes.

A los allí reunidos se les ocurrió en aquel momento que sería un buen final de un día lleno de acontecimientos, ir todos con Skinner para ver si le había sucedido algo a su señora. Nunca se sabe la suerte que le puede caber a uno cuando se presentan accidentes al por mayor. Pero Skinner, ante el mostrador, bebiéndose su ginebra caliente con agua, con un ojo errabundo sobre los objetos que había en el fondo de la taberna y el otro fijo en el vacío, no comprendió aquel momento psicológico.

—No habrá ocurrido nada con ninguna de ezas grandez avizpaz hoy, ¿verdad? —preguntó con una elaborada indiferencia en el gesto.

—Hemos estado demasiado ocupados con sus gallinas —dijo Fulcher.

—Zupongo que todaz habrán vuelto a zu guarida —repuso Skinner.

—¿Qué?… ¿Las gallinas?

—Eztaba penzando ezpecialmente en laz avizpaz —aclaró Skinner.

Y luego, con un aire de circunspección que habría infundido sospechas a un bebé de una semana, y acentuando fuertemente la mayoría de las palabras que iba escogiendo, preguntó:

—Zupongo que nadie ha oído decir nada de otra coza grande que haya aparecido por aquí, ¿no ez cierto? ¿De grandez perroz, o gatoz, o algo aci? Me parece a mí que ci hay grandez gallinaz y grandez avizpaz por todaz partez…

Y se echó a reír, haciendo como que decía las cosas sin ton ni son.

Pero una expresión taciturna se dibujó en los semblantes de los vecinos de Hickleybrow. Fulcher fue el primero en dar a sus ideas condensadas la forma concreta de palabras.

—Un gato que hubiera crecido como las gallinas —dijo Fulcher.

—¡Vaya! —exclamó Witherspoon—. Un gato proporcionado a las gallinas.

—Sería un tigre —murmuró Fulcher.

—Más que un tigre —rectificó Witherspoon.

Cuando, por fin, Skinner, emprendió la marcha por el solitario sendero que pasa por el borde del campo que separa Hickleybrow de la sombría hondonada cubierta de pinos, bajo cuya oscura sombra la gigantesca enredadera amarilla se agarraba silenciosamente a la Granja Experimental, la emprendió solo.

Se le vio destacarse distintamente contra el horizonte, contra la cálida y diáfana inmensidad del cielo del norte —porque hasta allí fue seguido por el interés público—, para descender de nuevo dentro de la noche, dentro de una oscuridad de la cual parecía que nunca volvería a resurgir. Pasó… al reino del misterio. Hasta la fecha nadie sabe lo que pudo haber sido de él, después de haber cruzado la cresta de la colina. Cuando, más tarde, los dos Fulcher, con Witherspoon, empujados por sus propias imaginaciones, llegaron a la cima de la colina para seguirle de lejos, la noche se lo había tragado por completo.

Los tres hombres permanecieron muy juntos. No se oía el menor ruido en aquella oscuridad boscosa, ni había nada que ocultase la granja a sus miradas.

—Todo va bien —dijo el joven Fulcher, dando fin a un largo silencio.

—No veo ninguna luz —repuso Witherspoon.

—Desde aquí no puede verse.

—Está todo brumoso —dijo el viejo Fulcher.

Meditaron durante un rato.

—Habría vuelto si algo no anduviera bien —afirmó el joven Fulcher.

Y esto pareció tan obvio y concluyente que a continuación el viejo Fulcher dijo:

—¡Bueno!

Y los tres fueron a acostarse, aunque preocupados, hay que admitirlo…

Un pastor que vivía al lado de la granja de Huckster, oyó un chillido durante la noche, que creyó producido por unas zorras, y por la mañana vio que uno de sus corderos había sido muerto, arrastrado por el camino de Hickleybrow y parcialmente devorado.

¡Lo que es inexplicable de todo esto es la ausencia de restos que pudieran considerarse indiscutiblemente como pertenecientes a Skinner!

Muchas semanas después, en medio de las carbonizadas ruinas de la Granja Experimental, se halló algo que pudiera haber sido y pudiera no haber sido un omóplato humano y en otra parte de las ruinas un largo hueso muy roído e igualmente dudoso. Cerca del portillo que da hacia Eyebright se encontró un ojo de cristal, con lo que muchas personas descubrieron que Skinner debía una gran parte de sus encantos personales a su posesión. Aquel ojo de cristal observaba el mundo con el mismo inevitable efecto de indiferencia, con la misma melancolía severa que habían constituido la redención de su comportamiento mundano en otros aspectos.

Y en medio de las ruinas, una afanosa búsqueda permitió descubrir los aros metálicos y las cubiertas carbonizadas de dos botones de ropa blanca, tres gemelos enteros y un botón de la clase metálica especial que generalmente se emplea en las suturas menos conspicuas de la economía humana. Aquellos restos fueron aceptados, por personas autorizadas, como pruebas concluyentes de un Skinner destruido y esparcido, pero para satisfacer mi propia convicción, y en vista de su característica idiosincrasia, debo confesar que por mi parte preferiría menos botones y más huesos.

El ojo de cristal, naturalmente, tiene un aire de convicción extrema, pero si realmente es de Skinner —y hasta la propia señora Skinner no pudo saber con seguridad si aquel ojo era el de su marido— algo ha ocurrido que lo ha transformado de color castaño acuoso a azul plácido y sereno. El omóplato es un documento muy dudoso en cuanto a su autenticidad, y me gustaría poder ponerlo al lado de las roídas escápulas de algunos de los animales domésticos más corrientes para cotejarlo, antes de admitir su origen humano.

¿Y dónde se hallaban las botas de Skinner, por ejemplo? Por pervertido y extraño que fuera el apetito de una rata, ¿era concebible que los mismos animales que dejaban un cordero a medio devorar hubiesen devorado por completo a Skinner, con pelo, huesos, dientes y botas?

He interrogado a tantos como he podido de aquellos que conocieron íntimamente a Skinner, y todos están de acuerdo en que es imposible imaginarse algo capaz de comérselo. Skinner era, como me dijo un marinero retirado que vivía en una de los cottages del señor W. W. Jacobs, en Dunton Green, con cierta reservada intención en sus ademanes, muy frecuente en estos parajes, ese tipo de personas que «sale a flote» sea como sea, y en cuanto al elemento devorador, Skinner era «perfectamente capaz de apagar cualquier incendio». Consideró también que Skinner era de los que se encuentran tan seguros sobre una almadía como en cualquier otra parte. El marinero retirado dijo que no deseaba decir nada en contra de Skinner y que los hechos son los hechos. Antes de seguir ocupándose de Skinner preferiría correr el riesgo de que lo encarcelaran. Todas estas observaciones por cierto, presentan a Skinner bajo un aspecto muy poco envidiable.

Para ser perfectamente franco con el lector, debo decir que no creo que Skinner regresara nunca a la Granja Experimental. Opino que estuvo vagando presa de largas vacilaciones por los campos y la gleba de Hickleybrow, y finalmente, cuando empezaron a oírse los chillidos, salió de sus perplejidades por la línea de menor resistencia y se hundió en lo Desconocido.

Y en lo Desconocido, sea en este mundo o en el otro que no conocemos, ha permanecido de un modo obstinado e indiscutible hasta la fecha…

Parte Tres

LAS RATAS GIGANTES

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8

CAPÍTULO UNO

Dos noches después de la desaparición de Skinner, el médico de Podbourne se hallaba, cerca de Hankey, conduciendo su calesa. Había estado toda la noche ayudando a venir a este mundo tan curioso en que vivimos, a otro ciudadano muy poco distinguido, y una vez cumplida su tarea se dirigía a su casa, muy cansado y soñoliento. Serían las dos de la madrugada y acababa de salir la luna en menguante. La noche estival había refrescado y se había formado una tenue niebla baja que indiferenciaba a los objetos. El médico iba completamente solo —su cochero estaba enfermo en cama— y nada se podía divisar ni a derecha ni a izquierda, fuera del movedizo misterio de los setos interponiéndose al resplandor amarillento de las lámparas del coche en continua sucesión, ni nada podía oírse sino el trote pausado del caballo y el rechinar y el chirriar de las ruedas. Tenía tanta confianza en su caballo como en sí mismo, y no es, por lo tanto, de extrañar que el doctor dormitara…

Ya conocéis esa intermitente modorra del que está sentado: la cabeza inclinada, moviéndose al ritmo de las ruedas, el mentón pegado al pecho, y, de pronto, la incorporación súbita con un sobresalto.

Pit, pat, pat.

¿Qué es eso?

Le pareció al doctor haber oído un ligero y agudísimo chillido cercano. Durante unos instantes permaneció despierto. Profirió dos o tres palabras de inmerecida recriminación a su caballo, y miró alrededor de sí. Intentó persuadirse de que lo que había oído era el distante chillido de una zorra…

Suich, suich, suich, pit, pat, suich…

¿Qué había sido aquello?

Imaginó que se estaba volviendo asustadizo. Se encogió de hombros y gruñó a su caballo que siguiera adelante. Escuchó y no oyó nada.

¿Nada?

Tuvo la impresión de que un bicho le estaba acechando por encima del seto, pues le pareció ver una extraña cabezota. ¡Y con orejas redondas! Revisó cuidadosamente el lugar, pero no pudo ver nada.

—¡Tonterías! —murmuró.

Se incorporó con la idea de haber sido objeto de una pesadilla, dio al caballo un suave latigazo, le dijo unas palabras y volvió a escrutar por encima del seto. Sin embargo, el fulgor de la lámpara combinado con la niebla daba un aspecto borroso a todas las cosas, y no le fue posible distinguir nada. Se le ocurrió, según dijo, que no podía haber nada, porque si hubiese algo su caballo se habría espantado. No obstante, permaneció con los sentidos nerviosamente despiertos.

Luego oyó muy claramente un blando ruido de pisadas rápidas, que perseguían algo por la carretera.

No quiso dar crédito a sus oídos. No pudo mirar alrededor de sí porque la carretera hacía una curva muy sinuosa precisamente allí. Fustigó al caballo y volvió a mirar a uno y otro lado. Y entonces vio muy distintamente, allí donde un rayo de luz de la lámpara saltó por encima de un trecho bajo del seto, el lomo curvo de algún gran animal, no habría podido decir cuál, que lo iba siguiendo junto al carruaje en rápidos saltos convulsivos.

Dice el doctor que pensó entonces en los viejos cuentos de brujería. Aquello era completamente distinto a cualquier animal conocido, y el médico aseguró firmemente las riendas por miedo al sobresalto de su caballo. A pesar de ser una persona muy instruida, confiesa que llegó a preguntarse si aquello podía ser algo que su caballo no podía ver.

Frente a él, y acercando cada vez más su silueta a la luz de la naciente luna, se destacaba el pequeño villorrio de Hankey, muy reconfortante, a pesar de no tener ni una luz encendida. El médico restalló el látigo y volvió a hablar al caballo, y entonces, con la rapidez de un relámpago, lo atacaron las ratas.

Había pasado ya un portal, y en el momento de hacerlo, la rata que iba en cabeza saltó en medio de la calle por encima de él, saliendo de la oscuridad para destacarse bajo la mayor claridad posible, la cara vivaz y afilada, las orejas redondeadas, el largo cuerpo exagerado por sus movimientos, y lo que más le impresionó; las patas rosadas, con los dedos unidos por las membranas características de la bestia. Lo que debió ser más horrible en aquel momento fue el hecho de no tener la menor idea de que aquel bicho fuese ninguno de los animales de la creación que él conocía. No lo reconoció como rata a causa del tamaño. El caballo dio un brinco al saltar la rata a su lado. La aldea despertó en medio de un tumulto, al percibir el chasquido del látigo y los gritos que daba el médico. Los acontecimientos se precipitaron.

Rat, clat, clat, clat.

—El doctor —uno se imagina— se puso de pie, gritó a su caballo y se puso a dar latigazos con toda su fuerza. La rata dio un respingo y retrocedió, muy tranquilizadoramente, al recibir el trallazo —al resplandor de su lámpara, el doctor pudo ver cómo una estría surcaba la piel del animal bajo el impacto del látigo— y el médico siguió propinando latigazos sin parar, sin advertir al segundo perseguidor, que iba ganando terreno a su derecha.

Soltó las riendas y miró hacia atrás para descubrir a la tercera rata que lo perseguía…

El caballo se arrojó hacia delante. La calesa saltó al pasar por un bache. Durante un minuto frenético todo pareció revolverse en saltos y brincos.

Fue una gran suerte que el caballo se cayera en Hankey, y no antes o después de pasar por delante de las casas.

Nadie sabe cómo cayó el caballo: si tropezó o si la rata de la derecha consiguió hincar sus cortantes dientes en su flanco (cargándole el peso entero de su corpachón); el médico no descubrió que a él también lo habían mordido hasta que se encontró dentro de la casa del ladrillero, y mucho menos pudo descubrir cuándo recibió la mordedura, a pesar de que ésta era francamente mala: una larga herida cortante, como producida por un tomahawk doble que le hubiese cortado dos tiras paralelas de carne a partir del hombro izquierdo.

En un momento el doctor saltó de la calesa al suelo, torciéndose con fuerza el tobillo, aunque él lo ignoró, y se puso a dar latigazos furiosamente a una tercera rata que se lanzaba directamente contra él. Casi ni recuerda el salto que tuvo que dar por encima de la rueda, al volcarse la calesa, tan borrosas fueron las raudas y candentes impresiones que le acometieron. Yo creo que el caballo se encabritó al sentir que la rata se mordía el cuello, cayendo entonces de lado y arrastrando el carruaje en su caída; el doctor saltó, como si dijéramos, de modo instintivo. Al volcarse la calesa, el depósito de la lámpara se rompió y de repente surgió una gran llamarada de aceite ardiente, una explosión de luz blanca.

Esto fue lo primero que vio el ladrillero.

Había oído el trote que indicaba la proximidad del doctor, y, aunque éste no recuerde nada, unos gritos desaforados. Había saltado apresuradamente de la cama, y al hacerlo oyó un estruendo terrorífico, con la erupción de la llamarada tras la persiana que levantaba.

—Era más claro que el día —dijo después el ladrillero.

Se quedó como petrificado, con la cuerda de la persiana en la mano contemplando estupefacto por la ventana la pesadillezca transformación de la familiar carretera que se extendía ante él. La negra silueta del doctor, haciendo molinetes con el látigo, resaltaba sobre el fondo de las llamas. El caballo coceó indistintamente, medio oculto por el resplandor, con una rata agarrada al cuello. En la oscuridad, contra la pared del cementerio parroquial, los ojos de un segundo monstruo brillaban con malignidad. Otro —simple masa de espantosa negrura con luminosos ojos rojos y las patas delanteras de color de carne— se agarraba en equilibrio inestable sobre la albardilla del muro adonde había trepado al producirse la explosión de la lámpara.

Ya conocéis la astuta cara de una rata, sus dientes afilados y los ojos vivos. Vista con una ampliación séxtuple de sus dimensiones lineales y aún más amplificadas por las tinieblas, el asombro y los danzantes brincos fantásticos de las llamas, debió de ser un pésimo espectáculo para el ladrillero, aun medio dormido.

Entonces el doctor se dio cuenta de la oportunidad que se le ofrecía, de la tregua momentánea que suministraba el fuego, y desapareció de la vista del ladrillero, aporreando la puerta con el mango del látigo…

El ladrillero no lo dejó entrar hasta que fue en busca de una luz.

Algunos le han hecho reproches al pobre hombre; pero, por mi parte, hasta que conozca mejor lo que puede dar de sí mi propio valor, vacilo en unirme a los que lo censuran.

El doctor aulló y golpeó la puerta…

El ladrillero dice que el hombre lloraba de terror cuando, por fin, se abrió la puerta.

—¡Cierre! —musitó el médico—. ¡Cierre…!

No pudo terminar la frase: «Cierre la puerta y eche el cerrojo».

Intentó ayudar al ladrillero a cerrar, pero no hizo otra cosa que estorbar, tuvo que sentarse en una silla junto al reloj, mientras el dueño de casa aseguraba la puerta.

—¡No sé lo que son! —repitió varias veces— ¡No sé lo que son! —con un «son» de tono muy agudo.

El ladrillero le ofreció whisky, pero el médico no permitió que lo dejara sólo con aquella luz vacilante en aquellos momentos.

Pasó un buen rato antes de que pudiera convencerle que lo dejase ir arriba.

Y cuando el fuego en la carretera se apagó, las ratas volvieron, se echaron sobre el caballo muerto, lo arrastraron a través del cementerio parroquial hasta el horno de ladrillos y lo devoraron hasta el amanecer, sin que nadie se atreviera a estorbarlas…

CAPÍTULO DOS

Redwood fue a ver a Bensington a eso de las once de la mañana del día siguiente, con la «segunda edición» de tres periódicos en las manos.

Bensington levantó la vista de su desalentada meditación sobre las páginas de la novela más distraída que el bibliotecario de Brompton Road había sido capaz de encontrarle.

—¿Algo nuevo? —preguntó.

—Dos hombres picados cerca de Chartham.

—Debieron de habernos dejado quemar aquel nido. Realmente, la culpa es suya.

—¡Claro que es suya la culpa! —exclamó Redwood.

—¿Sabe usted algo de la compra de la granja?

—El corredor de fincas —dijo Redwood— es un sujeto de una boca muy grande y madera compacta. Pretende que hay alguien, otra persona, que también quiere comprar la finca. Siempre dicen lo mismo, ¿sabe usted? Y no quiere comprender la prisa. «Es cuestión de vida o muerte», le dije. «¿No lo comprende usted?». Entornó los ojos, y contestó: «Entonces, ¿por qué no se decide usted a pagar doscientas libras más?». Prefiero vivir en un mundo invadido de avispas a ceder ante la inquebrantable estupidez de ese asqueroso sujeto. Yo…

Se calló, pensando que una declaración como ésta podría estropearse fácilmente según cuál fuera su conclusión.

—¿Sería mucho esperar —preguntó Bensington— que una de las avispas…?

—La avispa no tiene más idea de la utilidad pública que la que pueda tener… que la que pueda tener un corredor de fincas —repuso Redwood.

Siguió hablando, durante un buen rato, de corredores de fincas, procuradores y otra gente de la misma calaña, del modo injusto y poco razonable que acostumbra a hablar mucha gente cuando se trata de hacer cálculos sobre proyectados negocios. (De todas las estupideces de este estúpido mundo, la más estúpida de todas, a mi entender, consiste en que mientras se da por sentado, como la cosa más natural, que un médico o un soldado deben tener un alto sentido del honor, del valor y de la eficiencia, a un procurador o a un corredor de fincas no sólo se le permite, sino que ya se acepta de antemano, que no debe mostrar otra cosa que una especie de codiciosa, untuosa y marrullera imbecilidad). Y luego, sintiéndose bastante aliviado, se dirigió a la ventana y permaneció allí, contemplando el tránsito de Sloane Street.

Bensington había dejado su novela, la más emocionante que concebirse pudiera, sobre la mesa. Entrelazó los dedos de las manos con mucho cuidado y se puso a contemplarlos.

—Redwood, ¿hablan mucho de nosotros? —preguntó.

—No tanto como esperaba.

—¿No irán a denunciarnos?

—En absoluto. Pero, por otro lado, no apoyan lo que yo les indico que debe hacerse. He escrito a The Times, ¿sabe usted?, explicándolo todo…

—Aquí tenemos el Daily Chronicle —dijo Bensington.

—Y The Times ha publicado un largo editorial sobre el tema, un editorial de primera, muy bien escrito, con tres latinajos al estilo The Times (uno de ellos es statu quo), y se lee como si fuera directamente la voz de Alguien Impersonal de la Mayor Importancia, enfermo de Cefalea Gripal, hablando a través de páginas y más páginas de fieltro, sin que mejorara en nada su dolencia. Al leer entre líneas, ¿sabe usted?, queda claro que The Times considera, inútil paliar los hechos, y que algo (indefinido, naturalmente) tiene que hacerse de inmediato. De otro modo habrá indudablemente consecuencias más indeseables… The Times es inglés ¿sabe usted?, porque aumentarán las avispas y las picaduras. ¡Un artículo digno de un gran hombre de gobierno!

—Y mientras tanto nuestra obra se desparrama por todas partes en forma desagradable.

—Así es.

—¡Me pregunto si Skinner tendría razón en lo de esas ratas gigantes…!

—¡Oh, no! Eso sería demasiado —dijo Redwood.

Se acercó a Bensington y se quedó de pie junto a su silla.

—Y a propósito —dijo bajando imperceptiblemente el tono de la voz —, ¿sabe ella…?

E indicó la cerrada puerta.

—¿Quién? ¿Mi prima Jane? Pues, sencillamente, no sabe nada de todo eso. No nos relaciona con ese asunto y no quiere leer los artículos. «¡Avispas gigantes! —dice—. ¡No tengo suficiente paciencia para leer los periódicos!».

—Tenemos suerte —murmuró Redwood.

—Supongo que la señora Redwood…

—No —dijo Redwood—, ahora precisamente da la casualidad de que… se halla muy preocupada por el niño. Y es que, ya sabe, el niño sigue adelante.

—¿Creciendo?

—Sí. Ha aumentado un kilo doscientos treinta gramos en diez días. Ya pesa cerca de veintiocho kilos. Y tiene sólo seis meses. Naturalmente, la cosa es alarmante…

—¿Con buena salud?

—Muy vigoroso. La niñera nos deja porque el niño patalea con demasiada fuerza. Y todo le queda chico, claro está. Todo, absolutamente todo tiene que rehacérsele, la ropa y todo lo demás. Al cochecillo —un asunto sin importancia— se le rompió una rueda, y tuvimos que llevar al chico a casa en la carretilla del lechero. Toda la gente mirando… Y hemos tenido que volver a poner a Georgina Phyllis en la cuna del chico para poderle poner a él en la cama de Georgina Phyllis. Su madre está, como es natural, muy alarmada. Al principio se sentía muy orgullosa e inclinada a elogiar a Winkles. Pero ahora ya no. Tiene la sensación de que aquello no puede ser sano. Usted ya sabe.

—Creí que intentaba usted disminuir las dosis progresivamente.

—Lo intenté, desde luego.

—¿Y no dio resultado?

—Rugidos, dio. Lo corriente es que el grito de un niño sea fuerte y desesperante, y tiene que ser así por el bien de la especie… Pero desde que ha estado sometido al tratamiento con Heracleoforbia…

—¡Mmm! —murmuró Bensington mirándose los dedos con más resignación de la que había demostrado hasta entonces.

—Prácticamente el asunto acabará por saltar. La gente oirá hablar de este niño, lo relacionará con las gallinas y lo demás, y todo lo que ocurre llegará a oídos de mi mujer… Saber cómo se lo tomará es algo de lo que no tengo la más remota idea.

—Es muy difícil —dijo Bensington— establecer un plan… ciertamente.

Se quitó los lentes y los limpió con cuidado.

—Ese es otro caso de lo que está ocurriendo continuamente. Nosotros —si es que puedo aspirar al adjetivo— los científicos, trabajamos siempre, como es natural, para obtener un resultado teórico, un resultado puramente teórico. Pero, incidentalmente, ponemos en marcha una serie de fuerzas… que son unas fuerzas nuevas. No podemos dominarlas… y no hay nadie que pueda hacerlo. Prácticamente, Redwood, el asunto se nos ha escapado de las manos. Nosotros proporcionamos el material…

—Y ellos —dijo Redwood volviéndose hacia la ventana— adquieren la experiencia.

—Mientras persista el jaleo de Kent, no estoy dispuesto a ocuparme más del problema.

—A menos de que sea éste el que se ocupe de nosotros.

—Exacto. Y si les gusta importunarnos con procuradores y picapleitos y obstrucciones legales y poderosísimas consideraciones del orden de la tontera, hasta que se haya obtenido una gran diversidad de especies gigantes de sabandijas ya bien establecidas… Las cosas siempre han sido embrolladas, Redwood. ¿No le parece?

Redwood trazó en el aire una línea retorcida y complicada.

—Y nuestro interés radica en este momento en su hijo.

Redwood dio media vuelta y se acercó a su colaborador mirándolo fijamente.

—¿Qué piensa usted de él, Bensington? Usted puede mirar esta cuestión con más imparcialidad que yo. ¿Qué voy a hacer con él?

—Pues seguir alimentándolo.

—¿Con Heracleoforbia?

—Con Heracleoforbia.

—Pero así crecerá mucho…

—Crecerá, según lo que yo puedo calcular de las gallinas y avispas, hasta alcanzar la altura de diez metros y medio… con todo lo demás en proporción…

—¿Y qué hará entonces?

—Eso es precisamente —repuso Bensington— lo que hace que el experimento sea tan interesante.

—¡Pero, hombre! ¡Piense en su ropa! —exclamó Redwood—. Y cuando haya crecido del todo será como un Gulliver solitario en un mundo de pigmeos.

La mirada de Bensington, por encima de la montura de oro de sus lentes, estaba preñada de intención.

—¿Por qué solitario? —preguntó con voz opaca—. ¿Por qué solitario?

—¿Pero usted no va a proponer…?

—He dicho —explicó Bensington con la complacencia propia del hombre que acaba de pronunciar una buena frase, llena de significado—: ¿Por qué solitario?

—¿Quiere decir que se podría criar a otros niños?

—No quiero decir nada más allá de mi pregunta.

Redwood empezó a andar de un lado para otro.

—¡Por supuesto! —dijo—. Se podría… ¡Pero así y todo! ¿A dónde vamos a llegar?

Evidentemente, Bensington disfrutaba con su actitud de elevada indiferencia intelectual.

—Lo que más me interesa de todo, Redwood, es pensar que su cerebro, en la cúspide de su persona, también se encontrará, según la línea de mi raciocinio, a unos diez metros y medio por encima de nuestro nivel… ¿Qué ocurre?

Redwood estaba de pie, apoyado en la ventana, mirando el anuncio del carruaje distribuidor de periódicos que iba traqueteando calle arriba.

—¿Qué ocurre? —repitió Bensington levantándose.

Redwood profirió una violenta interjección.

—¿Qué pasa? —preguntó de nuevo Bensington.

—Voy a buscar el periódico —dijo Redwood yendo hacia la puerta.

—¿Por qué?

—Voy a buscar el periódico. Algo que no acabo de entender… ¡Ratas gigantes…!

—¿Ratas?

—Sí, ratas. ¡Skinner tenía razón, después de todo!

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Cómo diablos voy a saberlo hasta que no vea el periódico?

¡Grandes ratas! ¡Buen Dios! ¡Me pregunto si se lo habrán comido! —miró alrededor de sí, buscando el sombrero y se decidió a salir sin él.

Al ir bajando los peldaños de dos en dos, pudo oír el tronar de los potentes gritos de los vendedores de periódicos que estaban haciendo su agosto:

—¡Horrible suceso en Kent…! ¡Horrible suceso en Kent! ¡Un médico devorado por las ratas…! ¡Horrible suceso…! ¡Horrible suceso…! ¡Ratas…! ¡Devorado por unas ratas enormes…! ¡Con todos los detalles…! ¡Horrible suceso!

CAPÍTULO TRES

Cossar, el bien conocido ingeniero, los encontró en la gran entrada del bloque de pisos. Redwood tenía abierto el húmedo periódico rosado, y Bensington, de puntillas, leía por encima del hombro del otro. Cossar era un gran hombretón, de brazos y piernas flacas y poco elegantes que parecían colocados por casualidad en los ángulos más convenientes de su cuerpo, y un rostro como una talla de madera abandonada en su realización y demasiado poco prometedora para merecer el acabado. La nariz había sido dejada cuadrada y la mandíbula se proyectaba más allá de la línea del maxilar superior. Resollaba más que respiraba. Pocas personas podrían considerarlo guapo. Tenía el pelo enteramente tangencial y su voz, que emitía con muy poca frecuencia, tenía un tono alto y generalmente una calidad de amarga protesta. Siempre llevaba traje gris y sombrero de copa. Cossar metió su enorme mano rojiza en el abismal bolsillo de su pantalón, pagó al cochero y subió los peldaños jadeando con resolución, un ejemplar del periódico cogido por la mitad como el rayo de Júpiter.

—¿Skinner? —decía Bensington sin darse cuenta de la llegada de Cossar.

—No queda nada de él —dijo Redwood—. Seguramente los habrán devorado a los dos. Es demasiado terrible… ¡Hola, Cossar!

—¿Es cosa de ustedes? —preguntó Cossar mostrando el periódico—. Bueno, ¿por qué no acaban de una vez? ¡Por favor!

Y añadió, gritando:

—¿Quieren comprar la finca? ¡Qué tontería! ¡Quemarla es lo que hay que hacer! Ya sabía yo que ustedes lo enredarían todo, ¿qué van a hacer ahora? Pues… lo que yo les diga.

«¿Usted? Eche usted calle arriba hasta el armero, claro. ¿Para qué? A buscar armas. Sí… sólo hay una tienda. ¡Compre ocho fusiles! Rifles. ¡No! ¡Rifles para elefantes, no…! Demasiado grandes. Ni fusiles de los que usa el ejército… demasiado pequeños. Diga que es para matar… un toro. ¡Diga que es para ir a cazar búfalos! ¿Ve usted? ¿Eh? ¿Ratas? ¡No! ¿Cómo diablos podrían comprenderlo…? Porque necesitamos ocho. ¡Y compre gran cantidad de municiones…! ¡No! Póngalo todo en un coche y vaya… ¿dónde está eso? ¿Urshot? A la estación de Charing Cross, entonces. Hay un tren… Coja el primero que salga después de las dos. ¿Cree usted que podrá hacerlo? Perfectamente. ¿Licencia? Claro, vaya a buscar ocho a la oficina de Correos. Licencias para fusil, ¿comprende usted? No para escopeta. ¿Por qué? ¡Porque son ratas, hombre…! Y usted, Bensington, ¿tiene teléfono? ¿Sí? Llamaré a cinco de mis amigos de Ealing. ¿Por qué cinco? ¡Porque es el número apropiado…!

«¿A dónde va usted, Redwood? ¡A coger su sombrero! ¡Tonterías! Aquí tiene el mío. ¡Lo que usted necesita son fusiles… no sombreros, hombre! ¿Tiene usted dinero? ¿Suficiente? Muy bien. Hasta la vista».

«¿Dónde está el teléfono, Bensington?»

Bensingon giró obedientemente sobre sus talones y despejó el camino.

Cossar utilizó el aparato y luego colgó el auricular.

—Luego hay las avispas —dijo—. Azufre y nitrato son la solución. Evidentemente. Sulfato de cal. Usted es químico. ¿Dónde puedo adquirir azufre a toneladas en sacos portables? ¿Para qué? ¡Pero, hombre! ¡Válgame Dios…! ¡Para ahumar el nido, qué caray! Supongo que debe hacerse con azufre, ¿eh? Usted que es químico, dígame… El azufre es lo mejor, ¿eh?

—Sí, creo que lo mejor será el azufre.

—¿No hay nada mejor…?

«Bien. Eso es cosa de usted. Perfectamente. Coja tanto azufre como pueda… y nitrato para que arda bien. ¿A dónde hay que enviarlo? A Charing Cross. Adelante. Ocúpese de que se haga. En seguida. ¿Algo más?»

Se quedó pensando un momento.

—Sulfato de cal… o cualquier clase de yeso… para taponar el nido… los agujeros, ¿entiende? De eso será mejor que me ocupe yo mismo.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—Azufre.

—Una tonelada. ¿De acuerdo?

Bensington se afianzó los lentes con mano trémula de determinación.

—Bien —murmuró muy secamente.

—¿Lleva dinero en el bolsillo? —preguntó Cossar.

—Cheques.

—¡Al cuerno los cheques! Es posible que no lo conozcan. Pague al contado. Es obvio. ¿Dónde está su banco? Bien. Entre al pasar por allí y saque cuarenta libras… en billetes y en oro.

Otra meditación.

—Si dejamos esta tarea a los funcionarios públicos dejarán todo Kent hecho un guiñapo —dijo Cossar—. Bueno, ¿hay algo más? ¡No! ¡¡Eh!!

Alargó una enorme mano hacia un cabriolé que se detuvo convulsivamente ansioso de servirlo

—¿Coche, señor? —preguntó el cochero.

—Evidentemente —dijo Cossar; y Bensington, aún sin sombrero, bajó desmañadamente los peldaños y se preparó a subir en el coche.

—Me parece —dijo con una mano puesta en la manta de cuero del cabriolé y echando una repentina mirada a las ventanas de su piso— que debería decírselo a mi prima Jane…

—Ya se lo explicará usted cuando vuelva —repuso Cossar empujándolo con la manaza extendida sobre su espalda…

—Son unos muchachos muy inteligentes —subrayó Cossar—, pero desprovistos de toda iniciativa. ¡Vaya con la prima Jane! La conozco. ¡Al cuerno todas las primas Janes! El país se halla infestado de ellas. Supongo que tendré que pasarme toda la maldita noche vigilando que hagan lo que ellos saben muy bien que tienen que hacer. No sé si serán los trabajos de investigación lo que los hace ser de este modo, o la prima Jane, o qué.

Apartó de su mente este oscuro problema, meditó unos momentos mirando su reloj y decidió que tenía el tiempo justo para dejarse caer en un restaurante a comer antes de salir en busca de yeso y de transportarlo a Charing Cross.

El tren salía a las tres y cinco, y Cossar llegó a Charing Cross a las tres menos cuarto para encontrar a Bensington en acalorada discusión con los policías y su cochero, y con Redwood en la oficina de embalajes, enredado en alguna complicación técnica sobre sus municiones. Todo el mundo pretendía hacer ver que no sabía nada o que no tenía autoridad para resolver nada, de aquel modo tan peculiar en los empleados de la Compañía del Sudeste cuando se dan cuenta de que uno lleva mucha prisa, porque no saben nada, o porque no tienen autoridad.

—¡Es una pena que no se pueda fusilar a todos estos empleados y poner aquí un lote nuevo! —remarcó Cossar exhalando un suspiro.

Pero el tiempo era demasiado limitado para ejecutar nada fundamental, y así Cossar, sin hacer caso de esas controversias menores, logró desenterrar en algún oscuro escondrijo lo que puede que fuera y puede que no el jefe de estación, fue de un lado a otro de la estación, llevándolo agarrado del brazo y dando órdenes en su nombre, y salió de la estación con todo el mundo antes de que aquel digno funcionario se hubiese dado cuenta cabal de las infracciones a los reglamentos y de las costumbres más sagradas que se estaban cometiendo.

—¿Quién era ése? —preguntó el supuesto jefe de estación, acariciándose el brazo al que Cossar se había agarrado y sonriendo cejijunto.

—Era un caballero, señor —dijo un mozo de cuerda—. Él y sus amigos viajan en primera.

—Bien, hemos arreglado sus cosas con rapidez… sean quien fueren —dijo el supuesto jefe frotándose el brazo con algo aproximado a la satisfacción.

Y al volverse lentamente, pestañeando bajo la desacostumbrada luz del día, hacia aquel digno retiro donde los altos empleados de Charing Cross se refugian de las inoportunidades del vulgo, sonrió aún al recordar su poca acostumbrada energía. Era una revelación gratificante de sus propias posibilidades, a pesar del calambre del brazo. En aquel momento deseaba que hubiera sido posible que algunas de esas personas comodonas que critican la dirección de los ferrocarriles le hubiesen podido ver.

CAPÍTULO CUATRO

A las cinco de la tarde aquel asombroso Cossar, sin ninguna apariencia de prisa, había sacado de la estación de Urshot todo su material de lucha contra el Engrandecimiento insurgente y lo había puesto en ruta para Hickleybrow. En Urshot había comprado dos barriles de parafina y una carga de ramalla seca; abundantes sacos de azufre, ocho fusiles para caza mayor con su correspondiente munición, tres armas ligeras de retrocarga, con perdigones, para las avispas, un hacha pequeña, dos hoces, un pico y tres palas, dos rollos de cuerda, algunas botellas de cerveza, soda y whisky. Una gruesa de paquetes de polvos raticidas y provisiones de boca para tres días que habían venido de Londres. Todas estas cosas las había mandado en un vagón de heno y otro de carbón, del modo más natural del mundo, excepto los fusiles y municiones que había acondicionado debajo de un asiento del birlocho del Red Lion, destinado a transportar a Rewood y a los cinco hombres escogidos que habían llegado a Ealing a requerimiento de Cossar.

Cossar condujo todas aquellas transacciones con un aire de naturalidad invencible, a pesar de que Urshot estaba presa de pánico a causa de las ratas y todos los carreteros tuvieron que ser pagados con tarifas especiales. Todas las tiendas del lugar estaban cerradas, apenas se veía un alma por la calle, y al llamar a una puerta lo que se abría era una ventana. Cossar pareció que consideraba que la transacción de los negocios desde las ventanas fuese un método enteramente legítimo y justificado. Finalmente, él y Bensington se acomodaron en el carro del Red Lion y se pusieron en marcha con el birlocho para alcanzar el equipaje, cosa que consiguieron pasado el cruce de carreteras, y así llegaron los primeros a Hickleybrow.

Bensington, con un fusil entre las piernas, sentado al lado de Cossar en el carro, fue desarrollando un asombro largamente germinado. Todo lo que estaban haciendo era, sin duda, tal como insistía en decirlo Cossar, lo único que evidentemente debía hacer, sólo que… ¡Es tan raro que en Inglaterra se haga lo único que evidentemente debe hacerse! Recorrió con la mirada a su vecino, desde los pies hasta las audaces manos que sostenían las riendas. Al parecer, Cossar no había conducido nunca hasta entonces, y estaba guardando la línea de menor resistencia por el mismo centro de la carretera, inducido sin duda por alguna idea propia seguramente práctica, pero ciertamente poco usual.

«¿Por qué no hacemos todos lo que es práctico? —pensó Bensington—. ¡Cómo andaría el mundo si todos lo hicieran!

Vamos a ver, por ejemplo, ¿por qué no hago yo un montón de cosas que me consta que estarían muy bien hechas, cosas que yo precisamente quiero hacer? ¿Será que todo el mundo es así, o es algo peculiar de mí mismo?». Y se enfrascó en complicadas especulaciones sobre la Voluntad. Pensó en las complejas futilidades de la vida cotidiana, y en contraste con ellas las sencillas y manifiestas cosas que uno debiera hacer, las agradables y espléndidas cosas que habría que hacer, y que ciertas influencias increíbles no nos permitirán hacerlas nunca. ¿La prima Jane? Percibió que la prima Jane era un factor muy importante en aquella cuestión, por alguna razón sutilísima y difícil de aclarar. ¿Por qué motivo, después de todo, tenemos que comer, beber, dormir, permanecer solteros, ir a tal sitio, abstenernos de ir a tal otro, por deferencia a la prima Jane? Ella se volvía simbólica sin dejar de ser incomprensible…

Un portillo y un sendero a campo traviesa le llamaron la atención y le trajo a la memoria aquel otro día feliz, tan reciente en el tiempo y tan remoto en sus emociones, cuando había ido caminando desde Urshot a la Granja Experimental para ver los pollos gigantes…

El destino juega con nosotros.

—¡Arre, arre! —dijo Cossar—. Prepárense.

Era avanzada la tarde, sin un soplo de aire, y el polvo formaba una capa espesa en la carretera. Había muy poca gente visible, pero los ciervos, al otro lado de la empalizada del parque, pacían en completa tranquilidad. Vieron un par de grandes avispas despojando un grosellero silvestre en las afueras de Hickleybrow, y otra que se estaba paseando arriba y abajo sobre el cristal del escaparate de una pequeña tienda de comestibles en la calle del pueblo, buscando entrar. El tendero era vagamente visible en el interior; llevaba una escopeta en la mano, y vigilaba atentamente los esfuerzos del insecto. El conductor del carricoche se detuvo frente al local de los Jolly Drovers, informando a Redwood de que su parte del contrato quedaba cumplida.

En esta cuestión fue inmediatamente apoyado por los conductores del coche y del carro. No sólo sostuvieron todo lo dicho, sino que se negaron a que los caballos siguieran hasta más lejos.

—Esas ratas grandes se enloquecen por los caballos —iba repitiendo el carretero.

Cossar examinó el alcance de la controversia durante un momento.

—Saquen todo fuera del carricoche —dijo, y uno de sus hombres, un mecánico alto, rubio y sucio, obedeció.

—Deme ese fusil —dijo Cossar.

Y a continuación se colocó entre los carreteros.

—No necesitamos más de ustedes —concedió—, pero necesitamos los caballos. Pueden protestar lo que les venga en gana.

Ellos empezaron a discutir, pero Cossar siguió hablando.

—Si intentan atacarnos, les dispararé contra las piernas en defensa propia. Los caballos continuarán su camino.

Y dio el incidente por terminado.

—Súbase al coche, Flack —ordenó a un hombrecillo tieso como un alambre. Y a otro—: Boon, encárguese del carro.

Los dos carreteros estallaron de indignación.

—Han cumplido ustedes con su deber para con sus patrones —dijo Redwood—. Quédense en este villorio hasta nuestro regreso. Nadie se los echará en cara, puesto que nosotros estamos armados. No queremos hacer nada que sea injusto ni violento, pero la ocasión no admite demoras. Si algo ocurriera a los caballos, los indemnizaré enteramente.

—Ya está bien —dijo Cossar, que raras veces hacía promesas.

Dejaron el carricoche, y los hombres que no conducían siguieron a pie. Cada hombre con su fusil. Era la más rara expedición que pudiera contemplarse en una carretera provincial inglesa, más parecida a una expedición yanki en pos del viejo Oeste de los indios.

Siguieron carretera arriba, hasta llegar al portillo que había en la cumbre de la colina, desde donde se divisaba la Granja Experimental. Allí se encontraron con un pequeño grupo de hombres con un fusil o dos —los dos Fulcher estaban entre ellos—, y uno del grupo, un forastero de Maidstone, permanecía algo destacado de los demás observando el panorama con unos prismáticos de teatro.

Estos hombres se volvieron y contemplaron al grupo capitaneado por Redwood.

—¿Algo nuevo? —preguntó Cossar.

—Las avispas van y vienen —contestó el viejo Fulcher—, pero no puedo ver si llevan algo.

—La enredadera amarilla ya se ha metido entre los pinos —dijo el hombre de los prismáticos—, y esta mañana aún no había llegado allá. Se la puede ver crecer mientras se la observa.

Se quitó un pañuelo del bolsillo y limpió los lentes de los prismáticos con cuidadosa deliberación.

—Supongo que irán ustedes allí —aventuró Skelmersdale.

—¿Quiere venir con nosotros…? —dijo Cossar.

Skelmersdate pareció vacilar.

—La faena durará toda la noche.

Skelmersdale decidió no ir.

—¿Hay ratas por ahí? —preguntó Cossar.

—Había una en los pinos esta mañana… cazando conejos, eso creemos.

Cossar se inclinó un poco, y aceleró el paso para alcanzar a los demás.

Bensington, al volver a ver la Granja Experimental, pudo calibrar el vigor del Alimento. Su primera impresión consistió en ver la casa más pequeña de lo que creía, mucho más pequeña; su segunda impresión fue la de tener que constatar que toda la vegetación situada entre la casa y el pinar se había desarrollado extraordinariamente. El tejadillo sobre el pozo sobresalía un poco en medio de matorrales de hierba de una altura de dos metros y medio, y la enredadera amarilla se enroscaba alrededor de la chimenea y gesticulaba con sus tiesos zarcillos en dirección al cielo. Sus flores eran unas vividas manchas amarillas, distintas y perfectamente visibles como motas separadas a casi una milla de distancia. Un gran cable verde se había enroscado alrededor y a través de los grandes cercados de alambre del gallinero, echando retorcidos tallos cubiertos de hojas alrededor de los majestuosos pinos. A mitad de la altura de éstos llegaba el seto de ortigas que daba la vuelta por detrás de la cochera. Al irse acercando, todo iba tomando el aspecto, cada vez más acentuado, de una incursión de pigmeos a una casa de muñecas olvidada en el rincón de un gran jardín.

Vieron que había un gran tráfico de idas y venidas en el avispero. Un enjambre de formas negras se entrelazaba en el aire, por encima del rojizo cerro más allá del pinar, y de vez en cuando una de las avispas partía hacia el firmamento a una velocidad increíble, elevándose hacia cierto objeto lejano. Su zumbido podía oírse a un kilómetro de distancia de la Granja Experimental. En una ocasión uno de los monstruos listados de amarillo descendió hacia ellos, quedando suspendido en el espacio durante unos momentos y mirándolos con sus grandes ojos, pero ante un disparo poco efectivo de Cossar, salió disparado como una flecha. En un rincón del campo, a la derecha y a bastante distancia, algunas avispas arrastraban algo por el suelo, y por la roída osamenta de lo que constituía probablemente los restos del cordero que las ratas llevaron a rastras desde la granja de Huxter. Los caballos se fueron impacientando a medida que se acercaban a aquellas bestias. Ninguno de los que formaban parte del grupo era experto en la conducción de caballerías, y tuvieron que destinar a un hombre para cada caballo, con la misión de llevarlo del ronzal y atentarlo de viva voz.

Nada pudieron ver de las ratas al aproximarse a la casa, y todo parecía estar perfectamente quieto excepto el creciente y decreciente «juzzzzzzZZZ, juuuuzuuuu» del avispero.

Llevaron los caballos hasta el patio, y uno de los hombres de Cossar, al ver la puerta abierta —la parte central de la puerta había sido roída por completo—, se metió en la casa. Nadie lo echó de menos por el momento, ya que los demás se hallaban ocupados con los barriles de parafina, y la primera noticia que tuvieron de su separación del grupo fue la detonación de su fusil y el zumbido de un proyectil. «Bang, bang», dispararon los dos cañones, y la primera bala, a lo que parece, traspasó el barril de azufre destrozando una duela en el punto de salida y llenando la atmósfera de polvo amarillo. Redwood, que no había soltado su fusil, disparó contra algo grisáceo que pasó brincando por su lado. Le quedó la imagen de los anchos cuartos traseros, el largo rabo escamoso, y las alargadas plantas de las patas traseras de una rata, y disparó otra vez. Vio como Bensington caía, mientras el animal desaparecía a la vuelta de la esquina.

Entonces, durante un buen rato, todo el mundo estuvo ocupado disparando. Durante tres minutos las vidas se vendieron baratas en la Granja Experimental, y las detonaciones de los fusiles llenaron la atmósfera. Redwood, excitado y sin prestar atención a Bensington, salió en persecución de lo que fuere, y fue derribado por una masa de fragmentos de ladrillos, mortero, yeso y listones podridos que le cayeron encima volando al atravesar una bala la pared.

Se encontró sentado en el suelo, con sangre en las manos y en los labios, y una quietud que se extendía a su alrededor.

Entonces, una voz sin ningún matiz exclamó desde dentro de la casa:

—¡Ehhh!

—¡Hola! —exclamó Redwood.

—¡Hola! ¿Qué tal? —contestó la voz, y añadió—: ¿La han cogido?

El deber de la amistad resucitó en Redwood.

—¿Está herido el señor Bensington? —preguntó.

El hombre del interior no lo oyó bien.

—Nadie tiene la culpa si no lo estoy —dijo la voz desde adentro.

Redwood advirtió con claridad que era posible que hubiera herido a Bensington. Se olvidó de los cortes en la cara, y levantándose penetró en el edificio para encontrarse con Bensington sentado en el suelo y frotándose el hombro. El científico lo miró por encima de los lentes.

—La hemos acribillado, Redwood —explicó—. Intentó saltar por encima de mí y me derribó. Pero yo le di con ambos cañones, y ¡caramba! ¡por la forma que me duele estoy seguro de que me ha herido en el hombro! Un individuo apareció en el umbral.

—Le he metido una bala en el pecho y otra en el costado —dijo.

—¿Dónde están los carruajes? —preguntó Cossar apareciendo en medio de una espesura de hojas gigantes de la enredadera amarilla.

Se hizo evidente, ante la estupefacción de Redwood, primero, que nadie había resultado herido, y que, segundo, el birlocho y el carro se habían desviado unos cincuenta metros y se hallaban, con las ruedas atascadas, entre las enredadas distorsiones del huerto de Skinner. Los caballos habían cesado de tirar. A mitad de la distancia, el roto barril de azufre yacía en el sendero, con una nube de polvo sulfúreo planeando por encima, Redwood se lo indicó a Cossar y se dirigió hacia el lugar.

—¿Alguien ha visto a esa rata? —gritó Cossar siguiéndolo—. Le di un tiro en las costillas, y otro en pleno hocico, al revolverse contra mí.

Otros dos hombres se les unieron mientras intentaban desatascar las ruedas.

—Yo he matado a la rata —dijo uno de ellos.

—¿La han cogido ya? —preguntó Cossar.

—Jim Bates la ha encontrado detrás del seto. Le di en el mismo momento de doblar la esquina… La bala entró por detrás del hombro.

Cuando las cosas volvieron a estar un poco en orden, Redwood fue a contemplar el gigantesco y deforme cadáver. La bestia yacía de costado, con el cuerpo levemente doblado. Sus dientes de roedor, sobresaliendo de su mandíbula hundida, daban a aquella cara un aspecto de debilidad colosal, de enclenque avidez. No parecía en absoluto ni feroz ni terrible. Sus patas delanteras recordaban unas manos flacas y consumidas. Exceptuando un limpio agujero redondo de bordes chamuscados, a ambos lados del cuello, la bestia estaba absolutamente intacta. Redwood meditó sobre este hecho durante algún rato.

—Debieron ser dos ratas —dijo, por fin, alejándose.

—Sí. La que fue acribillada por todos escapó.

—Estoy seguro de que mi tiro…

Un zarcillo de enredadera amarilla, atareado con aquella misteriosa búsqueda de un sostén que constituye el oficio de un zarcillo, se inclinó amablemente hacia el cuello de Redwood, y le hizo dar un presuroso salto a un costado.

—Juu-z-z-z-z-z-z-z-Z-Z-Z —se oyó en el distante avispero—. Juu-uu-zuu-uu.

CAPÍTULO CINCO

El incidente mantuvo alerta al grupo expedicionario, pero no lo trastornó.

Metieron sus pertrechos en la casa, la cual, evidentemente, había sido saqueada por las ratas después de la huida de la señora Skinner, y cuatro de los hombres se encargaron de devolver los caballos a Hickleybrow. Arrastraron la rata muerta a través del seto hasta dejarla en posición tal que pudiera verse desde las ventanas de la casa, e incidentalmente se encontraron con un enjambre de tijeretas gigantes en una zanja. Estos animales se dispersaron precipitadamente, pero Cossar pudo alcanzar un número incalculable de patas y mató muchas tijeretas a taconazos y a culatazos. Luego dos de los hombres se abrieron camino a hachazo limpio a través de los tallos principales de la enredadera amarilla, en realidad enormes cilindros de más de cincuenta centímetros de diámetro, que surgían al lado del sumidero en la parte trasera del edificio. Y mientras Cossar ponía la casa en orden para pasar la noche, Bensington, Redwood y uno de los electricistas auxiliares se dirigieron cautelosamente a explorar los gallineros en busca de ratoneras.

Dieron un gran rodeo alrededor de las ortigas gigantes, porque estos enormes hierbajos los amenazaban con espinas envenenadas de cerca de tres centímetros de largo. Luego, al dar la vuelta al roído y desmantelado portillo, un poco más allá, se encontraron súbitamente con la enorme garganta cavernosa de las más occidental de las ratoneras, maloliente sima que les hizo ponerse muy juntos y en hilera.

—Espero que saldrán —dijo Redwood dando una ojeada al cobertizo del pozo.

—Si no salen… —reflexionó Bensington.

—Saldrán —afirmó Redwood.

Se quedaron meditando.

—Si nos metemos dentro tendremos que conseguir algún tipo de luz —dijo Redwood.

Subieron por un pequeño sendero de blanca arena a través del pinar, y en seguida se detuvieron al divisar el avispero.

El sol se iba al ocaso, y las avispas regresaban a su hogar en busca de refugio; sus alas, bajo la dorada luz poniente, formaban veloces halos que giraban a su alrededor. Los tres hombres se quedaron acechando desde abajo de los árboles —no se sentían con ánimos para ir hasta el confín del bosque— y permanecieron observando cómo aquellos tremendos insectos descendían y se arrastraban unos pasos para entrar en el avispero y desaparecer.

—Estarán quietas un par de horas… —dijo Redwood—. Me siento muchacho otra vez.

—No podemos equivocarnos —dijo Bensington—, por oscura que sea la noche. Y a propósito… que hay sobre la luz…

—Luna llena —dijo el electricista—. Ya me he enterado.

Regresaron por el mismo camino y consultaron con Cossar.

Éste dijo que «evidentemente» debían transportar el azufre, el nitrato y el yeso a través del bosque antes del crepúsculo, y a este efecto descargaron y transportaron los sacos. Después de los gritos necesarios para dar las instrucciones preliminares, no se pronunció ni una sola palabra, y al irse amortiguando el zumbido de las avispas en el avispero, apenas podía oírse otra cosa en el mundo que no fuesen las pisadas, el pesado respirar de los hombres cargados y el ruido sordo de los sacos al ser descargados. Se hicieron turnos para realizar aquella tarea en la que colaboraron todos excepto Bensington, manifiestamente inútil para estos menesteres. Se quedó de centinela en el dormitorio de los Skinner, con un rifle en la mano, vigilando la carcasa de la rata muerta, mientras los demás siguieron con los turnos para descansar del transporte de los sacos y para quedar de guardia en parejas vigilando las ratoneras desde detrás del ortigal. Los sacos polínicos de las ortigas estaban maduros, y de vez en cuando la velada se animaba con su dehiscencia, y el estallido de los sacos sonaba como un disparo de pistola; entonces los granos de polen, grandes como perdigones, resonaban a todo su alrededor.

Bensington permanecía sentado detrás de su ventana en un sillón tapizado con cuero de caballo, el respaldo cubierto con una harapienta funda que había dado un toque de distinción al salón de los Skinner durante buenos años. Dejó apoyado el rifle en el alféizar de la ventana, mientras sus lentes vigilaban, en la creciente tiniebla, a veces la oscura masa de la rata muerta y otras veces vagaban a su alrededor en curiosa meditación. Se olía un poco a parafina porque uno de los barriles rezumaba, y este olor se mezclaba con el menos desagradable procedente de la tronchada y aplastada enredadera.

En el interior, cuando Bensington volvió la cabeza, le llegó una mezcla de sutiles olores domésticos: cerveza, queso, manzanas podridas y calzado viejo como temas principales; le trajeron reminiscencias de los desaparecidos Skinner. Contempló durante un buen rato la habitación sumida en la penumbra. Los muebles habían sido muy desordenados —quizá por parte de alguna rata inquisitiva— pero una chaqueta colgada de una percha detrás de la puerta, una navaja de afeitar junto a unos sucios pedacitos de papel y un trozo de jabón que, gracias a innumerables años de desuso, se había endurecido en una especie de cubo, recordaban la distintiva personalidad de Skinner. Se le ocurrió a Bensington, con una sensación de completa novedad, que, con toda probabilidad, el hombre aquel había sido muerto y devorado, al menos en parte, por el monstruo que ahora yacía muerto, allí, en la oscuridad.

¡Y pensar a lo que puede conducir un descubrimiento químico aparentemente inofensivo!

Allí estaba él, en la tranquila Inglaterra, y, no obstante, bajo la inminencia de infinitos peligros, con un fusil, en una casa medio derruida iluminada por el crepúsculo, alejado de cualquier comodidad y con el hombro espantosamente magullado por el retroceso del fusil, y… ¡por Júpiter!

Se dio cuenta entonces de lo profundo que el orden del universo había cambiado para él. Se había metido directamente en aquella pavorosa aventura, ¡sin decir una palabra de ello a su prima Jane!

¿Qué estaría pensando de él?

Intentó imaginárselo y no pudo. Se sintió invadido por la extraordinaria sensación de que ella y él se habían despedido para siempre y de que jamás volverían a encontrarse. Tuvo también la impresión de que había dado un paso en un mundo de nuevas inmensidades. ¿Qué otros monstruos serían capaces de esconder aquellas espesas tinieblas…? Las extremidades de las ortigas gigantes se destacaban, tajantes y negras, contra el fondo ámbar y de un verde diluido del cielo occidental. Todo se hallaba muy quieto, quieto de veras. Se preguntó por qué no oía a los demás que se hallaban a la vuelta de la esquina de la casa. La penumbra de la cochera era ya de un negro abismal.

¡Bang…! ¡Bang…! ¡Bang…!

Una secuencia de ecos y un grito.

Un largo silencio.

¡Bang!, otra vez, y una disminución de ecos.

Quietud.

Luego, ¡gracias a Dios!, Redwood y Cossar surgieron de la oscuridad, y Redwood lo llamaba:

—¡Bensington…! ¡Bensington…! ¡Hemos cazado otra rata!… Cossar liquidó otra rata.

CAPÍTULO SEIS

Cuando la Expedición acabó su refrigerio, ya había caído la noche. Las estrellas ostentaban su máximo fulgor y la creciente palidez que se extendía por el lado de Hankey era el heraldo de la luna. Se había mantenido la guardia las ratoneras, pero los centinelas se habían trasladado a la pendiente del cerro, por encima de las aberturas, considerando que desde aquel puesto sería más ventajoso disparar. Acamparon allí, sobre el suelo cubierto de rocío, combatiendo la humedad con whisky. Los demás permanecieron descansando en la casa, y los tres líderes discutieron la tarea nocturna con los hombres. La luna salió a medianoche, y tan pronto como su disco se hubo desprendido del horizonte, todos los componentes de la expedición, excepto los centinelas de la ratonera, se pusieron en marcha en fila india hacia los avisperos, con la conducción de Cossar.

En lo que al avispero se refiere, encontraron la tarea muy fácil, asombrosamente fácil. Excepto del hecho de ser una labor prolongada, no fue más serio de lo que habría sido con un avispero corriente. Hubo peligro, sin duda alguna, peligro de muerte, pero nunca llegó a materializarse en aquella portentosa ladera. Embutieron el azufre y el salitre, enyesaron a conciencia los agujeros y prendieron fuego al combustible. Luego, en un común impulso, todo el grupo —excepto Cossar— dio media vuelta y echó a correr a través de las alargadas sombras de los pinos; viendo que Cossar se había quedado atrás, se detuvieron apiñándose a una distancia de un centenar de metros, al lado de una zanja muy conveniente que podría servir de refugio. Durante uno o dos minutos, la noche bañada por el resplandor lunar, todo blanco y negro, se llenó de un sofocado zumbido, que fue elevándose hasta convertirse en una especie de rugido, en una nota profunda y sostenida, que, después de su culminación, fue amortiguándose y murió; y entonces, de un modo casi increíble, la noche quedó silenciosa.

—¡Por Júpiter! —exclamó Bensington—. ¡Ya está!

Todos prestaron atención. La ladera, por encima de los negros encajes de las sombras de los pinos, parecía tan clara como de día y tan incolora como la nieve. El yeso, secándose en los agujeros del avispero, brillaba. El desgarbado corpachón de Cossar se dirigió hacia ellos.

—Hasta ahora… –empezó a decir Cossar.

¡Crac…! ¡Bang…!

Un disparo desde cerca de la casa, y luego… silencio.

—¿Qué fue eso? —preguntó Bensington.

—Una de las ratas que habrá asomado el hocico —supuso uno de los hombres.

—A propósito; nos hemos dejado las armas allá arriba —dijo Redwood.

—Sí, al lado de los sacos.

Todo el mundo echó a andar montaña arriba otra vez.

—Deben de ser las ratas —dijo Bensington.

—¡Evidentemente! —repuso Cossar, mordisqueándose las uñas.

¡Bang!

—¡Ehhh! —exclamó uno de ellos.

Entonces, bruscamente, se oyó un grito, dos disparos, otro grito mucho mayor que era casi un alarido, tres disparos en rápida sucesión, y un ruido de madera que se astilla. Todos estos ruidos se percibieron muy claramente, como elementos muy pequeños dentro de la inmensa quietud de la noche. Luego, durante algunos momentos no se oyó nada, sino una breve confusión sorda procedente de la dirección de las ratoneras, y luego, otra vez, un aullido salvaje… Cada uno de los hombres echó a correr en busca de sus fusiles.

Dos disparos.

Bensington se encontró, fusil en la mano, andando dificultosamente por entre los pinos, detrás de unas cuantas espaldas que retrocedían. Lo curioso es que su idea principal en aquel momento estaba centrada en el deseo de que su prima Jane pudiese verlo. Sus botas bulbosas y cortajeadas se movían desacompasadamente dando grandes zancadas y su rostro estaba contorsionado por una permanente sonrisa forzada, ya que así se le arrugaba la nariz y podía mantener los lentes en su sitio. Tenía la boca del arma de fuego proyectada horizontalmente frente a él, mientras iba transitando por la cuadrícula iluminada y sombreada por la luz de la luna. El hombre que había echado a correr se encontró con el grupo corriendo a toda velocidad… ¡Había perdido su fusil!

—¡Eh! —dijo Cossar tomándole en sus brazos—. ¿Qué pasa?

—Salieron todas juntas —contestó el hombre.

—¿Las ratas?

—Sí. Seis.

—¿Dónde está Flack?

—Abajo.

—¿Qué dice? —jadeó Bensington, pero nadie le prestó atención.

—¿Flack está abajo?

—Cayó… Salieron una tras otra.

—¿Qué?

—Una acometida. Disparó con los dos cañones.

—¿Y ha abandonado a Flack?

—Se nos echaron encima.

—¡Vamos! —ordenó Cossar—. Usted se viene con nosotros. ¿Dónde está Flack? Enséñenos el sitio.

El grupo entero comenzó a avanzar. Otros detalles de la refriega fueron surgiendo de la boca del fugitivo. Los otros se apiñaban a su alrededor, excepto Cossar que iba en cabeza.

—¿Dónde están?

—Habrán vuelto a sus madrigueras, quizá. Yo me escapé. Las ratas echaron a correr hacia la entrada de la ratonera.

—¿Qué quiere decir? ¿Ustedes dos estaban quizá detrás de ellas?

—Nos metimos en la madriguera. Vimos que iban a salir e intentamos cortarles la salida. Salieron a saltos… como conejos. Apuntamos y disparamos. Empezaron a correr de un lado para otro como locas, después de nuestro primer disparo, y, de repente, se nos echaron encima. Venían a por nosotros.

—¿Cuántas?

—Seis o siete.

Cossar siguió el sendero hasta el límite del pinar y allí se detuvo.

—¿Quiere usted decir que cogieron a Flack? —preguntó alguien.

—Una de las ratas se abalanzó sobre él.

—Y usted, ¿no disparó?

—¿Cómo podía disparar?

—¿Todos llevan el arma cargada? —preguntó Cossar por encima del hombro.

Hubo un movimiento afirmativo.

—Pero Flack… —murmuró uno.

—¿Quiere usted decir que Flack…? —protestó otro.

—No hay tiempo que perder —dijo Cossar. Y gritó—: ¡Flack…! —mientras seguía andando a la cabeza del pelotón. Avanzaron hacia las ratoneras con el hombre que había escapado en la retaguardia del grupo. Se adelantaron por entre los enormes hierbajos y dieron un pequeño rodeo para no tropezar con el cadáver de la segunda rata muerta. Se extendieron formando una línea sinuosa, cada hombre apuntando con su fusil, escrutándolo todo bajo la clara luz lunar en busca de alguna silueta sospechosa, de alguna ominosa forma agazapada. Encontraron el seguida el fusil del hombre que había echado a correr a escape.

—¡Flack! —gritó Cossar—. ¡Flack…!

—Echó a correr por entre las ortigas y se cayó —confesó el hombre que había huido.

—¿Dónde?

—Por allá.

—¿Dónde cayó?

El hombre vaciló y los condujo a través de las alargadas sombras negras durante un trecho. Luego se volvió.

—Creo que por aquí.

—Bueno, pues ahora ya no está.

—Pero ¿y su fusil…?

—¡Maldición! —exclamó Cossar—. ¿Dónde habrá ido?

Dio un paso hacia las negras sombras de la ladera que ocultaban las ratoneras y se quedó mirando fijamente. Luego volvió a soltar un terno.

—¡Si se lo han llevado a rastras…!

Durante unos momentos se quedaron sin hacer nada, comunicándose con fragmentos de ideas. Los lentes de Bensington brillaban cómo diamantes al fijar la mirada en sus acompañantes. Los rostros de los hombres cambiaban de una fría claridad a una misteriosa oscuridad, según se pusieran de cara o a espaldas a la luna. Todo el mundo hablaba, pero nadie completaba una frase. Entonces, Cossar, bruscamente, tomó una decisión. Empezó a agitar los brazos en todas direcciones y a lanzar órdenes como si fueran perdigones. Era evidente que necesitaba lámparas. Todos, menos Cossar, se dirigieron hacia la casa.

—¿Se va usted a meter en las ratoneras? —preguntó Redwood.

—Evidentemente —dijo Cossar.

Precisó una vez más que necesitaba que le trajeran los faroles del carro y el coche.

Bensington aprovechó la ocasión y echó a andar por el sendero del pozo. Miró por encima del hombro y vio la destacada y gigantesca figura de Cossar, como si estuviese contemplando las ratoneras pensativamente. Ante aquel espectáculo, Bensington se detuvo un momento y se volvió. ¡Estaban todos abandonando a Cossar…!

Cossar era perfectamente capaz de arreglarse solo, desde luego.

De repente, Bensington vio algo que le hizo gritar sin que le saliera la voz:

—¡Ay!

En un instante tres ratas se habían proyectado hacia Cossar, saliendo de la oscura maraña de la enredadera. Durante tres segundos éste no se dio cuenta de su presencia, y en seguida se transformó en la cosa más activa que hubiera en el mundo. No disparó un tiro. Al parecer no tuvo tiempo de afinar la puntería, ni de apuntar siquiera. Bensington vio como se agazapaba ante el salto de una rata y cómo le aplastaba la nuca con la culata del fusil. El monstruo dio un brinco y giró sobre sí mismo, cayendo al suelo.

La silueta de Cossar se perdió de vista entre la hierba que más bien parecía cañaveral, y luego volvió a surgir, corriendo hacia otra de las ratas y volteando su fusil por encima de la cabeza. Un débil grito llegó a oídos de Bensington, y entonces percibió a las dos ratas restantes saliendo a escape en direcciones divergentes, mientras Cossar les perseguía hacia las ratoneras.

Toda aquella escena se desarrolló en medio de sombras brumosas; los tres monstruos atacantes se veían exagerados e irreales debido a la claridad de la luz. En ciertos momentos Cossar parecía un coloso y en otros momentos se hacía invisible. Las ratas pasaron por el campo visual dando súbitos e inesperados saltos o corriendo con un movimiento rápido de las patas que más parecían ir sobre ruedas. Todo sucedió en menos de medio minuto. Nadie lo vio, excepto Bensington, que podía oír a los demás retrocediendo aún hacia la casa. Gritó algo inarticulado y echó a correr hacia Cossar, mientras las ratas desaparecían.

Lo alcanzó en la entrada de las ratoneras. Bajo la luz de la luna las sombras que constituían el semblante de Cossar demostraba una calma absoluta.

—¡Hola! —le dijo—. ¿Ya de vuelta? ¿Dónde están los faroles? Todas han vuelto a sus madrigueras. Le rompí el cuello a una que me pasó por delante… ¿Ve usted? ¡Allí! —Y señaló con su dedo descarnado.

Bensington se hallaba demasiado estupefacto para poder seguir la conversación…

Pareció interminable el tiempo que tardaron en llegar los faroles. Por fin aparecieron, primero un ojo de firme luminosidad, y precedido de un oscilante resplandor amarillento, y luego, centelleando y brillando irregularmente, otros dos. A su alrededor venían unas pequeñas figuras con sus correspondientes vocecillas, y luego unas sombras enormes. Este grupo proyectó una especie de foco de luz sobre el gigantesco paisaje onírico bañado por los rayos de la luna.

—¡Flack! —iban diciendo las voces—. ¡Flack!

Una frase luminosa salió a flote.

—Se habrá encerrado en el desván.

Cossar iba siendo cada vez más excepcional. Sacó de alguna parte unos grandes puñados de algodón en rama y se tapó con ellos los oídos… Bensington se preguntó por qué. Luego cargó su fusil con una cuarta parte de una carga de pólvora. ¿Quién otro habría podido pensar en ello? El país de maravilla culminó con la desaparición de las suelas de las botas de Cossar por la madriguera central.

Cossar iba a cuatro patas con dos fusiles, que arrastraba a ambos lados, sujetos por un cordel que le pasaba por debajo del mentón, y su ayudante de confianza, un hombrecillo moreno de facciones graves, tenía que ir detrás de él doblado por la cintura y sosteniéndole un farol por encima de la cabeza. Todo se había proyectado de un modo tan cuerdo y apropiado como el sueño de un loco. El algodón en rama, según parece, tenía por objeto evitar la conmoción del rifle. El hombre que seguía a Cossar también se había puesto algodón en los oídos. ¡Evidentemente! Mientras las ratas huyeran de Cossar no podría acaecerle daño alguno, y si daban media vuelta y se dirigían directamente a él, vería sus ojos y dispararía apuntando entre medio de ellos. Como que tendrían que pasar por el cilindro de la madriguera, Cossar no podía fallar el tiro. Insistió en que éste era el método evidente, quizás algo fastidioso, pero absolutamente seguro. Al inclinarse el ayudante para entrar, Bensington vio que un ovillo de bramante estaba sujeto a los faldones de su chaqueta. Por este ovillo tenía que tirar del bramante, si se hiciera necesario arrastrar hacia fuera los cadáveres de las ratas.

Bensington se dio cuenta de que el objeto que sostenía en la mano era el sombrero de Cossar.

¿Cómo había llegado allí…?

Sería recuerdo suyo, al menos.

En cada una de las salidas adyacentes había un pequeño grupo con un farol iluminando la madriguera correspondiente, y uno de los hombres se hallaba arrodillado, apuntando al redondo vacío que se abría ante él, como si esperara que de allí surgiera algo.

Se hizo un silencio interminable.

Luego oyeron el primer disparo de Cossar, como una explosión en una mina…

Los nervios y los músculos de todos se pusieron tensos al oírlo, y ¡bang!, ¡bang!, ¡bang! Las ratas habían intentado escapar y dos más habían muerto. Después, el hombre que sostenía el ovillo indicó una sacudida.

—Ha matado a una y quiere el bramante —dijo Bensington.

Se quedó observado cómo el bramante penetraba en la ratonera, y le pareció como si se hubiese animado de repente con una inteligencia oscura porque la oscuridad lo hacía invisible. Por fin dejó de arrastrarse y se hizo una larga pausa. Luego, lo que a Bensington le pareció ser un monstruo rarísimo salió arrastrándose lentamente del agujero y se revolvió en el pequeño espacio saliendo de espaldas. Después de él, y haciendo profundos surcos en el suelo, aparecieron las botas de Cossar, y a continuación su espalda iluminada por el farol…

Sólo quedaba una rata viva, y la infeliz, sentenciada a muerte, se ocultaba en los rincones más apartados de la ratonera, hasta que Cossar entró de nuevo y la mató. Por último, Cossar, el hurón humano, volvió a hacer una inspección general para asegurarse.

—Ya las tenemos —dijo a sus asombrados compañeros—. Y si yo no hubiese sido un tonto de capirote me habría desnudado hasta la cintura. Evidentemente. ¡Tóqueme las mangas, Bensington! Estoy empapado de sudor. No se puede pensar en todo. Únicamente una media borrachera de whisky me salvará de un resfriado.

CAPÍTULO SIETE

Hubo momentos durante aquella noche maravillosa en que a Bensington le pareció que la naturaleza había organizado para él una vida de fantásticas aventuras. Esto se hizo patente durante la hora siguiente a su ingestión de un whisky muy fuerte.

—Ya no volveré a Sloane Street —confió al mecánico alto, rubio y sucio.

—No, ¿eh?

—Por nada del mundo —afirmó Bensington.

El esfuerzo de haber arrastrado las siete ratas muertas hasta la pira a través del ortigal lo había bañado en sudor y Cossar le indicó la evidente reacción física que le produciría el whisky si quería salvarse del resfriado, de otro modo inevitable. Hubo una especie de cena de bandoleros en la vetusta cocina embaldosada, con la hilera de ratas muertas que yacían bajo la luz de la luna contra el gallinero. Después de una media hora de descanso, Cossar los incitó a emprender de nuevo el trabajo para terminar lo que aún restaba por hacer.

—Evidentemente —dijo—, habrá que limpiar el lugar… Nada de desperdicios… nada de escándalo, ¿eh?

Les animó con la idea de hacer la destrucción completa. Rompieron y astillaron todos los fragmentos de madera que pudieron encontrar en la casa; talaron senderos allí donde brotaba la vegetación gigante; hicieron una pira para las ratas muertas y las empaparon en parafina.

Bensington trabajó como el más activo de los peones. Alcanzó un clímax de alborozo y de energía hacia las dos. Cuando, en plena destrucción, blandía el hacha, el más valeroso huía de su proximidad. Un rato después se apaciguó algo, debido a la transitoria pérdida de sus lentes, que fueron hallados al fin por otra persona en el bolsillo de la chaqueta del propio Bensington.

Los hombres iban de un lado para otro a su alrededor… decididos y enérgicos. Cossar se movía entre ellos como un dios.

Bensington apuró esa deliciosa camaradería que es privativa de un ejército feliz o de una recia expedición, pero nunca de aquellos que viven la sobria vida de las ciudades. Después que Cossar le quitó el hacha y le encargó que acarreara madera, estuvo andando de un lado para otro diciendo que todos eran unos buenos chicos. Siguió por este estilo aún mucho tiempo después de notar las primeras señales de fatiga.

Por fin estuvo a punto y comenzaron a regar todo con la parafina. La luna, desprovista ya de su magro cortejo nocturno de estrellas, brillaba en lo alto, por encima de la aurora naciente.

—Quemémoslo todo —dispuso Cossar yendo de una parte a otra—. Quemémoslo todo… Déjenlo arrasado, ¿entienden?

Bensington se fijó en él, tétrico y horrible bajo el pálido alborear del día, precipitándose con la mandíbula saliente y una antorcha encendida en la mano.

—¡Lárguese de ahí! —exclamó alguien, tirando del brazo de Bensington.

La quietud de la aurora, pues allí no había pájaros que cantaran, se llenó de pronto de una tumultuosa crepitación; una pequeña llama rojiza recorrió la base de la pira, se transformó en azul al entrar en contacto con el suelo, y se puso a trepar, hoja por hoja, tallo arriba de una ortiga gigante. Un ruido cantarino se mezcló con la crepitación…

Los hombres cogieron sus fusiles de uno de los rincones de la sala de estar de los Skinner y todo el mundo echó a correr. Cossar se fue tras ellos dando grandes zancadas…

Luego se encontraron todos de pie, contemplando desde lejos la Granja Experimental, que estaba ardiendo. El humo y las llamas se desbordaban por las puertas y las ventanas y por centenares de rendijas y grietas en el techo, igual que una muchedumbre presa de pánico. ¡Qué bien sabía Cossar encender una fogata! Una gran columna de humo salió disparada hacia el firmamento, acompañada de rojas lenguas sangrientas y de raudos fogonazos. Era como si un enorme gigante se hubiese puesto de pie, alargándose hacia arriba y estirando bruscamente los brazos hacia el cielo. Volvió a caer la noche sobre ellos, ocultando por completo la incandescencia del sol que salía tras ella. Los habitantes de Hickleybrow se dieron cuenta muy pronto de aquel estupendo pilar de humo, y salieron hasta la cresta de la colina, con gran variedad de batas, para contemplar el regreso de la expedición.

Detrás de ellos, igual que un hongo fantástico, aquel pilar de humo oscilaba y fluctuaba, cada vez más alto, cada vez más arriba, hasta el cielo… dando la impresión de que la llanura era bajísima y todos los demás objetos eran nimiedades; y en primer término, conducidos por Cossar, los autores del asunto seguían el sendero, ocho pequeñas siluetas negras, marchando con fatiga, las armas al hombro, a través del prado.

Al volver la mirada hacia atrás, en el cerebro de Bensington resonó como un eco cierta frase conocida. ¿Cómo era…? «Habéis encendido hoy…». «Habéis encendido hoy…».

Entonces recordó las palabras de Latimer: «Hemos encendido hoy una antorcha tan grande en Inglaterra, que ya nadie podrá apagarla jamás…»

¡Qué hombre era Cossar! Bensington se quedó mirando su espalda durante un rato y se sintió orgulloso de haber sostenido su sombrero. ¡Orgulloso, sí, a pesar de que él era un investigador eminente y Cossar se dedicaba sólo a la ciencia aplicada!

De repente, se puso a tiritar y a bostezar, y deseó estar acostado, muy calentito, en su cama de aquel pequeño piso que daba a Sloane Street. (Ni siquiera pensar en su prima Jane le prestó ayuda). Las piernas se le volvieron como algodón y los pies como plomo. Sintió la necesidad de tomar un café en Hicleybrow. En sus treinta y tres años no había pasado nunca en vela una noche entera.

CAPÍTULO OCHO

Y mientras aquellos ocho aventureros luchaban contra las ratas en la Granja Experimental, a catorce kilómetros de distancia, en el pueblo de Cheasing Eyebright, una dama anciana provista de una nariz excesiva, luchaba con grandes dificultades a la luz vacilante de una vela. En una mano nudosa tenía un abrelatas y con la otra sostenía una lata de Heracleoforbia, decidida a abrir o a perecer en la empresa. Luchaba incansablemente, profiriendo un gruñido a cada nuevo esfuerzo, mientras, a través del delgado tabique, el niño de los Caddles no cesaba de gemir.

—¡Pobrecillo! —murmuró la señora Skinner; y luego, mordiéndose el labio con su diente solitario, en un arranque de determinación, añadió—: ¡Venga!

Y de inmediato, ¡clap!, una nueva provisión del Alimento de los Dioses quedó dispuesta y a punto de descargar sus poderes de agigantamiento sobre el mundo.

Parte Cuatro

LOS NIÑOS GIGANTES

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

CAPÍTULO UNO

Durante algún tiempo al menos, el círculo, cada vez más extendido, de las consecuencias de lo ocurrido en la Granja Experimental excederá del foco de nuestra narración, es decir, que no nos ocuparemos del enorme poder de crecimiento en hongos y setas, en hierbas y hierbajos que se irradiaba de aquel centro carbonizado pero no absolutamente consumido. Tampoco podemos detenernos a explicar cómo aquellas melancólicas solteronas, las dos gallinas sobrevivientes, pasmo y admiración de propios y extraños, pasaron los restantes años de sus vidas en acumular celebridad. El lector que desee obtener detalles más completos de estas cuestiones puede consultar los periódicos de aquella época, especialmente los voluminosos y polifacéticos archivos del Recording Ángel moderno. Nuestra misión está al lado del señor Bensington.

Bensington había regresado a Londres para encontrarse transformado en un hombre terriblemente famoso. En el transcurso de una noche el mundo entero había cambiado respecto a él. Todo el mundo lo comprendía. Al parecer, la prima Jane lo sabía todo, la gente que andaba por las calles lo sabía todo y los periódicos lo sabían todo y aún más. Su encuentro con la prima Jane fue terrible, como era de esperar, pero cuando todo hubo pasado, no resultó tan terrible, después de todo. El poder que tenía la buena mujer sobre los hechos era limitado. Era evidente que había discutido consigo misma para terminar aceptando el Alimento como algo propio del orden natural de las cosas.

Adoptó una actitud de malhumorada sumisión. Era evidente que desaprobaba en gran manera, pero que no prohibía. La escapada de Bensington, que así es como ella debió de considerarla, la dejaría, seguramente, muy agitada, y su peor acción consistió en querer cuidarlo con acerba persistencia de un resfriado que Bensington no había cogido y por una fatiga que había olvidado hacía mucho tiempo, y en comprarle una nueva especie de ropa interior higiénica de lanas combinadas, que tenía la particularidad de volverse del revés, en parte, con mucha facilidad, y en parte no, y donde resultaba tan difícil meter a un hombre olvidadizo como en los salones de la alta sociedad. Y así, durante cierto tiempo, y en tanto que le dejó algún rato libre el manejo de esta nueva indumentaria, continuó participando en el desarrollo de este nuevo elemento en la historia de la humanidad, el Alimento de los Dioses.

La opinión pública, siguiendo sus misteriosas leyes de selección, lo había escogido como solo y único responsable Inventor y Promotor de esta nueva maravilla. La opinión pública no quería ni oír hablar de Redwood, y sin la menor protesta permitió que Cossar, siguiendo sus impulsos naturales, se desvaneciera en una oscuridad terriblemente prolífica. Antes de que se diera cuenta del derrotero que llevaban las cosas, Bensington se encontró, como si dijéramos, desnudo y disecado en los periódicos. Su calvicie, su particular coloración rosada y sus lentes con montura de oro se habían transformado en posesiones nacionales. Unos cuantos jóvenes resueltos, provistos de grandes y lujosas cámaras fotográficas y de un aire de completa autoridad, tomaron posesión del piso durante breves pero provechosos períodos, disparando sus luces de magnesio que por muchos días llenaron la atmósfera de densos e intolerables vapores, y luego se retiraron para llenar las páginas de las revistas sindicadas con admirables retratos de Bensington, en su casa, luciendo una de sus mejores chaquetas y las acuchilladas botas. Otras personas de ademanes decididos y de diversos sexos y edades se presentaron en su casa para explicarle cosas sobre el Alimento Estrella (fue el Punch el que lo denominó por primera vez de esa manera) y reproducir después lo que ellos habían dicho como si fuera la contribución original dada por Bensington a la entrevista. Aquello llegó a ser una verdadera obsesión para Broadbeam, el Humorista Popular. Olió en aquello otra de esas malditas cosas que no podía comprender y se esforzó empeñosamente por hacer caer todo el asunto en el ridículo. Se lo podía ver en los clubs, como una voluminosa y torpe presencia, con las marcas de sus desvelos puestas de manifiesto en su ancha cara innoble, explicando a todo aquel a quien podía importunar:

—Esos hombres de ciencia, ¿sabe usted?, carecen del sentido del humor, ¿sabe usted? Eso es. La ciencia… les mata el sentido del humor.

Sus bromas contra Bensington llegaron a ser malévolos libelos…

Una agencia de selección de recortes periodísticos, muy emprendedora, envió a Bensington un largo artículo que trataba de él, sacado de un semanario de seis peniques titulado «Un nuevo terror», ofreciendo proporcionarle un centenar de aquellas impertinencias por el precio de una guinea; y dos señoras jóvenes, encantadoras y muy guapas, totalmente desconocidas, fueron a visitarle, y ante la muda indignación de la prima Jane se quedaron a tomar el té con él y después le mandaron sus libros de autógrafos para su firma. Muy pronto dejó de irritarlo ver su nombre asociado a las más incongruentes ideas en la Prensa, y descubrir en las revistas artículos tratando del Alimento Estrella y de él mismo en tonos de la mayor intimidad, y por personas de las que nunca había oído hablar. Y cualesquiera que hubieran sido las ilusiones que abrigara en sus días de oscuridad sobre los placeres de la fama, quedaron disipadas del todo y para siempre.

Al principio —exceptuando a Broadbeam— el tono de la opinión pública estuvo completamente desprovisto del menor asomo de hostilidad. Al público no se le ocurrió la posibilidad de que cierta cantidad de Heracleoforbia pudiese escaparse de nuevo, excepto en el plano de las suposiciones jocosas. Y, asimismo, el público pareció no tener idea de que la pandilla de niños que estaban siendo alimentados con el alimento crecería mucho más de lo que la inmensa mayoría de nosotros podemos llegar a crecer. Lo que más le complacía al público eran las caricaturas de los políticos eminentes tal como serían después de alimentarse con el Alimento Estrella, sobre todo cuando quedaban expuestas en los tableros de anuncios de los periódicos, y las edificantes exhibiciones proporcionadas por las avispas muertas que habían escapado del fuego y las gallinas sobrevivientes.

La gente no se preocupó de ver más allá de todo esto, y hasta se tuvieron que hacer grandes esfuerzos para que volviera sus miradas a más remotas consecuencias; y hasta entonces incluso, su entusiasmo para llevar a cabo una acción fue sólo parcial. «Siempre hay algo nuevo», decía el público, un público tan saciado de novedades, que se enteraría de que la tierra se había partido en dos, como se parte una manzana, sin demostrar sorpresa alguna, y añadía: «A ver qué es lo que van a hacer después de esto».

Pero hubo dos o tres personas, fuera del público en general que ya habían mirado más allá, y, según parece, se asustaron de lo que vieron. Entre ellos estaba, por ejemplo, el joven Caterham, primo del conde de Pewterstone, y uno de los políticos ingleses que más prometían, quien, arrostrando el riesgo de que le tomaran por un tendero, escribió un largo artículo en el Nineteenth Century and After, abogando por su total supresión. Y, en ciertos momentos, también Bensington estaba de acuerdo.

—Parece como si no se dieran cuenta —le dijo a Cossar.

—No, no se dan cuenta.

—¡Y nosotros! A veces, cuando pienso en lo que significa… Este pobre niño de Redwood… Y, naturalmente, los tres de ustedes… ¡A doce metros de altura, tal vez…! Después de todo, ¿debemos proseguir adelante?

—¡Proseguir adelante! —exclamó Cossar, convulso con una estupefacción muy poco elegante, y elevando el tono de su voz mucho más alto que de costumbre—. ¡Claro que tiene usted que seguir adelante! ¿Para qué está usted en este mundo, pues? ¿Para holgazanear entre comida y comida…?

«¡Graves consecuencias…! Pues, ¡naturalmente! ¡Enormes! Evidentemente. Eviden-te-men-te. ¡Pero, hombre, si es la única ocasión que tiene usted en la vida de conseguir algo verdaderamente grave! ¿Y quiere usted evitarla? —Durante un momento quedó mudo de indignación».

—¡Sería inicuo! —dijo por fin—. Y repitió explosivamente: —¡Inicuo!

Pero Bensington ya trabajaba en su laboratorio con más emoción que gusto. No habría podido decir si deseaba que en su vida hubiese consecuencias graves o no. Era un hombre de gustos tranquilos. Aquello constituía un descubrimiento maravilloso, claro, absolutamente maravilloso, pero… Ya se había visto propietario de varios acres en una finca desacreditada y quemada cerca de Hickleybrow, al precio de cerca de noventa libras esterlinas el acre, y a veces se hallaba dispuesto a creer que ésta era una consecuencia muy grave de la química especulativa, tan grave como pudiera considerarla el menos ambicioso de los hombres. Claro que era Famoso, muy Famoso. Más que satisfactoria, mucho más que satisfactoria, era la Fama que habla alcanzado.

Pero el hábito de la Investigación estaba arraigado en él… Y en ciertos momentos, momentos raros, en el laboratorio principalmente, había algo más que el simple hábito y los argumentos de Cossar que lo impulsaban a su trabajo. Este hombrecillo con gafas, sentado acaso en equilibrio sobre su alto taburete, con las acuchilladas botas enroscadas alrededor de sus patas, y en la mano las pinzas de las pesas, tendría de nuevo un destello de aquella visión de adolescencia, tendría una percepción momentánea del eterno desdoblamiento de la semilla sembrada en su cerebro, viendo, como si dijéramos, diseñado en el cielo, detrás de los accidentes y formas grotescas del presente, el mundo futuro de gigantes y de todas las potentísimas cosas que el porvenir nos reserva… vagas y espléndidas, como la visión de un relumbrante palacio descubierto súbitamente al proyectarse un rayo de sol en la lejanía… Y en seguida se encontraría como si aquel distante esplendor no hubiese brillado nunca en su cerebro, y no podría percibir nada en su perspectiva sino sombras siniestras, vastos declives y negruras, inmensidades inhóspitas, entes fríos, feroces y terribles.

CAPÍTULO DOS

Entre los complejos y confusos sucesos, impactos del gran mundo externo que constituían la fama de Bensington, una brillante y activa figura se hizo en seguida conspicua y se transformó, en opinión de éste, en algo así como jefe y maestro de ceremonias de estas exterioridades. Esta figura fue la del doctor Winkles, aquel joven médico tan convincente, que ya ha hecho su aparición en este relato como el médico por el cual Redwood pudo hacer llegar el Alimento hasta su hijo. Incluso antes de la gran irrupción se hizo evidente que los polvos misteriosos que Redwood le había dado habían despertado inmensamente el interés de aquel caballero, y tan pronto como aparecieron las primeras avispas ya se había hecho una composición de lugar.

Era el tipo de médico que tanto en sus modales, como en moralidad, métodos y aspecto podía ser clasificado, de un modo muy sucinto y terminante, como «trepador». Era alto y rubio, con unos ojos de color de aluminio, de mirada superficial, inquisitiva y dura, y cabello gredoso, de facciones regulares, musculoso en torno a la boca, bien afeitado, de torso erguido y de movimientos enérgicos, rápido y pronto a girar sobre sus talones; llevaba levitas largas, corbatas de seda negra y gemelos y cadenas de oro sin adornos, y sus sombreros de copa tenían unas alas y una forma especial que le daban un aspecto más formal, serio y mejor, en conjunto, que quienquiera que fuese. Parecía tan joven o tan viejo como cualquier adulto. Y después de aquella primera y maravillosa irrupción, se refirió a Bensington, a Redwood y al Alimento de los Dioses con un aire de propietario tan convincente, que a veces, a pesar del testimonio en contra de la Prensa, Bensington estaba a punto de considerarlo a él como al inventor original de todo el asunto.

—Esos accidentes —decía Winkles al insinuarle Bensington los peligros de ulteriores filtraciones del alimento— no son nada. ¡Nada…! El descubrimiento lo es todo. Adecuadamente desarrollado, convenientemente manejado, cuerdamente controlado, tendremos… tendremos algo muy portentoso en este alimento nuestro… Tenemos que seguir vigilando lo… No debemos permitir que vuelva a escapar a nuestro control, y… no debemos dejarlo dormir.

Realmente no tenía la menor intención de dejarlo dormir. Iba a casa de Bensington casi a diario. Bensington, asomándose a la ventana, podía ver el impecable carruaje trotando por Sloane Street, y después de un intervalo increíblemente breve, Winkles entraba en la estancia con movimientos ágiles y enérgicos, y llenándolo todo con su presencia, sacaba del bolsillo unos periódicos, proporcionaba la información correspondiente y hacía observaciones.

—Bueno —decía frotándose las manos—. ¿Cómo sigue esto?

Y así entraba de lleno en la discusión del orden del día sobre el tema.

—¿Sabe usted —decía, por ejemplo— que Caterham ha estado hablando de nuestro producto en la Asociación Eclesiástica?

—¡Válgame Dios! —exclamaba Bensington—. Ese Caterham es primo del Primer Ministro, ¿no?

—Sí —contestaba Winkles—. Es un joven muy capaz… muy capaz. Completamente desatinado, ¿sabe usted? Violentamente reaccionario… pero enteramente capaz. Y es evidente que está dispuesto a ganar dinero con este producto nuestro. Ha adoptado una actitud muy decidida. Habla de nuestra proposición de utilizarlo en las escuelas elementales…

—¿De nuestra proposición de utilizarlo en las escuelas elementales?

—Yo dije algo de eso el otro día —muy de paso—, cosa de poca monta, en un Politécnico. Para aclarar el concepto de que el producto es, en realidad, altamente beneficioso. Y que no entrañaba el menor peligro, a pesar de esos pequeños accidentes iniciales, que no pueden volver a suceder… Ya sabe usted que el producto sería muy bueno… Pero él se ha puesto en contra.

—¿Y qué dijo usted?

—Meras naderías, claro. Pero como usted ve… Caterham lo trata con una gravedad perfecta. Trata este asunto como si fuera un ataque. Dice que ya se malgasta bastante dinero público en las escuelas elementales, sin el alimento ése. Repite de nuevo los viejos chistes sobre las lecciones de piano, ¿sabe usted? Dice que nadie desea impedir que los niños de las clases humildes tengan la educación apropiada a su condición, pero que darles un alimento de esta suerte sería destruir completamente su sentido de la proporción. Y amplia el tópico. ¿Qué beneficio se sacaría, pregunta, con dar a las gentes humildes una altura de once metros? Porque él cree, realmente, que tendrían once metros de altura.

—Así sería —repuso Bensington— si se les diera nuestro alimento regularmente. Pero nadie dijo nada…

—Yo dije algo…

—¡Pero, querido Winkles…!

—Serán mucho más altos, claro está —interrumpió Winkles con el aire de saberlo todo, intentando disuadir a Bensington de sus simples ideas—. Serán indiscutiblemente mayores. Pero ¡oiga usted lo que me dijo! ¡¿Serán así más dichosos?! Este es su argumento. Curioso, ¿verdad? ¿Serán así mejores? ¿Serán más respetuosos ante la autoridad legalmente constituida? ¿Será justo, aun para los mismos niños? Es curioso lo preocupados que están esos tipos por la justicia… en cuanto se refiera a las disposiciones para el porvenir. Incluso hoy en día —prosiguió diciendo— el coste de la alimentación y el vestido de los niños es superior a lo que muchos de sus padres pueden permitirse, ¡y si esta clase de alimento llega a autorizarse…! ¿Eh, qué tal…?

«Y, vea usted, resulta luego que él transforma mi insinuación incidental en una propuesta positiva. Y luego se pone a calcular lo que costarán unos pantalones para un chico que crezca hasta alcanzar la talla de seis metros o más. Como si realmente creyera… Diez libras esterlinas, calcula, por unos pantalones con un mínimo de decencia. ¡Qué hombre tan curioso ese Caterham! ¡Tan concreto! El honrado y trabajador contribuyente deberá pagar por esto, según él. También dice que tenemos que tomar en consideración los Derechos de los Padres. Todo está aquí. En dos columnas. El padre tiene el derecho de criar a sus hijos según su propio tamaño…

«Luego viene la cuestión de la escuela y la colocación de los niños en ella, el coste de los pupitres y de los bancos para nuestras ya demasiado sobrecargadas escuelas nacionales. ¿Y para conseguir qué…? Un proletariado de gigantes famélicos. Y termina con un párrafo muy serio, diciendo que aunque esta descabellada insinuación —mera fantasía de mi parte ¿sabe usted? Y además mal interpretada—, esta descabellada insinuación sobre las escuelas no llegue a materializarse, no se dará fin, por ello, a la cuestión. Es éste un alimento muy extraño, tan extraño que a él le parece casi perverso. Ha sido esparcido temerariamente, según él, y puede volver a esparcirse de nuevo. Una vez se ha tomado se transforma en ponzoña a menos que se siga con él. (–Así es —repuso Bensington). Y, en resumidas cuentas, propone la fundación de una sociedad nacional para la conservación de las proporciones adecuadas de las cosas. Extravagante, ¿eh? La gente está la mar de entusiasmada con la idea.

—Pero ¿qué se proponen hacer?

Winkles se encogió de hombros y extendió las manos.

—Fundar una sociedad —dijo— y armar jaleo. Quieren que se declare ilegal la fabricación de la Heracleoforbia… o al menos que se declare ilegal la divulgación de su existencia. Yo mismo he escrito algo para demostrar que la idea que tiene Caterham del producto es exagerada, exageradísima, pero no parece haberle hecho mella. Es curioso del modo que la gente se está revolviendo en contra. Y, a propósito, la Asociación Nacional de Templanza ha fundado una filial para la templanza en el crecimiento.

—¡Bah! —murmuró Bensington tocándose la nariz.

—Después de todo cuanto ha sucedido, a la fuerza tiene que haber este alboroto. En realidad, la cosa es… sobrecogedora.

Wilkles anduvo de un lado para otro de la habitación durante cierto tiempo, pareció vacilar y se fue.

Se hizo evidente que algo le preocupaba, algún aspecto de importancia crucial para él, que no quería aún hacer público. Un día, en que Redwood y Bensington se hallaban juntos en el piso de éste, Winkles les dejó vislumbrar lo que era este algo que tenía en reserva.

—¿Cómo va todo eso? —preguntó frotándose las manos.

—Estamos redactando una especie de informe conjuntamente.

—¿Para la Royal Society?

—Sí.

—¡Vaya! —exclamó Winkles con acento profundo dirigiéndose hacia la alfombra de la chimenea—. Pero ¿acaso deben ustedes…?

—Debemos ¿qué?

—¿Deben ustedes publicarlo?

—No estamos en la Edad Media —dijo Redwood.

—Lo sé.

—Como dice Cossar, de sabios es mudar de opinión… Este es el verdadero método científico.

—En la mayoría de los casos, así es… Pero éste es un caso excepcional.

—Vamos a exponerlo todo ante la Royal Society en su debida forma —propuso Redwood.

Winkles volvió a hablar de lo mismo en otra ocasión.

—Desde muchos aspectos es un descubrimiento excepcional.

—Eso no importa —dijo Redwood.

—Es que esta clase de conocimientos podrían ser fácilmente objeto de abusos, de graves peligros, como dice Caterham.

Redwood no dijo nada.

—Hasta por descuido, ¿sabe usted…? Y si formáramos un comité de personas de toda confianza para controlar la fabricación del Alimento Estrella —de la Heracleoforbia, quiero decir— tal vez podríamos…

Se interrumpió, y Redwood, con cierta sensación de molestia que no exteriorizó, hizo como si no se hubiera dado cuenta de la tácita interrogación…

Fuera de la presencia de Redwood y de Bensington, Winkles, a pesar de la imperfección de sus conocimientos, se transformó en la máxima autoridad respecto al Alimento Estrella; escribió cartas a los periódicos defendiendo su empleo; redactó notas y artículos explicando sus posibilidades; se coló en las reuniones de las asociaciones médicas y científicas para hablar sobre ello, aprovechando la menor ocasión, aunque no viniera a propósito, y llegó a identificarse completamente con el Alimento. Publicó un opúsculo titulado «La verdad sobre el Alimento Estrella», en el que minimizaba los sucesos de Hickleybrow hasta dejarlos reducidos a poco menos de nada. Dijo que era absurdo decir que el Alimento Estrella daría a las personas una talla de once metros. Aquello era «evidentemente exagerado». Haría a las personas mayores de lo que eran en la actualidad, eso sí, pero eso era todo…

Dentro de aquel círculo íntimo de dos personas estaba claro que Winkles se derretía para poder ayudar en la fabricación de la Heracleoforbia, para ayudar en la corrección de las pruebas que pudiera haber de cualquier artículo en preparación sobre el susodicho tema, para hacer algo, en fin, que pudiera conducirle a participar en los detalles de la fabricación de la Heracleoforbia. Estaba diciendo continuamente a los otros dos que él tenía la sensación de que aquello era algo Grande, y de que encerraba enormes posibilidades. Si pudiesen sólo quedar… «salvaguardado, de algún modo». Y por fin, un día, preguntó sin ambages por qué no le explicaban cómo se fabricaba.

—He reflexionado mucho sobre lo que usted me dijo —empezó a decir Redwood.

—Y bien —preguntó Winkles muy animado.

—Que es esta clase de conocimientos la que podría ser muy fácilmente objeto de graves abusos —explicó Redwood.

—Pero no veo qué tiene eso que ver —replicó Winkles.

—Desde luego, tiene —dijo Redwood. Winkles estuvo meditándolo uno o dos días. Después vio otra vez a Redwood y le dijo que tenía sus dudas sobre si era lícito administrar unos polvos, de los que nada conocía, al pequeño de Redwood. Le parecía que era algo así como encargarse de una responsabilidad sin conocimiento de causa. Esto último dejó pensativo a Redwood.

—Ya ha visto usted que la Sociedad para la Supresión Total del Alimento Estrella parece contar ya con varios millares de asociados —dijo Winkles cambiando de tema—. Han redactado un proyecto de ley y han encargado a Caterham que lo defendiera… Y Caterham ha aceptado, encantado. Están dispuestos a todo. Ahora están empeñados en la formación de comités locales para influenciar a los candidatos. Quieren que se considere un delito la preparación y el almacenamiento de la Heracleoforbia sin una licencia especial, y que se tenga por un crimen, con prisión sin fianza, la administración del Alimento Estrella —así es como le llaman, ¿sabe usted?— a toda persona de menos de veintiún años de edad. Pero también hay sociedades colaterales, ¿sabe usted? Toda clase de gentes. La Sociedad para la Conservación de Antiguas Estaturas va a conseguir que elijan a Frederick Harrison para el Municipio, según dicen. Ya sabe usted que Harrison ha escrito un ensayo sobre esta cuestión y dice que es un asunto muy vulgar y que se halla en completo desacuerdo con aquella Revelación de la Humanidad que se encuentra en las enseñanzas de Comte, y que semejante cosa no habría podido producirse ni aun en los peores momentos del siglo XVIII, y que la idea del Alimento jamás entró en la mente de Comte, lo cual demuestra lo perversa que es. Harrison dice que nadie que comprenda de veras a Comte…

—Pero no querrá usted decir… —empezó a decir Redwood, tan alarmado que abandonó su actitud de desdén hacia Winkles.

—No harán nada de todo eso —afirmó Winkles—, pero la opinión pública es la opinión pública y votos son votos. Todo el mundo puede ver que se hallan ustedes enfrascados resolviendo algo muy inquietante. Y el instinto humano está en contra de las cosas inquietantes, ¿sabe usted? Nadie parece abundar en la idea que se ha formado Caterham de la posibilidad de personas de once metros de altura, que no podrían entrar en ninguna iglesia, ni en ningún salón de actos, ni en ninguna institución humana o social. Pero, a pesar de todo, en el fondo no se sienten muy tranquilos. Ven que hay algo, algo más que un descubrimiento corriente…

—Siempre hay algo más —dijo Redwood— en todo descubrimiento.

—Sea como sea, lo cierto es que se están poniendo impacientes. Caterham sigue machacando sobre lo que puede ocurrir si el Alimento se suelta otra vez. Yo les digo una y otra vez que no volverá a suceder, y que no puede suceder. Pero… ¡así es como están las cosas!

Y se quedó dando respingos por la estancia durante un rato, como si intentara volver a iniciar la cuestión del secreto, y luego, pensándolo mejor, se fue.

Los dos hombres de ciencia se miraron. Durante un buen rato sólo hablaron con los ojos.

—Si llegara lo peor —dijo Redwood, por fin, con una voz que se esforzaba en aparecer tranquila—, daría el Alimento a mi pequeño Teddy con mis propias manos.

CAPÍTULO TRES

Fue a los pocos días de esto, cuando Redwood, al abrir el periódico, se encontró con que el Primer Ministro había prometido nombrar una Comisión Real para que estudiara la cuestión del Alimento Estrella. Esto hizo que se dirigiera, con el periódico en la mano, hacia el domicilio de Bensington.

—Winkles, presumo, está perjudicando nuestro producto. Le está haciendo el juego a Caterham. Se pasa el día hablando de esta cuestión y de lo que se propone hacer, y en resumidas cuentas lo que hace es alarmar a la gente. Si sigue así, creo que realmente va a dificultar nuestras investigaciones. Incluso ahora… con el problema de mi hijo menor…

Bensington dijo que desearía que Winkles no continuara hablando.

—¿Ha notado usted cómo ha caído en el hábito de llamarlo Alimento Estrella?

—No me gusta ese nombre —dijo Bensington mirando por encima de las gafas.

—Es exactamente lo que eso significa… para Winkles.

—¿Por qué seguirá machacando? ¡Si no es cosa suya!

—Es algo que significa fama —dijo Redwood—. Yo no lo comprendo. Pero todo el mundo va a creer que lo es. Pero eso no es lo que importa.

—En la eventualidad de que esta agitación ignorante y ridícula empiece a manifestarse de un modo más serio… —empezó a decir Bensington.

—Mi hijo menor no puede prescindir ya de este producto —afirmó Redwood—, y no sé lo que yo podría hacer ahora. Si llegase lo peor…

Un leve ruido, como de rebote de algo proclamó la presencia de Winkles. E inmediatamente se hizo visible en el centro de la habitación frotándose las manos.

—Preferiría que llamara antes de entrar —dijo Bensington, mirando, de muy mal talante, por encima de la montura de oro de sus gafas.

Winkles se deshizo en excusas. Luego, volviéndose hacia Redwood, empezó a decir:

—Celebro muchísimo hallarle aquí. Lo cierto es que…

—¿Ha visto usted eso de la Comisión Real? —lo interrumpió Redwood.

—Sí —contestó Winkles, distraído de lo que iba a decir.

—¿Y qué le parece?

—Me parece algo excelente —dijo Winkles— que acallará gran parte de este clamor, ventilando el asunto por completo. Silenciará a Caterham. Pero no he venido por eso, Redwood. Lo cierto es que…

—No me gusta esa Comisión Real —murmuró Bensington.

—Le aseguro a usted que nos irá muy bien. Y hasta puedo decir… y no creo que sea un abuso de confianza… que es muy posible que yo sea nombrado miembro de esta comisión…

—¡Bah! —exclamó Redwood mirando la lumbre.

—Yo puedo arreglar las cosas. Puedo dejar perfectamente aclarado, en primer lugar, que el producto es controlable, y en segundo lugar, que sólo por milagro podría repetirse otra catástrofe como la de Hickleybrow. Y esto es precisamente lo que se quiere, una completa seguridad dada por persona autorizada. Claro que yo podría hablar con mucha más confianza si supiera… Pero precisamente ahora se presenta otro pequeño problema sobre el que deseo consultarlos a ustedes. ¡Ejem! Lo cierto es que… Bueno… Me encuentro con ciertas dificultades, y ustedes pueden ayudarme a resolverlas.

Redwood enarcó las cejas y se sintió muy contento.

—El asunto es… estrictamente confidencial.

—Prosiga —dijo Redwood—. No se preocupe por esto.

—Recientemente ha sido confiada a mis cuidados una niña, hija de… de un personaje muy elevado.

Winkles tosió.

—Adelante —dijo Redwood.

—Debo confesar que es en gran parte debido a esos polvos de ustedes, y la fama que me ha acarreado el éxito que he tenido con el hijo menor de usted… Existe, no hay qué disimularlo, un fuerte sentimiento contra su empleo. Y, no obstante, veo que entre las personas más inteligentes… Hay que ir despacio y sin ruido en estas cosas… poco a poco. Así y todo, en el caso de Su Alte… quiero decir, en el caso de esta nueva enfermita que tengo… En realidad… la idea fue de su madre. Yo no habría jamás…

Dio una palmada en el hombro a Redwood, como si se sintiera embarazado.

—Creí que usted tenía sus dudas sobre la oportunidad de recomendar el uso de esos polvos —dijo Redwood.

—Fue una duda meramente pasajera.

—¿Y no proponía usted discontinuar…?

—¿En el caso de su hijo? ¡Por cierto que no!

—Por lo que puedo entender, sería un asesinato.

—No lo haría por nada del mundo.

—Tendrá usted los polvos —dijo Redwood.

—Supongo que usted no podría…

—No hay cuidado. No existe ninguna fórmula. No interesa, Winkles, y dispense mi franqueza. Yo mismo hago los polvos.

—Es igual —dijo Winkles después de quedarse mirando fijamente a Redwood un instante— Es igual… —Y luego añadió—: Le aseguro que no me importa lo más mínimo.

CAPÍTULO CUATRO

Cuando se hubo marchado Winkles, Bensington se acercó a la alfombrilla de la chimenea y allí se quedó de pie, mirando a Redwood, que estaba sentado.

—¡Su Alteza Serenísima! —exclamó.

—¡Su Alteza Serenísima! —exclamó Redwood.

—¡Es la princesa de Weser Dreiburg!

—No es más que una prima de tercer grado.

—Redwood —dijo Bensington—, ya sé que le parecerá curioso lo que voy a decirle, pero… ¿cree usted que Winkles comprende?

—¿Qué?

—Qué es lo que hemos hecho… ¿Comprenderá realmente que en la Familia… la Familia de su nuevo paciente…?

—Siga —dijo Redwood.

—Que siempre han estado, más bien, algo debajo… debajo…

—Del promedio.

—Sí. ¿Y que siempre han procurado con gran tacto no distinguirse en nada, va a producirles un personaje real… un personaje real descomunal… de semejante tamaño? ¿Sabe usted, Redwood? No estoy seguro de que no haya aquí algo casi lindante con… alta traición…

Bensington clavó en Redwood la mirada que tenía fija en la puerta.

Redwood, con un gesto rápido de su dedo índice señalando el fuego, exclamó:

—¡Por Júpiter! ¡Winkles no lo sabe…!

«Ese hombre no sabe nada. Ésta fue su característica más exasperante cuando era estudiante. Nada. Aprobó todos sus exámenes sabiendo lo que tenía que saber, y ni una palabra más, como si fuera una estantería giratoria de la Thimes Encyclopaedia. Y ahora ya no sabe absolutamente nada. Es Winkles, y como tal, incapaz de asimilar de veras nada que no esté relacionado de un modo directo e inmediato con su yo superficial. Carece por completo de imaginación y, en consecuencia, es incapaz de todo conocimiento. Probablemente nadie podría haber aprobado tantos exámenes ni ir tan bien vestido, tan acicalado, y tener tanto éxito como médico, sin esa precisa incapacidad. Eso es. Y a despecho de todo lo que ha visto y oído y se le ha explicado, ahí lo tiene usted… sin la menor idea de lo que ha puesto en marcha. Tiene la idea de explotar la fama, y está trabajando en el Alimento Estrella muy bien, y como alguien le ha dejado meterse en lo de esta infanta recién nacida… pues se siente más famoso que nunca. La Weser Dreiburg tendrá que enfrentarse con el gigantesco problema que representa una princesa de nueve metros de estatura, y él ni siquiera lo ha pensado, ya que carece de cabeza. ¡Es que no puede!

—Habrá un lío mayúsculo repuso Bensington.

—Dentro de un año, poco más o menos.

—Tan pronto como adviertan que la niña crece sin parar.

—A menos que, siguiendo la costumbre… echen tierra al asunto.

—Habría que echar mucha tierra.

—Bastante.

—¿Y qué van a hacer?

—Nunca hacen nada… Tacto real.

—Pero se verán obligados a hacer algo.

—Acaso sea ella quien lo haga.

—¡Oh, Dios mío! ¡Vaya!

—Y la suprimirán. Cosas parecidas han sucedido.

Redwood se echó a reír con grandes carcajadas.

—¡La realeza redundante…! ¡El niño descomunal de la máscara de hierro! —dijo—. ¡Tendrán que ponerla en la torre más alta del viejo castillo de Weser Dreiburg, y abrir boquetes en el techo de los diferentes pisos, a medida que vaya creciendo…! Bien, yo también estoy metido en el lío. Y Cossar y sus tres chicos. Y… bueno, bueno…

—Habrá un lío mayúsculo —repitió Bensington sin contagiarse de la risa del otro—. ¡Un lío mayúsculo…!

«Supongo que usted ha pensado detenidamente en eso, Redwood. ¿Está usted seguro de que no sería más sensato advertir a Winkles, y usted, por su parte, destetar a su hijo menor gradualmente, y… confiar en el Triunfo Teórico?

—Quisiera que usted viniese a pasar media hora en mi casa, en el cuarto de los niños, cuando el Alimento llega con un poco de retraso —dijo Redwood con cierto tono de exasperación—, y no hablaría usted así. Además… advertírselo a Winkles. ¡No! La marea de este asunto nos ha cogido de sorpresa, y tanto si nos da miedo como si no… ¡tenemos que nadar!

—Así será, supongo —dijo Bensington mirándose las puntas de los pies—. Sí. Tenemos que nadar. Y su hijo tendrá que nadar, y los chicos de Cossar… ¡porque se lo ha dado a los tres! Cossar no está para medias tintas… ¡O todo o nada! Y su Alteza Serenísima. Y todo. Nosotros continuaremos fabricando el Alimento. Cossar también. Estamos sólo en los albores del comienzo, Redwood. Es evidente que van a ocurrir toda clase de cosas. Cosas grandiosas y monstruosas. Pero no puedo imaginármelas, Redwood. Excepto…

Se contempló las uñas. Levantó la vista hacia Redwood, y lo miró a través de las gafas, blandamente.

—Casi estoy por decir —aventuró— que Caterham tiene razón, a veces. Esto va a destruir la proporción de las cosas. Va a dislocar… ¿Qué es lo que no se va a dislocar?

—Sea lo que sea lo que se disloque —dijo Redwood—, mi hijo menor debe seguir tomando el Alimento.

Oyeron a alguien que subía rápidamente la escalera, y en seguida Cossar asomó la cabeza por la puerta.

—¡Hola! —exclamó entrando—. ¿Qué pasa?

Le notificaron el asunto de la princesa.

—¿Problemas difíciles? —dijo—. Ni por asomo. Claro que ella crecerá. Y su hijo también crecerá. Y todos los demás a quienes usted les dé el Alimento crecerán. Todos. Como cualquier otra cosa. ¿Qué dificultad ve en ello? ¡Si eso está muy bien! Un niño lo vería clarísimo. ¿Dónde está el problema?

Los otros dos intentaron aclarárselo.

—¿No continuar trabajando en esto? —chilló—. Pero ahora ya no es cosa de ustedes. Ustedes son los instrumentos. Como Winkles es también un instrumento. Todo está perfectamente. A veces me pregunté para qué serviría Winkles. Ahora es innecesario. ¿Cuál es el problema…?

«¿La confusión? Evidentemente. ¿El trastorno de las cosas? Va a trastornarlo todo. Finalmente va a trastornar todas las empresas humanas. Eso es claro como el agua. Intentarán detenerlo, pero tarde. Tienen la costumbre de llegar siempre tarde. Ustedes vayan y fabriquen cuanto puedan. ¡Gracias a Dios que sirven para algo!

—Pero ¿y el conflicto? —dijo Bensington—. ¡La tensión nerviosa…! Ignoro si usted habrá imaginado…

—Usted debió haber nacido hortaliza, Bensington —dijo Cossar—, eso es lo que usted debió ser al nacer. Algo que creciera en terreno abonado. Aquí está usted, construido de un modo temible y admirable al mismo tiempo, y creyendo que ha sido creado precisamente para no hacer nada y regalarse el cuerpo. ¿Cree usted que este mundo fue creado para que todo el trabajo lo hicieran las mujeres que van a fregar las casas? ¡Bueno, sea como sea, ya no pueden ustedes hacer nada ahora… No les queda otro remedio que continuar!

—Así tendrá que ser, supongo —dijo Redwood—. Lentamente…

—¡No! —exclamó Cossar dando un grito tremendo—. ¡No! Tienen ustedes que fabricar tanto como puedan y tan de prisa como puedan. ¡Hay que esparcirlo por todas partes!

Se sintió inspirado por un golpe de genio. Parodiando una de las curvas de Redwood, con un amplio gesto del brazo hacia arriba, ordenó para puntualizar la alusión:

—¡Redwood! ¡Hágalo así!

CAPÍTULO CINCO

Hay, según parece, un límite al orgullo materno, y este límite, en el caso de la señora Redwood, fue alcanzado al cumplir su retoño los seis meses de existencia terrena, cuando rompió el cochecito de lujo en que salía a pasear y tuvieron que volverlo a casa, berreando, en el carrito de la leche. En este momento el joven Redwood pesaba treinta kilos, tenía una talla de un metro veinte, y podía levantar un peso de otros treinta kilos. Tuvo que ser llevado a su cuarto escaleras arriba por la cocinera y la camarera. Después de aquello, el descubrimiento fue sólo cuestión de días. Una tarde, Redwood, de vuelta a su casa, al venir del laboratorio, se encontró con su desdichada esposa profundamente abstraída leyendo las fascinantes páginas de El átomo potente. Al ver a su marido, dejó el libro a un lado y echando a correr a su encuentro, estalló en llanto sobre su hombro.

—Dime qué le has hecho —se lamentó—. Dime qué has hecho.

Redwood la cogió de la mano y la condujo al sofá mientras meditaba sobre la adopción de una satisfactoria línea de defensa.

—Todo va bien, querida —dijo—, todo va bien. Estás un poco excitada. Y todo por culpa de ese cochecito barato. Mañana vendrá un hombre con un sillón de ruedas, algo fuerte y resistente…

La señora Redwood se quedó mirándolo con los ojos llenos de lágrimas, por encima del pañuelo que tenía en la mano.

—¿Mi hijo en un sillón de ruedas? —preguntó.

—Bueno, ¿por qué no?

—Parecerá un inválido.

—Parecerá un gigante joven, querida, y no tienes ningún motivo para avergonzarte de él.

—Algo le has hecho, Dandy —dijo ella—. Te lo adivino en la cara.

—Bueno, sea lo que sea, no ha parado de crecer —dijo Redwood cruelmente.

—Ya lo sé —dijo la señora Redwood, haciendo una pelota con su pañuelo con una sola mano. Volvió a mirar a su marido, con un súbito cambio en su mirada, ahora severísima—. ¿Qué le has hecho a tu propio hijo, Dandy?

—Pero ¿qué le pasa?

—¡Es tan grande! Es un monstruo.

—Tonterías. Es un niño tan limpio y tan derecho como el que más. ¿Qué tiene de particular?

—Mira el tamaño que tiene.

—Pues está muy bien. ¡Mira a esos diminutos chavales que se ven alrededor! Él es el chico más guapo de todos…

—¡Es demasiado guapo!

—No seguirá creciendo así —dijo Redwood tranquilizándola—. Es sólo el empuje inicial.

Pero sabía perfectamente que el niño seguiría creciendo. Y así lo hizo. A los doce meses de edad tenía una talla de un metro con cuarenta y siete centímetros y pesaba cincuenta y seis kilos. Era tan grande, en realidad, como uno de los querubines de San Pietro del Vaticano, y sus afectuosos tirones a los cabellos y golpes a la cara de los visitantes dieron mucho que hablar en West Kensington. Para subirlo y bajarlo de su cuarto, lo llevaban en un sillón de inválido, y la niñera especial que tenía, una joven musculosa, recién salida de la escuela de enfermeras, solía llevarlo a tomar el aire en un cochecillo al que se había adaptado un motor Panhard de ocho caballos para poder subir las cuestas, especialmente requerido para sus necesidades. Fue una suerte, por todo concepto, que Redwood tuviese su trabajo pericial, además de la cátedra.

Una vez pasado el susto producido por el enorme tamaño del pequeño Redwood, se podía ver que era, según dicen las personas que solían verlo a diario zumbando despacio en su coche por Hyde Park, un niño singularmente bonito y avispado. Rara vez lloraba o necesitaba que alguien lo confortara. Generalmente llevaba un gran sonajero en la mano, y a veces se dedicaba a saludar a los conductores de autobús y a los policías con quienes se encontraba a lo largo de su paseo y al otro lado de las rejas del parque con unos «¡Dadda!» y «¡Babba!» muy sociales y democráticos.

—Ahí va ese niño tan grande del Alimento Estrella —solía decir el conductor del autobús.

—Se lo ve saludable —hacía observar el pasajero del asiento delantero.

—Criado con biberón —explicaba el conductor—. Con un biberón que, según dicen, es de cuatro litros y medio y tuvo que fabricarse especialmente para él.

—Pues está muy sano, muy sano —terminaría diciendo el pasajero de delante.

Cuando la señora Redwood se dio cuenta de que el crecimiento de su hijo iba prosiguiendo de un modo indefinido y, por otra parte, lógico —cosa que acaeció por primera vez al llegar el cochecillo con motor—, se abandonó a un arrebato de dolor, declarando que no quería entrar más en el cuarto de los niños, que querría estar muerta, que querría que el niño estuviese muerto, que querría no haberse casado con Redwood, que querría que nadie se casara con nadie, representó un poco el papel de Ajax, y se retiró a sus habitaciones, donde vivió casi de caldo de gallina durante tres días. Cuando se presentó Redwood para reconvenirla por su proceder, ella se puso a lanzar almohadas por todas partes, lloró y se mesó los cabellos.

—El niño está muy bien —dijo Redwood—. Cuanto mayor sea, tanto mejor. Tú no querrías verlo más pequeño que los hijos de los demás.

—Lo que quiero es que sea como los demás niños, ni mayor ni menor. Yo querría que él fuera un niñito precioso, lo mismo que Georgina Phyllis es una niña preciosa, y querría criarlo bien, de un modo normal, y ahí lo tienes —y la voz de la desdichada mujer se quebró— llevando unos zapatos enormes y paseándose en un coche con… ¡ay!… ¡gasolina!

«¡Nunca podré quererlo! ¡Nunca! ¡Es demasiado para mí! ¡Nunca podré ser una madre para él, tal como hubiera querido serlo!

Pero, por fin, consiguieron hacerla entrar en el cuarto de los niños, y allí estaba Edward Monson Redwood («Pantagruel» fue un mote que le pusieron más tarde) balanceándose en una mecedora especialmente reforzada, sonriendo y diciendo: «Guu» y «Uau». Y el corazón de la señora Redwood se dulcificó otra vez ante su hijo, y lo cogió en brazos y lloró.

—Te han hecho algo —sollozó—, y tú seguirás creciendo y creciendo, cariño mío, pero haré todo lo que esté en mi poder para criarte bien, diga lo que diga tu padre.

Y Redwood, que había ayudado a llevarla hasta la puerta, se fue por el pasillo, muy reconfortado.

(¡Ejem! ¡Es un mal asunto eso de ser hombre… siendo las mujeres como son!).

CAPÍTULO SEIS

Antes de finalizar el año, se vieron en el oeste de Londres varios cochecillos con motor, además del de Retwood. Según me dicen, llegaron a ser hasta once. Pero las más cuidadosas investigaciones tan sólo verídica evidencia de un total de seis, dentro del área metropolitana, en aquella época. Al parecer, el producto aquel obró de modo diferente según el tipo constitucional de cada cual. Al principio La Heracleoforbia no pudo prepararse en forma de inyecciones, y no hay duda de que existe una proporción considerable de personas incapaces de absorber esta sustancia en el curso normal de la digestión. Por ejemplo, fue administrada al niño menor de Winkles, pero, por lo visto, el niño fue tan incapaz de crecer como, si Redwood estaba en lo cierto, su padre era incapaz de aprender. Otros niños, además, según datos suministrados por la Sociedad para la Supresión Total del Alimento Estrella, quedaron, de un modo inexplicable, como corrompidos por el Alimento, y perecieron ya en un principio a causa de trastornos infantiles diversos. Los chicos de Cossar se lo tragaron con asombrosa avidez.

Naturalmente, una cosa de este tipo nunca puede aplicarse con absoluta simplicidad en la vida humana. El crecimiento, en particular, es algo muy complejo, y todas las generalizaciones tienen que ser, a la fuerza, algo imprecisas. Pero la ley general del Alimento fue, al parecer, la siguiente: cuando podía ser absorbido en el interior del cuerpo, fuera del modo que fuese, lo estimulaba en la misma proporción aproximadamente en todos los casos. Incrementaba el crecimiento hasta sextuplicarlo o septuplicarlo, y no pasaba de ahí, cualquiera que fuese la cantidad de Alimento que se tomara después. En realidad, un exceso de Heracleoforbia superior al mínimo necesario conducía, según pudo observarse, a la producción de alteraciones patológicas de la nutrición, cáncer, tumores diversos, osificaciones y otras lindezas. Y una vez empezado el crecimiento en gran escala, se hizo evidente que sólo podía continuar en la misma escala, y que la administración continua de Heracleoforbia a dosis pequeñas, pero suficientes, era imperativa.

Si se la suprimía mientras duraba el crecimiento, se presentaba primero una vaga sensación de molestia y de inquietud, luego un período de voracidad —como en el caso de las jóvenes ratas de Hankey— y luego el sujeto en crecimiento presentaba cierta especie de anemia exagerada, enfermaba y moría. Las plantas sufrían efectos similares. Esto, sin embargo, se aplicaba sólo al período de crecimiento. Tan pronto como se alcanzaba la adolescencia —en las plantas representada por la formación de los primeros brotes florales—, el apetito y necesidad de Heracleoforbia disminuían, y tan pronto como la planta o el animal había llegado a la edad adulta, se hacía por completo independiente de cualquier provisión ulterior del Alimento. Quedaba, como si dijéramos, firmemente establecido en la nueva escala, firmemente establecido que, como los cardos de los alrededores de Hickleybrow y la hierba de la loma demostraban, las semillas producían retoños gigantes de la misma especie.

Y el pequeño Redwood, pionero de la nueva raza, primero de todos los niños que tomaron el Alimento, seguía arrastrándose por su cuarto, destrozando el mobiliario, mordiendo como un caballo, pellizcando como un depravado y vociferando pueriles silabeos a su «mamma» y a su asustado e intimidado «pappa», que era quien había puesto en marcha el desaguisado.

El niño había nacido lleno de buenas intenciones.

—Padda bueno, bueno —solía decir cuando veía pasar ante él la vajilla y otros artículos frágiles.

«Padda» era su equivalente de Pantagruel, mote que el mismo Redwood le había impuesto. Y Cossar, haciendo caso omiso de ciertas lumbreras que al poco tiempo causaron problemas, después de un conflicto con las autoridades locales y sus reglamentos de vivienda, edificó en un solar adyacente a la casa de Redwood una confortable y bien iluminada sala de recreo, a la par que escuela y dormitorio, para los cuatro chicos, sala cuya planta tenía la forma de un cuadrado de dieciocho metros de lado por doce de altura.

Redwood se enamoró de aquella sala para los niños, mientras él y Cossar la estaban edificando, y su interés en las curvas se desvaneció, como nunca hubiera ni soñado que pudiera desvanecerse, ante las urgentes necesidades de su hijo.

—Es muy importante —decía— esto de acomodar un cuarto para los niños…

«Las paredes, las cosas que hay en él, todo esto le hablará a esta nueva mentalidad creada por nosotros, con más o menos elocuencia, y le enseñará o dejará de enseñarle millares de cosas.

—Es obvio —decía Cossar apresurándose a coger su sombrero.

Los dos trabajaron juntos con toda armonía, pero Redwood fue quien suministró la mayor parte de las teorías educativas requeridas…

Hicieron pintar las paredes y los maderámenes con alegre vigor. En su mayor parte prevaleció un color blanco cálido, pero con franjas de colores brillantes para dar fuerza a las sencillas líneas de la construcción.

—Debemos tener colores limpios —dijo Redwood.

Y en determinado sitio puso una banda horizontal hecha con cuadrados, en los que los carmines y morados, anaranjados y amarillo limón, azules y verdes, de diversos matices y tonalidades, se hacían honor a sí mismos. Estos cuadrados debían ser arreglados y vueltos a arreglar por los niños gigantes combinando los colores a su placer.

—Después seguirá la decoración… —decía Redwood—. Dejemos que primero se percaten de la extensión de la escala cromática y luego ya prescindiremos de esto. No hay motivo alguno para que los coaccionemos en favor de un color o dibujo en particular.

Y luego continuó:

—Este sitio debe estar lleno de interés. El interés es el alimento del niño, y la falta de interés significa tortura y hambre. Debe haber cuadros en abundancia.

No se colocaron cuadros permanentes en la habitación, sino que se colgaron marcos vacíos en los que debían encuadrarse nuevas imágenes para quitar y poner, las cuales se quitarían, guardándolas en una carpeta, y sustituyéndolas por otras nuevas cuando el interés por las anteriores hubiese pasado. Había una ventana que daba a la calle, y además, para aumentar el interés, Redwood había amañado por encima del techo del cuarto de los niños una cámara oscura que enfocaba Kensington High Street y un buen trozo de los jardines de Kensington.

En un rincón, ese instrumento tan importante que se llama ábaco, de metro veinte de lado, pieza de hierro especialmente reforzada, con los ángulos redondeados, aguardaba las incipientes operaciones aritméticas de los jóvenes gigantes. Había pocos corderitos de lana y demás ídolos parecidos, y en su lugar, Cossar, sin dar explicaciones, trajo un buen día, en tres coches de alquiler, una gran cantidad de juguetes (todos ellos lo bastante grandes para que los futuros niños no pudieran tragárselos) que podían amontonarse, disponerse en hileras, rodar, morderse, ondear, sonar como una matraca, caérseles encima, tirar de ellos, abrirlos, cerrarlos, mutilarlos y hacer con ellos una serie de experimentos interminable. Había ladrillos de madera de diversos colores, oblongos y cuboideos, ladrillos de porcelana pulida, ladrillos de vidrio transparente y ladrillos de caucho tablas y pizarras; conos, conos truncados y cilindros; esferoides achatados y alargados por los polos; pelotas de varias sustancias, macizas y huecas; muchas cajas de diversos tamaños y formas, con tapas engoznadas, o atornilladas, o ajustadas, y dos o tres con cerradura o candado; tiras de goma y de cuero, y un buen número de objetos, todos del mismo tamaño, que podían tenerse en pie, dando la impresión de figuras humanas.

—Dele ésos —decía Cossar—. De uno en uno…

Estas cosas las puso Redwood en un armario preparado en un rincón. Adosado a una de las paredes de la sala, a una altura conveniente para un niño de dos metros de altura, había un encerado, en el que los muchachos podían lucirse con tizas blancas y coloradas, y cerca de allí una especie de bloque de dibujo del que se podía desprender hoja tras hoja y en el que se podía dibujar con carbón; y también había un pequeño pupitre, con grandes lápices de carpintero de variable dureza y una copiosa provisión de papel, en el que los muchachos podían primero garrapatear y luego dibujar más distintamente. Y, además, Redwood ordenó, tanto corría su imaginación, que le trajeran tubos de pintura líquida, especialmente grandes, y cajas de pasteles para cuando llegara el momento en que se necesitasen. También dejó allí un tonel de pluticina y de arcilla modelable.

—Al principio él y su maestro modelarán juntos —decía—, pero cuando el chico haya adquirido alguna habilidad haré que copie modelos y quizá animales. ¡Y ahora me acuerdo que también tengo que encargar que le hagan una caja de herramientas…! «Luego libros. Tendré que buscar un buen número de libros, y tendrán que ser con tipos de imprenta muy grandes. Pero ¿qué clase de libros va a necesitar? Habrá que alimentar su imaginación. Porque, esto es, desde luego, lo principal de la educación. Eso es la corona de toda educación, ya que los sanos hábitos de mente y conducta constituyen el trono. La carencia de imaginación equivale a brutalidad y una imaginación ruin equivale a lujuria y cobardía; en cambio, una imaginación noble es Dios andando de nuevo sobre la tierra. También debe soñar, a su debido tiempo, en un exquisito país de hadas y en todas las cosas curiosas y fantásticas de la vida. Pero debe alimentarse principalmente de la espléndida realidad. Tendrá que leer historias de viajes por todo el mundo, viajes y aventuras y relatos de cómo fue conquistado el mundo; también deberá tener historias de animales, grandes libros espléndida y claramente iluminados con bestias y pájaros y plantas y sabandijas, grandes libros que traten de las profundidades del firmamento y los misterios del mar; tendrá que leer historias y mapas de todos los imperios que ha visto el mundo, láminas e historias de todas las tribus, hábitos y costumbres de la humanidad. Y también tendrá que tener libros y láminas que inciten su sentido de la belleza, sutiles imágenes japonesas que le hagan amar las aún más sutiles bellezas del pájaro, del zarcillo, de la flor marchita, y reproducciones de pinturas occidentales también, imágenes de hombres y mujeres llenos de gracia, agradables grupos y amplios panoramas de mar y de tierra. También tendrá que tener libros sobre la construcción de casas y palacios, planeará habitaciones e inventará ciudades…

«Creo que deberé darle un pequeño teatro…

«Y, además, está la música…

Redwood reflexionó sobre aquello y decidió por fin que lo mejor sería que empezara con una armónica de una octava y de sonido puro. Más tarde podría haber una extensión a la octava.

—Primero tocará con ésta, cantando y solfeando, y así dará el nombre apropiado a las notas —dijo Redwood—, pero ¿y luego…?

Se quedó mirando al alféizar de la ventana, situada a un nivel más alto que su cabeza, y tomó la medida del tamaño de la sala con la mirada.

—Tendrán que construir el piano aquí dentro —dijo—, y traerlo desmontado.

Estuvo rondando por allí, en medio de todos sus preparativos, una figurilla pensativa y taciturna. Si le hubierais podido ver os habría parecido igual que un hombrecillo de veinticinco centímetros de estatura en medio de los objetos corrientes que se encuentran en los cuartos infantiles. Una gran manta —en verdad era una alfombra turca— de treinta y siete metros cuadrados de superficie, sobre la que el joven Redwood estaba destinado a arrastrarse muy pronto, se extendía hasta el radiador eléctrico que, protegido por un enrejado, tenía que calentar el lugar. Un individuo de Cossar estaba empinado en el andamiaje, colocando el gran marco que debía contener los grabados transitorios. Un libro de papel secante para ejemplares de plantas, grande como la puerta de una casa, estaba apoyado en la pared, y de entre sus páginas sobresalía un tallo gigante, el borde de una hoja y una flor de pamplina, también de tamaño gigantesco, de aquel desmesurado tamaño que poco después proporcionaría fama a Urshot en el mundo de la botánica.

A Redwood le sobrevino cierta sensación de incredulidad, mientras se hallaba entre todas estas cosas.

—Sí es que esto realmente va a seguir así… —dijo mirando hacia el remoto techo.

De muy lejos llegó un sonido igual que el mugido de un toro de Mafficking, como si fuera una respuesta.

—¡Ya lo creo que sigue! —dijo Redwood—. Evidentemente.

Lo que siguió fue una serie de resonantes golpes dados sobre una mesa y a continuación un grito que más bien parecía un graznido:

—¡Guuluu! ¡Buuuzuu! Pzz…

—Lo mejor que puedo hacer —dijo Redwood siguiendo una diferente línea de ideas—, es enseñarle yo mismo.

Los porrazos se hicieron más insistentes. Durante un momento le pareció a Redwood que habían alcanzado un ritmo del zumbido de una locomotora, la locomotora que él habría podido imaginar arrastrando el gran tren de los acontecimientos que se le echaba encima. Luego una serie descendente de golpes más secos rompió aquel efecto, y volvió a repetirse.

—¡Adelante! —exclamó al oír que alguien llamaba a la puerta.

Y la puerta, que era grande como la de una catedral, se entreabrió con lentitud. El nuevo malacate dejó de chirriar y Bensington apareció en la abertura, mirando con benevolencia por encima de sus gafas.

—Me aventuré a dar una vueltecita por ahí para ver —susurró de un modo confidencialmente furtivo.

—Pase —dijo Redwood, y así lo hizo Bensington, cerrando la puerta tras de sí.

Se adelantó con las manos a la espalda, se detuvo, volvió a avanzar unos pasos y escrutó con movimientos de pájaro las dimensiones del edificio donde se encontraba. Luego se frotó la barbilla, pensativo.

—Cada vez que vengo aquí —dijo con una nota amortiguada en el tono de su voz— me choca cada vez más una impresión: grande.

—Sí —convino Redwood inspeccionándolo todo de nuevo como si se esforzara en aprehender aquella impresión visible—. Sí. Es que ellos también serán muy grandes, ¿sabe usted?

—Lo sé —repuso Bensington con un tono que indicaba casi pavor—. Muy grandes.

Se miraron casi con aprensión.

—Muy grande —dijo Bensington frotándose el puente de la nariz con un ojo dubitativo fijo en Redwood. Esperaba alguna expresión confirmativa, y viendo que ésta no llegaba añadió—: Todos ellos, ¿sabe usted?, espantosamente grandes. No puedo imaginar… aun con esto… lo grandes que van a ser.

CAPÍTULO SIETE

LA MUNIFICENCIA DEL SEÑOR BENSINGTON

CAPÍTULO OCHO

Mientras la Real Comisión del Alimento Estrella estaba preparando su informe fue cuando la Heracleoforbia empezó a demostrar su capacidad de filtración. Y la precocidad de esta segunda irrupción fue tanto más desgraciada, desde el punto de vista de Cossar al menos, cuando que el informe previo, todavía existente, demuestra que la Comisión, bajo la tutela de su expertísimo miembro, el doctor Stephen Winkles (F. R. S., M. D., F. R. C. R, D. Se, J. R, D. L, etc.) ya había decidido que las filtraciones accidentales eran imposibles y se hallaba dispuesta a recomendar que se encargara la preparación del Alimento Estrella a un comité competente (Winkles, principalmente), que tendría el control absoluto de la venta del producto, lo cual sería plenamente suficiente para satisfacer todas las objeciones razonables que pudieran oponerse a su libre difusión. Este comité debería disfrutar de un monopolio total. Y, sin duda, hay que considerar como parte de las ironías de la vida el hecho de que la primera y más alarmante de esta segunda serie de filtraciones ocurriera a menos de cincuenta metros de distancia de un pequeño cottage en Keston, ocupada durante el verano por el propio doctor Winkles.

No cabe la menor duda de que la negativa de Redwood de hacer partícipe a Winkles de la composición de la Heracleoforbia IV había despertado en este caballero una novísima e intensa afición hacia la química analítica. Winkles no era un manipulador experto, y probablemente por este motivo consideró más apropiado trabajar, no en los laboratorios excelentemente equipados que se hallaban a su disposición en Londres, sino, sin consultar con nadie y con un aire casi de gran secreto, en un rudimentario laboratorio muy reducido que había instalado en el jardín de la quinta de Keston. No parece haber demostrado una gran habilidad en sus investigaciones. Por el contrario, puede deducirse que abandonó toda investigación después de trabajar intermitentemente durante un mes en este asunto.

Este laboratorio del jardín, donde realizó Winkles su trabajo, estaba muy someramente equipado, provisto de agua por una cañería vertical, y el agua residual se vertía en un sumidero que iba a parar a una balsa cenagosa bordeada de juncos, bajo un aliso, en un rincón aislado de los pastos comunales, por fuera del vallado de su jardín. La cañería estaba agrietada y el residuo del Alimento de los Dioses se escapaba por la grieta para ir a parar a una charca en medio de grupos de juncos. Esto sucedía al comienzo de la primavera.

Todo estaba en movimiento con la vida renovada en aquel pequeño rincón espumoso. Había huevas de rana a la deriva; trémulas de renacuajos que acababan de romper sus cubiertas gelatinosas; diminutas líneas arrastrándose hacia la vida, y debajo de la verde epidermis de los tallos de junco, las larvas del gran escarabajo de agua luchaban por salir del cascarón.

No sé si el lector conocerá la existencia de ese escarabajo llamado (ignoro por qué razón) Dytiscus. Es un insecto articulado muy raro, muy musculoso y de movimientos repentinos, que tiene la particularidad de nadar cabeza abajo, mientras la cola le sale por la superficie del agua. Tiene la longitud aproximada de la punta del dedo pulgar de un hombre, y algo más —unos cinco centímetros, es decir, para aquellos que no hayan comido el Alimento—, y además posee dos cortantes maxilares que se encuentran y se acoplan delante de la cabeza, unos maxilares tubulares, con puntitos agudos en sus bordes, por los cuales tiene la costumbre de chupar la sangre de sus víctimas…

Los primeros animales que entraron en contacto con los granos del Alimento a la deriva fueron los diminutos renacuajos y las líneas. Los renacuajos serpenteantes, en particular, cuando lo hubieron probado, lo buscaron con gran afición. Pero tan pronto como uno de ellos hubo desarrollado hasta alcanzar un tamaño sobresaliente en aquel pequeño mundo de renacuajos y hubo probado de zamparse uno o dos de sus hermanitos más pequeños, como suplemento a su dieta vegetariana, ¡zas!, una de las larvas de escarabajo se agarró a su corazón con sus curvados maxilares chupadores de sangre, y con la roja corriente entró la Heracleoforbia IV, en estado de solución, en el cuerpo de su nuevo cliente. Lo único que tenía algunas posibilidades de compartir el Alimento con esos monstruos eran los juncos, la viscosa espuma verde del agua y las tiernas algas del fondo de la ciénaga. Al limpiar finalmente el laboratorio, una nueva porción del Alimento desaguó en la poza, la cual, desbordándose, llevó toda esta siniestra expansión de la lucha por la vida a la charca adyacente, junto a las raíces del aliso…

La primera persona en descubrir lo que estaba ocurriendo fue un tal Lukey Carrington, profesor especial en Ciencias de la Junta de Educación de Londres y en sus ratos de ocio especialista en algas de agua dulce, y no hay que envidiarle por su descubrimiento. Había ido a pasar el día a Keston Common, a fin de llenar unos cuantos tubos con ejemplares para ulterior examen, y así llegó con una docena de tubos de cristal tapados con corchos, que tintineaban suavemente en su bolsillo, apareciendo primero en lo alto de la arenosa loma para descender hacia la charca, con el bastón herrado en la mano. Un muchacho jardinero, que se hallaba arriba, en los peldaños de la cocina, recortando el seto del doctor Winkles, lo vio en aquel rincón de mundo tan poco frecuentado, encontrándolo tanto a él como a su ocupación lo suficientemente inexplicables e interesantes para merecer una estrecha y atinada observación al asunto.

Vio como el señor Carrington se agachaba en la orilla de la charca apoyándose con la mano en el vetusto tronco del aliso y mirando el agua, pero claro está que no pudo apreciar la sorpresa y el placer con que contempló las grandes y extrañas burbujas y filamentos de las algosas heces en el fondo. No había renacuajos visibles —ya habían sido muertos todos por entonces—, y, según parece, no vio allí nada extraño aparte de una vegetación excesiva. Se remangó hasta el codo e, inclinándose, sumergió el brazo en busca de un ejemplar. Su inquisitiva mano fue hasta el fondo. Instantáneamente algo brilló saliendo de la fresca sombra debajo de las raíces del árbol…

¡Flash! El bicho aquél hincó sus mandíbulas profundamente en el brazo de Carrington… un animal de forma extraña, de más de treinta centímetros de largo, de color castaño y articulado como un escorpión.

Su feísima apariencia y el dolor agudo y sorprendente de su picadura fueron demasiado para el equilibrio de Carrington. Sintió que se iba a desvanecer, profirió un grito agudo y, ¡sptash!, cayó de boca en la charca.

El muchacho vio cómo desaparecía, y oyó el chapoteo y su lucha dentro del agua. El desdichado personaje surgió de nuevo en el campo visual del muchacho, sin sombrero, chorreando agua y chillando.

Nunca había oído el muchacho chillar a un hombre.

Aquel asombroso forastero pareció como si se estuviera arrancando algo de un lado del rostro, donde aparecieron unas estrías sangrientas. Braceó desesperadamente, dio saltos en el aire como si estuviera atacado de frenesí, echó a correr violentamente diez o doce metros y luego cayó, revolcándose en el suelo y desapareciendo de la vista del muchacho.

Éste bajó los peldaños y saltó por el seto, afortunadamente con las tijeras aún en la mano. Al pasar entre las plantas, rompiéndolas, dice que estuvo a punto de volverse atrás temiendo tenérselas que haber con un lunático, pero la posesión de las tijeras le dio confianza.

—En todo caso, hubiera podido pincharle los ojos —explicó.

En cuanto Carrington le echó la vista encima, su actitud se transformó inmediatamente en la de un hombre cuerdo, pero desesperado. Con grandes esfuerzos pudo ponerse de pie, tropezó, se irguió y se acercó al muchacho.

—¡Mira! —exclamó—. ¡No me las puedo quitar!

Y sintiendo un mareo ante aquel horror, el muchacho vio que, pegadas a la mejilla del hombre, a su brazo desnudo y a su muslo, y azotándole la carne furiosamente con sus ágiles y musculosos cuerpos de color castaño, había tres de aquellas horribles larvas, con sus grandes mandíbulas hincadas profundamente en la carne y chupando con ahínco. Estaban allí agarradas como bulldogs y los esfuerzos de Carrington para desprender aquel monstruo de su cara sólo habían servido para lacerar la carne donde se había agarrado, haciendo chorrear un vivido escarlata por el rostro, el cuello y la chaqueta.

—Se los voy a cortar, señor —exclamó el muchacho—. Aguante un poco.

Y con la afición de los de su edad para tales procedimientos, cercenó una por una las cabezas de los atacantes de Carrington.

—¡Yap! —iba diciendo el muchacho cada vez que caía una de las cabezas.

Así y todo, se habían agarrado con tanta fuerza y determinación, que las cabezas, incluso cercenadas, quedaron aún durante algún tiempo mordiendo fieramente la carne y chupando una sangre que se les escurría por el corte del cuello. Pero el muchacho dio fin a eso con unos cuantos tijeretazos más… en uno de los cuales, por cierto, resultó lesionado el propio Carrington.

—¡No podía quitármelas! —repitió Carrington.

Y durante un buen rato permaneció tambaleándose y sangrando con profusión.

Se tocó las heridas con manos débiles y examinó el resultado en las palmas. Luego se le doblaron las piernas y cayó desvanecido a los pies del muchacho y entre los cuerpos aun coleantes de sus descalabrados enemigos. Afortunadamente, no se le ocurrió al muchacho la idea de rociarle la cara con agua —aún quedaban unos cuantos más de aquellos horribles bichos debajo de las raíces del aliso— sino que dio la vuelta a la charca y se introdujo en el jardín con la intención de pedir auxilio. Allí encontró al jardinero, que también hacía las veces de cochero, y le relató lo sucedido.

Cuando volvieron donde se hallaba Carrington, éste ya se había incorporado y se hallaba sentado en el suelo, débil y aturdido, pero en condiciones de advertirles del peligro de la charca.

CAPÍTULO NUEVE

Éstas fueron las circunstancias por las que el mundo tuvo la primera notificación de que el Alimento estaba libre otra vez. Al cabo de una semana, Keston Common se hallaba en el estado operativo que los naturalistas llaman centro de distribución. Esta vez no había avispas ni ratones, ni tijeretas, ni ortigas, pero había al menos tres esquilas, varias larvas de libélula que al poco tiempo se transformaron en libélulas, deslumbrando a todo el Kent con sus planeantes cuerpos de zafiro, y una asquerosa vegetación espumeante y gelatinosa que, rebosando los bordes de la ciénaga, enviaba sus viscosas masas verdes y ondulantes por el sendero que iba a la casa del doctor Winkles, hasta mitad del trayecto. Y empezó también un crecimiento exagerado de juncos y equisetum y de potamogetón, que sólo tubo fin con la desecación de la charca.

Rápidamente se hizo evidente a la mentalidad pública que esta vez no había simplemente un centro único de distribución, sino bastantes. Uno de éstos se hallaba en Ealing, y no cabía la menor duda de que fue de ahí de donde vino la plaga de moscas y ácaros rojos. Otro se hallaba en Sunbury, productor de grandes anguilas ferocísimas, que salían del agua y llegaban a matar ovejas. Y también había otro en Bloomsbury, el cual gratificó al mundo con una nueva raza de cucarachas de una especie terrible, procedentes de un viejo caserón habitado por varias cosas indeseables. Bruscamente el mundo se encontró de nuevo arrostrando las aventuras de Hickleybrow, con toda clase de estrambóticas exageraciones de monstruos domésticos en vez de las gallinas, ratas y avispas gigantes. Cada centro estalló con sus características flora y fauna locales.

Sabemos ahora que cada uno de estos centros correspondía a sendos pacientes del doctor Winkles, pero esto no se hizo evidente por entonces. El doctor Winkles fue la última persona en incurrir en la reprobación general a causa de aquello. Hubo un enorme pánico, cosa muy natural, y se produjo una indignación apasionada, no contra el doctor Winkles, sino contra el Alimento, y hasta no tanto contra el Alimento como contra el infortunado Bensington, a quien ya desde el principio la imaginación popular había insistido en considerar como la sola y única persona responsable de este nuevo producto.

El intento de lincharle que se produjo a continuación es uno de esos hechos explosivos que abultan en la historia, pero que, en realidad, constituyen el menos significativo de los sucesos.

La historia del tumulto es un misterio. El núcleo principal de la multitud procedía ciertamente de un mitin Antialimento-Estrella que había tenido lugar en Hyde Park, organizado por los extremistas del partido de Caterham, pero no parece que haya habido nadie en el mundo que propusiera, ni nadie que insinuara, la sugerencia del atropello al que asistieron tantas personas. Constituye un problema para el señor Gustave le Bon, un misterio en la psicología de las multitudes. De los hechos acaecidos se desprende que, cerca de las tres de la tarde de un domingo, una bastante grande y enloquecida multitud londinense, completamente desmandada, irrumpió Thursday Street abajo con la intención de dar a Bensington una muerte ejemplar como advertencia a todos los investigadores científicos, y que estuvo más cerca de realizar sus propósitos que ninguna otra multitud londinense lo había estado desde que fueron arrancadas las rejas de Hyde Park a mediados de la remota época victoriana. Esta multitud llegó tan cerca, en verdad, de llevar a término sus propósitos, que por espacio de una hora o un poco más una sola palabra habría sellado el destino del infortunado caballero.

La primera noticia que Bensington tuvo de aquello fue el rumor de la gente en el exterior. Se acercó a la ventana a mirar, sin darse cuenta de lo que era inminente. Durante un minuto acaso estuvo contemplando aquel hervidero en la entrada de su casa, viendo cómo se deshacían de una docena de ineficaces policías que intentaron cortarles el paso, antes de darse cuenta cabal de su importancia en el asunto. De repente, comprendió que aquella muchedumbre aulladora y ondeante iba en su busca. Se encontraba solo en el piso —afortunadamente, quizá—, ya que su prima Jane había ido a Ealing a tomar el té con una parienta suya por parte de madre, y el pobre Bensington no tenía más idea de cómo debía comportarse en aquellas circunstancias con las reglas de etiqueta del día del Juicio Final. Iba desesperadamente de un lado a otro del piso, preguntando a sus muebles qué tenía que hacer, dando vuelta a las llaves en las cerraduras para volverla a dar en seguida al revés, precipitándose hacia las puertas, las ventanas, el dormitorio… cuando entró el portero.

—No hay momento que perder, señor —le dijo—. ¡Saben el número de su habitación porque lo han leído en el tablero del vestíbulo! ¡Y vienen hacia aquí directamente!

Hizo salir corriendo a Bensington al pasillo, donde ya se percibían los ecos del gran tumulto procedente de la escalera principal, cerró la puerta a sus espaldas y lo hizo entrar en el piso de enfrente por medio de su llave duplicada.

—Es nuestra única oportunidad —dijo.

Abrió de par en par la ventana, que daba a un pozo de ventilación, desde donde se veía que en la pared se habían fijado unas planchas de hierro que constituían la más rudimentaria y peligrosa de las escaleras de escape en caso de incendio, desde los pisos superiores. El portero empujó a Bensington fuera de la ventana, le enseñó cómo debía agarrarse para no caer y salió tras él, escalera arriba, acuciándolo y atizándolo en las piernas con el llavero cuando intentaba desistir de aquella ascensión. A veces, parecía a Bensington que se vería obligado a trepar por aquella escalera vertical interminablemente. Encima de él, el parapeto parecía inaccesible, remoto, a un kilómetro de distancia. Debajo… Procuró no pensar en lo que había debajo.

—¡Alto! —gritó el portero agarrándole el tobillo.

Era horrible sentirse el tobillo agarrado de aquel modo, y Bensington se asió firmemente a la plancha de hierro de más arriba, cogiéndose a ella con desesperación, y profirió un ahogado chillido de terror.

Era evidente que el portero había roto el cristal de una ventana, y luego pareció que había saltado de lado a gran distancia hacia un costado; en seguida se oyó el ruido de una ventana que se abría. El portero le estaba diciendo a gritos cosas que él no comprendía.

Bensington volvió la cabeza hasta que pudo ver al portero.

—Baje seis peldaños —ordenó el buen hombre.

Todas aquellas idas y venidas parecían solemnes tonterías, pero, de todos modos, con muchísimas precauciones, Bensington bajó un peldaño.

—¡No me estire! —gritó al ver que el portero se disponía a ayudarlo desde la ventana abierta.

Le pareció que llegar a la ventana desde la escalera sería una hazaña respetable para un murciélago, y fue con la idea de efectuar un suicidio decente más que con la de alcanzar la meta, que por fin se decidió a dar aquel paso. El portero, sin ningún cumplido, lo metió dentro.

—Tendrá usted que quedarse —dijo—. Mis llaves no funcionan aquí. Es una cerradura americana. Voy a salir a ver si encuentro al inquilino de este piso. Usted se quedará aquí encerrado. No se acerque a la ventana, eso es todo. Es la muchedumbre más horrible que he visto en mi vida. Si creen que está usted ausente, probablemente se contentarán con destruir su producto…

—El indicador decía «Está en casa» gimió Bensington.

—¡Al demonio el indicador! Mejor que no me encuentren…

Y desapareció dando un portazo.

Bensington volvió a quedarse solo con sus iniciativas.

Y se metió debajo de la cama. Allí fue donde lo encontró Cossar.

Bensington estaba casi en coma de terror cuando fue descubierto, porque Cossar derribó la puerta con los hombros, habiendo tomado impulso desde la pared de enfrente del pasillo.

—Salga de aquí, Bensington —dijo—. Todo va bien. Soy yo… Tenemos que salir de aquí. Están incendiando el edificio. Los porteros huyen. Los criados ya se han ido. Por fortuna di con el único hombre que sabía dónde estaba usted… ¡Mire!

Bensington, atisbando desde debajo de la cama, se dio cuenta de que Cossar llevaba en el brazo unas ropas incomprensibles, y, aunque parezca increíble, ¡un gorro negro de mujer en la mano!

—Están desembarazándose de todos los obstáculos —dijo Cossar—. Si no incendian el edificio, vendrán hasta aquí. Las tropas no llegarán a lo mejor hasta dentro de una hora. El cincuenta por ciento de los manifestantes son malvivientes, y en cuantos pisos penetren tanto más les va a gustar. Evidentemente… Quieren limpiarlo todo. Usted póngase estas faldas y este gorrito, Bensington, y larguémonos.

—¿Quiere usted decir…? —empezó a decir Bensington sacando la cabeza como una tortuga.

—¡Póngase esto y venga…! ¡Ya!

Y con súbita vehemencia, arrastrando a Bensington fuera de la cama, empezó a disfrazarlo de anciana mujer de pueblo.

Le arremangó los pantalones y le hizo quitarse las chinelas; le quitó él mismo el cuello, la corbata, la chaqueta y el chaleco, le pasó una blusa negra por la cabeza, le puso un corpiño de lanilla roja y un jubón por encima. Hizo que se quitara los lentes, demasiado característicos, y le aplicó de un golpe el gorrito en la cabeza.

—Podría ser usted una vieja de nacimiento —dijo mientras le ataba las cintas.

Luego le hizo ponerse las botas con cierre elástico —terrible tortura para los callos— y el chal, y el disfraz fue completo.

—Camine de un lado para otro —dijo Cossar.

Bensington obedeció.

—Está bien —añadió Cossar.

Y de esta forma fue cómo, tropezando con torpeza con sus desacostumbradas faldas, gritando imprecaciones mujeriles con una fantástica voz de falsete para mantener su papel y acompañado de la rugiente nota de una muchedumbre que se proponía nada menos que lincharle, el auténtico descubridor de la Heracleoforbia IV procedió a huir por el pasillo de Chesterfield Mansions, mezclado con aquella multitud desordenada e inflamada, y así salió de la cadena de acontecimientos que constituye nuestra historia.

Después de aquella huida, ni una sola vez volvió a mezclarse en el estupendo proceso de desarrollo del Alimento de los Dioses el hombre que más había hecho por su descubrimiento.

CAPÍTULO DIEZ

El hombrecillo que puso en marcha todo este negocio desaparece de la historia, y al cabo de un cierto tiempo se desvanece enteramente del mundo de las cosas visibles y explicables. Pero como que fue él quien dio origen a todo lo que relatamos, será decoroso intercalar a su salida una página de atención. Podrá ser presentado, en sus últimos días, tal como la población de Tunbridge Wells lo conoció. Porque fue en Tunbridge Wells donde reapareció después de un oscurecimiento temporal, tan pronto como se dio cuenta cabal de lo transitorio, de lo absolutamente excepcional y carente de significado de aquella furia del tumulto. Reapareció bajo las alas de la prima Jane, tratándose a sí mismo por el descalabro nervioso sufrido, con exclusión de cualquier otro interés, y permaneciendo totalmente indiferente, según parece, a las batallas que hacían furor entonces alrededor de aquellos nuevos centros de distribución y alrededor de los Niños del Alimento. Bensington sentó sus reales en el hotel hidroterapéutico Mount Glory, donde se dan extraordinarias facilidades para toda clase de baños: carbonatados, creosotados, tratamiento galvánico y farádico, masaje, baños de pino, almidón y pinabete, baños de radium, luz, calor, salvado y hojas de abeto, baños de brea… toda clase de baños, y se dedicó por entero al desarrollo de este sistema de tratamiento curativo que quedó aún imperfecto a su muerte. A veces montaba en un vehículo de alquiler, bien abrigado dentro de su chaqueta de piel de foca, y otras veces, cuando sus pies se lo permitían, echaba a andar hasta el manantial, donde sorbía el agua ferruginosa bajo la mirada de su prima Jane.

Sus hombros encorvados, su rosada apariencia, sus brillantes gafas, llegaron a ser una «característica» de Tunbridge Wells. Nadie se mostró descortés con él en absoluto. Por el contrario, tanto el lugar aquél como el hotel parecieron estar muy complacidos de contar con su presencia. Nada podía evitarle ya aquella distinción. Y aunque prefería no seguir el desarrollo de su gran invento en los periódicos, cuando atravesaba el salón de descanso del hotel o se dirigían al manantial y oía cómo susurraban: «¡Ahí viene! ¡Es éste!», no era precisamente desagrado lo que ablandaba el rictus de su boca y hacía relucir un momento sus ojos.

¡Aquella figurilla, aquella diminuta figurilla, había lanzado el Alimento de los Dioses sobre el mundo! No se puede saber qué es lo más asombroso de esos hombres científicos y fisiólogos si su grandeza o su pequeñez. Podéis imaginároslo allí, en el manantial, embutido en el abrigo forrado de pieles. Está de pie, bajo aquella ventana de porcelana donde brota el chorro de agua mineral, bebiendo pequeños sorbos de agua ferruginosa del vaso que sostiene en la mano. Un ojo, por encima de la montura de oro, está fijo, con expresión de inescrutable severidad, en la prima Jane.

—¡Bah! —dice cada vez que toma un sorbo.

Así componemos nuestro recuerdo, así enfocamos y fotografiamos a nuestro descubridor por última vez, y así le dejamos, como un simple punto en nuestro primer término, pasando a considerar aquella otra imagen mucho mayor que se ha desarrollado a su lado, la historia de su Alimento, cómo los dispersos Niños Gigantes fueron creciendo día por día dentro de un mundo demasiado pequeño para ellos y cómo la red de leyes sobre el Alimento Estrella y de convenciones sobre el Alimento Estrella, que la Comisión del Alimento Estrella estaba tejiendo ya por entonces, se fue cerrando más y más alrededor de ella, a cada año de su crecimiento. Hasta que…

EL ALIMENTO LLEGA AL PUEBLO

LIBRO SEGUNDO

ÍNDICE

I. EL ADVENIMIENTO DEL ALIMENTO
II. EL MUNDO DISTORSIONADO
III. EL JOVEN CADDLES EN LONDRES
IV. LOS DOS DÍAS DE REDWOOD

Parte Uno

EL ADVENIMIENTO DEL ALIMENTO

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13

CAPÍTULO UNO

Los Niños del Alimento siguieron creciendo ininterrumpidamente durante todos aquellos años; fue el mayor acontecimiento de la época. Pero son las filtraciones lo que hace historia. Los niños que lo habían comido crecieron, pero pronto hubo otros niños creciendo asimismo; y las mejores intenciones del mundo no pudieron evitar más filtraciones en lo sucesivo. El Alimento insistía en escaparse con la pertinacia de un ser viviente. La harina tratada con aquel producto se deshacía, en tiempo seco y casi como si fuera intencionadamente, en un polvo impalpable que volaba ante la brisa más tenue. A veces un nuevo insecto se abría camino hacia un nuevo desarrollo, transitorio y fatal; otras veces era una nueva irrupción de grandes ratas desde las cloacas y de otras sabandijas del mismo estilo. Durante unos días el pueblo de Pangbourne, en Berkshire, luchó contra hormigas gigantes. Tres hombres fueron mordidos y fallecieron. Hubo pánico, hubo luchas y la calamidad resultante que ser combatida nuevamente, dejando siempre algo detrás, en las cosas más oscuras de la vida, completamente cambiado. Luego, otra vez, una nueva irrupción aguda y terrorífica, una rápida hipertrofia de monstruosos matorrales, una diseminación, a la deriva por todo el mundo, de unos cardos que crecían desorbitadamente, de cucarachas contra las que los hombres luchaban con escopetas o una plaga de enormes moscas.

Hubo luchas desesperadas en lugares oscuros. El Alimento engendró héroes en defensa de la causa de la pequeñez…

Y los hombres aceptaron aquellos acontecimientos como hechos normales en sus vidas y se enfrentaron con ellos como expedientes improvisados y se dijeron unos a otros que «no había ningún cambio en el orden esencial de las cosas». Después del primer gran pánico, Caterham, a pesar de su poder de elocuencia, pasó a ser una figura secundaria en el mundo político, permaneciendo en la opinión de la gente como el exponente de un punto de vista extremista.

Sólo lentamente pudo abrirse camino hacia una posición central en los negocios. «No hay ningún cambio en el orden esencial de las cosas…». Aquel líder eminente del pensamiento moderno, el doctor Winkles, era muy preciso sobre esto… y los exponentes de lo que en aquellos días había tomado el nombre de Liberalismo Progresivo, se pusieron muy sentimentales sobre la insinceridad esencial de su progreso. Sus ensueños, según parece, estaban dedicados por entero a las pequeñas naciones, a los pequeños lenguajes, a aquellas pequeñas familias, cada una de las cuales podía mantenerse a sí misma con los productos de su granja. Era la moda de lo pequeño, de lo pulcramente dispuesto. Ser grande era ser «vulgar», y los términos de delicado, primoroso, diminuto, miniatura y minúsculamente perfecto llegaron a ser las palabras clave de la aprobación crítica…

Mientras tanto, quedamente, sin apresurarse, como es propio de la infancia, los Niños del Alimento seguían creciendo en un mundo que cambiaba para poder recibirlos, hacían acopio de fuerzas, de estatura y de conocimientos, se hacían individuales y decididos, adaptándose lentamente a las dimensiones de su destino. Al poco tiempo ya parecían formar parte natural del mundo. Toda aquella agitación de engrandecimiento también parecía formar parte integrante del mundo de un modo natural, y las personas difícilmente podían imaginarse cómo habían sido las cosas antes de aquello. Llegaron a oídos de los hombres relatos de lo que los niños gigantes eran capaces de hacer, y los hombres exclamaban: «¡Maravilloso!», sin maravillarse lo más mínimo. Los periódicos populares hablaban de los tres hijos de Cossar y de cómo estos asombrosos niños levantaban grandes cañones, lanzaban grandes bloques de hierro a cientos de metros de distancia y saltaban hasta los sesenta metros. Se decía que estaban cavando un pozo más profundo que cualquier pozo o mina que hombre alguno hubiese cavado, en busca de tesoros ocultos en la tierra desde que la tierra empezó a ser.

Estos Niños, según las revistas populares, habían de allanar montañas, construir puentes para pasar el mar y llenar la tierra de túneles.

—¡Maravilloso! —decía la gente, ¿no es verdad? ¡Cuántas comodidades tendremos!

Y seguían, cada cual dedicado a sus negocios, como si en la tierra no existiese una cosa llamada el Alimento de los Dioses. Y, ciertamente, todas estas cosas no eran más que las primeras indicaciones y promesas de la potencialidad de los Niños del Alimento. Para ellos todavía no se trataba más que de juegos, no era más que el primer uso de una fuerza carente aún de propósito. Ni ellos mismos sabían para qué servían. Eran niños, niños que crecían lentamente, de una raza nueva. La fuerza gigante aumentaba día por día… pero la voluntad gigante tenía todavía que crecer mucho antes de alcanzar un propósito y un designio. Contemplándolos desde la estrecha perspectiva del tiempo, aquellos años de transición poseen la calidad de un único acontecimiento consecutivo; pero, en realidad, nadie vio el advenimiento del engrandecimiento, del mismo modo que nadie en todo el mundo vio, hasta que hubieron transcurrido varios siglos, la Decadencia y la Caída de Roma. Los que vivieron aquellos días estaban demasiado inmersos en los acontecimientos y su progresivo desarrollo para poder verlo como una unidad. Incluso a las personas más inteligentes les producía la impresión de que el Alimento no daría al mundo otra cosa que una cosecha de desatinos inconexos e ingobernables, que ciertamente podrían ser causa de agitaciones y disturbios, pero que no podían hacer gran cosa más contra el orden establecido y la estructura de la humanidad.

Para un observador, al menos, lo más maravilloso de todo aquel período de tensiones acumuladas es la inercia invencible de la gran masa de la población, su quieta persistencia en todo aquello que ignorase las enormes presencias, la promesa de cosas aún más enormes que estaban creciendo entre ellos mismos. Del mismo modo que muchos ríos aparecen con una superficie lisa y tranquila al borde de una catarata mientras su corriente es potente y profunda, así todo lo que el hombre tiene de más conservador parecía aquietarse en un sereno influjo durante aquellos últimos días. La reacción se hizo popular, se hablaba de la bancarrota de la ciencia, de la agonía del Progreso, del advenimiento de los Mandarines… y se hablaba de todas estas cosas entre los ecos de las pisadas de los Niños del Alimento. El tumulto de las absurdas Revoluciones de antaño, una multitud de necia gentuza persiguiendo a un reyezuelo o algo por el estilo eran cosas de otra época, y ni se hablaba ya de ello, pero lo que no había desaparecido era el Cambio. Era sólo el Cambio lo que había cambiado. El Nuevo Cambio llegaba con su talante y se hallaba más allá de la comprensión habitual del mundo.

Hablar con detalle de su advenimiento equivaldría a escribir una gran historia, pero por todas partes se sucedía una cadena semejante de acontecimientos. Explicar, por consiguiente, su aparición en un lugar determinado será como explicar algo del conjunto. Dio la casualidad de que una simiente extraviada de Inmensidad cayó en el hermoso pueblecito de Cheasing Eyebright, en Kent, y de la historia de su extraña germinación allí y de la trágica futilidad que fue su consecuencia, se puede intentar (siguiendo como si dijéramos, un solo hilo) demostrar la dirección en la que el gran telar hacía girar el huso del Tiempo.

CAPÍTULO DOS

Cheasing Eyebright tenía, como es natural, un vicario. Hay vicarios y vicarios, y de todos los tipos de vicario el que menos me gusta es el vicario innovador, de abigarradas ideas, reaccionario profesional y progresivo al mismo tiempo. Pero el vicario de Cheasing Eyebright era uno de los vicarios menos innovadores. Era un hombrecillo regordete, digno, maduro y de ideas conservadoras. Conviene que retrocedamos un poco en nuestro relato para hablar de él. El vicario se entendía muy bien con su pueblo y hay que figurárselos juntos, vicario y pueblo, tal como se les veía en aquel atardecer, cuando la señora Skinner —¡ya recordaréis su huida!— llevó consigo el Alimento, de un modo insospechado por todos, a aquella rústica tranquilidad.

Precisamente entonces era cuando el pueblo presentaba su mejor aspecto a la luz poniente. Se extendía a lo largo de un valle bajo los bosques de hayas de Hanger, formando un rosario de cottages donde alternaban las rojas tejas con la paja, pórticos enrejados y fachadas enmarcadas a medida que la carretera iba descendiendo desde los tejos de la vicaría hacia el puente. La vicaria sobresalía de un modo no muy ostentoso por entre el arbolado de más allá de la fonda, fachada de la primera época georgiana, madurada por el tiempo, y la aguja de la iglesia se elevaba, feliz, en la depresión que hacía el valle siguiendo la silueta de las lomas. Un tortuoso arroyo, una delgada intermitencia de azul cielo y espuma, brillaba entre una espesa orilla de cañas, lisimaquias y sauces llorones, en el centro de las sinuosas flámulas de un prado. El panorama presentaba aquella cualidad inglesa de madurado cultivo, aquel aspecto de inmóvil acabado que imita la perfección, bajo la tibia atmósfera del ocaso.

Y el vicario también presentaba un aspecto rancio. Tenía un aspecto habitual y esencialmente rancio, como si hubiese sido un niño rancio nacido en una clase social añeja, un muchachito maduro y jugoso. Se podía ver, aun antes de que él lo mencionara en su chocheante locuacidad, que había asistido a una costosa escuela con edificios cubiertos de hiedra, con magníficas tradiciones, asociaciones aristocráticas y cuentes de laboratorios de química, y que de allí había pasado a un venerable college del más maduro gótico. Pocos libros tenía con menos de mil años, de los cuales Yarrow y Ellis y varios sermones premetodistas constituían la mayor parte.

Era un hombre de talla mediana, un poco corto, en apariencia, debido a sus dimensiones ecuatoriales, y con un rostro que habiendo sido bien rancio ya desde el principio, era, en aquellos momentos, climatéricamente maduro. La barba de un David disimulaba la redundancia de su mentón; no llevaba cadena de reloj por exceso de refinamiento y sus modestos trajes clericales estaban confeccionados por un buen sastre del West End… En aquel instante se hallaba sentado con una mano en cada pierna, pestañeando a la vista de su pueblo, en una actitud de beatífica aprobación. Hizo un gesto con su regordeta mano hacia allí y sus preocupaciones se esfumaron. ¿Qué más podía desear?

—Estamos felizmente situados —dijo dando una expresión mansa y sumisa a sus ideas—. Estamos en una fortaleza en lo alto de una montaña.

Por fin, se explicó:

—Estamos fuera de todo.

Porque él y su amigo habían estado conversando de los Horrores de la Época, de la Democracia, de la Educación Laica, de los Rascacielos, de los Automóviles, de la Invasión Americana, de las infectas Lecturas del Público y de la completa desaparición del Buen Gusto.

—Estamos fuera de todo eso —repitió. Y aún no había acabado de hablar, cuando las pisadas de alguien que se acercaba llegaron a su oído. Se volvió en redondo y la vio.

Ya podéis imaginaros el rápido y trémulo avance de la anciana, con el fardo cogido por la descarnada y rugosa mano y la nariz (que era su más firme apoyo) arrugada en desalentada resolución. Podéis ver las amapolas de un sombrerito balanceándose rítmica y fatalísticamente, y las botas de cierre elástico, blancas de polvo, bajo sus desaseadas faldas, señalando con una irrevocablemente lenta alternativa hacia el Este y hacia el Oeste. Debajo del brazo, como un cautivo inquieto, se movía y se escurría un paraguas barato. ¿Quién podía haber dicho al vicario que aquella grotesca figura de anciana era —al menos en lo que hacía referencia a su pueblo— nada menos que la Fructífera Ocasión y lo Imprevisto, la Bruja que los hombres débiles llaman Destino? Pero nosotros ya sabemos que no era ni más ni menos que la señora Skinner.

Como iba muy cargada para poder saludar con cortesía, prefirió hacer como que no veía ni al vicario ni a su amigo, y así pasó, flip-flop, a tres metros de ellos, siguiendo hacia el pueblo. El vicario contempló su lento tránsito en silencio y, mientras, maduró el planteamiento de una observación.

Un incidente le pareció desprovisto de toda importancia. La mitad femenina del género humano, aere perennius, ha estado llevando paquetes a cuestas desde el día de la Creación. ¿Qué tenía, pues, de particular aquella anciana?

—Estamos fuera de todo eso —volvió a decir el vicario—. Vivimos en una atmósfera de cosas simples y permanentes, Nacer y Trabajar, el simple tiempo de la siembra y el simple tiempo de la cosecha. El Tumulto pasa y nos deja completamente de lado. Se sentía siempre grandilocuente cuando hablaba de lo que él llamaba las cosas permanentes.

—Las cosas cambian —decía—, pero el género humano… aere perennius.

Así era el vicario. Le gustaban las citas clásicas sutilmente aplicadas, aunque no vinieran a cuento. Más abajo, la señora Skinner, nada elegante pero decidida, parecía curiosamente acoplada al portillo de Wilmerding.

CAPÍTULO TRES

Nadie sabe lo que hizo el vicario con los Bejines Gigantes.

Sin duda fue de los primeros en descubrirlos. Estaban esparcidos a intervalos a lo largo del sendero que había entre la loma más próxima y el límite del pueblo, sendero que frecuentaba diariamente en su paseíto habitual, después de comer. En conjunto, de estos hongos anormales había una treintena. El vicario, según parece, se los quedó mirando severamente uno por uno y hasta golpeó la mayor parte de ellos una o dos veces con su bastón. Incluso intentó medir uno con los brazos, pero el hongo estalló ante su abrazo de Ixión.

Habló de ellos a diversas personas diciéndoles que eran «¡maravillosos!» y relató a no menos de siete amigos la conocida anécdota de la loza que fue levantada del suelo de la bodega por un cúmulo de hongos que crecían debajo de ella. Consultó su Sowerby para ver si se trataba del Lycoperdon coetatum, o giganteum, como todos los de su especie. Desde que Gilbert White se hizo famoso, el vicario «gilbertwhiteaba». Sostenía la teoría de que al giganteum se lo llama así injustamente.

No se sabe si pudo observar que aquellas esferas blancuzcas estaban esparcidas en el trayecto mismo que siguiera la anciana el día anterior, o si notó que el último ejemplar de la serie se distendía y abultaba a menos de veinte metros de la verja de entrada al cottage de Caddles. Si llegó a observar todas estas cosas, no hizo el menor intento de anotar sus observaciones. Sus observaciones en cuestiones de botánica eran lo que la clase inferior de científicos denomina «observación ejercitada», o sea, que se va en busca de determinadas cosas y se descuida de lo demás. Y tampoco hizo nada el vicario para relacionar este fenómeno con la notable expansión del niño de los Caddles, expansión que progresaba desde hacía varias semanas, exactamente desde un domingo por la tarde en que Caddles, de ello haría cosa de un mes o más, fue a visitar a su suegra y oyó cómo el señor Skinner (ahora difunto) se jactaba de su técnica para criar gallinas.

CAPÍTULO CUATRO

En verdad, el crecimiento exorbitante de los bejines, consecutivo a la expansión del niño de los Caddles, debería haber hecho abrir los ojos al vicario. El último de estos hechos mencionados, cronológicamente el primero, se le había echado en brazos cuando el bautizo… casi abrumadoramente.

El niño berreó con ensordecedora violencia al caer sobre su frente el agua fría que sellaba su herencia divina y su derecho a llamarse «Albert Edward Caddles». Se hallaba entonces más allá de toda posibilidad de acarreo materno, y Caddles, aunque tambaleándose, pero sonriendo triunfalmente a los demás padres, cuantitativamente inferiores, lo llevó de nuevo al banco ocupado por su grupo.

—¡Jamás vi a niño parecido! —exclamó el vicario. Éste fue el primer indicio público de que el niño de los Caddles, que había comenzado su carrera terrenal algo por debajo de los tres kilos y medio, intentaba, después de todo, hacer quedar bien a sus padres. Muy pronto se hizo evidente que no sólo aspiraba al crédito, sino a la gloria. Y al cabo de un mes, su gloria brillaba tan esplendente que hasta era, considerando la posición social en que se hallaban los Caddles, algo indecorosa.

El carnicero pesó al niño once veces. Hombre de pocas palabras, pronto expresó su modo de pensar. La primera vez dijo: —Éste es de los buenos. La segunda vez murmuró: —¡Demonios!

Y la tercera vez exclamó: —¡Buuuueno, señora!

Después de esto, cada vez que volvió a pesarlo se limitó a dar un tremendo resoplido, a rascarse la cabeza y mirar las escalas con una desconfianza sin precedentes. Todo el mundo fue a ver al Gran Bebé —como lo llamaron con general consentimiento— y la mayoría de ellos dijeron:

—¡Es un barbarote!

Y casi todos le hicieron esta pregunta: —¿Qué te han hecho tus padres?

La señorita Fletcher también fue a verlo, y dijo:

—¡Ay, yo nunca…!

Lo cual era perfectamente cierto.

Lady Wondershoot, la tirana del pueblo, llegó el día siguiente de la tercera pesada e inspeccionó muy de cerca el fenómeno a través de unos lentes que la llenaron de terror.

—Es un niño inusualmente Grande —dijo a su madre con voz potente e instructiva—. Tendrá usted que tener con él cuidados extraordinarios, Caddles. Naturalmente, no seguirá creciendo a este paso alimentado con biberón, pero debemos hacer todo lo que podamos por él. Le mandaré más franela.

Fue el médico y midió al niño con una cinta métrica y se anotó las cifras en un cuaderno, y el anciano Drifthassock, que cultivaba la tierra en Up Marden, hizo desviarse tres kilómetros de su trayecto a un corredor de abonos para que fuera a verlo. El corredor preguntó la edad del niño tres veces y finalmente dijo que lo ahorcasen si lo entendía. Dejó que cada cual dedujera cómo y por qué tenían que ahorcarlo, pero parece que era a causa del tamaño del niño. También dijo que tendrían que llevarlo a un concurso de bebés. Y durante todo el día, a la salida de la escuela, fueron presentándose niños y niñas que iban diciendo:

—Señora Caddles, ¿quiere dejarnos ver a su niño, por favor?

La buena mujer tuvo que cortar aquello por lo sano. Y en medio de aquellas escenas de asombro, compareció la señora Skinner y allí se quedó sonriendo, en último término, aguantándose los puntiagudos codos con sus descarnadas y nudosas manos, y sonriendo, sonriendo por debajo de la nariz, con una sonrisa de infinita profundidad.

—Hasta hace que la vieja bruja de la abuela no se vea tan mal —dijo Lady Wondershoot—. Siento de veras que haya vuelto al pueblo.

Naturalmente, como casi todos los niños de los labriegos, el elemento caritativo había hecho su aparición, pero el niño pronto dejó establecido sin lugar a dudas por medio de un berreo colosal, su opinión sobre la capacidad del biberón, aquel elemento distaba todavía mucho de su objetivo.

El niño fue considerado la maravilla del siglo, y todo el mundo se hartó de maravillarse de su asombroso crecimiento. Y luego, ¡cosa rara!, en vez de pasar de moda para dar paso a otras maravillas, ¡siguió creciendo a ritmo más acelerado que nunca!

Lady Wondershoot oyó lo que le decía la señora Greenfield, su ama de llaves, con un asombro infinito.

—¿Que Caddles está otra vez abajo? ¿Que no tiene alimento para el niño? Pero señora Greenfield, ¡es imposible! ¡Esta criatura come como un hipopótamo! Estoy segura de que no es verdad.

—Estoy segura de que no la engañan, Milady —dijo la señora Greenfield.

—¡Es tan difícil estar segura con esas gentes! —dijo Lady Wondershoot—. Y ahora desearía, mi buena señora Greenfield, que usted fuera allí esta tarde para ver… para ver cómo le dan el biberón. Por muy grande que sea, no puedo imaginarme que necesite más de tres litros al día.

—Realmente no hay necesidad, Milady —dijo la señora Greenfield.

La mano de Lady Wondershoot tembló con una especie de caritativa emoción, con la rabia suspicaz que conmueve a todos los aristócratas ante la idea de que posiblemente las clases más humildes sean, después de todo, tan mezquinas como las clases superiores y —¡ahí es donde escuece!— marquen también sus tantos en el juego.

Pero la señora Greenfield no pudo observar prueba alguna de malversación, y ordenó se facilitara una provisión progresivamente creciente al niño de Caddles. Acababa de enviarse a su destino apenas el primer lote, cuando Caddles estaba ya de vuelta en la gran mansión en un estado abyectamente culposo.

—Hemos tenido el mayor cuidado con las ropas, señora Greenfield, se lo aseguro, señora, ¡pero han estallado y se han roto! Han salido volando con tal violencia, señora, que un botón ha roto el cristal de una ventana, señora, y otro me dio a mí aquí… Véalo usted misma, señora.

Cuando Lady Wondershoot se enteró de que aquel asombroso niño había hecho estallar sus hermosas ropas de caridad, decidió hablar con Caddles ella misma en persona. Caddles compareció con el pelo precipitadamente mojado y alisado con la mano, sin aliento y agarrado al ala de su sombrero como si fuese un salvavidas; el pobre hombre dio un traspiés con el borde de la alfombra debido a su confusión.

A Lady Wondershoot le gustaba ser impertinente con Caddles. Para ella Caddles era el ideal del individuo de la clase baja: deshonesto, fiel, abyecto, trabajador e inconcebiblemente incapaz de responsabilidad. Le hizo saber que aquello era una cosa muy seria, es decir, que el modo como iba creciendo el niño era un asunto muy serio.

—Es su apetito, Milaty —dijo Caddles levantando el tono de la voz—. Deténgale el crecimiento, Milady, verá cómo no puede… Está allí echado, Milady, ¡y pega cada patada! Y chilla de un modo que nos desespera. Nos parte el corazón, Milady. Y si aguantáramos sin hacer nada, los vecinos intervendrían y podría ocurrir lo peor…

Lady Wondershoot consultó al médico parroquial.

—Lo que yo quisiera saber —dijo Lady Wondershoot— es si está bien que este niño se trague esa gran cantidad de leche.

—La ración adecuada para un niño de esta edad —dijo el médico parroquial— es de tres cuartos de litro a un litro cada veinticuatro horas. No sé por qué razón tienen que recurrir a usted para que les dé más. Si usted lo hace, es debido a su generosidad. Claro que podríamos intentar darle la legítima cantidad que le corresponde durante unos días. Pero ese niño, hay que admitirlo, parece ser, por alguna razón ignorada, fisiológicamente diferente. Posiblemente será un Atleta. Es un caso de Hipertrofia Generalizada.

—Pero no está bien para los demás niños de la parroquia —dijo Lady Wondershoot—, y estoy segura de que vendrán a quejarse si esto sigue así.

—No veo que nadie pueda pretender que se le dé más de lo que está reconocido como dieta adecuada. Deberemos insistir en que se arreglen con lo que se les da. Si no quieren, se podría enviar el niño al hospital como caso interesante.

—Supongo —repuso Lady Wondershoot después de reflexionar un momento— que, aparte del tamaño y del apetito, usted no encuentra en él nada anormal… nada monstruoso, ¿verdad?

—No… No encuentro nada anormal. Pero no hay duda de que si este crecimiento persiste, nos encontraremos con graves deficiencias intelectuales y morales. Casi se puede profetizar esto, según la ley de Max Nordau, uno de los filósofos más célebres y dotados, Lady Wondershoot. Nordau descubrió que lo anormal es… anormal, lo cual constituye un valioso descubrimiento, y vale la pena de tenerlo presente. Yo lo encuentro de una gran ayuda en la práctica corriente. Cuando me encuentro con algo que es anormal, digo en seguida: esto es anormal. —La mirada del médico se hizo profunda, bajo el tono de su voz, y sus ademanes lindaron con lo íntimamente confidencial. Levantó una mano con rigidez.

—Y lo trató en el mismo plan de anormalidad —concluyó.

CAPÍTULO CINCO

—¡Epa, epa! —dijo el vicario al comenzar el desayuno, el día siguiente de la llegada de la señora Skinner—. ¡Epa, epa! ¿Qué será esto? —Y golpeó el periódico con sus gafas, con aire de reprimenda—. ¡Avispas gigantes! ¿A dónde vamos a llegar…? ¡Serán periodistas norteamericanos, seguramente! ¡Al cuerno con estas Novedades! ¡A mí que me den grosellas gigantes…!

«¡Tonterías! —agregó y apuró el café de un trago, los ojos fijos en el periódico y haciendo un chasquido de incredulidad con los labios.

—¡Paparruchas! —continuó, rechazando la insinuación.

Pero al día siguiente había más, y se hizo la luz.

Pero no toda vino en seguida, sin embargo. Cuando el vicario salió a dar su paseo después de comer, estaba riéndose todavía de la absurda historia que el periódico pretendía hacer creer. ¡Avispas…! ¡Avispas que matan un perro…! Incidentalmente, al pasar por el lugar donde se había desarrollado aquella primera cosecha de bejines, observó que la hierba crecía muy alta, pero no relacionó en absoluto aquello con el motivo de su diversión.

—Habríamos oído algo con toda seguridad —se dijo—. Whitstable no está ni a veinte millas de aquí.

Más lejos descubrió otro bejín, de la segunda generación, irguiéndose como un huevo de ave Roe por entre un matorral anormalmente denso.

Entonces la idea le llegó como un relámpago.

No dio la vuelta habitual de la mañana. En vez de ello, retrocedió al llegar al segundo portillo, dirigiéndose hacia el cottage de los Caddles.

—¿Dónde está el niño? —ordenó, y al verlo, exclamó—: ¡Dios mío!

Volvió cuesta arriba hacia el pueblo, murmurando interjecciones y se encontró con el médico que bajaba la cuesta a toda velocidad. El vicario lo cogió del brazo.

—¿Qué significa eso? —preguntó—. ¿Ha leído usted el periódico estos últimos días?

El médico contestó afirmativamente.

—Bueno, entonces, ¿qué le pasa al niño ése? ¿Qué pasa con todo lo demás…? ¡Avispas, bejines, niños! ¿Qué será lo que les hace crecer tanto? Es algo totalmente inesperado. ¡Y además en Kent! Si fuese en Norteamérica…

—Es un poco difícil decir precisamente de qué se trata. Por lo que yo puedo entender, los síntomas…

—¿Sí?

—Son de hipertrofia… de hipertrofia generalizada.

—¿Hipertrofia?

—Sí. Generalizada… que ataca todas las estructuras del organismo… todo el cuerpo. Puedo decir que, a mi juicio, y entre nosotros, estoy casi convencido de que se trata de eso… Pero hay que andar con cuidado.

—¡Ah! —exclamó el vicio, muy aliviado al encontrar que el médico estaba a la altura de la situación—. Pero ¿por qué será que está brotando de este modo por todas partes?

—Esto también es difícil de decir —repuso el médico.

—En Urshot. Y aquí. Es un caso clarísimo de diseminación.

—Sí —aprobó el médico—. Así lo creo. Se parece a una epidemia. Probablemente se trata de una hipertrofia epidémica.

—¡Epidémica! —dijo el vicario—. ¿No querrá usted decir que es contagiosa?

El médico sonrió amablemente frotándose las manos.

—Eso sí que no podría decirlo —dijo.

—¡Pero…! —exclamó el vicario, con los ojos como naranjas—. Si es contagiosa… pues… ¡puede afectarnos a nosotros!

Dio una gran zancada cuesta arriba y se volvió.

—¡He estado allí…! —exclamó—. ¿No será mejor que…? Voy a casa de inmediato y tomaré un baño y me fumigaré la ropa.

El médico se quedó contemplando durante un momento cómo el otro se alejaba, luego dio media vuelta y se dirigió también a su casa…

Pero mientras iba andando reflexionó que ya hacía un mes que había aparecido un caso en el pueblo sin que nadie más cogiera la enfermedad, y después de una pausa vacilante decidió mostrarse tan valiente como debe ser un médico y arriesgarse a lo que fuere como un hombre.

Y fue bien aconsejado por sus últimos pensamientos. El crecimiento era lo que menos podía ocurrirle a él. Podía haber comido Heracleoforbia —y el vicario también— sin que le sucediera nada. El crecimiento había terminado para ellos. El crecimiento había acabado con aquellos dos caballeros, para siempre.

CAPÍTULO SEIS

Un día o dos después de esta conversación, o sea, un día o dos después del incendio de la Granja Experimental, Winkles fue a visitar a Redwood y le enseñó una carta insultante. Era anónima y el autor debe respetar los secretos de sus personajes.

«Está usted ganándose una reputación a causa de un fenómeno natural —decía la carta—, intentando hacerse propaganda con la carta enviada a The Times. ¡Usted y su Alimento Estrella! Déjeme que le diga que ese alimento suyo, que lleva un nombre tan absurdo, además, tiene una relación meramente accidental con esas grandes ratas y avispas. La realidad está en que existe ahora una epidemia de hipertrofia, de hipertrofia contagiosa, que puede usted controlar del mismo modo que puede controlar el sistema solar. Es tan viejo como las colinas. Ya existía la hipertrofia en la familia de Anak. Fuera de su radio de acción, en Cheasing Eyebright actualmente hay un niño…».

—Escritura temblorosa y mal alineada. Será un viejo caballero, probablemente —dijo Redwood—. Es extraño que un niño…

Leyó unas líneas más y tuvo una inspiración.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. ¡Si es la perdida señora Skinner!

Y descendió sobre ella, de repente, el día siguiente por la tarde.

La señora Skinner estaba arrancando cebollas del huerto que había frente al cottage de su hija cuando vio a Redwood atravesar la verja del jardín. Se quedó un momento «consternada», como dicen los aldeanos, y luego, cruzándose de brazos y con el manojito de cebollas colocadas defensivamente bajo el codo izquierdo, esperó que se acercara. La boca de la mujer se abrió y cerró varias veces, farfulló algo con su diente único y con la rapidez del parpadeo de una luz de arco voltaico hizo una profunda reverencia.

—Pensé que la encontraría —dijo Redwood.

—Creyó usted bien, señor —dijo ella, sin ninguna alegría.

—¿Dónde está Skinner?

—No me ha escrito, señor, ni una sola vez, ni ha venido por aquí desde que yo vine, señor.

—¿No sabe usted lo que puede haberle sucedido?

—Como no ha escrito, no, señor.

Y dio un paso ladeado hacia la izquierda, con la imperfecta idea de cortar a Redwood el camino hacia la puerta del granero.

—Nadie sabe lo que ha sido de él —dijo Redwood.

—Yo diría que él si lo sabe —repuso la señora Skinner.

—Pues no lo dice.

—Siempre ha sabido salir de apuros dejando que los demás se arreglaría como pudieran. Así ha sido siempre Skinner… Aunque es muy inteligente.

—¿Dónde está el niño? —preguntó Redwood bruscamente.

Ella se hizo repetir la pregunta.

—Ese niño del que tanto se habla, el niño a quien ha estado usted dando nuestro producto… el niño que pesa catorce kilos.

La señora Skinner hizo unos gestos con las manos al tiempo que se le caían las cebollas.

—De veras señor —protestó—, que no sé lo que quiere decir, señor. Mi hija, la señora Caddles, tiene un hijo, es verdad, pero…

Hizo una acusada reverencia e intentó adoptar una actitud inocentemente inquisitiva inclinando la nariz a un lado.

—Es mejor que me deje ver ese niño, señora Skinner —dijo Redwood.

—Está claro, señor, que puede haber caído en un botecillo de Nicey que di a su padre cuando vino a la granja a verme, o un poquitín, tal vez, de lo que pude haber traído conmigo, digamos. ¡Como tuve que hacer los paquetes con tanta prisa…!

—¡Ah! —exclamó Redwood después de haber acariciado al niño unos momentos—. ¡Oh…!

Dijo a la señora Caddles que tenía un niño precioso y que se le parecía mucho, en inteligencia sobre todo… Después, la ignoró por completo. Al poco tiempo ella salió del granero… de puro insignificante que se encontró.

—Ahora que ha empezado usted a dárselo, tendrá que continuar, ¿sabe usted eso? —dijo Redwood a la señora Skinner.

Y volviéndose bruscamente hacia ella, añadió: No lo vierta por todas partes esta vez.

—¿Que no lo vierta, señor?

—¡Oh, ya sabe lo que quiero decir!

Ella indicó que lo sabía con gestos convulsivos.

—¿No ha dicho usted nada a la gente de aquí? ¿A los padres, al alcalde, a los de la casa grande, al médico, a nadie?

La señora Skinner sacudió la cabeza.

—Yo de usted no lo haría —dijo Redwood.

Se dirigió a la puerta del granero e inspeccionó lo que había a su alrededor. La puerta del granero daba a una verja de cinco barrotes que salía a la carretera, entre la esquina de la casa y unas pocilgas fuera de uso. Más allá había una alta tapia de ladrillos rojos cubierta de hiedra, alelíes y otras plantas trepadoras y coronada por un alineamiento de vidrios rotos. Más allá de la esquina de la tapia, un gran anuncio, plenamente iluminado por el sol, se erguía entre las ramas verdes y amarillas y por encima de las suntuosas tonalidades de las primeras hojas caídas, anunciando que «Los que traspasen los límites de estos Bosques serán Procesados». La oscura mancha en una brecha del vallado ponía de relieve un trecho de alambrada.

—¡Bah! —exclamó Redwood, y luego, en un tono más profundo—: ¡Hum…!

Se oyó un ruido de ruedas y de cascos, y los caballos tordos de Lady Wondershoot se hicieron visibles. Redwood observó los semblantes del cochero y el lacayo mientras se iba acercando el carruaje. El cochero era un buen ejemplar, macizo y bonachón, y conducía con una especie de dignidad sacramental. Otros podían dudar de su vocación y posición en el mundo; él, desde luego, estaba completamente seguro: conducía a la señora. El lacayo estaba sentado a su lado, con los brazos cruzados y un rostro de certidumbres. Luego, la misma gran dama se hizo visible, con un sombrero y un manto inelegantes y escrutándolo todo a través de sus lentes. Dos señoritas, alargando los cuellos, escrutaban también.

El vicario, al pasar al otro lado, se quitó el sombrero de su frente davídica sin que le hicieran el menor caso…

Redwood permaneció de pie en el umbral de la puerta, mucho tiempo después de haber pasado las damas, con las manos juntas tras él. Su mirada fue desde los verdegrises altos y bajos de la loma al cielo aborregado y de allí a la tapia coronada de trozos de vidrio. Se volvió hacia la fría penumbra del interior, y entre manchas y trazas de color contempló a aquel niño gigante, en medio de tinieblas rembrandtescas, desnudo excepto unos pañales de franela, sentado sobre un enorme brazado de paja y jugando con los dedos de los pies.

—Ya empiezo a ver lo que hemos hecho —dijo.

Se puso a cavilar y el niño de los Caddles, su propio hijo y la progenie de Cossar se entremezclaron en sus cavilaciones.

Luego, bruscamente, se echó a reír.

—¡Buen Dios! —exclamó ante una idea que le cruzó la mente.

Se despabiló inmediatamente y, dirigiéndose a la señora Skinner dijo:

—Nadie debe torturarlo suprimiéndole el alimento. Esto, al menos, podemos evitarlo. Le mandaré a usted una lata cada seis meses. Esta cantidad debe ser suficiente para él.

La señora Skinner murmuró algo así como: «Si usted lo cree así» y: «Probablemente lo empaqueté por equivocación… Pensé que no había ningún daño en darle un poco», y con esto y con la ayuda de unos aspavientos indicó que comprendía.

Así, pues, el niño siguió creciendo.

Y creciendo.

—Prácticamente —dijo Lady Wondershoot—, se ha comido todas las terneras del lugar. Si tuviera sujetos como ese Caddles…

CAPÍTULO SIETE

Pero ni siquiera un lugar tan recluido como Cheasing Eyebright podía descansar mucho tiempo en la teoría de la hipertrofia, fuera contagiosa o no, en vista del griterío creciente motivado por el Alimento. Al poco tiempo hubo penosos pedidos de explicaciones para la señora Skinner… explicaciones que la redujeron a un inarticulado farfulleo de único diente… explicaciones que la sondearon y escudriñaron y la dejaron en evidencia, hasta que por fin se vio obligada a refugiarse de la universal convergencia vituperante en la dignidad de una inconsolable viudez. Volvió sus miradas —que procuró fuesen lacrimosas— hacia la encolerizada dama de la Mansión y, secándose las jabonaduras de las manos, dijo:

—Olvida usted, Milady, lo que yo estoy pasando.

Y prosiguió con tono de advertencia, con cierto aire de reto:

—Es en él en quien pienso noche y día, Milady. Frunció los labios y su voz se hizo más apagada y vacilante: —Era muy importante para mí, Milady.

Y habiendo dejado sentado su criterio en este terreno, la señora Skinner repitió la afirmación que la dama aquella había rechazado antes:

—Yo no tenía más idea de lo que le daba al niño, Milady, de la que podía haber tenido cualquier otra persona…

La dama en cuestión enfocó sus ideas en otra dirección más esperanzadora, censurando de paso tremendamente, como es natural, a Caddles. Unos emisarios, henchidos de diplomáticas amenazas, penetraron en las agitadas vidas de Bensington y de Redwood. Se presentaron como consejeros de la parroquia, estólidos, insistiendo fonográficamente en unas declaraciones prestablecidas.

—Le consideramos a usted responsable, señor Bensington, de los daños causados en nuestra parroquia. Le consideramos a usted responsable.

Una serie de procuradores, como lenguas de serpientes, que se llamaban Banghurst, Brown, Flapp, Codlin, Brown, Tedder y Snoxton y que aparecían invariablemente bajo la forma de unos caballeros pequeñitos, bermejos, de aspecto astuto y nariz puntiaguda, dijeron algunas vaguedades sobre daños y perjuicios, y también se presentó un buen día un personaje muy lustroso, el representante de la dama del solar que, dirigiéndose a Redwood, le preguntó:

—Bueno, señor, ¿qué se propone usted hacer?

A lo cual Redwood contestó que se proponía suprimir la provisión de alimento para el niño, si él o Bensington seguían siendo molestados por aquel concepto.

—Se lo doy por nada —y añadió—: El niño dejará el pueblo en ruinas con sus aullidos antes de morir, si no le dan el alimento que pide. El niño está en sus manos y a ustedes les corresponde cuidar de él. Lady Wondershoot no puede ser siempre la Lady Bountiful, la Providencia Terrenal, de su parroquia, sin hacerse cargo alguna vez de sus responsabilidades, ¿comprende usted?

—El mal ya está hecho —decidió Lady Wondershoot cuando le transmitieron con algunas expurgaciones lo que había dicho Redwood.

—El mal ya está hecho —repitió el vicario, como un eco.

Aunque, en realidad, el mal estaba sólo en sus comienzos.

CAPÍTULO DOS

EL CHIQUILLO GIGANTE

CAPÍTULO OCHO

El vicario insistía en que el niño gigante era feo.

—Siempre ha sido feo… como todo lo que es excesivo.

Las opiniones del vicario lo habían desviado de un recto juicio en este asunto. El niño era retratado con mucha frecuencia, a pesar de su rústico retiro, y el testimonio de las fotografías está en contra del vicario, atestiguando que el joven monstruo fue en un principio casi hermoso, con unos copiosos rizos que le llegaban hasta la frente y una gran facilidad para la sonrisa. Generalmente, Caddles, que era hombre de escasa estatura, aparece sonriendo detrás del niño y la perspectiva acentúa todavía más su pequeñez relativa.

Al cumplir el segundo año, el aspecto del niño se hizo más sutil y más discutible. Empezó a crecer, como su infortunado abuelo hubiera sin duda expresado, «lozano». Perdió algo de color y desarrolló un creciente efecto de ser, aunque colosal, algo delicado. Y, en realidad, así era. Los ojos y algo más que había en su rostro se afinaron, se hicieron, como dice la gente, «interesantes». El cabello, después de habérselo cortado una vez, empezó a crecer de forma enmarañada, de tal manera que se convirtió en una verdadera mata.

—Es la vena de degeneración que aparece en él —dijo el médico del pueblo, señalando estas características.

Sin embargo, si estaba o no en lo cierto y si el paso del chiquillo desde una salud ideal a aquel estado de cosas fue el resultado de vivir por entero dentro de un granero fregado y blanqueado y dependiendo del sentido de caridad, templado por el de justicia, de Lady Wondershoot, es un tema que se presta a discusión.

Las fotografías del niño desde los tres a los seis años nos lo muestran convirtiéndose en un chiquillo de ojos redondos, blondo cabello, nariz truncada y mirada amistosa. En sus labios acecha aquella insinuación de sonrisa, nunca muy remota, que exhiben todas las fotografías de los primeros niños gigantes. Durante el verano lleva unas ropas muy sueltas de terliz cosidas con bramante; se cubre generalmente la cabeza con uno de esos cestos de paja que los trabajadores usan para poner sus herramientas, y va descalzo. En uno de esos retratos muestra una amplia sonrisa y tiene en la mano un melón mordisqueado.

Los retratos hechos en invierno son menos numerosos y satisfactorios. En ellos lleva enormes zuecos, sin duda de madera de haya, y (tal como lo demuestran los fragmentos de la inscripción «John Stickells, Iping») sacos por calcetines, sus pantalones así como su chaqueta han sido inequívocamente cortados de los restos de una alfombra de alegre diseño. Debajo de aquello hay burdos pañales de franela; cinco o seis metros de franela están arrollados alrededor de la garganta, a guisa de bufanda. —Lo que lleva en la cabeza es, probablemente otro saco. Siempre mira la cámara fotográfica, a veces sonriente, a veces con mirada triste. Ya desde que tenía cinco años se puede ver aquel voluntarioso fruncimiento de la frente, sobre sus dulces ojos pardos, que caracteriza su semblante.

Constituyó desde el principio, según declaró siempre el vicario, un terrible trastorno para el pueblo. Parece haber tenido un impulso proporcionado al juego, mucha curiosidad y sociabilidad y, además, había un cierto anhelo en su interior (y lamento tener que decirlo) para comer aún más. A pesar de lo que Greenfleld calificaba como un «excesivamente generoso» suministro de alimentos por parte de Lady Wondershoot, el niño exhibía lo que el médico percibió en seguida como un «Apetito Criminal». Confirma hasta de un modo demasiado completo el peor aspecto de la experiencia que de las clases humildes había adquirido Lady Wondershoot, el hecho de que, a pesar de un suministro nutritivo enormemente por encima de lo que se considera como la necesidad máxima, incluso de un adulto, se descubrió un día que el chico robaba. Y lo que robaba se lo comía con poco elegante voracidad. Su manaza pasaba por encima de las tapias de los jardines y se dedicaba a coger el pan del carro del panadero. Los quesos desaparecían del almacén de Marlow, ni la gamella de los cerdos estaba libre de sus asaltos. Algún que otro aldeano al pasar por su campo de nabos se encontraba con las grandes huellas de los pies del niño y las pruebas de su hambre roedora, una raíz sacada de aquí, otra de allá, y los hoyos, con astucia infantil, torpemente disimulados. Se comía un nabo como si devorase un rábano. Si no había nadie que lo viera, se comía las manzanas del árbol, igual que los niños normales comen moras del moral. De todos modos, en cierto aspecto, esta escasez de provisiones fue beneficiosa para la paz de Cheasing Eyebright, porque durante muchos años se tragó hasta el último grano que se le dio del Alimento de los Dioses…

Indiscutiblemente el chico era muy molesto y se hallaba fuera de lugar.

—Siempre está en todas partes —decía el vicario.

No podía asistir a la escuela; no podía ir a la iglesia en virtud de las obvias limitaciones de su volumen cúbico. Hubo un intento de dar satisfacción al espíritu de aquella «disparatada y destructiva ley» —cito las palabras del vicario—, o sea, la Ley de Instrucción Elemental de 1870, haciendo que se sentara en la parte de fuera de la ventana abierta mientras se dictaba la clase pertinente en la parte de dentro. Pero su presencia allí quebrantaba la disciplina de los demás niños, los cuales siempre estaban sacando la cabeza por la ventana y mirándolo embobados, y cada vez que hablaba estallaban en carcajadas. ¡Tenía una voz tan extraña! Por consiguiente, dejaron que no asistiera a la escuela. Tampoco insistieron en que fuera a la iglesia porque sus vastas proporciones no eran de ninguna ayuda a la devoción. Y, no obstante, en este aspecto su tarea habría podido ser más fácil; hay buenas razones para suponer que dentro de aquel inmenso corpachón se albergaban los gérmenes de un sentimiento religioso. La música lo atraía. Se le veía a menudo en el cementerio parroquial los domingos por la mañana buscando su camino entre las tumbas, con mucho cuidado, después de haber entrado en la feligresía, y durante todo el servicio religioso permanecía sentado afuera, al lado del pórtico, escuchando como se escucha desde afuera una colmena de abejas. Al principio mostró cierta falta de tacto. Los fieles que se hallaban dentro de la iglesia oían los crujidos de los guijarros bajo sus pies inquietos alrededor del templo o perciban su borrosa cara mirando a través de los vitrales de los ventanales, mitad curiosa, mitad envidiosa, y, a veces, algún himno sencillo lo cogía por sorpresa y se le oía aullar lúgubremente en un gigantesco intento de cantar al unísono con todos. Al oírse aquella voz, el pequeño Sloppet, que hacía las funciones de entonador, de perdiguero, de muñidor, de enterrador, de sacristán y de campanero los domingos, además de ser cartero y deshollinador los demás días de semana, salía rápidamente con gran valentía y lo echaba de allí con mucha pesadumbre. Sloppet (y me complazco en hacerlo constar así) se sentía apesadumbrado por ello, al cable iba de aquí para allá, con el cuello alargado, buscando, siempre buscando la manera de satisfacer las dos necesidades primordiales de la infancia: algo para comer y algo con que jugar.

Entonces aparecía una mirada de respeto furtivo en los ojos de la criatura y un intento de tocarse a modo de saludo la enmarañada greña que le caía sobre la frente.

Dentro de sus estrechos límites, el vicario poseía cierta imaginación —por lo menos los restos de una imaginación—, y respecto al joven Caddles dio en pensar en la enorme fuerza que semejante musculatura debía poseer. ¿Y si se volviera loco de repente…?

—¡Supongamos una mera falta de respeto…!

—Sin embargo, el verdadero valiente no es el hombre que no tiene miedo, sino el que teniéndolo sabe vencerlo. En todas y cada una de estas ocasiones, el vicario no dejó en libertad su imaginación. Y siempre que se dirigía al joven Caddles lo hacía rígidamente, con una clara voz de tenor litúrgico.

—¿Eres buen chico, Albert Edward?

Y el joven gigante, arrimándose a la pared y ruborizándose intensamente, respondía:

—Sí señor… Trato de serlo.

—Pues anda con cuidado —decía el vicario, pasando por su lado con una ligera aceleración de la respiración, todo lo más. Y por el respeto que tenía a su propia hombría, fuera lo que fuese lo que se imaginara, no volvía la cabeza hacia el peligro una vez había pasado por su lado.

El vicario daba clases particulares al joven Caddles de un modo caprichoso. Nunca le enseñó a leer —no lo necesitaba—, pero le enseñó los puntos importantes del catecismo: sus deberes para con sus vecinos, ya que no semejantes, por ejemplo, y para con la Divinidad que castigaría a Caddles con extraordinaria ansia de venganza si por casualidad éste se aventuraba a desobedecer al vicario o a Lady Wondershoot. Las lecciones tenían lugar en el patio de la vicaría y los transeúntes podían oír muy bien como aquel inseguro vozarrón infantil canturreaba como un zángano las enseñanzas esenciales de la Iglesia Oficial.

—Honrar y obedecer al Rey y a todos aquellos que gozan de autoridad bajo su mando. Someterme a todos mis tutores, maestros, pastores y profesores. Considerarme inferior y reverenciar a mis superiores…

Al poco tiempo se vio que el efecto producido por el gigante sobre los caballos que no estaban acostumbrados a verlo era igual que el de un camello y, por lo tanto, se le conminó a mantenerse lejos de la carretera, ni siquiera acercarse al vivero de árboles (donde su sonrisa bobalicona por encima de la tapia había exasperado extraordinariamente a Lady Wondershoot), sino que se apartara de allí todo lo posible. Fue esta una ley que nunca llegó a cumplir del todo a causa del gran interés que para él tenía la carretera. Pero transformó lo que había sido su constante punto de referencia en un placer secreto. Por fin quedó limitado casi enteramente a la zona de pastoreo y los campos fuera del pueblo.

No sé lo que hubiese hecho a no ser por los campos. Allí había espacios por donde vagar millas y millas, y por estos espacios vagaba. Desgajaba ramas de los árboles y hacía con ellas grandes ramilletes insensatos, hasta que también esto le fue prohibido. Cogía las ovejas y las ponía en bien formadas hileras, de las que las ovejas se escapaban en seguida (cosa que le hacía invariablemente reír a carcajadas) hasta que también esto le fue prohibido. Cavaba en la turba grandes hoyos injustificables, hasta que también esto le fue prohibido…

Vagabundeaba por la meseta hasta la colina que se yergue por encima de Wreckstone, pero no iba más allá, porque allí ya empezaba la tierra de cultivo, y los campesinos, a causa de sus depredaciones sobre sus cosechas de raíces comestibles e inspirados por una especie de timidez hostil que su presencia frecuentemente provocaba, azuzaban contra él sus perros ladradores para ahuyentarle. Hasta lo amenazaban y fustigaban con látigos. Incluso me han dicho que llegaron a disparar contra él con escopetas. Y en la otra dirección llegaba hasta otear Hickleybrow. Desde lo alto de Thursley Hanger podía ver el ferrocarril de Londres a Chatham y Dover, pero una serie de campos arados y una aldea sospechosa impedían su aproximación.

Y después aparecieron unos grandes tableros con inscripciones en letras rojas que le impedían el paso en todas direcciones. No podía entender lo que decían las letras: «Prohibido el paso», pero al cabo de poco tiempo lo comprendió. Se lo podía ver en aquellos días, por los pasajeros del tren, sentado, con el mentón apoyado en las rodillas, encumbrado en lo alto del altozano, muy cerca de las minas de yeso de Thursley, donde más tarde se le puso a trabajar. El tren parecía inspirarle una borrosa emoción amistosa y a veces lo saludaba con su enorme manaza, y otras veces saludaba con un rústico grito incoherente.

—¡Qué grande es! —exclamaban los pasajeros asomados a las ventanillas—. Es uno de estos niños del Alimento Estrella. Según dicen, es completamente incapaz de hacer nada por sí mismo… Es un poco idiota en realidad y una gran carga para la localidad.

—Los padres son muy pobres, según me han dicho.

—Viven de la caridad de los hacendados locales.

Todo el mundo se quedaba contemplando durante un buen rato aquella figura monstruosa sentada en la colina.

—Suerte que se ha puesto término a eso —indicaba alguien con amplias ideas—, porque bueno sería que tuviéramos unos cuantos millares de esos con vistas a la contribución, ¿no?

Y generalmente siempre había algún dechado de sensatez que le dijera al filósofo de marras, en tono de cálida aprobación:

—Tiene usted toda la razón, señor.

CAPÍTULO NUEVE

El niño tuvo sus malos días.

Hubo, por ejemplo, aquel disgusto del río.

Hizo barquichuelos de papel con periódicos enteros, arte que aprendió observando al chico de los Spender, y echó río abajo grandes tricornios de papel. Cuando desaparecieron bajo el puente que marca los límites de los terrenos estrictamente privados de Eyebright House, dio un grito y echó a correr, dando un rodeo, a través del campo nuevo de Tormat —¡Dios mío! ¡Cómo se dispersarían, con toda seguridad, los cerdos de Tormat, transformando así su grasa en músculo magro!—, a fin de encontrarse con los barcos de papel en el vado. ¡A lo largo de los prados que orillaban el río solían ir estos barcos de papel, pasando frente a Eyebright House, bajo los ojos de Lady Wondershoot! ¡Desorganizadores periódicos doblados! ¡Vaya lindeza!

Haciendo acopio de espíritu emprendedor, gracias a la impunidad de que gozaba, empezó a construir pueriles obras hidráulicas. Cavó hasta construir un enorme puerto para su flota de papel con la puerta de un cobertizo que le sirvió de pala, y como que daba la casualidad que entonces nadie observaba sus operaciones, trazó un ingenioso canal que, incidentalmente, inundó la nevería de Lady Wondershoot, y finalmente estancó el río. Lo embalsó atravesándolo con unas cuantas vigorosas puertadas de tierra —tuvo que haber trabajado como una avalancha— y una de las más asombrosas inundaciones penetró en el sembradío y arrastró a la señorita Spinks con su caballete y el esbozo de la acuarela más prometedora que nunca hubiese empezado. En realidad lo que se llevó fue el caballete, dejándola a ella empapada hasta las rodillas y con las faldas lamentablemente recogidas en su huida hacia la casa. De allí las aguas invadieron el huerto, del huerto pasaron por la puerta del prado al camino y del camino otra vez al cauce del río por la zanja de Short.

Mientras tanto, el vicario, interrumpiendo su conversación con el herrero, se quedó estupefacto al ver cómo unos desgraciados peces saltaban de unas charcas residuales donde habían quedado encallados, y al ver asimismo grandes montones de algas verdes en el cauce del río donde diez minutos antes había habido más de dos metros y medio de agua clara y transparente.

Después de todo esto, horrorizado de sus propias consecuencias, el joven Caddles huyó de su casa y estuvo escondido dos días con sus noches. Regresó únicamente ante el insistente reclamo del hambre para aguantar con una calma estoica una violentísima reprimenda que estaba más en proporción con su tamaño que ninguna otra cosa de las que le habían caído en suerte desde su nacimiento en aquel pueblo feliz.

CAPÍTULO DIEZ

Inmediatamente después de aquel incidente, Lady Wondershoot meditó sobre las adiciones ejemplares a las afrentas y ayunos que había infligido y publicó un decreto. Lo hizo en primer lugar para que se enterara su mayordomo, y de un modo tan repentino que éste dio un respingo. El mayordomo estaba quitando de la mesa los utensilios del desayuno y Lady Wondershoot estaba contemplando por el alto ventanal que daba a la terraza el sitio donde aparecerían los cervatillos para que les dieran la comida.

—Jobbet —dijo con el tono más imperial de su voz—. Jobbet, ese rústico debe trabajar para ganarse la vida.

Y dejó bien sentado no sólo para Jobbet, lo cual era fácil, sino para todos los demás habitantes del lugar, incluyendo al joven Caddles, que en esta cuestión, como en todas las demás, haría lo que decía.

—Que trabaje —dijo Lady Wondershoot—. Ésa es la consigna para el señorito Caddles.

—Me parece que es la consigna para toda la humanidad —dijo el vicario—. Los simples deberes, el modesto ciclo, el tiempo de la siembra y de la cosecha…

—Exacto —dijo Lady Wondershoot—. Es lo que yo digo.

Satanás siempre encuentra algún disparate a punto para las manos ociosas. Al menos, entre las clases trabajadoras. Nosotros siempre educamos a nuestras camareras en estos principios. ¿En qué lo pondremos a trabajar?

Aquello resultó un poco difícil. Pensaron varias cosas, y mientras tanto lo ejercitaron un poco en el trabajo utilizándolo en vez de un mensajero a caballo para llevar telegramas y notas cuando se requería una gran velocidad y también le hicieron acarrear equipajes y cajas de embalaje y otras cosas similares dispuestas en una gran red que al efecto encontraron. Parecía que a él le gustaba hacer algo, considerándolo como una especie de juego, y Kinkle, el agente de Lady Wondershoot, al ver un día cómo transportaba un gran montón de piedras, tuvo la brillante idea de ponerlo a trabajar en la cantera de pizarra de Thursley Hanger, cerca de Hickleybrow. Esta idea fue puesta en práctica, y pareció dejar resuelto el problema.

El niño trabajó en la cantera de pizarra, al principio con el gusto propio del niño juguetón y después por efecto del hábito: cavando, cargando, haciendo por sí mismo el arrastre de las vagonetas, haciendo correr las que estaban llenas por las vías hasta el desviadero y transportando las vacías por el cable de un gran malacate… trabajando, en fin, él solo en toda la cantera.

Me han dicho que Kinkle hizo de él algo de mucha utilidad para Lady Wondershoot teniendo en cuenta que no consumía prácticamente nada más que su comida, aunque esto no fue óbice para que ella denunciara a «aquel ser» como un gigantesco parásito que absorbía toda su caridad…

En esta época el niño llevaba una especie de delantal de arpillera, pantalones de cuero remendado y zuecos con suela de hierro. En la cabeza usaba a veces una cosa rara: un sillón de paja para campo y playa, en forma de colmena, muy gastado, pero generalmente iba con la cabeza descubierta. Andaba de un lado para otro de la cantera con poderosa deliberación, y el vicario, al dar su paseo habitual después de comer, se llegaba hasta allí al mediodía, para encontrárselo satisfaciendo vergonzosamente sus necesidades alimenticias de espaldas al mundo.

Cada día le llevaban la comida: una ración de grano sin descascarillar en un vagón, un vagón de tren de trocha angosta, igual que uno de aquellos vagones que él llenaba constantemente de pizarra, y toda aquella carga de grano la solía quemar en un viejo horno de cal para devorarla después. A veces la mezclaba con un saco de azúcar, y a veces se sentaba para lamer un pilón de sal del que se da a las vacas o para comerse un enorme racimo de dátiles con hueso y todo, como los que se ven en Londres llevados en angarillas. Para beber iba al riachuelo que corría más allá del lugar arrasado donde había estado la Granja Experimental de Hickleybrow y acercaba el rostro a la superficie de la corriente. Fue a causa de este modo de beber después de haber comido, por lo que el Alimento de los Dioses se desmandó, evidenciándose en primer lugar en la aparición de unas algas enormes que surgían por las orillas, luego en unas grandes ranas, unas truchas todavía más grandes y unas carpas enormes, y por último, en una fantástica exuberancia de vegetación por todo aquel pequeño valle.

Y al cabo de un año poco más o menos, las extrañas y monstruosas sabandijas que vivían en el campo frente a la herrería se hicieron tan enormes y se desarrollaron en cucarachas y escarabajos tan terroríficos —escarabajos a motor, los llamaban los muchachos—, que obligaron a Lady Wondershoot a marcharse al extranjero.

CAPÍTULO ONCE

Muy pronto el Alimento entró en una nueva fase de acción sobre el niño. A pesar de las sencillas instrucciones dadas por el vicario, cuyo propósito era redondear la modesta vida natural que se consideraba la más conveniente para un aldeano gigante, del modo más completo y decisivo, el niño empezó a hacer preguntas, a investigar las cosas, a pensar. A medida que fue dejando la infancia para entrar en la adolescencia se hizo cada vez más evidente que su mente elaboraba procesos que le eran propios… fuera del control del vicario. Éste hizo cuanto pudo por ignorar este desconsolador fenómeno, pero, así y todo, no podía evitar la sensación de su presencia.

El material para alimentar las ideas del joven gigante yacía todo a su alrededor. De un modo completamente involuntario, con sus espaciosos puntos de vista, su constante visión de las cosas desde arriba, debió haber visto mucho de lo que encerraba la vida humana, y a medida que se le hizo más claro el hecho de que él también, si se exceptuaba su torpe magnitud, pertenecía al género humano, debió haberse dado cuenta cada vez más de lo mucho que le estaba vedado, debido a esta melancólica distinción. El sociable zumbido de la escuela; el misterio de la religión, que era compartido en medio de tantos primores y elegancias y del que se exhalaba un tan dulce raudal de melodía; los joviales coros que se oían en la taberna; las habitaciones cálidamente brillantes, iluminadas con velas y con la lumbre del hogar, que él se complacía en mirar desde la oscuridad exterior, o también la excitada gritería y el vigor de las gesticulaciones al discutir algún asunto imperfectamente comprendido que se centraba en el campo de cricket, todas estas cosas debieron de clamar a su corazón en busca de compañía. Parece ser que, a medida que fue avanzando en la adolescencia, empezó a tomar un interés considerable en el proceder de los enamorados, en sus preferencias y parejas, en aquellas estrictas intimidades que son tan primordiales en la vida.

Un domingo, a la hora en que salen las estrellas, los murciélagos y las pasiones de la vida rural, había una joven pareja «besándose un poquito» en Love Lane, el camino bordeado de altos setos que va hacia Upper Lodge. Estaban dando rienda suelta a sus pequeñas emociones, tan seguros en aquel cálido y quieto crepúsculo como pueden desear estarlo unos enamorados. La única interrupción concebible que ellos creían posible venir era por la parte de arriba del sendero, pues el seto de tres metros y medio de altura que se dirigía hacia el silencioso altozano les parecía constituir una garantía absoluta.

Entonces, de pronto —de una manera increíble—, se sintieron levantados y separados.

Se vieron suspendidos, cada uno de ellos con un pulgar y un índice bajo los sobacos, mientras los perplejos ojos pardos del joven Caddles escrutaban sus acalorados y enrojecidos rostros. Se encontraron mudos con las emociones de su situación.

—¿Por qué os gusta hacer eso? —preguntó el joven Caddles.

Me figuro que aquella situación embarazosa continuó hasta que el chaval, recordando su hombría, conminó vehementemente al joven Caddles, con grandes gritos, amenazas y viriles blasfemias, como podían considerarse apropiadas a la ocasión, a que los dejara en el suelo, bajo pena de tremendos castigos. Con esto, el joven Caddles, acordándose de sus buenos modales, los bajó con gran cuidado y cortesía, adecuadamente cercanos, para que pudieran reanudar su sesión de besos y abrazos. Después de contemplarlos con cierta vacilación, desde arriba, optó por desaparecer en el crepúsculo…

—Me sentí hecho un tonto —me confesó después el chaval—. Casi no nos atrevíamos a mirarnos… habiendo sido sorprendidos de aquel modo…

«Besándonos, ¿sabe usted…?

«Y lo más curioso es que ella me echó toda la culpa a mí, me llenó de insultos y casi no me dirigió la palabra, de vuelta a casa…

El gigante se estaba aventurando en investigaciones por su cuenta, no cabía la menor duda. Estaba claro que su mente lo atormentaba a fuerza de preguntas. Estas preguntas las había formulado a muy pocas personas todavía, pero las respuestas lo dejaron muy confuso. Su madre, según creo, tuvo que verse sometida a esta especie de interrogatorio varias veces.

Solía entrar en el patio que había detrás de la casa de su madre, y después de una cuidadosa inspección del terreno, con el fin de no aplastar ninguna gallina o polluelo, se sentaba lentamente con la espalda apoyada contra el granero. Al cabo de un minuto, los polluelos a quienes les era muy simpático, iban a picotearle el musgoso barro gredoso de las costuras de la ropa, y si el viento anunciaba lluvia, el gatito de la señora Caddles, que nunca perdió su confianza en él, adoptaba una forma sinuosa, echaba a brincar hacia la casa, entraba en ella, saltaba al guardafuegos de la cocina, daba la vuelta, salía, se le encaramaba por la pierna, por el cuerpo, hasta pararse en el hombro, donde permanecía en actitud meditativa un momento, y luego ¡zap!, otra vez abajo, y así sucesivamente. A veces le clavaba las garras en la cara de pura alegría, pero él nunca se atrevió a tocar al gatito a causa del peso incierto que tendría su mano sobre una criatura tan frágil. Además, hasta le gustaba que le hiciera cosquillas. Y al cabo de un cierto tiempo ya hacía preguntas comprometedoras a su madre.

—Madre —le decía—, si es tan bueno eso de trabajar, ¿por qué no trabaja todo el mundo?

Su madre alzaba la cabeza para mirarlo y respondía:

—Es bueno para los que son como nosotros.

—¿Por qué? —meditaba él.

Y como que no obtenía respuesta, insistía:

—¿Para qué sirve el trabajo, madre? ¿Por qué tengo que cortar pizarra y tú tienes que lavar ropa, día tras día, mientras Lady Wondershoot se pasea en coche, madre, y viaja por todos esos países extranjeros que ni tú ni yo veremos nunca, madre?

—Es que ella es una dama… —repuso la señora Caddles.

—¡Ah! —exclamó el joven Caddles. Y meditó profundamente.

—Si no existieran los señores que nos hacen trabajar —explicó la señora Caddles—, ¿cómo podríamos ganarnos la vida nosotros, los pobres?

Esto tenía que digerirlo.

—Madre —probó de nuevo—, si no hubiera señores, ¿las cosas no pertenecerían a las gentes como tú y yo? Y si así…

—¡Por el amor de Dios! ¡Qué niño! —exclamó la señora Caddles la cual, con la ayuda de una buena memoria, se había transformado en una vigorosa y floreciente personalidad desde la muerte de la señora Skinner—. ¡Desde que se llevaron a tu pobre abuelita, no hay modo de tratarte! No hagas preguntas y no te dirán mentiras. Si me pusiera a contestar todas tus preguntas en serio, tu padre tendría que buscarse a otra persona para que le preparase la cena… ¡Y no hablemos de la ropa que quedaría por lavar…!

—Bueno, madre —decía él, después de mirarla, algo perplejo—. No he querido molestarte.

Y continuó reflexionando.

CAPÍTULO DOCE

Y así continuaba reflexionando, cuatro años más tarde, cuando el vicario, ya no maduro, sino ya pasado, lo vio por última vez. Podéis imaginaros al viejo caballero, visiblemente envejecido, más ancho de cintura, más tosco y más débil, tanto en ideas como en palabras, con una trémula agitación en la mano y otra trémula agitación en sus convicciones, pero con la mirada aún vivaz y alegre a pesar de todos los disgustos que el Alimento había acarreado a su parroquia y a él mismo. En algunas ocasiones se había sentido atemorizado y molesto pero ¿no estaba aún vivo y no seguía siendo él mismo?… quince largos años, una muestra apreciable de la eternidad, habían transformado las perturbaciones y molestias en usos y costumbres.

—Fue un gran trastorno, hay que admitirlo —decía el vicario—, y las cosas son diferentes ahora, diferentes en muchos aspectos. Antes podía salir un chico a escardar con toda tranquilidad, pero ahora tiene que salir un hombre y aún provisto de hacha y palanca de hierro, en algunos sitios, a causa de las malezas, al menos. Y resulta algo extraño para nosotros, los viejos del lugar, que hasta lo que antes era el cauce del río, antes de la irrigación, esté cubierto de trigo… como lo está este año… con unas espigas de siete metros y medio. Empleaban la antigua hoz, hoy ya pasada de moda, hace veinte años, y se llevaban la cosecha en un carromato, divirtiéndose de un modo sencillo y honesto. Un poquito de borrachera, otro poquito de hacerse el amor para terminar… ¡Pobre Lady Wondershoot…! ¡A ella que no le gustaban estas innovaciones! ¡Muy conservadora y tradicional, pobre señora! Siempre dije que había en ella algo del siglo XVIII. Su modo de hablar, por ejemplo… Falto de vigor… «Murió relativamente pobre. Esos grandes hierbajos se metieron en su jardín. No es que fuese muy aficionada a la jardinería, pero le gustaba tener el jardín en orden… Le gustaba que las cosas crecieran allí donde se habían plantado y del mismo modo como se habían plantado… bajo su control… El modo como se pusieron a crecer las cosas fue del todo inesperado… y le produjo una gran confusión de ideas… Tampoco le gustaba la perpetua invasión del joven monstruo ése, y por fin empezó a imaginarse que la estaba mirando siempre por encima de la tapia… Ni le gustaba tampoco que el chiquillo fuese casi tan alto como una pared… Aquello chocaba con su sentido de la proporción. ¡Pobre señora! Creí que viviría lo que yo. Fueron los grandes escarabajos que aparecieron por aquí durante un año o así, lo que la decidió. Procedían de larvas gigantes, asquerosas, grandes como ratas… por toda la hierba del valle…

»Y las hormigas, sin duda alguna, también influyeron en ello… «Como todo estaba trastornado y no había paz ni quietud en ninguna parte, dijo que creía que en Montecarlo se encontraría tan bien como en cualquier otra parte. Y allí se fue…

«Jugó con mucha audacia, según me dijeron. Y murió en un hotel allí. Es un final muy triste… Exilio… No, no es lo que puede considerarse más conveniente, ni más a propósito… Era una de las cabezas más señeras de nuestra Inglaterra… Desarraigada. ¡Vaya…!

»¡Y después de todo —repitió el vicario—, ha resultado tan poco! ¡Una verdadera lata, y nada más! ¡Los niños no pueden correr por ahí con la libertad con que solían hacerlo en otro tiempo, con el peligro que hay en mordeduras y qué sé yo! Quizá sea mejor así… Se habló mucho de que este producto lo revolucionaría todo… Pero hay algo que desafía todas estas fuerzas de lo Nuevo… Yo no lo sé, por supuesto. No soy ninguno de estos filósofos modernos… que lo explican todo a base de éter y átomos. Evolución. Porquerías así. Lo que yo quiero decir es algo que no se halla incluido en las… “ologías”. Es cuestión de razón, no de comprensión. Madura sensatez. Naturaleza humana. Aereperennius… Llámese como se quiera». Y así llegó al final de su vida.

El vicario no tuvo la menor intuición de lo que le estaba acechando tan cerca. Dio su acostumbrado paseo por Farthing Down, tal como lo había estado haciendo durante más de veinte años, y de allí se dirigió al sitio desde donde podría observar al joven Caddles. Subió la cuesta de la cantera resollando un poco… Hacía tiempo que había perdido su vigorosa zancada cristiana de otro tiempo, pero se encontró con que Caddles no estaba en su trabajo y luego, al dar un rodeo para no pasar por el matorral de helechos gigantes que empezaban a oscurecer y proyectar sus sombras sobre el Hanger, ahí vio a la enorme silueta del monstruo, sentado en la loma, como si estuviese meditando sobre la suerte del mundo. Caddles tenía las piernas encogidas y las rodillas levantadas, apoyaba la mejilla en la mano y tenía la cabeza algo ladeada. Estaba medio vuelto de espaldas, de modo que el vicario no pudo ver su mirada perpleja. Debió de haber pensado muy atentamente… Al menos, estaba sentado muy quieto…

Caddles no volvió la cabeza. Nunca supo que el vicario, aquel vicario que había jugado un papel tan importante en su vida, lo estaba mirando por última vez, después de haberlo mirado innumerables veces… y ni siquiera supo que se encontraba allí. (¡Así ocurren tantas despedidas!). El vicario quedó impresionado por el hecho de que, después de todo, nadie en el mundo podía tener la menor idea de lo que pensaba aquel gran monstruo cuando consideraba conveniente descansar de sus labores. Pero el vicario era demasiado indolente para seguir el hilo de aquel tema novísimo aquel día, y de esta nueva idea retrocedió a sus antiguas ideas rutinarias.

—Aere perenniuf —susurró, caminando de vuelta a su casa, por un sendero que ya no atravesaba en línea recta el prado como antes, sino que se torcía en varios circuitos para evitar los recién brotados matojos de hierba gigante—. ¡No! Nada ha cambiado. Las dimensiones no son nada. El simple ciclo, la senda común…

Y aquella noche, sin el menor dolor, sin tener conocimiento de ello, se fue por la senda común, dejando el Misterio del Cambio que se había empeñado en negar durante toda su vida.

Lo enterraron en el cementerio parroquial de Cheasing Eyebright, cerca del más alto de los tejos, y la modesta losa funeraria que tenía inscrito su epitafio terminaba diciendo: Ut in Principio, nunc est et semper… Y quedó casi inmediatamente oculta al ojo del hombre por una vegetación gigantesca de hierba y de campánulas, demasiado recias a la hoz o a las ovejas, que invadió el pueblo como una capa de niebla, saliendo de la germinativa humedad de los prados del valle en los que el Alimento había estado haciendo de las suyas.

LIBRO TERCERO

LOS FRUTOS DEL ALIMENTO

CAPÍTULO TRECE

Parte Dos

EL MUNDO DISTORSIONADO

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

CAPÍTULO UNO

Una transformación de nuevo cuño se produjo en el mundo durante veinte años. Para la mayoría de las personas las novedades se produjeron poco a poco y día a día, de un modo ciertamente apreciable, pero no tan bruscamente como para abrumar a nadie. Sin embargo, a un hombre, al menos, la total acumulación de esas dos décadas de intenso trabajo por parte del Alimento tuvo que revelársele de un modo repentino y asombroso en un solo día. Para nuestros propósitos será más conveniente que lo tomemos a partir de aquel día para relatar algo de las cosas que vio.

Este hombre era un convicto condenado a cadena perpetua —su crimen no nos importa—, a quien la ley creyó oportuno perdonar al cabo de veinte años. Una mañana de verano, este desgraciado, que había dejado el mundo cuando era un joven de veintitrés años, se encontró lanzado de la gris simplicidad de un trabajo penoso y una disciplina que habían constituido el núcleo de su propia vida a un mundo de deslumbrante libertad. Le habían echado encima unas ropas para él desacostumbradas, hacía unas semanas que su pelo había vuelto a crecer, y desde unos días atrás se había podido volver a hacer la raya, y allí estaba, en una especie de desaliñada y torpe novedad de cuerpo y de mente, parpadeando de cuerpo y alma, otra vez fuera, intentando darse cuenta de una cosa increíble: que, después de todo, volvía a estar en el mundo, y que para todas las demás cosas estaba totalmente falto de preparación. Tenía la suerte de tener un hermano que conservaba lo suficiente sus distantes recuerdos comunes como para haber acudido a estrecharle la mano, un hermano que cuando él lo había dejado era un muchachito y que ahora era un hombre próspero con toda la barba… un hombre cuyos ojos inclusive le eran extraños. Y los dos juntos, él y aquel extraño de su familia, bajaron a la ciudad de Dover diciéndose pocas palabras y sintiendo muchísimas cosas.

Se sentaron un rato en una taberna, contestando el uno a las preguntas del otro, trayendo a la memoria anticuados y raros puntos de vista, echando a un lado un sinfín de nuevos aspectos y nuevas perspectivas, hasta que fue hora de irse a la estación para tomar el tren de Londres. Los nombres y los asuntos personales de que tuvieron que hablar los hermanos no interesan a nuestra historia; sólo interesan las alteraciones y la extrañeza ambiente que esta pobre alma de vuelta encontró en un mundo que en otro tiempo fue tan familiar.

En Dover pudo observar muy poco, excepto la excelencia de la cerveza de barril. Nunca había bebido un trago de cerveza tan bueno, y lágrimas de gratitud brotaron de sus ojos.

—La cerveza es tan buena como siempre —dijo, creyendo, sin embargo, que era infinitamente mejor.

Fue sólo cuando el tren los llevaba traqueteando por Folkestone que pudo mirar aquel hombre más allá de sus emociones más inmediatas y ver lo que le había ocurrido al mundo. Se asomó a la ventana.

—Hace sol —dijo por duodécima vez—. No podía hacer mejor tiempo.— Y entonces, por vez primera, su mente se iluminó con la percepción de que había nuevas desproporciones en el mundo.— ¡Por el amor de Dios! —exclamó incorporándose y mostrando animación por primera vez en su semblante—. ¿Qué son aquellos enormes cardos que crecen en la orilla al lado de la retama? Si es que realmente son cardos… ¿O ya me he olvidado de todo lo que sabía?

Sí, eran cardos, y lo que tomó por altos matorrales de retama no era sino hierba, y en medio de todas estas cosas una compañía de soldados británicos —de rojo, como siempre—, estaba haciendo ejercicios militares de acuerdo con el libro de prácticas que había sido parcialmente revisado después de la guerra de los bóers. Luego, ¡zas!, dentro de un túnel y después en Sandling Juction, que se hallaba oscurecida —tenía todas las lámparas encendidas— y empotrada en una gran espesura de rododendros que se habían esparcido por allí procedentes de algún jardín contiguo y habían crecido y se habían desarrollado enormemente valle arriba. En una vía muerta de la estación de Sandgate había un tren de carga lleno hasta los topes de leños de rododendro, y allí fue donde el ciudadano de vuelta oyó, por primera vez, hablar del Alimento Estrella.

Al pasar velozmente por un paisaje que parecía absolutamente inalterado, los dos hermanos tuvieron una serie de explicaciones difíciles. El uno ansiaba hacer preguntas insustanciales, y el otro nunca había pensado, nunca se había ocupado en considerar aquello como un hecho aislado, y contestaba con alusiones. Cada vez era más difícil seguir la conversación.

—Es eso del Alimento Estrella —dijo el hermano, buceando en los bajos fondos de sus conocimientos—. ¿No lo conoces? ¿No te han dicho nada…? ¿Nadie te lo ha explicado? ¡El Alimento Estrella! Pues ya lo sabes: el Alimento Estrella. De eso es de lo que se trata en las elecciones. Es una especie de producto científico. ¿Nadie te ha dicho nunca nada?

Y pensó que el presidio había transformado a su hermano en un tonto de capirote. ¿Cómo era posible que no se hubiera enterado de nada?

Se fueron disparando preguntas y respuestas, sin dar casi nunca en el blanco. Entre fragmentos de conversación había intervalos que pasaban sin decir nada, asomados a la ventanilla. Al principio, el interés que mostraba aquel hombre por las cosas era vago y general. Su imaginación había estado atareada pensando en lo que diría fulano, en qué aspecto tendría mengano, cómo les explicaría a todos y a cada uno de ellos ciertas cosas que presentarían su «alejamiento» bajo una luz más suave. El Alimento Estrella se le apareció al principio como si fuese una gacetilla extraña en un periódico, y luego como el origen de ciertas dificultades intelectuales con su hermano. Pero se dio cuenta inmediatamente de que el tema surgía con insistencia a cada nuevo tópico.

En aquellos días el mundo era un mosaico de transición de modo que esta gran novedad se le hizo patente como una serie de shocks contrastados. El proceso de transformación no había sido uniforme. Se había diseminado desde un centro de distribución aquí y otro allí. El país era como un mosaico: grandes zonas donde el Alimento tenía que hacer su aparición todavía y otras zonas donde estaba ya presente en la tierra y en el aire, esporádico y contagioso. Era como un tema musical muy audaz, insinuándose entre antiguas y venerables tonadas.

El contraste era, desde luego, muy vivido a lo largo de la vía férrea de Dover a Londres en aquella época. Durante un buen rato atravesaron un paisaje como el que el hombre aquel había conocido en su infancia: pequeños rectángulos de terreno, limitados por setos, de un tamaño a propósito para ser arados por caballitos pigmeos; pequeñas y angostas carreteras, de una anchura máxima de tres carros; olmos y robles y álamos, punteando aquellos campos; pequeños grupos de sauces en las orillas de los arroyos; parvas de heno que no llegarían a la rodilla de un gigante; casitas de campo para muñecas con ventanas de paneles romboides; ladrillerías; dispersas calles de pueblo; grandes casas de ricos mezquinos; taludes a los lados de la vía, llenos de flores; estaciones con jardín y todas las cosas del desvanecido siglo XIX defendiéndose aún contra la Inmensidad. Aquí y allá se veía algún parche de cardos gigantes, sembrados por el viento y rasgados también por el viento, desafiando el hacha, más allá un bejín de tres metros de altura o los calcinados tallos de hierba monstruosa en una pequeña zona de terreno, pero aquello era todo lo que podía dar una indicación del uso del Alimento.

Durante un trayecto de muchas millas nada apareció que presagiara en absoluto la extraña grandeza del trigo y de los hierbajos que se ocultaban a menos de veinte kilómetros de distancia de la ruta seguida, al otro lado de las colinas, en el valle de Cheasing Eyebright. Y en seguida empezaron a aparecer trazas del Alimento. La primera cosa sorprendente con que se encontraron fue el gran viaducto nuevo en Tonbridge, donde se había iniciado, precisamente aquellos días, el pantano causado por la obstrucción del río Medway (por una variedad gigante de chara). Luego reapareció de nuevo el paisaje pequeño, y después, al divisarse la diminuta inmensidad de Londres tendida bajo la neblina, los indicios de la lucha del hombre para impedir el acercamiento de aquel engrandecimiento biológico se hicieron visibles y numerosos.

En aquella parte del sudeste de Londres, en la época a que nos referimos, y por todos los alrededores de allí donde vivían Cossar y sus hijos, el Alimento se había vuelto misteriosamente insurgente en un centenar de puntos, la vida en pequeño seguía en medio de portentos cotidianos, a los cuales únicamente la deliberación de su aumento y el lento crecimiento paralelo de la costumbre a su presencia habían privado de sus características alarmantes. Pero aquel ciudadano que volvía a sus lares se asomó para ver por vez primera los resultados del Alimento, extraños y predominantes, en forma de zonas ennegrecidas, grandes defensas y preparaciones feísimas, cuarteles y arsenales que esta influencia sutil y persistente había introducido a la fuerza en las vidas de los hombres.

Allí, y en menor escala, la experiencia de la Granja Experimental se había repetido una y otra vez. Había sido en las cosas de la vida más inferiores y accidentales, debajo de los pies y en los solares y sitios deshabitados, de un modo irregular, donde se había declarado la invasión de las nuevas fuerzas y los resultados a ellas debidos. Había grandes patios malolientes y recintos hediondos donde alguna invencible manigua de hierbajos procuraba el combustible para una maquinaria gigante (los pequeños cockneys iban a contemplar su oleaginosidad mediante una propina de seis peniques a los hombres encargados de su manejo). Había carreteras y pistas para camiones y otros vehículos, carreteras construidas con las fibras entretejidas del esparto hipertrofiado; había torres con sirenas de vapor a punto de empezar a aullar a la menor alarma, para advertir al mundo contra cualquier nueva insurgencia de los insectos, o, lo que todavía era más raro, venerables campanarios de iglesias conspicuamente adaptados a una máquina de proferir chillidos. Había pequeños refugios pintados de rojo y guarnecidas plazas de armas, cada una de ellas provista de su rifle de un alcance de trescientos metros, donde los tiradores se ejercitaban diariamente con munición de salva contra unos blancos que tenían la forma de ratas monstruosas.

Seis veces, desde el día de los Skinner, había habido irrupciones de ratas gigantes, siempre procedentes de las cloacas del sudoeste de Londres, y aquello ya se aceptaba como un hecho consumado, del mismo modo que en el delta del Ganges, al lado mismo de Calcuta, se acepta que haya tigres…

El hermano había comprado un periódico, con cierta precipitación, en Sandling, y aquel periódico al fin logró llamar la atención del libertado. Desdobló las hojas de aquel periódico que le era tan extraño —parecía más pequeño de tamaño, pero con más hojas y unos tipos de imprenta diferentes de los que se usaban antes— y vio innumerables grabados representando cosas extrañas sin el menor interés, y con largas columnas de letra impresa cuyos titulares tenían para él tan poco significado como si hubiesen sido escritos en lengua extranjera: «Gran discurso del señor Caterham», «Las leyes del Alimento Estrella…».

—¿Quién es este Caterham? —preguntó en un intento de volver a entablar conversación.

—Un tío que está muy bien —contestó el hermano.

—¡Ah…! Será un político, ¿eh?

—Va a derribar al Gobierno. ¡Ya era hora!

—¡Oh! —reflexionó—. Supongo que todos los que yo conocía… Chamberlain, Rosebery, todos… ¿Qué?

Su hermano le había cogido de la muñeca y señalaba fuera de la ventanilla.

—¡Son los Cossar…!

Los ojos del ex presidiario siguieron la dirección que señalaba el dedo de su hermano y vieron…

—¡Dios mío! —exclamó, sobrecogido de pasmo por primera vez.

El periódico cayó en un olvido definitivo a sus pies. A través de los árboles podía ver muy distintamente, de pie y en una actitud cómoda, con las piernas muy separadas y sosteniendo una pelota en la mano como si estuviera a punto de arrojarla, una figura humana gigantesca, que bien tendría doce metros de estatura. Aquella figura brillaba bajo la luz del sol, vestida con un traje de placas de metal blanco y llevando un ancho cinto de acero. Durante un momento atrajo toda su atención, pero después la mirada se desvió para enfocar a otro gigante más lejano, que se preparaba para tomar la pelota, y entonces se le hizo patente que toda aquella zona de las colinas del norte de Sevenoaks había sido arrasada con finalidades gigantescas.

Un enorme parapeto dominaba la cantera de pizarra, y en aquel parapeto se había edificado la casa, una monstruosa mole egipcia, achaparrada, que Cossar había construido para sus hijos cuando el enorme cuarto de los niños hubo sido considerado insuficiente, y detrás se levantaba un gran cobertizo que podía haber albergado una catedral, de cuya oscuridad salía de vez en cuando una intermitente incandescencia y un titánico martilleo ensordecedor. Luego volvió a fijarse en el gigante al ver que la gran pelota de madera forrada en hierro se desprendía de su mano para elevarse en el aire.

Los dos hombres se pusieron de pie, los ojos muy abiertos. La pelota parecía grande como un tonel.

—¡Cogida! —exclamó el recién salido de la cárcel, mientras un árbol le impedía ver al que había lanzado la bola.

Desde el tren se pudieron ver todas estas cosas sólo durante una fracción de minuto. Luego se interpusieron árboles el tren penetró en el túnel de Chislehurst.

—¡Dios mío! —volvió a exclamar el ex presidiario al hacerse la oscuridad—. ¿Cómo es posible? ¿Estaré soñando? ¡Si el tío ese es tan alto como una casa!

—Son los jóvenes Cossar —explicó el hermano moviendo la cabeza alusivamente—. De ahí es de donde viene todo el jaleo…

Salieron del túnel para descubrir más torres coronadas de sirenas, refugios rojos, y por último las apiñadas casitas de los suburbios más periféricos. El arte de fijar carteles no había perdido nada durante aquel intervalo, y de grandes tablones, de los topes de las casas, de las cercas y de centenares de puntos de vista similares surgían las policromas llamadas para la gran elección del Alimento Estrella. «Caterham», «Alimento Estrella» y «Pulgarcito, el matador de gigantes», una y otra, y otra vez, y monstruosas caricaturas y distorsiones… cientos de variedades de representaciones de aquellas grandiosas figuras brillantes de las que tan cerca habían pasado hacía sólo unos minutos…

CAPÍTULO DOS

El hermano menor había abrigado el propósito de hacer algo magnífico, de celebrar este retorno a la vida con una cena en algún restaurante de categoría, una comida a la que siguiera toda aquella relumbrante sucesión de impresiones que los Music Halls de aquellos días eran capaces de dar. Era un plan benemérito que tenía como finalidad borrar los más superficiales estigmas del encarcelamiento con una exhibición de libertad, pero el segundo punto del plan tuvo que modificarse. La comida se celebró, pero había ya un deseo más poderoso que el ansia de ver shows, más eficaz en apartar de la mente del hombre la siniestra preocupación con su pasado que cualquier teatro, y este deseo era, en realidad, una enorme curiosidad y perplejidad sobre el Alimento Estrella y los niños del Estrella, esa nueva portentosa raza de gigantes que parecía dominar el mundo.

—No conozco el intríngulis del asunto —dijo—. Estos niños me obsesionan.

Su hermano tuvo la suficiente delicadeza para dejar de lado la proyectada hospitalidad.

—La fiesta se hace en tu honor, muchacho —dijo—. Intentaremos entrar en el mitin monstruo que se celebra en el Palacio del Pueblo.

Por fin, el hombre recién salido de presidio tuvo la suerte de encontrarse metido como una cuña en medio de una muchedumbre apretujada y mirando desde lejos un pequeño estrado brillantemente iluminado, debajo de un órgano y una galería. El organista había estado tocando algo que hizo resonar rítmicamente las botas de los que iban entrando en la sala a raudales, pero eso ya había terminado.

Apenas el hombre recién salido del presidio había podido sentarse y empezar a discutir con un impertinente caballero extranjero que daba codazos a diestro y a siniestro, entró Caterham. Salió de la penumbra hacia el centro del estrado, apareciendo como un insignificante pigmeo, una figurilla negra con una pincelada de color de rosa por cara —de perfil podía verse su característica nariz aquilina—, una pequeña figura que iba levantando inexplicablemente una salva de aplausos. Una salva de aplausos que se inició a lo lejos, que aumentó en seguida de volumen y que se extendió por toda la sala. Al principio, se produjo en el estrado un minúsculo barboteo de voces, que pronto cobraron ímpetu como una llamarada de sonido, atravesando la masa humana entera que había dentro y fuera del edificio. ¡Cómo aplaudieron…! ¡Hurra…! ¡Hurra!

Nadie entre aquella mirada aplaudía como el hombre salido de presidio. Las lágrimas le resbalaban por la cara, y sólo dejó de aplaudir porque se atragantaba. Tenéis que haber estado en la cárcel tanto tiempo como él estuvo para que podáis comprender, incluso empezar a comprender, lo que significa para un hombre dar rienda suelta a sus pulmones en medio de una multitud. (Sin embargo, a pesar de todo, ni siquiera pretendió hacerse creer a sí mismo que sabía el motivo de toda aquella emoción). ¡Hurra…! ¡Oh, Dios mío…! ¡Hurra!

Después se hizo un breve silencio. Caterham había adoptado un aire de paciencia, y unos individuos estaban diciendo y haciendo un sinfín de cosas serias e insignificantes. Era como si se oyeran voces en medio del ruido de las hojas en la primavera.

—Wawawawa…

¿Qué importancia tenía? Los del público se hablaban unos a otros.

—Wawawawa wa…

¿No acabaría nunca de gesticular aquel tonto del pelo entrecano? ¿Interrumpiendo? ¡Claro que estaban interrumpiendo!

—Wa, wa, wa, wa…

¿Pero es que vamos a oír a Caterham mejor?

Mientras tanto, al menos los presentes podían contemplar a Caterham y podían estudiar las facciones del gran hombre, vistas a una perspectiva bastante lejana. Era muy fácil caricaturizar a aquel individuo, y el mundo entero podía estudiarlo con toda facilidad en los tubos de lámpara, en los cromos infantiles, en las medallas y las banderas Antialimento Estrella, en el orillo de las sedas y algodones marca Caterham, y en los forros de los acreditados sombreros marca Caterham. Caterham aparece en todas las caricaturas de la época. Se le ve vestido de marino al lado de un cañón anticuado y con un botafuego en la mano, con el epígrafe «Nuevas leyes contra el Alimento Estrella», mientras en el mar chapotea aquel monstruo enorme, feísimo y amenazador, llamado Alimento Estrella. También se le representa cap-a-pie, armado con la cruz de San Jorge en el escudo y el yelmo, mientras un cobarde y titánico Caliban, sentado en medio de inmundicias en la entrada de una horrenda cueva, rehúsa recoger su guantelete de los «Nuevos Decretos sobre el Alimento Estrella». A veces se lo ve descender, como Perseo, para rescatar una encadenada y hermosa

Andrómeda (que lleva inscrita claramente en su cinturón la palabra «Civilización») de los despojos chapoteantes de un monstruo marino que lleva en sus varios cuellos y garras las inscripciones «Antirreligión», «Egoísmo desenfrenado», «Mecanicismo», «Monstruosidad» y cosas parecidas. Pero era como «Pulgarcito, el matador de gigantes», que la imaginación popular consideraba a Caterham más correctamente representado, y era en la vena de un «Pulgarcito, el matador de gigantes», que el hombre salido de presidio amplificaba aquella miniatura distante.

El «wawawawa» se interrumpió bruscamente.

Ya está. Ya se sienta. ¡Sí! ¡No! ¡Sí! ¡Es Caterham!

—¡Caterham! ¡Caterham! —Y volvieron a resonar los aplausos.

Tiene que haber una gran multitud para que pueda hacerse un silencio como el que siguió a aquel desorden de aplauso. Un hombre solo en el desierto… Es una quietud muy especial, sin duda, pero él se siente respirar, se siente mover, siente toda clase de cosas. Aquí, lo único que se oía era la voz de Caterham, una voz brillante y clara, como una lucecita ardiendo en un nicho de terciopelo negro. ¡Escuchad escuchad! Se lo oía como si estuviera hablando junto a uno.

Aquello resultó estupendamente efectivo para el hombre recién salido de la cárcel, dentro de un halo de exquisitos y temblorosos sonidos. Detrás del halo, eclipsados en parte, estaban sentados en el estrado los partidarios, y en primer término se extendía una vastísima perspectiva de innumerables espaldas y perfiles, una grandiosa multitud atenta. Aquella figurilla parecía haber absorbido la sustancia de todos los asistentes al acto.

Caterham habló de nuestras antiguas instituciones.

—¡Oídoídoid! —bramaba la muchedumbre.

—¡Oíd! ¡Oíd! —exclamaba el hombre recién salido de presidio.

El orador hablaba de nuestro antiguo espíritu de orden y justicia.

—¡Oídoídoíd! —bramaba la muchedumbre.

—¡Oíd! ¡Oíd! —gritaba el hombre recién salido de la cárcel, hondamente conmovido.

Caterham habló luego de la sabiduría de nuestros antepasados, del lento desarrollo de venerables instituciones de tradiciones morales y sociales que se adaptaban como un guante a las características nacionales inglesas.

—¡Oíd! ¡Oíd! —gemía el hombre recién salido de presidio, con lágrimas de excitación en las mejillas.

Y el orador seguía diciendo que todas estas cosas se nos iban de las manos. ¡Sí, se nos iban de las manos! Porque tres hombres de Londres habían tenido la idea, veinte años atrás, de hacer una mixtura indescriptible y ponerla dentro de una botella, todo el orden y la santidad de las cosas…

Se oyeron gritos:

—¡No! ¡No!

—Bueno, pues —siguió diciendo el orador—, las cosas no pueden continuar así, y es necesario despedirse de toda vacilación, es necesario hacer acopio de fuerzas…

Aquí se dejó sentir una ráfaga de aplausos. Debían despedirse de toda vacilación, debían prescindir de las medias tintas.

—Hemos oído decir, caballeros —grito Caterham—, de ortigas que se transforman en ortigas gigantes. Al principio no son nada diferentes de las otras ortigas… Pequeñas plantas que con una mano firme se pueden coger y arrancar, pero si se las deja crecer… si se las deja crecer, se desarrollan con un poder tan venenoso, que al final se necesita el hacha y la soga, se necesitan esfuerzos, trabajos y disgustos… Han perecido muchos hombres en la tala de las ortigas, otros hombres pueden perecer por el mismo concepto…

Hubo un revuelo y una interrupción y después el hombre recién salido de presidio oyó de nuevo la voz de Caterham resonando clara y recia:

—¡Aprended lo del Alimento Estrella del mismo Alimento Estrella, y coged la ortiga antes de que sea demasiado tarde! —Calló y se secó los labios.

—¡Claro como el cristal! —gritó alguien—. ¡Claro como el cristal!

Y entonces volvió a oírse aquel extraño rumor creciendo rápidamente hasta llegar a ser un tonante tumulto, tanto, que parecía que el mundo entero estuviese aplaudiendo…

El hombre recién liberado salió por último de la sala, maravillosamente agitado y con aquellas señales inconfundibles en el rostro propias del que ha tenido una visión. Él ya sabía y todo el mundo sabía. Sus ideas ya no eran vagas. Había vuelto a un mundo en crisis, a la inmediata decisión de una solución estupenda. Debía jugar su parte en el gran conflicto como un hombre… un hombre libre y responsable. El antagonismo se le representó como una imagen. Por un lado aquellas figuras gigantescas, contentas de sí mismas, cubiertas de cota de malla, que había visto por la mañana —que ahora podía contemplar bajo una luz diferente—, y por otro lado, aquella figurilla vestida de negro gesticulando bajo la luz de las candilejas, aquel pigmeo con su ordenado raudal de melodiosa persuasión, con su vocecilla penetrante, John Caterharn… «Pulgarcito, el matador de gigantes». Todos debían unirse para «coger la ortiga» antes de que fuera «demasiado tarde».

CAPÍTULO TRES

De todos los niños que habían tomado el Alimento de los Dioses, los más altos, más fuertes y más observados eran los tres hijos de Cossar. La milla aproximada de terreno, cerca de Sevenoaks, donde transcurrieran sus infancias y adolescencias, quedó tan surcada de trincheras, tan excavada y tan retorcida, tan sembrada de cobertizos y enormes modelos mecánicos y de los juegos de sus potencialidades en vías de desarrollo, que no se parecía a ningún otro sitio de la tierra. Y ya hacía mucho tiempo que había empezado a ser pequeño para todo lo que ellos intentaban hacer. El mayor de los hijos era un gran proyectista de máquinas con ruedas. Se había construido una especie de bicicleta gigante que no cabía en ninguna carretera del mundo ni había puente que la pudiera aguantar. Y allí se había quedado aquella gran máquina de ruedas y mecanismos, capaz de hacer doscientas cincuenta millas por hora, excepto en los momentos en que su inventor se decidía a montar en ella para ir adelante y atrás, en medio de aquel patio de trabajo, lleno de estorbos por todas partes. Tenía la intención de dar una vueltecita por el pequeño mundo con aquel trasto y lo había construido con esta intención, mientras no era más que un muchacho lleno de ensueños. Ahora los radios de las ruedas corroídos por la herrumbre y las manchas parecían heridas en todos los sitios donde el esmalte había saltado.

—Tendrás que hacer primero una carretera para la bicicleta, hijo —le había dicho Cossar—. De lo contrario, dudo que puedas irte por ahí.

Así, pues, un buen día, el joven gigante y sus hermanos se pusieron a trabajar para hacer una carretera que diera la vuelta al mundo. Parece que era inminente un conato de oposición, y ellos se habían puesto a trabajar con notable vigor. La gente los descubrió muy pronto construyendo aquella carretera: varias millas ya niveladas, comprimidas y terminadas. Una ingente muchedumbre de excitados individuos, terratenientes, corredores de tierras, autoridades locales, abogados, policías y hasta soldados, se opuso a que continuaran su labor.

—Estamos haciendo una carretera —explicó el mayor de los chicos.

—Hagan las carreteras que quieran —dijo el principal letrado de los que allí había—, pero hagan el favor de respetar los derechos ajenos. Hasta ahora ya han infringido los derechos privados de veintisiete diferentes propietarios, eso sin contar la propiedad y los privilegios especiales de la

Junta del Distrito Urbano, nueve Concejos parroquiales, una Diputación provincial, dos Compañías del gas y una Compañía ferroviaria…

—¡Demonios! —dijo el mayor de los chicos Cossar.

—Tendrán ustedes que desistir…

—Pero ¿no quieren ustedes tener una buena carretera recta en lugar de esos asquerosos senderos llenos de surcos y de hoyos?

—No diré que no sea muy ventajosa, pero…

—No hay que hacerlo —dijo el mayor de los Cossar recogiendo sus herramientas.

—De este modo, no —dijo el letrado—. En absoluto.

—¿Pues cómo hay que hacerlo?

La respuesta del abogado principal fue complicada y vaga.

Cossar había ido a ver la travesura que sus hijos habían hecho y los recriminó severamente, pero se echó a reír a carcajadas y pareció sentirse muy dichoso con el incidente.

—Muchachos, debéis esperar aún algún tiempo antes de poder hacer cosas como ésta —gritó mirando hacia arriba.

—El abogado nos ha dicho que debemos empezar por preparar un plan y obtener autorización especial y toda una serie de monsergas… Dice que tardaremos años…

—Tendremos un plan antes de poco, hijito —gritó Cossar haciendo bocina con las manos—, no tengas miedo. Por ahora vale más que juguéis y hagáis modelos de las cosas que pensáis hacer. Más adelante todo se arreglará.

Ellos hicieron lo que Cossar decía, como hijos obedientes.

Pero, a pesar de todo, refunfuñaron un poco.

—Está muy bien —dijo el mediano al mayor—, pero no quiero estar siempre jugando y haciendo planes. Quiero hacer algo real, ¿sabes? No hemos venido a este mundo fuertes como somos sólo para jugar en esta porquería de terreno tan pequeño, y pasear, y no acercarnos a los pueblos… No hacer nada está mal. ¿No podríamos encontrar algo que la gente pequeña deseara que se realizase para hacérselo nosotros, para divertirnos…?

«Muchos viven en casas inhabitables. Construyámosles una casa cerca de Londres, una casa que pueda contener montones y más montones de esa gente, y sea cómoda y bonita, y hagámosles una hermosa carretera que los conduzca hacia donde tienen que ir a hacer sus negocios… un bonito y recto camino, y procurar que sea lo más bonito posible. Se lo dejaremos todo tan limpio y precioso, que ninguno de ellos podrá ya vivir de este modo asqueroso como viven ahora. Que haya agua suficiente para que todos puedan lavarse, eso es lo que haremos, porque, ¿sabes?, son tan sucios ahora que de cada diez casas, nueve no tienen baño. ¡Pequeños zorrinos hediondos! Y sabes que los que tienen baño escupen insultos a los que no lo tienen, en lugar de ayudarles a tenerlo…, y los llaman el Gran Populacho… Ya lo sabes. Nosotros modificaremos todo eso. Y haremos que la electricidad alumbre, cocine y limpie para ellos, para todos. ¡Qué raro! ¡Hacen que sus mujeres, mujeres que van a ser madres, se arrastren por los suelos para fregarlos…!

«Podríamos hermosearlo todo. Podríamos construir un gran edificio para generar la electricidad y todo quedaría sencillamente precioso. ¿No es cierto…? Y entonces, tal vez nos dejarían hacer otras cosas.

—Sí —dijo el hermano mayor—, podríamos hacerlo todo y muy bonito, además.

—Entonces, hagámoslo —repuso el mediano.

—¡Pues adelante! —gritó el hermano mayor buscando una herramienta a propósito.

Y aquello produjo otra espantosa trifulca.

Al momento acudieron agitadas multitudes diciéndoles que parasen por un sinfín de razones, diciéndoles también que parasen sin motivo ni razón alguna, multitudes balbucientes, confusas y variadas. Aquel edificio que construían era demasiado alto: no tenía garantía alguna de estabilidad. Era feo; impediría que se pudieran alquilar las casas vecinas de tamaño normal; echaba a perder la línea del barrio; no era de buen vecino; era contrario al Reglamento de Edificación Local; infringía el derecho de las autoridades locales de imponer la distribución de una energía eléctrica propia, insuficiente y cara; y, por último, perjudicaba los intereses de la Compañía local del agua.

Los funcionarios del Municipio se despabilaron ante la posibilidad de ejercer una obstrucción judicial. El abogado reapareció representando una docena de intereses amenazados; terratenientes locales aparecieron en oposición; personas con derechos misteriosos reclamaron indemnizaciones exorbitantes; sindicatos del ramo de la construcción alzaron sus voces colectivas; un grupo de tratantes de toda clase de material para la construcción se transformó en una barrera infranqueable. Asociaciones extraordinarias de personas con visiones proféticas de los horrores estéticos se agruparon para proteger el paisaje del lugar donde había la intención de embalsar el río.

Estos últimos individuos eran absolutamente los más burros, según los chicos Cossar. Aquella hermosa vivienda proyectada por ellos fue algo así como un bastón en medio de un avispero.

—¡Nunca lo hubiese creído! —exclamó el mayor de los Cossar.

—¡No podemos continuar! —lamentó el segundo.

—¡Son unos animales indecentes! —protestó el menor de los hermanos—. ¿Es que no van a dejarnos hacer nada?

—Aunque sea por su propia comodidad… ¡Y una casa tan bonita como les habríamos hecho!

—Parece que se pasan la vida, sus necias vidas insignificantes, en molestar al prójimo —dijo el chico mayor—. Derechos y leyes y reglamentos y granjerías, igual que un juego chino… Bueno, sea como sea, tendrán que vivir en sus casuchas repugnantes, sucias y disparatadas durante algún tiempo todavía. Es evidente que no podemos continuar nuestra obra.

Y los chicos Cossar dejaron aquella gran casa sin terminar, mero hoyo de cimientos y el comienzo de una pared, y se volvieron, malhumorados, a su gran recinto. Al cabo de un cierto tiempo el hoyo se llenó de agua y con elementos estancados, hierbas y sabandijas, y el Alimento, ya fuese echado allí por los hijos de Cossar, ya viniera a parar allí como polvo impelido por el viento, empezó a desarrollar toda la materia viviente a su modo habitual. Ratas de agua invadieron el país causando muchos daños, y un día un campesino encontró a sus cerdos bebiendo de aquella agua e instantáneamente y con gran presencia de ánimo —porque sabía lo del gran puerco de Oakham— los sacrificó a todos. Y de aquel profundo estanque fue de donde salieron los mosquitos, unos mosquitos terribles, cuya única virtud consistió en que los hijos de Cossar, después de haber sido picados por ellos, no pudieron sufrirlo más, y aprovechando una noche de luna, cuando la ley y el orden dormían, abrieron un canal y dirigieron el agua hacia el río, por Brook.

Pero dejaron los grandes hierbajos y las grandes ratas de agua y toda suerte de cosas enormes e indeseables que vivían y se criaban en el sitio que habían escogido, el mismo sitio donde el hermoso edificio para la gente pequeña podía haberse elevado hasta el cielo…

CAPÍTULO CUATRO

Esto había ocurrido en la niñez de los Hijos, pero ahora eran ya casi hombres. Y las cadenas habían estado oprimiéndoles más y más, a medida que transcurrían los años de crecimiento. Año tras año, a medida que iban creciendo y el Alimento se diseminaba, y las cosas grandes iban multiplicándose, la violencia y la tensión aumentaban. El Alimento había sido en el principio, para la masa del pueblo, una maravilla distante, y ahora ya penetraba por el umbral de cualquier casa, amenazador, presionando y deformando el orden vital. Obstruía esto, trastornaba aquello, cambiaba los productos naturales y al cambiarlos hacía inútiles los empleos y dejaba a centenares de miles de personas sin trabajo. Además, traspasaba límites y fronteras y transformaba el mundo del comercio en un mundo de cataclismos, nada tiene, pues de extraño que la humanidad lo aborreciera.

Y como es más fácil aborrecer las cosas animadas que las inanimadas, a los animales más que a las plantas y a los seres humanos más que a los animales, el miedo y las molestias engendrados por las ortigas gigantes y por las hojas de hierba de dos metros, por los espantosos insectos y por las sabandijas que parecían tigres, fue acumulándose en un gran rencor que apuntaba directamente a aquella banda dispersa de enormes seres humanos, los Niños del Alimento. Aquel odio había llegado a ser la fuerza central en cuestiones políticas. Las antiguas directrices de los partidos habían sido negadas y borradas del todo ante la insistencia de aquellos nuevos problemas y el conflicto estaba ahora entre el partido de los contemporizadores, que sostenían la opinión de que se tenía que confiar a muy pocos políticos el control y la regulación del Alimento, y el partido de la reacción por el que hablaba Caterham, siempre con la más siniestra ambigüedad, cristalizando sus intenciones primero en una frase amenazadora y después en otra, como, por ejemplo, que se debía «evitar el crecimiento desmedido de la zarza», o descubrir «la curación de la elefantiasis», y por fin, en vísperas de la elección, «arrancar las ortigas».

Un buen día, los tres hijos de Cossar, que ya no eran niños sino hombres, se hallaban sentados en medio de sus fútiles trabajos, conversando a su manera de todas estas cosas. Habían estado trabajando todo el día en una serie de grandes y complicadas trincheras que su padre les había pedido que hicieran, y estando el sol ya en el ocaso se habían sentado en el reducido espacio destinado a jardín que había ante la gran casa y miraban al mundo mientras descansaban esperando que los diminutos servidores de la casa les dijeran que su comida estaba a punto. Debéis imaginaros estas enormes figuras, la menor de ellas de doce metros de estatura, reclinándose sobre un pedazo de césped que a un hombre corriente le habría parecido un rastrojo de cañas. Uno de ellos se había incorporado y se quitaba la tierra de las enormes botas con una viga de hierro que tenía agarrada con una mano, el segundo se apoyaba en el codo y el tercero desbastaba un pino, lo cual impregnaba el aire con olor a resina. Iban vestidos, no de tela, pues los trajes interiores eran de soga entretejida y los vestidos exteriores de alambre de aluminio afelpado. Iban calzados de madera y hierro, y los gemelos, botones y cinturones de sus trajes eran de acero plateado. La gran casa de una sola planta en que vivían, egipcia por su solidez, era mitad de monstruosos bloques de greda y la otra mitad excavada en la roca viva de la colina. Tenía sus buenos treinta metros de altura vista desde su fachada, y vista por su parte trasera, las chimeneas, las ruedas, las grúas y las techumbres de sus cobertizos de trabajo se destacaban maravillosamente contra el cielo. A través de una ventana circular de la casa se hacía visible un caño por donde se vertía cierto metal fundido al rojo blanco, goteando continuamente en gotas regulares para caer en un receptáculo fuera del alcance de la vista. Aquel sitio estaba cercado y someramente fortificado con monstruosos taludes de tierra reforzados con acero tanto por encima de la cumbre de la colina, como abajo, en la depresión del valle. Se necesitaba algo de tamaño corriente para poder comparar la escala. El tren que venía resollando de Sevenoaks, atravesando su campo visual y hundiéndose de inmediato en el túnel, parecía, en comparación con todas aquellas obras, un pequeño juguete automático.

—Nos han prohibido el paso por todos estos bosques de la parte de acá de Ightham —dijo uno de los chicos—. Y el letrero que estaba en Knockholt lo han trasladado de dos millas hacia acá.

—Es lo menos que podían hacer —dijo el más joven, después de una pausa—. Intentan quitarle argumentos a los pretextos de Caterham.

—Lo cual no es suficiente y es demasiado para nosotros.

—Quieren aislarnos del Hermano Redwood. La última vez que fui a verlo, los letreros rojos se habían adelantado alrededor de una milla por ambos lados. El camino que nos conduce a él por la colina ya no es nada más que un angosto vericueto.

El que hablaba se calló reflexionando y añadió:

—¿Qué le ha pasado a nuestro Hermano Redwood?

—¿Por qué? —preguntó el hermano mayor.

El otro cortó una rama de su pino.

—Estaba como si no estuviese del todo despierto. No pareció escuchar lo que yo tenía que decirle. Y dijo algo de… amor.

El más joven golpeó con su viga el borde de la suela de hierro y se echó a reír.

—El Hermano Redwood sueña —dijo. Nadie habló durante un rato. Luego el hermano mayor repuso:

—Este modo de encerrarnos cada vez más no se puede soportar. Al final, estoy seguro de que van a trazar un círculo alrededor de nuestras botas y nos dirán que vivamos allí dentro. El hermano mediano barrió con la mano un montón de ramas de pino y cambió de actitud.

—Lo que hacen ahora no es nada comparado con lo que harán cuando Caterham esté en el poder.

—Si es que llega al poder —dijo el hermano menor aporreando el suelo con la viga.

—¡Llegará! —murmuró el mayor mirándose los pies. El hermano mediano cesó de desmochar la rama de pino y sus miradas se dirigieron a los grandes taludes que les protegían a todo su alrededor.

—Entonces, hermanos —dijo—, nuestra juventud ha terminado, y tal como nos dijo hace tiempo el Padre Redwood debemos portarnos como hombres.

—Sí —convino el hermano mayor—. Pero ¿qué significa eso? ¿Qué quiere decir… cuando llegue el día de la aflicción?

Miró a su vez, aquellas rudas y extensas indicaciones de atrincheramientos a su alrededor, mirando más que a ellas, a través de ellas, por encima de los montes, las multitudes del otro lado. Una idea del mismo género pasó por las mentes de los tres: una visión de gente pequeña lanzándose a la guerra, una inundación de gente pequeña inagotable, incesante, maligna…

—Son muy pequeños —dijo el hermano menor—, pero son tan incontables como las arenas del mar.

—Tienen armas… Tienen el armamento que han fabricado nuestros Hermanos de Sunderland.

—Además, hermanos, si exceptuamos los bichos y los pequeños accidentes con alguna mala bestia, ¿qué sabemos nosotros lo que es matar?

—Lo sé —aprobó el hermano mayor—. Y por todo esto… somos lo que somos. Cuando llegue el día de la aflicción tendremos que hacer lo que debamos.

Cerró de golpe su cortaplumas —la hoja era larga como un hombre— y utilizó su nuevo báculo de pino para levantarse. Se volvió hacia la inmensidad gris y achaparrada de la casa. Al levantarse, un rayo carmíneo del sol poniente se reflejó en la malla y los cierres del cuello y en el metal tejido de los brazos, y a los ojos de su hermano pareció como si de repente se hubiese cubierto de sangre…

Al levantarse, el joven gigante vio una figurilla negra destacándose en la incandescencia del ocaso, encima del talud que se erguía en lo alto de la colina. Las negras extremidades hacían torpes aspavientos. Algo indescriptible que había en el modo de gesticular indicaba prisa en la mente del joven gigante, que hizo voltear su tranca de pino y llenó el valle con un potente:

—¡Atención…! Pasa algo.

Y echó a andar para recibir y ayudar a su padre.

CAPÍTULO CINCO

Dio la casualidad de que otro joven que no era ningún gigante iba descargando sus ideas sobre los hijos de Cossar, precisamente al mismo tiempo. Procedía del otro lado de las colinas, de más allá de Sevenoaks, y venía con un amigo suyo. Era éste a quien hablaba. Y a lo largo del seto habían oído un lastimero piar y habían intervenido para salvar a tres pavos del ataque de un par de hormigas gigantes. Fue aquella aventura lo que inició la conversación.

—¡Reaccionario! —dijo el joven al llegar al campamento de los Cossar—. ¿Quién no sería reaccionario ante esto? ¡Mira aquel cuadro de terreno, aquel espacio de la tierra de Dios, que en otro tiempo fue agradable y hermoso, y ahora desgarrado, mancillado, destripado! ¡Esos cobertizos! ¡Aquel gran molino de viento! ¡Aquella monstruosa máquina con ruedas! ¡Aquellos diques! ¡Mira esos tres monstruos aquí sentados conspirando para llevar a cabo alguna treta infernal! ¡Mira… mira toda esta tierra!

Su amigo lo escrutó fijamente.

—Has estado escuchando a Caterham —dijo.

—¡Usando los ojos! Mirando un poco hacia la paz y el orden del pasado que estamos dejando atrás. Este repugnante Alimento es la última forma que ha adoptado el diablo, empeñado como siempre en la ruina de nuestro mundo. ¡Piensa en lo que debió de ser el mundo antes de nuestra época, lo que era todavía cuando nuestras madres nos echaron al mundo, y míralo ahora! ¡Piensa cómo sonreían antes estas laderas bajo la dorada cosecha, cómo los setos, llenos de florecillas olorosas, dividían la modesta proporción de este hombre de la de aquel otro, cómo las rojizas granjas y cortijos punteaban el paisaje y cómo la voz de las campanas de la iglesia, desde aquel lejano campanario que se ve desde aquí, inundaba el valle entero todos los domingos en la plegaria dominical! Y ahora, cada año aún más que el anterior, más y más hierbajos monstruosos, sabandijas monstruosas y esos gigantes que crecen y crecen por encima de nosotros, extendiéndose por encima de nosotros, chocando contra todo lo sutil y sagrado de nuestro mundo…

¡Mira!

Señaló hacia un punto determinado, y los ojos de su amigo siguieron la línea indicada por su dedo.

—¡Una de sus huellas! ¿Ves? Ha profundizado casi un metro. Es un peligro latente para caballos y jinetes, una trampa para incautos. Hay un rosal silvestre tronchado, la hierba arrancada, una cardencha pisoteada, una acequia de granjero rota y el borde del camino hundido y estropeado. ¡Destrucción! Esto es lo que están haciendo por todo el mundo, destrozar el orden y la decencia que el mundo de los hombres ha hecho. Pisotearlo todo. ¡Reacción! ¿Qué otra cosa?

—Pero… reacción al fin. ¿Qué piensas hacer?

—¡Acabarlo! —exclamó el joven procedente de Oxford—. Antes de que sea demasiado tarde.

—Pero…

—No es imposible —exclamó el joven elevando el tono de la voz—. Queremos mano firme, queremos el plan sutil y la mente resolutiva. Hemos sido tímidos y débiles, hemos jugueteado y contemporizado y el Alimento ha ido creciendo más y más. Y, no obstante, todavía…

Se calló un momento.

—Eso es un eco de Caterham —dijo su amigo.

—Aún ahora hay esperanzas…, esperanzas abundantes, con tal que estemos seguros de lo que queremos y de lo que nos proponemos destruir. La masa del pueblo está con nosotros, muchísimo más de lo que lo estaba hace unos años. La ley está con nosotros, la constitución y el orden de la sociedad, el espíritu de las religiones oficiales, las costumbres y los hábitos del género humano están con nosotros y en contra del Alimento. ¿Por qué razón deberíamos contemporizar? ¿Por qué razón tenemos que mentir? Aborrecemos todo eso, no lo queremos. ¿Por qué, pues, tenemos que soportarlo? ¿Intentas quedarte ahí gimiendo, en obstrucción pasiva, y nada más hasta que no quede un grano de arena en el reloj de nuestra vida?

Se calló de nuevo y, dando media vuelta, prosiguió:

—¡Mira aquel soto de ortigas allí! ¡En medio de ellas hay hogares… abandonados… donde en otro tiempo las familias de hombres sencillos dejaron que transcurrieran sus vidas honradas…!

Y después de una breve pausa, añadió dando media vuelta y señalando el sitio donde los Cossar estaban murmurando otro de sus agravios:

—¡Míralos! Y yo conozco a su padre, un bruto, una especie de bestia con un vozarrón intolerable, una especie de salvaje caminando por nuestro mundo, demasiado magnánimo, durante más de treinta años. ¡Un ingeniero! Para él todo lo que para nosotros es querido y sagrado, nada representa.

¡Nada! Las espléndidas tradiciones de nuestra raza y de nuestro terruño, sus nobles instituciones, el orden, la amplia y lenta marcha de precedente en precedente que ha hecho la grandeza de nuestro pueblo inglés y la libertad de esta soleada isla…, todo eso para él son cuentos ociosos, dichos y olvidados. Cualquier paparrucha sobre el futuro vale más para él que todas estas cosas sagradas… Es ese tipo de hombre que no vacilaría en hacer pasar los ramales del tranvía sobre la tumba de su madre si creyera que el trayecto salía más barato… ¡Y aún piensas en contemporizar, en buscar alguna fórmula de compromiso que te permita vivir a tu modo mientras esa —esa maquinaria— vive en el suyo! Te digo que no hay remedio…, no hay remedio. ¡Sería lo mismo que hacer un tratado con un tigre! Ellos quieren que las cosas sean grandes y monstruosas… y nosotros queremos que sean normales y agradables. O lo uno o lo otro.

—Pero ¿qué puedes hacer tú?

—¡Mucho! ¡Todo! ¡Suprimir el Alimento! Estos gigantes están todavía dispersos, todavía son inmaduros y se hallan desunidos. Encadenarlos, amordazarlos, silenciarlos. Detenerlos a cualquier precio. ¡Es su mundo o el nuestro! ¡Acaba con el Alimento! ¡Encarcelar a los que lo fabrican! ¡Hacer algo para parar a Cossar! No parece que recuerdes que basta una generación, una sola generación que aguante y luego… Luego podríamos nivelar esos terraplenes, rellenar sus huellas, quitar esas feísimas sirenas de los campanarios, destruir todos nuestros cañones elefantiásicos y volver nuestras miradas otra vez hacia el antiguo orden de cosas, hacia nuestra jugosa civilización antigua para la que está adaptada el alma del hombre. —Eso sería un tremendo esfuerzo.

—Para un fin tremendo. ¿Y si no lo hacemos así? ¿No ves el panorama que nos espera tan claro como la luz del día? Los gigantes irán creciendo y multiplicándose por todas partes. En todas partes fabricarán y esparcirán el Alimento. La hierba se agigantará en nuestros campos, los hierbajos en nuestros actos y vallados, los bichos en los matorrales y los ratones en los albañales. Más, y más y más… Esto es sólo el comienzo. El mundo de los insectos se levantará contra nosotros, lo mismo que el mundo de las plantas, y hasta los mismos peces del mar harán embarrancar y zozobrar nuestros barcos. Una tremenda vegetación oscurecerá y ocultará nuestras casas, sofocará nuestras iglesias, arruinará y destruirá todo el orden de nuestras ciudades, y nosotros no seremos ya más que unos débiles bicharracos bajo los talones de la nueva raza. ¡El género humano se hundirá y se ahogará en sus propios engendros! ¡Y todo por nada! ¡Tamaño! ¡Simple tamaño! Engrandecimiento y da capo. Estamos buscando nuestro propio camino entre los comienzos de la nueva era. Y todo lo que hacemos es exclamar: «¡Qué inconveniente…!». Refunfuñamos y no hacemos nada. ¡No! Levantó la mano y prosiguió:

—¡Dejémosles que hagan lo que tiene que hacer! De acuerdo. Yo soy partidario de la reacción, de una reacción liberal e intrépida. A menos que tú también intentes tomar este Alimento. ¿Qué otra cosa se puede hacer en el mundo entero? Hemos estado entreteniéndonos con medias tintas durante demasiado tiempo. Entretenerte con medias tintas es tu costumbre, tu círculo de existencia, tu espacio y tiempo. ¡Pero yo no! ¡Yo estoy contra el Alimento, con todas mis fuerzas y mi voluntad estoy contra el Alimento!

Se volvió a su compañero al oír el gruñido de discrepancia con que acogió su perorata.

—Y tú, ¿dónde estás?

—Es un asunto muy complicado…

—¡Oh…! ¡Vas a la deriva! —gritó el joven procedente de Oxford, muy acerbadamente, haciendo grandes aspavientos—. Las medias tintas son la nada. Tiene que ser una cosa u otra Comer o destruir. ¡Comer o destruir! ¿Qué otra cosa se puede hacer?

CAPÍTULO SEIS

LOS AMANTES GIGANTES

CAPÍTULO SIETE

Pero dio la casualidad de que, en aquellos días en que Caterham estaba haciendo campaña continua los niños del Alimento Estrella, antes de las elecciones generales que, en medio de las circunstancias más trágicas y terribles, debían llevarse al poder, aquella princesa gigante, aquella Serenísima Alteza, cuya nutrición en su más tierna infancia había jugado un papel tan importante en la brillante carrera del doctor Winkles, había llegado a Inglaterra desde el reino de su padre para algo muy importante. Estaba prometida, por razones de Estado, con cierto príncipe… y la boda tenía que manifestarse como un acontecimiento de gran significación internacional. Pero habían surgido misteriosos aplazamientos. El Rumor y la Imaginación colaboraron en la historia y se dijeron muchas cosas. Hubo rumores de que el príncipe había declarado que no quería que le tomasen el pelo, por lo menos hasta aquel extremo. El pueblo simpatizaba con él. Éste es el aspecto más importante del asunto.

Ahora bien, por extraño que parezca, es un hecho que la princesa gigante ignoraba en absoluto la existencia de otros gigantes, hasta que llegó a Inglaterra. Había vivido en un mundo donde el tacto constituye casi una pasión, y la reserva, la atmósfera en que se vive. Le habían ocultado este hecho, la habían aislado de la vista e incluso de la sospecha de toda forma gigantesca hasta que se cumpliera la fecha señalada para su viaje a Inglaterra. Hasta que vio al hijo de Redwood no tuvo la menor idea de que hubiera en el mundo otro gigante.

En el reino del padre de la princesa había grandes altiplanicies yermas y montañas baldías donde ella se había acostumbrado a vagar libremente. Le gustaba la salida y la puesta del sol y todo el gran espectáculo del firmamento, pero al hallarse entre un pueblo antaño tan democrático y tan vehementemente leal como el inglés, su libertad quedó muy restringida. La gente acudía a verla en carricoches, en trenes de excursión, en multitudes organizadas. Millares de personas recorrieron largas distancias en bicicleta para poder contemplarla, y la princesa tenía que levantarse muy temprano si quería poder pasear en paz. Era aún muy cerca del alba aquel día en que el joven Redwood se encontró con ella.

El Gran Parque contiguo al palacio donde ella vivía se extendía en una longitud de más de veinte millas hacia el oeste y el sur. Los castaños de sus avenidas se alzaban por encima de la cabeza de la princesa. Cada uno de los castaños al pasar ella por delante parecía ofrecerle una riqueza más abundante de flores que el árbol anterior. Durante un buen rato se conformó con la vista y el olor de los capullos, pero al final quedó vencida por tantos ofrecimientos y se puso a coger tantas flores que no se dio cuenta de la presencia del joven Redwood hasta que éste estuvo muy cerca.

Ella seguía andando por entre los castaños, con el amante que le deparaba el destino acercándose cada vez más, imprevisto, insospechado. Metió las manos por entre las ramas, quebrándolas y reuniéndolas en un ramo. Estaba sola en el mundo. Entonces…

Levantó la vista y en el acto se encontró con su pareja.

Necesitamos ahora poner nuestra imaginación en la estatura de él para ver la belleza que él vio. Aquella inaccesible grandiosidad que impide nuestra inmediata simpatía hacia ella, no existía para él. Allí había una graciosa muchacha, la primera persona que podía parecerle una pareja adecuada.

Ágil y esbelta, ligeramente vestida, con la fresca brisa matutina moldeándole los sutiles pliegues de la ropa sobre las líneas suaves y firmes de sus formas, y con una gran masa de floridos ramos de castaño en sus manos. El escote de su traje dejaba ver la blancura de su garganta y una suave redondez sombreada que se perdía de vista hacia los hombros. La brisa le había descompuesto unas hebras de sus cabellos castaños con ribetes rojizos, que le rozaban la mejilla. Tenía los ojos azules y grandes, y sus labios descansaban en la promesa de una sonrisa… mientras estiraba el cuerpo entre las ramas.

La joven se volvió hacia el recién llegado con sobresalto, lo vio y durante unos momentos permanecieron los dos mirándose. Para ella, la presencia de aquel joven fue tan asombrosa, tan increíble, que durante unos instantes al menos llegó a ser terrible. Él se acercó con la profunda sorpresa causada por una aparición sobrenatural; rompía todas las leyes establecidas en el mundo de ella. Era el joven entonces un muchacho de veintiún años, esbelto, con la misma tez morena y la misma gravedad de su padre. Iba vestido con ropas de sobrio y blando cuero, muy bien cortadas, que le daban un aspecto muy gallardo. Llevaba la cabeza descubierta en toda ocasión. Quedaron contemplándose; ella incrédulamente asombrada y él con su corazón latiendo desacompasadamente. Fue un momento sin preludio, el encuentro cardinal de sus vidas.

Para él la sorpresa fue menor. La había estado buscando y, no obstante, su corazón latía con gran rapidez. Se acercó a ella, despacio, con los ojos fijos en su semblante.

—Tú eres la princesa —dijo—. Mi padre me lo ha dicho. Eres la princesa a que le dieron el Alimento de los Dioses.

—Soy la princesa, sí —dijo ella, con los ojos abiertos de asombro—. Pero ¿tú quién eres?

—Soy el hijo del descubridor del Alimento de los Dioses.

—¿El Alimento de los Dioses?

—Sí, el Alimento de los Dioses.

—Pero…

Su semblante expresaba una perplejidad infinita.

—¿Qué es eso…? No comprendo. ¿El Alimento de los Dioses?

—¿No has oído hablar de él?

—¿Del Alimento de los Dioses? ¡No! —La princesa se puso a temblar violentamente. El color huyó de su rostro—. No sé nada —dijo—. ¿Quieres decir…?

—¿No lo sabías? —repitió él.

Y ella contestó con asombro por el descubrimiento:

—¡No!

El mundo entero y todo el significado del mundo estaba sufriendo un cambio para ella. Una rama de castaño se deslizó de su mano.

—¿Quieres decir que hay otros gigantes en el mundo? —repitió estúpidamente—. ¿Qué alguna clase de alimento…?

Él se convenció de la sinceridad del asombro de la joven.

—Pero ¿no sabes nada? —exclamó—. ¿Nunca has oído hablar de nosotros? ¿Tú, precisamente, a quien el Alimento ha hecho semejante a nosotros?

Todavía asomaba el terror en los ojos que lo miraban.

—No —susurró.

Le pareció que iba a echarse a llorar o a desmayarse. Luego, en un momento volvió a cobrar el dominio de sí misma y se encontró hablando y pensando con toda claridad.

—Todo esto me lo han ocultado —dijo—. Es como un sueño… He soñado… He soñado cosas así. Pero al despertar… ¡No! ¡Dime! ¡Dime! ¿Quién eres? ¿Qué es ese Alimento de los Dioses? Explícamelo despacio y con claridad. ¿Por qué me han ocultado que no estaba sola?

CAPÍTULO OCHO

—Explícamelo —repitió.

Y el joven Redwood, trémulo y excitado, empezó a explicarle, de una manera muy pobre y con voz entrecortada al principio, lo del Alimento de los Dioses y de los gigantes dispersos por el mundo.

Os podéis figurar a los dos, ruborizados, sobresaltados, dándose cuenta recíprocamente del significado de lo que decía el interlocutor a través de frases entrecortadas, entendidas a medias y pronunciadas, también a medias, de repeticiones, de perplejidades, de interrupciones, de nuevos puntos de partida en la conversación… charla en la que ella despertó de la ignorancia de su vida. Y muy lentamente se aclaró en su mente la idea de que no era ninguna excepción dentro del orden de la humanidad, sino un ejemplar de una dispersa hermandad cuyos componentes habían comido el Alimento y se habían desarrollado hasta rebasar los límites reducidos de la gente que vivía bajo sus plantas. El joven Redwood habló de su padre, de Cossar, de los Hermanos esparcidos por el país, de la gran aurora de amplísimo significado aparecida por fin en la historia del mundo.

—Estamos en el principio del principio —afirmó Redwood—. Este mundo de ellos es sólo el preludio del mundo que producirá el Alimento…

«Mi padre cree, y yo también, que vendrá el día en que la pequeñez habrá desaparecido por completo entre los hombres, en que los gigantes podrán ir libremente por esta tierra —su tierra— haciendo cosas cada vez más grandiosas y más espléndidas. Pero esto… eso está aún por venir. No somos ni siquiera la primera generación de este nuevo mundo… somos sólo los primeros experimentos.

—¡Yo no sabía nada de todo eso! —afirmó ella—. A veces me parece como si hubiéramos llegado demasiado pronto. Pero alguien tenía que ser el primero, supongo.

Sin embargo, el mundo no estaba preparado para nuestra llegada y la de todas estas grandes pequeñeces que toman su grandeza del Alimento. Ha habido equivocaciones, ha habido conflictos. Los hombres pequeños aborrecen nuestra raza…

«Son crueles con nosotros precisamente porque son tan pequeños… Y también porque nuestros pies pesan mucho sobre todo aquello que constituye sus vidas. Pero, sea como sea, actualmente nos odian, no nos quieren ni quieren saber nada de nosotros… sólo si pudiéramos encogernos y volver al tamaño corriente empezarían a perdonarnos…

«Se sienten felices en casas que no son más que celdas, sus ciudades son demasiado pequeñas para nosotros; andamos con grandes dificultades y padecimiento por sus estrechos caminos; no podemos asistir a sus iglesias…

«Podemos ver por encima de sus tapias y de sus muros; miramos inadvertidamente por sus ventanas más altas; atisbamos sus costumbres; y sus leyes no son otra cosa sino una red alrededor de nuestros pies…

«Cada vez que tropezamos se arma una gritería de espanto, cada vez que por error salimos de los límites que nos han asignado, o que estiramos brazos o piernas o que efectuamos alguna acción espaciosa…

«Nuestros pasos normales son para ellos carreras espeluznantes, y todo lo que ellos consideran grandioso o maravilloso, para nosotros no es más que juego de muñecas. Su mezquindad en el método, unida a sus aparatos y su imaginación, obstaculiza y destruye nuestra potencia. No hay máquinas que puedan aplicarse a la potencia de nuestras manos, ni nada que nos ayude a ajustar nuestras necesidades. Mantienen nuestra grandeza en servidumbre por medio de millares de lazos invisibles. Hombre por hombre, somos nosotros los más fuertes, cien veces más, pero estamos desarmados; nuestra misma grandeza nos hace sus deudores; reclaman como suya la misma tierra sobre la que estamos; nos tasan nuestros requerimientos en alimento y vivienda y por todas estas cosas debemos trabajar con las herramientas que esos enanos puedan fabricarnos…

«Y para satisfacer sus caprichos de enano… «Nos acorralan de todas las maneras imaginables. Hasta para vivir hay que cruzar sus límites. Hasta para venir a encontrarte hoy aquí he necesitado rebasarlos. Todo lo que es razonable y deseable en la vida lo ponen fuera de nuestro alcance. No podemos ir a las ciudades, no podemos cruzar los puentes, no podemos pisar sus campos arados ni los cotos de caza en que ellos matan. Estoy separado y aislado de todos nuestros Hermanos, excepto los tres hijos de Cossar, y aun por este lado el pasaje se estrecha día a día. Hasta se podría pensar que están buscando la ocasión de poder hacer cualquier maldad contra nosotros.

—Pero somos fuertes —dijo ella.

—Tendríamos que ser fuertes, sí. Tenemos la sensación, todos nosotros… y pienso que tú también debes sentirla… de que tenemos un gran poder, un gran poder para hacer grandes cosas, un poder insurgente en nosotros. Pero antes de que podamos hacer nada…

Hizo con la mano un ademán como de barrer algo.

—Aunque creí que yo estaba sola en el mundo —dijo ella después de una pausa—, he pensado en estas cosas. Siempre me han enseñado que la fuerza era casi un pecado, que era mejor ser pequeño que grande, que toda religión verdadera se proponía cobijar al débil y pequeño, alentar al débil y al pequeño, ayudarle a multiplicarse cada vez más hasta que finalmente se vean obligados a subirse los unos encima de los otros, y a sacrificar toda nuestra fuerza en su causa. Pero… siempre he dudado de la verdad de lo que me enseñaban.

—Esta vida —dijo él—, nuestros cuerpos, no han de perecer.

——No.

—Ni vivir en la futilidad. Pero si no queremos hacerlo, todos nuestros Hermanos encuentran claro que debe producirse un conflicto. Yo no sé qué conflicto está a punto de suscitarse antes de que la gente pequeña tolere que vivamos tal como necesitamos vivir. Todos nuestros Hermanos han pensado en ello. Cossar, de quien te he hablado, también ha pensado en ello.

—Ellos son muy pequeños y muy débiles.

—En cierto modo. Pero ya sabes que todos los medios de muerte están en sus manos, fabricados por sus manos. Durante centenares de millares de años esos enanos cuyo mundo hemos invadido han estado aprendiendo el modo de matarse unos a otros. Son muy hábiles en eso. Y en otras muchas cosas. Y, además, saben engañar y cambiar súbitamente… No sé… Que venga el conflicto y verás. Tú quizá seas diferente de nosotros. Para nosotros es seguro que el conflicto tiene que estallar… eso que ellos llaman Guerra. Ya lo sabemos. Y hasta cierto punto nos preparamos para cuando llegue. Pero ¿sabes…? ¡Esa gente pequeña…! Nosotros no sabemos matar, ni ganas…

—¡Mira! —interrumpió ella.

El joven Redwood oyó un bocinazo. Volvió la cabeza en la dirección indicada por los ojos de ella y se encontró con un automóvil amarillo, con un conductor que llevaba anteojos ahumados de motorista y unos pasajeros abrigados con pieles, agraviados y resentidos a sus plantas. Retiró de pie y el artilugio, con tres airados bufidos, reanudó su carrera hacia la ciudad.

—¡Obstruyendo la carretera! —gritó uno de los ocupantes.

Luego alguien dijo:

—¡Mira! ¿Has visto? ¡Allí está la monstruosa princesa, más allá de la arboleda! —Y todos los rostros con gafas se fijaron en ella.

—¡Ya te lo dije! —exclamó otro—. Eso no va…

—Todo esto —dijo la princesa— es más asombroso de lo que pudiera expresar con palabras.

—Pero eso de que no te lo hayan dicho… —empezó a decir él, y dejó la frase incompleta…

—Hasta que te he encontrado vivía en un mundo donde yo era la única grande. Me había hecho una vida… para esto. Yo creía ser la víctima de alguna extraña aberración de la naturaleza. Y ahora mí mundo se ha derrumbado en media hora y percibo otro mundo, otras condiciones de existencia, posibilidades, mucho más amplias… camaradería…

—¡Camaradería! —repitió él.

—Quiero que me expliques más cosas aún, muchísimas más cosas. Porque esto pasa por mi mente como si fuera un cuento. Hasta tú… Tal vez dentro de un día o de varios días, creeré en ti. Ahora… Ahora estoy soñando… ¿Oyes?

La primera campanada del reloj de las salas del palacio, allá a lo lejos, había llegado hasta ellos. Contaron maquinalmente: «siete».

—Ésta debiera ser la hora de mi regreso —dijo ella—. Me traerán el café a la sala donde duermo. Los pequeños servidores —no puedes imaginarte con qué gravedad se comportan— estarán andando de un lado para otro cumpliendo con sus deberes. «Se quedarán perplejos… Pero quiero hablar contigo. Reflexionó.

—Pero también quiero pensar un poco. Ahora quiero pensar a solas en este cambio en las cosas, olvidar mi antigua soledad y pensar en ti y en esos otros que forman parte de mi mundo… Tengo que irme. He de volver ahora mismo al castillo. Mañana, apenas apunte la aurora, volveré… aquí. —Estaré esperándote.

—Todo el día estaré soñando con este nuevo mundo que tú me has dicho. Incluso ahora mismo, apenas puedo creer…

Dio un paso atrás y lo miró de arriba a abajo. Sus ojos se encontraron y se quedaron mirándose durante un momento.

—Sí —dijo ella, con una risita que era mitad sollozo—. Eres verdadero… ¡Pero es muy maravilloso! ¿Crees que de veras…? ¿Y si mañana, al volver, me encontrara que eres un pigmeo como los demás…? Tengo que pensarlo. Así, pues, por hoy…

Le tendió la mano, y por primera vez se tocaron. Sus manos se estrecharon fuertemente y sus miradas se encontraron.

—¡Adiós! —dijo ella—. ¡Adiós! ¡Adiós, hermano gigante!

Él vaciló, presa de una emoción indecible, y por fin contestó sencillamente:

—¡Adiós!

Durante un rato permanecieron con las manos cogidas, examinándose mutuamente. Después de separarse, ella se volvió para mirarlo varias veces, dubitativamente, mientras él permanecía inmóvil en el mismo sitio donde se habían encontrado…

La joven entró en el gran patio del Palacio como una sonámbula, con una gran rama de castaño en la mano.

CAPÍTULO NUEVE

Los dos volvieron a encontrarse catorce veces antes del principio del fin. Se encontraron en el Gran Parque, o en los altozanos, o entre las cañadas de los eriales cubiertos de brezos, surcados por polvorientos vericuetos y encuadrados por oscuros pinares que se extendían hacia el sudoeste. Dos veces se encontraron en la gran avenida de castaños y cinco veces cerca del gran lago que el rey, el abuelo de ella, había hecho construir allí. Había cierto sitio donde un gran prado muy bien cuidado, plantado de altas coníferas, se inclinaba graciosamente hasta el borde del agua, y allá se sentaba ella y él se echaba a su lado mirándole el rostro y hablando, contándole todas las cosas que habían ocurrido y explicándole la clase de trabajo que su padre le había asignado, y el grande y espacioso ensueño de lo que los gigantes serían algún día. Generalmente se encontraban al despuntar el alba, pero en una ocasión se encontraron por la tarde, viéndose cercados por una verdadera multitud de impertinentes que estaban más o menos ocultos a la escucha: ciclistas y peatones atisbando por entre las matas y los arbustos, haciendo crujir las hojas secas de los bosques (con el mismo rumor que hacen los gorriones en los parques de Londres), deslizándose en lanchas por el lago para conseguir un mejor punto de vista e intentando llegar más cerca de ellos para oír lo que se decían.

Fue la primera indicación del enorme interés que el pueblo tomaba en sus encuentros. Y en una ocasión —era la séptima vez y aquello precipitó el escándalo— se encontraron en el rumoroso erial, bajo la clara luz de la luna y se pusieron a hablar en voz baja, porque la noche era quieta y tibia.

Muy pronto dejaron de preocuparse de que en ellos y por ellos estaba tomando cuerpo un nuevo mundo de gigantismo sobre la tierra o de la perspectiva de una gran lucha entre grandes y pequeños en la que estaban destinados a participar, y pasaron a intereses a la vez más personales y amplios. Cada vez que se encontraban y se hablaban y se miraban, brotaba un poco más fuera del subconsciente el hecho de que había algo que corría en medio de ellos y les hacía cogerse de las manos. Y al poco tiempo dieron con las palabras apropiadas y se encontraron siendo novios, el Adán y la Eva de una nueva raza en el mundo. Juntos penetraron en el maravilloso valle del amor, en sus profundos y apacibles rincones. El mundo cambió a su alrededor a medida que cambiaba su modo de ser, hasta que pronto se hubo transformado, como si dijéramos, en un tabernáculo que se hacía más bello en cada uno de sus encuentros, y las estrellas ya no fueron más que flores de luz bajo los pies de su amor, y la aurora y el ocaso, cortinajes de colores. Cesaron de ser personas de carne y hueso el uno para el otro, y hasta para sí mismos; pasaron a ser una estructura corpórea de ternura y deseo. Primero se expresaron en susurros y luego en silencio, y se atrajeron más estrechamente y se contemplaron los rostros bañados por el juego de sombras y luces formado por la luna bajo el arco infinito del firmamento. Y los inmóviles y negruzcos pinos permanecieron junto a ellos como centinelas.

Los rítmicos pasos del tiempo se acallaron en el silencio y les pareció que el Universo quedaba inmóvil en suspenso. Sólo oían los latidos de sus corazones. Les pareció estar viviendo juntos en un mundo en el que no existía la muerte, y así era en realidad para ellos entonces. Les pareció que resonaba tal cúmulo de ocultos esplendores en el mismo corazón de las cosas como nadie había podido percibir hasta entonces. Hasta para las almas pequeñas y mezquinas, el amor es la revelación de todos los esplendores. Y ellos eran unos enamorados gigantes que se habían nutrido con el Alimento de los Dioses…

Podéis imaginaros la general consternación cuando llegó a saberse que la princesa que estaba prometida al príncipe, ¡Su Alteza Serenísima, con sangre real en sus venas!, se encontraba —con frecuencia— con el vástago hipertrofiado de un ordinario profesor de química, sin rango, posición ni fortuna, y que conversaba con él como si no existieran los reyes ni los príncipes, ni orden, ni sentido común… como si no hubiese nada más, en fin, —que Gigantes y Pigmeos poblando el mundo; hablaba con él, y, lo que era bien cierto, lo consideraba su novio.

—¡Si los chicos de los periódicos se enteran! —exclamaba, boquiabierto, Sir Arthur Poodle Bootlick.

—Yo he dicho —susurró el anciano obispo de Frumps.

—Hay una nueva historia —decía el primer lacayo, mordisqueando el sobrante de los postres—. Por lo que he podido saber, la princesa gigante…

Y la señora encargada de la papelería que hay al lado de la entrada principal del Palacio, donde los norteamericanos de poca categoría obtienen sus billetes para una visita oficial, repetía:

—Me han dicho que…

Y entonces: «Picaroon» dijo en la revista Gossip: —Estamos plenamente autorizados para negar…

Y así toda la historia se hizo pública.

CAPÍTULO DIEZ

—Dicen que tenemos que separarnos —explicó la princesa a su amante.

—Pero ¿por qué? —exclamó él—. ¿Qué nueva sandez se le ha metido a esa gente en la cabeza?

—¿Sabes que amarme… es un delito de alta traición? —preguntó ella.

—Querida mía —exclamó él—, ¿y eso qué importa? ¿Qué derecho ni sombra de razón tienen sobre nosotros…? Y sus traiciones y sus lealtades, ¿qué son para nosotros?

—Ya lo sabrás… Figúrate que se me presentó el hombrecillo más raro que imaginarte puedas, con una voz suave y hermosamente modulada, un pequeño caballero de movimientos exquisitos, que entró en mi habitación un poco de lado, como un gato, y que cada vez que tenía algo interesante que decir levantaba la mano poniéndola así. Es calvo, pero no del todo, su nariz y su rostro son unas cositas rechonchas y rosaditas, y lleva la barba muy cuidada y en punta, de un modo precioso. A veces pretendió demostrarme que la emoción le embargaba e hizo que sus ojos se pusieran brillantes. Tienes que saber que se trata de un amigo incondicional de la familia reinante y que me llamó su querida damita, y estuvo simpatiquísimo desde el principio.

«—Mi querida damita —dijo—, ya sabe usted que no debe…

—Esto varias veces, y luego—: Usted tiene el deber…

—¿Dónde fabrican a esos hombres?

—Parecía que le gustaba ser como es.

—No veo porqué.

—Es muy cierto que hay algo…

—¿Quieres decir que…?

—Quiero decir que, sin saberlo, hemos estado pisoteando los sagrados conceptos de la gente pequeña. Nosotros, los que somos de sangre real, formamos una clase aparte. Somos prisioneros dorados, juguetes profesionales. Por ello pagamos el precio de perder… nuestra más elemental libertad. Y yo tenía que haberme casado con aquel príncipe… No sabes nada de él, claro. Es un príncipe pigmeo. Poco importa él… Parece que esto habría estrechado los lazos entre su país y el mío. Y aquel país también sacaría provecho. ¡Imagínate…! ¡Estrechar los lazos!

—¿Y ahora?

—Quieren que continúe como si tal cosa… Como si no hubiera nada entre nosotros…

—¡Nada!

—Sí. Pero esto no es todo. Dijo…

—¿Quién? ¿Tu especialista en Tacto?

—Sí. Dijo que sería mejor para ti, que sería mejor para todos los gigantes, si nosotros dos… nos abstuviéramos de conversar. Así fue como lo dijo.

—Pero ¿qué pueden ofrecer a cambio?

—Dijo que te podría conceder la libertad.

—¿A mí?

—Dijo, acentuándolo mucho:

«—Mi querida damita, sería mejor, sería mucho más digno, que ustedes se separasen voluntariamente.

«Esto fue lo que dijo acentuando lo de “voluntariamente”.

—¡Pero…! ¿Qué les importa a esos desgraciados enanos si nos amamos o no nos amamos? ¿Qué tienen que ver ellos y su mundo con nosotros?

—Ellos no lo creen así.

—Por supuesto que tú no le habrás hecho el menor caso.

—Me parece una solemne tontería.

—¡Que sus leyes tengan que aherrojarnos! ¡Que en la primavera de la vida tengamos que someternos a sus antiguos compromisos, a sus insulsas instituciones! ¡Oh, no les hagamos caso!

—Yo soy tuya. Hasta aquí… estoy contigo.

—¿Hasta aquí? ¿No es esto todo?

—Pero es que ellos… si quieren separarnos…

—¿Y qué pueden hacer?

—No lo sé. ¿Qué podrán hacer?

—¿Y a quién puede importar lo que ellos puedan o quieran hacer? Yo soy tuyo y tú eres mía. ¿Qué hay más allá de esto? Yo soy tuyo y tú eres mía… para siempre. ¿Crees que voy a detenerme ante sus minúsculos reglamentos, sus prohibiciones, sus canelones encarnados? ¿Crees que voy a apartarme de ti?

—Sí; pero ¿qué pueden hacer ellos?

—Quieres decir ¿qué vamos a hacer nosotros?

—Sí.

—¿Nosotros? Pues continuar así.

—Pero ¿y si buscan la manera de impedirlo?

Él cerró los puños y miró a su alrededor como si la gente pequeña estuviese ya llegando para ponerles trabas. Luego se apartó un poco y se quedó contemplando el mundo que le rodeaba.

—Sí —dijo—. Tu pregunta ha sido acertada. ¿Qué pueden hacer ellos?

—Aquí en este pequeño país —dijo ella.

Él parecía inspeccionarlo todo.

—Están por todas partes.

—Pero podríamos…

—¿Qué?

—Podríamos irnos. Podríamos cruzar a nado los mares. Más allá de los mares…

—No he estado nunca más allá de los mares.

—Allí hay unas grandes y desoladas montañas entre las cuales nosotros no pareceríamos sino seres pequeños, valles desiertos y remotos, lagos ocultos y altiplanicies ceñidas de nieve nunca holladas por pies humanos. Allí…

—Pero para llegar allí deberíamos abrirnos paso luchando contra millones de seres humanos.

—Es nuestra única esperanza. En esta tierra tan poblada no hay ninguna fortaleza, ningún refugio. ¿Qué sitio puede haber para nosotros en medio de estas multitudes? Los que son pequeños se pueden esconder, pero ¿dónde vamos a escondernos nosotros? No habría sitio donde pudiéramos comer, ni sitio donde pudiéramos dormir. Si huyéramos… nos seguirían los pasos noche y día.

Al joven Redwood se le ocurrió una idea.

—Todavía hay un sitio en esta isla.

—¿Dónde?

—El lugar que han construido nuestros Hermanos, más allá de esto que se ve. Han construido grandes taludes alrededor de su casa, al norte, al sur, al este y al oeste; han cavado profundos pozos y refugios secretos, e incluso ahora… Uno de ellos vino a visitarme recientemente y me habló… Yo no le presté mucha atención a lo que me dijo entonces. Pero me habló de armas. Pudiera ser que allí… encontráramos refugio…

«Hace muchos días que no he visto a nuestros Hermanos… —prosiguió, luego de una pausa—. ¡Caramba! ¡Estuve soñando y los he tenido olvidados! Han pasado los días y no he hecho otra cosa sino pensar en ti… Debo hablarles y explicarles todo lo que se cierne sobre nosotros. Si quieren ayudarnos, pueden hacerlo. ¡Entonces sí que podremos abrigar esperanzas! Ignoro si su vivienda es muy fuerte, pero indudablemente Cossar la habrá construido sólida… Antes de todo esto, antes de que te encontrara, ahora me acuerdo, había un lío en perspectiva. Había una elección, que es como la gente pequeña soluciona las cosas contando personas… Ya debe de haber terminado… Se profirieron amenazas contra nuestra raza, es decir, contra toda nuestra raza, excepto tú. Tengo que ir a ver a nuestros Hermanos. Tengo que explicarles todo lo que ha ocurrido entre nosotros, y todo lo que ahora nos amenaza.

CAPÍTULO ONCE

El joven no acudió a la siguiente cita sino después que ella hubo aguardado un buen rato. Tenían que encontrarse a mediodía en un gran espacio del parque situado en la curva del río, y mientras ella lo estaba esperando, mirando siempre hacia el sur, resguardándose de la luz con la mano como pantalla, se dio cuenta de que todo estaba muy quieto, de que en realidad estaba sospechosamente quieto. Y luego percibió que, a pesar de lo avanzado de la hora, su habitual cortejo de espías voluntarios no había comparecido. Ni a derecha ni a izquierda, a despecho de escrutarlo bien, aparecía nadie a la vista, y ni un solo bote se divisaba sobre la plateada curva del Támesis. Intentó encontrar un motivo que explicase aquella extraña quietud…

Luego, y aquello fue para ella un gratísimo descubrimiento, divisó al joven Redwood en la lejanía, en un claro que dejaba la arboleda que ponía un límite a su perspectiva.

Inmediatamente los árboles lo ocultaron, pero en seguida apareció por entre ellos a plena vista. La princesa pudo darse cuenta de que había algo raro, y vio que él se apresuraba de un modo nada habitual en él y que cojeaba. Hizo un gesto y ella se le acercó. El semblante de él se le hizo más preciso, y entonces vio con infinita zozobra que hacía una mueca a cada paso.

Echó a correr hacia él, la mente llena de preguntas y sintiendo un vago temor. Redwood se le acercó y habló sin saludarla previamente:

—¡Tenemos que separarnos! —dijo jadeando.

—¡No! —gritó ella—. ¿Por qué? ¿Qué sucede?

—¡Si no nos separamos, será ahora!

—¿Qué sucede?

—Yo no quiero separarme de ti… Sólo que… —Se interrumpió bruscamente para preguntar a la joven—: ¿No te separarás de mí?

Ante lo brusco de aquella pregunta, la joven lo miró con fijeza y contestó con angustia:

—¿Qué ha sucedido? —lo interrogó.

—¿Ni por un tiempo?

—¿Cuánto?

—Años quizá.

—¡Separarnos! ¡No!

—¿Has pensado en ello? —insistió él.

—No quiero que nos separemos. —Le cogió la mano y añadió—: Aunque significara la muerte ahora, no te dejaría ir.

—¡Aunque significara la muerte! —repitió él, y ella sintió una fuerte presión en los dedos.

Redwood miró a su alrededor, como si temiera ver llegar la gente pequeña mientras hablaba. Y luego dijo:

—Puede significar la muerte.

—Explícamelo —dijo ella.

—Intentaron impedir mi venida.

—¿Cómo?

—Al salir de mi taller, donde fabrico el Alimento de los Dioses para los Cossar, que lo almacenan en su campamento, me encontré con un pequeño oficial de policía —un hombrecillo vestido de azul, con guantes blancos muy limpios— que me hizo ademán de que me detuviera.

»—No se puede pasar por aquí —me dijo.

»Yo no pensé que aquello significara nada en particular; di la vuelta hacia poniente, por donde pasa otra carretera, y allí había otro oficial.

»—No se puede pasar por esta carretera —dijo. Y añadió—: ¡Todas las carreteras están cerradas!

—¿Y después?

—Discutí un poco con él.

»—Son vías públicas —repliqué.

»—Así es —contestó él—, y usted las hace intransitables para el público.

»—Muy bien —repuse yo—, iré a campo traviesa.

»Y entonces salieron otros policías de detrás de los setos, diciendo:

»—Estos campos son de propiedad privada.

»—¡Al cuerno con vuestras propiedades públicas y privadas! —le dije —. Voy a ver a mi princesa.

»Lo cogí con mucho cuidado —él gritaba y pataleaba— y lo aparté de mi camino. Al cabo de un minuto todos los campos a mi alrededor parecían haber cobrado vida con la multitud de hombres que corrían. Vi a uno montado a caballo, galopando a mi lado, que me leía algo a los gritos mientras galopaba… Cuando hubo terminado, dio media vuelta y se alejó de mí a galope y con la cabeza baja. No pude entenderlo. Y entonces a mi espalda oí el chasquido de fusiles.

—¡De fusiles!

—De fusiles… Igual que cuando disparan contra los ratones. Esas balas volaron por el aire con un ruido como si rasgaran algo, y una me dio en la pierna.

—¿Y tú…?

—Vine aquí a buscarte, y los dejé corriendo, gritando y disparando detrás de mí. Y ahora…

—Ahora, ¿qué?

—Es sólo el comienzo. Quieren que nos separemos. Ahora mismo están todavía persiguiéndome.

—Pero no nos separaremos.

—No. Pero si no nos separamos… tendrás que venir conmigo a casa de nuestros Hermanos.

—¿Por dónde se va? —preguntó ella.

—Hacia el este. Por allí es donde aparecerán mis perseguidores. Por consiguiente, debemos ir por esta otra parte, por esta avenida de árboles. Déjame que pase delante, por si nos están esperando…

Dio un paso adelante, pero ella le había cogido del brazo.

—¡No! —exclamó—. Yo iré a tu lado, sosteniéndote. Soy de sangre real y, por lo tanto, sagrada. Si te tengo cogido en mis brazos, ¡y ojalá Dios permitiera que pudiese volar con mis brazos alrededor de tu cuello!, puede ser que no disparen contra ti…

Lo aferró del hombro, apretándose contra él mientras hablaba.

—Puede ser que no disparen contra ti —repitió ella y, con súbita pasión, el joven la cogió en sus brazos y la besó en la mejilla. La tuvo así cogida durante un rato.

—Aunque signifique la muerte —susurró ella.

Después le pasó las manos por el cuello y acercó su cara a la de él.

—Amado mío, bésame una vez más.

Él la atrajo hacia sí. Silenciosamente se besaron en los labios, y durante un momento permanecieron abrazados. Luego, cogidos de la mano, y procurando mantenerse muy juntos, echaron a andar para ver si por casualidad podían llegar al campamento de refugio que los hijos de Cossar habían construido, antes de que les alcanzaran sus perseguidores.

Y al cruzar los grandes claros del parque detrás del castillo, salieron unos cuantos jinetes galopando de entre los árboles, intentando vanamente correr a la par con las zancadas gigantescas que daban ellos dos. Inmediatamente, frente a ellos, surgieron unos hombres armados con fusiles. En vista de ello, aunque él intentó seguir adelante, dispuesto a luchar y a abrirse paso a la fuerza, ella le hizo torcer hacia el sur.

Al huir en esta nueva dirección, un proyectil pasó silbando por encima de sus cabezas.

CAPÍTULO DOCE

Parte Tres

EL JOVEN CADDLES EN LONDRES

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6

CAPÍTULO UNO

EL JOVEN CADDLES EN LONDRES

CAPÍTULO DOS

Por entero ignorante del curso de los acontecimientos, ignorante de las leyes que estaban acorralando a sus Hermanos y a él mismo, ignorante incluso de la existencia de otro semejante sobre la faz de la tierra, el joven Caddles eligió aquellos momentos para salir de su cantera de pizarra y ver el mundo. Sus meditaciones lo condujeron finalmente a esta determinación. No obtenía respuesta a ninguna de sus preguntas en Cheasing Eyebright; el nuevo vicario era aún menos lúcido que el anterior, y el enigma de su trabajo insustancial llegó a alcanzar dimensiones de verdadera exasperación.

«¿Por qué razón tengo que trabajar en esta cantera día tras día? —se preguntaba—. ¿Por qué razón puedo andar sólo dentro de ciertos límites y me son negadas todas las maravillas del mundo de más allá? ¿Qué he hecho yo para merecer esta condena?». Y un día se levantó, irguió la espalda y dijo, dando una voz: —¡No…!

»No quiero —agregó. Luego, indignado, maldijo a la cantera. Disponiendo de pocas palabras, buscó el modo de expresar sus ideas en acciones. Cogió una vagoneta a medio llenar, y levantándola, la arrojó con fuerza contra otra. Luego cogió una hilera entera de vagonetas y las envió rodando cuesta abajo. Lanzó en medio de ellas un gran peñasco de pizarra que las hizo polvo y a continuación arrancó una docena de metros de vía de un soberbio puntapié. Así comenzó su concienzudo destrozo de la cantera.

—¡Trabajando toda mi vida en esto! —rugió.

Fueron cinco minutos pasmosos para el pequeño geólogo que Caddles, enfrascado en sus preocupaciones, había olvidado. Aquel pobre hombre, habiéndose escapado por un pelo de que le dieran dos pedruscos, salió disparado y echó a correr a campo traviesa, con la mochila batiéndole la espalda y las piernas enfundadas en unos pantalones bombachos que temblaban horrorosamente, dejando un rastro de equinodermos cretáceos tras él, mientras el joven Caddles, satisfecho con la destrucción que había conseguido, salía, dando grandes zancadas, para cumplir sus propósitos con respecto al mundo.

—¡Trabajar en esta vieja cantera hasta que me muera y me pudra y hieda…! ¿Qué clase de gusano creyeron que vivía en mi cuerpo de gigante? ¡Cavando pizarra para Dios sabe qué tonterías! ¡No seré yo!

Sería por la dirección de la carretera y de la vía férrea o sería por pura casualidad, lo cierto es que se puso a caminar hacia Londres y se dirigió a grandes zancadas, por encima de las colinas, a través de los prados, bajo el tórrido sol de la tarde, ante la infinita sorpresa de todo el mundo. Nada significaban para él aquellos cartelones rojiblancos arrancados y destrozados, con diversas indicaciones, que pendían de graneros y paredes; no sabía nada de la revolución electoral que había elevado al poder a Caterham, el «matador de gigantes». Nada significaba para él el hecho de que cada puesto de policía a lo largo de su ruta hubiese fijado sobre su tablero de edictos lo que se llamaba «el decreto de Caterham», proclamando que a ningún gigante, a ninguna persona que sobrepasara los dos metros y medio de estatura le sería permitido alejarse más de ocho kilómetros de su «sitio de residencia» sin una autorización especial. Nada significaba para él que en la estela que dejaba su paso unos oficiales de policía, no poco satisfechos de haber llegado tarde, agitasen amenazadores prospectos a sus espaldas mientras se alejaba. Quería ver lo que el mundo tenía que enseñarle, pobre incrédulo. Y no toleraba que nadie se interpusiera en su camino, aunque fuera una persona que le gritase briosamente: «¡Eh…!». Fue andando cuesta abajo por Rochester y Greenwich hacia aquel gran conglomerado de casas, cada vez más denso, ahora despacio, mirando a su alrededor y balanceando su enorme cuchilla.

Los habitantes de Londres ya habían oído hablar de él y creían que era idiota, pero amable y admirablemente educado por el agente de Lady Wondershoot y el vicario, y que, a su obtusa manera, reverenciaba a las autoridades y les estaba muy agradecido por el trabajo que se habían tomado por él, y así sucesivamente. Cuando se enteraron aquella tarde, por los anuncios de los periódicos, que el joven Caddles «se había declarado en huelga», a muchos de los habitantes de Londres les pareció un acto deliberadamente concertado.

—Quieren sondear nuestras fuerzas —decían los hombres al regresar a sus casas después de terminar el trabajo de la oficina.

—¡Suerte que tenemos a Caterham!

—Esto es una respuesta a su proclama.

Los socios de los clubs estaban mejor informados. Se apiñaban alrededor de la cinta del teletipo o hablaban en grupos en los salones de fumar.

—No tiene armas. Se habría dirigido a Sevenoaks si se hubiera propuesto hacer algo…

—Caterham se encargará de mantenerlo a raya. Los tenderos hablaban de ello con sus clientes. Los camareros de los restaurantes se distraían un momento de su trabajo entre plato y plato para echar una ojeada a los periódicos de la tarde. Los cocheros leían la noticia inmediatamente después de la información sobre las apuestas en las carreras de caballos de la tarde decían con grandes titulares «Fugado de su residencia». Otros confiaban en un mayor efecto: «El gigante Redwood sigue viéndose con la princesa». El Echo imprimió unos titulares sensacionales: «Rumores de rebelión de los gigantes en el norte de Inglaterra» y «Los gigantes de Sunderland se dirigen a Escocia». La Westminster Gazette hizo sonar su habitual nota de advertencia: «Cuidado, gigantes», decía con el propósito de apuntarse un tanto que sirviera para unir el partido Liberal, en aquella época desgarrado por las luchas intestinas entre siete jefes intensamente egoístas. Los periódicos de última hora coincidían con gran uniformidad. «El gigante en la carretera de New Kent», proclamaban.

—Lo que yo quisiera saber —dijo el joven pálido en el salón de té— es por qué razón no tenemos noticias de los hermanos Cossar. Hay que suponer que se hallan metidos en el ajo como el que más.

—Me han dicho que otro de los gigantes anda suelto —dijo la muchacha del bar enjugando un vaso—. Siempre dije que era peligroso tenerlos tan cerca. Yo les hubiera mandado lejos desde el primer momento… Habría que terminar de una vez con todo eso. Por supuesto que espero que no lleguen hasta aquí.

—Me gustaría echarle un vistazo —dijo el joven del bar atrevidamente. Y añadió—: Yo he visto a la princesa.

—¿Cree usted que les harán algún daño? —preguntó la muchacha del bar.

—Tal vez se vean obligados a hacérselo —repuso el joven, terminando su vaso.

Entre el rumor de diez millones de frases parecidas a éstas, el joven Caddles hizo su entrada en Londres bar atrevidamente. Y añadió—: Yo he visto a la princesa.

—¿Cree usted que les harán algún daño? —preguntó la muchacha del bar.

—Tal vez se vean obligados a hacérselo —repuso el joven, terminando su vaso.

Entre el rumor de diez millones de frases parecidas a éstas, el joven Caddles hizo su entrada en Londres…

CAPÍTULO TRES

Siempre que pienso en el joven Caddles me lo imagino tal como se lo vio en la New Kent Road, con el cálido sol de pleno en su rostro, atento y perplejo. La New Kent Road estaba invadida por un verdadero aluvión de autobuses, tranvías, camiones, carros, carretones, bicicletas y automóviles, y por una muchedumbre maravillada —vagos, mujeres, niñeras, amas de casa, niños y osados adolescentes— que seguían sus cautelosos pasos. Los tableros de anuncios estaban sucios con los rasgados restos de los carteles electorales. Un gran balbuceo de voces surgía alrededor del joven Caddles. Uno puede volver a imaginarse clientes y tenderos asomados a las puertas de las tiendas, rostros que aparecían y desaparecían en las ventanas, rapazuelos callejeros corriendo y gritando, policías muy tiesos y calmos, albañiles saltando sobre los andamios, la hirviente miscelánea de las pequeñas gentes. Todos le dirigían palabras vagas infundiéndole ánimos, insultándolo o dándole las consignas del día, y él los miraba asombrado, contemplando aquella multitud de seres vivientes que nunca pudo imaginar que existieran en el mundo. Cuando ya había entrado plenamente en Londres, tuvo que ir acortando el paso cada vez más, a medida que la gente se iba agrupando en mayor número alrededor de él. La muchedumbre se hacía más densa a cada paso que daba, y finalmente, en un cruce donde convergían dos grandes avenidas, tuvo que detenerse y la muchedumbre se esparció a su alrededor y lo inmovilizó. Allí se quedó, con las piernas separadas, apoyando la espalda en la esquina de una gran taberna lujosa que se alzaba a una altura que doblaba la suya y terminaba en un gran rótulo que se destacaba contra el fondo del cielo. Caddles miraba hacia abajo, hacia los pigmeos, y se preguntaba, intentando, sin duda, comparar todo aquello con las otras cosas de su vida: con el valle entre colinas, los amantes nocturnos, los cánticos en la iglesia, la pizarra que machacaba a diario y el instinto, la muerte y el firmamento, intentando verlo todo como un conjunto coherente y significativo. Tenía las cejas fruncidas. Se rascó la cabeza con una de sus enormes zarpas y profirió un fuerte gruñido.

—¡No lo veo! —dijo.

Su acento era desconocido. Un gran murmullo se extendió a través de aquel espacio abierto, un murmullo entre el que el campanilleo de los tranvías, abriendo obstinados surcos por entre la gran masa de gente, se elevaba como amapolas en un campo de trigo.

—¿Qué ha dicho?

—Dice que no ve…

—Dice que no ve el mar…

—Dice que no hay un asiento…

—Quiere un asiento…

—¿No puede el muy tonto sentarse encima de una casa o algo por el estilo?

—¿Para qué estáis aquí, gente pequeña? ¿Qué estáis haciendo? ¿Para qué servís? ¿Qué estáis haciendo aquí mientras machaco pizarra para vosotros, allá abajo, en la cantera?

Su extraña voz, aquella voz que tanto había contribuido a quebrantar la disciplina escolar en Cheasing Eyebright, hizo callar a la muchedumbre mientras resonó, y al callarse produjo un verdadero tumulto. Algún gracioso gritó:

—¡Que hable! ¡Que hable!

—¿Qué está diciendo?

Esto es lo que se preguntaba todo el mundo y se extendió el rumor de que el gigante estaba borracho.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! —voceaban los conductores de ómnibus, abriéndose paso entre la muchedumbre.

Un marino americano borracho iba inquiriendo lacrimosamente por todas partes:

—Pero ¿qué quiere?

Un trapero con la cara sucia, de pie en un carro tirado por un pony, destacaba de la multitud por la potencia de su voz.

—¡Vuélvete a casa, maldito gigante! —vociferaba—. ¡Vuélvete a casa! ¡Gigante maldito! ¡Animal peligroso! ¿No ves que asustas al caballo? ¡Vete a casa y no vuelvas! ¿No ha habido nadie que haya tenido el sentido común de explicarte la ley?

Y, por encima de estos bramidos, el joven Caddles seguía mirando, a todos, los ojos muy abiertos, sin decir palabra.

Por una calle lateral apareció una pequeña fila de solemnes policías, que se infiltraron hábilmente por entre el tránsito.

—Apártense —decían las vocecillas—. Circulen, hagan el favor.

El joven Caddles se dio cuenta de que una figurilla vestida de azul oscuro le estaba golpeando la espinilla. Miró hacia abajo y percibió dos manos gesticulando.

—¿Qué? —inquirió inclinándose.

—No puede estar parado aquí —gritó el policía.

—¿Que no puedo estar aquí?

—¡No! No puede estar parado aquí… –repitió.

—¿Pues adónde voy?

—De regreso al pueblo, al lugar de residencia… Sea como sea, ahora… tiene usted que circular. Está obstruyendo el tránsito.

—¿Qué tránsito?

—El de la calle.

—Pero ¿adónde va toda esa gente? ¿De dónde viene? ¿Qué significa? Todos están a mi alrededor. ¿Qué quieren? ¿Qué están haciendo? Quisiera comprenderlo. Estoy cansado de partir pizarra y de estar solo. ¿Qué hacen ésos mientras yo parto pizarra? Tanto da que lo sepa aquí como en otra parte.

—Lo siento. Pero no estamos aquí para explicar cosas de esta índole. Tengo que repetirle que haga el favor de circular.

—¿Usted no lo sabe?

—Tengo que pedirle que haga el favor de circular… Haga el favor. Le aconsejo encarecidamente que vuelva a su casa. No tenemos todavía instrucciones especiales…, pero esto no está de acuerdo con la ley… ¡Márchese de aquí! ¡Márchese!

El pavimento a su izquierda se volvió invitadoramente vacío y Caddles siguió lentamente el camino indicado. Pero ahora tenía la lengua suelta.

—No lo entiendo —murmuraba—. No lo entiendo.

Y tomaba por testigo, con palabra entrecortada, la cambiante muchedumbre que lo acompañaba y seguía.

—Ignoraba que existieran sitios como éste. ¿Qué hacéis todos vosotros? ¿Para qué sirve todo esto? ¿Para qué sirve y qué relación tengo yo con todo esto?

Sin embargo, había inventado un nuevo dicho. Los jóvenes graciosos e ingeniosos comenzaron a saludarse de este modo:

—¡Hola, Harry O’Cock! ¿Para qué sirve todo esto? ¿Eh? ¿Para qué demonios sirve todo esto?

De esto surgió una gran variedad competidora de réplicas y agudezas, en su mayor parte groseras. La más popular y mejor adaptada al uso general parece haber sido: «¡Cierra el pico!», o, en un tono de desdeñosa indiferencia: «¡Narices!».

CAPÍTULO CUATRO

¿Qué buscaba? Quería algo que el mundo de los pigmeos no le daba, alguna finalidad que el mundo de los pigmeos le impedía alcanzar, deseaba ver algo, y ciertamente nunca pudo acabar de verlo claramente. Era el gigantesco lado social de aquel solitario bruto monstruoso clamando por su raza, por aquello que era semejante a él, por algo que pudiese amar y servir, por un propósito que pudiese comprender y un mando que pudiese obedecer. Y todo esto, como sabéis, estaba embotado, se enfurecía obtusamente en su interior, y aunque se hubiese encontrado con otro gigante no podría haber hallado siquiera una salida ni una expresión en la palabra. Toda cuanta vida conocía era la insulsa vida de los alrededores de su pueblo, toda la conversación la de su casa, cosas que fallaban ante la mera insinuación de sus menores necesidades de gigante. Nada sabía de dinero aquel monstruoso simplón, nada sabía de comercio, ni de las complejas convenciones sobre las que la estructura social de las gentes pequeñas se halla edificada. Necesitaba muchas cosas. Pero, fuera lo que fuera lo que necesitase, nunca pudo satisfacer su necesidad.

Durante todo el día y toda aquella noche de verano marchó errabundo, sintiéndose cada vez más hambriento, pero todavía incansable, admirando el intenso tránsito de las calles, así como los inexplicables negocios de todos aquellos seres infinitesimales. Todo se hallaba sumido en una tremenda confusión…

Se dice que cogió a una dama, sacándola por las buenas de un carruaje, en Kensington, una dama en traje de noche elegantísimo, y después de haberle mirado detenidamente el atavío y los omoplatos, volvió a dejarla —con algún descuido— en su sitio exhalando un profundísimo suspiro. Sin embargo, eso yo no podría asegurarlo. Cerca de una hora permaneció observando cómo la gente luchaba para coger sitio en los autobuses al final de Piccadilly. Aquella tarde se lo vio mirando por encima del recinto de Kensington Oval durante unos momentos, pero cuando vio aquellos millares de personas embelesadas con los misterios del cricket y sin hacerle el menor caso, prosiguió su camino profiriendo un gruñido.

Volvió otra vez a Piccadilly Circus, entre once y doce de la noche, encontrándose con un nuevo tipo de multitud, formada por personas muy decididas, llenas de propósitos que, por motivos inconcebibles, estaban dispuestas a realizar, y de otras que no los realizarían a ningún precio. Estas personas lo miraron fijamente, se burlaron de él y siguieron su camino. Los cocheros, con ojos de buitre, iban siguiéndose unos a otros continuamente a lo largo del borde de la poblada acera. La gente salía de los restaurantes o entraba en ellos, personas graves, resueltas, dignas, o amable y agradablemente excitadas, o atentas y vigilantes, prevenidas contra los fraudes de los camareros.

El gigante, parado en una esquina, los contemplaba cada vez más sorprendido.

«¿Para qué servirá todo esto? —murmuraba para sus adentros—. ¿Para qué servirá todo esto? ¡Todos tan activos! ¡Para qué será todo esto que yo no entiendo?».

Y ninguno de ellos parecía ver, como veía él, la desdicha impregnada de bebida de las mujeres pintadas que aguardaban en la esquina, ni la andrajosa miseria que se escurría por el arroyo, ni la infinita futilidad de todos estos quehaceres. ¡La infinita futilidad! Ninguna de aquellas personas parecía sentir ni sombra de las necesidades del gigante, ni sombra del futuro que se había atravesado en sus respectivos caminos…

A un lado y a otro de la calle, unas letras misteriosas se encendían y apagaban, letras que si él hubiese sabido leer le habrían dado la medida de las dimensiones de los intereses humanos, le habrían explicado los fundamentales requerimientos y aspectos de la vida tal como la gente pequeña la concebía. En primer lugar aparecía una flamígera

T

luego seguía una U.

TU;

luego una P,

TUP.

Hasta que, por fin, aparecía el anuncio completo cruzando el cielo, enviando este alegre mensaje a todos aquellos que acusaban seriamente el peso de la vida:

TUPPER

EL VINO TÓNICO QUE REVIGORIZA

Y ¡snap! se desvanecía en la oscuridad de la noche para ser seguido con el mismo lento desarrollo por una segunda solicitud universal:

JABÓN DE BELLEZA

Fijaos bien que no se trataba de simples productos químicos de limpieza, sino de algo, como ahora dicen, «ideal»: y luego, completando el trípode de la vida minúscula:

PÍLDORAS AMARILLAS DE YANKER

Después siguió otra vez Tupper, con unas flamígeras letras carmíneas, a través del vacío:

T U P P : : : :

A primera hora de la madrugada, según parece, el joven Caddles llegó a la umbrosa quietud de Regent’s Park, pasó por encima de la verja y se echó en el césped de un talud, cerca del lugar adonde va la gente a patinar en invierno, y allí durmió una o dos horas. Y a las seis de la mañana ya estaba hablando con una pringosa mujer que había encontrado durmiendo en una zanja, cerca de Hampstead Heath, preguntándole con mucho interés lo que pensaba de ella misma y para qué creía que podía servir en este mundo…

CAPÍTULO CINCO

El vagabundeo de Caddles por Londres culminó la mañana del segundo día. Porque entonces se vio dominado por el hambre. Vaciló un poco ante el aroma de un carro que estaba siendo cargado de hogazas de pan recién horneadas, pero luego, muy quedamente, se arrodilló y empezó a coger hogazas y a comérselas. Vació el carro mientras el panadero echaba a correr en busca de la policía, y después metió la mano en el negocio y limpió el mostrador y los cajones. Luego, con un verdadero haz de panes debajo del brazo, siguió su camino mirando a todas partes en busca de otra tienda donde completar su comida. Sucedió esto en una de aquellas épocas en que el trabajo era escaso y los alimentos caros, y la gente de aquel barrio simpatizó con el gigante, puesto que cogió tranquilamente los víveres que todos deseaban. Aplaudieron la segunda fase de su comida y se rieron de la estúpida mueca con que obsequió al policía.

—Tenía mucha hambre —explicó, con la boca llena.

—¡Bravo! —gritó el gentío—. ¡Bravo! Luego, cuando comenzaba a actuar en la tercera panadería, se vio atacado por media docena de policías que le golpearon las espinillas con sus porras.

—¡Oiga, amigo gigante, véngase usted conmigo! —dijo el oficial al mando—. No le está permitido escaparse de su casa de este modo… Venga que lo llevaré a su casa.

Hicieron todo lo que pudieron para detenerle. Había un carro, según me han dicho, que iba por todas las calles, de un lado para otro, cargado de rollos de cadenas y de cables de navío destinados a servir de ataduras en aquella gran captura. No había intención de matarlo entonces.

—No forma parte de la conspiración —había dicho Caterham—, y no quiero que mis manos se manchen de sangre inocente. —Y había añadido —: …hasta que se hayan agotado todos los medios.

Al principio Caddles no comprendió la importancia de todas estas cosas. Cuando, por fin, lo comprendió, aconsejó a los policías que no hicieran tonterías y echó a andar a grandes zancadas, que dejó a todos los demás muy rezagados. Las panaderías eran las de Harrow Road, y de allí se fue, a través del canal de Londres, a St. John’s Wood. Se sentó en un jardín particular para descansar un poco y se vio inmediatamente atacado por otro grupo de policías.

—Dejadme tranquilo —rezongó.

Y con la cabeza baja y la mirada torva, se puso a atravesar jardines destrozando el césped y derribando dos o tres vallas, mientras los policías minúsculos lo iban persiguiendo, unos por los jardines y otros por la calle siguiendo las fachadas de las casas. Entre estos últimos había uno o dos con pistolas, pero no hicieron uso de ellas. Al desembocar el gigante en Edgware Road, se produjo un nuevo movimiento entre el gentío. Un policía a caballo le pisó un pie y se vio desmontado en pago del dolor.

—Dejadme en paz —repitió Caddles enfrentándose con la embobada multitud—. No os he hecho nada…

En aquel momento iba desarmado, porque había dejado la cuchilla de la cantera en el Regent’s Park. Pero entonces el infeliz pareció haber sentido la necesidad de tener un arma. Volvió a la estación de la Great Western Railway y arrancó el poste de una alta lámpara de arco voltaico: era una formidable maza, y se la echó al hombro. Y viendo que la policía aún se empeñaba en importunarlo, volvió a Edgware Road, dirigiéndose a Cricklewood, hacia el norte.

Anduvo errabundo hasta Waltham, luego retrocedió dirigiéndose al oeste, y después, otra vez hacia Londres, llegando, por los cementerios, a eso del mediodía, a lo alto de Highgate, desde donde volvió a contemplar la grandiosidad de la capital. Se echó a un lado, sentándose en un jardín, de espaldas a una casa que dominaba Londres en toda su extensión. Estaba sin aliento, la cabeza baja. Los curiosos ya no se apiñaban a su alrededor como antes, cuando llegó a Londres, sino que lo acechaban desde el jardín contiguo y le atisbaban desde cautelosos lugares, a salvo. Ahora ya sabían que la cosa se presentaba más peligrosa de lo que habían creído al principio.

—¿Por qué no pueden dejarme tranquilo? —gruñía el joven Caddles —. Tengo que comer. ¿Por qué no me dejan en paz?

Se sentó, con el semblante hosco, mordisqueándose los nudillos y mirando el panorama de Londres extendido a sus pies. Toda la fatiga, la preocupación, la perplejidad y la rabia impotente acumuladas durante sus andanzas llegaban a su culminación.

No significan nada —murmuraba—. No son nada. Y no me quieren dejar en paz, y tienen que estorbarme en mi camino.

Y una y otra vez, hablando siempre consigo, repetía que no «significaban nada».

—¡Ajj! ¡Qué gentecilla!

Se mordió con más fuerza los nudillos y su ceño se frunció aún más.

—¡Y yo partiendo pizarra para ellos! —murmuró—. ¡Y todo el mundo es suyo! ¡Yo no puedo entrar en ningún sitio…!

Entonces, con un acceso de rabia, vio la forma ya familiar de un policía a horcajadas en la valla del jardín.

—¡Déjeme en paz! —gruñó el gigante—. Déjeme en paz.

—Tengo que cumplir con mi deber —repuso el pequeño policía, pálido, pero lleno de resolución.

—Usted me deja en paz, ¿estamos? Yo tengo que vivir, lo mismo que usted. Tengo que vivir… Tengo que comer. ¡Déjeme en paz!

—Es la Ley —dijo el pequeño policía sin acercarse—. La ley no la hemos hecho nosotros.

—Ni yo tampoco —replicó el joven Caddles—. Vosotros, los pequeños, la hicisteis antes de que yo naciera. ¡Vosotros y vuestras leyes podéis iros a paseo…! ¡Lo que debo hacer y lo que no debo hacer! No hay comida para mí, a menos que trabaje como un esclavo. No tengo reposo, ni abrigo, ni nada, y ahora viene usted y me dice que hay una ley…

—Esto no es cosa mía —dijo el policía—. Y no voy a discutir con usted. Sólo vengo a que se cumpla la ley.

Y pasando la otra pierna por encima de la valla, pareció dispuesto a saltar al suelo. Otros policías aparecieron detrás de él.

—Yo no tengo nada contra usted… fíjese bien —dijo el joven Caddles, agarrando fuertemente su enorme maza de hierro y señalando al policía con un gran dedo flaco y expresivo—. No tengo nada contra usted, pero… ¡déjeme en paz!

El policía intentó mostrarse tranquilo y trivial, pero una intensa tragedia se alzaba claramente ante sus ojos.

—Deme la proclama —dijo a un acompañante invisible. Le entregaron un pequeño papel blanco.

—¡Déjeme en paz! —volvió a repetir Caddles, cada vez más indignado.

—Esto significa —dijo el policía antes de leer la proclama— que tiene usted que irse a casa. Váyase a su cantera. Si no obedece, le va a pesar.

Caddles profirió un gruñido inarticulado. Cuando hubo leído la proclama, el policía hizo una seña. Cuatro hombres armados con fusiles tomaron posiciones, con afectada indiferencia, a lo largo de la pared. Llevaban el uniforme de la policía de asalto. A la vista de los fusiles, el joven Caddles montó en cólera. Se acordó de las picaduras producidas por las escopetas de los labriegos de Wreckstone.

—¿Vais a disparar eso contra mí? —preguntó señalando las armas.

Al oficial le pareció que Caddles tenía miedo.

—Si no vuelve en seguida a su cantera…

Entonces, en un instante, el oficial saltó al otro lado de la tapia, mientras a dieciocho metros por encima de su cabeza, el poste de hierro de la lámpara eléctrica volteaba para llevarlo a la muerte. Bang, bang, bang, respondieron los fusiles, y saltaron por el aire fragmentos de la tapia, del suelo y del subsuelo del jardín. Algo más salió volando por el aire, algo que dejó unas gotas rojas en las manos de uno de los tiradores. Los policías se alejaron un poco para revolverse y volver a disparar valientemente. Pero el joven Caddles, con dos balas en el cuerpo, había girado sobre sus talones para descubrir quién lo había herido atacándolo por la espalda. ¡Bang! ¡Bang! Tuvo una visión de casas y jardines y de gente que agachaba la cabeza en las ventanas, todo balanceándose de un modo espantoso y misterioso. Parece que dio tres grandes pasos y unos traspiés, que levantó y dejó caer su maza y que se apretó el pecho. Estaba herido. ¿Qué era aquello, cálido y húmedo, que se le escurría por la mano? Un hombre, asomándose por la ventana de su dormitorio le vio la cara, lo vio mirándose fijamente con una mueca de sollozante congoja la sangre que le teñía la mano. Luego se le doblaron las rodillas y se derrumbó aparatosamente. Era la primera de las ortigas gigantes que caía ante el resuelto tirón de Caterham, y precisamente la que menos contaba éste con que le viniera a las manos.

CAPÍTULO SEIS

Parte Cuatro

LOS DOS DÍAS DE REDWOOD

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8

CAPÍTULO UNO

Tan pronto como Caterham advirtió que el momento de coger la ortiga había llegado, tomó la ley en sus manos y envió una orden de detención contra Cossar y Redwood.

Con Redwood no hubo problema. Acababa de sufrir una operación en un costado y los médicos le habían apartado todo lo que pudiera preocuparle hasta que su convalecencia quedase asegurada. Le habían dado de alta y acababa de levantarse de la cama. Se hallaba en ese momento fuera del lecho, en un cuarto calentado por el fuego de la chimenea, con un montón de periódicos a su lado, enterándose por primera vez de la agitación que había puesto al país en manos de Caterham y de las dificultades que estaban cerniéndose sobre la princesa y su propio hijo. Era la mañana del día en que murió el joven Caddles y el policía aquél intentó detener al hijo de Redwood cuando se dirigía a ver a la princesa. Los últimos periódicos que Redwood había leído anunciaban vagamente estos acontecimientos inminentes. Redwood estaba releyendo con el corazón desfalleciente, aquellas primeras premoniciones del desastre que se acercaba. Adivinaba en ellas cada vez más perceptibles las sombras de la muerte, aunque leía para tener ocupada la mente hasta que llegasen más noticias. Cuando los agentes de policía entraron en su habitación, precedidos por el criado, levantó la vista vivamente.

—Creí que sería uno de los primeros periódicos de la tarde —dijo.

Luego, levantándose y con un rápido cambio de manera, preguntó:

—¿Qué significa esto…?

Después, Redwood no tuvo noticias de ninguna clase durante dos días.

Habían ido con un vehículo para llevárselo, pero, cuando se convencieron de que se hallaba realmente enfermo, decidieron dejarlo allí durante un día o dos hasta que pudieran trasladarlo sin peligro. Su casa fue invadida por la policía y convertida en cárcel provisoria. Era la misma casa donde había nacido el gigante Redwood y donde por vez primera se había administrado Heracleoforbia a un ser humano. Redwood, que ahora era viudo, había vivido allí ocho años.

Era ahora un hombre de pelo entrecano, con una pequeña barba gris en punta y ojos castaños todavía muy activos. Era esbelto y tenía una voz suave, como siempre la había tenido, pero sus facciones habían adquirido aquella calidad indefinible consecuencia de largas meditaciones sobre cuestiones portentosas. Para el policía que practicó la detención, su aspecto ofrecía un contraste impresionante con la enormidad de sus delitos.

—Ahí está ese individuo que ha hecho lo imposible para echarlo todo a rodar —dijo el jefe a su subordinado inmediato—. Tiene rostro de pacífico propietario rural. Ahí tiene usted al juez Hangbrow, que se desvela por tenerlo todo en orden y al día, y tiene una cara que parece de cerdo. ¡Y luego, sus modales! Uno es todo educación y finura, y el otro todo gruñidos y resoplidos. Esto demuestra, ¿verdad?, que no hay que fiarse de las apariencias, sea lo que fuere que se tenga que hacer.

Sin embargo, su discurso sobre las consideraciones que con ellos tenía Redwood quedó bastante malparado. Al principio, los otros policías lo encontraron muy pesado, hasta que dejaron bien sentado que era inútil hacerles preguntas o pedirles periódicos. Hicieron una especie de registro en su estudio y se llevaron hasta los periódicos que ya tenía. La voz de Redwood tenía tono agudo y acento de reconvención.

—Pero ¿no ve usted —decía una y otra vez— que se trata de mi hijo, de mi único hijo, que se halla en un apuro? No es el Alimento lo que me preocupa, sino mi hijo.

—Yo quisiera poder informarle, señor —dijo el oficial—, pero nuestras órdenes son estrictas. —¿Quién dio las órdenes?

—¡Ah! Eso tampoco puedo decírselo, señor… —se excusó el oficial, dirigiéndose hacia la puerta.

—Camina de un lado a otro de su cuarto —dijo el segundo oficial cuando su jefe bajó del piso superior—. Todo va bien. Paseando se despejará…

—Así lo espero —repuso el jefe—. Lo cierto es que antes no lo había visto bajo la misma luz que ahora, pero resulta que el gigante que tenía que ver con la princesa, ¿sabe usted?, es su hijo. Los dos se miraron durante un momento.

—Entonces, la cosa es fuerte para él —dijo el tercer policía. Era evidente que Redwood no había comprendido muy bien que un telón de acero lo separaba del mundo exterior. Lo oyeron acercarse a la puerta, intentar abrirla y probar el funcionamiento de la cerradura y luego la voz del oficial estacionado en el rellano diciéndole que era inútil hacer aquello. También oyeron cómo se acercaba a las ventanas y vieron que los transeúntes miraban para arriba.

—También eso es inútil —dijo el segundo oficial. Entonces Redwood empezó a tocar el timbre. El jefe subió y le explicó con mucha paciencia que no ganaría nada con tocar el timbre de aquel modo, y que si ahora lo tocaba porque sí, no le harían el menor caso luego cuando necesitara algo.

—Lo atenderemos en todo lo que sea razonable, señor —dijo el oficial —, pero si usted insiste en tocar el timbre a modo de protesta, nos veremos obligados a desconectarlo.

Las últimas palabras proferidas por Redwood en un tono muy alto que oyó el oficial, fueron éstas:

—Pero al menos podría decirme usted si mi hijo…

CAPÍTULO DOS

Después de todo esto, Redwood pasó la mayor parte del tiempo en las ventanas.

De todos modos, poca cosa podían ofrecerle aquellas ventanas respecto a la marcha de los acontecimientos en el exterior. En todo momento aquella calle era muy tranquila, pero aquel día lo era excepcionalmente. Ni un coche de alquiler, ni un carro pasaron aquella mañana. De vez en cuando pasaba algún transeúnte sin que mostrara la menor anormalidad en los acontecimientos; después un grupito de niños, una niñera, una mujer que iba de compras, y gente así. Entraban en escena por derecha o por izquierda, arriba o abajo de la calle, con un exasperante aire de indiferencia para los intereses más importantes que los suyos propios. Descubrían con asombro la casa guardada por la policía y marchaban en dirección opuesta, donde unos grandes racimos de hortensias gigantes se hallaban suspendidos a través de la calle. Al irse volvían la cabeza para mirar y señalaban con el dedo. De vez en cuando, un hombre se acercaba a uno de los policías preguntándole algo. Únicamente conseguía una breve respuesta…

Las casas de enfrente parecían muertas. Una sirvienta apareció una vez en una ventana y se quedó un instante mirando. A Redwood se le ocurrió hacerle señas. Durante un rato ella contempló sus gestos, al parecer con cierto interés, y hasta le dio una vaga respuesta y se fue. Un viejo salió cojeando de la casa señalada con el número 37, bajó los peldaños y se marchó por la derecha, sin mirar para nada hacia arriba. Durante diez minutos el único transeúnte fue un gato…

Así, aquella trascendental e interminable mañana fue alargándose desmesuradamente.

Alrededor de las doce se oyeron gritos de los vendedores de periódicos en la calle contigua, pero aquello pasó.

Contrariamente a lo que solían hacer, no pasaron por la calle de Redwood, y éste tuvo la sospecha de que la policía había cerrado las bocacalles. Intentó abrir la ventana, pero aquello hizo que apareciera de inmediato un policía en su habitación…

El reloj de la iglesia parroquial dio las doce, y después de un abismo de tiempo, la una.

Se burlaron de él llevándole la comida. Comió un poco y esparció la comida por el plato a fin de que se la llevaran pronto, bebió whisky liberalmente y luego, cogiendo una silla, volvió junto a la ventana. Los minutos se dilataron en grises inmensidades y durante unos momentos acaso se quedara dormido…

Despertó con la vaga impresión de haber oído unos ruidos lejanos. Percibió un repiqueteo en la ventana, como la pequeña sacudida de un terremoto distante. El repiqueteo duró cosa de un minuto y luego fue desvaneciéndose. Después de un silencio, se reprodujo… Luego volvió a desvanecerse. Imaginó que se debería simplemente al paso de algún vehículo por la calle principal. ¿Qué otra cosa podía ser…?

Al cabo de algún tiempo empezó a dudar si había oído de veras aquel ruido.

Se puso a razonar consigo mismo. A fin de cuentas, ¿por qué motivo lo habían detenido? Hacía dos días que Caterham se hallaba en el poder… ¡El tiempo suficiente para coger su ortiga! ¡Coger su ortiga! ¡Coger su ortiga gigante! Una vez encontrado este estribillo se quedó canturreándolo mentalmente, sin poder dejarlo.

Y, después de todo, ¿qué podía hacer Caterham? Era un hombre muy religioso. Estaba ligado hasta cierto punto con aquello de no emplear la violencia sin una causa justificada.

¡Coger la ortiga! Tal vez, por ejemplo, iban a arrestar a la princesa y enviarla al extranjero. Podían encontrarse con dificultades con su hijo. ¡En este caso…! Pero ¿por qué lo habían detenido a él? ¿Por qué se estimaba necesario mantenerlo en la ignorancia de lo que ocurría? Aquello demostraba algo más grave.

¿Acaso, por ejemplo, se proponían encarcelar a todos los gigantes? ¿Los detendrían a todos juntos? Ya hubo ciertas insinuaciones sobre esto en los discursos electorales. ¿Entonces…?

Sin duda alguna, se habrían apoderado también de Cossar.

Caterham era un hombre religioso, Redwood se asía a esta idea. En lo más recóndito de su mente, había una especie de telón negro en el que se encendía y se apagaba una palabra, una palabra escrita con letras de fuego. Luchaba insistentemente contra aquella palabra. Era como si siempre comenzara a aparecer en aquel telón, sin acabar de completarse.

Finalmente se enfrentó con ella. «¡Masacre!». Allí estaba la palabra con toda su crudeza y su brutalidad.

¡No! ¡No! ¡No! ¡Era imposible! Caterham era un hombre religioso, civilizado. ¡Y, además, después de todos aquellos años, después de todas aquellas esperanzas…!

Redwood se incorporó de un salto y se puso a andar de un lado para otro. Habló consigo mismo y gritó:

—¡No!

La humanidad no estaba tan loca como para llegar a aquel extremo… ¡Seguro que no! Era imposible, era increíble, no podía ser. ¿Qué se ganaría con matar a los gigantes, cuando era evidente que lo gigantesco en los seres inferiores no se había presentado inevitablemente? ¡No era posible que estuviesen tan locos como para hacer una cosa semejante…!

—¡Tengo que rechazar esta idea…! —dijo en voz alta—. ¡Rechazo esta idea! ¡Absolutamente!

Se interrumpió con un sobresalto. ¿Qué era aquello?

Era indudable que las ventanas habían retemblado otra vez.

Redwood fue a mirar lo que pasaba en la calle. En la casa de enfrente obtuvo la inmediata confirmación de lo que había oído. En un dormitorio de la casa número 35 había una mujer con una toalla en la mano, y en el comedor de un piso del número 37 se veía un hombre detrás de un gran jarrón con un culantrillo hipertrófico. Los dos estaban de pie, asomados a la ventana, inquietos y curiosos. Redwood pudo ver claramente que el policía que vigilaba en la calle también lo había oído. Aquello no era, pues, cosa de su imaginación.

Se volvió hacia el interior de su cuarto, que se iba oscureciendo rápidamente.

—¡Cañonazos! —se dijo. Se quedó reflexionando.

—¿Cañonazos?

Le trajeron un té fuerte, como el que estaba acostumbrado a tomar. Era evidente que su ama de llaves había sido consultada. Después de beberlo, se sintió demasiado nervioso para quedarse sentado al lado de la ventana y se puso a pasear por la habitación. Se sintió más capaz de pensar en ideas coherentes. Aquella habitación había sido su estudio durante veinticuatro años. Había sido amueblada en su boda y todo lo esencial databa de entonces: el gran y complejo escritorio, la silla giratoria, la butaca al lado de la lumbre, la biblioteca giratoria y el archivo clasificador con sus compartimientos, que llenaba el hueco del fondo. La alfombra turca de colores vivos, los tapices y cortinajes del último período Victoriano habían adquirido la rica dignidad que otorgan los años, y el cobre y el bronce brillaban cálidamente ante el fuego del hogar. Las bombillas eléctricas habían sustituido a la lámpara de aceite de antaño, y ésta era la principal alteración del equipamiento original. Pero entre estas cosas, su conexión con el Alimento había dejado abundantes indicios. A lo largo de la pared, encima del friso, se veía una colección de fotografías y fotograbados enmarcados en negro con los retratos de su hijo, los hijos de Cossar y otros niños del Alimento Estrella, en distintas edades y en medio de diversos paisajes. Hasta el inexpresivo semblante del joven Caddles tenía su sitio en aquella colección. En un rincón había un haz de espigas de la hierba gigante de los prados de Cheasing Eyebright, y encima del escritorio había tres cápsulas vacías de amapolas, grandes como sombreros. Las barras de las cortinas eran tallos de hierba. Y el tremendo cráneo del gran cerdo de Oakham pendía, como un portentoso estante ornamental de marfil, sobre la repisa de la chimenea, con un jarrón chinesco en cada órbita y el hocico abatido, encima de la lumbre…

Redwood se acercó a las fotografías, y en particular hacia las de su hijo.

Le trajeron a la memoria incontables recuerdos de cosas que se habían borrado ya de su mente, de los primeros días del Alimento, de la tímida presencia de Bensington y su prima Jane, de Cossar y de aquella noche terrible pasada en la Granja Experimental. Estos recuerdos se le aparecieron como cosas muy pequeñas y brillantes y distintas, como objetos vistos con un telescopio en un día soleado. Y después se le representó el gigantesco cuarto de los niños, la gigantesca infancia de su hijo, sus primeros esfuerzos para hablar, sus primeros signos claros de afecto.

¿Cañonazos?

Se le ocurrió, de un modo irresistible, agobiante, que en el exterior, fuera de aquel maldito silencio y de aquel maldito misterio, su hijo y los hijos de Cossar, y todos aquellos gloriosos frutos precoces de una edad más grandiosa, estaban luchando… ¡Luchando por la vida! Hasta era posible que su hijo se hallase en aquel momento en algún terrible apuro, herido, detenido como él…

Se apartó de los retratos y volvió a andar de un lado a otro de la habitación, gesticulando.

—¡No puede ser! —gritó—. ¡No puede ser! ¡No puede acabar de este modo…! Pero ¿qué ha sido eso?

Se detuvo, rígidamente inmóvil.

El repiqueteo de las ventanas había vuelto a empezar, y luego se oyó un gran ruido sordo, como una vasta conmoción que hizo retemblar toda la casa. La conmoción pareció durar un siglo. Debió de haberse producido muy cerca. Por un instante le pareció como si algo hubiera venido a dar contra la casa, por encima de donde él se hallaba… un impacto que se resolvió en un tintineo de cristales rotos, y luego en una quietud que terminó por fin con un ruido claro de gente que corría por la calle.

Este ruido lo liberó de su inmovilidad. Se volvió hacia la ventana y la vio hecha pedazos.

El corazón le latió apresuradamente, con la sensación de haber llegado a una crisis, a un acontecimiento concluyente, a la liberación. Y luego, otra vez, ¡el conocimiento de su impotente confinamiento cayó ante él como un telón!

No pudo ver nada de particular en el exterior, excepto que la pequeña lámpara eléctrica de enfrente estaba apagada. No pudo oír tampoco nada después de la primera señal de alarma. No pudo añadir nada que interpretara o ampliara aquel misterio, pero en aquel momento vio aparecer un resplandor rojizo y fluctuante en el cielo, hacia el sudeste.

Este resplandor aumentó de intensidad para disminuir en seguida. Luego dudó de que hubiera aumentado de intensidad realmente. Se fue haciendo más visible otra vez, a medida que el día iba oscureciendo. Y llegó a ser el hecho predominante en la larga noche de incertidumbre. A veces parecía tener el temblor de las llamas danzantes, y otras veces le hacía creer que era ni más ni menos que el reflejo normal de las luces vespertinas. Aumentó y disminuyó de intensidad varias veces durante aquellas largas horas y sólo se desvaneció, por fin, al quedar totalmente sumergido en la claridad de la aurora. ¿Significaría algo…? ¿Qué podía significar? Con toda seguridad se trataba de algún incendio, cercano o remoto, pero no habría podido decir si era humo o niebla aquello que cruzaba el cielo. Sin embargo, cerca de la una empezó a percibirse el centelleo de los reflectores, que continuó durante el resto de la noche. Aquello también podía significar muchas cosas. Pero ¿qué podía significar? ¿Qué significaba en realidad? Sólo tenía aquel cielo agitado y abigarrado y la indicación de una enorme explosión con que llenar sus pensamientos. No se oyeron ya más ruidos ni más carreras por la calle, tan sólo unos gritos que podían haber sido proferidos por algunos borrachos…

No encendió la luz. Se quedó de pie ante la ventana destrozada, en plena corriente de aire, como una delgada silueta negra para el oficial de policía que, de vez en cuando, penetraba en la habitación exhortándole a descansar.

Toda la noche permaneció Redwood junto a la ventana, observando el ambiguo movimiento del cielo, y únicamente al despuntar el alba obedeció al imperativo de la fatiga y se echó sobre la cama que le habían preparado entre su escritorio y la semiapagada lumbre del hogar, debajo del cráneo del enorme cerdo.

CAPÍTULO TRES

Durante treinta y seis larguísimas horas, Redwood permaneció encarcelado, encerrado y aislado del gran drama de los Dos Días mientras la gente pequeña en la aurora de la grandeza luchaba contra los Hijos del Alimento. Después, bruscamente, el telón de acero volvió a levantarse y Redwood se encontró muy cerca del centro de la lucha. El telón se levantó tan inesperadamente como había caído. A media tarde le atrajo a la ventana el ruido de un coche que se detuvo frente la puerta de su casa. Un hombre joven se apeó de él y al cabo de un minuto ya estaba en su presencia en el cuarto. Era un individuo pequeñito y delgado, de unos treinta años tal vez, muy bien afeitado, muy bien vestido y con muy buenos modales.

—Señor Redwood —empezó diciendo—, ¿quiere usted acompañarme a ver al señor Caterham? Requiere su presencia con gran urgencia.

—¿Requiere mi presencia…? —En la mente de Redwood afloró una pregunta que, de momento, no supo formular. Vaciló. Luego, con voz entrecortada, preguntó—: ¿Qué le han hecho a mi hijo?

Y se quedó sin aliento, esperando la respuesta.

—¿Su hijo, señor? Su hijo está muy bien. Al menos, por lo que podemos saber.

—¿Está bien?

—Ayer fue herido, señor. ¿No lo sabía usted?

Redwood irrumpió contra esta afectación. Su voz ya no estaba matizada por el temor, sino por la ira.

—Ya sabe que no he podido enterarme de nada. Eso lo sabe usted bien.

—El señor Caterham lo temía, señor… Eran momentos muy críticos. Todo el mundo… fue cogido por sorpresa. Le detuvo a usted para evitarle cualquier desgracia…

—Me detuvo para impedir que avisara a mi hijo o que le aconsejara lo que debía hacer… Dígame lo que ha ocurrido. ¿Han triunfado ustedes? ¿Los han matado a todos?

El joven dio un paso hacia la ventana y se volvió.

—No, señor —dijo concisamente.

—¿Qué tiene usted, pues, que decirme?

—Tenemos pruebas, señor, de que esta lucha no fue planeada por nosotros. Nos encontraron… totalmente faltos de preparación.

—¿Quiere usted decir que…?

—Quiero decir, señor, que los gigantes… hasta cierto punto se han mantenido firmes.

El mundo cambió para Redwood. Durante un momento, algo muy semejante a la histeria se apoderó de los músculos de su cara. Luego dio salida a una profunda exclamación.

—¡Ah! —su corazón dio un gran salto de alegría—. ¡Los gigantes se han mantenido firmes!

—Ha habido una lucha terrible… una terrible destrucción. Todo ha sido debido a un horrible malentendido… En el norte y en los Midlands han muerto varios gigantes… En todas partes.

—¿Están luchando ahora?

—No, señor. Se ha izado la bandera blanca pidiendo un armisticio.

—¿Ellos…?

—No, señor. El señor Caterham la izó… Todo este asunto ha sido un malentendido. Por esto quiere hablar con usted y exponerle su caso. Ellos insisten, señor, en que usted intervenga…

Redwood lo interrumpió.

—¿Sabe usted lo que le ha ocurrido a mi hijo?

—Fue herido.

—¡Explíquemelo! ¡Explíquemelo!

—Él y la princesa se presentaron antes de que el… el movimiento para rodear el campamento de los Cossar se hubiese completado… Me refiero a la hondonada de los Cossar, en Chislehurst. Se presentaron de repente, señor, con gran estrépito, a través de un denso campo de avena gigante, cerca de River, ante una columna de infantería… Los soldados se habían mostrado muy nerviosos durante todo el día y aquello ocasionó un verdadero pánico.

—¿Y le dispararon?

—No, señor. Echaron a correr. Hubo alguien que disparó contra él… sin apuntar… y en contra de las órdenes recibidas.

Redwood hizo una mueca de incredulidad.

—¡Es verdad, señor! No quiero alegar que fuera a causa de él, sino a causa de la princesa.

—Sí. Eso es verdad.

—Los dos gigantes echaron a correr gritando hacia el campamento. Los soldados corrían de un lado para otro y algunos empezaron a disparar.

Dijeron que le habían visto tambalearse…

—¡Oh…!

—Sí, señor. Pero sabemos que no está malherido…

—¿Cómo?

—¡Nos ha enviado un mensaje, señor, diciéndonos que estaba bien!

—¿Para mí?

—¿Para quién, pues, señor?

Redwood permaneció cerca de un minuto con los brazos cruzados y apretados, percatándose de todo. Después su indignación encontró la voz que había perdido.

—Se han portado ustedes como unos tontos, han calculado mal y se han equivocado, y quiere usted que yo ahora crea que no son un hato de asesinos con la peor intención. Y además… ¿Qué más?

El joven lo miró interrogativamente.

—¿Los otros gigantes?

El joven no simuló no comprenderlo. Bajó el tono de la voz:

—Trece, señor, han muerto.

—¿Y los otros están heridos?

—Sí, señor.

—¿Y Caterham —preguntó ahogándosele la voz— quiere entrevistarse conmigo? ¿Dónde están los demás?

—Algunos pudieron penetrar en el campamento durante la lucha, señor… Parece como si hubieran sabido…

—¡Pues claro que lo sabían! Si no hubiese sido por Cossar… ¿Está con ellos Cossar?

—Sí, señor. Y todos los gigantes supervivientes están también allí… Los que no entraron en el campo durante la lucha han ido allí o están yendo ahora, bajo la bandera de la tregua.

—Esto significa —dijo Redwood— que ustedes han sido derrotados.

—No estamos derrotados. No, señor. No puede usted decir que nos hayan derrotado. Pero sus hijos han quebrantado las reglas de la guerra. Anoche por primera vez, y ahora de nuevo.

Después de haber retirado nosotros nuestras fuerzas atacantes. Esta tarde empezaron a bombardear Londres…

—¡Cosa muy legítima!

—Nos han disparado obuses llenos de… veneno.

—¿Veneno?

—Sí. Veneno. El Alimento…

—¿La Heracleoforbia?

—Sí, señor. El señor Caterham, señor…

—¡Los han derrotado! ¡Claro que usted no puede comprenderlo! ¡Es Cossar! ¿Qué esperanzas les pueden quedar a ustedes ahora? ¿Qué pueden hacer? Tendrán que respirarlo en el mismo polvo de las calles. ¿Para qué seguir luchando? ¡Vaya con las reglas de la guerra! Y ahora Caterham quiere que yo les ayude a salir del mal paso. ¡Válgame Dios, hombre! ¿Para qué tengo que acudir en ayuda de vuestro charlatán? Ya se ha divertido bastante… asesinando y embrollándolo todo. ¿Por qué debiera yo…?

El joven permanecía con un aire de vigilante respeto.

—Lo cierto es, señor —lo interrumpió—, que los gigantes insisten en verlo a usted. No quieren otro embajador. Si usted no se presenta a ellos, mucho me temo, señor, que se derramará todavía más sangre.

—La vuestra, tal vez.

—No, señor… en los dos bandos. El mundo está decidido a terminar con esto.

Redwood miró alrededor de sí. Sus ojos se posaron un momento en la fotografía de su hijo. Volvióse y se avino a lo que el joven esperaba.

—Sí —dijo, por fin—. Vamos.

CAPÍTULO CUATRO

Su encuentro con Caterham fue totalmente distinto de como se lo había figurado. Había visto a aquel hombre sólo dos veces durante toda su vida, una vez en un banquete y otra vez en el salón de descanso de la Cámara de los Comunes, y su imaginación le había representado siempre, no el hombre, sino la creación de periódicos y caricaturistas, el legendario Caterham: Pulgarcito, el matador de gigantes, Perseo y todo lo demás. El elemento inherente a la personalidad humana le puso en desorden todo aquello.

No se encontró con el rostro de las caricaturas y retratos, sino con el de un hombre cansado y agobiado por el insomnio, un rostro arrugado y estirado, con el blanco de los ojos amarillento, con una boca de líneas débiles. Estaban allí, por cierto, los ojos castaño-rojizos, el pelo negro y el característico perfil aquilino del gran demagogo. Pero también había algo más que mataba de un golpe cualquier intento premeditado de retórica. Aquel hombre estaba sufriendo; estaba sufriendo agudamente una enorme tensión nerviosa. Desde el principio adoptó un aire como de personificarse a sí mismo. Al instante, con un solo gesto, con el más leve movimiento, le fue revelado a Redwood que Caterham se sostenía gracias a las drogas. El político introdujo el pulgar en el bolsillo de su chaleco, y después de unas frases más, prescindió de todo disimulo y deslizó un pequeño comprimido entre los labios.

Además, no obstante el esfuerzo que sobre él pesaba, a pesar del hecho de no tener razón y de ser una docena de años más joven que Redwood, aquella cualidad que había en él —algo que podríamos llamar magnetismo personal por falta de una palabra mejor— que le había hecho abrirse camino hasta llegar a la eminencia del desastre, seguía notándose en todo su ser. Con esto tampoco había contado Redwood. Ya desde el principio, en cuanto al curso y dirección de la conversación, prevaleció Caterham sobre Redwood. Las características de la primera fase de la entrevista fueron determinadas por él, y el tono y los procedimientos empleados fueron también de su iniciativa. Aquello sucedió como si fuera la cosa más natural del mundo.

Todos los proyectos de Redwood se desvanecieron ante su presencia. Le estrechó la mano antes de que Redwood recordara que se había propuesto evitar aquella familiaridad. Dio la tónica de su conferencia de un modo seguro y claro presentándola como una búsqueda de expedientes en una catástrofe común.

Si cometió algún error fue las veces que se dejó dominar por la fatiga y dejó de prestar una atención inmediata, dejándose llevar por el hábito propio de un mitin. Luego se irguió —durante toda la entrevista los dos personajes permanecieron de pie— y, apartando la mirada de Redwood, empezó a defenderse y a justificarse. En una ocasión incluso se le escapó:

—¡Caballeros…!

Quedamente, dilatándose poco a poco, empezó a hablar…

Hubo momentos en los que Redwood dejó de sentirse interlocutor comportándose como simple auditor de un monólogo. Se transformó en el espectador privilegiado de un extraordinario fenómeno. Se dio cuenta de algo así como una diferencia específica entre él y aquel individuo cuya hermosa voz lo estaba envolviendo y que seguía hablando y hablando. Aquella mentalidad era tan poderosa como limitada. De su energía conductora, de su peso personal, de su invencible olvido de ciertas cosas, brotó en la mente de Redwood la más grotesca y extraña de las imágenes. En vez de un antagonista que era un semejante suyo, un hombre susceptible de responsabilidad moral al que se podían dirigir razonables súplicas, Redwood vio a Caterham como algo raro, como una especie de rinoceronte monstruoso, como si dijéramos un rinoceronte civilizado, engendrado en la selva de los enredos democráticos, un monstruo de irresistible empuje e invencible resistencia. En todos los estrepitosos conflictos de aquella mañana, se erguía supremo. ¿Y más allá? Aquel hombre era un ser perfectamente dotado para abrirse camino por entre grandes multitudes de hombres. Para él no había falta que fuese más importante que la autocontradicción, ni ciencia más significativa que la reconciliación de los «intereses». Las realidades económicas, las necesidades topográficas, las casi intocadas minas de expedientes científicos, no existían para él más de lo que existían los ferrocarriles, los rifles o la literatura geográfica. Lo único que existía eran asambleas, juntas secretas y votos… votos por encima de todo. Él era la encarnación de millones de votos.

Y ahora, en la gran crisis, con los gigantes quebrantados, pero no derrotados, aquel monstruo de los votos se explicaba.

Era evidente que, incluso en las presentes circunstancias, aún tenía que aprenderlo todo. Ignoraba que hubiese leyes físicas y leyes económicas, cantidades y reacciones que todos los votos de la humanidad nemíne contradicente no pueden impedir y que si se desobedecen es a cambio de la destrucción. Ignoraba que hubiese leyes morales que no pueden doblegarse por la fuerza o por la moda del momento, so pena de que vuelvan a enderezarse con vindicativa violencia. Frente a una granada explosiva o «al Día del Juicio Final» era evidente para Redwood que aquel hombre habría ido a refugiarse detrás de algún voto cuidadosamente conseguido en la Cámara de los Comunes.

Lo que más le preocupaba en aquellos momentos no era la potencia que defendía aquella fortaleza allá lejos, hacia el sur, ni la derrota, ni la muerte, sino el efecto de todas esas cosas sobre su mayoría, que constituía la realidad principal de su vida. Tenía que derrotar a los gigantes o resignarse a quedar políticamente deshecho. No estaba en absoluto desesperado. En aquella hora de su más tremendo fracaso, con sangre y desastres en las manos y la promesa segura de un desastre inminente todavía más terrible, con los destinos del mundo alzándose imponentes por encima de su cabeza, era aún capaz de creer que por simple efecto de su voz, por medio de explicaciones y declaraciones podría todavía reconstruir su poder. Estaba perplejo y afligido, sin duda alguna, muy cansado y dolorido, pero si tan sólo pudiera sostenerse como hasta ese momento, si pudiese continuar hablando.

A medida que Caterham hablaba, le parecía a Redwood que avanzaba y retrocedía, que se dilataba y se contraía. La participación de Redwood en la conversación fue puramente subsidiaria, como si fuera metiendo cuñas en ella, de vez en cuando: «Eso son tonterías…», «No…», «No vale la pena ni de insinuarlo…», «Entonces, ¿por qué empezó usted…?».

Es posible que Caterham ni siquiera lo oyera. Alrededor de estas interpolaciones, el discurso de Caterham fluía como un rápido torrente alrededor de una roca. Allí estaba, pues, aquel hombre increíble, de pie sobre su alfombra oficial, hablando, hablando como si cualquier pausa de su charla, en sus explicaciones, en la exposición de sus puntos de vista y aspectos, en sus consideraciones y expedientes, fuera a permitir que alguna influencia antagonista entrara de un salto en la realidad… en la realidad oral, la única que él podía comprender. Allí estaba aquel hombre, en medio de los esplendores levemente deslucidos de aquella estancia oficial, en la que un hombre tras otro habían sucumbido a la creencia de que cierto poder de intervención era el control creador de un imperio…

Cuanto más hablaba Caterham, tanto más iba creciendo y afirmándose en Redwood una sensación de futilidad. ¿Se daba cuenta aquel hombre de que mientras estaba hablando, el mundo entero cambiaba? ¿Se daba cuenta de que la invencible marea, el crecimiento, iba en aumento más y más, y de que había otras horas que las parlamentarias y otras armas en manos de los Vengadores de Sangre? Por fuera, oscureciendo la habitación casi por entero, una simple hoja de parra gigante de Virginia daba golpecitos en los cristales sin que nadie le prestara atención.

Redwood sintió el deseo de terminar aquel asombroso monólogo para escapar hacia la cordura y el sano juicio, hacia aquel campamento asediado, la fortaleza del futuro, donde, en el mismo núcleo de la grandeza, los Hijos se habían agrupado. Por esto aguantaba aquella charla. Tenía la curiosa impresión de que, a menos que aquel monólogo terminara de una vez, se encontraría arrastrado por él y que, por lo tanto, debía luchar contra la voz de Caterham del mismo modo que se lucha contra una droga. Los hechos se habían alterado y seguían alterándose bajo aquel encanto.

¿Qué estaba diciendo aquel hombre? Como Redwood tenía que transmitirlo a los Niños del Alimento, notó que aquello importaba mucho. Tenía que atender a lo que decía el otro y mantener al mismo tiempo su sentido de la realidad tan bien como pudiera. Caterham hablaba mucho de delitos de sangre. Aquello era elocuencia. No tenía la menor importancia. ¿Qué venía después?

¡Sugería una convención!

Sugería que los Niños del Alimento sobrevivientes capitulasen y se marcharan a otra parte para formar una comunidad propia. Dijo que había precedentes.

—Les podremos asignar un territorio…

—¿Dónde? —preguntó Redwood, dispuesto a discutir.

Caterham se aprovechó de aquella concesión. Volvió la cara hacia Redwood y su voz descendió a un tono de razonable persuasión. Aquello ya podría determinarse más adelante. Era, según Caterham, una cuestión totalmente subsidiaria. Y prosiguió estipulando:

—Y exceptuando la vida de ellos y el lugar donde se hallen, nosotros deberemos poseer el absoluto control y el Alimento y todos los Frutos del Alimento deberán ser aniquilados…

Redwood comenzó a regatear.

—¿Y la princesa?

—Es cuestión aparte.

—No —replicó Redwood luchando para volver a su terreno inicial—. Sería absurdo.

—Eso ya vendrá luego. De todos modos, estamos de acuerdo en que la fabricación del Alimento debe cesar…

—Yo no estoy para nada de acuerdo con eso. Yo no he dicho nada…

—¡Pero no puede ser que en un solo planeta haya dos razas de hombres, una grande y otra pequeña! ¡Considere lo que ya ha ocurrido! ¡Considere que esto es sólo una pequeña demostración de lo que puede ocurrir si este Alimento sigue haciendo de las suyas! ¡Considere todo lo que usted ha hecho sufrir ya a este mundo! Si tiene que haber una raza de gigantes que vayan creciendo y multiplicándose…

—No quiero discutir —dijo Redwood—. Debo ir a ver a nuestros hijos. Quiero ir a ver a mi hijo. Por eso he venido a verle usted. Dígame exactamente cuál es su oferta.

Caterham hizo un discurso sobre sus condiciones.

A los Niños del Alimento se les adjudicaría un gran territorio, en Norteamérica o en África, donde pudieran vivir sus vidas del modo que mejor les pareciese.

—¡Esto es una sandez…! —gritó Redwood—. Hay otros gigantes en el extranjero. ¡En toda Europa… por doquier!

—Podría establecerse una convención internacional. No sería imposible. Ya se ha hablado de algo semejante… Pero en este territorio de reserva, ellos podrían seguir su vida a su manera. Podrían hacer lo que quisieran, podrían fabricar lo que les diese la gana. Nosotros nos sentiríamos muy satisfechos si quisieran fabricar objetos. Pueden ser muy dichosos allí. ¡Piénselo!

—A condición de que no haya más descendencia.

—Precisamente. Los hijos son para nosotros. Y así, señor, salvaremos al mundo, lo salvaremos por completo de los frutos de su terrible descubrimiento. No es aún demasiado tarde. Sólo que estamos dispuestos a suavizar la rapidez de ejecución con la clemencia. Ahora mismo estamos quemando y chamuscando los sitios afectados por los obuses que dispararon ayer. Podemos neutralizar sus efectos. Esté usted seguro de que podemos neutralizarlos. Pero sin crueldades, sin injusticias…

—¿Y si los Niños no aceptan?

Por primera vez, Caterham miró a Redwood cara a cara.

—¡Deben aceptar!

—Yo no creo que acepten.

—¿Y por qué no? —preguntó Caterham con un estupendo tono de asombro.

—Supongamos que no acepten.

—Entonces, ¿qué recurso queda sino la guerra? No podemos permitir que todo continúe así. ¡No podemos, señor! ¿Es que ustedes, los hombres de ciencia, conocen de imaginación? ¿Es que carecen de la clemencia? No podemos permitir que nuestro mundo sea pisoteado por un creciente hatajo de monstruos como los que ha producido su Alimento. No podemos y no queremos. Y yo le pregunto a usted: ¿qué significa esto, sino la guerra? Y recuérdelo bien… Lo que acaba de ocurrir es únicamente el principio. Esto ha sido sólo una escaramuza, un simple asunto policial. Créame usted, un simple asunto policial. No se deje engañar por la perspectiva, por la inmediata magnitud de estos nuevos individuos. Detrás de nosotros está la nación… está la humanidad. Detrás de los millares de seres que han muerto, hay millones. Si no hubiese sido por el temor de tener que derramar más sangre todavía, señor, detrás de nuestras primeras líneas se estarían formando otras líneas de ataque, incluso ahora. Yo no sé si podremos acabar completamente con ese Alimento, ¡pero lo que sí puedo asegurarle es que podemos matar a todos sus hijos! Usted toma demasiado en cuenta los acontecimientos de ayer, los sucesos ocurridos en una veintena de años, en una sola batalla. Usted no tiene idea del lento curso de la historia. Yo ofrezco este acuerdo para salvar unas cuantas vidas, no porque pueda alterar el final inevitable. Si usted cree que sus dos docenas de gigantes pueden resistir a todas las fuerzas aunadas de nuestro pueblo y de todas las naciones extranjeras que vendrán en nuestra ayuda, si usted cree que puede cambiar a la Humanidad de un soplo, en una sola generación, alterando la naturaleza y la estatura del Hombre…

Y haciendo un amplio gesto con el brazo, añadió:

—¡Vaya a verlos ahora, señor! Véalos, agazapados alrededor de sus heridos, pagando todo el daño que han hecho…

Se interrumpió como si, por casualidad, hubiese visto al hijo de Redwood.

Hubo una larga pausa.

—Vaya a verlos —dijo.

—Eso es lo que quiero.

—Entonces, vaya ahora mismo…

Dio media vuelta y oprimió el botón del timbre. Afuera, en respuesta, se oyó el ruido de unas puertas que se abrían y de pasos apresurados.

La conversación había acabado. La exhibición había tocado a su fin. Bruscamente Caterham pareció contraerse, arrugarse hasta transformarse de nuevo en un hombre de mediana edad, de mediana estatura, en el rostro amarillento y un aspecto cansino. Dio un paso hacia delante, como si saliera del marco de un cuadro, y asumiendo por completo la amistosa cortesía que hay detrás de todos los conflictos públicos de nuestra raza, tendió su mano a Redwood.

Como si fuera la cosa más natural del mundo, Redwood le estrechó la mano por segunda vez.

CAPÍTULO CINCO

EL CAMPAMENTO DE LOS GIGANTES

CAPÍTULO SEIS

Poco tiempo después se encontró Redwood en un tren que atravesaba el Támesis hacia el sur. Tuvo una breve visión del río, reluciente bajo las luces, y de la humareda que aún se desprendía del sitio donde había caído un obús, en la orilla septentrional, y donde se había organizado una vasta multitud de hombres para quemar hasta los últimos restos de Heracleoforbia. La orilla meridional se hallaba a oscuras debido a algún ignorado motivo y ni siquiera las calles estaban iluminadas, y todo lo claramente visible eran las siluetas de las altas torres de alarma y los oscuros bultos de casas y escuelas. Al cabo de un minuto de observación, volvió la espalda a la ventana y se sumió en sus pensamientos. No había ya nada más que ver ni que hacer hasta que hubiera visto a los Hijos…

Se sentía fatigado por la tensión nerviosa de los dos últimos días; le parecía que sus emociones debían de estar ya agotadas, pero se había fortificado con un café muy fuerte antes de ponerse en marcha y sus ideas fluían claras y diáfanas. Su mente se hallaba en contacto con muchas cosas. Recapituló de nuevo, pero esta vez con la ilustración facilitada por los acontecimientos acaecidos, la manera cómo el Alimento había entrado y se había desplegado en el mundo.

—Bensington creyó que podría ser un excelente alimento para los niños —murmuró para sí con una leve sonrisa. Luego volvieron a la mente, tan claras como si estuvieran todavía pendientes de resolución, las horribles dudas que lo acometieron después que se hubo comprometido a administrarlo a su propio hijo. De allí, con una expansión continua e implacable, y a pesar de todos los esfuerzos humanos para ayudar y oponerse a su diseminación, el Alimento se había esparcido por todo el mundo habitado por el hombre. Y ahora, ¿qué…?

—Aunque los mataran a todos —susurró—, el hecho ya está consumado.

El secreto de la fabricación era conocido en muchas partes. Y esto había sido obra suya. Las plantas, los animales y una multitud de desdichados niños en pleno crecimiento conspirarían irresistiblemente para obligar al mundo a volver de nuevo al Alimento, independientemente de lo que pudiera ocurrir en la presente lucha.

—El hecho está consumado —se repitió mientras las ideas se le fijaban sobre el destino de los Niños y particularmente de su propio hijo. ¿Los encontraría agotados por los esfuerzos de la batalla, heridos, hambrientos, al borde de la derrota, o los encontraría aún recios y optimistas, dispuestos para el conflicto aún más formidable del día siguiente…? ¡Su hijo estaba herido! ¡Pero le había enviado un mensaje!

Volvió a su mente la entrevista con Caterham.

Lo despertó de su ensimismamiento la parada del tren en la estación de Chislehurst. Reconoció el lugar por una enorme atalaya contra las ratas que se erguía en la cúspide de Candem Hill y la hilera de grandes pinabetes que bordeaban la carretera…

El secretario particular de Caterham fue desde el otro coche para decirle que a una media milla de distancia la línea férrea había sido averiada y que el resto del viaje tendría que hacerlo en automóvil. Redwood se apeó en un andén iluminado únicamente por una linterna de mano y barrido por la fría brisa nocturna. La quietud de aquel abandonado suburbio invadido por el bosque y la maleza —todos sus habitantes se habían refugiado en Londres al comienzo de las hostilidades el día anterior—, se hizo instantáneamente impresionante. Su guía le ayudó a bajar los peldaños de la salida de la estación, donde ya le esperaba un automóvil con unos faros deslumbradores, la única luz que hasta entonces había visto, lo confió al cuidado del chófer y se despidió de él.

—Ya sé que hará usted todo lo que pueda por nosotros —dijo, imitando los modales de su amo mientras estrechaba la mano de Redwood.

Tan pronto como Redwood consiguió envolverse en una manta, empezaron a rodar en medio de la noche. Después de un momento de inmovilidad, el automóvil se lanzó velozmente, pero con gran suavidad, por la pendiente de la estación. Dieron la vuelta a una esquina y después a otra, siguieron los tortuosos caminos de un barrio residencial, y luego se extendió ante ellos la carretera. El automóvil zumbó al máximo de velocidad, horadando la negra noche. Todo estaba muy oscuro bajo la luz estelar y el mundo entero parecía haberse agazapado misteriosamente o desaparecido sin ningún ruido. Ni un aliento de aire hacía moverse las cosas que pasaban volando a ambos lados de la carretera. Las casas de campo, pálidas y abandonadas, a ambos lados de su ruta, con sus negras ventanas sin luz, le parecían a Redwood una silenciosa procesión de calaveras. El chófer que iba a su lado, o era un hombre silencioso de natural o permanecía silencioso debido a las peculiares condiciones de aquel viaje. Respondía a las breves preguntas de Redwood con monosílabos y a regañadientes. Cruzando el firmamento por el sur, los haces de luz de los reflectores se agitaban formando ondas silentes; parecían los únicos extraños indicios de vida en aquel mundo abandonado que iban dejando atrás en su veloz carrera.

La carretera se hallaba bordeada a ambos lados por unas gigantescas ramas de endrino que contribuían mucho a oscurecerla, y por una hierba muy alta y enormes collejas, inmensas ortigas muertas grandes como árboles cuyas siluetas pasaban como relámpagos por encima de sus cabezas. Después de Keston llegaron a una empinada cuesta y el chófer aminoró la marcha. Al llegar a la cima, se detuvo.

—Es allí —dijo señalando con un largo dedo enguantado un enorme bulto negro y contrahecho que se alzaba ante los ojos de Redwood.

A lo lejos, parecía que el gran talud, encrestado por el resplandor de donde salían los reflectores, se alzaba destacándose contra el cielo. Aquellos haces de luz iban y venían por entre las nubes y el ondulado paisaje a su alrededor, como si trazaran misteriosos encantamientos.

—No sé —dijo por fin el chófer. Resultaba evidente que tenía miedo de seguir adelante.

En aquel momento un reflector descendió del cielo para posarse en ellos, vigilándolos como una mirada escrutadora, más bien confundida que mitigada por el tallo de un monstruoso hierbajo que se interpuso. Los dos se sentaron, con las manos enguantadas delante de los ojos, intentando mirar por entre los dedos para enfrentarse con la cegadora luz.

—Siga adelante —dijo Redwood al cabo de un instante.

El chófer tenía todavía sus dudas, que intentó expresar, sin conseguirlo del todo, y que fueron atenuándose hasta repetir:

—No sé.

Por fin se aventuró a seguir.

—Vamos, pues —dijo poniendo el motor de nuevo en marcha, seguido atentamente por aquel gran ojo blanco.

A Redwood le pareció durante un buen rato que ya no se hallaban en la tierra, sino que corrían a través de una nube luminosa. Tuf, tuf, tuf tuf, hacía el motor, y una y otra vez —obedeciendo a no sé qué impulso nervioso— el chófer hacía sonar la bocina.

Pasaron por la oscuridad de un camino bordeado de altas vallas, y de allí a una hondonada. Luego pasaron por delante de vanas casas para volver a salir frente a aquel cegador haz del reflector. Después, durante un rato, la carretera apareció completamente despejada en medio de una llanura, y a ellos les pareció que se hallaban suspendidos, zumbando en la inmensidad. Una vez más las gigantescas hierbas se alzaban a su alrededor, desapareciendo fugazmente en un remolino. De pronto, bruscamente y cerca de ellos, se alzó, impresionante, la figura de un gigante, brillantemente iluminada por abajo, o sea, por donde lo iluminaba el reflector, y negra, recortada contra el cielo, por arriba.

—¡Eh, amigos! —gritó—. ¡Alto! Se acabó la carretera… ¿Es usted Padre Redwood?

Redwood se puso de pie y profirió un grito a modo de respuesta, y en seguida apareció Cossar en la carretera, a su lado, estrechándole las manos y ayudándolo a apearse del automóvil.

—¿Cómo está mi hijo? —preguntó Redwood.

—Está muy bien —dijo Cossar—. A él no le hicieron nada de cuidado.

—¿Y sus hijos?

—Bien. Todos ellos. Pero hemos tenido que luchar para conseguirlo.

El gigante estaba diciendo algo al chófer. Redwood se echó a un lado mientras el automóvil daba la vuelta, y entonces, súbitamente, Cossar desapareció, todo desapareció, y Redwood se encontró en la más absoluta oscuridad durante el espacio de un momento. El reflector iba siguiendo el automóvil en su viaje de regreso hasta la cumbre de Keston. Redwood se quedó mirando cómo se iba alejando el minúsculo vehículo dentro de aquel pálido halo. Ofrecía un efecto muy curioso, como si lo que se moviera no fuese el automóvil, sino el halo. Un grupo de aguerridos gigantes apareció súbitamente, haciendo grandes aspavientos, y fueron inmediatamente tragados por la noche… Redwood se volvió hacia la silueta de Cossar y le cogió la mano.

—Me han encerrado y me han tenido ignorante de todo —dijo— durante dos días completos.

—Les disparamos el Alimento —dijo Cossar—. ¡Era obvio! Les hemos hecho unos treinta disparos.

—Vengo de ver a Caterham.

—Lo sé. —Y echándose a reír, con cierta nota de amargura, añadió—: Supongo que querrá llegar a un arreglo.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó Redwood.

—Está bien. Los gigantes esperan el mensaje que nos trae.

—Sí, pero mi hijo…

Pasó con Cossar por un largo túnel inclinado, que se iluminó de rojo durante un momento para volver a caer en la oscuridad y salir finalmente en el gran pozo de mina que los gigantes habían construido como refugio.

La primera impresión que tuvo Redwood fue la de un enorme estadio limitado por altísimos riscos, y con el suelo lleno de estorbos. Estaba a oscuras, a no ser por los pasajeros reflejos del reflector del centinela que rodaba constantemente en lo alto y por un rojizo resplandor que aumentaba y disminuía a ratos procedente de un rincón distante donde dos gigantes trabajaban juntos, haciendo un gran estruendo metálico. Destacándose contra el cielo, pudo distinguir las familiares siluetas de los viejos cobertizos y campos de juego que habían sido construidos para los chicos de Cossar. Estaban como suspendidos al borde de un precipicio y extrañamente torcidos y deformados con los cañones del bombardeo de Caterham. Había indicaciones de enormes emplazamientos de artillería por encima, y en su proximidad se veían unos montones de cilindros que quizá fueran municiones. Por todo el ancho espacio inferior estaban esparcidas las formas de grandes máquinas e incomprensibles bultos, mezclados en vago desorden. Los gigantes aparecían y desaparecían entre aquellas masas, y, bajo la luz incierta, formaban grandes bultos, de ningún modo desproporcionados a las cosas entre las que se movían. Algunos se hallaban activamente atareados; otros, sentados o yacentes, como si intentaran conciliar el sueño, y uno que tenía todo el cuerpo vendado, yacía en una camilla de ramas de pino y estaba ciertamente dormido. Redwood observó aquellas formas borrosas; sus ojos se dirigieron de una movediza silueta a otra.

—¿Dónde está mi hijo, Cossar?

Entonces lo vio.

El joven Redwood estaba sentado a la sombra de una gran pared de acero. Parecía una forma negra, reconocible sólo por su postura… sus facciones eran invisibles. Estaba sentado con la barbilla apoyada en la mano, como si estuviese muy cansado o sumido en sus pensamientos. A su lado, Redwood descubrió la figura de la princesa, mera insinuación oscura de su presencia, y luego, al volver a incrementarse el resplandor distante, percibió durante un momento, iluminada de rojo, la infinita bondad de su sombreado rostro. Estaba contemplando a su amante con la mano descansando contra el acero. Parecía estarle diciendo algo.

Redwood hubiera querido ir hacia ellos.

—En seguida —dijo Cossar—. Primero de todo su mensaje.

—Sí —dijo Redwood—, pero…

Se interrumpió. Su hijo había levantado la vista y estaba hablando con la princesa, pero en tono demasiado bajo para que pudieran oírlo. El joven Redwood levantó la cabeza y ella se inclinó en dirección a él y miró hacia un lado antes de hablar.

—Pero si nos derrotan… —oyeron que murmuraba la susurrante voz del hijo de Redwood.

Ella se interrumpió, y el rojo resplandor puso de relieve sus ojos, brillantes de lágrimas aún no derramadas. Se inclinó aún más cerca de él y volvió a hablarle en un tono todavía más bajo. Había algo tan íntimo y tan privado en el talante de los dos, que Redwood, que durante dos días no había estado pensando en otra cosa sino en su hijo, se sintió allí un intruso. Bruscamente se sintió refrenado. Acaso por primera vez en su vida advirtió lo mucho que un hijo significa para su padre, mucho más de lo que un padre puede nunca significar para su hijo, y se dio perfecta cuenta de la completa predominancia del futuro sobre el pasado. Aquí, él, entre aquellos dos seres, no tenía nada que hacer. Su papel estaba ya representado. Se volvió hacia Cossar al instante de comprenderlo. Sus miradas se cruzaron. El tono de la voz se le transformó.

—Voy a dar cuenta del mensaje ahora mismo —dijo—. Ya tendremos tiempo de sobra luego…

El pozo era tan enorme y estaba tan lleno de objetos, que hubieron de franquear un largo y tortuoso camino antes de poder llegar al sitio desde donde Redwood les pudiera dirigir la palabra a todos.

Junto a Cossar, siguió un sendero abruptamente descendente que pasaba por debajo de un arco de maquinaria interconectada, y de allí pasó a una amplia y profunda pasarela que atravesaba el fondo del pozo. Esta pasarela, amplia y vacía, pero, no obstante, relativamente estrecha, conspiraba con todo lo que había a su alrededor para acentuar la sensación de propia pequeñez que se había apoderado de Redwood. Se transformó, como si fuera una cañada excavada. En lo alto, por encima de sus cabezas, separados de ellos por abismos de oscuridad, los reflectores giraban y brillaban, y las relucientes formas iban de un lado para otro. Fuertes voces se llamaban unas a otras allá arriba convocando a los gigantes a reunirse en un Consejo de Guerra para oír los términos que Caterham les había enviado. La pasarela se inclinaba aún más al fondo, hacia la negra inmensidad, hacia las sombras y el misterio y las cosas inconcebibles, hacia las que Redwood se dirigía despacio, con paso cauteloso, mientras Cossar iba avanzando con seguras zancadas…

Los pensamientos de Redwood se multiplicaban.

Los dos hombres penetraron en la más completa oscuridad y Cossar cogió a su compañero por la muñeca. Ahora tenían que ir forzosamente despacio.

Redwood se sintió impulsado a hablar.

—Todo esto es muy extraño —dijo.

—Grande —dijo Cossar.

—Extraño. Y más extraño aún que sea extraño para mí… para mí, que soy, en cierto modo, el origen de todo. Esto es… Se interrumpió en lucha con su evasivo significado, e hizo un gesto hacia el risco que nadie vio.

—Nunca había pensado en esto antes. He estado muy ocupado y los años han ido transcurriendo. Pero aquí veo… Es una nueva generación, Cossar, con nuevas emociones y nuevas necesidades. Todo esto, Cossar…

Cossar vio ahora su indistinto gesto hacia los objetos que había a su alrededor.

—Todo esto es Juventud…

Cossar no respondió y siguió adelante con paso irregular. —No es nuestra juventud, Cossar. Están tomando posesión de una serie de cosas. Empiezan con sus propias emociones, con su propia experiencia; empiezan a su manera… Hemos hecho un mundo nuevo y no es nuestro. Ni siquiera es simpático. Este lugar tan grande…

—Ha sido planeado por mí —dijo Cossar frunciendo el ceño.

—Pero ¿y ahora?

—¡Ah! Se lo he regalado a mis hijos. Redwood sintió el gesto de un brazo que no pudo ver.

—Quiero decir que hemos terminado…

—¡Su mensaje!

—Sí. Y luego…

—Habremos terminado.

—¿Entonces…?

—Claro que nosotros estamos excluidos de este asunto, somos dos viejos —dijo Cossar con la familiar nota de repentina cólera en la voz—. Claro que estamos fuera de todo eso. Evidentemente. Cada hombre a su época. Y ahora es la época de ellos, la que empieza. Y está muy bien. Trabajo de excavador. Hacemos nuestro trabajo y nos vamos. ¿Comprende usted? Para eso existe la Muerte. Nosotros agotamos la capacidad de nuestros pequeños cerebros y de nuestras pequeñas emociones, y luego llega el relevo y todo empieza de nuevo. ¡Empezar y vuelta a empezar! Sencillísimo. ¿Qué hay de mal en ello?

Se calló para guiar a Redwood por unos peldaños.

—Sí —dijo Redwood—, pero se siente uno…

Y dejó la frase incompleta.

—Para esto existe la Muerte —oyó Redwood que seguía insistiendo Cossar, un poco más abajo—. ¿Cómo podría hacerse si no fuera así? Para esto existe la Muerte.

CAPÍTULO SIETE

Después de vueltas y más vueltas y de subir un buen rato, llegaron a una especie de reborde desde el que se podía dominar el pozo de los gigantes y desde donde Redwood podía hacerse oír por toda la asamblea. Los gigantes ya se habían agrupado en la parte inferior, y a su alrededor, para oír el mensaje que les iba a exponer. El mayor de los hijos de Cossar estaba arriba, en el borde del talud, vigilando las revelaciones de los reflectores, porque todos temían una quiebra del armisticio. Los que trabajaban en aquel gran aparato que había en un rincón se destacaban claramente sobre el trasfondo de luz. Iban casi desnudos y se volvieron hacia Redwood, pero vigilando continuamente la fundición, que no podían abandonar ni un momento. Redwood vio aquellas figuras cercanas con una fluctuante incertidumbre, por medio de luces imprecisas que aparecían y desaparecían, y las figuras más remotas eran aún más borrosas. Salían de las profundidades de grandes tinieblas, donde volvían a sumirse en seguida. Porque aquellos gigantes no tenían más luz que la estrictamente necesaria en el pozo a fin de que sus ojos estuvieran preparados para distinguir eficazmente cualquier fuerza atacante que pudiera lanzarse sobre ellos desde la oscuridad circundante.

De vez en cuando, algún destello realzaba por casualidad a tal o cual grupo de altas y poderosas formas, los gigantes de Sunderland, vestidos con placas metálicas superpuestas, y los demás, vestidos de cuero, de soga tejida o de metal tejido, según estuviese determinado por sus respectivas condiciones. Estaban sentados en medio de máquinas y armamentos tan imponentes como ellos mismos, o descansaban las manos en aquellos aparatos, y sus miradas, al pasar de lo visible a lo invisible y viceversa, eran firmes y decididas.

Hizo un esfuerzo para empezar a hablar y no pudo. Por un instante, el rostro de su hijo resplandeció reflejando la cálida erupción del fuego. Vio que su hijo lo estaba contemplando, con ternura, pero también con vigorosa expresión, y encontró la voz perdida, una voz que llegara a todos, pero dirigida, como a través de un abismo, a su hijo.

—Vengo de ver a Caterham —dijo—. Me ha enviado para que os exponga las ofertas que os hace.

Hizo una pausa.

—Son unas condiciones imposibles, lo sé, y más ahora que os veo a todos aquí reunidos; son condiciones imposibles, pero he venido a transmitíroslas porque quería veros a todos, y especialmente a mi hijo. Quería ver a mi hijo una vez más…

—Explique las condiciones —lo interrumpió Cossar.

—He aquí lo que ofrece Caterham. ¡Quiere que os marchéis de su mundo!

—¿Adónde?

—No lo sabe. De un modo vago dice que os destinará una gran región apartada… Y que vosotros no debéis fabricar más Alimento ni tener hijos; que debéis vivir a vuestro modo hasta el término de vuestras vidas para que todo quede acabado.

Se detuvo.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo.

Hubo un gran silencio. Las tinieblas que envolvían a los gigantes parecían mirarlo a él pensativamente.

Sintió que alguien le tocaba el codo, y al volverse vio que Cossar le ofrecía una silla: un extraño fragmento de casa de muñecas en medio de aquellas apiladas inmensidades. Se sentó y cruzó las piernas; luego puso una pierna encima de la otra tocándose nerviosamente un zapato, y se sintió pequeño y sofocado, muy visible y absurdamente situado.

Al sonido de una voz volvió a olvidarse de sí mismo.

—Ya habéis oído, Hermanos —dijo aquella voz, que parecía salir de las tinieblas.

Y otra voz contestó:

—Ya lo hemos oído.

—¿Cuál es la respuesta, Hermanos?

—¿A Caterham?

—Sí, desde luego…

—Pues, ¡que No!

—¿Y después?

Se hizo un silencio que duró unos segundos.

Luego una voz dijo:

—Esas gentes tienen razón. Según su mentalidad, claro está. Tienen razón al querer destruir todo lo que crecía mayor que ellos… fuese animal, planta o cualquier otra cosa mayor de lo normal. Tuvieron razón al intentar matarnos. Tienen razón ahora al decir que no debemos procrear con nuestras semejantes. Según su mentalidad tienen toda la razón. Saben, y ya va siendo hora de que lo sepamos también nosotros, que no pueden estar juntos en el mismo mundo los gigantes y los pigmeos. Caterham lo ha dicho y lo ha repetido muchísimas veces, muy claramente… Tiene que triunfar su mundo o el nuestro.

—Pero no somos ni cincuenta —dijo otro—, y ellos son incontables millones.

—De acuerdo. Pero la cosa es como he dicho.

Se hizo otro largo silencio.

—Entonces, ¿tenemos que morir?

—¡Dios no lo permita!

—¿Y ellos?

—Tampoco.

—¡Pero esto es lo que dice Caterham! Él quisiera que nosotros viviéramos nuestras vidas hasta su término normal, que muriéramos de uno en uno, hasta que sólo quedara el último, y al fin éste también moriría, y ellos abatirían las plantas y hierbas gigantes, matarían la vida oculta, quemarían hasta los últimos indicios del Alimento… y terminarían con el Alimento y con nosotros… Entonces su diminuto mundo de pigmeos se sentiría seguro. Seguirían siendo como siempre… sintiéndose seguros, viviendo sus vidas de pigmeos, haciéndose mutuamente amabilidades y crueldades de pigmeo. Incluso podrían, tal vez, alcanzar una especie de milenio pigmeo, acabar con las guerras, terminar con la superpoblación, establecerse en una ciudad de extensión mundial para desarrollar el arte pigmeo, adorarse unos a otros hasta que el mundo empiece a congelarse.

En un rincón, una plancha de hierro cayó al suelo haciendo un ruido infernal.

—Hermanos, todos sabemos cuáles son nuestras intenciones.

En uno de los centelleos de la luz de los reflectores, Redwood vio los graves rostros juveniles de los gigantes volverse hacia su hijo.

—Es muy fácil ahora hacer el Alimento. Sería fácil para nosotros fabricarlo para todo el mundo.

—Tú quieres decir, Hermano Redwood —dijo una voz que salía de la oscuridad—, que son las gentes pequeñas quienes deben comer el Alimento.

—¿Qué otra solución cabe?

—Nosotros no somos ni cincuenta y ellos muchos millones.

—Pero nosotros nos mantenemos en nuestros puestos.

—Hasta ahora.

—Si es la voluntad de Dios, seguiremos manteniéndonos…

—Sí… ¡Pero piensa en los muertos!

Otra voz intervino, en el mismo tono:

—¡Los muertos! Piensa en los que van a nacer…

—Hermanos —dijo el joven Redwood—, ¿qué otra cosa podemos hacer sino luchar contra ellos, y si los derrotamos, hacerles tomar el Alimento? Ahora no podrían tomar el Alimento aunque quisieran. ¡Vamos a suponer que nos decidiéramos a renunciar a nuestra herencia y a hacer esa sandez que Caterham propone! ¡Vamos a suponer que pudiéramos hacerlo…! Vamos a suponer que renunciáramos a eso que se remueve en nuestro interior, que repudiáramos eso que nuestros padres hicieron por nosotros, que tú, Padre, hiciste por todos nosotros, y que cuando nuestra hora hubiese llegado, nos disipáramos en la senilidad y en la nada. ¿Qué pasaría entonces? ¿Seguiría siendo este diminuto mundo suyo igual que lo que era antes? Ellos podrían luchar contra la grandeza que hay en nosotros, que somos hijos de los hombres, pero ¿podrán ellos conquistarla? Aun en el caso que nos destruyeran uno a uno, ¿qué? ¿Les salvaría eso? ¡No! ¡Porque la grandeza está en marcha, no sólo en nosotros, no sólo en el Alimento, sino en el propósito de todas las cosas! Está en la naturaleza de todas las cosas, forma parte del espacio y del tiempo. Crecer cada día más, desde lo primero a lo último que existe… Esa es la ley del Ser. ¿Qué otra ley puede haber?

—¿Para ayudar a los demás?

—Para crecer. Se trata aún de crecer. A menos que los ayudemos a fracasar…

—Lucharán con toda el alma para derrotarnos —dijo una voz.

Y otra:

—Sí, ¿y qué?

—Lucharán —repuso el hijo de Redwood—. Si rechazamos sus condiciones no cabe la menor duda de que querrán luchar. En realidad, espero que sean francos y luchen. Si, después de todo, nos ofrecieran la paz, sería para cogernos desprevenidos. No os quepa la menor duda, Hermanos; de un modo o de otro querrán luchar. La guerra ha comenzado y hemos de luchar hasta el fin. A menos de obrar con cordura, podemos encontrarnos con que habremos vivido sólo para fabricar mejores armas que las que emplearán luego contra nuestros hijos y nuestros semejantes. Esto ha sido, hasta ahora, sólo el primer albor de la batalla. Todas nuestras vidas serán una batalla continua. Algunos de nosotros moriremos en la lucha, otros seremos objeto de asechanza. No hay victoria fácil, no hay victoria para nosotros que no sea más que media derrota. Estad seguros de eso. ¿Y qué? Sólo con que podamos mantener una posición establecida, sólo con que podamos dejar detrás de nosotros una creciente hueste para continuar la lucha cuando nosotros ya hayamos perecido, ya habremos conseguido mucho…

—¿Y mañana?

—Diseminaremos el Alimento, saturaremos el mundo con el Alimento.

—¿Y si ellos se avinieran a nuestras condiciones?

—Nuestras condiciones consisten en el Alimento. No se trata ya de que pequeños y grandes puedan vivir juntos en una gran perfección de compromiso. Es lo uno o lo otro. ¿Qué derecho tienen los padres a decir: «Mi hijo no tendrá otra luz que la que yo he tenido, ni crecerá a mayor grandiosidad que la que yo he alcanzado»? ¿Expreso vuestra opinión, Hermanos?

Le respondieron murmullos de asentimiento.

—Y a las niñas que quieren ser mujeres igual que a los niños que quieren ser hombres —gritó otra voz desde la oscuridad.

—Éstas aún más: ser madres de una nueva raza…

—Pero durante la próxima generación todavía habrá grandes y pequeños —dijo Redwood con la mirada puesta en el semblante de su hijo.

—Y durante muchas generaciones más. Y los pequeños pondrán obstáculos a los grandes y los grandes presionarán a los pequeños. Así tiene que ser, Padre.

—Se producirán conflictos.

—Conflictos interminables, malentendidos interminables.

Toda la vida es así. Los grandes y los pequeños nunca pueden entenderse. Pero en cada hijo nacido de hombres, Padre Redwood, está al acecho una simiente de grandeza… esperando la llegada del Alimento.

—Entonces voy a ver a Caterham para decirle…

—Te quedarás con nosotros, Padre Redwood. Nuestra respuesta se la mandaremos a Caterham al despuntar el alba.

—Él dice que luchará…

—Así sea —dijo el joven Redwood. Y sus hermanos murmuraron su asentimiento.

—¡El hierro está a punto! —exclamó una voz.

Los dos gigantes que estaban trabajando en un rincón empezaron a producir un rítmico martilleo que dio una potente música a la escena. El metal relucía con mucho más brillo que antes, ofreciendo a Redwood una visión más clara del campamento de la que hasta entonces había tenido. Vio aquel espacio rectangular en toda su extensión, con las grandes máquinas de guerra, dispuestas y a punto de funcionar. Más allá, a un nivel superior, se alzaba la casa de los Cossar. A su alrededor estaban los jóvenes gigantes, enormes y hermosos, relucientes en sus cotas de malla, ultimando los preparativos para el día siguiente. A la vista de ellos cobró ánimos. ¡Eran tan fácilmente poderosos! ¡Eran tan altos y tan valientes, tan seguros en sus movimientos! Su hijo estaba entre ellos, y la primera de todas las mujeres gigantes, la princesa…

Le atravesó la mente el más extraño contraste, el recuerdo de Bensington, tan pequeño e inteligente… Bensington, con la mano metida en el blando plumón de aquella primera gallina gigante, en aquella habitación amueblada convencionalmente, donde vivía, mirando dubitativamente por encima de las gafas, mientras su prima Jane salía dando un portazo…

Todo había ocurrido en un ayer de hacía veintiún años.

De pronto, una extraña duda se apoderó de él. Tuvo la impresión de que aquel lugar, con toda su grandiosidad, tenía la textura de un sueño. Estaba soñando y en un instante se despertaría para volver a encontrarse en su estudio, con los gigantes asesinados, el Alimento suprimido y él hecho prisionero, encerrado en su propia casa. ¿Qué otra cosa era sino la vida…? ¡Estar siempre prisionero y encerrado! Aquello era la culminación de su ensueño. Se despertaría en medio de un mar de sangre, en plena batalla, para encontrarse con que su Alimento era la más necia de las fantasías, y que sus esperanzas y su fe en un mundo futuro mayor no eran más que una especie de película coloreada proyectada sobre una charca insondable y corrupta. ¡La pequeñez era invencible…! Tan fuerte y profundo fue su desaliento, su insinuación de desilusión inminente, que se puso de pie de un salto. Se restregó los ojos con los puños cerrados y permaneció un momento así, temiendo que al volver a abrirlos el ensueño ya se hubiese disipado…

Las voces de los muchachos gigantes resonaban como música de fondo en medio de aquella estruendosa melodía de los herreros. La marea de la duda fue bajando. Oyó las voces de los gigantes, oyó sus movimientos alrededor de él. ¡Aquello era real, absolutamente real, tan real como los actos impulsados por el despecho! Más real aún, porque aquellas grandes cosas probablemente son las cosas del porvenir, mientras que la pequeñez, la bestialidad y la invalidez de los hombres son las cosas que acaban. Abrió los ojos.

—¡Ya está! —exclamó uno de los dos herreros, y ambos tiraron al suelo sus martillos.

Una voz resonó desde arriba. El hijo de Cossar, de pie sobre el terraplén, se había vuelto hacia ellos y les estaba hablando.

—No se trata de que queramos expulsar a la gente pequeña del mundo —dijo—, a fin de que nosotros, que no estamos más que a un grado por encima de su pequeñez, podamos dominar el mundo para siempre. Estamos luchando para conseguir este grado superior, pero no por nosotros mismos… Estamos aquí, Hermanos, ¿y con qué finalidad? Para servir el espíritu y el propósito que han sido infundidos en nuestras vidas. No luchamos por nosotros mismos, porque no somos sino las manos y los ojos momentáneos de la Vida del Mundo. Esto es lo que tú, Padre Redwood, nos enseñaste. Por medio de nosotros y por medio de la gente pequeña, el Espíritu observa y aprende. Desde nosotros deben pasar, por la palabra, el nacimiento y la acción a otras vidas aún mayores. Esta tierra no es ningún lugar de reposo, no es ningún campo de juego; de no ser así, tanto valdría ofrecer nuestras gargantas al cuchillo de la gente pequeña, ya que no tendríamos más derecho a la vida que ellos. Y ellos, por su parte, podrían entregarse a las hormigas y a las cucarachas. No luchamos por nosotros mismos, sino por el crecimiento… por el crecimiento que prosigue y proseguirá eternamente. Mañana, tanto si nos toca vivir como si nos toca morir, el crecimiento lo conquistará todo. Ésta es la ley del espíritu para siempre jamás. ¡Crecer de acuerdo con la voluntad de Dios! ¡Crecer y desarrollarse fuera de estas grietas y hendiduras, fuera de estas sombras y tinieblas, en la grandeza y la luz! ¡Más grande, hermanos míos! Y después… aún más grande. Crecer, y luego… crecer más. Crecer, en fin, hasta alcanzar la camaradería y la comprensión de Dios. Crecer hasta que la tierra no sea más que un escalón, hasta que el espíritu haya reducido el miedo a la nada y se haya esparcido…

Y señalando el cielo con un amplio ademán, añadió:

—¡Allá!

Cesó su voz. El blanco resplandor de uno de los reflectores giró en redondo y por un momento lo iluminó, erguido y gigantesco, con la mano alzada en dirección al firmamento.

Durante unos instantes fue resplandeciente, la mirada hacia arriba, hacia la inmensidad del espacio, revestido de cota de malla, joven y fuerte, resuelto e intrépido. Después la luz pasó y él permaneció como una gran silueta negra recortada contra el cielo estrellado, una gran silueta negra que amenazaba con gesto imponente el cielo y toda su multitud de estrellas.

CAPÍTULO OCHO

35. EL ANTICRISTO (FRIEDRICH WILHELM NIETZSCHE)

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54

CAPÍTULO UNO

Inversión de todos los valores

Este libro está hecho para muy pocos lectores. Puede que no viva aún ninguno de ellos. Esos podrían ser los que comprendan mi Zaratustra: ¿acaso tengo yo derecho a confundirme con aquellos a quienes hoy se presta atención? Lo que a mí me pertenece es el pasado mañana. Algunos hombres nacen póstumos.

Las condiciones requeridas para comprender y para comprenderme luego con necesidad, las conozco demasiado bien. Hay que ser probo hasta la dureza en las cosas del espíritu para poder soportar sólo mi seriedad y mi pasión. Hay que estar acostumbrado a vivir en las montañas y ver a nuestros pies la miserable locuacidad política y el egoísmo de los pueblos que la época desarrolla.

Hay que hacerse indiferente; no debe preguntarse si la verdad favorece o perjudica al hombre. Hay que tener una fuerza de predilección para las cuestiones que ahora espantan a todos; poseer el valor de las cosas prohibidas: es preciso estar predestinado al laberinto. De esas soledades hay que hacer una experiencia. Tener nuevos oídos para una nueva música; nuevos ojos para las cosas más lejanas: nueva conciencia para verdades hasta ahora mudas, y la voluntad de la economía en grande estilo; conservar las propias fuerzas y el propio entusiasmo; hay que respetarse a sí mismo, amarse a sí mismo: absoluta libertad para consigo mismo…

Ahora bien; sólo los forjados así son mis lectores; mis lectores predestinados; ¿qué me importan los demás? Los demás son simplemente *la humanidad*. Se debe ser superior a *la humanidad* por la fuerza, por el temple, por el desprecio…

Federico Nietszche

CAPÍTULO 1

Mirémonos de frente. Somos hiperbóreos, y sabemos bastante bien cuán aparte vivimos. *Ni por tierra ni por mar encontrarás el camino que conduce a los hiperbóreos*, Píndaro ya sabía esto de nosotros. Más allá del septentrión, de los hielos, de la muerte, se encuentra nuestra vida, nuestra felicidad… Nosotros hemos descubierto la felicidad, conocemos el camino, hallamos la salida de muchos milenios de laberinto. ¿Quién más la encontró? ¿Acaso el hombre moderno? *Yo no sé ni salir ni entrar; yo soy todo lo que no sabe ni salir ni entrar*, así suspira el hombre moderno… Estábamos aquejados de esta modernidad, de una paz pútrida, de un compromiso perezoso, de toda la virtuosidad impura del sí y del no modernos. Semejante tolerancia y amplitud de corazón, que lo perdona todo porque lo comprende todo, es para nosotros viento de siroco. Vale más vivir entre los hielos que entre las virtudes modernas y otros vientos meridionales… Fuimos bastante valerosos; no tuvimos clemencia ni para nosotros ni para los demás; pero por largo tiempo no sabíamos dónde nos conduciría nuestro valor. Nos volvimos sombríos, nos llamaron fatalistas. Nuestro *fatum* era la plenitud, la tensión, la hipertrofia de las fuerzas. Teníamos sed de rayos y de hechos; estábamos muy lejos de la felicidad de los débiles, de la abnegación. En nuestra atmósfera soplaba un huracán; nuestra naturaleza se oscurecía porque no hallábamos ninguna vía. Esta es la fórmula de nuestra felicidad: un sí, un no, una línea recta, una meta.

CAPÍTULO 2

¿Qué es lo bueno? Todo lo que eleva en el hombre el sentimiento de poder, la voluntad de poder, el poder mismo.

¿Qué es lo malo? Todo lo que proviene de la debilidad.

¿Qué es la felicidad? El sentimiento de lo que acrece el poder; el sentimiento de haber superado una resistencia.

No contento, sino mayor poderío; no paz en general, sino guerra; no virtud, sino habilidad (virtud en el estilo del Renacimiento, virtud libre de moralina).

Los débiles y los fracasados deben perecer; ésta es la primera proposición de nuestro amor a los hombres. Y hay que ayudarlos a perecer.

¿Qué es lo más perjudicial que cualquier vicio? La acción compasiva hacia todos los fracasados y los débiles: el cristianismo.

CAPÍTULO 3

El problema que presento aquí no consiste en aquello que la humanidad debe realizar en la serie de las criaturas (el hombre es un fin), sino en el de tipo de hombre que se debe educar, que se debe querer como el de mayor valor, como más digno de vivir, como más seguro del porvenir.

Este tipo altamente apreciable ha existido ya muy a menudo; pero como un caso afortunado, como una emoción, no fue nunca querido. Quizás, por el contrario, fue querido, cultivado, obtenido, el tipo opuesto: el animal doméstico, el animal de rebaño, aquel animal enfermo que se llama hombre: el cristiano…

CAPÍTULO 4

La humanidad no representa una evolución hacia algo mejor y más fuerte o más alto como hoy se cree. El progreso no es más que una idea moderna; esto es, una idea falsa. El europeo de hoy está muy por debajo del europeo del *Renacimiento*: un desarrollo sucesivo no es absolutamente, con cualquier necesidad, elevación, ni incremento, ni refuerzo.

En otro sentido, se verifica continuamente el logro de casos singulares en los diversos puntos de la Tierra y de las más diversas culturas, con las cuales se representa en realidad un tipo superior: una cosa que, en relación con el conjunto de la humanidad, es un superhombre. Semejantes casos afortunados de gran éxito fueron siempre posibles, y acaso serán aún siempre posibles. También generaciones enteras, razas, pueblos, pueden en ciertas circunstancias constituir un efecto afortunado de esta especie.

CAPÍTULO 5

No se debe adornar y acicalar el cristianismo: hizo una guerra mortal a cierto tipo superior de hombre; desterró todos los instintos fundamentales de este tipo, de estos instintos extrajo y destiló el mal, el hombre malo; consideró al hombre fuerte como lo típicamente reprobable, como el réprobo.

El cristianismo tomó partido por todo lo que es débil, humilde, fracasado, hizo un ideal de la contradicción a los instintos de conservación de la vida fuerte; estropeó la razón misma de los temperamentos espiritualmente más fuertes, enseñó a considerar pecaminosos, extraviados, tentadores, los supremos valores de la intelectualidad. El ejemplo más lamentable es éste: la ruina de Pascal, que creyó que su razón estaba corrompida por el pecado original, cuando sólo estaba corrompida por su cristianismo.

CAPÍTULO 6

A mis ojos se ha ofrecido un espectáculo doloroso, pavoroso: yo descorrí el velo que ocultaba la perversión del hombre. En mi boca, semejante palabra está por lo menos libre de una sospecha, de la sospecha de contener una acusación moral contra el hombre. Ha sido pensada por mí -querría destacar esto una vez más-, libre de moralina; y esto hasta el punto de que tal perversión es considerada por mí precisamente allí donde hasta ahora se aspiraba más conscientemente a la virtud, a la divinidad. Yo (y esto se adivina) entiendo la perversión en el sentido de decadencia; sostengo que todos los valores en que hoy la humanidad sintetiza sus más altos deseos son valores de decadencia.

Considero pervertido a un animal, a una especie, a un individuo, cuando pierde sus instintos, cuando escoge y prefiere lo nocivo. Una historia de los sentimientos superiores, de los ideales de la humanidad -y es posible que yo la escriba-, sería tal vez la explicación de por qué el hombre se ha pervertido de este modo. Para mí, la misma vida es instinto de crecimiento, de duración, de acumulación de fuerzas, de poder; donde falta la voluntad de poderío, hay decadencia. Sostengo que a todos los supremos valores de la humanidad les falta esta voluntad; que los valores de decadencia, los valores nihilistas, dominan bajo los nombres más sagrados.

CAPÍTULO 7

La religión de la compasión se llama cristianismo. La compasión está en contradicción con las emociones tónicas que elevan la energía del sentimiento vital, produce un efecto depresivo. Con la compasión crece y se multiplica la pérdida de fuerzas que en sí el sufrimiento aporta ya a la vida. Hasta el sufrimiento se hace contagioso por la compasión: en ciertas circunstancias, con la compasión se puede llegar a una pérdida compresiva de vida y de energía vital, que está en una relación absurda con la importancia de la causa (el caso de la muerte del Nazareno). Éste es el primer punto de vista; pero hay otro más importante. Suponiendo que se considera la compasión por el valor de las reacciones que suele provocar, su carácter peligroso para la vida aparece a una luz bastante más clara. La compasión dificulta en gran medida la ley de la evolución, que es la ley de la selección. Conserva lo que está pronto a perecer; combate a favor de los desheredados y de los condenados de la vida, y manteniendo en vida una cantidad de fracasados de todo linaje, da a la vida misma una aspecto hosco y enigmático. Se osó llamar virtud a la compasión (mientras que en toda moral noble es considerada como debilidad); se ha ido más allá; se ha hecho de ella la virtud, el terreno y el origen de todas las virtudes; pero esto fue ciertamente hecho (cosa que se debe tener siempre en cuenta) desde el punto de vista de una filosofía que era nihilista, que llevaba escrita en su escudo la negación de la vida. Schopenhauer estaba con ella en su derecho; con la compasión, la vida es negada y se hace más digna de ser negada; la compasión es la práctica del nihilismo. Digámoslo otra vez: este instinto depresivo y contagioso dificulta aquellos instintos que tienden a la conservación y al aumento de valor de la vida: tanto en calidad de multiplicador de la miseria, cuanto en calidad de conservador de todos los miserables es un instrumento capital para el incremento de la decadencia; la compasión nos encariña con la nada … No se dice *la nada*; en lugar de *la nada* se dice el *más allá*, o Dios, o la verdadera vida, o el Nirvana, la redención, la beatitud … Esta inocente retórica, que proviene del reinado de la idiosincrasia moral-religiosa, aparece de pronto bastante menos inocente si se comprende qué tendencia se encubre aquí bajo el manto de frases sublimes: la tendencia hostil a la vida. Schopenhauer era hostil a la vida:

por esto hizo de la compasión una virtud … Aristóteles vio en la compasión, como es sabido, un estado de ánimo morboso y peligroso, que fuera bueno tratar de cuando en cuando con un purgante; consideró la tragedia como una catarsis. En realidad, partiendo del instinto de la vida, se debería crear un medio para asestar un golpe a una acumulación morbosa y peligrosa de compasión, como era representada por el caso de Schopenhauer (y también por toda nuestra decadencia literaria y artística de San Petersburgo a París, de Tolstoi a Wagner) para hacerla estallar… Nada más malsano en nuestra malsana modernidad que la compasión cristiana. Ser aquí médico, ser aquí implacable, poner aquí el cuchillo, esto nos compete a nosotros, esto es nuestro modo de amar a los hombres; de este modo somos filósofos nosotros los hiperbóreos.

CAPÍTULO 8

Preciso es decir aquí quiénes son nuestros contrarios: los teólogos, y todo lo que tiene en su cuerpo sangre de teólogo, toda nuestra filosofía es preciso haberla visto dentro de sí; se debe haber muerto por ella para no admitir más bromas en este punto (la libertad de pensamiento de nuestros investigadores de la naturaleza y fisiólogos es para mí una broma: les falta la pasión en estas cosas, el haber sufrido por ellas). Esta intoxicación va mucho más allá de lo que se cree; yo vuelvo a encontrar los instintos teológicos de la presunción allí donde hoy se siente la gente idealista, donde quiera que, so pretexto de un origen elevado, se pretende el derecho de mirar la realidad con aire superior y lejano … El idealista, lo mismo que el sacerdote, tiene en sus manos todos los grandes conceptos (y no sólo la mano), los pone en fuego; con benévolo desprecio contra el intelecto, los sentidos, los honores, el vivir bien, la ciencia, y ve tales cosas por debajo de si como fuerzas dañinas y seductoras, sobre las cuales el espíritu se libra existiendo puramente para sí; como si la humildad, la castidad, la pobreza, en una palabra, la santidad no hubiese hasta ahora hecho a la vida un mal infinitamente mayor que cualquier vicio u otra cosa terrible … El espíritu puro es la mentira pura … Mientras el sacerdote sea considerado como una especie superior de hombre, el sacerdote, que es el negador, el calumniador, el envenenador de la vida por profesión, no dará respuesta a la pregunta: ¿qué es la verdad? Ya se ha invertido la verdad cuando el consciente abogado de la nada y de la negación es considerado como el representante de la verdad

CAPÍTULO 9

Yo declaro la guerra a este instinto de teólogos: dondequiera encontramos sus huellas. El que en su cuerpo tiene sangre de teólogo, tiene *a priori* una posición oblicua y deshonesta frente a las cosas. El *pathos* que de aquél se desarrolla se llama fe: que es un cerrar los ojos ante sí una vez para siempre, para no padecer el aspecto de una insanable falsedad. Se hace así una moral, una virtud, una santidad de esta defectuosa óptica con la que se observan todas las cosas, se confunde la buena conciencia con la falsa visión, se exige que ninguna otra cualidad óptica tenga valor en adelante una vez que se ha hecho sacrosanta la propia con los nombres de Dios, redención, eternidad. Yo exhumo dondequiera el instinto teológico; es la forma más difundida y realmente más subterránea de falsedad que existe en la Tierra. Lo que un teólogo siente como verdadero debe ser falso: en esto hay casi un criterio de verdad. Su más profundo instinto de conservación veda que la realidad sea honrada en cualquier punto o tome simplemente la palabra. Donde llega la influencia de los teólogos, el juicio de valor queda invertido; verdadero y falso son necesariamente trocados; lo más nocivo a la vida, aquí es llamado *verdadero*; lo que la eleva, la aumenta, la afirma, la justifica y la hace triunfar, se llama falso … Si acontece que los teólogos tienden la mano al poder, a través de la conciencia de los principios de los pueblos, no dudamos de lo que sucederá siempre: la voluntad del fin, la voluntad nihilista quiere el poder…

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO DOS

Los alemanes me entienden fácilmente cuando digo que la filosofía ha sido estropeada por la sangre de los teólogos. El sacerdote protestante es el abuelo de la filosofía alemana, el protestantismo es el pecado original de esta filosofía. Definición del protestantismo: la hemiplejia del cristianismo y de la razón… Basta pronunciar las palabras *seminario de Tubinga* para comprender lo que es en el fondo la filosofía alemana: una teología insidiosa… Los bávaros han sido los mejores mentirosos de Alemania; mienten inconscientemente. ¿De dónde nació la gloria de que al advenimiento de Kant prevaleciese el mundo de los doctores alemanes, mundo compuesto en sus tres cuartas partes de hijos de pastores y de maestros? ¿De dónde nació la persuasión alemana de que con Kant comenzó una crisis de mejoramiento? El instinto de teólogo que hay en el doctor alemán adivinó qué se hacía entonces posible. Se abría un camino indirecto hacia el antiguo ideal: el concepto de mundo verdadero, el concepto de la moral considerada como esencia del mundo (estos dos pérfidos errores, los más pérfidos de todos los errores), desde entonces, en virtud de un escepticismo mezclado y hábil, eran de nuevo, si no demostrables, por lo menos no refutables … La razón, el derecho de la razón, no llega tan lejos … De la realidad se había hecho una apariencia; se había hecho realidad de un mundo completamente falso, del mundo del ser … El éxito de Kant es simplemente un éxito de teólogos: Kant, como Lutero, como Leibniz, fue un obstáculo más en la probidad alemana, en sí no muy sólida.

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO TRES

Una palabra más contra Kant moralista. Una virtud ha de ser una invención nuestra, una defensa y una necesidad de uno mismo; en todo otro caso será simplemente un peligro. Lo que no es una condición de nuestra vida, la perjudica; una virtud derivada simplemente de un sentimiento de respeto frente al concepto de virtud, como Kant quería, es dañosa. La virtud, el deber, el bien en sí, el bien con el carácter de la impersonalidad y de la validez universal, son quimeras en las que se manifiesta la decadencia, el último agotamiento de la vida, la cicatería de Königsberg (Ciudad en la que nació y murió Emmanuel Kant. Nota de Omar Cortés). Las más profundas leyes de la conservación y del crecimiento ordenan lo contrario; esto es, que cada cual encuentre la propia virtud, el propio imperativo categórico. Un pueblo perece cuando confunde sus deberes con el concepto de deber en general. Nada arruina más honda y más íntimamente que aquel deber impersonal, aquel sacrificio ante el Moloch de la abstracción.

¡Y no se ha considerado peligroso para la vida el imperativo categórico de Kant! Sucede que el instinto de los teólogos lo tomó bajo su protección. Una acción a la cual nos impulsa el instinto de la vida tiene en el goce la demostración de su justicia; mientras que aquel nihilista de entrañas dogmático-cristianas consideraba el goce como una objeción… ¿Qué es lo que más rápidamente destruye a un hombre sino el laborar, pensar, sentir, sin una interna necesidad, sin una elección personal profunda, sin alegría, como autómata del deber? Esta es precisamente la fórmula de la decadencia hasta el idiotismo… Kant se volvió idiota, ¡Y fue contemporáneo de Goethe! ¡Y esta araña funesta fue considerada como el filósofo alemán, y lo sigue siendo! … Me cuidaré de decir lo que pienso de los alemanes… ¿Acaso Kant no vio en la Revolución francesa el paso de la forma inorgánica del Estado a la forma orgánica? ¿No se preguntó si existía un hecho que puede ser explicado de otro modo que por una disposición moral de la humanidad, de suerte que con él, de una vez por todas, sea demostrada la tendencia de la humanidad hacia el bien? Respuesta de Kant: Eso es la revolución. El instinto que fracasa en todo y en todos, la anti naturaleza como instinto, la decadencia alemana como filosofía, eso es Kant.

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO CUATRO

Dejo a un lado a algunos escépticos, el único tipo respetable en la historia de la filosofía; todos los demás desconocen las primeras exigencias de la probidad intelectual. Todos los que hacen como las damiselas, esos grandes charlatanes y monstruos, consideran ya como argumentos los bellos sentimientos, los altos pechos como un fuelle de la divinidad, la convicción como un criterio de verdad. Por último, Kant intentó también, con inocencia alemana, dar aspecto científico a esta forma de corrupción, a esta falta de conciencia intelectual, con el concepto de razón práctica; inventó propiamente una razón hecha a propósito para los casos en que no nos debemos preocupar de la razón; esto es, cuando oímos la voz de la moral, el sublime precepto del *tú debes*. Si se considera que en casi todos los pueblos el filósofo es un desarrollo ulterior del tipo del sacerdote, no nos sorprenderá ya esta herencia del sacerdote, la acuñación de moneda para sí mismo. Cuando se tienen deberes sagrados, por ejemplo, el de salvar a los hombres, perfeccionarlos, redimirlos; cuando se lleva en el pecho la divinidad; cuando se es intérprete de imperativos ultramundanos, con semejante misión se está fuera de todas las valoraciones simplemente conformes a la razón, se está ya santificado por semejante misión, se es ya el tipo de un orden superior… ¿Qué le importa a un sacerdote la ciencia? ¡Está harto por encima de ella! ¡Y el sacerdote ha dominado hasta ahora! ¡Él fijó las nociones de verdadero y de falso!

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO CINCO

No quitemos valor al hecho de que nosotros mismos, espíritus libres, somos ya una transmutación de todos los valores, una declaración viva de guerra y de victoria a todas las viejas ideas de verdadero y no verdadero. Las perspectivas más excelentes son las que se han encontrado más tarde; pero las perspectivas más excelentes son los métodos. Todos los métodos, todas las premisas de nuestra moderna mentalidad científica tuvieron en contra, durante miles de años, el más profundo desprecio; por ello se estaba excluido del comercio con los hombres honrados, se pasaba por enemigo de Dios, por despreciador de la verdad, por poseído del demonio. En calidad de caracteres científicos se era chandala… Está contra nosotros todo el *pathos* de la humanidad, su concepto de lo que debe ser verdadero, de lo que debe estar al servicio de la verdad; todo imperativo *tú debes* se volvió hasta ahora contra nosotros… Nuestros objetos, nuestras prácticas, nuestra manera silenciosa, prudente, desconfiada, todo esto pareció a la humanidad completamente indigno y despreciable.

Por último, se podrá demandar equitativamente si no fue justamente un gusto estético el que tuvo a la humanidad en tan larga ceguera; exigía de la verdad un efecto pintoresco; exigía también que el investigador obrase rudamente sobre los sentidos. Nuestra modestia repugnó durante mucho tiempo su gusto; ¡oh, cómo adivinaron esos paveznos de Dios!…

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO SEIS

Hemos renovado los métodos. En todos los campos somos ahora más modestos. Ya no derivamos al hombre del espíritu de la divinidad; le hemos colocado entre los animales. Para nosotros es el animal más fuerte, porque es el más astuto: consecuencia de ello es su intelectualidad. Por otra parte, nos precavemos de una vanidad que querría hacer oír su voz también aquí; aquélla según la cual el hombre sería la gran intención recóndita de la evolución animal. No es en modo alguno el coronamiento de la creación; junto a él, toda criatura se encuentra al mismo nivel de perfección… Y al sostener esto, sostenemos aún demasiado; el hombre es, en un sentido relativo, el animal peor logrado, el más enfermizo, el más peligrosamente desviado de sus instintos, aunque por cierto, a pesar de todo esto, es el más interesante.

Por lo que se refiere a los animales, Descartes fue el primero que con venerable audacia aventuró la idea de considerar al animal como una máquina; toda nuestra fisiología se afana por demostrar esta proposición. Pero nosotros, lógicamente, no ponemos, como Descartes, aparte al hombre; lo que hoy, en general, se comprende del hombre, llega exactamente hasta el punto en que es comprendido como una máquina. Otrora se concedía al hombre, como un don proveniente de un poder superior, el libre albedrío: hoy le hemos quitado incluso la voluntad, en el sentido de que por *voluntad* no se puede entender una facultad. La antigua palabra *voluntad* sirve sólo para indicar una resultante, una especie de reacción individual que sigue necesariamente a una cantidad de estímulos, en parte contradictorios y en parte concordantes; la voluntad no obra ya, no mueve ya…

En otro tiempo, en la conciencia del hombre, en el espíritu, se columbraba la prueba de su alto origen, de su divinidad; para hacer perfecto al hombre se le aconsejó que ocultara en si los sentidos lo mismo que las tortugas, que suspendiera sus relaciones con los hombres, que depusiera la envoltura mortal; entonces habría quedado de él lo principal: el espíritu puro. También sobre este punto pensamos nosotros mejor; el ser consciente, el espíritu, es considerado por nosotros precisamente como síntoma de una relativa imperfección del organismo, como un intentar, un tentar, un fallar; como una fatiga en la que se gasta inútilmente mucha fuerza nerviosa;

nosotros queremos que una cosa cualquiera pueda ser hecha de modo perfecto hasta cuando es hecha conscientemente. El espíritu puro es una pura impertinencia: si quitamos de la cuenta el sistema nervioso y los sentidos, la envoltura mortal, erramos el cálculo, y nada más.

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO SIETE

Ni la moral ni la religión entran en contacto en el cristianismo con un punto cualquiera de la realidad. Causas puramente imaginarias (Dios, alma, yo, espíritu libre, albedrío y también voluntad no libre), efectos puramente imaginarios (pecado, redención, gracia, castigo, perdón de los pecados). Relaciones entre criaturas imaginarias (Dios, espíritu, alma) ; una ciencia natural imaginaria (antropocéntrica: falta completa de la noción de las causas naturales); una sicología imaginaria (completo desconocimiento de sí mismo, interpretación de sentimientos generales placenteros o desplacenteros; por ejemplo, de los estados del nervio simpático, con la ayuda del lenguaje figurado de una idiosincrasia religiosa-moral; arrepentimiento, remordimiento, tentación diabólica, la proximidad de Dios); una teología imaginaria (el reino de Dios, el juicio final, la vida eterna).

Este mundo, de pura ficción, se distingue perjudicialmente del mundo de los sueños, en que desvalora, niega la realidad. En cuanto el concepto de naturaleza fue encontrado como opuesto al de Dios, la palabra *natural* debía ser sinónima de *reprobable*; todo aquel mundo de ficción tiene su raíz en el odio contra lo natural (contra la realidad); es la expresión de un profundo disgusto de la realidad… Pero con esto todo queda explicado. ¿Quién es el que tiene motivos pasa salir, con una mentira de la realidad? El que sufre por ella. Pero sufrir por la realidad significa ser una realidad mal lograda…

El predominio de los sentimientos de desplacer sobre los de placer es la causa de aquélla moral y aquella religión ficticias; pero ese predominio suministra la fórmula de la decadencia.

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO OCHO

La crítica del concepto cristiano de Dios nos lleva a idéntica conclusión. En este concepto venera el cristiano las condiciones en virtud de las cuales se distinguen sus propias virtudes; proyecta el goce que encuentra en sí mismo su sentimiento de poderío en un ser al cual pueda estar agradecido por estas cualidades. Quien es rico quiere donar; un pueblo feroz tiene necesidad de un Dios para hacer sacrificios… La religión, dentro de estas mismas premisas, es una forma de gratitud. Se es reconocido consigo mismo; para esto se tiene necesidad de un Dios. Un Dios semejante debe poder ayudar y damnificar, debe ser amigo y enemigo; se le admira en el bien como en el mal.

La castración, contraria a la naturaleza, de un Dios para hacer de él un Dios sólo del bien, estaría aquí fuera de toda deseabilidad. Hay necesidad del Dios malo tanto como del Dios bueno; no se debe la propia existencia precisamente a la tolerancia, a la filantropía… ¿Qué importancia tendría un Dios que no conociera la cólera, la venganza, la envidia, el escarnio, la violencia? ¿Que no conociera ni siquiera los fascinadores apasionamientos de la victoria y del aniquilamiento? Semejante Dios no se concebiría: ¿qué objeto tendría? Claro está que cuando un pueblo perece, cuando siente desvanecerse definitivamente la fe en su porvenir, la esperanza en su libertad; cuando la sujeción le parece la primera utilidad y las virtudes del esclavo son para él condiciones de conservación, entonces su Dios también debe transformarse. Entonces se hace astuto, miedoso, modesto, aconseja la paz del alma, el no odiar, la indulgencia hasta el amor del amigo y del enemigo. Moraliza siempre, se arrastra en la caverna de las virtudes privadas, se convierte en Dios para todos, se hace un hombre privado, cosmopolita … En otro tiempo, el Dios representaba un pueblo, la fuerza de un pueblo, todo lo que de agresivo y de sediento de poderío anidaba en el alma de un pueblo: ahora es simplemente el buen Dios …

En realidad, para los dioses no hay otra disyuntiva: o son la voluntad de poderío, y entonces serán los Dioses de un pueblo, o son la incapacidad de poderío, y entonces se hacen necesariamente buenos…

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO NUEVE

Donde en cualquier forma declina la voluntad de poderío, se da siempre a la vez una regresión fisiológica, una decadencia. La divinidad de la decadencia, mutilada de sus virtudes y de sus instintos viriles, es ahora necesariamente el Dios de los degenerados fisiológicamente, de los débiles. Estos no se llaman a sí mismos los débiles: se llaman los *buenos*… Se comprende sin necesidad de explicaciones en qué momento de la historia se hace justamente posible la ficción dualística de un Dios bueno y de un Dios malo. Con el mismo instinto con que los sometidos rebajan su Dios al grado de bien en sí, cancelan las cualidades buenas del Dios de los vencedores; se vengan de su amo, haciendo del Dios de éstos un diablo. El Dios bueno es así también el diablo: ambos son partes de la decadencia.

¿Cómo es posible haberse rendido tanto a la simpleza de los teólogos cristianos, que se haya llegado a decretar con ellos que la evolución del concepto de Dios, del Dios de Israel, del Dios de un pueblo al Dios cristiano, al compendio de todos los bienes, es un progreso? Pero el mismo Renan lo decretó así. ¡Como si Renan tuviera el derecho de ser simple! Sin embargo, lo contrario salta a los ojos. Si la suposición de la vida *ascendente*, si todo lo que es fuerte, valeroso, soberano, fiero, es eliminado del concepto de Dios; si, paulatinamente, Dios se rebaja hasta llegar a ser el símbolo de un báculo para los fatigados, un áncora de salvación para todos los náufragos; si llega a ser el Dios de los pobres, el Dios de los pecadores, el Dios de los enfermos por excelencia, y el predicado de salvador, redentor queda, por decirlo así, como el predicado divino en general, ¿de qué nos habla semejante transformación, semejante reducción de la divinidad? En efecto: con esto el reino de Dios ha llegado a ser más grande. En otro tiempo, Dios sólo tenía su pueblo, su pueblo elegido. Después se marchó al extranjero, lo mismo que su pueblo, en peregrinación, y desde entonces ha residido ya fijamente en parte alguna: desde que se encontró dondequiera en su casa él, el gran cosmopolita, desde que no tuvo de su parte el gran número y la mitad de la tierra. Pero el Dios del gran número, el demócrata entre los dioses, no por esto se hizo un fiero Dios pagano; siguió siendo hebreo, siguió siendo el Dios de todos los rincones y lugares oscuros, de todos los barrios insalubres del mundo entero … Luego como antes, su reino mundial es un reino del mundo subterráneo, un hospital, un reino de *ghetto* … Y él mismo es tan pálido, tan débil, tan decadente … Hasta los más pálidos entre los pálidos se hicieron dueños de él; los señores metafísicos, los albinos de la idea. Estos tejieron lentamente en torno a él su telaraña, hasta que él, hipnotizado por sus movimientos, se convirtió a su vez en una araña, en una metafísica. Y entonces tejió el mundo, sacándolo de sí mismo -*sub specie Spinozae*-; entonces se transfiguró en un ser cada vez más sutil y pálido, se convirtió en ideal, se hizo espíritu puro, llegó a ser lo absoluto, la cosa en si… Decadencia de un Dios: Dios se hizo cosa en si…

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO DIEZ

El concepto cristiano de Dios -el Dios entendido como Dios de los enfermos, como araña, como espíritu- es uno de los conceptos más corrompidos de la divinidad que se han forjado sobre la Tierra; quizá represente el nivel más bajo en la evolución descendente del tipo de los dioses. Dios, degenerado hasta ser la contradicción de la vida, en vez de ser su glorificación y su eterna afirmación. La hostilidad declarada a la vida, a la naturaleza, a la voluntad de vivir, en el concepto de Dios. Dios, convertido en fórmula de toda calumnia, de toda mentira del más allá. ¡La nada divinizada en Dios, la voluntad de la nada santificada!

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO ONCE

El hecho de que las razas fuertes de la Europa septentrional no hayan rechazado al Dios cristiano no hace honor verdaderamente a sus cualidades religiosas, para no hablar del buen gusto. Debieran haberse sacudido semejante aborto de la decadencia, enfermizo, decrepito. Pero como no se libraron de él, pesa sobre ellas una maldición; acogieron en todos sus instintos la enfermedad, la vejez, la contradicción; desde entonces no crearon ya ningún Dios. ¡En casi dos milenios, ni un solo nuevo Dios! Pero, en cambio, sostuvieron siempre, como si existiera de derecho, como un ultimum y un máximum de la fuerza que crea los dioses, del *creator espíritus* en el hombre, este Dios, digno de compasión, del monótono teísmo cristiano. Esta híbrida creación de decadencia extraída del cero, que es concepto de contradicción, en la que todos los instintos de la decadencia, todas las vilezas y los tedios del alma encuentran su sanción.

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO DOCE

No desearía haber ofendido, con mi condenación del cristianismo, una religión afín, que ha prevalecido sobre el cristianismo por el número de los que la profesan: el budismo. Ambas están vinculadas entre sí como religiones nihilistas, son religiones de decadencia; pero se distinguen una de otra del modo más notable. Si hoy se pueden parangonar entre sí es cosa de que el crítico del cristianismo está profundamente agradecido a los doctos indios.

El budismo es cien veces más realista que el cristianismo; tiene en su cuerpo la herencia de la posición objetiva y audaz de los problemas; viene después de un movimiento filosófico durante cientos de años; cuando llega, la idea de Dios está ya acabada. El budismo es la única religión realmente positivista que la historia nos muestra, aun en su teoría del conocimiento (un severo fenomenalismo); no habla ya de lucha contra el pecado, sino que, dando plena razón a la realidad, dice lucha contra el sufrir. Tiene -y esto le distingue profundamente del cristianismo- detrás de si la auto mistificación de los conceptos morales; está, hablando en mi lenguaje, *más allá del bien y del mal*.

Los dos hechos fisiológicos sobre los cuales se funda y que tiene presentes son: en primer lugar, una excesiva irritabilidad de la sensibilidad, que se manifiesta como refinada capacidad para el dolor; en segundo lugar, excesiva espiritualización, un vivir demasiado largo entre conceptos y procedimientos lógicos, por el cual el instinto de la persona ha quedado lesionado en provecho del instinto impersonal (ambos son estados de ánimo, que por lo menos algunos de mis lectores, los objetivos, conocerán por experiencia como los conozco yo). A base de estas condiciones fisiológicas se ha producido una depresión: ésta la combate Buda con la higiene. Contra la depresión emplea la vida al aire libre, la vida errante; la sobriedad y la selección en los manjares; la prudencia ante los licores; igualmente, la vigilancia contra todas las emociones que producen bilis y calentamiento de la sangre; ninguna preocupación, ni para sí ni para los demás. Reclama ideas que calmen y serenen, encuentra medios para desembarazarse de las ideas contrarías. Imagina la bondad, el ser bueno, como favorable a la salud. La oración es excluida, así como el ascetismo; nada de imperativos categóricos, ninguna constricción en general, ni siquiera en el seno de las comunidades conventuales (de las cuales se puede salir). Todos éstos fueron medios para fortalecer aquella excitabilidad demasiado grande. Precisamente por esto no exige ninguna lucha contra los que piensan de modo distinto; contra nada se defiende más su doctrina que contra el sentimiento de la venganza, de la aversión, del rencor (la enemistad no termina mediante la enemistad: este es el conmovedor retornillo de todo el budismo)… Y esto con razón: precisamente estas emociones serían totalmente malsanas con relación al fin dietético principal. El cansancio intelectual, que ha encontrado existente, y que se expresa en una demasiado grande objetividad (o sea, debilitamiento del interés individual, pérdida del centro de gravedad de egoísmo) es combatida por él refiriendo rigurosamente a la persona los intereses más espirituales. En la doctrina de Buda, el egoísmo se convierte en deber: la sentencia sólo es necesaria una cosa la pregunta ¿cómo te librarás del sufrimiento?, regulan y circunscriben todo el régimen espiritual. (Quizá se deba recordar aquel ateniense que hizo igualmente guerra a la ciencia pura, Sócrates, que elevó también, en el reino de los problemas, el egoísmo personal al grado de moral).

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO TRECE

Condición preliminar del budismo es un clima muy suave, una gran dulzura y liberalidad en las costumbres, la ausencia del militarismo y el hecho de que el movimiento tenga su foco en las clases superiores y hasta en las clases doctas. Se quiere la serenidad, la calma, la ausencia de deseos como meta suprema y se alcanza esta meta. El budismo no es una religión en que se aspire simplemente a la perfección: la perfección es el caso normal.

En el cristianismo aparecen ante todo los instintos de los sojuzgados y de los oprimidos; los estratos más bajos son los que buscan en él la salvación. En él la casuística del pecado, la crítica de sí mismo, la inquisición de la conciencia es ejercida como ocupación, como remedio contra el aburrimiento; sin cesar se mantiene vivo el afecto hacia, un poderoso, llamado Dios (mediante la oración); lo más alto es considerado inaccesible, es tenido como don, como gracia. Falta también la publicidad; el escondite, el lugar oscuro, es cristiano. El cuerpo es despreciado, la higiene repudiada como sensualidad; La Iglesia se previene hasta contra la limpieza (la primera medida tomada por los cristianos en España después de la expulsión de los moriscos fue la clausura de los baños públicos, de los cuales sólo en Córdoba había unos doscientos setenta). Cristiano es un cierto sentido de la crueldad, contra sí mismo y contra los demás; el odio contra los infieles; la voluntad de persecución. Ante todo se cultivan las imágenes foscas y excitantes: los estados de ánimo más deseados, designados con los nombres más altos, los estados epileptoides; se practica la dieta para favorecer los estados morbosos y para sobrexcitar los nervios. Cristiana es la enemistad mortal hacia los poderosos de la Tierra, hacia los nobles y, al mismo tiempo, una secreta concurrencia (se les deja el cuerpo, se quiere solamente el alma)… Cristiano es el odio contra el espíritu, contra la fiereza, contra el valor, contra la libertad, el libertinaje del espíritu; es el odio contra los sentidos, contra toda clase de goces.

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO CATORCE

Cuando el cristianismo abandonó su primitivo terreno, es decir, los estratos sociales más humildes, el *subsuelo* del mundo antiguo; cuando alcanzó poderío entre los pueblos bárbaros, no contó ya, como condición preliminar en su nuevo terreno, con hombres fatigados, sino con hombres interiormente salvajes que se destrozaban recíprocamente: el hombre fuerte, pero mal constituido. El descontento de sí propio, el sufrimiento de sí mismo, no es ya aquí como entre los budistas una excesiva excitabilidad y capacidad de dolor, sino, en cambio, más bien un deseo preponderante de desfogar la tensión interna en acciones e ideas hostiles. El cristianismo tuvo necesidad de conceptos y valores bárbaros para hacerse dueño de los bárbaros: tales son el sacrificio del primogénito, el beber sangre en la sagrada comunión, el desprecio del espíritu y de la cultura; el tormento en todas sus formas, corporal y espiritual; la gran pompa del culto. El budismo es una religión para hombres tardíos, para razas bonachonas, suaves, ultra espirituales, que sienten fácilmente el dolor (Europa no está todavía, ni mucho menos, madura para el budismo): es una reconducción de aquellas razas a la paz y a la serenidad, a la dieta en las cosas del espíritu, a un cierto endurecimiento en las cosas corporales. El cristianismo quiere dominar sobre animales de presa: su procedimiento es convertirlos en enfermos; el debilitamiento es la receta cristiana para la domesticación, para la civilización. El budismo es una religión encaminada al fin y estancamiento de la civilización, el cristianismo no encuentra aún la civilización ante sí: en circunstancias la crea.

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO QUINCE

Digamos también que el budismo es cien veces más frío, más veraz, más objetivo. No tiene necesidad de hacer decentes sus sufrimientos, su capacidad de dolor, mediante la interpretación del pecado; dice simplemente lo que piensa: yo sufro. Para el bárbaro, en cambio, el sufrir no es nada de respetable en sí: precisamente tiene necesidad de una interpretación para confesarse a sí mismo que sufre (su instinto le lleva más bien a negar el sufrimiento, a soportarlo en silencio). En este caso la palabra *diablo* fue un beneficio; de esta manera se consiguió un enemigo muy poderoso y temible, ya no hubo necesidad de avergonzarse de sufrir por tal enemigo.

EI cristianismo posee en el fondo algunas sutilezas que pertenecen al Oriente. En primer lugar, sabe que es completamente igual que una cosa sea o no sea verdadera, y que lo que importa es la medida en que es creída verdadera. La verdad y la creencia en la verdad de una cosa son dos mundos de intereses completamente extraños el uno al otro, son casi dos mundos opuestos, se va del uno al otro por caminos profundamente diversos. Conocer esto forma casi la sabiduría en Oriente: así lo comprende el brahmán, así lo comprende Platón, y todos los discípulos de la ciencia esotérica. Si, por ejemplo, se encuentra alguna felicidad en creerse libres de pecado, como premisa de esto no es necesario que el hombre sea pecador, sino que se sienta pecador. Pero si sobre todo es necesaria en general una fe, se debe desacreditar la razón, la lógica, la especulación: el camino que conduce a la verdad es un camino ilícito.

Una gran esperanza es un estimulante de la vida mucho mayor que cualquier felicidad realmente experimentada. Hay que sostener a los que sufren con una esperanza que no pueda ser contradicha con ninguna realidad, que no pueda ser eliminada por el cumplimiento: mediante una esperanza en el más allá. (Precisamente a causa de ésta su idoneidad para sostener a los infelices, la esperanza fue considerada por los griegos como el mal de los males, como el mal verdaderamente pérfido: es el fondo de la caja de los males.) Para que sea posible el amor, Dios debe ser una persona; para que los instintos más bajos puedan tener voz, Dios debe ser joven. Ante todo hay que poner al fervor de las mujeres un santo que sea bello, al de los hombres a una María. Porque hay que establecer la premisa de que el cristianismo quiere dominar en un terreno en el que los cultos afrodisíacos o de Adonis han determinado el concepto del culto. La exigencia de la castidad refuerza la vehemencia y la profundidad del instinto religioso, hace que el culto sea más ardiente, más entusiasta, más lleno de alma.

El amor es el estado de ánimo en que el hombre ve con preferencia los cosas tal como éstas no son. En el amor, la fuerza de la ilusión ha llegado a culminar, así como aquella fuerza que suaviza y transfigura. En el amor se soporta más que en cualquier otro estado, se tolera todo. Se trataba de encontrar una religión en que se pudiera ser amado: con esto se está por encima de las peores vicisitudes de la vida, ya no se sienten. Esto por lo que se refiere a las tres virtudes cristianas: fe, esperanza y amor; yo las llamo las tres habilidades cristianas. El budismo es demasiado tardío, demasiado positivista para ser tenido como sabio en esta forma.

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO DIECISÉIS

Aquí estudio sólo el problema del nacimiento del cristianismo. La primera proposición para resolverlo es ésta: el cristianismo sólo se puede comprender partiendo del terreno en que ha crecido: no es un movimiento contrario al instinto judaico; por el contrario, es su consecuencia lógica, es una ulterior conclusión en la terrible lógica de aquel instinto. En la fórmula del *Redentor*: la salvación viene de los hebreos.

La segunda proposición es ésta: el tipo psicológico del Galileo es aún reconocible, pero sólo en su completa degeneración (que es al mismo tiempo una mutilación y una enorme adición de rasgos extranjeros) pudo servir para lo que estaba destinado, o sea para dar el tipo de un redentor de la humanidad.

Los hebreos son el pueblo más extraordinario en la historia del mundo, porque, colocados ante el problema de ser o no ser, con conciencia totalmente admirable prefirieron el ser a toda costa; y esta costa fue la falsificación radical de toda la naturaleza, de toda naturaleza, de toda realidad, de todo el mundo interior, así como de todo el mundo exterior. Trazaron un límite contra todas las condiciones en las cuales hasta ahora un pueblo podía y debía vivir, se crearon para su uso propio un concepto opuesto de condiciones naturales, invirtieron sucesivamente la religión, el culto, la moral, la historia, la psicología, de un modo irremediable, haciendo de él la *contraposición de sus valores naturales*. Nosotros encontramos una vez más el mismo (fenómeno y en proporciones enormemente mayores, pero sólo todavía como una copia: la Iglesia cristiana carece, frente al pueblo de los santos, de cualquier pretensión a la originalidad. Precisamente por esto, los hebreos son el pueblo más fatal de la historia del mundo: con sus ulteriores efectos hicieron de tal manera falsa a la humanidad, que aún hoy el cristiano puede tener sentimientos anti judaicos sin comprender que él es la *última consecuencia del judaísmo*.

En mi Genealogía de la moral he adoptado por primera vez, psicológicamente, el concepto de contraste entre una moral noble y una moral de rencor, de las cuales la segunda nace del no dicho a la primera: pero ésta es completamente la moral judío-cristiana. Para poder decir no a todo lo que constituye el movimiento ascendente de la vida, la buena constitución, el poder, la belleza, la afirmación de sí mismo sobre la Tierra, el instinto de rencor, hecho aquí *numen,* tuvo que inventar otro mundo, partiendo del cual aquella afirmación de la vida aparecía como el mal, como la cosa más reprobable en sí. Desde el punto de vista psicológico, el pueblo judío es un pueblo que manifiesta una fuerza vital tenacísima, y que, colocado en una situación imposible, toma voluntariamente, por la más profunda habilidad del instinto de conservación, el partido de todos los instintos de la decadencia, no ya dejándose dominar por ellos, sino habiendo adivinado en ellos une fuerza con la cual se puede desarrollar contra el mundo. Los hebreos son lo opuesto a todos los decadentes: tuvieron que sostener el partido de los decadentes hasta dar la ilusión, y con un *non plus ultra* del genio histriónico supieron colocarse en el vértice de todos los movimientos de decadencia (en calidad del cristianismo de Pablo), para crear de sí algo más fuerte que un partido cualquiera que afirmase la vida. Para aquella especie de hombres que en el judaísmo y en el cristianismo llegó al poder, la decadencia es una forma sacerdotal, es sólo un medio: esta especie de hombres tiene un interés vital en hacer que la humanidad enferme y en invertir, en sentido peligroso para la vida y calumniador para el mundo, los conceptos de bien y mal, verdadero y falso.

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO DIECISIETE

La historia de Israel tiene un valor inapreciable como historia típica de toda desnaturalización de los valores naturales: señalaré cinco hechos de ésta.

En el origen, sobre todo en la época de los reyes, el mismo Israel estaba en relaciones justas, o sea naturales, con las cosas todas. Su *Javeh* era la expresión de la conciencia de poderío, el gozo de sí mismo, la esperanza de sí mismo; en él se esperaba victoria y salvación, con él se tenía confianza en la naturaleza, se aguardaba que la naturaleza diera aquello de que el pueblo tenía necesidad, sobre todo la lluvia. *Javeh* es el Dios de Israel y por consiguiente el Dios de la justicia: ésta es la lógica de todo pueblo fuerte y que posee conciencia perfecta de su propio poder. En los ritos festivos se manifiestan estos dos aspectos de la afirmación que de sí mismo hace un pueblo: este pueblo es reconocedor de los grandes destinos en virtud de los cuales ascendió mucho, y de la sucesión de las estaciones y de su fortuna en el pastoreo y en la agricultura.

Durante mucho tiempo este estado de cosas es el ideal aun cuando estaba ya dolorosamente suprimido en virtud de la anarquía en el interior y de los asirios en el exterior. Pero el pueblo conservó como aspiración suprema aquella visión de un rey buen soldado y Juez austero: la conservó sobre todo aquel típico profeta (o sea crítico y satírico del momento) llamado Isaías.

Pero todas las esperanzas resultaron incumplidas. El viejo Dios no podía ya nada de lo que pudo en otro tiempo. Había que abandonarle. ¿Qué sucedió? Se alteró su concepción, se desnaturalizó su concepción: a tal precio se conservó.

Javeh, el Dios de la justicia, no fue ya una misma cosa con Israel, una expresión del sentimiento personal del pueblo: fue desde entonces un Dios bajo condiciones … ; su concepción fue un instrumento en manos de los agitadores sacerdotales, los cuales desde entonces interpretaron toda fortuna como premio y toda desventura como castigo de una desobediencia a Dios: aquella manera mentirosa de interpretar un pretenso orden moral del mundo por el cual, de una vez para siempre, fue invertido el concepto natural de causa y efecto. Cuando con el premio y el castigo se ha arrojado del mundo la causalidad natural, hay necesidad de una causalidad contraria a la naturaleza; y luego sigue todo el resto de las cosas innaturales. Un Dios que exige, en lugar de un Dios que socorre, que aconseja, que es, en el fondo, el verbo de toda feliz inspiración del valor y de la confianza en sí … La moral no es ya expresión de las condiciones de vida y de crecimiento de un pueblo, no es ya su más profundo instinto de vida, sino que se ha vuelto abstracta, se ha vuelto contraria a la vida; la moral es la perversión sistemática de la fantasía, es la mal mirada para todas las cosas. ¿Qué es la moral judaica, que es la moral cristiana? Es el acaso que ha perdido su inocencia; es la desventura manchada con el concepto de pecado; es el bienestar considerado como peligro, como tentación: el malestar fisiológico envenenado por el gusano del remordimiento…

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO DIECIOCHO

El concepto de Dios, falsificado; el concepto de moral, falsificado; a este punto no se ciñó el sacerdote judaico. No podemos utilizar toda la historia de Israel: echémosla lejos. Así dijeron los sacerdotes. Estos sacerdotes realizaron aquel prodigio de falsificación del cual es prueba gran parte de la Biblia: transfirieron al campo religioso el pasado de su propio pueblo con un incomparable desprecio de toda tradición, de toda realidad histórica; es decir, hicieron de aquel pasado un estúpido mecanismo de salvación, un mecanismo de culpa contra *Javeh* y del consiguiente castigo, de devoción a *Javeh* y del consiguiente premio. Experimentaríamos una impresión mucho más dolorosa de este vergonzoso acto de falsificación de la historia si la interpretación eclesiástica de la historia, desde hace milenios acá no nos hubiese hecho obtusos para las exigencias de la probidad *in historicis*. Y los filósofos secundaron a la Iglesia: la mentira del orden moral del mundo invadió todo el campo de la filosofía moderna. ¿Qué significa orden moral del mundo? Que hay, de una vez para siempre, una voluntad de Dios respecto de lo que el hombre debe hacer o dejar de hacer: que el valor de un pueblo, de un individuo, se mide por el grado de obediencia prestada a la voluntad divina: que en los destinos de un pueblo, de un individuo, se muestra como dominante la voluntad de Dios, o sea como punitiva y remunerativa, según el grado de obediencia. La realidad puesta en el lugar de esta miserable mentira, significa: una raza parasitaria de hombres que prospera únicamente a expensas de todas las formas sanas de la vida, la raza del sacerdote, que abusa del nombre de Dios, que llama *reino de Dios* a un estado social en el que el sacerdote fija el valor de las cosas, que llama *voluntad de Dios* a los medios con los cuales semejante estado es conseguido o conservado; que, con frío egoísmo, mide los pueblos, los tiempos, los individuos, por el hecho de que ayuden o contraríen el predominio de los sacerdotes.

Obsérvese cómo trabajan los sacerdotes: en manos de los sacerdotes hebreos la gran época de la historia de Israel se convirtió en una época de decadencia; el destierro, la larga desventura, se transformó en un eterno castigo por la gran época, por una época en que el sacerdote no era aún nada. De las grandes figuras de la historia de Israel, de aquellas figuras, muy libres, hicieron, según las necesidades, miserables hipócritas o socarrones o ateos, simplificaron la psicología de todo gran acontecimiento en la fórmula idiota de obediencia o desobediencia a Dios. Un paso más, la voluntad de Dios (o sea las condiciones de conservación del poder de los sacerdotes), debe ser conocida; a este fin es necesaria una gran falsificación literaria, es descubierta una *Sagrada Escritura*, es publicada bajo la pompa hierática, con días de expiación y lamentaciones sobre el largo pecado. La voluntad de Dios estaba fijada durante dilatado tiempo: la desgracia fue que el pueblo se alejó de ella… Ya Moisés había recibido la revelación de la voluntad de Dios… ¿Qué sucedió? El sacerdote había formulado, con rigor y pedantería, de una vez para siempre, hasta los grandes y pequeños impuestos que se debían pagar (sin olvidar los mejores trozos de carne, porque el sacerdote es un gran devorador de bistecs), lo que quiere tener, lo que es voluntad de Dios… Desde entonces todas las cosas de su vida quedaban reglamentadas de modo que el sacerdote era en todas partes indispensable; en todas las vicisitudes naturales de la vida, en el nacimiento, en el matrimonio, en las enfermedades, en la muerte, para no hablar del sacrificio (de la Cena), aparece el santo parásito, para quitarles su carácter natural, o, según su lenguaje, para santificarlas…

Porque hay que comprender esto: toda costumbre natural, toda institución natural (Estado, tribunales, bodas, asistencia a los enfermos y a los pobres), toda exigencia inspirada por el instinto de la vida, en resumen, todo lo que tiene en si su valor, es, por el parasitismo del sacerdote (o del orden moral del mundo), privado sistemáticamente de valor, opuesto a su valor: y luego es precisa una sanción, es necesario un poder valorizador que niegue en aquellas cosas la naturaleza, y cree para ellas precisamente un valor … El sacerdote desvalora, quita santidad a la naturaleza: a este precio, en general, existe. La desobediencia de Dios, o sea al sacerdote, a la ley, recibe de ahora en adelante el nombre de *pecado*; los medios para reconciliarnos con Dios son, como se ha contenido, medios por los que la sujeción al sacerdote es garantizada aun profundamente: el sacerdote es el único que puede salvar…

Desde el punto de vista psicológico, en toda sociedad u organización sacerdotal los pecados se hacen indispensables: son los verdaderos manipuladores del poder: el sacerdote vive de los pecados, tiene necesidad de que haya pecadores… Principio supremo: *Dios perdona a los que hacen penitencia*; en otros términos: Dios perdona a quien se somete al sacerdote.

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO DIECINUEVE

En este terreno tan falso, en que toda la naturaleza, todo valor natural, toda realidad tenía contra si los más profundos instintos de la clase dominante, creció el cristianismo, forma de enemistad mortal hacia la realidad aun no superada. El pueblo santo, que para todas las cosas sólo conservaba valores sacerdotales y palabras sacerdotales, y, con una lógica de argumentación que puede inspirar terror, había separado de sí como ejemplo, como mundo, como pecado, todo lo que de poderío existía aún en la Tierra; este pueblo creó por instinto una última formula, lógica hasta la negación de sí misma: como cristiano, negó hasta la última forma de la realidad, el pueblo santo, el pueblo de los elegidos, la misma realidad hebrea. Este es un caso de primer orden: el pequeño mundo insurreccional que fue bautizado con el nombre de *Jesús de Nazaret*, es una vez más el instinto judaico, en otros términos, el instinto de los sacerdotes que no soporta ya al sacerdote como realidad; es la invención de una forma de existencia aún más abstracta, de una visión del mundo aún más irreal que la que va unida a la organización de una Iglesia. El cristianismo niega a la iglesia.

Yo no sé contra quién se dirigía la insurrección de la cual Jesús fue considerado acertada o equivocadamente como autor, si no fue contra la Iglesia judaica, dando a la Iglesia exactamente el sentido en que hoy tomamos esta palabra. Fue una insurrección contra los buenos y los justos, contra los Santos de Israel, contra la jerarquía de la sociedad, no contra la corrupción de la sociedad, sino contra la casta, el privilegio, el orden, la fórmula: fue la incredulidad en los hombres superiores, un no dicho a todo lo que era sacerdote y teólogo. Pero la jerarquía que con aquella insurrección, aun cuando no fuera sino por un momento, se puso en pleito, era la construcción lacustre en que el pueblo hebreo continuó existiendo sobre las aguas, la última posibilidad fatigosamente conseguida de sobrevivir, el residuo de su existencia política particular; un ataque contra ella era un ataque contra el más profundo instinto del pueblo, contra la más tenaz voluntad de vivir de un pueblo que jamás ha existido en la Tierra.

Este santo anárquico, que llamó a la revuelta contra el orden dominante al bajo pueblo, a los réprobos y pecadores, a los chandala, en el seno del judaísmo, con un lenguaje, si hemos de dar fe a los *Evangelios*, que aún hoy conduciría a un hombre a la Siberia, fue un delincuente político en la medida en que los delincuentes políticos eran posibles en una comunidad absurdamente impolítica. Esto le condujo a la Cruz. Murió por su culpa: falta todo motivo para creer que muriera por culpa de otros, aunque esto se ha sostenido repetidamente.

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO VEINTE

Cosa completamente distinta es si tuvo en general conciencia de semejante contradicción, o si no fue simplemente considerado como esta contradicción. Y Justamente aquí toco yo el problema de la psicología del redentor.

Confieso que pocos libros leo con tanta dificultad como los *Evangelios*. Estas dificultades son diferentes de aquellas en cuya demostración la docta curiosidad del espíritu alemán ha conseguido uno de sus más innegables triunfos. Es ya remoto el tiempo en que también yo, como todo joven docto, saboreaba, con la prudente lentitud de un filólogo refinado, la obra del incomparable Strauss. Tenía entonces veinte años: hoy soy demasiado serio para estas cosas. ¿Qué me importan a mí las contradicciones de la tradición? ¿Cómo se puede llamar tradiciones a las leyendas genéricas de santos? Las historias de santos son la literatura más equivoca que existe: emplear con ellas métodos científicos, *si no poseemos otros* documentos, me parece cosa condenada *a priori*; es un simple pasatiempo de eruditos.

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO VEINTIUNO

Lo que a mí me importa es el tipo psicológico del redentor. Éste podría estar contenido en los *Evangelios* a despecho de los *Evangelios*, por cuanto éstos son mutilados o sobrecargados de rasgos extraños: como el tipo de Francisco de Asís está contenido en sus leyendas a despecho de sus leyendas. No se trata de la verdad sobre aquello que él ha hecho o dicho, sobre el modo como murió realmente, sino del problema de si su tipo puede ser en general representado aún, si es tradicional.

Las tentativas que yo conozco de leer en los *Evangelios* hasta la historia de un alma, me parecen pruebas de una ligereza psicológica abominable. El señor Renan, este payaso *in psicologisis*, ha adoptado para su explicación del tipo de Jesús las dos ideas más inadecuadas que a este propósito se pudieran imaginar: la idea de genio y la idea de héroe (*heros*). Pero si hay una idea poco evangélica, es la idea de héroe. Aquí se ha convertido en instinto precisamente lo contrario de toda lucha; de todo sentimiento de lucha: aquí, la incapacidad de resistir se hace moral (no resistir al mal es la más profunda palabra del *Evangelio*, en cierto sentido es su clave), la beatitud está en la paz, en la dulzura del ánimo, en la imposibilidad de ser enemigos. ¿Qué significa la buena nueva? Significa que se ha hallado la verdadera vida, la vida eterna, no en una promesa, sino que ya existe, está en nosotros; como un vivir en el amor, en el amor sin detracción o exclusión, sin distancia. Cada uno de nosotros es hijo de Dios…; Jesús no pretende absolutamente nada por si solo; cada uno de nosotros es igual a otro como hijo de Dios…

¡Hacer de Jesús un héroe! … ¡Y qué error la palabra genio! Todo nuestro concepto, todo concepto de espíritu propio de nuestra cultura carece de sentido en el mundo en que vive Jesús. Para hablar con el rigor del fisiólogo, aquí estaría en su puesto otra palabra… Nosotros conocemos un estado de morbosa excitabilidad del sentido del tacto, que retrocede ante todo contacto, ante la idea de apresar cualquier objeto sólido. Transportemos a su última lógica semejante *habitus* fisiológico, como odio instintivo de toda realidad, como una fuga a lo intangible, a lo incomprensible, como repugnancia a toda fórmula, a toda noción de tiempo y de espacio, a todo lo que es fijo, costumbre, institución, Iglesia; como un habitar en un mundo no tocado de ninguna especie de realidad, en un mundo simplemente interior, verdadero, eterno… El reino de Dios está en vosotros…

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El odio instintivo contra la realidad es consecuencia de una extrema incapacidad de sufrimiento y de irritación, que no quiere ya ser en general tocada, porque de todo contacto recibe una impresión demasiado profunda.

La exclusión instintiva de todo lo que nos repugna, de toda enemistad, de todo límite y distancia en el sentimiento, es consecuencia de una extrema incapacidad de sufrimiento y de irritación, que siente ya como un dolor intolerable (o sea como nocivo, como desaconsejado por el instinto de conservación) toda resistencia, toda necesidad de resistir, y sólo conoce la beatitud (el placer) en no oponerse ya a nada, ni al alma ni al bien, y considerar el amor como la única, como la última posibilidad de vida.

Estas son las dos realidades fisiológicas sobre las cuales y de las cuales ha crecido la doctrina de la redención.

La llamo un sublime ulterior desarrollo del hedonismo sobre bases completamente morbosas. Contiguo a éste, si bien con fuerte adición de vitalidad y fuerza nerviosa griega, está el epicureismo, la doctrina pagana de la redención. Epicuro fue un decadente típico: yo fui el primero en reconocerle como tal. El miedo al dolor, hasta de lo que en el dolor hay de infinitamente pequeño, no puede fundar otra cosa que una religión del amor.

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Por anticipado he dado mi respuesta al problema. Su premisa es ésta: que el tipo del Redentor nos ha sido transmitido de un modo completamente desfigurado. Esta desfiguración tiene en si mucha verosimilitud: semejante tipo no podía, por muchas razones, subsistir puro, entero. El ambiente en que se movió esta extraña figura debió dejar huellas en él, y aún más la historia, la índole de las primeras comunidades cristianas: esta índole, reaccionando sobre el tipo, lo enriqueció con rasgos que se deben interpretar como motivados por el proselitismo y con fines de propaganda. Aquel mundo extraño y enfermizo en que nos introducen los *Evangelios*, un mundo que parece salido de una novela rusa, en que los desechos de la sociedad, las enfermedades nerviosas y un pueril idiotismo parecen darse cita, debe en todo caso haber formado el tipo más grosero: particularmente los primeros discípulos traducen en su propia crudeza un ser ondulante constantemente entre símbolos y cosas incomprensibles, para poder comprender de ellos alguna cosa; para ellos, el tipo no existió hasta que pudo ser adaptado a otras formas más conocidas. El profeta, el Mesías, el futuro juez, el maestro de moral, el taumaturgo, Juan Bautista, fueron otras tantas ocasiones para hacer que variase el tipo…

Finalmente, no despreciemos lo que es propio de toda gran veneración, especialmente de una veneración sectaria; ésta borra en la criatura venerada los rasgos originales, a menudo penosamente extraños y las idiosincrasias: ni los ve siquiera. Habría que lamentar que un Dostoievsky no hubiera vivido cerca de este interesantísimo decadente, o sea un hombre que supiera sentir precisamente el encanto irresistible de semejante mezcla de sublimidad, de enfermedad y de puerilidad. Un último punto de vista: el tipo podría, en calidad de tipo de decadencia, haber sido efectivamente múltiple y contradictorio de modo particular: no se puede excluir totalmente tal posibilidad. Sin embargo, todo nos induce a negarla; precisamente en este caso la tradición debería ser notablemente fiel y objetiva; pero nosotros tenemos para admitir lo contrario de esto. Entretanto, es manifiesta una contradicción entre el predicador de la montaña del lago y de las campos, cuya aparición exige una especie de Buda sobre un terreno mucho menos indio, y aquel fanático del ataque, aquel enemigo mortal de los teólogos y de los sacerdotes, que la malignidad de Renan glorificó como *le grand maître en ironie*. Yo mismo no dudo que una cantidad copiosa de bilis (y hasta de *esprit*) se haya vertido sobre el tipo del maestro por el estado de ánimo excitado de la propaganda cristiana: se conoce muy bien la falta de escrúpulos de todos los sectarios cuando hacen la propia apología partiendo de su maestro. Cuando la primera comunidad necesitó de un teólogo judicante, litigante, furioso, malignamente sutil, contra los teólogos, se creó su Dios según sus necesidades: y sin ambages puso en su boca aquellos conceptos totalmente no evangélicos de que no podía prescindir, los del retorno, del juicio final, de toda clase de expectaciones y promesas temporales…

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Insisto que no admito que se introduzca el fanático en el tipo del redentor: la palabra *impérieux*, de que se sirve Renan, ya basta por si sola para anular el tipo. La buena nueva es precisamente ésta, que ya no hay contradicciones; el reino de los cielos pertenece a los niños: la fe que se hace sentir no es una fe conquistada, existe, es desde el principio, es por decirlo así, una puerilidad referida al campo espiritual. El caso de la pubertad retrasada y no desarrollada en el organismo, como lógica consecuencia de la degeneración, es familiar por lo menos a los fisiólogos.

Semejante fe no se encoleriza, no censura, no se defiende, no empuña la espada, no sospecha siquiera en qué medida podría un día dividir a los hombres. No se demuestra ni con los milagros, ni con premios, ni con promesas, y mucho menos con la escritura: ella misma es en todo momento su milagro, su premio, su demostración, su reino de Dios. Esta fe no se formula siquiera, vive y se guarda de las fórmulas. Ciertamente, el caso del ambiente, de la lengua, de la educación, determina cierto círculo de ideas: el cristianismo primitivo manipula únicamente ideas semítico-judaicas (el comer y beber en la Santa Cena forma parte de tales ideas; de esta idea abusó malamente la Iglesia, como de todo lo Judaico). Pero cuidémonos de ver en esto más que un lenguaje figurado, una semiótica, una ocasión de crear símbolos. Para este anti realista el hecho de que ninguna palabra fuera tomada a la letra era la condición preliminar para poder hablar en general. Entre los indios se habría servido de las ideas de Sankhyam, entre los chinos, de las de Lao Tse, sin encontrar diferencias entre éstas. Con una cierta tolerancia en la expresión, podríamos decir de Jesús que era un espíritu libre, rechazaba todo lo dogmático: la letra mata, todo lo que es dogmático mata. El concepto, la experiencia, la vida, como sólo él la conoce, se opone para él a toda especie de palabra, de fórmula, de ley, de fe, de dogma. Sólo habla de lo más entrañable: vida, o verdad, o luz son las palabras de que se sirve para indicar las cosas más íntimas; todo lo demás, toda la realidad, toda la naturaleza, la lengua misma, sólo tiene para él el valor de un signo, de un símbolo.

En este punto no debemos engañarnos, por grande que sea la seducción que existe en el prejuicio cristiano, o mejor, eclesiástico: semejante simbolista por excelencia está fuera de toda religión, de toda idea de culto, de toda historia, de toda ciencia natural, de toda experiencia del mundo, de toda ciencia, de toda política, de toda sicología, de todos los libros y de todas las artes; su sabiduría consiste precisamente en que creer que existan cosas de este género es pura locura. La cultura no le es conocida ni de oídas, no tiene necesidad de luchar contra ella, no la niega… Lo mismo se puede decir del Estado, de toda organización y de la sociedad burguesa, del trabajo, de la guerra; no tuvo nunca motivo para negar el mundo, ni siquiera sospechó el concepto eclesiástico del mundo…; precisamente lo que no puede hacer es negar.

También falta la dialéctica, falta la idea de que una fe, una verdad, puede ser demostrada con argumentos (sus pruebas son luces internas, sentimientos internos de placer y afirmaciones internas de sí mismo, simples pruebas de Fuerza).

Semejante doctrina no puede ni siquiera contradecir: no comprende que haya otras doctrinas, que pueda haberlas; no sabe imaginar un criterio opuesto… Cuando lo encuentra se entristece, por íntima compasión, de la ceguera -porque ve la luz-, pero no hace objeciones.

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO VEINTICINCO

En toda la sicología del *Evangelio* falta el concepto de culpa y castigo y asimismo el de recompensa. El pecado, cualquier relación de distancia entre Dios y el hombre, es abolido: precisamente ésta es la buena nueva. La felicidad no es prometida, no está sujeta a condiciones, es la única realidad; lo demás son signos que sirven para hablar de ella…

La consecuencia de tal estado de ánimo se proyecta en una nueva práctica, en la verdadera práctica evangélica. Lo que distingue al cristiano no es una fe: el cristiano obra, se distingue, por otro modo de obrar. Se distingue en que no ofrece resistencia, ni con sus palabras ni con su corazón, a quien le hace daño; no hace diferencia entre extranjero y conciudadano, entre hebreos y no hebreos (el prójimo es realmente el compañero de fe, el hebreo); el que no se encoleriza contra nadie ni desprecia a nadie; el que no se deja ver en los tribunales ni reclama cosa alguna (no jurar); el que en ningún caso, ni siquiera cuando está demostrada la infidelidad de la mujer, se separa de su mujer. Todo esto en el fondo es un solo principio, es consecuencia de un solo instinto.

La vida del redentor no fue otra cosa que esta práctica, su misma muerte no fue nada más… No tenía ya necesidad de fórmulas ni de ritos en sus relaciones para con Dios, ni siquiera de la oración. (Quiso prescindir de toda la doctrina judaica, de la penitencia y de la reconciliación: sabe que únicamente la práctica de la vida es la que hace que el hombre se sienta divino, bienaventurado, evangélico, en todo tiempo hijo de Dios. No penitencia, no la *oración* para obtener el *perdón* son las vías que conducen a Dios: únicamente la práctica evangélica conduce a Dios, ¡ella es precisamente *Dios*!

Lo que suprimió el evangelio fue el judaísmo de las ideas de pecado, perdón de pecado, fe, salvación mediante la fe; toda la doctrina eclesiástica judía fue negada en la buena nueva.

El profundo instinto del modo como se debe vivir para sentirse en el cielo, para sentirse eterno, mientras que con toda otra actitud no se siente uno en el cielo: ésta únicamente es la realidad psicológica de la redención. Una nueva conducta, no una nueva fe…

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Si yo entiendo algo de este gran simbolista, es el hecho de que tomó como realidades, como verdades, únicamente las realidades interiores, que comprendió todo lo demás, todo lo que es natural: el tiempo, el espacio, la historia, como signos, como ocasiones para imágenes. La idea de hijo del hombre no es la de una persona concreta, perteneciente a la historia, algo de singular, de único, sino un hecho eterno, un símbolo psicológico separado de la noción de tiempo. Lo mismo puedo decir, y en el más alto sentido, del Dios de este simbolista típico, del reino de Dios, del reino de los cielos; de la cualidad de hijos de Dios. Nada menos cristiano que la crudeza de la iglesia, que imagina un Dios como una persona, un reino de Dios que viene, un reino de los cielos puesto más allá, un hijo de Dios que es la segunda persona de la trinidad. Todo esto es - perdóneseme la expresión - un puñetazo en los ojos (¡oh, y sobre qué ojos!) del *Evangelio*: un cinismo histórico mundial en la irrisión del símbolo … Y, sin embargo, es evidente lo indicado con los signos de padre y de hijo (no es evidente para todos, lo admito); con la palabra *hijo* se expresa la introducción en un sentimiento de transfiguración de todas las cosas (la beatitud); con la palabra *padre* se expresa este mismo sentimiento: el sentimiento de la eternidad y de la perfección. Me avergüenzo de pensar lo que la Iglesia ha hecho de este símbolo: ¿No ha puesto en el umbral de la fe cristiana una historia de Anfitrión? ¿Y no ha añadido un dogma de la inmaculada concepción? Pero de este modo ha maculado la concepción…

El reino de los cielos es un estado del corazón, no una cosa que advierte en la Tierra o después de la muerte. Todo el concepto de la muerte natural falta en el *Evangelio*; la muerte no es un puente, un paso; falta porque es propia de un mundo completamente diverso, puramente aparente, útil sólo para fabricar signos con que expresarnos. La *hora de la muerte* no es un concepto cristiano: la hora, el tiempo, la vida física y sus crisis no existen para el maestro de la buena nueva… El reino de Dios no es cosa esperada: no tiene un ayer ni un mañana, no llegará dentro de mil años, es una esperanza de un corazón, está en todas partes y en ninguna…

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO VEINTISIETE

Este dulce mensajero murió como vivió, como enseñó; no para redimir a los hombres, sino para mostrar cómo se debe vivir. Lo que dejó como legado a la humanidad es una práctica: su actitud frente a los jueces, esbirros, acusadores y cualquier clase de calumnia y de escarnio, su actitud en la cruz. No resiste, no defiende su derecho, no da un paso para alejar de si la ruda suerte, antes por el contrario, la provoca … Y ruega, sufre, ama con aquello, en aquellos que hacen el mal … No defenderse, no indignarse, no atribuir responsabilidad … Pero igualmente no resistir al mal, amarlo …

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Sólo nosotros, espíritus libres, poseemos las condiciones necesarias para comprender una cosa que diecinueve siglos no han comprendido: aquella probidad convertida en instinto y pasión que hace la guerra a la santa mentira, aún más que a toda otra mentira … Se estaba infinitamente lejos de nuestra neutralidad amorosa y prudente, de aquella disciplina del espíritu que únicamente hace posible adivinar cosas tan extrañas a nosotros, tan delicadas: se quiere siempre, con desvergonzado egoísmo, ver en aquellas cosas únicamente el propio provecho: se ha fundado la Iglesia sobre lo contrario del *Evangelio*…

El que buscara indicios de este hecho, de que detrás del gran teatro de los mundos hay una divinidad irónica que maneja los hilos, no encontraría confirmación alguna en aquel prodigioso punto de interrogación que se llama *cristianismo*. En vano se busca una forma muy grande de ironía en la historia mundial que ésta: que la humanidad se arrodilla ante lo contrario de lo que fue el origen, el sentido, el derecho del *Evangelio*; que en el concepto de Iglesia ha santificado precisamente lo que el dulce mensajero considera por bajo de sí, detrás de sí.

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Nuestra época blasona de su sentido histórico: ¿cómo ha podido imponerse el absurdo de que en los comienzos del cristianismo se encuentre la grosera fábula de un taumaturgo y de un redentor, y que todo el elemento espiritual y simbólico sea sólo un desarrollo más tardío? Y a la inversa, la historia del cristianismo -a partir de la muerte en la cruz- es la historia del error, cada vez más grosero, de un simbolismo originario. Con la difusión del cristianismo sobre masas aún más vastas, aún más rudas, a las que les faltaban siempre las premisas de que el cristianismo partió, se hizo cada vez más necesario vulgarizar, barbarizar el cristianismo: éste absorbió en si doctrinas y ritos de todos los cultos subterráneos del *imperium romanum*, los absurdos de todas las razones e imaginaciones enfermas. El destino del cristianismo consiste en la necesidad de que su fe se contaminara de esta enfermedad, se hiciera baja, vulgar, como enfermizas, bajas y vulgares eran las necesidades que se pretendía satisfacer con ella. Finalmente, la barbarie enfermiza se adicionó para formar el poder en calidad de Iglesia: de Iglesia, que es la forma de la enemistad formal contra toda probidad, contra toda alteza de ánima, contra toda disciplina del espíritu, contra toda generosa y buena humanidad. Los valores cristianos por una parte, los nobles por otra: ¡nosotros los primeros, nosotros espíritus libres, hemos restablecido este contraste de valores, el mayor que existe!

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO TREINTA

Al llegar aquí no puedo contener un suspiro. Hay días en que anida en mí en sentimiento más negro que la más negra melancolía: el desprecio de los hombres. Y para que no quede duda sobre lo que yo desprecio y a quién desprecio, diré que desprecio al hombre moderno, al hombre del cual yo soy desgraciadamente contemporáneo. El hombre de hoy… Su impura respiración me ahoga. Contra el pasado, yo, como todos los estudiosos, alimento una gran tolerancia, es decir, me hago generosamente violencia a mí mismo: yo atravieso el mundo-manicomio de milenios enteros con prudencia tétrica, ya se llame *cristianismo*, o *fe cristiana* o *Iglesia cristiana*; me guardo mucho de hacer a la humanidad responsable de las enfermedades que han afligido su espíritu. Pero mi sentimiento se rebela apenas me interno en los tiempos modernos, en nuestro tiempo.

Nuestro tiempo es sabio… Lo que en otro tiempo era simplemente malsano, hoy es indecente, es indecente ser hoy cristiano. Y aquí comienza mi náusea. Yo miro en torno a mí: ya no queda una palabra de todo lo que en otro tiempo se llamaba *verdad*; nosotros no podemos ya soportar que un sacerdote pronuncie solamente la palabra *verdad*. Aun teniendo las más modestas pretensiones a la probidad, hoy se debe saber que un teólogo, un sacerdote, un Papa, con cualquier frase que pronuncia no sólo se equivoca, sino que miente, y que no es ya libre de mentir por inocencia, por ignorante. También sabe el sacerdote, como lo sabe cualquiera, que no hay Dios, ni pecado, ni redentor; que libre albedrío y orden moral del mundo son mentiras: la seriedad, la profunda victoria del espíritu sobre sí mismo no permiten ya a nadie que sea ignorante sobre estas cosas … Todas las concepciones de la Iglesia son reconocidas por lo que son, como la más triste acuñación de moneda falsa que ha existido hecha con el fin de desvalorizar la Naturaleza y los valores naturales: el sacerdote mismo es reconocido como lo que es, como la más peligrosa especie de parásito, como la verdadera araña venenosa de la vida … Nosotros sabemos, nuestra conciencia sabe hoy, qué valen en general aquellas funestas invenciones de los sacerdotes y de la iglesia, de qué servirán, esto es, para conseguir aquel estado de damnificación de la humanidad, cuyo espectáculo produce náuseas, los conceptos de más allá, juicio final, inmortalidad del alma, el alma misma, sin instrumentos de tortura y sistemas de crueldad, en virtud de los cuales el sacerdote se hizo el amo y siguió siendo el amo … Todos saben esto, y sin embargo todo sigue igual. Donde ha ido a parar el último sentimiento del decoro, del respeto de sí mismo, si hasta nuestros hombres de Estado -por lo demás, una especie de hombres y de anticristianos bastante descocada en la práctica- se llaman aun hoy cristianos y ¿toman la comunión?

¡Un joven príncipe a la cabeza de sus regimientos, espléndido como expresión del egoísmo y de la elevación de su pueblo, profesa sin pudor el cristianismo! Pero ¿qué es lo que niega el cristianismo? ¿Qué es lo que llama mundo? El hecho de ser soldado, de ser juez, de ser patriota; el de defenderse, de atenerse al propio honor, de querer el propio provecho, de ser orgulloso … Toda práctica de cada momento, todo instinto, toda valoración que se convierte en hecho es hoy anticristiana; ¿qué aborto de falsedad debe ser el hombre moderno para no avergonzarse todavía de llamarse *cristiano*?

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Retrocedamos y contemos la verdadera historia del cristianismo. Ya la palabra *cristiano* es un equívoco: en el fondo no hubo más que un cristiano, y éste murió en la cruz. El *Evangelio* murió en la cruz. Lo que a partir de aquel momento se llamó *evangelio* era lo contrario de lo que él vivió; una mala nueva, un *Dysangelium*. Es falso hasta el absurdo ver la característica del cristiano en una fe, por ejemplo, en la fe de le redención por medio de Cristo; únicamente la práctica cristiana, el vivir como vivió el que murió en la cruz es lo cristiano… Aun hoy, tal vida es posible para ciertos hombres, y hasta necesaria: el verdadero, el originario cristianismo será posible en todos los tiempos. No una creencia, sino un obrar, sobre todo, un no hacer muchas cosas, un ser de otro modo… Los estados de conciencia, por ejemplo, una fe, un tener por verdadero –toda sicología sobre este punto- son perfectamente indiferentes y de quinto orden, comparados con los valores de los instintos; hablando más rigurosamente, toda la noción de causalidad espiritual es falsa. Reducir el hecho de ser cristianos, la cristiandad, al hecho de tener una cosa por verdadera, a un simple fenomenalismo de la conciencia, significa negar el cristianismo. En realidad, jamás hubo cristianos. El cristiano es simplemente una psicológica incomprensión de sí mismo. Si mira mejor en él verá que, a despecho de toda fe, dominan simplemente los instintos, ¡y qué instintos!

La fe fue en todos los tiempos, por ejemplo, en Lutero, sólo una capa, un pretexto, un telón, detrás del cual los instintos desarrollaban su juego; una hábil ceguera sobre la dominación de ciertos instintos … le fe -ya la he llamado yo la verdadera habilidad cristiana-: se habló siempre de fe, se obró siempre por sólo el instinto … En el mundo cristiano de las ideas no se presenta nada que tanto desflore la realidad; por el contrario, en el odio instintivo contra toda realidad reconocemos el único elemento impelente en la raíz del cristianismo. ¿Qué es lo que se sigue de aquí? Se sigue que también *in psychologysis* el error es radical, o sea determinante de la esencia, o sea de la sustancia. Quítese aquí una sola idea, póngase en su puesto una sola realidad, y todo el cristianismo se precipita en la nada. Mirando desde lo alto, este hecho insólito entre todos los hechos, una religión no sólo plagada de errores, sino sólo creadora de errores nocivos, que envenenan la vida y el corazón, y hasta genial en inventarlos, es un espectáculo para los dioses, para divinidades, que lo son también los filósofos, y que yo, por ejemplo, he hallado en aquellos famosos diálogos de Naxos. En el momento en que la náusea abandona a estas divinidades (¡y nos abandona a nosotros!) se hacen agradecidas al espectáculo que ofrecen los cristianos; aquella miserable pequeña estrella que se llama Tierra, merece acaso únicamente en gracia a este curioso caso una mirada divina, un interés divino… Nosotros estimamos muy poco el cristianismo: el cristiano falso hasta la inocencia deja atrás a los monos; respecto de los cristianos, una conocida teoría de la descendencia es una pura amabilidad…

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

El hecho del *Evangelio* se decide con la muerte, está suspendido de la Cruz… Precisamente la muerte, aquella muerte inesperada y vergonzosa; precisamente la cruz, que en general estaba reservada solamente a la canalla, sólo esta horrible paradoja puso a los discípulos frente al verdadero enigma: ¿quién era éste?, ¿qué era esto? El sentimiento sacudido y profundamente ofendido, la sospecha de que semejante muerte pudiera ser la refutación de su causa, el terrible signo de interrogación ¿porque precisamente así?, este estado de ánimo se comprende harto fácilmente. Aquí todo debía ser necesario, tenía un sentido, una razón, una altísima razón; el amor de un discípulo no conoce el azar. Sólo entonces se abrió el abismo: ¿quién lo abrió?, ¿quién fue su enemigo natural? Esta pregunta fue lanzada como un relámpago. Respuesta: el judaísmo *dominante*, su clase más alta. Desde aquel momento los hombres se sintieron en rebelión contra el orden social, al punto se sintió a Jesús como en rebelión contra el orden social. Hasta entonces faltaba en su figura este rasgo belicoso, negador, por la palabra y la acción; aún es más: era todo lo contrario. Evidentemente, la pequeña comunidad no comprendió justamente lo principal, lo que constituía un modelo en este modo de morir: la libertad, la superioridad sobre todo sentimiento de rencor; ¡signo de cuán poco se comprendía de él en general! En sí, Jesús, con su muerte, no pudo querer otra cosa que dar públicamente la prueba, la demostración poderosa de su doctrina… Pero sus discípulos estaban muy lejos de perdonar su muerte, lo que habría sido evangélico en el más alto sentido, o de *ofrecerse* a semejante muerte con dulce y amable tranquilidad de corazón… Prevaleció el sentimiento menos evangélico: la venganza. Era imposible que la causa concluyese con esa muerte: hubo necesidad de represalias, de juicio (y, sin embargo, ¿qué cosa menos evangélica que la represalia; el castigo, el juzgar?) Una vez más pasó al primer término la expectación popular de un *Mesías*; se tomó en consideración un momento histórico: el reino de Dios había de venir para juzgar a sus enemigos… Pero con esto se confundió todo: ¡el reino de Dios considerado como acto final, como promesa! El *Evangelio*, sin embargo, había sido precisamente la existencia, el cumplimiento, la realidad de este reino de. Dios. Entonces precisamente se introdujo en el tipo del maestro todo el desprecio y la amargura contra los fariseos y los teólogos, ¡y con este se hizo de él un fariseo y un teólogo! Por otra parte, la salvaje veneración de estas almas salidas completamente de sus quicios no toleró ya la igualdad de todos los hombres como hijos de Dios, igualdad evangélica que Jesús había predicado: su venganza consistió en levantar en alto a Jesús de un modo extravagante, en separarlo de ellos: lo mismo que en otro tiempo los hebreos, para vengarse de sus enemigos, separaron de ellos a su propio Dios y lo elevaron en alto. El Dios único, el único hijo de Dios; ambos son productos del rencor…

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Entonces surgió un absurdo problema: ¿cómo pudo Dios permitir esto? A esta pregunta, la razón de la pequeña comunidad perturbada encontró una respuesta terriblemente absurda: Dios dio su hijo para la remisión de los pecados, como víctima. ¡De este modo se concluyó de un golpe con el *Evangelio*! ¡El sacrificio expiatorio, en su forma más repugnante y bárbara, el sacrifico del inocente por los pecados de los pecadores! ¡Qué horrible paganismo ¡Jesús había abolido el mismo concepto de culpa; negado todo abismo entre Dios y el hombre; había concebido esta unidad entre Dios y el hombre como su buena nueva… ¡Y no como privilegio! ¡Desde aquel momento se llegó, gradualmente, a crear el tipo de redentor: la doctrina del Juicio y del retorno, la doctrina de la muerte como una muerte expiatoria, la doctrina de la resurrección, con la que es anulado todo el concepto de bienaventuranza, la única y total realidad del Evangelio, en provecho de un estado subsiguiente a la muerte … Pablo lotificó luego sobre esta concepción, sobre esta imprudente concepción, con aquella desfachatez rabínica que le distinguía en todas las ocasiones: *si Cristo no resucitó después de la muerte, nuestra fe es vana*. Y de golpe se hizo del *Evangelio* la más despreciable de todas las promesas irrealizables: la impúdica doctrina de la inmortalidad ¡personal!… ¡Pablo mismo la predicó como una recompensa!…

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Se ve lo que acaba con la muerte en la Cruz: una disposición nueva y completamente original para un movimiento budístico de paz, para una efectiva y no sólo prometida felicidad en la Tierra. Porque ésta sigue siendo -ya lo he puesto de relieve- la diferencia fundamental entre las dos religiones de decadencia: el budismo no promete, sino que cumple; el cristianismo lo promete todo, pero no cumple nada.

A la *buena nueva* siguió de cerca la *pésima nueva*: la de Pablo. En Pablo se encarna el tipo opuesto al de buen mensajero, el genio del odio, de la inexorable lógica del odio. ¿Qué ha sacrificado al odio este disangelista? Ante todo, el redentor: le clavó en la cruz. La vida, el ejemplo, la doctrina, la muerte, el sentido y el derecho de todo el *Evangelio*, nada existió ya cuando este monedero falso, movido por el odio, comprendió qué era lo que únicamente necesitaba. ¡No la realidad, no la verdad histórica! Y una vez más el instinto sacerdotal de los hebreos cometió el mismo gran delito contra la Historia: borró simplemente el ayer, el antes de ayer del cristianismo: inventó por si una historia del primer cristianismo. Aún más: fabricó una vez más la historia de Israel, para que apareciera como la prehistoria de su obra: todos los profetas han hablado de ese redentor… La Iglesia falsificó más tarde hasta la historia de la Humanidad, haciendo de ella la prehistoria del cristianismo… El tipo del redentor, su doctrina, su práctica, su muerte, el sentido de la muerte, hasta lo que sucede después de la muerte, nada permaneció intacto, nada permaneció ni siquiera semejante a la realidad. Lo que hizo Pablo fue simplemente transferir el centro de gravedad de toda aquella existencia detrás de tal existencia, en la mentira del Jesús resucitado. En el fondo, tuvo necesidad de la muerte en la Cruz y de algo más… Creer sincero a Pablo, que tenía su patria en la sede principal de la luminosa filosofía estoica, cuando con una alucinación se dispone la prueba de la supervivencia del redentor, o bien prestar fe a su relación de haber él mismo tenido esta alucinación, sería, por parte de un filósofo, una verdadera necedad: Pablo quiere el fin, por consiguiente, quiere los medios… Lo que él mismo no creía, lo creyeron los idiotas entre los cuales sembró él su doctrina.

Su necesidad era el poder: con Pablo, el sacerdote quiere una vez más el poder; sólo podía servirse de ideas, teorías, símbolos con los que se tiraniza a las masas y se forman los rebaños. ¿Qué es lo que Mahoma únicamente tomó a préstamo, más tarde, del cristianismo? La invención de Pablo, su medio para llegar a la tiranía del sacerdote: la creencia en la inmortalidad, o sea la doctrina del juicio…

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Si se coloca el centro de gravedad de la vida no en la vida, sino en el más allá -en la nada-, se ha arrebatado el centro de gravedad a la vida en general. La gran mentira de la inmortalidad personal destruye toda razón, toda naturaleza en el instinto; todo lo que en los instintos es benéfico, favorable a la vida; todo lo que garantiza el porvenir despierta desde entonces desconfianza. Vivir de modo que la vida no tenga ningún sentido, es ahora el sentido de la vida… ¿A qué fin solidaridad, a qué fin gratitud por el origen y por los antepasados, a que fin colaborar con confianza, promover y proponerse un bien común?… Estas son otras tantas tentaciones, otras tantas desviaciones del justo camino: una sola cosa es necesaria… No se puede mirar con bastante desprecio la doctrina según la cual cada uno de nosotros, en calidad de alma inmortal, tiene igual categoría que los demás: y en la colectividad de todas las criaturas la salvación de cada individuo puede pretender una importancia eterna, y todos los hipócritas y semilocos (*DreiviertesVerrückte*) pueden imaginar que por su amor las leyes de la Naturaleza serán constantemente infringidas; no se puede mirar con bastante desprecio semejante elevación de toda clase de egoísmos que llega al infinito, a la impudicia…

Y, sin embargo, el cristianismo debe su victoria a esta miserable adulación de la vanidad personal; con esto precisamente ha convertido a si todo lo que está mal formado, lo que tiene intenciones de revuelta, lo que se encuentra mal, todo el desecho y la hez de la Humanidad. La salvación del alma significa que el mundo gira en torno a mi … El veneno de la doctrina de la igualdad de derechos para todos fue vertido y difundido por el cristianismo; partiendo de los rincones más ocultos de los malos instintos, ha movido una guerra mortal a todo sentimiento de respeto y de distancia entre hombre y hombre, es decir, a la premisa de toda elevación, de todo aumento de cultura: del rencor de las masas hizo su arma principal contra nosotros, contra todo lo que es noble, alegre, generoso, en la Tierra, contra nuestra felicidad en la Tierra… Conceder la inmortalidad a cualquiera fue hasta ahora el mayor y más pérfido atentado contra la humanidad noble.

¡Y no demos poca importancia al hecho de que el cristianismo se ha insinuado aun en la política! Nadie tiene hoy ya el valor de los privilegios, de los derechos patronales, de experimentar sentimientos de respeto de sí mismo y de sus semejantes; de sentir el *pathos* de la distancia… ¡Nuestra política está enferma de esta falta de valor!

La aristocracia de la mentalidad fue más subterráneamente minada por la mentira de la igualdad de las almas: y si la creencia en el privilegio de la mayoría hace revoluciones y las seguirá haciendo, el cristianismo es, no se dude, las valoraciones cristianas: ¡son las que convierten en sangre y delitos toda revolución! El cristianismo es una insurrección de todo lo que se arrastra a ras de la Tierra contra lo que está arriba: el *Evangelio* de los humildes hace humildes…

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Los *Evangelios* son inestimables como testimonios de la corrupción, ya intolerable, que existía en el seno de las primeras comunidades cristianas. Aquello que más tarde condujo Pablo a feliz término con el cinismo lógico de un rabino, no fue más que un proceso de decadencia que comenzó con la muerte del Redentor. Hay que leer los *Evangelios* con grandísimas precauciones: detrás de cada palabra hay una dificultad. Yo admito, y de esto se me deberá gratitud, que precisamente por eso son para un psicólogo una diversión de primer orden: como lo contrario de toda corrupción ingenua, como sofisticación por excelencia, como una obra maestra de corrupción psicológica. Los *Evangelios* tienen sustancialidad propia. La Biblia, en general, no resiste ningún parangón. Estamos entre hebreos: primer punto de vista para no perder por completo el hilo conductor. La transferencia de sí mismo a la santidad, transferencia que precisamente se convierte en genio y que no fue nunca alcanzada en otra parte por hombres ni por libros, esta acuñación de moneda falsa, no es un caso de dotes especiales de un individuo, de un temperamento de excepción. Para esto es necesaria la raza. En el cristianismo, entendido como el arte de mentir santamente, el judaísmo entero, una preparación y una técnica judaica muy seria, que duró muchos siglos, consigue la maestría. El cristiano, es la *última ratio* de la mentira, es una vez más el hebreo; mejor tres veces más… La voluntad sistemática de emplear solamente conceptos, símbolos, gestos, que es demostrada por la práctica del sacerdote; la instintiva repugnancia a cualquier otra práctica, a cualquier otro género de perspectiva de valor y de utilidad, todo esto no es sólo tradición, es *herencia*; sólo en calidad de herencia obra como naturaleza. Toda la Humanidad, y hasta los mejores testigos de los mejores tiempos (exceptuando uno sólo, el cual acaso es sencillamente un superhombre), se dejaron engañar. Se leyó el *Evangelio* como el libro de la inocencia…; nadie indicó con que maestría se recita en el *Evangelio* una comedia.

Ciertamente, si llegásemos a verla, aunque sólo fuera de pasada, todos estos maravillosos hipócritas y santos artificiales, toda esta comedia, terminarían; y precisamente porque no leo una palabra sin ver gestos, acabo por dejarla… Yo no puedo soportar su modo de elevar sus ojos al cielo… Afortunadamente, para los más los libros son mera literatura. No debemos dejarnos engañar; ellos dicen: no juzguéis, pero mandan al infierno a todo lo que constituye un obstáculo en su camino.

Haciendo juzgar a Dios, juzgan ellos mismos; glorificando a Dios se glorifican ellos mismos: exigiendo la virtud de que ellos mismos son capaces -es decir, la virtud de que tienen necesidad para conservar la dominación-, se dan grandes aires de luchar por la virtud, de combatir por el predominio de la virtud. *Nosotros vivimos, nosotros morimos, nosotros nos sacrificamos por el bien* (esto es, por la verdad, por la luz, por el reino de Dios); en realidad, hacen lo que no pueden menos de hacer. Mientras que, a modo de hipócritas, se muestran humildes, se ocultan en los rincones, viven como sombras en la sombra, hacen de esto un deber: su vida de humildad aparece como un deber, y como deber es una prueba más de piedad hacia Dios… ¡Ah, que humilde, casto, misericordioso modo de impostura! ¡La virtud misma es confiscada por esa gentecilla; ellos saben cuál es la importancia de la moral!

La realidad es que aquí la más consciente presunción de elegidos desempeña el papel de modestia; desde entonces se han formado dos partidos: el partido de la verdad, o sea ellos mismos, la comunidad, los buenos y los justos, y, de otra parte, el resto del mundo… Este fue el más funesto delirio de grandezas que hasta ahora existió en la Tierra: pequeños abortos de hipócritas y mentirosos comenzaron a reivindicar para si los conceptos de Dios, verdad, luz, espíritu, amor, sabiduría, vida, casi como sinónimos de ellos mismos, para establecer así un límite entre ellos y el mundo; pequeños superlativos de hebreos, maduros para toda clase de manicomio, hicieron girar en torno a ellos mismos todo valor, como si precisamente el cristiano fuese el sentido, la sal, la medida y también el último tribunal de todo lo demás…

Este funesto acontecimiento sólo se hizo posible por el hecho de que ya había en el mundo un género afín de delirio de grandeza, afín por raza: el judaico; apenas se abre el abismo entre hebreos y hebreo cristianos, a estos últimos no les quedó otra elección que emplear contra ellos mismos, contra los hebreos, los mismos procedimientos de conservación que el instinto judaico aconsejaba, mientras que hasta entonces los hebreos lo habían empleado contra todo lo que no era hebreo. El cristiano es sólo un hebreo de confesión más libre.

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Doy un cierto número de pruebas de aquello que se le metió en la cabeza a esa gentecilla, de lo que puso en labios de su maestro: simples profesiones de fe de bellas almas.

Y todos aquellos que no os recibieren ni os oyeren, saliendo de allí, sacudid el polvo que está debajo de vuestros pies, en testimonio a ellos. De cierto os digo que más tolerable será, el castigo de los de Sodoma y Gomorra el día del Juicio que el de aquella ciudad. (Marcos, 6, 11.) ¡Qué evangélico es esto!

Y cualquiera que escandalizare a uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera si se le atase una piedra de molino el cuello, y fuera echado en la mar. (Marcos, 9, 42.) ¡Qué evangélico es esto!

Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo: mejor te es entrar al reino de Dios con un ojo que teniendo dos ojos ser echado a la Gehenna, donde el gusano de ellos no muere y el fuego nunca se apaga. (Marcos 9, 47.) No se trata precisamente de los ojos…

También les dijo: De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte basta que hayan visto el reino de Dios, que viene con potencia. (Marcos, 9, 1.) Mientes muy bien, ¡oh león!

Cualquiera que quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame. Porque… (Observación de un psicólogo: la moral cristiana es refutada por sus *porqués*; sus argumentos refutan, y esto es cristiano.) (Marcos, 8, 94.).

No Juzgaréis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados: y con la medida con que medís, os volverán a medir. (Mateo. 7, 1.) ¡Qué concepto de la Justicia, de un juez justo!…

Porque si amareis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si abrazaseis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen así también los Gentiles? (Mateo, 5, 46.) Principio del amor cristiano: en fin de cuentas, quiere ser bien pagado…

Más si no perdonareis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas. (Mateo, 6, 15.) Muy comprometedor para el susodicho Padre…

Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. (Mateo 6, 33.) Todas estas cosas, es decir: comida, vestidos, todo lo que hace falta en la vida. Es un error para hablar modestamente… Poco antes, Dios aparece en calidad de sastre; por lo menos, en ciertos casos…

Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos, porque así hacían sus padres a los profetas. (Lucas, 6, 23.) ¡Oh cínica canalla! Ya se compara con los profetas…

¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios destruirá al tal; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es. (Pablo, a los corintios. I, 3, 16.) Cosas como esta no serán nunca bastante despreciadas…

¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar cosas muy pequeñas? (Pablo a los corintios, I, 6, 2.) Desgraciadamente, esto no es sólo el discurso de un loco… El horrendo impostor continúa, textualmente, así: ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Porque por no haber el mundo conocido la sabiduría de Dios, a Dios por sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación… No sois muchos sabios, según la carne; no muchos poderosos, no muchos nobles. Antes, lo necio del mundo escogió Dios para avergonzarnos a los sabios; y lo flaco del mundo escogió Dios para avergonzar lo fuerte: y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es: para que ninguna carne se jacte de su presencia. (Pablo, a los corintios, 1, 20 y sig.)

Para comprender este pasaje, testimonio capital de la sicología de toda moral de chandala, léase la primera parte de mi Genealogía de la moral; en ella se pone de manifiesto por primera vez la contradicción entre una moral noble y una moral de chandala, nacida del rencor y de la venganza impotente. Pablo fue el mayor de los apóstoles de la venganza…

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

¿Qué se deduce de aquí? De aquí se deduce que es conveniente ponerse los guantes cuando se lee el *Nuevo Testamento*. Casi nos obliga a ello la presencia de tanta impureza. Nos guardaremos de escoger para el trato cristianos primitivos, como nos guardaríamos de los judíos polacos: no hay que oponerles reparo alguno, pero tienen mal olor.

En vano he buscado en el *Nuevo Testamento* un rasgo simpático: nada hay en él que sea libre, benévolo, franco ni honesto. Aquí no ha comenzado todavía el humanismo, falta el instinto de limpieza; en el *Nuevo Testamento* no hay más que malos instintos. Todo es vileza; todo allí es un cerrar los ojos y un engañarse a sí mismo. Cuando se ha leído el *Nuevo Testamento*, cualquier otro libro parece limpio: para poner un ejemplo, yo, después de haber leído a San Pablo, leí con verdadero arrebato a Petronio, aquel gracioso y petulante humorista, del cual se podría decir lo que Domenico Boccaccio escribía de César Borgia al duque de Parma: *Es inmortalmente sano, inmortalmente sereno y bien constituido: e tutto festo*…

Estos hipocritillas desbarran precisamente en lo esencial. Atacan, pero todo lo que es atacado por ellos se hace por esto mismo distinguido. Cuando un cristiano primitivo ataca, el atacado no resulta con mancha; por el contrario es un honor tener contra sí cristianos primitivos. No se puede leer el *Nuevo Testamento* sin sentir predilección por lo que en él resulta maltratado, para no hablar de la sabiduría de este mundo, que un descarado fanfarrón intenta en vano desacreditar con predicaciones estúpidas … Hasta los escribas y los fariseos han sacado provecho de semejantes adversarios: debieron tener algún valor para ser odiados de manera tan indecente. ¡La hipocresía, he aquí un reproche que los cristianos primitivos tendrían derecho a hacer! Por último, escribas y fariseos eran privilegiados; esto basta; el odio de los chandalas no tiene necesidad de otros motivos. El primer cristiano, y temo que también el último cristiano, que acaso yo viva lo suficiente para ver es rebelde por un profundo instinto contra todo lo que es privilegiado; vive y combate siempre por la igualdad de derechos… Si se observa mejor, no tiene elección. Si se quiere ser, personalmente, un elegido de Dios, o un templo de Dios, o un juez de los ángeles, entonces todo otro principio de elección, por ejemplo, la elección fundada en la probidad, en el espíritu y en el orgullo, en la belleza y en la libertad del corazón, me hace simplemente mundo, el mal en sí… Moraleja: toda palabra en labios de un cristiano primitivo es una mentira, cada una de sus acciones es una falsedad instintiva; todos sus valores, todos sus fines son nocivos, pero lo que odia, esto tiene valor… El cristiano, el cristiano sacerdote particularmente, es un criterio de valores.

Debo aún añadir que en todo el *Nuevo Testamento* se encuentra una sola figura que se deba honrar: Pilatos, el gobernador romano. Tomar en serio un asunto entre judíos, es cosa a la que no se resuelve. Un judío de más o menos, ¿qué importancia tiene?… La noble ironía de un romano, ante el cual se ha hecho un cínico abuso de la palabra *verdad*, ha enriquecido el *Nuevo Testamento* con la única palabra que tiene valor, que es por si la crítica y aun el aniquilamiento del *Nuevo Testamento*: ¿qué es la verdad?…

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Lo que nos distingue no es el hecho de que no encontramos a Dios ni en la historia, ni en la naturaleza, ni detrás de la naturaleza, sino el hecho de que consideramos lo que se oculta bajo el nombre de Dios, no como divino, sino como miserable, absurdo, nocivo; no sólo como error, sino como delito contra la vida… Nosotros negamos a Dios en cuanto Dios … Si se nos demostrase este Dios de los cristianos, creeríamos aún menos en él. Para expresarnos con una fórmula: *Deus, qualem Paulus creavit, Dei negatio*.

Una religión como el cristianismo, que en ningún punto se encuentra en contacto con la realidad, que se quiebra en cuanto la verdad adquiere sus derechos aun en un solo punto, debe naturalmente ser enemiga mortal de la sabiduría del mundo, o sea de la ciencia; debe aprobar todos los medios con que la disciplina del espíritu, la pureza y la serenidad en los casos de conciencia del espíritu, la noble frialdad y libertad del espíritu pueden ser envenenadas, calumniadas, difamadas. La fe como imperativo es el veto contra la ciencia; en la práctica es la mentira a toda costa… Pablo comprendió que la mentira -que la fe- es necesaria; a su vez la Iglesia, más tarde, comprendió a Pablo.

Aquel Dios que Pablo se inventó, un Dios que desacredita la sabiduría del mundo (o en sentido estricto, los dos grandes adversarios de toda superstición: la filología y la medicina), no es en realidad más que la resuelta decisión de Pablo de llamar Dios a su propia voluntad, la *Thora*; esto es Judaico, Pablo quiere desacreditar la sabiduría del mundo: sus enemigos son los buenos filólogos y los médicos de la escuela alejandrina; a éstos les hace la guerra. En realidad, no se es filólogo y médico sin ser al mismo tiempo anticristiano. Porque en calidad de filólogos se mira detrás de los libros santos, y en calidad de médicos se ve detrás del cristiano típico la degeneración psicológica. El médico dice: Incurable; el filólogo dice: Charlatanería.

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO CUARENTA

¿Se ha entendido bien la famosa historia que se encuentra al principio de la Biblia, la del terrible miedo de Dios ante la ciencia? No se ha comprendido. Este libro de sacerdotes por antonomasia comienza, como es justo, con la gran dificultad íntima del sacerdote: el sacerdote tiene un solo peligro, por consiguiente, Dios tiene sólo un gran peligro.

El viejo Dios, todo espíritu, todo gran sacerdote, toda perfección, pasea por distracción en sus jardines; pero se aburre. En vano luchan contra el tedio los dioses mismos. ¿Qué hace Dios? Inventa al hombre; el hombre es divertido… Pero he aquí que también el hombre se aburre, La compasión de Dios por la única miseria que todos los Paraísos tienen en sí, no conoce límites: pronto creó otros animales. Primer error de Dios: el hombre no encontró divertidos a los animales -fue su amo, no quiso ser un animal. Después de esto Dios creó a la mujer. Y, en realidad, entonces acabó de aburrirse; pero acabaron también otras cosas. La mujer fue el segundo error de Dios. La mujer es, por su naturaleza, serpiente: Eva; esto lo sabe todo sacerdote; *de las mujeres procede todo el mal sobre la Tierra*; esto también lo sabe todo sacerdote. Por consiguiente, también de ella viene la ciencia… Precisamente, de la mujer aprende el hombre a gustar el árbol del conocimiento.

¿Qué había sucedido? El viejo Dios se vio acometido de un tremendo error. El hombre mismo se había hecho su mayor error; Dios se había creado un rival: la ciencia nos hace iguales a Dios; ¡cuando el hombre se hace sabio han terminado los sacerdotes y los dioses! Moraleja: la ciencia es la cosa vedada en sí, es lo único vedado. La ciencia es el primer pecado, el germen de todos los pecados, el pecado original. Sólo esto es la moral. Tú no debes conocer: todo lo demás se sigue de aquí. El tremendo miedo experimentado por Dios no le impidió ser hábil. ¿Cómo nos defenderemos de la ciencia? Este fue durante mucho tiempo su problema capital. Respuesta: ¡Arrojemos al hombre del Paraíso! La felicidad, el ocio, conducen a pensar; todos los pensamientos son malos pensamientos… El hombre no debe pensar.

Y el sacerdote en sí inventa la miseria, la muerte, los peligros mortales del parto, toda clase de sufrimientos, de dolores, de fatigas, y sobre todo la enfermedad; ¡simples medios en la lucha contra la ciencia! La miseria le impide al hombre pensar… Y, sin embargo, ¡cosa terrible!, la obra de la ciencia se eleva, llega hasta el cielo, haciendo palidecer a los dioses. ¿Qué hacer? El viejo Dios inventa la guerra, separa a los pueblos, hace que los hombres se destruyan unos a otros (los sacerdotes tuvieron siempre necesidad de la guerra). ¡De la guerra, que, entre otras cosas, es una gran perturbadora de la paz de la ciencia! ¡Oh cosa increíble! No obstante la guerra, la ciencia, la emancipación del poder del sacerdote, aumentan. Y una última decisión se presenta al viejo Dios: *El hombre se ha vuelto sabio: no se le puede utilizar, hay que ahogarlo.*

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

¿Se me ha entendido? El comienzo de la Biblia contiene toda la psicología del sacerdote. El sacerdote sólo conoce un peligro: la ciencia, el sano concepto de causa y efecto. Pero la ciencia prospera conjuntamente sólo en situaciones favorables; hay que tener tiempo, hay que tener espíritu de sobra para investigar. Por consiguiente, se debe hacer al hombre infeliz: ésta fue en todo tiempo la lógica del sacerdote.

Ya se adivina qué ha entrado en el mundo con arreglo a esta lógica: el pecado. El concepto de culpa y de castigo, todo el orden moral del mundo fue inventado contra la ciencia, contra el rescate del hombre de los sacerdotes…

El hombre no debe mirar fuera de sí, sino dentro de sí; no debe mirar las cosas con habilidad y prudencia para aprender; en general, no debe mirar; debe sufrir… Y debe sufrir de modo que tenga constantemente necesidad del sacerdote. ¡Fuera los médicos! ¡Hay necesidad de un salvador! ¡El concepto de culpa y de castigo, comprendida la doctrina de la gracia, de la redención, del perdón -todas completas mentiras privadas de toda realidad psicológica- fue inventado para destruir en el hombre el sentido de las causas; fue un atentado contra la nación de causa y afecto! ¡Y no un atentado realizado con el puño, con el cuchillo, con la sinceridad con el odio y en el amor, sino partiendo de los instintos más viles, más astutos, más bajos! ¡Un atentado de sacerdotes! ¡Un atentado de parásitos! ¡Un vampirismo de pálidas sanguijuelas subterráneas!… Si las consecuencias naturales de una acción no son ya naturales, y se imagina que son provocadas por los fantasmas de la superstición, *por Dios, por espíritus, por almas,* como consecuencias puramente morales, con premio, castigo, indicación, medio de educación, es que se ha destruido la condición primera del conocimiento y *se ha cometido el mayor delito contra la humanidad.* El pecado, lo repito una vez más, esa forma de masturbación por excelencia, fue inventada para hacer imposible la ciencia, la cultura, la elevación y el ennoblecimiento del hombre; el reino del sacerdote se levanta sobre los cimientos del pecado.

CAPÍTULO 50

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Al llegar a este punto no puedo prescindir de una sicología de la fe del creyente, a favor, como es justo, de los creyentes. Si tampoco faltan hoy personas que ignoran cuán indecoroso es el ser creyente -o cómo esto es un signo de decadencia, de falta de voluntad de vivir-, ya se sabrá mañana. Mi voz llega incluso a los duros de oído. Parece, si no he comprendido mal, que llama la prueba de la fuerza. La fe nos hace felices: luego es verdadera. Ante todo, se podría objetar aquí que la felicidad tampoco está demostrada, sino que no es más que una promesa: la felicidad va unida a las condiciones de la fe: hay que ser feliz porque se cree…

Pero ¿cómo se puede demostrar que efectivamente sucede lo que el sacerdote promete al creyente en un más allá inaccesible a todo control? La presunta prueba de la fuerza es, por consiguiente, a su vez la creencia en que no faltará aquel efecto que se nos promete por la fe. Aderezado en una fórmula: *yo creo que la fe nos hace felices; por consiguiente, la fe es verdadera*. Pero con esto estamos ya al cabo de la calle. Aquel por consiguiente es el absurdo mismo tomado como criterio de verdad.

Pero supongamos, con alguna indulgencia, que esté demostrado que la fe asegura la felicidad (que la felicidad no es sólo deseada, no es sólo prometida de labios, un tanto sospechosos, de los sacerdotes): ¿fue nunca la felicidad -o para hablar técnicamente, el placer- una prueba de la verdad? Dista tanto de serlo que casi es lo contrario: en todo caso es la más vehemente sospecha contra la *verdad*, cuando sentimientos de placer toman la palabra a la pregunta: ¿qué es la verdad? la prueba del placer es una prueba para el placer, nada más. ¿De dónde se podrá sacar que precisamente los juicios verdaderos causan mayor placer que los falsos, y que, de conformidad con una armonía preestablecida, llevan necesariamente consigo sentimientos placenteros? La experiencia de todos los espíritus severos y profundos enseña el contrario: Para conquistar la verdad hay que sacrificar casi todo lo que es grato a nuestro corazón, a nuestro amor, a nuestra confianza en la vida. Para ello es necesario grandeza de alma: el servicio de la verdad es el más duro de todos los servicios. ¿Qué significa ser probo en las cosas del espíritu? Significa ser severos con nuestro propio corazón, despreciar los bellos sentimientos y formarse una conciencia de cada mente…

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Una breve visita a un manicomio nos enseña con suficiente claridad que la fe en ciertas circunstancias hace hombres felices, que la felicidad no hace de una idea fija una idea verdadera, que la fe no transporta las montañas, sino que coloca montañas donde no las hay. Esto no convence a un sacerdote, -porque éste niega por instinto que la enfermedad sea una enfermedad y el manicomio un manicomio. El cristianismo tiene necesidad de la enfermedad, casi como la Grecia tenía necesidad de un exceso de salud: hacer enfermos es la verdadera intención recóndita de todo el sistema de salvación propio de la Iglesia. Y la Iglesia misma, ¿no es el manicomio católico como último ideal? ¿La Tierra en general, como manicomio? El hombre religioso, cual le quiere la Iglesia, es un decadente típico; el momento en que una crisis religiosa se posesiona de un pueblo es siempre caracterizado por epidemias nerviosas; el mundo interno del hombre religioso se parece al mundo interior de los sobreexcitados y de los agotados, hasta el punto de confundirse con él; los más elevados estados de ánimo que el cristianismo ha colocado sobre la humanidad como valores supremos, son formas epileptoides: la Iglesia ha santificado solamente a locos o a grandes impostores *in majorem dei honorem* … Yo osé una vez definir todo el *training* cristiano de la expiación y de la redención (hoy estudiado especialmente en Inglaterra) como una locura circular producida metódicamente, como es natural sobre un terreno ya preparado, o sea fundamentalmente morboso. Nadie es libre de llegar a ser cristiano: no se convierte la gente al cristianismo, hay que estar bastante enfermo para el cristianismo…

Nosotros, que tenemos el valor de la salud y también del desprecio, ¡cuánto derecho tenemos a despreciar una religión que enseñó a comprender mal el cuerpo, que rehúsa librar a éste de la superstición sobre el alma! ¡Que hace un mérito de la falta de alimentación! ¡Que combate en la salud una especie de enemigo, de diablo, de tentación!; ¡que se persuadió de que es posible llevar un alma perfecta en un cuerpo cadavérico, y a este fin debió tomarse una nueva concepción de la perfección, una criatura pálida, enfermiza, idiotamente fanática, la dicha santidad, la santidad que es simplemente una serie de síntomas de un cuerpo empobrecido, enervado, irremediablemente lesionado!…

El movimiento cristiano como movimiento europeo es, *a priori*, un movimiento colectivo de los elementos de desecho y de descarte de todo género (los cuales quieren llegar con el cristianismo al poder). No expresa el ocaso de una raza, es un agregado de formas de decadencia provenientes de todo lugar, las cuales se reúnen y se buscan. No es, como se cree, la corrupción de la antigüedad misma, de la noble antigüedad que hizo posible el cristianismo; nunca se combatirá con suficiente saña el idiotismo erudito que aún sostiene una cosa semejante. En la época en que las capas sociales enfermizas y dañadas del chandala se cristianizaron en todo el imperio romano, el tipo opuesto, la nobleza, existía precisamente en su forma más hermosa y más dura. El gran número alcanzó el poder: el democratismo de los instintos cristianos venció… El cristianismo no fue nacional, no se concretó a una raza, se dirigió a todos los desheredados de la vida; encontró en todas partes sus aliados. El cristianismo tiene en su base el rencor de los enfermos, dirige sus instintos contra los sanos, contra la salud. Todo lo que está bien constituido, todo lo que es altivo, orgulloso, sobre todo la belleza, lastima sus ojos y sus oídos. Recordaré, una vez más, la inestimable frase de Pablo: *Lo que es débil a los ojos del mundo, lo que es loco para el mundo, lo que es innoble y despreciable para el mundo, fue elegido por Dios*; ésta fue la fórmula, *in hoc signo* venció la decadencia.

Dios en la cruz, ¿todavía no se puede comprender el terrible pensamiento oculto en este símbolo? Todo lo que es pensamiento, todo lo que está suspendido de una cruz es divino… Todos nosotros estamos clavados en una cruz, por consiguiente, todos nosotros somos divinos… Nosotros solos somos divinos… El cristianismo fue una victoria, por él pereció una mentalidad más noble; el cristianismo ha sido hasta hoy la más grande desgracia de la humanidad.

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

El cristianismo está también en contradicción con toda buena constitución intelectual: sólo puede valerse de la razón enferma como razón cristiana, toma el partido de todo lo que es idiota, lanza la maldición sobre el espíritu, sobre la soberbia del espíritu sano. Como la enfermedad pertenece a la esencia del cristianismo, también el estado típico de ánimo cristiano, la fe, debe ser una forma de enfermedad, y todos los caminos rectos, honrados, científicos, que conducen al conocimiento deben ser refutados por la Iglesia como caminos prohibidos. Ya la duda es un pecado… La falta completa de limpieza psicológica en el sacerdote -que se revela en su mirada- es un fenómeno y una consecuencia de la decadencia: obsérvese de un lado las mujeres histéricas y de otro los niños de constitución raquítica, y se verá que, ordinariamente, la falsedad instintiva, el placer de mentir por mentir, son manifestaciones de decadencia. La fe significa no querer saber qué es la verdad. El pietista, el sacerdote de ambos sexos, es falso porque es un enfermo: su instinto exige que la verdad no tenga razón en ningún punto.

Lo que nos hace enfermos es bueno; lo que proviene de la abundancia, del exceso, del poder, es malo; así piensa el creyente. Yo adivino a todo teólogo predestinado por la esclavitud a la mentira. Otro indicio del teólogo es su incapacidad para la filología. Por *filología* debe entenderse aquí, en sentido muy general, *el arte de leer bien*; de saber distinguir los hechos sin falsearlos con interpretaciones; sin perder, por el deseo de comprender, la prudencia, la paciencia, ni la sagacidad. La filología como *ephexis* en la interpretación; ya se trate de libros o de noticias, de periódicos, de destinos o de hechos meteorológicos, para no hablar de la salvación del alma…

El modo que un teólogo, ya se encuentre en Berlín o en Roma, interpreta una palabra de la Escritura o un acontecimiento; una victoria del ejército nacional, por ejemplo, bajo la alta luz de los salmos de David, es siempre de tal manera audaz que un filólogo le hace perder la paciencia. ¿Y qué decir cuando los pietistas y otras vacas de Suabia justifican su miserable existencia cotidiana con el dedo de Dios, y de él hacen un milagro de la gracia, de la providencia; un milagro de santa experiencia? El más modesto empleo del espíritu, para no decir de la decencia, debería llevar a estos intérpretes a persuadirse de la completa puerilidad e indignidad de semejante abuso del dedo de Dios. Si se tuviese en el cuerpo una medida de piedad, por pequeña que fuera, un Dios que nos cura oportunamente de un resfrío o que nos hace entrar en el coche en el momento justo que estalla un gran aguacero, debería ser un Dios tan absurdo que, si existiese, debería ser abolido. Un Dios cual mensajero, como cartero, como mercader, es en el fondo una palabra para indicar la más estúpida especie de todas las casualidades … La Divina providencia, La *divina providencia*, tal como continúa creyendo hoy en ella aproximadamente una tercera parte de la *Alemania culta*, sería una objeción tan fuerte contra Dios, que no se la podría imaginar mayor. ¡Y en todo caso, es una objeción contra los alemanes!…

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Es tan falso que los mártires sufran algo por la verdad de una cosa, que yo me atrevería a negar que jamás un mártir haya tenido nunca nada que ver con la verdad. En el tono en que un mártir lanza a la faz del mundo su convicción, se manifiesta ya un grado tan bajo de probidad intelectual, tal obtusidad para el problema de la verdad, que nunca hace falta refutar a un mártir. La verdad no es cosa que uno posea y otro no: sólo ciudadanos o apóstoles de ciudadanos a la manera de Lutero pueden pensar así en la verdad. Se puede tener seguridad de que, según el grado de conciencia en las cosas del espíritu, la capacidad de decidir, la decisión en este punto será siempre mayor. Ser competente en cinco cosas y rehusar delicadamente ser competente en lo demás… La verdad, como entiende esta palabra todo profeta, todo librepensador, todo socialista, todo hombre de Iglesia, es una concluyente prueba del hecho de que ni siquiera ha comenzado esa educación del espíritu y ese triunfo sobre sí mismo que son necesarios para encontrar cualquier verdad, por mínima que sea.

Los mártires, dicho sea de pasada, fueron una gran desgracia en la historia, sedujeron… La conclusión de todos los idiotas, comprendidas las mujeres y el pueblo, de que tenga valor una causa por la cual alguien afronta la muerte (o una causa que, como el cristianismo primitivo, engendra epidemias de gentes que corren a la muerte), esta conclusión dificultó indeciblemente la investigación, el espíritu de la investigación y de la circunspección. Los mártires hicieron daño a la verdad… Hoy mismo basta una cierta crueldad de persecución para crear un nombre honorable a cualquier sectarismo carente en sí de valor. ¿Cómo? ¿Cambia el valor de una causa el hecho de que alguien exponga por ella la vida? Un error que llega a ser honorable es un error que posee un hechizo más para seducir: ¿creéis vosotros, señores teólogos, que vamos a daros ocasión de haceros mártires por vuestra mentira? Se refuta una cosa poniéndola cuidadosamente en hielo: así se refuta también a los teólogos…

Ésta fue, precisamente, en la historia del mundo la estupidez de todos los perseguidores: que dieron apariencia de honorabilidad a la causa de los adversarios, que les hicieron el don del hechizo, del martirio … Aun hoy la mujer se pone de rodillas ante un error, porque se le ha dicho que alguien murió por este error en la cruz. ¿Es, pues, la cruz un argumento? Pero sobre todas estas cosas hay uno que ha dicho la palabra de que había necesidad desde hace miles de años: Zaratustra.

Estos escribieron signos de sangre sobre la senda que recorrieron, y su locura enseñó que con la sangre se demuestra la verdad.

Pero la sangre es el peor testimonio de la verdad; la sangre envenena la más pura doctrina y la cambia en locura y odio de los corazones.

Y si alguien atraviesa el fuego por su doctrina, ¿qué prueba esto? Muy diferente sería, lograr que del propio incendio surgiese la propia doctrina. (Así Hablaba Zaratustra, II, 24).

CAPÍTULO 54

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

No nos dejemos engañar: los grandes espíritus son escépticos. Zaratustra es un escéptico. La fortaleza, la libertad proveniente del vigor y de la plenitud del espíritu se demuestran mediante el escepticismo. Los hombres de convicciones no merecen ser tomados en consideración para todos los principios fundamentales de valor y no valor. Las convicciones son prisiones. Los convencidos no ven bastante lejos, no ven por debajo de sí; pero para poder hablar de valor y no valor se deben mirar quinientas convicciones por abajo de sí detrás de sí… Un espíritu que apetezca cosas grandes y que quiera también los medios para conseguirlas, es necesariamente escéptico. La libertad de toda clase de convicciones forma parte de la fuerza, la facultad de mirar libremente… La gran pasión, la base y la potencia del propio ser, aún más iluminada y más despótica que él mismo, toma todo su intelecto a su servicio: nos limpia de escrúpulos; nos da el valor hasta de usar medios impíos, en ciertas circunstancias nos concede convicciones. La convicción puede ser medio; muchas cosas se consiguen sólo por medio de una convicción. La gran pasión no se somete a ellas, se sabe soberana.

Viceversa, la necesidad de creer, la necesidad de un absoluto en el sí y en el no, el *carlylismo*, si se me permite la expresión, es una necesidad de los débiles. El hombre de la fe, el creyente de todo género, es necesariamente un hombre dependiente, un hombre que no puede ponerse como fin, que no puede en general poner fines sacándolos de sí. El creyente no se pertenece a sí mismo, sólo puede ser un medio, debe ser empleado, tiene necesidad de alguien que se valga de él. Su instinto atribuye el supremo honor a la moral de la despersonalización, a ésta le persuade todo: su habilidad, su experiencia, su vanidad. Toda especie de fe es una expresión de despersonalización, de renuncia de sí mismo… Si pensamos cuán necesario es a la mayor parte de los hombres un regulador que les ligue y les fije desde el exterior, y cuánto la constricción, o en sentido más elevado, la esclavitud, es la única y última condición en que prospera el hombre débil de voluntad, y especialmente la mujer, se comprende también la convicción o fe. El hombre de convicciones tiene en la fe su espina dorsal. No ver muchas cosas, no sentirse cautivo de nada, ser siempre hombre de partido, tener una óptica severa y necesaria en todos los valores, todo esto es condición de la existencia de semejante especie de hombres. Pero con esto se es lo contrario, el antagonista del veraz, de la verdad… El creyente no es libre de tener en general una conciencia para el problema de verdadero y no verdadero: el ser leales en este punto sería pronto su ruina. La dependencia patológica de su óptica hace del hombre convencido un fanático -Savonarola, Lutero, Rousseau, Robespierre. Saint-Simon-, el tipo opuesto del espíritu fuerte y libre. Pero las grandes actitudes de estos espíritus enfermos, de estos epilépticos de la idea, impresionan a la masa; los fanáticos son pintorescos, la humanidad prefiere ver actitudes a oír argumentos…

CAPÍTULO 55

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Demos un paso más en la psicología de la convicción, de la fe. Ya durante largo tiempo he invitado yo a considerar si las convicciones no son enemigas más peligrosas de la verdad que las mentiras -Humano, demasiado humano, I, aforismo 483-. Ahora quisiera plantear la pregunta decisiva: ¿Existe en general una contradicción entre la convicción y la mentira? Todos creen que sí, pero ¡qué no cree la gente! Toda convicción tiene su historia, sus formas previas, sus errores; se convierte en convicción después de mucho tiempo de no serlo, después de haber sido durante largo tiempo apenas tal convicción. ¿Cómo? ¿No podría también existir la mentira en estas formas embrionarias de la convicción? Algunas veces sólo hubo necesidad de un cambio de persona: en el hijo llega a ser convicción lo que en el padre era todavía mentira. Por mentira entiendo yo no querer ver una cosa que se ve, no querer verla en el modo que se la ve; no tiene importancia el hecho de que la mentira se realice ante testigos o sin testigos, la mentira más común es aquella con la que nos engañamos a nosotros mismos; mentir a los demás es relativamente el caso excepcional. Ahora bien, este negarse a ver lo que se ve, este no querer ver en el modo que se ve una cosa, es casi la primera condición de todos los que forman un partido, en cualquier sentido; el hombre de partido se hace necesariamente un hombre que miente. Por ejemplo, los historiadores alemanes están convencidos de que Roma fue el despotismo, que los alemanes han traído al mundo el espíritu de libertad. ¿Qué diferencia hay entre esta convicción y una mentira? ¿Nos podríamos asombrar si por instinto todos los partidos, aun el partido de los historiadores alemanes, tuvieran en la boca las grandes frases de la moral, si la moral sobrevive casi sólo porque el hombre de partido de cualquier género tiene necesidad de ellas a cada instante? *Ésta es nuestra convicción. Nosotros la profesamos a la faz de todo el mundo, vivimos y morimos por ella - ¡respetad a todo el que tiene convicciones!* Cosas de esta índole he oído yo hasta en boca de los antisemitas. ¡Al contrario, señores míos! Un antisemita no es más respetable por el hecho de que mienta sistemáticamente… Los sacerdotes, que en tales cosas son más sutiles y comprenden perfectamente la objeción implícita en el concepto de convicción, o sea de la mentira sistemática, porque va dirigida a un fin, han heredado de los hebreos la habilidad de introducir en este lugar la idea de Dios, voluntad de Dios, revelación divina. El mismo Kant, con su imperativo categórico, se encontró en el mismo caso: aquí su razón se hizo práctica.

Hay problemas en los que la decisión sobre la verdad o falsedad que contienen no está concedida al hombre: todos los más elevados problemas, todos los sublimes problemas de valor se encuentran más allá de la razón humana… Comprender los límites de la razón, esto es precisamente la filosofía… ¿A qué fin concedió Dios al hombre la revelación? ¿Habría hecho cosa superflua? El hombre no puede saber por sí mismo que es el bien y el mal: por eso Dios le enseñó su voluntad… Moraleja: el sacerdote no miente, no existe el problema de verdadero o no verdadero en las cosas de que hablan los sacerdotes; estas cosas no permiten mentir. Porque para mentir se debería poder decidir qué es lo verdadero; pero el hombre no puede hacer esto: por consiguiente, el sacerdote no es más que el intérprete de Dios.

Semejante silogismo de los sacerdotes no es simplemente judaico y cristiano; el derecho de mentir y la habilidad de la revelación son propios del tipo sacerdote, tanto de los sacerdotes de la decadencia como de los del paganismo (paganos son aquellos que dicen sí a la vida, para los cuales Dios es la palabra para decir sí a todas las cosas). La ley, la voluntad de Dios, el libro sagrado, la inspiración, son sólo palabras para indicar las condiciones en las cuales el sacerdote adquiere el poder, por las cuales conserva su poder; estos conceptos se encuentran en el fondo de todas las organizaciones sacerdotales, de todas las formaciones sacerdotales y filosófico-sacerdotales. La santa mentira es común a Confucio, al Código de Manú, a Mahoma, a la Iglesia cristiana; no falta en Platón. La verdad está aquí: estas palabras, doquiera que son pronunciadas, significan: el sacerdote miente…

CAPÍTULO 56

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Finalmente, es importante el fin por el cual se miente. Mi objeción contra los medios empleados por el cristianismo es ésta: que en él faltan los fines santos. Sólo fines malos: envenenamiento, calumnias, negación de la vida, desprecio del cuerpo, envilecimiento y corrupción del hombre mediante el concepto de pecado; por consiguiente, también sus medios son malos.

Yo leo con sentimiento opuesto el *Código de Manú*, obra incomparablemente más intelectual y superior: sería un pecado contra el Espíritu el nombrarle juntamente con la Biblia. Pronto se comprende por qué: porque tiene detrás de sí una verdadera filosofía; la tiene en sí, y no solamente un judaísmo maloliente, mezcla de rabinismo y de superstición: da a morder algo, hasta al psicólogo más estragado. No olvidemos lo principal, la diferencia fundamental de toda especie de Biblia; con el *Código de Manú*, las clases nobles, los filósofos y los guerreros conservan su poder sobre las masas: por todas partes valores nobles, un sentido de perfección, una afirmación de la vida, un sentimiento triunfal de satisfacción de sí mismo y de la vida; el sol luce en ese libro iluminándole. Todas las cosas sobre las cuales el cristiano desahoga su inagotable vulgaridad, por ejemplo, la concepción, la mujer, el matrimonio, son tratadas aquí seriamente, con respeto, con amor y confianza. ¿Cómo poner en manos de las mujeres y de los niños un libro que contiene aquellas abyectas palabras: Para evitar la prostitución, que cada uno tenga una mujer propia y cada mujer, un hombre… es mejor casarse que abrasarse? Y ¿se puede ser cristiano siendo así que con el concepto de la inmaculada concepción el nacimiento del hombre es cristianizado, esto es, maculado?…

Yo no conozco libro alguno en que se diga a la mujer tantas cosas buenas y tiernas como en el *Código de Manú*; aquellos viejos santones tratan a la mujer con una gracia y delicadeza que acaso no ha sido superada nunca. La boca de una mujer - se lee allí -, el seno de una joven, la oración de un niño, el humo del sacrificio, son siempre puros. Y en otro lugar: No hay nada más puro que la luz del sol, la sombra de una vaca, el aire, el agua, el fuego y la respiración de una joven. Un último pasaje, que es quizá también una santa mentira: Todas las aberturas del cuerpo por encima del ombligo son puras, las de debajo son impuras. Sólo en la virgen es puro todo el cuerpo.

CAPÍTULO 57

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Se toma en flagrante la insania de los medios de que se vale el cristiano cuando se compara el fin del cristianismo con el del *Código de Manú*; cuando se pone de manifiesto este contraste de fines. El crítico del cristianismo no puede menos de hacerle despreciable. Un Código como el de Manú, nace como nace todo buen Código: resume la experiencia, la sabiduría y la moral experimental de largos milenios; concluye, no crea. La premisa de una codificación de este género es el juicio que los medios con que crear autoridad a una verdad conquistada lentamente y a caro precio sean profundamente diversos de aquellos por los que se podría demostrar aquella verdad. Un Código no relata nunca la utilidad, las razones, la casuística de los precedentes de una ley: porque con ello perdería el tono imperativo, el tú debes, la condición para ser obedecido. El problema estriba precisamente en esto. En un cierto punto de la evolución de un pueblo, la clase más juiciosa, o sea la que sabe mirar atrás y a lo lejos, declara establecida la práctica según la cual se debe o se puede vivir.

El fin de esta clase es hacer una recolección lo más posible rica y constante de los tiempos de experimentación y de las malas experiencias. Ante todo, de lo que nos debemos guardar es de la continuación del experimento, de la preexistencia de un estado fluido de valores, del indagar, del elegir, del criticar los valores hasta el infinito. Contra esto se alza un doble muro; ante todo la revelación, o sea la afirmación de que la razón de aquellas leyes no es de origen humano, no ha sido buscada y encontrada lentamente entre errores, sino que ésta, como de origen divino, es completa, perfecta, sin historia, un don, un milagro, simplemente comunicada … En segundo lugar, la tradición, o sea la afirmación de que la ley existía ya desde tiempo antiquísimo, y que el ponerla en duda sería contrario a la piedad, sería un delito contra los antepasados. La autoridad de la ley se funda en estas dos tesis: Dios la dio, los antepasados la observaron.

La razón superior de semejante procedimiento se encuentra en la intención de constreñir a la conciencia a que se retire, paso a paso, de la vida reconocida por justa (o sea demostrada por una experiencia enorme y sutilmente tamizada), de modo que se consiga el perfecto automatismo del instinto; esta premisa de todo género de maestría y de perfección en el arte de la vida. Fijar un Código a la manera, de Manú significa brindar a un pueblo la facultad de hacerse maestro, de llegar a ser perfecto, de inspirar al supremo arte de vida. *A tal fin hay que hacerle inconsciente*; tal es el fin de toda santa mentira.

La ordenación de las castas, la ley suprema y dominante es sólo la sanción de una ordenación natural, de una ley natural de primer orden, sobre la cual no tiene poder ningún arbitrio, ninguna idea moderna. En toda sociedad sana se distinguen entre sí, condicionándose recíprocamente, tres tipos, que fisiológicamente tienen una gravitación distinta, cada uno de los cuales tiene su propia higiene, un campo de trabajo propio, una cualidad propia de sentimientos de la perfección y de la maestría. La naturaleza y no Manú es la que separa a los hombres que dominan por su entendimiento, por la fuerza de los músculos o del carácter, de aquellos que no se distinguen por ninguna de estas cosas, de los mediocres; estos últimos constituyen el mayor número, los otros son la flor de la sociedad. La clase más alta -yo la llamo los poquísimos- por ser perfecta tiene también los privilegios correspondientes a los poquísimos: entre los cuales está el representar la felicidad, la belleza, la bondad en la Tierra. Únicamente a los hombres más intelectuales les es permitida la belleza: sólo en ellos no es debilidad la bondad. *Pulchrum est paucorum hominum*; la belleza es un privilegio. Nada es menos permitido a que las maneras feas o una mirada pesimista; una mirada que afea, o una indignación ante el aspecto de conjunto de las cosas. La indignación es el privilegio del chandala; e igualmente el pesimismo. El mundo es perfecto; así habla el instinto de los más intelectuales, el instinto que afirma: la imperfección, las cosas de todo género que estén por bajo de nosotros, la distancia, el *pathos* de la distancia, el chandala mismo forma parte también de esta perfección.

Los hombres más intelectuales, como son fuertes, encuentran su felicidad allí donde otros encontrarían su ruina: en el laberinto, en la dureza consigo mismos y con los demás, en el experimento: su goce consiste en vencerse a sí mismos; el ascetismo es en ellos necesidad, instinto, y para ellos es un recreo jugar con vicios que destruirían a otros… El conocimiento es una forma del ascetismo.

Estos son la especie más honorable de hombres: esto no excluye que sean la especie más serena y más amable. Dominan, no porque quieran, sino porque existen; no les es lícito ser los segundos. Los segundos: tales son los guardianes del derecho, los administradores del orden y de la seguridad, las nobles guerreros y sobre todo el rey considerado como la más alta fórmula del guerrero, del juez y del conservador de la ley. Los *segundos* son los ejecutores de los intelectuales; la cosa más próxima a ellos, los que les quitan todo lo que es grosero en el trabajo de dominación, su séquito, su mano derecha, sus mejores discípulos. En todo esto, lo repetimos, no hay nada de arbitrario, nada de fatal; lo que es diverso es artificial, entonces se hace daño a la naturaleza…

La ordenación de las castas, la jerarquía, formula solamente la ley suprema de la vida misma; la separación de los tres tipos es necesaria para la conservación de la sociedad, para hacer posibles tipos más altos y altísimos; la desigualdad de los derechos es precisamente la condición para que haya derechos en género. Un derecho es un privilegio. Según su modo de ser cada cual tiene su privilegio. No despreciamos los derechos de los mediocres. La vida es siempre más dura conforme se va elevando, aumenta el frío, aumenta la responsabilidad. Una gran civilización es una pirámide: sólo puede vivir en un terreno amplio, tiene como primera condición una mediocridad fuerte y sanamente consolidada. El oficio, el comercio, la agricultura, la ciencia, gran parte del arte, en una palabra, todo el complejo de la actividad profesional se armoniza únicamente con la moderación en el poder y en el desear; estaría fuera de lugar entre las excepciones, el instinto que le es propio contradiría tanto el aristocratismo como el anarquismo. Para ser una utilidad pública, una rueda, una función, es necesario un destino natural: lo que hace de los hombres máquinas inteligentes no es la sociedad, no es el género de felicidad de que son simplemente capaces la mayor parte de los hombres. Para los mediocres, ser mediocres, es una felicidad: la maestría en una sola cosa, la especialidad es para los mediocres un instinto natural. Sería totalmente indigno de un espíritu profundo ver ya una objeción en la mediocridad en sí. Es, por el contrario, la primera cosa necesaria para que pueda haber excepciones; una alta civilización tiene por condición la mediocridad. Sí el hombre de excepción maneja precisamente a los mediocres con manos más delicadas que las que emplea para manejarse él y a sus iguales, ésta no es sólo una cortesía del corazón; es simplemente su deber… ¿A quiénes odio yo más entre la plebe moderna? A la plebe socialista, a los apóstoles de los Tschandala que minan en el obrero el instinto, el goce, el sentimiento de contentarse con su propia existencia pequeña, que le hacen envidioso, que le enseñan la venganza … La injusticia no se encuentra nunca en la desigualdad de derechos; se encuentra en la exigencia de derechos iguales … ¿Qué es lo malo? Pues ya lo he dicho: todo la que nace de la debilidad, de la envidia, la de venganza. El anarquista y el cristiano tienen un mismo origen.

CAPÍTULO 58

CAPÍTULO CINCUENTA

En realidad, el fin por que se miente constituye una diferencia: según que con este fin se quiera conservar o destruir. Se puede instituir una igualdad perfecta entre el cristiano y el anarquista: su objeto, su instinto, tiende solamente a la destrucción. Basta leer la historia para sacar de ella la prueba de esta afirmación: la historia la presenta con terrible claridad. Ya hemos aprendido a conocer un Código religioso que tiene por objeto perpetuar la más alta condición de prosperidad de la vida, esto es, una gran organización de la sociedad; el cristianismo encontró su misión en poner término precisamente a tal organización, porque en ella la vida prosperaba. Con esto, los resultados de la razón durante largas épocas de experiencia y de incertidumbre debían ser empleados para una remota utilidad, y la cosecha debía ser tan grande, tan rica, tan completa como fuera posible: aquí, por el contrario, la cosecha fue envenenada por la noche … Lo que existía *aere perennius*, el *imperium romanum*, la más grandiosa forma de organización en circunstancias difíciles hasta ahora realizada, en comparación con la cual todo lo anterior, todo lo posterior es artificio, chapucería, diletantismo; aquellos santos anarquistas se impusieron el religioso deber de destruirlo, de destruir el mundo, esto es, el *imperium romanum*, hasta que no quedase piedra sobre piedra, hasta que los germanos y otros rudos campesinos se hicieron dueños de él. El cristiano y el anarquista, ambos decadentes, ambos incapaces de obrar de otro modo que disolviendo, envenenando, entristeciendo, chupando sangre; ambos poseídos del instinto del odio mortal contra todo lo que existe, lo que es grande, lo que dura, lo que promete un porvenir a la vida… El cristianismo fue el vampiro del *imperium romanum*; una noche hizo inconsciente la obra enorme de los romanos, la de conquistar el terreno para una gran civilización que tuviera para si el tiempo.

¿No se comprende todavía? El *imperium romanum* que nosotros conocemos, que la historia de las provincias romanas nos muestra cada vez mejor, esta admirable obra de arte de gran estilo, fue un comienzo, su construcción estaba calculada para demostrar su bondad en miles de años; hasta hoy no se construyó nunca así, ni siquiera se sonó nunca construir en igual medida *sub specie aeterni*.

Esta organización era bastante sólida para soportar malos emperadores: la calidad de las personas no tiene nada que ver en estas cosas; primer principio de toda gran arquitectura. Pero este principio no fue bastante sólido contra la más corrompida especie de corrupción, contra los cristianos… Este oculto gusano, que en la noche, y en la niebla de los días oscuros se insinuaba entre todos los individuos y quitaba a cada cual la seriedad para las cosas verdaderas, el instinto en general para la realidad, esta banda vil, afeminada y dulzona, fue poco a poco haciendo extrañas a las almas a aquella prodigiosa construcción, esto es, aquellas naturalezas preciosas, virilmente nobles, que en la causa de Roma vieron su propia causa, su propia seriedad, su propio orgullo. La socarronería de los hipócritas, el secreto de los conventículos, conceptos sombríos como infierno, sacrificio del inocente, unión mística al beber la sangre, sobre todo el fuego de la venganza lentamente avivado, de la venganza del chandala; esto venció a Roma, la misma especie de religión a la cual, en la forma en que preexistió, ya Epicuro le había declarado la guerra. Léase a Lucrecio para comprender qué fue lo que Epicuro combatió; no fue el paganismo, sino el cristianismo, o sea la corrupción de las almas por obra del concepto de culpa, de castigo y de inmortalidad. Combatió los cultos subterráneos, todo el cristianismo latente; negar la inmortalidad fue ya una verdadera liberación. Y Epicuro hubiera vencido, todo espíritu culto era epicúreo en el imperio romano, entonces apareció Pablo… Pablo, el odio contra el mundo, el hebreo, el hebreo errante por excelencia… Comprendió que con el pequeño movimiento sectario cristiano, se podría, fuera del cristianismo, provocar un incendio mortal, como con el símbolo de Dios en la Cruz se podría reunir, para hacer con ello un poder enorme, todo lo que estaba abajo y tenía secretas intenciones de revuelta, todo el conjunto de movimientos anárquicos en el imperio. *La salvación viene de los judíos.* El cristianismo fue una fórmula para superar y sumar los cultos subterráneos de todas clases, el de Osiris, el de la Gran Madre, el de Mitra, por ejemplo; en esta visión consistió el genio de Pablo. En este punto su instinto fue tan seguro que puso en labios, y no sólo en labios del Salvador, las ideas con que seducían las religiones de los chandalas, haciendo descarada violencia a la verdad; y en hacer del Salvador una cosa que pudiera comprenderla también un sacerdote de Mitra. Este fue su camino de Damasco: comprendió que tenía necesidad de la creencia en la inmortalidad para desacreditar el mundo, y que el concepto de infierno no podía hacerse señora de Roma, que con el más allá se destruye la vida… Nihilista y cristiano son cosas que van de acuerdo…

CAPÍTULO 59

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

De este modo fue anulada toda la labor del mundo antiguo: no encuentro palabras con que expresar mis sentimientos ante un hecho tan monstruoso. Y considerando que aquel trabajo era una preparación, que precisamente entonces se echaban las bases para un trabajo de milenios con granítica conciencia, repito que todo el sentido del mundo antiguo fue destruido. ¿A qué fin los griegos? ¿A qué fin los romanos? Todas las condiciones de una docta cultura, todos los métodos científicos existían ya, ya se había encontrado el gran arte, el incomparable arte de leer bien; esta condición preliminar de una tradición de cultura, de la unidad de la ciencia, la ciencia natural en unión con la matemática y la mecánica, se encontraba en el mejor camino, *el sentido de los hechos*, el último y más precioso de todos los sentidos, tenía sus escuelas, su tradición ya vieja de siglos. ¿Se comprende esto? Todo lo esencial se había encontrado, se estaba en condiciones de ponerse al trabajo; los métodos, preciso es decirlo diez veces, son lo esencial, y son también la cosa más difícil y lo que tiene contra sí, durante más tiempo, el hábito y la pereza. Lo que nosotros hoy hemos reconquistado empleando indecible violencia sobre nosotros mismos, porque todos teníamos aún en cierto modo en el cuerpo los malos instintos, los instintos cristianos, la mirada libre frente a la realidad, la mano circunspecta, la paciencia y la seriedad en las cosas mínimas, toda la probidad del conocimiento, existía ya cerca de dos milenios hace. Y además existía el tacto, el buen gusto, el gusto delicado. No como adiestramiento de cerebros. No como cultura alemana por estilo mazacote, sino como cuerpo, como gestos, como instinto…; en una palabra, como realidad… ¡Todo en vano! ¡En veinticuatro horas no quedó más que un recuerdo!

¡Griegos! ¡Romanos! ¡La nobleza del instinto, el gusto, la investigación metódica, el genio de la organización y de la administración, la creencia y la voluntad de un porvenir para el hombre, el gran sí a todas las cosas visibles en calidad de *imperium romanum* visible a todos los sentidos, el gran estilo que no era ya simplemente arte, sino que se había convertido en realidad, caridad, vida… , y no sepultado en veinticuatro horas en virtud de un fenómeno natural! ¡No destruido por los germanos y otros pueblos groseros, sino arruinado por vampiros astutos, escondidos, invisibles, enemigos! No vencido, sino chupado… ¡La oculta sed de venganza, la pequeña envidia elevada a dueña! ¡Todo lo que es miserable, todo lo que sufre de sí mismo, todo lo que está animado de malos sentimientos, todo el mundo del gueto que brota de una vez del alma y sube a lo alto!

Léase cualquier agitador cristiano, por ejemplo, San Agustín, y se comprenderá, se olerá que inmunda gente subió al poder. Nos engañaríamos completamente si creyésemos que carecían de entendimiento los jefes del movimiento cristiano: ¡Oh!, eran hábiles, hábiles hasta la santidad aquellos señores Padres de la Iglesia. Lo que les faltaba era otra cosa muy distinta. La naturaleza los ha olvidado, olvidó darles una modesta dote de instintos estimables, decorosos, puros… Entre nosotros éstos no son ni siquiera hombres… Si el Islam desprecia al cristianismo, tiene mil razones para ello: el Islam presupone hombres…

CAPÍTULO 60

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

El cristianismo nos robó la cosecha de la civilización antigua, y más tarde nos robó la cosecha de la civilización del Islam. El maravilloso mundo morisco de cultura, en España, que en el fondo nos es mucho más afín y habla a nuestros sentidos y a nuestro gusto mucho más que Roma y Grecia, fue pisoteado (no digo por qué pies). ¿Por qué? Porque era noble, porque debió su nacimiento a instintos viriles, porque afirmaba la vid con los más raros y preciosos refinamientos de las costumbres moriscas…

Más tarde los cruzados combatieron una cosa ante la cual les hubiera sido mejor postrarse en el polvo, una civilización frente a la cual hasta nuestro siglo XIX puede aparecer muy pobre, muy tardío. Ciertamente, los cruzados querían hacer botín: el Oriente era rico… Despojémonos de prejuicios: los cruzados fueron la más alta piratería y nada más. La nobleza alemana, en el fondo nobleza de vikingos, se encontró en su elemento con las cruzadas; la Iglesia sabía harto bien de qué modo se podía ganar a la nobleza alemana … La nobleza alemana, que fue siempre lo que fueron los suizos, los mercenarios para la Iglesia, siempre al servicio de los malos instintos de la Iglesia, estaba, sin embargo, bien pagada … Precisamente con la ayuda de las espadas tudescas, del valor y la sangre tudesca, condujo la Iglesia su guerra mortal contra todo lo que es noble en la Tierra.

Aquí se presenta una cantidad de preguntas dolorosas. La nobleza alemana falta casi completamente en la historia de la cultura superior: se adivina el motivo… Cristianismo, alcohol, los dos grandes medios de corrupción… En si no se puede elegir entre cristianos e Islam, entre un árabe y un hebreo. La decisión está ya hecha: nadie es libre de hacer aquí una elección. O se es un chandala o no se es un chandala: *¡Guerra a muerte a Roma! ¡Paz, amistad con el Islam!* Así lo quiso aquel gran espíritu libre, aquel genio entre los emperadores alemanes, Federico II. ¿Cómo? ¿Es menester que un alemán sea precisamente un genio, de espíritu libre para tener sentimientos decorosos? Por más que me esfuerzo, no llego a comprender cómo un alemán puede tener sentimientos cristianos…

CAPÍTULO 61

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Aquí es preciso volver a evocar un recuerdo que es aún cien veces más penoso para los alemanes. Los alemanes han robado a la Europa la última gran cosecha, la última cosecha que ha producido Europa, la del Renacimiento. ¿Se comprende fácilmente, se quiere comprender que fue el Renacimiento? *Fue la transmutación de los valores cristianos*, fue una tentativa, hecha por todos los medios, con todos los instintos, con todo el genio, para conducir a la victoria los valores contrarios, los valores nobles … Hasta ahora no ha habido más que esta única gran guerra, hasta ahora no ha habido definición de problemas más decisiva que la obrada por el Renacimiento -nuestros problemas son los mismos- ni tampoco ha habido una forma de ataque más sistemática, más derecha, más severamente dirigida contra todo el frente y contra el centro. Atacar en el punto decisivo, en la sede del cristianismo, poner en el trono papal los valores nobles, o sea introducirlos en los instintos, en las más profundas necesidades y deseos inferiores de los que tenían allí el poder. Yo veo ante mí una posibilidad de fascinación y de encanto de aquellos, completamente supra terrestre: me parece que esta posibilidad resplandece en todos los estremecimientos con una belleza refinada, que en ella obra un arte, tan divino, tan diabólicamente divino, que en vano se encontraría a través de milenios una segunda posibilidad semejante: veo un espectáculo tan rico de sentido, y, al mismo tiempo, tan maravillosamente paradójico, que todas las divinidades del Olimpo habrían prorrumpido en una mortal carcajada: *¡César Borgia Papa!* ¿Se me entiende? Pues bien: Ésta habría sido la victoria que hoy yo solo deseo…; con ésta el cristianismo quedaba abolido!…

¿Qué sucedió en cambio? Un fraile alemán, Lutero, llegó a Roma.

Este fraile, que tenía en el cuerpo todos los instintos vengativos de un sacerdote fracasado, surgió en Roma contra el Renacimiento … En lugar de comprender con profundo reconocimiento el prodigio acaecido, la derrota del cristianismo en su sede, su odio supo sacar de aquel espectáculo su propio sustento. El hombre religioso no piensa nunca más que en sí mismo.

Lutero vio la corrupción del papado, siendo así que se podía tocar con la mano precisamente lo contrario: la antigua corrupción, el *peccatum originale*, el cristianismo no se sentaba ya en la silla Papal. Por el contrario, se sentaba la vida, el triunfo de la vida. El gran sí a todas las cosas bellas, altas, audaces… Y Lutero restableció la Iglesia: la atacó… El Renacimiento: un hecho sin sentido, un gran en vano. ¡Ah, estos alemanes, cuanto nos han costado ya! Hacer todas las cosas vanas: tal fue siempre la obra de los alemanes. La Reforma, Leibniz, Kant y la llamada filosofía alemana; las guerras de liberación: el imperio; cada vez un *en vano* para alguna cosa que iba a realizarse, para alguna cosa *irreparable*. Estos alemanes son mis enemigos, yo lo confieso; en ellos desprecio yo toda especie de impureza de ideas y de valores, de vileza frente a todo sincero sí y no. Desde hace casi mil años han confundido y embrollado todo lo que han tocado con sus dedos; tienen en la conciencia, hechas a medias, hechas por tres octavas partes, todas las cosas de que la Europa padece; tienen también sobre su conciencia la más impura especie de cristianismo que existe, la más insana, la más irrefutable, el Protestantismo… Si no nos desembarazamos del cristianismo, los alemanes tienen la culpa.

CAPÍTULO 62

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Con esto he llegado al fin y expreso mi juicio. Yo condeno el cristianismo, yo elevo contra la Iglesia cristiana la más terrible de todas las acusaciones que jamás lanzó un acusador. Para mí, es la más grande de todas las corrupciones imaginables, tuvo la voluntad de la última corrupción imaginable. La Iglesia cristiana no dejó nada libre de su corrupción; de todo valor hizo un no valor, de toda verdad una mentira, de toda probidad una bajeza de alma. Y todavía se atreven a hablarme de los beneficios que ha reportado a la humanidad. Suprimir cualquier miseria era cosa contraria a su más profundo interés: vive de miserias, creó miserias para eternizarse … Por ejemplo, el gusano del pecado: la Iglesia fue precisamente la que enriqueció a la humanidad con esta miseria … La igualdad de las almas ante Dios, esta falsedad, este pretexto para los rencores de todos aquellos que tienen el ánimo abyecto, esta idea que es un explosivo y que terminó por convertirse en una revolución, idea moderna y principio de decadencia de todo el orden social es dinamita cristiana… ¡Los beneficios humanitarios del cristianismo! Éste hizo de la humanidad una contradicción consigo misma, un arte de arruinarse a sí mismo, una voluntad de mentir a toda costa, un desprecio y una repugnancia contra todos los instintos buenos y honrados. Estas son para mí las bendiciones aportadas por el cristianismo. El parasitismo como única práctica de la Iglesia; la Iglesia, que con sus ideales anémicos, con sus idealidades de santidad, chupa de la vida toda la sangre, todo el amor, toda la esperanza; el más allá como voluntad de negar toda realidad; la cruz como signo de reconocimiento por la más subterránea conjura que jamás ha existido, conjura contra la salud, contra la belleza, contra el bienestar, contra la bravura, contra el espíritu, contra la bondad del alma, contra la vida misma…

Yo quiero escribir sobre todas las paredes esta eterna acusación contra el cristianismo, allí donde haya paredes; yo poseo una escritura que hace ver aun a los ciegos… Yo llamo al cristianismo la única gran maldición, la única gran corrupción interior, el único gran instinto de venganza, para el cual ningún medio es bastante venenoso, oculto, subterráneo, pequeño; yo la llamo la única inmortal vergüenza de la humanidad.

¡Y pensar que medimos el tiempo partiendo del día funesto en que comenzó esta tan degradante fatalidad: desde el primer día del cristianismo!

¿Y por qué no mejor desde su último día? ¿Desde hoy? ¡Transmutación de todos los valores!…

36. EL NEGRO DE PEDRO EL GRANDE (ALEXANDER PUSHKIN)

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7

CAPÍTULO UNO

Entre los jóvenes enviados por Pedro el Grande a países extraños con el fin de adquirir conocimientos, imprescindibles para un estado modernizado, figuraba su ahijado, el negro Ibrahim. Estudió en una escuela militar de París, se licenció como capitán de artillería distinguiéndose en la guerra de España y regresó gravemente herido a París. El emperador, aun en medio de su vasta tarea, no dejaba de interesarse por su favorito. Siempre eran halagüeños los informes que recibía sobre su conducta y sus éxitos. Tan complacido estaba Pedro, que más de una vez lo llamó para que regresara a Rusia, pero Ibrahim no tenía prisa. Se excusaba poniendo diversos pretextos, la herida unas veces, el deseo de perfeccionar sus conocimientos o la falta de dinero, otras; y Pedro, indulgente con sus demandas, le pedía que cuidara la salud, le agradecía su celo por los estudios y, aunque extremadamente cuidadoso con sus propios gastos, no escatimaba para él su tesoro, añadiendo a las monedas de oro consejos paternales y exhortaciones a la prudencia.

Según atestiguan todas las notas históricas, nada podía compararse con la alegre frivolidad, la locura y el lujo de los franceses de aquella época. Los últimos años del reinado de Luis XIV, marcados por la estricta devoción de la corte, la seriedad y la decencia, no habían dejado ni rastro. El duque de Orleans, que combinaba muchas cualidades brillantes con vicios de toda clase, no poseía desgraciadamente ni sombra de hipocresía. Las orgías del Palais Royal no eran un secreto para París; su ejemplo era contagioso. Por aquella época apareció Law; la codicia por el dinero se unía a las ansias de placer y de dispersión; las propiedades desaparecían; la moral se extinguía; los franceses reían y hacían sus cuentas, mientras el estado se desintegraba acompañado por los estribillos juguetones de los vaudevilles satíricos.

Entretanto la sociedad presentaba un cuadro de lo más interesante. La educación y la necesidad de divertirse habían acercado los diversos estados. La riqueza, la cortesía, la fama y el talento, la misma rareza, todo cuanto daba alimento a la curiosidad y prometía diversión se aceptaba con la misma benevolencia. La literatura, la ciencia y la filosofía abandonaban sus silenciosos despachos y aparecían en el círculo del gran mundo para servir a la moda dirigiendo sus gustos. Las mujeres reinaban, pero ya no exigían adoración. La amabilidad superficial había sustituido al profundo respeto. Las travesuras del duque de Richelieu, el Alcibíades de la nueva Atenas, pertenecen a la historia y dan idea de las costumbre de la época.

Temps fortuné, marqué par la licence,
Où la folie, agitant son grelot,
D'un pied léger parcourt toute la France,
Où nul mortel en daigne être dévot,
Où l'on fait tout excepté pénitence.

La aparición de Ibrahim, su aspecto, su cultura y su natural inteligencia despertaron en París la atención general. Todas las damas deseaban ver en su casa a le Nègre du czar y lo acosaban disputándoselo entre ellas; el regente lo había invitado varias veces a sus alegres reuniones; Ibrahim asistía a las cenas animadas por la juventud de Arouet y la vejez de Chaulieu o por la conversación de Montesquieu y Fontenelle; no dejó pasar ni un baile, ni una fiesta, ni un estreno y se entregaba al torbellino general con todo el ardor de sus años y de su raza. Pero la idea de cambiar esta dispersión, estas brillantes diversiones, por la dura sencillez de la corte de Petersburgo no era lo único que horrorizaba a Ibrahim. Otros lazos más fuertes lo unían a París. El joven africano amaba.

La condesa D., que ya había pasado su primera juventud, era todavía famosa por su belleza. A los diecisiete años, cuando salió del convento, la casaron con un hombre del que no tuvo tiempo de enamorarse y quien, posteriormente, nunca se preocupó de ello. Las habladurías le atribuían amantes, pero según las condescendientes leyes de la sociedad gozaba de buen nombre al no podérsele reprochar ninguna aventura ridícula o escandalosa. Su casa estaba muy de moda. Allí se reunía la mejor sociedad parisina. A Ibrahim se la presentó el joven Merville, que estaba considerado como su último amante, cosa que intentaba dar a entender por todos los medios.

La condesa recibió a Ibrahim cortésmente, pero sin ninguna atención especial; él se sintió halagado. Generalmente al joven negro lo miraban como a un milagro, lo rodeaban, lo abrumaban con saludos y preguntas, y esta curiosidad, aunque encubierta por un aire de benevolencia, ofendía su amor propio. La dulce atención de las mujeres, que es casi el único fin de nuestros esfuerzos, no sólo no alegraba su corazón sino que lo llenaba de indignación y amargura. Sentía que para ellas era una especie de animal raro, una criatura especial, extraña, casualmente trasladada a un mundo que no tenía nada que ver con él. Llegaba incluso a envidiar a los hombres que nadie notaba, considerando su insignificancia como una bendición.

La idea de que no fue creado por la naturaleza para compartir una pasión le había librado de la suficiencia y las pretensiones del amor propio, lo cual confería un raro encanto a su trato con las mujeres. Su conversación era sencilla y grave; gustó a la condesa D., harta de las eternas bromas y finas insinuaciones del ingenio francés. Ibrahim la visitaba con frecuencia. Poco a poco ella fue acostumbrándose al aspecto del joven negro, e incluso empezó a encontrar algo grato en el cabello crespo, cuyo color oscuro destacaba entre las pelucas empolvadas de su salón (Ibrahim tenía una herida en la cabeza y llevaba una venda). Tenía veintisiete años; era alto y esbelto, y más de una hermosa dama se lo quedaba mirando con un sentimiento más halagüeño que la simple curiosidad; pero Ibrahim, que era precavido, o no lo notaba o no veía otra cosa que coquetería. Cuando su mirada se encontraba con la de la condesa, la desconfianza desaparecía. Los ojos de la condesa expresaban una bondad tan encantadora, su trato era tan sencillo y espontáneo, que era imposible sospechar en ella ni una sombra de coquetería o de burla.

Aunque el amor no se le pasaba por la cabeza, sentía la necesidad de ver a la condesa todos los días. Buscaba el encuentro con ella donde fuera y cada vez que ocurría, le parecía siempre una inesperada bendición del cielo. La condesa adivinó sus sentimientos antes que él mismo. Digan lo que digan, el amor sin esperanzas ni exigencias afecta al corazón femenino mucho más que las estrategias de la seducción. En presencia de Ibrahim la condesa seguía todos sus movimientos, escuchaba atentamente todas sus palabras; sin él, se quedaba pensativa y volvía a su habitual distracción… Merville fue el primero en fijarse en esta inclinación recíproca y en felicitar a Ibrahim. Nada enciende tanto el amor como el comentario alentador de un extraño. El amor es ciego y, al no confiar en sí mismo, se agarra apresuradamente a cualquier asidero. Las palabras de Merville despertaron a Ibrahim. Hasta entonces la posibilidad de poseer a la mujer amada no se le había pasado por la imaginación; la esperanza iluminó de pronto su alma; se enamoró localmente. En vano la condesa, asustada por el frenesí de su pasión, intentó contraponer exhortaciones de amistad y consejos de buen sentido; ella misma era cada vez más débil. Las imprudentes recompensas se iban sucediendo con rapidez. Y finalmente, arrastrada por la intensidad de la pasión que ella misma había inspirado, languideciendo bajo sus efectos, se entregó al maravillado Ibrahim…

Nada escapa a la mirada de la sociedad observadora. El nuevo amor de la condesa pronto fue conocido por todos. Algunas damas se sorprendieron de su elección, otras, en cambio, la encontraban muy natural. Unas se reían, otras veían en ello una imprudencia imperdonable de la condesa. En su primer arrebato de pasión, Ibrahim y la condesa no se daban cuenta de nada, pero pronto las bromas ambiguas de los hombres y las observaciones mordaces de las mujeres empezaron a alcanzarlos. Hasta entonces, la actitud seria y fría de Ibrahim lo había protegido de tales ataques; ahora, los soportaba impacientemente y no sabía cómo responder a ellos. La condesa, acostumbraba al respeto de la sociedad, perdía la serenidad al verse objeto de maledicencias y burlas. Unas veces se quejaba llorando a Ibrahim, y otras le lanzaba amargos reproches o le rogaba que no intentara defenderla para evitar cualquier escándalo innecesario que pudiera llevarla a la ruina.

Una nueva circunstancia vino a complicar aún más su situación. Se manifestó la consecuencia de un amor imprudente. Consejos, consuelos y sugerencias, todo fue agotado y rechazado. La condesa preveía el inevitable final y lo esperaba con horror.

Cuando se conoció el estado de la condesa, arreciaron los rumores. Las damas sensibles se llevaban las manos a la cabeza; los hombres hacían apuestas sobre el hijo: ¿sería blanco o negro? Los epigramas llovieron sobre su marido, el único en París que no sabía ni sospechaba nada.

Se acercaba la hora de la verdad. El estado de la condesa era terrible. Ibrahim iba a verla todos los días. Veía cómo poco a poco la iban abandonando las fuerzas morales y físicas. Su llanto y su horror se repetían a cada instante. Al fin, sintió los primeros dolores. Precipitadamente se tomaron medidas. Encontraron la manera de alejar al conde. Llegó el médico. Dos días antes habían convencido a una pobre mujer para que entregara a su hijo recién nacido a gente extraña; una persona de confianza fue a buscarlo. Ibrahim se encontraba en un gabinete junto al dormitorio donde yacía la pobre condesa. Sin atreverse a respirar oía sus lamentos ahogados, el susurro de la criada y las órdenes del médico. El tormento fue largo. Cada gemido le partía el alma; cada silencio lo llenaba de terror… de pronto oyó el grito débil del niño y, sin poder contener su alegría, corrió al cuarto de la condesa; un niño negro estaba a los pies de su cama. Ibrahim se acercó a él. El corazón le latía con fuerza. Bendijo al niño con mano temblorosa. La condesa le sonrió débilmente y le tendió una mano desmayada, pero el médico, temiendo una gran emoción para la enferma, alejó a Ibrahim de su cama. Metieron al recién nacido en una cesta cubierta y lo sacaron de la casa por una escalera oculta. Trajeron al otro niño y lo colocaron en una cuna en la habitación de la parturienta. Ibrahim se marchó algo más tranquilo. Esperaban al conde. Volvió tarde, se enteró del feliz alumbramiento de su esposa y se quedó muy contento. Con esto quedaban defraudadas las esperanzas del público, que, habiendo anticipado una historia sabrosa, tuvo que contentarse con la sola maledicencia.

Todo volvió a la normalidad. Pero Ibrahim sentía que su destino iba a cambiar, que tarde o temprano el conde D. se enteraría. En ese caso, pasara lo que pasara, la condesa estaban perdida. Ibrahim amaba con pasión y era correspondido; pero la condesa era caprichosa y frívola. Él no era su primer amor, y los sentimientos más tiernos podían ser sustituidos en su corazón por el odio y el desdén. Ibrahim veía acercarse ya el momento de su frialdad; hasta entonces no había conocido los celos, aunque los presintiera con horror; entonces, imaginando que el sufrimiento de la separación sería menos doloroso, empezó a prepararse para romper la desdichada unión, abandonar París y dirigirse a Rusia, donde desde hacía mucho lo estaban llamando Pedro y un oscuro sentimiento de su propio deber.

CAPÍTULO DOS

Transcurrían los días y los meses y el enamorado Ibrahim no se decidía a abandonar a la mujer que había seducido. La condesa se encariñaba cada vez más con él. Su hijo se criaba en una provincia lejana. Las habladurías de la gente empezaron a calmarse y los amantes disfrutaban de una mayor tranquilidad, acordándose en silencio de la tormenta que acababa de pasar y procurando no pensar en el futuro.

Un día Ibrahim asistió a una recepción del duque de Orleans. El duque, al pasar junto a él, se detuvo y le entregó una carta, ordenándole que la leyera en un momento de paz. La carta era de Pedro I. El soberano, adivinando la verdadera razón de su ausencia, escribía al duque para decirle que no tenía intención de forzar a Ibrahim a nada y que dejaba en sus manos la decisión de regresar o no a Rusia; pero que en cualquier caso no abandonaría a su protegido. La carta emocionó profundamente a Ibrahim. En aquel momento se decidió su destino. Al día siguiente comunicaba al regente su propósito de partir inmediatamente para Rusia.

—Piense en lo que va a hacer —dijo el duque—. Rusia no es su patria; no creo que tenga ocasión de volver a ver su cálida tierra, pero su larga estancia en Francia lo ha hecho igualmente ajeno al clima y al modo de vida de la Rusia medio salvaje. Usted no ha nacido súbdito de Pedro. Créame: aproveche su magnánimo permiso. Quédese en Francia, por la que ya ha derramado sangre, y tenga por seguro que tampoco aquí sus méritos y talentos quedarán sin una digna recompensa.

Ibrahim expresó su sincero agradecimiento al duque pero permaneció firme en su decisión.

—Lo lamento —repuso el duque—, aunque creo que tiene usted razón. —Y prometiéndole aceptar su dimisión, escribió al zar dándole cuenta de todo.

Pronto Ibrahim estuvo preparado para la marcha. La tarde en víspera de su viaje la pasó en casa de la condesa D., como de costumbre. Ella no sabía nada, e Ibrahim no tuvo el valor suficiente para decírselo. La condesa parecía tranquila y contenta. Lo llamó varias veces y le gastaba bromas al verlo ensimismado. Todos los invitados se marcharon después de la cena. Quedaron solos en el salón la condesa, su marido e Ibrahim. El desdichado Ibrahim habría dado cualquier cosa por quedarse a solas con ella; pero el conde D. se había instalado junto al fuego tan plácidamente que no se podía ni pensar en hacerlo abandonar la habitación. Los tres estaban callados. «Bonne nuit», dijo, por fin, la condesa. A Ibrahim se le encogió el corazón y sintió de pronto todos los horrores de la separación. Estaba inmóvil. «Bonne nuit, messieurs», repitió la condesa. Ibrahim seguía sin poder moverse… Sólo cuando ya se le nubló la vista y la cabeza empezaba a darle vueltas consiguió, a duras penas, salir de la habitación. Al llegar a casa, casi sin sentido, escribió la siguiente carta:

Me voy, querida Leonora, te dejo para siempre. Te escribo esta carta porque no tengo fuerzas para decírtelo de otra manera.

Mi felicidad no podía durar. He disfrutado de la dicha en contra del destino y de la naturaleza. Dejarías de amarme un día, el encanto desaparecería. Esta idea me ha perseguido siempre, incluso en aquellos momentos en que parecía olvidarlo todo cuando, a tus pies, me emborrachaba de tu apasionada abnegación, de tu ternura infinita… La frívola sociedad en realidad persigue aquello que dice tolerar: su fría ironía tarde o temprano te habría vencido, habría doblegado la pasión de tu alma y habrías terminado por avergonzarte… ¿Qué sería de mí entonces? ¡No! Es preferible la muerte, es mejor abandonarte sin esperar ese terrible instante…

Tu paz es para mí lo más valioso; no podías disfrutarla mientras todas las miradas estaban dirigidas hacia nosotros. Recuerda todo cuanto has tenido que soportar: todos los insultos a tu amor propio, todo el sufrimiento del temor; recuerda el terrible nacimiento de nuestro hijo. Piensa: ¿puedo yo seguir sometiéndote a todas esas emociones y peligros? ¿De qué vale intentar unir el destino de un ser tan delicado, tan hermoso, con la vida llena de calamidades de un negro, lastimosa criatura que a duras penas ha merecido llamarse hombre?

Adiós, Leonora, adiós, mi querida y única amiga. Al abandonarte dejo las primeras y las últimas alegrías de mi vida. No tengo patria ni amigos. Marcho a la triste Rusia, donde disfrutaré de un total aislamiento. Las severas ocupaciones a las que me he de entregar de ahora en adelante distraerán al menos, si no consiguen ahogar, los dolorosos recuerdos de los días de felicidad y placer… Adiós, Leonora, me arranco de esta carta como si fuera de tus brazos; adiós, sé feliz y algún día piensa en el pobre negro, en tu fiel

IBRAHIM

Aquella misma noche partió para Rusia.

El viaje no le resultó tan penoso como esperaba. Su imaginación venció a la realidad. Cuanto más se alejaba de París, más cerca y más vivamente veía todas aquellas cosas que abandonaba para siempre.

Sin darse cuenta se encontró en la frontera rusa. Empezaba el otoño, pero los cocheros, a pesar del mal estado del camino, lo llevaban con la velocidad del viento, y al decimoséptimo día de su viaje llegaba a Krásnoye Seló, por donde entonces pasaba el camino principal.

Quedaban veintiocho verstas hasta Petersburgo. Mientras disponían el carruaje entró en la isba de los cocheros. En un rincón vio a un hombre alto, vestido con un caftán verde, con una pipa de barro en la boca y que, apoyado en la mesa, leía periódicos de Hamburgo. Al oír que había entrado alguien levantó la cabeza.

—¡Vaya! ¡Ibrahim! —gritó levantándose del banco—. ¡Hola, ahijado!

Ibrahim, al reconocer a Pedro, en un arrebato de alegría corrió hacia él, pero se detuvo respetuosamente. El soberano se acercó, lo abrazó y le dio un beso en la cabeza.

—Estaba avisado de tu llegada —dijo Pedro— y he venido a tu encuentro. Llevo esperándote desde el día de ayer.

Ibrahim no encontraba palabras para expresar su agradecimiento.

—Di que tu carruaje nos siga —continuó el soberano— y súbete al mío, iremos a casa.

Acercaron el carruaje del zar; ambos se sentaron juntos y emprendieron la marcha. Al cabo de hora y media llegaban a Petersburgo. Ibrahim miraba con curiosidad la capital recién nacida, que se levantaba sobre los pantanos por capricho de la autocracia. Diques descubiertos, canales sin malecón, puentes de madera por doquier mostraban la reciente victoria de la voluntad humana sobre la resistencia de las fuerzas naturales. Las casas parecían construidas con prisas. La ciudad nada tenía de magnífico, salvo el Neva que todavía no estaba embellecido con el marco de granito, pero sí cubierto ya de barcos militares y mercantes. El coche del soberano se detuvo ante el palacio del entonces llamado Jardín del Zar. En la puerta recibió a Pedro una mujer de unos treinta y cinco años, muy hermosa, vestida según la última moda de París. Pedro le dio un beso en la boca y, cogiendo a Ibrahim de la mano, dijo:

—Kátenka ¿reconoces a mi ahijado? Espero que lo trates con el mismo cariño de antes.

Yekaterina lo miró con sus ojos negros y penetrantes y le alargó la mano con benevolencia. Dos jóvenes bellas, altas, esbeltas y frescas como rosas, que estaban detrás de ella, se acercaron a Pedro respetuosamente.

—Liza —dijo a una de ellas—, ¿te acuerdas del muchacho negro que robaba manzanas para ti en mi jardín de Oranienbaum? Aquí está, te lo presento.

La gran duquesa se echó a reír ruborizándose. Pasaron al comedor. La mesa estaba puesta en espera del soberano. Pedro se sentó a comer acompañado de toda la familia e invitó a Ibrahim a que hiciera lo mismo. Durante la comida hablaron de cuestiones diversas, el soberano le preguntó por la guerra de España, por los asuntos internos de Francia y por el regente, a quien apreciaba a pesar de censurarle muchas cosas. Ibrahim se distinguía por una inteligencia precisa y observadora. Pedro quedó muy complacido con sus respuestas; recordó algunos rasgos de la infancia de Ibrahim, evocándolos con tanta bondad y tan buen humor, que nadie hubiera podido reconocer en este cariñoso y hospitalario anfitrión al héroe de Poltava, al poderoso y temible transformador de Rusia.

Después de comer el soberano, siguiendo la costumbre rusa, se retiró a reposar. Ibrahim se quedó con la emperatriz y las duquesas. Procuró satisfacer la curiosidad de las damas describiendo la vida de París, las fiestas y las modas caprichosas. Entretanto, algunas de las personas allegadas al soberano se reunieron en el palacio. Ibrahim reconoció al magnífico príncipe Ménshikov quien, al ver al negro hablando con Yekaterina, lo miró altanero de reojo; al príncipe Yakov Dolgoruky, el implacable consejero de Pedro; al sabio Bruce, que tenía entre el pueblo la reputación de un Fausto ruso; al joven Raguzinsky, antiguo amigo suyo, y a algunos otros que llegaban para despachar con el soberano o a la espera de sus órdenes.

El zar salió al cabo de dos horas.

—Vamos a ver —le dijo a Ibrahim— si no has olvidado tu antigua tarea. Coge la pizarra y sígueme.

Pedro se encerró para atender los asuntos de estado en la tornería. Trabajó por turno con Bruce, con el príncipe Dolgoruky y con el general de policía de Vière y además le dictó a Ibrahim varios ukaz y disposiciones. Ibrahim no dejaba de admirar la rapidez y la claridad de su inteligencia, la firmeza y la flexibilidad de su atención y la diversidad de sus ocupaciones. Al acabar el trabajo, Pedro sacó una libreta para asegurarse de que todo lo que tenía dispuesto para el día se había cumplido. Luego, al salir de la tornería, le dijo a Ibrahim:

—Ya es tarde, supongo que estarás cansado: quédate a dormir aquí como en los viejos tiempos. Te despertaré mañana.

Ibrahim, al quedarse solo, tardó en recobrarse. Estaba en Petersburgo; había vuelto a ver al gran hombre junto al cual, sin conocer aún su valía, había pasado su infancia. Casi con remordimientos se confesaba en el fondo de su alma que por primera vez desde la separación, la condesa D. no había constituido su único pensamiento durante todo el día. Pensaba que la nueva vida que le esperaba, llena de actividad y de ocupaciones constantes, podía reanimar su alma cansada por las pasiones, el ocio y una secreta melancolía. La idea de ser el colaborador del gran hombre y de actuar con éste sobre el destino de un gran pueblo despertó en él por primera vez el sentimiento de una noble ambición. En este estado de ánimo se acostó en el catre que le habían preparado; una vez más su ensoñación habitual lo transportó al lejano París, a los brazos de la dulce condesa.

CAPÍTULO TRES

Al día siguiente, Pedro, cumpliendo su promesa, despertó a Ibrahim y lo felicitó por su nombramiento como capitán-lugarteniente de la compañía de bombarderos del regimiento Preobrazhensky, de la cual era capitán él mismo. Los cortesanos rodearon a Ibrahim, procurando, cada uno de ellos a su manera, colmar de atenciones al nuevo favorito. El arrogante príncipe Ménshikov le estrechó la mano amistosamente. Sheremétev se interesó por sus amigos parisinos y Golovín lo invitó a comer. Todos los demás siguieron el ejemplo de este último, con lo que Ibrahim recibió invitaciones para un mes por lo menos.

Los días de Ibrahim eran uniformes pero, por estar llenos de actividad, no conocía el aburrimiento. Con el paso de los días se fue sintiendo cada vez más unido al soberano y conociendo mejor su elevado espíritu. La más interesante de las ciencias resulta de seguir los pensamientos de un hombre. Ibrahim vio cómo Pedro discutía con Buturlin y Dolgoruky en el Senado, cómo analizaba las cuestiones importantes de la legislación, lo presenciaba afirmando la grandeza marítima de Rusia en el colegio del almirantazgo, lo vio con Feofán, Gavriil Buzhinsky y Kopievich, lo observaba leyendo traducciones de publicistas en los ratos libres, o visitando la fábrica de un mercader, el taller de un artesano o el despacho de un hombre de ciencias. A Ibrahim Rusia le parecía un enorme taller en el que solamente las máquinas se movían, y donde cada obrero, sometido a un orden preciso, cumplía con dedicación su tarea. Él mismo se consideraba obligado a trabajar ante su propia máquina y procuraba añorar lo menos posible las diversiones de la vida parisina. Más difícil le resultaba alejar otro recuerdo, el recuerdo querido: a menudo pensaba en la condesa D., imaginándose su justa indignación, sus lágrimas y su tristeza… pero, a veces, un terrible pensamiento le oprimía el pecho: el gran mundo disoluto, una nueva relación, otro afortunado… y entonces se estremecía, los celos hacían hervir su sangre africana, y a punto estaba de dejar correr lágrimas calientes por su rostro negro.

Una mañana estaba sentado en su despacho, rodeado de documentos, cuando de pronto oyó una voz fuerte que lo saludaba en francés; Ibrahim se volvió con viveza y reconoció al joven Korsakov, a quien había dejado en

París en el torbellino del gran mundo, que lo estrechó en sus brazos con alegres exclamaciones.

—Acabo de llegar —dijo Korsakov— y he venido a verte inmediatamente. Todos nuestros conocidos de París te mandan saludos y lamentan tu ausencia; la condesa D. me ha mandado decirte que vuelvas cuanto antes, aquí tienes su carta.

Ibrahim, temblando, cogió la carta y se quedó mirando la letra del sobre que tan bien conocía, sin atreverse a dar crédito a sus ojos.

—Cuánto me alegro —continuó Korsakov— de que no hayas muerto de aburrimiento en este bárbaro Petersburgo. ¿Qué se hace aquí? ¿A qué se dedica la gente? ¿Quién es tu sastre? ¿Tenéis ópera al menos?

Ibrahim le contestó distraído que el soberano estaría seguramente trabajando en los astilleros. Korsakov se echó a reír.

—Veo que no es el momento —dijo—, otro día hablaremos de todo; ahora voy a presentarme ante el soberano. —Con estas palabras giró sobre una pierna y salió corriendo de la habitación.

Al quedarse solo Ibrahim se apresuró en abrir la carta. La condesa se quejaba tiernamente, reprochándole su fingimiento y falta de confianza. «Me dices —escribía— que mi paz es para ti lo más precioso de este mundo. ¡Ibrahim! Si esto fuera cierto, ¿podrías haberme sometido al estado que me causó la inesperada noticia de tu marcha? Temías que te retuviera; pero puedes estar seguro de que habría sabido sacrificar mi amor por tu bienestar y por aquello que tú hubieras considerado tu deber». La condesa concluía la carta con apasionadas declaraciones de amor y le suplicaba que le escribiera aunque sólo fuera de tarde en tarde, si no había ninguna esperanza de volver a verse alguna vez.

Ibrahim releyó la carta veinte veces, besando arrebatadamente las líneas que tenían para él un valor inapreciable. Ardía en deseos de saber algo de la condesa, y ya se preparaba para marchar al almirantazgo donde esperaba encontrar a Korsakov, cuando se abrió la puerta y éste apareció de nuevo. Se había presentado ante el soberano y, como de costumbre, parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Entre nous —le dijo a Ibrahim— el soberano es un hombre rarísimo; imagínate, me lo he encontrado vestido con una camiseta de hilo, subido al mástil de un barco nuevo, donde me he tenido que encaramar con todos mis despachos. Me sostenía en una escalera de cuerda, sin tener lugar suficiente para hacer una reverencia apropiada al caso, y me azoré completamente, cosa que no me había ocurrido en mi vida. El soberano, después de leer los papeles, me miró de pies a cabeza, y seguramente, el buen gusto y la elegancia de mi traje lo sorprendieron agradablemente; al menos me sonrió y me invitó a la asamblea de esta tarde. Pero en Petersburgo soy un verdadero extranjero, en seis años de ausencia he olvidado todas las costumbres de aquí; hazme el favor de ser mi mentor, ven a buscarme y preséntame.

Ibrahim se lo prometió apresurándose a llevar la conversación al tema que más le interesaba:

—¿Y cómo está la condesa D.?

—¿La condesa? Bueno, como era de esperar, tu marcha la afectó mucho al principio, pero luego se fue consolando poco a poco y ya tiene un nuevo amante. ¿Sabes quién es? El marqués R., el larguirucho. Pero ¿por qué desorbitas así esos ojos de negro que tienes? ¿Acaso no sabes que la pena prolongada no está en la naturaleza humana y menos en la femenina? Piénsatelo bien, que yo voy a ver si descanso del viaje; no te olvides de venir a buscarme.

¿Qué sentimientos llenaron el alma de Ibrahim? ¿Los celos? ¿La furia? ¿La desesperación? No era nada de eso, sino una profunda y opresiva tristeza. Se decía a sí mismo una y otra vez: ya lo había previsto, esto tenía que suceder. Luego abrió la carta de la condesa, la volvió a leer y, cabizbajo, se echó a llorar amargamente. Lloró durante largo rato. Las lágrimas le aliviaron el corazón. Al mirar el reloj se dio cuenta de que ya era hora de salir. Le hubiera gustado faltar, pero su presencia en la asamblea se debía a su posición, y el soberano exigía la asistencia de todas las personas próximas a él. Se vistió y fue a buscar a Korsakov.

Encontró a Korsakov en bata, leyendo un libro en francés.

—¡Qué pronto! —le dijo a Ibrahim.

—Perdóname —le contestó Ibrahim—, pero ya son las cinco y media y vamos a llegar tarde. Vístete cuanto antes y nos vamos.

Korsakov se levantó de un salto y llamó con fuerza; los criados llegaron corriendo y Korsakov empezó a vestirse apresuradamente. Su ayuda de cámara francés le trajo unos zapatos con tacones rojos, un pantalón de terciopelo azul celeste y un caftán rosa cubierto de lentejuelas; en la antecámara empolvaron rápidamente la peluca y se la trajeron. Korsakov hundió en la peluca su pequeña cabeza de pelo corto, reclamó la espada y los guantes, dio unas diez vueltas delante del espejo y anunció a

Ibrahim que estaba listo. Los lacayos les dieron unos abrigos de piel de oso, y partieron hacia el Palacio de Invierno.

Korsakov atosigó a Ibrahim a preguntas: ¿quién era la mujer más bella de Petersburgo?, ¿quién era el que mejor bailaba?, ¿qué baile estaba de moda? Ibrahim, de mala gana, satisfacía su curiosidad. Mientras tanto se estaban acercando al palacio. Una multitud de largos trineos, viejos carromatos y carrozas doradas se encontraba ya en el prado. Junto a la puerta se agolpaban los cocheros con librea y bigotes, recaderos con brillantes oropeles, plumas y mazos, húsares, pajes, lacayos patosos, cargados con abrigos de pieles y manguitos de sus señores: toda una corte imprescindible para los boyardos de aquellos tiempos. Al ver a Ibrahim todos murmuraban: «El negro, el negro del zar». Éste hizo pasar rápidamente a Korsakov a través del grupo multicolor de criados. El lacayo de palacio les abrió las puertas de par en par y entraron en la sala. Korsakov se quedó pasmado… En una gran habitación, iluminada con velas de sebo, que daban una luz tenue entre nubes de humo de tabaco, altos dignatarios con cintas azules que les cruzaban los hombros, embajadores, mercaderes extranjeros, oficiales de la guardia con uniformes verdes, técnicos navales con chaquetillas y pantalones a rayas, formaban una multitud que recorría la sala de punta a punta con el acompañamiento incesante de música de viento. Las damas ocupaban los asientos distribuidos a lo largo de las paredes. Las jóvenes brillaban con todo el lujo de la moda. Sus vestidos relucían de oro y plata; de los amplios miriñaques surgían, como tallos, sus estrechas cinturas; refulgían los diamantes en los pendientes, entre los tirabuzones y junto al cuello. En medio de la animación, volvían la cabeza, esperando a los caballeros y el comienzo del baile. Las damas de más edad intentaban combinar con astucia las nuevas modas de vestir con las de antaño, ya mal vistas: las cofias parecían gorritos de cibelina de la zarina Natalia Kirílovna, y los vestidos y las mantillas no eran sino un extraño recuerdo de los sarafán y los chalecos forrados. Se diría que asistían a estas nuevas reuniones con más sorpresa que deleite, ocupadas en mirar de reojo, molestas, a las mujeres e hijas de los capitanes de buques holandeses vestidas con faldas de algodón y blusas rojas, que hacían punto, hablaban entre sí y se reían como si estuvieran en casa. Korsakov no conseguía salir de su asombro. Se les acercó un criado llevando una bandeja con cerveza y vasos.

—Que diable est-ce que tout cela? —preguntó quedamente Korsakov a Ibrahim.

Ibrahim no pudo contener una sonrisa. La emperatriz y sus hijas, deslumbrantes de belleza y elegancia, se paseaban entre los invitados dándoles conversación amablemente. El soberano estaba en otra habitación. Korsakov, que quería hacerse ver, consiguió a duras penas llegar hasta él a través de la multitud que no cesaba en su trasiego. En la otra habitación casi todos eran extranjeros que, con aire de importancia fumaban sus pipas de barro y vaciaban jarras, de barro también. En las mesas había botellas de vino y de cerveza, sacos de cuero con tabaco, vasos de ponche y tablas de ajedrez. En una de ellas Pedro jugaba a las damas con un inglés ancho de hombros que era capitán de buque. Se hacían constantes saludos con salvas de humo de sus pipas. Korsakov, por más vueltas que daba alrededor del soberano, no conseguía que éste reparara en él, desconcertado como estaba por una jugada inesperada de su adversario. En ese momento un grueso señor, con un grueso ramo de flores en el pecho, entró en la habitación haciendo alharacas para anunciar con voz tronante que el baile había comenzado; desapareció inmediatamente, seguido por numerosos invitados, entre los que iba Korsakov.

El inesperado espectáculo lo dejó atónito. Distribuidos a lo largo de toda la sala de baile y al son de una música bien lamentable, las damas y los caballeros se enfrentaban cara a cara en dos filas; los caballeros se inclinaban en una profunda reverencia a la que las damas respondían con otra, aún más profunda, primero al frente, luego hacia la derecha y hacia la izquierda, otra vez de frente, después a la derecha y así sucesivamente. Korsakov se mordía los labios y desorbitaba los ojos contemplando este enrevesado pasatiempo. Las reverencias duraron cerca de media hora. Cuando por fin cesaron, el señor grueso del ramo de flores, tras anunciar que los bailes ceremoniales habían terminado, ordenó a la orquesta que tocara un minué. Korsakov se alegró y se preparó para brillar. Entre las jóvenes invitadas había una que le había gustado especialmente. Tenía unos dieciséis años, su traje denotaba riqueza, aunque también un gusto refinado, y estaba sentada junto a un hombre de edad de aire serio y severo. Korsakov se acercó a ella volando y le rogó que le hiciera el honor de bailar con él. La bella joven lo miró confundida dando la impresión de que no sabía qué responder. El hombre que se encontraba a su lado frunció el ceño todavía más. Korsakov se quedó esperando la respuesta de la dama hasta que el señor del ramo se le acercó, lo llevó al centro de la sala y le dijo con aire importante:

—Señor mío, sois culpable; en primer lugar, por haberos acercado a esta joven sin haber hecho las tres reverencias debidas; y segundo, por haberos arrogado la libertad de elegirla, cuando en el minué este derecho pertenece a la dama y no al caballero; por lo cual vais a ser castigado duramente; tendréis que beberos la copa de la gran águila. Korsakov estaba cada vez más sorprendido. En un instante lo rodearon todos los invitados, exigiendo ruidosamente el cumplimiento de la ley. Pedro, al oír los gritos y las risotadas, salió de la otra habitación, pues era muy aficionado a asistir a este tipo de castigos. La multitud le abrió paso y se colocó en el círculo donde se encontraban el condenado y el maestro de la asamblea con una enorme copa llena de malvasía. Intentaba en vano convencer al delincuente para que se sometiera a la ley voluntariamente.

—¡Ajá! —exclamó Pedro al ver a Korsakov—, te han pescado; pues haz el favor, mesié, de bebértelo sin pestañear.

No había nada que hacer. El pobre petimetre se tomó la copa entera sin respirar y se la devolvió al maestro.

—Escucha, Korsakov —le dijo Pedro—, llevas pantalón de terciopelo, que ni siquiera yo uso, aun siendo mucho más rico que tú. Eso es un derroche, a ver si voy a tener que reñirte.

Después de escuchar la reprimenda, Korsakov quiso salirse del círculo, pero se tambaleó y estuvo a punto de caerse para gran júbilo del soberano y de toda la alegre concurrencia. Este episodio no sólo no perturbó la unidad y el entretenimiento de la fiesta, sino que la animó todavía más. Los caballeros empezaron a arrastrar los pies y a hacer reverencias mientras que las damas se aplicaban en hacer aún más reverencias y en taconear con más ahínco sin prestar ya ninguna atención al ritmo. Korsakov no podía participar en la alegría general. La dama que había elegido se acercó a Ibrahim, obedeciendo las órdenes de su padre, Gavrila Afanásievich, y bajando sus ojos azules le dio la mano tímidamente. Ibrahim bailó con ella el minué y la devolvió después al lugar donde había estado sentada; luego buscó a Korsakov, lo sacó de la sala, le ayudó a meterse en el coche y lo llevó a su casa. Por el camino Korsakov balbucía cosas ininteligibles: «¡Maldita asamblea…! ¡Maldita copa de la gran águila!»; pero, sin enterarse siquiera de que habían llegado a su casa y de que lo habían desnudado y metido en la cama; se durmió profundamente. A la mañana siguiente se despertó con dolor de cabeza recordando confusamente el sonido de los pies arrastrándose por el suelo, las reverencias, el humo del tabaco, al señor del ramo de flores y la copa de la gran águila.

CAPÍTULO CUATRO

Ahora quisiera que mi benévolo lector conociese a Gavrila Afanásievich Rzhevsky. Pertenecía a una antigua familia de boyardos y poseía grandes extensiones de tierra, era muy hospitalario, muy aficionado a la caza con halcón y tenía una servidumbre numerosa. En una palabra, era un verdadero señor ruso, según su propia expresión, no aguantaba nada que tuviera el más leve tufo alemán y procuraba conservar en la vida diaria todas las viejas costumbres que tanto amaba.

Su hija tenía diecisiete años. Se quedó sin madre siendo aún una niña. Fue educada a la antigua usanza, es decir, rodeada de amas, nodrizas, amigas y doncellas, bordaba con oro y no sabía leer ni escribir. Su padre, a pesar de la aversión que tenía a todo lo foráneo, no pudo oponerse a su deseo de aprender bailes alemanes de un oficial sueco prisionero que vivía en su casa. Este respetable maestro de baile tenía unos cincuenta años, su pierna derecha había recibido varias balas en Narva, por lo que no servía demasiado para minués y courantes, pero la izquierda marcaba los pasos más complicados con un arte y una facilidad asombrosas. La alumna hacía honor a sus esfuerzos. Natalia Gavrílovna tenía fama en las asambleas de ser la que mejor bailaba, lo cual fue, en parte, la razón de la falta de Korsakov. Éste al día siguiente fue a ver a Gavrila Afanásievich para pedirle excusas, pero la desenvoltura y la presunción del joven petimetre no agradaron al orgulloso boyardo, que le puso el gracioso mote de «mono francés».

Era un día de fiesta; Gavrila Afanásievich esperaba a varios parientes y amigos. En la antigua sala estaban disponiendo una larga mesa. Los invitados llegaban con sus mujeres y sus hijas, liberadas por fin de su reclusión doméstica por un decreto del soberano y su propio ejemplo. Natalia Gavrílovna se acercaba a los invitados con una bandeja de plata llena de tacitas de oro, y cada cual tomaba la suya, lamentando que el beso que antaño se solía recibir en esa circunstancia hubiera dejado de ser costumbre. Todos se dirigieron a la mesa. En el lugar principal, junto al anfitrión, se sentó su suegro, el príncipe Boris Alekséevich Lykov, un boyardo de setenta años; luego los demás invitados fueron sentándose respetando la antigüedad de cada familia, haciendo con ello un homenaje a los tiempos felices del orden de precedencia; los hombres se colocaron a un lado de la mesa y las mujeres al otro; a un extremo ocuparon sus lugares habituales: el ama de llaves, vestida con una antigua chambra y cofia; la enana, una mujer diminuta de treinta años, estirada y llena de arrugas, y el prisionero sueco, vestido con un desgastado uniforme azul. La mesa, completamente abarrotada de platos, estaba rodeada por numerosos criados que iban y venían sin parar y de entre los que se distinguía el mayordomo por su mirada severa, su enorme barriga y una majestuosa inmovilidad. Los primeros minutos de la comida se dedicaron exclusivamente a hacer los honores a las creaciones de nuestra antigua cocina; solamente el sonido de los platos y de las ocupadísimas cucharas rompían el silencio general. Al fin el dueño de la casa, viendo que había llegado el momento de distraer a los invitados con una amable conversación, se volvió y preguntó:

—¿Y dónde está Yekímovna? Que la llamen.

Varios criados echaron a correr, pero en aquel mismo instante entró en la habitación una vieja cantando y bailando, con la cara empolvada y muy pintada, adornada con flores y oropeles, ataviada con un vestido de algodón y con el cuello y el pecho descubiertos. Su aparición causó el deleite general.

—Hola, Yekímovna —dijo el príncipe Lykov—, ¿cómo estás?

—Sana y salva, compadre: bailando y cantando, esperando novio.

—¿Dónde estabas, tontaina? —preguntó el dueño de la casa.

—Arreglándome, compadre, para los queridos huéspedes, para la fiesta de Dios, según la voluntad del zar y la orden del boyardo, a la manera alemana, para que todo el mundo se ría.

Al oír estas palabras los invitados empezaron a reírse a carcajadas y la tonta ocupó su sitio, detrás de la silla del dueño de la casa.

—Pues la tonta, entre tanta tontería, dice muchas veces la verdad —dijo Tatiana Afanásievna, la hermana mayor del anfitrión, a la que éste respetaba profundamente—. La verdad es que los trajes de ahora son de risa. Si ya vosotros, señores, os habéis afeitado las barbas y os habéis puesto unos caftanes cortitos, ¡qué decir de los trapos de las mujeres! Qué pena del sarafán, las cintas de las chicas y de la cofia. Miras a las mujeres de ahora y da pena verlas, pena y risa: el pelo tan cardado que parece fieltro y encima, grasiento y cubierto de harina francesa, la tripita tan ceñida que parece que se va a romper, las enaguas tan estiradas sobre los aros, que se tienen que meter en el carromato de costado y agacharse al pasar por una puerta. No pueden estar ni de pie ni sentadas, no pueden ni respirar, unas verdaderas mártires, pobrecitas.

—¡Ay, Tatiana Afanásievna! —dijo Kirila Petróvich T., que había sido jefe militar de Riazan, donde consiguió adquirir tres mil siervos y una mujer, ambas cosas a duras penas—. Por mí, que la mujer se vista como quiera, de espantapájaros o de princesa china, sólo pido que no se encargue vestidos todos los meses y tire los anteriores completamente nuevos. Antes las nietas recibían como dote el sarafán de sus abuelas, pero los trajes de ahora los lleva la señora un día, y al siguiente la doncella. ¿Qué va a ser esto? La ruina para la nobleza rusa, ¡estamos buenos! —y diciendo esto miró a su María Ilyínishna, a la que evidentemente no le gustaban ni las loas a los tiempos antiguos ni el vituperio de los modernos. Las otras damas callaban aunque compartían su disgusto, porque en aquellos tiempos la modestia estaba considerada una virtud imprescindible para una mujer joven.

—¿Y quién tiene la culpa? —dijo Gavrila Afanásievich, llenando una jarra de kvas—. ¿No seremos nosotros mismos? Las mujeres hacen el tonto, pero nosotros lo consentimos.

—¿Y qué le vamos a hacer si no está en nuestras manos impedirlo? —repuso Kirila Petróvich—. A uno le gustaría encerrar a su mujer en un castillo pero la reclaman para la asamblea con tambores; si el marido coge el látigo, la mujer se agarra a los trajes. ¡Ay, estas asambleas!, son un castigo de Dios por nuestros pecados.

María Ilyínishna no podía quedarse impasible; le picaba la lengua; por fin no pudo aguantarse más y, dirigiéndose a su marido con una sonrisa agria, le preguntó qué veía de malo en las asambleas.

—Pues lo malo de las asambleas —dijo el esposo acalorado— es que desde que empezaron, los maridos ya no pueden con sus mujeres. Las mujeres han olvidado las palabras apostólicas: sométete a tu marido; ya no piensan en la casa sino en los trapos; ya no piensan en complacer a sus maridos, sino en cómo hacer para que se fijen en ellas los oficiales botarates. ¿Le parece decente, señora, que la mujer o la hija de un boyardo ruso esté junto con alemanes tabaqueros y sus sirvientas? ¿Dónde se ha visto eso de bailar hasta la noche y hablar con hombres jóvenes? ¡Si por lo menos fueran parientes, pero son desconocidos!

—Diría algo, pero prefiero callarme —dijo Gavrila Afanásievich frunciendo el entrecejo—. Tengo que confesar que las asambleas tampoco son de mi agrado: si te descuidas, te cruzas con un borracho, o te emborrachan a ti mismo y haces el ridículo. Tienes que estar ojo avizor para que algún jovenzuelo de ésos no haga alguna travesura con tu hija; y la juventud de ahora está tan dejada de la mano de Dios que es una vergüenza. El otro día, sin ir más lejos, el hijo del difunto Yevgraf Serguéevich Korsakov armó tal escándalo en la asamblea con mi Natasha que me sacó los colores. Al día siguiente veo que entra un coche en mi patio. ¿Quién será?, pensé, ¿no será el príncipe Aleksandr Danílovich? ¡Qué va, era Iván Yevgráfovich! Y no fue capaz de pararse en la verja y llegar hasta la casa andando, nada de eso, viene volando, haciendo reverencias y hablando por los codos. Por cierto, que la tonta de Yekímovna lo imita tan bien que te hace morir de risa; anda, tonta, haz de mono extranjero.

La tonta Yekímovna agarró la tapadera de una fuente, se la metió bajo el brazo como si fuera un sombrero y se puso a hacer visajes arrastrando los pies y haciendo reverencias, mientras decía: «Musié… mamuasel… asamblea… pardon». Los invitados mostraron de nuevo su deleite con una larga carcajada general.

—¡El mismo Korsakov! —dijo el anciano príncipe Lykov secándose las lágrimas de risa, después de que la calma se hubiera restablecido poco a poco—. ¿Y para qué vamos a fingir? No es el primero ni el último que vuelve del extranjero a la santa Rusia hecho un bufón. ¿Qué les enseñan allí a nuestros hijos? A hacer reverencias, a hablar en Dios sabe qué lengua, a no respetar a los mayores y a hacer la corte a mujeres casadas. De todos los jóvenes educados en países extranjeros (que Dios me perdone) el que más se parece a una persona es el negro del zar.

—Claro que sí —dijo Gavrila Afanásievich—, es un hombre serio y decente, no como ese otro… ¿Quién acaba de entrar al patio en coche? ¿No será otra vez ese mono extranjero? ¿A qué esperáis, brutos? —continuó dirigiéndose a los criados—. Id corriendo y decidle que no estoy y que en adelante no se le ocurra…

—Barba vieja, ¿estás soñando? —lo interrumpió la tonta Yekímovna—. ¿O estás ciego? Es el trineo real, ha llegado el zar.

Gavrila Afanásievich se levantó apresuradamente de la mesa; todos corrieron hacia las ventanas y vieron efectivamente al soberano que subía las escaleras apoyándose en el hombro de su ordenanza. Se armó un gran revuelo. El dueño de la casa se precipitó al encuentro de Pedro; los criados echaron a correr como locos, los invitados se asustaron y muchos de ellos pensaron incluso en marcharse a sus casas cuanto antes. De pronto, se oyó en la antesala la voz fuerte de Pedro, se hizo el silencio y entró el zar acompañado por el anfitrión, que estaba completamente aturdido por la alegría.

—Buenos días, señores —dijo Pedro con expresión animada. Todos hicieron una profunda reverencia. La rápida mirada del zar descubrió entre la gente a la joven hija del dueño. La llamó y Natalia Gavrílovna se acercó a él con bastante decisión, aunque ruborizándose no sólo hasta las orejas, sino hasta los mismos hombros—. Estás cada día más hermosa —le dijo el zar y le dio un beso en el pelo según su costumbre. Luego se volvió hacia los invitados—. Os he interrumpido, estabais comiendo. Por favor, sentaos a la mesa, y tú, Gavrila Afanásievich, tráeme vodka de anís.

El anfitrión corrió hacia el majestuoso mayordomo, le arrebató la bandeja, llenó él mismo la copa de oro y se la dio al zar con una profunda inclinación. Pedro bebió el vodka, comió un bizcocho seco y volvió a pedir a los invitados que continuaran la comida. Todos ocuparon sus antiguos puestos, menos la enana y el ama de llaves, que no se atrevieron a permanecer en la mesa honrada con la presencia del zar. Pedro se sentó junto al dueño de la casa y pidió sopa. El ordenanza del soberano le dio una cuchara de madera con incrustaciones de marfil y un tenedor y un cuchillo con mango de hueso verde, ya que Pedro nunca utilizaba cubiertos que no fueran los suyos. La comida, que hasta aquel momento había estado animada por la locuacidad y por una alegría ruidosa, continuó en un tono forzado y silencioso. El anfitrión no comía nada de tanto respeto y satisfacción que sentía, también los invitados estaban cohibidos y escuchaban con arrobamiento cómo hablaba el soberano en alemán de la campaña de 1701 con el prisionero sueco. La tonta Yekímovna, a quien el zar hizo varias preguntas, le contestaba con una especie de frialdad tímida, que, dicho sea de paso, no confirmaba en modo alguno su natural tontería. Al fin terminó la comida. El soberano se levantó y todos los invitados le imitaron.

—Gavrila Afanásievich —le dijo al dueño—, quiero hablar contigo a solas —y cogiéndolo del brazo se lo llevó a la sala cerrando la puerta con llave. Los invitados se quedaron en el comedor comentando en voz baja esta inesperada visita y, por temor a ser indiscretos, se fueron yendo, sin haberle dado las gracias al anfitrión por su hospitalidad. Su suegro, su hija y su hermana los acompañaban a la puerta tratando de no hacer ruido; luego se quedaron solos en el comedor esperando a que saliera el zar.

CAPÍTULO CINCO

Al cabo de media hora se abrió la puerta y salió Pedro. A la triple reverencia del príncipe Lykov, de Tatiana Afanásievna y de Natasha respondió con una solemne inclinación de cabeza y se dirigió directamente a la antesala. El dueño de la casa le dio su pelliza roja, lo acompañó hasta el trineo y en la misma puerta se volvió a agradecerle el honor que le había concedido. Pedro se marchó.

Al volver al comedor Gavrila Afanásievich parecía muy preocupado. Ordenó malhumorado a los sirvientes que recogieran la mesa cuanto antes, mandó a Natasha a su habitación y, diciendo a su hermana y a su suegro que tenía que hablar con ellos, los condujo al dormitorio en que solía reposar después de comer. El viejo príncipe se tumbó en la cama de roble, Tatiana Afanásievna se sentó en una antigua butaca forrada de damasco apoyando los pies en una banqueta; Gavrila Afanásievich cerró todas las puertas con llave, se sentó en la cama a los pies del príncipe Lykov y empezó a media voz la siguiente conversación:

—La visita del soberano no era casual, ¿a que no sabéis de qué tuvo a bien hablar conmigo?

—¿Cómo quieres que lo sepamos, hermano? —dijo Tatiana Afanásievna.

—¿No te habrá encomendado gobernar alguna provincia? —dijo el suegro—. Ya era hora. ¿O te manda a una embajada? ¿Por qué no? También envían a las cortes de otros soberanos a personas de familias de abolengo, no sólo a los diáconos.

—No —contestó su yerno con aire sombrío—. Soy un hombre chapado a la antigua y ya no nos necesita para el servicio, aunque bien pudiera ser que un noble ruso ortodoxo valiera más que todos estos vendedores de empanadillas y musulmanes; pero esto es otra cuestión.

—Entonces ¿de qué estuvo hablando contigo tanto tiempo? —preguntó Tatiana Afanásievna—. ¿No habrá pasado algo malo? ¡Dios nos salve!

—No es que fuera malo, pero me ha dado mucho que pensar.

—¿Qué es, hermano? ¿Qué ha pasado?

—Se trata de Natasha; el zar ha buscado un novio para ella.

—¡Alabado sea Dios! —dijo Tatiana Afanásievna santiguándose—. La muchacha está ya en edad de casarse, el novio será como el padrino, será un honor; lo que hace falta es que sean felices. ¿Y quién es el novio?

—¿Quién? —suspiró Gavrila Afanásievich—. Ése es el asunto.

—¿Quién es? —preguntó el príncipe Lykov que estaba empezando a dormitar.

—A ver si lo adivináis —dijo Gavrila Afanásievich.

—¿Cómo quieres que lo adivinemos, hermano? —repuso la vieja—. No habrá pocos novios en la corte: cualquiera se sentiría afortunado casándose con Natasha. ¿No es Dolgoruky?

—No, no es Dolgoruky.

—Tanto mejor, es demasiado arrogante. ¿Shein, Troyekurov?

—Ninguno de los dos.

—Menos mal, tampoco me gustan, muy ligeros de cascos y demasiado llenos de espíritu alemán. ¿Entonces, Miloslavsky?

—Tampoco es él.

—Más vale así, es rico pero tonto. ¿Quién más? ¿Yeletsky? ¿Lvov? ¿Tampoco? ¿No será Raguzinsky? Tú dirás quién es, no se me ocurre. ¿Con quién quiere el zar que se case Natasha?

—Con el negro Ibrahim.

La vieja, boquiabierta, se llevó las manos a la cabeza. El príncipe Lykov levantó la suya de la almohada y repitió sorprendido:

—El negro Ibrahim.

—Hermano, querido —dijo Tatiana Afanásievna con voz lacrimosa—, no le busques la ruina a tu única hija, no entregues a nuestra Natasha en las garras de ese demonio negro.

—Pero ¿cómo se le puede negar algo al soberano —repuso Gavrila Afanásievich— que nos promete su protección a todos, a mí y a toda la familia?

—¡Cómo! —exclamó el viejo príncipe, al que ya se le había pasado el sueño—. ¡Casar a Natasha, mi nieta, con un negro comprado!

—No es de una familia cualquiera —dijo Gavrila Afanásievich—, es hijo de un sultán negro. Los musulmanes lo cogieron prisionero y lo vendieron en Constantinopla, allí lo salvó nuestro embajador y se lo regaló al zar. El hermano mayor del negro vino a Rusia con un gran rescate y…

—Vamos, Gavrila Afanásievich —lo interrumpió la vieja—, ya conocemos el cuento de Bova Korolévich y Yeruslán Lasarévich. Más vale que nos digas qué le contestaste al zar.

—Le dije que suyo era el poder y que nosotros, sus siervos, le obedeceríamos en todo.

En ese momento se oyó un ruido al otro lado de la puerta. Gavrila Afanásievich fue a abrirla, pero al sentir una resistencia dio un fuerte empujón; la puerta se abrió y vieron a Natasha que yacía desmayada sobre el suelo ensangrentado.

Cuando el zar se encerró con su padre, a Natasha le dio un vuelco el corazón. Tuvo el presentimiento de que se trataba de ella y, en cuanto su padre la mandó a su habitación diciendo que tenía que hablar con su tía y su abuelo, no pudo resistir la tentación de la curiosidad femenina, penetró hasta la puerta del dormitorio a través de las habitaciones interiores y no dejó pasar ni una palabra de la terrible conversación. Al escuchar las últimas palabras de su padre, la desdichada joven perdió el sentido y, al caerse, su cabeza golpeó contra un baúl de hierro forjado donde guardaban su ajuar.

Acudieron los criados; levantaron a Natasha, la llevaron a la alcoba y la tumbaron en la cama. Al poco tiempo volvió en sí, abrió los ojos, pero no reconoció ni a su padre ni a su tía. Tenía fiebre y en su delirio hablaba del negro del zar y de la boda; de pronto gritó con voz penetrante y quejumbrosa: «Valerián, querido Valerián, ¡vida mía, sálvame, aquí vienen!…». Tatiana Afanásievna miró inquieta a su hermano, éste se puso pálido, se mordió los labios y salió de la habitación sin decir una palabra. Volvió a reunirse con el viejo príncipe que se había quedado abajo sin poder subir las escaleras.

—¿Cómo está Natasha? —preguntó.

—Mal —contestó el disgustado padre—, peor de lo que pensaba; está llamando a Valerián en su delirio.

—¿Quién es ese Valerián? —preguntó el viejo, preocupado—. ¿No será aquel huérfano, hijo de streletsy, que se crio en tu casa?

—El mismo —contestó Gavrila Afanásievich—. Para mi desgracia su padre me salvó la vida en tiempos de la rebelión y el diablo me hizo acoger en mi casa al maldito lobezno. Hace dos años lo inscribí en el regimiento siguiendo sus ruegos, pero en la despedida Natasha se echó a llorar, mientras él parecía haberse vuelto de piedra. Me pareció sospechoso y se lo dije a mi hermana. Desde entonces Natasha no ha vuelto a nombrarlo y no hemos sabido nada más de él. Pensé que lo había olvidado pero veo que no es así. Está decidido: se casará con el negro.

El príncipe Lykov no discutía: habría sido inútil. Se marchó a su casa; Tatiana Afanásievna se quedó junto a la cama de Natasha; Gavrila Afanásievich mandó llamar al médico y se encerró en su habitación y la casa se volvió silenciosa y triste.

La inesperada noticia del casamiento sorprendió a Ibrahim no menos que a Gavrila Afanásievich. Ocurrió de la siguiente manera: un día Pedro, cuando trabajaba con Ibrahim, le dijo:

—He notado que estás triste; dime francamente, ¿qué es lo que te falta? —Ibrahim aseguró al soberano que estaba contento con su suerte y que no deseaba nada mejor—. Bien —dijo el soberano—. Si estás triste sin razón alguna, sé cómo alegrarte.

Cuando acabaron de trabajar Pedro preguntó a Ibrahim:

—¿Te gusta la joven con la que bailaste el minué en la última asamblea?

—Es una joven encantadora y además parece discreta y buena.

—Voy a hacer que la conozcas mejor. ¿Quieres casarte con ella?

—¿Yo?…

—Mira, Ibrahim, eres un hombre solitario, no tienes familia, eres un extraño para todos menos para mí. Si yo me muriese hoy, ¿qué sería de ti mañana, mi pobre negro? Tienes que buscar un lugar antes de que sea tarde; encontrar el apoyo de nuevas relaciones, emparentarte con los boyardos rusos.

—Soberano, me siento afortunado por la protección y los favores de su majestad. Lo único que pido es que el Señor no quiera que yo sobreviva a mi zar y benefactor; pero, en el caso de que yo quisiera casarme, ¿aceptarían la joven y sus familiares? Mi aspecto físico…

—¡Tu aspecto físico! ¡Qué tontería! ¿Quién podría decir que no eres un joven apuesto? Una joven debe someterse a la voluntad de sus padres, y ya veremos qué dice el viejo Gavrila Rzhevsky cuando vea que soy yo tu padrino.

Con estas palabras el soberano mandó llamar a su cochero y dejó a Ibrahim sumido en una profunda reflexión.

«Casarme —pensaba el africano—, ¿por qué no? ¿Acaso es mi destino pasar mi vida en soledad y no conocer los mejores placeres y las obligaciones más sagradas del hombre, solamente porque he nacido bajo el decimoquinto paralelo? No puedo esperar ser amado, pero esto es un argumento digno de un niño; ¿acaso se puede creer en el amor?, ¿acaso existe en un corazón femenino y frívolo? Renunciando a las dulces ilusiones he encontrado otras más sustanciosas. El soberano está en lo cierto: he de asegurar mi futuro. La boda con la joven Rzhévskaya me ligará a la arrogante nobleza rusa con lo que dejaré de ser un advenedizo en mi nueva patria. No exigiré amor de mi mujer; me contentaré con su lealtad y ganaré su amistad con mi constante ternura, confianza y condescendencia».

Ibrahim, como siempre, quiso seguir trabajando pero tenía la imaginación demasiado ocupada. Dejó los papeles y fue a dar un paseo por las orillas del Neva. De repente oyó la voz de Pedro; se volvió y vio al soberano que se había bajado del trineo y lo seguía con aire complacido.

—Todo está arreglado —dijo Pedro cogiéndolo del brazo—. He pedido su mano en tu nombre. Ve a ver mañana a tu suegro; pero no te olvides de regalar su orgullo de boyardo: deja el trineo en la verja, cruza el patio a pie, háblale de sus méritos y de su linaje, y estará loco contigo. Y ahora —continuó agitando el bastón—, llévame a casa de ese bribón de Danílich, con quien tengo que tratar de sus nuevos desmanes.

Ibrahim agradeció sinceramente a Pedro su preocupación paterna, lo acompañó hasta el magnífico palacio del príncipe Ménshikov y regresó a su casa.

CAPÍTULO SEIS

El candil proyectaba una luz tenue sobre el altar acristalado, haciendo brillar los marcos de plata y oro de los iconos de la familia. La luz temblorosa iluminaba débilmente las cortinas que ocultaban la cama y la mesilla llena de frascos con etiquetas. Junto a la estufa estaba una sirvienta sentada ante una rueca; el leve sonido del huso era lo único que alteraba el silencio de la habitación.

—¿Quién hay aquí? —dijo una voz débil. La sirvienta se levantó en seguida, se acercó a la cama y apartó la cortina cuidadosamente.

—¿Va a amanecer pronto? —preguntó Natasha.

—Ya es mediodía —contestó la sirvienta.

—Ay, Dios mío, ¿por qué está todo tan oscuro?

—Están cerradas las ventanas, señorita.

—Tráeme la ropa en seguida.

—No puede ser, señorita, el médico no lo permite.

—¿Es que estoy enferma? ¿Desde cuándo?

—Han hecho dos semanas.

—¿Será posible? Me parece que me he acostado ayer…

Natasha se quedó callada; intentaba reunir las ideas dispersas. Le había ocurrido algo, pero ¿qué era?, no lo recordaba. La sirvienta seguía delante de ella esperando órdenes. En ese instante se oyó un ruido sordo abajo.

—¿Qué pasa? —preguntó la enferma.

—Los señores han terminado de comer —contestó la sirvienta—, se levantan de la mesa. Ahora vendrá Tatiana Afanásievna.

Natasha pareció alegrarse; agitó una mano débil. La sirvienta cerró la cortina y volvió a sentarse junto a la rueca.

A los pocos minutos apareció una cabeza con una cofia blanca y ancha adornada con cintas oscuras, que preguntó a media voz:

—¿Cómo está Natasha?

—Buenos días, tía —dijo la enferma con voz mortecina; Tatiana Afanásievna se acercó a ella presurosamente.

—La señorita ha vuelto en sí —dijo la sirvienta acercando un sillón con cuidado.

La vieja, llorando, besó la cara pálida y lánguida de su sobrina y se sentó a su lado. Seguidamente entró el médico alemán con un caftán negro y una peluca de sabio, tomó el pulso a Natasha y anunció, primero en latín y luego en ruso, que estaba fuera de peligro. Tras pedir papel y un tintero, escribió una nueva receta y se marchó; la vieja se levantó, volvió a besar a Natasha y bajó inmediatamente a darle la buena noticia a Gavrila Afanásievich.

En la sala, el negro del zar, sentado, de uniforme y con sable, con el sombrero en la mano, hablaba respetuosamente con Gavrila Afanásievich. Korsakov, arrellanado en un sofá de plumas, los escuchaba distraído mientras hacía rabiar al galgo favorito del dueño; pronto se aburrió y se acercó al espejo, refugio habitual de su ociosidad, y allí vio reflejada a Tatiana Afanásievna, que hacía señas desde la puerta a su hermano, sin que éste la viera.

—Lo están llamando, Gavrila Afanásievich —dijo Korsakov volviéndose hacia él e interrumpiendo a Ibrahim. Gavrila Afanásievich fue inmediatamente al encuentro de su hermana y cerró la puerta al salir de la habitación.

—Me admira tu paciencia —dijo Korsakov a Ibrahim—. Llevas una hora entera escuchando pamplinas sobre la antigüedad de la familia de los Rzhevsky y de los Lykov, y encima añades tus propias consideraciones morales. En tu lugar j’aurais planté là al viejo embustero y a toda su familia, incluyendo también a Natalia Gavrílovna que está haciendo dengues, fingiéndose enferma, une petite santé… Dime la verdad, ¿es posible que estés enamorado de esta pequeña mijaurée? Escucha, Ibrahim, hazme caso aunque sea por una vez; te juro que soy más razonable de lo que parezco. Olvídate de esta idea absurda. No te cases. Tengo la impresión de que tu novia no tiene ninguna inclinación especial por ti. ¿Qué cosas no pasarán en la vida? Yo, por ejemplo, que no se puede decir que sea feo, he tenido a veces la ocasión de burlar maridos que no eran peores que yo, te lo juro. Tú mismo… ¿recuerdas a nuestro amigo de París, el conde D.? No se puede confiar en la fidelidad de las mujeres; dichoso aquel que pueda contemplarlo con indiferencia, ¡pero tú!, con tu carácter apasionado, pensativo y sospechoso, con la nariz aplastada, los labios hinchados y ese cabello tan duro, ¿cómo se te ocurre lanzarte en los peligros del matrimonio?

—Gracias por tu consejo de amigo —lo interrumpió fríamente Ibrahim—, pero recuerda el proverbio: no te metas a cuidar niños ajenos.

—Ándate con ojo, Ibrahim —se rio Korsakov—, no vaya a ser que tengas que cumplir ese proverbio en la realidad, en su sentido literal.

En la otra habitación la conversación se hacía por momentos más acalorada.

—Esto va a terminar con ella —decía la vieja—. No podrá soportar su aspecto.

—Piénsalo por ti misma —repuso su hermano tercamente—. Llevamos dos semanas recibiéndole en casa como novio de Natasha y todavía no ha visto a la novia. Llegará a pensar que su enfermedad es una simple invención y que estamos haciendo tiempo para quitárnoslo de encima. Además, ¿qué va a decir el zar? Ha mandado tres veces a preguntar por la salud de Natasha. Digas lo que digas, no pienso ponerme a mal con él.

—¡Dios mío de mi vida! —exclamó Tatiana Afanásievna—, ¿qué va a ser de la pobre niña? Por lo menos déjame que vaya a prepararla para la visita.

Gavrila Afanásievich accedió y volvió a la sala.

—Gracias a Dios —dijo a Ibrahim— ya está fuera de peligro. Natasha está mucho mejor; si no me diera reparo dejar aquí solo a nuestro querido invitado Iván Yevgráfovich, te llevaría arriba para que vieras a tu novia.

Korsakov felicitó a Gavrila Afanásievich, le rogó que no se preocupara asegurando que tenía que marcharse y salió corriendo a la antesala, sin permitir al anfitrión que le acompañara hasta la puerta.

Entretanto, Tatiana Afanásievna había subido apresuradamente para preparar a la enferma ante la visita del temible huésped. Al entrar en la alcoba se sentó jadeante junto a la cama, tomó a Natasha de la mano pero, antes de que pudiera decir una sola palabra, la puerta se abrió. Natasha preguntó quién había llegado. La anciana se quedó sin habla. Gavrila Afanásievich corrió la cortina, miró fríamente a la enferma y preguntó cómo se sentía. La enferma quiso sonreírle, pero no pudo. La mirada severa de su padre la sorprendió y la llenó de inquietud. En aquel momento tuvo la sensación de que había alguien a la cabecera de su cama. Haciendo un esfuerzo levantó la cabeza y reconoció de inmediato al negro del zar. Entonces recordó todo y se imaginó su horroroso futuro; pero el profundo agotamiento no dejó entrever ninguna conmoción aparente. Natasha reclinó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos… su corazón latía dolorosamente. Tatiana Afanásievna hizo una señal a su hermano indicándole que la enferma quería dormir, y todos salieron de la habitación sin hacer ruido, menos la sirvienta, que volvió a sentarse junto a la rueca.

La pobre joven abrió los ojos y viendo que ya no había nadie junto a su cama, llamó a la sirvienta y la mandó a buscar a la enana. En un instante una minúscula vieja, redonda como una bola, rodó hacia su cama. La Golondrina (así llamaban a la enana), con toda la fuerza de sus diminutas piernas, había seguido a Gavrila Afanásievich y a Ibrahim corriendo escaleras arriba y se había quedado detrás de la puerta fiel a la curiosidad, tan propia del bello sexo. Al verla, Natasha mandó fuera a la sirvienta y la enana se sentó en una banqueta a los pies de su cama.

Nunca un cuerpo tan pequeño había contenido tanta energía vital. Intervenía en todo, lo sabía todo, intercedía por todos. Gracias a su hábil y astuta inteligencia se había ganado el cariño de sus señores y el odio de toda la casa, en la que disponía a su voluntad. Gavrila Afanásievich hacía caso de sus acusaciones, quejas y mezquinas solicitudes; Tatiana Afanásievna le pedía su opinión a cada instante y se guiaba por sus consejos; y Natasha sentía por ella un cariño sin límites y le confiaba todos sus pensamientos, todas las vicisitudes de su corazón de dieciséis años.

—¿Sabes, Golondrina? —le dijo—. Mi padre me casa con el negro.

La enana suspiró profundamente y su cara arrugada se arrugó todavía más.

—¿Crees que no hay esperanza? —siguió Natasha—. ¿Crees que mi padre no se apiadará de mí?

La enana sacudió la cofia.

—¿Ni siquiera me van a ayudar el abuelo y la tía?

—No, señorita. Mientras estabas enferma el negro los ha hechizado a todos. El señor está loco por él, el príncipe no habla de otra cosa, y Tatiana Afanásievna dice que es una pena que sea negro porque no podíamos soñar en un novio mejor.

—¡Dios mío! —gimió la pobre Natasha.

—No tengas pena, hermosura —dijo la enana, besándole la mano débil—. Aunque estés casada con el negro, seguirás siendo libre. Ya no es como antes; los maridos no encierran a sus mujeres; y el negro, dicen, es muy rico; no te faltará de nada y vivirás como se te antoje…

—¡Pobre Valerián! —dijo Natasha, pero con una voz tan desmayada que la enana sólo pudo adivinar las palabras sin haberlas oído.

—Eso digo, señorita —pronunció bajando misteriosamente la voz—, si pensaras menos en el huérfano ese, no lo habrías nombrado cuando tuviste fiebre y tu padre no estaría enfadado.

—¿Qué? —dijo Natasha asustada—. ¡He hablado de él, papá lo ha oído y está enfadado!

—Eso es lo malo —contestó la enana—, ahora si le pides que no te case con el negro pensará que es por culpa de Valerián. No hay nada que hacer: obedece la voluntad paterna, y sea lo que Dios quiera.

Natasha no dijo ni una palabra más. La idea de que su padre conocía el secreto de su corazón le hizo una impresión enorme. Le quedaba una única esperanza: morir antes de que se celebrara la odiada boda. Esta idea la tranquilizó. Su alma débil y triste se entregó a su destino.

CAPÍTULO SIETE

En la casa de Gavrila Afanásievich y junto a la entrada se encontraba una pequeña habitación con un ventanuco. Dentro había una cama sencilla cubierta con una manta de franela y, delante de ella, una mesa de pino con una vela de sebo encendida y una partitura abierta. En la pared estaba colgado un viejo uniforme azul y un sombrero de tres picos, de la edad del uniforme; encima del sombrero tres clavos sujetaban un cuadro popular, pintado en madera, que representaba a Carlos XII montado a caballo. En esta humilde estancia sonaba la música de una flauta. Era el maestro de baile prisionero, su habitante solitario, que, vestido con un gorro y una bata de seda, amenizaba el aburrimiento de una tarde de invierno tocando antiguas marchas suecas, recuerdos de los alegres tiempos de su juventud. Después de haber dedicado dos horas a este ejercicio, el sueco desarmó la flauta, la guardó en la caja y empezó a desnudarse.

En ese momento la cerradura de su puerta se levantó y un apuesto joven de gran estatura, vestido de uniforme, entró en la habitación.

El sueco, sorprendido, se levantó de un salto.

—Ya no te acuerdas de mí —dijo el joven visitante con una voz llena de emoción—, ya no recuerdas al muchacho al que enseñabas maniobras suecas de fusil, con el que por poco armas un incendio en esta habitación al disparar un cañón de juguete…

Gustav Adámych lo miraba fijamente.

—¡Eh! —exclamó al fin dándole un abrazo—. Hola, ¿cuándo has llegado? Siéntate, pillo, y hablamos.

37. CUENTOS DE MÍ MISMO (MIGUEL DE UNAMUNO)

ÍNDICE

Ver Con Los Ojos
«Solitaña»
Las Tijeras
El Desquite
La Sangre De Aitor
CHIMBOS Y CHIMBEROS
El Semejante
Sueño
Una Visita Al Viejo Poeta
El Abejorro
Don Martín, O De La Gloria
El Maestro De Carrasqueda
La Locura Del Doctor Montarco
Y Va De Cuento
El Canto Adánico
La Beca
Don Catalino, Hombre Sabio
La Revolución De La Biblioteca De Ciudámuerta
Al Pie De Una Encina

VER CON LOS OJOS

Era un domingo de verano; domingo tras una semana laboriosa; verano como corona de un invierno duro.

El campo estaba sobre fondo verde vestido de florecillas rojas, y el día convidando a tenderse en mangas de camisa a la sombra de alguna encina y besar al cielo cerrando los ojos. Los muchachos reían y cuchicheaban bajo los árboles, y sobre éstos reían y cuchicheaban también los pájaros. La gente iba a misa mayor, y al encontrarse saludaban los unos a los otros como se saludan las gentes honradas. Iban a dar a Dios gracias porque les dio en la pasada semana brazos y alegría para el trabajo, y a pedirle favor para la venidera. No había más novedad en el pueblo que la sentida muerte del buen Mateo, a los noventa y dos años largos de edad, y de quien decían sus convecinos: «¡Angelito! Dios se lo ha llevado al cielo. ¡Era un infeliz, el pobre…!» ¿Quién no sabe que ser un infeliz es de mucha cuenta para gozar felicidad?

Si todos estaban alegres, si por ser domingo bailoteaba en el pecho de las muchachas el corazón con más gana y alborozo, si cantaban los pájaros y estaba azul el cielo y verde el campo, ¿por qué el pobre Juan estaba triste? Porque Juan había sido alegre, bullicioso e infatigable juguetón; porque a Juan nadie le conocía desgracia y sí abundantes dones del buen Dios, ¿no tenía acaso padres de que enorgullecerse, hermanos de que regocijarse, no escasa fortuna y deseos cumplidos?

Desde que había vuelto de la capital en que cursó sus estudios mayores, Juan vivía taciturno, huía todo comercio con los hombres y hasta con los animales, buscaba la soledad y evitaba el trato.

Por el pueblo rodaban de boca en boca sus extraños dichos, o mejor, dicharachos, amargos y sombríos, pensamientos teñidos no con el verde de los campos de su aldea, sino con el triste color de las callejuelas de la capital. Lo menos veinte veces diarias en otros tantos días habíanle oído decir: «La vida, ¿merece la pena de que se la viva?» Sólo hablaba del dolor y de la pena; eran sus relatos tristes y sus conversaciones amargas. Aumentaba la extrañeza de los cándidos aldeanos de cada día, porque era bien extraño un joven que hacía alarde de sentimientos hostiles a las creencias de sus convecinos, y, a renglón seguido de negar todo más allá del más allá, les enjaretaba una larga homilía a cuenta de la vanidad de las cosas humanas.

Su padre empezó preocupándose y acabó por dejar perder su buen humor, y la madre empezó perdiéndolo y acabó escaldándose los ojos a puro llorar. Porque Juan a sus solícitas preguntas sólo contestaba: «¡Es manía!» Si no tengo nada…, si estoy triste será porque así nací…; unos ven en claro, otros en negro.» Consultaron al médico, respetable viejecito que sabía mucho más de lo que creía saber, y contestó: «¡Bah! Eso no es nada; déjenle y ya vendrá a su tiempo el remedio. Este muchacho se ha empeñado en no levantar la vista del suelo…, casualmente aquí…, aquí donde hay un cielo tan azul. Y, sobre todo…, ¿dónde habrá unos ojos como los que por acá menudean…? ¡Bah, bah, bah! Déjenle que tope con sus ojos… ¡Vaya, vaya, ojos necesita, ojos…! ¡No quiere ver con los suyos!»

No era pequeña la ojeriza que mi buen Juan había tomado al médico, implacable socarrón, hombre vulgar y despiadado que jamás topó con el aburrido estudiante sin pincharle con alguna irónica observación. Era realmente cargante y molesto aquel vulgarote de médico de aldea, que se reía de la honda tristeza de un alma infeliz y no comprendida. «¡Tristezas teóricas, Juanito, tristezas teóricas…! ¡Ojos…!, ¡ooooojos!, ¡te faltan ojos para mirar al cielo!» Y Juanito pasaba bufando y añadiendo al terrible torcedor de un espíritu que se carcomía a sí mismo los sarcasmos de un mundo imbécil que aguza el dolor y embota la sombra de la escasa dicha. Aquel médico era el mundo, no cabe duda; la encarnación del mundo.

Juan se encerraba a solas larguísimas horas y leía y releía y volvía a releer. ¿Qué leía? Sus padres nunca lo supieron; vieron, sí, unos librotes en enrevesado gringo, con títulos enmarañados, muchas sch y pf y otras letras igualmente armoniosas y algún que otro tomo de versos. En uno de ellos se representaba en una viñeta un hombre llorando al pie de un sauce llorón, y otras cosas de tan pésimo gusto.

A la caída de la tarde, cuando el sol se acostaba en la montaña y los viejos salían con sus nietos a jugar ante las puertas, Juan salía también a pasear sus tristezas por el pueblo alegre, como un mendigo pasea sus harapos por las calles. «¡Adiós, Juanito!», le decían éstos. «¡Adiós, don Juan!», decíanle aquéllos, unos y otros con la sonrisa en la boca y la compasión en el alma. «¡Adiós!», contestaba secamente el desdichado.

Había a la salida del pueblo y al borde del camino una casita con un emparrado delantero y bajo el emparrado un banco de nogal. Allí

Magdalena servía un refrigerio a los paseantes y a los viajeros.

Como a Magdalena se le había muerto el padre, quedó su madre viuda, y, lo que es peor que quedarse viuda, siéndolo ya, enfermó y quedó paralítica, dejando a su hija sin amparo. Era joven ésta cuando murió su padre, lo era menos cuando enfermó su madre, y se encontró en el cielo azul por techo, y por suelo y cama el campo verde. Los amigos de su padre le tendieron sus callosas manos y le pusieron aquella cantina, con cuyos escasos recursos atendía a su madre y se atendía.

¡Cuidado si era alegre la muchacha! Cuentan que nació la chica bajo aquel mismo emparrado; cuentan que era en un día de cielo azul y campo verde, y cuentan, además, que el viento tibio agitaba los racimos al compás que la niña sus manecitas. Añaden que su primer llanto fue llanto que parecía risa; cuentan que en aquella alma puso Dios todos los colores bellos, todos los perfumes suaves.

Juan venía a sentarse en aquel banco, y allí refrescaba su garganta, ya que no la sequedad de su alma. Era para el triste un verdadero misterio aquella muchacha alegre en una vida trabajosa, siempre sonriendo a la suerte que le ponía cara seria.

—Buenas tardes, don Juan. ¿Quiere usted algo?

—Trae lo que ayer.

—Ya van acortando los días y alargando las noches.

—Es natural.

—¡Si usted viera cuánto siento que se vaya el verano!

—Pues tiene que irse. A mí me aburre tanto sol; calienta los cascos y no deja hacer nada.

—¡Si usted viera cómo juegan los mosquitos con ese rayo de luz que suele pasar por la ventana! ¡Hasta el polvo se ve!

—Mejor es el día nublado.

—A mí me gustan las nubes cuando se rompen y se ve un cachito de cielo, tan azul…, tan azul…

—¡Ilusión óptica…!

—¿Ilusión… qué?

—No he dicho nada, muchacha.

—Pero… ¿qué le pasa a usted, don Juan?

—¡Mira! Llámame Juan, o Juanito, o como quieras; pero don Juan no…, el don es feo.

Y oyó una voz:

—Vamos, Juanito, vamos… ¡A ver si encuentras los ojos, vamos, hombre! Mira qué hermosas están las uvas… ¡Bah, bah, bah! ¡Si el mundo es detestable!

Era el implacable médico, que pasaba.

—Ese hombre me revienta.

—¿Por qué, don Juan? Si es muy bueno… y tan alegre. A mí me gustan los viejos alegres.

—¿Pues no decía usted ayer que es mejor no discurrir?

—A poder ser, sí.

Y etc., etc., etc., Juan apuraba su vaso, pagaba y se marchaba, diciéndose para sus adentros: «¡Pobre muchacha! Debe sufrir aunque lo oculta.» Y la pobre Magdalena se quedaba cabizbaja y meditando: «Cuando está tan triste, ¿qué tendrá?»

Juan al siguiente día volvía y tornaba a volver, y se hizo ya asiduo parroquiano del banco de nogal.

Un día de tantos estuvo revolviendo papelotes, que se llevó en los bolsillos, leyéndolos y corrigiéndolos, y al recogerlos para pagar y marcharse cayósele uno.

Cuando ya se hubo alejado, Magdalena notó en el suelo y recogió el olvidado papel. Era mujer y lo leyó:

«La vida es un monstruo que se devora; sufre al sentirse devorada, y goza al devorar. Los placeres se olvidan luego; persisten los dolores, amargando la vida. Mañana, cuando esté más sereno el día, más claro el cielo y más tibio el aire, se extinguirá la lámpara, y, perdidos en nuevas combinaciones, rodarán los elementos de la conciencia. Dices ¡ya viene!, ¡ya viene!; y cuando extiendes los brazos, vuelves la frente mustia y exclamarás: ¡es tarde, ya pasó! Da vueltas el mundo y al año vuelve al punto que partió, siempre en torno del Sol, sin alcanzarle nunca, que si acaso le alcanzara nos reduciríamos a polvo. ¿Por qué será el mundo como es? ¡Libertad, libertad! ¡Ah, necios! ¿Quién nos libertará de nosotros mismos? Sombra de sombra es todo, y la luz que se proyecta, luz fría y fuego fatuo. Ver todos los días salir el sol para hundirse, y hundirse para volver a salir. Yo pagaré con minutos como horas mis pasadas horas como minutos; el tiempo no perdona. Nací, vi el mundo, no me gustó, ¿es esto tan extraño? ¡Triste del alma que camina sola! Y ¿dónde encontrar un alma hermana? Comer para vivir y vivir para comer, horrible círculo vicioso. ¡Quién pudiera vegetar! Como un parásito que se agarra a un árbol para nutrirse, así se han agarrado a las últimas telas de mi cerebro estas ideas para atormentarme. No hay cosa más hermosa que dormir, cerrar los ojos y perderse. Hay más bocas que pan, hay más deseos que dichas. Tú sufrirás, y cuando hayas acabado de sufrir volverás a sufrir de nuevo. Consuelos y no ciencia me hacen falta. Yo soy mi mayor enemigo, yo amargo mis alegrías, yo aguzo mis pesares. ¿Dónde están el cielo de mi aldea, los pájaros que anidaban en mi casa? Tú que tienes en tu mano el sueño, déjalo caer sobre mí y no me lo quites nunca; dame un sueño sin despertar…»

Magdalena no siguió leyendo; inclinó su cabeza hermosa y secó en vano con el extremo del delantal sus ojos, porque tuvo que volverlos muchas veces a secar. Ella apenas comprendía lo que estaba leyendo, pero lo sentía, y sintió también un nudo en la garganta y como una bola caliente que por su interior chocara contra el pecho y se hiciera polvo, derramándose en escalofríos por el cuerpo. No hubo ya buen humor para la muchacha, y al través de sus lágrimas mal curadas vio descomponerse la luz como nunca había visto.

Por la tarde murió el sol, y Juan llegó como siempre a sentarse en el banco de nogal. Magdalena no estaba allí como otros días.

—¡Magdalena!

—¡Señorito…!

La muchacha apareció más triste, más taciturna, llevando con incierto pulso el diario refresco, que colocó sobre la mesa.

—¿Qué te pasa? Hoy tienes algo.

—Tome, señor.

Y alargó a Juan el pícaro papel origen de la pena.

Más fuerte que ella fue su dolor, más fuerte que el sombrío espíritu del parroquiano, que se infiltró en aquella alma de azul celeste; inclinó su cabeza y corrieron sus lágrimas por sus mejillas rojas, mientras el hipo la ahogaba.

Juan tomó el papel, vio lo que era, lo estrujó, miró entre sombrío y avergonzado a la joven y dejó descansar su fatigada cabeza en sus ociosas manos. Todos los vientos de tempestad se desencadenaron sobre aquel espíritu perdido en las tinieblas; vaciló, cayó, se alzó, para volver a caer, a tornar a levantarse; pasaron en revuelto maridaje los pájaros que anidaban en su casa y los murciélagos de la callejuela, el sol de mediodía y la oscuridad de la noche; toda la angustia le llenó el alma; sintió el único verdadero dolor que en años no había sentido, y sus lágrimas acrecieron el contenido del vaso.

A través de ellas vio pasar por el camino como una flecha un ágil viejecillo. Juan se secó los ojos con la manga, se levantó, arrugó el ceño para ponerse sereno, pagó y se marchó, sin probar el olvidado refrigerio, diciendo: «¡Hasta mañana!»

Cuando quedó sola Magdalena, secó también sus ojos y, como tenía ardiente y seca la garganta, apuró de un trago aquel refresco bañado con las primeras lágrimas de un pesimista. En su alma renació la luz y la alegría; esperó y se serenó.

A la entrada del pueblo encontró Juan al médico, al implacable médico, que esta vez le pareció más amable, más simpático y dulce.

—¡Olé, Juanito, olé! ¿Qué tienes, hombre, qué tienes, que traes tan encendidos los ojos? ¡Ya los has encontrado…! Mira, mira el cielo; mañana estará muy claro… Mañana es domingo…, irás a misa… y luego al banco de nogal…

Y, acercándose al oído, añadió:

—¡Tienes que secarte las lágrimas, bárbaro, bárbaro, más que bárbaro! ¿Dónde has aprendido a hacer daño al prójimo? ¡Conque es malo el mundo, y tú quieres hacerlo peor…! Ya estás salvo…, esto se cura llorando… Mañana mirarás al cielo con sus ojos, pero hoy a la noche quemarás todas esas imbecilidades que has ido ensartando. ¡Anda tontuelo, dame la mano… y a dormir!

La mano temblorosa y débil del joven oprimió la fuerte y tranquila del anciano.

—¡A dormir se ha dicho!

—Para despertar mañana.

Al día siguiente, Juan llegó muy temprano al banco de nogal y volvió más tarde; al mes, sus padres habían recobrado la calma y la alegría, y el pesimista era el más alegre, enredador y campechano de toda la comarca. Le saludaban con más amabilidad, se detenía en todas partes, y tenía la debilidad de creer que bajo aquel emparrado se veía mejor el cielo, y que los ojos de Magdalena habían convertido el detestable mundo en un paraíso y ahogado al monstruo de la vida que le devoraba. No eran los ojos, yo lo sé; era el alma de la muchacha, en que Dios había puesto su santa alegría, los colores más claros y los perfumes más suaves.

Lo que debía seguir vino de reata, era obligado.

Juan aprendió a esperar, y esperando unió lo venidero a lo presente, la dicha del perenne mañana de este mundo a la dulzura del dejarse vivir y el dejarse querer.

Cuando en adelante tuvo penas, y penas reales, no las ocultó, que dando el placer de que le consolaran recibió el de ser consolado. La verdadera abnegación no es guardarse las penas, es saberlas compartir.

(El Noticiero Bilbaíno, Bilbao, 25-X-1886)

«SOLITAÑA»

Érase en Artecalle, en Tendería o en otra cualquiera de las siete calles, una tiendecita para aldeanos, a cuya puerta paraban muchas veces las zamudianas con sus burros. El cuchitril daba a la angosta portada y constreñía el acceso a la casa un banquillo lleno de piezas de tela, paños rojos, azules, verdes, pardos y de mil colores para sayas y refajos; colgaban sobre la achatada y contrahecha puerta pantalones, blusas azules, elásticos de punto abigarrados de azul y rojo, fajas de vivísima púrpura pendientes de sus dos extremos, boinas y otros géneros, mecidos todos los colgajos por el viento noroeste, que se filtraba por la calle como por un tubo, y formando a la entrada como un arco que ahogaba a la puertecilla. Las aldeanas paraban en medio de la calle; hablaban, se acercaban, tocaban y retocaban los géneros; hablaban otra vez, volvían a regatear y al cabo se quedaban con el género. El mostrador, reluciente con el brillo triste que da el roce, estaba atestado de piezas de tela: sobre él unas compuertas pendientes que se levantaban para sujetarlas al techo con unos ganchos y servían para cerrar la tienda y limitar el horizonte. Por dentro de la boca abierta de aquel caleidoscopio, olor a lienzo y humedad por todas partes, y en todos los rincones, piezas, prendas de vestido, tela de tierra para camisas de penitencia, montones de boinas, todo en desorden agradable, en el suelo, sobre bancos y estantes, y, junto a una ventana que recibía la luz opaca y triste del cantón, una mesilla con su tintero y los libros de don Roque.

Era una tienda de género para la aldeanería. Los sentidos frescos del hombre del pueblo gustan los choques vivos de colorines chillones, buscan las alegres sinfonías del rojo con el verde y el azul, y las carotas rojas de las mozas aldeanas parecen arder sobre el pañuelo de grandes y abigarrados dibujos. En aquella tienda se les ofrecía todo el género a la vista y al tacto, que es lo que quiere el hombre que come con ojos, manos y boca. Nunca se ha visto género más alegre, más chillón y más frescamente cálido, en tienda más triste, más callada y más tibiamente fría.

Junto a esa tienda, a un lado, una zapatería con todo el género en filas, a la vista del transeúnte; al otro lado, una confitería oliendo a cera.

Asomaba la cabeza por aquella cascara cubierta de flores de trapo el caracol humano, húmedo, escondido y silencioso, que arrastra su casita, paso a paso, con marcha imperceptible, dejando en el camino un rastro viscoso que brilla un momento y luego se borra.

Don Roque de Aguirregoicoa y Aguirrebecua, por mal nombre Solitaña, era de por ahí, de una de esas aldeas de chorierricos o cosa parecida, si es que no era de hacia la parte de Arrigorriaga. No hay memoria de cuándo vino a recalar en Bilbao, ni de cuándo había sido larva joven, si es que lo fue algún tiempo, ni se sabía a punto cierto cómo se casó, ni por qué se casó, aunque se sabía cuándo, pues desde entonces empezaba su vida. Se deduce a priori que le trajo de la aldea algún tío para dedicarle a la tienda. Nariz larga, gruesa y firme; el labio inferior saliente; ojos apagados a la sombra de grandes cejas; afeitado cuidadosamente; más tarde calvo; manos grandes, y pies mayores. Al andar se balanceaba un poco.

Su mujer, Rufina de Bengoechebarri y Goicoechezarra, era también de por ahí, pero aclimatada en Artecalle: una ardilla, una cotorra y lista como un demonio. Domesticó a su marido, a quien quería por lo bueno. ¡Era tan infeliz Solitaña! Un bendito de Dios, un ángel, manso como un cordero, perseverante como un perro, paciente como un borrico.

El agua que fecunda a un terreno esteriliza a otro, y el viento húmedo que se filtraba por la calle oscura hizo fermentar y vigorizarse al espíritu de doña Rufina, mientras aplanó y enmoheció al de don Roque.

La casa en que estaba plantando don Roque era viejísima y con balcones de madera; tenía la cara más cómicamente trágica que puede darse: Sonreía con la alegre puerta y lloraba con sus ventanas tristes. Era tan húmeda que salía moho en las paredes.

Solitaña subía todos los días la escalera estrecha y oscura, de ennegrecidas barandillas, envuelta en efluvios de humedad picante, y la subía a oscuras sin tropezarse ni equivocar un tramo, donde otro se hubiera roto la crisma, y mientras la subía lento e impasible temblaba de amor la escalera bajo sus pies y le abrazaba entre sus sombras.

Para él eran todos los días iguales e iguales todas las horas del día: se levantaba a las seis; a las siete bajaba a la tienda; a la una comía; cenaba a eso de las nueve, y a eso de las once se acostaba, se volvía de espaldas a su mujer y, recogiéndose como el caracol, se disipaba en el sueño.

En las grandes profundidades del mar viven felices las esponjas.

Todos los días rezaba el rosario, repetía las avemarías como la cigarra y el mar repiten a todas horas el mismo himno. Sentía un voluptuoso cosquilleo al llegar a los ora pro nobis de la letanía; siempre, al agnus, tenían que advertirle que los ora pro nobis habían dado fin; seguía con ellos a fuerza de inercia; si algún día, por extraordinario caso, no había rosario, dormía mal y con pesadillas. Los domingos lo rezaba en Santiago, y era para Solitaña goce singular el oír medio amodorrado por la oscuridad del templo que otras voces gangosas repetían con él, a coro, ora pro nobis, ora pro nobis.

Los domingos, a la mañana, abría la tienda hasta las doce, y a la tarde, si no había función de iglesia y el tiempo estaba bueno, daban una vuelta por Begoña, donde rezaban una salve y admiraban siempre las mismas cosas, siempre nuevas para aquel bendito de Dios. Volvía repitiendo: «¡Qué hermosos aires se respiran desde allí!»

Subían las escaleras de Begoña, y un ciego, con tono lacrimoso y solemne:

—Considere, noble caballero, la triste oscuridad en que me veo… La Virgen Santísima de Begoña os acompañe, noble caballero…

Solitaña sacaba dos cuartos y le pedía tres ochavos de vuelta. Más adelante:

—Cuando comparezcamos ante el tribunal supremo de la gloria…

Solitaña le daba un ochavo. Luego una mujercilla viva:

—Una limosna, piadoso caballero…

Otro ochavo. Más allá, un viejo de larga barba blanca, gafas azules, acurrucado en un rincón con un perro y con la mano extendida. Otro más adelante, enseñando una pierna delgada, negra, untosa y torcida, donde posaban las moscas. Dos ochavos más. Un joven cojo pedía en vascuence, y a éste Solitaña le daba un cuarto. Aquellos acentos sacudían en el alma de Don Roque su fondo yacente y sentía en ella olor a campo, verde como sus paños para sayas, brisas de aldea, vaho de humo del caserío, gusto a borona. Era una evocación que le hacía oír en el fondo de sí mismo, y, como salidos de un fonógrafo, cantos de mozas, chirridos de carros, mugidos de buey, cacareos de gallina, piar de pájaros, algo que reposaba formando légamo en el fondo del caracol humano, como polvo amasado con la humedad de la calle y de la casa.

Solitaña y el mostrador de la tienda se entendían y se querían. Apoyando sus brazos cruzados sobre él, contemplaba a los chiquillos que jugaban en el regatón para desagüe, chapuzando los pies en el arroyo sucio. De cuando en cuando, el chinel, adelantando alternativamente las piernas, cruzaba el campo visual del hombre del mostrador, que le veía sin mirarle y sacudía la cabeza para espantar alguna mosca.

Fue en cierta ocasión como padrino a la boda de una sobrina; «a refrescar un poco la cabeza —decía su mujer—, a estirar el cuerpo, siempre metido aquí como un oso. Yo ya le digo: Roque, vete a dar un paseo; toma el sol, hombre, toma el sol, y él, nada». A los tres días volvió diciendo que se aburría fuera de su tienda; él lo que quería es encogerse y no estirarse; los estirones le causaban dolor de cabeza y hacían que circulara por todas sus venas la humedad y la sombra que reposaban en el fondo de su alma angelical: eran como los movimientos para el reumático. «Mamarro, más que mamarro —le decía doña Rufina—, pareces un topo». Solitaña sonreía. Otro de sus goces, además del de medir tela y los ora por nobis, era oír a su mujer que le reñía. ¡Qué buena era Rufina!

Venía alguna mujer a comprar.

—Vamos, ya me dará usted a dieciocho.

—No puede ser, señora.

—Siempre dicen ustedes lo mismo; ¡es usted más carero…! Lo menos la mitad gana usted. Nada, ¡a dieciocho, a dieciocho…!

—No puede ser, señora.

—¡Vaya!, me lo llevo… ¡Tome usted…!

—Señora, no puede ser…

—¡Bueno!, lo será…; siquiera a dieciocho y medio; vaya, me lo llevo…

—No puede ser, señora.

—Pues bien; ni usted ni yo: a diecinueve.

—No puede ser…

Vencida al fin por el eterno martilleo del hombre húmedo, o se iba o pagaba los veinte. Así es que preferían entenderse con ella, que, aunque tampoco cedía, daba razones, discutía, ponderaba el género; en fin, hablaba. Pero para los aldeanos no había como él; paciencia vence a paciencia.

La tienda de Solitaña era afortunada. Hay algo de imponente en la sencilla impasibilidad del bendito de Dios; los hombres exclusivamente buenos atraen.

Cuando llegaba alguno de su pueblo y le hablaba de su aldea natal, se acordaba del viejo caserío, de la borona, del humo que llenaba la cocina cuando, dormitando con las manos en los bolsillos, calentaba sus pies junto al hogar, donde chillaban las castañas, viendo balancearse la negra caldera pendiente de la cadena negra. Al evocar recuerdos de su niñez sentía la vaga nostalgia que experimenta el que salió de niño de su patria y vive feliz y aclimatado en tierra extraña.

Eran grandes días de regocijo cuando él, su mujer y algunos amigos iban a merendar al campo o a hacer alguna fresada. Se volvían al anochecer tranquilamente a casa, sintiendo circular dentro del alma todo el aire de vida y todo el calor del sol. Una vez fueron en tartana a Las Arenas; nunca había visto aquello Solitaña. ¡Oh!, los barcos, ¡cuánto barco!, y luego el mar, ¡el mar con olas! A Solitaña le gustaba el monótono resuello de la respiración del monstruo; ¡qué hermoso acompañamiento para la letanía! Al día siguiente, viendo correr el agua sucia por el canalón de la calle se acordaba del mar; pero allí, en su tienda, se palpaba a sí mismo.

Por Navidad se reunían varios parientes; después de la cena había bailoteo, y era de ver a Solitaña agitando sus piernas torpes y zapateando con sus pies descomunales. ¡Qué risas! Bebía algo más que de costumbre y luego le llamaba hermosa y salada a su mujer.

Bajo el mismo cielo, lluvioso siempre, Solitaña era siempre el mismo; tenía en la mirada el reflejo del suelo mojado por la lluvia; su espíritu había echado raíces en la tienda como una cebolla en cualquier sitio húmedo. En el cuerpo padecía de reúma, cuyos dolores le aliviaba el opio de las conversaciones de sus contertulios.

Iban a la noche de tertulia un viejo siempre tan guapo, bizcor, bizcor, según él decía, alegre y dicharachero, que contaba siempre escenas de caza y de limonada; otro que cada ocho días narraba los fusilamientos que hizo Zurbano cuando entró en Bilbao el año 41, y algunas veces un cura muy campechano. Siempre se hablaba de estos tiempos de impiedad y liberalismo; se contaban hazañas de la otra guerra y se murmuraba si saldrían o no otra vez al monte los montaraces. Solitaña, aunque carlista, era de temperamento pacífico, como si dijéramos, hojalatero.

Sin dejar de atender a la conversación, de interesarse por su curso, pensando siempre en lo último que había dicho el que había hablado el último, se dirigía a los rincones de la tienda, servía lo que le pedían, medía, recibía el dinero, lo contaba, daba la vuelta y se volvía a su puesto. En invierno había brasero, y por nada del mundo dejaría Solitaña la badila, que manejaba tan bien como la vara y con la cual revolvía el fuego mientras los demás charlaban, y luego, tendiendo los pies con deleite, dormitaba muchas veces al arrullo de la charla.

Su mujer llevaba la batuta, la emprendía contra los negros, lamentaba la situación del Papa, preso en Roma por culpa de los liberales; ¡duro con ellos! Ella era carlista porque sus padres lo habían sido, porque fue carlista la leche que mamó, porque era carlista su calle, lo era la sombra del cantón contiguo y el aire húmedo que respiraba, y el carlismo, apegado a los glóbulos de su sangre, rodaba por sus venas.

El viejo siempre tan guapo se reía de esas cosas; tan alegres eran blancos como negros, y en una limonada nadie se acuerda de los colores; por lo demás, él bien sabía que sin religión y palo no hay cosa derecha.

Hablaban de una limonada.

—¡Qué limonada! —decía el que vio los fusilamientos de Zurbano—; ¡pedazos de hielo como puños navegaban allí…!

—Tendríais sarbitos —interrumpió el viejo, siempre tan guapo—; en la limonada hasen falta sarbitos… Sin sarbitos, limonada, fachuda; es como tambolín sin chistu. Cuando están aquellos cachitos helaos que hasen mal en los dientes, entonces…

—Unas tajaditas de lengua no vienen mal…

—Sí, lengua también; pero, sobre todo, sarbitos; que no falten los sarbitos…

Solitaña se sonreía, arreglando el fuego con la badila.

—A mí ya me gusta también un poco de merlusita en salsa… —volvió el otro.

—¿Con la limonada? Cállate, hombre; no digas sinsorgadas… Tú estás tocao… ¿Merlusa en salsa con limonada? A ti solo se te ocurre…

—Tú dirás lo que quieras; pero pa mí no hay como la merlusa…; la de Bermeo, se entiende; nada de merlusa de Laredo; cada cosa de su paraje: sardinas de Santurse, angulitas de la Isla y merlusa de Bermeo…

—No haga usted caso de eso —dijo el cura—; yo he comido en Bermeo unas sardinas que talmente chorreaban manteca; sin querer se les caía el pellejo… Y estando en Deva, unas angulitas de Aguinaga, que ¡vamos…!

—Bueno, hombre, pues ¿qué digo yo?, cada cosa en su sitio y a su tiempo; luego los caracoles, después el besugo… Hisimos una caracolada poco antes de entrar en Zurbano el año…

—Ya te he dicho muchas veces —le interrumpió el viejo siempre tan guapo— que tú no sabes ni coger ni arreglar los caracoles, y, sobre todo, te vuelvo a desir, y no le des más vueltas, que con la limonada sarbitos, y al que te diga merlusa en salsa le dises que es un arlote barragari… Si me vendrás a desir a mí…

—Y si a mí me gusta en la limonada merlusa en salsa…

—Entonces no sabes comer como Dios manda.

—¿Qué no sé?

—Bueno, bueno —interrumpió el cura para cortar la cuestión—, ¿a que no saben ustedes una cosa curiosa?

—¿Qué cosa?

—Que los ingleses nunca comen sesos.

—Ya se conoce; por eso están tan coloraos —dijo el viejo guapo—, porque en cambio se sampan cada chuleta cruda y te pescan cada sapalora…

—Esos herejes… —empezó doña Rufina.

Y venía rodando la conversación a los liberales.

Cuando los contertulios se marchaban, cerraban la tienda doña Rufina y su marido; contaban el dinero cuidadosamente, sacando sus cuentas; luego, con una vela encendida, registraban todos los rincones de la tienda; miraban tras las piezas, bajo el mostrador y los banquillos; echaban la llave y se iban a dormir. Solitaña no acostumbraba soñar; su alma se hundía en el inmenso seno de la inconsciencia, arrullada por la lluvia menuda o el violento granizo que sacudía los vidrios de la ventana.

Al día siguiente se levantaba como se había levantado el anterior, con más regularidad que el sol, que adelanta y atrasa sus salidas, y bajaba a la tienda en invierno entre las sombras del crepúsculo matutino.

En Jueves Santo parecía revivir un poco el bendito caracol; se calaba la levita negra, guantes también negros, chistera negra que guardaba desde el día de la boda, e iba con un bastoncillo negro a pedir para la Soledad de la negra capa. Luego en la procesión la llevaba en hombros, y aquel dulce peso era para él una delicia sólo comparable a una docena de letanías con sus quinientos sesenta y dos ora pro nobis.

¡Pobre ángel de Dios, dormido en la carne! No hay que tenerle lástima; era padre, y toda la humedad de su alma parecía evaporarse a la vista del pequeño. ¿Besos?, ¡quiá! Esto en él era cosa rara; apenas se le vio besar a su hijo, a quien quería, como buen padre, con delirio.

Vino el bombardeo, se refugió la gente en las lonjas y empezó la vida de familias acuarteladas. Nada cambió para Solitaña; todo siguió lo mismo. La campanada de bomba provocaba en él la reacción inconsciente de un avemaría, y la rezaba pensando en cualquier cosa. Veía pasar a los chimberos de la otra guerra como veía pasar el eterno chinel. Si el proyectil caía cerca, se retiraba adentro y se tendía en el suelo presa de una angustia indefinible. Durante todo el bombardeo no salió de su cuchitril. La noche de San José temblaba en el colchón, tendido sobre el suelo, ensartando avemarías. «Si al cabo entraran —decía doña Rufina—, ya le haría yo pagar a ese negro de don José María lo que nos debe».

Su hijo fue a estudiar Medicina. La madre le acompañó a Valladolid; a su cargo corría todo lo del chico. Cuando acabó la carrera pensaron por un momento dejar la tienda, pero Solitaña sin ella hubiera muerto de fiebre, como un oso blanco transportado al África ecuatorial.

Vino el terremoto de los Osunas; y cuando las obligaciones bambolearon, crujió todo y cayeron entre ruinas de oro familias enteras, se encontró Solitaña una mañana lluviosa y fría con que aquel papel era papel mojado, y lo remojó con lágrimas. Bajó mustio a la tienda y siguió su vida.

Su hijo se colocó en una aldea, y aquel día dio don Roque un suspiro de satisfacción. Murió su mujer, y el pobre hombre, al subir las escaleras que temblaban bajo sus pies, y sentir la lluvia, que azotaba las ventanas, lloraba en silencio con la cabeza hundida en la almohada.

Enfermó. Poco antes de morir le llevaron el viático, y cuando el sacerdote empezó la letanía, el pobre Solitaña, con la cabeza hundida en la almohada, lanzaba con labios trémulos unos imperceptibles ora pro nobis, que se desvanecían lánguidamente en la alcoba, que estaba entonces como ascua de oro y llena de tibio olor a cera. Murió; su hijo le lloró el tiempo que sus quehaceres y sus amores le dejaron libre; quedó en el aire el hueco que al morir deja un mosquito, y el alma de Solitaña voló a la montaña eterna, a pedir al Pastor, él, que siempre había vivido a la sombra, que nos traiga buen sol para hoy, para mañana y para siempre.

¡Bienaventurados los mansos!

(El Diario de Bilbao, 16, 17, 19 junio 1888)

LAS TIJERAS

Todas las noches, de nueve a once, se reunían en un rinconcito del café de Occidente dos viejos a quienes los parroquianos llamaban «Las tijeras». Allí mismo se habían conocido, y lo poco que sabían uno del otro era esto:

Don Francisco era soltero, jubilado; vivía solo con una criada vieja y un perrito de lanas muy goloso, que llevaba al café para regalarle el sobrante de los terroncitos de azúcar. Don Pedro era viudo, jubilado; tenía una hija casada, de quien vivía separado a causa del yerno. No sabían más. Los dos habían sido personas ilustradas.

Iban al café a desahogar su bilis en monólogos dialogados, amodorrados al arrullo de conversaciones necias y respirando vaho humano.

Don Pedro odiaba al perro de su amigo. Solía llevarse a casa la sobra de su azúcar para endulzar el vaso de agua que tomaba al levantarse de la cama. Había entre él y el perrillo una lucha callada por el azúcar que dejaban los vecinos. Cuando don Pedro veía al perrillo encaramarse al mármol relamiéndose el hocico, retiraba, temblando, sus terroncitos de azúcar. Alguna vez, mientras hablaba, pisaba como al descuido la cola del perrito, que se refugiaba en su dueño.

El amo del perro odiaba sin conocerla a la hija de don Pedro. Estaba harto de oírle hablar de ella como de su gloria y de su consuelo; mi hija por aquí, mi hija por allí; ¡siempre su hija! Cuando el padre se quejaba del sinvergüenza de su yerno, el amo del perro le decía:

—Convénzase, don Pedro. La culpa es de la hija; si quisiera a usted como a padre, todo se arreglaría… ¡Le quiere más a él! ¡Y es natural! ¡Su mujer de usted haría lo mismo…!

El corazón del pobre padre se encogía de angustia al oír esto, y su pie buscaba la cola del perrito de aguas.

Un día, el perro se comió, después de los terroncitos de su amo, los de don Pedro. Al día siguiente, éste, con dignidad majestuosa, recogió, después de sus terrones, los del perro. Tras esto hablaron largo rato de la falta de justicia en el mundo.

Terribles eran las conversaciones de los viejos. Era un placer solitario y mutuo en las pausas del propio monólogo; oía cada uno los trozos del otro monólogo sin interesarse en el dolor petrificado que lo producía; lo oía, espectador sereno, como a eco puro que no se sabe de dónde sube. Iban a oír el eco de su alma sin llegar al alma de que partía.

Cuando entraba el último empezaba el tijereteo por un «¿Qué hay de nuevo?», para concluir con un «¡miseria pura! ¡Todo es farsa!» Su placer era meneallo, emporcarlo todo para abonar el mundo.

No reproduciré aquellos monólogos como se producían; prefiero exponer su melodía pura.

—Sea usted honrado, don Francisco, y le llamarán tonto…

—¡Con razón!

—¡Resignación!, predican los que se resignan a vivir bien. ¡Por resignarme me aplastaron…!

—¡Y a mí por protestar!

—¡La vida es dura, don Pedro! Siempre oculté mis necesidades, y me hubiera dejado morir de hambre en postura noble, como un gladiador que lucha por los garbanzos… ¡Oh, hay que saber lucir un remiendo cosido con arte…! Yo no he sabido lloriquear a tiempo. Siempre soltero, jamás hubiera cumplido deseos santos, porque me quitaban el pan padres de hijos que tenían las lágrimas en el bolsillo. Yo me las tragaba…

—Yo he sido casado; los solteros eran un sola boca, corrían sin carga, se conformaban con menos… Nada pude contra ellos…

—Pude ser bandido y no lo quise.

—Yo quise serlo y no lo pude conseguir; se me resistía…

—Dicen ahora que en la lucha por la vida vence el más apto. ¡Vaya una lucha! ¿El más apto? ¡Mentira, don Pedro!

—¡Verdad, don Francisco! Vence el más inepto porque es el más apto. Todos luchan a quién más se rebaja, a quién más autómata, a quién más y mejor llora, a quién más y mejor adula. ¿Tener carácter…? ¡Oh! ¿Quién es este que quiere salir del coro y aspira a partiquino? Hay que luchar por la justicia, que no baja, como el rocío, del cielo; el que no llora no mama. Apenas quedan más que dos oficios útiles: ladrón o mendigo; la amenaza, o las lágrimas. Hay que pedir desde arriba o desde abajo.

—¡Ah, don Francisco! El que para menos sirve es el que mejor sirve.

—Aunque lo digan, yo no soy pesimista. No tiene la culpa el mundo sí hemos nacido dislocados en él.

—No hay justicia, don Francisco; que aunque a las veces se haga lo justo, es a pesar de serlo.

—Mire usted, don Pedro, ¡cómo le paga su hija!

El pobre padre buscaba la cola del perrito de aguas mientras decía:

—¡La caridad! ¡Otra como la justicia! ¡A cuántas almas fuertes mata la lucha por la caridad…! «¡Ah!, éste sabe trabajar; no necesita», y todos pasan sin darle ni trabajo ni pan.

—¡La caridad, don Pedro! ¡Los pobres necesitaban el pan, me dieron palabras de consuelo…, les cuesta tan poco…! ¡Las tienen para su uso! ¡Los ricos me echaron mendrugos…, les cuesta tan poco…, los habrían echado a los perros! Nadie me ha dado pan con piedad: sobre el pan del cuerpo, miel del alma. He vivido del Estado, esa cosa anónima a la que nada agradezco.

—¡Ah, don Francisco! Pegan y razonan la paliza. No me duele el pisotón, sino el «usted perdone». La paliza, basta; la razón, sobra… Me decían: «Te conviene, es por tu bien, lo mereces»; mil sandeces más: echar en la herida plomo derretido.

—Tiene usted razón. Nadie me ha hecho más daño que los que decían hacérmelo por mi bien. Yo nací hermoso, como un gran diamante en bruto; me cogieron los lapidarios; a picazo y regla me impusieron las facetas; quedé brillante, ¡hermoso para un collar!… No quise ensartarme con los otros ni engarzarme en oro; rodé por el arroyo: libre, el roce me gastó; he perdido el brillo y los reflejos, y hoy, opaco, achicado, apenas sirvo para rayar cristales.

—Corrí yo tropezando en todas las esquinas para llegar al banquete. «No te apresures —me decían al final de cada jomada—; aún tienes tiempo, y no te faltará en la mesa, si no es un sitio, otro». Cuando llegué era tarde: el cansancio y el ayuno habían matado mi apetito, el resorte de mi vida; llegué a la ilusión desilusionado, harto en ayunas… ¡Se me había indigestado la esperanza!

Un día, unos estudiantes hicieron una judiada al pobre perrito. Su amo se incomodó: los chicos se le insolentaron, y se armó cuestión. En lo más crudo de ésta, una ola de pendencia ahogó al padre, que oía todo callado; se levantó, gruñó un saludo y se fue, dejando al amo del perro que se las arreglara. Pero al siguiente día volvió como siempre.

—Yo he sido siempre progresista —decía el amo del perro—; hoy no soy nada.

—¡Yo, siempre moderado…!

—Pero progresista suelto, desencasillado, fuera de Comité… ¡Eso me ha perdido!

—¡Eso nos ha perdido a los dos!

—¿Qué escarabajo es éste, don Pedro, que no tiene mote en los cuadros de la entomología política y social?

—Y mire usted, don Francisco, mire cómo viven. Trigonidium cicindeloides, Anaplotermes pacificus, Termes lucifugus, Palingenia longicauda y tantos más de la especie tal, género cual, familia tal del orden de los insectos.

—Las ideas, don Pedro, no son más que lastre… La única verdad es la verdad viva, el hombre que las lleva… Cuando quiere subir, las arroja…

—El hombre, don Francisco, es una verdad triste. Los buenos creen y esperan chupándose el dedo; los pillos se ayudan… y, al cabo, todos concluyen lo mismo. Yo creo en un Limbo para los buenos y en un Infierno para los malos.

—¡Feliz usted, don Pedro! ¡Feliz usted, que tiene el consuelo de creer en el Infierno!

—Mi mayor placer después de estos párrafos es dormir como un lirón. Me gustaría acostarme para siempre con la esperanza de encontrar a la cabecera de mi cama mi vasito de agua azucarada un día que nunca llegue… ¡Dormir para siempre, arrullado por la esperanza dulce!

—¡Mi único consuelo, don Pedro, es el pensamiento puro, y aun éste, en cuanto vive se ensucia…!

Así, aunque en otra forma, discurrían aquellos viejos, que, arrecidos por el frío, miraban con desdén la vida desde la cumbre helada de su soledad. Amaban la vida y gozaban en maldecir del mundo, sintiéndose ellos, los vencidos, vencedores de él, el vencedor. Lo encontraban todo muy malo porque se creían buenos y gozaban en creerlo. Era la suya una postura como otra cualquiera. Creían que el sol es farsa, pero que calienta, y en él se calentaban.

Salían juntos y bien abrigados, y al separarse continuaba cada uno por su camino el monólogo eterno. Todas las noches murmuraban al separarse: «¡Miseria pura! ¡Todo es farsa!»

Un día faltó don Pedro al café, y siguió faltando, con gran placer del perrito de aguas. Cuando el amo de éste supo que el padre había muerto, murmuró: «¡Pobre señor! ¡Algún disgusto que le ha dado su hija! ¿Si encontrara algún día el vaso de agua azucarada a la cabecera de la cama?» Y siguió su monólogo. El eco de su alma se había apagado. ¿Quién era?

¿De dónde venía? ¿Cómo vivía? Ni lo supo ni intentó saberlo; quedó solo y no conoció su soledad.

Sigue yendo al rinconcito del café de Occidente. Los parroquianos le oyen hablar solo y le ven gesticular. Mientras da un terroncito de azúcar al perro, que agita de gusto su colita, rematada en un pompón, murmura: «¡Miseria pura, don Pedro! ¡Todo es farsa!» Y los parroquianos dicen: «¡Pobre señor! Desde que perdió la otra tijera, esa cabeza no anda bien. ¡Cuánto le afectó! ¡Se comprende…, a su edad!»

El amo del perro sale sin acordarse del padre de la hija, y solo sigue tijereteando: «¡Miseria pura! ¡Todo es farsa!»

(La Justicia, Madrid, 27-XII-1889)

EL DESQUITE

Después de cavilar muy poco he rechazado el uso que emplea la voz galicana «revancha», y me atengo al abuso, quiero decir, al purismo que nos manda decir «desquite». Que nadie me lo tenga en cuenta.

Esto del desquite es de una actualidad feroz, ahora que todos estamos picados de internacionalismo belicoso.

Luis era el gallito de la calle y el chico más rencoroso del barrio; ninguno de su igual le había podido, y él a todos había zurrado la badana. Desde que dominó a Guillermo, no había quien le aguantara. Se pasaba el día cacareando y agitando la cresta: si había partida, la acaudillaba; se divertía en asustar a las chicas del barrio por molestar a los hermanos de éstas; se metía en todas partes, y a callar todo Cristo, ¡a callar se ha dicho!

¡Que se descuidara uno!

—¡Si no callas te inflo los papos de un revés…!

¡Era un mandarín, un verdadero mandarín! Y como pesado, ¡vaya si era pesado! Al pobre Enrique, a Enrique el tonto, no hacía más que darle papuchadas, y vez hubo en que se empeñó en hacerle comer greda y beber tinta.

¡Le tenían una rabia los de la calle!

Guillermo, desde la última felpa, callaba y le dejaba soltar cucurrucús y roncas, esperando ocasión y diciéndose: «Ya caerá ese roncoso».

A éste, los del barrio, aburridos del gallo, le hacían «chápale, chápale», yéndole y viniéndole con recaditos a la oreja.

—Dice que le tienes miedo.

—¿Yo?

—¡Dice que te puede!

—¡Dice que cómo rebolincha…!

—¡Sí, las ganas!

Se encontraron en el campo una mañana tibia de primavera; había llovido de noche y estaba mojado el suelo. A los dos, Luis y Guillermo, les retozaba la savia en el cuerpo, los brazos les bailaban, y los corazones a sus acompañantes, que barruntaban morradeo.

Sobre si fue el uno o fue el otro quien derribó un cochorro de una pedrada, tuvieron palabras.

El cochorro estaba en el suelo, panza arriba, suplicando paz con el pataleo de sus seis patitas, esperando a que por él y junto a él se decidiera la hegemonía del barrio.

—¡Sí…! ¡Tú, tú echar roncas nada más no sabes…!

—¿Roncas? ¿Roncas yo? ¡Si te doy uno!

Hacía que se iba con desdén digno, y volvía.

—¡Calla y no me provoques!

—¡Ahí va!, provoques —exclamó uno de los mirones—, provoques…, provoques… ¡Qué farolín, para que se le diga que sabe!

Los circunstantes les azuzaban.

—¡Anda, pégale!

—¡Chápale a ése!

—¿Le tienes miedo?

—¿Miedo yo?

—¡Mójale la oreja!

—¡Tírale saliva!

—¡Llámale aburrido!

—¡Provócale, anda provócale!

Todos soltaron el trapo a reír al oír esto. Luis se puso como un tomate, y se acercó a imponer correctivo al burlón.

—¡Déjale quieto! —le gritó Guillermo.

—¡Y a ti también si chillas mucho!

—¿A mí?

Luis le dio un empellón, se lo devolvió Guillermo, siguió un moquete y se armó la gresca. Los mirones les animaban y saltaban de gusto. Uno de éstos se puso a rezar por Guillermo.

—Ojalá gane Guillermo. Ojalá, amén… Ojalá gane… Ojalá gane…

Se separaban para dar vuelo al brazo y descargarlo con más brío.

Al principio llevaban la mano a la parte herida y tomaban tiempo para devolver el golpe; después menudeaban los embistes sin darse reposo.

—Ojalá gane… Ojalá gane… Ojalá gane…

—¡Échale la zancadilla!

Cayeron al fin al suelo mojado, Luis debajo, y al caer aplastaron al cochorro que imploraba piedad con sus patitas. Guillermo sujetó con las rodillas los brazos del enemigo, y mientras éste forcejeaba, el otro, resudado, rojo de faz, irradiando alegría, feroz los ojos, le decía entre resoplidos:

—¿Te rindes?

—¡No!

Y le descargaba un puñetazo en los hocicos.

—¿Te rindes?

—¡No!

Otro puñetazo más, y así siguió hasta que le hizo sangrar por las muelas.

En aquel momento, uno de los mirones exclamó:

—¡Agua…, agua…, agua!

Era que venía el alguacil, el muy pillo cautelosamente, haciéndose el distraído, como tigre de caza. Al verle, abandonaron todos el campo echando a correr. Y el alguacil, al escapársele la presa, los amenazaba desde lejos con el bastón.

Entraron en la calle, el vencedor rodeado de los testigos de su triunfo y sin hacer caso a Eugenio, que le repetía:

—¡He rezado por ti! ¡He rezado por ti!

Poco después entró el vencido sangrando por la boca, embarrado, hosco y murmurando:

—¡Ya caerá! ¡Ya caerá!

¡Qué corte rodeó desde aquel día a Guillermo!

En la calle bailaban todos de contento; ya no temían al roncoso, ya podían decirle:

—Te ha podido Guillermo.

Quien más atenciones prodigó a éste fue Eugenio.

El cual tenía un hondísimo sentimiento de la dignidad humana. Si le pegaban 6, 15 o 21 golpes, él devolvía 7, 16 o 22; cuando el maestro le administraba una azotaina, contaba él los zurriagazos, y si éstos eran n, después, en desquite, tenía que tocar el faldón de la levita del maestro n+1 veces. Siempre quedaba encima.

Luis no volvió a abrir el pico, pero no cerró noche ni abrió día sin que murmurara:

—¡Ya caerá! ¡Ya caerá!

¡Ardoroso alimento de su augusta majestad caída!

«¡Valiente chiquillería! ¡Mira con qué nos sale!»

¿Dice esto el lector?

¡Bien!, pues ahí está el origen del sentimiento de justicia, porque nació ésta del desquite. Toda la monserga de la vindicta social se reduce a la revancha social, ni tilde más ni tilde menos. ¿Me pega? ¡Le pego, y en paz!

¡Vaya una paz!

Los pueblos pasaron de la venganza al castigo. Esta es una pura reacción, como el estornudo. Entra un granillo de polvo en la mucosa…, la laringe castiga al granillo estornudando.

Cuando veo a dos rapaces darse de mojicones en la calle, me digo:

«Esa es la educación social, y lo demás pamplina. Así, libre y al aire libre, cada uno aprende, así, que, frente a su voluntad, hay otras voluntades, y que no hay otro remedio que imponerse o someterse a ellas, o concertarse todos a escapar bajo el ojo del alguacil».

Todavía nos ha de enseñar grandes cosas el «¡ya caerás!» internacional que sale de lo hondo del pecho herido.

Pero ¡ojo, mucho ojo!, no hay que perder de vista al alguacil, que avanza cautelosamente, como tigre de caza, que desde lejos amenaza con el bastón y puede aguarnos la fiesta.

(El Nervión, Bilbao, 7-IX-1891)

LA SANGRE DE AITOR

De la más pura sangre de Aitor había nacido Lope de Zabalarestista, Goicoerrotaeche, Arana y Aguirre, sin gota de sangre de moros, ni de judíos, ni de godos, ni de maquetos. Apoyaba su orgullo en esta nobleza tan casual y tan barata.

Lope, aunque lo ocultó y hasta negó durante mucho tiempo, nació, creció, y vivió en Bilbao, y hablaba bilbaíno porque no sabía otra cosa.

Ya al cumplir sus dieciséis años, le ahogaba Bilbao e iba a buscar en el barrio de Asúa al viejo euskalduna de patriarcales costumbres. ¿Bilbao? ¡Uf! ¡Comercio y bacalao!

Como no comprendían al pobre Lope sus convillanos, le llamaban chiflado.

En cuanto podía, se escapaba a Santo Domingo de Archanda a leer la descripción que hizo Rousseau de los Alpes, teniendo a la vista Lope las peñas desnudas de Mañaria, que cierran el valle que arranca de Echébarri, valle de los mosaicos verdes, bordado por el río.

Una mañana hermosa de Pascua, a la hora de la procesión, se enamoró de una carucha viva, y al saber que la muchachuela se llamaba Rufina de Garaitaonandía, Bengoacelaya, Uría y Aguirregoicoa, saltó su corazón de gozo porque su elegida era, como él, de la más pura sangre de Aitor, sin gota de sangre de judíos, ni de moros, ni de godos, ni de maquetos. Bendijo a Jaungoicoa y juró que sus hijos serían de tan pura sangre como él. Y de noche soñó que se desposaba con la maitagarri, libertada de las terribles garras del basojaun.

A la vuelta de un viaje que hizo a Burgos se fue a Iturrigorri a abrazar a los árboles de su tierra.

A las romerías iba con alegría religiosa. Odiaba ésas otras en que mozas con mantilla bailan polkas y valses y buscaba esas otras, escondidas en rincones de nuestros valles.

Cuando veía a algún viejo de pipa de barro, viejo chambergo, con el ala recogida por detrás, greñas blancas, «capusay» y «mantarras», quedaba en éxtasis, pensando en el viejo Aitor.

Una pena oculta amargaba su alma. Ni él ni Rufina sabían una palabra de vascuence. ¿Por qué de niño no le llevaron a criar a un caserío de Cenarruza?

Mil veces proyectaron aprender el misterioso eusquera él y su íntimo, Joaquín G. Ibarra; es decir, Joaquín González Ibarra Puigblanch y Carballido. El cual Joaquín era tan exaltado como Lope, pero el pobre llevaba avergonzado sus apellidos. ¿Cuándo recibirían en su mente, como maná de Jaungoicoa, el verbo santo, preñado de dulces reconditeces? Pero… ¡es tan difícil! ¡Deja tan poco tiempo el escritorio! Luego tenía que aprender inglés para el comercio.

Si no sabía éusquera, ¿en qué le conocerían? Decidió, ya que no podía hablar la lengua de Aitor, para darse a conocer, chapurrear el castellano, ese pobre «erdera», ese romance de ayer mañana, nacido como un gusano, del cadáver corrupto del latín, lengua de los maquetos de allende el Ebro. Y decididamente empezó a estropear la lengua de su cuna, aquella en que le acarició su madre y en que rezaba a Dios.

Los veranos iba un mes a Villaro. Allí tomaba leche en los caseríos, admiraba las sencillas costumbres de los hospitalarios euskaldunas, y al irse les dejaba una propinilla.

Una noche de luna llena subió a Lamíndaro a soñar. El cielo estaba nublado.

Se presentó Aitor de pie junto al Cantábrico, alborotado; la barba le caía como la cascada de Ujola; vestía extraño traje, y miraba a la cuna del Sol, de donde vino, trayendo el misterioso verbo, fresco y grave, preñado de hondos arcanos; verbo que emanaba de los labios del aitona como rocío del espíritu. Aitor fue disipándose, como neblina del mar.

Brilló luego sobre el valle, blanca y redonda, la luz de los muertos (il-arguia), y a su lado las estrellas parecían punzadas del techo del mundo, por donde filtra la luz de Jaungoicoa. Peñas oscuras cerraban el valle, pálido a la luz de los muertos; los árboles extendían en él largas y recortadas sombras; las aguas corrían con rumor eterno, y en sus cristales danzaba, hecha pedazos, la luna, reflejada. Los perros le ladraban; croaban las ranas en los remansos de las aguas, y dormía todo sobre la tierra menos los nobles euskaldunas. Vestidos de pieles crudas se reunían a la puerta de sus caseríos de madera, y bailaban solemne danza, símbolo de la revolución de la Luna en torno de la Tierra. Lope, allí, en medio de ellos, los miraba enternecido. Presidían los ancianos; las viejas hilaban su mortaja.

Se adelantó el «koplari», y le ofrecieron pan y bellotas; lo probó y comenzó el canto. Acompañábase del atabal mientras entonaba en la lengua misteriosa himnos alados a Jaungoicoa, que encendió la luz de los vivos y la de los muertos, y que trajo a los euskaldunas de la patria del Sol.

Lope, que no entendía despierto el pobre eusquera que hoy se usa, entendía aquel eusquera, puro y grave.

La música parecía el rumor del viento en los bosques seculares de la Euscaria, sin mancha de wagnerismo ni armoniquerías, que infectan hoy los zortzicos.

Cantaba el «koplari» al sublime Aitor, que vino de la tierra del Sol, de la Iberia oriental, donde posó el arca; cantaba a Lelo, el que mató a Zara; cantaba a Lekobide, señor de Vizcaya, el que ajustó paz con Octavio, señor del mundo.

Callaba el «koplari»; brillaba, redonda y blanca, la luz de los muertos, y adoraban los euskaldunas al santo Lauburu, a la cruz, en que había de morir Cristo siglos más tarde, mientras Lope se persignaba y rezaba el padrenuestro.

Se disiparon los adoradores del Lauburu, y Lope se vio en la cima del sagrario Irnio, entre euskaldunas crucificados, que cantaban himnos belicosos y morían por haber defendido los fueros contra los romanos.

Vio pasar a los romanos, togados, como estatuas de piedra; a los cartagineses, de abigarrados trajes; a los godos, de larga cabellera; a los requemados moros, y a todos, estrellarse contra las montañas vascas, a las que venían a buscar riquezas, como las olas del Cantábrico contra el espinazo de Machichaco.

Vio a Jaun Zuría venir de la verde Erín; le vio derrotar en Padura al desdichado Ordoño, y vio la sangre de los leoneses transformar los pedruscos de Padura en la roja mena de hierro del actual Arrigorriaga, esto es, pedregal rojo.

Vio luego al «echeco-jauna» de Altobiscar asomarse en la puerta de su caserío, y oyó ladrar a su perro.

Vio venir las huestes de Carloman; vio a los euskaldunas aguzar sus azconas en la peña; les oyó contar los enemigos, cuyas lanzas refulgían; vio rodar los peñascos de Altobiscar e Ibañeta; oyó la trompa de Roldan, moribundo, y vio escapar a Carloman, con su capa roja y su pluma negra.

Luego asistió a las guerras de bandería, y desde el torreón de una cuadrada casa-torre oyó el crujir de las ballestas, la vocinglería de los banderizos; vio las llamas del incendio y disolverse todo al sonido grave de la campana de la ante-iglesia, que reñía a los ladrones nobles y llamaba a los plebeyos, como una gallina a sus polluelos.

En seguida la larga y callada lucha a papeladas con los reyes de España, que refunfuñaban antes de soltar privilegios.

Y tras de esto, la elegía triste, la sangre de Abel enrojeciendo el cielo; la nube roja, que viene del Pirineo preñada de los derechos del hombre, que en violento chaparrón amagaban ahogar los fueros.

Aparecieron boinas y morriones…

Entonces Lope volvió en sí, y pensando en la última chacolinada dejó aquel campo.

Aprendió a conocer a su patria en Araquistain, Goizueta, Manteli, Villoslada y otros. Leyó a Ossian y allí fue ella. Al volver de Iturrigorri, ya oscuro, miraba a los lados y al verse solo, exclamaba en voz baja:

«Pálida estrella de la noche, ¿qué ves en la llanura?, y como callaba la estrella, él mismo se contestaba: «Veo a Lelo que persigue a Zara…»

¡Qué enorme tristeza le daba ver desde las cimas a la serpiente negra, que silbando y vomitando humo arrastraba sus anillos por las faldas de las montañas y las atravesaba por agujeros, trayendo a Euscaria la corrupción de allende el Ebro! Entonces suspiraba por la muralla de China.

¿Qué nos han dado esos maquetos? —pensaba—. ¿No adorábamos la cruz antes que ellos nos trajeran el cristianismo? ¿No teníamos una lengua filosófica antes que ellos nos trajeran con su corrupto erdera la flor de la civilización romana? ¿No hizo Dios las montañas para separar los pueblos?

Y al sentir el ronquido de la serpiente negra exclamaba:

«Huye, huye, rey Carlomagno, con tu capa roja y tu pluma negra», y bajaba triste, apoyándose en su maquilla.

El sueño de su vida era el santo roble. No quería morir sin haberle visitado una vez cuando menos. El árbol santo es el complemento de la cruz que asoma entre sus ramas en el escudo de Vizcaya.

Llegó el día de la visita. Iba Lope en el imperial del coche cantando el himno de Iparraguirre y hartando sus ojos de paisaje. Subió Aunzagana a pie, apoyado en la maquilla. Entraron en la garganta de Oca, donde se despeña el arroyo entre fronda. Luego se abrió ante ellos la dilatada vega de Guernica, hendida de aire marino, y vio a lo lejos la iglesia de Luno, como centinela sobre el valle.

El aire corría por el valle acariciando los maizales verdes, el cielo se tendía sin una arruga, las peñas de Acharre cerraban el horizonte y la ermita de San Miguel parecía un pájaro gigantesco posado en la puntiaguda cima del Ereñozar.

Allí abajo, oculta tras los árboles, reposaba Guernica, Guernica la de las Juntas.

Cuando se apearon del coche Lope y Joaquín, estaban medio locos. Sin cepillarse el polvo, preguntaron por el árbol, y un chiquillo les mostró el camino. Entraron en el santo recinto, vieron mudo el anfiteatro donde batallaron las pasiones, muda la Concepción guardada por espingardas, mudos los señores de Vizcaya.

Llegaron frente al árbol y se descubrieron. Y ni una lágrima, ni una palpitación más, ni un impulso del corazón; era para desesperarse, estaban allí fríos. Miraron bien al pobre viejo, viéronle remondado de mortero, miraron al joven que se alza recto dividido en tres ramas, y se sentaron en los asientos de piedra del pabellón juradero. En el convento próximo tocaban las monjas.

Vino también un aldeano. Pasaba por primera vez por Guernica y no quería irse sin ver el árbol de la canción; le miró y remiró, preguntó tres o cuatro veces si era aquél y se fue diciendo:

—¿Cer ete da barruan? Es decir: ¿qué tendrá dentro?

Entonces les contaron a Lope y a Joaquín la llegada del último koblakari, no se sabe si de la región de los espíritus.

Una noche de plenilunio apareció junto al árbol el último koblakari. Era un mocetón robusto; las negras greñas le caían hasta la espalda, algo cargada; llevaba boina roja y un elástico rojo con bellotas doradas por botones. Se apoyaba en un bastón de hierro y llevaba una guitarra. El koblakari misterioso llegó, se arrodilló, abrazó y besó el árbol y lloró. Entonó himnos que subían al cielo como incienso, cantó el himno divino del anteúltimo koblakari, y cantó luego la degeneración de la noble raza vascongada, ¡y lo cantó en castellano!

Pero el pueblo no le conoció, hizo befa de él. Cabizbajo, sumido en honda tristeza, bajó a Guernica, dio de noche en la sociedad una sesión de guitarra y rifó un pañuelito de seda.

Lope y Joaquín se retiraron a la fonda silenciosos, y, después de haber calentado el estómago con unas humeantes chuletas y un vivificante vinillo de allende el Ebro, sintieron que una inmensa ternura les invadía el corazón, se resquebrajó el hielo que les hubo coartado frente al roble santo y el recuerdo de la visita les llenó de dulce tristeza que acabó en sueño.

Los dos, de vuelta de la santa peregrinación, ingresaron en una patriótica sociedad que se fundó en Bilbao, a la que iban a jugar al dominó.

Más tarde, en época de elecciones, hizo Lope de muñidor electoral. Cuando llegaban éstas el santo fuego le inflamaba, evocaba a Aitor, a Lecobide, a los héroes del Irnio y se despepitaba para sacar triunfante con apoyo del primero que llegara a ser candidato unido a un blanco, negro, rojo o azul, y aquí paz y después gloria.

¡Viejos euskaldunas que os congregabais en los batzarres y cantabais a Jaungoicoa a la luz de los muertos! ¡Vosotros que conservabais la médula fecunda del misterioso verbo euskárico!

¡Nobles koblakaris de la Euskaria! ¡Levantaos de la región de los espíritus, todos, desde el primero al último, el de los botones bellotas, levantaos! ¡Descolgad de los añosos robles los mudos atabales y entonad elegías dolorosas a esta raza que descendió del Irnio a los comicios, a esta raza indómita ante las oleadas de los pueblos, domada por el salitre del bacalao y la herrumbre del hierro!

Mientras ellos pelean a papeletazos por un cargo público, ¡llorad, nobles euskaldunas, a la sombra del roble santo!

(El Nervión, Bilbao, 14-IX-1891)

CHIMBOS Y CHIMBEROS

CHIMBOS Y CHIMBEROS

Dejaron el escritorio el sábado, al anochecer; como llovía un poco, se refugiaron en la Plaza Nueva, donde dieron la mar de vueltas, comentando el estado del tiempo próximo futuro. Al separarse, dijo Michel a Pachi:

—Mañana a las seis, en el simontorio, ¿eh?

—¿En el sementerio? ¡Bueno!

—¡Sin falta!

El otro dio una cabezada, como quien quiere decir sí, y se fue.

—Reconcho, ¡qué noche!

Enfiló al cielo la vista: así, así. Soplaba noroeste, ¡maldito viento gallego! El cielo gris destilaba sirimiri, con aire aburrido; pasaban nubarrones, también como aburridos; pero…, ¡quiá!, las golondrinas iban muy altas… Se frotó las manos, diciéndose:

—Esto no vale nada.

Subió de dos en dos las escaleras, y a la criada, que le abrió, le dijo:

—¡Nicanora, mañana ya sabes!

—¿Pa las cinco?

A eso de las diez, se levantó de la mesa, fue al balcón, miró al cielo y al fraile y se acostó. ¡El demonio dormía!

Revoloteaba por la alcoba un moscardón, zumbando a más y mejor. Michel sintió tentaciones de levantarse, apostarse en un rincón y, cuando pasara, ¡pum!, descerrajarle un tiro a quemarropa… A las seis en el cementerio de Santiago. Había que levantarse, lavarse, vestirse, revisar la escopeta, ya limpia; tomar chocolate, oír misa de cinco y media en Santiago. ¡Pues no son pocas cosas! Lo menos había que levantarse a las cinco… No; mejor a las cuatro y media. Estuvo por levantarse e ir a dar la nueva orden al cuarto de la criada; sacó un brazo, sintió el fresco y se arrepintió; dio media vuelta y cerró los ojos con furia, empezando a contar uno, dos, tres, etc… ¡Maldito moscón, qué perdigonada se le podía meter en el cuerpo! ¡Qué mosconada bajo la parra!

El moscón empezó a crecer, hasta llegar tamaño como el chimbo; acudieron otros más, y se llenó el cuarto de moscones chimbos. Él se acurrucó en un rinconcito, bajo una parra, y, tiro va, tiro viene, a cada tiro derribaba un moscón chimbo, que caía desplomado en la cama, convertida en gran cazuela, y donde al punto quedaba frito… Luego pasaron volando merluzas, lenguas, sarbos, chipirones… Oyó que uno de sus compañeros gritaba a lo lejos:

—¡Las dos y nublado!

Luego, la misma voz más lejos, mucho más lejos. En seguida… cayó él mismo en la cazuela, y se despertó en la cama. Oyó despierto las tres, volvió a dormirse y volvió a despertar: ¡arriba! Fue al balcón en calzoncillos… Empezaba a clarear… Algunas nubes… Todo ello era la bruma de la mañana, porque el fraile tenía medio descubierta la calva; abrió un poco el balcón y sacó la mano… Se lavó y vistió el traje viejo, botas de correas y bufanda; sacó la burjaca, y salió del cuarto.

¡Nicanora en la cama! Estaba acostumbrada a esperar que el señorito se levantara antes de la hora de llamada.

—¡El chocolate, mujer de Dios!

Al rato salió Nicanora diciendo, como diría un cómico:

—¿Dónde estoy?

—¡En todavía!…

Mi hombre se abrasó el paladar con el chocolate, se echó al hombro la vieja escopeta de pistón y a la calle.

Su madre le gritaba desde el cuarto:

—Luego con cuidao…, ¿eh?

Empezó a recorrer, como alma en pena, las calles desiertas, hasta que dieron las cinco y media. Vio algunos perros, al churrero melancólico y a los serenos que se retiraban. En la puerta de San Juan, algunas viejas acurrucaditas esperaban a Lucas.

Llegó al simontorio, y, al toque de las cinco y media, entró en la iglesia, fría como bodega, llena de criadas y hombres de boina.

Poco antes del alzar, entró Michel.

—¡Esta misa no te sirve!

—¡Otro día oiré el pedazo que me falta!

Michel llevaba su escopeta cargada con apretado perdigón mostacilla, y un perrito chimbero, color castaño, lanudo, de hocico fino, por nombre Napoleón.

Estos chimberos dormilones son la decadencia. En la edad de oro, el hoy rústico chimbero se componía de un perrillo como el de Michel, una escopeta de pistón y un chimbo, debajo de un alto sombrero de paja ahumado, forrado con una levita de pana, con polainas de paño y cargado de burjaca, cartuchero, capuzonero, polvorinero colgante de un cordón verde, mil cachivaches más y su zurroncillo con la gallofa de pan y merluza frita u otra golosina así. De misa de cuatro y media, ande Rosendo, a embaularse café con su copita de chilibrán.

Hacía tiempo que estaba cantando su alegre ¡nip, nip! el chindor, de collar anaranjado, el amante del sol, que le saludaba al romper el día, deja sus sábanas de bruma, y le da las buenas noches cuando se acuesta entre purpurinas nubes. Eran las seis y cuarto.

¡Qué agradable es recorrer la villa cuando ilumina el sol los tejados y escapa de él el fresco por las calles! Era septiembre, mes de los chimbos.

—¡Mira, mira, cuánta eperdicara!

Eran las fregonas, con su delantal blanco y su mantilla negra, que salían en bandadas y se dispersaban escoltadas. Algunas venían de oír misa por el campo. ¡Judías! En el Arenal era todo un paseo.

—¡Adiós, salada!

—¡Adiós, salerosa!

No podían, ¡ay!, detenerse; el chimbo les esperaba cantando en su higuera himnos al sol recién nacido.

Cruzaron con un chinel, y empezaron a trepar como garrapos por la estrada del Tívoli. Cruzaban, a ratos, con aldeanas, que llevaban sobre la cabeza la cesta, cubierta con el trapo blanco, y, sobre éste, la cestita de la vendeja.

—¿No sabes tú algo de vascuence?…

—¡Sí, vascuence de Artecalle!…

—Diles algo, échales una flor…

—¡Eh, su… nesca… gurusu… gurusu…!

—No soy nesca; nescas en Bilbao Vieja tienes…

—¡Te ha chafao! ¿No sabes que hay que llamarlas nescatillas?

Michel quedó corrido y juró, en su corazón, vengarse del descalabro. Llegaron sudando a la cima de la cordillera.

Entonces pasaba un aldeano.

—Anda, Pachi, pregúntale por dónde se baja a Izarza…

—¿No sabes o qué?…

—Pregúntale, ¡verás qué chirene!

Tomó el inocentón las más suaves inflexiones de su voz para decirle:

—Diga usted, buen hombre, ¿hará el favor de decirme por dónde se baja a Izarza?

El aldeano se encogió de hombros, sonrió y siguió su camino, sin contestar palabra.

—¿Ves, ves, cómo no te las arreglas con el jebo?… Mira, aquí viene otro… ¡Eh, tú, di por donde puñeta se va a Izarza!

—¡Por aquí, señor! —contestó, señalando el camino.

—¿Ves, hombre, ves?… Aldeano de los alrededores de Bilbao, jebo sivilisao… Tiene más… más… qué sé yo que un gorrión.

Y el hombre aligeró el paso, con la satisfacción de la venganza. Había tomado la revancha por lo de las nescas. ¡Cuántas vueltas y revueltas tiene el laberinto del corazón humano!

Entraban en tierra aldeana. Michel había calumniado al jebo sivilisao, como él decía, al aldeano urbano. Cierto es que, como gato escaldado, huye del agua fría; pero si ve blanca, se apacigua y entra en razón.

Se detuvieron en una de las casas de la cima a echar una espuelita de aguardiente balarrasa. Corría un fresco de mil demonios.

Pachi, con las manos en los bolsillos, lagrimeando los ojos pistojillos y colgando el dindirri de la nariz, tapadas boca y orejas por la bufanda, miraba a lo que tenía delante por entre la tenue neblina de su propio aliento. De vez en cuando, por no sacar las manos, sorbía…

Bilbao, ensartado en el Nervión, se acurrucaba en aquella hondonada, cubierto en el edredón de la niebla, humeando a trechos y ocultándose, en parte, tras el recodo del camposanto. La luz de la mañana hacía brillar el verde de los campos de Albia, tendidos al pie de Arraiz. Apoyándose sobre las pardas peñas de San Roque, contemplaba a la villa el pelado Pagasarri, y, sobre sus anchas espaldas, asomaba la cresta Ganecogorta el gigante. Parecían tías que contemplaban al recién nacido sobrino, Arraiz, Arnótegui con los brazos abiertos, y Santa Águeda, de famosa romería.

A Pachi la ternura patria le hacía bailotear los ojillos… ¡Aquello era su Bilbao, su bochito, lo mejor del mundo, el nido de los chimbos, la tacita de plata, el pueblo más trabajador y más alegre!

El Nervión, ría y no río —¡ojo¡—, culebreaba a todo lo largo de la vega de Olaveaga; más lejos, parecía a ratos bosque de jarcia; luego, las altas chimeneas del Desierto, cuyo humo se mezclaba a los pesados nubarrones que venían de hacia las recortadas minas de vena roja. Se abría la ría, no río —¡ojo!—, en el Abra; Serantes el puntiagudo, reproducido en el Montano, se miraba en el mar; allí, las Arenas, como nacimiento de cartón, y volviendo a la derecha —Pachi se volvió—, el valle de Asúa, la inmensa calma de la aldea, Chorierri, tierra de pájaros, la tierra de promisión, el campo de los chimbos y los chimberos. En él, Sondica, Lujua, Erandio, Zamudio y Derio, cinco pueblecitos como cinco polladas, con sus cinco iglesias como cinco gallinas, picoteando en su valle de verdura eterna.

El fresco o la emoción humedecían los ojos de Pachi:

—Suisa, hombre, Suisa…

—¿Dónde has visto tú Suisa, arlote?

—¡Por los santos, hombre, por los santos!

—Pero qué, ¿no piensas casar, ni comer?

A esta palabra mágica se volvió, enternecido y sorbiendo los mocos. Empezaron a buscar aventuras. Bajaban por una calzada llena de baches y pedruscos, verdadero calvario.

Salían a la puerta de los caseríos los mastines a ladrarles como desesperados, cuando no acababan de olfatear a Napoleón bajo el rabo. Michel se impacientaba; tenía tanta ojeriza al perro aldeano como a su amo; les tiraba piedras.

—¡Para quieto, hombre! ¡Aquí llevo unos curruscus de gallofa y algunos de fote, verás. ¿Ves? ¿Ves?

—Sí, fíate. A mí una ves me echó uno un tarisco…

—¡Quiá! Porque eres un memelo…, y te quedarías apapanturi. Ladran de hambre, nada más que de hambre… Que te tiran del pantalón, es pa que les hagas caso…

—¡Calla! ¿No has oído?

—¡No! ¿Pues?

—¡Cállate!

Se oyó el alegre ¡pío, pío! de un chimbo. Primera aventura de verdad. Vieron luego al pajarillo salir del suelo y, con vuelo cortado y bajo, volver a ocultarse entre los terrones…

—¡Míale, míale! ¡Allí, allí! ¿No le ves?

—Sch, schsechut!… ¡Calla!

Michel se adelantó a pasos lentos, agachándose y con la escopeta en ristre… Se la echó a la cara… ¡Huyó! El chimbo levantó el vuelo y se fue hacia Pachi. Antes de poder decir ¡amén! en su lengua el pajarito, se oyó el tiro.

—¡Ya ha caído!

Empezaron a registrar entre terrones. Napoleón hozaba por aquí y allí, y todo en vano; ni rastro.

—¿No te digo yo?… ¿No te digo yo?… Se abre la tierra y los traga… Tiene razón Chomín: si traerían los toros de agosto por aquí no llegaban a Bilbao… ¿No te…?

¡Pi, pi, pío! Pero no consiguieron ver al animalito.

—¡Cuándo mete tanta bulla, será algún chimbo silbante!

—¡Sí; están verdes!

—¡Lo que es si vuelve atrás!

El buen chimbero desprecia al raquítico y negrucho silbante, el más pequeñín y flaco, el más bullanguero y saltarín…

—¡Vaya con el chirripito! ¡Reuses de pájaro, na más!…

Entonces se separaron, y tiró cada cual por su lado. Este es el encanto de la caza del chimbo. El chimbo chimbero es la encarnación mil trece del espíritu potente y ferozmente individualista de nuestro pueblo, falto de grandes hombres y ahíto de grandes hechos, donde todo es anónimo y todo vigoroso; donde, donde cada cual, con santa independencia y terquedad admirable, atiende a su juego y se reúnen sólo todos para comer y cantar. No de bullangueras asambleas, sino del lento trabajo del choque de intereses y de la larga experiencia, brotaron, como flor colectiva del espíritu individualista, aquellas admirables ordenanzas que han dado la vuelta al mundo.

A ratos lloviznaba. Michel, que caminaba entre abrojos, oyó cantar al chindor, amigo del hombre, que canta a la caída de las hojas en el tardío otoño. Le perdonó la vida.

—¡Que viva y cante!

¡Oh, magnanimidad chimberil!

Llegó a las orillas de un arroyo, que culebreaba entre mimbres y juncos, que le cubrían como cortinillas de verdura; subía a las narices una frescura de hierba húmeda, que dilataba el pecho y abría el apetito. Pasó como una flecha un pinchegujas, y, tras él, un pajarito de pecherita blanca, que iba, venía, gritaba, agitaba su colilla recta como una dama su abanico, mojaba su piquito en el arroyo, jugaba con el agua, se iba a mirar en ella y, al ver deformada su imagen por los rizos del agua, le entraba risa y echaba a volar, riendo en vivo ¡pío, pío! Sonó el tiro, y, aleteando un poco, cayó la pobre eperdícara en el agua, que envolviéndola, fue a dejarla entre unos juncos.

Entre tanto, el incomensurable Pachi, sin perro ni cosa que lo valga, seguía su caza. Al pasar por un sembrado, oyó una voz que le gritaba:

—¡Eh, tú, ándate con cuidao, luego!

—Este será carlista, de seguro —pensó.

Algunos de los Arrigorriaga —la cacería que cuento fue en septiembre del 72—, carlista, de seguro. ¡Claro está! ¡Un aldeano liberal no se cuida jamás de sus sembrados, y estos regañones, que miran al bilbaíno de reojo, carlistas, carlistas, de seguro!

Salió entonces a un claro, y, profiriendo un ¡ah!, quedó mi hombre absorto y como en arrobo chimberil. En el suelo había un pájaro que con una lengua larguísima, como una trompa, fuera del pico, esperaba a que se llenara de hormigas para engullírselas. El corazón le picoteaba el pecho a Pachi… Apuntó con todo ojo, y rodó por el suelo el animalito. Mi hombre se acercó y, antes de cogerlo, se le quedó mirando un rato. Era un chimbo hormiguero, el pintado y aristocrático chimbo hormiguero, de larga lengua, el que figura en una de nuestras canciones clásicas.

Pachi lo cogió, le abrió el piquillo y le arrancó la larga y viscosa lengua; operación que jamás olvida el buen chimbero, pues nada hay peor que aquella lengua apestosa, capaz de podrir a todo el chimbo y a los que con él vayan en la cazuela.

La alegría le retozaba en el cuerpo a Pachi. Sopló al cuerpecillo, aun tibio, debajo de la cola; le separó el plumoncillo, y dejó ver una carne amarillenta.

—¡Qué mamines! ¡Qué gordito! ¡Qué mantecasas!

Le desplumó la suave pelusilla del trasero, y apareció éste finísimo, amarillento, rechonchito, de piel tendida, como parche de tamboril. Pachi se enterneció, miró a los lados y no pudo resistir el deseo de darle un mordisco en chancitas en aquellas mantecas. Se lo guardó en la burjaca, tarareando:

«Aunque te escuendas
en el bujero,
chimbo hormiguero,
tú caerás…»

Perdonó la vida a una chirta, que chillaba en un sembrado de patatas.

—Gorriones, chontas, pardillos, pájaros de pico chato… ¡Carne dura! ¡Carne dura!

Mató aún algunos vulgares chimbos de higuera, que picoteaban el higo y saltaban en las ramas, con expresión cómico-trágica, imitando a los barítonos cuando hacen de traidores.

Vio a Michel a lo lejos.

—¡Eh, Michel! ¿No te dise nada la tripa?

—Sí; ya me está haciendo quili, quili.

—Pues vamos cansía la perchera. ¿Cuántos has matao tú?

—Verás; ahora sacaré del colco…

Y le enseñó el hormiguero, lo que aumentó el mal humor del otro; y fue tanto, que al ver un clinclón que les miraba con sus ojazos clavados en el cabezón, le apuntó y le cosió a perdigones, diciendo:

—¡Un favor a los jebos!

¡Así pagan en el mundo los pecadores por los justos!

Desembocaron al camino real. Volvían de misa las aldeanas con la mantilla en la mano. Quiso Pachi hacer una fiesta a una, que pasaba, de carota de pastel, pero se encontró con un moquete, que le puso el hocico más rojo que el que llevaba el tintinábulo en la procesión del Corpus, mientras oía:

—¿Qué se cree usted?

—¡Anda, anda con la nescatilla!

Los ancianos saludaban, dando los buenos días; los jóvenes se van civilizando a la inglesa.

El chorierrico o aldeano de Asúa es un buen pájaro, del tamaño de un hombre; lleva las patas abigarradas de retazos azules; cresta azul, y azul, por lo general el cuerpo; trepa como un garrapo la cucaña; canta poco y siempre a tiempo; pide lluvia metido en fango; baja a Bilbao a picotear y llevarse pajitas para su nido y grano para sus polluelos, y por ser celoso, de sobra, de su derecho, queda a las veces desplumado por algún milano, agachapado en el Código. Teme al chimbo bilbaíno, que se burla de él, le pisotea las sementeras y le manosea la hembra.

Llegaron a la taberna, que, según el amo de ella, otra mejor no la hay en todo Vizcaya. Junto a ella, el juego de bolos. Subieron por la cuadra a un caserón de aldea, de techo ahumado. Allí encontraron la flor y nata de la chimbería: Santi, el Silbante, llamado así por su exiguo cuerpecillo; el imponderable Chomín, Tripazabal, Juanito y Dioni. En resolución, que había merluza… y lo demás se arreglaría pronto.

Se acomodaron en un cuarto, con una ventana sin cristales, con enorme cama, en cuya cabecera no faltaba la indispensable agua-benditera, sobre un retazo de pared empapelado; una mesa ancha y dos largos bancos.

Santi, antes de sentarse, sacudió el banco, a ver si estaba firme.

—Eres de la condisión de la epecha, el pájaro más chirripito y cacanarru, que nunca se pone en una rama sin sacudir, pa ver si le sostiene…

—¡Cállate ahí!… ¡Enterao estás! Con que el más chirripito, ¿eh? ¿El más chirripito? ¿Y dónde dejas al chío y al tarín?…

—¡Bah! ¡Ya remanesió tu siensia!…

Cada cual sacó de su burjaca el botín de campaña.

Allí toda la numerosa clase de los vivarachos chimbos de mora, hermanos del ruiseñor; cenicientos chimbos de higuera, de cabecita fina, ancas azuladas y mantecosa pancilla; rojizos chimbos de maizal; algún raro chimbo de cabeza negra, enteco, como el silbante; otros, cenicientos de cola roja, mosqueros; coliblancos, rechonchos y plumosos, y, entre todos, luciendo su aristocrática supremacía, el pintado hormiguero de Pachi.

—¡Míate, míate! ¡Como buebos!

—¿A ver?… ¡Deja, hombre, que les atoque tan siquiera!

—¿No oyes que como buebos?

—¡Un tordo!

El tordo es, como la malviz, el ideal del chimbero. Pues qué, ¿se sostendría sin ideal la chimbería?

—¡No me ha amolao poco!… Lo que menos tres veses le he apuntao, y él se guillaba disiendo: «¡Cho!, ¡cho!, ¡cho!», que en vascuence quiere desir: «¡Chafarse!»

También salió un martinete pintado, con el color apagado ya.

Empezaron a desplumar los pajaritos, que quedaban desnudos, blancos, con la redonda cabecita colgada del delgado cuello, entornados los diminutos párpados.

—¡Pobres pajaritos!… ¡Iñusentes!

Hay ternura en el corazón del chimbero, que una cosa es la lucha por el ideal y otra el corazón, y, sobre todo, ¿para quién hizo Dios al mundo?

Llovía a jarros, y esperaban su pitanza los chimberos chimbos.

Chimbos nos llaman a los bilbaínos, y lo somos: silbantes unos, colirrojos otros, otros coliblancos, de zarzal y hasta hormigueros. El chimbo bilbaíno pía y picotea y procura echar mantecasas bajo el pulmón. Tiene su nido en el bocho; canta siempre, y busca para él pajitas y aparta grano. ¡Aire y libertad y alas para volar! Aquellos mismos chimberos chimbos, un año más tarde, respondían con alegre ¡pío!, ¡pío!, con canciones frescas y chillonas al estampido de las grandes escopetas de los chimberos jebos.

Seguía lloviendo a jarros. Los hombres se impacientaban; daban patadas al suelo. Uno andaba por la ahumada cocina, haciendo fiestas a la criada.

El cuarto vecino tenía entornada pudorosamente la puerta. Era el Ayuntamiento, que celebraba sesión con comilona.

En éstas y las otras, se anunció la comida. Santi, devoto conservador de las tradiciones chimberiles, se quitó el sombrero y se ciñó a la cabeza el pañuelo, según era uso y costumbre en los heroicos tiempos de la chimbería.

Espárragos riquísimos; una cazuela con patatas y bazofia; carne llena de gordo y piltrafas; pollo en salsa, y merluza nadando en un mar de aceite.

Se daban todos tal prisa en comer, que el buen Pachi tuvo que coger un mendrugo y clavarlo en el cazolón, exclamando con voz solemne:

—¡Mojón!

Santa palabra. Dejaron todos sus tenedores, y él:

—Dejeméis mascar tan siquiera; dejeméis mascar.

Llegaron los chimbos, tan gustosos para roer, negritos ya, y los chimberos se chupaban los dedos.

Se armó la gran discusión a cuenta de si el rito de la limonada pide sarbitos o merluza en salsa; luego se discutió si es o no de trampa el pantalón del torero; luego la diferencia que hay entre chanela y chalupa. A todo esto, Tripazábal metía más bulla que un picharchar, y todo para nada.

Rodando la conversación, se vino a dar en el melancólico tema de «¡Cómo pasan los años, oh póstumo! ¡Oh témpora, oh mores!»

Santi, el Silbante, era romántico hasta dejarlo de sobra. Se echó sobre el camón y, mirando al techo, endilgó esta elegía:

—Ahora… ¿Ahora? Estos de ahora no sirven pa nada… ¡Nosotros sí que teníamos arloterías entonses! Ahora son todos unos sensumbacos iñusentes, que andan faroleando en l’Arenal detrás de las chicas… ¡Ah, las cosas que me alcuerdo! Ayer le busqué sin querer a Totolo en cal Correo, y no hisimos pocas risas, habla que habla d’eso… Un día el chinel llevarme quiso abajo San Antón… Yo corre que te corre, que ni Pataslargas me cogería, y el chinel por detrás… ¡No tenía mal alcuerdo! Yo, sin mirar, ¡pum!, de un bulsiscón, un chenche al suelo; luego, me tropesé en un trunchu de chana, y ¡sas!, de bruses contra un orinadero… ¡De por poco me apurrucho la pavía! Estaba el suelo mojao y resbaliso, como si te sería un sirinsirin, porque había llovido sirimiri y se había hecho barro de bustina… El chinel m’enganchó y abajo San Antón, porque le hise un chinchón a una señora… ¡Qué risas te hisimos aquel día! ¡Y cada reganchada le di al chinel!…

—Yo que tú, de un corpadón le mando a Flandes…

—¡Entonses, entonses! ¿Ahora?

—¡Ahora saben más!

—Mejor nosotros. ¡Iñusentes, iñusentes! Hablábamos de las cosas que son pecau, y de las que no son pecau; íbamos and’el maestro a preguntarle si era pecau desir concho y otras cochinadas, fumar en la portalada y seguir a las chicas… ¿Hoy? ¿Hoy? Hasta los chenches chirripitos que andan en l’alda del aña y van alepo tienen novia, y fuman, y disen concho… y se visten en Carnaval de batos barragarris… ¿Cuándo les ves holgar a toritos? ¿Cuándo oyes en la calle: «¡Qué sale el toro Cucaña!»? ¿Cuándo les vez hacer jirivueltas?… Te digo que esto va mal: quitarán el sirinsirin de San Nicolás, quitarán los gigantes, quitarán todo…

Una inmensa tristeza cayó sobre todos: la inmensa tristeza de la digestión penosa.

En el silencio del cuarto empezó uno a cantar, y le siguieron todos. El canto salía vibrante y se tendía por el valle, perdiéndose en él sus ecos apagados.

Envuelto en los vivos gorjeos del zortzico de Bilbao, le subía del estómago repleto una enorme ternura a la tacita de plata, acurrucada en su bocho.

Poco antes de caer la tarde, salieron con sus perros y sus escopetas de vuelta a la villa.

Se habían pasado parte de la mañana en sudar tras un pajarillo de mala muerte, para dar de hocicos en el cazolón. Allí les envolvió la ternura patria, ahitos de merluza, fuera del pueblo. La comida fuerte y sólida hace de sol; tanto calienta un cazolón humeante como un sol de fuego desde un cielo azul.

Año y medio más tarde, aquellos mismos chimberos de la cazuela, no pudieron beber el aire de las montañas, lanzaban a él su ¡pío, pío!, mientras tronaba sobre sus cabezas la bomba del jebo y recorrían las calles de la villa los viejos chimberos con la escopeta al hombro.

Dos años después, en aquel mismo mes de septiembre vieron la famosa romería de San Miguel en el Arenal de Bilbao, a la sombra del tilo.

Y más tarde aún, en premio a sus afanes y sudores, les mermaron la pitanza de la próvida cazuela, no para dar al falto lo que creían sobraba al harto, sino para echarlo al arroyo. ¿Por qué ha de estar graso el chimbo hormiguero, cuando el silbante está flaco?

El chimbo calla, se resigna, trabaja y sigue cantando y revoloteando de higo en higo, y esperando a la nueva primavera.

En la rápida transformación de nuestro pueblo es el chimbero, animal cuasi fósil, penumbra de lo que fue.

El Bilbao de las narrias y de los chimberos se ha transformado en el del tranvía urbano y los cazadores de acciones. Ya no se ven por las calles aquellos perritos lanudos, color castaño y hocico fino, y andan por ellas olfateando sabuesos, perdigueros, buldogos y hasta galgos y daneses.

Se va haciendo la paz entre el chimbo campesino y el urbano; aquéllos cantan, desde la primavera al otoño, al sol que dora las mieses, y a los arrastres de mineral, que matan al buey, mientras elevan las fábricas al espacio el himno fragoroso a la fuerza omnipotente del trabajo, que crea, sostiene, destruye y vivifica todo.

¡Animo, hijos de los viejos chimberos! ¡A cazar el pan para los hijos!

(Leído en la Sociedad El Sitio, l-V-1891, publicado en enero de 1892 en El Nervión de Bilbao)

SAN MIGUEL DE BASAURI EN EL ARENAL DE BILBAO

A D. Francisco de Yzaguirre.

Nada más grato que recordar las bulliciosas fiestas de los tiempos ingratos para nuestra villa; nada más saludable que evocar la memoria de los raudales de alegría que desbordaban entonces del vigor del alma bilbaína. Los hombres y los pueblos valerosos son los hombres y los pueblos verdaderamente alegres: la tristeza es hermana de la cobardía.

Vosotros, los de aquellos días, podéis decir:

—¡Estuvimos allí!

Yo que aunque muy niño entonces, también estuve allí, sólo aspiro a despertar en vuestra fantasía la imagen dulce de la bulliciosa fiesta, que fue como prólogo a aquel heroico período, a cuyo culto esta Sociedad está consagrada.

Era el otoño plácido de nuestras montañas, cuando el sol, cernido por la disuelta telaraña de neblina, llueve como lento sirimiri sobre el campo sereno, disolviendo los colores en el gris uniforme del crepúsculo del año.

La placidez de aquel otoño templaba la agitación de los espíritus. Bilbao estaba rodeada de enemigos; desde los altos que le circundan le hacían corte los jebos; las monjas de la Cruz habían abandonado su convento; los habitantes de Bilbao la Vieja y San Francisco invadían el casco nuevo, ocupando las casas desalquiladas; los cosecheros de chacolí vendimiaban su uva antes de sazón; faltaban correos, y merluza, a las veces; se acercaba el sitio, pero la alegría alentaba, y era hermoso el otoño plácido de nuestras montañas.

Amaneció el 29 de septiembre de 1873. Pachi, muy de mañana, llamó a la puerta de Matrolo:

—¡Vamos, arlote, dormilón, levántate! ¡A la romería! ¡A San Miguel!

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Matrolo, desperezándose.

—Nada, que Chapa va hoy a Guernica de paseo, y, lo que ya sabes, que viene Moriones con dos mil hombres… Los jebos, vendimiando… ¡Anda, levántate!

—Pero ¿es verdad que nos viene Murriones? —preguntó Matrolo, restregándose los ojos.

Cuando se hubo metido en su ropa, dirigióse a un rincón del cuarto, levantó una especie de cortina y mostró a Pachi un fusil Remington y una escopeta chimbera en íntima compañía, preguntándole:

—¿Cuál cojo?

—¡Coge la escopeta!…

—¡La gran idea, verás! Ayer hablé de ello…

Cogió la escopeta, se colocó la burjaca, el polvorinero, el capuzonero, todos los chismes, llamó al perro y dijo:

—¡Vamos!

—Pero… ¿estás del queso? ¿A dónde vas?

—¡A chimbos!

—¡Divertirse! —les gritó una joven—. Luego vamos nosotras.

—Tendría que ver —decía Matrolo, mientras bajaba las escaleras— que Velasco, el sombrerero libertador, se nos presentara a pasar sobre nuestros escombros…

—Parece —añadió Pachi— que Castor, el vejete, está haciendo de soplín, soplón, hijo del gran soplador; no hace más que inflar los papos en la fundición de Arteaga… Los postes de amarras no le bastan y dice que nuestro comercio no aguantará tres días de bombardeo…

—¡Coitao! ¡Qué pronto se ha olvidado de San Agustín!… ¡Está memelo!

Entonces pasaba por la calle Chistu, con su tradicional casaca encarnada y pantalón azul, tocando el pastoril instrumento.

—¡A Basauri! ¡A San Miguel!

Era un grupo de jóvenes con boinas rojas y pantalones de dril blanco, saltando y gritando. La calle hacía de carretera; las serias casas de riente campo, porque llevaban dentro de ellos el campo y la alegría.

—¿Vamos a buscar a Bederachi? —dijo Matrolo.

—¿Bederachi? Desde que tiene novia…

El animoso Bederachi se entusiasmó como un niño con la idea de ir a chimbos al Arenal. ¡Al fin podría gritar y hacer chiquilladas en público, sacar al aire libre la plenitud de su alma!

—¡Esto es demasiado lujo! —exclamó Pachi al ver las bocacalles del Arenal con banderas y gallardetes.

Ante su vista, entre las estribaciones de Puente y la bicornuda fachada de San Nicolás, se extendía el Arenal famoso, del que dice la canción que

No hay en el mundo
puente colgante
más elegante,
ni otro Arenal…»

Parecía el campamento de la alegría. En los jardines, tiendas de poncheras, en que se veía, sobre blanco mantel, la jarra con su batidor de caña, los vasos y los azucarillos, respirando frescura; choznas cubiertas de ramaje; tiendas de campaña, por aquí y por allí, de juegos de navaja, de anillos, de dados, y, a través del follaje, que amarilleaba, los palos y el vergaje de los vapores empavesados y endomingados.

Un aire fresco dilató el espíritu de mis tres romeros, aire de alegría que soplaba su hálito sobre el Arenal desde las bocacalles de la villa.

Sintiéronse niños Bederachi y Matrolo, y empezaron a apuntar a los árboles, fingiendo disparar con gran contento de los chiquillos, que celebraban la ocurrencia.

Al pasar junto a una chozna, y oír el chirchir del aceite, Matrolo dilató las narices y preguntó:

—¿Es?

—¡Sí!

—¿Tenemos merlusita frita? ¡Qué felisidá!…

—No es del todo buena —observó Pachi—; pero, al fin, esos caribes nos dejan probar… La carne está dura, mala y cara; a veinticuatro cuartos libra. El vino…

—¡Prosaico! —le interrumpió Bederachi.

—Tú sampa y cállate.

Recorrieron los grupos de bailes; los dos chimberos dieron unas bajadas de sirinsirin en San Nicolás, con vergüenza de Pachi, y de allí se fueron a las Acacias, donde unos voluntarios de la República jugaban a los bolos.

—Este juego —les dijo uno de ellos estoicamente —está hecho con tablones de la batería de la Muerte…

—¡Qué miedo!

—¿Quién habla de muerte? En el camposanto han puesto un letrero que dice: «No se permite la entrada».

Frente al peligro que se avecinaba, halló nuestro pueblo la frescura del alma virgen, desligada del cuidado que consigo trae cada día.

Estaba apuntando a un árbol Bederachi, para regocijo de los muchachos y expectación del perrillo, que enderezaba las orejas, cuando, poniéndose, como amapola, dejó caer la escopeta al oír un

—¡Mireléis, chicas, mireléis!

—¿Por qué no disparas? ¡Sigue! —le dijo Pepita, que venía.

—¡Chiquilladas!… —murmuró confuso.

—¡Ay, ené! ¡Y qué vergonsoso es el chico!… —exclamó una de las compañeras.

Bederachi se les agregó escoltándoles con su escopeta al hombro, seguido del perrillo y cuchicheando al oído de Pepita. Para ellos era la fiesta; para ellos la placidez del otoño; sinfonía de su amor, el contento desparramado que les rodeaba.

—¿No te digo yo? —decía Pachi a Matrolo—. Con enamorados no se cuenta…

En aquel momento llegaban don Terencio y doña Tomasa, serios como corchos; con ellos, los gigantones africanos y asiáticos y los dos cabezudos. Eran los gigantes de la segunda dinastía; los anteriores a la reforma que les añadió americanos a compartir su reinado; los que conocieron a Gargantúa; los que, atacados más tarde de cloruritis y abandonados por su pueblo, fueron, a bordo de un arca de Noé, a Portugalete a acabar su vida, contemplando el mar, que se traga a los grandes ríos y a los arroyuelos chicos.

De las calles de la villa salían alegres grupos y vibrantes sansos, como retozo de un niño.

—Comeremos aquí y con música —dijo Matrolo.

Mientras la banda tocaba en el quiosco, comieron en las Acacias, en bulliciosa mesa, servida por los Pellos. Se habló allí de la guerra y de la paz, de la facción carlista y de aquellos cartageneros que distraían al ejército. Recordaron las pasadas romerías de Basauri, cuando iban por la blanca carretera o por el sombrío camino de la Peña, pasaban el Puente Nuevo, ante el cual se despliega el risueño valle de Echévarri, por cuyo seno, entre cortinones de verduras, el Nervión, aun joven, se enfurruña al saltar las presas; pasaban el Boquete, y, muy luego, se abría ante sus ojos la frescura del valle de Basauri, vestido de manto de árboles, en cuyo límite se destaca la iglesia de Arrigorriaga, teatro de heroicas hazañas.

Revoloteando la conversación alada, se fue de la romería a Basauri, y de Basauri a Arrigorriaga. Dijo un comensal:

—¿Os acordáis de aquella acción del año pasado, cuando la amorebietada? Antes del susto del día de la Ascensión…

Todos sonrieron, y miraron al único que comía en silencio, sin sonreír.

—Aquel día —añadió otro— fue herido nuestro bizarro compañero Abdelkader…

—¿Dónde? ¿Dónde? —preguntó Matrolo a su vecino.

—En el tacón —contestó éste.

—No hay que olvidar —añadió otro— el patriótico impulso que les trajo en un santiamén a dar cuenta de lo ocurrido…

—¡Bueno! ¡Basta de eso! —interrumpió seriamente un vecino del que comía y callaba.

La conversación varió de vuelo.

Entre tanto, la romería se animaba. Cruzó el Arenal, saliendo de la villa una carretela, tirada por caballos encascabelados y encampanillados, y los alegres jóvenes que iban en ella, adornados con dalias, llenaban el Arenal con sus sansos.

Matrolo apenas comía; se confundía en todo.

—¡Cigarros!

—¡Agua fresca! ¿Quién quiereeeee?

—¡Eh, aguadera!

—¡Churros! ¡Churros calientes!

Las tiendas de la villa se cerraron por la tarde. El Arenal parecía un hormiguero.

Entre tanto, desde la falda de Archanda, junto a una casería recién quemada, miraba con vista fosca a la fiesta el casero, mientras en lo íntimo de su alma, al rumor que subía del Arenal de la villa, se unían los ecos de las pasadas machinadas; ecos que, al nacer, trajo como herencia.

—¡La primera compañía v’haser el aurrescu!

—¡Pilili v’haser el aurrescu!

Lo oyó Matrolo y, con el bocado en la boca y la servilleta al cuello, fue a verlo. Se sobrecogió de respeto al ver los chuzos de la autoridad.

Comenzó el antiguo baile a los ecos agridulces del pito de Chistu; esos que iban a perderse en los oídos del casero de Archanda.

—¡Alza, Pilili!

Y Pilili hacía en el aire los trenzados habilísimos de sus pies.

—¡Bravo! ¡Bravo! —exclamaba Matrolo, luciendo su servilleta.

—¡Aquí viene! ¡Aquí viene!

Matrolo corrió a dejar la servilleta y tomar la escopeta; se volvió y vio un tropel de gente que se acercaba.

—¡Aquí está el rey de las selvas! —dijo Pachi con seriedad.

Con boina encarnada, de la que colgaba borla de esparto; con banda azul, de rico percal, con borlas; con una placa de papel que le cubría el pecho; con artística espada de arrogante pino, benévola en los combates, como dice un cronicón coetáneo, venía, caballero sobre un rucio, a tambor batiente, llevando en la espalda un papel de trapo que decía: «Entrada del rey Chapa en Guernica».

Le seguía la guardia real: chicuelos, armados de palos, que le vitoreaban. Deteníase él, de cuando en cuando, para decirles:

—Guerreros, esta noche dormiréis en Bilbao.

Agregáronse a la comitiva los enanos y los gigantones.

Pasaban entonces en artolas dos ricos aldeanos, marido y mujer, representados con propiedad. Bajó el marido a besar la mano a Su Majestad.

Matrolo se sintió niño. Recordó los días en que, poniéndose un alfiler en la gorra, a guisa de pararrayos, corría delante del enano, gritándole: ¡Caransuelito! Y, con su escopeta al hombro, se agregó a la comitiva.

Pasaron la batería de la Muerte, fueron a la taberna de la Sandeja y se colocaron en batalla frente al blocaus de San Augustín, mientras Pachico el Gordo les miraba sonriendo.

—¡Allí están los jebos!

Desde Archanda, un grupo de hombres contemplaba la fiesta. Europa, representada en don Terencio y doña Tomasa, les miró asombrada; Asia y África les volvieron las espaldas.

Entonces se mezcló al regocijado clamoreo de la fiesta el ronquido del cañón, que, desde San Augustín, enviaba peladillas a los mirones. El eco de los cañonazos se disipó, como golpes de bombo en regocijado bailable, en el murmullo que brotaba del retozo de la muchedumbre. El Arenal parecía vivo, y resonante el polvo de la fiesta, que parecía destilar sobre los corazones el bálsamo del descuido.

Matrolo no sabía dónde acudir; quería estar en todas partes, mezclar su voz a todos los rumores de la fiesta, difundirse en el ambiente. El contento que le envolvía llevaba a su corazón este melancólico pensamiento:

—¡Qué mal está el que no tiene novia!

Junto a los impávidos gigantones, rodeados de chiquillos, circulaba la gente, bailaban a la música, se oían sansos, chirchir de guisos, sonsonete de ciegos…

De pronto, resonó sobre el alegre rumor de la fiesta la corneta de llamada. Por un momento se calmó el runrún, como el bramido del mar que cesa, mientras avanza por la altura la encanecida ola, para deshacerse en blanco polvo, rebramando contra la costa.

Matrolo echó a correr; Bederachi le siguió. Llegaron a sus casas, dejaron las escopetas y los perrilleros, cogieron los fusiles y las gorritas de higo, recordaron los tiempos duros en que estaban y, llevando en el alma el uno el soplo fresco de la romería, la mirada de Pepita el otro, se fueron a sus guardias.

¿Y el de la borla de esparto?

El cronicón de donde he sacado los datos, acaba su descripción diciendo:

«No comprendiendo, sin duda, su majestad mandilona que el buen ejemplo debe dimanar siempre de quien en lo más alto se ve encumbrado, olvidándose acaso de su elevado rango, se atreve a cometer serios desmanes que le obligan a retirarse quizá antes de tiempo, contra su omnímoda soberana voluntad, al regio alcázar hábilmente designado con el significativo nombre de La Perrera».

Ya de noche, se arrastraban los últimos ecos de la romería; recorrían las calles grupos, y se oían voces que se alejaban cantando:

Ené, qué risas le hisemos
al pasar por la Sendeja…
Chalos y todo nos hiso
desde el balcón una vieja…»

Así celebró Bilbao en su Arenal la romería de San Miguel de Basauri el 29 de septiembre de 1873.

¡Tiempos aquellos en que en el continuo vaivén de los sucesos, en la incertidumbre del mañana, despegadas las voluntades del amodorrador cuidado y flotando sus raíces como en el mar las algas, traía la villa a su seno el aire de los campos y recogía el soplo de la infancia animosa de los pueblos.

(Leído en la Sociedad El Sitio, l-V-1892, y publicado en mayo de 1892 en El Nervión)

EL SEMEJANTE

Como todos huían de Celestino el tonto, tomándole, cuando más, de dominguillo con que divertirse, el pobrecito evitaba a la gente paseándose solo por el campo solitario, sumido en lo que le rodeaba, asistiendo sin conciencia de sí al desfile de cuanto se le ponía por delante. Celestino el tonto sí que vivía dentro del mundo como en útero materno, entretejiendo con realidades frescos sueños infantiles, para él tan reales como aquéllas, en una niñez estancada, apegada al caleidoscopio vivo como a la placenta el feto, y, como éste, ignorante de sí. Su alma lo abarca todo en pura sencillez; todo era estado de su conciencia. Se iba por la mayor soledad de las alamedas del río, riéndose de los chapuzones de los patos, de los vuelos cortos de los pájaros, de los revoloteos trenzados de las parejas de mariposas. Una de sus mayores diversiones era ver dar la vuelta a un escarabajo a quien pusiera patas arriba en el suelo.

Lo único que le inquietaba era la presencia del enemigo, del hombre. Al acercársele alguno, le miraba de vez en vez con una sonrisa en que quería decirle: «No me hagas nada, que no voy a hacerte mal», y cuando lo tenía próximo, bajo aquella mirada de indiferencia y sin amor, bajaba la vista al suelo, deseando achicarse tamaño de una hormiga. Si algún conocido le decía al encontrarle: «¡Hola, Celestino!», inclinaba con mansedumbre la cabeza y sonreía, esperando el pescozón. En cuanto veía a lo lejos chicuelos apretaba el paso; les tenía horror justificado: eran lo peor de los hombres.

Una mañana tropezó Celestino con otro solitario paseante, y al cruzarse con él y, como de costumbre, sonreírle, vio en la cara ajena el reflejo de su sonrisa propia, un saludo de inteligencia. Y al volver la cabeza, luego que hubieron cruzado, vio que también el otro la tenía vuelta, y tornaron a sonreírse uno a otro. Debía de ser un semejante. Todo aquel día estuvo Celestino más alegre que de costumbre, lleno del calor que le dejó en el alma el eco aquel que de su sencillez le había devuelto, por rostro humano, el mundo.

A la mañana siguiente se afrontaron de nuevo en el momento en que un gorrión, metiendo mucha bulla, fue a posarse en un mimbre cercano. Celestino se lo señaló al otro, y dijo riéndose:

—¡Qué pájaro…! ¡Es un gorrión!

—Es verdad, es un gorrión —contestó el otro soltando la risa.

Y excitados mutuamente se rieron a más y mejor: primero, del pájaro, que les hacía coro chillando, y luego, de que se reían. Y así quedaron amigos los dos imbéciles, al aire libre y bajo el cielo de Dios.

—¿Quién eres?

—Pepe.

—Y yo Celestino.

—Celestino… Celestino… —gritó el otro, rompiendo a reír con toda su alma—. Celestino el tonto… Celestino el tonto…

—Y tú Pepe el tonto —replicó con viveza y amoscado Celestino.

—Es verdad: Pepe el tonto y Celestino el tonto…

Y acabaron por reírse a toda gana los dos tontos de su tontería, tragándose al hacerlo bocanadas de aire libre. Su risa se perdía en la alameda, confundida con las voces todas del campo, como una de tantas.

Desde aquel día de risa juntábanse a diario para pasearse juntos, comulgar en impresiones, señalándose mutuamente lo primero que Dios les ponía por delante, viviendo dentro del mundo, prestándose calor y fomento como mellizos que coparticipan de una misma matriz.

—Hoy hace calor.

—Sí, hace calor; es verdad que hace calor…

—En este tiempo suele hacer calor…

—Es verdad: suele hacer calor en este tiempo…, ji, ji…, y en invierno, frío.

Y así seguían, sintiéndose semejantes y gozando en descubrir a todos momentos lo que creemos tenerlo para todos ellos descubierto los que lo hemos cristalizado en conceptos abstractos y metido en encasillado lógico. Era para ellos siempre nuevo todo bajo el sol, toda impresión fresca, y el mundo una creación perpetua y sin segunda intención alguna. ¡Qué ruidosa explosión de alegría la de Pepe cuando vio lo del escarabajo patas arriba! Cogió un canto, en la exaltación de su gozo, para desahogarlo despachurrando al bichillo; pero Celestino se lo impidió, diciéndole:

—No, no es malo…

La imbecilidad de Pepe no era, como la de su nuevo amigo, congénita e invariable, sino adventicia y progresiva, debida al reblandecimiento de los sesos. Celestino lo conoció, aunque sin darse cuenta de ello; percibió confusamente el principio de lo que les diferenciaba en el fondo de semejanza, y de esta observación inconsciente, soterrada en las honduras tenebrosas de su alma virgen, brotó en él un amor al pobre Pepe, a la vez, de hermano, de padre y de madre. Cuando a las veces se quedaba su amigo dormido a la orilla del río, Celestino, a su vera, ahuyentaba las moscas y los abejorros, echaba piedras a los remansos para que se callasen las ranas, cuidaba de que las hormigas no subieran a la cara del dormido y miraba con inquietud a un lado y otro por si venía algún hombre. Y al divisar chicuelos le latía el pecho con violencia y se acercaba más a su amigo, metiéndose piedras en los bolsillos. Cuando en la cara del durmiente vagaba una sonrisa, Celestino sonreía soñando el mundo que le encerraba.

Por las calles corrían los chicuelos a la pareja gritando:

¡Tonto con tonto,
tontos dos veces!

Un día en que llegó un granuja hasta pegar al enfermo, despertóse en Celestino un instinto hasta entonces en él dormido, corrió tras el chiquillo y le hartó de pescozones y de sopapos. La patulea, irritada y alborozada a la vez por la impresumible rebelión del tonto, la emprendió con la pareja, y Celestino, escudando al otro, se defendió heroicamente a boleos y patadas hasta que llegó el alguacil a poner a los chicuelos en fuga. Y el alguacil reprendió al tonto… ¡Hombre al cabo!

En el progreso de su idiotez llegó Pepe a entorpecerse de tal modo de sentidos, que se limitaba a repetir entre dientes, soñoliento, lo que su amigo iba enseñándole, según desfilaba como truchimán de cosmorama.

Un día no vio Celestino el tonto a su pobre amigo, y andúvole buscando de sitio en sitio, mirando con odio a los chicuelos y sonriendo más que nunca a los hombres. Oyó al cabo decir que había muerto como un pajarito, y aunque no entendió bien eso de muerto, sintió algo como hambre espiritual, cogió un canto, metiéndoselo en el bolsillo; se fue a la iglesia a que le llevaban a misa, se arrodilló ante un Cristo, sentándose luego en los talones, y después de persignarse varias veces al vapor, repetía:

—¿Quién le ha matado? Dime quién le ha matado…

Y recordando vagamente, a la vista del Cristo, que un día allí, sin quitarle ojo, había oído en un sermón que aquel crucificado resucitaba muertos, exclamó:

—¡Resucítale! ¡Resucítale!

Al salir le rodeó una tropa de chicuelos: uno le tiraba de la chaqueta, otro le derribó el sombrero, alguno le escupió, y le preguntaban: «¿Y el otro tonto?» Celestino, recogiéndose en sí mismo, perdido aquel fugitivo coraje, hijo del amor, y murmurando: «Pillos, pillos, repillos…, canallas…; éstos le han matado…; pillos», soltó el canto y apretó el paso para ponerse en su casa a salvo.

Cuando paseaba de nuevo solo por las alamedas, a orilla del río, las oleadas de impresiones frescas, que, cual sangre espiritual, recibía como de placenta del campo libre, venían a agruparse y tomar vida en torno a la vaga y penumbrosa imagen del rostro sonriente de su amigo dormido. Así humanizó la naturaleza, antropomorfizándola a su manera, en pura sencillez e inconsciencia; vertía en sus formas frescas, cual sustancia de vida, la ternura paterno-maternal que al contacto de un semejante había en él brotado, y sin darse de ello cuenta vislumbró vagamente a Dios, que desde el cielo le sonreía con sonrisa de semejante humano.

(El Imparcial, Madrid, 20-V-1895)

SUEÑO

Cuando conocí a don Hilario no era ya nadie ni hacía nada, resultando un sujeto de los más borrosos y comunes a pesar de su fama de raro. Mas, aun así y todo, tuve la fortuna de presenciar una de sus explosiones, una erupción de sus honduras espirituales, y oírle contar sus desventuras con aquella voz gangosa y aquel modo doloroso que en casos tales, y hasta volver a caer en su natural huronería, le dominaba por completo.

Ciego de mozo por la lectura y el estudio, creía a pies juntillas haber sido tal vicio la fuente de sus males. Con hidrópica sed de saber misterios, había devorado de todo, ciencias, letras, humanidades, con encarnizamiento insaciable. El misterio se le iba agrandando a la par que descubría nuevas caras por que abordarle y sentía desazón e impaciencia al encontrarse cientos de veces con las mismas cosas en cientos de libros diversos. Anhelando novedades, ideas nuevas o renovadas que le refrescaran la mente, encontrábase con insoportables repeticiones. Todos los libros que tratan de una materia contienen un fondo común, y este fondo le daba ya sueño, a puro machaqueo. El que consigue descubrir una verdad en química no se conforma con menos que con escribir un tratado completo de química, y gracias si no pretende que esa verdad modifique todas las restantes y sea piedra sillar de un nuevo sistema.

Al acostarse dejaba sobre la mesilla de noche tres o cuatro libros, solicitado a la vez por todos ellos; tras breve vacilación, cogía uno, lo hojeaba, leía trozos salteados, empezaba un capítulo, inatento, distraído por el deseo de los restantes libros de la mesilla; y así lo dejaba para tomar otro, y a su vez dejarlo en cuanto se convertía en lo que decían el sugestivo lo que dirían. Muchas veces tocaba a uno y otro y se quedaba sin ninguno, y acabó por ni tocarlos siquiera, optando por dormir al sentimiento de la vecindad de sus queridos libros.

Pasó a leer monografías, notas bibliográficas, referencias, extractos, y sobre todo revistas. De las revistas se fue a las revistas de revistas. Pero aquí todo era esqueleto sin carne ni alma, planos esquemáticos. Y lo peor era que los extractos le resultaban más palabreros y vacíos que las obras mismas extractadas.

Y ¡qué desilusión al ver estropeados los más hermosos títulos!

Buscó por fin las obras atiborradas de referencias y notas para leer éstas; sobre el andamiaje que el autor levantara para construir su obra fantaseaba él otra. Y acabó en leer catálogos.

¡Los catálogos! Pocas cosas más sugestivas que un catálogo. Sobre un título, ¡qué de fantasías nebulosas, imprecisas!, ¡qué de imaginar sin concepto alguno! Se acostaba con un catálogo y lo iba hojeando. Su conocimiento de idiomas vivos le ayudaba mucho.

Wiezzieski: «El problema del mal», ¡qué campo tan vasto!, y vagaba sin idea alguna por oscuros vislumbres de ese problema; Wadsworth: «El porvenir de la India», séptima edición, en cuarto, seis chelines, ¡qué cosas dirá!, y pasaban por su mente Warren Hastings, Lord Clive, el budismo, el espíritu inglés, mil otras imágenes; Bonnet-Ferrière: «El arte en la vida», nueva evocación de inarticulada sinfonía de larvas ideas; Schmaushauser: «La filosofía de la química», ¡¡decimoquinta edición!!, ¡¡veinte liras!!, y durante un rato veía ordenados rigodones de átomos llenos de personalidad y de vida; López Martínez: «Comentarios al derecho procesal», ¡qué lata tan soberana! Y quedábase dormido.

A la par iba cobrando desenfrenado amor al sueño. Pasábase el día mientras hojeaba libros u hojeaba catálogos, esperando la hora de acostarse y acariciando la imagen del sueño, y una vez acostado se arrebujaba en las sábanas a gozar en la espera del momento de sumersión en la inconsciencia. Daba a las veces en ponerse a espiar el momento preciso en que entraba en el sueño, momento que se le escapaba siempre, pues siempre se distraía en la coyuntura propicia. Otras veces se revolvía, preso de ardiente agitación, pensando en la nada, que le aterraba más que el infierno.

¡La nada!, estar cayendo, cayendo por el vacío inmenso…, no, no estar cayendo siquiera…

Se levantaba tarde, se vestía, lavaba y almorzaba con toda calma, leía el periódico hasta los anuncios, repasaba algún catálogo, miraba con cariño a sus libros, tocándolos, cambiándolos de lugar, hojeando algunos, y así le llegaba la hora de comer. Después café, rato de sentada en el casino viendo jugar al tresillo, que no entendía poco ni nada, paseo lento, gradual invasión de sueño, frugalísima cena y a la cama temprano.

El día en que estalló me decía:

—¡Qué enfermedad más terrible el…, pero no, bien mirado, ni es enfermedad ni es terrible! Paso el día esperando la hora de acostarme, acariciándolo en mi imaginación, y me acuesto deleitándome en la idea de que voy a dormir para resucitar con el nuevo día, lleno de frescura espiritual. ¡El sueño! Es la vis medicatrix naturae y la digestión mental… Durante el sueño bajan digeridas las ideas al fondo del olvido, donde se hacen carne de nuestra alma… Lo que mejor sabemos es lo olvidado.

Todo eso de corrientes nuevas, de crisis espiritual, de degeneración, de fin de siglo, de neurosis y neurastenia, de misticismo y anarquismo, todo es sueño social y nada más. ¡Claro está!, tanta revista de revistas, tanta bibliografía y tanto catálogo…, sueño, sueño, no es más que sueño. ¿Los agitadores, los revolucionarios dice usted? Aspirantes a sonámbulos. Vuelvan las tinieblas medievales y a dormir…

—Pero eso es negar el progreso.

—¿El progreso? ¿Pero usted cree que no hay más progreso que la vigilia? Hay que digerir el progreso, y el hartazgo da sueño. ¡A dormir!, a dormir para hacer la digestión espiritual del progreso y despertar en otro siglo con la cabeza fresca, de buen humor y enriqueciendo el vivífico y fecundante fondo del olvido, que es algo positivo, muy positivo, créamelo usted.

(El Fomento, Salamanca, 11-I-1897)

UNA VISITA AL VIEJO POETA

En el nutrido sosiego que venía a posarse plácido desde el cielo radiante, iba a fundirse la resignada calma que de su seno exhalaba la vieja ciudad, dormida en perezosa siesta. Me sumí en las desiertas callejuelas que a la Colegiata ciñen, y en una de ellas, donde me habían dicho que habitaba el viejo poeta, de tan largo tiempo enmudecido, di a la aldaba del portalón que lo era de la única casa de la calleja. Resonó el aldabonazo, quebrando el soñoliento silencio en los muros que formaban la calleja, flanqueada, como un foso, de un lado por el tapial de la huerta de un convento, y por agrietadas paredes del otro.

Me pasaron, y al cruzar un pequeño jardincillo emparedado, uno de esos mustios jardines enjaulados en el centro de las poblaciones, vi a un anciano regando una maceta. Se me acercó. Era su conocidísima figura.

—Ahora mismo subo —me dijo.

—No; prefiero hacerle aquí la visita; ¿qué más da?

—Como usted quiera… Rosa, baja unas sillas.

Desprendíase una calmosa melancolía de aquel pedazo de naturaleza encerrada entre las tapias de abigarradas viviendas. Dos o tres arbolillos se alzaban al arrimo de ellas, en busca de sol, y en ellos se refugiaban los pájaros. En un rincón, junto a un pozo, sombreaba a un banco de piedra una higuera. La casa tenía un corredor de solana, con balaustrada de madera, que miraba al jardincillo. El vertedero de la cocina servía para regar la higuera. Y todo ello parecía ruinas de naturaleza abrazadas a ruinas de humana vivienda.

Allí encima se alzaba la airosa torre de la Colegiata, a la que doraba el sol con sus rayos, muy inclinados ya; la torre severa, que contribuía a dar al pedazo de cielo desde allí visible su anguloso perfil. Unas gallinas picoteaban el suelo.

—Es mi retiro y mi consuelo —me dijo.

—Yo creí que preferiría usted el campo verdadero…, el aire libre…

—No. Voy a él de cuando en cuando, muy de tarde en tarde; pero es para volver al punto a encerrarme en esta jaula, con estos mis arbolillos presos, a la vista de esa torre, en este bosquecillo enjaulado, que me parece un enfermo cachorro de selva que, cautivo y nostálgico, me lame el alma y a mis pies se tiende humilde. Aquí no les sacuden tormentas ni el vendaval los agita; aquí crecen al arrimo de estas tapias. Mire la higuera, mi higuera doméstica; ¡qué lozana! Me recoge el sol y en dulzura me lo guarda. Al través de su verdura contemplo la dorada torre, árbol frondoso también del arte, con su exuberante follaje arquitectónico. ¡Si oyese usted cómo resuena entre estas viejas tapias el son pausado de sus campanas! Cuando sus vibraciones se dilatan derritiéndose en el sereno ambiente, parecen bañarse en el eco derretido estos mis pobres arbolillos… Esta casa me recuerda la de mi niñez, a la que ha arrasado el inevitable progreso. Tenía un jardincillo así. Aquí me baño el alma en mis recuerdos infantiles; reanudo mi dulce vigilia después de años de sueño…

—¿Y no ha sentido usted nunca pruritos de salir, de volver al mundo…; no le ha tentado la gloria?

—¿Qué gloria? —me preguntó con dulzura.

—¡La gloria!…

—¡Ah, sí, la gloria! Dispénseme, me olvidaba de que hablo con un joven literato.

Se levantó para quitar una oruga de uno de los arbolillos, miró un rato a la erguida torre, dorada por el sol poniente, y prosiguió:

—¿Cree usted acaso que cuando ha finado, derretido en la serena calma del ámbito, el eco de esas lenguas de bronce, no vive aún en el silencio su dulce ritmo muerto? Sí, posa en el mar del silencio, en su eterno lecho, donde descansan las voces y los cantos todos que han sido, y donde esperan tal vez la suprema evocación que haya de resucitarlos para entonar la gloriosa sinfonía eterna. Cantan en el silencio…

Yo, más que le oía, contemplaba su hermosa cabeza de vidente.

—Sí —continuó—, mi nombre va olvidándose; casi nadie lo cita ya; pero es ahora, en que se olvida mi nombre, cuando obra acaso mi espíritu, difundido en el de mi pueblo, más viva y eficazmente. Prodúcese un pensador o un artista, y mientras su obra no posa en el alma de su pueblo, mientras le es extraña a éste y en él choca, necesita llevar el nombre de su padre. Mas cuando se hace nuestro pensar, pensar de los que nos rodean, cuando nuestro sentir se aúna al sentir de nuestro pueblo, haciéndolo más complejo, cuando nuestra voz se acuerda al coro enriqueciendo la común sinfonía…, entonces nuestro nombre se hunde poco a poco. Nuestras ideas los son ya de todos; el busto de nuestra moneda se ha borrado, y con él la leyenda, y la moneda corre porque es de oro de ley. Cuando menos se habla de un escritor, suele ser muchas veces cuando más influye.

—Tal vez… —empecé, y él, sin oírme, continuó:

—¡Mi nombre! ¿Para qué he de sacrificar mi alma a mi nombre? ¿Prolongarlo en el ruido de la fama? ¡No! Lo que quiero es asentar en el silencio de la eternidad mi alma. Porque, fíjese, joven, en que muchos sacrifican el alma al nombre, la realidad a la sombra. No, no quiero que mi personalidad, eso que llaman personalidad los literatos, ahogue a mi persona (y al decirlo se tocaba el pecho). Yo, yo, yo, este yo concreto que alienta, que sufre, que goza, que vive; este yo intrasmisible…, no quiero sacrificarlo a la idea que de mí mismo tengo, a mí mismo convertido en ideal abstracto, a ese yo cerebral que nos esclaviza…

—Es que el yo que usted llama concreto…

—Es el único verdadero; el otro es una sombra, es el reflejo que de nosotros mismos nos devuelve el mundo que nos rodea por sus mil espejos…, nuestros semejantes. ¿Ha pensado usted alguna vez, joven, en la tremenda batalla entre nuestro íntimo ser, el que de las profundas entrañas nos arranca, el que nos entona el canto de pureza de la niñez lejana, y ese otro ser advenedizo y sobrepuesto que no es más que la idea que de nosotros los demás se forman, idea que se nos impone y al fin nos ahoga?

—Alguien llamaría egoísmo a eso… —me atreví a insinuarle de prisa, antes de que, arrepentido, recogiese mis palabras.

—¿Egoísmo? —me contestó con calma—. ¡Oh, sí; ahora han inventado eso del altruismo! ¡Altruismo! Eso sí que es inmoral e inhumano; sacrificar a mi idea, porque no es más que a una idea a lo que se sacrifica; sacrificar a mi idea, a la mía, entiéndalo, a todos mis prójimos, incluso a mí mismo, mi primer prójimo, el más prójimo o próximo a mí.

Pareció hundirse en algún recuerdo remoto de esos de fuera del tiempo, y prosiguió:

—No quiero devorar a otros; ¡que me devoren ellos! ¡Qué hermoso es ser víctima! ¡Darse en pasto espiritual…, ser consumido…, diluirse en las almas ajenas! Así resucitaremos un día cuando se unan todas, y sea Dios en todos, como San Pablo dice…

No daba ya la luz más que en la cresta de la torre; parecían espesarse la calma y el silencio, interrumpidos tan sólo por algún vencejo que cruzaba chillando el anguloso cacho de cielo del jardinillo enjaulado.

—¡Mire usted; mire usted al gato cómo trepa por ese arbolillo a la ventana de la cocina! Arriba caza ratones; aquí, entre los árboles, pajarillos. Y me entretiene mucho. ¡Qué vida!, dirá usted. ¡Aquí, con sus arbolillos, su higuera triste, su concierto de pájaros, su gato, sus gallinas, sus flores…, regando sus recuerdos y cultivando su tristeza!… Después de aquel triste suceso que usted conoce, me retiré al campo a bañar mi enfermo espíritu en su quietud sedante. Iba a curarme a la vez de los estragos del urbanismo, de esa corea espiritual en que nos hunde la diaria descarga de impresiones de la ciudad. Allí, en el campo, supe lo que es dormir, y el que no sabe dormir no vive. En la ciudad, miradas, vaho de ansiosos alientos, de impuros deseos, de rencores, sonrisas equívocas, saludos, retardos, paradas… ¡todo nos electriza! Es una serie continua de insignificantes punzadas, de cosquilleos imperceptibles, que nos galvanizan la vida y al fin nos rinden. Y fui a recibir el gran baño, la inmersión en aire libre, en luz libre, en libre calma, en el remanso de las horas tranquilas. Y allí a pensar rítmicamente, con calma, con todo el cuerpo y con el alma toda, no con el cerebro tan sólo, asiento de lo que ustedes llaman personalidad.

Interrumpióle la voz sonora de la campana de la Colegiata, que tocaba a la oración de la tarde. Miró a sus arbolillos, que parecían escucharle, y calló un rato. Respeté su silencio. Y luego, con calma, dijo:

—Del campo vine a este asilo. He renunciado a aquel yo ficticio y abstracto que me sumía en la soledad de mi propio vacío. Busqué a Dios a través de él; pero como ese mi yo era una idea abstracta, un yo frío y difuso, de rechazo, jamás di con más Dios que con su proyección al infinito, con una niebla fría y difusa también: con un Dios lógico, mudo, ciego y sordo. Pero he vuelto a mí mismo, al pobre mortal que sufre y espera, que goza y cree, a aquel a quien despiertan los sobresaltos del corazón enfermo, y aquí, en este pobre jardinillo, junto a estos mustios y silenciosos amigos, me dedico a la más honda filosofía, que consiste en repensar los viejos lugares comunes. Medito las palabras de la señora Paula, una buena vecina, inagotable en las tan conocidas reflexiones del vulgo acerca de la caducidad de la dicha y de la necesidad de la resignación. Y otras veces, a la sombra de esa higuera, armonioso órgano de pardales y becafigos, leo el Evangelio. Y en él se me muestra el Hijo del Hombre, el hombre mismo, palpable, concreto, vivo, y por Cristo, con quien hablo, subo a su Padre, sin argumentos de lógica, por escala cordial…

—¡Qué vida! —murmuré.

Y él, que me lo oyó:

—Sí —dijo—, ya sé que ustedes disertan mucho acerca de la vida, y dicen que hay que amarla; pero la tienen de querida y no de esposa. ¡La vida! ¡En ella me he enterrado, he muerto en vida en ella misma! ¡Hay que vivir! ¿Y para qué?…, Esto es, ¿para qué?… ¿Para qué todo?, dígamelo. ¿Para qué?… ¿Para qué? No quiero inmolar mi alma en el nefando altar de mi fama; ¿para qué?

Cuando salí, de noche ya, parecía que al son de mis pisadas, que retumbaban en el tenebroso silencio de la solitaria calleja, vagaba por ella con quebrado vuelo, cual invisible murciélago, esta pregunta: ¿Para qué?

(Publicado en La Ilustración Española y Americana, Madrid, 8-IX-1899)

EL ABEJORRO

—La verdad, no le creía a usted hombre de azares —le dije.

—¿Por qué? ¿Por lo del abejorro? —me preguntó.

Y a un signo afirmativo mío, añadió:

—No hay tales azares, si bien debo decirle a usted que creo que si investigáramos las últimas raíces de las supersticiones mismas que nos parecen más absurdas, aprenderíamos a no calificarlas de ligero… Figúrese usted que mis hijos, de verme a mí, adquieren mi horror al abejorro, y de mis hijos lo toman mis nietos, y va así trasmitiéndose. Se convertirá en un azar. Y, sin embargo, el tal horror tiene en mí raíces muy hondas y muy reales.

—Hombre, eso…

—No lo dude usted. Soy de los hombres que más se alimentan de su niñez; soy de los que más viven en los recuerdos de su lejana infancia. Las primeras impresiones que recibió el espíritu virgen, las más frescas, son las que forman su lecho, el rico légamo de que brotan las plantas que en el lago de nuestra alma se bañan.

—Fue mi niñez —siguió diciendo—, una niñez triste. Casi todos los días salía con mi pobre padre, herido ya de muerte entonces. Apenas lo recuerdo: su figura se me presenta a la memoria esfumada, confinante con el ensueño. Sacábame de paseo al anochecer, los dos solos, al través de los campos, y apenas recuerdo otra cosa si no es que aquellos paseos me ponían triste.

—¿Pero no recuerda usted nada de sus palabras o conversaciones?

—Sí, sí; algunas me han quedado grabadas con imborrables caracteres. Me hablaba de la luna, de las nubes y de cómo se formaban; de cómo se siembra y crece y se recoge el trigo; de los insectos y de su vida y costumbres. Estoy seguro de que aquellas enseñanzas, hasta las que he olvidado, son las más sustanciosas que he recibido, la roca viva de mi cultura íntima. Hasta las olvidadas, se lo aseguro a usted, me vivifican el pensar desde el olvido mismo, porque el olvido es algo positivo, como el silencio y la oscuridad lo son.

—Por lo menos —le interrumpí— son el olvido, la oscuridad y el silencio los que hacen posibles la memoria, la luz y la voz.

—De pronto le entraban arrebatados súbitos y me cogía en brazos y me besaba y besuqueaba, preguntándome a cada momento: «Gabriel, ¿serás bueno siempre?» Y yo, más que conmovido asustado, le respondía siempre: «Sí, papá». Lo recuerdo bien; me daba miedo aquella pregunta de «¿Serás bueno siempre?»; miedo, miedo, era lo que me daba. Alguna vez llegó hasta a llorar sobre mis mejillas; y yo recuerdo que rompí entonces a llorar también con un llanto silencioso, como el suyo, con un llanto hondo que me arrancaba de las entrañas del espíritu toda la tristeza con que ha sido amasada nuestra carne, pesares de ultracuna… ¿Quién sabe?, dolores heredados tal vez.

—¡Qué teorías! —dije yo.

—No son teorías —me contestó—: son hechos. Se fatigaba mucho, y tenía que sentarse a cada paso; y una tarde, puesto ya el sol, me habló, mirando hacia el dorado poniente, de su cercana muerte. Y acabó con su pregunta de siempre: «¿Serás siempre bueno, Gabriel?». Nunca me dio la pregunta más miedo, más religioso terror que entonces. Ni sé si supe contestarle.

—Veo que recuerda usted más de lo que decía…

—Sí, cuando me pongo a pensar en ello. Todos estos recuerdos son el fondo sobre que he recibido mil ulteriores impresiones en la vida, y todas están teñidas de su color. Todo lo he visto a través de ellos; pero de él, de mi padre mismo, de su figura, recuerdo poco. Otras veces me hablaba del Padre, que es como llamaba siempre a Dios, y allí, en medio del campo mientras la luz se derretía en la noche, me hacía rezar el Padrenuestro, explicándome cada una de sus palabras. Solía detenerse en el hágase tu voluntad, y al concluir de explicármelo me abrazaba sofocado, diciéndome: «¿Serás siempre bueno, Gabriel?».

Calló un momento, como recogiendo sus lejanos recuerdos, y prosiguió:

—Lo que sí recuerdo es su último día, el día de su muerte, el día del abejorro. Estaba ya muy débil; tenía que sentarse a cada momento, y cuando se ponía a explicarme algo lo hacía con tal lentitud, tantas pausas y tantos anhelos, que me infundía un vago terror. Aquel anochecer se sentó en un tronco de árbol derribado, y al poco tiempo, uno de esos abejorros sanjuaneros que revolotean como atontados, tropezando con todo, después de puesto el sol empezó a revolotear en torno a nosotros. Mi padre le ahuyentaba con la mano, y hasta este esfuerzo le era penoso. «Échale», me dijo. Y yo, con mi gorra, le ahuyenté. «Hoy no hay luna, papá», recuerdo que le dije; y él, con una calma terrible, mascullando cada palabra, me respondió: «Luna sí hay, hijo mío; es que está apagada, y por eso no la ves; luna hay siempre; cuando la ves como una hoz, es que no le alumbra el sol por entero… Otras veces sale casi de día…» Volvió el abejorro, y ya no se entretuvo en ahuyentarlo. «¡Qué mal estoy, hijo!», exclamó. Yo callaba, y el abejorro zumbaba en torno nuestro. Se adelantó entonces mi padre un poco, y le brotó un chorro de sangre de la boca. Yo quedé aterrado, y a mi terror acompañaba con su revoloteo el abejorro. «¡Yo me muero, Gabriel —dijo mi padre—: adiós! ¿Serás siempre bueno?» No pude responder. Mi padre cayó muerto; y yo, frío, solo con él en medio del campo, de noche ya, no recuerdo lo que pensé ni lo que sentí. No recuerdo más de aquellos momentos que al abejorro, al tenaz abejorro, que parecía repetirme: «¿Serás siempre bueno, Gabriel?», y que fue a posarse en la cara misma de mi padre.

—Ahora se comprende todo —le dije—; pero ¿cómo le aterraba a usted esa sencilla pregunta, tan natural, tan dulce?

—¿Cuál? ¿La pregunta de mi padre? ¿Su última pregunta? ¿La que me dirigió poco antes de nacer a la muerte? No lo sé; pero lo que sí puedo asegurarle es que cuando me pongo a escarbar en mi conciencia y a rebuscar el porqué del terror que desde entonces me inspiran los abejorros que al anochecer revolotean como atontados, encuentro que no se debe tanto este terror a que me recuerden la muerte de mi padre como a que me traen la fatídica pregunta: «¿Serás siempre bueno, Gabriel?» Es una pregunta que me parece venir de la tumba…

—Creo que usted se equivoca. La impresión de una muerte, y de la muerte de un padre, sobre todo, y más en las circunstancias en que usted me la ha narrado, deja una huella indeleble en el alma de un niño. Es una revelación tremenda, es una fuente de seriedad para la vida.

—Puede ser; pero yo le aseguro a usted que pienso en la muerte con relativa tranquilidad; que alguna vez me ejercito en representármela al vivo y en representarme mi propia muerte, y afronto tal imagen. Pero cada vez que traigo a mi memoria aquella insistente pregunta paternal, incubada con todas las misteriosas melancolías del anochecer, aquello de «¿Serás siempre bueno?», me pongo a temblar, a temblar como un azogado. Porque, dígamelo, ¿sé yo acaso si seré siempre bueno?

—Con proponérselo…

—¡Oh!, sí, lo de todos y lo de siempre… ¡Con proponérselo! ¿Sé yo si seré siempre bueno? ¿Sé siquiera si lo soy?

—¡Hombre!

—Esperaba esa expresión de asombro; con ella me han respondido casi siempre. Sí, ¿sé si lo soy?

—¡Hombre, la voz de la propia conciencia!…

—¿Y está muda?

—Quien no tiene conciencia de obrar mal es que no obra mal, porque la intención…

—¡La intención! ¡La intención! ¿Conocemos nuestras propias intenciones? ¿Sabemos si somos buenos o no? Créame usted que es esa tremenda cuestión lo que nos hace temblar cuando zumba en torno de nosotros el abejorro evocador de la muerte. Sin esa pregunta, nadie creería en la muerte.

—Extrañas teorías…

—No, no son teorías: son hechos.

(La Ilustración Española y Americana, Madrid, 8-I-1900)

DON MARTÍN, O DE LA GLORIA

¡Pobre don Martín! Jamás olvidaré la última conversación que con él tuve. ¡Pobre don Martín, el antiguo y glorioso escritor, clásico ya en vida! Y este es su testamento: asistir a su propia inmortalización. Se mira en su fantasma y tiembla; su nombre inmortalizado le sume en desaliento.

¡Pobre don Martín! ¡Qué triste caso el suyo! Está el pobre hecho todo un mortal, todo un miserable mortal, así en lo bueno como en lo malo.

La idea de que su nombre durará acaso siglos le hace considerar con mayor amargura la muerte, que no puede estar lejos.

Había oído hablar de las tristezas de don Martín, del pesar con que echa de menos sus tiempos de resonancia, de su hipocondría, y hasta me habían asegurado que ofrecía síntomas premonitorios de delirio de las persecuciones. Y lo que he podido barruntar en él es que, a semejanza de Calipso, en su dolor por no promover ya aquel ruido que antaño metía en nuestra patria, no puede consolarse de ser inmortal. Ha descendido al fondo de la memoria de sus compatriotas, y quisiera estar a flor de ella.

Porque don Martín, ¿quién lo duda?, ha entrado ya entre nuestros inmortales, es un clásico de nuestra literatura. Y es el pesar que el pobre hombre siente, sin darse de ello clara cuenta; es que la mortalidad se le escapa. Está visto que no somos más que un poco de barro soplado.

Hubo un tiempo en que la publicación de un libro de don Martín era un acontecimiento patrio, arrebataba el público de manos de los libreros en pocos días copiosas tiradas de él, discutíanse sus doctrinas, poníansele en los cuernos de la luna o por debajo de las piedras, y el hombre gozaba o sufría a un tiempo, oscilaba entre esperanzas sin medida y desesperaciones sin fondo, soñaba con la gloria arrullado por los aplausos. Hoy tiene ya la gloria, pero no la oye; hoy sus libros gotean como lluvia dulce y continua, y el pobre don Martín, que no la siente, suspira por los días en que desataba chaparrones sobre el público. Porque entonces leía lo que de él y sus obras se escribía, y oía los aplausos y alabanzas, mientras que ahora no oye cómo se precipita el latir de los corazones de los mozos cuando, al trasponer su bachillerato, cogen en mano las obras clásicas de don Martín. Hoy que ha vencido suspira por la batalla. La gloria vale poco; lo hermoso es el esfuerzo por lograrla.

—No se acuerdan de mí —me decía con lágrimas en los ojos—; ya no se habla de mis obras…

—Tampoco se habla de las coplas de Jorge Manrique —le dije—, ni se comenta en los cafés los dramas de nuestro antiguo teatro… Y usted, don Martín, es ya un antiguo…

—Un antiguo…, un antiguo… No, no, la juventud no me quiere…

—¿Es que quiere usted que estén hablando de usted de continuo, y que se aprendan de memoria sus obras y las vayan por ahí recitando…?

—¡Oh, no, no!, no es eso; pero…

—Mire usted, hace poco releí El fantasma del bosque…

—¡El fantasma del bosque! —me interrumpió vivamente—. No me recuerde eso, no me lo recuerde…, no lo resisto. He intentado volver a leerlo varias veces, y me ha sido imposible. Eso no lo hice yo, no pude hacerlo…

—Sin embargo, el público…

—Sí, el público es lo que prefiere entre mis obras. Es natural; es lo suyo; porque eso no lo hice yo, lo hizo mi público.

—Pues es la obra que ha de inmortalizarle —añadí con algo de aviesa intención.

—¿Inmortalizarme? Una noche me senté en un banco junto a la estatua de uno de nuestros más grandes hombres, de un inmortal, y sentí que él era de bronce y de memoria, y yo de carne y de espíritu. Si no le miran y le conocen, ¿qué alma tiene?, es decir, ¿qué memoria reside en él? ¡Qué martirio más horrible, pensaba para mí mismo, qué martirio más horrible si condenase Dios a mi pobre alma a que encarnara en una estatua así y se estuviese, presa de ella, viendo pasar a los hombres a sus pies, casi todos indiferentes! Y me puse a pensar que una pena así me reservaría el Juez Supremo en castigo de mi loca sed de vanagloria.

—Pero ¿y su memoria de usted en los corazones, que es, más que en los cerebros, en los corazones de los que han de venir?

—¿Mi memoria? ¿Y qué es eso?

—Su fama de usted se ha hecho habitual; forman las concepciones que a usted debemos parte de la concepción de nuestro pueblo, y por eso no necesitamos recordarle expresamente a cada paso. Usted es un hábito…

—Un hábito…, un hábito… Lo que se hace habitual se hace inconsciente… Mi espíritu se desparrama y difunde en el de mi pueblo, tal vez tenga usted razón, pero es perdiéndolo yo. Yo no soy mío.

—¿Y el de sobrevivir así?

—No, no sobreviviré yo…, sino mis obras. Mis obras me sobrevivirán…

—Es un consuelo perpetuarse en los hijos…

—¿Perpetuarse? ¡Cuánta vaciedad inspira la desilusión de vivir! Y diga usted: ¿yo no soy hijo? ¿No soy yo hijo mío?

Callóse y en su actitud de pesadumbre adiviné que hacía de él presa la congoja de pensar que sus obras han de sobrevivirle, que ha traspasado a ellas su vida. Daría el pobre un poco de fe en la otra vida, en la ultraterrena, por todo cuanto de él han de decir los manuales de literatura del siglo XXX. De pronto levantó la abrumada cabeza y dijo:

—¡Oh fe! ¡Santa fe la de aquellos que han dado al mundo obras anónimas! Ahí está la Imitación de Cristo; su autor no vendió su alma por su nombre. Es que creía en otra inmortalidad y trabajaba para la eternidad, no para la Historia. Pero ahora estamos tristes porque sabemos que hay que morir…, que hay que morir de veras… ¡Qué hombres! Animales en su vida de austeridades, de heroísmos, de abnegaciones, de increíbles hazañas, o indecibles martirios, una sed inextinguible, loca de inmortalidad, pero con fe. Hoy esa misma sed lanza a tantos y tantos en el camino de la gloria; pero como lo que perseguimos no es más que sombra de inmortalidad y en el fondo positivo engaño, todo nuestro heroísmo no es más que sombra de tal. Ya no caben héroes; las estatuas los ahogan. Para acabar en estatua y figura histórica no merece la pena de ser heroico.

—Pero ¿y la satisfacción de haber cumplido con la vida? ¿Y el bien por el bien mismo? ¿La belleza por la misma belleza? ¿La verdad por la verdad? ¿La vida por la vida?

—Qué, ¿también usted me trae esas estúpidas monsergas? Estos muchachos se han propuesto libertar a los cuerpos de la gravitación. La belleza por la belleza misma es lo más feo que conozco; el bien por el bien, lo más inmoral; la verdad por la verdad, lo más ilógico. En cuanto veo un altruista, me pongo en guardia; no quiero más que seres naturales. Si viese usted un peñasco cerniéndose sobre su cabeza, como un aerolito, como un meteoro, sin sostén, huiría usted más que de prisa hasta ponerse en salvo. Huya de igual modo de todo hombre sin egoísmo, porque si cae lo aplasta a usted. Y el egoísmo culmina en querer sobrevivir de verdad, en aspirar a ser inmortales de sustancia y no de mentirijillas. Estos muchachos, estos muchachos… Ahí está don Esteban Pobedaño, el autor de ese drama tan sonado que titulan La vida.

Calló. Pocas cosas entristecían a don Martín tanto como el ver a los mozos trepar la escarpada montaña de la gloria. «Nuevos aspirantes a entrar en el Panteón —piensa—, ¡entre tantos, nos tocará a menos!» Y siente, al pensarlo, la tristeza que sienten no pocos justos al imaginarse que pueda no haber infierno. ¡Pobre don Martín, el inmortal condenado a muerte! ¡El clásico de la vida! ¡Pobrecito don Martín, que no ha comprendido que la gloria se da toda entera a cada uno y es mayor cuanto entre más se reparte! ¡Pobre don Martín, que ignora que cada nuevo dios que en el Panteón ingresa refleja sobre los demás su gloria y la recibe reflejada de éstos! ¡Pobre don Martín, hecho de tierra y soplo, ya que no de bronce y noticia! ¡Pobre don Martín! ¡Qué bien le vendría la muerte, la muerte que le abriese la intuición de la verdad, o que por lo menos le cerrase la de la mentira y la ilusión! Pero jamás olvidaré una cosa terrible que le oí cierta noche, una cosa cuyo recuerdo me da escalofríos, una cosa que me hizo penetrar hasta el hondón de su fantástico espíritu.

—¿A que no sabe usted —me dijo— una de las cosas que más terrible me hacen la visión de la nada de ultratumba? Pues es el pensar que ni siquiera he de saber el secreto, si es que fuera ése; que si muero y no hay más allá nada, no he de tener el consuelo de saberlo; que en la nada no hay ni conciencia de ella… Morirse, morirse para no saber el secreto de la muerte… Entonces, ¿para qué morir? ¡Esto es terrible, joven! ¡No sólo no existir, fíjese, sino no saber que no se existe…!

«¡Qué embolismo! —me dije—. Este hombre está loco perdido.» Y por el pronto no me di cuenta de todo el estado de conciencia que sus palabras revelaban; pero me sobrecogí instintivamente, como sí hubiese tocado una visión impalpable, hecha de frío; un fantasma, un espíritu sapo.

Porque es el caso que siempre ha tenido don Martín para mí algo de lúgubremente fascinador, sobre todo desde aquel día en que me dijo, poniéndome su mano sobre el hombro y con una sonrisa amarga:

—Joven, intente usted una noche, estando acostado, concebirse como no existiendo, y verá usted, verá usted qué hormigueo le da en el alma y cómo se cura de esa pestilente salud de los que no han llegado al hastío de haber vivido, de haber vivido, joven, no de vivir.

Cuando recuerdo estas y otras cosas del pobre don Martín, bórraseme todo afecto de caridad hacia él y, si fuese Juez Supremo, le condenaría a prisión eterna en una estatua.

(Los Lunes de «El Imparcial», Madrid, 2-VI-1900)

EL MAESTRO DE CARRASQUEDA

Discurrid con el corazón, hijos míos, que ve muy claro, aunque no muy lejos. Te llaman a atajar una riña de un pueblo, a evitarle un montón de sangre, y oyes en el camino las voces de angustia de un niño caído en un pozo: ¿le dejarás que se ahogue? ¿Le dirás: «No puedo pararme, pobre niño; me espera todo un pueblo al que he de salvar»? ¡No! Obedece al corazón: párate, apéate del caballo y salva al niño. ¡El pueblo… que espere! Tal vez sea el niño un futuro salvador o guía, no ya del pueblo, sino de muchos.»

Esto solía decir don Casiano, el maestro de Carrasqueda de Abajo, a unos cuantos mozalbetes que, en la escuela, mientras se lo decía, le miraban con ojos que parecían oírselo. ¿Le entendían acaso? He aquí una cosa de que, a fuer de buen maestro, jamás se cuidó don Casiano cuando ante ellos se vaciaba el corazón. «Tal vez no entiendan del todo la letra — pensaba—; pero lo que es la música…» Había, sin embargo, entre aquellos chicuelos uno para entenderlo: nuestro Quejana.

¡Todo un alma aquel pobre maestro de escuela de Carrasqueda de Abajo! Los que le hemos conocido en este último tercio del siglo XX, anciano, achacoso, resignado y humilde, a duras penas lograremos figurarnos a aquel joven fogoso, henchido de ambiciones y de ensueños, que llegó hacia 1920 al entonces pobre lugarejo en que acaba de morir, a ese Carrasqueda de Abajo, célebre hoy por haber en él nacido nuestro don Ramón Quejana, a quien muchos llaman el Rehacedor.

Cuando, el año veinte, llegó don Casiano a Carrasqueda, lo encontró muy chico, e incapaces de sacramentos a los carrasquedeños. ¡Buen pelo iba a echar raspándoles el de la dehesa! Lo primero enseñarles a que se lavaran: suciedad por dondequiera; suciedad e ignorancia. Había que mondarles el cuerpo y la mente; quitar, más que poner, tanto en ésta como en aquél.

Con los mayores no se podía, pues a todo paraban el golpe con un «¡Eso no pinta aquí!» «Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena» era su refrán favorito. Que se cubrieran los estercoleros de abono; que no los dejaran en montoncitos sobre las tierras; que… ¡Bah, bah, bah! ¡Querer enseñarles labranza a ellos, labradores desde siempre…! «¡Señor maestro, enseñe el catecismo a los niños, y luego, si hay tiempo, a leer y escribir, y déjese de andróminas!»

Cada visita del concejo a la escuela costaba una sofoquina al pobre maestro. Quiso suprimir el discursito de rigor cuando se anunció la visita del inspector, pero el cura:

—Amigo don Casiano —le dijo—, no se nos venga con pedagogías y cosas de ayer por la mañana, que los tíos son tíos, aunque no lo quieran, y es menester que el hijo del alcalde eche su discursito, como es costumbre en casos parecidos, y mejor si es verso… y que no lo entiendan, sobre todo…

Tuvo el maestro una idea. Llamó a Ramonete, hijo del tío Quejana, el alcalde, para que convenciese a su padre que no hacía al caso el discurso. «El chico tendrá mejor sentido que el padre, pues no le ha sobrado tanto tiempo de echarlo a perder», pensó. Y, en efecto, se prendó del mocito. ¡Vaya un chicuelo! Y en adelante le brindó las lecciones y por él hablaba a los demás. Cuando ni aún Ramonete le entendía, exclamaba malhumorado: «¡Es como si hablara a la pared!», pensando al punto: «Las paredes oyen… y entienden acaso».

Dios no le dio hijos de su mujer; pero tenía a Ramonete, y en él al pueblo, a Carrasqueda todo: «Yo te haré hombre —le decía—; tú déjate querer». Y el chico no sólo se dejaba, se hacía querer. Y fue el maestro traspasándole las ambiciones y altos anhelos, que, sin saber cómo, iban adormeciéndosele en el corazón.

Era en el campo, entre los sembrados, bajo el infinito tornavoz del cielo, donde, rodeado de los chicuelos, Ramonete allí juntito, a su vera, le brotaban las parábolas del corazón. Aún recuerda Quejana —se lo hemos oído más de una vez— cuando les decía que Jesucristo fue un artesano lugareño a quien mataron en la ciudad, o cuando, frente a un barbecho, exclamaba: «¿Creéis que esta tierra no hace más que descansar? ¡Pues no! El aire manso y silencioso la está renovando, mientras que el ventarrón no hace sino meter ruido y derribar…»

Y cuando aquellos niños se hicieron hombres y padres, don Casiano les hacía leer los domingos, comentándoles lo que leían, y les mondó cuerpos y mentes, y les enseñó a cubrir el estiércol y a aprovecharlo, y, sobre todo, a conservar en el fondo del corazón una niñez perpetua.

Mas su preocupación era Ramonete; Ramonete, que se fue a la ciudad a estudiar carrera. Los veranos, en vacaciones, ¡qué paseos por campos sin fin, entre barbechos!

Todos conocemos la brillante carrera de don Ramón, aquellos sus primeros triunfos, su encumbramiento, su victoria final; todos sabemos sus desalientos también, sus dudas y sus desazones. Cuando, después de la famosa ruptura de la Liga, en 1850 se retiró don Ramón a su pueblo despechado y descorazonado, fue su primer maestro quien le curó, enseñándole a querer a la patria y hablándole de su ensueño de una España celeste. Cuando, después de su victoria definitiva, fue a su pueblo a recoger el último suspiro de su madre, ¡qué abrazo el que se dieron él y don Casiano, en el ejido del lugar, ante los lugareños conmovidos!

Don Casiano se ha hecho célebre por el célebre estribillo de don Ramón, estribillo que apenas falta en ninguno de los discursos; aquello de «Decía una vez mi maestro…» Al principio provocaba risa el inciso; pero muy pronto empezó a provocar la mayor atención y recogimiento en los oyentes.

Don Ramón intentó cierta vez condecorarle, y cuentan que le contestó: «Mi condecoración eres tú, Ramonete.» Y no insistió éste.

—Si usted hubiera salido, don Casiano…

—¿Salir? ¿A dónde?

—Hoy tendría posición, nombre, gloria…

—¡Posición, nombre, gloria! ¿Y Carrasqueda de Abajo? ¿Y tú, Ramonete, y tú? No, yo no soy de los que se guardan las perrillas para amasarse un caudalejo, agarrarse a la usura y legar a los hijos una rentita; lo que he ganado un día lo he dado siempre al siguiente, en calderilla, como lo gané. He derramado mi espíritu en Carrasqueda, en calderilla también, y esto vale más que recogerse un nombre de oro en el mundo, un nombre que me dé renta de elogios. Carrasqueda es mi mundo, y el mundo entero, esta pobre tierra donde querías que dejase un nombre, nada más que un Carrasqueda algo mayor. Levanta de noche tu vista a las estrellas, Ramonete; recuerda lo que te he enseñado, y te convencerás. ¿Qué prefieres, que tu nombre trasponga el Pirineo y ande en bocas de extraños, o que tu alma se derrame en silencio por España, entre los que piensan con la lengua en que piensas tú?

—Una cosa y otra, don Casiano…

—¿Es posible? No tomes a la patria de pedestal de tu fama ni de campo de tus hazañas, ni hagas como esos que la maldicen o desprecian porque, no siendo oída en la junta de las naciones, no se les escucha a ellos. No digas: «¿Qué culpa tengo de haber nacido español?», no vaya a creerse, al oírtelo, que pareces grande tan sólo porque ella es chica. Ponte a sus pies, de escabel de su gloria y de su dicha, escondido entre los sillares de sus cimientos…

—Pero en un lugarejo…

—Sí, sé lo que vas a decirme: se embrutece, se envilece y se empobrece. Pero ¿no era mi deber trabajar para que se humanizaran, ennoblecieran y enriquecieran tus hermanos los carrasquedeños?

—¿Por qué no escribe usted, don Casiano?

—¿Escribir yo? ¡Obra tú, Ramonete! Me he enterrado en vosotros, en mis discípulos.

Todos recordarán aquel viaje precipitado de don Ramón a su pueblo, cuando, dejando colgados graves asuntos políticos, fue a ver morir a su maestro, ochentón ya.

Hizo éste que le llevaran a morir a la escuela, junto al encerado, frente a aquella ventana que da a la alameda del río, apacentando sus ojos en la visión de las montañas de lontananza, que retenían las semillas de los ensueños todos que, contemplándolas, le habían florecido al maestro en el huerto del espíritu. En el encerado había hecho escribir estas palabras del cuarto Evangelio: «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, él solo queda; mas si muriere, lleva mucho fruto». Al acercársele la piadosa Muerte, le levantó a flor de alma las raíces de los pensamientos como en el mar levanta, al acercársele, la Luna las raíces de las aguas. Y su espíritu, cuando sólo le ataba al cuerpo un hilo, sobre el que blandía la Muerte, piadosa, su segur, henchido de inspiración postrera, habló así:

—Mira, Ramonete: se me ha dicho mil veces que mi voz ha sido de las que han clamado en el desierto… ¡sermón perdido! Yo mismo os repetía en la escuela, cuando tú no me entendías: «¡Es como si hablase a la pared!» Pero, hijo mío, las paredes oyen; oyen todo, y todo empieza, ahora que me muero, a hablarme a los oídos. Mira, Ramonete: nada muere, todo baja del río del tiempo al mar de la eternidad, y allí queda…; el universo es un vasto fonógrafo y una vasta placa en que queda todo sonido que murió y toda figura que pasó; sólo hace falta la conmoción que los vuelva un día… Las voces perdidas y muertas resucitarán un día y formarán un coro, un coro inmenso que llene el infinito… Me voy de esta España, de la terrestre, de la que fluye, a la otra España, a la España celestial… Ya sabes que el cielo envuelve a la tierra… ¡Habla y enseña aunque no te oigan…! Soy una voz que se apaga en el desierto… ¡Adiós, hijo mío!

Y calló para siempre. Y Quejana besó aquella boca, sellada para siempre por el supremo silencio, y al besarla cayeron de los ojos vivos del discípulo dos lágrimas a los muertos ojos del maestro, fijos en la eternidad.

(La Lectura, Madrid, julio 1903)

LA LOCURA DEL DOCTOR MONTARCO

Conocí al Dr. Montarco no bien hubo llegado a la ciudad; un secreto tiro me llevó a él. Atraían, desde luego, su facha y su cara, por lo abiertas y sencillas que eran. Era un hombre alto, rubio, fornido, de movimientos rápidos. A la hora de tratar a uno hacíale su amigo, porque si no habría de hacérselo no dejaba que el trato llegase a la hora. Era difícil de averiguar lo que en él había de ingénito y lo que había de estudiado: de tal manera había sabido confundir naturaleza y arte. De aquí mientras unos le tachaban de ser afectado y afectada su sencillez, creíamos otros que en él era todo espontáneo. Es lo que me dijo y me repitió muchas veces: «Hay cosas que, siendo en nosotros naturales y espontáneas, tanto nos las celebran, que acabamos por hacerlas de estudio y afectación; mientras hay otras que, empezando a adquirirlas con esfuerzo y contra nuestra naturaleza tal vez, acaban por sernos naturalísimas y muy propias».

Por esta sentencia se verá que no fue el doctor Montarco, mientras estuvo sano de la cabeza, el extravagante que mucha gente decía, ni mucho menos; sino más bien un hombre que en su conversación vertía juicios atinados y discretos. Sólo a las veces, y ello no más que con personas de toda su confianza, como llegué yo a serlo, rompía el freno de cierta contención y se desbordaba en vehementes invectivas contra las gentes que le rodeaban y de las que tenía que vivir. En eso denunciaba el abismo en que fue al cabo a caer su espíritu.

En su vida era uno de los hombres más regulares y más sencillos que he conocido; ni coleccionaba nada —ni siquiera libros— ni le conocí nunca monomanía alguna. Su clientela, su hogar y sus trabajos literarios: tales eran sus únicas ocupaciones. Tenía mujer y dos hijas, ocho y diez años, cuando llegó a la ciudad. Vino precedido de un muy buen crédito como médico; pero también se decía que eran sus rarezas lo que le obligó a dejar su ciudad natal y venir a aquélla en que le conocí. Su rareza mayor consistía, según los médicos sus colegas, en que siendo un excelente profesional, muy versado en las ciencias médicas y en biología, y escribiendo mucho, jamás le dio por escribir de medicina. A lo que él me decía una vez, con su especial estilo violento: «¿Por qué querrán esos imbéciles que escriba yo de cosas del oficio? He estudiado medicina para curar enfermos y ganarme la vida curándolos. ¿Los curo? ¿Sí? Pues entonces que me dejen en paz con sus majaderías y no se metan donde no los llaman. Yo me gano la vida con la mejor conciencia posible, y una vez ganada, hago con ella lo que se me antoja, y no lo que se les antoja a esos majagranzas. No puede usted figurarse bien qué insondable fondo de miseria moral hay en ese empeño que ponen no pocas gentes en enjaular a cada uno en su especialidad. Yo, por el contrario, hallo grandísimas ventajas en que se viva de una actividad y para otra. Usted recordará las justas invectivas de Schopenhauer contra los filósofos de oficio».

A poco de llegar a la ciudad, y cuando ya empezaba a hacerse una más que regular clientela y a adquirir renombre de médico serio, cuidadoso, solícito y afortunado, publicó en un semanario de la localidad su primer cuento, un cuento entre fantástico y humorístico, sin descripciones y sin moraleja. A los dos días le encontré muy contrariado, y al preguntarle lo que le pasaba estalló y me dijo:

—¿Pero cree usted que voy a poder resistir mucho tiempo la presión abrumadora de la tontería ambiente? ¡Lo mismo que en mi pueblo, lo mismito! Y lo mismo que allí, acabaré por cobrar fama de raro y loco, yo, que soy un portento de cordura, y me irán dejando mis clientes, y perderé la parroquia, y vendrán días de miseria, desesperación, asco y cólera, y tendré que emigrar de aquí como tuve que emigrar de mi propio pueblo.

—¿Pero qué le ha pasado? —le pregunté.

—¿Qué me ha pasado? Que son ya cinco las personas que se me han acercado a preguntarme qué es lo que me proponía al escribir el cuento ese, y qué quiero decir en él y cuál es su alcance. ¡Estúpidos, estúpidos y más que estúpidos! Son peores que los chiquillos que rompen los muñecos para ver qué tienen dentro. Este pueblo no tiene redención, amigo; está irremisiblemente condenado a seriedad y tontería, que son hermanas mellizas. Aquí todos tienen alma de dómine; no comprenden que se escriba sino para probar algo o defender o atacar alguna tesis, o con segunda intención. A uno de esos memos que me preguntó por el alcance de mi cuento le repliqué: «¿Le divirtió a usted?» y como me dijera: «Hombre, como divertirme, sí me divirtió; la cosa no deja de tener gracia; pero…» Al llegar al pero le dejé con él en la boca, dándole las espaldas. Para ese mamarracho no basta tener gracia. ¡Almas de dómines! ¡Almas de dómines!

—Pero… —me atreví a empezar.

—Hombre, no me venga usted también con peros —me atajó—; déjese de eso. La roña infecciosa de nuestra literatura española es el didactismo; por dondequiera el sermón, y el sermón malo; todo cristo se mete aquí a dar consejos y los da con cara de corcho. Una vez cogí la Epístola moral a Fabio y no pude pasar de los tres primeros versos: se me atragantó. Esta casta carece de imaginación, y por eso sus locuras todas acaban en tontería. Es una casta ostruna, no le dé usted vueltas, ostruna, ostras, ostras y nada más que ostras. Todo sabe aquí a tierra. Vivo entre tubérculos humanos; no salen de tierra.

No escarmentó, sin embargo, y volvió a publicar otro cuento más fantástico y más humorístico que el primero. Y recuerdo que me habló de él Fernández Gómez, cliente del doctor.

—Pues señor —me decía el bueno de Fernández Gómez—, ¿no sé qué hacer después de estos escritos de mi doctor?

—¿Y por qué?

—Porque me parece peligroso ponerme en manos de un hombre que escribe cosas semejantes.

—¿Pero a usted le cura bien?

—¡Oh, eso sí, no tengo la menor queja! Desde que me puse en sus manos, voy a su consulta y sigo sus prescripciones, me va mucho mejor y noto de día en día que voy mejorando; pero… esos escritos… ese hombre no debe andar bien de la cabeza… eso es una olla de grillos…

—No haga usted caso, don Servando; yo le trato mucho, como usted sabe, y nada he observado en él. Es un hombre muy razonable.

—El caso es que sí, cuando se le habla responde de acorde y todo lo que dice es muy sensato; pero…

—Mire usted, yo prefiero que me opere bien, con ojo y pulso seguros, un hombre que diga locuras (y éste no las dice), a no que un señor muy sesudo, soltando sensateces como puños de Pero Grullo, me descoyunte y destroce el cuerpo.

—Así será…, así será…, pero…

Al día siguiente le pregunté al doctor Montarco por Fernández Gómez, y me contestó:

—¡Tonto constitucional!

—¿Y qué es eso?

—Tonto por constitución fisiológica, a nativitate, irremediable.

—Yo le llamaría a eso tonto absoluto.

—Tal vez… porque aquí lo constitucional y lo absoluto se confunden; no es como en política…

—Dice que la cabeza de usted debe ser una olla de grillos…

—Y la suya y la de sus congéneres, ollas de cucarachas, que son grillos mudos. Al fin los míos cantan, o chirrían, o lo que sea.

Algún tiempo después publicó el doctor su tercer relato, éste ya agresivo y lleno de ironías, burlas e invectivas mal veladas.

—Yo no sé si le conviene a usted publicar esas cosas —le dije.

—¡Oh, sí!, necesito echarlas fuera; si no escribiera esas atrocidades acabaría por hacerlas. Yo sé lo que me hago.

—Hay quien dice que no sientan bien a un hombre de su edad, de su posición, de su profesión… —le dije por tentarle.

Y, en efecto, saltó y exclamó:

—Lo dicho, lo dicho, se lo tengo a usted dicho mil veces: tendré que irme, loco, a morirme de hambre. ¡Mi posición! ¿A qué llamarán posición esos porros? Créame: no saldremos en España de unos marroquíes empastados, y mal empastados, pues estaríamos mejor en rústica; no saldremos de eso mientras no entremos porque el Presidente del Consejo de Ministros escriba y publique un tomo de epigramas o de cuentos para los niños o un sainete mientras es Presidente. Arriesga con eso su prestigio, dicen. Y con lo otro arriesgamos nuestro progreso. ¡Qué estúpidamente graves somos!

Y así, arrastrado por un fatal instinto, se puso el doctor Montarco a luchar con el espíritu público de la ciudad en que vivía y trabajaba. Esforzábase cada vez más por ser concienzudo y exacto en el cumplimiento de sus deberes profesionales, cívicos y domésticos; ponía un exquisito cuidado en atender a sus clientes estudiándoles las dolencias; recibía afablemente a todo el mundo; con nadie era grosero; hablaba a cada cual de lo que podía interesarle, procurando darle gusto, y en su vida privada continuaba siendo el marido y el padre ejemplar. Pero cada vez eran sus cuentos, relatos y fantasías más extravagantes, según se decía, y más fuera de lo corriente y vulgar. Y la clientela se le iba retirando y haciendo el vacío en su derredor. Con esto su irritación mal contenida iba en aumento.

Y no fue esto lo peor, sino que empezó a tomar cuerpo e ir hinchándose y redundando un rumor maligno, y fue la acusación de soberbia. Sin motivo alguno que lo justificara empezó a susurrarse que el doctor Montarco era un espíritu soberbio, un hombre lleno de sí mismo, que se tenía por un genio y a los demás los tenía por pobres diablos incapaces de comprenderle por entero. Se lo dije, y en vez de estallar en una de aquellas sus acostumbradas diatribas, como yo esperaba, me contestó con calma:

—¿Soberbio yo? Sólo los tontos son de veras soberbios, y francamente, no me tengo por tonto; no llega mi tontería a tanto. ¿Soberbio? ¡Si pudiésemos asomarnos los unos al brocal de la conciencia de los otros y verles el fondo! Sí sé que me tienen por desdeñoso de los demás, pero se equivocan. Es que no los tengo por aquello en que se tienen ellos mismos. Y además, si entrara en descubrirle más por dentro mi corazón, ¿qué es eso de soberbia y empeño de prepotencia y otros estribillos así? ¡No, amigo mío, no!, el hombre que trata de sobreponerse a los demás es que busca salvarse; el que procura hundir en el olvido los nombres ajenos es que quiere se conserve el suyo en la memoria de las gentes, porque usted sabe que la posteridad tiene un cedazo muy cerrado. ¿Usted se ha fijado en un mosquero alguna vez?

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Una de esas botellas con agua dispuestas para cazar moscas. Las pobres tratan de salvarse, y como para ello no hay más remedio que encaramarse sobre otras y así navegar sobre un cadáver en aquellas estancadas aguas de muerte, es una lucha feroz a cuál se sobrepone a las demás. Lo que menos piensan es en hundir a la otra, sino en sobrenadar ellas. Y así es la lucha por la fama mil veces más terrible que la lucha por el pan.

—Y así es —añadí— la lucha por la vida. Darwin…

—¿Darwin? —me atajó—. ¿Conoce usted el libro Problemas biológicos, de Rolph?

—No.

—Pues léalo usted. Léalo y verá que no es el crecimiento y la multiplicación de los seres lo que les pide más alimento y les lleva, para conseguirlo, a lucha así sino que es una tendencia a más alimento cada vez, a excederse, a sobrepasar de lo necesario, lo que les hace crecer y multiplicarse. No es instinto de conservación lo que nos mueve a obrar, sino instinto de invasión; no tiramos a mantenernos, sino a ser más, a serlo todo. Es, sirviéndome de una fuerte expresión del Padre Alfonso Rodríguez, el gran clásico, «apetito de divinidad». Sí, apetito de divinidad. «¡Seréis como dioses!»; así tentó, dicen, el demonio a nuestros primeros padres. El que no sienta ansias de ser más, llegará a no ser nada. ¡O todo o nada! Hay un profundo sentido en esto. Díganos lo que nos dijere la razón, esa gran mentirosa que ha inventado, para consuelo de los fracasados, lo del justo medio, la áurea mediocritas, el «ni envidiado ni envidioso» y otras simplezas por el estilo; diga lo que dijere la razón, la gran alcahueta, nuestras entrañas espirituales, eso que llaman ahora el Inconsciente (con letra mayúscula) nos dice que para no llegar, más tarde o más temprano, a ser nada, el camino más derecho es esforzarse por serlo todo.

—La lucha por la vida, por la sobre—vida más bien, es ofensiva y no defensiva; en esto acierta Rolph. Yo, amigo, no me defiendo, no me defiendo jamás; ataco. No quiero escudo, que me embaraza y estorba; no quiero más que espada. Prefiero dar cincuenta golpes y recibir diez, a no dar más que diez y no recibir ninguno. Atacar, atacar, y nada de defenderse. Que digan de mí lo que quieran; no lo oiré, no me entero de ello, cierro los oídos, y si a éstos, a pesar de mis precauciones para no oírlo, me llega lo que dicen, no lo contesto. Si nos dieran siglos por delante, antes les convencería yo a ellos mismos de que son tontos, y vea si es esto difícil, que ellos a mí de que estoy loco o de que soy soberbio.

—Pues —me atajó—, tiene sus quiebras, y sobre todo un gran peligro, y es que el día en que me flaquee el brazo, o la espada me quede mellada, aquel día me pisotean, me arrastran y me hacen polvo. Pero antes se saldrán con la suya: me volverán loco.

Entercóse en proseguir con sus relatos, relatos tan fuera de lo que aquí, en España, es corriente, y a la vez en no salir del género tan razonable de vida que llevaba. La clientela se fue alejando; llegó la penuria a llamar a las puertas de su casa, y, para colmo de males, ni encontraba revistas o diarios que admitieran sus trabajos, ni su nombre ganaba terreno en la república de las letras. Y todo ello concluyó en que unos cuantos amigos suyos tuvimos que hacernos cargo de su mujer y sus hijas y llevarle a él a una casa de salud, porque su agresividad de palabra iba en aumento.

Recuerdo como si fuera ayer, la primera vez que le visité en la casa de salud en que fue recluido. El director, el doctor Atienza, había sido condiscípulo del doctor Montarco y le profesaba gran cariño.

—Ahí está —me dijo—, estos días más tranquilo y encalmado que al principio. Lee algo, muy poco, porque estimo contraproducente el privarle en absoluto de lectura. Lo que más lee es el Quijote, y si usted coge su ejemplar y lo abre al acaso, es casi seguro que se abrirá por el capítulo

XXXII de la parte II, en el que se trata de la respuesta que dio Don Quijote a su reprensor, aquel grave eclesiástico que en la mesa de los Duques reprendió duramente al caballero andante. Vamos a verle, si usted quiere.

Y fuimos.

—Me alegro de que venga usted a verme —exclamó así que me hubo visto, y levantando la vista del Quijote—; me alegro. Estaba pensando si, a pesar de lo que nos dice Cristo, según el versillo veintidós del capítulo quinto de San Mateo, estamos o no autorizados a emplear el arma prohibida.

—¿Y cuál es el arma prohibida? —le pregunté.

—«Quien llamare tonto, a su hermano, es reo del fuego eterno». ¡Vean, vean qué sentencia tan terrible! No dice quien le llama asesino, o ladrón, o bandido, o estafador, o cobarde, o hijo de mala madre, o cabrón, o liberal, no; sino quien le llame «tonto». Esa, esa es el arma prohibida. Todo se puede poner en duda menos el ingenio, la agudeza o el buen juicio ajenos. ¿Y cuándo le da al hombre por presumir de algo? Papas ha habido que se tenían por latinistas y que se hubieran ofendido menos de que se les tuviera por herejes que de haberles acusado de incurrir en solecismos al escribir latín, y hay graves cardenales que más puntillo ponen en pasar por castizos que en ser tenidos por buenos cristianos, y para quienes la ortodoxia no es más que una mera consecuencia de la casticidad. ¡El arma prohibida! ¡El arma prohibida! Vean la comedia política; se acusan los actores de las cosas más feas, se inculpan embozadamente de graves faltas; pero cuidan de llamarse elocuentes, hábiles, intencionados, talentudos… «Quien llamare tonto a su hermano, es reo del fuego eterno». Y, sin embargo, ¿saben por qué no avanza el progreso?

—Porque tiene que llevar a cuestas la tradición —me aventuré a decirle.

—No, no, sino porque es imposible convencerles a los tontos de que lo son. El día en que los tontos, que son todos los hombres, se convenciesen de verdad de que lo son, el progreso tocaría a su término. El hombre nace tonto… Pero quien llame tonto a su hermano es reo del fuego eterno. Y reo de él se hizo aquel grave eclesiástico «destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que como no nacen príncipes no aciertan a enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza se mida con la estrechez de sus ánimos; destos que, queriendo mostrar a los que ellos gobiernan a ser limitados, les hacen ser miserables…»

—¿Lo ve usted? —me dijo por lo bajo el doctor Atienza—; se sabe de memoria los capítulos treinta y uno y treinta y dos de la parte segunda de nuestro libro.

—Reo del infierno se hizo, digo —continuó el pobre loco—, aquel grave religioso que con los Duques salió a recibir a Don Quijote y con él se sentó a la mesa, frontero a él, a hacer por la vida; y luego, lleno de saña, de envidia, de estupidez, de todas las bajas pasiones cubiertas con capa de sensatez y buen juicio, amenazó al Duque con que tenía que dar cuenta a nuestro Señor de lo que hacía aquel buen hombre… Llamó buen hombre a Don Quijote, el muy majadero y grave eclesiástico, y luego le llamó Don Tonto. ¡Don Tonto! ¡Don Tonto! ¡Don Tonto! ¡Don Tonto al más grande loco que vieron los siglos! ¡Reo del fuego eterno! Y en el infierno está.

—Acaso no sea más que en el purgatorio, porque la misericordia de Dios es infinita —me atreví a decir.

—Pero la falta del grave eclesiástico, que es España y nada más que España, es enorme, enormísima. Aquel grave señor, genuina encarnación de la parte de nuestro pueblo que se cree culta; aquel insoportable dómine, después de levantarse mohíno de la mesa y llamarle sandio a su señor, al que le daba de comer, creo que por no hacer nada de provecho, y de decir aquello de «mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras; quédese vuestra excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa me estaré yo en la mía y me excusaré de reprender lo que no puedo remediar»; después de decir esto, y «sin decir más ni comer, se fue». Se fue, pero no del todo, sino que anda por ahí dando y quitando patentes de sensatez y cordura… ¡Es terrible! ¡Es terrible! En público le llaman a Don Quijote «loco sublime» y otra porción de cosas así que han oído; pero en el retiro de su corazón, y a solas, le llaman Don Tonto. Ya ve usted: Don Quijote, que por irse tras un imperio, el imperio de la fama, dejó a Sancho Panza el gobierno de la ínsula. ¡Don Quijote! ¿Y qué fue ese pobre Don Tonto? ¡Ni siquiera ministro! Y después de todo, ¿para qué crio Dios el mundo? Para su gloria, dicen; para manifestar su gloria. ¿Y hemos de ser nosotros menos?… ¡Soberbia! ¡Soberbia! ¡Satánica soberbia!, claman los impotentes. Vengan, vengan acá, vengan todos esos graves señores infectados de sentido común…

—Vámonos —me dijo por lo bajo el doctor Atienza—, porque se exalta.

Con una excusa cortamos la entrevista y me despedí de mi pobre amigo.

—Le han vuelto loco —me dijo el doctor Atienza, así que nos vimos solos—; le han vuelto loco a uno de los hombres más cuerdos y cabales que he conocido.

—¿Cómo así? —le pregunté.

La mayor diferencia entre los locos y los cuerdos —me contestó— es que éstos, aunque piensan locuras, a no ser que sean tontos de remate, porque entonces no las piensan; aunque las piensan, digo, ni las dicen ni menos las hacen; mientras que aquéllos, los que llamamos locos, carecen del poder de inhibición, no son capaces de contenerse. ¿A quién, como no llegue su falta de imaginación a punto de imbecilidad, no se le ha ocurrido alguna vez una locura? Ha sabido contenerse. Y si no lo sabe, o da en loco o en genio, mayor o menor, según la locura sea. Es muy cómodo hablar de ilusiones; pero créame usted que una ilusión que resulte práctica, que nos lleve a un acto que tienda a conservar o acrecentar o intensificar la vida, es una impresión tan verdadera como la que pueda comprobar más escrupulosamente todos los aparatos científicos que se inventen. Ese necesario repuesto de locura, llamémosla así, indispensable para que haya progreso; ese desequilibrio sin el cual llegaría pronto el mundo espiritual a absoluto reposo, es decir, a muerte, eso hay que emplearlo de un modo o de otro. Este pobre doctor Montarco lo empleaba en sus fantásticos relatos, en sus cuentos y fantasías, y así se libraba de ello y podía llevar la vida tan ordenada y tan sensata que llevaba. Y realmente aquellos relatos…

—¡Ah! —le atajé—. Son profundamente sugestivos; están llenos de sorprendentes puntos de vista. Yo los leo y releo, porque nada aborrezco más que el que me vengan diciendo lo mismo que pienso. Leo de continuo aquellos cuentos sin descripciones ni moraleja. Me propongo escribir un estudio sobre ellos, y abrigo la esperanza de que una vez se le ponga al público sobre la pista, acabará por ver en ellos lo que hoy no ve. El público ni es tan torpe ni tan desdeñoso como creemos; lo que hay es que quiere que le den las cosas mascadas, ensalivadas y hechas bolo deglutible para no tener más que tragar; cada cual harto tiene con ganarse la vida, y no puede distraer tiempo en rumiar un pasto que le sabe áspero cuando se lo mete en la boca. Pero los comentaristas sacan a flote a escritores así, como el doctor Montarco, en quien sólo se leía la letra y no el espíritu.

—Pues usted sabe —reanudó el doctor— que caían en el vacío. Su extrañeza misma, que en otro país les hubiera atraído lectores, espantábalos aquí de ellos. A cada paso y ante la cosa en el fondo más sencilla, se decían estas gentes ahítas de bazofia didáctica: «y aquí, ¿qué quiere decir este hombre?» Usted sabe lo que ocurrió: la clientela le fue dejando, a pesar de que curara bien; las gentes dieron en llamarle loco, a pesar de la cordura de su vida; se le acusó de pasiones de que en el fondo, y a pesar de las apariencias, estaba libre; se rechazaron sus escritos; la miseria llamó a su puerta, y le obligaron a decir y hacer locuras que antes pensaba y vertía en sus escritos.

—¿Locuras? —le interrumpí.

—No, no eran locuras, tiene usted razón, no lo eran; pero han conseguido que acaben por serlo. Yo, que le leo ahora, desde que le tengo aquí, comprendo que el error estuvo en empeñarse en ver un escritor de ideal en uno que, como este desgraciado, no lo era. Sus ideas eran una excusa, una primera materia, y tanta importancia tienen en sus escritos como las tierras de que se valiera Velázquez para hacer las drogas con que pintaba o el género de piedra en que talló Miguel Ángel a Moisés. ¿Qué diríamos del que para juzgar de la Venus de Milo hiciese, microscopio y reactivos en mano, un detenido análisis del mármol en que está esculpida? Las ideas no son más que materia prima para obras de filosofía, de arte o de polémica.

—Siempre he creído lo mismo —le dije—, pero veo que es una de las doctrinas que más resistencia encuentra en nuestro pueblo. Una vez, viendo jugar a unos ajedrecistas, asistí al más intenso drama de que he sido espectador. Aquello era terrible. No hacían sino mover las figurillas, dentro de los cánones del juego y sin salirse del casillero, y, sin embargo, no puede usted figurarse ¡qué intensa pasión, qué tensión de espíritu, qué derroche de energía vital! Los que seguían sólo las peripecias del juego creían asistir a una vulgar partida, pues lo cierto es que jugaban los dos medianamente; pero yo atendía al modo de coger las piezas y ponerlas, al silencio solemne, al ceño de los jugadores. Hubo una jugada de las peores y más vulgares por cierto, un jaque que no remató en mate, que fue extraordinaria. Usted hubiera visto cómo empuñó, con la mano toda, su caballo y lo puso dando un golpe sobre el tablero, y cómo exclamó: ¡jaque! ¡Y aquellos dos hombres pasaban por dos jugadores vulgares! ¿Vulgares? De seguro que Morphi o Filidor no eran mucho más. ¡Pobre Montarco!

—Sí, ¡pobre Montarco! Y hoy no le ha oído sino cosas razonables… Rara, muy rara vez desbarra por completo, y cuando le da por desbarrar se finge un personaje grotesco, al que llama el consejero privado Herr Schmarotzender; se pone una peluca, se sube en una silla y declama unos discursos llenos de espíritu, unos discursos en que palpitan las ansias eternas de la humanidad, y al concluirlo y bajarse de la silla me dice: «¿No es cierto, amigo Atienza, que hay mucho de verdad en el fondo de estas locuras del pobre consejero privado Herr Schmarotzender?» Y la verdad es que muchas veces he pensado en lo que hay de justo en ese sentimiento de veneración y respeto con que se rodea a los locos en algunos países.

—Hombre, me parece que debe usted abandonar la dirección de esta casa.

—No tenga usted cuidado, amigo. No es que yo crea que a estos desgraciados se les rasgue el velo de un mundo superior que nos está velado; es que creo que dicen cosas que pensamos todos y por pudor y vergüenza no nos atrevemos a expresar. La razón, que es una potencia conservadora y que la hemos adquirido en la lucha por la vida, no ve sino lo que para conservar y afirmar esta vida nos sirve. Nosotros no conocemos sino lo que nos hace falta conocer para poder vivir. Pero ¿quién le dice a usted que esa inextinguible ansia de sobrevivir no es revelación de otro mundo que envuelve y sostiene al nuestro, y que, rotas las cadenas de la razón, no son estos delirios los desesperados saltos del espíritu por llegar a ese otro mundo?

—Me parece, y usted dispense lo rudo de lo que voy a decirle, me parece que en vez de estar usted asistiendo al doctor Montarco, es el doctor Montarco el que le asiste a usted. Le están haciendo mella los discursos del señor consejero privado.

—¡Qué sé yo! Lo único que le aseguro es que cada día me confino más en esta casa de salud, pues prefiero cuidar locos a tener que sufrir tontos. Aunque lo peor es que hay muchos locos que son a la vez tontos. Ahora me dedico muy en especial al doctor Montarco. ¡Pobre Montarco!

—¡Pobre España! —le dije, le di la mano, y nos separamos.

Duró poco en la casa de salud el doctor Montarco. Le invadió una tristeza enorme, un abrumador aplanamiento y acabó por sumirse en una tozuda mudez, de la cual no salía más que para suspirar: «o todo o nada… o todo o nada… o todo o nada…» Su mal agravándose y acabó en muerte.

Luego que hubo muerto, registraron el cajón de su mesa, hallando en él un voluminoso manuscrito que tenía escritas al frente estas palabras:

O TODO O NADA

(Ruego que, así que yo muera, se queme este manuscrito sin leerlo).

No sé si el doctor Atienza resistiría o no la tentación de leerlo, ni sé si, cumpliendo la última voluntad del loco, lo quemó.

¡Pobre doctor Montarco! ¡Descanse en paz, quien bien mereció paz y descanso!

Y VA DE CUENTO

A Miguel, el héroe de mi cuento, habíanle pedido uno. ¿Héroe? ¡Héroe, sí! ¿Y por qué? —preguntará el lector—. Pues, primero, porque casi todos los protagonistas de los cuentos y de los poemas deben ser héroes, y ello por definición. ¿Por definición? ¡Sí! Y, si no, veámoslo.

P.— ¿Qué es un héroe?

R.— Uno que da ocasión a que se pueda escribir sobre él un poema épico, un epinicio, un epitafio, un cuento, un epigrama, o siquiera una gacetilla o una mera frase.

Aquiles es héroe porque le hizo tal Homero, o quien fuese, al componer la Ilíada. Somos, pues, los escritores —¡oh noble sacerdocio!— los que para nuestro uso y satisfacción hacemos los héroes, y no habría egoísmo si no hubiese literatura. Eso de los héroes ignorados es una mandanga para consuelo de simples. ¿Ser héroe es ser cantado?

Y, además, era héroe el Miguel de mi cuento porque le habían pedido uno. Aquel a quien se le pida un cuento es, por el hecho mismo de pedírselo, un héroe, y el que se lo pide es otro héroe. Héroes los dos. Era, pues, héroe mi Miguel, a quien le pidió Emilio un cuento, y era héroe mi Emilio, que pidió el cuento a Miguel. Y así va avanzando este que escribo. Es decir,

burla burlando, van los dos delante,

Y mi héroe, delante de las blancas o agarbanzadas cuartillas, fijos en ellas los ojos, la cabeza entre las palmas de las manos y de codos sobre la mesilla de trabajo —y con esta descripción me parece que el lector estará viéndole mucho mejor que si viniese ilustrado esto—, se decía: «Y bien, ¿sobre qué escribo ahora yo el cuento que se me pide? ¡Ahí es nada, escribir un cuento quien, como yo, no es cuentista de profesión! Porque hay el novelista que escribe novelas, una, dos, tres o más al año, y el hombre que las escribe cuando ellas le vienen de suyo. ¡Y yo no soy un cuentista…!»

Y no, el Miguel de mi cuento no era un cuentista. Cuando por acaso los hacía, sacábalos o de algo que, visto u oído, habíale herido la imaginación, o de lo más profundo de sus entrañas. Y esto de sacar cuentos de lo hondo de las entrañas, esto de convertir en literatura las más íntimas tormentas del espíritu, los más espirituales dolores de la mente, ¡oh, en cuanto a esto…! En cuanto a esto, han dichos poetas líricos de todos los tiempos y países, que nos queda muy poco por decir.

Y luego los cuentos de mi héroe tenían para el común de los lectores de cuentos —los cuales forman una clase especial dentro de la general de los lectores— un gravísimo inconveniente, cual es el de que en ellos no había argumento, lo que se llama argumento. Daba mucha más importancia a las perlas que no al hilo en que van ensartadas, y para el lector de cuentos lo importante es la hilación, así, con hache, de hilo, y no ilación, sin ella, como nos empeñamos en escribir los más o menos latinistas que hemos dado en la flor de pensar y enseñar que ese vocablo deriva de infero, fers, intuli, illatum. (No olviden ustedes que soy catedrático, y de yo serlo comen mis hijos, aunque alguna vez merienden de un cuento perdido).

Y estoy a la mitad de otro cuarteto.

Para el héroe de mi cuento, el cuento no es sino un pretexto para observaciones más o menos ingeniosas, rasgos de fantasía, paradojas, etc., etc. Y esto, francamente, es rebajar la dignidad del cuento, que tiene un valor sustantivo —creo que se dice así— en sí y por sí mismo. Miguel no creía que lo importante era el interés de la narración y que el lector se fuese diciendo para sí mismo en cada momento de ella: «Y ahora ¿qué vendrá?», o bien: «¿Y cómo acabará esto?» Sabía, además, que hay quien empieza una de esas novelas enormemente interesantes, va a ver en las últimas páginas el desenlace y ya no lee más.

Por lo cual creía que una buena novela no debe tener desenlace, como no lo tiene, de ordinario, la vida. O debe tener dos o más, expuestos a dos o más columnas, y que el lector escoja entre ellos el que más le agrade. Lo que es soberanamente arbitrario. Y mi este Miguel era de lo más arbitrario que darse puede.

En un buen cuento, lo más importante son las situaciones y las transiciones. Sobre todo estas últimas. ¡Las transiciones, oh! Y respecto a aquéllas, es lo que decía el famoso melodramaturgo d’Ennery: «En un drama —y quien dice drama dice cuento—, lo importante son las situaciones; componga usted una situación patética y emocionante, e importa poco lo que en ella digan los personajes, porque el público, cuando llora, no oye». ¡Qué profunda observación esta de que el público, cuando llora, no oye! Uno que había sido apuntador del gran actor Antonio Vico me decía que, representando éste una vez La muerte civil, cuando entre dos sillas hacía que se moría, y las señoras le miraban con los gemelos para taparse con ellos las lágrimas y los caballeros hacían que se sonaban para enjugárselas, el gran Vico, entre hipíos estertóricos y en frases entrecortadas de agonía, estaba dando a él, al apuntador, unos encargos para contaduría. ¡Lo que tiene el saber hacer llorar!

Si; el que en un cuento, como en un drama, sabe hacer llorar o reír, puede en él decir lo que se le antoje. El público, cuando llora o cuando se ríe, no se entera. Y el héroe de mi cuento tenía la perniciosa y petulante manía de que el público —¡su público, claro está!— se enterase de lo que él escribía. ¡Habráse visto pretensión semejante!

Permítame el lector que interrumpa un momento el hilo de la narración de mi cuento, faltando el precepto literario de la impersonalidad del cuentista (véase la Correspondance, de Flaubert, en cualquiera de sus cinco volúmenes Oeuvres complètes, París, Louis Conard, libraire-éditeur, MDCCCLX), para protestar de esa pretensión ridícula del héroe de mi cuento de que su público se entere de lo que él escribía. ¿Es que no sabía que las más de las personas leen para no enterarse? ¡Harto tiene cada uno con sus propias penas y sus propios pesares y cavilaciones para que vengan metiéndole otros! Cuando yo, a la mañana, a la hora del chocolate, tomo el periódico del día, es para distraerme, para pasar un rato. Y sabido es el aforismo de aquel sabio granadino: «La cuestión es pasar el rato»; a lo que otro sabio, bilbaíno éste, y que soy yo, añadió: «Pero sin adquirir compromisos serios». Y no hay modo menos comprometedor de pasar el rato que leer el periódico. Y si cojo una novela o un cuento no es para que, de reflejo, suscite mis hondas preocupaciones y mis penas, sino para que me distraiga de ellas. Y por eso no me entero de lo que leo, y hasta leo para no enterarme…

Pero el héroe de mi cuento era un petulante que quería escribir para que se enterasen y, es natural, así no puede ser, no le resultaba cuanto escribía sino paradojas.

—¿Que qué es esto de una paradoja? ¡Ah!, yo no lo sé, pero tampoco lo saben los que hablan de ellas con cierto desdén, más o menos fingido; pero nos entendemos, y basta. Y precisamente el chiste de la paradoja, como el del humorismo, estriba en que apenas hay quien hable de ellos y sepa lo que son. La cuestión es pasar el rato, sí, pero sin adquirir compromisos serios; ¿y qué serio compromiso se adquiere tildando a algo de paradoja, sin saber lo que ella sea, o tachándolo de humorístico?

Yo, que, como el héroe de mi cuento, soy también héroe y catedrático de griego, sé lo que etimológicamente quiere decir eso de paradoja: de la preposición para, que indica lateralidad, lo que va de lado o se desvía, y doxa, opinión, y sé que entre paradoja y herejía apenas hay diferencia; pero…

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el cuento? Volvamos, pues, a él.

Dejemos a nuestro héroe —empezando siéndolo mío y ya es tuyo, lector amigo, y mío; esto es, nuestro— de codos sobre la mesa, con los ojos fijos en las blancas cuartillas, etcétera (véase la precedente descripción), y diciéndose: «Y bien, ¿sobre qué escribo yo ahora…?»

Esto de ponerse a escribir no precisamente porque se haya encontrado asunto, sino para encontrarlo, es una de las necesidades más terribles a que se ven expuestos los escritores fabricantes de héroes, y héroes, por tanto, ellos mismos. Porque, ¿cuál, sino el de hacer héroes, el de cantarlos, es el supremos heroísmo? Como no sea que el héroe haga a su hacedor, opinión que mantengo muy brillante y profundamente en mi Vida de Don Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada; Madrid, librería de Fernando Fe, 1905[2] —y sirva esto, de paso, como anuncio—, obra en que sostengo fue don Quijote el que hizo a Cervantes y no éste a aquél. ¿Y a mí quién me ha hecho, pues? En este caso, no cabe duda que el héroe de mi cuento. Sí, yo no soy sino una fantasía del héroe de mi cuento.

¿Seguimos? Por mí, lector amigo, hasta que usted quiera; pero me temo que esto se convierta en el cuento de nunca acabar. Y así es el de la vida… Aunque ¡no!, ¡no!, el de la vida se acaba.

Aquí sería buena ocasión, con este pretexto, de disertar sobre la brevedad de esta vida perecedera y la vanidad de sus dichas, lo cual daría a este cuento un cierto carácter moralizador que lo elevara sobre el nivel de esos otros cuentos vulgares que sólo tiran a divertir. Porque el arte debe ser edificante. Voy, por tanto, a acabar con una

Moraleja.— Todo se acaba en este mundo miserable: hasta los cuentos y la paciencia de los lectores. No sé, pues, abusar.

EL CANTO ADÁNICO

Fue esto en una tarde bíblica, ante la gloria de las torres de la ciudad, que reposaban sobre el cielo como doradas espigas gigantescas, surgiendo de la verdura que viste y borda al río. Tomé las Hojas de yerba —Leaves of grass—, de Walt Whitman, este hombre americano, enorme embrión de un poeta secular, de quien Roberto Luis Stevenson dice que, como un perro lanudo recién desencadenado, recorría las playas del mundo ladrando a la luna; tomé estas hojas y traduje algunas a mi amigo, ante el esplendor silencioso de la ciudad dorada.

Y mi amigo me dijo:

—¡Qué efecto tan extraño causan esas enumeraciones de hombres y de tierras, de naciones, de cosas, de plantas… ¿Es eso poesía?

Y yo le dije:

—Cuando la lírica es sublime y espiritualizada acaba en meras enumeraciones, en suspirar nombres queridos. La primera estrofa del dúo eterno del amor puede ser el «te quiero, te quiero mucho, te quiero con toda mi alma»; pero la última estrofa, la del desmayo, no es más que estas dos palabras: «¡Romeo! ¡Julieta! ¡Romeo! ¡Julieta!» El suspiro más hondo del amor es repetir el nombre del ser amado, paladearlo haciéndose miel la boca. Y mira al niño. Jamás olvidaré una escena inmortal que Dios me puso una mañana ante los ojos, y fue que vi tres niños cogidos de las manos, delante de un caballo, cantando, enajenados de júbilo, no más que estas dos palabras: «¡Un caballo!, ¡un caballo!, ¡un caballo!» Estaban creando la palabra según la repetían; su canto era un canto genesíaco.

—¿Cómo empezó la lírica? —preguntó mi amigo—; ¿cuál fue el primer canto?

—Vamos a la leyenda —le dije— y oye lo que dice el Génesis en su segundo capítulo, cuando dice «Formó, pues, Dios de la tierra toda bestia del campo y toda ave de los cielos, y trájolas a Adán para que viese cómo las había de llamar, y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ése es su nombre. Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos, y a todo animal del campo; mas para Adán no halló ayuda que estuviese delante de él». Este fue el primer canto, el canto de poner nombre a las bestias, extasiándose ante ellas Adán, en el Alba de la humanidad.

¡Poner nombre! Poner nombre a una cosa es, en cierto modo, adueñarse espiritualmente de ella. Este mismo Walt Whitman, cuyas Hojas de yerba aquí tenemos, al decir en su «Canto a la puesta del sol» estas palabras: «Respirar el aire, ¡qué delicioso! ¡Hablar!, ¡pasear! ¡Coger algo con la mano!», pudo añadir: «Dar nombre a las cosas, ¡qué milagro portentoso!»

Al nombrar Adán a las bestias y aves se adueñó de ellas y mira cómo el salmo octavo, después de cantar que Dios hizo que el hombre se enseñorease de las obras de las divinas manos, que le pusieran todo bajo los pies, ovejas y bueyes, y asimismo las bestias del campo, y las aves de los cielos, y los peces del mar, y todo cuanto pasa por los senderos de éste, acaba diciendo: «Oh, Jehová, Señor Nuestro, ¡cuán grande es tu nombre, que millones de lenguas de hombres piden día a día que sea santificado! Si supiéramos dar el nombre adecuado, nombre poético, nombre creativo a Dios, en él se colmaría como en flor eterna toda la lírica.

En el Génesis también, y en los versillos 24 a 30 de su capítulo XXXII, se nos cuenta cómo al pasar Jacob el vado a Jacob, cuando iba en busca de Esaú, su hermano, se quedó a hacer noche solo y luchó hasta rayar el alba, con un desconocido, con un ángel de Dios o con Dios mismo, y lleno de angustia le preguntaba por su nombre, cómo se llamaba. En aquellos tiempos aurorales, declarar un viandante su nombre era declarar su esencia. Su nombre es lo primero que nos dan los héroes homéricos.

Y estos nombres no eran dichos: eran cantados en un empuje de entusiasmo y de adoración. Y tengo por indudable, lector, que el himno que más adentro del corazón se te ha metido fue cuando viste tu propio nombre, tu nombre de pila, el doméstico desnudo y puro, suspirando en la penumbra. Es la corona de la lírica.

La forma de letanía es acaso la más exquisita que las explosiones líricas nos ofrecen: un nombre repetido en rosario y engarzado cada vez en epítetos vivos que lo realza. Y entre estos hay el epíteto sagrado.

En los poemas homéricos brillan los epítetos sagrados; cada héroe lleva el suyo. Aquiles, el de los pies veloces; Héctor el agitapenachos. Y en todo tiempo y lugar, cuando alguien encuentra el epíteto sagrado que casa poéticamente con un hombre, todos lo adoptan y todos lo repiten. Y lo que sucede con los hombres sucede con los animales y con las cosas y las ideas. La astuta zorra, el perro fiel, el noble corcel, el paciente burro, el tardo buey, la arisca cabra, la mansa oveja, la tímida liebre…, y los designios de la Providencia, ¿pueden ser otra cosa que inescrutables?

Cantar, pues, el nombre, realzándolo con el epíteto sagrado, es la exaltación reflexiva de la lírica, y la exaltación irreflexiva, la suprema, en cantarlo solo y desnudo, sin epíteto alguno; es repetirlo una y otra vez, como sumergiendo el alma en su contenido ideal y empapándose en él sin añadido.

—No me sorprende —le dije a mi amigo— que te produzcan extraño efecto estas enumeraciones, y te confieso que pueden ellas no tener nada de poético. Pero han de extrañarnos más a nosotros, que con palabras muertas, reducimos la lírica a algo discursivo y oratorio, a elocuencia rimada.

—Observa, además —añadí—, que una palabra no ha cobrado su esplendor y su pureza toda hasta que ha pasado por el ritmo y se ha visto ayuntada a otras en su cadencia. Es como el trigo, que no está limpio y pronto para ir a la muela hasta que no ha sido apurado aventándolo al aire de la era.

—Ahora recuerdo —dijo mi amigo, interpolando un intermedio cómico—, ahora recuerdo cierto chascarrillo yanqui, y es que dicen que cuando Adán estaba poniendo nombre a los animales, al acercarse el caballo, dijo Eva a su marido: «Esto que viene aquí se parece a un caballo; llamémosle, pues, caballo.»

—El chascarro no carece de gracia —le dije—, pero es el caso que cuando Adán puso nombre a las bestias del campo y a las aves de los cielos, aún no había sido creada la mujer, según el Génesis. De donde se saca que el hombre necesitó hablar aun estando solo, hablar consigo, es decir, cantar, y que su acto de poner nombres a los seres fue un acto de pureza lírica, de perfecto desinterés. Se los puso para extasiarse con ellos. Sólo que una vez que así los cantó y les puso nombre, sintió la necesidad de un semejante a quien comunicárselo; una vez que de la grosura de su entusiasmo brotó aquel himno de nombramiento, sintió la necesidad de un auditorio, de un público, y así, agrega el texto, que Adán no halló ayuda que estuviese delante de él. Y a seguida de esto es cuando el relato bíblico nos cuenta la creación de la primera mujer, hinchándola de una costilla del primer hombre, y como si éste hubiese sentido más vivamente la necesidad de una compañera a raíz de haberse adueñado de los seres mediante los nombres. Sintió el hombre la necesidad de alguien con quien hablar, y Dios le hizo la mujer. Y apenas surge la mujer ante el hombre, luego de decir éste lo de «esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne», lo primero que hace es darle nombre, diciendo: «Esta será llamada varona, porque del varón fue tomada». Y este nombre, en efecto, no ha prevalecido, sino que los más de los pueblos cultos tienen para la mujer nombre de otra raíz que el nombre del hombre, y como si fuesen dos especies.

—Excepto el inglés, por lo menos —dijo mi amigo.

—Y algún otro —añadí yo.

Y recogiendo las Hojas de yerba, de Walt Whitman, dejamos el esplendor de la ciudad cuando se derretía en el atardecer.

(Los Lunes de El Imparcial, Madrid, 6-VIII-1906)

LA BECA

«Vuelva usted otro día…» «¡Veremos!» «Lo tendré en cuenta». «Anda tan mal esto…» «Son ustedes tantos…» «¡Ha llegado usted tarde y es lástima!» Con frases así se veía siempre despedido don Agustín, cesante perpetuo. Y no sabía imponerse ni importunar, aunque hubiese oído mil veces aquello de «pobre porfiado saca mendrugo».

A solas hacía mil proyectos, y se armaba de coraje y se prometía cantarle al lucero del alba las verdades del barquero; mas cuando veía unos ojos que le miraban ya estaba engurruñándosele el corazón. «Pero ¿por qué seré así, Dios mío?», se preguntaba, y seguía siendo así, como era, ya que sólo de tal modo podía ser él el que era.

Y por debajo gustaba un extraño deleite en encontrarse sin colocación y sin saber dónde encontraría el duro para el día siguiente. La libertad es mucho más dulce cuando se tiene el estómago vacío, digan lo que quieran los que no se han encontrado con la vida desnuda. Estos sólo conocen la vestidura de la vida, sus arreos; no la vida misma, pelada y desnuda.

El hijo, Agustinito, desmirriado y enteco, con unos ojillos que le bailaban en la cara pálida, era la misma pólvora. Las cazaba al vuelo.

—Es nuestra única esperanza —decía la madre, arrebujada en su mantón, una noche de invierno— que haga oposición a una beca, y tendremos las dos pesetas mientras estudie… ¡Porque esto de vivir así, de caridad…! ¡Y qué caridad, Dios mío! ¡No, no creas que me quejo, no! Las señoras son muy buenas, pero…

—Sí, que, como dice Martín, en vez de ejercer caridad se dedican al deporte de la beneficencia.

—No, eso no; no es eso.

—Te lo he oído alguna vez; es que parece que al hacer caridad se proponen avergonzar al que la recibe. Ya ves lo que nos decía la lavandera al contarnos cuando les dieron de comer en Navidad y les servían las señoritas…, «esas cosas que hacen las señoritas para sacarnos los colores a la cara»…

—Pero, hombre…

—Sé franca y no tengas secretos conmigo. Comprende que nos dan limosna para humillarnos…

En las noches de helada no tenían para calentarse ni aun el fuego de la cocina, pues no le encendían. Era el suyo un hogar apagado.

El niño lo comprendía todo y penetraba en el alcance todo de aquel continuo estribillo de «¡Aplícate, Agustinito, aplícate!»

Ruda fue la brega en las oposiciones de la beca, pero la obtuvo, y aquel día, entre lágrimas y besos, se encendió el fuego del hogar.

A partir de este día del triunfo, acentuóse en don Agustín su vergüenza de ir a pretender puesto; aunque poco y mal, comían de lo que el hijo cobraban y con algo más, trabajando el padre acá y allá de temporero, iban saliendo, mal que bien, del afán de cada día. ¿No se ha dicho lo de «bástele a cada día su cuidado»?, y no lo traducimos diciendo que «no por mucho madrugar amanece más temprano»? Y si no amanece más temprano por mucho madrugar, lo mejor es quedarse en cama. La cama adormece las penas. Por algo los médicos dicen que el reposo lo cura todo.

—¡Agustín, los libros! ¡Los libros! ¡Mira que eres nuestro único sostén, que de ti depende todo…! ¡Dios te lo premie! — decía la madre.

Y Agustinito ni comía, ni dormía, ni descansaba a su sabor. ¡Siempre sobre los libros! Y así se iba envenenando el cuerpo y el espíritu: aquél, con malas digestiones y peores sueños, y éste, el espíritu, con cosas no menos indigeribles que sus profesores le obligaban a engullir. Tenía que comer lo que hubiera y tenía que estudiar lo que le diese en el examen la calificación obligada para no perder la beca.

Solía quedarse dormido sobre los libros, a guisa de almohada, y soñaba con las vacaciones eternas. Tenía que sacar, además, premios, para ahorrarse las matrículas del curso siguiente.

—Voy a ver a don Leopoldo, Agustinito, a decirle que necesitas el sobresaliente para poder seguir disfrutando la beca…

—No, no haga eso, madre, que es muy feo…

—¿Feo? ¡Ante la necesidad, nada hay que sea feo, hijo mío!

—Pero si sacaré sobresaliente, madre; si lo sacaré.

—¿Y el premio?

—También el premio, madre.

Hallábase obligado a sacar el premio, obligado, que es una cosa verdaderamente terrible.

—Mira, Agustinito: don Alfonso, el de Patología médica, está enfermo; debes ir a su casa a preguntar cómo sigue…

—No voy, madre; no quiero ser pelotillero.

—¿Ser qué?

—¡Pelotillero!

—Bueno, no sé lo que es eso, pero te entiendo, y los pobres, hijo mío, tenemos que ser pelotilleros. Nada de aquello de «pobre, pero orgulloso», que es lo que más nos pierde a los españoles…

—Pues no voy.

—Bien, iré yo.

—No, tampoco irá usted.

—Bueno, no quieres que sea pelotillera…, pues no iré. Pero, hijo mío…

—Sacaré el sobresaliente, madre.

Y lo sacaba, el desdichado, pero ¡a qué costa! Una vez no sacó más que notable, y hubo que ver la cara que pusieron sus padres.

—Me tocaron tan malas lecciones…

—No, no; algo le has hecho… —dijo el padre.

Y la madre añadió:

—Ya te lo decía yo… Has descuidado mucho esa asignatura…

El mes de mayo le era terrible. Solía quedarse dormido sobre los libros, teniendo la cafetera al lado. Y la madre, que se levantaba solícita de la cama, iba a despertarle y le decía:

—Basta por hoy, hijo mío; tampoco conviene abusar… Además, te rinde el sueño y se malgasta el petróleo. Y no estamos para eso.

Cayó enfermo y tuvo que guardar cama; le consumía la fiebre. Y los padres se alarmaron, se alarmaron del retraso que aquella enfermedad podía costarle en sus estudios; tal vez le durara la dolencia y no podría examinarse con seguridad de nota, y le quedaría el pago de la beca en suspenso.

El médico aseguró a los padres que duraría aquello, y los pobres, angustiados, le preguntaban:

—¿Pero podrá examinarse en junio?

—Déjense de exámenes, que lo que este mozo necesita es comer mucho y estudiar poco, y aire, mucho aire…

—¡Comer mucho y estudiar poco! —exclamó la madre—. Pero, señor, ¡si tiene que estudiar mucho para poder comer poco…!

—Es un caso de surmenage.

—¿De sur qué?

—De surmenage, señora; de exceso de trabajo.

—¡Pobre hijo mío! —y rompió a llorar la madre—. ¡Es un santo…, un santo!

Y el santo fue reponiéndose, al parecer, y cuando pudo ponerse en pie pidió los libros, y la madre, al llevárselos, exclamó:

—¡Eres un santo, hijo mío!

Y a los tres días:

—Mira, hoy que está mejor tiempo puedes salir; vete a clase bien abrigado, ¿eh?, y dile a don Alfonso cómo has estado enfermo, y que te lo dispense…

Al volver de clase dijo:

—Me ha dicho don Alfonso que no vuelva hasta que esté del todo bien.

—Pero ¿y el sobresaliente, hijo mío?

—Lo sacaré.

Y lo sacó, y vio vacaciones, su único respiro. «¡Al campo!», había dicho el médico. ¿Al campo? ¿Y con qué dinero? Con dos pesetas no se hacen milagros. ¿Iba a privarse don Agustín, el padre, de su café diario, del único momento en que olvidaba penas? Alguna vez intentó dejarlo; pero el hijo modelo le decía:

—No, no; vete al café, padre; no lo dejes por mí; ya sabes que yo me paso con cualquier cosa…

Y no hubo campo, porque no pudo haberlo. No recostó el pobre mozo su cansado pecho sobre el pecho vivificante de la madre Tierra; no restregó su vista en la verdura, que siempre vuelve, ni restregó su corazón en el olvido reconfortante.

Y volvió el curso, y con él la dura brega, y volvió a encamar el becario, y una mañana, según estudiaba, le dio un golpe de tos y se ensangrentaron las páginas por el sitio en que se trataba de la tisis precisamente.

Y el pobre muchacho se quedó mirando al libro, a la mancha roja, y más allá de ella, al vacío, con los ojos fijos en él y frío de la desesperación acoplada en el alma. Aquello le sacó a flor de alma la tristeza eterna, la tristeza trascendental, el hastío prenatal que duerme en el fondo de todos nosotros y cuyo rumor de carcoma tratamos de ahogar con el trajineo de la vida.

—Hay que dejar los libros en seguida —dijo el médico en cuanto le vio—; ¡pero en seguida!

—¡Dejar los libros! —exclamó don Agustín—. ¿Y con qué comemos?

—Trabaje usted.

—Pues si busco y no encuentro; si…

—Pues si se les muere, por su cuenta…

Y el rudo don José Antonio se salió mormojeando: «¡Vaya un crimen! Este es un caso de antropofagia…: estos padres se comen a su hijo».

Y se lo comieron, con la ayuda de la tisis; se lo comieron poco a poco, gota a gota, adarme a adarme.

Se lo comieron vacilando entre la esperanza y el temor, amargándoles cada noche el sacrificio y recomenzándolo cada mañana.

¿Y qué iba a hacer? El pobre padre andaba apesadumbrado, lleno de desesperación mansa. Y mientras revolvía el café con la cucharilla para derretir el terrón de azúcar, se decía: «¡Qué amarga es la vida! ¡Qué miserable la sociedad! ¡Qué cochinos los hombres! Ahora sólo no falta que se nos muriera…» Y luego, en voz alta: «Mozo: ¡el Vida Alegre!»

Aún llegó el chico a licenciarse y tuvo el consuelo de firmar en el título, de firmar su sentencia de muerte con mano trémula y febril. Pidió luego un libro, una novela.

—¡Oh, los libros, siempre los libros! —exclamó la madre—. Déjalos ahora. ¿Para qué quieres saber tanto? ¡Déjalos!

—A buena hora, madre.

—Ahora a descansar un poco y a buscar un partido…

—¿Un partido?

—Sí; he hablado con don Félix, y me ha prometido recomendarte para Robleda.

A los pocos días se iba Agustinito, para siempre, a las vacaciones inacabables, con el título bajo la almohada —fue un capricho suyo— y con un libro en la mano: se fue a las vacaciones eternas. Y sus padres le lloraron amargamente.

—Ahora, ahora que iba a empezar a vivir; ahora que nos iba a sacar de miserias; ahora… ¡Ay, Agustín, qué triste es la vida!

—Sí, muy triste —murmuró el padre, pensando que en una temporada no podría ir al café.

Y don José Antonio, el médico, me decía después de haberme contado el suceso: «Un crimen más, un crimen más de los padres… ¡Estoy harto de presenciarlos! Y luego nos vendrán con el derecho de los padres y el amor paternal… ¡Mentira!, ¡mentira!, ¡mentira! A las más de las muchachas que se pierden son sus madres quienes primero las vendieron… Esto entre los pobres, y se explica, aunque no se justifique. ¿Y los otros? No hace aún tres días que González García casó a su hija con un tísico perdido, muy rico, eso sí, con más pesetas que bacilos, ¡y cuidado que tiene una millonada de éstos!, y la casó a conciencia de que el novio está con un pie en la sepultura; entra en sus cálculos que se le muera el yerno, y luego el nieto que pueda tener, de meningitis o algo así, y luego… Y para este padre que se permite hablar de moralidad, ¿no hay grillete? Y ahora, este pobre chico, esta nueva víctima… Y seguiremos considerando al Estado como un hospicio, y vengan sobresalientes y canibalismo… ¡canibalismo, sí, canibalismo! Se lo han comido y se lo han bebido; se le han comido la carne, le han bebido la sangre…; y a esto de comerse los padres a un hijo, ¿cómo lo llamaremos, señor helenista? Gonofagía, ¿no es así? Sí; gonofagía, gonofagía, porque llamando a las cosas en griego pierden no poco del horror que pudieran tener. Recuerdo cuando me contó usted lo de los indios aquellos de que habla Herodoto, que sepultaban a sus padres en sus estómagos, comiéndoselos. La cosa es terrible; pero más terrible aún es el festín de Atreo. Porque el que uno se coma al pasado, sobre todo si ese pasado ha muerto, puede aún pasar; ¡pero esto de comerse al porvenir! Y si usted observa, verá de cuántas maneras nos lo estamos comiendo, ahogando en germen los más hermosos brotes. Hubiera usted visto la triste mirada del pobre estudiante, aquellos ojos, que parecían mirar más allá de las cosas, a un incierto porvenir, siempre futuro y siempre triste, y luego aquel padre, a quien no le faltaba su café diario. Y hubiera visto su dolor al perder al hijo, dolor verdadero, sentido, sincero (no supongo otra cosa); pero dolor que tenía debajo de su carácter animal, de instinto herido, algo de frío, de repulsivo, de triste. Y luego esos libros, esos condenados libros, que en vez de servir de pasto sirven de veneno a la inteligencia; esos malditos libros de texto, en que se suele enfurtir todo lo más ramplón, todo lo más pedestre, todo lo más insufrible de la ciencia, con designios mercantiles de ordinario…» Calló el médico, y callé yo también. ¿Para qué hablar?

Pasado algún tiempo me dijeron que Teresa Martín, la hija de don Rufo, se iba a monja. Y al manifestar mi extrañeza por ello, me añadieron que había sido novia de Agustín Pérez, el becario, y que desde la muerte de éste se hallaba inconsolable. Pensaba haberse casado en cuanto tuviera partido.

—¿Y los padres? —se me ocurrió argüir.

Y al contar yo luego al que me trajo esa noticia la manera como sus padres se lo habían comido, me replicó inhumanamente:

—¡Bah! De no haberle comido sus padres, habríale comido su novia.

—¿Pero es —exclamé entonces— que estamos condenados a ser comidos por uno o por otro?

—Sin duda —me replicó mi interlocutor, que es hombre aficionado a las ingeniosidades y paradojas—, sin duda; ya sabe usted aquello de que en este mundo no hay sino comerse a los demás o ser comido por ellos, aunque yo creo que todos comemos a los otros y ellos nos comen. Es un devoramiento mutuo.

—Entonces vivir solo —dije.

Y me replicó:

—No logrará usted nada, sino que se comerá a sí mismo, y esto es lo más terrible, porque al placer de devorarse se junta el dolor de ser devorado, y esta fusión en uno del placer y el dolor es la cosa más lúgubre que pueda darse.

—Basta —le repliqué.

DON CATALINO, HOMBRE SABIO

Fui a ver a don Catalino. Recordarán ustedes que don Catalino es todo un sabio; esto es, un tonto. Tan sabio, que no ha sabido nunca divertirse, y no más que por incapacidad de ello. Lo que no quiere decir que don Catalino no se ría: don Catalino se ríe y a mandíbula batiente, pero hay que ver de qué cosas se ríe don Catalino. ¡La risa de don Catalino es digna de un héroe de una novela de Julio Verne! Y no digo yo que don Catalino no le encuentre divertido y hasta jocoso, amén de instructivo, ¡por supuesto!, al tal Julio Verne, delicia de cuando teníamos trece años. Don Catalino es, como ven ustedes, un niño grande, pero sabio, esto es, tonto.

Don Catalino cree, naturalmente, en la superioridad de la filosofía sobre la poesía, sin habérsele ocurrido la duda —don Catalino no duda sino profesionalmente, por método— de si la filosofía no será más que la poesía echada a perder, y cree en la superioridad de la ciencia sobre el arte. De las artes prefiere la música, pero es porque dice que es una rama de la acústica, y que la armonía, el contrapunto y la orquestación tienen una base matemática. Inútil decir que don Catalino estima que el juego del ajedrez es el más noble de los juegos, porque desarrolla altas funciones intelectuales. También le gusta el billar, por los problemas de mecánica que en él se ofrecen.

Un amigo mío, y suyo, dice que don Catalino es anestético y anestésico. Pero anestésicos son casi todos los sabios. Al cuarto de hora de estar uno hablando con ellos se queda como acorchado y en disposición de que le arranquen, sin dolor alguno, el corazón.

Don Catalino cree en la organización, en la disciplina y en la técnica, y es feliz. Tan feliz como un perro de aguas que le acompaña en sus excursiones científicas. Al cual perro de aguas le ha enseñado, para divertirse, a andar en dos patas y a saltar por un aro. Por donde se ve que no estuve del todo justo al decir que don Catalino no sabe divertirse. Aunque hay quien dice que no es por diversión, sino por experimentación, por lo que don Catalino, perfecto mamífero vertical —que es la mejor definición del homo sapiens de Linneo—, ha enseñado a su perro a verticalizarse, es decir, a humanizarse.

Además, don Catalino le ha enseñado a un loro que tiene a decir: «Dos más tres, cinco», y si no le ha enseñado $(a+b)^2=z^2+2ak+b^2$, o el principio de

Arquímedes —«todo cuerpo sumergido en un líquido», etc.—, es porque esto resultaba demasiado largo para un loro. Y don Catalino se empeña que es mejor para el loro que aprenda eso de «dos más tres, cinco», que no «lorito real, para España y para Portugal», u otra vaciedad por el estilo. Vaciedad, así la llamaba él. Y no pude convencerle de que en boca del loro tan vaciedad es «el dos más tres, cinco», o un axioma cualquiera.

—No —me decía don Catalino—; ya que los loros hablan, que enuncien verdades científicas.

—Pero venga usted acá, don Catalino de mis pecados —le dije—; dejando a un lado eso de verdades científicas, como si no bastase que fueran verdades a secas, ¿usted cree que un axioma o el principio más comprobado es, en boca del loro, verdad? Ni es verdad ni es nada más que una frase.

—La verdad es algo objetivo, independiente de la intención y del estado de conciencia de quien la enuncia.

Y don Catalino se disponía a desarrollar este luminoso apotegma y a demostrármelo por a+b, cuando me puse en salvo. Porque don Catalino, sabio anescético y anestésico, es más objetivo todavía que las verdades científicas que enuncia. Y no hay nada que me desespere más que un hombre objetivo.

Inútil decir que a don Catalino se le conoce mucho más y mejor en Alemania que en esta su ingrata patria. Como que yo creo que aquí se empezará a conocerle cuando se traduzca su gran obra de la última traducción alemana. Don Catalino está en correspondencia con los grandes espadas extranjeros de la especialidad que cultiva, con los don Catalinos de Europa. De Europa como unidad intelectual, por supuesto.

Don Catalino se lamenta de nuestra ligereza, de nuestro exceso de imaginación. Esto del exceso de imaginación, que es una manía de don Catalino, es una manera de decir, porque nuestro sabio, hablando de imaginación, es como un buey mugiendo amor. Un día le encontré apenadísimo y casi indignado. Yendo de viaje, en un momento de distracción tentadora, se le ocurrió leer una crónica de Julio Camba, y luego me decía: «¡Esto no es serio…, esto no es serio!»

—¿Y qué es lo serio, don Catalino? —le pregunté.

—Bueno, dejémonos de paradojas —me contestó—. Eso que yo le digo a usted, amigo don Miguel, es que, a título de humorismo y para hacer reír a las gentes, se produce un lamentable espíritu de irreverencia hacia la Ciencia…

No se descubrió al pronunciar la palabra Ciencia —y la pronunció así, con letra mayúscula—, pero es porque estaba ya descubierto. Yo volví a ponerme en salvo, de miedo de que intentara demostrarme que es pernicioso para un pueblo el espíritu de irreverencia para con la Ciencia y sus abnegados cultivadores.

Como se ve, cada vez que me pongo a tiro de don Catalino acabo por escaparme, buscando ponerme a salvo. Y es que temo que acabe por convencerme de algo, que sería para mí lo más terrible que pudiera sucederme.

Fui, pues, como dije, a ver a don Catalino. Quería conocer su opinión respecto a esta guerra. Es decir, respecto a la guerra precisamente no, sino respecto a los zeppelines, a los submarinos, a los morteros del 42 y a los gases asfixiantes. Esperaba oírle cosas regocijantes y peregrinas sobre esos grandes inventos de la ciencia aplicada. Pero apenas me tuvo don Catalino a tiro, me espetó a boca de jarro este epifonema:

—Hombre, me alegra verle a usted, para decirle que cada vez le comprendo menos.

—¡Tanto honor…! —exclamé.

—¿Cómo honor?

—Honor, sí. El no ser comprendido por un sabio, y por un sabio como usted, don Catalino, es uno de los más grandes honores.

—Pues no le comprendo…

—Yo sí comprendo que usted no lo comprenda. Porque ustedes los sabios estudian las cosas, pero no los hombres…

—Hombre, hombre, amigo don Miguel… Hay antropólogos, es decir, sabios que se dedican a estudiar al hombre…

—Sí, pero como cosa, no como hombre.

—Y psicólogos…

—Sí, que estudian también el alma objetivamente, como una cosa…

—¡Ah! —exclamó— ¡Usted es partidario, sin duda, de la introspección! Pues verá usted…

—No, no veré nada —le dije, aterrado—. Me acuerdo de repente que tengo una cita. Volveré otro día…

Y me escapé una vez más. Fuime a casa a leer un poeta cualquiera, el menos científico, forzosamente convencido de aquella verdad de que si el poeta es loco, el sabio, en cambio, es tonto de capirote. Y entre oír los graciosos embustes de un loco o las ramplonas verdades de un tonto, no cabe duda alguna. Me divierten más las aventuras de Belerofonte o la leyenda de Edipo, que no el binomio de Newton. Y en cuanto a la utilidad, como al fin y al cabo se ha de morir uno… La cuestión es pasar la vida divertido. Y aunque me divierto con don Catalino, puedo asegurarles a ustedes que don Catalino no me divierte. No pasa de ser para mí una rara estética; quiero decir, un sujeto para bromas de mal género, como con esta semblanza pretendo darle. ¡Porque cuando la lea…!

(La Esfera, Madrid, 24-VII-1915)

LA REVOLUCIÓN DE LA BIBLIOTECA DE CIUDÁMUERTA

Había en la biblioteca pública de Ciudámuerta dos bibliotecarios que, como apenas tenían nada que hacer, se pasaban el tiempo discutiendo si los libros debían estar ordenados por las materias de que tratasen o por las lenguas en que estuviesen escritos. Y al cabo de mucho bregar vinieron a ponerse de acuerdo en ordenarlos según materias, y, dentro de éstas, según lenguas, en vez de ordenarlos según lenguas y, dentro de éstas, según materias. Venció, pues, el materialista al lingüista. Pero luego se acomodaron ambos a la rutina, aprendieron el lugar que cada volumen ocupaba entre los demás, y nada les molestaba ya sino que el público se los hiciera servir. Echaban las grandes siestas, rendían culto al balduque y remoloneaban cuando había que catalogar nuevas adquisiciones.

Y hete aquí que, no se sabe cómo, viene a meterse entre ellos un tercer bibliotecario, joven, entusiasta, innovador y, según los viejos, revolucionario. ¿Pues no les salió con la andrómina de que los libros no deben estar ordenados ni por materias ni por las lenguas en que están escritos, sino por tamaños? ¡Habráse oído disparate mayor! ¡Estos jóvenes utópicos y modernistas…!

Pero el joven bibliotecario no se rindió y, prevaliéndose de que su charla divertía a los dos viejos ordenancistas y sesteadores, al materialista y al lingüista, emprendió la tarea de demostrarles que, artificio por artificio, el de ordenar los libros según tamaño era el más cómodo y el que mayor economía de espacio procuraba, aprovechando estantes de todas alturas. Era como quedaban menos huecos desaprovechados. Y, a la vez, les convenció de otras reformas que había que introducir en la catalogación. Mas para esto era preciso ponerse a trabajar, y aquellos dos respetables funcionarios no estaban por el trabajo excesivo. Se contentaban con lo que se llama cumplir con la obligación, que, como es sabido, suele consistir en no hacer nada.

No se oponían, no —¡qué iban a oponerse!—, a las reformas que el joven revolucionario propugnaba; lo que hacían es irlas siempre difiriendo. Y más que por otra cosa, por haraganería. Faltábales tiempo, que lo necesitaban para hacer cálculos y más cálculos sobre el escalafón del Cuerpo, para leer los periódicos y para pedir recomendaciones para sus hijos, yernos y nietos. Y para jugar al dominó o al tute además. La haraganería y la rutina eran allí, como en todas partes, el mayor obstáculo a todo progreso.

Harto el joven de que le oyeran y le diesen la razón, sin hacerle más caso, amenazóles un día con echar abajo todos los volúmenes, para obligarlos así a reordenarlos debidamente.

—¡Ah, eso sí que no! —exclamó, indignado, el materialista—. Con amenazas, ¿eh, mocito? ¡Pues ahora sí que no se les toca a los libros!

—¡Pues no faltaba más! —agregó el lingüista—. A buenas se logra todo con nosotros; pero lo que es a malas…

—Pero es que voy perdiendo la paciencia… —arguyó el joven.

—Pues no perderla —le contestó el materialista—. ¿Qué se ha creído usted, que eso era cosa de coser y cantar? Hay que meditar mucho las cosas antes de hacerlas…

—¿Meditar? —dijo el revolucionario—. Será sestear…

Y la discusión acabó de mala manera y muy satisfechos los dos viejos de tener un pretexto para seguir no haciendo nada. Porque eso de «a mí no se me viene con imposiciones y malos modos» es el recurso a que apelan los que jamás atienden a razones moderadas ni están nunca dispuestos sino a no hacer caso.

Y un día sucedió una cosa pavorosa, y fue que el joven bibliotecario, harto de la senil tozudez de aquellos dos megaterios humanos, aburrido de su indomable voluntad de no salirse de la rutina y del balduque, fue y empezó a echar todos los libros por el suelo. ¡La que se armó, cielo santo! Iban rodando por el suelo, en medio de una gran polvareda, mamotreto tras mamotreto; los incunables se mezclaban con los miserables folletos en rústica; aquello era una confusión espantosa. Un tomo de una obra yacía por acá, y tres metros más allá otro tomo de la misma obra. Los dos viejos quedaron aterrados. Y tuvo el joven que comparecer ante el Consejo Superior del Cuerpo de Bibliotecarios a dar cuenta de su acto.

Y habló así:

—Se me acusa, señores bibliotecarios, de haber introducido el desorden, de haber turbado la normalidad, de haber armado una verdadera revolución en la biblioteca de Ciudámuerta. Pero, vamos a ver: ¿a qué llaman mis dos colegas orden? ¿Al que ellos habían establecido, el de materias y lenguas, o al que iba a establecer yo, el de tamaños? ¿Qué es orden? ¿Qué es desorden?

«Yo quise, señores, pasar de un orden a otro gradualmente, poco a poco, por secciones; pero estos dos sujetos, aunque me daban buenas palabras, no estaban dispuestos a renunciar a sus siestas, a sus cálculos cabalísticos sobre el escalafón, a las intrigas para colocar a sus hijos, yernos y nietos, que tanto tiempo les ocupaban; a sus partidas de dominó o de tute, a sus tertulias. Son rutinarios, son haraganes, y además presuntuosos. Y hasta sospecho que si se oponían a la nueva ordenación es para que no se descubriese los volúmenes que faltan y que ellos han dejado perderse por desidia o por soborno».

Al decir el joven esto, prodújose en la concurrencia eso que en la innoble jerga parlamentaria se conoce con el nombre técnico de sensación. Los dos viejos acusados protestaron airadamente.

—«Sí, señores —prosiguió el joven con más energía—; a favor de esa ordenada desidia, de esa normal haraganería, aquí han podido hacer los bibliómanos lo que les ha dado la gana. Los más preciosos códices de nuestra biblioteca han desaparecido de ella. Figuran hoy en las librerías privadas de distinguidos próceres. Aquí ha ocurrido caso como aquel del ejemplar de uno de los libros de caballerías que figuran en el escrutinio del Quijote que faltaba para la colección que de ellos hizo el marqués de Salamanca, que se hallaba en la Biblioteca Municipal de Oporto, y que un embajador de España en Portugal logró sacarlo de allí para trasladarlo, y se dijo por entonces que no desinteresadamente, a la librería del dicho marqués».

Nueva sensación en el concurso al oír, acaso por vez primera, esta tan conocida anécdota histórica, y que se la cuentan a cualquier visitante de la Biblioteca Municipal de Oporto.

Y así continuó el joven bibliotecario contando todas las pequeñas cosas —¡y tan pequeñas!— que aquellos dos testarudos haraganes, sólo cuidadosos de cobrar su sueldo, arrellanarse en sus poltronas y colocar a los suyos, habían dejado pasar. Y probó de la manera más clara que aquel orden no había sido orden, sino estancamiento y rutina y ociosidad. Y luego probó que el balduque puede llegar a ser un cordel de horca y un dogal para entorpecer todo progreso, y que el reglamento del Cuerpo era un conjunto de tonterías mayores que las que forman las ordenanzas esas de Carlos III. El escándalo que se armó fue indescriptible.

Y entonces, exaltándose, el joven bibliotecario pasó a sostener que la tontería, más que la mala intención, que la ineptitud y la incapacidad, son la fuente del enorme montón de menudas injusticias —como una montaña de granos de arena— que produce el general descontento público. Y habló del partido de los imbéciles, que, manejados por cuatro picaros, actúa en nuestra patria. Y, exaltándose cada vez más, divagó y divagó. Hasta que le atajaron diciéndole: «Bueno, ¿y qué tiene que ver todo esto con los libros?» A lo que contestó: «Todo tiene que ver con todo».

Y ahora, mis queridos lectores, Dios nos libre de que a cualquier loco se le ocurra ordenarnos por tamaños.

(Nuevo Mundo, Madrid, 28-IX-1917)

AL PIE DE UNA ENCINA

Era un día de bochorno veraniego. Mi hombre se salió al campo, pero con un libro, y fue a tumbarse a la sombra de un árbol, de una encina, a descabezar una siesta, alternando con la lectura. Para hacer el papel de que se hace un libro hay que abatir un árbol y que no dé sombra. ¿Qué vale más, el libro, su lectura, o el árbol, la siesta a su sombra? ¿Libro y árbol? Problema de máximos y mínimos.

Empezó mi hombre, medio distraído, a leer —en el libro de papel, no en el de la naturaleza, no en el árbol—, cuando un violero, un mosquito, empezó a molestarle con su zumbido chillón, junto al oído. Se lo sacudió, pero el violero seguía violándole la atención de la lectura. Hasta que no tuvo otro remedio que apachurrarlo de un manotazo. Hecho lo cual volvió al libro; mas al volver la hoja se encontró con que en las dos que le seguían quedaba el cadáver, la momia mejor, de otro violero, de otro mosquito. ¿De cuándo? ¿De cuántos años hacía? Porque el libro era de una edición antigua, más que secular. ¿Cómo fue a refugiarse allí, a las páginas de aquel viejo libro, aquel mosquito, cuya momia se conservaba de tal modo? ¿Qué había ido a buscar en ellas? ¿Acaso a desovar? ¿O se metió entre página y página después de haber desovado? ¿Sería un violero erudito? «¿Y quién sabe —se dijo mi hombre— si este violero que acabo de apachurrar no era un descendiente en vigésima o centésima generación, tataranieto de tataranieto de aquel otro cuya momia aquí se conserva? ¿Y quién sabe si este violero que acabo de apachurrar no me traía al oído la misma sonatina, la misma cantinela, la misma violinada de aquel otro, de este cuya momia aquí calla?» Y empezó a retitiñirle en el oído el retintín de la violinada del violetero que apachurró. Y cerró el libro, dejando dentro de él la momia del antiguo violero. ¿Para qué leer más? Era mejor oír lo que le dirían el campo y sus criaturas.

Y ya no osó atentar contra ninguna de éstas. A una hormiga que empezó a molestarle se la quitó de encima, y la puso en el suelo, a que siguiera su ruta. «¡Pobrecilla! ¡Qué viva!», se dijo. Y se puso a pensar en eso de la hormiga y la cigarra. Y que si ésta canta, o mejor guitarrea, no lo hace en ociosidad, sino que guitarrea con los élitros, con las alas, mientras chupa la savia del olivo con su trompa clavada en él. «¡Admirable trovador!

—se dijo—. Que toca y chupa a la vez. Soplar y sorber no puede ser, pero con cierta habilidad cabe mamar y tocar la guitarra a un mismo tiempo».

Luego le dio en la cara un vilano, una de esas semillas volantes del cardo corredor. La pobre flor presa de la planta, y ésta presa por las raíces del suelo, no puede sino dejar caer la semilla, pero he aquí que ha sabido darle alas que la lleven, al hilo del viento, a desparramarse a lo lejos. La planta es sedentaria; la semilla, no. El vilano la lleva a extenderse por el suelo. Y olvidado mi hombre de los dos violeros y de la hormiga y de la cigarra se puso a leer en el libro de la naturaleza —el otro cerrado— cosas que había ya leído en libros de papel. Porque son éstos los que nos enseñan a deletrear en el otro. Y también el arte es naturaleza, que dijo Schiller.

Y empezaba a ganarle la modorra cuando le dio en la cara uno de esos filamentos —hilachos— volantes a que en francés se les llama fils de la Vierge— hilos de la Virgen, ¡poético nombre! —y en tierras castellanas, «babas de buey». Que también es nombre poético, aunque a primera oída no lo parezca. Y que son hilos de araña —como las hebras de telaraña— en que el animalito, hilándose de sus entrañas, se lanza al aire en busca de nuevo asiento. (En mi obra La agonía del cristianismo he tratado, metafóricamente, de ello).

Y mi hombre, aleccionado previamente por los libros, se puso a meditar —a fantasear mejor— sobre la araña y sobre su hilo de la Virgen, sobre su baba de buey. No había tejido tela para esperar en ella a que cayese presa alguna pobre mosca, sino que, navegante aérea, aeronauta errante, se había lanzado a caza en hilo de sus entrañas. Y creyó sentir mi hombre la palpación de las entrañas de la araña en sus propias entrañas. ¿Pero es que en el zumbido del violero no iba también temblor de entrañas? ¿Y no había temblor de entrañas en las páginas del libro? Y recordó ese precioso dicho de las mujeres del pueblo campesino cuando dice alguna de su marido: «El mío es tan bueno que se le lleva con una baba de buey…» Y aunque a las veces piense decirlo, en la baba salival del buey de arado y no en otra, dice, aun sin saberlo, que al hombre bueno se le lleva con hilo de las entrañas.

Se acordó entonces de que una especie de romadizo que había padecido en un tiempo, un comezón en las fosas nasales, le dijeron —hombres de libros, ¡claro!— que provenía del polen de las flores de unos árboles. El temblor nupcial de aquellas flores le dio a él aquella molesta comezón. Y todo, violero, hormiga, cigarra, araña, flor, todo le enseñaba lo mismo. Arriba, en la encina, la candela, su recatada flor, empezaba a hacerse bellota. Y se acordó de que cómo con el corazón de la encina, con el rojizo rollo íntimo de su leño, casi como si dijéramos con su tuétano leñoso, hacen los charros dulzainas en que canta el corazón de la muerta encina.

Y con todo ello sintió mi hombre un profundo asco de aquella otra vida —la política— en que se había visto enredado, como una mosca en telaraña, y de las hormigas y las cigarras —que cantan y chupan a la vez— y de las babas de buey y de los violeros políticos. Recogió el libro cerrado; mas al recogerlo se cayó de él, de entre sus páginas, ¿la momia del viejo violero?, no, sino un recorte de periódico, que le servía de señal, y en que venía estampado un manifiesto electoral de partido.

Cogió el recorte, hizo un hoyo en la tierra, al pie de la encina, y lo enterró allí. «¡Bah! —se dijo—, si un día se hace una dulzaina del corazón de esta encina no cantará en ella ese manifiesto político electoral.» Y se fue. Se fue puesta la mira en otros tiempos y otros lugares que los de hoy y de aquí.

(Ahora, Madrid, 1-VIII-1934)

38. EL PAÍS DE LOS CIEGOS (H. G. WELLS)

A quinientos kilómetros o más de Chimborazo, a ciento cincuenta de las nieves de Cotopaxi, en las más agrestes latitudes de los Andes ecuatorianos, se halla un misterioso valle aislado del mundo de los hombres, el País de los Ciegos. Hace muchos años el valle estaba tan abierto al mundo que los hombres podían acceder finalmente a sus lisas praderas a través de temibles desfiladeros y pasos helados; y, de hecho, a él llegaron unos hombres, una o dos familias de mestizos peruanos que huían de la lujuria y la tiranía de cierto gobernador español. Luego se produjo la formidable erupción del Mindobamba, cuando se hizo de noche en Quito durante diecisiete días y el agua hirvió en Yaguachi y los peces flotaron muertos hasta en el lejano Guayaquil; a lo largo de todas las pendientes del Pacífico se produjeron desprendimientos de tierra, rápidos deshielos y bruscas inundaciones, y una cara entera de la cresta del viejo Arauca se desgajó y cayó con gran estrépito, aislando para siempre el País de los Ciegos de las pisadas exploradoras de los hombres. Pero uno de aquellos primeros colonos se hallaba casualmente en el lado de los desfiladeros donde el mundo se había agitado tan terriblemente, y se vio forzado a olvidar a su mujer y a su hijo y a todos los amigos y posesiones que había dejado allí y a empezar una nueva vida en el mundo de abajo. La empezó, pero al cabo de un tiempo enfermó. Le sobrevino una ceguera repentina y murió de los castigos recibidos en las minas. Pero la historia que contó engendró una leyenda que pervive en las cordilleras de los Andes hasta la actualidad.

Contó el motivo que le llevó a arriesgarse a volver del refugio al que había llegado por primera vez amarrado a una llama, junto con un cargamento de bártulos, cuando era niño. El valle, decía, contenía todo cuanto el corazón humano podía desear: agua dulce, pasto, clima suave, laderas de tierra fértil y marañas de arbustos que rendían un fruto excelente, y a un costado grandes pinos colgantes que contenían las avalanchas en lo alto. Lejos, muy arriba, acantilados de hielo coronaban enormes precipicios de roca gris verdosa por tres lados. Pero el riachuelo del glaciar no llegaba hasta ellos, sino que corría por las laderas más alejadas, y sólo de vez en cuando enormes masas de hielo caían del lado del valle. En éste ni llovía ni nevaba, pero los abundantes manantiales proporcionaban un pasto fértil cuya irrigación se extendía por todo el valle. Los colonos hicieron un buen trabajo, prosperaron. Sus animales se adaptaron bien y se multiplicaron, y sólo una cosa empañaba su felicidad, aunque la empañaba enormemente. Una extraña enfermedad había caído sobre ellos, dejando ciegos a todos los niños nacidos allí e incluso a algunos de más edad. En busca de algún encanto o antídoto contra esta plaga de ceguera, él había vuelto a bajar el desfiladero. En aquel tiempo, y en casos así, los hombres no pensaban en gérmenes e infecciones, sino en pecados; y a él le pareció que la causa de su aflicción debía de residir en la negligencia de aquellos inmigrantes sin sacerdotes para construir un santuario nada más entrar en el valle. Él quería que se erigiese allí un santuario bonito, barato y eficaz; quería reliquias y poderosos fetiches, objetos sagrados, medallas misteriosas y oraciones. En su morral llevaba un lingote de plata pura del que evitaba dar explicaciones; insistía en que no había más plata en el valle con la porfía de un mentiroso inexperto. Todos habían contribuido con su dinero y sus adornos, dijo, para comprar el remedio sagrado contra su mal, pues de poco les servía aquel tesoro allí arriba. Me imagino a este joven montañero de ojos nublados, quemado por el sol, inquieto y demacrado, estrujando febrilmente el ala de su sombrero; un hombre nada acostumbrado a las maneras del mundo inferior, contando su historia a algún atento sacerdote de mirada penetrante antes de la gran convulsión. Me lo puedo imaginar ahora mismo tratando de regresar con remedios piadosos e infalibles contra aquel trastorno, y la consternación con que debió de enfrentarse al derrumbado desfiladero del que una vez salió. Pero el resto de su infortunada historia se me escapa, salvo su horrible muerte al cabo de varios años. ¡Pobre criatura apartada de las lejanías! El riachuelo que en otro tiempo formara el desfiladero ahora brotaba de la boca de una cueva rocosa, y la leyenda engendrada por su humilde y mal contada historia, transformada en la leyenda de una raza de hombres ciegos que vivía en algún lugar «allá arriba», aún puede escucharse hoy en día.

La enfermedad siguió su curso entre la pequeña población de aquel valle ahora aislado y olvidado. Los viejos se volvieron medio ciegos y andaban a tientas, los jóvenes veían sólo borrosamente, y sus hijos nunca vieron nada. Pero la vida era muy fácil en aquella cuenca bordeada de nieve y apartada del mundo, sin zarzas ni espinos, sin insectos malignos ni más animales que la mansa estirpe de llamas que habían arrastrado, empujado y criado en los lechos de los menguados ríos en las gargantas de las que habían bajado. Los videntes se habían vuelto ciegos tan gradualmente que apenas notaron la pérdida. Guiaban a los jóvenes ciegos de un lado a otro hasta saberse el valle a la perfección y, cuando finalmente perdieron la vista, la raza sobrevivió. Incluso tuvieron tiempo de adaptarse a controlar el fuego sin verlo, lo que hacían cuidadosamente en hornos de piedra. Al principio eran gentes sencillas, incultas, tocadas sólo ligeramente por la civilización española pero con algo de la tradición artística del antiguo Perú y de su filosofía perdida. Se fueron sucediendo las generaciones. Olvidaron muchas cosas; inventaron otras muchas. La tradición del gran mundo del que provenían adquirió un tinte mítico e incierto. En todo excepto en la vista eran fuertes y capaces, y pronto las probabilidades genéticas y hereditarias hicieron nacer entre ellos a uno con una mente original y capaz de hablar y convencer a los demás, y luego a otro. Ambos murieron dejando su impronta, y la pequeña comunidad creció en número y conocimiento, y afrontó y resolvió los problemas sociales y económicos que se planteaban. Se fueron sucediendo las generaciones. Llegó un día en que nació un niño separado por quince generaciones del antepasado que marchó del valle con un lingote de plata en busca de la ayuda divina y que nunca regresó. En tales parajes, un hombre llegó por azar a aquella comunidad desde el mundo exterior. Y ésta es la historia de ese hombre.

Era un montañero de la región cercana a Quito, un hombre que había bajado hasta el mar y visto el mundo, un lector singular de libros, un hombre agudo y emprendedor, contratado por una partida de ingleses que había viajado a Ecuador para escalar montañas en sustitución de uno de sus tres guías suizos que había caído enfermo. Escaló aquí y allá y entonces llegó el intento de coronar el Parascotopetl, el Matterhorn de los Andes, en el que se perdió para el mundo exterior. La historia del accidente se ha escrito una docena de veces. Pointer lo ha narrado mejor que nadie. Cuenta que la pequeña expedición ascendió trabajosamente por la ruta difícil y casi vertical hasta el pie mismo del último y más grande precipicio, que construyeron un refugio nocturno en medio de la nieve sobre un pequeño saliente rocoso y, con un toque de auténtico dramatismo, que al rato descubrieron que habían perdido a Núñez. Gritaron y no obtuvieron respuesta; gritaron y silbaron, y ya no pudieron dormir durante el resto de la noche.

Cuando amaneció vieron las huellas de su caída. Parecía imposible que no hubiera hecho ningún ruido. Había resbalado al este, hacia la cara desconocida de la montaña; más abajo se había golpeado con una empinada pendiente nevada, y descendió por ella como pudo en medio de una avalancha de nieve. Su rastro llevaba directamente al borde de un terrible precipicio, y más allá todo estaba oculto. Mucho más abajo y borrosos por la distancia pudieron ver árboles que surgían de un valle angosto y cerrado: el perdido País de los Ciegos. Pero ellos no sabían que se trataba del País de los Ciegos, ni lo distinguían en nada de cualquier otra franja de valle de altiplano. Consternados por esta desgracia, desistieron de su intento por la tarde, y Pointer fue llamado a filas antes de que pudiera hacer otra tentativa. Hoy el Parascotopetl se sigue alzando como un pico infranqueable, y el refugio de Pointer se desmenuza ignorado entre las nieves.

Pero el hombre que había caído sobrevivió.

Cayó treinta metros hasta el final de la pendiente y aterrizó envuelto en una nube de nieve sobre una falda aún más escarpada que la superior. Allí abajo estaba él, mareado, confuso y aturdido, pero sin un hueso roto en su cuerpo; y entonces llegó por fin a cuestas más suaves, y se estiró y permaneció inmóvil, enterrado en un mullido montón de masas blancas que lo habían acompañado y salvado. Volvió en sí con la vaga sensación de hallarse enfermo en la cama; luego comprendió su situación con la inteligencia de un montañero, se liberó como pudo y, tras un descanso, se abrió camino hasta divisar las estrellas. Reposó un rato tumbado boca abajo, preguntándose dónde estaba y qué le había ocurrido. Examinó sus miembros y vio que le faltaban varios botones y que tenía el abrigo vuelto del revés sobre su cabeza. El cuchillo se le había caído del bolsillo y había perdido el sombrero, pese a habérselo atado bajo la barbilla. Recordó que había estado buscando piedras sueltas para levantar su parte del refugio. Su piqueta había desaparecido.

Decidió que debía de haber caído, y miró a lo alto para ver, exagerado por la luz espectral de la luna creciente, el tremendo vuelo que había dado. Permaneció un rato tumbado, mirando sin comprender aquel enorme y pálido acantilado que sobresalía por encima, surgiendo por momentos de una sosegada marea de tinieblas. Su belleza misteriosa y fantasmal lo embelesó un rato, y luego se apoderó de él un paroxismo de risas mezcladas con sollozos…

Al cabo de un buen rato comprendió que se hallaba cerca del borde inferior de la nieve. Por debajo de lo que ahora era una pendiente practicable e iluminada por la luna vio la oscura y rota apariencia de un césped cubierto de rocas. Se puso en pie con dificultad, doloridos todos sus miembros y articulaciones, bajó trabajosamente del montón de nieve suelta que lo rodeaba, descendió hasta alcanzar el césped y allí, más que recostarse, se dejó caer junto a una peña, apuró el frasco que guardaba en el bolsillo interior y se durmió al instante…

Lo despertó el canto de pájaros en los árboles de abajo.

Se sentó y advirtió que se hallaba en un pequeño macizo al pie de un vasto precipicio, surcado por el barranco por el que había descendido cubierto de nieve. Frente a él, otro muro de roca se erguía contra el cielo. El desfiladero entre estos precipicios se extendía a este y oeste y estaba bañado por la luz del sol, que iluminaba hacia poniente la masa de montaña derrumbada que obstruía la garganta descendente. A sus pies parecía haber un precipicio igual de pronunciado, pero detrás de la nieve, en el barranco, descubrió una especie de grieta en forma de chimenea que rezumaba agua de nieve y por la que un hombre desesperado podía aventurarse a bajar. Le resultó más fácil de lo que parecía, y acabó llegando a otro macizo desolado, y luego, tras trepar por la roca sin especial dificultad, a una empinada ladera de árboles. Fijó su posición y volvió el rostro a lo alto de la garganta, pues vio que se abría sobre verdes prados, entre los que ahora alcanzaba a ver con bastante claridad un grupo de cabañas de piedra de forma desconocida. A veces su avance parecía un intento de trepar por la cara de una pared, y al cabo de un rato el sol de la mañana dejó de alumbrar la garganta, las voces de los pájaros se extinguieron, y el aire se volvió frío y oscuro a su alrededor. Pero eso sólo hizo que el lejano valle con sus casas pareciera más brillante. Pronto llegó al talud, y entre las rocas distinguió —pues era un hombre observador— un helecho desconocido que parecía aferrarse al exterior de las grietas con manos de un verde intenso. Cogió una o dos frondas, mordisqueó su tallo y pensó que podía serle útil.

Hacia el mediodía salió por fin de la garganta del desfiladero al llano iluminado por el sol. Estaba entumecido y cansado; se sentó a la sombra de una roca, llenó su cantimplora del agua de un manantial, la bebió de un trago y se quedó un rato descansando antes de dirigirse a las casas.

Le parecieron muy extrañas y, de hecho, la apariencia general de aquel valle se iba volviendo más rara y singular cuanto más lo contemplaba. La mayor parte de su superficie consistía en un exuberante prado verde, sembrado de un sinfín de hermosas flores, regado con esmero y con muestras evidentes de ser cultivado sistemáticamente palmo a palmo. En lo alto y rodeando el valle había un muro y lo que parecía ser un canal de agua circular, del que provenían los hilitos de agua que alimentaban las plantas del prado, cercado a ambos lados por un muro elevado. Esto daba un carácter singularmente urbano a aquel lugar cerrado, realzado en gran medida por el hecho de que un gran número de senderos pavimentados con piedras blancas y negras, cada uno de ellos con un curioso bordillo a los lados, discurría de un lado a otro de forma ordenada. Las casas del centro de la aldea no se asemejaban a la improvisada e irregular aglomeración de los pueblos de montaña que él conocía; se alzaban en una fila continua a ambos lados de la calle principal con asombrosa limpieza; aquí y allá una puerta atravesaba sus fachadas multicolores, y ni una sola ventana rompía su frontal uniforme. Estaban coloreadas con extraordinaria irregularidad, embadurnadas con una especie de yeso que a veces era gris, a veces mate, y otras de color pizarra o marrón oscuro; y fue la visión de este enlucido delirante lo que primero suscitó la palabra «ciego» en la mente del explorador. «El buen hombre que hizo aquello», pensó, «debía de estar más ciego que un topo».

Bajó por un lugar escarpado, y así llegó al muro y al canal que rodeaban el valle, cerca de donde éste último vertía su excedente en las profundidades de la garganta en una fina y temblorosa cascada. Ahora podía ver un grupo de hombres y mujeres que descansaban sobre pilas de hierba, como si estuvieran durmiendo la siesta, al otro lado del prado, y más cerca de la aldea varios niños tumbados, y más cerca todavía tres hombres que cargaban baldes sobre yugos por un caminito que iba del muro circundante hacia las casas. Éstos últimos vestían prendas de tela de llama, botas y cinturones de cuero, y gorras de paño con cogoteras y orejeras. Iban en fila india, caminando despacio y bostezando al andar, como si hubieran pasado la noche en vela. Había algo tan tranquilizadoramente próspero y respetable en su aspecto que, tras un momento de duda, Núñez se adelantó tan visiblemente como pudo en su roca y lanzó un poderoso grito que resonó por todo el valle.

Los tres hombres se detuvieron y movieron sus cabezas como si mirasen a su alrededor. Núñez gesticuló ostensiblemente. Pero ellos no parecieron verlo pese a todos sus gestos, y al cabo de un rato, mientras se dirigían a las lejanas montañas de la derecha, gritaron a su vez en respuesta. Núñez volvió a gritar, y luego una vez más, y mientras gesticulaba inútilmente, la palabra «ciegos» fue lo primero que le vino a la mente. «Los pobres deben de estar ciegos», se dijo.

Cuando por fin, tras mucho gritar y enfurecerse, Núñez cruzó el arroyo por un pequeño puente, atravesó una puerta en el muro y se acercó a ellos, tuvo la certeza de que estaban ciegos. Tuvo la certeza de que aquel era el País de los Ciegos del que hablaba la leyenda. La convicción había brotado en su alma, y la sensación de una gran y envidiable aventura. Los tres se quedaron uno junto a otro, sin mirarlo pero con las orejas apuntando hacia él, examinándolo por sus pasos extraños. Permanecieron juntos, como un poco asustados, y pudo ver sus párpados cerrados y hundidos, como si el globo ocular se hubiera encogido hasta desaparecer. Había una expresión casi de temor reverencial en sus rostros.

—Un hombre —dijo uno en un español apenas reconocible—. Es un hombre, hombre o espíritu, que baja de las rocas.

Pero Núñez avanzaba con el paso confiado del joven que irrumpe en la vida. Todas las viejas historias del valle perdido y del País de los Ciegos habían vuelto a cruzar por su mente, y entre estos pensamientos se repetía este viejo proverbio, como un refrán: «En el país de los ciegos el tuerto es el rey», «En el país de los ciegos el tuerto es el rey».

Les saludó muy cortésmente. Les habló y se sirvió de sus ojos.

—¿De dónde viene, hermano Pedro? —preguntó uno.

—De las rocas.

—Vengo de las montañas —dijo Núñez—, de la región que está más allá, donde los hombres pueden ver. Cerca de Bogotá, donde hay cientos de miles de personas y la ciudad se extiende hasta perderse de vista.

—¿Vista? —murmuró Pedro—. ¿Vista?

—Viene de las rocas —dijo el segundo ciego.

Núñez vio que el paño de sus abrigos estaba confeccionado de forma extraña, cada uno con un tipo de puntada diferente.

Le sobresaltaron con un movimiento simultáneo hacia él, los tres con la mano alargada. Retrocedió ante el avance de esos dedos extendidos.

—Ven aquí —dijo el tercer ciego, siguiendo sus movimientos y agarrándolo limpiamente.

Sujetaron a Núñez y cayeron sobre él, sin decir nada más hasta que hubieron terminado.

—¡Cuidado! —gritó con un dedo en el ojo, y comprendió que consideraban aquel órgano, con sus párpados vibrátiles, un elemento extraño en él. Volvieron a la carga.

—Extraña criatura, Correa —dijo el que se llamaba Pedro—. Mira la aspereza de su pelo, como el de una llama.

—Es tan áspero como las rocas que lo engendraron —dijo Correa, examinando la barbilla sin afeitar de Núñez con una mano suave y ligeramente húmeda—. Quizá pueda refinarse —Núñez forcejeó un poco mientras lo examinaban, pero lo tenían bien sujeto.

—¡Cuidado! —dijo otra vez.

—Sabe hablar —dijo el tercer hombre—. Está claro que es un hombre.

—¡Aj! —dijo Pedro al sentir la aspereza de su abrigo.

—¿Y tú has venido al mundo? —preguntó Pedro.

—Del mundo. Por montañas y glaciares, allá arriba, a medio camino del sol. Del gran mundo que baja hacia el mar, a doce días de camino.

Apenas parecían prestarle atención.

—Nuestros padres nos han contado que los hombres pueden ser engendrados por las fuerzas de la Naturaleza —dijo Correa—. Por el calor de las cosas, y la humedad, y la podredumbre… la podredumbre…

—Déjanos llevarlo ante los ancianos —dijo Pedro.

—Antes grita —dijo Correa—, no sea que los niños se asusten. Es un suceso extraordinario.

Gritaron, pues, y Pedro se adelantó y tomó a Núñez de la mano y le condujo a las casas.

Él apartó la mano.

—Puedo ver —dijo.

—¿Ver? —dijo Correa.

—Sí, ver —dijo Núñez volviéndose hacia él y tropezando con el balde de Pedro.

—Sus sentidos son aún imperfectos —dijo el tercer ciego—. Se tropieza y dice palabras sin sentido. Llevadlo de la mano.

—Como queráis —dijo Núñez, riendo mientras lo guiaban.

Parecían no saber nada de la vista. Bueno, a su debido tiempo les enseñaría.

Oyó gente gritando, y vio varias figuras congregándose en la calzada central de la aldea.

Notó que aquel primer encuentro con los habitantes del País de los Ciegos ponía a prueba sus nervios y su paciencia más de lo que había previsto. El lugar parecía mayor conforme se iba acercando a él, y el enlucido embadurnado más raro, y una multitud de niños, hombres y mujeres (advirtió complacido que algunas de las mujeres y niñas tenían rostros bastante agradables, a pesar de sus ojos cerrados y hundidos) lo rodeó, agarrándolo, palpándolo con manos suaves y sensitivas, oliéndolo y escuchando cada palabra que decía. Algunas muchachas y niños, no obstante, se mantenían a distancia, como asustados, y en verdad la voz de él parecía bronca y ruda comparada con las notas más suaves de ellos. Se apiñaron a su alrededor. Sus tres guías se mantenían cerca de él como marcando su propiedad, repitiendo una y otra vez: «Un salvaje de las rocas».

—Bogotá —dijo él—. Bogotá. Más allá de los picos de la montaña.

—Un salvaje que dice palabras absurdas —dijo Pedro—. ¿Habéis oído eso? Bogotá. Su mente no está del todo formada. Sólo tiene los rudimentos del habla.

Un chiquillo le pellizcó la mano.

—¡Bogotá! —dijo burlonamente.

—¡Sí! Una ciudad mucho mayor que vuestra aldea. Vengo del gran mundo, donde los hombres tienen ojos y ven.

—Se llama Bogotá —dijeron.

—Tropezó dos veces mientras veníamos —dijo Correa.

Y lo empujaron de repente por un pasillo hasta una habitación completamente oscura, excepto por un fuego que brillaba débilmente al fondo. La multitud se cerró tras él, dejando pasar tan sólo un tenue rayo de luz, y antes de que pudiera detenerse había caído de bruces a los pies de un hombre sentado. Su brazo extendido golpeó la cara de otro al caer. Sintió el suave impacto de unas facciones y oyó un grito de ira, y por un momento forcejeó contra el sinfín de manos que lo aferraban. Era una lucha desigual. Comprendió vagamente su situación y se quedó quieto.

«Me he caído» —dijo—. «No podía ver en esta oscuridad profunda».

Se hizo una pausa, como si las personas ocultas que lo rodeaban trataran de entender sus palabras. Luego se oyó la voz de Correa:

—Sólo está recién creado. Tropieza al andar y entremezcla palabras sin sentido cuando habla.

Otros también dijeron cosas sobre él que no alcanzó a oír o entender del todo.

—¿Puedo levantarme? —preguntó aprovechando una pausa—. No volveré a pelear con vosotros.

Consultaron entre sí y le dejaron incorporarse.

La voz de un hombre mayor empezó a interrogarle, y Núñez se vio tratando de explicar el gran mundo del que había caído, y el cielo y las montañas, y la vista y maravillas semejantes, a esos ancianos sentados en la oscuridad del País de los Ciegos. Y ellos no quisieron creer ni comprender nada de cuanto les contó, algo que no se esperaba en absoluto. Ni siquiera entendieron muchas de sus palabras. Esa gente llevaba catorce generaciones ciega y aislada del mundo vidente; los nombres de todo lo relativo a la vista se habían disipado y cambiado; la historia del mundo exterior se había difuminado y transformado en un cuento infantil; y habían dejado de preocuparse por nada que estuviera más allá de las pendientes rocosas situadas por encima del muro circular. Entre ellos habían surgido ciegos geniales que habían cuestionado los retazos de creencia y tradición que trajeran consigo de su época de videntes, los habían desechado como meras fantasías y sustituido por explicaciones nuevas y más sensatas. Gran parte de su imaginación se había marchitado con sus ojos, y habían creado para sí nuevas imaginaciones con sus oídos y yemas dactilares cada vez más sensibles. Poco a poco Núñez comprendió lo siguiente: que sus expectativas de suscitar asombro y reverencia por su origen y sus dones no se verían cumplidas; y después de que su pobre intento de explicarles la vista fuera desechado como la confusa versión de un ser recién creado que describía las maravillas de sus sensaciones incoherentes, accedió, algo desalentado, a escuchar sus enseñanzas. Y el más anciano de los ciegos le explicó la vida, la filosofía y la religión; que el mundo (es decir, su valle) había sido primero una hondonada vacía en las rocas y que después habían llegado cosas inanimadas sin el don del tacto, llamas y otras pocas criaturas con sentidos limitados, luego los hombres y finalmente los ángeles, cuyos sonidos y gorjeos podían oírse pero a los que nadie podía tocar, lo que intrigó sobremanera a Núñez hasta que se acordó de los pájaros.

Siguió contando a Núñez que el tiempo se había dividido en calor y frío, que para los ciegos eran los equivalentes del día y la noche, y que era conveniente dormir durante el calor y trabajar durante el frío, de manera que, de no ser por su llegada, toda la aldea estaría durmiendo. Dijo que Núñez debía de haber sido creado especialmente para aprender y servir a la sabiduría que habían adquirido, y que pese a su incoherencia mental y a su comportamiento aturullado debía tener valor y hacer lo posible por aprender, y todos los que estaban en el pasillo murmuraron palabras de aliento. Dijo que hacía tiempo que la noche había acabado —pues los ciegos llaman a su día noche—, y que todos debían volver a la cama. Preguntó a Núñez si sabía dormir, y Núñez dijo que sí, pero que antes de dormir quería comer.

Le trajeron algo de comida —leche de llama en un cuenco y un tosco pan salado— y lo llevaron a un lugar solitario para comer sin que ellos pudieran oírlo, y después a dormir plácidamente hasta que el frío vespertino de la montaña los despertara para comenzar de nuevo su jornada. Pero Núñez no pegó ojo.

En vez de eso, se incorporó en el mismo lugar donde lo habían dejado, permitiendo que sus miembros descansaran y dando vueltas y vueltas en su cabeza a las inesperadas circunstancias de su llegada.

De vez en cuando se echaba a reír, unas veces divertido y otras indignado.

«¡Una mente sin formar!», decía. «¡Aún carente de sentidos! No saben que han insultado a su amo y rey enviado por el Cielo. Veo que debo hacerles entrar en razón. Piensa… Piensa…».

Aún estaba pensando cuando se puso el sol.

Núñez tenía buen ojo para las cosas bellas, y el resplandor sobre los campos de nieve y los glaciares que se elevaba a ambos lados del valle se le antojó lo más hermoso que había visto nunca. Sus ojos pasaron de aquella gloria inaccesible a la aldea y a los campos irrigados que se hundían rápidamente en el crepúsculo, y una súbita emoción lo embargó y dio gracias a Dios desde el fondo de su alma por haberle concedido la facultad de ver.

Oyó una voz que lo llamaba desde fuera de la aldea.

—¡Eh, Bogotá! ¡Ven aquí!

Al oírlo se levantó sonriendo. Les enseñaría de una vez por todas lo que la vista permite hacer a un hombre. Que lo buscaran, que no lo encontrarían.

—No te muevas, Bogotá —dijo la voz.

Rio en voz baja, y con dos pasos sigilosos se apartó del camino.

—No pises la hierba, Bogotá. No está permitido.

El propio Núñez apenas había oído el ruido que había hecho. Se detuvo perplejo.

El dueño de la voz venía corriendo hacia él por el camino estriado.

Núñez volvió a meterse en el camino.

—Aquí estoy —dijo.

—¿Por qué no viniste cuando te llamé? —dijo el ciego—. ¿Es que hay que guiarte como a un niño pequeño? ¿No puedes oír el camino al andar?

Núñez se echó a reír.

—Puedo verlo —dijo.

—No existe la palabra ver —dijo el ciego, tras una pausa—. Deja ya ese disparate y sigue el ruido de mis pasos.

Núñez le siguió un poco enojado.

—Ya llegará mi momento —dijo.

—Aprenderás —respondió el ciego—. Hay mucho que aprender en el mundo.

—¿Nadie te ha dicho que «En el país de los ciegos el tuerto es el rey»?

—¿Qué significa «ciego»? —preguntó el hombre despreocupadamente por encima de su hombro.

Transcurrieron cuatro días y, al quinto, el Rey de los Ciegos aún seguía de incógnito como un extraño torpe e inútil entre sus súbditos.

Descubrió que le era mucho más difícil proclamarse rey de lo que había supuesto, y entretanto, mientras meditaba su golpe de Estado, hizo cuanto se le ordenó y aprendió las maneras y costumbres del País de los Ciegos. Trabajar y salir de noche le resultaba particularmente enojoso, y decidió que sería lo primero que cambiaría.

Aquella gente llevaba una vida sencilla y laboriosa, con todos los ingredientes de virtud y felicidad, tal como pueden entenderlas los hombres. Se afanaban, pero sin abrumarse; disponían de comida y ropa suficiente para sus necesidades; tenían días y temporadas de descanso; daban gran importancia a la música y a las canciones, y había amor entre ellos, y niños pequeños.

Era maravilloso con cuánta confianza y precisión se movían por su mundo ordenado. Todo estaba pensado en función de sus necesidades; cada uno de los caminos radiales del área del valle formaba un ángulo constante con los otros y se distinguía por una marca en el bordillo; todos los obstáculos e irregularidades de los caminos y prados hacía tiempo que se habían eliminado; todos sus métodos y procedimientos surgían de forma natural de sus necesidades especiales. Sus sentidos se habían agudizado increíblemente; podían oír y analizar el menor gesto de un hombre a doce pasos de distancia, y percibir hasta el latido de su corazón. Hacía mucho que la entonación había sustituido a la expresión, y el tacto al gesto, y su trabajo con la azada, la pala y el rastrillo era tan suelto y confiado como cualquier labor de jardinería. Su olfato era extraordinariamente fino; podían distinguir diferencias individuales con la facilidad de un perro, y se ocupaban del cuidado de las llamas, que vivían arriba entre las rocas y bajaban al muro por comida y cobijo, con soltura y confianza. Sólo cuando Núñez trató al fin de hacerse valer, descubrió lo fáciles y seguros que podían ser sus movimientos.

Se rebeló sólo tras haber probado a convencerles.

Primero intentó hablarles varias veces de la vista.

—Escuchadme un momento —dijo—. Hay cosas en mí que no comprendéis.

Uno o dos de ellos le escucharon en una o dos ocasiones; se sentaron con el rostro inclinado y las orejas vueltas inteligentemente hacia él, e hizo cuanto pudo por explicarles en qué consistía ver. Entre sus oyentes había una joven con párpados menos rojos y hundidos que los demás, de manera que casi podía imaginarse que estaba ocultando los ojos, a la que esperaba convencer de forma especial. Habló de las bellezas de la vista, de la contemplación de las montañas, del cielo y del amanecer, y le escucharon con divertida incredulidad que pronto se tornó condenatoria. Le dijeron que no había ninguna montaña, sino que el final de las rocas donde pastaban las llamas era el fin del mundo; de allí surgía el techo cavernoso del universo, del que caían el rocío y las avalanchas; y cuando él afirmó categóricamente que el mundo no tenía ni fin ni techo como ellos suponían, dijeron que sus ideas eran perniciosas. Les explicó hasta donde pudo el cielo, las nubes y las estrellas, y aquello les pareció un espantoso vacío, un terrible espacio en blanco en lugar del suave techo que protegía las cosas en las que creían, pues tenían por artículo de fe que el techo rocoso era exquisitamente suave al tacto. Notó que los estaba asustando, y renunció por completo a tratar ese aspecto e intentó mostrarles el valor práctico de la vista. Una mañana vio a Pedro en el camino Diecisiete que venía hacia las casas centrales, aunque aún demasiado alejado para que pudieran olerlo u oírlo, y les dijo:

—Dentro de poco —profetizó—, Pedro estará aquí.

Un anciano comentó que a Pedro no se le había perdido nada en el camino Diecisiete y, como para confirmarlo, éste giró conforme se acercaba, cruzó por el camino Diez y de nuevo se encaminó con paso ligero hacia el muro exterior. Se burlaron de Núñez al no llegar Pedro, y más tarde, cuando preguntó a Pedro para justificarse, éste le desmintió y desafió, y desde entonces le fue hostil.

A continuación les convenció de que le dejaran subir un trecho por los prados inclinados hacia el muro con alguien más complaciente, al que prometió describir todo lo que sucediera entre las casas. Percibió ciertas idas y venidas, pero lo único que de verdad parecía importar a aquella gente ocurría dentro o detrás de las casas sin ventanas —lo único en que se fijaban para ponerle a prueba—, y de esto no pudo ver ni contar nada. Fue después de fracasar en su intento, y de las burlas que ellos no pudieron reprimir, cuando recurrió a la fuerza. Pensó en agarrar una pala y derribar bruscamente a uno o dos de ellos, y mostrar así en justo combate las ventajas de ver. En su resolución llegó al punto de agarrar su pala, y descubrió entonces algo nuevo de sí mismo: que le resultaba imposible golpear a un ciego a sangre fría.

Vaciló, y vio que todos se habían percatado de que había empuñado la pala. Permanecían alerta, con la cabeza ladeada y las orejas apuntando hacia él a la espera de cuál sería su próximo movimiento.

—Suelta esa pala —dijo uno, y él sintió una especie de terror impotente. A punto estuvo de obedecer.

Entonces empujó a uno contra el muro de una casa y, dejándolo atrás, huyó del pueblo.

Atravesó uno de sus prados, dejando un rastro de hierba pisoteada bajo sus pies, y al poco rato se sentó al borde de uno de sus caminos. Sintió algo parecido a la confianza que invade a todos los hombres al comienzo de una pelea, pero una perplejidad mayor. Empezó a comprender que ni siquiera se puede luchar alegremente con seres que se rigen por una base mental diferente. A lo lejos vio a varios hombres con palas y bastones salir de la calle de las casas y avanzar hacia él en una fila que se extendía por varios senderos. Avanzaban despacio, hablando frecuentemente entre sí, y de vez en cuando aquel cordón humano se detenía, olisqueaba el aire y escuchaba.

La primera vez que lo hicieron Núñez se echó a reír, pero luego dejó de hacerlo.

* * *

Uno encontró su rastro en la hierba del prado y se acercaba encorvado y a tientas.

Durante cinco minutos contempló el lento despliegue del cordón, y entonces su vaga intención de hacer algo rápido se tornó acuciante. Se levantó, dio uno o dos pasos hacia el muro circular, se giró y volvió al pequeño sendero. Allí estaban todos, en una medialuna, quietos y a la escucha.

Él también permaneció inmóvil, agarrando la pala firmemente con las dos manos. ¿Debía cargar contra ellos?

El pulso en sus oídos se incrementaba al ritmo de «En el país de los ciegos el tuerto es el rey».

¿Debía cargar contra ellos?

Volvió a mirar al alto e impracticable muro que tenía detrás —impracticable por su suave enyesado, y además atravesado por muchas puertecitas—, y a la fila de perseguidores cada vez más próxima. Detrás de ellos, otros salían ahora de la calle de casas.

¿Debía cargar contra ellos?

—¡Bogotá! —gritó uno—. ¡Bogotá! ¿Dónde estás?

Agarró su pala aún con más fuerza, bajó por los prados hacia el lugar de las viviendas, y en cuanto se movió convergieron sobre él. «Les golpearé si me tocan», juró, «por Dios que lo haré». Gritó:

—Oídme, voy a hacer lo que quiera en este valle. ¿Me oís? ¡Voy a hacer lo que quiera e iré a donde quiera!

Se estaban acercando rápidamente, a tientas pero moviéndose con presteza. Era como jugar a la gallinita ciega con todos, menos uno, sólo que todos llevaban los ojos vendados menos él.

—¡Cogedlo! —gritó uno. Y se vio a sí mismo en el arco de una elástica curva de perseguidores. De pronto sintió que debía mostrarse activo y resuelto.

—No lo entendéis —exclamó con un tono que pretendía ser rotundo y decidido pero que se le quebró en la garganta—: vosotros estáis ciegos y yo puedo ver. ¡Dejadme en paz!

—¡Bogotá, suelta la pala y sal de la hierba!

La última orden, grotesca en su familiaridad urbana, produjo una explosión de ira.

—Os voy a hacer daño —dijo, sollozando por la emoción—. Por Dios que lo haré. ¡Dejadme en paz!

Echó a correr sin saber muy bien adónde. Huyó del ciego más próximo porque le horrorizaba pegarle. Se detuvo, y corrió a toda velocidad para escapar de aquellas filas que se iban cerrando. Se lanzó hacia donde el hueco era mayor, pero los que estaban a los lados, percibiendo rápidamente sus pasos que se acercaban, se juntaron a toda prisa. Saltó hacia delante y entonces vio que iban a cogerlo, y ¡zas!, la pala impactó contra algo. Sintió el ruido sordo de una mano y un brazo, y el hombre cayó con un grito de dolor. Era libre.

¡Libre! Y entonces volvió a estar cerca de la calle de las casas, donde los ciegos, blandiendo palas y estacas, corrían de un lado a otro con una especie de rapidez razonada.

Oyó pasos detrás de él justo a tiempo, y vio a un hombre alto que se abalanzaba sobre él y le atacaba guiándose por el ruido que hacía. Se asustó, arrojó la pala a un metro de su rival, dio media vuelta y huyó casi chillando mientras esquivaba a otro.

Presa del pánico, corrió de un lado a otro, fintando cuando no había necesidad y tropezando en su ansiedad por querer ver en todas direcciones a la vez. Cayó por un instante y ellos oyeron su caída. A lo lejos, en el muro circular, una pequeña entrada le pareció el paraíso, y echó a correr frenéticamente hacia ella. Ni siquiera volvió la vista hacia sus perseguidores hasta alcanzarla, y tras tropezar al cruzar el puente y trepar un trecho entre las rocas, para sorpresa y espanto de una joven llama que se ocultó de un brinco, se tumbó llorando en busca de resuello.

Y así concluyó su golpe de Estado.

Permaneció dos noches y dos días fuera del muro del valle de los ciegos sin comida ni techo, meditando sobre lo inesperado de los acontecimientos. En el curso de estas meditaciones repitió con mucha frecuencia y en creciente tono de burla el gastado proverbio: «En el país de los ciegos el tuerto es el rey». Pensó sobre todo en las maneras de enfrentarse y conquistar a esa gente, y cada vez le resultaba más claro que no había ninguna factible. No tenía armas, y ahora sería difícil conseguir una.

El cáncer de la civilización le había alcanzado incluso en Bogotá, y no se sentía incapaz de bajar y asesinar a un ciego. Naturalmente, si lo hiciera podría dictar condiciones bajo amenaza de asesinarlos a todos. Pero tarde o temprano tendría que dormir…

Trató también de encontrar comida entre los pinos, acomodarse bajo sus ramas cuando caía el frío de la noche y —con menos fe— capturar una llama mediante algún ardid para intentar matarla —tal vez golpeándola con una piedra— y así por fin, quizá, comer algo de su carne. Pero las llamas no se fiaban de él, lo miraban con sus recelosos ojos marrones y escupían cuando se acercaba. Al segundo día le entraron el miedo y los temblores. Finalmente, bajó gateando hasta el muro del País de los Ciegos e intentó pactar. Se arrastró gritando a lo largo del arroyo, hasta que dos ciegos salieron de la puerta y hablaron con él.

—Ha sido un ataque de locura —dijo—, pero es que estoy recién creado.

Le dijeron que eso estaba mejor.

Él les dijo que ahora era más sensato y se arrepentía de todo lo que había hecho.

Entonces lloró sin querer, pues estaba muy débil y enfermo, y ellos lo tomaron como un signo favorable.

Le preguntaron si todavía pensaba que podía ver.

—No —dijo—. Aquello fue una locura. Esa palabra no significa nada, ¡menos que nada!

Le preguntaron qué había sobre sus cabezas.

—Como a cien veces la altura de un hombre hay un techo sobre el mundo, rocoso y muy, muy suave.

Estalló de nuevo en un llanto histérico.

—Antes de preguntarme nada más, dadme algo de comer o moriré.

Esperaba castigos atroces, pero esos ciegos eran capaces de mostrar tolerancia. Consideraron su rebelión como una prueba más de su idiotez e inferioridad general, y tras azotarle le asignaron el trabajo más simple y pesado que podían asignar a nadie, y él, no viendo otra forma de vivir, hizo sumisamente lo que se le dijo.

Estuvo unos días enfermo, y lo cuidaron con cariño. Eso afinó su sumisión, pero ellos insistieron en que reposara a oscuras y aquello le causó una profunda tristeza. Y filósofos ciegos fueron a hablarle de la perversa ligereza de su mente, y le reprocharon con tal autoridad sus dudas sobre la tapa de roca que cubría su cacerola cósmica que casi dudó si en verdad no sería víctima de una alucinación por no verla sobre su cabeza.

Así es como Núñez se convirtió en ciudadano del País de los Ciegos, y éstos dejaron de ser un pueblo homogéneo y se convirtieron en individuos y conocidos, mientras el mundo más allá de las montañas se volvía cada vez más remoto e irreal. Estaba Jacob, su amo, un hombre afable cuando no estaba enfadado; estaba Pedro, el sobrino de Jacob; y Medina-saroté, la hija menor de Jacob. Era poco apreciada en el mundo de los ciegos porque tenía rasgos marcados y carecía de esa agradable y brillante tersura que es el ideal de belleza femenina para el ciego. Pero a Núñez le pareció guapa desde el principio y, al poco tiempo, la cosa más bonita de toda la creación. Sus párpados cerrados no estaban hundidos ni enrojecidos como era común en el valle, sino que parecía que fueran a abrirse de nuevo en cualquier momento. Y tenía largas pestañas, lo que se consideraba una grave deformidad. Y su voz era fuerte, y no satisfacía el fino oído de los pretendientes del valle. Así es que no tenía ningún amante.

Llegó un momento en que Núñez pensó que, si pudiera conquistarla, se resignaría a vivir en el valle para el resto de sus días.

La espiaba, buscaba oportunidades de prestarle pequeños servicios y pronto descubrió que ella se fijaba en él. Una vez, en la reunión de un día de descanso, se sentaron uno junto a otro a la pálida luz de las estrellas, y la música era dulce. Él posó su mano sobre la de ella y se atrevió a apretarla. Entonces, muy tiernamente, ella le devolvió la presión. Y un día, mientras cenaban a oscuras, él sintió que la mano de ella lo buscaba muy suavemente, y al chisporrotear el fuego por azar en ese instante, vio la ternura reflejada en su rostro.

Entonces trató de hablar con ella.

La abordó un día mientras la joven hilaba sentada a la luz de la luna estival. La luz la revestía de plata y misterio. Se sentó a sus pies y le dijo que la amaba, y lo hermosa que le parecía. Tenía voz de enamorado, y le habló con tierna reverencia casi temerosa. Ella, que nunca había sido objeto de adoración, no le dio una respuesta definitiva, pero estaba claro que sus palabras la complacieron.

Después de aquello él le hablaba siempre que tenía oportunidad. El valle se convirtió en su mundo, y el mundo más allá de las montañas, donde los hombres vivían a la luz del sol, sólo parecía un cuento de hadas que algún día él vertería en sus oídos. Muy tímida y cautelosamente le habló de la vista.

La vista a ella le pareció la más poética de las fantasías, y escuchó su descripción de las estrellas y las montañas y de su propia belleza iluminada de blanco con culpable indulgencia. No lo creyó, sólo podía entender a medias, pero estaba misteriosamente complacida, y a él le pareció que lo entendía todo perfectamente.

Su amor le hizo perder el miedo y armarse de valor. Pronto se mostró dispuesto a pedirla en matrimonio a Jacob y a los ancianos, pero ella se volvió temerosa y evasiva. Fue una de sus hermanas mayores la primera en contar a Jacob que Medina-saroté y Núñez estaban enamorados.

Desde el principio hubo una gran oposición a aquel matrimonio; no tanto porque valoraran a la muchacha sino porque a él lo consideraban un ser aparte, una criatura idiota e incompetente por debajo del nivel permitido a un hombre. Sus hermanas se opusieron tajantemente, porque eso traería el descrédito sobre todos ellos; y el viejo Jacob, aunque le había cogido cierto cariño a su torpe y obediente siervo, sacudió la cabeza y dijo que no podía ser. Los jóvenes se enfurecieron ante la idea de corromper la raza, y uno llegó incluso a insultar y golpear a Núñez. Éste se defendió, y por primera vez descubrió las ventajas de poder ver, incluso a la luz del crepúsculo, y una vez acabada la pelea nadie estuvo dispuesto a levantar la mano contra él. Pero seguían considerando imposible su matrimonio.

El viejo Jacob amaba tiernamente a su hija pequeña, y le dolía verla llorar sobre su hombro.

—Verás, cielo, es que es un idiota. Tiene delirios y no es capaz de hacer nada bien.

—Lo sé —dijo llorando Medina-saroté—. Pero está mejor que antes. Va progresando. Y es fuerte, padre, y bueno, más fuerte y bueno que cualquier otro hombre en el mundo. Y me quiere, padre, y yo le quiero a él.

El viejo Jacob se afligió al verla desconsolada, y, además —lo que aumentaba su aflicción—, apreciaba a Núñez por muchos motivos. Así que fue a sentarse a la sala del Consejo con el resto de ancianos, siguió atentamente el rumbo de la conversación y, en el momento oportuno, dijo:

—Es mejor de lo que era. Es muy probable que algún día nos parezca tan cuerdo como nosotros.

Al rato, otro de los ancianos, tras reflexionar profundamente, tuvo una idea. Era el gran médico de aquella gente, su curandero, y tenía una mente muy inventiva y filosófica, y le atraía la idea de curar a Núñez de sus rarezas. Un día en que Jacob estaba presente volvió a sacar el tema.

—He examinado a Bogotá —dijo—, y el caso me parece claro. Creo muy probable que pueda curarse.

—Eso es lo que siempre he deseado —dijo el viejo Jacob.

—Su cerebro está afectado —dijo el médico ciego.

Los ancianos murmuraron en señal de asentimiento.

—Y bien, ¿qué lo afecta?

—¡Ah! —dijo el viejo Jacob.

—Esto —dijo el médico, respondiendo su propia pregunta—. Esas cosas raras llamadas ojos, que existen para formar una depresión suave y agradable en la cara, están dañados en el caso de Bogotá hasta el punto de afectarle al cerebro. Están muy dilatados, tiene pestañas y sus párpados se mueven, y en consecuencia su cerebro se halla en un estado de constante irritación y aturdimiento.

—¿De veras? —dijo el viejo Jacob.

—Y creo poder decir con bastante certeza que, para curarlo completamente, sólo necesitamos realizar una fácil y sencilla operación quirúrgica, es decir, extirparle esos cuerpos irritantes.

—¿Y entonces estará cuerdo?

—Completamente cuerdo, y será un ciudadano admirable.

—¡Dios bendiga la ciencia! —dijo el viejo Jacob, y corrió a informar a Núñez de aquel rayo de esperanza.

Pero la manera en que Núñez recibió la buena noticia le sorprendió por fría y decepcionante.

—Por el tono que adoptas se diría que no te importa mi hija —dijo.

Fue Medina-saroté quien convenció a Núñez para someterse a los cirujanos ciegos.

—¿No querrás que pierda el don de la vista, verdad? —dijo él.

Ella sacudió la cabeza.

—Mi mundo es la vista.

Ella bajó la cabeza.

—Están las cosas hermosas, las pequeñas cosas hermosas, las flores, los líquenes entre las rocas, la ligereza y tersura de unas pieles, el lejano cielo con sus nubes errantes, las puestas de sol y las estrellas. Y estás tú. Sólo por ti merece la pena ver, para contemplar tu rostro dulce y sereno, tus tiernos labios, tus encantadoras y bonitas manos entrelazadas… Son estos ojos míos que conquistaste, estos ojos que me atan a ti, lo que buscan esos idiotas. En vez de eso, debo tocarte, oírte y no verte nunca más. Debo instalarme bajo ese techo de roca, piedra y oscuridad, ese horrible techo que rebaja tu imaginación… No, no querrás que haga eso, ¿verdad?

Le había asaltado una duda desagradable. Se detuvo y dejó la pregunta en el aire.

—A veces —dijo ella, vacilando— desearía…

—¿Qué? —dijo él un tanto aprensivo.

—A veces desearía que no hablaras así.

—¿Cómo así?

—Sé que es bonito… eso que imaginas. Y me encanta, pero ahora…

Él sintió un escalofrío.

—¿Ahora…? —dijo en un suspiro.

Ella permaneció en silencio:

—¿Quieres decir…? ¿Crees que sería mejor que yo, quizá…?

Empezaba a entenderlo todo rápidamente. Sintió ira, desde luego, ira por lo absurdo del destino, pero también compasión por la incomprensión de ella, una compasión cercana a la piedad.

—Amor mío —dijo él, y pudo ver por su palidez con cuánta intensidad su espíritu presionaba contra las cosas que ella no podía decir. La abrazó, la besó en la oreja y permanecieron un rato sentados en silencio.

—¿Y si yo consintiera? —dijo él finalmente con voz llena de dulzura.

Ella le echó los brazos al cuello, envuelta en un mar de lágrimas:

—¡Oh, si lo hicieras! —dijo entre sollozos—. ¡Si lo hicieras…!

La semana previa a la operación que lo elevaría de su condición inferior y servil a la categoría de ciudadano ciego, Núñez no pegó ojo, y durante las cálidas horas de sol, mientras los demás dormían plácidamente, él se sentaba taciturno o vagaba sin rumbo, tratando de resolver este dilema. Había dado su respuesta, había dado su consentimiento, y no obstante no estaba seguro. Por fin acabó la época de labor, el sol salió esplendoroso sobre las crestas doradas y comenzó para él su último día de visión. Disponía de unos minutos con Medina-saroté antes de que ella se fuera a dormir.

—Mañana dejaré de ver —dijo.

—¡Amor mío! —respondió ella, apretándole las manos con todas sus fuerzas.

—Te harán daño, pero poco —dijo—. Y ese dolor, amor mío, ese dolor lo sufrirás por mí… Amor mío, si el corazón y la vida de una mujer pueden recompensarte, te recompensaré. Mi amado, mi amado de voz dulce, te recompensaré.

Se sintió inundado de piedad por sí mismo y por ella.

La abrazó, apretó sus labios contra los suyos y contempló su dulce rostro por última vez.

—¡Adiós! —murmuró ante aquella visión amada—. ¡Adiós!

Entonces se dio la vuelta y se alejó.

Ella podía oír sus lentas pisadas al marcharse, y algo en el ritmo de esos pasos la sumió en un llanto arrebatado.

Él se había propuesto ir a un lugar solitario donde los prados estaban adornados de narcisos blancos, y quedarse en él hasta que llegara la hora del sacrificio, pero mientras se encaminaba hacia allí elevó la mirada y vio la mañana, la mañana como un ángel de armadura dorada que bajaba por las pendientes…

Le pareció que, ante ese esplendor, él y aquel mundo ciego en el valle, y su amor, y todo, no eran más que un pozo de pecado.

No se apartó como tenía pensado, sino que continuó y franqueó el muro de la circunferencia hasta salir a las rocas, con los ojos siempre puestos en el hielo y la nieve iluminados por el sol.

Vio su belleza infinita, y su imaginación los sobrevoló hacia esas cosas lejanas a las que ahora iba a renunciar para siempre.

Pensó en el gran mundo libre del que fue apartado, su mundo, y tuvo una visión de aquellas lejanas pendientes, perdidas en la distancia, con Bogotá, un lugar de multitudinaria y conmovedora belleza, una gloria de día y un misterio luminoso de noche, sede de palacios y fuentes y estatuas y casas blancas, que yacía imponente a media distancia. Pensó que, durante un día o dos, se podía bajar por los desfiladeros y acercarse cada vez más a sus bulliciosas calles y caminos. Pensó en el viaje por río, un día tras otro, desde el gran Bogotá al mundo aún más vasto situado más allá, por pueblos y aldeas, bosques y desiertos, el río que fluía impetuoso un día tras otro hasta que sus bancos desaparecían y los grandes barcos de vapor pasaban salpicando, y así uno llegaba al mar, el mar infinito, con sus mil, sus millares de islas, y sus barcos entrevistos a lo lejos en sus incesantes travesías por el ancho mundo. Y allí, libre de montañas, se veía el cielo… el cielo, no ese disco que se veía aquí, sino un arco de un azul inconmensurable, un mar en cuyos abismos flotaban, girando, las estrellas…

Sus ojos escrutaron con más atención la gran cortina de montañas.

Por ejemplo, si subía aquel barranco hacia esa chimenea de allí, podía salir a lo alto entre los raquíticos pinos que daban vueltas en una especie de saledizo y seguían subiendo más y más hasta pasar sobre la garganta. ¿Y luego? Aquel talud era asequible. Desde allí quizá encontrara una subida que lo elevara hasta el precipicio que se abría bajo la nieve; y si esa chimenea fallaba, otra más al este serviría mejor a sus propósitos. ¿Y luego? Luego podría salir a la nieve iluminada de ámbar, y a media altura de la cresta de aquellos hermosos parajes desolados.

Se volvió para echar otro vistazo a la aldea, luego dio media vuelta y la contempló fijamente.

Pensó en Medina-saroté, que se había vuelto pequeña y remota.

Se volvió de nuevo hacia la pared montañosa, bajo cuyas pendientes le había sorprendido el día.

Luego se puso a escalar con mucho cuidado.

La puesta de sol no lo sorprendió escalando, sino lejos y en lo alto. Había estado más arriba, pero aún así seguía estando muy alto. Tenía la ropa desgarrada, los miembros ensangrentados y el cuerpo cubierto de moretones, pero estaba tumbado a sus anchas y en su rostro se dibujaba una sonrisa.

Desde su lugar de reposo parecía que el valle se hallara en un pozo y casi dos kilómetros por debajo. Empezaba a oscurecer por la neblina y las sombras, aunque las cumbres montañosas que le rodeaban estaban hechas de luz y fuego. Las cumbres montañosas que le rodeaban estaban hechas de luz y fuego, y los pequeños detalles de las rocas cercanas estaban revestidos de una sutil belleza —una veta de mineral verde perforando el gris, el destello de las caras del cristal aquí y allá, un liquen naranja delicadamente bello justo encima de su rostro—. Había sombras profundas y misteriosas en la garganta, de un azul que se oscurecía hasta tornarse morado, y el morado en oscuridad luminosa, y sobre su cabeza la ilimitada inmensidad del cielo. Pero ya no prestaba atención a aquello, sino que siguió allí tumbado, bastante inactivo, sonriendo como si estuviera satisfecho sólo por haber escapado del valle de los ciegos donde había pensado ser el rey.

El resplandor del atardecer se extinguió y llegó la noche, y él continuaba plácidamente tumbado y feliz bajo las frías estrellas luminosas.

39. LADY SUSAN (JANE AUSTEN)

ÍNDICE

Carta 1
Carta 2
Carta 3
Carta 4
Carta 5
Carta 6
Carta 7
Carta 8
Carta 9
Carta 10
Carta 11
Carta 12
Carta 13
Carta 14
Carta 15
Carta 16
Carta 17
Carta 18
Carta 19
Carta 20
Carta 21
Carta 22
Carta 23
Carta 24
Carta 25
Carta 26
Carta 27
Carta 28
Carta 29
Carta 30
Carta 31
Carta 32
Carta 33
Carta 34
Carta 35
Carta 36

Carta 37
Carta 38
Carta 39
Carta 40
Carta 41

Epílogo

CARTA 1

Lady Susan Vernon al señor Vernon

Langford, diciembre

Querido hermano:

Ya no puedo seguir privándome del placer de aprovechar la amable invitación que me hiciste al despedirnos la última vez de pasar algunas semanas contigo, en Churchill; por tanto, si a ti y a la señora Vernon no os resulta inoportuno recibirme en estos momentos, espero que dentro de unos días puedas presentarme a esa hermana que, desde hace tanto tiempo, deseo conocer.

Los buenos amigos que tengo aquí me suplican, con el mayor cariño, que prolongue mi estancia con ellos, pero su carácter hospitalario y festivo les hace llevar una vida social demasiado animada para la situación que atravieso y mi estado mental actual. Espero con impaciencia el momento en que seré admitida en tu agradable retiro. Anhelo que tus queridos hijos me conozcan y me desviviré por despertarles gran interés en sus corazones. Necesitaré toda mi fortaleza de ánimo, puesto que pronto me separaré de mi hija. La larga enfermedad de su querido padre me ha impedido prestarle la atención que el deber y el cariño dictaban, y tengo demasiadas razones para temer que la institutriz a la que encomendé su educación será incapaz de hacerlo.

Así que he decidido enviarla a uno de los mejores colegios privados de la ciudad. Tendré la oportunidad de acompañarla cuando vaya a tu casa. Estoy decidida, como ves, a no permitir que se me niegue la entrada en Churchill. Me dolería mucho enterarme de que no te es posible recibirme.

Recibe un cordial saludo de tu hermana,

S. Vernon

CARTA 2

Lady Susan a la señora Johnson

Langford

Mi querida Alicia, estabas muy equivocada al creer que no me iba a mover de aquí, en todo el invierno, y me duele mucho decírtelo. En pocas ocasiones he pasado tres meses tan agradables como éstos que acababan de pasar. Ahora, todo es conflictivo. Las mujeres de la familia se han unido en mi contra.

Adivinaste lo que ocurriría cuando llegué a Langford. Manwaring es tan extrañamente encantador que no pude más que sentir aprensión. Recuerdo que, cuando me acercaba a la mansión, me dije: «¡Me gusta este hombre; ruego a Dios que eso no cause ningún mal!». Pero ya había resuelto ser discreta, recordar que sólo hacía cuatro meses que había enviudado y mantenerme en silencio lo más posible. Así lo he hecho, mi querida y pequeña criatura. No he aceptado las atenciones de nadie, excepto las de Manwaring. He evitado toda coquetería y no he hecho caso a nadie de aquí, excepto a sir James Martin, al que he dispensado un poco de atención, para separarlo de la señora Manwaring. Sin embargo, si el mundo supiera cuáles han sido mis motivaciones, me alabarían por ello. Me han llamado madre desatenta y, no obstante, el impulso sagrado del cariño maternal y el bien de mi hija han sido lo que me ha servido de acicate; si mi hija no fuera la mayor pánfila de la Tierra, se me habría recompensado por mis esfuerzos como me merecía.

Sir James me hizo proposiciones para Frederica pero ésta, que ha nacido para amargarme la vida, decidió oponerse con tanta vehemencia al emparejamiento que decidí que era mejor olvidar el plan por el momento. En más de una ocasión me he arrepentido de no haberme casado yo misma con él y, si fuera un poco menos débil, seguro que lo haría. Admito que soy más bien romántica en ese aspecto y que las riquezas por sí solas no me satisfacen. El resultado de todo esto es que sir James se ha marchado, María está enfurecida y la señora Manwaring se muestra insoportablemente celosa. Está tan celosa e indignada conmigo que, en un arrebato de furia, no me sorprendería que recurriera al señor Johnson, si pudiera acceder a él libremente. Tu marido, sin embargo, sigue siendo mi amigo, y la acción más gentil y bondadosa de su vida ha sido librarla para siempre del matrimonio. Mi único encargo es que mantengas su resentimiento. Ahora, estamos muy afligidos. Una casa nunca había visto tanta alteración: toda la familia está en pie de guerra y Manwaring apenas me habla. Ha llegado el momento de que me vaya. He decidido, por tanto, dejarles y pasaré, espero, un día agradable contigo, en la ciudad, esta misma semana. Si el señor Johnson sigue mostrando tan poca simpatía por mí como siempre, deberás venir a verme a la calle Wigmore, número 10, aunque espero que éste no sea el caso, puesto que el señor Johnson, con todos sus defectos, es un hombre al que siempre se le puede aplicar esa gran palabra que es «respetable»; además, siendo conocida la confianza que tengo con su esposa, su desaire conmigo parecería raro. Pasaré por la ciudad de camino a ese insoportable lugar, esa aldea campesina, puesto que finalmente voy a ir a Churchill. Perdóname, mi querida amiga, pero es mi último recurso. Si hubiera en Inglaterra otra casa abierta para mí, la preferiría. Aborrezco a Charles Vernon y temo a su mujer. En Churchill, sin embargo, permaneceré hasta que haya algo mejor en perspectiva. Mi jovencita me acompañará hasta la ciudad, donde la dejaré al cuidado de la señora

Summers, en la calle Wigmore, hasta que entre en razón, al menos un poco. Allí podrá hacer buenos contactos, ya que todas las chicas provienen de las mejores familias. El precio es muy alto, mucho más de lo que puedo permitirme pagar.

Adiós, te escribiré en cuanto llegue a la ciudad.

Un abrazo,

S. Vernon

CARTA 3

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Querida madre:

Siento mucho tener que decirle que no podremos cumplir la promesa de pasar la Navidad con usted. Esa dicha nos ha sido privada por una circunstancia que, me temo, no nos servirá de compensación. Lady Susan, en una carta a su hermano, ha manifestado su intención de visitarnos casi de inmediato y, puesto que esa visita es seguramente por una cuestión de conveniencia, es imposible adivinar su duración. Yo no estaba preparada en absoluto para este hecho y tampoco puedo entender la conducta de lady Susan. Langford parecía el lugar adecuado para ella en todos los aspectos, tanto por el estilo de vida elegante y caro del lugar, como por su particular apego a la señora Manwaring, de modo que no esperaba ese honor tan pronto, aunque siempre había pensado, visto el afecto creciente que sentía por nosotros desde la muerte de su marido, que en algún momento nos veríamos obligados a recibirla. Creo que el señor Vernon fue extraordinariamente amable con ella cuando estuvo en Staffordshire. La conducta de ella con él, independientemente de su carácter general, ha sido tan inexcusablemente artera y poco generosa, desde que empezó a considerarse nuestro matrimonio, que cualquier persona menos benévola e indulgente que él no lo habría pasado por alto; aunque lo correcto era prestarle ayuda económica, tratándose de la viuda de su hermano que pasaba por momentos de apuro, no puedo dejar de considerar perfectamente innecesario que él la invitara encarecidamente a visitarnos en Churchill. De todos modos, como siempre se muestra dispuesto a pensar bien de todo el mundo, sus muestras de dolor, sus manifestaciones de arrepentimiento y, en general, su actitud de prudencia fueron suficientes para ablandarle el corazón y confiar en su sinceridad. Sin embargo, yo sigo sin convencerme de todo ello y, como ha sido ella misma quien ha escrito, no conseguiré cambiar de opinión hasta que alcance a comprender el verdadero motivo de su visita. Por lo tanto, mi querida señora, ya puede adivinar con qué ánimo espero su llegada. Tendrá la oportunidad de ganarse mi consideración, con esos atractivos poderes que todo el mundo alaba en ella, aunque sin duda procuraré protegerme de su influjo, si no vienen acompañados de algo más sustancial. Ha manifestado su más ferviente deseo de conocerme, mencionando con consideración a mis hijos, pero no soy tan impresionable como para creer que una mujer que se ha comportado con tanta despreocupación, por no decir crueldad, con su propia hija vaya a sentir apego por los míos. La señorita Vernon ingresará en una escuela de la ciudad antes de que su madre venga a nuestra casa, de lo cual me alegro, tanto por ella como por mí. Le será beneficioso separarse de su madre y, siendo una chica de dieciséis años que ha recibido una educación tan lamentable, no es una compañía muy deseable. Hace tiempo que Reginald quiere, lo sé bien, ver a la cautivadora lady Susan y esperamos que se una a nosotros muy pronto. Me alegra Cathsaber. Vernonquemi padre sigue bien. Con cariño,

CARTA 4

El señor De Courcy a la señora Vernon

Parklands

Querida hermana:

Os felicito, a ti y al señor Vernon, puesto que vais a recibir en vuestra familia a la seductora más consumada de Inglaterra. Siempre me han hablado de ella como de una distinguida conquistadora, pero últimamente he podido saber algunos detalles de su conducta en Langford que demuestran que no se limita a esa clase de seducción honesta que agrada a la mayoría de la gente, sino que aspira a la más suculenta gratificación, que consiste en hacer desgraciada a toda una familia. Con su comportamiento respecto al señor Manwaring, sembró los celos y la desdicha en su mujer, y con sus atenciones para con un joven enamorado de la hermana del señor Manwaring, privó a una agradable joven de su amante. He sabido todo esto por un tal señor Smith, que ahora vive en esta zona (he cenado con él en Hurst y Wilford) y que acaba de llegar de Langford, donde pasó una quincena en la casa con lady Susan, y cuyos comentarios son por tanto muy cualificados.

¡Qué mujer debe de ser! Ya tengo ganas de conocerla y acepto sin dudarlo tu amable invitación. Así podré formarme una idea de ese hechizo tan poderoso que es capaz de atraer la atención, al mismo tiempo y en la misma casa, de dos hombres que no estaban en posición de ofrecerle sus afectos libremente.

¡Y todo eso sin el encanto de la juventud! Me alegra saber que la señorita

Vernon no acompañará a su madre a Churchill, puesto que sus modales no parecen decir mucho en su favor y, según el relato del señor Smith, es igual de aburrida que de presumida. Cuando se unen el orgullo y la estupidez, no se puede contrarrestar con disimulo, y la señorita Vernon no merece otra cosa que el desprecio más inexorable. Sin embargo, por todo lo que he podido deducir, lady Susan posee una capacidad para mostrarse astutamente cautivadora que debe de ser interesante presenciar y detectar. Pronto estaré con vosotros.

Tu hermano que te quiere,

R. de Courcy

CARTA 5

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Recibí tu carta, mi querida Alicia, justo antes de irme de la ciudad y me alegra saber con seguridad que el señor Johnson no sospechó nada de tu compromiso de la víspera. He llegado bien y no tengo queja alguna del recibimiento del señor Vernon, aunque confieso que no puedo afirmar lo mismo del comportamiento de su esposa. No hay duda de que posee una buena educación y parece una mujer con buenos modales, pero su actitud no consigue persuadirme de que esté muy predispuesta en mi favor. Quería que estuviera encantada conmigo con tan sólo verme (fui tan simpática como pude), pero todo fue en vano. No le gusto. Desde luego, si tomamos en consideración que efectivamente me tomé algunas molestias para evitar que mi cuñado se casara con ella, esta falta de cordialidad no es sorprendente. Aún así, demuestra ser un espíritu intolerante y vengativo, manteniendo el resentimiento por un plan que me ocupó hace seis años y que finalmente no tuvo éxito. A veces estoy casi dispuesta a arrepentirme de no haber permitido que Charles comprara el castillo de Vernon, cuando nos vimos obligados a venderlo, pero se dio una circunstancia difícil, especialmente al coincidir exactamente la venta con su matrimonio. Todo el mundo debería respetar la fragilidad de esos sentimientos que impedían que la dignidad de mi marido se viera rebajada por el hecho de que el hermano menor se quedara con las propiedades de la familia. Si se pudiera haber llegado a un acuerdo que nos hubiera evitado la obligación de tener que abandonar el castillo, si hubiéramos podido vivir con Charles sin que él se casara, habría obrado de un modo totalmente opuesto y no habría convencido a mi marido de vendérselo a otro. Sin embargo, Charles estaba entonces a punto de casarse con la señorita De Courcy y ese hecho me ha justificado. Aquí hay muchos niños y: ¿qué beneficio habría obtenido yo si él hubiera adquirido Vernon? Haberlo evitado puede haberle causado una impresión desfavorable a su mujer, pero cuando uno está predispuesto, es fácil encontrar un motivo. En lo que respecta a cuestiones de dinero, él nunca ha visto un impedimento en lo sucedido para ayudarme. En verdad, tiene toda mi consideración. ¡Es tan fácil abusar de él!

La casa es buena, el mobiliario es de buen gusto y todo anuncia abundancia y distinción. Charles es muy rico, estoy segura. Cuando un hombre consigue que su nombre figure en una empresa bancada es que le llueve el dinero. Pero no saben qué hacer con él, reciben escasas visitas y nunca se acercan a la ciudad por cuestiones de negocios. Seré tan estúpida como me sea posible. Quiero decir, para ganarme el corazón de mi cuñada a través de los niños. Ya me sé sus nombres y voy a ganarme el afecto con la mayor sensibilidad de uno en particular, el joven Frederic, al que siento en mi regazo mientras suspiro por su querido tío.

¡Pobre Manwaring! No hace falta que te diga cuánto le echo de menos y cómo está constantemente en mi pensamiento. He encontrado una carta muy triste de él a mi llegada aquí, repleta de quejas sobre su mujer y su hermana, y llena de lamentos sobre la crueldad de su sino. He dicho que la carta era de su mujer a los Vernon y, cuando le escriba a él, deberé hacerlo usándote a ti para evitar ser descubierta.

Atentamente,

S.V.

CARTA 6

La señora Vernon al señor De Courcy

Churchill

Bueno, mi querido Reginald, ya he visto a esa peligrosa criatura y tengo que describírtela, aunque espero que pronto puedas formarte una opinión por ti mismo. Es realmente muy hermosa. Por mucho que quieras cuestionar el atractivo de una dama que ya no es joven, debo afirmar que rara vez he visto a una mujer tan encantadora como lady Susan. Es delicadamente rubia, con unos bellos ojos grises y pestañas oscuras. Por su apariencia, se diría que no tiene más de veinticinco años, aunque de hecho debe de tener diez años más. Sin duda, yo no estaba demasiado predispuesta a admirarla, a pesar de haber oído constantemente que era una mujer bella, pero no puedo evitar sentir que posee una poco frecuente combinación de simetría, resplandor y elegancia. Se dirigió a mí con tanta amabilidad, franqueza e incluso cariño que, de no haber sabido lo poco que le gusto por haberme casado con el señor Vernon y porque no nos habíamos visto nunca, me habría parecido que era una amiga íntima. Se tiende a relacionar la seguridad de uno mismo con la coquetería y a pensar que unos modos insolentes responden a una mente insolente. Estaba preparada por lo menos para un cierto grado de confianza impropia, pero su actitud es absolutamente agradable y su voz y sus gestos irresistiblemente dulces. Siento mucho que así sea, puesto que, ¿qué otra cosa es, sino un engaño? Por desgracia, la conocemos demasiado bien. Es inteligente y agradable, posee todos los conocimientos del mundo que hacen fácil la conversación, habla muy bien, con un dominio gracioso del lenguaje que se utiliza demasiado a menudo, creo yo, para hacer que lo negro parezca blanco. Ya casi me ha persuadido de que siente verdadero afecto por su hija, aunque durante mucho tiempo he estado convencida de lo contrario. Habla de ella con tanta ternura y ansiedad, lamenta con tanta amargura lo negligente que ha sido su educación y lo presenta todo, sin embargo, como algo tan inevitable, que me tengo que obligar a recordar cómo pasaba una primavera tras otra en la ciudad, mientras su hija se quedaba en Staffordshire, bajo el cuidado de sus criados o de una institutriz inadecuada, para evitar creer todo lo que dice.

Si sus modales ejercen tanta influencia en mi corazón resentido, podrás hacerte una idea de que operan, aún de modo más poderoso, en el talante generoso del señor Vernon. Me gustaría estar tan segura como él de que fue realmente elección suya abandonar Langford y venir a Churchill. Si no hubiera permanecido allí tres meses, antes de descubrir que el estilo de vida de sus amigos no se adecuaba a su situación y estado de ánimo, habría creído que esa preocupación por la pérdida de un marido como el señor Vernon, con el cual ella se comportaba de modo más bien poco excepcional, le hacía desear una temporada de reclusión. Pero no puedo olvidar lo prolongado de su estancia con los Manwaring y, cuando reflexiono sobre el tipo de vida que llevaba con ellos, tan diferente del que ahora debe aceptar, sólo puedo suponer que la voluntad de afirmar su reputación, siguiendo, aunque tarde, el camino del decoro, fue lo que provocó que se alejara de una familia con la que, de hecho, debía de sentirse especialmente feliz. La historia de tu amigo, el señor Smith, no puede ser del todo correcta, ya que mantiene correspondencia con regularidad con la señora Manwaring. Sin duda, debe de ser exagerada. Es casi imposible que haya podido embaucar de tal manera a dos hombres al mismo tiempo.

Cordialmente,
Cath. Vernon

CARTA 7

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Querida Alicia:

Eres muy buena por ocuparte de Frederica y te agradezco esta muestra de tu amistad, pero aunque no dudo del calor de esa amistad, no quiero exigirte un sacrificio tan pesado. Es una chica estúpida y nada habla en su favor. No voy a permitir bajo ningún concepto que malgastes un sólo momento de tu precioso tiempo mandándola a buscar a la calle Edward, puesto que cada visita le resta horas a su educación, algo que quiero que sea realmente su mayor ocupación mientras permanezca con la señorita Summers. Quiero que toque y cante con un mínimo de gusto y consiga una buena dosis de confianza en sí misma, ya que ha heredado mis dedos y una voz tolerable. A mí me consintieron tanto durante mi infancia que nunca se me obligó a aplicarme en nada y, en consecuencia, me faltan ahora las facultades que son hoy en día necesarias para completar una mujer hermosa. No es que sea una defensora de la actual tendencia de adquirir un conocimiento perfecto de todas las lenguas, artes y ciencias. Es perder el tiempo. Dominar el francés, el italiano, el alemán, la música, el canto, el dibujo, etcétera, harán que una mujer consiga algunos aplausos, pero no le permitirán añadir un amante más a la lista. Distinción y modales, después de todo, son lo más importante. No pretendo, por tanto, que los conocimientos de Frederica sean más que superficiales y me enorgullezco de que no permanecerá tanto tiempo en la escuela como para no aprender absolutamente nada. Espero verla casada con sir James dentro de un año. Ya sabes en qué baso mi esperanza, sin duda bien fundada; además, la escuela debe de ser algo humillante para una chica de la edad de Frederica. Y, por cierto, será mejor que no la invites más por esta misma razón: deseo que su situación sea tan desagradable como sea posible. Cuento con sir James en cualquier momento y podría hacerle renovar su petición con unas breves líneas. Mientras tanto, te importuno para que evites que adquiera algún otro compromiso cuando venga a la ciudad. Invítale a tu casa de vez en cuando y háblale de Frederica para que no la olvide.

En líneas generales, elogio extremadamente mi propia conducta en este asunto y la considero una combinación agraciada de circunspección y ternura. Algunas madres habrían insistido a su hija para que aceptara una oferta tan buena a la primera propuesta, pero yo no me habría sentido satisfecha de mí misma forzando a Frederica a acceder a un matrimonio que su corazón rechazaba. En lugar de adoptar una actitud tan severa, simplemente me propongo hacer que ella misma lo desee, creándole toda suerte de incomodidades, hasta que ella le acepte. Pero dejemos a esa niña pesada.

Te preguntarás, seguramente, cómo me las arreglo para pasar el tiempo aquí. Durante la primera semana, me he aburrido de un modo insufrible. Ahora, sin embargo, las cosas mejoran. El grupo ha aumentado con la presencia del hermano de la señora Vernon, un apuesto joven que promete cierta diversión. Hay algo en él que me interesa, una especie de picardía y familiaridad que le enseñaré a corregir. Es animado y parece inteligente y, cuando le haya inspirado un respeto mayor que el que los oficios de su hermana le han inculcado, será agradable coquetear con él. Someter a un espíritu insolente y hacer que una persona predispuesta a detestarte reconozca tu superioridad proporcionan un placer exquisito. Ya le he desconcertado con mi tranquilidad reservada y me dedicaré a rebajar el orgullo de estos pretenciosos De Courcy aún más, a convencer a la señora Vernon de que la cautela de su hermana era infundada y a persuadir a Reginald de que me ha calumniado de modo escandaloso. Este proyecto servirá para divertirme y para evitar el dolor terrible por estar lejos de ti y de todos los que amo. Me despido. Atentamente,

S. Vernon

CARTA 8

La señora Vernon a lady De Courcy Churchill

Querida madre:

No debe esperar que Reginald regrese durante algún tiempo. Me ha solicitado que le comunique que el buen clima actual le ha inducido a aceptar la invitación del señor Vernon para prolongar su estancia en Sussex y, así, poder ir a cazar juntos. Enviará a buscar sus caballos inmediatamente y es imposible decir cuándo le volverá a ver en Kent. No intentaré disimular mis sentimientos sobre este cambio con usted, mi querida señora, aunque creo que será mejor que no los comente con mi padre, cuya excesiva ansiedad por Reginald le haría alarmarse, corriendo el riesgo de ver afectada gravemente su salud y su ánimo. Lady Susan se las ha ingeniado, en el espacio de una quincena, para conseguir gustar a mi hermano. Francamente, estoy segura de que la prolongación de su estancia aquí, más allá del momento originalmente fijado para su regreso, se debe en gran medida a una cierta fascinación por ella, tanto como por el deseo de ir de caza con el señor Vernon. Naturalmente, ello hace que la prolongación de la visita de mi hermano no me proporcione el placer que en otras circunstancias me proporcionaría. Me irritan las artimañas de esta mujer sin escrúpulos. ¿Qué prueba más palpable de sus peligrosas habilidades se puede ofrecer que este cambio en la opinión del juicio de Reginald, quien, cuando entró en esta casa, era decididamente contrario a ella? En su última carta, él mismo me dio detalles de su comportamiento en Langford, tal como se los había contado un caballero que la conocía perfectamente y, de ser ciertos, sólo pueden provocar reprobación. El mismo Reginald estaba dispuesto a darle crédito. Tenía la opinión sobre ella de que era la peor mujer de Inglaterra y, cuando llegó, era evidente que la juzgaba como una persona poco digna de consideración o respeto. Él opinaba que parecía encantada con las atenciones de cualquier hombre que se decidiera a cortejarla.

Ella ha calculado su comportamiento, lo confieso, para eliminar esa idea y no he detectado la menor falta de decoro en ello. Nada de vanidad, ni ostentación, ni ligereza y es, sin lugar a dudas, tan atractiva que no me extrañaría que él estuviera encantado con ella, si no hubiera sabido nada sobre ella antes de conocerse personalmente. Sin embargo, contra toda razón, contra toda convicción, mostrarse tan complacido con ella, como estoy segura de que él lo está, me asombra muchísimo. Al principio, la admiración era muy fuerte, pero no rebasaba lo natural y no me pareció insólito que le impresionaran su distinción y sus modales pero, últimamente, cuando la menciona, lo hace en términos extraordinarios de alabanza. Ayer llegó a decir que no le sorprendería cualquier efecto en el corazón de un hombre causado por su encanto y sus cualidades y, cuando yo le repliqué lamentando la maldad de su actitud, él respondió que los errores que haya podido cometer había que imputarlos a haber recibido una educación insuficiente y a su matrimonio precoz; y que, en realidad, se trataba de una mujer extraordinaria.

Esta tendencia a excusar su conducta o a olvidarla, por el influjo de la admiración, me irrita enormemente y, si no supiera que Reginald se encuentra como en casa cuando está en Churchill como para necesitar una invitación para que prolongue su estancia, lamentaría que el señor Vernon se lo haya propuesto.

Las intenciones de lady Susan son sin duda las de la coquetería más absoluta y las del deseo de obtener una admiración universal. No puedo imaginar, por el momento, que planee algo más serio, aunque me mortifica ver cómo ha embaucado a un joven sensato como Reginald.

Atentamente,

Cath. Vernon

CARTA 9

La señora Johnson a lady Susan

Calle Edward

Queridísima amiga:

Me alegro por la llegada del señor De Courcy y te aconsejo encarecidamente que te cases con él. Sabemos que las propiedades de su padre son considerables y creo que su herencia ya está fijada. Sir Reginald tiene la salud débil y no es probable que te resulte un obstáculo durante mucho tiempo. Me han hablado muy bien de él y, aunque nadie te merece, mi queridísima Susan, el señor De Courcy puede valer la pena. Manwaring se enfurecerá, naturalmente, pero podrás apaciguarle con facilidad. Además, ni el honor más escrupuloso requeriría que esperaras su emancipación. He visto a sir James. Vino a la ciudad unos días, la semana pasada, y nos visitó varias veces en la calle Edward. Le hablé de ti y de tu hija y está tan lejos de haberte olvidado que estoy segura de que se casaría con cualquiera de las dos con placer. Alenté sus esperanzas diciéndole que Frederica cederá y le hablé de cómo ella progresaba. Le reprendí por cortejar a María Manwaring. Él protestó diciendo que había sido tan sólo en tono de broma y los dos nos reímos a carcajadas por la desilusión de la chica. En resumidas cuentas, nos entendimos en todo. Sigue tan tonto como siempre.

De todo corazón,

Alicia

CARTA 10

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Te agradezco, querida amiga, tu consejo con respecto al señor De Courcy, el cual sé que nació del convencimiento sincero de su provecho, aunque no tengo la intención de seguirlo. No puedo tomar una decisión en terrenos tan serios como el del matrimonio. En la actualidad, no estoy necesitada de dinero y, seguramente, hasta la muerte de su padre, obtendría poco beneficio de la unión. Es cierto que mi vanidad me hace creer que le tengo a mi alcance. He conseguido que sea sensible a mi poder y ahora puedo disfrutar del placer de triunfar sobre una mente predispuesta a no gustarle y llena de prejuicios contra mis acciones pasadas. Su hermana, igualmente, se ha convencido, o eso espero, de lo fútiles que son los comentarios poco generosos sobre una persona para predisponerla contra otra cuando se pueden contrarrestar con la influencia inmediata del intelecto y los modales. Veo claramente que se siente incómoda, porque la opinión que su hermano tiene de mí está progresando para bien y deduzco que no escatimará esfuerzos para contrarrestarme. Pero en cuanto consiga hacerla dudar de la justicia de su opinión respecto a mí, creo que podré desafiarla con éxito. Ha sido un placer ver sus avances hacia una mayor intimidad, especialmente observar sus reacciones alteradas cuando yo me mostraba reservada adoptando una dignidad muy calmada ante sus intentos de acercarse con una familiaridad directa. Mi conducta ha sido, desde el principio, igualmente comedida y nunca me había comportado de modo menos coqueto en toda mi vida, aunque tal vez nunca mi deseo de dominación había sido tampoco tan rotundo. A él le he sometido por completo con la sensibilidad y la conversación seria y he conseguido, me aventuro a decir, que esté medio enamorado de mí, sin el menor atisbo de lo que comúnmente se llama coqueteo. La certidumbre por parte de la señora Vernon en cuanto a que cree merecer alguna clase de venganza, la que esté en mi mano infligirle por sus maniobras perversas, bastará para que pueda percibir que actúo con un comportamiento de lo más bondadoso y honesto. Sin embargo, dejemos que piense y actúe como quiera. Nunca he visto que el consejo de una hermana impidiera a un joven enamorarse, si así lo decidiera él. Ahora estamos progresando hacia una especie de confianza y pronto nos sentiremos unidos en una amistad platónica. Por mi parte, puedes estar segura de que la cosa no irá a más, porque si yo no estuviera ya unida a otra persona, impediría de todos modos que mis afectos los recibiera un hombre que se hubiera atrevido a pensar tan mal de mí en su momento.

Reginald es un joven de muy buena planta y se merece los elogios que has oído de él. Con todo, es inferior a nuestro amigo de Langford. Es menos refinado, menos insinuante que Manwaring y, en comparación, muestra menos eficacia para decir esas cosas tan encantadoras que la ponen a una de buen humor consigo misma y con el mundo. Es bastante agradable, sin embargo, y me proporciona la diversión suficiente para pasar las horas de modo placentero; de otro modo, me dedicaría a vencer la resistencia de mi cuñada y a escuchar la insípida conversación de su marido.

Tus informaciones sobre sir James son de lo más satisfactorias y voy a dejar entrever mis intenciones a la señorita Frederica muy pronto.

De todo corazón,

S. Vernon

CARTA 11

La señora Vernon a lady De Courcy

Me hace sentir muy a disgusto, mi querida madre, ver cómo la influencia de lady Susan sobre Reginald crece tan rápidamente. Ahora mantienen una amistad muy particular, entablan largas conversaciones con frecuencia y ella se las ha ingeniado para, usando la coquetería más astuta, someter su juicio a sus propósitos. Es imposible contemplar la intimidad que ha surgido entre ellos con tanta celeridad sin alarmarse, aunque me resisto a suponer que las intenciones de lady Susan lleguen hasta el matrimonio. Si pudieras hacer que Reginald regresara a casa con cualquier pretexto verosímil. No está en absoluto dispuesto a dejarnos y le he hecho tantas insinuaciones sobre el precario estado de salud de mi padre como la decencia me permite hacerlo estando en mi propia casa. El poder de ella sobre él debe de ser ahora ilimitado, puesto que ha conseguido eliminar por completo la opinión anterior que él tenía y lo ha persuadido no sólo para que la olvide, sino para que la justifique. Las informaciones del señor Smith con relación a la conducta de lady Susan en Langford, en las cuales acusaba de haber enamorado al señor Manwaring y a un joven comprometido con la señorita Manwaring, y que Reginald creía firmemente cuando llegó a Churchill, son ahora, está convencido, tan sólo una invención escandalosa. Así me lo ha dicho, con una franqueza que delataba sentirse arrepentido por haber creído lo contrario con anterioridad.

¡Cómo me arrepiento de que haya venido a esta casa! Siempre esperé su llegada con incomodidad, pero lejos estaba de sentir esta ansiedad por Reginald. Esperaba una desagradable compañía para mi persona, pero no podía imaginar que mi hermano corría el peligro de ser hechizado por una mujer cuyos principios conocía tan bien y cuyo carácter despreciaba tan profundamente. Si consigues que se aleje de aquí, será para bien.

Atentamente,

Cath. Vernon

CARTA 12

Sir Reginald de Courcy a su hijo

Parklands

Sé que, en general, los jóvenes no admiten que se indague en sus asuntos del corazón, ni tan sólo por parte de sus familiares más cercanos, pero, espero, querido Reginald, que demuestres estar por encima de aquellas personas que ni para evitar la ansiedad de un padre creen necesario abandonar el privilegio de negarle la confianza y hacer caso de su consejo. Debes tener en cuenta que, como hijo único y representante de una antigua familia, tu conducta en la vida afecta a tus familiares. En el muy importante asunto del matrimonio es especialmente donde más se arriesga: tu felicidad, la de tus padres y el crédito de tu apellido. Ya supongo que no adquirirías un compromiso de tal naturaleza sin comunicárselo a tu madre y a mí mismo o, por lo menos, sin estar convencido de que aprobaríamos tu elección, pero no puedo ahuyentar el temor de que te veas arrastrado al matrimonio por una dama que últimamente ha intimado contigo, cosa que toda tu familia, la más y la menos cercana, rechazaría con toda vehemencia.

La edad de lady Susan es una objeción material en sí misma, pero la ligereza de su carácter es un elemento mucho más grave que convierte la diferencia de doce años, en comparación, en una nimiedad. Si no estuvieras cegado por la fascinación, sería ridículo por mi parte repetirte los ejemplos de su comportamiento inadecuado, conocidos por todo el mundo. La negligencia con que trató a su marido, el animar a otros hombres, su extravagancia y conducta disipada han sido tan patentes que nadie los pudo ignorar en su momento ni se pueden olvidar ahora. En nuestra familia, siempre se ha visto representada con los trazos suavizados por la benevolencia del señor Charles Vernon. Con todo y, a pesar de sus generosos esfuerzos para excusarla, sabemos que, movida por su egoísmo, hizo todo lo posible para evitar que se casara con Catherine.

Mi edad y mi estado de salud cada vez más precario me hacen desear, mi querido Reginald, verte establecido. La fortuna de tu mujer me es indiferente debido al buen estado de la mía, pero su familia y sus virtudes deben de ser excepcionales por igual. Cuando a tu elección no se le pueda hacer ninguna objeción en esos dos ámbitos, te prometo mi consentimiento inmediato y entusiasta, pero es mi deber oponerme a una relación que sólo la astucia puede haber hecho posible y que, finalmente, sólo engendraría desgracia.

Es probable que su comportamiento se deba tan sólo a la vanidad o al deseo de ganarse la admiración de un joven al que ella debe de creer especialmente predispuesto contra ella, pero es más probable que sus pretensiones sean mayores. Es pobre y, por naturaleza, buscará una alianza que le pueda ser ventajosa. Conoces tus derechos y ya no está en mi mano evitar que heredes las propiedades de la familia. Infligirte penalidades durante lo que me reste de vida sería una venganza a la que difícilmente me rebajaría en cualquier circunstancia. Te comunico honestamente mis sentimientos e intenciones. No quiero apelar a tus temores, sino a tu juicio y afecto. Destruiría toda la serenidad de mi vida saber que te has casado con lady Susan Vernon; sería la muerte del franco orgullo que hasta ahora he sentido por mi hijo; me avergonzaría verle, saber de él y pensar en él.

Tal vez no haga ningún bien esta carta, quitando el de apaciguar mi mente, pero he creído mi deber comunicarte que tu interés por lady Susan no es un secreto para tus amigos y para prevenirte respecto a ella. Me gustaría oír tus razones para contradecir la inteligencia del señor Smith. Hace un mes no dudabas de ella.

Si puedes asegurarme que no albergas ningún plan más allá de disfrutar de la conversación de una mujer inteligente, durante un breve período, v de rendir admiración tan sólo a su belleza y a sus cualidades, sin cerrar los ojos por ello a sus defectos, me devolverás la felicidad, pero si no puedes hacer esto, explícame, por lo menos, qué ha ocasionado una alteración tan grande en tu opinión de ella.

Cordialmente,
Reginald de Courcy

CARTA 13

Lady De Courcy a la señora Vernon

Parklands

Querida Catherine:

Desdichadamente, me encontraba postrada en la cama cuando llegó tu última carta. Debido a un resfriado que me afectó la vista, no pude leerla yo misma.

Tampoco pude, por tanto, rechazar el ofrecimiento de tu padre para que la leyera. Así fue como supo, para disgusto mío, de todos tus temores con relación a mi hermano. Tenía la intención de escribir a Reginald yo misma, en cuanto mis ojos me lo permitieran, advirtiéndole del peligro de una relación íntima con una mujer tan astuta como lady Susan, para un joven de su edad y sus expectativas. Quería, además, recordarle que estamos bastante solos en este momento y que le necesitamos para alegrarnos el ánimo durante las largas tardes de invierno. Si eso hubiera servido para algo, nunca lo sabremos ahora, pero me tiene muy disgustada que sir Reginald no sepa nada de un asunto que ya temíamos iba a causarle gran desazón. Comprendió todos tus temores en cuanto hubo leído tu carta y estoy segura de que no se lo ha sacado de la cabeza desde entonces. Escribió inmediatamente a Reginald una carta larga sobre el tema, solicitando una explicación sobre qué era lo que le había dicho lady Susan para contradecir las escandalosas informaciones anteriores. Su respuesta ha llegado esta mañana y te la envío adjunta porque creo que te interesará verla. Me gustaría que fuera más satisfactoria, pero parece haber sido escrita con tanta decisión para tener en buena opinión a lady Susan que sus afirmaciones en lo tocante al matrimonio y todo eso no me tranquilizan el corazón. Hago todo lo que puedo, sin embargo, para apaciguar a tu padre y sin duda está más sosegado desde que Reginald escribió esta carta. ¡Qué fastidioso resulta, mi querida Catherine, que esta invitada inoportuna no sólo nos impida vernos en Navidad, sino que además sea causa de disgusto y conflicto! Dale un beso a los niños de mi parte. Tu madre que te quiere,

C. de Courcy

CARTA 14

El señor De Courcy a sir Reginald

Churchill

Querido señor:

En este momento, acabo de recibir su carta que me ha llenado de asombro como nunca antes me había ocurrido. Supongo que es gracias a la representación que mi hermana ha hecho de mí que he quedado tan desfavorecido a sus ojos y le he causado tanta alarma. No entiendo por qué ha decidido preocuparse y preocupar a su familia, sospechando un hecho que nadie excepto ella misma, estoy seguro de ello, ha concebido como posible. Imputar esa intención a lady Susan sería arrebatarle esa excelente sutileza que sus enemigos más acérrimos nunca han negado en ella. Igualmente, muy bajas deberían quedar mis pretensiones de tener sentido común si se sospecha que albergo propósitos matrimoniales en mi comportamiento para con ella. La diferencia de edad es una objeción insuperable y le ruego, mi apreciado señor, que se tranquilice y no alimente más sospechas que alterarán tanto su propia paz, como la relación entre nosotros.

No puede ser otra mi intención, al permanecer con lady Susan, que la de disfrutar durante un breve período (tal como lo ha expresado usted mismo) de la conversación de una mujer con grandes cualidades mentales. Si la señora Vernon admitiera un poco del afecto que les he dispensado a ella y a su marido durante mi estancia, sería más justa con todos nosotros. Pero mi hermana está desgraciadamente predispuesta en contra de lady Susan sin remedio.

Por el afecto que le une a su marido, que en sí mismo honra a ambos, no puede perdonar los esfuerzos que lady Susan hizo para evitar su matrimonio. Se atribuyeron a su egoísmo pero en este caso, como en muchos otros, el mundo ha difamado a esa dama, suponiendo que los motivos de su conducta eran dudosos.

Lady Susan había oído algo materialmente tan inconveniente sobre mi hermana que se persuadió de que la felicidad del señor Vernon, al cual siempre se ha sentido muy unida, quedaría destrozada por el matrimonio. Y esta circunstancia, que explica el verdadero motivo del comportamiento de lady Susan e invalida toda la culpabilidad que se le ha atribuido, debe servir para convencernos del poco crédito que hay que dar a las informaciones sobre otras personas en general, puesto que ningún comportamiento, por muy recto que sea, puede escapar a la calumnia. Si mi hermana, en la seguridad de su retiro, con tan pocas oportunidades de ser tentada por el mal, no pudo evitar la censura, no debemos condenar apresuradamente a aquellas personas que, viviendo en el mundo y rodeadas de tentaciones, son acusadas de errores que se sabe que podrían llegar a cometer.

Me culpo con severidad a mí mismo de haber creído tan fácilmente las historias difamatorias inventadas por Charles Smith contra lady Susan, puesto que ahora sé cómo la han calumniado. En cuanto a los celos de la señora Manwaring, son algo absolutamente inventado por él y su relato de cómo ella se acercó al pretendiente de la señorita Manwaring tenía aún menos fundamento. Esa jovencita había inducido a sir James Martin a prestarle un poco de atención y, siendo un hombre acaudalado, era fácil entender que los planes de ella incluían el matrimonio. Bien sabido es que la señorita Manwaring anda abiertamente a la caza de un marido y nadie puede, por tanto, compadecerla por no poder aprovechar una oportunidad para hacer desgraciado a un hombre de mérito, debido al superior atractivo de otra mujer. Lady Susan no pretendía ni de lejos esa conquista y, al saber cuánto afectaba a la señorita Manwaring la indiferencia de su enamorado, decidió, a pesar de los ruegos del señor y la señora Manwaring, dejar la familia. No tengo motivos para creer que ella recibiera proposiciones en firme por parte de sir James, pero el hecho de que partiera de inmediato de Langford, al descubrir la relación de él con la señorita Manwaring, hace que cualquier mente honesta tenga que absolverla de cualquier acusación. Estoy seguro de que creerá que todo esto es cierto y que, a partir de ahora, sabrá hacer justicia con las cualidades de una mujer seriamente perjudicada en su reputación.

Sé que lady Susan, al acudir a Churchill, actuaba impulsada sólo por las intenciones más honorables y francas. Su prudencia y discreción son admirables, su consideración por el señor Vernon llega a igualar incluso la que él mismo merece, y su deseo de conseguir una opinión favorable de mi hermana debería de ser correspondido mejor de lo que se ha hecho. Como madre, no se le puede hacer ninguna objeción. El afecto sólido por su hija queda demostrado por el hecho de haberla confiado a las manos de quien atenderá su educación adecuadamente. Sin embargo, al no poseer la ciega y débil parcialidad de la mayoría de madres, se la acusa de falta de instinto maternal.

Cualquier persona sensata, sin embargo, sabría cómo apreciar y alabar su cariño bien dirigido y estaría de acuerdo conmigo en que Frederica Vernon debería esforzarse más de lo que hasta ahora se ha esforzado en merecer la sensible atención de su madre.

He escrito, pues, querido señor, lo que verdaderamente siento por lady Susan. Con esta carta, sabrá lo mucho que tengo en alta consideración sus facultades y aprecio sus cualidades, pero si no queda usted convencido con mi solemne y franca afirmación de que sus temores son infundados, será ello motivo de gran mortificación y desasosiego para mí.

Cordialmente, R. de Courcy

CARTA 15

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Querida madre:

Le devuelvo la carta de Reginald alegrándome de todo corazón de que mi padre se haya sosegado con ella. Dígaselo y transmítale asimismo mis felicitaciones. Pero, entre nosotras, he de admitir que sólo ha servido para convencerme a mí de que mi hermano no tiene por el momento intención alguna de casarse con lady Susan, no que no corra el peligro de tenerla dentro de tres meses. Ofrece una versión muy verosímil de su comportamiento en Langford. Ojalá fuera cierto, pero la inteligencia detrás de esto tiene que ser la de ella. Estoy menos dispuesta a creérmela que a lamentar el grado de intimidad entre ellos, que implica el hecho de que comentaran un tema como éste.

Siento haber provocado su disgusto, pero no se puede esperar nada mejor, mientras él esté dispuesto a justificar a lady Susan con tanta vehemencia. Es muy severo conmigo, ciertamente, pero espero no haberme apresurado en juzgarla a ella. ¡Pobre mujer! Aunque tengo sobradas razones para despreciarla, no puedo evitar compadecerme de ella, puesto que está realmente afligida y con justificado motivo. Ha recibido esta mañana una carta de la dama a la que había confiado su hija y solicita que acuda a buscar a la señorita Vernon inmediatamente, puesto que ha sido sorprendida intentando escaparse. Por qué o a dónde intentaba ir, no está claro, pero ya que la decisión tomada por lady Susan parecía la adecuada, la situación es ahora muy triste y, naturalmente, la ha afligido muchísimo.

Frederica debe de tener ya dieciséis años y debería ser más responsable pero, por lo que ha insinuado su madre, me temo que es una chica perversa. Sin embargo, ha sido una persona desatendida y su madre debería recordar ese extremo.

El señor Vernon partió hacia la ciudad en cuanto decidió qué era lo mejor. Intentará, si es posible, convencer a la señorita Summers para que deje que Frederica siga con ella. Si no lo consigue, la traerá de momento a Churchill, hasta que se encuentre otro lugar para ella. Mientras tanto, lady Susan se consuela paseando por el jardín con Reginald, aprovechándose de los tiernos sentimientos de él, imagino, para superar este momento desdichado. Ha hablado mucho de todo esto conmigo. Se expresa muy bien y temo ser poco generosa si digo que demasiado bien, para lamentarlo tan profundamente. Pero no he de buscar defectos. Puede llegar a ser la mujer de Reginald. ¡Que el cielo no lo quiera! Pero, ¿por qué iba yo a ser más perspicaz que cualquier otro? El señor Vernon afirma que nunca había visto un desconsuelo más profundo que el suyo cuando ha leído la carta. ¿Acaso su juicio es inferior al mío?

No se mostraba muy deseosa de que se permitiera a Frederica acudir a Churchill. Me parece sensato, ya que parece una especie de recompensa por su comportamiento, cuando lo que merece es algo muy distinto. Sin embargo, era imposible llevarla a ningún otro lugar y tampoco permanecerá mucho tiempo aquí.

«Será absolutamente necesario —me ha dicho— como comprenderás, mi querida hermana, tratar a mi hija con cierta severidad mientras esté aquí. Una necesidad dolorosa, pero me esforzaré por acatarla. Me temo que he sido indulgente demasiado a menudo, pero el temperamento de mi pobre Frederica nunca ha sabido aceptar bien la contrariedad. Tienes que apoyarme y animarme, debes recordarme la necesidad de reprobación, si me ves demasiado indulgente.»

Todo esto parece muy razonable. ¡Reginald está tan enfadado con esa pobre tontita! No dio mucho en favor de lady Susan que él se muestre tan irritado con su hija. La imagen que se ha hecho de ella sólo puede provenir de las descripciones de su madre.

Bueno, sea cual sea su destino, tenemos el consuelo de saber que hemos hecho todo lo posible por salvarle. Tendremos que confiar el desenlace a una instancia más alta.

Atentamente,

Cath. Vernon

CARTA 16

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Nunca en mi vida, mi querida Alicia, me había alterado tanto como esta mañana, cuando he recibido una carta de la señorita Summers. Esa espantosa hija mía ha intentado escaparse. No tenía ni idea de que fuera tan malvada.

Parecía poseer la apatía de los Vernon, pero al recibir la carta en que le exponía mis intenciones con respecto a sir James, intentó fugarse. Si no es por eso, no sé a qué motivo atribuirlo. Pretendía, supongo, llegar a casa de los Clarke en Staffordshire, puesto que no cuenta con otros conocidos. Pero la castigaré, se casará con él. He enviado a Charles a la ciudad para que intente solucionar las cosas si puede, porque no la quiero aquí bajo ningún concepto. Si la señorita Summers no la acepta, tendrás que encontrarme otra escuela, a menos que consigamos casarla de inmediato. La señorita S. me ha escrito diciendo que no consiguió que la jovencita le dijera la causa de una conducta tan anómala, lo cual me confirma la explicación que yo he dado.

Frederica es demasiado tímida, creo yo, y me terne demasiado para contar mentiras, pero si la dulzura de su tío le sacara algo, no me da miedo. Estoy segura de poder contar una historia tan buena como la suya. Si de algo estoy orgullosa es de mi elocuencia. La consideración y el aprecio se obtienen sin duda del dominio del lenguaje, del mismo modo que la admiración depende de la belleza. Y aquí tengo muchas oportunidades de entrenar mis dotes, puesto que la mayor parte del tiempo lo paso conversando. Reginald nunca se siente cómodo, a menos que estemos solos y, cuando el tiempo es tolerable, paseamos juntos por el jardín durante horas. En general, me gusta mucho. Es inteligente y tiene muchas cosas que contar, pero a veces es impertinente y problemático. Demuestra un tacto ridículo debido, probablemente, a lo que haya oído en mi descrédito y nunca se da por satisfecho hasta que está convencido de haber aclarado el principio y el fin de todas las cosas.

Esto demuestra una cierta clase de amor, pero confieso que no es la que prefiero. Prefiero infinitamente el espíritu tierno y liberal de Manwaring, el cual, impresionado y convencido profundamente de mis méritos, se satisface pensando que todo lo que yo hago debe de estar bien. No puedo dejar de considerar con un cierto desprecio las especulaciones, inquisitivas y dubitativas, de ese corazón que parece debatir constantemente la sensatez de sus sentimientos. Manwaring es, naturalmente y sin comparación, superior a Reginald.

Superior en todo, excepto en la posibilidad de estar conmigo. ¡Pobre hombre! Los celos le han alterado, cosa que no lamento, pues no conozco mejor forma de fomentar el amor. Me ha estado importunando para que le permita acercarse a la región y alojarse en algún lugar de incógnito, pero yo le he prohibido que haga nada de este estilo. No tienen justificación esas mujeres que olvidan qué se espera de ellas y no tienen en cuenta lo que el resto del mundo pueda pensar.

S. Vernon

CARTA 17

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Querida madre:

El señor Vernon regresó el jueves por la noche, trayendo consigo a su sobrina. Lady Susan había recibido una carta de él en el correo del día, en la que le informaba que la señorita Summers se había negado categóricamente a permitir que la señorita Vernon continuara en su academia. Estábamos, por lo tanto, preparados para su llegada y aguardamos con impaciencia durante toda la tarde. Llegaron a la hora del té y nunca había visto a una criatura tan atemorizada como Frederica cuando entró en el salón.

Lady Susan, que había estado derramando lágrimas y mostrándose muy alterada por la idea de tener que recibirla, la saludó con un control de sí misma excepcional y sin dejarse traicionar por el más mínimo gesto de ternura. Casi no le dirigió la palabra y, cuando Frederica rompió a llorar una vez nos sentamos, la sacó del salón y no volvió hasta el cabo de un buen rato. Cuando lo hizo, vino con los ojos enrojecidos y estaba tan desasosegada como antes.

No volvimos a ver a su hija.

El pobre Reginald estaba muy preocupado al ver a su amiga tan alterada y la contemplaba con una solicitud tan tierna que yo, que pude sorprenderla a ella observando el rostro de él con alborozo, estuve a punto de perder la paciencia. Esta representación patética duró toda la tarde y esa demostración tan descarada y artera me convenció de que en realidad no sentía nada.

Yo estoy más irritada con ella desde que he visto a su hija. A la pobre chica se la ve tan infeliz que me duele en el alma. Lady Susan es sin duda demasiado severa, puesto que Frederica no parece poseer un temperamento que haga necesario la severidad. Parece extraordinariamente tímida, abatida y compungida.

Es muy guapa, aunque no tanto como su madre, y no se parece a ella. Es de tez delicada sin llegar a ser pálida, aunque tampoco muestra tanto vigor como lady Susan. Tiene el semblante de los Vernon, el rostro ovalado y los ojos moderadamente negros, con una peculiar dulzura en su mirada cuando habla con su tío o conmigo. La tratamos amablemente y eso nos ha granjeado su gratitud. Su madre ha insinuado que es de temperamento intratable, pero nunca he visto un rostro menos indicativo de actitud malévola que el suyo y, por lo que llevo visto de la relación entre ellas, la implacable severidad de lady Susan y el abatimiento callado de Frederica, me inclino a pensar que la madre no alberga amor verdadero por su hija y nunca ha sido justa con ella, ni la ha tratado con cariño.

Aún no he tenido ocasión de entablar una conversación con mi sobrina. Es tímida y creo que se esfuerzan para evitar que pase mucho rato conmigo. No ha trascendido nada satisfactorio que explique el motivo de su escapada. Su bondadoso tío, puedes estar segura, tuvo miedo de alterarla si le preguntaba demasiadas cosas durante el viaje. Me hubiera gustado poder ir yo a buscarla en lugar de él. Creo que habría descubierto la verdad durante ese viaje de cincuenta kilómetros.

El pequeño pianoforte ha sido trasladado, a petición de lady Susan, al salón de su habitación y Frederica pasa gran parte del día con él. Ensayando, dicen, pero apenas he podido percibir ningún sonido cuando paso cerca de la estancia. Lo que hace allí, no lo sé. Hay muchos libros en el salón, pero una niña que ha crecido salvaje durante los primeros quince años de su vida, ¿cómo va a poder o querer leer? ¡Pobre criatura! La vista desde su ventana no es muy instructiva, ya que ese dormitorio da al prado, con el jardín de arbustos en un lateral, donde ella puede contemplar a su madre paseando durante horas junto a Reginald, ambos enzarzados en serias conversaciones.

Una chica de la edad de Frederica tiene que ser muy infantil para que esas cosas no la afecten. ¿No es imperdonable dar un ejemplo así a su hija? Reginald sigue creyendo que lady Susan es la mejor de las madres y ¡sigue condenando a Frederica como una niña inútil! Está convencido de que su intento de huida no tiene ninguna causa justificable y que no hubo nada que lo provocara. Naturalmente, no puedo asegurar que lo hubo, pero, aunque la señorita Summers afirma que la señorita Vernon no demostró obstinación ni maldad durante su estancia en la calle Wigmore hasta que se descubrió su plan, no puedo dar crédito tan fácilmente a lo que lady Susan le ha hecho creer a él y quiere hacerme creer a mí: que fue simplemente la impaciencia ante la disciplina y el deseo de escapar de la tutela de sus profesores lo que originó el plan de su fuga. ¡Oh, Reginald!, ¡cómo ha esclavizado tu juicio! Ni tan sólo admite que sea hermosa; cuando hablo de su belleza, contesta sólo que: ¡no hay brillo alguno en sus ojos!

A veces está convencido de que la capacidad de razonamiento de la chica es deficiente y, en ocasiones, es su temperamento el que tiene la culpa. En resumidas cuentas, cuando una persona quiere mentir constantemente, le es imposible ser consistente. Lady Susan necesita para justificarse ella misma que la culpa sea de Frederica y, seguramente, ha creído conveniente acusarla de maldad algunas veces y, en otras, lamentar su falta de juicio. Reginald sólo repite lo que ella dice.

Atentamente,

Cath. Vernon

CARTA 18

De la misma a la misma

Churchill

Querida señora:

Me alegra saber que mi descripción de Frederica Vernon le ha interesado, puesto que, ciertamente, creo que ella merece su consideración y, en cuanto le haya comunicado una noción que recientemente se me ha hecho evidente, estoy segura de que sus amables opiniones en su favor se verán acentuadas.

No puedo evitar pensar que ha empezado a tomarle cariño a mi hermano.

¡Tan a menudo veo sus ojos fijados en su rostro con una notable expresión de admiración meditabunda! Él es, sin duda, muy apuesto y aún hay más, hay una franqueza en sus modales que debe de resultar muy atractiva y estoy segura de que ella lo percibe. Pensativa y meditabunda en general, ella siempre tiene su semblante alegre; esboza una sonrisa cuando Reginald dice alguna cosa divertida y, si el tema es tan serio que él no para de hablar, mucho me equivoco o ni una sola sílaba de las que él pronuncia se le escapan.

Es mi intención que él se percate de todo esto, porque ya conocemos la fuerza de la gratitud en un corazón como el suyo. Si pudiera el afecto libre de artería de Frederica separarle de su madre, podríamos bendecir el día que vino a Churchill. Creo, mi querida señora, que no la reprobaría como hija. Es, ciertamente, extremadamente joven, ha tenido una educación descuidada y un espantoso ejemplo de ligereza en su madre, pero, con todo, creo estar en condiciones de decir que su predisposición es excelente y sus cualidades naturales muy buenas.

Aunque le faltan condiciones, no es en absoluto tan ignorante como cabría esperar. Aprecia los libros y pasa la mayor parte del tiempo leyendo. Su madre le concede más libertad ahora que antes y yo estoy con ella siempre que puedo, habiéndome esforzado por vencer su timidez. Somos muy buenas amigas y, aunque nunca habla delante de su madre, sí lo hace lo suficiente, cuando está a solas conmigo, como para que no me quepa duda de que si lady Susan la tratara adecuadamente, ganaría enormemente en cualidades. No puede haber un corazón más tierno ni cariñoso, ni modales más agradecidos, cuando se comporta libre de restricciones. Sus primitos la quieren mucho.

Cordialmente,
Cath. Vernon

CARTA 19

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Sé que estarás ansiosa por saber más cosas de Frederica y tal vez me hayas juzgado negligente por no haberte escrito antes. Llegó con su tío hace ya quince días y, naturalmente, le pregunté en seguida por la razón de su comportamiento y, de inmediato, me di cuenta de que había acertado por completo al atribuirlo a mi carta. Lo que en ella anunciaba hizo que se asustara de tal modo que, para llevarme la contraria de manera infantil, a la vez que movida por la insensatez y sin considerar que aunque huyera de la calle Wigmore no tenía manera de escapar a mi autoridad, decidió abandonar esa casa y dirigirse directamente a la casa de sus amigos, los Clarke. Llegó a alejarse dos calles cuando, afortunadamente, se dieron cuenta de su marcha y la alcanzaron.

Así fue la primera gran hazaña de la señorita Frederica Susanna Vernon. Si tenemos en cuenta que la ha realizado a la tierna edad de dieciséis años, podemos albergar los pronósticos más halagadores para su futuro renombre.

Con todo, me han irritado mucho las invocaciones al decoro que han permitido a la señorita Summers rechazar a la niña. Me parece que ha tenido una gran sutileza, considerando las conexiones de la familia de mi hija, que no puedo suponer otra cosa que lo que teme es que nunca conseguirá su dinero. Sea como fuere, Frederica ha vuelto a mis manos y, no teniendo nada que hacer, se dedica a seguir con sus planes románticos que ya empezó en Langford. ¡De hecho, se está enamorando de Reginald de Courcy! Desobedecer a su madre, rechazando una oferta a la que no se le pueden hacer objeciones, no le basta; quiere entregar sus afectos sin tener la aprobación de su madre. Nunca he visto a una chica de su edad facilitar tanto a los hombres que la tomen como un pasatiempo. Sus sentimientos son tolerablemente intensos y actúa con una falta de astucia encantadora para demostrarlos, así que sólo se puede esperar que cualquier hombre que se cruce con ella la ridiculice y desprecie.

La falta de astucia nunca conseguirá nada en asuntos amorosos y esa chica es una ingenua de nacimiento. Esa falta de astucia le viene por naturaleza o por amaneramiento. Aún no estoy segura de que Reginald se haya dado cuenta de qué está tramando ni tampoco importa mucho. Él, por el momento, se muestra indiferente. Si él llegara a percibir sus emociones, sólo la menospreciaría. Los Vernon admiran su belleza, pero eso no ha causado ningún efecto en él. Goza por completo de los favores de su tía porque, naturalmente, se parece muy poco a mí. Es la compañera perfecta para la señora Vernon, a la que le encanta ser la mejor y la más juiciosa e ingeniosa durante una conversación. Frederica nunca la eclipsará. Cuando llegó, me esforcé para que no pudiera estar mucho tiempo con su tía, pero ahora me he relajado, puesto que creo que puedo confiar en que ella respete las reglas que he fijado para su relación.

No creas, sin embargo, que tanta indulgencia me ha hecho abandonar ni por un momento mis planes en relación con su matrimonio. No; en lo tocante a este punto, no voy a alterar mis intenciones aunque aún no he decidido la manera en que lo llevaré a término. No sería una buena idea ocuparse del asunto aquí, expuesta a las prudentes opiniones del señor y la señora Vernon, pero tampoco puedo permitirme ir a la ciudad. La señorita Frederica tendrá, pues, que esperar un poco.

Cordialmente,

S. Vernon

CARTA 20

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Mi querida madre, tenemos un invitado inesperado. Llegó ayer. Oí que un carruaje se detenía en la puerta mientras estaba con mis hijos que cenaban.

Al suponer que me necesitarían, dejé a los niños y, en mitad de la escalera, encontré a Frederica, pálida como la luna, que subía corriendo. Pasó precipitadamente a mi lado en dirección a su habitación. La seguí al instante y le pregunté qué ocurría. «¡Oh! —exclamó—, ha venido, sir James ha venido! ¿Qué voy a hacer?» Esta respuesta no era explicación alguna y le rogué que me aclarara a qué se refería. En ese instante, nos interrumpió alguien que llamaba a la puerta. Era Reginald, que venía de parte de lady Susan a buscar a Frederica. «¡Es el señor De Courcy! —exclamó ella, ruborizándose ostensiblemente—. Mamá me pide que baje y tengo que hacerlo»

Bajamos los tres y vi que mi hermano escrutaba el rostro aterrorizado de Frederica con sorpresa. Encontramos a lady Susan en el salón para desayunar, junto a un joven de aspecto refinado, que me fue presentado con el nombre de sir James Martin. La misma persona, como recordará, que ella había hecho todo lo posible por distanciar de la señorita Manwaring. Al parecer, su conquista no tenía como objetivo la misma lady Susan o, en todo caso, la ha transferido ahora a su hija. Sir James está desesperadamente enamorado de Frederica y, además, le anima completamente a ello su madre. A la pobre chica, sin embargo, estoy segura de que él le disgusta mucho. Aunque su persona y trato son muy adecuados, nos parece, tanto al señor Vernon como a mí, un joven muy débil.

Frederica estaba tan retraída y confundida cuando entró en la estancia, que me apené por ella. Lady Susan dispensaba muchas atenciones a su visitante, aunque creo que pude percibir que no se sentía especialmente feliz de verle. Sir James hablaba mucho y me presentó muchas disculpas sensatas por haberse tomado la libertad de venir a Churchill (se reía con demasiada frecuencia mientras ofrecía más excusas de lo que el tema requería). Repitió muchas veces lo mismo y le dijo a lady Susan, tres veces, que había visto a la señora Johnson unos días atrás. De vez en cuando, se dirigía a Frederica, aunque normalmente hablaba con su madre. La pobre chica permaneció sentada sin mover los labios, con la mirada baja, mientras los colores de su rostro iban cambiando a cada instante. Reginald, mientras tanto, observaba todo lo que ocurría en perfecto silencio.

Finalmente, lady Susan, creo que cansada de la situación, propuso salir a pasear y dejamos a los dos caballeros para ir a ponernos algo de abrigo. Cuando subíamos, lady Susan me solicitó permiso para acompañarme a mis aposentos, puesto que estaba ansiosa por hablar conmigo en privado. Fuimos juntas y, cuando cerré la puerta, dijo: «Nunca había tenido una sorpresa en la vida como con la llegada de sir James. Lo inesperado de su visita requiere que me disculpe ante ti, mi querida hermana, aunque para mí, como madre, supone un gran halago. Está tan enamorado de mi hija que no ha podido resistir por más tiempo el venir a verla. Sir James es un joven de buen trato y con un carácter excelente. Un poco demasiado atolondrado, tal vez, pero dentro de un par de años lo habrá rectificado. Por todo lo demás, es una pareja perfectamente adecuada para Frederica y siempre he aceptado su afecto con el mayor de los placeres. Estoy segura de que tanto tú como mi hermano daréis a la alianza vuestra aprobación sincera. No había mencionado la posibilidad de que este hecho se llevara a cabo hasta ahora, porque creía que, mientras Frederica estuviera en la escuela, sería mejor que no se supiera. Sin embargo, ahora que estoy convencida de que Frederica es ya demasiado mayor para ser sometida al confinamiento de una escuela, he empezado a considerar la unión con sir James como algo no muy lejano. Había pensado en informaros a ti y al señor Vernon de todo el asunto dentro de unos días. Estoy segura, mi querida hermana, que me disculparás por haber guardado silencio al respecto durante tanto tiempo y estarás de acuerdo conmigo que la situación, mientras el desenlace siga de momento en suspenso, requiere discreción. Cuando dentro de unos años, disfrutes de la felicidad de entregar a tu encantadora Catherine a un hombre igual de excepcional, por familia y por carácter, sabrás lo feliz que me siento yo ahora. Aunque, ¡Dios sea loado!, no tendrás tantos motivos como yo tengo por alegrarte de que algo así ocurra. Catherine será una mujer muy dotada, no como mi Frederica, que depende de un enlace afortunado para gozar de una vida confortable».

Concluyó pidiéndome que la felicitara. Lo hice, aunque creo que con un deje de incomodidad. De hecho, la revelación tan repentina de un asunto tan importante me dejó sin ánimo para hablar con franqueza. Me dio las gracias, sin embargo, con grandes muestras de afecto, por preocuparme por el bienestar de ella misma y de su hija y, entonces, dijo: «No sirvo para mostrar mi afecto, querida hermana, y nunca he tenido el talento necesario para demostrar sentimientos ajenos a mi corazón. Por lo tanto, confío en que me creerás cuando te diga que, a pesar de los halagos que había oído en tu favor antes de conocerte, no esperaba llegar a quererte tanto como te quiero ahora; debo añadir que tu amistad me resulta especialmente gratificante, porque tengo motivos para creer que hubo intentos para predisponerte en mi contra. Me gustaría que ellos, quienes quiera que sean y con los cuáles estoy en deuda por unas intenciones tan generosas, pudieran ver la relación presente que nos une y comprobaran el afecto verdadero que sentimos la una por la otra. Pero no te entretengo más. Que Dios te bendiga por tu bondad para conmigo y mi hija, y que no te abandone la felicidad que gozas».

¿Qué se puede decir de una mujer así, querida madre? ¡Tan seria y tan solemne al hablar! Con todo, no puedo dejar de sospechar que nada de cierto hay en lo que dijo.

En cuanto a Reginald, creo que no sabe cómo reaccionar ante esta situación. Cuando llegó sir James, se quedó perplejo y lleno de asombro. El arrojo del joven y la confusión de Frederica le dejaron absorto. Pese a que lady Susan le ha soltado un discursito en privado que parece haber surtido su efecto, sigue mostrándose dolido, estoy convencida, de que ella haya permitido las atenciones de un hombre así hacia su hija.

Sir James se invitó a sí mismo con gran elegancia a permanecer aquí unos días. Dijo que esperaba que no pensáramos que era inadecuado y que era consciente de su impertinencia, pero se tomó las libertades de un familiar y concluyó expresando su deseo, con una carcajada intercalada, de que pronto podría llegar a serlo. Incluso lady Susan parecía un poco desconcertada, por ser tan directo. En el fondo, estoy convencida, preferiría que se fuera.

Pero algo habrá que hacer por esta pobre chica, si sus sentimientos son los que tanto su tío como yo pensamos que son. No podemos permitir que se la sacrifique por intereses o por ambición. No debemos dejar que sufra por temor a ello. Una chica cuyo corazón sabe apreciar a Reginald de Courcy merece un destino mejor que el de ser la esposa de sir James Martin. En cuanto pueda estar a solas con ella, descubriré la verdad aunque parece querer evitarme. Espero que esto no sea causado por nada negativo y que no descubra ahora que la he juzgado con demasiada benevolencia. Su comportamiento con sir Jame demuestra, sin duda, una gran sensatez mostrando su incomodidad, pero no consigo ver en ello otra cosa que no sea una forma de alentar al pretendiente.

Reciba un saludo, mi querida señora.

Atentamente,

Cath. Vernon

CARTA 21

Señorita Vernon al señor De Courcy

Señor:

Espero que me disculpe esta libertad que me tomo. Me veo obligada a ello por el mayor de los desasosiegos. Si no fuera así, me avergonzaría por importunarle de esta manera. Soy muy desgraciada a causa del señor sir James Martin y no encuentro otra manera para remediarlo que escribiéndole a usted, ya que me han prohibido hablar con mi tío y mi tía del asunto. Me temo que recurrir a usted será seguramente un error, como si sólo atendiera a la letra y no al espíritu de las órdenes de mamá. Pero si usted no se pone de mi lado y la convence de que cambie de actitud, no me sentiré aliviada, ya que no soporto a ese hombre. Ningún ser humano aparte de usted tiene oportunidad alguna de influir en ella. Si tuviera la infinita bondad de defenderme ante ella y de persuadirle de que obligue a sir James a irse, le estaré más agradecida de lo que me es posible expresar. Desde un principio, ha sido una persona que me desagrada, no se trata de algo repentino, se lo aseguro. Siempre le he considerado tonto, impertinente y nada agradable, y ahora aún ha ido a peor. No sé cómo pedirle disculpas por esta carta. Sé que es tomarse una libertad muy grande y sé lo terriblemente furiosa que se pondría mamá al saberlo, pero debo correr ese riesgo.

Su humilde servidora,

F. S. V.

CARTA 22

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

¡Esto es intolerable! Mi querida amiga, nunca antes me había sentido tan furiosa y tengo que desahogarme escribiéndote a ti, que sé que comprenderás mis sentimientos. ¿Quién se presentó el martes? ¡Sir James Martin! Imagínate mi asombro e irritación. Bien sabes que no deseaba verle en Churchill. ¡Qué lástima que no hubieras podido conocer sus intenciones de antemano!

No satisfecho con venir, se invitó a sí mismo a quedarse unos días. ¡Le habría envenenado! Reconduje, sin embargo, la situación como mejor pude y le conté mi historia con gran éxito a la señora Vernon quien, fuera cual fuera su auténtico sentir, no se opuso a mis opiniones. Obligué, asimismo, a Frederica a que se comportara cortésmente con sir James y le di a entender que estaba absolutamente decidida a su matrimonio con él. Ella murmuró algo sobre su desgracia, pero eso fue todo. Últimamente, he creído que esa unión era la mejor decisión, especialmente al contemplar cómo el afecto por Reginald avanzaba rápidamente y al no estar completamente segura de que ese afecto no termine siendo correspondido. A mis ojos, un apego fundado en la compasión me hace menospreciar a ambos, pero no tengo la seguridad de que no vaya a producirse este desenlace. Es cierto que Reginald no se ha distanciado de mí ni un ápice, pero últimamente ha mencionado a Frederica con espontaneidad y sin que fuera necesario. En una ocasión, dijo incluso algo halagando su persona.

Él fue quién mostró más asombro al aparecer mi visitante y, al principio, observaba a sir James con atención. Ello me complacía, aunque también intervenían los celos, pero, desafortunadamente, me ha sido imposible atormentarle ya que sir James, aunque muy caballeroso conmigo, muy pronto dio a entender a todo el mundo que su corazón estaba dedicado a mi hija.

No tuve grandes dificultades en convencer a De Courcy, cuando estuvimos a solas, de que estaba perfectamente justificado mi deseo de casarles. El asunto parecía quedar zanjado cómodamente. Ninguno de ellos pudo evitar darse cuenta de que sir James no es ningún Salomón, pero prohibí expresamente a Frederica que se quejara a Charles Vernon o a su mujer. Así, ellos no podrían intentar inmiscuirse. Mi impertinente hija, sin embargo, no deseaba otra cosa, según creo, que encontrar la oportunidad de acudir a ellos.

Todo transcurría con calma y, a pesar de que yo contaba las horas hasta la partida de sir James, mi mente estaba completamente satisfecha con el estado de las cosas. Imagínate, pues, lo que sentí cuando todos mis planes se alteraron. Y, además, por la persona que menos razón me había dado para recelar. Reginald ha venido esta mañana a mis aposentos con un semblante excepcionalmente solemne y, después de algunos prolegómenos, me ha informado con mucha verborrea que deseaba discutir conmigo sobre lo inadecuado y cruel que sería el permitir que sir James Martin obtuviera a mi hija en contra de la opinión de ella. Me he quedado muda de asombro. Cuando he visto que no podía tomarme a broma sus comentarios, le he exigido con serenidad una explicación y le he rogado que me dijera los motivos de esa actitud y el nombre de la persona que le había encomendado que me amonestara. Entonces, me ha dicho, añadiendo a sus palabras unos cuantos cumplidos insolentes y muestras de ternura fuera de lugar que yo he escuchado con perfecta indiferencia, que mi hija le había informado de algunos hechos que la implicaban a ella misma, a sir James y a mí, que le habían intranquilizado muchísimo.

En resumen, he descubierto que ella le había escrito una carta, solicitándole que interviniera y que, al recibirla, él había ido a hablar con ella sobre la cuestión, para enterarse de los particulares y para confirmar sus verdaderos deseos.

No me cabe la menor duda de que la chica aprovechó la oportunidad para tratar de enamorarle. Estoy convencida de ello por la manera en que él hablaba de ella. ¡Mucho bien le hará un amor así a él! Despreciaré siempre al hombre que puede contentarse con una pasión que nunca estuvo en su ánimo inspirar, ni solicitar. Los detestaré a ambos para siempre. No puede ser que sienta verdadero apego por mí; si así fuera, no habría escuchado a mi hija. Y ella, ¡entregarse a la protección de un joven con el que apenas había intercambiado un par de frases! Igualmente humillada me siento por su insolencia y su credulidad. ¿Cómo se ha atrevido a pensar lo que le dijo a Reginald en mi contra? ¿No debería haber mostrado confianza en que yo debía de tener motivos inconfesables para todo lo que he hecho? ¿Donde está su fe en mi buen juicio y bondad hacia ella. ¿Dónde la desconfianza que el auténtico amor habría opuesto a una persona que me difamaba más aún tratándose, no de una persona, sino de una niña descreída, sin talento ni educación, y a quien yo le había enseñado a despreciar?

Mantuve la calma, pero aun la paciencia más extrema acaba por ceder y espero haber sido lo bastante punzante. Se esforzó, se esforzó con vehemencia, para apaciguar mi resentimiento, pero es inepta la mujer que, habiendo sido insultada por una acusación, se deja influir por los halagos. Finalmente, se fue, tan alterado como yo, habiendo mostrado, sin embargo, su irritación de modo más patente que yo. Yo me mostraba serena, pero él dio rienda suelta a la indignación más agresiva. Eso me hace pensar que se apaciguará aún más rápidamente y, tal vez, desaparezca para siempre, mientras mi indignación la encontrará fresca e implacable.

Se ha encerrado ahora en sus aposentos. «¡Qué amargos deben de ser sus pensamientos!», podría pensarse, pero los sentimientos de algunas personas son incomprensibles. Aún no me he tranquilizado lo suficiente como para ver a Frederica. Ella no ha de olvidar con facilidad lo que hoy ha ocurrido. Se ha de dar cuenta de que ha expuesto su tierna historia de amor en vano y que se ha expuesto para siempre al desprecio del mundo entero y al rencor más estricto de su ofendida madre.

Atentamente,

S. Vernon

CARTA 23

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

¡Permítame felicitarle, mi queridísima madre! El asunto que nos había creado tanta ansiedad se está aproximando a un desenlace feliz. Las perspectivas son de lo más deliciosas y, ya que todo ha dado un giro de lo más favorable, lamento ahora haberle transferido mis temores, ya que tal vez el placer de saber que el peligro ha pasado es un precio demasiado elevado para compensar los sufrimientos que ha soportado.

Estoy tan excitada que casi no puedo sostener la pluma. He resuelto, sin embargo, enviarle unas líneas por medio de James, para que tenga una explicación de lo que sin duda le asombrará: Reginald regresará a Parklands.

Hace media hora, estaba sentada en el salón donde solemos desayunar con sir James, cuando mi hermano me ha llamado para que saliera un instante.

En seguida me he dado cuenta de que ocurría algo. Su rostro estaba alterado y hablaba con mucha ansiedad. Ya conoce su vehemencia cuando algo le interesa.

«Catherine —me ha dicho—, regreso hoy casa. Siento dejarte, pero debo irme. Hace ya mucho que no veo a mi padre y a mi madre. Voy a enviar a James de inmediato con mis caballos. Si tienes alguna carta que enviar, él puede llevarla. Yo no llegaré a casa hasta el miércoles o el jueves, ya que primero pasaré por Londres, donde tengo asuntos que atender. Pero antes de irme —ha añadido, bajando la voz, aunque aún con mucha energía—, debo advertirte sobre una cosa: no dejes que ese Martin haga infeliz a Frederica

Vernon. Él quiere casarse con ella y su madre promueve la unión, pero ella no soporta esa idea. Ten la seguridad de que hablo con la certeza de que es correcto todo lo que digo. Sé que Frederica es desgraciada por el hecho de que sir James siga aquí. Es una chica buena y merece un destino mejor. Haz que se marche de inmediato. Él es sólo un bobo, pero lo que pueda tramar su madre, ¡sólo el cielo lo sabe! Adiós —ha agregado, dándome la mano seriamente—, no sé cuando me volverás a ver, pero recuerda lo que te he dicho de Frederica. Tiene que ocuparte de este asunto, para que se haga justicia con ella. Es una chica sincera y tiene un mente superior a lo que le habíamos atribuido.»

Entonces se ha marchado corriendo escaleras arriba. No he intentado detenerle, porque sabía lo que debía de sentir. La naturaleza de lo que yo he sentido mientras le escuchaba no hace falta que la describa. He permanecido inmóvil en ese lugar durante un par de minutos, presa del asombro, un asombro de lo más agradable, naturalmente. He necesitado reflexionar un poco para poder sentirme feliz y tranquila.

Al cabo de diez minutos de haber vuelto al salón, ha entrado lady Susan. Había deducido, obviamente, que ella y Reginald habían discutido y he escrutado con una curiosidad ansiosa su rostro para obtener una confirmación de mis sospechas. La maestra del engaño, sin embargo, parecía perfectamente despreocupada y, después de hablar de temas intrascendentes durante un rato, me ha dicho: «Me he enterado por Wilson de que vamos a perder al señor De Courcy. ¿Es cierto que deja Churchill esta mañana?». Le he contestado que efectivamente era cierto. «No nos dijo nada de eso anoche —ha contestado, riendo—, ni siquiera esta mañana durante el desayuno. Tal vez ni él mismo lo sabía. A menudo, los jóvenes son impetuosos en sus decisiones e igual de abruptos para tomarlas que inconstantes para llevarlas a cabo hasta el final. No me sorprendería que volviera a cambiar de parecer y no se marchara». Entonces, ella ha salido del salón. Confío, mi querida madre, en que no haya motivos para temer más cambios en sus planes actuales. Las cosas han ido demasiado lejos. Deben de haber discutido. Sin duda, sobre Frederica. Su calma me asombra. Qué placer supone el poder volver a verle como es y poder considerarle aún merecedor de su autoestima; es aún capaz de proporcionar felicidad.

Cuando vuelva a escribirla, espero poder decirle que sir James ya se ha marchado, que lady Susan ha desaparecido y que Frederica está tranquila. Tenemos mucho que hacer, pero se hará. Estoy impaciente por saber cómo se ha producido este cambio asombroso. Termino como empecé, con mi más cordial felicitación.

Atentamente,
Cath. Vernon

CARTA 24

De la misma a la misma

Churchill

¡Mi querida madre, poco podía imaginar, cuando mandé mi última carta, que la deliciosa exaltación de ánimo que me embargaba entonces se volvería tristeza con tanta celeridad! Nunca lamentaré lo suficiente haberle escrito en ese instante. Pero, ¿quién podía predecir lo que ha ocurrido? Querida madre, todo lo que me llenaba de esperanza hace dos horas se ha esfumado. La discusión que había enfrentado a lady Susan y a Reginald no ha servido para nada y se han reconciliado. Estamos como antes. Tan sólo hemos ganado en una cosa: sir James Martin ya no está aquí. ¿Qué debemos esperar ahora? Naturalmente, estoy muy decepcionada. ¡Reginald estaba a punto de partir, su caballo estaba preparado y sólo faltaba que lo acercaran a la puerta!

¿Quién no se habría podido sentir a salvo?

Estuve esperando el momento de su partida durante media hora. Cuando le envié a usted la carta, fui a ver al señor Vernon y me senté con él para discutir y comentar todo este asunto. Luego, me decidí a buscar a Frederica, a la que no había visto desde el desayuno. La encontré en las escaleras, vi que estaba llorando y mantuvimos el siguiente diálogo:

—Querida tía mía —dijo—, se va, el señor De Courcy se marcha y todo es por culpa mía. Usted estará muy enfadada, pero yo no sabía que iba a terminar así.

—Amor mío —repliqué—, no es necesario que te disculpes conmigo. Me sentiré en deuda con cualquier persona que sea la causa de que mi hermano se vaya a casa, porque sé —añadí, con precaución— que mi padre anhela mucho verle. Pero, ¿qué es lo que tú has hecho para ser el motivo de todo esto? Se ruborizó y respondió:

—Era tan infeliz por el asunto de sir James, que no pude evitarlo. He hecho algo malo, lo sé, pero no sabe el desasosiego en que vivía. Mi madre me había prohibido que hablara con usted o con mi tío de ello y...

—... y de ahí que te hayas dirigido a mi hermano, para conseguir su intervención —interrumpí yo, para ahorrarle las explicaciones.

—No, pero le he escrito. Sí, lo he hecho. Esta mañana me he levantado antes del amanecer, cuando aún faltaban unas dos horas y, cuando he terminado la carta, he pensado que nunca tendría el coraje de entregársela. Después de desayunar, sin embargo, cuando me dirigía a mi habitación, me he cruzado con él y entonces, como si supiera que todo dependía de ese momento, me he obligado a dársela. No me he atrevido a mirarle y he salido corriendo al instante. Estaba tan asustada que apenas podía respirar. Querida tía, no sabe el desasosiego en que vivía.

—Frederica —dije—, deberías de haberme contado a mí todas tus penas.

Habrías encontrado en mí a una amiga dispuesta siempre a ayudarte. ¿Crees que tu tío y yo no habríamos abrazado tu causa con tanta convicción como mi hermano?

—Por supuesto que sí, no dudo de su bondad —repuso, ruborizándose de nuevo—, pero yo creía que el señor De Courcy tenía poder para cualquier cosa con mi madre. Me equivocaba. Han tenido una discusión espantosa sobre ello y él se va. Mamá nunca me perdonará y sufriré más que antes.

—No, no sufrirás —contesté—. En un caso como éste, la prohibición de tu madre no debería haberte impedido hablar conmigo del asunto. No tiene ningún derecho a hacerte desgraciada y no lo hará. Que hayas recurrido a Reginald, sin embargo, será provechoso y bueno para todos. Las cosas están bien como están. Puedes contar que no volverás a sentirte desdichada.

En ese momento, mi asombro fue enorme, al ver a Reginald salir de los aposentos de lady Susan. Mi corazón receló al instante. Su confusión al verme era evidente. Frederica desapareció de inmediato.

—¿Te marchas ya? —pregunté—. Encontrarás al señor Vernon en su salón.

—No, Catherine —contestó—, no me voy. ¿Tienes un momento para hablar conmigo?

—Me he dado cuenta —dijo, una vez en mi habitación—, que he actuado con mi insensato ímpetu habitual. He interpretado mal a lady Susan por completo y he estado a punto de irme de esta casa con una impresión falsa de su conducta. Ha habido un gran error. Me temo que todos hemos cometido un error.

Frederica no conoce a su madre. Lady Susan no quiere otra cosa que el bien de su hija, pero Frederica no quiere ser su amiga. Lady Susan, por lo tanto, no siempre sabe qué es lo que puede hacer feliz a su hija. Además, yo no tenía ningún derecho a inmiscuirme. La señorita Vernon se equivocó al acudir a mí. En resumidas cuentas, Catherine, todo ha ido por mal camino, pero felizmente todo se ha aclarado. Creo que lady Susan quiere hablar contigo de ello, si te parece bien.

—Sin duda —contesté, suspirando profundamente al escuchar una historia tan patética. Me abstuve de hacer comentarios, puesto que las palabras habrían sido en vano.

Reginald se alegró de poder retirarse y fui a ver a lady Susan, curiosa, naturalmente, por escuchar su versión de los hechos.

—¿No te había dicho —preguntó, esbozando una sonrisa— que tu hermano no nos dejaría después de todo?

—En efecto, sí —repuse yo, con gravedad—, pero quise creer que no sería así.

—Yo no habría aventurado una opinión tal —replicó—, si no me hubiera dado cuenta, en ese momento, de que su decisión de partir estaba seguramente motivada por una conversación que habíamos mantenido esta mañana y que había terminado poco satisfactoriamente, y todo por causa de no haber comprendido uno el sentido de las palabras del otro. Me he dado cuenta de eso en ese instante e, inmediatamente, he decidido que una discusión anecdótica, de la que seguramente yo soy tan culpable como él, no debía privarte a ti de tu hermano. Si te acuerdas, he salido del salón acto seguido. No quería perder el tiempo y tenía que aclarar esos malentendidos hasta donde me fuera posible. La cuestión era ésta: Frederica se había negado violentamente a casarse con sir James...

—¿Y te sorprendes por ello? —pregunté, con cierta vehemencia—. Frederica ha demostrado tener un cierto juicio y sir James carece de él.

—Estoy lejos de lamentarlo, mi querida hermana —replicó ella—. Al contrario, me alegra una muestra tan favorable de la sensatez de mi hija. Sir James es sin duda inferior (sus modales de criatura hacen que aún parezca peor), pero si Frederica tuviera la perspicacia y las dotes que me hubiera gustado que mi hija tuviera, o si hubiera sabido que posee tantas como en efecto tiene, no habría anhelado tanto ese matrimonio.

—Resulta raro que seas la única que ignora la sensatez de tu hija.

—Frederica no se hace nunca justicia a sí misma. Su personalidad es tímida e infantil. Además, me tiene miedo. Apenas me quiere. Cuando su pobre padre vivía, fue una chica malcriada. La severidad que, desde entonces, me he visto obligada a aplicarle ha enajenado su afecto. No tiene tampoco esa brillantez intelectual, ese talento y esa fuerza mental que la hará progresar.

—¡Di mejor que ha tenido una educación desafortunada!

—El cielo sabe, querida hermana, lo consciente que soy de eso, pero preferiría olvidar unas circunstancias que mancillarían el recuerdo de alguien cuyo nombre es sagrado para mí.

En este punto, fingió hacerme creer que lloraba. Había agotado mi paciencia.

—¿Pero qué es lo que ibas a decirme, sobre el desacuerdo con mi hermano?—pregunté.

—Se originó por una acción de mi hija que igualmente demuestra su falta de juicio y el desdichado temor por mí que he mencionado. Escribió al señor De Courcy.

—Ya sé que lo ha hecho. Le habías prohibido que hablara con el señor Vernon o conmigo sobre la causa de su desasosiego. ¿Qué podía hacer, sino recurrir a mi hermano?

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¡Qué opinión debes tener de mí! ¿De verdad supones que yo conocía su desdicha? ¿Que era mi objetivo hacer que mi propia hija fuera desgraciada y que yo le había prohibido hablar contigo sobre tal particular por miedo a que perturbaras un plan diabólico? ¿Me crees desposeída de todo sentimiento natural de bondad? ¿Soy yo capaz de condenarla a ella a la infelicidad eterna, cuando conseguir su bienestar es mi primer deber terrenal? La idea es espantosa.

—¿Cuál era, entonces, tu intención, cuando le insististe para que guardara silencio?

—¿De qué iba a servir, querida hermana, recurrir a ti, estuviera como estuviera ese asunto? ¿Por qué debía dejar que te sometiera a ruegos que yo misma rechazaba atender? Ni por tu bien, ni por el suyo, ni por el mío, podía una cosa así ser deseable. Cuando adopté mi decisión, no podía permitir la interferencia, por muy amistosa que fuera, de otra persona. Me equivoqué, es cierto, pero creía que obraba correctamente.

—Pero, ¿en qué consiste ese error, al que tan frecuentemente aludes? ¿De dónde surgió un malentendido tan asombroso, en relación a los sentimientos de tu hija? ¿Sabías que sir James no le complacía?

—Sabía que él no era el hombre que ella habría elegido, pero me convencí de que sus objeciones hacia él no provenían de la percepción de sus defectos. No debes cuestionarme, sin embargo, mi querida hermana, demasiado minuciosamente respecto a ese particular —agregó, cogiéndome la mano afectuosamente—. Admito, con franqueza, que tengo algo que esconder. ¡Frederica me hace muy infeliz! Que recurriera al señor De Courcy me ha afectado mucho.

—¿Qué pretendes dar a entender con este misterio? —pregunté—. Si crees que tu hija siente un afecto especial por Reginald, el hecho de que se opusiera a sir James merecería ser tan atendido como si la causa de su oposición fuera la conciencia de su ineptitud. Y, ¿por qué iba a producirse una discusión entre tú y mi hermano, por una interferencia que, tú ya deberías saber, no está en su naturaleza rechazar, cuando se le solicita de ese modo?

—Su carácter es vehemente, ya lo sabes, y vino a mí para hacerme reproches, lleno de compasión por esta niña mal acostumbrada. ¡Esta heroína en apuros! Se produjo un malentendido entre nosotros: creía que yo tenía más culpa de la que en verdad me corresponde y yo consideré su interferencia menos excusable de lo que la considero ahora. Le aprecio verdaderamente y me mortificó muchísimo comprobar cómo había malversado ese aprecio. Nos acaloramos ambos y, naturalmente, los dos somos culpables. Su decisión de abandonar Churchill se corresponde con su carácter habitual. Cuando supe sus intenciones, sin embargo, al mismo tiempo que empezaba a pensar que habíamos cometido un error parejo, me decidí a pedirle una explicación, antes de que fuera demasiado tarde. Por cualquier miembro de tu familia, sentiré siempre un buen grado de afecto y admito que me habría dolido mucho que mi relación con el señor De Courcy hubiera terminado de modo tan triste. Sólo quiero añadir que, ya que me he convencido de que Frederica tiene motivos razonables para rechazar a sir James, le informaré a él, al instante, de que debe abandonar toda esperanza de unirse a ella. Me riño a mí misma por haberle causado desdicha, aunque inocentemente, por ese particular. La recompensaré con todo lo que esté en mi mano hacer. Si ella valora su felicidad igual que yo, si juzga con ecuanimidad y se comporta como debe, puede estar tranquila. Discúlpame, querida hermana, por abusar de tu tiempo de esta manera, pero me lo debía a mi persona y, después de esta explicación, espero que no haya peligro de perder parte de tu estima.

Podría haberle contestado: «¡No mucha, naturalmente!», pero me marché en silencio. Fue la mayor dosis de paciencia que pude emplear. No habría podido contenerme, si hubiera empezado a hablar. Sus garantías, su engaño...

Pero no voy a recrearme en ello. Ya te habrás hecho una idea suficiente y a mí se me encoge el corazón.

En cuanto pude recuperar un mínimo de compostura, volví al salón. El carruaje de sir James estaba en la puerta y él, alegre como de costumbre, se despidió en seguida. ¡Con qué facilidad alienta o se desprende de los amantes!

A pesar de todo, a Frederica aún se la ve desdichada. Sigue temiendo, tal vez, la ira de su madre y, quizá, también teme que mi hermano se vaya, celosa como está, de que se quede. He visto con qué atención ella le observa a él y a lady Susan. Pobre chica, no albergo ninguna esperanza para ella ahora mismo. No tiene ninguna oportunidad de que sus afectos se vean correspondidos. Mi hermano la ve de un modo muy distinto ahora y le hace cierta justicia, pero su reconciliación con la madre impide cualquier esperanza de cariño.

Prepárese, mi querida señora, para lo peor. Las probabilidades de que acaben casándose han aumentado sin duda. El le pertenece a ella con más seguridad que antes. Cuando ese infeliz suceso tenga lugar, Frederica deberá pertenecemos a nosotros por completo.

Me alegra que mi última carta haya precedido a ésta con tan poco espacio de tiempo, ya que cada momento que pueda ahorrarse de sentir una dicha que tan sólo lleva a la decepción, cuenta.

Atentamente,

Cath. Vernon

CARTA 25

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Recurro a ti, mi querida Alicia, para que me felicites. Otra vez soy yo misma: ¡feliz y victoriosa! Cuando el otro día te escribí, estaba verdaderamente irritada y con justificado motivo. No sé si ahora debería sentirme tranquila, puesto que me ha costado más esfuerzo restaurar la paz de lo que hubiera deseado. ¡Vaya espíritu, que se cree de una integridad superior y que es especialmente insolente! No le perdonaré fácilmente, te lo aseguro. ¡Casi se marcha de Churchill! Acababa de terminar mi última carta, cuando Wilson me comunicó su marcha. Decidí, por tanto, que tenía que hacer algo, ya que no quería dejar mi reputación en manos de un hombre tan violento y resentido. La habría puesto en peligro si le hubiera permitido partir con una impresión tan desfavorable de mí. En esta situación, era necesario ser condescendiente.

Envié a Wilson para que le dijera que deseaba hablar con él antes de su partida. Vino a mí de inmediato. El enojo que había mostrado en cada rasgo de su cara la última vez que nos vimos, había desaparecido en parte. Parecía asombrado de que yo le hubiera mandado llamar y casi deseaba, a la vez que temía, ser apaciguado por lo que yo pudiera decirle.

Si mi semblante expresaba mis intenciones, era entonces compuesto y digno, con un matiz meditabundo que debía de convencerle de que no estaba satisfecha. «Te pido perdón por la libertad que me he tomado al hacerte venir — dije—, pero como acabo de saber que pretendes dejar esta casa hoy mismo, siento que es mi deber rogarte que no acortes tu visita aquí por mi causa. Soy perfectamente consciente de que después de lo ocurrido entre nosotros sería difícil para ambos permanecer por más tiempo en esta casa. Un cambio tan grande y tan notable en la intimidad de una amistad haría que cualquier trato futuro fuera un castigo riguroso. Tu decisión de dejar Churchill es adecuada a nuestra situación y a esos sentimientos tan vivos que sé que posees. Sin embargo, al mismo tiempo, yo sufriría el sacrificio que para ti debe de ser el abandonar a unos familiares a los que estás tan allegado y que te son tan queridos. Mi estancia aquí no puede proporcionar al señor y a la señora Vernon el placer que tu compañía ofrece. Mi visita se ha prolongado probablemente demasiado. Mi partida, por lo tanto, que sea como sea tiene que darse pronto, puede acelerarse convenientemente. Te ruego que no me conviertas en el instrumento de separación de una familia tan afectuosamente unida.

Dónde yo vaya poca importancia tiene para nadie. Incluso para mí misma. Pero tú eres importante para tu familia.» Así terminé y espero que te sentirás orgullosa de mi discursito. El efecto en Reginald justifica en parte mi vanidad, porque no sólo fue favorable, sino que además fue instantáneo. ¡Oh, qué placer obtuve al observar las variaciones de su semblante mientras yo hablaba; ver la lucha entre la ternura y los restos de disgusto! Hay algo que proporciona un gran regocijo al influir en los sentimientos con tanta facilidad. No es que envidie esa posesión, ni querría por nada del mundo ser yo así, pero son tan útiles cuando se desea intervenir en las pasiones de otra persona. Y, con todo, este Reginald, al que unas pocas palabras mías han ablandado, sometido por completo y convertido en alguien más razonable, apegado y más devoto de mí que nunca, se habría marchado con la primera explosión de enojo de su corazón orgulloso, sin dignarse a pedir una explicación.

Por muy humilde que se muestre ahora, no puedo perdonarle ese momento de orgullo y dudo si no debería castigarle: rechazándole, una vez reconciliados, o casándome con él, para fastidiarlo por siempre. Pero estas medidas son demasiado serias para adoptarlas sin reflexionar. Mi mente fluctúa ahora entre varios planes. Tengo muchas cosas que atender: tengo que castigar a Frederica, y muy severamente, por acudir a Reginald. Tengo que castigarle a él, por recibirla con tan buena predisposición y por el resto de su comportamiento. Tengo que atormentar a mi cuñada, por el insolente triunfo que su mirada y sus maneras exhiben desde que se expulsó a sir James. Al reconciliar a Reginald conmigo, no pude salvar a ese desdichado joven. Y tengo que hacer votos de humildad. Para llevar a cabo todo esto, tengo varios planes. También tengo la intención de venir pronto a la ciudad. Sean cuales sean mis decisiones, seguramente pondré ese proyecto en marcha. Londres será siempre el mejor campo de actuación, emprenda el camino que emprenda. Sea como fuere, allí me veré recompensada con tu compañía y un poco de distracción después de diez semanas de penitencia en Churchill.

Creo que tengo en mi mano decidir el compromiso entre mi hija y sir James, después de haberlo deseado durante tanto tiempo. Déjame saber lo que opinas de este extremo. Flexibilidad mental v una predisposición fácilmente ineludible por los demás son atributos que tú sabes que no estoy ansiosa por poseer. Frederica no puede reclamar mi indulgencia a expensas de los deseos de su madre. ¡Y su amor absurdo por Reginald! No hay duda de que es mi deber desalentar ese absurdo romanticismo. Considerándolo todo, pues, parece oportuno que la lleve a la ciudad y la case inmediatamente con sir James.

Cuando mis deseos sean contrarios por este motivo, me servirá estar en buena relación con Reginald, cosa que, por el momento, de hecho, no es así. Aunque está en mi poder, he cedido en el punto que originó nuestra disputa y es difícil saber a quién corresponde la victoria.

Mándame tu opinión sobre todos estos asuntos, querida Alicia, y hazme saber si puedes encontrar un alojamiento adecuado no lejos de ti.

Un abrazo cordial, S. Vernon

CARTA 26

La señora Johnson a lady Susan

Calle Edward

Me siento halagada por tus atenciones y éste es mi consejo: ven a la ciudad sin perder más tiempo, pero deja a Frederica allí. No cabe duda de que es prioritario conseguir tu estabilidad casándote con el señor De Courcy que irritarle a él y al resto de su familia haciendo que tu hija se case con sir James. Deberías pensar más en ti y menos en tu hija. No tiene el talante para que puedas sentirte orgullosa de ella ante el mundo. Y Churchill, con los Vernon, parece el lugar más adecuado para ella. Pero tú si estás hecha para la sociedad y es una pena tenerte exiliada. Deja que Frederica se castigue a sí misma por los apuros que te ha hecho pasar, permitiéndole esa ternura romántica que no le traerá si no desgracias y ven tú a la ciudad tan pronto como puedas.

Tengo otra razón para solicitarte que lo hagas: Manwaring ha llegado a la ciudad esta semana y se las ha ingeniado, a pesar del señor Johnson, para conseguir verme. Se siente absolutamente desgraciado por tu causa y celoso hasta tal punto por los De Courcy que sería muy poco recomendable que ellos se encontraran ahora. Y, sin embargo, si no consientes en verle aquí, no puedo asegurarte que no cometa la imprudencia que llevaría al mismo resultado y que sería la de acudir a Churchill, por ejemplo. ¡Sería espantoso! Además, si sigues mi consejo y te decides a casarte con De Courcy, te resultará indispensable librarte de Manwaring. Sólo tú tienes influencia suficiente para mandarle de nuevo junto a su mujer. Aún tengo otro motivo para que vengas: el señor Johnson se va de Londres el próximo martes. Va a hacer una cura de salud a Bath, donde, si las aguas se muestran favorables con su organismo y mis deseos, la gota lo retendrá varias semanas. Durante su ausencia, podremos decidir qué compañía queremos y divertirnos de verdad. Te invitaría a la calle Edward, pero en cierta ocasión, él me arrancó la promesa de no invitarte nunca a mi casa. Sólo por haberme visto necesitada de dinero, acepté concederle ese deseo. Sin embargo, puedo conseguirte un bonito estudio en la calle Seymour y podemos estar siempre juntas allí o aquí. Considero que mi promesa al señor Johnson sólo comprende (cuanto menos en su ausencia) que no duermas en la casa.

El pobre Manwaring me cuenta historias de los celos de su mujer. ¡Qué mujer tan ingenua: esperar constancia de un hombre tan encantador! Pero siempre ha sido una ingenua y lo demostró con creces al casarse con él. ¡Ella, la heredera de una gran fortuna, y él, sin un penique! Un título, cierto, además de baronía, sí que consiguió. Su desatino al formalizar la unión fue tal que, aunque avalado por el señor Johnson, con el que en general no comparto sus sentimientos, nunca la podré perdonar.

Atentamente, alicia

CARTA 27

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Esta carta, querida madre, te la entregará Reginald. Su larga visita está a punto de concluir por fin, pero me temo que la separación tiene lugar demasiado tarde para hacernos ya ningún bien. Ella se va a Londres a visitar a su amiga, la señora Johnson. Al principio, era su intención que Frederica la acompañara para ser confiada a nuevos profesores, pero conseguimos que desistiera de esa decisión. Frederica estaba desolada con la idea de partir y yo no podía soportar dejarla a merced de su madre. Ni todos los profesores de Londres podrían compensar la alteración de su serenidad. Habría sufrido por su salud y por todo, excepto por sus principios. En eso, no creo que la pueda lastimar su madre o todos los amigos de su madre. Sin embargo, con esos amigos (una mala colección, sin duda), se habría visto obligada a relacionarse o bien habría sido relegada a la soledad más total y no sé decir qué hubiera sido peor para ella. Si estuviera con su madre, además, estaría, ¡ay de mí!, seguramente con Reginald y eso sería lo más perverso de todo.

Aquí recobraremos la calma con el tiempo. Nuestras ocupaciones habituales, nuestros libros y conversaciones, junto con el ejercicio, los niños y todos los placeres domésticos que estén en mi mano procurarle, harán, confío, que supere progresivamente este enamoramiento juvenil. No me cabría la menor duda de ello, si no fuera porque la ofensa la ha causado su propia madre.

Cuánto tiempo estará lady Susan en la ciudad o si volverá a Churchill es algo que ignoro. No debería ofrecerle una invitación cordial, pero si decide venir, no será la falta de cordialidad por mi parte la que le impida hacerlo.

No pude evitar preguntarle a Reginald si tenía la intención de estar en la ciudad durante este invierno, en cuanto supe que los pasos de lady Susan se encaminaban en esa dirección. Aunque respondió con determinación, había algo en su mirada y en su voz que contradecía sus palabras. Me dejo de lamentos. Considero el acto inevitablemente decidido y me resigno a él con desesperación. Si acude pronto a Londres, entonces es que todo es ya inevitable.

Cordialmente.
Cath. Vernon

CARTA 28

La señora Johnson a lady Susan

Calle Edward

Queridísima amiga:

Escribo con el mayor de los desasosiegos. El suceso más desafortunado ha ocurrido. El señor Johnson ha encontrado la manera más efectiva de perjudicarnos. Ha sabido, supongo, por una u otra instancia, que pronto ibas a estar en Londres e, inmediatamente, se las ha arreglado para sufrir un ataque de gota que le obliga a posponer su viaje a Bath, si no a anularlo por completo.

Estoy convencida de que puede invocar o evitar los ataques de gota a voluntad. Lo mismo ocurrió cuando quise ir con los Hamilton a los lagos y, hace tres años, cuando a mí me apetecía ir a Bath; nada consiguió que tuviera un sólo síntoma de gota.

He recibido tu carta y te he reservado alojamiento. Me alegra saber que la mía hizo tanto efecto en ti y que De Courcy está sin duda a tu alcance. Ponte en contacto conmigo en cuanto llegues y dime, especialmente, qué deseas hacer con Manwaring. Es imposible saber cuándo podré verte. Mi confinamiento será extremo. Es un truco tan abominable ponerse enfermo aquí en lugar de en Bath que apenas si logro contenerme. En Bath, sus ancianas tías le habrían mimado, pero aquí me toca a mí hacerlo y él soporta el dolor con tanta paciencia que no tengo ni la más mínima excusa para perder los estribos.

Cordialmente,

Alicia

CARTA 29

Lady Susan Vernon a la señora Johnson

Calle Seymour

Querida Alicia:

No hacía falta este último ataque de gota para que yo detestara al señor Johnson, pero ahora el alcance de mi aversión es incalculable. ¡Tenerte recluida como una enfermera en su casa! Mi querida Alicia, ¡qué error cometiste cuando te casaste con un hombre de su edad! Demasiado viejo para ser agradable y demasiado joven para morir.

Llegué ayer hacia las cinco y, apenas había terminado de comer, cuando Manwaring hizo su aparición. No te ocultaré el placer que me proporcionó el verle, ni como me afectó el contraste entre su persona y sus modales con los de Reginald, para infinita desventaja del segundo. Durante un par de horas, vacilé incluso sobre mi decisión de casarme con él y, aunque era una idea demasiado absurda como para que permaneciera durante mucho tiempo en mente, no me siento muy dispuesta a concretar mi matrimonio, ni anhelo con demasiada impaciencia el momento en que Reginald, según acordamos, llegará a la ciudad. Seguramente, pospondré su venida con uno u otro pretexto.

No debe venir hasta que no se haya marchado Manwaring.

Sigo teniendo dudas a veces en lo que concierne al matrimonio. Si su anciano padre muriera, no lo dudaría, pero estar pendiente de los caprichos de sir Reginald, no se ajusta a la libertad de mi espíritu. Si decido esperar ese suceso, será excusa suficiente, por el momento, el hecho de que apenas hace diez meses que he enviudado.

No le he dado a Manwaring ningún indicio de mis intenciones, ni he permitido que considerara mi relación con Reginald nada más que un simple coqueteo y con eso se ha conformado. Me despido hasta que nos veamos. Estoy encantada con mi alojamiento.

Cordialmente,

S. Vernon

CARTA 30

Lady Susan al señor De Courcy

Calle Seymour

He recibido tu carta y, aunque no intentaré disimular que me complace en extremo tu impaciencia para encontrarte conmigo, siento la necesidad de posponer esa cita. No me juzgues cruel por ejercer un poder así, ni me acuses de inestabilidad sin primero escuchar mis razones. En el curso de mi viaje desde Churchill, tuve tiempo para reflexionar sobre el estado actual de nuestras relaciones y, cada vez que lo he meditado, me he convencido de que requieren un tacto y una precaución en la conducta que hasta ahora hemos desdeñado. Nos hemos visto apresurados por nuestros sentimientos hasta un grado de precipitación que muy mal se aviene con las opiniones de nuestros amigos y las del resto del mundo. No hemos tomado cautela alguna al concretar este compromiso apremiado, pero no debemos culminar nuestra imprudencia ratificándolo cuando hay muchas razones para temer que la unión recibirá la oposición de los amigos de los que dependes.

No podemos culpar a tu padre de sus expectativas para que consigas un matrimonio ventajoso. Siendo las posesiones de tu familia tan extensas, el deseo de incrementarlas, si no es estrictamente razonable, es habitual. Y es normal que nuestra situación le provoque cierta sorpresa y rencor. Tiene el derecho de exigir a una mujer con fortuna por nuera y, a veces, me riño a mí misma por hacerte sufrir con una unión tan imprudente. Sin embargo, la voz de la razón es a menudo escuchada demasiado tarde por aquellos que sienten lo que yo.

Sólo hace ahora unos meses que enviudé y, por poco que me deba a la memoria de mi marido y a la felicidad que me proporcionó durante nuestro matrimonio, no puedo olvidarme de lo poco correcto que resultaría un segundo matrimonio tan pronto: me granjearía la censura del mundo y causaría, lo que aún sería más insoportable, un gran disgusto al señor Vernon. Con el tiempo, tal vez me sienta más fuerte para enfrentarme a la injusticia de las críticas en general, pero, no estoy, como bien sabes, preparada para resistir la pérdida de su estima. Y si a esto añadimos la conciencia de haber herido a tu familia, ¿cómo voy a sobrellevarlo? Con sentimientos tan delicados como los míos, la certeza de haber separado a un hijo de sus padres, me convertiría, incluso estando contigo, en el ser más desgraciado.

Por tanto, es aconsejable posponer nuestra unión, posponerla hasta que el momento sea más prometedor, hasta que la situación cobre un giro más favorable. Para colaborar a ello, creo que la ausencia será necesaria. No debemos vernos. Cruel como pueda parecer esta frase, la necesidad de pronunciarla, que sólo es atribuible a mi causa, te resultará evidente cuando hayas reflexionado sobre nuestra situación, en el contexto en que yo me he visto imperiosamente obligada a formularla. Puedes y debes estar seguro de que nada, sino la más estricta convicción del deber, me podría inducir a herir mis propios sentimientos solicitándote una separación prolongada. De insensibilidad hacia los tuyos, no debes tampoco acusarme. Una vez más, digo pues que no deberíamos, que no debemos, vernos. Manteniéndonos separados unos meses, apaciguaremos los temores fraternales de la señora Vernon, quien, acostumbrada ella misma a disfrutar de las riquezas, considera que son imprescindibles para todo el mundo. Su sensibilidad no es de naturaleza tal que pueda comprender la nuestra.

Escribe pronto, muy pronto. Dime que accedes a mis razones y no me reproches haberlas formulado. No soporto los reproches. Mi ánimo no es tan alto como para admitir reprimendas. Me esforzaré por distraerme en la ciudad. Por fortuna, muchos de mis amigos se encuentran en Londres, entre ellos los Manwaring. Ya sabes cuan cordialmente aprecio ese matrimonio.

Con mi afecto constante, S. vernon

CARTA 31

Lady Susan a la señora Johnson

Calle Seymour

Querida amiga:

Reginald, esa criatura de mis tormentos, está aquí. Mi carta, que pretendía mantenerle más tiempo en el campo, ha hecho que se apresurara a venir a la ciudad. Por mucho que deseara que estuviera lejos, no puedo evitar sentir un gran placer por una demostración de afecto así. Se ha entregado a mí, en cuerpo y alma. Te entregará esta nota él mismo y debe servir de presentación, ya que desea conocerte. Permite que pase la tarde contigo, para que no haya peligro de que vuelva conmigo. Le he dicho que no me encuentro del todo bien y que quiero estar sola. Si vuelve a visitarme, podría dar lugar a confusiones. No se puede confiar en los criados. Haz que permanezca, te lo ruego, en la calle Edward. Verás que no es una compañía pesada y te permito que coquetees con él cuanto quieras. Al mismo tiempo, no olvides cuál es mi interés real. Di todo lo que puedas para convencerle de que me hará muy desgraciada si se queda aquí. Ya conoces mis argumentos: no es lo adecuado, etcétera. Trataría de convencerlo yo misma, pero estoy impaciente por librarme de él, puesto que Manwaring llegará dentro de media hora. Me despido.

S.V.

CARTA 32

La señora Johnson a lady Susan

Calle Edward

Querida criatura:

Estoy desesperada y no sé qué hacer, ni que puedes hacer tú. El señor De Courcy llegó justo cuando no debía. La señora Manwaring acababa de entrar en ese instante en la casa y se abrió paso hasta el señor Johnson, aunque no supe nada de ello hasta más tarde, puesto que yo estaba fuera cuando ella y Reginald vinieron. En caso contrario, le habría despachado a él. Ella estaba encerrada con el señor Johnson, mientras él me esperaba en el estudio. Ella llegó ayer, después de su marido, aunque eso tal vez ya lo sepas por él. Llegó a esta casa para rogarle a mi marido que interviniera y, antes de que yo tuviera noticia alguna, todo lo que pudieras haber deseado que no supiera, lo supo y desgraciadamente ella había conseguido sonsacarle al criado de Manwaring que te había visitado cada día desde que tú llegaste a la ciudad y que ella misma le había visto delante de tu puerta. ¿Qué podía hacer? ¡Los hechos son una cosa tan espantosa! A estas alturas, el señor De Courcy se ha enterado de todo y está a solas con el señor Johnson. No me acuses a mí; era imposible evitarlo. El señor Johnson sospechaba, desde hacía algún tiempo, que De Courcy tenía la intención de casarse contigo y ha querido hablar con él en privado en cuanto ha sabido que se encontraba en la casa.

Esa detestable señora Manwaring, que para tu consuelo debes saber que está más flaca y más fea que nunca, sigue aquí y se han encerrado los tres juntos. ¿Qué se puede hacer? En cualquier caso, él atormentará a su esposa más que antes. Con ansiedad, me despido.

Cordialmente, alicia

CARTA 33

Lady Susan a la señora Johnson

Calle Seymour

Este éclaircissement es de lo más fastidioso. ¡Qué mala suerte que no estuvieras en casa! Creía que estarías, siendo las siete de la tarde. No desfallezco, sin embargo. No te atormentes por mí. Cuenta con ello, puedo hacer que mi historia sea verosímil para Reginald. Manwaring acaba de irse. Me ha contado la llegada de su mujer. ¡Qué mujer más tonta! ¿Qué espera sacar de estas maniobras? Aún así, ojalá se hubiera quedado tranquilamente en Langford.

Reginald se mostrará un poco irascible al principio, pero mañana, a la hora de cenar, todo se habrá arreglado.

Me despido. S.V.

CARTA 34

El señor De Courcy a lady Susan

Hotel

Sólo escribo para despedirme. El encanto se ha roto. Ahora, la veo como es. Desde que nos despedimos ayer, una autoridad incuestionable me ha relatado una historia sobre usted que me ha convencido definitiva y dolorosamente de que he sido objeto de abuso por su parte y de la absoluta necesidad de una separación inmediata y eterna. No creo que le quepa duda sobre a qué me refiero. Langford. Langford, esa palabra es suficiente. He recibido esas informaciones en casa del señor Johnson, de boca de la misma Manwaring.

Sabe lo mucho que la he amado y puede juzgar mis sentimientos presentes, pero no soy tan débil como para caer en la indulgencia de describírselos a una mujer que se vanagloriará de haber provocado mis angustias sin haber permitido que ganaran su afecto.

R. de Courcy

CARTA 35

Lady Susan al señor De Courcy

Calle Seymour

No intentaré describir el asombro que me ha causado la nota que acabo de recibir de ti. Estoy perpleja y me esfuerzo para llegar a una conjetura racional de qué te puede haber contado la señora Manwaring para causar un cambio tan radical en tus sentimientos. ¿No te he explicado todo lo que podría atribuirse a un comportamiento dudoso por mi parte y que la predisposición malvada del mundo ha interpretado en mi contra? ¿Qué puedes haber oído ahora para cuestionar el aprecio que sientes por mí? ¿Alguna vez te he ocultado algo? Reginald, me alteras más de lo que las palabras pueden expresar. No puedo creer que la vieja historia de los celos de la señora Manwaring pueda haber reaparecido, ni tan sólo escuchada otra vez. Ven a verme inmediatamente y te explicaré lo que ahora te parece absolutamente incomprensible. Créeme, la palabra Langford por sí sola no encierra un contenido tan inteligente como para hacer inútil una explicación. Si vamos a separarnos, sería como mínimo educado por tu parte que te despidieras personalmente. No está mi corazón para bromas. Lo digo muy en serio. Perder tu estima, aunque sólo sea durante una hora, es una humillación a la que no sé cómo enfrentarme. Voy a contar los minutos que tardes en venir.

S.V.

CARTA 36

El señor De Courcy a lady Susan

Hotel

¿Por qué me escribe? ¿Por qué me pide detalles? Pero ya que así lo quiere, me veo en la obligación de afirmar que los relatos sobre su comportamiento maligno, mientras vivía su marido y después de su muerte, que habían llegado hasta mí, y que yo creí por completo antes de conocerla, ¡pero que usted, ejerciendo sus habilidades perversas, había conseguido que yo desacreditara!, han sido demostrados como ciertos de manera incontestable. Más aún, me aseguran que una relación, que yo ni siquiera había imaginado, existe desde hace algún tiempo y aún no ha cesado, entre usted y el hombre a cuya familia ha robado la paz a cambio de la hospitalidad que se le ofreció. Que ha mantenido correspondencia con él, desde que se fue de Langford (no con su mujer, sino con él) y que ahora le visita cada día. ¿Puede, se atreve a negarlo? ¡Y todo esto, mientras yo era el pretendiente alentado y aceptado! ¡De qué me he escapado! No puedo más que sentirme agradecido. Nada más lejos de mi intención que todo sean quejas y suspiros de lamento. Mi arrojo me ha puesto en peligro y mi salvación se la debo a la amabilidad e integridad de otros. La desgraciada señora Manwaring, cuyas agonías mientras relataba estos sucesos parecían amenazar su juicio... ¿Cómo se la puede consolara ella?

Después de manifestaciones como ésta, no creo que pueda fingir más estupor por los motivos de mi despedida. He recobrado el juicio y me dice que debo aborrecer las artimañas a que me han sometido, tanto como despreciarme a mí mismo, por la debilidad en que ellas basaron su poder.

R. de Courcy

CARTA 37

Lady Susan al señor De Courcy Calle Seymour

Me doy por satisfecha y no te molestaré más, después de haber enviado estas líneas. El compromiso que deseabas hace una quincena ya no es compatible con tus opiniones y me alegra ver que el prudente consejo de tus padres no ha sido en vano. No dudo que este acto de obediencia filial te devolverá rápidamente la paz y trato de animarme con la esperanza de sobrevivir a mi parte de desilusión.

S.V.

CARTA 38

La señora Johnson a lady Susan Vernon

Calle Edward

Me entristece, aunque no puedo decir que me sorprenda, tu ruptura con el señor De Courcy. Él mismo acaba de informar de la misma al señor Johnson por carta. Se va de Londres, dice, hoy mismo. Ten por seguro que comparto tus sentimientos y no te enfades si te digo que tenemos que interrumpir el contacto, incluso por carta. Me hace sentir desgraciada, pero el señor Johnson jura que, si insisto en mantenerlo, se irá a vivir al campo el resto de su vida y ya sabes que es imposible aceptar tal extremo, mientras haya otras alternativas.

Habrás sabido, naturalmente, que los Manwaring están a punto de irse y me temo que la señora M. volverá a vernos. Pero aún está tan apegada a su marido y sufre tanto por él que tal vez no viva mucho tiempo.

La señorita Manwaring está a punto de llegar a la ciudad para estar con su tía y dicen que ha afirmado que no se irá de Londres sin haber conseguido a sir

James Martin. Yo, en tu lugar, me lo quedaría para mí. Casi me olvidaba de darte mi opinión sobre el señor De Courcy. Estoy encantada con él. Es tan apuesto, creo, como Manwaring, y con un talante tan abierto y alegre que no se puede evitar quererle a primera vista. El señor Johnson y él son los amigos más unidos del mundo. Adiós, mi querida Susan. Me hubiera gustado que las cosas no se torcieran tanto. ¡Esa desafortunada visita a Langford!

Pero me atrevo a decir que todo lo que hiciste fue para bien y que no se puede desafiar al destino.

Con sincero afecto,

Alicia

CARTA 39

Lady Susan a la señora Johnson

Calle Seymour

Querida Alicia:

Cedo a la necesidad de separarnos. Vistas las circunstancias, no puedes actuar de otra manera. Nuestra amistad no puede ser destruida por ello y, en otra época más feliz, cuando tu situación sea tan independiente como la mía, nos volverá a unir con la misma confianza de siempre. Esperaré ese momento con impaciencia. Mientras tanto, puedo asegurarte que nunca me he sentido más tranquila ni más satisfecha conmigo misma y con todo lo que a mí me atañe que en el momento actual. Aborrezco a tu marido, a Reginald le desprecio, y estoy segura de no volver a ver a ninguno jamás. ¿No tengo razones para estar satisfecha? Manwaring está más entregado a mí que nunca y, si estuviéramos libres, dudo que yo consiguiera resistirme al matrimonio que él me propusiera. Este hecho, si su mujer vive contigo, puede estar en tus manos el acelerarlo. La violencia de sus sentimientos, que deben de agotarla, bien puede mantenerla viva. Confío en nuestra amistad. Estoy contenta de no haber conseguido casarme con Reginald e, igualmente, estoy decidida a que Frederica nunca lo haga. Mañana iré a buscarla a Churchill y ¡que María Manwaring se eche a temblar! Frederica será la mujer de sir James antes de que se vaya de mi casa. Ella podrá llorar y los Vernon pueden rebelarse, pero poco importará. Estoy cansada de someter mis deseos a los caprichos de los demás, de no seguir los dictámenes de mi propio juicio en deferencia a los que nada debo y que no me infunden respeto. He cedido demasiado y me he dejado convencer con excesiva facilidad, pero Frederica comprobará ahora que eso ha cambiado.

Adiós, mi queridísima amiga. ¡Esperemos que el próximo ataque de gota nos sea más favorable! Y piensa siempre que seré tu amiga.

S. Vernon

CARTA 40

Lady De Courcy a la señora Vernon

Parklands

Querida Catherine:

Tengo excelentes noticias para ti y si no te hubiera enviado mi carta esta mañana, te habría ahorrado el disgusto de saber que Reginald se ha ido a la ciudad, puesto que ha regresado. Reginald ha regresado y no para pedirnos el consentimiento para casarse con lady Susan, sino para decirnos que: ¡se han despedido para siempre! Sólo hace una hora que ha llegado y aún desconozco los detalles, ya que está tan abatido que no he tenido corazón para interrogarle, pero espero saberlo todo pronto. Es el momento más gozoso que nos ha dado nunca desde que nació. Sólo nos falta tenerte a ti aquí y deseamos y te rogamos que vengas tan pronto como puedas. Hace semanas que nos debes la visita. Espero que no le resulte inconveniente al señor Vernon v, por favor, trae a mis nietos y, desde luego, incluye a tu querida sobrina. Ardo en deseos de verla. Ha sido un invierno triste y duro sin Reginald y sin ver a nadie de Churchill. Nunca había pensado que fuera una estación tan desolada, pero esta reunión feliz nos devolverá la juventud. Pienso mucho en Frederica y cuando Reginald haya recobrado su buen ánimo de siempre (como confío que pronto ocurrirá), trataremos de robarle el corazón otra vez. Tengo grandes esperanzas de que veremos sus manos unidas a no mucho tardar. Con afecto de tu madre,

C. de Courcy

CARTA 41

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Querida señora:

¡Su carta me ha sorprendido mucho! ¿Puede ser cierto que se haya separado para siempre? Mi alegría se desbordaría si me atreviera a creerlo, pero, después de todo lo que he presenciado, ¿cómo se puede estar segura? ¡Y Reginald, está de verdad con ustedes! Mi sorpresa es mayor, porque el miércoles, el mismo día de su llegada a Parklands, nos visitó del modo más inesperado e inoportuno lady Susan, toda feliz y con buen humor. Parecía más bien que iba a casarse con él de regreso a Londres que no que fueran a separarse para siempre. Se quedó casi dos horas. Fue tan cordial y amable como siempre y no mostró ni una sola palabra, ni siquiera un indicio de desacuerdo o frialdad hacia él. Le pregunté si había visto a mi hermano desde su llegada a la ciudad. No es que lo dudara, como puede suponer; lo hice simplemente para ver su reacción. Respondió en seguida, sin apuro alguno, que él había sido muy amable al visitarla el lunes, pero que creía que ya había regresado a su casa, cosa que no creí ni por asomo.

Aceptamos su amable invitación con placer y el próximo jueves vendremos todos. ¡Roguemos a Dios que Reginald no se encuentre de nuevo en la ciudad por entonces!

Me gustaría haber podido traer a Frederica también, pero lamento decir que el propósito de su madre al venir aquí fue para llevársela y, aunque la pobre chica se sintió muy desgraciada, fue imposible impedírselo. Yo estaba decidida a no dejarla marchar y también su tío. Insistimos todo lo que pudimos, pero lady Susan afirmó que, puesto que iba a establecerse en la ciudad durante varios meses, no se encontraría a gusto si su hija no estuviera con ella y que había que buscar profesores para ella, etcétera. Sus modales fueron, naturalmente, exquisitos y adecuados, y el señor Vernon cree que tratará a Frederica con afecto. ¡Ojalá, yo pudiera creer lo mismo!

El corazón de la pobre chica casi se rompió cuando se despedía de nosotros.

Le rogué que nos escribiera a menudo y que recordara que, si alguna vez se encontraba en apuros, seríamos siempre sus amigos. Me ocupé de poder estar a solas con ella, para poderle decir todo esto y espero que eso la reconfortase un poco. Sin embargo, no me sentiré tranquila hasta que pueda ir a la ciudad y comprobar su situación por mí misma.

Me gustaría que las probabilidades para la unión que menciona al final de su carta fueran más halagüeñas de lo que son ahora. En este momento, no parece muy posible. Atentamente,

Cath. Vernon

EPÍLOGO

Este intercambio epistolar no pudo continuar, en detrimento de los ingresos de la oficina postal, porque algunos de los protagonistas se reunieron y otros se separaron. Escasa ayuda al estado habrá prestado la correspondencia entre la señora Vernon y su sobrina, ya que la primera pronto percibió, a causa del estilo de las cartas de Frederica, que las escribía bajo la supervisión de su madre, así que pospuso todas sus preguntas hasta que pudo acudir personalmente a la ciudad, escribiendo con poco detalle y muy ocasionalmente.

Supo lo suficiente por su extrovertido hermano de lo que había ocurrido entre él y lady Susan, como para rebajar la opinión que ella le merecía a los niveles más bajos y, proporcionalmente, mostrarse más ansiosa de librar a Frederica de una madre así y tomarla bajo su custodia. Aunque con poca confianza en el éxito, se decidió a no dejar de intentar todo lo que pudiera dar una oportunidad de obtener el consentimiento de su cuñada para ello. Su ansiedad por este tema la hizo acudir con prontitud a Londres. El señor Vernon, que como ya se puede haber deducido, vivía sólo para hacer lo que se le solicitara, encontró pronto unos asuntos que era necesario tratar allí. Entregada por completo a este tema, la señora Vernon visitó a lady Susan al llegar a la ciudad, y fue recibida con una cordialidad tan espontánea y jovial que casi sale huyendo horrorizada. Ninguna reminiscencia de Reginald, ninguna conciencia de culpa y ni una sola mirada de apuro. Se encontraba de un humor excelente y parecía ansiosa por prodigar toda clase de atenciones a su hermano y a su hermana, para demostrar su amabilidad y el placer de su compañía.

Frederica no se mostró más alterada que lady Susan. Los mismos modales contenidos y la misma mirada tímida de siempre en presencia de su madre confirmaron a su tía que su situación era infeliz y le corroboraron su plan de cambiarla. Lady Susan, sin embargo, no mostró su inhumanidad. Los planes con respecto a sir James parecían haber concluido. Su nombre fue meramente mencionado para comentar que no estaba en Londres. Naturalmente, en palabras de lady Susan, ella sólo demostraba sus desvelos por el bienestar y los progresos de su hija, admitiendo, en términos de gran regocijo, que Frederica se acercaba cada día más a lo que una madre puede desear de una hija.

La señora Vernon, sorprendida e incrédula, no supo qué pensar y, sin cambiar de opinión, sólo temió que tendría que vencer dificultades mayores para llevar a cabo su propósito. El primer indicio de mejora sustancial fue cuando lady Susan le preguntó si creía que Frederica tenía tan buen aspecto como en Churchill, ya que, a veces, dudaba que Londres fuera un lugar adecuado para ella.

La señora Vernon, alentando esa duda, propuso directamente a su sobrina que volviera con ellos al campo. Lady Susan no supo expresar su gratitud, aunque no imaginaba, por varios motivos, cómo separarse de su hija y, puesto que sus planes aún no estaban del todo determinados, confiaba en poder llevar al campo a Frederica personalmente en un plazo breve. Concluyó declinando, por tanto, aprovechar un ofrecimiento tan excepcional. La señora Vernon, sin embargo, insistió en la propuesta y, aunque lady Susan siguió resistiéndose, su resistencia parecía ser menos vehemente con el transcurso de los días.

Una afortunada epidemia de gripe consiguió que se tomara una decisión que de otro modo hubiera tardado mucho más. Los temores maternales de lady Susan hicieron entonces que no pudiera pensar en otra cosa que en alejar a Frederica del riesgo de infección. Por encima de todas las enfermedades del mundo, ¡la que más temía era la gripe por la constitución de su hija! Frederica volvió a Churchill con sus tíos y, tres semanas más tarde, lady Susan anunció su boda con sir James Martin.

La señora Vernon tuvo la certeza, entonces, de lo que antes sólo había sido una sospecha: que se podría haber ahorrado todos los esfuerzos para conseguir que Frederica se separara de ella, puesto que lady Susan lo tenía previsto, sin duda, de antemano. La visita de Frederica era, en principio, para seis semanas, pero su madre, aunque la invitó a volver en un par de cartas cariñosas, se mostró dispuesta a consentir que prolongara su estancia para honrar a sus anfitriones. Al cabo de dos meses, dejó de escribir sobre su ausencia y, después de dos más, dejó de escribir por completo.

Frederica, por lo tanto, pasó a formar parte de la familia de sus tíos hasta el momento en que Reginald de Courcy pudiera ser convencido, agasajado y sutilmente lisonjeado, para que sintiera afecto por ella. Contando que tenía que olvidar el apego que sentía por su madre, abjurar de todo compromiso futuro y detestar al sexo opuesto, se podía calcular que tardaría un año. Tres meses serían suficientes en general, pero los sentimientos de Reginald eran tan perdurables como intensos.

Si lady Susan fue o no feliz en su segunda elección, no sé cómo se podría comprobar porque, ¿quién se fiaría de sus afirmaciones en cualquiera de los dos sentidos? El mundo tendrá que juzgar según lo que crea probable. No tenía nada en contra, aparte de su marido y su conciencia.

Parecía como si sir James se hubiera quedado con una carga más pesada que la que su mero arrojo merecía. Le concedo, por lo tanto, toda la compasión que se le quiera dar. Por lo que a mí respecta, confieso que yo sólo puedo sentir compasión por la señorita Manwaring, quien, acudiendo a la ciudad y gastando mucho dinero en vestuario para conquistarle por fin —hecho que la hizo pasar estrecheces durante dos años—, vio frustradas sus expectativas por una mujer diez años mayor que ella.

40. TOM SAWYER, DETECTIVE
(MARK TWAIN)

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11

CAPÍTULO UNO

Bueno, estábamos en la primavera siguiente a la época en que Tom y yo liberamos a nuestro viejo negro Jim, que, como esclavo desertor, se hallaba encadenado en la granja que tenía Silas, el tío de Tom, en Arkansaw. La escarcha se estaba despejando del suelo y del ambiente también, y el tiempo de andar con los pies descalzos todo el día estaba cada vez más próximo; luego llegaría la época de jugar a las canicas, más tarde la del Mumbletypeg, en seguida la de las peonzas y los aros, luego seguiría la de las cometas, y en seguida llegaría el verano y podríamos ir a nadar. El hecho de mirar hacia adelante de ese modo y darse cuenta de lo lejos que todavía está el verano, hace que a un niño le entre la morriña. Sí, le hace suspirar y andar triste por ahí, algo le pasa y no sabe qué es. Pero, de cualquier manera, sale, taciturno y pensativo, y busca un lugar un poco solitario, allá arriba en la colina, a la orilla de un bosque, y allí se queda, mirando hacia el gran Misisipi que corre por debajo, alcanzando parajes donde los árboles parecen nebulosos y oscuros, de tan lejanos y sosegados; todo parece tan solemne, como si todos los que hemos amado se hubiesen ido, y tu mayor deseo fuera estar muerto, y desaparecido también, y así acabar con todo.

¿Es que no sabéis lo que es eso? Es la fiebre de primavera. Así es como se llama. Y, cuando la tienes, quieres…, ¡oh, no sabéis bien lo que quieres!, pero te ocasiona un gran dolor del corazón. ¡Lo deseas tanto! Diríase que lo que principalmente deseas es escapar; huir de las mismas viejas y tediosas cosas a las que estás acostumbrado y estás cansado de mirar, y ver algo nuevo. Ésa es la idea; quieres irte y convertirte en trotamundos; quieres marcharte a países extraños, donde todo es misterioso, maravilloso y romántico. Y, si no puedes hacer eso, te conformarás con muchísimo menos; con tal de irte, irás donde puedas, y también agradecerás esa oportunidad.

Bueno, pues Tom Sawyer y yo teníamos la fiebre de la primavera, y nos había dado bastante fuerte incluso; pero no tenía ningún sentido pensar en que Tom intentara marcharse, pues, según había dicho, su tía Polly no le permitiría dejar el colegio para andar todo el verano perdiendo el tiempo de acá para allá, así que andábamos bastante tristes. Un día, al ponerse el sol, nos hallábamos sentados en los escalones del frente de la casa, hablando de este modo, cuando salió su tía Polly con una carta en la mano y dijo:

—Tom, creo que vas a tener que hacer las maletas y marcharte a Arkansaw. Tu tía Sally te necesita.

Casi me muero de alegría. Creí que Tom iba a volar hasta donde estaba su tía y arrancarle la cabeza de un abrazo; pero, creedme, permaneció sentado allí como una roca y no dijo una sola palabra. Me dieron ganas de ponerme a llorar viéndole actuar tan tontamente, cuando se presentaba tan majestuosa oportunidad ante nosotros. De hecho, podríamos llegar a perderla si Tom no demostraba que era agradecido y considerado. Pero él se quedó allí sentado, pensando y pensando, hasta que me sentí tan consternado que ya no sabía qué hacer; entonces dijo, muy tranquilo…, y yo es que le habría matado por ello:

—Bueno —dijo— lo siento muchísimo, tía Polly, pero creo que tendrán que disculparme… de momento.

La tía Polly se quedó tan atontada y furiosa por el descaro y la frialdad del comentario, que no pudo pronunciar palabra por espacio de medio minuto por lo menos, y esto me dio la oportunidad de dar un codazo a Tom y susurrarle:

—¿Eres tonto o qué? ¿Despreciar una oportunidad tan buena como ésta y arrojarla a la basura?

Pero él ni siquiera se inmutó. Me respondió farfullando:

—Huck Finn, ¿quieres que ella se dé cuenta de que estoy loco por irme? Empezará a dudar en seguida, y a imaginar un montón de enfermedades y peligros y objeciones, y sabes mejor que nadie que retirará lo dicho. Tú déjame a mí, que yo creo que sé cómo tratarla.

Nunca se me hubiera ocurrido, pero tenía razón. Tom Sawyer siempre tiene razón…, la cabeza más equilibrada que haya visto jamás, siempre dueño de sí y dispuesto a cualquier cosa que pudiera sucederle de golpe y porrazo. Pero esta vez, su tía Polly tenía las ideas claras y arremetió de nuevo. Dijo:

—¡Serás disculpado! ¡Lo serás! ¡Es increíble, nunca había oído nada parecido en toda mi vida! ¡Cómo te atreves a hablarme así a mí! Vete de aquí ahora mismo y lía tus bártulos; y como vuelva a oírte decir otra palabra sobre que habrá que disculparte ni disculparte, seguro que te disculparé… ¡con una palmeta!

Le dio un capón en la cabeza con el dedal mientras nos escurríamos, y él fingió estar gimoteando mientras íbamos subiendo las escaleras. Una vez arriba, en su habitación, me dio un abrazo, estaba loco de alegría porque se marchaba de viaje. Y me dijo:

—Antes de que irnos, ella desearía no haberme dejado marcharme, pero para entonces no hallará ningún modo de evitarlo. Después de lo que ha dicho, su orgullo no le permitirá volverse atrás.

Tom hizo su equipaje en diez minutos. Metió todo, menos lo que su tía y Mary le habían preparado; entonces esperamos diez minutos más para que ella se calmara y estuviese dulce y amable de nuevo; pues Tom decía que, en los momentos en que la mitad de sus plumas estaban erizadas, le llevaba diez minutos serenarse, pero veinte cuando estaban todas completamente tiesas y erguidas. Luego bajamos, pues estábamos muy preocupados por saber lo que decía la carta.

Estaba sentada allí, absorta en sus pensamientos, con la carta sobre su regazo. Nosotros nos sentamos, y ella nos dijo:

—Tienen bastantes problemas por allá, y creen que tú y Huck seríais un buen motivo de diversión para ellos…, de consuelo, dicen. Me parece que eso es lo que obtendrán de vosotros. Hay un vecino llamado Brace Dunlap, que ha estado deseando casarse con su Benny durante tres meses y, al final, le dijeron sin rodeos y de una vez por todas que no podría casarse con ella; así que él se ha avinagrado mucho con ellos, y han empezado a preocuparse. Me parece que es una persona con la que es mejor llevarse bien, pues han intentado complacerle empleando al inepto de su hermano para ayudar en la granja, cuando apenas pueden pagarle, y no le necesitan allí para nada. ¿Quiénes son los Dunlap?

—Viven a cerca de kilómetro y medio de la casa del tío Silas, tía Polly. Por allá todos los granjeros viven separados por un kilómetro y medio. Y Brace Dunlap es muchísimo más rico que los otros, y posee una porrada de negros. Es un viudo autoritario de treinta y seis años, no tiene niños, y está orgulloso de sus riquezas. Todo el mundo le tiene un poquitín de miedo, y se ponen a trabajar en serio para él, intentando seguir congraciándose con su lado bueno. A mi juicio, creyó que podría tener cualquier muchacha que quisiera con sólo pedirlo, y debió de sufrir un gran revés cuando se dio cuenta de que no podía conseguir a Benny. Es que Benny tiene la mitad de los años que Brace, y además es tan dulce y encantadora como…, bueno, ya la habéis visto. Pobre tío Silas…, pues es una lástima que tenga que estar intentando congraciarse de esa manera… ¡Tan pobre y con tantos apuros, y aun así, empleando a ese inútil de Júpiter Dunlap para complacer al malas pulgas de su hermano!

—¡Vaya un nombre, Júpiter! ¿De dónde lo ha sacado?

—Es sólo un apodo. Me parece que han olvidado su nombre verdadero hace mucho tiempo. Tiene ahora veintisiete años, y lo lleva desde la primera vez que fue a nadar en su vida. Cuando estaba desnudo, el profesor de la escuela le vio un lunar redondo y marrón, del tamaño de una moneda de diez centavos, en su pierna izquierda, por encima de la rodilla, y cuatro lunarcitos más pequeños a su alrededor, y dijo que aquello le recordaba a Júpiter y sus lunas; y los niños lo encontraron gracioso, así que empezaron a llamarle Júpiter, y aún le llaman de ese modo. Es alto, perezoso y ladino. También bastante cobarde y cuco, pero es un muchacho bueno por naturaleza, lleva cabellos largos y no tiene barba; tampoco tiene un centavo. Brace le hospeda por nada, y le da sus viejas ropas para vestirse, y también le desprecia. Júpiter es mellizo.

—¿Qué aspecto tiene el otro mellizo?

—Es exactamente igual a Júpiter…, eso dicen. O solía serlo; de todos modos nadie lo ha visto desde hace siete años. Se puso a robar cuando tenía diecinueve o veinte años, y lo encarcelaron; pero se escapó de la cárcel y huyó… hacia aquí, hacia el Norte, según parece. Dicen que había noticias de que andaba robando y atracando de vez en cuando, pero eso sucedió hace muchos años. Ya ha muerto. Al menos eso cuentan. Nadie ha vuelto a oír hablar más de él.

—¿Cómo se llamaba?

—Jake.

No dijimos nada más durante un buen rato; la vieja dama se quedó pensando. Por fin dijo:

—Lo que más preocupa a tu tía Sally es el malhumor que provoca en tu tío.

Tom estaba atónito, y yo también. Tom dijo entonces:

—¿Mal humor? ¿El tío Silas? Eso estaría bueno. ¡Debe de estar de broma! No sabía yo que tuviese humor de ninguna clase.

—Le ocasiona tremendos arranques de furia, dice tu tía Sally; dice que a veces actúa como si fuese en verdad a pegar al hombre.

—Tía Polly, eso es lo más increíble que he oído en mi vida. Pero si es más dulce que una papilla.

—Bueno, pues de todas maneras ella está preocupada. Dice que tu tío Silas parece otro hombre a causa de todos estos altercados. Y los vecinos hablan de ello, y le echan toda la culpa a tu tío, por supuesto, porque él es un predicador y sus asuntos no incluyen las peleas. Tu tía Sally dice que detesta subirse al púlpito pues está muy avergonzado; y la gente ha empezado a sentir indiferencia con respecto a él, y ya no es tan popular como solía ser.

—Bueno, pues ¿no resulta extraño, tía Polly? Porque era siempre tan bueno y amable y bobo y despistado y simplón y encantador… Bueno, ¡era un verdadero ángel! ¿Qué cree usted que pueda estarle pasando?

CAPÍTULO DOS

Tuvimos una buena suerte descomunal, porque se nos presentó la oportunidad a bordo de un vapor de ruedas que venía del Norte con destino a uno de los pantanos o ríos de mala muerte camino de Louisiana, así que pudimos bajar todo el trayecto del alto Misisipi, y luego todo el camino del bajo Misisipi, hasta la granja de Arkansaw, sin tener que cambiar de vapor en St. Louis: poco nos faltó para recorrer unos mil seiscientos kilómetros de un solo tirón.

Un barco bastante solitario; no había más que unos pocos pasajeros, todos viejos amigos, que se sentaban reunidos, a mucha distancia, dando cabezadas y muy silenciosos. Tardamos cuatro días en salir del «alto río», porque encallábamos demasiado. Pero no fue nada aburrido. Por supuesto no podía serlo para unos muchachos que estaban de viaje.

Desde el primer momento, Tom y yo nos dimos cuenta de que había alguien enfermo en el camarote contiguo al nuestro, porque los camareros siempre llevaban allí dentro las comidas. De cuando en cuando preguntábamos por aquello —Tom lo hacía— y el camarero decía que se trataba de un hombre, pero que no parecía enfermo.

—Bueno, pero ¿no está enfermo?

—No lo sé; puede que sí, pero a mí me parece que sólo está fingiendo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Pues porque, si estuviera enfermo, se quitaría las ropas en algún momento u otro, ¿no crees que lo haría? Bueno, pues éste no lo hace. Al menos, nunca se quita las botas.

—¡Vaya pícaro! ¿Ni siquiera para irse a la cama?

—No.

Tom Sawyer era siempre un forofo de los misterios. Si pusierais un misterio y un pastel delante de Tom y de mí, no tendríais que habernos dicho que escogiéramos: sería algo que se regularía por sí mismo. Porque, por naturaleza, yo habría ido corriendo hacia el pastel, en tanto que, también por naturaleza, Tom habría corrido siempre hacia el misterio. Las personas están creadas diferentes. Y ésa es la mejor manera de hacerlo. Tom dijo al camarero:

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Phillips.

—¿En dónde se embarcó?

—Creo que lo hizo en Alexandria, un poco más allá del límite de Iowa.

—¿Por qué crees que está fingiendo?

—No tengo ni idea…, no me he parado a pensarlo.

Aquí tenemos a otro que corre a por el pastel, me dije a mí mismo.

—¿Hay algo peculiar en él? ¿Su forma de actuar o su modo de hablar?

—No, nada, salvo que parece muy miedoso, y mantiene sus puertas con cerrojos noche y día, y, cuando llamas, no te deja entrar hasta que por una rendija pueda ver quién es.

—¡Recórcholis! Es interesante. Tengo que echarle un vistazo. ¡Eh! La próxima vez que entres allí, ¿no crees que podrías abrir un poco más la puerta y…?

—¡Claro que no! Siempre está detrás de ella. Nos impediría seguir con el juego.

Tom se quedó pensando en el asunto y entonces dijo:

—Escucha un momento. Préstame tu delantal y déjame llevarle el desayuno mañana. Te daré un cuarto de dólar.

El muchacho accedió de muy buena gana, siempre que al camarero principal no le importase. Tom dijo que le parecía bien, ya que creía que podría ponerse de acuerdo con el principal, y así fue. Lo arregló de tal manera que ambos pudimos entrar vestidos con nuestros delantales llevando la comida.

Tom no durmió demasiado: estaba muy intrigado con entrar allí y descubrir el misterio de Phillips; más aún, estuvo toda la noche haciendo un sinfín de conjeturas sobre el asunto, que no sirvieron para nada, pues, si uno va a descubrir los hechos sobre algo, ¿qué sentido tiene adivinar los hechos y desperdiciar munición? Yo no perdí el sueño. Me importa un rábano lo que pase con Phillips, me dije a mí mismo.

Bueno, pues a la mañana siguiente, nos pusimos nuestros delantales y cogimos un par de bandejas y un carrito, y Tom llamó a la puerta. El hombre abrió sólo una rendija, y luego nos dejó entrar al camarote y cerró la puerta tras de sí rápidamente. ¡Por Jackson! Cuando le vimos, ¡por poco se nos caen las bandejas! Y Tom exclamó:

—¡Vaya! Júpiter Dunlap, ¿de dónde viene?

Bueno, el hombre estaba perplejo, por supuesto; y, en un primer momento, pareció no saber si asustarse, alegrarse, o ambas cosas a la vez, o ninguna de las dos, pero por fin decidió alegrarse; luego le volvieron los colores, pues al principio el rostro se le había puesto bastante pálido. Así que seguimos hablando todos mientras él tomaba el desayuno. Y el hombre dijo:

—Pero yo no soy Júpiter Dunlap. En seguida os contaré quién soy, si me juráis no decir ni pío, pues tampoco soy Phillips.

Tom le respondió:

—No diremos ni pío, pero no tiene necesidad de contarnos quién es si no es Júpiter Dunlap.

—¿Por qué?

—Porque, si usted no es él, entonces es Jake, el otro mellizo. Es la viva imagen de Júpiter.

—Bueno, soy Jake. Pero, oídme un momento, ¿cómo es que nos conocéis a nosotros, los Dunlap?

Tom le contó las aventuras que nos habían ocurrido allá en la granja de su tío Silas, durante el pasado verano; y, cuando se dio cuenta de que no había nada que no supiéramos de su familia —o de él mismo, llegado el caso—, se mostró más abierto, y continuó hablando con toda libertad y candidez. No nos ocultó nada acerca de su propio caso; dijo que había tenido muy mala suerte, que aún continuaba teniéndola y que le parecía que seguiría teniendo flor de mala suerte hasta el final. Dijo que claro que le parecía que era una vida un poco peligrosa, y…

Hizo una especie de exclamación e inclinó la cabeza, como una persona que escucha. No dijimos nada, así que, durante un segundo o así, todo permaneció muy silencioso y luego no hubo más sonidos, salvo el crujido del maderamen y el resoplido de la maquinaria de abajo.

Luego lo tuvimos poniéndose cómodo de nuevo, contándole cosas de su familia, de cómo la esposa de Brace había muerto hacía tres años, y Brace deseaba casarse con Benny, y ella le rechazó, y Júpiter estaba trabajando para el tío Silas, y él y el tío estaban peleándose todo el tiempo… Entonces se relajó y se echó a reír.

—¡Demonios! —exclamó—. Este chismorreo es como estar otra vez en los viejos tiempos, y me hace bien. Hace más de siete años que no oigo algo como esto. ¿Cómo hablan de mí ahora?

—¿Quiénes?

—Los granjeros… y la familia.

—Pues, no hablan de usted en absoluto… Sólo le elogiaron una vez, hace ya mucho tiempo.

—¡Diablos! —dijo, sorprendido—. ¿Y eso por qué?

—Porque piensan que hace mucho tiempo que está usted muerto.

—¡No! ¿Hablas en serio?… Una reputación brillante, ahora…

Dio un brinco de excitación.

—Una reputación brillante. No hay nadie que piense que está usted vivo.

—Entonces, estoy salvado… Estoy salvado, ¡seguro! Iré a casa. Ellos me esconderán y me salvarán la vida. Vosotros no digáis ni pío. Juradme que no diréis ni pío…, jurad que nunca, nunca hablaréis de mí. ¡Oh, muchachos, sed buenos con este pobre diablo que ha sido perseguido noche y día, y no da la cara! Nunca os he hecho ningún daño…, nunca os haré nada. ¡Por el Dios que está en los cielos…, jurad que seréis buenos conmigo y me ayudaréis a salvar la vida!

Habríamos jurado aunque hubiese sido un perro; y así lo hicimos. Bueno, no podría habernos querido más o habérnoslo agradecido más el pobre tipo; era todo lo que podía hacer para no comenzar a abrazarnos.

Seguimos hablando, sacó un pequeño bolso de mano y se puso a abrirlo, e indicó que nos diéramos la vuelta. Lo hicimos, y cuando nos dijo que nos volviéramos de nuevo, tenía un aspecto completamente diferente al que había tenido antes.

Tenía puestas unas gafas azules, los bigotes y las patillas largas de color marrón, y de una apariencia tan natural como jamás hayáis visto. Ni siquiera su propia madre le hubiera reconocido. Nos preguntó si ahora se parecía a su hermano Júpiter.

—No —dijo Tom—, no queda nada que se le parezca, a excepción del pelo largo.

—Muy bien, me lo cortaré al rape antes de llegar allí; entonces Júpiter y Brace me guardarán el secreto, y viviré con ellos como si fuese un extraño, y los vecinos nunca adivinarán que se trata de mí. ¿Qué os parece?

Tom se quedó pensando un momento, y luego dijo:

—Bueno, claro que Huck y yo no diremos ni pío allí, pero si usted mismo no mantiene la boca cerrada, habrá un poco de riesgo… No mucho, tal vez, pero sí un poco. Quiero decir que, si usted habla, ¿no notará la gente que su voz es exactamente igual a la de Júpiter, y se pondrían a pensar que, después de todo, el mellizo que ellos creen muerto podría haber estado escondido todo ese tiempo, bajo otro nombre?

—¡Por George! —exclamó Jake—. ¡Qué astuto eres! Tienes toda la razón. Tendré que fingir que soy sordo y mudo, cuando haya un vecino por los alrededores. Si hubiera llegado a casa, olvidándome de ese pequeño detalle… De todas maneras, no había pensado en volver a casa. Estaba buscando cualquier sitio donde poder librarme de los tipos que me persiguen; entonces iba a ponerme este disfraz y encontrar ropas un poco diferentes y…

Dio un salto hasta la puerta de salida y apoyó la oreja sobre ella para escuchar. Estaba pálido y jadeaba un poco. Al poco rato susurró:

—¡Sonaba como si estuvieran montando un revólver! ¡Señor, qué vida llevo!

Entonces se hundió en una silla, todo mustio y pocho, y se enjugó el sudor del rostro.

CAPÍTULO TRES

Desde aquel momento, pasábamos con Jake la mayor parte del tiempo, y nos quedábamos a dormir por turnos en la litera que estaba encima de la suya. Nos contó que se había sentido muy solo, y que ahora le consolaba enormemente tener compañía y alguien con quien hablar en medio de todas sus tribulaciones. Sentíamos una tremenda curiosidad por saber cuál sería su secreto, pero Tom dijo que la mejor manera de saberlo era no mostrarse ansiosos, que ya caería él solo y nos lo confiaría en una de sus conversaciones, pero si continuábamos haciéndole preguntas, podría volverse suspicaz y encerrarse en su concha. Y eso fue lo que sucedió. No era difícil darse cuenta de que él necesitaba hablar sobre el asunto, pero en un primer momento, cuando lo tenía en la punta de la lengua, le daba miedo, y continuaba hablando de cualquier otra cosa. Aunque, finalmente, se atrevió a contárnoslo. Ocurrió así: Empezó a hacernos preguntas, aparentando indiferencia, acerca de los pasajeros que había en cubierta. Le hablamos de ellos. Pero no estaba satisfecho; no le ofrecíamos los detalles suficientes. Nos indicó que se los describiéramos mejor. Tom así lo hizo. Por fin, cuando Tom estaba describiendo uno de los individuos más gamberros y andrajosos, Jake se estremeció y dijo, jadeando:

—¡Oh, Dios mío! ¡Ése es uno de ellos! Seguro que están a bordo… ¡Lo sabía! Abrigaba la esperanza, si se le puede llamar así, de que se hubiera ido, pero nunca he creído en ella. Continúa.

En seguida, Tom comenzó a describir a otro sarnoso y rudo pasajero que había en cubierta, se estremeció de nuevo y dijo:

—¡Es él! ¡Ése es el otro! ¡Si tuviéramos siquiera una noche de oscura tormenta, y yo pudiera llegar a tierra! Ya lo veis, me han puesto espías. Consiguieron un permiso para llegar hasta aquí y comprar bebidas en el bar de proa, y buscaron la oportunidad de sobornar a alguien… al camarero, al maletero, a cualquiera, para que continuara vigilándome. Si consiguiera escabullirme hasta la orilla sin que nadie me viese, lo sabrían en menos de una hora.

Así continuó dando vueltas solo, y muy pronto comenzaría a hablar, ¡seguro! Iba a paso de tortuga por entre sus altibajos de ánimo, y llegó a un punto en que, sin más rodeos, se puso a hablar. Y nos dijo:

—Fue una estafa. La llevamos a cabo en una joyería de St. Louis. Lo que buscábamos era un par de nobles diamantes enormes, tan grandes como avellanas, a los que todo el mundo acudía a mirar. Estábamos vestidos elegantemente, y nos apoderamos de ellos a plena luz del día. Pedimos que nos llevaran los diamantes al hotel para ver si nos convenía comprarlos y, mientras los estábamos examinando, teníamos preparados unos diamantes de estrás, y éstos fueron los que devolvimos a la tienda, cuando dijimos que los diamantes no eran de tan buena calidad como para valer doce mil dólares.

—¡Doce mil dólares! —exclamó Tom—. ¿Cree que los diamantes valían todo ese dinero?

—Centavo a centavo.

—¿Y usted y sus compañeros se fugaron con ellos?

—Como si nada. Me parece que la gente de la joyería todavía no se ha dado cuenta de que han sido robados. Pero, claro, no hubiera sido prudente quedarse en los alrededores de St. Louis, así que nos pusimos a pensar para decidir adónde iríamos. Uno quería ir a un sitio, otro a otro; así que lo echamos a cara o cruz, y ganó el alto Misisipi. Envolvimos los diamantes en un papel, y escribimos nuestros nombres en el paquete; luego lo dejamos bajo la custodia del recepcionista del hotel, diciéndole que no se lo entregase, sin que los demás estuvieran también presentes para verlo; entonces nos fuimos al centro de la ciudad, cada uno por su lado… pues sospecho que todos teníamos la misma idea. No lo sé seguro, pero me parece que todos la teníamos.

—¿Cuál era esa idea? —preguntó Tom.

—Robar a los otros.

—¿Qué? ¿Que uno se los llevara todos después de haberse ayudado a robarlos?

—Seguramente.

Esto disgustó mucho a Tom, y dijo que era la cosa más rastrera y de peores pulgas que jamás hubiera oído. Pero Jake Dunlap dijo que aquello no era inusual en la profesión. Dijo que, cuando una persona estaba en esa clase de negocios, tenía que aprender a cuidar de sí mismo, pues nadie lo haría por él. Entonces continuó diciendo:

—Veréis, el problema era que dos diamantes no se podían dividir entre tres… Pero eso ya no importa, ya no eran tres. Anduve vagando por calles apartadas pensando y pensando. Me dije a mí mismo: «Acapararé todos esos diamantes para mí en la primera oportunidad que se me presente, tendré preparado un disfraz, y luego lograré zafarme de los muchachos, y cuando me encuentre a salvo, me pondré el disfraz, y entonces, que me encuentren si pueden». De manera que conseguí las patillas falsas, las gafas y este traje de campesino, y volví a buscar un maletín para meterlo todo; y, al pasar por una tienda donde se vendían toda clase de objetos, divisé a uno de mis compañeros a través de la ventana. Era Bud Dixon. Me sentía contento, podéis apostarlo. Me dije: «Voy a ver qué es lo que está comprando». Así que me agazapé, y me puse a observar. Bueno, pues ¿qué creéis que estaba comprando?

—¿Patillas? —pregunté yo.

—No.

—¿Gafas?

—No.

—¡Oh!, cállate, Huck Finn, ¿quieres? No haces más que ponerlo todo lo más difícil que puedes. ¿Qué fue lo que compró, Jake?

—No lo adivinaríais jamás. Solamente era un destornillador…, un destornillador muy pequeñito.

—¡Válgame Dios! ¿Para qué querría él eso?

—Eso fue lo que yo también me pregunté. Era algo muy curioso. Realmente me dejó perplejo. Me dije a mí mismo: «¿Para qué querrá eso?». Bueno, pues cuando salió de la tienda, retrocedí para mantenerme fuera de su vista, y luego le seguí la pista hasta llegar a una tienda de objetos de segunda mano, y verle comprar una camisa de franela roja y algunas ropas hechas jirones…, precisamente como las que lleva ahora, según me lo habéis descrito vosotros. Entonces me dirigí hacia el puerto, y escondí mis bártulos en el barco que habíamos elegido para remontar el río. Fue entonces cuando tuve otro golpe de suerte. Vi al otro compañero nuestro aprovisionándose también de sus propias reservas de viejos y herrumbrosos cachivaches de segunda mano. Luego fuimos a buscar los diamantes y subimos a bordo.

Pero entonces estuvimos caminando toda la noche, pues no podíamos irnos a la cama. Teníamos que permanecer despiertos y vigilarnos unos a otros. Una lástima, eso es lo que era, una lástima tener esa clase de tensión entre nosotros, porque habíamos estado muy quisquillosos desde hacía dos semanas, y éramos amigos sólo para cuestiones de negocios. De todas maneras era un mal asunto, ya que veíamos que no había más que dos diamantes para repartir entre tres hombres. Lo primero que hicimos fue ir a cenar. Luego recorrimos la cubierta juntos, de arriba abajo, fumando hasta más de medianoche; entonces nos fuimos y nos sentamos en los camarotes, echamos el cerrojo a las puertas y miramos en el trozo de papel para ver si los diamantes estaban bien; luego los colocamos en la litera inferior de la derecha para tener una visión perfecta de ellos; permanecimos allí sentados, y así nos quedamos, hasta que al poco rato comenzó a resultarnos terriblemente difícil permanecer despiertos. Por fin Bud Dixon cayó muerto de sueño. Tan pronto como empezó a roncar de modo regular, y al parecer con muchas probabilidades de durar, y cuando ya tenía la barbilla apoyada sobre el pecho con miras a permanecer allí, Hal Clayton hizo una señal mirando en dirección a los diamantes y luego hacia la puerta exterior. Yo entendí. Alargué la mano y cogí el papel, y luego nos levantamos y esperamos sin hacer el menor movimiento. Bud ni siquiera se movió. Di la vuelta a la llave de la puerta de salida con toda suavidad y lentitud, luego di vuelta el perilla de la misma manera y nos fuimos de puntillas hacia el puesto de guardia, cerrando la puerta de manera muy suave y delicada.

No se movía un alma por ninguna parte, y el barco se deslizaba ligero y tranquilo, a través de las extensas aguas y la difuminada luz de la luna. No dijimos una sola palabra, pero nos fuimos directamente hacia el entrepuente, nos instalamos en la popa y permanecimos sentados allí, en el borde de la claraboya. Ambos sabíamos lo que eso significaba, sin necesidad de explicárnoslo el uno al otro. Bud Dixon se despertaría y echaría de menos el botín, y se vendría derecho a por nosotros, pues ese hombre no tenía miedo de nada ni de nadie. Vendría, y le arrojaríamos por la borda, o moriríamos en el intento. Eso me hacía estremecer, porque yo no soy tan valiente como algunos, pero, si me mostraba cobarde… No, tenía que saber hacer algo mejor que eso. Tenía la esperanza de que el barco atracaría en alguna parte y que podríamos saltar a tierra para no tener que correr el riesgo de esa pelea. ¡Tenía tanto miedo de Bud Dixon! Pero íbamos en una chalana río arriba, y realmente no había oportunidad de que aquello ocurriera.

Bueno, el tiempo pasaba y pasaba, ¡y el tipo no llegaba! Esperamos hasta que el amanecer empezó despuntar, y Dixon seguía sin presentarse.

—¡Rayos! —dije yo—. ¿Qué piensas de esto?… ¿No resulta sospechoso?

—¡Demonios! —exclamó Hal—. ¿Crees que nos está tomando el pelo? ¡Abre ese papel!

Así lo hice, ¡y allí no había más que un par de trocitos de pan de azúcar! Ésa era la razón por la que podía quedarse allí sentado toda la noche y echarse un sueñecito tan tranquilo. ¿Que si anduvo listo? ¡Pues ya lo creo que sí! Dixon había tenido dos papeles, ya listos y preparados, y había puesto uno en lugar del otro, frente a nuestras mismísimas narices.

Nos sentimos bastante humillados. Así que el paso siguiente sería hacer un plan inmediatamente; y así lo hicimos. Envolveríamos otra vez el paquete, exactamente como había estado, lo pondríamos sobre la litera de nuevo y, fingiendo que no sabíamos nada del truco, que no teníamos ni idea de que Dixon se había estado riendo de nosotros a nuestras espaldas con sus falsos ronquidos, nos quedaríamos pegados a él, y la primera noche que estuviéramos en tierra le emborracharíamos, le registraríamos, y cogeríamos lo diamantes; y acabaríamos con él también, si no resultaba demasiado arriesgado. Si conseguíamos el botín, tendríamos que cargárnoslo también; si no, nos perseguiría y él mismo acabaría con nosotros, seguro. Sin embargo, yo no tenía muchas esperanzas. Sabía que podríamos emborracharle…, siempre estaba listo para eso…, ¿pero de qué nos serviría? Podríamos registrarle durante un año y no encontraríamos nunca…

Bueno, fue en aquel mismo momento cuando contuve la respiración y se me interrumpió el pensamiento. Pues una idea invadió mi cabeza y rasgó mi cerebro hasta hacerlo harapos. Aunque…, ¡demonios!, me sentía alegre y bien. Veréis: me había quitado las botas, para que se deshincharan los pies, y justo entonces cogí una de ellas para calzármela, y eché un vistazo al fondo del tacón, y aquello me hizo contener la respiración. ¿Recordáis aquel diminuto destornillador?

—Puedes apostarlo —respondió Tom, excitadísimo.

—Bueno, pues, cuando eché un vistazo al fondo del tacón, la idea que se me cruzó por la cabeza fue: ¡Ya sé dónde ha escondido los diamantes! Mirad ahora el tacón de esta bota. ¿Veis? Está forrada con una chapa de acero, y va sujeta con pequeños tornillos. Ahora bien, ese tipo no tenía ningún tornillo en ninguna parte más que en los tacones de sus botas; así que, si necesitaba un destornillador, me parecía saber para qué.

—¡Huck! ¿No es magnífico? —exclamó Tom.

—Bueno, pues me puse las botas, bajamos, nos deslizamos dentro del camarote, y coloqué el papel con el pan de azúcar sobre la litera; y nos sentamos despacio y avergonzados a seguir oyendo roncar a Bud Dixon. Hal Clayton se quedó dormido muy pronto, pero yo no; nunca había estado más despierto en toda mi vida. Estaba espiando desde la sombra del ala de mi sombrero, buscando en el suelo un trozo de suela de zapato. Me llevó un largo rato, y comencé a pensar que tal vez mis conjeturas estaban equivocadas, pero por fin di con lo que buscaba. Estaba allí, cerca del mamparo, y era casi del mismo color de la alfombra. Era una pequeña tapa redonda, casi tan gruesa como la yema de vuestro dedo meñique, y dije para mis adentros: «Hay un diamante en la cueva de la que procedes». Antes de que pasara mucho rato, descubrí el compañero del trocito de suela.

¡Imaginaos la agudeza y la sangre fría de aquel charlatán! Nos había propuesto todo aquel asunto y razonado con nosotros acerca de lo que deberíamos hacer, había tramado el plan y nosotros lo seguimos a la perfección, como un par de zopencos. Él se sentó allí y se tomó su tiempo para desatornillar las chapas de sus tacones, para cortar sus suelas, esconder allí los diamantes y atornillar de nuevo las chapas. Permitió que le robásemos el falso botín y que le esperásemos toda la noche a que viniese por nosotros para que lo ahogásemos, y, ¡por George, que fue justamente eso lo que habíamos hecho! Yo creo que era un plan increíblemente astuto.

—¡Apostaría cualquier cosa a que sí lo era! —dijo Tom, lleno de admiración.

CAPÍTULO CUATRO

—Bueno, continuamos durante todo el día con la parodia de estar vigilándonos mutuamente; era un asunto bastante horrible y difícil de representar para nosotros dos, os lo aseguro. Al anochecer, tomamos tierra en uno de esos pueblecitos que hay en las márgenes del Missouri, camino hacia Iowa, y cenamos en la taberna; luego tomamos una habitación en el piso de arriba, que tenía un catre y una cama de matrimonio, pero yo puse mi bolso debajo de una mesa de madera de pino que había en el oscuro vestíbulo, mientras íbamos todos en fila a acostarnos; yo iba el último, en tanto que el patrón encabezaba la fila con una lámpara de sebo. Nos habíamos subido una botella de whisky, y nos pusimos a jugar a las siete y media por unos centavos, y tan pronto como el whisky comenzó a hacer efecto en Bud, nosotros dejamos de beber, pero no permitimos que él parase. Lo atiborramos de whisky hasta que se cayó redondo de la silla y se quedó tumbado en el suelo, roncando.

Entonces pusimos manos a la obra. Yo dije que lo mejor sería quitarnos las botas, y también las suyas, para no hacer ningún ruido; entonces podríamos tirar de él, arrastrarle y saquearle sin ningún problema. De manera que así lo hicimos. Coloqué mis botas y las de Bud, unas al lado de la otras, para que estuviesen a mano. Luego le desnudamos y registramos las costuras de sus ropas, los bolsillos, los calcetines y el interior de sus botas, todo, y también lo hicimos con su atado de ropa. Nunca encontramos los diamantes. Encontramos el destornillador, y Hal dijo:

—¿Para qué crees que necesitaba esto?

Yo le respondí que no lo sabía: pero, cuando se dio la vuelta, lo pillé. Por fin Hal pareció abatido y desanimado, y dijo que tendríamos que darnos por vencidos. Aquello era lo que yo había estado esperando. Entonces le dije:

—Hay un solo lugar en donde aún no hemos registrado.

—¿Qué lugar es ése?

—Su estómago.

—¡Cielos! Nunca había pensado en ello. Ahora sí que estamos en la recta final, con una certeza absoluta. ¿Cómo nos las arreglaremos?

—Bueno —dije yo—, no tienes más que quedarte con él, y yo saldré a buscar un drugstore, y creo que encontraré algo que consiga que esos diamantes se aburran de la compañía que están teniendo ahora.

Él dijo que eso era justo lo que necesitábamos, y con Hal mirándome directamente a los ojos, me puse las botas de Bud, en lugar de ponerme las mías, y él no se dio cuenta. Eran ligeramente más grandes, pero eso era bastante mejor que si hubiesen sido demasiado pequeñas. Cogí mi bolso mientras salía a tientas por el vestíbulo, y en menos de un minuto, estaba camino de regreso, hasta alcanzar la senda del río, a un trote de ocho kilómetros por hora.

Tampoco me sentía demasiado mal… Caminar sobre diamantes no produce tal efecto. Cuando ya llevaba quince minutos de marcha, me dije a mí mismo que había dejado atrás más de un kilómetro y medio y todo estaba tranquilo. Cinco minutos más, y me digo: «Ya hay bastante más tierra a mis espaldas, y también un hombre que he dejado atrás y que habrá comenzado a preguntarse cuál será el problema». Otros cinco minutos más, y me digo: «Ya estará sintiéndose realmente incómodo. Habrá comenzado a dar vueltas por el cuarto». Otros cinco, y volví a decirme que ya había dejado atrás más de tres kilómetros, y que el hombre estaría terriblemente inquieto y «habrá empezado a soltar tacos», me imagino. En seguida habrán pasado otros cuarenta minutos… «¡Ahora ya sabe que hay gato encerrado!». Cincuenta minutos… «¡La verdad ahora le aplasta! Se da cuenta de que encontré los diamantes mientras estábamos registrando a Bud, y me los guardé en el bolsillo sin decirle nada… Sí, habrá salido para darme caza. Rastreará huellas recientes en el polvo y ellas le llevarán lo mismo río abajo que río arriba».

Justo entonces, vi a un hombre venir andando en una mula, y antes de que pudiera pensar en ello, me agazapé entre los matorrales. ¡Fue una estupidez! Cuando llegó hasta donde yo estaba, se detuvo y esperó un momento hasta para que yo saliera; luego echó a andar de nuevo. Pero ya nunca más volví a estar alegre. Dije para mis adentros: «He estropeado mis oportunidades de escapar al hacer eso. Seguro que sí, si es que ese tipo se encuentra con Hal Clayton».

Bueno, pues a eso de las tres de la madrugada acabé en Alexandria, y me sentí muy contento al ver al vapor de ruedas fondeado allí, porque entonces me sentí a salvo, como comprenderéis. Estaba despuntando el día. Subí a bordo y tomé este camarote, me puse estas ropas y me fui hasta la caseta del piloto para vigilar, aunque no me pareció que hubiese ninguna necesidad de ello. Me senté allí a jugar con mis diamantes, y esperé, y esperé hasta que el barco zarpara, pero no lo hizo. Veréis, estaban arreglándole la maquinaria, pero yo no sabía nada de ello, ya que no estoy muy acostumbrado a viajar en barcos de vapor.

Bueno, para acortar esta historia, no zarpamos de allí hasta bien entrada la tarde; y hacía ya mucho rato que yo me hallaba escondido en este camarote; pues antes del desayuno había visto venir a un hombre desde lejos, que tenía el mismo modo de andar de Hal Clayton, y me sentí despavorido. Me dije: «¡Es él, estoy seguro! Si descubre que estoy a bordo, me va a cazar como a una rata en una ratonera. Y todo lo que tendrá que hacer será tenerme vigilado y esperar…, esperar a que baje a tierra pensando que él estará a miles de kilómetros de distancia; entonces me perseguirá y me acosará hasta llevarme a un sitio conveniente, y hará que le entregue los diamantes, y entonces él…». ¡Oh, yo sé lo que hará! ¿No resulta espantoso? ¡Es horrible! Y pensar que ahora el otro está a bordo también. ¡Oh! ¿No es una suerte perra, chavales? ¿No es una suerte perra? ¡Oh, muchachos, sed buenos con este pobre diablo que se ve perseguido de muerte y salvadme…! ¡Yo besaré el suelo que pisáis!

Nos tocó el turno de hablar a nosotros, y le tranquilizamos, diciéndole que ya planearíamos algo para ayudarle y que no había necesidad de que tuviese tanto miedo; y de esa manera, poco a poco fue sintiéndose algo mejor otra vez. Entonces quitó los tornillos de las chapas de los tacones de sus botas, nos mostró los diamantes por todos lados, admirándolos y mimándolos; y cuando les daba la luz, no había duda, eran muy hermosos, pues parecía que iban a quebrarse, haciendo que estallase fuego por todas partes. Pero, al mismo tiempo, me pareció que ese hombre era un idiota. Si yo hubiese estado en su lugar, habría dado los diamantes a mis compinches, y les hubiese dejado llegar a tierra y que a mí me dejasen en paz. Pero él estaba hecho de otra pasta. Dijo que los diamantes representaban una gran fortuna y que no podía soportar la sola idea de perderla.

Nos detuvimos dos veces para arreglar la maquinaria y estuvimos fondeados durante largo rato, una vez durante la noche; pero no estaba lo suficientemente oscuro y Jake tenía miedo de saltar a tierra. Pero la tercera vez que nos detuvimos, se presentó la mejor ocasión más oportuna. Paramos en un astillero campestre, a unos sesenta y cuatro kilómetros de la granja del tío Silas, poco después de la una de la madrugada, y el cielo se estaba encapotando, presagiando una tormenta. Entonces Jake vio la oportunidad para saltar. Comenzamos a recoger madera. Muy pronto la lluvia comenzó a caer torrencialmente, y el viento soplaba con fuerza. Por supuesto, cada tripulante del barco se las arregló con un saco para ponérselo en la cabeza a modo de bonete, tal como suele hacerse cuando van a acarrear madera. Conseguimos uno para Jake y él se deslizó a popa con su bolso y caminó pesadamente hacia adelante, donde estaba el resto de los hombres. Tenía el mismo aspecto que los demás, y saltó a tierra con ellos. Cuando le vimos dejar atrás la luz del grupo que llevaba las antorchas, y que había sido tragado por la oscuridad, recobramos de nuevo el aliento y nos sentimos agradecidos y llenos de alegría. Pero no nos duró mucho tiempo. Alguien debió de haber dado el soplo, según creo; pues al cabo de ocho o diez minutos, los dos compinches aparecieron corriendo, saltaron a tierra y salieron disparados tras él. Esperamos hasta bien entrado el amanecer a ver si volvían, y esperábamos que lo hicieran, pero aquello nunca ocurrió. Nos daba una pena espantosa y teníamos el ánimo por los suelos. Toda la esperanza que abrigábamos era que Jake hubiese emprendido tal carrera, que sus compinches no pudiesen seguirle, y él pudiera llegar hasta la granja de su hermano, y esconderse allí, y ponerse a salvo.

Iba a tomar el camino del río, y nos dijo que averiguásemos si Brace y Júpiter estaban en casa, y si había allí gente extraña, y que saliésemos luego de la puesta del sol, para decírselo. Dijo que nos esperaría en un pequeño bosquecillo de sicomoros que estaba justo detrás del tabacal que poseía el tío Silas, en la ladera del río, un lugar muy solitario.

Nos sentamos y estuvimos hablando durante un largo rato, acerca de sus oportunidades de escapar, y Tom dijo que todo estaría bien, si sus compinches remontaban el río en vez de bajarlo; pero esto no parecía muy posible, porque tal vez ellos supiesen de dónde provenía él. Lo más probable sería que ellos fuesen por el camino recto, y lo rastreasen durante todo el día, sin que Jake sospechase nada, y lo matasen al anochecer, quitándole las botas. Así que estábamos bastante afligidos.

CAPÍTULO CINCO

No consiguieron ajustar la maquinaria hasta bien avanzada la tarde, y tan cerca ya del anochecer, que cuando nos fuimos a casa no nos detuvimos por el camino, sino que hicimos un alto en los sicomoros, tan de prisa como pudimos, para contarle a Jake cuál había sido la causa de nuestra demora, y mantenerle allí esperando, hasta que pudiésemos llegar a casa de Brace y averiguar cómo estaban las cosas allí. Estaba oscureciendo mucho para cuando pudimos dar la vuelta hacia el bosque. Íbamos sudorosos y jadeantes con aquella larga carrera, cuando vimos los sicomoros a treinta metros por delante de nosotros; y fue justo entonces cuando vimos a un par de hombres correr y meterse en el bosquecillo, y oímos dos o tres terribles gritos de socorro. «Pobre Jake, seguro que lo han matado», dijimos. Estábamos cada vez más asustados, y salimos corriendo hacia el tabacal y allí nos escondimos, temblando tanto, que a duras penas nuestras ropas podían mantenerse en su sitio; y en el preciso momento en que nos agazapábamos, dos hombres salieron disparados, y también penetraron en el bosquecillo; un segundo más tarde, saltaron fuera de él cuatro hombres y llegaron hasta el camino, corriendo tan de prisa como podían, un par de ellos tras el otro par.

Nos tumbamos en el suelo, medio débiles y mareados, y prestamos más atención por si se oían más ruidos, pero durante un buen rato no oímos nada, sólo el latido de nuestros corazones. Estuvimos imaginándonos qué cosa horrible estaría tirada allá en los sicomoros, y parecía como si estuviésemos cerca de un fantasma, y eso me daba unos tremendos escalofríos. Una luna fantástica se alzaba ya desde el suelo, sorprendentemente grande, redonda y brillante, detrás de un grupo de árboles, como un rostro mirando a través de las rejas de la cárcel, y las negras sombras y los sitios iluminados comenzaron a deslizarse sigilosamente alrededor de nosotros, y todo estaba lamentablemente tranquilo y sosegado, soplaba la brisa en la noche, y el paisaje tenía un aspecto aterrador y sepulcral. De repente, Tom dijo en un susurro:

—¡Mira! ¿Qué es aquello?

—¡No lo hagas! —le dije—. No vuelvas a asustar a la gente de esa manera. De todos modos, estoy a punto de morirme sin que hagas eso.

—Mira, te digo. Algo está saliendo desde los sicomoros.

—¡No lo hagas, Tom!

—¡Es espantosamente alto!

—¡Oh, Señor, Señor, acógenos…!

—¡Cállate! Viene hacia aquí.

Tom estaba tan excitado que a duras penas podía mantener el aliento para susurrar. Tuve que mirar, no pude evitarlo. De manera que allí estábamos ahora, arrodillados, con las barbillas sobre una valla de tren, mirando fijamente…, sí, y también jadeando. Venía bajando por el camino…, venía a la sombra de los árboles, y no se le podía ver bien; no hasta que se situó muy cerca de nosotros; se detuvo entonces, al penetrar en un brillante manchón de luz de luna, y nosotros nos agazapamos casi debajo de nuestras propias huellas… ¡Era el fantasma de Jake Dunlap! Eso fue lo que nos dijimos.

No pudimos movernos durante uno o dos minutos; luego se marchó. Hablamos sobre ello en voz baja. Tom dijo:

—Los fantasmas son, en su mayoría, turbios y humeantes, como si estuviesen hechos de niebla, pero éste no era así.

—No —dije yo—. Vi las patillas y las gafas con toda claridad.

—Sí, y los mismos colores en aquellas ropas de campesino de domingo… calzones escoceses, verdes y negros…

—Chaleco de pana, de color rojo fuego con cuadros amarillos…

—Tirantes de cuero hasta el borde de las perneras de los calzones y uno de ellos colgando desabrochado…

—Sí, y aquel sombrero…

—¡Vaya sombrero para un fantasma!

Veréis, era la primera temporada en que se llevaba aquella clase de sombreros… con un ala tiesa y una especie de tubo de estufa negro, muy alto, nada suave, con una punta redonda… exactamente igual que un pan de azúcar.

—¿Te fijaste si su cabello era el mismo, Huck?

—No… Me pareció que sí, pero luego ya no.

—Yo tampoco me fijé, pero tenía el bolso consigo, eso sí lo he notado.

—Yo también. Entonces, ¿cómo puede haber un bolso fantasma, Tom?

—¡Shhh! Yo en tu lugar, no sería tan ignorante, Huck Finn. Cualquier cosa que tenga un fantasma, se transformará en una cosa fantasmal. Deberán tener sus propios objetos, como cualquiera. Ya has visto tú mismo que sus ropas se transformaron en materia fantasmal. Bueno, pues entonces,

¿qué impide que su bolso se haya convertido en algo fantasmal también? Por supuesto que lo ha hecho.

Eso sonaba muy razonable. No pude encontrar ninguna falta en él. Bill Withers y su hermano Jack venían juntos, charlando, y Jack dijo:

—¿Qué te parece que era lo que llevaba?

—No sé; pero era bastante pesado.

—Sí, todo lo que podía llevar. Creo que era un negro robando maíz al viejo párroco Silas.

—Yo también. De modo que dejé que creyera que no le había visto.

—¡Así lo hice yo también!

Ambos se echaron a reír, y se pusieron fuera del alcance de nuestros oídos. Eso demostraba lo impopular que se había vuelto el tío Silas ahora. Nadie dejaría que un negro robara el maíz de alguien, sin hacerle nada.

Oímos algunas voces más, murmurando en dirección a nosotros, haciéndose cada vez más audibles, y algunas veces también una carcajada. Eran Lem Beebe y Jim Lane. Jim Lane dijo:

—¿Quién? ¿Júpiter Dunlap?

—Sí.

—No lo sé. Me pareció. Le vi cavando un poco de tierra hace como una hora, justo antes del atardecer… a él y al párroco. Dijo que le parecía que no podría ir esta noche, pero que podríamos coger al perro si lo necesitábamos.

—Está demasiado cansado, me parece.

—Sí… ¡Trabaja tanto!

—¡Oh, claro!

Y se echaron a reír a carcajadas ante aquel comentario, y prosiguieron su camino. Tom dijo que sería mejor que saliéramos y los siguiéramos, pues llevaban nuestro camino, y no sería muy agradable toparnos con el fantasma nosotros solos. De manera que así lo hicimos, y llegamos muy bien a casa.

Aquella noche, era el dos de septiembre…, un sábado. Nunca la olvidaré. Ya veréis muy pronto por qué.

CAPÍTULO SEIS

Echamos a andar detrás de Jim y Lem, hasta llegar a los escalones posteriores de la cerca de la cabaña en la que el viejo Jim había estado cautivo, cuando le concedimos la libertad; aquí llegaban los perros, arremolinándose alrededor de nosotros, para decirnos ¡hola!, y también había luces encendidas en la casa, de modo que ya no sentíamos miedo, pero, cuando íbamos a trepar la cerca para pasar al otro lado, Tom dijo:

—¡Espera! Siéntate aquí un momento. ¡Por George!

—¿Qué pasa? —dije yo.

—Pasa bastante —respondió él—. ¿No esperabas acaso que fuésemos nosotros los primeros en contar a la familia, a quién habían matado más allá de los sicomoros, además de todo acerca de los tunantes que lo han hecho, y sobre los diamantes que le han quitado al cadáver, adornarlo todo bellamente y tener la gloria de haber sido los únicos que conocen la historia, mucho mejor que cualquier otro?

—Vaya, pues claro que sí. No serías tú mismo, Tom Sawyer, si dejaras pasar tal oportunidad. Me parece que el relato no sufrirá precisamente por falta de adornos, cuando empieces a festonear los hechos —respondí yo.

—Pues, ahora —prosiguió, con perfecta calma— ¿qué contarías tú, si yo te dijera que no pienso poner manos a la obra en absoluto?

Yo estaba perplejo de oírle hablar de aquella manera. Así que le dije:

—Diría que es mentira. No hablas en serio, Tom Sawyer. —Pronto lo verás. ¿El fantasma estaba descalzo?

—No, no lo estaba. ¿Y qué hay con eso?

—Espera… Ahora te lo demostraré. ¿Tenía las botas puestas?

—Sí. Las vi claramente.

—¿Lo juras?

—Sí, lo juro.

—Yo también. Ahora, veamos, ¿sabes lo que eso significa? —No. ¿Qué significa?

—Significa que los ladrones no pudieron quedarse con los diamantes.

—¡Recórcholis! ¿Qué te hace suponer eso?

—No lo supongo. Lo sé. ¿Acaso los calzones, las gafas, las patillas, el bolso, y cada bendita cosa no se convirtieron en algo fantasmal? Todo se transformó, ¿no es verdad? Eso demuestra, que la razón por la cual las botas también lo hicieron fue que aún las llevaba puestas cuando salió a merodear por allí, y si ésa no es una prueba de que los granujas no se llevaron las botas, me gustaría saber a qué llamarías tú una prueba.

Pensad en ello ahora. Nunca he visto una sesera como la de este muchacho. Pues yo también tenía ojos, y podía ver cosas, pero ellas nunca adquirían un significado para mí. Pero con Tom Sawyer eso era diferente. Cuando Tom Sawyer ve una cosa, es como si ésta se levantara sobre sus patas traseras y le hablara…, contándole todo lo que sabía. Nunca he visto sesera igual.

—Tom Sawyer —dije yo—, lo diré de nuevo, como le he dicho muchas otras veces: No sirvo ni para darle betún negro a tus botas. Pero eso está bien… y, aunque no viene al caso, Dios Todopoderoso, que nos creó a todos, ha dado a algunos unos ojos ciegos, y a otros, ojos que ven, y me parece que no es asunto nuestro saber para qué lo ha dispuesto así; así está muy bien, o lo habría hecho de otra manera. Continúa… Ya lo veo muy claramente: esos ladrones se fueron sin los diamantes. ¿Por qué crees que no se los llevaron?

—Porque les dieron caza los otros dos, antes de que pudiesen quitar las botas del cadáver.

—¡Eso es! Ya me doy cuenta. Pero oye, Tom, ¿por qué no vamos y lo contamos todo?

—¡Oh, caramba, Finn!, ¿es que no comprendes? Fíjate bien. ¿Qué es lo que va a ocurrir ahora? Se llevará a cabo una investigación por la mañana. Los dos hombres contarán que oyeron los gritos y que salieron a toda prisa para llegar precisamente a tiempo de no salvar al desconocido. Entonces el jurado hablará bobadas y más bobadas y, por fin, llegarán a un veredicto en el concluirán que al infeliz le habrían pegado un tiro, o le darían una puñalada, o un mamporrazo en la cabeza con algo, y halló la muerte por inspiración divina. Y después de que lo hayan enterrado, rematarán sus bienes para pagar las expensas, y entonces se presentará nuestra oportunidad.

—¿Cómo, Tom?

—¡Compraremos las botas por dos dólares!

Bueno, aquello casi me cortó la respiración.

—¡Demonios, Tom! ¡Nosotros nos haremos con los diamantes!

—Puedes apostarlo. Algún día se ofrecerá una gran recompensa por ellos…, veinte mil dólares, seguro. ¡Ese dinero será nuestro! Ahora, al trote, entremos a ver a nuestra familia. Y cuídate de decir que no sabemos nada sobre ningún asesinato, ni diamantes, ni ladrones… ¡Olvídate de todo!

Tuve que suspirar un poco por el modo como Tom arregló las cosas. Yo vendería los diamantes por doce mil dólares, sí señor, por doce mil dólares; pero no dije una palabra. No hubiese servido de nada. Entonces pregunté:

—¿Pero qué es lo que vamos a decirle a tu tía Sally, para explicarle que hemos tardado tanto en llegar hasta el pueblo, Tom?

—Oh, eso te lo dejaré a ti —respondió—. Supongo que podrás explicarlo de alguna manera.

Tom era siempre tan estricto y delicado. Él mismo nunca hubiese contado una mentira.

Atravesamos el gran patio, fijándonos en esta cosa y en aquella otra, que nos resultaban tan familiares y que tan contentos estábamos de ver de nuevo; y cuando llegamos al amplio pasadizo cubierto, que se encontraba entre la casa de troncos dobles y la cocina, todo estaba colgando de las paredes, como solía estar, incluso la bata de franela con capucha que utilizaba el tío Silas para trabajar, vieja y descolorida de verde, con ese parche blanco hecho jirones, que siempre parecía como si alguien le hubiese dado con una bola de nieve; luego levantamos el pestillo y entramos. La tía Sally iba a toda prisa, de un sitio para otro, hecha una furia, los niños estaban apiñados en un rincón y el anciano acurrucado en el otro, pidiendo ayuda al cielo, en caso de necesidad. Ella salió corriendo hacia nosotros, llena de alegría y con lágrimas corriéndole por la cara, nos dio sendos y soberanos sopapos, luego nos besó, nos abrazó, y nos sopapeó otra vez, y parecía no cansarse de ello, estaba tan feliz de vernos; y entonces dijo:

—¿Dónde habéis estado haciendo el vago, inútiles, buenos para nada? He estado preocupada por vosotros, no sabía qué hacer. Vuestros bártulos están aquí desde hace una eternidad, y he preparado la cena por lo menos cuatro veces, para que pareciese recién guisada y que estuviera caliente y buena para cuando lleguéis, hasta que mi paciencia se acabó por completo, y yo os aseguro que… yo…, ¡yo os desollaría vivos! Estaréis muertos de hambre, ¡pobres criaturitas! Sentaos. Sentaos todos, no perdamos más tiempo.

Resultaba estupendo estar allí de nuevo, ante todo aquel noble pan de maíz, ante aquellas costillas, y ante todo lo que pudierais desear en este mundo. El viejo tío Silas se puso a rezar una de sus más ridículas bendiciones de antaño, con tantas capas como las de una cebolla y, mientras los ángeles eran arrastrados por la mansedumbre de la plegaria, yo estaba intentando pensar en qué diríamos para explicar nuestra tardanza. Cuando todos los platos estuvieron rebosantes de comida, y empezábamos a atacarla, la tía Sally nos preguntó, y yo le dije:

—Bueno, verá…, er…, señora…

—¡Huck Finn! ¿Desde cuándo soy señora para ti? ¿Alguna vez he sido tacaña con los cachetes o los besos contigo, desde el día en que pusiste los pies en esta habitación y yo te creí Tom Sawyer, y bendije a Dios por haberte enviado, aunque luego me dijiste cuatro mil mentiras, y yo te creí cada una de ellas como una bobalicona? Llámame tía Sally… como siempre lo has hecho.

De manera que así lo hice, y le dije:

—Bueno, a Tom y a mí nos pareció bien venir caminando juntos y sentir el aroma del bosque, entonces nos encontramos con Lem Beebe y Jim Lane, y ellos nos pidieron que los acompañásemos esta noche a coger zarzamoras; dijeron que podían tomar prestado el perro de Júpiter, porque en ese mismo momento él les había dicho que…

—¿Dónde lo habían visto? —preguntó el anciano.

Y, cuando levanté los ojos para ver por qué motivo le podría interesar una cosa tan insignificante como ésa, sus ojos lanzaban chispas, tal era su ansiedad. Aquello me sorprendió tanto que casi logra confundirme, pero me repuse de nuevo y le dije:

—Fue cuando estaba cavando con usted, a eso de la puesta del sol, más o menos.

Él sólo respondió:

—¡Hum! —de un modo un tanto contrariado, y dejó ya de interesarse, por lo que continué:

—Bueno, pues entonces, como iba diciendo…

—Eso ya basta, no necesitas contar más.

Ésa había sido la tía Sally, que clavaba la vista en mí, muy indignada.

—Huck Finn —dijo—, ¿cómo es que esos hombres estaban hablando de coger zarzamoras en septiembre…, en esta región?

Vi que había metido la pata, y no pude decir una sola palabra. Ella esperó, mientras continuaba mirándome fijamente, y dijo:

—¿Y de qué modo se les ocurrió esa idea idiota de ir a coger zarzamoras de noche?

—Bueno, señora, ellos…, er…, nos dijeron que tenían una linterna, y…

—¡Oh, cállate…, cállate ya! Espera un momento, ¿qué iban a hacer con un perro? ¿Cazar zarzamoras con él?

—Yo creo que… mm…, ellos…

—Ahora bien, Tom Sawyer, ¿qué clase de mentira estás tramando en tu boca, para contribuir a todo este lío de desatinos? ¡Habla! Pero te prevengo, antes de que comiences, de que no creeré una palabra de lo que digas. Tú y Huck habéis estado metidos en algo que no os corresponde…, lo sé perfectamente. Os conozco a los dos. Ahora vais a explicarme lo de ese perro, y las zarzamoras, y la interna, y el resto de esa patraña… y más vale que me lo digáis a las claras, como las de los huevos. ¿Me habéis oído?

Tom fingió estar muy ofendido, y dijo, muy digno:

—Es una lástima que hablase a Huck de esa manera, sólo por caer en algunas pequeñas equivocaciones más que las que cualquiera hubiese cometido.

—¿Qué equivocaciones son ésas?

—Bueno, pues sólo decir zarzamoras, cuando en realidad quiere decir fresas.

—Tom Sawyer, te aseguro que si me sacas de quicio un poco más, yo…

—Tía Sally, sin saberlo (y por supuesto, sin intención) está usted en un error. Si hubiese estudiado historia natural como debería, sabría que en todo el mundo, salvo justo aquí en Arkansaw, siempre se sale a cazar fresas con un perro… y una linterna…

Pero ella estalló en ira, y se puso como una fiera hasta agobiarle. Estaba tan furiosa que no podía pronunciar las palabras lo suficientemente rápido, entonces las decía a borbotones, en un torrente continuo. Eso era lo que Tom Sawyer estaba esperando. Le permitiría ponerse frenética y luego dejarla sola para que se le pasara. Entonces ella se vería tan fuera de sí con el asunto, que no volvería a decir ni una sola palabra acerca de él, ni permitiría que nadie la dijese. Bueno, eso fue precisamente lo que ocurrió. Cuando ella se quedó agotada y tuvo que frenarse, Tom le dijo, muy calmado:

—Y sin embargo, tía Sally, de todos modos…

—¡Cállate ya! —exclamó ella—. No quiero oír una palabra más.

Así que estábamos perfectamente a salvo, y ya no volvimos a tener ningún problema con el asunto de la tardanza. Tom lo había resuelto con toda elegancia.

CAPÍTULO SIETE

Benny tenía una expresión bastante seria, y suspiraba un poco de vez en cuando; pero muy pronto comenzó a preguntar por Mary, por Sid, y por la tía de Tom, Polly. Entonces se disiparon las nubes de tía Sally, se puso de buen humor, uniéndose a las preguntas, y mostrando su yo más encantador. De este modo, el resto de la cena discurrió alegre y placenteramente. Pero el anciano difícilmente se enteraba de algo, estaba distraído e intranquilo, suspirando considerablemente; se le rompía a uno el corazón de verle tan triste, tan inquieto y preocupado.

Poco después de cenar llegó un negro y llamó a la puerta; entonces asomó la cabeza, haciendo reverencias y frotando un viejo sombrero de paja que tenía en la mano. Dijo que su amo Brace estaba fuera, junto a la cerca, y quería ver a su hermano, que estaba cansado de esperarle a cenar, y si el amo Silas tendría la bondad de decirle dónde estaba. Nunca había visto al tío Silas tan cascarrabias como en aquel momento. Le contestó muy ásperamente:

—¿Acaso soy yo el guardián de su hermano? En seguida se puso todo mustio, y parecía no querer haber hablado de esa forma, entonces continuó, muy amablemente: —Pero no tienes por qué decirle eso, Billy. Me has cogido de sorpresa y estoy un poco irritable, no me encuentro muy bien estos días y no hay que hacerme mucho caso. Dile que su hermano no está aquí.

Y cuando el negro se marchó, él se puso de pie y comenzó a pasear de arriba abajo, murmurando y refunfuñando para sí, pasándose las manos por el pelo. Era una verdadera lástima verle así. Tía Sally nos dijo en un susurro que no le hiciésemos caso, que eso le hacía sentirse muy incómodo. Nos dijo que él estaba pensando constantemente, desde que comenzaron los problemas; nos dijo también que ella creía que él no sabía ni la mitad de lo que hablaba cuando le daba por pensar; también nos contó que caminaba sonámbulo mucho más de lo acostumbrado, y a menudo daba vueltas por la casa y también por los aledaños estando dormido, y que debíamos dejarle en paz y no molestarle. Nos dijo también que suponía que aquello no le haría daño, y que quizá hasta le hiciera bien. Nos contó que Benny era la única que podía serle de gran ayuda en aquellos días. Sólo Benny parecía capaz de saber cuándo tranquilizarle y cuándo dejarle tranquilo.

Así que siguió refunfuñando y caminando pesadamente de arriba abajo, hasta que, al cabo de un rato, comenzó a sentirse cansado; entonces Benny se acurrucó a su lado, colocó su mano en la de él y un brazo alrededor de su cintura, y caminó con él; entonces él le sonrió, y luego se acercó a ella y la besó; y así, poquito a poco, la angustia desapareció de su rostro, y ella le convenció de que se fuese a su habitación. Eran muy cariñosos el uno con el otro, y la escena resultaba bastante singular.

Tía Sally estaba atareada preparando a los niños para irse a la cama; así que la cosa empezó a ponerse sosa y aburrida, y Tom y yo salimos a dar un paseo a la luz de la luna, y llegamos hasta una parcela de sandías, nos comimos una, y luego charlamos durante largo rato. Y Tom dijo que apostaba a que toda la discusión era culpa de Júpiter, y que él estaría cerca en cuanto se le presentara la primera oportunidad para comprobarlo; si era así, haría todo lo posible para que el tío Silas pensase en otra cosa.

Y así seguimos hablando, fumando y atiborrándonos de sandía durante unas dos horas; entonces se hizo bastante tarde, y cuando volvimos a casa todo estaba tranquilo y oscuro, y ya todo el mundo se había ido a la cama.

Tom siempre lo veía todo; ahora se había dado cuenta de que la vieja bata verde había desaparecido, y que estaba allí cuando nos habíamos salido, y eso nos pareció un hecho curioso; luego nos fuimos a la cama.

Pudimos oír a Benny moviéndose agitadamente por su habitación, que se encontraba próxima a la nuestra, pensamos que debía de estar muy preocupada por su padre, y que no podía dormir. Nos dimos cuenta de que nosotros tampoco podíamos. Así que permanecimos durante largo rato sentados, fumando y hablando en voz baja, y nos sentíamos muy tristes y desmoralizados. Hablamos del asesinato y del fantasma una y otra vez, y nos empezó a dar tal horror y espanto, que ya no podíamos dormir de ninguna manera.

Al poco rato, cuando era ya muy tarde y todos los sonidos eran tardíos y solemnes, Tom me golpeó suavemente con el codo y me susurró que mirase. Yo lo hice, y vi a un hombre merodeando por el patio, como si no supiese qué quería, pero había muy poca luz, y no podíamos verle bien. Entonces se dirigió hacia la cerca, y mientras él hacía eso, salió una luna majestuosa, y vimos que llevaba una pala de mango largo sobre uno de sus hombros; entonces divisamos el parche blanco en su vieja bata de trabajo. Así que Tom dijo:

—Está sonámbulo. ¡Ojalá pudiéramos seguirle y ver adónde va! Mira, ha dado la vuelta al tabacal. Ahora se ha perdido de vista. Es una verdadera lástima que no pueda descansar mejor.

Esperamos durante un largo rato, pero él no volvió, o tal vez regresara por otro lado; lo cierto es que, al fin, caímos rendidos y nos dormimos; también tuvimos pesadillas, millones de ellas. Pero entonces, antes del amanecer, nos despertamos otra vez, porque se había levantado una tormenta, y rugía con furia; los truenos y relámpagos eran horribles, el viento estaba azotando a los árboles, la lluvia sesgada caía a raudales y los surcos se habían transformado en ríos torrenciales. Tom dijo:

—Escúchame, Huck, te diré una cosa curiosísima. Cuando salimos anoche, la familia no sabía que Jake Dunlap había sido asesinado. Ahora, los hombres que persiguieron a Hal Clayton y a Bud Dixon desparramarán la cosa en menos de media hora, y cualquier vecino que lo oiga habrá salido disparado de granja en granja, intentando ser el primero en contar las noticias. ¡Diablos! ¡No tendrán otra gran cosa como esa que contar dos veces durante los próximos treinta años! Huck, esto me resulta sumamente extraño; no lo entiendo.

Así que Tom estaba muy inquieto, esperando que cesara la lluvia, por si veíamos a alguien que supiera decirnos cualquier cosa sobre el asunto. También dijo que, si lo hacía, deberíamos mostrarnos sorprendidos y terriblemente escandalizados.

Salimos al minuto siguiente que hubo cesado la lluvia. Para entonces ya era pleno día. Subimos paseando el camino, de vez en cuando nos encontrábamos con alguien, entonces nos deteníamos para decir ¡hola!, y contarles cuándo habíamos llegado, y cómo habíamos dejado a la familia en casa, y cuánto tiempo nos íbamos a quedar allí, pero nadie dijo una sola palabra acerca del asunto…, lo cual nos dejaba perplejos, sin duda. Tom dijo que, si nos llegábamos hasta los sicomoros, encontraríamos al cadáver yaciendo allí, solitario y desamparado, sin ningún alma por los alrededores. Dijo que él creía que los hombres habrían perseguido a los ladrones hasta lo más profundo del bosque, que los malhechores habrían visto una buena oportunidad en ello y que finalmente se habrían dado la vuelta, y tal vez se hubiesen matado unos a otros, de modo que no quedara nadie para contarlo.

Antes de que pudiéramos darnos cuenta, mientras íbamos hablando así, atropelladamente, fuimos a parar justo delante de los sicomoros. Unos escalofríos gélidos iban sucediéndose en mi espalda, y ya no pude dar un solo paso, a pesar de todas las persuasiones de Tom. Pero él no podía contenerse: tenía que ver si las botas estaban todavía a salvo en el cadáver. Así que se deslizó sigilosamente, dentro del bosquecillo…, y al minuto siguiente salió, con los ojos echando chispas de excitación, y exclamó:

—¡Huck! ¡Se ha ido!

¡Yo estaba perplejo! Pero alcancé a decir:

—Tom, no hablas en serio.

—Se ha ido. Estoy seguro. No hay ni rastro de él. La tierra está un poco pisoteada, y, si quedaba algo de sangre, la ha lavado la tormenta, pues allí no hay más que charcos y fango.

Finalmente me di por vencido, y fui a echar un vistazo por mí mismo; y era justo lo que Tom había dicho: no había ni señales del cadáver.

—¡Maldita sea! —dije—. Los diamantes han desaparecido. ¿Crees que los ladrones habrán vuelto a hurtadillas y se los han llevado, Tom?

—Eso mismo parece. Ahora bien, ¿dónde crees que los escondieron?

—No lo sé —respondí, disgustado—, más aún, no me importa. Ellos ya tienen las botas, y eso es todo lo que me preocupaba. El muerto estará tirado por algún sitio de este bosque durante mucho tiempo antes de que yo lo busque.

Tom también dejó de interesarse por él, sólo tenía curiosidad por saber qué habría sido del cadáver; pero dijo que nos mantuviésemos al margen, sin decir nada, pues no pasaría mucho tiempo sin que los perros o alguien diesen con él.

Regresamos a casa para desayunar, muy enfadados, ofendidos, desilusionados y estafados. Nunca antes le había tenido tanta ojeriza a un cadáver.

CAPÍTULO OCHO

El desayuno no fue demasiado alegre. Tía Sally parecía vieja y cansada, y permitía que los niños se alborotaran y riñeran unos con otros; no parecía notar el jaleo que estaban armando, lo cual no era propio de ella. Tom y yo teníamos demasiado en qué pensar como para hablar; Benny tenía un aspecto de no haber dormido mucho, y cada vez que levantaba un poquito la cabeza, para echarle una mirada furtiva a su padre, podían verse lágrimas en sus ojos; y con respecto al anciano, la comida permanecía en el plato y comenzaba a enfriarse, sin que él supiera que estaba allí, por seguir pensando sin tregua, según creía yo, y no decía una sola palabra ni tampoco probaba bocado.

Al poco rato, cuando ya estaba más oscuro, la cabeza del negro se asomó otra vez por la puerta, y dijo que su amo Brace estaba sintiéndose muy intranquilo por el amo Júpiter, que todavía no había llegado a casa, y si el amo Silas haría el favor de…

El negro estaba mirando al tío Silas, y se detuvo justo allí, como si el resto de las palabras se hubiesen congelado; pues el tío Silas se levantó tembloroso, intentando sujetarse a sí mismo, apoyando los dedos sobre la mesa, estaba jadeando, con los ojos clavados en el negro, luego tragó saliva, y llevó un par de veces la otra mano hasta su garganta, y por fin comenzó a pronunciar las palabras:

—¿Es que él piensa…, él… piensa…, qué es lo que él piensa? Dile…, dile…

Entonces se hundió en la silla, flojo y sin fuerzas, y, de una manera que apenas pudimos oírle, dijo:

—¡Vete…, largo!

El negro, con expresión de asustado, salió de estampía. Todos los demás sentimos…, bueno, no sé lo que sentimos, pero fue horrible, con el pobre hombre jadeando allí, los ojos cerrados y el aspecto de un moribundo. Ninguno de nosotros podía moverse; pero Benny se deslizó suavemente, con lágrimas surcándole la cara, y se colocó a su lado, acurrucó contra ella su vieja cabeza gris, y comenzó a acariciarla con las manos y a hacerle mimos; luego nos hizo señas de que nos marchásemos, y así lo hicimos, saliendo muy callados, como si la muerte estuviese allí.

Tom y yo salimos muy solemnes hacia los bosques, comentando lo distinto que era ir ahora de lo que fue el último verano que estuvimos aquí, cuando todo era tan pacífico y feliz, y la gente hablaba tan bien del tío Silas, cuando él era tan alegre y sencillo, tan bobalicón y bueno… ¡Miradle ahora! Si no se había vuelto loco, le faltaba poco. Eso era algo que los dos admitíamos.

Hacía un día de lo más encantador, luminoso y soleado; y cuanto más avanzábamos por las colinas, en dirección a la pradera, los árboles y las flores iban siendo cada vez más hermosos, y nos parecía extraño y hasta mal, en cierto sentido, que tuviese que haber disgustos en un mundo como éste. Y de repente contuve el aliento y cogí fuertemente el brazo de Tom, y todo mi hígado, pulmones y demás cosas, se me cayeron a los pies.

—¡Ahí está! —exclamé.

Dando un salto nos escondimos detrás de un arbusto; estábamos temblando, y Tom dijo entonces:

—¡Shh!… No hagas ruido.

Se hallaba sentado en un tronco, justo al borde de la pequeña pradera, pensando. Intenté llevarme a Tom, pero él no quiso, y yo no me atreví a moverme solo. Dijo que quizá nunca más tendríamos otra oportunidad de ver un fantasma, y que él iba a hartarse de mirar a aquél, aunque le costase la vida. Así que yo también miré, aunque me dieran escalofríos. Tom tenía que hablar, pero lo hacía bajito, y me dijo:

—¡Pobre Jake! Trae consigo todas sus cosas, como nos había dicho que haría. Ahora bien, mira lo que nos hacía dudar… el cabello. Ya no es largo, como solía ser; se lo ha cortado al rape, como nos había dicho que lo haría también. Huck, nunca he visto nada que parezca más natural que Eso.

—Yo tampoco —respondí—, le reconocería en cualquier sitio.

—Yo también lo haría. Tiene un aspecto perfectamente sólido y genuino, exactamente igual que antes de morir.

Así que continuamos mirándole. Muy pronto Tom dijo:

—¡Huck! Hay algo sumamente curioso en ese fantasma, ¿no crees? No debería estar dando vueltas por ahí en pleno día.

—Así es, Tom. Nunca había oído nada semejante.

—No, señor, ellos sólo salen de noche… y siempre después de medianoche. Algo raro pasa con este fantasma, ¡ya verás! No creo que tenga ningún derecho a andar vagando por ahí durante el día. Pero ¿no parece natural? Jake dijo que fingiría hacerse el sordomudo aquí, de modo que los vecinos no le reconociesen la voz. ¿Tú crees que haría eso si nosotros le pegásemos un grito?

—¡Cielos, Tom, no digas eso! Si te pones a gritarle, me muero aquí mismo.

—No te preocupes, no lo haré. Mira, Huck, se está rascando la cabeza…, ¿no lo ves?

—Bueno, ¿y eso qué?

—Pues esto: ¿Qué sentido tiene que se rasque la cabeza? No hay nada que pueda picarle; su cabeza está hecha de niebla o algo parecido, no puede picarle. La niebla no puede picar, cualquier tonto sabe eso.

—Bueno, entonces, si no pica, y no puede picar, ¿por qué diablos se rasca? ¿No crees que pueda ser por costumbre?

—No señor, no lo creo. No estoy nada contento con la forma de actuar de ese fantasma. Tengo el condenado presentimiento de que es falso… Lo tengo, tan seguro como que estoy sentado aquí. Porque, si eso… ¡Huck!

—Bueno, ¿qué pasa ahora?

—¡No se pueden ver los arbustos a través de él!

—¡Vaya, Tom, es verdad! Es tan sólido como una vaca. Estoy empezando a creer que…

—¡Huck! ¡Está mascando tabaco! ¡Demonios! Ellos no mascan…, no tienen nada con qué mascar. ¡Huck!

—Te estoy oyendo.

—¡No es un fantasma en absoluto! ¡Es el mismísimo Jake Dunlap!

—¡Tu abuela! —dije yo.

—Huck Finn, ¿encontramos algún cadáver entre los sicomoros?

—No.

—¿Ni una sola señal de él?

—No.

—Fue por una muy buena razón. Nunca ha habido ningún cadáver allí.

—Pero, Tom, tú sabes que habíamos oído…

—Sí, lo oímos…, oímos un aullido o dos. ¿Prueba eso que alguien haya sido asesinado? Claro que no. Y vimos además a cuatro hombres que iban corriendo, luego éste que está allí salió caminando y nosotros lo tomamos por un fantasma. Pero no es más fantasma que tú. Era el mismo Jake Dunlap, y es el mismo Jake Dunlap ahora. Se ha rapado el cabello, como nos había dicho que haría, y ahora finge que es un extranjero, exactamente de la misma manera que dijo que lo haría. ¿Fantasma, él? Es tan sólido como una nuez.

Entonces lo comprendí todo, y me di cuenta de que no habíamos tenido en cuenta muchas cosas. Yo estaba increíblemente contento de que no le hubiesen asesinado, y Tom también; entonces nos preguntábamos qué sería lo que a él le gustaría más: ¿Fingir que no lo habíamos conocido nunca o qué? A Tom le pareció que la mejor manera que teníamos de averiguarlo sería ir a preguntarle a él. Así que tomó la iniciativa; pero yo me quedé un poquito más atrás, porque, después de todo, no sabía todavía si era de verdad un fantasma. Cuando Tom llegó hasta donde él estaba, y le dijo:

—Huck y yo estamos contentísimos de verle otra vez, así que no tema, que no diremos nada. Y si cree que sería más seguro para usted que aparentásemos no conocerle cuando pasemos a su lado, pues no tiene más que decírnoslo, y ya verá cómo puede contar con nosotros, y que preferiríamos cortarnos las manos antes de exponerle a usted al más mínimo peligro.

Al principio pareció sorprenderse de vernos, y no demasiado contento; pero tan pronto como Tom siguió hablando, comenzó a mostrarse más simpático, y a sonreír cuando Tom terminó de hablar, y asintió con la cabeza varias veces, haciendo señas con las manos, y nos dijo:

—Guu-guú…, guu-guú —del mismo modo que acostumbran a hacer los sordomudos.

Justo entonces vimos a algunos criados de Steve Nickerson, que vivían al otro lado de la pradera, y Tom dijo:

—Lo hace usted muy elegantemente, no he visto a nadie que lo haga mejor. Tiene usted razón, finja también con nosotros, finja del mismo modo que hace con los demás; eso le dará práctica y evitará meter la pata. Nosotros nos mantendremos alejados de usted, y fingiremos no conocerle, pero en cualquier momento en que podamos resultarle una ayuda, háganoslo saber.

Luego nos cruzamos con la gente de Nickerson por el camino, y por supuesto nos preguntaron de dónde venía el forastero que había allí, cuál era su nombre y a qué confesión pertenecía, si era bautista o metodista; qué ideas políticas tenía, si republicano o demócrata, y cuánto tiempo se iba a quedar allí; todas esas preguntas que los seres humanos hacen cuando llega un extranjero, los perros también las hacen. Pero Tom les respondió que él no podía sacar nada en claro de las señas de un sordomudo, y lo mismo le pasaba con respecto al gu-gu. Entonces nos quedamos vigilando cómo se alejaban a acosar a Jake, pues estábamos muy preocupados por él. Tom dijo que le llevaría días acostumbrarse a que era sordomudo y no olvidarlo, y que hablaría sin darse cuenta. Cuando vigilamos lo suficiente como para ver que Jake se desenvolvía bastante bien y que hacía las señas de maravilla, echamos a andar de nuevo, deseando llegar a la escuela antes del recreo, lo cual suponía un camino de casi cinco kilómetros.

Me sentí tan desilusionado de no oír a Jake contar nada de la pelea en los sicomoros y de cómo estuvo a punto de ser asesinado, que no podía sobreponerme; y Tom se sentía igual, pero dijo que, si nosotros estuviésemos en la misma situación de Jake, querríamos andarnos con cuidado y mantenernos callados para no correr riesgos.

Los muchachos y las chicas estaban todos contentos de vernos de nuevo, y lo pasamos realmente bien durante todo el recreo. En el camino a la escuela, los muchachos Henderson se habían encontrado con el sordomudo y lo contaron a los demás compañeros, así que todos los escolares estaban excitados con el asunto, y no podían hablar de ninguna otra cosa, y estaban ansiosos por echarle una ojeada, pues nunca habían visto un sordomudo en sus vidas, y tal fenómeno constituía un gran motivo de alboroto.

Tom dijo que resultaba muy duro no decir ni pío en aquel momento; dijo que seríamos considerados unos héroes si contáramos todo lo que sabíamos; pero después de todo era más heroico no decir ni pío, no habría dos chicos entre un millón capaces de hacerlo. Ésa era la idea de Tom Sawyer acerca del asunto, y me parece que nadie podría mejorarla.

CAPÍTULO NUEVE

En los siguientes dos o tres días, el Mudo se hizo muy popular. Fue familiarizándose con los vecinos, que le apreciaban mucho, y estaban orgullosos de tener entre ellos una curiosidad tan estupenda. Lo invitaban a desayunar, lo invitaban a almorzar y a cenar; lo atiborraban de cerdo y de maíz descascarillado, y nunca se cansaban de mirarle fijamente y de maravillarse, deseando saber más sobre él. ¡Era tan poco común y romántico! Sus señas no le servían de nada; la gente no podía entenderlas y, probablemente, él mismo tampoco, pero hacía muchísimos gu-gus, de manera que todo el mundo quedara satisfecho, y le admirasen por oírle hacerlo. Llevaba consigo una pizarra y un lápiz cuando iba por ahí, y la gente le escribía preguntas, y él anotaba las respuestas; pero nadie entendía su letra, excepto Brace Dunlap. Brace decía que él tampoco podía entenderla bien, pero la mayoría de las veces podía descifrar el significado. Decía que el Mudo decía que venía de allá lejos, en alguna parte, y que había estado en una buena posición, pero que unos malhechores en los que él había confiado le llevaron a la bancarrota, y ahora era pobre y no tenía medios para ganarse la vida.

Todo el mundo elogiaba a Brace Dunlap por ser tan amable con aquel forastero. Le dejó tener una cabaña de madera para él solo, y mandó a sus negros para que le cuidaran y le procurasen todos los víveres que necesitaba.

El Mudo iba a veces a nuestra casa, porque el tío Silas estaba tan apesadumbrado durante aquellos días, que cualquier afligido era un consuelo para él. Tom y yo aparentábamos no haberle conocido nunca antes. La familia hablaba de sus problemas delante de él, como si no estuviese presente, y a nosotros nos parecía que no le vendría mal oír lo que ellos decían. Generalmente no parecía darse cuenta de nada, pero a veces sí se fijaba.

Bueno, pasaron dos o tres días, y todo el mundo comenzó a inquietarse por Júpiter Dunlap. Todos preguntaban al vecino a ver si alguien tenía alguna idea de lo que podría haberle pasado. No, no la tenemos, contestaban todos; y movían la cabeza diciendo que había algo muy extraño en todo ello. Transcurrió un día y otro más; entonces circuló por los alrededores el rumor de que tal vez había sido asesinado. ¡Ya podéis apostar por el revuelo que se armó! Después de aquello todas las lenguas tenían mucho de qué hablar. El sábado se formaron dos o tres cuadrillas para ir a buscarle y rastrear los bosques, a ver si encontraban sus restos. Tom y yo los ayudamos, fue una tarea noble y excitante. Tom estaba tan loco de alegría, que no podía comer, lo mismo que los demás. Dijo que, si nosotros conseguíamos encontrar el cadáver, seríamos muy famosos, y hablarían más de nosotros que si nos hubiésemos ahogado.

Los demás se cansaron y se dieron por vencidos; pero no Tom Sawyer…, eso no iba con él. El sábado por la noche apenas durmió, intentando trazar un plan; y cuando ya estaba haciéndose de día, dio con él. Me arrastró fuera de la cama, y estaba todo alborotado cuando me dijo:

—¡Rápido, Huck, coge tu ropa! ¡Ya lo tengo! ¡El sabueso!

En dos minutos, estábamos remontando el camino del río en la oscuridad, en dirección al pueblo. El viejo Jeff Hooker tenía un sabueso y Tom iba a pedírselo prestado. Yo le dije:

—El rastro ya es demasiado viejo, Tom…, y además lo ha borrado la lluvia, ya lo sabes.

—No importa, Huck. Si el cadáver está escondido en algún lugar, en los alrededores del bosque, el perro lo encontrará. Si ha sido asesinado y enterrado, no lo habrán hecho a demasiada profundidad, eso no es muy probable, y si el perro pasa por encima del sitio la olerá, seguro. ¡Huck, seremos famosos, estoy tan seguro de eso como de que has, tú has nacido!

Tom estaba resplandeciente, y cuando estaba que ardía de entusiasmo, tenía todas las posibilidades de entusiasmarse por completo. Así ocurrió también aquella vez. En dos minutos lo tenía todo bien pensado, y no solamente iba a encontrar el cadáver, no, iba a seguir la pista al asesino y darle caza también; y no sólo eso, sino que también iba a darle de palos hasta que…

—Bueno —dije yo—, será mejor que encuentres el cadáver primero; me parece que ya ha sido bastante por hoy. Por lo que sabemos, es que no hay ningún cadáver y que nadie ha sido asesinado. Ese tipo debe haber huido a alguna parte y no haber muerto en absoluto.

Estas palabras le pusieron muy serio, y entonces me dijo:

—Huck Finn, nunca he visto a una persona como tú para echar las cosas a perder. Tan pronto como tú no ves ninguna esperanza en algo, no dejas que nadie más la tenga. ¿Qué bien puede hacerte echar agua fría sobre lo del cadáver y armar esta teoría egoísta sobre que no ha habido ningún asesinato? Absolutamente ninguno. No sé cómo puedes actuar así. Yo no te trataría de esa manera, y tú lo sabes. Aquí se nos presenta una noble y buena oportunidad de hacernos una reputación, y…

—Oh, continúa —dije yo—, lo siento, retiro mis palabras. No he querido decir nada. Hazlo como te parezca. Él no significa nada para mí. Si le hubiesen matado, estaría tan contento como tú de que lo hubiesen hecho; y si él…

—Nunca he dicho que alegrara; yo solamente…

—Bueno, entonces, lo sentiré tanto como tú. Como tú prefieras tomártelo, así lo preferiré yo. El…

—No hay preferencias sobre eso, Huck Finn; nadie dijo nada acerca de las preferencias. Y en lo que respecta a…

Se olvidó que estaba hablando, y continuó dando vueltas, pensando. Entonces comenzó a entusiasmarse de nuevo, y muy pronto dijo:

—Huck, sería la cosa más estupenda que nos hubiera ocurrido, si encontrásemos el cadáver; cuando todo el mundo se hubiera cansado de buscar, entonces continuar hasta descubrir al asesino. No solamente sería un honor para nosotros, sino también para el tío Silas, porque fuimos nosotros los que lo hicimos. Le levantaría el ánimo de nuevo, ya lo verías.

Pero el viejo Jeff Hooker echó un cubo de agua fría a todo el proyecto pues, cuando llegamos a su herrería y le contamos para qué habíamos ido.

—Podéis llevaros el perro —nos dijo—, pero no encontraréis ningún cadáver, pues no hay ningún cadáver que buscar. Todo el mundo ha dejado de rastrearlo, y tienen razón. Tan pronto como se pusieron a pensar en ello, se dieron cuenta de que no había ningún cadáver. Y os diré por qué. ¿Por qué una persona mata a otra, Tom Sawyer? Respóndeme a eso.

—Pues, porque… er…

—¡Contesta! No eres ningún tonto. ¿Por qué lo mata?

—Bueno, algunas veces es por venganza, y…

—Espera. Vamos por partes. Venganza, dices; y tienes razón. Ahora bien, ¿quién podría querer vengarse de ese pobre tipo insignificante y sin importancia? ¿Quién crees que querría matar a ese tipo…, a ese conejo?

Tom estaba perplejo. Supongo que él no había pensado que una persona pudiera tener un motivo para asesinar a otra; y ahora veía que no era probable que alguien pudiese tener tanta envidia contra un cordero como Júpiter Dunlap. Al poco tiempo, el herrero continuó:

—La idea de venganza no funciona, ya ves. Bueno, entonces ¿cuál sería la siguiente? ¿El robo? ¡Dios mío! ¡Eso debe haber sido, Tom! Sí, señor, creo que esta vez hemos dado en el clavo. Algunos tipos querían las hebillas de sus tirantes, y entonces él…

Pero aquello fue tan gracioso que el herrero rompió a reír, y siguió partiéndose de risa, hasta que casi se muere, y Tom parecía tan ofendido y rebajado, que yo sabía que estaba arrepentido de haber venido, y deseaba no haberlo hecho. Pero el viejo Hooker no aflojaba. Sacó a relucir todos los motivos que podría tener una persona para asesinar a otra; y cualquier idiota podía darse cuenta de que ninguno encajaba en el caso; además no paraba de reírse de todo el asunto y de la gente que había estado rastreando el cadáver, y añadió:

—Si hubieran tenido algo de sentido común, sabrían que aquel vago se largó porque quería más tiempo para haraganear después de tanto trabajo. Regresará muy entretenido dentro de dos semanas, y entonces ¿cómo os sentiréis todos? Pero que la Providencia os bendiga, llevaos el perro y salid a rastrear sus restos. Hazlo, Tom.

Luego rompió a reír de nuevo, con aquellas carcajadas suyas de cuarenta varas. Tom no podía echarse atrás, después de todo esto, de manera que dijo:

—Muy bien, quítele la cadena.

Y el herrero así lo hizo; entonces nos fuimos a casa, y le dejamos desternillándose de risa.

Era un perro adorable aquél. No hay perro con un temperamento más encantador que aquel sabueso, nos conocía y le gustábamos. Daba brincos de alegría y carreras a nuestro alrededor, siempre tan amigable e increíblemente contento de estar libre y tener un día de fiesta; pero Tom estaba tan disgustado, que no demostraba ningún interés por él, y decía que ojalá hubiese parado y reflexionado durante un minuto antes de haber emprendido una empresa tan ridícula. Decía que el viejo Jeff Hooker se lo contaría a todo el mundo, y que aquello sería el cuento de nunca acabar.

Así que fuimos bajando por los caminos apartados que conducían a casa, sintiéndonos bastante lúgubres y sin decir palabra. Cuando pasamos la esquina más alejada de nuestro tabacal, oímos que el perro emitía un aullido muy largo por aquel sitio. Entonces fuimos hasta allí, y vimos que estaba escarbando el suelo con toda su fuerza, y de vez en cuando, inclinaba la cabeza hacia uno u otro lado, y emitía otro aullido.

Era un rectángulo, del tamaño de una tumba; la lluvia había hecho que se hundiera un poco la tierra, y que se viera su forma. Estuvimos de pie allí, durante un minuto, mirándonos el uno al otro, y no pronunciamos palabra. Cuando el perro había escarbado unos cuantos centímetros, cogió algo y tiró de ello: era una manga y un brazo. Tom exhaló una especie de grito ahogado, y dijo:

—Huck, tengo la impresión de que… lo hemos encontrado.

Me sentí fatal. Echamos a correr por el camino hasta alcanzar los primeros hombres que pasaban. Fueron a por una pala a la cabaña, y desenterraron el cuerpo. En mi vida he visto semejante alboroto. Aún no se podía decir nada sobre el rostro, pero no había necesidad de ello. Todo el mundo decía:

—¡Pobre Júpiter: ésas son sus ropas, hasta el último andrajo!

Algunos salieron corriendo a desparramar la noticia y llamar al Juez de paz para levantar un sumario, en tanto Tom y yo nos fuimos a casa a la velocidad del rayo. Tom estaba entusiasmado y casi sin aliento cuando irrumpimos en la casa, donde estaban el tío Silas, tía Sally y Benny. Tom gritó:

—Huck y yo hemos encontrado el cadáver de Júpiter Dunlap, nosotros solos, con la ayuda de un sabueso, después de que todo el mundo hubo abandonado la búsqueda y se habían dado por vencidos; si no hubiese sido por nosotros, nunca lo habrían encontrado; también él fue asesinado…, lo hicieron con un garrote o algo parecido; y ahora empezaré a buscar al asesino, eso será lo siguiente, ¡y apuesto lo que sea a que lo descubro!

La tía Sally y Benny se levantaron pálidas y perplejas, pero el tío Silas cayó de su silla, derecho al suelo, y gimió:

—¡Oh, Dios! ¡Ya lo habéis descubierto!

CAPÍTULO DIEZ

Aquellas espantosas palabras nos dejaron helados. No pudimos mover una mano o un pie durante, por lo menos, medio minuto. Luego nos recobramos un poco, ayudamos al anciano a sentarse de nuevo en su silla, y Benny le acariciaba y le besaba, intentando consolarle. La pobre tía Sally hacía lo mismo; pero las pobres infelices estaban tan deshechas, asustadas y fuera de sus cabales, que apenas se daban cuenta de lo que pasaba. Tom estaba fatal; el hecho de pensar que había metido a su tío en una complicación mil veces mayor que las que hubiese tenido hasta ahora le había dejado petrificado; tal vez nunca hubiese sucedido si él no hubiese ambicionado tanta celebridad, y hubiera dejado el cadáver en paz, del mismo modo que hicieron los demás. Pero muy pronto se repuso y dijo:

—Tío Silas, no vuelva a decir una palabra más en ese sentido. Es peligroso, y no hay un atisbo de verdad en ellas.

La tía Sally y Benny se mostraron agradecidas al oírle decir aquello, y dijeron lo mismo; pero el anciano movió la cabeza con pesadumbre y desesperación, y con lágrimas corriendo por su rostro exclamó:

—¡No…, yo lo hice! ¡Pobre Júpiter, yo lo hice!

Fue espantoso oírle decir aquello. Después, el anciano continuó hablando; dijo que había sucedido el día en que Tom y yo habíamos llegado…, cerca de la puesta del sol. Dijo que Júpiter le había estado dando la lata y agraviándole hasta ponerle tan furioso, que se volvió medio loco, cogió un palo y le dio con él en la cabeza, con toda su fuerza. Júpiter cayó allí mismo. Entonces él se asustó y, arrepentido por lo que había hecho, cayó de rodillas y levantó la cabeza de Júpiter, rogándole que hablara y que le dijese que no estaba muerto; y, al cabo de poco rato, Júpiter volvió en sí, y cuando se dio cuenta quién estaba sosteniéndole la cabeza, pegó un salto, muerto de miedo, y salió corriendo hacia la cerca, se metió en el bosque y desapareció. De modo que el tío Silas tenía la esperanza de que no haberle causado un gran daño.

—Pero ¡diablos! —continuó diciendo—. Fue sólo el miedo lo que le dio el último aguijón de energía, y claro, pronto se acabó y se tumbó entre los arbustos, y como no había nadie allí para ayudarle, murió.

Entonces el anciano se puso a gritar y a llorar su muerte, diciendo que era un asesino y que la marca de Caín estaba sobre él, que había traído la desgracia a su familia, que le encontrarían y le colgarían. Pero Tom dijo:

—No, usted no será descubierto. Usted no lo mató. Un solo palo no le mataría. Algún otro lo ha hecho.

—¡Oh, sí! —exclamó—. Lo hice yo. ¿Quién más tenía algo contra él? ¿Quién más podría tener algo contra él?

Levantó los ojos con la esperanza de que pudiésemos nombrar a alguien que tuviese envidia de aquel hombre inofensivo e insignificante; pero, por supuesto, fue inútil…, nos había pillado; no pudimos decir una sola palabra. Él se dio cuenta de eso, y se entristeció de nuevo, poniendo la expresión más lastimosa y abatida, que haya visto nunca. Tom tuvo una idea repentina y dijo:

—¡Esperad un momento!… Alguien lo enterró. Ahora bien, ¿quién…?

Pero se calló de repente. Yo sabía por qué. Me dieron escalofríos cuando pronunció aquellas palabras, porque en seguida recordé que vimos al tío Silas escarbando la tierra con una pala de mango largo aquella misma noche, cuando era ya muy tarde. Y yo sabía que Benny le había visto también, porque ella había estado hablando de eso un día. En el mismo momento de callarse, Tom cambió de tema, rogó al tío Silas que no dijese ni pío, y al resto de nosotros que hiciésemos lo mismo. Dijo que debíamos hacerlo, y que al tío Silas tampoco le interesaba estar contándolo, y que si él no decía nada nadie lo sabría nunca, pero que si se descubría y alguien le hacía algún daño, rompería los corazones de su familia y los mataría, de modo que a nadie le haría ningún bien. Así que, al final, el tío Silas acabó prometiendo que no diría nada. Todos nos sentimos mejor entonces, y continuamos animando al anciano. Le dijimos que todo lo que tenía que hacer era mantenerse callado y que no pasaría mucho tiempo antes de que todo estuviese olvidado y enterrado. Todos dijimos que nadie sospecharía nunca del tío Silas, ni soñarlo: él era tan bueno y amable, y tenía tan buen carácter… Y Tom, cordial y campechano, agregó:

—¡Vaya! Pensemos un minuto. Aquí está el tío Silas, que lleva todos estos años como predicador… con dinero de su bolsillo; todos estos años haciendo el bien, lo mejor que podía, por su cuenta todo el tiempo; alguien querido y respetado por todo el mundo; siempre ha sido pacífico y no se ha metido con nadie, el último hombre en todo el distrito en poner el dedo sobre una persona, y todo el mundo lo sabe. ¿Sospechar de él? Pues es menos posible que…

—¡En nombre de la autoridad del estado de Arkansaw…, queda arrestado por el asesinato de Júpiter Dunlap! —gritó el sheriff desde la puerta.

Fue horrible. La tía Sally y Benny se abalanzaron llorando y gritando sobre el tío Silas, y le abrazaban colgadas de su cuello, y la tía Sally les gritaba que se fueran, que no lo entregaría; los negros se amontonaban llorando en la puerta y…, bueno, yo no pude soportarlo; aquello era suficiente para romper el corazón de una persona, así que me marché.

Se lo llevaron a la única pequeña cárcel que había en el pueblo, y todos fuimos a decirle adiós, Tom se sentía altivo, y dijo:

—Tendremos nuestra mejor ocasión, y correremos montañas de peligros en una noche oscura, para sacarle de allí, Huck, y se contará por todas partes, y seremos famosos.

Pero el anciano acabó con nuestro plan en el mismo instante en que Tom me lo susurraba al oído. Dijo que no, que era su deber afrontar lo que la ley tuviese preparado para él, que se quedaría en la cárcel hasta el final, aunque no pudiese salir nunca. Eso desilusionó mucho a Tom, le hizo ponerse muy serio, pero tuvo que quedarse callado.

Pero se sentía responsable y con la obligación de sacar a su el tío Silas de la cárcel; entonces dijo a la tía Sally, por último, que no se preocupase, porque él iba a aplicarse a trabajar día y noche para ganar la partida y lograr que el tío Silas fuera declarado inocente. Ella se mostró muy cariñosa y agradecida con Tom, sabiendo que él lo haría lo mejor que pudiese. Y nos dijo que ayudáramos a Benny a cuidar de la casa y de los niños, y luego lloramos todos juntos al despedirnos, y regresamos a la granja, dejando a la tía Sally en casa de la esposa del carcelero, con la que permanecería un mes, hasta la celebración del juicio, que tendría lugar en Octubre.

CAPÍTULO ONCE

Bueno, aquél fue un mes muy duro para todos nosotros. La pobre Benny, lo llevaba lo mejor que podía, y Tom y yo intentábamos alegrar las cosas en casa, pero no servía de nada, como ya supondréis. Lo mismo ocurría en la cárcel. Subíamos todos los días a ver a los viejos, pero era espantosamente triste, porque el anciano no podía dormir mucho, y estaba caminando sonámbulo de manera considerable, así que tenía aspecto de abatimiento y de estar hecho polvo; su mente se volvió inestable, y todos temíamos que sus angustias le enfermasen y acabaran matándole. Y cada vez que intentábamos animarle, meneaba la cabeza y nos decía que si supiésemos lo que era llevar la pesada carga de un asesinato sobre el corazón, no hablaríamos de ese modo. Tom y yo seguíamos diciéndole que no había sido un asesinato, tan sólo una muerte accidental, pero para él eso era igual…, era un asesinato, y no podía verlo de otra manera. A medida que se acercaba el día del juicio, empezó a tener claro y a estar de acuerdo con que él lo había matado intencionadamente. ¡Vaya! Aquello era terrible, sabéis. Hacía que las cosas se volvieran cincuenta veces más espantosas de lo que estaban, y la tía Sally y Benny estaban desconsoladas. Pero prometió no decir una palabra sobre su asesinato cuando hubiese gente alrededor, y esto nos alegró mucho.

Tom Sawyer devanándose los sesos durante todo el mes, intentando planear algo sobre el modo de liberar al tío Silas, y muchas noches me tenía despierto toda la noche para aquel trabajo agotador, pero no había manera de que se situase en el camino correcto. En cuanto a mí, me parecía que un tipo debía de darse por vencido cuando todo parece tan triste, yo estaba muy descorazonado; pero él no lo creía así. Se mantenía muy ocupado con el asunto, y siguió planeando, pensando y devanándose la cabeza.

Así que llegó el juicio, a mediados de Octubre, y acudimos todos a la corte. El sitio estaba atestado, por supuesto. El pobre tío Silas parecía más muerto que vivo, su mirada estaba tan vacía y estaba tan delgado y tan acongojado… Benny se sentó a su lado, y la tía Sally al otro, tenían velos puestos y estaban muy afligidas. Pero Tom se sentó junto a nuestro abogado, y estaba metido en todo, claro. El abogado y el juez le dejaban. Algunas veces quitaba el asunto de las manos del abogado; lo cual estaba bastante bien, porque el abogado era una tortuga de barro un poco lerda que no sabía ni meterse en casa cuando llueve, como dice el refrán.

Se tomaron juramentos, y entonces el abogado de la acusación se levantó y comenzó a hablar. Realizó un terrible informe contra el anciano, que le hizo gemir y sollozar, y llorar a la tía Sally y a Benny. La manera de relatar el asesinato nos dejó atontados, tan diferente era de la historia del anciano. Dijo que iba a probar que dos excelentes testigos habían visto al tío Silas asesinar deliberadamente a Júpiter Dunlap, que le había dicho que lo iba a matar en el mismo instante de golpearle con un garrote; y que le vieron esconder a Júpiter entre los arbustos, y además vieron que estaba completamente muerto. Y dijeron que el tío Silas salió más tarde y arrastró a Júpiter hasta el tabacal, los dos hombres le vieron hacerlo. También dijeron que el tío Silas volvió por la noche, y enterró a Júpiter, y que otro hombre le vio.

Me dije para mis adentros que el pobre tío Silas había estado mintiendo porque él creía que nadie le había visto y que no podría soportar romper los corazones de la tía Sally y de Benny; y estaba en lo cierto: en cuanto a mí, yo hubiese actuado de la misma manera, y cualquiera que tuviese sentimientos habría hecho lo mismo para librarles de semejante dolor y congoja de algo de lo que ellas no son responsables. Bueno, eso hizo que nuestro abogado se mostrase muy angustiado; y también dejó a Tom atontado por un momento, pero entonces se recuperó y fingió no estar preocupado…, pero yo sabía que sí lo estaba, todos lo sabíamos. Y la gente…, ¡cielos!, aquello causó un gran revuelo.

Y cuando el abogado terminó anunciando al jurado que él lo probaría todo, tomó asiento, y comenzó a llamar a sus testigos.

Primero llamó a muchos de ellos para probar que había resentimientos entre el tío Silas y el muerto; y ellos dijeron cómo habían oído que el tío Silas amenazaba al fallecido una y otra vez, y cómo aquello empeoraba, haciendo que todos lo comentasen, y cómo el muerto empezó a temer por su vida, y dijo a dos o tres de ellos que el tío Silas tarde o temprano lo mataría.

Tom y nuestro abogado les hicieron algunas preguntas; pero no sirvieron de nada: ellos se mantuvieron firmes en sus declaraciones.

Luego, llamaron a Lem Beebe, que subió al estrado. Entonces me vino a la mente cómo Lem y Jim Lane habían estado hablando aquella vez de pedir prestado un perro o algo a Júpiter Dunlap; y que eso trajo a colación el tema de las zarzamoras y la linterna; y aquello, a su vez, me recordó a Bill y Jack Withers, y cómo ellos pasaron a nuestro lado, hablando de un negro que había robado maíz al tío Silas; y me acordé de nuestro viejo fantasma, que también llegó al mismo tiempo y que nos asustó tanto… Él también estaba allí, un personaje privilegiado, teniendo en cuenta que era sordomudo y forastero, y que le habían adjudicado una silla en el estrado, donde podía cruzar las piernas y estar cómodo, en tanto los demás estaban todos tan apretujados, que apenas podían respirar. Recordé todo aquello, tal como ocurrió aquel día; y me dio mucha pena pensar con qué alegría habíamos vivido todo entonces, y con cuánta aflicción desde entonces.

Lem Beebe prestó juramento y dijo: Yo venía caminando aquel día, 2 de septiembre, y Jim Lane estaba conmigo; era cerca del atardecer, y entonces oímos hablar muy fuerte, como una disputa. Estábamos muy cerca, solamente había unos arbustos de avellanos entre nosotros (eso está a lo largo de la valla); y oímos una voz que decía: «Te he dicho más de una vez que te mataré», y sabemos que era la voz del prisionero; entonces vimos un garrote aparecer por encima de los arbustos, y perderse otra vez de vista, y oímos un golpe demoledor, luego un gemido o dos; entonces nos empinamos despacio para poder ver, y allí yacía Júpiter Dunlap muerto, el prisionero estaba de pie junto a él, con el garrote; luego arrastró al muerto hasta unos arbustos y le escondió; entonces nos agazapamos, para que no nos viera, y nos fuimos.

Bueno, era horrible. La declaración casi congela la sangre de todo el mundo al oírla, y mientras Beebe hablaba, el tribunal permanecía en silencio, como si no hubiese nadie allí. Cuando terminó, se podían oír jadeos y suspiros por toda la sala, todos se miraban unos a otros, como diciendo: «¿No es totalmente horroroso? ¿No es un espanto?».

Entonces sucedió algo que me dejó perplejo. Durante todo el tiempo en que los primeros testigos estuvieron probando que había inquina, amenazas y todo eso, Tom Sawyer estaba animado y la tenía tomada con ellos; y cuando terminaban de hablar, iba a por ellos, y hacía cuanto podía por pillarles en una mentira o destruir sus declaraciones. Pero ahora, ¡qué diferente era! Cuando, al principio, Lem comenzó a hablar, y no decía nada sobre hablar con Júpiter y pedirle el perro prestado, Tom estaba entusiasmado y la tenía tomada con él, y todos podíamos ver que se estaba preparando para acribillarlo a preguntas muy pronto, y que él y yo seríamos llamados al estrado para testificar y decir lo que le habíamos oído a él y a

Jim Lane. Pero, al momento siguiente, miré a Tom y me dieron escalofríos. Pues él estaba sumido en el estado más profundo de meditación que uno haya visto… en varios kilómetros a la redonda. No estaba oyendo una sola palabra de las que Lem Beebe decía; cuando acabó de hablar, él seguía sumido en sus cavilaciones, de la misma manera. Nuestro abogado le sacudió un poco, y entonces él levantó los ojos sorprendido y dijo:

—Coja usted al testigo, si quiere. Déjeme en paz…, quiero pensar.

Bueno, aquello me dejó perplejo. No podía entenderlo. Y Benny y su madre… ¡Oh, ellas parecían enfermas, estaban tan afligidas! Ellas se corrieron el velo e intentaron llamar su atención, pero fue inútil, yo tampoco podía. De manera que la tortuga atacó al testigo, pero no sirvió de nada; y se armó un lío.

Entonces llamaron a Jim Lane, y él volvió a contar la misma historia, exactamente la misma. Tom no oyó nada de la historia en absoluto, y siguió pensando, a miles de kilómetros de distancia. Así que la tortuga continuó solo con el testigo, y consiguió el mismo resultado que con el anterior. El abogado de la acusación parecía muy contento, pero el juez se mostraba bastante disgustado. Veréis, Tom era lo mismo que un abogado titulado, o casi, porque la ley en Arkansaw establecía que el prisionero pudiese elegir a quien quisiera para ayudar al abogado, y Tom había tenido el empujón del tío Silas para entrar en el caso, pero ahora estaba estropeándolo todo y podía comprobarse que al juez no le hacía mucha gracia.

Todo lo que la tortuga logró sacar de Lem y Jim fue esto:

Él les preguntó:

—¿Por qué no dijeron ustedes lo que habían visto?

—Teníamos miedo de vernos involucrados. Además, estábamos bajando por el camino del río, para una cacería de una semana; pero tan pronto como regresamos, nos encontramos con que estaban rastreando el cadáver, entonces fuimos y le dijimos a Brace Dunlap todo lo que sabíamos.

—¿Cuándo fue eso?

—El sábado por la noche, el 9 de septiembre.

Entonces el juez habló en voz alta y dijo:

—Señor sheriff, arreste a estos dos testigos como sospechosos de haber sido cómplices del hecho de asesinato.

El abogado de la acusación pegó un salto y se puso de pie, presa de la excitación:

—¡Señoría! Protesto contra esta extraordina…

—¡Siéntese! —dijo el Juez, tirando de la patilla de sus gafas y colocándolas sobre la mesa—. ¡Le ruego que respete al Tribunal!

De manera que así lo hizo. Luego llamó a declarar a Bill Withers.

Bill Withers prestó juramento y dijo: «Yo venía caminando por el campo del prisionero, a eso de la puesta de sol, el sábado 2 de septiembre, mi hermano Jack estaba conmigo, y entonces vimos a un hombre que iba arrastrando algo pesado sobre la espalda. Pensamos que era un negro robando maíz; no podíamos distinguirlo bien; luego nos dimos cuenta de que era un hombre cargando a otro; y por el modo de colgar (parecía algo fláccido) creímos que llevaba a alguien borracho; y por la manera de caminar del otro, vimos que era el párroco Silas, y creímos que había encontrado a Sam Cooper borracho por el camino, a quien siempre estaba tratando de reformar, y que estaba arrastrándole fuera del peligro».

A la gente le dio escalofríos imaginar al pobre y viejo tío Silas arrastrando el cuerpo muerto hacia su tabacal, en donde el perro lo desenterró, pero no había demasiada simpatía entre los rostros, y yo oí que uno de los tipos decía:

—Es la tarea con más sangre fría que he visto realizar en toda mi vida: arrastrar a un hombre así, e ir a enterrarle como a un animal, un predicador como él.

Tom siguió pensando, sin darse cuenta de nada; de modo que nuestro abogado interrogó al testigo y lo hizo lo mejor que pudo, que fue bastante poco.

Entonces Jack Withers subió al estrado y contó la misma historia, como lo había hecho Bill.

Tras él, siguió Brace Dunlap, que parecía profundamente acongojado, casi a punto de llorar; entonces se produjo un susurro y una agitación en la sala, y todo el mundo se preparó para escuchar, muchas de las mujeres decían: «¡Pobre criatura! ¡Pobre criatura!», y se podían ver lágrimas en sus ojos.

Brace Dunlap prestó juramento, y dijo: Yo había estado muy preocupado durante mucho tiempo por mi pobre hermano, pero no me había parecido que las cosas estaban tan mal como él las pintaba, ni que nadie tuviera el ánimo suficiente como para hacer algún daño a una pobre criatura inofensiva como ésa. [¡Recórcholis! Yo estaba seguro de haber visto en Tom un pequeño atisbo de entusiasmo, pero luego se desilusionó otra vez. Brace continuó:] Y veréis, yo no podía creer que un predicador pudiese hacerle daño… no era precisamente natural pensar semejante cosa…, así que no presté demasiada atención, y ahora no podré perdonármelo jamás; pues, si hubiese actuado de manera diferente, mi pobre hermano estaría conmigo hoy, y no yaciendo asesinado más allá, ¡él, que era tan inofensivo! [Se desmoronó en su sitio, y comenzó a sollozar, esperando a recobrar su voz; toda la gente de la sala decía las cosas más tristes, las mujeres lloraban. Luego todo quedó muy callado y solemne, y el viejo tío Silas, pobre infeliz, en aquel momento exhaló un quejido, de modo que todo el mundo pudo oírle. Entonces Brace continuó:] Era el sábado 2 de septiembre, y él no llegaba a cenar. Al poco rato comencé a preocuparme un poco, y uno de mis negros fue hasta la casa del prisionero, pero luego regresó diciendo que mi hermano no estaba allí. De manera que empecé a sentirme cada vez más preocupado e incómodo, y ya no podía descansar. Me fui a la cama, pero no podía dormir; y me levanté muy tarde por la noche, y fui a dar una vuelta por la casa del prisionero, y permanecí por los alrededores durante un buen rato, esperando encontrarme con mi pobre hermano, sin imaginarme nunca que él se había librado ya de sus problemas y que se había ido para otra orilla mejor… [Aquí se desmoronó otra vez, y volvió a emitir grandes sollozos, y la mayoría de las mujeres lloraban también. Muy pronto se recobró, y comenzó a decir:] Pero fue inútil; así que, por fin, me fui a casa y traté de dormir un poco, pero no pude. Bueno, al cabo de uno o dos días todos estábamos preocupados, y empezamos a hablar acerca de las amenazas del prisionero, y se me ocurrió la idea, que hasta entonces no había pasado por mi cabeza, de que mi hermano había sido asesinado; entonces comenzamos a buscar por los alrededores para encontrar su cuerpo, pero fue inútil y se dieron por vencidos. De manera que creí que se habría ido a algún sitio a pasárselo bien un poco, y que regresaría cuando sus problemas estuviesen algo solucionados. Pero la noche del sábado, el día 9, Lem Beebe y Jim Lane llegaron hasta mi casa cuando ya era muy tarde y me lo contaron todo…, me contaron todo acerca del horrible asesinato, y mi corazón se rompió. Entonces recordé algo en lo que no había reparado hasta entonces, porque los rumores decían que al prisionero le había dado por caminar sonámbulo y hacer toda clase de cosas sin importancia, sin saber lo que hacía. Eso fue lo que me vino a la memoria. Más tarde, en aquella horrible noche de sábado, yo estaba dando vueltas por la casa del prisionero, angustiado y afligido, y ya iba por la esquina del tabacal, cuando oí el ruido de alguien cavando en una tierra arenosa; me agaché a espiar cerca de las parras que cuelgan sobre la cerca y vi al prisionero cavando…, cavando con una pala de mango largo…, acarreando tierra y echándola en un gran agujero que estaba casi lleno; me daba la espalda, pero había una luna llena muy brillante, y le conocí por su bata de trabajo de franela verde, con el parche blanco en mitad de la espalda, como si alguien le hubiese atinado con una bola de nieve. ¡Estaba enterrando al hombre que había asesinado!

Y entonces se dejó caer en su silla, gimiendo y sollozando, y la mayoría de la gente en la sala rompió a llorar y a lamentarse diciendo: «¡Oh, es horrible! ¡Espantoso! ¡Terrible!». Allí reinaba la más tremenda excitación, y uno casi no podía ni pensar bien; y justo en la mitad de todo aquello el tío Silas pegó un salto, más pálido que un papel, y grita:

—¡Es verdad, cada palabra que ha dicho…! ¡Le he matado a sangre fría!

¡Diablos! ¡Aquello nos dejó petrificados! La gente se puso como loca en toda la sala, esforzándose por poder verle mejor, y el juez aporreaba la mesa con su maza, en tanto el sheriff chillaba:

—¡Orden, orden en la sala! ¡Orden en la sala!

Durante todo aquel tiempo, el anciano permaneció de pie en su sitio, temblando y con los ojos echando chispas, sin mirar siquiera a su esposa e hija, que estaban aferradas a él, rogándole que se callara, pero él las apartaba con sus manos diciendo que él limpiaría su alma negra del crimen cometido, ya que quería quitarse de encima un peso mayor del que podía soportar, ¡y no estaba dispuesto a seguir soportándolo ni una hora más! Entonces comenzó a relatar su terrible historia, mientras todo el mundo permanecía jadeante y con la vista fija en él, todos: el juez, el jurado, los abogados, ¡todos! La tía Sally y Benny lloraban desconsoladas. ¡Demonios! ¡Tom Sawyer no las miró siquiera una vez! Ni una sola vez… Permaneció sentado allí, mirando, con los ojos fijos en alguna parte, yo no podía decir en dónde. Entonces el anciano continuó enardecidamente, soltando las palabras como un torrente de fuego:

—¡Yo lo maté! ¡Yo soy el culpable! Pero nunca en mi vida he tenido la intención de hacerle daño, a pesar de que todos ellos mienten sobre mis amenazas hacia él, hasta el mismo instante de levantar el garrote… ¡Entonces se me heló el corazón!… Luego desapareció de mí toda la compasión, ¡y le golpeé para matarle! En ese momento todo lo malo vino a mi mente; todos los insultos que ese hombre y el sinvergüenza de su hermano, que está allí, me habían prodigado, y cómo se habían puesto de acuerdo para que la gente me arruinase, y acabar con mi buen nombre, conduciéndome hasta alguna acción malvada que me destruiría a mí y a mi familia, que jamás, ¡válgame Dios!, les han hecho daño alguno. Y lo han hecho sólo por una venganza mezquina… ¿Por qué? Porque mi inocente y pura niñita, aquí a mi lado, no quería casarse con ese cobarde rico e ignorante de Brace Dunlap, que ha estado gimoteando por un hermano que no le ha importado nunca un pimiento…

Al llegar a este punto, vi a Tom pegar un respingo y alegrarse, esta vez sin lugar a dudas…

—… Y en aquel momento me olvidé de mi Dios y sólo recordé la amargura de mi corazón…, ¡oh Dios, perdóname! …, y le golpeé para matarle. Un segundo después me sentí terriblemente arrepentido…, ¡oh, lleno de remordimientos!, pero pensé en mi pobre familia, y que por su bien debía esconder lo que había hecho; entonces escondí el cadáver entre los arbustos; y al poco rato lo arrastré hacia el campo de tabaco; luego, en lo profundo de la noche, fui con mi pala y lo enterré en…

Tom pegó un salto y gritó:

—¡Ya lo tengo! —Y levantó la mano hacia el anciano, ¡oh, siempre tan gentil y ceremonioso!, y exclamó—: ¡Siéntese! ¡Se ha cometido un asesinato, pero usted no tiene nada que ver con él!

Bueno, en la sala se podía oír el sonido de la caída de un alfiler. El pobre viejo se hundió en su asiento, estaba perplejo, y la tía Sally y Benny no se dieron cuenta, pues estaban atónitas mirando fijamente a Tom, boquiabiertas, sin saber de qué iba todo aquello. Toda la sala estaba de la misma manera. Nunca he visto a la gente con un aspecto tan indefenso y sorprendido, y tampoco he visto a nadie con los ojos fuera de sus órbitas, sin pestañear, tal como lo hacían ellos. Tom, absolutamente calmado, dijo:

—Señoría, ¿puedo hablar?

—¡Por Dios! ¡Sí…, adelante! —dijo el juez, tan atónito y confuso que apenas sabía quién era.

Entonces Tom se puso de pie en su sitio, y esperó un segundo o dos… (eso era para conseguir el «efecto», como él lo llamaba), y comenzó a hablar, más tranquilo que nunca, diciendo:

—Durante dos semanas ha estado pegado un pequeño cartel en el frente de este tribunal, ofreciendo dos mil dólares de recompensa por un par de grandes diamantes… robados en St. Louis. Esos diamantes valen doce mil dólares. Pero no penséis en ello ahora hasta que llegue a ese punto. Ahora bien, acerca de este asesinato, os diré algo…, cómo ha sucedido…, quién lo ha hecho…, todos los detalles.

Se podía ver a todo el mundo en la sala, acomodarse en sus sitios, y escuchar con toda la atención que podían.

—Ese hombre que está aquí, Brace Dunlap, y ha estado gimoteando tanto por su hermano muerto, que, como bien sabéis, no le importaba un pepino, quería casarse con aquella jovencita de allí, y ella no quiso. Entonces Brace dijo al tío Silas que iba a lamentarlo. El tío Silas sabía lo poderoso que era Dunlap, y qué pocas eran las oportunidades que tenía de luchar contra ese hombre; entonces empezó a asustarse y a preocuparse, y trataba de hacer cualquier cosa que se le ocurría para suavizarle y que fuese bueno con él: incluso llegó a contratar al inútil de su hermano Júpiter, para trabajar en la granja y pagarle un salario, haciendo que su familia sufriese privaciones para poder pagárselo. Júpiter hacía lo que su hermano quisiera para contribuir a insultar al tío Silas, lo inquietaba y preocupaba, y trataba de hacer que el tío Silas le hiciese daño, para enemistarlo con el resto del pueblo. Y lo logró. Todo el mundo se volvió en su contra y decía las cosas más mezquinas sobre él, y eso fue gradualmente rompiéndole el corazón… Sí, estaba tan preocupado y afligido, que muchas veces apenas permanecía en sus cabales.

Bueno, aquel sábado, en el que hemos tenido tantos problemas, dos de los testigos que tenemos aquí, Lem Beebe y Jim Lane, fueron caminando por donde el tío Silas y Júpiter Dunlap estaban trabajando…, y todo lo que han dicho hasta ahí es verdad, lo demás son mentiras. Ellos no oyeron que el tío Silas dijese que mataría a Júpiter; no oyeron el ruido de ningún golpe; no vieron ningún muerto y tampoco vieron al tío Silas esconder nada entre los arbustos. Miradlos ahora…, vedlos ahí sentados, deseando no haber sido tan hábiles con sus lenguas; de todos modos, lo desearán antes de que yo termine.

La misma tarde del sábado, Bill y Jack sí que vieron a un hombre arrastrar a otro. Eso que han dicho es verdad, el resto son mentiras. Al principio pensaron que habían visto a un negro robando el maíz del tío Silas… Notaréis que ahora parecen ridículos, al darse cuenta de que, por casualidad, alguien los oyó decir estas palabras. Eso es porque, poco tiempo después, ellos supieron quién estaba arrastrando el cuerpo, y ellos sabían mejor que nadie (a pesar de haber jurado aquí que lo tomaron por el tío

Silas debido a su modo de andar) que no era él, y ellos lo sabían cuando juraron esa mentira.

A la luz de la luna, hubo un hombre que sí que vio que una persona asesinada era enterrada en un tabacal…, pero el que lo enterró no era el tío Silas. A esa misma hora él estaba en la cama.

Ahora bien, antes de que siga, quiero preguntaros si habéis notado lo siguiente: que la gente, cuando piensa profundamente, o cuando están preocupados, están siempre haciendo algo con las manos, y no se dan cuenta, no saben qué es lo que están haciendo con las manos. Algunos se acarician el mentón; otros se tocan la nariz; otros se acarician bajo la barbilla con la mano; unos hacen revolotear una cadena, otros se desabrochan un botón; luego, hay algunos que dibujan un número o una letra con el dedo en la mejilla, o bajo el mentón o bajo el labio inferior. Eso es lo que hago yo. Cuando estoy cansado, preocupado o pensando mucho, dibujo una V mayúscula en mi mejilla o bajo mi labio inferior o bajo mi barbilla, y nunca otra cosa que no sea una V mayúscula… La mitad de las veces no me doy cuenta o no sé que lo estoy haciendo.

Aquello era muy raro. Eso es justo lo que yo hago; sólo que yo dibujo una O. Y pude ver que la gente asentía con la cabeza, como cuando quieren decir «eso es».

—Pues bien, continúo. Aquel mismo sábado…, no, fue la noche anterior…, hubo un barco de vapor anclado en el embarcadero de Flagler, a unos sesenta y cuatro kilómetros al norte de aquí, y estaba lloviendo, hacía una tormenta de mil demonios. Había un ladrón a bordo, que tenía dos grandes diamantes, los mismos que estaban anunciados aquí en la puerta de esta sala; él se deslizó a tierra con su bolso y se perdió en la oscuridad y la tormenta, esperando llegar hasta el pueblo sano y salvo. Pero él tenía dos compañeros a bordo del barco, escondidos; él sabía que iban a matarlo en la primera oportunidad que tuvieran, y se llevarían los diamantes, pues los habían robado entre los tres, y luego el tipo se hizo con ellos y se escapó.

Bueno, pues no habían transcurrido más de diez minutos antes de que sus compañeros se diesen cuenta de lo sucedido; entonces saltaron a tierra y salieron corriendo tras él. Probablemente encendieron cerillas y encontraron sus huellas. De todos modos, le siguieron el rastro todo el sábado, manteniéndose ocultos; y, hacia la puesta del sol, él llegó hasta un bosquecillo de sicomoros, cerca del campo del tío Silas, y se metió allí para sacar el disfraz de su bolso y ponérselo antes de mostrarse por el pueblo…, y daos cuenta de que él hizo esto justo poco después del momento en que el tío Silas pegó a Júpiter con un garrote en la cabeza…, porque sí que es verdad que le pegó.

Pero en el mismo instante en que los compañeros le vieron meterse en el bosquecillo de sicomoros, salieron de un salto de entre los matorrales, y se colaron dentro tras él.

Cayeron sobre el ladrón, y le dieron de garrotazos hasta matarle.

Sí, pues aunque él gritó y aulló muchísimo, no tuvieron ninguna compasión de él y le apalearon hasta matarle. Y dos hombres que venían por el camino le oyeron chillar de aquella manera, y entraron corriendo en el bosquecillo de sicomoros (que de todos modos era el camino que llevaban) y, cuando los compañeros le vieron, salieron disparados, y los dos recién llegados fueron tras ellos, tan rápido como pudieron. Pero, uno o dos minutos después, estos dos últimos hombres volvieron muy callados a entrar de nuevo en el bosquecillo.

¿Qué hicieron entonces? Yo les diré lo que hicieron. Encontraron el sitio en donde el ladrón había dejado el disfraz fuera de su saco de estera listo para ponérselo, y uno de ellos se desnudó y se puso aquel disfraz.

Tom se detuvo aquí un momento, para lograr un mayor «efecto». Luego continuó, muy deliberadamente:

—El hombre que se puso el disfraz del hombre muerto era… ¡Júpiter Dunlap!

—¡Cielos! —gritaron todos los presentes en la sala, y el viejo el tío Silas parecía totalmente perplejo.

—Sí, fue Júpiter Dunlap. No estaba muerto, como veis. Luego quitaron las botas del cadáver y pusieron en su lugar los viejos y gastados zapatos de Júpiter Dunlap, mientras éste se calzaba las botas del cadáver. Entonces Júpiter se quedó de pie donde estaba, y el otro hombre arrastró el cadáver hasta la luz de la luna; después de medianoche, fue hasta la casa del tío Silas, cogió su bata de trabajo de franela verde de la percha en donde la cuelga siempre, en el pasillo entre la casa y la cocina, y se la puso, cogió luego la pala de mango largo y salió camino del tabacal a enterrar al muerto.

Entonces Tom se detuvo de nuevo durante medio minuto. Luego continuó:

—¿Y quién creéis que era el muerto? Era… ¡Jake Dunlap, el bandido desaparecido hacía mucho tiempo!

—¡Santo cielo!

—Y el hombre que lo enterró era… ¡Brace Dunlap, su hermano!

—¡Santo cielo!

—¿Y quién creéis que es este idiota gesticulador que lleva todas estas semanas fingiéndose un forastero sordomudo? Es… ¡Júpiter Dunlap!

Dios mío, todos estallaron en aclamaciones, nunca veréis un alboroto como aquél. Y Tom llegó hasta donde estaba Júpiter de un salto, y le quitó las gafas y las falsas patillas, ¡y allí estaba el hombre asesinado, seguro, tan vivo como cualquiera! La tía Sally y Benny comenzaron a abrazar, llorar, besar y a acariciar al viejo tío Silas, hasta tal punto que él quedó más entreverado, confuso y atontado que nunca, y eso es decir mucho. En seguida, la gente comenzó a chillar:

—¡Tom Sawyer! ¡Tom Sawyer! ¡Callaos todos y dejadle continuar! ¡Tom Sawyer, continúa!

Aquello le puso extraordinariamente bravucón, pues le volvía loco ser considerado un personaje público de aquella manera, un héroe, como él solía llamarlo. Así que, cuando todo estuvo de nuevo en silencio, dijo:

—No queda mucho más que decir, sólo esto: Cuando el hombre que está allí, Brace Dunlap, hubo angustiado la vida del tío Silas lo suficiente como para que, por fin, perdiese los estribos y le pegase al charlatán de su hermano con un garrote, supongo que vio venir su oportunidad. Júpiter salió corriendo hacia el bosque a esconderse, y me parece que el juego consistía en hacerle escabullirse durante la noche y dejar el país. Entonces Brace haría creer a todo el mundo que el tío Silas le había matado y escondido su cuerpo en alguna parte; aquello arruinaría al tío Silas, y le obligaría a él a dejar el país… Tal vez le ahorcaran, no lo sé. Pero, cuando encontraron a su hermano muerto en los sicomoros, irreconocible, pues estaba tan magullado, se dieron cuenta de que tenían una mejor opción; disfrazarse ambos y enterrar a Jake, vestirle rápidamente con la ropa de Júpiter, y sobornar a Jim Lane y a Bill Withers, junto con otros, para jurar decir algunas hábiles mentiras…, que es lo que han hecho. Y ahí están sentados, ya veis que os dije que se pondrían malos antes de que terminase, y ése es el aspecto que tienen ahora.

Bueno, pues Huck Finn y yo vinimos con los ladrones en el barco; y el muerto nos contó todo lo de los diamantes, y nos dijo que los otros le asesinarían si tenían la menor oportunidad; así que le ayudamos todo lo que pudimos. Nos dirigimos hacia los sicomoros, donde alcanzamos a oír cómo le mataban, pero volvimos allí muy temprano por la mañana, después de la tormenta, y estuvimos de acuerdo en que, después de todo, nadie había sido asesinado. Cuando vimos a Júpiter Dunlap disfrazado como Jake, del mismo modo que él nos dijo que lo haría, creímos que se trataba del mismo Jake… Él estaba diciendo gu-guu y fingiéndose sordomudo, y eso estaba conforme a lo acordado.

Bueno, pues Huck y yo rastreamos el cadáver, después de que los otros se habían dado por vencidos, y lo encontramos. Estábamos también muy orgullosos de ello; pero el tío Silas casi nos volvió locos cuando nos dijo que él había matado al hombre. De manera que nos arrepentimos muchísimo de haber encontrado el cadáver, y nos sentimos en la obligación de salvar el cuello del tío Silas, si podíamos; pero aquello iba a ser una tarea muy dura, ya que él no nos dejaría irrumpir en prisión y liberarle, igual que habíamos hecho con nuestro viejo negro Jim, como recordaréis.

Durante un mes entero no hice más que pensar en algo que pudiese salvar al tío Silas, pero no pude dar con nada. Así que, cuando llegó el día del juicio, vine con las manos vacías, no podía ver la menor oportunidad por ninguna parte. Pero, al cabo de poco rato, eché un vistazo a algo que me hizo pensar…, tan sólo una pequeñísima ojeada…, sólo eso, y no era suficiente como para estar seguro; pero me hizo pensar muy profundamente… y observar, cuando sólo fingía estar pensando; al cabo de un rato, ya completamente seguro, cuando el tío Silas estaba diciendo aquel disparate sobre que él había matado a Júpiter Dunlap, volví a mirar, y entonces pegué un salto e interrumpí los procedimientos, porque sabía que Júpiter Dunlap estaba sentado delante de mí. Lo conocí por una cosa que le he visto hacer… y la recordé. Se la he visto hacer cuando estuve aquí hace un año.

Entonces, se detuvo otra vez, y meditó durante un minuto —dejando pasar el «efecto»—, yo lo sabía perfectamente. Luego se dio la vuelta, como si fuese a dejar el estrado, y dijo de manera floja e indiferente:

—Bueno, creo que eso es todo.

¡Vaya! ¡Nunca habréis oído semejante aullido! Y fue proferido por la sala entera:

—¿Qué fue lo que le viste hacer? ¡Quédate donde estás, pequeño demonio! ¿Crees que nos vas a dejar con la boca hecha agua, para luego detenerte ahí? ¿Qué fue lo que hizo?

Eso era, ¿os dais cuenta? Lo hizo sólo para obtener un «efecto»; no le hubierais podido empujar fuera del estrado ni con una yunta de bueyes.

—¡Oh, no fue nada! —dijo—. Lo había visto entusiasmarse un poquito cuando vio que el tío Silas se estaba condenando a sí mismo y que iba a ser ahorcado por un asesinato que no había cometido nunca; se puso cada vez más nervioso y preocupado, yo le estaba observando fijamente, aunque fingía que no le estaba mirando. De repente sus manos empezaron a trabajar y a inquietarse, y muy pronto, su mano izquierda fue trepando, y su dedo dibujó una cruz en su mejilla. ¡Entonces lo pillé!

Bueno, en la sala comenzaron a estallar en aullidos, aplausos y a pisar fuerte, hasta que Tom Sawyer se sintió tan feliz y orgulloso, que no sabía qué hacer consigo mismo. Y entonces el juez le miró desde su púlpito, y le dijo:

—Hijo mío, ¿has visto tú los detalles de toda esta extraña conspiración que acabas de describir?

—No, Señoría, no he visto ninguno.

—¡No has visto ninguno! ¡Vaya! Has contado la historia entera claramente, exactamente de la misma manera que si la hubieses visto con tus propios ojos. ¿Cómo lo has hecho?

Tom le respondió, bastante tranquilo y desenvuelto:

—¡Oh! Tan sólo me he dado cuenta de lo evidente, y he juntado un poco de aquí y otro poco de allá, Señoría; sólo un pequeño trabajo de detective; cualquiera podría haberlo hecho.

—¡De ninguna manera! No hay dos entre un millón que pudiesen haberlo hecho. Eres un chico muy listo.

Entonces le dejaron ir, y dieron a Tom una nueva serie de aplausos, y él…, bueno, él no hubiese vendido aquel momento ni por una mina de plata. Entonces el juez dijo:

—¿Pero estás seguro de que esta curiosa historia es verdad?

—Completamente, Señoría. Aquí está Brace Dunlap…, déjele negar su parte si quiere tener esa oportunidad; yo me comprometo a hacerle desear arrepentirse de haber dicho algo… Bueno, como usted puede ver, él permanece sumamente callado. Y su hermano también está muy quieto, y también los cuatro testigos, a los que habían sobornado para que mintiesen. Y en cuanto al tío Silas, no había ninguna necesidad de hacerle caso. ¡No le creería ni bajo juramento!

Bueno, señor, eso hizo que todos los presentes estallaran en un griterío; incluso el juez se dejó llevar y rompió a reír. Tom se sentía resplandeciente, como un arco iris. Cuando todos hubieron acabado de reírse, él miró al juez y le dijo:

—Señoría, en esta sala hay un ladrón.

—¿Un ladrón?

—Sí, señor. Y lleva encima unos diamantes por valor de doce mil dólares.

¡Cielos! Eso causó otro gran revuelo. Todo el mundo comenzó a gritar:

—¿Quién es? ¿Quién es? ¡Señálale!

Y el juez dijo:

—Señálalo, muchacho. Sheriff, arréstelo. ¿Quién es?

Tom dijo:

—El hombre muerto que está aquí… ¡Júpiter Dunlap!

Entonces se oyó otro estruendo que dejó paso a la perplejidad y luego a la excitación; pero Júpiter, que había estado bastante sorprendido hacía ya mucho rato, ahora estaba prácticamente petrificado de asombro. De manera que habló, casi llorando y dijo:

—¡Eso es mentira! Señoría, eso no es justo. Ya tengo las cosas bastante mal sin esa acusación. He hecho todo lo demás… Brace me impulsó a hacerlo y luego me persuadió, prometió hacerme rico algún día, y yo lo hice, siento mucho haber obrado así, y ojalá no lo hubiese hecho; pero no he robado diamantes, y no tengo ningún diamante; ojalá nunca vuelva a despertarme de no ser así. El sheriff puede registrarme y verlo.

Tom dijo:

—Señoría, no ha estado bien llamarle ladrón, por lo cual voy a suavizarlo un poco. Él robó los diamantes, pero no lo sabe. Se los robó a su hermano Jake, cuando estaba tendido muerto en el suelo, después de que Jake se los robara a los otros ladrones; pero Júpiter no sabía que estaba robándolos; y ha estado dando vueltas con ellos por aquí, desde hace un mes; sí señor, llevaba encima doce mil dólares de diamantes… Era así de rico, y andaba por aquí todos los días como un pobre. Sí, Señoría, los lleva ahora consigo.

El juez habló y dijo:

—Regístrele, sheriff.

Bueno, señores, el sheriff le registró de arriba abajo, y por todas partes: registró su sombrero, sus medias, forros, botas todo… y Tom permanecía allí de pie, muy callado, buscando otro de sus «efectos». Finalmente, el sheriff se dio por vencido y todo el mundo parecía desilusionado. Entonces Júpiter dijo:

—¡Ahí lo tenéis! ¿Qué os había dicho?

Y el juez dijo:

—Parece que te has equivocado esta vez, hijo.

Entonces Tom adoptó una pose e hizo como que estaba meditando con mucha concentración y se rascaba la cabeza. De repente, levantó un poco la mirada y dijo:

—¡Oh, ya lo tengo! Lo había olvidado.

Lo cual era una mentira, y yo lo sabía. Entonces dijo:

—¿Tendrá alguien la bondad de prestarme un pequeño destornillador? Había uno en el bolso de tu hermano, Júpiter, pero no creo que lo tengas contigo.

—No, no lo tengo; no me servía para nada, y lo tiré por ahí.

—Eso fue porque no sabías para qué servía.

Júpiter ya se había puesto de nuevo las botas, y cuando lo que había pedido Tom fue pasando por encima de las cabezas de las gentes hasta llegara él, dijo:

—Júpiter, pon el pie encima de la silla.

Entonces se arrodilló ante él y comenzó a desatornillar la chapa del tacón, mientras todo el mundo estaba observando; y cuando extrajo aquel enorme diamante del tacón, lo expuso para que todos lo vieran, dejó que brillara y centelleara la luz del sol por todas partes, entonces todo el mundo contuvo la respiración. Júpiter parecía tan afligido y arrepentido como nunca había visto en mi vida. Y cuando Tom sostuvo en alto el otro diamante, parecía más triste que nunca. ¡Demonios! Como que se había puesto a pensar cómo podría haberse escapado y haber sido rico e independiente, en una tierra extranjera, con sólo que hubiera tenido la suerte de adivinar para qué era el destornillador que había en el saco de estera de su hermano.

Bueno, pues aquél fue un momento de mucha excitación, y Tom se llevó cords de gloria. El juez cogió los diamantes y se puso de pie en su púlpito, aclaró su garganta y se puso las gafas hacia atrás de su cabeza, y dijo:

—Los guardaré y se lo notificaré a los dueños; y, cuando envíen a buscarlos, será un verdadero placer para mí daros los dos mil dólares de recompensa, os los habéis ganado… Sí, y también os habéis ganado el agradecimiento más profundo y sincero de esta comunidad, aparte de liberar a esta inocente familia de la ruina y de la vergüenza y salvar a un hombre honrado de la muerte que se le da a una persona que ha cometido un delito grave, ¡y por someter a la infamia y al castigo de la ley a este cruel y odioso bandido y sus miserables criaturas!

Bueno, si hubiese habido una banda de música, con instrumentos de bronce que tocase algo, entonces habría sido la cosa más perfecta que yo hubiese visto, y Tom Sawyer dijo lo mismo.

Entonces el sheriff echó el guante a Brace Dunlap y su gente, y al cabo de poco tiempo, al mes siguiente, el juez los tenía nuevamente en juicio y envió a todo el grupo a la cárcel. Todo el mundo entró de nuevo en tropel a la pequeña y vieja iglesia del tío Silas, y fueron muy amables y encantadores con él y con su familia, como nunca antes; y el tío Silas predicó el más reprochable, embrollado e idiotizante de los sermones que os podáis imaginar, y que os hubiera liado de manera que no pudierais encontrar el camino de regreso a casa a plena luz del día; pero la gente no decía ni pío, sino que aquél era el sermón más brillante, elegante y claro que habían oído en su vida; y permanecieron sentados allí, llorando de cariño y compasión. Pero ¡demonios!, a mí se me ponían los pelos de punta y me daban escalofríos y se me cuajaron los pocos sesos que tenía, hasta volverse sólidos; pero ellos estaban encantados con que la inteligencia del viejo fuese restableciéndose y volviera con ellos y recobrara la sensatez, lo cual me parecía que no era ninguna adulación. Y, de ese modo, toda la familia estaba feliz, como los pajaritos, y no era posible estar más agradecido y amable como lo estaban con Tom Sawyer; igual que conmigo, aunque yo no había hecho nada. Y cuando llegaron los dos mil dólares, Tom me dio la mitad, y nunca se lo dijo a nadie, lo cual no me sorprendió, porque yo le conocía.

41. BAJO LAS LILAS (LOUISA MAY ALCOTT)

ÍNDICE

Parte I
Parte II
Parte III
Parte IV

PARTE UNO

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

CAPÍTULO UNO

La avenida de los olmos estaba cubierta de malezas, el gran portón nunca se abría, y la vieja casona permanecía cerrada desde hacía varios años. No obstante, se escuchaban voces por ese lugar, y las lilas, inclinándose sobre el alto muro parecían decir: «¡Qué interesantes secretos podríamos revelar si quisiésemos! …», en tanto que del otro lado del portón, una caléndula procuraba alcanzar el ojo de la cerradura para espiar lo que ocurría en el interior.

Si por arte de magia hubiera crecido de súbito y mirado dentro cierto día de junio, habría visto un cuadro extraño pero encantador. Evidentemente, alguien iba a dar allí una fiesta.

Un ancho sendero de lajas color gris oscuro bordeado de arbustos que se unían formando una bóveda verde iba del portón hacia el «porch». Flores silvestres y malezas salvajes crecían por doquier cubriendo todo con un hermosísimo manto. Un tablón sostenido por dos troncos que estaba en medio del sendero se hallaba cubierto por un descolorido y gastado chal, encima del cual había sido dispuesto, muy elegantemente, un diminuto juego de té. A decir verdad, la tetera había perdido su pico, la lechera su asa, y el azucarero su tapa, y en cuanto a las tazas y los platos, todos se hallaban más o menos deteriorados; pero la gente bien educada no toma en cuenta esas insignificancias y sólo gente bien educada había sido invitada a la fiesta.

A cada lado del «porch» había un asiento, y quien hubiera atisbado curiosamente a través de la cerradura del mencionado portón, habría sorprendido un espectáculo extraordinario. Sobre el asiento izquierdo se veían siete muñecas y seis sobre el derecho, y en tal estado se encontraban casi todas ellas —la que no tenía un brazo de menos mostraba la cara o el vestido lleno de manchas— que cualquiera hubiese podido pensar que se trataba de un hospital de muñecas y que las pacientes aguardaban la hora del té. Grave error, pues si el viento hubiera levantado el cobertor que las tapaba, se habría observado que todas estaban completamente vestidas y que tan sólo reposaban hasta que la fiesta comenzase.

Otro detalle que habría asombrado a quien no conociese las costumbres de estas criaturas, era el aspecto que ofrecía una decimocuarta muñeca con cabeza de chino que atada por el cuello pendía del herrumbrado llamador de la puerta. Un racimo de lilas blancas y otro de lilas rojas se inclinaban hacia ella; un vestido de color amarillo adornado con un festón de franela roja envolvía su cuerpo; una guía de pequeñas flores coronaba sus lustrosos bucles, y sus piececitos calzaban un par de botas azules. Una sensación de sorpresa y angustia habría estremecido a quienquiera que presenciase esa escena, porque ¡oh!, ¿por qué habían colgado a esa hermosa muñequita delante de los ojos de sus trece hermanas? ¿Era acaso una criminal cuyo castigo observaban las demás con mudo horror? ¿O era un ídolo al cual adoraban con humilde devoción? Ni una cosa ni la otra, amigos míos. La pequeña Belinda ocupaba, o mejor dicho, colgaba del puesto de honor porque se festejaba su séptimo aniversario y tan magno acontecimiento iba a ser celebrado con una gran fiesta.

Era evidente que sólo se aguardaba una señal para dar comienzo a la celebración, mas tan perfecta era la educación de las muñecas que ni uno de los veintisiete ojos (Hans, el holandés, había perdido el derecho) miro en dirección a la mesa o parpadeo ligeramente mientras permanecían en perfecto orden observando a Belinda con muda admiración. Ésta, incapaz de dominar la alegría y el orgullo que henchía su pecho de aserrín amenazando hacer saltar las puntadas, daba pequeños saltos al compás del viento que movía su falda amarilla e imitaba un paso de baile golpeando con sus botitas contra la puerta. Parecía que no le resultaba doloroso estar colgada, pues sonreía alegremente como si la cinta roja que tenía atada al cuello no le molestara lo más mínimo. En consecuencia, ¿quién podía apiadarse de ella si demostraba hallarse tan a gusto en aquella situación? Por eso reinaba allí un silencio tan agradable que ni siquiera turbaba el ronquido de Dinah, la punta de cuyo turbante era lo único que asomaba del cobertor, o el llanto de la pequeña Jane que tenía uno de sus piececitos torcido de tal manera que hubiera hecho proferir ayes de dolor a una criatura menos educada que ella.

En ese momento se oyeron voces que se aproximaban y por la glorieta de un sendero lateral se acercaron dos niñas, una de las cuales traía una jarra en tanto que la otra sostenía con cuidado una canasta cubierta con una servilleta. Parecían mellizas, pero no lo eran, ya que Babe, quien medía apenas dos o tres centímetros más que Betty, era un año mayor que su hermana. Llevaban ambas vestidos de percal oscuro bajo los limpios delantales rosados confeccionados expresamente para usarlos en aquella especial ocasión, lo mismo que las medias grises y las gruesas botas.

Las caritas redondas y tostadas por el sol de las dos niñas mostraban mejillas sonrosadas, sus naricitas eran respingadas y pecosas, pícaros los ojos azules, y largas las trenzas que colgaban a sus espaldas (como las de la pequeña Kenwigses).

—¿No son preciosas? —exclamó Bab contemplando con maternal orgullo la hilera de muñecas que estaba a la izquierda, las cuales habrían ratificado:

—¡Somos siete!…

—Muy bonitas, pero mi Belinda las supera a todas. ¡Creo que jamás ha existido una criatura tan maravillosa!… —Y Betty dejo la cesta para correr a abrazar a su predilecta, que golpeaba los talones en gozoso abandono.

—Mientras acomodamos a los niños el pastel irá enfriándose. ¡Hm!… ¡Qué deliciosamente huele!… —dijo Bab levantando la servilleta y metiendo la nariz dentro de la cesta para aspirar el apetitoso aroma.

—¡Deja un poco de olor para mí!… —ordenó Betty corriendo a aspirar la parte de sabroso aroma que le correspondía.

Las respingadas naricillas aspiraron con fruición mientras los ojos brillaban glotones al contemplar el rico pastel, tostadito y esponjoso, con una gran B dibujada con crema y un poco torcida hacia un costado.

—Recién a último momento mamá me dio permiso para decorarla. Por eso se torció. Pero daremos ese trozo a Belinda y así quedará mejor —observo Betty, quien, por ser la madre de la homenajeada, dirigía la fiesta.

—Coloquémoslas aquí alrededor así también ellas pueden ver —propuso Bah en tanto que saltando y brincando reunía a su pequeña familia.

Betty estuvo de acuerdo con ella, y durante unos minutos ambas estuvieron muy ocupadas sentando a sus muñecas alrededor de la mesa; porque algunas de sus queridas criaturas eran tan cojas y otras tan rígidas que tuvieron que fabricar toda clase de asientos para acomodarlas. Cumplida esta difícil tarea las amorosas madrecitas dieron un paso hacia atrás para disfrutar del espectáculo que era, por cierto, imponente. Belinda, sentada con gran dignidad a la cabecera de la mesa, sostenía entre las manos que descansaban graciosamente sobre su falda, un pañuelo. Joseph, su primo, en el otro extremo, lucía un elegante traje rojo y verde y un sombrero de paja el cual, por ser demasiado grande, restaba gallardía a su bizarra persona. A cada lado de la mesa se sentaban los demás invitados, los cuales, por la variedad de su tamaño, expresión y atavío producían un extraño efecto que acentuaba la absoluta ignorancia de la, moda que revelaban sus vestidos.

—A ellos les complacerá vernos tomar el té. ¿Olvidaste los bollos? —preguntó Betty ansiosamente.

—No; los tengo en el bolsillo. —Y Bah extrajo de ese extraño aparador dos desmigajados bollos que salvara del almuerzo y reservase para la fiesta. Los cortó y dispuso en platos circularmente alrededor de la torta, que aún estaba dentro de la cesta.

—Mamá no pudo guardarnos mucha leche, de modo que mezclaremos la que nos dio con un poco de agua. Además ella dice que el té demasiado cargado no es bueno para los niños.

Y tranquilamente inspeccionó Bab la pequeña cantidad de leche que debía alcanzar para satisfacer la sed de toda la concurrencia.

—Sentémonos y descansemos mientras se colorea el té y la torta se enfría; ¡estoy tan cansada!… —suspiró Betty dejándose caer sobre el umbral de la puerta y estirando sus piernas regordetas que todo el día habían andado de aquí para allá, ya que— los sábados, así como hay diversiones hay también obligaciones que cumplir, y hubo que hacer varios trabajos antes de que llegara el momento de gozar de aquella extraordinaria diversión.

Bah se ubicó a su lado y miró distraídamente hacia el portón donde una gran telaraña brillaba bajo los rayos del sol de la tarde.

—Mamá dice que va a ir a la casa grande dentro de dos o tres días, puesto que, pasada la tormenta, vuelve todo a estar seco y tibio; y nosotros iremos con ella. Durante el otoño no pudimos ir porque teníamos tos convulsa y había allí mucha humedad. Ahora podremos ver muchas cosas bonitas. ¿No te parece que será muy divertido? —observó Bah después de una pausa.

—¡Sí, con toda seguridad! Mamá dice que en una de las habitaciones hay muchos libros y yo podré mirarlos mientras ella recorre la casa. Puede ser que tenga tiempo de leer alguno que luego te contaré —prometió Betty, a quien le encantaban las historias y pocas veces tenía oportunidad de leer alguna nueva.

—Yo preferiría subir al desván y ver la rueca, los grandes cuadros y los curiosos vestidos que guarda el arcón azul. Me muero de rabia cuando pienso que todas esas maravillas con las cuales podríamos divertirnos tanto están guardadas allí arriba… ¡A veces me dan ganas de echar abajo esa vieja puerta!… —Y Bah giró en redondo dando un golpe con sus botas—. No te rías, que tú lo deseas tanto como yo —agregó, retrocediendo algo avergonzada de su impaciencia.

—No me río.

—¿Ah, no? ¿Supones que no me doy cuenta cuando la gente se ríe?

—Pues te aseguro que te equivocas.

—Tú te ríes… ¿Cómo te atreves a mentir así?

—Si repites eso alzaré a Belinda y me iré derechito a casa. ¿Qué harás tú entonces?

—Me comeré el pastel.

—¡No lo harás! Mamá dijo que era mío; tú eres tan sólo una invitada, de modo que, o te comportas como se debe o aquí concluye la fiesta.

Esta terrible amenaza calmó al instante el enojo de Bab, quien se apresuró a cambiar de tema.

—Bueno, no discutamos delante de los niños. ¿Sabes que mamá ha dicho que la, próxima vez que llueva nos permitirá jugar en la cochera y guardar luego la llave?

—¡Qué bien!… Eso lo dice porque le confesamos que habíamos descubierto la ventana bajo la viña y no obstante poder hacerlo no entramos en la cochera —exclamó Betty sin rastros de rencor hacia su hermana, ya que al cabo de diez años de vivir con ella estaba acostumbrada a su carácter arrebatado.

—Me imagino que el coche estará todo sucio y lleno de ratas y telarañas; pero no me importa. Tú y las muñecas serán los pasajeros, y yo, sentada al pescante, conduciré.

—Siempre eres tú el conductor… Yo quisiera serlo alguna vez, en lugar de hacer siempre el papel de caballo y llevar en la boca un trozo de madera mientras tú me tiras de los brazos —chilló la pobre Betty, quien estaba cansada de hacer de cabalgadura.

—Creo que lo mejor será que vayamos a buscar el agua —sugirió Bab, quien consideró conveniente hacer como que no oía las quejas de su hermana.

—No debe haber muchas personas que se atrevan a dejar solos a sus hijos frente a un pastel tan tentador con la certeza de que ellos ni lo tocarán siquiera —dijo Betty orgullosamente mientras se alejaban hacia la fuente llevando sendos recipientes en la mano.

¡Ay! …, ¡cuán pronto se desvanecería la confianza de estas buenas madrecitas!… No habían pasado cinco minutos cuando, de regreso ya, sorprendieron una escena que las dejó atónitas al mismo tiempo que se estremecían de temor. Rígidas, boca abajo, yacían las catorce muñecas, y la torta, la tan apetecida torta había desaparecido…

Durante un instante las dos pequeñas permanecieron inmóviles contemplando la terrible escena. Mas Bab, reaccionando de su estupor, arrojó lejos de sí el jarro de agua y haciendo un gesto amenazador con el puño gritó con furia:

—¡Ha sido Sally!… Juró que se vengaría de mí por castigarla cuando ella molestaba a la pobre Mary Ann y ha, cumplido su juramento. Pero ¡ya me las pagará!… Corre tú por ese lado. Yo la buscaré por este otro. ¡Rápido! ¡Rápido!

Y salieron corriendo: Bab hacia adelante y la asombrada Betty dobló obedientemente en dirección opuesta y se alejó tan ligero como se lo permitieron sus piernas, mojándose con el agua del jarro que aún conservaba en la mano. Dieron vuelta alrededor de la casa y se encontraron en la puerta del fondo, sin haber dado con los rastros del ladrón.

—¡En la calle! —gritó Bab.

—¡Bajo la fuente! —jadeó Betty, y corrieron ambas, una para trepar sobre unas piedras y mirar por encima del muro hacia la calle, en tanto que la otra se precipitaba hacia el sitio que acababan de abandonar. Pero Bab no descubrió nada más que las caritas inocentes de las caléndulas y Betty sólo logró asustar con su brusca aparición a un pajarillo que tomaba su baño en la fuente.

Regresaron ambas adonde las aguardaba una nueva sorpresa que las hizo sobresaltar y proferir un gritó de temor mientras escapaban a refugiarse en el «porch».

Un extraño perro estaba tranquilamente sentado entre los despojos del festín saboreando los últimos bollos que quedaban.

—¡Qué animal malvado!… —chilló Bab con deseos de pelear, pero atemorizada por el aspecto del animal.

—Se parece a nuestro perro de lanas, ¿verdad? —susurró Betty haciéndose lo más pequeña posible tras de su valiente hermana.

Y así era en efecto, porque aunque más grande y sucio que el perrito de juguete, ese perro vivo tenía igual que aquél una borla en la punta de la cola, largos pelos en las patas y el cuerpo la mitad pelado y la mitad peludo.

Pero sus ojos no eran negros y brillantes como los del otro sino amarillos, su nariz roja husmeaba descaradamente como si se tratara de descubrir dónde había más torta. Y por cierto que el lanudo perrito de juguete que descansaba sobre la repisa de la sala jamás había hecho las pruebas con las cuales el extraño animal se disponía a aumentar el asombro de las dos niñas.

Se sentó primero y alargando las patas delanteras pidió limosna con toda gentileza. En seguida levantó las patas traseras y caminó con gracia y facilidad sobre las delanteras. No habían vuelto las niñas aún de su asombro cuando ya el animal bajaba las patas y levantando las manos desfilaba con aire marcial imitando a un centinela. Pero la exhibición culminó cuando el animal, tomándose la cola con los dientes, bailó un vals pasando sobre las muñecas y yendo hasta el portón y regresando otra vez.

Bab y Betty, abrazadas, sólo atinaban a proferir chillidos de alborozo, pues nunca habían presenciado un espectáculo tan divertido. Pero cuando la exhibición concluyó y el perro jadeando y ladrando se acercó a ellas y las miró con sus extraños ojos amarillos la diversión volvió a trocarse en miedo y las niñas no se atrevieron a moverse.

—¡Chist, vete!… —ordenó Bab.

—¡Fuera!… —articuló temblorosamente Betty.

Para alivio de ambas, el lanudo animal se desvaneció con la misma rapidez con que apareciera. Movidas por un mismo impulso las dos niñas corrieron para ver hacia dónde se había ido y tras una breve inspección descubrieron el pompón de la cola que desaparecía por debajo de una cerca.

—¿De dónde habrá venido? —preguntó Betty sentándose a descansar sobre una piedra.

—Más me agradaría saber adónde se fue para ir a darle su merecido a ese viejo ladrón —gruñó Bab recordando las fechorías del animal.

—¡Ojalá pudiésemos hacerlo! ¡Espero que se haya quemado con la torta!… —rezongó por su parte Betty, acordándose con tristeza de las ricas pasas que ella misma picara para que su madre pusiese dentro de la torta que habían perdido para siempre.

—La fiesta se ha estropeado, de modo que lo mejor será volver a casa. —Y con pesar se dispuso Bab a emprender el regreso.

Betty frunció la boca como si estuviera por echarse a llorar, pero repentinamente, rompió a reír no obstante su enojo.

—¡Qué gracioso estaba el perro bailando en dos patas y girando sobre su cabeza!… —exclamó—. A mí me gustaría verlo otra vez hacer esas piruetas, ¿y a ti?

—También, pero eso no impide que continúe odiándolo. Quisiera saber que dirá mamá cuando… ¡Oh!… ¡Oh!… —y Bab se calló súbitamente abriendo unos ojos tan grandes casi como los azules platitos del juego de té.

Betty miró a su vez y sus ojos se dilataron aún más, porque allí, en el mismo sitio donde la pusieran ellas estaba la torta perdida, intacta, como si nadie la hubiera tocado, solamente la B se había torcido un poquito más…

CAPÍTULO DOS

Ambas permanecieron silenciosas por espacio de un minuto, ya que tan grande era el asombro que no tenían palabras para expresarlo; luego, y a un mismo tiempo, saltaron las dos y tocaron tímidamente la torta con un dedo, preparadas para verla volar por los aires arrastradas por alguna fuerza mágica. Sin embargo, el postre permaneció tranquilamente en el fondo de la cesta. Las niñas exhalaron entonces un profundo suspiro de alivio porque, aunque no creían en hechicerías, lo que acababa de ocurrir parecía cosa de magia.

—¡El perro no la comió!…

¡Sally no se la llevó!…

—¿Cómo lo sabes?

—Ella no nos la habría devuelto…

—¿Quién lo hizo, pues?

—Lo ignoro, pero de cualquier manera, lo perdono.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Betty pensando que después de aquel susto iba a ser imposible sentarse tranquilamente a tomar el té.

—Comamos la torta lo más rápido que podamos. —Y dividiendo la torta con un solo golpe de cuchillo Bab aseguró su trozo contra todo posible riesgo.

Pronto le dieron fin acompañándola con sorbos de leche, y mientras comían apresuradamente no dejaban de mirar en derredor, pues temían que el extraño perro volviera a aparecer…

—Bueno, ¡quisiera ver ahora quién se atreve a quitarme mi trozo de torta!… —exclamó Bab en son de desafío al mismo tiempo que mordía su mitad de la B.

—¡O el mío!… —tosió Betty, ahogada por una pasa que no quiso pasar rápidamente por su garganta.

—Deberíamos limpiar todo esto y simular que nos azotó un terremoto —sugirió Bab, juzgando que sólo semejante conmoción de la naturaleza podía explicar el aspecto desolado que ofrecía su familia.

—¡Buena idea!… A mi pobre Linda la golpearon en la nariz. ¡Querida mía!… ¡Ven con tu mamá que ella te sanará! —murmuro Betty levantando a su ídolo que yacía entre una maraña de pasto y limpiando el rostro de Belinda que, sin embargo, sonreía heroicamente.

—Con toda seguridad que esta noche tendrás tos ferina. Sería bueno preparar una tisana con un poco de agua y el azúcar que nos queda… —manifestó Bab a quien agradaba en extremo inventar recetas para las muñecas.

—Quizás ocurra lo que tú dices, pero entretanto no necesitas ponerte a estornudar por mis hijos —replicó Betty fastidiada, pues los últimos acontecimientos habían alterado su natural carácter conciliador.

—¡Yo no estornude!… Bastante tengo con conversar, llorar y toser por mis pobres criaturas para ocuparme de las tuyas —gritó Bab más enfadada aún que su hermana.

—¿Quién lo hizo, entonces? Yo he oído un estornudo con toda claridad —y Betty miro hacia el verde techo como si el sonido hubiera provenido de allí. A excepción de un pajarito amarillo que piando se balanceaba sobre las grandes lilas no había ningún otro ser viviente a la vista.

—Los pájaros no estornudan, ¿verdad? —preguntó Betty dirigiendo al animalito una mirada de sospecha.

—¡Tonta!… ¡Por supuesto que no!…

—Me agradaría saber entonces quién anda por aquí estornudando y riéndose. Quizá sea el perro… —sugirió Betty algo tranquilizada por esa idea.

—Excepto el de mamá Hubbard ningún perro se ríe. Pero éste es tan extraño que tal vez también él separa hacerlo. ¿Adónde se habrá ido? —y Bab echó un vistazo hacia ambos lados de la avenida con el deseo de volver a ver al gracioso animal.

—Lo que se es adonde me voy a ir yo —dijo Betty guardando las muñecas en su delantal con más apuro que cuidado—. Voy derecho a casa a contarle a mamá lo ocurrido. No me gustan estas cosas y además tengo miedo.

—Yo no, pero creo que está por llover de manera que también tendré que irme —contesto Bab aprovechando la excusa que le ofrecían unas nubes que cruzaban el cielo, ya que le molestaba demostrar que sentía temor por algo.

Bab levanto la mesa rápidamente tomando el mantel por las cuatro puntas, puso la vajilla en su delantal, amontono encima a sus hijos y declaro que estaba lista para partir. Betty se demoró un instante guardando las cosas que la lluvia podía estropear y cuando se volvía para recoger el rojo dogal que colgaba del llamador vio sobre los escalones de piedras dos hermosas rosas rojas.

—¡Oh, Bab!… ¡Mira!… He aquí las rosas que tanto deseábamos. ¿No es maravilloso que el viento las haya arrojado a nuestros pies? —gritó levantándolas y corriendo tras de su hermana quien se alejaba preocupada sin poder dejar de pensar en declarada enemiga Sally Folsom.

Las flores llenaron de alegría a las dos niñas. Mucho las habían deseado, pero resistieron con firmeza la tentación de treparse a las rejas para cortarlas. La mamá les había prohibido semejantes piruetas desde que Bab se cayera por querer alcanzar una rama de madreselva que florecía sobre el dintel del «porch».

Se fueron a su casa y divirtieron a la señora Moss contándole lo ocurrido. Porque a ella no le impresionaron ni los misteriosos estornudos ni las extrañas risas, e imaginó que todo sería consecuencia de alguna travesura de las niñas.

—El lunes haremos una excursión para descubrir qué hay oculto por allí —fue su único comentario.

Pero la señora Moss no pudo cumplir su promesa porque el lunes llovió. Protegidas por sus botitas de goma, las pequeñas fueron al colegio chapoteando como dos patitos en cuanto charco encontraban. Llevaron sus almuerzos, y a mediodía, entretuvieron a un grupo de compañeras relatándoles lo que vieran hacer al misterioso perro, el cual andaba merodeando por la vecindad y había sido visto por varias niñas en el patio del fondo de sus casas. A todas se había dirigido como si quisiera pedirles algo, pero ante ninguna había hecho las exhibiciones y proezas que hiciera ante Betty y Bab, razón por la cual ellas se daban importancia llamándolo nuestro perro. El paseo de la torta continuaba siendo un enigma, ya que Sally Folson declaro solemnemente que esa tarde, y a esa misma hora, ella había estado jugando al tejo en el granero de Mamie Snow. A excepción de las dos niñas, nadie se había acercado a la viera casa, de modo que ninguna pudo arrojar una luz sobre aquel sino alar suceso.

La historia produjo gran efecto, pues basta la maestra se mostró interesada y relato las habilidades de un prestigitador por obra de quien ella viera como una pila de pasteles permanecían suspendidos en el aire por espacio de varios minutos. Durante el primer recreo Bab casi se desarticulo parte del cuerpo tratando de imitar las contorsiones del perro. Las había practicado en la cama con gran éxito, pero el piso de madera era cosa muy distinta como lo demostraban sus codos y rodillas.

—¡Parecía tan fácil!… Pero no sé cómo lo hizo… —dijo después de darse un tremendo golpe al tratar de caminar sobre las manos.

—¡Mi Dios!… ¡Helo aquí!… —gritó Betty quien estaba sentada sobre una pila de leños junto a la puerta, mirándolo con curiosidad.

Se produjo una corrida general y dieciséis niñas, no obstante la lluvia, asomaron sus curiosas cabecitas como si en lugar de un pobre perro que trotaba sobre el barro fueran a ver la carroza de la Cenicienta.

—¡Llámalo y hazlo bailar!… —pidieron las pequeñas trinando a coro. Parecía que una bandada de gorriones había tomado posesión del cobertizo

—Lo llamare. Él me conoce —y Bab se incorporó olvidando que dos días antes había perseguido y maldecido al animal.

Pero, evidentemente, éste no lo había olvidado, porque, aunque se detuvo y las miro ansiosamente, no se acercó y permaneció parado bajo la lluvia, manchado de barro, moviendo con lentitud el pompón de la cola y dirigiendo la punta de su rosada nariz hacia donde estaban, ya vacías, las canastas de la merienda.

—Tiene hambre; dale algo de comer así se convencerá de que no queremos hacerle daño —sugirió Sally ofreciéndole ella misma su último trozo de pan con manteca.

Bab tomo su cesta vacía y recogió todas las sobras y restos de comida; luego trató de convencer a la pobre bestia para que entrara a comer y a buscar un poco de consuelo. Pero el perro sólo se acercó hasta la puerta y sentándose sobre sus patas traseras suplicó con ojos tan conmovedores que Bab dejo en el suelo el canastito y retrocediendo unos pasos dijo:

—¡Está muerto de hambre!… Dejemos que coma tranquilo todo lo que quiera.

Las niñas se retiraron haciendo comentarios llenos de compasión e interés. Pero hay que advertir que la caridad de las niñas no fue recompensada como ellas esperaban, pues no bien el perro vio el campo libre, se abalanzo hacia la cesta, y tomándola entre los dientes, desapareció calle abajo a toda velocidad. Las niñas lanzaron grandes gritos, especialmente Bab y Betty, quienes habían sido violentamente despojadas de su cesta nueva. Pero nadie pudo perseguir al ladrón, porque sonó la campana y las niñas tuvieron que regresar a clase; mas lo hicieron en tal estado de excitación, que los varones se acercaron en tumulto a averiguar la causa de tamaño alboroto.

A la hora de salida el sol brillaba en el cielo y Bay y Betty corrieron a casa para contarle a la madre lo que ocurriera seguras de que ella las consolaría como lo hizo efectivamente.

—No se preocupen, queridas; yo les comprare una cesta nueva si el perro no se las devuelve como la vez anterior. Ya que está muy húmedo para jugar afuera, iremos a visitar la vieja cochera como les prometí. No se quiten los zapatos de goma y vamos.

La perspectiva de tan extraordinaria excursión calmó el desconsuelo de las pequeñas, y para allá salieron saltando alegremente por el arenoso sendero mientras la señora Moss las seguía recogiéndose la falda con una mano y llevando en la otra un gran manojo de llaves. Ellas vivían en el pabellón de entrada, y la señora tenía a su cargo el cuidado de la casa grande.

La puerta pequeña de la cochera estaba cerrada por dentro, pero la principal tenía un candado que fue abierto rápidamente para permitir que las niñas entraran. Tal era la curiosidad y ansiedad que las embargaba, que ni siquiera atinaron a lanzar una exclamación cuando se encontraron dueñas del viejo coche que tanto habían deseado. El carruaje se hallaba polvoriento y mohoso, pero tenía un asiento alto, una puertecilla, una escalerilla y varios detalles más que a los ojos de las niñas superaban todas las maravillas imaginables.

Bah se dirigió derecho al pescante y Betty a la portezuela, pero ambas descendieron más rápido de lo que habían subido al oír un ladrido que salía del interior del coche y una voz muy baja que decía:

—¡Quieto, Sancho!… ¡Quieto!…

—¿Quién está allí? —preguntó la señora Moss con acento autoritario mientras retrocedía en dirección a la puerta con ambas niñas colgadas de sus faldas.

Una cabeza blanca, lanuda y bien conocida apareció por la ventanilla rota y emitiendo un suave quejido pareció decir:

«No se alarmen, señoras; no les liaremos daño».

—¡Sal en seguida si no quieres que vaya a buscarte!… —ordenó la señora Moss súbitamente envalentonada al ver que por debajo del coche asomaba un par de pequeños zapatos polvorientos.

—Sí, señora saldré tan pronto como pueda… —respondió una voz, humildemente, cuyo dueño resultó ser un atado de harapos que surgió de la oscuridad seguido del perro, el cual se sentó a los pies de su ama, en actitud vigilante como si quisiera decir que saltaría sobre cualquiera que osase acercarse demasiado.

—¿Me dirás quién eres y cómo llegaste hasta aquí? —inquirió la señora Moss procurando hablar con severidad, aunque su mirada reflejaba una gran piedad al posarse en la triste figura que tenía delante de sí.

CAPÍTULO TRES

—Dispense, señora. Mi nombre es Ben Brown, y estoy viajando.

—¿Adónde vas?

—A donde pueda encontrar trabajo.

—¿Qué clase de trabajo sabes hacer?

—De todo un poco. Estoy acostumbrado a cuidar caballos…

—¡Dios bendito!… ¿Una criatura tan pequeña como tú?…

—¡Tengo doce años, señora, y puedo montar cualquier animal de cuatro patas!… —manifestó el muchacho con un gesto de orgullosa seguridad.

—¿No tienes familia? —preguntó la señora Moss divertida, pero también apenada al contemplar aquella tostada carita delgada, de ojos hundidos por el hambre y los sufrimientos, y la harapienta figura que se apoyaba en una de las ruedas del coche como si careciera de fuerzas para mantenerse de pie.

—No, señora; no tengo a nadie, y la gente con quien vivía me castigaba tanto que… me escapé —respondió con decisión el pequeño.

Las últimas palabras pareció haberlas pronunciado muy a pesar suyo, como si no hubiera podido resistir a la simpatía de la mujer que sin darse cuenta iba ganando su confianza.

—Entonces no te haré ningún reproche. Pero ¿cómo viniste a parar aquí?

—Estaba tan cansado que no pude proseguir mi camino, y se me ocurrió que la gente de la casa grande podría darme algún trabajo. Pero el portón estaba cerrado y yo me hallaba tan desesperado que me dejé caer por allí afuera sin pensar en nada más.

—¡Pobrecito, me imagino tu estado!… —murmuró la señora, mientras las niñas contemplaban al muchacho profundamente interesadas al oírle mencionar el portón de ellas.

El niño suspiró profundamente y sus ojos brillaron en tanto que proseguía su relato; por su parte el perro paró las orejas cuando oyó que lo mencionaban.

—Mientras descansaba oí que alguien entraba, me asomé y vi a estas dos niñas jugando. Confieso que deseé las cosas que ellas traían, pero yo no toqué nada; fue Sancho el que me trajo la torta.

Bab y Betty dieron un respingo y miraron con expresión de reproche al lanudo animal el cual entrecerró los ojos con gesto humilde pero lleno de picardía.

—¿Y tú se la hiciste devolver? —indagó Bab.

—Sí.

—¿Y fuiste tú quien estornudó? —agregó Betty.

—Sí.

—¿Y luego dejaste las rosas? —gritaron ambas.

—Sí; y a ustedes les, gustaron, ¿verdad?

—Pues, ¡es claro que sí!… Pero ¿por qué te escondiste? —inquirió Bab.

—No podía presentarme con esta facha —murmuró Ben, mirando sus andrajos con ganas de desaparecer en las profundidades del coche.

—¿Cómo entraste aquí? —preguntó la señora Moss, recordando de pronto su responsabilidad.

—Oí a las niñas hablar de una enredadera que cubría una ventanita del cobertizo, y cuando ellas se alejaron la busqué y entré. El vidrio está roto de modo que lo único que hice fue descorrer el pestillo. Le aseguro que no he hecho nada malo durante las dos noches que he dormido aquí. Estaba tan fatigado que no logre continuar mi camino a pesar de haberlo intentado el domingo.

—¿Volviste aquí?

—Sí, señora. Se estaba muy mal bajo la lluvia mientras que este lugar era casi tan acogedor como una casa. Además, oí conversar a las niñas y Sancho me conseguía algo de comer. Estaba muy cómodo…

—¡Por Dios!… —articuló la señora al mismo tiempo que levantaba una punta del delantal para secarse los ojos, porque la idea de que aquel pobre niño desamparado había pasado dos noches con el pasto por lecho y sin más alimento que los restos de comida que le conseguía el perro le destrozaba el corazón.

—¿Sabes qué voy a hacer contigo? —manifestó luego procurando permanecer serena e impasible mientras un lagrimón corría por su redonda mejilla y una sonrisa de bondad se dibujaba en la comisura de sus labios.

—No, señora; pero eso no me preocupa. Sólo le pido que no sea severa con Sancho. Es muy bueno conmigo y los dos nos queremos mucho, ¿no es así, viejo amigo? —dijo el muchacho, echando un brazo alrededor del cuello del perro, ansioso por la suerte que pudiera correr el pobre animal más que por la suya propia.

—Te llevare a casa; te lavarás, vestirás y acostarás en una buena cama, y mañana…, bueno, ya veremos que ocurre mañana.

—Usted es muy buena señora, y yo sería inmensamente feliz si pudiera trabajar para usted. ¿No tiene un caballo para que lo cuide? —preguntó ansiosamente el muchacho.

—No, sólo tengo gallinas y un gato.

Bab y Betty echaron a reír al oír a su madre y Ben esbozó una sonrisa. Sin duda se habría unido a la alegría de las niñas si sus fuerzas se lo hubieran permitido, pero le temblaron las piernas y experimentó un ligero mareo. Atinó a sostenerse tomándose de Sancho y parpadeó como lo hacen los búhos frente a la luz.

—Vamos, vamos a casa. Corran niñas adelante, pongan el resto del caldo a calentar y llenen la pava de agua. Yo me ocupare del muchacho —ordenó la señora Moss. En seguida tomó el pulso a aquella nueva carga que acababa de echarse encima, pues de pronto se le ocurrió que el niño podría estar enfermo y que entonces sería peligroso llevarlo a casa.

La mano que tomó era escuálida pero limpia y fresca, y los ojos oscuros, aunque rodeados de profundas ojeras, brillaban sanos. Lo único que tenía el niño era que estaba medio muerto de hambre.

—Estoy harapiento, pero limpio. Anoche me di un baño bajo la lluvia, y estos últimos días he vivido casi permanentemente debajo del agua —explicó el niño, extrañado de que la señora lo observara con tanto cuidado.

—Saca la lengua…

Él obedeció, pero en seguida la escondió para decir precipitadamente:

—No estoy enfermo. Sólo tengo hambre. Durante estos tres días no he comido más que lo que Sancho me traía y compartiéndolo con él, ¿no es cierto, Sancho?

El perro ladró repetidas veces y se paseó nerviosamente entre su dueño y la puerta como si comprendiera cuanto pasaba y quisiera recomendar que saliesen en seguida en busca del alimento y el abrigo prometidos. La señora Moss adivinó la insinuación y rogó al muchacho que la siguiera y llevara consigo todas sus cosas.

—No tengo nada que llevar. Unos hombres me robaron mi atado de ropa. Por eso me encuentro en este estado. Lo único que guardo es esto. Lamento que Sancho le tomara; yo lo habría devuelto de buena gana si supiese de quién es —y mientras hablaba sacó del fondo del coche la nueva cesta de las niñas.

—Eso tiene arreglo: es mía. Me alegro de que fueran para ti los restos de comida que consiguió tú perro. Y ahora vamos, debo cerrar —la señora Moss hizo sonar significativamente el manojo de llaves.

Ben salió renqueando y apoyándose en el mango de una azada rota, pues sus miembros estaban entumecidos de vivir en la humedad y su cuerpecito rendido por la fatiga de tantos días de vagar por esos caminos bajo el sol y la lluvia. Sancho mostraba gran alegría, pues adivinaba que tanto las penas como las fatigas tocaban a su fin, y brincaba alrededor de su amo ladrando de contento o bien se restregaba contra los tobillos de su benefactora quien gritaba: «¡Fuera! ¡Fuera!» y se sacudía la falda como lo hacía para espantar al gato o las gallinas.

Un hermoso fuego brillaba en la cocina bajo la escudilla de saldo y la pava con agua, y Betty, cuya mejilla mostraba una gran mancha de tizne, agregaba más leños, mientras Bab cortaba gruesas tajadas de pan con tal entusiasmo que ponía en peligro sus deditos. Antes de que Ben advirtiera dónde estaba, se hallaba ya sentado en la vieja silla de hamaca devorando los trozos de pan con manteca como sólo puede hacerlo un muchacho muerto de hambre.

Y Sancho, a sus pies, roía un hueso como si fuera un lobo con piel de cordero.

Mientras los recién llegados se dedicaban a tan grata tarea, la señora Moss hizo salir a las niñas de la cocina y les lio las siguientes órdenes:

—Bab, corre hasta la casa de la señora Barton y pídele alguna ropa vieja de Billy que él ya no use. Tú Betty, irás a casa de los Cutters y les dirás a la señorita Clarindy que te dé un par de camisas de esas que cosimos los otros días. Un par de zapatos, sombrero, medias, cualquier cosa le vendrá bien a este pobrecito que no tiene más que hilachas sobre el cuerpo.

Partieron las niñas ansiosas por poder vestir a su recogido, y tan bien abogaron por él entre los buenos vecinos que Ben apenas se reconoció cuando hora y media más tarde salió del dormitorio vestido con un descolorido traje de franela de Billy Barton, una camisa de algodón que regalaran los Dorcas y calzado con un par de zapatos viejos de Milly Cutters.

También Sancho estaba más presentable, pues luego que su amo se hubo dado un baño caliente, se dedicó a lavar a su perro mientras la señora

Moss daba algunas puntadas a la nueva ropa vieja. Y cuando Sancho reapareció, se parecía más que antes al perrito que estaba sobre la chimenea. El pelo bien cepillado era blanco como la nieve, y el animal movía orgullosamente el gracioso pompón de la cola.

Sintiéndose respetables y presentables, los dos vagabundos aparecieron y fueron recibidos con sonrisas de aprobación por parte de las niñas en tanto que la señora, con maternal sonrisa, los acomodaba junto a la estufa, pues ambos estaban aún húmedos después de la prolija limpieza.

—Confieso que no los habría reconocido —exclamó la buena mujer observando satisfecha al muchacho; pues aunque el niño estaba muy delgado y pálido, tenía un aspecto agradable y el traje, no obstante ser holgado, le sentaba bien. Los alegres ojos negros lo miraban todo, la voz tenía un acento sincero y la tostada carita parecía más infantil al desaparecer la expresión de desconsuelo que la ensombrecía.

—Son ustedes muy buenas, y Sancho y yo les estamos muy agradecidos, señora —murmuró Ben, turbado y ruborizándose bajo la mirada cariñosa de los tres pares de ojos que estaban fijos en él.

Bab y Betty limpiaban la vajilla del té con desusada presteza, pues querían estar libres para poder atender al huésped, y en el momento en que Ben hablaba Bab dejó caer una taza. Para gran sorpresa suya no golpeó contra el suelo, pues el muchacho, inclinándose rápidamente, la recogió en el aire, y se la ofreció sobre, la palma de la mano haciéndole una ligera reverencia.

—¡Cielos!… ¿Cómo lo hiciste? —preguntó Bah, a quien aquello le pareció cosa de magia.

—¡Bah!… ¡Eso no es nada!… ¡Mira! —Y Ben tomó dos platos y los arrojó hacia arriba recogiéndolos en seguida para volverlos a arrojar, con tal velocidad que Bab y Betty quedaron boquiabiertas como si fueran a tragarse los platos si llegaban a caerse, mientras la señora Moss, con el repasador aún entre las manos, contemplaba los saltos que daba su loza, con la ansiedad propia de una ama de casa.

—¡Esto va a terminar mal!… —fue lo único que alcanzó a decir, mientras Ben, deseando demostrar su gratitud en la única forma que sabía hacerlo, sacó de un canasto que había por allí varios ganchos de la ropa, tiró los platos al aire, los tomó con los broches y colocando éstos sobre el mentón, la nariz, la frente, caminó luciendo aquella especie de hongos que le habían salido en la cara.

Las niñas se divertían enormemente, y la señora Moss estaba tan entretenida que hasta habría sido capaz de prestarle la sopera de porcelana si el muchacho se la hubiese pedido. Pero Ben se hallaba cansado para demostrar todas sus 'habilidades esa misma noche, de modo que se detuvo casi arrepentido de haber iniciado aquella maravillosa exhibición.

—Se me ocurre que has trabajado con algún malabarista —insinuó la señora Moss, quien observó de inmediato que la cara del muchacho reflejaba aquella misma expresión que tomara cuando dijera su nombre, Ben Brown; la expresión de quien no dice toda la verdad…

—Sí, señora… Solía ayudar al señor Pedro, el Rey de los Magos, y aprendí algunos de sus juegos de mano —tartamudeó Ben con gesto inocente.

—Óyeme, muchacho, es mejor que cuentes tu historia completa, sin ocultar nada, de lo contrario tendré que enviarte a casa del juez Morris. No me gustara hacer eso, porque el señor Morris es un hombre un poco duro. Si tú no has hecho nada malo no tienes por qué temer que conozcan tu historia. Yo haré cuanto pueda por ti —aseguró la señora con seriedad al mismo tiempo que se sentaba en el sillón de hamaca como un juez que se dispone a escuchar una declaración.

—¡Yo no he hecho nada malo! ¡No tengo miedo, sólo que no deseo regresar, y si digo de dónde vengo, usted es capaz de hacerles saber que estoy aquí!… —murmuró Ben, atribulado por su deseo de confiarse a su nueva amiga y el temor de tener que volver junto a sus viejos enemigos.

—Si ellos te maltrataron yo nunca les haré saber dónde estás. Cuéntame la verdad que yo te protegeré. ¡Niñas!, vayan ustedes a buscar la leche.

—¡Oh, mamá!, ¡deja que nos quedemos aquí!… ¡Nosotras no contaremos ni una sola palabra!… ¡Lo prometemos! ¡Lo prometemos!… —gritaron Bab y Betty consternadas ante la idea de tener que alejarse precisamente en el instante en que iban a poder conocer un importante secreto.

—Por mí pueden quedarse —manifestó Ben, gentilmente.

—Muy bien. Quedaos entonces, quietas y calladas. Y ahora, muchacho, dime: ¿¿de dónde vienes? —preguntó la señora Moss mientras las pequeñas se ubicaban con toda rapidez frente a su madre, en el banco que era propiedad de ellas, llenas de curiosidad y satisfechas de poder enterarse de algo interesante.

CAPÍTULO CUATRO

—Me escapé de un circo —comenzó Ben, pero no pudo continuar, porque las niñas, dando un salto gritaron a un mismo tiempo llenas de entusiasmo

—¡Nosotras estuvimos en uno cierta vez!… ¡Qué hermosos son los circos!…

—No pensarían así si los conocieran tan bien como yo —exclamó Ben frunciendo el ceño y encogiéndose como si aún sintiera sobre sus espaldas los golpes recibidos.

—Nosotros no los consideramos hermosos, ¿verdad, Sancho? —agregó produciendo un ruido extraño que hizo que el perro comenzara a gemir y a golpear el suelo con la cola mientras se pegaba a los pies de su amo como si quisiese hacerse amigo de los nuevos zapatos de éste.

—¿Cómo fuiste a parar allí? —preguntó la señora Moss asombrada e inquieta.

—Mi padre era «el feroz jinete de los llanos». ¿Nunca oyeron hablar de él? —inquirió Ben extrañado de que no lo conocieran.

—¡Dios mío, hijito!… Hace diez años que no voy a un circo y te aseguro que ya no recuerdo lo que viera entonces —replicó la señora Moss divertida y también enternecida por la evidente admiración que demostraba el hijo por su padre.

—¿Ustedes tampoco lo conocen? —interrogó volviéndose hacia las niñas.

—Nosotras vimos varios indios, acróbatas, a los saltimbanquis de Borneo; vimos un payaso, monos y un asno enano de ojos azules. ¿Era tu padre alguno de ésos? —dijo Betty inocentemente.

—¡Uf!… Mi padre no alternó nunca con esa clase de gente. Guiaba dos, cuatro, seis, ocho caballos a la vez y mientras fui pequeño yo le acompañaba. Era el primer domador de caballos —explicó Ben con tanto orgullo como si su padre hubiese sido el mismísimo presidente de la república.

—¿Murió tu papá? —indagó la señora Moss.

—Lo ignoro y eso es lo que quiero saber. —Y el pobre Ben carraspeó para disimular un sollozo que estaba a punto de sofocarlo.

—Cuéntanos qué pasó, querido, y quizás entre todos podamos descubrir el paradero de tu papá —dijo la señora Moss inclinándose para acariciar la negra cabecita doblada sobre la del perro.

—Así lo haré, señora… —Haciendo un esfuerzo compuso la voz y prosiguió la historia.

—Papá fue siempre muy bueno conmigo y a mí me gusto ir a vivir con el después que abuelita murió. Estuve con ella hasta que cumplí siete años; luego papá me llevó consigo y me enseñó a montar. Hubieran tenido que verme entonces todo vestido de blanco, con un cinturón dorado, subido sobre los hombros de papá o colgado de la cola del viejo General que galopaba veloz mente o bien, siempre conmigo sobre los hombros papá conducía dos o tres caballas mientras yo agitaba unas banderas y la gente aplaudía delirante de entusiasmo.

—¡Oh!… ¿No te morías de miedo? —preguntó Betty temblando de sólo pensar en aquello.

—¡Qué esperanza!… ¡A mí me gustaba hacerlo!

—También a mí me hubiera gustado… —exclamó Bab entusiasmada.

—Luego aprendí a conducir los cuatro «ponnies» que tiraban de una pequeña carroza cuando desfilábamos —continuó Ben— o me sentaba sobre el gran globo que llevaba en el techo el gran carro arrastrado por Hannibal y Nero. Pero eso no me gustaba; el globo estaba muy alto y se sacudía mucho, el sol demasiado fuerte, los árboles me golpeaban el rostro y las piernas me dolían de tenerlas recogidas.

—¿Quiénes eran Hannibal y Nero? —preguntó Betty.

—Los grandes elefantes. Papá no permitía que me sentaran allí arriba y no se atrevieron a hacerlo hasta después que él se hubo marchado. Entonces tuve que obedecer, si no me castigaban.

—¿Nadie te defendía? —interrogó la señora Moss.

—Sí, señora; casi todas las mujeres me protegían. Eran muy buenas conmigo, especialmente Melia. Ésta juró que no saldría a escena si me golpeaban, porque yo me negaba a ayudar al viejo Buck a cuidar los osos. De modo que tuvieron que dejarme tranquilo porque entre las mujeres no había quien pudiese reemplazar a Melia.

—¿Tenían osos? ¡Oh!, ¡cuéntanos, cuéntanos qué hacían! —exclamó Bab alborozada. Ella tenía pasión por los animales.

—Buck era dueño de cinco osos —malos bichos— y los exhibía. Por divertirme me puse a jugar con ellos en cierta ocasión y a Buck se le ocurrió que sería toda una sensación que yo los presentara ante el público. Pero los osos muerden y arañan, cosa nada agradable, y uno no puede saber nunca cuando están de buen humor o cuando tienen ganas de arrancarle la cabeza de un mordisco. Por esa razón Buck tenía el cuerpo cubierto de cicatrices y yo no quería que a mí me ocurriera lo mismo. Y me libré gracias a la intervención de la señorita St. John quien se puso de mi parte.

—¿Quién era la señorita St. John? —preguntó la señora algo confundida al oír constantemente nombres nuevos.

—La señorita Melia… La señora de Smithers… La esposa del dueño del circo. Ésta ya no usaba su nombre, Montgomery, ni el verdadero apellido de ella que era St. John. Todos se cambian el nombre por alguno que produzca más efecto en los carteles. Papá se hacía llamar José Montebello y yo Adolphus Bloomsbury en cuanto dejé de ser Cupido y el niño Prodigio.

Soltando la risa, la señora Moss se echó hacia atrás ante el asombro de las niñas que habían quedado muy impresionadas por la elegancia de aquellos nombres.

—Prosigue tu historia, Ben, y dinos por qué huiste y qué se hizo de tu papá —dijo la dama recobrando la seriedad y verdaderamente interesada por la suerte del niño.

—Pues bien, papá se peleó con el viejo Smithers y partió de improviso el otoño pasado, al finalizar la temporada. Me dijo que iba a trabajar en una gran escuela de equitación de Nueva York y que, cuando lograra asegurar su posición, enviaría por mí. Yo tuve que quedarme en el circo y ayudar a Buck en sus exhibiciones de prestidigitación. Era éste un hombre bueno, yo le quería, Melia iba a verme a menudo y durante el primer tiempo no extrañé nada. Pero papá no me mandaba a buscar y entonces comencé a soportar malos tratos. Si no hubiera sido por Melia y Sancho mucho antes me habría escapado…

—¿Qué te obligaban a hacer?

—Una infinidad de cosas, pues los tiempos eran difíciles y yo demostraba ser un muchacho listo. Así pensaba Smithers y yo tenía que obedecer sus órdenes sin chistar. A mí no me importaba ayudar en los números de prestidigitación o hacer exhibiciones con Sancho, pues papá lo había amaestrado y él estaba acostumbrado a actuar conmigo. Pero querían obligarme a beber gin para que me conservara pequeño y yo me negaba, pues sabía que a papá no le gustaban esas cosas. Solía viajar encaramado al carro más alto y eso me agradó, hasta que me caí y me lastimé la espalda.

Después, aunque sufría horriblemente y me mareaba tuve que continuar haciéndolo.

—¡Qué hombre bruto debía ser el dueño del circo!… Y Melia, ¿por qué no puso fin a tus sufrimientos? —preguntó la señora indignada.

—Ella había muerto, señora. Ya no me quedaba nadie más que Sancho. Fue entonces cuando decidí huir.

Tornó Ben a acariciar a su perro tratando de ocultar las lágrimas que se le escaparon al recordar a su difunta amiga.

—¿Qué pensabas hacer?

—Encontrar a papá. Pero no lo hallé. No estaba en la escuela de equitación y allí me dijeron que se había ido al Oeste a comprar potros salvajes para un señor que quería una tropilla. Entonces me encontré desorientado sin saber a dónde ir ya que ignoraba el paradero de mi padre y no quería regresar al circo donde volverían a maltratarme. Procuré ingresar a la escuela de equitación, mas allí no querían niños. Tuve, pues, que continuar mi peregrinación en busca de trabajo y si no hubiera sido por Sancho me habría muerto de hambre. Al huir lo había dejado atado, pues no quería que dijeran, si me lo llevaba conmigo, que lo había robado. Es un perro de mucho valor, ¿sabe usted, señora? Es el mejor perro amaestrado que he visto en mi vida, y sin duda desearán más su regreso que el mío. Era de papá, y a mí me dolía tener que dejarlo; no obstante, así lo hice. Una noche oscura lo dejé atado y nunca pensé que volvería a verlo. A la mañana siguiente, estaba tomando el desayuno a varias millas de distancia del circo cuando lo vi aparecer mojado y cubierto de barro, arrastrando un trozo de soga. Había mordido hasta romperlo el cordel que lo sujetaba y siguió mis pasos sin perder mi rastro en ningún momento. Ya no volveré a abandonarlo, ¿no es así, viejo camarada?

Sancho había escuchado esta parte del relato con gran interés, y cuando Ben se dirigió a él, se levantó, puso sus patas delanteras sobre los hombros del muchacho, lamió la cara de éste y emitió un suave aullido que podía traducirse tan claramente como si hubiera dicho con palabras:

—Quédate tranquilo, mi pequeño amo. Los padres pueden desaparecer y los amigos morir, pero yo nunca te abandonaré.

Ben apretó contra sí y por encima de la blanca cabeza lanuda sonrió a las niñas, quienes batieron palmas de alegría al observar aquel cuadro encantador, y se acercaron a acariciar al buen animal para asegurarle que le habían perdonado definitivamente el robo de la torta y la cesta. Movido por estas ternezas y por unas indicaciones que por lo bajo le dio su amo, Sancho se aprestó a realizar sus mejores pruebas con extraordinaria gracia y destreza.

Baby Betty bailaban por la habitación locas de entusiasmo, mientras la señora Moss declaraba que le daba miedo tener en su casa un animal tan maravilloso. Las alabanzas que dirigían a su perro complacieron a Ben más de lo que leí hubieran satisfecho las dirigidas a él, y cuando el entusiasmo se calmó un poco, el muchacho entretuvo a su auditorio con un colorido relato sobre la inteligencia de Sancho, su fidelidad y las numerosas aventuras en las que aquél había desempeñado su parte con gran nobleza.

Mientras el niño hablaba la señora Moss deliberaba acerca de lo que haría con él, y cuando Ben concluyó de enumerar las perfecciones del perro, dijo ella gravemente:

—¿Te quedarías aquí si yo te encontrara alguna ocupación?

—¡Sí, señora! ¡Me agradaría mucho quedarme!… —respondió Ben entusiasmado. Él veía un hogar en aquella casa, y la señora Moss le parecía casi tan buena y maternal como la señora Smithers.

—Bien… Mañana iré a visitar al alcalde para consultar su parecer. No sería extraño que te tomara para que cuidaras su establo, si eres tan listo como aseguras. Durante el verano emplea siempre un peón, y aún no he visto ninguno por allí. ¿Podrías cuidar vacas?

—¡Ya lo creo!… —y Ben se encogió de hombros como si considerase ridículo que le hiciesen esa pregunta a él que había conducido a cuatro «ponnies» que arrastraban una carroza dorada.

—No será un trabajo tan interesante como el de montar elefantes o jugar con osos, pero será una tarea honrada y te resultará más agradable azotar a Brindle y a Butter que recibir tú los azotes —declaró la señora Moss acercando al niño su rostro sonriente.

—¡Oh, sí!… —murmuró Ben con súbita humildad al recordar los malos tratos de que fuera víctima y que le obligaran a huir.

Poco después le enviaron a dormir a una pequeña pieza, y a Sancho junto con él para que lo cuidara. A ambos les resultó difícil conciliar el sueño debido al ruido que hacían las niñas en el piso superior. Bab insistía en que era un oso y que iba a devorar a la pobre Betty a despecho de los lamentos de ésta. Pero la madre pronto puso fin al alboroto amenazando enviar lejos a Ben y a su perro si no se quedan quietas como dos gatitos.

Ellas prometieron obedecer y casi en seguida estaban soñando con carrozas doradas y grandes carruajes, con muchachos fugitivos, cestas que desaparecían, perros danzarines y tazas voladoras.

CAPÍTULO CINCO

Al despuntar el día siguiente, Ben miro a su alrededor medio desorientado. No vio ni la carpa de lona, ni descubrió encima de su cabeza el techo de un granero o el azul del cielo, sino que diviso un blanco cielo raso donde se posaban un grupo de moscas muy sociables. Del exterior llegaban a sus oídos el cacareo de las gallinas y el sonido de dos vocecitas que repetían a coro la tabla de multiplicar en lugar de aquellos otros ruidos que estaba acostumbrado a escuchar: coces de caballos, piar de pájaros, el rugido de los animales salvajes.

Sancho, sentado frente a la ventana abierta observaba como la vieja gata se lavaba la cara y trataba de imitarla, mas con tal torpeza, que Ben se echó a reír y Sancho, para ocultar su confusión saltó de la silla a la cama y comenzó a lamer el rostro de su amo tan enérgicamente que el muchacho se escondió bajo las sábanas para escapar a su cariñosa lengua.

Un ruido que provenía del piso de abajo obligó a ambos a salir de un brinco de la cama, y diez minutos después un muchacho de rostro sonriente y un perro juguetón descendieron corriendo la escalera. El primero saludo con un:

—¡Buen día, señora!… —Y el segundo agitó alegremente la cola al olor del jamón que se freía en la hornalla y por el cual era particularmente afecto.

—¿Dormiste bien? —preguntó la señora Moss, dándole la bienvenida tenedor en mano.

—¡Ya lo creo!… Jamás dormí en una cama mejor. Estaba acostumbrado a dormir sobre un colchón de heno y a cubrirme con la manta de los caballos, y últimamente, ni siquiera eso tenía: el cielo era mi único techo y la tierra mi mullida cama —bromeó Ben riéndose de las penurias pasadas y agradecido de las comodidades que le brindaban.

—El heno no es lecho malo para los huesos jóvenes, aunque a éstos los cubra tan poca carne como a los tuyos —comentó la señora Moss dándole un cariñoso golpecito en la cabeza al pasar a su lado.

—En nuestra profesión no se tolera la gordura. Cuanto más delgado más ágil para bailar sobre la cuerda floja o saltar en los trapecios. Músculo es lo que se necesita, y ahí lo tiene usted…

Ben estiró su bracito delgado como un alambre, el puño cerrado con la actitud de un joven Hércules dispuesto a jugar a la pelota con la cocina si le daban permiso para ello. Contenta de verlo de tan buen humor la señora señaló el pozo que estaba afuera y dijo amablemente:

—Bien, prueba tus músculos trayendo agua fresca.

Ben buscó el balde y corrió decidido a ser útil: y mientras aguardaba que el balde se llenara miró a su alrededor y se sintió complacido por todo lo que viera: la pequeña casita rojiza con un penacho de humo que salía por la chimenea, las dos hermanitas sentadas al sol, las verdes colinas, por aquí y por allá, campos recién sembrados, un arroyuelo que atravesaba saltando la huerta, pájaros que cantaban en la avenida de los olmos y toda la tierra cubierta de ese hermoso color verde que sólo se ve a principios del verano.

—¿No te parece esto muy bonito? —preguntó Bab cuando la mirada del niño, después de su prolongado recorrido en que pareció querer abarcarlo todo se detuvo sobre ella.

—¡Jamás he visto sitio más hermoso! Sólo se necesitaría un caballo que anduviera dando vueltas por aquí para que el cuadro fuese completo —contestó Ben al mismo tiempo que tiraba de la larga soga que subía el balde lleno de agua.

—El juez tiene tres, pero los cuida tanto que ni siquiera nos deja acercarnos a ellos y arrancarles tres pelos de la cola para hacer anillos —se quejó Betty cerrando su libro de aritmética.

—Cuando el juez no está en casa y Mike los lleva al bebedero, me deja a menudo montar el caballo blanco. ¡Es tan divertido pasearse sentada sobre su lomo, bajar hasta el valle y luego regresar!… ¡Yo adoro a los caballos!… —exclamó Bab saltando en el banco tratando de imitar los movimientos de Jenny, la yegua blanca.

—Me parece que eres una niña muy valiente. —Y Ben dirigió a Bab una mirada de aprobación al pasar a su lado sin olvidarse por eso de salpicar con agua a la señora Puss que arqueó el lomo y mostró las uñas al ver a Sancho.

—¡Al tomar el desayuno!… —llamó la señora Moss; y por espacio de veinte minutos poco se dijo, pero en cambio el cereal y la leche desaparecieron con tal rapidez que hasta Jack el gigante, de la bolsa de cuero, se habría asombrado de ello.

—Ahora, niñas, a volar a hacer vuestros quehaceres. Tú, Ben, ve y corta un poco de leña; yo arreglaré la casa. Luego saldremos todos juntos

—dijo la señora Moss al mismo tiempo que se esfumaba el último bocado y Sancho se relamía los bigotes saboreando las migas que de su parte se le habían caído.

Ben se puso a cortar leña con tanto entusiasmo que las astillas volaban a su alrededor y cubrían el piso de la leñera; Bab acomodaba con peligrosa rapidez las tazas sobre una bandeja y Betty barría levantando una nube de polvo en tanto que la madre parecía estar en todas partes a la vez. Hasta Sancho que comprendía que su destino se hallaba unido al de esta gente procuraba ayudar a su modo: ora brincaba alrededor de Ben a riesgo de que le cortaran la cola, ora corriendo a meter la nariz por los armarios y habitaciones que la señora Moss abría y cerraba en sus rápidas evoluciones por toda la casa, ora arrastrando el felpudo para que Betty lo cepillase o, parado sobre las patas traseras, inspeccionando los platos que lavaba Bab. Y si lo echaban no se ofendía sino que se iba a ladrar a Puss, refugiada en un árbol, espantaba a las gallinas o enterraba con cuidado un zapato viejo donde ya había escondido un hermoso hueso de cordero.

Cuando todos estuvieron preparados, Sancho, tranquilo ya, trotó detrás de la comitiva como un perro bien educado y acostumbrado a pasear con damas. Se separaron al llegar a un cruce de caminos: las niñas corrieron a la escuela mientras la señora Moss y Ben subían la colina hasta la casona del señor alcalde.

—No te asustes, muchacho; yo me ocuparé de contarle por qué has escapado. Si el señor alcalde te emplea, dale las gracias y procura ser juicioso y trabajador. No me cabe la menor duda de que si así lo haces progresarás —manifestó ella al mismo tiempo que hacía sonar la campanilla de una puerta lateral sobre la, cual brillaba escrito con grandes letras un nombre: MORRIS.

—¡Adelante! —chilló una voz áspera, y Ben, aunque se sentía como si fueran a sacarle una muela, siguió dócilmente a la buena mujer, la cual esbozaba su más agradable sonrisa ansiosa de causar buena impresión.

Un anciano caballero de cabeza blanca que leía un diario sentado en un sillón, dirigió a, los recién llegados una mirada escrutadora por sobre sus anteojos y dijo con un tono rudo que habría atemorizado a quien ignorase que bajo su amplio chaleco se ocultaba un gran corazón.

—¡Buenos días, señora! ¿Qué le trae hoy por aquí? ¿Acaso ha pillado a algún ladronzuelo robándole sus pollos?

—¡Por Dios!… No, señor —exclamó la señora Moss sobresaltada. En seguida, en pocas palabras, le relató la historia de Ben y con un tono tan patético refirió las penurias y el abandono del muchacho, que logró despertar el interés del juez y conmover al mismo Ben como si no fuera de él de quien estaba hablando.

—Vamos a ver, muchacho, ¿qué sabes hacer? —preguntó el anciano después de escuchar con expresión comprensiva el relato de la señora Moss clavando la penetrante mirada que asomaba bajo sus tupidas cejas en el pobre Ben quien se sintió atravesado por ella como si fuese transparente.

—De todo un poco, señor…

—¿Sabes arrancar yuyos?

—Nunca lo he hecho, señor, pero puedo aprender…

—¿A arrancar las remolachas y dejar los yuyos? ¿Te enseñaron a recoger frutillas?

—No, señor. Lo único que he hecho ha sido comerlas…

—Humm… También hay que saber hacer esa parte del trabajo. ¿Puedes conducir al caballo que arrastra el arado?

—¡Eso sí, señor! —y los ojos de Ben se encendieron de alegría. Quería mucho a esos nobles animales, los cuales, en los últimos tiempos, habían sido sus más leales camaradas.

—Pero no se permite ninguna clase de bromas. Mi caballo es un animal muy delicado y yo le tengo mucho afecto.

El alcalde habló muy seriamente, mas en sus ojos brillaba una luz de picardía. La señora Moss por su parte procuraba disimular una sonrisa; porque el caballo del alcalde era el hazmerreír de toda la ciudad, tenía más de veinte años y un paso muy característico: levantaba las patas delanteras como si fuese a emprender una veloz carrera, pero luego no pasaba de un lento trote. Los muchachos decían que galopaba hacia adelante y luego retrocedía y se reían del gran animal de nariz roma el cual, sin embargo, no permitía que se tomaran ninguna libertad con él.

—¡Quiero mucho a los caballos para hacerles daño, señor! Y en cuanto a montarlo, me atrevo a hacerlo sobre cualquier bicho de cuatro patas. El Rey de Morocco daba coces y mordía como si fuese una fiera, pero yo lograba dominarlo con bastante facilidad.

—Tal vez puedas entonces llevar las vacas a pacer al campo…

—He conducido elefantes y camellos, avestruces y osos pardos, mulas y seis ponnies. Si me empeño quizá pueda cuidar vacas… —contestó Ben tratando de mostrarse humilde y respetuoso aunque le ofendía terriblemente que pusieran en duda su capacidad para cuidar vacas.

Al alcalde le agradó la mezcla de indignación y picardía que asomaba a los ojos del muchacho y la sonrisa socarrona que jugueteaba en sus labios.

Divertido por la lista de animales que enumeraba Ben, manifestó con gravedad:

—Por estos alrededores no criamos elefantes ni camellos. Hubo osos, pero la gente se cansó de ellos. Abundan las mulas, mas sólo las de la especie de dos patas, y en general preferimos las gallinas a los avestruces.

No pudo continuar porque Ben lo interrumpió con una alegre carcajada a la que ellos se unieron; y la risa los hizo ponerse de acuerdo mejor que las palabras. Tratando de recuperar la seriedad el señor alcalde dio unos golpecitos en la ventana que estaba tras de él y dijo:

—Te probaremos como cuidador de vacas. El peón te indicará adónde debes llevarlas y te dará algún otro trabajito para que hagas durante el día. Así sabremos para qué sirves, y por la noche se lo diré a usted, señora Moss. El niño podrá dormir en su casa, ¿verdad?

—Desde luego. Continuará en casa y vendrá a trabajar si así lo desea. Yo me ocuparé de que no sea una carga para nadie —respondió la señora Moss.

—Y yo procuraré descubrir el paradero de tu padre, muchacho. Mientras tanto pórtate bien para que podamos darle buenos informes de ti cuando venga en tu busca —manifestó el señor alcalde haciendo un gesto de advertencia con el índice.

—Gracias, señor. Le obedeceré. Estoy seguro de que papá vendrá tan pronto como le avisen, si no está enfermo o se ha perdido —murmuró Ben al mismo tiempo que para sus adentros se felicitaba de no haber hecho nada que lo hiciera temblar delante de aquel dedo.

En ese momento, un irlandés pelirrojo apareció en el vano de la puerta, el cual, mientras escuchaba las órdenes que comenzó a darle el juez, echó al muchacho una mirada de poca simpatía.

—Pat, este niño quiere trabajar. Llevará las vacas al prado y las traerá de regreso. Haz que se ocupe de algunas tareas livianas y comunícame cómo se comporta.

—Sí, señoría… Vamos, muchacho, ya te indicaré qué es lo que debes hacer —exclamó Pat. Y Ben, después de despedirse con un ligero adiós de la señora Moss, lo siguió con la secreta intención de jugarle una mala pasada para vengarse de lo mal que lo recibiera.

Pero olvidó por completo la existencia de Pat en cuanto divisó en el patio a «Duque de Wellington», el caballo, al que llamaban así por su nariz. Si Ben hubiese leído a Shakespeare habría exclamado

—¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!… —porque eso era lo que clamaba su corazón. Echó a correr adonde se hallaba el majestuoso animal. «Duke» paró las orejas y movió la cola con enojo, pero Ben lo miró a los ojos, le dio un amistoso golpecito en la nariz e hizo un particular sonido con la boca que tranquilizó al animal.

—Te pateará si lo sigues molestando. Déjalo y ocúpate de las vacas como lo ordenó su señoría —ordenó Pat quien respetaba en público a «Duke», pero lo castigaba brutalmente en privado.

—¡Yo no le tengo miedo! Tú no me harás daño, ¿no es así viejo amigo? Mira, sabe que soy su amigo y como a tal me recibe —dijo Ben pasando su brazo alrededor del cuello del animal y pegando su mejilla al hocico del caballo.

Porque él entendía la mirada de la inteligente bestia y comprendía que sus relinchos eran un amistoso saludo.

El alcalde presenció la escena detrás de la ventana y sospechando por la cara de Pat que algo desagradable se preparaba, ordenó:

—Deja que el niño ate el caballo al coche, si puede… Probaremos si sirve para eso. Debo salir en seguida.

Ben se puso tan contento y desplegó tal actividad que en menos de lo que canta un gallo el caballo estuvo atado al coche, y cuando el alcalde salió encontró que lo aguardaban ya «Duke» y el sonriente y pequeño palafrenero.

Al anciano caballero satisfizo la destreza del muchacho y el afecto que demostraba por el caballo, pero no se lo dijo a Ben y sólo hizo un gesto de aprobación con la cabeza y exclamó

—Muy bien, muchacho… —Y en seguida se alejó en el carruaje que rechinaba e iba dando tumbos.

Poco después cuatro vacas lustrosas salían por el portón que abriera Pat, y Ben las llevó a que pacieran a un lejano prado donde el pasto tierno aguardaba a las hambrientas segadoras. Pasaron junto a la escuela y el niño, con un poco de compasión, miró a través de la ventana abierta las cabezas rubias y morenas que inclinadas repasaban la lección. A un muchacho como él que tanto amaba la libertad le parecía algo terrible tener que permanecer encerrado tantas horas en una mañana semejante.

Una ligera brisa que jugaba alegremente por el sendero, sin saberlo, hizo a Ben un gran favor. Al soplar con un poco más de fuerza arrastró hasta los pies del muchacho una hoja de papel que aquél levantó al ver que tenía una ilustración. Sin duda se había desprendido de algún viejo y usado manual de historia, pues la lámina mostraba unos barcos muy curiosos, próximos a la costa, un grupo de hombres vestidos con extraña indumentaria que echaban pie a tierra y en la orilla una multitud de indios bailando. Ben procuró descifrar lo que decía acerca de estos extravagantes personajes pero, para desdicha del joven lector, la tinta se había corrido y manchado la hoja de modo que de poco pudo enterarse.

—Les preguntaré a las niñas. Puede ser que ellas sepan lo que esto significa —dijo Ben, y luego de buscar en vano otras hojas siguió su camino escuchando con alegría el canto de las aves, gozando del calor del sol y tan agradable era la sensación de paz y seguridad que experimentaba, que se puso a silbar jubilosamente como si fuera un mirlo.

CAPÍTULO SEIS

Esa noche, después de comer, Bah y Betty se sentaron en el viejo «porch» a conversar con Josephus y Belinda sobre los acontecimientos del día. La aparición del muchacho y su perro había sido el suceso más extraordinario de sus vidas. No veían al niño desde la mañana, pues éste había almorzado en casa del alcalde y estaba trabajando con Pat en el campo cuando ellas regresaron. Sancho no se había apartado de su amo, y asombrado del nuevo piro que tomaban los acontecimientos cuidaba de que nada malo fuera a ocurrirle a Ben.

—Es hora de que regresen. El sol se ha puesto ya y oigo a las vacas que mugen en el corral —dijo Betty impaciente, pues ella consideraba al recién llegado como si fuese un libro muy interesante cuya lectura deseaba proseguir lo más rápidamente posible.

—Voy a aprender las señas que le hace a Sancho cuando quiere ordenarle que baile, así podremos divertirnos con él las veces que lo deseemos. ¡Es el perro más simpático que he visto en mi vida!… —comentó Bab, quien tenía más afecto a los animales qué a su hermana.

—Dijo mamá… Pero ¿qué es eso? —se interrumpió Betty con un repentino sobresalto. Algo había golpeado por fuera del portón. En seguida, en lo alto, apareció la cabeza de Ben y su cuerpo se balanceó colgado del arco de hierro en lugar del farol de luz.

—¡Por favor, señores, ocupen sus localidades!… ¡Por favor, sus localidades!… La función va a comenzar con el número del Cupido Volador, el número con el cual el señor Bloomshury se ha presentado ante las principales coronas de Europa. ¡Reconocido por todos los críticos como el niño prodigio y la maravilla del siglo!… ¡Atención, aquí está!

Después de repetir el elegante y conocido discurso del señor Smither, Ben comenzó a dar tales volteretas en el aire que hasta un grupo de serias gallinas que descendían por la calle e iban a dormir, se detuvieron admiradas e imaginaron sin duda que alguien habría echado sal sobre aquel muchacho para que se sacudiese de esa manera. Aunque en su tiempo fue testigo de cosas muy divertidas, el viejo portón no había visto nunca semejantes acrobacias. Porque de todos los muchachos que se treparon a él ninguno se mantuvo como ése cabeza abajo sobre los capiteles de las columnas o quedó colgado del arco por los pies, o comenzó a dar vueltas, sin parar, como una rueda, con la barra por eje, sacudiendo los pies y sosteniéndose por el mentón, o camino apoyado sobre las manos a lo largo del muro para concluir la exhibición con una pose casi aérea suspendido del gancho del farol besándose la mano y saludando al público como debía hacerlo Cupido al despedirse.

Las pequeñas aplaudieron y golpearon con los pies entusiasmadas, mientras Sancho que con toda calma había seguido el espectáculo lanzó unos ladridos de aprobación y corrió a mordisquear los pies de su amo.

—Baja y cuéntanos lo que hiciste en casa del alcalde. ¿Es muy severo? ¿Trabajaste mucho? ¿Te gusta el trabajo? —preguntó Bab cuando se hizo un poco de silencio.

—Aquí arriba está más fresco —respondió Ben acomodándose mejor y abanicando su cara enrojecida con la rama que había arrancado a uno de los árboles que cerca de él perfumaban el aire.

—Hice de todo un poco. El anciano caballero no es malo: por el contrario, simpaticé con él en seguida. Me dio una moneda. Odio en cambio a «Pelo de Zanahoria». Jura como un carrero. Me tiró con un leño… ¡Ya me las pagará!

Metió la mano en el bolsillo para sacar la reluciente moneda y al encontrar también la página rota recordó la ansiedad de saber que le asaltara esa mañana.

—¡Eh! ¡Miren ustedes! ¿Qué están por hacer estos hombres? La tinta ha estropeado la lámina y es imposible leer lo que dice aquí abajo. ¿Quieren explicarme lo que significa? Llévasela, Sancho.

El perro recogió la hoja que descendía volando y sujetándola cuidadosamente con los dientes la dejó a los pies de las niñas y luego se sentó frente a ellas con aire de profundo interés. Bab y Betty la tomaron y juntas y en alta voz se pusieron a leer, mientras Ben se inclinaba para escuchar y aprender.

—«Clareaba el día cuando divisaron tierra. Parecía un hermoso país. Se veían llores maravillosas y árboles gigantescos cuyas hojas y frutos eran desconocidos para ellos. Por la playa corrían hombres desnudos, de piel cobriza que miraban asombrados los barcos de los españoles. Creían ellos que eran grandes pájaros, sus velas las alas y los tripulantes seres' superiores enviados por los cielos.»

—¡Eso es el descubrimiento de San Salvador hecho por Cristóbal Colón! ¿Acaso no sabes quién es? —preguntó Bab, quien se sintió uno de aquellos seres superiores y le pareció estar en contacto directo con el inmortal Cristóbal.

—No, no lo sé. ¿Quién era? Supongo que es ese que va adelante, pero ¿cuál de los indios es San Salvador? —interrogó Ben un poco avergonzado de su ignorancia, pero decidido a saber lo que había comenzado a averiguar.

—¡Mi Dios!… ¡Doce años y no sabes eso! —rio Bab muy divertida y contenta de poder enseñarle algo a aquel muchacho acróbata a quien consideraba un ser excepcional.

—¡Al diablo con mis doce años!… Háblame de ese muchacho que desciende del barco; me gusta —insistió Ben.

Así fue cómo Bab, interrumpida frecuentemente por Betty quien agregaba algo al relato, le refirió la maravillosa historia con sencillez y en forma comprensible, pues a ella le gustaba esa materia y tenía una gran facilidad de palabra.

—Me gustaría leer algo más. ¿Podría comprar un libro con mis diez centavos? —preguntó Ben, ansioso de aprender picado por las risas de Bab.

—No, por cierto. Yo te prestaré el mío cuando no lo necesite y te explicaré todo —prometió Bab olvidando que ella misma no sabía «todo» aún.

—Pero yo no dispondré de mucho tiempo. Sólo estaré libre al atardecer y entonces tú podrás necesitar él libro… —se lamentó Ben, quien no podía dominar la curiosidad que despertara en él la hoja de papel.

—Yo tengo historia por la tarde, pero tú podrás leer el libro por las mañanas antes de la hora de ir al colegio.

—Debo salir muy temprano, de modo que tampoco entonces tendré tiempo para leer. Pero sí, ¡lo tendré!… Te diré en que momento: leeré cuando lleve las vacas al campo. Al alcalde le gusta que las vacas coman lentamente mientras van por el camino. Así dijo Pat, y entretanto yo podría estudiar historia en lugar de vagar de aquí para allá —gritó Ben satisfecho de su brillante idea.

—¿Y cuándo me devolverás el libro para que yo estudie? —interrogó prudentemente Bab.

—A mi regreso lo dejaré sobre el alféizar de la ventana o junto a la puerta. Lo leeré con todo cuidado y tan pronto como haya ganado lo suficiente te compraré uno nuevo y yo me quedare con el viejo, ¿quieres?

—Bueno, pero yo tengo una idea mejor. No conviene dejarlo sobre la ventana porque la maestra lo puede ver, ni en la puerta porque alguien lo puede robar. Déjalo en mi escondrijo. En el rincón de la pared, junto al gran arce encontrarás un hueco disimulado entre las raíces y bajo una piedra chata.

Es mi caja de caudales, allí guardo mis cosas. No hay escondite mejor y nos turnamos para usarlo.

—Me parece un buen lugar; ya lo encontraré —dijo Ben agradecido.

—Si quieres algunas veces podré dejar mi libro de lectura. Tiene muchos cuentos y láminas preciosas —ofreció tímidamente Betty, pues ella quería colaborar en el generoso proyecto de su hermana aunque no era mucho lo que podía dar, ya que no era una estudiante tan brillante como aquélla.

—Preferiría uno de aritmética. Si puedes préstame el tuyo para que yo lo lea de vez en cuando. Ahora que voy a ganar un jornal debo aprender a sacar cuentas —dijo con aire de un Vanderbilt preocupado por el cuidado de sus millones.

—Yo te enseñare. Betty no entiende mucho de sumas. Pero ella lee maravillosamente y en eso es la mejor de la clase. La maestra está orgullosa de ella porque nunca se equivoca cuando deletrea palabras tan difíciles como ex-cep-ción, ex-ha-lar, o ex-pli-ca-ción.

Bah rebosaba de fraternal orgullo y Betty alisaba su delantal con un gesto de modesta satisfacción, pues aquélla pocas veces la elogiaba y a ella eso le gustaba mucho.

—Yo nunca fui al colegio; por esa razón soy tan ignorante. Sin embargo, se escribir mejor que algunos muchachos que van a la escuela. Vi escritos muchos nombres en el soportal. Observen ahora ustedes —y descendiendo de un salto Ben extrajo un trozo de tiza y dibujó con hermosos rasgos sobre las lajas oscuras que cubrían el camino diez letras del alfabeto.

—¡Qué bien! Yo no puedo hacer esos rasgos tan perfectos. ¿Quién te enseñó a escribir así? —preguntó Bah mientras ella y Betty caminaban arriba y abajo admirando las letras.

—Las mantas de los caballos —explicó Ben, brevemente.

—¿Qué? —exclamaron al unísono las dos niñas deteniéndose a mirarlo.

Todos los caballos tenían el nombre escrito en la manta y yo solía copiarlos. Los carruajes tenían inscripciones que aprendí a descifrar después que papá me enseñó a reconocer las letras escritas en los grandes cartelones amarillos. La primera palabra que aprendí a leer fue león, pues iba a menudo a visitar la jaula del viejo Jubal. Papá se mostró muy satisfecho cuando la leí de corrido. También sé dibujarlo.

Ben comenzó a bosquejar un animal que pretendía se pareciese a su perdido amigo; pero Jubal no habría reconocido su retrato, pues éste se parecía más a Sancho que al rey de la selva. No obstante las niñas lo admiraron sinceramente y a continuación Ben les dio una lección de historia natural que las tuvo interesadas hasta la hora de irse a dormir. El muchacho contó cuanto había visto con un lenguaje tan pintoresco e ilustró sus descripciones con tal gracia, que no es de extrañar que ellas lo escucharan encantadas.

CAPÍTULO SIETE

Al día siguiente Ben fue a trabajar con el manual de Historia Elemental en el bolsillo, y las vacas del alcalde dispusieron de mucho tiempo para desayunarse con las hierbas que crecían al borde del camino antes de llegar al campo de pastoreo. Para entonces Ben no había concluido de leer la amena lección porque tuvo que ir hasta la ciudad a hacer un mandado; pero presto mucha atención a lo que leía, se detuvo en las palabras difíciles y dejo los trozos que no entendía para que Bah se los explicase por la noche.

Tuvo que hacer alto en «La Primera Fundación» porque había llegado frente al colegio y debía devolver el libro. En seguida descubrió el hueco junto al gran arce y allí, bajo la ancha piedra dejó una pequeña sorpresa. Con dos caramelos en forma de bastoncitos, uno rojo y otro blanco, pagaba Ben el privilegio de sacar libros de la nueva biblioteca.

Cuando llego la hora del recreo, grande fue la sorpresa y la alegría de las niñas al hallar el inesperado regalo, pues a la señora Moss no le sobraban las monedas para caramelos, y las pequeñas encontraron que éstos tenían un sabor particularmente exquisito, pues habían sido comprados con la única moneda que poseía el agradecido Ben. Las niñas compartieron las golosinas con sus compañeras más íntimas, pero nada les dijeron acerca de su plan temerosas de que éste se malograra sin llegaba a ser conocido. Empero se lo comunicaron a su madre, quien les dio permiso para que prestasen sus libros a Ben y animaran a éste a estudiar. También les propuso que aprendiesen a coser y le ayudaran a hacer algunas camisas azules para Ben. La señora Barton le había dado el género necesario para ello, y se le ocurrió que era una excelente ocasión para iniciar las lecciones de costura y al mismo tiempo hacer un regalo útil a Ben, quien, como todos los muchachos, no se preocupaba por lo que se pondría cuando se le gastara la ropa que tenía en uso.

El miércoles por la tarde era día de costura, de modo que las dos pequeñas «B» trabajaron afanosamente confeccionando las mangas de las camisas. Sentadas en un banco junto a la puerta mientras las agujas se movían sin cesar, cantaban con sus voces infantiles canciones escolares que interrumpían a cada dos por tres para charlar un poco.

Durante una semana Ben trabajo con mucho entusiasmo y nunca se le oyó protestar o quejarse no obstante las tareas rudas y desagradables que le ordenaba hacer Pat y lo monótonas y fastidiosas que le resultaban las faenas domésticas. Su único consuelo era saber que la señora Moss y el alcalde estaban satisfechos con él; sus únicos placeres, estudiar las lecciones mientras apacentaba las vacas y recitarlas por las tardes cuando se reunía con las niñas bajo las lilas para «jugar al colegio».

Comenzó sin intenciones de ponerse a estudiar y no se dio cuenta que era eso lo que estaba haciendo cuando leía los libros que sacaba de la biblioteca. Pero las pequeñas lo interrogaban acerca de lo que ellas sabían, y él se sintió mortificado al descubrir cuán ignorante era. No lo dijo, mas recibió muy contento cuanto ellas le transmitían de su pequeña sabiduría. Deletreaba palabras «sólo para que Betty se divirtiera»; dibujaba para Bob todos los osos y tigres que le pedía a condición de que ella le enseñase a hacer sumas sobre las lajas, y a menudo se entretenía durante sus solitarios paseos repasando en alta voz la tabla de multiplicar como lo hacían las niñas. El martes por la noche, el alcalde le pago un dólar, le dijo que era «un buen muchacho» y que podía quedarse una semana más si lo deseaba. Ben dio las gracias y pensó quedarse, pero a la mañana siguiente, después de haber levantado las barras del portón, se sentó en lo alto de la verja a estudiar sus perspectivas, pues le molestaba la idea de tener que soportar la compañía del grosero Pat. Como la mayoría de los muchachos odiaba el trabajo, a menos que éste fuese de su gusto; en ese caso era capaz de trabajar como un castor sin cansarse nunca. Su vida errante no le había permitido adquirir hábitos de disciplina, y no obstante ser un niño excepcionalmente dotado para sus años, le gustaba demasiado vagar y gozar de una vida variada e interesante.

Pero en aquellos momentos sólo veía delante de él días de trabajo paciente y aburridor. Estaba harto de trabajar en la huerta: hasta la tarea de ensillar a Dulce frente a su amo había perdido su interés y sabía que muy pronto tendría que apilar en el cobertizo los leños que estaban desparramados en el patio. Inmediatamente después de plantar espárragos tendría que recoger las frutillas; luego habría que seriar el heno, v así transcurriría todo el verano, sin diversiones, hasta que su padre fuera a buscarlo.

Sin embargo, no estaba obligado a quedarse contra su voluntad. Con ropa nueva, un dólar en el bolsillo, las canastas con las viandas colgadas en la despensa del colegio adonde podría ir en busca de provisiones si se atrevía, ¿qué cosa más fácil que escapar otra vez? Cuando hacía buen tiempo vagar sin rumbo fijo tenía sus encantos y Ben había vivido durante muchos años bajo las carpas como un gitano. No tenía miedo a nada, y empezó a mirar los caminos cubiertos de hojas con expresión ansiosa e inquieta a medida que la tentación de partir se hacía cada vez más fuerte.

Sancho daba muestras de compartir esa inquietud porque ladraba, saltaba y corría un trecho: luego regresaba y se sentaba a los pies de su amo a quien miraba con ojos inteligentes que parecían decir: «Vamos, Ben, escapemos por ese alegre camino para no detenernos hasta que nos rinda el cansancio». Pasaban las golondrinas, blancas nubes volaban conducidas por el fragante viento del oeste, una ardilla corrió a lo largo del muro, todo respondía al deseo del niño de tirar la carga y correr libre como ellos. Una cosa lo detenía: la idea de que la señora Moss lo considerara un ingrato y que las niñas sufrieran al perder a sus dos nuevos compañeros de juego. Mientras así pensaba, algo sucedió que impidió que hiciera aquello de lo cual se habría arrepentido, sin duda, más adelante.

Los caballos habían sido siempre sus mejores amigos, y uno de ellos llego trotando a prestarle un servicio; mas él no lo supo hasta mucho tiempo después. En el momento en que iba a dar un salto para lanzarse al camino el sonido de los cascos de un caballo al que no acompañaba ruido alguno de ruedas le obligó a aguzar el oído; se mantuvo quieto y ansiosamente observo quién llegaba a ese paso.

El rápido trote se detuvo en la curva del camino y en seguida vio acercarse lentamente a una dama que montaba una yegua baya; una dama joven y bonita, vestida con un traje azul oscuro, luciendo en la solapa un ramillete de dientes de león que parecían estrellas amarillas; de la montura de su cabalgadura pendía un rebenque plateado el cual, sin duda, sólo servía de adorno. La hermosa yegua cojeaba un poco y sacudía la cabeza como si algo la molestara, mientras su dueña, inclinándose para saber qué le ocurría, exclamaba con un tono que parecía exigir contestación:

—Vamos, Chevalita, si te has clavado una piedra en una pata, yo la encontraré y la sacaré. ¿Por qué no miras dónde caminas y me evitas así estas molestias?

—No se preocupe, señorita; yo me ocuparé de eso. ¡Permítamelo usted! —exclamó una voz anhelante, que, por lo inesperada, sobresaltó a la amazona y a su cabalgadura, que vieron en ese momento a un muchacho que descendía del muro de un salto.

—Me harías un favor. No tengas miedo, Lita es mansa como una oveja —replicó la dama, quien sonrió divertida por la solicitud del muchacho.

—Es un animal muy hermoso —murmuro Ben al mismo tiempo que levantaba una después de otra las patas del animal hasta encontrar la piedra que extrajo con alguna dificultad.

—Lo has hecho muy bien y te lo agradezco. ¿Puedes decirme si este atajo lleva hasta los Olmos? —preguntó la dama, quien prosiguió su camino lentamente acompañada por Ben.

—No lo sé, señora; recién he llegado a estos lugares y sólo sé dónde viven el alcalde y la señora Moss.

—Deseo ver a ambos, de modo que indícame el camino. Viví aquí hace mucho tiempo y creí que podría encontrar el camino que conduce a la vieja casa de la Avenida de los Olmos y el gran portal, mas no lo he logrado.

—Conozco la casa. Ahora la llaman «Las lilas» porque estas plantas crecen a lo largo del sendero y del muro. Bab y Betty juegan allí; yo también.

Ben no pudo dejar de sonreír al recordar su primera aparición en aquel sitio e interesada tal vez por la sonrisa y las palabras, la dama preguntó amablemente:

—¿De quién hablas? ¿Bab y Betty son tus hermanas?

Olvidando por completo su intento de fuga, Ben comenzó a relatar su historia con todos los detalles y hablo de sus nuevos amigos animado por la expresión de bondad, las preguntas interesadas y la sonrisa de simpatía que lo acompañaron hasta el final de su relato. Al llegar a la esquina del colegio se detuvo y dijo extendiendo los brazos a modo de señales:

—Por allí se va a «Las lilas», y por este camino a la casa del alcalde.

—Ahora estoy muy apurada para visitar la vieja casa. Iré primero por aquí si tú tienes la amabilidad de llevarle mis saludos a la señora Moss y de comunicarle al alcalde que la señorita Celia almorzará con él. No me despido de ti porque volveremos a vernos luego.

Con un movimiento de cabeza y una sonrisa la joven se alejó al galope y Ben ascendió la colina para llevar los mensajes, experimentando la sensación de que iba a suceder algo agradable, de modo que decidió postergar la fuga un tiempo, por lo menos.

La señorita Celia llego a la una en punto y Ben tuvo el placer de ayudar a Pat a llevar a Chevalita al establo. Luego de comer ligero su almuerzo se dedicó a la ingrata tarea de apilar los leños con desusada energía; es que mientras lo hacía podía echar una mirada en dirección al comedor, donde, entre dos cabezas canas, pues eran tres los comensales, se veía una castaña y ensortijada. Como las ventanas se hallaban abiertas no pudo de dejar de oír una que otra palabra y esa conversación escuchada a medias despertó su curiosidad. Los nombres de «Thorny», «Celia» y «George» eran repetidos con frecuencia y de vez en cuando se oía una alegre carcajada de la joven señora que sonaba a música en aquel sitio habitualmente tan silencioso.

Cuando el almuerzo concluyo, la furia del trabajo abandono a Ben, y desganadamente llevo de uno a otro lado la carretilla hasta que la invitada partió. Pero esta vez no tuvo ocasión de prestar ayuda porque Pat, que quería ganarse una propina, atendió con mucha diligencia a la yegua y a su ama hasta el momento de la partida. Pero la señorita Celia no había olvidado a su pequeño guía y descubriendo una carita contrita tras la pila de leños, se detuvo en el portón e hizo un gesto que acompaño con su más encantadora sonrisa. Si en aquel instante Pat se le hubiera cruzado por el camino, lo habría derribado Ben, quien, saltando la cerca, corrió con el rostro radiante deseando que ella le pidiera un último favor. Inclinándose la señorita Celia deslizo una moneda en la mano del muchacho al mismo tiempo que decía:

—Lita quiere que te dé esto por haberle sacado la piedra de la pata.

—Gracias, señorita. Lo hice con gusto. Me duele ver que los animales sufran, especialmente cuando son tan lindos como esta yegua —contestó Ben acariciando con amor el cuello lustroso.

—Dice el alcalde que conoces mucho a los caballos, de modo que supongo conocerás su lenguaje. Es muy hermoso yo lo estoy aprendiendo —rio la señorita Celia. Chevalita relincho suavemente y metió el hocico en uno de los bolsillos de Ben.

—No, señorita. Yo, no he ido al colegio.

—No es allí donde se enseña. Cuando regrese por aquí te traeré un libro para que lo aprendas. Gulliver fue al país de los caballos y allí los oyó hablar en su propia lengua.

—Mi padre ha estado en las praderas donde hay cientos de potros salvajes, pero nunca los oyó hablar. Sin embargo, aunque no hablen, yo sé lo que quieren —contestó Ben sospechando que era objeto de una broma más sin llegar a descubrirla.

—No lo dudo. No obstante, no olvidaré el libro. Adiós, amigo, pronto volveremos a yernos —y la señorita Celia se alejó velozmente como si le corriera mucha prisa.

—Si tuviera un vestido rojo y una pluma blanca sería tan bonita como Melia. Es tan buena y monta tan bien como ella. ¿Adónde irá? ¡Ojalá vuelva pronto!… —pensó Ben que no aparto la mirada hasta que la última onda del vestido azul se perdió en un recodo del camino. Entonces regreso a sus quehaceres sin apartar la cabeza del libro prometido, deteniéndose de tanto en tanto para hacer sonar las dos monedas de plata que ya tenía junto con la nueva y pensando qué podría comprar con una suma tan enorme.

Entretanto, Bab y Betty habían tenido un día muy agitado: cuando al mediodía regresaron a su casa, encontraron allí a la hermosa dama, quien les hablo como si fuese una vieja amiga. Les hizo dar una vuelta a caballo, y cuando las niñas regresaron al colegio les dio un beso a cada una. Por la tarde la dama había partido, mas hallaron, en cambio, la vieja casona abierta y a la madre barriendo, limpiando y ventilando las habitaciones con gran animación. Ellas se divirtieron mucho saltando sobre las camas de pluma, sacudiendo alfombras, abriendo cajones y corriendo desde la bohardilla a la despensa como un par de gatitos traviesos.

Así las encontró Ben, a quien abrumaron con las novedades, las cuales excitaron al muchacho tanto como a ellas: la señorita Celia era la dueña de la casa, vendría a vivir allí y había que poner todo en orden lo antes posible. Cada uno entreveía una hermosa perspectiva: la señora Moss, para quien la vida había sido muy triste durante ese año en que tuvo a su cargo la vieja casa; las pequeñas, quienes habían oído rumores de que enviarían muchos animales, y Ben, que al saber que vendrían un niño y un burro, resolvió que sólo la presencia de su padre lo arrancaría de aquel lugar que comenzaba a tornarse realmente interesante.

—Tengo muchas ganas de ver y oír gritar a los pavos reales. Ella dijo que gritan y que reiremos cuando el viejo Jack rebuzne —exclamó Bab saltando sobre un pie sin poder dominar su impaciencia.

—¿El «faeton» es algún pájaro? Dijo que lo guardarían en la cochera —comentó Betty en tono de interrogación.

—Es un carruaje —explico Ben haciendo unas cabriolas y divertido por la ignorancia de Betty.

—Eso es. Lo busqué en el diccionario. Pero no se dice Phaeton aunque se escriba con p —agregó Bab a quien le gustaba aprovechar cualquier ocasión para formular una regla, sin confesar, por supuesto, que se había roto la cabeza buscando la palabra en la f hasta que una compañera le enseñó cómo se escribía.

—No serás tú quien me dé lecciones a mí sobre clases de carruajes. Además, lo que ahora me interesa sabes es donde pondrán a Lita —exclamó Ben.

—La dejarán en las caballerizas del alcalde hasta que todo esté en orden. Luego tú la traerás aquí. Él mismo vino a decírselo a mamá, asegurándole que podía confiarse en ti, pues ya te habían probado.

Ben no contestó, pero secretamente agradeció a su buena estrella que le hubiese detenido cuando estaba a punto de huir, con lo cual habrá perdido, por desagradecido, todas aquellas nuevas alegrías.

—¡Qué hermoso será ver la casa siempre abierta!… Podremos entrar, ver los cuadros y los libros cuantas veces queramos. Sé que podremos hacerlo porque la señorita Celia es muy buena —comenzó a decir Betty, quien prefería esas cosas a los pavos reales o a los burros.

—Tendrás que aguardar a que te inviten —indicó su madre cerrando detrás de ellas la puerta principal—. Es mejor que recojan los juguetes; a ella no le gustará verlos desparramados por el patio. Ben, si no estás muy cansado podrías pasar el rastrillo mientras yo cierro las persianas. Quiero que todo esté limpio y en orden.

Las pequeñas exhalaron gritos de aflicción y observaron con tristeza el querido «porch», las vueltas de la avenida por donde ellas acostumbraban a correr «mientras el viento silbaba en sus cabellos», como decían los libros de cuentos.

—¿Qué haremos? En el altillo hace calor, el cobertizo es muy pequeño y el patio está siempre lleno de ropas y gallinas. Tendremos que guardar nuestras cosas y no volver a jugar e lamento Bab, trágicamente.

—Quizá Ben pueda construirnos una casita en la huerta —sugirió Betty, quien creía firmemente que Ben era capaz de hacer cualquier cosa.

—No tendrá tiempo. A los muchachos no les gusta hacer casas para las muñecas —rezongo Bab con gesto desconsolado terminando de recoger sus efectos y sus bienes que quedaban sin hogar.

—Ya verás cuán poco nos importará todo esto cuando lleguen cosas nuevas —exclamó alegremente la pequeña Betty quien descubría un rayo de sol en medio de las nubes más negras.

CAPÍTULO OCHO

Como Ben no se hallaba muy cansado, comenzó la limpieza esa misma noche. Y su premura no era exagerada, ya que dentro de uno o dos días iban a llegar las cosas, para felicidad de las niñas, quienes consideraban que una mudanza era uno de los juegos más divertidos. El faetón fue lo primero que llegó, y Ben dedico todos sus momentos libres a admirarlo al mismo tiempo que, con secreta envidia, pensaba quién sería el muchacho que ocuparía el pequeño asiento trasero, y decidió que, cuando fuera rico, viajaría en un carruaje igual que aquél y llevaría a dar una vuelta en él a cuanto muchacho encontrase en el camino.

Luego llego la parte del mobiliario, y las niñas lanzaron exclamaciones de admiración al ver el piano, algunas sillas pequeñas y una mesa baja a la que consideraron adecuada para sus juegos. Después trajeron los animales, y éstos causaron un gran revuelo en el vecindario; pues los pavos reales eran desconocidos allí, el burro con sus rebuznos inquieto a los demás animales y despertó la hilaridad de la gente, los conejos se escapaban continuamente de sus cuevas, construidas en el jardín y Chevalita escandalizo al viejo Duke con sus paseos por el establo del que éste había sido único morador durante muchos años.

Finalmente, llegaron la señorita Celia, su joven hermano y dos criadas, pero era ya tan tarde, que sólo la señora Moss acudió para ayudarlos a instalarse. Los niños se consideraron defraudados, pero los conformaron asegurándoles que irían por la mañana a saludar a los recién llegados.

Se levantaron muy temprano, pero tanta impaciencia tenían, que la señora Moss los dejó salir aunque advirtiéndoles que sólo hallarían levantadas a las criadas. Se equivocaba, sin embargo, pues cuando la procesión se acercaba a la casa, una voz les gritó

—¡Buenos días, pequeños vecinos!…

Y el saludo llegó tan inesperadamente, que Bab estuvo a punto de derramar la leche, Betty dio un respingo tal que los huevos acabados de recoger casi se le caen del plato donde los tenía en tanto que la cara de Ben, que asomaba sobre el atado de alfalfa que llevaba para los conejos, se iluminaba con una amplia sonrisa, y, al mismo tiempo que saludaba con la cabeza, el niño dijo alegremente:

—Lita está muy bien, señorita; se la traeré en cuanto usted quiera.

—La necesitaré a las cuatro de la tarde. Thorny no podrá viajar, pues está muy cansado, pero yo necesito ir al correo caigan rayos o centellas. —Y mientras así hablaba, las mejillas de la señorita Celia se colorearon de rubor provocado, tal vez, por un pensamiento feliz, tal vez, por la turbación que le produjera la mirada de aquellos sinceros ojos juveniles que sin reparo mostraban su admiración por la dama vestida de blanco que se hallaba de pie bajo las madreselvas.

La aparición de Miranda, la criada, les recordó el motivo de su visita, y después de ofrecer sus presentes con gran confusión se disponían a partir cuando los detuvo la amable voz de la señorita Celia.

—Quiero agradecerles la ayuda que han prestado poniendo todo en orden. He visto rastros de manos hacendosas y de pies ligeros por la casa y el jardín.

—Yo pasé el rastrillo a los canteros —dijo Ben mirando con orgullo los perfectos óvalos y círculos de tierra.

—Yo barrí todos los senderos —agregó Bab al mismo tiempo que observaba con disgusto algunas hojas de trébol que del manojo de alfalfa habían caído sobre el sendero.

—Yo limpié el «porch». —Y el delantal de Betty se infló y desinfló a consecuencia del profundo suspiro que emitió la niña al echar una mirada a lo que había sido la residencia veraniega de su pobre familia exilada.

La señorita Celia comprendió el sentido de ese melancólico suspiro, y se apresuró a trocarlo en una alegre sonrisa preguntando rápidamente:

—¿Qué se ha hecho de vuestros juguetes? No los veo por ninguna parte…

—Mamá dijo que a usted le desagradaría ver nuestras cosas dando vueltas por aquí, por eso las guardamos en casa —contestó Betty con expresión apenada.

—Pues a mí me gusta ver juguetes desparramados por el jardín. Siempre he querido a las muñecas y echo de menos no verlas en el «porch» o caídas en el sendero. ¿Por qué no vienen a tomar el té conmigo esta tarde y traen, algunas? Me apenaría mucho privarlas del sitio donde acostumbraban venir a jugar.

—¡Nosotras vendremos, 'sin duda alguna!… Y traeremos nuestros más hermosos juguetes.

—Mamá nos deja llevar el juego de té y el perro de porcelana cuando vamos a jugar con alguien —dijeron Bab y Betty casi al mismo tiempo.

—Traigan todo lo que quieran; yo buscaré mis antiguos juguetes. Ben vendrá también y a su perro lo invitamos especialmente —agregó la señorita Celia al ver a Sancho que se acercaba a ella suplicante, como si sospechara que estaban tratando un agradable proyecto.

—Gracias, señorita. Yo les dije a las niñas que a usted le gustaría que la visitásemos de vez en cuando. Ellas adoran este lugar y yo también —dijo Ben, pensando que pocos sitios ofrecían la ventaja de reunir árboles por los que se pudiera trepar, un portón con arcada, un largo muro y muchas otras maravillas, especiales para un muchacho que, desde los siete años, ha desempeñado el papel de Cupido volador.

—Y yo —agregó con calor la señorita Celia—. Hace diez años, cuando era apenas una niña, llegué aquí; bajo esos mismos árboles tejí guirnaldas de lilas, junté pajitas para los pajaritos y por estos senderos paseé al pequeño Thorny en su cochecito. Entonces abuelito vivía aquí y en su compañía pasamos días muy felices. Pero todos han partido ya y sólo nosotros dos hemos quedado.

—Tampoco nosotras tenemos papá —murmuró Bab, quien creyó ver algo en el rostro de la señorita Celia que la impresionó como si, de pronto, tina nube hubiera oscurecido el sol.

—En cambio yo, si lo encontrara, podría presentarles a mi padre, que es extraordinario —comentó Ben mirando ansiosamente en dirección al sendero como si esperase hallar a alguien aguardándole del otro lado del portón cerrado.

—Tú eres un muchacho afortunado y ustedes un par de niñas felices que tienen una mamá muy buena; yo misma lo he comprobado.

Y el sol volvió a brillar cuando la joven agitó la cabeza alegremente y miró a las sonrientes niñas, de pie delante de ella.

—Ya que usted no tiene mamá puede compartirla con nosotras —musitó Betty con una mirada tan compasiva que sus ojos azules parecieron convertirse en dos suaves y húmedas violetas.

—¡Con mucho gusto!… Y ustedes serán mis hermanitas menores. Como no he tenido ninguna me causará una gran alegría que ustedes sean mis hermanas.

Y la señorita Celia tomó entre las suyas las dos manecitas regordetas, dispuesta a amar a todos, aquella primera y hermosa mañana que pasaba en su nuevo hogar, donde esperaba ser muy dichosa.

Bab sacudió la cabecita con satisfacción y contempló los anillos que brillaban en la bella mano que sostenía la suya. Betty, en cambio, echó los brazos al cuello de su nueva amiga y la besó con tanta suavidad, que el corazón ansioso de ternura de la señorita Celia experimentó un delicioso calor. Pues eso era lo que aquél anhelaba, ya que Thorny no había aprendido aún a retribuir ni la mitad de la ternura que se le prodigaba. Sostuvo a la pequeña junto a sí, y mientras jugaba con sus trenzas rubias, les habló de una, niñas alemanas que ella viera, las cuales usaban graciosas cofias de seda negra, polleritas cortas, zapatones de madera y cuidaban gansos o llevaban cerdos al mercado, tejiendo o hilando por el camino.

De pronto, «Randa» —así llamaba ella a su robusta criada— apareció para decirle que el señorito Thorny no quería esperar ni un minuto más. Entonces la señorita entró a desayunar con muy buen apetito mientras los niños corrían en busca de la señora Moss, a quien aturdieron contándole todos al mismo tiempo, como locos, lo sucedido.

—Quiere el faetón a las cuatro…

—Estaba muy linda, con su vestido blanco…

—Esta tarde iremos a tomar el té con ella; llevaremos a Sancho, pues él y todas las muñecas han sido invitados.

—¿Podemos ponernos nuestros vestidos de los domingos?

—Lita tendrá nuevos y hermosos arneses…

—Y a ella le gustan las muñecas…

—¡Cómo nos divertiremos!…

Con gran dificultad la señora logró formarse una idea aproximada del asunto y no sin trabajo consiguió que los niños se sentaran a tomar el desayuno, pues la perspectiva de la reunión se había trastornado completamente.

Bab y Betty pensaban que el día no acabaría nunca y pasaron las horas imaginando y magnificando de antemano los futuros placeres, hasta un punto tal, que sus compañeras quedaron tristes al no poder ir ellas también. A mediodía la madre tuvo que contenerlas para que no corrieran a la casa grande. Entonces las pequeñas, para consolarse, fueron hasta el bosquecillo de lilas desde ronde pudieron aspirar los ricos olores que llegaban de la cocina donde Katy, sin duda, estaría preparando deliciosos bocados para la hora del té.

Ben trabajó frenéticamente hasta las cuatro de la tarde, luego e acercó a Pat quien cepilló a Lita hasta dejarle el cuero lustroso.

En seguida el muchacho se hizo cargo del animal y con todo cuidado lo condujo hasta la cochera donde tuvo la satisfacción de colocarle los arneses «él solo».

—¿Doy la vuelta y la espero junto al portón, señorita? —preguntó Ben una vez que todo estuvo preparado mirando en dirección al «porch» desde donde la joven dama lo contemplaba mientras se colocaba los guantes.

—No, Ben. El gran portón no se abrirá hasta octubre. Yo entraré y saldré por la puerta pequeña y dejaremos que sólo el césped y las flores recorran la avenida principal —contestó la señorita Celia al mismo tiempo que, muy sonriente, subía al coche y tomaba las riendas.

Pero no partió, ni aún después que Ben sacudió el nuevo rebenque que luego dejó delicadamente sobre las rodillas de la dama.

—¿No está todo en orden? —preguntó el niño ansiosamente.

—No todo. Falta algo. ¿No te das cuenta?

La señorita Celia observó el rostro preocupado del muchacho, cuyos ojos iban desde la punta de las orejas de Lita hasta las ruedas traseras del faetón tratando de descubrir lo que faltaba.

—No, señorita, yo no… —comenzó mortificado ante la idea de haber olvidado algo.

—¿No te parece que un pequeño palafrenero sentado en el asiento de atrás completaría el buen aspecto del carruaje? —dijo ella con una expresión tal que no cabía duda de que «él» iba a ser el dichoso muchacho que ocuparía el asiento posterior.

Ben, enrojecido de placer, pero contemplando sus pies descalzos y su blusa azul, vaciló y tartamudeó:

—No estoy presentable, señorita… No tengo otro traje.

La señorita Celia sonrió más bondadosamente que antes y con un tono que Ben comprendió mejor que las mismas palabras, contestó

—Cierto gran hombre dijo que toda su armadura eran las mangas de su camisa y un excelso poeta dedicó sus versos a un niño descalzo. ¿He de ser yo tan orgullosa como para que me moleste lleva a un muchacho sin zapatos en mi coche? ¡Arriba, Ben, pequeño palafrenero!… Vamos, de lo contrario llegaremos luego tarde a nuestra fiesta.

De un salto el nuevo palafrenero se encaramó en su sitio donde se sentó muy derecho, las piernas rígidas, los brazos cruzados y la cabeza alta, como él había visto que lo hacían los verdaderos palafreneros cuando acompañaban a sus amos en los coches. La señora Moss los saludó cuando pasaron por la puerta, y Ben se tocó el roto sombrero con toda seriedad sin poder evitar, sin embargo, una sonrisa de placer, la que se transformó en franca risa de alegría en cuanto Lita arrancó con un trote vivo por la suave carretera, rumbo a la ciudad.

Con tan poco se puede hacer feliz a un niño, que es una pena que los mayores no lo recuerden más a menudo y distribuyan un poco de placer entre la gente menuda como quien reparte migas de pan entre los gorriones. La señorita Celia sabía que Ben estaba contento, aun cuando éste no encontrara palabras para expresar su agradecimiento por la gran alegría que ella le había proporcionado. Sólo atinaba a saludar con una inclinación de cabeza a cuantos cruzaban por el camino, a sonreír cuando la punta del largo velo gris de la señorita Celia le rozaba la cara, mientras de lo más profundo de su corazón brotaba el deseo de abrazar a su nueva amiga como lo hiciera tantas veces cuando su querida Melia conmovía su ternura.

Cuando pasaron frente al colegio, los alumnos estaban en clase, y la clara de asombro que pusieron niños y niñas cuando vieron a Ben tan tieso en el coche, fue todo un espectáculo. Lo mismo que la soberbia indiferencia con que aquél contempló a la humilde grey que marchaba a pie. Sin embargo, no pudo tejar de saludar amablemente a Bab y Betty porque éstas se hallaban bajo el gran arce y, al recordar la librería circulante, la gratitud le hizo olvidarse de su dignidad.

—La próxima vez las llevaremos también a ellas —prometió la señorita Celia cuando comenzaron a ascender la loma—, pero hoy deseo hablar contigo. Mi hermano ha estado enfermo y lo he traído aquí para que se restablezca. Quiero hacer cuanto pueda para entretenerlo y divertirlo y pienso que tú puedes ayudarme de muchas maneras. ¿Te gustaría trabajar para mí en lugar de hacerlo para el alcalde?

—¡Ya lo creo que sí!… —exclamó Ben con tanto entusiasmo que no fue necesario que agregase nada más, razón por la cual la señorita Celia continuó muy complacida:

—Verás: el pobre Thorny está muy débil y es muy miedoso, no le gusta hacer esfuerzos a pesar de lo cual se lo ha sacado a pasear a menudo para que olvide sus pequeñas preocupaciones. No puede caminar mucho aún, por eso le he comprado una silla de ruedas para llevarlo. Como los senderos son buenos, será fácil pasearlo. Ésa es una de las cosas que tú puedes hacer. Otra, será cuidar sus animales preferidos hasta que él esté en condiciones de hacerlo. También, le relatarás tus aventuras y conversarás con él como sólo un muchacho puede hacerlo con otro. Eso lo entretendrá mientras yo escribo o salgo; nunca lo dejo mucho tiempo solo, y espero que pronto podrá correr como el resto de nosotros. ¿Qué te parece el trabajo que te propongo?

—De primera. Cuidaré muy bien al pequeño y haré cuanto pueda para complacerlo, lo mismo que Sancho, pues éste quiere mucho a los niños —contestó Ben entusiasmado, ya que el nuevo trabajo era en todo de su agrado.

La señorita Celia rio y enfrió un tanto el entusiasmo del muchacho con las siguientes palabras:

—No sé qué diría Thorny si te oyera llamarlo «pequeño». Tiene catorce años y cada día está más alto. A mí me parece un niño porque tengo casi diez años más que él. Cuando lo veas, no deben atemorizarte ni sus piernas largas ni sus grandes ojos: está demasiado débil para causar daño alguno, y sólo procurarás no incomodarte si te manda demasiado.

—Estoy acostumbrado a ello. Tampoco me enojaré si me grita o me tira algo por la cabeza —aseguró Ben recordando su última experiencia al lado de Pat.

—Puedo prometerte que tal cosa no ocurrirá, y estoy segura de que Thorny te querrá. Le he contado tu historia y está ansioso por conocer al «muchacho del circo», como te llama. El alcalde Allan dice que puedo confiar en ti y eso me alegra, porque de lo contrario, me habría dado mucho trabajo encontrar lo que necesitaba. Tendrás buena comida y buena ropa, excelente trato y conveniente paga si resuelves quedarte conmigo.

—Está decidido: me quedaré con usted hasta que papá venga a buscarme. El alcalde le ha escrito a Smithers, pero no ha recibido aún ninguna contestación. Como están de gira, pasará mucho tiempo antes de que lleguen noticias —respondió Ben, quien ante tan magnífica proposición que le acababan de hacer, tenía menos impaciencia por partir.

—Bueno. Entretanto, veremos cómo nos llevamos y quizá consigamos que tu padre te deje con nosotros durante el verano mientras él viaja. Ahora, guíame hasta la panadería, la confitería y el correo —concluyó la señorita Celia cuando llegaron a la calle principal de la población.

Ben se mostró muy eficiente, y una vez realizadas todas las diligencias recibió, como recompensa, un par de zapatos y un sombrero de paja adornado con una cinta azul, en cuyos extremos brillaban dos anclas plateadas. Y de regreso, mientras su nueva ama leía la correspondencia, le fue permitido conducir el coche. Una de las cartas, particularmente larga, con una extraña estampilla en el sobre, fue leída dos veces por la joven, quien no volvió a pronunciar una palabra durante el resto del viaje. Luego, Ben tuvo que llevar a Lita y entregar las cartas al alcalde, no sin prometer realizar con premura estas diligencias para estar de regreso a la hora del té.

CAPÍTULO NUEVE

A las seis menos cinco en punto los invitados llegaron de gran gala. Bah y Betty lucían sus mejores vestidos y llevaban cintas en el cabello. Ben se había puesto zapatos y blusa azul nueva, como si vistiera de etiqueta, y a Sancho le habían cepillado prolijamente de modo que su pelo brillaba.

Nadie los esperaba aún, pero la mesita enana ya estaba colocada en medio del sendero con cuatro sillas y un banquito alrededor. El hermoso juego blanco y verde de porcelana china provocó la admiración de las niñas que miraron embelesadas las tazas y platos, en tanto que Ben observaba todo con ansiedad y Sancho debía dominarse para no repetir su primera hazaña. No era extraño que el perro levantara el hocico para olfatear ni que los niños sonrieran, pues delante de ellos había un gran despliegue de postres, bizcochos y emparedados, una bonita lechera en forma de cala blanca parecía emerger de sus verdes hojas, y una graciosa y sonora tetera colocada sobre un pequeño calentador, cantaba alegremente.

—¡Qué hermoso es todo esto!… —murmuró Betty, quien jamás había visto nada semejante.

—Quisiera que Sally nos viese ahora —comentó Bab, que no olvidaba a su rival.

—Y yo desearía saber dónde está el niño —agregó Ben, cuyo corazón rebosaba bondad y amor, aunque trataba de disimularlo, temeroso de lo que los demás pudieran pensar de él.

De pronto, un rumor que llegaba desde el fondo del jardín, hizo que los invitados miraran hacia allí. Entonces vieron aparecer a la señorita Celia empujando una silla de ruedas y, sentado en ella, a su hermano. Una manta liviana cubría sus largas piernas, un sombrero de alas anchas escondía casi por completo sus grandes ojos y la expresión de descontento de su rostro delgado era tan desagradable como el tono irritado y áspero de su voz que se quejaba:

—Me iré en cuanto comiencen a hacer ruido. No comprendo para qué los invitaste.

—Para entretenerte, querido. Ellos lo harán si tú procuras serles grato —susurró su hermana al mismo tiempo que sonreía y saludaba con la cabeza por sobre el respaldo de la silla para agregar luego en alta voz—: ¡Qué invitados puntuales!… En seguida nos sentaremos a tomar el té. Éste es mi hermano Thorton, del que espero se harán buenos amigos. Y éste es el perro del cual te hablé, Thorny. ¿No te parece gracioso y simpático?

Pero, no obstante las amables palabras de la señorita Celia, como Ben había oído lo que el otro muchacho dijera decidió que no iba a simpatizar con él; en tanto que Thorny tenía resuelto de antemano no jugar con un vagabundo aunque éste supiera hacer toda clase de piruetas. Por eso, ambos muchachos se miraron con frialdad e indiferencia cuando la señorita Celia los presento. Pero Sancho, que tenía mejores maneras y carecía de orgullo, les dio una buena lección aproximándose a la silla, agitando la cola como bandera que pide tregua, y ofreciendo su pata delantera en señal de amistoso saludo.

Thorny no pudo mostrarse indiferente ante ese gesto cordial. Palmeó la cabeza blanca y mientras acariciaba y miraba amistosamente los afectuosos ojos del perro, dijo a su hermana:

—¡Qué animal inteligente!… Si hasta parece que hablara…

—Pues, ¡naturalmente que habla! —exclamó Ben, quien, ablandado por la expresión de admiración que vio en el rostro de Thorny, ordenó—: ¡Sancho!… Di «¿cómo está usted?»

Y Sancho, sentándose sobre las patas traseras se tocó la cabeza con una de las delanteras como si fuera a quitarse el sombrero y ladro suavemente:

—¡Gua! ¡Gua! ¡Gua!

Thorny se rio a pesar suyo, y la señorita Celia, comprendiendo que el hielo estaba roto, empujo la silla del niño hasta colocarlo junto a uno de los extremos de la mesa. Luego ubico a las niñas a un lado y a Ben y a Sancho al otro; en seguida se sentó ella a la cabecera e indico a sus invitados que comenzasen a servirse.

Muy pronto, Bab y Betty conversaban animadamente con su nueva amiga como si la conociesen desde mucho tiempo atrás. Los niños, en cambio, no habían perdido la timidez, y Sancho hacía de intermediario. El excelente animal se comportaba con toda corrección y se había sentado sobre su almohadón con tanta seriedad, que hasta parecía que era una falta de respeto ofrecerle algo de comer. Habían preparado especialmente para él un plato de «sandwiches» y cuando Ben, de tanto en tanto, le ponía uno delante, afectaba completa indiferencia hasta el momento en que recibía la orden de comerlo. Entonces lo devoraba de un solo bocado, e inmediatamente volvía a absorberse en sus profundos pensamientos.

Pero en cuanto hubo probado aquel delicioso manjar, penoso le fue reprimir sus deseos, y a despecho de los esfuerzos que hacía por quedarse quieto, el hocico le temblaba, los ojos mantenían una estrecha vigilancia sobre el plato y la cola se movía inquieta y golpeaba impaciente el rojo almohadón. Por último, llego un momento en que la tentación fue más fuerte que él. Ben escuchaba lo que decía la señorita Celia; encima del plato quedaba un indefenso pastel. Sancho miro a Thorny y como éste, que no apartaba la vista del animal, hiciera un gesto de aprobación con la cabeza, se engullo de un solo golpe el pastel y en seguida clavo sus ojos pensativos en un gorrión que se balanceaba sobre una rama.

La astucia del pícaro perro divirtió tanto al niño, que echando atrás el sombrero golpeo las manos y rompió a reír como hacía mucho tiempo no reía. Los demás se volvieron a mirar, sorprendidos y entonces Sancho, sin abandonar su aire de inocencia, los observo con una expresión que parecía querer decir:

«¿A que se debe todo este alboroto, amigos míos?»

Después de aquello, Thorny olvido su tristeza y timidez y, súbitamente, comenzó también él a hablar. A Ben le halago el interés que el niño demostraba por su perro. Dio entonces rienda suelta a su buen humor y entretuvo a la concurrencia relatando sus aventuras en el circo. Recién en ese momento la señorita Celia pudo sentirse satisfecha y tranquila. Todo continuo muy bien y en especial la comida, pues los platos vacíos eran reemplazados inmediatamente por otros llenos, la tetera tuvo que ser llenada dos veces, y llego un momento en que la dueña de casa creyó que iba a ser necesario poner un límite al voraz apetito de sus invitados. Pero ocurrió algo que libro a la joven de realizar tan ingrata tarea.

Imprevistamente descubrieron a un niño que, de pie, detrás de ellos, en medio del sendero, observaba todo con gran atención. Era un hermoso niño de unos seis años de edad, bien vestido, de pelo negro recortado sobre la frente, carita sonrosada y unas piernas regordetas que las medias caídas sobre los zapatos polvorientos dejaban al desnudo. El sombrero de paja colgaba a su espalda, la mano derecha apretaba con fuerza una pequeña tortuga y la izquierda sostenía una variada colección de pajitas. Antes de que la señorita Celia hablara, el recién llegado anuncio sus propósitos con toda calma:

—He venido a ver los pavos reales.

—Antes me dirás… —comenzó a decir la joven. Pero no pudo continuar porque el niño la interrumpió al mismo tiempo que daba unos pasos hacia adelante:

—Y los conejos.

—¿No quieres primero?…

—Y el perro —concluyo con su suave vocecita el resuelto personaje…

—Aquí lo tienes.

Una pausa, una larga mirada; en seguida otro pedido hecho con el mismo solemne tono seguido de un nuevo avance.

—Quiero oír rebuznar al burro.

—Si él quiere, nosotros no tenemos inconveniente.

—Y oír cómo gritan los pavos reales.

—¿Algo más, señor?

Como a esta altura de la conversación el pequeño y exigente muchacho había llegado junto a la mesa, descubrió su superficie arrasada. Esto le indujo a señalar con su dedo gordezuelo un último trozo de pastel olvidado quién sabe cómo y a exigir dejando de lado los buenos modales:

—¡Quiero un trozo de eso!…

—Sírvete y siéntate en ese escalón a comerlo. Pero, entretanto, dime quién eres —pidió la señorita Celia a quien había divertido extraordinariamente la descarada actitud del niño.

Dejando las pajitas en el suelo el pequeño tomó el trozo de torta, y acomodándose en el escalón, con la boca llena, contestó:

—Soy el hijo de mi padre. Él hace un diario y yo le ayudo mucho.

—¿Cómo se llama?

PARTE DOS

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5

CAPÍTULO UNO

—¡Gracias, señorita! Es un hermoso libro sobre todo por las láminas, pero algunas de éstas me hacen sufrir —y Ben señaló las que representaban a un grupo de caballos en un campo de batalla. Algunos, yacían muertos en el suelo y otros levantaban la cabeza como si quisieran dirigir un postrer adiós a sus compañeros que se perdían a lo lejos entre una nube de polvo.

—Deberían detenerse a prestarles auxilio —comentó el muchacho volviendo precipitadamente la hoja para fijarse en otra lámina que mostraba a tres caballos que, muy felices hundían las patas en el pasto alto que bordeaba el arroyo adonde se acercaban a beber.

—Ese caballo negro es muy hermoso. Me parece que veo sus crines flotando al viento, y que lo oigo relinchar llamando al pequeño, de cara colorada; o que lo contemplo corriendo y saltando obstáculos para llegar pronto a la nieta y poder descansar.

—¡Cómo me gustaría montar uno de esos caballos y galopar por la pradera! —exclamó Ben hamacándose en la silla como si estuviera sentado en una montura.

—Un día de estos puedes montar a Lita a ir a dar una vuelta por el campo. A ella le gustará el paseo. Podrás ensillarla con la montura de Thorny que estará aquí la semana próxima —dijo la señorita Celia contenta de que al niño le hubiese agradado el libro y de que demostrara simpatía por esos animales que ella tanto quería.

—No necesito esperar la montura. Me gusta montar en pelo. ¡Ah!… dígame, señorita: ¿era en este libro donde dijo usted que los caballos hablaban? —preguntó Ben recordando de pronto algo que la señorita Celia dijera y que lo dejara muy sorprendido.

—No. Atareada con los preparativos para el té olvidé buscarlo. Lo haré esta noche. Recuérdamelo en su oportunidad, Ben.

—¡Oh!… También yo olvidé algo. El señor alcalde me dio esta carta para usted. Me distraje tanto, que no me acordé de dársela.

Confundido y avergonzado Ben extrajo la carta de un bolsillo al mismo tiempo que aseguraba que él no tenía ningún apuro por el libro y qué lo mismo se alegraría si se lo daba cualquier otro día.

Dejando a los niños entretenidos en sus juegos, la señorita Celia se sentó en el «porch» y se puso a leer las cartas, que eras dos. Y mientras las leía su rostro se nubló y luego reflejó tal expresión de tristeza, que, quien la hubiera estado observando, se habría preguntado qué malas noticias podían haber borrado la alegaría de su rostro. Pero nadie presto atención, nadie vio con cuánta pena fijaba ella sus ojos en el rostro radiante de Ben y cómo, haciendo a un lado las cartas, se acercaba a los niños con una expresión de infinita compasión. Ben pensó que nunca había encontrado una mujer más dulce que aquella que se inclinaba junto a él y le ayudaba a armar un rompecabezas sin burlarse de sus errores.

La joven se mostró tan bondadosa con todos, que cuando abandono un momento a los niños para llevar a Thorny a descansar, los tres aprovecharon para hacer sus elogios al mismo tiempo que acomodaban todos los juguetes y se preparaban para partir.

—Se parece al hada buena de los cuentos. Tiene la casa llena de cosas maravillosas —dijo Betty abrazando por última vez a la encantadora muñeca cuyos párpados que se subían y bajaban invitaban a cantar:

Arroró, pequeña, duérmete, mi amor…

Y cerrar los ojos para no echar a perder la ilusión.

—¡Cuánto sabe!… Mucho más que la maestra… Nunca se impacienta, aunque la abrumemos a preguntas. Me gustan las personas que conocen tantas historias —agregó Bab cuya imaginación y sus ansias de saber jamás se saciaban.

—A mí me gusta mucho el niño y creo que él también me quiere, aunque al principio hayamos tenido dificultades para entendernos, Me ha pedido que, cuando pueda volver a sostenerse sobre las piernas, —le enseñé a montar y la señorita Celia me ha autorizado a hacerlo. Ella sabe qué es lo que hace feliz a su hermano—. Y Ben, agradecido, miraba al jefe árabe que le habían regalado y que era, sin duda, el mejor objeto de la colección.

—¿No les parece que llegaremos a divertirnos mucho aquí? La señorita dice que podemos venir todas las tardes a jugar con ella y Thorny.

—Y dejaremos nuestras cosas por acá para tenerlas siempre a mano.

—Yo seré su ayudante y estaré aquí todo el día. Creo que una de las cartas que traje era una recomendación del alcalde.

—Eso es, Ben —afirmó la señorita Celia, reapareciendo en ese momento—. Te aseguro que si no me hubiese decidido antes a tomarte a mi servicio lo habría hecho ahora.

El tono con que la señorita Celia pronunció las últimas palabras al mismo tiempo que apoyaba ambas manos sobre los hombros del niño hizo que éste levantara vivamente hacia ella el rostro que el orgullo había teñido de rubor.

—La mamá de las niñas debe también participar de la fiesta. Tomen algunas de estas cosas y lleven también la muñeca a pasar la noche con ustedes. Está tan dormida que da pena despertarla. Adiós. Hasta mañana, mis pequeñas vecinas —concluyó la señorita Celia despidiendo a las niñas con un beso.

—¿No viene Ben con nosotras? —preguntó Bab mientras Betty caminaba como enajenada llevando en brazos a su enorme y querida amiga, cuya cabeza se balanceaba sobre su hombro.

—Aún no. Tengo muchas cosas que arreglar con mi nuevo ayudante. Díganle a su mamá que Ben irá dentro de un rato.

Partieron las niñas con un plato lleno de dulces y cuando la señorita y el muchacho quedaron solos se sentaron ambos en la amplia escalinata. La señorita Celia sacó las cartas; una ligera sombra se extendió sobre su rostro, tan ligera como esa sombra que, al atardecer, cubre el campo envolviéndolo todo con un manto silencioso y quieto.

—Ben, querido, tengo que decirte algo —comenzó ella lentamente.

Ben la escuchó con serenidad pensando que, desde que Melia muriera, nadie lo había llamado así.

—El alcalde ha tenido noticias de tu padre por intermedio de esta carta que le enviara el señor Smithers

—¡Hurrah!… ¡Por favor!… ¡Dígame en seguida!… ¿Dónde está papá? —gritó el muchacho deseando apoderarse de la carta que la señorita Celia conservaba entre sus manos sin hacer ademán de ofrecérsela. Ella había bajado la cabeza y miraba a Sancho como si quisiera pedirle ayuda.

—Fue en busca de los potros y los envió al este. Pero él no pudo regresar.

—Supongo que habrá seguido viaje… Recuerdo que dijo que iría hasta California y que cuando llegara me mandaría a buscar. Me gustaría ir allá. Dicen que es una hermosa región.

—Tu padre ha ido más lejos aún, a un lugar más hermoso —y los ojos de la señorita Celia se elevaron hacia el cielo, donde comenzaban a aparecer algunas estrellas.

—¿Por que no me ha mandado a buscar? ¿Adónde ha ido? ¿Cuándo volverá? —preguntó Ben ansiosamente, pues había percibido un temblor en la voz de la joven cuyo significado no comprendió pero presintió.

La señorita Celia lo abrazó y le dijo con ternura:

—Querido Ben: si tu papá no volviera más, ¿sufrirías mucho? ¿Te resignarías a ello?

—Tal vez. Pero… ¡Oh!… ¡Señorita!… ¿Acaso quiere usted decir que el… ha muerto? —gritó Ben exhalando un sollozo que partía el corazón y que hizo incorporarse a Sancho y ladrar lastimeramente.

—¡Mi pobre niño!… ¡Bien quisiera poder decirte que no!…

No hubo necesidad de agregar más. Ben comprendió que había quedado huérfano e, instintivamente, buscó a su viejo amigo que tanto lo quería. Se arrojó al suelo, junto al perro, y apretándose contra el cuello del animal, sollozó amargamente.

Lo único que supo hacer el pobre Sancho fue gemir y lamer las lágrimas que humedecían el rostro semioculto mientras que con los ojos doloridos, de expresión casi humana, interrogaba a la buena amiga de ambos. Secando sus propias lágrimas la señorita Celia se inclinó y acarició primero la cabeza blanca y lanuda y luego palmeó la otra, negra, que se apretaba contra el animal. Al momento los sollozos cesaron y Ben susurró sin mirar a la joven:

—Cuénteme todo lo que ocurrió. Prometo portarme juiciosamente.

Entonces, con la mayor delicadeza posible la señorita Celia leyó la breve esquela que con muy pocas palabras daba la mala nueva. El señor Smithers confesaba saber la noticia desde hacía varios meses, y si no se la había hecho conocer al muchacho había sido por temor de que éste no continuara cumpliendo debidamente sus obligaciones. De la muerte de Ben Brown padre había poco que decir. Había sido muerto en un lugar desierto del oeste y un desconocido escribió sobre el particular a la única persona cuyo nombre fue encontrado en un papel en la cartera de Ben. Smithers ofrecía hacerse cargo otra vez del muchacho, ayudarlo, asegurando que su padre deseó siempre que el hijo permaneciera donde él lo había dejado y siguiera el oficio para el que había sido preparado.

—¿Quieres volver allá, Ben? —preguntó la señorita Celia con el objeto de distraer la atención del muchacho al hablarle de otras cosas.

—¡No!… ¡No!… Prefiero dar vueltas por el mundo y aun morirme de hambre. Ese hombre fue muy malo conmigo y con Sancho, y será peor ahora que no está papá. No me mande de regreso… ¡Déjeme quedarme aquí!… ¡Todos son tan buenos conmigo!… ¡Y yo no tengo adónde ir!

La cabeza que Ben había levantado con gesto desesperado volvió a caer sobre el cuello de Sancho como si ya no hubiera otro refugio para él.

—Te quedarás aquí y nadie podrá llevarte contra tu voluntad. Yo te llamaba en broma «mi ayudante»; ahora lo serás en serio. Ésta es tu casa, y Thorny tu hermano. También nosotros somos huérfanos y viviremos juntos hasta que alguien más fuerte venga a cuidar de nosotros —prometió la señorita Celia con una mezcla tal de firmeza y ternura que Ben se sintió confortado, y demostró su agradecimiento apoyando su mejilla sobre el bonito zapato que estaba cerca de él, como si no hallara palabras para expresar lo que sentía por la gentil damita, a quien, desde ese momento, se prometió servir con toda fidelidad y abnegación.

Sancho también se consideró obligado a demostrar sus sentimientos y, gravemente, colocó la pata delantera sobre la rodilla de la señorita Celia mientras gruñía, como si quisiera decir:

—Cuente conmigo, si con algo puedo ayudar a pagar la deuda de mi amo.

La joven apretó cordialmente la pata suplicante y el leal animal se acurrucó a sus pies como un pequeño león, dispuesto a cuidar de la casa y de su dueña contra todo riesgo.

—No permanezcas sentado sobre esa losa fría. Acércate, Ben, que yo procuraré consolarte —dijo ella inclinándose para secar los lagrimones que aún rodaban por las mejillas tostadas del muchacho, medio ocultas entre la falda de su vestido.

Pero Ben se cubrió la cara con ambas manos y sollozó con renovado dolor.

—Usted no podrá consolarme. Usted no conoció a mi padre. ¡Oh, papá!… ¡Padrecito mío!… Si pudiera verte siquiera una vez más…

Nadie podía satisfacer aquella súplica, pero la señorita Celia encontró la manera de tranquilizar al pequeño. Una música muy dulce y muy suave que parecía venir desde el interior de la casa flotó sobre el ambiente. El niño, casi instintivamente, dejó de llorar y se puso a escuchar. Lágrimas menos amargas rodaron entonces por sus mejillas, sentía que su pena se suavizaba y que la sensación de soledad se hacía menos terrible. Algún día él iría a aquel país lejano, más hermoso que la dorada California, a reunirse con su papá…

Nadie podría decir cuánto tiempo estuvo al piano la señorita Celia. Cuando ella se deslizó fuera para ver si Ben estaba aún allí, descubrió que otros buenos amigos habían acogido cariñosamente al niño en su seno. El viento que susurraba entre las lilas le había cantado una suave canción de cuna, y la bondadosa cara de la luna enviaba sus rayos a través del verde arco de las hojas para que besaran y cerrarán los párpados del niño. Y el fiel Sancho permanecía inmóvil junto a su pequeño amo, quien con la cabeza apoyada sobre el brazo dormía profundamente, soñando, feliz, que «papá había vuelto a buscarlo…»

CAPÍTULO DOS

A la mañana siguiente, la señora Moss despertó a Ben con un beso, apretando al huérfano contra su corazón sin hallar mejor manera para demostrar su simpatía. Ben había olvidado sus penas durante el sueño, pero tan pronto como entreabrió los párpados pesados de tanto llorar volvió a recordarlas. No lloró, pero se sintió extrañamente solo, y esa sensación persistió hasta que tuvo a Sancho junto a sí y le hubo contado todo. Delante de la bondadosa señora Moss se mostraba turbado y se alegró de que ella se marchara.

Sancho pareció comprender que su amo estaba preocupado, y escuchó su triste relato con demostraciones de interés, gemidos de condolencia, y cada vez que el muchacho expresaba la palabra «papá», lanzaba fuertes ladridos.

Era tan sólo una bestia, pero su afecto mudo confortaba a Ben más que cualquier palabra; porque Sancho había conocido y amado al padre tanto y tan bien como su propio hijo, y ese sentimiento los unía con más fuerza desde el momento en que habían quedado solos.

—Debemos ponernos luto, viejo amigo. Es lo indicado; nosotros seremos los únicos que rendiremos ese homenaje —dijo Ben mientras se vestía, recordando que toda la compañía había llevado crespones negros durante el funeral de Melia.

Significaba un verdadero sacrificio para su vanidad de muchacho arrancar de su sombrero nuevo la cinta azul con ancas doradas en los extremos y reemplazarla por la cinta gastada del sombrero viejo, pero Ben lo hizo sin titubeos y con gesto sincero, aunque, por supuesto, la vida teatral que llevara hasta hacía poco tiempo influyese en sus actos diferenciándolos de los de cualquier otro niño. Entre su mezquino guardarropa no halló nada que le sirviera para enlutar a Sancho, a excepción de un bolsillo de batista negro. Estaba completamente descosido, destrozado por el peso de las bolitas, piedras y otros objetos semejantes que el muchacho solía guardar en él, de modo que lo arrancó y lo ató al collar del animal exclamando para sí, con un suspiro, mientras ponía a un lado sus tesoros:

—Un bolsillo es suficiente. Hoy no necesito más que un pañuelo.

Por suerte, ya que no tenía más que uno, ese accesorio estaba limpio, y colgándolo ostensiblemente del único bolsillo, el sombrero en la cabeza, los zapatos nuevos crujiendo tristemente, seguido por Sancho que con su moño negro estaba impresionante, salió el único deudo, convencido de que había hecho cuanto debía para mostrar su respeto por el muerto.

Los ojos de la señora Moss se llenaron de lágrimas al ver la rústica cinta negra y comprender por qué la llevaba Ben, pero no pudo evitar una sonrisa al descubrir el simbólico trapo negro que colgaba del cuello del perro. Sin embargo, nada dijo para no afligir al muchacho, a quien aquella demostración de su duelo parecía consolar. Ben salió a cumplir sus tareas, consciente de haberse convertido en el centro de interés de sus amigos, en especial de Bab y Betty, quienes, advertidas de la pérdida experimentada por el niño, lo miraban con una mezcla de piedad y admiración que a aquél le resultaron muy gratas.

—Quisiera que me llevaras a la iglesia. Va a hacer mucho calor y Thorny no está bastante fuerte aún como para aventurarse a salir —dijo la señorita Celia cuando Ben se presentó ante ella, después del desayuno para preguntarle si tenía algo que hacer. Porque consideraba que ella era su ama, aun cuando tuviera que aguardar hasta el día siguiente para hacerse cargo de las nuevas obligaciones que se había impuesto.

—Con mucho gusto, señorita, si usted cree que puedo ir así —contestó Ben contento de que le pidieran algo aunque inquieto también al recordar cómo se vestía la gente en aquellas ocasiones.

—Podrás ir después que yo te haya arreglado un poco. Dios no mira la, ropa. Para Él son tan bien venidos los pobres como los ricos. ¿Tú no has ido nunca a la iglesia? —preguntó la señorita Celia que ansiaba ayudar al niño aunque sin saber cómo hacerlo.

—No, señorita. Nuestra gente iba muy rara vez y papá estaba tan cansado los domingos que los dedicaba al reposo o me llevaba a pasear al bosque.

Un ligero temblor sacudió la voz de Ben. Con un rápido movimiento echo el sombrero hacia adelante para ocultar sus ojos bajo el ala, pues el recuerdo de aquellas horas hermosas que no volvería a vivir fue demasiado doloroso para él.

—Me parece que es ésa una excelente manera de descansar. Yo la he puesto en práctica a menudo. Esta misma tarde iremos también nosotros al bosque. Pero de mañana me agrada ir a la iglesia; tengo la sensación de que eso me ayuda a estar bien durante el resto de la semana. Y si se tiene una pena, es allí adonde se debe ir a buscar consuelo. ¿Quieres venir y comprobar si lo consigues, querido Ben?

—Haré todo lo posible para complacerla —murmuró Ben sin levantar la vista porque, aunque la bondad de la joven le llegaba hasta el fondo del corazón, deseaba que, por un tiempo, nadie hablara de su padre. Era difícil contener las lágrimas y no quería que lo tomaran por un nene.

La señorita Celia pareció comprender porque con tono alegre se apresuró a decir:

—Mira que precioso espectáculo… Cuando era una niña creía que las arañas hilaban las túnicas de las hadas y luego las tendían a secarse al sol.

Ben dejo de cavar el agujero que estaba haciendo en el suelo con el pie y levanto la cabeza. Vio entonces una hermosa tela de araña —un círculo dentro de otro círculo—, que una araña tejía en un ángulo del portón. La luz que atravesaba la tela hacía brillar diminutas gotitas, y una suave brisa la hacía temblar como si fuera a arrancarla.

—Es muy hermosa, pero se desprenderá y perderá como todas. Nunca he visto un ser semejante a las arañas. Hilan diariamente su tela, sin cansarse, aunque se pierda su obra —comentó Ben a quien, como ella imaginara, agrado poder cambiar de tema.

—Así se gana la araña la vida. Teje su tela y espera recibir su pan diario, es decir, la mosca desprevenida que cae en la trampa. Pronto la tendrá llena de insectos, y cuando la señora araña haya hecho sus provisiones ya no lamentará perder la delicada tela.

—Yo conozco a esa señora. Tiene el cuerpo negro y amarillo y vive allí arriba, en ese rincón oscuro. Desaparece en cuanto toco el portón, pero reaparece si me quedo quieto. Me gusta observarla, pero ella debe odiarme porque un día dejé en libertad a una mosca y varias hermosas mariposas.

—¿Has oído alguna vez la historia de Bruce y su araña? Muchos niños la conocen y a todas les gusta —manifestó la señorita Celia advirtiendo el interés de su interlocutor.

—No la conozco señorita. Yo ignoro muchas de las cosas que saben los niños de mi edad —contesto Ben con seriedad, quien, desde que vivía con sus nuevos amigos había descubierto muchas lagunas en sus conocimientos…

—Pero en cambio conoces otras que ellos no saben. La mitad de los muchachos de la ciudad darían lo que no tienen por montar, correr y saltar como tú. Y más de una persona mayor es incapaz de arreglárselas solo como tú. La vida errante que has llevado ha hecho de ti, en muchos aspectos, un hombre, pero en otros te ha perjudicado, ¿no es así? Procuraremos ahora que tú olvides la parte mala y sólo recuerdes la buena mientras aprendes a ser como los demás niños que van al colegio, a la iglesia; y se preparan para ser hombres industriosos y honestos.

Ben había mirado fijamente a la señorita Celia mientras ésta hablaba convencido de la verdad de lo que ella decía, pero convencido también de que él habría sido incapaz de expresar todas aquellas cosas aunque lo hubiese intentado. Cuando ella callo, él exclamó sinceramente:

—Quiero quedarme aquí y llegar a ser un hombre respetable. Desde, que vivo entre ustedes he comprendido que, aunque vayan al circo a divertirse no consideran muy digna a esa gente. Eso no me hubiera importado antes, tampoco pensaba ir al colegio, pero ahora sí. Creo, además, que él preferiría verme aquí que rondando por esos mundos sin amparo ni protección.

—Así debe ser. Probaremos, pues, Benny. Al principio, la tarea será pesada y monótona, sobre todo si la comparas con la vida llena de variaciones que has llevado hasta hoy y que sin duda echarás de menos. Pero aquella vida no era la que te convenía y nosotros te ayudaremos con todos nuestros esfuerzos a que encuentres algo mejor. No te desanimes nunca, y cuando algo te mortifique demasiado acude a mí como lo hace Thorny que yo procuraré aliviar el peso de tu carea. A partir de este momento tengo dos niños y me propongo hacer mucho por ambos.

Antes de que Ben tuviera tiempo para demostrar su agradecimiento, una cabeza despeinada apareció por la ventana del piso superior y una voz somnolienta reclamo:

—¡Celia!… No puedo encontrar el cordón de mi zapato. Quiero que vendas a hacer el nudo de la corbata.

—¡Baja, perezoso, y trae una de tus corbatas negras! Los cordones de les zapatos están en la valija marrón, sobre mi tocador —respondió la señorita Celia, agregando con una carcajada después que la enmarañada cabeza desapareció murmurando aleo acerca de las «molestas valijas»—: Thorny ha sido muy mimado a causa de su enfermedad. No debes hacer caso de sus modales bruscos ni de sus caprichos. Pronto se le pasará y entonces estoy segura de que serán muy buenos amigos.

Ben tenía sus dudas al respecto, pero se propuso hacer cuanto estuviera de su parte para contentar a la joven, de modo que cuando el señorito

Thorny apareció y saludo con un indiferente:

—¿Cómo estás, Ben?

El muchacho contesto respetuosamente:

—Muy bien, gracias. —Pero su saludo no era muy reverente, porque considero ene un muchacho que, como él, montaba en pelo y sabía dar un doble salto mortal no debía inclinarse ante ese niño que apenas tenía la fuerza de un gatito.

—Nudo marinero, por favor: dura más —dijo Thorny levantando el mentón para que pudieran ajustarle correctamente la corbata, va que él comenzaba a sentirse un pequeño «dandy».

—Deberías usar la roja hasta que tengas más color, querido —su hermana frotó su mejilla sonrosada contra la pálida del muchacho como si quisiera prestarle sus colores.

—A los hombres no les importa su aspecto físico —exclamó Thorny escapando de su abrazo porque a él no le agradaban esas demostraciones de cariño delante de la gente.

—No, ¿eh? Aquí tenemos a un presumido que se cepilla el cabello doce veces por día y que se acomoda el cuello hasta cansarse —rio la señorita Celia pegándole un tironcito de orejas.

—¿Para quién es esta otra corbata? —preguntó Thorny con un tono muy digno presentando la otra prenda.

—Para mi otro niño. Tiene que venir a la iglesia conmigo. La joven hizo el segundo nudo de corbata al otro joven caballero con una sonrisa tan amable que hasta la cinta negra pareció iluminarse.

—Bueno, yo quiero que… —comenzó Thorny con un tono que no prometía nada bueno.

Una mirada de su hermana le recordó lo que ella le dijera media hora antes y se calló al instante comprendiendo por qué la joven era más buena con el «pequeño vagabundo».

—Yo también, pues tú no puedes conducir aún y yo no quiero estropear mi par de guantes nuevos sujetando a Lita —dijo la señorita Celia con una entonación que irritó un poco al señorito Thorny.

—¿Ben va a limpiar mis botas antes de salir? —preguntó dirigiendo una mirada a sus zapatos nuevos que crujían y le molestaban.

—No, limpiará las mías, si quiere tener esa bondad. Tú no necesitas las botas esta semana, de modo que sería perder tiempo inútilmente. Ben:

encontrarás todo lo que necesitas en el cobertizo y a las diez puedes ir en busca de Lita.

Después de eso, la señorita Celia condujo a su hermano al comedor y Ben se retiró a desahogar su ira con el cepillo, y puso tantas energías que las botitas quedaron muy brillosas.

Cuando una hora después vio salir a la joven de la casa se dijo que jamás había visto nada tan bonito. Ataviada por, un chal blanco y un gorrito, sostenía un libro y un lirio del valle entre las manos cubiertas con guantes de color perla que apenas rozaron el coche al subir. Ben había visto en su vida infinidad de damas hermosas, pero todas llamaban la atención por los colores chillones de sus sombreros y vestidos, lucían joyas baratas e infinidad de plumas, cintas y velos. Por eso le asombró que la señorita Celia aparecieran tan bella y elegante vestida con aquel sencillo atavío. No comprendía que el encanto reside en las personas y no en las ropas. Viviendo junto a esa dama adquiriría modales gentiles, buenos principios y pensamientos puros. Él se daba cuenta que era agradable estar bien vestido e ir a la iglesia como un niño serio. La sensación de soledad que lo abrumaba se suavizo mientras rodaban por la avenida, entre campos verdes, bajo el sol de junio que hacía brillar todo a su alrededor: en el aire, flotaba una gran paz, sentada a su lado su buena amiga, silenciosa admirando la belleza del mundo con expresión feliz, expresión que Ben llamó después «cara de domingo», que hacía olvidar el cansancio de la semana y daba fuerzas para comenzar alegremente las tareas cuando el día de fiesta terminara.

—¿En que piensas, muchacho? —le preguntó sorprendiendo una de las muchas tímidas miradas que Ben le dirigiera sin que ella lo advirtiese.

—Pensaba que parecía como si usted…

—¿Cómo si yo qué? Di: no temas —lo animó la joven, pues Ben se había callado y tiraba de las riendas, avergonzado de su imaginación.

—Como si usted estuviera rezando sus plegarias —murmuró apenas deseando que ella no lo oyera.

—Eso hacía, en efecto. ¿No rezas tú cuando te sientes feliz?

—No, señorita. Cuando yo estoy contento no digo nada.

—Tal vez las palabras no sean necesarias, pero, algunas veces, cuando son sinceras y buenas nos ayudan. ¿No has aprendido alguna plegaria, Ben?

—Solamente el Padre Nuestro. Abuela me lo enseñó cuando era muy pequeño.

—Te enseñare otras; una muy hermosa que nos dice todo lo que debemos pedir.

—Nuestra gente no era muy piadosa; creo que les faltaba tiempo.

—Quisiera saber qué entiendes tú por piadoso.

—Pues, ir a la iglesia, leer la Biblia, rezar y cantar los himnos, ¿no es eso?

—Esas cosas forman parte de ello, pero ser bueno y alegre, cumplir con los propios deberes, ayudar al prójimo y amar a Dios es la mejor manera de demostrar nuestra piedad, que tiene así su verdadero sentido.

—Entonces usted lo es —y Ben demostró que a través de los actos de la joven había aprendido mejor que a través de sus palabras.

—Procuro serlo, pero a menudo fracaso. Por eso, todos los domingos formulo nuevos propósitos y durante la semana pongo mi voluntad al servicio de ellos. Eso me sirve de consuelo y de ayuda; tú lo comprenderás cuando lo pongas en práctica.

—¿Cree usted que si, durante la misa, digo ¡no juraré más!, no volveré a hacerlo? —preguntó Ben seriamente, pues en esa época, aquél era su pecado capital.

—Me temo que no sea tan fácil liberarse de nuestros pecados. ¡Ojalá fuera así!… Pero si tú ruegas mucho y cuidas de no decir malas palabras, te curarás de esa fea costumbre antes de lo que imaginas.

—Jamás me había preocupado esa costumbre que tengo de blasfemar, hasta que vine aquí; Bab y Betty se espantan cuando oyen decir «voto a…», y la señora Moss me reprende. Por eso quiero corregirme. Pero me resulta muy difícil contenerme cuando me enojo. «¡Que lo cuelguen!…», no me parece una expresión muy indicada para descargar mi furia…

—Thorny exclama «te confundan…», por cualquier cosa. Yo le aconsejé que silbara en lugar de decir eso, y a veces silba tan súbita y estridentemente que me hace saltar. ¿Por que no pruebas tú también? —propuso la señorita Celia a quien no sorprendían las costumbres del niño, ya que éstas eran consecuencia natural de sus anteriores compañías.

Ben sonrió y prometió hacer como la joven decía y experimentó una traviesa alegría al pensar que también en eso vencería —no le cabía la menor duda— al señorito Thorny. Dominaría a toda costa las palabras groseras que dos o tres veces por día le subían a los labios.

La campana repicaba en el momento que ellos entraban en el pueblo, y mientras ataba a Lita veía llegar, de todas partes, gente que se agrupaba junto a los peldaños de la vieja capilla como las abejas alrededor de la colmena. Acostumbrado a ver que los hombres entraban en las carpas del circo y no se quitaban los sombreros, Ben no se ocupó del suyo, y bajaba ya por la nave con el puesto cuando sintió que una mano suave se lo quitaba y que la señorita Celia le susurrara al entregárselo:

—Éste es un recinto sagrado; recuérdalo y descúbrete siempre al entrar.

Muy avergonzado, Ben la siguió hasta el banco donde pronto se les reunieron el señor alcalde y su esposa.

—Encantado de verlo aquí —dijo el anciano caballero, con un gesto cordial, pues reconoció al muchacho y recordó su duelo.

—Espero que no se moverá durante el oficio —suspiró la señora Allen acomodándose en un rincón con gran ruido de sedas.

—Yo cuidaré de que no la moleste —respondió la señorita Celia empujando un banquito bajo las piernas cortas de la señora y poniendo un abanico de palma al alcance de su mano.

Ben contuvo un profundo suspiro; la perspectiva que se le ofrecía no era muy agradable. A un muchacho inquieto se le hace difícil soportar una hora de cautividad, y él quería portarse bien.

Lo primero que hizo fue cruzar los brazos y sentarse y quedar rígido, como una estatua. Sólo los ojos movía. Los hizo girar de un lado a otro, de arriba a abajo, desde el alto y rojo púlpito hasta los viejos libros de himnos colocados sobre el atril, reconoció dos caritas que asomaban bajo el ala de sendos sombreros adornados con cintas azules, y no pudo resistir la tentación de responder con una mueca al solemne saludo que Betty y Bab le hicieron desde el otro lado de la nave. Al cabo de diez minutos de buen comportamiento experimento necesidad de moverse, de modo que aflojó los brazos y cruzó las piernas con la misma cautela con que el ratón se mueve frente al gato, pues el ojo de la señora Allen no lo perdía de vista, y él conocía por experiencia propia el alcance de esa mirada.

La música que comenzó a oírse le produjo un gran alivio porque pudo sacudir los pies sin que nadie oyera el ruido que hacía. Cuando se pusieron de pie para cantar, tuvo la impresión de que todos los niños lo miraban y se alegró mucho de poder volver a sentarse.

El buen pastor leyó el capítulo dieciséis del sermón de Samuel y luego pronuncio un largo y monótono sermón. Ben lo escuchaba con toda atención, pues le agradó el «joven pastor pelirrojo de hermosa estampa» que resultó ser el escudero de Saúl. Hubiera querido enterarse del resto de su vida, saber si los malos espíritus volvieron a turbarlo, pero no continuaron relatando su historia; el anciano pastor hablo de otras cosas hasta que llegó un momento en que el pobre Ben comprendió que debía optar entre dormirse como el alcalde o tirar el banquito simulando que lo hacía sin querer para tranquilizarse un poco.

La señora Allen le dio una pastilla de menta y él, obedientemente la comió, pero era tan fuerte que le hizo saltar las lágrimas. Entonces, para desesperación suya, la señora lo abanicó y deshizo el correcto peinado que era todo su orgullo. Por fin, un suspiro de aburrimiento atrajo la atención de la señorita Celia quien, aunque parecía absorta en sus devociones, había dejado que sus pensamientos volaran por encima del mar junto con las tiernas plegarias que ella elevaba por el ser a quien amaba tanto quizá como David a Jonathan. Comprendió de inmediato la inquietud del muchacho y le sonrió; sabía por experiencia que muy pocos soportan un sermón tan largo sin moverse. Escogió un trozo en el libro que había traído consigo, y, poniéndoselo a Ben en las manos susurro:

—Lee esto, si estás aburrido.

Ben tomo el libro y obedeció complacido, pero el título «Escritura Narrativa» no le pareció muy divertido. Sin embargo, atrajo su atención la figura de un delicado joven que le cortaba la cabeza a otro hombre delante de una multitud que lo contemplaba asombrado.

—Jack, el matador del gigante —pensó Ben y dio vuelta la hoja para leer lo que decía: «David y Goliat». Eso basto para que comenzara a leer la historia con gran interés, porque descubrió que el pastor se convertía en héroe. Ceso de moverse, ya no oyó el sermón, el abanico podía agitarse: él no lo advirtió, y cuantos esfuerzos hizo Billy Barton por mostrarle las figuras cómicas que dibujara en el libro de himnos y despertar con ellas su admiración, fueron vanos. Ben estaba profundamente conmovido con la historia del Rey David relatada especialmente para niños e ilustrada con hermosas láminas que despertaron extraordinariamente su interés.

El sermón y la historia finalizaron casi al mismo tiempo. Ben escuchó entonces las plegarias, y mientras lo hacía comprendió lo que la señorita Celia había querido significar al hablar de las palabras que consolaban cuando se pronunciaban con sinceridad y bondad. Muchas de aquellas oraciones traducían exactamente sus sentimientos; las repitió para recordarlas, pues oídas por primera vez y cuando más necesitaba de ellas, lo conmovieron y confortaron en extremo. La señorita Celia descubrió una expresión distinta en el semblante del muchacho y cuando todos se pusieron de pie para salir cantando el Himno de Gracias, oyó un ligero suspiro a su lado.

—¿Te agradó el oficio religioso? —preguntó la joven mientras caminaban.

—Bastante… —respondió Ben con sincero entusiasmo.

—¿También el sermón?

Ben rio y dijo señalando con manifiesto agrado el libro que ella llevaba en la mano:

—No pude comprender el sermón, pero en cambio esa historia me pareció muy hermosa. Hay otras y quisiera leerlas, si fuera posible.

—Me alegra que te haya interesado; reservaremos las otras para los próximos sermones. Thorny también acostumbra leer en esas ocasiones y llama al libro «el libro del banco». Yo no pretendo que entiendas de primera intención todo lo que oyes en la iglesia, pero te conviene ir, y después que hayas leído varias de las historias que contiene el libro te interesará oír hablar de los personajes que aparecen en él.

—Sí, señorita… ¿No cree usted que David fue un gran muchacho? Me gusta todo lo que dicen de él; la historia del trigo y de los diez quesos, la muerte del león y el oso y la del viejo

Goliat a quien mata de un solo golpe. La próxima vez quiero leer algo acerca de Joseph porque vi una lámina con unos ladrones que lo ponían en una cueva y eso parecía muy interesante.

La señorita Celia no pudo dejar de sonreír al oír como hablaba Ben de aquellas cosas, pero le satisfizo mucho que al muchacho le atrajeran la música y los relatos y resolvió que le haría grata la obligación de ir a la iglesia para que se acostumbrara a ella y le gustase.

—Bien, esta mañana me has acompañado y procedido de acuerdo a mis costumbres. Esta tarde serás tú quien dirija y nosotros te seguiremos. Ven a eso de las cuatro para ayudarme a llevar a Thorny hasta la alameda. Pondremos allí una hamaca, pues el aroma de los pinos es bueno para su salud. Ustedes podrán conversar, reír y divertirse a gusto.

—¿Me permite llevar a Sancho? No le gusta que lo deje. Se puso furioso cuando lo encerré para que no me siguiera y fuera a buscarme dentro de la capilla.

—Pues claro que sí. Dejemos que el inteligente animal disfrute como ustedes de este hermoso domingo.

Satisfecho con el programa, Ben se fue a almorzar, lo que hizo muy de prisa para poder contar las mañas de que tuvo que valerse para burlar el aburrimiento que lo invadió durante la lectura del sermón. Pero no dijo nada de la conversación que sostuvo con la señorita Celia porque todavía no estaba muy seguro de que le agradara o no lo que ella le propusiera y prefería meditarlo antes de decidir nada.

Después de almorzar le quedo sobrado tiempo para pensar en sus tristezas; por eso deseo con todas sus fuerzas que llegaran las cuatro de la tarde ya que, ponerse triste le gustaba menos aún que cortar leña.

La señora Moss se fue a hacer la siesta; Bah y Betty se sentaron en dos banquitos a leer sus libros dominicales. A nadie se le permitía jugar, y hasta las gallinas fueron a cobijarse bajo los árboles junto con el gallo que cacareaba somnoliento, como si les estuviera recitando un sermón.

—¡Qué día interminable!… —pensó Ben mientras se refugiaba en el rincón más apartado de su habitación para releer las dos cartas cuyo contenido le parecía una historia muy lejana. Porque pasado el primer choque le resultó imposible aceptar la muerte de su padre, de modo, pues, que decidió no creer en ella. Él era un muchacho sensato y comprendió que sería una tontería considerarse más desgraciado de lo que era en realidad. Por eso hizo a un lado las cartas, quito el bolsillo negro del collar de Sancho y hasta se permitió silbar suavemente mientras guardaba sus tesoros y estar así preparado para mudarse al día siguiente llevando pocas penas y mucho optimismo.

—Thorny… Quiero que seas bueno con Ben esta tarde y lo entretengas sin agitarte demasiado. Yo debo quedarme a esperar a los Morris que han prometido venir, pero ustedes pueden ir a la alameda y divertirse —dijo la señorita Celia a su hermano.

—No alcanzo a imaginar como podré divertirme charlando con ese cuidador de caballos. Me, apena su desgracia, pero no se me ocurre como podré divertirlo —replico Thorny levantándose del sillón en medio de un gran bostezo.

—Tú sabes ser amable cuando quieres y por hoy Ben ya ha estado bastante conmigo. Mañana tendrá que comenzar a trabajar, cosa que estoy segura hará muy bien. Pero hasta entonces debemos hacerle compañía, pues el pobre no sabe qué hacer a colas consigo mismo. Además, es el momento oportuno para influir sobre él. La muerte de su padre lo ha ablandado y estoy segura de que su mayor deseo es ser un buen muchacho. Debemos ayudarlo nosotros entonces, ya que no tiene a nadie más a su lado.

—Bueno, empecemos la obra. ¿Dónde está? —y Thorny dio unos pasos conquistado por la tierna severidad de su hermana aunque dudaba de su éxito con el muchacho de los caballos.

—Esperando con la silla. Randa ya llevo la hamaca. Sé bueno que yo te lo premiaré algún día.

Después de recibir una sonrisa y un beso, Thorny salió con paso vacilante y subió al cochecito; saludó de muy buen talante a su conductor a quien encontró sentado sobre el travesaño trasero con Sancho a sus pies.

—Llévame, Benjamín. No conozco el camino de modo que no sabría cómo ir. Lo único que te pido es que no me tires afuera.

—Muy bien, señor. —Y Ben lo condujo por el largo camino que cruza la huerta y que lleva hasta un bosquecillo, donde crecen siete pinos—. ¡Hermoso lugar! Un suave susurro llenaba el aire y bajo los pies se extendía una oscura alfombra de agujas de pino, y pequeños conos y por encima de los altos helechos que adornaban la loma se divisaban fugazmente la sierra y el valle, las granjas y el río ondulado que, como una cinta de plata, corre entre las profundas y verdes praderas.

—Una casa de verano —dijo Thorny observando el paisaje—. ¿Qué sucede, Randa? ¿No marcha eso? —preguntó a la rolliza doncella quien había dejado caer los brazos resoplando, después de haber intentado vanamente de arrojar la soga de la hamaca por encima de una rama.

—Até la primera muy fácilmente, pero no puedo con la segunda. Las ramas están tan altas que no las alcanzo.

—Yo la ataré. —Ben trepó al pino como una ardilla, hizo un fuerte nudo y bajó antes de que Thorny se hubiera movido de la silla.

—¡Mi Dios!… ¡Qué muchacho ágil!… —exclamó Randa llena de admiración.

—Eso no es nada; me hubiese visto trepando un palo completamente liso —dijo Ben sacándose la resina de las manos y balanceando graciosamente la cabeza.

—Puedes irte, Randa. Alcánzame el almohadón y los libros, Ben; luego, mientras te hablo, puedes sentarte en la silla —ordenó Thorny tumbándose en la hamaca.

—¿Qué me estará por decir? —se preguntó el muchacho al sentarse, en tanto Sancho se acomodaba entre las ruedas del cochecito.

—Ahora, Ben, creo que lo mejor que puedes hacer es aprender un poema. Yo solía hacerlo cuando era pequeño; no hay nada mejor para un día domingo —comenzó a decir el nuevo maestro con tal aire de suficiencia que eso enfadó a su discípulo tanto como el afrentoso «pequeño».

—Probaré… si puedo. —Y Ben silbó para contener un juramento.

—Una persona bien educada no silba cuando está en presencia de otra —advirtió Thorny muy digno.

—La señorita Celia me dijo que lo hiciera. Iba a decir «Dios te confunda»… Si te parece mejor que lo dina —contestó Ben al mismo tiempo que una astuta sonrisa brillaba en sus ojos.

—¡Ah!… Ella te contó algo, ¿no? Bueno, si deseas complacerla en todo debes aprender un cántico religioso en seguida. Acércate. Mi hermana quiere que sea paciente contigo y yo estoy dispuesto a serlo, pero ¿cómo conseguirlo si tú te sulfuras por cualquier cosa?

Thorny empleó un tono sincero que agradó a Ben e hizo que respondiera muy alegre:

—Si no adoptas esa actitud grave yo no me enojaré. Nadie más que la señorita Celia puede darme órdenes, pero si ella lo quiere, yo aprenderé los himnos.

—«En la florida época de tu niñez» es el más indicado para comenzar. Lo aprendí cuando tenía seis años. Es muy hermoso… Toma, léelo tú —y Thorny le ofreció el libro como lo hubiera hecho un patriarca que se dirigiera a un niño.

Ben observó con poco entusiasmo la página amarillenta cuyas grandes «S» en caracteres antiguos despertaron su atención. Cuando hubo concluido de leer no resistió la tentación de recitar las dos últimas líneas:

«La tierra no puede producir más hermosos frutos que una juventud religiosa.»

—Jamás lograría aprender esto. ¿No tienes algo más fácil? —preguntó, volviendo las hojas con ansiedad.

—Mira al final y fíjate si no hay pegada una poesía. Apréndela y verás cómo se alegrará Celia si se la recitas. La escribió ella cuando era una niña; alguien la hizo imprimir para que la leyeran otros niños. Es la poesía que más me gusta.

Contento de matizar con algo divertido las lecturas piadosas, Ben se inclinó sobre el libro y leyó con sumo interés las líneas que la señorita Celia escribiera en su niñez:

MI REINO
Dueña soy de un reino en el que viven
todas mis ideas y pensamientos,
y es ingrata y difícil la tarea
de mantenerlos bajo mi gobierno.
Mi voluntad vacila y se extravía,
perturbada por malignas pasiones,
y el egoísmo sus sombras arroja
sobre mis palabras y mis acciones.
¿Cómo aprender a dominar mis ansias,
a ser la niña buena que debiera?
Honesta y valerosa, incansable
en mi afán de ser siempre la primera…
¿Cómo encender en mi alma la llama
para que alumbre con su luz mi vida?
¿Cómo templar mi pequeño corazón
en una eterna y dulce melodía?
Amado Padre, que tu amor me guíe
y arrojé de mi espíritu el temor.
Y para que sienta que estás a mi lado
llévame hasta ti, sé mi conductor.
Pues ninguna tentación es poca
ni es inadvertida la infantil pena,
para Ti, que con paciencia infinita
a todos reconfortas y consuelas.
No quiero para mí otra corona
que la que todos pueden obtener,
ni aspiro a la conquista de otro mundo
más que aquel que guardo en mi propio ser.
Guía. Tú mis pasos para que llegue
a encontrar en mi espíritu Tu reino,
y conducida por tu tierna mano
logre tomarlo bajo mi gobierno.

—¡Me gusta! —declaró Ben con énfasis cuando concluyó de leer el breve canto. Lo comprendo y lo aprenderé en seguida. No me explico cómo ha hecho para escribir algo tan hermoso y delicado.

—Celia lo puede todo. —Thorny hizo con la mano un amplio gesto que indicaba claramente su fe en los poderes ilimitados de su hermana.

—Hace poco yo compuse una poesía. Bab y Betty la encontraron bonita, pero yo no opino igual —murmuró Ben a quien, el descubrimiento de las habilidades de la señorita Celia lo había predispuesto a las confidencias.

—Dila… —pidió Thorny y agregó inteligentemente—. Yo nunca he podido escribir poesías, pero me gustan.

"¡Chevalita!…
Criatura bonita…
Como a una hermana
la quiero.
Montarla
es mi locura
ya que jamás
muerde o cocea…"

Así recitó Ben con orgullo, y modestia a la vez, esa primera poesía suya que había sido inspirada por un afecto sincero y juzgada «divina» por las admiradas niñas.

—¡Muy bien!… Debes recitársela a Celia. A ella le satisface que alaben a Lita. Tú, ella y el pequeño Barlow deberían optar a un premió como lo hacían los poetas de Atenas. Te hablaré de ellos otro día. Ahora dedícate a aprender el himno.

Halagado por los comentarios de Thorny, Ben se aplicó a la tarea revolviéndose tanto en la silla que parecía que aprender esos versos fuera para él un acto doloroso. Pero era inteligente y a menudo había aprendido canciones cómicas de memoria, de modo que pronto pudo repetir, para satisfacción suya y de Thorny, cuatro versos sin equivocarse.

—Conversemos ahora —invitó, complacido, el preceptor—. Y, uno hamacándose y el otro dando tumbos por la alfombra de agujas de pino comenzaron a relatar sus aventuras. Aunque las de Ben eran más interesantes, las de Thorny no carecían de color, ya que él había vivido mucho tiempo en el extranjero y podía contar toda clase de curiosas anécdotas que tenían por escenario los países que había visitado.

No obstante hallarse muy entretenida con su amiga, la señorita Celia no podía dejar de preguntarse si los muchachos se habrían entendido. Cuando sonó el timbre llamando a tomar el té, aguardó ansiosa la llegada de aquéllos, segura de que, a primera vista, advertiría si se habían divertido.

—Parece que todo marcha bien —se dijo con una sonrisa al verlos aparecer. Ben empujaba la silla y Thorny caminaba a su lado apoyándose en una caña que acababan de cortar. Ambos niños conversaban animadamente y Thorny reía de rato en rato como si la charla de su compañero fuera muy graciosa.

—¡Mira que hermosa caña cortó Ben para mí!… —dijo el mayor de los muchachos blandiendo la caña mientras se acercaba.

—¿Qué han hecho por allá? Están tan contentos que sospecho habrán cometido alguna travesura —manifestó la señorita Celia observándolos desde la escalinata.

—Nos hemos portado como un par de angelitos. Yo no he hecho más que conversar y Ben aprendió un himno que te recitará. Acércate y dilo, amigo mío —invitó Thorny muy alegre.

Quitándose el sombrero Ben obedeció inmediatamente, divertido al descubrir el color que aparecía en las mejillas de la señorita Celia en cuanto ésta comenzó a oír la poesía. Y consideró que su estudio recibía su merecida recompensa cuando, luego de concluir el poema con un saludo, la joven le dirigió una complacida mirada acompañada de las siguientes palabras:

—Me enorgullece que hayas elegido ese poema y advierto que lo dices como si tuviera un significado especial para ti. Lo escribí cuando tenía catorce años, pero me salió del corazón y me hizo un gran bien. Deseo que a ti te ocurra lo mismo.

Ben murmuró que así era, pero no le gustaba decir esas cosas delante de Thorny, de modo que, precipitadamente, retiró la silla y todos entraron a tomar el té. Pero más tarde, al anochecer, mientras la señorita Celia cantaba al piano como un ruiseñor, se apartó de las medio dormidas Bab y Betty y fue a refugiarse juntó a las lilas para poder escuchar con todo su corazón, lleno en esos momentos de buenos propósitos y felices pensamientos. Nunca había gozado de un domingo como aquél… Y al irse a dormir repitió la tercera estrofa del poema de su amiga. Porque esa estrofa era la que más le había emocionado. El padre que tanto amara y que había perdido le hacía experimentar la necesidad de buscar el amor y el apoyo de ese otro Padre al que nunca había visto.

CAPÍTULO TRES

Tonos se mostraron muy buenos con Ben cuando conocieron su desgracia. El alcalde escribió al señor Smithers que Ben había encontrado nuevos amigos y que se quedaría donde estaba. La señora Moss lo consoló con afecto maternal y las pequeñas hicieron cuanto estaba al alcance de ellas para ser «amables con el pobrecito Ben». Pero su verdadero consuelo fue la señorita Celia, quien ganó por entero su corazón, no sólo a causa de las amistosas palabras que le dirigía o por las cosas que por él hacía, sino, sobre todo, por la simpatía que le demostraba a toda hora, en los momentos precisos, a través de una mirada, con una caricia o una sonrisa, mucho más eficaces, por cierto, que cualquier palabra de condolencia. Ella lo llamaba «mi hombrecito» y Ben procuraba serlo soportando su dolor con tal entereza que, no obstante ser un niño aún, inspiraba respeto a su amiga; porque Ben era toda una promesa para el futuro.

Por otra parte en aquel entonces, ella se mostraba siempre tan alegre que resultaba imposible para quienes vivían a su lado sentirse tristes, y muy pronto Ben volvió a estar contento, pues escondió su pena y guardó el recuerdo de su padre en un rincón oculto del corazón. No habría sido un verdadero niño si no se hubiera sentido dichoso en ese hermoso lugar donde, por primera vez, experimentaba la sensación de que tenía un hogar.

¡Basta de arrancar malezas!… Sus tareas ya no lo cansaban ni aburrían, pues eran variadas y livianas. Por fin no veía más la cara desagradable del malhumorado Pat, sino que podía contemplar el suave rostro de la señorita Celia, de cuyos labios siempre brotaban palabras de elogio gracias a las cuales cualquier trabajo parecía agradable.

Al principio se creyó que iban a surgir dificultades entre los dos niños, ya que Thorny era autoritario por naturaleza y a causa de la enfermedad que lo había dejado débil y nervioso a veces se mostraba despótico e imperativo. A Ben le habían enseñado a obedecer sin protestar a las personas mayores que él, y si Thorny lo hubiese sido no habría hecho cuestiones, pero resultaba duro tener que obedecer continuamente a un muchacho y, sobre todo, a un muchacho tan caprichoso como aquél.

Sin embargo, una sola palabra de la señorita Celia alejaba de inmediato las tormentas. Por cariño a ella su hermano prometía ser paciente y Ben declaraba que no se enfurecería aunque el señorito Thorny lo molestara. Y así, muy pronto, ambos niños se olvidaban, uno, de que era el amo, y el otro de que era un «hombrecito»; vivían en paz como dos camaradas, se disculpaban mutuamente su mal carácter y encontraban gran placer y provecho en su recíproca amistad.

En el único punto en que jamás lograban ponerse de acuerdo era en el que se refería a las piernas, cosa que provocaba la risa de la señorita Celia, quien los veía discutir esa cuestión con gran seriedad y calor. Thorny insistía en que Ben era patizambo. A Ben le disgustaba el epíteto y manifestaba que las piernas de todo buen jinete debían ser ligeramente curvas, y quienquiera que supiese algo sobre el particular estaría de acuerdo con él y reconocería que eso era una necesidad y un signo de belleza.

Entonces Thorny le replicaba que esas piernas estaban bien arriba del caballo pero que abajo, un hombre parecía un pato caminando. A lo que Ben contestaba que, por su parte, prefería caminar como un pato antes que tambalearse como un caballo mareado. Con eso daba en el blanco, porque el pobre Thorny parecía, en realidad, un débil potrillo cuando intentaba caminar, pero pretendía no tomar en cuenta la alusión y abrumaba a Ben hablándole de los centauros o mencionando a los griegos y a los romanos, quienes habían sido excelentes jinetes y, sin embargo, habían poseído piernas derechas y hermosas. A esas cosas Ben no podía responder, pero hablaba con orgullo de las carreras de caballos en las que él había intervenido y en las que nunca podrían tomar parte jóvenes de piernas débiles. Entonces Thorny observaba que no era propio de un caballero hacer referencia a las desgracias de sus amigos, lo cual movía a Ben a mirarse sus grandes manos con deseos de dar un buen sacudón a su amigo. Pero recordaba en seguida la condición del pobre muchacho y cuánto debía a su señorita y ponía punto final a la controversia con unos ágiles saltos mortales que calmaban su enojo y le ayudaban a recuperar el buen humor. O a veces, cuando Thorny se hallaba sentado en la silla de ruedas, lo empujaba llevándolo con gran velocidad hasta perder el aliento, con lo que quería demostrar que si los ignorantes consideraban que sus piernas no eran buenas él probaría que no las había mejores para correr.

A Thorny le gustaba aquello, de modo que se olvidaba de la enojosa discusión y se ponía a hablar de cosas más agradables. Y así la amenazadora pelea terminaba en carcajadas que festejaban alguna ocurrencia y, por tácito acuerdo, evitaban el asunto «piernas» hasta que algún accidente lo traía a colación nuevamente.

El sentimiento de rivalidad existe hasta en los mejores de nosotros y es un sentimiento inspirador y provechoso si sabemos hacer buen uso de él. La señorita Celia sabía eso y se valía de ello para que los niños pudieran beneficiarse mutuamente. Impedía que hicieran comparaciones desagradables, pero los impulsaba a que imitaran y tomaran las cosas buenas y hermosas dondequiera las hallaran. Thorny admiraba la destreza de Ben, su actividad e independencia; Ben envidiaba los conocimientos ele Thorny, sus buenos modales y la comodidad en que vivía, y cuando una palabra autorizada ponía cada cosa en su lugar, ambos quedaban tranquilos y contentos, seguros de que había una cierta igualdad entre ellos, ya que el dinero no podía comprar la salud, y el conocimiento práctico demostraba ser tan útil como cualquier conocimiento aprendido en los libros. De tal manera que intercambiaban sus experiencias, emociones y saber y así se sentían los dos mejores y más felices. Solamente de ese modo puede llegar a amarse al prójimo cono a uno mismo y a extraer la verdadera dulzura de la vida.

No tenían nunca fin las innumerables cosas agradables que Ben debía hacer: mantener bien cuidados los senderos y canteros de flores, dar de comer a los animales, hacer los mandados, atender a Thorny y representar el papel de hombre de confianza de la señorita Celia. En la vieja casona ocupaba una habitación que acababan de empapelar con escenas de caballería que Ben no se cansaba de admirar. En el armario colgaban varios trajes usados de Thorny, arreglados, para que pudiera usarlos su pequeño valet. Pero lo que más le gustaba a Ben era un par de botas bien lustradas que usaba en las grandes ocasiones, cuando montaba, por ejemplo, a las que agregaba una espuela que encontrara en la bohardilla y que, bien lustrada, sólo le servía para completar su atavío, ya que nunca la usaría para espolear a Lita.

Muchas láminas y fotografías de carreras, pájaros y toda clase de animales colgaban de las paredes, con lo que la pieza había adquirido un aspecto de circo. Eso era lo que había hecho que su dueño se sintiera en ella como en su propio hogar. Dueño de todas esas cosas, Ben se consideraba inmensamente rico y respetable, casi le parecía que era un empresario retirado que recordaba con placer pasados éxitos sin dejar por eso de sentirse feliz con su nueva vida más tranquila.

En un cajón de su curiosa cómoda guardaba los recuerdos de su padre; pocos y pobres, de interés sólo para él. Las cartas que contaban su muerte, una cadena de reloj bastante usada y una fotografía del señor José Montebello con su pequeño encaramado sobre la cabeza, ataviados ambos con ligeras vestiduras, sonrientes, con esa expresión tranquila y suficiente que usan en público los hombres de su profesión. Los otros tesoros le fueron robados a Ben junto con su lío de ropas, pero todas las noches, antes de acostarse, contemplaba con amor los que le quedaban mientras pensaba cómo sería el cielo; si era, en verdad, más hermoso que California, y generalmente se dormía con una expresión soñadora que debía parecerse a la que pusiera Colón cuando descubrió esa hermosa tierra donde crecían vistosas flores y altos árboles de hojas y frutos nunca vistos. Por aquel extraordinario país debía cabalgar su padre montado en un bonito y blanco caballo alado, parecido al que viera en una lámina que tenía la señorita Celia.

En su habitación, Ben vivía momentos muy felices hojeando sus libros —muy pronto tuvo sus propios libros—, pero sus favoritos eran «Los Animales», de Hamerton y «Nuestros amigos mudos», ambos llenos de ilustraciones y anécdotas de las que gustan a los niños. Aún más felices eran aquellos momentos que dedicaba a los trabajos de la casa, y ayudaba a poner todas las cosas en orden. Pero lo que indudablemente prefería eran los paseos diarios que, siempre que el tiempo lo permitía, realizaba con la señorita Celia y Thorny, o bien sus solitarios viajes a la ciudad, que emprendía aún bajo una lluvia torrencial, ya que había que llevar o ir a buscar ciertas cartas que no admitían demora fuera cual fuese el estado del tiempo. Los vecinos se acostumbraron pronto a «las rarezas del muchacho», pero Ben sabía que llamaba la atención cuando a toda carrera bajaba por la calle principal en tal forma que hacía gritar a los viejos y asomarse a la gente a las ventanas para verlo pasar. Al principio creían que era alguien que huía llevándose algo.

Lita disfrutaba tanto como él con esos juegos y aparentaba querer lanzarlo por encima de la cabeza, pues había aprendido a obedecer las indicaciones que el muchacho le hacía con la mano o el pie o con una palabra.

Estas hazañas hacían que los muchachos miraran a Ben Brown con gran admiración, y las niñas con tímida reverencia, a excepción de Bab, quien procuraba imitarlo en la primera oportunidad que se le presentaba para desesperación del pobre Jack, pues sólo en ese sufrido y paciente animal le era permitido montar. Por fortuna, ni ella ni Betty disponían de mucho tiempo para juegos, pues como las clases iban a terminar muy pronto todos estudiaban con ahínco, para poder gozar luego, sin preocupaciones, las largas vacaciones. De modo que las reuniones «bajo las lilas», como ellos las llamaban, fueron diferidas para más adelante, y los muchachos tuvieron que entretenerse solos, aunque siempre bajo la vigilancia y los consejos de la señorita Celia.

Mucho tiempo necesito Thorny para ordenar sus cosas, ya que únicamente contaba con la ayuda le Ben para vaciar sus valijas. Mientras trabajaba, éste no dejaba de admirar todas esas maravillas y tesoros que veía por primera vez. La pequeña prensa le produjo una gran impresión, y Thorny, dejando lo demás a un lado y en completo desorden, le enseño a manejarla al mismo tiempo que se le ocurría fundar un periódico local del cual él sería el editor, Ben el impresor, su hermana el principal suscriptor, Bab el mensajero y Betty la oficinista.

Entre las cosas, apareció luego un álbum de estampillas y una tarde lluviosa se entretuvieron pegando una nueva colección le sellos en sus correspondientes lugares, y Thorny dio a su amigo amplias explicaciones. Ben no demostró mayor interés por eso, en cambio se entusiasmó cuando descubrió un libro que traía dibujadas las banderas le todas las naciones. Se apoderó del libro, pues quiso copiar las banderas para saber cómo debía adornar la casa en ciertas y especiales ocasiones. Al advertir que eso divertía a su hermano, la señorita Celia, generosamente, les abrió sus cajones de retazos, y como éstos no dieran abasto, les compró géneros de tonos llamativos y papeles de colores y provoco el asombro del vendedor pidiéndole varios frascos de goma le pegar. A Bab y Betty se las invitó a coser las brillantes tiras o las estrellas y, aunque se pinchaban continuamente los dedos, encontraron esa labor mucho más interesante que unir cubrecamas.

Todo ese despliegue de tijeras y engrudo, la costura, llenaba la gran habitación de atrás que se les había destinado, y ese despliegue de banderas y pendones que pronto decoraron las paredes habrían hecho resplandecer de alegría, o por lo menos de admiración, la mirada del más triste. Por supuesto las estrellas y los galones estaban algo bien, y el león inglés brincaba sobre el estandarte real; después colgaba una galería de cuadros: el águila rusa, de dos cabezas, el dragón negro de la China, el león alado de Venecia y el par trenzado sobre la bandera roja, blanca y azul de Holanda. Las llaves y la mitra de los dominios del Papa dieron un poco le trabajo, pero por fin se les dio término, y a su lado quedaron la amarilla bandera turca y la roja luna llena del Japón; debajo pendía la hermosa bandera azul y blanca de Grecia y encima, la cruz de la libre Suiza. Si los materiales hubieran alcanzado, habrían hecho las banderas de todas las naciones americanas, pero la goma y la paciencia se terminaron y los laboriosos obreros tuvieron tiempo para descansar antes de que llegara el día en que «se agitaran con la brisa sus banderas».

A la furia de confeccionar banderas siguió la de construir embarcaciones y aparejos, y Thorny, que se consideraba demasiado grande para tales juegos, hizo una flota completa para «los niños» y acepto su dirección entregándoles luego todo, a excepción del barco le guerra que con su velamen desplegado y el oficial rojo, que sobre el alcázar movía la espada, continuó adornando su habitación.

Estos preparativos los realizaban al aire libre, pues tenían que hacer un embalse en el arroyo para convertirlo en un océano donde el barco pirata de Ben, el «Rover Rojo», con la bandera negra al tope pudiera dar caza y capturar a la elegante fragata de Bab, «La Reina», mientras el «Intrépido», cargado de maderas, hacía sin tropiezos el viaje desde Kennebunleport hasta la bahía le Massachusetts. Desde su asiento, Thorny, que hacía de ingeniero jefe, dirigía su cuadrilla compuesta de un solo hombre a quien hacía cavar el foso, levantar el dique y, por fin, dejar entrar el agua hasta llenar el pretendido océano; después había que regular la pequeña compuerta para que no se rebalsara e hiciese zozobrar la bonita escuadra compuesta le barcos, botes, canoas y balsas que pronto anclaría en una de sus costas.

Cavar y chapotear en el barro y en el agua entretenía a los muchachos que continuaron en esa tarea hasta que con una serie de ruedas, molinos y cataratas artificiales transformaron lo que fuera una vez tranquilo arroyuelo en algo completamente distinto, y una ciudad industrial parecía levantarse en el pacífico rincón donde antes estaban las mojarritas y donde las ranas habían podido ensayar serenatas sin que nadie las molestara.

La señorita Celia aprobaba aquel juego le los niños, porque le gustaba que Thorny se distrajera al aire libre, ya que lo permitía la suave temperatura del mes de junio, y cuando la novelad de ese entretenimiento se hubo disipado, ella misma planeó una serie de excursiones de exploración que llenaron de alegría las almas infantiles. Como uno de ellos conocía muy bien el paraje, revistió gran interés salir una gloriosa mañana de sol con un lío de mantas y almohadones, una canasta con comida, libros e implementos para pintar, acomodados dentro del coche, partir sin rumbo fijo por las umbrosas praderas y detenerse dónde y cuándo les placía. Hicieron descubrimientos maravillosos, bautizaron muchos lugares y tuvieron, los peregrinos, toda clase de alegres aventuras.

Todos los días acampaban en un sitio distinto, y mientras Lita mordisqueaba a su gusto la hierba fresca, la señorita Celia tomaba apuntes bajo una enorme sombrilla, Thorny leía a sus anchas o dormitaba sobre una colchoneta de goma, y Ben trataba de ser útil a todos. Descargaba el coche, llenaba la botella del agua, acomodaba los almohadones del inválido, preparaba las cosas de la merienda, corría de un lado a otro en procura de una flor o tras una mariposa, trepaba a un árbol desde donde describía el paisaje, leía, conversaba o jugaba con Sancho; realizaba, incansablemente, toda clase de actividades; la vida al aire libre gustaba a Ben y era su medio natural.

—¡Ben!… Necesito un amanuense —dijo Thorny, cierto día arrojando cuaderno y lápiz, luego de un momento de silencio, interrumpido solamente por el murmullo de las hojas que llegaba desde lo alto y por el suave sonido de la corriente del arroyuelo cercano.

—¿Un qué? —preguntó Ben echando hacia atrás el sombrero con tal aire de asombro que Thorny preguntó casi a gritos:

—¿No sabes qué es un amanuense?

—A decir verdad, ¡no!… A no ser que se trate de algo parecido a una anaconda. ¿Será eso lo que quieres?

Thorny no pudo contener una ruidosa carcajada que obligó a su hermana, quien hacía un croquis de un viejo portón, a levantar la cabeza para observarlo.

—No necesitas reírte así de mí. Tú no supiste decirme qué era un amanuense cuando te lo pregunté y yo no me eché a reír a los gritos por eso.

—La idea de que pudiera necesitar una anaconda me hizo tanta gracia que no conseguí dominarme. Estoy seguro que si hubiera sido eso lo que te pedía, tú me la habrías traído. Eres un muchacho tan servicial…

—Naturalmente. No sería extraño que se te antojara una cualquier día de éstos. Pides cosas tan raras… —respondió Ben apaciguado por el cumplido de su amigo.

—Por ahora sólo te pido que seas mi amanuense. Para eso hasta que escribas por mí; me cansa hacerlo sin tener una mesa en donde apoyarme.

Tú escribes muy bien ya y te será útil, además, adquirir algunos conocimientos de botánica. Quiero instruirte, Ben —manifestó Thorny, como si pensara que le confería un gran favor.

—Eso parece algo muy difícil —murmuró Ben, dirigiendo una triste mirada al libro que yacía sobre un lecho de hojas y flores deshechas.

—No, no es difícil. Muy por el contrario: resulta realmente entretenido y podrás prestarme gran ayuda en cuando adquieras algunos conocimientos. Veamos… Supón que te diga: tráeme un «ranunculus bulbosus». ¿Cómo sabrías qué es lo que quiero? —preguntó Thorny moviendo el microscopio que tenía a su lado con aire doctoral.

—Me sería imposible saberlo…

—Hay muchas a nuestro alrededor y yo quiero estudiar una.

—Trata de adivinar.

Ben recorrió cielo y tierra con la mirada y estaba por darse por vencido cuando cayó una vellorita a sus pies al mismo tiempo que los ojos de la señorita Celia le sonreían detrás del otro niño, quien no había visto la flor.

—Tal vez sea ésta la que quieres. Yo no la llamo «ranunculus bulbosus», por eso no estoy muy seguro de que sea ésta la flor a la cual te refieres. —Y Ben presentó la vellorita como si conociera todas sus particularidades.

—Perfectamente. Acertaste. Ahora tráeme un «leonton taraxacum» —pidió Thorny—, encantado por la rapidez con que aprendía su alumno y halagado de que se le permitiera hacer gala de sus conocimientos.

Ben volvió a mirar a su alrededor, pero el campo estaba lleno de flores de toda clase, y si no hubiera sido porque un largo lápiz le señaló un diente de león que tenía cerca no habría sabido cuál escoger.

—Aquí lo tiene, señor —ofreció con una risita ahogada, y esta vez le tocó asombrarse a Thorny.

—¿Cómo diablos lo supiste?

—Prueba otra vez y quizás lo descubras —rio Ben.

Thorny hojeó su libro y pidió un «frifolium platense». El inteligente lápiz señaló hacia una dirección determinada y Ben recogió un trébol. Gozaba enormemente con aquella burla mientras pensaba que la clase de botánica no era del todo aburrida.

—Mira aquí. ¡Nada de tonterías!… —Y Thorny se volvió para investigar aquel misterio. Tan rápidamente lo hizo que su hermana no tuyo tiempo de componerse—. ¡Ah!… ¡Te descubrí!… Haces mal al decirle, Celia. Ahora Ben, tendrás que aprender todo cuanto se refiere a esta vellorita ocre como castigo por el engaño.

—Muy bien, señor. Traiga su «rinoceronsis» —contestó Ben, quien no podía dejar de imitar a su viejo amigo el payaso cuando se sentía verdaderamente contento.

—Siéntate y escucha bien lo que voy a decirte —ordenó Thorny con la gravedad de un severo maestro de escuela.

Encaramándose sobre un musgoso tronco, Ben, obediente, se sumergió en el laberinto del siguiente análisis, tropezando con palabras desconocidas que apenas podía deletrear mientras pensaba perplejo cómo saldría de todo eso.

—Phaenogamus. Exogenous. Angrosperm. Polypetalus. Stameus, más de diez. Stameus en el receptáculo. Pistilo, más de uno y separados. Hojas sin estípulas. Familia de las ranúnculas. Ranúnculas Genus. Nombre científico: «ranunculus bulbosus».

—¡Por Dios!… ¡Qué flor… Pistolas y oxígeno! Y Polly que pone su pata sobre ellas y qué sé yo cuántas cosas más… Si esto es la botánica te la devuelvo: no me gusta —dijo Ben, mientras resollaba rojo y sudoroso como si acabara de correr una larga carrera.

—Tiene que gustarte. Aprenderás todo eso de memoria: Luego te daré un diente de león para que lo estudies y te lo haré ver a través de mi lente. No te imaginas lo interesante que es eso y la cantidad de cosas bonitas que observarás —exclamó Thorny, quien había descubierto los encantos de ese estudio y conocía las satisfacciones que proporcionaba, sobre todo a él, a quien habían prohibido distracciones más activas.

—Pero después de todo, ¿qué utilidad tiene esto? —preguntó Ben, quien hubiera preferido segar todo el campo antes que continuar con el estudio que le imponían.

—Eso te lo explicará muy bien mi libro, esta «Botánica de Gray para jóvenes» como reza su título. Pero yo puedo decirte qué importancia tiene para nosotros —prosiguió Thorny cruzando las piernas en el aire, apoyándose en la espalda y preparándose para atacar el tema. Somos de la Sociedad Científica de Exploradores y debemos llevar un cómputo de todas las plantas, animales, minerales, etc., que descubrimos. Supongamos que nos perdemos y debemos juntar plantas y cazar animales para alimentarnos. ¿Cómo sabremos cuáles son inocuos y cuáles no? Oye, ¿conoces la diferencia que hay entre un hongo venenoso y uno que no lo es?

—No.

—Pues bien: te la enseñaré un día de éstos. Hay también gladiolos ponzoñosos y toda clase de bayas malignas y conviene que observes bien dónde caminas cuando vas por el bosque o tropezarás con alguna hiedra que te hará pasar un mal rato. Ya yes que conviene conocer botánica.

—Thorny aprendió todo esto a través de una triste experiencia: conviene que tú atiendas sus consejos —dijo la señorita Celia, recordando los incontables accidentes que había padecido el muchacho antes que se apoderara de él la manía por la botánica.

—Por cierto que no me hizo mucha gracia tener que andar durante una semana con hojas de plátano y cremas en la cara. Acércate a un cornejo, Ben, y comprobarás que tu cara se pone roja como un cangrejo y los ojos se te salen de las órbitas. Acércate y ponte a estudiar al momento; ello impedirá que te veas en dificultades como le ocurre a muchos.

Impresionado por esta advertencia y atraído por el entusiasmo de Thorny, Ben se tiró sobre la colchoneta y por espacio de una hora las dos cabezas se movieron del microscopio al libro; el maestro hacía gala de sus conocimientos y el alumno se interesaba más y más con aquellas novedades que veía y oía. Aunque debemos confesar que Ben prefería observar las hormigas, escarabajos, lombrices y moscas de alas transparentes en lugar de dedicarse a las plantas de nombres largos. Sin embargo, no se atrevió a decirlo. Pero cuando Thorny preguntó si no le parecía un agradable entretenimiento, eludió la respuesta con toda astucia y propuso que juntaran flores para la señorita, prometiendo estudiar las especies venenosas siempre que le dieran tiempo para dedicarse con toda atención a tan interesante ciencia.

Como Thorny estaba ya ronco de tanto explicar se apresuró a dar término a la lección v los dos muchachos se dedicaron a pescar la botella de leche que dejaran en el arroyuelo. El recreo se prolongó hasta el día siguiente. Pero ambos niños habían encontrado gran placer en este nuevo pasatiempo; el activo Ben recorría el bosque y los campos provisto de una caja de latón que llevaba sobre el hombro en tanto que a Thorny, que poco se podía mover, le destinaron una bonita habitación adecuada a su nueva ocupación, donde se entretenía pegando flores secas en sus cuadernos, hierbas y hojas en las paredes, donde tenía botellas, probetas, bandejas y recipientes de distintas clases y podía hacer todo el desorden que quería.

Pronto Ben trajo tal variedad de ejemplares que arrancaba de verdes escondrijos, de las orillas de los arroyos donde crecían azulados helechos, de los sitios donde las pajarillas danzaban como sonrosados duendes alrededor de las piedras, o de los árboles sobre cuyas ramas los pájaros hacen sus nidos, las ardillas conversan y las marmotas construyen sus madrigueras, que Thorny experimentó un vehemente deseo de ver con sus propios ojos todas esas maravillas. Por eso ensillaron a Jack y éste salió diligente moviendo su viejo cuerpo al trepar por los hermosos parajes para traer de vuelta a su jinete más fuerte y tostado que antes.

Estas cosas complacían a la señorita Celia quien, muy contenta, los miraba partir mientras ella se quedaba tranquilamente en casa y se dedicaba a coser algunas prendas delicadas o a escribir cartas voluminosas o a soñar con otras cartas tan largas como las suyas, meciéndose en su sillón hamaca bajo las lilas.

CAPÍTULO CUATRO

—¡Las clases han concluido!

—¡Ahora podremos jugar!…

Así cantaban Bab y Betty al regresar a su casa aquel último día de junio, al mismo tiempo que cerraban los libros como si no fueran a abrirlos nunca más.

La maestra, agotada, les había dado ocho semanas de vacaciones que ella aprovecharía para descansar. Se cerró la escuelita, las lecciones tocaron a su fin, las vacaciones comenzaron finalmente. La tranquila ciudad se llenó súbitamente de niños tan bulliciosos que las madres comenzaron a pensar cómo aquietarlos e impedirles cometer peligrosas travesuras, en tanto que los padres, siempre prácticos, se las, ingeniaban para utilizar esas pequeñas manos ociosas y las ponían a juntar bayas o a rastrillar el heno, mientras los ancianos, no obstante amar mucho a los niños, bendecían secretamente al inventor de las escuelas.

Lo primero que hicieron las niñas fue planear y realizar «pic-nics» y pronto los campos, sobre los que esparcían sus sombreros, parecieron cubrirse de grandes hongos, y las colinas florecieron por doquier, como si los vestidos de alegres colores fueran flores que se iban de paseo; y los bosques se llenaron de pájaros sin plumas que piaban tan alegremente como los tordos, los petirrojos y los reyezuelos.

Los muchachos se entregaron al «baseball» como pato que se echa al agua, y grandes batallas de mucho ruido pero poca sangre sacudieron las praderas. A los profanos en estas cosas debía parecerles que estos jovencitos habían perdido el juicio, pues, sin preocuparse por el calor que hiciese, ellos estaban siempre allí, sin saco, arremangados, arrojando al aire gorras de todo tipo, dando golpes sobre pelotas de cuero muy gastadas, arrojándolas al aire y corriendo luego tras ellas como si sus vidas dependieran de eso.

Todos hablaban con aspereza, chillaban a voz en cuello, disputaban sobre cualquier incidente del juego y, no obstante el calor, el polvo, la gritería y el inminente peligro de perder en cualquier momento un ojo o un diente parecían muy contentos.

Thorny era un jugador excelente, pero, como no estaba lo bastante fuerte como para demostrar su destreza, Ben lo sustituyó. Aquél, sentado sobre una cerca, actuaba de árbitro con gran alegría de su parte. Ben prometía ser un buen discípulo, pues hizo rápidos progresos; sus ojos, pies y manos que fueran otrora tan bien adiestrados, le prestaron un excelente servicio y Brown fue considerado casi en seguida un «catcher» de primera clase.

Sancho se distinguió por su habilidad en encontrar las pelotas extraviadas y cuando era necesario, cuidaba los sacos esparcidos sobre la hierba con el aire respetuoso que tiene la guardia que está junto a la tumba de Napoleón. Bab hubiera deseado unirse al juego de los muchachos que prefería a los aburridos «picnics» o a los paseos con las muñecas; pero sus héroes no, la querían a ningún precio y ella tuvo que conformarse y sentarse junto a Thorny a observar con ansioso interés los altibajos del juego de «nuestro equipo».

Para el 4 de Julio, los muchachos proyectaron jugar un importante partido; pero cuando el club se reunió para organizarlo las circunstancias se mostraron poco propicias. Thorny se había ido con su hermana a la ciudad a pasar el día, dos de los mejores jugadores no aparecieron y los demás estaban completamente exhaustos a consecuencia de las fiestas que habían comenzado al alba. Se tendieron entonces perezosamente sobre el césped bajo los grandes álamos a comentar sus decepciones y desilusiones.

—Es el 4 de Julio más pobre que he visto en mi vida. Ni cohetes ha habido esta vez a causa de un caballo que por ellos se espantó el año pasado —rezongó Sam Kitteridge, disgustado con el severo edicto que prohibía a los ciudadanos quemar cuanta pólvora les viniese en ganas como lo hacían años anteriores.

—El año pasado Jimmy perdió un brazo cuando hicieron las salvas con el viejo cañón. ¿No resultó entretenido ir a visitarlo al hospital y luego acompañarlo de regreso a su casa? —comentó otro niño, a quien había defraudado la falta de accidentes, una de las partes más interesantes del programa de festejos.

—Y a menos que arda algún granero, tampoco habrá fuegos artificiales —manifestó otro muchacho, el cual en aquella ocasión se había dedicado con tal ardor e imprudencia a la pirotecnia que había asado en sus fuegos la vaca de un vecino.

Yo no daría ni dos céntimos por un lugar tan viejo y aburrido como éste. El 4 de julio del año pasado yo me pasee por las calles de Boston sentado en lo alto de nuestro gran coche y vestido con mis mejores galas.

Hacía un calor sofocante, pero divertía poder ver a través de las ventanas altas de las casas y oír los gritos de las mujeres que se asustaban cuando el carricoche se tambaleaba y yo simulaba que me caía —dijo Ben apoyado en un palo con el aire de un hombre que ha recorrido al mundo y que deplora tener que descender desde su alta esfera.

—Si yo me hubiese encontrado en tu lugar nunca hubiera venido aquí —exclamó Sam quien trataba de sostener con el mentón su palo de «base-ball», pero fracasó, y como no pudo mantener el palo en equilibrio, éste cayó y le golpeó la nariz.

—Tienes mucho que aprender, viejo. Te aseguro que la tarea es difícil y no se avendría con tus huesos perezosos. Por otra parte, eres demasiado grande para empezar a aprender. Lo único que podrías hacer en un circo es exhibirte como ejemplar de gordo, siempre que Smithers necesite uno —declaró Ben observando al robusto muchacho con un poco da desprecio.

—Vamos a nadar. Si no podemos jugar no hay nada que hacer aquí —dijo un pelirrojo que deseaba bañarse en el estanque de Sandy.

—Me parece bien. Tampoco yo descubro que otra cosa se puede hacer —suspiró Sam que se incorporó con la misma gracia de un pequeño elefante.

Todos se disponían a seguirlo cuando un agudo «¡chist, muchachos! ¡deténganse! …», hizo que se volvieran a observar a Billy Barton, quien se acercaba corriendo como un potrillo desbocado y agitaba en la mano una gran hoja de papel.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Ben mientras el otro, portador da grandes noticias, se acercaba resoplando y haciendo gestos.

—¡Miren!… ¡Lean esto! ¡Acérquense!… —exclamó Bill poniendo el papel en manos de Sam y observando al grupo con su cara de luna llena resplandeciente de alegría.

—«¡Atención! ¡Gran exhibición!» —leyó Sam—. «Van Amburgh y Compañía. Gran Casa de Ferias, Circo y Coliseo. Se presentará en Barryville el cuatro de julio a las trece y a las diecinueve horas en punto. Cincuenta céntimos la entrada. Los menores pagan media entrada. No olviden al día y la hora de la exhibición. H. Frost, Gerente».

Mientras Sam leía, los otros niños se entretenían mirando las curiosas y atractivas figuras que cubrían el programa. Se veía un carro dorado dentro del cual caballeros con corazas tenían en la mano grandes trompetas; tiraban de la carroza veinticuatro corceles con las cabezas, crines y colas adornadas con plumas; payasos, titiriteros, hombres que levantaban pesas y jinetes que volaban por el aire como si para ellos no existiera la ley de la gravedad.

Pero lo que más les llamó la atención fue el gran conjunto de animales: la jirafa emergía por detrás del elefante, la cebra parecía querer saltar por encima de las focas, el hipopótamo se acercaba como si friese a devorar a una pareja de cocodrilos y unos cuantos leones y tigres saltaban en todas direcciones con las fauces muy abiertas y las colas tan tiesas como la del famoso león de la Casa de Northumberland.

—¡Madre mía!… ¡Cómo me gustaría ver esto!… —exclamó al pequeño Cyrus Fay, quien esperaba que la jaula que encerraba todas esas admirables bestias fuera bien segura.

—Difícilmente lo conseguirás. Eso sólo existe en figuras. En la realidad verás poco más que esto —y Ben, que había parado el oído al oír la palabra «circo», señalo con el dedo la figura de un hombre colgado por la nuca con un niño en cada brazo, otros dos colgados de los pies y un tercero que se apoyaba sobre la cabeza.

—Yo pienso ir —declaró Sam muy decidido, pues aquel desfile de maravillas le había ganado el alma hasta al extremo de hacerle olvidar el peso de su propia gordura.

—¿Cómo se las arreglarán para ir y pagar la entrada? —preguntó Ban, cuyas piernas comenzaron a temblar como le había ocurrido siempre que su padre lo alzaba para arrojarlo a través del aro de fuego.

—Iremos caminando con Billy. Son sólo cuatro millas y tenemos bastante tiempo, de modo que podremos hacer el viaje con toda tranquilidad. Mamá no se inquietará ni pondrá inconvenientes si le avisamos —explicó Sam al mismo tiempo que sacaba del bolsillo medio dólar con la desenvoltura de quien está acostumbrado a manejar semejante suma.

—Vamos, Brown… Tú eres un buen camarada y nos explicarás todas las triquiñuelas da la función —agregó Billy.

—Hum… Ni sé que hacer —murmuró Ben, quien deseaba ir, pero temía un rotundo «no» de la señora Moss si iba a pedirle permiso.

—¡Tiene miedo!… —se mofó un muchacho de cara colorada que se acababa de sentar en el suelo y ciaba así rienda suelta a toda su amargura ya que para él no había esperanzas de poder ir.

—¡Repite eso y te arrancare la cabeza!… —y Ben miró a su alrededor con tal expresión de furia que el atrevido se dio rápidamente a la fuga.

—Será tal vez que no tiene dinero… —sugirió un muchacho andrajoso que nunca tuvo en los bolsillos nada más que un par de manos sucias.

Con toda calma Ben mostró un billete de un dólar y lo sacudió ante las narices del incrédulo diciéndole con dignidad:

—Tengo dinero suficiente como para llevarlos a todos ustedes, si quisiera, peso no pienso hacerlo.

—Pues entonces ven y diviértete con Sam y conmigo. Compraremos algo pasa comes y haremos el viaje sin advertirlo —dijo Billy con tono conciliador al mismo tiempo que le daba unos golpecitos en la espalda y le sonreía de tal manera que a Ben le fue imposible negarse.

—¿Por qué se demoran? —preguntó Sam—. Yo ya estoy preparado pasa partir.

—No sé qué haces con Sancho. Se perderá o me lo robarán si lo dejo y ustedes están muy apurados para darme tiempo de llevarlo a casa —comenzó a decir Ben que quería convencerse de que ésa era la causa de su vacilación.

—Dile a Cy que te lo lleve. Él lo hará por unos pocos céntimos, ¿no es verdad, Cy? —preguntó Billy, esforzándose por vencer todos los inconvenientes, pues quería a Ben y sabía que el muchacho deseaba ir.

—No, yo no se lo llevaré. No me gusta ese perro. Gruñe siempre que me le acerco —exclamó el travieso Cy de quien con justa sazón desconfiaba el pobre Sancho.

—Allí está Bab; ella lo llevará. Corre, amiguita, Ben te necesita —llamó Sam haciendo señas a la pequeña figura trepada en la cerca.

Esta salto y corrió emocionada y orgullosa de que la hubiera llamado el capitán del equipo.

—Quiero que lleves a Sancho a casa, le digas a tu mamá que me voy a caminas y que tal vez no vuelva hasta el anochecer. La señorita Celia me dio permiso pasa que hiciera lo que quisiese durante el día. ¿Recuerdas?

Ben hablo sin levantas la vista y simuló estar muy ocupado arreglando la correa del perro. Es que el muchacho y el perro rara vez se separaban porque eso no le gustaba a ninguno de los dos. Pero Ben cometió un error, pues mientras él se demoraba ajustando la correa, Bab tuvo tiempo de enterarse de lo que decía el papel que Sam sostenía aún entre las manos, con lo que se confirmaron las sospechas que despertaran en ella las cosas de los muchachos.

—¿Adónde van? Mamá querrá saberlo —preguntó dominada por una gran curiosidad,

—Eso no te importa a ti. Las niñas no tienen por qué saberlo todo. Toma la correa y vete a casa. Deja a Sancho atado durante una hora y dile a tu mamá que estoy bien —contestó Ben que quiso hacer gala de su autoridad varonil delante de sus camaradas.

—Va al circo —susurro Fay deseando provocar una pelea.

—¿Al circo?… ¡Oh!, ¡Ben!… ¡Llévame!… —gritó Bab muy excitada al oís hablas de semejante maravilla.

—No podrás hacer cuatro millas a pie… —comenzó a decir Ben.

—Podré caminarlas como cualquiera de ustedes.

—No tienes dinero…

—Peso tienes tú… Vi cuando mostrabas tu dólar. ¿No me puedes prestar? Mamá te lo devolverá luego…

—No podemos aguardar hasta que te vistas…

—Voy como estoy. No importa que tenga puesto el sombrero viejo. —Y Bab se encasqueto más su viejo sombrero de paja.

—Tu madre no querrá que vayas…

—Entonces tampoco querrá que vayas tú…

—Ella no es mi ama ya. La señorita Celia no se enojará cuando lo sepa, de manera que puedo ir.

—¡Por favor!… ¡Llévame, Ben!… ¡Me portaré bien y cuidaré a Sancho durante todo el viaje!… —rogó Bab uniendo las manos y mirando a su alrededor como si quisiera sorprender un poco de piedad en las casas de aquellos muchachos.

—No nos molestes; no queremos tener niñas siempre pegadas a nuestros talones —exclamó Sam que dio media vuelta fastidiado.

—Yo te traeré un paquete de pastillas si nos dejas marchar tranquilos —le susurro por lo bajo el bueno de Billy dándole unos golpecitos en señal de consuelo sobre el vicio sombrero.

—Cuando venga el cisco aquí irás con Betty —manifestó Ben un poco molesto de tener que mentir así.

—¡Nunca vendrá el cisco a un pueblo tan pequeño!… ¡No me engañas!… Pues bien: yo no cuidaré a Sancho. ¡Allí lo tienes… —gritó Bab furiosa y al borde de las lágrimas: ¡tanto era su desconsuelo!

—Supongo que no serás tan mala… —murmuró Billy paseando la mirada de Ben a la niña que pestañeaba pasa disimulas el llanto.

—Me gustaría saber cómo hará para caminas cuatro millas. No me incomoda pagas su entrada. Lo que me preocupa es tener que llevarla hasta allá y traerla de regreso. ¡Las niñas son tan molestas!

—No, Bab. No puedes ir. Vete a casa y no fastidies. Vamos, muchachos. Van a ser las once y no nos conviene tener que ir muy aprisa Ben —habló muy resueltamente y en seguida tomo a Billy del brazo y los tres se alejaron. La pobre Bah y Sancho llorando la una y gruñendo el otro tristemente, los siguieron con la mirada hasta perderlos de vista.

Pero a Ben le pareció que las dos fisuras iban delante suyo a lo largo del hermoso camino. Y la alegría ya no pudo ser completa para él. Pues aunque reía y hablaba sin cesar, cortaba cañas y cantaba como un grillo, no lograba dejar de pensar que debía haber pedido permiso para hacer ese paseo y que debió ser más bondadosa con Bah. Por eso murmuraba rara sí:

—Quizá la señora Moss hubiera arreciado las cosas de modo que pudiéramos ir todos… Me habría gustado llevar a pasear a Bab, ¡ha sido tan buena conmigo!… Pero eso no tiene remedio ahora. Les llevaré algunos caramelos a las niñas y todo terminará bien.

Se aferró a esa idea y así consiguió continuar el camino mí, alegremente. Esperaba que a Sancho no le ocurriera nada durante su ausencia y mientras pensaba eso no dejaba de preguntarse si encontraría a algunos de los hombres que formaban la «troupe» de Smithers y hacía proyectes para divertir a sus compañeros.

El calor apretaba, y al llenar a los alrededores, de la ciudad se detuvieron junto a un manantial de agua para lavarse las caras llenas de polvo y refrescarse antes de sumergirse en el bullicio de la ciudad. Mientras se lavaban llegó junto a ellos, tambaleándose, el carro de un panadero, y Sam propuso que tomaran un liviano refrigerio mientras descansaban. Compraron un pan de jengibre y trepando a una lona cubierta de pasto verde, se tendieron en el suelo bajo un cerezo silvestre; y ni mismo tiempo que devoraban la comida con aran apetito paseaban la mirada por las grandes carpas del circo cuyas banderas flameaban al viento y que fácilmente podían verse desde la colina.

—Cruzaremos el campo. Resultará más corto que ir por el camino y así podremos dar un paseo por los alrededores antes de entrar. Quiero verlo todo y en especial los leones —dijo Sam mientras se engullía el Último bollo.

—Me parece oírlos rugir. —Y Billy se irguió para mirar con sus grandes ojos en dirección a las lonas que el viento hacía ondular y que ocultaban a su vista a los terribles leones.

—No seas tonto, Bill. Es una vaca que muge. Cuando oigas el rugido de un león temblarás de pies a cabeza —exclamó Ben, quien en ese momento se ocupaba de hacer secar su pañuelo que había hecho el doble oficio de toalla y servilleta.

—¡Convendría que te apuraras, Sam!… La gente comienza a ir para allá. Lo veo desde aquí… —Billy se movía impaciente. Era la primera vez que él iba a ir a un circo y creía firmemente que vería cuanto anunciaba el programa.

—Aguarda un poco a que beba otro trago de agua. Los bollos son muy secos —manifestó Sam, quien se deslizó hacia la orilla de la barranca para poder descender más fácilmente.

No obstante ello, a punto estuvo de rodar de cabeza, pues al mirar abajo antes de saltar descubrió algo que atrajo poderosamente su mirada durante unos instantes.

En seguida se dio vuelta e hizo una seña a sus compañeras al mismo tiempo que les decía en voz baja pero muy ansiosamente:

—¡Miren rápido, muchachos!…

Ben y Bill se asomaron y con gran esfuerzo lograron contener una exclamación de profundo asombro: allí, abajo, se hallaba Bah aguardando que Sancho concluyera de calmar su sed en el arroyuelo.

Tenían un aspecto cansado y miserable. Bab, con la cara roja como un camarón, surcada de grandes lagrimones, los zapatos blancos de polvo, el delantal desgarrado de cuyo cinturón colgaba algo y uno de los zapatos con el talón afuera como si le lastimara el pie. Sancho, con los ojos cerrados, bebía ansiosamente; el pelo sucio, la cola gacha y el pompón a media asta como si estuviera de duelo por el amo que lo había abandonado. Bab sostenía aún la correa como si fuera a conducir al perro; pero se había perdido y el coraje comenzaba a abandonarla. Miraba sin cesar a ambos lados del camino, pero sin poder descubrir a las tres figuras conocidas a las que había seguido sin perderles pisada como si fuera un pequeño indio que corriera tras los rastros de un enemigo.

—¡Oh, Sancho!… ¿Qué haremos si no los encontramos? Sin embargo, no deben hallarse lejos. Éste parece ser el único camino que conduce al circo…

Bab hablaba como si el perro pudiera entenderla y darle alguna contestación. Y pareció que Sancho iba a hacerlo, porque dejó de beber, paró las orejas y mirando en dirección a la loma se puso a ladrar sospechosamente.

—Debe haber ardillas. No te inquietes y pórtate bien. ¡Estoy tan cansada que no sé qué hacer!… —suspiró Bab, quién echó a caminar y procuró arrastrar al perro tras de sí, ansiosa de poder admirar, aunque más no fuera, la parte exterior del circo.

Pero Sancho había oído un ligero silbido y dando un fuerte tirón cortó la correa, trepo de un salto la barranca y cayó sobre Ben que estaba inclinado espiando. Fue recibido con alegres carcajadas y al encontrar a su amo de tan buen humor, aprovecho para echarse sobre él, lamerle la cara, husmearle el cuello, morderle los botones del saco y ladrar jubilosamente como si fuera la cosa más divertida hacer una caminata de cuatro largas millas para jugar a las escondidas.

Antes de que Ben lograra apaciguarlo, Bab había trepado también la barranca y su rostro sucio e infantil tenía una expresión tan pintoresca mezcla de temor, fatiga, decisión y alivio, que los muchachos no pudieron ser severos como hubieran querido.

—¿Cómo se atrevió a seguirnos, señorita? —preguntó Sam mientras ella echaba una mirada a su alrededor antes de sentarse en el suelo.

—Sancho quiso seguir a Ben. No conseguí llevarlo a casa, de modo que tuve que venir tras él hasta dejarlo seguro aquí donde no podía perderse y evitar así que Ben se enojase.

La inteligente excusa divirtió a los muchachos. Y en tanto que Ben lograba a duras penas esquivar las caricias del perro y se incorporaba, Sam prosiguió su interrogatorio:

—Supongo que ahora pretenderás ir al circo…

—Naturalmente… Ben dijo que a él no le importaría pagarme la entrada si yo no lo molestaba. Así lo haré, y luego me volveré sola a casa. No tengo miedo, Sancho sabrá cuidarme si ustedes no quieren hacerlo —respondió Bab muy resuelta.

—¿Qué te dirá tu madre cuando regreses? —interrogo a su vez Ben en tono de reproche.

—Estoy segura que pensará que tú me has inducido a emprender esta aventura… —Y la astuta chiquilla sacudió la cabeza como si lo desafiara.

—Eso se arreglará a la vuelta. Ahora será mejor que aprovechemos a divertirnos —aconsejó Sam a quien hacía gracia Bab por la sencilla razón de que ninguna de las picardías de la niña lo perjudicaban a él.

—¿Qué habrías hecho si no nos hubieses encontrado? —preguntó Billy cuya impaciencia se trocó en admiración por la resuelta chiquilla.

—Hubiese seguido por el camino hasta encontrar el circo y luego, de regreso a casa, le habría contado todo a Betty —respondió Bab sin vacilar.

—Pero no tienes dinero para la entrada…

—¡Oh!… Le habría pedido a cualquiera que me pagara la entrada. Como soy pequeña el gasto no habría de ser mucho.

—Lo más probable es que nadie te la hubiera pagado y entonces no ibas a tener más remedio que quedarte afuera.

—Pensé en la posibilidad, pero tenía muy bien planeado lo que haría si no hallaba a Ben. Obligaría a Sancho a realizar algunas pruebas y estoy segura de que de ese modo iba a obtener algunas monedas. Y ahora, sigamos viaje… —exclamó Bab muy resuelta y decidida a salvar cualquier obstáculo.

—No dudo de que habrías puesto en práctica lo que dices, Bab. Eres una gran muchacha, y si me alcanza el dinero, yo te pagaré la entrada —concluyo Billy mirándola con afecto.

—No es necesario. Yo me hago cargo de ella. Está muy mal que hayas venido, pero lo hecho, hecho está. Ahora quédate tranquila y no te preocupes por nada. Yo no me separaré de tu lado y te divertirás en grande —manifestó Ben resuelto a cargar él con todas las responsabilidades y dispuesto a ser bueno y condescendiente con su fiel amiga.

—Espero que así sea —murmuró Bab cruzándose de brazos como si lo único que le quedara por hacer, a partir de aquel momento, fuera divertirse.

—¿Tienes hambre? —preguntó Billy buscando en sus bolsillos restos del pan de jengibre.

—Estoy desfalleciente… —Y Bab se comió el trozo de pan con tanta desesperación que Sam, compadecido, le dio una parte de lo que le había quedado. Ben busco un poco de agua límpida en la parte en que el arroyuelo saltaba sobre unas piedras.

—Lávate la cara, arréglate el cabello y endérezate el sombrero. Luego reemprenderemos la marcha —ordenó Ben haciendo señas a Sancho para que se revolcara por el pasto y se limpiara.

Bab se restregó la cara hasta dejarla brillante y cuando levanto el delantal para secarse, dejo caer un montón de tesoros que había encontrado en el camino. Algunas flores mustias, musgo y ramitas verdes cayeron a los pies de Ben y un manojo de hojas anchas y un racimo de bayas blanquecinas atrajeron su atención.

—¿Dónde encontraste esto? —preguntó removiendo las hojas con el pie.

—En un pantano. Sancho vio alzo allí y yo me acerqué creyendo que encontraría una rata almizclera.

—¿Y qué encontraste? —preguntaron los tres muchachos a coro con sumo interés.

—Un gusano. Pero a mí no me gustan los gusanos. En cambio me agradó esa planta por lo verde y bonita. A Thorny también le gustan las hojas raras —recordó Bab concluyendo de peinar sus trenzas.

—Pero éstas no deben gustarles ni a ti ni a él porque son venenosas. ¿No te habrán envenenado ya? Por las dudas, no las vuelvas a tocar. Las plantas que crecen en los pantanos son malas. Así lo aseguró la señorita Celia. —Y Ben comenzó a mirar ansiosamente a su amiguita quien se miraba las manos sucias asustada. Luego preguntó muy preocupada:

—¿Crees tú que me enfermaré antes de ir al circo?

—No. Tengo entendido que el efecto sólo se siente al cabo de dos o tres días. Pero entonces es terrible…

—Poco me importará si antes he conseguido ver esos curiosos animales. Vamos pronto y no bacas caso de malas hierbas —aconsejó Bab más tranquila, pues la felicidad del presente era lo único que conmovía su juvenil y despreocupado corazoncito.

CAPÍTULO CINCO

Olvidando las preocupaciones, el grupo de chiquillos bajó corriendo la loma seguido por el inquieto perro que saltaba alrededor de ellos, y poco después pudieron ver de cerca la gran carpa del circo. Pero como ya la gente comenzaba a entrar, no pudieron demorarse mucho en la puerta de acceso.

Ben tuvo de inmediato la sensación de que pisaba terreno conocido, y con tal indiferencia y tranquilidad arrojo su dólar en la taquilla, recogió el vuelto y echo luego a andar en dirección a la puerta de entrada con las manos en los bolsillos, que hasta el grandote de Sam domino su impaciencia y siguió humildemente al cabecilla que los conducía de un linar a otro como si fuera el dueño de todo aquello y tuviera que hacerle los honores a sus invitados. Bab, que se había asido fuertemente a los faldones de la chaqueta de su amigo, miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos y escuchaba profiriendo grandes exclamaciones de asombro y alegría al oír el rugido de los tigres y los leones, el chillido de los monos, los quejidos de los camellos y la música de la banda ubicada en el alto palco rojo.

Cinco elefantes comían su heno dentro de las jaulas y Billy sintió que se le aflojaban las piernas cuando vio esas enormes bestias de largas trompas y ojos pequeños pero muy vivos. A Sam lo divertía tanto el ruido que hacían los monos, que sus compañeros lo dejaron frente a la jaula de esos animales y ellos, se fueron a ver la cebra.

—… rayada como el vestido de gasa de mamá —observó Bab.

Pero en cuanto descubrió a los «ponnies» con sus crías se olvidó por completo de aquélla. Sobre todo le llamo la atención un caballito muy pequeño que dormía sobre un colchón de heno, tan igualito a su madre, tan pequeñito que parecía mentira que fuera un animal de verdad.

—¡Oh, Ben!… ¡Yo quiero acariciar a ese caballito!… —dijo Bab. Y pasó las sogas para tocar suavemente con la mano al hermoso caballito mientras la madre la vigilaba con ojo atento, husmeaba el sombrero marrón de la niña y el caballito entreabría perezosamente los ojos para ver qué sucedía.

—¡Sal de allí!… ¡Eso no se debe hacer!… —ordenó Ben que aunque deseaba hacer lo mismo sabía respetar la propiedad y su propia dignidad.

De mala gana Bah se dejó arrastrar adonde estaban los cachorros de leones parecidos a grandes perros y los tigres que se lavaban la cara igual que los gatos.

—¿Se enojarán si los acaricio? —preguntó Bab dispuesta a pasar su mano a través de los barrotes dándole a Ben tiempo justo para que le pegara un tirón de la falda y le impidiera así cometer esa locura.

—No se te ocurra acercarte porque te arrancarán la mano. Los tigres ronronean cuando están satisfechos y contentos, pero nunca son mansos y gruñen constantemente —explicó Ben. Luego se abrió paso en dirección al sitio donde los gibosos camellos con una expresión triste en los ojos que parecía indicar cuánto añoraban el amplio desierto, rumiaban pacíficamente.

Apoyado contra las sogas, mordiendo con displicencia una paja Ben parecía el empresario de aquel circo. Pero el agudo relincho de un caballo lo saco de aquella posición y le recordó que adentro los aguardaban maravillas superiores.

—Es mejor que nos apuremos a entrar para conseguir buena ubicación. La gente comienza a amontonarse. Quiero estar cerca de la entrada de los artistas para ver si descubro a alguno de los hombres de Smithers.

—Yo prefiero no sentarme por allí porque no se ve bien y además el tambor hace tanto ruido que no nos dejará oír nada —dijo Sam cuando se les reunió.

Puestos por fin de acuerdo, se ubicaron en un sitio desde el cual podían ver y oír cuanto ocurría en la pista y hasta alcanzaban a divisar a los caballos blancos de arneses de colores y el brillo de los yelmos que se encontraban del otro lado del sucio cortinado rojo. Ben compro maníes y maíz frito para Bab y adoptó una actitud de padre indulgente mientras la niña sentada entre él y Billy, murmuraba con la boca llena de palabras de agradecimiento.

Sancho, por su parte, se excitaba con todas aquellas escenas y ruidos familiares y su pobre mente de animal no alcanzaba a comprender la actitud de su amo; porque él consideraba que debían estar dentro del escenario, con la ropa de trabajo y aguardando su turno para actuar. Miraba con ansiedad a Ben y mordisqueaba la correa como si quisiera indicarle que en lugar de ella un moño rojo tenía que adornarle el cuello; y luego separaba con la pata las cáscaras de maníes como si buscara las letras para escribir.

—Te comprendo muy bien, amigo mío, pero nosotros no tenemos nada que hacer allí. Hemos renunciado a ese trabajo v ahora no somos más une simples espectadores. Por eso, a quedarse quieto y a portarse bien —musito

Ben acomodando al perro bajo su asiento y dando unos golpecitos a la cabeza que asomaba entre sus pies.

—¿Quiere salir al escenario a trabajar? —preguntó Billy y agregó:

—¿Y tú también? ¡Me gustaría verlos!… ¿No sería divertido que Ben se presentara en el escenario?

—A mí me daría miedo verlo montado sobre un elefante o dando saltos a través de los arcos como lo hacen los acróbatas… —respondió Bah que se puso a estudiar su programa.

—¡Bah!… Yo he hecho eso infinidad de veces y me gustaría demostrarles de qué soy capaz. No creo que tengan un muchacho en la compañía y no sería extraño que me tomaran si llegara a ofrecerme —dijo Ben, quien se movía inquieto en su asiento y dirigía ansiosas miradas en dirección al interior de la carpa donde sin duda se habría hallado más en su ambiente que allí, en medio de la platea.

—He oído decir a unos señores que la ley prohíbe trabajar a los niños porque es peligroso y no le conviene esa clase de trabajos. Si eso es verdad, tú no tienes nada que hacer aquí, Ben —observo Sam con aire de persona entendida y sin olvidar las alusiones que Ben había hecho con respecto a «los niños gordos».

—No creo que eso sea verdad y te aseguro que si Sancho y yo nos presentáramos seríamos contratados al instante. Formamos un número muy interesante y me están entrando ganas de demostrárselo a todos —dijo Ben comenzando a ponerse nervioso y un poco petulante.

—¡Oh!… ¡Ya comienza la función!… Vienen carruajes dorados, hermosos caballos, banderas, elefantes… —gritó Bab y dio un tirón al brazo de Ben en el momento en que toda la comparsa hacía su aparición encabezada por la banda de música cuyos músicos soplaban con tantas ganas en sus instrumentos que sus caras se ponían rojas como sus uniformes.

Dieron varias vueltas alrededor de la pista para que la concurrencia pudiera verlos a todos. Luego los jinetes, con las plumas de sus sombreros agitadas por el viento, quedaron haciendo caracolean a los caballos que piafaban ruidosamente, y los acróbatas se sentaron con desgano sobre la arena como si fueran a echarse a dormir allí no más.

PARTE TRES

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4

CAPÍTULO UNO

Grande fue el duelo causado por la pérdida de Sancho, porque tanto sus virtudes como sus habilidades eran queridas y admiradas por todos. La señorita Celia puso avisos reclamándolo y Thorny ofreció una gratificación a quien lo devolviese, y hasta el rudo Pat dirigió miradas inquisidoras a cuanto perro lanudo encontraba en el camino cuando iba al mercado. Pero ni rastros del animal se veían por ninguna parte. Ben estaba inconsolable y muy enojado, le dijo a Bab que bien merecido tenía lo que le ocurría cuando ésta comenzó a sentir los efectos del venenoso cornejo en las manos y la cara. La pobre Bab también lo pensó así y no se atrevió a esperar compasión de nadie, aunque Thorny, muy diligente, se había apresurado a recomendarles fomentos con hojas le llantén, y Betty, compungida, le ponía las hojas mojadas sobre las ronchas. Este tratamiento fue tan eficaz que bien pronto la paciente volvió a ocupar, como antes, su puesto en las reuniones. Pero para el mal de Ben no había remedio y el muchacho sufría inmensamente.

—No parece que este bien esto de que yo deba soportar tantas perdidas. Primero papá y ahora Sancho. Si no fuera por la señorita Celia y por Lita, no sé si podría soportarlo —dijo cierto día, en un acceso de desesperación, una semana después de que hubiera ocurrido el triste suceso.

—¡Oh!… ¡Vamos!… ¡No te pongas así!… Si vive aún lo encontraremos, y si no, yo te conseguiré otro tan bueno como él —prometió Thorny, dándole un amistoso golpecito en el hombro, mientras Ben se sentaba entre las plantas de habas por donde había estado carpiendo la tierra.

—¡Como si hubiera algún otro perro que se pudiera comparar con él, aunque sea medianamente!… —exclamó Ben indignado—. ¡O como si yo fuera capaz de reemplazarlo por otro perro por más hermoso que sea y por bien que mueva la cola!… ¡No, señor!… ¡Hay un solo Sancho en el mundo, y si ése no vuelve, yo no quiero ningún otro perro!…

—Busca otro animal, entonces. Elige el que prefieras. Te celo uno de los míos. Allí tienes los pavos reales… ofreció Thorny lleno de infantil simpatía y buenos propósitos hacia su amigo.

—Son muy hermosos, pero yo no los quiero. Gracias —replicó el triste niño.

—Entonces toma un conejo. Tómalos todos…

—Eso era un importante ofrecimiento, pues había, por lo menos, una docena de conejitos.

—No son fieles como los perros y sólo se ocupan de escarbar entre los desperdicios y rumiar todo el día. Me disgustan los conejos…

—No era difícil que Ben estuviera cansado de ellos porque había tenido que cuidarlos desde su llegada y cualquier niño que haya criado conejos alguna vez sabe el trabajo que dan.

—Tampoco a mí me gustan. ¿Qué te parece si hacemos un remate y los vendemos? Y Jack, ¿no te consolaría? Si fuera así, es tuyo. Yo me encuentro tan bien que puedo caminar o montar cualquier caballo —agregó Thorny en un nuevo arranque de generosidad.

—Jack no podría estar siempre conmigo como lo hacía Sancho ni dormir a mi lado.

Ben procuraba mostrarse agradecido pero nada, a excepción de Lita, habría podido calmar su aflicción, y ella no pertenecía a Thorny, de lo contrario y con toda seguridad el muchacho se la habría ofrecido a su desconsolado amigo.

—Por supuesto que no puedes llevar a Jack a dormir contigo ni guardarlo en tu habitación y me temo, además, que él nunca aprendería a hacer algo con destreza. Quisiera poseer algo que te gustara y que yo amase para ofrecértelo…

Habló Thorny con tanta dulzura y se mostró tan bondadoso que Ben levantó los ojos y al mirarlo comprendió que el niño le había dado una de las cosas más hermosas que tiene la vida: amistad. Quiso manifestar lo que sentía, pero no supo cómo hacerlo, de modo que volvió a tomar el rastrillo y se puso a trabajar diciendo con una voz que permitió a Thorny entender lo que verdaderamente significaban sus palabras:

—Eres muy bueno conmigo. Le prometo no atormentarme más. Aunque considero que esta desgracia ha seguido muy de cerca a la otra…

Calló, y una lágrima ardiente rodó hasta las hojas de una planta de habas. Ben la vis y movió rápidamente la planta para que nadie más pudiera advertirla.

—¡Por Júpiter!… ¡Yo encontraré a ese perro aunque tenga que buscarlo bajo la tierra!… ¡Anímate, ando mío, y no dudes de que volveremos a tener a nuestro antiguo camarada entre nosotros!…

Y después de esa profética exclamación, Thorny se puso a hacer trabajar su cerebro para hallar la manera de resolver aquel asunto.

Media hora más tarde, la música de un organillo que venía desde la avenida le hizo levantarse del mullido césped sobre el que se había recostado a pensar en el problema. Asomándose a la pared Thorny dirigió una mirada de inspección, y como encontrara buena la música, de aspecto simpático al italiano que hacía de organillero y gracioso al monito, hizo entrar a todos como una nueva y delicada prueba de atención hacia Ben, ya que pensaba que la música y los bailes del mono traerían gratos recuerdos al muchacho y le harían olvidar un poco su pena.

Entraron por el pabellón escoltados por Bab y Betty todo alborozadas, pues rara vez se veían organilleros por esos contornos y a las niñas les gustaban mucho. Sonriente, mostrando sus clientes que resplandecían de blancos que eran y haciendo centellear sus ojos negros, el hombre tocó el organillo mientras el mono hacía serios saludos y recogía las monedas que Thorny le arrojara.

—Hace calor y usted parece cansado. Siéntese, que ordenaré que traigan algunos bocados —dijo el joven señorito indicándole el asiento que estaba junto al gran portón.

Después de dar las gracias en un mal inglés el hombre obedeció de muy buena gana, y Ben pidió que también dejaran que Jacko, el mono, se pusiera cómodo. Según explicó, él conocía cuáles eran los gustos y las costumbres de esos animales. Así, pues, quitaron al pobre bicho su sombrero de candil y su uniforme, y lo alimentaron con pan y manteca y hasta le permitieron tirarse sobre el césped fresco a dormir una siesta. Mostraba tal parecido con un pequeño hombrecito cubierto con un abrigo de piel que los niños no se cansaban de mirarlo.

Entretanto, la señorita Celia, que también había aparecido, se puso a hablar en italiano con Giácomo, con lo que puso un poco de alegría en el nostálgico corazón del organillero. Ella había estado en Nápoles y comprendía los sentimientos del hombre por la ciudad que le viera nacer. Sostuvieron una larga conversación en ese musical idioma y el organillero se sintió tan agradecido que se puso a tocar el organito para que los niños bailaran hasta que el cansancio los rindiera. Y cuando se detuvo, pareció que lamentaba tener que volver a deambular, solitario, por esos polvorientos caminos.

—Me gustaría irme con él y andar rumbo por lo menos una semana. Podría vivir fácilmente si también tuviera mi perro para exhibirlo —dijo Ben mientras trataba de convencer a Jacko para que se dejara poner el traje que el animal detestaba.

—¿Vendrás conmigo? ¿Sí? —preguntó el hombre sacudiendo la cabeza y sonriendo contento ante la perspectiva de tener compañía.

Por otra parte, su ojo avezado y lo que había visto y oído decir a los niños le convenció de que Ben no era uno de ellos.

—Si tuviese mi perro, sin duda alguna —contestó con vehemencia el triste Ben y en seguida relató la historia de la pérdida de su amigo, pues su pensamiento no se apartaba de eso un solo instante.

—Recuerdo haber visto un perro muy gracioso en Nueva York. Hacía trampas con las cartas, bailaba y andaba con la cabeza y hacía mil gracias más… —manifestó el hombre después de haber oído el relato de las proezas de Sancho.

—¿Quién era el dueño? —preguntó Thorny movido por un súbito interés.

—Un hombre a quien no conozco. Mal tipo, ese… Castigaba al perro cuando acomodaba mal las letras.

—¿Escribía su nombre? —gritó Ben conteniendo la respiración.

—No, por eso el hombre lo castigaba. Se llamaba General, pero el animal se empeñaba en escribir «Sancho» y aullaba cuando su amo lo castigaba con el látigo… ¿Su verdadero nombre sería Sancho en vez de General? —se preguntó el hombre moviendo la cabeza y contagiado de la inquietud de los niños.

—¡Es Sancho!… ¡Vamos en seguida a buscarlo!… —exclamó Ben, quien hubiera deseado partir al instante.

—¡Hay cien millas hasta allí!… Además, apenas si tenemos un indicio. Conviene esperar un poquito y estar seguros antes de partir —aconsejó la señorita Celia, quien estaba dispuesta a hacer cualquier cosa, pero no se dejaba convencer tan fácilmente como los niños.

—¿Qué clase de perro era? ¿Grande, de pelo blando y lanudo, y una cola rara? —preguntó a Giácomo.

—No, señorita… Nada de pelo lanudo blanco. Negro, lacio y una cola muy pequeñita, chiquitita así… —y el hombre levanto un dedo bronceado haciendo un gesto que representaba una cola muy corta.

—¿Oyes? ¿Comprendes cuán equivocado estabas? A menudo se encuentran perros de nombre Sancho especialmente ese tipo de perros españoles. Porque la raza de Sancho es de origen español. Pero ese perro no es el tuyo. Lo siento, muchacho…

Los niños quedaron con la cara larga, desilusionados al ver sus esperanzas frustradas, mas Ben no se dio por vencido. Para él no podía haber sino un Sancho en el mundo y acuciado por su afecto y su inteligencia hizo una objeción que sólo a él podía habérsele ocurrido:

—Puede muy bien ser mi perro pintado de la misma manera como nosotros solíamos pintar a los caballos. Ya les dije que era un perro de valor y quienes lo robaron debieron hacerlo así. De otro modo, ¿de qué les hubiera servido su robo si no lo ocultaban? Cualquiera podría haberlo reconocido, ¿no se dan cuenta?

—Pero el perro negro no tenía cola… —comenzó a decir Thorny, quien deseaba ser convencido, pero aún conservaba muchas dudas.

Ben tembló como si le doliera en carne propia lo que iba a decir:

—Pueden haberle cortado la cola…

—¡Oh, no!… ¡No habrán sido capaces de cometer tal villanía!

—¿Cómo puede haber alguien tal malvado? —gritaron Bab y Betty al mismo tiempo, horrorizadas.

—Ustedes no saben lo que son capaces de hacer esos hombres para disimular un robo y poder usar luego los animales de los cuales se apoderan —explicó Ben olvidando que alguna vez también él había pensado recurrir a esos medios para ganarse la vida.

—¿No es tu perro, entonces?… ¡Lástima!… —lamentó el italiano—. Adiós, señorita. Gracias, señorita. ¡Buenos días, buenos días!… —Y cargando al hombro organillo y mono el hombre se preparó para partir.

La señorita Celia lo detuvo un momento, el tiempo necesario para darle su dirección y rogarle le hiciese saber si encontraba al pobre Sancho en alguno de sus viajes; porque los artistas ambulantes a menudo se cruzan por los caminos. Ben y Thorny caminaron con él y lo acompañaron hasta la esquina de la escuela, pues querían obtener más informes acerca del perro negro y su dueño. Ninguno de los dos se resignaba a dejar de lado tan pronto ese asunto.

Esa misma tarde, Thorny escribió a un primo suyo que vivía en Nueva York y suministrándole todos los antecedentes del caso, le rogó tratara de dar caza al hombre y lo vigilase. Averiguara de quién era el perro y luego diera cuenta a la policía. Algo más tranquilo después de haber enviado la carta los niños se dedicaron a aguardar ansiosamente la respuesta. Pero cuando ésta llego por fin, poco hallaron en ella que pudiera servirles de pista. El primo Horacio había cumplido sus deberes como un perfecto caballero, pero sospechaba que su contestación no iba a darles ninguna luz. El dueño del perro lanudo era considerado un individuo sospechoso, pero había contado una historia que parecía verídica acerca de cómo había adquirido el perro a un desconocido, luego lo había exhibido con todo éxito hasta que le fue robado. No sabía nada más del animal y el hombre aseguraba que estaba muy apenado porque el perro era extraordinariamente inteligente.

«… Le he pedido a mi veterinario que lo busque, pero el opina que deben haberlo matado junto con otros perros. Por eso creo que no hay más remedio que poner punto final al asunto y lamento que mis gestiones hayan terminado con este fracaso», concluía la carta del primo de Thorny.

—¡Buen muchacho Horacio!… Ya decía yo que él se ocuparía del asunto hasta darle fin —comentó Thorny cuando hubo leído el último párrafo de la interesante epístola.

—Puede ser que ese haya sido el fin de aquel perro; pero no lo habrá sido del mío. Yo juraría que se escapó, y si era Sancho volverá a casa. Ya verán si no tengo razón —exclamó Ben que se negaba a aceptar que todo hubiera concluido así.

—¿Crees que será capaz de recorrer cien millas? No obstante su inteligencia no podrá hacerlo, ni encontrarle sin ayuda —comentó Thorny incrédulo.

Ben se sintió nuevamente descorazonado, pero la señorita Celia levantó su ánimo, diciendo:

—Sí que sería capaz… Mi padre tenía un amigo que abandonó a su perro en París y el pobre animal lo siguió hasta Milán donde, por fin, lo halló aunque murió al día siguiente de fatiga. ¡Fue algo maravilloso!… Por eso no dudo que Sancho volverá si vive. Seamos optimistas y aguardemos.

—¡Así lo haremos!… —exclamaron los niños, y a partir del día siguiente, los dos muchachos se dedicaron a esperar la vuelta del ausente para quien guardaban un buen hueso en el sitio de costumbre por si el perro llegaba de noche y sacudían su camastro para que estuviera mullido y ofreciera su buen descanso a sus huesos fatigados. Pero los días pasaron y siguieron sin tener noticias de Sancho.

Sin embargo, ocurrió algo tan serio por ese entonces que el asunto de Sancho paso a segundo plano por un tiempo. Y Ben tuvo oportunidad de pagar, en parte, la deuda de gratitud que tenía con su mejor amiga.

La señorita Celia salió cierta tarde a dar un paseo a caballo y una hora después, mientras Ben se hallaba sentado en el «porch» entregado a la lectura vio a Lita lanzarse dentro del patio con las riendas colgando a los costados de las patas, la montura dada vuelta y un costado del cuerpo muy embarrado, lo que mostraba bien a las claras que el animal había rodado. Por un instante, el corazón de Ben pareció detenerse; luego arrojo su libro, corrió en dirección al caballo y se dio cuenta al momento por los flancos hinchados, las narices dilatadas y el cuerpo cubierto de sudor que el animal venía de lejos y a toda carrera.

—Lita ha rodado, pero no parece estar lastimada ni muy asustada —pensó el muchacho mientras el hermoso animal frotaba la nariz sobre su hombro y mordisqueaba el freno como si quisiera darle noticias del desastre.

—Lita, ¿dónde está la señorita Celia? —le preguntó mirándola fijamente a los ojos que, aunque inquietos, no parecían espantados.

Lita levanto la cabeza y relincho con fuerza, como si llamara a su ama y se lamentara de que no la hubiese retenido fuertemente por las riendas.

—Bien, bien… Ya la encontraremos… —Y arrancándole la montura destrozada arrojo lejos sus zapatos, ajusto con firmeza el sombrero y monto de un salto. Ben sintió como un hormigueo que le recorría todo el cuerpo y experimentaba una sensación de seguridad y poder al apretar con sus rodillas el cuerpo del animal, mientras que en los ojos de Lita también se reflejaba una mirada de alegría.

—¡Oiga usted, señora Moss!… Algo le ha ocurrido a la señorita Celia y yo salgo en su busca. Thorny duerme: dele la noticia con cuidado. Yo volveré en cuanto la encuentre.

Luego, aflojando las riendas a Lita partió sin dar tiempo a la asustada mujer más que para que se retorciera las manos y gritara:

—¡Ve en busca del alcalde!… ¿Qué haremos?

Como si supiera lo que esperaban de ella, Lita hizo el camino y a recorrido, según Ben pudo comprobar por las huellas aún frescas que se veían en el sendero por donde el animal había venido en busca de ayuda. Anduvieron más de una milla hasta que se detuvieron frente a unas barreras bajas para permitir el paso de unos pesados carros que iban hacia los lejanos campos donde se recogía el heno. Volvieron en seguida a emprender la marcha a galope tendido y atravesaron campos recién segados hasta llegar al arroyo por el que, evidentemente, la yegua había pasado antes. Porque del otro lado, hacia un sitio donde los animales solían acercarse a beber, se veían, sobre el barro, señas de una caída.

—Fuiste una tonta al saltar por aquí, pero ¿dónde está la señorita Celia? —preguntó Ben, quien se dirigía a los animales como si fueran personas y era entendido por ellos mucho más de lo que puede imaginar el que no está acostumbrado a tratar con animales.

Pero Lita parecía haber perdido el rastro y bajaba la cabeza como si esperara encontrar a su dueña donde la había dejado, tirada sobre el barro. Ben llamo, pero no obtuvo respuesta. Siguió entonces a lo largo del arroyuelo mirando ansiosamente en todas direcciones.

—Tal vez no se haya herido y haya, en cambio, buscado refugio en aquella casa —pensó el muchacho deteniéndose a echar un último vistazo y abarcando con la mirada todo el campo bañado por el sol sobre el cual sólo podía verse una enorme piedra que se levantaba junto a una de las orillas del arroyo. Ben se fijó y entonces le pareció que algo oscuro se movía detrás de la piedra; tal vez fuera una falda con cuyos pliegues jugaba el viento o una pierna que se extendía. Hacia allí condujo a Lita y hallo a la señorita Celia tendida a la sombra de la piedra, tan pálida e inmóvil que Ben temió que estuviera muerta. Saltó a tierra, la toco y hablo, y como no recibiera respuesta corrió al arroyo para traer un poco de agua en su sombrero de trapo y humedecerle el rostro, como lo había visto hacer en el circo cuando alguno de los jinetes sufría un accidente o se desmayaba a consecuencia del cansancio, después de haber trabajado sin descanso cumpliendo el lema «trabajar o morir».

Al instante, los ojos azules se abrieron y la joven reconoció el rostro ansioso que se inclinaba sobre ella y acariciándolo dijo débilmente:

—Mi bueno y fiel Ben… Yo sabía que me encontrarías… Por eso mandé a Lita… Me lastimé tanto que no pude volver a montar…

—¿Donde, donde se ha herido? ¿Qué hacer? ¿Será mejor que regrese a casa de un galope en busca de auxilio? —preguntó Ben contento de haberla encontrado, pero afligido de haberla hallado en aquel estado, pues sabía muy bien, por haberlo visto y por experiencia propia lo peligrosas que eran aquellas caídas.

—Estoy muy dolorida y tenlo que se me haya roto un brazo. Lita resbalo y ambas rodamos. Yo me arrastré hasta la sombra y creo que después me desvanecí. Busca a alguien que te ayude y llévame a casa.

Cerro los ojos y volvió a ponerse tan pálida que Ben se apuró a correr en busca de auxilio. Según la señora Paine, quien estaba tejiendo tranquilamente cuando Ben, llego, éste la sobresalto «como una tormenta que se desatara de pronto».

—No hay un solo hombre aquí. Todos están allá, junto a la gran parva recolectando heno —fue la respuesta que dio la señora cuando el muchacho, jadeando, solicito en frases entrecortadas:

—… que vayan todos a auxiliar a la señorita Celia.

Ben, que se había arrojado del caballo antes de que el animal se detuviera, volvió a montar, pero la anciana, dejando su tejido, le hizo, unas tras otra, más de media docena de preguntas:

—¿Quién es esa señorita? ¿Qué se ha roto? ¿Cómo se cayó?

—¿Dónde está? ¿Por qué no vino ella hasta aquí? ¿Se ha insolado?

Ben contestó rápidamente a todas las preguntas para poder pegar la vuelta de inmediato pero la mujer lo detuvo para darle indicaciones, expresar su compasión y ofrecer hospitalidad, todo ello en un discurso bastante incoherente:

—¡Dios mío!… ¡Pobre querida!… La traeremos aquí… ¡Lidia! ¡Busca el alcohol! ¡Y tú, Melisa, prepara una cama para acostarla!… Las caídas son cosa peligrosa. No quiero ni pensar que se pueda haber roto la columna vertebral. Papá está allá abajo, y él y Bijah irán en su busca. Vete a llamarlos que yo haré sonar el cuerno para advertirlos. Dile a tu señorita que con gusto la auxiliaremos y que no tema causarnos molestia alguna.

Ben no se detuvo a oír ni una palabra más, y cuando la señora Paine se volvió a tomar el cuerno de latón, él fustigó a su cabalgadura y partió.

Varios y largos trompetazos parecieron azuzar más a Lita que ya galopaba por el sendero, pues el sonido de un cuerno siempre excita a los caballos de raza, y «papá» y Bijah alarmados por el llamado del cuerno, inesperado a esa hora, se apoyaron en sus rastrillos para mirar más extrañados aún la curiosa figura del pequeño jinete que se aproximaba envuelto en una nube de polvo.

—Tal vez el abuelo ha tenido otro ataque… Le avisé que podía repetirse —manifestó el campesino con toda calma.

—Esperemos que no se haya declarado un incendio… —murmuró un peón buscando en el cielo alguna nube de humo.

Pero en lugar de adelantarse e ir al encuentro del jinete todos permanecieron rígidos como estatuas y aguardaron a que el muchacho llegara junto a ellos y les comunicase lo que ocurría.

—¡Oh!… ¡Malo, malo!… —comentó el granjero cuando se enteró de lo sucedido.

—Ese arroyo siempre fue un lugar peligroso —agregó Bijah.

Después los dos hombres se pusieron rápidamente en movimiento: el primero corrió hacia el lugar donde se encontraba la señorita Celia, mientras que el segundo trajo un carro e improvisó un lecho de heno para colocarla allí.

—Ahora tú, muchacho, ye en busca del médico. Mi gente cuidará a la señorita y será mejor para ella quedar quieta en casa hasta saber que es lo que tiene —dijo el granjero después que hubieron transportado a la pálida niña, con mucho cuidado, cuatro poderosos brazos hasta el carro.

—¡Monta ya!… —exclamó el granjero—. Tendrás que ir hasta Benyville. El doctor Mills es un maestro para componer huesos rotos. No hay más que tres millas desde aquí hasta su casa y será mejor que yayas en su busca no sea que se produzcan más inconvenientes por esperar.

—¡No mates a Lita!… —rogó la señorita Celia desde el carro y cuando éste comenzaba a ponerse en movimiento.

Pero Ben no la oyó, porque ya estaba muy lejos, cabalgando otra vez a través de los campos como si de su rapidez dependiera la vida o la muerte de alguien.

—¡Ese muchacho se romperá la cabeza!… —dijo el señor Paine al ver cómo, caballo y jinete, saltaban una tapia.

—No teman por Ben. Él sabe montar, y Lita está acostumbrada a saltar cualquier clase de obstáculos —advirtióles la señorita Celia al mismo tiempo que se dejaba caer sobre el colchón de heno con un pequeño quejido. Involuntariamente había levantado la cabeza para mirar a su fiel escudero y el movimiento le hizo mal.

—Espero que tenga usted razón. Sería un buen «jockey» ese muchacho. Jamás he visto nada mejor. Ni en las pistas de carrera —aclaró el granjero Paine mientras caminaba junto al carro sin dejar de mirar la figura ecuestre que atravesaba el puente haciéndolo retumbar, trepaba una colina y luego se perdía de vista dejando tras de sí una nube de polvo.

Una vez que hubo dejado a su señorita a salvo, Ben podía entregarse al placer de aquella carrera. Y lo mismo parecía ocurrirle a la yegua haya. Lita era un animal de pura sangre y así lo demostró ese día recorriendo las tres millas en un tiempo verdaderamente récord. La gente que iba sacudiéndose en carros y coches a lo largo del camino miraban con curiosidad y asombro a la temeraria pareja que los dejaba atrás. Las mujeres que plácidamente cosían asomadas a las ventanas dejaban caer la aguja y lanzaban exclamaciones de alarma seguras de que era un malhechor que huía; los niños que juraban a la orilla del camino se dispersaban como polluelos cuando se acerca el gavilán, mientras Ben pasaba profiriendo un gritó de advertencia para que le dejaran libre la senda.

Pero cuando entró a la población y los cascos del caballo repiquetearon sobre las piedras, a la vista de aquel niño descalzo montado en un sudoroso caballo, media docena de voces preguntaron:

—¿Quién se ha matado?

Ben pudo llegar hasta la casa del médico, pero éste no estaba.

—Acaba de salir por allí. El niño de la señora Flynn ha tenido un nuevo ataque —indicó una robusta señora desde el «porch» sin dejar de hamacarse en su sillón. Era la esposa del médico y estaba acostumbrada a que llegaran agitados mensajeros de todas partes y a todas horas del día y de la noche.

Ben, sin dignarse a contestar ninguna de las preguntas que se le hicieron, siguió su camino deseando tener que salvar un abismo, escalar un precipicio o vadear un torrente agitado para probar así su devoción a la señorita Celia y también, ¿por qué no?, su habilidad como jinete.

Pero no encontró nada de eso en su camino y muy pronto halló al médico detenido para descansar y dar de beber a su cabalgadura precisamente en el mismo sitio donde Bab y Sancho habían sido descubiertos aquella memorable jornada.

Ben relató lo ocurrido, y después de escucharlo y prometer que iría para allá tan pronto como pudiese, el doctor Mills siguió viaje rumbo a la casa de los Flynn para calmar el ataque del niño, el cual se había descompuesto por haber ingerido un trozo de jabón y varios botones durante un almuerzo que él mismo se habría preparado mientras su madre se hallaba lavando.

Ben agradeció una vez más a su buena estrella saber hacer ciertas cosas. Por ejemplo, cuidar a un caballo cansado y sudoroso. Se detuvo junto al improvisado bebedero el tiempo suficiente para refrescar a Lita y calmar su sed pasándole un manojo de hierbas húmedas por la boca y el cuello, dejándola luego que bebiera un poco de agua. Regresaron luego lentamente, atravesando la rumorosa fronda y Ben no dejaba de palmear el cuello de Lita alabando la inteligencia y velocidad del buen animal. Lita sabía que se había portado bien y sacudía la cabeza con orgullo, arqueaba el lomo y trotaba con elegancia con la consciente coquetería de una jovencita. Se daba vuelta a mirar a su jinete y devolvía los cumplidos con miradas cariñosas, con alegres relinchos y pasando su hocico de terciopelo por los pies desnudos del muchacho.

La mujer y las hijas del granjero habían colocado confortablemente en una cama a la señorita Celia, y cuando el medico llegó soportó con mucha entereza que le arreglaran el brazo. Fuera de eso, lo demás no era de cuidado. Las magulladuras poco a poco dejaron de dolerle y Ben fue enviado de regreso a llevar noticias a Thorny y a pedir al alcalde que enviara su coche al día siguiente para transportar a la señorita Celia, siempre que ella pudiera moverse.

La señora Moss había sido lo suficientemente discreta como para no decir nada, pero había preparado varias cosas que pensó podrían necesitarse y quedó aguardando noticias. Bab y Betty salieron al campo a juntar bellotas, de modo que nadie molestó a Thorny y éste durmió su larga siesta tranquilamente. Fue una siesta particularmente larga, debido a la quietud que reinaba con la ausencia de todos los niños. Cuando despertó se quedó tendido en la cama leyendo hasta que se le ocurrió ponerse a pensar dónde se hallarían los demás. Salió de la casa y encontró a Ben y a Lita descansando uno al lado del otro sobre la paja en el amplio «box» que en la cochera habían instalado para la yegua. Los cepillos, el balde y las esponjas esparcidos alrededor decían bien claramente que el animal había sido bañado y cepillado y su devoto cuidador yacía semidormido a su lado.

—Bueno, de todos los muchachos raros que yo he conocido ninguno te gana a ti. ¡Mira que pasarte una tarde tan calurosa galopando con Lita por el solo placer de hacerlo!… —exclamó Thorny mirando a Ben muy divertido.

—Si supieras lo que hemos tenido que hacer no hablarías así y comprenderías que ambos tenemos derecho a descansar —contestó el muchacho levantándose vivamente, como movido por un resorte. Ansiaba contar la emocionante historia tan pronto como fuera posible, y gran esfuerzo tuvo que hacer para no correr en busca de Thorny no bien llegó.

Hizo un rápido pero detallado relato de todo lo ocurrido y quedó muy complacido con el efecto que produjo. Pues su oyente se mostró sucesivamente sobresaltado, aliviado, nervioso y por fin tranquilo, aunque tuvo que sentarse en un cajón y suspirar profundamente para descargar la emoción que oprimía su pecho. Entonces exclamó:

—¡Ben Brown!… ¡Jamás olvidaré lo que has hecho hoy por Celia!… Y no volveré a decirte «piernas torcidas» mientras viva.

—¡Por San Jorge!… Me parecía que tenía seis piernas cuando íbamos a todo galope. Lita y yo parecíamos un solo ser e hicimos una buena carrera, ¿no es así, mi linda? —Y Ben rio mientras apretaba la cabeza de Lita contra su pecho. La yegua le contestó con un relincho que casi lo voltea.

—Te pareces al mensajero que llevó las buenas nuevas desde Cante hasta Aix —dijo Thorny observando a la pareja con gran admiración.

—¿A qué mensajero? —preguntó Ben, imaginando que se refería a Sheridan, de cuyo viaje él había oído hablar.

—¿No conoces esos versos? Yo los solía decir en la escuela. Te los recitaré ahora.

Y alegre de haber encontrado un desahogo para su nerviosidad, Thorny trepó a un cajón y con una voz muy aguda recitó la conmovedora balada con tal entusiasmo que Lita paró las orejas y Ben lanzó un admirativo «bravo» después de oír el último verso.

Y todo lo que recuerdo son amigos congregados,
Mientras sobre mis rodillas lo tenían reclinado,
Y sus voces ensalzaban a mi Rolando divino.
En tanto yo le escanciaba nuestro último odre de vino,
Que (votaron los burgueses en un acuerdo brillante) …
Se merecía quien trajo las buenas nuevas de Gante.

CAPÍTULO DOS

Pocos días después se le permitió a la señorita Celia caminar un corto trecho, y aunque tenía un brazo en cabestrillo y andaba algo tiesa estaba mucho mejor de lo que hubiera podido esperarse, razón por la cual todos estuvieron de acuerdo y afirmaron que el señor Paine había estado en lo cierto al asegurar que el doctor Mills «era un experto en arreglar huesos rotos». Dos devotas enfermeras la atendían y dos pajes estaban siempre prontos para cumplir sus órdenes; vecinos afectuosos enviaban, de continuo, ricos presentes y la gente joven, gracias a ello, estaba siempre muy ocupada.

Todas las tardes colocaban en el jardín una silla de reposo, y la interesante inválida era llevada hasta allí por la robusta Randa, que era su «nurse» de cabecera, mientras la seguían chales, almohadones, banquitos y libros que eran transportados por lo que parecía un enjambre de abejas que iba zumbando en por de su reina. Cuando todo quedaba en orden, las pequeñas enfermeras se ponían a coser y los dos pajes leían en alta voz. La lectura era amenizada con abundantes comentarios, porque se había establecido que todos debían atender y que si alguno no entendía debía pedir inmediatamente una explicación. Cualquiera podía dar la explicación pedida, y al final de la lectura, la señorita Celia podía hacer preguntas o agregar los comentarios que creyese oportuno. De ese modo podía sacarse gran provecho de las lecturas que hacían Ben y Thorny, cada uno podía hacer gala de sus conocimientos, y, como si esto fuera poco, crecía la pila de toallas finalmente vainilladas, trabajo por el que Bab y Betty eran remuneradas como cualquier costurera.

De esta manera, las vacaciones no eran sólo una continua diversión, y, después de aquella hora tranquila y de trabajo transcurrida en compañía de la señorita Celia, las niñas encontraban sus excursiones y sus juegos con las muñecas más divertidas. Thorny también había mejorado notablemente y se advertía más energía en él, especialmente después del accidente de su hermana; pues mientras ella tuvo que guardar cama, él se convirtió en el jefe de la casa y gozó mucho con esa nueva posición. Pero Ben no se mostraba contento como antes. La pérdida de Sancho lo llenaba de tristeza v el deseo de ir en busca de su perro se hacía cada día más imperioso y difícilmente lograba resistirlo. Poco hablaba de eso, pero después, en cuanto alguna palabra se le escapaba, descubría su estado de ánimo y cuál era la idea que lo obsesionaba. Pero, por ese entonces; poca atención le prestaban, de modo que él sólo rumiaba su pena día tras día, en silencio y en medio de una forzosa quietud. Pues los paseos se habían suspendido. Thorny sólo se ocupaba de su hermana a quien quería demostrar que no olvidaba lo buena que había sido con él cuando estuviera enfermo, y las niñas, por su parte, se entregaban a sus juegos.

La señorita Celia fue la primera en advertir el estado de ánimo de Ben, va que no tenía otra cosa que hacer sino mirar a los que trabajaban o se divertían a su alrededor. Ben demostraba interés por las lecturas porque con ellas olvidaba su dolor, pero cuando aquellas concluían y sus distintas tareas habían sido realizadas, buscaba refugio en su cuarto o junto a Lita que, mansa y tranquila como de costumbre, parecía comprenderlo muy bien.

—Thorny, ¿qué le ocurre a Ben? —preguntó la señorita Celia cierto día en que se encontré, a solas con su hermano en el «locutorio verde», como ellos llamaban a la avenida de las lilas.

—Supongo que rehuirá lamentando la pérdida de Sancho. Te aseguró que a veces deseo que ese perro no hubiese nacido nunca. Su pérdida ha dañado a Ben. Ni rastro de alearía queda va en él y no quiere aceptar nada de lo que le ofrezco para consolarlo.

Thorny hablaba, con impaciencia v fruncía las cejas mientras se inclinaba sobre las flores que delicadamente pegaba en su herbario.

—¿No estará tramando algo? Actúa como si quisiera disimular una inquietud de la que no se atreve a hablar.

—¿No has conversado con él respecto a esto? —preguntó la señorita Celia como si fuera ella la que sufría.

—¡Oh, sí!… He tratado de interrogarlo, de hacerlo hablar, pero ha mostrado tal disgusto que he tenido que abandonar toda intención de ayudarlo. Tal vez extraña su vida en el circo. No sería raro que fuese así.

—No, no creo. Ben jamás huiría como un ladrón. Por eso lo quiero.

—¿No has observado en él ningún signo de deslealtad o villanía? —inquirió la señorita Celia bajando la voz.

—No. Ben es el mismo de siempre: sincero y honesto. Sólo demuestra estar muy abatido, pero lucha contra su abatimiento como un verdadero hombre. Naturalmente, como no ha vivido antes con nadie como nosotros; todo esto es nuevo para él. Yo conseguiré que mejore en poco tiempo.

—Me parece, Thorny, que por aquí hay tres pavos reales, y tú eres el más grande de los tres —rio la señorita Celia mientras su hermano, que había hablado con un tono de gran suficiencia, levantaba las cejas en un gesto verdaderamente cómico y digno de verse.

—Y hay también dos burritos… Y Ben es uno de ellos… Porque no se da cuenta donde está bien y puede ser feliz —replicó el caballerito pegando un ejemplar seco en una de las hojas del álbum con un fuerte golpe que sin duda habría querido destinar a Ben por descontento.

—Ven para aquí y déjame contarte algo que me tiene inquieta. No te hablaría de ello si no fuera que me siento impotente ahora. Creo que tú podrás hacer algo y resolver el asunto mejor que yo.

Thorny, quien mostró gran desconcierto, buscó un banquito y se sentó a los pies de su hermana para que ésta pudiera susurrarle confidencialmente al oído:

—He extraviado dinero que tenía guardado en un cajón y temo que Ben lo haya tomado.

—Pero ¿acaso no tienes siempre guardadas las llaves de tus cajones y cerrada tu habitación?

—Sí, mas el dinero falta, aunque no haya abandonado en ningún momento mis llaves.

—¿Y por qué sospechas de él y no de Randa, de Kitty o de mí?

—Porque confío en ustedes tres como en mí misma. Hace años que conozco a las muchachas y tú no tendrías por qué apoderarte así de In que, de todos modos, es tuvo, querido.

—Por supuesto, así como todo lo mío es tuyo. Pero Celia ¿cómo habría podido apoderarse del dinero? Sé que él no lograra abrir la cerradura sin la llave porque una vez fue incapaz de hacerlo con la del cajón de mi escritorio que al final tuvimos que hacer saltar.

—Tampoco yo lo hubiera creído capaz; hasta hoy, cuando lo vi jugar a la pelota. Recuerda que ésta cayó en una de las ventanas altas y Ben trepó por el «porch» para ir a buscarla. Recuerda que tú le dijiste: «Si se te hubiera caído en uno de los caños de la bohardilla no la habrías alcanzado». Y él contestó: «Por qué no? No hay caño por el que yo no pueda trepar ni lugar de estos techos que no haya recorrido».

—Es verdad. Eso dijo. Pero junto a la ventana del cuarto no hay ningún caño. Hay un árbol, y un niño tan ágil como Ben podría descolgarse de él dentro de mi habitación y luego volver a saltar hasta una rama. Pero entiéndeme, Thorny: me cuesta creer que sea él, mas como ya he notado dos veces que falta dinero quiero poner fin a esto. Lo hago por su propio bien. Si él ha planeado escapar, el dinero le será necesario. Y él puede pensar que el dinero es suyo, porque todo lo que gana me lo da para que se lo guarde en el banco. Tal vez no se atreva a pedírmelo porque no halla razones para explicar ese pedido. No sé qué pensar ni qué hacer. Estoy muy preocupada y confundida.

Y parecía en realidad tan confundida que Thorny la estrechó entre sus brazos como si así quisiera defenderla de toda angustia o preocupación.

—No te inquietes, Celita querida. Deja este asunto en mis manos. Yo arreglare a ese bribón desagradecido…

—No es así como debes hacer las cosas. No lo disgustes, de lo contrario no podremos conseguir nada de él.

—¿Disgustarlo? Le diré sencillamente y con toda calma: «¡Vamos, acércate, Ben, y devuélveme el dinero que has sacado del cajón de la cómoda de mi hermana; yo te dejaré en libertad!». O algo por el estilo.

—No, así no, Thorny. Su reacción podría ser terrible. Quizá huiría antes de que pudiéramos saber si es culpable o no. ¡Ay!… ¿Cómo resolver este problema?

—Déjame pensar… —Y Thorny apoyó el mentón sobre el brazo del sillón y miró fijamente el llamador como si esperara que la boca del león se abriera para aconsejarlo.

—¡Por Júpiter!… No dudo ya de que Ben lo ha robado —exclamó el muchacho de repente—. Porque cuando subía esta mañana a su habitación para saber por que no había bajado aún a limpiar mis botas, oí que cerraba de golpe el cajón de su cómoda y vi que se ponía rojo al mismo tiempo que preguntaba por qué no había llamado antes de entrar.

—No creo que guarde allí el dinero. Ben es demasiado inteligente como para cometer semejante imprudencia.

—Tal vez lo esconda temporariamente en ese sitio. Después de ese encuentro apenas si me ha dirigido la palabra y cuando le pregunté por qué estaba su bandera a media asta, se negó a responderme. Además, tú misma has advertido que apenas si presta atención a las lecturas y cuando esta tarde le preguntaste en qué estaba pensando, enrojeció y balbuceó algo acerca de Sancho. Te aseguro, Celia, que esto no me gusta nada, nada…

—Y Thorny movió la cabeza con aire severo.

—Puede ser como tú dices, pero también puede ser que estemos equivocados. Esperemos un poco más y démosle oportunidad de que él mismo confiese antes de que le hablemos. Prefiero perder el dinero antes que acusarlo falsamente de ladrón.

—¿Cuánto dinero tenía guardado?

—Once dólares. Primero desapareció un billete, y yo supuse entonces que había hecho mal los cálculos, pero cuando desaparecieron los diez restantes, ya no tuve dudas.

—Pues bien, hermana. Has puesto el asunto en mis manos, déjame proceder. No diré nada a Ben hasta que tú me lo indiques, pero lo vigilare, y ahora que estoy sobre aviso no logrará engañarme.

A Thorny le agradaba su papel de detective y quería demostrar que sabría desempeñarlo. Pero cuando la señorita Celia le preguntó que haría, se limitó a responder confuso:

—Dame las llaves. Yo dejare unos billetes dentro del cajón y puede que así lo descubra.

Tomó, pues, posesión del llavero y el pequeño tocador donde la señorita Celia guardara su dinero fue cuidadosamente vigilado uno o dos días. Ben se mostró algo más alegre, como si adivinara que lo estaban vigilando y la señorita Celia, sintiéndose algo culpable por abrigar sospechas en contra de él, trató de ser bondadosa y complaciente con el muchacho.

Thorny quedaba muy cómico con ese aire misterioso y el innecesario alboroto que desplegaba. Con afectada indiferencia seguía los pasos de Ben y procuraba no perder ninguno de sus movimientos. Se escabullía arriba y abajo por las escaleras haciendo ostentación de las llaves y tendía trampas cuidadosamente preparadas para atrapar al ladrón, tales como arrojar la pelota por la ventana de la habitación de su hermana y enviar luego a Ben a que fuera a buscarla trepando por el árbol, con lo que salía de dudas respecto a las habilidades del muchacho ara llegar así hasta la habitación. Otro descubrimiento que hizo fue hallar la cerradura del cajón tan vieja y gastada que cualquiera podría abrirla con sólo introducir la punta de un cuchillo a través de sus dientes.

—Ahora todo está claro como la luz del día y es mejor que me permitas hablar —pidió Thorny lleno de orgullo aunque también apenado por el éxito de su primera labor como detective.

—Aún no, y te ruego que no hagas nada más. Creo que he cometido un error al inducirte a hacer esta investigación. Me entristecería que se cortaran tus relaciones con Ben, porque yo no puedo creerlo culpable —respondió la señorita Celia.

—¿Por qué no? —y Thorny mostró un poco de fastidio.

—Porque también yo he hecho investigaciones por mi propia cuenta y he observado que Ben no es falso ni hipócrita. Hoy le pregunté si necesitaba dinero o si prefería que se lo guardara con el resto y mirándome a la cara con ojos honestos y agradecido dijo con un tono que desvanecía mis dudas: «Guárdamelo, por favor. Yo no necesito nada más, aquí. Son todos ustedes tan buenos y espléndidos conmigo…»

—¡Vamos, Celia!… No seas niña. Él es astuto y sabe que lo observo. Cuando le pregunté qué vio sobre tu cómoda al ir a buscar le pelota, al observar que yo lo estaba mirando fijamente, sonrió y contestó: «Un ratoncito desvergonzado que se paseaba por allí».

—¡Oh!… Hay que poner una trampa. Anoche una laucha que roía no sé qué no me dejó dormir. Debemos buscar un gato, de lo contrario los ratones invadirán la casa.

—Bien ya arreglaremos eso. ¿Regañaré yo a Ben o lo harás tú? —preguntó Thorny, quien desdeñaba ese pequeño botín que era cazar a un ratón resuelto a probar que él tenía razón en lo que afirmara.

—Mañana te comunicare lo que haya decidido. Mientras tanto, sé bondadoso con Ben o me arrepentiré de haberte pedido que lo vigilaras.

El asunto fue así postergado para el día siguiente y la señorita Celia resolvió hablar ella misma a Ben. Bajaba a desayunarse cuando el sonido de fuertes voces la obligó a detenerse a escuchar. Provenía de la habitación de Ben donde parecía que los niños estaban discutiendo.

—Espero que Thorny haya cumplido su promesa —pensó y rápidamente cruzó por la puerta de atrás para investigar.

La pieza de Ben estaba al final del corredor y pudo ver y oír lo que estaba sucediendo antes de estar lo suficientemente cerca como para intervenir. Ben, de pie junto a la puerta de su armario se hallaba rojo de furor; Thorny, frente de él, severo y amenazador, decía:

—Tienes escondido algo allí; no puedes negarlo.

—No lo niego.

—Mejor entonces. Pero yo debo ver qué es.

—No, no lo veras.

—¿Qué es lo que ocultas? ¿Algo robado?

—Yo no he robado nada. Es algo mío y lo traje aquí cuando lo creí oportuno.

—Sé a qué te refieres. Pero es mejor que lo devuelvas antes de que yo obligue a ello.

—¡Quieto!… —gritó una tercera voz al mismo tiempo que Thorny alargaba un brazo para empujar a Ben, quien parecía dispuesto a defenderse hasta el último aliento.

—¡Niños!… Yo arreglaré este asunto. ¿Tienes algo escondido en ese armario, Ben? —y la señorita Celia se interpuso entre los dos contrincantes separándolos con la mano.

Thorny se apartó al instante avergonzado de su arrebato y Ben contestó brevemente, y no se podía saber si era rabia o timidez lo que quitaba firmeza a su acento.

—Sí, señorita.

—¿Es tuyo lo que guardas?

—Sí, señorita: es mío.

—¿De dónde sacaste eso?

—De un sitio próximo a la casa del alcalde,

—Es mentira… —murmuró para sí Thorny.

Ben lo oyó. Sus ojos echaron chispas y su puño se levantó amenazador, pero se contuvo por respeto a la señorita Celia, quien parecía muy confundida y sin saber cómo proseguir el interrogatorio. Hizo una nueva pregunta:

—¿Es dinero lo que guardas, Ben?

—No, señorita. No es dinero.

—Entonces, ¿qué es?

—¡Miau!… —contestó una cuarta voz desde el interior del armario, y como Ben abriera de par en par las puertas de éste apareció un gatito pardo ronroneando de placer al verse en libertad.

La señorita Celia se dejó caer sobre una silla y rio hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas. Thorny parecía atontado y Ben, con los brazos cruzados y con la nariz levantada, miraba a su acusador con gesto de sereno desafío mientras el gatito se sentaba a lavarse la carita como si deseara continuar el interrumpido aseo matinal.

—Todo esto está muy bien, pero las cosas no quedan por ello definitivamente aclaradas para que te eches a reír tan tranquila, Celia… —

empezó a decir Thorny recobrándose y resuelto a investigar y aclarar el asunto desde el principio.

—No hay nada de particular y yo habría aclarado todo sin necesidad de este interrogatorio. La señorita Celia dijo que quería un gato; por eso fui a buscar el que me regalaron cuando estuve en la casa del señor alcalde. Salí esta mañana temprano y me lo traje sin pedirlo, pues era mío —explicó Ben muy disgustado de que hubiesen desbaratado la sorpresa que pensaba darles.

—Eres muy amable, Ben, y el gatito me gusta mucho. Lo encerraremos en mi dormitorio para que cace los ratones que lo están invadiendo —dije la señorita Celia alzando el gatito al mismo tiempo que pensaba cómo haría para que los dos muchachos se reconciliaran y bajaran en paz a desayunarse.

—Tú conoces el camino de su dormitorio, ¿verdad? Y no necesitas llave para entrar —agregó Thorny con acento tan sarcástico que Ben comprendió que sus palabras tenían una segunda intención y se consideró terriblemente ofendido.

—No me pidas nunca que trepe en busca de las pelotas que pierdes ni esperes que mi gato cace tus lauchas.

—Lo que necesito es alguien que cace ladrones, y de eso no se ocupan los gatos. Yo ando detrás de uno…

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ben furioso.

—A Celia le han sacado dinero del cajón de su cómoda y como tú no quieres dejarme ver qué guardas dentro de tu armario yo, lógicamente, puedo sospechar que tú lo has tomado —gritó Thorny, sin consideración alguna hacia su amigo, completamente trastornado e imposibilitado por su mismo enojo para encontrar palabras más suaves.

Durante un instante pareció que Ben no acababa de comprenderlo, no obstante la claridad de las palabras de Thorny, pero luego se puso intensamente colorado y dirigiendo una mirada de reproche a la señorita Celia abrió de un tirón el pequeño cajón de su guardarropa para que ambos pudieran ver todo lo que guardaba allí dentro.

—No hay nada que valga algo, pero es cuanto yo tengo… Temí que se burlaran de mí, por eso lo escondía… Los otros días fue el cumpleaños de papá, y yo estaba tan triste recordando que lo había perdido a él y a Sancho…

La voz indignada de Ben fue haciéndose más débil a medida que hablaba y tembló cuando pronunció las últimas palabras.

Sin embargo, no lloró, pero arrojó sus pequeños tesoros como si éstos hubieran perdido su valor. En seguida, haciendo un supremo esfuerzo para dominarse, miró a su alrededor y por último preguntó a la señorita Celia con dolorido acento:

—¿Creyó usted que yo podría robarle algo?

—No quería creerlo, Ben, pero las circunstancias condenaban. Han desaparecido varios dólares y tú eres el único extraño en la casa.

—¿Y no había otro a quien echarle la culpa? —preguntó Ben tan desconsoladamente que la señorita Celia quedó convencida de que él era inocente como el gatito que en ese momento le mordía los botones del vestido a falta de otra cosa para comer.

—No. Conozco muy bien a las muchachas. En fin, que los once dólares se han perdido y yo no sé dónde ni cuándo pudo ocurrir eso, pues tanto mi cómoda como mi dormitorio están siempre cerrados con llave, ya que guardo allí mis papeles y documentos de valor.

—¡Qué fastidio!… Pero ¿cómo podía entrar yo si tiene todo cerrado con llave? —y Ben hizo la pregunta como si estuviera seguro de que no iba a obtener contestación.

—Quienes trepan árboles y saltan ventanas y techos en busca de una pelota pueden hacer lo mismo para apoderarse de un poco de dinero, sobre todo cuando sólo tienen que hacer saltar una cerradura vieja…

La mirada y el tono de voz de Thorny demostraba bien a las claras qué era lo que ellos sospechaban, y Ben, sabiéndose inocente, perplejo y dolorido no atinó a defenderse. Sus ojos fueron de uno a otro rostro, y viendo duda en ambos sintió que su pobre corazón de niño se rompía dentro de su pecho. Su primer impulso fue huir de inmediato, pues bien comprendía él que no podría probar su inocencia.

—Sólo puedo asegurarles que yo no tomé ese dinero. Pero ustedes no me creerán, de modo que es mejor que vuelva al sitio de donde vine. Allá no eran muy buenos conmigo, pero me tenían confianza y estaban seguros de que yo jamás les tocaría ni un céntimo. Ustedes pueden quedarse con mi dinero y también con el gatito. Yo no quiero llevarme nada —y tomando el sombrero, Ben hizo ademán de irse. Y habría partido si Thorny no se hubiese interpuesto en su camino.

—¡Vamos!… No seas tonto… Discutamos el asunto, y si me pruebas que estoy equivocado retiraré mis acusaciones y te pediré disculpas —dijo Thorny con tono amistoso y un poco asustado de las consecuencias que podrían tener sus palabras, aunque continuaba creyendo que él estaba en lo cierto.

—Me destrozarías el corazón si te fueses de ese modo, Ben. Quédate por lo menos hasta que se pruebe tu inocencia…

—Ignoro cómo podrá demostrarse eso —respondió Ben algo más tranquilo al notar que la señorita Celia deseaba confiar en él.

—Nosotros te ayudaremos, y para eso, lo primero que haremos será revolver de arriba abajo mi vieja cómoda. Yo lo hice una vez, pero pudo haber ocurrido que los billetes se deslizaran hasta donde no pudiese verlos. Vamos a ver ahora mismo, que no podré estar tranquila hasta que se haya disipado tu tristeza y hayamos convencido a Thorny de su error.

La señorita Celia echó a andar y encabezando la marcha entró en su habitación. Turbado y aún con el sombrero entre las manos Ben la siguió, en tanto que Thorny iba detrás decidido a vigilar al «pequeño bribón» hasta que los hechos se aclararan satisfactoriamente. La señorita Celia había decidido realizar esa pesquisa con el propósito de aquietar los sentimientos lastimados de uno y dar una salida a la energía del otro, ya que no abrigaba ninguna esperanza de que esa investigación arrojara alguna luz sobre la misteriosa desaparición.

La había impresionado la reacción de Ben y estaba muy arrepentida de haber permitido que su hermano interviniese en el asunto.

—Henos aquí —dijo abriendo la puerta con la llave que Thorny le entregara de muy mala gana—; ésta es la habitación y allí, a la derecha, está la cómoda. Los cajones de abajo casi no han sido abiertos y no guardan más que libros viejos de papá. Los de arriba pueden abrirlos y tomarse todo el tiempo que quieran para buscar… ¡Dios bendito!… ¡Ha caído un ratón en tu trampa, Thorny!… —y la señorita Celia dio un salto, pues estuvo a punto de pisarle la larga cola Gris que colgaba por la trampa.

Pero su hermano no le prestó mayor atención, pues estaba absorto en su tarea. De un tirón había sacado el cajón, que cayó al suelo, por donde se desparramó todo su contenido.

—¡Diablos!… Estaba tan duro que tuve que hacer mucha fuerza para abrirlo y las cosas se han caído —exclamó Thorny confundido por su torpeza.

—No te aflijas. Nada de lo que guardaba allí podía romperse. Ben, busca en el fondo a ver si algún papel se ha escurrido por allí. Debe haber una hendidura en la empuñadura. Vi ese látigo en la talabartería por ese lado, pero el cajón no está nunca tan lleno como para que las cosas disparen por allí.

La señorita Celia se dirigía a Ben quien, de rodillas sobre el piso, recogía los papeles esparcidos entre los que encontró dos dólares marcados: el anzuelo que Thorny había dejado al ladrón.

Ben metió la mano en el agujero que había tras el cajón y dijo:

—Aquí no hay más que un trozo de tela roja.

—Mi viejo limpiaplumas. Pero… ¿qué sucede ahora? —preguntó la señorita Celia al ver que Ben dejaba caer un montón de basura.

—Algo tibio se mueve dentro de esto —respondió Ben inclinándose para examinar el contenido del montoncito de desperdicios—. ¡Ratoncitos!… ¡Qué lindos!… ¡Tan pequeñitos!… Habrá que matarlos para que sigan el camino de la pobre madre que cayó en la trampa —exclamó Ben, olvidándose por un momento de sus tribulaciones y lleno de infantil curiosidad por aquel «descubrimiento».

La señorita Celia se agachó y levantó con toda suavidad la cuna roja, dentro de la cual y en medio de un montón de hilachas chillaban alarmados los pequeños ratoncitos. De pronto gritó:

—¡Niños!… ¡Niños!… ¡Encontré al ladrón!… Vengan y reúnan estos trozos de papel. Con ellos formarán los billetes perdidos.

Dejaron a los pequeños huérfanos sobre el piso y cuatro manos ansiosas deshicieron el confortable nido, y entre los fragmentos desmenuzados fueron apareciendo trozos de papel verde: los billetes perdidos. Un trozo mostraba un número bien grande y parte de un grabado, y eso bastaba para explicar el destino que habían seguido los dólares.

—¿Soy un ladrón y un embustero? —preguntó imperiosamente Ben, señalando satisfecho los trozos reveladores extendidos sobre la mesa.

—No, y te ruego me perdones. Te aseguro que lamento mucho no haber investigado más antes de hablar. De esa manera todos nos habríamos ahorrado este mal rato.

—Bien, muchachos. Olviden esto y perdonen. Yo no volveré a desconfiar nunca de ti, Ben. Te doy mi palabra de honor.

Después de pronunciar esas palabras, la señorita Celia y su hermano extendieron a Ben sus manos con toda franqueza y cordialidad. Ben apretó ambas, aunque poniendo una ligera diferencia en los apretones. Tomó la más suave con gratitud, recordando que su dueña había sido siempre bondadosa con él, mientras que a la morena la apretó con tal fuerza que obligó a Thorny a retirarla apresuradamente al mismo tiempo que le hacía exclamar desconcertado:

—¡Vamos, Ben!… No me guardes rencor. Tú has quedado mejor que yo. Yo he hecho el ridículo, ya que después de todas mis investigaciones lo único que he cazado ha sido un ratón.

—Y su familia… Pero yo estoy tan contenta de que haya sido así, que casi siento pena por la pobre mamá rata. Ella y sus hijos debían vivir muy cómodos y felices dentro del viejo limpiaplumas… —dijo la señorita Ceda atropelladamente y simulando alegría, deseosa de distraer a Ben, cuya indignación no había desaparecido del todo aún, cosa que lamentaba la joven.

—Sin duda, la casa es bonita pero un poco cara —agregó Thorny que se puso a buscar a los huérfanos que habían abandonado mientras examinaban los papeles.

Pero ya no tenían por qué preocuparse por ellos. El gatito había hecho su aparición en la escena y, haciendo de juez y jurado, dio buena cuenta de los pequeños culpables. Apenas si alcanzaron a ver cómo desaparecía la última y rosada lonchita por la boca de Kitty.

—A esto le llamaría Yo justicia sumaria. Toda la familia ejecutada en el lugar del hecho. Ahora que todo el mal entendido ha desaparecido vuelvo a tener apetito —dijo la señorita Celia riendo, y su risa era tan contagiosa que Ben se unió a ella a despecho del mal humor que lo embargaba momentos antes. Por eso, tampoco pudo resistirse a la muda súplica que le dirigían los ojos de la joven que parecían volver a pedir perdón.

—Hay demasiada alegría en este funeral… —comentó Thorny que los seguía con la trampa en la mano y con el gatito pegado a sus talones, y agregó como para consolar su vejado orgullo de detective—: Bien, aseguré que daría caza al ladrón, y lo he logrado, aunque los ladrones estos hayan resultado, al final, tan pequeños…

CAPÍTULO TRES

—¡Celiaa!, opino que deberíamos regalar algo a Ben. Algo así como una ofrenda de paz…, ¿me entiendes? Porque creo que él se considera muy ofendido aun por nuestras anteriores sospechas —dijo Thorny ese día a la hora del almuerzo.

—Sí, también yo creo que continúa resentido, aunque trate de comportarse alegre y amable como siempre. He estado pensando cómo podríamos hacerle olvidar este mal rato, pero no acierto a hallar con el medio. ¿Se te ocurre algo a ti?

—Podríamos regalarle un par de gemelos. Vi unos muy hermosos en Benyville. Eran de plata antigua, adornados con cabezas de perros de ojos amarillos. Creo que a Ben le vendrían muy bien, ahora que va a estrenar su primera camisa blanca.

La señorita Celia no pudo menos que echarse a reír ante la sugestión tan infantil, pero por eso mismo estuvo de acuerdo con ella, pues pensó que Thorny sabría mejor lo que le gustaría al muchacho y deseó que los ojos amarillos del perro de los gemelos pudieran ser un bálsamo para las heridas de Ben.

—Bien querido. Tú le regalarás esos gemelos y Lita un pequeño látigo con una cabeza de caballo de plata en la empuñadura. Vi ese látigo en la talabartería del pueblo, y a Ben le gustó tanto que yo había resuelto regalárselo para su cumpleaños.

—Eso le agradará, sin duda, y si le permites que remiende mis botas viejas, se las ponga y se coloque un penacho en el sombrero cuando te acompaña sentado en el asiento de atrás del faetón, se considerará el muchacho más feliz de la tierra… —rio Thorny, quien sabía que una de las ambiciones de Ben era llegar a ser «palafrenero de primera categoría».

—No, esas cosas no se estilan en América, y sería absurdo en un lugar tan pequeño como éste verlo vestido de azul y lleno de adornos. Me gusta más con su viejo sombrero de paja, y puedes decirle que con librea o sin ella será siempre el mejor palafrenero da la tierra.

—Se lo diré, y se pondrá tan orgulloso como Punch. Porque él considera que una palabra tuya vale más que todas las que puedan decirle los demás. Y tú, ¿no la regalarás nada? Regálale cualquier cosa, así le demuestras que ambos estamos arrepentidos de lo injusto que hemos sido con él en este asunto del dinero y los ratones.

—Le regalaré una colección completa de libros y procuraré que se ponga al día con el estudio para cuando las vacaciones toquen a su fin. Darle una educación es el mejor regalo que podemos ofrecerle. Me agradaría que me ayudaras a prepararlo para que no tenga dificultades. Ya Bab y Betty, esas dos queridas niñas, le ayudaron a dar los primeros pasos y le prestaron sus libros, de modo que Ben tiene algunos conocimientos; animándolo un poco, marchará bien, estoy segura.

—¡Esa idea es digna de ti, Celia!… Siempre se te ocurre lo mejor. Te ayudaré con todas mis fuerzas, siempre que él me lo permita. Pero ha estado tan serio conmigo que no creo me haya perdonado.

—Lo hará muy pronto, y si tú eres bueno y paciente con él, se borrará su rencor y agradecerá tu ayuda. Le haré comprender quiero que tú vuelvas a tus latines o al álgebra antes de que me alegrará mucho si, de vez en cuando, te permite que revises sus lecciones. Y esto es verdad, por otra parte, porque no refresque. Corregirle los deberes a Ben será un buen pasatiempo para ti. Las últimas palabras de la señorita Celia hicieron que su hermano frunciera el entrecejo; porque él deseaba volver a tomar sus libros, y la idea de ser profesor auxiliar de su «criado» no lo entusiasmaba mucho.

—Lo prepararé rápidamente. Yo me encargaré de enseñarle geografía y aritmética, y tú puedes prepararlo en escritura y gramática. A mí me pone nervioso ver la mala letra de los niños y corregir los enredos que hacen con las palabras. ¿Busco los libros cuando compre las otras cosas? ¿Puedo ir esta tarde?

—Sí, aquí tienen la lista. Bab me la dio. Puedes ir si me prometes regresar temprano y te dejas curar el diente.

Al instante se ensombreció el rostro de Thorny, y expresó su descontento con un silbido tan agudo que sobresaltó a su hermana, la que se apresuró a agregar con tono persuasivo:

—No te hará daño, y cuanto más tiempo dejes pasar sin ir al dentista peor será. El doctor Mann te aguarda en cualquier momento, y una vez que hayas ido, quedarás tranquilo por mucho tiempo. Vamos, mi héroe, prepárate y dile a una de las niñas que te acompañe en esta hora difícil. Lleva a Bab; a ella le gustará al paseo y te divertirá con su charla.

—¡Cómo si necesitara niñas a mi alrededor para una tontería como ésa!… —respondió con presteza Thorny, encogiéndose de hombros, aunque en su interior continuara protestando, como lo haría cualquiera de nosotros en su caso.

—No llevaré a Bab por nada del mundo. Con seguridad se meterá en algún lío y echará a perder todos mis planes. Betty as mejor compañía para mí. Es una señorita formal, delicada y suave como una gatita.

—Muy bien… Pídele permiso a la mamá y cuídala mucho. Deja que lleve su muñeca, y así se sentirá feliz en cualquier sitio que vayan. Sopla un airecito fresco y el faetón tiene la capota puesta, de modo que no hay que temer al sol. Salgan a las tres y conduce con cuidado.

Betty se mostró encantada con la invitación, pues Thorny era una especie de príncipe de ensueño a sus ojos, y que la llevara a hacer una excursión con él era un honor que casi la abrumaba. Bab no se sorprendió de que no la invitaran, ya que desde la pérdida de Sancho consideraba que había caído en desgracia y se había vuelto muy humilde. Ben la dejaba sola, y eso la afligía porque ella lo admiraba y se sentía muy orgullosa cuando el muchacho aprobaba sus exhibiciones de destreza y habilidad. Lo único que le restaba era aguardar que se presentara una oportunidad para recobrar la consideración de Ben. Pero en vano se arriesgó a romperse la cabeza saltando de las más altas vigas del granero, o se mantuvo en equilibrio sobre el lomo del burrito o saltó el portoncito de un solo brinco. Ben no le concedió ni el premio de una mirada o de una sonrisa o una palabra de estímulo. Entonces comprendió que nada más que el retorno de Sancho restablecería la antigua amistad.

En el pecho de la fiel Betty volcaba Bab sus lamentaciones llenas de remordimientos, y a veces exclamaba apasionadamente:

—Si pudiera encontrar a Sancho y devolvérselo a Ben no me importaría darme un golpe y romperme las dos piernas.

Esos desesperados lamentos causaban honda impresión en Betty, y ésta se apresuraba a consolar a su hermana con profecías optimistas y con la firme creencia de que el organillero aparecería un buen día con el perro perdido.

—He guardado cinco céntimos de la venta de mis bellotas, y si encuentro, te compraré una naranja. —prometió Betty deteniéndose a besar a Bab cuando el faetón se detuvo delante de la puerta y Thorny descendió de él para ayudar a la joven señorita, cuyo blanco delantal almidonado crujía como si fuese de papel.

—Tráeme un limón si no consigues naranjas. Me gustará tomar el jugo con azúcar —respondió Bab, quien consideraba que en aquellos momentos, una bebida ácida no sería extraña en su copa.

—¿No está hermosa, mi querida? —murmuró la señora Moss observando con orgullo a su hija menor.

En verdad, se la veía muy bonita sentada bajo la capota que tenía escrito «Belinda» con grandes letras. Lucía Betty sus mejores galas, y cuando se volvió para sonreírles y saludarlas con su carita animada y simpática que resplandecía bajo el sombrerito azul, no es de extrañar que ambas, madre y hermana, pensaran que no había niña más perfecta que «nuestra Betty».

El doctor Mann estaba ocupado cuando llegaron, pero les dijo que los atendería al cabo de una hora, de modo que ellos se apresuraron a hacer las compras, luego que se aseguraron que el látigo estaba aún en la vidriera de la talabartería.

Thorny agregó unos dulces a los limones para Bab, y Belinda recibió unas masitas que, naturalmente, su mamá comió por ella. Betty pensó que ni en el palacio de Aladino habría tantas piedras preciosas como las que se veían en la joyería donde entraron a comprar los gemelos para Ben. Pero cuando entraron en la librería, olvidó el oro, la plata y las piedras preciosas para gozar contemplando los libros llenos de láminas, mientras Thorny seleccionaba el equipo escolar para Ben. Advirtiendo el embeleso de Betty y sintiéndose particularmente pródigo y con mucho dinero en el bolsillo, el joven caballero completó la felicidad de la niña, diciéndole que eligiera el libro que más le gustase de la colección infantil de Walter Crane, que con mágicos colores aparecía ante sus ojos.

—¡Este!… Bab siempre ha querido conocer a este hombre terrible y esta lámina lo muestra —respondió Betty apretando contra su pecho un magnífico ejemplar de «Garza Azul».

—Muy bien. Tómalo entonces. Y ahora vamos; la parte divertida del programa ha tocado a su fin y pronto comenzará el suplicio —dijo Thorny encaminándose a cumplir su condena, apretando los dientes y lleno de temor su viril corazoncito.

—¿Debo cerrar los ojos y sostenerte la cabeza? —preguntó con temblorosa voz la amable Betty mientras subían los escalones que otros pies tan pesados como los de ellos subieran muchas veces antes.

—No es necesario, pequeña… No te preocupes por mí. Puedes asomarte al balcón y entretenerte allí. Lo mío no llevará mucho tiempo, imagino… —y diciendo esto, Thorny entró con la secreta esperanza de que el dentista hubiese recibido un urgente llamado o que hubiera alguien con un terrible dolor de muelas aguardando que lo curaran para tener un pretexto y poder posponer su visita.

Pero no, el doctor Mann estaba desocupado y lleno de cordial interés esperaba a su víctima mientras acomodaba con desesperante cuidado sus pequeños y horribles instrumentos.

Contenta de no tener que contemplar aquella operación, Betty se retiró hasta la ventana posterior para estar lo más lejos posible, y por espacio de media hora se mantuvo absorta en la lectura de su libro, con tal intensidad, que ya podría el pobre Thorny haber gritado de dolor que ella ni siquiera habría oído.

—Bueno, hemos terminado —dijo por fin el doctor Mann. Y Thorny, luego de dar un gran bostezo, exclamó:

—¡Gracias a Dios!… ¡Apróntate para partir, Betty!…

—Estoy lista…

Cerró la niña el libro de golpe y abandonó el cómodo sillón, sin olvidarse de llevar todas las cosas. Pero el dentista debía aún revisar la boca de Thorny, lo que le llevó bastante tiempo, y antes de que terminara, Betty tuvo tiempo de leer otro cuento más interesante aún que el de «Barba Azul». Pero mientras leía la distrajo un confuso rumor de voces infantiles que llegaba desde el estrecho callejón situado detrás de la casa. Un enorme ventanal se abría sobre el patio cerrado por un portón que el viento sacudía.

Curiosa como las mujeres de Barba Azul, se acercó Betty a mirar, pero todo lo que vio fue un grupo de niños muy excitados que trataban de espiar por entre los barrotes de otro portón.

—¿Qué ocurre? —preguntó a dos niñas que no se atrevían a acercarse demasiado al grupo.

—Los muchachos quieren dar caza a un enorme gato negro —respondió una de las niñas.

—¿Quieres venir a ver? —invitó la otra con toda cortesía.

La idea de que un pobre gato estuviese en apuros decidió a Betty a enfrentar a los muchachos. Por eso resolvió seguir a las dos niñas e ir a donde unos niños corrían de aquí para allá como si fuesen portadores de importantes mensajes, a juzgar por la ansiosa expresión de sus rostros.

—Sostén con todas tus fuerzas, Jimmy, y ustedes miren, si quieren. Ahora ya no podrá hacer daño a nadie —dijo uno de los cazadores que se hallaba sentado sobre una pared mientras otros dos apretaban el portón.

—¡Bah!… Es sólo un perro viejo… —exclamó Susy, una de las niñas después de mirar.

—Está rabioso y Jud ha ido en busca de una escopeta para matarlo —gritó un travieso muchachón, a quien disgustó el desprecio con que la niña se había referido a su presa.

—No está rabioso —exclamó otro desde su punto de observación—. Los perros rabiosos no beben agua, y éste está lamiendo un cubo lleno de ese líquido.

—Bien podría estarlo, y nosotros no darnos cuenta. No tiene puesto bozal alguno y lo matará la policía si no lo hace Jud —comentó el sanguinario joven que había sido el primero en tratar de dar caza al pobre animal que había aparecido cojeando y dando muestras de haber perdido a su dueño, razón por la cual los niños, se atrevieron a arrojarle piedras.

—Debemos volver a casa. Mamá le tiene miedo a los perros rabiosos y tu madre también —dijo Susy. Y como habían satisfecho su curiosidad, ambas niñas se retiraron prudentemente.

Pero Betty no había visto nada todavía y quiso enterarse por sus propios ojos de lo que ocurría. Había oído hablar del extraño aspecto que ofrecían los perros en ese estado y pensó que a Bab le agradaría que ella le hiciese un relato de todo eso. De modo que se empinó en puntas de pie y logró ver a un perro oscuro, cubierto de polvo, tendido sobre el pasto, con la lengua afuera y jadeando como si estuviera exhausto, medio, muerto de fatiga y también de miedo, pues arrojaba recelosas miradas en dirección a la pared que lo separaba de sus tenaces perseguidores.

—Tiene los ojos iguales a los de Sancho —se dijo Betty, y no se dio cuenta que había pronunciado el nombre en alta voz, sino cuando vio que el animal paraba las orejas y hacía esfuerzos para incorporarse, como si quisiera acudir a su llamado.

—Parece como si me conociera… Pero no es nuestro Sancho… Aquél era un perro hermoso… —explicó Betty a un niño que se hallaba a su lado. Pero antes de que éste respondiera, el animal se levantó y ladró interrogativamente mientras sus ojos brillaban como dos cuentas de topacio y la pequeña cola se movía nerviosamente.

—Sancho ladraba de ese mismo modo —exclamó Betty asombrada por los detalles familiares que encontraba en aquel perro desconocido.

Como si el nombre pronunciado por segunda vez hubiera puesto fin a sus vacilaciones, saltó el animal en dirección al portón y metió su hocico rosado entre los barrotes, lanzando un alegre ladrido de reconocimiento cuando estuvo más cerca de Betty. Los muchachos abandonaron precipitadamente sus puestos de observación, y la niña retrocedió alarmada, aunque no hizo ademán de huir y abandonar a aquel par de ojos implorantes que la llamaban con una expresión tan elocuente a través de los barrotes.

—Se comporta como nuestro perro, pero no puedo creer que sea él. ¡Sancho!… ¡Sancho!… ¿Eres tú realmente? —gritó Betty sin saber a ciencia cierta qué hacer.

—¡Guau!… ¡Guau!… ¡Guau!… —respondió moviendo la cola si quisiera agregar algo a esos ladridos, y sus ojos estaban tan llenos de amor y muda alegría que la niña no vaciló ya y se convenció de aquel pobre guiñapo era su querido Sancho extrañamente transformado. Un repentino pensamiento la asalto:

—¡Qué contento se pondrá Ben!… Podrá volver a ser dichoso… Debo llevar el perro a casa.

Sin detenerse a pensar en el peligro que podría correr y dejando de lado todas sus dudas, Betty apartó la mano de Jimmy que sostenía el picaporte del portón y manifestó ansiosamente:

—¡Es nuestro perro!… ¡Déjame entrar!… ¡Yo no le tengo miedo!…

—No entrarás hasta que Jud vuelva: Él dio órdenes de que no lo hiciéramos —dijo Jimmy asombrado y creyendo que la niña estaba tan loca como el perro.

Recordando confusamente que Jud había ido en busca de la escopeta para matar a Sancho, Betty dio un fuerte tirón a la puerta y corrió resuelta a salvar a su amigo. Que era su amigo no hubo la menor duda, pues, aunque el animal se abalanzó hacia ella como si fuera a devorarla de un mordisco, lo único que hizo fue echarse a sus pies, lamerle las manos y mirarla a la cara, dándole así la bienvenida que no podía expresar de otra manera. Una persona mayor y más prudente, se habría asegurado de que era el perro conocido antes de entrar, pero la confiada Betty ni se imaginó el peligro que pudo haber corrido. Su corazón habló más rápidamente que su cabeza, y sin detenerse a investigar, confió en aquel perrito oscuro y descubrió así que era el querido Sancho.

Sentándose sobre el pasto, lo atrajo hacia ella sin hacer caso de su sombrero caído ni de que las patitas llenas de tierra ensuciaban su limpio delantal ni del grupo de muchachos que, extrañados, la contemplaban desde el otro lado de la tapia.

—¡Perrito querido!… ¿Dónde has estado tanto tiempo? —preguntó llorando y con el pobre animal que se apelotonaba sobre su falda como si quisiese estar más cerca de su valiente y pequeña salvadora—. Te tiñeron de negro el pelo y te maltrataron, ¿verdad? ¡Oh, Sancho!… ¿Dónde está tu cola, tu cola tan bonita?

Un aullido conmovedor y un patético movimiento de cola fue toda la respuesta que el animal pudo dar a tan tiernas preguntas. Jamás la historia de su degradación sería conocida como tampoco podría ser restaurada la gloria de su belleza canina. Betty procuraba consolarlo con cariñosas palmadas y ternezas cuando otro rostro apareció por el portón y la voz autoritaria de Thorny llamó:

—¡Betty Moss!… ¿Qué diablos estás haciendo ahí adentro con ese sucio animal?

—¡Es Sancho!… ¡Es Sancho!… ¡Ven y míralo!… —gritó Betty levantándose y arrastrando consigo a su presa.

Pero el portón estaba cerrado otra vez, porque alguien había dicho «perro rabioso», y Thorny, que había visto un animal en ese estado, se sintió profundamente alarmado.

—No te quedes ahí ni un minuto más. Súbete a ese banco que yo te ayudaré a salir —indicó Thorny trepándose a la pared para rescatar a su amiga. En realidad, el perro se comportaba de manera alarmante: renqueaba y corría de uno a otro lado como si estuviese ansioso por escapar. No era extraño que lo quisiese, pues, aunque había descubierto otra voz y otro rostro conocido no había recibido las mismas afectuosas demostraciones de bienvenida.

—No, no saldré si no es con él. Es Sancho y lo llevaré a casa para devolvérselo a Ben —respondió Betty decidida mientras humedecía su pañuelo en un poco de agua y ataba la pata herida que tanto camino había recorrido para ir a apoyarse en una mano amiga.

—¡Estás loca!… Ése es el perro de Ben tanto como yo…

—¡Mira si lo es!… —exclamó Betty inconmovible. Y recordando algunas de las órdenes que daba Ben a su perro, trató de que Sancho realizara alguna de sus habilidades. El pobre animal, cansado y herido como estaba, hizo lo que pudo, pero cuando llegó el momento de tomarse la cola entre los dientes para bailar no consiguió hacerlo y, dejándose caer, escondió la cabeza entre las patas como acostumbraba a hacerlo cuando fracasaba en alguna de sus habilidades. La escena era casi patética, pues tenía una ele las patitas delanteras vendada y con su actitud expresaba la humillación de un espíritu vencido.

Aquello conmovió a Thorny y convencido de la identidad del perro y de que no estaba rabioso saltó desde la tapia silbando como lo hacía Ben, lo cual alegró al desconsolado Sancho al mismo tiempo que las torpes caricias que le prodigó el muchacho consolaron su nostálgico corazón.

—Llevémoslo a casa y sorprendamos a Ben. ¿No crees que se pondrá loco de alegría? —dijo Betty. Y tan decidida estaba a hacerlo sin más pérdida de tiempo que quería levantar ella misma al perrazo a despecho de sus gruñidos de protesta.

—Has demostrado ser muy inteligente al descubrirlo, no obstante todo lo que le han hecho para desfigurarlo. Debemos buscar una soga para llevarlo, pues no tiene collar ni bozal. Y ahora que ha encontrado a sus amigos, veremos quién se atreve a tocarlo. ¡Fuera del camino, muchachos!… —Con ademán resuelto y aspecto autoritario Thorny abrió el camino mientras Betty, pasando un brazo alrededor del cuello de Sancho, sacó orgullosamente a su tesoro ignorando con magnanimidad a sus enemigos y sin dejar de mirar al fiel amigo a quien su tierno corazón había reconocido, a pesar de lo cambiado que estaba.

—Yo lo encontré… —se adelantó a decir uno de los muchachos que esperaba alguna recompensa aunque él hubiera sido de los que más insistieron para que matasen al animal.

—Yo cuidé que no lo mataran —agregó Jimmy, el carcelero.

—Y yo dije que no estaba rabioso —gritó un tercero, pensando que esa declaración merecería la aprobación general.

—Yo no tengo nada que ver con Jud —explicó el cuarto ansioso de librarse de complicaciones.

—Pero fueron ustedes los que le dieron caza, y lo apedrearon. ¿No es así? Abran paso, entonces, o de lo contrario haré la denuncia a la «Sociedad Protectora de Animales».

Con esta terrible y misteriosa amenaza Thorny dejó a los interesados muchos líos con un cuarto de narices dándoles, además, una buena lección.

Después de una mirada llena de asombro, Lita recibió cordialmente a Sancho y lo saludó refregándole la nariz por el lomo. Después el perro se acomodó en su antiguo lugar, bajo la colchoneta, con un gruñido de intensa satisfacción y en seguida se quedó profundamente dormido, vencido por el cansancio.

Ningún conquistador romano que llegara a la Ciudad Eterna cargando valiosos tesoros se habrá sentido tan contento y orgulloso como lo estaba Betty mientras iban en el carruaje que rodaba rápidamente en dirección a la pequeña casa rojiza llevando al cautivo que ella rescatara con sus propios brazos. La pobre Belinda yacía olvidada en un rincón. Los cuentos de «Barba Azul» fueron arrojados bajo un almohadón y el hermoso limón quedó machucado después que se le sentaron encima, pues los dos niños no podían pensar sino en la alegría que proporcionaría a Ben en que liberarían a Bab de su pesada carga de remordimientos, y en la sorpresa que darían a la mamá y a la señorita Celia. Betty no acababa de convencerse de que fuese verdad tan feliz suceso y, a cada instante, miraba si su querido y sucio hallazgo estaba todavía allí.

—Te explicaré lo que haremos —dijo Thorny rompiendo el prolongado silencio mientras Betty se ajustaba el sombrero que se le escapaba cada vez que inclinaba la cabeza para espiar al perro—. Mantendremos a Sancho escondido al llegar y luego lo ocultaremos en el cuarto que Ben ocupaba antes en tu casa. Luego yo me las arreglaré para enviar a Ben a buscar algo allí y veremos qué hace. Jugaría un dólar a que no reconoce a su perro…

—No sé cómo me dominaré para no gritárselo apenas lo vea… ¡Oh!…, ¡va a ser una escena muy divertida!… —Y Betty dio unas palmadas de júbilo por anticipado.

El plan había sido perfectamente trazado, pero Thorny olvidó las posibles reacciones del animal que en esos momentos roncaba pacíficamente entre sus botas. No bien detuvieron el coche frente al portón y apenas había alcanzado a decir en su susurro a su compañera: «Allí viene Ben», cuando ya el perro había saltado del carruaje y se arrojaba con la velocidad de una bala sobre el muchacho que se acercaba. Ambos rodaron por el suelo donde dieron varias vueltas en medio de grandes gritos de alegría y reconocimiento.

—¿Quién se ha lastimado? —preguntó la señora Moss saliendo de la casa muy alarmada.

—¿Qué es eso? ¿Un oso? —interrogó a su vez Bab corriendo tras de su madre. Su mayor deseo era ver un oso alguna vez.

—¡Hemos encontrado a Sancho!… ¡Hemos encontrado a

—¡Sancho!… —gritaba arrojando su gorra en alto como un poseído.

—¡Encontrado a Sancho… ¡Encontrado a Sancho!… —repetía Betty como un eco, quien bailaba y saltaba como si también hubiera perdido la cordura.

—¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Quién lo encontró? —preguntaba la señora Moss, muy contenta, golpeando sus manos blancas de harina.

—¡No puede ser!… ¡Ése no es Sancho!… ¡Ese guiñapo sucio y feo!… —balbucía Bab incrédula.

Entonces Thorny, interrumpido constantemente por Betty, comenzó a hacer el relato del maravilloso encuentro en tanto que Bab y su madre lo escuchaban llenas de admiración, olvidando por completo los bollos que habían puesto al horno donde se estaban carbonizando sin que nadie se ocupara de ellos.

—¡Mi preciosa ovejita!… ¿Cómo te atreviste a hacer eso? —exclamó la señora Moss abrazando a su pequeña heroína con una mezcla de admiración y temor.

—¡También yo me hubiese atrevido y hasta habría golpeado a esos terribles muchachos!… ¡Cómo quisiera haber estado allá!… —manifestó Bah comprendiendo que había perdido una gran oportunidad de lucirse.

—¿Quién le cortó la cola? —preguntó Ben con tono amenazador mientras se acercaba al grupo lleno de tierra, rojo y sin aliento, pero radiante.

—El que lo robó, supongo. Merece que lo cuelguen —contestó Thorny con énfasis.

—Si lo pudiese encontrar… le cortaría la nariz —rugió Ben con tal resplandor en la mirada que Sancho lanzó un furioso ladrido. Y tuvo suerte el malvado de no encontrarse allí porque las hubiese pasado muy mal ya que hasta la bondadosa Betty había fruncido el ceño y Bab blandía amenazadoramente el batidor que tenía en la mano mientras su madre declaraba, llena de indignación, «que aquello había sido demasiado».

Apaciguados un tanto los ánimos luego de esa explosión general, procuraron tranquilizarse, y mientras el hijo pródigo iba de uno a otro en busca de caricias, la historia de su hallazgo fue contada otra vez, con más calma. Ben escuchaba sin separar los ojos del animal herido y cuando

Thorny concluyó se volvió hacia la pequeña heroína y, colocando la mano de ésta y la suya propia sobre la cabeza de Sancho, dijo con tono solemne:

—Betty Moss: nunca olvidaré lo que has hecho. Desde este momento, la mitad de Sancho te pertenece y si yo muriese él será tuyo… —Y Ben selló ese juramento con un par de sonoros besos que dio a la niña en las sonrosadas mejillas.

Betty se sintió profundamente conmovida y sus ojos azules se llenaron de lágrimas que sin duda habrían corrido por las mejillas

Sancho no hubiese sacado la lengua como quien ofrece un pañuelo de bolsillo para secarlas. Las lágrimas se trocaron entonces en risas, a las que la única que no se unió fue Bab, pues ella se había apartado sombríamente murmurando:

—Voy a ponerme a jugar con todos los perros rabiosos que encuentre. Puede que así me consideren una buena niña y alguien une recompense por ello.

—¡Oh!… ¡Pobre Bah… Yo te perdono y te prestaré la parte que me corresponde de Sancho cuantas veces quieras —dijo Ben que se sentía magnánimo con todo el mundo, incluso con las niñas que juegan como los varones.

—Vamos a llevárselo a Celia —rogó Thorny deseoso de volver a hacer el relato.

—Es mejor que lo layes antes. Está espantoso, pobre animal… —comentó la señora Moss antes de correr precipitadamente en dirección a la cocina al recordar sus bollos.

—Tendré que darle varios baños para poder sacarle esa tintura marrón. Su hermosa piel rosada está manchada con esa grasa. La haremos desaparecer poniéndolo al sol: el pelo le volverá a crecer y pronto será el hermoso perro de antes. Todo será como antes, excepto…

Ben no pudo concluir y se oyó un lamento general por la desaparecida cola que el animal ya no podría volver a mover con tanto orgullo.

—Le compraré una nueva. Y ahora, pónganse en fila y marchemos en orden —exclamó Thorny alegremente mientras empujaba por el hombro a Betty y caminaba silbando «Atención: el héroe conquistador llega», seguido por Ben y su perro, en tanto que Bab cerraba la marcha golpeando una lechera de aluminio con el batidor.

CAPÍTULO CUATRO

Si el secuestro de Sancho causa tanto revuelo, es de imaginar que su regreso y la noticia de sus padecimientos habrían de provocar un revuelo mucho mayor. Le prodigaron una calurosa y afectuosa bienvenida. Por varios días fue objeto de demostraciones de curiosidad y cariño por parte de las niñas y de los muchachos conocidos que acudían a compadecerlo por el pedazo de cola que le faltaba.

Sancho se comportaba con digna afabilidad y sentado en la cochera sobre la colchoneta observaba a sus visitantes pensativamente, y con toda paciencia soportaba sus caricias, mientras Ben y Thorny, por turno, relataban los pocos hechos dramáticos que conocían respecto a su desaparición y a su encuentro. Si a la interesante víctima le hubiera sido posible contar sus aventuras habría referido cosas emocionantes, pero el pobre no sabía hablar y los secretos de ese mes memorable jamás iban a ser conocidos.

La herida de la patita cicatrizó pronto, la tintura fue desapareciendo gracias a los interminables lavados y el pelo se tornó nuevamente sedoso y crespo. Un nuevo collar con elegantes letras le dio otra vez categoría de perro respetable y Sancho se consideró que era el mismo de antes. Pero era evidente que su genio, otrora manso y amable, se había agriado y a menudo parecía que él había perdido la confianza en los hombres.

Antes había sido un perro condescendiente y amigo de todos, pero desde su retorno observaba a los extraños con gesto receloso, y la presencia de un hombre andrajoso lo hacía aullar y encolerizarse como si acudieran a él el recuerdo de pasados agravios.

Por fortuna, su gratitud era más fuerte que sus resentimientos y demostró que no olvidaba que debía la vida a Betty, pues salía al encuentro de la niña en cuanto ésta aparecía, obedecía al instante sus órdenes y no toleraba que nadie la molestara cuando él caminaba vigilante a su lado conducido por la mano que lo llevaba del cuello igual que como lo hiciera para sacarlo de aquel patio fatal. Eran fieles amigos para siempre.

La señorita Celia los llamaba la pequeña Una y su león, y viendo a los niños ansiosos por saber a quiénes se refería, les leyó la historia. Ben, con gran trabajo, pudo enseñar a Sancho a deletrear «Betty» y así sorprendió a la niña con esta nueva demostración de inteligencia de su perro. La pequeña no se cansaba nunca de ver cómo la pata delantera de Sancho acomodaba las cinco letras en su sitio y luego corría a poner el hocico entre las manos de Betty como si quisiese agregar:

—Ése es el nombre de mi querida amita…

Por supuesto, a Bab le alegraba que hubieran retornado la paz y alegría de antaño, pero en un pequeño y escondido rincón de su corazón se ocultaba un asomo de envidia y ansiaba, desesperadamente, hacer algo que la pusiera en evidencia frente a su pequeño mundo y recibir los mismos halagos que Betty. Comportarse con bondad y gentileza no era suficiente. Ella debía hacer algo que demostrara su valor y sorprendiera a todos, pero no se le presentaba ninguna oportunidad. Betty era tan afectuosa como siempre y los muchachos muy bondadosos, pero a ella no se le escapaba que ambos niños preferían a la pequeña Bet, como la llamaban, por haber sido quien encontrara a Sancho, demostrando gran arrojo al defender al perro de aquellos que la aventajaban en número y fuerza.

Bab no confió a nadie sus sentimientos. Muy por el contrario: procuraba ser amable mientras esperaba que llegase su oportunidad. Y cuando ésta llegó, se comportó lo mejor que pudo, aunque no consiguió que su acción tuviera un matiz heroico que aumentase su valor.

El brazo de la señorita Celia mejoraba rápidamente, pero, por supuesto, no podría hacer uso de él hasta dentro de mucho tiempo. Habiendo descubierto que la lectura de la tarde la entretenía tanto como a los niños, empezó a sacar sus viejos libros favoritos, con lo que disfrutaba de un doble placer ya que veía que el pequeño auditorio se deleitaba como se deleitara ella de niña. Para todos, a excepción de Thorny, aquellas historias eran completamente nuevas. Uno de estos relatos divirtió extraordinariamente a los niños y produjo una gran satisfacción a uno de ellos.

—Celia, ¿trajiste nuestros viejos arcos? —preguntó con ansiedad su hermano al mismo tiempo que ella abandonara el libro del cual había leído «No malgastes, no pidas» y «Dos cuerdas para tu arco».

—Sí, traje todos los juegos que dejamos guardados en el desván cuando salimos de viaje. Los arcos están en la caja larga donde hallaste las cañas de pescar y las paletas. Creo que el viejo carcaj y las pocas flechas que quedan también están allí. ¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó a su vez la señorita Celia, mientras Thorny echaba a correr con gran prisa.

—Voy a enseñar a Ben a tirar al blanco. Es una excelente diversión para esta época calurosa. Pronto tendremos unos buenos tiradores y tú podrás otorgar premios a los mejores. Vamos, Ben… Hay suficiente cuerda como para poner los arcos en condiciones. Luego haremos una exhibición de tiro al blanco para las damas.

—Yo no sabré. Jamás tuve un arco entre las manos. El pequeño dardo que sostenía cuando hacía de Cupido no servía para nada —respondió Ben, a quien le parecía que aquel niño «prodigio» que fuera él en otro tiempo no tenía nada que ver con el joven respetable que en aquellos momentos caminaba del brazo del joven dueño de casa.

—Lo único que necesitas es práctica. Yo fui un gran tirador, pero ahora no creo que pueda acertar a otra cosa que no sea la puerta del granero —comentó Thorny para darle ánimos.

En tanto que los muchachos se alejaban con gran ruido de botas y rechinar de espuelas. Bab observó con, ese tono de señorita que había adoptado desde que se dedicara con entusiasmo a la costura:

—Nosotras acostumbrábamos a hacer arcos con ballenas cuando éramos más chicas, pero ahora somos demasiado grandes para entretenernos con eso.

—Yo me divertiría lo mismo, pero Bab, como ya cumplió los once años, no quiere jugar más —declaró honestamente Betty que en ese momento alisaba su aguja en el esmeril.

—La gente adulta también practica la ballestería, como se llana en Inglaterra a tirar con arcos y flechas. Días pasados estuve leyendo algo a ese respecto y vi una fotografía de la reina Victoria con un arco. De modo que no tienes por que avergonzarte, Bab —dijo la señorita Celia quien se puso a revolver los diarios y revistas que tenía junto a su sillón buscando aquella fotografía de que hablara.

Por su parte consideraba que ese nuevo entretenimiento divertiría tanto a los muchachos como a las niñas.

—¡Una reina!… ¿Te das cuenta? —comentó Betty muy asombrada y también complacida de que su amiga no la considerara una tonta porque se divertía con esos sencillos juguetes fabricados en casa.

—En épocas pasadas, los arcos y las flechas eran usados en los combates y ya hemos leído cómo los arqueros ingleses oscurecían el cielo con las flechas y cómo mataban a sus enemigos.

—También los indios las usaban. Yo he encontrado algunas flechas de piedra junto al río hundidas en el barro —exclamó Bab demostrando repentino interés. Las batallas atraían su atención más que las reinas.

—Mientras ustedes dan termino a sus costuras yo les contare una breve historia sobre los indios —dijo la señorita Celia recostándose sobre los almohadones mientras las agujas se movían sin cesar en las pequeñas manos.

—Hace más o menos cien años, en un pequeño campamento a orilla del río Connecticut vivía una niñita llamada Matty Kilburn. Sobre una colina se alzaba el fuerte adonde la gente corría en busca de protección cuando amenazaba algún peligro. El país era poco conocido y salvaje y más de una vez los indios habían bajado por el río y habían quemado las casas, matado a los hombres y llevado prisioneros a mujeres y niños. Matty vivía sola con su padre, pero se sentía muy segura en la pequeña choza hecha de troncos; pues su padre nunca se apartaba del lugar. Una tarde, mientras los labradores estaban ocupados en sus campos, la campana de alarma comenzó a sonar repentinamente, era la señal que indicaba un peligro cercano razón por la cual los hombres, abandonando sus palas y hachas, corrieron hacia sus casas para proteger a sus esposas e hijos como también a sus pobres bienes. El señor Kilburn tomó la escopeta con una ruano y a su hija con la otra y corrió tan rápido como le fue posible en dirección al fuerte. Pero antes de llegar oyó alaridos de guerra y vio aparecer por el río a los pieles rojas. Comprendió que les sería imposible llegar hasta el fuerte, de modo que buscó a su alrededor un sitio donde dejar a salvo a su pequeña Matty hasta que él pudiese volver a buscarla.

Era un hombre de mucho valor y sabía pelear, de manera que no quiso esconderse mientras sus vecinos necesitaran su ayuda. Pero su primer pensamiento fue dejar fuera de peligro a su hija.

En un rincón del solitario campo de pastoreo se levantaba un enorme olmo hueco y hacia allá se dirigió el granjero rápidamente. Ocultó a Matty en la oscura concavidad alrededor de la cual habían crecido algunos retoños que disimulaban el hueco.

—Hija mía: quédate hasta que yo venga a buscarte. Reza y aguarda a tu padre —dijo el hombre al separar las ramas para ver una vez más a la asustada carita que se alzaba hacia él.

—¡Vuelve pronto!… —susurró Matty y trató de sonreír valientemente cómo debía hacerlo la hija de un padre tan valeroso.

El señor Kilburn se alejó y en seguida fue hecho prisionero y llevado muy lejos. Durante muchos años nadie supo que había sido de él: si vivía aún o si había sido muerto. La gente buscó a Matty, pero creyeron que había corrido la misma suerte que su padre y no creyeron que la volverían a ver. Muchos años después vieron llegar a un pobre hombre, andrajoso, que no era otro que el señor Kilburn quien, habiendo conseguido escapar, trataba de encontrar el camino de regreso a su casa. Lo primero que hizo fue preguntar dónde estaba Matty, pero nadie supo responderle, y cuando les contó dónde la había dejado todos sacudieron la cabeza como si lo creyeran loco. Sin embargo, fueron a mirar dentro del olmo hueco y allí encontraron un pequeño esqueleto, restos de un género descolorido y dos hebillas de plata sobre lo que pudieron haber sido unos zapatos que decían «Matty». Un arco indígena caído junto al árbol explicaba por que la niña no había salido ni pedido auxilio sino que se había dejado morir aguardando que su padre fuese a rescatarla".

Si la señorita Celia pensó que cuando acabara su relato hallaría las labores terminadas, buen chasco se llevó. Las niñas habían dado unas pocas puntadas. Luego Betty había usado la hermosa toalla de pañuelo y Bab había dejado caer su trabajo mientras escuchaba con los ojos enormemente abiertos la breve y tan trágica historia.

—Pero ese relato, ¿es verídico? —preguntó Betty, quien esperaba tener el consuelo de saber que era pura invención.

—Sí. Yo vi el árbol y la pequeña colina sobre la que se levantaba el fuerte. Y hasta he visto las pequeñas hebillas que una antigua familia de la región conserva —respondió la señorita Celia, quien volvió a buscar la fotografía de la reina Victoria para ver si con ella lograba consolar y alegrar nuevamente a su auditorio.

—Nosotros podríamos reproducir la historia usando el viejo manzano. Betty puede esconderse allí; yo seré el padre y la ocultaré con algunas ramas. Luego me convertiré en un enorme piel roja que la atacará. Haremos arcos y todo será muy divertido, ¿no es verdad? —exclamó Bab encantada ante la idea de poder representar los principales personajes de aquella tragedia.

—¡No, no, no!… No quiero esconderme en el agujero de un tronco lleno de telarañas y que luego tú me mates —chilló Betty—. Haré un hermoso fuerte con heno y colocaré allí a Dina que hará el papel de la pequeña Matty. Yo no quiero más esa muñeca porque ha perdido su otro ojo, de modo que a ella puedes tirarle con cuantas flechas quieras.

Antes de que Bab pudiera dar su visto bueno a las disposiciones de su hermana, apareció Thorny cantando mientras apuntaba con su arco en dirección a un pequeño petirrojo cuyo chaleco de plumas era de un hermoso color rojo.

Armó con la flecha el arco, Apuntó aguzando el ojo Y dijo: «Le acertaré al pequeño petirrojo».

«Pero no lo consiguió», pareció gorjear el petirrojo, que voló hacia otra rama moviendo despectivamente su colita negra.

—¡Niños!… Eso es lo que deben prometerme que nunca harán. Tiren al blanco cuanto quieran, pero no hagan daño a los pájaros —pidió la señorita Celia, mientras armaba a Ben con el equipo de arcos y flechas que le perteneciera y que hacía tanto tiempo no usaba.

—No lo haremos si tú nos lo pides, pero estoy seguro que, con un poco de práctica bajaría cualquier pájaro de un árbol tan bien como lo hacía ese personaje del cual nos leíste la historia —respondió Thorny, a quien le había gustado ese relato tanto como a su hermana le causara pena la matanza de inocentes pajarillos.

—Bien podrías pedirle prestada al alcalde su vieja lechuza embalsamada y usarla de blanco. Podríamos practicar y como es grande, tendría más probabilidades de acertar —bromeó su hermana que acostumbraba a burlarse de Thorny cuando éste se daba aires de importancia.

La única respuesta de Thorny fue arrojar una flecha hacia arriba, y tan alto fue que se perdió de vista y tardó unos segundos en descender y clavarse en el suelo, cerca de ellos. Sancho la trajo entre sus dientes, muy contento con ese juego en el cual él también podía intervenir.

—No está mal… Ahora, Ben, tira tú…

Pero Ben tenía muy poca experiencia en materia de tiro con arco y no obstante sus esfuerzos para imitar a su predecesor, la flecha dio un débil salto y descendió peligrosamente cerca de la nariz levantada de Bab.

—Si ustedes ponen en peligro la vida y la integridad de los demás, lo único que conseguirán será que yo les confisque las armas. Tomen la huerta como campo de práctica. Es un lugar seguro y nosotras los miraremos desde aquí. Si tuviera sanas las manos les dibujaría un hermoso blanco —y la señorita Celia miró apesadumbrada el brazo que de muy poco le servía aún.

—También tú podrías tirar. Vencerías a todos v yo me sentiría muy orgulloso de ti —aseguró Thorny con afectuoso acento de persona mayor.

—Gracias. Pero puedo cederle mi lugar a Bah y Betty, si ustedes les fabrican algunos arcos y flechas. Ellas no podrán usar esos tan grandes.

Los jóvenes caballeros no tomaron la sugestión con tanto entusiasmo como esperaba la señorita Celia. La verdad fue que ambos se mostraron más bien indiferentes, como ocurre generalmente cuando se les propone a los muchachos que acepten en sus juegos a dos niñas pequeñas.

—Tal vez sea una molestia demasiado grande… —comenzó a decir Betty con su suave vocecita.

—Yo puedo hacerme el mío —declaró Bab con un rebelde movimiento de cabeza.

—Nada de eso. Te haré el arco más hermoso que jamás se haya visto. Betty —se apresuró a prometer Thorny enternecido por la mirada suplicante de la niña.

—Y tú puedes usar el mío, Bah. Tienes puños fuertes y creo que lo podrás manejar —agregó Ben pensando que no le vendría mal tener un compañero que tirara peor que él, pues le molestaba sentirse inferior a Thorny en tantas cosas acostumbrado como había estado a ser siempre el primero. Pero eso ya no ocurría desde que se retirara a la vida privada.

—Yo seré el árbitro y daré como premio provisorio, y hasta que encontremos otro más apropiado, el aro de plata con que suelo recoger mis cabellos —propuso la señorita Celia, contenta de que todo se hubiese arreglado y que el nuevo juego presentara tan agradables perspectivas que ayudarían a pasar más entretenida la estación estival.

Resultó asombroso cómo el juego de arcos y flechas se puso de moda en toda la población. Los niños lo practicaron entusiasmados esa tarde y al día siguiente fundaron el club «Guillermo Tell» con Bab y Betty como miembros honorarios. Antes de que la semana concluyera se pudo ver a muchos muchachos con «curvados arcos y temblorosas flechas» arrojando lejos sus proyectiles con una encantadora indiferencia por la vida de los moradores del lugar.

Advertidos por las autoridades, los socios del club llevaron sus blancos a lugares más seguros y practicaron infatigablemente, en especial Leen, quien pronto descubrió que los ejercicios que practicara de niño habían hecho su brazo robusto y su ojo de mirada certera. Llevaba a Sancho como socio para que recogiese las flechas y así hacía más tiros en una hora de los que podían hacer los otros que debían correr de un lado a otro.

PARTE CUATRO

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6

CAPÍTULO UNO

El primero de septiembre pareció llegar demasiado pronto. Comenzaron las clases. Entre el grupo de niños y niñas que subían en montón hacia «El rincón del saber», como llamaban a la escuela, se encontraba Ben, quien llevaba una pila de libros bajo el brazo. Se sentía algo extraño y muy tímido, pero tomó una actitud resuelta para no dejar traslucir su estado de ánimo. Aunque tenía trece años, era la primera vez que iba a una escuela de verdad. Le señorita Celia había hablado con la maestra y la había enterado de cuál había sido la vida de Ben. Como la maestra era una mujer comprensiva hizo cuanto pudo para facilitarle los comienzos. En lectura y escritura demostró ser bueno y orgullosamente se colocó entre los muchachos de su misma edad; pero cuando llegó el turno de demostrar sus conocimientos en aritmética y geografía tuvo que descender casi hasta la altura de los principiantes, no obstante los esfuerzos que hiciera Thorny para «sacarlo a flote». Esto lo mortificaba enormemente y en algunas ocasiones tuvo que sentarse al lado de la querida Betty, quien se condolía cuando él se equivocaba y sonreía con verdadera alegría cada vez que Ben la aventajaba, coa que fue ocurriendo poco a poco con mayor frecuencia. Ella no era una niña muy inteligente y avanzaba con trabajo, muy por detrás de Bab que ya se destacaba entre las alumnas mayores que ella.

Afortunadamente, Ben era un muchacho bajo e inteligente, de modo que no quedaba muy fuera de lugar entre los niños de diez y once años. Había tomado con tanto empeño sus estudios como en otra época sus entrenamientos para dar un salto en alto o tocarse la cabeza con los talones. Esa clase de ejercicios le habían dado vigorosa elasticidad a su pequeño cuerpo; ahora le tocaba el turno de adiestrar su mente para que sus facultades le respondieran con tanta rapidez y seguridad como sus músculos que le permitían ubicarse con confianza donde cualquier otro podía haber temido caer y romperse la nuca. Su consuelo era comprobar que aunque los ejercicios de aritmética le daban mucho trabajo, podía en cambio pegar saltos mortales y quedar firme y derecho sobre el suelo como no sabría hacerlo ningún otro. Cuando los muchachos se burlaban de él al oírle decir que China estaba en África, los dejaba mudos revelando los conocimientos que poseía acerca de los animales que poblaban aquel país. Y cuando lo nombraron «el número uno en lectura» se sintió muy orgulloso y superior a sus compañeros.

La maestra lo estimulaba cuanto le era posible y corregía sus muchos errores con tal paciencia que Ben dejó de sentirse intimidado y afligido y trató de abrirse paso hacia adelante. Nadie pudo dejar de respetar sus esfuerzos y todos disimularon sus torpezas. De este modo se deslizó la primera semana y, aunque el corazón del muchacho más de una vez se había encogido de vergüenza frente a la lucha con su propia ignorancia, se propuso vencer, volvió a reanudar la batalla al lunes siguiente con renovado celo y nuevos bríos provocados, sobre todo, por la alegre charla que sostuviera con la señorita Celia el domingo al atardecer.

No le confió a ella, sin embargo, una de sus más grandes preocupaciones, pues pensó que no podría ayudarlo de ningún modo. Algunos de los muchachos lo trataban un tanto despectivamente llamándolo «vagabundo» y «limosnero», y lo molestaban diciéndole que había venido de un circo donde había vivido en carpas como los gitanos. Los niños no querían ser crueles, pero les divertía molestarlo, sin pensar por un momento que esas bromas lo hicieran sufrir tanto. Ben simuló no hacer caso, pero sufría mucho, pues hubiera deseado olvidar el pasado y ser como los demás compañeros. No se avergonzaba de su vida anterior, pero como descubría que los que estaban a su alrededor la criticaban deseaba olvidarla. Por su propio bien, además, pues los recuerdos de los últimos días que pasara allá no eran muy gratos y las comodidades de que gozaba en el presente le hacían parecer más terribles las penurias pasadas.

No dijo nada de todo eso a la señorita Celia, pero ella llegó a saberlo. Entonces lo quiso más al darse cuenta de que era capaz de soportar con tanta entereza sus sinsabores. Bab y Betty llegaron llenas de indignación cierto lunes por la tarde a consecuencia de ciertos insultos que Sam había proferido contra Ben. La señorita Celia las vio tan conmovidas que comprendió que no iban a prestar atención a sus lecturas, de modo que les pidió que le contaran lo acaecido. Las niñas prorrumpieron entonces en exclamaciones y frases entrecortadas que no dieron, por cierto, una idea muy clara del motivo de su indignación.

—… y dijo que Ben debía vivir en la casa de los cuidadores…

—… y Ben le contestó que él debía vivir en un chiquero.

—Y tiene razón. Ése es el sitio que le corresponde a un muchacho tan glotón que siempre lleva grandes manzanas y nunca convida a nadie…

—Sam se enojó y nosotras nos echamos a reír. Entonces él preguntó: «¿Quieres pelear?».

—Y Ben contestó: «No gracias. No es muy divertido golpear a un fardo de estopa».

—Sam se puso furioso y corrió a Ben hasta el arce gigante.

—Allá quedó Ben, trepado al árbol, de donde Sam no lo dejará bajar si no retira todo lo dicho.

—Ben se niega y yo me temo une tendrá que quedarse allí toda la noche —manifestó Betty afligida.

—A él no le importa, y nosotros nos divertiremos llevándole la comida. Torta de nueces, queso y también algunas peras asadas. Se las arrojaremos y él las recogerá en el aire. ¡Es tan diestro!… —agregó Betty dispuesta a sacar buen partido de aquella situación.

—Si no aparece a la hora del té iremos a buscarlo. Me parece que va he oído decir algo acerca de los malos ratos que Sam hace pasar a Ben. No estoy mal informada, ¿verdad? —preguntó la señorita Celia dispuesta a defender a su protegido de las persecuciones injustas.

—Sí, señorita. Sam y Moses están siempre molestando a Ben. Ellos son más grandes y nosotros no podemos hacerlos callar. Yo no he permitido que las niñas los imiten y los más pequeños no se atreven a hacerlo después de la reprensión de la maestra —explicó Bab, ilustrando sus palabras con amplios gestos.

—¿Por qué no ha hablado la señorita con los otros?

—Porque Ben no los ha acusado ni ha permitido ore lo hagamos nosotras. Nos ha dicho que sabe defenderse solo y que odia los chismes. Estoy segura de que tampoco le gustará saber que se lo hemos contado a usted. Pero no importa que lo sepa. Todo eso está muy mal. —Y Betty parecía próxima a echarse a llorar al recordar las tribulaciones por las que debía pasar su amigo.

—Estoy contenta de que hayan hablado. Ya me ocuparé yo de esto —respondió la señorita Celia después que las niñas le hubieron revelado las afrentas que había soportado Ben.

En ese momento apareció Thorny, quien parecía muy divertido.

y las niñas corrieron hacia él para preguntarle al unísono:

—¿Viste a Ben? ¿Lo ayudaste a bajar del árbol?

—Se bajó de la forma más graciosa que ustedes pueden imanar —contestó Thorny riendo.

—¿Dónde quedó Sam? —preguntó Bah.

—Mirando para arriba para ver por dónde voló Ben.

—¡Oh, cuenta, cuenta!… —rogó Betty.

—Bueno… Yo pasaba por allí y encontré a Ben trepado al árbol mientras Sam le arrojaba piedras. Ordené al «gordo» que dejara de hacer eso y me contestó que no lo haría hasta que Ben no le pidiese perdón. Ben le respondió que nunca le pediría perdón, así tuviese que estar una semana allí arriba. Yo me disponía entonces a dar su merecido al bribón de Sam, cuando acertó a pasar un carro cargado de heno. Ben se dejó caer sobre él tan rápidamente que Sam no lo advirtió. A mí me causó tanta gracia que dije a Sam que lo dejaba solo para que se las entendiese con Ben, y allá debe estar preguntándose por dónde diablos ha desaparecido su enemigo.

La idea del chasco que se había llevado Sam divirtió a todos y rieron a carcajadas hasta que la señorita Celia los hizo callar para preguntar:

—¿A dónde ha ido Ben?

—Sin duda dará un buen paseo. Luego vendrá para aquí corriendo muy divertido. Pero yo tendré que poner en su lugar a Sam. No quiero que haga daño a Ben ni que éste se deje intimidar por nadie.

—A excepción de ti, naturalmente —dijo su hermana con una sonrisa burlona, pues Thorny se mostraba a veces muy altivo con su amigo.

—A él no le importa que yo le haga reproches de vez en cuando. Es por su bien que procedo así, y siempre me pongo de su parte contra los demás. Sam es muy pendenciero, lo mismo que Mose, y a ambos les daré una buena paliza si no dejan de molestar a Ben.

Deseando que su hermano no interviniese en ninguna pelea, la señorita Celia propuso métodos de convicción más suaves, y aseguró que ella misma conversaría con los muchachos si se producía nutra pelea.

—He estado pensando que se podría preparar una alegre reunión para el cumpleaños de Ben. Mi plan era hacer una fiesta sencilla, pero la haremos más grande, invitaremos a todos los muchachos y Ben será el rey de la fiesta. Necesita que se lo premie por los esfuerzos que ha hecho en el colegio. Ahora que ha dado los primeros pasos, creo que seguirá adelante con mucho entusiasmo. Si lo tratamos con respecto y demostramos que lo tenemos siempre en cuenta, los demás nos imitarán. Y eso será mejor que andar peleándose por ahí.

—¡Tienes mucha razón!… ¿Qué haremos para que la reunión resulte fiesta de primera? —preguntó Thorny, cayendo de inmediato en la trampa que le tendiera su hermana.

—Proyectaremos algo interesante. Alguna «gran combinación», como acostumbras a llamar a tus raras mezclas de tragedia, comedia, melodrama y farsa —respondió su hermana con la cabeza llena de divertidos planes.

—Haremos alguna representación teatral. Creo que esta gente no ha visto teatro en su vida, ¿eh, Bab?

—He visto un circo…

—Nos disfrazaremos y representaremos «Los niños en el bosque» —propuso Betty.

—¡Bah… Eso no vale nada. Yo les enseñaré lo que es representar una obra y haré que se les pongan los pelos de punta. Ustedes también intervendrán en la representación. Bab podrá hacer muy bien el papel de la niña perversa… —empezó a decir Thorny entusiasmado ante la perspectiva de producir sensación en las tablas y siempre listo para azuzar a Bab.

Antes de que Betty pudiese protestar diciendo que no quería que se pusieran los pelos de punta y de que Bab rechazara indignada el papel que le ofrecían, se ovó un agudo silbido y la señorita Celia susurró haciendo una señal de advertencia:

—¡Chist! Ben se acerca. Él no debe enterarse de nada aún.

El día siguiente era miércoles, y la señorita Celia concurrió a una audición de recitado que daban los niños. Era muy poco frecuente que las madres o hermanas mayores dispusiesen de tiempo para concurrir a aquellas audiciones, de modo que cuando la señora Moss y la señorita Celia se presentaron en el colegio, fueron muy bien recibidas por la complacida y orgullosa maestra y un murmullo general se levantó en el aula al verlas aparecer. Todas las niñas dirigieron sus miradas hacia las visitantes y las señalaron luego a Bab y Betty, quienes sonreían con sus redondas caritas iluminadas de alegría al ver a «mamá» sentada junto a la maestra. Y los muchachos sonrieron a Ben, cuyo corazón se puso a latir desordenadamente al ver que su querida señorita había venido sólo para oírle decir su parte.

Thorny le había recomendado que eligiese «Marco Bozzans», pero Ben prefirió «John Gilpin» e hizo el recitado de la famosa carrera con gran elocuencia, poniendo mucho más énfasis en algunos párrafos y si bien en otros necesitó ayuda concluyó su parte con éxito, aunque casi sin alientos. Se sentó en medio de grandes aplausos, algunos de los cuales, cosa muy curiosa, le pareció que llegaban desde afuera. Y así era en efecto, pues

Thorny, que no había querido perderse el placer de escucharlo, había permanecido afuera para no confundir al orador.

A continuación se oyeron otros recitados guerreros o patrióticos los que decían los muchachos, sentimentales los de las niñas. Sam fracasó en su intento de recitar uno de los grandes discursos de Webster y el pequeño Cy Fay atacó resueltamente:

—¡Otra vez al combate!

Y lo dijo todo, sin equivocarse, con su vocecita anuda, haciendo así honor a su hermano mayor que se lo había hecho ensayar con tanto cuidado, Billy había elegido un trozo muy conocido, pero lo recitó de tal modo que lo hizo interesante. Sus gestos eran vivos y asombrosas las modulaciones de la voz.

Cuando recitó:

"La selva sobre un fondo de cielo tormentoso
sus gigantes ramas sacudió"

giraron sus brazos como aspas de un molino de viento. Y «los himnos de orgullosos vítores» no solamente «sacudieron las profundidades de las desiertas tinieblas» sino también a los pequeños niños sentados en sus bancos y la escuela toda celebró «los cánticos de los libres». Cuando «el águila marina remontó su vuelo» Billy pareció remontarse también. Una expresiva mirada representó «el ojo sagaz de la mujer» y los bucles caídos sobre la ardiente frente del orador dieron fuerza a «las cejas del hombre severamente fruncidas». Con un fuerte golpe sobre su pecho señaló dónde estaba situado «el fuero corazón del joven».

—«¿Qué buscan tan lejos?» —preguntó con un tono tan natural fijando sus ojos en Mamie Piters que la pequeña, sobresaltada, respondió:

—No sé… —razón por la cual el recitador se apresuró a señalar con su dedo gordezuelo su propio corazón y concluir In poesía, que fue considerada la más preciosa joya de la colección. Billy volvió a su asiento muy orgulloso, completamente convencido de que su pueblo natal tenía un orador que con el tiempo eclipsaría a Edward Everett y a Wendell Phillips.

Sally Folsom atacó «El bosquecillo de coral», elegido con el expreso propósito de sobresaltar y hacer sonrojar a su amiga Almira Mullet al recitar la segunda estrofa de ese hermoso poema que hablaba de un «mullet» que efectuaba correrías.

Una de las niñas mayores recitó «Perdido Amor», de Wodsworth con acento melancólico, apretando las manos y lanzando un ¡oh!… tan fuerte como si le hubiesen extraído una muela.

Bab prefería las piezas cómicas y ésa divirtió e hizo reír a todos por la gracia con que dijo el jocoso poema «La casa de los gatitos». Lanzaba unos estridentes «miau» y cuando explicó cómo la «afectuosa mamá gata se rascaba la nariz» imitó tan bien el gesto del animal que los niños lo festejaron con chillidos de alegría. Y concluyó con un «miau» tan perfecto que su auditorio consideró que jamás se había escuchado mejor imitación.

La pequeña y dulce Betty murmuró más que recitó «Lirio blanco», balanceándose de derecha a izquierda como si solamente así pudiese decir los versos.

—Hemos llegado al fin de este recital. Si alguna de las señoras desea dirigir unas palabras a los niños yo las agradeceré encantada —dijo cortésmente la maestra antes de despedir a sus alumnos con una canción.

—Permítame, entonces, señorita. Me gustaría dirigirles unas palabras a los niños —manifestó la señorita Celia obedeciendo a un repentino impulso; y adelantándose con el sombrero en la mano hizo un gracioso saludo antes de recitar la hermosa balada de Mary Howitt, «Mabel en un día de verano». Se la veía tan joven y alegre y sus ademanes eran tan sencillos y expresivos, hablaba con voz tan dulce y clara que los niños quedaron encantados como si hubiesen sido hechizados. Aprendieron la lección que quería darles esta nueva profesora y entendieron el consejo que ratificaba la última estrofa:

"Es bueno hacer todas las tareas gratas,
estar alerta y ser bondadoso.
Y es bueno tener como la pequeña Mabel
un espíritu ansioso de aprender".

Por supuesto, mientras la señorita Celia regresaba a su asiento la acompañó un caluroso aplauso, y en tanto las manos golpeaban con entusiasmo las conciencias se despertaban y más de uno lamentó sus gestos hoscos y los errores cometidos.

—Ahora cantemos —propuso la maestra. Y mientras todos se apuran a componer sus gargantas la puerta se abrió y apareció Sancho con el sombrero de Ben en la cabeza, caminando sobre las patas traseras, las delanteras cruzadas humildemente, acompañada su marcha por una voz que, desde afuera, cantaba:

Benny tenía un perrito
de pelo todo blanquito;

y dondequiera que iba
el perrito lo seguía.
Cierta vez se fue a la escuela
y entró sin pedir permiso.
Todos los chicos rieron.
al ver un perro…

El travieso Thorny no pudo continuar; pues una gran carcajada ahogó sus últimas palabras y la orden de Ben «¡fuera, bribón!» … obligó a Sancho a escapar corriendo sobre sus cuatro patas.

La señorita Celia procuró disculpar a su hermano frente a la maestra, quien le aseguró que la broma carecía de importancia, en tanto que la señora de Moss trataba, aunque en vario, de hacer callar a sus hijos por medio de gestos. Ellas, como los demás; no podían dejar de reír y sólo se apaciguaron cuando sonó la campanilla ordenando silencio. La hermosa dama que había recitado antes volvió a ponerse de pie y dijo con su tono cordial:

—Deseo agradecerles el hermoso momento que me han hecho pasar y espero poder gozar de otro igual muy pronto. También quiero invitarlos a todos a la reunión que haremos para festejar, el próximo sábado, el cumpleaños de nuestro querido amigo Ben. Por la tarde se realizará el concurso de los tiradores de arco y espero que los dos clubs estén representados. Nos divertiremos y reiremos sin temor de contravenir a ninguna regla. Los invito en nombre de Ben e imagino que vendrán todos, pues deseo que éste sea el cumpleaños más feliz de su vida.

Había veinte alumnos en el aula, pero los ochenta pies y manos hicieron tal barullo al escuchar la invitación, que cualquiera que hubiese pasado por allí hubiera podido pensar que eran más de cien los alumnos de la escuelita. Todos quisieron un poquito más a la señorita Celia a quien siempre habían estimado porque nunca dejaba de saludar a las niñas, llamaba por sus apellidos a los varones y hasta los trataba de «señor» algunas veces, y si ella les hubiese dicho que los aguardaba para darles una buena paliza, habrían acudido seguros de que se trataba de una broma divertida.

Es de imaginar con cuánta alegría recibieron la invitación; sin que a ninguno se le ocurriera pensar cual era el verdadero motivo de ésta, y era un espectáculo digno de ver la cara que puso Ben. Estaba tan contento y orgulloso por el honor que le hacían que no sabía cómo ni adónde mirar.

Por eso respiró aliviado cuando pudo disparar con los otros muchachos y saltar por el campo para dar rienda suelta a su emoción. No se le había escapado que algo tramaban para su cumpleaños, pero jamás soñó que fueran a invitar a su fiesta a la escuela entera con maestra y todo. Muy pronto se vieron los efectos de la invitación, cosa que resultó bastante cómica. Los niños pugnaban por superarse en atenciones hacia Ben y hasta Sam, quien temió lo dejaran de lado, ofreció el olivo de la paz en la forma de una tibia manzana que extrajo de su bolsillo. Mose propuso un cambio que ofreció enormes ventajas a Ben, pero quien hizo el sacrificio más grande fue Thorny, pues dijo a su hermana cuando regresaban a su casa:

—No quiero ser un competidor de ellos. Tiro mejor, pues he tenido una larga práctica, y no deseo ganarles el premio. Ben y Billy son, después de mí, los que tiran mejor. Ben tiene más fuerte el brazo, pero Billy calcula mejor la puntería, y ambos quieren ganar. Si le dejo la vía libre, Ben tendrá más probabilidades, ya que su único competidor será Billy, pues los demás no podrán competir con él.

—Te equivocas. Bab puede ser una seria competidora. Tira tan bien como Ben y desea ganar el premio tanto como los dos muchachos. Habrá que darle también su oportunidad.

—La tendrá, pero no conseguirá nada. Las muchachas no pueden ganarle a los varones, por más deseos que tengan de conquistar el premio.

—Si yo tuviese mis dos brazos sanos te enseñaría lo que una mujer es capaz de hacer cuando quiere. No te vayas tan alto, jovencito, porque puedes venirte abajo —advirtió la señorita Celia divertida con la fatuidad de su hermano.

—No hay peligro de que eso ocurra —aseguró Thorny y con toda calma se alejó en busca de los cartones que iba a llevar para que Ben practicara.

—Veremos… —contestó la señorita Celia quien, a partir de ese momento se propuso hacer de Bab su alumna y dar una lección al señor Thorny, a quien le gustaba demasiado creerse superior e infalible.

También hacía aquello con un poco de traviesa intención, ya que ella, no obstante sus veinticuatro años, era una niña aún en lo más íntimo de su corazón y deseaba demostrar que las niñas podían triunfar y llegar a hacer lo que se proponían con paciencia y tenacidad.

De modo que se ocupó de adiestrar a Bab mañana y tarde, guiándola con la mano que tenía sana. Bab estaba encantada pensando que podía llegar a competir por su club en el concurso.

Le dolían los brazos y se le endurecían los dedos cuando ponía el arco tenso, pero era infatigable y como, además, era más fuerte y alta de lo que correspondía a su edad y tenía una gran disposición para los deportes, progresó mucho y rápidamente. Aprendió a tirar flecha tras flecha y cada vez con mayor seguridad y más cerca del blanco.

CAPÍTULO DOS

Un grandioso despliegue de banderas y gallardetes se movían agitados por la brisa aquella mañana de septiembre, día en que Ben cumplía sus trece años. Algo extraño parecía haber invadido la vieja casa, pues estandartes de toda forma y tamaño, color y diseño se agitaban desde el interior hasta la galería, desde el «porch» hasta la puerta de entrada, con lo cual, ese lugar tan apacible, parecía una carpa de circo: lo que más deseaba Ben y lo que más feliz le hacía.

Los muchachos se habían levantado muy temprano para preparar todo, y la brisa matutina hacía hacer extrañas contorsiones a los pendones a medida que los iban colgando. El león alado de Venecia parecía querer volar a su tierra; el dragón chino blandía su doble cola como si quisiese apoderarse del pavo real birmano; el águila rusa de doble cabeza picoteaba con uno de sus picos a la media luna turca, mientras otros parecían gritar a la efigie real inglesa que se acercara. En el apuro de izar los pabellones, el elefante siamés quedó cabeza abajo, y se movía graciosamente sobre su cabeza, con la estrella y banda moviéndose sobre él. Una gran bandera con un arpa y un manojo de trébol colgaba de la puerta de la cocina y Katy, la cocinera, les sirvió el desayuno cantando «El día de San Patricio por la mañana».

Cubrieron el jergón de Sancho con un brillante papel que representaba el brillante estandarte español, y en el mástil de la cochera, izaron el sol y la media luna de Arabia como un homenaje a Lita, ya que se considera a los caballos árabes como los mejores del mundo.

Las niñas salieron a ver y declararon que aquello era el espectáculo más hermoso que habían visto en su vida, mientras Thorny ejecutaba en su pífano «Arriba Columbia» y Ben, montado sobre el portón de entrada, cantaba a voz en cuello como si fuese un feliz galopín que había llegado a la mayoría de edad. Se había sorprendido y había quedado encantado con los obsequios que encontrara esa mañana, al despertarse en su habitación y se dio cuenta que los presentes venían de Thorny y la señorita Celia por la caja de fósforos que simulaba una trampa de ratones y que estaba junto con ellos. Los gemelos y el látigo constituían un verdadero tesoro que la señorita Celia no le había regalado cuando pensara, ya que el regreso de Sancho había devuelto la alegría a Ben. Éste agradeció también a la señora

Moss el rico postre con que le obsequiara y a las niñas los mitones rojos que con tantos sacrificios y en secreto habían tejido para él. El que había tejido Bah era alzo angosto y tenía el pulgar muy estrecho, en tanto que el de Betty era corto y ancho, con un pulgar casi sin punta. Imposible les resultó emparejarlos; no obstante los esfuerzos que hizo la señora Moss con la plancha, para gran desesperación de las niñas. Pero Ben les aseguró que los prefería así, de lo contrario nunca sabría cuál era el derecho ni cuál el izquierdo. Se los puso de inmediato y salió haciendo restallar el flamante látigo con una expresión tal de alegría que era diana de verse, mientras los otros muchachos los seguían llenos de admiración hacia el héroe del día.

Estuvieron muy ocupados durante toda la mañana preparando las cosas y tan pronto como el almuerzo tocó a su fin corrieron todos a ponerse sus mejores galas, pues, aunque estaban invitados para las dos de la tarde, desde la una ya se podía ver a niños y niñas dar vueltas, impacientes, por las avenidas.

El primero en llegar fue un personaje a quien no se había invitado. En cierto momento en que Bab y Betty estaban sentadas en los escalones del «porch» vestidas con sus rosados trajecitos de algodón y sus delantales almidonados, descansando hasta que comenzase la fiesta, oyeron un crujido por detrás de las lilas y en seguida hizo su aparición Alfred Tennyson Barlow, ataviado como un pequeño Robin Hood, con una blusa verde, una enorme hebilla plateada en el cinturón, una pluma en la gorra y una flecha en la mano.

—He venido al concurso de tiro. Oí hablar de él y mi papá me explicó qué es la ballestería. ¿Hay masitas? ¡Me gustan tanto!…

Después de pronunciar las anteriores palabras, el poeta tomó asiento y aguardó la respuesta. Las jovencitas rieron divertidas, pero en seguida recordaron sus buenos modales y se apresuraron a informarle que había montañas de dulces y que la señorita Celia no tornaría a mal su visita aunque él no hubiese sido invitado.

—Ella me pidió que volviera, pero yo he estado muy ocupado. Tuve sarampión. ¿Lo tuvieron ustedes? —preguntó el visitante ansiando poder hacer comparaciones sobre ese asunto.

—¡Oh, sí! …, pero hace mucho tiempo. ¿Qué otra cosa estuviste haciendo además de eso? —preguntó Betty demostrando gran interés.

—Pelee contra un moscardón…

—¿Quién venció? —preguntó Bab.

—Yo… Salí corriendo, y él no pudo alcanzarme.

—¿Sabes manejar bien el arco?

—Di en el blanco apuntando a una vaca, pero ella ni lo notó siquiera. Creo que pensó que se trataba de un mosquito.

—¿Sabe tu mamá que vendrías? —preguntó Bah que experimentaba extraordinario interés por los prófugos.

—No. Ella había salido de paseo, de modo que no pude pedirle permiso.

—Eso está muy mal hecho. Mi libro de los domingos dice que los niños desobedientes no van al cielo —observó la virtuosa Betty con tono de amonestación.

—Yo no quiero ir allá —fue la rápida respuesta del niño.

—¿Por qué no? —preguntó severamente Betty.

—Allá no hay barro. Así me lo dijo mamá, y a mí me gusta jugar con barro. Me quedare aquí donde abunda. —Y el inocente niño comenzó a arrancar yuyos del suelo.

—Temo que seas un niño muy malo.

—¡Oh!… ¡Lo soy!… Mi papá lo dice a menudo, y él sabe mucho —replicó Alfred con un involuntario temblor que respondía tal vez, a tristes recuerdos. Luego, como si ansiara cambiar de conversación y que ésta no versase sobre temas tan personales, preguntó señalando en dirección a una hilera de burlones rostros que asomaban sobre el muro:

—¿Ésos son los blancos de ustedes?

Bab y Betty levantaron rápidamente la cabeza y reconocieron las caras familiares de sus amigos.

—¡Debieran avergonzarse de espiar antes de que comience la fiesta!… —les gritó Bah frunciendo amenazadoramente las cejas.

—La señorita Celia nos dijo que viniéramos antes de las dos para recibir a los invitados si ella no estaba lista todavía —agregó Betty para darse importancia.

—Están dando las dos. ¡Entremos, niñas!… —invitó Sally Folsom trepando por encima de la cerca seguida de varias audaces como ella. En ese momento apareció la señorita de la casa.

—Parecen ustedes amazonas que toman por asalto un fuerte —les dijo mientras las niñas se acercaban provistas cada una de sus arcos y flechas—. ¿Cómo está usted, señor? Hace tiempo que aguardábamos su visita —

agregó la señorita Celia dando la mano al hermoso muchachito, quien ya estaba impaciente esperando el reparto de dulces y caramelos.

En ese momento apareció un tropel de muchachos y ya no se hicieron más comentarios porque todos ansiaban que comenzase la fiesta. La columna se puso en marcha precedida por Ben, que ocupaba el sitio de honor, mientras las niñas y los niños lo seguían en parejas tomados del brazo, con los arcos colgados del hombro en correcta formación.

Thorny y Bill eran los músicos e iban uno con su trompeta y el otro con su tambor tocando con brío una marcha a cuyo compás se movían todos los pies. Los ojos brillaban de alegría y los cuerpos se movían con gracia. El pequeño extranjero llevaba el premio delicadamente colocado sobre un almohadón rojo. Lo sostenía con gran dignidad y caminaba al lado del portaestandarte, Cy Fay, quien llevaba la bandera preferida de Ben: blanca como la nieve con una guirnalda verde que rodeaba un arco y una flecha.

Tal era la alegre comitiva que marchaba dando vueltas por el lugar, que se internó por los ondulados senderos hasta detenerse en la huerta donde habían colocado el blanco y donde había varios bancos para que se sentaran los tiradores, mientras aguardaban su turno. Se discutieron las reglas y después de ponerse de acuerdo comenzó el certamen. La señorita Celia insistió en que debían invitar a las niñas a competir con los varones y éstos aceptaron sin discutir, diciéndose los unos a los otros:

—Dejemos que prueben, si quieren. Ellas no podrán hacer nada.

Hubo muchas demostraciones de destreza antes de que comenzara verdaderamente el certamen. Y en esos ensayos los muchachos descubrieron que las niñas podían hacer algo, pues Bab y Sally, por ejemplo, tiraban mejor que muchos de ellos. La expresión de asombro que se pintó en todos los rostros y los murmullos de admiración fueron un justo premio para la destreza de las dos niñas.

—¡Vaya, Bab! …, lo haces tan bien como si yo hubiese sido tu maestro —dijo Thorny muy sorprendido y no del todo complacido por la habilidad de la pequeña.

—Me entrenó una dama y yo pienso vencerlos a todos ustedes —respondió Bab con arrogancia, mientras sus ojos se volvían hacia donde estaba la señorita Celia para hacerle un guiño travieso.

—No te hagas ilusiones —aconsejó Thorny muy seguro, pero se acercó a Ben y le murmuró al oído—: Pórtate lo mejor que puedas, viejo, porque mi hermana ha adiestrado a Bab y le ha descubierto los secretos de la técnica, y la muy tunante tira mejor que Billy.

—Pero nunca podrá superarme a mí —aseguró Ben preparando sus mejores flechas y probando la cuerda de su arco con tal aire de confianza que tranquilizó a Thorny quien, a partir de ese momento, consideró imposible que una niña pudiese aventajar a un muchacho, cualquiera fuese el campo en que compitieran.

No obstante, por muchas razones se hacía presumible que, cuando llegara el instante decisivo. Bab resultaría ganadora, y los niños se sentían inquietos a medida que los seis últimos competidores seleccionados en las pruebas preliminares iban ocupando sus sitios frente al blanco. Thorny era el árbitro y estudiaba todos los tiros, pues la flecha que más se aproximase al centro sería la del ganador. Cada uno tenía derecho a tres tiros finales y muy pronto los espectadores pudieron comprobar que Ben y Bab eran los mejores tiradores, y que uno de ellos, seguramente, ganaría la flecha de plata.

Sam siempre se había mostrado muy perezoso en la práctica del tiro al blanco se retiró muy pronto del certamen pretextando e imitando así a Thorny, «que no estaba bien que un muchacho grande como él compitiera con los pequeños», declaración que provocó grandes risas y demostró su falta absoluta de capacidad. Mose fue un competidor más serio, y si su ojo hubiese sido tan seguro como su brazo los «pequeños» habrían temblado. Pero ninguno de sus tiros se acercó tanto al centro como los de Billy y tuvo que retirarse después del tercer tiro errado diciendo que era imposible tirar contra el viento, aunque en realidad apenas soplaba una tenue brisa.

Sally Folsom estuvo a punto de superar a Bab y empuñó el arco con gran estilo. Pero todo fue en vano. Lo mismo le sucedió a María Newcomb, la tercera niña que se presentó en la competencia. Como era un poco corta de vista había llevado puestos los anteojos de su hermana, razón por la cual tenía mucho menos probabilidades de éxito; porque como sentía que algo le apretaba la nariz se distraía y, para su desesperación, ninguna de sus flechas llegó siquiera al segundo círculo. Billy demostró mucha destreza, pero se puso nervioso cuando le llegó el turno de efectuar el último tiro y perdió la oportunidad de dar en el blanco a raíz de su impaciencia.

A Bab y a Ben les quedaba aún un tiro. Ellos sabían muy bien que ése decidiría la victoria. Ambos se habían aproximado al blanco, pero no habían conseguido aún dar en el centro, de modo que tendrían que hacer un esfuerzo y superarse. Los niños se amontonaban a su alrededor gritando impacientemente:

—¡Vamos, Ben!…

—¡Ahora, Bab!…

—¡Véncela, Ben!…

—¡Gánale tú, Bab!

Y Thorny estaba tan ansioso como si el destino del país dependiese del éxito de su protegido.

Primero le tocaba tirar a Bab y mientras la señorita Celia examinaba su arco para comprobar si estaba en perfectas condiciones, la niña dijo clavando la mirada en el rostro nervioso de su rival:

—Quiero ganar, pero Ben se quedará tan triste si lo consigo, que espero no vencerlo.

—A veces perder un premio puede hacer más feliz que ganarlo. Tú has demostrado que eres superior a los demás competidores, de modo que si no resultaras vencedora, lo mismo podrás sentirte orgullosa —respondió la señorita Celia con una expresiva mirada que decía mucho más que sus palabras.

Esto dio a Bab una idea. Por su cabeza cruzaron rápidamente recuerdos, deseos y planes de otrora, y, obedeciendo ciegamente a un impulso generoso, murmuró:

—Creo que Ben será el vencedor —al mismo tiempo que una luz de bondad iluminaba sus ojos mientras se acercaba a disparar su flecha sin tomarse el trabajo de hacer puntería.

Su flecha fue a dar a la derecha del centro, tan cerca de éste como ocurriera con la otra flecha que tirara antes sobre el lado izquierdo. Un clamor de alegres gritos acogió el resultado de este tiro proclamado por Thorny. El muchacho se había acercado en seguida a Ben para decirle preocupado:

—¡Firme, viejo, firme!… ¡Debes ganarle si no quieres que se burlen de nosotros hasta el fin de nuestros días!…

Ben no respondió. Apretó los dientes, arrojó al suelo su sombrero y juntando las cejas con expresión resuelta se preparó para hacer puntería. El corazón le golpeaba dentro del pecho y el dedo pulgar temblaba cuando oprimió la flecha con la cuerda del arco.

—Espero que ganes. Lo deseo sinceramente —susurró Bab a su lado. Y como si el generoso deseo hubiese servido de impulso, la flecha voló derechamente y fue a clavarse muy cerca de donde la flecha disparada por la niña había dejado su señal.

—¡Empataron!… ¡Empataron!… —gritaron las niñas y corrieron adonde estaba el blanco.

—¡No!… ¡La flecha de Ben ha dado más cerca del blanco!… —exclamaron los muchachos arrojando sus sombreros hacia lo alto.

La diferencia era mínima y Bab hubiera podido, honestamente, discutir la decisión. Pero no lo hizo, aunque por un instante no pudo dejar de desear que la aclamación general hubiese sido «¡Bab es la vencedora! …» «¡Hurra por Bab! …» Esas palabras habrían sonado deliciosamente en sus oídos. Pero luego vio el rostro iluminado de Ben, oyó el suspiro de alivio de Thorny y alcanzó a darse cuenta de la mirada bondadosa con que la envolvía la señorita Celia.

Y entonces comprendió, al mismo tiempo que su carita se arrebolaba de placer, que era verdad aquello de que perder un premio deparaba, a veces, más placer que ganarlo. Tiró ella también su sombrero al aire y gritó con voz chillona su «¡Hurra! …, hurra!», que sonó más fuerte y gracioso, ya que se oyó después que el rumor general se hubo apagado.

—¡Bien por Bab!… —exclamó a su vez Thorn—. Eres un honor para el club y yo estoy orgulloso de ti. —Y le dio un apretón de manos, pues, aunque su protegido había salido victorioso no podía dejar de reconocer que la niña lo había puesto en un serio peligro.

A Bab la regocijaron enormemente tales palabras, pero mucho más orgullo experimentó cuando, minutos después, mientras escondida detrás del árbol se chupaba un dedo maltratado y Betty le arreglaba las trenzas deshechas, se acercó Ben y le dijo:

—Creo que debiéramos haber considerado que el certamen terminó con un empate, Bab. Por eso deseo que tú luzcas esto. Quería ganar, pero no me interesa el premio. Será mejor que tú, que eres una niña, lleves sobre tu pecho este adorno femenino.

Y diciendo así Ben le ofreció la roseta de cintas verdes que sostenía la flecha de plata. Los ojos de Bab brillaron de alegría, pues ella había deseado tanto aquel «adorno femenino» como la misma victoria.

—¡Oh, no!… ¡Debes usarlo tú!… Es para el vencedor y a la señorita Celia no le gustaría que éste lo rechazara. No me preocupa no haberlo ganado. Demostré ser mejor que los demás y no me habría disgustado vencerte, pero me conformo con el resultado —respondió Bab poniendo inconscientemente en sus palabras infantiles la dulce generosidad que hace que muchas niñas renuncien, contentas, a los halagos y premios merecidos en favor de sus queridos hermanos mayores.

Pero si Bab era generosa, Ben era justo, y, aunque no sabía expresar sus sentimientos se negó a aceptar toda la gloria para sí y obligó a su querida amiga a compartirla.

—Debes usar esto. Yo no sería feliz si lo rechazaras. Te esforzaste más que yo, pero a mí me favoreció la suerte. ¡Por favor, Bab!, ¡tómalo!… —rogó Ben quien quería prender el adorno en el blanco delantal de la niña con sus manos torpes.

—Bien, lo aceptaré, pero ¿me perdonas por fin por haber dejado que se perdiera Sancho? —preguntó Bab con tanta ansiedad que Ben se apresuró a contestar:

—Lo hice desde el día que él regresó.

—¿Ya no me crees mala?

—No, por cierto. Eres una de las mejores niñas y yo estaré siempre a tu lado —replicó ansioso por comportarse dignamente con su rival femenino cuya habilidad lo había hecho elevarse a sus ojos.

Comprendiendo que Ben no diría nada más, Bab dejó que colocará la roseta sobre su pecho convencida en su interior de que tenía algún derecho sobre él.

—Allí es donde debe lucir. Ben es un verdadero caballero. Obtiene una victoria, pero ofrece el trofeo a su dama —dijo la señorita Celia a la maestra en tanto que los niños se reunían para jugar y llenaban la huerta con sus gritos.

—Sin duda los ha aprendido en algún espectáculo del circo. Es un buen muchacho y yo tengo mucho interés en que progrese. Él, por su parte, pone las dos principales cualidades que necesita un hombre para ir adelante: paciencia y valor —respondió la maestra.

Al mismo tiempo miraba cómo el joven caballero se dedicaba a jugar al salto de rana y la honorable damita corría con sus compañeras.

—Bab es una niña deliciosa —agregó la señorita Celia—: es rápida como una flecha para captar una idea y llevarla a la práctica. Estoy segura de que, si se hubiese empeñado, habría podido vencer, pero debe haber considerado que era más noble dejar que triunfase Ben y reparar así la pena que ella le causó cuando perdió el perro. Yo vi cruzar un resplandor de bondad por sus ojos hace un momento. ¡Ah!… ¡Ben no sabrá nunca por qué ganó!…

—Bab tiene arranques semejantes en el colegio. Yo no puedo reprocharle esas pequeñas satisfacciones, aunque a veces sus sacrificios me parezcan inútiles —comentó la maestra—. No hace mucho descubrí que había estado dando —todos los días su merienda a una niña más pequeña. Cuando le pregunté por qué lo hacía me respondió con los ojos llenos de lágrimas que ella se había estado burlando de su compañera porque no llevaba más que un mendrugo de pan. Pero luego se enteró que la niña llevaba eso porque era muy pobre y entonces, para castigar su torpeza, resolvió darle su comida para sentir en carne propia lo que era pasar hambre y no burlarse más de eso.

—¿Le impidió usted que continuara sacrificándose?

—No. Le ordené que le diera la mitad de su comida. Yo agregaría también un poco de la mía.

—Venga usted y cuénteme lo que sepa acerca de la pequeña niña necesitada. Quiero hacerme amiga de toda esa gente pobre, pues muy pronto podré ayudarlos. —Y enlazando su brazo al de la maestra, la señorita Celia condujo a aquélla hacia el «porch» donde podrían conversar tranquilamente. Quería que su visitante pasara una tarde feliz y entretenida y con tal propósito deseaba confiarle sus planes y pedirle sus sabios consejos.

CAPÍTULO TRES

A los juegos siguió una comida servida sobre el césped y más tarde, hacia el atardecer, se condujo a la gente menuda a la cochera transformada en improvisado teatro. Al abrirse la enorme puerta se vieron los asientos acomodados a lo largo frente a dos grandes manteles que hacían de telón. Una hilera de lámparas eran las candilejas y una orquesta invisible ejecutaba una obertura wagneriana con peines, trompetas, tambores y flautas y acompañamiento de risas ahogadas.

Muchos de aquellos niños no habían visto jamás una cosa parecida y luego de sentarse paseaban en derredor sus ojos agrandados por el asombro. Pero los mayores criticaban con toda libertad y opinaban acerca de los ruidos que se oían tras de las cortinas.

Mientras la maestra se encargaba de vestir a las actrices para la representación, la señorita Celia y Thorny, viejos expertos en esta clase de diversiones, hicieron ejecutar a sus títeres una pantomima llamada «La papa» como número de relleno.

De uno a otro lado de la pared habían atado una cortina verde bastante alta como para que no pudieran verse las cabezas de los operadores. Al levantarse una pequeña cortina del mismo color se descubrió el frente de una pagoda china pintada sobre cartón con una puerta y una ventana que se habrían por sí solas. Hacia la izquierda, un grupo de árboles con papeles colgados de las ramas que decían «Jardín de té» indicando la naturaleza de ese lugar encantador, ocupaba la escena.

Pocos eran los que habían visto las representaciones de los famosos «Punch y Judy», de modo que resultó un éxito la primicia. Antes de que los espectadores tuvieran tiempo de pensar qué significaba aquello se oyó una voz cuyas palabras se escucharon con toda claridad:

«En China vivía un buen mandarín
cuyo nombre era Chingery Wangery Chist».

No bien la voz calló, el héroe se hizo cargo de la escena con gran dignidad. Vestía chaqueta suelta amarilla sobre una camisa azul bajo la cual se escondía la mano que movía su cuerpo. Un sombrero puntiagudo adornábale la cabeza, y al quitárselo para saludar, mostró la colita negra que le colgaba sobre la nuca y una carita china delicadamente pintada en una papa, hueca en la parte inferior para dar cabida al dedo índice de Thorny, al mismo tiempo que el dedo pulgar y el del medio se disimulaban dentro de las mangas de la blusa, lo que hacía que los brazos parecieran tener vida. Mientras saludaba, la canción proseguía así:

"De piernas muy cortas y pies pequeñitos;
andar no podía el pobre hombrecito".

Pero esta declaración era falsa, ya que el hombrecito poseía una gran agilidad, como lo demostró al bailar en tanto que el coro travieso continuaba:

"Chinguery, changuery ca ra cú,
hombre feliz con la ú.
Minguily manguily mimimoy
vamos galopando a China hoy".

Al finalizar el baile y el canto, Chin se retiró al jardín de té y bebió tantas tacitas de la infusión nacional con gestos tan cómicos que los espectadores se sintieron apesadumbrados cuando se abrió la ventana del otro lado y tuvieron que volver la cabeza hacia allí. Tras de la reja apareció un hermoso ser. La primera papa tenía su pareja, que era otra papa de mejillas sonrosadas, labios rojos, ojos negros y cejas oblicuas. Entre el manojo de seda oscura de la cabeza brillaban innumerables pinches y la bata suelta color rosado envolvía la redonda figura de esta dama china de primera clase. Después de asomarse discretamente para que todos pudiesen verla y admirarla, se puso a contar el dinero que extrajo de una petaca grande, que sus manos pequeñas apenas podían sostener sobre el alféizar de la ventana. Mientras ella estaba ocupada con aquello, la canción proseguía:

«La señorita Ki Hi era pequeña y redondita;
ella tenía dinero, pero el no.
Por eso, a cantarle una cancioncita
a la dama él se acercó».

Y en tanto se oía la canción pudo verse cómo Chan afinaba el instrumento hasta que se dirigió resueltamente en dirección al balcón a cantar la siguiente estrofa:

Whang fun li,
tang hua ki,
Hong Kong do ra me!
¡Ah sin lo
pan to fo,
Tsing up chin leute?"

Llevado por su pasión, Shan abandonó el banco, cayó sobre sus rodillas y apretando sus manos, inclinó la frente en el polvo de su ídolo. Pero ¡oh!…

«Ki Hi oyó la canción de amor
Ki Hi oyó la canción de amor
y un jarro levantó con gracioso ademán.
Un chorro de agua cayó sobre el pobre cantor
y ése fue el fin de Chingery Chan».

Luego empezaron a prepararse para presenciar el número principal de la función mientras el empresario Thorny anunciaba que iban a ver el espectáculo más elegante y variado «jamás presentado en escenario alguno». Y cuando se lea la no muy afortunada descripción que sigue habrá que reconocer que la promesa fue fielmente cumplida.

Luego de ciertas demoras y ruidos extraños detrás del cortando que divertían mucho a la concurrencia, el espectáculo comenzó con la bien conocida tragedia «Barba Azul», pues Bab se había empeñado en que se representara, y los otros actores, que la habían representado varias veces, estuvieron de acuerdo. Fue fácil por esa razón proveerse de ropas y fabricar un escenario apropiado. Thorny estaba soberbio representando al tirano con una barba espesa de lana azul, gran sombrero godo con una larga pluma; saco de piel, medias rojas, botas de goma y una espada de verdad que sonaba trágicamente cuando caminaba. Hablaba con voz profunda, fruncía las cejas pintadas con corcho ennegrecido y miraba en forma tan terrible que no era de asombrarse que la pobre Fátima temblase delante de él al recibir un pesado manojo de llaves en medio de las cuales se destacaba una particularmente grande y muy brillante.

Bab también era digna de ser admirada. Lucía el vestido azul de la señorita Celia cuya cola arrastraba, llevaba una pluma blanca en su flotante cabellera y un collar verdadero, con fino cierre, alrededor del cuello. Realizó su papel a la perfección, especialmente cuando gritó luego de mirar dentro del fatal gabinete, después al refregar la llave con toda energía, y por último, hicieron su aparición en medio de un ruido tal que, en lugar de dos, parecían veinte jinetes.

Ben y Billy no habían escatimado las armas. Sus cinturones parecían un verdadero arsenal y las espadas de madera eran lo bastante grandes como para infundir terror a cualquiera aunque no sacaran chispas como la de Barba Azul durante el terrible combate que procedió a la caída y muerte del villano.

Los muchachos disfrutaron intensamente de esta parte y con gritos de «¡Pégale fuerte, Ben!» «¡Otra vez, Billy!» «¡No está bien dos contra uno!» «¡Thorny necesita un compañero!» «¡Ya cayó el tirano y murió agitando convulsivamente sus piernas escarlatas!». Las damas cayeron desmayadas elegantemente una en brazos de la otra y los caballeros concluyeron sacudiendo las espadas y dándose las manos sobre el cadáver de su enemigo.

El número fue aplaudido con mucho entusiasmo y los artistas tuvieron que aparecer varias veces a saludar conducidos por el difunto Barba Azul, quien divirtió suavemente a la concurrencia que si no se dominaban romperían los asientos y entonces si se produciría una verdadera tragedia. Calmados por esta advertencia los espectadores se aquietaron y guardaron ansiosos el segundo número que prometía ser magnífico a juzgar por los gritos y risas ahogadas que llegaban desde el otro lado del telón.

—Sancho aparecerá en este número, estoy seguro, pues he oído decir a Ben «téngalo firme; no los morderá» —susurró Sam que no podía quedarse quieto en su asiento ante esa idea. Todos consideraban al perro la primera estrella de la compañía.

—Me gustaría que Bab representase algo más, ¡es tan graciosa!… ¿No es verdad que estaba muy elegante con ese vestido? —dijo Sally Falsom ansiando lucir también ella un vestido largo de seda y una pluma en el cabello.

—Le gustaba más Betty. ¡Con que astucia miraba por la ventana para ver si venía alguien!… -comentó a su vez Liddy Peckham resolviendo interiormente conseguir que su madre le obtuviera unas rosas como aquellas antes del próximo domingo.

Por fin volvió a levantarse el telón y una voz anunció «Una tragedia en tres actos». «¡Allí está Betty! …», fue la exclamación general, pues el auditorio reconoció en seguida la carita de la niña bajo la caperuza roja. Ella recibía una cesta de manos de la maestra que hacía el papel de madre y quien, levantando un dedo parecía recomendar a la pequeña que no se entretuviese en el camino.

—Yo sé qué representa ese cuadro —gritó Sally—. Es «Mabel en un día de verano». ¿No recuerdan la historia que nos leyó la señorita Celia?

—No se ve a ningún niño enfermo y Mabel usaba un pañuelo alrededor de la cabeza. Yo te digo que es «Caperucita Roja» —respondió Liddy que había comenzado a aprender de memoria el bonito poema de Mary Howitt y conocía todo el argumento.

Toda duda quedó despejada cuando apareció el lobo en el segundo cuadro. ¡Y qué lobo!… En muy pocas representaciones de aficionados podía encontrarse un actor que hiciese tan bien ese papel, que actuase con tanta naturalidad y tuviese un traje tan adecuado, ya que Sancho llevaba con mucha gracia la piel de lobo gris que en otras ocasiones solía verse junto a la cama de la señorita Celia y que en aquellos momentos quedaba perfecta sobre su lomo. La habían atado debajo de su cabeza que asomaba por un extremo mientras que por el otro se agitaba la larga cola de la piel. ¡Qué consuelo era para Sancho aquella cola!… Solamente otro perro a quien lo hubiesen privado de ella podía comprenderlo. Eso bastaba para que aceptara con agrado el odioso papel que le tocaba y desde el primer ensayo demostró su satisfacción. Luego, al presentarse delante del público, no pudo dejar de dar varias vueltas para admirar aquel apéndice ajeno mientras agitaba su propia colita contento con aquella cola prestada, que era lo bastante larga como para que todos, hombres y perros, la pudiesen ver.

Fue el segundo un cuadro muy interesante. La niña de la caperuza apareció caminando y llevando su cesta al brazo. Era tan inocente la cara que asomaba bajo la caperuza roja que a nadie podía extrañar que el lobo se dirigiese a ella con fingida amistad, que la niña lo recibiera y le contara, confiada, que llevaba manteca, para la abuelita y que luego se alejasen juntos llevando él con toda gentileza la cesta mientras ella apoyaba su mano sobre la innoble cabeza sin sospechar siquiera los malos pensamientos que allí se escondían.

Los niños pidieron que se repitiese ese cuadro, pero como no había tiempo, tuvieron que conformarse con escuchar las risas ahogadas que volvieron a oírse detrás del telón e imaginar si el próximo cuadro sería aquél en el cual el lobo asomaba su cabeza por la ventana al golpear Caperucita a la puerta o bien el que representa el trágico fin de la dulce niña.

Pero ni uno ni otro de los cuadros imaginados representaron, sino aquel que muestra a la falsa abuela en la cama con un gran gorro de dormir, una camisa blanca y anteojos. A su lado Betty parecía estar diciendo: «¡Oh, abuelita!, ¡qué dientes tan grandes tienes! …», pues Sancho había abierto la boca y mostraba su larga lengua roja mientras jadeaba por el esfuerzo que tenía que hacer para quedarse quieto en esa posición.

Agradó tanto al auditorio la labor de los artistas que aplaudieron y gritaron a rabiar hasta el extremo de que Sancho ya no pudo estarse quieto y habría saltado sobre los que hacían ese alboroto si Betty no lo hubiese tomado por las patas traseras al mismo tiempo que caía el telón. Pareció así que el malvado lobo iba a devorarse a la niña.

Tuvieron que presentarse a saludar al público con las ropas en desorden por la lucha: la gorra de dormir caída sobre un ojo de Sancho y la capa de la actriz completamente fuera de su sitio. No obstante eso, la niña saludó muy graciosamente y su compañero se inclinó con toda la dignidad que le permitía conservar su corta camisa. En seguida se retiraron ambos para tomarse un merecido descanso.

Luego apareció Thorny, muy nervioso, a hacer la siguiente declaración:

—Como uno de los actores que intervendrá en el número siguiente es nuevo en el oficio, ruego a todos que se queden muy quietos y no se muevan hasta que yo les permita. Será preciso que no griten, pues estropearían la representación.

—¿Quién será? —se preguntaban unos a otros y escuchaban con toda atención tratando de captar el menor ruido que pudiese orientarlos. Pero lo que oyeron aguzó aún más la curiosidad del auditorio y más los desconcertó. Se oyó la voz de Bab que susurró:

—¿No está hermoso Ben?

Y luego hubo un ruido como de una caída al mismo tiempo que la voz de la señorita Celia pedía ansiosamente:

—¡Oh!, ¡ten cuidado!… —mientras Ben reía sin preocuparse de que lo oyeran en tanto que Thorny lanzaba un «¡oh! …» que habría atraído la atención general si ésta no hubiese sido retenida por la cabeza de Lita que se había asomado fuera de su «box» para observar, asombrada, a los invasores de sus dominios.

—Esto parece un circo, ¿no? —dijo Sam a Billy quien había salido para recibir las felicitaciones de sus compañeros y esperaba continuar disfrutando del espectáculo situándose a una distancia conveniente.

—Espera y verás lo que viene. Esa música que oyes la tocan en todos los circos —explicó como si él hubiese estado en muchos circos y no en uno solo.

—¡Listo!… Dejen el paso libre cuando la soltemos —murmuró Ben, y como todos lo oyeron, se prepararon para ver cohetes o petardos ya que no se les ocurrió qué otra cosa podía seguir a tales advertencias.

Un «¡oh! …» unánime se dejó oír cuando levantaron la cortina, pero un enérgico «¡chist!» de Thorny los hizo enmudecer. Abrieron entonces muy grandes ojos y se prepararon a admirar el más extraordinario espectáculo de la tarde. Allí estaba Lita, con una montura ancha y plana sobre el lomo, cabezada y riendas blancas, rosetas azules en las orejas y una expresión de sorpresa en sus mansos ojos. Pero ¿quién era esa criatura alada, brillante y etérea, con una corona dorada, un pequeño arco en la mano y una zapatilla blanca levantada mientras la otra parecía apenas tocar la montura? Al principio nadie lo reconoció, tan extraordinaria y hermosa era la aparición. No es de extrañar que nadie descubriese a Ben bajo aquel singular disfraz, sin embargo, esas ropas eran tan familiares para él como los pantalones azules para Billy o los trajes de buen corte para Thorny. Había rogado tanto para que se le permitiese presentarse «una vez más», como solía hacerlo cuando «papá» lo alzaba sobre el lomo del viejo «General», para que cientos de espectadores lo admiraran, que la señorita Celia había dado, al fin, su consentimiento aunque muy a pesar suyo. Rápidamente le arregló un disfraz con un brillante tarlatán, las viejas zapatillas de baile de la joven le calzaron muy bien y Ben, seguro de su dominio sobre Lita, prometió no romperse los huesos. Varios días pasó pensando que podría, finalmente, demostrar a los muchachos que no había mentido cuando relató sus proezas, habilidades y pasadas glorias.

Antes de que los niños volvieran de su asombro Lita comenzó a dar señales de que le molestaban las candilejas. Entonces Ben alzó las riendas que caían sobre el lomo del animal, profirió el antiguo gritó de «¡op-la!» y dejó que Lita marchara como lo hacía cuando la sacaba de la cochera para dar un galope.

—Dénse vuelta lentamente y podrán verla bien. Pero no se muevan hasta que ella vuelva —ordenó Thorny al notar signos de nerviosidad en el excitado auditorio.

Obedientes, los veinte niños giraron al mismo tiempo la cabeza como movidos por un resorte y vieron la fantástica figura iluminada por la luna que se movía de un lado a otro acercándose a veces hasta permitirles distinguir el rostro sonriente bajo la corona de oro, alejándose tanto, otras, que semejaban una luciérnaga entre el verde sombrío de los árboles. Lita disfrutaba como de costumbre con ese galope, y caracoleaba como si ansiara compensar su falta de habilidad con rapidez y obediencia. No hay palabras que puedan relatar cuánto y cómo gozó Ben con aquel paseo, y además pudo comprobarse el gran bien que le habían hecho tres meses de vida reposada y laboriosa. Porque mientras hacía alegres piruetas bajo las ramas cargadas de manzanas rojas y amarillas, ya maduras, se dio cuenta que esa carrera al aire libre y ante un auditorio formado exclusivamente por sus pequeños camaradas gozaba más que cuando se exhibiera bajo aquella gran carpa llena de animales, hombres de todas clases y mujeres pintadas.

Después que la primera impresión hubo pasado, se sintió contento y enteramente feliz de volver a sus vestidos sencillos, a la escuela provechosa y a la gente bondadosa que cuidaba de él para hacerlo un buen muchacho sin interesarle que hubiese sido el más gracioso Cupido que se viera montado sobre un caballo.

—Ahora pueden hacer todo el bullicio que deseen, Lita ya ha dado un buen galope y ahora se quedará quieta como una oveja. Deténla. Ben, y regresa. Mi hermana dice que puedes enfriarte —gritó Thorny mientras el jinete se acercaba a medio galope después de haber saltado dos veces el portón de entrada.

No bien Ben se detuvo, los niños y niñas lo rodearon haciendo elogios en alta voz mientras contemplaban a la hermosa yegua y al personaje mitológico que descansaba cómodamente sobre su lomo. Parecía muy pequeño, como el verdadero dios del amor. Había perdido una zapatilla y tenía las piernas salpicadas de rocío; la corona se le había deslizado hasta el cuello y las alas de papel colgaban del manzano donde las había dejado al pasar bajo aquél en fantástica carrera. Ya no importaba que le reconocieran, pero por quién sabe qué extraña razón, no quiso que continuaran observándolo y en lugar de quedarse a oír las palabras de admiración, huyó y desapareció con Lita tras el cortinado, en tanto que el público se dirigía a la enorme cocina donde harían el último juego del día: la gallina ciega.

—Y bien, Ben, ¿estás satisfecho? —preguntó la señorita Celia deteniéndose a su lado para ayudarle a desembarazarse de su túnica transparente.

—Sí, señorita, ¡muchas gracias!… Fue una gran emoción.

—Pero estás muy serio. ¿Te sientes cansado o no quieres quitarte esas ropas y volver a ser el simple Ben de siempre? —inquirió la joven mirándolo a la cara mientras le alzaba la cabeza para sacarle la corona.

—¡Oh, sí!… ¡Quiero quitarme estas ropas! De otro modo no me consideraría respetable —y dio un fuerte puntapié a la corona que antes hiciera con tanto cuidado—. Luego agregó con una expresiva mirada: Deseo ser «el simple Ben» porque ése es el que usted quiere.

—Así es, y me alegra mucho oírtelo decir, pues temía que añoraras la vida de antes. Entonces, todo cuanto hemos hecho para ayudarte habría sido inútil. ¿Es verdad que no deseas, volver a lo de antes?

La señorita Celia sostuvo el mentón para observar la carita morena que le devolvía con honestidad la mirada.

—No, no deseo volver…, a no ser que él fuese allí y me necesitara a su lado.

Tembló el pequeño mentón pero los ojos negros miraban fijos y la voz sonaba sincera. Ella comprendió que decía la verdad. Acarició suavemente con su mano blanca la ensortijada cabeza y respondió con esa tierna voz que el niño tanto amaba, pues nunca le habían hablado así:

—Tu papá no volverá allá y, como sé que te quiere, estoy segura de que se alegrará de verte en este hogar. Ahora vete a vestir, pero antes dime si ha sido éste un cumpleaños feliz.

—¡Ah, señorita!… ¡Nunca imaginé que pudiese ser tan hermoso y éste es el momento más dichoso de todos!… No sé cómo agradecérselo, pero probaré a hacerlo. —Y no contento con sus palabras, Ben echó los brazos al cuello de la joven. Luego, avergonzado de su gesto, se arrodilló y se puso a desatar la única zapatilla que le quedaba.

Pero a la señorita Celia le agradó su gesto más que cualquier palabra que hubiese podido decirle y se alejó caminando bajo la luz de la luna diciendo para sí:

«Si puedo hacer volver una oveja descarriada al redil demostrare que puedo ser una buena esposa para un pastor.»

CAPÍTULO CUATRO

Muchos días pasaron antes de que los niños se cansaran de hablar de la fiesta de cumpleaños de Ben, pues fue ésta un suceso maravilloso en el mundo de la gente menuda. Pero luego otros intereses ocuparon sus cabezas y comenzaron a trazar planes para los juegos que harían durante la recolección de las mieses, faena que, invariablemente, seguía a las primeras heladas. Mientras aguardaban a que Jack abriese las barreras que les impedían llegar a los castaños trataron de matizar la monotonía de los días escolares con un juego que llamaban «la pelea de los leños».

A las niñas les gustaba jugar en la cochera semivacía y los muchachos, por el simple placer de molestarlas, declaraban que eso no les agradaba y bloqueaban el portón de acceso no bien las niñas terminaban de despejarlo. Advirtiendo que la riña era un pretexto para divertirse y que el ejercicio les sentaba mejor que estar tendidas tomando sol, o leyendo dentro del aula, la maestra se abstenía de intervenir y la barrera caía y se levantaba continuamente.

No hubiese sido posible decir cuál de los dos bandos trabajaba con más ahínco, ya que los muchachos se reunían frente a la escuela a levantar la barricada antes de que comenzaran las clases y las niñas se quedaban luego de finalizadas las tareas del día para echar abajo hasta el último obstáculo puesto durante el recreo de la tarde. Y los muchachos podían oír los gritos y risas de las niñas, el ruido de los leños al caer y cómo se venía abajo la barrera tan levantada. Después, cuando las niñas entraban sonrosadas, sin aliento pero triunfantes, los varones salían corriendo a reconstruir la barrera y trabajaban afanosamente hasta dejarla firme y fuerte.

De este modo se divertían, y los únicos que salían un poco mal parados de aquellos juegos eran los dedos, que a veces se llenaban de astillas, los zapatos y los pobres leños zarandeados. Pero algo más resultó de aquel juego: fue hecha la paz entre dos de los participantes.

Después de que se realizara la gran fiesta, Sam volvió a su antiguo placer de atormentar a Ben llamándole con sobrenombres ofensivos y, como no le costaba nada inventar motes ridículos, los pensaba para dirigírselos en los momentos durante los cuales más podía molestarlo. Ben soportaba como mejor podía al fastidioso muchacho, pero al fin y como les sucede siempre a los que saben tener paciencia, la fortuna se puso de su parte y pudo poner freno a su atormentador.

Tan pronto como las niñas demolían la pila de leños, festejaban el triunfo usando sus peines como flautas y sus jarros como tambores y los muchachos, a su turno, silbaban y tamborileaban con palos en la pared del cobertizo. Billy trajo su tambor y a Sam se le ocurrió revolver la casa hasta encontrar un tambor viejo de su hermana para unirse a la banda. Pero no tenía los palillos y pensó hacerlos con unos juntos.

«Me servirán a las mil maravillas, si puedo conseguirlos», se dijo saliendo del camino que conducía a su casa para ir a buscarlos.

Por allí había un pantano muy traicionero y se contaba una trágica historia de una vaca que cayó en él y se hundió, y fue hundiéndose en el barro hasta que sólo sus cuernos se vieron. Sam había visto saltar ágilmente a Ben de un montículo a otro cuando iba a juntar velloritas que allí crecían en profusión para Betty. Sam dio dos o tres saltos pero que no lo llevaron, precisamente, en dirección a los juncos como él esperaba, sino dentro de un charco de agua fangosa donde comenzó a hundirse con rapidez alarmante. Muy asustado procuró salir pero apenas si pudo acercarse a un grupo de altas hierbas y prenderse de ellas para tratar de libertar sus piernas. Lo consiguió por fin, pero no pudo llegar hasta el montículo de tierra firme y salir de aquel mar de barro. Exhaló, entonces, un gritó angustiado y se puso a pensar en las sanguijuelas y las culebras que andarían por debajo del agua esperando poder prenderse de sus pobres piernas. El recuerdo de la vaca desaparecida cruzó por su mente y entonces volvió a lanzar otro gritó que se parecía esta vez a un mugido.

Muy pocos pasaban por esos lugares y el sol comenzaba ya a ocultarse. La terrible perspectiva de tener que pasar una noche en el pantano le dio brío para hacer un nuevo esfuerzo y tratar de refugiarse en el islote de juncos que estaba más cercano que la orilla. Pero fracasó y se vio forzado a quedarse prendido de una prominencia que bien podían ser los cuernos de «la pobre vaca» cubiertos de musgo. Por último se quedó quieto y comenzó a pedir auxilio a gritos y en todos los tonos que puede modular la voz humana. Gritos, aullidos y gruñidos como aquellos jamás se habían oído por esos solitarios pantanos y asustaron a la grave rana que residía allí en un tranquilo refugio.

Sam no esperaba más respuesta que el graznido del cuervo que sentado sobre una cerca lo observaba con interés y cuando un alegre «¡hola!, ¿quién está allí?» llegó desde el camino se sintió tan contento que dos gruesas lágrimas rodaron por sus rollizas mejillas.

—¡Acércate! ¡Soy yo que estoy en el pantano! ¡Dame una mano y ayúdame a salir!… —gritó Sana esperando ansiosamente que apareciera su salvador porque hasta ese momento sólo había podido divisar un sombrero que surgía y se escondía entre los avellanos que crecían a los lados del camino.

Los pasos se acercaron entre los árboles y entonces, por sobre el cerco, apareció una figura muy conocida que hizo dar ganas de sumergirse en el barro al pobre Sam para desaparecer de su vista. Porque de todos los muchachos conocidos, el último que hubiera deseado que lo viese en esas lastimosas condiciones era aquél, Ben.

—¿Eres tú, Sam? Estás en el lugar que te corresponde —y los ojos de Ben comenzaron a brillar con travieso fulgor, pues el espectáculo que ofrecía Sam hubiese divertido a la persona más formal.

Prendido de aquella saliente, las piernas encogidas en el barro, el rostro desmayado, salpicado de lodo y la mitad del cuerpo que tenía fuera, negra, como si la hubiese sumergido en un tintero, ofrecía un aspecto tan dolorosamente cómico que Ben se puso a bailar y a reír a su alrededor como un alegre fuego fatuo que conduce a un viajero por caminos extraviados y luego le hace bromas.

—¡Basta ya o te arrancaré la cabeza!… —rugió Sam furioso.

—Sal y hazlo. Aquí te espero —respondió Ben fingiendo aprontarse para pelear mientras el otro hacía esfuerzo para no caerse de su percha.

—No te rías. Sé bueno y sácame de algún modo o me moriré aquí, en medio de esta fría humedad —lloriqueó Sana cambiando de tono y dándose cuenta de que era Ben quien dominaba la situación.

También Ben lo comprendió así, y, aunque era un muchacho de buen corazón, no pudo resistir el deseo de aprovecharse de esa ventaja, por lo menos durante unos instantes.

—No quisiera reírme, pero no lo puedo remediar. Te pareces tanto a una enorme rana gorda y manchada que no se puede contener la risa. Te sacaré en seguida, pero antes tengo que hablar contigo —dijo Ben muy serio acercándose a Sam y sentándose cerca de él.

—Apúrate entonces. Estoy duro de frío y no me divierte hallarme prendido de este tronco —gruñó Sam muy incómodo.

—Me lo imagino, pero «eso es bueno para ti», como dices tú cuando me golpeas en la cabeza. Escucha: te he encontrado en un aprieto y no te ayudaré hasta que me prometas que, en lo sucesivo, me dejarás tranquilo. Vamos, ¡prométselo!… —y el rostro de Ben se tornó grave al recordar las maldades de su enemigo a quien miraba con ojo severo.

—Te lo prometeré si tú no cuentas a nadie lo sucedido —respondió Sam mirándose y observando a su alrededor con gran disgusto.

—Eso lo veremos…

—Entonces no te prometo nada. No quiero que toda la escuela se burle de mí —rezongó Sam que temía al ridículo mucho más que Ben.

—Muy bien. Buenas noches, entonces —y Ben se alejó con las manos en los bolsillos tranquilo como si Sam quedara en el pantano como en su refugio predilecto.

—¡Detente!… ¡No te apresures tanto a irte!… —gritó Sam comprendiendo que si él se iba se alejaba la única probabilidad que tenía de que lo rescataran esa misma noche.

—Perfectamente —y Ben regresó dispuesto a proseguir las negociaciones.

—Prometo no molestarte, pero tú no hables mucho de esto, ¿de acuerdo? —propuso Sam, impaciente por resolver su dilema lo antes posible.

—Ahora que pienso, creo que hay algo más. Me conviene hacer un buen trato —dijo Ben con expresión astuta—. Debes prometerme que también harás callar a Mose. Él te obedece y si le dices que deje de molestarme lo hará. Si yo tuviese suficiente fuerza en los puños les haría tener la lengua quieta a los dos, pero carezco de ella, de modo que me valgo de este recurso.

—Sí, sí, yo hablaré a Mose. Ahora trae un palo y ayúdame a salir de aquí. Tengo las piernas entumecidas… —se lamentó Sam pensando que había pagado bien cara la ayuda; aunque sin dejar de admirar la inteligencia de Ben que tan buen partido había sabido sacar de su accidente.

Ben acercó un palo, pero en el preciso instante en que iba a colocarlo entre la tierra firme y el montículo se detuvo diciendo con un pícaro fulgor en la mirada:

—Aún hay que resolver una cosita más antes de ponerte a salvo. Prométeme que tampoco molestarás a las niñas, en especial a Bab y a Betty. Tú les tiras de las trenzas y a ellas les desagrada eso.

—Tampoco lo haré más. No tocaría a Bab ni que me ofrecieran un dólar: rasguña y muerde como un gato rabioso —fue la amarga respuesta de Sam.

—Mejor así. Ella sabe cuidarse. Pero Betty no, y si tú llegas a tocarle la punta de un cabello, digo a todos que te encontré en el pantano llorando como un niño. Bueno, vamos; ahora… júralo —y Ben dio un fuerte golpe con el palo mojando la cara de Sam y venciendo su última resistencia.

—¡Lo juro!… ¡Lo

—Júramelo por tu vida —ordenó Ben que quería hacer el juramento más solemne.

—¡Por mi vida te lo jura!… —prometió Sam. Y al jurar se privaba de una de sus diversiones favoritas: tirarle de las trenzas a Betty y preguntarle si estaba en casa.

—Subiré para sujetar el madero —dijo Ben y saltó al promontorio para poner varios maderos más que le permitieron llegar al tronco donde se sostenía el otro muchacho.

—Nunca pensé que podría haber hecho eso —confesó Sam observando la habilidad de Ben.

—Creía que habías escrito tantas veces «mira bien antes de saltar» que la frase había terminado por entrar en tu cabeza dura —comentó Ben burlonamente—. Pon un pie aquí. Tómate de mi mano.

Sam obedeció y Ben se sentó sobre las maderas para que no se moviesen en tanto que el embarrado Robinson Crusoe atravesaba lentamente el puente, paso a paso, hasta llegar a salvo y sentir la tierra firme bajo sus pies. Entonces se volvió a decir burlón y desagradecido:

—Y ahora, ¿qué va a ser de ti, rana vieja?

—Las tortugas embarradas no saben salir si no las ayudan, pero las ranas saltan y no se asustan por un poco de agua —contestó Ben y, ágilmente, corrió hacia otro lado. Sam se metió en el arroyuelo que corría cerca del sendero para quitarse el barro que le cubría las piernas antes de presentarse delante de su madre y salía del agua y se hallaba estrujando los vestidos cuando reapareció Ben nuevamente tranquilizado y muy contento con el pacto que había celebrado a su favor y al de sus amigos.

—Lávate mejor la cara. La tienes llena de manchas. Aquí tienes mi pañuelo si el tuyo está mojado —dijo ofreciéndole uno bastante sucio que ya había prestado servicio de toalla.

—No lo quiero —contestó Sam ásperamente mientras sacaba el agua de sus zapatos embarrados.

—A mí me enseñaron a decir «gracias» cuando alguien me sacaba de un apuro, pero tú nunca has sido muy bien educado aunque hayas vivido siempre en una casa bajo techo —le dijo sarcásticamente Ben, repitiendo la frase que tanto le había dirigido el otro en son de burla. Después se alejó muy disgustado con la ingratitud de los hombres.

Sam olvidó los buenos modales, pero recordó sus promesas y las observó tan fielmente que la escuela entera estaba asombrada. Nadie podía adivinar cómo había obtenido Ben ese poder secreto que ejercía sobre Sam y que se daban cuenta existía porque en cuanto éste intentaba comenzar con alguna de sus antiguas burlas Ben levantaba un dedo y lo sacudía amenazadoramente o bien gritaba «juncos», Sam obedecía sumiso aunque de mala gana con gran asombro de sus compañeros. Cuando se le preguntaba qué significaba eso, Sam se tornaba irascible. Ben, en cambio, se divertía en grande asegurando a los otros muchachos que aquello era el santo y seña de una sociedad secreta a la cual pertenecía él y Sam y les prometía darles todos los detalles si Sam se lo permitía, lo cual, por supuesto, nunca ocurría.

Este misterio y los esfuerzos realizados para descubrirlo marcaron un paréntesis en la guerra de los leños y antes de que se les ocurriese un nuevo juego algo sucedió y los niños tuvieron material para comentar durante largo tiempo.

Una semana después de que tuviera lugar el pacto secreto, Ben llegó corriendo con una carta para la señorita Celia. La encontró gozando del calor que producían al quemarse las niñas que Bab y Betty habían recogido para ella y a las dos niñas sentadas en sillas hamacas entretenidas en arrojar, por turno, más piñas para avivar el fuego. La señorita Celia se volvió rápidamente para tomar la carta tanto tiempo esperada, y después de observar la letra y el sello con alegre sorpresa la apretó contra su pecho y salió corriendo de la sala después de haber dicho:

—¡Ha vuelto!… ¡Ha vuelto!… ¡Ahora puedes contarlo, Thorny!

—¿Contarnos qué? —preguntó Bab parando el oído.

—Poca cosa: que George ha vuelto y que tendremos que partir para casarnos de inmediato —explicó Thorny restregándose las manos y, al parecer, muy satisfecho con la perspectiva.

—¿Se van a casar los dos? —preguntó Betty con tal seriedad que los muchachos estallaron en carcajadas. Cuando se calmaron Thorny continuó:

—No, pequeña. Mi hermana es quien se casa y yo debo acompañarla para cuidar que todo se haga en orden y traerles una porción de pastel de bodas. Ben las cuidará mientras yo esté ausente.

—¿Cuándo partirán? —preguntó Bab relamiéndose ya por su trozo de pastel.

—Mañana, me imagino. Celia ha preparado las valijas y todo está listo desde hace una semana. Habíamos concertado reunirnos con George en Nueva York y se casarán tan pronto él pueda desempaquetar sus ropas. Somos hombres de palabra y ambos cumplimos.

—Pero ¿cuándo volverán? —preguntó Ben con evidente ansiedad.

—No sé. Mi hermana quiere regresar pronto, pero seguramente pasaremos la luna de miel en otro sitio: en las cataratas del Niágara o en las Montañas Rocosas —agregó Thorny nombrando los dos lugares que más ansiaba conocer.

—¿Te gusta él? —preguntó Ben pensando al mismo tiempo si el nuevo amo le satisfaría el joven palafrenero.

—¡Ya lo creo!… George es muy alegre, aunque tal vez ahora que ha llegado a ministro protestante se haya vuelto más serio y formal. ¿No sería una pena que hubiese ocurrido así? —y Thorny se alarmó ante la idea de perder a aquel amigo con quien congeniaba tanto.

—Hablábamos de él. La señorita Celia dijo que podías hacerlo —observó Bab cuya experiencia acerca de «alegres ministros protestantes» era muy escasa.

—¡Oh!, no hay mucho que contar. Nos encontramos en Suiza escalando el monte San Bernardo durante una tormenta…

—¿Es en ese monte donde viven esos perros tan buenos? —lo interrumpió Betty a quien le hubiera gustado que esos animales participasen en la historia.

—Sí. Tuvimos que pasar la noche en un refugio y él nos ofreció su habitación. Como había mucha gente yo quise ir a otra parte, pero él no me lo permitió. Celia agradeció su actitud y se mostró muy amable con él. Después seguimos encontrándonos y más tarde me enteré que se habían comprometido. Eso no me preocupó, pero lo malo fue que él tenía que regresar a concluir sus estudios. Eso sucedió hace un año. Durante el invierno vivimos en Nueva York en casa de nuestro tío, y como yo me enfermara, resolvimos venir para aquí y aguardar hasta que llegase George. Eso es todo.

—¿Continuarán viviendo aquí? —preguntó Bab cuando Thorny se detuvo para tomar aliento.

—Ésos son los deseos de Celia. Yo iré al colegio y George ayudará al viejo ministro de aquí hasta que compruebe si le gusta el lugar. Si George sigue siendo tan alegre como antes pasaremos gratos momentos juntos. Ya lo verán ustedes.

—Quisiera saber si yo le resultaré simpático —observó Ben, quien no se sentía con fuerzas para reemprender su vida de vagabundo.

—Sin duda alguna, de modo que no tienes por qué afligirte, querido —respondió Thorny dándole una fuerte palmada en el hombro, lo cual valía más que cualquier promesa.

—Me gustaría ver una boda. Podríamos hacer una con las muñecas. Tengo un trozo de tul de mosquitero y el vestido de Belinda está bien blanco. ¿Crees que la señorita Celia nos invitará a su boda? —dijo Betty dirigiéndose a Bab mientras los muchachos discutían animadamente algo referente a los perros de San Bernardo.

—Quisiera poder hacerlo, queridas —respondió una voz detrás de ellas. Allí estaba la señorita Celia con una expresión tan radiante que las niñas se preguntaron interiormente qué podría decir aquella carta para ponerla así.

—No estaré ausente mucho tiempo y cuando vuelva continuaré siendo la misma. Viviré entre ustedes durante varios años porque adoro esta casona y quiero que sea mi hogar —agregó acariciando las rubias cabezas que le eran tan queridas.

—¡Ah!… ¡Qué bien!… —exclamó Bab mientras Betty murmuraba estrechando entre sus brazos a la joven—: Yo no podría soportar que otra persona que no fuera usted viniera a vivir aquí.

—Me alegra oírte decir eso. Yo tengo resuelto hacer muchas buenas obras en este lugar. He procurado comenzar este verano y cuando regrese trabajaré con fervor para ser así la digna esposa de un ministro, religioso. Tú me ayudarás.

—¡La ayudaremos!… —prometieron las dos niñas dispuestas a hacer de todo, excepto predicar desde el púlpito.

Entonces la señorita Celia se volvió hacia Ben diciéndole con tono respetuoso que hacía que el muchacho se sintiera como de la familia:

—Nosotros saldremos mañana. Dejo todo esto a tu cuidado. Procede como si estuviéramos aquí y yo te prometo que nada cambiará a nuestro regreso.

El rostro de Ben resplandeció, pero lo único que pudo hacer para demostrar su satisfacción y alivio fue echar más leña al fuego y avivar la hoguera hasta el extremo de que casi quema a sus compañeros.

A la mañana siguiente el hermano y la hermana partieron y los niños corrieron a la escuela ansiosos de comunicar la noticia de que «la señorita Celia y Thorny iban a casarse y que luego regresarían para quedarse a vivir allí por el resto de sus días».

CAPÍTULO CINCO

Durante las siguientes semanas, Bab y Betty se entretuvieron jugando por las tardes en la avenida de árboles. Pero en cuanto las sombras comenzaban a invadirlo todo, las niñas abandonaban sus juegos y se sentaban en el pórtico a esperar a Ben quien, en compañía de los otros niños, se dedicaba a recolectar nueces. Cuando jugaban en la casa, Bab siempre hacía de padre y partía de caza o de pesca en las que tenía gran éxito, pues regresaba con toda clase de bichos, desde elefantes y cocodrilos hasta picaflores y mojarritas. Betty era la madre y la más habilidosa de las esposas; pues preparaba imaginarios y deliciosos manjares mezclando arena en ollas y sartenes viejos que ponía en un horno de su propia construcción.

Ambas habían trabajado mucho cierto día y estaban contentas cuando se retiraron a su lugar favorito de descanso donde Bab practicaba equilibrio sobre la balaustrada y Betty gozaba hamacándose y mirando cómo se reponía su hermana de los golpes. En aquella ocasión, luego de que ambas hubieran disfrutado de sus respectivos placeres dejaron sus juegos para conversar un poco sentándose una al lado de la otra como un par de pollitos que quieren descansar.

—¿Qué te parece? ¿Traerá Ben su canasto lleno? Nos divertiremos comiendo nueces y castañas mientras anochece —manifestó Bab cruzando las manos bajo su delantal porque era octubre y el aire se ponía muy fresco.

—Mamá dijo que podemos calentar las castañas en nuestras ollitas y Ben nos prometió la mitad de su cosecha —dijo Betty pensando aún en sus tareas culinarias.

—Guardaré algunas para Thorny.

—Y yo muchas para la señorita Celia.

—¿No te parece que ya ha pasado mucho tiempo desde su partida?

—Quisiera saber qué nos traerán.

Antes que Bab tuviese oportunidad de hacer conjeturas al respecto ruido de pasos y un silbido familiar las hizo mirar ansiosamente en dirección al camino y prepararse para gritar a voz en cuello: «¿Cuántas trajiste?» Pero ambas permanecieron sin pronunciar ni una sola palabra porque la figura que se detuvo frente a ellas no era le da Ben sino la de un desconocido, la de un hombre que dejó de silbar y se acercó lentamente quitándose el polvo de los zapatos en el pato y cepillándose las mangas de su gastada chaqueta de pana como si quisiese conseguir un aspecto más presentable.

—Es un vagabundo. ¡Huyamos!… —susurró Betty luego de dirigir una rápida ojeada al desconocido.

—Yo no tengo miedo —aseguró Bab resolviendo adoptar una actitud valiente, pero un repentino estornudo echó por tierra su compostura y tuvo que tomarse con fuerza del portón.

El hombre levantó la vista, mostró su rostro curtido y clavó en ellas la mirada de sus ojos renegridos con tal fijeza que Betty se echó a temblar y Bab pensó que hubiese sido mejor ponerse a salvo detrás del portón.

—¿Cómo están ustedes? —preguntó el hombre con bondadosa sonrisa procurando tranquilizar a las niñas que lo miraban asombradas y asustadas.

—Muy bien, gracias, señor —respondió Bab cortésmente devolviendo el saludo.

—¿Hay gente en la casa? —preguntó el hombre mirando hacia la vivienda por encima de las cabezas de las niñas.

—Solamente está mamá. Los demás han ido a casarse.

—Eso suena muy bien y produce alegría. En otros lugares la gente sólo habla de entierros —y el hombre rio al mismo tiempo que observaba la gran casona sobre la colina.

—¿Conoce usted al alcalde? —inquirió Bab muy sorprendida y ya tranquilizada.

—Tengo el propósito de ir a verlo. Ahora estoy dando unas vueltas para entretenerme hasta que él regrese —dijo el desconocido exhalando un impaciente suspiro.

—Betty creyó que usted era un vagabundo, pero yo no le tuve miedo. Me gustan los vagabundos desde que conocí a Ben —explicó Bab.

—¿Quién es Ben? —Y el hombre se aproximó tanto a ella que Betty casi se cae al querer retroceder—. No te asustes, pequeña. A mí me gustan los niños, de modo que tranquilícense y cuéntenme lo que sepan acerca de Ben —pidió el hombre con tono persuasivo e inclinando tanto su rostro el de las dos hermanas, que éstas pudieron apreciar bien aquellos rasgos que no les resultaban desconocidos.

—Ben es el ayudante de la señorita Celia. Lo encontramos desfallecido dentro de la cochera y desde entonces está con nosotros —explicó Bab.

—Dime algo más acerca de él. A mí también me gustan los vagabundos —y pareció que era verdad lo que el hombre decía, lo confirmaba su expresión mientras escuchaba el relato de Bab matizado con sus comentarios infantiles que lo hacían más interesante.

—Ustedes han sido muy buenas con el cobre muchacho —fue todo cuanto dijo el hombre cuando la niña terminó su relato, a veces un poco confuso, pues mezclaba en él la descripción de la vieja cochera de la señorita Celia, sus cacerolas y ollas, las castañas y el circo.

—Naturalmente, porque también él es muy bueno y nosotros lo queremos mucho —manifestó Bab sinceramente.

—Sobre todo yo —aseguró Betty perdido el temor al ver que le suavizaba la mirada de los ojos negros y el rostro moreno adquiría una expresión de intensa alegría.

—No se admiren si les digo que ustedes son al par de niñas más encantadoras que he conocido en estos últimos tiempos —y el hombre extendió sus brazos como si quisiese abrazarlas. Pero no lo hizo limitándose a sonreírles y a dirigirles nuevas preguntas que las niñas, muy confiadas y conversadoras contestaban sin vacilar conquistadas por aquel desconocido que ya no lo era para ellas, tan familiar les resultaba su rostro. Bab preguntó de pronto:

—¿No lo conozco yo a usted? Me parece haberlo visto antes…

—Es la primera vez en la vida que nos encontramos, pero tal vez han conocido a alguien parecido a mí.

Los ojos negros se clavaron en las caritas asombradas y luego el hombre continuó:

—Ando en busca de un niño fuerte y ágil. ¿Creen ustedes que Ben me servirá? Necesito un niño como él.

—¿Es usted empresario de circo? —preguntó Bab rápidamente.

—No, creo que no. Por lo menos, ahora no trabajo en eso… —Me alegro que así sea. Nosotros no estamos de acuerdo con esa vida aunque yo, particularmente, creo que es maravillosa. Bab empezó a hablar repitiendo las palabras de la señorita Celia, pero terminó con aquella expresión de admiración que contrastaba con su primera declaración.

Betty agregó ansiosamente:

—No dejaremos partir a Ben bajo ningún pretexto. Él tampoco querrá irse y la señorita Celia se enojará si eso ocurriera. Por eso, no le pida que lo acompañe.

—Supongo que él resolverá lo que desee. ¿No tiene parientes?

—No. Su padre murió en California y él sufrió mucho al enterarse. Nosotros también nos apenamos como él y le ofrecimos que compartiera nuestra mamá para que no se sintiese tan solo —explicó Betty con su tierna vocecita y con una mirada tan suplicante que el hombre se inclinó para acariciarle la mejilla y decir muy suavemente:

—¡Dios te bendiga por eso, hija mía!… Yo no lo llevaré lejos ni haré nada que pueda ocasionarle algún sufrimiento a quienes han sido tan buenos con él.

—Allí se acerca. Oigo a Sancho que ladra a las vizcachas —exclamó Bab incorporándose para ver mejor.

El hombre se volvió rápidamente y Betty observó que parecía muy agitado mientras clavaba la mirada hacia el poniente donde el sol, al desaparecer, levantaba una hoguera roja entre los arces.

Y en ese lugar, iluminado apareció el desprevenido Ben silbando «Rory O'Moore» con toda energía y caminando y cargando tina pesada bolsa de castañas sobre sus espaldas iluminado por los últimos resplandores del sol. Sancho fue el primero que vio al desconocido, pues la luz enceguecía a Ben. Desde que se perdiera odiaba a los vagabundos y no bien distinguió al hombre comenzó a gruñir y a mostrar los dientes queriendo prevenirlo.

—No te hará daño… —comenzó a decir Bab para tranquilizarlo, pero antes de que pudiese agregar una palabra más el perro había dado un formidable salto y se había lanzado al cuello del desconocido como si fuese a morderlo.

Betty gritó y Bab se aprestaba a socorrer al hombre cuando vieron que el animal le lamía la cara con alegría y que aquél abrazaba la crespa cabeza y decía:

—Mi bueno y viejo Sancho… Ya sabía que no olvidarías a tu amo.

—¿Qué sucede? —preguntó Bab acercándose rápidamente con los puños apretados.

Pero no hubo necesidad de darle explicaciones, porque cuando entró en la sombra y vio al hombre se quedó mirándolo como si fuese un fantasma.

—¡Benny!… ¡Soy papá!… ¿No me conoces? —preguntó el hombre con voz temblorosa mientras apartaba al perro y tendía sus brazos al muchacho.

Las nueces rodaron por el suelo y gritando: «¡Oh, papá!… ¡papito mío! …» Ben se arrojó a los brazos del desconocido de chaqueta de terciopelo raída mientras el pobre Sancho daba vueltas en derredor ladrando locamente como si ésa fuese la única manera de demostrar su alegría.

—Bab y Betty no se detuvieron a mirar lo que ocurrió después porque como dos asustados pollitos saltaron y corrieron para comunicar la asombrosa noticia de que… el padre de Ben ha vuelto y Sancho lo reconoció al instante.

La señora Moss acababa de concluir sus tareas y se disponía a descansar antes de poner la mesa, pero saltó del sillón hamaca cuando las niñas le contaron la extraordinaria historia y exclamó no bien las niñas terminaron.

—¿Dónde está él? Tráiganlo para aquí. Esa noticia me ha trastornado.

Antes de que Bab tuviese tiempo de obedecer o su madre ocasión de tranquilizarse llegó Sancho y se puso a dar vueltas en derredor como un trompo enloquecido, ya parándose sobre la cabeza, caminando sobre las patas traseras, danzando y ladrando al mismo tiempo, pues el buen animal había perdido en tal forma la cabeza que hasta habíase olvidado de la pérdida de su cola.

—¡Mi Dios!… ¡Pero si son iguales!… En cualquier lugar que lo hubiese encontrado habría adivinado que era el papá de Ben —exclamó la señora Moss corriendo muy agitada en dirección a la puerta.

En verdad se parecían mucho y resultaba cómico ver las mismas piernas combas, el sombrero puesto igual, idéntico brillo en los ojos, la misma sonrisa bondadosa y el andar elástico. El viejo Ben llevaba la maleta en una mano mientras el joven se colgaba de la otra, un poco confuso por la emoción que apenas podía dominar y que denunciaban las mejillas húmedas de lágrimas, pero demasiado feliz para disimular la alegría enorme que experimentaba al tener de nuevo a su padre junto a él.

La señora Moss, sin que ella se diera cuenta de eso, estaba muy hermosa cuando de pie, en la puerta de su casa, el rostro resplandeciente de júbilo y los brazos extendidos decía con voz amable que era una cordial bienvenida:

—¡Me alegro mucho de saberlo vivo y sano, señor Brown!… Pase y póngase cómodo. Creo que esta noche no debe haber niño más feliz que Ben.

—Y yo sé que no hay hombre más agradecido que yo por sus bondades con mi pobre y abandonado muchacho —respondió el señor Brown dejando a un lado la maleta y desprendiéndose del niño para poder dar un fuerte apretón de manos a la gentil señora.

—¡Vamos!… ¡Vamos!… A no decir ni una palabra más sobre ese asunto. A sentarse y descansar que yo en seguida prepararé un poco de té. Ben estará cansado y hambriento, pero se encuentra tan feliz que ni siquiera debe darse cuenta de ello —rio la señora Moss alejándose para ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos y deseando brindar un recibimiento cómodo y probar su hospitalidad.

Pensando así sacó su mejor juego de porcelana y llenó la mesa con golosinas en cantidad suficiente para una docena de comensales dando gracias a su buena estrella de que ese día lo hubiese dedicado a hacer cosas al horno y que todo le hubiera salido tan rico. Ben y su padre conversaron sentados junto a la ventana hasta que fueron llamados para sentarse a la mesa y servirse todo lo que gustaran, ofrecimiento hecho con tanta bondad que las golosinas les resultaron más ricas aún a la hambrienta pareja.

Ben hacía una pausa de rato en rato para tocar con los dedos sucios de manteca la áspera manga del saco como si quisiera convencerse de que «papa» estaba realmente allí y el padre procuraba olvidar todas sus preocupaciones y emociones alimentándose como si la comida fuese algo desconocido en California. La señora Moss les sonreía a los dos por detrás de la enorme tetera con su sonrisa cándida de luna llena mientras Bab y Betty se interrumpían la una a la otra ansiosas de contar más cosas de Ben y referir cómo había perdido Sancho su cola.

—Bueno, ahora dejen hablar al señor Brown. Todos deseamos saber «cómo volvió a la vida» —pidió la señora Moss en tanto que todos se acomodaban cerca del fuego y dejaban tranquilos los pocillos de té.

No fue una historia larga la que relató, pero sí muy interesante. Contó toda su vida en lugares desiertos adonde fue en busca de potros salvajes, la patada que recibiera y que casi lo mata; los largos meses pasados inconscientes en un hospital de California; la lenta convalecencia, el viaje de regreso, el relato del señor Smithers sobre la desaparición del muchacho y luego la ansiosa búsqueda para ir a casa del alcalde Allen en procura de noticias del niño.

—Les pedí a los enfermeros del hospital tan pronto como me repuse que te escribieran y ellos prometieron hacerlo. Pero se olvidaron; por eso, tan pronto como me dieron de alta, fui en tu busca esperando hallarte donde te había dejado. Luego temí que te hubieras marchado también de aquí porque sé que te gusta viajar tanto como a tu padre.

—Estuve a punto de hacerlo varias veces, pero la gente de aquí es tan buena conmigo que no pude irme —confesó Ben, secretamente sorprendido de que la perspectiva de tener que irse con su padre le producía una extraña angustia. El niño se había arraigado en aquel suelo amigo y ya no era un vagabundo a quien arrojaba hacia cualquier parte el viento que soplaba sobre él.

—Sé cuánto les debo a todos ellos. Nosotros procuraremos ahora pagar esa deuda aunque necesitemos toda la vida para hacerlo o dejaremos de llamarnos «B», «B» —dijo el señor Brown dando un enfático golpe sobre su rodilla que Ben imitó inconscientemente mientras agregaba lleno de calor:

—¡Así se hará!… —Y luego agregó con más calma—: ¿Qué piensas hacer ahora? ¿Volver con Smithers al antiguo trabajo?

—¡Ni pienso en eso después del trato que te dieron, hijo!… He terminado con Smithers y estoy seguro de que quedó sin ganas de verme por un buen tiempo —respondió el señor Brown con un fiero brillo en los ojos que le recordó a Bab el que viera en los ojos de Ben cuando éste la sacudió por la pérdida de Sancho.

—Hay otros circos además del suyo en el mundo, pero yo tendré que entrenarme mucho antes de estar en condiciones de volver a ese trabajo —dijo el muchacho extendiendo y observando sus nervudos brazos con una mezcla de satisfacción y de pena.

—Has estado viviendo en la abundancia y has engordado, tunante —y el padre lo palmeó como hacía el señor Smithers con el gordo Wackford cuando lo exhibía como ejemplar de una famosa dieta—. No creas que podría levantarte como antes; sobre todo, porque yo no he recuperado las fuerzas y ambos estamos fuera de entrenamiento. Pero no me interesa. He resuelto dejar ese trabajo y asentarme en cualquier sitio por una temporada. En un lugar donde pueda ganarme el sustento —prosiguió el padre cruzándose de brazos y mirando el fuego pensativamente.

—Me preguntó si a usted no le gustaría quedarse por estos lados. El señor Town tiene una gran caballeriza no lejos de aquí y siempre ha dicho, que necesita un ayudante —comentó la señora Moss, ansiosamente, porque temía que Ben se alejara, ya que nadie podría impedir al padre que se lo llevase.

—Me gusta esa idea. Gracias, señora, procuraré hablar con ese hombre y probar suerte. ¿Te parece que tu padre descendería mucho si se convirtiera en un simple peón de caballos después de haber sido el primer jinete en el «Gran Coliseo y Casa de Fieras», Ben? —preguntó el señor Brown subrayando aquel pomposo título con grandes risas.

—No, no me importaría. Debe ser hermoso ver el gran establo lleno de animales y tener que cuidar más de ochenta caballos. El señor Town me llamó para que fuese a ayudarlo cuando monté la yegua arisca a la que todos temían. Estuve por aceptar, pero la señorita Celia había comprado los libros y pensé que se entristecería si no regresaba al colegio. Ahora estoy contento de no haber aceptado, pues soy uno de los mejores alumnos Y me gusta ir a la escuela.

—Has hecho bien, hijo. Estoy contento contigo. No seas nunca ingrato con los que te han hecho bien si quieres prosperar. Visitaré la caballeriza el lunes Y veré qué se puede hacer. Debo marcharme, pero volveré mañana por la mañana si usted me permite que lleve a pasear a Ben. Me gustaría pasar el domingo con él para que conversemos, ¿no te parece, hijito? —Y el señor Brown, que se había puesto de pie para partir, apoyó una mano sobre el hombro de Ben como si le costara separarse de él por una noche. La señora Moss se dio cuenta de eso y olvidando que el hombre era aún un desconocido, dejó hablar a su corazón bondadoso, que dijo:

—El camino hasta la posada es largo y tenemos una piecita desocupada en el fondo. No me producirá ninguna molestia, y si a usted no le incomoda pasar la noche en un lugar tan estrecho, puede quedarse.

El señor Brown se mostró complacido, pero vaciló antes de aceptar otro favor de aquella gentil señora que tanto había hecho por ellos. Pero Ben no le dio tiempo para responder, porque, corriendo hacia la puerta, la abrió de par en par y haciéndole señas con la mano le dijo ansiosamente:

—¡Quédate, papá!… ¡Será muy hermoso tenerte aquí!… Es un lindo cuarto. Yo pasé allí la primera noche y la cama me resultó muy cómoda después de dormir quince días en el suelo.

—Me quedaré y como estoy muy fatigado, pido permiso para retirarme ya —contestó el nuevo huésped. Luego, y como si el recuerdo de lo bien que habían tratado a su pobre muchachito sin hogar se apoderase de su corazón, el señor Brown se detuvo en la puerta para decir precipitadamente poniendo ambas manos sobre las cabezas de Bab y Betty en actitud de hacer una formal promesa:

—No olvidaré sus amabilidades, señora, y estas niñas no tendrán amigo mejor mientras viva Ben Brown.

Luego cerró la puerta con tal presteza que no escuchó el ansioso, «¡Escucha!», que le dirigió el otro Ben.

—Supongo que habrá querido decir que nosotros tendremos una parte de Ben como éste tuvo una parte de nuestra mamá —comentó Betty sencillamente.

—Eso es, ¿no crees que es un señor muy bueno, mamá? —exclamó Bab entusiasmada.

—¡Vayan a dormir, niñas!… —fue la respuesta de la mamá. Pero cuando las pequeñas se hubieron alejado y mientras lavaba las tazas de té la señora Moss miró mes de una vez en dirección a cierta percha donde desde hacía cinco años no se colgaba ningún sombrero de hombre y pensó qué aspecto natural y qué aire protector emanaba de aquel sombrerete que colgaba en esos momentos de la percha.

Si una boda no fuese suficiente para una historia infantil podemos sugerir algo que nuestros lectores nunca soñaron. Antes de que pasara un año del encuentro de los Brown, Ben había hallado una madre y Bab y Betty un padre y el sombrero del señor Brown colgaba de la puerta de la cocina como si estuviese en su casa. Pero, por ahora será mejor que no digamos nada más sobre esto.

CAPÍTULO SEIS

A la mañana siguiente los Brown se levantaron tan temprano que Bab y Betty temieron que hubiesen huido durante la noche. Pero al ir a buscarlos los hallaron observando a Lita con ojos de entendidos, las manos en los bolsillos, mordiendo una paja con los dientes y tan iguales el uno al otro como podía serlo un elefante grande y uno chico.

—Es una yegüita muy bonita. Hacía tiempo que no veía otra igual —decía Ben padre, en el momento en que las niñas hacían su aparición corriendo de la mano y sacudiendo sus trencitas terminadas en moños azules.

—Ésta es mi favorita, pero aquélla corre mejor, aunque es dura de boca —comentó Ben dándose tales aires de experto jockey que su padre se echó a reír.

—Vamos muchacho. Olvidemos esa jerga ya que hemos resuelto abandonar la antigua vida. Esta buena gente ha hecho un caballero de ti y no quiero estropear la obra. Acérquense, queridas. Yo les enseñaré cómo se dice buenos días en California —agregó haciendo señas a las invitadas que llegaban sonrosadas y sonrientes.

—El desayuno los espera, señor —comunicó Betty contenta de haberlos encontrado.

—Creímos que se había marchado —explicó Bab extendiendo las manos para apretar las que se tendían hacia ella.

—Eso hubiese sido una mala jugada. Pero pienso escaparme con ustedes —y antes de que las niñas se diesen cuenta de lo que ocurría, el señor Brown las cargó a ambas sobre sus hombros en tanto que Ben, acordándose que era domingo hizo un esfuerzo para dominarse y no ir dando vueltas de carnero hasta la puerta donde los estaba aguardando la señora Moss.

Después del desayuno Ben desapareció para reaparecer al cabo de unos momentos vestido con su traje dominguero, tan pulcro y tan bien puesto que su padre lo observó con orgullo y sorpresa mientras el niño se acercaba lleno de infantil satisfacción al poder lucir esas hermosas galas.

—¡Esto es lo que se dice un joven elegante! ¿Te has arreglado así para salir a pasear con tu padre? —preguntó el señor Brown acariciando la cabecita, habían quedado solos en ese momento, pues la señora Moss y las niñas habían subido a arreglarse para ir a la iglesia.

—Pensé que podríamos ir a misa primero —sugirió Ben mirándolo tan contento que habría sido imposible rehusarle nada.

—Yo estoy muy mal vestido, hijito; de otro modo te acompañaría con mucho gusto.

—La señorita Celia dice que a Dios no le importa que la ropa sea pobre y a mí me llevó un día que estaba más desarreglado que tú —murmuró Ben haciendo dar vueltas a su sombrero entre las manos.

—¿Tú tienes muchos deseos de ir? —preguntó el padre sorprendido.

—Quiero complacerla a ella, si tú no te opones. Podríamos ir de paseo por la tarde…

—Yo no he vuelto a la iglesia desde que murió tu madre y creo que me costará trabajo volver, aunque comprendo que debo intentarlo ahora que voy A vivir contigo —y el señor Brown miró con seriedad alegrándose de estar vivo en aquel hermoso mundo otoñal después de los peligros y penas pasados.

—La señorita Celia dice que la iglesia es el mejor lugar para llevar nuestros dolores. Yo fui por primera vez cuando te creí muerto y quiero volver ahora que te sé vivo.

Como nadie los podía ver, Ben dio rienda suelta a sus deseos y estrechó a su padre con un fuerte abrazo, que le fue devuelto con la misma intensidad.

—Iré a darle las gracias al Señor por haber hallado a mi hijo mejor de lo que lo dejé.

Durante unos segundos, lo único que se oyó fijé el tic tac del reloj y los gruñidos de Sancho que había sido atado en el cobertizo para que no fuera a hacer su aparición en la iglesia a donde no había sido invitado.

Después, como se percibiera el sonido de unos pasos en la escalera, el señor Brown tomó rápidamente el sombrero diciendo:

—No estoy lo bastante presentable como para entrar con ellas en la iglesia. Explícaselo. Yo me sentaré en uno de los últimos asientos, después que todos hayan entrado. Sé el camino. —Y antes de que Ben pudiese contestarle había desaparecido.

No lo vieron cuando se dirigieron a la iglesia, pero él sí pudo distinguir la pequeña comitiva y nuevamente se regocijó al contemplar a su hijo tan cambiado y mejorado. Ben demostraba que había sabido mantener puro su corazón a través de las borrascas de la vida.

«Prometí a Mary que cuidaría al pequeño que ella tuvo que abandonar, pero hay alguien que ha hecho más que yo por él y le prestó su ayuda en el momento que más lo necesitaba. No me humilla ser yo quien lo siga a él ahora», pensó el señor Brown mientras torcía por la carretera principal luego de haber cruzado por un atajo, y se dijo que resultaría muy agradable quedarse por esos tranquilos lugares que lo harían, sin duda, tan feliz como a su hijo.

La campana ya había llamado a los feligreses cuando él llegó, pero un solitario muchacho estaba sentado aún en los escalones de la entrada cuando él se aproximó y corrió a su encuentro diciendo con una mirada de reproche:

—No te iba a dejar solo para que la gente creyera que me avergüenzo de mi padre. Ven, papá; nos sentaremos juntos.

Y Ben condujo a su padre hasta el banco del alcalde y lo hizo sentar a su lado con expresión tan llena de alegría e inocente orgullo que mucha gente habría sospechado la verdad si él no se hubiese encargado de contarla antes. El señor Brown, confuso y avergonzado de sus ropas gastadas, demostraba cierta turbación, pero el apretón de manos del señor alcalde y el bondadoso saludo de la señora Allen le dieron ánimos para enfrentar la curiosidad de la concurrencia entera, cuya parte juvenil lo miró fijamente durante todo el tiempo que duró el sermón, no obstante los ceños fruncidos de los respectivos y las advertencias de las madres.

Pero lo que coronó gloriosamente el día fueron las palabras que dijo el alcalde a Ben con voz lo bastante alta que hasta Sam pudo oírlo:

—He recibido una carta de la señorita Celia para ti. Ven conmigo y trae a tu padre que quiero hablar con él.

El muchacho escoltó muy orgullosamente a su papá hasta el viejo coche y, después de sentarse atrás con la señora Allen, tuvo la satisfacción de ver delante de él el sombrero blando de fieltro al lado del sombrero dominguero del alcalde no bien arrancó «Duke» muy briosamente, como si sintiera la fuerza de la mirada experta que se posaba sobre él.

El interés que despertó el padre en un principio fijé debido al afecto que se tenía por el hijo, pero cuando se conoció su historia, Ben, el viejo, conquistó muchos amigos, no sólo por los infortunios que había soportado con tanta valentía, sino porque no ocultaba su agradecimiento por lo que habían hecho por su hijo, y manifestaba su deseo de realizar cualquier trabajo honesto que le permitiese mantener a Ben feliz y contento en el hogar que hallara allí.

—Le daré una carta de recomendación para Town Smithers me habló muy bien de usted, aunque creo que su propia habilidad será la mejor recomendación —dijo el alcalde al despedirlos en la puerta de su casa después de entregar a Ben la carta.

Ya hacía quince días que la señorita Celia se había ido y todos deseaban que volviese. A la semana, de haberse ido, Ben recibió un diario que traía una marca alrededor de un aviso en la sección matrimonios señalado con una mano al margen. Thorny había enviado aquello, y a la semana siguiente llegó una gran encomienda para la señora Moss. Al abrirla encontraron una caja con una porción de la torta de bodas para cada uno de los miembros de la familia, incluso Sancho, que la devoró de un bocado y luego se quedó largo rato lamiendo la cinta de papel que la envolvía. Se cumplía la tercera semana de ausencia y como si no fuera bastante la felicidad gozada durante ese día, Ben leyó en la carta que su querida señorita regresaría el próximo sábado, Uno de los pasajes que más le alegró decía:

«Me gustaría que abrieran la puerta principal para que el nuevo dueño haga su entrada por ella. Procura tú que todo se realice según mis deseos y que las cosas estén en orden. Randa te dará la llave y si quieres puedes sacar a relucir todas tus banderas para que la vieja casona nos parezca más alegre a nuestro regreso al hogar.»

Aunque era domingo; Ben no pudo contenerse, y agitando la carta sobre su cabeza corrió a contar a la señora Moss las felices nuevas, dispuesto a empezar al momento los preparativos para recibir y dar la bienvenida a la señorita Celia (Él no podía llamarla de otra manera.)

Durante el paseo por la tarde y bajo el cálido sol, Ben continuó hablando de ella sin cansarse de comentar lo feliz que había sido durante el verano que pasara bajo su techo. Y el señor Brown no se fatigaba de oírlo, porque a cada minuto que transcurría él comprobaba con más claridad, la buena influencia que ella había ejercido sobre el alma del niño. Aumentaba entonces su gratitud y el deseo de devolver de cualquier forma y aunque fuese muy humildemente, toda aquella bondad pudo realizar ese deseo suyo cuando menos esperaba que se presentaría una oportunidad.

El lunes fue a ver al señor Town y gracias a la buena, recomendación del alcalde lo contrataron a prueba por un mes, Pero se mostró tan hábil y se hizo tan necesario que pronto comprendieron que era el hombre ideal para aquel trabajo. Vivía en la parte alta de la colina, pero no dejaba de bajar diariamente, al atardecer, en dirección a la casita roja para ver a Ben, quien estaba tan atareado como si estuviesen por llegar el presidente y todo su gabinete.

Ordenaron la casa por dentro y por fuera. Limpiaron el gran portón principal, y después de grandes chillidos de goznes fue abierta de par en par. El primero en cruzarla fue Sancho, que lo hizo arrastrando una enredadera que había crecido en la cerradura del portón.

Las heladas de octubre habían respetado algunas hojas para que lucieran en esa ocasión. Y el sábado el cerco de la entrada fue adornado con alegres guirnaldas, cubrieron las banderas con rojo y oro, mientras el «porch» era una fiesta de color cubierto por la enredadera cuyas hojas había dorado el otoño.

Afortunadamente los niños tenían otra vez vacaciones, y podían prepararse y conversar con toda libertad, y las pequeñas corrían por todas partes poniendo graciosas decoraciones hasta en sitios a donde nadie se le ocurriría ir a mirar. Ben, dedicado a sus banderas, las distribuyó a lo largo de la avenida, y el señor Brown lo ayudó en esta tarea. Desplegaron tanta actividad que la señora Moss se habría afligido si no fuera porque ella misma estaba muy ocupada dando el último toque al acomodo de las habitaciones, mientras Randa y Katy preparaban un suculento té.

Todo prometía salir bien y faltaba una hora para que llegase el tren cuando Bab estuvo a punto de transformar la alegría en dolor y la fiesta en desastre. Cuando oyó que su madre dijo a Randa «debería haber fuego en todas las habitaciones; el aire está frío y la casa parecerá más alegre» salió corriendo sin detenerse a escuchar la explicación de que en algunas chimeneas no podía encenderse fuego. Llenó su delantal de astillas e hizo un buen fuego en la chimenea de la habitación del frente, que había sido dejada sin encender porque su respiradero no funcionaba bien. Encantada con las llamas luminosas y el crepitar del fuego, Bab volvió a llenar su delantal de maderas y a avivar la fogata. Pero la chimenea empezó a retumbar siniestramente, aparecieron chispas en la parte superior mientras el hollín y hasta un nido de golondrinas cayó entre las brasas. Entonces, asustada por lo que había hecho, la pequeña traviesa tapó rápidamente el fuego, barrió las basuras y escapó pensando que nadie descubriría su travesura si ella no lo contaba.

Como todos estaban muy ocupados, la enorme chimenea continuó arrojando llamaradas y haciendo ruido sin que nadie lo advirtiera, hasta que una nube de humo llamó la atención de Ben que estaba concluyendo de colocar el adorno de banderas, en una de las cuales había escrito con letras rojas muy grande: «Papá ha llegado».

—¡Hola!… Parece que han preparado fuegos artificiales sin consultarme. La señorita Celia nunca lo permitió porque el cobertizo y los alrededores estaban muy resecos.

—Debo de investigar eso. ¡Ayúdame a bajar, papá!… —gritó Ben saltando del olmo sin preocuparse en donde iba a caer, como una ardilla que salta de rama en rama.

Su padre lo recibió en los brazos y corrió detrás de su hijo que recorrió la avenida para detenerse a la entrada de la casa asustado por el espectáculo que se ofreció a sus ojos. Las chispas que volaban habían encendido el techo en varios sitios y la chimenea vomitaba humo y tronaba como un pequeño volcán mientras con gritos desesperados Katy y Randa pedían agua.

—Sube con unos trapos mojados mientras yo saco la manguera —gritó el señor Brown, quien de una ojeada abarcó la magnitud del peligro.

Ben desapareció, y antes de que el padre desenrollara la manguera del jardín, ya estaba en el techo con una sábana chorreando agua. La señora Moss se percató al instante de lo que ocurría y corrió a cerrar la chimenea para que no entrara más aire. Luego de preguntar a Randa si las chispas no habían quemado el interior, corrió a ayudar al señor Brown, quien no sabía dónde estaban las cosas. Pero no en vano él había recorrido tanto mundo; sin mucho buscar encontraba los objetos que necesitaba. Viendo que la manguera resultaba demasiado corta para alcanzar el techo de la casa, buscó dos baldes de agua y apagó el fuego antes de que hubiese hecho daño. Siguió con ese procedimiento hasta que apagaron la chimenea, y Ben recorrió la galería para ver si no había quedado alguna chispa encendida que pudiese continuar el fuego.

Mientras todos trabajaban. Betty corría de un lado a otro con su baldecito lleno de agua tratando de ayudar y Sancho ladraba violentamente. Pero ¿dónde estaba Bab que siempre se presentaba cuando había alguna algaraza? Nadie la echó de menos hasta que el fuego fue sofocado y la gente se reunió a comentar el peligro del que habían escapado.

—¡Pobre señorita Celia!… No le habría quedado techo donde cobijarse si no hubiese sido por usted, señor Brown —exclamó la señora Moss dejándose caer en una sillita de la cocina, pálida aún de emoción.

—Habría ardido todo con mucha facilidad, pero, por suerte, el peligro ha pasado. Vigilen el techo que yo daré una vuelta por el altillo para ver si allí no ha ocurrido nada. ¿No sabían que esa chimenea estaba sucia? —preguntó el hombre mientras se secaba la transpiración de su rostro tiznado.

—Sí, Randa me lo había dicho y me sorprende que haya ido a prender fuego allí —empezó a decir la señora Moss mirando a la mucama que pasaba con un caldero lleno de hollín.

—¡Por favor, señora! …, no crea que a Katy o a mí pudo ocurrírsenos semejante cosa. Debe haber sido esa pícara Bab que ahora no se atreve a presentarse —respondió Randa enojada porque se había mojado su habitación.

—¿Dónde está la niña? —preguntó entonces la madre. Y comenzó a buscarla de inmediato ayudada por Betty y Sancho, en tanto que los demás se alejaban:

Inquieta y ansiosa, Betty buscó por todas partes. Llamo, gritó, pero todo en vano, y estaba ya por darse por vencida cuando Sancho se metió dentro de su perrera nueva y salió tirando de un zapato que tenía un pie adentro, mientras se oía una voz que gemía desde el fondo del jergón de paja.

—¡Oh, Bab!… ¿Cómo pudiste hacer eso? Mamá se asustó terriblemente —murmuró Betty tirando suavemente de la pierna arañada, mientras Sancho introducía otra vez su cabeza dentro de la covacha en busca del otro zapato.

—¿Se quemó todo? —preguntó una voz ansiosa desde el interior de la casilla.

Solamente una parte del techo. Ben y el padre apagaron el fuego y yo los ayudé —explicó Betty alegrándose un poco al recordar su participación en el hecho

—¿Qué castigo se les da a los que incendian una casa? —preguntó la misma voz angustiada.

—No lo sé, pero no temas porque no ha sido mucho el daño y la señorita Celia te perdonará, ¡es tan buena!…

—Pero Thorny no lo es. Él me llama «la fastidiosa» y creo que lo soy, —suspiró la invisible culpable con sincero arrepentimiento.

—Yo le pediré que te perdone. Él es muy condescendiente conmigo. Llegarán de un momento a otro, así que sal y ve a arreglarte un poco —sugirió procurando tranquilizarla.

—No saldré jamás de aquí porque sé que todos me odian —sollozó Bab metida entre la paja mientras volvía a esconder el pie como si quisiese abandonar para siempre ese mundo que le era hostil.

—Mamá no te castigará. Está muy ocupada haciendo la limpieza, de modo que es el momento oportuno para salir. Corramos a casa. Nos lavaremos las manos y estaremos limpias cuando nos vean —insistió Betty queriendo convencer a la pobre pecadora y proponiendo lo que creía más acertado para conseguir el perdón de los mayores, que aún debían estar un poco enojados.

—Quizá sea mejor que vuelva a casa. Sancho querrá su cama… —Y Bab se aferró a esa excusa para abandonar su escondite y aparecer con una cara compungida y el vestido arrugado y el cabello lleno de paja.

Betty la llevó lejos, no obstante las protestas de la hermana, que aseguraba que nunca se atrevería a presentarse delante de nadie. Pero quince minutos después ambas reaparecieron de muy buen humor y bien arregladas. Y Bab escapó por aquella vez de una merecida represión porque el tren estaba a punto de llegar.

Al primer sonido del silbato todos los ánimos se calmaron como por arte de magia. En seguida corrieron hacia el portón olvidando todos los contratiempos para esperar a los viajeros. La señora Moss se adelantó vivamente y fue la primera que saludó a la señora Celia cuando el coche se detuvo a la entrada de la avenida para que pudieran bajar el equipaje.

—Caminaremos hasta la casa y así podrá usted contarme las novedades —dijo la joven señora con su gentil manera después que la señora Moss les hubo dado la bienvenida y hubo presentado sus respetos al caballero, quien estrechó su mano con un cálido apretón que la convenció de que Thorny tenía razón cuando aseguraba que era «sencillo y llano», no obstante su condición de ministro protestante.

Para informarla de todo se había adelantado la buena mujer y le contó las últimas noticias lo más brevemente que pudo. Los recién llegados se alegraron al saber feliz a Ben, y poca atención prestaron al relato del fuego que prendiera Bab, aunque hubieran corrido el riesgo de quedarse sin techo.

—No hablemos más de eso. Todos tenemos que estar contentos hoy —dijo el señor George con tal afecto de bondad que la señora Moss experimentó la sensación de que le quitaban un gran peso del corazón.

—Bab siempre pedía fuegos artificiales, pero creo que, por ahora, tendrá suficiente —rio Thorny, quien escoltaba galantemente a la madre de Bab a lo largo de la avenida.

—Todos ustedes son muy amables. La maestra estaba con los niños en la puerta de la escuela para saludarnos a nuestro paso, y aquí han puesto todo muy hermoso para recibirnos —manifestó la señora Celia sonriendo con lágrimas en los ojos, mientras se acercaba al gran portal que presentaba un aspecto imponente.

Randa y Katy, luciendo sus mejores ropas, estaban de pie a un costado; el señor Brown medio oculto tras el pórtico, del otro lado, sosteniendo a Sancho para que presentara sus respetos cuando apareciese la novia. Como las flores estuvieran escasas, en los dos testeros estaban dos sonrosadas niñas batiendo palmas, mientras que saliendo de tener las ramas de un macizo rojo y amarillo se veían la cabeza y las espaldas de Ben, quien agitaba su bandera más grande que tenía escrito con letras azules «¡Bienvenidos!»

—¡Qué maravilla!… —exclamó la señora Celia, arrojando besos a los niños, estrechando las manos de las mucamas y dirigiendo su brillante mirada al desconocido que sujetaba a Sancho.

—Mucha gente adorna la puerta de entrada con figuras de piedra, vasos o guirnaldas. Pero estos adornos vivientes son muchos mejores, queridos, sobre todo ese alegre niño del medio —dijo el reverendo George, mirando a Ben con interés, no obstante haber estado a punto de tropezar con la bandera que agitaba el niño.

—Tú tendrá que terminar lo que yo sólo he comenzado —manifestó Celia, agregando alegremente cuando Sancho, consiguiendo recuperar la libertad, se acercó a ambos a ofrecerle su pata y sus felicitaciones—: Sancho, presenta a tu amo que tengo que agradecerle que haya llegado justo a tiempo para salvar mi vieja casa de un desastre inminente.

—Aunque hubiese salvado doce casas no habría pagado ni la mitad de lo que usted ha hecho por mi hijo, señora —contestó el señor Brown, saliendo de detrás del pórtico rojo de gratitud y placer.

—Yo hice todo con mucho gusto, de modo que, por favor, recuerde que éste continuará siendo el hogar del niño hasta tanto usted pueda brindarle el suyo. ¡Gracias a Dios él ya no es huérfano!… Y el dulce rostro de la joven expresaba mucho más de lo que decían sus palabras cuando su blanca mano estrechó con un apretón cordial la morena manchada de tizne.

—Entremos, hermana. Veo la mesa del té servida y estoy terriblemente hambriento —interrumpió Thorny, que no se dejaba dominar por los sentimientos, aunque se alegrara mucho de que Ben hubiese recuperado a su padre.

—Acérquense, mis pequeños amigos, y déjenme que les agradezca esta amable bienvenida —y la señora Celia elevó su mirada divertida desde las cabezas infantiles a la vieja chimenea que aún continuaba echando humo.

—¡No mire usted!… —gritó Bab ocultando la cara.

— ¡Ella lo hizo sin querer!… —agregó Betty para disculparla.

—¡Tres hurras por la novia!… —exclamó Ben agitando su bandera cuando su querida señorita pasó bajo el arco apoyada en el brazo de su marido y continuó por el sendero hacia la casa que cobijaría su hogar feliz durante muchos, muchísimos años. El portal cerrado ante el cual se había detenido cierta vez el pequeño y solitario vagabundo, permanecería siempre abierto, y el sendero donde sólo jugaban las niñas ofrecería libre entrada a cualquier caminante, a quien se brindaría una cálida bienvenida, fuese rico o pobre, joven o viejo, feliz o desgraciado, bajo las Lilas.

FIN

42. CRÓNICA PERSONAL (JOSEPH CONRAD)

ÍNDICE

Prefacio familiar

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8

PREFACIO FAMILIAR

Por regla general, no suele hacernos falta que nos animen en demasía para hablar de nosotros mismos; sin embargo, este librito es resultado de una sugerencia amistosa, e incluso de una cierta presión por lo demás también amistosa. Me defendí con algún denuedo, si bien, con su característica tenacidad, la voz del amigo no cejó en su empeño: «No sé si se da usted cuenta, pero la verdad es que debe usted…».

No fue una discusión; no es ése un argumento de peso, pero lo cierto es que cedí de inmediato. ¡Si de veras uno debe… no queda más remedio!

La fuerza de una palabra es algo que se percibe de inmediato. Quien desee persuadir ha de confiarse no al argumento adecuado, sino a la palabra idónea. Siempre ha sido mayor el poder del sonido que el poder del sentido. Y no lo digo con desdén. Es preferible que la humanidad sea impresionable antes que reflexiva. Nada que sea verdaderamente grande en el sentido en que lo es lo humano —grande de veras, es decir, susceptible de afectar a un gran número de vidas— procede de la reflexión. Por otra parte, es imposible no captar el poder de las palabras, palabras tales como Gloria, por ejemplo, o Piedad. No mencionaré ninguna más. No hace falta irse muy lejos a buscarlas. Pronunciadas a voz en cuello y con perseverancia, con ardor, con convicción, estas dos por sí solas, y sobre todo por su simple sonido, han puesto en marcha a naciones enteras y han levantado el suelo duro y reseco sobre el que descansan los cimientos de todo nuestro entramado social. ¡He ahí «virtud» para el que quiera…! Hay que prestar suma atención al acento, por descontado. Hay que dar con el acento justo. Eso es de suma importancia. El pulmón ancho y capaz, las cuerdas vocales que atronan o que resuenan con ternura. Que no me vengan a mí con el cuento de la palanca de Arquímedes, quien por cierto era un personaje distraído y dotado de una imaginación si acaso matemática. Las matemáticas merecen todo mi respeto, pero nunca he sido yo de mucha ni poca utilidad cuando se trata de motores. Dadme un cambio de la palabra precisa, dadme el acento indicado y moveré el mundo.

¡Qué sueño, para ser el de un escritor! No en vano tienen las palabras escritas también su propio acento. ¡Sí! ¡Que me sea dado encontrar la palabra adecuada! Sin lugar a dudas debe hallarse en alguna parte, entre los despojos de todas las exigencias y las exclamaciones exultantes que hemos vertido en voz alta desde el primer día en que la esperanza, inmortal, descendió a la tierra. Bien puede estar ahí, muy cerca, desechada, sin que nadie la vea, pero en todo caso al alcance de la mano. Ahora bien, de nada sirve. Estoy seguro de que hay hombres de los que encuentran una aguja en un pajar a la primera intentona. Yo por mi parte nunca he tenido esa suerte.

Y además hay que tener en cuenta ese acento. Otra dificultad que añadir. ¿Quién sabrá precisar si su acento es apropiado o si es un desacierto, por lo menos hasta que no resuene a gritos la palabra? Tal vez ni siquiera así llegue a oírse, llevándosela el viento y dejando al mundo impasible. Hubo en otro tiempo un emperador que fue sabio y algo literato. Anotó en tablillas de marfil algunos pensamientos, máximas y reflexiones que el azar ha querido preservar para edificación de la posteridad. Entre otras cosas —y cito de memoria— recuerdo esta solemne admonición: «Que todas tus palabras lleven el acento de la heroica verdad». ¡El acento de la heroica verdad! Eso sin duda está muy bien pero pienso ahora que a tan austero emperador debió de serle muy fácil tarea pergeñar tan grandioso consejo. La mayor parte de las verdades que tienen vigencia en este mundo son humildes, que no heroicas; en la historia de la humanidad han sobrado las ocasiones en que los acentos de una verdad heroica no han llevado más que a la irrisión.

Que nadie espere encontrar entre las guardas de este librito palabras de extraordinaria potencia ni tampoco acentos de un heroísmo irresistible. Por humillante que pueda ser para la estima en que me tengo, debo confesar que los consejos de Marco Aurelio no están hechos para mí. Se adecuan mejor a un moralista que a un artista. Puedo prometer la verdad de una índole más modesta, y la sinceridad también, esa sinceridad absoluta y digna de todo elogio que así como nos entrega a manos de nuestros enemigos, es harto probable que nos granjee la discordia de los amigos.

«Granjear la discordia» tal vez sea una expresión fuerte en exceso. No consigo imaginar a ninguno de mis amigos ni a ninguno de mis enemigos tan cerrado en banda como para querellarse conmigo. «Decepcionar a los amigos» sí estaría más cerca del blanco. La mayoría de las amistades, por no decir casi todas las que he disfrutado durante el periodo de mi vida que he dedicado a escribir, me han sido dadas a través de los libros; bien sé que un novelista vive en su obra. Se encuentra en ella, única realidad en medio de un universo inventado, entre objetos, acontecimientos, personas imaginarias. Al escribir acerca de todo ello, el novelista no hace otra cosa que escribir acerca de sí. Pero el desvelamiento nunca será completo. El novelista seguirá siendo, hasta cierto punto, una figura más de las que se hallan tras el velo, una presencia más intuitiva que vista: un movimiento y una voz tras los cortinajes de la ficción. En cambio, en estas notas estrictamente personales no hay velo ninguno. Y no puedo sustraerme al recuerdo de un pasaje de la Imitación de Cristo en la que su ascético autor, que tan hondamente conocía la vida, dice que «hay personas cuya estima depende de su reputación y que al mostrarse tal cual no destruyen la opinión que los demás se habían forjado». He aquí el peligro en el que incurre el autor de ficción que se propone hablar de sí mismo sin disfraz ninguno.

Mientras estas remembranzas aparecían por entregas, recibí diversas quejas y amonestaciones por mi pésimo uso de la economía, como si tal especie de escritura no fuera más que una forma de autocomplacencia tendente a despilfarrar la sustancia destinada a otros volúmenes futuros. Se diría que no tengo un talante suficientemente literario. Ciertamente, un hombre que antes de cumplir los treinta y seis años de edad nunca escribió un solo renglón para darlo a la imprenta, de ninguna manera puede darse a contemplar su existencia y su experiencia, a considerar la suma de sus pensamientos, sensaciones y emociones, sus recuerdos y sus pesares, la posesión entera en que tiene su pasado, como si todo ello fuese mero material con el cual cupiese la posibilidad de trabajar. En otra ocasión, hace más o menos tres años, cuando publiqué El espejo del mar, que también es por cierto un volumen de impresiones y recuerdos, se me hicieron estos mismos comentarios de carácter práctico. La verdad sea dicha, jamás he alcanzado a entender qué clase de ahorro es el que me recomiendan. Yo deseaba pagar mi tributo al mar, a sus barcos y a sus hombres, con los cuales sigo en deuda por una infinidad de cosas que, en el fondo, son las que han terminado por hacer de mí quien soy. Aquélla me pareció la única forma en la que podría ofrecer mi tributo a sus sombras. En mi interior no cabía la menor duda. Es más que probable que sea pésimo economista, pero lo que sí es cierto es que soy incorregible.

Por haber madurado bajo las especiales condiciones de la vida del mar sin haberme alejado de ella, albergo una piedad especial para con esa figura de mi pasado; las impresiones que dejara en mí siguen siendo indelebles, su atractivo directo, mientras sus exigencias eran de las que admiten la respuesta pronta que se da con la vocación. En todo ello nada hubo que pudiera sumir en la perplejidad a una joven conciencia. Por haberme desgajado de mis orígenes bajo un temporal de culpa que arreciaba desde todo punto cardinal que tuviese la más remota sombra de derecho a expresar una opinión, separado por una gran distancia de todos aquellos afectos naturales tal como me fueron sin embargo entregados, e incluso enajenada mi amistad con todo aquello, hasta cierto punto, por mor del carácter absolutamente ininteligible de la vida que tan misteriosamente me había seducido y me había apartado de mis naturales lealtades, puedo decir con plena seguridad que a través de la fuerza ciega de las circunstancias el mar iba a ser todo mi mundo y la marina mercante todo mi hogar durante largos años. No es pues de extrañar que en mis dos únicos libros que están exclusivamente consagrados al mar —a saber, El negro del «Narcissus» y El espejo del mar (así como en un puñado de relatos marítimos, como son Juventud y Tifón)— hayan intentado con una consideración punto menos que filial traducir la vibración de la vida tal cual era en el gran mundo de las aguas, en los corazones de los hombres sencillos que a lo largo de los siglos han surcado sus soledades, así como también ese algo sensible que parece habitar en los barcos, que esos hombres han creado con sus propias manos y que son objeto de sus cuitas.

La vida literaria, al menos la de uno, a menudo debe volverse a los recuerdos en busca de sustento y rastrear su discurso entre las sombras, a no ser que uno haya tomado la decisión de escribir únicamente con el propósito de reprobar a la humanidad por todo lo que es, o de alabarla por todo lo que no es, o —y es lo más común— de enseñarla a comportarse. Comoquiera que no soy yo ni dado a las pendencias, ni mucho menos un adulador, ni tampoco un sabio, nunca me he propuesto ninguna de estas tres variantes, y conste que estoy serenamente preparado para arrostrar la insignificancia que suele atribuirse a las personas que nunca se entrometen, y lo digo en el sentido más amplio de la palabra. La resignación, ahora bien, no es indiferencia. No me agradaría sin embargo verme relegado a la condición de mero espectador retrepado en la orilla del gran torrente que tantas vidas transporta. De buena gana reclamaría para mí la facultad de la intuición tal como se puede expresar en una voz solidaria y en la compasión.

Tengo para mí que al menos en uno de los sectores más autoritarios de la crítica se me tiene por sospechoso de una torva aceptación de los acontecimientos, del todo ajena a las emociones; esto es, de lo que los franceses llamarían sécheresse du coeur. Quince años consecutivos de silencio absoluto frente a los halagos o las inculpaciones dan sobrado testimonio de mi respeto por la crítica, exquisita flor de la expresión personal en el jardín de las letras. Ahora bien, se trata de una cuestión más personal, que alcanza al hombre que hay detrás del libro, y a la cual parece pues lícito aludir en el frontispicio de un volumen que no es más que una anotación personal en los márgenes de la página pública. No se trata de que me sienta dolido en lo más mínimo, no. La acusación —si es que al grado de acusación llega— se expresó en los términos más considerados, con cierto tono de arrepentimiento.

Mi respuesta es que si fuera cierto que toda novela contiene elementos autobiográficos —y difícilmente pueden ponerse peros a esta afirmación, dado que el creador solamente puede expresarse en su creación—, no cabe duda de que algunos de nosotros tenemos por repugnante cualquier despliegue manifiesto de los sentimientos propios. No tengo reparo ninguno en cantar las alabanzas de la virtud de la contención. A menudo es algo puramente temperamental, pero no siempre es señal de frialdad. Puede ser orgullo. En ese caso, nada habrá tan humillante como comprobar que el dardo de las propias emociones yerra el blanco de las risas o las lágrimas. ¡Pocas cosas más humillantes que ésa! Y ello se debe a la sencilla razón de que una vez errado el blanco, toda vez que un abierto despliegue de las emociones se revele a la postre incapaz de conmover, es inexorable que éste perezca en el disgusto o el desprecio. A ningún artista podrá reprochársele que se encoja ante un riesgo que solamente los imbéciles corren a afrontar y que solamente los genios abordan con impunidad. En un empeño que principalmente estriba en despojar la propia alma más o menos de toda vestimenta a ojos del mundo entero, un cierto respeto por la decencia, aun cuando implique el costo del éxito, no es más que el respeto por la propia dignidad, inseparablemente unida a la dignidad de la propia obra.

Además… es extremadamente difícil ser alegre del todo o triste en esta tierra. Lo cómico, siempre que sea humano, no tarda en arrogarse el rostro del dolor; algunos de nuestros pesares (digo algunos, que no todos, ya que es la capacidad de sufrimiento la que hace que el hombre sea augusto a ojos de los demás hombres) brotan de ciertas debilidades en las cuales es preciso reconocer, con la sonrisa de la compasión, la herencia común de todos nosotros. Las alegrías y las penas de este mundo circulan de continuo entre uno y otro lado, entremezclan sus formas y sus murmullos en esa dudosa luz de la vida que resulta tan misteriosa como un océano en exceso cargado de sombras, mientras la deslumbrante brillantez de las supremas esperanzas se halla muy lejos, fascinante y quieta, al lejano filo del horizonte.

Pues sí, también a mí me gustaría empuñar esa varita mágica que gobierna las risas y las lágrimas y a la cual se tiene por logro más elevado de la literatura de ficción. Sólo que para ser un gran mago es menester rendirse a poderes ocultos e irresponsables, sean exteriores o se encuentren dentro del propio pecho. Todos hemos oído hablar de esos hombres de a pie que vendieron sus almas, por amor o por poder, a un diablo grotesco. Hasta el intelecto más vulgar se dará cuenta, sin pasar por arduas reflexiones, de que cualquier trato de ese estilo por fuerza ha de ser el timo de la estampita. No creo ser acreedor de una sabiduría particular por el mero hecho de que tales transacciones me inspiren disgusto y desconfianza. Tal vez sea que mi aprendizaje de la marinería actúa sobre una disposición natural, léase, mantener a buen recaudo lo único que de veras me pertenece, pero lo cierto es que me espanta la posibilidad de perder, siquiera sea durante un solo y fugaz momento, el pleno dominio de mí mismo, que es a todas luces la primera condición de un servicio bien cumplido. Y esa noción del servicio bien cumplido la he llevado de mis años mozos a los años más recientes de mi existencia. Yo, que nunca he sondeado la palabra escrita en busca de otra cosa que no fuera una manifestación de la Belleza, he llevado conmigo ese artículo de fe desde el puente de los barcos hasta ese espacio más circunscrito que conforma mi mesa de trabajo; mediante ese acto, me temo, me he tornado permanentemente imperfecto a ojos de la inefable compañía de los estetas puros.

Al igual que en la política, en toda acción literaria un hombre se gana la amistad de los otros mediante la pasión de sus prejuicios y la coherente estrechez de sus puntos de vista. Yo en cambio nunca he sido capaz de amar lo que no me pareciera digno de amarse, ni tampoco de odiar lo que no me pareciera aborrecible, solamente en defensa de un determinado principio. Que haber reconocido tal cosa sea un gesto de valentía es algo que desconozco. Pasada la mitad del camino de la vida, consideramos los peligros y los gozos con una mente tranquila. Por eso, procedo con absoluta paz a proclamar que en todo esfuerzo por poner en juego los extremos de las emociones siempre he sospechado que se esconde el degradante roce de la insinceridad. A fin de conmover con hondura a los demás, hemos de dejarnos llevar adrede más allá de los límites de nuestra sensibilidad normal —con suficiente inocencia, quizá, y acuciados por la necesidad, como un actor que, en el escenario, alza la voz muy por encima del tono natural de la conversación—; eso es algo que es preciso hacer a toda costa. Sin lugar a dudas, se trata de un pecado venial. El peligro sin embargo radica en que el escritor se convierta en víctima de su propia exageración, que pierda de vista la exactitud del concepto de sinceridad, y que al final termine por deprecar hasta la verdad misma por considerarla algo frío y romo en exceso, imposible de aprovechar para su propósito, como si, en efecto, no sirviera a la insistencia de sus emociones. De las risas y las lágrimas es muy fácil descender al gimoteo y la risa tonta.

Todas éstas pueden parecer consideraciones egoístas; ahora bien, con la moral bien razonada en la mano, no se puede condenar a un hombre sólo porque se haya cuidado de su propia integridad. Es su deber evidente. Y menos aún podrá condenarse a un artista que persigue, siquiera sea con humildad e imperfección, un propósito creativo. En ese mundo interior en que los pensamientos y las emociones van en pos de la experiencia de las aventuras imaginarias no existe la policía, ni la ley, ni la presión de las circunstancias ni tampoco el temor del qué dirán: no hay nada que lo encierre dentro de sus límites. En ese caso, ¿quién dirá «no» a sus tentaciones, a no ser que intervenga su conciencia?

Por si fuera poco —recuérdese, éste es el lugar y el momento idóneos para una charla perfectamente abierta—, creo que toda ambición es legal, con la sola excepción de aquéllas que ascienden sobre las miserias y la credulidad de los hombres. Toda ambición intelectual y artística es permisible hasta el momento de rebasar incluso los límites de la prudencia y la cordura. Si dicha ambición es una locura, tanto peor para el artista. Es evidente que, tal como suele predicarse de la virtud, tales ambiciones encierran en su seno su propia recompensa. ¿Es acaso una presunción alocada la creencia en el poder soberano del arte que uno domina, intentar poner a prueba otros medios, otras vías a través de las cuales afirmar esta creencia en la más profunda vocación de la propia obra? Esforzarse por ahondar no equivale por cierto a ser insensible. Un historiador de los corazones no es en absoluto un historiador de las emociones, por más que penetre hasta más allá, por contenida que pueda ser su actitud, ya que su propósito es llegar hasta el mismísimo manantial del que brotan la risa y las lágrimas. La visión de todo asunto humano merece admiración y piedad. Es además merecedora de respeto. Y de ninguna forma puede ser insensible quien les rinda el poco expresivo homenaje de un suspiro que nunca será un sollozo, de una sonrisa que nunca será una mueca. La resignación en modo alguno mística, ni tampoco desgajada, sino esa resignación que se practica con los ojos abiertos, con plena conciencia, informada por el amor, es el único de todos nuestros sentimientos en aras del cual resulta inviable convertirse en un impostor.

No es que piense que la resignación sea la última palabra de la sabiduría: soy en exceso hijo del tiempo que me ha tocado vivir, y por ello tal afirmación me está vedada. Pero sí creo, en cambio, que la auténtica sabiduría es desear lo que desean los dioses, tal vez sin tener ninguna certidumbre de cuál pueda ser su voluntad, sin saber siquiera si tienen voluntad propia. Y en esta cuestión vertebral para la vida y para el arte no es tanto el porqué lo que importa, de cara a nuestra felicidad, cuanto el cómo. Como dijo el francés, Il y a toujours la manière. Qué verdad. Sí, siempre hay manera. La manera de la risa, de las lágrimas, de la ironía, de la indignación y el entusiasmo, del juicio, e incluso del amor; la manera en que, al igual que los rasgos y el carácter de un rostro humano, la verdad interior sea un presagio para quienes saben cómo mirar a sus semejantes.

Quienes me leen saben de mi convicción de que el mundo, el mundo terrenal, descansa sobre unas pocas ideas, por lo demás muy sencillas; tan sencillas que han de ser tan antiguas como las colinas. Descansa notoriamente, entre otras cosas, sobre la idea de Fidelidad. En una época en la que todo lo que no sea revolucionario de una u otra forma no puede aspirar a recabar mucha atención por parte del público, debo decir que yo no he sido revolucionario en mis escritos. El espíritu revolucionario es en esto poderosamente práctico, dado que nos libera de todos los escrúpulos y de toda idea recibida. Su empecinado, absoluto optimismo me resulta sin embargo repulsivo por la amenaza de fanatismo y de intolerancia que encierra. Qué duda cabe, ante estas cosas lo mejor es esbozar una sonrisa; claro que, imperfecto esteta como soy, como filósofo no mejoro gran cosa. Toda reclamación que hace quien estima estar en posesión de la verdad despierta en mí ese menosprecio, esa ira de la que debiera estar libre una mentalidad de talante filosófico…

Me temo que en mi empeño por dar con un tono conversacional tan sólo he conseguido ser indebidamente discursivo. Nunca ha sido grande mi facilidad para el arte de la conversación, ese arte que, tengo entendido, hoy presuntamente se ha echado a perder. En mis tiempos mozos, en los tiempos en que se forjaron mis hábitos y mi carácter, eran harto familiares los largos silencios. Las voces que venían a interrumpirlos podrían ser cualquier cosa salvo conversacionales. No, ni siquiera he adquirido la costumbre. Ahora bien, la discursividad no es tan irrelevante para el puñado de páginas que siguen a continuación. También están cargadas de discursividad, sin atender al orden cronológico (lo cual es en sí un crimen) y dotadas de una forma en modo alguno convencional (lo cual es una impropiedad). Se me dijo con severidad que el público lector vería con desagrado el carácter informal de mis recuerdos. «¡Ah! —protesté con mansedumbre—. ¿Podría acaso empezar con las palabras sacramentales, con el consabido “Nací en tal fecha y en tal lugar”? La lejanía de dicha localidad habría despojado a la afirmación de todo interés. No he vivido yo aventuras maravillosas que haya que relatar seriatim. No he tenido el gusto de conocer a hombres distinguidos de los cuales pueda transmitir fatuos comentarios. No me he visto mezclado en sucesos escandalosos o notorios. Lo que sigue no es sino un breve documento de corte psicológico, y aun así, ni siquiera lo he escrito con ánimo de extraer conclusiones propias».

Quien había interpuesto aquella objeción no quedó satisfecho. «Todas éstas no son más que buenas razones para escribir: ni siquiera valen como defensa de lo ya escrito», dijo.

Reconozco que casi todo, que casi cualquier cosa sería sin duda la más válida de las razones para no escribir nada en absoluto. Habida cuenta de lo que he escrito, lo único que quiero decir en su defensa es que estas memorias, redactadas sin tener en cuenta las convenciones establecidas, no se han publicado sin un propósito definido, a la buena de Dios. Cuentan con su propia esperanza y su objetivo. La esperanza es que a partir de la lectura de estas páginas pueda cuajar por fin la visión de una personalidad, del hombre que está detrás de libros tan fundamentalmente disímiles como, por ejemplo, La locura de Almayer y El agente secreto, personalidad sin embargo de todo punto coherente y justificable tanto en sus orígenes como en sus actos; esto por lo que hace a la esperanza. El objetivo inmediato, íntimamente relacionado con la esperanza, es hacer recuento de mis recuerdos personales mediante la presentación fiel de los sentimientos y las sensaciones vinculadas a la escritura de mi primer libro y a mi primer contacto con la vida del mar.

En las resonancias de este doble compás, entreveradas adrede, tal vez haya un amigo aquí y otro allá que con suerte detecten un sutil acorde.

J. C. K.

CAPÍTULO UNO

Los libros pueden escribirse en toda clase de lugares. La inspiración verbal puede llegar hasta el camarote de un marinero, a bordo de un buque atenazado por el hielo en el cauce de un río, en medio de una ciudad; como suele darse por hecho que los santos contemplan con ojos benignos a los humildes creyentes, tengo yo a bien recrearme en la grata fantasía de que la sombra del viejo Flaubert —que entre otras muchas cosas imaginó ser descendiente de vikingos— bien fácilmente podría haber aleteado con distraído interés sobre las cubiertas de un vapor que desplazaba dos mil toneladas y se llamaba Adowa, a bordo del cual, bloqueado por la inclemencia del tiempo junto a un muelle de Rouen, se empezó la redacción del décimo capítulo de La locura de Almayer. Digo con interés, pues ¿no fue el afable gigante normando, con su bigotazo enorme y su voz de trueno, el último romántico? ¿No fue acaso su devoción por el arte, la devoción propia de un ermitaño de la literatura, casi la de un santo?

«—Por fin se ha puesto —dijo Nina a su madre, señalando las colinas tras las cuales habíase puesto el sol…» Estas palabras de la hija de Almayer, tan romántica ella, recuerdo haberlas trazado sobre el papel grisáceo de un cuaderno que descansaba sobre la manta de mi litera. Hacían referencia a un crepúsculo acaecido en el archipiélago de Malasia, y cobraron forma en mi interior, en una visión de junglas, ríos y mares alejadísimos de una ciudad mercantil, y pese a todo romántica, del hemisferio norte. Ahora bien, en aquel mismo instante, mi ánimo, proclive a las visiones y las palabras, quedó en suspenso por la aparición del tercer oficial de a bordo, un joven de talante abierto y despreocupado, que entró dando un portazo y dijo: «Vaya, qué calorcillo hace aquí dentro».

Hacía calorcillo, sí. Había encendido la estufa de vapor tras colocar una lata bajo el desaguadero, pues, aunque tal vez no lo sepa el lector, el agua rezuma en esas estufas por más que se condense el vapor. No puedo saber a ciencia cierta qué había estado haciendo mi joven amigo durante toda la mañana en el puente, pero las manos que se frotaba vigorosamente las tenía tan enrojecidas que sentí un gélido escalofrío con sólo fijarme en su aspecto. Era y sigue siendo la única persona aficionada a tocar el banjo que he conocido en mi vida; siendo como era el hijo menor de un coronel ya retirado, diríase que el poema de Kipling, por aberrante que parezca esta asociación de ideas, habíase escrito teniendo en cuenta exclusivamente su personalidad. Cuando no se dedicaba a tocar el banjo, le encantaba sentarse a contemplarlo. Procedió a realizar esta inspección sentimental, y tras meditar sobre las cuerdas un buen rato, bajo mi callado escrutinio, preguntó a la ligera:

—¿Qué es eso que andas garrapateando a todas horas, si me permites la pregunta?

Era una pregunta sobradamente permisible, si bien no le contesté, limitándome a dar precipitadamente la vuelta al cuaderno en un gesto destinado instintivamente a guardar mi privacidad: no podría haberle dicho de ninguna manera que acababa de poner en fuga toda la psicología de Nina Almayer, el discurso con el que se abre el capítulo décimo y las palabras que sabiamente desgrana la señora Almayer a renglón seguido, a medida que cae ominosamente la noche tropical. No podría haberle dicho lo que acababa de decir Nina: «Por fin se ha puesto». Le habría sorprendido sobremanera, tal vez hasta el extremo de caérsele su preciado banjo. Tampoco podría haberle dicho que se ponía también el sol de mi dedicación a la mar, por más que hubiera escrito unas palabras que expresan la impaciencia de una juventud apasionada e inclinada por el peso de su deseo. Esto aún no lo sabía yo, y es más seguro aseverar que a él le habría dado lo mismo, aunque fuese un joven excelente y me tratara con mayor deferencia de la que, habida cuenta de nuestras posiciones relativas en el escalafón, yo estaba estrictamente acreditado a merecer.

Bajó la vista con ternura sobre banjo y yo seguía mirando por el ojo de buey. La abertura redonda enmarcaba dentro de su aro de cobre un fragmento de los muelles, en uno de los cuales se divisaba una hilera de barriles alineados sobre el terreno helado, así como la parte posterior de un carretón imponente. El carretero, con la nariz colorada, un blusón y un gorro de dormir hecho de lana, estaba al pescante. Un guarda aduanero paseaba perezoso, abrigado bajo su capote azul, con aire de estar deprimido por efecto de una larga exposición a las inclemencias del tiempo y por la monotonía propia de su existencia de funcionario. El fondo, compuesto por casuchas mugrientas, hallaba su lugar en el cuadro que enmarcaba el ojo de buey, más allá de la extensión adoquinada del muelle, en ese tono parduzco que tiene el barro helado. Era sombrío el colorido, y el rasgo más conspicuo resultaba ser un café con ventanas acortinadas y un desaliñado frente de madera blanquecina, en consonancia con la pobreza del barrio mísero que flanqueaba el río. Habíamos echado el ancla tras haber recalado antes en las inmediaciones del Teatro de la Ópera, en donde ese mismo ojo de buey me había regalado la vista de otro café de muy distinto jaez, el mejor de la ciudad según creo, y de hecho el mismísimo café en el que el acaudalado Bovary y su esposa, la romántica hija del anciano Pére Ronault, habían despachado una colación tras la memorable representación de una ópera que no era sino la trágica historia de Lucia di Lammermoor en un marco de música ligera.

Me fue imposible recordar nada más de la alucinación del archipiélago de Oriente, aunque ciertamente confiase volver a columbrarla. El relato de La locura de Almayer hubo de ser puesto a buen recaudo bajo la almohada, al menos por lo que restaba de aquella jornada. No creo que tuviese pendiente ninguna ocupación que me obligara a mantenerme apartado del relato; la verdad del caso es que a bordo de aquel vapor llevábamos por entonces una vida harto contemplativa. Nada diré de mi privilegiada posición. Estaba allí sólo «por cumplir», como un actor de mero acompañamiento que un buen día se presta a desempeñar un pequeño papel en la representación benéfica que ofrece una amistad.

Por lo que atañe a mis sentimientos, no deseaba yo entrar a servir en aquel vapor, en aquellos momentos y en tales circunstancias. Y tal vez ni siquiera mi presencia fuera requerida allí, en el sentido común en el que un barco «requiere» a un oficial. Fue la primera y última vez a lo largo de toda mi vida dedicada a la mar en que estuve al servicio de unos armadores que han permanecido ocultos en las sombras, huidizos a mi aprensión. Con esto no quiero hacer referencia a la conocida empresa londinense de consignatarios de buques que había fletado el barco, sino a la no diré efímera, pero sí poco duradera Franco-Canadian Transport Company. Una muerte siempre deja algo tras de sí; de la F. C. T. C., empero, no quedó nada palpable. No fue su florecimiento más dilatado que el de las rosas, y al contrario que las rosas floreció en lo más crudo del invierno, desprendió una especie de vago aroma de aventura y feneció antes que entrara la primavera. Ahora bien, fue una compañía naviera con todas las de la ley, contó incluso con una enseña de la casa, blanca por completo y con las iniciales F. C. T. C. artísticamente trenzadas en un complejo anagrama. Izamos dicho estandarte en lo alto del palo mayor, y hoy he llegado a la conclusión de que fue la única enseña de su especie que llegó a existir. Con eso y con todo, tras tantísimos días a bordo llegamos a tener la impresión de ser una mera unidad de una gran flota que dos veces cada mes zarpaba con rumbo a Montreal y Quebec, tal como se anunciaba en los panfletos y los prospectos que llegaron a bordo de un abultado paquete cuando aún estábamos amarrados al Victoria Dock, en Londres, antes de partir hacia Rouen. Y en la sombría vida de la F. C. T. C. yace el secreto del último empleo en que se consumió mi vocación marinera, que aun cuando sea en un sentido bastante remoto vino a interrumpir el acompasado desarrollo del relato de Nina Almayer.

El por entonces secretario de la londinense Sociedad Mercantil de Patrones de Barcos, que tenía su modesta sede en Fenchurch Street, era un hombre capaz de una actividad infatigable y de una inconmensurable devoción a su cometido. Él es el responsable de la que fue mi última relación con un barco. Así la califico porque sólo de manera muy forzada podríamos considerarla una experiencia marinera. El capitán Froud —no queda más remedio que rendirle el homenaje de una afectuosa familiaridad en virtud de la distancia que otorgan los años transcurridos— tenía una sólida visión en lo relativo a la mejora de los conocimientos y el status de todo el cuerpo de oficiales de la marina mercante. Organizaba cursos a cargo de conferenciantes profesionales, clases que daban los miembros del St. John Ambulance; trabajaba industriosamente en correspondencia con diversas instituciones públicas e incluso con algunos parlamentarios en todos los asuntos relacionados con los intereses de la sociedad; en cuanto a la inminencia de alguna investigación o comisión relacionada con los asuntos del mar y el trabajo de los marinos, era siempre un perfecto regalo de la divinidad, habida cuenta de su necesidad de poner a prueba su maestría en cualquier gestión que emprendiera en nombre de la sociedad. Junto con su elevadísima concepción de los deberes propios de un funcionario, tenía una rara vena de amabilidad personal, una recia disposición a hacer todo el bien que estuviese en su mano, sobre todo en beneficio de cada uno de los miembros de la profesión de la cual, en su mejor época, había sido máximo exponente. ¿Y qué mayor deferencia puede tenerse para con un marino que la de conseguirle un empleo en la mar? El capitán Froud no entendía por qué razón la Sociedad Mercantil de Patrones de Barcos, aparte de ser salvaguarda de nuestros intereses, no había de servir de forma oficiosa como agencia de empleo de la mejor especie que pueda imaginarse.

—Intento convencer a todos los grandes armadores y a todas las compañías navieras para que acudan a nosotros cada vez que requieran hombres cualificados. Nuestra sociedad carece del espíritu propio de un sindicato; la verdad es que no entiendo por qué no habríamos de colocar nosotros a los mejores oficiales —me dijo en cierta ocasión—. Además, siempre les digo a los capitanes que en condiciones de absoluta igualdad deberían dar preferencia a los propios miembros de la sociedad. Habida cuenta de mi posición, por norma general estoy en una situación óptima para proporcionarles los hombres que necesiten sin buscar más que entre nuestros miembros.

En mis andanzas por todo Londres, del West End al East End y vuelta a empezar, ya que por entonces disponía yo de tiempo de sobra para vagar a mi antojo, las dos escuetas dependencias de Fenchurch Street eran una especie de lugar de descanso en el que mi espíritu, inmerso en un grande anhelo del mar, podía sentirse más cercano a los barcos, los hombres y la vida de su elección, más cerca, de hecho, que si estuviese en cualquier otro rincón del planeta en donde tuviese el suelo bajo los pies. Este lugar de descanso solía estar, a eso de las cinco de la tarde, repleto de hombres y de humo de tabaco, a pesar de lo cual el capitán Froud disponía de la dependencia más pequeña íntegramente para sí, y en ella concedía entrevistas en privado cuyo motivo principal era la prestación de servicios. Así las cosas, una lóbrega tarde de noviembre me hizo pasar con un simple gesto y con aquella peculiar mirada que tenía cuando le resbalaban las lentes hasta la punta de la nariz, mirada que quizá sea el recuerdo físico más intenso que conservo de aquel hombre.

—Esta mañana ha pasado por aquí el patrón de un buque —dijo al tiempo que volvía a sentarse ante su escritorio y me indicaba que tomase asiento en la silla que quedaba libre—, que anda buscando un oficial. Ya sabe usted que nada me agrada tanto como que se me venga a solicitar mi opinión, pero por desgracia no me ha sido posible salirme con la mía…

Como la dependencia exterior estaba llena de hombres, lancé una mirada inquisitiva hacia la puerta, que estaba cerrada, pero él negó con la cabeza.

—Ah, sí, me alegraría una enormidad poder facilitarle ese puesto a cualquiera de ellos. Pero lo cierto del caso es que el capitán del que le hablo necesita un oficial que hable francés de corrido, y eso no es fácil de encontrar. Personalmente, no conozco a nadie que cumpla este requisito…

aparte de usted, naturalmente. Se trata de un puesto de segundo oficial, y claro está que si a usted no le tentara… ¿o sí? Sé que no es precisamente lo que está buscando.

No lo era, desde luego que no. Habíame abandonado yo a la ociosidad del hombre obsesionado, que ya no busca más que las palabras mediante las cuales captar las visiones que le atormentan. Ahora bien, he de admitir que a ojos vistas sí guardaba el suficiente parecido con el hombre capaz de cumplir en calidad de segundo oficial en un vapor contratado por una naviera francesa. No mostraba el menor síntoma de estar obsesionado por el destino de Nina Almayer y por los murmullos de la jungla tropical; ni siquiera mi íntimo conocimiento de Almayer (una persona muy débil de carácter) había dejado la menor señal visible en mis rasgos. Durante muchos años, Almayer y el mundo en que se desarrollaba su historia habían sido compañeros inseparables de mi imaginación sin, confío, perjudicar en lo más mínimo mi capacidad de lidiar con las realidades de la vida marinera. Había llevado conmigo al hombre y su entorno desde mi regreso de las aguas de Oriente, acaecido unos cuantos años antes de la fecha a la que ahora hago referencia.

Fue en la sala de una casa de vecindad que daba a una plaza de Pimlico donde por vez primera empezaron a revivir vívidamente, de una forma tan punzante que me resultaba de todo punto ajena a nuestro conocimiento pretérito. Me había regalado yo con una prolongada estadía en tierra firme, y cuando me hallaba en la necesidad de ocupar con algo las mañanas, Almayer (viejo conocido mío) acudió con nobleza al rescate. Sin que pasara demasiado tiempo, como era de esperar, su esposa y su hija se reunieron con él en torno a mi mesa, y luego llegó toda aquella caterva salida del Pantai con sus palabras y sus gestos. Sin que lo supiera la respetable señora que me había dado alojamiento en su casa, era mi ocupación cotidiana, inmediatamente después del desayuno, dar animadas recepciones a las que acudían en tropel los malayos, los árabes y las castas inferiores. No clamaban a voz en cuello para concitar mi atención, no. Era el suyo un llamamiento silencioso e irresistible, un llamamiento, aquí lo afirmo, que no apelaba a mi egolatría ni a mi vanidad. Hoy me parece que tuvo un carácter por fuerza moral, pues el recuerdo de estos seres, vistos en su oscura existencia bien que bañada por el sol, ¿por qué iba a exigir que se le diera cauce de expresión en forma de novela, a no ser sobre la base de esa misteriosa fraternidad que une en una sola comunidad de esperanzas y temores a todos los habitantes del planeta?

A mis visitantes no los recibía yo en un rapto arrobado y jactancioso; no los tenía por portadores de ningún don, provecho o fama. Nunca llegó a formarse ante mis ojos la visión de un libro impreso mientras me sentaba a escribir en aquella mesa, en una casa situada en una decrépita parte de Belgravia. Pasados todos estos años, cada uno de los cuales ha dejado su prueba evidente en las páginas lentamente ennegrecidas por la tinta, puedo decir con toda honestidad que es un sentimiento emparentado con la piedad el que me instigó a representar mediante palabras dispuestas unas tras otras con sumo cuidado, con plena conciencia, el recuerdo de cosas muy lejanas y de hombres ya fallecidos.

Empero volviendo al capitán Froud y a su idea fija de no defraudar nunca, bajo ningún concepto, a los patrones ni a los armadores, iba a ser poco probable que fuese yo quien hiciese fracasar su ambición y por lo tanto satisficiera en un plazo de poquísimas horas aquella solicitud que requería un oficial que hablase francés. Me explicó que el barco lo contrataba una compañía naviera francesa que se proponía crear una línea regular de periodicidad mensual, con salida de Rouen, a fin de transportar emigrantes franceses a Canadá. Francamente, un asunto de tales características no me interesaba demasiado. Dije con gravedad que si era en realidad cuestión de mantener la reputación de la Sociedad Mercantil de Patrones de Barcos, cuando menos estaba dispuesto a considerarla. Pero tal consideración no pasó de ser mero formulismo. Al día siguiente me entrevisté con el capitán y creo que los dos nos llevamos mutuamente una favorable impresión. Me explicó que su contramaestre era un hombre excelente en todos los sentidos, que de ninguna manera podía destituirlo para otorgarme a mí un puesto de rango más elevado, pero que si consentía en unirme a la tripulación en calidad de segundo oficial, gozaría de ciertas ventajas muy especiales… etcétera.

Le dije que, en el supuesto de enrolarme, el rango en realidad era lo de menos.

—Estoy convencido —insistió— de que se llevará usted muy bien con el señor Paramor.

Le di mi palabra de honor de que al menos estaría a bordo durante dos travesías; en tales circunstancias se inició el que a la postre iba a ser mi último trato con un barco. Después de todo, ni siquiera llegamos a emprender una sola travesía. Puede que fuera simplemente el cumplimiento de un destino, o puede que fuese esa palabra que llevaba escrita en la frente la que en apariencia me impidió, a despecho de todo mi errar por los mares, llevar a cabo la travesía del océano Occidental (hago uso de estas palabras en ese especialísimo sentido en que los marinos hablan del comercio del océano Occidental, de los paquebotes del océano Occidental, de los arduos avatares del océano Occidental). La vida nueva aguardaba de cerca a la vieja, y los nuevos capítulos ya redactados de La locura de Almayer vinieron conmigo al Victoria Dock, de donde pasados pocos días zarpamos con destino a Rouen. No llegaré al extremo de afirmar que la contratación de un hombre destinado a no cruzar el océano Occidental fuese la causa decisiva de que la Franco-Canadian Transport Company fracasara en su intento de expedir siquiera un solo pasaje. Tal pudiera haber sido el caso, por descontado; ahora bien, el obstáculo más evidente, el obstáculo de bulto era con toda claridad la escasez de dinero. Los industriosos carpinteros de ribera que faenaban en el Victoria Dock instalaron en el entrepuente cuatrocientas sesenta literas para los emigrantes, pero ya en Rouen jamás llegó a aparecer ni uno solo… de lo cual, en tanto ser humano, he de confesar que me alegro. Ciertos caballeros de París —creo recordar que eran tres, y que al parecer uno era el presidente— sí que aparecieron, y recorrieron el barco de proa a popa golpeando cruelmente sus sombreros de seda contra los baos. Los atendí yo personalmente, y puedo asegurar que el interés que se tomaron por las cosas era digno de personas sobradamente inteligentes, aunque resultara obvio que jamás habían visto nada por el estilo. Cuando bajaron al muelle, en sus rostros se pintaba una expresión animada, sí, aunque poco convincente. A pesar de que esta ceremonia de inspección tenía por objeto ser uno de los preliminares de nuestra inmediata partida, fue entonces, al verlos desfilar por la pasarela, cuando sentí la admonición interior de que jamás tendría lugar la partida dentro de las previsiones de nuestro flete.

Es menester decir que en menos de tres semanas sí se produjo un desplazamiento. A nuestra llegada, nos acompañaron con mucha ceremonia hasta el centro de la ciudad, donde las esquinas estaban engalanadas de carteles que lucían la enseña tricolor y en los cuales se anunciaban el nacimiento de nuestra compañía; a raíz de lo cual el petit bourgeois acompañado de su esposa y su familia dedicó algún que otro rato de ocio dominical a la inspección del barco. Trajeado con mi mejor uniforme, saltaba a la vista que era yo quien debía dar a las visitas la información que recabaran, como si fuera un intérprete para turistas contratado por la agencia Cook, en tanto nuestros cabos de mar cosechaban unas monedas guiando personalmente a otros grupos más reducidos. Pero en cuanto se llevó a cabo dicho desplazamiento —más o menos milla y media río abajo, para atracar en un muelle a un tiempo más embarrado y lastimoso—, la desolación de la soledad sí que nos cayó en suerte. Fue un estancamiento absoluto e insondable; y es que comoquiera que teníamos el barco listo para zarpar hasta en los más mínimos detalles, comoquiera que la capa de hielo seguía siendo gruesa y los días breves, permanecimos sumidos en una holganza absoluta, ganduleando hasta el extremo de enrojecer de vergüenza con sólo pensar que, entretanto, seguíamos percibiendo nuestros salarios. El joven Cole se tornó pesaroso porque, según su decir, era imposible que gozásemos de ningún entretenimiento al atardecer después de habernos pasado el día entero mano sobre mano; hasta el banjo perdió su encanto, ya que nada podía impedirle que lo tocara a todas horas, entre una comida y otra. El buen Paramor —ciertamente era un hombre hecho de una pasta excelente— se entristeció todo lo que dio de sí su natural animado; hasta que un día insípido se me ocurrió sugerirle, por pura malicia, que emplease las adormecidas energías de la tripulación entera en halar a cubierta ambos calabrotes y darles la vuelta de punta a cabo.

Por un momento, Paramor pareció radiante de alegría.

—¡Excelente idea! —No tardó sin embargo en volver a su rostro su abatimiento habitual—. Sí, ¿por qué no? Claro que difícilmente nos llevaría más de dos días la operación —musitó con desconsuelo.

No sé cuánto tiempo esperaba que siguiéramos clavados a la orilla del río en las afueras de Rouen, pero sé a ciencia cierta que se halaron los calabrotes y que se les dio la vuelta de punta a cabo de acuerdo con mi satánica sugerencia, que volvieron a fondearse las dos anclas y que hasta su mismísima existencia llegó a olvidarse del todo, creo, hasta que llegó a bordo un piloto francés para llevarse el barco, tan vacío como había llegado, a las calles de Le Havre. Podrá pensar el lector que este estado de holganza forzosa favoreció algún progreso en el relato de los infortunios de Almayer y su hija, pero no fue así. Como si se tratara de un malvado hechizo, la interrupción de mi compañero de camarote y tocador de banjo, como queda referida, dejó el relato suspenso por espacio de varias semanas en el momento del fatídico crepúsculo. Siempre fue así la redacción de ese libro, empezada en 1889 y terminada en 1894, a pesar de que se trata de la novela más breve de cuantas me ha tocado escribir. Entre la exclamación inicial, donde la voz de su esposa llama a cenar a Almayer, y la referencia mental que hace Abdullah (su enemigo) al Dios del islam —«misericordioso, compasivo…»— que cierra el libro, iban a interponerse largas travesías marítimas, una visita (y empleo el término para mejor ajustarme a la elevada fraseología que requiere la ocasión) a ciertos escenarios en los que transcurrió mi niñez y el cumplimiento de las vanas palabras de la niñez, que no expresan sino un capricho liviano y romántico.

Fue en 1868, cuando contaba yo más o menos nueve años; mientras observaba un mapa de África tal como era entonces, puse el dedo en el espacio en blanco que representaba el misterio sin revolver que entrañaba el continente, y con una redomada confianza y una audacia asombrosa, ninguna de las cuales forman ya parte de mi carácter, me dije:

«Cuando sea mayor, iré allí.»

Y claro está que no volví a pensar en ello hasta que, pasado poco más o menos un cuarto de siglo, se me ofreció la oportunidad de ir… como si fuera preciso revisitar en mi madurez el pecado que fue fruto de mi audacia infantil. Sí, sí que fui allí, siempre que por allí entendamos la región que circunda las Cataratas de Stanley, que en 1868 era el espacio en blanco más blanco de la faz de la tierra. Y el manuscrito de La locura de Almayer, que llevaba conmigo a todas partes como si fuese un talismán o un tesoro, también me acompañó allí. Que regresara de allí se me antoja un especial favor de la Providencia, porque buena parte de mis otras pertenencias, para mí infinitamente más valiosas y más útiles, quedaron atrás a causa de diversos e infortunados accidentes propios del transporte. Me viene a la memoria, por ejemplo, un difícil recodo del río Congo entre Kinshasa y Leopoldville, particularmente difícil cuando no quedaba más remedio que trazarlo de noche, en una de aquellas canoas grandonas, con menos remeros de los que hubiesen hecho falta para tal menester. No conseguí figurar en el registro por haber sido el segundo blanco, y además joven, que se ahogara en aquel interesantísimo recodo a resultas de que una canoa hubiese volcado. El primero fue un joven oficial belga, pero el accidente acaeció unos cuantos meses antes de mi llegada a aquellos pagos; según tengo entendido, también él iba de vuelta a casa, puede que no tan enfermo como yo, a pesar de lo cual es evidente que iba de vuelta a casa. Yo doblé el recodo más muerto que vivo, tan enfermo que me hubiese dado igual saber si habíamos doblado o no y, en todo momento con La locura de Almayer entre mi cada vez más reducido equipaje, llegué a esa grata y acogedora capital que es Boma, donde antes de la partida del vapor que iba a llevarme de vuelta tuve tiempo de sobra para desear haber muerto una y otra vez con absoluta sinceridad. En aquella fecha tan sólo existían siete capítulos de La locura de Almayer, si bien el capítulo que siguió en mi historia personal fue el de una prolongada enfermedad y una deprimente convalecencia. Ginebra o, por ser más precisos, el establecimiento de Champel, especializado en hidropatías, pasará a la fama por haber sido el lugar en el que llegó a concluirse el octavo capítulo de la historia que refiere la decadencia y caída de Almayer. Los acontecimientos que se refieren en el noveno están inexplicablemente mezclados con los de un almacén ribereño, propiedad de cierta empresa de la capital cuyo nombre no viene al caso. Ahora bien, aquella obra, emprendida con objeto de acostumbrarme a la actividad propia de una sana existencia, pronto tocó a su fin. La tierra no tenía nada con qué sujetarme durante más tiempo del debido. Después, ese memorable relato, como un barril de Madeira de la mejor cosecha, fue durante tres años de acá para allá, siempre por mar. Que este trato llegase a mejorar su sabor o no, por descontado que yo no soy quién para decirlo. Por lo que atañe a la apariencia, ciertamente no cambió casi nada. El manuscrito entero adquirió un aire desvaído y una amarillenta textura de antigualla. A la postre terminó por ser irracional la suposición de que a Nina y Almayer llegaría a sucederles lo que se dice nada. Y a pesar de los pesares, algo absolutamente improbable en alta mar iba a despertarlos de aquel estado de animación suspendida en que se habían quedado.

¿Cómo es aquello que dice Novalis? «No cabe duda de que una convicción cualquiera gana una infinidad en cuanto otra alma cree en ella». Y ¿qué es una novela sino la convicción de que la existencia de los hombres, nuestros semejantes, basta y sobra a la hora de adoptar una forma de vida imaginaria más clara en cualquiera de los casos que la realidad, y cuya verosimilitud acumulada en los episodios seleccionados avergüenza el orgullo de la historia documental? La providencia, la que quiso salvar mi manuscrito de los rápidos del Congo, también quiso ponerlo en conocimiento de un alma que me fue de gran ayuda allá en medio del mar abierto. Sería funesto por mi parte olvidar a aquel hombre enteco, de rostro huesudo y ojos oscuros y hundidos en las cuencas, nacido en Cambridge (iba a bordo del Torrens, buen navío donde los haya, por cuestiones de salud y con rumbo a Australia), que fue el primer lector de La locura de Almayer, el primerísimo lector que haya tenido nunca. «¿Le aburriría tal vez en demasía leer un manuscrito con una caligrafía como la mía?» Se lo pregunté impulsivamente una noche, al término de una conversación larga y tendida cuyo objeto había sido la Historia de Gibbons. Jacques, que así se apellidaba, estaba sentado en mi camarote, pues me había traído un libro de su propia biblioteca de viaje; yo estaba en guardia imaginaria una noche de mar gruesa.

«En absoluto», contestó con su entonación cortés y con una vaga sonrisa. Al abrir yo uno de los cajones del camarote, su curiosidad, súbitamente excitada, pintó en su rostro una expresión vigilante. Me pregunto qué esperaría ver. Puede que un poema, pero esas cábalas ya no son de este tiempo. No era un hombre frío, aunque sí tranquilo, más sojuzgado aún por causa de su enfermedad, hombre, en fin, de pocas palabras y de natural modesto en cualquier conversación o relación humana, pero con un algo que se salía fuera de lo común en todo el conjunto de su persona, y que lo distinguía del grueso homogéneo de nuestros sesenta y tantos pasajeros. Tenía una mirada pensativa, la mirada de una persona proclive a la introspección.

—¿De qué se trata? —preguntó con su habitual aire de reserva, con una voz velada y simpática.

—Es una especie de relato —contesté con cierto esfuerzo—. Ni siquiera está terminado. A pesar de todo, me gustaría conocer qué opinión le merece. —Se guardó el manuscrito en el bolsillo interior de la chaqueta; recuerdo perfectamente cómo lo doblaron a lo largo sus dedos longilíneos.

—Lo leeré mañana —comentó al tiempo que apoyaba la mano sobre el pomo de la puerta y, esperando a que el barco cabeceara de tal forma que el paso le resultara más fácil, abrió la puerta y se marchó. En el momento en que salió de mi camarote oí el sostenido mugir del viento, el azotar de las aguas revueltas contra los flancos y sobre la cubierta del Torrens, así como el atenuado rugir del mar más a lo lejos. Noté la creciente inquietud del gran océano, de por sí incansable, a lo cual reaccioné de manera meramente profesional, pensando tan sólo que a las ocho en punto de la mañana, es decir, en menos de media hora a lo sumo, habría que desplegar las gallardas velas del barco.

Al día siguiente, aunque esta vez durante la primera guardia imaginaria, Jacques entró de nuevo en mi camarote. Llevaba una gruesa bufanda de lana y el manuscrito en la mano. Me lo devolvió mientras me miraba a los ojos con firmeza, pero sin decir palabra. Yo lo recibí también en silencio. Tomó asiento en la litera y siguió sin decir esta boca es mía. Abrí y cerré un cajón de la mesa, sobre la cual estaba abierto el doble folio lleno de anotaciones, enmarcado en madera, a la espera de que lo copiase en el libro que sí tenía por costumbre redactar con todo esmero, el cuaderno de bitácora del barco. Di la espalda a la mesa. Y ni siquiera entonces se dignó Jacques pronunciar palabra.

—¿Y bien? —terminé por espetarle—. ¿Merece la pena acabarlo?

Esa pregunta expresó con toda exactitud el cúmulo de mis pensamientos.

—Sin lugar a dudas —contestó con su voz sosegada, velada, y tosió un poco.

—¿Le ha interesado? —pregunté casi con un hilillo de voz.

—¡Ya lo creo!

Hice una pausa e instintivamente afronté el recio cabeceo del barco; Jacques puso los pies sobre el catre. La cortinilla de mi litera se balanceaba de un lado a otro como si fuese un punkah, la lámpara del mamparo trazó un círculo sobre el balancín de cardán; de vez en cuando repicaba la puerta del camarote, azotada por las ráfagas de viento. El barco estaría a unos 400 de latitud sur y próximo a la longitud de Greenwich; fue más o menos allí, por lo que alcanzo a recordar, donde tuvieron lugar los reposados ritos propicios para la resurrección de Almayer y de Nina. En aquel prolongado silencio se me ocurrió que en el relato, al menos hasta donde había llegado, abundaba sobremanera la escritura retrospectiva. Me pregunté si la acción sería de veras inteligible, como si de hecho acabara de nacer el narrador en el cuerpo del marino. Por el contrario, llegó desde el puente el silbato del oficial que estaba de guardia, y quedé alerta, a la espera de captar la orden que siguiera a su llamada de atención. Oí un lejano, feroz grito: «¡Escuadrad las vergas!». Ajá, dije entre mí: sopla fuerte del oeste. Y me volví luego a mi primer lector, quien por desgracia no iba a vivir tiempo suficiente para conocer el final del relato.

—Permítame hacerle una pregunta más: ¿le resulta clara la historia tal cual está escrita?

Alzó la mirada oscura y afable hacia mí; parecía sorprendido.

—Por supuesto. Perfectamente.

Eso fue todo lo que iba a oír de sus labios en lo que atañe a los méritos de La locura de Almayer. Nunca volvimos a hablar del libro el uno con el otro. Entró una racha de mal tiempo, y no tuve ratos libres más que para pensar en mis obligaciones, en tanto el pobre Jacques pescó un catarro de padre y señor mío y tuvo que permanecer recluido en su camarote. A nuestra llegada a Adelaide, el que fuera el primer lector de mi prosa se internó por el país, y al final murió de forma repentina, bien en Australia o bien de vuelta a casa, en la ruta del canal de Suez. Ahora que lo pienso, no tengo ninguna seguridad de dónde pudo sobrevenirle la muerte, y es posible que ni siquiera llegara a saberlo, aunque cierto es que hice averiguaciones entre los pasajeros que llevamos de regreso, pasajeros que, mientras el barco recalaba en puerto, se dedicaban a hacer breves excursiones «para conocer el país», de manera que cabía la posibilidad de que hubiesen tenido alguna noticia de él. Por fin desplegamos las velas rumbo a casa, sin que hubiese añadido un solo renglón a la descuidada caligrafía que colmaba las muchas páginas que el pobre de Jacques tuvo la paciencia de leer mientras las mismísimas sombras de la eternidad asomaban en las cuencas de sus afables y firmes ojos.

El ánimo que me había instilado su sencillo y definitorio «perfectamente» permaneció adormecido, aunque vivo, a la espera de que surgiera su oportunidad. Me atrevería a decir que en la actualidad me siento forzado, inconscientemente forzado, a escribir un volumen tras otro de igual forma que en el pasado me sentí forzado a hacerme a la mar, a emprender un viaje tras otro. Las hojas han de caer unas sobre otras tal como otrora cayeran unas tras otras las leguas marinas, a medida que pasaban los días, sin cesar, hasta llegar a buen puerto, el cual, comoquiera que es la Verdad misma, es Uno, uno solo, para todos los hombres y todas las ocupaciones.

No tengo idea de cuál de los dos impulsos me haya podido resultar más misterioso, más maravilloso. Con todo, en la escritura igual que en el mar, tuve que aguardar a que llegara mi oportunidad. Permítaseme confesar aquí que nunca fui uno de esos excelentes personajes capaces de hacerse a la mar en una bañera por la mera diversión que de tal locura pudiera obtenerse, y que, si puedo jactarme de mi coherencia, ello es aplicable por igual a mi trato con la escritura. Hay quienes, según tengo oído, escriben en un vagón de ferrocarril, y quienes podrían incluso escribir en el palo de un gallinero; yo en cambio debo confesar que, por mi naturaleza sibarita, no consiento escribir sin disponer cuando menos de algo que semeje una silla y una mesa. Renglón a renglón, y no página tras página; así fue creciendo La locura de Almayer.

Sucedió incluso que a punto estuve de perder el manuscrito, ya en curso de redacción el noveno capítulo, en la estación de ferrocarril de Friedrichstrasse, que como bien sabe el lector se encuentra en Berlín, de camino a Polonia o, por ser más exacto, a Ucrania. Una mañana temprano, soñoliento y apresurado por tener que hacer transbordo de un tren a otro, dejé mi bolsa de viaje en el cuarto de aseo. La rescató un valioso e inteligente Kofferträger. Presa de la ansiedad, no pensé entonces en el manuscrito, sino en los demás útiles de uso personal que llevaba en la bolsa.

En Varsovia, donde pasé dos días, aquellas páginas errabundas ni siquiera llegaron a ver la luz, hecha la salvedad de un candil, pues la bolsa quedó abierta sobre una silla de mi habitación de hotel. Me disponía a vestirme apresuradamente para asistir a una cena en un club de campo. Un amigo de la niñez, que había estado en el Servicio Diplomático, aunque terminó por dedicarse al cultivo del trigo en los muchos acres de que constaba la hacienda paterna, me esperaba en el sofá de la habitación para conducirme al lugar de la cena.

—Cuéntame algo de tu vida mientras te vistes —me sugirió con amabilidad.

No creo que llegase a contarle gran cosa de mi vida, ni entonces ni después. La charla de la selecta compañía con que me invitó a cenar resultó extraordinariamente animada, aparte de abarcar toda clase de temas, desde las partidas de caza mayor en África hasta el último poema que había publicado cierta revista modernista que editaban unos jóvenes y costeaban las más altas esferas de la sociedad. Sin embargo, la conversación nunca llegó a girar en torno a La locura de Almayer, y a la mañana siguiente, mi inseparable compañero, aún en la oscuridad de la bolsa, siguió camino conmigo hacia el sudeste, rumbo al gobierno de Kiev.

En aquel entonces el trayecto entre el apeadero del ferrocarril y la casa de campo que tenía por destino se cubría en unas ocho horas, o puede que más.

«Querido muchacho —empezaba la última carta recibida en Londres de aquella hacienda (y nótese que ese encabezamiento siempre figuraba en inglés)—, haz que te lleven a la única posada que hay en el lugar; cena tan bien como puedas y a primera hora de la noche acudirá mi criado y confidente, factótum y mayordomo, llamado V. S. (te advierto que es de noble extracción); se presentará ante ti y te dará cuenta de la llegada de un trineo que al día siguiente habrá de traerme aquí. Lo envío con mis pieles de más abrigo, pues confío que, como vendrás seguramente con traje y gabán, te sirvan para calentarte en el trayecto.»

En efecto, cené en la posada, donde me atendió un camarero judío, en un enorme dormitorio, como un granero, cuya puerta estaba recién pintada; se abrió de pronto la puerta y, ataviado con un atuendo de viaje, con botas altas, capote de piel de oveja y cinta de cuero, el tal V.S. (de noble extracción), hombre de unos treinta y cinco años de edad, apareció con un evidente aire de perplejidad a pesar de su semblante franco y de su prominente bigotazo. Me puse en pie y le saludé en polaco, con la esperanza de transmitirle la adecuada consideración que hubiese requerido su sangre noble y su posición de confidente. Entonces se despejó su rostro de forma maravillosa. Fue como si, a pesar de las honestas aseveraciones de mi tío, aquel buen hombre hubiese albergado sus correspondientes dudas acerca de nuestro mutuo entendimiento. Se había imaginado que me dirigiría a él en alguna lengua extranjera. Después me fue dicho que sus últimas palabras antes de subir al trineo para acudir a mi encuentro tomaron la forma de una ansiosa exclamación:

—¡Bueno, bueno! Allá voy, pero sabe Dios cómo voy a entenderme con el sobrino del amo.

Nos entendimos a las mil maravillas desde el primer momento. Se ocupó de mí como si no tuviera yo edad suficiente para cuidar de mí mismo. Cuando partimos a la mañana siguiente y me arropó con una enorme piel de oso, al tiempo que tomaba asiento a mi lado con ademán protector, tuve la deleitada sensación, extraída de la infancia, de volver a casa después de pasar el día en la escuela. El trineo era muy pequeño, hasta el punto de parecer absolutamente insignificante, casi como un juguete tras los cuatro caballos bayos enjaezados dos a dos. Los tres que éramos, contando al cochero, llenábamos el trineo por completo; éste era un joven de claros ojos azules, cuyo alto cuello de pieles le llegaba hasta las sienes.

—Bien, Joseph —le dijo mi acompañante—, ¿tú crees que llegaremos a casa antes de que den las seis?

Su respuesta fue que sí, que Dios mediante y siempre que no arreciara la tempestad a mitad de trayecto, entre las varias aldeas que era preciso recorrer y cuyos nombres oí con extremada familiaridad, llegaríamos al anochecer. Resultó ser un cochero excelente, dotado de un peculiar instinto para guiar el trineo por el camino, a pesar de que los campos estaban cubiertos de nieve, aparte de ser capaz de sacar el mejor partido a los caballos.

—Es hijo de aquel otro Joseph que a buen seguro recuerda el capitán; solía llevar en coche a su difunta abuela del capitán, a quien Dios tenga en su gloria —subrayó V.S. mientras se ajetreaba en abrigarme los pies con las mantas.

Yo recordaba perfectamente al fiel Joseph que solía llevar a mi abuela. ¡Cómo no! Él fue quien me dejó sostener las riendas de un carruaje por primera vez en mi vida, y me dejó también jugar con el látigo de cuatro púas en el exterior de los establos.

—¿Qué fue de él? —pregunté—. No estará ya en servicio, digo yo.

—Estuvo al servicio de nuestro amo —obtuve por respuesta—, pero murió aquejado de cólera hace ahora diez años, cuando padecimos la gran epidemia. Y su esposa murió también entonces. Murieron todos los suyos; éste es el único que queda en pie.

El manuscrito de La locura de Almayer reposaba en la bolsa de viaje, a nuestros pies.

Volví a ver la puesta de sol en las llanuras, tal como la había visto de viaje, en mi niñez. Se puso el sol, nítido y rojo, hurtándose a la vista en la extensión de la nieve, tal como si se hundiese en el mar. Habían pasado veintitrés años desde que vi ponerse el sol en aquellas tierras, y seguimos avanzando en plena oscuridad, la oscuridad que se iba cerrando a buen paso en aquella lívida extensión de nieve hasta que, de la desolación de una tierra blanquecina y uncida al cielo estrellado, se alzaron unos negros perfiles, las arboledas que circundaban una aldea enclavada en medio de la llanura ucraniana. Dejamos atrás una o dos granjas, un muro bajo e interminable y entonces, relucientes, parpadeando tras una pantalla de abetos, vimos las luces de la casa del amo.

Aquella noche saqué de la bolsa de viaje el errabundo manuscrito de La locura de Almayer y lo deposité sin ostentación ninguna sobre el escritorio de la habitación que me fue asignada, el cuarto de invitados que, según se me indicó con tono voluntariamente descuidado, llevaba unos quince años esperando mi visita. Esto no atrajo la menor atención de la afectuosa presencia que revoloteaba en torno al hijo de la hermana predilecta.

—No dispondrás de muchas horas libres mientras estés conmigo, hermano —me dijo, y conviene reseñar que esta forma de dirigirse a mí la tomó prestada del habla de nuestros campesinos, entre los cuales era la expresión habitual del mejor humor posible en un momento de júbilo afectuoso—. Siempre me tendrás a mano para charlar un rato.

Lo cierto es que dispusimos de la casa entera para conversar, y en todo momento nos importunamos el uno al otro. Yo invadí el retiro claustral de su estudio, cuyo rasgo más sobresaliente era un colosal tintero de plata que le habían regalado en su quincuagésimo cumpleaños y por suscripción popular todos sus tutelados. Había sido tutor de muchos huérfanos de las familias de terratenientes que habitaban en las tres provincias del sur desde el año 1860. Algunos habían sido incluso compañeros míos de clase; bien que ninguno ha escrito jamás, que yo sepa, una novela. Dos o tres eran incluso considerablemente mayores que yo. Uno en concreto, un visitante que recuerdo de mis primeros años, fue el hombre que por ver primera me puso a horcajadas sobre un caballo; su carruaje tirado por cuatro caballos, su perfección de jinete y su dominio de múltiples ejercicios fue uno de los primeros objetos de mi admiración. Casi recuerdo cómo me miraba mi madre desde la columnata, desde las ventanas del salón-comedor, cuando me alzaron a lomos del caballo, sujeto, por lo que llego a recordar, por el mismísimo Joseph —aquel mozo de cuadra especialmente unido al servicio de mi abuela—, que murió aquejado de cólera. Tratábase ciertamente de un joven vestido de azul oscuro, con una chaqueta sin faldones y enormes pantalones de cosaco, el responsable de los establos. Debió de acontecer en 1864, aunque si hago el cálculo mediante otra forma de contabilizar el tiempo, fue sin lugar a dudas el año en que mi madre obtuvo el permiso para viajar al sur y visitar a su familia, el año en que obtuvo una breve dispensa del exilio al que había seguido a mi padre. También a tal efecto hubo de solicitar permiso; supe que una de las condiciones de aquel favor fue que hubiese de recibir el trato propio de alguien condenado al exilio. Un par de años más tarde, según rememora su hermano mayor, quien por cierto había servido en la Guardia de Corps y falleció prematuramente, dejando muchísimas amistades y un recuerdo venerado en el gran mundo de San Petersburgo, algunos personajes influyentes le procuraron este permiso —oficialmente denominado «Altísima Gracia» y consistente en una exención de tres meses de su exilio.

Éste es, asimismo, el año en que empiezo por vez primera a recordar a mi madre de forma distinta de la presencia adorable, silenciosa y protectora que había sido hasta la fecha; recuerdo que en sus ojos había una especie de dulzura en parte imperiosa, y recuerdo también la concurrida reunión de conocidos y parientes venidos de cerca y de lejos, recuerdo las cabezas ya grises de los amigos de la familia que acudieron a homenajearla respetuosa y amorosamente en casa de su hermano predilecto, el cual, pocos años más tarde, iba a tomar ante mí el papel de padre y de madre.

No entendí en aquel entonces el trágico significado de todo ello, aunque recuerdo con claridad que también acudieron los médicos. En ella no resaltó nunca la menor señal de invalidez… si bien pienso que ya entonces habían pronunciado un veredicto, una condena, a menos que tal vez el clima del sur sirviera para restablecer su precaria y alicaída salud. A mí en cambio se me antoja el periodo más feliz de mi existencia. Conté con la presencia de mi prima, una niña deliciosa, de temperamento vivaz, meses más pequeña que yo, cuya vida, vigilada tan de cerca como si fuese la de una princesa de sangre real, acabó cuando tan sólo contaba quince años de edad. Había además muchos otros niños, muchos de los cuales han muerto a estas alturas, y otros cuyos nombres he olvidado con el tiempo. Por encima de todo ello estaba suspendida la sombra oprobiosa del gran Imperio Ruso, la sombra que se alargaba con la oscuridad de un odio nacional recién nacido y que acunó la escuela de periodistas moscovitas, la tendencia contraria a los polacos que sucedió a la nefasta rebelión de 1863.

Todo esto supone apartarse un buen trecho del manuscrito de La locura de Almayer, aunque el público registro de estas impresiones formativas no sea, conste, capricho de un egotismo inquieto. Todos ésos también son asuntos humanos, aunque ese atractivo sea muy lejano. Conviene afrontar que algo puede quedar por el bien de los hijos del novelista, algo muy distinto de los colores y las cifras de sus creaciones, tan arduas de culminar. Todo lo que en sus años de madurez pueda aparecer ante el mundo que les rodee como la faceta más enigmática de su naturaleza, y que quizá haya de mantenerse para siempre en la penumbra incluso para ellos mismos, será su respuesta inconsciente ante la voz llana que clama desde ese pasado inexorable, desde el cual se deriva su obra de ficción y su personalidad, aun cuando sea remotamente.

Sólo en la imaginación de los hombres encuentra cada verdad una existencia eficaz e innegable. La imaginación, que no la invención, es la guía suprema de la vida, tal como lo es del arte. Un recuento imaginativo y exacto de los recuerdos más auténticos puede resultar muy valioso al espíritu de la piedad para con todo lo humano, espíritu que sanciona las concepciones propias del escritor de relatos y las emociones del hombre que revive su propia experiencia.

CAPÍTULO DOS

Tal como ya he dicho, estaba deshaciendo mi equipaje una vez puesto punto final al viaje que me llevó de Londres a Ucrania. El manuscrito de La locura de Almayer —compañero mío desde hacía tres años, o tal vez más, y por entonces en su noveno capítulo de vida— quedó depositado sin ostentación en un escritorio que flanqueaban dos ventanas. No se me ocurrió ponerlo a buen recaudo en el cajón de que estaba dotado el escritorio, si bien fijé la mirada en la magnífica hechura de los dos tiradores. Dos candelabros, con cuatro velas cada uno, iluminaban litúrgicamente la sala que tantos años había esperado al sobrino errante. Estaban bajadas las persianas.

A quinientas yardas del sillón en que había tomado asiento se hallaba la primera choza de la aldea campesina —parte de la hacienda de mi abuelo materno, la única parte que seguía en poder de un miembro de la familia—; más allá de la aldea, en la ilimitada negrura de una noche de invierno, se extendían los campos anchos y sin cercar: no era tanto una planicie llana y severa, cuanto una tierra afable y que daba buen pan, compuesta de lomas redondeadas, bajas, blancas por entero, con la salvedad de las cuencas, en las cuales anidaban las manchas negras de la leña cortada. El camino por el cual había llegado atravesaba otra aldea y doblaba una revuelta antes de desembocar en las puertas de la verja que cerraba la breve avenida hasta la casona. Alguien había salido por aquel sendero cubierto de nieve; un rápido tintineo de campanillas se desvaneció gradualmente para dejar paso a la quietud de la sala, como un murmullo bien atemperado.

Cuando deshice el equipaje me asistió sin quitarme ojo de encima el sirviente que había venido a ayudarme; más que nada se limitó a permanecer atento, a pesar de ser innecesario, pegado a la puerta del dormitorio. No me iba a hacer ninguna falta, pero no me pareció correcto decirle que de todos modos se marchara. Era joven, cuando menos diez años más joven que yo; yo no había pasado, no ya por aquellos pagos sino incluso a sesenta millas a la redonda, como mínimo desde el año 1867, y con todo y con eso su franca fisonomía de campesino me sonaba curiosamente familiar. Era harto posible que fuera descendiente, hijo o quién sabe si nieto, de alguno de los sirvientes cuyos rostros amables tan familiares se me habían hecho desde mi niñez. Lo cierto es que no hubiera sido menester mi consideración, pues no era sino un producto de alguna de las aldeas cercanas, y había venido a servir a la casa dispuesto a medrar, una vez aprendidos los requisitos de la servidumbre en una o dos casas, en calidad de mozo despensero. Todo esto pude saberlo por habérselo preguntado a V. al día siguiente, pero igualmente podría haberme ahorrado la pregunta, pues no tardé en descubrir que todas las caras que se veían por la casa, todas las caras de la aldea, los rostros graves y bigotudos de los cabezas de familia, los rostros velludos de los jóvenes, los rostros de los niños pequeños y en su mayoría rubios, las caras morenas y guapas, anchas, de altos pómulos, las caras de las madres que veía a las puertas de las chozas, me eran tan familiares como si los conociese a todos desde la infancia, como si mi infancia fuese cosa de anteayer.

El tintineo de las campanillas del viajero, tras hacerse más audible, se había desvanecido en un santiamén, y por fin se acalló el tumulto que armaron los perros al ladrar desaforados. Mi tío, arrellanado en el rincón de un pequeño sofá, fumaba en silencio su largo chibouk turco.

—El escritorio que hay en el dormitorio es extremadamente grato —subrayé.

—En realidad es propiedad tuya —dijo sin quitarme los ojos de encima, con la misma expresión de interés y melancolía que había mantenido desde el momento en que entré en la casa—. Hace cuarenta años, tu madre tenía por costumbre escribir sus cartas en ese mismo escritorio. En nuestra casa de Oratow estaba colocado en la pequeña sala de estar que por acuerdo tácito habíamos dejado para las niñas, es decir, para tu madre y su hermana, la que murió tan joven. Es un regalo que les hizo a las dos el tío Nicolás Bobrowski; tenía tu madre diecisiete y tu tía era dos años menor. Aquella tía tuya era un encanto de niña, una niña deliciosa, de la cual imagino que sabrás poco más que el nombre. Su encanto no se debía al brillo de su belleza personal ni tampoco al de una mente cultivada, en todo lo cual tu madre era muy superior. Era en cambio su sentido común, aquella dulzura tan admirable de su naturaleza, su excepcional facilidad, su sutileza en las relaciones de cada día, lo que tan querida la hacían para todos. Su muerte supuso una pena terrible y una seria pérdida moral para todos nosotros. De haber vivido, habría llevado las mayores bendiciones al hogar en que le hubiese tocado entrar en calidad de esposa y madre y ama de la casa. Habría sabido crear a su alrededor un ambiente de paz y contento como solamente saben evocar quienes son capaces de amar sin egoísmo. Tu madre, pese a ser muy superior su belleza, pese a ser una persona excepcionalmente distinguida por sus modales y por su intelecto, no tenía una disposición tan fácil. Por ser más brillantes sus dones, también esperaba más de la vida. En aquella época de penurias estuvimos sobre todo muy preocupados por su estado. Al haberse resentido su salud tras el duro golpe que supuso el fallecimiento de su padre (estaba a solas con él en casa cuando le sobrevino súbitamente la muerte), se sintió desgarrada por el combate interior que sostuvo entre su amor por el hombre con quien a la larga había de casarse y su conocimiento de las objeciones que su fallecido padre había puesto sobre ese matrimonio. Incapaz de obligarse a pasar por alto un recuerdo tan querido, un juicio que siempre había respetado y en el que había confiado siempre y, por otra parte, conociendo la imposibilidad de resistirse a un sentimiento tan hondo y tan verdadero, hubiera sido imposible confiar en que mantuviese intacto su equilibrio mental y moral. En guerra pues consigo misma, no hubiese podido imbuir a los demás de un sentimiento de paz que en modo alguno poseía. Solamente más tarde, cuando por fin se unió al hombre que había elegido, pudo desarrollar los dones de su mente y su corazón, por lo demás tan insólitos, que imponían el respeto y la admiración incluso de nuestros enemigos. Al afrontar con entereza las dificilísimas pruebas de una vida que reflejaba todos los infortunios sociales y nacionales de la comunidad, cumplió los más elevados conceptos del deber de esposa, de madre y de patriota; compartió con su marido el exilio y representó con nobleza el ideal de la feminidad polaca. Nuestro tío Nicolás no era un hombre muy accesible a los sentimientos derivados del afecto. Aparte de su adoración por Napoleón el Grande, estoy convencido de que amó a no más de tres personas en este mundo: su madre, es decir, tu bisabuela, a quien llegaste a ver aunque muy posiblemente no la recuerdes; su hermano, en cuya casa residió tantos años, y, de todos nosotros, de los sobrinos y las sobrinas que se criaron a su alrededor, solamente a tu madre. Parecía incapaz de apreciar virtudes más modestas, más afables, de su hermana menor. Fui yo quien sintió más profundamente este inesperado y duro fallecimiento que cayó sobre nosotros menos de un año después de que pasara yo a ser el cabeza de familia. Fue algo terriblemente inesperado. Una tarde de invierno, de regreso para hacerme compañía en una casa que se había quedado vacía, en la cual hube de permanecer de continuo para hacerme cargo de la administración de la finca y atender otros asuntos de cierta complicación (las chicas se turnaban una semana cada una), de regreso, como iba diciendo, de la casa de la condesa Teckla Potocka, donde se hospedaba nuestra madre inválida para estar cerca de un médico, perdieron el camino y quedaron cercados por una tormenta de nieve. Iba ella sola con el cochero y con el viejo Valery, el criado personal de nuestro fallecido padre. Impaciente por la tardanza y mientras procuraban desembarazarse de la nieve que les bloqueaba el paso, ella saltó del trineo y emprendió por su cuenta el rastreo del camino. Todo esto ocurrió en el 51, a menos de diez millas de esta casa. No tardaron en encontrarlo, pero había vuelto a nevar con denuedo, y les costó otras cuatro horas llegar a casa. Los dos hombres de despojaron de sus pellizas de piel de oveja e hicieron uso de todas las mantas disponibles para abrigarla del frío, haciendo caso omiso de sus reiteradas protestas, de sus órdenes vehementes e incluso de sus forcejeos, tal como me relató después Valery.

»—¿Cómo podía osar reunirme yo con la bendita alma de mi fallecido amo —le recriminó Valery—, dejando que a vos os suceda algo malo, al menos mientras me quede una pizca de vida en el cuerpo?

»Cuando llegaron por fin a la casa, el pobre hombre estaba rígido de frío, incapaz de hablar tras tan larga exposición a la inclemencia del tiempo, y el propio cochero tampoco se hallaba en mejores condiciones, si bien hizo acopio de fuerzas y llevó el carruaje al establo. Ante los reproches que le hice por haberse aventurado a venir con semejante tormenta, me contestó (qué característico de ella) que no podía soportar siquiera la idea de abandonarme en tan melancólica soledad. Es incomprensible cómo se le permitió emprender el viaje. En fin, supongo que así tenía que suceder. Se tomó a la ligera la tos que apareció al día siguiente, pero no tardó en declarársele una inflamación pulmonar, y en tres semanas se nos fue. Fue la primera que nos fue arrancada de la joven generación que estaba a mi cuidado. ¡Considera la vanidad de todas las esperanzas y todos los temores! Yo por ejemplo fui al nacer el más frágil de los niños. Durante varios años, mi salud fue tan delicada que mis padres albergaban muy pocas esperanzas de criarme con bien; sin embargo, he sobrevivido a cinco hermanos y a dos hermanas, y a muchos de mis contemporáneos; he vivido también más tiempo que mi mujer y que mi hija… y de todos cuantos tuvieron un cierto conocimiento de aquellos viejos tiempos, tan sólo quedas tú. He tenido la desgracia de enterrar muy temprano a muchas almas honestas, a muchas brillantes promesas, a muchas esperanzas plenas de vida.

Se levantó bruscamente y suspiró.

—La cena estará servida dentro de media hora —añadió.

Sin moverme, escuché cómo resonaban sus pasos en el suelo encerado de la habitación contigua, cómo atravesaba la antesala repleta de anaqueles, donde se detuvo para colocar su chibouk en el reposapipas antes de encaminarse al salón, estancias todas en suite, donde sus pasos se volvieron inaudibles por la gruesa alfombra. Oí sin embargo cerrarse la puerta de su estudio. Tenía entonces sesenta y dos años, y por espacio de un cuarto de siglo había sido el más sabio, el más firme, el más indulgente de los tutores, hasta el punto de haberme transmitido un afecto y un cuidado de índole paterna, un apoyo moral que siempre he sentido en mi interior aun en los más remotos lugares de la tierra.

En cuanto a Nicolás B., subteniente en 1808 y teniente del Ejército francés en 1813, aparte de haber sido durante un breve periodo Officier d’Ordonnance del mariscal Marmont y después capitán del Segundo Regimiento de Caballería del Ejército Polaco —tal como existía en 1830, en el reducido reino que se estableció a resultas del Congreso de Viena—, es mi deber decir que por todo lo que atañe a aquel pasado tan distante, que me era conocido sólo por tradición y muy poco de visu, y que acababa de invocar el hombre que momentos antes me había dejado a solas, sigue siendo una figura harto incompleta. Es evidente que tuve que verlo en el año 1864, pues de ninguna manera habría pasado por alto la oportunidad de ver a mi madre; tenía que ser consciente de que iba a verla por última vez. Si me propongo concitar hoy su imagen, ante mis ojos se alza una especie de neblina, una neblina en medio de la cual tan sólo percibo muy vagamente sus blancos cabellos bien arreglados (hecho excepcional en la familia B., en la cual los hombres tienden a quedarse calvos antes incluso de cumplir los treinta años) y una nariz delgada y curva, muy digna, rasgo que sí parece estrictamente acorde con la tradición fisionómica de la familia B. No son estos restos fragmentarios, por otra parte propios de lo perecedero de los mortales, la razón de que perdure en mi recuerdo. Supe a muy temprana edad que mi tío abuelo Nicolás B. era caballero de la Legión de Honor y que también tenía en su haber la Cruz Polaca al Valor, Virtuti Militari. Tener conocimiento de estas gloriosas hazañas inspiró en mí una admiración rayana en la veneración, si bien no es ese sentimiento, por intenso que fuese, el que resume para mí la fuerza y la significación de su personalidad. Lo ensombrece otra compleja impresión de temor y de respeto, de compasión y de horror. Nicolás B. es para mí el infortunado y miserable (aunque heroico) personaje que una vez hubo de comerse un perro.

Han pasado cuarenta años desde que oí contarlo, pero el efecto aún no se ha desvanecido. Creo que se trata de la primera historia digamos realista que oí en toda mi vida; sin embargo, no entiendo por qué me llevé una impresión tan honda y tan aterradora. Cierto que sé cómo son los perros que abundan en aquella provincia, pero con todo… ¡No! Hasta hoy mismo, al rememorar el horror y la compasión que sentí en la infancia, me pregunto si es razonable desvelar ante un mundo frío y fastidioso aquel horroroso episodio de la historia familiar. Me pregunto: ¿es correcto? Y me lo pregunto sobre todo porque los miembros de la familia B. siempre han gozado de una honorable reputación en toda la anchura de la provincia por sus delicados gustos en materia de comida y bebida. En conjunto, y habida cuenta de que esta degradación gastronómica que se apoderó de un gallardo y joven oficial dependió en realidad de Napoleón el Grande, entiendo que cubrirla con un manto de silencio derivaría en una exageración desmesurada de la contención propia de la literatura. Que habla por sí sola la verdad. La responsabilidad atañe al Hombre de Santa Elena, sobre todo a la luz de su deplorable levedad al dirigir la campaña de Rusia. Durante la memorable retirada de Moscú, Nicolás B., en compañía de otros dos oficiales —de cuya moralidad y refinamiento natural no sé nada—, arrambló con un perro en las afueras de una aldea, se lo echó a un saco y lo devoró con sus camaradas. Por lo que alcanzo a recordar, el arma utilizada fue un sable de caballería, y el motivo de este episodio de caza fue más bien un asunto de vida o muerte idéntico a un encuentro con un tigre en plena jungla. En aquella aldea perdida en las honduras de los bosques lituanos había vivaqueado un piquete de cosacos. Los tres oficiales los habían observado desde un escondrijo próximo a la aldea; habían contemplado cómo se acomodaban entre las chozas, dispuestos a pasar la noche, antes de que se pusiera el sol, es decir, a eso de las cuatro de la tarde si se tiene en cuenta lo temprano del crepúsculo invernal. Les habían observado con disgusto, e incluso puede que con cierta desesperación. Avanzada ya la noche, los imperiosos consejos del hambre pudieron con los dictámenes de la prudencia. Arrastrándose por la nieve se acercaron hasta saltar el cercado de ramas secas que por costumbre marca el perímetro de una aldea en esa parte de Lituania. Sabe Dios qué esperarían encontrar, y de qué forma; sabe

Dios si sus expectativas podrían haber compensado el riesgo que iban a correr. Comoquiera que fuese, aquellos piquetes de cosacos por lo común vagaban a su antojo, sin ningún oficial al mando, y era sabido que no se cuidaban de guardarse con celo; a veces descuidaban por completo la guardia. Además, como se hallaban a considerable distancia de la línea de retirada de los franceses, no podían sospechar de la presencia de ningún rezagado del Gran Ejército. Los tres oficiales se habían extraviado tras una tormenta de nieve que diseminó la columna principal, y llevaban varios días perdidos en los bosques, lo cual explica la terrible situación a que se habían visto reducidos. Habían planeado atraer la atención de los campesinos que hubiese en una de las chozas más próximas al perímetro de la aldea, pero cuando ya se aprestaban a aventurarse en la mismísima boca del lobo, por así decir, un perro, y no deja de resultar muy extraño que quedase uno solo, un animal que a sus ojos y en aquellas circunstancias hubiera sido tan formidable como la aparición del lobo mismo, se puso a ladrar al otro lado del cercado…

En este punto de la narración, que oí referir muchas veces (siempre previa solicitud) de labios de la cuñada del capitán Nicolás B., léase, de mi abuela, me echaba a temblar de la emoción.

Ladró el perro. Y si se hubiese contentado con ladrar, los tres oficiales del ejército napoleónico habrían perecido con honor bajo las lanzas de los cosacos, o habrían muerto decentemente de hambre tras escapar tal vez de la persecución. Ahora bien, antes de pararse a pensar en darse a la fuga, aquel perro nauseabundo y fatal, llevado por un exceso de celo, salió por uno de los boquetes abiertos en el cercado. Salió en un visto y no visto, y murió con idéntica rapidez. Tengo entendido que fue decapitado de un solo mandoble. Tengo entendido asimismo que, después, en medio de la lúgubre desolación de los bosques cargados de nieve, cuando se hubo encendido una hoguera en una oquedad más guarecida del terreno, se descubrió que la condición de la presa era a todas luces insatisfactoria. No es que fuera un perro flaco; al contrario, parecía malsanamente obeso, y tenía desollada la piel en varios puntos de manera desagradable. De todos modos, no habían matado al perro para hacerse con la piel. Era un perro de buen tamaño… que fue cumplidamente devorado… El resto es silencio… Un silencio en el que un mozalbete se estremece y afirma:

—Yo no habría podido comerme ese perro.

A lo cual comenta su abuela con una sonrisa:

—Tal vez no sepas qué es tener hambre de veras.

Desde entonces algo he podido saber, aunque no me haya visto jamás obligado a comer carne de perro. He tenido que alimentarme del emblemático animal que, en la lengua de los volubles galos, se denomina la vache enragée; he tenido que vivir de carne en salazón áspera como el esparto, conozco el sabor de la carne de tiburón, del trepang, de la serpiente y he probado platos indescriptibles, compuestos de ingredientes innombrables… pero el perro lituano, ¡nunca! Quisiera que se entendiese con toda claridad que no fui yo, sino mi tío abuelo Nicolás, terrateniente y miembro de la nobleza polaca, Chevalier de la Légion d’Honneur, etc., quien en sus tiempos mozos hubo de comerse aquel perro lituano.

Ojalá no hubiese tenido que hacerlo. El horror infantil de aquella hazaña todavía pervive en el hombre barbado. Ante ese horror me siento completamente desvalido. Con todo, si de veras se vio obligado, recordemos con un punto de caridad que lo hizo estando en servicio activo, mientras aguantaba con valentía las consecuencias del mayor desastre militar acaecido en la historia moderna y, en cierto modo, por el bien de su país. Había devorado el perro para apaciguar el hambre, qué duda cabe; pero también en nombre de un deseo patriótico imposible de saciar, a la tenue luz de una fe que sigue viva y en pos de una gran ilusión que mantuvo viva como un faro engañoso un gran hombre que pese a todo iba a descarriar los esfuerzos de una valerosa nación.

¡Pro patria!

Si se contempla bajo ese prisma, se diría que fue una dulce y decorosa colación.

Y vista a la misma luz, mi propia dieta a base de la vache enragée no parece sino una fatua, extravagante forma de autocomplacencia, dado que siendo nativo de una tierra que han roturado con sus arados hombres como los que describo, que la han rociado con su propia sangre, ¿por qué iba yo a emprender una vida a base de fantásticas comidas, a base de salazón y de duro faenar en alta mar? Incluso si se contempla con la mayor amabilidad, se diría que ésta es una pregunta que carece de respuesta. ¡Ay! Tengo la convicción de que hay hombres de inquebrantable rectitud que estarán ya prestos a murmurar con desdén, a burlarse de la deserción del mundo. Es así como el gusto de la aventura inocente puede amargar el paladar. Hay que dejar sitio a la parte de lo inexplicable cuando se trata de enjuiciar la conducta de los hombres en un mundo en el que ninguna explicación puede ser definitiva. De ninguna manera puede achacarse a nadie, a la ligera, la acusación de infidelidad. En esta vida perecedera las apariencias son muy engañosas, tan engañosas como todo lo que hemos de juzgar con nuestros imperfectos sentidos. La voz interior puede ser fiel hasta el final dentro de su secreto cobijo. La fidelidad a una tradición especial puede sostenerse a través de los acontecimientos propios de una existencia que al parecer no guarda ninguna relación con ella; es posible ser también absolutamente fiel al seguir el camino trazado de antemano por un impulso inexplicable.

Nos llevaría demasiado tiempo explicar la íntima alianza que se da entre las diversas contradicciones dentro de la naturaleza humana, alianza que a veces hace vestir al amor el desesperado atavío de la traición. Tal vez habría que reconocer que no existe, en efecto, explicación posible. La indulgencia, desconozco ahora quién lo dijo, es la más inteligente de todas las virtudes. Me aventuraré a decir que es una de las menos corrientes, si no la más infrecuente. Con esto no quiero dar a entender que los hombres, ni siquiera la mayoría de los hombres, sean unos estúpidos. Nada más lejos de mi intención. El barbero y el cura, con el respaldo de la opinión de todos los lugareños, condenaron con justicia la conducta del ingenioso hidalgo que, tras ponerse en marcha en su lugar natal y hacerse a los caminos, le partió la cabeza al arriero, a punto estuvo de matar un rebaño entero de inofensivas ovejas y pasó por lastimeras experiencias en un determinado establo. No quiera Dios que ningún patán indigno se salve de una bien merecida censura agarrándose a la espuela del sublime caballero. La suya fue una fantasía muy noble y muy ajena al egoísmo, apta tan sólo para aventar la envidia de los simples mortales. Ahora bien, en el encanto que emana de aquella exaltada y peligrosa figura hay otros aspectos. También él tenía sus flaquezas. Tras la lectura de tantísimas novelas, fue ingenuamente presa del deseo de escapar en cuerpo y alma de la intolerable realidad de las cosas. Ansió encontrarse cara a cara con el valeroso gigante Brandabarbarán, señor de Arabia, cuya armadura está hecha de la piel del dragón y cuyo escudo, aferrado al brazo, es el portón de una ciudad amurallada. ¡Qué comprensible y natural debilidad! ¡Bendita sencillez, la de un corazón amable y ajeno a todos los ardides! ¿Quién podría no sucumbir a una tentación tan consoladora? Sin embargo, el suyo fue un acto de autocomplacencia, y el ingenioso hidalgo de la Mancha no fue un ciudadano ímprobo. El cura y el barbero en modo alguno pecaron de insensatez al hacer valer su estricto criterio. Sin llegar al extremo del anciano rey Louis-Philippe, quien en su exilio solía decir que «las personas nunca tienen la culpa», sí que se puede admitir que algo de razón y de cordura tiene que existir en el común acuerdo de toda una población. ¡Loco, loco! Aquel que sumido en piadosa meditación cumplió la ritual vigilia de las armas junto al pozo de una posada e hincó la rodilla en tierra, ya al amanecer, reverencialmente, para ser nombrado caballero andante por el grueso y malicioso granuja del posadero, ha rozado con sus propios dedos la perfección. Cabalga sin cesar, la cabeza envuelta en un halo… el santo patrón de todas las vidas echadas a perder y de todas las vidas que se han salvado por la intervención irresistible de la gracia de la imaginación. Y no fue, con todo, un ciudadano ímprobo.

Puede que precisamente eso, y no otra cosa distinta, fuese lo que quiso decir mi tutor en su bien recordada exclamación.

Fue en el jubiloso año de 1873, el último año de mi vida en que gocé de unas jubilosas vacaciones. Después, sí, ha habido años de holganza, en cierto modo jubilosos, que no han pasado sin dejar en mí su lección, si bien este año del que quiero hablar fue el año de mi última vacación escolar. Existen otras razones por las que recuerdo aquel año, pero resultarían demasiado prolijas de referir formalmente en estas páginas. E incluso nada tienen que ver con aquellas vacaciones. Lo que sí tiene que ver es que con anterioridad al día en que fue pronunciado aquel comentario habíamos visitado Viena, habíamos recorrido el Alto Danubio, habíamos estado en Múnich, en las cataratas del Rin, en el lago Constanza… ciertamente, fueron unas memorables vacaciones dedicadas al viaje. Habíamos recorrido también, despacio, el valle del Reuss. Fue una temporada deliciosa. Más que un recorrido, se trató de un auténtico paseo. Al poner pie a tierra en Fluellen, después de haber atravesado el lago Lucerna en un transbordador, nos encontramos al término del segundo día; el crepúsculo envolvió nuestros pasos ociosos poco más allá de Hospenthal. No fue éste el día en que se pronunció dicho comentario: en las hondas sombras del valle, habiendo dejado atrás todo vestigio humano, nuestros pensamientos no pudieron haber incidido sobre la ética de la conducta, atentos como estábamos a problemas humanos más elementales, es decir, a encontrar cobijo y alimento. No parecía haber nada propicio a la vista, y ya pensábamos en volver sobre nuestros pasos cuando de repente, tras una curva del camino, topamos con un edificio algo espectral dada la escasez de la luz.

En aquella época se estaban realizando las obras en el túnel del San Gotardo; aquella magnífica obra de ingeniería fue responsable directa del inesperado edificio que se alzaba solitario al pie mismo de las montañas. Tratábase de un edificio alargado, aunque no demasiado grande; era bajo, hecho de tablones, sin ornamentación alguna, al estilo de los barracones, con los marcos de las ventanas pintados de blanco y harto resplandecientes sobre el fondo amarillento de la fachada. Con todo, era un hostal; tenía incluso nombre, aunque lo he olvidado. Sin embargo, en aquella humilde puerta no hacía guardia ningún portero con librea. Atendió nuestra llamada una muchacha sencilla y vigorosa, y aparecieron después una mujer y un hombre, los propietarios del establecimiento. Quedó claro que no esperaban la llegada de ningún viajero; tal vez en aquel extraño hostal ni siquiera desearan la llegada de ningún extraño. La severidad de su estilo recordaba el caserón que corona el casco por otra parte tan poco marinero de las arcas de Noé que fabrican de juguete, pertenencia común a toda infancia transcurrida en Europa. Ahora bien, la techumbre carecía de bisagras, por descontado, y tampoco estaba lleno a rebosar de aquellos animalillos de madera pintada a mano. Ni siquiera se veían por ninguna parte los animales que suele esperar el turista en un lugar como aquél. Nos sirvieron algo de cenar en una sala alargada y estrecha, sentados a uno de los extremos de una mesa alargada y estrecha que, a mi cansada facultad de percepción y a mis soñolientos ojos, semejó a punto de volcarse como un tablón de aserradero, toda vez que nadie había al otro extremo para equilibrar el peso de aquellas dos figuras desaseadas, cubiertas por el polvo del camino. Luego nos apresuramos a subir a la primera planta, para acostarnos en un cuarto que olía a madera de pino; yo me dormí casi antes de apoyar la cabeza en la almohada.

Por la mañana, mi tutor (por entonces estudiante aún en la Universidad de Cracovia) me despertó temprano; mientras nos vestíamos comentó: «Parece que hay muchísima gente hospedada en este hostal. Oí ruido de voces hasta pasadas las once de la noche». Me sorprendió esta afirmación: yo no había oído nada de nada, pues había dormido como un tronco.

Bajamos al alargado y estrecho comedor y nos sentamos ante la alargada y estrecha mesa, en la cual había dos hileras de platos, una a cada lado. Ante una de las muchas ventanas desprovistas de cortinas se hallaba un hombre alto y huesudo, calvo, con un mechón de pelo negro sobre cada oreja y una poblada barba, negra también. Levantó la mirada del periódico que estaba leyendo y pareció quedarse genuinamente pasmado ante nuestra intrusión. Poco a poco fueron llegando otros hombres, ninguno de los cuales tenía el aire equívoco de los turistas. No apareció ni una sola mujer. Aquellos hombres parecían conocerse bien unos a otros y tener entre sí cierta intimidad, aunque no pueda decirse que fuera un grupo muy hablador. El calvo, grave el ademán, tomó asiento a la cabecera de la mesa. Todos ellos parecían configurar un grupo en una fiesta familiar. Poco a poco, y gracias a una de las vigorosas muchachas que atendían a la mesa ataviadas con el traje regional, descubrimos que el hostal era en verdad una pensión que alojaba a los ingenieros ingleses contratados para las obras del túnel del San Gotardo; pude oír la lengua inglesa al menos tal como se habla ante la mesa del desayuno, de boca de hombres que no creen que merezca la pena gastar muchas palabras acerca de las meras amenidades de esta vida.

Aquél fue mi primer contacto con los británicos, dejando a un lado los turistas vistos en los hoteles de Zúrich y Lucerna, es decir, dejando a un lado a un tipo de británicos que no tienen existencia real en el mundo cotidiano del trabajo. Hoy sé que el calvo hablaba con un fuerte acento escocés. Después he topado con muchos de su especie, tanto en tierra firme como en alta mar. El segundo ingeniero del vapor Mavis, por ejemplo, tendría que haber sido su hermano gemelo. No puedo dejar de pensar que en realidad lo era, aunque por la razón que fuese llegara a jurarme que no tenía ningún hermano gemelo. En cualquier caso, aquel escocés calvo y grave, con su barba negra como el carbón, apareció a mis ojos juveniles como una persona muy romántica y misteriosa.

Nos fuimos sin que nadie se fijase en nosotros. La ruta que nos habíamos trazado proseguía hacia el Paso de la Furca para llegar al glaciar de Rhône, con la intención de bajar después por una senda de montaña al valle de Häsli. Ya declinaba el sol cuando nos encontramos en lo alto del paso; allí fue pronunciado el comentario al que aludía.

Tomamos asiento a la vera del camino para seguir la discusión entablada una media milla más atrás. Estoy seguro de que se trató de una discusión, porque recuerdo perfectamente los argumentos de mi tutor, y recuerdo cómo, sin capacidad de respuesta, me obstiné en mirar fijamente al suelo. Una agitación en el camino me obligó a levantar la vista, y me encontré con mi inolvidable caballero inglés. Tengo conocidos de años más cercanos, familiares, camaradas de navegación a los que recuerdo con mucha menos claridad. Marchaba a buen paso hacia el este (en compañía de un avergonzado guía suizo) con el semblante de un viajero ardiente e intrépido. Iba ataviado con unos bombachos, aunque al tiempo llevaba calcetines cortos por razones que, ya higiénicas o conscientes, sin duda eran imaginarias, con las canillas expuestas a la vista del público y al aire tonificante de aquellas altitudes, aturdido quien le mirase por el esplendor de su condición marmórea y por su tonalidad de marfil joven. Era el que abría una reducida caravana. La luz de una satisfacción embriagadora y exaltada en el mundo de los hombres, junto al escenario de las montañas, iluminaba su rostro bien afeitado, muy enrojecido, y sus bigotes cortos, plateados, su ansia inocente y sus ojos triunfales. Al pasar, nos miró de reojo con una cierta curiosidad y lanzó al tiempo una sonrisa amistosa, que dejó al descubierto sus dientes grandes y brillantes, hacia el hombre y el muchacho sentados a la vera del camino como dos vagabundos polvorientos, con una modesta mochila a sus pies. Sus blancas canillas siguieron su paso recio; el tosco guía suizo, cariacontecido, le seguía el paso como un oso enfurruñado, y tras su inspirado entusiasmo venía en fila india una reducida caravana, compuesta por tres mulos. Sobre los mulos cabalgaban dos damas, una tras la otra, aunque tal como iban sentadas solamente vi sus espaldas sosegadas, uniformes, y los velos azulados que pendían de sus idénticas pamelas de ala ancha. Sus hijas, a buen seguro. Un industrioso mulo cargado con el equipaje, con las orejas gachas y montado por un mulero ensombrecido, caído de hombros, iba en retaguardia. Mi tutor, tras una pausa para mirar la comitiva y esbozar una vaga sonrisa, reanudó su esforzado argumento.

En verdad puedo decir que fue un año memorable. Un inglés como aquél no se encuentra dos veces en la vida. ¿Era acaso, dentro de la ordenación mística de los acontecimientos más comunes, el embajador de mi futuro, enviado a saber por quién para inclinar el fiel de la balanza en un momento decisivo, en la cima de un paso alpino, con las cumbres de los Oberland de Berna por mudos y solemnes testigos? Su mirada, su sonrisa, el inextinguible y cómico ardor de su paso, su apariencia, en fin, me ayudaron a serenarme. Será preciso señalar que aquel día, y en medio del estimulante ambiente de aquella altitud, me había sentido completamente aplastado. Fue el año en que por vez primera había expresado en voz alta mi deseo de hacerme a la mar. Al principio, como esos sonidos que, por hallarse por encima de la escala a que tienen acceso los oídos de los hombres, permanecen inaudibles, mi declaración pasó desapercibida. Fue como si no la hubiese hecho. Más adelante, después de intentar expresarla en diversos tonos, conseguí concitar aquí y allá una atención perpleja y momentánea, es decir, los «¿qué ha sido eso?». Y después, la respuesta ante mis intenciones se tornó en el consabido «¿has oído lo que dice el chico?». «¡Qué extraordinaria ocurrencia!» Y fue entonces cuando se extendió una onda de escandalizada perplejidad (que difícilmente habría sido mayor en el supuesto de anunciar yo mi intención de ingresar en un monasterio cartujo) desde la academizada ciudad de Cracovia, por varias provincias. Se extendió sin alcanzar grandes profundidades, aunque sí llegó hasta los más recónditos rincones. Agitó una serie de reconvenciones masivas, aparte de la indignación, la sorpresa compasiva, la ironía más amarga y las pullas sin conmiseración. A duras penas pude respirar bajo aquel pesado fardo; desde luego, me quedé sin palabras con que responder. Las gentes se preguntaban cómo iba a reaccionar T.B., qué iba a hacer con su preocupante sobrino y, me atrevo a decir, todos esperaban que cortase de cuajo mis disparatados anhelos.

Lo que en cambio hizo fue venir desde Ucrania para mantener una seria conversación conmigo y poder juzgar por sí mismo libre de prejuicios, con imparcialidad y justicia, sobre el terreno de la sabiduría y el afecto. En la medida de lo posible, si se considera que yo era un muchacho cuyo poder de expresión aún no se había formado del todo, le abrí el secreto de mis pensamientos, a cambio de lo cual él me permitió un atisbo a su mente y su corazón; fue el primer indicio del disfrute de un tesoro inextinguible y noble, lleno de claros pensamientos y de sentimientos cálidos, tesoro del que a lo largo de la vida iba a disponer yo a mi antojo, para extraer de él un amor y una confianza que nunca me defraudaron. A la sazón, tras varias conversaciones exhaustivas, concluyó que no estaba dispuesto a que en lo sucesivo le reprochase yo su conducta, y que no quería de ninguna manera ser responsable de haber echado mi vida a perder por una oposición tajante a mis deseos. Sin embargo, debía tomarme un tiempo para reflexionar con seriedad. Y no solamente debía pensar en mí, sino también en los demás, sopesar las ligazones del afecto y la conciencia por un lado y, por otro, la sinceridad de mi propósito.

—Piensa despacio, muchacho, lo que ha de significar tu decisión en las cuestiones de mayor envergadura —me exhortó al final con muy especial amistad—. Entretanto, procura conseguir el mejor puesto que puedas en los exámenes anuales.

El año escolar tocaba a su fin. Conseguí un buen puesto en los exámenes, que por determinadas razones a mí se me hicieron una tarea mucho más difícil que a los otros chicos. En ese sentido, inicié con la conciencia limpia aquellas vacaciones que fueron más bien como una larga visita pour prendre congé del viejo continente europeo que tan rara vez iba a ver a lo largo de los veinticuatro años siguientes. No fue tal, en cambio, el propósito declarado de aquel viaje. Se planeó según sospecho, antes bien, con objeto de distraerme y de ocupar mis pensamientos en otras cuestiones más provechosas. Por espacio de varios meses nada se dijo acerca de mi vocación de marino. En cambio, mi apego a mi joven tutor y la influencia que tenía él sobre mí eran hechos tan sabidos que sin duda le fue encomendada la misión confidencial de apartarme a toda costa de mi romántico capricho. Fue una idea excelente, habida cuenta que ni él ni yo habíamos visto nunca el mar. Y los dos vimos el mar por vez primera en Venecia, desde la orilla del Lido que mira al Adriático. Entretanto, se había tomado tan a pecho su misión que empecé a sentirme agobiado mucho antes de llegar a Zúrich. Esgrimió sus argumentos en los viajes en ferrocarril, en los transbordadores de los lagos; ¡por Júpiter, si hasta llegó a manifestar la conveniencia de que nos ahorrásemos el obligatorio amanecer en los Righi! La devoción que puso en la educación de su joven pupilo está libre de toda sospecha; la había demostrado ya con creces, a lo largo de dos años de intensos e infatigables cuidados. De ninguna manera habría podido odiarle. Sin embargo, me había ido agobiando lentamente, y cuando empezamos a discutir en lo alto del Paso de la Furca probablemente estuvo más cerca que nunca de conseguir el éxito, más cerca de lo que él o yo hubiéramos imaginado. Yo le presté atención sumido en un desesperado silencio, con la sensación de que aquel mar espectral, deseado e inalcanzable, que veía de continuo en mis sueños, se escapaba de una vez y para siempre de mi desconcertada voluntad.

Había pasado el entusiasta caballero inglés… y la discusión siguió su curso. ¿Qué recompensa podía yo esperar de una vida como la que yo imaginaba al llegar al final de mis días, ya fuese en términos de ambición, de honor o de conciencia? Pregunta sin respuesta, una vez más. Pero dejé de sentirme agobiado. Se encontraron nuestras miradas, y en la suya detecté una visible emoción, así como en la mía. Y entonces todo aconteció de súbito. De repente agarró la mochila y se puso en pie.

—Eres un Quijote incorregible y sin remedio, eso es lo que eres.

Me quedé sorprendido. Yo tenía tan sólo quince años, y no supe qué quería decir con exactitud. Me sentí vagamente adulado al oír el nombre del inmortal caballero aplicado a mi estúpido empecinamiento, tal como algunas personas me dijeron a la cara. ¡Ay! No creo que hubiese nada que justifique mi orgullo. No estoy yo hecho de la misma pasta que los protectores de las damiselas abandonadas, ni de los que se proponen deshacer los entuertos de este mundo, y mi tutor era quien mejor podía saberlo. De ahí que, en su indignación, fuese muy superior al cura y al barbero cuando me arrojó a la cara un nombre venerable, sí, pero a manera de reproche.

Caminé tras sus pasos durante cinco minutos; luego, sin volverse atrás hizo un alto. Las sombras de las cumbres lejanas se elongaban sobre el Paso de la Furca. Cuando me puse a su altura se volvió hacia mí y, a la vista del Finster-Aarhorn, cuya banda de gigantescos hermanos alzaba sus cabezas recortadas contra la brillantez del cielo, me colocó afectuosamente la mano en el hombro.

—¡Bueno, pues ya es suficiente! No volveremos a mencionar el asunto.

Y ciertamente no hubo entre nosotros más disputas acerca de mi misteriosa vocación. No iban a darse más disputas en ninguna parte, con ningún interlocutor. Iniciamos el descenso del Paso de la Furca conversando alegremente. Once años más tarde, un mes tras otro, me hallaba yo en Tower Hill, en la escalinata de St. Katherine’s Dockhouse, recién obtenido el título de patrón de la Marina Mercante Británica. Entonces, en cambio, el hombre que me puso la mano sobre el hombro en la cima del Paso de la Furca ya no vivía.

Aquel año en que tanto viajamos obtuvo él la licenciatura en la Facultad de Filosofía, y sólo entonces se cumplió su verdadera vocación. Obediente a ella, emprendió sus cuatro años de estudios en la Escuela de Medicina. Llegó un buen día, a bordo de un barco atracado en el puerto de Calcuta, en que abrí una carta en la cual se me comunicaba el término de una envidiable existencia. Había establecido consulta en alguna oscura población de la Galitzia austríaca. La carta proseguía su comunicado diciéndome cómo los más pobres y miserables habitantes del lugar, cristianos y judíos por igual, acompañaron el féretro del buen doctor con sollozos y lamentos hasta las mismas puertas del cementerio.

¡Qué breves los años que había de vivir, qué preclara su visión! ¿Qué mayor recompensa por lo que atañe a la ambición, al honor y a la conciencia, podría haber esperado obtener cuando, en la cima del Paso de la Furca, me animó a mirar con tiento y hasta el final de la vida que ante mí se abría entonces?

CAPÍTULO TRES

Que en un bosque desolador devorasen un infortunado perro lituano mi tío abuelo Nicolás B. y otros famélicos espantapájaros, militares también, simbolizó en mi imaginación infantil el absoluto horror que había supuesto la retirada de Moscú y la inmoralidad propia de la ambición de un conquistador. El extremado disgusto que me produjo aquel episodio de dudosa catadura ha teñido la visión que tenía yo del carácter y de los logros de Napoleón el Grande. No será menester afirmar que es una visión desfavorable. Me pareció moralmente reprensible que aquel gran capitán indujese a los sencillos caballeros polacos a ingerir carne de perro, imbuyendo en sus pechos la falsa esperanza de alcanzar la independencia de la nación. El destino de esa crédula nación ha terminado por no ser otro que pasar hambre hasta decir basta, a fuerza de una dieta confeccionada a base de falsas esperanzas y, bueno, de carne de perro. Cuando uno se para a pensarlo, resulta un régimen singularmente pernicioso. El escaso orgullo que ha sobrevivido en la nación a la prolongada nutrición basada en tales condumios es cuando menos disculpable. En fin, ya basta de generalizaciones. Para volver a lo particular, Nicolás B. confió a su cuñada (es decir, a mi abuela), de acuerdo con su talante lacónico y misántropo, que aquella colación en el bosque a punto estuvo de suponer «su propia muerte». No es de extrañar. Lo que sí me sorprende es no haber tenido nunca noticia de aquel cuento; y es que mi tío abuelo Nicolás difería en este detalle del común de los militares que abundaban en tiempos de Napoleón (y tal vez en todos los tiempos), ya que no le agradaba hablar de sus campañas, que tuvieron su inicio en Friedland y terminaron en las inmediaciones de Bar-le-Duc. La admiración que tenía por el gran Emperador está libre de reservas absolutamente en todos los aspectos, con la salvedad de la expresión. Al igual que la religiosidad de los hombres honestos, el suyo era un sentimiento profundo en demasía, tanto que le resultaba imposible hacer gala de él ante un mundo de escasa fe. Aparte de eso, parecía haberse vaciado por completo de toda clase de anécdotas militares, casi como si en toda su vida apenas hubiese visto a lo sumo un par de soldados. Orgulloso de sus condecoraciones, ganadas todas antes de haber cumplido los veinticinco años de edad, se negaba a colgarse del ojal las cintas a la manera en que se hacía en Europa, e incluso se mostraba reacio a lucir sus insignias en las ocasiones festivas, como si deseara disimularlas por temor a parecer jactancioso. «Bastante es el tenerlas», musitaba. A lo largo de treinta años, nada más y nada menos, se vieron las insignias en su pechera tan sólo en dos ocasiones: una vez, en una boda que iba a suponer muy en particular buenos auspicios para la familia, y otra en el funeral de un antiguo amigo suyo. La boda que quiso honrar de semejante forma no fue la boda de mi madre, como pude saber más adelante, cuando ya era tarde para guardarle ningún resquemor a Nicolás B., quien por cierto quiso hacer las paces con ocasión de mi nacimiento, cuando envió una larga misiva en la cual expresaba entre otras cosas una profecía: «Habremos de ver tiempos mejores». En su amargo corazón aún sobrevivía una esperanza. Pero no era un profeta de verdad.

Era un hombre sujeto a extrañas contradicciones. Tras vivir durante muchos años en casa de su hermano, hogar por otra parte de infinidad de niños, una casa pletórica de vida, de animación, ruidosa por el continuo ir y venir de multitud de invitados, nunca abandonó sus hábitos solitarios, su silencio. Considerado como un hombre obstinadamente aficionado al secreto en todos sus propósitos, en todas sus cuitas, era en realidad víctima de la más dolorosa irresolución en todas las cuestiones que concerniesen a su vida civil. Bajo su conducta taciturna y flemática ocultaba una cólera que brotaba en breves y apasionados arranques. Sospecho que no tenía ningún talento para la narrativa, si bien se diría que le proporcionaba cierta lúgubre satisfacción proclamarse el último hombre que había cruzado el puente sobre el río Elster una vez concluida la batalla de Leipzig. A menos que se adjudicase a ese hecho una valoración favorable a su valentía, condescendía a explicar cómo había sido. A lo que se ve, poco después de darse la orden de retirada se le indicó que regresara a la ciudad, en la cual algunas divisiones del ejército francés (entre ellas, el batallón polaco que comandaba el príncipe Jozef Poniatowski), apretadas y sitiadas a la desesperada en las calles, estaban siendo lisa y llanamente exterminadas por las tropas de las Potencias Aliadas. Cuando se le preguntaba cómo encontró aquello, Nicolás B. se limitaba a murmurar una única palabra: «Una carnicería». Tras hacer entrega del mensaje al príncipe, se apresuró a dar cuenta de su misión al superior que se la había encomendado. Para entonces, el avance del enemigo había envuelto por completo la ciudad; le dispararon desde algunas casas y le persiguió hasta la orilla del río una bandada en desorden de dragones austríacos y de húsares prusianos. El puente ya lo habían minado aquel mismo día a primera hora de la mañana; era de la opinión de que, al ver tantos jinetes converger por todos los flancos en persecución de su persona, el oficial que estaba al mando de los zapadores se habría alarmado y ordenó que volaran las cargas prematuramente. No había recorrido ni doscientas yardas por la otra orilla cuando oyó el estruendo de las fatales explosiones. Nicolás B. concluía su escueta narración con la palabra «imbécil», que musitaba de manera absolutamente premeditada. Era testimonio de su indignación ante la pérdida de tantos miles de vidas; ahora bien, su fisonomía flemática se animaba cuando decidía hablar de su única herida: se le iluminaban los rasgos con algo que semejaba verdadera satisfacción. Verá el lector que sus razones tenía tan pronto sepa que sufrió una herida en el talón. «Como su majestad el emperador Napoleón en persona», recordaba a sus oyentes con estudiada indiferencia. No puede caber ninguna duda de que la indiferencia era en efecto estudiada si se piensa en qué herida tan distinguida era en su opinión la suya. En toda la historia universal de las guerras creo que solamente hay tres guerreros de quienes se sepa públicamente que fueron heridos en el talón: Aquiles y Napoléon, evidentes semidioses a quienes la piedad familiar de un indigno descendiente añade aquí el nombre de un simple mortal, Nicolás B.

Al terminar los Cien Días Nicolás B. se encontraba hospedado en casa de un pariente lejano nuestro, propietario de una pequeña finca en Galitzia. Cómo pudo haber llegado hasta allí, a lo largo y ancho de una Europa alzada en armas, y qué aventuras hubo de correr, mucho me temo que son detalles de los que nunca llegaré a tener conocimiento. Poco después de su muerte se destruyeron todos sus papeles; si de veras figuraba entre ellos un conciso recuento de su vida entera tal como él mismo aseguraba, estoy convencido de que no llegaría a ocupar ni el pergamino necesario para confeccionar un capirote de bufón. Este pariente nuestro resultó ser un oficial del ejército austríaco que había abandonado el servicio tras la batalla de Austerlitz. Al contrario que Nicolás B., que ocultaba sus condecoraciones, gustaba hacer gala de su honorable licencia de baja, en la cual se le tachaba de unschreckbar, o intrépido soldado, en el combate contra el enemigo. Ninguna otra conjunción de destinos podría parecer tan poco prometedora, si bien según la tradición de la familia estas dos almas se llevaron muy bien en su aislado retiro rural.

Cuando se le preguntaba si a lo largo de los Cien Días no sintió la acuciante tentación de volver de nuevo a Francia y ponerse al servicio de su amado emperador, Nicolás B. tenía por costumbre murmurar: «No tenía dinero. Ni caballo. Y era una distancia excesiva para recorrerla a pie».

La caída de Napoleón y el hundimiento de las esperanzas nacionales afectaron de forma muy adversa al carácter de Nicolás B. Se abstuvo de regresar a su provincia; claro que en esta decisión intervino otra razón más. Nicolás B. y su hermano, es decir, mi abuelo materno, habían perdido muy jóvenes a su padre; eran los dos un par de criaturas. Su madre, todavía joven y sin ningún tipo de apretura económica, volvió a casarse con un hombre de considerable encanto y de disposición amigable, pero que no tenía ni un penique. Resultó ser un padrastro afectuoso y atento; fue sin embargo una desgracia que mientras se ocupó de encauzar la educación de los chicos y de formar su carácter a fuerza de sabios consejos, hiciese además todo cuanto pudo por apoderarse de la fortuna familiar mediante la compra y venta de terrenos que siempre puso a su nombre, y mediante una inversión de capital que sólo tuvo por objeto borrar las huellas de su verdadero propietario. Parece ser que tales prácticas están abocadas al éxito siempre y cuando quien las lleve a cabo tenga suficiente encanto personal para aturdir perpetuamente a la propia esposa, aparte de valentía suficiente para desafiar el vano terror de la opinión pública. Llegó el momento crítico cuando el mayor de los dos hermanos, al alcanzar su mayoría de edad en 1811, exigió las cuentas y cuando menos una parte de la herencia con objeto de independizarse y tener de qué vivir. Fue entonces cuando el padrastro le espetó que él no tenía que dar cuentas a nadie y que no había propiedad ninguna en heredad. La totalidad de la fortuna había pasado a sus manos. Mostró su campechanía ante el malentendido en que había incurrido el joven acerca del verdadero estado de los negocios familiares, pero, evidentemente, se sintió obligado a mantener con toda firmeza su postura. Llegaron y se fueron muy ajetreados los antiguos amigos de la familia, aparecieron también mediadores voluntarios que viajaron por los más espantosos caminos que se pueda imaginar, procedentes de los más lejanos rincones de las tres provincias, y el Mariscal de la Nobleza (guardián ex-oficio de todos los huérfanos de alta cuna) convocó una reunión de terratenientes «para discernir de forma pacífica cómo había surgido el malentendido entre X y su hijastro y para idear las medidas necesarias para enmendarlo». A tal efecto visitó a X una delegación, éste los convidó a probar sus excelentes vinos, pero se negó en redondo a atender a sus reconvenciones. Ante la propuesta de un arbitrio, se rio a la cara de los delegados; con todo, la totalidad de la provincia tenía por fuerza que estar al tanto de que catorce años antes, cuando se casó con la viuda, su única fortuna visible consistía (dejando a un lado su talento social) en un tílburi tirado por cuatro caballos y dos criados de los cuales se hacía acompañar siempre que iba de visita a otras casas; en cuanto a los fondos de que pudiera disponer en aquella época, su haber tan sólo se podía inferir a partir del hecho de ser un personaje escrupulosamente puntual cuando se trataba de zanjar sus modestas deudas de juego. En cambio, mediante el mágico poder de una testaruda y constante aserción, aparecieron aquí y allá personas que murmuraban: «Sin duda, tiene que haber algo más». Comoquiera que fuese, cuando llegó el día de su onomástica (que tenía por hábito celebrar con una gran partida de caza de tres días de duración), de toda la muchedumbre que había invitado tan sólo se presentaron dos vecinos lejanos y carentes de todo renombre; uno era un notorio imbécil, y el otro un ser muy piadoso y honesto, si bien tan apasionado amante de las escopetas que no habría sido capaz de rechazar una invitación a una partida de caza ni siquiera si procediese del demonio en persona. X hizo frente a esta manifestación de la opinión pública con una serenidad como sólo se da, exclusivamente, en una conciencia impoluta. Y sin embargo debía de tratarse de un hombre de hondos sentimientos, pues cuando su esposa tomó partido abiertamente por sus dos hijos, perdió por completo su hermosa tranquilidad, declaró que le habían partido el corazón y se la llevó de la casa; presa de tan grande pena, se negó a darle a su esposa tiempo suficiente para hacer las maletas.

Ése fue el inicio de un pleito, de un portento de abominables trapacerías que tras esgrimirse toda clase de subterfugios legales iba a durar muchos años. Fue asimismo ocasión de un gran despliegue de amabilidad y simpatía. Todas las casas de la vecindad abrieron de par en par sus puertas a los dos huérfanos que se habían quedado sin hogar. Nunca les faltó ayuda legal ni asistencia material en el transcurso del pleito. Por su parte, X se dedicó a ir de acá para allá, derramando en público sus lágrimas por la ingratitud de sus hijos adoptivos y por el ciego encaprichamiento de su esposa; pero como al mismo tiempo no se paró en barras cuando le tocó desplegar su gran inteligencia en el arte de ocultar documentos legales (llegó a ser sospechoso de haber incinerado muchos papeles familiares de probado interés histórico), este escandaloso litigio tuvo que concluir mediante un compromiso, ante la inminencia de un desenlace mucho peor. Finalmente se saldó con una renuncia de la hacienda en disputa, a plena satisfacción de todas las partes implicadas, de los derechos adquiridos sobre dos aldeas con cuyos nombres no quisiera fatigar al lector. Tras esta conclusión poco o nada convincente, y en cualquier caso fruto de la impotencia, ni la esposa ni los dos hijastros tuvieron nada que decir al hombre que había obsequiado al mundo entero con un ejemplo perfecto de cómo triunfa quien asienta sus acciones en el egoísmo, el carácter, la determinación y la industriosidad; mi bisabuela, con la salud quebrantada por completo, murió en Carlsbad dos años después. Legalmente amparado por un decreto cuya posesión había obtenido mediante el saqueo de costumbre, X recuperó su habitual serenidad y prosiguió su vida en la vecindad, rodeado de comodidades y con la conciencia aparentemente tranquila. Sus partidas de caza volvieron a contar con una nutrida asistencia. Nunca se cansó de asegurar a los demás que no guardaba a nadie ningún rencor por lo acaecido en el pasado; reiteró audiblemente su constante afecto por su esposa y sus hijastros. Ciertamente, decía, habían hecho cuanto estuvo a su alcance para despojarle y dejarlo más desnudo que un santón turco al declinar sus días; comoquiera que se había defendido con uñas y dientes del expolio, tal como hubiese hecho cualquier otro en su lugar, ellos le habían abandonado a los horrores de una vejez solitaria. No obstante, el amor que les profesaba había sobrevivido a tan crueles golpes. Y es posible que en sus declaraciones hubiese un punto de verdad. Muy pronto se dispuso a hacer ofrecimientos de amistad al mayor de sus hijastros, mi abuelo paterno, el cual los rechazó categóricamente, tras lo cual X siguió renovándolos siempre que tuvo ocasión, con la obstinación que le caracterizaba. Durante varios años porfió en sus esfuerzos por conseguir la reconciliación, llegando a prometer a mi abuelo que haría testamento en su favor con tal que volvieran a ser amigos hasta el extremo de llamarse de cuando en cuando (no vivían a una distancia exagerada el uno del otro, sino a unas cuarenta millas), e incluso que él apareciese en la famosa partida de caza que se celebraba el día de su onomástica. Mi abuelo era un ardiente aficionado a todos los deportes. Era el suyo un temperamento tan alejado de la dureza y de la animosidad como pueda imaginarse. Discípulo de unos benedictinos de mentalidad liberal, que dirigían la única escuela de cierto renombre que había por entonces al sur de Polonia, leyó además en profundidad a los autores del siglo XVIII. En él, la caridad cristiana estaba unida a una profunda indulgencia de carácter filosófico hacia todos los defectos de la naturaleza humana. El recuerdo, ahora bien, de esos años tempranos y míseros, dado que sus años de juventud se vieron despojados de toda generosidad y de toda ilusión por el cinismo de la sórdida sentencia del pleito, se interpuso en el camino hacia el perdón. Nunca sucumbió a la fascinación que en él ejercían las partidas de caza; X, empeñado hasta el fondo del corazón en reconciliarse, y con el esbozo del testamento pendiente sólo de que estampara su firma, murió intestado. La fortuna que había amasado mediante una sabia y cuidadosa administración pasó de esa forma a manos de algunos parientes lejanos a los que jamás había visto, aparte de que ni siquiera llevaban su apellido.

Entretanto cayó sobre Europa entera el bendito manto de la paz. Nicolás B. se despidió de su hospitalario pariente, el «intrépido» oficial austríaco, abandonó Galitzia y, sin aproximarse a la provincia que le había visto nacer, donde seguía vigente la odiosa sentencia del pleito, encaminó sus pasos directamente a Varsovia e ingresó en el ejército del recién constituido reino de Polonia, unido al cetro de Alejandro I, autócrata de todas las Rusias.

Este reino, creado tras el Congreso de Viena como reconocimiento nacional de la pretérita independencia de Polonia, comprendía tan sólo las provincias centrales del antiguo patrimonio polaco. Un hermano del emperador, el gran duque Constantino Pavlovich, virrey y comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, casado en matrimonio morganático con una dama polaca por la cual sentía un apego apasionado, extendió ese mismo afecto a los que llamaba «mis polacos» bien que de forma salvaje y caprichosa. De complexión enteca, con una fisonomía de tártaro y unos diminutos y feroces ojillos, caminaba con los puños apretados, el cuerpo inclinado hacia delante, lanzando a hurtadillas miradas suspicaces. La mácula hereditaria se expresaba en su caso no a través de la mística inclinación común a sus dos hermanos, Alejandro y Nicolás (si bien dicha inclinación se daba en cada cual a su manera, pues uno era un liberal místico y el otro un místico autócrata), sino a través de la furia de un temperamento indomeñable que a menudo estallaba en arranques que le llevaban a cometer repugnantes abusos en los desfiles y la revista de las tropas. Era un militarista visceral, un asombroso adiestrador de la milicia. Trataba a su ejército polaco como trata un niño malcriado su juguete preferido, con la salvedad de que no se lo llevaba de noche a la cama, más que nada por su tamaño. Sin embargo, jugueteaba con él durante el día entero, deleitado por la variedad de los hermosos uniformes y por el divertimento que le proporcionaban los ejercicios incesantes. Esta pasión infantil que no tenía por objeto la guerra, sino meramente el militarismo, desembocó en un resultado harto deseable. El ejército polaco, por equipamiento, armamento y eficacia en combate, tal como entonces se entendían estos conceptos, llegó a ser a finales de 1830 un instrumento táctico de primerísima categoría. El campesinado polaco (que no estaba compuesto por siervos de la gleba) servía en sus filas por alistamiento obligatorio, y los oficiales pertenecían en su mayor parte a la pequeña nobleza. Nicolás B., con su hoja de servicios en las tropas napoleónicas, no tuvo ninguna dificultad cuando se propuso ser teniente, aunque la promoción en el ejército polaco fuera muy lenta, dado que al tratarse de un cuerpo organizado aparte no participó en las guerras que sostuvo el imperio ruso contra Persia ni contra Turquía. Su primera campaña, contra la propia Rusia, habría de ser también la última. En 1831, al estallar la revolución, Nicolás B. era el capitán más veterano de su regimiento. Tiempo atrás había sido designado jefe del cuartel de remonta establecido en la periferia del reino, en nuestras provincias del sur, de donde se obtenía la práctica totalidad de las monturas utilizadas por la caballería polaca. Por vez primera desde que marchase de casa a los dieciocho años de edad para iniciar su vida de militar en la batalla de Friedland, Nicolás B. empezó a respirar el aire de la «Frontera», el aire de la tierra que le vio nacer. Pero en el escenario en que había transcurrido su juventud le aguardaba un destino adverso. Con las primeras noticias del levantamiento de Varsovia, todo el cuartel de remonta, oficiales, veterinarios y soldados, fue arrestado al punto y conducido a toda prisa a la otra orilla del Dnieper, a la ciudad más cercana dentro de la propia Rusia. Desde allí se les dispersó a las zonas más alejadas del imperio. En esta ocasión, al pobre Nicolás B. le tocó adentrarse en Rusia mucho más que en tiempos de la invasión napoleónica, aunque evidentemente no fuera de buena gana. Su destino fue Astracán. Allí permaneció tres años, se le permitió residir a sus anchas en la ciudad, aunque a mediodía tuviera que personarse ante el comandante en jefe de las tropas de la localidad, quien a menudo lo detenía con el solo propósito de fumar una pipa y conversar con él. Es difícil hacerse una idea de cómo hubiese podido ser entonces una charla con Nicolás B. Bajo su apariencia taciturna tuvo que guardar mucha rabia contenida, pues el comandante le comunicaba las noticias recién recibidas del teatro de la guerra, noticias, por lo demás, nada favorecedoras a los polacos. Nicolás B. afrontó estos comunicados con flema: el ruso manifestó una cálida simpatía hacia su prisionero.

—Como también yo soy soldado, entiendo cuáles son sus sentimientos. Daría lo que fuese por estar en el fragor del combate, es lógico. Pero ¡por todos los diablos! Debo decir que usted me agrada. De no ser por los términos del juramento militar que he pronunciado, le dejaría marchar y asumiría toda la responsabilidad. ¿Qué diferencia podría suponer que haya uno más o uno menos entre ustedes?

Otras veces, en cambio, le interrogaba con gran simpleza.

—Dígame, Nicolás Stepanovich —y es que mi bisabuelo tenía por segundo nombre Stepan, y el comandante hacía uso de la habitual forma de cortesía rusa—, dígame ¿a qué se debe que ustedes, los polacos, estén continuamente buscándose problemas? ¿Qué otras cosas podían esperar si se han vuelto contra Rusia?

Por si fuera poco, era capaz de expresar ciertas reflexiones filosóficas.

—Vea en qué ha quedado su Napoleón. Ah, un gran hombre. Es imposible negar que fue un gran hombre mientras se propuso acosar a los alemanes, los austríacos y todas esas naciones. Su gran error fue buscarse problemas viniendo a Rusia, y ¿en qué ha quedado todo aquello? Aquí donde me ve, he paseado este sable por las calles de París.

Tras regresar a Polonia, Nicolás B. lo describía como un hombre «valioso, pero rematadamente estúpido» siempre que se le pinchaba para que hablara de las condiciones en que había transcurrido su exilio. Rechazó la oferta que se le hizo para ingresar en el ejército ruso y se retiró, aunque solamente con la mitad de la pensión que hubiese correspondido a su rango. Su sobrino (mi tío y tutor) me dijo que la primera impresión duradera que había atesorado de niño en su memoria fue la alegría y la excitación que reinaba en casa de sus padres el día en que Nicolás B. regresó de su exilio en Rusia.

Toda generación tiene sus recuerdos. Los primeros recuerdos de Nicolás B. podrían haber adquirido su forma a tenor de los acontecimientos derivados de la última partición de Polonia; vivió además tiempo suficiente para padecer el último levantamiento armado, el de 1863, acontecimiento que por otra parte iba a modificar el futuro de toda mi generación y que ha dado color a mis más tempranas impresiones. Como murió su hermano, en cuya casa se cobijó durante diecisiete años aun sin abnegar de su misantrópica timidez ante los problemas más comunes de la vida cotidiana, Nicolás B. tuvo que hacer acopio de todo su valor y obligarse a tomar una decisión respecto a su futuro. Tras largas, agónicas vacilaciones, finalmente se convenció de que era conveniente que se encargase en persona de la administración de unos mil quinientos acres, propiedad de un amigo que residía en la vecindad. Los términos del arriendo no pudieron ser más ventajosos, aunque me da la impresión de que lo que en el fondo le indujo a aceptar el trato fue la situación retirada de la aldea, así como la comodidad de una casa en óptimas condiciones. Allí vivió en paz y tranquilidad durante diez años, viendo a muy pocas personas y sin tomar parte en la vida pública de la provincia, por otra parte dominada por una tiranía arbitraria y burocrática. Su carácter y su patriotismo estaban por encima de toda sospecha, si bien los instigadores de la revuelta, en sus continuas idas y venidas por la provincia, siempre evitaron escrupulosamente acercarse a su casa. El sentimiento más extendido era que no convenía perturbar los últimos años de reposo de que iba a gozar el anciano. Hasta sus íntimos, como mi abuelo paterno, camarada suyo durante la campaña napoleónica que tuvo por objeto la conquista de Moscú y más tarde compañero en el ejército polaco, se abstuvieron de visitar a su amigote a medida que se aproximaba la fecha fijada para la ruptura de las hostilidades. Los dos hijos varones de mi abuelo paterno, así como su única hija, estuvieron implicados a fondo en la obra de la revolución; él mismo era de esos caballeros polacos cuyo único ideal respecto de la acción patriótica era «montar a caballo y echarlos a patadas». Sin embargo, también él estuvo de acuerdo en no molestar a Nicolás. Toda esta considerada cautela por parte de sus amistades, tanto los conspiradores como los otros, no impidió que Nicolás B. sintiera en carne propia el infortunio de aquel año de mal agüero.

No habían pasado siquiera cuarenta y ocho horas tras el estallido de la rebelión en aquella parte del país cuando un escuadrón de cosacos pasó por la aldea e invadió su hacienda. La mayoría de tropa permaneció formada a medio camino entre la casa y los establos, en tanto otros desmontaron y registraron las diversas dependencias. El oficial al mando, acompañado por otros dos hombres, se acercó a la puerta de entrada. Todas las persianas de aquella fachada estaban bajadas. El oficial dijo al criado que acudió a franquearle la puerta que deseaba ver al amo. Se le contestó que el amo no estaba en la casa, cosa que era por otra parte absolutamente cierta.

En este punto sigo al pie de la letra el relato que refirió después el criado a los amigos y parientes de mi tío abuelo, el mismo relato que he oído repetir varias veces.

Al recibir esta contestación, el oficial cosaco entró en la casa.

—Entonces, ¿a dónde dices que ha ido el amo?

—Nuestro amo marchó anteayer a J. (el principal pueblo de la zona, a unas cincuenta millas de distancia).

—Solamente hay dos caballos en los establos. ¿Dónde están los demás?

—Nuestro amo viaja siempre con sus propias caballerías. —Con lo cual daba a entender que no viajaba en el coche de correo—. Estará fuera una semana, o puede que más. Tuvo a bien informarme de que tenía asuntos que atender en el Juzgado.

Mientras hablaba así el criado, el oficial examinó el vestíbulo. Había una puerta enfrente, otra a la derecha y otra más a la izquierda. El oficial optó por esta última y ordenó que subieran las persianas. Se trataba del estudio en que trabajaba Nicolás B., repleto de anaqueles hasta los techos, algunos cuadros en las paredes, etcétera. Junto a la gran mesa del centro, atestada de libros y papeles, había un pequeño escritorio dotado de varios cajones, entre la puerta y la ventana, en el punto donde mejor daba la luz; era en ese escritorio donde mi tío abuelo leía o escribía por costumbre.

Al subir la persiana, el criado se quedó de una pieza, pues descubrió que el grueso de la población masculina de la aldea se había apiñado ante la ventana, pisoteando los arriates de flores. Entre ellos había también unas cuantas mujeres. Se alegró al observar que el sacerdote de la localidad, perteneciente a la Iglesia Ortodoxa, venía al frente de la muchedumbre. El buen hombre, por culpa de las prisas, solamente se había abotonado la casulla hasta mitad de la pierna.

El oficial se dedicó a observar los lomos de los libros. Luego se asomó a la mesa del centro.

—Tu amo —dijo al desgaire— no te ha llevado a la ciudad.

—Soy el principal criado de la casa; por eso me ha dejado al cargo. El que viaja con nuestro amo es un mozo joven y recio. Dios no lo quiera, pero si tuviese algún accidente en el camino, le será de mucha más utilidad que yo.

Miró por la ventana y vio que el sacerdote discutía en tono vehemente con el grueso de la muchedumbre, al parecer sojuzgada por su intromisión. Sin embargo, tres o cuatro hombres habían empezado a conversar con los cosacos delante de la puerta.

—Y… ¿no te parece que tu amo a lo mejor ha ido a unirse a los rebeldes, eh? —inquirió el oficial.

—Nuestro amo ya es mayor para esas cosas. Pasa ya de los setenta, y está más débil cada día. Han pasado unos cuantos años desde que montó a caballo por última vez; ahora ya ni siquiera camina demasiado.

El oficial sentó sus posaderas al borde de la mesa, columpiando la pierna, muy tranquilo e indiferente. Para entonces, a los campesinos que habían departido con los cosacos se les había permitido el paso al vestíbulo. Dos o tres se separaron de la muchedumbre para seguirlos. Eran siete en total; entre ellos, el herrero, que había sido antes soldado. El criado apeló con toda su deferencia al oficial.

—¿Tendría su excelencia la amabilidad de indicar a estas gentes que regresen a sus casas? ¿A santo de qué se introducen de esta forma en una casa de esta alcurnia? No es correcto que se conduzcan de semejante manera mientras el amo esté ausente, y yo soy responsable de todo cuanto suceda aquí…

El oficial soltó una breve carcajada.

—¿Hay alguna arma en la casa? —inquirió pasado un rato.

—Sí, alguna sí que habrá. Bastante antigua, por cierto.

—Tráelas todas aquí, encima de esta mesa.

El criado hizo otro esfuerzo por obtener una cierta protección.

—¿Tendría su excelencia la amabilidad de indicar a estos individuos…?

El oficial, sin embargo, le miró en silencio, y de tal manera que el criado desistió de su empeño y se apresuró a llamar al mozo despensero para que le ayudase a recoger las armas. Entretanto, el oficial recorrió en silencio todas las estancias de la casa, examinándolas con atención aun sin tocar nada. Al verlo pasar, los campesinos reunidos en el vestíbulo se despojaron de los gorros e inclinaron la cabeza. Tampoco les dijo nada. Al volver al estudio estaban sobre la mesa todas las armas que se habían encontrado en la casa. Eran, entre otras, un par de pistolas de pedernal de los tiempos de Napoleón, dos sables de caballería, uno con un escudo de armas francés y otro con el escudo del ejército polaco, así como un par de escopetas.

El oficial abrió la ventana de par en par y arrojó las pistolas, los sables y las escopetas; sus subordinados se apresuraron a recogerlas. Los campesinos, animados por su actitud, habían irrumpido en el estudio. El oficial no dio ninguna señal de ser consciente de su existencia y, una vez concluido su quehacer al menos en apariencia, salió de la casa sin pronunciar palabra. Tan pronto salió, los campesinos se encasquetaron los gorros y empezaron a sonreírse los unos a los otros.

Se marcharon pues los cosacos hacia los campos; atravesaron el resto de la propiedad. El sacerdote, que seguía enzarzado en plena perorata con los campesinos, se fue alejando poco a poco por el camino; su honradez y su elocuencia se llevaron a rastras a la muchedumbre, en silencio. Es preciso hacer justicia a los párrocos de la Iglesia griega, y es que, pese a ser extranjeros en Polonia (toda vez que la mayor parte procedía del interior de Rusia), casi todos ellos hicieron uso de sus prerrogativas y su influencia sobre sus feligreses por la causa de la paz y la humanidad. Fieles al espíritu de su vocación, intentaron apaciguar las pasiones desatadas en el campesinado, y se opusieron a la rapiña y la violencia, siempre que les fue dado, con toda su vehemencia. Y esta conducta la mantuvieron aun en contra del deseo expreso de las autoridades. Más adelante, algunos hubieron de padecer por esta desobediencia, pues se les trasladó sin previo aviso al norte o a las remotas parroquias de Siberia.

El criado estaba impaciente por deshacerse de los escasos campesinos que habían penetrado en la casa. ¿Qué les daba derecho, inquirió, a comportarse de tal forma con un hombre que tan sólo era el arrendatario de la hacienda, que durante muchos años había mostrado su bondad y su consideración con los aldeanos, y que incluso hacía pocos días había dado su consentimiento para que los rebaños de la aldea pastasen en dos de sus prados? Les recordó asimismo la devoción de Nicolás B. a los enfermos en tiempos de cólera. Todas sus palabras dijeron verdad, y resultaron tan eficaces que los campesinos dieron en rascarse el cogote con aire indeciso.

—¡Mirad! —exclamó el criado a la vez que señalaba a la ventana—. Los vuestros se marchan en paz, y vosotros mejor haríais en dejaros de tonterías e ir con ellos a rezar a Dios para que os perdone por vuestros malos pensamientos.

En mal momento se le ocurrió esta infortunada idea. Al correr a apiñarse en la ventana por ver si era cierto lo que decía, uno de ellos volcó el escritorio. Al caer, se oyó el tintineo de una moneda suelta.

—Ahí dentro hay dinero —gritó el herrero. En un abrir y cerrar de ojos, aquel delicado mueble quedó hecho astillas, y en uno de los cajones aparecieron ochenta medios imperiales. Las monedas de oro siempre fueron difíciles de ver en toda Rusia; los campesinos perdieron la cabeza—. Tiene que haber más en alguna parte —dijo a voces el herrero que había sido soldado—. Y estamos en guerra.

Los demás ya gritaban por la ventana para que acudiesen los que se marchaban tras el sacerdote, el cual, abandonado de pronto a las puertas de la hacienda, se marchó a toda prisa, como si no quisiera asistir a lo que iba a suceder.

En su frenético ajetreo en busca del dinero, la rústica muchedumbre hizo trizas cuanto había en la casa, a cuchilladas y a hachazos, de tal forma que no quedaron en toda la casa, como dijera el criado, dos piezas de madera unidas de ninguna forma. Destrozaron algunos espejos de valor, todas la ventanas y toda la cristalería y la porcelana. Arrojaron al césped todos los libros y papeles y, por lo visto, les pegaron fuego por mera diversión. El único objeto que dejaron intacto fue un pequeño crucifijo de marfil colgado de una de las paredes del dormitorio, destruido en su totalidad, encima de un desordenado montón de harapos, caoba astillada y tablones desvencijados, es decir, encima de lo que había sido el lecho de Nicolás B. Al fijarse en que el criado intentaba salvar una caja lacada, de origen japonés, se la arrancaron de las manos y, comoquiera que opuso resistencia, lo arrojaron a él por la ventana del comedor. La casa tenía un solo piso, que sin embargo estaba a considerable altura; la caída fue tan seria que el pobre hombre quedó tendido allí donde cayó hasta que el cocinero y el despensero, al atardecer, se aventuraron a salir de sus escondites y acudieron a atenderle. Para entonces la muchedumbre ya se había ido, llevándose la caja lacada, pues todos estaban convencidos de que estaba repleta de papel moneda. A cierta distancia de la casa, en campo abierto, la abrieron a pedradas. Encontraron tan sólo varios documentos en pergamino, así como la cruz de la Legión de Honor y la condecoración de Virtuti Militari. A la vista de tales objetos que, según explicó el herrero, eran reconocimientos al honor que únicamente podía otorgar el zar, se asustaron sobremanera por lo que habían hecho. Arrojaron todo el botín a una zanja y se dispersaron a todo correr.

Al tener conocimiento de esta pérdida en concreto, Nicolás B. se vino abajo del todo. El saqueo del resto de sus pertenencias no pareció afectarle en demasía. Mientras guardaba todavía cama a causa del disgusto, aparecieron las dos cruces y le fueron restituidas. Esto alivió en parte su convalecencia, pero la caja lacada y los pergaminos, aunque se rebuscó en todas las zanjas de la vecindad, nunca volvieron a aparecer. No se recobró de la pérdida del pergamino que autenticaba su Legión de Honor, cuyo preámbulo, en el cual se loaban sus servicios, se sabía de memoria; tras aquel duro golpe a veces se prestó a recitarlo, siempre con lágrimas en los ojos. Aquel texto llegó a perseguirle, al parecer, durante los dos últimos años de su vida, hasta el extremo de que solía repetirlo para sí. Así lo confirma un comentario que más de una vez hizo su anciano criado ante los amigos más íntimos: «Lo que más me apesadumbra el corazón es ver a nuestro amo recorriendo su dormitorio de noche, rezando en voz alta y además en francés».

Debió de ser poco más o menos un año después cuando vi a Nicolás B. o, por mejor decir, cuando me vio él por última vez. Fue, como ya he reseñado, cuando mi madre disfrutó de un permiso que la eximía de su exilio durante tres meses, temporada que pasó en la casa de su hermano; los amigos y parientes vinieron de todas partes a rendirle los honores. Habría sido inconcebible que Nicolás B. no hubiese figurado entre las visitas. La niña de escasos meses de edad que tomó en brazos un buen día, a su regreso al hogar tras tantos años de guerra y exilio, vino a confirmar su fe en la salvación nacional sufriendo a su vez las penalidades del exilio. No sé si él estaba presente el mismo día de nuestra partida. Ya he reconocido que para mí es muy en especial el hombre que en su juventud devoró un perro en las profundidades de un sombrío bosque, bajo los pinos doblegados por el peso de la nieve. No me alcanza la memoria para situarlo en ninguna escena que recuerde con claridad. La nariz aguileña, el cabello blanco, reluciente y escaso, una impresión evanescente y que no parece guardar relación concreta, de un hombre magro, rígido, con la chaqueta marcialmente abotonada hasta el cuello, es todo lo que queda en la tierra de aquel Nicolás B., poco más que una sombra vagarosa a la que persigue el recuerdo de su sobrino nieto, el último superviviente, creo yo, de cuantos le vieron a lo largo de su taciturna vida.

En cambio, recuerdo bien el día en que partimos de nuevo al exilio. El extravagante, alargado, desvencijado carruaje de cuatro postas en que íbamos a viajar, se hallaba ante la fachada de la casa, ante las ocho columnas, cuatro a cada lado de las espaciosas escaleras de entrada. En ellas, unos cuantos criados, unos pocos parientes, dos o tres amigos de la vecindad, un silencio perfecto, en todos los rostros el aire de una sobria concentración; mi abuela toda vestida de negro, con estoica mirada; mi tío acompañando del brazo a mi madre hasta el carruaje en el que a mí ya me habían acomodado; en lo alto de la escalera, mi prima vestida con una falda escocesa en cuyo tartán predominaría el rojo, como una princesa, atendida por las mujeres de su propio servicio: la gouvernante principal, nuestra querida y corpulenta Francesca (que había pasado unos treinta años al servicio de la familia B.), la antigua aya, convertida en custodia de la niña en los ratos que pasara al aire libre, con su agradable rostro campesino, en el cual se habría pintado un gesto de compasión, así como la buena y fea mademoiselle Durand, la institutriz, con sus cejas negras unidas sobre la gruesa nariz, con una tez como la del papel ocre pálido. De todas las miradas vueltas hacia el carruaje, la suya era la única que nublaban las lágrimas, y fue su voz hecha sollozos la que rompió el silencio diciéndome: «N’oublie pas ton française, mon chéri». A lo largo de aquellos tres meses, sin más que jugar con nosotros, no me había enseñado solamente a hablar francés, sino también a leerlo. Era sin lugar a dudas una excelente compañera de juegos. A lo lejos, en dirección a la gran cancela de hierro que cerraba la verja, se hallaba el capitán de policía del distrito; llevaba la visera de su gorra plana, con una banda colorada, bajada sobre los ojos.

Parece extraño que estuviese allí para supervisar nuestra partida con tantísimo celo. No es mi intención despachar a la ligera las justas timideces de los imperialistas del mundo entero, pero sí puedo permitirme la siguiente reflexión: una mujer a la que prácticamente habían desahuciado los médicos y un niño que aún no había cumplido los seis años de edad de ninguna forma podían ser susceptibles de pasar por sujetos seriamente peligrosos ni siquiera para el más grande de los imperios que se pueda concebir, para el imperio cargado por el peso de las más sagradas responsabilidades. Y aquel buen hombre, estoy seguro de ello, no era de la misma opinión.

Más tarde pude saber por qué estuvo presente aquel día. No recuerdo ninguna señal visible, pero parece que más o menos un mes antes de la partida, mi madre enfermó tanto que cundieron las dudas respecto de si iba a poder partir a tiempo. En medio de dicha incertidumbre, al gobernador general de Kiev le fue solicitada una ampliación del plazo concedido para permanecer en casa de su hermano. Éste fue un ruego que jamás obtuvo respuesta, si bien un día, al caer la noche, el capitán de policía del distrito llegó hasta la casa y dijo al ayuda de cámara de mi tío, que acudió a recibirle, que deseaba hablar en privado con el señor, y de inmediato, por descontado. Muy impresionado, el ayuda de cámara (creyó que iba a producirse un arresto), «más muerto que vivo de puro miedo», como él mismo dijera después, lo hizo pasar al recibidor, que por cierto estaba oscuro, ya que era una estancia que no se iluminaba a diario, de puntillas, para que las damas que estaban en la casa no se fijaran en su presencia, y por el invernadero lo condujo a los aposentos privados de mi tío.

El policía, sin mediar ningún preliminar, depositó un papel en manos de mi tío.

—Tenga. Léalo, por favor. No tengo ninguna obligación de mostrarle este documento. Es impropio por mi parte. Sin embargo, no puedo conciliar el sueño mientras de mí depende un asunto así.

El capitán de policía, natural de la Gran Rusia, había pasado muchos años en el servicio activo en ese distrito.

Mi tío desdobló y leyó el documento. Se trataba de una orden emitida por el secretariado del gobernador general, en la cual se zanjaba el asunto de la petición y se indicaba al capitán de policía que no hiciera ningún caso a las reconvenciones y explicaciones que pudiera darle la familia respecto de la susodicha enfermedad; ni siquiera debía tomar en consideración la palabra de los médicos, «y si no ha abandonado la casa de su hermano —proseguía el papel—, la mañana misma del día especificado, deberá usted escoltarla y conducirla (subrayado) al hospital de la prisión de Kiev, donde será internada a fin de recibir el tratamiento que su caso exija».

—Por Dios, señor B., encárguese de que su hermana se marche puntualmente en el día señalado. No me fuerce a cumplir mi obligación con una mujer, y mucho menos con una mujer de su familia. Ni siquiera soporto tener que considerar esa posibilidad.

Estaba retorciéndose las manos. Mi tío lo contempló en silencio.

—Le agradezco la advertencia, y le aseguro de que incluso en el supuesto de que se estuviera muriendo subiría al carruaje que haya de llevársela.

—Sí, claro que sí… Y vaya diferencia que iba a suponerle, volver junto a su marido en vez de tener que ir a Kiev. Y es que a Kiev habría que llevarla, tanto si muriese como si no. Y tenga en cuenta, señor B., que el día señalado estaré aquí, pero no porque dude de su promesa, sino por ser mi obligación. Tengo que estar presente. El deber es el deber. Aun así, no es el mío un cometido que recomendaría ni siquiera a un perro, dado que ustedes, los polacos, habrán de persistir en rebelarse, a tenor de lo cual seguirán padeciendo.

He ahí la razón por la cual aguardaba en su coche de tres caballos, a media distancia entre la casa y la cancela. Lamento no poder aducir su nombre y apellido para burla y escarnio de todos los que siguen creyendo en el derecho de conquista, por tratarse de un guardián de la grandeza imperial cuya sensibilidad parece manifiestamente condenable. Estoy en cambio en condiciones de registrar el apellido del gobernador general que firmó la orden que terminaba con la nota marginal acostumbrada, «cúmplase al pie de la letra», escrita además de su puño y letra. El caballero se apellidaba Bezak, y era un alto dignatario, un enérgico oficial, el ídolo, por un tiempo, de la prensa patriótica rusa.

Cada generación guarda sus recuerdos.

CAPÍTULO CUATRO

No conviene dar por hecho que al poner por escrito los recuerdos de aquella media hora comprendida entre el momento en que mi tío salió de la sala y el momento en que volvimos a reunirnos para la cena haya perdido de vista La locura de Almayer. Tras haber confesado que inicié la redacción de mi primera novela en una temporada de asueto —fue una tarea vacacional— creo haber dado asimismo la sensación de que fue un libro muchas veces pospuesto. En ningún momento me lo quité de la cabeza; ni siquiera cuando se redujeron al mínimo las esperanzas de verlo concluido. Fueron múltiples las cosas que se interpusieron en su camino: las actividades cotidianas, las nuevas impresiones, los recuerdos antiguos. No fue, por tanto, el cumplimiento de una necesidad, la famosa necesidad de expresarse con que topa el artista cuando emprende la búsqueda de los motivos con que ha de lidiar. La necesidad que a mí me impelió fue una necesidad oculta, una oscura necesidad, un fenómeno completamente enmascarado, del cual es imposible dar cuenta. O tal vez fuese que algún mago desocupado y frívolo (tiene que haber magos en Londres) había pronunciado desde la ventana de su estudio un encantamiento del cual me hizo objeto mientras paseaba yo por el laberinto de callejuelas del este y del oeste sin brújula ni mapa. Hasta el momento en que empecé a redactar esa novela no había escrito yo más que cartas, y no muchas por cierto. Jamás había tomado a la letra una determinada impresión, una anécdota. La concepción de un libro planeado al detalle era algo completamente ajeno al abanico de mis posibilidades mentales en el momento en que me senté a escribir; la ambición de convertirme en autor jamás había salido a colación entre las graciosas existencias imaginarias que a veces uno se crea con agrado, sobre todo en esos momentos de calma y de inmovilidad que favorecen la ensoñación: sin embargo, está claro como la luz del sol que desde el momento en que empecé a ennegrecer la primera página del manuscrito de La locura de Almayer (página que contendría unas doscientas palabras, la misma proporción de palabras por página que ha seguido conmigo a lo largo de los quince años que llevo dedicados a la vida de la escritura), desde el momento mismo en que, con la simpleza propia de mi corazón y la pasmosa ignorancia de mi mente, escribí aquella página, la suerte estuvo echada.

Jamás vadeó nadie el Rubicón tan a ciegas como yo, sin invocar a los dioses, sin temor de los hombres.

Aquella mañana me levanté tras el desayuno, apartando la silla, e hice sonar con vehemencia la campana del servicio, aunque quizá deba antes decir que fue con resolución, o tal vez con impaciencia, no lo sé con exactitud. Es manifiesto, con todo, que tuvo que ser un campanazo especial, un sonido común, sí, pero, por la razón que fuese, impresionante, como el campanazo que señala el momento en que se levanta el telón ante un nuevo escenario. Fue, a juzgar por mis hábitos, un gesto poco habitual. Lo normal era que remolonease después del desayuno; rara vez me tomaba la molestia de hacer sonar la campana para indicar al servicio que se recogiese la mesa. Aquella mañana, por alguna razón que se oculta en el misterio genérico que envuelve todo el acontecimiento, no me hice el remolón. Ahora bien, no tenía ninguna prisa. Tiré del cordón al desgaire, y mientras se esparcía un remoto tintineo por algún rincón del sótano, cargué mi pipa como hacía por costumbre, busqué la caja de fósforos con ademán distraído sin duda, pero ostentoso, podría jurarlo, aun sin dar ninguna muestra de auténtico frenesí. Mantuve la compostura suficiente para percibir, pasado un tiempo considerable, que la caja de fósforos estaba en la repisa, exactamente delante de mis narices. Y todo ello fue hermosa, sosegadamente habitual. Antes de dejar la caja sobre la repisa apareció en la puerta la hija de mi patrona, con su rostro tranquilo, pálido, y con una mirada inquisitiva. Últimamente era la hija de la patrona la que atendía mis llamadas. Menciono con orgullo esta aparente minucia, pues demuestra que durante los treinta o cuarenta días que llevaba alojado en aquella casa había conseguido producir una impresión favorable. A lo largo de los últimos quince días se me había perdonado la conmiserativa visión de la esclava doméstica. Las chicas de aquella casa de Bessborough Gardens cambiaban con frecuencia, pero tanto si eran altas como si eran bajas, si eran rubias o morenas, siempre se presentaban desaliñadas y particularmente sucias, como si representaran una sórdida versión del cuento de Cenicienta. Acusé el detalle implícito en el privilegio de ser atendido por la hija de la patrona; aunque algo anémica, por lo menos era una chica aseada.

—¿Tendrá la amabilidad de recoger la mesa de inmediato?

Me dirigí a ella con acento convulso, pues al tiempo estaba ocupado en encender la pipa. Fue, lo reconozco, una petición poco común. Por lo general, al terminar el desayuno tomaba asiento junto a la ventana y leía durante un rato, mientras el servicio recogía la mesa cuando le viniese en gana; ahora bien, si considera el lector que aquella mañana era yo presa de la impaciencia, es mi deber indicarle que se equivoca de medio a medio. Recuerdo que estaba absolutamente tranquilo. A decir verdad, ni siquiera estaba seguro de que desease escribir, ni sabía tampoco que me hubiese propuesto escribir, ni que tuviese algo que escribir. No, yo no era presa de la impaciencia. Aguardé ante la ventana, de pie, sin tener conciencia de estar esperando a que recogiese la mesa. Se podría haber apostado diez contra uno a que, antes de terminar su tarea la hija de la patrona, ya habría escogido un libro y me habría pasado la mañana sentado con él entre las manos, con ánimo de deleitosa indolencia. Lo afirmo con plena seguridad, sin saber siquiera cuáles eran los libros que hubiera en aquella estancia. Fueran los que fueran, no se trataba de las obras de los grandes maestros, las obras en las que se encuentra el secreto del pensamiento límpido y de la expresión exacta. Desde que cumplí cinco años de edad había sido yo un gran lector, lo cual no puede pasar por maravilla si se tiene en cuenta que, de niño, nunca tuve constancia del aprendizaje de la lectura. A los diez años había leído mucho a Victor Hugo y a otros autores románticos. Había leído en polaco y en francés libros de historia, de viajes, novelas; conocía el Gil Blas y el Quijote en ediciones abreviadas; había leído en la adolescencia a los poetas polacos y a algunos poetas franceses, si bien me es imposible decir qué había leído la noche anterior al día en que empecé a escribir. Creo que era una novela, y es harto probable que fuese una de las novelas de Anthony Trollope. Sí, seguramente. A Trollope lo conocía desde había escaso tiempo. Es uno de los novelistas ingleses cuyas obras leí por vez primera en inglés. En cambio, con los autores de reputación europea, con Dickens, Thackeray y Walter Scott, no fue ése el caso. Mi introducción a la literatura imaginativa inglesa se produjo a través de Nicholas Nickleby. Es extraordinario qué bien parloteaba, y de qué forma tan inconexa, la señora Nickleby en polaco, qué bien se expresaba el colérico y siniestro Ralph en esa misma lengua. En cuanto a la familia Crummles y a la familia de los sabihondos Squeer, el polaco les era tan connatural como su lengua materna. Era, no me cabe ninguna duda, una traducción excelente. Esto tuvo que ocurrir en el año 1870. Aunque en realidad pudiera estar equivocado; aquel libro no fue mi primera introducción a la literatura inglesa. Mi primer conocimiento fue Los dos hidalgos de Verona y además en el manuscrito de la traducción que había realizado mi padre. Fue durante nuestro exilio en Rusia, seguramente el año anterior a la muerte de mi madre, pues me acuerdo de aquella casa enlutada y de mi aciaga pena. Vivíamos bastante apartados, en las afueras de la ciudad de Chernikov. Aquella tarde, en vez de salir a jugar al patio que compartíamos con el terrateniente que nos había alquilado la casa, me había quedado rezagado en la sala en la que mi padre tenía costumbre de escribir. De dónde pude sacar el arrojo necesario para encaramarme a su silla es algo que desconozco, pero lo cierto es que dos horas después me descubrió arrodillado en ella, acodado sobre la mesa, sosteniéndome la cabeza con ambas manos, encima de aquel manuscrito de páginas sueltas. Me invadió una gran confusión, convencido como estaba de haberme metido en un buen lío. Mi padre se quedó enmarcado en la puerta, observándome con ademán de sorpresa, aunque tras unos instantes de silencio se limitó a decirme:

—Lee esa página en voz alta.

Por fortuna, la página que tenía delante no estaba atiborrada de tachones y correcciones; por otra parte, la caligrafía de mi padre era extremadamente fácil de leer. Cuando llegué al final, asintió y yo me escapé afuera, considerándome afortunado por no haber sufrido la reprimenda que hubiese merecido ese acto de impulsiva audacia. Desde aquel momento procuré descubrir la razón de aquel buen trato que recibí, e imagino que aun sin saberlo yo me había ganado, a ojos de mi padre, el derecho a una cierta liberalidad en mi trato con el escritorio. Tan sólo un mes antes de aquel suceso, o puede que fuera incluso la semana anterior, le había leído en voz alta las pruebas de su traducción de Los trabajadores del mar, de Victor Hugo, habida cuenta de que él guardaba cama y no se encontraba nada bien. Aquél fue el primer título que sometió a mi consideración, así como mi primera incursión en la literatura del mar. Si bien no recuerdo dónde, cómo ni cuándo aprendí a leer, no es en cambio probable que olvide el proceso de aprendizaje del recitado. Mi pobre padre, que era un admirable lector, era al tiempo el más exigente de los maestros. Me enorgullece sobremanera haber leído aquella página de Los dos hidalgos de Verona tolerablemente bien a los ocho años de edad. La siguiente vez que me los encontré fue en una edición de cinco chelines, un volumen que contenía varias obras de William Shakespeare y que leí a ratos perdidos en Falmouth, con el ruidoso acompañamiento de las mazas de los carpinteros de ribera, enzarzados en embutir la brea y el esparto en las juntas del casco, mientras el barco estaba en dique seco. Habíamos llegado a puerto a punto de hundirnos, con varias vías de agua y con una tripulación que se negaba en redondo a cumplir con sus deberes, tras un mes de agotadores combates con las galernas del Atlántico Norte. Los libros son parte integral de la vida de cada uno, y mis asociaciones shakespearianas me retrotraen al primer año de nuestras privaciones, el último que pasé con mi padre en el exilio (me envió a Polonia, a casa del hermano de mi madre, al tiempo que se daba ánimos para afrontar la separación), así como el año de las galernas, el año en que más cerca estuve de morir en alta mar, primero por el agua y luego por el fuego.

Todo aquello lo recuerdo, y en cambio he olvidado qué estaba leyendo el día previo al comienzo de mi vida de escritor. Tan sólo conservo la vaga idea de que seguramente era una de las novelas políticas de Trollope. Y recuerdo asimismo cómo fue aquel día. Fue un día de otoño, un día de atmósfera opalina, un día velado, translúcido, lustroso; en los tejados y las ventanas de enfrente resplandecían feroces llamaradas rojas, la luz del sol, mientras los árboles de la plaza aparecían despojados de todas sus hojas, como trazos de tinta china sobre una hoja de papel grueso. Fue uno de aquellos días londinenses que tienen el encanto de una misteriosa amenidad, de una fascinante blandura. El efecto opalino de la niebla a menudo se repetía en Bessborough Gardens, habida cuenta de su proximidad al río.

No hay razón ninguna que justifique por qué recuerdo ese efecto de forma más patente en un día que en otro, a no ser por el hecho de haber pasado un largo rato mirando por la ventana, después de que se marchara la hija de la patrona llevándose las tazas y los platos. La oí depositar la bandeja en el pasillo y cerrar la puerta; yo seguía fumando, de espaldas a la sala. Es muy evidente que no tenía ninguna prisa por dar el salto y arrojarme a la vida de escritor, en caso de que este primer intento pueda calificarse de salto. Todo mi ser se hallaba retrepado en lo más hondo de la indolencia que embarga al marino alejado del mar, de las tareas interminables y del incesante cumplimiento del deber. Y es que cuando se trata de rendirse ante la indolencia más completa no hay quien gane a un marino en tierra firme, siempre y cuando sea el suyo un humor de absoluta irresponsabilidad que por otra parte degusta a fondo. Me da la sensación de que durante aquel rato no pude pensar en nada, aunque sea una sensación de creer o de confirmar a tantos años de distancia. De lo que sí estoy seguro es que mi pensamiento se hallaba a muchas millas de la redacción de un cuento, aunque sí es posible, e incluso muy probable, que estuviese pensando en Almayer, el hombre.

Le había visto por vez primera cuatro años antes, desde el puente de un vapor anclado en una dársena desvencijada, a unas cuarenta millas río arriba de la desembocadura, en Borneo. Era muy temprano por la mañana, y una neblina muy similar a la niebla opalina que envolvía Bessborough Gardens, de la cual solamente faltaban las feroces llamaradas rojas sobre los tejados y las chimeneas que hace destellar el rojo sol de Londres, prometía convertirse pronto en niebla espesa y cerrada. Aparte de una pequeña piragua hecha de una sola pieza, que discurría por el río, no se movía nada a la vista. Yo acababa de salir bostezando de mi camarote. El serang supervisaba los movimientos de la tripulación malaya, que izaba las cadenas de la carga y aseguraba los chigres; sus voces sonaban apagadas desde el puente, aparte de moverse con languidez. Aquel amanecer tropical resultó helador. El cabo de mar, que era también malayo, tiritaba visiblemente cuando subió al puente a recoger alguna cosa de los armarios. La jungla, de esta orilla y de la opuesta, aparecía renegrida, empapada; la humedad rezumaba por toda la arboladura, por encima del tenso entoldado que guarnecía el puente; fue a mitad de bostezo cuando fijé la vista en Almayer. Avanzaba por una campa de rastrojos quemados un perfil sombrío y diluido tras el cual aparecía el diluido bulto de una casamata de bambúes y hojas de palma entrelazadas.

Saltó al muelle. Iba ataviado simplemente con unos anchos pantalones de pijama de cretona estampada (con unas flores enormes, de pétalos amarillos, sobre un discordante fondo azul) y una camiseta de manga corta. Llevaba los brazos, desnudos hasta por encima del codo, cruzados sobre el pecho. Se diría que hacía una eternidad que no se cortaba los negros cabellos; sobre la frente le caía un mechón rizado. Había oído hablar de él en Singapur; había oído hablar de él a bordo; había oído hablar de él de buena mañana y a altas horas de la noche, después de la colación de mediodía y a la hora de cenar; había oído hablar de él en un lugar llamado Pulo Laut, aquella vez de boca de un caballero mestizo que dijo ser gerente de una mina de carbón, y que me pareció una persona civilizada e incluso de ideas progresistas hasta oírle decir que de la susodicha mina no era posible extraer mineral por hallarse encantada por no sé qué atroces espíritus. Había oído hablar de él en un lugar llamado Dongola, en la isla Célebes, cuando el rajá de aquel puerto de mar poco o nada conocido (en el cual no es posible anclar a una profundidad menor de quince brazas, lo que por cierto resulta extremadamente inconveniente) subió a bordo en actitud amistosa, acompañado solamente de dos ayudantes, para trasegar botella tras botella de agua de soda mientras contemplaba el crepúsculo en compañía de mi buen amigo, el comandante capitán C. A la larga oí pronunciar su nombre con toda claridad y varias veces, en el curso de aquella conversación que se desarrolló en malayo. Ah, sí; lo oí con toda claridad: Almayer, Almayer, y vi sonreír al capitán C. mientras el gordezuelo y deslustrado rajá reía a mandíbula batiente. Ver reír a carcajadas a un rajá de Malasia es una rara experiencia, puedo asegurarlo. Y aún oí mencionar ulteriormente a Almayer entre nuestros pasajeros, en su mayoría comerciantes de probada reputación, sentados por todos los rincones del barco, cada uno de ellos parapetado tras bultos y cajas de todo jaez —esteras, almohadones, edredones—, departiendo acerca de los asuntos propios de la isla. Doy mi palabra de haber oído musitar el nombre de Almayer débilmente, a medianoche, mientras me dirigía a proa desde el puente con objeto de comprobar la bitácora instalada en la tapa de la regala y ver pasar cada cuarto de milla, con un tintineo característico, en medio del gran silencio del mar. No pretendo decir que nuestros pasajeros soñasen en voz alta con Almayer, aunque es indudable que al menos dos de ellos, a lo que se ve incapaces de conciliar el sueño, habían decidido conjurar las molestias del insomnio charlando a media voz a esa hora espectral, y que de una u otra forma se referían a Almayer. A bordo de aquella embarcación era definitivamente inviable alejarse de Almayer; por si fuera poco, un minúsculo poni atado del ronzal de manera tal que movía la cola dentro de la cocina, con gran azoramiento por parte del cocinero, iba destinado a Almayer. Sabe Dios para qué diantre querría aquel poni, pues tengo la absoluta seguridad de que no hubiese podido cabalgarlo; a pesar de los pesares, he ahí al hombre, ambicioso, amigo de la grandeza, decidido a importar un poni por más que en toda la colonia ante la cual a diario blandía impotente el puño cerrado no hubiese más que un solo sendero practicable para este animal, un sendero que no tendría ni un cuarto de milla de longitud, en su mayor parte encajonado entre cientos de leguas cuadradas de jungla virgen. En fin, sabe Dios. La importación de aquel poni procedente de Bali bien podría haber formado parte de algún plan de hondas consecuencias, de un plan de corte diplomático, de alguna intriga en la que hubiese depositado sus más altas esperanzas. Tratándose de Almayer es imposible saber nada a ciencia cierta. Gobernaba su comportamiento mediante consideraciones alejadas por completo de lo más obvio, mediante suposiciones tan increíbles que la lógica implícita en ellas resultaba impenetrable a cualquier persona razonable. De todo esto pude enterarme después. Aquella mañana, al ver aquella figura en pijama que avanzaba por entre la neblina, tan sólo me dije: «He ahí al hombre».

Se acercó bastante al costado del barco y alzó su semblante hostigado, plano y redondo, con el mechón de cabello negro sobre la frente y una mirada cargada, adolorida.

—Buenos días.

—Buenos días.

CAPÍTULO CINCO

Clavó en mí la mirada: yo era un rostro nuevo, dado que acababa de sustituir al segundo de a bordo que tenía él costumbre de ver; creo que esta novedad le inspiró, al igual que la mayoría de las cosas de este mundo, una desconfianza de hondo arraigo en su interior.

—No esperaba su llegada hasta el atardecer —comentó con suspicacia.

Desconozco por qué razón habría de sentirse apesadumbrado, pero lo cierto es que dio muestras de estarlo. Me costó Dios y ayuda explicarle que al embocar el faro en el estuario del río antes del anochecer, y aprovechando la marea, el capitán C. decidió atravesar la barra de arena; además, nada bastó para disuadirle de remontar el río de noche.

—El capitán C. por algo se conoce el curso del río como la palma de su mano —concluí en un esfuerzo por zanjar el asunto.

—Pues mejor para él —dijo Almayer.

Acodado sobre la barandilla del puente miré a Almayer, que a su vez contemplaba la dársena sumido en graves pensamientos. Arrastró los pies; llevaba unas alpargatas de gruesa suela. La neblina matinal había espesado considerablemente. A nuestro alrededor, todo rezumaba: las plumas de carga, la barandilla, todos los cordajes de la embarcación… casi como si un ánimo lloroso se hubiese apoderado del universo entero.

Almayer alzó de nuevo la cabeza y, con el acento de quien está ya acostumbrado a los reveses de la fortuna, se dirigió a mí con voz apenas audible.

—Supongo que no tendrá a bordo un poni, claro.

Le dije casi en un susurro, pues su voz mullida había afinado mi disposición comunicativa en clave menor, que, en efecto, teníamos a bordo un poni, aparte de insinuarle, con toda la amabilidad que pude, que había resultado un contratiempo permanente. Yo estaba deseoso de ponerlo en tierra antes de empezar a descargar. Almayer permaneció un buen rato mirándome con ojos incrédulos y melancólicos, como si no fuese de recibo creer a pie juntillas mi afirmación. Su patética desconfianza ante la favorable resolución del asunto me conmovió en lo más hondo.

—Pero no parece haber molestado lo más mínimo al pasaje —añadí—. Y parece un poni espléndido.

A Almayer no había forma humana de animarle; por toda respuesta, carraspeó y siguió mirándose los pies. Procuré acercarme a él por otro camino.

—¡Por Júpiter! —exclamé—. ¿No le da miedo agarrarse una neumonía, o una bronquitis, metido en semejante niebla con una simple camiseta?

De ninguna manera fue propicia al entendimiento esa muestra de interés por su salud. Su respuesta fue siniestra, como si quisiera dar a entender que esa vía de escape a su infortunio también le estaba vedada.

—¿Miedo? ¡Quiá! —dijo sin hacer gesto alguno—. Acababa de bajar… —añadió al cabo.

—Bueno, pues aprovechando que está aquí, haré bajar a tierra al poni para que se lo lleve cuanto antes. La verdad es que no lo quiero ver sobre cubierta.

Almayer pareció dubitativo.

—Es sencillo —insistí—. Haré que lo dejen en tierra ahí mismo, en la dársena. Prefiero hacerlo antes de que se abran las escotillas, porque a esa criatura a lo peor le da por saltar a la bodega o por hacer cualquier otra travesura.

—¿No va atado a un ronzal?

—Sí, claro que va atado a un ronzal —dije. Y sin más contemplaciones me acodé más sobre la barandilla—. Serang, que descarguen el poni de Tuan Almayer.

El cocinero se dio buena prisa en cerrar la puerta de las cocinas; al poco se armó un buen alboroto en cubierta. El poni soltaba coces a diestro y siniestro, los kalashes se quitaban de en medio sin ningún miramiento, el serang daba órdenes sin cesar, con la voz rota. De repente, el poni saltó sobre la escotilla de proa. Los cascos, pese a ser pequeños, atronaban de manera tremenda; hacía ademán de avanzar y luego reculaba. Las crines se le habían desordenado, dándole un aire de potro salvaje. Dilataba las aletas nasales, babeaba y tenía los ojos encendidos. Se había vuelto una furia desatada, relinchaba sin parar; a su alrededor, dieciséis kalashes corpulentos se movían sin saber qué hacer, como otras tantas ayas desconcertadas en torno a un niño malcriado y enfurruñado. Meneaba la cola sin parar, arqueaba el cuello: una perfecta delicia, una malicia encantadora. En toda su representación no hubo ni una pizca de maldad; en ningún momento enseñó los dientes ni aplastó las orejas contra el cráneo. Al contrario, mantuvo las orejas erguidas, de manera cómica y agresiva. Resultaba una criatura totalmente amoral, adorable; me habría gustado darle pan, terrones de azúcar, zanahorias. La vida, sin embargo, es severa, y el sentido del deber es el único guía seguro. Por eso, endurecí mi corazón y desde el puente ordené a los hombres que se lanzaran encima del animal y lo inmovilizaran.

El enjuto serang emitió un extraño grito, una voz desarticulada, y dio ejemplo. Era un contramaestre excelente, sin duda muy competente, un moderado fumador de opio. Todos los demás, como un solo hombre, aplastaron al caballo. Se le aferraron de las orejas, de las crines, de la cola; se amontonaron sobre sus lomos; en total eran diecisiete. El carpintero asió el gancho de la cadena de carga y se arrojó sobre todos ellos. Era también un estupendo marino, aunque tartamudo. ¿Ha oído alguna vez el lector a un chino aplicado, amarillo de tez, enteco, triste, tartamudear en un inglés macarrónico? Es de lo más curioso. Pues con él eran dieciocho. Dejé de ver el poni, aunque a juzgar por el agitado movimiento del amasijo de hombres, estaba seguro que seguía dando guerra allí debajo.

—¡Oh, hay que ver…! —dijo Almayer desde la dársena, con un inocultable temblor en la voz.

Desde su posición no podía ver lo que acontecía en cubierta, con la salvedad, quizá, de las cabezas de los marinos; tan sólo pudo oír el jaleo, el poderoso tronar de los cascos, como si el barco se estuviese haciendo astillas.

—¿Qué sucede? —le espeté.

—No permita usted que le rompan las patas —me suplicó lastimero.

—Déjese de zarandajas. Todo va bien. Ya está inmovilizado.

Cuando afianzaron el gancho de la cadena a la argolla de la gruesa cincha de lona que habían pasado bajo el cuerpo del poni, los kalashes se apartaron en todas direcciones, tropezando los unos contra los otros; el valeroso serang se apresuró a llegar a los chigres y accionó el vapor.

—¡Despacio! —grité, ante la aprensión que me produjo ver al animal izado hasta la cabeza misma de la pluma de carga.

En la dársena, Almayer arrastraba inquieto las alpargatas. Cesó el traqueteo del chigre; en medio de un tenso, impresionante silencio, el poni empezó a balancearse sobre cubierta.

Tan pronto se sintió izado por los aires, relajó todos los músculos de manera pasmosa. Reunió los cascos como si formasen un ramillete, agachó la cabeza y la cola quedo suspensa, tan inmóvil que se hubiese dicho que carecía de nervio. Me recordó vivamente el patético cordero que cuelga de la cadena del Toisón de Oro. No podía yo imaginar que un caballo pudiese quedar tan desmadejado que pareciese totalmente muerto. Sus salvajes crines pendían sin movimiento, mera masa de cerdas inanimadas; sus agresivas orejas se habían abatido; ahora bien, cuando se balanceaba lentamente sobre cubierta me percaté del astuto rebrillo de su mirada, pese a tener los ojos entrecerrados. Un valeroso cabo de mar, la mirada ansiosa y la boca abierta de par en par, observaba atento la pluma de carga, bajo mi supervisión.

—¡Vale! Ya es suficiente.

Se había detenido el movimiento de la pluma de carga. Los kalashes rectificaron la posición del animal. La cuerda del ronzal colgaba perpendicularmente e inmóvil, como si fuese la cuerda de un campanario, ante Almayer mismo. Todo quedó muy quieto. Le sugerí amistosamente que agarrase la cuerda y se hiciera cargo. Alargó la mano con ademán provocativo, superior.

—¡Mucho ojo, pues! ¡Bajadlo!

Almayer hizo presa en la cuerda con probada inteligencia, pero nada más tocar la dársena los cascos del poni, cedió de inmediato a un impulso de optimismo rayano en la más completa estupidez. Sin la menor pausa, sin pensarlo, casi sin mirar siquiera, soltó el gancho del cabestrillo de lona. La cadena de carga, tras golpear los cuartos traseros del animal, fue a dar ruidosamente contra el costado del barco. Supongo que debí de pestañear. Sé que algo tuve que perderme, pues al abrir los ojos vi a Almayer tendido boca arriba sobre el muelle. Estaba solo.

El pasmo me privó de la facultad de hablar el tiempo suficiente para que Almayer se pusiera en pie con torpeza, dolorosamente. Los kalashes, acodados en la barandilla, se habían quedado boquiabiertos. Una suave brisa rolaba la neblina, que se había espesado hasta el punto de ocultar la costa por completo.

—¿Cómo diablos se las ha arreglado para dejarlo escapar? —le pregunté escandalizado.

Almayer se miró la dolorida palma de la mano derecha, pero no contestó a mi pregunta.

—¿Adónde cree que va a llegar? —le grité—. ¿Hay vallas por ahí? ¡Fíjese qué niebla! ¿Qué quiere que hagamos ahora?

Almayer se encogió de hombros.

—Por ahí andarán algunos de mis hombres; ya lo atraparán más pronto o más tarde.

—¡Más pronto o más tarde! Me parece excelente, pero ¿y mi cincha de lona, eh? La quiero aquí y ahora mismo, de inmediato; tengo que desembarcar dos vacas traídas de la Célebes.

Desde que hiciéramos escala en Dongola, llevábamos a bordo además del poni dos vacas hermosas como son las de aquella isla. Amarradas al otro lado, por la proa, también habían dado abundante quehacer al cocinero. De todos modos, las vacas no eran para Almayer; al contrario, eran un envío destinado a Abdullah bin Selim, su enemigo. Almayer hizo caso omiso de mi requisitoria.

—Yo que usted procuraría averiguar adónde se ha ido —insistí—. ¿No sería preferible que llamara a sus hombres o que hiciese algo? No me extrañaría que se cayese y que se rompiera una pata.

Almayer, absorto en sus abstractos pensamientos, no parecía desear ya la posesión del poni. Perplejo ante su súbita indiferencia, hice que todos los hombres disponibles bajaran a tierra para emprender su búsqueda o, cuando menos, la búsqueda de la cincha que le rodeaba el cuerpo. Con la excepción de los bomberos y los maquinistas, toda la tripulación del vapor pasó a todo correr por el muelle, dejando a un lado a un pensativo Almayer, hasta desaparecer de mi vista. La blanca neblina los engulló uno a uno; de nuevo, volvió a cuajar un hondo silencio que parecía extenderse millas y millas, río arriba y río abajo. Taciturno aún, Almayer se dispuso a subir a bordo; bajé del puente para recibirlo en cubierta, a popa.

—¿Le importaría avisar al capitán y decirle que quiero verlo ahora mismo, en persona? —me solicitó en voz baja, dejando que su mirada vagase a su alrededor.

—Muy bien. Iré a ver.

Con la puerta de su camarote abierta de par en par, el capitán C., recién vuelto del cuarto de aseo, grande y de anchos hombros, se cepillaba el cabello espeso, húmedo, gris como el acero, formando dos grandes crenchas.

—El señor Almayer me ha dicho que quiere verlo en persona, señor.

Al decir estas palabras, sonreí. No sé por qué pudo darme por sonreír, dejando a un lado que parecía imposible pronunciar el nombre de Almayer sin sonreír de una forma u otra. Ni siquiera fue necesaria una sonrisa radiante. El capitán C. volvió hacia mí la vista, más bien adusto y serio.

—Qué, se le ha escapado el poni, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Dónde está?

—Sabe Dios.

—No. Me refiero a Almayer. Hágalo pasar ahora mismo.

Como el camarote del capitán daba directamente a cubierta, bajo el puente, solamente tuve que hacer una seña desde la puerta; Almayer estaba a popa, baja la vista, exactamente donde le había dejado. Avanzó mohíno, estrechó la mano del capitán y acto seguido pidió permiso para cerrar la puerta.

—Tengo una buena historia que contarle. —Ésas fueron las últimas palabras que oí. La amargura de su voz fue notable.

Me alejé de la puerta del camarote, claro está. Por el momento, me había quedado sin tripulación a bordo; solamente el carpintero chino, con un bolso de lona al hombro, zascandileaba por cubierta; iba golpeando las cuñas de las escotillas y se las guardaba en el bolso. Como no tenía ningún quehacer, me uní a los dos maquinistas en la puerta de la sala de máquinas. Era casi la hora del desayuno.

—Pues bien pronto que ha aparecido, ¿eh? —comentó el segundo maquinista, y sonrió indiferente. Era un hombre abstemio, de buena digestión, dotado de una visión apacible y harto razonable de la vida incluso cuando tenía hambre.

—Le soltará una letanía de quejas interminables —observó el maquinista jefe.

Sonrió con cierta acritud. Era dispépsico, y padecía de un hambre inclemente por las mañanas. Su segundo sonrió ampliamente, una sonrisa que le formó dos arrugas verticales en las mejillas sin afeitar. Y también sonreí yo, por más que no estuviese exactamente entretenido. En aquel hombre cuyo nombre era impronunciable en todo el archipiélago de Malasia sin arrastrar tales o cuales sonrisas, nada había de entretenimiento. Aquella mañana desayunó con nosotros en silencio, la mirada fija en su tazón la mayor parte del tiempo. Le informé de que mis hombres habían dado con su poni cuando correteaba y brincaba en plena niebla junto al pozo en el que almacenaba sus provisiones de guttah, un pozo de casi dos metros de hondo. La tapadera no estaba puesta, y algunos miembros de mi tripulación se salvaron por los pelos del batacazo que se hubieran dado en caso de caer en aquel apestoso agujero. A Jurumundi Itam, que era nuestro mejor cabo de mar, un hombre muy diestro en las tareas de costura, y que se solía encargar de remendar las banderas del barco y coser los botones de las casacas, tuve que darle temporalmente de baja por una coz recibida en el hombro.

Tanto el remordimiento como la gratitud parecían ajenos al carácter de Almayer.

—¿Se refiere usted al pirata? —musitó.

—¡Qué pirata ni qué ocho cuartos! ¡Ese hombre lleva once años a bordo de este barco! —le espeté indignado.

—Lo digo por su aspecto —murmuró Almayer por toda disculpa.

El sol había ido royendo la niebla. Desde donde estábamos sentados, bajo la toldilla de popa, veíamos a lo lejos al poni amarrado a uno de los postes del porche, ante la casamata de Almayer. Estuvimos callados mucho rato. De pronto y sin previo aviso, Almayer soltó una exclamación que aludía evidentemente a la conversación sostenida en el camarote del capitán.

—¡De veras, ahora no sé qué hacer!

El capitán C. se limitó a enarcar las cejas mirándole fijamente, y acto seguido se levantó. Nosotros nos dispersamos para cumplir con nuestros deberes, mientras Almayer, a medio vestir como iba con su pijama de cretona y su camiseta de algodón, permaneció a bordo, remoloneando cerca de la plancha de desembarco, como si fuese incapaz de decidirse, como si no supiera si marcharse a casa o permanecer con nosotros para siempre. Los chinos le miraban de soslayo mientras trajinaban de acá para allá, y Ah Sing, nuestro camarero jefe, al mirarme de frente, hizo un gesto señalando la fornida espalda de Almayer. A lo largo de la mañana todavía me acerqué a él en una ocasión.

—En fin, señor Almayer —le dije confiado—. Aún no ha echado un vistazo a sus cartas.

Le habíamos llevado el correo. Desde que terminamos el desayuno, había mantenido agarrado el fajo de cartas, aun sin hacerles ningún caso. Al hablarle yo del correo miró de reojo el fajo, y pareció por un instante que iba a abrir los dedos y dejar que las cartas se esparcieran sobre cubierta. Creo que estuvo tentado de hacerlo. Y nunca olvidaré a aquel hombre al que tanto miedo le daba el correo recibido.

—¿Hace mucho tiempo que está ausente de Europa? —me preguntó.

—No mucho. Todavía no han pasado ocho meses —le dije—. Tuve que dejar un barco en Samarang a causa de unos dolores de espalda; luego pasé unas semanas en el hospital, en Singapur.

Suspiró.

—Aquí, el comercio es una pena.

—Sí, una auténtica pena.

—¡Un desastre! ¿Ve usted esos gansos?

Con la mano en la que sostenía el fajo de cartas, señaló hacia lo que parecía una mancha nevada que retemblaba sobre la parte más alejada de su finca. La mancha terminó por desaparecer tras unos arbustos.

—Son los únicos gansos que hay en la costa de Borneo —me informó Almayer con un murmullo perfunctorio, sin la menor chispa de fe, de esperanza o de orgullo. Acto seguido, con la misma falta de ánimo, proclamó su intención de escoger un ganso bien cebado y mandárnoslo a bordo para que nos lo preparase el cocinero al día siguiente.

Yo ya tenía conocimiento de sus muestras de generosidad. Era capaz de regalar un ganso como quien otorga una condecoración a los amigos más esforzados de la corte. De hecho, me había esperado una mayor pompa en la ceremonia. Era sin duda un regalo especialísimo. ¡Uno de los únicos gansos que había en la costa este de Borneo! Pese a todo, no le sacó ni la mitad del partido que podría haberle sacado. Aquel hombre no terminaba de entender el alcance de las oportunidades que se le presentaban. En cualquier caso, le di las gracias por extenso.

—Verá usted —me interrumpió abruptamente y con un tono de voz harto peculiar—. Lo peor de este país es que nadie parece capaz de darse cuenta… Es imposible darse cuenta… —su voz se sumió en un lánguido susurro—. Y cuando resulta que uno tiene intereses de cierta amplitud… intereses de cierta importancia… río arriba —terminó débilmente.

Nos miramos el uno al otro. Me dejó de una pieza al sobresaltarse y esbozar una rarísima mueca.

—Bueno, debo marcharme —barbotó apresuradamente—. Hasta la vista.

En el momento de encaminarse a la plancha de desembarco, hizo un alto y me invitó en un murmullo a cenar esa noche en su casa en compañía de mi capitán, invitación que acepté. No creo que me hubiera sido posible rechazarla.

Me agradan esos hombres de valor, capaces de hablar del libre albedrío «en cualquier caso, y en toda cuestión de tipo práctico». Libre albedrío, ¿eh? ¡Y además, en cuestiones de tipo práctico! Basura. ¿Cómo habría podido negarme a cenar con aquel hombre? No me negué, lisa y llanamente, porque no podía negarme. La curiosidad, un saludable deseo de cambiar, al menos por una sola noche, de hábitos culinarios, la buena educación, las charlas y las sonrisas de los veinte días previos…, en aquel momento de mi existencia, en aquel lugar, todas las condiciones hacían irresistible mi aceptación; para postre, la ignorancia, la ignorancia más absoluta, es decir, la fatal carencia del conocimiento previo que hubiese sido necesario para contrarrestar todas las imperativas condiciones del problema. Una negativa habría parecido a un tiempo perversa y malsana. Nadie, a menos que fuera un cariacontecido lunático, se habría negado a tal invitación. Ahora bien, si no hubiera llegado a conocer a Almayer pasablemente bien, a buen seguro que no habría ni una sola página mía en letra impresa.

Acepté, pues… y aún no he terminado de pagar el precio de aquella falta de la más elemental cordura. El propietario de la única bandada de gansos de toda la costa este de Borneo es responsable de la existencia de catorce volúmenes, al menos hasta la fecha. El número de gansos que estaban en su poder en aquellas condiciones climáticas adversas sobrepasaba con creces los catorce. El recuento de los volúmenes nunca alcanzará el de las cabezas; por fortuna, puedo estar tranquilo. Sin embargo, mis ambiciones no apuntan exactamente en ese sentido, y sean cuales fueren los desgarros que me ha supuesto la tarea de escribir, siempre he pensado con benevolencia en Almayer.

Me pregunto cuál hubiera sido su actitud en caso de haber tenido noticia de mis escritos. No es algo que pueda descubrir en este mundo. Ahora bien, si nos tocase encontrarnos en los Campos Elíseos —donde no puedo imaginármelo si no es con su bandada de gansos (aves por cierto consagradas a Júpiter) siguiéndole de lejos— y si tuviera a bien dirigirse a mí en la quietud de esa desapasionada región, sin luz ni tinieblas, sin sonidos ni silencio, en medio del pulso infinito de las neblinas surgidas de las impalpables muchedumbres de los muertos, creo saber qué respondería.

Tras atender cortésmente el tono ajeno a toda vibración de sus sin embargo comedidas reconvenciones, que de ninguna manera perturbarían en lo más mínimo, claro es, la solemne eternidad de la quietud, le diría algo por el estilo:

—Cierto es, Almayer, que en el mundo de los mortales he utilizado su apellido en beneficio propio. Latrocinio de menor cuantía, sin duda. ¿Qué hay en un hombre, oh Sombras? Si su mortal debilidad sigue en buena parte adherida a usted, al menos lo suficiente para hacerle sentirse molesto (tal como era molesto el tono de su voz terrenal, Almayer), en ese caso le ruego que busque sin tardanza su voz entre nuestra sublime congénere, la Sombra, y encuentre a quien, en su transitoria existencia como poeta, comentó el aroma de la rosa. Le dará algún consuelo. Vino usted a mí despojado de todo prestigio, a juzgar por las curiosas sonrisas de los hombres y por la irrespetuosa cháchara de los comerciantes que vagan por las Islas. Su nombre llegó a ser propiedad común de los vientos; su nombre a poco estuvo de flotar desnudo sobre las aguas del ecuador. En torno a su deshonra envolví yo el real manto de los trópicos; fui yo quien intentó envolver la oquedad de su sonido con la angustia misma de la paternidad (hazañas que, por cierto, no demandó usted de mí), pero recuerde que todos los esfuerzos y todos los quebraderos de cabeza me tocaron a mí en suerte. En su vida terrenal me ha perseguido usted, Almayer, sin dejarme a sol ni a sombra. Considere que eso ha significado tomarse una gran libertad. Dado que siempre se quejó usted de estar ya perdido para el mundo, debería recordar que de no haber creído yo lo suficiente en su existencia, de no haberle franqueado la entrada de aquella casa de Bessborough Gardens, se habría hallado usted infinitamente más perdido. Afirma usted que de haber sido yo capaz de observarlo con un desapego más perfecto, con una mayor sencillez, habría podido percibir mejor la maravilla interior que, según insiste, le acompañó en su trayectoria hasta ese minúsculo punto de luz, a duras penas visible, lejos, muy lejos, allá abajo, en el que yacen nuestros sepulcros. ¡Sin duda! Reflexione, sin embargo, y tenga en cuenta la Sombra quejumbrosa que le acompaña, que eso no fue tanto culpa mía cuanto el último infortunio de los suyos, el que vino a coronar su vida en el mundo de los mortales. Yo creía en usted de la única forma en que pude haber creído. ¿Que no estuve a la altura de sus méritos? Así sea. Tenga en cuenta, Almayer, que usted fue siempre un hombre infortunado. Nunca tuvo nada a la altura de su valía. Lo que en cambio le hizo aparecer ante mí con tanta realidad fue que sostuviera usted esta altanera teoría, no sin cierta fuerza de convicción, ni tampoco sin una envidiable coherencia.

Con algunas de estas palabras, traducidas a la debida expresión de las sombras, estoy dispuesto a aplacar el espíritu de Almayer en el Reino Elíseo de las Sombras, dado que, comoquiera que le ha tocado partir hace ya mucho tiempo, nunca nos encontraremos de nuevo en este mundo.

CAPÍTULO SEIS

En la trayectoria del menos literario de todos los escritores, y lo digo en el sentido de que la ambición literaria nunca había formado parte de su mundo imaginario, que su primer libro cobre existencia propia es un acontecimiento harto inexplicable. En mi propio caso, no puedo seguir las huellas que habrían de conducirme al origen ni adscribirlo tampoco a ninguna causa mental o psicológica que pudiera entresacarse de todas las demás. Por mucho que el mayor de mis dones sea una consumada capacidad de no hacer nada, ni siquiera puedo apuntar el aburrimiento como estímulo racional que conduzca al acto de empuñar la pluma. En cualquiera de los casos, la pluma estaba allí, al alcance de cualquiera, hecho que de ninguna manera puede ser motivo de sorpresa. Todo el mundo guarda una pluma (el frío acero de nuestros días) en sus aposentos, en esta época iluminada y repleta de sellos postales de a penique y de tarjetas de a medio penique. De hecho, ésta es la época en la que mediante las postales y la pluma el señor Gladstone puede arrogarse la reputación de haber introducido alguna que otra novedad. Por tanto, también disponía yo de una pluma por ahí extraviada: la pluma que rara vez empuña el marino en tierra firme; la pluma que, de empuñarla el marino, lo hará de mala gana; la pluma, en fin, cuya tinta se ha resecado tras unos cuantos empeños, a la sazón postergados, por contestar cartas con retrasos muy superiores a los que permite la decencia más elemental, cartas en cualquier caso iniciadas con infinita reluctancia y de pronto abandonadas, al día siguiente, hasta que sin cumplirse siquiera el plazo de una semana termina por pasar el momento razonable de la respuesta. Se trata de esa pluma por la que nadie se preocupa, una pluma arrumbada y apartada de en medio a la menor provocación, esa pluma que cuando no queda otro remedio se busca con denuedo, sí, pero sin ningún índice de entusiasmo, con el ánimo molesto y preocupado de quien se dice: «¿Adónde diantre habrá ido a parar ese cacharro del demonio?». ¡Adónde! Fácilmente habrá pasado unos cuantos días reposando bajo el sofá. La anémica hija de mi patrona (tal como habría dicho Ollendorff), aunque resultase apañadamente presentable, tenía una forma altanera y negligente de cumplir con sus quehaceres domésticos. Podría incluso darse el caso de habérmela encontrado en reposo, delicadamente apoyada sobre la punta, junto a la pata de la mesa, en cuyo caso la habría empuñado, habría percibido la brecha del tajo, consecuencia de su inactividad, lo cual habría desanimado a cualquier hombre de instinto literario, pero no a mí. «No importa —habría dicho—. Me sirve tal como está».

Ah, aquellos días sin engaño. Si por aquel entonces alguien me hubiese dicho que una casa tan devota de su entidad doméstica, al tener una idea harto exagerada de mi talento y de mi importancia, se hubiera puesto en tal estado de frenesí y de inquietud por el desconcierto que había causado yo en tanto alguien investido de la sacrosanta autoridad que da la pluma de la autoría, jamás habría llegado a esbozar la más remota y despectiva sonrisa de pura incredulidad. Algunas imaginaciones son incluso improbables de ser notadas, son demasiado desmesuradas para parecer dignas de perdón, o demasiado absurdas para arrancar una sonrisa. Tal vez, en caso de haber sido ese vidente del futuro un buen amigo, me habría sentido contristado en lo más hondo y en secreto. Ay, me habría dicho yo, y mirándole con rostro inamovible, habría pensado: «Pobre hombre, se ha vuelto loco».

Qué duda puede caber; me habría sentido muy triste; en este mundo en el que los periodistas leen los signos del firmamento, y en el que el propio viento del cielo sopla bajo la profética dirección de la oficina meteorológica, en este mundo en el que, empero, el secreto de los corazones de los hombres no se puede desentrañar ni orando ni espiando, era infinitamente más probable que el más cuerdo de mis amigos hubiese contraído el germen de una locura incipiente antes de convertirme yo en escritor de relatos.

Pasar revista con el ánimo asombrado a los cambios acontecidos en cada cual es actividad fascinante para las horas de holganza. Es tan ancho el campo, son tan variadas las sorpresas, tanto rebosa esa materia de curiosas sugerencias de las que no se puede sacar provecho, sí, pero que apuntan a la obra de fuerzas invisibles, que no es fácil hastiarse. No hablo en este punto de los megalómanos que reposan inquietos bajo la corona de su ilimitado engreimiento, los cuales en realidad nunca reposan en este mundo, y cuando salen de él siguen preocupados y sueltan bufidos sin parar en las encorsetadas circunstancias de su último habitáculo, en cuya oscuridad hemos de yacer todos los hombres por igual. Tampoco pienso en aquellos que, ambiciosos de mente, siempre andan en pos del engrandecimiento, incapaces de dedicar unos minutos a mirarse con desapego, con una mínima impersonalidad.

Y es una pena. Qué desafortunados. A estos dos tipos de personajes, junto al gremio más nutrido de los que por completo carecen de imaginación, los infortunados seres en cuya mirada vacía y sin ver (tal como ha dicho un gran escritor francés) «el universo entero se desvanece en la nada», se les escapa, tal vez, la verdadera tarea que tenemos por hacer nosotros, los hombres cuya residencia es breve en la tierra, residencia por cierto en la que abundan las opiniones en conflicto. La visión ética del universo nos lleva a la larga a muchísimas contradicciones absurdas y crueles, en las cuales se diría que perecen los últimos vestigios de la fe, la esperanza, la caridad y hasta de la razón misma; tanto es así que he terminado por sospechar que el propósito de la creación de ninguna manera puede ser ético. De muy buena gana creería que su objeto es puramente espectacular, un espectáculo de auténtico temor, de amor, de adoración o de odio, como se quiera, si bien en esta manera de ver las cosas —y solamente en ella— ni por asomo puede ser el universo objeto de desesperación. Esas visiones, ya deliciosas, ya desgarradoras, son en sí mismas una finalidad moral. El resto es asunto de nuestra sola incumbencia: la risa, las lágrimas, la ternura, la indignación, la suma tranquilidad de un corazón acerado, la desapegada curiosidad de una mente sutil y penetrante… ¡tales son los asuntos de nuestra incumbencia! Y la atención incansable, olvidadiza del propio yo, a cada una de las fases por las que atraviesa el universo, tal como se reflejan en nuestra propia conciencia, bien pudiera ser la tarea que nos haya sido asignada en la tierra. Trátase de una tarea en la que el destino ha tenido a bien implicar única y exclusivamente nuestra conciencia, tocada por el don de una voz capaz de dar verdadero testimonio de las maravillas visibles de este mundo, del pánico sobrecogedor, de la pasión infinita y de la serenidad inatacable, de la ley suprema, en fin, del misterio del espectáculo sublime de la vida.

Chi lo sà? Puede ser verdad. A la luz de esta manera de ver las cosas hay sitio de sobra para todas las religiones, con la sola excepción del pervertido credo de la impiedad, la máscara y el embozo de la árida desesperación; hay sitio para todas las alegrías y para todas las penas, para todos los sueños, para todas las esperanzas tolerantes. El gran propósito, a saber, ser fiel a las emociones concitadas desde las profundidades que rodean las estrellas del firmamento, cuyo número infinito y cuyas distancias tremendas pueden llevarnos a la risa o al llanto (¿no eran la Morsa y el Carpintero los que en aquel poema «lloraban, inconsolables, de la pena / de ver tanta y tanta arena»?) o, de nuevo, a un corazón adecuadamente acerado, bien puede no importar nada en absoluto.

Esa cita caída al azar, brotada por sí sola de un poema de verdadero mérito, me lleva a comentar que dentro de esta concepción que tiene al universo por puro espectáculo, en la cual toda suerte de inspiración goza de existencia racional, encuentra su lugar natural cualquier artista y, entre ellos, el poeta en tanto visionario par excellence. Incluso el que escribe en prosa, quien aun en su quehacer menos noble si se quiere, y desde luego más laborioso, ha de ser por fuerza un hombre de corazón acerado, es merecedor de un lugar propio, siempre y cuando mire a su alrededor sin entornar los ojos y mantenga a raya la risa, siempre y cuando no sea él quien ría o quien llore. Sí. Hasta quien escribe ficción en prosa, que después de todo no es sino verdad a menudo extraída de un pozo y revestida con las vestiduras de que la dota la frase imaginaria, hasta el mismo escritor de ficción tiene su lugar propio entre los reyes, los demagogos, los sacerdotes, los charlatanes, los duques, las jirafas, los ministros, los fabianos, los albañiles, los apóstoles, las hormigas, los científicos, los bantúes, los soldados, los marinos, los elefantes, los abogados, los dandis, los microbios y las constelaciones todas de un universo cuyo asombroso espectáculo constituye una finalidad moral en sí misma.

En este punto percibo, y lo digo sin ánimo de ofender, que algún lector adoptará una expresión sutil, como si hubiese gato encerrado. Me tomo la libertad del novelista para observar que en la mente del lector se formula por sí sola una exclamación: «¡Ya lo tengo! ¡Este individuo habla pro domo sua!».

Por descontado, no era ésa mi intención. No me había percatado de que hubiese gato encerrado. Claro que, después de todo, ¿por qué no iba a haberlo? Los espléndidos jardines de la Casa del Arte están atestados de humildes servidores. Y no hay servidor tan fiel y tan atento como aquel a quien se permite tomar asiento en el umbral. En cambio, quienes han podido entrar tienden a tenerse en muy alta consideración. Este último comentario, me permito subrayarlo, no puede tenerse en insidioso dentro de la definición que estatuye la ley del libelo. Se trata de un comentario equilibrado sobre una cuestión de interés público. En fin, no importa. Pro domo sua. Sea, pues. Barrer para casa tant que vous voudrez. Con todo, la verdad sea dicha: no tenía yo ninguna comezón por justificar mi existencia. No sólo habría sido un empeño innecesario y absurdo, sino también inconcebible, dentro de un universo puramente espectacular, en el cual de ninguna manera puede surgir una necesidad tan desagradable. Tal como vengo diciendo a la larga en estas páginas, me será suficiente decir: J’ai vécu. He seguido con vida. La mía ha sido una existencia oscura entre las maravillas y los terrores del tiempo que me ha tocado vivir, al igual que el Abbé Sieyès, que es quien originalmente pronunció las palabras citadas, consiguió existir a despecho de la violencia, los crímenes y los entusiasmos de la Revolución francesa. J’ai vécu, al igual que, deduzco, nos las apañamos para seguir vivos la mayoría de nosotros, escapando por los pelos a las más diversas formas de la destrucción; he salvado mi cuerpo, esto es evidente, y tal vez también haya salvado mi alma, aunque no sin sufrir daños aquí y allá, sobre todo en mi conciencia, herencia de los siglos, la raza, el grupo y la familia, susceptible de ser coloreada y moldeada, torneada por las palabras, las miradas, los actos e incluso los silencios y las abstinencias que rodean la propia infancia, tintada con delicados matices y colores crudos por las tradiciones recibidas, las creencias o los prejuicios… imposible de resumir, despótica, persuasiva y, a menudo, romántica.

¡Y a menudo romántica…! Lo que en el fondo importa, de todos modos, es impedir que estas remembranzas se tornen confesiones, variante de la actividad literaria que ya desacreditara Jean Jacques Rousseau mediante la extrema morosidad con que confeccionó la obra en la que justifica su propia existencia, pues que ése fue su propósito es palpable e incluso groseramente visible a toda mirada libre de prejuicios. Claro que, recuerde el lector, no era el filósofo un escritor de ficción. Era un moralista sin ningún arte, tal como lo demuestra que su efeméride la celebren a bombo y platillo los herederos de la Revolución francesa, que de ninguna forma puede considerarse un movimiento político, dado que fue un gran estallido de moralidad. No tenía ninguna imaginación, como bien demostrará un somero examen del Emilio. No era un novelista, profesión en la cual la primera virtud es la comprensión exacta de los límites que impone la realidad de la propia época sobre las posibilidades de la invención. La inspiración proviene de la tierra, y la tierra tiene un pasado, una historia, así como un futuro; la inspiración no proviene del cielo frío e inmutable. Un escritor de prosa imaginativa (más aún que ningún otro artista) se confiesa en sus obras. Su conciencia, su hondo sentido de las cosas, ya sean legítimas o ilícitas, es la que le dota de una actitud ante el mundo. Cierto que todo aquel que lleve la pluma al papel con objeto de escribir lo que después haya de dar a leer a los desconocidos (a menos que sea un moralista, el cual, en términos generales, no tiene más conciencia que la que dolorosamente se esfuerza por configurar para uso de los demás) no puede hablar de ninguna otra cosa. Es Anatole France, el más elocuente y justo de los escritores franceses en prosa, quien sostiene que debemos reconocer de una vez por todas que «tras haber fracasado en el intento por mantenernos en paz con nosotros mismos, ya solamente podemos hablar de nosotros mismos».

Este comentario, si mal no recuerdo, lo hizo en el curso de una polémica con el fallecido Ferdinand Brunetière acerca de los principios y las normas de la crítica literaria. Como era de esperar en un hombre a quien debemos ese dicho memorable —«el buen crítico es aquel que refiere las aventuras de su alma entre las obras maestras»—, Anatole France sostuvo que no existían normas ni principios, lo cual bien pudiera ser verdad. Las normas, los principios y los criterios mueren y desaparecen a diario. Tal vez, a estas horas ya estén todos muertos, ya hayan desaparecido todos. Más que nunca, ésta es una época valerosa y libre en la que se han destruido los hitos que marcaban la tierra, en tanto las mentes de más ingenio se afanan por inventar nuevos faros que, consuela pensar, no tardarán en levantarse en los antiguos lugares. Ahora bien, lo que más puede interesar a un escritor es la posesión de una certidumbre interior de que la crítica literaria nunca morirá, dado que el hombre, tan diverso en sus múltiples definiciones, es antes que ninguna otra cosa un animal crítico. En tanto en cuanto las mentes más distinguidas por el don de la inteligencia sigan dispuestas a tratarla con el espíritu de la gran aventura, la crítica literaria seguirá atrayéndonos a todos por el encanto y la sabiduría que contiene un relato bien contado que refiera la propia experiencia personal.

Para todas las nacionalidades de la tierra, pero muy en especial para los ingleses, una tarea, cualquier tarea que se emprenda con espíritu de aventura, adquiere el mérito de lo poético. Sin embargo, por norma general no los críticos hacen gala de un genuino espíritu de aventura. Asumen sus riesgos, claro está; el riesgo es algo sin lo cual sería imposible vivir. El pan nuestro de cada día, aun escaso, se nos sirve con una pizca de sal. De otro modo, cualquiera enfermaría por abusar de la dieta que con tanto ahínco defiende, y eso no solamente sería impropio, sino también impío. Guardémonos de esa impiedad y de cualquier otra variante de la impiedad. Un ideal reservado, al cual se adhiere uno a partir de una clara concepción de la propiedad, o tal vez por una cierta timidez, o por cautela, o sencillamente por fatiga, induce, mucho me temo, a quienes se dedican a la crítica, a disimular la faceta aventurera de su profesión, dado lo cual la crítica pasa a ser mera «noticia», como si fuese simple relación de un viaje en el que nada, aparte de las distancias y la geología del paisaje, es digno de ser tenido en cuenta; en cambio, los raros animales que se han entrevisto, los peligros de la navegación y de la locomoción terrestre, el hecho de haber escapado por los pelos, y los sufrimientos (¡ah, también los sufrimientos! No me cabe ninguna duda de los sufrimientos) del viajero se guardan celosamente en secreto; tampoco se menciona nunca el umbrío claro del bosque, el árbol cargado de fruta; así pues, toda la hazaña se reduce a una simple proeza de agilidad en el desierto por parte de la pluma bien adiestrada. Cruel espectáculo… la más deplorable de las aventuras. «La vida», dicho en palabras de un pensador inmortal y de origen, diría yo, bucólico, aunque su nombre perecedero se haya perdido para la posteridad, «no es sólo beber cerveza y jugar a los bolos». Ni tampoco lo es el escribir novelas. Cierto que no. Je vous donne ma parole d’honneur. No lo es en absoluto. Me pongo tan enfático por recordar que hace ya algunos años, la hija de cierto general…

Los eremitas que vivían en sus celdas, aquellos primeros monjes encerrados en sus claustros, en plena Edad Media, tuvieron que recibir de vez en cuando súbitas revelaciones del mundo profano, al igual que las recibieron los sabios solitarios, los hombres de ciencia, los reformadores; las revelaciones del juicio superficial de este mundo fueron asombrosas sin duda para aquellas almas concentradas en su amargo bregar en pos de la santidad, o del conocimiento, o de la templanza o, por qué no, del arte, aun cuando solamente fuese el arte de contar chistes o de tocar la flauta. De esa misma forma se me apareció la hija del general… aunque debiera decir, más bien, que se me apareció una de las varias hijas de aquel general. Eran tres estas damas solteras y sin compromiso, de edades en proporcionada gradación, que laboraban desde una granja cercana en una ocupación unitaria y más o menos militar. La mayor guerreaba contra la corrupción de las buenas costumbres entre los niños del pueblo cercano, y ejecutaba ataques frontales contra las madres de las criaturas con tal de conquistar las debidas reverencias. Puede parecer fútil, pero tratábase en realidad de una guerra librada por una idea. La segunda exploraba toda la región y libraba sus propias escaramuzas; ella fue la que sobre mi mesa depositó el derecho al reconocimiento, es decir, el que detentan quienes llevan cuello duro. En realidad trataba de llamar la atención de mi esposa mediante el suave espíritu de una amistad iniciada a media tarde, si bien no renunció a su marcial determinación. Entró como quien desfila en mi habitación, balanceando el bastón de mando… aunque no, no debiera exagerar. No es mi especialidad. No soy un escritor dado al humorismo. Así pues, con la debida sobriedad, de lo único de lo que estoy seguro es de que balanceaba un bastón.

Ningún muro, ningún foso protegía mi habitáculo. La ventana estaba abierta de par en par, al igual que la puerta, para dar la bienvenida al mejor amigo de mis trabajos, el cálido, plácido sol de media tarde, posado sobre la anchura de los campos. A mi alrededor se extendían aquellos campos, que me eran de una infinita ayuda, aunque, la verdad sea dicha, hacía ya varias semanas que desconocía yo si lucía el sol sobre la tierra y si las estrellas seguían discurriendo en el firmamento por sus consabidas trayectorias. Por entonces estaba empeñado en dedicar algunos días más, del cúmulo de días que me haya tocado en suerte, a los últimos capítulos de Nostromo, relato de una marinería imaginaria (pero verdadera) que aún suele mencionarse de vez en cuando, sin duda con amabilidad, en relación con la palabra «fracaso», y de vez en cuando en conjunción con la palabra «asombroso». No tengo yo una opinión hecha en torno a esta discrepancia. Es una de esas diferencias que jamás podrán resolverse. Lo único que sé es que a lo largo de veinte meses, rechazando las comunes alegrías que nos da la tierra incluso a los más humildes mortales, al igual que el profeta de antaño, «había luchado a brazo partido con el Señor» en aras de mi creación, de los entrantes y salientes de la costa, de las tinieblas del golfo Plácido, de la luz que destella sobre la nieve, de las nubes del cielo y del aliento de la vida que era menester insuflar en hombres y mujeres por igual, latinos y sajones, judíos y gentiles. Puede que éstas resulten palabras fuertes en exceso, pero de otra manera sería muy difícil caracterizar la intimidad y la dura pugna de un esfuerzo creativo en el que la mente, la conciencia y la voluntad han de empeñarse a fondo, hora tras hora, día tras día, apartadas del mundo y con absoluta y rigurosa exclusión de todo aquello que hace de la vida algo adorable y placentero, algo cuyo único paralelismo material solamente puede encontrarse en el eterno y sombrío esfuerzo que entraña el paso en invierno y con rumbo oeste del Cabo de Hornos. Y es que también ése es un combate que sostienen los hombres contra el poder de su Creador, aislados por completo del mundo, sin la amenidad y los consuelos que nos da la vida, sumidos, en fin, en una lucha solitaria y librada con la convicción de la propia pequeñez, no por ninguna recompensa que pudiera resultar adecuada, sino por la mera hazaña que supone ganar una determinada longitud. Aun así, en cuanto se gana una determinada longitud, ya no nos será disputada. El sol, las estrellas, los perfiles de la tierra son testigos de esa ganancia, mientras que un puñado de páginas, y no importa hasta qué extremo hayan pasado a formar parte de uno mismo, son en el mejor de los casos un haber oscuro y cuestionable. Helas aquí: «Un fracaso»; «asombroso». Cada cual elija lo que más le convenga, o elija si acaso ambas opciones, o ninguna… un mero crepitar y aletear de papeles que de noche se posan indiscernibles, como los copos de nieve que formaron una gran tempestad y que están destinados a derretirse bajo el calor del sol.

—¿Cómo se encuentra?

De esta guisa me saludó la hija del general. Yo no había oído nada, ningún rumor, ningunos pasos. Tan sólo había percibido un instante antes de su aparición una especie de premonición maligna; tuve la sensación de hallarme ante una presencia de malos auspicios… tan sólo ese adarme premonitorio, nada más. Acto seguido oí el ruido de una voz campanuda como si hubiese sido una terrible caída desde las alturas, una caída, como si dijéramos, desde la más encumbrada de las nubes que discurrían en apacible procesión sobre los campos, llevadas por una ligera brisa del oeste en aquella tarde del mes de julio. Me rehíce rápidamente, claro está; dicho en otros términos, me puse en pie de un brinco, aturdido y confuso; me torturó todos los nervios un calambrazo tal como solamente se puede sentir al ser arrancado de cuajo de un mundo y arrojado de bruces a otro… perfectamente civilizado.

—¡Oh! ¿Qué tal? ¿No quiere sentarse?

Eso fue lo que le dije. Estas deficientes, aunque —puedo asegurarlo— fieles remembranzas, son más reveladoras que todo un volumen de confesiones à la Jean Jacques Rousseau. Observe el lector que no le solté un gruñido, ni me arrojé al suelo hecho un basilisco, ni me permití dar a entender de ninguna manera la sobrecogedora magnitud del desastre que aquella dama acababa de ocasionar. Todo el mundo de Costaguana (el país donde, como quizá recuerde el lector, tiene lugar mi relato de marinería), hombres, mujeres, costas, casas, montañas, ciudad, campo (no había ni un solo ladrillo ni una piedra ni un grano de arena de aquel terreno que no hubiese colocado yo con mis propias manos en su debido lugar), más toda la historia, la geografía, la política, las finanzas, la riqueza de la mina de plata que pertenecía a Charles Gould, amén del esplendor del magnífico capataz de cargadores, cuyo nombre, pronunciado a gritos en plena noche (el doctor Monygham lo había oído en el aire… en boca de Linda Viola), dominaba aun después de la muerte el tenebroso golfo en el que había logrado sus conquistas, sus tesoros y sus amores… todo ello, en fin, se desplomó con un horrísono estruendo que solamente oyeron mis oídos. Tuve la impresión de que nunca sería capaz de recoger los pedazos… y en ese preciso instante me oí decir: «¿No quiere sentarse?».

La mar es una pócima muy fuerte. ¡Mucho ojo a lo que puede hacer en cualquiera el aprendizaje sobre cubierta, o en el alcázar de popa, incluso en un navío mercante! Este episodio debería proporcionar al lector una visión nueva de los marinos ingleses y escoceses (personajes muy caricaturizados) que tuvieron la última palabra en la formación de mi carácter. Uno, si acaso, podrá pasar por modesto, pero creo que mi reacción tras semejante desastre hace honor a sus sencillas enseñanzas: «¿No quiere sentarse?». Muy apropiado; muy apropiado, qué duda cabe. La dama en cuestión tomó asiento. Su mirada se recreó en vagar por toda la estancia. Encima de la mesa y también debajo abundaban las páginas del manuscrito; sobre una silla reposaba una resma de páginas mecanografiadas, y las hojas sueltas habían revoloteado hasta cobijarse en los más recónditos rincones; había por allí páginas vivas, páginas heridas, páginas muertas que arderían al terminar el día… los despojos de un cruento campo de batalla, de una larga, larga y desesperada contienda. ¡Larga! Supongo que a veces me fui a acostar, supongo que me levanté el mismo número de veces. Sí, supongo que dormí, que tomé los alimentos que otras manos depositaron ante mí, que en ciertas ocasiones hablé de forma coherente con el personal de mi casa. Sin embargo, nunca tuve plena conciencia del pulso fluido de la vida cotidiana, que hizo para mí más llevadero y menos ruidoso un afecto silencioso, vigilante, incansable. Desde luego, llegó a antojárseme que llevaba sentado ante aquella mesa, rodeado por los despojos de una desesperada contienda, días y noches sin término. Y me lo pareció por el intenso hastío que había despertado en mi conciencia aquella interrupción, el penoso desencanto de una mente que de pronto cae en la cuenta de que la enorme tarea que ha emprendido es fútil, al cual se suma una fatiga corporal de ninguna manera comparable a la que puede producir el más arduo trabajo físico. He llevado a hombros sacos de trigo, casi doblado en dos bajo los baos, desde las seis de la mañana y hasta las seis de la tarde (con hora y media de asueto para almorzar), así que sé bien lo que me digo.

Además, amo las letras. Siento celos de su honra y me preocupa la dignidad y el encanto de su utilidad. Yo era, casi con toda probabilidad, el único escritor al que aquella atildada dama había cogido desprevenido en pleno ejercicio de su oficio; me desasosegó no poder recordar cuándo era la última vez que me había vestido, y cómo. No me cabe duda de que, en lo esencial, estaría presentable. Entre las pertenencias que constituían la fortuna de aquella casa constaban un par de ojos entre grises y azules, siempre vigilantes, que se ocuparían sin duda de esos detalles. Sin embargo, me sentí tan desaseado como un lepero de Costaguana tras un día entero de escaramuzas callejeras, hecho un desastre e impresentable de la cabeza a los pies. Y mucho me temo que parpadeé con un inequívoco aire de idiotez. Todo ello resultó en detrimento del honor de las letras y de la dignidad del servicio que nos prestan. Entrevista en medio de la nube de polvo que había levantado el derrumbamiento de mi universo, aquella buena señora miró por toda la estancia con una cierta y entretenida serenidad. Además, sonreía. ¿Qué demonios pudo provocar aquella sonrisa?

—Temo haberle interrumpido —dijo al desgaire.

—En absoluto, en absoluto.

Aceptó mi negativa de buena fe. Y fue estrictamente verdad. Interrumpirme… ¡hay que ver! Me había robado cuando menos una veintena de vidas, cada una de las cuales resultaba más conmovedora y más real que la suya propia, aun cuando sólo fuera por estar informadas por la pasión, poseídas por la convicción, implicadas en grandes acontecimientos, creados todos ellos a partir de mi propia sustancia, por mor de una finalidad meditaba con sumo cuidado.

Permaneció callada un rato, hasta terminar con su revisión de los despojos del combate.

—Así que… aquí se pasa usted el día, escribiendo su… su…

—¿Yo? ¿Qué…? ¡Ah, sí! Me paso el día sentado aquí.

—Debe de ser absolutamente delicioso.

Supongo que al no ser yo tan joven, probablemente estuve a punto de sufrir un paro cardíaco; en cualquier caso, había dejado su perro en el porche, y el perro que tenía mi hijo, al patrullar por el jardín, lo había visto desde lejos. Llegó derecho, a todo correr, como una bala de cañón; el ruido de la pelea que de pronto estalló fue más que suficiente para conjurar el menor riesgo de sufrir una apoplejía. Salimos los dos a toda prisa y separamos a los dos animales. Después indiqué a la dama dónde podría encontrar a mi esposa: exactamente a la vuelta de la esquina, a la sombra de los árboles. Asintió y allá se dirigió con su perro de la traílla, dejándome abrumado ante la muerte y la destrucción que tan a la ligera había concitado ella, con el terrible e instructivo retintín de la palabra «delicioso» zumbándome aún en los oídos.

No obstante, poco después la acompañé debidamente hasta la cancela. Deseaba mostrarme educado, por supuesto (a fin de cuentas, ¿qué son veinte vidas dentro de una novela? ¿Bastan para mostrarse descortés ante una dama?), pero sobre todo, y por adoptar el buen son del estilo de Ollendorff, porque no deseaba que el perro de la hija del general volviese a pelearse otra vez (encore) con el fiel perro de mi hijo pequeño (mon petit garçon). ¿Acaso me dio miedo que el perro de la hija del general venciese (vaincre) al perro de mi hijo? No, no me dio miedo tal cosa… En fin, dejemos a un lado el método de Ollendorff. Por muy apropiado e incluso inevitable que pueda parecer cuando toco cualquier cuestión que concierna a la susodicha dama, resulta de todo punto inadecuado al tratar del origen, carácter e historia de aquel perro, pues fue el regalo que hizo al niño un hombre para el cual las palabras carecían por completo del valor que pudiera atribuirles Ollendorff, un hombre de talante casi infantil por lo que respecta a los movimientos impulsivos de su genio en bruto y sin domeñar, el más resuelto, franco y perseverante de todos los impresionistas verbales, un hombre que empleó sus grandes dotes de percepción de los sentimientos y de expresión concisa con enorme sinceridad y con una poderosa convicción, aunque tal vez no con plena conciencia. No llegó a gozar su arte, me temo, de todo el crédito a que le hubiese hecho acreedor su inspiración y su rechazo de toda sofisticación. Me refiero el fallecido Stephen Crane, el autor de La roja insignia del valor, obra de la imaginación que tuvo su breve momento de celebridad en la última década del pasado siglo. A ése siguieron otros libros, no muchos: nunca dispuso de tiempo suficiente. Fue un individuo de talento redondo, talento que le granjeó un reconocimiento desdeñoso, concedido a regañadientes, en este mundo. En su caso, no queda más remedio que titubear al apenarse de su temprana muerte. Al igual que uno de aquellos hombres que viajaban a bordo de su bote salvavidas, tengo la sensación de que fue una persona a la que el destino rara vez brindó la oportunidad de tocar tierra firme sano y salvo después de haber pasado muchas fatigas y mucha amargura asido a los remos. Confieso guardar un afecto duradero por aquella figura enérgica, enjuta, frágil, intensamente viva y a la postre pasajera. Él me tomó también afecto antes incluso de conocernos, solamente por la fuerza contenida en una o dos de mis páginas; después de conocernos, me agrada recordar que siguió obsequiándome con su afecto. Tuvo a bien hacerme notar con gran interés, e incluso con cierta severidad, que «un muchacho tiene que tener un perro». Me temo que le pasmó mi negligencia para con los deberes que se siguen de la paternidad. En definitiva, él fue quien trajo al perro. Poco después, un buen día, tras haber jugado con el niño por espacio de una hora, puede que más, con el más intenso ensimismamiento que pueda imaginarse en tal actividad, alzó la cabeza y dijo con firmeza: «Voy a encargarme de que tu chico aprenda a montar a caballo». Por desgracia, no iba a ser así. Le faltó tiempo.

En fin, he aquí al perro, ahora ya perro viejo. Es un perro de baja estatura, recio, de patas algo pandeadas, la cabeza negra y el cuerpo blanco, en cuyo otro extremo ostenta una mancha blanca un tanto ridícula, que despierta sonrisas cuando se le ve caminar. En conjunto, resulta un perro a la par grotesco y simpático, manso de costumbre, aunque sea capaz de mostrar su verdadero y pugnaz temperamento, inesperadamente, en presencia de sus congéneres. Ahí tendido ante el fuego de la chimenea, con la cabeza bien erguida y una mirada fija y distante hacia las sombras de la sala, adquiere una asombrosa nobleza en su pose, por la tranquila conciencia de una vida libre de mancillas. Ha procreado una primera camada; tras mandarla ya a la escuela, cría otra con idéntica devoción, si bien con mayor gravedad, señal de una mayor sabiduría y de una experiencia más madura, aunque también se deba, me temo, a su reumatismo incipiente. Desde el baño matutino a las ceremonias vespertinas que celebras con el pequeño ser humano de tu adopción, se te trata en esta casa con el mayor de los respetos, con infinita consideración… tal como se me trata a mí. Sólo que tú tal vez merezcas más. La hija del general te diría que debe de ser «absolutamente delicioso».

Ah, perro viejo: esa dama nunca te habrá oído aullar largo y tendido, casi en silencio, de agudo dolor (esa oreja izquierda que no te deja a sol ni a sombra), al tiempo que, con un dominio increíble de ti mismo, conservas una rigidez estatuaria por miedo a despertar al pequeño ser humano con quien prodigas tu amistad. Nunca habrá visto esa dama tu resignada sonrisa cuando a ese pequeño ser humano se le interroga severamente: «¿Qué le estás haciendo al perro?», a lo cual contesta él con la mirada fija e inocente: «Nada, mamá, nada. Solamente le hago caricias».

La hija del general no conoce los secretos términos en que uno se impone a sí mismo esas tareas, pero bueno, ni conoce tampoco el dolor que a veces acecha en la mismísima recompensa que pueda darnos un severo dominio de nosotros mismos. Nosotros en cambio hemos convivido durante unos cuantos años. También hemos envejecido, y aunque nuestra obra no esté aún cumplida, de vez en cuando podemos concedernos un buen rato dedicado a la rememoración ante el fuego de la chimenea, a la meditación acerca del arte de criar a los propios hijos y a la, ésa sí, perfecta delicia de escribir cuentos en los que tantas vidas van y vienen, a costa de lo cual uno imperceptiblemente desaparece.

CAPÍTULO SIETE

Si se contempla de manera retrospectiva una vida que, aparte de la etapa preliminar de la infancia y de la primera juventud, ha tenido dos evoluciones muy distintas, e incluso dos elementos de cultivo tan distintos como son la tierra y el mar, y sus escenarios sucesivos, es inevitable cierta dosis de ingenuidad. De dicha ingenuidad tengo plena conciencia en estas páginas, aunque este comentario no tenga por motivo infundir en el lector un ánimo de disculpa. A medida que transcurren los años y el número de páginas escritas crece a buen ritmo, también crece en intensidad la convicción de que solamente es posible escribir para los amigos. Así pues, ¿por qué iba a imbuirles, siquiera por casualidad, un solo ápice de duda respecto de la propia discreción? Basta con eso por lo que atañe al cuidado debido a los amigos a quienes una palabra aquí, un renglón allá, una afortunada página acullá o un párrafo de ajustado sentimiento en el lugar preciso, e incluso alguna sutileza con la que uno da por pura chiripa, hayan distinguido de la gran multitud de mis congéneres, tal como se distingue un pez al surgir de las profundidades del mar. Nótese que la pesca (hablo ahora de alta mar) es cuestión de pura suerte. Y lo que atañe a los enemigos, ésos bien saben cuidarse solos.

Existe por ejemplo un caballero que, metafóricamente hablando, se me sube a la chepa. Esta imagen carece de toda gracia, pero resulta extraordinariamente apropiada a la ocasión, o a las diversas ocasiones. No puedo precisar cuánto tiempo lleva dado a ese ejercicio por otra parte intermitente, desconozco qué estaciones rigen la costumbre del negocio editorial. Alguien tuvo que llamarle la atención sobre mí (en letra impresa, claro está) hace ya algún tiempo; de inmediato experimenté una especie de afecto renuente por el susodicho y robusto caballero. No ha dejado ni un ápice de mi sustancia sin pisotear, dado que la sustancia del escritor es la escritura; el resto es vana sombra, alabada u odiada en un terreno ajeno a la crítica. ¡Ni un solo ápice! No obstante, el sentimiento debido de ninguna manera es un arranque de afectación o de perversidad. Tiene un origen más hondo, y me aventuro a pensar que también más estimable, que el mero capricho del desorden emocional. Y es que procede del orden en tanto en cuanto se le otorga (aun de mala gana) la debida consideración, por no decir que se le somete a diversas consideraciones. Para empezar, hay que contar con esa robustez, a menudo señal de un buen equilibrio moral. He ahí una consideración. Ciertamente que no es agradable verse pisoteado; ahora bien, la morosidad de la operación, que da a entender no solamente una lectura concienzuda, sino una evidente capacidad de penetración en la obra cuyas virtudes y defectos, sean lo que fueren, en modo alguno afloran a la superficie, es hecho que hay que agradecer, sobre todo a la vista del albur de que la propia obra puede verse condenada a pasar sin pena ni gloria, a no ser leída por nadie. Ésta es la desventura más fatua que puede acaecerle a un escritor que aventura su alma por entre las críticas. Ningún perjuicio puede depararle, por descontado; ahora bien, pocas cosas tan desagradables. Resulta tan desagradable como encontrarse un tahúr, un tramposo, entre un grupo de personas decentes en un vagón de tercera clase. La sola impudicia de la transacción, su manera de apelar a la estulticia y la credulidad de la humanidad toda, la descarada, desvergonzada charlatanería que proclama el fraude abiertamente al tiempo que insiste en lo limpio del juego, a cualquiera ha de producirle verdadero asco. La honrada violencia del hombre que juega limpiamente un juego limpio —aun cuando se haya propuesto derribar a su adversario— puede parecer asombrosa, pero se mantiene dentro de los límites de la decencia. Por perjudicial que pueda ser, nunca resultará ofensiva. Bien es posible sentir cierto respeto por la honradez, aun cuando dicha honradez se practique sobre la vileza propia. Ahora bien, es muy obvio que a un enemigo de tal jaez no se le da cuartel con explicaciones ni se le aplaca con excusas. En caso de darme por interponer la disculpa de la juventud por dar razón de la ingenuidad que pueda encontrarse en estas páginas, lo más probable es que exclamase él «¡basura!» en una columna y media de prosa redactada con ferocidad. Con todo, ningún escritor tiene más edad que la de su primer libro publicado; a despecho de la vana apariencia del decaimiento que nos acompaña en esta vida transitoria, aquí estoy, con una guirnalda de tan sólo quince veranos sobre las sienes.

Habida cuenta, pues, de que a tan temprana edad siempre será excusable una cierta ingenuidad de sentimiento y de expresión, procedo a reconocer que, en conjunto, mi existencia previa no constituye la mejor de las preparaciones para dedicarse a la vida literaria. Tal vez no debiera haber empleado la palabra «literaria». Dicha palabra presupone un íntimo conocimiento de las letras, una mentalidad y un sentimiento de los que no me atrevo a declararme en posesión. Tan sólo amo las letras, bien que el amor por las letras no hace de nadie un literato, así como tampoco el amor por el mar hace de nadie un marino. Y es muy posible que ame las letras del mismo modo en que un literato ame el mar que ve desde la costa, un paisaje de grandes esfuerzos y de grandes logros, que transforman el rostro de este mundo, la gran vía abierta hacia toda clase de países aún por descubrir. No, quizá sea preferible decir a las claras que la vida del mar —conste que no me refiero a un simple contacto, sino a un buen número de años, casi a una vida de dedicación exclusiva— no es, en conjunto, una buena preparación para emprender una vida de escritor. No quisiera que se me considerase un individuo que reniega de los maestros que ha tenido sobre cubierta; Dios no lo quiera. Jamás sería capaz de esa especie de apostasía. He confesado mi actitud piadosa con sus sombras en tres o cuatro relatos, y si hay sobre la faz de la tierra un hombre que necesite ser fiel a sí mismo si de veras confía en salvarse, ese hombre no puede ser otro que el escritor de ficción.

Lo que me propongo decir es, sencillamente, que el aprendizaje sobre la cubierta de un navío no prepara a nadie, al menos no lo suficiente, para recibir las críticas literarias. Eso es lo que quería decir; ni más ni menos. Ahora bien, este defecto no carece de cierta gravedad. Si me estuviera permitido retorcer, invertir, adaptar (y por tanto estropear) la definición que da Anatole France de un buen crítico, diría pues sin más preámbulos que un buen autor es aquel que asiste sin excesivo júbilo, sin mayores penas, a las aventuras de su alma entre los críticos. Lejos de mí la intención de extraviar al lector atento y llevarlo a la creencia de que no existe la crítica en el mar; sería deshonroso por mi parte, e incluso descortés. En el mar puede encontrarse de todo, acorde siempre con el espíritu de la búsqueda que se emprenda —discordia, paz, novelería, naturalismo descarnado, ideales, aburrimiento, disgusto, inspiración y toda oportunidad que se pueda concebir, incluida la oportunidad de quedar en ridículo—, exactamente igual que en la profesión de la literatura. Sin embargo, la crítica que se da por ejemplo en el alcázar de popa es harto diferente de la crítica literaria. Como mucho, tienen en común que ante la una y la otra, interponer cualquier respuesta, como regla general, de nada sirve.

Pues sí, también hay crítica en la mar, e incluso apreciación —ya digo que de todo se puede encontrar en aguas saladas—; la crítica normalmente se improvisa, y siempre se hace viva voce, y representa la diferencia más obvia con la operación literaria concomitante; siempre se hace con la consiguiente lozanía y con el vigor que a veces se echa en falta en la palabra impresa. Con la justa apreciación, que siempre se da al final, cuando quien critica y quien es criticado están ya a punto de despedirse, sucede de otro modo. La justa apreciación del talento humilde perdura igual que la palabra escrita, y rara vez tiene el encanto de la variedad, pues siempre se transmite de manera formal. En ese punto, el maestro literario es superior, por más que, en efecto, también pueda decir —y de hecho lo diga a veces— «sólo me queda recomendar encarecidamente la lectura de…». En cambio, tiene por costumbre decir tales cosas en primera persona del plural, como si tuviera una virtud oculta que la hiciera especialmente adecuada a las declaraciones críticas o realescas. Tengo en mi poder un puñado de apreciaciones marítimas como las que reseño, firmadas de puño y letra por diversos patrones, que amarillean despacio en el cajón que hay a la izquierda de mi escritorio; crepitan bajo mis dedos reverentes como un puñado de hojas secas que se hubiesen arrancado, a manera de tierno recordatorio, del árbol del conocimiento. ¡Qué raro! Se diría que es por estos pedazos de papel que encabezan los nombres de algunos barcos y que cierran las firmas de unos cuantos patrones y capitanes ingleses y escoceses, por lo que me apresté a afrontar la pasmada indignación, las mofas y los reproches más duros que haya de soportar un mozalbete de quince años de edad; se me ha acusado de adolecer de una inexcusable falta de patriotismo, de carecer de sentido común, de carecer, también, de corazón; se me ha acusado, además, de haber padecido las agonías del conflicto que me enfrenta conmigo mismo, de haber derramado no pocas lágrimas en secreto, de que la belleza de aquel Paso de la Furca terminó por estropearme del todo, y de haber sido motejado de «quijote incorregible» en alusión al enloquecimiento libresco del ingenioso hidalgo. ¡Triste haber! Esos pedazos de papel, en total no más de una docena, crepitan y se arrugan. En ese sonido débil, fantasmagórico, perviven los recuerdos de una veintena de años, las voces de unos cuantos hombres curtidos que han dejado de existir, la voz tonante de los vientos eternos y el susurro de un misterioso sortilegio, el murmullo del ancho mar, que fuera como fuese debió de alcanzar mi cuna, tierra adentro, y colarse de rondón en mis oídos inconscientes, tal como el padre musulmán susurra al oído del recién nacido la profesión de fe islámica, convirtiéndole en uno de los fieles casi en el momento mismo de respirar por vez primera. Desconozco si he sido o no un buen marino, pero sí sé a ciencia cierta que he sido un marino fiel. Después de todo, he ahí ese puñado de «personajes» procedentes de diversas embarcaciones, que se bastan por sí solos para demostrar que todos estos años no han sido un sueño. Ahí están, breves, monótonos, sí, pero para mí son fragmentos escritos que resultan tan sugerentes como la página más inspirada que pueda encontrarse en la literatura. Para colmo, téngase en cuenta que se me ha calificado de romántico. Bien, pues eso no es posible evitarlo. Ahora bien… un momento: recuerdo que también se me ha calificado de realista. Comoquiera que esa acusación se puede comprender, procuremos vivir a la altura de las circunstancias, a toda costa, al menos por variar. Con esta finalidad bien a la vista, si el lector me permite hacerle con timidez una confidencia, y solamente porque nadie hay por aquí cerca, porque puedo sonrojarme sin desdoro a la luz de mi lámpara, a media noche, diré que estos sugerentes fragmentos, producto de la apreciación que se da aun sin prodigarse en el alcázar de popa, contienen todos ellos las palabras «estrictamente sobrio».

¿No se oye por ahí un murmullo bien que educado, algo así como «sin duda alguna, eso debe de ser muy gratificante»? Bien, pues sí, sí que es gratificante… muchas gracias. Que se certifique la sobriedad de uno es cuando menos tan gratificante como un certificado de su romanticismo, por más que tales certificaciones no basten para cualificarlo de cara a la secretaría de una asociación en pro de la templanza, ni tampoco para el puesto de trovador oficial de alguna institución señorial y democrática, como puede ser, por ejemplo, el London County Council. Esta prosaica reflexión figura aquí con objeto de demostrar mi natural sobriedad en mi juicio de los asuntos de este mundo. Quiero resaltarlo porque hace un par de años se publicó uno de mis relatos en traducción francesa, y un crítico parisino —estoy casi seguro de que era monsieur Gustave Kahn, en el Gil-Blas— me dedicó una breve reseña en la cual resumía su rápida impresión de la calidad del autor con las palabras un puissant réveur. ¡Así sea! ¿Quién iba a poner peros a las palabras de un afectuoso lector? Sin embargo, tal vez no sea yo un soñador tan redomado como podría deducirse de sus palabras. Quisiera subrayar que ni en alta mar ni en tierra firme he pasado por alto el sentido de la responsabilidad. En cuanto a la intoxicación, existen muy diversas clases. Antes aun de las ensoñaciones más seductoras de que he sido objeto, me he mantenido fiel a esa sobriedad propia de la vida interior, al ascetismo de los sentimientos en que el desnudo perfil de la verdad, tal como yo lo concibo, tal como yo lo siento, puede presentarse sin desdoro ni vergüenza. La que nos llega a través de la fuerza del vino es siempre una verdad sensiblera e indecente. He procurado ser un trabajador sobrio durante toda mi vida… mejor dicho, a lo largo de mis dos vidas. Y si así lo he hecho, ha sido por gusto, qué duda cabe, por tener un horror instintivo a perder el pleno dominio de mí mismo, pero también por convicción artística. Con todo, hay tantas trampas a uno y otro lado del camino verdadero que, tras haber recorrido un buen trecho, sintiéndome algo fatigado e incluso apaleado, tal como se sentiría cualquier viajero de mediana edad a causa simplemente de las dificultades cotidianas de la marcha, me pregunto si de hecho habré sido fiel en todo momento a esa sobriedad en la que reside el poder, la verdad y la paz.

En cuanto a mi sobriedad en el mar, queda debidamente certificada por la firma de varios valiosos capitanes y patrones de cierto renombre en su época. Me parece oír el cortés murmullo de algún lector: «Claro eso hay que darlo por descontado». Bien, pues no es así. Podría no haber sido así. Los miembros de la augusta cúpula académica del Departamento de Marina de la Cámara de Comercio jamás dan nada por descontado en la concesión de sus títulos. A raíz de las regulaciones que comprende la primera Acta de la Marina Mercante, es preciso que en el título figure la palabra ABSTEMIO; de otro modo, ni un saco, qué digo, ni una tonelada, ni una montaña de entusiastas apreciaciones valdrán de nada al candidato. Las puertas de la sala de exámenes permanecerán cerradas, por muchas que sean sus lágrimas, por mucho que insista en su encarecimiento. Ni siquiera el más fanático defensor de la templanza podría ser más fiero, más inmisericorde en su rectitud, que los miembros del Departamento de Marina de la Cámara de Comercio. Comoquiera que me he visto cara a cara con todos los examinadores del puerto de Londres que hubo en mi generación, ninguna duda puede caber acerca de la resistencia y la continuidad de mi condición de abstemio. De ellos, tres eran examinadores en el ejercicio de la marinería; el destino quiso que me viera en sus manos a intervalos regulares mientras estuve de servicio en el mar. El primero de todos, un personaje de gran estatura, delgado, con el cabello y los bigotes por completo encanecidos, de talante tranquilo y afable, con un aire de benigna inteligencia, debió de sentirse, me veo obligado a deducir, desfavorablemente impresionado por mi apariencia. Apoyó sus ancianas manos en las rodillas, comenzó por una pregunta elemental, en un tono de voz bondadoso, y siguió, y siguió… el examen duró varias horas. De haber sido yo un microbio potencialmente malévolo para la Marina Mercante, difícilmente habría podido ser sometido a un examen más microscópico. Confiado sobremanera por su aparente benevolencia, al principio estuve muy atento en mis respuestas. A la larga, se apoderó de mi ser la sensación de que mi derecho iba pudriéndose poco a poco. Pese a todo, aquel proceso desprovisto de toda pasión siguió su curso; tuve la impresión de haber empleado siglos sin tasa tan sólo en los preliminares. Poco a poco me entró el miedo. No me dio miedo que me fuera a triturar a preguntas; esa eventualidad ni siquiera se me pasó por la cabeza. Fue algo muchísimo más serio, aparte de aberrante. «Este anciano —me dije, ya aterrorizado— está tan cerca de la tumba que seguramente ha perdido la noción del tiempo. Este examen, para él, discurre en los términos en que discurre, si así puede pensarse, la eternidad. A sus ojos no existe el menor problema. Ya ha recorrido su camino. Yo en cambio a lo mejor me encuentro con que salgo de esta sala y aparezco en el mundo de los hombres hecho un completo desconocido, sin amigos, olvidado incluso por la patrona de la casa en que me alojo, en el supuesto de que al terminar esta experiencia interminable consiga recordar dónde me alojo». Esto que digo no constituye ninguna exageración verbal, al contrario de lo que pudiera pensarse. Mientras me paraba a pensar mis respuestas, me pasaron por la cabeza ideas muy extrañas, ideas de ninguna manera relacionadas con el arte de marear, ni con ninguna respuesta razonable que pueda darse a preguntas tales como las que me hizo aquel anciano. Tengo la firme creencia de que a veces se me fue la cabeza en un lánguido desvarío. Por fin se hizo el silencio, un silencio que también me pareció que iba a durar siglos, mientras el examinador, inclinado sobre su pupitre, redactaba mi certificado de aprobado con una pluma que no hizo ningún ruido al rozar el papel. Me alargó la hoja sin pronunciar palabra, su canosa cabeza inclinada al tiempo que inclinaba yo la mía en señal de despedida.

Cuando salí de la sala me sentí desmadejado, aplastado, como un limón recién exprimido.

—Vaya —me dijo el portero desde su jaula de cristal, ante la cual me había detenido a recoger el sombrero y a darle un chelín de propina—. Pensé que ya no iba a salir nunca.

—¿Cuánto tiempo he pasado ahí dentro? —le pregunté desfallecido.

Extrajo su reloj de bolsillo.

—Ha estado usted con él casi tres horas, señor. Y no creo que una cosa así haya ocurrido nunca.

Cuando salí de aquel edificio fue como si caminara a varios palmos del suelo. Y comoquiera que el ser humano, en tanto animal racional que es, tiene aversión por los cambios y siente una timidez medrosa ante lo desconocido, me dije que en realidad no me importaría que me volviera a examinar aquel anciano en una futura ocasión. Pero cuando volvió a sonar la hora de la ordalía, el portero me hizo pasar a otra sala, en la cual me encontré con una parafernalia ya familiar, a saber, las maquetas de barcos y de aparejos, un tablero de señalizaciones en la pared, una mesa de dimensiones imponentes y repleta de documentos oficiales, provista asimismo de un mástil desaparejado adherido al borde. El solitario ocupante de la sala me era por completo desconocido, aunque no desconocía yo su reputación, lisa y llanamente execrable. Bajo y robusto por lo que pude juzgar, vestido con un viejo traje matinal, de color ocre, estaba sentado, apoyado en un codo, apantallándose los ojos con la mano, apartada la vista de la silla que había de ocupar yo, al otro extremo de la mesa. Hallábase inmóvil; parecía misterioso, remoto, enigmático, con cierto aire de aflicción, como esa estatua (creo que) de Giuliano de Medici, que aparece en la tumba que esculpiera Miguel Ángel, si bien lejos estaba de rayar en la belleza de la estatua. Se propuso intentar obligarme a decir memeces. A mí, en cambio, me habían advertido de sus ardides y artimañas, y le contradije con gran aplomo. Pasado un rato abandonó su empeño. Hasta ahí, todo en orden. Sin embargo, su inmovilidad, el codo apoyado sobre la mesa, el rostro apartado y semioculto, todo ello fue resultándome cada vez más abrumador. Mantuvo un silencio inescrutable por espacio de unos instantes, y luego, emplazándome en un determinado barco en alta mar, en circunstancias climatológicas y geográficas concretas, etc. —todo ello muy claro, muy preciso—, me ordenó ejecutar una determinada maniobra. Sin darme tiempo a llegar a la mitad, causó ciertos daños materiales en la embarcación. Tan pronto me las apañé para solucionar la dificultad, provocó otra de dimensiones similares, y cuando la hube resuelto colocó delante de mí otro barco, con lo cual dio lugar a una situación harto peligrosa. Me sentí un tanto ultrajado por su ingenio al apilar problema tras problema sobre la capacidad de un solo hombre.

—Yo no me habría metido en ese lío —le sugerí con tiento—. Antes, habría visto ese barco.

No se alteró lo más mínimo; no movió ni un músculo.

—De ninguna manera: hay una niebla muy espesa.

—Ah, no lo sabía —dije a manera de disculpa. Supongo que, después de todo, logré esquivar el mazazo acercándome lo suficiente a la debida verosimilitud, pero aquel desagradable asunto no terminó ahí. Conviene tener en cuenta que la prueba a la que se había propuesto someterme era, según deduje, un pasaje con rumbo al puerto de origen, es decir, un pasaje que no desearía ni a mi más acérrimo enemigo. Por si fuera poco, aquel barco imaginario parecía ser víctima de la más absoluta de las maldiciones. De poco o nada servirá extenderse en aquellos interminables infortunios; baste decir que mucho antes de acercarme al final, de buena gana habría recibido, si se me hubiese presentado, la oportunidad de pasarme a bordo del Holandés errante. Finalmente, me adentró hacia el mar del Norte (supongo), donde tuvo a bien regalarme por sotavento unos bajíos abundantes en bancos de arena; presumiblemente, la costa de Holanda. Distancia, ocho millas. La evidencia de su implacable animadversión me privó del habla durante un par de minutos.

—Bueno, usted verá —dijo, y es que hasta ese momento habíamos avanzado a buen ritmo.

—Tengo que pensarlo, señor.

—Pues no diría yo que ande usted sobrado de tiempo para pensar —murmuró sardónico.

—No, señor —dije con cierto arrojo—. No me haría falta tiempo para pensar si estuviese a bordo de un barco que pudiera ver con mis propios ojos. Ahora que, como han sucedido tantos accidentes, no recuerdo bien qué útiles me quedan.

Medio apartado de mí, con los ojos ocultos, farfulló un inesperado comentario.

—Se las ha apañado bien.

—¿Dispongo aún de las dos anclas en amura de proa, señor?

—En efecto.

Como era la última esperanza que le quedaba a aquel condenado barco, me apresté a soltar las dos, pero su infernal sistema de probaturas, sus recursos inacabables, volvieron a entrar en escena.

—Sin embargo, solamente le queda un cable. El otro lo ha perdido.

Era exasperante.

—En ese caso, si fuera posible dispondría echar el ancla a popa, amarrando antes la estacha más recia al extremo de la cadena, y si aun así siguiese el barco adelante, cosa por cierto muy probable, me limitaría a no hacer nada. No podría hacer nada más.

—Ya. ¿Así que no podría hacer nada más, eh?

—No, señor, Nada más.

Emitió una amarga carcajada.

—Siempre podría haber rezado sus oraciones.

Se puso en pie, se desperezó, bostezó brevemente. Era el suyo un rostro macilento, de rasgos pronunciados, nada amistoso. Me puso de mal humor a fuerza de hacerme las aburridas preguntas de rutina acerca de las luces y la señalización, hasta que pude escapar de la sala… ¡Aprobado! Habían sido tres cuartos de hora. Una vez más, volví a sentir que caminaba a varios palmos del suelo por Tower Hill, allí donde tantos y tan buenos hombres habían perdido la cabeza, supongo, por carecer de los recursos necesarios para hacer frente a tales interrogatorios. Y no deja de ser extraño que en lo más hondo de mi corazón no me importara volver a encontrarme con aquel examinador cuando llegase la hora de la tercera y última ordalía, pasado poco más o menos otro año. Incluso confié en que así fuese. Ya sabía de qué era capaz, conocía sus peores ardides, y tres cuartos de hora no es un plazo irracional. Sí, llegué a confiar en que así fuese.

Pero no iba a ser así. Cuando me presenté al examen para obtener el título de patrón, me recibió un examinador rollizo, de rostro blando y redondo, con bigotes grises y labios enrojecidos y locuaces.

—Mmm… Veamos —inició su ofensiva como al desgaire. Supongamos que me cuenta usted todo lo que sepa de las cartas de fletamento.

Siguió con ese estilo durante toda la prueba, haciendo de cuando en cuando excursos para comentar diversas anécdotas de su vida, dejándolas sin terminar cuando se daba cuenta del rodeo; luego volvía al asunto que tenía entre manos.

—Bien. ¿Qué idea tiene de una espadilla de fortuna? —inquirió a botepronto, al término de una instructiva anécdota que contó para ilustrar un determinado punto del arrumaje.

Le advertí que no tenía experiencia en haber perdido el timón en alta mar, y aduje los dos clásicos ejemplos de timones improvisados que figuran en los libros de texto. A cambio, me describió con todo lujo de detalle una espadilla de fortuna que había inventado él en persona, años atrás, cuando estaba al mando de un vapor que desplazaba tres mil toneladas. Puedo jurar que se trataba del artilugio más ingenioso que quepa imaginar.

—Tal vez le sea de utilidad algún día —concluyó—. Servirá usted en vapores. Todo el mundo se pasa a los vapores en la actualidad.

En ese punto se equivocaba. Nunca he servido en vapores; mejor dicho, casi nunca. Si viviera el tiempo suficiente, me convertiría en una extravagante reliquia, una especie de monstruosa antigualla, pues probablemente llegaría a ser el único marino de la edad oscura que nunca hubiese servido en un vapor… o casi nunca.

Antes de dar por concluido el examen, tuvo a bien proporcionarme interesantes detalles acerca de los servicios de transporte en tiempos de la guerra de Crimea.

—En aquella época empezaron a ser habituales los aparejos de cable, que terminaron por sustituir a los de cuerda —observó—. Por entonces era yo un patrón muy joven. Le hablo de antes de que usted naciera.

—Sí, señor. Yo soy de 1857.

—El año del motín —comentó para sí, y añadió en voz más alta que su barco se hallaba entonces en el golfo de Bengala, fletado por el gobierno.

Era evidente que el servicio de transporte había sido la escuela en la que se curtió como marino aquel examinador, quien de forma tan inesperada me había dado cuenta de su existencia por lo menudo; así despertó en mí una clara sensación de continuidad, propia de la vida del mar, a la cual había llegado yo desde fuera, y así dotó también de una cierta intimidad humana a la maquinaria de las relaciones oficiales. Me sentí adoptado. Me había transmitido su experiencia, como si fuese uno de mis ancestros.

—Es usted de extracción polaca —comentó al anotar mi larguísimo apellido en la hoja de papel azul.

—Soy nacido en Polonia, señor.

Depositó la pluma sobre el papel y se apoyó en el respaldo para mirarme con detenimiento, como si fuese la primera vez.

—Pues diría yo que no hay muchos hombres de su misma nacionalidad a nuestro servicio. No recuerdo haber conocido a ningún polaco, ni antes ni después de servir en el mar. Son ustedes gente de tierra adentro, ¿no es así?

Le dije que sí, en efecto. Los polacos estamos muy alejados del mar, no solamente por la situación geográfica, sino también por carecer de una asociación indirecta con él, al no ser de ninguna manera una nación comercial, sino puramente agraria. Hizo entonces el pintoresco comentario de que mucho camino había tenido que recorrer yo para faenar en la mar, como si la vida del mar no fuese precisamente una vida en la que cualquiera recorre un largo camino.

Sin duda, le dije sonriendo, habría podido enrolarme en un barco mucho más cerca de mi lugar natal, si bien había pensado que, decidido a ser marino, iba a ser un marino británico. Fue un asunto deliberado.

Al oírme hizo un leve asentimiento y, como seguía mirándome con ademán interrogativo, me extendí un poco, comentándole que, de camino, había pasado algún tiempo en el Mediterráneo y en las Indias Occidentales. De ninguna manera me hubiera presentado al servicio de la Marina Mercante Británica estando aún verde. Pero de nada sirvió decirle que mi vocación, aparte de misteriosa, era tan fuerte que no me iba a quedar más remedio que sembrar el trigo en alta mar. Ésa era la verdad, si bien mucho me temo que aquel examinador no hubiese comprendido la sin duda excepcional psicología de mi vocación marinera.

—Supongo que nunca habrá topado usted con un compatriota suyo en alta mar.

Reconocí que no. El examinador, para entonces, se había entregado al humor propio de la holganza de la charla. Yo por mi parte no tenía ninguna prisa por marcharme de la sala. En absoluto. La época de los exámenes había concluido; nunca más volvería a encontrarme con aquel amistoso examinador que por otra parte resultó ser mi ancestro en la profesión, una especie de abuelo en la brega del mar. Por si fuera poco, no me quedaba más remedio que esperar a que decidiera dar por concluida la charla, de lo cual no hubo la más mínima señal.

—En cambio —añadí mientras él permanecía en silencio, mirándome—, sí he oído hablar de uno, hace ya unos cuantos años. Si no me confundo, era un chaval que estuvo a bordo de un barco con puerto en Liverpool.

—¿Cómo se llamaba?

Se lo dije.

—¿Cómo dice? —preguntó con una mirada de curiosidad en los ojos ante aquellas toscas sílabas.

Lo repetí con toda la claridad de que fui capaz.

—¿Y cómo lo deletrea?

Le expliqué cómo. Sacudió la cabeza ante lo impracticable del apellido.

—Pues casi es tan largo como el suyo, ¿no?

Ninguno de los dos tenía prisa por terminar. Yo había aprobado mi examen de patrón, y tenía delante el resto de mi vida para sacarle el mejor partido. Se me antojó muchísimo tiempo.

—No tanto —dije tras calcularlo mentalmente—. Tiene dos letras menos, señor.

—¿Ah, sí? —el examinador alargó hacia mí, deslizándola sobre la mesa, la hoja de papel azul, y se puso en pie. Fuera como fuese, me pareció un final brusco en exceso a nuestra conversación, y casi a punto estuve de lamentar tener que despedirme de aquel hombre excelente que fue patrón de barco antes que el susurro del mar llegase a mi cuna. Me tendió la mano y me deseó la mejor suerte. Incluso me acompañó hasta la puerta.

—Desconozco cuáles puedan ser sus planes, pero debería enrolarse en un vapor. Una vez obtenido el título de patrón, es el momento de enrolarse en un vapor. Yo en su caso no lo dudaría.

Le di las gracias y al salir cerré la puerta para siempre, dejando atrás la época de los exámenes. Aquella vez, en cambio, no tuve la impresión de caminar a varios palmos del suelo, al contrario que en las dos ocasiones anteriores. Crucé Tower Hill, escenario de muchas decapitaciones, con pasos comedidos. De hecho, me dije, me había convertido en patrón de la Marina Mercante Británica. Tuve una exagerada idea de ese modestísimo logro en el cual, de todos modos, ni la suerte ni el azar, ni ninguna otra influencia extraña habían tenido nada que ver. Ese hecho, satisfactorio y oscuro en sí mismo, estaba dotado a mis ojos de una significación ideal. Era una respuesta a cierto escepticismo no del todo expresado, e incluso a ciertas calumnias en modo alguno placenteras. Lo que se había motejado de estúpida obstinación, de capricho fantasioso, era exactamente lo que yo había reivindicado. No quiero decir que el país entero hubiera sufrido una convulsión ante mi deseo de hacerme a la mar; ahora bien, para un muchacho de quince o dieciséis años de edad, sensato y consciente, la conmoción sufrida por su pequeño mundo había parecido, qué duda cabe, de proporciones muy considerables. Tan considerables, de hecho, que por absurdo que parezca los ecos aún se sienten en este preciso instante. A veces, en las horas de soledad que dedico a la retrospección, me sorprendo en el acto de contestar a las razones y las acusaciones que esgrimieron contra mí, hace ya treinta y cinco años, voces para siempre acalladas; descubro argumentos que un muchacho acorralado no podría haber descubierto, simplemente por ser sus impulsos un completo misterio para él. Entonces no lo pude entender ni mejor ni peor que las personas que me exigieron una explicación. No había precedente. Verdaderamente creo que el mío fue el único caso de un muchacho de mi misma nacionalidad, de mis mismos antecedentes, que por así decir diera un salto que iba a alejarlo de sus orígenes y relaciones de raza. Es menester darse cuenta de que, en mi vocación, no existía la menor idea de lo que por entonces se consideraba «una carrera». Hubiese sido imposible plantearse siquiera la posibilidad de servir en la armada de Rusia, o en la de Alemania. La nacionalidad y los antecedentes descartaban por completo esa opción. El sentimiento en contra de Austria no era tan intenso, y me atrevo a decir que no habría encontrado oposición si me hubiera propuesto acudir a la Escuela Naval de Pola. Quizá tan sólo hubiese necesitado otro semestre de estudiar con ahínco el alemán, pero lo cierto es que no había sobrepasado la edad límite de admisión, y cumplía de sobra los restantes requisitos. Esta vía para paliar mi empecinamiento llegó a barajarse, aunque a mí no se me pasara por la cabeza. Debo reconocer que, en ese sentido, mi negativa fue aceptada de inmediato. Esa clase de sentimientos resultó comprensible incluso al más hostil de mis críticos. Ni siquiera se me exigieron explicaciones al respecto; la verdad sea dicha, no era la carrera naval lo que yo tenía en mente, sino el mar. Y no parecía una vía que llevase al mar más que a través de Francia. En cualquier caso, conocía la lengua, y de todos los países de Europa es con Francia con el que Polonia tiene mayores conexiones. Al principio se tomaron las disposiciones pertinentes para que alguien cuidara de mí. Se escribieron algunas cartas, se recibieron las correspondientes respuestas, se hicieron los preparativos debidos para que partiera yo hacia Marsella, donde un individuo estupendo, apellidado Solary, llegado a aquel puerto tras tortuosos rodeos por los diversos canales de Francia, se había comprometido de buena gana a facilitarle al jeune homme el acceso a un barco decente en el que pudiese empezar si de veras quería probar suerte en ce métier de chien.

Contemplé agradecido todos estos preparativos, fiel únicamente a mis propios consejos. Sin embargo, lo que dije al último de los examinadores que me tocaron en suerte es absolutamente cierto. En mi interior ya se había formulado con toda resolución que «decidido a ser marino, iba a ser un marino británico», bien que se hubiera formulado en polaco, claro está. Por entonces no sabía ni tres palabras en inglés, aparte de tener la sensatez y la astucia suficientes para darme cuenta de que era preferible no decir ni palabra de mi propósito. De hecho, por entonces se me consideraba en parte demente, al menos por lo que atañe a mis parientes más lejanos. Lo primero y lo principal era marcharse. Deposité toda mi confianza en la carta tan educada que recibió mi tío de Solary, aunque debo confesar que me aturdió un tanto lo relativo a ce métier de chien.

El tal Solary, que atendía por el nombre de Baptistin, cuando le conocí resultó ser un hombre bastante joven, agraciado, con una barba negra y bien recortada, complexión atlética y alegres ojos negros. Era todo lo jovial y animado que puede desear un muchacho. Estaba aún dormido en mi habitación en un modesto hotel, cerca de los muelles del puerto viejo, tras la fatiga del viaje via Viena, Zúrich y Lyon, cuando de pronto apareció al tiempo que abría de golpe las persianas, dejando entrar en la habitación el sol de Provenza, y me regañó de buen grado por estar aún en cama. Qué agradables me resultaron sus ruidosos juramentos, sus apremios para que me levantase y me preparase de inmediato para emprender «una campaña de tres años, nada menos, por los mares del Sur». ¡Mágicas palabras! Une campagne de trois ans dans les mers du sud: así se denomina en francés un periplo de tres años de duración por alta mar.

Me despertó de forma deliciosa, y su talante amistoso daba la impresión de no cansarse jamás; sin embargo, me temo que se propuso encontrarme un barco con espíritu muy solemne. Él se había hecho antes a la mar, pero había dejado la profesión a los veinticinco años, al descubrir que se podía ganar la vida en tierra firme de manera mucho más apacible. Estaba emparentado con una increíble cantidad de familias acomodadas de Marsella. Uno de sus tíos carnales era un acaudalado consignatario de buques, considerablemente bien relacionado con los buques de bandera británica; otros parientes suyos trataban en pertrechos navieros, eran propietarios de talleres de velas, vendían cadenas y anclas, o bien eran estibadores, calafates o carpinteros de ribera. Creo que su abuelo había sido un alto dignatario, algo así como síndico de los prácticos del puerto. El primer día que pasé por entero en la mar se lo debo a una invitación; tratábase del barco del práctico del puerto, de media cubierta, en el que navegamos cerca de los acantilados, en serviola, pues el tiempo estaba nublado, a la espera de ver las velas de los barcos y el humo de los vapores más allá del esbelto, altísimo faro del Planier, que hendía un horizonte de continuo barrido por el viento con un tajo limpio y perpendicular. Aquellos recios marineros provenzales eran gentes muy hospitalarias. Bajo la común denominación de le petit ami de Baptistin fui invitado de la Corporación de Prácticos, y tuve a mi entera libertad sus embarcaciones durante día y noche. Y pasé muchos días con sus noches de crucero en compañía de aquellos hombres rudos, afables, bajo cuyos auspicios se inició mi intimidad con el mar. Muchas veces, «el pequeño amigo de Baptistin» llevó a hombros la caperuza que se ponen los marinos del Mediterráneo, puesta sobre su cabeza por aquellas manos honradas, mientras dormitaba alguna que otra noche al socaire del castillo de If, a la espera de descubrir las luces de los barcos. Tenían los rostros curtidos por el trato continuado con la mar, rostros barbudos o afeitados, magros o rellenos, todos ellos de ojos atentos y arrugados como tienen los que forman parte de la casta de los prácticos del puerto, aparte de llevar algunos un arete de oro en el lóbulo de la oreja; todos aquellos rostros atendieron mi infancia marítima. La primera operación marinera que tuve ocasión de observar fue la de abordar a los barcos en alta mar, en toda suerte de condiciones climatológicas. Me regalaron con todo lujo de detalle. Y se me invitó a ir con ellos a alguna de sus oscuras, altas casas de la ciudad vieja, y gracias a su hospitalidad pude probar la bullabesa servida en un plato de barro grueso por sus esposas, mujeres de aguda voz, de ancho semblante; pude conversar con sus hijas, muchachas de recia complexión y perfiles puros, de gloriosas marañas de negros cabellos peinados con verdadero arte, ojos oscuros y dientes de un blanco luminoso.

Hice otros conocidos, aunque de distinta clase. Uno de ellos, madame Delestang, una señora bien parecida e imperiosa, de estilo estatuario, me llevaba en el asiento delantero de su carruaje al Prado, a la hora en la que allí se congregaba más gente a tomar el aire. Pertenecía a una de las más antiguas familias aristocráticas del sur de Francia. Por su altanero hastío, me hacía pensar en la lady Dedlock de Casa desolada, de Dickens, una obra maestra por la cual es tanta mi admiración, o por mejor decir, es tan intenso e irracional mi aprecio, que data por cierto de los días de mi infancia, que hasta sus propias flaquezas me son más preciadas que la fuerza de otras muchas obras. La he leído innumerables veces, tanto en polaco como en inglés; terminé de leerla por última vez el otro día y, mediante una reversión en modo alguno sorprendente, la Lady Dedlock del libro me recordó poderosamente a la bella madame Delestang.

Su marido (iba yo en el carruaje frente por frente con los dos), un hombre de nariz huesuda y de fisonomía absolutamente exangüe, con unos atildados bigotes, nada tenía del «aire grandioso» y de la cortés solemnidad propios de sir Leicester Dedlock. Pertenecía tan sólo a la haute bourgeoisie; era un banquero en cuyo establecimiento se había abierto una modesta cuenta a fin de cubrir mis necesidades. Era un monárquico tan momificado y tan ardiente —mejor sería decir tan gélido—, que en una conversación normal y corriente hacía uso de giros idiomáticos contemporáneos, diría yo, del buen Enrique IV; cuando hablaba de asuntos monetarios, hacía sus cálculos no en francos, como el común de los franceses posrevolucionarios, sino en écus obsoletos y olvidados —¡en écus, de todas las unidades de moneda que hay en este mundo!—, como si el mismísimo Luis XIV siguiera paseándose en todo su real esplendor por los jardines de Versalles, como si monsieur de Colbert siguiera ajetreado en la dirección de los asuntos marítimos del país. Habrá de reconocer el lector que para un banquero del siglo XIX, la suya era una idiosincrasia harto pintoresca. Por suerte, en su banco (que ocupaba parte de la planta baja de la residencia urbana de los Delestang, situada en una calle sombría y silenciosa) se llevaban las cuentas en moneda corriente, de manera que nunca tuve ninguna traba para hacer saber mis necesidades a los graves, decorosos y legitimistas (digo yo) empleados del establecimiento, sentados a perpetuidad en la penumbra de aquellas ventanas protegidas con pesados barrotes, tras los sombríos y antiquísimos mostradores, bajo altísimos techos recargados de molduras. Al salir, siempre me daba la sensación de haber estado en el templo de alguna religión muy digna, pero por completo terrenal. Y era por norma general en tales ocasiones cuando aparecía lady Ded…, es decir madame Delestang enmarcada en el gran portón por el que entraban los carruajes y, al ver mi sombrero en alto, me hacía llamar con ademán cordial a la par que imperioso y me sugería con entretenida despreocupación: «Venez donc faire un tour avec nous», a lo cual añadía el marido un animoso: «C’est ça. Allons, montez, jeune homme». Algunas veces me interrogaba, aun con perfecto tacto y delicadeza, con objeto de saber en qué ocupaba mi tiempo, y nunca dejó de expresar la esperanza de que escribiese yo con regularidad a mi «honorable tío». Nunca guardé en secreto mi manera de ocupar mi tiempo, e incluso me atrevo a pensar que los desmañados relatos de mis actividades con los prácticos del puerto entretenían a madame Delestang, al menos en la medida en que aquella mujer inefable pudiera entretenerse con el parloteo de un jovenzuelo colmado por la novedad de sus experiencias entre hombres desconocidos y sensaciones desconocidas. Nunca expresó ninguna opinión al respecto, pues hablaba muy poco conmigo; pese a todo, su retrato está colgado en la galería de mis recuerdos íntimos, fijado por mor de un episodio fugaz. Un día, tras dejarme en una esquina, me ofreció la mano, y me retuvo un instante por medio de una levísima presión. Mientras, su marido permaneció inmóvil, la mirada fija al frente; ella se inclinó hacia mí y, con un pálido matiz de admonición en su voz, por lo demás pausada, me dijo: «Il faut, cependant, faire attention à ne pas gâter sa vie». Antes, jamás había visto su rostro tan cerca del mío. Hizo que me latiera con fuerza el corazón y me sumió en un ánimo pensativo durante el resto de la tarde. Ciertamente, después de todo es forzoso tener cuidado para no malgastar la propia vida. Ella en cambio no sabía —ni ella ni nadie podía saber— cuán imposible se me antojaba a mí aquel peligro.

CAPÍTULO OCHO

¿Es posible que los arrebatos del primer amor los apacigüe, los sosiegue, los convierta en fría sospecha del futuro una circunspecta cita extraída de un tratado sobre economía política? Me pregunto: ¿es tal cosa concebible? ¿Es acaso viable? ¿Sería en cualquier caso acertada? Teniendo como tenía los pies plantados a la misma orilla del mar, a punto de abrazar mi sueño de ojos azules, ¿qué podía significar para mi juvenil pasión un bienintencionado aviso acerca de la posibilidad de malgastar la propia vida? Fue el más inesperado, y también el último, de los muchísimos consejos que había tenido que oír. Me resultó muy extravagante; pronunciado en presencia de mi hechicera, fue como la voz de la idiotez, como la voz misma de la ignorancia. Sin embargo, no era yo tan insensible ni tan estúpido como para no darme cuenta de que en ese consejo resonaba también la voz del afecto. Además, la vaguedad del significado que entrañaba —y es que ¿cuál puede ser el significado preciso de la frase «malgastar la propia vida»?— atrajo mi atención, aun cuando solamente fuese por su aire de sabia hondura. En cualquier caso, tal como he dicho antes, las palabras de la bella madame Delestang me sumieron en un ánimo pensativo durante el resto de la tarde. Procuré entender y mi esfuerzo fue en vano, por no tener la menor idea de la vida en tanto empresa susceptible de errar su administración. Pero en fin, poco después de medianoche dejé de estar pensativo, pues a esa hora, sin sentir el acoso de los fantasmas del pasado ni visión alguna del futuro, bajé por el muelle del Vieux Port para embarcarme con mis amigos en el barco del práctico. Sabía dónde estaría el barco en espera de la tripulación, en un pequeño tramo del canal, tras el fuerte, a la embocadura del puerto. Los muelles desiertos parecían muy blancos y resecos a la luz de la luna, como si los hubiese helado el aire cortante de aquella noche de diciembre. Uno o dos merodeadores se escabulleron en silencio; un guardia aduanero, marcial, con la espada al cinto, paseaba bajo los baupreses de la larga hilera de barcos atracados frente a la alargada muralla, ligeramente curva, continua a las altas casas que parecían más bien conformar un solo edificio, inmenso y abandonado, con infinidad de ventanas cerradas. Solamente aquí y allá un lóbrego café de marineros arrojaba un amarillento relumbre sobre la pátina azulenca de las losas. Al pasar delante, se oía dentro un hondo murmullo de voces, nada más. ¡Qué calmado estaba todo al final de los muelles, aquella última noche en que salí de crucero de guardia en calidad de invitado de los pilotos marselleses! No se oía nada, aparte de mis propios pasos: no llegó a mis oídos ni un suspiro, ni el eco de un susurro procedente de las habituales jaranas que se corrían en los angostos, innumerables callejones de la Ciudad Vieja. Y de repente, con un terrorífico tintineo de hierro y de cristal, apareció el ómnibus de La Joliette en su último trayecto del día a la vuelta de la esquina del muro ciego que del otro lado de la calle mira a la inequívoca masa angulosa del fuerte de St. Jean. Tiraban del ómnibus tres caballos cuyos cascos repicaban fantasmagóricamente sobre los bloques de granito; tras ellos iba bamboleándose con violencia la máquina amarilla, ruidosísima, fantástica, iluminada, completamente vacía y con el conductor aparentemente adormecido en el pescante, encima de aquel horrísono estruendo. Me pegué a la pared y contuve la respiración. Fue toda una experiencia. Luego, tras avanzar unos cuantos pasos más a la sombra del fuerte, en una negrura más intensa que la que proyectaba la noche nublada sobre el canal, vi la tenue luz de un farol en el muelle, y noté la presencia de unas cuantas figuras embozadas que se dirigían hacia la luz desde diversas direcciones: los prácticos de la Tercera Compañía se apresuraban a embarcar. Demasiado soñolientos para mostrarse de ánimo conversador, subieron a bordo en silencio. Empero, se oyen algunos gruñidos, y un bostezo descomunal. Alguien profiere incluso un improperio. «Ah! Coquin de sort!» Y suspira después ante su duro destino.

El patrón de la Tercera Compañía (eran cinco las compañías de prácticos en aquella época, si mal no recuerdo) es el cuñado de mi amigo Solary (Baptistin); se trata de un hombre de anchas espaldas, de unos cuarenta años de edad, con una mirada intensa y franca que busca siempre los ojos de quien tenga delante. Me saluda en voz baja, si bien cálida, con un «He, l’ami. Comment ça va?». Con un bigote bien recortado y un rostro amplio e imponente, de expresión enérgica y plácida a la vez, es un perfecto espécimen de sureño tranquilo y apacible. Y es que existe un tipo de sureño en el que su natural apasionado y veleidoso se transmuta en una sólida fuerza. Aunque rubio, no se le podría confundir con un hombre del norte ni siquiera a la tenue luz del farol que pende sobre el muelle. Vale por una docena de normandos o bretones de a pie, si bien en las inmensas aguas que abarcan las costas del Mediterráneo no sería fácil empresa encontrar media docena de hombres con esa estampa.

De pie ante el timón, saca el reloj del bolsillo interior de una gruesa zamarra y se inclina para ver la esfera a la escasa luz que ilumina el barco. Ha llegado la hora. Con su voz profunda ordena un sosegado «Larguez». Aparece de pronto un brazo que aferra el farol del muelle y, atado primero por un cable, y gracias después al recio empuje de cuatro hombres en la amura de proa, el generoso barco de media cubierta, lleno de hombres, se desliza hasta salir de la negra, callada sombra del fuerte. Las aguas abiertas, ya en la bocana del puerto, rielan bajo la luna como si se hubiesen espolvoreado millones de lentejuelas, y una larga y blanquecina estela brilla detrás como un grueso lingote de plata maciza. Un rápido traqueteo de las poleas y un sedoso siseo: la vela recoge la leve brisa, una brisa con la firmeza suficiente para parecer recién llegada de la luna helada, y el barco, tras pasar el primer retemblor de la vela recién izada, parece quedar en reposo, circundado por un misterioso susurro, tan débil, tan sobrenatural que bien pudiera pasar por el murmullo de los brillantes rayos de la luna, que rompen como la lluvia sobre la endurecida, lisa superficie del mar, en la que no se ve ni una sombra.

Bien puedo recordar aquella última noche que pasé con los prácticos de la Tercera Compañía. Desde entonces conozco el hechizo de la luna; lo he sentido en muy diversos mares, a la vista de las costas boscosas, rocosas o formadas por dunas sin término, pero nunca he vuelto a sentir una magia tan perfecta en su revelación de un carácter insospechado, casi como si a uno le fuera dado contemplar la naturaleza mística de las cosas materiales. Supongo que durante varias horas no se dijo ni palabra a bordo de aquella embarcación. Los prácticos, sentados en dos hileras, frente a frente, sesteaban con los brazos cruzados y el mentón sobre el pecho. Llevaban entre todos una gran variedad de gorras: de tela, de lana, de cuero, con orejeras, con borlas, aparte de alguna que otra pintoresca boina bien encasquetada; un abuelo de rostro huesudo y bien rasurado, con una nariz aguileña, llevaba un capote con capucha que le daba el aire de ser entre nosotros un monje llevado a Dios sabe dónde por aquellos marinos silenciosos, tan callados que podrían ser muertos.

Me cosquilleaban los dedos de ganas de asir el timón; a su debido tiempo, mi amigo el patrón me lo entregó con idéntico ánimo con que el cochero de la familia deja que el muchacho tome las riendas del carruaje en un tramo de camino particularmente fácil. Era grande la soledad en torno a nosotros; las isletas de la rada, Monte Cristo y el castillo de If, bañados por la luz de la luna, parecían ir a la deriva, hacia nosotros, de tan imperceptible y firme que era el avance de nuestra embarcación. «Mantén el barco en la estela de la luna», me indicó el patrón en un murmullo, al tiempo que tomaba asiento con toda su humanidad sobre la tilla de popa, dispuesto a encender su pipa.

El puesto de los prácticos, con aquel clima, se hallaba tan sólo una milla o dos al oeste de las isletas; de hecho, a medida que nos aproximábamos al punto de destino, el bote que íbamos a relevar apareció de pronto ante nosotros, de camino a casa, hendiendo negro y siniestro la estela de la luna como un ala azabache, mientras que a ellos nuestra vela debió de resultarles una visión de un blanco radiante, cegador. Sin alterar el curso ni un ápice, nos cruzamos con ellos a la distancia de un remo. Del bote surgió un saludo arrastrado y sardónico. En ese instante, como por arte de magia, todos los pilotos se pusieron en pie al unísono. Estalló una increíble Babel de gritos y chanzas, una charla jocunda, apasionada y voluble, que duró hasta que ambas embarcaciones quedaron empopadas, la suya de pronto reluciente a nuestros ojos, la nuestra renegrida, alejándose de ellos como un ala azabache. Aquel extraordinario alboroto murió casi tan de repente como había brotado; fue como si uno de los pilotos se hubiese cansado, con lo cual tomó asiento, y a renglón seguido lo hubieran imitado otros tres o cuatro, y cuando todos hubieron callado, tras murmullos, gruñidos y medias risas, se oyó con persistencia una risa cálida y entre dientes, casi desapercibida. Bajo su capucha, al abuelo le había divertido el intercambio de chanzas.

No se había sumado al griterío; no había movido ni un músculo. Había permanecido inmóvil en su sitio, apoyado contra el pie del mástil. Antes había tenido yo ocasión de saber que había alcanzado la categoría de segundo de a bordo (matelot léger) en la flota que zarpó del puerto de Toulon para iniciar la conquista de Argelia, en el año de gracia de 1830. Y ciertamente, había tenido ocasión de examinar uno de los botones de su zamarra vieja, el único botón de cobre de toda la miscelánea de botones, en el que rezaba la leyenda Equipages de ligne. Esa clase de botones, según tengo entendido, desaparecieron de Francia con el último de los borbones. «Lo he guardado conmigo desde que hice el servicio militar en la Armada», explicó el anciano con un rápido movimiento de su cabeza frágil, parecida a la de un buitre. No era de ninguna forma probable que se hubiese encontrado semejante reliquia en la calle. Parecía de hecho tan antiguo que bien pudiera haber combatido en Trafalgar, o al menos haber tomado su parte en la batalla, a manera de grumetillo en el polvorín. Poco después de que fuésemos presentados, me informó en su peculiar jerga provenzal, y pronunciando las letras defectuosamente a causa de haberse quedado casi sin dientes, de que «cuando era un barbilampiño de esta estatura» había visto al emperador Napoleón a su regreso de la isla de Elba. Era de noche, según refirió vagamente, sin animación ninguna, en un lugar situado entre Fréjus y Antibes, en medio del campo. En un cruce de caminos habían encendido una gran hoguera. Allí se había congregado la población de varias aldeas, viejos y jóvenes por igual, y hasta los niños de más corta edad, pues las mujeres también se habían negado en redondo a quedarse en casa. En un círculo, ante las gentes, formaron en silencio unos cuantos granaderos de gran estatura, tocados con sus altos gorros de pelo; sus miradas severas y sus imponentes mostachos bastaron para que los asistentes permanecieran a una distancia prudencial. Él, como era «un mocoso barbilampiño», se escabulló de la multitud, a gatas, hasta acercarse cuanto se atrevió a los granaderos, y al mirar descubrió, completamente quieto ante la hoguera, «a un individuo rechoncho y bajo, tocado con un sombrero de candil, con un gabán abrochado de arriba abajo, de rostro grande y macilento, con cierto aire de cura… Parece ser que era el emperador en persona», comentó el anciano con un suspiro. Estaba contemplándolo pegado al suelo, cuando «mi pobre padre», que llevaba un buen rato buscando frenéticamente a su chico por todas partes, dio con él y se lo llevó agarrado de la oreja.

Ese relato parece un recuerdo auténtico. Me lo refirió varias veces y siempre con las mismas palabras. El abuelo tuvo a bien honrarme con una especial predilección, a veces algo azorada por mi parte. Los extremos se tocan. Era con diferencia el miembro más antiguo de aquella Compañía, mientras yo era, si así puede decirse, un grumete temporalmente adoptado. Había sido práctico del puerto durante más tiempo del que alcanzaba a recordar cualquiera de los hombres de a bordo; treinta, cuarenta años. Ni siquiera él parecía saberlo con seguridad, aunque podría averiguarse, según dio a entender, en los archivos del Despacho de prácticos. Hacía ya varios años que le habían jubilado, pero seguía saliendo a la mar por la fuerza de la costumbre; tal como me confió mi amigo el patrón en un susurro, «el vejete no molesta. Y nos hace compañía». Todos le trataban con ruda deferencia. De cuando en cuando, unos y otros le dirigían algún comentario insignificante, aunque nadie parecía dispuesto a tomar buena nota de lo que tuviera que decir. Había sobrevivido a su fuerza, a su utilidad, a su mismísima sabiduría. Llevaba unas calzas verdes, largas, desgastadas, subidas por encima de las rodillas; se tocaba con una especie de gorro de dormir, de lana, sobre el cráneo calvo, y calzaba zuecos de madera. Sin el capuz, parecía talmente un campesino. A la hora de subir a bordo le ayudaba media docena de manos fuertes, pero después se le dejaba a solas con sus propios pensamientos. Evidentemente, nunca faenaba, salvo para arrojar un cabo cuando se le gritaba: «He, l'Ancien! Largue las drizas que tiene ahí a mano», o alguna otra petición fácil de cumplir.

Nadie pareció fijarse en la risa que resonaba dentro del capuz. Siguió riendo un buen rato, intensamente divertido. Obviamente, había mantenido intacta la inocencia de espíritu que se precisa para un fácil y pronto entretenimiento. Ahora bien, cuando se hubo extinguido por sí sola su hilaridad, hizo un comentario profesional con voz temblorosa, sí, pero dueña de sí misma.

«No se puede esperar mucho trabajo en una noche así.»

Nadie se dio por aludido; había sido una sencilla obviedad. Ninguna vela arribaría a puerto en una noche tan calmada, una noche de un esplendor de ensueño y de una afable quietud espiritual. Tendríamos que cabotar plácidamente de acá para allá, y mantener la guardia de la debida forma y, a menos que se levantase la brisa al amanecer, tocaríamos tierra antes de que saliera el sol en una isleta que, a unas dos millas de nuestra posición, resplandecía como un bulto helado de luz de luna, «para tomar un tentempié y echar un trago de vino al gañote». Me había acostumbrado yo a ese ritual. La recia embarcación, abandonada de momento por sus tripulantes, se acodaba de costado, boyante y capaz, contra la misma roca; tal es la suave amenidad, de la mar cuando está de buen humor. Dada cuenta del tentempié, trasegado el sorbo de vino —era literalmente un sorbo lo que tomaban aquellos integrantes de una raza de abstemios—, los prácticos mataban el tiempo dando zapatazos en las rocas alisadas por la sal y soplándose en los dedos para entrar en calor. Aparte, sobre unos cantos, tomaban asiento uno o dos misántropos, como si fuesen aves marinas con forma humana dadas en cualquier caso a los hábitos solitarios; los de disposición más sociable charlaban escandalosamente, gesticulando en pequeños grupos de tres y cuatro, y en todo momento alguno de mis anfitriones ojeaba el horizonte con el largo telescopio de cobre, una pieza pesada, con aspecto de arma asesina, que era propiedad del colectivo, y que pasaba de mano en mano sin cesar, ora esgrimida, ora mimada. Luego, a mediodía (nos había tocado el turno corto; el turno de guardia más largo duraba veinticuatro horas), llegaba a relevarnos otro barco lleno a rebosar de prácticos, y nosotros aproábamos el antiguo puerto fenicio, dominado, contemplado desde la ladera de una loma árida por las piedras blancas y rojas de la basílica de Notre-Dame de la Garde.

Todo aquello había de pasar, tal como había previsto en la plenitud de mis experiencias previas. Pero también aconteció algo que en modo alguno había podido prever, algo que engatilla mi recuerdo de aquella última vez que me hice a la mar con los prácticos del puerto de Marsella. Fue en aquella ocasión cuando toqué con mi mano, por vez primera, el costado de un buque inglés.

Con el amanecer no se levantó la brisa; el airecillo que soplaba se tomó un punto más intenso al iluminarse una franja del cielo por el este, una luz vidriosa, limpia e incolora. Mientras estábamos todos en aquella isleta, un vapor fue descubierto en lontananza gracias al telescopio, una mancha negra y pequeña, como un insecto posado al filo mismo de la bocana. Surgió rápidamente su línea de flotación y prosiguió su avance con firmeza, un casco esbelto que dejaba tras de sí, apaisada, una larga columna de humo, alejándose del sol naciente. Embarcamos a toda prisa y pusimos proa a nuestra presa, aunque apenas avanzásemos a tres millas por hora.

Era un vapor de cargo de gran eslora, de esa clase de vapores que ya no se ven en los mares, con el casco negro y blanca superestructura, con una poderosa arboladura de tres mástiles y varios trinquetes a proa; requería dos hombres al timón —la maquinaria de pilotaje de los vapores no era común en aquella época— y, con ellos, otros tres en el puente, ataviados con abultados chaquetones azul marino, con los rostros enrojecidos, embozados en sus bufandas, tocados con gorras puntiagudas; supongo que eran todos sus oficiales. Hay barcos con los que he topado en más de una ocasión, barcos que he visto varias veces y cuyos nombres, sin embargo, he olvidado; el nombre de aquel barco que vi hace tantos años a la clara luz de un pálido amanecer, en cambio, no se me va de la cabeza. ¿Cómo iba a olvidar el nombre del primer buque británico en cuyo costado puse la mano? Se llamaba —leí el nombre inscrito letra a letra en el canto de proa — James Westoll. Pensará el lector que no es un nombre muy romántico que se diga. Se trata del nombre, según creo, de un conocido y respetado naviero del norte. ¡James Westoll! ¿Qué mejor nombre podría haber tenido una embarcación dedicada al duro faenar en los mares? Para mí, aquella misma agrupación de letras sigue viva junto con la romántica sensación que me imbuyó la realidad del buque al verlo flotar inmóvil, dotado de una gracia ideal por la austera pureza de la luz.

Estábamos ya muy cerca del buque y, llevado por un súbito impulso, me ofrecí voluntario a bogar en el chinchorro que botamos de inmediato para llevar a bordo al piloto, en tanto nuestra embarcación, acariciada por el airecillo que nos había llevado a lo largo de la noche, surcaba suavemente las aguas dejando atrás la brillante y negra longitud del buque. Bastaron unos cuantos golpes de remo para ponernos a su altura y fue entonces cuando por vez primera en toda mi vida se dirigió a mí alguien en inglés, el idioma de mi secreta elección, de mi futuro, de mis amistades más duraderas, de mis más hondos afectos, de horas de duro faenar, de horas de asueto y de horas solitarias, de los libros que habría de leer, de los pensamientos que me embargaron, de las emociones que recuerdo, ¡de mis mismísimos sueños! Y por más que (tras verme modelado por ese idioma en lo más íntimo, en la faceta más permanente de mi ser) no ose yo proclamarlo mi idioma propio, sí es, en cualquier caso, el idioma de mis hijos. Son acontecimientos tan aparentemente menores los que resultan memorables con el paso del tiempo. En cuanto a la calidad de aquella apelación, no podría yo decir que resultara muy asombrosa. Fue demasiado breve para resultar elocuente, aparte de resultar vacua de tono, compuesta tan sólo por dos palabras muy precisas, «¡ojo ahí!», pronunciadas en tono malhumorado encima de donde yo estaba.

Procedieron de un hombre corpulento y grueso (tenía una sotabarba imponente y peluda), ataviado con una camisa de franela azul y amplios pantalones subidos hasta el pecho y sujetados con unos tirantes expuestos a la vista de cualquiera. Donde se hallaba él no existía amura, sino tan sólo una barandilla con candeleros, dado lo cual pude observar su voluminosa persona de pies a cabeza, que llevaba cubierta por cierto con un sombrero flexible, posado sobre su cabeza enorme como un absurdo cono. El grotesco e imponente aspecto de aquel marino (supongo, y es muy probable, que era el cabo de luces) me impresionó sobremanera. Mi dedicación a la lectura, a la ensoñación y al anhelo del mar no me habían preparado para vérmelas con un colega marinero de aquella especie. Jamás volví a ver una figura semejante, si dejo a un lado las ilustraciones de los entretenidísimos cuentos de W. W. Jacobs, cuentos que trataban, muchos al menos, de barcazas dedicadas a la navegación de cabotaje. La inspiración y el talento de Jacobs a la hora de sacar punta sin fin con verdadera gracia a los avatares de los pobres e inocentes marinos, mediante una prosa que, por muy extravagante que pueda parecer por lo que atañe a su afortunada invención, siempre mantiene la justicia artística para con las verdades observadas, aún no habían hecho su irrupción en el panorama de las letras. Tal vez ni siquiera hubiese nacido aún el propio Jacobs. Imagino que, si acaso, en fecha tan temprana su mayor logro habría sido hacer reír a su nodriza.

Por lo tanto, repito, dejando al margen otras muchas incapacidades, de ninguna manera habría podido estar yo preparado para la visión de aquel sujeto hirsuto. Su concisa indicación tuvo por objeto concitar mi atención en un cabo que me arrojó repetidas veces. Hice presa en el cabo, aunque en el fondo no fuese necesario, dado que el buque había interrumpido antes la marcha. Luego, todo sucedió con gran rapidez. El chinchorro tocó con suavidad el costado del vapor; el piloto asió la escala de cuerda y ya había ascendido a mitad del costado cuando me enteré de que la entablación estaba hecha a plena satisfacción de todos; el áspero, amortiguado traqueteo de la sala de máquinas me llegó a través de las planchas de acero, y mi compañero a bordo del chinchorro me apremiaba para alejarnos a remo, «dale fuerte»; al hacer presión contra el liso costado del primer buque inglés que había tocado yo en toda mi vida, lo sentí palpitar bajo la palma de la mano.

El buque cabeceó levemente hacia el oeste, presto a aproar el minúsculo faro del rompeolas de La Jolliette, a lo lejos, apenas discernible sobre la faz de la tierra. El chinchorro ejecutó una danza de salpicotazos a la estela del buque; me di la vuelta mientras remaba con denuedo y seguía con la mirada el James Westoll. Sin haber cubierto un cuarto de milla, izó la bandera tal y como prescriben las regulaciones portuarias para todos los barcos de arribada o de partida. La vi ondear en el mástil. ¡La Roja Insignia! En medio de aquel aire translúcido e incoloro que revestía las monótonas, grises costas del sur, las lívidas isletas, el mar de un azul pálido y cristalino bajo el pálido y cristalino cielo del frío amanecer, era la única mancha de colores vivos —inflamados, intensos, y muy pronto tan diminutos como la centella de un rojo vivo que el reflejo concentrado de un gran fuego proyecta en el claro interior de una bola de cristal— que se alcanzaba a ver. La Roja Insignia, el vislumbre simbólico, protector de las banderolas que ondean sobre el mar abierto, destinado durante muchísimos años a ser el único techo bajo el que había de cobijarme.

FIN

43. CRÓNICA DE INDIAS (FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS)

ÍNDICE

Prólogo

De La Isla Española
De La Isla De Cuba
De La Tierra Firme
De La Provincia De Nicaragua
De La Nueva España
De La Provincia E Reino De Guatimala
Del Reino De Yucatán
De La Provincia De Sancta Marta
De La Provincia De Cartagena
Del Rio Yuyapari
Del Reino De Venezuela
Del Río De La Plata
Del Nuevo Reino De Granada

PRÓLOGO

Del obispo fray Bartolomé de las Casas o Casaus para el muy alto y muy poderoso señor el príncipe de las Españas, don Felipe, nuestro señor

Muy alto e muy poderoso señor:

Como la Providencia Divina tenga ordenado en su mundo que para direción y común utilidad del linaje humano se constituyesen, en los reinos y pueblos, reyes, como padres y pastores (según los nombra Homero), y, por consiguiente, sean los más nobles y generosos miembros de las repúblicas, ninguna dubda de la rectitud de sus ánimos reales se tiene, o con recta razón se debe tener, que si algunos defectos, nocumentos y males se padecen en ellas, no ser otra la causa sino carecer los reyes de la noticia de ellos. Los cuales, si les constasen, con sumo estudio y vigilante solercia extirparían. Esto parece haber dado a entender la divina Escriptura de los proverbios de Salomón. Rex qui sedet in solio iudicit, dissipatomne malum intuitu suo. Porque de la innata y natural virtud del rey, así se supone, conviene a saber, que la noticia sola del mal de su reino es bastantísima para que lo disipe, y que ni por un momento solo, en cuanto en sí fuere, lo pueda sufrir.

Considerando, pues, yo (muy poderoso señor), los males e daños, perdición e jacturas (de los cuales nunca otros iguales ni semejantes se imaginaron poderse por hombres hacer) de aquellos tantos y tan grandes e tales reinos, y, por mejor decir, de aquel vastísimo e nuevo mundo de las Indias, concedidos y encomendados por Dios y por su Iglesia a los reyes de Castilla para que se los rigiesen e gobernasen, convirtiesen e prosperasen temporal y espiritualmente, como hombre que por cincuenta años y más de experiencia, siendo en aquellas tierras presente los he visto cometer; que, constándole a Vuestra Alteza algunas particulares hazañas de ellos, no podría contenerse de suplicar a Su Majestad con instancia importuna que no conceda ni permita las que los tiranos inventaron, prosiguieron y han cometido que llaman conquistas, en las cuales, si se permitiesen, han de tornarse a hacer, pues de sí mismas (hechas contra aquellas indianas gentes, pacíficas, humildes y mansas que a nadie ofenden), son inicuas, tiránicas y por toda ley natural, divina y humana, condenadas, detestadas e malditas; deliberé, por no ser reo, callando, de las perdiciones de ánimas e cuerpos infinitas que los tales perpetraran, poner en molde algunas e muy pocas que los días pasados colegí de innumerables, que con verdad podría referir, para que con más facilidad Vuestra Alteza las pueda leer.

Y puesto que el arzobispo de Toledo, maestro de Vuestra Alteza, siendo obispo de Cartagena me las pidió e presentó a Vuestra Alteza, pero por los largos caminos de mar y de tierra que Vuestra Alteza ha emprendido, y ocupaciones frecuentes reales que ha tenido, puede haber sido que, o Vuestra Alteza no las leyó o que ya olvidadas las tiene, y el ansia temeraria e irracional de los que tienen por nada indebidamente derramar tan inmensa copia de humana sangre e despoblar de sus naturales moradores y poseedores, matando mil cuentos de gentes, aquellas tierras grandísimas, e robar incomparables tesoros, crece cada hora importunando por diversas vías e varios fingidos colores, que se les concedan o permitan las dichas conquistas (las cuales no se les podrían conceder sin violación de la ley natural e divina, y, por consiguiente, gravísimos pecados mortales, dignos de terribles y eternos suplicios), tuve por conveniente servir a Vuestra Alteza con este sumario brevísimo, de muy difusa historia, que de los estragos e perdiciones acaecidas se podría y debería componer.

Suplico a Vuestra Alteza lo resciba e lea con la clemencia e real benignidad que suele las obras de sus criados y servidores que puramente, por sólo el bien público e prosperidad del estado real, servir desean. Lo cual visto, y entendida la deformidad de la injusticia que a aquellas gentes inocentes se hace, destruyéndolas y despedazándolas sin haber causa ni razón justa para ello, sino por sola la codicia e ambición de los que hacer tan nefarias obras pretenden, Vuestra Alteza tenga por bien de con eficacia suplicar e persuadir a Su Majestad que deniegue a quien las pidiere tan nocivas y detestables empresas, antes ponga en esta demanda infernal perpetuo silencio, con tanto terror, que ninguno sea osado desde adelante ni aun solamente se las nombrar.

Cosa es esta (muy alto señor) convenientísima e necesaria para que todo el estado de la corona real de Castilla, espiritual y temporalmente, Dios lo prospere e conserve y haga bienaventurado. Amén.

BREVÍSIMA RELACIÓN DE LA DESTRUICIÓN DE LAS INDIAS

Descubriéronse las Indias en el año de mil y cuatrocientos y noventa y dos. Fuéronse a poblar el año siguiente de cristianos españoles, por manera que ha cuarenta e nueve años que fueron a ellas cantidad de españoles; e la primera tierra donde entraron para hecho de poblar fué la grande y felicísima isla Española, que tiene seiscientas leguas en torno. Hay otras muy grandes e infinitas islas alrededor, por todas las partes della, que todas estaban e las vimos las más pobladas e llenas de naturales gentes, indios dellas, que puede ser tierra poblada en el mundo. La tierra firme, que está de esta isla por lo más cercano docientas e cincuenta leguas, pocas más, tiene de costa de mar más de diez mil leguas descubiertas, e cada día se descubren más, todas llenas como una colmena de gentes en lo que hasta el año de cuarenta e uno se ha descubierto, que parece que puso Dios en aquellas tierras todo el golpe o la mayor cantidad de todo el linaje humano.

Todas estas universas e infinitas gentes a todo género crió Dios los más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas y fidelísimas a sus señores naturales e a los cristianos a quien sirven; más humildes, más pacientes, más pacíficas e quietas, sin rencillas ni bullicios, no rijosos, no querulosos, sin rencores, sin odios, sin desear venganzas, que hay en el mundo. Son asimismo las gentes más delicadas, flacas y tiernas en complisión e que menos pueden sufrir trabajos y que más fácilmente mueren de cualquiera enfermedad, que ni hijos de príncipes e señores entre nosotros, criados en regalos e delicada vida, no son más delicados que ellos, aunque sean de los que entre ellos son de linaje de labradores.

Son también gentes paupérrimas y que menos poseen ni quieren poseer de bienes temporales; e por esto no soberbias, no ambiciosas, no codiciosas. Su comida es tal, que la de los sanctos padres en el desierto no parece haber sido más estrecha ni menos deleitosa ni pobre. Sus vestidos, comúnmente, son en cueros, cubiertas sus vergüenzas, e cuando mucho cúbrense con una manta de algodón, que será como vara y media o dos varas de lienzo en cuadra. Sus camas son encima de una estera, e cuando mucho, duermen en unas como redes colgadas, que en lengua de la isla Española llamaban hamacas.

Son eso mesmo de limpios e desocupados e vivos entendimientos, muy capaces e dóciles para toda buena doctrina; aptísimos para recebir nuestra sancta fee católica e ser dotados de virtuosas costumbres, e las que menos impedimientos tienen para esto, que Dios crió en el mundo. Y son tan importunas desque una vez comienzan a tener noticia de las cosas de la fee, para saberlas, y en ejercitar los sacramentos de la Iglesia y el culto divino, que digo verdad que han menester los religiosos, para sufrillos, ser dotados por Dios de don muy señalado de paciencia; e, finalmente, yo he oído decir a muchos seglares españoles de muchos años acá e muchas veces, no pudiendo negar la bondad que en ellos veen: «Cierto estas gentes eran las más bienaventuradas del mundo si solamente conocieran a Dios.»

En estas ovejas mansas, y de las calidades susodichas por su Hacedor y Criador así dotadas, entraron los españoles, desde luego que las conocieron, como lobos e tigres y leones cruelísimos de muchos días hambrientos. Y otra cosa no han hecho de cuarenta años a esta parte, hasta hoy, e hoy en este día lo hacen, sino despedazarlas, matarlas, angustiarlas, afligirlas, atormentarlas y destruirlas por las extrañas y nuevas e varias e nunca otras tales vistas ni leídas ni oídas maneras de crueldad, de las cuales algunas pocas abajo se dirán, en tanto grado, que habiendo en la isla Española sobre tres cuentos de ánimas que vimos, no hay hoy de los naturales de ella docientas personas. La isla de Cuba es cuasi tan luenga como desde Valladolid a Roma; está hoy cuasi toda despoblada. La isla de Sant Juan e la de Jamaica, islas muy grandes e muy felices e graciosas, ambas están asoladas. Las islas de los Lucayos, que están comarcanas a la Española y a Cuba por la parte del Norte, que son más de sesenta con las que llamaban de Gigantes e otras islas grandes e chicas, e que la peor dellas es más fértil e graciosa que la huerta del rey de Sevilla, e la más sana tierra del mundo, en las cuales había más de quinientas mil ánimas, no hay hoy una sola criatura. Todas las mataron trayéndolas e por traellas a la isla Española, después que veían que se les acababan los naturales della. Andando en navío tres años a rebuscar por ellas la gente que había, después de haber sido vendimiadas, porque un buen cristiano se movió por piedad para los que se hallasen convertirlos e ganarlos a Cristo, no se hallaron sino once personas, las cuales yo vide. Otras más de treinta islas, que están en comarca de la isla de Sant Juan, por la misma causa están despobladas e perdidas. Serán todas estas islas, de tierra, más de dos mil leguas, que todas están despobladas e desiertas de gente.

De la gran tierra firme somos ciertos que nuestros españoles por sus crueldades y nefandas obras han despoblado y asolado y que están hoy desiertas, estando llenas de hombres racionales, más de diez reinos mayores que toda España, aunque entre Aragón y Portugal en ellos, y más tierra que hay de Sevilla a Jerusalén dos veces, que son más de dos mil leguas.

Daremos por cuenta muy cierta y verdadera que son muertas en los dichos cuarenta años por las dichas tiranías e infernales obras de los cristianos, injusta y tiránicamente, más de doce cuentos de ánimas, hombres y mujeres y niños; y en verdad que creo, sin pensar engañarme, que son más de quince cuentos.

Dos maneras generales y principales han tenido los que allá han pasado, que se llaman cristianos, en estirpar y raer de la haz de la tierra a aquellas miserandas naciones. La una, por injustas, crueles, sangrientas y tiránicas guerras. La otra, después que han muerto todos los que podrían anhelar o sospirar o pensar en libertad, o en salir de los tormentos que padecen, como son todos los señores naturales y los hombres varones (porque comúnmente no dejan en las guerras a vida sino los mozos y mujeres), oprimiéndolos con la más dura, horrible y áspera servidumbre en que jamás hombres ni bestias pudieron ser puestas. A estas dos maneras de tiranía infernal se reducen e ser resuelven o subalternan como a géneros todas las otras diversas y varias de asolar aquellas gentes, que son infinitas.

La causa por que han muerto y destruído tantas y tales e tan infinito número de ánimas los cristianos ha sido solamente por tener por su fin último el oro y henchirse de riquezas en muy breves días e subir a estados muy altos e sin proporción de sus personas (conviene a saber): por la insaciable codicia e ambición que han tenido, que ha sido mayor que en el mundo ser pudo, por ser aquellas tierras tan felices e tan ricas, e las gentes tan humildes, tan pacientes y tan fáciles a sujetarlas; a las cuales no han tenido más respecto ni dellas han hecho más cuenta ni estima (hablo con verdad por lo que sé y he visto todo el dicho tiempo), no digo que de bestias (porque pluguiera a Dios que como a bestias las hubieran tractado y estimado), pero como y menos que estiércol de las plazas. Y así han curado de sus vidas y de sus ánimas, e por esto todos los números e cuentos dichos han muerto sin fee, sin sacramentos. Y esta es una muy notoria y averiguada verdad, que todos, aunque sean los tiranos y matadores, la saben e la confiesan: que nunca los indios de todas las Indias hicieron mal alguno a cristianos, antes los tuvieron por venidos del cielo, hasta que, primero, muchas veces hubieron recebido ellos o sus vecinos muchos males, robos, muertes, violencias y vejaciones dellos mesmos.

DE LA ISLA ESPAÑOLA

En la isla Española, que fué la primera, como dijimos, donde entraron cristianos e comenzaron los grandes estragos e perdiciones destas gentes e que primero destruyeron y despoblaron, comenzando los cristianos a tomar las mujeres e hijos a los indios para servirse e para usar mal dellos e comerles sus comidas que de sus sudores e trabajos salían, no contentándose con lo que los indios les daban de su grado, conforme a la facultad que cada uno tenía (que siempre es poca, porque no suelen tener más de lo que ordinariamente han menester e hacen con poco trabajo e lo que basta para tres casas de a diez personas cada una para un mes, come un cristiano e destruye en un día) e otras muchas fuerzas e violencias e vejaciones que les hacían, comenzaron a entender los indios que aquellos hombres no debían de haber venido del cielo; y algunos escondían sus comidas; otros sus mujeres e hijos; otros huíanse a los montes por apartarse de gente de tan dura y terrible conversación. Los cristianos dábanles de bofetadas e puñadas y de palos, hasta poner las manos en los señores de los pueblos. E llegó esto a tanta temeridad y desvergüenza, que al mayor rey, señor de toda la isla, un capitán cristiano le violó por fuerza su propia mujer.

De aquí comenzaron los indios a buscar maneras para echar los cristianos de sus tierras: pusiéronse en armas, que son harto flacas e de poca ofensión e resistencia y menos defensa (por lo cual todas sus guerras son poco más que acá juegos de cañas e aun de niños); los cristianos con sus caballos y espadas e lanzas comienzan a hacer matanzas e crueldades extrañas en ellos. Entraban en los pueblos, ni dejaban niños y viejos, ni mujeres preñadas ni paridas que no desbarrigaban e hacían pedazos, como si dieran en unos corderos metidos en sus apriscos. Hacían apuestas sobre quién de una cuchillada abría el hombre por medio, o le cortaba la cabeza de un piquete o le descubría las entrañas. Tomaban las criaturas de las tetas de las madres, por las piernas, y daban de cabeza con ellas en las peñas. Otros, daban con ellas en ríos por las espaldas, riendo e burlando, e cayendo en el agua decían: bullís, cuerpo de tal; otras criaturas metían a espada con las madres juntamente, e todos cuantos delante de sí hallaban. Hacían unas horcas largas, que juntasen casi los pies a la tierra, e de trece en trece, a honor y reverencia de Nuestro Redemptor e de los doce apóstoles, poniéndoles leña e fuego, los quemaban vivos. Otros, ataban o liaban todo el cuerpo de paja seca pegándoles fuego, así los quemaban. Otros, y todos los que querían tomar a vida, cortábanles ambas manos y dellas llevaban colgando, y decíanles: “Andad con cartas.” Conviene a saber, lleva las nuevas a las gentes que estaban huídas por los montes. Comúnmente mataban a los señores y nobles desta manera: que hacían unas parrillas de varas sobre horquetas y atábanlos en ellas y poníanles por debajo fuego manso, para que poco a poco, dando alaridos en aquellos tormentos, desesperados, se les salían las ánimas.

Una vez vide que, teniendo en las parrillas quemándose cuatro o cinco principales y señores (y aun pienso que había dos o tres pares de parrillas donde quemaban otros), y porque daban muy grandes gritos y daban pena al capitán o le impedían el sueño, mandó que los ahogasen, y el alguacil, que era peor que el verdugo que los quemaba (y sé cómo se llamaba y aun sus parientes conocí en Sevilla), no quiso ahogarlos, antes les metió con sus manos palos en las bocas para que no sonasen y atizoles el fuego hasta que se asaron de despacio como él quería. Yo vide todas las cosas arriba dichas y muchas otras infinitas. Y porque toda la gente que huir podía se encerraba en los montes y subía a las sierras huyendo de hombres tan inhumanos, tan sin piedad y tan feroces bestias, extirpadores y capitales enemigos del linaje humano, enseñaron y amaestraron lebreles, perros bravísimos que en viendo un indio lo hacían pedazos en un credo, y mejor arremetían a él y lo comían que si fuera un puerco. Estos perros hicieron grandes estragos y carnecerías. Y porque algunas veces, raras y pocas, mataban los indios algunos cristianos con justa razón y santa justicia, hicieron ley entre sí, que por un cristiano que los indios matasen, habían los cristianos de matar cien indios.

LOS REINOS QUE HABÍA EN LA ISLA ESPAÑOLA

Había en esta isla Española cinco reinos muy grandes principales y cinco reyes muy poderosos, a los cuales cuasi obedecían todos los otros señores, que eran sin número, puesto que algunos señores de algunas apartadas provincias no reconocían superior dellos alguno. El un reino se llamaba Maguá, la última sílaba aguda, que quiere decir el reino de la vega. Esta vega es de las más insignes y admirables cosas del mundo, porque dura ochenta leguas de la mar del Sur a la del Norte. Tiene de ancho cinco leguas y ocho hasta diez y tierras altísimas de una parte y de otra. Entran en ella sobre treinta mil ríos y arroyos, entre los cuales son los doce tan grandes como Ebro y Duero y Guadalquivir; y todos los ríos que vienen de la una sierra que está al Poniente, que son los veinte y veinte y cinco mil, son riquísimos de oro. En la cual sierra o sierras se contiene la provincia de Cibao, donde se dicen las minas de Cibao, donde sale aquel señalado y subido en quilates oro que por acá tiene gran fama. El rey y señor deste reino se llamaba Guarionex; tenía señores tan grandes por vasallos, que juntaba uno dellos dieciséis mil hombre de pelea para servir a Guarionex, e yo conocí a algunos dellos. Este rey Guarionex era muy obediente y virtuoso, y naturalmente pacífico, y devoto a los reyes de Castilla, y dió ciertos años su gente, por su mandado, cada persona que tenía casa, lo hueco de un cascabel lleno de oro, y después, no pudiendo henchirlo, se lo cortaron por medio e dió llena mitad, porque los indios de aquella isla tenían muy poca o ninguna industria de coger o sacar el oro de las minas. Decía y ofrescíase este cacique a servir al rey de Castilla con hacer una labranza que llegase desde la Isabela, que fué la primera población de los cristianos, hasta la ciudad de Sancto Domingo, que son grandes cincuenta leguas, porque no le pidiesen oro, porque decía, y con verdad, que no lo sabían coger sus vasallos. La labranza que decía que haría sé yo que la podía hacer y con grande alegría, y que valiera más al rey cada año de tres cuentos de castellanos, y aun fuera tal que causara esta labranza haber en la isla hoy más de cincuenta ciudades tan grandes como Sevilla.

El pago que dieron a este rey y señor, tan bueno y tan grande, fué deshonrarlo por la mujer, violándosela un capitán mal cristiano: él, que pudiera aguardar tiempo y juntar de su gente para vengarse, acordó de irse y esconderse sola su persona y morir desterrado de su reino y estado a una provincia que se decía de los Ciguayos, donde era un gran señor su vasallo. Desde que lo hallaron menos los cristianos no se les pudo encubrir: van y hacen guerra al señor que lo tenía, donde hicieron grandes matanzas, hasta que en fin lo hobieron de hallar y prender, y preso con cadenas y grillos lo metieron en una nao para traerlo a Castilla. La cual se perdió en la mar y con él se ahogaron muchos cristianos y gran cantidad de oro, entre lo cual pereció el grano grande, que era como una hogaza y pesaba tres mil y seiscientos castellanos, por hacer Dios venganza de tan grandes injusticias.

El otro reino se decía del Marién, donde agora es el Puerto Real, al cabo de la Vega, hacia el Norte, y más grande que el reino de Portugal, aunque cierto harto más felice y digno de ser poblado, y de muchas y grandes sierras y minas de oro y cobre muy rico, cuyo rey se llamaba Guacanagarí (última aguda), debajo del cual había muchos y muy grandes señores, de los cuales yo vide y conocí muchos, y a la tierra deste fué primero a parar el Almirante viejo que descubrió las Indias; al cual recibió la primera vez el dicho Guacanagarí, cuando descubrió la isla, con tanta humanidad y caridad, y a todos los cristianos que con él iban, y les hizo tan suave y gracioso recibimiento y socorro y aviamiento (perdiéndosele allí aun la nao en que iba el Almirante), que en su misma patria y de sus mismos padres no lo pudiera recibir mejor. Esto sé por relación y palabras del mismo Almirante. Este rey murió huyendo de las matanzas y crueldades de los cristianos, destruído y privado de su estado, por los montes perdido. Todos los otros señores súbditos suyos murieron en la tiranía y servidumbre que abajo será dicha.

El tercero reino y señorío fué la Maguana, tierra también admirable, sanísima y fertilísima, donde agora se hace la mejor azúcar de aquella isla. El rey del se llamó Caonabó. Éste en esfuerzo y estado y gravedad y cerimonias de su servicio, excedió a todos los otros. A éste prendieron con una gran sutileza y maldad, estando seguro en su casa. Metiéronlo después en un navío para traello a Castilla, y estando en el puerto seis navíos para se partir, quiso Dios mostrar ser aquella con las otras grande iniquidad y injusticia y envió aquella noche una tormenta que hundió todos los navíos y ahogó todos los cristianos que en ellos estaban, donde murió el dicho Caonabó cargado de cadenas y grillos. Tenía este señor tres o cuatro hermanos muy varoniles y esforzados como él; vista la prisión tan injusta de su hermano y señor y las destruiciones y matanzas que los cristianos en los otros reinos hacían, especialmente desde que supieron que el rey su hermano era muerto, pusiéronse en armas para ir a cometer y vengarse de los cristianos; van los cristianos a ellos con ciertos de caballo (que es la más perniciosa arma que puede ser para entre indios) y hacen tanto estragos y matanzas que asolaron y despoblaron la mitad de todo aquel reino.

El cuarto reino es el que se llamó de Xaraguá; éste era como el meollo o médula o como la corte de toda aquella isla; excedía a la lengua y habla ser más polida; en la policía y crianza más ordenada y compuesta; en la muchedumbre de la nobleza y generosidad, porque había muchos y en gran cantidad señores y nobles; y en la lindeza y hermosura de toda la gente, a todos los otros. El rey y señor dél se llamaba Behechio; tenía una hermana que se llamaba Anacaona. Estos dos hermanos hicieron grandes servicios a los reyes de Castilla e inmensos beneficios a los cristianos, librándolos de muchos peligros de muerte, y después de muerto el rey Behechio quedó en el reino por señora Anacaona. Aquí llegó una vez el gobernador que gobernaba esta isla con sesenta de caballo y más trecientos peones, que los de caballos solos bastaban para asolar a toda la isla y la tierra firme, y llegáronse más de trescientos señores a su llamado seguros, de los cuales hizo meter dentro de una casa de paja muy grande los más señores por engaño, e metidos les mandó poner fuego y los quemaron vivos. A todos los otros alancearon e metieron a espada con infinita gente, e a la señora Anacaona, por hacerle honra, ahorcaron. Y acaescía algunos cristianos, o por piedad o por codicia, tomar algunos niños para ampararlos no los matasen, e poníanlos a las ancas de los caballos: venía otro español por detrás e pasábalo con su lanza. Otrosí, estaba el niño en el suelo, le cortaban las piernas con el espada. Alguna gente que pudo huir desta tan inhumana crueldad, pasáronse a una isla pequeña que está cerca de allí ocho leguas en la mar, y el dicho gobernador condenó a todos estos que allí se pasaron que fuesen esclavos, porque huyeron de la carnicería.

El quinto reino se llamaba Higüey e señoreábalo una reina vieja que se llamó Higuanamá. A ésta ahorcaron; e fueron infinitas las gentes que yo vide quemar vivas y despedazar e atormentar por diversas y nuevas maneras de muertes e tormentos y hacer esclavos todos los que a vida tomaron. Y porque son tantas las particularidades que en estas matanzas e perdiciones de aquellas gentes ha habido, que en mucha escritura no podrían caber (porque en verdad que creo que por mucho que dijese no pueda explicar de mil partes una), sólo quiero en lo de las guerras susodichas concluir con decir e afirmar que en Dios y en mi conciencia que tengo por cierto que para hacer todas las injusticias y maldades dichas e las otras que dejo e podría decir, no dieron más causa los indios ni tuvieron más culpa que podrían dar o tener un convento de buenos e concertados religiosos para robarlos e matarlos y los que de la muerte quedasen vivos, ponerlos en perpetuo cautiverio e servidumbre de esclavos. Y más afirmo, que hasta que todas las muchedumbres de gentes de aquella isla fueron muertas e asoladas, que pueda yo creer y conjecturar, no cometieron contra los cristianos un solo pecado mortal que fuese punible por hombres; y los que solamente son reservados a Dios, como son los deseos de venganza, odio y rancor que podían tener aquellas gentes contra tan capitales enemigos como les fueron los cristianos, éstos creo que cayeron en muy pocas personas de los indios, y eran poco más impetuosos e rigurosos, por la mucha experiencia que dellos tengo, que de niños o muchachos de diez o doce años. Y sé por cierta e infalible sciencia que los indios tuvieron siempre justísima guerra contra los cristianos, e los cristianos una ni ninguna nunca tuvieron justa contra los indios, antes fueron todas diabólicas e injustísimas e mucho más que de ningún tirano se puede decir del mundo; e lo mismo afirmo de cuantas han hecho en todas las Indias.

Después de acabadas las guerras e muertes en ellas, todos los hombres, quedando comúnmente los mancebos y mujeres y niños, repartiéronlos entre sí, dando a uno treinta, a otro cuarenta, a otro ciento y docientos (según la gracia que cada uno alcanzaba con el tirano mayor, que decían gobernador). Y así repartidos a cada cristiano dábanselos con esta color: que los enseñase en las cosas de la fe católica, siendo comúnmente todos ellos idiotas y hombres crueles, avarísimos e viciosos, haciéndoles curas de ánimas. Y la cura o cuidado que dellos tuvieron fué enviar los hombres a las minas a sacar oro, que es trabajo intolerable, e las mujeres ponían en las estancias, que son granjas, a cavar las labranzas y cultivar la tierra, trabajo para hombres muy fuertes y recios. No daban a los unos ni a las otras de comer sino yerbas y cosas que no tenían sustancia; secábaseles la leche de las tetas a las mujeres paridas, e así murieron en breve todas las criaturas. Y por estar los maridos apartados, que nunca vían a las mujeres, cesó entre ellos la generación; murieron ellos en las minas, de trabajos y hambre, y ellas en las estancias o granjas, de lo mesmo, e así se acabaron tanta e tales multitudes de gentes de aquella isla; e así se pudiera haber acabado todas las del mundo. Decir las cargas que les echaban de tres y cuatro arrobas, e los llevaban ciento y doscientas leguas (y los mismos cristianos se hacían llevar en hamacas, que son como redes, acuestas de los indios), porque siempre usaron dellos como de bestias para cargar. Tenían mataduras en los hombros y espaldas, de las cargas, como muy matadas bestias; decir asimismo los azotes, palos, bofetadas, puñadas, maldiciones e otros mil géneros de tormentos que en los trabajos les daban, en verdad que en mucho tiempo ni papel no se pudiese decir e que fuese para espantar los hombres.

Y es de notar que la perdición destas islas y tierras se comenzaron a perder y destruir desde que allá se supo la muerte de la serenísima reina doña Isabel, que fué el año de mil e quinientos e cuatro, porque hasta entonces sólo en esta isla se habían destruído algunas provincias por guerras injustas, pero no de todo, y éstas por la mayor parte y cuasi todas se le encubrieron a la Reina. Porque la Reina, que haya santa gloria, tenía grandísimo cuidado e admirable celo a la salvación y prosperidad de aquellas gentes, como sabemos los que lo vimos y palpamos con nuestros ojos e manos los ejemplos desto.

Débese de notar otra regla en esto: que en todas las partes de las Indias donde han ido y pasado cristianos, siempre hicieron en los indios todas las crueldades susodichas, e matanzas, e tiranías, e opresiones abominables en aquellas inocentes gentes; e añadían muchas más e mayores y más nuevas maneras de tormentos, e más crueles siempre fueron porque los dejaba Dios más de golpe caer y derrocarse en reprobado juicio o sentimiento.

DE LAS DOS ISLAS DE SANT JUAN Y JAMAICA

Pasaron a la isla de Sant Juan y a la de Jamaica (que eran unas huertas y unas colmenas) el año de mil e quinientos y nueve los españoles, con el fin e propósito que fueron a la Española. Los cuales hicieron e cometieron los grandes insultos e pecados susodichos, y añadieron muchas señaladas e grandísimas crueldades más, matando y quemando y asando y echando a perros bravos, e después oprimiendo y atormentando y vejando en las minas y en los otros trabajos, hasta consumir y acabar todos aquellos infelices inocentes: que había en las dichas dos islas más de seiscientas mil ánimas, y creo que más de un cuento, e no hay hoy en cada una doscientas personas, todas perecidas sin fe e sin sacramentos.

DE LA ISLA DE CUBA

El año de mil e quinientos y once pasaron a 1a isla de Cuba, que es como dije tan luenga como de Valladolid a Roma (donde había grandes provincias de gentes), comenzaron y acabaron de las maneras susodichas e mucho más y más cruelmente. Aquí acaescieron cosas muy señaladas. Un cacique e señor muy principal, que por nombre tenia Hatuey, que se había pasado de la isla Española a Cuba con mucha gente por huir de las calamidades e inhumanas obras de los cristianos, y estando en aquella isla de Cuba, e dándole nuevas ciertos indios, que pasaban a ella los cristianos, ayuntó mucha de toda su gente e díjoles: “Ya sabéis cómo se dice que los cristianos pasan acá, e tenéis experiencia cuáles han parado a los señores fulano y fulano y fulano; y aquellas gentes de Haití (que es la Española) lo mesmo vienen a hacer acá. ¿Sabéis quizá por qué lo hacen?” Dijeron: “No; sino porque son de su natura crueles e malos.” Dice él: “No lo hacen por sólo eso, sino porque tienen un dios a quien ellos adoran e quieren mucho y por haberlo de nosotros para lo adorar, nos trabajan de sojuzgar e nos matan.” Tenía cabe sí una cestilla llena de oro en joyas y dijo: “Veis aquí el dios de los cristianos; hagámosle si os parece areítos (que son bailes y danzas) e quizá le agradaremos y les mandará que no nos hagan mal.” Dijeron todos a voces: “¡Bien es, bien es!” Bailáronle delante hasta que todos se cansaron. Y después dice el señor Hatuey: “Mira, como quiera que sea, si lo guardamos, para sacárnoslo, al fin nos han de matar; echémoslo en este río.” Todos votaron que así se hiciese, e así lo echaron en un río grande que allí estaba.

Este cacique y señor anduvo siempre huyendo de los cristianos desque llegaron a aquella isla de Cuba, como quien los conoscía, e defendíase cuando los topaba, y al fin lo prendieron. Y sólo porque huía de gente tan inicua e cruel y se defendía de quien lo quería matar e oprimir hasta la muerte a sí e toda su gente y generación, lo hubieron vivo de quemar. Atado a un palo decíale un religioso de San Francisco, sancto varón que allí estaba, algunas cosas de Dios y de nuestra fee, (el cual nunca las había jamás oído), lo que podía bastar aquel poquillo tiempo que los verdugos le daban, y que si quería creer aquello que le decía iría al cielo, donde había gloria y eterno descanso, e si no, que había de ir al infierno a padecer perpetuos tormentos y penas. Él, pensando un poco, preguntó al religioso si iban cristianos al cielo. El religioso le respondió que sí, pero que iban los que eran buenos. Dijo luego el cacique, sin más pensar, que no quería él ir allá, sino al infierno, por no estar donde estuviesen y por no ver tan cruel gente. Esta es la fama y honra que Dios e nuestra fe ha ganado con los cristianos que han ido a las Indias.

Una vez, saliéndonos a recebir con mantenimientos y regalos diez leguas de un gran pueblo, y llegados allá, nos dieron gran cantidad de pescado y pan y comida con todo lo que más pudieron; súbitamente se les revistió el diablo a los cristianos e meten a cuchillo en mi presencia (sin motivo ni causa que tuviesen) más de tres mil ánimas que estaban sentados delante de nosotros, hombres y mujeres e niños. Allí vide tan grandes crueldades que nunca los vivos tal vieron ni pensaron ver.

Otra vez, desde a pocos días, envié yo mensajeros, asegurando que no temiesen, a todos los señores de la provincia de la Habana, porque tenían por oídas de mi crédito, que no se ausentasen, sino que nos saliesen a recibir, que no se les haría mal ninguno (porque de las matanzas pasadas estaba toda la tierra asombrada), y esto hice con parecer del capitán; e llegados a la provincia saliéronnos a recebir veinte e un señores y caciques, e luego los prendió el capitán, quebrantando el seguro que yo les había dado, e los quería quemar vivos otro día diciendo que era bien, porque aquellos señores algún tiempo habían de hacer algún mal. Vídeme en muy gran trabajo quitarlos de la hoguera, pero al fin se escaparon.

Después de que todos los indios de la tierra desta isla fueron puestos en la servidumbre e calamidad de los de la Española, viéndose morir y perecer sin remedio, todos comenzaron a huir a los montes; otros, a ahorcarse de desesperados, y ahorcábanse maridos e mujeres, e consigo ahorcaban los hijos; y por las crueldades de un español muy tirano (que yo conocí) se ahorcaron más de doscientos indios. Pereció desta manera infinita gente.

Oficial del rey hobo en esta isla que le dieron de repartimiento trescientos indios e a cabo de tres meses había muerto en los trabajos de las minas los docientos e setenta, que no le quedaron de todos sino treinta, que fue el diezmo. Después le dieron otros tantos y más, e también los mató, e dábanle más y más mataba, hasta que se murió y el diablo le llevó el alma.

En tres o cuatro meses, estando yo presente, murieron de hambre, por llevarles los padres y las madres a las minas, más de siete mil niños. Otras cosas vide espantables.

Después acordaron de ir a montear los indios que estaban por los montes, donde hicieron estragos admirables, e así asolaron e despoblaron toda aquella isla, la cual vimos agora poco ha y es una gran lástima e compasión verla yermada y hecha toda una soledad.

DE LA TIERRA FIRME

El año de mil e quinientos e catorce pasó a la tierra firme un infelice gobernador, crudelísimo tirano, sin alguna piedad ni aun prudencia, como un instrumento del furor divino, muy de propósito para poblar en aquella tierra con mucha gente de españoles. Y aunque algunos tiranos habían ido a la tierra firme e habían robado y matado y escandalizado mucha gente, pero había sido a la costa de la mar, salteando y robando lo que podían; mas éste excedió a todos los otros que antes dél habían ido, y a los de todas las islas, e sus hechos nefarios a todas las abominaciones pasadas, no sólo a la costa de la mar, pero grandes tierras y reinos despobló y mató, echando inmensas gentes que en ellos había a los infiernos. Éste despobló desde muchas leguas arriba del Darién hasta el reino e provincias de Nicaragua, inclusive, que son más de quinientas leguas y la mejor y más felice e poblada tierra que se cree haber en el mundo. Donde había muy muchos grandes señores, infinitas y grandes poblaciones, grandísimas riquezas de oro; porque hasta aquel tiempo en ninguna parte había perecido sobre tierra tanto; porque aunque de la isla Española se había henchido casi España de oro, e de más fino oro, pero había sido sacado con los indios de las entrañas de la tierra, de las minas dichas, donde, como se dijo, murieron.

Este gobernador y su gente inventó nuevas maneras de crueldades y de dar tormentos a los indios, porque descubriesen y les diesen oro. Capitán hubo suyo que en una entrada que hizo por mandado dél para robar y extirpar gentes, mató sobre cuarenta mil ánimas, que vido por sus ojos un religioso de Sanct Francisco, que con él iba, que se llamaba fray Francisco de San Román, metiéndolos a espada, quemándolos vivos, y echándolos a perros bravos, y atormentándolos con diversos tormentos.

Y porque la ceguedad perniciosísima que siempre han tenido hasta hoy los que han regido las Indias en disponer y ordenar la conversión y salvación de aquellas gentes, la cual siempre han pospuesto (con verdad se dice esto) en la obra y efecto, puesto que por palabra hayan mostrado y colorado o disimulado otra cosa, ha llegado a tanta profundidad que haya imaginado e practicado e mandado que se le hagan a los indios requerimientos que vengan a la fee, a dar la obediencia a los reyes de Castilla, si no, que les harán guerra a fuego y a sangre, e los matarán y captivarán, etc. Como si el hijo de Dios, que murió por cada uno dellos, hobiera en su ley mandado cuando dijo: Euntes docete omnes gentes, que se hiciesen requerimientos a los infieles pacíficos e quietos e que tienen sus tierras propias, e si no la recibiesen luego, sin otra predicación y doctrina, e si no se diesen a sí mesmos al señorío del rey que nunca oyeron ni vieron, especialmente cuya gente y mensajeros son tan crueles, tan desapiadados e tan horribles tiranos, perdiesen por el mesmo caso la hacienda y las tierras, la libertad, las mujeres y hijos con todas sus vidas, que es cosa absurda y estulta e digna de todo vituperio y escarnio e infierno.

Así que, como llevase aquel triste y malaventurado gobernador instrucción que hiciese los dichos requerimientos, para más justificarlos, siendo ellos de sí mesmos absurdos, irracionables e injustísimos, mandaba, o los ladrones que enviaba lo hacían cuando acordaban de ir a saltear e robar algún pueblo de que tenían noticia tener oro, estando los indios en sus pueblos e casas seguros, íbanse de noche los tristes españoles salteadores hasta media legua del pueblo, e allí aquella noche entre sí mesmos apregonaban o leían el dicho requerimiento, deciendo: “Caciques e indios desta tierra firme de tal pueblo, hacemos os saber que hay un Dios y un Papa y un rey de Castilla que es señor de estas tierras; venid luego a le dar la obediencia, etc. Y si no, sabed que os haremos guerra, e mataremos e captivaremos, etc.” Y al cuarto del alba, estando los inocentes durmiendo con sus mujeres e hijos, daban en el pueblo, poniendo fuego a las casas, que comúnmente eran de paja, e quemaban vivos los niños e mujeres y muchos de los demás, antes que acordasen; mataban los que querían, e los que tomaban a vida mataban a tormentos porque dijesen de otros pueblos de oro, o de más oro de lo que allí hallaban, e los que restaban herrábanlos por esclavos; iban después, acabado o apagado el fuego, a buscar el oro que había en las casas. Desta manera y en estas obras se ocupó aquel hombre perdido, con todos los malos cristianos que llevó, desde el año de catorce hasta el año de veinte y uno o veinte y dos, enviando en aquellas entradas cinco e seis y más criados, por los cuales le daban tantas partes (allende de la que le cabía por capitán general) de todo el oro y perlas e joyas que robaban e de los esclavos que hacían. Lo mesmo hacían los oficiales del rey, enviando cada uno los más mozos o criados que podía, y el obispo primero de aquel reino enviaba también sus criados, por tener su parte en aquella granjería. Más oro robaron en aquel tiempo que aquel reino (a lo que yo puedo juzgar), de un millón de castellanos, y creo que me acorto, e no se hallará que enviaron al rey sino tres mil castellanos de todo aquello robado; y más gentes destruyeron de ochocientas mil ánimas. Los otros tiranos gobernadores que allí sucedieron hasta el año de treinta y tres, mataron e consintieron matar, con la tiránica servidumbre que a las guerras sucedió los que restaban.

Entre infinitas maldades que éste hizo e consintió hacer el tiempo que gobernó fué que, dándole un cacique o señor, de su voluntad o por miedo (como más es verdad), nueve mil castellanos, no contentos con esto prendieron al dicho señor e átanlo a un palo sentado en el suelo, y extendidos los pies pónenle fuego a ellos porque diese más oro, y él envió a su casa e trajeron otros tres mil castellanos; tórnanle a dar tormentos, y él, no dando más oro porque no lo tenía, o porque no lo quería dar, tuviéronle de aquella manera hasta que los tuétanos le saltaron por las plantas e así murió. Y destos fueron infinitas veces las que a señores mataron y atormentaron por sacarles oro.

Otra vez, yendo a saltear cierta capitanía de españoles, llegaron a un monte donde estaba recogida y escondida, por huir de tan pestilenciales e horribles obras de los cristianos, mucha gente, y dando de súbito sobre ella tomaron setenta o ochenta doncellas e mujeres, muertos muchos que pudieron matar. Otro día juntáronse muchos indios e iban tras los cristianos peleando por el ansia de sus mujeres e hijas; e viéndose los cristianos apretados, no quisieron soltar la cabalgada, sino meten las espadas por las barrigas de las muchachas e mujeres y no dejaron, de todas ochenta, una viva. Los indios, que se les rasgaban las entrañas del dolor, daban gritos y decían: “¡Oh, malos hombres, crueles cristianos!, ¿a las iras matáis?” Ira llaman en aquella tierra a las mujeres, cuasi diciendo: matar las mujeres señal es de abominables e crueles hombres bestiales.

A diez o quince leguas de Panamá estaba un gran señor que se llamaba Paris, e muy rico en oro; fueron allá los cristianos e rescibiólos como si fueran hermanos suyos e presentó al capitán cincuenta mil castellanos de su voluntad. El capitán y los cristianos parescióles que quien daba aquella cantidad de su gracia que debía tener mucho tesoro (que era el fin e consuelo de sus trabajos); disimularon e dicen que quieren partir; e tornan al cuarto de alba e dan sobre seguro en el pueblo, quémanlo con fuego que pusieron, mataron y quemaron mucha gente, e robaron cincuenta o sesenta mil castellanos otros; y el cacique o señor escapóse, que no le mataron o prendieron. Juntó presto la más gente que pudo e a cabo de dos o tres días alcanzó los cristianos que llevaban sus ciento y treinta o cuarenta mil castellanos, e da en ellos varonilmente, e mata cincuenta cristianos, e tómales todo el oro, escapándose los otros huyendo e bien heridos. Después tornan muchos cristianos sobre el dicho cacique y asoláronlo a él y a infinita de su gente, e los demás pusieron e mataron en la ordinaria servidumbre. Por manera que no hay hoy vestigio ni señal de que haya habido allí pueblo ni hombre nacido, teniendo treinta leguas llenas de gente de señorío. Destas no tienen cuento las matanzas y perdiciones que aquel mísero hombre con su compañía en aquellos reinos (que despobló) hizo.

DE LA PROVINCIA DE NICARAGUA

El año de mil e quinientos y veinte y dos o veinte y tres pasó este tirano a sojuzgar la felicísima provincia de Nicaragua, el cual entró en ella en triste hora. Desta provincia ¿quién podrá encarecer la felicidad, sanidad, amenidad y prosperidad e frecuencia y población de gente suya? Era cosa verdaderamente de admiración ver cuán poblada de pueblos, que cuasi duraban tres y cuatro leguas en luengo, llenos de admirables frutales que causaba ser inmensa la gente. A estas gentes (porque era la tierra llana y rasa, que no podían esconderse en los montes, y deleitosa, que con mucha angustia e dificultad, osaban dejarla, por lo cual sufrían e sufrieron grandes persecuciones, y cuanto les era posible toleraban las tiranías y servidumbre de los cristianos, e porque de su natura era gente muy mansa e pacífica) hízoles aquel tirano, con sus tiranos compañeros que fueron con él (todos los que a todo el otro reino le habían ayudado a destruir), tantos daños, tantas matanzas, tantas crueldades, tantos captiverios e sinjusticias, que no podría lengua humana decirlo. Enviaba cincuenta de caballo e hacía alancear toda una provincia mayor que el condado de Rusellón, que no dejaba hombre, ni mujer, ni viejo, ni niño a vida, por muy liviana cosa: así como porque no venían tan presto a su llamada o no le traían tantas cargas de maíz, que es el trigo de allá, o tantos indios para que sirviesen a él o a otro de los de su compañía; porque como era la tierra llana no podía huir de los caballos ninguno, ni de su ira infernal.

Enviaba españoles a hacer entradas, que es ir a saltear indios a otras provincias, e dejaba llevar a los salteadores cuantos indios querían de los pueblos pacíficos e que les servían. Los cuales echaban en cadenas porque no les dejasen las cargas de tres arrobas que les echaban a cuestas. Y acaesció vez, de muchas que esto hizo, que de cuatro mil indios no volvieron seis vivos a sus casas, que todos los dejaban muertos por los caminos. E cuando algunos cansaban y se despeaban de las grandes cargas y enfermaban de hambre e trabajo y flaqueza, por no desensartarlos de las cadenas les cortaban por la collera la cabeza e caía la cabeza a un cabo y el cuerpo a otro. Véase qué sentirían los otros. E así, cuando se ordenaban semejantes romerías, como tenían experiencia los indios de que ninguno volvía, cuando salían iban llorando e suspirando los indios y diciendo: “Aquellos son los caminos por donde íbamos a servir a los cristianos y, aunque trabajábamos mucho, en fin volvíamonos a cabo de algún tiempo a nuestras casas e a nuestras mujeres e hijos; pero agora vamos sin esperanza de nunca jamás volver ni verlos ni de tener más vida.”

Una vez, porque quiso hacer nuevo repartimiento de los indios, porque se le antojó (e aun dicen que por quitar los indios a quien no quería bien e dallos a quien le parescía) fue causa que los indios no sembrasen una sementera, e como no hubo para los cristianos, tomaron a los indios cuanto maíz tenían para mantener a sí e a sus hijos, por lo cual murieron de hambre más de veinte o treinta mil ánimas e acaesció mujer matar su hijo para comerlo de hambre.

Como los pueblos que tenían eran todos una muy graciosa huerta cada uno, como se dijo, aposentáronse en ellos los cristianos, cada uno en el pueblo que le repartían (o, como dicen ellos, le encomendaban), y hacía en él sus labranzas, manteniéndose de las comidas pobres de los indios, e así les tomaron sus particulares tierras y heredades de que se mantenían. Por manera que tenían los españoles dentro de sus mesmas casas todos los indios señores viejos, mujeres e niños, e a todos hacen que les sirvan noches y días, sin holganza; hasta los niños, cuan presto pueden tenerse en los pies, los ocupaban en lo que cada uno puede hacer e más de lo que puede, y así los han consumido y consumen hoy los pocos que han restado, no teniendo ni dejándoles tener casa ni cosa propia; en lo cual aun exceden a las injusticias en este género que en la Española se hacían.

Han fatigado, e opreso, e sido causa de su acelerada muerte de muchas gentes en esta provincia, haciéndoles llevar la tablazón e madera, de treinta leguas al puerto, para hacer navíos, y enviarlos a buscar miel y cera por los montes, donde los comen los tigres; y han cargado e cargan hoy las mujeres preñadas y paridas como a bestias.

La pestilencia más horrible que principalmente ha asolado aquella provincia, ha sido la licencia que aquel gobernador dio a los españoles para pedir esclavos a los caciques y señores de los pueblos. Pedía cuatro o cinco meses, o cada vez que cada uno alcanzaba la gracia o licencia del dicho gobernador, al cacique, cincuenta esclavos, con amenazas que si no los daban lo habían de quemar vivo o echar a los perros bravos. Como los indios comúnmente no tienen esclavos, cuando mucho un cacique tiene dos, o tres, o cuatro, iban los señores por su pueblo e tomaban lo primero todos los huérfanos, e después pedía a quien tenía dos hijos uno, e a quien tres, dos; e desta manera cumplía el cacique el número que el tirano le pedía, con grandes alaridos y llantos del pueblo, porque son las gentes que más parece que aman a sus hijos. Como esto se hacía tantas veces, asolaron desde el año de veinte y tres hasta el año de treinta y tres todo aquel reino, porque anduvieron seis o siete años de cinco o seis navíos al tracto, llevando todas aquellas muchedumbres de indios a vender por esclavos a Panamá e al Perú, donde todos son muertos, porque es averiguado y experimentado millares de veces que, sacando los indios de sus tierras naturales, luego mueren más fácilmente. Porque siempre no les dan de comer e no les quitan nada de los trabajos, como no los vendan ni los otros los compren sino para trabajar. Desta manera han sacado de aquella provincia indios hechos esclavos, siendo tan libres como yo, más de quinientas mil ánimas. Por las guerras infernales que los españoles les han hecho e por el captiverio horrible en que los pusieron, más han muerto de otras quinientas y seiscientas mil personas hasta hoy, e hoy los matan. En obra de catorce años todos estos estragos se han hecho. Habrá hoy en toda la dicha provincia de Nicaragua obra de cuatro mil o cinco mil personas, las cuales matan cada día con los servicios y opresiones cotidianas e personales, siendo (como se dijo) una de las más pobladas del mundo.

DE LA NUEVA ESPAÑA

En el año de mil e quinientos y diez y siete se descubrió la Nueva España, y en el descubrimiento se hicieron grandes escándalos en los indios y algunas muertes por los que la descubrieron. En el año de mil e quinientos e diez y ocho la fueron a robar e a matar los que se llaman cristianos, aunque ellos dicen que van a poblar. Y desde este año de diez y ocho hasta el día de hoy, que estamos en el año de mil e quinientos y cuarenta e dos, ha rebosado y llegado a su colmo toda la iniquidad, toda la injusticia, toda la violencia y tiranía que los cristianos han hecho en las Indias, porque del todo han perdido todo temor a Dios y al rey e se han olvidado de sí mesmos. Porque son tantos y tales los estragos e crueldades, matanzas e destruiciones, despoblaciones, robos, violencias e tiranías, y en tantos y tales reinos de la gran tierra firme, que todas las cosas que hemos dicho son nada en comparación de las que se hicieron; pero aunque las dijéramos todas, que son infinitas las que dejamos de decir, no son comparables ni en número ni en gravedad a las que desde el dicho año de mil e quinientos y cuarenta y dos, e hoy, en este día del mes de septiembre, se hacen e cometen las más graves e abominables. Porque sea verdad la regla que arriba pusimos, que siempre desde el principio han ido cresciendo en mayores desafueros y obras infernales.

Así que, desde la entrada de la Nueva España, que fué a dieciocho de abril del dicho año de dieciocho, hasta el año de treinta, que fueron doce años enteros, duraron las matanzas y estragos que las sangrientas e crueles manos y espadas de los españoles hicieron continuamente en cuatrocientas e cincuenta leguas en torno cuasi de la ciudad de Méjico e a su alrededor, donde cabían cuatro y cinco grandes reinos, tan grandes e harto más felices que España. Estas tierras todas eran las más pobladas e llenas de gentes que Toledo e Sevilla, y Valladolid, y Zaragoza juntamente con Barcelona, porque no hay ni hubo jamás tanta población en estas ciudades, cuando más pobladas estuvieron, que Dios puso e que había en todas las dichas leguas, que para andarlas en torno se han de andar más de mil e ochocientas leguas. Más han muerto los españoles dentro de los doce años dichos en las dichas cuatrocientas y cincuenta leguas, a cuchillo y a lanzadas y quemándolos vivos, mujeres e niños, y mozos, y viejos, de cuatro cuentos de ánimas, mientras que duraron (como dicho es) lo que ellos llaman conquistas, siendo invasiones violentas de crueles tiranos, condenadas no sólo por la ley de Dios, pero por todas las leyes humanas, como lo son e muy peores que las que hace el turco para destruir la iglesia cristiana. Y esto sin los que han muerto e matan cada día en la susodicha tiránica servidumbre, vejaciones y opresiones cotidianas.

Particularmente, no podrá bastar lengua ni noticia e industria humana a referir los hechos espantables que en distintas parte, e juntos en un tiempo en unas, e varios en varias, por aquellos huestes públicos y capitales enemigos del linaje humano, se han hecho dentro de aquel dicho circuito, e aun algunos hechos según las circunstancias e calidades que los agravian, en verdad que cumplidamente apenas con mucha diligencia e tiempo y escriptura no se pueda explicar. Pero alguna cosa de algunas partes diré con protestación e juramento de que no pienso que explicaré una de mil partes.

Entre otras matanzas hicieron ésta en una ciudad grande, de más de treinta mil vecinos, que se llama Cholula: que saliendo a recibir todos los señores de la tierra e comarca, e primero todos los sacerdotes con el sacerdote mayor a los cristianos en procesión y con grande acatamiento e reverencia, y llevándolos en medio a aposentar a la ciudad, y a las casas de aposentos del señor o señores della principales, acordaron los españoles de hacer allí una matanza o castigo (como ellos dicen) para poner y sembrar su temor e braveza en todos los rincones de aquellas tierras. Porque siempre fué esta su determinación en todas las tierras que los españoles han entrado, conviene a saber: hacer una cruel e señalada matanza porque tiemblen dellos aquellas ovejas mansas.

Así que enviaron para esto primero a llamar todos los señores e nobles de la ciudad e de todos los lugares a ella subjectos, con el señor principal, e así como venían y entraban a hablar al capitán de los españoles, luego eran presos sin que nadie los sintiese, que pudiese llevar las nuevas. Habíanles pedido cinco o seis mil indios que les llevasen las cargas; vinieron todos luego e métenlos en el patio de las casas. Ver a estos indios cuando se aparejan para llevar las cargas de los españoles es haber dellos una gran compasión y lástima, porque vienen desnudos, en cueros, solamente cubiertas sus vergüenzas e con unas redecillas en el hombro con su pobre comida; pónense todos en cuclillas, como unos corderos muy mansos. Todos ayuntados e juntos en el patio con otras gentes que a vueltas estaban, pónense a las puertas del patio españoles armados que guardasen y todos los demás echan mano a sus espadas y meten a espada y a lanzadas todas aquellas ovejas, que uno ni ninguno pudo escaparse que no fuese trucidado. A cabo de dos o tres días saltan muchos indios vivos, llenos de sangre, que se habían escondido e amparado debajo de los muertos (como eran tantos); iban llorando ante los españoles pidiendo misericordia, que no los matasen. De los cuales ninguna misericordia ni compasión hubieron, antes así como salían los hacían pedazos.

A todos los señores, que eran más de ciento y que tenían atados, mandó el capitán quemar e sacar vivos en palos hincados en la sierra. Pero un señor, e quizá era el principal y rey de aquella tierra, pudo soltarse e recogióse con otros veinte o treinta o cuarenta hombres al templo grande que allí tenían, el cual era como fortaleza que llamaban Duu, e allí se defendió gran rato del día. Pero los españoles, a quien no se les ampara nada, mayormente en estas gentes desarmadas, pusieron fuego al templo e allí los quemaron dando voces: “¡Oh, malos hombres! ¿Qué os hemos hecho?, ¿porqué nos matáis? ¡Andad, que a Méjico iréis, donde nuestro universal señor Motenzuma de vosotros nos hará venganza!” Dícese que estando metiendo a espada los cinco o seis mil hombres en el patio, estaba cantando el capitán de los españoles: “Mira Nero de Tarpeya a Roma cómo se ardía; gritos dan niños y viejos, y él de nada se dolía.”

Otra gran matanza hicieron en la ciudad de Tepeaca, que era mucho mayor e de más vecinos y gente que la dicha, donde mataron a espada infinita gente, con grandes particularidades de crueldad.

De Cholula caminaron hacia Méjico, y enviándoles el gran rey Motenzuma millares de presentes, e señores y gentes, e fiestas al camino, e a la entrada de la calzada de Méjico, que es a dos leguas, envióles a su mesmo hermano acompañado de muchos grandes señores e grandes presentes de oro y plata e ropas; y a la entrada de la ciudad, saliendo él mesmo en persona en unas andas de oro con toda su gran corte a recebirlos, y acompañándolos hasta los palacios en que los había mandado aposentar, aquel mismo día, según me dijeron algunos de los que allí se hallaron, con cierta disimulación, estando seguro, prendieron al gran rey Motenzuma y pusieron ochenta hombres que le guardasen, e después echáronlo en grillos.

Pero dejado todo esto, en que había grandes y muchas cosas que contar, sólo quiero decir una señalada que allí aquellos tiranos hicieron. Yéndose el capitán de los españoles al puerto de la mar a prender a otro cierto capitán que venía contra él, y dejado cierto capitán, creo que con ciento pocos más hombres que guardasen al rey Motenzuma, acordaron aquellos españoles de cometer otra cosa señalada, para acrecentar su miedo en toda la tierra; industria (como dije) de que muchas veces han usado. Los indios y gente e señores de toda la ciudad y corte de Motenzuma no se ocupaban en otra cosa sino en dar placer a su señor preso. Y entre otras fiestas que le hacían era en las tardes hacer por todos los barrios e plazas de la ciudad los bailes y danzas que acostumbran y que llaman ellos mitotes, como en las islas llaman areítos, donde sacan todas sus galas e riquezas, y con ellas se emplean todos, porque es la principal manera de regocijo y fiestas; y los más nobles y caballeros y de sangre real, según sus grados, hacían sus bailes e fiestas más cercanas a las casas donde estaba preso su señor. En la más propincua parte a los dichos palacios estaban sobre dos mil hijos de señores, que era toda la flor y nata de la nobleza de todo el imperio de Motenzuma. A éstos fue el capitán de los españoles con una cuadrilla dellos, y envió otras cuadrillas a todas las otras partes de la ciudad donde hacían las dichas fiestas, disimulados como que iban a verlas, e mandó que a cierta hora todos diesen en ellos. Fué él, y estado embebidos y seguros en sus bailes, dicen "¡Santiago y a ellos!" e comienzan con las espadas desnudas a abrir aquellos cuerpos desnudos y delicados e a derramar aquella generosa sangre, que uno no dejaron a vida; lo mesmo hicieron los otros en las otras plazas.

Fué una cosa esta que a todos aquellos reinos y gentes puso en pasmo y angustia y luto, e hinchó de amargura y dolor, y de aquí a que se acabe el mundo, o ellos del todo se acaben, no dejarán de lamentar y cantar en sus areítos y bailes, como en romances (que acá decimos), aquella calamidad e pérdida de la sucesión de toda su nobleza, de que se preciaban de tantos años atrás.

Vista por los indios cosa tan injusta e crueldad tan nunca vista, en tantos inocentes sin culpa perpetrada, los que habían sufrido con tolerancia la prisión no menos injusta de su universal señor, porque él mesmo se lo mandaba que no acometiesen ni guerreasen a los cristianos, entonces pónense en armas toda la ciudad y vienen sobre ellos, y heridos muchos de los españoles apenas se pudieron escapar. Ponen un puñal a los pechos al preso Motenzuma que se pusiese a los corredores y mandase que los indios no combatiesen la casa, sino que se pusiesen en paz. Ellos no curaron entonces de obedecerle en nada, antes platicaban de elegir otro señor y capitán que guiase sus batallas; y porque ya volvía el capitán, que había ido al puerto, con victoria, y traía muchos más cristianos y venía cerca, cesaron el combate obra de tres o cuatro días, hasta que entró en la ciudad. Él entrado, ayuntaba infinita gente de toda la tierra, combaten a todos juntos de tal manera y tantos días, que temiendo todos morir acordaron una noche salir de la ciudad. Sabido por los indios mataron gran cantidad de cristianos en los puentes de la laguna, con justísima y sancta guerra, por las causas justísimas que tuvieron, como dicho es. Las cuales, cualquiera que fuere hombre razonable y justo, las justificara. Suscedió después el combate de la ciudad, reformados los cristianos, donde hicieron estragos en los indios admirables y extraños, matando infinitas gentes y quemando vivos muchos y grandes señores.

Después de las tiranías grandísimas y abominables que éstos hicieron en la ciudad de Méjico y en las ciudades y tierra mucha (que por aquellos alrededores diez y quince y veinte leguas de Méjico, donde fueron muertas infinitas gentes), pasó adelante esta su tiránica pestilencia y fué a cundir e inficionar y asolar a la provincia de Pánuco, que era una cosa admirable la multitud de las gentes que tenía y los estragos y matanzas que allí hicieron. Después destruyeron por la mesma manera la provincia de Tututepeque y después la provincia de Ipilcingo, y después la de Colima, que cada una es más tierra que el reino de León y que el de Castilla. Contar los estragos y muertes y crueldades que en cada una hicieron sería sin duda cosa dificilísima y imposible de decir, e trabajosa de escuchar.

Es aquí de notar que el título con que entraban e por el cual comenzaban a destruir todos aquellos inocentes y despoblar aquellas tierras que tanta alegría y gozo debieran de causar a los que fueran verdaderos cristianos, con su tan grande e infinita población, era decir que viniesen a subjectarse e obedecer al rey de España, donde no, que los había de matar e hacer esclavos. Y los que no venían tan presto a cumplir tan irracionables y estultos mensajes e a ponerse en las manos de tan inicuos e crueles y bestiales hombres, llamábanles rebeldes y alzados contra el servicio de Su Majestad. Y así lo escrebían acá al rey nuestro señor e la ceguedad de los que regían las Indias no alcanzaba ni entendía aquello que en sus leyes está expreso e más claro que otro de sus primeros principios, conviene a saber: que ninguno es ni puede ser llamado rebelde si primero no es súbdito.

Considérese por los cristianos e que saben algo de Dios e de razón, e aun de las leyes humanas, qué tales pueden parar los corazones de cualquiera gente que vive en sus tierras segura e no sabe que deba nada a nadie, e que tiene sus naturales señores, las nuevas que les dijesen así de súpito: daos a obedescer a un rey estraño, que nunca vistes ni oístes, e si no, sabed que luego os hemos de hacer pedazos; especialmente viendo por experiencia que así luego lo hacen. Y lo que más espantable es, que a los que de hecho obedecen ponen en aspérrima servidumbre, donde son increíbles trabajos e tormentos más largos y que duran más que los que les dan metiéndolos a espada, al cabo perecen ellos e sus mujeres y hijos e toda su generación. E ya que con los dichos temores y amenazas aquellas gentes o otras cualesquiera en el mundo vengan a obedecer e reconoscer el señorío de rey extraño, no veen los ciegos e turbados de ambición e diabólica cudicia que no por eso adquieren una punta de derecho como verdaderamente sean temores y miedos, aquellos cadentes inconstantísimos viros, que de derecho natural e humano y divino es todo aire cuanto se hace para que valga, si no es el reatu e obligación que les queda a los fuegos infernales, e aun a las ofensas y daños que hacen a los reyes de Castilla destruyéndoles aquellos sus reinos e aniquilándole (en cuanto en ellos es) todo el derecho que tienen a todas las Indias; y estos son e no otros los servicios que los españoles han hecho a los dichos señores reyes en aquellas tierras, e hoy hacen.

Con este tan justo y aprobado título envió aqueste capitán tirano otros dos tiranos capitanes muy más crueles e feroces, peores e de menos piedad e misericordia que él, a los grandes y florentísimos e felicísimos reinos, de gentes plenísimamente llenos e poblados, conviene a saber, el reino de Guatimala, que está a la mar del Sur, y el otro de Naco y Honduras o Guaimura, que está a la mar del Norte, frontero el uno del otro e que confinaban e partían términos ambos a dos, trecientas leguas de Méjico. El uno despachó por la tierra y el otro en navíos por la mar, con mucha gente de caballo y de pie cada uno.

Digo verdad que de lo que ambos hicieron en mal, y señaladamente del que fué al reino de Guatimala, porque el otro presto mala muerte murió, que podría expresar e collegir tantas maldades, tantos estragos, tantas muertes, tantas despoblaciones, tantas y tan fieras injusticias que espantasen los siglos presentes y venideros e hinchese dellas un gran libro. Porque éste excedió a todos los pasados y presentes, así en la cantidad e número de las abominaciones que hizo, como de las gentes que destruyó e tierras que hizo desiertas, porque todas fueron infinitas.

El que fué por la mar y en navíos hizo grandes robos y escándalos y aventamientos de gentes en los pueblos de la costa, saliéndole a rescibir algunos con presentes en el reino de Yucatán, que está en el camino del reino susodicho de Naco y Guaimura, donde iba. Después de llegado a ellos envió capitanes y mucha gente por toda aquella tierra que robaban y mataban y destruían cuantos pueblos y gentes había. Y especialmente uno que se alzó con trecientos hombres y se metió la tierra adentro hacia Guatimala, fué destruyendo y quemando cuantos pueblos hallaba y robando y matando las gentes dellos. Y fué haciendo esto de industria más de ciento y veinte leguas, porque si enviasen tras él hallasen los que fuesen la tierra despoblada y alzada y los matasen los indios en venganza de los daños y destruiciones que dejaban fechos. Desde a pocos días mataron al capitán principal que le envió y a quien éste se alzó, y después suscedieron otros muchos tiranos crudelísimos que con matanzas e crueldades espantosas y con hacer esclavos e venderlos a los navíos que les traían vino e vestidos y otras cosas; e con la tiránica servidumbre ordinaria, desde el año de mil y quinientos e veinte y cuatro hasta el año de mil e quinientos e treinta y cinco asolaron aquellas provincias e reino de Naco y Honduras, que verdaderamente parescían un paraíso de deleites y estaban más pobladas que la más frecuentada y poblada tierra que puede ser en el mundo; y agora pasamos e venimos por ellas y las vimos tan despobladas y destruídas que cualquiera persona, por dura que fuera, se le abrieran las entrañas de dolor. Más han muerto, en estos once años, de dos cuentos de ánimas y no han dejado, en más de cient leguas en cuadra, dos mil personas, y éstas cada día las matan en la dicha servidumbre.

Volviendo la péndola a hablar del grande tirano capitán que fué a los reinos de Guatimala, el cual, como está dicho, excedió a todos los pasados e iguala con todos los que hoy hay, desde las provincias comarcanas a Méjico, que por el camino que él fué (según él mesmo escribió en una carta al principal que le envió) están del reino de Guatimala cuatrocientas leguas, fué haciendo matanzas y robos, quemando y robando e destruyendo donde llegaba toda la tierra con el título susodicho, conviene a saber, diciéndoles que se sujetasen a ellos, hombres tan inhumanos, injustos y crueles, en nombre del rey de España, incógnito e nunca jamás dellos oído. El cual estimaban ser muy más injusto e cruel que ellos; e aun sin dejarlos deliberar, cuasi tan presto como el mensaje, llegaban matando y quemando sobre ellos.

DE LA PROVINCIA E REINO DE GUATIMALA

Llegado al dicho reino hizo en la entrada dél mucha matanza de gente; y no obstante esto, salióle a rescebir en unas andas e con trompetas y atabales e muchas fiestas el señor principal con otros muchos señores de la ciudad de Altatlán, cabeza de todo el reino, donde le sirvieron de todo lo que tenían, en especial dándoles de comer cumplidamente e todo lo que más pudieron. Aposentáronse fuera de la ciudad los españoles aquella noche, porque les paresció que era fuerte y que dentro pudieran tener peligro. Y otro día llama al señor principal e otros muchos señores, e venidos como mansas ovejas, préndelos todos e dice que le den tantas cargas de oro. Responden que no lo tienen, porque aquella tierra no es de oro. Mándalos luego quemar vivos, sin otra culpa ni otro proceso ni sentencia.

Desque vieron los señores de todas aquellas provincias que habían quemado aquellos señor y señores supremos, no más de porque no daban oro, huyeron todos de sus pueblos metiéndose en los montes, e mandaron a toda su gente que fuesen a los españoles y les sirviesen como a señores, pero que no les descubriesen diciéndoles dónde estaban. Viénense toda la gente de la tierra a decir que querían ser suyos e servirles como a señores. Respondía este piadoso capitán que no los querían rescebir, antes los habían de matar a todos si no descubrían dónde estaban los señores. Decían los indios que ellos no sabían dellos, que se sirviesen dellos y de sus mujeres e hijos y que en sus casas los hallarían; allí los podían matar o hacer dellos lo que quisiesen; y esto dijeron y ofrescieron e hicieron los indios muchas veces. Y cosa fué esta maravillosa, que iban los españoles a los pueblos donde hallaban las pobres gentes trabajando en sus oficios con sus mujeres y hijos seguros e allí los alanceaban e hacían pedazos. Y a pueblo muy grande e poderoso vinieron (que estaban descuidados más que otros e seguros con su inocencia) y entraron los españoles y en obra de dos horas casi lo asolaron, metiendo a espada los niños e mujeres e viejos con cuantos matar pudieron que huyendo no se escaparon.

Desque los indios vieron que con tanta humildad, ofertas, paciencia y sufrimiento no podían quebrantar ni ablandar corazones tan inhumanos e bestiales, e que tan sin apariencia ni color de razón, e tan contra ella los hacían pedazos; viendo que así como así habían de morir, acordaron de convocarse e juntarse todos y morir en la guerra, vengándose como pudiesen de tan crueles e infernales enemigos, puesto que bien sabían que siendo no sólo inermes, pero desnudos, a pie y flacos, contra gente tan feroz a caballo e tan armada, no podían prevalecer, sino a1 cabo ser destruídos. Entonces inventaron unos hoyos en medio de los caminos donde cayesen los caballos y se hincasen por las tripas unas estacas agudas y tostadas de que estaban los hoyos llenos, cubiertos por encima de céspedes e yerbas que no parecía que hubiese nada. Una o dos veces cayeron caballos en ellos no más, porque los españoles se supieron dellos guardar, pero para vengarse hicieron ley los españoles que todos cuantos indios de todo género y edad tomasen a vida, echasen dentro en los hoyos. Y así las mujeres preñadas e paridas e niños y viejos e cuantos podían tomar echaban en los hoyos hasta que los henchían, traspasados por las estacas, que era una gran lástima ver, especialmente las mujeres con sus niños. Todos los demás mataban a lanzadas y a cuchilladas, echábanlos a perros bravos que los despedazaban e comían, e cuando algún señor topaban, por honra quemábanlo en vivas llamas. Estuvieron en estas carnicerías tan inhumanas cerca de siete años, desde el año de veinte y cuatro hasta el año de treinta o treinta y uno: júzguese aquí cuánto sería el número de la gente que consumirían.

De infinitas obras horribles que en este reino hizo este infelice malaventurado tirano e sus hermanos (porque eran sus capitanes no menos infelices e insensibles que él, con los demás que le ayudaban) fué una harto notable: que fué a la provincia de Cuzcatán, donde agora o cerca de allí es la villa de Sant Salvador, que es una tierra felicísima con toda la costa de la mar del Sur, que dura cuarenta y cincuenta leguas, y en la ciudad de Cuzcatán, que era la cabeza de la provincia, le hicieron grandísimo rescebimiento sobre veinte o treinta mil indios le estaban esperando cargados de gallinas e comida. Llegado y rescebido el presente mandó que cada español tomase de aquel gran número de gente todos los indios que quisiese, para los días que allí estuviesen servirse dellos e que tuviesen cargo de traerles lo que hubiesen menester. Cada uno tomó ciento o cincuenta o los que le parescía que bastaban para ser muy bien servido, y los inocentes corderos sufrieron la división e servían con todas sus fuerzas, que no faltaba sino adorarlos.

Entre tanto este capitán pidió a los señores que le trujesen mucho oro, porque a aquello principalmente venían. Los indios responden que les place darles todo el oro que tienen, e ayuntan muy gran cantidad de hachas de cobre (que tienen, con que se sirven), dorado, que parece oro porque tiene alguno. Mándales poner el toque, y desque vido que eran cobre dijo a los españoles: “Dad al diablo tal tierra; vámonos, pues que no hay oro; e cada uno los indios que tiene que le sirven échelos en cadena e mandaré herrárselos por esclavos”. Hácenlo así e hiérranlos con el hierro del rey por esclavos a todos los que pudieron atar, e yo vide el hijo del señor principal de aquella ciudad herrado.

Vista por los indios que se soltaron y los demás de toda la tierra tan gran maldad, comienzan a juntarse e a ponerse en armas. Los españoles hacen en ellos grandes estragos y matanzas e tórnanse a Guatimala, donde edificaron una ciudad que agora con justo juicio, con tres diluvios juntamente, uno de agua e otro de tierra e otro de piedras más gruesas que diez y veinte bueyes, destruyó la justicia divinal. Donde muertos todos los señores e los hombres que podían hacer guerra, pusieron todos los demás en la sobredicha infernal servidumbre, e con pedirles esclavos de tributo y dándoles los hijos e hijas, porque otros esclavos no los tienen, y ellos enviando navíos cargados dellos a vender al Perú, e con otras matanzas y estragos que sin los dichos hicieron, han destruído y asolado un reino de cient leguas en cuadra y más, de los más felices en fertilidad e población que puede ser en el mundo. Y este tirano mesmo escribió que era más poblado que el reino de Méjico e dijo verdad: más ha muerto él y sus hermanos, con los demás, de cuatro y de cinco cuentos de ánimas en quince o dieciséis años, desde el año de veinte y cuatro hasta el de cuarenta, e hoy matan y destruyen los que quedan, e así matarán los demás.

Tenía éste esta costumbre: que cuando iba a hacer guerra a algunos pueblos o provincias, llevaba de los ya sojuzgados indios cuantos podía que hiciesen guerra a los otros; e como no les daba de comer a diez y a veinte mil hombres que llevaba, consentíales que comiesen a los indios que tomaban. Y así había en su real solemnísima carnecería de carne humana, donde en su presencia se mataban los niños y se asaban, y mataban el hombre por solas las manos y pies, que tenían por los mejores bocados. Y con estas inhumanidades, oyéndolas todas las otras gentes de las otras tierras, no sabían dónde se meter de espanto.

Mató infinitas gentes con hacer navíos; llevaba de la mar del Norte a la del Sur, ciento y treinta leguas, los indios cargados con anclas de tres y cuatro quintales, que se les metían las uñas dellas por las espaldas y lomos;

y llevó desta manera mucha artillería en los hombros de los tristres desnudos: e yo vide muchos cargados de artillería por los caminos, angustiados. Descasaba y robaba los casados, tomándoles las mujeres y las hijas, y dábalas a los marineros y soldados por tenerlos contentos para llevarlos en sus armadas; henchía los navíos de indios, donde todos perecían de sed y hambre. Y es verdad que si hobiese de decir, en particular, sus crueldades, hiciesen un gran libro que al mundo espantase.

Dos armadas hizo de muchos navíos cada una con las cuales abrasó, como si fuera fuego del cielo, todas aquellas tierras. ¡Oh, cuántos huérfanos hizo, cuántos robó de sus hijos, cuántos privó de sus mujeres, cuántas mujeres dejó sin maridos, de cuántos adulterios y estupros e violencias fué causa! ¡Cuántos privó de su libertad, cuántas angustias e calamidades padecieron muchas gentes por él! ¡Cuántas lágrimas hizo derramar, cuántos sospiros, cuántos gemidos, cuántas soledades en esta vida e de cuántos damnación eterna en la otra causó, no sólo de indios, que fueron infinitos, pero de los infelices cristianos de cuyo consorcio se favoreció en tan grandes insultos, gravísimos pecados e abominaciones tan execrables! Y plega a Dios que dél haya habido misericordia e se contente con tan mala fin como al cabo le dió.

DE LA NUEVA ESPAÑA Y PÁNUCO Y JALISCO

Hechas las grandes crueldades y matanzas dichas y las que se dejaron de decir en las provincias de la Nueva España y en las de Pánuco, sucedió en la de Pánuco otro tirano insensible, cruel, el año de mil e quinientos e veinte y cinco, que haciendo muchas crueldades y herrando muchos y gran número de esclavos de las maneras susodichas, siendo todos hombres libres, y enviando cargados muchos navíos a las islas Cuba y Española, donde mejor venderlos podía, acabó de asolar toda aquella provincia; e acaesció allí dar por una yegua ochenta indios, ánimas racionales. De aquí fué proveído para gobernar la ciudad de Méjico y toda la Nueva España con otros grandes tiranos por oidores y él por presidente. El cual con ellos cometieron tan grandes males, tantos pecados, tantas crueldades, robos e abominaciones que no se podrían creer. Con las cuales pusieron toda aquella tierra en tan última despoblación, que si Dios no les atajara con la resistencia de los religiosos de Sant Francisco e luego con la nueva provisión de una Audiencia Real buena y amiga de toda virtud, en dos años dejaran la Nueva España como está la isla Española. Hobo hombre de aquellos, de la compañía deste, que para cercar de pared una gran huerta suya traía ocho mil indios, trabajando sin pagarles nada ni darles de comer, que de hambre se caían muertos súpitamente, y él no se daba por ello nada.

Desque tuvo nueva el principal desto, que dije que acabó de asolar a Pánuco, que venía la dicha buena Real Audiencia, inventó de ir la tierra adentro a descubrir dónde tiranizase, y sacó por fuerza de la provincia de Méjico quince o veinte mil hombres para que le llevasen, e a los españoles que con él iban, las cargas, de los cuales no volvieron doscientos, que todos fué causa que muriesen por allá. Llegó a la provincia de Mechuacam, que es cuarenta leguas de Méjico, otra tal y tan felice e tan llena de gente como la de Méjico, saliéndole a recebir el rey e señor della con procesión de infinita gente e haciéndole mil servicios y regalos; prendió luego al dicho rey, porque tenía fama de muy rico de oro y plata, e porque le diese muchos tesoros comienza a dalle estos tormentos el tirano: pónelo en un cepo por los pies y el cuerpo estendido, e atado por las manos a un madero; puesto un brasero junto a los pies, e un muchacho, con un hisopillo mojado en aceite, de cuando en cuando se los rociaba para tostarle bien los cueros; de una parte estaba un hombre cruel, que con una ballesta armada apuntábale al corazón; de otra, otro con un muy terrible perro bravo echándoselo, que en un credo lo despedazara, e así lo atormentaron porque descubriese los tesoros que pretendía, hasta que, avisado cierto religioso de Sant Francisco, se lo quitó de las manos; de los cuales tormentos al fin murió. Y desta manera atormentaron e mataron a muchos señores e caciques en aquellas provincias, porque diesen oro y plata.

Cierto tirano en este tiempo, yendo por visitador más de las bolsas y haciendas para robarlas de los indios que no de las ánimas o personas, halló que ciertos indios tenían escondidos sus ídolos, como nunca los hobiesen enseñado los tristes españoles otro mejor Dios: prendió los señores hasta que le dieron los ídolos creyendo que eran de oro o de plata, por lo cual cruel e injustamente los castigó. Y porque no quedase defraudado de su fin, que era robar, constriñó a los dichos caciques que le comprasen los ídolos, y se los compraron por el oro o plata que pudieron hallar, para adorarlos como solían por Dios. Estas son las obras y ejemplos que hacen y honra que procuran a Dios en las Indias los malaventurados españoles.

Pasó este gran tirano capitán, de la de Mechuacam a la provincia de Jalisco, que estaba entera e llena como una colmena de gente poblatísima e felicísima, porque es de las fértiles y admirables de las Indias; pueblo tenía que casi duraba siete leguas su población. Entrando en ella salen los señores y gente con presentes y alegría, como suelen todos los indios, a rescibir. Comenzó a hacer las crueldades y maldades que solía, e que todos allá tienen de costumbre, e muchas más, por conseguir el fin que tienen por dios, que es el oro. Quemaba los pueblos, prendía los caciques, dábales tormentos, hacía cuantos tomaba esclavos. Llevaba infinitos atados en cadenas; las mujeres paridas, yendo cargadas con cargas que de los malos cristianos llevaban, no pudiendo llevar las criaturas por el trabajo e flaqueza de hambre, arrojábanlas por los caminos, donde infinitas perecieron.

Un mal cristiano, tomando por fuerza una doncella para pecar con ella, arremetió la madre para se la quitar, saca un puñal o espada y córtala una mano a la madre, y a la doncella, porque no quiso consentir, matóla a puñaladas.

Entre otros muchos hizo herrar por esclavos injustamente, siendo libres (como todos lo son), cuatro mil e quinientos hombres e mujeres y niños de un año, a las tetas de las madres, y de dos, y tres, e cuatro e cinco años, aun saliéndole a rescibir de paz, sin otros infinitos que no se contaron.

Acabadas infinitas guerras inicuas e infernales y matanzas en ellas que hizo, puso toda aquella tierra en la ordinaria e pestilencial servidumbre tiránica que todos los tiranos cristianos de las Indias suelen y pretenden poner aquellas gentes. En la cual consintió hacer a sus mesmos mayordomos e a todos los demás crueldades y tormentos nunca oídos, por sacar a los indios oro y tributos. Mayordomo suyo mató muchos indios ahorcándolos y quemándolos vivos, y echándolos a perros bravos, e cortándoles pies y manos y cabezas e lenguas, estando los indios de paz, sin otra causa alguna más de por amedrentarlos para que le sirviesen e diesen oro y tributos, viéndolo e sabiéndolo el mesmo egregio tirano, sin muchos azotes y palos y bofetadas y otras especies de crueldades que en ellos hacían cada día y cada hora ejercitaban.

Dícese de él que ochocientos pueblos destruyó y abrasó en aquel reino de Jalisco, por lo cual fué causa que de desesperados (viéndose todos los demás tan cruelmente perecer) se alzasen y fuesen a los montes y matasen muy justa y dignamente algunos españoles. Y después, con las injusticias y agravios de otros modernos tiranos que por allí pasaron para destruir otras provincias, que ellos llaman descubrir, se juntaron muchos indios, haciéndose fuertes en ciertos peñones, en los cuales agora de nuevo han hecho en ellos tan grandes crueldades que cuasi han acabado de despoblar e asolar toda aquella gran tierra, matando infinitas gentes. Y los tristes ciegos, dejados de Dios venir a reprobado sentido, no viendo la justísima causa, y causas muchas llenas de toda justicia, que los indios tienen por ley natural, divina y humana de los hacer pedazos, si fuerzas e armas tuviesen, y echarlos de sus tierras, e la injustísima e llena de toda iniquidad, condenada por todas las leyes, que ellos tienen para, sobre tantos insultos y tiranías e grandes e inexpiables pecados que han cometido en ellos, moverles de nuevo guerra, piensan y dicen y escriben que las victorias que han de los inocentes indios asolándolos, todas se las da Dios, porque sus guerras inicuas tienen justicia, como se gocen y glorien y hagan gracias a Dios de sus tiranías como lo hacían aquellos tiranos ladrones de quien dice el profeta Zacharías, capítulo 11: Pasce pecora ocisionis, quoe qui occidebant non dolebant sed dicebant, benedictus deus quod divites facti sumus.

DEL REINO DE YUCATÁN

El año de mil e quinientos y veinte y seis fué otro infelice hombre proveído por gobernador del reino de Yucatán, por las mentiras y falsedades que dijo y ofrescimientos que hizo al rey, como los otros tiranos han hecho hasta agora, porque les den oficios y cargos con que puedan robar. Este reino de Yucatán estaba lleno de infinitas gentes, porque es la tierra de gran manera sana y abundante de comidas e frutas mucho (aún más que la de la de Méjico), e señaladamente abunda de miel y cera más que ninguna parte de las Indias de lo que hasta agora se ha visto. Tiene cerca de trecientas leguas de boja o en torno el dicho reino. La gente dél era señalada entre todas las de las Indias, así en prudencia y policía como en carecer de vicios y pecados más que otra, e muy aparejada e digna de ser traída al conoscimiento de su Dios, y donde se pudieran hacer grandes ciudades de españoles y vivieran como en un paraíso terrenal (si fueran dignos della); pero no lo fueron por su gran codicia e insensibilidad e grandes pecados, como no han sido dignos de las otras partes que Dios les había en aquellas Indias demostrado.

Comenzó este tirano con trecientos hombres, que llevó consigo a hacer crueles guerras a aquellas gentes buenas, inocentes, que estaban en sus casas sin ofender a nadie, donde mató y destruyó infinitas gentes. Y porque la tierra no tiene oro, porque si lo tuviera, por sacarlo en las minas los acabara; pero por hacer oro de los cuerpos y de las ánimas de aquellos por quien Jesucristo murió, hace abarrisco todos los que no mataba, esclavos, e a muchos navíos que venían al olor y fama de los esclavos enviaba llenos de gentes, vendidas por vino, y aceite, y vinagre, y por tocino, e por vestidos, y por caballos e por lo que él y ellos habían menester, según su juicio y estima.

Daba a escoger entre cincuenta y cien doncellas, una de mejor parecer que otra, cada uno la que escogese, por una arroba de vino, o de aceite, o vinagre, o por un tocino, e lo mesmo un muchacho bien dispuesto, entre ciento o doscientos escogido, por otro tanto. Y acaesció dar un muchacho, que parescía hijo de un príncipe, por un queso, e cient personas por un caballo. En estas obras estuvo desde el año de veinte y seis hasta el año de treinta y tres, que fueron siete, asolando y despoblando aquellas tierras e matando sin piedad aquellas gentes, hasta que oyeron allí las nuevas de las riquezas del Perú, que se le fué la gente española que tenía y cesó por algunos días aquel infierno; pero después tornaron sus ministros a hacer otras grandes maldades, robos y captiverios y ofensas grandes de Dios, e hoy no cesan de hacerlas e cuasi tienen despobladas todas aquellas trecientas leguas, que estaban (como se dijo) tan llenas y pobladas.

No bastaría a creer nadie ni tampoco a decirse los particulares casos de crueldades que allí se han hecho. Sólo diré dos o tres que me ocurrieron. Como andaban los tristes españoles con perros bravos buscando e aperreando los indios, mujeres y hombres, una india enferma, viendo que no podía huir de los perros, que no la hiciesen pedazos como hacían a los otros, tomó una soga y atose al pie un niño que tenía de un año y ahorcóse de una viga, e no lo hizo tan presto que no llegaran los perros y despedazaron el niño, aunque antes que acabase de morir lo bautizó un fraile.

Cuando se salían los españoles de aquel reino dijo uno a un hijo de un señor de cierto pueblo o provincia que se fuese con él; dijo el niño que no quería dejar su tierra. Responde el español: "Vete conmigo; si no, cortarte he las orejas." Dice el muchacho que no. Saca un puñal e córtale una oreja y después la otra. Y diciéndole el muchacho que no quería dejar su tierra, córtale las narices, riendo y como si le diera un repelón no más.

Este hombre perdido se loó e jactó delante de un venerable religioso, desvergonzadamente, diciendo que trabajaba cuanto podía por empreñar muchas mujeres indias, para que, viéndolas preñadas, por esclavas le diesen más precio de dinero por ellas.

En este reino o en una provincia de la Nueva España, yendo cierto español con sus perros a caza de venados o de conejos, un día, no hallando qué cazar, paresciόle que tenían hambre los perros, y toma un muchacho chiquito a su madre e con un puñal córtale a tarazones los brazos y las piernas, dando a cada perro su parte; y después de comidos aquellos tarazones échales todo el corpecito en el suelo a todos juntos. Véase aquí cuánta es la insensibilidad de los españoles en aquellas tierras e cómo los ha traído Dios in reprobus sensus, y en qué estima tienen a aquellas gentes, criadas a la imagen de Dios e redimidas por su sangre. Pues peores cosas veremos abajo.

Dejadas infinitas e inauditas crueldades que hicieron los que se llaman cristianos en este reino, que no basta juicio a pensarlas, sólo con esto quiero concluirlo: que salidos todos los tiranos infernales dél con el ansia, que los tiene ciegos, de las riquezas del Perú, movióse el padre fray Jacobo con cuatro religiosos de su orden de Sanct Francisco a ir aquel reino a apaciguar y predicar e traer a Jesucristo el rebusco de aquellas gentes que restaban de la vendimia infernal y matanzas tiránicas que los españoles en siete años habían perpetrado; e creo que fueron estos religiosos el año de treinta y cuatro, enviándoles delante ciertos indios de la provincia de Méjico por mensajeros, si tenían por bien que entrasen los dichos religiosos en sus tierras a darles noticia de un solo Dios, que era Dios y Señor verdadero de todo el mundo. Entraron en consejo e hicieron muchos ayuntamientos, tomadas primero muchas informaciones, qué hombres eran aquellos que se decían padres e frailes, y qué era lo que pretendían y en qué diferían de los cristianos, de quien tantos agravios e injusticias habían recebido. Finalmente, acordaron de rescibirlos con que solos ellos y no españoles allá entrasen. Los religiosos se lo prometieron, porque así lo llevaban concedido por el visorrey de la Nueva España e cometido que les prometiesen que no entrarían más allí españoles, sino religiosos, ni les sería hecho por los cristianos algún agravio.

Predicáronles el evangelio de Cristo como suelen, y la intención sancta de los reyes de España para con ellos; e tanto amor y sabor tomaron con la doctrina y ejemplo de los frailes e tanto se holgaron de las nuevas de los reyes de Castilla (de los cuales en todos los siete años pasados nunca los españoles les dieron noticia que había otro rey, sino aquél que allí los tiranizaba y destruía), que a cabo de cuarenta días que los frailes habían entrado e predicado, los señores de la tierra les trujeron y entregaron todos sus ídolos que los quemasen, y después desto sus hijos para que los enseñasen, que los quieren más que las lumbres de sus ojos, e les hicieron iglesias y templos e casas, e los convidaban de otras provincias a que fuesen a predicarles e darles noticia de Dios y de aquel que decían que era gran rey de Castilla. Y persuadidos de los frailes hicieron una cosa que nunca en las Indias hasta hoy se hizo, y todas las que fingen por algunos de los tiranos que allá han destruído aquellos reinos y grandes tierras son falsedad y mentira. Doce o quince señores de muchos vasallos y tierras, cada uno por sí, juntando sus pueblos, e tomando sus votos e consentimiento, se subjectaron de su propia voluntad al señorío de los reyes de Castilla, rescibiendo al Emperador, como rey de España, por señor supremo e universal; e hicieron ciertas señales como firmas, las cuales tengo en mi poder con el testimonio de los dichos frailes.

Estando en este aprovechamiento de la fee, e con grandísima alegría y esperanza los frailes de traer a Jesucristo todas las gentes de aquel reino que de las muertes y guerras injustas pasadas habían quedado, que aún no eran pocas, entraron por cierta parte dieciocho españoles tiranos, de caballo, e doce de pie, que eran treinta, e traen muchas cargas de ídolos tomados de otras provincias a los indios; y el capitán de los dichos treinta españoles llama a un señor de la tierra por donde entraban e dícele que tomase de aquellas cargas de ídolos y los repartiese por toda su tierra, vendiendo cada ídolo por un indio o india para hacerlo esclavo, amenazándolo que si no lo hacía que le había de hacer guerra. El dicho señor, por temor forzado, destribuyó los ídolos por toda su tierra e mandó a todos sus vasallos que los tomasen para adorarlos, e le diesen indios e indias para dar a los españoles para hacer esclavos. Los indios, de miedo, quien tenía dos hijos daba uno, e quien tenía tres daba dos, e por esta manera complían con aquel tan sacrílego comercio, y el señor o cacique contentaba los españoles si fueran cristianos.

Uno destos ladrones impíos infernales llamado Juan García, estando enfermo y propinco a la muerte, tenía debajo de su cama dos cargas de ídolos, y mandaba a una india que le servía que mirasen bien que aquellos ídolos que allí estaban no los diese a trueque de gallinas, porque eran muy buenos, sino cada uno por un esclavo; y, finalmente, con este testamento y en este cuidado ocupado murió el desdichado; ¿y quién duda que no esté en los infiernos sepultado?

Véase y considérese agora aquí cuál es el aprovechamiento y religión y ejemplos de cristiandad de los españoles que van a las Indias; qué honra procuran a Dios; cómo trabajan que sea conoscido y adorado de aquellas gentes; qué cuidado tienen de que por aquellas ánimas se siembre y crezca e dilate su sancta fee, e júzguese si fué menor pecado este que el de Jeroboán: qui peccare fecit Israel, haciendo los dos becerros de oro para que el pueblo adorase, o si fué igual al de Judas, o que más escándalo causase. Estas, pues, son las obras de los españoles que van a las Indias, que verdaderamente muchas e infinitas veces, por la codicia que tienen de oro, han vendido y venden hoy en este día e niegan y reniegan a Jesucristo.

Visto por los indios que no había salido verdad lo que los religiosos les habían prometido (que no habían de entrar españoles en aquellas provincias, e que los mesmos españoles les traían ídolos de otras tierras a vender, habiendo ellos entregado todos sus dioses a los frailes para que los quemasen por adorar un verdadero Dios), alborótase e indígnase toda la tierra contra los frailes e vanse a ellos diciendo: “¿Por qué nos habéis mentido, engañándonos que no habían de entrar en esta tierra cristianos? ¿Y por qué nos habéis quemado nuestros dioses, pues nos traen a vender otros dioses de otras provincias vuestros cristianos? ¿Por ventura no eran mejores nuestros dioses que los de las otras naciones?”

Los religiosos los aplacaron lo mejor que pudieron, no teniendo qué responder. Vanse a buscar los treinta españoles e dícenles los daños que habían hecho; requiérenles que se vayan: no quisieron, antes hicieron entender a los indios que los mesmos frailes los habían hecho venir aquí, que fue malicia consumada. Finalmente, acuerdan matar los indios a los frailes; huyen los frailes una noche, por ciertos indios que los avisaron, y después de idos, cayendo los indios en la inocencia e virtud de los frailes e maldad de los españoles, enviaron mensajeros cincuenta leguas tras ellos rogándoles que se tornasen e pidiéndoles perdón de la alteración que les causaron. Los religiosos, como siervos de Dios y celosos de aquellas ánimas, creyéndoles, tornáronse a la tierra e fueron rescebidos como ángeles, haciéndoles los indios mil servicios y estuvieron cuatro o cinco meses después. Y porque nunca aquellos cristianos quisieron irse de la tierra, ni pudo el visorrey con cuanto hizo sacarlos, porque está lejos de la Nueva España (aunque los hizo apregonar por traidores), e porque no cesaban de hacer sus acostumbrados insultos y agravios a los indios, paresciendo a los religiosos que tarde que temprano con tan malas obras los indios se resabiarían e que quizá caerían sobre ellos, especialmente que no podían predicar a los indios con quietud dellos e suya, e sin continuos sobresaltos por las obras malas de los españoles, acordaron de desmamparar aquel reino, e así quedó sin lumbre y socorro de doctrina, y aquellas ánimas en la oscuridad de ignorancia e miseria que estaban, quitándoles al mejor tiempo el remedio y regadío de la noticia e conoscimiento de Dios que iban ya tomando avidísimamente, como si quitásemos el agua a las plantas recién puestas de pocos días; y esto por la inexpiable culpa e maldad consumada de aquellos españoles.

DE LA PROVINCIA DE SANCTA MARTA

La provincia de Sancta Marta era tierra donde los indios tenían muy mucho oro, porque la tierra es rica y las comarcas, e tenían industria de cogerlo. Y por esta causa, desde el año de mil y cuatrocientos y noventa y ocho hasta hoy, año de mil e quinientos e cuarenta y dos, otra cosa no han hecho infinitos tiranos españoles sino ir a ella con navíos y saltear e matar y robar aquellas gentes por robarles el oro que tenían y tornábanse en los navíos que iban en diversas e muchas veces, en las cuales hicieron grandes estragos y matanzas e señaladas crueldades, y esto comúnmente a la costa de la mar e algunas leguas la tierra dentro, hasta el año de mil e quinientos e veinte y tres. El año de mil e quinientos e veinte y tres fueron tiranos españoles a estar de asiento allá; y porque la tierra, como dicho es, era rica, suscedieron diversos capitanes, unos más crueles que otros, que cada uno parecía que tenía hecha profesión de hacer más exorbitantes crueldades y maldades que el otro, porque saliese verdad la regla que arriba pusimos.

El año de mil e quinientos e veinte y nueve, fué un gran tirano muy de propósito y con mucha gente, sin temor alguno de Dios ni compasión de humano linaje, el cual hizo con ella tan grandes estragos, matanzas e impiedades, que a todos los pasados excedió: robó él y ellos muchos tesoros en obra de seis o siete años que vivió. Después de muerto sin confesión, y aun huyendo de la residencia que tenía, suscedieron otros tiranos matadores y robadores, que fueron a consumir las gentes que de las manos y cruel cuchillo de los pasados restaban. Extendiéronse tanto por la tierra dentro, vastando y asolando grandes e muchas provincias, matando y captivando las gentes dellas, por las maneras susodichas de las otras, dando grandes tormentos a señores y a vasallos, porque descubriesen el oro y los pueblos que lo tenían, excediendo como es dicho en las obras y número e calidad a todos los pasados; tanto que desde el año dicho, de mil e quinientos y veinte y nueve hasta hoy, han despoblado por aquella parte más de cuatrocientas leguas de tierra que estaba así poblada como las otras.

Verdaderamente afirmo que si en particular hobiera de referir las maldades, matanzas, despoblaciones, injusticias, violencias, estragos y grandes pecados que los españoles en estos reinos de Sancta Marta han hecho y cometido contra Dios, e contra el rey, e aquellas innocentes naciones, yo haría una muy larga historia; pero esto quedarse ha para su tiempo si Dios diere la vida. Sólo quiero aquí decir unas pocas de palabras de las que escribe agora al Rey nuestro señor el obispo de aquella provincia, y es la hecha de la carta a veinte de mayo del año de mil e quinientos e cuarenta y uno, el cual entre otras palabras dice así:

"Digo, sagrado César, que el medio para remediar esta tierra es que vuestra Majestad la saque ya de poder de padrastros y le dé marido que la tracte como es razón y ella merece; y éste, con toda brevedad, porque de otra manera, según la aquejan e fatigan estos tiranos que tienen encargamiento della, tengo por cierto que muy aína dejará de ser, etcétera." Y más abajo dice: "Donde conoscerá vuestra Majestad claramente cómo los que gobiernan por estas partes merescen ser desgobernados para que las repúblicas se aliviasen. Y si esto no se hace, a mi ver, no tienen cura sus enfermedades. Y conoscerá también cómo en estas partes no hay cristianos, sino demonios; ni hay servidores de Dios ni de rey, sino traidores a su ley y a su rey. Porque en verdad quel mayor inconveniente que yo hallo para traer los indios de guerra y hacerlos de paz, y a los de paz al conoscimiento de nuestra fee, es el áspero e cruel tractamiento que los de paz resciben de los cristianos. Por lo cual están tan escabrosos e tan avispados que ninguna cosa les puede ser más odiosa ni aborrecible que el nombre de cristianos. A los cuales ellos en toda esta tierra llaman en su lengua yares, que quiere decir demonios: e sin duda ellos tienen razón, porque las obras que acá obran ni son de cristianos ni de hombres que tienen uso de razón, sino de demonios, de donde nace que como los indios veen este obrar mal e tan sin piedad generalmente, así en las cabezas como en los miembros, piensan que los cristianos lo tiene por ley y es autor dello su Dios y su rey. Y trabajar de persuadirles otra cosa es querer agotar la mar y darles materia de reír y hacer burla y escarnio de Jesucristo y su ley. Y como los indios de guerra vean este tratamiento que se hace a los de paz, tienen por mejor morir de una vez que no de muchas en poder de españoles. Sélo esto, invictísimo César, por experiencia etcétera." Dice más abajo, en un capítulo: "Vuestra Majestad tiene más servidores por acá de los que piensa, porque no hay soldados de cuantos acá están que no osen decir públicamente que si saltea o roba, o destruye, o mata, o quema los vasallos de vuestra Majestad porque le den oro, sirve a vuestra Majestad, a título que dice que de allí le viene su parte a vuestra Majestad. Y, por tanto, sería bien, cristianísimo César, que vuestra Majestad diese a entender, castigando algunos rigurosamente, que no rescibe servicio en cosa que Dios es deservido.”

Todas las susodichas son formales palabras del dicho obispo de Sancta Marta, por las cuales se verá claramente lo que hoy se hace en todas aquellas desdichadas tierras y contra aquellas inocentes gentes. Llama indios de guerra los que están y se han podido salvar, huyendo de las matanzas de los infelices españoles, por los montes. Y los de paz llama los que, después de muertas infinitas gentes, ponen en la tiránica y horrible servidumbre arriba dicha, donde al cabo los acaban de asolar y matar, como parece por las dichas palabras del obispo; y en verdad que explica harto poco lo que aquéllos padecen.

Suelen decir los indios de aquella tierra, cuando los fatigan llevándolos con cargas por las sierras, si caen y desmayan de flaqueza e trabajo, porque allí les dan de coces y palos e les quiebran los dientes con los pomos de las espadas porque se levanten y anden sin resollar: “Andá, que sois malos; no puedo más; mátame aquí, que aquí quiero quedar muerto.” Y esto dícenlo con grandes sospiros y apretamiento del pecho mostrando grande angustia y dolor. ¡Oh, quién pudiese dar a entender de cient partes una de las afliciones e calamidades que aquellas innocentes gentes por los infelices españoles padecen! Dios sea, aquel que lo dé a entender a los que lo puedan y deben remediar.

DE LA PROVINCIA DE CARTAGENA

Esta provincia de Cartagena está más abajo cincuenta leguas de la de Sancta Marta, hacia el Poniente, e junto con ella la del Cenú hasta el golfo de Urabá, que ternán sus cient leguas de costa de mar, e mucha tierra la tierra dentro, hacia el Mediodía. Estas provincias han sido tractadas, angustiadas, muertas, despobladas y asoladas, desde el año de mil e cuatrocientos y noventa y ocho o nueve hasta hoy, como las de Sancta Marta, y hechas en ellas muy señadas crueldades y muertes y robos por los españoles, que por acabar presto esta breve suma no quiero decir en particular, y por referir las maldades que en otras agora se hacen.

DE LA COSTA DE LAS PERLAS Y DE PARIA Y LA ISLA DE LA TRINIDAD

Desde la costa de Paria hasta el golfo de Venezuela, exclusive, que habrá docientas leguas, han sido grandes e señaladas las destruiciones que los españoles han hecho en aquellas gentes, salteándolos y tomándolos los más que podían a vida para venderlos por esclavos. Muchas veces, tomándolos sobre seguro y amistad que los españoles habían con ellos tratado, no guardándoles fee ni verdad, rescibiéndolos en sus casas como a padres y a hijos, dándoles y sirviéndoles con cuanto tenían y podían. No se podrían, cierto, fácilmente decir ni encarecer, particularizadamente, cuáles y cuántas han sido las injusticias, injurias, agravios y desafueros que las gentes de aquella costa de los españoles han recebido desde el año de mil e quinientos y diez hasta hoy. Dos o tres quiero decir solamente, por las cuales se juzguen otras innumerables en número y fealdad que fueron dignas de todo tormento y fuego.

En la isla de la Trinidad, que es mucho mayor que Sicilia e más felice, questá pegada con la tierra firme por la parte de Paria, e que la gente della es de la buena y virtuosa en su género que hay en todas las Indias, yendo a ella un salteador el año de mil e quinientos e dieciséis con otros sesenta o setenta acostumbrados ladrones, publicaron a los indios que se venían a morar y vivir a aquella isla con ellos. Los indios rescibiéronlos como si fueran sus entrañas e sus hijos, sirviéndoles señores e súbditos con grandísima afección y alegría, trayéndoles cada día de comer tanto que les sobraba para que comieran otros tantos; porque esta es común condición e liberalidad de todos los indios de aquel Nuevo Mundo: dar excesivamente lo que han menester los españoles e cuanto tienen. Hácenles una gran casa de madera en que morasen todos, porque así la quisieron los españoles, que fuese una no más, para hacer lo que pretendía hacer e hicieron.

Al tiempo que ponían la paja sobre las varas o madera e habían cobrido obra de dos estados, porque los de dentro no viesen a los de fuera, so color de dar priesa a que se acabase la casa, metieron mucha gente dentro della, e repartiéronse los españoles, algunos fuera, alrededor de la casa con sus armas, para los que se saliesen, y otros dentro. Los cuales echan mano a las espadas e comienzan a amenazar a los indios desnudos que no se moviesen, si no, que los matarían, e comenzaron a atar, y otros que saltaron para huir, hicieron pedazos con las espadas. Algunos que salieron heridos y sanos e otros del pueblo que no habían entrado, tomaron sus arcos e flechas e recógense a otra casa del pueblo para se defender, donde entraron ciento o doscientos dellos e defendiendo la puerta; pegan los españoles fuego a la casa e quémanlos todos vivos. Y con su presa, que sería de ciento y ochenta o docientos hombres que pudieron atar, vanse a su navío y alzan las velas e van a la isla de San Juan, donde venden la mitad por esclavos, e después a la Española, donde vendieron la otra.

Reprendiendo yo al capitán desta tan insigne traición e maldad, a la sazón en la mesma isla de Sant Juan, me respondió: “Andá señor, que así me lo mandaron e me lo dieron por instrucción los que me enviaron, que cuando no pudiese tomarlos por guerra que los tomase por paz.” Y en verdad que me dijo que en toda su vida había hallado padre ni madre, sino en la isla de la Trinidad, según las buenas obras que los indios le habían hecho esto dijo para mayor confusión suya e agravamiento de su pecados. Destas han hecho en aquella tierra firme infinitas, tomándolos e captivándolos sobre seguro. Véase qué obras son estas y si aquellos indios ansí tomados si serán justamente hechos esclavos.

Otra vez acordando los frailes de Sancto Domingo, nuestra orden, de ir a predicar e convertir aquellas gentes que carescían de remedio e lumbre de doctrina para salvar sus ánimas, como lo están hoy las Indias, enviaron un religioso presentado en teología de gran virtud y sanctidad, con un fraile lego su compañero, para que viese la tierra y tractase la gente e buscase lugar apto para hacer monasterios. Llegados los religiosos, recibiéronlos los indios como ángeles del cielo y óyenlos con gran afección y atención e alegría las palabras que pudieron entonces darles a entender, más por señas que por habla, porque no sabían la lengua. Acaesció venir por allí un navío, después de ido el que allí los dejó; y los españoles dél, usando de su infernal costumbre, traen por engaño, sin saberlo los religiosos, al señor de aquella tierra, que se llamaba don Alonso, o que los frailes le habían puesto este nombre, o otros españoles, porque los indios son amigos e codiciosos de tener nombre de cristiano e luego lo piden que se lo den, aun antes que sepan nada para ser bautizados. Así que engañan al dicho don Alonso para que entrase en el navío con su mujer e otras ciertas personas, y que les harían allá fiesta. Finalmente, que entraron diez y siete personas con el señor y su mujer, con confianza que los religiosos estaban en su tierra y que los españoles por ellos no harían alguna maldad, porque de otra manera no se fiaran dellos. Entrados los indios en el navío, alzan las velas los traidores e viénense a la isla Española y véndenlos por esclavos.

Toda la tierra, como veen su señor y señora llevados, vienen a los frailes e quiérenlos matar. Los frailes, viendo tan gran maldad, queríanse morir de angustia, y es de creer que dieran antes sus vidas que fuera tal injusticia hecha, especialmente porque era poner impedimento a que nunca aquellas ánimas pudiesen oír ni creer la palabra de Dios. Apaciguáronlos lo mejor que pudieron y dijéronles que con el primer navío que por allí pasase escribirían a la isla Española, y que harían que les tornasen su señor y los demás que con él estaban. Trujo Dios por allí luego un navío para más confirmación de la damnación de los que gobernaban, y escribieron a los religiosos de la Española: en él claman, protestan una y muchas veces; nunca quisieron los oidores hacerles justicia, porque entre ellos mesmos estaban repartidos parte de los indios que ansí tan injusta y malamente habían prendido los tiranos.

Los dos religiosos, que habían prometido a los indios de la tierra que dentro de cuatro meses venía su señor don Alonso con los demás, viendo que ni en cuatro ni en ocho vinieron, aparejáronse para morir y dar la vida a quien la habían ya antes que partiesen ofrecido. Y así los indios tomaron venganza dellos justamente matándolos, aunque innocentes, porque estimaron que ellos habían sido causa de aquella traición; y porque vieron que no salió verdad lo que dentro de los cuatro meses les certificaron e prometieron; y porque hasta entonces ni aun hasta agora no supieron ni saben hoy que haya diferencia de los frailes a los tiranos y ladrones y salteadores españoles por toda aquella tierra. Los bienaventurados frailes padescieron injustamente, por la cual injusticia ninguna duda hay que, según nuestra fee sancta, sean verdaderos mártires e reinen hoy con Dios en los cielos, bienaventurados, como quiera que allí fuesen enviados por la obediencia y llevasen intención de predicar e dilatar la sancta fee e salvar todas aquellas ánimas, e padescer cualesquiera trabajos y muerte que se les ofresciese por Jesucristo crucificado.

Otra vez, por las grandes tiranías y obras nefandas de los cristianos malos, mataron los indios otros dos frailes de Sancto Domingo, e uno de Sant Francisco, de que yo soy testigo, porque me escapé de la mesma muerte por milagro divino, donde había harto que decir para espantar los hombres según la gravedad e horribilidad del caso. Pero por ser largo no lo quiero aquí decir hasta su tiempo, y el día del juicio será más claro, cuando Dios tomare venganza de tan horribles e abominables insultos como hacen en las Indias los que tienen nombre de cristianos.

Otra vez, en estas provincias, al cabo que dicen de la Codera, estaba un pueblo cuyo señor se llamaba Higueroto, nombre propio de la persona o común de los señores dél. Este era tan bueno e su gente tan virtuosa, que cuantos españoles por allí en los navíos venían hallaban reparo, comida, descanso y todo consuelo y refrigerio, e muchos libró de la muerte que venían huyendo de otras provincias donde habían salteado y hecho muchas tiranías e males, muertos de hambre, que los reparaba y enviaba salvos a la isla de las Perlas, donde había población de cristianos, que los pudiera matar sin que nadie los supiera y no lo hizo; e, finalmente, llamaban todos los cristianos a aquel pueblo de Higueroto el mesón y casa de todos.

Un malaventurado tirano acordó de hacer allí salto, como estaban aquellas gentes tan seguras. Y fue allí con un navío e convidó a mucha gente que entrase en el navío, como solía entrar y fiarse en los otros. Entrados muchos hombres e mujeres y niños alzó las velas e vínose a la isla de Sant Juan, donde los vendió todos por esclavos, e yo llegué entonces a la dicha isla e vide al dicho tirano, y supe allí lo que había hecho. Dejó destruído todo aquel pueblo, y a todos los tiranos españoles que por aquella costa robaban e salteaban les pesó y abominaron este tan espantoso hecho, por perder el abrigo y mesón que allí tenían como si estuvieran en sus casas.

Digo que dejo de decir inmensas maldades e casos espantosos que desta manera por aquellas tierras se han hecho e hoy en este día hacen. Han traído a la isla Española y a la de Sant Juan, de toda aquella costa, que estaba poblatísima, más de dos cuentos de ánimas salteadas, que todas también las han muerto en las dichas islas, echándolos a las minas y en los otros trabajos, allende de las multitudes que en ellas, como arriba decimos, había. Y es una gran lástima y quebramiento de corazón de ver aquella costa de tierra felicísima toda desierta y despoblada.

Es esta averiguada verdad, que nunca traen navío cargado de indios, así robados y salteados, como he dicho, que no echan a la mar muertos la tercia parte de los que meten dentro, con los que matan por tomarlos en sus tierras. La causa es porque como para conseguir su fin es menester mucha gente para sacar más dineros por más esclavos, e no llevan comida ni agua sino poca, por no gastar los tiranos que se llaman armadores, no basta apenas sino poco más de para los españoles que van en el navío para saltear y así falta para los tristes, por lo cual mueren de hambre y sed, y el remedio es dar con ellos en la mar. Y en verdad que me dijo hombre dellos que desde las islas de los. Lucayos, donde se hicieron grandes estragos desta manera, hasta la isla Española, que son sesenta o setenta leguas, fuera un navío sin aguja y sin carta de marear, guiándose solamente por el rastro de los indios que quedaban en la mar echados del navío muertos.

Después, desque los desembarcaran en la isla donde los llevan a vender, es para quebrar el corazón de cualquiera que alguna señal de piedad tuviere, verlos desnudos y hambrientos, que se caían de desmayados de hambre niños y viejos, hombres y mujeres. Después, como a unos corderos los apartan padres de hijos e mujeres de maridos, haciendo manadas dellos de a diez y de a veinte personas y echan suertes sobrellos, para que lleven sus partes los infelices armadores, que son los que ponen su parte de dineros para hacer el armada de dos y de tres navíos, e para los tiranos salteadores que van a tomarlos y saltearlos en sus casas. Y cuando cae la suerte en la manada donde hay algún viejo o enfermo, dice el tirano a quien cabe: “Este viejo dadlo al diablo. ¿Para qué me lo dais, para que lo entierre? Este enfermo ¿para qué lo tengo que llevar, para curarlo?” Véase aquí en qué estiman los españoles a los indios e si cumplen el precepto divino del amor del prójimo, donde pende la Ley y los Profetas.

La tiranía que los españoles ejercitan contra los indios en el sacar o pescar de las perlas es una de las crueles e condenadas cosas que pueden ser en el mundo. No hay vida infernal y desesperada en este siglo que se le pueda comparar, aunque la de sacar el oro en las minas sea en su género gravísima y pésima. Métenlos en la mar en tres y en cuatro e cinco brazas de hondo, desde la mañana hasta que se pone el sol; están siempre debajo del agua nadando, sin resuello, arrancando las ostras donde se crían las perlas. Salen con unas redecillas llenas dellas a lo alto y a resollar, donde está un verdugo español en una canoa o barquillo, e si se tardan en descansar les da de puñadas y por los cabellos los echa al agua para que tornen a pescar. La comida es pescado, y del pescado que tienen las perlas, y pan cazabi, e algunos maíz (que son los panes de allá): el uno de muy poca sustancia y el otro muy trabajoso de hacer, de los cuales nunca se hartan. Las camas que les dan a la noche es echarlos en un cepo en el suelo, porque no se les vayan. Muchas veces, zabúllense en la mar a su pesquería o ejercicio de las perlas y nunca tornan a salir (porque los tiburones e marrajos, que son dos especies de bestias marinas crudelísimas que tragan un hombre entero, los comen y matan).

Véase aquí si guardan los españoles, que en esta granjería de perlas andan desta manera, los preceptos divinos del amor de Dios y del prójimo, poniendo en peligro de muerte temporal y también del ánima, porque mueren sin fee e sin sacramentos, a sus prójimos por su propia codicia. Y lo otro, dándoles tan horrible vida hasta que los acaban e consumen en breves días. Porque vivir los hombres debajo del agua sin resuello es imposible mucho tiempo, señaladamente que la frialdad continua del agua los penetra, y así todos comúnmente mueren de echar sangre por la boca, por el apretamiento del pecho que hacen por causa de estar tanto tiempo e tan continuo sin resuello, y de cámaras que causa la frialdad. Conviértense los cabellos, siendo ellos de su natura negros, quemados como pelos de lobos marinos, y sáleles por la espalda salitre, que no parecen sino monstruos en naturaleza de hombres de otra especie.

En este incomportable trabajo, o por mejor decir ejercicio del infierno, acabaron de consumir a todos los indios lucayos que había en las islas cuando cayeron los españoles en esta granjería; e valía cada uno cincuenta y cient castellanos, y los vendían públicamente, aun habiendo sido prohibido por las justicias mesmas, aunque injustas por otra parte, porque los lucayos eran grandes nadadores. Han muerto también allí otros muchos sinnúmero de otras provincias y partes.

DEL RIO YUYAPARI

Por la provincia de Paria sube un río que se llama Yuyapari, más de docientas leguas la tierra arriba; por él subió un triste tirano muchas leguas el año de mil e quinientos e veinte y nueve con cuatrocientos o más hombres, e hizo matanzas grandísimas, quemando vivos y metiendo a espada infinitos innocentes que estaban en sus tierras y casas sin hacer mal a nadie, descuidados, e dejó abrasada e asombrada y ahuyentada muy gran cantidad de tierra. Y, en fin, él murió mala muerte y desbaratóse su armada; y después, otros tiranos sucedieron en aquellos males e tiranías, e hoy andan por allí destruyendo e matando e infernando las ánimas que el Hijo de Dios redimió con su sangre.

DEL REINO DE VENEZUELA

En el año de mil e quinientos e veinte y seis, con engaños y persuasiones dañosas que se hicieron al Rey nuestro señor, como siempre se ha trabajado de le encubrir la verdad de los daños y perdiciones que Dios y las ánimas y su estado rescibían en aquellas Indias, dió e concedió un gran reino, mucho mayor que toda España, que es el de Venezuela, con la gobernación e jurisdición total, a los mercaderes de Alemania, con cierta capitulación e concierto o asiento que con ellos se hizo. Estos, entrados con trecientos hombres o más en aquellas tierras, hallaron aquellas gentes mansísimas ovejas, como y mucho más que los otros las suelen hallar en todas las partes de las Indias antes que les hagan daño los españoles. Entraron en ellas, más pienso, sin comparación, cruelmente que ninguno de los otros tiranos que hemos dicho, e más irracional e furiosamente que crudelísimos tigres y que rabiosos lobos y leones. Porque con mayor ansia y ceguedad rabiosa de avaricia y, más exquisitas maneras e industrias para haber y robar plata y oro que todos los de antes, pospuesto todo temor a Dios y al rey e vergüenza de las gentes, olvidados que eran hombres mortales, como más libertados, poseyendo toda la jurisdicción de la tierra, tuvieron.

Han asolado, destruído y despoblado estos demonios encarnados más de cuatrocientas leguas de tierras felicísimas, y en ellas grandes y admirables provincias, valles de cuarenta leguas, regiones amenísimas, poblaciones muy grandes, riquísimas de gentes y oro. Han muerto y despedazado totalmente grandes y diversas naciones, muchas lenguas que no han dejado persona que las hable, si no son algunos que se habrán metido en las cavernas y entrañas de la tierra huyendo de tan extraño e pestilencial cuchillo. Más han muerto y destruído y echado a los infiernos de aquellas innocentes generaciones, por estrañas y varias y nuevas maneras de cruel iniquidad e impiedad (a lo que creo) de cuatro y cinco cuentos de ánimas; e hoy, en este día, no cesan actualmente de las echar. De infinitas e inmensas injusticias, insultos y estragos que han hecho e hoy hacen, quiero decir tres o cuatro no más, por los cuales se podrán juzgar los que, para efectuar las grandes destruiciones y despoblaciones que arriba decimos, pueden haber hecho.

Prendieron al señor supremo de toda aquella provincia sin causa ninguna, más de por sacalle oro dándole tormentos; soltóse y huyó, e fuése a los montes y alborotóse, e amedrentóse toda la gente de la tierra, escondiéndose por los montes y breñas; hacen entradas los españoles contra ellos para irlos a buscar; hállanlos; hacen crueles matanzas, e todos los que toman a vida véndenlos en públicas almonedas por esclavos. En muchas provincias, y en todas donde quiera que llegaban, antes que prendiesen al universal señor, los salían a rescibir con cantares y bailes e con muchos presentes de oro en gran cantidad; el pago que les daban, por sembrar su temor en toda aquella tierra, hacíalos meter a espada e hacerlos pedazos.

Una vez, saliéndoles a rescibir de la manera dicha, hace el capitán, alemán tirano, meter en una gran casa de paja mucha cantidad de gente y hácelos hacer pedazos. Y porque la casa tenía unas vigas en lo alto, subiéronse en ellas mucha gente huyendo de las sangrientas manos de aquellos hombres o bestias sin piedad y de sus espadas: mandó el infernal hombre pegar fuego a la casa, donde todos los que quedaron fueron quemados vivos. Despoblóse por esta causa gran número de pueblos, huyéndose toda la gente por las montañas, donde pensaban salvarse.

Llegaron a otra gran providencia, en los confines de la provincia e reino de Sancta Marta; hallaron los indios en sus casas, en sus pueblos y haciendas, pacíficos e ocupados. Estuvieron mucho tiempo con ellos comiéndoles sus haciendas e los indios sirviéndoles como si las vidas y salvación les hobieran de dar, e sufriéndoles sus continuas opresiones e importunidades ordinarias, que son intolerables, y que come más un tragón español en un día que bastaría para un mes en una casa donde haya diez personas de indios. Diéronles en este tiempo mucha suma de oro, de su propia voluntad, con otras innumerables buenas obras que les hicieron. A1 cabo que ya se quisieron los tiranos ir, acordaron de pagarles las posadas por esta manera. Mandó el tirano alemán, gobernador (y también, a lo que creemos, hereje, porque ni oía misa ni la dejaba de oír a muchos, con otros indicios de luterano que se le conoscieron), que prendiesen a todos los indios con sus mujeres e hijos que pudieron, e métenlos en un corral grande o cerca de palos que para ellos se hizo, e hízoles saber que el que quisiese salir y ser libre que se había de rescatar de voluntad del inicuo gobernador, dando tanto oro por sí e tanto por su mujer e por cada hijo. Y por más los apretar mandó que no les metiesen alguna comida hasta que les trujesen el oro que les pedía por su rescate. Enviaron muchos a sus casas por oro y rescatábanse según podían; soltábamos e íbanse a sus labranzas y casas a hacer su comida: enviaba el tirano ciertos ladrones salteadores españoles que tornasen a prender los tristes indios rescatados una vez; traíanlos al corral, dábanles el tormento de la hambre y sed hasta que otra vez se rescatasen. Hobo destos muchos que dos o tres veces fueron presos y rescatados; otros que no podían ni tenían tanto, porque le habían dado todo el oro que poseían, los dejó en el corral perecer hasta que murieron de hambre.

Desta dejó perdida y asolada y despoblada una provincia riquísima de gente y oro que tiene un valle de cuarenta leguas, y en ella quemó pueblo que tenía mil casas.

Acordó este tirano infernal de ir la tierra dentro, con codicia e ansia de descubrir por aquella parte el infierno del Perú. Para este infelice viaje llevó él y los demás infinitos indios cargados con cargas de tres y cuatro arrobas, ensartados en cadenas. Cansábase alguno o desmayaba de hambre y del trabajo e flaqueza. Cortábanle luego la cabeza por la collera de la cadena, por no pararse a desensartar los otros que iban en los colleras de más afuera, e caía la cabeza a una parte y el cuerpo a otra e repartían la carga de éste sobre las que llevaban los otros. Decir las provincias que asoló, las ciudades e lugares que quemó, porque son todas las casas de paja; las gentes que mató, las crueldades que en particulares matanzas que hizo perpetró en este camino, no es cosa creíble, pero espantable y verdadera. Fueron por allí después, por aquellos caminos, otros tiranos que sucedieron de la mesma Venezuela, e otros de la provincia de Sancta Marta, con la mesma sancta intención de descubrir aquella casa sancta del oro del Perú, y hallaron toda la tierra más de docientas leguas tan quemada y despoblada y desierta, siendo poblatísima e felicísima como es dicho, que ellos mesmos, aunque tiranos e crueles, se admiraron y espantaron de ver el rastro por donde aquél había ido, de tan lamentable perdición.

Todas estas cosas están probadas con muchos testigos por el fiscal del Consejo de las Indias, e la probanza está en el mesmo Consejo, e nunca quemaron vivos a ningunos destos tan nefandos tiranos. Y no es nada lo que está probado con los grandes estragos y males que aquellos han hecho, porque todos los ministros de la justicia que hasta hoy han tenido en las Indias, por su grande y mortífera ceguedad no se han ocupado en examinar los delictos y perdiciones e matanzas que han hecho e hoy hacen todos los tiranos de las Indias, sino en cuanto dicen que por haber fulano y fulano hecho crueldades a los indios ha perdido el rey de sus rentas tantos mil castellanos; y para argüir esto poca probanza y harto general e confusa les basta. Y aun esto no saben averiguar, ni hacer, ni encarecer como deben, porque si hiciesen lo que deben a Dios y al rey hallarían que los dichos tiranos alemanes más han robado al rey de tres millones de castellanos de oro. Porque aquellas provincias de Venezuela, con las que más han estragado, asolado y despoblado más de cuatrocientas leguas (como dije), es la tierra más rica y más próspera de oro y era de población que hay en el mundo. Y más renta le han estorbado y echado a perder, que tuvieran los reyes de España de aquel reino, de dos millones, en diez y seis años que ha que los tiranos enemigos de Dios y del rey las comenzaron a destruir. Y estos daños, de aquí a la fin del mundo no hay esperanza de ser recobrados, si no hiciese Dios por milagro resuscitar tantos cuentos de ánimas muertas. Estos son los daños temporales del rey: sería bien considerar qué tales y qué tantos son los daños, deshonras, blasfemias, infamias de Dios y de su ley, y con qué se recompensarán tan innumerables ánimas como están ardiendo en los infiernos por la codicia e inhumanidad de aquestos tiranos animales o alemanes.

Con sólo esto quiero su infidelidad e ferocidad concluir: que desde que en la tierra entraron hasta hoy, conviene a saber, estos diez y seis años, han enviado muchos navíos cargados e llenos de indios por la mar a vender a Sancta Marta e a la isla Española e Jamaica y la isla de Sant Juan por esclavos, más de un cuento de indios, e hoy en este día los envían, año de mil e quinientos e cuarenta y dos, viendo y disimulando el Audiencia real de la isla Española, antes favoresciéndolo, como todas las otras infinitas tiranías e perdiciones (que se han hecho en toda aquella costa de tierra firme, que son más de cuatrocientas leguas que han estado e hoy están estas de Venezuela y Sancta Marta debajo de su jurisdición) que pudieran estorbar e remediar. Todos estos indios no ha habido más causa para los hacer esclavos de sola perversa, ciega e obstinada voluntad, por cumplir con su insaciable codicia de dineros de aquellos avarísimos tiranos como todos los otros siempre en todas las Indias han hecho, tomando aquellos corderos y ovejas de sus casas e a sus mujeres e hijos por las maneras crueles y nefarias ya dichas, y echarles el hierro del rey para venderlos por esclavos.

DE LAS PROVINCIAS DE LA TIERRA FIRME POR LA PARTE QUE SE LLAMA LA FLORIDA

A estas provincias han ido tres tiranos en diversos tiempos, desde el año de mil e quinientos y diez o de once, a hacer las obras que los otros e los dos dellos en las otras partes de las Indias han cometido, por subir a estados desproporcionados de su merescimiento, con la sangre e perdición de aquellos sus prójimos. Y todos tres han muerto mala muerte, con destrución de sus personas e casas que habían edificado de sangre de hombres en otro tiempo pasado, como yo soy testigo de todos tres, y su memoria está ya raída de la haz de la tierra, como si no hubieran por esta vida pasado. Dejaron toda la tierra escandalizada e puesta en la infamia y horror de su nombre con algunas matanzas que hicieron, pero no muchas, porque los mató Dios antes que más hiciesen, porque les tenía guardado para allí el castigo de los males que yo sé e vide que en otras partes de las Indias habían perpetrado.

El cuarto tirano fué agora postreramente, el año de mil y quinientos e treinta y ocho, muy de propósito e con mucho aparejo; ha tres años que no saben dél ni parece: somos ciertos que luego en entrando hizo crueldades y luego desapareció, e que si es vivo él y su gente, que en estos tres años ha destruído grandes e muchas gentes si por donde fué las halló, porque es de los marcados y experimentados e de los que más daños y males y destruiciones de muchas provincias e reinos con otros sus compañeros ha hecho. Pero más creemos que le ha dado Dios el fin que a los otros ha dado.

Después de tres o cuatro años de escrito lo susodicho, salieron de la tierra Florida el resto de los tiranos que fué con aqueste tirano mayor que muerto dejaron; de los cuales supimos las inauditas crueldades y maldades que allí en vida, principalmente dél y después de su infelice muerte los inhumanos hombres en aquellos innocentes y a nadie dañosos indios perpetraron; porque no saliese falso lo que arriba yo había adivinado. Y son tantas, que afirmaron la regla que arriba al principio pusimos: que cuanto más procedían en descubrir y destrozar y perder gentes y tierras, tanto más señaladas crueldades e iniquidades contra Dios y sus prójimos perpetraban. Estamos enhastiados de contar tantas e tan execrables y horribles e sangrientas obras, no de hombres, sino de bestias fieras, e por eso no he querido detenerme en contar más de las siguientes.

Hallaron grandes poblaciones de gentes muy bien dispuestas, cuerdas, políticas y bien ordenadas. Hacían en ellos grandes matanzas (como suelen) para entrañar su miedo en los corazones de aquellas gentes. Afligíanlos y matábanlos con echarles cargas como a bestias. Cuando alguno cansaba o desmayaba, por no desensartar de la cadena donde los llevaban en colleras otros que estaban antes de aquél, cortábanle la cabeza por el pescuezo e caía el cuerpo a una parte y la cabeza a otra, como de otras partes arriba contamos.

Entrando en un pueblo donde los rescibieron con alegría e les dieron de comer hasta hartar e más de seiscientos indios para acémilas de sus cargas e servicio de sus caballos, salidos de los tiranos, vuelve un capitán deudo del tirano mayor a robar todo el pueblo estando seguros, e mató a lanzadas al señor rey de la tierra e hizo otras crueldades. En otro pueblo grande, porque les pareció que estaban un poco los vecinos dél más recatados por las infames y horribles obras que habían oído dellos, metieron a espada y lanza chicos y grandes, niños y viejos, súbditos y señores, que no perdonaron a nadie.

A mucho número de indios, en especial a más de docientos juntos (según se dice), que enviaron a llamar de cierto pueblo, o ellos vinieron de su voluntad, hizo cortar el tirano mayor desde las narices con los labios hasta la barba todas las caras, dejándolas rasas; y así, con aquella lástima y dolor e amargura, corriendo sangre, los enviaron a que llevasen las nuevas de las obras y milagros que hacían aquellos predicadores de la santa fe católica bautizados. Júzguese agora qué tales estarán aquellas gentes, cuánto amor ternán a los cristianos y cómo creerán ser el Dios que tienen bueno e justo, y la ley e religión que profesan y de que se jactan, inmaculada. Grandísimas y estrañísimas son las maldades que allí cometieron aquellos infelices hombres, hijos de perdición. Y así, el más infelice capitán murió como malaventurado, sin confesión, e no dudamos sino que fué sepultado en los infiernos, si quizá Dios ocultamente no 1e proveyó, según su divina misericordia e no según los deméritos dél, por tan execrables maldades.

DEL RÍO DE LA PLATA

Desde el año de mil e quinientos y veinte y dos o veinte y tres han ido al Río de la Plata, donde hay grandes reinos e provincias, y de gentes muy dispuestas e razonables, tres o cuatro veces capitanes. En general, sabemos que han hecho muertes e daños; en particular, como está muy a trasmano de lo que más se tracta de las Indias, no sabemos cosas que decir señaladas. Ninguna duda empero tenemos que no hayan hecho y hagan hoy las mesmas obras que en las otras partes se han hecho y hacen. Porque son los mesmos españoles y entre ellos hay de los que se han hallado en las otras, y porque van a ser ricos e grandes señores como los otros, y esto es imposible que pueda ser, sino con perdición e matanzas y robos e diminución de los indios, según la orden e vía perversa que aquéllos como los otros llevaron.

Después que lo dicho se escribió, supimos muy con verdad que han destruído y despoblado grandes provincias y reinos de aquella tierra, haciendo extrañas matanzas y crueldades en aquellas desventuradas gentes, con las cuales se han señalado como los otros y más que otros, porque han tenido más lugar por estar más lejos de España, y han vivido más sin orden e justicia, aunque en todas las Indias no la hubo, como parece por todo lo arriba relatado.

Entre otras infinitas se han leído en el Consejo de las Indias las que se dirán abajo. Un tirano gobernador dió mandamiento a cierta gente suya que fuese a ciertos pueblos de indios e que si no les diesen de comer los matasen a todos. Fueron con esta auctoridad, y porque los indios como a enemigos suyos no se lo quisieron dar, más por miedo de verlos y por huírlos que por falta de liberalidad, metieron a espada sobre cinco mil ánimas.

Ítem, viniéronse a poner en sus manos y a ofrecerse a su servicio cierto número de gentes de paz, que por ventura ellos enviaron a llamar, y porque o no vinieron tan presto o porque como suelen y es costumbre dellos vulgada, quisieron en ellos su horrible miedo y espanto arraigar, mandó el gobernador que los entregasen a todos en manos de otros indios que aquéllos tenían por sus enemigos. Los cuales, llorando y clamando rogaban que los matasen ellos e no los diesen a sus enemigos; y no queriendo salir de la casa donde estaban, los hicieron pedazos, clamando y diciendo: «Venimos a serviros de paz e matáisnos; nuestra sangre quede por estas paredes en testimonio de nuestra injusta muerte y vuestra crueldad.» Obra fué ésta, cierto, señalada e digna de considerar e mucho más de lamentar.

DE LOS GRANDES REINOS Y GRANDES PROVINCIAS DEL PERÚ

En el año de mil e quinientos e treinta y uno fué otro tirano grande con cierta gente a los reinos del Perú, donde entrando con el título e intención e con los principios que los otros todos pasados (porque era uno de los que se habían más ejercitado e más tiempo en todas las crueldades y estragos que en la tierra firme desde el año de mil e quinientos y diez se habían hecho), cresció en crueldades y matanzas y robos, sin fee ni verdad, destruyendo pueblos, apocando, matando las gentes dellos e siendo causa de tan grandes males que han sucedido en aquellas tierras, que bien somos ciertos que nadie bastará a referirlos y encarecerlos, hasta que los veamos y conozcamos claros el día del Juicio; y de algunos que quería referir la deformidad y calidades y circunstancias que los afean y agravian, verdaderamente yo no podré ni sabré encarecer.

En su infelice entrada mató y destruyó algunos pueblos e les robó mucha cantidad de oro. En una isla que está cerca de las mesmas provincias, que se llama Pugna, muy poblada e graciosa, e rescibiéndole el señor y gente della como a ángeles del cielo, y después de seis meses habiéndoles comido todos sus bastimentos, y de nuevo descubriéndoles los trojes del trigo que tenían para sí e sus mujeres e hijos los tiempos de seca y estériles, y ofreciéndoselas con muchas lágrimas que las gastasen e comiesen a su voluntad, el pago que les dieron a la fin fué que los metieron a espada y alancearon mucha cantidad de gentes dellas, y los que pudieron tomar a vida hicieron esclavos con grandes y señaladas crueldades otras que en ellas hicieron, dejando casi despoblada la dicha isla.

De allí vanse a la provincia de Tumbala, ques en la tierra firme, e matan y destruyen cuantos pudieron. Y porque de sus espantosas y horribles obras huían todas las gentes, decían que se alzaban e que eran rebeldes al rey. Tenía este tirano esta industria: que a los que pedía y otros que venían a dalles presentes de oro y plata y de lo que tenían, decíales que trujesen más, hasta que él vía que o no tenían más o no traían más, y entonces decía que los rescebía por vasallos de los reyes de España y abrazábalos y hacía tocar dos trompetas que tenía, dándoles a entender que desde en adelante no les habían de tomar más ni hacerles mal alguno, teniendo por lícito todo lo que les robaba y le daban por miedo de las abominables nuevas que de él oían antes que él los recibiese so el amparo y protectión del rey; como si después de rescebidos debajo de la protección real no los oprimiesen, robasen, asolasen y destruyesen y él no los hubiera así destruído.

Pocos días después, viniendo el rey universal y emperador de aquellos reinos, que se llamó Atabaliba, con mucha gente desnuda y con sus armas de burla, no sabiendo cómo cortaban las espadas y herían las lanzas y cómo corrían los caballos, e quién eran los españoles (que si los demonios tuvieren oro, los acometerán para se lo robar), llegó al lugar donde ellos estaban, diciendo: "¿Dónde están esos españoles? Salgan acá, que no me mudaré de aquí hasta que me satisfagan de mis vasallos que me han muerto, y pueblos que me han despoblado, e riquezas que me han robado". Salieron a él, matáronle infinitas gentes, prendiéronle su persona, que venía en unas andas, y después de preso tractan con él que se rescatase: promete de dar cuatro millones de castellanos y da quince, y ellos prométenle de soltarle; pero al fin, no guardándole la fee ni verdad (como nunca en las Indias con los indios por los españoles se ha guardado), levántanle que por su mandado se juntaba gente, y él responde que en toda la tierra no se movía una hoja de un árbol sin su voluntad: que si gente se juntase creyesen que él la mandaba juntar, y que presto estaba, que lo matasen. No obstante todo esto, lo condenaron a quemar vivo, aunque después rogaron algunos al capitán que lo ahogasen, y ahogado lo quemaron. Sabido por él, dijo: "Por qué me quemáis, qué os he hecho? ¿No me prometistes de soltar dándoos el oro? ¿No os di más de lo que os prometí? Pues que así lo queréis, envíame a vuestro rey de España", e otras muchas cosas que dijo para gran confusión y detestación de la gran injusticia de los españoles; y en fin lo quemaron.

Considérese aquí la justicia e título desta guerra; la prisión deste señor e la sentencia y ejecución de su muerte, y la cosciencia con que tienen aquellos tiranos tan grandes tesoros como en aquellos reinos a aquel rey tan grande e a otros infinitos señores e particulares robaron.

De infinitas hazañas señaladas en maldad y crueldad, en estirpación de aquellas gentes, cometidas por los que se llaman cristianos, quiero aquí referir algunas pocas que un fraile de Sant Francisco a los principios vido, y las firmó de su nombre enviando traslados por aquellas partes y otros a estos reinos de Castilla, e yo tengo en mi poder un traslado con su propia firma, en el cual dice así:

“Yo, fray Marcos de Niza, de la orden de Sant Francisco, comisario sobre los frailes de la mesma orden en las provincias del Perú, que fué de los primeros religiosos que con los primeros cristianos entraron en las dichas provincias, digo dando testimonio verdadero de algunas cosas que yo con mis ojos vi en aquella tierra, mayormente cerca del tractamiento y conquistas hechas a los naturales. Primeramente, yo soy testigo de vista y por experiencia cierta conoscí y alcancé que aquellos indios del Perú es la gente más benévola que entre indios se ha visto, y allegada e amiga a los cristianos. Y vi que aquéllos daban a los españoles en abundancia oro y plata e piedras preciosas y todo cuanto les pedían que ellos tenían, e todo buen servicio, e nunca los indios salieron de guerra sino de paz, mientras no les dieron ocasión con los malos tractamientos e crueldades, antes los rescebían con toda benevolencia y honor en los pueblos a los españoles, dándoles comidas e cuantos esclavos y esclavas pedían para servicio.

“Ítem, soy testigo e doy testimonio que sin dar causa ni ocasión aquellos indios a los españoles, luego que entraron en sus tierras, después de haber dado el mayor cacique Atabaliba más de dos millones de oro a los españoles, y habiéndoles dado toda la tierra en su poder sin resistencia, luego quemaron al dicho Atabaliba, que era señor de toda la tierra, y en pos dél quemaron vivo a su capitán general Cochilimaca, el cual había venido de paz al gobernador con otros principales. Asimesmo, después déstos dende a pocos días quemaron a Chamba, otro señor muy principal de la provincia de Quito, sin culpa ni haber hecho por qué.

“Asimesmo quemaron a Chapera, señor de los canarios, injustamente. Asimesmo a Luis, gran señor de los que había en Quito, quemaron los pies e le dieron otros muchos tormentos porque dijese dónde estaba el oro de Atabaliba, del cual tesoro (como pareció) no sabía él nada. Asimesmo quemaron en Quito a Cozopanga, gobernador que era de todas las provincias de Quito. El cual, por ciertos requerimientos que le hizo Sebastián de Benalcázar, capitán del gobernador, vino de paz, y porque no dió tanto oro como le pedían, lo quemaron con otros muchos caciques e principales. Y a lo que yo pude entender su intento de los españoles era que no quedase señor en toda la tierra.

“Ítem, que los españoles recogieron mucho número de indios y los encerraron en tres casas grandes, cuantos en ellas cupieron, e pegáronles fuego y quemáronlos a todos sin hacer la menor cosa contra español ni dar la menor causa. Y acaesció allí que un clérigo que se llama Ocaña sacó un muchacho del fuego en que se quemaba, y vino allí otro español y tomóselo de las manos y lo echó en medio de las llamas, donde se hizo ceniza con los demás. El cual dicho español que así había echado en el fuego al indio, aquel mesmo día, volviendo al real, cayó súbitamente muerto en el camino e yo fuí de parecer que no lo enterrasen.

"Ítem, yo afirmo que yo mesmo vi ante mis ojos a los españoles cortar manos, narices y orejas a indios e indias sin propósito, sino porque se les antojaba hacerlo, y en tantos lugares y partes que sería largo de contar. E yo vi que los españoles les echaban perros a los indios para que los hiciesen pedazos, e los vi así aperrear a muy muchos. Asimesmo vi yo quemar tantas casas e pueblos, que no sabría decir el número según eran muchos. Asimesmo es verdad que tomaban niños de teta por los brazos y los echaban arrojadizos cuanto podían, e otros desafueros y crueldades sin propósito, que me ponían espanto, con otras innumerables que vi que serían largas de contar.

"Ítem, vi que llamaban a los caciques e principales indios que viniesen de paz seguramente e prometiéndoles seguro, y en llegando luego los quemaban. Y en mi presencia quemaron dos: el uno en Andón y el otro en Tumbala, e no fuí parte para se lo estorbar que no los quemasen, con cuanto les prediqué. E según Dios e mi conciencia, en cuanto yo puedo alcanzar, no por otra causa sino por estos malos tractamientos, como claro parece a todos, se alzaron y levantaron los indios del Perú, y con mucha causa que se les ha dado. Porque ninguna verdad les han tractado, ni palabra guardado, sino que contra toda razón e injusticia, tiranamente los han destruído con toda la tierra, haciéndoles tales obras que han determinado antes de morir que semejantes obras sufrir.

"Ítem, digo que por la relación de los indios hay mucho más oro escondido que manifestado, el cual, por las injusticias e crueldades que los españoles hicieron no lo han querido descubrir, ni lo descubrirán mientras rescibieren tales tractamientos, antes querrán morir como los pasados. En lo cual Dios Nuestro Señor ha sido mucho ofendido e su Majestad muy deservido y defraudado en perder tal tierra que podía dar buenamente de comer a toda Castilla, la cual será harto dificultosa y costosa, a mi ver, de la recuperar".

Todas estas son sus palabras del dicho religioso, formales, y vienen también firmadas del obispo de Méjico, dando testimonio de que todo esto afirmaba el dicho padre fray Marcos.

Hase de considerar aquí lo que este Padre dice que vido, porque fué cincuenta o cien leguas de tierra, y ha nueve o diez años, porque era a los principios, e había muy pocos que al sonido del oro fueran cuatro y cinco mil españoles y se extendieron por muchos y grandes reinos y provincias más de quinientas y setecientas leguas, que las tienen todas asoladas, perpetrando las dichas obras y otras más fieras y crueles. Verdaderamente, desde entonces acá hasta hoy más de mil veces más se ha destruído y asolado de ánimas que las que han contado, y con menos temor de Dios y del rey e piedad, han destruído grandísima parte del linaje humano. Más faltan y han muerto de aquellos reinos hasta hoy (e que hoy también los matan) en obra de diez años, de cuatro cuentos de ánimas.

Pocos días ha que acañaverearon y mataron una gran reina, mujer del Inga, el que quedó por rey de aquellos reinos, al cual los cristianos, por sus tiranías, poniendo las manos en él, lo hicieron alzar y está alzado. Y tomaron a la reina su mujer y contra toda justicia y razón la mataron (y aun dicen que estaba preñada) solamente por dar dolor a su marido.

Si se hubiesen de contar las particulares crueldades y matanzas que los cristianos en aquellos reinos del Perú han cometido e cada día hoy cometen, sin dubda ninguna serían espantables y tantas que todo lo que hemos dicho de las otras partes se escureciese y paresciese poco, según la cantidad y gravedad dellas.

DEL NUEVO REINO DE GRANADA

El año de mil y quinientos y treinta y nueve concurrieron muchos tiranos yendo a buscar desde Venezuela y desde Sancta Marta y desde Cartagena el Perú, e otros que del mesmo Perú descendían a calar y penetrar aquellas tierras, e hallaron a las espaldas de Sancta Marta y Cartagena, trecientas leguas la tierra dentro, unas felicísimas e admirables provincias llenas de infinitas gentes mansuetísimas y buenas como las otras y riquísimas también de oro y piedras preciosas, las que se dicen esmeraldas. A las cuales provincias pusieron por nombre el Nuevo Reino de Granada, porque el tirano que llegó primero a esas tierras era natural del reino que acá está de Granada. Y porque muchos inicuos e crueles hombres de los que allí concurrieron de todas partes eran insignes carniceros y derramadores de la sangre humana, muy acostumbrados y experimentados en los grandes pecados susodichos en muchas partes de las Indias, por eso han sido tales y tantas sus endemoniadas obras y las circunstancias y calidades que las afean e agravian, que han excedido a muy muchas y aun a todas las que los otros y ellos en las otras provincias han hecho y cometido.

De infinitas que en estos tres años han perpetrado e que agora en este día no cesan de hacer, diré algunas muy brevemente de muchas: que un gobernador (porque no le quiso admitir el que en el dicho Nuevo Reino de Granada robaba y mataba para que él robase e matase) hizo una probanza contra él de muchos testigos, sobre los estragos e desafueros y matanzas que ha hecho e hace, la cual se leyó y está en el Consejo de las Indias.

Dicen en la dicha probanza los testigos, que estando todo aquel reino de paz e sirviendo a los españoles, dándoles de comer de sus trabajos los indios continuamente y haciéndoles labranzas y haciendas e trayéndoles mucho oro y piedras preciosas, esmeraldas y cuanto tenían y podían, repartidos los pueblos y señores y gentes dellos por los españoles (que es todo lo que pretenden por medio para alcanzar su fin último, que es el oro) y puestos todos en la tiranía y servidumbre acostumbrada, el tirano capitán principal que aquella tierra mandaba prendió al señor y rey de todo aquel reino e túvolo preso seis o siete meses pidiéndole oro y esmeraldas, sin otra causa ni razón alguna. El dicho rey, que se llamaba Bogotá, por miedo que le pusieron, dijo que él daría una casa de oro que le pedían, esperando de soltarse de las manos de quien así lo afligía, y envió indios a que le trajesen oro, y por veces trajeron mucha cantidad de oro e piedras, pero porque no daba la casa de oro decían los españoles que lo matase, pues no cumplía lo que había prometido. El tirano dijo que se lo pidiesen por justicia ante él mesmo; pidiéronlo así por demanda, acusando al dicho rey de la tierra; él dió sentencia condenándolo a tormentos si no dierse la casa de oro. Danle el tormento del tracto de cuerda; echábanle sebo ardiendo en la barriga, pónenle a cada pie una herradura hincada en un palo, y el pescuezo atado a otro palo, y dos hombres que le tenían las manos, e así le pegaban fuego a los pies, y entraba el tirano de rato en rato y decía que así lo había de matar poco a poco a tormentos si no le daba el oro. Y así lo cumplió e mató al dicho señor con los tormentos. Y estando atormentándolo mostró Dios señal de que detestaba aquellas crueldades en quemarse todo el pueblo donde las perpetraban. Todos los otros españoles, por imitar a su buen capitán y porque no saben otra cosa sino despedazar aquellas gentes, hicieron lo mesmo, atormentando con diversos y fieros tormentos cada uno al cacique y señor del pueblo o pueblos que tenían encomendados, estándoles sirviéndoles dichos señores con todas sus gentes y dándoles oro y esmeraldas cuanto podían y tenían. Y sólo los atormentaban porque les diesen más oro y piedras de lo que les daban. Y así quemaron y despedazaron todos los señores de aquella tierra. Por miedo de las crueldades egregias que uno de los tiranos particulares en los indios hacía, se fueron a los montes huyendo de tanta inhumanidad un gran señor que se llamaba Daitama, con mucha gente de la suya. Porque esto tienen por remedio y refugio (si les valiese). Y a esto llaman los españoles levantamientos y rebelión. Sabido por el capitán principal tirano, envía gente al dicho hombre cruel (por cuya ferocidad los indios que estaban pacíficos e sufriendo tan grandes tiranías y maldades se habían ido a los montes), el cual fué a buscarlos, y porque no basta a esconderse en las entrañas de la tierra, hallaron gran cantidad de gente y mataron y despedazaron más de quinientas ánimas, hombres y mujeres e niños, porque a ningún género perdonaban. Y aun dicen los testigos que el mesmo señor Daitama había, antes que la gente le matasen, venido al dicho cruel hombre y le había traído cuatro o cinco mil castellanos, e no obstante esto hizo el estrago susodicho.

Otra vez, viniendo a servir mucha cantidad de gente a los españoles y estando sirviendo con la humildad e simplicidad que suelen, seguros, vino el capitán una noche a la ciudad donde los indios servían, y mandó que a todos aquellos indios los metiesen a espada, estando de ellos durmiendo y dellos cenando y descansando de los trabajos del día. Esto hizo porque le pareció que era bien hacer aquel estrago para entrañar su temor en todas las gentes de aquella tierra.

Otra vez mandó el capitán tomar juramento a todos los españoles cuántos caciques y principales y gente común cada uno tenía en el servicio de su casa, e que luego los trajesen a la plaza, e allí les mandó cortar a todos las cabezas, donde mataron cuatrocientas a quinientas ánimas. Y dicen los testigos que desta manera pensaba apaciguar la tierra.

De cierto tirano particular dicen los testigos que hizo grandes crueldades, matando y cortando muchas manos y narices a hombres y mujeres y destruyendo muchas gentes.

Otra vez envió el capitán al mesmo cruel hombre con ciertos españoles a la provincia de Bogotá a hacer pesquisa de quién era el señor que había sucedido en aquel señorío, después que mató a tormentos al señor universal, y anduvo por muchas leguas de tierra prendiendo cuantos indios podía haber, e porque no le decían quién era el señor que había sucedido, a unos cortaba las manos y a otros hacía echar a los perros bravos que los despedazaban, así hombres como mujeres, y desta manera mató y destruyó muchos indios e indias. Y un día, al cuarto del alba, fué a dar sobre unos caciques o capitanes y gente mucha de indios que estaban de paz y seguros, que los había asegurado y dado la fe de que no recibirían mal ni daño, por la cual seguridad se salieron de los montes donde estaban escondidos a poblar a lo raso, donde tenían su pueblo, y así estando descuidados y con confianza de la fe que les habían dado, prendió mucha cantidad de gente, mujeres y hombres, y les mandaba poner la mano tendida en el suelo, y él memso, con un alfanje, les cortaba las manos e decíales que aquel castigo les hacía porque no le querían decir dónde estaba el señor nuevo que en aquel reino había suscedido.

Otra vez, porque no le dieron un cofre lleno de oro los indios, que les pidió este cruel capitán, envió gente a hacer guerra, donde mataron infinitas ánimas, e cortaron manos e narices a mujeres y a hombres que no se podrían contar, y a otros echaron a perros bravos, que los comían y despedazaban.

Otra vez, viendo los indios de una provincia de aquel reino que habían quemado los españoles tres o cuatro señores principales, de miedo se fueron a un peñón fuerte para defender de enemigos que tanto carescían de entrañas de hombres, y serían en el peñón y habría (según dicen los testigos) cuatro o cinco mil indios. Envía el capitán susodicho a un grande y señalado tirano (que a muchos de los que de aquellas partes tienen cargo de asolar, hace ventaja) con cierta gente de españoles para que castigase, dizque los indios alzados que huían de tan gran prestilencia y carnecería, como si hubieran hecho alguna sin justicia y a ellos perteneciera hacer el castigo y tomar la venganza, siendo dignos ellos de todo crudelísimo tormento sin misericordia, pues tan ajenos son de ella y de piedad con aquellos innocentes. Idos los españoles al peñón, súbenlo por fuerza, como los indios sean desnudos y sin armas, y llamando los españoles a los indios de paz y que los aseguraban que no les harían mal alguno, que no peleasen, luego los indios cesaron: manda el crudelísimo hombre a los españoles que tomasen todas las fuerzas del peñón, e tomadas, que diesen en los indios. Dan los tigres y leones en las ovejas mansas y desbarrigan y matan a espada tantos, que se pararon a descansar: tantos eran los que habían hecho pedazos. Después de haber descansado un rato mandó el capitán que matasen y desempeñasen del peñón abajo, que era muy alto, toda la gente que viva quedaba. Y así la desempeñaron toda, e dicen los testigos que veían nubada de indios echados del peñón abajo de setencientos hombres juntos, que caían donde se hacían pedazos.

Y por consumar del todo su gran crueldad rebuscaron todos los indios que se habían escondido entre las matas, y mandó que a todos les diesen estocadas y así los mataron y echaron de las peñas abajo. Aún no quiso contentarse con las cosas tan crueles ya dichas; pero quiso señalarse más y aumentar la horribilidad de sus pecados en que mandó que todos los indios e indias que los particulares habían tomado vivos (porque cada uno en aquellos estragos suele escoger alguno indios e indias y muchachos para servirse) los metiesen en una casa de paja (escogidos y dejados los que mejor le parecieron para su servicio) y les pegasen fuego, e así los quemaron vivos, que serían obra de cuarenta o cincuenta. Otros mandó echar a los perros bravos, que los despedazaron y comieron.

Otra vez, este mesmo tirano fué a cierto pueblo que se llamaba Cota y tomó muchos indios e hizo despedazar a los perros quince o veinte señores e principales, y cortó mucha cantidad de manos de mujeres y hombres, y las ató en unas cuerdas, las puso colgadas de un palo a la luenga, porque viesen los otros indios lo que había hecho a aquéllos, en que habría setenta pares de manos; y cortó muchas narices a mujeres y a niños.

Las hazañas y crueldades deste hombre, enemigo de Dios, no las podría alguno explicar, porque son inumerables e nunca tales oídas ni vistas que ha hecho en aquella tierra y en la provincia de Guatimala, y dondequiera que ha estado. Porque ha muchos años que anda por aquellas tierras haciendo aquestas obras y abrasando y destruyendo aquellas gentes y tierras.

Dicen más los testigos en aquella probanza: que han sido tantas, y tales, y tan grandes las crueldades y muertes que se han hecho y se hacen hoy en el dicho Nuevo Reino de Granada por sus personas los capitanes, y consentido hacer a todos aquellos tiranos y destruidores del género humano que con él estaban, que tienen toda la tierra asolada y perdida, e que si su Majestad con tiempo no lo manda remediar (según la matanza en los indios se hace solamente por sacarles el oro que no tienen, porque todo lo que tenían lo han dado) que se acabará en poco de tiempo que no haya indios ningunos para sostener la tierra y quedará toda yerma y despoblada.

Débese aquí de notar la cruel y pestilencial tiranía de aquellos infelices tiranos, cuán recia y vehemente e diabólica ha sido, que en obra de dos años o tres que ha que aquel Reino se descubrió, que (según todos los que en él han estado y los testigos de la dicha probanza dicen) estaba el más poblado de gente que podía ser tierra en el mundo, lo hayan todo muerto y despoblado tan sin piedad y temor de Dios y del rey, que digan que si en breve su Majestad no estorba aquellas infernales obras, no quedará hombre vivo ninguno. Y así lo creo yo, porque muchas y grandes tierras en aquellas partes he visto por mis mismos ojos, que en muy breves días las han destruído y del todo despoblado.

Hay otras provincias grandes que confinan con las partes del dicho Nuevo Reino de Granada, que se llaman Popayán y Cali, e otras tres o cuatro que tienen más de quinientas leguas, las han asolado y destruído por las manera que esas otras, robando y matando, con tormentos y con los desafueros susodichos, las gentes dellas que eran infinitas. Porque la tierra es felicísima, y dicen los que agora vienen de allá que es una lástima grande y dolor ver tantos y tan grandes pueblos quemados y asolados como vían pasando por ellas, que donde había pueblo de mil e dos mil vecinos no hallaban cincuenta, e otros totalmente abrasados y despoblados. Y por muchas partes hallaban ciento y docientas leguas e trecientas todas despobladas, quemadas y destruidas grandes poblaciones. Y, finalmente, porque desde los reinos del Perú, por la parte de la provincia del Quito, penetraron grandes y crueles tiranos hacia el dicho Nuevo Reino de Granada y Popayán e Cali, por la parte de Cartagena y Urabá, y de Cartagena otros malaventurados tiranos fueron a salir al Quito, y después otros por la parte del río de Sant Juan, que es a la costa del Sur (todos los cuales se vinieron a juntar), han extirpado y despoblado más de seiscientas leguas de tierras, echando aquellas tan inmensas ánimas a los infiernos; haciendo lo mesmo el día de hoy a las gentes míseras, aunque inocentes, que quedan.

Y que porque sea verdadera la regla que al principio dije, que siempre fué creciendo la tiranía e violencias e injusticias de los españoles contra aquellas ovejas mansas, en crudeza, inhumanidad y maldad, lo que agora en las dichas provincias se hace entre otras cosas dignísimas de todo fuego y tormento, es lo siguiente:

Después de las muertes y estragos de las guerras, ponen, como es dicho, las gentes en la horrible servidumbre arriba dicha, y encomiendan a los diablos a uno docientos e a otro trecientos indios. El diablo comendero diz que hace llamar cient indios ante sí: luego vienen como unos corderos; venidos, hace cortar las cabezas a treinta o cuarenta dellos e diz a los otros: “Los mesmo os tengo de hacer si no me servís bien o si os vais sin mi licencia.”

Considérese agora, por Dios, por los que esto leyeren, qué obra es ésta e si excede a toda crueldad e injusticia que pueda ser pensada; y si les cuadra bien a los tales cristianos llamarlos diablos, e si sería más encomendar los indios a los diablos del infierno que es encomendarlos a los cristianos de las Indias.

Pues otra obra diré que no sé cuál sea más cruel, e más infernal, e más llena de ferocidad de fieras bestias, o ella o la que agora se dijo. Ya está dicho que tienen los españoles de las Indias enseñados y amaestrados perros bravísimos y ferocísimos para matar y despedazar los indios. Sepan todos los que son verdaderos cristianos y aun los que no lo son si se oyó en el mundo tal obra, que para mantener los dichos perros traen muchos indios en cadenas por los caminos, que andan como si fuesen manadas de puercos, y matan dellos, y tienen carnecería pública de carne humana, e dícense unos a otros: “Préstame un cuarto de un bellaco desos para dar de comer a mis perros hasta que yo mate otro”, como si prestasen cuartos de puerco o de carnero. Hay otros que se van a caza las mañanas con sus perros, e volviéndose a comer, preguntados cómo les ha ido, responden: “Bien me ha ido, porque obra de quince o veinte bellacos dejo muertos con mis perros.” Todas estas cosas e otras diabólicas vienen agora probadas en procesos que han hecho unos tiranos contra otros. ¿Qué puede ser más fea ni fiera ni inhumana cosa?

Con eso quiero acabar hasta que vengan nuevas de más egregias en maldad (si más que éstas pueden ser) cosas, o hasta que volvamos allá a verlas de nuevo, como cuarenta y dos años ha que los veemos por los ojos sin cesar, protestando en Dios y en mi consciencia que, según creo y tengo por cierto, que tantas son las maldiciones, daños, destruiciones, despoblaciones, estragos, muertes y muy grandes crueldades horribles y especies feísimas dellas, violencias, injusticias, y robos y matanzas que en aquellas gentes y tierras se han hecho (y aún se hacen hoy en todas aquellas partes de las Indias), que en todas cuantas cosas he dicho y cuanto lo he encarescido, no he dicho ni encarescido, en calidad ni en cantidad, de diez mil partes (de lo que se ha hecho y se hace hoy) una.

Y para que más compasión cualquiera cristiano haya de aquellas inocentes naciones y de su perdición y condenación más se duela, y más culpe y abomine y deteste la codicia y ambición y crueldad de los españoles, tengan todos por verdadera esta verdad, con las que arriba he afirmado: que después que se descubrieron las Indias hasta hoy, nunca en ninguna parte dellas los indios hicieron mal a cristiano, sin que primero hubiesen rescebido males y robos e traiciones dellos. Antes siempre los estimaban por inmortales y venidos del cielo, e como a tales los rescebían, hasta que sus obras testificaban quién eran y qué pretendían.

Otra cosa es bien añadir: que hasta hoy, desde sus principios, no se ha tenido más cuidado por los españoles de procurar que les fuese predicada la fe de Jesucristo a aquellas gentes, que si fueran perros o otras bestias; antes han prohibido de principal intento a los religiosos, con muchas aflictiones y persecuciones que les han causado, que no les predicasen, porque les parecía que era impedimento para adquirir el oro e riquezas que les prometían sus codicias. Y hoy en todas las Indias no hay más conoscimiento de Dios, si es de palo, o de cielo, o de la tierra, que hoy ha cient años entre aquellas gentes, si no es en la Nueva España, donde han andado religiosos, que es un rinconcillo muy chico de las Indias; e así han perescido y perescen todos sin fee y sin sacramentos.

He inducido yo, fray Bartolomé de las Casas o Casaus, fraile de Sancto Domingo, que por la misericordia de Dios ando en esta corte de España procurando echar el infierno de las Indias, y que aquellas infinitas muchedumbres de ánimas redemidas por la sangre de Jesucristo no parezcan sin remedio para siempre, sino que conozcan a su criador y se salven, y por compasión que he de mi patria, que es Castilla, no la destruya Dios por tan grandes pecados contra su fee y honra cometidos y en los prójimos, por algunas personas notables, celosas de la honra de Dios e compasivas de las aflictiones y calamidades ajenas que residen en esta corte, aunque yo me lo tenía en propósito y no lo había puesto por obra por mis cuntinuas ocupaciones. Acabéla en Valencia, a ocho de diciembre de mil e quinientos y cuarenta y dos años, cuando tienen la fuerza y están en su colmo actualmente todas las violencias, opresiones, tiranías, matanzas, robos y destrucciones, estragos, despoblaciones, angustias y calamidades susodichas, en todas las partes donde hay cristianos de las Indias. Puesto que en unas partes son más fieras y abominables que en otras, Méjico y su comarca está un poco menos malo, o donde al menos no se osa hacer públicamente, porque allí, y no en otra parte, hay alguna justicia (aunque muy poca), porque allí también los matan con infernales tributos. Tengo grande esperanza que porque el emperador y rey de España, nuestro señor don Carlos, quinto deste nombre, va entendiendo las maldades y traiciones que en aquellas gentes e tierras, contra la voluntad de Dios y suya, se hacen y han hecho (porque hasta agora se le ha encubierto siempre la verdad industriosamente), que ha de extirpar tantos males y ha de remediar aquel Nuevo Mundo que Dios le ha dado, como amador y cultor que es de justicia, cuya gloriosa y felice vida e imperial estado Dios todopoderoso, para remedio de toda su universal Iglesia e final salvación propia de su real ánimo, por largos tiempos Dios prospere. Amén.

Después de escripto lo susodicho, fueron publicadas ciertas leyes y ordenanzas que Su Majestad por aquel tiempo hizo en la ciudad de Barcelona, año de mil e quinientos y cuarenta y dos, por el mes de noviembre; en la villa de Madrid, el año siguiente. Por las cuales se puso la orden que por entonces pareció convenir, para que cesasen tantas maldades y pecados que contra Dios y los prójimos y en total acabamiento y perdición de aquel orbe convenía. Hizo las dichas leyes Su Majestad después de muchos ayuntamientos de personas de gran autoridad, letras y consciencia, y disputas y conferencias en la villa de Valladolid, y, finalmente, con acuerdo y parecer de todos los más, que dieron por escrito sus votos e más cercanos se hallaron de las reglas de la ley de Jesucristo, como verdaderos cristianos, y también libres de la corrupción y ensuciamiento de los tesoros robados de las Indias. Los cuales ensuciaron las manos e más las ánimas de muchos que entonces las mandaban, de donde procedió la ceguedad suya para que las destruyesen, sin tener escrúpulo algunos dello.

Publicadas estas leyes, hicieron los hacedores de los tiranos que entonces estaban en la Corte muchos traslados dellas (como a todos les pesaba, porque parecía que se les cerraban las puertas de participar lo robado y tiranizado) y enviáronlos a diversas partes de las Indias. Los que allá tenían cargo de las robar, acabar y consumir con sus tiranías, como nunca tuvieron jamás orden, sino toda la desorden que pudiera poner Lucifer, cuando vieron los traslados, antes que fuesen los jueces nuevos que los habían de ejecutar, conosciendo (a lo que se dice y se cree) de los que acá hasta entonces los habían en sus pecados e violencias sustentado, que lo debían hacer, alborotáronse de tal manera, que cuando fueron los buenos jueces a la ejecutar, acordaron de (como habían perdido a Dios el amor y temor) perder la vergüenza y obediencia a su rey. Y así cumplir con su insaciable codicia de dineros de aquellos avarísimos tiranos, como todos los otros siempre en todas acordaron de tomar por renombre traidores, siendo crudelísimos y desenfrenados tiranos; señaladamente en los reinos del Perú, donde hoy, que estamos en el año de mil e quinientos y cuarenta y seis, se cometen tan horribles y espantables y nefarias obras cuales nunca se hicieron ni en las Indias ni en el mundo, no sólo en los indios, los cuales ya todos o cuasi todos los tienen muertos, e aquellas tierras dellos despobladas, pero en sí mesmo unos a otros, con justo juicio de Dios: que pues no ha habido justicia del rey que los castigue, viniese del cielo, permitiendo que unos fuesen de otros verdugos.

Con el favor de aquel levantamiento de aquéllos, en todas las otras partes de aquel mundo no han querido cumplir las leyes, e con color de suplicar dellas están tan alzados como los otros. Porque se les hace de mal dejar los estados y haciendas usurpadas que tienen, e abrir mano de los indios que tienen en perpetuo captiverio. Donde han cesado de matar con espadas de presto, mátanlos con servicios personales e otras vejaciones injustas e intolerables su poco a poco. Y hasta agora no es poderoso el rey para lo estorbar, porque todos, chicos y grandes, andan a robar, unos más, otros menos; unos pública e abierta, otros secreta y paliadamente. Y con color de que sirven al Rey deshonran a Dios y roban y destruyen al Rey.

44. ORLANDO (VIRGINIA WOOLF)

ÍNDICE

Prólogo

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Sin título
Cinco
Seis

PRÓLOGO

Muchos amigos me han ayudado a escribir este libro. Algunos han muerto y son tan ilustres que apenas me atrevo a nombrarlos, aunque nadie puede leer o escribir sin estar en perpetua deuda con Defoe, Sir Thomas Browne, Sterne, Sir Walter Scott, Lord Macaulay, Emily Brontë, De Quincey y Walter Pater para no mencionar sino a los primeros que se me ocurren. Otros, quizás igualmente ilustres, viven aún y el hecho mismo los hace menos formidables.

Estoy agradecida especialmente a Mr. C. P. Sanger, cuya versación en la ley de inmuebles me ha permitido realizar este libro. La vasta y peculiar erudición de Mr. Sydney Turner me ha evitado, lo espero, algunos lamentables errores. He tenido la ventaja -sólo yo puedo apreciar su valor- del conocimiento del chino de Mr. Waley. Madame Lopokova (Mrs. J. M. Keynes) ha estado siempre lista a corregir mi ruso. A la imaginación e incomparable simpatía de Mr. Roger Dry debo cuanto sé del arte pictórico. Espero haber aprovechado en otro terreno la crítica singularmente penetrante, aunque severa, de mi sobrino Mr. Julian Bell. Las investigaciones infatigables de Miss M. K. Snowdon en los archivos de Harrogatey de Cheltenham no fueron menos arduas por haber resultado del todo inútiles. Otros amigos me auxiliaron en modos demasiado diversos para ser especificados aquí. Básteme nombrar a Mr. Angus Davidson; a Mrs. Cartwright; a Miss Janet Case, a Lord Berners (cuyo conocimiento de la música isabelina me ha resultado inapreciable); a Mr. Francis Birrell; a mi hermano, el Dr. Adrian Stephen; a Mr. F. L. Lucas; a Mr. y Mrs. Desmond Maccarthy; al más alentador de los críticos, mi cuñado, Mr. Clive Bell; a Mr. H. G. Rylands; a Lady Colefax; a Miss Nellie Boxall; a Mr. J. M. Keynes; a Mr. Hugh Walpole; a Miss Violet Dickinson; al Honorable Edward Sackville-West; a Mr. y Mrs. St. John Hutchinson; a Mr. Duncan Grant; a Mr. y Mrs. Stephen Tomlin; a Mr. y Lady Ottoline Morrell; a mi madre política Mrs. Sidney Woolf; a Mr. Osbert Sitwell; a Madame Jacques Raverat; al Coronel Cory Bell; a Miss Valerie Taylor; a Mr. J. T. Sheppard; a Mr. y Mrs. T. S. Eliot; a Miss Sands; a Miss Nan Hudson; a mi sobrino Mr. Quentin Bell (apreciado y antiguo colaborador en materia novelística); a Mr. Raymond Mortimer; a Lady Gerald Wellesley; a Mr. Lytton Strachey; a la Vizcondesa Cecil; a Miss Hope Mirrlees; a Mr. E. M. Forster; al

Honorable Harold Nicolson; y a mi hermana, Vanessa Bell -pero la lista se alarga demasiado y ya es demasiado ilustre. Me trae recuerdos de lo más agradables, pero despertará en el lector una expectativa que el libro sólo puede frustar. Concluiré, pues, agradeciendo a los empleados del Museo Británico y del Archivo su habitual cortesía: a mi sobrina Miss Angelica Bell un favor que sólo ella pudo prestarme; y a mi marido, la invariable paciencia que ha puesto en ayudar mis pesquisas y la profunda erudición histórica a la que deben estas páginas la poca o mucha precisión que poseen. Finalmente agradecería, pero he perdido su dirección y su nombre, a un caballero norteamericano, que generosa y gratuitamente ha corregido la puntuación de mis anteriores publicaciones y que, lo espero, no escatimará su celo esta vez.

UNO

Él —porque no cabía duda sobre su sexo, aunque la moda de la época contribuyera a disfrazarlo— estaba acometiendo la cabeza de un moro que pendía de las vigas. La cabeza era del color de una vieja pelota de football, y más o menos de la misma forma, salvo por las mejillas hundidas y una hebra o dos de pelo seco y ordinario, como el pelo de un coco. El padre de Orlando, o quizá su abuelo, la había cercenado de los hombros de un vasto infiel que de golpe surgió bajo la luna en los campos bárbaros de África; y ahora se hamacaba suave y perpetuamente en la brisa que soplaba incesante por las buhardillas de la gigantesca morada del caballero que la tronchó.

Los padres de Orlando habían cabalgado por campos de asfódelos, y campos de piedra, y campos regados por extraños ríos, y habían cercenado de muchos hombros, muchas cabezas de muchos colores, y las habían traído para colgarlas de las vigas.

Orlando haría lo mismo, se lo juraba. Pero como sólo tenía dieciséis años, y era demasiado joven para cabalgar por tierras de Francia o por tierras de África, solía escaparse de su madre y de los pavos reales en el jardín, y subir hasta su buhardilla para hender, y arremeter y cortar el aire con su acero.

A veces cortaba la cuerda y la cabeza rebotaba en el suelo y tenía que colgarla de nuevo, atándola con cierta hidalguía casi fuera de su alcance, de suerte que su enemigo le hacía muecas triunfales a través de labios contraídos, negros. La cabeza oscilaba de un lado a otro, porque la casa en cuya cumbre vivía era tan vasta que el viento mismo parecía atrapado ahí, soplando por acá, soplando por allá, invierno y verano. La verde tapicería de Arrás con sus cazadores se agitaba perpetuamente. Sus abuelos habían sido nobles desde que empezaron a ser. Habían salido de las nieblas boreales con coronas en las cabezas. Las barras de oscuridad en el cuarto y los charcos amarillos que ajedrezaban el piso, ¿no eran acaso obra del sol que atravesaba el vitral de un vasto escudo de armas en la ventana? Orlando estaba ahora en el centro del cuerpo amarillo de un leopardo heráldico. Al poner la mano en el antepecho de la ventana para abrirla, aquélla se volvió inmediatamente roja, azul y amarilla como un ala de mariposa. Así, los que gustan de los símbolos y tienen habilidad para descifrarlos, podrían observar que aunque las hermosas piernas, el gallardo cuerpo y los hombros bien hechos estaban decorados todos ellos con diversos tintes de luz heráldica, la cara de Orlando, al abrir la ventana, sólo estaba alumbrada por el sol. Imposible encontrar cara más sombría y más cándida. ¡Dichosa la madre que pare, más dichoso aun el biógrafo que registra la vida de tal hombre! Ni ella tendrá que mortificarse, ni él que invocar el socorro de poetas o novelistas. Irá de gesta en gesta, de gloria en gloria, de cargo en cargo, siempre seguido de su escriba, hasta alcanzar aquel asiento que representa la cumbre de su deseo. Orlando, a primera vista, parecía predestinado a una carrera semejante. El rojo de sus mejillas era aterciopelado como un durazno; el vello sobre el labio era apenas un poco más tupido que el vello sobre las mejillas. Los labios eran cortos y ligeramente replegados sobre dientes de una exquisita blancura de almendra. Nada molestaba el vuelo breve y tenso de la sagitaria nariz; el cabello era oscuro, las orejas pequeñas y bien pegadas a la cabeza. Pero, ¡ay de mí!, estos catálogos de la hermosura juvenil no pueden acabar sin mencionar la frente y los ojos. ¡Ay de mí!, pocas personas nacen desprovistas de esos tres atributos, pues en cuanto miramos a Orlando parado en la ventana, debemos admitir que tenía ojos como violetas empapadas, tan grandes que el agua parecía haber desbordado de ellos ensanchándolos, y una frente como la curva de una cúpula de mármol apretada entre los dos medallones lisos que eran sus sienes. En cuanto echamos una ojeada a la frente y los ojos, nos extraviamos en metáforas. En cuanto echamos una ojeada a la frente y a los ojos, tenemos que admitir mil cosas desagradables de esas que procura eludir todo biógrafo competente. Lo inquietaban los espectáculos como el de su madre, una dama hermosísima de verde, que salía a dar de comer a los pavos reales con Twitchett, su doncella, a la zaga; lo exaltaban los espectáculos —los pájaros y los árboles; y lo hacían enamorarse de la muerte—, el cielo de la tarde, las cornejas que vuelven; y así subiendo la escalera espiral hasta su cerebro —que era espacioso— todos estos espectáculos y también los ruidos del jardín, el martillo que golpea, la madera hachada, empezó ese tumulto y confusión de las emociones y las pasiones que todo biógrafo competente aborrece. Pero prosigamos: Orlando lentamente encogió el cuello, se sentó a la mesa, y con el aire semiconsciente de quien está haciendo lo que hace todos los días de su vida a esa misma hora, sacó un cuaderno rotulado «Adalberto: una tragedia en cinco actos» y sumergió en la tinta una vieja y manchada pluma de ganso.

Pronto cubrió de versos diez y más páginas. Era sin duda un escritor copioso, pero era abstracto. El Vicio, el Crimen, la Miseria eran los personajes de su drama; había Reyes y Reinas de territorios imposibles; horrendas conspiraciones los costernaban; sentimientos nobles los inundaban; no se decía una palabra como él mismo la hubiera dicho; pero todo estaba enunciado con una fluidez y una dulzura que, considerando su edad —estaba por cumplir los diecisiete— y el hecho de que el siglo dieciséis tenía aún muchos años que andar, era asaz notable. Sin embargo, al fin, hizo alto. Describía, como todos los poetas jóvenes siempre describen, la naturaleza, y para determinar un matiz preciso de verde, miró (y con eso mostró más audacia que muchos) la cosa misma, que era un arbusto de laurel bajo la ventana. Después, naturalmente, dejó de escribir. Una cosa es el verde en la naturaleza y otra en la literatura. La naturaleza y las letras parecen tenerse una natural antipatía; basta juntarlas para que se hagan pedazos. El matiz de verde que ahora veía Orlando estropeó su rima y rompió su metro. Además, la naturaleza tiene sus mañas. Basta mirar por la ventana abejas entre flores, un perro que bosteza, el sol que declina, basta pensar «cuántos soles veré declinar», etc., etc. (el pensamiento es harto conocido para que valga la pena escribirlo), y uno suelta la pluma, toma la capa, sale fuera de la pieza, y se agarra el pie en un arcón pintado. Porque Orlando era un poco torpe.

Cuidó de no encontrarse con alguien. Por el camino venía Tuff, el jardinero. Se escondió tras un árbol hasta que pasó. Se escurrió por una puertita del muro del jardín. Orilló los establos, las perreras, las destilerías, las carpinterías, los lavaderos, los lugares donde fabrican velas de sebo, matan bueyes, funden herraduras, cosen chaquetas —porque la casa era todo un pueblo resonante de hombres que trabajaban en sus varios oficios —, y tomó, sin ser visto, el sendero de helechos que sube por el parque. Tal vez haya una relación consanguínea entre las cualidades; una arrastra a la otra y es lícito que el biógrafo haga notar que esta torpeza corre pareja con el amor de la soledad. Habiendo tropezado con un arcón, Orlando amaba naturalmente los sitios solitarios, las vastas perspectivas, y el sentirse por siempre y por siempre solo.

Así, después de un largo silencio, acabó por murmurar: «Estoy solo», abriendo los labios por primera vez en este relato. Había caminado muy ligero, trepando entre helechos y matas espinosas, espantando ciervos y pájaros silvestres, hasta un lugar coronado por una sola encina. Estaba muy alto; tan alto que desde ahí se divisaban diecinueve condados ingleses; y en los días claros, treinta o quizá cuarenta, si el aire estaba muy despejado. A veces era posible ver el Canal de la Mancha, cada ola repitiendo la anterior. Se veían ríos y barcos de recreo que los navegaban; y galeones saliendo al mar; y flotas con penachos de humo de las que venía el ruido sordo de cañonazos; y ciudadelas en la costa; y castillos entre los prados; y aquí una atalaya, y allí una fortaleza; y otra vez alguna vasta mansión como la del padre de Orlando, agrupada como un pueblo en el valle circundado de murallas. Al este estaban las agujas de Londres y el humo de la ciudad; y tal vez, justo en la línea del cielo, cuando el viento soplaba del buen lado, la rocosa cumbre y los mellados filos de la misma Snowdon se destacaban montañosos entre las nubes. Por un instante, Orlando se quedó contando, mirando, reconociendo. Ésa era la casa de su padre, ésa la de su tío. Su tía era la dueña de esos tres grandes torreones entre los árboles. La maleza era de ellos y la selva; el faisán y el ciervo, el zorro, el hurón y la mariposa.

Suspiró profundamente, y se arrojó —había una pasión en sus movimientos que justifica la palabra— en la tierra, al pie de la encina. Le gustaba, bajo toda esta fugacidad del verano, sentir el espinazo de la tierra bajo su cuerpo; porque eso le parecía la dura raíz de la encina; o siguiendo el vaivén de las imágenes, era el lomo de un gran caballo que montaba; o la cubierta de un barco dando tumbos —era, de veras, cualquier cosa, con tal que fuera dura, porque él sentía la necesidad de algo a que amarrar su corazón que le tironeaba el costado; el corazón que parecía henchido de fragantes y amorosas tormentas, a esta hora, todas las tardes, cuando salía. Lo sujetó a la encina y al descansar ahí, el tumulto a su alrededor se aquietó; las hojitas pendían, el ciervo se detuvo; las pálidas nubes de verano se demoraban; sus miembros pesaban en el suelo; y se quedó tan quieto que el ciervo se fue acercando y las cornejas giraron alrededor y las golondrinas bajaron en círculo y los alguaciles pasaron en un destello tornasolado, como si toda la fertilidad y amorosa actividad de una tarde de verano fuera una red tejida en torno de su cuerpo.

A la hora o algo así —el sol declinaba rápidamente, las nubes blancas fueron rojas, las colinas violeta, los bosques púrpura, los valles negros— resonó una trompeta. Orlando se puso de pie de un salto. El sonido agudo venía del valle. Venía de un lugar oscuro allá abajo; un lugar compacto y dibujado; un laberinto; un pueblo, pero ceñido de muros; venía del corazón de su propia casa grande en el valle, que, antes oscura, perdía su tiniebla y se acribillaba de luces, en el mismo momento que él miraba y que la trompeta se duplicaba y reduplicaba con otros sones estridentes. Algunas eran lucecitas apresuradas, como llevadas por sirvientes apresurados, que atravesaban los corredores contestando órdenes; otras eran luces altas y brillantes como si ardieran en salones vacíos, listos para recibir invitados que aún no llegaban; y otras bajaban y oscilaban, subiendo y descendiendo como sostenidas por las manos de legiones de servidores, saludando, arrodillándose, levantándose, recibiendo, guardando, y escoltando con toda dignidad una gran princesa al descender de la carroza. En el patio, rodaban y circulaban coches, los caballos sacudían sus penachos. La Reina había llegado.

Orlando no miró más. Se precipitó cuesta abajo. Entró por un portillo. Trepó la escalera de caracol. Llegó a su cuarto. Tiró las medias por un lado, el justillo por otro. Se empapó la cabeza. Se lavó las manos. Pulió sus uñas. Sin más ayuda que seis pulgadas de espejo y un par de viejas bujías, se metió en bombachas coloradas, cuello de encaje, chaleco de Pekín, y zapatos con escarapelas tan grandes como dalias dobles, en menos de diez minutos por el reloj del establo. Estaba pronto. Estaba sonrojado. Estaba agitado. Pero estaba en terrible retardo.

Por atajos que conocía, se abrió camino a través del vasto sistema de cuartos y de escaleras al salón del banquete, distante cinco acres del otro lado de la casa. Pero a medio camino, en los departamentos del fondo, habitados por la servidumbre, se detuvo. La puerta del saloncito de Mrs. Stewkley estaba abierta —se había ido, sin duda, con todas sus llaves a atender a su señora. Pero ahí estaba sentado a la mesa de los sirvientes, con un cangilón a su lado y papel delante, un hombre algo grueso, algo raído, cuya gorguera estaba algo sucia, y cuyo traje era de lana parda. Tenía una pluma en la mano, pero no estaba escribiendo. Parecía revolver y hacer rodar algún pensamiento para darle ímpetu y forma. Sus ojos, redondos y empañados como una piedra verde de extraña configuración, estaban inmóviles. No vio a Orlando. Con toda su prisa, Orlando se paró. ¿Sería un poeta? ¿Estaría escribiendo versos? «Dígame —hubiera querido decir—, todas las cosas del mundo» —porque tenía las ideas más extravagantes, más locas, más absurdas sobre los poetas y la poesía— pero, ¿cómo hablar a un hombre que no le ve a uno, que está viendo sátiros y ogros, que está viendo tal vez el fondo del mar? Así Orlando se quedó mirando mientras el hombre daba vuelta la pluma en sus dedos, de un lado a otro, y miraba y pensaba; y luego, muy ligero, escribió sus líneas y miró para arriba. Con esto Orlando, lleno de timidez, se fue y llegó a la sala del banquete con el tiempo contado para caer de rodillas, inclinar confundido su cabeza, y ofrecer un aguamanil con agua de rosas a la gran Reina.

Era tan tímido que no vio de ella sino la anillada mano en el agua, pero bastaba. Era una mano memorable; una mano delgada con largos dedos siempre arqueados como alrededor del orbe o del cetro; una mano nerviosa, perversa, enfermiza; una mano autoritaria también; una mano que no tenía más que elevarse para que una cabeza cayera; una mano, adivinó, articulada a un cuerpo viejo que olía como un armario donde se guardan pieles en alcanfor: cuerpo aun recamado de joyas y brocados, y que se mantenía bien erguido aunque con dolores de ciática; y que no flaqueaba aunque lo ceñían mil temores; y los ojos de la Reina eran de un amarillo pálido. Todo esto sintió mientras los grandes anillos centelleaban en el agua y algo le oprimió el pelo —lo que, quizá, fue motivo de que no viera nada más que pudiera interesar a un historiador. Y en realidad, su mente era un cúmulo tal de antagonismos —de la noche y las encendidas velas, del poeta raído y la gran Reina, de los campos silenciosos y el rumor de los servidores— que no pudo ver nada; o sólo una mano.

Del mismo modo, la Reina pudo ver sólo una cabeza. Pero si de una mano se puede derivar todo un cuerpo, con todos los atributos de una gran Reina, su perversidad, su coraje, su fragilidad y su terror, una cabeza puede ser igualmente fértil, mirada de lo alto de un sillón de estado por una dama cuyos ojos estaban siempre, si podemos dar crédito a la figura de cera de la Abadía, bien abiertos. El largo cabello rizado, la oscura cabeza inclinada con tanta sumisión, con tanta inocencia, prometían un par de las más hermosas piernas que jamás sostuvieran a un joven noble; y ojos violetas; y un corazón de oro; y lealtad y viril encanto —todas las cualidades que la vieja adoraba más y más a medida que le fallaban. Porque iba envejeciendo, cansada y encorvada a destiempo. El estampido del cañón estaba siempre en sus oídos. Siempre veía la brillante gota de veneno y el largo estilete. Al sentarse a la mesa estaba escuchando; oía los cañones en el Canal; recelaba, ¿sería un rumor, una maldición, sería un santo y seña? La inocencia, la sencillez, le eran más queridas por ese fondo oscuro que las destacaba. Y, esa misma noche (según lo quiere la tradición), mientras Orlando dormía profundamente, ella hizo entrega formal, poniendo su firma y su sello en el pergamino, de la gran casa monástica que había sido del Arzobispo y luego del Rey, al padre de Orlando.

Orlando durmió toda la noche sin saber nada. Sin saberlo, había sido besado por una reina. Y quizá, porque los corazones de las mujeres son intrincados, fueron su ignorancia y su sobresalto cuando lo tocaron sus labios, lo que mantuvo la memoria de su joven primo (porque eran de la misma sangre) fresca en su mente. Sea lo que fuere, no habían transcurrido dos años de esa quieta vida de campo, y Orlando no había escrito arriba de veinte tragedias y una decena de historias y una veintena de sonetos cuando llegó la orden de que compareciera ante la Reina en Whitehall.

—Aquí —dijo ella, mirándolo avanzar por el largo corredor—, viene mi inocente. (Había en él una serenidad que se parecía a la inocencia, aunque, técnicamente, la palabra ya no fuera adecuada.)

—Ven —le dijo—. Estaba sentada muy tiesa, junto al fuego. Y lo tuvo a un pie de distancia mirándolo de arriba abajo, ¿Estaba comparando sus especulaciones de la otra noche con la ahora visible realidad? ¿Encontraba justificadas sus conjeturas? Ojos, boca, nariz, pecho, caderas, manos —todo lo recorrió; sus labios se contrajeron visiblemente al mirarlo; pero cuando vio las piernas se rió abiertamente. Era la viva imagen de un caballero. ¿Y por dentro? Le clavó los amarillos ojos de halcón como para atravesarle el alma. El joven sostuvo esa mirada sonrojándose como correspondía.

Fuerza, gracia, arrebato, locura, poesía, juventud —lo leyó como una página. En el acto se arrancó un anillo del dedo (la coyuntura estaba un poco hinchada) y, al ajustárselo, lo nombró su Tesorero y Mayordomo; después le colgó las cadenas de su cargo, y haciéndole doblar la rodilla, le ató en la parte más fina la enjoyada orden de la Jarretera. Después de eso nada le fue negado. Cuando ella salía en coche, él cabalgaba junto a la portezuela. Lo mandó a Escocia con una triste embajada a la desdichada Reina. Ya estaba por embarcarse a las guerras polacas cuando lo hizo llamar. ¿Cómo aguantar la idea de esa tierna carne desgarrada y de esa crespa cabeza en el polvo? Lo guardó con ella. En la eminencia de su triunfo, cuando los cañones tronaban en la Torre y el aire estaba tan espeso de pólvora que hacía estornudar y los hurras del pueblo retumbaban al pie de las ventanas, lo tumbó entre los almohadones en que sus damas la habían acomodado (estaba tan gastada y tan vieja) y le hizo hundir el rostro en ese sorprendente armazón —hacía un mes que no se había mudado el vestido— que olía exactamente, pensó él, invocando antiguos recuerdos, como uno de los viejos armarios de casa donde las pieles de su madre estaban guardadas. Se levantó medio sofocado con el abrazo.

—Ésta —ella susurró— es mi victoria —mientras un cohete estallaba, tiñendo de escarlata sus mejillas.

Porque la vieja estaba enamorada. Y la Reina, que sabía muy bien lo que era un hombre, aunque dicen que no del modo usual, ideó para él una espléndida y ambiciosa carrera. Le dieron tierras, le asignaron casas. Sería el hijo de su vejez, el sostén de su debilidad; el roble en que apoyaría su degradación. Graznó estas esperanzas y esas curiosas ternuras autoritarias (ahora estaban en Richmond) sentada tiesa en sus duros brocados junto al fuego, que por más alto y cargado que estuviera nunca la podía calentar.

Mientras tanto, los largos meses de invierno se arrastraban. Cada árbol del Parque estaba revestido de escarcha. El río fluía soñoliento. Un día en que la nieve cubría el suelo y los artesonados cuartos oscuros estaban llenos de sombras y los ciervos bramaban en el Parque, ella vio en el espejo, que siempre tenía a su lado por temor a los espías, por la puerta, que siempre estaba abierta por temor a los asesinos, un muchacho —¿sería Orlando?— besando a una muchacha —¿quién demonio sería la desorejada? Agarró la espada de empuñadura de oro y golpeó con fuerza el espejo. El cristal se rompió; acudieron corriendo; la levantaron y la repusieron en el sillón; pero después se quedó resentida y se quejaba mucho, mientras sus días se acercaban al fin, de la falsedad de los hombres.

Era tal vez culpa de Orlando; pero, con todo, ¿culparemos a Orlando? La época era la Época Isabelina, su moralidad no era la nuestra, ni sus poetas, ni su clima, ni siquiera sus legumbres. Todo era diferente. Hasta el tiempo, el calor y el frío del verano y del invierno, era, bien lo podemos creer, de otro temple. El amoroso día brillante estaba dividido de la noche tan absolutamente como la tierra del agua. Los ocasos eran más rojos y más intensos: el alba era más blanca y más auroral. De nuestras medias luces crepusculares y penumbras morosas nada sabían. La lluvia caía con vehemencia, o no llovía. Deslumbraba el sol o había oscuridad. Traduciendo esto a regiones espirituales como es su costumbre, los poetas cantaban bellamente la vejez de las rosas y la caída de los pétalos. El momento es breve, cantaban; el momento pasó; hay una larga noche única para que duerman todos. No era de ellos recurrir a los artificios del invernáculo para prolongar o preservar esas frescas rosas y claveles.

Las marchitas complejidades y ambigüedades de nuestro tiempo más dudoso y gradual, les eran desconocidas. La violencia era todo. Se abría la flor y se marchitaba. Se levantaba el sol y se hundía. El enamorado amaba y se iba; los jóvenes traducían en la práctica las rimas de los poetas. Las muchachas eran rosas, y sus estaciones eran breves como las de las flores. Antes de la caída de la noche había que cortarlas; pues el día era breve y el día era todo. Si Orlando oyó las indicaciones del clima, de los poetas, del tiempo mismo, y cortó su flor en el antepecho de la ventana con el suelo nevado y la Reina vigilante en el corredor, no podemos culparlo. Era joven, era aniñado, hizo lo que la naturaleza le mandó hacer. En cuanto a la muchacha, ignoramos su nombre como lo ignoró la Reina Isabel. Pudo haber sido Doris, Cloris, Delia o Diana, porque él dedicaba versos a todas ellas; lo mismo pudo ser una azafata que una dama de la corte. Pues la afición de Orlando era amplia: no sólo le gustaban las flores de jardín: lo silvestre y las hierbas ejercían también su fascinación.

Aquí, en verdad, revelamos rudamente, como lo puede un biógrafo, una curiosa característica suya, explicable tal vez por el hecho de que una de sus abuelas usaba delantal y acarreaba baldes de leche. En su delgada y fina sangre normanda había entremezcladas unas partículas de la tierra de Sussex o de Kent. Sostenía que la mezcla de tierra parda y de sangre azul era buena. Lo cierto es que siempre le agradó la compañía de gente baja, en particular la de hombres de letras cuyo ingenio tan a menudo les impide ascender, como si tuviera con ellos una simpatía de sangre. En esta época de su vida, en que su cabeza desbordaba de rimas y nunca se acostaba sin haber improvisado algún epigrama, la mejilla de la hija de un posadero le parecía más fresca, y el ingenio de la sobrina de un guardabosque más vivo que los de las damas de la Corte. De ahí que empezara de noche a frecuentar Wapping Old Stairs y las cervecerías, embozado en una capa gris para ocultar la estrella en el pecho y la jarretera en la rodilla. Ahí, con un jarro delante, entre los caminos enarenados y las canchas de bochas y toda la sencilla arquitectura de semejantes lugares, escuchaba cuentos de marineros sobre el rigor y los horrores y la crueldad en el Mar Caribe; cómo algunos habían perdido el dedo del pie, otro la nariz —pues el relato oral no era nunca tan redondeado o de color tan primoroso como el escrito. Particularmente le gustaba oírlos vociferar sus canciones de las Azores, mientras los papagayos que habían traído de esas regiones picoteaban los aros de las orejas, golpeaban con duros picos adquisitivos los rubíes de los dedos y juraban tan vilmente como sus dueños. Las mujeres eran apenas menos atrevidas en su discurso y menos libres en sus maneras que los pájaros. Se le sentaban en las rodillas, le echaban los brazos al cuello, y adivinando que algo fuera de lo común se escondía bajo su gruesa capa, estaban no menos ávidas que Orlando de apurar la aventura.

No faltaban oportunidades. El río madrugaba y trasnochaba con barcazas, chalanas y embarcaciones de toda clase. Cada día zarpaba un hermoso barco rumbo a las Indias; de vez en cuando, venía dolorosamente a anclar uno negro y deshecho con hombres peludos y desconocidos a bordo. Nadie echaba de menos a un muchacho o una muchacha si se demoraban un poco a bordo después de la puesta del sol ni se azoraba si las habladurías referían que los habían visto dormir profundamente entre los fardos de oro en brazos uno de otro. Tal, en verdad, fue la aventura de Orlando, Sukey y el Conde de Cumberland. El día era caliente, sus amores habían sido activos; se quedaron dormidos entre los rubíes. En la alta noche el Conde, cuya fortuna estaba comprometida en las impresas españolas, vino solo a verificar el botín con una linterna. Proyectó la luz sobre un barril. Retrocedió con una maldición. Anudados encima del barril dormían dos espíritus. Supersticioso por naturaleza, cargada su conciencia de muchos crímenes, el Conde creyó que la pareja —estaban envueltos en un manto colorado y el pecho de Sukey era casi tan Illanco como las nieves eternas de los versos de Orlando— era una aparición amonestadora surgida de las tumbas de marineros ahogados. Se santiguó. Hizo un voto de arrepentimiento. La hilera de asilos que todavía se pueden ver en el Sheen Road es el fruto perdurable de aquel pánico. Doce viejas menesterosas de la parroquia toman té y agradecen esta noche a su Señoría el techo que las cubre; de modo que un amor clandestino en un barco cargado de tesoro... pero suprimiremos la moral.

Sin embargo, Orlando se cansó pronto, no sólo de la incomodidad de esta vida, y de las escabrosas calles de la vecindad, sino también de las costumbres bárbaras de la gente. Pues cabe recordar que la pobreza y el delito carecían para los isabelinos de la atracción que tienen para nosotros. Los hombres de aquel tiempo nada sabían de nuestra actual vergüenza de haber aprendido algo en un libro: nada de nuestra creencia de que es una bendición ser hijo de un carnicero y una virtud no saber leer; ningún prejuicio de que la «vida» y la «realidad» están ligadas de algún modo a la brutalidad y a la ignorancia; ni siquiera, un sinónimo de esas dos palabras.

Orlando no los frecuentó en busca de «vida» ni los abandonó en pos de la «realidad». Pero al cabo de escuchar muchas veces de qué manera Jakes perdió su nariz y Sukey su honor —y referían las historias admirablemente, debe admitirse— la repetición empezó a fatigarlo ligeramente, pues una nariz sólo puede cortarse de un modo y una virginidad perderse de otro —o así le pareció—, en tanto que las ciencias y las artes poseían una diversidad que le interesaba profundamente. Así, aunque conservándoles feliz recuerdo, dejó de frecuentar las cervecerías y las canchas de bochas, colgó la capa gris en el armario, dejó brillar la estrella en el pecho y la jarretera en la rodilla, y regresó a la Corte del Rey Jaime.

Era joven, era rico, era hermoso. Nadie fue recibido con más aplauso.

Es indudable que muchas damas estaban listas a concederle su favor. A lo menos tres nombres fueron apareados al suyo —Clorinda, Favila, Euphrosyna: así las llamó en sus sonetos.

Procediendo con orden: Clorinda era una dama de suave modo; Orlando estuvo muy entusiasmado con ella durante seis meses y medio, pero tenía pestañas blancas y no podía soportar la vista de la sangre. Una liebre asada que sirvieron en la mesa de su padre la hizo desvanecer. Los curas la gobernaban y economizaban su ropa interior para socorrer a los pobres. Quiso alejar a Orlando de sus pecados, lo que lo disgustó de tal modo que éste retrocedió ante el casamiento, y no se lamentó demasiado cuando ella murió de viruela poco después.

Favila, la siguiente, era muy distinta. Era hija de un hidalgo pobre de Somersetshire; y a pura insistencia y juego de ojos, había penetrado en la Corte, donde su buena equitación, sus finos tobillos y su gracia en el baile eran la admiración general. Una vez, sin embargo, tuvo la mala idea de azotar un perro faldero que había desgarrado una de sus medias de seda (y en justicia debemos declarar que Favila tenía muy pocas medias y ésas, en su mayoría, de lana) y de dejarlo medio muerto bajo la ventana de Orlando. Orlando, que tenía pasión por los animales, advirtió entonces que Favila tenía los dientes torcidos, y los dos delanteros hacia atrás; indicio inequívoco, según él, de un carácter cruel y perverso. Esa misma noche rompió para siempre el compromiso.

La tercera, Euphrosyna, fue la más seria de sus pasiones. Era de los Desmond de Irlanda y por consiguiente su árbol genealógico era tan antiguo y tan arraigado como el del misino Orlando. Era rubia, fresca y algo flemática. Hablaba bien el italiano, y tenía dientes perfectos en el maxilar superior, aunque los inferiores eran algo descoloridos. No estaba nunca sin un perro en las faldas; le daba de comer pan blanco en su propio plato; cantaba con dulzura al clavicordio; y nunca estaba vestida antes del mediodía, por el gran cuidado que tomaba de su persona. En una palabra, hubiera sido la esposa perfecta para un noble como Orlando, y las cosas estaban tan adelantadas que los abogados de las dos partes ya habían redactado los contratos, las escrituras, las donaciones, los convenios, los traspasos de bienes y todo lo necesario para que una gran fortuna contrajera enlace con otra, cuando con la severidad y brusquedad que eran entonces propias del clima inglés, vino la Gran Helada.

La Gran Helada fue, los historiadores lo dicen, la más severa que ha afligido estas islas. Los pájaros se helaban en el aire y se venían al suelo como una piedra. En Norwich una aldeana rozagante quiso cruzar la calle y, al azotarla el viento helado en la esquina, varios testigos presenciales vieron que se hizo polvo y fue aventada sobre los techos. La mortandad de rebaños y de ganados fue enorme. Se congelaban los cadáveres y no los podían arrancar de las sábanas. No era raro encontrar una piara entera de cerdos, helada en el camino. Los campos estaban llenos de pastores, labradores, yuntas de caballos y muchachos reducidos a espantapájaros paralizados en un acto preciso, uno con los dedos en la nariz, otro con la botella en los labios, un tercero con una piedra levantada para arrojarla a un cuervo que estaba como disecado en un cerco. Era tan extraordinario el rigor de la helada que a veces ocurría una especie de petrificación; y era general suponer que el notable aumento de rocas en determinados puntos de Derbyshire se debía, no a una erupción (porque no la hubo), sino a la solidificación de viandantes infortunados que habían sido convertidos literalmente en piedra. La Iglesia pudo prestar poca ayuda, y aunque algunos propietarios hicieron bendecir esas reliquias, la mayoría las habilitó para mojones, postes para rascarse las ovejas, o, cuando la forma de la piedra lo permitía, bebederos para las vacas, empleo que desempeñan, en general admirablemente, hasta el día de hoy.

Pero mientras el campo sufría una extrema indigencia, y el comercio del país estaba paralizado, Londres gozó de un Carnaval por demás brillante. La Corte estaba en Greenwich; y el nuevo rey aprovechó la oportunidad que su coronación le daba para congraciarse con los ciudadanos. A su costo, hizo barrer y decorar el río (que estaba helado hasta unos veinte pies de profundidad y una anchura de seis o de siete millas), y lo cambió en un parque de diversiones, con glorietas, laberintos, alamedas y barracones de feria. Reservó para él y sus cortesanos un recinto frente a las puertas de Palacio; que, vedado al público por un cordón de seda, fue inmediatamente el centro de la más brillante sociedad de Inglaterra. Grandes hombres de Estado, con sus barbas y sus gorgueras, despachaban asuntos oficiales bajo el toldo carmesí de la Pagoda Real. En glorietas rayadas coronadas de plumas de avestruz, los militares concertaban la conquista del moro y la caída del turco. Los almirantes recorrían de arriba abajo los angostos senderos, telescopio en mano, barriendo el horizonte y refiriendo historias de los hielos boreales de América y de la Gran Armada. Los amantes se demoraban en los divanes tendidos de pieles de marta. Cataratas de rosas escarchadas se desprendían cuando paseaba la Reina con sus damas. En el aire se cernían, inmóviles, globos de colores. Aquí y allá ardían vastas fogatas de madera de cedro y de roble, profusamente salada, para que las llamas fueran de fuego verde, anaranjado, y purpúreo. Ardían ferozmente pero su calor no bastaba a derretir el hielo que, aunque de transparencia singular, tenía la dureza del acero. Era tan límpido que se veían, congelados a una profundidad de varios pies, aquí un puerco marino, allá un lenguado. Cardúmenes de anguilas yacían sin movimiento, y los filósofos perplejos se preguntaban si estaban muertas o si era una simple suspensión de vida que reanimaría el calor.

Cerca del Puente de Londres, donde el río estaba helado hasta unas veinte brazas de profundidad, se veía claramente un bote en el fondo, donde había naufragado el último otoño, cargado de manzanas. La vieja del bote, que traía su fruta al mercado de la ribera de Surrey, estaba sentada entre su guardainfante y sus chales con la falda llena de manzanas, como si fuera a atender a un cliente, aunque cierto tinte azulado de los labios insinuaba la verdad. Era un espectáculo que le agradaba particularmente al Rey Jaime y solía traer a sus cortesanos a que lo contemplaran con él. En una palabra, nada podía superar el brillo y la alegría de la escena durante el día. Pero era por la noche cuando el Carnaval alcanzaba su apogeo. Porque la escarcha seguía intacta; las noches eran de perfecta quietud, la luna y las estrellas ardían con la dura fijeza de los diamantes, y al fino compás de la flauta y de la trompeta bailaban los cortesanos.

Orlando, ciertamente, no era de los que se deslizaban ágiles en el coranto y en la volta; era torpe y un poco distraído. A esos fantásticos compases forasteros prefería los simples bailes de su tierra que había danzado cuando niño. Había concluido, justamente, una cuadrilla o un minuet, a eso de las seis de la tarde del día siete de enero, cuando vio salir del pabellón de la Embajada Moscovita una figura —mujer o mancebo, porque la túnica suelta y las bombachas al modo ruso, equivocaban el sexo — que lo llenó de curiosidad. La persona, cualesquiera que fueran su nombre y su sexo, era de mediana estatura, de forma esbelta, y vestía enteramente de terciopelo color ostra, con bandas de alguna piel verdosa desconocida. Pero esos pormenores estaban oscurecidos por la atracción insólita que la persona entera efundía. Imágenes, metáforas extremas y extravagantes se entrelazaban en su mente. En el espacio de tres segundos la llamó un ananá, un melón, un olivo, una esmeralda, un zorro en la nieve; ignoraba si la había escuchado, si la había gustado, si la había visto, o las tres cosas a la vez. (Pues aunque no debemos interrumpir ni por un momento el relato, hay que apuntar aquí que todas sus imágenes de aquel tiempo querían adecuarse a sus sentidos y estaban derivadas de cosas que le habían gustado cuando era chico. Pero si sus sentidos eran simples, eran también muy fuertes. Inútil detenerse, por consiguiente, y extraer las razones de las cosas...) Una esmeralda, un melón, un zorro en la nieve —así deliraba, así la miraba. Cuando el muchacho —porque, ¡ay de mí!, un muchacho tenía que ser, no había mujer capaz de patinar con esa rapidez y esa fuerza— pasó en un vuelo junto a él, casi en puntas de pie, Orlando estuvo por arrancarse los pelos, al ver que la persona era de su mismo sexo, y que no había posibilidad de un abrazo. Pero el patinador se acercó. Las piernas, las manos, el porte eran los de un muchacho, pero ningún muchacho tuvo jamás esa boca, esos pechos, esos ojos que parecían recién pescados en el fondo del mar. Finalmente se detuvo. Haciendo con suprema gracia una amplia reverencia al Rey, que iba y venía del brazo de algún gentilhombre de cámara, el patinador quedó inmóvil. Estaba al alcance de la mano. Era una mujer. Orlando la miró azorado, tembló; sintió calor, sintió frío; quiso arrojarse al aire del verano; aplastar bellotas bajo los pies; estirar los brazos como las hayas y los robles. De hecho, replegó los labios sobre los dientes blancos, los entreabrió una media pulgada como si fuera a morder; los cerró como si hubiera mordido. Lady Euphrosyna pendía de su brazo.

La forastera, averiguó, era la Princesa Marusha Stanilovska Dagmar Natasha Iliana Romanovich, y había venido en el séquito del Embajador Moscovita, que era su tío, tal vez, o tal vez su padre, para asistir a la coronación. Muy poco se sabía de los moscovitas. Se los veía sentados casi en silencio con sus grandes barbas y sus sombreros de piel; bebiendo algún líquido negro que escupían de vez en cuando en el hielo. Ninguno hablaba inglés, y el francés, que era familiar a algunos de ellos, se hablaba entonces apenas en la corte inglesa.

Ése fue el motivo de la relación entre Orlando y la Princesa. Estaban enfrente uno de otro en la gran mesa tendida bajo un enorme toldo para el agasajo de los notables. La Princesa estaba entre dos jóvenes señores, uno, Lord Francis Vere, el otro, el joven Conde de Moray. Era cómico el disparadero en que los puso, pues aunque los dos eran a su modo lindos muchachos, sabían tanto francés como un recién nacido. Cuando al principio de la cena la Princesa se volvió al conde y le dijo, con una gracia que le arrebató el corazón:

«Je crois avoir fait la connaissance d'un gentilhomme qui vous était apparenté en Pologne l'été dernier», o «La beauté des dames de la cour d'Angleterre me met dans le ravissement. On ne peut voir une dame plus gracieuse que votre reine, ni une coiffure plus belle que la sienne», Lord Francis y el Conde mostraron la mayor turbación. Uno le sirvió copiosamente salsa de rábano, otro silbó a su perro y le hizo pedir caracú. La Princesa ya no pudo contener la risa, y Orlando, encontrándose con sus ojos por encima de las cabezas de jabalí y de los pavos reales rellenos, se rió también. Se rió, pero la risa se le heló en maravilla. ¿A quién había querido, qué había querido hasta entonces?, se preguntó en un cúmulo de emoción. Una vieja, se contestó, puro hueso y pellejo. Innumerables rameras de vestido colorado. Una monja majadera. Una gastada aventurera de boca cruel. Una masa dormilona de encaje y etiqueta. El amor había sido para él un poco de aserrín y cenizas. Los goces que le había dado parecían infinitamente insípidos. Se asombraba de haberlos soportado sin bostezar. Mirándola se derretía el espesor de su sangre; el hielo se volvía vino en sus venas; oía correr las aguas y cantar los pájaros; brotaba la primavera sobre el duro paisaje invernal; su hombría se despertaba; empuñaba una espada en la mano, cargaba contra un enemigo más audaz que el polaco o el moro; se sumergía en aguas profundas; veía crecer en una grieta la flor del peligro; tendía la mano —en fin, estaba improvisando uno de sus más apasionados sonetos cuando la Princesa le dijo:

—¿Tendría la bondad de pasarme la sal?

Se sonrojó violentamente.

—Con el mayor placer, Madame —contestó, hablando francés con un acento perfecto. Porque, el Cielo sea loado, lo hablaba como su propia lengua; la doncella de su madre se lo había enseñado. Pero quizá más le habría valido no haber aprendido nunca esa lengua; nunca haber contestado esa voz, nunca haber seguido la luz de esos ojos.

La Princesa prosiguió. ¿Quiénes eran esos palurdos —le preguntó— con los modales de un mozo de cuadra? ¿Qué era esa mezcla nauseabunda que le habían volcado en el plato? ¿Comían los perros en Inglaterra en la misma mesa que los hombres? ¿Era ese figurón en la cabecera de la mesa con el pelo alborotado como una cucaña (comme une grande perche mal fagotée) de veras la Reina? ¿El Rey siempre babeaba así? ¿Y cuál de esos pisaverdes era George Villiers? Aunque esas preguntas desconcertaron al principio a Orlando, estaban hechas con tanta gracia y tal picardía que no pudo menos que reírse; y como las caras inexpresivas de los comensales le indicaban que nadie comprendía una palabra, le respondió con igual libertad, hablando, como ella, en perfecto francés.

Así nació una intimidad que pronto fue el escándalo de la Corte.

Pronto se observó que Orlando rendía a la moscovita mayores atenciones que las exigidas por la mera cortesía. No se alejaba de ella, y su conversación, aunque ininteligible a los otros, era llevada con tal animación, provocaba tales risas y sonrojos que los más tontos podían adivinar el tema. Además el cambio en Orlando era extraordinario. Nadie lo había visto tan animado. De la noche a la mañana se había despojado de su torpeza pueril; de un mocetón huraño, que no podía pisar un estrado sin voltear la mitad de los adornos que había en la mesa, se había convertido en un caballero, lleno de gracia y de varonil cortesía. Verlo poner a la moscovita (como le decían) en su trineo, o extenderle la mano para la danza, o recoger el pañuelo moteado que ella había dejado caer, o desempeñar cualquier otro de esos deberes múltiples que exige la suprema dama y se apresura a anticipar el amante, era un espectáculo capaz de enardecer los apagados ojos de la vejez y de acelerar el vivo pulso de los jóvenes. Pero una nube se cernía sobre todo eso. Los viejos se encogían de hombros. Los jóvenes se sonreían. Todos sabían que Orlando estaba comprometido con otra. Lady Margaret O'Brien O'Dare O'Reilly Tyrconnel (pues tal era el nombre habitual de la Euphrosyna de los sonetos) lucía en el segundo dedo de la mano izquierda el espléndido zafiro de Orlando. Ella tenía el derecho supremo a sus atenciones. Sin embargo podía dejar caer en el hielo todos los pañuelos de su guardarropa (de los que tenía centenares) sin que Orlando se agachara a recogerlos. Podía esperar veinte minutos para que él la condujera al trineo, y al cabo se tenía que conformar con los servicios de un lacayo negro. Cuando patinaba, cosa que hacía con alguna torpeza, nadie estaba a su lado para animarla, y cuando se caía, cosa que hacía con alguna pesadez, nadie la levantaba ni sacudía la nieve de sus faldas. Aunque era de naturaleza flemática, lenta para darse por aludida y poco dispuesta a pensar que una simple extranjera podía suplantarla en el afecto de Orlando, la misma Lady Margaret acabó por sospechar que algo se estaba maquinando contra su paz de espíritu.

Con el andar del tiempo, Orlando se cuidaba menos y menos de ocultar sus sentimientos. Con una u otra excusa dejaba la reunión apenas terminada la cena, o se alejaba de los patinadores, mientras se organizaba una cuadrilla. Acto continuo se advertía que también faltaba la moscovita. Pero lo que indignaba más a la Corte, hiriéndola en su punto más débil, que era su vanidad, era que la pareja se escurría bajo el cordón de seda, que separaba el recinto real de la parte pública del río, y desaparecía entre la multitud de la gente. Porque la Princesa bruscamente golpeaba con el pie y gritaba: «Sácame de aquí. Aborrezco tu chusma inglesa», palabras que en sus labios querían decir la Corte de Inglaterra. Ya no la podía aguantar. Estaba llena de viejas entrometidas (afirmaba ella) que se encaraban con una, y de muchachos presumidos que la pisaban. Olían mal. Los perros correteaban entre sus piernas. Era como estar en una jaula. En Rusia tenían ríos de cuatro leguas de ancho en los que podían galopar todo el día seis caballos de frente sin encontrar un alma.

Además quería ver la Torre, los alabarderos, las cabezas decapitadas en Temple Bar y las joyerías de la ciudad. Y así fue como Orlando la llevó al centro, le mostró los alabarderos y las cabezas de los rebeldes, y le compró todo lo que se le ocurría en la Bolsa Real. Pero no bastaba con eso. Cada uno deseaba con vehemencia la compañía del otro donde nadie los espiara o los molestara. En vez de dirigirse a Londres, tomaban el camino contrario y erraban más allá del gentío por las heladas extensiones del Támesis, donde no daban con un alma viviente, salvo unos pájaros marinos o alguna vieja aldeana hachando el hielo con el vano propósito de sacar una baldada de agua o juntando ramitas y hojas muertas para quemar. Los pobres no salían de sus chozas y los que tenían medios acudían a la ciudad en busca de calor y alboroto.

De ahí que Orlando y Sasha, como él le decía para mayor brevedad y porque era el nombre de un zorro blanco ruso que él había tenido cuando niño —una bestia blanda como la nieve, pero con clientes de acero, que lo mordió con tal ferocidad que su padre lo hizo matar—, de ahí, decimos, que tuvieran el río para ellos solos. Acalorados de patinar y de amor se tiraban en alguna playa solitaria, donde los amarillos mimbrales bordeaban la ribera, y, envuelto en un gran manto de pieles, Orlando la tomaba en sus brazos y conocía por primera vez, murmuraba, los goces del amor. Luego, cumplido el éxtasis y aquietados los dos sobre la nieve, él le contaba de sus otros amores, y cómo, comparados con el de ella, habían sido de madera, de lona y de cenizas. Riendo de su vehemencia, ella volvía de nuevo a sus brazos, y le daba en prueba de amor un abrazo más. Y se maravillaban de que el hielo no se derritiera i on su calor, y se dolían de la pobre vieja que carecía de esos medios naturales para derretirlo y que tenía que hacharla con tina cuchilla de hierro frío. Y después, embozados en sus martas, hablaban de cuanto hay bajo el sol: de vistas y viajes; «le moros y paganos; de la barba de ese hombre y del cutis de esa mujer; de una rata que comía de su mano en la mesa; de las tapicerías de Arrás que se agitaban siempre en la cámara de su casa; de una cara, de una pluma. Nada era demasiado pequeño para ese diálogo, nada demasiado grande.

Y entonces, bruscamente, Orlando caía en una de sus melancolías; la visión de la vieja arrastrándose por el hielo era tal vez la causa, o tal vez ninguna; y se tiraba de bruces en el hielo y miraba las aguas congeladas y pensaba en la muerte. I'orque dice bien el filósofo que asegura que la separación entre la melancolía y la dicha no es más ancha que el filo de un cuchillo, y procede a opinar que una es hermana gemela tic la otra; y concluye de ahí que todos los extremos del sentimiento son afines a la locura, y nos exhorta a buscar refugio en la Iglesia verdadera (en su opinión la Anabaptista), que es el único puerto, ancladero, bahía, etc., para los agitadores en ese mar.

«Todo acaba en la muerte», soba decir Orlando, incorporándose, nublada de tristeza la cara. (Pues de ese modo trabajaba ahora su mente en vaivenes bruscos de la vida a la muerte, sin demorarse en el camino, de suerte que su biógrafo no debe demorarse tampoco, sino correr con toda la rapidez posible y acompasar el paso a las acciones espontáneas y tontas y a las súbitas palabras extravagantes en que abundaba entonces Orlando.)

«Todo acaba en la muerte», repetía Orlando, incorporándose en el hielo. Pero Sasha, que al fin y al cabo no tenía sangre inglesa en las venas y que venía de Rusia donde los crepúsculos son más largos, las albas menos súbitas, y las frases no se concluyen porque hay la duda de cuál es la mejor conclusión —Sasha se quedaba mirándolo, quizá menospreciándolo, sin decir nada, porque debía parecerse a un niño. Pero al fin el hielo se enfriaba debajo de los dos, lo que era muy desagradable, y ella lo hacía levantarse, y le hablaba con tal encanto, con tal ingenio, con tal discreción (pero por desgracia en francés, que notoriamente pierde el sabor cuando lo traducen), que él se olvidaba de las aguas heladas o de la proximidad de la noche, o de la vieja aldeana o de lo que fuera y trataba de decirle —sumergiéndose y chapoteando entre mil imágenes ya tan gastadas como las mujeres que las inspiraron— a qué se parecía ella. ¿Nieve, crema, cerezas, mármol, alabastro, hilo de oro? Nada de eso. Más bien era como un zorro o como un olivo, como las olas del mar vistas desde una altura; como una esmeralda; como el sol sobre una verde colina que está nublada —como ninguna cosa de las que él había visto o conocido en Inglaterra. Por más que rebuscara el idioma, le faltaban palabras. Necesitaba otro paisaje, otra lengua. El inglés era demasiado abierto, demasiado Cándido, demasiado acaramelado para Sasha. Porque en todo cuanto decía, por franca y voluptuosa que pareciera, había algo escondido; en todo cuanto hacía, por más audaz, algo oculto. Así la verde llama está como escondida en la esmeralda, o el sol aprisionado en la colina. La claridad sólo era exterior, dentro había un fuego errante. Iba y venía; nunca resplandecía con el rayo firme de una inglesa —aquí, sin embargo, recordando a Lady Margaret y sus enaguas, Orlando se enardecía en sus arrebatos y la arrastraba sobre el hielo, más y más rápido, jurando que daría alcance a la llama, que se sumergiría por la joya, y así infinitamente, rotas y entrecortadas sus palabras por la pasión de un poeta a quien el dolor extrae la poesía.

Pero Sasha guardaba silencio. Cuando Orlando se cansaba ile comunicarle que ella era un zorro, un olivo, o la cumbre verde de una montaña, y de contarle toda la historia de su familia —cómo su casa era de las más antiguas del Reino, cómo vinieron de Roma con los Césares y tenían el derecho de palear por el Corso (que es la calle principal de Roma) bajo un palio con borlas, privilegio reservado a los de sangre imperial (pues había en él una soberbia credulidad que era más bien simpática)—, se detenía y la interrogaba: ¿dónde estaba su casa?, ¿qué era su padre?, ¿tenía hermanos?, ¿por qué estaba sola con su tío? Entonces, aunque ella contestaba de buen grado, siempre se interponía entre los dos cierta incomodidad. Él sospechó al principio que su rango no era tan alto como le parecía, o que se abochornaba de los rudos hábitos de su gente, pues había oído que las mujeres de Moscovia usan barba y que los hombres se cubren de piel de la cintura para abajo, y que ambos sexos se untan con sebo para protegerse del frío, desgarran la carne con los dedos y viven en chozas que un caballero inglés vacilaría en destinar a su ganado, de suerte que se abstuvo de insistir. Pero repensándolo bien, determinó que no era ése el motivo de su silencio: ella no tenía un pi lo en el mentón, se vestía con perlas y terciopelo, y sus modales no eran los de una mujer criada en un establo.

¿Qué le ocultaba entonces? Bajo la tremenda fuerza de sus sentimientos la duda era como una arena movediza bajo un monumento, una arena que se desplaza de golpe y lo hace temblar. Súbitamente esa agonía lo arrebataba. Ardía, entonces, en tal cólera que ella no atinaba a aplacarlo. Quizá no quería aplacarlo, quizá sus rabias le hacían gracia y las provocaba a propósito —tal es la curiosa perversidad del temperamento moscovita.

Para seguir el cuento —patinando ese día más lejos de lo acostumbrado, alcanzaron esa parte del río donde habían andado los barcos y habían quedado detenidos en la helada corriente. Entre ellos estaba el barco de la embajada moscovita con la negra águila bicéfala flameando en el palo mayor, del que pendían largos carámbanos de variados colores. Sasha había dejado a bordo algunas de sus ropas, y creyendo que el barco estaba vacío, subieron al puente a buscarlas. Recordando ciertos pasajes de su propio pasado, a Orlando no le habría maravillado que algunos buenos ciudadanos hubieran solicitado ese refugio antes que ellos; y así fue en efecto. No habían andado lejos cuando un hermoso joven apareció detrás de unos cables, diciendo, al parecer, porque hablaba ruso, que pertenecía a la tripulación y ayudaría a la Princesa a encontrar lo que necesitaba, encendió un cabo de vela, y desapareció con ella en las partes inferiores del barco.

Pasó el tiempo, y Orlando, absorto en sus sueños, pensaba en los placeres de la vida: en su joya, en su preciosidad, en medios de hacerla suya, irrevocable e indisolublemente. Había obstáculos que vencer y dificultades. Ella estaba resuelta a vivir en Rusia, donde había ríos helados y caballos salvajes y hombres, decía, que se abrían la garganta a cuchilladas. Lo cierto es que un paisaje de pino y nieve y hábitos de lujuria y de matanza no lo atraía. Tampoco le halagaba interrumpir su cómoda rutina rural de sport y plantar árboles; renunciar a su cargo; arruinar su carrera; cazar el reno en vez de la liebre; beber vodka en lugar de vino de Canarias y usar un cuchillo en la manga —quién sabe para qué. Sin embargo, estaba dispuesto a todo eso y a más que todo eso. En cuanto a su boda con Lady Margaret, aunque estaba fijada para la semana próxima, la cosa era tan ridicula que ni pensaba en ella. Sus parientes le reprocharían el haber desertado una gran dama; sus amigos, la ruina de la carrera más brillante del mundo por una mujer cosaca y un desierto de nieve —nada de eso era real al lado de Sasha. Huirían en la primera noche oscura. Zarparían para Rusia. Eso reflexionaba, eso urdía, al caminar por la cubierta de arriba abajo.

Lo restituyó a la realidad el espectáculo del sol, suspendido como una naranja en la cruz de San Pablo. Era de un rojo sangre y se hundía rápidamente. Era casi de noche. Una hora y más de una hora que Sasha se había ido. Conmovido inmediatamente por esos presentimientos oscuros que ensombrecían sus más ufanas esperanzas, bajó la escalera por donde habían desaparecido los dos hacia la bodega del barco; y luego de tropezar en la oscuridad con barriles y cajones, supo que estaban sentados ahí, por una vislumbre pálida en un rincón. Por un segundo tuvo una visión de los dos; vio a Sasha en las rodillas del marinero; la vio inclinarse hacia él; los vio abrazarse antes que se borrara la luz en la nube roja de su rabia. Prorrumpió en un aullido tan angustioso que el barco entero retumbó. Sasha se arrojó entre los dos o el marinero hubiera sido estrangulado antes de poder sacar su machete. Entonces un desmayo mortal se apoderó de Orlando, y tuvieron que acostarlo en el suelo y darle aguardiente para reanimarlo. Y después, cuando volvió en sí y se sentó sobre un montón de bolsas en la cubierta, Sasha se inclinó sobre él, pasando suave, insinuosamente ante sus ojos aturdidos, como el zorro que lo mordió, ya mimándolo, ya apostrofándolo, de modo que llegó a dudar de lo que había visto. ¿No se había corrido la vela; no se habían movido las sombras? El baúl era pesado, dijo ella; el hombre la estaba ayudando a moverlo. Orlando le reía un momento —¿pues quién puede estar bien seguro de que su rabia no ha pintado lo más terrible?— y luego se encolerizaba con sus embustes. Entonces la misma Sasha palidecia; golpeaba el suelo con el pie —y juraba que se iría esa noche, y rogaba a sus dioses que la fulminaran si ella, una

Romanovich, había consentido el abrazo de un vulgar marinero, sin efecto, viéndolos juntos (cosa a que apenas se animaba), Orlando se abochornó de su perversa imaginación capaz de concebir a esa fina criatura en las garras de ese peludo monstruo marino. El hombre era descomunal; descalzo tenía más de seis pies de estatura; llevaba en las orejas aros ordinarios de alambre; y parecía un caballo de carro en el que se hubiera posado un gorrión. Cedió, le creyó, le pidió perdón. Pero al bajar amorosamente del barco, Sasha se detuvo con la mano en la baranda de la escalera y dirigió a su bestia curtida, de cara anchota, una andanada de bromas, adioses o ternezas en ruso, de las que Orlando no entendió una palabra. Pero había algo en su tono (quizá las consonantes rusas tenían la culpa) que le hizo recordar una escena de hacía dos o tres noches, cuando la sorprendió en un rincón, royendo un cabo de vela que había recogido del suelo. Es verdad que era rosa, que era dorado, que era de la mesa del rey; pero era de sebo, y ella lo roía. ¿No había, pensó, conduciéndola al hielo, algo ordinario en ella, algo rancio, algo de campesina? Y se la imaginaba a los cuarenta, ya pesada, aunque ahora era esbelta como un junco; y se la imaginaba aletargada, aunque ahora era alegre como una alondra. Pero al patinar de nuevo hacia Londres, se le desvanecieron esas sospechas y sintió como si un enorme pez lo hubiera enganchado por la nariz y lo arrebatara sin querer por las aguas, pero con su propio consentimiento.

Era una tarde de asombrosa belleza. Al declinar el sol, todas las cúpulas, agujas, torrecillas y pináculos de Londres, se erguían negros como tinta contra las furiosas nubes coloradas del poniente. Aquí estaba la cruz griega de Charing; ahí la cúpula de San Pablo, ahí el cubo macizo de los edificios de la Torre; ahí, como un grupo de árboles despojados de todas sus hojas, salvo un nudo en la punta, estaban las cabezas en las picas de Temple Bar. Ahora las ventanas de Westminster se iluminaban y ardían como un escudo celestial de muchos colores (en la imaginación de Orlando), ahora todo el ocaso parecía una ventana de oro con tropas de ángeles (en la imaginación de Orlando otra vez) ascendiendo y bajando infinitamente las escaleras celestiales. Todo ese tiempo parecía que patinaban sobre insondables abismos de aire, tan azul era el hielo; y tan vidrioso era y tan liso que resbalaban hacia la ciudad más y más ligero, con las gaviotas blancas girando alrededor y cortando en el aire con las alas las mismas curvas que ellos cortaban en el hielo con los patines.

Sasha, como para darle seguridad, estaba más cariñosa que de costumbre y aún más deliciosa. Pocas veces hablaba de su vida pasada, pero ahora le contó cómo en invierno, en Rusia, ella oía el aullido de los lobos, a través de la estepa, y tres veces, para que él se lo imaginara, aulló como un lobo.

Él le habló entonces de los ciervos que andaban por la nieve, y cómo se metían en la gran sala en busca de calor, y un viejo les daba avena cocida en un balde. Ella lo alabó entonces: por su amor a los animales; por su hidalguía; por sus piernas. Encantado con sus lisonjas y avergonzado de pensar que la había calumniado imaginándola en las rodillas de un vulgar marinero y aletargada y gorda a los cuarenta años, le dijo que no encontraba palabras para elogiarla; pero instantáneamente pensó que era como la primavera, y el verde césped, y las aguas que corren, y apretándola con más fuerza la hizo virar con él en una media luna, de suerte que las gaviotas y los corvejones viraron también. Y al detenerse al fin, sin aliento, ella le dijo, un poco anhelante, que él era como un árbol de Navidad con un millón de velas (como los que hay en Rusia), adornado de globos amarillos; incandescente; capaz de iluminar una calle entera (así podríamos traducirlo), porque con sus mejillas resplandecientes, sus rizos oscuros, su capa negra y carmesí, parecía irradiar una luz propia, desde una lámpara interior encendida.

Todo el color, salvo el rojo de las mejillas de Orlando, se desvaneció. Vino la noche. Al desaparecer la anaranjada luz del poniente la sucedió el asombroso brillo blanco de las antorchas, fogatas, faroles, y otros inventos que alumbraban el río y que operaron la más extraña transformación. De algunas iglesias y palacios, cuyos frentes eran de piedra blanca, no se veían más que rayas y manchas oscilando en el aire. De San Pablo, en particular, sólo quedaba una cruz de oro. La Abadía era como el esqueleto gris de una hoja. Todo sufría extenuación y transformación. Al acercarse al Carnaval, oyeron una nota profunda como la que vibra en un diapasón, que creció más y más hasta ensordecer. De vez en cuando un vasto grito seguía a un cohete en el aire. Gradualmente pudieron distinguir figuritas desprendiéndose de la muchedumbre y circulando como insectos sobre la superficie del río. Encima y alrededor de este claro círculo pesaba como un tazón de oscuridad la honda negrura de una noche de invierno. En esta oscuridad se fueron elevando con pausas, que mantenían alerta la expectativa y las bocas abiertas, cohetes como flores, medias lunas, serpientes, una corona. En un instante los bosques y las lejanas colinas eran verdes como en un día de verano; en otro, todo era negrura e invierno.

Ya Orlando y la Princesa estaban cerca del recinto del Rey, y les estorbó el camino una turba, que se agolpaba todo lo posible junto al cordón de seda. Reacios a salir de su intimidad y afrontar las miradas penetrantes que los vigilaban, la pareja se demoró ahí, codeándose con aprendices; sastres; vendedores de pescado; chalanes; tahúres; estudiantes hambrientos; doncellas de delantal; muchachas con naranjas; mozos de cuadra; honestos ciudadanos; borrachos desbocados; y una turba de chicos de la calle de esos que siempre merodean en los bordes de una multitud, gritando y tropezando entre las piernas de la gente —toda la escoria de las calles de Londres estaba ahí, bromeando y estrujándose, tirando aquí los dados, diciendo la buenaventura, empujándose, haciéndose cosquillas y pellizcándose; por acá barulleros, por allá silenciosos; algunos con la boca abierta de par en par; otros tan poco respetuosos como cornejas en la azotea; todos encasquetados y trajeados de acuerdo con su bolsillo o su posición; unos de pieles y de paño, otros en jirones, con un trapo de cocina en los pies para defenderlos del hielo. La mayoría, al parecer, estaba frente a una barraca o tablado, parecido a un teatro de títeres, donde se efectuaba una especie de representación. Un negro se agitaba y vociferaba. Había una mujer de blanco tendida en una cama. Aunque el escenario era tosco, y los actores tenían que subir y bajar por un par de escalones y a veces tropezaban, y el público pateaba y silbaba, o cuando se aburría arrojaba al hielo una cáscara de naranja que algún perro quería agarrar, la estupenda y sinuosa melodía de las palabras conmovió a Orlando como una música. Dichas con extrema rapidez y una audaz agilidad de lengua que le recordaba el canto de los marineros en las cervecerías de Wapping, las palabras aún sin sentido eran un vino para él. Una y otra vez le llegaba sobre el hielo una frase suelta que parecía arrancada de la profundidad de su corazón. El frenesí del moro era su propio frenesí, y cuando el moro estranguló a la mujer, la mujer estrangulada era Sasha.

Al fin concluyó el drama. Todo quedó a oscuras. Lágrimas le rodaban por la cara. Mirando al cielo vio negrura también. Ruina y muerte, reflexionó, lo cubren todo. La vida del hombre acaba en la tumba. Los gusanos nos devoran.

Methinks it should be now a huge eclipse
Of suri and moon, and that the affrighted globe

Should yawn...

Al decir esto una estrella de alguna palidez surgió en su memoria. La noche era oscura, era tenebrosa; pero era una noche como ésa la que ellos aguardaban; era una noche como ésa la que ellos necesitaban para la huida. Recordó todo. Había llegado el momento. En un arranque de pasión atrajo a Sasha, y le gritó al oído: «Jour de ma vie!». Era la señal convenida. A medianoche se encontrarían en un mesón cerca de Blackfriars. Había caballos apostados. Todo estaba listo para la fuga. Así se despidieron, ella a su tienda, él a la suya. Faltaba todavía una hora.

Mucho antes de la medianoche Orlando esperaba. La noche era tan negra que un hombre se podía venir encima antes que uno lo viera —lo cual era más bien conveniente—, pero también era tan solemne y tan quieta que el casco de un caballo, o el llanto de un niño, se podían oír a media milla de distancia. Más de una vez Orlando, midiendo con sus pasos el patiecito, suspendió el latido de su corazón al oír una jaca pausada sobre las piedras, o el crujido de un traje de mujer. Pero era sólo un comerciante que regresaba con atraso al hogar, o alguna mujer del barrio cuya misión era menos inocente. Pasaban, y la calle quedaba más quieta que antes. Entonces esas luces que ardían en los pisos bajos de las viviendas apretadas que habitaban los pobres de la ciudad, subían a las bohardillas, y una por una, se apagaban. Los faroles de la calle eran pocos en esos arrabales; y la negligencia del sereno solía tolerar que se apagaran antes del alba. La oscuridad era entonces aún más profunda. Orlando revisó la mecha de su linterna, examinó las cinchas de las monturas; cebó sus pistolas; examinó las fundas; y repitió esos actos a lo menos media docena de veces, hasta que no encontró nada más que requiriera su atención. Aunque faltaban unos veinte minutos para la medianoche, no se resolvió a entrar en la sala de la posada, donde la patraña seguía sirviendo vino seco y vino de Canarias barato a unos cuantos hombres de mar, que se instalaban ahí entonando sus coros y contando sus cuentos de Drake, Hawkins y Grenville, hasta que se caían de los bancos y rodaban dormidos en la arena del piso. La oscuridad se apiadaba más de su henchido y violento corazón. Escuchaba cada paso; especulaba sobre cada sonido. Cada grito de borracho y cada gemido de infeliz, tirado en la paja o movido por cualquier pena, le lastimaba el corazón en carne viva, como si presagiara el mal a su empresa. Sin embargo, no temía por Sasha. La aventura era nada para su coraje. Vendría sola, con su capa y sus pantalones, con botas como un hombre. Era tan leve su pisada, que apenas se oiría, aun en este silencio.

Ahí esperaba en la oscuridad. De súbito le golpearon la cara, blanda pero pesadamente, en el lado de la mejilla. Tan tensa era su expectativa que se sobresaltó y llevó la mano a la espada. El golpe se repitió una docena de veces en su frente y en su mejilla. La helada había durado tanto que necesitó un minuto para entender que eran gotas de lluvia: los golpes eran gotas de la lluvia. Al principio caían lentamente, deliberadamente, una por una. Pero pronto las seis gotas fueron sesenta, luego seiscientas, después cayeron juntas en un chorro firme de agua. Era como si el duro cielo consolidado se viniera abajo en una sola fuente profusa. En el término de cinco minutos Orlando se empapó hasta los huesos.

Apresuradamente puso a cubierto los caballos, y buscó amparo bajo el dintel de la puerta desde la que podía observar el patio. El aire estaba ahora más pesado que nunca, y era tal el zumbido y el vapor que se elevaba del aguacero, que hubiera resultado imposible oír la pisada de un hombre o de un animal. Los caminos cribados de grandes baches estarían anegados y quizás impracticables. Apenas concedió un pensamiento a esa traba puesta a su fuga. Todos sus sentidos se concentraban en el acecho del sendero empedrado —brillando a la luz del farol— por donde vendría Sasha. A veces, en la oscuridad, le parecía verla regada por la lluvia. Pero el fantasma no duraba. De pronto, con una voz ominosa y terrible, una voz llena de horror y alarma que hizo parar cada angustioso pelo en el alma de Orlando, sonó en San Pablo la primera campanada de la medianoche. Sonó cuatro veces más, implacable. Con la superstición de un enamorado, Orlando había resuelto que a la sexta campanada Sasha vendría. Pero la sexta campanada murió y la séptima vino y la octava, y para su temerosa mente eran notas que primero anunciaban y luego proclamaban muerte y desastre. Cuando sonó la última, comprendió que estaba echada su suerte. En vano su parte de razón razonaba: «Sasha puede estar en retardo, puede haber tenido un inconveniente, puede haberse perdido». El corazón apasionado y sensible sabía la verdad. Otros relojes dieron la hora, en una confusión de toques sucesivos. El universo parecía aturdirse con las noticias de su irrisión y de la mentira de Sasha. Las antiguas sospechas subterráneas que estaban trabajándolo salieron abiertamente de su escondite. Lo picó un enjambre de víboras, cada una más venenosa que la anterior. Se quedó inmóvil en la puerta, bajo la enorme lluvia. Al pasar los minutos, se le aflojaron un poco las rodillas. El aguacero proseguía. En lo más fuerte parecían oírse grandes cañones. Se oían vastos ruidos como de robles arrancados de raíz y postrados. Había también gritos salvajes y rugidos que no eran humanos. Pero Orlando se quedó inmóvil hasta que el reloj de San Pablo marcó las dos, y entonces, vociferando con una horrible ironía, y mostrando todos sus dientes, «Jour de ma vie!», estrelló contra el suelo la linterna, saltó a caballo y partió al galope sin saber dónde.

Algún instinto ciego, porque ya era incapaz de razonar, debió inducirlo a tomar la margen del río en dirección al mar. Porque al romper el alba, lo que sucedió con inusitada rapidez, cuando el cielo era de un amarillo pálido y casi había cesado la lluvia, se encontró en las orillas del Támesis más allá de Wapping. Un espectáculo extraordinario se ofreció a sus ojos. Ahí, donde por tres meses y más hubo hielo tan sólido y tan macizo que parecía permanente como piedra, y toda una alegre ciudad se edificó sobre él, corría ahora un turbulento torrente de aguas amarillas. En una sola noche el río había recuperado su libertad. Era como si una fuente de azufre (opinión que favorecieron muchos filósofos) hubiera brotado de las regiones volcánicas inferiores y hubiera reventado el hielo con tal vehemencia que barría y apartaba furiosamente los fragmentos enormes. Daba vértigo la sola vista del agua. Todo era caos y confusión. El río estaba sembrado de témpanos. Algunos eran amplios como una cancha y altos como una casa; otros no eran mayores que un sombrero de hombre, pero fantásticamente retorcidos. Ora descendía todo un convoy de bloques de hielo hundiendo cuanto le estorbaba el camino. Ora, arremolinándose y retorciéndose como una serpiente torturada, el río parecía lastimarse entre los fragmentos, y los empujaba de orilla a orilla, hasta deshacerlos contra los arcos y los pilares. Pero, lo más horrendo era el espectáculo de los hombres atrapados de noche, que ahora recorrían sus islas zigzagueantes y precarias en la última angustia. Que se arrojaran al torrente o se quedaran en el hielo, su destino era inevitable. A veces un montón de esos pobres seres desfilaban juntos, algunos de rodillas, otros amamantando a sus hijos. Un anciano parecía leer en voz alta un libro sagrado. Otras veces, y su suerte quizás era la más terrible, un desdichado recorría su estrecho alojamiento sin compañero. Al ser barridos mar afuera, algunos vanamente pedían socorro, jurando locas promesas de enmienda, confesando sus pecados y ofreciendo altares y bienes si Dios oía sus ruegos. Otros estaban tan aterrados que permanecían quietos y mudos mirando fijamente ante sí. Una cuadrilla de aguateros o postillones, a juzgar por sus uniformes, vociferaban en coro los más obscenos cantos de taberna, como un desafío, y se estrellaron contra un árbol y se hundieron con blasfemias en los labios. Un viejo noble —como lo proclamaban su traje con pieles y su cadena de oro— se hundió no lejos del lugar donde estaba Orlando, invocando venganza sobre los rebeldes irlandeses, quienes, dijo con su último aliento, habían tramado esa satánica maldad. Muchos perecieron apretando un jarro de plata contra su pecho o algún otro tesoro; y no menos de una docena de pobres diablos se ahogaron por su propia codicia, arrojándose a la corriente para no perder una copa de oro o permitir la desaparición de un abrigo de pieles. Porque los témpanos arrastraban muebles, valores, objetos de todas clases. Entre esos espectáculos extraños se vio una gata amamantando su cría; una mesa puesta suntuosamente para veinte cubiertos; una pareja en cama; y una extraordinaria cantidad de utensilios de cocina.

Aterrado y atónito, Orlando no pudo hacer otra cosa que mirar las aguas que se desencadenaban a sus pies. Al fin, como recobrándose, espoleó su caballo y corrió a lo largo del río en dirección al mar. Doblando una curva llegó al sitio donde hacía menos de dos días los buques de los Embajadores parecían anclados para siempre. Los contó con apuro: el francés, el español, el austríaco, el turco. Todos estaban a flote, aunque el navio francés había roto sus amarras, y el turco tenía un gran rumbo en el costado y estaba llenándose de agua. Pero el buque ruso no se veía por ninguna parte. Por un instante Orlando creyó que había naufragado; pero elevándose en los estribos y sombreando sus ojos, que tenían la vista del halcón, alcanzó a distinguir en el horizonte la forma de un navio. Las águilas negras volaban en el palo mayor. El barco de la Embajada Moscovita salía mar afuera.

Se arrojó enfurecido del caballo, como para acometer el torrente. Con el agua hasta las rodillas, descargó contra la infiel todas las injurias que se han destinado siempre a su sexo. Perjura, voluble, inconstante, dijo; demonio, adúltera, felona, y el remolino recibió sus palabras y dejó a sus pies una vasija rota y una pajita.

DOS

En este punto el biógrafo tropieza con una dificultad que más vale afrontar que soslayar. Hasta esta etapa de la vida de Orlando, copiosos documentos, de orden particular o de orden histórico, han permitido la ejecución del deber primordial de todo biógrafo: rastrear, sin mirar a izquierda o derecha, las huellas indelebles de la verdad; ciego a las flores, indiferente a los matices; adelantando sistemáticamente hasta caer en el sepulcro y escribir finis en la lápida sobre nuestras cabezas. Pero ahora llegamos a un episodio que se atraviesa en nuestro camino, de suerte que no hay manera de eludirlo. Es oscuro, misterioso, indocumentado; de suerte que tampoco hay manera de justificarlo. Su interpretación abarcaría muchos volúmenes; sistemas religiosos enteros podrían edificarse sobre él. Nuestro deber es comunicar los hechos auténticos, y dejar a juicio del lector las conclusiones.

En el verano de aquel invierno calamitoso que vio la helada, la inundación, la muerte de tantos millares y el derrumbe total de las esperanzas de Orlando —porque fue desterrado de la Corte; cayó en desgracia con los nobles más poderosos de su tiempo; sufrió la justa cólera de los Desmond de Irlanda, y aun la del Rey, a quien ya le daban bastante trabajo los irlandeses para que no lo desazonara este nuevo enredo—, en ese verano Orlando se retiró a su gran casa de campo y vivió en absoluta soledad. Una mañana de junio —el sábado 18— no se levantó a la hora habitual, y cuando su ayuda de cámara lo llamó, estaba profundamente dormido. No lo pudieron despertar. Estaba como en un desmayo, sin respiración perceptible; y aunque trajeron perros a ladrar bajo su ventana; tocaron címbalos, tambores y castañuelas incesantemente en su dormitorio; pusieron una rama espinosa bajo su almohada; y le aplicaron sinapismos en la planta de los pies, no se despertó, no se alimentó y no dio señales de vida por siete días y siete noches. En el séptimo día se despertó a la hora acostumbrada (las ocho menos cuarto, precisamente) y expulsó de su pieza toda la tribu de comadres chillonas y curanderos; hecho asaz natural; pero lo raro era que no mostraba conciencia de su letargo, y que se vistió y pidió su caballo, como si acabara de despertarse después de una noche de sueño. Sin embargo, se sospechó un trastorno mental, pues aunque estaba en su perfecta razón, y era más reposado y más sobrio, su recuerdo de la vida anterior parecía imperfecto. Escuchaba lo que las personas decían de la gran helada o del patinaje o del Carnaval, pero nunca dio signo alguno de haberlos presenciado: sólo alguna vez se pasaba la mano por la frente como para disipar una nube. Cuando se discutían las vicisitudes de los seis meses últimos, Orlando parecía menos afligido que intrigado, como si lo molestaran antiguas y confusas memorias o como si tratara de recordar cosas referidas por un tercero. Se notó que bastaba la mención de Rusia, de princesas o de barcos, para que se pusiera huraño e incómodo, y se levantara y mirara por la ventana o llamara a uno de los perros, o tomara un cuchillo y recortara un trozo de madera de cedro. Los médicos, entonces, no eran mucho más sabios que ahora, y después de recetarle reposo y ejercicio, ayuno y superalimentación, compañía y soledad, régimen de cama y cabalgatas de cuarenta millas entre el almuerzo y la comida, sin perjuicio de los calmantes y excitantes acostumbrados, con adición ocasional de pócimas de baba de lagartija por la mañana y dosis de hiél de pavo real por la noche, lo abandonaron a su suerte y diagnosticaron que había dormido una semana. Pero si había dormido, ¿de qué naturaleza —no podemos dejar de preguntar— son los sueños como ése? ¿Son medidas reparadoras —letargos en que los recuerdos más dolorosos, los hechos capaces de invalidar la vida para siempre, son rozados por una ala oscura que les alisa la aspereza y los dora, por feos y mezquinos que sean, con un resplandor, una incandescencia? ¿Es preciso que el dedo de la muerte se pose en el tumulto de la vida de vez en cuando para que no nos haga pedazos? ¿Estamos conformados de tal manera que diariamente necesitamos minúsculas dosis de muerte para ejercer el oficio de vivir? Y entonces, ¿qué raros poderes son ésos que penetran nuestros más secretos caminos y cambian nuestros bienes más preciosos a despecho de nuestra voluntad? Orlando, agotado por su extremo padecimiento, ¿había estado muerto una semana y había resucitado después? Y si así fuera, ¿qué cosa son la muerte y la vida? Al cabo de esperar cuarenta minutos la solución de tales preguntas, y de comprobar que no viene, sigamos con el cuento.

Orlando se entregó a una vida de soledad total. Su desgracia en la Corte y la violencia de su pena tenían parcialmente la culpa, pero como no intentó defenderse y raras veces convidó a alguien a visitarlo (aunque tenía muchos amigos que lo hubieran hecho gustosos), parecía que le agradaba esa soledad en la gran casa de sus mayores. Había elegido la soledad. Nadie sabía exactamente en qué pasaba el tiempo. Los sirvientes, de los que mantenía un gran tren, aunque su ocupación habitual era el barrido de aposentos vacíos y el arreglo de camas en las que no dormía nadie, espiaban, en la oscuridad de la tarde, a la hora de la cerveza y de los bizcochos, una luz que recorría las galerías, atravesaba las enormes salas, subía por las escaleras, penetraba en los dormitorios y les indicaba que su patrón erraba solitario por la casa. Nadie se animaba a seguirlo, porque la casa estaba provista de una multitud de fantasmas, y era tan grande que era fácil perderse y rodar por una escalera secreta o abrir una puerta que el viento podía cerrar para siempre —accidentes harto comunes, como lo demostraban los repetidos hallazgos de esqueletos humanos y animales en actitudes de agonía. La luz solía perderse del todo, y el ama de llaves, Mrs. Grimsditch, le manifestaba a Mr. Dupper, el capellán, su miedo de que algún accidente hubiera sorprendido a su Señoría. Mr. Dupper opinaba que su Señoría estaba arrodillado, sin duda, entre las tumbas de sus antepasados, en la Capilla que daba sobre el Patio del Billar, a una media legua hacia el sur. Pues tenía pecados en la conciencia, temía Mr. Dupper; a lo que contestaba Mrs. Grimsditch, con algún mal humor, que era el caso de muchos; y Mrs. Stewkley y Mrs. Field y Carpenter, la vieja nodriza, hacían coro de alabanzas a su Señoría; y los palafreneros y los lacayos juraban que era lamentable ver arrastrarse por la casa a tan apuesto caballero en vez de cazar zorros o perseguir ciervos; y hasta las muchachitas de los roperos y lavaderos, las Judys y las Faiths, que pasaban los jarros y los bizcochos, sumaban su testimonio a la cortesía de su Señor; porque jamás hubo caballero más bondadoso ni más pródigo de esas moneditas de plata que sirven para comprar un moño de cinta o un ramillete para el pelo; y hasta la negra que llamaban Grace Robinson, para hacer de ella una cristiana, adivinaba de qué estaban hablando, y convenía en esos abundantes elogios del único modo posible: es decir, mostrando los dientes en una ancha sonrisa. En resumen, todos sus servidores, hombres y mujeres, lo tenían en gran estima, y maldecían a la princesa extranjera (pero usaban un nombre más ordinario) que lo había puesto en ese trance.

Es harto posible que la cobardía, o la afición a la cerveza caliente, hicieran que Mr. Dupper se imaginara a su Señoría seguro entre las tumbas, para no tener que ir a buscarlo; pero no es menos posible que Mr. Dupper tuviera razón, además. Orlando se deleitaba singularmente en pensamientos de disolución y de muerte, y luego de recorrer las extensas galerías y los salones con un cirio en la mano, mirando un cuadro después de otro, como si buscara un retrato, subía al escaño de familia y se quedaba sentado por horas viendo la oscilación de las banderas y el temblor de la luna, sin otra compañía que una mariposa de los muertos o que un murciélago. Eso no le bastaba; tenía que bajar a la cripta donde sus antepasados yacían, féretro sobre féretro, diez generaciones acumuladas. Era un lugar tan poco frecuentado que las ratas habían comido hasta el plomo, y a veces una tibia le agarraba la capa, y a veces hacía polvo con el pie la calavera de algún viejo Sir Malise. Era un sepulcro siniestro —socavado bajo los profundos cimientos de la casa como si el fundador de la familia, que había venido de Francia con el Conquistador, hubiera querido enseñar que toda pompa se funda sobre la corrupción: que debajo de la carne está el esqueleto, que los cantores y los bailarines de arriba serán los que descansan abajo, que el terciopelo carmesí se hace polvo, que la sortija (aquí Orlando, inclinando su linterna, recogía un círculo de oro al que le faltaba una piedra que había rodado a un rincón) pierde el rubí y el ojo otrora tan brillante se apaga. «Nada queda de todos esos príncipes —repetía Orlando, con una disculpable exageración de su jerarquía—, sino una falange, y estrechaba una mano de esqueleto y movía las articulaciones de un lado a otro—. ¿De quién era esta mano? —se preguntaba—. ¿La derecha o la izquierda? ¿La mano de una mujer o de un hombre, de la vejez o de la juventud? ¿Había gobernado el caballo de guerra o manejado la aguja? ¿Había cortado la rosa o empuñado el acero frío? ¿Habría?» —pero aquí la imaginación fallaba o, lo que es más probable, le suministraba tantos ejemplos de lo que puede hacer una mano, que se sustraía, como siempre, a las omisiones (que constituyen la tarea fundamental del estilo) y la guardaba con los otros huesos, pensando que había un médico en Norwich, un tal Thomas Browne, cuyos trabajos sobre temas afines le placían singularmente.

Así, tomando su linterna, y cuidando que los huesos estuvieran en orden, pues aunque romántico era metódico en extremo y no toleraba un ovillo en el suelo, y mucho menos una calavera de antepasado, regresó a ese curioso y melancólico andar por las galerías, buscando alguna cosa en los cuadros hasta que lo detuvo una verdadera crisis de llanto, ante un paisaje de nieve holandés por un pintor desconocido. Entonces le pareció que la vida no valía la pena de ser vivida. Olvidadizo de los huesos de sus mayores y de que la vida se eleva sobre un sepulcro, se quedó sacudido por el llanto, todo por el hambre de una mujer con bombachas rusas, ojos oblicuos, labios encaprichados y perlas en el cuello. Se había ido. Lo había dejado. Ya no la vería más. Así sollozó. Y así volvió a sus habitaciones, y Mrs. Grimsditch, al ver la luz en la ventana, apartó el jarro de sus labios, y dijo «Alabado sea Dios, su Señoría está sano y salvo en su cuarto», pues ella había pensado todo ese tiempo que lo habían asesinado de un modo atroz.

Orlando acercó su silla a la mesa, abrió las obras de Sir Thomas Browne y procedió a investigar la delicada articulación de uno de sus pensamientos más largos y más prodigiosamente intrincados.

— Pues aunque éstos no son asuntos que un biógrafo pueda amplificar con provecho, los lectores capaces de construir con unas pocas indicaciones dispersas la entera circunferencia y el ámbito de una persona viva; los lectores capaces de transmutar nuestro mero susurro en una inconfundible voz, de percibir, aunque describamos o no, una cara precisa, de intuir sin una palabra que los ayude, un pensamiento exacto —y no escribamos sino para lectores así—, esos lectores ejemplares, decimos, saben muy bien que Orlando estaba extrañamente I formado de muchos humores: de melancolía, de indolencia, de pasión, del amor a la soledad, para no decir nada de esas deformaciones y sutilezas de genio que apuntamos en la primera página, cuando guerreó con la cabeza de un negro muerto, la hizo rodar al suelo, la sujetó caballerescamente fuera de su alcance, y luego se acogió a la ventana con un libro. Su afición por los libros era temprana. De chico, los pajes lo sorprendían leyendo a la medianoche. Le quitaban la vela, y criaba luciérnagas que ayudaban a su propósito. Le quitaban las luciérnagas y casi prendió fuego a la casa con una mecha. Para decirlo de una vez (dejando al novelista la tarea de alisar la seda arrugada y sus complicaciones), Orlando era un hidalgo que padecía del amor de la literatura. Muchas personas de su tiempo, aún más las de su rango, escapaban al mal y quedaban en libertad de correr, de cabalgar o de enamorarse a su gusto. Pero a algunos los contaminaba un germen nacido del polen del asfódelo, traído por los vientos de Grecia y de Italia, y de naturaleza tan perniciosa que detenía la mano lista para el golpe, velaba el ojo que buscaba su presa y entorpecía la lengua que estaba declarando su amor. La fatal naturaleza de ese morbo sustituía a la realidad un fantasma, de suerte que Orlando, a quien la fortuna había otorgado todos los dones —platería, lencería, casas, sirvientes, alfombras, camas en profusión—, no tenía más que abrir un libro para que esa vasta acumulación se hiciera humo. Desaparecían los nueve acres de piedra que eran su casa; se evaporaban los ciento cincuenta sirvientes; se volvían invisibles los ochenta caballos de silla; sería prolijo enumerar las alfombras, divanes, tapicerías, porcelanas, platerías, vinagreras, calentadores y otros bienes muebles, a veces de oro macizo, que se desvanecían bajo la misma como niebla marina. Así era, y Orlando se quedaba solo, leyendo, un hombre desnudo.

En la soledad, el mal tomaba cuerpo rápidamente. Ya entrada la noche, leía a veces unas seis horas más, y cuando le pedían instrucciones para carnear la hacienda o para cosechar el trigo, apartaba su infolio y miraba sin comprender. Eso era grave y les partía el alma al halconero Hall, al palafrenero Giles, a Mrs. Grimsditch, el ama de llaves, a Mr. Dupper, el capellán. Un apuesto caballero como él, decían, no necesitaba libros. Que dejara los libros, decían, a los tullidos y a los moribundos. Pero algo peor venía. Pues una vez que el mal de leer se apodera del organismo, lo debilita y lo convierte en una fácil presa de ese otro azote que hace su habitación en el tintero y que supura en la pluma. El miserable se dedica a escribir. Y si eso ya es bastante malo en un pobre, sin otra propiedad que una silla y una mesa debajo de una gotera —pues al fin de cuentas no tiene mucho que perder—, el trance de un hombre rico, que tiene casas y ganado, doncellas, burros y ropa blanca, y sin embargo escribe libros, es penoso en extremo. Se le escapa el sabor de todo; lo torturan hierros candentes; lo roen los gusanos. Daría el último centavo (¡tan virulento es ese mal!) por escribir un solo librito y hacerse célebre; pero todo el oro del Perú no puede comprarle el tesoro de una frase bien hecha. Se enferma, cae en una consunción, se vuela los sesos, vuelve su cara a la pared. No importa en qué actitud lo encuentran. Ha atravesado las puertas de la Muerte y conocido las llamas del Infierno.

Orlando, felizmente, era de naturaleza robusta, y el mal (por razones que declararemos después) no lo quebró como a muchos de sus iguales. Con todo, lo afectó profundamente, según veremos. Al cabo de una hora o dos de lectura de Sir Thomas Browne, cuando el bramido del ciervo y el canto del sereno proclamaban el momento más hondo de la noche, y el sueño general atravesó el cuarto, sacó del bolsillo una llave de plata y abrió las puertas de un escritorio incrustado que había en el rincón. Adentro había unos cincuenta cajones de madera de cedro y cada uno con un rótulo escrito cuidadosamente en letra de Orlando. Se detuvo, como si no supiera cuál abrir. Uno decía «La muerte de Áyax», otro «El nacimiento de Príamo», otro «Ifigenia en Áulide», otro «La muerte de Hipólito», otro «Meleagro», otro «La vuelta de Ulises» —en fin, casi no había un solo cajón sin el nombre de algún personaje mitológico en un momento crítico de su carrera.

En cada cajón había un documento considerable, escrito de puño y letra de Orlando. La verdad es que hacía muchos años que Orlando padecía ese mal. Ningún muchacho había pedido manzanas como Orlando había pedido papel; ni golosinas como él había pedido tinta. Huyendo de los juegos y de la charla, se había ocultado detrás de las cortinas, en los oratorios secretos, o en la despensa detrás del dormitorio de su madre (donde había un gran agujero en el piso que olía espantosamente a estiércol de pájaros), con un cuerno de tinta en una mano, una pluma en la otra, y en las rodillas un pliego de papel. Así fueron escritas, antes que él cumpüera los veinticinco, unas cuarenta y siete comedias, historias, novelas, poemas; unas en prosa, otras en verso, unas en francés, otras en italiano: todas románticas y todas largas. Había hecho imprimir una por John Ball en la Casa del Penacho y de la Corona, frente a St. Paul's Cross, Cheapside, pero aunque el espectáculo de esa obra lo deleitaba singularmente, no se había atrevido a mostrarlo ni aun a su madre, ya que escribir (y no hablemos de publicar) era, bien lo sabía, una imperdonable falta en un noble.

Ahora, sin embargo, que estaba solo en la medianoche, sacó de ese depósito un grueso documento que se llamaba «Xenóphila, una Tragedia» o algo por el estilo, y uno más delgado, llamado simplemente «La Encina» —el único título breve del montón. Luego acercó el tintero, agitó en el aire la pluma, y ejecutó los otros ritos preliminares de los aficionados a ese vicio. Pero se detuvo.

Como esta pausa es de grande significación en su historia —más, en verdad, que muchos acontecimientos que arrojan de rodillas a los hombres y ensangrientan los ríos—, conviene averiguar por qué se detuvo, y responder, después de las debidas reflexiones, que fue por algún motivo como éste. La naturaleza, que nos ha jugado tantas malas pasadas, confeccionándonos tan híbridamente de arcilla y de diamantes, de arco iris y de granito, encajando todo en un molde, a veces de manera incoherente, pues el poeta tiene cara de carnicero, y el carnicero, de poeta; la naturaleza, que se complace en lo misterioso y lo turbio, de suerte que ni siquiera hoy (primero de noviembre de 1927) sabemos por qué subimos al primer piso o por qué bajamos, y nuestros movimientos más cotidianos son como el paisaje de un barco en un desconocido mar, y los vigías en el palo mayor interrogan, apuntando sus telescopios al horizonte: ¿Se ve o no se ve tierra?, y nosotros les respondemos con una afirmación si somos profetas y con una negación si somos verídicos; la naturaleza, cuyo mayor pecado no es la extensión, tal vez incómoda de esta frase, ha complicado su tarea y ha perfeccionado nuestra confusión, suministrándonos un surtido completo de retazos —un fragmento del pantalón de un gendarme al lado de un jirón del velo nupcial de la reina Alejandra— y ha dispuesto además que un solo hilván los conserve juntos. La costurera es la Memoria, y por cierto bien caprichosa. La Memoria mete y saca su aguja, de arriba abajo, de acá para allá. Ignoramos lo que viene en seguida, lo que vendrá después. El acto más común —sentarse a la mesa, acercar el tintero— puede agitar mil fragmentos dispares, un rato iluminados, un rato en sombra, colgando y hamacándose y flameando, como la ropa interior de una familia de catorce personas en una soga un día de viento. En lugar de ser duras y honestas obras de una pieza de las que no se puede abochornar ningún hombre, nuestros actos más habituales están como aureolados de un temblor de alas, de una ascensión y de una caída de luces. De ahí que Orlando, al mojar la pluma en la tinta, viera la cara burlona de la Princesa perdida y se dirigiera inmediatamente un millón de preguntas que eran como flechas empapadas en hiél. ¿Dónde estaría, y por qué razón lo dejó? ¿Era el Embajador su tío o su amante? ¿Estaban de acuerdo? ¿Acaso la obligaron? ¿Estaría casada? ¿Estaría muerta? —todo lo cual lo emponzoñó de tal modo, que para desahogar su agonía clavó la pluma de ave en el tintero con tal profundidad que la tinta salpicó toda la mesa: hecho que por cualquier explicación que le demos (y no hay explicación posible: la Memoria es inexplicable) sustituyó la cara de la Princesa por otra muy distinta. ¿Pero de quién sería? se preguntó. Y tuvo que esperar, quizá medio minuto, mirando al nuevo cuadro que cubría el otro, como una vista de linterna mágica que deja traslucir la anterior, antes de poder contestarse: «Ésta es la cara de aquel hombre más bien gordo, raído, que estaba en el cuarto de Twitchett hace ya tantos años, la noche que la vieja Reina Bess vino aquí a cenar, y yo lo vi —prosiguió Orlando atrapando otro de esos retazos de colores—, sentado a la mesa, cuando bajaba yo al comedor, y tenía los ojos más raros —dijo Orlando—, que hubo en la tierra, ¿pero quién diablos era? —preguntó Orlando, pues aquí la Memoria añadió a la frente y los ojos, primero una gorguera ordinaria con manchas de grasa, luego un justillo pardo, y finalmente un par de gruesas botas como las que usan los ciudadanos de Cheapside—. No un prócer, no uno de los nuestros —dijo Orlando (observación que no hubiera formulado en voz alta, pues era el más cortés de los caballeros, pero que demuestra el efecto que la sangre noble puede ejercer y de paso las dificultades peculiares de un aristócrata para ser escritor)—, un poeta, supongo». Según todas las leyes, la Memoria, ya habiéndolo fastidiado lo suficiente, hubiera debido obliterar la visión o haber extraído algo no menos incoherente e idiota —un perro corriendo a un gato o una vieja sonándose las narices con un pañuelo de algodón colorado— y Orlando, temeroso de que esos fantaseos siempre lo dejaran atrás, hubiera dirigido en serio su pluma sobre el papel. (Porque podemos, si la decisión no nos falta, expulsar de la casa a esa loca de la Memoria y a su disparatado séquito.) Pero Orlando se detuvo. La Memoria seguía presentándole la imagen de un hombre raído, con grandes ojos brillantes. Siguió mirándolo, siguió en suspenso. Esasj^usasjonjiuestra ruina. La sedición penetra en la fortaleza y la guarnición se rebela. Ya se había detenido una vez y el amor, con su terrible tropel, sus zampoñas, sus címbalos, y sus decapitadas cabezas de rizos cruentos, había irrumpido en su corazón. El amor le había hecho padecer las torturas de los reprobos. (Ahora, por segunda vez, se detuvo, y en la brecha así abierta saltaron la Ambición, esa energúmena, y la poesía, esa hechicera, y la Codicia de la Gloria, esa prostituta, y se tomaron de la mano y pisotearon con su baile el corazón de Orlando!)

De pie en la soledad de su cuarto juró ser el primer poeta de su linaje y dar brillo inmortal a su nombre. Dijo (recitando los nombres y las proezas de sus mayores) que Sir Boris había vencido y dado muerte al Infiel; Sir Gawain, al Turco; Sir Miles, al Polaco; Sir Andrew, al Franco; Sir Richard, al Austríaco; Sir Jordán, al Francés; y Sir Herbert, al Español. Pero de toda esa matanza y esas campañas, esas borracheras y esos amores, esos despilfarros y cacerías y cabalgatas y comilonas, ¿que quedaba? Un cráneo; un dedo. En cambio, dijo, volviendo la página de Sir Thomas Browne, que estaba abierta sobre la mesa —y otra vez se detuvo. Como una encantación que subiera de todos los lados del cuarto, del viento de la noche y de la luna, rodó la divina melodía de esas palabras que, para no humillar esta página, dejaremos donde están sepultadas, no muertas, más bien embalsamadas, tan fresco es su color, tan puro su aliento—, y Orlando, comparando esa obra con la obra de sus mayores, gritó que sus hazañas y ellos eran polvo y cenizas, pero que estas palabras y este hombre eran inmortales.

Sin embargo, no tardó en advertir que las batallas libradas por Sir Miles y los otros para ganar un reino contra caballeros con armadura, eran menos arduas que la emprendida ahora por él para ganar inmortalidad contra la lengua inglesa. El lector que haya intimado con las severidades del trabajo de redactar no necesitará pormenores: cómo escribió y le pareció bueno; releyó y le pareció vil: corrigió y rompió; omitió; agregó, conoció el éxtasis, la desesperación; tuvo sus buenas noches y sus malas mañanas; atrapó ideas y las perdió; vio su libro concluido y se le borró: personificó sus héroes mientras comía; los declamó al salir a caminar; rió y lloró; vaciló entre uno y otro estilo; prefirió a veces el heroico y pomposo; otras el directo y sencillo; otras los valles de Tempe; otras los campos de Kent o de Cornwall; y no llegó nunca a saber si era el genio más sublime o el mayor mentecato de la tierra.

Con el objeto de aclarar esa duda tomó la decisión, después de muchos meses afiebrados y laboriosos, de cortar una soledad que ya se medía por años y ponerse en comunicación con el mundo externo. Tenía un amigo en Londres, un tal Giles Isham de Norfolk que, aunque de noble cuna, se trataba con escritores y sin duda lo podría presentar a algún miembro de esa hermandad bendita, o más bien sagrada. Para el febril Orlando de esa época, el hombre que había escrito un libro y que lo había hecho imprimir, efúndía una gloria que oscurecía todas las glorias de la sangre y del rango. Su imaginación creía que hasta sus cuerpos estarían glorificados por esos pensamientos divinos. Los veía con aureolas en vez de pelo, sahumerio en vez de aliento, y rosas que brotaban entre sus labios —rasgos por cierto nada típicos de él o de Mr. Dupper. Era incapaz de concebir una felicidad mayor que ocultarse detrás de una cortina y oírlos conversar. La sola idea de ese variado y atrevido coloquio humillaba el recuerdo de sus charlas con sus amigos cortesanos: charlas cuyo tema era un perro, un caballo, una mujer, un partido de naipes. Recordaba con orgullo que siempre le habían dicho literato, y se habían burlado de su amor a los libros y a la soledad. Nunca le habían salido bien los cumplidos. Se quedaba tieso, se sonrojaba, o tenía torpezas de granadero en el estrado de las damas. Dos veces se había caído del caballo, de puro distraído. Buscando una rima, había roto una vez el abanico de Lady Winchilsea. El ávido recuerdo de esas incapacidades (y de otras muchas) para la vida mundana, lo condujeron a la convicción inefable de que toda la turbulencia de su juventud, su torpeza, sus sonrojos, sus caminatas y su afición al campo, demostraban que él mismo pertenecía menos a la raza noble que a la raza sagrada —que era de nacimiento un escritor, más bien que un aristócrata. Por vez primera desde la noche de la inundación se sintió feliz.

Entregó a Mr. Isham de Norfolk para Mr. Nicholas Greene de Clifford's Inn un documento que expresaba la admiración de Orlando por sus obras (pues Nick Greene era entonces un celebérrimo escritor) y su anhelo de conocerlo; que apenas se atrevía a formular, porque nada podía ofrecerle en cambio; pero si Mr. Nicholas Greene se dignara visitarlo, un carruaje y cuatro caballos lo aguardarían en la esquina de Fetter Lane a la hora que Mr. Greene dispusiera, y lo transportaría sano y salvo a la casa de Orlando. Es fácil reconstruir el resto de la carta, y figurarse la alegría de Orlando, cuando, después de un plazo no infinito, Mr. Greene aceptó la invitación del Noble Señor: tomó asiento en el coche y fue depositado en el hall al sur del edificio principal, puntualmente a las siete de la tarde, el lunes veintiuno de abril.

Muchos Reyes, Reinas y Embajadores habían sido allí recibidos; también, muchos Jueces y sus armiños. Las damas más hermosas del Reino se habían reunido en ese lugar, y los más adustos guerreros. Banderas de Agincourt y de Flodden pendían de los muros. Se alineaban ahí los pintados escudos de armas con sus leopardos y sus leones y sus coronas. Ahí estaban las largas mesas con su vajilla de oro y de plata, y ahí las vastas chimeneas de esculpido mármol de Italia donde ardía cada noche una encina entera, con un millón de hojas y sus nidos de cuervos y de grajos, hasta que no quedaban más que cenizas. Nicholas Greene, el poeta, estaba ahora ahí, de sombrerito requintado y justillo negro, con una valijita en la mano.

Era inevitable que Orlando, al apresurarse a recibirlo, padeciera algún desencanto. El poeta no sobrepasaba la estatura mediana; era de figura mezquina; era flaco y algo encorvado, y al entrar, se llevó por delante un mastín, que le hincó los dientes. Orlando, pese a todo su conocimiento del mundo, no sabía cómo clasificarlo. Algo había en él que no correspondía ni al servidor, ni al noble, ni al caballero. La cabeza con su frente abovedada y su nariz aquileña era hermosa, pero el mentón retrocedía. Los ojos eran brillantes, pero los gruesos labios babeaban. Lo más inquietante, con todo, era la expresión de su cara. Le faltaba ese majestuoso equilibrio que hace tan agradables a la vista las caras de la nobleza; le faltaba el solemne servilismo de una cara de sirviente bien educado: era una cara cosida, fruncida y arrugada. Aunque poeta, parecía más habituado a regañar que a adular; a disputar que a arrullar; a trepar que a ascender; a luchar que a reposar; a odiar que a amar. Eso lo traicionaba también cierta rapidez en sus movimientos, y algo suspicaz y fogoso en la mirada. Orlando quedó un poco desconcertado. Pero entraron al comedor.

Ahí, Orlando, a quien siempre le habían parecido normales esas cosas, se sintió, por la primera vez en su vida, inexplicablemente avergonzado de sus numerosos sirvientes y del esplendor de su mesa. Cosa más rara todavía: recordó con orgullo —recuerdo generalmente ingrato— a esa bisabuela Molí que ordeñaba las vacas. Estaba por aludir de algún modo a esa mujer humilde y a sus baldes de leche, cuando el poeta se le anticipó diciendo que era raro, dado lo común del nombre de Greene, que la familia hubiera venido a Inglaterra con el Conquistador y perteneciera a la más alta nobleza de Francia. Desgraciadamente habían venido a menos y hecho muy poco más que dejar su nombre al distrito de Greenwich. Otras informaciones del mismo estilo, sobre castillos perdidos, escudos de armas, primos con baronías en el norte, alianzas con familias nobles en el oeste, cómo algunos Greene escribían su nombre con una e final, y otros sin, duraron hasta que sirvieron las carnes. Orlando, entonces, se ingenió para decir algo de la abuela Molí y de sus vacas, y cuando sirvieron las aves ya se sentía un poco más cómodo. Pero sólo cuando el Malvasía circuló libremente, se atrevió a abordar un asunto que en su juicio importaba mucho más que los Greene o las vacas: el sagrado tema de la poesía. A la primera palabra, los ojos del poeta chispearon, olvidó sus afectaciones caballerescas, golpeó la mesa con el vaso, y se embarcó en la más larga, más intrincada, más apresurada y más amarga historia que Orlando había escuchado de su vida (salvo de labios de una mujer despechada), sobre una comedia suya, otro poeta y un crítico. De la naturaleza de la poesía, Orlando sólo sacó en limpio que era de venta más difícil que la prosa, y que su fabricación llevaba más tiempo aunque eran más cortas las líneas. De esa manera siguió el diálogo con ramificaciones interminables, hasta que Orlando se animó a deslizar que él mismo, alguna vez, había tenido la temeridad de escribir —pero aquí el poeta dio un brinco. Una laucha había chillado en el maderaje, dijo. El hecho era, explicó, que el estado de sus nervios era tal que bastaba el chillido de una laucha para crisparlos por una quincena. Sin duda la casa estaba llena de alimañas, pero Orlando ni las oía. El poeta le brindó entonces la historia detallada de su salud durante los últimos diez años. Había sido tan mala que era un milagro que aún estuviera vivo. Había tenido parálisis, gota, tercianas, hidropesía, y las tres fiebres una después de la otra; a lo que convenía añadir hipertrofia del corazón, el bazo agrandado y el hígado enfermo. Pero además tenía, le dijo a Orlando, sensaciones en la espina dorsal que eran indescriptibles. La tercera vértebra, contando de arriba, quemaba como un fuego; la segunda, contando de abajo, era como de hielo. Se despertaba ciertas mañanas con el cerebro como plomo; otras, como si dentro hubiera encendidos miles de cirios y estallaran fuegos artificiales. A través del colchón era capaz de percibir un pétalo de rosa, y podía orientarse en Londres por la sensación del empedrado. En conjunto era una maquinaria tan exquisitamente hecha y tan curiosamente armada (aquí levantó la mano como al descuido, y la verdad es que era de hermosísima forma) que se confundía pensando que sólo había vendido quinientos ejemplares de su poema, pero claro que eso se debía en gran parte a una conspiración de los envidiosos. Lo indiscutible, concluyó, golpeando la mesa con el puño, era que en Inglaterra había muerto el arte de la poesía.

¿Y Shakespeare, Marlowe, Ben Jonson, Browne, Donne, todos ellos ahora escribiendo? Orlando, desgranando los nombres de sus héroes preferidos, no podía estar de acuerdo.

Greene se rió sardónicamente. Shakespeare, concedió, había escrito algunas escenas tolerables; pero las había tomado de Marlowe; Marlowe era un mozo que prometía pero, ¿qué decir de un muchacho que había muerto antes de los treinta años? En cuanto a Browne, le daba por escribir poesía en prosa, y la gente se cansaba pronto de esos caprichos. Donne era un saltimbanqui que disfrazaba su vacuidad con palabras difíciles. Los desprevenidos se dejaban engañar; pero dentro de un año su estilo estaría fuera de moda. En cuanto a Ben Jonson —Ben Jonson era amigo suyo y él nunca hablaba mal de sus amigos.

No, decidió, la gran época de la literatura ha pasado. Esa gran época había sido la griega; la isabelina era de todo punto inferior a la griega. En el pasado los hombres alimentaban una generosa ambición que él llamaba la Gloire (pronunciaba Glor, de suerte que Orlando no le entendió en seguida). Ahora todos los escritores jóvenes estaban a sueldo de los libreros y frangollaban cualquier mamarracho de venta fácil. Shakespeare era el culpable principal en ese sentido y ya estaba sufriendo las consecuencias. La actual época, dijo, se caracterizaba por lindezas alambicadas y por experimentos extravagantes —que los griegos no hubieran tolerado un solo momento. Por mucho que le doliera decirlo —porque él amaba la literatura como su vida—, no veía nada bueno en el presente y no esperaba nada del porvenir. Aquí se sirvió otro vaso de vino.

A Orlando lo escandalizaban esas doctrinas; pero no pudo menos que observar que el censor no parecía nada abatido.

Al contrario, cuanto más denigraba su propia época, más satisfecho estaba. Recordaba, dijo, una noche en la Taberna del Gallo en Fleet Street, donde se encontró con Kit Marlowe y algunos otros. Kit estaba radiante, medio borracho —cosa habitual en él— y en tren de hablar sandeces. Como si lo viera, blandiendo su copa y tartamudeando:

—¡Que me ahorquen, Bill (Bill era Shakespeare), si no se viene encima una gran ola y tú estás en la cresta! —lo que significaba, explicó Greene, que estaban temblando en el borde de una gran era de las letras inglesas, y que Shakespeare sería un escritor de cierta importancia. Por suerte para él, lo apuñalaron dos noches después en una pelea de borrachos y se libró de ver el fracaso de su predicción.

—Pobre infeliz —repitió Greene—, decir cosas como ésas. Una gran era, ¡vaya! —¡la Isabelina una gran era!

»Por consiguiente, mi querido Señor —prosiguió, acomodándose en el sillón, y dando vuelta la copa entre los dedos—, no nos queda otro remedio que resignarnos, venerar el pasado y homar a aquellos escritores —quedan todavía unos pocos— que toman por modelo la antigüedad y escriben, no por dinero, sino por 'Glor' (Orlando hubiera deseado un mejor acento). —La Glor —dijo Greene—, es la espuela de las grandes almas. Si yo tuviera una pensión de trescientas libras al año pagada trimestralmente, me consagraría entero a la Glor. Me quedaría hasta el mediodía en la cama leyendo a Cicerón. Imitaría su estilo tan bien que ya no se sabría cuál es cuál. Eso es lo que yo llamo literatura, eso lo que yo llamo la Glor. Pero es imprescindible para eso la pensión.

Ya Orlando había desechado toda esperanza de discutir su obra con el poeta; pero eso ya no le importaba, porque la conversación giraba sobre el carácter y las vidas de Shakespeare, de Ben Jonson y de los otros: todos amigos íntimos de Greene, que estaba en posesión de miles de anécdotas de lo más divertidas. Orlando nunca se había reído tanto en su vida. ¡Ésos habían sido sus dioses! La mitad eran borrachos y todos calaveras. Casi todos reñían con sus mujeres; ninguno era incapaz de una mentira o de un enredo de la clase más vil. Garabateaban sus melodramas en el reverso de las cuentas de la lavandera y hacían pupitre de la cabeza de un aprendiz de imprenta, en la puerta de calle. Así entregaron los originales de Hamlet; así de Otelo; así de Lear. Era natural, decía Greene, que esas tragedias abundaran en faltas. El resto de su tiempo lo gastaban en comilonas de tabernas y en parrandear, diciendo cosas que querían ser ingeniosas, y haciendo otras que infinitamente excedían cualquier orgía de la Corte. Todo esto lo contaba Greene con un entusiasmo que deleitaba a Orlando. Era un actor capaz de resucitar a los muertos, un finísimo crítico de cualquier libro —siempre que lo hubieran escrito hace trescientos años.

Pasaba el tiempo, y Orlando sentía por su huésped una curiosa mezcla de simpatía y de desprecio, de admiración y de lástima, así como algo demasiado impreciso para que le demos un nombre, pero que se parecía al temor y a la fascinación. Greene hablaba todo el tiempo de sí mismo, pero era tan ameno su trato que uno podía pasarse la vida escuchando la historia de su fiebre. Y era tan ingenioso; era tan irreverente; se tomaba tales libertades con los nombres de Dios y de la Mujer; sabía tantas mañas y tenía tantos conocimientos raros en la cabeza; era capaz de preparar trescientas ensaladas; sabía todo lo que un hombre puede saber de la mezcla de vinos; tocaba media docena de instrumentos y fue la primera persona, y tal vez la última, que hizo tostadas de queso en la gran chimenea italiana. Que no distinguiera un geranio de un clavel, una encina de un chopo, un mastín de un sabueso, un borrego de una oveja, el trigo de la cebada, la tierra arada de la tierra en reposo; que ignorara la rotación de las siembras; que pensara que las naranjas crecen bajo tierra y los nabos en los árboles; que prefiriera cualquier rincón de Londres al mejor paisaje del campo —todo esto y mucho más azoraba a Orlando, que no había conocido nunca una persona así. Hasta las doncellas, que lo despreciaban, festejaban sus chistes; y los sirvientes, que lo aborrecían, se demoraban para oír el final de sus cuentos. En verdad, la casa nunca había estado tan animada; lo cual dio a Orlando mucho que pensar y le hizo comparar este género de vida con el antiguo. Recordó las discusiones corrientes sobre la apoplejía del Rey de España o la cruza de una perra; recordó cómo el día se repartía entre los establos y el tocador; recordó cómo los Señores se quedaban dormidos sobre las copas y detestaban a quien los despertara. Pensó en la actividad y en el valor de sus cuerpos: en la timidez y la pereza de sus espíritus. Preocupado por estas reflexiones, e incapaz de encontrar el justo término medio, dedujo que había admitido en su casa un espíritu inquieto y demoníaco que nunca lo dejaría dormir en calma.

En ese mismo instante, Nick Greene llegaba a una conclusión del todo opuesta. Haraganeando esa mañana en la cama, sobre los almohadones más mullidos, entre las sábanas más finas, y mirando por el balcón volado un césped que por tres siglos no había conocido un diente de león ni una mala hierba, pensó que si de algún modo no se evadía, perecería sofocado. Cuando oyó, al levantarse, el arrullo de las palomas; cuando oyó, al vestirse, la voz de las fuentes, pensó que si no volvía a escuchar el chirrido pesado de los carros sobre las piedras de Fleet Street, no escribiría jamás otro verso. Si esto dura, pensó, oyendo al lacayo arreglar el fuego y poner la mesa con fuentes de plata en la pieza contigua, me quedaré dormido, y (aquí bostezó prodigiosamente) me moriré dormido.

Buscó a Orlando en su cuarto y le declaró que el silencio no le había dejado pegar los ojos en toda la noche. (La casa, en efecto, estaba circundada por un parque de quince millas y un muro de diez pies de altura.) Nada, dijo, era tan perjudicial a sus nervios como el silencio. Esa mañana misma daría término a su visita, con permiso de Orlando. Orlando sintió alivio, pero a la vez un gran desagrado de dejarlo partir. La casa, pensó, iba a quedar muy triste. Al despedirse (porque antes no se había animado a tocar el punto), le puso en las manos su drama «Muerte de Hércules» y le solicitó su opinión. El poeta lo recibió y pronunció entre dientes algo sobre Cicerón y la Glor, que Orlando detuvo con la promesa de abonar trimestralmente la pensión. Greene, con muchas protestas de afecto, saltó al coche y se fue.

El vasto hall nunca había parecido tan vasto, tan espléndido, o tan vacío como al alejarse el carruaje. Orlando supo que nunca se animaría a preparar tostadas de queso en la chimenea italiana. Nunca se le ocurrirían bromas sobre los cuadros italianos; nunca elaboraría un ponche perfecto; perdería mil buenas pullas y chistes divertidos. ¡Pero qué alivio no escuchar esa voz fastidiosa, qué lujo estar solo! Así pensaba Orlando, mientras desataba el mastín que habla estado sujeto seis semanas porque no podía ver al poeta sin morderlo.

Esa misma tarde, Nick Greene se apeó en la esquina de Fetter Lane, y encontró las cosas más o menos como las había dejado. En un cuarto, Mrs. Greene daba a luz un niño; en el otro, Tom Fletcher bebía ginebra. Los libros estaban desparramados por el suelo; la comida —o como quiera llamársele— estaba servida en un tocador donde los chicos habían estado haciendo tortas de barro. He aquí, sintió Greene, un ambiente adecuado a la composición literaria; aquí podía escribir, y escribió. El tema estaba hecho para él. Un procer en su casa. Una visita a un noble en el campo —su nuevo poema tendría un título por el estilo. Tomando la pluma que servía a su hijito para hacer cosquillas en las orejas del gato, y mojándola en la huevera, que hacía de tintero, Greene compuso en el acto una sátira animadísima. La compuso con una precisión que denunciaba muy claramente la identidad de la noble víctima: sus entusiasmos y sus locuras, el preciso tinte de su cabello y ese modo extranjero que tenía de pronunciar la erre, eran inconfundibles. Para que no quedara la menor duda, Greene intercaló unos pasajes, apenas disfrazados, de una tragedia aristocrática, la «Muerte de Hércules» que resultó, según sus previsiones, de lo más verbosa y bombástica.

El panfleto, que inmediatamente alcanzó varias ediciones y que pagó los gastos del décimo parto de Mrs. Greene, fue remitido a Orlando por amigos que no descuidan esos buenos oficios. Cuando lo hubo leído —lo que hizo con rígida atención, de la primera palabra a la última— llamó a un lacayo, le alargó el documento con unas pinzas y le ordenó que lo arrojara en el punto más fétido del montón de basuras más hediondo de todo su dominio. Cuando el hombre se iba, lo paró.

—Toma el caballo más veloz del establo —le dijo—, y galopa a rienda suelta hasta Harwich. Ahí te embarcarás en una nave, pronta a hacerse a la vela para Noruega. Me comprarás de las perreras del Rey, los sabuesos más finos de la jauría Real, un macho y una hembra. Me los traerás sin pérdida de tiempo. Porque —añadió en voz baja al volver a sus libros—, he acabado ya con los hombres.

El lacayo, perfectamente al tanto de sus deberes, saludó y desapareció. Cumplió tan bien sus órdenes que a las tres semanas justas estaba de vuelta, con una yunta de sabuesos magníficos. Esa misma noche, bajo la mesa del comedor, la hembra parió ocho hermosos cachorros. Orlando los hizo llevar a su dormitorio.

—Porque —dijo— he acabado ya con los hombres.

Sin embargo, pagó la pensión trimestralmente.

Así, a los treinta años más o menos, este joven Señor había experimentado todo cuanto la vida puede ofrecer, y la vanidad de ese todo. La ambición y el amor, los poetas y las mujeres eran igualmente vanos. La literatura era una farsa. La noche que siguió a la lectura de la «Visita a un noble en el campo», hizo una gran conflagración de cincuenta y siete obras poéticas, de la que sólo se salvó «La Encina», que era su ensueño juvenil y muy breve. Sólo dos cosas le quedaban; en ellas puso toda su fe: los perros y la naturaleza; un mastín y un rosal. La variedad del mundo, la complejidad de la vida, se habían reducido a eso. Unos perros y un rosal eran todo. Libre de una vasta montaña de ilusión y muy desnudo, por consiguiente, llamó a sus perros y a grandes pasos recorrió el Parque.

Había estado recluido tanto tiempo, escribiendo y leyendo, que casi había olvidado los agrados de la naturaleza, que en junio pueden ser grandes. Cuando alcanzó la cumbre de aquel cerro que domina (si están claros los días) media Inglaterra, con una lonja de Gales y de Escocia por añadidura se echó bajo la encina favorita y pensó que si lo eximían para siempre de hablar a un hombre o a una mujer, si sus perros no desarrollaban el don de la palabra, si no se le cruzaban un poeta o una Princesa, podría vivir los años que le quedaban tolerablemente feliz.

Y ahí entonces volvió, días tras día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año. Vio dorarse las hayas, y desrizarse los helechos tiernos; vio la hoz de la luna y después el círculo; vio —pero sin duda el lector puede imaginarse la continuación de este párrafo y cómo cada árbol y cada planta de los alrededores aparecía primero de color verde, luego de color de oro; cómo las lunas nacen y los soles se ponen; cómo la primavera sigue al invierno y el otoño al verano; cómo la noche sucede al día y el día a la noche; cómo hay primero una tormenta y luego buen tiempo; cómo las cosas siguen como están por dos o tres siglos, salvo unos granos más de polvo y algunas telarañas que mía vieja puede barrer en media hora; hechos que caben en la breve fórmula: «Pasó el tiempo» (la cifra exacta podría ir entre paréntesis) y no sucedió nada.

Por desgracia, el tiempo que hace medrar y decaer animales y plantas con pasmosa puntualidad, tiene un efecto menos simple sobre la mente humana. La mente humana, por su parte, opera con igual irregularidad sobre la sustancia del tiempo. Una hora, una vez instalada en la mente humana, puede abarcar cincuenta o cien veces su tiempo cronométrico; inversamente, una hora puede corresponder a un segundo en el tiempo mental. Ese maravilloso desacuerdo del tiempo del reloj con el tiempo del alma no se conoce lo bastante y merecería una profunda investigación. Pero el biógrafo, cuyas tareas son, como lo hemos dicho, de lo más reducidas, tiene que limitarse a declarar: cuando un hombre ha alcanzado los treinta años, como ahora Orlando, el tiempo que dedica a pensar se le hace enormemente largo; el tiempo que dedica a obrar, enormemente breve.

Así Orlando daba sus órdenes y despachaba en un santiamén los menesteres de su vasta propiedad; pero en cuanto estaba solo bajo la encina, los segundos se inflaban y se inflaban como si nunca fueran a caer. Iban llenándose, además, de objetos incoherentes. No sólo lo asaltaban problemas que han confundido a los mayores sabios —¿Qué es el amor, qué la amistad, qué la verdad?—, sino que al pensar en ellos, todo su pasado, tan infinitamente largo y tan múltiple, se agolpaba en el segundo pendiente, lo hinchaba de increíble manera, lo teñía de mil colores y lo colmaba con todos los desperdicios del universo.

En tales cavilaciones (o como se les quiera llamar) pasó meses y años de su vida. No sería exagerado decir que salía con treinta años después de almorzar y volvía a cenar con cincuenta y cinco a lo menos. Hubo semanas que le añadieron un siglo, otras no más de tres segundos. En resumen, la tarea de estimar la longitud de la vida humana (no nos atrevemos a hablar de los animales) excede nuestra capacidad, pues en cuanto decimos que dura siglos, nos recuerdan que dura menos que la caída del pétalo de una rosa. De las dos fuerzas que alternativamente, y lo que es más confuso aún, simultáneamente, gobiernan nuestro pobre cerebro —la brevedad y la duración—, una, la divinidad con pies de elefante, mandaba a veces en Orlando; otras veces, la divinidad con alas de mosca. La vida le parecía prodigiosamente larga. Sin embargo, pasaba como un rayo. Pero hasta en las etapas más infinitas, cuando se hinchaban más los instantes y le parecía errar solo, por desiertos de enorme eternidad, el tiempo le faltaba para aplanar y descifrar los turbios pergaminos que treinta años entre los hombres y las mujeres habían enrollado y apretado a su corazón y su cerebro. Aún estaba perplejo con el Amor (la encina había producido sus hojas y las había dispersado en el suelo unas doce veces) cuando la Ambición lo echaba del campo, para ser echada a su vez por la Literatura o por la Amistad. Y como la pregunta inicial no había sido resuelta —¿Qué es el Amor?—, volvía a la primera insinuación, o sin insinuación, y expulsaba los Libros o las Metáforas o los ¿Para qué vive uno? al margen, donde se desplegaban a la espera de una ocasión de intervenir de nuevo. Alargaban el proceso las muchas ilustraciones, no sólo visuales, como la de la vieja Reina Isabel, acostada en el diván de tapicería, vestida de brocado rosa, con una tabaquera de marfil en la mano y una espada con empuñadura de oro al costado, sino olfativas —exhalaba un fuerte perfume— y auditivas: los ciervos, aquel día de invierno, bramaban en Richmond Park. Y así, el pensamiento del amor estaba todo impregnado de invierno y nieve; de fogatas de leña; de mujeres rusas, espadas de oro y ciervos que bramaban; de la baba del viejo Rey Jaime y fuegos de artificio y sacos de tesoro en bodegas de barcos isabelinos. Cuanta idea trataba de extraer de su sitio en la mente, estaba oculta por materias extrañas, como el trozo de vidrio que, después de un año en el fondo del mar, se ha incorporado huesos y libélulas y monedas y trenzas de mujeres ahogadas.

«¡Otra metáfora, por Júpiter! —exclamaba, al decir eso (lo que muestra el desorden y el laberinto de su estado mental y explica por qué razón la encina floreció y se marchitó tantas veces antes que Orlando llegara a definir el Amor)—. ¿Y para qué? —se preguntaba—. ¿Por qué no formular directamente en pocas palabras —y luego meditaba una media hora, o tal vez dos años y medio el modo de formular directamente en pocas palabras— qué es el amor? Una comparación como la anterior es del todo falsa —argüía—, porque no hay libélula (salvo en circunstancias muy excepcionales) que viva en el fondo del mar. Y si la Literatura no es la Esposa y Compañera de Lecho de la Verdad, ¿qué será entonces? Maldito sea, ¿a qué decir Compañera de Lecho cuando se ha dicho Esposa? ¿Por qué no decir directamente lo que uno quiere, sin una palabra de más?»

Entonces optó por decir que el pasto era verde y el cielo azul, para conciliar de algún modo el austero genio de la poesía, que no dejó nunca de reverenciar, siquiera de muy lejos. «El cielo es azul —repetía—, el pasto es verde.» Levantando los ojos vio que, al contrario, el cielo es como los velos que Mil Madonas han dejado caer de sus cabelleras; y el pasto se apresura y se oscurece como una fuga de muchachas que huyen de sátiros velludos en bosques encantados. «A fe mía —dijo (porque había tomado la mala costumbre de hablar en voz alta)—, no veo que una sea más verdad que la otra. Las dos son falsas...» Y desesperó de resolver el problema de la poesía y de la verdad y cayó en un hondo abatimiento.

Aprovechemos esa pausa en su soliloquio, para reflexionar en la rareza de ver a Orlando, apoyado con el codo, ese día de junio. Maravillémonos de que ese muchacho magnífico, tan sano y bien dotado —sus mejillas y sus miembros así lo demostraban; un hombre listo a encabezar una carga o a batirse en duelo— fuera de tan letárgico pensamiento, y tan avergonzado de ese letargo, que en cuanto se trataba de poesía o de su capacidad poética, se cohibía como una niña detrás de la puerta de la choza. En nuestro parecer, la burla que hizo Greene de su tragedia le dolió tanto como la mofa que hizo la Princesa de su amor. Pero volviendo...

Orlando siguió pensando. Siguió mirando el pasto y el cielo, y esforzándose por adivinar lo que diría de esas cosas un poeta de veras, un poeta que publicara en Londres. Mientras tanto la Memoria (cuyas costumbres ya hemos descrito) no dejaba de presentarle la cara de Nicholas Greene, como si aquel hombre sardónico de labio caído, traicionero como era, fuera la Musa en persona, y Orlando tuviera que rendirle homenaje. Así, esa mañana de verano, le ofreció una variedad de frases, unas llanas, otras figuradas, y Nick Greene sacudía la cabeza y las desdeñaba y rezongaba algo sobre Cicerón y la Glor y la decadencia contemporánea de la poesía. Al fin poniéndose de pie (era invierno y hacía mucho frío) Orlando hizo uno de los juramentos más importantes de su vida, porque lo ató a la más severa de todas las servidumbres. «Que me abrasen —dijo—, si escribo una palabra más, o trato de escribir una palabra más, para agradar a Nick Greene, o a la Musa. Malo, bueno o mediano, escribiré de hoy en adelante lo que me gusta»; e hizo aquí el ademán de desgarrar un alto de papeles y de tirarlos en la cara de aquel hombre sardónico de labio caído. Entonces, como un cuzco que se agacha cuando lo cascotean, la Memoria arrió la efigie de Nick Greene, y la sustituyó —con nada.

Pero Orlando seguía pensando. Tenía mucho en que pensar. Pues al hacer pedazos el pergamino, había desgarrado de un tirón el rollo rubricado y sellado que había expedido a su favor, en la soledad de su alcoba, nombrándose —como Rey que designa Embajadores— el primer poeta de su linaje, el primer escritor de su tiempo, confiriendo a su alma eterna inmortalidad y a su cuerpo un sepulcro entre laureles y las banderas intangibles de la perpetua reverencia de un pueblo. Por elocuente que todo eso fuera, lo hizo pedazos y lo arrojó al canasto. «La fama —dijo—, es como (y desde que no lo atajaba Nick Greene se desató en imágenes, de las que apenas elegimos un par de las más tranquilas) una chaqueta recamada que entorpece los miembros, una cota de plata que oprime el corazón, un escudo pintado que cubre un espantapájaros», etc., etc. Esas comparaciones querían insinuar que si la fama estorba y aprieta, la oscuridad teje una bruma alrededor del hombre; la oscuridad es amplia, sombría y libre; la oscuridad deja que el alma siga su camino. Sobre el hombre ignorado se derrama la piadosa efusión de la oscuridad. Nadie sabe de dónde viene ni a dónde va. Puede buscar la verdad y decirla; sólo él es libre, sólo él es verídico, sólo él está en paz. Así se apaciguaron sus pensamientos, bajo la encina, cuyas duras raíces sobresalientes le parecían más bien cómodas.

Largo tiempo sumido en hondas reflexiones, sobre el valor de la oscuridad, y la dicha de no tener un nombre, y ser como la ola que regresa al profundo cuerpo del mar; pensando cómo la oscuridad purga la mente de los fastidios del rencor y la envidia; cómo hace correr por las venas las libres aguas de la generosidad y de la grandeza; cómo permite dar y recibir sin retribución ni alabanza; lo que habrá sido el caso de todos los grandes poetas, suponía (aunque su conocimiento del griego no era suficiente para afirmarlo) porque, pensaba, Shakespeare debió escribir de esa manera, y los constructores de iglesias, construir así anónimamente, sin necesitar agradecimiento ni fama, con sólo su trabajo durante el día y un poco de cerveza por la noche —«¡Qué vida admirable es ésta! —pensó desperezándose bajo la encina—. ¿Por qué no gozarla ahora mismo?» La idea lo golpeó como una bala. La ambición se hundió como una plomada. Libre de la congoja del amor rechazado, y del despecho y de todos los demás aguijones y punzadas que el erial de la vida le clavó cuando codiciaba la gloria, pero que ya nada podían contra él, abrió los ojos, que habían estado abiertos todo ese tiempo, pero que no habían visto más que pensamientos, y vio a sus pies, en la hondonada, su casa.

Ahí estaba en el temprano sol de la primavera. Parecía un pueblo más que una casa, pero un pueblo construido, no aquí o allá, al azar de caprichos, sino deliberadamente, por un solo arquitecto con una sola idea en la cabeza.

Patios y edificios, grises, rojos, color ciruela, se sucedían simétricos y ordenados; había patios alargados y otros cuadrados; en éste había un surtidor, en aquél una estatua; algunos edificios eran bajos, otros agudos; aquí había una capilla, ahí un campanario; entre ellos había espacios de verde césped y grupos de cedros y canteros de flores claras; todo estaba cercado —aunque tan bien dispuesto que parecía que cada cosa tenía lugar de sobra— por la maciza curva de un muro; mientras el humo de innumerables chimeneas se rizaba en el aire perpetuamente. Esta vasta pero ordenada vivienda, que podía albergar mil hombres y tal vez dos mil caballos, fue levantada, pensó Orlando, por obreros de nombres desconocidos. «Aquí vivieron, por más siglos que los que puedo contar, las oscuras generaciones de mi propia familia. Ni uno de esos Ricardos, Juanes, Anas, Isabeles ha dejado un testimonio individual. Pero todos ellos, colaborando con sus palas y sus agujas, sus amores y sus alumbramientos, han dejado esto.»

Nunca la casa le había parecido más humana, más noble.

¿Por qué, entonces, había querido superar a sus antepasados? Parecía infinitamente inútil e impertinente tratar de mejorar esa creación anónima; los trabajos de esas manos desvanecidas. Mejor era partir desconocido y dejar un arco, una bodega, un cerco donde maduren los duraznos, que arder como un meteoro y no dejar rastro. Porque después de todo, dijo, animándose al ver la casa grande en el valle, a sus pies, los desconocidos señores y damas que la habitaron nunca se olvidaron de guardar algo para los que vendrían después; para el techo que puede gotear; para el árbol que puede venirse abajo. Había siempre, en la cocina, un rincón abrigado para el viejo pastor; siempre, comida para el hambriento; siempre estaban lustrados sus jarros, aunque ellos estuvieran enfermos; siempre había luz en sus ventanas, aunque se estuvieran muriendo. Por nobles que fueran, se resignaban a bajar a la sombra con el cazador de topos y el albañil. Oscuros nobles, olvidados constructores —así los apostrofó con un fervor que enteramente refutaba las acusaciones de frialdad, de pereza y de indiferencia de algunos críticos (lo cierto es que una cualidad suele estar donde menos lo sospechamos)—, así apostrofó su casa y su sangre con una elocuencia conmovedora; pero al llegar a la peroración —¿qué es la elocuencia sin la peroración?— se cortó. Hubiera querido concluir con un floreo, declarando que se proponía seguir sus huellas y agregar una piedra a su edificio. Sin embargo, puesto que el edificio ya abarcaba nueve manzanas, la adición de una piedra parecía inútil. ¿Cómo hablar de muebles en una peroración? ¿Cómo hablar de sillas y mesas, y esteras para el costado de la cama? La peroración requeriría otras cosas, pero eso era lo que necesitaba la casa. Dejando su oración provisionalmente inconclusa, descendió la colina con el propósito de consagrarse inmediatamente a amueblarla. La orden —de que se presentara en el acto— hizo acudir las lágrimas a los ojos de la buena Mrs. Grimsditch, ya un tanto envejecida. Juntos recorrieron la casa.

Al toallero, en el dormitorio del Rey (y ése fue el Rey Jaimito, Señor, observó, insinuando que hacía muchos años que un rey no dormía bajo su techo; pero el odioso tiempo del Parlamento ya había pasado y ahora teníamos de nuevo una Corona en Inglaterra), le faltaba una pata; no había soportes para las jarras en el cuartito del paje de la Duquesa; la horrible pipa de Mr. Greene había dejado una mancha en la alfombra, que ella y Judy, aunque se habían matado refregando, nunca habían podido sacar. Lo cierto es que al computar el gasto de alhajar con sillas de palo de rosa, escritorios de cedro, palanganas de plata, fuentes de porcelana, y alfombras persas, cada uno de los trescientos sesenta y cinco dormitorios que contaba la casa, vio que no sería poca cosa; y que los escasos miles de libras que le sobraban, apenas bastarían para tapizar algunas galerías, amueblar el salón de fiestas con sillas esculpidas y proveer de espejos de plata maciza y sillas del mismo metal (que le inspiraba exagerada pasión) a los dormitorios reales.

Se puso a trabajar seriamente, como lo demuestran con claridad sus libros. Echemos un vistazo al inventario de lo que adquirió en ese tiempo, con los precios anotados al margen —éstos los omitiremos.

«Cincuenta pares de frazadas de España; ídem de cortinas de Pekín blanco y carmesí, con franja de raso blanco bordada de seda blanca y carmesí... Setenta sillas tapizadas de raso amarillo y sesenta taburetes, haciendo juego con sus fundas almidonadas.

Sesenta y siete mesas de nogal.

Diecisiete docenas de cajones, conteniendo cada docena cinco docenas de vasos de Venecia.

Ciento dos esteras, de treinta yardas de largo cada una.

Noventa y siete cojines de damasco carmesí con encaje fino plateado y taburetes de tisú y sillas iguales.

Cincuenta candelabros de plata de doce luces cada uno.»

—Ya —es el efecto más común de estas listas— estamos bostezando. Si nos detenemos, es tan sólo porque el catálogo es cansador, no porque se haya concluido. Hay noventa y nueve páginas más y el total suma muchos miles —es decir millones de nuestra moneda. Y si así gastaba sus días, las noches las dedicaba Lord Orlando a computar el gasto preciso de arrasar un millón de túneles de topo, pagando a cada obrero diez peniques por hora; o cuántas toneladas de clavos a cinco peniques y medio el cuarto cuartillo eran necesarias, para reparar minuciosamente el cerco del parque, que tenía quince millas de circunferencia, etc., etc.

La historia, repetimos, es aburrida, porque un aparador es igual a otro, y un túnel de topo no difiere mucho de un millón. Algunos viajes agradables le ocasionó, y algunas bellas aventuras. Una vez, por ejemplo, hizo que toda una ciudad de mujeres ciegas, cerca de Brujas, tejiera las cortinas para una cama con el dosel de plata. Su aventura con un Moro en Venecia al que compró (pero sólo a punta de espada) su escritorio de laca, valdría la pena de que la contara otra pluma. Al trabajo no le faltaba variedad; pues ahí venían, arrastrados por yuntas desde Sussex, grandes troncos, que serían aserrados a lo largo y destinados a pisos de las galerías; y después un cofre de Persia, relleno de aserrín y de lana, del que Orlando, al fin, sacaría una sola fuente, o un anillo de topacio.

Sin embargo, acabó por llegar un día en que no había lugar en los corredores para otra mesa; ni lugar en las mesas para otro cofre; ni lugar en el cofre para otra fuente; ni lugar en la fuente para otro puñado de flores secas; no había lugar para nada en ninguna parte; es decir, la casa estaba amueblada. En el jardín, flores de nieve, azafranes, jacintos, magnolias, rosas, lirios, ásteres, variedades de dalias, perales y manzanos y cerezos y moras, con una enorme cantidad de arbustos raros y floridos y de árboles de perenne verdor, crecían con sus raíces tan apretadas que no había ni una parcela de tierra sin su flor, ni una extensión de césped sin su sombra. Había importado, también, pájaros silvestres de alegre plumaje: y dos osos bezudos, cuyos modales huraños disimulaban, a no dudarlo, un corazón de oro.

Ya todo estaba listo; y cuando la tarde llegó y encendieron los innumerables candelabros de plata, y las livianas brisas que habitaban siempre los corredores agitaron las verdes y azules tapicerías de Arrás, de suerte que realmente colgaban los cazadores y Daphne huía; cuando brilló la plata y la laca resplandeció y la leña chisporroteó; cuando los sillones esculpidos extendieron sus brazos y los delfines nadaron en las paredes con una sirena en el lomo; cuando todo esto y mucho más estuvo concluido a su gusto, Orlando recorrió la casa seguido de sus perros y se sintió feliz. Ya tenía, pensó, cómo llenar su peroración. Tal vez lo mejor sería repetir el discurso desde el principio. Sin embargo, al pasar en revista las galerías, sintió que algo faltaba. Las mesas y las sillas, por esculpidas y doradas que sean, los divanes, aunque los sostengan patas de leones y abajo se dobleguen cuellos de cisnes, los lechos del plumón más blando, no bastan por sí solos. Personas acostadas o sentadas, los mejoran notablemente. Orlando ofreció una serie de fiestas magníficas, a los caballeros y a la nobleza de los alrededores. Durante un mes, se llenaron los trescientos sesenta y cinco dormitorios. Se codeaban los huéspedes en las cincuenta y dos escaleras. Trescientos sirvientes se afanaban en las despensas. Había banquetes casi todas las noches. Así, en muy pocos años, Orlando gastó hasta la trama sus terciopelos, y la mitad de su fortuna. En cambio había ganado el aprecio de los vecinos, ejercía una veintena de cargos en el condado y recibía cada año una docena de volúmenes dedicados empalagosamente a su Señoría por poetas agradecidos. Pues aunque se cuidaba entonces de intimar con escritores y se apartaba de las damas de origen extranjero, era, sin embargo, muy generoso con las mujeres y los poetas, que lo adoraban.

Pero cuando la fiesta estaba en su apogeo, Orlando solía retirarse a la intimidad de su cuarto. Con la puerta cerrada y la seguridad de estar solo, sacaba un viejo cuaderno, cosido con una seda robada del costurero de su madre, y rotulado con letra redonda de colegial: «La Encina, Poema». Escribía en él hasta mucho después de la medianoche. Pero como por cada verso que agregaba borraba otro, el total, a fin de año, solía ser menos que al principio, y era como si, a fuerza de escribirlo, el poema se fuera convirtiendo en un poema en blanco. A los historiadores de la literatura inglesa les incumbe observar que el estilo de Orlando se había modificado asombrosamente. Había castigado su abundancia; había refrenado su exceso; la era de la prosa congelaba esas cálidas fuentes. Hasta el paisaje que veía por la ventana tenía menos guirnaldas; los mismos cercos eran menos espinosos y complicados. Tal vez los sentidos no eran tan finos, y el paladar encontraba menos sabor en la crema y la miel. Tampoco es discutible que la mejor iluminación de las casas y el saneamiento de las calles ejerzan una influencia sobre el estilo.

Un día que Orlando agregaba con enorme trabajo un verso o dos a «La Encina, Poema», vio de rabo de ojos una sombra. Pronto vio que no era un sombra, sino la silueta de una dama altísima con caperuza y manto que atravesaba el patio al que daba su cuarto. Como se trataba de un patio interior y de una dama desconocida, Orlando se maravilló de que hubiera penetrado hasta ahí. A los tres días reapareció, y de nuevo el miércoles a las doce. Orlando resolvió seguirla esta vez. Ella no demostró ningún temor: acortó el paso al acercársele Orlando y lo miró a la cara. Cualquier otra mujer sorprendida en las habitaciones privadas de un Lord, hubiera tenido miedo; cualquier otra mujer con esa cara, ese peinado y ese aspecto, se habría embozado en su mantilla. Pues esta dama se parecía mucho a una liebre; una liebre azorada, pero tenaz; una liebre cuya timidez está dominada por una audacia inmensa e imbécil: una liebre sentada y tiesa que fulmina a su perseguidor con enormes ojos saltones; con orejas paradas pero trémulas, con nariz puntiaguda pero estremecida. Esta liebre, además, terna seis pies de estatura y se peinaba de un modo antiguo que la hacía parecer aún más alta. Enfrentada con él, se quedó mirándolo, con una mezcla singular de audacia y de pánico.

Primero le rogó, con una reverencia correcta pero algo torpe, que perdonara esa intromisión. Luego irguiéndose en toda su altura, que sería de unos seis pies, dos pulgadas, añadió —pero con tales cacareos de risa nerviosa y tales ji-ji y ja-ja, que Orlando pensó que se había escapado de un manicomio— que era la Archiduquesa Enriqueta Griselda de Finster-Aarhorn y Scandop-Boom en el territorio rumano. Ante todo deseaba conocerlo, dijo. Había tomado alojamiento en los altos de una panadería cerca de la verja del Parque. Había visto un retrato de Orlando que era idéntico a una hermana de ella que hacía tiempo —aquí cacareó— estaba muerta. Estaba de visita en la Corte inglesa. La Reina era su prima. El Rey era un buen muchacho pero rara vez se acostaba fresco. Aquí volvió a reírse y cacarear. En fin, Orlando tuvo que invitarla a entrar y servirle una copa de vino.

Una vez adentro, sus modales recuperaron la natural arrogancia de una Archiduquesa Rumana. Si ella no hubiera demostrado un conocimiento de vinos raro en una señora, y no hubiera hecho algunas observaciones bastante sensatas sobre las armas de fuego y las reglas de caza en su país, la conversación hubiera carecido de espontaneidad. Al fin, parándose de golpe, anunció que volvería al día siguiente, hizo otra reverencia prodigiosa y se retiró. Al día siguiente, Orlando había salido a caballo. Al otro día le volvió la espalda; el tercero corrió la cortina. El cuarto llovía, y como no se puede dejar a una señora en la lluvia y le fastidiaba estar solo, la invitó a entrar y le consultó si una armadura de un antepasado sería obra de Jacobi o de Topp. Él se inclinaba a Topp. Ella sostuvo otra opinión —que importa muy poco. Lo que sí importa a nuestra historia, es que, para ilustrar su tesis sobre el funcionamiento de las piezas, la Archiduquesa Enriqueta tomó la esquinela de oro y la ajustó a la pierna de Orlando.

Ya hemos dicho que Orlando tenía las piernas más hermosas que jamás sostuvieron a un caballero.

Algo en su modo de ajustar la esquinela, o su postura inclinada, o el largo aislamiento de Orlando, o la natural simpatía de los sexos, o el vino de

Borgoña, o el fuego —cualquiera de esas causas pudo haber tenido la culpa, porque culpa tiene que haber de un lado o de otro, cuando un caballero de la alcurnia de Orlando, atendiendo a una señora en su propia casa, con muchos más años que él, con una cara de una yarda de largo y ojos saltones, vestida de un modo ridículo, con una caperuza y un manto a pesar del calor —culpa tiene que haber cuando un caballero se deja dominar con brusca violencia por una pasión que lo obliga a abandonar el cuarto.

Pero, ¿qué clase de pasión es ésa?, nos pueden preguntar. Y la respuesta tiene dos caras como el Amor. Pues el Amor —pero dejemos un momento al Amor, y narremos el hecho: cuando la Archiduquesa Enriqueta Griselda se agachó para ajustar la esquinela, Orlando oyó, brusca e inexplicablemente, el lejano aleteo del Amor. La agitación distante de ese blando plumaje despertó en él memorias miles, de aguas que corren, de delicia en la nieve y de perfidia en el deshielo; y el ruido se acercó y él se sonrojó y tembló; y se conmovió como ya no creía volver a conmoverse; y estaba por alzar sus manos y dejar que el ave de la belleza se posase sobre sus hombros, cuando —¡horror!— un crujido idéntico al de los cuervos que tropiezan con los árboles, resonó; el aire pareció oscurecerse de negras alas ásperas; graznaron voces; cayeron pajas, hojas y plumas; y se clavó en sus hombros la más pesada y repugnante de las aves: el buitre. Huyó entonces del cuarto y dijo al lacayo que condujera a su carruaje a la Archiduquesa Enriqueta.

Pues el Amor, al que podemos volver ahora, tiene dos caras: una blanca, otra negra; dos cuerpos: uno liso, otro peludo. Tiene dos manos, dos pies, dos colas, dos, en verdad, de cada miembro y cada uno es el reverso exacto del otro. Sin embargo están ligados tan estrechamente, que es imposible separarlos. En este caso, el amor de Orlando emprendió su vuelo hacia él con su cara blanca descubierta y su liso y adorable cuerpo a la vista. Más y más se acercó, en ráfagas de pura delicia. De pronto (sin duda, al ver a la Archiduquesa) giró en el aire, exhibió su otra cara, se mostró negro, velludo, brutal; y fue el buitre Lujuria, no el Ave del Paraíso, Amor, el que aleteó asqueroso en sus hombros. Por eso huyó, por eso buscó al lacayo.

Pero la harpía no se ahuyenta tan fácilmente. La Archiduquesa continuó hospedándose en casa del panadero, y a Orlando lo asediaron noche y día los más asquerosos fantasmas. En vano había colmado su casa de platería y cubierto de tapicería los muros, cuando en cualquier momento un pájaro encharcado de bosta se le instalaba en el escritorio. Ahí estaba aleteando bajo las sillas; lo veía arrastrarse desgarbado por las galerías. Se colgaba pesadamente del guardafuego. Cuando lo espantaba, volvía y picoteaba los cristales hasta romperlos.

Convencido de que su casa era inhabitable y de que había que tomar medidas para terminar de una vez, hizo lo que cualquier otro joven hubiera hecho en su lugar, y le pidió al Rey Carlos que lo nombrara Embajador Extraordinario en Constantinopla. Él se paseaba por Whitehall con Nell Gwyn del brazo. Ella le tiraba avellanas. Qué desgracia, suspiró la amorosa dama, que semejantes piernas dejen el país.

Pero las Parcas son implacables: sólo un beso pudo tirarle Nell Gwyn a Orlando, antes de la partida.

TRES

Es una verdadera desdicha que tengamos tan poca información sobre esta etapa de la carrera de Orlando, en la que desempeñó un papel importante en la vida pública de su país. Sabemos que se desenvolvió a maravilla, como lo atestiguan su orden del Baño y su Ducado. Sabemos que tuvo voz en alguna de las más delicadas negociaciones entre el Rey Carlos y los turcos —de eso dan fe los tratados en los sótanos del Archivo. Pero la revolución que estalló durante su misión, y el incendio que la siguió, destruyeron o mutilaron todos los documentos que podrían ser fuentes de información, de modo que la que podemos suministrar será lamentablemente incompleta.

A veces en mitad de la frase más importante el papel está chamuscado hasta lo ilegible. En el momento preciso en que estábamos por dilucidar un misterio que ha desesperado cien años a los historiadores, había un agujero en el manuscrito donde cabía el dedo pulgar. Hemos hecho lo posible por compaginar un magno resumen con los fragmentos chamuscados que se salvaron; pero a menudo hemos debido conjeturar, suponer y hasta invocar la imaginación.

La jornada de Orlando, según parece, era más o menos así: a las siete se levantaba, se embozaba en una larga capa turca, encendía un cigarro de hoja y apoyaba los codos en el alféizar. Se quedaba mirando como hechizado la enorme ciudad a sus pies. A esa hora la niebla era tan cerrada que sólo sobrenadaban las cúpulas de Santa Sofía y las otras; con lentitud la niebla las descubría; se veía el firme asiento de esas burbujas; ahí estaba el río; ahí el puente de Gálata; ahí los peregrinos de turbante verde, sin ojos o sin narices, pidiendo limosna; ahí los perros sueltos escarbando la basura; ahí las mujeres veladas; ahí los innumerables burros; ahí los hombres a caballo con palos largos. Muy pronto la ciudad se despertaba en un chasquido de látigo, en un golpeteo de gongs, en las exhortaciones de los muecines, en golpes de rebenque a las muías, en el estrépito de ruedas reforzadas de hierro, mientras olores agrios de levadura, incienso y especias ascendían hasta las alturas de Pera y parecían el aliento mismo de esa estridente turba bárbara y multicolor.

Nada, pensaba Orlando, mirando el asoleado paisaje, se parecía menos a los condados de Surrey y de Kent o a las ciudades de Londres y Tunbridge Wells. A la izquierda y a la derecha, se levantan pedregosas y calvas las inhospitalarias montañas de Asia, con el árido alcázar de algún jefe bandolero en la cumbre; pero sin presbiterio, ni casa solariega, ni cottage, ni encina, olmo, violeta, yedra o eglantina silvestre. No había cercos para que los helechos treparan ni campos de pastoreo para las ovejas. Las casas eran blancas como cáscaras de huevos, y no menos peladas. Orlando se maravillaba de que él, inglés hasta la médula, se regocijara hasta el fondo del corazón con ese panorama salvaje y mirara y remirara esos desfiladeros y esas cumbres lejanas, planeando excursiones a pie, en alturas sólo pisadas por la cabra y por el pastor; y sintiera una apasionada ternura por esas vistosas flores descomunales; y quisiera a los abandonados perros sin dueño más que a los sabuesos de sus jaurías; y aspirara con avidez el agrio y fúerte olor de las calles. Se preguntaba si, en el tiempo de las Cruzadas, algún abuelo suyo no se había enamorado de una labriega circasiana; lo creía posible, imaginaba que su tinte era algo moreno; y, retirándose del balcón, iba a tomar su baño.

Al cabo de una hora, debidamente perfumado, rizado y ungido, era visitado por secretarios y otros altos empleados, que traían uno tras otro cofres colorados, que no cedían sino a su llave de oro. Adentro había papeles de la mayor importancia, de los que sólo quedan fragmentos: una rúbrica, un sello pegado firmemente a una tira de seda quemada. Nada podemos decir de su contenido, sólo podemos asegurar que la tarea de Orlando —el lacre, los sellos, las cintas de diversos colores diversamente atadas, los títulos recopilados en letra grande, las letras grandes adornadas — duraba hasta el almuerzo, espléndido refrigerio de treinta platos.

Después del almuerzo, los lacayos anunciaban que lo esperaba su carroza de seis caballos, y salía a visitar a los otros embajadores y dignatarios, precedidos por Genízaros rojos, que corrían agitando grandes abanicos de plumas de avestruz sobre sus cabezas. La ceremonia era siempre igual. En el patio de honor, los Genízaros golpeaban con los abanicos la puerta principal, que inmediatamente se abría, descubriendo un vasto salón, amueblado espléndidamente. Ahí estaban sentados los personajes, generalmente de distinto sexo. Se cambiaban zalemas y reverencias. En el primer salón, sólo se podía hablar del tiempo. Tras de haber dicho que era seco o lluvioso, caliente o frío, el Embajador pasaba al otro salón, donde otras dos figuras se incorporaban para recibirlo. Allí sólo era lícita la comparación de Constantinopla con Londres como lugar de residencia: naturalmente, el Embajador no ocultaba que prefería

Constantinopla; los otros, naturalmente, preferían Londres, aunque no lo habían visto. En el otro salón, se discutía sin apuro la salud del Rey Carlos y la del Sultán. En el otro se discutía la salud del Embajador y de la esposa del huésped, pero con menos detenimiento. En el otro, el Embajador elogiaba los muebles de su huésped, y el huésped elogiaba el traje del Embajador. En el otro, convidaban con golosinas; el huésped lamentaba su insulsez, el Embajador alababa su dulzura. Daban término final a la ceremonia una pipa indiana y una copa de café; pero aunque los diversos ademanes de fumar y beber se cumplían escrupulosamente, no había tabaco en la pipa, ni café en la copa; ya que si el humo o la infusión hubieran sido reales, no había en la tierra un organismo capaz de tolerarlos. Pues apenas el Embajador había efectuado una de esas visitas, tenía que hacer otra. La misma ceremonia se repetía en el mismo orden, siete u ocho veces consecutivas en las residencias de los otros altos funcionarios, de suerte que era muy común que el Embajador no volviera hasta ya entrada la noche. Aunque Orlando desempeñaba esas tareas a maravilla y jamás discutía que ellas constituyen tal vez el fundamento de las relaciones diplomáticas, es indudable que lo fatigaban y deprimían tan profundamente que prefería comer solo con sus perros. A ellos en verdad les hablaba en su propio idioma. Y a veces, dicen, salía de su palacio a altas horas de la noche; disfrazado para que no lo reconocieran los centinelas. Se perdía entonces en la turba sobre el Puente de Gálata, o recorría los bazares, o se descalzaba para unirse a los fieles en las mezquitas. Cierta vez que se declaró que estaba con fiebre, unos pastores que traían sus cabras al mercado contaron que habían visto a un Lord inglés en la cumbre de la montaña, implorando a su Dios. Se creyó que era Orlando, y que su imploración era, más bien, un poema dicho en voz alta, porque se supo que llevaba consigo, oculto en su capa, un manuscrito lleno de tachaduras; y los sirvientes que escuchaban a su puerta oían que el Embajador, cuando estaba solo, canturreaba algo de una manera extraña.

Con tales fragmentos debemos reconstruir la vida y el carácter de Orlando durante esa época. Quedan hasta el día de hoy rumores, vagas leyendas y anécdotas sin confirmación acerca de la vida de Orlando en Constantinopla (apenas hemos citado unas cuantas) que tienden a probar que poseía, ahora que estaba en la flor de su edad, esa virtud de estimular la imaginación y de atraer la mirada que mantiene fresco un recuerdo, cuando todo lo que pueden obrar las condiciones más duraderas ha sido olvidado.

Esa virtud es misteriosa y en ella colaboran la belleza, el linaje, y otro don más extenso, al que daremos, para darle algún nombre, el de «hechizo». Un millón de luces, como había dicho Sasha, ardían en Orlando, sin que él se tomara el trabajo de encender ni una sola. Se movía como un ciervo, sin la conciencia de sus piernas. Hablaba con su voz natural, y el eco golpeaba un gong de plata. De ahí que lo cercara una mitología. Llegó a ser ídolo de muchas mujeres, y de algunos hombres. No era preciso que hubieran hablado con él, ni que lo hubieran visto: se imaginaban sobre todo, ante un panorama romántico o una puesta de sol —la figura de un noble caballero con medias de seda. Ejercía el mismo poder sobre los humildes y los incultos, que sobre los ricos. Los pastores, los gitanos y los arrieros recuerdan todavía en sus cantares al Lord inglés «que tiró al pozo sus esmeraldas» —alusión inconfundible a Orlando, que una vez, parece que en un rapto de ira o de borrachera, se arrancó las joyas y las tiró a una fuente, de donde un paje las pescó. Pero es sabido que esa atracción romántica suele ir acompañada de una extrema reserva. Orlando no hacía amistades. Hasta donde puede saberse, no se ligó a nadie. Cierta gran dama se vino desde Inglaterra para estar cerca de él y lo abrumó de atenciones, pero él siguió desempeñando sus deberes tan incansablemente, que al cabo de dos años y medio de ser Embajador ante la Sublime Puerta, el Rey Carlos declaró su intención de ascenderlo al más alto rango en la nobleza. Los envidiosos dijeron que ése era el tributo de Nell Gwyn a la memoria de una pierna. Pero como ella lo había visto sólo una vez y en momento en que estaba muy atareada en tirar avellanas a su señor, es probable que el Ducado se debiera a sus méritos, no a sus pantorrillas.

Aquí debemos detenernos, pues hemos arribado a un punto culminante de su carrera. Porque la concesión de esa merced motivó un incidente harto famoso y aun harto discutido, que ahora pasaremos a describir, tomando como podamos el hilo entre papeles quemados y pedazos de sellos. Fue al terminar el gran ayuno de Ramadán cuando la Orden del Baño y la patente de nobleza llegaron en una fragata comandada por Sir Adrián Scrope; y Orlando aprovechó la ocasión para dar la fiesta más espléndida que antes o después ha conocido Constantinopla. La noche era hermosa, la concurrencia enorme, y las ventanas de la Embajada iluminadas brillantemente. Faltan detalles, pues el incendio ha hecho de las suyas con todas las crónicas y no ha perdonado sino fragmentos que dejan en la oscuridad los puntos esenciales. Por el diario de John Ferner Brigge, sin embargo, oficial de la marina inglesa, que estaba entre los invitados, sabemos que personas de todos los países «estaban hacinadas en el patio como arenques en un barril». Eran tantos los apretones que Brigge se trepó a una higuera para observar mejor la función. Circulaba el rumor entre los nativos (he aquí una prueba del misterioso poder de Orlando sobre la imaginación) de que se iba a operar un milagro. «Por consiguiente —escribe Brigge (pero su manuscrito está plagado de agujeros y quemaduras, y algunas frases son del todo ilegibles)— cuando los cohetes empezaron a remontarse, experimentamos una considerable aprensión de que la población nativa se dejara arrebatar... preñada de amargas consecuencias para todos... Señoras inglesas presentes, confieso que llevé la mano a mi sable. Felizmente —prosigue en su estilo un tanto ampuloso—, esos temores parecían por el momento infundados y observando la conducta de los nativos... llegué a la conclusión de que esta demostración de nuestra destreza en el arte de la pirotecnia tenía su valor siquiera para dejar grabada en ellos... la superioridad británica. Realmente el espectáculo era de indescriptible magnificencia. Me encontré, alternativamente, alabando al Señor que había permitido... y deseando que mi pobre madre querida... Por orden del Embajador, las grandes ventanas que son un rasgo tan importante de la arquitectura oriental, pues aunque ignorante en muchos modos... de par en par; y adentro pudimos ver un cuadro vivo o representación teatral en la que damas inglesas y caballeros... representaban una comedia de... No se podían oír las palabras, pero la vista de tantos compatriotas ataviados con tanta distinción y elegancia... suscitaron emociones de las que ciertamente no me abochorno, aunque no puedo... y yo estaba absorto en la contemplación de la pasmosa conducta de Lady R. que era como para atraer la atención general y desacreditar su sexo y su patria, cuando» —por desgracia cedió una rama de la higuera, el teniente Brigge se fue al suelo, y el resto de su relato no registra más que alabanzas a la Providencia (que juega un considerable papel en su diario) y la exacta naturaleza de sus lastimaduras.

Afortunadamente Miss Penélope Hartopp, hija del general de ese nombre, vio de adentro la escena, y la refiere en una carta, muy deteriorada también, que llegó a manos de una amiga en Tunbridge Wells. Miss P. no es menos entusiasta que el bizarro oficial. «Arrebatador —exclama diez veces por página—, maravilloso... más allá de toda ponderación... vajilla de oro... candelabros... negros con calzones de felpa... pirámides de hielo... surtidores de grog... jaleas con la forma de los barcos de Su Majestad...

cisnes en forma de nenúfares... pájaros en jaulas doradas... caballeros de trajes acuchillados de terciopelo rojo... peinados que a lo menos tenían seis pies de altura... cajas de música... Mr. Peregrine dijo que yo estaba divina: sólo a ti te lo cuento, queridísima, porque sé... ¡Ah si hubieran estado todas ustedes!... Muy superior a lo que vimos en el Casino... mares de vino... algunos caballeros indispuestos... Lady Betty un encanto... la pobre Lady Bonham se equivocó y se quiso sentar donde no había silla... todos los caballeros muy galanes... te extrañé mil veces a ti y a mi adorada Betsy... Pero la gran atracción, el imán de todos los ojos... reconocido por todos, porque sólo un espíritu muy vil se atrevería a negarlo, era el mismo Embajador. ¡Qué piernas!, ¡qué porte!, ¡qué modales de príncipe! ¡Verlo entrar en el salón! ¡Verlo salir!, ¡y una expresión tan interesante, que le hace a uno adivinar que ha sufrido! Dicen que una señora tiene la culpa. ¡Monstruo sin corazón! ¡Cómo es posible que alguien del sexo que se llama tierno haya tenido el valor! Es soltero, y todas las damas de aquí están locas por él... Millares y millares de besos a Tom, Gerry, Peter y a la adorada Miau» (su gata probablemente).

De la Gaceta correspondiente copiamos: «Al dar las doce el Embajador apareció en el balcón central que estaba tapizado lujosamente. Seis turcos de la Escolta Imperial, de más de seis pies de altura cada uno, empuñaban antorchas a derecha e izquierda. A su aparición se remontaron cohetes en el aire, y un gran clamor se elevó de la multitud. El Embajador agradeció con un gran saludo y con algunas palabras en lengua turca, que habla con extraordinaria fluidez. Luego Sir Adrián Scrope, con uniforme de gala de Almirante Británico, se adelantó; el Embajador dobló una rodilla; el Almirante rodeó su cuello con el Collar de la Nobilísima Orden del Baño y prendió la Estrella en su pecho; y después otro caballero del cuerpo diplomático se adelantó con dignidad y echó sobre sus hombros el manto ducal, y le entregó, en un almohadón carmesí, la corona ducal».

Al fin, con majestad y gracia extraordinarias, inclinándose primero profundamente, irguiéndose después con orgullo, Orlando tomó el áureo círculo de hojas de fresa y lo ciñó, con un gesto que ninguno de los presentes olvidará, a sus sienes. En ese punto se produjo el primer disturbio. O la gente esperaba un milagro —hay quienes dicen que se había profetizado la caída de una lluvia de oro— que no sucedió, o ésa era la señal convenida para el asalto; nadie lo sabe, pero en el instante preciso en que Orlando se ajustó la corona, se elevó un enorme tumulto. Tañeron las campanas; la voz desentonada de los profetas dominó los gritos del pueblo; muchos turcos se postraron de cara y tocaron la tierra con la frente. Forzaron una puerta. Los nativos invadieron el salón. Las mujeres chillaban. Cierta dama, que estaba loca por Orlando, tomó un candelabro y lo dio contra el suelo. Nadie puede prever las escenas que se habrían producido, a no impedirlo la presencia de Sir Adrián Scrope y de un piquete de marineros ingleses. Pero el Almirante hizo tocar las cornetas; cien marineros se cuadraron; la revuelta fue sofocada y reinó la paz, al menos por el momento.

Pisamos hasta aquí el terreno firme, aunque también estrecho, de la autenticada verdad. Pero nadie ha sabido precisamente lo que sucedió aquella noche. El testimonio de los centinelas y de otras personas, parece demostrar, sin embargo, que no quedaban extraños en la Embajada y que la habían cerrado a las dos de la mañana. Se vio al Embajador, siempre con las insignias de su rango, subir a la habitación y cerrar la puerta. Algunos dicen que la cerró con llave, cosa que nunca hacía. Otros sostienen que más tarde escucharon en el patio, bajo la ventana del Embajador, una música rústica de las que suelen ejecutar los pastores. Una lavandera, a la que no dejaba dormir un dolor de muelas, dijo que vio salir un hombre al balcón, envuelto en una capa o bata. Después, dijo, una mujer muy embozada, pero con aire de paisana, subió por una cuerda que el hombre del balcón le tendió. Ahí, dijo la lavandera, se abrazaron con pasión «como amantes» y entraron juntos a la pieza, corriendo las cortinas, de suerte que ya no pudo ver más.

Al día siguiente los secretarios del Duque (como debemos llamarlo ahora) lo hallaron profundamente dormido y la ropa de cama toda revuelta. Se notaba cierto desorden: la corona tirada por el suelo, el Manto y la Liga en un montón sobre una silla. La mesa estaba llena de papeles. Nada sospecharon al comienzo, pues las fatigas de la noche habían sido grandes. Pero como al llegar la tarde seguía durmiendo, mandaron buscar un médico. Aplicó los remedios que se habían ensayado la otra vez —emplastos, ortigas, eméticos— pero sin éxito. Orlando seguía durmiendo. Los secretarios creyeron de su deber examinar los papeles sobre la mesa. Muchos estaban borrados de versos, que aludían con frecuencia a una encina. Había también algunos documentos oficiales y otros de carácter particular sobre el manejo de sus propiedades en Inglaterra. Pero al fin dieron con un documento mucho más significativo. Era nada menos que un acta de matrimonio, asentada, firmada y autorizada por testigos entre Su

Señoría Orlando, Caballero de la Jarretera, etc., etc., etc., y Rosina Pepita, bailarina, hija de padre desconocido, pero que se supone gitano, y de madre también desconocida, pero que se supone vendedora de fierro viejo en el mercado frente al Puente de Gálata. Los secretarios se miraron consternados. Orlando seguía durmiendo. Día y noche lo velaron, pero sólo daba señales de vida su respiración regular y el profundo carmín de sus mejillas. Cuanto la ciencia o el ingenio pudieron idear para despertarlo, se hizo; pero seguía durmiendo. El séptimo día de su letargo (jueves, 10 de mayo) se disparó el primer tiro de esa terrible y sangrienta insurrección cuyos primeros síntomas recogió el Teniente Brigge. Los turcos se rebelaron contra el Sultán, prendieron fuego a la ciudad y degollaron o acabaron a azotes a cuanto extranjero encontraron. Algunos ingleses lograron escapar; pero, como era de esperarse, los caballeros de la Embajada Británica prefirieron morir en defensa de sus valijas coloradas, o en caso extremo, tragarse los manojos de llaves antes que dejarlos caer en manos del Infiel. Los revoltosos irrumpieron en el cuarto de Orlando, pero suponiéndolo muerto lo dejaron intacto y sólo le robaron su corona y las insignias de la Jarretera.

¡Y ahora de nuevo desciende la oscuridad, y ojalá fuera más profunda! ¡Ojalá fuera, casi podríamos exclamar desde el fondo de nuestros corazones, tan profunda que su opacidad no nos permitiera ver nada! ¡Ojalá pudiéramos ahora empuñar la pluma y escribir la palabra fin! Ojalá pudiéramos ocultar al lector el conocimiento de lo que sigue y decirle en breves palabras: Orlando falleció y lo enterraron. Pero aquí, ¡ay de mí!, la Verdad, la Franqueza y la Honradez, austeras diosas que hacen la guardia junto al tintero del biógrafo, gritan: ¡La Verdad!, y por tercera vez retumban en concierto: ¡La Verdad y sólo la Verdad!

Entonces —¡alabado sea Dios!, porque nos concede un respiro— las puertas se abren suavemente, como si las desuniera el aliento más suave y más santo de los céfiros, y tres figuras aparecen. La primera es Nuestra Señora de la Pureza: bandas de lana del cordero más blanco ciñen sus sienes, su cabellera es como una avalancha de polvo de nieve; en su mano reposa la pluma blanca de una gansa virgen. La sigue, pero con un paso más digno, Nuestra Señora de la Castidad: una diadema de carámbanos la corona como una torre de fuego eterno resplandeciente; sus ojos son estrellas puras, y el roce de sus dedos hiela hasta la médula. Siguiéndola de cerca, amparada en la sombra de sus majestuosas hermanas, entra Nuestra

Señora de la Modestia, la más frágil y bella de las tres; su cara se entrevé como la luna nueva cuando es delgada y tiene forma de hoz y quieren ocultarla las nubes. Las tres avanzan hacia el medio del cuarto donde Orlando sigue durmiendo, y con ademanes que a la vez imploran y ordenan, Nuestra Señora de la Pureza habla antes que las otras:

—Soy la que guarda el sueño del cervatillo; me gustan la nieve y la luna que nace y el mar de plata. Con mi ropaje cubro los huevos de la gallina overa y la rayada concha marina; cubro la pobreza y el vicio. Sobre todas las cosas quebradizas o dudosas u oscuras, dejo caer mi velo. Por consiguiente, no reveles, no hables. ¡Piedad, oh, piedad! Aquí retumban las trompetas. —¡Vete, Pureza! ¡Pureza, vete! Habla entonces Nuestra Señora de la Castidad: —Soy aquella divinidad cuyo contacto hiela y cuya mirada petrifica. He detenido el baile de la estrella y la caída de la ola. En las más altas cumbres de los Alpes hago mi habitación.

Cuando paso brotan de mi cabellera relámpagos; mis ojos matan lo que miran. Antes que permitir que Orlando despierte, lo helaré hasta los huesos. ¡Piedad, oh, piedad!

Aquí retumban las trompetas.

—¡Vete, Castidad! ¡Castidad, vete!

Habló entonces Nuestra Señora de la Modestia, en voz tan baja que uno apenas la oía:

—Soy aquella divinidad que los hombres llaman Modestia. Soy virgen y siempre lo seré. Lejos de mí los campos fecundos y el viñedo fértil. Detesto el crecimiento, y cuando las manzanas cuajan o los rebaños se multiplican, huyo, huyo; dejo caer mi manto. La cabellera me tapa los ojos; no veo. ¡Piedad, oh, piedad!

Otra vez retumban las trompetas:

—¡Vete, Modestia! ¡Modestia, vete!

Con gestos de tristeza y lamento las tres se dan la mano y bailan despacio, agitando sus velos y cantando:

—Verdad, no salgas de tu obscena caverna. Húndete más abajo, horrible Verdad. Tú exhibes a la luz brutal del sol cosas que más valiera ignorar; actos que más valiera no hacer. Descubres lo vergonzoso; aclaras lo oscuro. Ocúltate, ocúltate, ocúltate.» —(Aquí hacen el ademán de cubrir a Orlando con sus velos.) Las trompetas, mientras, retumban—: «La Verdad y sólo la Verdad. —Las Hermanas intentan ahogar con velos las voces de las trompetas, pero en vano, pues ahora todas las trompetas retumban en coro —: Hermanas horribles, partid.

Las Hermanas se desconsuelan y lloran al unísono, siempre bailando en rueda y agitando sus velos de arriba abajo.

—No siempre ha sido así. Pero los hombres ya no nos necesitan; las mujeres nos aborrecen. Nos vamos, nos vamos. Yo (dice la Pureza) a los palos del gallinero. Yo (dice la Modestia) a cualquier discreto rincón donde abunden la hiedra y las cortinas.

»Pues ahí, no aquí —(todas hablan a un tiempo, tomadas de las manos y haciendo ademanes de desesperación y de adiós hacia el lecho en que duerme Orlando)— siguen morando en nidos y en boudoirs, en cortes de justicia y en oficinas los que nos aman; los que nos honran, vírgenes y hombres de negocios; abogados y médicos; los que prohiben, los que niegan, los que respetan sin saber por qué, los que alaban sin comprender; la todavía muy numerosa (alabado sea Dios) tribu de los decentes; que prefieren no ver; anhelan no saber; aman la oscuridad; ésos todavía nos adoran, y con razón; porque les hemos dado Riqueza, Prosperidad, Comodidad, Holgura. Te abandonamos, regresamos a ellos. ¡Vamos, Hermanas, vamos! Éste no es lugar para nosotras.

Se retiran de prisa, agitando los velos sobre sus cabezas, como para excluir algo que no se atreven a mirar, y cierran la puerta al salir.

Henos aquí, por consiguiente, solos y abandonados en el cuarto con Orlando que duerme y con las trompetas. Las trompetas en fila emiten un terrible estruendo, uno solo: ¡la verdad! Y Orlando se despertó. Se estiró. Se paró. Se irguió con completa desnudez, ante nuestros ojos y mientras las trompetas rugían: ¡Verdad! ¡Verdad! ¡Verdad!

Debemos confesarlo: era una mujer.

La voz de las trompetas se apagó y Orlando quedó desnudo.

Nadie, desde que el mundo comenzó, ha sido más hermoso. Sus formas combinaban la fuerza del hombre, y la gracia de la mujer. Mientras estaba ahí, de pie, las trompetas de plata prolongaron su nota, como si les doliera abandonar la bella visión que había provocado su estruendo; y la Castidad, la Pureza y la Modestia, inspiradas, sin duda, por la Curiosidad, espiaron por la puerta y arrojaron a la forma desnuda una especie de toalla que, desgraciadamente, le erró por unos centímetros. Sin inmutarse, Orlando se miró de arriba abajo en un gran espejo y se retiró, seguramente al cuarto de baño.

Podemos aprovechar esta pausa para hacer algunas declaraciones. Orlando se había transformado en una mujer —inútil negarlo. Pero, en todo lo demás, Orlando era el mismo. El cambio de sexo modificaba su porvenir, no su identidad. Su cara, como lo pueden demostrar sus retratos, era la misma. Su memoria podía remontar sin obstáculos el curso de su vida pasada. Alguna leve vaguedad puede haber habido, como si algunas gotas oscuras enturbiaran el claro estanque de la memoria; algunos hechos estaban un poco desdibujados: eso era todo. El cambio se había operado sin dolor y minuciosamente y de manera tan perfecta que la misma Orlando no se extrañó. Muchas personas, en vista de lo anterior, y de que tales cambios de sexo son anormales, se han esforzado en demostrar (a) que Orlando había sido siempre una mujer (b) que Orlando es ahora un hombre. Biólogos y psicólogos resolverán. Bástenos formular el hecho directo: Orlando fue varón hasta los treinta años; entonces se volvió mujer y ha seguido siéndolo.

Que otras plumas traten del sexo y de la sexualidad; en cuanto a nosotros, dejemos ese odioso tema lo más pronto posible. Orlando, ahora, se había lavado y vestido con esas casacas y bombachas turcas que sirven indiferentemente para uno y otro sexo; y tuvo que enfrentar su situación. Todo lector que haya seguido con alguna simpatía su historia, convendrá en que esa situación era de lo más precaria y molesta. Joven, noble y hermosa, Orlando se encontraba en un trance delicadísimo para una joven dama de alcurnia. No la censuraríamos si hubiera llamado, si hubiera llorado, si hubiera sufrido un desmayo. Pero Orlando no se inmutó. Todos sus actos fueron de lo más reposados, tanto que parecían premeditados. Primero, revisó cuidadosamente los papeles que había en la mesa; tomó los que parecían escritos en verso y los ocultó en su seno; luego silbó a su lebrel (que estaba medio muerto de hambre, pues en todos esos días no se había movido de su lado), le dio de comer y le alisó el pelo; luego se puso al cinto un par de pistolas; y finalmente se ciñó algunas sartas de finísimas esmeraldas y perlas que habían formado parte de su guardarropa de Embajador. Hecho esto, se asomó a la ventana, silbó con cautela, y bajó la escalera destrozada y ensangrentada, llena de papeles, tratados, despachos, sellos, barras de lacre, etcétera, y salió al patio. Ahí, a la sombra de una higuera gigante, aguardaba un gitano viejo en un burro. Tenía otro de la brida. Orlando lo montó de un brinco; y así escoltado por un perro famélico, cabalgando un burro, y acompañado por un gitano, el Embajador de Gran Bretaña ante la Corte del Sultán salió de Constantinopla.

Viajaron varios días y varias noches y tuvieron diversas aventuras, algunas con hombres, otras con la naturaleza, y en todas ellas Orlando demostró su valor. Antes de una semana habían alcanzado las tierras altas que dominan a Brussa, entonces campamento general de la tribu gitana a la que Orlando se había ligado. Más de una vez había mirado esas montañas desde su balcón en la Embajada; más de una vez había deseado estar ahí; y encontrarse donde vino ha deseado estar, siempre es materia de reflexión para un espíritu pensativo. Por algún tiempo, sin embargo, el cambio la alegraba demasiado para echarlo a perder con meditaciones. Le bastaba el placer de no sellar o firmar documentos, de no decorar letras mayúsculas, de no pagar visitas. Los gitanos seguían el pasto; cuando ya no quedaba más, se mudaban. Orlando se lavaba en los arroyos, si es que se lavaba; nadie le presentaba una valija, colorada, verde o azul; no había en todo el campamento una sola llave, y menos una llave de oro; en cuanto a «visitar», hasta la palabra ignoraban. Ordeñaba las cabras; juntaba leña, robaba huevos de gallina, de vez en cuando, pero siempre dejaba en su lugar una perla o una moneda; arreaba el ganado; cortaba los racimos, pisaba la uva: colmaba la bota de cuero y bebía en ella, y cuando recordaba que a esa hora del día hubiera estado haciendo el aparato de fumar una pipa descargada y de beber una taza vacía, se reía a carcajadas, se cortaba otra rebanada de pan y pedía una pitada de la pipa del viejo Rustem, aunque ésta sólo contenía bosta de vaca.

Los gitanos —ya sin duda en comunicación secreta con Orlando antes de la revolución— parecen haberla considerado como a una de ellos (siempre el homenaje más alto que un país puede hacer), y su pelo oscuro y su tez morena dejaban suponer que era realmente de su raza, y que había sido arrebatada por un Duque Inglés de un nogal, cuando era apenas una criatura, y llevada a esta tierra bárbara, donde las personas viven en casas porque son demasiado débiles y enfermizas para soportar el aire libre. Así, aunque inferior a ellos en tantas cosas, estaban listos a educarla para que se les pareciera algo más; le enseñaron las artes de hacer queso y tejer canastos, su ciencia de robar y cazar pájaros, y hasta pensaban que algún día le permitirían casarse con uno de la tribu.

Pero Orlando había adquirido en Inglaterra alguna de las costumbres o enfermedades (como quieran llamarlas) que, según parece, no tienen cura.

Una tarde, cuando estaban todos sentados alrededor del fuego y el cielo del ocaso resplandecía sobre los montes de Tesalia, Orlando exclamó:

—¡Qué bueno para comer!

(Los gitanos no tienen palabra para «bello». Esto es lo más aproximado.)

Los muchachos se rieron a carcajadas. ¡El cielo bueno para comer! Los viejos, sin embargo, que sabían algo más de extranjeros, empezaron a recelar. Descubrieron que Orlando se pasaba las horas sin hacer absolutamente nada, salvo mirar acá y allá; la sorprendieron en la cumbre de una colina con los ojos fijos en el horizonte, sin preocuparse de si las cabras pastaban o se extraviaban. Dieron en sospechar que tenía otras creencias que las suyas, y los hombres y las mujeres de más edad pensaron que tal vez había caído entre las garras del más vil y cruel de los Dioses, que es la Naturaleza. No estaban muy equivocados. El mal inglés, el amor de la Naturaleza, era innato en ella, y aquí donde la naturaleza era más vasta y poderosa que en Inglaterra, la dominó con más fuerza que antes. El mal es harto conocido y demasiadas plumas, ¡ay de mí!, lo han descrito para que lo describa otra vez, salvo con suma brevedad.

Había montañas, valles, torrentes. Ella trepaba las montañas; erraba por los valles, se sentaba a la orilla de los torrentes. Comparaba las colinas con baluartes, con el pecho de las palomas, con el anca de las terneras. Comparaba las flores con el esmalte, el césped a las alfombras turcas adelgazadas por el uso. Los árboles eran brujas decrépitas, las ovejas peñas grises. Cada cosa, en efecto, era otra cosa. Encontró la laguna en la cumbre de la montaña, y estuvo por tirarse al fondo para descubrir la sabiduría que le parecía oculta en ese lugar; y cuando desde la cumbre divisó a lo lejos, sobre el Mar de Mármara, las llanuras de Grecia, y distinguió (su vista era admirable) la Acrópolis con una o dos manchitas blancas que eran, sin duda, el Partenón, su alma se agrandó con sus ojos e imploró el don de compartir la majestad de las colinas, conocer la serenidad de las llanuras, etc., como lo hacen esos creyentes. Luego, a sus pies, el jacinto rojo, el iris de púrpura, le hacían prorrumpir en un grito de éxtasis ante la bondad, la hermosura de la naturaleza; elevando otra vez los ojos veía planear el águila y se figuraba sus arrebatos y se identificaba con ellos. Al volver, saludaba cada estrella, cada cumbre y cada fogata como si fueran mensajes para ella sola, y al fin, cuando se tiraba en su estera en la tienda de los gitanos, no podía contenerse y repetía: ¡Qué bueno para comer! ¡Qué bueno para comer! (Es muy curioso que los seres humanos, a pesar de tener medios tan imperfectos de comunicación, que sólo pueden decir «bueno para comer» por «bello» y viceversa, prefieran, sin embargo, sufrir la incomprensión y el ridículo a guardar silencio.) Todos los gitanos jóvenes rieron. Pero Rustem el Sadi, el viejo que sacó a Orlando de Constantinopla en su burro, se quedó silencioso. Su nariz era igual a una cimitarra; en sus mejillas había surcos que parecían la obra secular de un granizo de hierro; era moreno y de ojos vivos; y al chupar el tubo del narguile observaba estrechamente a Orlando. Tenía fuertes sospechas de que su Dios era la Naturaleza. Un día la encontró con los ojos llenos de lágrimas. Interpretándolas como un signo de que la había castigado su Dios, le dijo que eso no lo asombraba. Le mostró los dedos de su mano izquierda ardidos por la escarcha; le mostró su pie derecho aplastado por una roca. Eso, le dijo, es lo que tu Dios hace con los hombres. Cuando ella repitió: «pero es tan bello», usando de la palabra inglesa, él sacudió la cabeza; y se enojó cuando ella volvió a repetirlo. Vio que la fe de Orlando no era su fe, y eso lo enfureció, aunque era tan antiguo y tan sabio.

Esa divergencia preocupó a Orlando, que hasta ese momento había sido absolutamente feliz. Dio en cavilar si la Naturaleza era bella o cruel; y luego se preguntó qué era esa belleza; si estaba en las cosas mismas o sólo en ella, y así pasó al problema de la realidad, que la condujo al de la verdad, que a su vez la condujo al Amor, la Amistad y la Poesía (como antes en la colina del roble); meditaciones de las que no podía comunicar una sola palabra y que le hicieron anhelar, como nunca, una pluma y un tintero.

«¡Quién pudiera escribir!», gritaba (pues tenía el prejuicio literario de que las palabras escritas son palabras compartidas). Le faltaba tinta y apenas tenía papel. Pero hizo tinta con moras y vino, y aprovechando los espacios en blanco y los márgenes del manuscrito de «La Encina», logró, mediante una especie de taquigrafía, describir el paisaje en un largo poema de verso libre y redactar un diálogo consigo misma sobre el problema de lo Verdadero y lo Bello. Esto la distrajo por un sinfín de horas. Pero los gitanos desconfiaban. Notaron, en primer lugar, su creciente incapacidad en las tareas de ordeñar y hacer quesos; luego, que vacilaba antes de contestar; y una vez, un chico gitano que dormía, se despertó aterrado, bajo la mirada fija de Orlando. La tribu entera —varias docenas de hombres y mujeres adultos— solía compartir ese malestar. Nacía de la impresión (y sus impresiones son muy sutiles y superan en mucho su vocabulario) de que cuanto estaban haciendo se les desmenuzaba en las manos como ceniza. Una vieja que tejía una canasta, un muchacho que desollaba una oveja, estaban tarareando o cantando tranquilamente, cuando Orlando llegaba al campamento y se tiraba al lado del fuego a mirar las llamas. Ellos inmediatamente sentían: Aquí hay alguien que duda (estamos traduciendo libremente del idioma gitano), alguien que no obra por obrar, ni mira por mirar; alguien que descree de los cueros de ovejas y de las canastas; alguien que está viendo (aquellos ojos tenebrosos recorrían la carpa) otra cosa. Entonces una sensación vaga, pero de lo más desagradable, cundía en la vieja, en el muchacho. Se les rompían las varas de mimbre; se cortaban los dedos. Una gran rabia los colmaba. Deseaban que Orlando dejara la carpa y no volviera nunca más. Admitían, sin embargo, que era muy animada y servicial, y que una sola de sus perlas bastaba para comprar la mejor majada de cabras de Brussa.

Poco a poco, Orlando se dio cuenta de que no era idéntica a los gitanos y llegó a vacilar en su decisión de casarse con uno de ellos y establecerse ahí para siempre. Al principio quiso explicárselo, razonando que ella era hija de una raza antigua y civilizada, y que los gitanos eran un pueblo ignorante, apenas superior a los salvajes. Una noche que la interrogaban sobre Inglaterra, no pudo menos que describir con orgullo su casa natal, sus trescientos sesenta y cinco dormitorios y el hecho de que hacía cuatrocientos o quinientos años que estaba en posesión de su familia. Sus antepasados eran condes, y hasta duques, agregó. Al decir esto, notó que los gitanos estaban incómodos; pero no irritados como ante sus elogios anteriores de la naturaleza. Ahora estaban corteses, pero molestos como se ponen las personas bien educadas cuando un forastero declara su pobreza o su origen humilde. Rustem la siguió al salir de la carpa y le dijo que no se preocupara de que su padre fuera un Duque y poseyera todos esos dormitorios y muebles. Nadie, por eso, pensaría mal de ella. Orlando nunca había sentido tanta vergüenza. Entendió que Rustem y los otros gitanos consideraban que una ascendencia de cuatrocientos o quinientos años era menos que modesta. La de ellos remontaba por lo menos a dos mil o tres mil. Para el gitano, cuyos antepasados habían levantado las Pirámides siglos antes del nacimiento de Cristo, ni mejor ni peor que la de los Smith y los Jones: ambas eran insignificantes. Además, en un medio en que el último pastorcito es de tan antigua estirpe, nada hay especialmente memorable o deseable en un viejo linaje: los vagabundos y los pordioseros lo tienen. Y, aunque era demasiado cortés para decirlo abiertamente, era evidente que el gitano pensaba que ninguna ambición es más vulgar que la de poseer cientos de dormitorios (estaban en la cumbre de una colina, era de noche; las montañas crecían alrededor) cuando la tierra entera es nuestra. Desde el punto de vista gitano, un Duque, entendió Orlando, era una especie de logrero o ladrón que había arrebatado tierra y dinero a quienes la desdeñan, y que no había pensado en nada más ingenioso que en edificar trescientos sesenta y cinco dormitorios cuando basta con uno, y ese uno está de más. No podía negar que sus mayores habían acumulado campo sobre campo, casa sobre casa, dignidad sobre dignidad; pero que ninguno había sido un héroe o un santo o un bienhechor del género humano. Tampoco podía dejar de reconocer (Rustem era demasiado caballero para insistir, pero ella comprendió) que cualquier hombre que hiciera ahora lo que sus antepasados habían hecho trescientos o cuatrocientos años antes, sería considerado —sobre todo por su propia familia— un arribista, un intruso, un aventurero, un nouveau riche.

Trató de contrarrestar esos argumentos con el método habitual aunque oblicuo de imputar a la vida de los gitanos rudeza y barbarie; y así, en muy poco tiempo, hubo mala sangre y hostilidad. Lo cierto es que esas diferencias de opinión suelen engendrar sangrientas revoluciones. Por menos han entrado a saco en ciudades, y un millón de mártires ha preferido morir en el tormento a ceder una pulgada de su parecer. No hay, en el tumultuoso pecho del hombre, una pasión más fuerte que la de imponer su creencia a los otros. Nada puede secar la raíz de su dicha y llenarla de ira como saber que otro desprecia lo que él venera. Whigs y Tories, Liberales y Laboristas —¿qué razón les mueve a guerrear sino su prestigio? No es el amor de la verdad sino el deseo de prevalecer el que opone un barrio a otro barrio y hace que una parroquia premedite la ruina de otra parroquia. Todos prefieren la paz de espíritu y la sujeción de los otros al triunfo de la verdad y a la apoteosis de la virtud —pero esas moralidades pertenecen al historiador, y debemos dejárselas, porque son más aburridas que un día de lluvia.

—Cuatrocientos setenta y seis dormitorios no significan nada para ellos —suspiraba Orlando.

—Una puesta de sol le gusta más que una majada de cabras —decían los gitanos.

Orlando no sabía qué hacer. Dejar los gitanos y ser de nuevo un Embajador le parecía intolerable. No menos imposible, sin embargo, era quedarse para siempre en un punto donde no había ni tinta ni papel, ni reverencia por los Talbot, ni respeto por una multitud de dormitorios. Eso pensaba, una mañana de sol en la ladera del Monte Athos, mientras apacentaba sus cabras. La Naturaleza, en la que ella había puesto tanta fe, le gastó una broma o hizo un milagro. Las opiniones vuelven a diferir y no sabemos a qué atenernos. Orlando estaba contemplando, con algún desconsuelo, el violento declive de la colina. Promediaba el verano, y si tuviéramos que comparar con algo el paisaje, sería con un hueso seco; con la osamenta de una oveja, con una calavera gigantesca pelada por mil buitres. El calor era intenso y la raquítica higuera bajo la cual yacía Orlando, sólo servía para imprimir un dibujo de hojas en su ligero albornoz.

De golpe una sombra, aunque nada podía proyectar una sombra, apareció en la desnuda montaña de enfrente. Se ahondó en seguida, y pronto un hueco verde sustituyó la roca pelada. Ante sus ojos el hueco se agrandó y se oscureció, y un gran espacio, como un parque, se abrió en el flanco de la colina. Adentro, ella vio un prado firme y ondulante; vio encinas salpicadas aquí y allá; vio los tordos que saltaban de rama en rama. Vio el delicado paso del ciervo de una sombra a otra sombra; oyó el zumbar de los insectos y los suaves suspiros y escalofríos de un día de verano en Inglaterra. Al rato de mirar, empezó a caer la nieve; pronto el paisaje entero se cubrió de sombras moradas en vez de manchas amarillas de sol. Vio carros pesados que venían por los caminos, cargados de troncos de árboles, acarreados, ella bien lo sabía, para hacer leña; y entonces aparecieron los tejados y las almenas y las torres y los patios de su propia casa. Estaba nevando fuerte y oyó sobre el tejado el roce de la nieve que se desliza y cae al suelo. El humo subía de mil chimeneas. Ahora, todo era tan claro y tan nítido que pudo ver una corneja picoteando la nieve en busca de gusanos. Después, gradualmente, las sombras moradas se espesaron y taparon los carros y los prados y la gran casa. Se lo tragaron todo. Nada quedó del hueco pastoso, y en lugar de los verdes prados estaba la montaña deslumbrante que parecía pelada por mil buitres. Orlando se deshizo en llanto y, volviendo al campamento de los gitanos, les dijo que se embarcaba para Inglaterra al día siguiente.

Hizo muy bien. Ya los más jóvenes habían tramado su muerte. Parece que el honor lo exigía, ya que Orlando no pensaba como ellos. Sin embargo, les hubiera dolido degollarla; y la noticia de su viaje los alegró. Quiso la buena suerte que un barco mercante inglés ya estuviera a la vela en la bahía; y Orlando, desprendiéndose de otra perla de su collar, no sólo pagó su pasaje, sino que le quedaron unos billetes en la escarcela. Hubiera querido regalárselos a los gitanos. Pero sabía que despreciaban el dinero; y se tuvo que contentar con abrazos que (de parte de ella) no eran fingidos.

CUATRO

Con algunas de las guineas que le quedaron después de vender la décima perla de su collar, Orlando había comprado un ajuar completo de mujer a la moda de la época, y vestida como una joven inglesa de alcurnia la encontramos ahora en la cubierta de la Enamoured Lady. Es raro, pero es cierto: hasta ese momento, apenas había pensado en su sexo. Quizá las bombachas turcas la habían distraído; y las gitanas, salvo en algún detalle importante, difieren poquísimo de los gitanos. Sea lo que fuere, sólo cuando sintió que las faldas se le enredaban en las piernas y el galante Capitán ordenó que le armaran en la cubierta un toldo especial, sólo entonces, decimos, comprendió sobresaltada las responsabilidades y los privilegios de su condición. Pero ese sobresalto no era el que hubiéramos podido prever.

Queremos decir que no lo causaba la simple y sola idea de su pureza y cómo defenderla. En circunstancias normales una muchacha linda y sola no hubiera pensado en otra cosa: el edificio entero de la moral femenina descansa en esa piedra fundamental; la pureza es su joya, su eje central, que deben proteger hasta la locura y a cuya pérdida no deben sobrevivir. Pero si durante treinta años uno ha sido hombre, y para colmo Embajador, si uno ha tenido una Reina entre sus brazos y una o dos damas de menor alcurnia (según dicen las crónicas), si uno se ha casado con una Rosina Pepita, etcétera, etcétera, el sobresalto no es tal vez tan terrible. El sobresalto de Orlando era de naturaleza muy complicada, y no lo podemos definir en un santiamén. Nadie, en verdad, la acusó nunca de ser una de esas mentes atropelladas que agotan los problemas en un minuto. Necesitó todo el viaje para desentrañar el sentido de su sobresalto. Nosotros la seguiremos, ajustándonos a su paso.

«Señor —pensó, al recobrarse, desperezándose bajo el toldo—, qué vida más holgazana y más linda. Pero —pensó dando un puntapié—, qué peste son estas faldas en los talones. Pero la tela (brocato floreado) es la más deliciosa del mundo. Nunca he visto mi piel (puso la mano en la rodilla) lucir como ahora. ¿Podría, sin embargo, saltar por la borda y nadar con semejante ropa? ¡No! Luego tendría que confiarme a un marinero. ¿La idea me molesta? ¿Sí o no?...», se preguntó, encontrando aquí el primer nudo en el hilo parejo de su argumento.

Llegó la hora de cenar y no lo había desatado, y fue el Capitán en persona —el Capitán Nicholas Benedict Bartolus, un marino de tipo distinguido— el que lo desató al servirle una tajada de carne salada.

«¿Un poco de gordura, señora? —le preguntó—. Permítame servirle una rebanadita del tamaño de la uña.» Bastaron esas palabras, para que la recorriera un delicioso temblor. Hubo un cantar de pájaros, hubo una precipitación de torrentes. Reconoció la indescriptible delicia de la primera vez que vio a Sasha, hace cien años. Entonces era el perseguidor, ahora la fugitiva. ¿Cuál es el éxtasis mayor? ¿El de la mujer o el del hombre? ¿No son acaso el mismo? No, pensó, éste es más delicioso (agradeciendo al Capitán y rehusando); rehusar y verlo triste. Bueno, si él insistía, ella aceptaría una rebanadita, pero casi invisible. Esto era lo más delicioso; ceder y verlo sonreír. «Porque nada —pensó, volviendo a su lugar en la cubierta, y prosiguiendo el diálogo—, es tan celestial como resistir y ceder; ceder y resistir. Nada como esto para inundar de felicidad nuestras almas. De modo —continuó—, que a lo mejor me tiro por la borda, por el solo gusto de que un marinero me salve».

(Debemos recordar que era como un niño, que toma posesión de un jardín o de un armario de juguetes: sus razonamientos no podían ser los de una mujer ya madura que ha disfrutado de esas cosas toda su vida.)

«¿Pero qué nombre teníamos los muchachos, los guardias marinos de Marie-Rose, para las mujeres que se tiraban al agua por el gusto de que las salvara un marinero? —se preguntó—. Teníamos un nombre. ¡Ah! ya me acuerdo... (Pero debemos omitir ese nombre; era de lo más insolente y del todo anormal en labios de una dama.) ¡Señor! ¡Señor! —volvió a gritar a esta altura de sus pensamientos—, ¿deberé resignarme a respetar la opinión del sexo contrario, por monstruosa que sea? Si llevo faldas, si no puedo nadar, si quiero que me salve un marinero, ¡por Dios! —gritó—, no tengo más remedio». Eso la ensombreció. Franca por naturaleza, y enemiga de todo disimulo, le fastidiaba decir mentiras. Mentir le parecía inhábil y trabajoso. Pero, reflexionó, el brocato floreado —el gusto de ser salvada por un marinero—, si para obtener esas cosas hay que recurrir a un procedimiento inhábil y trabajoso, a ese procedimiento recurriré. Recordó cómo de muchacho había exigido que las mujeres fueran sumisas, castas, perfumadas y exquisitamente ataviadas. «Ahora deberé padecer en carne propia esas exigencias —pensó—, porque las mujeres no son (a juzgar por mí misma) naturalmente sumisas, castas, perfumadas y exquisitamente ataviadas. Sólo una disciplina aburridísima les otorga esas gracias, sin las cuales no pueden conocer ninguno de los goces de la vida. Hay que peinarse —pensó—, y sólo eso me tomaría una hora cada mañana, hay que mirarse el corsé: hay que lavarse y empolvarse; hay que pasar de la seda al encaje, y del encaje al brocado; hay que ser casta todo el año... —Aquí agitó el pie con impaciencia y mostró una o dos pulgadas de pantorrilla. En el mástil, un marinero que miraba por casualidad, casi perdió pie; y se salvó en un hilo—. Si el espectáculo de mis tobillos es una sentencia de muerte para un sujeto honrado que, sin duda, tiene mujer y familia que mantener, mi obligación es ocultarlos —resolvió Orlando. Sin embargo, sus piernas no eran el menor de sus atractivos. Y dio en pensar a qué punto habíamos llegado, cuando una mujer tiene que ocultar su belleza para que un marinero no se caiga del palo mayor—. ¡Que se los coma la viruela!», opinó, descubriendo al fin, lo que en otras circunstancias le hubieran enseñado desde niña: es decir, las responsabilidades sagradas de la mujer.

«Y ése es el último terno que podré echar —pensó—, en cuanto pise tierra inglesa. Y no podré partirle la cabeza a un hombre o decirle miente su boca, o desenvainar la espada y atravesarlo, o sentarme en el Parlamento, o usar corona, o figurar en una procesión, o firmar una sentencia de muerte, o mandar un ejército, o caracolear por Whitehall en un corcel de guerra, o lucir en mi pecho setenta y dos medallas distintas. Sólo me será permitido, en cuanto haya pisado el suelo de Inglaterra, servir el té y preguntar a mis señores cómo les gusta. ¿Azúcar?, ¿leche?» Y al ensayar esas palabras, le horrorizó advertir la baja opinión que ya se había formado del sexo opuesto, al que había pertenecido con tanto orgullo. «Caerse de un mástil —pensó—, porque una mujer muestra los tobillos; disfrazarse de mamarracho y desfilar por la calle para que las mujeres lo admiren; negar instrucción a la mujer para que no se ría de uno; ser el esclavo de la falda más insignificante, y, sin embargo, pavonearse como si fueran los Reyes de la creación. ¡Cielos! —pensó—, ¡qué tontas nos hacen, qué tontas somos!.» Y aquí parecía por cierta ambigüedad en sus términos que condenara a los dos sexos imparcialmente, como si no perteneciera a ninguno; y en efecto, vacilaba en ese momento: era varón, era mujer, sabía los secretos, compartía las flaquezas de los dos. Era un estado de alma vertiginoso. Los consuelos de la ignorancia le estaban velados. Orlando era una pluma en el viento. Nada de raro que al oponer un sexo al otro, y hallarlos alternadamente llenos de las más deplorables imperfecciones, y al no saber muy bien a qué sexo pertenecía —nada de raro que estuviera a punto de gritar que iba a regresar a Turquía y ser de nuevo una gitana, cuando el ancla con mucho estrépito golpeó el mar, las velas rodaron por la cubierta, y ella advirtió (tan sumida estaba en sus cavilaciones que no había visto nada por varios días) que la Enamoured Lady había anclado en la costa de Italia. El capitán solicitó en el acto el honor de su compañía para bajar a tierra en su bote.

Cuando regresó al día siguiente, se estiró en su hamaca, bajo el toldo, arregló los pliegues de su falda con el mayor recato alrededor de sus tobillos.

«Por pobres e ignorantes que seamos comparadas con el otro sexo —pensó, continuando la oración que dejó inconclusa días pasados—, armados de pies a cabeza como están, en tanto que a nosotras nos prohiben hasta el conocimiento del alfabeto —(y estas palabras iniciales demuestran que algo había ocurrido en la noche que la inclinaba al sexo femenino, pues hablaba ahora más como una mujer que como un hombre, y no sin cierta satisfacción)—, sin embargo, se caen del palo mayor.» Aquí dio un gran bostezo y se quedó dormida. Cuando se despertó, el barco navegaba con buen viento, tan cerca de la costa que parecía que a los pueblos, en el filo de los acantilados, no los salvaba de caerse al agua sino la interposición de un peñasco o las raíces retorcidas de algún olivo antiguo. El aroma de azahares de un millón de árboles abrumados de fruto la alcanzó en la cubierta. Un cardumen de delfines azules, retorciendo las colas saltaban alto en el aire de vez en cuando. Estirando los brazos (ya sabía que los brazos no son tan fatales como las piernas), rindió gracias a Dios de no estar caracoleando en un bridón por Whitehall, ni sentenciando un hombre a muerte. «Vale más —pensó—, estar vestida de ignorancia y pobreza, que son los hábitos oscuros de nuestro sexo; vale más dejar a otros el gobierno y la disciplina del mundo: vale más estar libre de ambición marcial, de la codicia del poder y de todos los otros deseos varoniles con tal de disfrutar en su plenitud los arrebatos más sublimes de que la mente humana es capaz, que son —dijo en voz alta, como era su costumbre cuando estaba muy conmovida—, la contemplación, la soledad, el amor.»

«¡Gracias a Dios que soy una mujer», gritó y estuvo a punto de incurrir en la suprema tontería —nada es más afligente en una mujer o en un hombre— de envanecerse de su sexo, cuando se demoró en la extraña palabra, que a pesar de nuestra severidad, se ha deslizado en el final del último párrafo: Amor, «El amor», dijo Orlando. Inmediatamente —tal es su ímpetu— el amor tomó forma humana —tal es su orgullo. Los otros pensamientos se resignan a ser abstractos; éste no descansa hasta no revestirse de carne y sangre, mantilla y enaguas, calzones y justillo. Y como todos los amores de Orlando habían sido mujeres, ahora, con la culpable lentitud que ponen los organismos humanos para adaptarse a un cambio de convenciones, aunque mujer ella misma, era otra mujer la que amaba; y si algún efecto produjo la conciencia de la igualdad de sexo, fue el de avivar y ahondar los sentimientos que ella había tenido como hombre. Pues ahora se le aclararon mil alusiones y misterios antes oscuros. La oscuridad que separa los sexos y en la que se conservan tantas impurezas antiguas, quedó abolida, y si el poeta tiene razón al afirmar que la Verdad es la Belleza, y la Belleza es la Verdad, este afecto ganó en belleza lo que perdió en mentira.

Al fin, exclamó, conocía a Sasha tal como era, y en el ardor de ese descubrimiento, y en la persecución de todos esos nuevos tesoros, quedó tan deslumbrada y encantada que fúe como si una bala de cañón reventara a su lado, cuando la voz de un hombre dijo:

—Permítame, señora —una mano de hombre la ayudó a levantarse, y los dedos de un hombre, con un velero de tres palos tatuado en el dedo del medio, señaló el horizonte.

—Los acantilados de Inglaterra, señora —dijo el Capitán, y los saludó con la mano que había indicado el cielo. Orlando tuvo un segundo sobresalto, más violento aún que el primero.

—¡Cristo Jesús! —gritó.

Felizmente, la vista de su tierra natal, después de una ausencia tan larga, fue excusa suficiente para su sobresalto y su grito, sin lo cual se hubiera visto en apuros para explicar al Capitán Bartolus las emociones furiosas y encontradas que ahora hervían en ella. ¿Cómo explicarle que ella, que temblaba ahora en su brazo, había sido un Duque y un Embajador? ¿Cómo explicarle que ella, envuelta como un lirio en pliegues de brocato, había cercenado cabezas, y se había acostado con rameras entre los sacos del botín de las naves piratas, en esas noches de verano en que los tulipanes florecen y las abejas zumban en Wapping Oíd Stairs? Ni siquiera ella misma comprendía el enorme sobresalto que la agitó cuando la diestra decidida del capitán le mostró los acantilados de las Islas Británicas.

«Rehusar y ceder —murmuró— qué delicioso; perseguir y conquistar, qué augusto; comprender y razonar, qué sublime.» Ninguna de esas palabras así apareadas le pareció mal; y sin embargo, al agrandarse los acantilados de tiza se sintió culpable, deshonrada, impura, lo que en una mujer que jamás pensó en el pecado era un poco anormal. Más y más se acercaron, hasta que se percibieron a simple vista los juntadores de algas, pendientes en la vertical del acantilado. Mirándolos, Orlando sintió que subía y bajaba por su pecho, como un irónico fantasma a punto de recoger sus faldas y de desvanecerse, Sasha la perdida, Sasha el recuerdo, Sasha de golpe tan cercana y tan real —Sasha, le pareció, haciendo morisquetas y muecas, y ademanes irrespetuosos a los acantilados y a los juntadores de algas; y cuando los marineros empezaron a salmodiar: «Adiós, y hasta la vista, oh damas de España», las palabras retumbaron en el triste corazón de Orlando, y pensó que si el desembarco significaba influencia y poder (porque sin duda pescaría algún noble Príncipe y reinaría, su consorte, sobre medio Yorkshire), también significaba mediocridad, significaba servidumbre, significaba engaño, significaba renegar de su amor, engrillar su cuerpo, fruncir sus labios, y moderar su lengua, y hubiera querido regresar con el barco y tender la vela hacia los gitanos.

Sin embargo, entre la agitación de esos pensamientos, algo se alzó como una cúpula de liso mármol blanco; algo verdadero o fantástico, pero que impresionó de tal modo a su afiebrada imaginación que se detuvo en él, como un enjambre de vibrantes libélulas que se posa con visible satisfacción sobre la campana de cristal que protege una planta tierna. Su forma, por el azar de la fantasía, le trajo aquel recuerdo tan antiguo y tan persistente, el hombre de la frente abovedada, en la pieza de Twitchett, el hombre sentado, escribiendo o más bien mirando, no a ella ciertamente, porque no parecía haberse fijado en el delicioso muchacho que era entonces —¿a qué negarlo?, en su traje de gala—, y cada vez que Orlando pensaba en él, el pensamiento difundía una superficie quieta de plata, como la luna que se eleva sobre las aguas turbulentas. Su mano fue a su pecho (la otra mano la tenía apretada el capitán) donde las páginas de un poema estaban guardadas. Eran su talismán. La preocupación del sexo, a cuál pertenecía y qué significaba, se acalló; ahora pensaba solamente en la gloria poética, y los grandes versos de Marlowe, Shakespeare, Ben Jonson, Milton, reverberaron y retumbaron, como si un badajo de oro golpeara una campana de oro en la torre de catedral que era su mente. Lo cierto es que la cúpula de mármol que sus ojos habían divisado con tanta vaguedad, que la habían convertido en la frente de un poeta y que había sido el punto de partida de un enjambre de ideas impertinentes, no era ilusorio sino real; y al remontar el barco el río Támesis con una brisa favorable, la imagen y sus ricas asociaciones cedieron su lugar a la verdad, que son precisamente la cúpula de una vasta catedral saliendo de una filigrana de agujas blancas. «San Pablo —dijo el capitán Bartolus, siempre a su lado—. La Torre de Londres —prosiguió—. El hospital de Greenwich, erigido en recuerdo de la Reina María por su esposo, su difunta Majestad, Guillermo Tercero. La Abadía de Westminster. El Parlamento.» Mientras hablaba, desfilaban esos célebres edificios. Era una hermosa mañana de septiembre. Miles de pequeñas embarcaciones cruzaban de una orilla a la otra. Raras veces se había presentado a la mirada del viajero que vuelve un espectáculo más alegre o más interesante. Orlando, inclinada sobre la proa, estaba maravillada y absorta. Sus ojos habían contemplado demasiado los salvajes y la naturaleza para que no los encantaran ahora esas glorias urbanas. Entonces, ésa era la cúpula de San Pablo que había edificado Mr. Wren durante su ausencia. Cerca, una crencha de cabellos de oro brotó de una columna —el capitán Bartolus estaba a su lado para informarla que eso era el Monumento; hubo un incendio y una peste durante su ausencia, le dijo. Orlando trató de retener las lágrimas que se agolpaban a sus ojos, hasta que recordó que en las mujeres el llanto queda bien y las dejó correr. Aquí, pensó, fue el gran carnaval. Aquí, donde golpean vivamente las olas, estuvo el Pabellón del Rey. Aquí vio a Sasha por primera vez. Por aquí (miró la hondura de las aguas chispeantes) venía uno a mirar a la mujer helada en el bote con sus manzanas en la falda. Desaparecido todo ese esplendor y toda esa corrupción. Desaparecido también la noche oscura, el diluvio monstruoso, las arremetidas violentas de la inundación. Aquí, donde giraron los témpanos amarillos con su tripulación de miserables y de aterrados, bogaba una banda de cisnes, altivos, ondulantes, soberbios. Londres mismo se había transformado del todo desde la última vez que lo vio. Entonces, recordaba, había sido un montón de casitas negras, con fachadas salientes. Las cabezas de los rebeldes hacían muecas en las picas de Temple Bar. Las calles empedradas apestaban de basuras y de bosta. Ahora, mientras la nave costeaba Wapping, entreveía caminos anchos y ordenados. Imponentes carruajes tirados por yuntas de caballos bien alimentados estaban a la puerta de casas cuyas ventanas salientes, cuyos cristales, cuyos lustrados llamadores, daban fe de la riqueza y de la tranquila dignidad de los habitantes. Señoras vestidas de seda floreada (miró con los anteojos del Capitán) caminaban por altas veredas. Ciudadanos de casaca bordada tomaban rapé en las esquinas, bajo los faroles. Pudo ver una cantidad de enseñas pintadas, meciéndose en la brisa, y se formó una idea de los tabacos, de las telas, de las sedas, del oro, de la platería, de los guantes, de los perfumes y de los mil diversos artículos que se vendían. Al acercarse el barco a su ancladero cerca del Puente de Londres, Orlando pudo ver los balcones abiertos de los cafés, donde gracias al lindo tiempo, un vasto número de personas de bien estaban cómodamente sentadas, con tazas de porcelana y pipas de barro, mientras alguno leía en voz alta un periódico, y a menudo lo interrumpían las carcajadas o el comentario de los otros. ¿Ésas eran tabernas, ésos eran hombres de ingenio, ésos eran poetas?, le preguntó al capitán Bartolus, que le informó que en ese momento preciso si ella miraba un poco más a la izquierda siguiendo la línea de su índice —ahí— pasaban frente al Cacao Silvestre, donde —sí, ahí estaba— se podía ver a Mr. Addison, tomando su café; los otros dos —«ahí, Señora, un poco hacia la derecha del farol, uno jorobado, el otro como usted y como yo»— estaban Mr. Dryder y Mr. Pope. «Buenas piernas —dijo el Capitán, para decir que eran Papistas—, pero con todo hombres capaces», agregó corriendo a la popa, a dirigir las disposiciones para el desembarco.

«Addison, Dryden, Pope», repitió Orlando como si las palabras fueran un conjuro. Por un momento vio las altas montañas sobre Brussa; luego, pisó la tierra natal.

Pronto sabría Orlando la insignificancia de las más tempestuosas agitaciones ante el rostro de hierro de la Ley, rostro más duro que las piedras de London Bridge y más severo que la boca de un cañón. Apenas regresó a su casa en Blackfriars se enteró por una serie de mensajeros de Bow Street y otros graves emisarios de las Cortes de Justicia que ella era parte en tres procesos mayores entablados en su contra, durante su ausencia, sin contar innumerables litigios menores, que derivaban o dependían de los principales. Los cargos capitales eran: (1) que estaba muerta y por consiguiente no podía retener propiedad alguna; (2) que era mujer, lo que viene a ser lo mismo: (3) que era un Duque inglés que había contraído enlace con Rosina Pepita, bailarina; y había tenido de ella tres hijos, que ahora declaraban que, habiendo fallecido su padre, les correspondía la herencia de todas sus propiedades. Cargos tan graves, requerían, naturalmente, tiempo y dinero. Todos sus bienes fueron embargados y sus títulos suspendidos mientras proseguía el litigio. En esa situación tan ambigua, en la incertidumbre de si estaba muerta o viva, si era hombre o mujer. Duque o nadie, Orlando llegó en una silla de posta hasta su casa de campo, donde, esperando el fallo final, la Justicia le permitió residir de incógnito o de incógnita, según el giro que tomara el litigio.

Era una hermosa tarde de diciembre cuando llegó; estaba nevando y las sombras moradas tenían un declive parecido al que ella vio desde la montaña de Brussa. La gran casa descansaba más como un pueblo que como una casa, parda y azul, rosada y púrpura en la nieve, con todas sus chimeneas atareadas y humeantes como si las animara una vida propia. Ella no pudo reprimir un grito al verla tranquila y maciza, asentada en las Praderas. Al entrar en el parque el coche amarillo y rodar por la avenida de árboles, los ciervos colorados alzaron la cabeza como si la esperaran, y se observó que, en vez de mostrar su natural timidez, siguieron el coche y se detuvieron en el patio junto con él. Al bajarse el estribo y descender Orlando algunos movieron las astas y otros golpearon el suelo con las pezuñas. Uno, se cuenta, llegó a arrodillarse en la nieve delante de ella. No le dieron tiempo de golpear a la puerta: las dos hojas se abrieron de par en par, y ahí con luces y antorchas sobre sus cabezas, estaban Mrs. Grimsditch, Mr. Dupper, y todo un séquito de sirvientes para darle la bienvenida. Pero el afectuoso desfile fue interrumpido, primero, por el ímpetu de Canuto, el sabueso, que se arrojó con tal impulso sobre su ama que casi la tiró al suelo; luego, por la agitación de Mrs. Grimsditch, que al iniciar una reverencia se conmovió de suerte que no hacía otra cosa que balbucear: ¡Milord! ¡Milady! ¡Milord!, hasta que Orlando la calmó, con un beso en ambas mejillas. Entonces, Mr. Dupper empezó la lectura de un pergamino, pero el ladrido de los perros, los cazadores con sus cornetas, y los ciervos metidos en el patio bramando a la luna, interrumpieron su discurso, y el gentío se dispersó después de haber rodeado a su ama, y haberle demostrado la dicha que les traía su vuelta.

Nadie mostró la menor duda de que el Orlando de hoy no fuera el Orlando de ayer. Si alguna hubieran tenido, la actitud de los perros y de los ciervos hubiera bastado a disiparla, porque es sabido que los seres irracionales nos aventajan infinitamente para juzgar la identidad y el carácter. Además (dijo esa noche Mrs. Grimsditch a Mr. Dupper ante sus tazas de té chino), si su Señoría era ahora una señora, nunca había visto una más linda, ni uno le llevaba a la otra un centavo de ventaja, eran igualmente agraciados los dos; se parecían como dos duraznos en una rama; y lo que es ella, agregó Mrs. Grimsditch poniéndose confidencial, siempre había tenido sus sospechas (aquí movió la cabeza con gran misterio), por lo que no la sorprendía (aquí movió la cabeza con un aire enterado), y por su parte, un gran alivio; porque con esa historia de las toallas que había que zurcir y de las cortinas en la sala del capellán con los bordes comidos por la polilla, ya era tiempo de que una Señora mandara en la casa.

«Y algunos señoritos y señoritas que la sucedan», agregó Mr. Dupper, cuyo santo oficio le permitía decir lo que pensaba en materia tan delicada.

Así, mientras los viejos servidores charlaban en el hall de la servidumbre, Orlando tomó una palmatoria de plata y erró de nuevo por las salas, los corredores, los patios, los dormitorios; de nuevo vio inclinarse sobre ella el rostro oscuro de ese Guardasellos, o de aquel Señor Canciller, sus antepasados; se sentó en un sillón de gala, se reclinó en aquel diván de delicias; observó la agitación de los tapices; vio cabalgar a los cazadores y huir a Daphne; bañó su mano, como le gustaba hacerlo en su infancia, en el amarillo charco de luz que la luna proyectaba a través del heráldico Leopardo de la ventana; patinó sobre los tablones del piso, lustrado por encima; tocó esta sedería, aquel raso; imaginó que los delfines esculpidos nadaban; cepilló su cabello con el cepillo de plata del Rey Jaime: sepultó su cara en el potpourri, elaborado con la receta que había enseñado el Conquistador a los suyos hace muchos siglos y con las mismas rosas; miró el jardín y se figuró el sueño de los azafranes y las dalias dormidas; vio el blanco resplandor de las livianas ninfas en la nieve, contra los cercos negros de tejos macizos como casas; vio los invernáculos de naranjos y los nísperos gigantes —todo eso vio, y cada vista y cada sonido, por toscamente que lo hayamos descrito, colmó su corazón con tal alegría y bálsamo de dicha, que al final, extenuada, penetró en la Capilla y se dejó caer en el viejo sillón colorado en donde sus mayores oían la misa. Ahí encendió un cigarro de hoja (era una costumbre que había adquirido en Oriente) y abrió su Libro de Oraciones. Era un librito encuadernado en terciopelo, cosido con hilo de oro, que María, Reina de Escocia, había tenido en el cadalso, y los ojos piadosos podían percibir una mancha oscura, rastro, según se decía, de una gota de la sangre real. ¿Quién osará decir los pensamientos reverenciales que despertó en Orlando, las malvadas pasiones que adormeció, ya que de todas las comuniones, la más inescrutable es esta comunión con la divinidad? El novelista, el poeta, el historiador, todos vacilan al golpear a esa puerta; el mismo creyente no nos ilumina; pues, ¿está acaso más dispuesto a morir que los otros, o más impaciente de compartir sus bienes? ¿No mantiene tantas doncellas y tantas yuntas de caballos como el resto de los hombres, a pesar de profesar una fe que enseña que los bienes son vanidad y la muerte es deseable? En el libro de misa de la Reina, junto con la mancha de sangre, había también un rizo de cabellos y una miga; Orlando agregó a esas reliquias una picadura de tabaco, y así leyendo y fumando, la conmovió la mescolanza humana de todos ellos —el rizo, la miga, la mancha de sangre, el tabaco— hasta alcanzar un estado contemplativo que le dio un aire reverente muy de circunstancia, aunque no tenía, se ha dicho, comercio alguno con el Dios habitual. Nada, sin embargo, es más altanero, aunque nada tampoco es más común, que postular que de todos los dioses no hay más que uno, y de todas las religiones, sólo la del que habla. Orlando, parece, tenía una fe propia. Con el mayor ardor religioso, meditaba ahora sobre sus pecados y sobre las imperfecciones que se habían deslizado insidiosamente en su estado espiritual. La letra S, meditaba, es la serpiente en el Edén del poeta. Por más que hiciera, quedaban demasiados de esos culpables reptiles en las primeras estrofas de «La Encina». Pero la «S» no era nada, en su parecer, comparada con la terminación «ando». El participio presente es el diablo en persona, pensó (ya que estamos en un lugar donde se cree en el diablo). Eludir tales tentaciones es el primer deber del poeta, concluyó, porque si el oído es la antecámara del alma, la poesía puede corromper más seguramente que la lujuria o la pólvora. Por consiguiente, el oficio del poeta es el más elevado de todos, prosiguió. Sus palabras alcanzan donde los otros quedan cortos. Una simple canción de Shakespeare ha hecho más por los pobres y los malvados que todos los predicadores y filántropos de la tierra. No hay devoción, no hay tiempo, que se puedan considerar excesivos, cuando se trata de que el vehículo de nuestro mensaje desfigure un poco menos lo que lleva. Debemos modelar nuestras palabras hasta que se ajusten minuciosamente a lo que pensamos. Los pensamientos son divinos, etc. Es evidente que Orlando se estaba encarcelando en una religión que el tiempo había fortalecido en su ausencia, y que estaba adquiriendo con rapidez la intolerancia del sectario.

«Estoy creciendo —pensó, tomando al fin su palmatoria—. Estoy perdiendo algunas ilusiones —dijo, cerrando el libro de la Reina María— tal vez para adquirir otras», y bajó a los sepulcros, donde yacían los huesos de sus mayores.

Pero hasta los huesos de sus mayores, Sir Miles, Sir Gervase, y los otros, habían perdido alguna parte de su santidad, desde la noche en que Rustem El Sadi había agitado la mano en las montañas de Asia. La llenó de remordimiento el solo hecho de que hace apenas tres o cuatro siglos, esos esqueletos habían sido hombres que tuvieron que abrirse camino en el mundo como cualquier advenedizo de hoy, y que lo hicieron acumulando casas y cargos, jarreteras y condecoraciones como lo hace cualquier intruso, mientras que los poetas, quizás, y los hombres de gran talento y erudición, habían preferido la paz del campo; elección que los arrastró a la miseria y a pregonar ahora boletines en el Strand, o arriar ovejas en los prados. De pie en la cripta, recordó las pirámides egipcias y los huesos que cubren; y las montañas vastas y vacías que dominan el Mar de Mármara le parecieron, por el momento, una habitación más hermosa que esta casa de muchos dormitorios donde a ninguna cama le falta su colcha y a ninguna fuente de plata su tapadera de plata.

«Estoy creciendo —pensó, tomando su palmatoria—. Estoy perdiendo mis ilusiones, tal vez para adquirir otras», y por el largo corredor volvió a su pieza. Era un proceso fastidioso y desagradable. Pero era estupendamente interesante, pensó, estirando las piernas hacia el fuego de leña (porque no había ningún marinero) y revistó, como si se tratara de una avenida de grandes edificios, el desarrollo de sí misma a lo largo de su propio pasado.

Cómo le habían gustado los sonidos cuando era niño, y había pensado que no hay poesía superior a la descarga de sílabas tumultuosas que salen de unos labios. Luego —tal vez era la culpa de Sasha y de su desengaño— alguna gota negra había caído en ese frenesí, aletargando su fervor. Con lentitud había ido abriéndose en ella algo intrincado y con mil cámaras, que había que explorar con una antorcha, no en verso, en prosa; y recordó con qué pasión había estudiado los períodos de aquel doctor de Norwich, Browne, cuyo libro tenía a la vista. En su cuarto, después de su aventura con Greene, Orlando había formado, o había tratado de formar, porque Dios sabe lo que tardan esos desarrollos, un espíritu capaz de resistencia. «Escribiré —había dicho—, lo que me gusta escribir»; y había aniquilado, así, veintiséis volúmenes. Aun después de tantos viajes y aventuras y meditaciones y exploraciones a diestro y siniestro, estaba a medio hacer. Sólo Dios sabía lo que el futuro podía traer. Era incesante el cambio, y tal vez no cesaría nunca. Altas murallas del pensamiento, costumbres que parecían tan perdurables como la piedra, se habían derrumbado como sombras al mero contacto de otro espíritu y habían revelado un cielo desnudo y estrellas nuevas. Aquí ella se acercó a la ventana y a pesar del frío no pudo menos que abrirla. Se asomó al aire húmedo de la noche. Oyó ladrar un zorro en los bosques y el rumor de un faisán entre las ramas. Oyó la nieve resbalar del tejado y aplastarse en el suelo. «Por mi vida —exclamó—, esto vale mil veces más que Turquía. Rustem —gritó, como si estuviera disputando con el gitano (y esa nueva capacidad de mantener una discusión con un adversario ausente demostraba la evolución de su espíritu)—, estabas equivocado. Esto vale más que Turquía. Pelo, migas, tabaco —de qué mezcla de cuanto hay estamos formados (recordando el libro de misa de la Reina María). ¡Qué fastasmagoría es la mente y qué depósito de cosas incompatibles! Un minuto, renegamos de nuestro linaje y de nuestra pompa y anhelamos una exaltación ascética, el minuto siguiente nos conmueve el olor de algún camino viejo en el jardín y nos hace llorar el canto del tordo.» Desconcertada como siempre por esa multitud de cosas inexplicables, que nos traen su mensaje sin dar indicio de su verdadero sentido, Orlando tiró el cigarro por la ventana y se fue a acostar.

A la mañana siguiente, retomando el hilo de esos pensamientos, preparó el papel y la pluma, y se puso a trabajar en «La Encina», porque tener en abundancia tinta y papel cuando uno se ha tenido que arreglar con moras y con márgenes, es un deleite inconcebible. En eso estaba, a ratos anulando una frase con desesperación profunda, a ratos insertando una frase con alto éxtasis, cuando oscureció la hoja una sombra.

Escondió el manuscrito rápidamente.

Como la ventana de Orlando daba al más interior de todos los patios, y ella había dicho que no recibiría a nadie, y no conocía a nadie y era ella misma legalmente desconocida, primero la sorprendió la sombra, luego la indignó, luego (cuando vio quién la proyectaba) la regocijó. Porque era una sombra familiar, una sombra grotesca, la sombra de la Archiduquesa Harriet Griselda de Finster-Aarhorn y de Scandop-Boom en el territorio rumano. Atravesaba el patio con su viejo traje negro de montar y su eterna capa. Ni un pelo de su cabeza había cambiado. ¡Ésa era la mujer que la había corrido de Inglaterra! ¡Ése era el nido de aquel buitre obsceno —ésa el ave fatal! Al pensar que no había parado hasta Turquía, para huir de su encanto (ahora excesivamente marchito), Orlando soltó la carcajada. Había en su aspecto algo inexpresablemente ridículo. Se parecía, como Orlando ya había notado, a una liebre monstruosa. Tenía los ojos saltones, las mejillas fláccidas y el alto jopo de ese animal. Se paró, como una liebre que se sienta derecha cuando cree que nadie la observa, y se quedó mirándola. Orlando hacía lo mismo desde su ventana. Después de examinarse por un buen rato, lo único posible era invitarla a entrar, y en breve las dos damas estaban cambiando saludos, mientras la Archiduquesa se sacudía la nieve del abrigo.

«Al demonio con las mujeres —pensaba Orlando, yendo al aparador a servir un vaso de vino—, no me dejan en paz ni un minuto. No hay en el mundo seres más hurguetes, más metidos, más intrigantes. Huyendo de esta extraña me fui de Inglaterra y ahora» —se dio vuelta con la bandeja en la mano, y en lugar de la Archiduquesa había un alto caballero de traje negro. Un montón de ropa yacía en el guardafuego. Orlando estaba sola con un hombre.

Bruscamente consciente de su propio sexo, que había olvidado por completo, y del sexo del otro, ahora lo bastante remoto, para inquietarla por igual, Orlando se sintió desvanecer.

—¡Ay! —exclamó, llevándose la mano al costado— ¡qué miedo!

—Suave criatura —gritó la Archiduquesa, doblando una rodilla y aproximando, al mismo tiempo, un cordial a los labios de Orlando— perdóneme este engaño.

Orlando tomó el vino a traguitos y el Archiduque se arrodilló y le besó la mano.

En resumen, hicieron su papel de hombre y mujer durante diez minutos y luego se pusieron a charlar con naturalidad.

La Archiduquesa (de ahora en adelante le diremos el Archiduque) relató su historia: que era, y siempre había sido, un hombre; que se había enamorado locamente de un retrato de Orlando; que para lograr su propósito se había disfrazado de mujer y se había alojado en la Panadería; que se desesperó cuando supo su viaje a Constantinopla, que le habían comunicado su cambio y venía a ponerse a sus órdenes (aquí se puso a cacarear intolerablemente). Porque para él, dijo el Archiduque Enrique, ella era y siempre sería el Primor, la Perla, la Perfección de su sexo. Esas tres P hubieran sido más persuasivas, si no hubieran estado entrecortadas por toda clase de ji-jis y ja-jas. «Si esto es amor —se dijo Orlando, mirando al Archiduque del otro lado de la chimenea, y ahora desde el punto de vista de la mujer—, hay algo muy ridículo en el amor.»

De rodillas, el Archiduque Enrique le hizo una fervorosa declaración. Le dijo que tenía alrededor de veinte millones de ducados en una caja fuerte de su castillo. Era señor de más leguas cuadradas de tierra que cualquier noble inglés. La caza era excelente: le prometía un surtidor de lagópodos y de gallos silvestres como ninguna landa de Inglaterra, o de Escocia, podía suministrar. Es verdad que los faisanes habían sufrido de la pepita, y las ciervas habían malogrado la cría, pero todo eso se podía arreglar, y se arreglaría cuando vivieran en Rumania los dos.

Mientras hablaba, enormes lágrimas brotaban de sus ojos saltones y corrían por los surcos terrosos de sus mejillas fláccidas.

Orlando ya sabía por su propia experiencia de hombre que éstos lloran tan a menudo y tan sin razón como las mujeres; pero también sabía que las mujeres deben escandalizarse cuando los hombres se emocionan delante de ellas, y se escandalizó.

El Archiduque se disculpó. Se dominó lo bastante para decir que la dejaría por ahora, pero que al día siguiente volvería por su respuesta.

Eso era un martes. Vino el miércoles; vino el jueves; vino el viernes; y vino el sábado. Es cierto que cada visita empezaba, continuaba o concluía con una declaración de amor, pero había mucho lugar entre ellas para el silencio. Se sentaban a cada lado del fuego, y a veces el Archiduque hacía caer las pinzas y Orlando las recogía. Entonces el Archiduque rememoraba cómo había muerto un alce en Suecia, y Orlando preguntaba si era un alce muy grande, y el Archiduque respondía que no era tan grande como el reno que había muerto en Noruega, y Orlando preguntaba si nunca había cazado un tigre y el Archiduque respondía que había matado un albatros, y Orlando preguntaba (disimulando un bostezo) si el albatros era del tamaño del elefante, y el Archiduque respondía —algo muy sensato, sin duda, pero Orlando no lo escuchaba, porque estaba mirando su escritorio, o por la ventana o la puerta. Después de lo cual el Archiduque decía: «Yo la adoro», en el preciso momento en que Orlando decía: «Mire, está empezando a llover», y los dos se ponían muy incómodos y colorados de vergüenza, y no atinaban a decir nada. La verdad es que Orlando había agotado todos los temas y si no se le hubiera ocurrido un juego que se llamaba Mosca Asentada, mediante el cual se pueden perder enormes sumas de dinero con muy poco gasto de ingenio, hubiera teñido que casarse con él, porque no le quedaba otro remedio para sacárselo de encima. Este recurso interesante y sencillo que sólo requería tres terrones de azúcar y un número razonable de moscas, evitó las incomodidades del diálogo y la necesidad del matrimonio. Ahora el Archiduque apostaba quinientas libras contra una ficha, a que una mosca se posaría en este terrón y no en aquél. Así tenían toda la mañana ocupada vigilando las moscas (que se aletargan mucho en esa estación y a veces pasan una o dos horas dando vueltas por el cielo raso), hasta que se decidía algún moscardón y acababa la partida. Muchos cientos de libras cambiaron de manos en ese juego, que el Archiduque, que era un jugador nato, declaró no inferior a las carreras de caballos, y juró que podía seguir para siempre. Pero Orlando empezó a fastidiarse.

«¿De qué me sirve ser una hermosa muchacha en la flor de la edad —se preguntó— si tengo que pasar toda la mañana observando moscas y moscardones con un Archiduque?».

Empezó por aborrecer la sola vista del azúcar; las moscas la mareaban. Pensaba que tenía que haber algún medio de salir del paso, pero aún era torpe en las artes de su sexo, y como no podía desmayarlo de un golpe en la cabeza ni atravesarlo de una estocada, no se le ocurrió nada mejor que lo siguiente: Cazó una mosca, la aplastó suavemente (ya estaba medio muerta, o su amor a los animales no le hubiera permitido hacer eso) y la fijó con una gota de goma arábiga a un terrón de azúcar. Mientras el Archiduque miraba al techo, Orlando sustituía hábilmente ese terrón por el de su apuesta y gritaba «Gané, gané». Su intención era que el Archiduque, provisto de amplios conocimientos de sport y de carreras, descubriera el fraude, y como trampear en Mosca Asentada es el más detestable de los crímenes, y ha provocado la exclusión de muchas personas de la comunidad de sus semejantes, condenándolos a vivir entre monos en el trópico, calculaba que el Archiduque sería lo bastante hombre para rehusar cualquier trato con ella en lo sucesivo. Pero ella desconocía la candidez de ese amable aristócrata. No era entendido en moscas. Una mosca muerta le parecía más o menos igual a una mosca viva. Le hizo esa jugarreta veinte veces seguidas y perdió más de 17.250 libras (lo que equivale a 40.885 libras, 6 chelines, 8 peniques de la moneda actual) hasta que Orlando hizo trampa de un modo tan grosero, que hasta él lo vio. Cuando supo la cruel verdad, se produjo una escena penosísima. El Archiduque se puso de pie. Enrojeció. Las lágrimas rodaron por su cara, una a una. Que ella le hubiera ganado una fortuna no era nada —de buen grado se la ofrecía, que lo hubiera engañado ya era grave —le dolía pensar que fuera capaz de tal cosa, pero que hubiera hecho trampa en Mosca Asentada era imperdonable. Imposible, dijo, amar a una tramposa. Al llegar ahí se desarmó. Por suerte, dijo recobrándose un poco, no había testigos. Al fin, ella era una mujer. En una palabra estaba a punto de absolverla caballerescamente, y se había inclinado para solicitar el perdón de sus términos violentos, cuando Orlando, que quería concluir de una vez, aprovechó el instante en que doblaba su cabeza orgullosa, para dejar caer un sapito entre su camisa y su piel.

Debemos hacerle justicia, declarando que ella hubiera preferido un estoque. Los sapos son muy pegajosos para tenerlos en la ropa toda una mañana. Pero si los estoques están prohibidos hay que recurrir a los sapos. Además los sapos y la risa logran a veces lo que el frío acero no logra. Ella se rió. El Archiduque se puso rojo. Se rió. El Archiduque dijo malas palabras. Se rió. El Ardhiduque dio un portazo.

«¡Alabado sea Dios!», dijo Orlando riéndose todavía. Oyó las ruedas de un carruaje que se iba del patio, furiosamente. Las oyó retumbar por el camino. Alejarse más y más. Perderse al fin.

«Estoy sola», dijo Orlando en voz alta, porque no había nadie que la escuchara.

Los sabios todavía no han confirmado que el silencio parezca más profundo después del ruido. En cambio, muchas mujeres jurarían que nunca es tan sensible la soledad como inmediatamente después de que a uno le hayan hecho el amor. Al desvanecerse el rodar del carruaje, Orlando sintió que se alejaba de ella un Archiduque (eso no le importaba), una fortuna (eso no le importaba), un título (eso no le importaba), la seguridad y el aparato del matrimonio (eso no le importaba), pero oyó que la vida se alejaba, y un amante. «La vida y un amante», murmuró, y yendo a su escritorio, mojó la pluma en la tinta y escribió:

«La vida y un amante» —un verso fuera de metro y que no se enlazaba con lo anterior— algo sobre la mejor manera de bañar ovejas para evitar la sarna. Releyéndolo, se sonrojó y repitió en seguida:

«La vida y un amante». Luego dejó la pluma, entró en su dormitorio, se paró frente al espejo y se arregló las perlas en el cuello. Como las perlas no lucen bien sobre un vestido de algodón floreado, lo cambió por uno de tafetán gris paloma, luego por uno flor de durazno; luego por uno de brocado borra de vino. Tal vez necesitaba un poco de polvo, y el pelo —así— sobre la frente le sentaría. Calzó zapatos puntiagudos y se puso en el dedo un anillo con una esmeralda. «Ahora», dijo cuando ya todo estaba listo y encendió los candelabros de plata de cada lado del espejo. ¿Qué mujer no hubiera querido ver lo que vio Orlando arder en la nieve —porque todo el espejo era un campo nevado, y ella era como un fuego, una zarza ardiente, y las luces de los cirios que la aureolaban eran hojas de plata, o también, el espejo era una agua verde, y ella era una sirena, recamada de perlas, una sirena en una gruta, cantando para que se asomaran los remeros, y se cayeran, se cayeran para abrazarla; tan morena, tan resplandeciente, tan dura, tan suave era, tan asombrosamente seductora que era una lástima que no hubiera nadie ahí para decirle de una vez: «Diantre, Señora, usted es la belleza en persona», lo que era cierto.

Hasta Orlando (que no tenía vanidad personal) lo sabía, porque sonrió con esa involuntaria sonrisa de las mujeres cuando su propia belleza, que les parece ajena, se forma como una gota que cae, o un surtidor que sube, y les sale al encuentro en el espejo —esa sonrisa fue la suya y luego se quedó escuchando un momento y oyó la brisa entre las hojas y el pajar de los gorriones, y luego suspiró: «La vida, un amante», y giró sobre sus talones; se arrancó las perlas del cuello, y el raso de los hombros, se quedó en bombachas de seda negra como un gentilhombre cualquiera, y tocó la campana. Cuando vino el sirviente, ordenó que enganchara, en seguida, un coche de seis caballos. Negocios urgentes la solicitaban en Londres. A la hora de la partida del Archiduque, partía ella también.

Aprovecharemos su viaje —ya que el paisaje recorrido era un paisaje clásico inglés que no requiere descripción— para subrayar una o dos circunstancias de nuestro relato. Se habría notado, por ejemplo, que

Orlando escondió su manuscrito al ser interrumpida. Además, que se miró larga y atentamente en el espejo; y ahora, camino de Londres, uno podía notar un sobresalto y un grito ahogado cada vez que los caballos se apresuraban. Esta modestia de su obra, esta vanidad de su persona, estos temores por su seguridad, parecen desmentir lo que antes dijimos sobre la absoluta igualdad de Orlando hombre y de Orlando mujer. Se estaba poniendo algo más modesta, como la mayoría de las mujeres, de su inteligencia; un poco más vanidosa, como la mayoría de las mujeres, de su persona. Ciertas sensibilidades aumentaban, otras disminuían.

Algunos filósofos dirán que el cambio de traje tenía buena parte en ello. Esos filósofos sostienen que los trajes, aunque parezcan frivolidades, tienen un papel más importante que el de cubrirnos. Cambian nuestra visión del mundo y la visión que tiene de nosotros el mundo. Por ejemplo, bastó que el Capitán Bartolus viera la falda de Orlando, para que le hiciera instalar un toldo, le ofreciera otra tajada de carne y la invitara a desembarcar con él en su lancha. Ciertamente no hubiera sido objeto de estas atenciones si sus faldas, en vez de ahuecarse, se hubieran pegado a sus piernas como bombachas. Y cuando somos objeto de atenciones debemos retribuirlas. Orlando había saludado, había aceptado, había halagado el humor del buen hombre: lo que no hubiera sucedido si el capitán en vez de pantalones hubiera llevado faldas, y confirma la tesis de que son los trajes los que nos usan, y no nosotros los que usamos los trajes: podemos imponerles la forma de nuestro brazo o de nuestro pecho, pero ellos forman a su antojo nuestros corazones, nuestras lenguas, nuestros cerebros. A fuerza de usar faldas por tanto tiempo, ya un cierto cambio era visible en Orlando; un cambio hasta de cara, como lo puede comprobar el lector en la galería de retratos. Si comparamos el retrato de Orlando hombre con el de Orlando mujer, veremos que aunque los dos son indudablemente una y la misma persona, hay ciertos cambios. El hombre tiene libre la mano para empuñar la espada, la mujer debe usarla para retener las sedas sobre sus hombros. El hombre mira el mundo de frente como si fuera hecho para su uso particular y arreglado a sus gustos. La mujer lo mira de reojo, llena de sutileza, llena de cavilaciones tal vez. Si hubieran usado trajes iguales, no es imposible que su punto de vista hubiera sido igual.

Tal es el parecer de algunos filósofos, que por cierto son sabios, pero nosotros no lo aceptamos. Afortunadamente, la diferencia de los sexos es más profunda. Los trajes no son otra cosa que símbolos de algo escondido muy adentro. Fue una transformación de la misma Orlando la que determinó su elección del traje de mujer y sexo de mujer. Quizá al obrar así, ella sólo expresó un poco más abiertamente que lo habitual —es indiscutible que su característica primordial era la franqueza— algo que les ocurre a muchas personas y que no manifiestan. De nuevo nos encontramos ante un dilema. Por diversos que sean los sexos, se confunden. No hay ser humano que no oscile de un sexo a otro, y a menudo sólo los trajes siguen siendo varones o mujeres, mientras que el sexo oculto es lo contrario del que está a la vista. De las complicaciones y confusiones que se derivan, todos tenemos experiencia; pero dejemos el problema general, y limitémonos a su operación en el caso particular de Orlando.

Esa mezcla de hombre y de mujer, la momentánea prevalencia de uno y de otra, solía dar a su conducta un giro inesperado. Por ejemplo, las mujeres curiosas preguntarán: Si Orlando era mujer, ¿cómo no tardaba más de diez minutos para vestirse? ¿Y no estaban sus trajes elegidos a la buena de Dios, y a veces hasta raídos? Sin embargo, le faltaba la gravedad de un hombre, o la codicia de poder que tienen los hombres. Su corazón era muy tierno. No toleraba que golpearan un burro, o ahogaran un gatito. En cambio, aborrecía los quehaceres domésticos, se levantaba al alba y andaba por el campo en verano antes de la salida del sol. Ningún agricultor la aventajaba en el conocimiento de las cosechas. Era de mucho aguante para beber y le gustaban los juegos de azar. Montaba bien y era capaz de manejar seis caballos al galope sobre el Puente de Londres. Sin embargo, aunque era tan práctica y tan atrevida como un hombre, la vista del peligro ajeno le producía palpitaciones de las más femeninas. Por cualquier motivo rompía a llorar. No era versada en geografía, juzgaba intolerables las matemáticas y defendía ciertos pareceres absurdos, que abundan más entre las mujeres que entre los hombres; por ejemplo, que viajar hacia el sur es ir cuesta abajo. Imposible resolver por ahora si Orlando era más hombre o más mujer. Oímos el rodar de su carruaje en el empedrado. Llega a su casa en Londres. Bajan el estribo; abren los portones de hierro. Entra en la casa de su padre en Blackfriars, siempre espaciosa y agradable (aunque la moda se alejara a otros barrios), con sus jardines en declive hacia el río, y un lindo monte de nogales para pescar.

Se instaló en esa casa y emprendió inmediatamente la busca de las dos cosas que anhelaba —la vida y un amante. La primera no era tan fácil; la segunda la encontró sin dificultad a los dos días de su llegada. Había llegado un martes. El jueves fue a pasear por la Alameda, como era entonces la costumbre de las personas de calidad. Apenas había dado una vuelta o dos cuando fue descubierta por un grupo de gente baja que iba para espiar a sus superiores. Al cruzarse con ellos, una mujer cualquiera que daba el pecho a una criatura se adelantó, se le encaró familiarmente y gritó: «¡Dios me favorezca, si ésta no es Lady Orlando!». Los que estaban con ella se agolparon y Orlando se encontró en el centro de una rueda de burgueses y almaceneros, ávidos todos de mirar a la heroína del afamado pleito. Tal era el interés que el asunto había despertado en el pueblo bajo. Orlando se hubiera encontrado en un grave aprieto —había olvidado que las damas no suelen pasearse solas en los lugares públicos— si un caballero de elevada estatura no se hubiera apresurado a ofrecerle su brazo. Era el Archiduque. Su vista la llenó de confusión y la divirtió al mismo tiempo. Este caballero magnánimo, no sólo la había perdonado, sino que, para demostrarle que no le guardaba rencor por su travesura con el sapito, había adquirido una joya de la forma precisa de ese batracio y le rogó que la aceptara con la seguridad de su pasión, mientras la reconducía a su coche.

Con el apretón, con la joya, con el Duque, volvió a su casa en el peor de los humores. ¿Ya no era posible dar un paseo, sin que la asfixiaran, sin que le regalaran un sapo de esmeraldas, y sin que un Archiduque le hiciera un ofrecimiento matrimonial? Al día siguiente vio con mejores ojos el episodio al encontrar sobre la mesa del desayuno una docena de esquelas de las más encumbradas señoras del país —Lady Suffolk, Lady Salisbury, Lady Chesterfield, Lady Tavistock y otras— que le recordaban muy cortésmente los viejos lazos entre sus familias y la de ella, y aspiraban al honor de conocerla. Al otro día, que era un sábado, muchas de esas damas la visitaron personalmente. El martes, hacia el mediodía, sus lacayos le trajeron invitaciones a diversas veladas, cenas y reuniones próximas, y sin tardanza, pero no sin estrépito y sin espuma, Orlando se embarcó en las aguas de la sociedad londinense.

Describir puntualmente esa sociedad en ése o en cualquier otro momento, excede los recursos del historiador o del biógrafo. Sólo los escritores que necesitan poco la verdad, y no tienen respeto por ella —los poetas y los novelistas— pueden hacerlo, pues éste es uno de los casos en que no existe la verdad. Nada existe. Todo es un espejismo, una emanación. Para decirlo de una vez —Orlando regresaba a las tres o a las cuatro de la mañana con las mejillas como un árbol de Navidad y los ojos como luceros.

Desataba un encaje, recorría su cuarto de arriba abajo, desataba otro encaje, se detenía, y vuelta a caminar. A veces ya resplandecía el sol alto sobre las chimeneas de Southwark antes que ella se resolviera a meterse en cama, y ahí se quedaba dándose vueltas, riéndose y suspirando por una hora o más, antes de conciliar el sueño. ¿Y todo por qué? La sociedad. ¿Y qué había dicho o hecho la sociedad para trastornar de ese modo a una dama razonable? Nada, en una palabra. Por más que torturara su memoria, Orlando no recuperaba jamás una sola cosa que fuera, realmente, algo. Lord O. había estado galante. Lord A., cortés. El Marqués de C., encantador. El Señor M., entretenido. Pero cuando trataba de precisar esa galantería, esa cortesía, ese encanto, o ese entretenimiento, le parecía estar desmemoriada, porque nada podía señalar. Era siempre lo mismo. Nada quedaba para el día siguiente, pero la excitación del momento era interesante. Arribamos así a la conclusión de que la sociedad es uno de esos ponches que las expertas amas de casa sirven hirviendo en Navidad, y cuyo sabor depende de la adecuada mezcla y agitación de una docena de ingredientes. Pruebe uno sólo y resulta insípido. Pruebe a Lord A., Lord O., Lord C., o Mr. M. y separadamente son nulos. Agítelos a un tiempo, y producirán el sabor más embriagador, la más seductora de las esencias. Pero esa seducción, esa embriaguez, eluden nuestro análisis. ¡En el mismo instante, la sociedad es todo y es nada. La sociedad es la mixtura más potente del mundo y la sociedad no existe. Con tales monstruos sólo los novelistas y los poetas pueden lidiar, con tales todos-nadas rellenan desaforadamente sus obras; a ellos, pues, se los entregamos con la mejor voluntad del mundo.

Por consiguiente, imitando el ejemplo de nuestros predecesores, nos limitaremos a decir que la sociedad en el tiempo de la Reina Ana era de un brillo incomparable. Ser admitida en ella era el anhelo de toda persona bien nacida. Los refinamientos eran supremos. Los padres instruían a los hijos, las madres a las hijas. No había educación completa para ambos sexos que no incluyera la ciencia de los modales, el arte de saludar y hacer reverencias, el manejo de la espada y del abanico, el cuidado de la dentadura, la conducta de la pierna, la flexibilidad de la rodilla, los verdaderos métodos de entrar y salir de un salón, con mil etcéteras, que inmediatamente se le ocurrirán a cualquiera que ha estado en sociedad. Desde que Orlando había conseguido el elogio de la Reina Isabel por su manera de entregarle un bol de agua de rosas, cuando era niño, podemos suponer que era todavía lo bastante hábil para ser aprobada. Pero sus distracciones la hacían, a veces, parecer torpe; solía pensar en la poesía en lugar de pensar en el Pekín; su andar era quizás un poco desgarbado para una mujer; y sus gestos, abruptos, podían amenazar la seguridad de una taza de té.

Sea que esa ligera torpeza contrarrestara el esplendor de su porte, sea que Orlando había heredado una gota de más de ese negro humor que circulaba por las venas de toda su raza, lo cierto es que, después de asistir a unas veinte reuniones, ya estaba preguntándose (pero sólo su faldero Pippin la oía): «¿Qué demonios me pasa?». Esto aconteció un día martes, el 16 de junio de 1712; volvía justamente de un gran baile en Arlington House; el alba estaba en el cielo y Orlando se estaba sacando las medias. «Ojalá no vuelva a encontrar un ser humano en toda mi vida», gritó, rompiendo en llanto. Tenía amantes de sobra; pero la vida, que al fin y al cabo no carece de toda importancia, se le escapaba. «¿Y es esto —preguntó (pero no había quién le contestara)—, es esto —prosiguió sin embargo—, lo que llama vida la gente?» El faldero le tendió la patita, para indicar su simpatía. El faldero la lamió con la lengua. Orlando acarició al faldero con la mano. Orlando besó al faldero con los labios. En una palabra, había entre los dos la simpatía más sincera que puede haber entre un perro y su ama, pero es indiscutible que la mudez de las bestias es un estorbo para los refinamientos del diálogo. Mueven la cola; inclinan la parte delantera del cuerpo y elevan la trasera; ruedan, brincan, rascan, gimen, ladran, babean, inventan toda clase de ceremonias y de artificios pero todo es inútil, porque lo que es hablar, no pueden. Acostando al perro en el suelo, Orlando meditó que ése era precisamente el defecto del gran mundo en Arlington House. Ellos también mueven la cola, saludan, ruedan, babean y rascan, pero lo que es hablar no pueden: «Todos estos meses que he andado en sociedad —dijo Orlando, tirando una media por el suelo—, no he escuchado una sola cosa que Pippin no hubiera podido decir. Tengo frío. Tengo hambre. Me siento feliz. He cazado una laucha. He enterrado un hueso. Dame un beso en el hocico». Y eso no bastaba.

No se explica el pasaje, en tan breve tiempo, de la intoxicación al disgusto, sin admitir que esa misteriosa mixtura que llamamos sociedad no es buena o mala en absoluto, sino que encierra un espíritu volátil y poderoso, que produce embriaguez, cuando uno lo juzga encantador, como empezó juzgándolo Orlando, y náuseas cuando uno lo juzga repulsivo, como acabó Orlando por juzgarlo. Que el habla tenga mucho que ver con esa embriaguez o con esa náusea, he ahí lo que dudamos. A veces una hora de silencio es la más exquisita, el ingenio puede ser aburridor a más no poder. Pero dejemos esto a los poetas, y sigamos con nuestro cuento.

Orlando tiró la segunda media detrás de la primera y se metió en cama lóbregamente, jurando renunciar para siempre a la sociedad. Pero ese juramento, como tantos otros de Orlando, resultó prematuro. Al despertarse al otro día, encontró entre las habituales invitaciones sobre la mesa, una de cierta gran dama, la Condesa de R. Después del juramento de la víspera, sólo podemos explicar la conducta de Orlando —despachó un mensajero a toda prisa a R. House aceptando con entusiasmo la invitación— por el hecho de que se hallaba aún bajo la influencia de tres palabras melodiosas, que había dejado caer en su oído, en la cubierta de la Enamoured Lady, el capitán Nicholas Benedictus Bartolus mientras remontaban el Támesis: Addison, Dryden, Pope, había dicho, señalando al Cacao Silvestre, y Addison, Dryden, Pope habían seguido tintineando en su cráneo como una encantación. ¿Quién dará crédito a esa locura?, pero así era. Del todo inútil su experiencia con Nick Greene. Tales nombres ejercían sobre ella una fascinación poderosa. En algo, posiblemente, hay que creer, y puesto que Orlando (ya lo dijimos) no creía en las divinidades comunes, había depositado toda su credulidad en los grandes hombres; pero con un distingo. Los almirantes, los soldados, los estadistas no la tocaban. Pero el solo pensamiento de un gran escritor enardecía de tal modo su fe que hasta lo creía invisible. Su instinto era seguro. Sólo podemos creer enteramente en lo que no podemos ver. El vistazo de esos grandes hombres desde la cubierta del barco era una especie de visión. Era dudoso que la taza fuera de porcelana y la gaceta de papel. Cuando Lord O. mencionó un día que había cenado la víspera con Dryden, no quiso creerlo. El salón de Lady R. tenía fama de ser la antecámara del santuario del genio; era el lugar donde hombres y mujeres se congregaban a agitar incensarios y cantar himnos al busto del genio en un nicho. A veces, el Dios mismo se dignaba aparecer un momento. Sólo la inteligencia daba derecho a la admisión y nada se decía (según se cuenta) que no fuera ingenioso.

Por eso Orlando entró en el salón con un gran temor. Los invitados formaban un semicírculo alrededor del fuego. En el centro, en un gran sillón, estaba sentada Lady R., una señora no muy joven, morena, con una mantilla de encaje negro. Así, aunque algo sorda, podía dirigir la conversación a derecha e izquierda. A derecha e izquierda tenían asiento hombres y mujeres destacadísimos. Cada hombre, se decía, había sido Primer Ministro y cada mujer, se susurraba, había sido la querida de un rey. Lo cierto es que todos eran brillantes, y todos eran célebres. Orlando ocupó su lugar con una gran reverencia silenciosa... A las tres horas, hizo otra reverencia y se fue.

Pero, interrogará mi lector con algún fastidio, ¿qué había sucedido entretanto? En tres horas, en una reunión como ésta deben de haberse dicho las cosas más interesantes del mundo. Así parecería. Pero el hecho es que no se dijo nada. Se trata de un curioso rasgo que comparten con las tertulias más brillantes que el mundo ha visto. La vieja Madame du Deffand y sus amigos hablaron cincuenta años sin parar. Y de todo eso, ¿qué sobrevive? Tal vez, tres frases ingeniosas. Por consiguiente, es lícito suponer que no dijeron nada o que no dijeron nada ingenioso, o que esas tres frases ingeniosas llenaron dieciocho mil doscientas cincuenta noches, lo que no significa un apreciable porcentaje de ingenio para cada uno de ellos.

La verdad —si nos atrevemos a usar esa palabra para ese tema— es que esos grupos de personas están como hechizados. La dueña de casa es la Sibila de hoy. Es una bruja que echa un sortilegio a sus huéspedes. En tal casa se creen felices; en tal otra ingeniosos, en una tercera profundos. Todo es una ilusión (lo cual no significa un reproche, porque las ilusiones son lo más necesario y lo más precioso que hay en el mundo, y quien puede crear una sola es un máximo bienhechor), pero como es sabido que las ilusiones se hacen pedazos en cuanto las toca la realidad, la verdadera dicha, el verdadero ingenio, la verdadera profundidad no se toleran donde la ilusión prevalece. Tal es la clave de por qué Mme. du Deffand sólo dijo tres frases ingeniosas en cincuenta años. Si hubiera dicho una sola más, habría aniquilado su tertulia. La ocurrencia, al dejar sus labios, arrasó la conversación, como una bala de cañón que troncha las margaritas y las violetas. Cuando pronunció su afamado «mot de Saint Denis», hasta el pasto se chamuscó. El desencanto y la desolación lo siguieron. No se dijo ni una palabra. «¡Ahórrenos otro semejante, Madame, por amor de Dios!», gritaron al unísono sus amigos. Y ella acató ese ruego. Durante diecisiete años no dijo nada memorable, y todo anduvo bien. El hermoso tapiz de la ilusión quedó intacto en su círculo como estaba intacto en el círculo de Lady R. Los huéspedes creían ser felices, creían ser ingeniosos, creían ser profundos, y como lo creían, otras personas lo creían aún más; y así se propaló que nada podía igualar el encanto de las tertulias de Lady R.; todos tenían envidia de quienes participaban en ellas; los que participaban se envidiaban porque los envidiaban los otros; y aquello parecía no tener fin —salvo el que pasaremos a referir.

A la tercera visita de Orlando, ocurrió un incidente. Ella seguía con su ilusión de escuchar los más brillantes epigramas del mundo, aunque a decir verdad, el viejo general C. estaba revelando, con alguna prolijidad, el trayecto preciso de la gota desde su pierna izquierda hasta su pierna derecha, y Mr. L. interrumpía cada vez que se mencionaba un nombre propio: «¿B.? Lo conozco a Billy B. como mis manos. ¿S.? El hombre que más quiero. ¿E.? Pasamos una quincena juntos en Yorkshire» —lo cual, tal es la fuerza de la ilusión, parecía la réplica más ingeniosa, el comentario más penetrante sobre la vida humana, y mantenía la reunión en una carcajada perpetua, cuando se abrió la puerta y entró un caballerito cuyo nombre no atrapó Orlando. En el acto una impresión extrañamente incómoda la invadió. A juzgar por sus caras los otros la sintieron también. Un caballero declaró que había una corriente de aire. La Marquesa de C. temió que un gato se hubiera introducido bajo el sofá. Era como si abrieran los ojos después de un lindo sueño y no encontraran más que un lavatorio barato y una frazada sucia. Era como si los dejaran los vapores de un delicioso vino. El general seguía conversando y seguía rememorando Mr. L. Pero el rojo cogote del general era cada vez más visible, y la calva reluciente de Mr. L. En cuanto a lo que decían —nada más aburrido y más trivial podía imaginarse. Todos estaban incómodos y las damas bostezaban detrás de sus abanicos. Al fin Lady R. dio un golpecito con el suyo en el brazo de un sillón. Los dos interlocutores callaron.

Entonces dijo el caballerito,

Dijo luego,

Dijo finalmente.

Aquí, indudablemente, había verdadero ingenio, verdadera sabiduría, verdadera profundidad. El auditorio se quedó consternado. Un solo dicho así, ya era intolerable; ¡pero tres, uno encima de otro, en la misma tarde! No había reunión capaz de sobrevivir.

«Mr. Pope —dijo la vieja Lady R. en una voz estremecida de ira sarcástica—, veo que usted bromea.» Mr. Pope se puso rojo. Nadie dijo una palabra. Un silencio mortal los aplastó por unos veinte minutos. Después, uno por uno, se levantaron y se escurrieron del salón. Era dudoso que volvieran después de semejante experiencia. Se oían los gritos de los pajes de hacha llamando a los cocheros por toda South Audley Street. Las portezuelas se cerraban de golpe y los coches se iban. Orlando, en la escalera, se encontró junto a Mr. Pope. Su organismo contrahecho y flaco estaba sacudido por muy diversas emociones. Sus ojos disparaban dardos de maldad, de rabia, de triunfo, de ingenio y de terror; temblaba como una hoja. Parecía un reptil agazapado con un topacio vivo en la frente. En el mismo instante, la más extraña tempestad de emociones se apoderó de la pobre Orlando. Una desilusión tan completa como la que acababa de padecer hace que la mente zozobre de un lado a otro. Todo parece diez veces más desnudo y más inútil. Es un instante lleno de peligro para la mente humana. En instantes así, las mujeres se hacen monjas, los hombres frailes. En instantes así, los hombres ricos hacen donación de sus bienes, los hombres felices se degüellan con el trinchante. Orlando hubiera hecho todo eso con gusto, pero había una cosa más temeraria, y es la que hizo. Invitó a Mr. Pope a que la acompañara a su casa.

Porque si es temerario entrar sin armas en la cueva del león, o atravesar en una canoa el Océano Atlántico, o pararse sobre un pie en la cúspide de San Pablo, más temerario aún es volver a casa con un poeta. Un poeta es a la vez Atlántico y león. El uno nos ahoga, el otro nos roe. Si sobrevivimos a los dientes sucumbimos a las olas. Un hombre destructor de ilusiones es a un tiempo fiera y diluvio. Las ilusiones son al alma lo que la atmósfera es a la tierra. Destruid ese tierno aire y muere la planta, palidece el color. La tierra que pisamos es un rescoldo. Pisamos un erial y nos lastiman los pies guijarros candentes. La verdad nos deshace. La vida es sueño. El despertar nos mata. Quien me roba los sueños, me roba la vida (y así podríamos seguir una media docena de páginas, pero el estilo es aburrido y mejor es dejarlo).

De acuerdo con lo anterior, sin embargo, Orlando hubiera sido un mero montón de cenizas cuando el carruaje se detuvo ante su casa de Blackfriars: Que todavía fuera de carne y hueso, aunque exhausta, se debe a un hecho que ya hemos indicado. Cuando menos vemos, más creemos. Las calles entre Blackfriars y Mayfair estaban muy mal alumbradas. Es verdad que el alumbrado era superior al de la época isabelina. Entonces el viajero a quien le sorprendía la noche, tenía que confiar en las estrellas o en la antorcha colorada de algún sereno para orillar los pedregales de Park Lane o los robledables donde los cerdos hocicaban en Tottenham Court Road. Pero, con todo, aún se estaba muy lejos de nuestra eficacia moderna. Cada doscientas yardas había un farol de aceite, pero la zona intermedia era como boca de lobo. Orlando y Mr. Pope atravesaban diez minutos de oscuridad; luego medio minuto de luz. Así nació en Orlando un estado de alma rarísimo. Al desvanecerse la luz, ella se sentía invadida por una deliciosa dulzura. «Qué honor para una muchacha pasear en coche con Mr. Pope —reflexionaba mirando su nariz de perfil—. Soy la más dichosa de las mujeres. A media pulgada de mí —estoy sintiendo el nudo de sus ligas contra mi muslo— está el ingenio más brillante de los dominios de Su Majestad. Los siglos venideros nos recordarán con interés y me tendrán una envidia loca.» Ahora se acercaban a otro farol. «¡Qué tonta soy! —pensaba—. Nada son la fama y la gloria. ¡Los siglos venideros ni se acordarán de mí ni de Mr. Pope! ¿Qué es un siglo? ¿Qué somos "nosotros"?», y su travesía de Berkeley Square era como el tanteo de dos hormigas ciegas, momentáneamente reunidas por el azar, sin un interés en común, en un desierto renegrido. Orlando se estremeció. Pero de nuevo los rodeó la tiniebla. Su ilusión revivió. «Qué noble es su frente —pensó (equivocando un bulto de un almohadón por la frente de Mr. Pope en la oscuridad)—. ¡Qué orbe de genio habita ahí! ¡Qué talento, qué sabiduría, qué verdad —qué abundancia de todas esas joyas, por las que daríamos nuestra vida! Tuya es la única luz que arde para siempre. Sin ti la peregrinación humana se arrastraría en plena oscuridad (aquí el coche dio un barquinazo en una zanja de Park Lane); sin el genio estaríamos tumbados y deshechos. ¡Oh augusto, oh lúcido resplandor!», así estaba apostrofando al bulto del almohadón cuando al pasar por uno de los faroles de Berkeley Square advirtió su engaño. La frente de Mr. Pope era como la de cualquiera. «Miserable —pensó—, ¡cómo me has engañado! Creí que ese bulto era tu frente. Cuando uno mira bien, ¡qué innoble, qué despreciable eres! Contrahecho y enclenque, nada en ti merece la veneración, mucho la lástima, casi todo el desprecio.»

De nuevo los rodeaba la sombra, y su cólera decreció en cuanto no distinguió sino las rodillas del poeta.

«Pero la miserable soy yo —reflexionó de nuevo en plena oscuridad—, pues por abyecto que tú seas, ¿no soy yo acaso más abyecta? Tú me alimentas y proteges, tú espantas las fieras, tú atemorizas al salvaje, tú me has tejido trajes con la seda de los gusanos, y alfombras con la luna de las ovejas. Si siento necesidad de adorar, ¿no me has dado una imagen de ti mismo y la has instalado en el cielo? ¿No encuentro acaso en todas partes las pruebas de tu afán? ¡Qué humilde, qué agradecida, qué dócil debo yo ser entonces! Que toda mi alegría esté en servirte, en honrarte, en obedecerte.»

Aquí llegaron al gran farol en la esquina de lo que ahora es Piccadilly Circus. La luz la deslumbró, y vio además de unos seres degradados de su propio sexo, dos pigmeos miserables, en un país desierto. Ambos estaban desnudos, solitarios, indefensos. No podían hacer nada el uno por el otro. Cada uno era una carga para sí mismo. Mirando bien de frente a Mr. Pope, «es igualmente vano —pensó—, que tú sueñes en protegerme, o yo en adorarte. La luz de la verdad cae sobre nosotros sin una sombra, y la luz de la verdad nos sienta muy mal».

Todo ese tiempo, es claro, habían conversado agradablemente, como lo hace la gente educada y bien nacida, sobre el mal genio de la Reina, y la gota del primer ministro, mientras el carruaje alternaba la luz y la sombra por el Haymarket, por el Strand, por Fleet Street, y llegaba, al fin, a la casa de Orlando en Blackfriars. Hacía rato que los intervalos de sombra entre los faroles eran más claros y los faroles menos brillantes —es decir, estaba amaneciendo y había esa luz igual pero confusa de una mañana de verano, en que todo se ve, pero nada se ve con claridad. Se apearon, Mr. Pope le dio la mano para bajar, y Orlando consiguió que Mr. Pope entrara antes que ella en la casa, con el más exquisito acatamiento de los ritos sociales.

El párrafo anterior no debe autorizarnos a suponer que el genio (pero esa enfermedad ha sido extirpada en las Islas Británicas, y hay quienes dicen que el finado Lord Tennyson fue el último caso) está siempre encendido, porque entonces todo lo veríamos claro y correríamos el riesgo de morir fulminados. El genio funciona más bien como un faro, que envía un rayo y se detiene por un tiempo: salvo que es harto más caprichoso y puede proyectar seis o siete rayos seguidos (como hizo Mr. Pope esa noche) y después extinguirse durante un año o para siempre. Por consiguiente es imposible guiarse por esos rayos, y parece que los hombres de genio, cuando están apagados, son como los demás.

El hecho fue una suerte para Orlando, aunque al principio la decepcionó, pues ahora dio en andar mucho entre hombres de genio. No diferían tanto de nosotros como podríamos pensar. Addison, Pope, Swift, descubrió, eran muy afectos al té. Gustaban de las glorietas. Coleccionaban pedacitos de vidrios de colores. Adoraban las grutas. No les desagradaban los títulos. El elogio les encantaba. Un día usaban trajes color ciruela y otro día grises. Mr. Swift tenía un hermoso bastón de malaca. Mr. Addison perfumaba sus pañuelos. A Mr. Pope le solía doler la cabeza. Los chismes no dejaban de entretenerlos. No carecían de envidia. (Estamos apuntando al azar algunas reflexiones que se le ocurrieron a Orlando.) Al principio, se reprochaba su atención a tales bagatelas, y adquirió un cuaderno para anotar sus dichos memorables, pero las páginas quedaron en blanco. De todos modos, Orlando se entusiasmó, y dio en hacer pedazos las invitaciones sociales; se reservó las tardes, y vivió en la continua expectativa de las visitas de Mr. Pope, de Mr. Addison, de Mr. Swift, etc., etc. Si el lector quiere consultar El rapto del rizo, El espectador o Los viajes de Gulliver, comprenderá precisamente lo que quieren decir esas misteriosas palabras. En verdad, los biógrafos y los críticos podrían ahorrarse todo su trabajo si los lectores escucharan este consejo. Porque al leer:

Whether the Nymph shall break Diana's Law,
Or some frail China Jar receive a Flaw,
Or stain her Honour, or her new Brocade,
Forget her Pray'rs or miss a Masquerade,
Or lose her Heart, or Necklace, at a Ball.

—sabemos como si estuviéramos escuchándolo, que la lengua de Mr. Pope temblaba como la de una víbora, que sus ojos chispeaban, que su mano se estremecía, cómo amaba, cómo mentía, cómo sufría. En una palabra, todos los secretos de un escritor, todas las experiencias de su vida, todos los rasgos de su espíritu, están patentes en su obra, y sin embargo exigimos comentarios críticos y relatos biográficos. La única explicación de ese crecimiento monstruoso es la necesidad de matar el tiempo.

Ahora, después de recorrer una página o dos de El rapto del rizo, sabemos exactamente por qué Orlando, esa tarde, estaba tan divertida, y tan asustada, y por qué le brillaban los ojos y las mejillas.

En eso, Mrs. Nelly llamó para decir que Mr. Addison deseaba ver a su Señoría. Entonces Mr. Pope se levantó con una agria sonrisa, se despidió y salió cojeando. Entró Mr. Addison. Leamos, mientras toma asiento, este pasaje del Espectador:

«Pienso que la mujer es un bello animal romántico, que puede ser adornado con pieles y plumas, perlas y diamantes, sedas y metales. El lince arrojará su piel a sus plantas para que se haga una palatina; el pavo real, el guacamayo y el cisne colaborarán en su manguito; el mar se despojará de sus caracoles y los peñascos de sus piedras preciosas, y la naturaleza entera contribuirá al embellecimiento de un ser que es su obra más perfecta. Todo esto les concedo, pero en cuanto a la falda de que hablé, es inútil que insistan».

Tenemos a ese caballero, con tricornio y todo, en el hueco de la mano. Mirémoslo otra vez con la lupa. ¿No se ve hasta la arruga de su media? ¿No está a la vista cada pliegue y cada curva de su ingenio, y su bondad y su timidez y su cortesía y el hecho de que acabará por casarse con una condesa y morirá muy decentemente? Todo está claro. Y cuando Mr. Addison ha dicho lo que debe decir, hay un tremendo golpe a la puerta, y Mr. Swift, que tiene ese modo tan brusco, entra sin que lo anuncien. Un momento. ¿Dónde están Los viajes de Gulliver? Aquí están. Leamos un párrafo del viaje entre los Houyhnhnms:

«Gocé de una perfecta Salud del Cuerpo y Tranquilidad del Espíritu; no encontré la Traición o la Inconstancia de un Amigo, o las Injurias de un Enemigo declarado o secreto. No debí sobornar, adular o alcahuetear, para procurar el Favor de un Poderoso o de su Privado. No necesité ninguna Barrera contra la Tiranía o el Fraude; no había un Médico para destruir mi Cuerpo, ni un Abogado para arruinar mi Fortuna; ni Delator para vigilar mis Palabras y Actos, o fraguar Acusaciones contra mí por Dinero; no había Mofadores, Calumniadores, Rateros, Bandoleros, Ladrones, Jueces, Encubridores, Bufones, Tahúres, Políticos, Talentos, tediosos Charlatanes aburridos...».

Basta, basta. ¡Detén esa avalancha de hierro que acabará por desollarnos vivos a todos, y a ti también! Nada más claro que ese hombre violento. Es tan grosero, y sin embargo, tan limpio; tan brutal y tan bondadoso. Desprecia al mundo entero, pero le hace mimos a una nena y morirá, ¿quién lo duda?, en un manicomio.

Así, Orlando les servía el té, y a veces, cuando el tiempo era hermoso, se los llevaba al campo, y los agasajaba como reyes en el Salón Redondo, donde tenía los retratos de todos ellos colgados en círculo, para que Mr. Pope no pudiera alegar que Mr. Addison lo precedía, o viceversa.

Eran ingeniosísimos también (pero su ingenio está en sus libros) y le enseñaron lo esencial del estilo, que es el tono corriente de la voz —una virtud que nadie puede imitar sin haber oído, ni siquiera Greene, con toda su destreza; porque nace del aire, se quiebra como una ola contra los muebles, rueda y se desvanece y es irrecuperable, sobre todo por quienes aguzan el oído medio siglo después. Todo eso le enseñaron, con la sola cadencia de sus voces en la conversación; de suerte que modificó un poco su estilo, y escribió algunos versos muy agradables y algunos retratos en prosa. Y así les prodigaba su vino y les ponía billetes de banco (que ellos amablemente guardaban) debajo de sus platos en la comida, y aceptaba sus dedicatorias, y se consideraba honradísima con el cambio.

Así pasaba el tiempo, y Orlando solía decirse con un énfasis que era tal vez algo sospechoso: «Palabra de honor, ¡qué vida es ésta!» (Porque todavía estaba a la busca de ese artículo.) Pero las circunstancias quisieron que ella mirara más de cerca el asunto.

Un día le estaba sirviendo té a Mr. Pope, que (como cualquiera puede inferir de los versos citados) estaba hecho un ovillo en su asiento, siguiéndola con los ojos brillantes.

«Dios mío —pensó esgrimiendo las tenacillas—, ¡qué envidia que tendrán las mujeres del porvenir! Y sin embargo», se detuvo, pues tenía que atender a Mr. Pope. Y sin embargo —completemos su idea— cuando alguien dice «¡Qué envidia me tendrá el porvenir!», es seguro que ese alguien está incomodísimo en el presente. ¿Era tan intensa esa vida, tan halagüeña, tan gloriosa como la describían luego los biógrafos? Por una parte Orlando detestaba el té; por otra, el genio, divino como es y adorable, suele alojarse en las envolturas más sórdidas, y a veces, ¡ay de mí!, devora las otras facultades, de suerte que donde la Mente es mayor, el Corazón, los Sentidos, la Grandeza de Alma, la Caridad, la Tolerancia, la Buena Voluntad, y el resto casi no pueden respirar. De ahí la alta opinión que tienen de sí mismos los poetas; de ahí la tan baja que tienen de otros; de ahí las enemistades, injurias, envidias y epigramas que los atarean continuamente; de ahí la rapidez con que los reparten, de ahí su rapacidad para exigir simpatía; todo esto, lo diremos en voz baja, para que los intelectuales no se enteren, hace que servir el té sea un ejercicio más problemático, y en verdad, más arduo que lo que suele suponerse. A esto se añade (volvemos a bajar la voz para que las mujeres no se enteren) un secretito que los hombres comparten; Lord Chesterfield se lo confió a su hijo bajo el más estricto secreto: «Las mujeres no son más que niños grandes... El hombre inteligente sólo se distrae con ellas, juega con ellas, procura no contradecirlas y las adula». Como los niños invariablemente oyen lo que no deben y a veces llegan a ser grandes, el secreto se ha divulgado y la ceremonia de servir el té es curiosísima.

Una mujer sabe muy bien que por más que un escritor le envíe sus poemas, elogie su criterio, solicite su opinión y beba su té, eso no quiere absolutamente decir que respete sus juicios, admire su entendimiento, o dejará, aunque le esté negado el acero, de traspasarla con su pluma. Todo eso, por despacio que lo digamos, es cosa sabida, así que aun con la jarrita de crema en el aire y las tenacillas dispuestas, las damas pueden ponerse un poco nerviosas, mirar un poco por la ventana, bostezar un poco, y dejar caer el terrón con un gran chapoteo —como Orlando acaba de hacerlo— en la taza de Mr. Pope. Jamás hubo mortal más listo a sospechar una injuria o más pronto a vengarla que Mr. Pope. Se volvió a Orlando y acto continuo le presentó el borrador de cierto memorable verso de los «Retratos de Mujeres». Ahí aparece muy limado, pero el mismo borrador era bien picante. Orlando lo recibió con una reverencia. Mr. Pope la dejó con un saludo. Orlando, para refrescar sus mejillas, porque se sentía abofeteada por el homúnculo, salió a vagar por los nogales del fondo del jardín. La frescura del aire hizo su efecto. Comprobó con asombro que era un enorme alivio estar sola. Miró a los alegres remeros que remontaban el río. Sin duda la visión le recordó un incidente o dos de su vida pasada. Se sentó a meditar profundamente bajo un hermoso sauce. No se movió hasta que en el cielo hubo estrellas. Entonces se levantó y regresó a la casa, donde fue derecho a su cuarto y se encerró con llave. Abrió un armario donde estaban los trajes que había usado cuando era un gentilhombre, y eligió un traje negro de terciopelo con adornos de encaje de Venecia. En verdad, estaba un poco pasado de moda, pero le quedaba como un guante, y la hacía parecer el prototipo de un noble Lord. Dio un par de vueltas ante el espejo para cerciorarse de que las faldas no le habían hecho perder la soltura de las piernas, y salió secretamente a la calle.

Era una hermosa noche de principos de abril. Miles de estrellas mezcladas con la claridad de una luna nueva (a su vez reforzada por los faroles) daban una luz que favorecía infinitamente el rostro del hombre y la arquitectura de Mr. Wren. Todo se manifestaba del modo más tierno, pero cuando estaba a punto de disolverse, una gota de plata lo animaba y lo definía. Así debería ser la conversación, pensó Orlando (dejándose llevar por un sueño absurdo); así la sociedad, así la amistad, así el amor. Porque —Dios sabrá la razón— en cuanto hemos perdido toda fe en el comercio humano, la disposición casual de unos galpones y de unos árboles o una parva y un carro nos proponen un símbolo tan perfecto de lo inalcanzable que recomenzamos la busca.

Con estas meditaciones entró en Leicester Square. Los edificios tenían esa simetría ligera pero precisa que sólo les otorga la noche. El dosel del cielo parecía hábilmente desteñido para destacar los contornos de las chimeneas y de los techos. En el medio de la plaza había un plátano, bajo el plátano un banco, en el banco una muchacha afligida (un brazo pendiente, el otro descansando en su regazo) que era la imagen misma de la gracia, la sencillez y la desolación. Orlando barrió el suelo con su sombrero como si saludara a una gran dama en un lugar público. La muchacha levantó la cabeza. Era del más exquisito dibujo. La muchacha levantó los ojos. Orlando vio que eran de un brillo que se observa a veces en las teteras pero muy rara vez en el rostro humano. A través de esa pátina de plata la muchacha lo miró (para ella era un hombre) con esperanza, con imploración, con temblor, con miedo. Se levantó; aceptó su brazo. Porque —¿debemos decirlo?— era de la tribu que noche a noche bruñe su mercadería y la exhibe a la espera del mejor postor. Llevó a Orlando a su pieza en Gerrard Street. Al sentirla en su brazo, levemente pero como quien está suplicando, Orlando recobró los sentimientos propios de un hombre. Miró, sintió, habló como un hombre. Sin embargo, como había sido una mujer hasta hace muy poco, sospechó que la timidez de la muchacha, y sus contestaciones vacilantes, y su torpeza con la llave en la cerradura, y el pliegue de su abrigo y el abandono de su mano, eran simulaciones destinadas a lisonjear su hombría. Subieron, y el trabajo que se había tomado la pobre para arreglar su cuarto y disimular el hecho de que era el único, no engañó a Orlando ni por un momento. La farsa provocó su desdén —la verdad su lástima. Una cosa trasluciéndose por la otra engendró el sentimiento más confuso; ya Orlando no sabía si reír o llorar. Nell, mientras tanto, se desabrochó los guantes; ocultó cuidadosamente el pulgar de la mano izquierda que estaba sin zurcir; luego, se retiró detrás de un biombo, donde tal vez se pintó las mejillas, se arregló la ropa, y se puso al cuello un pañuelo nuevo —charlando todo el tiempo como las mujeres lo hacen para distraer a su amante, aunque Orlando hubiera jurado, por el tono de su voz, que sus pensamientos estaban lejos. Cuando todo estuvo listo, apareció preparada —pero aquí Orlando ya no dio más. Con una extraña agitación de cólera, de gozo y de lástima, arrojó el disfraz y declaró que era una mujer. Nell prorrumpió en tales carcajadas que llegaron, sin duda, al otro lado de la calle.

«Bueno, querida» —dijo cuando se sosegó un poco—, «no me disgusta nada saberlo. Porque la pura verdad (y era increíble la rapidez con que dejó su tono suplicante, en cuanto supo que las dos eran del mismo sexo), la pura verdad del asunto, es que no estoy para hombres esta noche. Estoy metida en un lío.»

Después de lo cual, atizó el fuego, hizo arder un bol de ponche y contó a Orlando la historia entera de su vida. Como nuestro tema es la vida de Orlando, no referiremos las aventuras de la otra dama, pero lo cierto es que Orlando nunca sintió correr las horas más rápidas y alegres, aunque Mistress Nell no tenía ni pizca de talento, y cuando el nombre de Mr. Pope apareció en la conversación preguntó con toda ingenuidad si era pariente del peluquero del mismo nombre en Jermyn Street. Sin embargo, tal es el encanto de la naturalidad y la atracción de la belleza, que la charla de esta pobre muchacha salpicada de modos de decir callejeros fue como un vino para Orlando después de las floridas frases a que la habían acostumbrado, y se vio forzada a admitir que algo en el desdén de Mr. Pope, en la condescendencia de Mr. Addison y la reserva de Lord Chesterfield le envenenaba el trato con los intelectuales, aunque siguiera venerando sus obras.

Averiguó que esas infelices (porque Nell trajo a Prue, y Prue a Kitty, y Kitty a Rose) tenían su propio círculo, al que la admitieron ahora. Cada una refería las aventuras que la habían conducido a esa profesión. Varias eran hijas naturales de condes y una tenía más intimidad con la persona Real que lo debido. Ninguna, por infeliz o pobre que fuera, carecía de un pañuelo o de un anillo que le servía de árbol genealógico. Hacían rueda en torno del ponche que Orlando se encargaba de suministrar con largueza, y fueron muchas las historias que refirieron y las ocurrencias que tuvieron, porque no se puede negar que cuando las mujeres se juntan —pero, chis— cierran muy bien las puertas para que no llegue a la imprenta ni una sola palabra de lo que dicen. Todo lo que deseamos es —pero, chis—, ¿no se oye en la escalera el paso de un hombre? Estábamos por decir lo que desean, cuando ese caballero nos sacó las palabras de la boca. Las mujeres carecen de deseos, dice este caballero, entrando en la salita de Nell: sólo simulaciones. Sin deseos (ya lo ha servido Nell y se ha ido) su conversación no puede interesar a nadie: «Es bien sabido —afirma el señor S. W.— que cuando les falta el estímulo de otro sexo, las mujeres no tienen nada que decirse. Cuando están solas no conversan, se arañan». Y desde que no pueden conversar y no pueden arañarse indefinidamente y (como el señor T. R. lo ha demostrado) «son incapaces de sentimientos afectuosos para su propio sexo y mutuamente se detestan», ¿qué supondremos que hacen las mujeres cuando se reúnen?

Como a ningún hombre sensato le puede interesar la pregunta anterior, pasémosla por alto (ya que los biógrafos comparten con los historiadores el privilegio de no tener sexos) y registremos simplemente que a Orlando le agradaba muchísimo la sociedad de las mujeres —hecho imposible, según los caballeros demostrarán.

Se hace más y más difícil dar exacta cuenta de la vida de Orlando en aquella época. Al espiar y avanzar por los patios mal alumbrados, mal pavimentados y mal ventilados que había en los alrededores de Gerrard Street y de Drury Lane, la descubrimos un instante y la perdemos acto continuo. La tarea es aun más difícil por sus frecuentes cambios de traje de hombre a traje de mujer. Suele figurar en memorias contemporáneas como «Lord» Tal y Tal, que realmente era su primo; le atribuyen a él sus rasgos de generosidad, y hasta las poesías que ella compuso. Parece que no le costaba el menor esfuerzo mantener ese doble papel, pues cambiaba de género con una frecuencia increíble para quienes están limitados a una sola clase de trajes. Ese artificio le permitía recoger una doble cosecha, aumentaron los goces de la vida y se multiplicaron sus experiencias. Cambiaba la honestidad del calzón corto por el encanto de la falda y gozaba por igual del amor de ambos sexos.

Si uno dibujara sus días la representaría de mañana, en su biblioteca, en un antiguo traje chino, luego, vestida igual, recibiendo a uno o dos protegidos (porque hacía mucha caridad); luego dando una vuelta por el parque y podando los nogales —eran convenientes unas bombachas—; luego cambiaba a un traje de Pekín floreado indispensable para el paseo a Richmond y la propuesta matrimonial de algún aristócrata; y de nuevo en Londres con un traje color rapé como de abogado, recorriendo los tribunales para saber de muchos pleitos —porque su fortuna se consumía por horas y sus asuntos parecían tan lejos de una solución como cien años antes; y finalmente, al llegar la noche, volviéndose un noble señor de pies a cabeza y recorriendo las calles en busca de aventuras.

Al regresar de esas andanzas —se habló entonces de un duelo, del comando de un navio del Rey, de una lanza desnuda en un balcón, de una fuga hasta Holanda con cierta dama y de la persecución del esposo —pero nada diremos de la verdad, o falta de verdad, de esas habladurías—, al regresar, decimos, de esas andanzas, le gustaba detenerse ante las ventanas de un café, donde podía ver a los literatos sin que la vieran, e inferir de sus gestos, las cosas sabias, ingeniosas e irónicas que sin duda decían, todo eso sin oír ni una palabra; lo cual era tal vez una ventaja; y así una noche estuvo media hora viendo tres sombras que bebían juntas el té en una casa de Bolt Court.

No hubo jamás un espectáculo más atrayente. Hubiera querido gritar: ¡Bravo, bravo! Porque, en verdad, qué drama más hermoso —¡qué página arrancada del más copioso volumen de la vida humana! Ahí estaba la sombrita de labios salidos que no se aquietaba un segundo en la silla, incómoda, petulante, servil; ahí estaba la encorvada sombra de mujer encajando un dedo en la taza para saber hasta dónde llegaba el té, porque era ciega; ahí estaba la sombra corpulenta de aire romano en el gran sillón: el hombre que se torcía los dedos de manera tan rara y movía la cabeza de un lado a otro y consumía el té en amplios tragos. El doctor Johnson, Mr. Boswell y Mrs. Williams —así se llamaban las sombras. Orlando quedó tan embobada mirándolas que no pensó en la envidia que le tendrían los siglos venideros, aunque la conjetura, en este caso, no era injustificada. Era feliz mirando y mirando. Al fin Mr. Boswell se levantó. Saludó a la vieja con acritud. Pero con qué humildad se inclinó ante la vasta sombra romana, que se puso de pie, y, con un majestuoso rolido, emitió los períodos más soberbios que salieron jamás de labios mortales; así le parecieron a Orlando, aunque no oyó ni una palabra de cuanto las tres sombras decían mientras tomaban el té.

Una noche, después de una escapada, volvió a su casa y subió al dormitorio. Se quitó la casaca con encajes y se quedó mirando por la ventana, en mangas de camisa. Había una inquietud en el aire que le prohibía acostarse. La neblina blanca cubría la ciudad, porque era una noche helada en pleno invierno, y una vista magnífica la rodeaba. Podía ver la Catedral de San Pablo, la Torre, la Abadía de Westminster y todas las agujas y cúpulas de las iglesias centrales, el blando contorno de las márgenes del río, las curvas amplias y opulentas de los edificios. Al norte se elevaban las dulces y segadas colinas de Hampstead; al oeste las calles y las plazas de Mayfair se definían en un claro resplandor. Brillantes, duras, positivas, las estrellas miraban ese panorama disciplinado y sereno, desde un cielo sin nubes. En la suma claridad del aire se percibía la arista de cada techo, el sombrero de cada chimenea; hasta las piedras del pavimento se distinguían una de otra, y Orlando comparó sin querer el orden de ese espectáculo con el caserío agazapado y confuso que había sido la ciudad de Londres en el reinado de Isabel. Entonces la ciudad (para de algún modo llamarla) era un mero tropel de casas amontonadas, bajo sus ventanas de Blackfriars. Las estrellas se duplicaban en hondos baches de agua estancada en medio de la calle. Una sombra negra en la esquina donde había estado la taberna, era tal vez el cadáver de un asesinado. Recordaba el gritar de más de un herido en esas peleas nocturnas, cuando ella era un niño, y la sirvienta lo asomaba a los vidrios en forma de losange. Bandas de forajidos, hombres y mujeres, indeciblemente enlazados, embestían las calles, vociferando cantos desaforados, con joyas centelleando en las orejas y dagas rebrillando en los puños. En noches como éstas, el entrevero impenetrable de las forestas de Highgate y de Hampstead, se perfilaba contra el cielo complejo y retorcido. Aquí y allá, en la cumbre de una colina, había una horca tiesa, con un muerto clavado pudriéndose o secándose en la cruz; porque la inseguridad y el peligro, la lujuria y la violencia, la poesía y la basura, hormigueaban en los caminos reales isabelinos y zumbaban y apestaban —a Orlando le parecía estar sintiendo el olor de las noches calientes— en los cuartos chicos y pasajes angostos de la ciudad. Ahora —al asomarse a la ventana— todo era luz, orden, serenidad. Se oía el rodar de un carruaje sobre las piedras.

Oyó el grito lejano de un sereno: «Las doce han dado y helando». Apenas dijo esas palabras, sonó la primera campanada de la medianoche. Orlando percibió entonces una nubecita detrás de la cúpula de San Pablo. Al resonar las campanadas, crecía la nube, ensombreciéndose y dilatándose con extraordinaria rapidez. Al mismo tiempo se levantó una brisa ligera, y al sonar la sexta campanada todo el oriente estaba cubierto por una móvil oscuridad, aunque el cielo del norte y del oeste seguía despejado. Pero la nube alcanzó el norte. Pronto cubrió las alturas. Sólo Mayfair, toda iluminada, ardía más brillante que nunca, por contraste. A la octava campanada, algunos apresurados jirones de la nube entoldaron Piccadilly. Parecían concentrarse y avanzar con extraordinaria rapidez hacia el oeste. Con la novena, décima y undécima campanada, una vasta negrura se arrastró sobre todo Londres. Con la última, la oscuridad era completa. La pesada tiniebla turbulenta ocultó la ciudad. Todo era sombra; todo era duda;

todo era confusión. El siglo dieciocho había concluido; el siglo diecinueve empezaba.

CINCO

La enorme nube que pendía no sólo sobre Londres, sino sobre todo el territorio de las Islas Británicas el primer día del siglo diecinueve, se detuvo (mejor dicho, no se detuvo, porque la empujaban de un lado a otro ráfagas tempestuosas) lo suficiente para producir efectos extraordinarios en aquellos que vivían bajo su sombra. El clima de Inglaterra parecía otro. Llovía con frecuencia, pero sólo en aguaceros caprichosos, que volvían a empezar apenas concluían. Brillaba el sol, naturalmente, pero lo embozaban tanto las nubes en una atmósfera tan saturada de agua, que sus rayos eran descoloridos; y púrpuras anaranjados y rojos de carácter opaco reemplazaron los paisajes inequívocos del siglo dieciocho. Bajo ese dosel amoratado y huraño, el verde de los repollos era menos intenso, y el blanco de la nieve estaba sucio. Pero —y eso es lo peor— la humedad empezó a meterse en las casas; la humedad, el enemigo más insidioso, porque si al sol lo podemos excluir con persianas y a la helada con un buen fuego, la humedad penetra mientras dormimos; la humedad es callada, ubicua, invisible. La humedad hincha la madera, enmohece la pava, herrumbra el hierro, pudre la piedra. Tan lento es el proceso, que ni siquiera sospechamos el mal hasta que al levantar una cómoda o el balde del carbón, se nos cae a pedazos de las manos.

Así, de un modo imperceptible y furtivo, sin que nadie supiera la precisa fecha o la hora, el clima de Inglaterra cambió y nadie lo supo. Los efectos se sintieron en todas partes. El hacendado recio, que había despachado alegremente su comida de rosbif y cerveza negra en un cuarto planeado tal vez por los hermanos Adam, con dignidad clásica sentía ahora escalofríos. Aparecieron las mantas, después las barbas; los pantalones se ajustaron bajo el empeine. El chucho de las piernas del caballero se corrió a toda la casa; hubo que enfundar los muebles, tapizar las paredes y recubrir las mesas; nada quedó desnudo. El crumpet fue inventado, y el muffin. El café sustituyó al oporto del postre. Y como el café condujo a un salón y el salón a fanales de cristal y los fanales de cristal a flores de cera, y las flores de cera a chimeneas con repisa y las chimeneas con repisa a pianos de cola, y los pianos de cola a romanzas de salón, y las romanzas de salón (salteando un eslabón o dos) a innumerables perritos, carpetas, y adornos de porcelana, el hogar —que se había hecho muy importante— cambió del todo.

En el exterior de la casa —otro efecto de la humedad— creció la hiedra con una profusión sin igual. Las paredes, hasta entonces de piedra desnuda, quedaron sofocadas por el follaje. Ningún jardín por riguroso que fuera su primitivo plan, se libró de un almácigo, de un «bosque», de un laberinto. La escasa luz que penetraba en los dormitorios donde nacían los niños era, ya se comprende, de un verde turbio, y la luz que llegaba a los salones donde estaban los hombres y las mujeres tenía que atravesar cortinas de felpa violeta o parda. Pero el cambio no se detuvo en lo exterior. La humedad hirió adentro. Los hombres sintieron frío en el corazón y humedad en el alma. En el desesperado esfuerzo de abrigar de algún modo sus sentimientos, agotaron todos los subterfugios. El amor, el nacimiento y la muerte fueron arropados en bellas frases. Los sexos se distanciaron más y más. Por ambas partes se practicaron la disimulación y el rodeo.

Al desenfreno externo de la hiedra y de la siempreviva en la tierra húmeda, correspondió adentro otra fecundidad. La vida normal de la mujer era una sucesión de partos. Se casaba a los diecinueve años, y a los treinta ya había tenido quince o dieciocho hijos, porque abundaban los gemelos. Así nació el Imperio Británico; así —porque no hay cómo detener la humedad; se mete en el tintero como en el maderamen— se inflamaron los párrafos, se multiplicaron los adjetivos, las piezas líricas se convirtieron en poemas épicos, y las bagatelas de una columna en enciclopedias de diez o veinte tomos. Pero Eusebius Chubb será testimonio del efecto que esto ejercía en la mente de un hombre sensible, incapaz de detenerlo.

Hay un pasaje al fin de sus memorias que describe cómo, luego de componer treinta y cinco páginas infolio, una mañana «sobre nada en particular», atornilló la tapa de su tintero y ensayó una vuelta por el jardín. Pronto se perdió en el almácigo; innumerables hojas crujían y brillaban sobre su cabeza. Le parecía «estar pisando el polvo de un millón de hojas más». Una humareda espesa brotaba de una fogata húmeda en el fondo del jardín. Pensó que no había fuego en la tierra capaz de consumir esa desaforada marea vegetal. Por todas partes la vegetación pululaba. Los pepinos «se atrepellaban en la hierba hasta sus pies». Coliflores gigantes se erguían escalonadas, hasta rivalizar en su imaginación ofuscada, con los mismos álamos. Las gallinas no cesaban de poner huevos sin color especial. Entonces, recordando con un suspiro su propia fecundidad y a Jane, su pobre esposa, ahora en las ansias de su parto decimoquinto, se preguntó: ¿qué culpa tienen las aves? Elevó los ojos al firmamento. El mismo cielo, o ese gran frontispicio del cielo, que es el firmamento, ¿no indicaba acaso la aprobación, mejor dicho, el estímulo de la jerarquía celestial? Porque ahí, verano e invierno, año tras año, las nubes daban vueltas y vueltas como ballenas, o como elefantes más bien; pero no, imposible eludir la comparación que le imponían mil hectáreas de cielo: el firmamento desplegado sobre las Islas Británicas no era otra cosa que un enorme colchón de pluma; y la confusa fecundidad del jardín, de la alcoba y del gallinero era sólo su copia. Entró, escribió el pasaje antes citado, metió la cabeza en un horno a gas, y cuando lo encontraron más tarde, ya estaba muerto.

Mientras eso pasaba en toda Inglaterra, era inútil que Orlando se enclaustrara en su casa de Blackfriars y sostuviera que el clima era siempre igual, que uno podía decir lo que se antojaba y usar, según su capricho, faldas o bombachas. Ella misma tuvo que reconocer que eran otros los tiempos. Una tarde, a principios del siglo, paseaba en su viejo carruaje con paneles por el parque Saint James, cuando uno de esos rayos de sol, que a veces alcanzaba la tierra, se abrió camino veteando las atravesadas nubes con raros colores prismáticos. Después de los cielos claros y uniformes del siglo dieciocho, ese espectáculo era tan insólito que la impulsó a bajar la ventanilla y a contemplarlo. Las nubes color pulga y color flamenco le hicieron pensar, con agradable angustia, en delfines muriendo en el mar Jónico, hecho que prueba hasta qué punto la había afectado la humedad.

Pero cuál no fue su sorpresa, cuando el rayo de sol, al herir la tierra, hizo surgir o iluminó una pirámide, hecatombe o trofeo (tenía un aire de mesa de banquete), una acumulación, digamos, de los objetos más heterogéneos y disparatados, encimados a lo loco en el sitio exacto donde se eleva ahora la estatua de la Reina Victoria. De una vasta cruz con florones de oro afiligranado pendían velos de novia y crespones de viuda; enganchados a otros salientes había palacios de cristal, cunas de mimbre, yelmos militares, coronas fúnebres, pantalones, patillas, tortas de boda, artillería, árboles de navidad, telescopios, animales prehistóricos, globos terráqueos, mapas, elefantes, compases y teodolitos, el todo sostenido como un gigantesco blasón, a la derecha por una figura de mujer envuelta en una túnica blanca; a la izquierda por un obeso caballero de levita y pantalón a cuadros. La incongruencia de los objetos, la coalición del traje recargado y de las envolturas parciales, lo charro de los muchos colores y sus complicaciones de tartán, consternaron a Orlando. Nunca había visto nada tan indecente, tan horroroso y tan monumental.

Sería, y sin duda era, un efecto de sol en el aire cargado de agua; desaparecería con la primera brisa que soplara, pero a pesar de todo, tenía un aire de querer durar para siempre. Nada, pensó, acurrucándose en un rincón de su coche, ni el viento, ni la lluvia, ni el sol, ni el trueno podrán demoler ese charro edificio. Se jaspearán las narices y se derrumbarán las trompetas; pero ahí quedará eternamente señalado el este, el oeste, el sur y el norte. Miró atrás, mientras el carruaje subía Constitution Hill. Sí, ahí estaba plácidamente bañado por una luz que —sacó el reloj de la faltriquera — era, naturalmente, la luz de las doce del día. No había otra más prosaica, más mediocre, más invulnerable a todo matiz del alba o del ocaso, más predispuesta a la eternidad. Resolvió no mirar de nuevo, sintió que el curso de su sangre se debilitaba. Pero lo más extraño fue que, al pasar por Buckingham Palace, un singular y vivo rubor cubrió sus mejillas y una fuerza desconocida le hizo bajar los ojos y mirar sus piernas. Comprobó con un sobresalto que usaba calzones negros. No cesó de ruborizarse hasta llegar a Blackfriars, lo cual es una prueba señalada de su pureza, si calculamos el tiempo requerido por cuatro caballos para recorrer al trote cuarenta millas.

Una vez ahí, cediendo a lo que ya era la más imperiosa necesidad de su naturaleza, se arrebujó lo mejor que pudo en una colcha de damasco, que arrancó de su cama. Explicó a la viuda Bartholomew (que había sucedido a la pobre Grimsditch en el cargo de ama de llaves) que estaba muerta de frío.

—Así estamos todos, señora —dijo la viuda, exhalando un hondo suspiro—. Las paredes están empapadas —dijo, con una rara y lúgrube satisfacción, y le bastó poner la mano en los paneles de roble para dejar la marca. La hiedra había crecido con tal profusión que muchas ventanas estaban tapiadas. La cocina era tan oscura que no se distinguía una pava de un colador. A un pobre gato negro lo habían tomado por carbón y lo habían metido en el fuego. Casi todas las sirvientas ya usaban tres o cuatro enaguas de franela colorada, aunque estaban en agosto.

»¿Pero es verdad, señora —preguntó la buena mujer, toda encogida, con su cruz de oro palpitando en su pecho—, que la Reina, Dios la bendiga, está usando un, ¿cómo se llama?, un... —la buena mujer vaciló y se ruborizó.

—Un miriñaque —dijo Orlando, viniendo en su ayuda (porque la palabra ya había llegado a Blackfriars). Mrs. Bartholomew asintió. Las lágrimas le corrían por la cara, pero sonreía entre las lágrimas. Porque era lindo llorar. ¿No eran débiles acaso todas las mujeres usando miriñaques para ocultar el hecho; el gran hecho; el único hecho; pero sin embargo el hecho deplorable, que toda mujer decente se esforzaba por ocultar, hasta que era imposible la ocultación; el hecho de que iba a tener un hijo? Quince o veinte hijos, mejor dicho, de modo que una mujer decente consagraba casi toda su vida a ocultar lo que un día en el año, por lo menos, sería indudable.

—Los muffins están calentitos, están —dijo Mrs. Bartholomew, secándose las lágrimas— en la biblioteca.

Y envuelta en una colcha de damasco, Orlando acometió la fuente de muffins.

«Los muffins están calentitos, están en la biblioteca» —Orlando articuló la horrenda frase cockney con el refinado acento cockney de Mrs. Bartholomew, mientras tomaba —pero no, aborrecía ese brebaje inocuo— su té. En ese mismo cuarto, recordó, la Reina Isabel se había plantado ante la chimenea, con un jarro de cerveza en la mano, que descargó de golpe sobre la mesa cuando Lord Burghley tuvo el tino de emplear el modo imperativo, en vez del subjuntivo. «Hombrecito, hombrecito —aún le parecía oírla— no hay que decirles debe a los príncipes.» Estrelló el jarro contra la mesa; aún estaba la marca.

Al solo recuerdo de esa gran Reina, Orlando se puso de pie, tropezó con la colcha y cayó en el asiento, diciendo una mala palabra. Mañana tendría que comprar veinte yardas o más de bombasí negro, calculó, para hacerse una falda. Y después (aquí se ruborizó) tendría que comprar un miriñaque, y después (aquí se ruborizó otra vez), una cuna de mimbre, y después otra y otra...

Los sonrojos iba y venían con el vaivén más exquisito de pudor y de vergüenza. Era como si el Genio de la Época soplara ora frío ora caliente, en sus mejillas. Y si el soplo del genio de la Época era algo irregular, pues se ruborizaba del miriñaque, antes que del marido, su ambigua situación la disculpa (hasta su sexo estaba en tela de juicio), como también la disculpa su desordenada vida anterior.

El color se aquietó al fin en sus mejillas y parecía que el Genio de la Época —si es que hay un Genio de la Época— se hubiera sosegado. Orlando se llevó la mano al seno, como en busca de un medallón o de alguna reliquia de amor perdido, y no sacó ninguna de esas cosas, sino un manuscrito enrollado, manchado por el mar, la sangre y los viajes: el manuscrito de su poema «La Encina». Lo había llevado consigo tantos años, y en circunstancias tan azarosas, que muchas páginas estaban manchadas, algunas rotas, y la carencia de papel entre los gitanos la había forzado a aprovechar los márgenes y cruzar las líneas hasta que el manuscrito parecía un zurcido prolijo. Volvió a la primera página y leyó la fecha 1586, en la antigua letra de colegial. ¡Casi trescientos años que estaba trabajándolo! Ya era tiempo de concluirlo. Empezó a hojear, a leer, a saltear, ¡qué poco había cambiado en tantos años! Había sido un muchacho melancólico, enamorado de la muerte, como son los muchachos, y después amoroso y exuberante; y después travieso y burlón; y a veces había ensayado la prosa, y a veces el drama. Pero a través de todos esos cambios, ella no había cambiado. Siempre el mismo carácter pensativo y reconcentrado, idéntico amor por la naturaleza y los animales, idéntica pasión por el campo y las estaciones.

«Después de todo —pensó, levantándose y yendo a la ventana—, nada ha cambiado. La casa, el jardín, son precisamente lo que eran. No han movido una silla, no han vendido un adorno. Ahí están los mismos senderos, el mismo césped, los mismos árboles y el mismo estanque, donde viven, lo juraría, las mismas carpas. Es verdad, que ahora ocupa el trono la Reina Victoria y no la Reina Isabel, pero qué diferencia...»

Apenas formuló este pensamiento, la puerta se abrió de par en par, como refutándola y entró Basket, el mayordomo, seguido por Bartholomew, el ama de llaves, para retirar el té. A Orlando, que había mojado la pluma en el tintero y estaba por desarrollar algunas ideas sobre la eternidad de todas las cosas, le fastidió muchísimo un borrón que se corrió bajo su pluma. La culpa la tenía la pluma, pensó; estaría sucia o quebrada. La mojó de nuevo. El borrón se agrandó. Trató de proseguir: no se le ocurrió una sola palabra. Se puso a decorar el borrón con alas y patillas hasta convertirlo en un monstruo de cabeza redonda, entre comadreja y murciélago. Apenas hubo dicho Imposible cuando, a su gran sorpresa y alarma, la pluma se puso a virar y a caracolear con extraordinaria fluidez. Pronto quedó cubierta su página por una cuidadosa y oblicua escritura italiana. Eran versos, los más insípidos que había leído en su vida.

I am myself but a vile link
Amid life's weary chain,

But I have spoken hallow'd words,
Oh, do not say in vain!
Will the young maiden, when her tears,
Alone in moonlight shine,
Tears for the absent and the loved,
Murmur.

escribió sin parar mientras Bartholomew y Basket, gruñendo y rezongando por el cuarto, atizaban el fuego y levantaban los muffins.

De nuevo mojó la pluma, y la pluma escribió:

She was so changed, the soft carnation cloud
Once mantling o'er her cheek like that which eve
Hang o'er the sky, glowing with roseate hue,
Had faded into paleness, broken by
Bright burning blushes of the tomb.

pero al llegar ahí, bruscamente, Orlando volcó la tinta sobre la página y la ocultó a los ojos humanos, ojalá para siempre. Se quedó toda avergonzada, toda temblando. Nada más repugnante que esas incontinencias de la tinta, en cascadas de involuntaria inspiración. ¿Qué le pasaba? ¿Sería la humedad, sería Basket, sería Bartholomew, qué sería?, se preguntó. Pero no había nadie en el cuarto. Nadie le respondió, salvo que el gotear de la lluvia en la enredadera fuera una respuesta.

Poco a poco sintió, al estar asomada a la ventana, que una extraordinaria titilación y vibración le recorría todo el cuerpo, como si la integraran miles de alambres en los que alguna brisa o unos dedos errantes estuvieran haciendo escalas.

A veces los dedos del pie le hormigueaban; a veces la médula. Tenía sensaciones rarísimas en el fémur. Sus pelos parecían eréctiles. Sus brazos vibraban y zumbaban como vibrarían y zumbarían los alambres telegráficos, veinte años después. Pero toda esa agitación acabó por concentrarse en sus manos; y luego en una mano, y luego en un anillo de sensibilidad temblorosa alrededor del dedo segundo de la mano izquierda. Cuando lo examinó para descubrir el por qué de esa agitación, no vio nada. Nada, sino la vasta esmeralda solitaria que le había regalado la Reina Isabel. ¿No era eso bastante?, se preguntó. Era el agua más pura. Valía diez mil libras, a lo menos. Del modo más extraño la vibración parecía estarle diciendo (pero recuerden que tratamos aquí con las más oscuras manifestaciones del espíritu humano): «No, no es bastante»; y asumía, además, un tono de interrogación, como si preguntara: «¿qué significa este descuido singular, este hiato?», hasta que la pobre Orlando se sintió de veras avergonzada del dedo segundo de su mano izquierda, sin sospechar por qué. En ese momento entró Bartholomew a preguntarle qué vestido deseaba para la noche, y Orlando, cuyos sentidos estaban alerta, miró inmediatamente la mano izquierda de Bartholomew y percibió inmediatamente lo que jamás había notado —un grueso anillo de un amarillo bilioso, en el tercer dedo. En su propia mano ese dedo estaba desnudo.

—Muéstreme su anillo, Bartholomew —dijo, estirando la mano para que se lo diera.

Bartholomew obró como si un bandido la hubiera golpeado en pleno pecho. Retrocedió unos pasos, cerró el puño y lo retiró con un gesto lleno de nobleza.

—No —dijo, con resuelta dignidad; que Su Señoría lo mirara cuanto quisiera, pero sacarle un anillo de boda, eso no lo conseguiría ni el Arzobispo, ni el Papa, ni la Reina Victoria en su trono. Hacía veinticinco años, seis meses y tres semanas que su Thomas se lo puso en el dedo; había dormido, había trabajado, había rezado, había lavado con él, y quería que la enterraran con él. De hecho, Orlando creyó entender (pero su voz estaba quebrada por la emoción) que el fulgor de su anillo de boda le aseguraría su lugar entre los ángeles y que su lustre se empañaría para siempre si se lo sacaba un solo segundo.

—Dios nos asista —dijo Orlando en la ventana, mirando las palomas hacer de las suyas—, en qué mundo vivimos. ¡Qué mundo es éste!

Sus complejidades le azoraban. Ahora le parecía que el mundo estaba anillado de oro. Fue a una comida. Pululaban los anillos de boda. Fue a la iglesia. Anillos de boda por todos lados. Salió en coche. De oro o enchapados, delgados, gruesos, lisos, pulidos, ardían apagadamente en todas las manos. Estaban atestadas las joyerías, no de las piedras falsas y los diamantes que Orlando recordaba, sino de bandas lisas sin una piedra. Simultáneamente, advirtió una nueva costumbre entre los aldeanos. Antes, no era raro sorprender a un muchacho jugando con una muchacha al amparo de un cerco. Orlando, riendo, había rozado muchas de esas parejas con la punta del látigo y había pasado de largo. Ahora, todo eso había cambiado. Las parejas andaban y marchaban en medio del camino eslabonadas indisolublemente. La mano derecha de la mujer estaba siempre entrelazada a la izquierda del hombre que le apretaba con firmeza los dedos. No se inmutaban hasta que los hocicos de los caballos se les venían encima, y entonces se movían de una pieza, pesadamente, a un lado de la calle. Orlando sólo atinaba a suponer que se había operado alguna innovación en la raza; que esa gente estaba soldada una con otra, por parejas, pero no adivinaba quién lo había hecho y cuándo. No era, por cierto, la Naturaleza.

Miró las palomas, los conejos y los sabuesos y no advirtió que la Naturaleza hubiera cambiado sus hábitos, o se hubiera enmendado, al menos desde el tiempo de Isabel. Era evidente que no había alianzas indisolubles entre los animales. ¿Serían entonces la Reina Victoria o Lord Melbourne? ¿Arrancaría de ellos el gran descubrimiento del matrimonio? Pero a la Reina, meditó, le gustaban los perros, y a Lord Melbourne, oyó, le gustaban las mujeres. Era raro, era desagradable; lo cierto es que algo había en esa indisolubilidad de los cuerpos que repugnaba a su sentido de higiene y de decencia. Sus especulaciones, sin embargo, iban acompañadas de tal hormigueo y vibración del dedo afectado, que apenas las podía gobernar. Se ponían tiernas y hacían ojos como las fantasías de una mucama. La obligaban a sonrojarse. No había otro remedio que adquirir uno de esos horribles círculos y usarlo como todo el mundo. Eso fue lo que hizo, ajustándolo, muerta de vergüenza, en su dedo, detrás de una cortina; pero del todo en vano. Perduró el hormigueo con más violencia, con más indignación que nunca. No pegó los ojos en toda la noche. A la mañana siguiente, cuando se puso a escribir, no se le ocurrió nada y la pluma hacía lacrimosos borrones, uno tras otro, o se perdía —lo que era todavía más alarmante— en efusiones melifluas sobre la muerte prematura y la corrupción, lo que era mucho peor que no ocurrírsele nada. Porque parece —su caso era una prueba— que escribimos, no con los dedos, sino con todo nuestro ser. El nervio que gobierna la pluma se enreda en cada fibra de nuestro ser, entra en el corazón, traspasa el hígado. Aunque el asiento de su mal parecía más bien la mano izquierda, se sentía envenenada de parte a parte, y tuvo, finalmente, que encarar el último recurso: ceder y someterse al Espíritu de la Época, y elegir un marido.

Ya hemos dado a entender que eso era contrario a su carácter. Al apagarse el rumor de la carroza del Archiduque el grito que ascendió a sus labios fue: «¡La vida, un amante!». No: «¡La vida, un marido!», y para alcanzar ese fin, había ido a la ciudad y había recorrido el mundo, como el capítulo anterior lo demuestra. Tan indomable es el Espíritu de la Época, que derriba a quien trata de oponérsele, con más violencia que a los que comparten su rumbo. Orlando había propendido, naturalmente, al espíritu isabelino, al espíritu de la Restauración, al espíritu del siglo XVIII, y, por consiguiente, apenas había notado el cambio de una época a otra. Pero el espíritu del siglo XIX le era muy antipático, y por eso la tomó y la quebró y ella se sintió derrotada como nunca se había sentido. Es probable que el espíritu humano tenga asignado su lugar en el tiempo: unos nacen de este siglo, otros de aquél, y ahora que Orlando era una mujer hecha y derecha, de treinta y uno o treinta y dos años, ya las líneas de su carácter estaban firmes y era intolerable que las desviaran.

Así estaba lóbregamente en la ventana de la sala (tal era el nombre que Bartholomew daba a la biblioteca), tironeando por el peso del miriñaque, que había tenido la sumisión de adoptar. Era el vestido más pesado y estúpido de cuantos se había puesto en la vida. Ninguno como aquél para trabar sus movimientos. Ya no podía andar por el jardín, a grandes pasos con sus perros, o correr al cerro y tirarse bajo la encina. Sus faldas juntaban paja y hojas húmedas. La brisa le quería llevar el sombrero con plumas. Los finos zapatos se empapaban y se enfangaban. Sus músculos habían perdido su elasticidad. La ponía muy nerviosa el temor de ladrones escondidos detrás del maderamen y tuvo miedo, por primera vez en su vida, de fantasmas en los corredores. Esas cosas la indujeron a aceptar el nuevo descubrimiento —de la Reina Victoria o de quien fuese— de que a cada hombre y cada mujer le corresponde vitaliciamente otro, que lo mantiene, o que tiene que mantener, hasta que los separe la muerte. Qué consuelo (pensó) apoyarse, sentarse, sí, acostarse; nunca, nunca, nunca volverse a levantar. Así obraba en ella el espíritu, a pesar de su antiguo orgullo, y al bajar por la escala de la emoción a esa morada desacostumbrada y humilde, esas discordias y zumbidos que habían sido tan capciosos y preguntones se resolvieron en dulcísimas melodías, como si una armonía seráfica agitara todo su ser.

Pero, ¿en quién apoyarse? Formuló esa pregunta a los desordenados vientos del otoño. Porque era el mes de octubre, húmedo como de costumbre. No en el Archiduque: se había casado con una gran dama y hacía muchos años que cazaba liebres en Rumania; no en Mr. M.: se había hecho católico; no en el Marqués de C.: tejía bolsas de cuerda en Botany Bay; no en Lord O.: hacía mucho tiempo que se lo comieron los peces. De una manera o de otra, todos sus viejos admiradores habían desaparecido, y las Nells y las Kits de Drury Lane, por más que ella las favoreciera, no servían precisamente de apoyo.

«¿En quién?», se preguntó, fijando los ojos en las errantes nubes, entrelazando las manos, mientras se arrodillaba en el alféizar, imagen viva de la femineidad suplicante, ¿en quién apoyarse? Lo mismo que la pluma había escrito sola, ahora se organizaban las palabras, ahora se entrelazaban las manos; involuntariamente. No hablaba Orlando, sino el Espíritu de la Época. Pero quienquiera que fuese, nadie le contestó. Los grajos daban vueltas y vueltas entre las nubes cárdenas del otoño. Al fin había parado la lluvia, y una iridiscencia en el cielo la decidió a ponerse el sombrero con plumas, y los zapatitos con cordones y salir a pasear antes de la comida.

Todos menos yo tienen su pareja, reflexionó, al atravesar desconsoladamente el patio. Los grajos, hasta Canute y Pip-pin... por momentáneas que fueran sus alianzas, cada cual esta tarde parecía tener su pareja. «Y yo, la dueña de todo esto —Orlando pensó, echando una mirada al pasar a las innumerables ventanas heráldicas del hall—, estoy soltera, estoy impar, estoy sola».

Nunca se le habían ocurrido cosas así. Ahora la oprimían ineludiblemente. En lugar de abrir el portón, golpeó con una mano enguantada para que le abriera el portero. Hay que apoyarse en alguien, pensó, aunque sea en el portero, y casi hubiera querido detenerse y ayudarlo a asar su costilla en un brasero con ascuas, pero no se atrevió. Así se aventuró por el parque, vacilando al principio y aprensiva de que merodeadores o guardabosques o mandaderos se extrañaran de que una gran dama saliera sola.

A cada paso creía ver algún hombre detrás de las zarzas, o alguna vaca brava agachando los cuernos para embestirla.

Pero no había más que los grajos alardeando en el cielo. Una pluma de un azul acerado cayó entre la maleza. Orlando adoraba las plumas de pájaros. Las había juntado cuando niño. La recogió y se la puso en el sombrero. El aire, de algún modo, animó su espíritu. Los grajos circulaban y giraban sobre su cabeza, pluma tras pluma descendía en un brillo por el aire purpúreo, y Orlando los seguía, con su capa ondeando a su espalda, por el páramo, sobre la colina. Hacía años que no había caminado tan lejos. Seis plumas había recogido del pasto y había deslizado entre las yemas de los dedos y había llevado a los labios para sentir su lisura, cuando divisó, brillando en la ladera, un estanque de plata, misterioso como el lago en que

Sir Bedivere arrojó la espada de Arturo. Una sola pluma tembló en el aire y cayó en mitad del estanque. Entonces la arrebató un extraño éxtasis. Tuvo un desatinado impulso de seguir los pájaros hasta el borde del mundo, o de arrojarse en el musgo esponjoso y beber el olvido, mientras la risa ronca de los grajos resonaba en lo alto. Apuró el paso; corrió, tropezó, las ásperas raíces de la maleza la tiraban al suelo. Se había roto el tobillo. No se podía levantar. Pero ahí se quedó tirada, feliz. La fragancia del mirto de los pantanos y de la ulmaria estaba en sus sentidos. La risa ronca de los grajos en sus oídos. «He dado con mi compañero», murmuró. «Es el campo. Soy la novia de la naturaleza», murmuró, entregándose en éxtasis a los fríos abrazos de la hierba, envuelta en su capa, en la hondonada, junto al estanque. «Aquí me quedaré. (Una pluma cayó sobre su frente.) He encontrado un laurel más verde que el lauro. Siempre estarán frescas mis sienes. Éstas son plumas de pájaros silvestres —plumas de lechuza, plumas de búho. Tendré sueños fantásticos. Mis manos no usarán anillo de bodas», prosiguió, quitándoselo del dedo. «Las raíces se enroscarán en ellas.»

«¡Ah! —suspiró hundiendo con delicia la cabeza en su espinosa almohada—. Muchos años he buscado la felicidad y no la he encontrado; la fama y la he perdido; el amor y no lo he tocado; la vida —y la muerte es mejor. He conocido muchos hombres y muchas mujeres —continuó—. No he entendido a ninguno. Más vale que me quede aquí, en paz, bajo el solo cielo —como el gitano me dijo hace tantos años. Eso pasó en Turquía.» Y miró exactamente arriba la prodigiosa espuma de oro en que se habían desleído las nubes, y vio un camino, y camellos en fila atravesando el desierto de piedra entre nubes de polvo colorado; y luego, después del paso de los camellos, no había más que montañas altísimas y llenas de grietas con picos de roca y creyó escuchar esquilas de cabras en los pasos. Y en los repliegues había campos de iris y de gencianas. Así cambió el ciclo, y sus ojos fueron bajando hasta alcanzar la tierra oscurecida por la lluvia y ver la enorme giba de los South Downs, fluyendo en una ola sobre la costa; y donde se acababa la tierra, empezaba el mar, con barcos que pasaban; y creyó oír un cañonazo, lejos, mar adentro, y pensó primero: «Es la Armada Invencible —y pensó después—: No, es Nelson», y luego recordó que ya habían pasado esas guerras y que los barcos eran atareados barcos mercantes; y las velas en el sinuoso río eran de barcos de excursión. Vio, también, hacienda desparramada en los campos oscuros, vacas y ovejas, y vio encenderse las luces aquí y allá en las ventanas de las granjas, y linternas moviéndose entre el ganado al hacer sus rondas el pastor y el vaquero; y luego se apagaron las luces y las estrellas ascendieron y se entreveraron en el cielo. Se estaba quedando dormida con las plumas mojadas sobre la cara y el oído contra el suelo, cuando oyó, muy adentro, un martillo sobre un yunque, ¿o sería el latido de su corazón?

Tic-toc, tic-toc, así martillaba, así latía el yunque o el corazón en el centro de la tierra, hasta que al escuchar le pareció que era más bien el trote de un caballo, uno, dos, tres, cuatro, contó; después oyó un tropezón; después, a medida que se acercaba, oyó el quebrarse de una ramita y la sucesión de los cascos por el blanco pantano. El caballo se le venía encima; Orlando se incorporó. Destacándose oscuro contra el cielo rayado de amarillo del amanecer, con los faisanes cayéndose y levantándose alrededor, vio un hombre a caballo. El hombre se sobresaltó. Se paró el caballo.

—Señora —gritó el hombre, echando pie a tierra—, ¡usted está herida!

—Estoy muerta, señor —le contestó.

Minutos después estaban comprometidos.

Al día siguiente, al sentarse a almorzar, le dijo su nombre. Era Marmaduke Bonthrop Shelmerdine, Esquire.

—¡Lo sabía! —dijo ella, pues algo caballeresco y romántico, apasionado, melancólico y resuelto había en él, que iba bien con el desaforado nombre de oscuro plumaje —nombre que tenía para ella el resplandor azul y acerado de las alas de los grajos, la risa ronca de un graznido, la sinuosa caída serpentina de sus plumas en un estanque de plata y mil otras cosas que describiremos después.

—El mío es Orlando —dijo ella. Él lo había adivinado. Porque si uno ve un barco a toda vela, todo bañado de sol, atravesando con soberbia el Mediterráneo, desde los mares del Sur, uno en seguida dice: «Orlando», explicó. En efecto, aunque su relación había sido tan corta, ya habían adivinado, como siempre acontece entre enamorados, lo fundamental de uno y otro, y sólo les faltaban algunos detalles insignificantes como el domicilio y el nombre, el saber si eran pordioseros o gente rica.

Él tenía un castillo en las Hébridas, pero estaba en ruinas, le dijo. En el comedor, comían las gaviotas. Había sido soldado y marino y explorador del Oriente. Ahora iba a Falmouth a embarcarse en su bergantín, pero había caído el viento y sólo podría hacerse a la mar cuando el vendaval soplara del Sudoeste. Orlando, por la ventana del comedor, se apresuró a mirar el leopardo dorado de la veleta. Felizmente, la cola señalaba el Este y estaba firme como una roca.

—Oh, Shel, no me dejes —gritó—. Te quiero con pasión —dijo. No habían salido de su boca esas palabras cuando una terrible sospecha los invadió.

—Shel, eres una mujer —dijo ella.

—Orlando, eres un hombre —dijo él.

Desde que el mundo es mundo no hubo una escena igual de demostración y protesta. Cuando concluyó y estuvieron sentados de nuevo, ella le preguntó: ¿qué significa esa charla sobre un vendaval del Sudoeste? ¿Para dónde zarpaba?

—Para el Cabo de Hornos —replicó brevemente. Sólo a fuerza de mucho insistir y de mucha intuición alcanzó Orlando a saber que la vida del Shel estaba dedicada a la más desesperada y espléndida de las aventuras —doblar el Cabo de Hornos en pleno huracán. El barco solía quedar sin un mástil, las velas hechas jirones (tuvo que arrancarle esa confesión). A veces el buque se había hundido, y él había quedado como único sobreviviente en una balsa, con una galleta.

—Ya a un hombre no le queda otro quehacer —dijo avergonzado, sirviéndose grandes cucharadas de dulce de frutillas. La visión que ella tuvo acto continuo, de ese niño (porque casi lo era), chupando pastillas de menta —que le encantaban— mientras se astillaban los mástiles y tropezaban las estrellas y él rugía breves órdenes de romper esa amarra, y de arrojar ese timón por la borda, le llenó los ojos de lágrimas, notó, de un sabor más fino que cuantas había vertido hasta entonces. «Soy una mujer —pensó—, una mujer de veras, al fin.» Agradeció a Bonthrop desde el fondo de su corazón el haberle dado ese inesperado y raro deleite. Si no hubiera estado renga del pie izquierdo, se hubiera sentado en sus rodillas.

—Shel, mi alma —recomenzó—, dime... —y así hablaron dos horas o más, quizá sobre el Cabo de Hornos, quizá no, y en verdad, sería de muy poco provecho escribir cuanto se dijeron, porque ya se conocían tan bien que se podían decir cualquier cosa, lo que equivale a no decir nada o a decir cosas tan estúpidas y vulgares como el mejor procedimiento para hacer una tortilla, o dónde comprar el mejor calzado en Londres, cosas que, fuera de su marco, no tienen brillo, pero que, dentro de él, son de una pasmosa hermosura. Porque una sabia disposición de la naturaleza ha determinado que nuestro espíritu moderno casi pueda prescindir del lenguaje: las expresiones más comunes bastan, ya que ninguna expresión basta; por eso la conversación más vulgar es a menudo la más poética, y la más poética es precisamente la que no se puede escribir. Por esas razones dejamos aquí un gran espacio en blanco, lo que es señal de que el espacio está repleto.

Después de algunos días más de esta clase de diálogo, «Orlando, queridísima», empezó Shel, cuando hubo afuera un altercado, y el mayordomo Basket entró con la noticia de que abajo había dos vigilantes con una sentencia de la Reina.

—Hágalos subir —dijo Shelmerdine, brevemente, como si se encontrara en su propio puente de mando, y se apostó, como por instinto, frente a la chimenea, con las dos manos a la espalda. Dos gendarmes con uniforme verde botella, y bastones en el costado, entraron en la pieza y se cuadraron. Ya cumplida esa ceremonia, entregaron a Orlando en propia mano, como era su deber, un documento judicial de aspecto impresionante, a juzgar por los sellos de lacre, las cintas, las actuaciones y las firmas, todas de la mayor importancia. Orlando lo recorrió con los ojos, y, usando el índice de la mano derecha como puntero, leyó en voz alta los hechos siguientes, que eran los primordiales del asunto.

—Los pleitos están fallados —leyó...— algunos a mi favor, como por ejemplo... otros no. El matrimonio turco, anulado (yo era Embajador en Constantinopla, Shel —le explicó—). Los hijos declarados ilegítimos (decían que yo tuve tres de Pepita, bailarina española). De modo que no heredan, lo que siempre es una ventaja... ¿Pero? ¡Ah!, ¿qué resuelven del sexo? Mi sexo —recitó con alguna solemnidad—, se declara indiscutiblemente, y sin asomo de duda (¡qué no te decía yo hace un momento, Shel!), femenino. Las propiedades, que no han sido confiscadas a perpetuidad, pasan a los sucesores varones, o a falta de casamiento —pero aquí se aburrió de esa jerigonza jurídica, y dijo—, pero no habrá ninguna falta de casamiento ni de sucesores, así que el resto, se puede dar por leído. Con lo cual estampó su propia firma junto a la de Lord Palmerston y entró inmediatamente en legítima posesión de sus títulos, su casa y propiedades —tan reducidas ahora, por los gastos prodigiosos de los litigios, que a pesar de ser otra vez noble indefinidamente, era también pobrísima.

Cuando se supo el resultado del pleito (y los rumores corren con mayor velocidad que el telégrafo, que los ha suplantado), la ciudad entera se llenó de festejos.

[Se ataron coches con el solo propósito de pasear los caballos. Landos y cabriolés vacíos desfilaron perpetuamente por la Calle Mayor. Se leyeron mensajes desde la Hostería del Toro. Se contestaron desde la Hostería del Ciervo. Se iluminó la ciudad. Se depositaron cofres de oro, sellados, en cajas de vidrio. Debidamente se colocaron monedas bajo piedras fundamentales. Se fundaron hospitales. Se inauguraron canchas de bochas. Mujeres turcas por docenas fueron quemadas en efigie, en la plaza, acompañadas de veintenas de muchachos aldeanos, con tamaño rótulo: «soy un vil Impostor», colgando de la boca. Pronto se vieron los petizos tordillos de la Reina, al trote por la avenida, con orden de que Orlando cenara y durmiera en el Castillo, esa misma noche. Su mesa, como en una ocasión anterior, había desaparecido bajo las muchas invitaciones de la Condesa de R.; de Lady C.; de Lady Palmerston; de la Marquesa de P.; de Mrs. W. E. Gladstone, y de otras, solicitando el honor de su compañía, recordando antiguas alianzas con su familia, etc.] todo lo cual se incluye, como es debido, entre dos corchetes, por la suficiente razón de que constituyen un mero paréntesis en la vida de Orlando. Ella lo salteó para proseguir con el texto. Porque mientras chisporroteaban las fogatas en el mercado, ella estaba sola con Shelmerdine en los bosques oscuros. Tan hermoso era el tiempo, que los árboles extendían inmóviles su ramaje, y si caía una sola hoja se desprendía moteada de rojo y oro, con tanta lentitud que uno podía seguirla media hora temblando y descendiendo hasta reposar, al final, sobre el pie de Orlando. «Cuéntame, Mar», solía decir, y aquí debemos explicar que cuando lo llamaba por la primera sílaba de su primer nombre, estaba en un temple soñador, sumiso, amoroso, doméstico, un poco lánguido, como si ardieran leños perfumados, y fuera de tarde, antes de la hora de vestirse, tal vez un poco húmedo, lo bastante para que las hojas brillaran, pero con algún ruiseñor cantando entre las azaleas, dos o tres perros ladrando en granjas lejanas, y el alerta de un gallo; todo lo cual el lector debe imaginar en su voz. «Cuéntame, Mar —solía decir—, del Cabo de Hornos». Entonces Shelmerdine trazaba un pianito en el suelo, con ramas y hojas secas y uno o dos caracoles vacíos.

«Aquí está el norte —le decía—. Ahí está el sur. El viento sopla más o menos de aquí. El bergantín navega hacia el oeste; acabamos de arriar la vela de mesana; y ya ves, aquí, donde está ese pastito, entra la corriente que encontrarás marcada. ¿Dónde están el mapa y la caja de compases, contramaestre? ¡Ah! gracias, ahí donde está el caracol. La corriente lo toma por estribor, de suerte que debemos aparejar el foque o nos arrastrará a babor, que es donde está esa hoja de haya —porque comprenderás, querida» —y de ese modo proseguía, y ella escuchaba cada palabra, interpretándola correctamente, hasta llegar a ver, sin que tuviera él que decírselo, la fosforescencia en las olas, el hielo crujiendo en los obenques; cómo subió a la punta del mástil, en un vendaval; cómo reflexionó ahí arriba en el destino humano; cómo volvió a bajar, tomó un whisky con soda, bajó a tierra; fue atrapado por una negra, se arrepintió, discutió el asunto, leyó a Pascal, determinó escribir filosofía, se compró un mono, especuló sobre el verdadero fin de la vida, se resolvió en favor del Cabo de Hornos, etcétera, etcétera. Todas estas cosas y miles de otras, ella lo adivinó, y así, cuando ella contestaba: «Sí, las negras son de lo más atrayente, ¿no es verdad?» al dato de que la provisión de galleta tocaba a su fin, Bonthrop se quedaba encantado y sorprendido de que ella lo interpretaba tan bien.

—¿Estás segura de no ser un hombre? —le preguntaba ansiosamente, y ella repetía como en un eco:

—¿Será posible que no seas una mujer? —y acto continuo hacían la prueba. Pues cada uno de los dos se asombraba tanto de la rápida simpatía del otro, y sentía como una revelación que una mujer pudiera ser tan tolerante y tan libre en su manera de hablar como un hombre, y un hombre tan extraño y tan sutil como una mujer, que en seguida tenían que hacer la prueba.

Y así seguían conversando, o más bien comprendiendo; operación que constituye el arte principal del lenguaje en un tiempo cuyas palabras ralean diariamente de tal modo comparadas con las ideas, que la frase «las galletas tocaban a su fin» suele significar: besar una negra en el oscuro, cuando uno acaba de leer por décima vez las obras filosóficas del Obispo Berkeley. (Y de ahí se deriva que sólo los más diestros estilistas puedan comunicar la verdad, y cuando uno se encuentra con un escritor sencillo y monosilábico, hay todas las razones para pensar que el pobre hombre miente.)

Así conversaban: y luego cuando sus pies estaban bien cubiertos de moteadas hojas de otoño, Orlando se ponía de pie y se internaba en el corazón de los bosques, dejando a Bonthrop sentado entre los caracoles, trazando sus pianitos del Cabo de Hornos. «Bonthrop —le decía—, me voy», y cuando lo llamaba por su segundo nombre «Bonthrop», el lector debe comprender que ella quería estar sola: que los sentía a los dos como puntos en un desierto; que sólo quería hacer frente a la muerte; porque la gente muere cada día, se mueren en la mesa, o así, en los bosques otoñales; y con las hogueras chisporroteando y Lady Palmerston o Lady Derby convidándola a cenar cada noche, el deseo de la muerte la dominaba, y al decir «Bonthrop —decía efectivamente— estoy muerta», y se abría camino como se lo abriría un fantasma entre las hayas pálidas como espectros y se internaba profundamente en la soledad como si ya se hubiera cumplido el breve chisporroteo de rumor y de movimiento y ella estuviera en libertad de elegir su camino —todo lo cual el lector deberá escuchar en su voz cuando ella diga «Bonthrop», y conviene que añada, para mejor iluminar la palabra, que también para él debe significar, místicamente, separación y soledad y los fantasmas recorriendo el puente de un bergantín en mares insondados.

Después de algunas horas de muerte, un grajo bruscamente gritó «Shelmerdine» y Orlando se inclinó y recogió uno de esos azafranes de otoño, que significan para algunas personas esa misma palabra y lo puso en su pecho al lado de la pluma del grajo que había rodado azul por el bosque de hayas. Entonces llamó «Shelmerdine» y la palabra rebotó por los bosques hasta golpearlo donde estaba, haciendo modelos con caracoles en la hierba. La vio, y la oyó acercarse, con el azafrán y la pluma de grajo en el pecho, y gritó «Orlando», lo que significaba (y no hay que olvidar que el azul y el amarillo vivos al combinarse en nuestros ojos, no dejan de saturar nuestro pensamiento) la agitación y el temblor de la maleza como si algo se abriera camino; y ese algo fuera un barco a toda vela, virando y cabeceando como en sueños, como si tuviera un año íntegro de días de verano para cumplir su viaje; y así el barco se acerca, oscilando a izquierda y derecha con nobleza y con indolencia y cabalga sobre la cresta de esa ola y asciende en el hueco de esa otra, y de pronto está encima de uno (que lo mira desde un barquito perdido) con las velas temblando, y de golpe todas caen sobre el puente —como Orlando, ahora, cayó junto a él en el césped.

Así pasaron ocho o nueve días pero en el décimo, que era el 26 de octubre, Orlando estaba acostada en el pastizal, mientras Shelmerdine declamaba a Shelley (cuyas obras completas sabía de memoria), cuando una hoja que había empezado a caer despacio de la copa de un árbol se apresuró al cruzar el pecho de Orlando. Una segunda hoja la siguió y luego una tercera. Orlando se estremeció y se puso pálida. Era el viento. Shelmerdine —pero ahora es más propio llamarlo Bonthropse irguió de un salto.

—¡El viento! —gritó.

Juntos corrieron por los bosques y el viento les tiraba hojas mientras corrían; juntos atravesaron el gran patio y los patiecitos, asustando a la servidumbre que dejaba sus cacerolas y escobas para seguirlos: juntos llegaron a la Capilla, y ahí encendieron un desorden de luces, y por aquí algún banco se fue al suelo, y por allá despabilaron un candelabro. Tocaron las campanas. Congregaron gente. Ahí estaba, al fin, Mr. Dupper arreglándose la corbata blanca y preguntando dónde estaba el libro de oraciones. Y le plantaron el libro de oraciones de la Reina María y volvió las páginas febrilmente, y dijo: «Marmaduke Bonthrop Shelmerdine y Lady Orlando, arrodíllense», y se arrodillaron los dos, y de pronto se iluminaban y de pronto estaban en sombra según el vaivén de luz y de sombra por los vitrales; y entre el golpearse de innumerables puertas y un fragor como de vajillas chocando, tocó el órgano, y su rugido resonaba fuerte o débil alternativamente, y Mr. Dupper, que ya era un anciano, trató de levantar su voz sobre el tumulto y no consiguió que lo oyeran, y luego todo se aquietó un momento, y una palabra —tal vez «las fauces de la muerte»— se oyó bien clara, mientras la servidumbre entera se agolpaba con horquillas y fustas en los puños y algunos cantaban a gritos, y otros rezaban, y un pájaro se aplastó contra un vidrio, y retumbó un trueno, de modo que nadie oyó la palabra «obedezcan», ni vio, salvo en un brillo de oro, el anillo pasar de una mano a otra. Todo era movimiento y confusión. Se levantaron entre el clamor del órgano y el temblor de los rayos y la lluvia a torrentes, y Lady Orlando, con un anillo en el dedo, salió al patio con un tenue traje y sostuvo el estribo que oscilaba, porque el caballo estaba ensillado, y con la espuma todavía en el anca, para que lo montara su esposo, y él lo montó de un salto, y el caballo se encabritó y Orlando allí parada gritó: ¡Marmaduke Bonthrop Shelmerdine! y él contestó: ¡Orlando!, y las palabras ascendieron y giraron entre los campanarios como halcones salvajes, cada vez con mayor velocidad, con mayor altura, con mayor vértigo, hasta que se estrellaron hechas trizas contra la tierra; y entonces ella entró.

SEIS

Orlando entró. Todo estaba muy quieto. Había un gran silencio. Ahí estaba el tintero, ahí la pluma; ahí el manuscrito de su poema, con su tributo a la Eternidad a medio hacer. Había estado a punto de decir, cuando Basket y Bartholomew la interrumpieron con las cosas del té: «Nada cambia». Y luego, en el término de tres segundos y medio, todo había cambiado: se había roto el tobillo, se había enamorado, se había casado con Shelmerdine.

Para demostrarlo, ahí estaba el anillo en su dedo. Es cierto que ella misma se lo había puesto, antes de encontrar a Shelmerdine, pero eso había resultado menos que inútil. Ahora daba vueltas y vueltas al anillo con respeto supersticioso, cuidando de que no resbalara de la articulación.

—El anillo de boda debe usarse en el tercer dedo de la mano izquierda —dijo, como una niña que cautelosamente repite su lección—, porque, si no, no sirve para nada.

Habló así, en voz alta y con más solemnidad de la acostumbrada, como para que la oyera alguien cuya opinion fuera importante. Le preocupaba —ahora que podía coordinar sus ideas— el posible efecto de su conducta sobre el Espíritu de la Época. Anhelaba saber si su compromiso con Shelmerdine y su boda contaban con su aprobación. Sin duda se sentía restablecida. El dedo no se le había acalambrado, o apenas, desde aquella noche en el pastizal. Sin embargo, imposible negar que tenía sus dudas. Estaba casada, es verdad, pero si su marido siempre estaba doblando el Cabo de Hornos, ¿era eso casamiento? Si uno lo quería, ¿era eso casamiento? Si uno quería a otras personas, ¿era eso casamiento? Y por último, si uno seguía deseando escribir versos, más que nada en el mundo, ¿era eso casamiento? Orlando tenía sus dudas.

Determinó ponerlo a prueba. Miró el anillo. Miró el tintero. ¿Se animaría? No, no se animaba. Pero tenía que animarse. No, imposible. ¿Qué hacer entonces? Desmayarse, tal vez. Pero en su vida se había sentido mejor.

—¡Al diablo con todo! —gritó, con algo de su antigua energía...— ¡Allá va!

Sumergió la pluma en el tintero. A su enorme sorpresa no hubo explosión. Sacó la pluma. Estaba mojada, pero sin chorrear. Escribió. Las palabras tardaban un poco, pero llegaban. ¿Tendrían algún sentido?, pensó, aterrada de que la pluma volviera a sus involuntarias andanzas. Leyó:

Y entonces llegué a un campo en que al pasto vivo,
lo oscurecían las copas colgantes de las fritilarias,
hoscas y forasteras, de flor tortuosa,
coronadas de oscura púrpura, como egipcias.

Al escribir sintió que una fuerza (recuerden que tratamos con las más oscuras manifestaciones de la mente humana) leía sobre un hombro, y cuando hubo escrito «como egipcias» la fuerza le ordenó que se detuviera. «El pasto», parecía decir esa fuerza, midiendo con una regla como hacen al principio las maestras, está bien: las copas colgantes de las fritilarias —admirable; la flor tortuosa —una idea, quizá algo fuerte para la pluma de una dama, pero sin duda autorizada por Wordsworth; pero —¿egipcias? ¿Son necesarias las egipcias? ¿Usted dice tener un marido en el Cabo de Hornos? Muy bien, pueden pasar.

Así la examinó el espíritu.

Orlando ahora efectuó en el espíritu (porque todo esto aconteció en el espíritu) una gran reverencia al Espíritu de su Época, idéntica a la que hace un viajero —para comparar cosas grandes con pequeñas— sabedor de que lleva un atado de cigarros en un rincón de su valija, al vista de aduana que servicialmente ha dibujado en la tapa un garabato de tiza. Orlando sospechaba que si el espíritu hubiera revisado con prolijidad el contenido de su mente, hubiera descubierto algún contrabando gravado con la multa más alta. Se había escapado raspando. Había conseguido, por una diestra concesión al Espíritu de la Época, por las acciones de ponerse un anillo y encontrar a un hombre en un pastizal, por el amor de la naturaleza, o por no ser satírica, cínica o psicológica —efectos que hubieran sido descubiertos a primera vista—, pasar bien su examen. Dio un gran suspiro de alivio con todo derecho, pues la transacción entre un escritor y el Espíritu de la Época es de infinita delicadeza, y la fortuna de sus obras depende de un buen arreglo entre los dos. Orlando había ordenado las cosas de tal manera que su situación era muy feliz: no necesitaba atacar su época ni someterse a ella; era de ella, pero seguía siendo la misma. Por consiguiente podía escribir, y escribió. Escribió, escribió, escribió.

Era entonces noviembre. Después de noviembre, diciembre. Luego enero, febrero, marzo y abril. Después de abril, mayo. Siguen junio, julio y agosto. Luego setiembre. Luego octubre, y ya estamos otra vez en noviembre, con un año entero cumplido.

A pesar de sus méritos, este procedimiento biográfico es tal vez un poco árido y, si lo adoptamos para siempre, el lector puede alegar que él es muy capaz de recitar el almanaque sin nuestra ayuda y de ahorrar el dinero que la Hogarth Press cobra por este libro. Pero, ¿qué otro recurso le queda al biógrafo abandonado por su héroe en el trance en que ahora Orlando nos abandona? La vida, según convienen todos aquellos cuya opinión vale algo, es el único tema digno del novelista o del biógrafo; la vida, según esas mismas autoridades, nada tiene que ver con estar sentada en una silla, pensando. El pensamiento y la vida son polos opuestos. Por consiguiente —ya que sentarse en una silla y pensar es precisamente lo que ahora hace Orlando—, sólo podemos recitar el almanaque, rezar el rosario, sonarnos las narices, atizar el fuego y mirar por la ventana, hasta que haya concluido. Orlando estaba tan quieta que se hubiera oído la caída de un alfiler. ¡Ojalá hubiera caído un alfiler! Siempre eso hubiera sido alguna vida. O si una mariposa hubiera entrado por la ventana y se hubiera posado en su silla, uno podría escribir sobre eso. O si se hubiera levantado a matar una avispa. Ya podríamos empuñar la pluma y escribir. Ya habría una efusión de sangre, aunque de sangre de avispa. Donde hay sangre hay vida. Y aunque matar una avispa es una bagatela en comparación con matar a un hombre, es, sin embargo, un tema mejor para el novelista o el biógrafo que este mero dejarse vivir, este repensar, este inmovilizarse en una silla día tras día, con un cigarrillo y una hoja de papel, y una pluma y un tintero. ¡Ah, si los héroes —podríamos exclamar (porque se nos está gastando la paciencia)— tuvieran más consideración por sus biógrafos! Nada más desesperante que ver a un personaje, a quien hemos prodigado tanto tiempo y trabajo, escurrirse del todo de nuestro alcance —lo testimonian sus lamentos y suspiros, sus rubores, sus palideces, sus ojos claros como lámparas, o cansados como albas—, nada más humillante que presenciar esta pantomina de emoción y de excitación cuando sabemos que su causa —el pensamiento y la fantasía— carece de toda importancia.

Pero Orlando era una mujer —Lord Palmerston acaba de probarlo. Y al escribir la vida de una mujer, podemos, ya se sabe, sustituir la exigencia de la acción por la del amor. El amor, lo ha dicho el poeta, es toda la vida de la mujer. Basta echar una mirada a Orlando, escribiendo en su mesa, para admitir que nunca hubo mujer con más aptitudes para ese papel.

Seguramente, ya que es una mujer, una mujer hermosa, una mujer en su plenitud, pronto abandonará este simulacro de escribir y pensar y pensará en un guardabosque, aunque sea (y con tal que piense en un hombre, a nadie le parece mal que una mujer piense). Y luego le escribirá una esquelita (y con tal que escriba esquelitas, a nadie le parece mal que una mujer escriba), y lo citará para el domingo al atardecer y vendrá al atardecer del domingo, y el guardabosque silbará bajo su ventana —lo cual, naturalmente, constituye la esencia de la vida y el único tema de la literatura. ¡No me vengan ahora con que Orlando no hizo una sola de esas cosas! Ay de mí —una y mil veces ay de mí—, nada de eso hizo Orlando. ¿Tendremos que admitir que Orlando era uno de esos monstruos de iniquidad, que desconocen el amor? Era bondadosa con los perros, fiel a sus amigos, la generosidad en persona para muchos poetas muertos de hambre, tenía la pasión de la poesía. Pero el amor —según lo definen los novelistas de género masculino —¿y quién, después de todo, tiene mayor autoridad? — nada tiene que ver con la bondad, la fidelidad, la generosidad o la poesía. El amor es quitarse las enaguas y... Pero todos sabemos lo que es amor. ¿Hizo eso Orlando? La verdad nos compele a decir que no, que no lo hizo. Por consiguiente, si la heroína de nuestra biografía no se resuelve ni a matar, ni a querer, sino a pensar e imaginar, podemos deducir que no es otra cosa que un cuerpo muerto y abandonarla...

Ya no nos queda otro recurso que mirar por la ventana. Ahí tenemos gorriones, ahí estorninos, ahí una cantidad de palomas y uno o dos grajos, todos atareados a su manera. Uno encuentra un gusano, otro un caracol. Uno vuela a una rama, otro da una corridita en el césped. Luego un sirviente cruza el patio, con un delantal de bayeta verde. Es verosímil que esté empeñado en una intriga con una de las mucamas de la despensa, pero como en el patio no hay prueba alguna, sólo podemos esperar que así sea, y pasar a otra cosa. Pasan nubes, tenues o espesas, operando algún cambio en el color del pasto. Enigmáticamente, como siempre, el reloj del sol registra la hora. El espíritu empieza a trabajar una pregunta o dos, lánguida y vanamente, acerca de la vida. Vida (canta o zumba, más bien, como una pava al fuego). Vida, vida, ¿qué eres? ¿Luz o sombra, el delantal de bayeta del lacayo o la sombra de la paloma en el pasto?

Prosigamos, pues, explorando, esta mañana de verano, en que todos adoran la flor del ciruelo y la abeja. Y tarareando, preguntamos al estornino (pájaro más sociable que la alondra) qué piensa al borde del cajón de basura, mientras recoge entre los dientes del peine pelos de marmitón. ¿Qué es la vida?, le preguntamos asomados a la puerta del gallinero. ¡Es la Vida, la Vida, la Vida!, grita él pájaro, como si hubiera oído, y supiera precisamente lo que buscamos con esta fastidiosa costumbre nuestra de hacer preguntas afuera y adentro y de inventar minucias como hacen los escritores cuando no saben qué decir. Entonces vienen aquí, dice el pájaro, y me preguntan qué es la vida. ¡Es la Vida, la Vida, la Vida!

Repechamos el camino del pastizal, hasta la cumbre de la colina de azul vinoso y de púrpura oscura, y nos tiramos al suelo, y soñamos y miramos una langosta acarreando a su casa en la hondonada, una pajita. Y nos dice (si chirridos como el suyo merecen un nombre tan sagrado y tan tierno), la vida es tarea, o así nos place interpretar el zumbido de su gaznate atorado de polvo. La hormiga está de acuerdo, y las abejas, pero si nos demoramos lo bastante para interrogar a las mariposas, que se deslizan al atardecer entre las campánulas más indistintas que ellas, nos murmurarán al oído insensateces, como los alambres del telégrafo en tormentas de nieve: hi-hi, ho-ho. Es risa, es risa, dicen las mariposas.

Habiendo interrogado al hombre y al pájaro y a los insectos (porque los peces, cuentan los hombres que para oírlos hablar han vivido años de años en la soledad de verdes cavernas, nunca, nunca lo dicen, y tal vez lo saben por eso mismo), habiendo interrogado a todos ellos sin volvernos más sabios, sino más viejos y más fríos —porque, ¿no hemos, acaso, implorado el don de aprisionar en un libro algo tan raro y tan extraño, que uno estuviera listo a jurar que era el sentido de la vida?—, fuerza es retroceder y decir directamente al lector que espera todo trémulo escuchar qué cosa es la vida: ¡ay!, no lo sabemos.

En ese mismo instante, justo a tiempo para salvar de la aniquilación este libro, Orlando apartó su silla, estiró los brazos, dejó caer la pluma, fue a la ventana y exclamó:

—Listo.

Casi la derribó la extraordinaria escena que encontraron sus ojos. Ahí estaba el jardín y algunos pájaros. El mundo proseguía como siempre. Mientras ella escribía, el mundo había continuado. Exclamó:

—¡Si yo me hubiera muerto, hubiera sido lo mismo!

Tan intenso fue su sentir que alcanzó a imaginar que ya había padecido su corrupción, y sufrió tal vez un vahído. Se quedó un instante mirando con ojos azorados el hermoso espectáculo indiferente. Al fin se reanimó de un modo singular. El manuscrito, que yacía sobre su corazón, empezó a latir y a agitarse, como si fuera vivo, y (rasgo más raro e indicio de la fina simpatía que había entre los dos) a Orlando le bastó inclinarse para entender lo que decía. Quería que lo leyeran. Exigía que lo leyeran. Era capaz de morírsele sobre el pecho si no lo leían. Por primera vez en su vida, Orlando se rebeló contra la naturaleza. Había a su alrededor profusión de dogos y de cercos de rosas. Pero ni los dogos, ni los cercos de rosas pueden leer. Esa lamentable imprevisión de la Providencia nunca la había impresionado. Sólo los seres humanos tienen ese don. Los seres humanos eran imprescindibles. Llamó. Pidió el carruaje que la llevara a Londres en el acto.

—Justo a tiempo para alcanzar el tren de las once y cuarenta y cinco, señora —dijo Basket. Orlando no había percibido aún la invención de la locomotora, pero tan absorta estaba en los padecimientos de un ser, que aunque no era ella misma, dependía enteramente de ella, que por primera vez vio un tren, tomó asiento en un vagón de ferrocarril y se envolvió las piernas en una manta, sin reparar siquiera en «esa invención estupenda que (dicen los historiadores) alteró por completo la faz de Europa en los últimos veinte años»: hecho harto más frecuente de lo que los historiadores suponen. Sólo notó que era muy sucia, que chirriaba de un modo horrible y que las ventanillas no funcionaban. Absorta, fue arrebatada a Londres en menos de una hora y abandonada en el andén de Charing Cross, sin saber adonde ir.

La casa vieja de Blackfriars, donde tan lindos días había pasado en el siglo dieciocho, había sido vendida, parte al Ejército de Salvación, parte a una fábrica de paraguas. Orlando había comprado otra en Mayfair que era cómoda, higiénica, en el corazón del mundo elegante. ¿Pero sería acaso en Mayfair donde el poema realizaría su deseo? Ojalá, pensó, recordando los ojos brillantes de las damas, y las piernas simétricas de los señores, que ahí no les haya dado por leer. Sería una gran lástima. Había también lo de Lady R. Sin duda, siempre estarían diciendo las mismas cosas. Tal vez la gota del General se había mudado de la pierna izquierda a la pierna derecha. El señor L. había pasado diez días en lo de R. y no en lo de T. En cualquier momento entraría Mr. Pope. ¡Ah!, pero Mr. Pope había muerto. ¿Quiénes serían ahora los hombres de ingenio?, pensó —pero ésa no era una pregunta de las que un changador puede contestar, y siguió adelante. Ahora enloquecía sus oídos el tintineo de campanillas innumerables en las testeras de innumerables caballos. Ejércitos de cajoncitos con ruedas se alineaban junto a la acera. Caminó hasta el Strand. Ahí era más intolerable el estruendo. Había una confusión inextricable de vehículos de todos tamaños, tirados por caballos de sangre y por percherones, transportando a una dama solitaria o llenos hasta el tope de hombres de patillas y sombreros de copa. A sus ojos, por tanto tiempo acostumbrados a una hoja simple de papel de escribir, los carruajes, los carros y los ómnibus parecían estar en pugna; a sus oídos, templados al rasgar de la pluma, el estrépito callejero parecía violenta y atrozmente cacofónico. Cada pulgada del pavimento estaba repleta. Ríos de gente, abriéndose camino con agilidad increíble entre sus propios cuerpos y las torpezas y barquinazos del tráfico, fluían sin cesar del este y del oeste. En el cordón de la vereda había hombres que vociferaban, extendiendo bandejas de juguetes.

En las esquinas había mujeres que vociferaban ante grandes canastas de flores frescas. Los muchachos que corrían entre los caballos apretando contra el cuerpo hojas de papel impreso, también vociferaban: ¡Derrota!, ¡derrota! Al principio Orlando creyó que había llegado en un momento de crisis nacional; pero no pudo determinar si de fidelidad o de tragedia. Interrogó con ansiedad las caras de la gente. Eso la confundía aún más. Por aquí venía un hombre sumido en la desesperación, hablando solo como si conociera una horrible pena. Se cruzaba con él un individuo gordo y alegre, abriéndose camino como si se tratara de una fiesta en que el mundo entero participase. Orlando llegó a la conclusión de que no había orden ni razón en todo ello. Cada mujer y cada hombre se dirigía a sus propios asuntos. Ella, ¿dónde iría?

Anduvo sin pensar por una calle y por otra, ante escaparates abarrotados de valijas de mano, y espejos y bastones y flores y cañas de pescar y canastas de picnic; con telas de todos los matices y dibujos, gruesas, diáfanas, desplegadas y suspendidas y ablullonadas de un lado a otro. A veces, recorría avenidas de residencias quietas, sobriamente numeradas 1,2, 3 y así hasta 200 o 300, cada una igual a la otra, con dos pilares y seis escalones y un par de cortinas cuidadosamente recogidas y almuerzos servidos para toda la familia, y un loro asomándose a una ventana y un sirviente a otra; hasta que la mareó tanta monotonía. Luego llegaba a grandes plazas con estatuas negras, lustrosas y abotonadas de hombres obreros, en el centro, y caballos de guerra encabritados, y columnas irguiéndose y surtidores jugando y palomas revoloteando. Así caminó y caminó por veredas entre casas, hasta que sintió mucha hambre, y algo que se agitaba sobre su corazón le reprochó el haberlo olvidado. Era su manuscrito: «La Encina».

La dejó alelada su negligencia. Se detuvo de golpe. No había un solo coche a la vista. La calle, que era ancha y hermosa, estaba extrañamente vacía. Sólo se aproximaba un señor de edad. Había algo familiar en su andar. Al acercarse, Orlando tuvo la seguridad de haberlo visto en alguna parte. ¿Pero dónde? ¿Sería posible que este caballero tan pulcro, tan imponente, tan próspero, con un bastón en la mano, y una flor en el ojal, con una cara llena, rosada, y bigotes blancos peinados fuera —sí por Dios, era— su viejo, su muy viejo amigo Nick Greene?

Simultáneamente la miró, la recordó, la reconoció.

—Lady Orlando —exclamó, casi barriendo el suelo con su sombrero de copa.

—¡Sir Nicholas! —exclamó ella. Porque algo en su porte le permitió advinar que el crapuloso escritor de alquiler, que la había difamado a ella y a tantos otros en tiempos de la Reina Isabel, había adelantado en el mundo y era sin duda un Baronet y una docena de otras cosas honrosas.

Con otra reverencia, Greene corroboró que su hipótesis era justa: era Baronet, era doctor en letras, era Profesor. Era autor de veinte volúmenes. Era, en una palabra, el crítico más respetado de la época victoriana.

Al encontrarse con el hombre que la había atormentado hace tantos años, la conmovió un tumulto de emociones. ¿Sería éste el insoportable individuo que le había quemado las alfombras y tostado queso en la chimenea italiana y referido tan alegres historias de Marlowe y de los demás que habían trasnochado hasta el alba nueve noches en diez?

Ahora estaba esmeradamente vestido con un traje gris de mañana, con una flor rosada en el ojal y guantes grises de piel de Suecia haciendo juego. Ella no salía de su asombro y él hizo otra gran reverencia, y le solicitó el honor de almorzar con él. La reverencia era tal vez un poco excesiva pero la imitación de buena crianza podía pasar. Lo siguió, azorada, a un espléndido restaurant, todo felpa roja, manteles blancos y aceiteras de plata, lo más diferente posible de la vieja taberna o casa de café con su piso enarenado, sus bancos de madera, sus tazones de ponche y chocolate, y sus salivaderas. Sobre la mesa, a su lado, puso cuidadosamente los guantes. A Orlando le costaba creer que fuera la misma persona. Tenía las uñas limpias, antes medían una pulgada. Tenía el mentón rasurado; antes asomaba una barba negra. Usaba gemelos de oro; antes las mangas en jirones se le metían en el caldo.

No se convenció que era el mismo hasta que eligió los vinos, acto que efectuó con un cuidado que le recordó su antigua preferencia por el Malvasía.

—¡Ah! —dijo con un suspiro, nada doloroso por cierto—. ¡Ah!, mi querida Señora, pasaron los grandes días de la literatura. Marlowe, Shakespeare, Ben Jonson —ésos fueron los gigantes. Dryden, Pope, Addison, esos fueron los héroes. Todos, todos han muerto. ¿Quiénes nos quedan? ¡Tennyson, Browning, Carlyle! —puso un gran escarnio en su voz —. La verdad —dijo, sirviéndose un vaso de vino—, es que todos los escritores jóvenes están a sueldo de los libreros. Frangollan cualquier disparate que les ayude a pagar la cuenta del sastre. La nuestra es una época —dijo, sirviéndose hors d'oeuvre—, caracterizada por lindezas alambicadas y por experimentos extravagantes que los isabelinos no hubieran tolerado un solo momento.

»No mi querida señora —continuó, aprobando el rodaballo gratinado que el mozo proponía a su sanción—, los grandes días ya pasaron. Vivimos en tiempos degenerados. Debemos venerar el pasado y honrar a aquellos escritores —todavía quedan algunos— que toman por modelo la antigüedad y escriben no por dinero, sino por —Aquí Orlando casi gritó "¡Glor!". Podía jurar que había escuchado las mismas palabras trescientos años antes. Los nombres, por supuesto, eran otros, pero el espíritu era el mismo. Nick Greene no había cambiado pese a su baronía. Sin embargo, había un cambio. Mientras él exponía las ventajas de modelar su estilo sobre el de Addison (antes había sido el de Cicerón) y de pasarse las mañanas en cama (Orlando se enorgullecía de pensar que su pensión quincenal le pagaba ese lujo), saboreando las mejores obras de los mejores autores por una hora entera, a lo menos, antes de aventurar la pluma sobre el papel, para corregir de algún modo la vulgaridad de la época y la condición deplorable de nuestro idioma (Orlando creyó oírle decir que él había vivido en América), mientras él se explayaba más o menos como se había explayado Nick Greene hace trescientos años, tuvo tiempo de preguntarse en qué residía la diferencia. Había engordado; pero era un hombre que frisaba en los setenta. Se había pulido: la literatura era una carrera próspera, pero la antigua inquieta vivacidad se había extinguido. Los cuentos, a pesar de su brillo, no eran tan espontáneos como antes. Es cierto que repetía a cada rato «mi querido amigo Pope» o «mi ilustre amigo Addison», pero su decencia acababa por deprimir y era evidente que prefería relatar los hechos y palabras de las personas de la misma sangre de Orlando a contarle, como antes, chismes de los poetas.

Orlando padeció un desencanto inexplicable. Todos esos años había imaginado que la literatura —sírvanle de disculpa su reclusión, su rango y su sexo— era algo libre como el viento, cálido como el fuego, veloz como el rayo: algo inestable, imprescindible y abrupto, y he aquí que la literatura era un señor de edad vestido de gris hablando de duquesas. La desilusión fue tan grande que uno de los botones o broches que sujetaba la parte superior de su traje se reventó y dejó caer sobre la mesa «La Encina», un poema.

—Un manuscrito—. Dijo Sir Nicholas, poniéndose los lentes de oro—. Qué interesante, qué excesivamente interesante. ¿Me permite verlo? —Y de nuevo, después de un intervalo de unos trescientos años, Nick Greene tomó el poema y entre las tacitas de café y las copas de licor empezó a leerlo. Pero ahora su veredicto fue muy distinto. Le recordaba, dijo al volver las páginas, el «Catón» de Addison. Se le podía comparar ventajosamente con las «Estaciones» de Thompson. Ningún rastro en él, alabado sea Dios, del espíritu moderno. Estaba compuesto con un respeto de la verdad, de la naturaleza, de los dictados del corazón humano, que era rarísimo, realmente, en estos días de inescrupulosa excentricidad. Por supuesto, había que publicarlo en el acto.

Orlando no entendió. Siempre había llevado consigo sus manuscritos, en el seno de sus vestidos. El hecho le hizo mucha gracia a Sir Nicholas.

—¿Y los derechos de autor? —preguntó. Explicó luego que los señores Tal y Tal (mencionó una casa editora conocidísima) estarían encantados, si se les escribiera una línea, de incluir el libro en su catálogo. Podría fijar sus derechos de autor en un diez por ciento sobre todos los ejemplares vendidos hasta dos mil; en los posteriores quince por ciento. En cuanto a los críticos, él mismo escribiría unas palabras al señor N. N., que era el más influyente; un cumplido —digamos, un breve elogio de sus propios poemas— dirigido a la esposa del director del X. X., nunca estaba de más. Haría una visita a D. Así prosiguió. Orlando no comprendió ni una palabra, y su experiencia la llevó a desconfiar de su buena fe, pero no le quedaba otro remedio que someterse a su voluntad y al ferviente deseo de su poema. Sir Nicholas hizo un pulcro paquete con el manuscrito ensangrentado; lo acható en su bolsillo interior, para que no desfigurara la calda de su levita; y con infinitos cumplidos por ambas partes, se separaron. Orlando remontó la calle. Ahora que el poema estaba lejos —y sentía un lugar vacío en el pecho donde había solido llevarlo— quedaba libre de meditar en lo que quisiera: tal vez en los azares maravillosos del destino humano. Ahí estaba ella en St. James's Street, mujer casada, con su anillo en el dedo; había un restaurant donde antes hubo una taberna; eran las tres y media de la tarde; brillaba el sol; había tres palomas; un perro cuzco; dos coches de alquiler y un lando. ¿Qué sería, pues, la Vida?

La pregunta se le metió en la cabeza, abrupta, extemporáneamente (salvo que el viejo Greene, fuera, de algún modo, culpable). Y puede interpretarse como un comentario adverso o favorable, según quiera considerarlo el lector, sobre sus relaciones con su marido (que estaba en el Cabo de Hornos) que, en cuanto algo se le metía en la cabeza, Orlando iba derechito al correo más cercano y se lo telegrafiaba. Precisamente, había oficina a la vuelta. «Dios mío Shel —telegrafió—, vida literatura Greene adulón» —aquí prosiguió en un lenguaje cifrado que habían inventado entre los dos, de suerte que un estado espiritual complejísimo podía transmitirse en una o dos palabras sin que el operador se enterara y agregó las palabras «Rátigan Glonfobú», que ya no dejaban lugar a duda. Porque no sólo los acontecimientos de la mañana la habían afectado hondamente, sino que es a todas luces notorio que Orlando estaba creciendo —lo que no significa absolutamente creciendo en sabiduría— y Rátigan Glonfobú describía un estado espiritual complejísimo: estado que el lector puede penetrar por su cuenta, si pone toda su inteligencia a nuestro servicio.

Imposible obtener contestación antes de algunas horas; era muy probable, pensó, mirando el cielo, donde pasaban presurosas de altas nubes, que hubiera un temporal en el Cabo de Hornos, y que su marido estuviera en el palo mayor, o hachando una arboladura hecha trizas, o solo en un bote con una galleta. Dejó, por consiguiente, el correo, y entró para distraerse en la tienda vecina, que era una tienda tan común actualmente que no requiere descripción, aunque a sus ojos fuera rarísima: una tienda que vendía libros. Toda su vida Orlando había manejado manuscritos: había tenido en las manos las ásperas hojas oscuras llenas de las patas de moscas de Spenser; había visto la escritura de Shakespeare y la de Milton. Poseía, es verdad, un buen número de incuartos e infolios, a veces con un soneto laudatorio, a veces con un rizo de cabello. Pero esos innumerables libritos pulidos, idénticos, efímeros, porque parecían encuadernados en cartón e impresos en papel de seda, le sorprendieron infinitamente. Las obras completas de Shakespeare sólo costaban media corona y se podían guardar en el bolsillo. Casi no se podían leer, es verdad, la letra era tan chica, pero no dejaba de ser una maravilla. «Obras» —las obras de cuanto escritor ella había conocido u oído nombrar y de muchos más, inundaban los largos anaqueles de punta a punta. Sobre las mesas y las sillas había más «obras» apiladas y confundidas, y Orlando comprobó, volviendo una página o dos, que generalmente eran «obras» sobre otras «obras» firmadas por Sir Nicholas y una veintena de otros, que ella imaginó, en su ignorancia, grandísimos escritores, ya que los imprimían y encuadernaban. Absurdamente encargó al librero que le remitiera todo lo que fuera importante, y salió a la calle.

Se internó en Hyde Park, que ya conocía de tiempo atrás (bajo ese tronco que se bifurcaba, recordó, el Duque de Hamilton había caído atravesado por el acero de Lord Mohn), y sus labios, que tan culpables suelen ser, dieron en transformar las palabras de su telegrama en un disparatado sonsonete: vida literatura Greene adulón Rátigan Glonfobú: hasta que varios guardianes del parque la miraron con desconfianza y sólo se inclinaron a una benévola opinión de sus facultades mentales al advertir el collar de perlas que usaba. Había traído de la tienda un rollo de periódicos y de revistas literarias, y tirada bajo un árbol, apoyada en el codo, desplegó esas páginas a su alrededor e hizo lo posible para sondear el arte nobilísimo de la prosa, según lo practicaban esos maestros. Porque el viejo candor no había muerto en ella: hasta la tipografía turbia de un semanario conservaba una especie de santidad. Leyó así, apoyada en el codo, un artículo de Sir Nicholas sobre las obras completas de un hombre que ella había conocido: John Donne. Pero se había ubicado, sin saberlo, no lejos del Serpentine. En sus oídos resonaba el ladrar de mil perros. Ruedas de carruaje giraban incesantemente en un solo círculo. Arriba suspiraban las hojas. A veces una falda bordada y unos ajustados pantalones color punzó atravesaban el césped a pocos pasos de distancia. Una gigantesca pelota de goma rebotó contra el diario. Violetas, anaranjados, rojos y azules cruzaban los intersticios de las hojas y rebrillaban en la esmeralda de su dedo. Leyó una frase y levantó los ojos al cielo; levantó los ojos al cielo y los bajó al diario. ¿La Literatura? ¿La Vida? ¿Convertir la una en la otra? ¡Qué monstruosamente difícil! Pues —ahora pasaban unos ajustados pantalones color punzó, ¿cómo los hubiera expresado Addison? Ahora pasaban dos perros bailando en las patas traseras, ¿cómo los hubiera expresado Lamb? Porque leyendo a Sir Nicholas y a sus amigos (como lo hacía ella en los intervalos de mirar a su alrededor), tuvo la sensación —aquí se levantó y caminó —era una sensación de lo más incómoda— de que uno nunca, nunca, debía decir lo que pensaba. (Estaba en las riberas del Serpentine. Su tono era bronceado; barquitos endebles como arañas se escurrían de un lado a otro.) Le daban la sensación, prosiguió, de que uno siempre, siempre, debía escribir como otra persona. (Los ojos se le llenaron de lágrimas.) Porque realmente, pensó, impulsando un barquito con la punta del pie, yo no sería capaz (aquí el artículo íntegro de Sir Nicholas se le apareció como aparecen los artículos, a los diez minutos de leerlos, con una vista de su cuarto, de su casa, de su gato, de su escritorio y de la hora del día, agregada), yo no sería capaz, continuó, considerando el artículo desde este punto de vista, de estar sentada en una biblioteca, no es una biblioteca, es una especie de salón carcomido, el día entero, conversando con muchachitos y refiriéndoles pequeñas anécdotas, que ellos no deben repetir, sobre lo que Tupper dijo de Smiles; y además, continuó, llorando amargamente, todos son tan varoniles, y además, aborrezco a las duquesas; y no me gusta el bizcochuelo; y aunque no me falta rencor nunca podría ser tan rencorosa, y entonces, ¿cómo llegaré a ser un crítico y escribir la mejor prosa inglesa de mi tiempo? ¡Que se vaya todo al infierno!, exclamó, impulsando un vaporcito con tal vigor que la pobre embarcación casi naufragó en las olas bronceadas.

Lo cierto es que cuando uno ha estado con luna (como dicen las niñeras) —y aún había lágrimas en los ojos de Orlando— la cosa que miramos no es la misma, sino otra cosa, que es mayor y mucho más imponente y sin embargo es la misma cosa. Si uno está con luna y mira el Serpentine, poco tardan las olas en ser tan grandes como las olas del Atlántico: los barcos de juguete no se diferencian de los paquebotes. Orlando tomó el barco de juguete por el bergantín de su marido, y la ola que hizo con el pie por una montaña de agua en el Cabo de Hornos; y al observar el buque de juguete en el agua estremecida, le pareció ver el bergantín de Bonthrop trepar y re-trepar un muro vidrioso; subía y subía, y una cresta blanca con mil muertes adentro se enarcó encima y el bergantín se hundió en las mil muertes y desapareció —«¡Ha naufragado!», gritó como si se muriera— y luego resurgió sana y salva entre los patos del otro lado del Atlántico.

«¡Éxtasis! —gritó—: ¡Éxtasis! ¿Dónde estará el correo? —pensó—. Debo telegrafiarle a Shel en seguida y contarle...». Y repitiendo alternativamente «Un buque de juguete en el Serpentine» y «Éxtasis» (porque las dos ideas eran iguales y querían decir exactamente lo mismo) apuró el paso hacia Park Lane.

«Un buque de juguete, un buque de juguete, un buque de juguete», repetía, obligándose a reconocer que no son artículos de Nick Greene sobre John Donne, ni jornadas de ocho horas, ni convenios, ni legislaciones febriles, lo que importa, sino algo útil, vehemente, brusco; algo que cueste la vida; rojo, morado, azul; una exhalación, un chapuzón, como aquellos jacintos (acaba de orillar un lindo cantero); algo libre de tachas, de servidumbre, de contaminación humana o ansiedad por sus semejantes, algo temerario, ridículo, como mi jacinto, quiero decir mi esposo, Bonthrop: eso no más importa —un buque de juguete en el Serpentine, éxtasis—, lo que importa es el éxtasis. Decía esas cosas en voz alta, esperando que los carruajes la dejaran cruzar en Stanhope Gate, pues una consecuencia de no vivir con su marido, salvo cuando el viento descansa, es decir disparates en voz alta en pleno Park Lane. Otra cosa habría sido si hubiera vivido con él todo el año, como aconsejaba la Reina Victoria.

El hecho es que su recuerdo la solía acometer como un relámpago. Sentía la absoluta necesidad de hablar inmediatamente con él. No le importaba en lo más mínimo que eso resultara disparatado, que eso dislocara el relato. El artículo de Nick Greene la había sumido en los abismos de la desesperación; el buque de juguete la elevó a las cumbres del gozo. Repetía: «Éxtasis, éxtasis», aguardando el momento de cruzar.

Pero en esa tarde de primavera era incesante el tráfico y la tenía parada repitiendo: «Éxtasis, éxtasis», o «Un buque de juguete en el Serpentine», mientras la opulencia y el poderío de Inglaterra estaban instalados como esculpidos, de sombrero y abrigo, en carruajes de cuatro caballos, victorias, cabriolés y landos. Era como si un río de oro se hubiera congelado y agrupado en bloques de oro a lo largo de Park Lane. Las damas tenían tarjeteros entre los dedos; los caballeros balanceaban bastones de puño de oro entre las rodillas. Se quedó mirando, admirando, despavorida. Un solo pensamiento la inquietó, un pensamiento familiar a todos aquellos que miran grandes elefantes, o ballenas de un tamaño increíble: el problema de cómo esos leviatanes a quienes tanto debe repugnar el esfuerzo, el cambio y la actividad, propagan su especie. Tal vez, pensó Orlando, viendo las caras majestuosas y quietas, la hora de su propagación ha pasado: éste es el fruto, ésta la culminación. Lo que ahora veía era el triunfo de una época. Ahí estaban, imponentes y espléndidos. Pero ya el agente bajaba la mano; el río se hizo líquido; la sólida aglomeración de objetos espléndidos tembló, se dispersó y desapareció en Piccadilly.

Orlando atravesó Park Lane y fue a su casa de Curzon Street, donde la fragancia de la ulmaria le solía traer el recuerdo del reclamo del chorlo y de un hombre muy viejo con un fusil.

Recordaba, pensó, al pisar el umbral de su casa, cómo Lord Chesterfield había dicho —pero ahí se detuvo su memoria. Su discreto hall siglo dieciocho, donde le parecía ver a Lord Chesterfield dejando aquí su sombrero y allá su abrigo, con una elegancia de ademanes que daba gusto mirar, estaba abarrotado de paquetes. Mientras ella estaba en Hyde Park, el librero había remitido su compra, y la casa estaba repleta —había paquetes rodando por la escalera— de toda la literatura Victoriana envuelta en papel madera y cuidadosamente atada con piolín. Subió a su pieza todos los paquetes que pudo, ordenó a los lacayos que subieran los otros, y cortando rápidamente innumerables piolas, pronto se vio rodeada por innumerables volúmenes.

Habituada a las breves literaturas de los siglos XVI, XVII y XVIII, Orlando quedó abrumada ante los resultados de su encargo. Por supuesto, para los Victorianos la literatura Victoriana comprendía no sólo cuatro grandes nombres náufragos y anegados, en una masa de Alexanders, Smiths, Dixons, Blacks, Milmans, Buckles, Taines, Paynes, Tuppers, Jamersons —todos vocales, clamorosos, prominentes, y exigiendo tanta admiración como el que más. El respeto de Orlando por lo impreso le imponía una difícil tarea, pero acercando su silla a la ventana para aprovechar la poca luz que se filtraba entre las altas casas de Mayfair, intentó llegar a una conclusión.

Es evidente que no hay más que dos modos de llegar a una conclusión sobre la literatura Victoriana: uno, escribirla en sesenta volúmenes en octavo, otra, resumirla en seis líneas del largo de ésta. De los dos métodos, la economía nos impulsa a elegir el segundo, y así lo haremos. Orlando llegó a la conclusión (hojeando media docena de libros), de que era rarísimo que ninguno de ellos estuviera dedicado a un aristócrata; luego (examinando un alto de memorias), que muchos de esos escritores poseían árboles genealógicos casi tan viejos como el suyo; luego, que sería de lo más imprudente envolver un billete de diez libras en las tenacillas del azúcar cuando Miss Christina Rossetti viniera a tomar té; luego (había media docena de invitaciones a banquetes para celebrar centenarios), que si la literatura devoraba tantos banquetes, ya estaría muy corpulenta: luego (la invitaban a una veintena de conferencias sobre la influencia de esto sobre lo otro: el renacimiento clásico, la supervivencia romántica y otros títulos no menos encantadores), que si la literatura escuchaba esas conferencias tenía que estar aburridísima; luego (aquí asistía a una recepción dada por la señora de un par del Reino), que si la literatura usaba todas esas estolas de piel tenía que ser de lo más correcto; luego (aquí visitó el cuarto a prueba de ruidos de Carlyle), que si el genio necesitaba de tantos mimos, tenía que ser muy delicado; y así acabó por alcanzar su conclusión final, que era de la mayor importancia, pero que omitiremos, pues ya hemos excedido nuestro límite original de seis líneas.

Después de llegar a esta conclusión, Orlando se quedó un buen rato mirando por la ventana. Haber llegado a una conclusión es como haber lanzado la pelota sobre la red, y esperar que el invisible contendor la devuelva. ¿Qué le devolvería, ahora, el incoloro cielo sobre Chesterfield House? Con las manos cruzadas, se quedó un buen rato pensando. Se estremeció de pronto —y sólo podemos desear que la Modestia, la Pureza y la Castidad vuelvan a abrir la puerta y a darnos un respiro, siquiera, para buscar el modo más delicado de referir lo que ahora debe ser referido. ¡Pero no! Después de arropar sus blancas vestiduras a la desnuda Orlando y de errarle por algunas pulgadas, hacía muchos años que esas damas habían roto toda relación con ella; y ahora tenían otra cosa que hacer. ¿Nada, entonces, va a acontecer esta mañana pálida de marzo para mitigar, para velar, para cubrir, para ocultar, para amortajar este suceso irrefutable? Porque Orlando, después de su sobresalto —pero alabado sea Dios, en ese instante se animó uno de aquellos organitos endebles, huecos, aflautados, antiguallos y desparejos que los organilleros italianos suelen tocar en las calles sin tránsito.

Aceptemos la intervención por humilde que sea, como si fuera la música de los astros, y permítasele poblar de sonido esta página, con todos sus jadeos y quejumbres, hasta el advenimiento de aquel instante cuya venida es imposible negar; que el sirviente ha visto acercarse y la doncella; que pronto habrá de ver el lector, porque la misma Orlando ya es incapaz de disimularlo —que suene el organillo y nos arrebate en el pensamiento, que no es más que un barquito, cuando suena la música, mecido por las olas; en el pensamiento, que es el más zurdo y extravagante de todos los transportes, sobre las azoteas y las puertas, donde hay ropa tendida, hasta— ¿dónde estamos ahora? ¿Reconocen el Prado y en el medio el campanario, y los portones con dos leones dormidos? Sí, es Kew. Bueno, que sea Kew. Aquí estamos en Kew, y veremos hoy mismo (el día dos de marzo) una vara de jacinto bajo el ciruelo, y un azafrán, y también un brote en el almendro; de suerte que caminar ahí es estar pensando en bulbos rojos y vellosos, entregados a la tierra en octubre; y que ahora florecen; y soñar en más de lo que se puede decir, y sacar un cigarrillo de la cigarrera o hasta un cigarro y extender bajo el roble (según el ripio lo requiere) una capa noble, y sentarse a esperar el martín pescador, que, según dicen, atravesó una tarde de orilla a orilla.

¡Esperen! ¡Esperen! Viene ya el martín pescador; el martín pescador ya no viene.

Miremos, mientras tanto, las chimeneas de las fábricas, y su humo; miremos a los empleados de banco pasando como una exhalación en sus coches. Miremos a la señora de edad llevando a su perro a dar un paseo, y a la sirvienta estrenando un sombrero, mal colocado. Mirémoslos a todos, aunque el Cielo ha dispuesto piadosamente que los secretos de todos los corazones estén ocultos, de modo que siempre nos inducen a la sospecha de algo que no existe, tal vez; vemos flamear y arder (a través del humo de nuestro cigarrillo) la espléndida consumación de deseos naturales, por un sombrero, por un bote, por una rata en una zanja; como hace tiempo vimos flamear —qué brincos y qué omisiones las de la mente cuando se chorrea toda en el plato y toca el organillo—, vimos flamear, decimos, un fuego sobre un fondo de minaretes cerca de Constantinopla.

¡Salve, deseo natural! ¡Salve, felicidad, divina felicidad y placeres de todas clases, flores y vino, aunque las unas se marchitan y el otro embriaga; y pasajes de recreo, para salir de Londres, el día domingo, y el cantar en una capilla oscura himnos fúnebres, y cualquier cosa, cualquier cosa, que interrumpa y confunda el martilleo de las máquinas de escribir y el envío de cartas y la forjadura de eslabones y de cadenas que unan todo el Imperio! Salve, groseros labios rojos y arqueados de las muchachas de tienda (como si Cupido, muy torpemente, hubiera mojado el pulgar en tinta roja y garabateado una señal al pasar), ¡salve, felicidad!, martín pescador que flameas de orilla a orilla, y tú también, consumación del deseo natural, ya sea lo que el novelista masculino dice que eres, o plegaria, o renunciación; salve bajo cualquier forma que vengas y ojalá haya más formas, y aun más extrañas. El río fluye oscuro y sin dueño —ojalá, según aconseja la rima, «como un sueño»; pero más turbio y peor es nuestro destino habitual—, sin sueños, pero vivo, satisfecho, fluido, común, bajo árboles cuya sombra de un verde oliva ahoga el ala azul del pájaro evanescente que se dispara como un dardo de ribera a ribera.

¡Salve, felicidad!, entonces, y ¡salve! después de la felicidad, no esos sueños que salpican la aguda imagen como hacen con la cara los espejos manchados de las posadas rurales: sueños que astillan el todo y nos descuartizan y hieren, y nos dividen por el medio en la noche cuando quisiéramos dormir; sino el sueño, oh sueño, tan hondo que todas las formas quedan molidas en un polvo de infinita blandura, agua de vaguedad inescrutable, y ahí, envueltos, amortajados como una momia, como un gusano, quedemos acostados en la arena en el fondo del sueño.

Pero, ¡esperen!, ¡esperen!, ahora no estamos visitando la tierra ciega. Azul, como un fósforo que se enciende, justo en lo más profundo del globo del ojo, vuela, arde, hace saltar el sello del sueño; el martín pescador, hasta que refluye como una marea al rojo, el río de la vida; burbujeando, goteando; y despertamos de esa nada y nuestra mirada (porque la rima es de lo más servicial para salvar la incómoda transición de la muerte a la vida), cae sobre —(aquí el organillo deja de tocar bruscamente).

—Es un hermoso varoncito, M'Lady —dijo Mrs. Banting, la comadrona, poniendo en brazos de Orlando su primer hijo. Dicho sea con otras palabras: Orlando dio a luz con toda felicidad, el martes 20 de marzo, a las tres de la mañana.

De nuevo Orlando se acercó a la ventana, pero no se asuste el lector: hoy no va a suceder nada por el estilo, hoy es un día muy diferente. No —porque si miramos por la ventana, como Orlando lo hacía en ese momento, veremos que el mismo Park Lane ha cambiado muchísimo: uno podría demorarse ahí, diez minutos o más, como Orlando lo hacía ahora, sin divisar un solo landó cabriolé. «Miren eso», exclamó, algunos días más tarde, cuando un absurdo carruaje trunco, sin caballos, empezó a ambular por su cuenta. ¡Un carruaje sin caballos! La llamaron justamente cuando lo decía, pero al rato volvió y echó otra ojeada por la ventana. Tiempo raro el de ahora. El cielo mismo, no pudo menos de notarlo, había cambiado. Ya no era tan espeso, tan prismático, tan acuoso, ahora que el Rey Eduardo —

miren, ahí estaba precisamente, bajando de su pulcro simón para visitar, enfrente, a cierta dama— había sucedido a la Reina Victoria. Las nubes parecían de metal, que en tiempo caliente se manchaba de cardenillo, color cobre o color naranja como el metal en una neblina. Era un poco alarmante esa reducción. Todo parecía haberse encogido. La otra noche, al pasar por Buckingham Palace, ya no quedaban rastros de aquella vasta construcción que ella había creído imperecedera; los sombreros de copa, los velos de viuda, las trompetas, los telescopios, las guirnaldas, habían desaparecido sin dejar una mancha, sin dejar un charco, siquiera, en el pavimento. Pero ahora —después de un intervalo había regresado a su puesto favorito en la ventana— ahora, en el atardecer, el cambio era más notable. Miren las luces de las casas. Con un toque, se iluminaba una pieza entera, se iluminaban centenares de piezas; y una era exactamente igual a otra. Todo se podía ver en esos cajoncitos rectangulares: no había intimidad; no había ninguna de esas sombras morosas y ángulos desparejos de antaño, no quedaba una sola de esas mujeres con delantal, portadoras de lámparas tembleques que depositaban asiduamente en esta mesa o en aquella. Con un toque, la pieza entera se aclaraba. Y el cielo estaba claro toda la noche, y las veredas eran claras; todo era claro. Orlando regresó al mediodía. ¡Qué angostas se habían puesto las mujeres últimamente! Eran como espigas de trigo, derechas, brillantes, idénticas. Las casas de los hombres eran peladas como la palma de la mano. El aire seco destacaba los colores de las cosas y parecía endurecer los músculos de las mejillas. Era más difícil llorar. El agua se calentaba en dos segundos. La hiedra había perecido o la habían raspado de las casas. Las legumbres no eran tan fértiles, las familias más chicas. Las desnudas paredes se habían comido las cortinas y nuevos cuadros de vivos colores, representando cosas verdaderas, como calles, paraguas o manzanas, estaban encuadrados en marcos, o pintados en la madera. Algo perfilado y preciso había en la época, que le recordaba el siglo XVIII, salvo por una distracción, una desesperación... Al pensar esas cosas, el túnel infinitamente largo en que ella había estado viajando por centenares de años se ensanchó; penetró la luz; sus pensamientos se templaron misteriosamente como si un afinador le hubiera puesto la llave en el espinazo y hubiera estirado mucho sus nervios; al mismo tiempo se le aguzó el oído; percibía cada susurro y cada crujido en el cuarto, hasta que el tic-tac del reloj sobre la chimenea fue como un martillazo. Durante unos segundos la luz se fue haciendo más clara, y ella empezó a ver los objetos con más detalles, y latió el reloj con más fuerza, hasta que algo explotó espantosamente junto a su oído. Orlando saltó como si le golpearan la cabeza. Diez veces la golpearon. De hecho, eran las diez de la mañana. Era el once de octubre. Era 1928. Era el momento actual. Nadie se maraville de que Orlando tuviera un sobresalto, se llevara la mano al corazón y se pusiera pálida. ¿Qué revelación más aterradora que la de comprender que este momento es el momento actual? La conmoción no nos destruye, porque el pasado nos ampara de un lado y el porvenir de otro. Pero no queda tiempo de meditar: Orlando estaba en retardo. Bajó corriendo, se metió en su automóvil, apretó el acelerador y se fue. Vastos bloques azules de arquitectura crecieron en el aire; los sombreros rojos de las chimeneas salpicaban irregularmente el cielo; el camino brillaba como clavos de cabeza de plata; a Orlando se le venían encima los ómnibus con esculpidos conductores de cara blanca; notó esponjas, jaulas de pájaros, cajas de paño verde americano. Pero no permitió que esos espectáculos penetraran su conciencia ni un milésimo de pulgada, al cruzar la estrecha tabla del presente, para no caer en las furiosas aguas de abajo. «¿Por qué no miran dónde van? Hagan el favor de sacar la mano —eso fue todo lo que dijo, como si le sacaran las palabras a sacudones. Porque las calles estaban abarrotadas; la gente las cruzaba sin mirar dónde iba, La gente cuchicheaba y zumbaba alrededor de los escaparates en cuyo fondo se percibía un ardor colorado, un fuego amarillo, como si fueran abejas, pensó Orlando —pero le bastó pensar que eran abejas para intuir, recuperando de una ojeada la perspectiva, que más bien eran cuerpos. ¿Por qué no miran dónde van?», les gritó. Se detuvo al fin en Marshall & Snelgrove's y entró en la tienda.

Sombra y perfume la envolvieron. Eliminó el presente como si fueran gotas de agua hirviendo. Ondulaba la luz como telas livianas ahuecadas por una brisa de verano. Sacó una lista de la cartera y empezó a leerla con una extraña voz tiesa como si fuera poniendo las palabras —zapatos de varón, sales para baño, sardinas— bajo una canilla de agua de todos colores. Las miraba cambiar a medida que las empapaba la luz. Zapatos y baño se volvieron romos, obtusos; sardinas se dentó como una sierra. Así se demoraba Orlando en el piso bajo de los señores Marshall & Snelgrove's; mirando para aquí y para allá; husmeando este olor y aquel otro y perdiendo algunos segundos. Después entró en el ascensor, por la buena razón de que estaba abierto, y fue proyectada hacia arriba, sin una desviación. Ahora la sustancia de la vida (reflexionó al subir) es mágica. En el siglo dieciocho, sabíamos cómo se hacía cada cosa; pero aquí subo por el aire, oigo voces de América, veo volar a los hombres —y ni siquiera puedo adivinar cómo se hace todo. Vuelvo a creer en la magia. El ascensor tembló levemente al parar en el primer piso: y tuvo una visión de innumerables telas de colores, dándose tono en una brisa que traía olores definidos y extraños; y cada vez que paraba el ascensor y abría las puertas de par en par, desplegaba otra rebanada del mundo impregnada de todos los olores de aquel mundo. Recordó la ribera de Wapping en tiempos de Isabel, donde anclaban los barcos de tesoros y los barcos mercantes. ¡Qué extraño y opulento olor el de aquellos barcos! ¡Qué bien recordaba el contacto de los rubíes ásperos desgranándose por sus dedos en una bolsa de tesoros! Y estar tirada con Sukey —si tal era su nombre— y que los revelara de golpe la linterna de Cumberland. Ahora los Cumberland tenían una casa en Portland Place, y había almorzado con ellos el otro día y arriesgado una pequeña broma con el viejo sobre los asilos de Sheen Road. El viejo le había guiñado un ojo. Pero como ya el ascensor no podía subir más, tuvo que bajarse sabe Dios en qué «departamento», como los llaman. Se detuvo a consultar su lista de compras, pero no vio por ningún lado —según le ordenaba la lista— zapatos de varón o sales para baño. Estaba a punto de bajar, sin haber hecho ninguna compra, cuando la salvó de esa vergüenza la repetición automática del último artículo de su lista: sábanas para cama camera.

—Sábanas para cama camera —le dijo al hombre del mostrador, y por un favor de la Providencia, sábanas era lo que despachaba aquel hombre. Porque el otro día Grimsditch —Grimsditch no: Grimsditch estaba muerta — Bartholomew —no, también Bartholomew estaba muerta— Louise entonces, Louise había venido muy afanada, porque había descubierto un agujero en mitad de la sábana del lecho real. Habían dormido muchos Reyes y Reinas: Isabel, Jaime, Carlos, Jorge, Victoria, Eduardo. No era extraño que estuviera agujereada la sábana. Pero Louise no tenía dudas sobre el culpable. Era el Príncipe Consorte.

—¡Sale boche! —había exclamado (porque había habido otra guerra: esta vez contra los alemanes).

—Sábanas para cama camera. Orlando repitió como en sueños, para una cama camera con una colcha de tisú de plata en un cuarto decorado de una manera que ahora tal vez le parecía un poco vulgar —todo en plata; porque lo había amueblado cuando tenía pasión por ese metal. Mientras el hombre fue a buscar las sábanas, ella sacó un espejito y un cisne. Ahora las mujeres no hacen tanto misterio, pensó, empolvándose con el mayor desparpajo, como lo hacían cuando ella se volvió mujer y reposó en el puente de la Enamoured Lady. Deliberadamente dio a su nariz el tinte deseado. Nunca se tocaba las mejillas. Realmente, aunque ya había cumplido los 36, no representaba un día más. Estaba tan consentida, tan hosca, tan linda, tan rosada (como un árbol de Navidad con un millón de luces, había dicho Sasha), como aquel día en el hielo, cuando se había congelado el Támesis y habían salido a patinar...

—Hilo superior de Irlanda, señora —dijo el hombre extendiendo las sábanas en el mostrador —y se habían encontrado con una vieja juntando leña.

Aquí, mientras distraídamente palpaba el hilo, se abrió una de las cancelas y dejó pasar, tal vez del departamento de novedades, una ráfaga de perfume, ceroso, como teñido por velitas rosadas. Se ahuecó el perfume como una concha alrededor de una figura —¿de varón, de muchacha?— joven, grácil, atrayente —una muchacha, Dios mío, con pieles, con perlas, con bombachas rusas; pero, ¡falsa, falsa!

—¡Falsa! —gritó Orlando (el vendedor se había ido) y un agua alborotada y amarilla inundó la tienda. Orlando divisó a lo lejos los mástiles del barco ruso saliendo mar afuera, y luego, milagrosamente (quizá la cancela se abrió de nuevo), la concha formada por el perfume se convirtió en una plataforma, un estrado, del que bajó una mujer gorda, con pieles, maravillosamente conservada, seductora, enjoyada, una querida de Gran Duque; la misma que comiendo sándwiches se había inclinado sobre las riberas del Volga, para ver hombres que se ahogaban —y atravesó la tienda, hacia ella.

—¡Sasha! —gritó Orlando. La escandalizaba, realmente, que hubiera llegado a eso: se había puesto tan aletargada, tan gorda. Inclinó la cabeza sobre las sábanas para que esta visión de una mujer encanecida, con pieles, y una muchacha con bombachas rusas, pasara inadvertida a su espalda con sus olores de velas de cera, flores blancas y viejos buques.

—¿Servilletas, toallas, trapos para limpiar, señora? —insistió el vendedor. Ventajas de la lista de compras: Orlando pudo responder con toda compostura, que sólo una cosa en el mundo le hacía falta: sales para baño, que se despachaban en otro piso. Pero al bajar de nuevo en el ascensor —tan insidiosa es la repetición de cualquier escena— volvió a hundirse muy lejos en el pasado, y al dar el ascensor contra el suelo, oyó romperse una vasija contra una ribera de río. No encontró, no, el piso que buscaba; se distrajo más bien entre las valijas, sorda a las sugestiones de todos los vendedores, atentos, enlutados, peinados, vivarachos, que descendiendo como ella, quizá tan soberbiamente como ella, de iguales abismos del pasado, optaban por correr la impenetrable cortina del presente, y manifestarse como simples vendedores de Marshall & Snelgrove's. Orlando se quedó titubeando. Por las grandes puertas vidrieras podía ver el tráfico de Oxford Street. Los ómnibus se apilaban sobre los ómnibus y de un tirón se disgregaban. Así se habían empujado los témpanos aquel día en el Támesis. Un viejo noble con zapatilla de piel estaba a horcajadas en uno de ellos. Ahí pasó —ella lo reveía ahora— invocando maldiciones para los rebeldes irlandeses. Se había hundido ahí, donde esperaba su automóvil.

«Ha pasado tiempo sobre mí —reflexionó, tratando de serenarse—, ésta es la cuarentena. ¡Qué raro! No hay cosa que ya sea una sola cosa. Tomo una valija y pienso en una vendedora de manzanas congelada en el hielo. Alguien enciende una vela rosada y veo una muchacha con bombachas rusas. Cuando salgo afuera —como ahora —aquí pisó la vereda de Oxford Street—, ¿qué gusto siento? El del pastito. Oigo esquilas de cabras. Veo montañas. ¿Turquía, la India, Persia?» Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Quizá el lector no necesitará que le indiquen que Orlando se había alejado demasiado del momento presente, al disponerse a subir al automóvil con los ojos llenos de lágrimas y de visiones de montañas persas. Es, por cierto, innegable que los que ejercen con más éxito el arte de vivir —gente muchas veces desconocida, dicho sea de paso— se ingenian de algún modo para sincronizar los sesenta o setenta tiempos distintos que laten simultáneamente en cada organismo normal, de suerte que al dar las once todos resuenan al unísono, y el presente no es una brusca interrupción ni se hunde en el pasado. De ellos es lícito decir que viven exactamente los sesenta y ocho o setenta y dos años que les adjudica su lápida. De los demás conocemos algunos que están muertos aunque caminen entre nosotros; otros que no han nacido todavía aunque ejerzan los actos de la vida; otros que tienen cientos de años y que se creen de treinta y seis. La verdadera duración de una vida, por más cosas que diga el Diccionario Biográfico Nacional, siempre es discutible. Porque es difícil esta cuenta del tiempo: nada la desordena más fácilmente que el contacto de cualquier arte, y quizá la poesía tuvo la culpa de que Orlando perdiera su lista de compras y regresara sin las sardinas, las sales para baño, o los zapatos. Ahora que estaba con la mano en la portezuela del coche, el presente la golpeó en la cabeza. La asaltó once veces seguidas.

—Que los lleve el diablo —gritó, porque oír dar la hora es un sobresalto para el sistema nervioso: tanto que por un tiempo, sólo podemos decir de ella que frunció un poco el ceño, cambió admirablemente de velocidad; y gritó como antes—: ¡Miren por dónde van! ¿No saben lo que quieren? ¿Por qué no me avisaron entonces? —mientras el automóvil arrancó, se precipitó, se escurrió y huyó, porque ella lo manejaba muy bien, por Regent Street, por Haymarket, por Northumberland Avenue, sobre Westminster Bridge, a la izquierda, derecho a la derecha, derecho nuevamente...

El viejo Kent Road estaba de lo más concurrido el jueves once de octubre de 1928. La gente desbordaba las veredas. Había mujeres con sacos repletos de compras. Chicos corriendo. Había saldos en las tiendas de paños. Las calles se angostaban y se ensanchaban. Largas perspectivas que se encogían. Aquí un mercado. Aquí un entierro. Aquí una manifestación con bandera en las que se leía Agul-Desoc. ¿Pero qué otra cosa? La carne era muy colorada. Los carniceros estaban en la puerta. A las mujeres las habían dejado sin tacos. Amor Vin —eso estaba sobre una puerta. Una mujer miraba por la ventana de un dormitorio, profundamente pensativa y muy inquieta. Applejohn y Applebed, Empre—. Nada se veía entero, nada se podía leer hasta el fin. Se veía el principio —dos amigos cruzando la calle para encontrarse— y nunca el encuentro. A los veinte minutos el cuerpo y el espíritu eran como papel picado chorreando de una bolsa. Realmente, el hecho de correr en automóvil por Londres se parece tanto al desmenuzamiento de la identidad personal que precede al desmayo y quizás a la muerte, que es difícil saber hasta qué punto Orlando existía entonces.

Sinceramente, la consideraríamos una persona del todo dispersa, si no fuera por una pantalla verde que se descorrió a la derecha, donde los pedacitos de papel daban más despacio, y luego otra a la izquierda que dejaba ver cada pedacito girando y descendiendo en el aire; y luego hubo continuas pantallas verdes a cada lado, y su espíritu recuperó la ilusión de contener las cosas y vio un ranchito, un gallinero y cuatro vacas, todo exactamente de tamaño natural.

Orlando, entonces, dio un suspiro de alivio, encendió un cigarrillo y lo fumó en silencio un minuto o dos. Luego llamó indecisa, como si tal vez no estuviera ahí la persona que buscaba: «¿Orlando?». Porque si hay (digamos) setenta y seis tiempos distintos que laten a la vez en el alma, ¿cuántas personas diferentes no habrá —el Cielo nos asista— que se alojan, en uno u otro tiempo, en cada espíritu humano? Algunos dicen que dos mil cincuenta y dos. De modo que es lo más natural que una persona llame, en cuanto se queda sola. ¿Orlando? (si tal es su nombre) significando con eso: «¡Ven, ven! Estelo me harta. Necesito otro». De aquí los cambios asombrosos que notamos en nuestros amigos. Pero tampoco es fácil, porque uno puede llamar, como Orlando lo hizo (sin duda por estar en el campo y necesitar otro yo), ¿Orlando?, y el Orlando requerido puede no presentarse; estos yo que nos forman, uno apilado encima de otro, como los platos en la mano del mozo, tienen lazos en otra parte, simpatías, —pequeños códigos y derechos propios, llámense como quiera (y para muchas de estas cosas no hay nombre) de modo que uno de ellos no acude sino en los días de lluvia, otro en un cuarto de cortinas verdes, otro cuando no está Mrs. Jones, otro si le prometen un vaso de vino —etcétera; porque nuestra experiencia nos permite acumular las condiciones diferentes que exigen nuestros yo diferentes —y otros son demasiado absurdos para figurar en letras de molde.

Por eso Orlando, al doblar el pajar llamó:

—¿Orlando? —con un dejo de interrogación en la voz y esperó. Orlando no vino—. Muy bien entonces —dijo Orlando, con el buen humor que practica la gente en esas ocasiones, y ensayó otro. Porque tenía muchos yo disponibles, muchos más que los hospedados en este libro, ya que una biografía se considera comprender seis o siete mil. Para no hablar sino de aquellos que han tenido cabida, Orlando puede estar llamando al muchacho que cercenó la cabeza de moro; al que estaba sentado en la colina; al que vio al poeta; al que presentó a la Reina Isabel el bol de agua de rosas; o puede haber llamado al joven que se enamoró de Sasha; o bien al Cortesano; o al Embajador o al Soldado; al Viajero; o llamaba tal vez a la mujer: la Gitana; la Gran Dama; la Ermitaña, la muchacha enamorada de la vida; la Mecenas; la mujer que gritaba Mar (significando baños calientes y fuegos en la tarde) o Shelmerdine (significando azafranes en los bosques de otoño) o Bonthrop (significando nuestra muerte diaria) o las tres juntas —lo que significa más cosas que las que aquí nos caben: todos eran distintos, y pudo haber llamado a cualquiera de ellos.

Quizá, pero lo que parece más cierto (porque estamos ahora en la región del «quizá» y del «parece») era que el requerido yo se mantenía a distancia, pues Orlando, a juzgar por lo que decía, se estaba mudando de yo con una velocidad no inferior a la de su coche —había uno nuevo en cada esquina— como sucede cuando, por alguna inexplicable razón, el yo consciente, que es el superior, y tiene el poder de desear, quiere ser un yo único. Éste es el que llaman algunos el verdadero yo, y es (aseguran) la aglomeración de todos los yo que están y pueden estar en nosotros; dirigidos y acuartelados por el yo Capitán, el yo Llave, que los amalgama y controla. Orlando estaba en busca de ese yo, como adivinará el lector que sorprenda sus palabras al manejar (y si son palabras deshilvanadas, triviales, aburridas y a veces incomprensibles, la culpa es del lector por escuchar a una dama que habla sola; nos limitamos a reproducir lo que dijo, añadiendo entre paréntesis cuál yo está hablando, pero bien podemos equivocarnos).

—¿Entonces qué? ¿Entonces quién? —decía—. Treinta y seis años, en un automóvil, una mujer. Sí, pero miles de otras cosas también. ¿Seré una snob? ¿La jarretera en el hall? ¿Los leopardos? ¿Mis antepasados? ¿Envanecida con ellos? ¡Sí! ¿Comilona, lujuriosa, viciosa? ¿Seré yo así? (aquí entró un nuevo yo). No me importa un bledo. ¿Sincera? Me parece que sí. ¿Generosa? ¡Ah!, pero eso no cuenta (aquí entró un nuevo yo). Pasarme las mañanas en cama oyendo las palomas entre sábanas de hilo; fuentes de plata; vino; doncellas, lacayos. ¿Mimada? Tal vez. Demasiadas cosas por nada. De ahí mis libros (aquí mencionó cincuenta títulos clásicos, que representaban, pensamos, las primeras obras románticas que destruyó). Vulgar, fluido, romántico. Pero (aquí entró un nuevo yo) un chambón, un chapucero. Más torpe que yo no había nadie. Y —y— (aquí no dio con la palabra y si sugerimos Amor podemos equivocarnos, pero lo cierto es que se rió, y se ruborizó, y exclamó después: ¡Una rana montada en esmeraldas! ¡Harry el Archiduque! ¡Moscas en el cielo raso! (aquí entró un nuevo yo).

»¿Y Nell, Kit, Sasha? (estaba desesperada: positivamente hubo lágrimas y hacía tiempo que no lloraba). Árboles, dijo (aquí entró un nuevo yo). Me gustan los árboles (cruzaba un monte) creciendo ahí por miles de años. Y los graneros (pasaba un granero ruinoso al borde del camino). Y los perros ovejeros (aquí llegó uno al trote por el camino. Orlando lo evitó cuidadosamente). Y la noche. Pero la gente (aquí entró un nuevo yo). ¿La gente? (Lo repitió como una pregunta.) No sé. Charlatanes, mal intencionados, siempre con mentiras y cuentos. (Aquí dobló por la calle mayor de su pueblo natal, que estaba llena, porque era día de mercado, de chacareros y pastores, y viejas con gallinas en canastos.) Me gustan los campesinos. Entiendo de cosechas. Pero (aquí otro yo saltó sobre lo alto de su espíritu como el rayo de un faro). ¡La fama! (se rió). ¡La fama! Siete ediciones. Un premio. Fotografías en los diarios de la tarde (aquí aludió a «La Encina» y al premio de Burdett Coutts que ella había ganado; y aprovecharemos este espacio para anotar qué descorazonador es para su biógrafo que esta culminación hacia la que tendió todo el libro, esta peroración que iba a coronar nuestro libro, nos sea arrebatada en una carcajada casual; pero lo cierto es que al escribir sobre una mujer todo está fuera de lugar —peroraciones y culminaciones: el acento no cae donde suele caer con un hombre). ¡La fama!, repitió. Un poeta —un charlatán; los dos tan infalibles, cada mañana, como el correo. A comer, a encontrarse; a encontrarse, a comer ¡Fama, fama! (Aquí tuvo que refrenar la marcha para atravesar el mercado. Nadie se fijó en ella. Una marsopa en un puesto de pescado atraía más la atención que una dama que había ganado un premio y, si se le hubiera antojado, hubiera usado tres coronas, una sobre otra.)

Guiando despacio, tarareó como si fuera un viejo refrán: «Con mis libras esterlinas compraré encinas, compraré encinas, compraré encinas y, al pie de mis encinas, cantar que las glorias son mezquinas». Así tarareó, y todas sus palabras se aflojaron como un bárbaro collar de cuentas pesadas. «Al pie de mis encinas —cantó acentuando bien las palabras—, veré los carros partir, veré la luna subir...» Se paró de golpe, y miró ensimismada la cubierta del automóvil.

Estaba en la mesa de Twitchett, reflexionó, y tenía sucia la golilla. ¿Sería el viejo Mr. Baker, que vino a tasar la madera? ¿O sería Sh-p-re? porque en la soledad sólo pronunciamos a medias los nombres venerados. Diez minutos se quedó mirando sin ver, dejando el coche casi parado. «¡Poseída! —gritó, apretando el acelerador—, ¡Poseída!, desde que yo era un niño. Ahí vuela el pato salvaje. Vuela por la ventana mar afuera. Di un salto (empuñó el volante con fuerza) para alcanzarlo. Pero el pato vuela demasiado ligero. Lo he visto aquí —allá-allá— en Inglaterra, en Persia, en Italia. Siempre vuela hacia el mar y siempre le tiro palabras como redes (aquí tendió la mano) que se encogen, como he visto encogerse las redes que no traen sino algas, y a veces en el fondo queda una pulgada de plata: seis palabras. Pero nunca el gran pez que habita las grutas de caracol.»

Dobló la cabeza cavilando. Y fue en ese momento, cuando había dejado de llamar «Orlando» y estaba absorta en otras ideas, que el Orlando que había llamado vino por su cuenta; según lo prueba la transformación que se operó en ella (había atravesado los portones y ya estaba en el parque). Toda ella se oscureció y asentó, como cuando se agrega una pincelada que da concavidad y solidez a una superficie, y lo playo se hace profundo y lo cercano distante, y todo queda ahí contenido como el agua por los lados del pozo. Así estaba, oscurecida y quieta, y la agregación de ese nuevo Orlando la convirtió en lo que se llama, con razón o sin ella, un solo yo, un yo real. Se quedó silenciosa. Es verosímil suponer que cuando se habla en voz alta, los yo (que bien pueden ser más de dos mil) sienten su división, y se están llamando, pero que al efectuarse la comunicación se quedan silenciosos.

Con aplomo, rápidamente, tomó la avenida que se encurvaba entre álamos y encinas por el césped del parque, cuyo declive era tan suave que si hubiera sido agua habría dilatado la ribera en una lisa marea verde. Había solemnes grupos de hayas y encinas. Los ciervos caminaban entre ellos, uno del blancor de la nieve, otro con la cabeza de lado, porque un tejido de alambre se le había enredado en los cuernos. Orlando contempló todo esto —los árboles, los ciervos, el césped— con la mayor satisfacción, como si su espíritu fuera un líquido que fluyera alrededor de las cosas y las abarcara absolutamente. Un momento después estaba en el patio, donde había venido tantos siglos a caballo, o en coche de seis caballos, con jinetes siguiéndola o precediéndola; donde resplandecieron tantas antorchas, donde se agitaron tantos penachos, y donde los mismos árboles floridos que ahora dejaban caer las hojas habían sacudido sus flores. Ahora estaba sola. Caían las hojas de otoño. El portero abrió las enormes puertas. «Buenas, James», le dijo, «en el automóvil hay algunas cosas. ¿Quieres entrarlas», palabras desprovistas de belleza, de interés, de valor intrínseco, pero ahora tan henchidas de significado que cayeron como nueces maduras, y demostraron que basta rellenar de significado la piel arrugada de lo cotidiano, para que ésta satisfaga nuestros sentidos.

Esto es cierto de cada movimiento y de cada acto, por usuales que sean, de modo que ver a Orlando cambiar su falda por un par de bombachas de terciopelo y una chaqueta de cuero —lo que hizo en menos de tres minutos— era dejarse arrebatar por la belleza del movimiento, como si Madame Lopokova prodigara su arte más alto.

Pasó después al comedor donde sus antiguos amigos Dryden, Pope, Swift y Addison la miraron con algún recelo al principio como quien dice: ¡Ésta es la ganadora del premio!, pero cuando reflexionaron que se trataba de doscientas guineas, movieron con aprobación la cabeza. Doscientas guineas, parecían estar diciendo: nadie puede rehusar doscientas guineas. Se cortó una rebanada de pan y otra de jamón, las juntó y empezó a comer, caminando por el cuarto de arriba abajo; despojándose así de sus buenos modales en un segundo, sin darse cuenta. Después de cinco o seis de esas vueltas, apuró una copa de vino tinto de España, llenó otra para llevar en la mano, atravesó el extenso comedor y una docena de salones y emprendió un viaje por la casa, escoltada por cuantos galgos y falderos se dignaron seguirla.

También esto formaba parte de la rutina diaria. Volver y no visitar la casa le era tan imposible como volver y no dar un beso a su abuela. Le parecía que se animaban las piezas cuando ella entraba; que se daban vuelta y abrían los ojos como si hubieran dormitado en su ausencia. Le parecía, también, que a pesar de haberlas visto cientos y millares de veces eran distintas cada vez, como si una vida tan larga hubiera almacenado en ellas miles de cambiantes humores, según el invierno y el estío, el cielo despejado y el nublado, y sus propias alternativas y el carácter de las personas que las visitaban. Eran siempre amables con los extraños, aunque un tanto aburridas; con ella, eran del todo francas y se sentían a gusto. ¿Y por qué no?

Hacia casi cuatro siglos que eran amigos. Nada tenían que ocultarse. Ella sabía sus alegrías y sus penas. Sabía la precisa edad de cada parte de ellas y sus pequeños misterios —un cajón secreto, un armario escondido, o alguna deficiencia tal vez, como una parte remendada o agregada más tarde. Ellas también la conocían en todas sus mutaciones y humores. Nada les había ocultado; había acudido a ellas como una mujer y como un niño, llorando y bailando, pensativa y alegre. En el vano de esa ventana había compuesto los primeros versos; en esa capilla se había casado. Aquí me enterrarán, pensó, arrodillándose en el ventanal de la galería y saboreando el vino de España. Aunque no podía creerlo, el cuerpo del leopardo heráldico proyectaría charcos amarillos en el suelo, el día que la bajaran a descansar entre sus mayores. Ella, que descreía de toda inmortalidad, no podía no sentir que su alma estaría siempre con los rojos en los paneles y los verdes en el diván. Porque la pieza —acaba de entrar en el dormitorio del Embajador— relucía como una concha que ha estado siglos en el fondo del mar y ha sido recubierta e irisada infinitamente por el agua: era rosada y amarilla, verde y color arena. Era tan frágil como una concha, tan iridiscente y tan vacua. Ningún Embajador volvería a dormir ahí. ¡Ah!, pero ella conocía el lugar donde seguía latiendo el corazón de la casa. Abriendo suavemente una puerta, se paró en el umbral de modo (así le pareció) que el cuarto no la viera y miró la agitación del tapiz en esa eterna brisa débil que no lo abandonaba. Seguía cabalgando el cazador; Daphne seguía esquivándose. Seguía latiendo el corazón, meditó, aunque débilmente, aunque muy apartado: el frágil indomable corazón del enorme edificio.

Chistó a su jauría y bajó por el corredor cuyo piso estaba hecho de troncos serruchados de roble. Había filas de sillones de terciopelo desteñido, alineados contra la pared con los brazos abiertos en espera de Isabel, de Jaime, tal vez de Shakespeare, de Cecil, que no venían. Se entristeció al verlas. Desenganchó la cuerda que las cercaba. Se sentó en el sillón de la Reina; hojeó un libro manuscrito en la mesa de Lady Betty: hundió los dedos en las antiguas hojas de rosas; se alisó la melena con los cepillos de plata del Rey Jaime; jugueteó y rebotó en su cama (ningún Rey volvería a dormir en ella, pese a todas las sábanas nuevas de Louise) y apretó las mejillas contra el tisú raído que la cubría. Por todos lados había bolsitas de alhucema contra la polilla y rótulos impresos: «Se ruega no tocar», que parecían reprocharla, aunque los había puesto ella misma. Ya la casa no era del todo suya, suspiró. Ahora pertenecía al tiempo, a la historia; eludía el contacto y el dominio de los vivos. Nunca se derramaría aquí cerveza, pensó (estaba en el dormitorio donde se había hospedado Nick Greene), ni se harían más quemaduras en la alfombra. Doscientos sirvientes no volverían a correr y a gritar por las galerías, con calentadores y grandes leños para las grandes chimeneas. Ya no prepararían cerveza negra, ni fabricarían velas, ni harían monturas, ni labrarían la piedra en los talleres fuera de la casa. Hachas y martillos estaban silenciosos ahora. Las sillas y las camas estaban desocupadas; los jarros de oro y plata estaban guardados en vitrinas. Las grandes alas del silencio latían en todo el ámbito de la casa vacía.

Se sentó al final de la galería, con los perros echados alrededor, en el duro sillón de la Reina Isabel. La galería se prolongaba hasta un punto donde ya casi no había luz. Era como un túnel metido en el pasado. Sus ojos lo escrutaron y vio personas que charlaban y se reían: los grandes hombres que ella había conocido —Dryden, Swift, Pope; y hombres de estado conversando; y amantes demorándose en los asientos de las ventanas; y gente corriendo y bebiendo en las largas mesas y el humo de la leña enroscándose en las cabezas haciéndolas toser y estornudar. Más lejos, vio filas de espléndidos bailarines formando para una cuadrilla. Una música, frágil, aflautada, pero sin embargo importante, empezó a tocar. Sonó el órgano. Trajeron un ataúd a la capilla. Salió un cortejo nupcial. Hombres con yelmos partieron para las guerras. Trajeron estandartes de Flodden y de Poitiers y los colgaron de la pared. La larga galería se dobló así, y mirando aún más lejos, Orlando creyó percibir al final, más allá de Isabelinos y Tudores, alguien más viejo, más remoto, más oscuro: una figura encapuchada, severa, monástica: un monje que andaba con las manos cruzadas y un libro en ellas, murmurando.

Como un trueno, el reloj del establo dio las cuatro. Ningún temblor de tierra derribó un pueblo con igual rapidez. La galería y todos sus ocupantes quedaron reducidos a polvo. Su propia casa, que había estado oscura y sombría mientras miraba, se iluminó como por una explosión de pólvora. En esa luz, todo lo que estaba a su alrededor se destacaba con extrema nitidez. Vio girar dos moscas y notó el azulado brillo de sus cuerpos; vio un nudo en la madera donde pisaba, y el temblor de la oreja de su perro. Al mismo tiempo oyó el crujido de una rama en la quinta, unas ovejas tosiendo en el parque, un agudo chillido por las ventanas. Su cuerpo retemblaba, le ardía como si de golpe la hubieran desnudado en una helada fuente. Guardó, sin embargo, como no lo hubiera hecho en Londres, cuando dio las diez el reloj, un perfecto aplomo (porque ahora era una y entera, y presentaba, puede ser, una superficie mayor al embate del tiempo). Se levantó pero sin apuro, chistó a sus perros y bajó la escalera firmemente pero con gran vivacidad y salió al jardín. Las sombras de las plantas eran de una nitidez milagrosa. Percibió cada grano de polvo en los canteros como si tuviera un microscopio aplicado al ojo. Vio la complejidad de los gajos de cada árbol. Cada brizna de pasto era definida, y cada nervio y cada pétalo. Vio a Stubbs, al jardinero, bajando por el camino, y era visible cada botón de sus polainas; vio a Betty y a Prince, los percherones, y nunca distinguió con más claridad la estrella blanca en la frente de Betty y las tres largas cerdas que sobrepasaban las otras en la cola de Prince. En el patio las antiguas paredes grises parecían un negativo fotográfico; oyó el altoparlante que condensaba en la terraza una música de baile que estaban escuchando las personas de la Ópera de Viena, todo terciopelo punzó. Estimulada y animada por el presente, sentía asimismo un incomprensible temor, como si cada segundo que se infiltrara por el abierto golfo del tiempo comportase un riesgo desconocido. La tensión era demasiado incesante y demasiado rigurosa para ser tolerada mucho tiempo sin incomodidad. Contra su voluntad atravesó con rapidez el jardín y salió al parque, como si sus piernas se movieran solas. Le costó un gran esfuerzo detenerse en la carpintería y quedarse inmóvil, viendo a Joe Stubbs trabajar una rueda de carro. Estaba parada con los ojos fijos en la mano del hombre, cuando dio el cuarto de hora. La atravesó como un meteoro, tan ardiente que no hay dedos que lo sujeten. Vio con inmunda nitidez que al pulgar de la mano derecha de Joe le faltaba la uña y que tenía en su lugar como una almohadilla de carne rosa. El espectáculo era tan atroz que sintió como un vahído, pero en esa fugaz oscuridad, cuando parpadearon sus ojos, dejó de oprimirla el presente. Había algo insólito en la sombra que proyectaba el parpadear de sus ojos, algo que (como cualquiera puede comprobarlo mirando, ahora, al cielo) siempre está lejos del presente —de ahí su terror, su indeterminado carácter—, algo que uno rehúsa fijar con un nombre y llamar belleza, porque no tiene cuerpo, es como una sombra sin sustancia, ni calidad propia, pero con el poder de transformar todo a lo que se agrega. Mientras Orlando estaba inmóvil en la carpintería, salió furtivamente esa sombra y agregándose a las innumerables escenas que ella había estado recibiendo, las convirtió en algo tolerable, comprensible. Su mente se agitó como el mar. Sí, pensó, exhalando un hondo suspiro de alivio al salir de la carpintería para ascender la colina, otra vez empiezo a vivir. Estoy en la ribera del Serpentine, pensó, el barquito está remontando el arco blanco de mil muertes. Estoy a punto de comprender.

Tales fueron sus palabras, dichas con toda claridad; pero no disimularemos el hecho de que en ese momento era un testigo muy mediocre de lo que tenía ante los ojos y pudo fácilmente haber confundido una oveja con una vaca o un viejo que se llamaba Jones con otro de apellido Smith, que no era ni siquiera pariente. Porque el desvanecimiento levísimo que había proyectado el dedo sin uña se había ahondado ahora en el fondo de su cerebro (que es lugar prohibido a nuestra mirada) en un estanque donde habitan las cosas en una oscuridad tan profunda que casi no sabemos lo que son. Miró ese estanque o ese mar que refleja todo —y lo cierto es que algunos dicen que nuestras pasiones más fuertes, y el arte, y la religión, son reflejos que vemos en el hueco negro del fondo de la cabeza, cuando efímeramente se oscurece el mundo visible. Ahora lo miró, larga y profundamente, y el camino de helechos que trepaba la colina ya no fue del todo un camino, sino en parte el Serpentine; los espinos del cerco fueron en parte damas y señores con tarjetas y bastones de puño de oro; las ovejas fueron en parte casas altas de Mayfair; cada cosa se cambió parcialmente en otra, como si la conciencia de Orlando fuera una selva con avenidas ramificándose por aquí y por allá; las cosas se alejaban y se acercaban, se confundían y se apartaban, y hacían las más raras alianzas y combinaciones en un incesante ajedrez de luz y de sombra. Salvo cuando el sabueso Canute corrió una liebre y le recordó que serían las cuatro y media —realmente eran las seis menos veintitrés— no se acordó del tiempo. El camino de helechos conducía, con muchas vueltas y revueltas, a la encina, que se levantaba en la cumbre. El árbol era más grande, más recio y más nudoso que cuando ella lo conoció, alrededor del año 1588, pero estaba aún en la plenitud de la vida. Las hojitas agudamente plegadas seguían agrietándose en las ramas, espesamente. Tirada en el suelo, sintió los huesos del árbol abriéndose como costillas a un lado y otro. Le gustaba pensar que cabalgaba sobre el lomo del mundo. Le gustaba asirse a algo duro. Al echarse, cayó del fondo de su chaqueta de cuero un librito cuadrado de tela roja —su poema «La Encina». Debí traer una pala, reflexionó. La tierra era tan playa sobre las raíces, que era harto discutible que pudiera cumplir su propósito y enterrar el libro en ese lugar. Además, lo desenterrarían los perros. Esos actos simbólicos nunca tienen suerte, pensó. Quizá lo más prudente sería omitirlos. Tenía un breve discurso en la punta de la lengua, que había pensado pronunciar al enterrar el libro. (Era un ejemplar de la primera edición firmado por el autor y el ilustrador.) «Lo sepulto, como un tributo —estaba por decir—, una devolución a la tierra, de lo que la tierra me dio», pero, ¡Dios mío!, en cuanto uno se pone a declamar palabras ¡qué tontas parecen! Recordó al viejo Greene, subiendo a una tribuna, el otro día, para compararla con Milton (salvo por la ceguera) y entregarle un cheque de doscientas guineas. Había pensado, entonces, en el roble aquí en su colina, y, ¿qué tendrá eso que ver con esto?, se había preguntado. ¿Qué tendrán que ver siete ediciones? (Ya el libro las había alcanzado.) ¿Escribir versos, no era acaso un acto secreto, una voz tratando de contestar a otra voz? De modo que toda esta charla y censura y elogio y ver personas que la admiran a una y ver personas que no la admiran a una, nada tiene que ver con la cosa misma: una voz tratando de contestar a otra voz. ¿Qué cosa más secreta, pensó, más lenta y más parecida a un diálogo de amantes, que la balbuceada respuesta que ella había dado todos esos años al antiguo canturreo de los bosques, a las granjas, a los caballos zainos esperando en el portón, cuello contra cuello, a la herrería y la cocina y los campos que tan laboriosamente producen trigo, nabos, pasto y al jardín trémulo de iris y de fritilarias?

Dejó insepulto y descompaginado su libro, y miró el vasto panorama, diverso entonces como el fondo del mar, iluminado por el sol y manchado de sombras. Había una aldea, con su campanario entre los álamos; una mansión abovedada y gris en un parque; una chispa de luz en un invernáculo; un corral con parvas amarillas. Los campos estaban divididos por negros grupos de árboles, y después de los campos se dilataban largas zonas de bosque, y luego el resplandor de un río, y luego alturas otra vez. En la lejanía los picos de Snowdon quebraban blancamente las nubes; Orlando divisó las colinas de Escocia y las mareas que conmueven las Hébridas. Esperó el eco del cañón mar afuera. No —sólo soplaba el viento. Ya no había guerra... Drake se había ido; Nelson se había ido. «Y ésta —pensó dejando que sus ojos que habían divisado esas distancias volvieran a la tierra a sus pies—, fue algún día mi tierra; ese castillo entre las lomas fue mío, y ese páramo que se dilata casi hasta el mar». Aquí el paisaje (quizá por un escamoteo de la media luz) se sacudió y dejó resbalar por sus costados cónicos toda esa acumulación de casas, castillos y bosques. Las montañas peladas de Turquía surgieron ante su vista.

Era el ardiente mediodía. Miró derecho a la pendiente calcinada. A sus pies las cabras mordían las matas arenosas. Un águila se cernía en lo alto. La ronca voz del viejo Rustem, el gitano, le graznó en los oídos:

—¿Qué son tu antigüedad y tu linaje y tus propiedades comparadas con esto? ¿Qué necesidad de cuatrocientos dormitorios, y de tapas de plata en todas las fuentes, y de mucamas que sacuden?

En ese momento, algún reloj de iglesia sonó en el valle. El paisaje cónico se desinfló. El presente se le vino encima otra vez, más suave que antes, ahora que se desvanecía la luz. No destacó ningún detalle, nada pequeño: sólo campos nublados, chozas con lámparas, el dormido bulto de un bosque, y una luz en forma de abanico rechazando la oscuridad en un callejón. Ella ignoraba si habían dado las nueve, las diez o las once. Había venido la noche —la noche que era el tiempo que más quería, el tiempo en que se ven con toda claridad los reflejos en el negro estanque del espíritu.

Ya no necesitaba desmayarse para mirar bien hondo en la oscuridad donde las cosas toman forma y para distinguir en el negro estanque a una muchacha de bombachas rusas, o a Shakespeare, o un buque de juguete en el Serpentine, y después el Océano Atlántico, embraveciéndose en altas olas contra el Cabo de Hornos. Miró en la oscuridad. ¡Ése era el bergantín de su marido, en la cresta de la ola! Subió, y subió y subió. El arco blanco de mil muertes creció ante él. ¡Hombre temerario, hombre ridículo, doblando sin cesar tan inútilmente el Cabo de Hornos, en plena tempestad! Pero el bergantín pasó por el arco y emergió al otro lado, sano y salvo.

—¡Éxtasis! —gritó—. ¡Éxtasis!» Y después el viento cesó, las aguas se aquietaron, y vio las olas cabrillear tranquilas a la luz de la luna.

—¡Marmaduke Bonthrop Shelmerdine! —gritó Orlando, recostada en la encina.

El hermoso nombre chispeante cayó del cielo como una pluma de azul acerado. Ella lo vio caer, dando vueltas y vueltas como una flecha de moroso descenso que hiende, hermosamente, el aire profundo. Llegaba, como él siempre llegaba, en momentos de calma: cuando cabrilleaba la ola y las hojas manchadas caían lentamente sobre su pie, en los bosques de otoño: cuando el leopardo estaba quieto y la luna en las aguas, y nada se movía entre el mar y el cielo. Entonces llegaba.

Todo, ahora, estaba tranquilo. Era casi la medianoche. La luna salía con lentitud sobre el bosque. Su luz alzó un castillo fantasma sobre la tierra. Ahí estaba la enorme casa, con todas sus ventanas vestidas de plata. No había paredes ni sustancia. Todo era fantasma, todo era quieto. Todo estaba iluminado como a la espera de una Reina muerta. A sus pies, Orlando vio una agitación de penachos oscuros en el patio, y antorchas vacilantes, y sombras que caían de rodillas. Otra vez una Reina bajó de su carroza.

—La casa está a sus órdenes, Señora —gritó con una gran reverencia —, Nada se ha tocado. La conducirá mi padre, el Lord muerto.

En eso retumbó la primer campanada de la medianoche. La fría brisa del presente le rozó la cara con un breve aliento de miedo. Miró ansiosamente a lo alto. El cielo estaba oscuro de nubes. El viento le rugía en los oídos. En el rugido del viento oyó el rugir de un aeroplano que se acercaba.

—¡Aquí, Shel, aquí! —gritó, desnudando el pecho a la luna (que ahora resplandecía) y sus perlas brillaron como los huevos de alguna enorme araña. El aeroplano rompió las nubes y se detuvo. Revoloteó un instante sobre ella. En la oscuridad las perlas ardían como fosforescentes.

Y cuando Shelmerdine saltó a tierra —apuesto capitán, bronceado, rosado y alerta— un pájaro voló sobre su cabeza.

—¡Es el pato! —Orlando gritó—. ¡El pato salvaje!

Y la campanada duodécima de la medianoche sonó: la campanada duodécima de la medianoche del jueves once de Octubre del año Mil Novecientos Veintiocho.

45. CYRANO DE BERGERAC
(EDMOND ROSTAND)

ÍNDICE

PERSONAJES

Parte I
Parte II
Parte III
Parte IV
Parte V

PERSONAJES

PERSONAJES

CYRANO DE BERGERAC.
CRISTIÁN DE NEUVILLETTE.
CONDE DE GUICHE.
RAGUENEAU.
LE BRET.
CARBON DE CASTEL-JALOUX.
LIGNIÈRE.
DE VALVERT.
MONTFLEURY.
BELLEROSE.
JODELET.
CUIGY.
D' ARTAGNAN.
BRISSAILLE.
Un importuno.
Un mosquetero.
Un oficial español.
EL PORTERO.
Un burgués.
Su hijo.
Un ratero.
Un guardia.
Un capuchino.
Dos laudistas.
ROXANA.
SOR MARTA.
LISA.
La cantinera.
SOR MARGARITA DE JESÚS.
La dueña.
SOR CLARA.
La florista.

La multitud, ciudadanos, marqueses, mosqueteros, burgueses, rateros, pasteleros, poetas, cadetes, comediantes, músicos, pajes, niños, soldados españoles, espectadores y espectadoras, damas, monjas, etc.

(Los cuatro primeros actos en 1640; el quinto, en 1655.)

PARTE UNO

ÍNDICE

Acto Primero
Escena I
Escena Ii
Escena Iii
Escena Iv
Escena V
Escena Vi
Escena Vii

ACTO PRIMERO

Una representación en el teatro de Borgoña

Sala del teatro de Borgoña, en 1640. Especie de cobertizo del juego de pelota, dispuesto y adornado para dar representaciones teatrales. La sala es rectangular; la vemos oblicuamente, de forma que uno de sus lados es el fondo que, partiendo del primer término de la izquierda, llega hasta el último de la derecha para formar ángulo con el escenario que aparece cortado.

A cada uno de los lados de este escenario y a lo largo de los bastidores hay bancos. Forman el telón dos tapices corredizos. Encima de las bambalinas, las armas reales. Del estrado al patio se desciende por una ancha gradería; a ambos lados de ésta, el lugar destinado a los músicos. Batería de candilejas.

Dos pisos superpuestos de galerías laterales: el superior dividido en palcos. El patio, que en realidad no es más que la escena del teatro, está vacío: sin embargo, al fondo del mismo, o sea, a derecha y en primer término, hay algunos bancos formando graderíos: debajo de una escalera de la que sólo vemos el principio y que sube hacia las localidades superiores, se halla un pequeño mostrador, adornado con candelabros, vasos de cristal, platos con pasteles, jarrones de flores, etcétera.

En el fondo, al centro y bajo la galería de palcos, la entrada del teatro. Amplia puerta que se entreabre para dar paso a los espectadores. Sobre los batientes de esta puerta, encima del mostrador y en diversos rincones de la sala, se ven carteles con letras rojas que dicen: LA CLORIS. Al levantarse el telón, la sala está en penumbra y vacía. Las arañas se encuentran en el centro del patio, muy bajas, esperando que las enciendan.

ESCENA I

El público va llegando poco a poco. Caballeros, un burgués, lacayos, pajes, rateros, el portero, etc.; después los marqueses, CUIGY, BRISSAILLE, la cantinera, los músicos, etc. Se oye detrás de la puerta un gran vocerío. De repente, entra un caballero.

EL PORTERO. — (Persiguiéndole.) ¡Eh! ¡Quince sueldos!

EL CABALLERO. — ¡Yo entro gratis!

EL PORTERO. — ¿Por qué?

EL CABALLERO. — Pertenezco a la Casa Real.

EL PORTERO. — (A otro caballero que acaba de entrar.) ¿Y vos?

SEGUNDO CABALLERO. — Yo no pago: soy mosquetero.

PRIMER CABALLERO. — (Al segundo.) La función no comienza hasta las dos y no hay nadie en la sala. Practiquemos, si os place, con el florete. (Hacen esgrima con sus espadas.)

UN LACAYO. — (Entrando.) ¡Pst…! ¡Flanquin!

OTRO LACAYO. — (Que acaba de entrar.) ¿Champagne…?

PRIMER LACAYO. — (Enseñándole los juegos que saca de su jubón.) Cartas o dados… ¿Qué prefieres? (Guarda los dados.) Tú repartes.

SEGUNDO LACAYO. — (Sentándose como el otro.) De acuerdo, granuja.

PRIMER LACAYO. — (Saca de su bolsillo un cabo de vela; lo enciende y lo pega en el suelo.) Le robé a mi amo un poco de luz.

UN GUARDIA. — (A una florista que entra.) ¡Qué bien que hayas venido antes de empezar! (La coge por la cintura.)

UN ESPADACHÍN. — (Al recibir una estocada.) ¡Tocado!

UN JUGADOR. — ¡Bastos!

EL GUARDIA. — (Persiguiendo a la muchacha.) ¡Dame un beso!

LA FLORISTA. — (Desasiéndose.) ¡Quita! ¡Nos pueden ver…!

EL GUARDIA. — (Llevándola a un rincón oscuro.) No temas, ¡no hay peligro!

UN HOMBRE. — (Sentándose en el suelo junto a otros que han traído comida.) ¡Qué a gusto se come cuando se llega pronto!

UN BURGUÉS. — (Entrando con su hijo.) Sentémonos allí, hijo mío.

UN JUGADOR. — ¡Yo gano! ¡Llevo el as!

UN HOMBRE. — (Sacando una botella de debajo de su capa y sentándose, dice con solemnidad.) Un buen borracho, en el palacio de Borgoña… (Bebe.) ¡su borgoña ha de beber!

EL BURGUÉS. — (A su hijo.) ¿Quién podrá negar que nos hallamos en un antro? (Señala al borracho con su bastón.) ¡Borrachos…! (En el curso de la pelea uno de los caballeros le empuja.) ¡Espadachines…! (Cayendo en medio de los jugadores.) ¡Jugadores!

EL GUARDIA. — (Que detrás de él, continúa persiguiendo a la mujer.) ¡Dame un beso!

EL BURGUÉS. — (Alejando rápidamente a su hijo.) ¡Y pensar, hijo mío, que en este tugurio se han representado las obras de Rotrou!

EL JOVEN. — ¡Y las del gran Corneille!

(Un grupo de pajes, cogidos de la mano, entra cantando y bailando.)

EL PORTERO. — ¡Malditos pajes! (Con severidad.) ¡Mucho cuidado!

PRIMER PAJE. — (Con dignidad herida.) ¡Oh, excelencia!… ¿pensáis acaso que…? (Cuando el portero se vuelve, pregunta al paje segundo:) ¿Has traído la cuerda?

SEGUNDO PAJE. — ¡Y el anzuelo!

PRIMER PAJE. — Ya verás cómo pescamos alguna peluca desde arriba.

UN RATERO. — (Agrupando a su alrededor a varios tipos de mala catadura.) ¡Venid acá, granujas! Ya que sois novatos en el oficio, yo os enseñaré.

EL BURGUÉS. — Bellerose, l’Epy, la Beaupré, ¡Jodelet!…

UN PAJE. — (Desde el patio.) Por fin ha llegado la cantinera.

LA CANTINERA. — (Apareciendo detrás del mostrador.) ¡Naraaanjada!… ¡leeeche!… ¡agua y juuuuuuugo de frambuesas!…

(Confuso murmullo en la puerta.)

UNA VOZ EN FALSETE. — ¡Dejad paso, brutos!

UN LACAYO. — (Asombrado.) ¿Los marqueses aquí?

OTRO LACAYO. — ¡Bah! Sólo estarán unos minutos.

(Entra un grupo de jóvenes marqueses.)

UN MARQUÉS. — (Viendo la sala casi vacía.) ¡Pero si todavía no ha llegado la gente!… ¡Maldita sea!… ¡Tendremos que entrar sin molestar ni pisar a nadie! (Ve a otros gentilhombres que habían llegado momentos antes.) ¡Cuigy! ¡Brissaille! ¡Cuigy! ¡Brissaille! (Se abrazan.)

CUIGY. — Puntuales, ¿eh? ¿Desde cuándo llegáis antes de que enciendan las arañas?

EL MARQUÉS. — ¡No me habléis! ¡Estoy de un humor!…

SEGUNDO MARQUÉS. — Sosegaos, marqués. Ahí llega el encargado de las luces.

(La gente saluda con gritos la llegada del encargado. Algunos se concentran en torno a las lámparas que va encendiendo, mientras otros se sientan en las galerías. Lignière entra en el patio en compañía de Cristián de Neuvillette. Lignière, un poco desaliñado, es el clásico tipo de borracho distinguido. Cristián, vestido elegantemente aunque a la antigua, parece preocupado y mira constantemente a los palcos.)

ESCENA II

Los mismos, CRISTIÁN, LIGNIÈRE; después, RAGUENEAU y LE BRET.

CUIGY. — ¡Lignière!

BRISSAILLE. — (Riendo.) ¿Pero aún no estás borracho?

LIGNIÈRE. — (En voz baja, a Cristián.) ¿Queréis que os presente? (Asentimiento de Cristián.) El barón de Neuvillette.

CUIGY. — (Mientras saluda, dice a Brissaille:) ¡Buena figura la del joven!

PRIMER MARQUÉS. — (Que lo ha oído.) ¡Bah!… ¡No tanto!…

LIGNIÈRE. — (A Cristián.) El señor de Cuigy. El señor de Brissaille.

CRISTIÁN. — (Inclinándose.) ¡Encantado!

PRIMER MARQUÉS. — (Al segundo.) No está mal, pero no viste a la moda.

LIGNIÈRE. — (A Cuigy.) Mi amigo acaba de desembarcar en Turena.

CRISTIÁN. — Estoy en París hace veinte días y debo entrar mañana de cadete en los guardias.

PRIMER MARQUÉS. — (Mirando a las personas que entran en los aposentos.) Allá veo a la presidenta d’Aubry que va a su sitio.

CUIGY. — (Mostrando a Cristián la sala, que va llenándose.) ¡Cuánta gente!

CRISTIÁN. — ¡Sí, mucha…!

PRIMER MARQUÉS. — De París lo más selecto.

(Va nombrando a las mujeres conforme entran, lujosamente vestidas, en los palcos. Envío de saludos y risas.)

SEGUNDO MARQUÉS. — Señoras de Guéménée…

CUIGY. — De Bois-Dauphin…

PRIMER MARQUÉS. — Cuyos ojos negros de amor nos abrasan.

BRISSAILLE. — De Chavigny…

SEGUNDO MARQUÉS. — Que con frío desdén quiere apagar nuestro amante fuego.

LIGNIÈRE. — ¡Calle! ¿Ha vuelto ya de Ruan el señor de Corneille?

EL JOVEN. — (A su padre.) Creo que está toda la Academia.

EL BURGUÉS. — Aquí he visto a más de un miembro: Boudu, Boissat, Colomby… y otros, que aunque no recuerdo su nombre, la fama les hará inmortal… ¡Qué hermoso es esto!

PRIMER MARQUÉS. — ¡Atención! Nuestras preciosas damas llegan a ocupar sus puestos. Bartenoida, Urimedonte, Casandra, Cloris…

SEGUNDO MARQUÉS. — ¡Qué bellos apodos! Marqués, ¿los sabéis todos?

PRIMER MARQUÉS. — Todos, marqués.

LIGNIÈRE. — (Llevando a parte a Cristián.) Puesto que si entré aquí, amigo mío, fue sólo por complaceros y no viene vuestra dama a mis vicios yo me vuelvo.

CRISTIÁN. — (Suplicante.) ¡No! Por vos anda metida la corte en coplas y versos; quedaos: ¿me diréis el nombre de aquella por quien estoy muriendo de amor?

PRIMER VIOLIN. — (Golpeando en el atril con su arco.) ¡Prevenidos! (Levanta el arco.)

LA CANTINERA. — ¡Pasteles!

CRISTIÁN. — Temo que sea coqueta y frívola… y…, vamos… ¡que no me atrevo a hablarle!… El lenguaje en uso me turba…, me falta ingenio… Sólo soy un tímido soldado… Allí en aquel aposento, se la ve siempre… Hacia el fondo. (Señalando el aposento del foro, derecha.)

LIGNIÈRE. — (Haciendo que se va.) Me voy.

CRISTIÁN. — (Reteniéndole.) ¡Quedaos, por favor!… ¡os lo suplico!

LIGNIÈRE. — No puedo. El señor de Assoucy me espera en la taberna. Aquí me muero de sed.

LA CANTINERA. — (Pasando delante de él con una bandeja.) ¿Qué queréis?… ¿Leche, naranjada?

LIGNIÈRE. — ¡Puaf!… ¡qué asco!

LA CANTINERA. — ¿Y qué os parece un rivasalta?

LIGNIÈRE. — (A Cristián.) Me quedo un rato más. ¡Vamos a probar ese rivasalta!

(Se sienta junto al mostrador mientras la cantinera le sirve. Gritos entre el público al aparecer un hombrecillo regordete y risueño.)

VOCES. — ¡Ragueneau! ¡Ragueneau!

LIGNIÈRE. — (A Cristián.) ¡Es el gran pastelero Ragueneau!

RAGUENEAU. — (Vestido de pastelero endomingado, se dirige resueltamente a Lignière.) ¿Habéis visto al gran Cyrano?

LIGNIÈRE. — (Presentándolo a Cristián.) Os presento al pastelero de los comediantes y de los poetas.

RAGUENEAU. — (Confundido.) ¡Es demasiado honor para mí!

LIGNIÈRE. — ¡Un gran Mecenas!

RAGUENEAU. — No tanto. Esos caballeros se dignan honrar mi casa sirviéndose de ella…

LIGNIÈRE. — ¡A crédito, claro está! Además, Ragueneau es poeta de talento.

RAGUENEAU. — Eso dicen ellos.

LIGNIÈRE. — Los versos son su perdición. Es capaz de dar un pastel por un pequeño poema.

RAGUENEAU. — ¡Oh, no! Si el poema es pequeño… ¡un pastelillo solamente!

LIGNIÈRE. — Como podéis apreciar, es ingenioso aunque se excuse. ¿Y qué dais por una letrilla?

RAGUENEAU. — (Un poco avergonzado.) Un bollo.

LIGNIÈRE. — Sí… ¡pero un bollo de crema! Y el teatro ¿os gusta?

RAGUENEAU. — ¡Me apasiona!

LIGNIÈRE. — (Volviéndose a Cristián.) Aquí donde le veis, paga con dulces las entradas de teatro. ¿Cuántos os ha costado, si puede saberse, el hallaros hoy entre nosotros?

RAGUENEAU. — Cuatro flanes y quince suizos. (Mirando a todas partes.) ¿Cyrano no ha llegado todavía? Me extraña mucho.

LIGNIÈRE. — ¿Por qué?

RAGUENEAU. — Porque Montfleury actúa.

LIGNIÈRE. — Estáis en lo cierto: ese tonel interpretará para nosotros esta noche el papel de Fedón. Pero ¿qué le importa eso a Cyrano?

RAGUENEAU. — ¡Ah! ¿Ignoráis lo que sucede? Odia a Montfleury y le ha prohibido salir a escena durante un mes.

LIGNIÈRE. — (Que ya va por su cuarto vaso de rivasalta.) ¿Y…?

RAGUENEAU. — Pues que Montfleury saldrá a escena.

CUIGY. — (Que se ha acercado al grupo.) Cyrano no podrá impedirlo.

RAGUENEAU. — ¡Ya veremos lo que pasa!

PRIMER MARQUÉS. — ¿Quién es ese Cyrano?

CUIGY. — Un diestro espadachín.

SEGUNDO MARQUÉS. — ¿Noble?

CUIGY. — Lo suficiente. Pertenece a la guardia de Cadetes. (Señalando a un gentilhombre que da vueltas por la sala buscando a alguien.) Su amigo Le Bret podrá deciros más. (Le llama.) ¡Le Bret! ¡Le Bret! (Le Bret desciende hacia ellos.) ¿Buscáis al señor de Bergerac?

LE BRET. — Sí, estoy preocupado.

CUIGY. — Decía a mis amigos que Cyrano no es un hombre vulgar. ¿Qué opináis vos?

LE BRET. — (Entusiasmado.) Que es el ser más exquisito de la tierra.

RAGUENEAU. — ¡Un poeta genial!

LIGNIÈRE. — ¡Un gran espadachín!

BRISSAILLE. — ¡Cultiva la Física!

LE BRET. — ¡Ama apasionadamente la música!

LIGNIÈRE. — ¿Y qué me decís de su extravagante aspecto?

RAGUENEAU. — No creo que un pintor solemne como Felipe de Champagne lo refleje en sus lienzos. Pero su aire extraño, grotesco, extravagante y ridículo hubiera podido inspirar al genial Callot, el consumado espadachín de sus mascaradas: sombrero de tres plumas, jubón con seis faldones y capa que, por detrás, levanta con orgullo el estoque como cola de insolente gallo. Es más fiero que todos los Artabanes que la Gascuña trajo al mundo. Sobre su golilla, cual la de Polichinela, cae una nariz… ¡Y qué nariz, señores, qué nariz!… Al ver pasar tamaño narigudo uno exclama: «No, no es posible… Por favor, ¡esto pasa de la raya!», pensando que no es más que una broma, que se trata de una careta y se la quitará al instante… Pero Cyrano no se la quitará nunca.

LE BRET. — (Bajando la cabeza.) No puede… ¡Y desgraciado de aquél que se quede mirándola!

RAGUENEAU. — (Con vigor.) ¡Su espada es la guadaña de la muerte!

PRIMER MARQUÉS. — (Encogiéndose de hombros.) ¡Bah!, seguro que no viene.

RAGUENEAU. — ¡Sí vendrá! ¡No faltaba más! Apuesto un pollo a la Ragueneau.

PRIMER MARQUÉS. — ¡Sea! (Riendo.)

(Rumor de admiración en la sala. Roxana acaba de presentarse en su aposento, y se sienta en la derecha. Con ella viene la dueña, que toma asiento en el fondo. Cristián, ocupado en pagar a la cantinera, no repara en Roxana.)

SEGUNDO MARQUÉS. — (Vivamente.) ¡Mirad caballeros, semejante belleza!

PRIMER MARQUÉS. — Un melocotón sonriendo con una fresa por labios.

SEGUNDO MARQUÉS. — ¡Y tan… fresca!

PRIMER MARQUÉS. — Si de lejos no la miráis, se os resfría el corazón sin remedio.

CRISTIÁN. — (Levanta la cabeza, y, al ver a Roxana, coge vivamente del brazo a Lignière.) ¡Es ella!

LIGNIÈRE. — (Mirando.) ¿Es ésa?

CRISTIÁN. — ¡Sí! ¡Pronto! ¡Su nombre, por Dios!… Yo tiemblo.

LIGNIÈRE. — (Bebiendo lentamente.) Es Magdalena Robin, llamada Roxana.

CRISTIÁN. — ¡Oh cielo!

LIGNIÈRE. — Exquisita, delicada…

CRISTIÁN. — Pero…

LIGNIÈRE. — Libre como el viento. Es huérfana, y prima de Cyrano.

(En este momento entra en el palco de Roxana y habla un momento con ella, sin sentarse, un elegante caballero que ostenta el cordón azul.)

CRISTIÁN. — (Con sobresalto.) ¿Y ese caballero?…

LIGNIÈRE. — (Casi borracho, guiñando el ojo maliciosamente.) ¡Ah! El conde De Guiche. Sorbido el seso le tiene Roxana. Casado con la sobrina de Armando Richelieu… Empeño muestra en casar a Roxana con un cándido hidalgüelo, un tal vizconde de Valvert. Ella se resiste, pero De Guiche es poderoso y no han de faltarle medios con que obligar a Roxana a rendirse a sus deseos. Por mi parte ya he sacado a la luz tan ruines manejos en una canción que nunca me perdonará. Es sangriento el final… ¿Queréis oírlo?

(Se levanta tambaleando, con el vaso en alto, dispuesto a cantar.)

CRISTIÁN. — No, no… Adiós.

LIGNIÈRE. — ¿Y… adónde?

CRISTIÁN. — En busca de ese vizconde.

LIGNIÈRE. — Os va a matar; id con tiento. (Mostrándole a Roxana con el rabillo del ojo.) Y… quedaos, que ella os mira.

CRISTIÁN. — ¡Es verdad!

(Quedase contemplándola como extático. El grupo de rateros se le acerca viéndole en tal actitud.)

LIGNIÈRE. — Yo sí que os dejo. Tengo mucha sed y me aguardan en las tabernas.

(Sale haciendo eses.)

LIGNIÈRE. — (Que ha dado la vuelta a la sala, volviendo al lado de Ragueneau.) No veo a Cyrano.

RAGUENEAU. — (Incrédulo.) Sin embargo… puede aún…

LE BRET. — ¡Ojalá no haya visto los carteles!

(La sala comienza a impacientarse y se oyen gritos pidiendo que empiece la representación.)

ESCENA III

Los mismos, excepto LIGNIÈRE; DE GUICHE, VALVERT, después MONTFLEURY.

PRIMER MARQUÉS. — (Viendo que De Guiche, rodeado de aduladores entre los que se encuentra el vizconde de Valvert, baja del palco y atraviesa el patio.) ¡Muchos seguidores tiene ese De Guiche!

SEGUNDO MARQUÉS. — ¡Bah!… ¡Es un gascón!

PRIMER MARQUÉS. — Un gascón servil y frío que siempre llega donde se propone. Nos conviene saludarle. (Se dirigen hacia De Guiche.)

SEGUNDO MARQUÉS. — ¡Bellas cintas, querido conde! ¿De qué color son: «Bésame niña querida» o «Vientre de sapo»?

DE GUICHE. — Color de «Español enfermo».

PRIMER MARQUÉS. — El color no miente, pues gracias a vuestro valor, el pabellón español retrocederá en Flandes.

DE GUICHE. — Yo subo a escena, ¿me acompañáis? (Se dirige hacia las tablas seguido de los marqueses y gentilhombres. De pronto Se vuelve y llama:) ¡Valvert!

CRISTIÁN. — (Que les ha escuchado y observado se estremece al oír este nombre.) ¡El vizconde!… ¡Ése es! ¡Le arrojaré al rostro mi…! (Mete la mano en su bolsillo y encuentra en él la de un ratero. Se vuelve sorprendido.) ¿Qué es esto? Yo buscaba mi guante… (Sin soltarle la mano.)

EL RATERO. — (Con sonrisa forzada.) Y encontráis una mano, señor. (Cambiando el tono que se vuelve confidencial.) Si me soltáis, os confiaré un secreto.

CRISTIÁN. — (Que sigue reteniéndole.) ¿Cuál?

EL RATERO. — Vuestro amigo Lignière, que acaba de marcharse, va a morir. Una de sus canciones molestó a cierto noble, y esta noche le esperan cien hombres para…

CRISTIÁN. — ¿Quién es el autor de esa encerrona?

EL RATERO. — No puedo decirlo. Discreción profesional.

CRISTIÁN. — ¿Dónde le esperan?

EL RATERO. — En la puerta de Nesle, en el camino hacia su casa. ¡Prevenidle!

CRISTIÁN. — (Que por fin le suelta.) ¿Dónde le encontraré?

EL RATERO. — Id por los mesones «El lagar de oro», «Las dos antorchas», «El cinturón roto», «Los tres embudos»… Dejadle en cada sitio una nota de aviso.

CRISTIÁN. — ¡Ah, canallas!… ¡Cien hombres contra uno solo!… (Mira amorosamente a Roxana.) ¡Tener que dejarla ahora!… (Se vuelve airado hacia Valvert.) ¡Y a ése!… Pero es necesario salvar a Lignière. (Sale corriendo.)

(De Guiche, el vizconde, los marqueses y todos los gentilhombres, han desaparecido detrás del telón para tomar asiento en los bancos del escenario. Tanto los palcos de las galerías como el patio del teatro están abarrotados de público. La sala sigue pidiendo a gritos que comience la representación.)

UN BURGUÉS. — (Cuya peluca sale volando al ser pescada por el anzuelo de un paje de la galería superior.) ¡Mi peluca! (Entre gritos, la gente celebra la acción de los pajes.)

VOCES. — ¡Ja, ja!… ¡Está calvo!… ¡Bravo!… ¡Vivan los pajes!…

EL BURGUÉS. — (Enfurecido y amenazado con el puño.) ¡Malditos bribonzuelos!

(Risas y gritos se van apagando hasta llegar a un silencio total.)

LE BRET. — (Asombrado.) ¿Por qué este repentino silencio? (Un espectador le habla en voz baja.)

EL ESPECTADOR. — Acaban de asegurármelo.

VOCES. — ¡Silencio!… ¿Es verdad?… ¡No!… ¡Sí!… ¡En aquel palco de celosías!… ¡El Cardenal!… ¿El Cardenal?… ¡Sí, el Cardenal!

UN PAJE. — ¡Diablos!… ¡Ya no podremos movernos!

(Se dan las tres señales desde el escenario. La gente se inmoviliza esperando.)

VOZ DE UN MARQUÉS. — (Detrás del telón.) ¡Despabilad esa vela!

OTRO MARQUÉS. — (Sacando la cabeza por la abertura del telón.) ¡Una silla!

(Una silla pasa de mano en mano por encima de las cabezas. El marqués la coge y desaparece, no sin antes dirigir algunos besos a los palcos.)

UN ESPECTADOR. — ¡Silencio!

(Vuelven a oírse las tres señales y se abre el telón. Cuadro. Los marqueses están sentados en los bancos situados al lado de los bastidores, en actitud insolente. El foro representa un decorado campestre de color azul. Cuatro pequeñas arañas iluminan las escenas. Los violines tocan dulcemente.)

LE BRET. — (A Ragueneau, en voz baja.) ¿Crees que Montfleury saldrá?

RAGUENEAU. — (Bajo también.) Ahora lo veremos porque aparece el primero.

LE BRET. — Pues Cyrano no ha venido.

RAGUENEAU. — Me parece que he perdido la apuesta.

LE BRET. — ¡Tanto mejor!

(Se oye un aire de dulzaina. Montfleury aparece en escena vestido de pastor, con un sombrero lleno de flores caído sobre la oreja y tocando una gaita adornada con cintas. Los espectadores gritan aplaudiendo a Montfleury.)

MONTFLEURY. — (Después de saludar, comienza a interpretar su papel.)

¡Feliz aquél, que lejos
de la corte,
en un lugar solitario
a sí mismo se impone
destierro voluntario!
¡Feliz aquél, que cuando
sopla en el bosque el céfiro…

UNA VOZ. — (En el centro del patio.) ¡Granuja! ¿No te he prohibido salir a escena en un mes? (Estupor entre el público que se vuelve.)

GRITOS. — ¿Qué pasa?… ¿Qué es esto?… ¿Quién es?… (Los de los palcos se levantan para ver.)

CUIGY. — ¡Es él!

LE BRET. — (Aterrorizado.) ¡Cyrano!

VOZ DE CYRANO. — ¡Fuera de escena, grandísimo payaso! ¡Fuera ahora mismo!

(La sala prorrumpe en un grito de indignación.)

MONTFLEURY. — Pero si…

VOZ DE CYRANO. — ¿Te resistes?

(Tanto en el patio como en los palcos, diversas voces instigan a Montfleury a continuar.)

VOCES. — ¡Basta de bromas!… Montfleury, ¡continúa!… ¡Qué sigas!… ¡No tengas miedo!…

MONTFLEURY. — (Con voz dubitativa.)

¡Feliz aquél, que lejos
de la cor…

VOZ DE CYRANO. — (Amenazadora.) ¡Bellaco! ¿Será necesario que te muela a palos?

(Un brazo enarbola un bastón por encima de las cabezas.)

MONTFLEURY. — (Con voz más débil aún.)

¡Feliz aquél…

(El bastón se agita.)

VOZ DE CYRANO. — ¡Fuera he dicho!

(Los espectadores siguen animando a Montfleury.)

MONTFLEURY. — (Atragantándose.)

¡Feliz aquél, que lejos
de la cort…

CYRANO. — (Surgiendo de entre los espectadores, de pie sobre una silla, con los brazos cruzados, el sombrero ladeado, el mostacho hirsuto y su terrible nariz.) ¡Estás acabando con mi paciencia!

(Sensación entre la gente al verle.)

ESCENA IV

Los mismos y CYRANO; después BELLEROSE y JODELET.

MONTFLEURY. — (A los marqueses.) Ayudadme, caballeros.

UN MARQUÉS. — (Con desgana.) ¡Continuad la representación!

CYRANO. — ¡Tonel de manteca!, ¡si sigues, me veré obligado a abofetearte!

LOS MARQUESES. — ¡Basta!

CYRANO. — ¡Que los marqueses se callen y se sienten o las cintas de sus sombreros penderán de mi bastón!

TODOS LOS MARQUESES. — (Poniéndose en pie.) ¡Es demasiado!… Montfleury…

CYRANO. — ¡Que Montfleury se vaya o le corto las orejas y lo destripo!

UNA VOZ. — Pero…

CYRANO. — ¡Que se marche!

OTRA VOZ. — Sin embargo…

CYRANO. — ¿No lo he dicho suficientemente claro? (Arremangándose.) Voy a convertir la escena en un mostrador y a cortar trocitos esa mortadela de Italia.

MONTFLEURY. — (Recuperando su dignidad.) ¡Insultáis a Talía al insultarme!

CYRANO. — (Muy cortés.) Si esa musa, caballero, tuviese el honor de conoceros, al veros tan bestia y tan gordo, creedme, ¡os clavaría en cierta parte su coturno!

EL PATIO. — ¡Montfleury!… ¡Montfleury!… ¡La obra de Baró!…

CYRANO. — (A los que gritan a su alrededor.) Os suplico que tengáis compasión de mi vaina. Si continuáis, enseñará la hoja de la espada. (El círculo se ensancha.)

LA MULTITUD. — (Retrocediendo.) ¡Ah!…

CYRANO. — (A Montfleury.) ¡Sal de escena ahora mismo!

LA MULTITUD. — (Acercándose y gruñendo.) ¡Oh… oh!…

CYRANO. — (Volviéndose con rapidez.) ¿Hay alguien que quiera preguntar algo?

(Nuevo retroceso de la multitud.)

UNA VOZ. — (Cantando al fondo.) El señor Cyrano es un tirano. Pero, a su pesar, «La Cloris» se representará.

TODA LA SALA. — (Cantando.) ¡«La Cloris»!… ¡«La Cloris»!…

CYRANO. — ¡Como vuelva a oír esa cantinela, arremeto contra todos!

UN BURGUÉS. — ¡Ni que fuese Sansón!

CYRANO. — ¿Estaríais dispuesto, caballero, a prestarme vuestra mandíbula?

UNA DAMA. — (Desde su palco.) ¡Es inaudito!

UN CABALLERO. — ¡Escandaloso!

UN BURGUÉS. — ¡Vejatorio!

UN PAJE. — ¡Lo que me estoy divirtiendo!

EL PATIO. — ¡Kss!… ¡Montfeury!… ¡Cyrano!…

CYRANO. — ¡Silencio!

EL PATIO. — (Delirando.) ¡Uah!… ¡Kikirikiiii!… ¡Uah!… ¡Beee!…

CYRANO. — Os…

UN PAJE. — ¡Miau!

CYRANO. — … os ordeno que calléis. Y dirijo un desafío colectivo al patio… Apunto el nombre de todo el que quiera batirse… ¡Que se vayan acercando los valientes!… Por orden, ¡por orden!… ¡A cada uno le daré un número! ¡Vamos!, ¡a ver quién es el primero en abrir la lista!… ¿Vos?… ¡No! ¿Vos?… ¡Tampoco! A ver quién es el primero. ¡Le daré el pasaporte con los honores que merece! ¡Que todos los que quieran morir levanten el dedo! (Silencio.) ¿Acaso el pudor os prohíbe contemplar desnuda mi espada?… ¡Ni un hombre!… ¡ni un solo dedo!… ¡Está bien!… ¡Entonces sigo! (Volviéndose hacia el escenario donde Montfleury espera con angustia.) Deseo ver el teatro libre de esta gangrena, si no… (Lleva la mano a su espada.) ¡Aquí está el bisturí!

MONTFLEURY. — Yo…

CYRANO. — (Baja de su silla, se sienta en el centro del redondel que se ha formado y se instala como en su casa.) Voy a dar tres palmadas, luna llena. ¡A la tercera, te eclipsarás!

EL PATIO. — (Divertido.) ¡Ah!

CYRANO. — (Dando una palmada.) ¡Una!

MONTFLEURY. — Yo…

UNA VOZ. — (Desde uno de los palcos.) ¡Quedaos!

EL PATIO. — ¡Se queda!… ¡No!… ¡Yo creo que sí!…

MONTFLEURY. — Caballeros, yo creo que…

CYRANO. — ¡Dos!

MONTFLEURY. — Sería mejor que…

CYRANO. — ¡Y tres!

(Montfleury desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Risas, silbidos y gritos.)

LA SALA. — ¡Cobarde!… ¡Que vuelva!…

CYRANO. — (Alegre, se deja caer en la silla cruzando las piernas.) ¡Que vuelva si se atreve!

UN BURGUÉS. — ¡Aquí llega el representante! (Bellerose se adelanta y saluda.)

LOS PALCOS. — ¡Ah!… ¡Ahí está Bellerose!…

BELLEROSE. — (Con elegancia.) ¡Caballeros!…

EL PATIO. — ¡No! ¡Queda que salga Jodelet!

JODELET. — (Se adelanta y dice con voz nasal.) ¡Hatajo de borregos!

EL PATIO. — ¡Bravo!… ¡Muy bien!…

JODELET. — ¡Nada de bravos!… Esa foca cuyo vientre que tanto os divierte, se ha sentido… indis…

EL PATIO. — ¡Es un cobarde!…

JODELET. — Se ha visto obligado a salir…

EL PATIO. — ¡Que regrese!

UNOS. — Eso, ¡que regrese!

OTROS. — ¡No! ¡No!… ¡no queremos ni verle!…

UN JOVEN. — (Dirigiéndose a Cyrano.) ¿Podrías aclararnos una cosa, caballero? ¿Por qué odiáis tanto a Montfleury?

CYRANO. — (Siempre sentado.) Jovencito, tengo dos razones y cada una de ellas suficiente. La primera: es un actor malísimo que grita los versos jadeando, peor que un aguador. La segunda es un secreto.

EL VIEJO BURGUÉS. — (Detrás de él.) Pero nos habéis privado, sin ningún escrúpulo, de ver «La Cloris».

CYRANO. — (Volviendo su silla hacia el burgués, le dice respetuosamente.) ¡Vieja mula!, los versos del viejo Baró no valen nada y los he interrumpido sin ningún remordimiento.

LAS DAMISELAS. — (Desde sus palcos.) ¡Ah!… ¡Hablar así de nuestro Baró!… ¡Habráse visto!… ¡Dios mío!…

CYRANO. — (Volviéndose hacia los palcos, con galantería.) Hermosas damas, brillad, floreced, escanciad el numen poético en el alma de los vates, enamorad a los muertos con vuestras sonrisas, inspiradnos versos… ¡pero no los juzguéis!

BELLEROSE. — ¿Y quién va a devolver el dinero a esa gente?

CYRANO. — (Volviendo su silla hacia el escenario.) Al fin alguien ha dicho una cosa inteligente. No me gusta hacer agujeros en el manto de Tespis. (Arroja una bolsa sobre el escenario.) ¡Coged esa bolsa y callaos!

(Rumores de admiración en la sala.)

JODELET. — (Cogiendo rápidamente la bolsa y sopesándola.) A este precio, caballero, os permito que todos los días vengáis a interrumpir «La Cloris»… (Y añade ante la insistencia de los gritos del público:) ¡aunque tengamos que soportar estos berridos!

BELLEROSE. — ¡Hay que evacuar la sala!

JODELET. — ¡Salgan, por favor! ¡Despejen el local!

(La gente comienza a salir bajo la mirada satisfecha de Cyrano. Pero en seguida la multitud se detiene al iniciarse la siguiente escena. La salida cesa. Las mujeres, que ya se habían puesto en pie en sus palcos y habían recogido su manto, se paran a escuchar y terminan por sentarse.)

LE BRET. — (A Cyrano.) ¡Estás loco!

UN IMPERTINENTE. — (Acercándose a Cyrano.) Si he de reconocer la verdad, Montfleury es un escándalo para el teatro, pero le protege el duque de Candale. ¿Tenéis vos algún amo?

CYRANO. — ¡No!

EL IMPERTINENTE. — ¿No lo tenéis?

CYRANO. — ¡No!

EL IMPERTINENTE. — ¿Pero ni siquiera un gran señor que os cubra con su nombre?

CYRANO. — (Irritado.) ¡Os he dicho dos veces que no! ¿Es necesario que lo repita una vez más? No tengo ningún protector… (Lleva mano a su espada.) ¡Pero sí una protectora!

EL IMPERTINENTE. — ¿Os marcharéis de la ciudad?

CYRANO. — Según. ¡Ya veremos!

EL IMPERTINENTE. — ¡El duque de Candale tiene el brazo muy largo!

CYRANO. — Pero no tanto como el mío cuando le añado (mostrando la espada.) esto.

EL IMPERTINENTE. — ¡Ni en sueños pretenderéis…!

CYRANO. — ¡Lo pretendo! Y ahora… ¡marchaos!

EL IMPERTINENTE. — Pero…

CYRANO. — ¡Marchaos! Un momento… Decidme, ¿por qué miráis tanto mi nariz?

EL IMPERTINENTE. — (Asustado.) ¡Que yo miraba…!

CYRANO. — ¿Qué tiene de extraño?

EL IMPERTINENTE. — (Retrocediendo.) Vuestra señoría se equivoca.

CYRANO. — ¿Es blanda y colgante como una trompa?

EL IMPERTINENTE. — (Retrocediendo.) Yo… no…

CYRANO. — ¿O encorvada como el pico de un búho?

EL IMPERTINENTE. — Yo…

CYRANO. — ¿O acaso tiene una verruga en la punta?

EL IMPERTINENTE. — Pero si…

CYRANO. — ¿O alguna mosca por ella se pasea?… ¡Contestadme! ¿Tiene algo de extraño?

EL IMPERTINENTE. — ¡Oh!

CYRANO. — ¿Es un fenómeno?

EL IMPERTINENTE. — Tuve mucho cuidado de no mirarla…

CYRANO. — ¿Y por qué no la habéis mirado?

EL IMPERTINENTE. — Yo había…

CYRANO. — ¿Acaso os disgusta?

EL IMPERTINENTE. — ¡Caballero!

CYRANO. — ¿Tan mal color tiene?

EL IMPERTINENTE. — ¡Oh no!, no es…

CYRANO. — Y su forma… ¿es obscena?

EL IMPERTINENTE. — ¡Que va!… ¡Al contrario!

CYRANO. — ¿Por qué la despreciáis entonces? ¡Quizás os parece un poco grande!…

EL IMPERTINENTE. — Me parece pequeña… muy pequeña… ¡pequeñísima!

CYRANO. — ¿Qué?… ¿Cómo?… ¿Acusarme de semejante ridículo? ¡Pequeña! ¿Que mi nariz es pequeña?

EL IMPERTINENTE. — ¡Cielos!…

CYRANO. — ¡Enorme!… Imbécil desnarigado. ¡Mi nariz es grandísima! Y has de saber, cabeza de alcornoque, que estoy muy orgulloso de semejante apéndice. Porque una nariz grande es característica de un hombre afable, bueno, cortés, liberal y valeroso, tal como soy y tal como vos nunca podréis ser, ¡lamentable idiota!, porque una cara sin ninguna cosa especial… (Le abofetea.)

EL IMPERTINENTE. — ¡Ay…!

CYRANO. — … está tan desnuda de orgullo, de gracia, de lirismo y de suntuosidad, ¡como ésta (Le vuelve por los hombros y une el gesto a la palabra.) a la que mi bota va a buscar debajo de vuestra espalda!

EL IMPERTINENTE. — (Huyendo.) ¡Socorro!… ¡cuidado con ese hombre!

CYRANO. — ¡Que esto sirva de aviso a los papanatas que encuentran divertido el centro de mi rostro! ¡Y si, por ventura, el mirón es noble, tengo por costumbre, antes de dejarle marchar, meterle por delante, y un poco más arriba, una espada en vez de la punta de mi bota!

DE GUICHE. — (Que baja del escenario acompañado por los marqueses.) ¡Terminará aburriéndonos!

EL VIZCONDE DE VALVERT. — (Encogiéndose de hombros.) ¡No es más que un fanfarrón!

DE GUICHE. — ¿Y nadie va a responderle como se merece?

VALVERT. — ¿Nadie?… ¡Esperad un momento y veréis!… (Se dirige hacia Cyrano, que le observa, y se planta ante él con pedantería.) Tenéis… tenéis… una nariz… ¡una nariz muy grande!

CYRANO. — (Gravemente.) ¡Mucho!

VALVERT. — (Riendo.) ¡Ja, Ja!

CYRANO. — (Imperturbable.) ¿Eso es todo?

VALVERT. — Yo…

CYRANO. — Sois poco inteligente, jovenzuelo. Pueden decirse muchas más cosas sobre mi nariz variando el tono. Por ejemplo, agresivo: «Si tuviese una nariz semejante, caballero, me la cortaría al momento»; amigable; «¿Cómo bebéis; metiendo la nariz en la taza o con la ayuda de un embudo?»; descriptivo; «¡Es una roca… un pico… un cabo…! ¿Qué digo un cabo?… ¡es toda una península!»; curioso; «¿De qué os sirve esa nariz?, ¿de escritorio o guardáis en ella las tijeras?»; gracioso; «¿Tanto amáis a los pájaros que os preocupáis de ponerles esa alcándara para que se posen?»; truculento; «Cuando fumáis y el humo del tabaco sale por esa chimenea… ¿no gritan los vecinos; ¡fuego!, ¡fuego!?»; prevenido; «Tened mucho cuidado, porque ese peso os hará dar de narices contra el suelo», tierno; «Por favor, colocaros una sombrilla para que el sol no la marchite»; pedante; «Sólo un animal, al que Aristóteles llama hipocampelefantocamelos, tuvo debajo de la frente tanta carne y tanto hueso»; galante: «¿Qué hay, amigo? Ese garfio… ¿está de moda? Debe ser muy cómodo para colgar el sombrero»; enfático: «¡Oh, magistral nariz!, ¡ningún viento logrará resfriarte!»; dramático; «¡Es el mar Rojo cuando sangra!»; admirativo; «¡Qué maravilla para un perfumista!»; lírico; «Vuestra nariz… ¿es una concha? ¿Sois vos un tritón?»; sencillo; «¿Cuándo se puede visitar ese monumento?»; respetuoso; «Permitidme, caballero, que os felicite; ¡eso es lo que se llama tener una personalidad!»; campestre; «¿Qué es eso una nariz?… ¿Cree usted que soy tan tonto?… ¡Es un nabo gigante o un melón pequeño!»; militar: «¡Apuntad con ese cañón a la caballería!»; práctico: «Si os admitiesen en la lotería, sería el premio gordo». Y para terminar, parodiando los lamentos de Píramo: «¡Infeliz nariz, que destrozas la armonía del rostro de tu dueño!» Todo esto, poco más, es lo que hubierais dicho si tuvieseis ingenio o algunas letras. Pero de aquél no tenéis ni un átomo y de letras únicamente las cinco que forman la palabra «tonto». Además, si poseyeseis la imaginación necesaria para dedicarme, ante estas nobles galerías, todos esos piropos, no hubieseis articulado ni la cuarta parte de uno solo, porque, como yo sé piropearme mejor que nadie, no os lo hubiese permitido.

DE GUICHE. — (Intentando arrastrar al vizconde que está como petrificado.) ¡Dejémosle, vizconde!

VALVERT. — (Sofocado.) ¡Demasiados humos para un hidalguillo… que… que ni siquiera usa guantes y sale a la calle sin cintas, sin borlas y sin charreteras!

CYRANO. — ¡Mi elegancia va por dentro y no me acicalo como un ganapán cualquiera! Aunque parezca lo contrario, me compongo cuidadosamente, más que por fuera. No saldría a la calle sin haber lavado, por negligencia, una afrenta; sin haber despertado bien la conciencia, o con el honor arrugado y los escrúpulos en duelo. Camino limpio y adornado con mi libertad y mi franqueza. Encorseto, no mi cuerpo, sino mi alma, y en vez de cintas uso hazañas como adorno externo. Retorciendo mi espíritu como si fuese un mostacho, al atravesar los grupos y las plazas hago sonar las verdades como espuelas.

VALVERT. — ¡Caballero!…

CYRANO. — ¿Que yo no tengo guantes?… Decís bien. Tenía uno solo, resto de un viejo par… y cierto día, como me molestaba ya tenerlo, ¡se lo arrojé al rostro a cierto petimetre!

VALVERT. — ¡Tunante!, ¡bellaco!, ¡sinvergüenza!

CYRANO. — (Descubriéndose y saludando como si el vizconde acabara de presentarse.) Y yo, Cyrano Sabino Hércules de Bergerac.

(Risas.)

VALVERT. — (Exasperado.) ¡Bufón!

CYRANO. — (Dando un grito como si le hubiese dado un calambre.) ¡Ay!

VALVERT. — (Que ya se iba, volviéndose.) ¿Qué pasa ahora?

CYRANO. — (Haciendo muecas de dolor.) Hay que airearla porque si no se enmohece… Esto me sucede por no darle trabajo… ¡Ay!

VALVERT. — ¿Qué os ocurre?

CYRANO. — ¡Siento en mi espada un hormigueo!

VALVERT. — (Sacando la suya.) Si lo queréis, ¡sea!

CYRANO. — Voy a daros una estocada sorprendente.

VALVERT. — (Con desprecio.) ¡Poeta!…

CYRANO. — Decís bien… ¡poeta!… y tan grande que, mientras combatimos, improvisaré en vuestro honor una balada.

VALVERT. — ¿Una balada?

CYRANO. — ¿Acaso no sabéis en qué consiste? (Recitando como si se tratase de una lección.) La balada se compone de tres coplas de ocho versos…

VALVERT. — (Riéndose.) ¡No sabía!…

CYRANO. — (Continuando.) …y de un envío de cuatro…

VALVERT. — Vos…

CYRANO. — Compondré una mientras me bato, y tened por seguro que en el último verso seréis tocado.

VALVERT. — ¡No podréis!

CYRANO. — ¿No?… (Declamando.)

«Duelo rimado
en el palacio de Borgoña habido
entre un poeta, Bergerac llamado,
y un vizconde insolente y presumido.»

VALVERT. — ¿Podéis decirme que es eso?

CYRANO. — ¡El título!

VOCES DEL PÚBLICO. — (Muy excitado.) ¡Dejadme sitio!… ¡Esto se pone divertido!… ¡Colocaos en fila!… ¡Silencio!…

(Cuadro. Círculo de curiosos en el patio. Los marqueses, y los oficiales se mezclan a los ciudadanos y gentes del pueblo; unos pajes se suben sobre los hombros de otros para ver mejor la escena. Todas las mujeres se ponen de pie en sus palcos. A la derecha, De Guiche y sus gentilhombres. A la izquierda, Le Bret, Ragueneau, Cuigy, etc.)

CYRANO. — (Cerrando un momento los ojos.) Esperad… estoy escogiendo las rimas. ¡Ya está!

(Uniendo la acción a la palabra.)
Tiro con gracia el sombrero
y, lentamente, abandonada
dejo la capa que me cubre
para después sacar la espada.
Brillante como Céladon
y como Scaramouche alado,
os lo prevengo, Myrmidón:
¡al final vais a ser tocado!
(Primer encuentro.)
¡Mejor os fuera ser neutral!
¿Por dónde os trincharé mejor?
¿Tiro al flanco, bajo la manga,
o al laureado corazón?
¡Tin, tan! suenen las cazoletas;
mi punta es un insecto alado;
a vuestro vientre va derecha.
¡Al final vais a ser tocado!
(Segundo encuentro.)
¡Pronto, una rima! ¡Se hace tarde!
Vuestra cara esta demudada…
Me dais el consonante: ¡Cobarde!
¡Tac! Ahora paro esa estocada
Con la que ibais a alcanzarme
abro la línea. La he cerrado,
¡Afirma el hierro, Laridón,
que al final vais a ser tocado!
(Anuncia solemnemente.) ¡FINAL!
Podéis pedir a Dios clemencia.
Me parto. Ahora estoy lanzado

a fondo. Finto… ¡Una… dos… tres…!

(Tirándose. El vizconde vacila. Cyrano saluda.)

¡Y en el final fuisteis tocado!

(Aclamaciones. Aplausos en los palcos. Lluvia de flores y pañuelos. Los oficiales rodean y felicitan a Cyrano. Ragueneau baila entusiasmado. Le Bret está contento y al mismo tiempo nervioso. Los amigos del vizconde sostienen a éste y se lo llevan.)

LA MULTITUD. — (En un prolongado grito.) ¡Ah!…

UN CABALLERO. — ¡Soberbio!

UNA MUJER. — ¡Qué bonito!

RAGUENEAU. — ¡Prodigioso!

UN MARQUÉS. — ¡Original!

LE BRET. — ¡Insensato!

(La gente se arremolina en torno a Cyrano. Se oyen felicitaciones y bravos.)

UNA VOZ DE MUJER. — ¡Es un héroe!

UN MOSQUETERO. — (Avanzando rápidamente hacia Cyrano con la mano abierta.) Os felicito, caballero. Lo habéis hecho muy bien, y, creedme, entiendo de estas cosas. (Se aleja.)

CYRANO. — (A Cuigy.) ¿Quién es?

CUIGY. — D'Artagnan.

LE BRET. — (A Cyrano, cogiéndole del brazo.) Vámonos he de hablarte,

CYRANO. — Espera que salga toda esa gente. (A Bellerose.) ¿Puedo quedarme?

BELLEROSE. — (Respetuosamente.) ¡Claro!, ¡no faltaba más! (Se oyen gritos fuera.)

JODELET. — (Que ha mirado.) Están silbando a Montfleury.

BELLEROSE. — «Sic transit» (Cambiando de tono, se dirige al portero y al encargado de las luces.) Limpiad y cerrad todo, pero no apaguéis: después de la cena vendremos a ensayar una nueva farsa para mañana.

(Jodelet y Bellerose salen tras una gran reverencia a Cyrano.)

EL PORTERO. — (A Cyrano.) ¿Y usted no cena?

CYRANO. — ¿Yo?… ¡No!

(El portero se retira.)

LE BRET. — (A Cyrano.) ¿Por qué?

CYRANO. — (Con orgullo.) Porque… (Cambiando el tono al ver que el portero está ya lejos.) ¡Porque no tengo ni un céntimo!

LE BRET. — (Haciendo ademán de lanzar una bolsa.) ¿Cómo?… ¿Y la bolsa de escudos?

CYRANO. — Era la pensión que me pasa mi padre.

LE BRET. — ¿De qué vas a vivir el resto del mes?

CYRANO. — No me queda nada.

LE BRET. — ¡Tirar el dinero de esa forma!… ¡Qué tontería!

CYRANO. — ¡Pero qué gusto!

LA CANTINERA. — (Tosiendo detrás del pequeño mostrador.) ¡Hum…! (Cyrano y Le Bret se vuelven. Ella avanza tímidamente.) Caballero, ¡se me parte el corazón, al saber que no podéis comer! (Señalando el aparador.) Aquí tengo lo necesario… (Con valor.) ¡Tomadlo!

CYRANO. — (Descubriéndose.) ¡Querida muchacha!, aunque mi orgullo de gascón me prohíbe aceptar la menor golosina de vuestros dedos, temo que mi negativa os cause pena; por eso aceptaré. (Se dirige al aparador y escoge.) ¡Bah!, poca cosa… Unos granos de este racimo… (Ella quiere darle el racimo entero, pero Cyrano coge solamente unos granos.) ¡Con esto vale! Un vaso… (Ella quiere echar en él vino, pero Cyrano la detiene.) de agua limpia y medio pastel de almendras. (Devuelve la otra mitad.)

LE BRET. — ¡Que estupidez!

LA CANTINERA. — ¿Nada más queréis tomar?…

CYRANO. — Tu mano quiero besar. (Besa la mano que ella le tiende, como si fuera la de una princesa.)

LA CANTINERA. — Gracias. (Haciendo una reverencia.) Adiós, caballero.

(Vase.)

ESCENA V

CYRANO, LE BRET y después el portero.

CYRANO. — (A Le Bret.) ¿Qué tienes que decirme? Te escucho. (Se sienta ante el mostrador y coloca encima, por el orden indicado, el pastel de almendras, el vaso de agua y los granos de uva.) ¡Cena, bebida y postre! Ahora: ¡a comer! ¡Ah! ¡Tenía un hambre espantosa!… (Comiendo.) ¿Qué decías?

LE BRET. — Esos aires de grandeza cambiarán tu carácter. Pregunta… ¡pregunta a la gente sensata y te enterarás del efecto que producen tus algaradas!

CYRANO. — (Terminando su pastel de almendras.) Enorme, sin duda.

LE BRET. — El Cardenal.

CYRANO. — (Sorprendido.) ¿Cómo?… ¿Estaba allí el Cardenal?

LE BRET. — Sí. Le ha debido parecer…

CYRANO. — Muy original.

LE BRET. — Sin embargo…

CYRANO. — Es un autor. No le desagradará que alguien estropee la representación de otro colega.

LE BRET. — Me parece que te estás buscando demasiados enemigos.

CYRANO. — (Comenzando con sus granos de uva.) ¿Cuántos crees, poco más o menos, que he conseguido esta noche?

LE BRET. — Cuarenta y ocho… sin contar las damas.

CYRANO. — ¡No está mal! Enuméralos.

LE BRET. — Montfleury, el burgués, De Guiche, el vizconde, Baró, La Academia…

CYRANO. — ¡Basta! ¡Estoy orgulloso!

LE BRET. — Pero ¿adónde crees que te llevará esa forma de vida? ¿Qué intentas?

CYRANO. — Me encontré en una encrucijada: ante mí había muchos caminos y… ¡escogí uno!

LE BRET. — ¿Cuál?

CYRANO. — El más sencillo. He decidido ser admirable por todo y en todo.

LE BRET. — (Encogiéndose de hombros.) ¡Bueno! Dime, al menos, el verdadero motivo de tu odio por Montfleury.

CYRANO. — (Levantándose.) Ese sátiro ventrudo, que no puede tocarse el ombligo con el dedo, cree ser todavía un dulce peligro para las mujeres; y aunque al recitar farfulla, lanza miradas de besugo con sus ojos de carpa hacia ellas. ¡Le odio porque cierta noche tuvo la osadía de fijar su mirada en ella!… ¡Me pareció ver como si su gran limaco se deslizase sobre una flor!

LE BRET. — ¿Pero es posible que tú…?

CYRANO. — (Con risa amarga.) ¿Que yo ame?… (Cambiando de tono y con gravedad.) Pues amo.

LE BRET. — ¿Y quién es ella? ¡Nunca me lo habías dicho!

CYRANO. — ¿Quién puede ser?… Reflexiona y lo comprenderás. Me está prohibido soñar con ser amado, incluso por una mujer fea, a causa de esta nariz que llega un cuarto de hora antes que yo a cualquier parte. ¿A quién voy a amar entonces? Es lógico: Amo a la más bella.

LE BRET. — ¿A la más bella?

CYRANO. — Es muy sencillo: estoy enamorado de la mujer más bella del mundo, de la más resplandeciente, de la más delicada, (Con acaloramiento.) de la más rubia…

LE BRET. — ¡Dios mío! ¿Y quién es esa mujer?

CYRANO. — Sin quererlo, un peligro mortal; pero tan exquisito, tan maravilloso, que no se puede pensar en otro semejante; es una trampa de la naturaleza… ¡una rosa en la que el amor tiende una emboscada! Quien conoce su sonrisa, conoce la perfección. Hace surgir la gracia de la nada; parece que en cada gesto posee un aire divino. ¡Ni tú, Venus, sabrías subir a tu concha, ni tú, Diana, caminar por los extensos bosques floridos, con la gracia con que ella sube a su cupé y camina por París!

LE BRET. — ¡Caramba!… Ya lo he comprendido: ¡está claro!

CYRANO. — ¡Me parece evidente!

LE BRET. — ¿No es Magdalena Robin, tu prima?

CYRANO. — Sí; Roxana.

LE BRET. — ¡Vaya!, ¡pero si es estupendo! ¿La quieres? ¡Pues díselo! Esta noche te has cubierto de gloria a sus ojos.

CYRANO. — Amigo mío, mírame y dime si puedo esperar algo con esta protuberancia… No, no me hago ilusiones. A veces, al atardecer, me enternezco, entro en un jardín perfumado… con mi enorme nariz olfateo el abril… soy todo ojos: a la luz de un rayo de luna plateado, una dama, del brazo de un caballero, camina lentamente…; también a mí me gustaría llevar una del brazo. Me exalto, me olvido de todo… y de repente. ¡Contemplo la sombra de mi perfil en el muro del jardín!

LE BRET. — (Emocionado.) ¡Amigo mío!…

CYRANO. — ¡Si me vieras en esos desgraciados momentos en que me siento tan feo y tan solo!…

LE BRET. — (Cogiéndole las manos con vivacidad.) Pero… ¿estás llorando?

CYRANO. — ¡No!, ¡eso nunca! ¡Sería demasiado ridículo si a lo largo de esta nariz corriese una lágrima! Mientras sea dueño de mí, no permitiré que la divina belleza de las lágrimas se mezcle a tan grosera fealdad; óyeme: no hay nada… ¡no hay nada tan sublime como las lágrimas! No quiero que provocando la risa, se viesen ridiculizadas por mi culpa…

LE BRET. — ¡Vamos, no te entristezcas!… ¡El amor no es más que azar!

CYRANO. — (Moviendo la cabeza.) ¡No! Estoy enamorado de Cleopatra: ¿Tengo el aire de un César? Adoro a Berenice… ¿tengo el aspecto de un Tito?

LE BRET. — ¡Vamos, Cyrano! Has visto que los ojos de esa muchacha que te ofreció la cena, no te detestaban…

CYRANO. — (Animado.) ¡Pues tienes razón!

LE BRET. — Entonces… ¿qué? La misma Roxana ha seguido el duelo completamente demudada…

CYRANO. — ¿Completamente demudada?

LE BRET. — Su espíritu y su corazón están ya asombrados… ¡Atrévete!… ¡Háblale!

CYRANO. — ¿Y que ella se ría en mis narices?… ¡No! Es lo único que temo en el mundo.

EL PORTERO. — (Introduciendo a alguien a Cyrano.) ¡Caballero, preguntan por vos!

CYRANO. — (Viendo a la dueña.) ¡Dios mío! ¡Su dueña!…

ESCENA VI

CYRANO, LE BRET y la dueña.

LA DUEÑA. — (Tras un gran saludo.) Mi ama desea saber si puede ver en secreto a su valiente primo.

CYRANO. — (Turbado.) ¿Verme?

LA DUEÑA. — (Con una reverencia.) Sí, veros. Tiene algo que deciros.

CYRANO. — ¿Qué?

LA DUEÑA. — (Nueva reverencia.) ¡Cosas!

CYRANO. — (Vacilando.) ¡Dios mío!

LA DUEÑA. — Con los primeros rayos del alba, irá a oír misa a San Roque.

CYRANO. — (Apoyándose en Le Bret.) ¡Dios mío!

LA DUEÑA. — A la salida… ¿podría entrar en alguna parte y hablar con vos?

CYRANO. — (Confuso.) ¿Don…? Yo… pero… ¡Dios mío!

LA DUEÑA. — ¡Contestad deprisa!

CYRANO. — Estoy pensando.

LA DUEÑA. — ¿Dónde?

CYRANO. — En… en casa de Regueneau, el pastelero.

LA DUEÑA. — ¿Dónde está?

CYRANO. — En la calle ¡Dios mío!… de San Honorato…

LA DUEÑA. — (Saliendo.) Allí estará a las siete. ¡Sed puntual!

CYRANO. — ¡Allí estaré!

(La dueña sale.)

ESCENA VII

CYRANO, LE BRET; después los comediantes, CUIGY, BRISSAILLE, LIGNIÈRE, el portero y los músicos.

CYRANO. — (Cayendo en brazos de Le Bret.) Pero… ¡con ella!… ¡Una entrevista con ella!

LE BRET. — ¿Ya no estás triste?

CYRANO. — ¡Ay!, ¡al menos sabe que existo!

LE BRET. — ¿Estarás más tranquilo ahora?

CYRANO. — (Fuera de sí.) Ahora… ¡ahora estoy frenético, fulminante! ¡Necesito todo un regimiento para destrozarlo! Tengo diez corazones, veinte brazos… ¡no me basta con descuartizar enanos! (Gritando con todas sus fuerzas.) ¡Quiero gigantes!

(Desde hace un momento, al fondo del escenario, las sombras de los comediantes se agitan y cuchichean; comienzan a ensayar; los músicos han ocupado su sitio.)

UNA VOZ. — (Desde el escenario.) ¡Eh, los de abajo! ¡Silencio, que estamos ensayando aquí arriba!

CYRANO. — (Riendo.) Vámonos.

(Cuando van a salir, entran por la puerta del fondo Cuigy, Brissaille y varios oficiales que sostienen a Lignière, completamente borracho.)

CUIGY. — ¡Cyrano!

CYRANO. — ¿Qué pasa?

CUIGY. — Te traemos una cuba de vino.

CYRANO. — (Reconociéndole.) ¡Lignière! Pero ¿qué te ha pasado?

CUIGY. — Estaba buscándote.

BRISSAILLE. — No puede regresar a su casa.

CYRANO. — ¿Por qué?

LIGNIÈRE. — (Con voz pastosa, mostrándole una nota arrugada.) En esta nota… se me advierte… cien hombres contra mí… por la… cancioncilla… corro un gran peligro… la Puerta de Nesle… para volver a mi casa… Tengo que pasar por allí… Déjame que duerma esta noche… en tu casa…

CYRANO. — ¿Cien hombres, has dicho? ¡Esta noche dormirás en tu cama!

LIGNIÈRE. — (Espantado.) Pero…

CYRANO. — (Con una gran voz, señalándole la linterna encendida que el portero balancea mientras escucha con curiosidad esta escena.) ¡Coge esa linterna! (Lignière lo hace apresuradamente.) ¡Andando! Te juro que yo mismo te meteré esta noche entre las sábanas. (A los oficiales.) Y vosotros, seguidnos a distancia: serviréis de testigos.

CUIGY. — ¡Pero cien hombres!…

CYRANO. — ¡No necesito menos esta noche!

(Los comediantes, han bajado del escenario y se han acercado vestidos con los diversos trajes de la representación.)

LE BRET. — Pero ¿por qué vas a proteger a…

CYRANO. — ¡Ya está Le Bret gruñendo!

LE BRET. — … este borracho?

CYRANO. — (Dando una palmada en los hombros de Lignière.) Porque este borracho, esta cuba de vino que aquí ves hizo cierto día algo admirable. Al salir de misa, vio que la que él amaba tomaba agua bendita, según es costumbre; y entonces él, que en su vida ha probado una gota, corrió a la pila, se inclinó sobre la concha y se la bebió toda.

UNA COMEDIANTA. — (Vestida de criada.) ¡Vaya!, ¡qué galante!

CYRANO. — ¿Verdad que sí, criada?

LA COMEDIANTA. — (A los otros.) Pero… ¿por qué son cien contra un pobre poeta?

CYRANO. — ¡Vamos! (A los oficiales.) Y vos, caballeros, al verme cargar, no me secundéis, por grande que sea el peligro.

OTRA COMEDIANTA. — (Saltando del escenario.) ¡Yo me voy a verlo!

CYRANO. — ¡Venid!

OTRA. — (Saltando también, le dice a un viejo actor.) ¿Vienes, Casandro?

CYRANO. — ¡Venid todos! El doctor, Isabel, Leandra… Unid con vuestra presencia la farsa italiana y este drama español. ¡Que al estruendo de las armas se una el tintineo de los cascabeles de vuestros vestidos!

TODAS LAS MUJERES. — (Brincando de alegría.) ¡Bravo!… ¡Aprisa, mi manto!… ¡Un capuchón!…

JODELET. — ¡Vamos todos!

CYRANO. — (A los músicos.) Y vosotros, señores, tocad, ¡tocad algo! (Los músicos se unen al cortejo. Los demás cogen las candelas encendidas de la rampa y las distribuyen. Parece una marcha de antorchas.)

¡Bravo!… Oficiales, mujeres disfrazadas y veinte pasos delante (Se coloca como dice.) yo, completamente solo, bajo el penacho que la gloria misma hincó en este sombrero altivo, como un Escipión triplemente narigudo. ¿Habéis comprendido?… ¡Os prohíbo que me ayudéis! ¿Está claro? ¡Uno, dos y tres!… ¡Portero!, abrid la puerta. (El portero abre los dos batientes. Aparece un rincón del viejo París, pintoresco e iluminado por la luna.) ¡Ah!, París huye, nocturno y casi nebuloso. La claridad de la luna se desliza por los tejados azules… ¡Bello fondo para esta escena! Allá abajo, velado con sus propios vapores, el Sena, como un misterioso y mágico espejo, tiembla… ¡Ahora veréis lo que veréis!

TODOS. — ¡A la puerta de Nesle!

CYRANO. — (De pie en el umbral.) ¡A la Puerta de Nesle! (Antes de salir, se dirige a la criada.) Señorita, ¿no preguntabais por qué enviaron cien hombres contra un solo poetrastro? (Saca la espada y añade tranquilamente.) ¡Pues porque saben que es amigo mío!

(Sale. El cortejo, con Lignière vacilante a la cabeza, seguido por las comediantas, del brazo de los oficiales y por los cómicos, que brincan, se ponen en marcha al son de los violines y bajo la luz de las antorchas.)

TELÓN

PARTE DOS

ÍNDICE

Acto Segundo
Escena I
Escena Ii
Escena Iii
Escena Iv
Escena V
Escena Vi
Escena Vii
Escena Viii
Escena Ix
Escena X
Escena Xi

ACTO SEGUNDO

La hostería de los poetas

Interior de la tienda de Ragueneau, amplio establecimiento en la confluencia de las calles de San Honorato y de El Árbol Seco que, a la claridad de las primeras luces matutinas, se ven grises a través de las vidrieras de la puerta. A la izquierda, en primer término, un mostrador coronado por un bastidor de hierro forjado del que cuelgan gansos, patos y pavos. En grandes jarras de porcelana, ramos de flores silvestres, especialmente de girasoles. En el mismo lado y en segundo término, una gran chimenea; ante ella, entre grandes morillos, cada uno de los cuales soporta una pequeña marmita, los asados gotean grasa en las cacerolas.

A la derecha, y en primer término, una puerta. En segundo término, una escalera que sube a una sala reservada cuyo interior se percibe por los postigos entreabiertos: una mesa preparada sobre la que luce una lámpara; es un reducto donde se come y se bebe. Una galería de madera, a modo de continuación de la escalera, parece conducir a otros reservados análogos. En medio de la pollería-pastelería de Ragueneau, un bastidor de hierro que se puede bajar por medio de una cuerda y del que cuelgan grandes tasajos, forma una especie de lámpara de caza.

Los hornos resplandecen en la sombra, bajo la escalera. Los metales relucen; los asadores giran; las piezas de caza se amontonan en pirámides; jamones que cuelgan. Es la hora de la hornada matinal. Ajetreo de marmitones asustados, gordos cocineros y flacos ayudantes. Abundan los gorros de cocina con plumas de pollo o de gallina. Sobre bandejas de chapa y en cestas planas de mimbre, se transportan montañas de pasteles y bizcochos.

Mesas cubiertas de pasteles y platos. Otras, rodeadas de sillas, esperan la llegada de clientes. Una, más pequeña que las demás, en un rincón, queda oculta tras un montón de papeles. Al levantarse el telón, Ragueneau está sentado en ella, escribiendo.

ESCENA I

RAGUENEAU, pasteleros; después LISA; RAGUENEAU está escribiendo en la mesita del rincón con aire inspirado y contando las silabas con los dedos.

PRIMER PASTELERO. — (Trayendo un molde de torta.) ¡Tarta de frutas!

SEGUNDO PASTELERO. — (Con un plato.) ¡Flan!

TERCER PASTELERO. — (Trayendo un asado adornado con plumas.) ¡Pavo!

CUARTO PASTELERO. — (Con una bandeja de pasteles.) ¡«Roinsoles»!

QUINTO PASTELERO. — (Con un tarro.) ¡Carne de vaca en adobo!

RAGUENEAU. — (Dejando de escribir y levantando la cabeza.) ¡Sobre el cobre se deslizan los reflejos plateados de la aurora! ¡Ragueneau, ahoga la musa que en ti canta!… ¡Ya llegará su hora: hay que hacer la hornada! (Se levanta. A un cocinero.) Tú, cuida de alargar esta salsa, ¡es demasiado corta!

EL COCINERO. — ¿Cuánto?

RAGUENEAU. — ¡Tres pies!

EL COCINERO. — ¿Cómo?

PRIMER PASTELERO. — ¡La tarta!

SEGUNDO PASTELERO. — ¡La torta!

RAGUENEAU. — (Ante la chimenea.) ¡Aléjate de mí, musa mía, para que tus maravillosos ojos no enrojezcan con el fuego de estos tizones! (A un pastelero, señalando los panes.) Está mal colocada la hendidura de estas hogazas. Hay que poner en el centro la cesura, entre los hemistiquios. (A otro, mostrándole un pastel a medio hacer.) ¡A este palacio de almendras hay que ponerle techo! (A un joven aprendiz que, sentado en el suelo, ensarta aves.) Y tú, sobre ese asador interminable, pon el simple pollo junto a la soberbia pava alternándolos, hijo mío, como el viejo Malherbe alternaba los versos grandes con los pequeños. ¡Que las estrofas de los asados giren en el fuego!

OTRO APRENDIZ. — (Avanzando con una bandeja tapada con una servilleta.) ¡Maestro!, pensando en vuestras aficiones hice esto. Espero que os guste. (Descubre la bandeja y se ve una gran lira de pastel.)

RAGUENEAU. — (Deslumbrado.) ¡Una lira!

EL APRENDIZ. — Es de bizcocho.

RAGUENEAU. — (Emocionado.) ¡Y tiene frutos confitados!

EL APRENDIZ. — Las cuerdas son de azúcar.

RAGUENEAU. — (Dándole dinero.) Toma, ¡para que bebas a mi salud! (Viendo a Lisa que entra.) ¡Cuidado! Lárgate, que está mi mujer… ¡Y esconde ese dinero! (A Lisa, enseñándole la lira para salir del apuro.) ¿Qué te parece? Bonito, ¿verdad?

LISA. — ¡Es ridículo! (Deposita sobre el mostrador una pila de cucuruchos de papel.)

RAGUENEAU. — ¿Cucuruchos?… ¡Estupendo! Gracias. (Los mira.) ¡Santo Cielo! ¡Mis libros sagrados! ¡Los versos de mis amigos desgarrados, desmembrados para hacer cucuruchos y meter en ellos piñones! ¡Ah!… ¡renováis el mito de Orfeo y las bacantes!

LISA. — (Con sequedad.) ¿Acaso no tengo derecho? Por lo menos, ya que tus amigos no me pagan nunca lo que comen, que sirvan sus versos para algo.

RAGUENEAU. — ¡Cállate! ¿Cómo te atreves a insultar a cigarras tan maravillosas siendo tú una hormiga?

LISA. — Amigo mío, ¡antes de frecuentar a esa gente, no me llamabas ni bacante ni hormiga!

RAGUENEAU. — ¡Hacer esto con versos tan maravillosos!…

LISA. — ¡No sirven para otra cosa!

RAGUENEAU. — ¿Qué harías entonces con la prosa?

LISA. — ¡Lo mismo!

ESCENA II

Los mismos y dos niños que acaban de entrar en la pastelería.

RAGUENEAU. — ¿Qué queréis, pequeños?

PRIMER NIÑO. — Tres pasteles.

RAGUENEAU. — (Sirviéndoselos.) Aquí los tenéis… ¡calentitos todavía!

SEGUNDO NIÑO. — ¿Podrías envolvérnoslos, por favor?

RAGUENEAU. — (Aparte y deprimido.) ¡Maldita sea!… ¡mis versos! (A los niños.) ¿Que os los envuelva? (Toma un cucurucho y al poner en él los pasteles lee.) «Tal Ulises el día que dejó a Penélope…» ¡No, éste no! (Lo deja a un lado, coge otro y, en el momento de poner en él los pasteles, lee:) «El rubio Febo…» ¡No, éste tampoco! (El mismo juego.)

LISA. — (Impacientándose.) ¡Bien!, ¿a qué esperas?

RAGUENEAU. — ¡Ya, va!… ¡ya va!… ¡ya va!… (Coge un tercer cucurucho y, con resignación, envuelve en él los pasteles.) «En soneto a Filis…» ¡Ay!, ¡esto es mucho peor!

LISA. — ¡Menos mal que por fin se ha decidido! (Encogiéndose de hombros.) ¡Nicodemo!

(Se sube sobre una silla y se dispone a colocar platos en el estante.)

RAGUENEAU. — (Aprovechando que ella está de espaldas, llama a los niños que ya van a salir.) ¡Eh, pequeños! ¡Devolvedme el soneto a Filis y, en lugar de tres, os daré seis pasteles! (Los niños le devuelven el cucurucho, cogen deprisa los pasteles y salen. Ragueneau desdobla el papel y comienza a leer declamando.) «Filis…» ¡Maldita sea!… ¡sobre este dulce nombre una mancha de mantequilla! «Filis…»

(Cyrano entra bruscamente.)

ESCENA III

RAGUENEAU, LISA, CYRANO; después un mosquetero.

CYRANO. — ¿Qué hora es?

RAGUENEAU. — (Saludándole con afecto.) Las seis.

CYRANO. — (Emocionado.) ¡Dentro de una hora!…

(Pasea impaciente por la tienda.)

RAGUENEAU. — (Yendo detrás de él.) ¡Bravo! Ya vi…

CYRANO. — ¿Qué?

RAGUENEAU. — ¡Vuestro combate!

CYRANO. — ¿Cuál?

RAGUENEAU. — El del palacio de Borgoña.

CYRANO. — (Con desdén.) ¡Ah!… ¡el duelo!

RAGUENEAU. — (Admirativo.) Sí, ¡el duelo en verso!

LISA. — ¡No cesa de alabaros!

CYRANO. — ¡Bah!… ¡no tuvo importancia!

RAGUENEAU. — (Lanzándose a fondo con un asador que ha cogido.) «¡Y en el final fuisteis tocado!… ¡y en el final fuisteis tocado!…» ¡Es precioso! (Con creciente entusiasmo.) «¡Y en el final fuisteis…!»

CYRANO. — ¿Qué hora es, Ragueneau?

RAGUENEAU. — (En posición de lanzarse a fondo para darle estocada, mira el reloj.) Las seis y cinco… ¡«tocado»! (Se levanta.) ¡Oh!… ¡hacer una balada así!

LISA. — (Al pasar junto al mostrador aprieta la mano distraídamente a Cyrano.) ¿Qué tenéis en la mano?

CYRANO. — Nada. Un rasguño.

RAGUENEAU. — ¿Habéis corrido algún peligro?

CYRANO. — Ninguno.

LISA. — (Amenazándole con el dedo.) ¡Me parece que estáis mintiendo!

CYRANO. — ¿Acaso se me mueve la nariz? ¡Sería necesaria una gran mentira!… (Cambiando de tono.) Espero a una persona. Quiero que nos dejéis solos.

RAGUENEAU. — No sé si podré… Van a venir mis amigos, los poetas.

LISA. — (Con ironía.) ¡A su primera comida!

CYRANO. — Cuando te haga una seña, te alejarás. ¿Qué hora es?

RAGUENEAU. — ¡Las seis y diez!

CYRANO. — (Sentándose con nerviosismo en la mesa de Ragueneau y cogiendo un papel.) ¿Tienes una pluma?

RAGUENEAU. — (Ofreciéndole la que tiene en la oreja.) ¡De cisne!

UN MOSQUETERO. — (Con soberbios mostachos, entra y saluda con voz estentórea.)¡Salud!

(Lisa se dirige aprisa hacia él.)

CYRANO. — (Volviéndose.) ¿Quién es?

RAGUENEAU. — Un amigo de mi mujer. ¡Un terrible guerrero, según dice!

CYRANO. — (Volviendo a tomar la pluma y alejando con el gesto a Ragueneau.) ¡Chiss!… (Para sí mismo.) Escribir, plegarla, dársela y marcharme… (Tirando la pluma.) ¡Cobarde!… Pero moriré si me atrevo a hablarle, a decirle una sola palabra… (A Ragueneau.) ¿Qué hora es?

RAGUENEAU. — Las seis y cuarto.

CYRANO. — (Golpeándose el pecho.) …una sola palabra de todas las que… mientras que escribiendo… (Vuelve a coger la pluma.) Bien, escribamos esta carta de amor que mil veces he hecho y rehecho, de tal forma que esté preparada y no tenga más que volver a copiarla.

(Escribe; tras las vidrieras de la puerta se distinguen siluetas delgadas e imprecisas.)

ESCENA IV

RAGUENEAU, LISA, el mosquetero, CYRANO sentado en la mesa del rincón y escribiendo; los poetas, vestidos de negro, con las medias caídas y llenos de barro.

LISA. — (A Ragueneau.) ¡Ya están aquí tus desharrapados!

PRIMER POETA. — (Entrando, a Ragueneau.) ¡Amigo mío!

SEGUNDO POETA. — (Lo mismo, dándole un apretón de manos.) ¡Querido colega!

TERCER POETA. — ¡Salud, rey de los pasteleros! (Olfatea.) ¡Qué bien huele aquí!

CUARTO POETA. — ¡Oh, Febo-Pastelero!

QUINTO POETA. — ¡Apolo de los cocineros!

RAGUENEAU. — (Rodeado, abrazado, y zarandeado por varias manos.) ¡Qué a gusto me encuentro en su compañía!

PRIMER POETA. — Nos hemos retrasado porque la Puerta de Nesle estaba abarrotada de gente.

SEGUNDO POETA. — ¡Ocho malandrines ensangrentados y rajados de arriba abajo, adornaban las aceras!

CYRANO. — (Levantando un instante la cabeza.) ¿Ocho?… ¡Vaya! ¡Creía que eran siete! (Sigue escribiendo.)

RAGUENEAU. — (A Cyrano.) ¿Es que conocéis al héroe del combate?

CYRANO. — (Con negligencia.) ¿Yo?… ¡No!

LISA. — (Al mosquetero.) Y vos… ¿le conocéis?

EL MOSQUETERO. (Retorciéndose el mostacho.) ¡Tal vez!

CYRANO. — (Escribiendo aparte; de vez en cuando se le oye murmurar.) «Yo os amo…»

PRIMER POETA. — ¡Aseguran que un solo hombre bastó para poner a toda la banda en fuga!…

SEGUNDO POETA. — ¡Era curioso!… ¡Picas y garrotes cubrían el suelo!…

CYRANO. — (Escribiendo.) «Vuestros ojos…»

TERCER POETA. — ¡Hemos encontrado sombreros hasta en el muelle de los Orfebres!…

PRIMER POETA. — Debió ser un combate feroz…

CYRANO. — (Lo mismo.) «Vuestros labios…»

PRIMER POETA. — … ¡Y un terrible gigante el autor de la hazaña!

CYRANO. — (Lo mismo.) …«Y tiemblo de miedo cuando os miro.»

SEGUNDO POETA. — (Metiéndose un pastel en la boca.) ¿Has compuesto algún verso nuevo, Ragueneau?

CYRANO. — (Lo mismo.) «Que os ama…» (Se detiene en el momento de escribir la dirección y se levanta tras meter la carta en su jubón.) No necesita dirección. La entregaré yo mismo.

RAGUENEAU. — (Al segundo poeta.) Sí, compuse una receta en verso.

TERCER POETA. — (Sentándose junto a una bandeja de pasteles de crema.) ¡Oigámosla!

CUARTO POETA. — (Mirando un bizcocho que ha cogido.) Este bizcocho tiene el sombrero al revés. (Lo deja sin sombrero de un mordisco.)

PRIMER POETA. — ¡Este pastel, con sus ojos de almendra y sus cejas de angélica, parece perseguir al poeta hambriento!

SEGUNDO POETA. — ¡Te escuchamos!

TERCER POETA. — (Aplastando ligeramente un «chou» entre sus dedos.) El «chou» babea su crema… ¡parece que se ríe!

SEGUNDO POETA. — (Mordiendo la gran lira de pastel.) ¡Es la primera vez que una lira me alimenta!

RAGUENEAU. — (Que se dispone a recitar, tose, asegura su gorra y adopta una actitud afectada.) ¡Una receta en verso!

SEGUNDO POETA. — (Al primero dándole con el codo.) ¿Estás desayunando?

PRIMER POETA. — (Al segundo.) Sí… ¿y tú cenas?

RAGUENEAU. — «Cómo se hace una tarta de almendras». Batid clara de huevo hasta que salga espuma; añadid jugo de sidra y leche de almendras dulces; colocad en el flanco pastaflora y un poco de bizcocho en los dos lados; verted gota a gota en vuestro molde la espuma; metedlo todo al horno; sacadlas cuando estén doradas y tendréis hechas las tartas almendradas.

LOS POETAS. — (Con la boca llena.) ¡Exquisito!… ¡delicioso!

UN POETA. — (Atragantándose.) ¡Homph!…

(Se dirigen hacia el fondo, comiendo. Cyrano, que ha observado toda la escena, se adelanta hacia Ragueneau.)

CYRANO. — ¿No ves que acunados por tu voz se hinchan?

RAGUENEAU. — (En voz baja, con una sonrisa.) Ya los veo… ¡sin mirarles para que no se turben! Recitar de esta forma mis versos me causa doble placer: ¡Satisfago la dulce necesidad que tengo y doy de comer a los que no han comido!

CYRANO. — (Dándole una palmada en el hombro.) ¡Me haces gracia! (Ragueneau va a reunirse con sus amigos; Cyrano le sigue con la mirada; luego, un poco bruscamente.) ¡Eh, Lisa! (Lisa, que estaba hablando con el mosquetero, se sobresalta y desciende hacia Cyrano.) Ese capitán… ¿os asedia?

LISA. — (Ofendida.) ¡Oh!… Con una mirada, mis ojos sabrían vencer cualquier ataque contra mi virtud.

CYRANO. — Para ser vencedores, veo vuestros ojos abatidos.

LISA. — (Sofocada.) Pero…

CYRANO. — (Claramente.) Ragueneau me agrada… y no permitiré, señora Lisa, que nadie le ridiculice.

LISA. — Pero…

CYRANO. — (Que ha levantado la voz lo suficiente como para ser oído por el galán.) ¡A buen entendedor…!

(Saluda al mosquetero y se coloca en la puerta del fondo, observando, tras echar una ojeada al reloj.)

LISA. — (Al mosquetero que simplemente ha devuelto su saludo a Cyrano.) ¡La verdad… me asombráis!… ¡Replicadle en sus narices!

EL MOSQUETERO. — ¿En sus narices?… ¿En sus narices?… ¡Bah! (Se aleja rápidamente seguido por Lisa.)

CYRANO. — (Desde la puerta del fondo, haciendo señas a Ragueneau para que se lleve a los poetas.) ¡Eh!… ¡eh!…

RAGUENEAU. — (A los poetas, señalándoles la puerta de la derecha.) Estaremos mejor allí…

CYRANO. — (Impaciente.) ¡Eh!… ¡pst!…

RAGUENEAU. — (Arrastrándoles.) … si queremos leer versos.

PRIMER POETA. — (Desesperado y con la boca llena.) ¡Pero los pasteles!

SEGUNDO POETA. — ¡Llevémonoslos!

(Todos salen en procesión detrás de Ragueneau, después de haber recogido varias bandejas.)

ESCENA V

CYRANO, ROXANA, la dueña.

CYRANO. — En cuanto se presente la ocasión, sacaré la carta. (Roxana, enmascarada y seguida por la dueña, aparece detrás de las vidrieras. Cyrano abre rápidamente la puerta.) ¡Pasad! (Dirigiéndose a la dueña.) ¡Permitidme dos palabras, dueña!

LA DUEÑA. — Las que queráis.

CYRANO. — ¿Sois golosa?

LA DUEÑA. — ¡Con locura!

CYRANO. — (Cogiendo varios cucuruchos del mostrador.) Bien, aquí hay dos sonetos de Benserade…

LA DUEÑA. — (Decepcionada.) Pero…

CYRANO. — … que os llenaré de pasteles de crema.

LA DUEÑA. — (Cambiando el gesto.) ¡Ah!

CYRANO. — ¿Os gustan esos pasteles que llaman «petit chou»?

LA DUEÑA. — (Con dignidad.) Caballero, ¡todo lo que tenga crema!

CYRANO. — Pues aquí, en el seno de un poema de Saint-Amant, os dejo seis. ¡Y en estos versos de Chapelain os entrego un fragmento, menos pesado, eso sí, de torta! ¡Ah!… ¿Os gustan los pasteles recién sacados del horno?

LA DUEÑA. — ¡Hasta ponerme mala!

CYRANO. — (Cargándole los brazos de cucuruchos con pasteles.) Ahora idos a comer todo esto a la calle.

LA DUEÑA. — Pero…

CYRANO. — (Empujándola hacia afuera.) ¡Y no volváis hasta haberlos terminado!

(Cierra la puerta y se dirige hacia Roxana, deteniéndose respetuosamente descubierto, a cierta distancia.)

ESCENA VI

CYRANO, ROXANA y la dueña un momento.

CYRANO. — ¡Bendito sea el instante en que, acordándose de que existo, llegáis para hablarme! ¿Qué tenéis que decirme?

ROXANA. — (Que se ha quitado el antifaz.) Ante todo daros las gracias porque ayer triunfasteis sobre un petulante que, según los deseos de un gran señor, de mí enamorado…

CYRANO. — ¿De Guiche?…

ROXANA. — …trataban de imponerme como marido.

CYRANO. — Un marido complaciente ¿no? (Saludando.) Señora mía, si ayer me batí, no fue por mi horrible nariz sino por vuestros bellos ojos.

ROXANA. — Luego… Yo quería… Pero la petición que voy a haceros es necesario que vea en vos al hermano con quien jugaba en el parque, cerca del lago.

CYRANO. — ¡Cuando veníais en verano a Bergerac!

ROXANA. — ¡Las ramas de los árboles os servían de espadas…!

CYRANO. — ¡Y a vos de cabelleras rubias las panojas de maíz!

ROXANA. — ¡Era el tiempo de los juegos…!

CYRANO. — ¡…Y de las moras agrias!

ROXANA. — ¡El tiempo en que vos hacíais todo lo que yo deseaba!…

CYRANO. — Roxana, con falda corta, se llamaba entonces Magdalena…

ROXANA. — ¿Era bonita?

CYRANO. — ¡No erais fea!

ROXANA. — A veces, con la mano ensangrentada por haberos subido a algún árbol, venías a mí… Yo jugaba a mamá, os decía con voz que trataba de ser dura: (Le coge la mano.) «¿Cómo te has hecho este arañazo?»… (Roxana se detiene estupefacta.) ¡Oh!… ¿Y esto qué es?… (Cyrano intenta retraer la mano.) ¡No!… ¡enseñádmela!… ¡A vuestra edad aún con estas cosas!… ¿Dónde te lo has hecho?

CYRANO. — ¡Jugando… en la puerta de Nesle!…

ROXANA. — (Sentándose en una mesa y mojando su pañuelo en un vaso de agua.) Dadme la mano.

CYRANO. — (Sentándose también.) ¡Tan gentil!… ¡tan alegremente maternal!…

ROXANA. — Contadme lo que pasó mientras os limpio un poco la herida, ¿Cuántos eran contra vos?

CYRANO. — ¡Oh… no muchos!… Casi cien…

ROXANA. — ¡Contadme más!

CYRANO. — No, dejad. Decidme lo que no os atrevéis a decirme.

ROXANA. — (Sin soltarle la mano.) El recuerdo del pasado me da valor para decíroslo. Estoy enamorada.

CYRANO. — ¡Ah!

ROXANA. — ¡Pero él no lo sabe todavía!

CYRANO. — ¡Ah!

ROXANA. — ¡Y es preciso que lo sepa en seguida!

CYRANO. — ¡Ah!

ROXANA. — Es un pobre muchacho que me ama desde lejos sin atreverse a decírmelo…

CYRANO. — ¡Ah!

ROXANA. — Dejadme vuestra mano… ¡está enfebrecida! Pero yo he visto temblar el amor en sus labios.

CYRANO. — ¡Ah!

ROXANA. — (Terminando de hacerle un pequeño vendaje con su pañuelo.) Fijaos, primo mío, ¡qué casualidad! Sirve en vuestro regimiento.

CYRANO. — ¡Ah!

ROXANA. — ¡Es cadete de la misma compañía que vos!

CYRANO. — ¡Ah!

ROXANA. — En su frente se nota que es ingenioso, valiente, noble, joven, intrépido, bello…

CYRANO. — (Levantándose, muy pálido.) ¡Bello!…

ROXANA. — Sí. Pero… ¿qué os pasa?

CYRANO. — No… nada… nada… Es… (Señala su mano con una sonrisa.) Es… ¡La herida!

ROXANA. — En fin, le amo. Me parece necesario deciros que nunca le he visto más que en el teatro de la Comedia.

CYRANO. — ¿Y no os habéis hablado?

ROXANA. — ¡Con los ojos únicamente!

CYRANO ¿Y cómo sabéis entonces todo eso?

ROXANA. — Bajo los pórticos de la Plaza Real se habla de todo… Hasta me han asegurado que…

CYRANO. — ¿Es cadete?

ROXANA. — ¡Cadete de la guardia!

CYRANO. — ¿Cómo se llama?

ROXANA. — Barón Cristián de Neuvillette.

CYRANO. — ¿Cómo?… ¡Ése no es de los cadetes!

ROXANA. — Sí. Desde esta mañana sirve en la compañía del capitán Carbón de Castel-Jaloux.

CYRANO. — ¡Demasiado aprisa lanza su corazón!… Pero, ¡mi pobre niña!…

LA DUEÑA. — (Abriendo la puerta del fondo.) Ya he terminado los pasteles, señor de Bergerac.

CYRANO. — Pues leed ahora los versos impresos en los cucuruchos (La dueña desaparece.) ¡Mi pobre amiga!, vos que amáis el buen lenguaje y el ingenio… ¿qué haríais si fuese un profano, un salvaje?

ROXANA. — ¡Imposible!… ¡Tiene los cabellos de un héroe de Urfé!

CYRANO. — ¿Y si a pesar de ir bien peinado no tuviese ingenio?

ROXANA. — No puede ser. Todas las palabras que dice son delicadas… ¡lo adivino!

CYRANO. — Sí, todas las palabras son delicadas cuando el mostacho es delicado… ¿Y si fuese un necio?

ROXANA. — (Dando un golpe en el suelo con el pie.) Entonces… ¡entonces me moriría!

CYRANO. — (Tras una pausa.) ¿Y me habéis hecho venir aquí para decirme esto? ¡No veo, señora, la utilidad!

ROXANA. — Es… que… ayer me han puesto la muerte en el alma al decirme que todos los de la compañía sois gascones…

CYRANO. — …Y que provocamos a todos los que, sin serlo, son admitidos, por favor, entre nosotros. ¿Es eso lo que os han dicho?

ROXANA. — Sí. ¡Y podéis imaginaros lo que temblé al oírlo!

CYRANO. — (Entre dientes.) ¡No sin razón!

ROXANA. — Al veros ayer invencible castigando a aquel petimetre, pensé que, si vos quisieseis, todos le respetarían.

CYRANO. — ¡Está bien! ¡Defenderé a vuestro baroncito!

ROXANA. — ¿Verdad que le defenderéis? ¡Siempre sentí por vos una amistad tan tierna!…

CYRANO. — ¡Sí, sí!

ROXANA. — ¿Seréis su amigo?

CYRANO. — ¡Lo seré!

ROXANA. — ¿Y me juráis que nunca tendrá que batirse?

CYRANO. — ¡Os lo juro!

ROXANA. — ¡No sabéis cuánto os lo agradezco!… Ahora perdonadme, pero tengo prisa. (Se coloca la máscara y un encaje sobre la frente y añade distraída.) ¡Oh!… ¡pero si no me habéis contado la batalla de esta noche!… ¡Debió ser asombroso! ¡Ah!… ¡decidle que me escriba! (Le envía un beso con la mano.) ¡Os quiero mucho!

CYRANO. — ¡Sí, sí!

ROXANA. — ¡Cien hombres contra vos!… Bueno, me marcho. ¡Recordad que somos grandes amigos!

CYRANO. — ¡Sí, sí!

ROXANA. — ¡Que me escriba!… ¡Cien hombres!… ¡Ya me lo contaréis otro día!… ahora tengo prisa… ¡Cien hombres…! ¡Qué valor!

CYRANO. — (Despidiéndose.) ¡Más lo he tenido después!

(Ella sale. Cyrano permanece inmóvil con los ojos fijos en el suelo. Pausa. La puerta se abre. Ragueneau asoma la cabeza.)

ESCENA VII

CYRANO, RAGUENEAU, los poetas, CARBON DE CASTEL-JALOUX, los cadetes, la multitud, etc. Después DE GUICHE.

RAGUENEAU. — ¿Puedo pasar ya?

CYRANO. — (Sin moverse.) ¡Adelante!

(Ragueneau hace una seña y sus amigos entran. Al mismo tiempo, por la puerta del fondo, aparece Carbon de Castel-Jaloux vestido de capitán de guardias. Hace grandes gestos al ver a Cyrano.)

CARBON DE CASTEL-JALOUX. — ¡Aquí está!

CYRANO. — (Levantando la cabeza.) ¡Mi capitán!

CARBON. — (Alegre.) ¡Nuestro héroe!… ¡Lo sabemos todo!… Una treintena de cadetes están aquí.

CYRANO. — (Retrocediendo.) Pero…

CARBON. — (Intentando arrastrarle.) ¡Ven!… ¡quisiera verte!

CYRANO. — ¡No!

CARBON. — Están todos ahí, en la taberna de enfrente, «La Cruz del Traidor».

CYRANO. — Pero yo…

CARBON. — (Dirigiéndose a la puerta y gritando entre bastidores con voz de trueno.) ¡El héroe no quiere!… ¡Está de un humor de perros!

UNA VOZ. — (Desde fuera.) ¡Ah!… ¡vaya!…

(Tumulto, ruido de espadas que se acercan.)

CARBON. — (Frotándose las manos.) ¡Ya están atravesando la calle!

LOS CADETES. (Entrando en la pastelería.) ¡Mil diablos…! ¡«Capdedious»!… ¡«Mordious»!… ¡«Pocapdedious»!…

RAGUENEAU. — (Retrocediendo espantado.) Caballeros… ¿sois todos de Gascuña?

LOS CADETES. — ¡Todos!

UN CADETE. — (A Cyrano.) ¡Bravo!

CYRANO. — ¡Barón!

OTRO CADETE. — (Dándole un apretón de manos.) ¡Viva!

CYRANO. — ¡Barón!

TERCER CADETE. — ¡Venga un abrazo!

CYRANO. — ¡Barón!

VARIOS GASCONES. — ¡Abracémosle!

CYRANO. — (No sabiendo cómo responder.) ¡Barón!… ¡Barón!… ¡Barón!… ¡Gracias!

RAGUENEAU. — ¿Y todos sois barones, caballeros?

LOS CADETES. — ¡Todos!

RAGUENEAU. — ¿Todos?

PRIMER CADETE. — ¡Con nuestras rodelas, podría levantarse una torre!

LE BRET. — (Entrando y corriendo hacia Cyrano.) ¡Te buscan! Una multitud delirante viene hacia acá, conducida por los que anoche te siguieron.

CYRANO. — (Espantado.) ¿No les habréis dicho dónde estoy?

LE BRET. — (Frotándose las manos.) ¿Por qué no se lo íbamos a decir?

UN BURGUÉS. — (Entra, seguido de un grupo.) Caballero, ¡todo el Marais quiere presentarse aquí!

(Fuera, la calle está llena de gente. Las sillas de mano y las carrozas se detienen.)

LE BRET. — (En voz baja y sonriendo a Cyrano.) ¿Y Roxana?

CYRANO. — (Con viveza.) ¡Cállate!

LA MULTITUD. — (Gritando desde fuera.) ¡CYRANO!…

(Una muchedumbre se precipita en la pastelería. Tumulto. Aclamaciones.)

RAGUENEAU. — (De pie sobre una silla.) ¡Han invadido mi tienda!… ¡Están rompiéndolo todo!… ¡Es formidable!…

LA GENTE. — (Alrededor de Cyrano.) ¡Amigo mío!… ¡Amigo mío!…

CYRANO. — Que yo recuerde… ¡no tenía ayer tantos amigos!

LE BRET. — (Emocionado.) ¡El éxito!

UN JOVEN MARQUÉS. — (Corriendo hacia él con los brazos abiertos.) ¡Si tú supieras, querido amigo!…

CYRANO. — Si tú… ¿Tú?… ¿Puede saberse dónde hemos bebido juntos?

OTRO. — ¡Caballero!… quisiera presentaros algunas damas que hay en mi carroza.

CYRANO. — (Con frialdad.) Y a vos… ¿quién os ha presentado ante mí?

LE BRET. — (Estupefacto.) Pero ¿qué haces?

CYRANO. — ¡Cállate!

UN HOMBRE DE LETRAS. — (Que trae un escritorio.) ¿Podríais darme algunos detalles sobre…?

CYRANO. — ¡No!

LE BRET. — (Dándole un codazo.) ¡Pero si es Teofastro Renaudot, el inventor de la Gaceta!

CYRANO. — ¡Basta!

LE BRET. — ¡Ten en cuenta que en esas hojillas que publica se cuenta todo y que al parecer tendrá un gran porvenir!

EL POETA. — (Adelantándose.) ¡Caballero!…

CYRANO. — ¡Otro más!

EL POETA. — Quisiera hacer un acróstico con las iniciales de vuestro apellido…

OTRO CUALQUIERA. — (Avanzando.) ¡Caballero!…

CYRANO. — ¡Basta ya!

(Movimiento. La gente se divide en dos filas. De Guiche aparece escoltado por los oficiales, Cuigy, Brissaille, y los que marcharon con Cyrano al terminar el primer acto. Cuigy presenta a Cyrano.)

CUIGY. — (A Cyrano.) El señor De Guiche. (Murmullo. La gente deja paso.) Viene de parte del mariscal De Gassión…

DE GUICHE. — (Saludando a Cyrano.) …que me encarga demostraros su admiración por vuestra última hazaña.

LA MULTITUD. — ¡Bravo!

CYRANO. — (Inclinándose.) ¡El mariscal sabe reconocer el valor!

DE GUICHE. — ¡Nunca hubiera creído lo que hicisteis si estos caballeros no hubieran jurado haberlo visto!

CUIGY. — ¡Con nuestros propios ojos!

LE BRET. — (En voz baja, a Cyrano, que está como ausente.) Pero…

CYRANO. — ¡Cállate!

LE BRET. — Me parece que estás sufriendo por algo.

CYRANO. — (Temblando e irguiéndose rápidamente.) ¿Ante esta gente?… (Su mostacho se atiesa y respira con fuerza.) ¿Yo… sufrir? ¡Ahora verás!

DE GUICHE. — (Al que Cuigy ha dicho algo al oído.) Vuestra carrera está llena de grandes hazañas y, según tengo entendido, servís con esos locos de los gascones, ¿no es así?

CYRANO. — ¡Con los cadetes!

UN CADETE. — (Dando una gran voz.) ¡Con nosotros!

DE GUICHE. — (Mirando a los gascones, colocados detrás de Cyrano.) ¡Ah!… Todos estos caballeros tienen la mirada altiva… ¿Son los famosos cadetes de Gascuña?

CARBON. — ¡Cyrano!

CYRANO. — ¡Capitán!

CARBON. — Ya que, según parece, está aquí toda mí compañía, ¿queréis presentársela al conde?

CYRANO. — (Adelantando dos pasos hacia De Guiche y señalando a los cadetes.)

¡Éstos son los cadetes de Gascuña
con Carbon, su capitán!
¡Luchadores, mentirosos,
nobles, firmes, valerosos,
así son los cadetes de Gascuña
con Carbon, su capitán!
¡Ojos de buitre, pies de cigüeña,
mostacho tieso, dientes de lobo
cuando su furia enseña a la canalla!
¡Ojos de buitre, pies de cigüeña,
con viejos chambergos, de agujeros
llenos y calzados rotos
vestidos van!
¡Ojos de buitre, pies de cigüeña,
mostacho tieso, fiero ademán!
Raja-Tripas y Rompe-Hocicos
son los apodos que ellos se dan!
Ebrios de gloria,
Raja-Tripas y Rompe-Hocicos
en cualquier parte donde haya riña
allí ellos cita se dan.
Raja-Tripas y Rompe-Hocicos
son los apodos que ellos se dan!
¡Éstos son los cadetes de Gascuña
con Carbon, su capitán!
Hacen cornudos a los celosos.
De las mujeres, ¡dulce placer!

¡Éstos son los cadetes de Gascuña
con Carbon su capitán!
¡Que los maridos frunzan el ceño!
¡Suenen trompetas! ¡Pájaros, cantad!
¡Que aquí están los cadetes de Gascuña
con Carbon, su capitán!

DE GUICHE. — (Que ha permanecido sentado negligentemente en un sillón que Ragueneau trajo apresuradamente.) Un poeta es un lujo hoy día… ¿queréis servir en mi casa?

CYRANO. — ¡No! ¡Con nadie!

DE GUICHE. — Vuestra verborrea divirtió ayer a mi tío Richelieu. Desearía que sirvieseis a su lado.

LE BRET. — (Entusiasmado.) ¡Dios mío!

DE GUICHE. — Según tengo entendido, habéis escrito alguna obra de teatro…

LE BRET. — (Al oído de Cyrano.) ¡Al fin se representará tu «Agripina»!

DE GUICHE. — … Llevádselas…

CYRANO. — ¡La verdad es que…!

DE GUICHE. — Él es un hombre experto en estas cosas y os corregirá sólo algunos versos.

CYRANO. — (Cuya mirada se ha oscurecido repentinamente.) ¡Imposible, señor! ¡Mi sangre se hiela al pensar que alguien pueda tocar un solo de mis versos!

DE GUICHE. — ¿No sabéis, amigo mío, que cuando un verso le agrada, lo paga muy bien?

CYRANO. — ¡No tan bien como yo, que, cuando hago un verso que me gusta, me lo pago cantándomelo a mí mismo!

DE GUICHE. — ¡Sois orgulloso!

CYRANO. — ¿Lo habéis notado?

UN CADETE. — (Entra trayendo ensartados en su espada, varios sombreros sucios y agujereados.) ¡Mira, Cyrano!… Son los sombreros de los cobardes que anoche pusiste en fuga. Los hemos encontrado esta mañana junto al muelle.

CARBON. — ¡Bellos despojos!

LA GENTE. — (Riendo.) ¡Ja, ja, ja!

CUIGY. — El que pagó a aquellos miserables, debe estar rabiando como un perro.

BRISSAILLE. — ¿Se sabe ya quién es?

DE GUICHE. — ¡Fui yo! (Las risas se detienen.) Les ordené castigar un poetastro borrachín, porque hacerlo en persona me resultaba desagradable.

(Silencio molesto.)

EL CADETE. — (A media voz, mostrando a Cyrano los sombreros.) ¿Qué quieres que haga con esto? Están llenos de grasa… ¿Una pepitoria?

CYRANO. — (Cogiendo la espada en la que están ensartados los sombreros y dejándolos caer a los pies de De Guiche, con un saludo.) Señor, ¿quisierais devolvérselos a vuestros amigos?

DE GUICHE. — (Levantándose y diciendo con voz grave.) ¡Mi silla! en seguida ¡Parto al instante! (A Cyrano, violentamente.) ¡En cuanto a vos…!

UNA VOZ. — (Desde la calle, gritando.) ¡La silla del señor conde De Guiche!…

DE GUICHE. — (Que se ha dominado, con una sonrisa.) ¿Habéis leído el Quijote?

CYRANO. — Sí, y me descubro ante el nombre de ese genial loco.

DE GUICHE. — Deberías meditar entonces…

UNA VOZ. — (Desde el fondo.) ¡Ya está aquí la silla!

DE GUICHE. — …sobre el capítulo de los molinos.

CYRANO. — (Saludando.) Capítulo trece.

DE GUICHE. — Tened cuidado, porque cuando se les ataca puede suceder…

CYRANO. — ¿Es que yo ataco a gente que cambia según los vientos?

DE GUICHE. — …que un molinete de sus grandes brazos de tela, os lance al barro.

CYRANO. — ¡O a las estrellas!

(De Guiche sale. Se le ve subir a la silla; los caballeros se alejan cuchicheando. Le Bret les acompaña hasta la puerta. La gente sale.)

ESCENA VIII

CYRANO, LE BRET, y los cadetes, sentados alrededor de la mesa; se les sirve comida y bebida.

CYRANO. — (Saludando con aire burlón a los que se marchan sin atreverse a saludarle.) ¡Caballeros!… ¡Caballeros!… ¡Caballeros!…

LE BRET. — (Desolado, con los brazos al aire.) ¡En qué jaleo te has metido!

CYRANO. — ¿Ya empiezas a gruñirme?

LE BRET. — Por lo menos estarás de acuerdo conmigo en que es demasiado desperdiciar constantemente la suerte que viene a tus manos.

CYRANO. — ¡Demasiado!… Tienes razón: ¡es demasiado!

LE BRET. — ¡Entonces…!

CYRANO. — Pero me parece que al principio, y también como ejemplo, es bueno exagerar un poco.

LE BRET. — Si olvidases tu alma mosquetera, podrías conseguir gloria y fortuna…

CYRANO. — ¿Y qué tendría que hacer? Buscar un protector, tomar un amo, y como una hiedra oscura que rodea un tronco lamiéndole la corteza, subir con astucia en vez de elevarme por la fuerza. ¡No, gracias! ¿Dedicar, como todos hacen, versos a los financieros? ¿Convertirme en bufón con la vil esperanza de ver nacer una sonrisa amable en los labios de un ministro? ¡No gracias! ¿Desayunar todos los días con un sapo? ¿Tener el vientre desgastado de arrastrarme y la piel de las rodillas sucias de tanto arrodillarme? ¿Hacer genuflexiones de agilidad dorsal? ¡No, gracias! ¿Tirar piedras con una mano y adular con la otra? ¿Procurarme ganancias a cambio de tener siempre preparado el incensario? ¡No, gracias! ¿Subir de amo en amo, convertirme en un hombrecillo y navegar por la vida con madrigales por remos y por velas, suspiros de amores viejos? ¡No, gracias! ¿Conseguir que Servy edite mis versos, pagando? ¡No, gracias! ¿Trabajar por hacerme un nombre con un soneto, y no hacer otros? ¡No, gracias! ¿Hacerme nombrar papa por los cónclaves de imbéciles de los mesones? ¡No, gracias! ¿No descubrir el talento más que a los torpes, ser vapuleado por las gacetas y repetir sin cesar: «¡Oh!, ¡a mí, a mí, que he sido elogiado por el Mercurio de Francia!»? ¡No, gracias! ¿Calcular, tener miedo, estar pálido, preferir hacer una visita antes que un poema, releer memoriales, hacerse presentar? ¡No, gracias! ¡No, gracias! ¡No, gracias! Cantar, soñar, reír, caminar, estar solo, ser libre, saber que mis ojos ven bien, que mi voz vibra, ponerme al revés el sombrero cuando me plazca, batirme por sí o por un no, hacer versos… trabajar sin inquietarme la fortuna o la gloria, pensar en un viaje a la Luna, no escribir nunca nada que no nazca de mí mismo y contentarme, modestamente, con lo que salga; decirme: «Amigo mío, conténtate con flores, con frutos, o incluso con hojas, si en tu propio jardín las siembras y las recoges». Y si, por casualidad llegara al triunfo, no verme obligado a devolver nada al César; guardar el mérito para mí mismo, y desdeñar la parásita hiedra… O incluso, siendo encina o tilo, subir, subir… subir siempre solo, ¡aunque no alcance mucha altura!

LE BRET. — ¡Completamente solo, de acuerdo; pero no contra todos! ¡Tienes la espantosa manía de sembrar enemigos por todas partes!

CYRANO. — He adquirido esa costumbre a fuerza de verte hacer amigos y reír con ellos en todas partes. Sabes de sobra que por detrás te insultan. Al pasar, casi nadie te saluda, y yo me digo con alegría: ¡un enemigo más!

LE BRET. — ¡Que aberración!

CYRANO. — Sí, pero es mi vicio: desagradar me agrada. Me gusta que me odien. Amigo mío, ¡si supieras lo bien que se camina bajo la mirada de unos ojos excitados que intentan fulminarte! ¡Y cómo me divierten las manchas que sobre mi capa dejan la hiel de los envidiosos y la baba de los cobardes! La dulce amistad de tus amigos se parece a esos cuellos calados y flotantes de Italia, con los que el cuello se afemina y debilita; eso sí, son cómodos, aunque roban la expresión altiva, porque al no tener la frente ni sostén ni estorbo, la cabeza se cae en todos los sentidos. Para mí, en cambio, el odio es cada día como un cuello rizado que me obliga con su almidón a levantar la cabeza. Un enemigo más es un nuevo pliegue que me añade una molestia, pero también un rayo de luz, porque, según el refrán español, el odio es un dogal, y también una aureola.

LE BRET. — (Tras un silencio, cogiéndole por el brazo.) Di a todo el mundo, y en voz alta, tu orgullo y tu amargura, pero a mí no me engañes. ¡Confiésame en secreto que ella no te ama!

CYRANO. — (Vivamente.) ¡Cállate!

(Cristián ha entrado hace un momento y se mezcla a los cadetes que no le dirigen la palabra; termina por sentarse solo en una pequeña mesa donde Lisa le atiende.)

ESCENA IX

CYRANO, LE BRET, los cadetes, CRISTIÁN DE NEUVILLETTE.

UN CADETE. — (Sentado en una mesa del fondo y con el vaso en la mano.) ¡Eh, Cyrano! (Cyrano se vuelve hacia él.) ¡Cuéntanos qué pasó!

CYRANO. — Ahora mismo. ¡Esperad un momento!

(Pasea del brazo de Le Bret, mientras habla en voz baja.)

EL CADETE. — (Levantándose y dirigiéndose a la mesa donde está Cristián.) ¡Cuéntanos como sucedió! Será la mejor lección para un tímido aprendiz.

CRISTIÁN. — (Levantando la cabeza.) ¿Aprendiz?

OTRO CADETE. — ¡Sí, paliducho norteño!

CRISTIÁN. — ¿Paliducho?

PRIMER CADETE. — (Con aire de burlón.) Señor de Neuvillette, aprended una cosa: ¡entre nosotros existe algo de lo que nunca hablamos porque de hacerlo sería lo mismo que mentar la soga en casa del ahorcado!

CRISTIÁN. — ¿Qué es?

OTRO CADETE. — (Con una gran voz.) ¡Miradme! (Pone su dedo misteriosamente en la nariz tres veces consecutivas.) ¿Me habéis comprendido?

CRISTIÁN. — ¡Ah… la…!

OTRO CADETE. — ¡Chiss!… Esa palabra nunca se pronuncia. (Señala a Cyrano, que habla al fondo con Le Bret.) ¡El que lo haga, tendrá que vérselas con él!

OTRO. — (Que mientras Cristián estaba hablando con los otros, se ha sentado sin ruido en una mesa colocada a su espalda.) ¡Mató a dos gangosos porque no le gustaba que hablasen por la nariz!

OTRO. — (Con voz cavernosa, surgiendo de debajo de la mesa donde se ha deslizado a cuatro patas.) ¡El que quiera morir de viejo, que no haga ninguna alusión al fatal apéndice!

OTRO. — (Poniéndole la mano en el hombro.) ¡Con una palabra es suficiente!… ¿Qué digo?… ¿Con una palabra?… ¡un gesto basta! ¡Sólo sacar el pañuelo es tirar uno mismo de su propia mortaja!

(Silencio. Todos a su alrededor con los brazos cruzados, le miran. Se levanta y va a donde se halla Carbon de Castel Jaloux, que, hablando con un oficial, parece no haber visto nada.)

CRISTIÁN. — ¡Capitán!

CARBON. — (Volviéndose y mirándole de arriba a abajo.) ¿Qué queréis?

CRISTIÁN. — ¿Qué se debe hacer cuando uno se encuentra con meridionales demasiado fanfarrones?

CARBON. — ¡Demostrarles que se puede ser del Norte y valiente! (Le da la espalda.)

CRISTIÁN. — ¡Gracias!

PRIMER CADETE. — (A Cyrano.) ¡Ahora cuéntanoslo!

TODOS. — ¡Que lo cuente!… ¡Que lo cuente!…

CYRANO. — (Dirigiéndose hacia ellos.) ¿Que lo cuente? ¡Bien! (Todos acercan sus taburetes y se agrupan a su alrededor, tendiendo el cuello. Cristián, se sienta a caballo de una silla.) Pues iba completamente solo a su encuentro. La luna en el cielo brillaba como un reloj; de repente, no sé qué cuidadoso relojero pasó un paño de nubes por la caja plateada de aquel reloj redondo. Se hizo la oscuridad. Era la noche más negra del mundo, y como los muelles no estaban suficientemente iluminados… ¡maldita sea!… no se veía más allá de…

CRISTIÁN. — ¡De un palmo de narices!

(Silencio. Todos se levantan lentamente. Miran a Cyrano con terror. Éste se ha callado, estupefacto. Pausa.)

CYRANO. — ¿Quién es este hombre?

UN CADETE. — (A media voz.) ¡Ha llegado esta mañana!

CYRANO. — (Dirigiéndose hacia Cristián.) ¿Esta mañana?

CARBON. — (A media voz.) Es el barón de Neuvil…

CYRANO. — (Deteniéndose rápidamente.) ¡Ah!… Está bien. (Palidece, se pone rojo, parece que va a lanzarse sobre Cristián.) ¡Yo!… (Después se domina y dice con voz sorda.) ¡Está bien! (Vuelve al hilo de su relato.) Como decía… (Con un estallido de rabia en la voz.) ¡«Mordious»!… (Continúa en tono natural.)… no se veía nada… (Estupor entre los cadetes que vuelven a sentarse mirándose unos a otros.) …y yo caminaba pensando que por culpa de un puñado de rufianes, me iba a indisponer con algún noble, que, desde luego, me cogen:…

CRISTIÁN. — ¡Por las narices!

(Todos se levantan. Cristián se balancea en su silla.)

CYRANO. — (Atragantándose.) … me cogería ojeriza… que, imprudentemente, iba a meter…

CRISTIÁN. — ¡Las narices!…

CYRANO. — (Enjugando el sudor de la frente.) … la cabeza entre la espada y la pared… porque ese noble podía tener tanto valimiento que quizá me…

CRISTIÁN. — Rompiese las narices…

CYRANO. — …castigase. Pero me dije: ¡Adelante, gascón, haz lo que debes! ¡Adelante, Cyrano! Cuando ya había decidido continuar, surgió repentinamente de las sombras… un…

CRISTIÁN. — ¡Un narizota!

CYRANO. — un… le detengo y me doy…

CRISTIÁN. — ¡…de narices!…

CYRANO. — (Saltando hacia él.) ¡Por los clavos de Cristo! (Todos los gascones se adelantan para ver qué sucede; Cyrano llega junto a Cristián, se domina y continúa.)…y me doy de frente con cien borrachos que apestaban a vino y a cebolla. ¡Salto contra ellos, la frente baja…!

CRISTIÁN. — ¡La nariz al viento!…

CYRANO. — … me lanzo a fondo, atravieso a dos por el estómago; ensarto a uno completamente vivo… Si alguien me ataca, ¡paf!, ¡yo le respondo…!

CRISTIÁN. — ¡Pif!…

CYRANO. — (Estallando.) ¡Rayos y truenos!… ¡Salid todos!

(Los cadetes se precipitan hacia las puertas.)

PRIMER CADETE. — ¡Es el despertar del tigre!

CYRANO. — ¡Salid todos y dejadme a solas con este hombre!

SEGUNDO CADETE. — ¡Lo va a hacer picadillo!

RAGUENEAU. — ¿Picadillo?…

OTRO CADETE. — ¡Y lo va a meter de relleno en uno de tus pasteles!

CARBON. — ¡Salgamos!

OTRO. — ¡No va a dejar ni las migas!

OTRO. — ¡La que se va a armar aquí!

OTRO. — (Cerrando la puerta de la derecha.) ¡Algo espantoso!

(Ya han salido todos por el fondo o por los laterales; algunos lo han hecho por la escalera. Cyrano y Cristián permanecen frente afrente y se miran un momento.)

ESCENA X

CYRANO y CRISTIÁN.

CYRANO. — ¡Abrázame!

CRISTIÁN. — ¡Caballero!…

CYRANO. — ¡Bravo!… ¡Muy bien!

CRISTIÁN. — ¡Ah, pero…!

CYRANO. — ¡Muy bien!… ¡Lo prefiero así!

CRISTIÁN. — Vos me diréis.

CYRANO. — ¡Abrázame!… ¡Soy su hermano!

CRISTIÁN. — ¿De quién?

CYRANO. — ¡De ella!

CRISTIÁN. — ¿Cómo?…

CYRANO. — ¡De Roxana!

CRISTIÁN. — (Corriendo a su encuentro.) ¡Cielos!… ¿Vos su hermano?

CYRANO. — O como si lo fuera: ¡su primo hermano!

CRISTIÁN. — ¿Y ella os ha dicho?

CYRANO. — ¡Todo!

CRISTIÁN. — ¿Y me quiere?

CYRANO. — Probablemente.

CRISTIÁN. — (Cogiéndole las manos.) ¡Oh, cuanto me alegra haberos conocido!

CYRANO. — ¡Vaya!, ¡qué repentinamente nacen los sentimientos!

CRISTIÁN. — ¡Perdóname!

CYRANO. — (Mirándole y poniéndole la mano sobre el hombro.) ¡La verdad es que es hermoso!

CRISTIÁN. — ¡Si supierais cuanto os admiro!

CYRANO. — ¿A pesar de todas mis narices?

CRISTIÁN. — ¡Las retiro ahora mismo!

CYRANO. — ¡Roxana espera esta misma tarde una carta!

CRISTIÁN. — ¿Qué?… ¿Una carta?…

CYRANO. — ¡Sí!

CRISTIÁN. — ¡Será mi perdición!

CYRANO. — ¿Por qué?

CRISTIÁN. — ¡Soy muy torpe y me falta ingenio!

CYRANO. — Si eres capaz de comprenderlo, ya no eres tan tonto. ¡Además no me atacaste tan mal!

CRISTIÁN. — ¡Bah!… Cuando se trata de atacar, las palabras le salen a uno de la boca; pero ante una mujer, no sé qué decir… ¡Y sus ojos, cuando junto a ellas paso, tienen tantas bondades para mí!

CYRANO. — ¿Y no tienen más sus corazones cuando os detenéis?

CRISTIÁN. — No, porque, lo sé y tiemblo al pensarlo, soy de esos que no saben hablar de amor.

CYRANO. — ¡Vaya!… ¡Me parece que si se hubiesen cuidado de modelarme mejor, hubiese sido de los que saben hablar!

CRISTIÁN. — ¡Ay!, ¡quién pudiera expresarse con gracia!

CYRANO. — ¡Si yo consiguiera ser un guapo mosquetero!

CRISTIÁN. — ¡Quiero a Roxana y voy a desilusionarla!

CYRANO. — (Mirando a Cristián.) ¡Si yo encontrase para expresar mis sentimientos un intérprete parecido a éste!

CRISTIÁN. — (Con desesperación.) ¡Me falta ingenio!

CYRANO. — (Repentinamente.) ¡Yo te lo presto a cambio de tu encanto físico y seductor! ¡Hagamos los dos un héroe novelesco!

CRISTIÁN. — ¿Qué…?

CYRANO. — ¿Te sientes con las fuerzas necesarias para repetir lo que yo te enseñe cada día?

CRISTIÁN. — ¿Me propones…?

CYRANO. — ¡Roxana no se desilusionará! Dime, ¿quieres que entre los dos la conquistemos? ¿Quieres sentir pasar de mi jubón de payaso a tu jubón bordado lo que mi alma te inspire?

CRISTIÁN. — ¡Pero Cyrano!…

CYRANO. — ¿Quieres?

CRISTIÁN. — ¡Me das miedo!

CYRANO. — Ya que temes enfriar su corazón, ¿por qué no intentar que sus labios y mis frases colaboren?

CRISTIÁN. — ¡Tus ojos brillan!

CYRANO. — ¿Aceptas?

CRISTIÁN. — ¿Tanto placer te causaría?

CYRANO. — (Nervioso.) ¡Esto…! (Refrenándose y añadiendo como poeta.) ¡Esto me divertiría! ¡Es una experiencia digna de un poeta! ¿Quieres completarme y que yo te complete? ¡Tú caminarás y yo iré a tu lado, en la sombra! ¡Yo seré tu ingenio y tú serás mi belleza!

CRISTIÁN. — ¡Pero nunca podré escribir la carta que hay que enviarle esta noche!

CYRANO. — (Sacando de su jubón la carta escrita por él.) ¡Toma!, ¡aquí está!

CRISTIÁN. — ¿Cómo?…

CYRANO. — ¡Sólo faltan las señas!

CRISTIÁN. — ¡Yo…!

CYRANO. — Puedes enviársela con toda tranquilidad… ¡está bien escrita!

CRISTIÁN. — ¿Y la habías…?

CYRANO. — ¡Los poetas siempre tenemos en nuestros bolsillos cartas dirigidas a imaginadas Cloris!… ¡a las Cloris de nuestros sueños!… porque nosotros somos los que por amante únicamente tenemos la ilusión sugerida por las burbujas de un nombre. Tómala y harás realidad mis divagaciones. Yo lancé al azar estas quejas y lamentos: tú verás posarse esos pájaros errantes. ¡Cógela: verás que cuanto más elocuente, fui menos sincero! ¡Cógela y terminemos!

CRISTIÁN. — Pero, ¿ni siquiera hay que cambiar algunas palabras? Escrita así, como una divagación… ¿servirá para el caso de Roxana?

CYRANO. — ¡Irá como un guante!

CRISTIÁN. — Pero…

CYRANO. — La credulidad del amor propio es tan grande, que Roxana creerá que está escrita para ella.

CRISTIÁN. — ¡Gracias amigo mío!

(Se arroja en brazos de Cyrano y permanecen abrazados.)

ESCENA XI

CYRANO, CRISTIÁN, los gascones, el mosquetero y LISA.

UN CADETE. — (Abriendo la puerta.) ¡Nada!… ¡Un silencio de muerte!… ¡No me atrevo a mirar!… ¿Eh?…

TODOS LOS CADETES. — (Entran y ven a Cyrano y a Cristián abrazados.) Pero si…

UN CADETE. — ¡Esto es demasiado! (Consternación general.)

EL MOSQUETERO. — (Burlón.) ¡Vaya!…

CARBON. — Nuestro demonio es tan dulce como un apóstol: ¡cuando se le golpea en una nariz, tiende la otra!

EL MOSQUETERO. — Ya podemos decir de sus narices lo que queramos. (Llamando a Lisa, y con aire de vencedor.) ¡Lisa, ven!… ¡Ahora verás! (Aspirando con afectación.) ¡Oh!… ¡oh!… ¡Es sorprendente!… ¡Qué olor!… (Dirigiéndose a Cyrano, cuya nariz mira con impertinencia.) ¡Este caballero debe haberlo notado! ¿A qué huele aquí?

CYRANO. — (Abofeteándole.) ¡A palo santo!

(Risas. Los cadetes han vuelto a encontrar a su Cyrano y dan gritos de alegría.)

TELÓN

PARTE TRES

ÍNDICE

Acto Tercero
Escena I
Escena Ii
Sin título
Escena Iii
Escena Iv
Escena Vi
Escena Vii
Escena Viii
Escena Ix
Escena X
Escena Xi
Escena Xii
Escena Xiii
Escena Xiv

ACTO TERCERO

El beso de Roxana

Una pequeña plaza del antiguo barrio de Marais. Viejas mansiones. Al fondo, callejuelas. A la derecha, la casa de Roxana y el muro de su jardín, por encima del cual asoma la hojarasca de los árboles. Sobre la puerta, un balcón y junto a ella un banco. Hiedras que trepan por el muro; los jazmines adornan el balcón formando una guirnalda que se retuerce y cae. Puede subirse fácilmente hasta éste, trepando por el banco y las piedras salientes del muro.

Enfrente, una vieja casa del mismo estilo, en piedra y ladrillo, con puerta de entrada. El aldabón de esta puerta se halla cubierto de tela, como un dedo herido. Al levantarse el telón, la dueña está sentada en el banco. El balcón de Roxana, abierto de par en par. De pie, junto a la dueña, Ragueneau, vestido con una especie de librea, acabando de contar algo y secándose los ojos.

ESCENA I

RAGUENEAU, la dueña; después ROXANA, CYRANO y dos pajes.

RAGUENEAU. — …Y después se fugó con un mosquetero. Solo y arruinado, decidí ahorcarme. Ya tenía los pies en el aire cuando el señor de Bergerac entró y, tras cortar la soga, me ofreció el puesto de intendente en casa de su prima.

LA DUEÑA. — Pero, ¿cómo puede explicarse que estéis arruinado?

RAGUENEAU. — ¡A Lisa le gustaban los guerreros y a mí los poetas! Marte se comía los pasteles que dejaba Apolo. Podéis comprender que no hizo falta mucho tiempo para arruinarme.

LA DUEÑA. — (Levantándose y llamando por la ventana abierta.) ¡Roxana!, ¿estáis preparada? ¡Nos están esperando!

VOZ DE ROXANA. — (Por la ventana.) ¡Un momento que me ponga el velo!

LA DUEÑA. — (A Ragueneau, señalando la puerta de enfrente.) Vamos ahí enfrente, a casa de Clomira. En su tertulia se leerá hoy un discurso sobre «le Tendre».

RAGUENEAU. — ¿Sobre «le Tendre»?

LA DUEÑA. — (Haciendo carantoñas.) ¡Claro! (Gritando hacia la ventana.) ¡Roxana, que se hace tarde!… ¡Vamos a perdernos el discurso sobre «le Tendre»!

VOZ DE ROXANA. — ¡Ya bajo!

(Se oye música de instrumentos de cuerda que se aproxima.)

VOZ DE CYRANO. (Cantando entre bastidores.) ¡La… la… la… la…!

LA DUEÑA. — (Sorprendida.) ¡Me parece que tendremos serenata!

CYRANO. — (Entra seguido por dos pajes con laúdes.) ¡Te repito que esa corchea es triple, triple idiota!

PRIMER PAJE. — (Irónico.) ¿Sabéis, señor, si las corcheas pueden ser triples?

CYRANO. — ¡Cállate! ¡Soy músico como todos los discípulos de Gassendi!

EL PAJE. — (Tocando y bailando.) ¡La… la…!

CYRANO. — (Arrancándole de las manos el laúd y continuando la frase musical.) Yo seguiré. ¡La… la… la… la…!

ROXANA. — (Apareciendo en el balcón.) ¿Sois vos?

CYRANO. — (Cantando.) ¡Yo, que vengo a saludar a vuestros lirios y a presentar mis respectos a vuestras rosas!

ROXANA. — ¡Ahora mismo bajo!

(Desaparece del balcón.)

LA DUEÑA. — (Señalando a los pajes.) ¿Son acaso virtuosos?

CYRANO. — ¡Una apuesta que he ganado a Assoucy! Discutíamos sobre el problema gramatical. ¡Sí!… ¡No!… ¡Sí!… ¡No!… De repente, señalándome a estos dos grandes perillanes, hábiles en tocar las cuerdas del laúd y que siempre lleva consigo, me dijo: «Si no tengo razón, os presto por un día estos dos músicos». ¡Y perdió! Hasta que el sol vuelva a comenzar su órbita, tendré tras mis talones estos dos laudistas, que serán testigos de todo lo armonioso que yo haga. Al principio eran encantadores: ¡ahora ya lo son menos! (A los músicos.) ¡Eh, marchaos a tocar a Montfleury una pavana de mi parte! (Los pajes se disponen a salir. A la dueña.) Como todas las tardes, vengo a preguntar a Roxana… (A los pajes que salen:) ¡Tocad durante mucho tiempo y desafinad lo que podáis! (A la dueña:)…Sí ha encontrado en su amor algún defecto.

ROXANA. — (Saliendo de la casa.) ¡Ninguno! ¡Es bello, tiene ingenio y le amo!

CYRANO. — (Sonriendo.) ¿Tanto ingenio tiene Cristián?

ROXANA. — ¡Más que vos mismo, querido primo!

CYRANO. — ¡Lo concedo!

ROXANA. — No puede haber para mi gusto otro conversador tan fino y que diga cosas tan bonitas como él… A veces se distrae, sus musas le abandonan… ¡y repentinamente, dice cosas que arrebatan!

CYRANO. — (Incrédulo.) ¡No!…

ROXANA. — ¿Os parece demasiado? ¡Oh! ¡Así sois todos los hombres! ¡Si es guapo, no puede tener ingenio!

CYRANO. — ¿Sabe hablar del corazón de forma experta?

ROXANA. — Él no habla, caballero, ¡diserta!

CYRANO. — ¿Escribe?

ROXANA. — ¡Mucho mejor aún! ¡Escuchad un momento! (Declamando:) «Cuanto más corazón me robas, tanto más tengo». (Triunfante.) ¿Eh?… ¿qué os parece?

CYRANO. — ¡Bah!…

ROXANA. — Y esto: «Para sufrir, puesto que me falta otro, si vos guardáis mi corazón, enviadme el vuestro».

CYRANO. — ¡Tan pronto le sobra corazón como le falta!… ¿Qué es lo que quiere decir exactamente?

ROXANA. — (Golpeando con los pies.) ¡Me estáis molestando!… ¡Estáis celoso!

CYRANO. — (Estremeciéndose.) ¿Celoso yo?…

ROXANA. — ¡Sí! ¡Celoso de que un autor os supere! Y esto, ¿no demuestra acaso una gran ternura?: «Hacia vos mi corazón va como un grito, y si los besos se enviaran por escrito, leeríais mi carta con los labios».

CYRANO. — (Sonriendo de satisfacción a pesar suyo.) ¡Ah!… ¡esos versos son… son… (Refrenándose y con desdén.) un poco afectados!

ROXANA. — Y este otro ¿qué os parece?…

CYRANO. — Pero ¿os sabéis todas sus cartas de memoria?

ROXANA. — ¡Todas!

CYRANO. — (Rizándose el mostacho con los dedos.) ¡No tengo entonces nada qué decir: es muy halagador!

ROXANA. — ¡Es un maestro!

CYRANO. — (Modesto.) ¡Oh!… ¡un maestro!…

ROXANA. — (Perentoria.) ¡Un maestro!…

CYRANO. — (Saludando.) ¡Sea! ¡Un maestro!

LA DUEÑA. — (Que había desaparecido, sale apresuradamente.) ¡El señor De Guiche! (A Cyrano, empujándole hacia la casa.) Entrad. ¡Es mejor que nos encuentre aquí! ¡Podría ponerlo sobre la pista!

ROXANA. — (A Cyrano.) Sí, es mejor que no se entere de mi preciado secreto. Me ama, es poderoso y no tiene por qué conocerlo: ¡Podría dar un golpe mortal a mis amores!

CYRANO. — ¡Bueno, bueno!, ¡entraré!

(Cyrano entra en la casa y por el fondo aparece De Guiche.)

ESCENA II

ROXANA, DE GUICHE, y la dueña aparte.

ROXANA (Haciendo a De Guiche una gran reverencia.) ¡Salía en este preciso instante!

DE GUICHE. — ¡Y yo vengo a despedirme!

ROXANA. — ¿Os marcháis?

DE GUICHE. — ¡A la guerra!

ROXANA. — ¡Ah!

DE GUICHE. — ¡Esta misma noche!

ROXANA. — ¡Ah!

DE GUICHE. — He recibido órdenes: Arrás está sitiada.

ROXANA. — ¡Ah!… ¡conque está sitiada!

DE GUICHE. — ¡Mi marcha parece dejaros fría!

ROXANA. — (Cortésmente.) ¡Oh!

DE GUICHE. — ¡Estoy nervioso! ¿Cuándo os volveré a ver? ¿Cuándo?… ¿Sabéis que he sido nombrado Jefe de campo…?

ROXANA. — (Indiferente.) ¡Formidable!

DE GUICHE. — … del regimiento de cadetes.

ROXANA. — (Interesándose.) ¿De los cadetes?

DE GUICHE. — Sí, donde sirve vuestro primo, el hombre más fanfarrón que en mi vida he visto. ¡Ahora sabré vengarme!

ROXANA. — (Sofocada.) ¿Cómo?… ¿Los cadetes irán a Arrás?

DE GUICHE. — (Riendo.) ¡Claro!… ¡es mi regimiento!

ROXANA. — (Cayendo desfallecida en el banco. Aparte.) ¡Cristián!

DE GUICHE. — ¿Qué os sucede?

ROXANA. — (Muy pálida.) ¡Esta… marcha… me desespera! ¡Saber que una persona querida está en la guerra!

DE GUICHE. — (Sorprendido y encantado.) Es la primera vez que me decís unas palabras tan dulces… ¡y precisamente el día de mi marcha!

ROXANA. — (Cambiando de tono y abanicándose.) Entonces… ¿queréis vengaros de mi primo?

DE GUICHE. — (Sonriendo.) ¡Ah!… ¿Era por él?

ROXANA. — ¡No! ¡Al contrario!

DE GUICHE. — ¿Lo veis a menudo?

ROXANA. — Muy poco.

DE GUICHE. — Se le suele ver con frecuencia con uno de esos cadetes… (Buscando el nombre.) un tal… Neu… villen… villet…

ROXANA. — ¿Uno muy alto?

DE GUICHE. — Sí… ¡Rubio y muy guapo!

ROXANA. — ¡Bah!…

DE GUICHE. — ¡Pero tonto!

ROXANA. — ¡Eso parece! (Cambiando de tono.) Vuestra venganza contra Cyrano, ¿consiste en exponerle en el combate? ¡Me parece mezquina! ¡Yo sé lo que le haría más daño!

DE GUICHE. — ¿Qué?

ROXANA. — Dejarle en París con sus queridos cadetes, de brazos cruzados durante toda la guerra, mientras el regimiento parte para Arrás. Es la única manera de hacer rabiar a un hombre como él. ¿Queréis castigarle? ¡Privadle entonces del peligro!

SIN TÍTULO

DE GUICHE. — ¡Una mujer!… ¡Una mujer!… ¡Nadie sino una mujer podía imaginar esa venganza!

ROXANA. — Se roerá el alma y sus amigos los puños por no estar en el combate.

DE GUICHE. — ¿Me amáis siquiera un poco?… (Ella sonríe.) Me parece ver en esta forma de ayudarme en mi venganza una prueba de amor, Roxana.

ROXANA. — ¡Lo es!

DE GUICHE. — (Enseñándole varios pliegos sellados.) Tengo en mi poder las órdenes que serán enviadas a cada compañía dentro de unos instantes, excepto… (Saca un pliego.) ésta, ¡la de los cadetes! (La guarda en su bolsillo.) Me quedaré yo con ella. (Riendo.) ¡Ah, Cyrano!… ¡ese bravucón!… ¡Buena venganza! ¿También vos sabéis jugar malas partidas a la gente?

ROXANA. — (Mirándole.) ¡A veces!

DE GUICHE. — (Más cerca de ella.) ¡Me volvéis loco! Esta noche, escuchad bien, debo partir… ¡Pero marchar, cuando os siento enamorada!… Prestad atención: cerca de aquí, en la calle de Orleáns, hay un convento fundado por el síndico de los capuchinos, el padre Atanasio. Un laico no puede entrar, pero ya me encargaré yo de los buenos curas… ¡Me pueden esconder en su manga…! ¡es tan ancha!… Esos capuchinos son los que sirven en casa de Richelieu. Como temen al cardenal, intentarán ponerse a bien con el sobrino. Todo el mundo creerá que he marchado con mi regimiento… Vendré enmascarado… ¡Permitidme que retrase un día mi partida!

ROXANA. — (Vivamente.) Pero si esto llega a divulgarse vuestra gloria…

DE GUICHE. — ¡Bah!

ROXANA. — ¿Y el asedio?… ¿Y Arrás?…

DE GUICHE. — ¡Tanto peor! ¿Me permitís entonces…?

ROXANA. — ¡No!

DE GUICHE. — ¡Dejadme!

ROXANA. — (Tiernamente.) ¡Debo defenderos!

DE GUICHE. — ¡Ah!

ROXANA. — ¡Partid y cumplid las órdenes recibidas! (Aparte.) ¡Cristián se queda! (En voz alta.) ¡Os quiero héroe, Antonio!

DE GUICHE. — ¡Divina palabra! ¿Y amáis…?

ROXANA. — ¡A aquél por quien acabo de temblar!

DE GUICHE. — (Transportado de alegría.) Parto al instante. ¿Estáis contenta?

ROXANA. — Sí, amigo migo. (Sale tras besar la mano de Roxana.)

LA DUEÑA. — (Haciendo a su espalda una reverencia cómica.) Sí, amigo mío.

ROXANA. — (A la dueña.) No digáis nada de lo que acabo de hacer a Cyrano: ¡no le gustará perderse una guerra! (Llama en dirección a la casa.) ¡Primo…!

(Cyrano sale.)

ESCENA III

ROXANA, la dueña y CYRANO.

ROXANA. — Nos vamos a casa de Clomira. (Señala la puerta de enfrente.) Hoy tienen que hablar Alcandra y Lysimon.

LA DUEÑA. — (Colocando su dedo meñique en el oído.) Sí, pero mi dedo meñique me dice que faltará auditorio.

CYRANO. — (A Roxana.) ¡Nunca faltan monos!

(Han llegado ya ante la puerta de Clomira.)

LA DUEÑA. — (Con arrebato.) ¡Mirad!… ¡La aldaba está envuelta en tela! (Dirigiéndose a la aldaba.) ¿Os han amordazado para que vuestro metal no turbe los bellos discursos, pequeño bruto?

(Levanta el aldabón con mucho cuidado y golpea suavemente.)

ROXANA. — (Al ver que la puerta se abre.) ¡Entremos! (A Cyrano.) Si Cristián viene, como espero, decidle que me aguarde.

CYRANO. — (Vivamente, cuando ella va a desaparecer.) ¡Roxana! (Ella se vuelve.) Siguiendo vuestra costumbre, ¿sobre qué le haréis hoy las preguntas?

ROXANA. — Sobre…

CYRANO. — ¿Sobre…?

ROXANA. — No le diréis nada, ¿verdad?

CYRANO. — ¡Nada en absoluto!

ROXANA. — ¡Bajo ningún pretexto! Le diré: venga, hablad sin rienda que os ate; improvisad sobre el amor. ¡Sed espléndido!

CYRANO. — (Sonriendo.) ¡Bien!

ROXANA. — ¡Silencio!

CYRANO. — De acuerdo.

ROXANA. — ¡Ni una palabra!

(Roxana entra y cierra la puerta.)

CYRANO. — (Saludándola una vez que ha desaparecido.) ¡Muchas gracias!

(La puerta se abre y Roxana asoma la cabeza.)

ROXANA. — ¡Se prepararía!…

CYRANO. — ¡Descuidad!, ¡ni una palabra! …

LOS DOS JUNTOS. — ¡Chiss!

(La puerta se cierra.)

CYRANO. — (Llamando.) ¡Cristián!

ESCENA IV

CYRANO y CRISTIÁN.

CYRANO. — ¡Ya sé todo lo necesario! Prepárate para aprender lo que te diga. Esta es una ocasión para cubrirse de gloria. No perdamos el tiempo y no pongas esa cara de gruñón. ¡Deprisa!, volvamos a tu casa. Allí te lo diré.

CRISTIÁN. — ¡No!

CYRANO. — Pero…

CRISTIÁN. — ¡No! ¡Esperaré a Roxana aquí!

CYRANO. — Pero… ¿qué te sucede…? ¡Vamos deprisa a…!

CRISTIÁN. — ¡Te he dicho que no! Estoy cansado de tomar prestadas mis cartas, mis discursos, de desempeñar este papel y de temblar siempre. Al principio me servía, pero ahora que siento que me ama… ¡gracias!, ya no tengo miedo. ¡Hablaré por mí mismo!

CYRANO. — Pero… ¿te has vuelto loco?

CRISTIÁN. — ¿Quién te dice que no sabré? ¡No soy tan tonto al fin y al cabo! ¡Ya lo verás! Tus lecciones, amigo mío, han resultado provechosas; sabré hablar solo y, te lo juro, ¡sabré cogerla solo entre mis brazos! (Viendo a Roxana que sale de casa de Clomira.) ¡Es ella!… Cyrano, ¡no me dejes!

CYRANO. — (Saludándole.) ¡Hablad!… ¡hablad solo ahora!

(Desaparece tras el muro del jardín.)

ESCENA V

CRISTIÁN, ROXANA, algunas damas y caballeros y la dueña, un instante.

ROXANA. — (Saliendo de casa de Clomira acompañada por personas de las que se despide; reverencias y saludos.) ¡Bartenoidea!… ¡Alcandra!… ¡Gremiona!…

LA DUEÑA. — (Desesperada.) ¡Nos hemos quedado sin el discurso sobre «le Tendre»!

(Entra en casa de Roxana.)

ROXANA. — (Saludando todavía.) ¡Adiós, Urimedonte! (Todas saludan a Roxana, vuelven a saludarse unas a otras, se separan y, por fin, se alejan por diferentes callejuelas. Roxana ve a Cristián.) ¡Ah!… ¿sois vos?… (Se dirige hacia él.) La noche cae… Esperad. Ya están lejos. El aire es dulce, no pasa nadie. Sentémonos y habladme. Os escucho.

CRISTIÁN. — (Sentándose junto a ella en el banco, y tras una pausa.) ¡Os amo!

ROXANA. — (Cerrando los ojos.) Sí, eso. ¡Habladme de amor!

CRISTIÁN. — ¡Te amo!

ROXANA. — Ese es el tema, pero, ¡bordadlo!

CRISTIÁN. — ¡Os…!

ROXANA. — ¡Bordadlo!

CRISTIÁN. — ¡Te amo tanto!

ROXANA. — Desde luego, pero… ¿qué más?

CRISTIÁN. — ¿Qué más? ¡Me gustaría tanto que vos me amaseis! Roxana, ¡dime que me quieres!

ROXANA. — (Con una mueca.) ¡Me ofrecéis un caldo claro cuando esperaba cremas! ¡Decidme cómo me amáis!

CRISTIÁN. — Pues… ¡mucho!

ROXANA. — ¡Oh! ¡Describid vuestros sentimientos!

CRISTIÁN. — (Que se ha acercado y devora con los ojos la rubia cabellera de Roxana.) Tu cuello… ¡me gustaría besar tu cuello!

ROXANA. — ¡Cristián!

CRISTIÁN. — ¡Te quiero!

ROXANA. — (Intentando levantarse.) ¡Todavía estamos así!

CRISTIÁN. — (Reteniéndola vivamente.) ¡No! ¡No te quiero!

ROXANA. — (Volviéndose a sentar.) ¿Estáis seguro?

CRISTIÁN. — ¡Te adoro!

ROXANA. — (Levantándose y alejándose.) ¡Oh!

CRISTIÁN. — ¡Sí, me vuelvo loco!

ROXANA. — (Con sequedad.) Esto me disgusta. Me disgusta tanto como si os volvieseis feo.

CRISTIÁN. — Pero…

ROXANA. — ¡Id a capturar vuestra elocuencia que ha huido!

CRISTIÁN. — … Yo.

ROXANA. — Vos me amáis, ya lo sé. ¡Adiós! (Va hacia la casa.)

CRISTIÁN. — ¡Un momento! Quisiera deciros…

ROXANA. — (Empujando la puerta para entrar.) ¿Qué me adoráis?… ¡Ya lo sé! ¡Idos! ¡Idos!

CRISTIÁN. — Pero yo…

(Roxana cierra la puerta, dándole con ella en las narices.)

CYRANO. — (Que ha vuelto hace un momento sin ser visto.) ¡Os felicito caballero, por el éxito!

ESCENA VI

CRISTIÁN, CYRANO, y los pajes un instante.

CRISTIÁN. — ¡Ayudadme!

CYRANO. — ¡De ninguna manera!

CRISTIÁN. — Moriré si no consigo recuperar sus favores al momento.

CYRANO. — ¿Y qué puedo hacer yo? ¿Queréis que en un momento os lo enseñe?

CRISTIÁN. — (Cogiéndole por el brazo.) ¡Mira allá!

(La ventana del balcón se ha iluminado.)

CYRANO. — (Con emoción.) ¡Su ventana!

CRISTIÁN. — (Gritando.) ¡Me moriré!

CYRANO. — ¡Baja la voz!

CRISTIÁN. — (Más bajo.) ¡Voy a morir!

CYRANO. — La noche es muy oscura.

CRISTIÁN. — ¿Y…?

CYRANO. — Podemos arreglarlo. No lo mereces, pero… ¡Ponte ahí, miserable! ¡Ahí, delante del balcón! Yo me pondré debajo y te iré diciendo lo que tienes que hacer.

CRISTIÁN. — Pero…

CYRANO. — ¡Cállate!

LOS PAJES. — (Reapareciendo por el fondo, a Cyrano.) ¡Eh!

CYRANO. — ¡Chiss!

(Les hace señas para que hablen más bajo.)

PRIMER PAJE. — (A media voz.) Venimos de dar la serenata a Montfleury.

CYRANO. — (En voz baja y deprisa.) ¡Id a esconderos cada uno en una esquina de la calle! Si algún paseante se acerca por aquí, tocad algo.

SEGUNDO PAJE. — Y ¿qué queréis que toquemos, señor gassendista?

CYRANO. — Si es una mujer, algo alegre; si es un hombre, triste. (Los pajes desaparecen, uno por cada esquina de la calle.) ¡Llámala!

CRISTIÁN. — ¡Roxana!

CYRANO. — (Recogiendo algunas piedrecillas que arroja a las ventanas.) ¡Espera! ¡Con estas piedrecillas!…

ESCENA VII

ROXANA, CRISTIÁN y CYRANO, que al principio está escondido.

ROXANA. — (Entreabriendo la ventana.) ¿Quién me llama?

CRISTIÁN. — ¡Yo!

ROXANA. — ¿Quién es «yo»?

CRISTIÁN. — Cristián.

ROXANA. — (Con desdén.) ¡Ah!… ¿sois vos?

CRISTIÁN. — Quisiera hablaros.

CYRANO. — (Debajo del balcón, a Cristián.) ¡Bien, bien! ¡Casi en voz baja!

ROXANA. — ¡No! Habláis demasiado mal. ¡Idos!

CRISTIÁN. — ¡Por favor, señora!

ROXANA. — ¡No! ¡No me amáis!

CRISTIÁN. — (Al que Cyrano va dictando las palabras.) ¡Santo cielo!… ¡Acusarme de no amarla, cuando más la amo!

ROXANA. — (Que iba a cerrar su ventana, deteniéndose.) ¡Vaya! ¡Esto está mejor!

CRISTIÁN. — (Que repite lo que Cyrano le dice.)El amor crece mecido… por mi alma… inquieta, a la que este… cruel diosecillo, ha tomado… por cuna.

ROXANA. — (Avanzando en el balcón.) Esto está mejor. ¿Y por qué, si es cruel, fuisteis tan tonto que no ahogasteis ese amor en la cuna?

CRISTIÁN. — ¡Lo intenté… pero todo fue en vano…! Ese recién nacido… señora, es un pequeño… Hércules…

ROXANA. — ¡Ya está mejor!

CRISTIÁN. — … de tal suerte que estrangula fácilmente las dos serpientes: el Orgullo… y la Duda.

ROXANA. — (Acodándose en la balaustrada del balcón.) ¡Ah! ¡Eso está muy bien! Pero ¿por qué habláis de una forma tan poco segura? ¿Acaso vuestra imaginación sufre de gota?

CYRANO. — (Empujando a Cristián bajo el balcón y colocándose en su sitio.) ¡Chiss, cállate! ¡Se está poniendo muy difícil!

ROXANA. — Esta noche vuestras palabras tiemblan… ¿por qué?

CYRANO. — (Hablando a media voz, como Cristián.) Es… que como está muy oscuro, buscan a tientas en la sombra vuestro oído.

ROXANA. — Las mías no tienen semejante dificultad.

CYRANO. — ¿Lo encuentran en seguida?… ¡Oh, claro! Porque es mi corazón el que las recibe, y mi corazón es muy grande en tanto que vuestro oído es pequeño. Además, vuestras palabras descienden y bajan deprisa; las mías, en cambio, suben, señora, y necesitan más tiempo.

ROXANA. — ¡Pero suben mejor desde hace unos instantes!

CYRANO. — ¡Practicando se adquiere la costumbre!

ROXANA. — ¡La verdad es que os hablo desde gran altura!

CYRANO. — Desde luego. ¡Y si dejaseis caer desde ahí una palabra dura sobre mi corazón, me mataríais!

ROXANA. — (Con un movimiento.) ¡Ahora mismo bajo!

CYRANO. — (Vivamente.) ¡No!

ROXANA. — (Señalándole el banco situado bajo el balcón.) ¡Subíos a ese banco, deprisa!

CYRANO. — (Retrocediendo con espanto en la oscuridad.) ¡No!

ROXANA. — ¿Por qué no?

CYRANO. — (Más emocionado cada vez.) Dejad que aproveche… esta ocasión que se presenta para hablar dulcemente sin vernos.

ROXANA. — ¿Sin vernos?

CYRANO. — Sí, es delicioso. Apenas si adivino vuestro rostro. Vos veis únicamente la negrura de un largo manto que cae y yo vislumbro apenas la blancura de un vestido de verano: yo no soy más que una sombra; vos, una claridad. ¿Ignoráis lo que para mí representan estos minutos? Si alguna vez fui elocuente…

ROXANA. — ¡Lo fuisteis!

CYRANO. — ¡Nunca hasta ahora salió mi lenguaje de mi verdadero corazón!

ROXANA. — ¿Por qué?

CYRANO. — Porque hasta ahora siempre os hablé a través de…

ROXANA. — ¿De qué?

CYRANO. — A través del vértigo que infunden vuestros ojos. Pero esta noche… ¡esta noche me parece que será la primera en que voy a hablaros!

ROXANA. — ¡Es verdad que tenéis otra voz!

CYRANO. — (Acercándose con fiebre.) Sí. Es otra porque, envuelto en la noche que me protege, me atrevo al fin a ser yo mismo… me atrevo…

(Se detiene perdido.) ¿Qué os decía?… ¡No sé… todo esto… perdonad mi emoción… Es tan delicioso… y, sobre todo, tan nuevo para mí!

ROXANA. — ¿Tan nuevo?

CYRANO. — (Exaltado y tratando siempre de recoger sus palabras.) ¡Tan nuevo, sí, tan nuevo ser sincero!… El temor a que os burlaseis me oprimió siempre el corazón.

ROXANA. — ¿Que me burlase?… ¿De qué?

CYRANO. — Pues de… de algún arranque… Sí, mi corazón se viste siempre de mi ingenio por pudor… Me lanzo a descolgar estrellas y me detengo, por temor al ridículo, a recoger alguna florecilla.

ROXANA. — También las florecillas tienen su parte buena.

CYRANO. — Sí, pero esta noche, desdeñémoslas.

ROXANA. — Nunca me habíais hablado así.

CYRANO. — ¡Ah! ¡Si lejos de las aljabas, los arcos y las flechas, huyésemos hacia cosas más verdaderas!… ¡Si en lugar de beber el agua sucia, gota a gota en un pequeño dedal de oro, intentamos ver cómo el alma se alimenta bebiendo en las puras lentes del amor!…

ROXANA. — Pero… ¿y el ingenio?

CYRANO. — Sirvió para reteneros a mi lado. Pero tratar de hablar ahora como una carta de amor, sería insultar esta noche, este perfume, esta hora y a la naturaleza… Dejemos que el cielo, con la mirada de sus astros, nos despoje de todo lo artificial. ¡Temo que la sinceridad de los sentimientos desaparezca entre tanta palabra exquisita, que el alma no se pierda en pasatiempos ridículos y que el «fin del fin» no se convierta en el «fin de vanos fines»!

ROXANA. — Pero… ¿y el ingenio?

CYRANO. — Tratándose de amor, lo detesto. Cuando se ama, es un crimen prolongar ese juego. Además, inevitablemente llega un momento —compadezco a aquellos para los que nunca llega—, en que nos sentimos unidos por un amor noble, que se vuelve triste a cada palabra bonita que decimos.

ROXANA. — ¡Y bien!… Si ese momento hubiese llegado para nosotros dos ¿qué me diríais?

CYRANO. — Todas, todas aquellas palabras que se me ocurran, os las ofreceré sin ponerlas ni aderezarlas en un ramillete: os amo; me ahogo, enloquezco, no puedo más, es demasiado… ¡Tu nombre es para mi corazón como un cascabel…! y como siempre ante ti estoy temblando, el cascabel se agita y tu nombre suena. ¡Tanto te he amado que me acuerdo de todo…! Sé que el año pasado, un día, el doce de mayo, te cambiaste el peinado para salir por la mañana… Cuando se fija demasiado rato la vista en el sol, se ven encima de las cosas cercos encarnados… Del mismo modo, cuando aparto la vista del fuego encendido de tu cabellera, mis ojos, deslumbrados, ven por todas partes manchas rojizas…

ROXANA. — (Con voz trémula.) Sí, ¡esto es amor!

CYRANO. — Decís bien. Este sentimiento, terrible y celoso que me invade, es verdadero amor… Tiene todo el furor triste del amor y sin embargo, no es egoísta. ¡Ah! por tu felicidad yo daría la mía, aunque tú nunca llegaras a enterarte de nada. ¡Si alguna vez pudiera, aunque de lejos, oír la risa de la felicidad nacida de mi sacrificio!… ¡Cada mirada tuya suscita en mí una virtud nueva!… ¡me da más valor! ¿Te das cuenta? ¿Entiendes ahora lo que me pasa? ¿Sientes en esta sombra, subir hasta ti mi alma? En verdad, esta noche es demasiado bella, demasiado dulce… Yo os digo todo esto y vos… ¡vos me escucháis! ¡Es demasiado! ¡Incluso mi esperanza más atrevida, nunca osó esperar tanto! Ahora sólo me resta morir. ¡Es por mis palabras por lo que ella tiembla entre las hojas como una hoja más! ¡Pues tiemblas!… porque, lo quieras o no, he sentido bajar, a lo largo de las ramas de jazmín, el temblor adorado de tu mano.

(Besa enamoradamente la punta de una rama que cuelga.)

ROXANA. — ¡Sí! ¡Tiemblo y lloro, y te amo, y soy tuya!… ¡Tú me has enloquecido, me has embriagado!…

CYRANO. — Entonces… ¡que venga la muerte! Esta borrachera… ¡yo he sido quien ha sabido provocar esta embriaguez! Ya no pido más que una cosa…

CRISTIÁN. — (De bajo del balcón.) ¡Un beso!

ROXANA. — (Echándose hacia atrás.) ¿Qué?

CYRANO. — ¡Oh!

ROXANA. — ¿Qué… qué habéis pedido?

CYRANO. — Yo… yo… (A Cristián.) ¡Vas demasiado aprisa!

CRISTIÁN. — ¡Ahora que está turbada puedo aprovecharme!

CYRANO. — (A Roxana.) Si, yo… yo he pedido… es verdad ¡santo Cielo!… Comprendo que fui demasiado audaz.

ROXANA (Un poco decepcionada.) ¿O sea que ya no lo queréis?

CYRANO. — Sí… Lo quiero… ¡sin quererlo! Si vuestro pudor se conturba, no recordéis más ese beso.

CRISTIÁN. — (A Cyrano, tirándole de la capa.) ¿Por qué?

CYRANO. — ¡Cállate Cristián!

ROXANA. — (Inclinándose hacia adelante.) ¿Qué decíais en voz baja?

CYRANO. — Me reñía a mí mismo por haber ido demasiado lejos y me decía: «¡Cállate, Cristián!» (Los lauditas comienzan a tocar.) ¡Un momento!… Alguien viene. (Roxana cierra la ventana. Cyrano escucha a los lauditas que tocan uno un aire alegre, y el otro uno triste.) ¿Uno alegre?… ¿Uno triste?… ¿Qué quiere decir?… ¿Es un hombre o una mujer?… ¡Ah…, un capuchino!

(Entra a un capuchino que va de casa en casa con una linterna en la mano, mirando las puertas.)

ESCENA VIII

CYRANO, CRISTIÁN y un capuchino.

CYRANO. — (Al capuchino.) ¿Es esto el juego de Diógenes renovado?

EL CAPUCHINO. — Busco la casa de la señora…

CRISTIÁN. — ¡Nos estorba!

EL CAPUCHINO. — Magdalena Robin.

CRISTIÁN. — ¿Qué quiere?

CYRANO. — (Señalándole una callejuela que sube.) ¿La casa de Magdalena Robin? ¡Por allí, todo seguido, siempre derecho!

EL CAPUCHINO. — Rezaré un rosario por vos. (El capuchino sale.)

CYRANO. — ¡Vaya broma! Mis mejores votos van en pos de vuestra cogulla.

(Se dirige hacia Cristián.)

ESCENA IX

CYRANO y CRISTIÁN.

CRISTIÁN. — ¡Obténme ese beso!

CYRANO. — ¡No!

CRISTIÁN. — ¡Más pronto o más tarde…!

CYRANO. — Tienes razón. Al fin, llegará ese momento de embriaguez en el que vuestras bocas se lanzarán la una contra la otra a causa de tu mostacho rubio y de su labio sonrosado. (A sí mismo.) Preferiría que fuese a causa de…

(Ruido de postigos que se abren; Cristián se oculta bajo el balcón.)

ESCENA X

CYRANO, CRISTIÁN y ROXANA.

ROXANA. — (Adelantándose en el balcón.) ¿Sois vos? Me hablabais de… de… un…

CYRANO. — ¡De un beso! La palabra es dulce y no veo por qué vuestro labio no se atreve… ¡Si decirla quema, qué no será vivirla! No os asustéis. Hace un momento, casi insensiblemente habéis abandonado el juego y pasado, sin lágrimas, de la sonrisa al suspiro, del suspiro a las lágrimas. Deslizaos de igual manera un poco más: ¡de las lágrimas al beso no hay más que un estremecimiento!

ROXANA. — ¡Callaos!

CYRANO. — ¿Qué es un beso, al fin y al cabo, sino un juramento hecho poco más cerca, una promesa más precisa, una confesión que necesita confirmarse, la culminación del amor, un secreto que tiene la boca por oído, un instante infinito que provoca un zumbido de abeja, una comunión con gusto a flor, una forma de respirar por un momento el corazón del otro y de gustar, por medio de los labios, el alma del amado?

ROXANA. — ¡Callaos!

CYRANO. — Señora, un beso es tan noble, que incluso la misma reina de Francia, le ha permitido tomar uno al más feliz de los lores ingleses.

ROXANA. — Siendo así…

CYRANO. — (Exaltado.) ¡Cual otro Buckingham que sufre en silencio, adoro en vos la reina que sois! Como él, estoy triste…

ROXANA. — ¡Y como él, sois hermoso!

CYRANO. — (A parte, con desengaño.) ¡Es verdad, hermoso!… ¡Ya no me acordaba!

ROXANA. — ¡Subid a recoger esta flor sin igual!

CYRANO. — (Empujando a Cristián hacia el balcón.) ¡Sube!

ROXANA. — ¡Ese gusto del corazón!…

CYRANO. — ¡Sube!

ROXANA. — ¡Ese zumbido de abeja!…

CYRANO. — ¡Sube!

CRISTIÁN. — (Dudando.) Es que… ¡me parece que esto está mal!

ROXANA. — ¡Este instante infinito!…

CYRANO. — (Empujándole.) ¡Sube ya, animal!

(Cristián se decide y por el banco, las ramas y los pilares, alcanza la balaustrada y se sienta en ella.)

CRISTIÁN. — ¡Roxana!

(Lo abraza y se inclina sobre sus labios.)

CYRANO. — ¡Ay!… ¡Qué punzada en el corazón! ¡Beso, festín de amor en el que a mí me toca el papel de Lázaro!… De esa sombra me llega una de tus migajas. Sí, siento que mi corazón recibe algo, porque en esos labios a los que Roxana se entrega, está besando las palabras que yo he dicho hace un instante. (Se oyen de nuevo los laúdes.) ¿Un aire triste? ¿Otro alegre?… ¡Ya!… ¡el capuchino! (Finge venir corriendo como si llegase de lejos y grita en voz alta.) ¡Hola!

ROXANA. — ¿Qué pasa?

CYRANO. — ¡Soy yo! Pasaba casualmente por aquí… ¿Está ahí Cristián?

CRISTIÁN. — (Muy asombrado.) ¡Cyrano!

ROXANA. — ¡Hola, primo!

CYRANO. — ¡Hola, Roxana!

ROXANA. — ¡Ahora mismo bajo!

(Desaparece dentro de la casa. El capuchino vuelve a entrar por el fondo.)

CRISTIÁN. — (Al verle.) Pero… ¿todavía?…

(Va tras Roxana.)

ESCENA XI

CYRANO, CRISTIÁN, ROXANA, el capuchino, RAGUENEAU.

EL CAPUCHINO. — ¡Esta es la casa, no hay duda! ¡Magdalena Robin!

CYRANO. — Vos me dijisteis «Rolin».

EL CAPUCHINO. — ¡No, bin!… B, i, n; ¡bin!

ROXANA. — (Apareciendo en el umbral de la casa seguida por Ragueneau, que trae una linterna, y Cristián.) ¿Qué pasa?

EL CAPUCHINO. — ¡Una carta!

CRISTIÁN. — ¿Qué?

EL CAPUCHINO. — Seguro que se trata de algún asunto sagrado. Un señor muy importante…

ROXANA. — (A Cristián.) ¡Es de De Guiche!

CRISTIÁN. — ¿Cómo se atreve?

ROXANA. — Espero que alguna vez deje de molestarme. (Rasgando el sobre.) Yo te quiero y si… (A la luz de la linterna de Ragueneau lee aparte y en voz baja:) «Señorita, los tambores baten y mi regimiento se pone las armaduras para comenzar la marcha. A mí me creen en camino… pero os desobedezco y me quedo en este convento. ¡Pronto iré a buscaros! Os lo anuncio por medio de un religioso más tonto que una cabra que no se enterará de nada. Vuestros labios me han sonreído demasiado y no puedo marcharme sin volver a veros. Espero que me perdonéis esta audacia. Firma, vuestro muy… etc…»

ROXANA. — (Al Capuchino.) Padre mío, ved lo que dice esta carta. Escuchad todos. (Todos se acercan.) «Señorita: Es preciso cumplir la voluntad del cardenal por dura que os parezca. Por esta razón, he escogido a un santo, inteligente y discreto capuchino para poner en vuestras encantadoras manos estas líneas. Deseamos que él os dé la bendición nupcial inmediatamente (Vuelve la página.) en vuestra misma casa: Cristián ha de convertirse, en secreto, en vuestro esposo. Os lo envío. Ya sé que os desagrada: resignaos. Pensad que el Cielo bendecirá vuestro amor y que, desde luego, tendréis siempre asegurado el respeto de vuestro más humilde, etcétera…»

EL CAPUCHINO. — ¡Honrado caballero! ¡Ya lo decía yo!… ¡Estaba seguro!… Sólo podía tratarse de algo sagrado.

ROXANA. — (En voz baja, a Cristián.) ¿Verdad que leo muy bien las cartas?

CRISTIÁN. — ¡Hum…!

ROXANA. — (En voz alta y con desesperación.) ¡Ay!… ¡qué horror!

EL CAPUCHINO. — (Que ha enfocado con la linterna a Cyrano.) ¿Sois vos?

CRISTIÁN. — No. ¡Soy yo!

EL CAPUCHINO. — (Dirigiendo la linterna hacia él, y como si tuviese alguna duda al ver su belleza.) Pero…

ROXANA. — «Post scriptum: Dad al convento veinte doblas.»

EL CAPUCHINO. — ¡Un señor muy respetable!… (A Roxana.) ¡Resignaos, hija mía!

ROXANA. — (Sacrificándose.) ¡Me resigno! (Mientras Ragueneau abre la puerta al capuchino al que Cristián invita a pasar, Roxana dice en voz baja a Cyrano.) De Guiche vendrá ahora… ¡procurad entretenerle mientras!

CYRANO. — ¡Comprendido! (Al capuchino.) ¿Cuánto tiempo tardaréis en bendecirles?

EL CAPUCHINO. — Un cuarto de hora.

CYRANO. — (Empujándoles hacia la casa.) Idos. Yo me quedo.

ROXANA. — (A Cristián.) ¡Vamos!

(Entran en la casa.)

ESCENA XII

CYRANO, solo.

CYRANO. — ¿Cómo conseguir que De Guiche pierda un cuarto de hora?… (Salta rápidamente al banco y sube al muro en dirección al balcón.) ¡Allí!… ¡A subir!… Ya tengo el plan trazado. (Los músicos comienzan a tocar un canto lúgubre.) ¡Oh!… ¡un hombre! (La canción se vuelve siniestra.) ¡Hum!… No hay duda, esta vez es hombre. (Se encuentra ya sobre el balcón; se cala el sombrero hasta los ojos, deja su espada y se envuelve con la capa. Después se inclina y mira hacia afuera.) ¡No es suficientemente alto!… (Se sienta sobre la balaustrada y atrayendo hacia sí una larga rama de uno de los árboles que sobrepasan el muro del jardín, se agarra a ella con las dos manos, preparado para dejarse caer.) ¡Voy a turbar un poco la atmósfera!

ESCENA XIII

CYRANO y DE GUICHE.

DE GUICHE. — (Que entra en escena con máscara y tanteando en la oscuridad.) ¿Qué estará haciendo ese maldito capuchino?

CYRANO. — ¡Diablos!… ¿Y mi voz?… Si la reconoce… (Se suelta de una mano y con ella finge dar vueltas a una llave invisible.) ¡Cric… crac! (Con solemnidad.) ¡Cyrano, recupera el acento de los Bergerac!

DE GUICHE. — (Mirando la casa.) Sí, esa es. ¡Qué mal veo!… Está máscara me molesta. (Se dirige a la entrada Cyrano salta desde el balcón, ayudado por la rama que se cimbrea y le deposita exactamente entre la puerta y De Guiche; finge caer pesadamente como si lo hubiese hecho desde muy alto y se echa al suelo donde permanece inmóvil y como aturdido. De Guiche salta hacia atrás.) ¡Eh!… ¿qué es esto? (Cuando alza los ojos, la rama se ha enderezado ya y el conde no puede ver más que el azul del cielo sin comprender nada.) ¿De dónde ha caído este hombre?

CYRANO. — (Incorporándose y con acento gascón.) ¡De la Luna!

DE GUICHE. — De la… ¿qué?

CYRANO. — (Con voz de sueño.) ¿Qué hora es?

DE GUICHE. — ¿Estará loco?

CYRANO. — ¿Qué hora es?… ¿En qué país estoy… en qué día… en qué estación?

DE GUICHE. — Pero…

CYRANO. — ¡Estoy aturdido!

DE GUICHE. — ¡Caballero!

CYRANO. — ¡He caído de la Luna!

DE GUICHE. — (Impacientándose.) ¡Ya está bien!

CYRANO. — (Levantándose y dando una gran voz.) ¡He caído de la Luna!

DE GUICHE. — (Retrocediendo.) De acuerdo… de acuerdo… ¡Habéis caído… de la Luna!… ¡Este tío puede ser un loco!

CYRANO. — (Dirigiéndose hacia él.) ¡Y no he caído metafóricamente!

DE GUICHE. — Pero si…

CYRANO. — ¡Hace cien años, o quizás un minuto —ignoro completamente lo que duró mi caída—, yo me encontraba en aquella esfera color de azafrán!

DE GUICHE. — (Encogiéndose de hombros.) ¡Lo que queráis!… ¡Dejadme pasar!

CYRANO. — (Interponiéndose.) ¿Dónde estoy? ¡Sed franco!… ¡No me ocultéis nada! ¿En qué sitio, en qué lugar acabo de caer como un aerolito?

DE GUICHE. — ¡Diablos!

CYRANO. — Con la velocidad de la caída no pude escoger el punto de llegada e ignoro dónde me encuentro. ¿Fue en la Luna o en la Tierra donde hace un momento di con mis posaderas?

DE GUICHE. — Os repito caballero…

CYRANO. — (Con un grito de terror que hace retroceder a De Guiche.) ¡Ah, Dios mío!… ¡En este país tienen la cara negra!

DE GUICHE. — (Llevándose la mano al rostro.) ¿Cómo?

CYRANO. — (Con un miedo enfático.) ¿Me hallo por ventura en Argelia? ¿Sois vos un indígena?

DE GUICHE. — (Que se ha dado cuenta de que lleva la máscara.) ¡La máscara!

CYRANO. — (Fingiendo tranquilizarse un poco cuando De Guiche se la quita.) ¡Ah!… ¡Entonces es que estoy en Venecia!

DE GUICHE. — (Queriendo pasar.) ¡Una dama me espera!

CYRANO. — (Completamente tranquilizado.) Desde luego, estoy en París, ¿no es eso?

DE GUICHE. — (Sonriendo a su pesar.) ¡El caso es bastante extraño!

CYRANO. — ¡Ah!… ¿Os reís?

DE GUICHE. — Me río, ¡pero quiero pasar!

CYRANO. — (Alegre.) ¡He vuelto a caer en París! (Demuestra su satisfacción riendo, saltando y saludando.) Perdonadme, pero como consecuencia de la última caída estoy un poco cubierto de éter. ¡He viajado mucho y por eso tengo los ojos llenos de polvo de astros! ¡En mis espuelas podéis ver todavía algunos pelos de planeta! (Recogiendo algo de su manto.) Mirad, sobre mi jubón había una vedija de cometa. (Sopla como para hacerla volar.)

DE GUICHE. — (Fuera de sí.) ¡Caballero!

CYRANO. — (En el momento en que va a pasar estira su pierna como para mostrarle alguna cosa y le detiene.) En mi pantorrilla traigo clavado un diente de la Osa Mayor… y como al huir del Tridente quise evitar una de sus tres horquillas, caí sentado sobre Libra, que en estos momentos marca mi peso en sus balanzas. (Impidiendo con presteza que De Guiche pase y cogiéndole por uno de los botones del jubón.) ¡Si vos, caballero, oprimieseis con vuestros dedos mi nariz, saldría leche!

DE GUICHE. — ¿Leche?

CYRANO. — Sí, ¡leche de la Vía Láctea!

DE GUICHE. — ¡Bah!, ¡idos al infierno!

CYRANO. — Es el Cielo quien me envía. (Cruzándose de brazos.) ¿Podríais creer que al caerme he visto a Sirio ponerse por la noche un turbante? (Confidencial.) ¡La Osa Menor es demasiado pequeña para que pueda morder! (Riendo.) ¡Al atravesar la Lira, rompí una de sus cuerdas! (Soberbio.) Contaré todo mi viaje en un libro y, como las estrellas de oro que brillan en mi capa y que conseguí tras innumerables peligros y aventuras, haré los asteriscos, ¡cuando el libro se imprima!

DE GUICHE. — Pero yo quiero…

CYRANO. — ¡Ya sé por dónde vais!

DE GUICHE. — ¡Caballero!

CYRANO. — ¡Quisierais saber por mi boca cómo está hecha la Luna y si hay algún habitante en la redondez de su curvatura!

DE GUICHE. — (Gritando.) ¡No! Lo que quiero…!

CYRANO. — ¿Saber cómo he subido? ¡Lo conseguí por medio de mis inventos!

DE GUICHE. — (Decepcionado.) ¡Está loco!

CYRANO. — (Desdeñoso.) ¡No penséis que lo logré copiando a Regiomontano su águila, ni tampoco a Arquitas su tímida paloma!

DE GUICHE. — Es un loco… ¡pero un loco sabio!

CYRANO. — ¡No!… ¡no imité nada de lo hasta ahora hecho! (De Guiche, decidido a pasar, camina hacia la puerta de Roxana. Cyrano le sigue dispuesto a sujetarle.) ¡Inventé seis sistemas para violar el cielo virgen!

DE GUICHE. — (Volviéndose.) ¿Seis?

CYRANO. — (Con volubilidad.) Sí. ¡Quedándome desnudo y cubriendo luego mi cuerpo con frascos de cristal llenos de las lágrimas que por las mañanas vierte el cielo, después de tenderme al sol, el astro hubiera podido absorberme, al absorber el rocío!

DE GUICHE. — (Sorprendido y adelantando un paso hacia Cyrano.) ¡Vaya!… ¡No está mal! ¡Uno!

CYRANO. — (Retrocediendo para arrastrarle al otro lado.) Podía, también, haber hecho lo siguiente para tomar impulso: ¡encerrar viento en un cofre de cedro y enrarecerlo mediante espejos ardientes en forma de icosaedros!

DE GUICHE. — (Adelantando un paso.) ¡Dos!

CYRANO. — (Retrocediendo siempre.) ¡O también, inventar un saltamontes mecánico con disparadores de acero, y hacerme lanzar hasta los celestes prados, donde los astros pacen, mediante explosiones sucesivas de salitre!

DE GUICHE. — (Siguiéndole sin darse cuenta y contando con los dedos.) ¡Tres!

CYRANO. — ¡Como el humo tiene tendencia a subir, podía haber hinchado un globo suficientemente grande para que me arrastrase hacia la altura!

DE GUICHE. — (El mismo juego, más asombrado cada vez.) ¡Cuatro!

CYRANO. — ¡Como a Febo, cuando está en su órbita, le gusta chupar el tuétano de los bueyes, bien podría untar con tuétanos mi piel y alcanzar la Luna!

DE GUICHE. — (Estupefacto.) ¡Cinco!

CYRANO. — (Que hablando le ha arrastrado hasta el otro extremo de la plaza, junto a un banco.) Y el último de los sistemas que hubiera podido emplear consiste en lo siguiente: sentándome sobre un disco de hierro arrojaría desde él, al aire, un trozo de imán. Éste es un buen método: el disco va tras el imán y, cuando lo alcanza, vuelvo a lanzarlo al aire… ¡y así indefinidamente!

DE GUICHE. — ¡Seis! Los seis métodos son excelentes… pero ¿cuál de ellos escogisteis?

CYRANO. — ¡Ninguno de los seis! ¡Un séptimo sistema!

DE GUICHE. — ¡Vaya!… ¿Y cuál es?

CYRANO. — ¡Adivinadlo!

DE GUICHE. — ¡Esta mañana está resultando interesante!

CYRANO. — (Haciendo el ruido de las olas con grandes gestos misteriosos.) ¡Houuuh,… houuuh,… houuuh…!

DE GUICHE. — ¿Y…?

CYRANO. — ¿No adivináis?

DE GUICHE. — No.

CYRANO. — ¡La marea! A la hora en que las olas suben por la atracción de la Luna, me tendí sobre la arena, después de bañarme en el mar. De repente, comencé a ascender de cabeza, porque los cabellos, especialmente, tenían agua entre sus hebras. Me elevé en el aire, recto, muy recto. ¡Como un ángel! Subía, subía dulcemente, sin ningún esfuerzo y de repente, sentí un golpe. Entonces…

DE GUICHE. — (Arrastrado por la curiosidad y sentándose en el banco.) Y entonces… ¿qué?

CYRANO. — ¡Entonces!… (Recuperando su voz normal.) Ha pasado el cuarto de hora, caballero. Podéis seguir vuestro camino: ¡el matrimonio ya se ha celebrado!

DE GUICHE. — (Levantándose de un salto.) Pero… ¿estoy borracho? a esa voz… (La puerta de la casa se abre y aparecen lacayos con antorchas encendidas. Luz. Cyrano se quita el sombrero que hasta ahora le cubría el rostro.) … y esa nariz… ¡Cyrano!

CYRANO. — (Saludando.) ¡El mismo! Dentro de un momento estarán aquí… ¡el tiempo justo de ponerse los anillos!

DE GUICHE. — Pero… ¿quién? (Se vuelve. Cuadro. Detrás de los lacayos, Roxana y Cristián cogidos de la mano. El capuchino les sigue, sonriente. Ragueneau lleva también una antorcha. Cierra la procesión la dueña, medio dormida y en camisón.) ¡Cielos!

ESCENA XIV

Los mismos, ROXANA, CRISTIÁN, el capuchino, RAGUENEAU, lacayos y la dueña.

DE GUICHE. — ¡Vos! (Reconociendo a Cristián con estupor.) ¿Él? (Saludando a Roxana con admiración.) ¡Sois muy astuta! (A Cyrano.) Os felicito, señor inventor de máquinas, vuestro cuento lograría detener a un santo en las mismas puertas del Cielo. Anotad este detalle porque os puede servir para el libro.

CYRANO. — (Inclinándose.) Señor, es un consejo que trataré de seguir.

EL CAPUCHINO. — (Presentando con satisfacción los recién casados a De Guiche, y mesándose su gran barba blanca.) Esta hermosa pareja, os debe su unión, hijo mío.

DE GUICHE. — (Mirándole fríamente.) ¡Sí! (A Roxana.) Señora, ¿queréis despediros de vuestro esposo?

ROXANA. — ¿Cómo?…

DE GUICHE. — (A Cristián.) El regimiento está en camino. ¡Uníos a él!

ROXANA. — ¿Para ir a la guerra?

DE GUICHE. — ¡Claro!

ROXANA. — ¡Pero si los cadetes no van!…

DE GUICHE. — ¡Irán! (Sacando el papel que había guardado en su bolsillo.) ¡Aquí está la orden! (A Cristián.) Llevadla vos, barón.

ROXANA. — (Arrojándose en los brazos de Cristián.) ¡Cristián!

DE GUICHE. — (Sarcástico.) ¡La noche de bodas está todavía muy lejana!

CYRANO. — (A parte.) ¡Y al decir eso cree causarme daño!

CRISTIÁN. — (A Roxana.) ¡Bésame otra vez!

CYRANO. — Vamos, vamos, ¡ya basta!

CRISTIÁN. — (Que sigue abrazado a Roxana.) Es duro dejarla… ¡Tú no sabes…!

CYRANO. — (Tratando de arrástrale.) ¡Lo sé!

(A lo lejos se oyen tambores que tocan una marcha de guerra.)

DE GUICHE. — (Que ha subido hasta el fondo.) ¡El regimiento está en marcha!

ROXANA. — (A Cyrano, que trata de llevarse a Cristián.) ¡Os lo confío! ¡Prometedme que no pondrá su vida en peligro!

CYRANO. — Trataré de que así sea, pero no puedo prometeros nada.

ROXANA. — (Lo mismo.) ¡Prometedme que será prudente!

CYRANO. — Haré lo que pueda, pero…

ROXANA. — (Lo mismo.) ¡Cuidad que en ese horrible asedio no pase frío!

CYRANO. — Lo procuraré, pero…

ROXANA. — ¡Juradme que me será fiel!

CYRANO. — ¡Ah, claro! Eso desde luego, pero…

ROXANA. — ¡…que me escribirá a menudo!…

CYRANO. — (Deteniéndose.) Descuidad, ¡eso os lo prometo!

TELÓN

PARTE CUATRO

ÍNDICE

Acto Cuarto
Escena I
Escena Ii
Escena Iii
Escena Iv
Escena V
Escena Vi
Escena Vii
Escena Viii
Escena Ix
Escena X

ACTO CUARTO

Los cadetes de Gascuña

Campamento de la compañía de Carbon de Castel-Jaloux, durante el sitio de Arrás. Al fondo, un talud que atraviesa la escena de parte a parte. Más allá se percibe un horizonte de llanura: el terreno se halla cubierto por las obras del asedio. Muy lejanos, los muros de Arrás y las siluetas de sus techos.

Tiendas, armas caídas por el suelo, tambores, etc. Está a punto de amanecer. Centinelas. Hogueras. Envueltos en sus capotes, los cadetes de Gascuña duermen. Carbon de Castel-Jaloux y Le Bret velan. Todos están pálidos y muy delgados. Cristián, tendido entre sus compañeros y envuelto como ellos en su capa, duerme en primer término. El resplandor de una hoguera permite ver su rostro. Pausa.

ESCENA I

CRISTIÁN, CARBON DE CASTEL-JALOUX, LE BRET, los cadetes; después CYRANO.

LE BRET. — ¡Es horrible!

CARBON. — Sí, no tenemos nada.

LE BRET. — ¡«Mordious»!

CARBON. — (Haciéndole señas para que hable más bajo.) ¡Jura con sordina!… Los va a despertar. (A los cadetes.) ¡Chiss!… ¡Seguid durmiendo! (A Le Bret.) ¡Por lo menos los que duermen cenan!

LE BRET. — Pero los que padecemos insomnio… ¡qué hambre! (Se oyen a lo lejos algunos disparos.)

CARBON. — ¡Malditos disparos!… ¡Van a despertar a mis muchachos! (A los cadetes que levantan la cabeza.) ¡Seguid durmiendo!

(Todos vuelven a acostarse. Nuevos disparos, esta vez más cercanos.)

UN CADETE. — (Sobresaltado.) ¡Diantre! ¿Qué es eso?

CARBON. — ¡No pasa nada! Es Cyrano que vuelve.

(Las cabezas que se habían levantado se echan de nuevo.)

UN CENTINELA. — (Desde fuera.) ¡Alto! ¿Quién va?

LA VOZ DE CYRANO. ¡Bergerac!

EL CENTINELA. — (Que está sobre el talud.) ¡Alto! ¿Quién va?

CYRANO. — (Apareciendo sobre el parapeto.) ¡Bergerac, imbécil!

(Cyrano desciende. Le Bret se adelanta hacia él, inquieto.)

LE BRET. — ¡Dios mío!… ¡Por fin has llegado!

CYRANO. — (Haciéndole señas para que nadie se despierte.) ¡Calla!

LE BRET. — ¿Estás herido?

CYRANO. — Sabes de sobra que tienen por costumbre no acertarme.

LE BRET. — Me parece excesivo correr tanto peligro todas las mañanas por llevar una carta.

CYRANO. — (Deteniéndose ante Cristián.) ¡Prometí que escribiría a menudo! (Le mira.) Duerme. Está pálido. ¡Si supiese la pobre que se muere de hambre!… ¡Pero continúa igual de guapo!

LE BRET. — Anda, ¡vete a dormir!

CYRANO. — No gruñas, Le Bret… ¡y no vuelvas a tener miedo por mí! Te voy a decir una cosa… Para atravesar las líneas españolas, he escogido un lugar cuyos centinelas están borrachos todas las noches.

LE BRET. — ¿Y por qué, entonces no nos traes víveres?

CYRANO. — Hay que tener mucha soltura para pasar y si traigo algo… De todas formas, si no he visto mal, esta noche habrá novedades y los franceses comeremos o moriremos.

LE BRET. — ¡Cuenta!… ¿Qué sabes?

CYRANO. — ¡No!… ¡no estoy seguro! ¡Ya veremos lo que pasa!

CARBON. — ¡Es vergonzoso! Ser los sitiadores… ¡y pasar hambre!

LE BRET. — Nunca vi nada tan complicado como este sitio: nosotros asediamos Arrás, el cardenal de España nos tiende una trampa y resulta que entonces somos nosotros los sitiados.

CYRANO. — ¡Ya vendrá alguien que sitie, a su vez, al cardenal!

LE BRET. — ¡No me parece cosa de risa!

CYRANO. — ¡Bueno, bueno!

LE BRET. — ¡Pensar que cada día arriesgas tu vida para llevar…! (Viendo que Cyrano se dirige a su tienda.) ¿Dónde vas?

CYRANO. — ¡A escribir otra!

(Desaparece en el interior de la tienda.)

ESCENA II

Los mismos, excepto CYRANO.

(El alba despunta poco a poco, con resplandores rosas. La ciudad de Arrás se distingue, dorada, en el horizonte. A lo lejos, y por izquierda, suena un disparo de cañón e inmediatamente una batería de tambores. Otros tambores redoblan más cerca respondiendo a aquéllos y aproximándose. Pasan junto al escenario y se alejan por la derecha, recorriendo el campo. Rumores de soldados que se despiertan. A lo lejos, voces de oficiales.)

CARBON. — (Suspirando.) ¡Maldición… diana! (Los cadetes se revuelven en sus capotes y se estiran.) ¡Suculento sueño, ha llegado tu fin! ¡Ya sé cuál será su primer grito!

UN CADETE. — (Sentándose.) ¡Tengo hambre!

OTRO. — ¡Me muero!

TODOS. — ¡Ay!

CARBON. — ¡Levantaos!

TERCER CADETE. — ¡No puedo dar ni un paso!

CUARTO CADETE. — ¡Ni moverme!

EL PRIMER CADETE. — (Mirándose en un trozo de coraza.) Tengo la lengua amarilla. ¡El aire debe estar indigesto!

OTRO. — ¡Cambio mi corona de barón por un poco de queso de Chester!

OTRO. — ¡Si no consigo llenar mi estómago de algo, me retiraré a mi tienda, como Aquiles!

OTRO. — ¡Si al menos hubiese pan!

CARBON. — (Adelantándose hacia la tienda donde ha entrado Cyrano y llamándole a media voz.) ¡Cyrano!

OTROS CADETES. — ¡Nos moriremos!

CARBON. — (Siempre a media voz, en la puerta de la tienda.) ¡Ayúdame! Tú, que sabes contentarles siempre, ¡devuélveles la alegría!

SEGUNDO CADETE. — (Precipitándose hacia el primero, que está mascando algo.) ¿Qué comes?

EL PRIMERO. — Estopa de cañón frita con aceite de engrasar las ruedas… ¡es lo único que he encontrado en los alrededores de atrás!

EL OTRO. — (Entrando.) ¡Vengo de cazar!

OTRO. — (Lo mismo.) ¡Estuve pescando!

TODOS. — (Poniéndose en pie y lanzándose sobre los recién llegados.) ¿Qué?… ¿qué habéis cogido?… ¿Un faisán?… ¿Una carpa?… ¡Enseñadlo, aprisa!

EL PESCADOR. — Yo, un pececillo.

EL CAZADOR. — ¡Y yo un gorrión!

TODOS. — (Exasperados.) ¡Basta! ¡Sublevémonos!

CARBON. — ¡Ayúdame, Cyrano!

(Ya es completamente de día.)

ESCENA III

Los mismos y CYRANO.

CYRANO. — (Saliendo de su tienda, tranquilo, con la pluma en una oreja y un libro en la mano.) ¿Qué es lo que pasa? (Silencio. Dirigiéndose al primer cadete.) ¿Así arrastra los pies un cadete?

EL CADETE. — ¡Es que tengo una cosa en los talones que me molesta!

CYRANO. — ¿Qué es?

EL CADETE. — ¡El estómago!

CYRANO. — Y, ¿dónde crees que lo tengo yo?

EL CADETE. — ¿Y no te molesta?

CYRANO. — ¡Al contrario!… ¡me eleva el espíritu!

SEGUNDO CADETE. — ¡Yo tengo los dientes largos!

CYRANO. — ¡No por eso morderás lo que no hay!

TERCER CADETE. — ¡Mi tripa suena a hueco!

CYRANO. — ¡Servirá para tocar el tambor!

OTRO. — ¡Me zumban los oídos!

CYRANO. — ¿Qué?… ¡Estás mintiendo! ¡Tripa vacía no tiene orejas!

OTRO. — ¡Algo de comer!… ¡quiero algo de comer, aunque sea…!

CYRANO. — (Quitándole el casco y poniéndoselo en la mano.) ¡Ahí tienes la ensalada!

OTRO. — ¿Y qué podría comer yo?

CYRANO. — (Lanzándole el libro que tiene en las manos.) ¡La Ilíada!

OTRO. — ¡En París, el ministro estará comiendo cuatro veces al día!

CYRANO. — ¿Crees que debería mandarte una perdiz?

EL MISMO. — Y ¿por qué no?… ¡Y vino también!

CYRANO. — (Burlándose.) Richelieu, ¿qué deseáis?… ¿Borgoña?

EL MISMO. — ¡Que nos lo envíe por medio de algún capuchino!

CYRANO. — (Lo mismo.) ¡Su eminencia está demasiado… alegre!

OTRO. — ¡Tengo un hambre de ogro!

CYRANO. — ¡Bueno!… ¡trágate algún niño!

PRIMER CADETE. — (Encogiéndose de hombros.) ¡Siempre el chiste, la ironía!…

CYRANO. — ¡Sí, la palabra justa!… ¡Quisiera morir una tarde bajo un cielo rosa, con una hermosa frase para una causa bella! ¿Qué mayor gloria que caer herido por un arma noble y por un rival digno de serlo, lejos del lecho de muerte, con la punta del hierro en el corazón y la ironía en la punta de los labios?

GRITOS DE TODOS. — ¡Tengo hambre!

CYRANO. — (Cruzándose de brazos.) Pero… ¿qué os pasa?… ¡No pensáis más que en comer! ¡Acércate! Beltrán, viejo pastor y flautista, saca de tu estuche de cuero una de tus flautas y toca… ¡toca para este hatajo de vagos y borregos, las viejas canciones del país!… ¡Toca una de esas canciones que, en cada nota, nos recuerdan las voces amadas!… ¡Toca esos aires que tienen la lentitud del humo que las casas de nuestros pueblos exhalan por sus techos, esa música cuyas notas están escritas con acento patois! (El viejo se sienta y prepara su flauta.) ¡Que la flauta, hoy guerrera y afligida, recuerde por un momento que antes de ser de ébano fue de caña, mientras tus dedos parecen bailar sobre ella como las patas de un pájaro!… ¡Que su canción la asombre y reconozca el alma rústica y agradable de su juventud!… (El viejo comienza a tocar una canción del Languedoc.) ¡Escuchad, gascones!, esto no es la trompeta aguda de los campos de guerra, ¡es la flauta del bosque! ¡De sus labios no sale el grito que nos llama al combate sino la dulce música de la gaita de nuestros pastores! ¡Escuchad, gascones!, ¡es el rumor del valle, de la landa, del bosque, el pastorcillo con su gorra roja, el verde dulzor de los atardeceres de Borgoña! ¡Oídlo, gascones!… ¡Es toda la Gascuña!

(Las cabezas de todos los cadetes están inclinadas; los ojos sueñan y, furtivamente, algunos se enjugan las lágrimas con el revés de las mangas o con una punta del capote.)

CARBON. — (A Cyrano, en voz baja.) ¡Les estás haciendo llorar!

CYRANO. — De nostalgia, que al fin y al cabo es un mal mucho más noble que el hambre… porque no es físico sino moral. ¡Me agrada que su dolor haya cambiado de víscera y que sea el corazón el que les duela!

CARBON. — ¡Pero se debilitarán si los enterneces!

CYRANO. — (Haciendo una señal para que el tambor se acerque.) ¡No importa! El héroe que todos llevan en su sangre se despierta muy pronto, basta con…

(Hace un gesto y el tambor bate.)

TODOS. — (Levantándose y precipitándose sobre las armas.) ¿Eh?… ¿Qué es esto?… ¿Qué pasa?…

CYRANO. — ¿Lo ves?… ¡Basta con un redoble de tambor! ¡Adiós sueños, penas, país natal, amor!… ¡Lo que con la flauta viene, se va con el tambor!

UN CADETE. — (Que mira al fondo.) ¡Eh!… ¡Eh!… ¡Que viene De Guiche!…

TODOS LOS CADETES. — (Murmurando.) ¡Hou!…

CYRANO. — ¡Halagador murmullo!

UN CADETE. — ¡Nos fastidia!

OTRO. — ¡Se da demasiada importancia con su gran cuello de encaje sobre la armadura!

OTRO. — ¡Como si las espadas necesitasen de puntillas!

PRIMER CADETE. — ¡Eso está bien cuando se tiene algún divieso!

SEGUNDO CADETE. — ¡Bah!, ¡es un cortesano!

OTRO. — ¡Tal sobrino para tal tío!

CARBON. — Sin embargo, ¡es un gascón!

PRIMER CADETE. — ¡Un falso gascón!; ¡desconfiad de él! Los gascones son locos, arriesgados… ¡Nada hay tan peligroso como un gascón razonable!

LE BRET. — ¡Está pálido!

OTRO. — ¡Tiene tanta hambre como el último diablo!… ¡Pero como su coraza tiene clavos dorados, los calambres de su estómago relucen con el sol!

CYRANO. — (Vivamente.) ¡Cuidado!… ¡que ni por un momento piense que sufrimos!… ¡Vosotros, a vuestras cartas!… ¡Llenad las pipas!… ¡Que rueden esos dados!… (Todos se ponen rápidamente a jugar encima de los tambores, los taburetes, sobre sus capotes o en el suelo, mientras encienden las pipas.) ¡Yo, mientras tanto, leeré a Descartes!

(Se pasea a lo largo y a lo ancho del escenario leyendo un librito que ha sacado de su jubón. Todos los cadetes aparentan estar abstraídos en el juego y contentos. Cuadro. Entra De Guiche, muy pálido, y se adelanta hacia Carbon.)

ESCENA IV

Los mismos y DE GUICHE.

DE GUICHE. — (A Carbon.) ¡Hola! ¡Buenos días! (Se observan mutuamente. Aparte, con satisfacción.) ¡Está flaco y amarillo!

CARBON. — (Lo mismo.) ¡No le quedan en la cara más que los ojos!

DE GUICHE. — (Mirando a los cadetes.) ¡Con que éstos son los cabezas rotas!… ¡Caballeros!… me han dicho que entre vosotros, los cadetes, nobles montañeses, hidalgos bearneses y barones del Perigord, se murmura y habla mal de mí… ¡que no os parece suficiente el desdén que mostráis por vuestro coronel, sino que me llamáis intrigante, cortesano!… ¡que os molesta ver sobre mi coraza un cuello de encaje y que estáis siempre indignados diciendo que no se puede ser gascón sin sentirse pobre! (Silencio. Los cadetes continúan jugando y fumando.) ¿Queréis que os haga castigar por vuestro capitán?… ¡Espero que no!

CARBON. — Perdón, conde, pero yo soy libre y no castigaré a nadie.

DE GUICHE. — ¿Cómo?

CARBON. — Pago a mi compañía y por lo tanto me pertenece. ¡No estoy obligado a obedeceros más que en lo concerniente a la guerra!

DE GUICHE. — Pero… ¡esto pasa de la raya! (Dirigiéndose a los cadetes.) Puedo despreciar vuestras bravatas sin miedo… ¡y ya conocéis mi forma de hacerlo! Mi valor está demostrado. Ayer, por ejemplo, en Bapaume, todos pudieron ver la furia con que hice retroceder al conde de Bucquoi; lanzando mis tropas como un alud contra las suyas, ¡cargué contra él por tres veces!

CYRANO. — (Sin levantar las narices de su libro.) ¿Y qué me decís de vuestra bandolera blanca?

DE GUICHE. — (Sorprendido y satisfecho.) ¡Ah!… ¿conocéis el detalle?… En efecto, ocurrió que, mientras efectuaba la maniobra para recoger a mi gente y cargar por tercera vez, el torbellino de los que huían me arrastró hasta el campo enemigo… ¡Rápidamente comprendí el peligro!… Si me hubiesen cogido, me habrían arcabuceado al instante. De repente, tuve la ocurrencia de desatar la bandolera y dejarla caer. De esta forma, y no conociendo ellos mi graduación, pude escapar fácilmente del campo español, para, al momento, volver contra ellos seguido de mis tropas. ¿Qué os parece?… ¿Tenéis algo que alegar contra eso?

(Los cadetes parecen no escuchar, pero las cartas y los cubiletes están en el aire, mientras el humo de las pipas permanece encerrado en las bocas de todos. Pausa.)

CYRANO. — ¡Enrique IV, encontrándose en vuestro mismo caso, nunca se habría despojado de su penacho blanco!

(Silencio alegre. Las cartas y los dados caen. Todas las bocas dejan escapar el humo.)

DE GUICHE. — ¡Sin embargo, la treta dio resultado! (La misma expectación de antes.)

CYRANO. — Es posible, ¡pero no se abdica tan fácilmente del honor de servir de blanco! (Cartas y dados caen; el humo vuelve a elevarse; satisfacción creciente entre los cadetes.) ¡Si yo me hubiera encontrado presente cuando dejasteis caer la bandolera, —en esto se diferencian vuestro valor y el mío— la hubiera recogido y me la hubiera puesto!…

DE GUICHE. — ¡Bah!… ¡fanfarronada de gascón!

CYRANO. — ¿Fanfarronada?… ¡Prestádmela y os prometo dirigir esta tarde el asalto con ella puesta!

DE GUICHE. — ¡Basta de bravatas!… ¡De sobra sabéis que la bandolera quedó en el campo enemigo, en un lugar que después la metralla acribilló y donde nadie podrá recuperarla!

CYRANO. — (Sacando de su bolsillo la bandolera blanca y ofreciéndosela.) ¡Aquí la tenéis!

(Los cadetes ahogan sus risas entre las cartas y los cubiletes. De Guiche se vuelve y les mira; inmediatamente ellos recobran su aire de gravedad y prosiguen sus juegos. Uno de ellos silba con indiferencia, acompañado por la flauta.)

DE GUICHE. — (Recogiéndola.) ¡Gracias! Con este trozo de tela clara voy a hacer la señal que necesitaba. (Se sube sobre el talud y agita muchas veces la bandolera en el aire.)

TODOS. — Pero… ¿qué hace?

DE GUICHE. — (Volviendo a bajar.) Es un falso espía español que nos presta buenos servicios: los informes que lleva a los enemigos son los que yo le entrego; de esta forma puedo influir en sus decisiones.

CYRANO. — Ya entiendo: ¡un canalla!

DE GUICHE. — (Poniéndose con indiferencia la bandolera.) Lo que queráis, pero nos presta excelentes servicios… ¿De qué hablábamos?… ¡Ah, se me olvidaba!… He de comunicaros algo. Esta misma noche, el mariscal, para avituallarnos, intentó un golpe supremo, dirigiéndose sin tambores ni banderas a Dourlens. Las provisiones reales están allí y se ha llevado casi todas las tropas para conseguir apoderarse de ellas. Si los españoles nos atacasen ahora, la situación sería muy delicada: ¡la mitad del ejército no está en el campo!

CARBON. — Si lo supiesen, sería muy grave. Pero no lo sabrán ¿verdad?

DE GUICHE. — ¡Lo saben y van a atacarnos!

CARBON. — ¡Ah!

DE GUICHE. — Mi falso espía ha venido a comunicarme su agresión. Y añadió: «Señaladme por dónde os interesa que se efectúe el ataque y yo indicaré a los españoles cuál es el puesto peor defendido; ellos lanzarán toda su fuerza sobre él». Le respondí: «Está bien, salid al campo y seguid con los ojos las líneas francesas; el lugar en que os haga una señal será el ideal para que efectúen el ataque».

CARBON. — (A los cadetes.) Caballeros, ¡prepárense!

(Todos se levantan. Ruido de espadas y cinturones que se abrochan.)

DE GUICHE. — El ataque tendrá lugar dentro de una hora.

PRIMER CADETE. — ¡Ah!… ¡todavía podemos jugar un rato!

(Todos vuelven a sentarse y prosiguen las partidas interrumpidas.)

DE GUICHE. — (A Carbon.) ¡Hay que ganar tiempo! ¡El mariscal tiene que volver!

CARBON. — Y… ¿Para ganar tiempo…?

DE GUICHE. — ¡Tendréis que haceros matar!

CYRANO. — ¡Bonita venganza!

DE GUICHE. — No digo que si os quisiese bien os hubiese escogido a vos y a los vuestros… pero como no hay ningún valor comparable al de los cadetes de Gascuña, ¡sirvo a mi rey sirviendo a mi rencor!

CYRANO. — (Saludando.) ¡Permitidme que os lo agradezca!

DE GUICHE. — (Saludando.) Ya sé cuánto os gusta pelear uno contra cien. ¡Aquí tendréis oportunidad de hacerlo! (Se aleja con Carbon hacia el talud.)

CYRANO. — ¡Bueno, caballeros! Hoy vamos a añadir a las seis barras de azul y oro que tiene el escudo de Gascuña una más, la que le faltaba: ¡Una barra de color de sangre!

(De Guiche habla bajo con Carbon de Castel-Jaloux, en el fondo. Da órdenes. La resistencia se prepara. Cyrano se dirige hacia Cristián, que ha quedado inmóvil, con los brazos cruzados.)

CYRANO. — (Poniéndole una mano en el hombro.) ¿Cristián?…

CRISTIÁN. — (Moviendo la cabeza.) ¡Roxana!

CYRANO. — ¡Lo comprendo!

CRISTIÁN. — ¡Si al menos pudiese expresarla todo mi amor en una carta de despedida!…

CYRANO. — Estaba seguro de que llegaría esta hora… (Saca una carta de su jubón.) ¡y ya está hecha tu carta de adiós!

CRISTIÁN. — ¡Diablos!

CYRANO. — ¿La quieres?

CRISTIÁN. — (Arrancándole la carta de las manos.) ¡Claro! (La abre, lee y se detiene.) ¡Vaya!

CYRANO. — ¿Qué pasa?

CRISTIÁN. — ¿Y esa pequeña mancha?…

CYRANO. — (Cogiendo rápidamente el papel y mirando con aire atontado.) ¿Una mancha?

CRISTIÁN. — ¡Es una lágrima!

CYRANO ¡Oh, sí!… Es el encanto del juego… ¿lo comprendes?… ¡Esta carta era demasiado emocionante y me ha hecho llorar a mí mismo escribiéndola!

CRISTIÁN. — ¿Llorar?…

CYRANO. — Sí, porque, al fin y al cabo, morir no es lo más terrible. Lo terrible verdaderamente es no volver a verla… Porque yo no la… (Cristián le mira.) Nosotros no la… (Con rapidez.) Tú no la…

CRISTIÁN. — (Arrancándole la carta.) ¡Dame esta carta!

(Se oye en el campo un rumor lejano.)

VOZ DE UN CENTINELA. — ¡Alto! ¿Quién va?

(Disparos, voces, ruido de cascabeles.)

CARBON. — ¿Qué pasa?

CENTINELA. — (Que está sobre el talud.) ¡Una carroza!

(Todos se precipitan al exterior para ver.)

GRITOS. — ¿Qué?… ¿En el campo?… ¡Está entrando!… ¡Parece venir del campo enemigo!… ¡Disparad!… ¡No!… Cuidado, el cochero ha gritado!… ¿Qué ha gritado?… ¡Está gritando: «Servicio del rey»!…

(Los cadetes que están sobre el talud, miran hacia afuera. El tintineo de los cascabeles se aproxima.)

DE GUICHE. — ¿Qué?… ¿Servicio del rey?…

(Todos bajan del talud y se alinean.)

CARBON. — ¡Abajo esos sombreros!

DE GUICHE. — (Gritando en dirección de bastidores.) ¡Servicio del Rey!… ¡Colocaos en fila para que pueda describir con suntuosidad la curva!

(La carroza entra al trote. Está cubierta de barro y de polvo. Los visillos bajados. Dos lacayos detrás. Se detienen en seco.)

CARBON. — (Gritando.) ¡Que redoblen los tambores! (Los tambores redoblan y los cadetes se descubren.)

DE GUICHE. — ¡Bajad el escalón!

(Dos hombres corren apresuradamente. La puerta se abre.)

ROXANA. — (Saltando de la carroza.) ¡Buenos días!

(El sonido de una voz femenina alza de un solo golpe las cabezas de todos, hasta ahora profundamente inclinadas. Estupor general.)

ESCENA V

Los mismos y ROXANA.

DE GUICHE. — ¿Vos?… ¿Servicio del rey?…

ROXANA. — Sí, pero de un solo rey: ¡el del amor!

CYRANO. — ¡Dios mío!

CRISTIÁN. — (Abalanzándose.) ¿Vos aquí?… ¿Por qué lo habéis hecho?…

ROXANA. — ¡Duraba demasiado este asedio!

CRISTIÁN. — Pero… ¿por qué?

ROXANA. — Ya te lo diré.

CYRANO. — (Que al oír su voz se ha quedado inmóvil, sin atreverse a mirarla.) ¡Dios mío!… ¿La miraré?…

DE GUICHE. — ¡No podéis permanecer aquí!

ROXANA. — ¡Claro que puedo! ¿Queréis traerme un tambor? (Se sienta sobre un tambor que le ofrecen.) ¡Muchas gracias! (Se ríe.) Una patrulla disparó sobre mi carroza… (Con orgullo.) ¡Creerían que era una calabaza y mis lacayos dos ratones, como en el cuento de hadas! (Enviando con los labios un beso a Cristián.) ¡Buenos días! (Todos la miran.) ¡Parece que no estáis muy alegres! ¿Sabéis que está muy lejos Arrás?… (Viendo a Cyrano.) ¡Hola, querido primo!

CYRANO. — (Avanzado.) ¡Pero cómo!…

ROXANA. — ¿Que cómo he llegado hasta aquí?… ¡Ah, amigo mío, fue muy fácil! ¡He caminado por los lugares en que veía todo destruido!… ¡Qué horror!… ¡Fue necesario que lo viese para creerlo! Señores, si en eso consiste el servicio del rey, el mío vale mucho más.

CYRANO. — ¡Estáis loca! Pero… ¿por dónde diablos habéis pasado?

ROXANA. — ¿Por dónde?… ¡Por el campo de los españoles!

PRIMER CADETE. — ¡Ah! ¡Lo que ellas no consigan!

DE GUICHE. — ¿Y cómo conseguisteis atravesar sus líneas?

LE BRET. — ¡Debió ser muy difícil!

ROXANA. — No mucho. Pasé con facilidad poniendo la carroza al trote. Si algún hidalgo español mostraba su rostro altivo, ponía en la portezuela mi más bella sonrisa… ¡y pasaba! Os juro que, sin desprestigio para los franceses, esos caballeros son los más galantes del mundo. ¡Así conseguí pasar!

CARBON. — Verdaderamente no hay mejor pasaporte que una sonrisa. ¡Pero alguna vez os habrán preguntado algo!

ROXANA. — Sí, con bastante frecuencia. Yo les respondía: «Voy a ver a mi amante». Entonces, incluso el español de aspecto más fiero, cerraba la portezuela de mi carroza y, con un gesto que daría envidia al mismo rey, bajaba los mosquetes dirigidos contra mí, y soberbio de agrado a la vez que de orgullo, con la pluma de su sombrero flotando al viento, se inclinaba y decía: «Pasad, señorita».

CRISTIÁN. — ¡Pero, Roxana!

ROXANA. — Les tuve que decir que eras mi amante… ¡perdóname! Comprende que si les hubiese dicho: «mi marido», no me hubiesen dejado pasar.

CRISTIÁN. — Pero…

ROXANA. — Pero… ¿qué?

DE GUICHE. — ¡Hay que sacarla de aquí!

ROXANA. — ¿A mí?

CYRANO. — Sí, ¡y deprisa!

LE BRET. — ¡Cuanto antes mejor!

CRISTIÁN. — ¡Estoy de acuerdo!

ROXANA. — Y… ¿por qué?

CRISTIÁN. — (Embarazado.)¿Cómo que por qué?

CYRANO. — (Lo mismo.) Porque dentro de tres cuartos de hora…

DE GUICHE. — O una hora…

CARBON. — (Lo mismo.) ¡Es mejor!

LE BRET. — (Lo mismo.) Podríais…

ROXANA. — Si va a haber lucha, me quedo.

TODOS. — ¡No!

ROXANA. — ¡Es mi marido! (Se arroja en brazos de Cristián.) ¡Qué me maten contigo!

CRISTIÁN. — ¡Has llorado!

ROXANA. — Ya te diré por qué.

DE GUICHE. — (Desesperado.) ¡Mirad que es grave el peligro!

ROXANA. — (Volviéndose.) ¿Grave decís?…

CYRANO. — ¡Como que es De Guiche quien nos lo depara!

ROXANA. — (A De Guiche.) ¡Ah!… ¿con que queréis dejarme viuda?

DE GUICHE. — Os juro…

ROXANA. — No juréis nada. Aunque sea una locura, me quedaré. Además, me divierte.

CYRANO. — ¡Vaya! ¡Resulta que la linda señorita era una heroína!

ROXANA. — Señor de Bergerac… ¡soy vuestra prima!

UN CADETE. — ¡Nosotros la defenderemos!

ROXANA. — (Cada vez más entusiasmada.) ¡Estoy segura de ello, amigos míos!

OTRO. (Embriagado.) ¡Todo el campo huele a iris!

ROXANA. — Precisamente me he puesto un sombrero que irá bien a la batalla. (Mirando a De Guiche.) Me parece que ya va siendo hora de que el conde se vaya… Podría comenzar la lucha.

DE GUICHE. — ¡Ah!… ¡esto pasa de la raya!… Voy a inspeccionar los cañones y vuelvo en seguida… ¡Aún estáis a tiempo de cambiar de opinión!

ROXANA. — Eso… ¡nunca!

(De Guiche sale.)

ESCENA VI

Los mismos, excepto DE GUICHE.

CRISTIÁN. — (Suplicante.) ¡Roxana, por favor!…

ROXANA. — ¡No!

PRIMER CADETE. — (A los demás.) ¡Se queda!

TODOS. — (Corren precipitadamente, empujándose unos a otros mientras se acicalan.) ¡Un peine!… ¡jabón!… ¡Mi badana!… ¡Está rota… una aguja!… ¡Déjame tu espejo!… ¡Una cinta!… ¡Los puños de mi camisa!… ¿Quién tiene una cuchilla?…

ROXANA. — (A la que Cyrano continúa suplicando.) ¡Todo es inútil! ¡Nadie conseguirá moverme de aquí!

CARBON. — (Después de haberse peinado, limpiado el polvo, cepillado el sombrero, enderezado su pluma y estirado sus puños, como los otros, se dirige a Roxana ceremoniosamente.) Ya que os quedáis, permitidme que os presente a algunos de los caballeros que van a tener el honor de morir por vuestros bellos ojos. (Roxana se inclina y espera, de pie y del brazo de Cristián.) ¡Barón de Peyrescous de Colignac!

EL CADETE. — (Saludando.) ¡Señora!…

CARBON. — (Siguiendo.) ¡Barón de Casterac de Cahuzac!… ¡Vidame de Malgouyre Estressas Lésbas d'Escarabiot!… ¡Caballero d'Antignac Juzet!… ¡Barón Hillot de Blagnac-Saléchan de Castel-Crabioules!…

ROXANA. — ¿Cuántos nombres tenéis cada uno?

EL BARÓN HILLOT. — ¡Muchos!

CARBON. — (A Roxana.) Abrid la mano con que sujetáis vuestro pañuelo.

ROXANA. — (Abre la mano y el pañuelo cae.) ¿Por qué?

(Toda la compañía se abalanza sobre él, pero es Carbon quien lo recoge.)

CARBON. — Mi compañía estaba sin bandera, pero estoy seguro de que, desde este momento, tendrá la más bella que ondee sobre el campo.

ROXANA. — ¡Es muy pequeña!

CARBON. — (Atando el pañuelo al asta de su lanza de capitán.) ¡Pero de encaje!

UN CADETE. — (A los demás.) ¡Moriría sin pesar después de haber visto esta cara! ¡Si al menos tuviese en la tripa una nuez!

CARBON. — (Que le ha oído.) ¿Cómo?… ¡Hablar de comida cuando una mujer tan exquisita…!

ROXANA. — El aire del campo despierta el apetito. ¡Incluso yo misma tengo hambre! Me apetecería comer fiambres, pastas, y buenos vinos… Ese sería mi menú preferido. ¿Querríais traérmelo? (Consternación general.)

UN CADETE. — ¿Traérselo?…

OTRO. — ¿Y de dónde lo vamos a sacar?…

ROXANA. — (Tranquilamente.) ¡De mi carroza!

TODOS. — ¿Qué?…

ROXANA. — ¡Pero hay que servirlo, trincharlo y deshuesarlo! ¡Mirad atentamente a mi cochero y reconoceréis en él a un hombre muy valioso! Si queréis, recalentará las salsas.

LOS CADETES. — (Corriendo hacia la carroza.) ¡Pero si es Ragueneau! (Aclamaciones.)

ROXANA. — (Siguiéndolos con los ojos.) ¡Pobres hombres!

CYRANO. — (Besándole la mano.) ¡Habéis sido nuestra hada!

RAGUENEAU. — (En pie sobre el pescante, como un charlatán en la plaza pública.) ¡Caballeros! (Entusiasmo general.)

LOS CADETES. — ¡Bravo!… ¡Bravo!…

RAGUENEAU. — ¡Los españoles, con tantos encantos, no vieron pasar la comida! (Aplausos.)

CYRANO. — (Llamando a Cristián en voz baja.) ¡Oye, Cristián! ¡Cristián!

RAGUENEAU. — Distraídos en mostrarse galantes, no vieron… (Saca de su pescante un plato que levanta.) La galantina.

(Aplausos. La galantina pasa de mano en mano.)

CYRANO. — (A Cristián.) ¡Un momento!… ¡tengo que decirte una cosa!

RAGUENEAU. — ¡Venus supo distraer el ojo, para que Diana pasase en secreto!… (Blande una pierna.) Este cabritilla.

(Entusiasmo. La pierna es cogida por veinte manos a la vez.)

CYRANO. — (En voz baja, a Cristián.) ¡Quiero hablarte!

ROXANA. — (A los cadetes que bajan cargados de alimentos.) ¡Dejadlo todo aquí, en el suelo!

(Sobre la hierba, prepara la mesa ayudada por dos lacayos imperturbables que estaban detrás de la carroza.)

ROXANA. — (A Cristián, en el momento en que Cyrano se lo llevaba.) ¡Eh, Cristián!… ¡a ver si sirves para algo!

(Cristián va en su ayuda. Movimiento de inquietud en Cyrano.)

RAGUENEAU. — ¡Pavo trufado!

PRIMER CADETE. — (Que baja cortando una gran loncha de jamón.) ¡Rayos!, ¡no entraremos en combate sin darnos antes un buen atracón! (Rectificando al ver a Roxana.)…perdón, un banquete.

RAGUENEAU. — (Lanzando los cojines de la carroza.) ¡Ahí van esos cojines!… ¡están llenos!

(Tumulto. Se descosen los cojines entre risas y alegría general.)

RAGUENEAU. — (Lanzando botellas de vino tinto.) ¡Botellas con rubíes… (Y de vino blanco.) y topacios!

ROXANA. — (Tirando al rostro de Cyrano un mantel plegado.) Despliega ese mantel… ¡venga, deprisa!

RAGUENEAU. — (Enarbolando uno de los faroles de la carroza.) ¡Cada linterna es una despensa!

CYRANO. — (En voz baja, a Cristián, mientras extienden juntos el mantel.) ¡Tengo algo que decirte antes de que hables con ella!

RAGUENEAU. — (Más y más lírico a cada momento.) ¡El mango de mi látigo es un salchichón de Arlés!

ROXANA. — (Vertiendo vino en los vasos y sirviendo.) ¡Ya que nos mandan a la muerte, nos reímos del resto del ejército!… ¡Todo para los gascones!… Y si De Guiche aparece, que nadie le invite. (Yendo de uno a otro.) Más despacio, ¡tenéis tiempo!… No comáis tan aprisa… ¡Bebed vos un poco!… ¿Qué os pasa?, ¿por qué lloráis?

PRIMER CADETE. — ¡Es demasiado bonito!

ROXANA. — ¡Chiss!…, ¡Callad!… ¿Tinto o blanco?… ¡Pan para el señor Carbon!… ¡Un cuchillo!… Traed vuestro plato… ¿Todavía más?… ¡Ya os sirvo!… ¿Borgoña?… ¿Queréis un ala?…

CYRANO. — (Que va tras ella con los brazos cargados de platos, ayudándola a servir.) ¡La adoro!

ROXANA. — (A Cristián.)¿Qué quieres tú?

CRISTIÁN. — ¿Yo?… ¡Nada!

ROXANA. — ¿Que no vas a comer?… Toma ese bizcocho y dos dedos de vino.

CRISTIÁN. — (Tratando de retenerla.) Dime, ¿por qué viniste?

ROXANA. — Ahora me debo a estos desgraciados… ¡En seguida estoy contigo!

LE BRET. — (Que se había ido hacia el fondo para dar pan al centinela del talud, clavándolo en la punta de una pica.) ¡Eh!… ¡que viene De Guiche!…

CYRANO. — ¡Deprisa!… ¡esconded las botellas, los platos, todo!… ¡Aquí no ha pasado nada! (A Ragueneau.) Tú, salta al pescante. ¿Está todo escondido?

(En un abrir y cerrar de ojos, todo ha desaparecido en el interior de las tiendas o debajo de los vestidos, los capotes y en el interior de los sombreros. De Guiche entra deprisa y de repente se para en seco, olfateando. Silencio.)

ESCENA VII

Los mismos y DE GUICHE.

DE GUICHE. — ¡Qué bien huele aquí!

UN CADETE. — (Cantando en tono burlón.) ¡Tra, lala, lala, la, la!

DE GUICHE. — (Parándose y mirándole.) ¿Qué os pasa?… ¡Estáis completamente colorado!

CADETE. — ¿A mí?… ¡Nada! Es la sangre que hierve por la proximidad de la lucha.

OTRO. — ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

DE GUICHE. — (Volviéndose.) ¿Qué es eso?…

EL CADETE. — (Un poco borracho.) ¡Nada! Una canción… ¡una cancioncilla!…

DE GUICHE. — ¡Estáis muy alegres!

EL CADETE. — ¡La proximidad del peligro!

DE GUICHE. — (Llamando a Carbon de Castel-Jaloux, para darle órdenes.) ¡Capitán, voy a…! (Se detiene al verle.) ¡Peste! ¡Vaya!… ¿qué os pasa a vos?

CARBON. — (Rojo como la grana y escondiendo una botella a su espalda, con gesto evasivo.) ¡Oh!…

DE GUICHE. — Me quedaba un cañón desocupado y he ordenado que lo emplacen… (Señalando un lugar entre bastidores.) allí, en aquel rincón. ¡Vuestros hombres podrán emplearlo si llega el caso!

UN CADETE. — (Pavoneándose.)¡Gracias por la atención!

OTRO. — (Sonriéndole graciosamente.) ¡Qué amable solicitud!

DE GUICHE. — ¡Estáis todos locos! (Con sequedad.) No conocéis su manejo; únicamente os advertiré que tengáis cuidado con el retroceso.

PRIMER CADETE. — ¡Ah!… ¡pfftt!…

DE GUICHE. — (Yendo hacia él furioso.) ¡Pero…!

EL CADETE. — ¡El cañón de los gascones no retrocede nunca!

DE GUICHE. — (Cogiéndole por el brazo y meneándole.) Pero… ¡si estáis todos borrachos!… ¿De qué?…

PRIMER CADETE. — (Con orgullo.) ¡Del olor a pólvora!

DE GUICHE. — (Encogiéndose de hombros, le rechaza y va hacia Roxana apresuradamente.) ¡Deprisa, señora! ¿A qué esperáis a decidiros?

ROXANA. — ¡Me quedo!

DE GUICHE. — ¡Huid!

ROXANA. — ¡No!

DE GUICHE. — Ya que las cosas están así, ¡que me traigan también a mí un mosquetón!

CARBON. — ¿Cómo?

DE GUICHE. — ¡Yo también me quedo!

CYRANO. — ¡Al fin!… ¡Eso es bravura de la de verdad!

PRIMER CADETE. — Pero a pesar de los encajes, ¿sois gascón de verdad?

DE GUICHE. — ¡Nunca abandono a una dama en peligro!

SEGUNDO CADETE. — ¡Yo creo, que se le puede dar de comer!

(Todos los alimentos vuelven a aparecer como por encanto.)

DE GUICHE. — (Cuyos ojos se iluminan.) ¡Víveres!

TERCER CADETE. — ¡Han salido de la tierra!

DE GUICHE. — (Dominándose, con altivez.) ¿Creéis acaso que yo como las sobras?

CYRANO. — (Saludándole.) ¡Vais progresando!

DE GUICHE. — (Con orgullo y pronunciando la última palabra con acento gascón.) ¡Yo me bato en ayunas!

PRIMER CADETE. — ¡Pero si hasta habla con acento!

DE GUICHE. — ¡Claro!

PRIMER CADETE. — ¡Es uno de los nuestros!

(Todos comienzan a bailar.)

CARBON. — (Que ha desaparecido hace unos momentos tras el talud, aparece sobre la cima del mismo.) Ya he colocado los piqueros, ¡la tropa está dispuesta!

(Señala la línea de picas que sobresale por encima del talud.)

DE GUICHE. — (Inclinándose, a Roxana.) ¿Queréis aceptar mi mano para pasar revista?

(Roxana la acepta y suben hacia el talud. Todos se descubren y les siguen.)

CRISTIÁN. — (A Cyrano, muy deprisa.) ¡Venga!, ¡dime lo que sea!

(En el momento en que Roxana aparece sobre la cima del talud, las picas desaparecen abatidas para el saludo; desde abajo sale un poderoso grito y ella se inclina.)

LOS PIQUEROS. — (Desde fuera.) ¡Viva!

CRISTIÁN. — ¿De qué se trata?

CYRANO. — En caso de que Roxana…

CRISTIÁN. — ¡Sigue!

CYRANO. — Te hablase de cartas…

CRISTIÁN. — ¡Sigue!

CYRANO. — ¡No cometas la tontería de asombrarte!

CRISTIÁN. — ¿Por qué?

CYRANO. — ¡Era necesario que te lo dijera!… ¡Dios mío, viéndola aquí todo es más fácil! Tú le…

CRISTIÁN. — ¡Deprisa!

CYRANO. — ¡Tú le has escrito más cartas de las que crees!

CRISTIÁN. — ¡No lo entiendo!

CYRANO. — ¡Diablos! Yo me encargué de ello, procurando interpretar su pasión. A veces la escribí sin decirte nada.

CRISTIÁN. — ¿Eh?…

CYRANO. — ¡Es muy sencillo!

CRISTIÁN. — Pero… ¿cómo pudiste atravesar las líneas si estamos cercados?

CYRANO. — ¡Antes del alba!

CRISTIÁN. — (Cruzándose de brazos.) ¿Y todavía dices que es muy sencillo?… ¿Cuántas veces la he escrito por semana?… ¿Dos… tres… cuatro…?

CYRANO. — ¡Más!

CRISTIÁN. — ¿Todos los días?

CYRANO. — Todos los días… ¡dos veces!

CRISTIÁN. — ¿Tanto te embriagaba el escribirla que desafiabas la muerte?

CYRANO. — (Viendo que Roxana vuelve.) ¡Calla!… ¡Ni una palabra delante de ella!

(Entra corriendo en su tienda.)

ESCENA VIII

ROXANA, CRISTIÁN; al fondo, los cadetes van y vienen preparándose para el combate. CARBON y DE GUICHE dan órdenes.

ROXANA. — (Corriendo hacia Cristián.) ¡Y ahora, Cristián…!

CRISTIÁN. — (Cogiendo sus manos.) Y ahora, dime, ¿por qué has venido hasta aquí a través de caminos infernales y cruzando las filas de feroces soldados y veteranos?

ROXANA. — ¡Por tus cartas!

CRISTIÁN. — ¿Qué dices?

ROXANA. — ¡Tanto peor para ti si me arriesgo a esos peligros! ¡Tus cartas me enloquecieron! ¡Ah!… ¡recuerda cuántas me escribiste en un mes, a cual más bella!

CRISTIÁN. — ¡Bah! ¡Por unas breves cartas de amor!

ROXANA. — ¡Calla! ¡No puedes comprenderlo!… ¡Dios mío! Es verdad que desde aquella noche en que, con voz desconocida, comenzaste a enseñarme tu alma, bajo mi ventana, yo te adoraba… pero tus cartas… ¡tus cartas han sido para mí como si desde hace un mes, constantemente, volviera a escuchar la voz de aquella noche… aquella voz tan dulce en la que te ocultabas!… ¡Tanto peor para ti si me arriesgo! ¡Penélope no se hubiera quedado bordando en casa si Ulises le hubiese escrito como tú lo has hecho, sino que, como la alocada Elena, hubiera mandado a paseo las madejas de lana para reunirse con él!

CRISTIÁN. — ¡Pero…!

ROXANA. — Las leía y releía una y mil veces: me sentía desfallecer y era cada vez más tuya… Cada hojita que escribías era como un pétalo arrancado de tu alma… En cada una de tus palabras, se sentía la llama de un amor poderoso y sincero…

CRISTIÁN. — ¡Ah!… ¿Poderoso y sincero?… ¿Y eso se siente, Roxana?

ROXANA. — ¡Claro que se siente!

CRISTIÁN. — Y has venido a…

ROXANA. — ¡Mi dueño! Si me pusiese de rodillas ante ti, me levantarías al instante… pero a mi alma, postrada ante ti, ¡nunca podrás levantarla! Vengo a pedirte perdón —y creo que éste es un momento muy oportuno por la proximidad de la muerte— por mi frivolidad al insultarte enamorándome de tu belleza.

CRISTIÁN. — (Con espanto.) ¡Roxana!

ROXANA. — Y porque más tarde, menos frívola y cual pájaro que salta de rama en rama, te amé porque tu belleza me impresionaba y me arrastraba la pasión de tu alma.

CRISTIÁN. — ¿Y ahora?…

ROXANA. — Ahora… ¡ahora te amo sólo por tu alma!

CRISTIÁN. — (Retrocediendo.) ¡Roxana!

ROXANA. — ¡Alégrate! No ser amado más que por lo pasajero debe ser una fortuna para un corazón noble y ambicioso. Tu alma borra tu rostro, y la belleza por la que antes te quería, ya no la veo.

CRISTIÁN. — ¡Oh!

ROXANA. — ¿Dudas todavía de tu victoria?

CRISTIÁN. — ¡Roxana!

ROXANA. — ¿No puedes creer todavía en este amor?

CRISTIÁN. — ¡No quiero esa clase de amor! Quiero ser amado simplemente por…

ROXANA. — ¿Por lo que hasta ahora te he amado?… ¡No!, ¡déjame que te ame por algo mejor!

CRISTIÁN. — ¡No! ¡Mejor era antes!

ROXANA. — ¡Ah, no entiendes nada! Ahora es cuando te quiero como se debe amar, ¡ahora es cuando te amo de veras! Te adoro por lo que hace que seas tú… Aunque fueras menos guapo…

CRISTIÁN. — ¡Calla!

ROXANA. — … te amaría igual. Si tu belleza desapareciese en un momento…

CRISTIÁN. — ¡No digas eso!

ROXANA. — ¡Sí!, ¡lo digo!

CRISTIÁN. — ¿Qué?… ¿Qué me querrías aunque fuera feo?…

ROXANA. — Sí, ¡te lo juro!

CRISTIÁN. — ¡Dios mío!

ROXANA. — ¿No te alegra?

CRISTIÁN. — (Con voz ahogada.) ¡Sí!

ROXANA. — ¿Qué te pasa?

CRISTIÁN. — (Rechazándola suavemente.) Nada. Espera un segundo. Tengo que transmitir algunas órdenes.

ROXANA. — Pero…

CRISTIÁN. — (Señalando un grupo de cadetes situados en el fondo.) Mi amor ha privado a aquellos desgraciados de tu persona, vete y sonríeles un poco antes de que mueran.

ROXANA. — (Enternecida.) ¡Cristián querido!

(Se dirige hacia los gascones que se agrupan respetuosamente a su alrededor.)

ESCENA IX

CRISTIÁN, CYRANO, al fondo ROXANA, hablando con CARBON y algunos cadetes.

CRISTIÁN. — (Llamando, hacia la tienda de Cyrano.) ¡Cyrano!

CYRANO. — (Saliendo, preparado para la batalla.) ¿Qué hay? ¡Estas pálido!

CRISTIÁN. — ¡No me ama!

CYRANO. — ¿Cómo es eso?

CRISTIÁN. — ¡Es a ti de quien está enamorada!

CYRANO. — ¡No!

CRISTIÁN. — ¡No ama más que mi alma!

CYRANO. — ¡No!

CRISTIÁN. — ¡Sí! ¡Ella te quiere y tú también la amas!

CYRANO. — ¿Yo?

CRISTIÁN. — ¡Lo sé!

CYRANO. — ¡Es cierto!

CRISTIÁN. — ¡La amas como un loco!

CYRANO. — ¡Mucho más!

CRISTIÁN. — ¡Díselo!

CYRANO. — ¡No!

CRISTIÁN. — ¿Por qué?

CYRANO. — ¡Mira mi rostro!

CRISTIÁN. — ¡Ella me amaría incluso feo!

CYRANO. — ¿Te lo ha dicho?

CRISTIÁN. — ¡Sí!

CYRANO. — Me alegra mucho que lo haya hecho, pero es un disparate, ¡una insensatez! No lo creas al pie de la letra, no te vuelvas feo, porque entonces te amaría a ti.

CRISTIÁN. — ¡Eso es lo que quiero saber!

CYRANO. — ¡No, no!

CRISTIÁN. — Que ella escoja. ¡Tienes que, decírselo todo!

CYRANO. — ¡No, por favor! ¡Líbrame de tal suplicio!

CRISTIÁN. — ¿Quién soy yo para estropear tu felicidad con mi belleza? ¡Es injusto!

CYRANO. — ¿Y yo voy a hacer lo mismo contigo por haber recibido al nacer el don de saber expresar lo que tú sientes?

CRISTIÁN. — ¡Díselo todo!

CYRANO. — ¡Te empeñas en tentarme!

CRISTIÁN. — ¡Estoy cansado de llevar en mí mismo un rival!

CYRANO. — ¡Cristián!

CRISTIÁN. — Nuestra boda clandestina y sin testigos puede anularse fácilmente si sobrevivimos.

CYRANO. — ¡No te empeñes!…

CRISTIÁN. — ¡Sí! ¡Quiero ser amado por mí mismo o no ser amado! Voy a ver qué sucede… Llegaré hasta el final de nuestras líneas y volveré… Mientras tanto, díselo todo. ¡Que ella elija uno de los dos!

CYRANO. — ¡Tú serás el elegido!

CRISTIÁN. — ¡Eso espero! (La llama.) ¡Roxana!

CYRANO. — ¡No, no!

ROXANA. — (Acudiendo.) ¿Qué quieres?

CRISTIÁN. — Cyrano tiene que decirte algo importante.

(Roxana se acerca a Cyrano. Cristián sale de escena.)

ESCENA X

ROXANA, CYRANO; después LE BRET, CARBON DE CASTEL-JALOUX, los cadetes, RAGUENEAU, DE GUICHE, etc.

ROXANA. — ¿Algo importante?

CYRANO. — (Desconcertado.) ¡Se ha ido! (A Roxana.) ¡Nada! ¡Deberíais conocerle!… Da demasiada importancia a todas las cosas.

ROXANA. — (Con calor.) ¿Duda quizá de lo que acabo de decirle? Me ha parecido ver eso…

CYRANO. — (Cogiéndole las manos.) Pero, ¿le habéis dicho la verdad?

ROXANA. — ¡Claro! Le amaría incluso siendo… (Duda un momento.)

CYRANO. — (Sonriendo tristemente.) ¿Os molesta decir esa palabra delante de mí?

ROXANA. — ¡Oh!

CYRANO. — No os preocupéis, ¡no me hará daño! ¿Incluso siendo feo?

ROXANA. — ¡Incluso siendo feo! (Disparos de mosquete fuera.) ¡Vaya!… ¡han empezado a disparar!

CYRANO. — (Ardientemente.) ¿Aunque fuese horrible?

ROXANA. — ¡Aunque fuese horrible!

CYRANO. — ¿Aunque su rostro estuviese desfigurado?

ROXANA. — ¡Aunque resultara grotesco! ¡Nada podría hacer que me lo pareciese!

CYRANO. — ¿Le amaríais aún?

ROXANA. — ¡Más si cabe!

CYRANO. — (Perdiendo la cabeza, aparte.) ¡Dios mío!… ¡es cierto! ¡Aquí está mi felicidad! (A Roxana.) ¡Roxana, escuchadme! Yo…

LE BRET. — (Entrando con rapidez y llamando a media voz.) ¡Cyrano!

CYRANO. — (Volviéndose.) ¿Qué?

LE BRET. — ¡Calla! (Le dice algo al oído.)

CYRANO. — (Soltando la mano de Roxana, con un grito.) ¡Ay!

ROXANA. — ¿Qué sucede?

CYRANO. — (A sí mismo, con estupor.) ¡Todo se acabó! (Nuevos disparos.)

ROXANA. — ¿Qué pasa ahora?… ¿Quién dispara?… (Sube al foro y mira afuera.)

CYRANO. — ¡Ya nunca se lo podré decir! ¡Todo se acabó!

ROXANA. — (Queriendo salir.) ¿Que ha sucedido?

CYRANO. — (Deteniéndola.) ¡Nada!

(Los cadetes han entrado ocultando algo que traen. Algunos forman un grupo para impedir que Roxana se aproxime.)

ROXANA. — Y… ¿esos hombres?

CYRANO. — (Alejándola.) ¡Dejadlos!

ROXANA. — ¿Qué ibais a decirme?

CYRANO. — ¿Qué iba a deciros?… ¡nada! Nada, os lo juro. (Con solemnidad.) ¡Juro que el espíritu y el alma de Cristián eran…! (Corrigiéndose con terror.) ¡Son los más grandes!

ROXANA. — ¿Eran?… (Grita.) ¡Ay! (Se lanza hacia el grupo y se abre paso entre los cadetes.)

CYRANO. — ¡Todo se acabó!

ROXANA. — (Al ver a Cristián envuelto en su capote.) ¡Cristián!

LE BRET. — (A Cyrano.) ¡Fue el primer disparo del enemigo!

(Roxana se arroja sobre el cuerpo de Cristián. Nuevos disparos. Ruidos. Rumores. Los tambores baten.)

CARBON. — (Empuñando la espada.) ¡Nos atacan! ¡Todos a los mosquetes! (Seguido por sus hombres se dirige hacia la otra parte del talud.)

ROXANA. — ¡Cristián!

VOZ DE CARBON. — (Detrás del talud.) ¡Apresuraos!

ROXANA. — ¡Cristián!

CARBON. — ¡En línea!

ROXANA. — ¡Cristián!

CARBON. — ¡Colocad las mechas!

(Ragueneau acude trayendo agua en un casco.)

CRISTIÁN. — (Con voz de moribundo.) ¡Roxana!

CYRANO. — (Deprisa y en voz baja, al oído de Cristián, mientras Roxana, enloquecida, moja en el agua un trozo de tela que se arranca del pecho.) ¡Se lo he dicho todo!… ¡es a ti a quien ama!

(Cristián cierra los ojos.)

ROXANA. — ¡Amor mío!

CARBON. — (Siempre desde fuera.) ¡Baquetas altas!

ROXANA. — (A Cyrano.) ¿Está muerto?

CARBON. — ¡Abrid las cargas con los dientes!

ROXANA. — ¡Sus mejillas están frías!

CARBON. — ¡Apunten!

ROXANA. — ¡Una carta! (La abre.) ¡Es para mí!

CYRANO. — (Aparte.) ¡Mi carta!

CARBON. — ¡Fuego!

(Disparos de mosquetes; gritos, ruido de lucha.)

CYRANO. — (Intentando desasir su mano de las de Roxana que está arrodillada.) ¡Roxana, déjame!… ¡el combate ha empezado!

ROXANA. — (Reteniéndole.) ¡Quedaos un poco más! Está muerto y únicamente vos le conocíais bien. (Llora dulcemente.) ¿Verdad que era un ser exquisito y maravilloso?

CYRANO. — (De pie y con la cabeza descubierta.) ¡Sí, Roxana!

ROXANA. — ¿Un poeta sublime y adorable?

CYRANO. — ¡Sí, Roxana!

ROXANA. — ¿Un ingenio inaudito?

CYRANO. — ¡Sí, Roxana!

ROXANA. — ¿Un corazón profundo, desconocido por los profanos y un alma grande y seductora?

CYRANO. — (Firmemente.) ¡Sí, Roxana!

ROXANA. — (Arrojándose sobre el cuerpo de Cristián.) ¡Está muerto!

CYRANO. — (Aparte, sacando su espada.) ¡Sólo morir me resta, porque sin saberlo, al que llora es a mí!

(Trompetas a lo lejos.)

DE GUICHE. — (Apareciendo sobre el talud, sin casco, herido en la frente; dice con voz tonante:) ¡La señal convenida! ¡Las trompas de metal! ¡Los franceses vuelven con víveres! ¡Resistid, resistid un poco más!

ROXANA. — ¡En su carta, manchada de sangre, hay señales de llanto!

UNA VOZ. — (Desde fuera.) ¡Rendíos!

VOZ DE LOS CADETES. — ¡No!

RAGUENEAU. — (Que subido en la carroza contempla la batalla por encima del talud.) ¡El peligro va creciendo!

CYRANO. — (A De Guiche, señalando a Roxana.) ¡Lleváosla de aquí! ¡Voy a lanzarme contra ellos!

ROXANA. — (Besando la carta, con voz moribunda.) ¡Su sangre!… ¡Sus lágrimas!…

RAGUENEAU. — (Saltando de la carroza y corriendo hacia Roxana.) ¡Se va a desmayar!

DE GUICHE. — (Sobe el talud, a los cadetes, con rabia.) ¡Resistid!

UNA VOZ. — (Desde fuera.) ¡Rendid las armas!

VOZ DE LOS CADETES. — ¡No!

CYRANO. — (A De Guiche.) Señor, ya habéis demostrado vuestro valor en el combate. (Señalando a Roxana.) ¡Huid y salvadla!

DE GUICHE. — (Corre hacia Roxana y la levanta en brazos.) ¡Sea! ¡Nuestra única posibilidad de victoria está en que ganéis tiempo!

CYRANO. — ¡Lo ganaremos! (Grita hacia Roxana a la que De Guiche, ayudado por Ragueneau, lleva desvanecida.) ¡Adiós, Roxana!

(Tumulto, gritos. Algunos cadetes reaparecen heridos y vienen al escenario a caer. Cyrano, que se lanzaba al combate, es detenido en la cima del talud por Carbon de Castel-Jaloux, cubierto de sangre.)

CARBON. — ¡Nos replegamos! ¡Me han herido dos veces!

CYRANO. — (A los gascones, gritándoles en gascón.) ¡«Hardin»! ¡«Recules pas, drollos»! (A Carbon, al que sostiene.) ¡No temáis! ¡Tengo dos muertes que vengar: la de Cristián y la de mi ilusión! (Bajan. Cyrano empuña la lanza a la que está atado el pañuelo de Roxana.) ¡Que esta bandera de encaje flote al viento! (La clava en el suelo y grita a los cadetes.) ¡«Toumbé dessus»! ¡«Escrasas lous»! (Al flautista.) ¡Qué suene el pífano!

(El flautista toca. Los heridos se levantan. Los cadetes bajan atropellándose por el talud y se agrupan alrededor de Cyrano y de la bandera de encaje. La carroza se cubre y se llena de hombres, transformándose al instante en un reducto erizado de arcabuces.)

UN CADETE. — (Aparece de espaldas, en lo alto del talud, batiéndose y gritando.) ¡Están escalando el talud! (Cae muerto.)

CYRANO. — ¡Les recibiremos como se merecen!

(En un momento el talud se corona de una terrible hilera de enemigos. Los estandartes de los Imperiales ondean por encima de sus cabezas.)

CYRANO. — ¡Fuego!

(Descarga general.)

GRITO. — (En las filas enemigas.) ¡Fuego!

(Respuesta mortífera. Los cadetes caen por todas partes.)

UN OFICIAL ESPAÑOL. —. (Descubriéndose.) ¿Quiénes son estos hombres que se hacen matar?

CYRANO. — (Recitando en pie, en medio de las balas.) ¡Estos son los cadetes de Gascuña con Carbon, su capitán! ¡Luchadores, mentirosos! (Se lanza contra los españoles seguido por algunos supervivientes.) Nobles, firmes…

(Lo demás se pierde en el fragor de la batalla.)

TELÓN

PARTE CINCO

ÍNDICE

Acto Quinto
Escena I
Escena Ii
Escena Iii
Escena Iv
Escena V
Escena Vi

ACTO QUINTO

La gaceta de Cyrano

Quince años después, en 1655. Parque del convento que las Damas de la Cruz ocupaban en París.

Magníficas alamedas. A la izquierda, la casa. Gran escalinata sobre la cual se abren numerosas puertas. En medio del escenario, un árbol, aislado en el centro de una plazuela ovalada. A la derecha, en primer término y entre enormes matorrales, un banco de piedra semicircular.

El fondo del teatro se halla atravesado por una avenida de castaños que termina en la parte derecha, en cuarto plano, junto a la puerta de la capilla, que se vislumbra entre las ramas. A través de la doble cortina de árboles de esta avenida, se percibe el suelo cubierto de césped, otras avenidas, bosques, la última porción del parque, y el bosque.

En la capilla se abre una puerta lateral sobre una columna de guirnaldas de vid roja que se pierde por la derecha y en primer plano detrás de los matorrales.

Otoño. El ramaje cobra un color rojo por encima de la hierba fresca. Manchas sombrías de los matorrales y los tejos que permanecen verdes. Hojas amarillentas amontonadas al pie de los árboles, cubriendo casi todo el escenario, la escalinata y los bancos, y que crujen cuando alguien las pisa.

Entre el banco de la derecha y el árbol, un gran bastidor de bordar ante el que han colocado una sillita. Cestos de costura llenos de madejas y ovillos. El tapiz está empezado. Al levantarse el telón, monjas que pasean por el parque; otras, sentadas en el banco, en torno a una de mayor edad. Las hojas caen.

ESCENA I

LA MADRE MARGARITA, SOR MARTA, SOR CLARA y las monjas.

SOR MARTA. — (A la madre Margarita.) ¡Sor Clara se ha mirado dos veces al espejo para ver cómo le sentaba la toca!

MADRE MARGARITA. — (A Sor Clara.) ¡Eso está muy mal!

SOR CLARA. — Y sor Marta ha cogido una ciruela de la tarta de esta mañana: yo la vi.

MADRE MARGARITA. — (A sor Marta.) ¡Eso también está muy mal!

SOR CLARA. — ¡Oh!… ¡por una miradita!

SOR MARTA. — ¡Y por una ciruelilla de nada!

MADRE MARGARITA. — (Con severidad.) Se lo diré esta tarde al Señor Cyrano.

SOR CLARA. — (Atemorizada.) ¡No!… ¡Se burlará de nosotras!

SOR MARTA. — ¡Dirá que las monjas somos muy coquetas!

SOR CLARA. — ¡Y muy golosas!

MADRE MARGARITA. — (Sonriendo.) ¡Y muy buenas!

SOR CLARA. — ¿Es verdad, madre Margarita de Jesús, que el señor Cyrano viene todos los sábados desde hace lo menos diez años?

MADRE MARGARITA. — ¡Desde más! Desde que su prima mezcló a nuestras tocas el duelo mundano de su velo; desde que, hace catorce años, se abatió como un pájaro negro entre pájaros blancos, su primo no ha faltado ni un solo sábado.

SOR MARTA. — ¡Desde que se encerró en este claustro sólo él sabe mitigar su pena, que no decrece con el tiempo!

TODAS LAS MONJAS. — ¡Es tan extraño!… ¡Qué divertido cuando viene!… ¡Nos molesta con sus bromas!… ¡Es muy galante!… ¡Le queremos mucho!… ¡Tenemos que prepararle un día pasteles de ángel!…

SOR MARTA. — ¡Pero no es buen cristiano!

SOR CLARA. — ¡Nosotras le convertiremos!

LAS MONJAS. — ¡Eso!… ¡Eso!… ¡Nosotras le convertiremos!…

MADRE MARGARITA. — ¡Os prohíbo intentar cualquier cosa en ese sentido, hijas mías! No le atormentéis, porque podría dejar de venir.

SOR MARTA. — Pero Dios…

MADRE MARGARITA. — ¡Tranquilizaos, hermana!… ¡Dios le conoce bien!

SOR MARTA. — ¡Todos los sábados, cuando llega, me dice con orgullo: «Hermana, ayer comí carne de cerdo»!

MADRE MARGARITA. — ¡Ah!… ¿con que eso os dice?… ¡Pues la última semana no había comido desde hacía dos días!

SOR MARTA. — ¡No puede ser!

MADRE MARGARITA. — ¡Es muy pobre!

SOR MARTA. — ¿Quién os lo ha dicho?

MADRE MARGARITA. — ¡El señor Le Bret!

SOR MARTA. — ¿Y nadie le ayuda?

MADRE MARGARITA. — ¡No, porque se molestaría!

(Por una avenida del fondo, se ve aparecer a Roxana, vestida de negro, con el tocado de las viudas y largos velos, De Guiche, muy envejecido, camina a su lado. Pasean lentamente. La madre Margarita se levanta.)

MADRE MARGARITA. — ¡Vamos! Hay que volver… Sor Magdalena tiene una visita y están paseando por el parque.

SOR MARTA. — (En voz baja, a sor Clara.) ¿Es ese el duque-mariscal de Grammont?

SOR CLARA. — Me parece que sí.

SOR MARTA. — ¡Pues no ha venido a verla desde hace dos meses!

LAS MONJAS. — ¡Está muy ocupado!… ¡La corte!… ¡El campo!…

SOR CLARA. — ¡Los cuidados del mundo!…

(Las monjas salen. De Guiche y Roxana bajan en silencio y se detienen ante el bastidor. Pausa.)

ESCENA II

ROXANA, EL DUQUE DE GRAMMONT, antiguo conde DE GUICHE; después LE BRET y RAGUENEAU.

EL DUQUE. — ¿Y permaneceréis aquí, vanamente hermosa y siempre en duelo?

ROXANA. — ¡Siempre!

EL DUQUE. — ¿Y fiel también?

ROXANA. — ¡También!

EL DUQUE. — (Tras una pausa.) ¿Me habéis personado?

ROXANA. — (Con sencillez, mirando la cruz del convento.) ¡Desde que estoy aquí!

(Nuevo silencio.)

EL DUQUE. — ¿De verdad era un ser tan…?

ROXANA. — ¡Había que conocerle!

EL DUQUE. — ¡Ah, había que…! ¡Quizás sea que yo le conocí poco…! ¿Y seguís llevando sobre vuestro corazón su última carta de amor?

ROXANA. — ¡Entre estos velos, como un escapulario!

EL DUQUE. — ¿Le amáis incluso después de muerto?

ROXANA. — A veces me parece que no está muerto más que a medias, que nuestros corazones siguen juntos y que su amor flota, todavía vivo, junto a mí.

EL DUQUE. — (Tras una nueva pausa.) Y Cyrano, ¿sigue viniendo a veros?

ROXANA. — Sí, con bastante frecuencia. Ese viejo amigo es mi gaceta particular. Viene con regularidad y, si hace buen tiempo, coloca su sillón bajo el árbol donde vos estáis. Yo le espero bordando. Suenan las campanas de la hora y a la última oigo, sin necesidad de volverme, su bastón que baja por la escalinata. Se sienta y sonríe burlonamente por mi tapiz interminable… Me cuenta la crónica de la semana y… (Le Bret aparece en la escalinata.) ¡Vaya!… ¡Le Bret!… (Le Bret desciende.) ¿Cómo le va a vuestro amigo?

LE BRET. — ¡Mal!

EL DUQUE. — ¡Oh!

ROXANA. — (Al duque.) ¡Bah, exagera!

LE BRET. — Todo lo que yo predije: el abandono, la miseria… Sus epístolas censorias siguen creándole nuevos enemigos. Ataca a los falsos nobles, a los falsos devotos, a los falsos valientes, a los plagiarios… ¡a todo el mundo!

ROXANA. — Pero su espada inspira un profundo terror y no se atreverán nunca a hacer nada contra él.

EL DUQUE. — (Meneando la cabeza.) ¿Quién sabe?

LE BRET. — No teme los ataques: La soledad, el hambre, diciembre entrando a paso de lobo en su oscura habitación… ¡estos son los espadachines que le matarán! Cada día aprieta un poco más su cinturón y su pobre nariz ha tomado el color del marfil viejo. No tiene más vestido que uno viejo de sarga negra.

EL DUQUE. — ¿No era eso lo que buscaba? Entonces, no le compadezcáis demasiado.

LE BRET. — (Con una sonrisa amarga.) ¡Señor mariscal!

EL DUQUE. — No, ¡no le compadezcáis demasiado! Ha vivido sin pactos, siempre libre de pensamiento y en todos los actos de su vida.

LE BRET. — (Lo mismo.) ¡Señor duque!

EL DUQUE. — (Con altivez.) Ya sé que soy poderoso y que él no tiene nada, pero creedme, le daría muy a gusto un apretón de manos. (Saludando a Roxana.) ¡Tengo que deciros adiós!

ROXANA. — ¡Os acompaño!

(El duque saluda a Le Bret y se dirige con Roxana hacia la escalinata.)

EL DUQUE. — (Deteniéndose mientras ella sube.) He de confesaros que a veces le envidio. Cuando se ha conseguido triunfar en la vida, se siente, incluso sin haber cometido villanías, mil pequeños disgustos de uno mismo, que, en conjunto, no causan remordimiento, pero sí una molestia oscura. Los mantos ducales, mientras se suben los escalones que llevan al poder, arrastran entre sus forros un ruido de ilusiones secas y de pesares, como cuando al subir lentamente hacia esa puerta, vuestro vestido enlutado arrastra las hojas secas.

ROXANA. — (Irónica.) ¡Oh!… ¿Os habéis vuelto soñador?

EL DUQUE. — ¡Sí! (En el momento de salir añade bruscamente.) ¡Señor Le Bret!… (A Roxana.) ¿Me permitís?… ¡Sólo unas palabras! (Se dirige hacia Le Bret y le dice a media voz.) Es verdad, nadie se atreverá a atacar frente a frente a vuestro amigo; pero muchos le odian y ayer, jugando en el palacio, alguien me decía medio en broma: «Ese Cyrano podría morir de un accidente».

LE BRET. — ¿Cómo?

EL DUQUE. — Sí. Que salga poco y, sobre todo, que sea muy prudente.

LE BRET. — (Levantando los brazos al cielo.) ¡Prudente! ¡Está al llegar y le advertiré, pero…!

ROXANA. — (Que ha permanecido en la escalinata, se dirige a una hermana que avanza hacia ella.) ¿Quién es?

LA MONJA. — Ragueneau quiere veros, señora.

ROXANA. — ¡Que pase! (Al duque y a Le Bret.) ¡Vendrá a contarnos sus penas! Después de haber sido en tiempos pasados poeta, se convirtió en cantor de coro…

LE BRET. — Bañista…

ROXANA. — Actor…

LE BRET. — Bedel…

ROXANA. — Peluquero…

LE BRET. — Músico…

ROXANA. — ¿Qué será ahora?

RAGUENEAU. — (Entrando precipitadamente.) ¡Ah, señora! (Ve a Le Bret.) ¡Caballero!

ROXANA. — (Sonriendo.) Contad vuestras penas a Le Bret. ¡Vuelvo en seguida!

RAGUENEAU. — Pero, señora…

(Roxana sale sin escucharle con el duque. Ragueneau baja hacia Le Bret.)

ESCENA III

LE BRET y RAGUENEAU.

RAGUENEAU. — ¡Mejor! Ya que estáis aquí, prefiero que ella no lo sepa. Hace poco, fui a ver a nuestro amigo. Me encontraba ya a unos veinte pasos de su casa, cuando le vi salir. Iba a doblar una esquina de la calle… Corrí hacia él y, de repente, desde una ventana bajo la que pasaba… —¿podéis creer en la casualidad?— ¡un lacayo dejó caer un madero!

LE BRET. — ¡Cobardes!… ¿Y Cyrano?

RAGUENEAU. — Me llego a él y le veo…

LE BRET. — ¡Es horrible!

RAGUENEAU. — ¡Nuestro amigo Cyrano, nuestro gran poeta, estaba tendido en el suelo, con una gran brecha en la cabeza!

LE BRET. — ¿Ha muerto?

RAGUENEAU. — No, pero… ¡Dios mío! Le llevé a su habitación… ¡qué habitación!… ¡aquello parece un tugurio!

LE BRET. — ¿Sufre?

RAGUENEAU. — No, porque está sin conocimiento.

LE BRET. — ¿Llamasteis a un médico?

RAGUENEAU. — Vino uno por hacerme un favor.

LE BRET. — ¡Pobre Cyrano!… ¡No le digamos nada de esto a Roxana! ¿Y qué dijo el médico?

RAGUENEAU. — Habló… no sé de qué… ¡de fiebre… de meninges!… ¡Ah, si le vieseis!… ¡Tiene toda la cabeza vendada!… ¡Corramos!… No hay nadie a su cabecera y, si se levantase, podría morir.

LE BRET. — (Arrastrándole hacia la derecha.) ¡Vamos por allí!… ¡es más corto!… ¡Por la capilla!…

ROXANA. — (Apareciendo sobre la escalinata y viendo a Le Bret alejarse por la columnata que lleva a la puertecilla de la iglesia.) ¡Señor Le Bret!… ¡Señor Le Bret!… (Le Bret y Ragueneau escapan sin contestar.) ¿Desde cuándo Le Bret se marcha cuando le llaman? ¡Alguna historia de ese buenazo de Ragueneau!

(Baja la escalinata.)

ESCENA IV

ROXANA, sola; después dos monjas un instante.

ROXANA. — ¡Ah! ¡Qué bello día de septiembre!… Mi tristeza que en abril comienza a crecer, llegado el otoño sonríe y se hace más llevadera. (Se sienta frente a su labor. Dos monjas salen de la casa y colocan un gran sillón bajo el árbol.) ¡Ah!… ¡ya está aquí el sillón donde se sienta mi buen amigo!

SOR MARTA. — ¡Es el mejor del locutorio!

ROXANA. — ¡Gracias, hermanas! (Las monjas se alejan.) ¡Tiene que estar al llegar!… (Se sienta. Las campanas dan la hora.) ¡Ya es la hora! ¡Mis madejas!… ¿Cómo? ¿Han terminado las campanadas y el bastón…? ¡Me extraña!… Se va a retrasar por primera vez. ¡Ah!, la hermana tornera estará exhortándole a la penitencia… (Pausa.) Seguro… ¡no puede tardar ya! ¡Vaya!, una hoja muerta… (Empuja con el dedo la hoja que había caído sobre su labor.) ¡De otra forma, nada podría detenerle! ¿Dónde estarán mis tijeras?… ¡Ah, en la bolsa!

UNA MONJA. — (Apareciendo en lo alto de la escalinata.) ¡El señor de Bergerac!

ESCENA V

ROXANA, CYRANO y, un instante, SOR MARTA.

ROXANA. — (Sin volverse.) ¿No lo decía yo?… (Se pone a bordar. Cyrano entra muy pálido y con el sombrero hundido hasta los ojos. La hermana que le ha introducido vuelve a salir. Cyrano comienza a descender la escalinata lentamente, con un visible esfuerzo por mantenerse en pie y apoyándose sobre su bastón. Roxana sigue trabajando en su tapiz.) ¡Ah!, estos colores están pálidos… ¿Cómo les podría devolver toda su fuerza?… (En un tono burlón y amigable, dice cuando Cyrano llega.) ¡En catorce años, llegáis tarde por primera vez!

CYRANO. — (Que se ha sentado en su sillón, con voz alegre que contrasta con la expresión de su rostro.) ¡Sí, y lo siento… pero me obligaron!

ROXANA. — ¿Quién?

CYRANO. — ¡Una visita bastante inoportuna!

ROXANA. — (Distraída y trabajando.) ¿Sí?… ¡Algún pesado!

CYRANO. — ¡Una pesada, prima!

ROXANA. — ¿La dejasteis?

CYRANO. — Sí, le dije: «Perdonadme, pero hoy es sábado y tengo una visita a la que no puedo faltar. ¡Volved dentro de una hora!»

ROXANA. — (Con sencillez.) Pues tendrá que esperar si quiere veros. No os dejaré partir antes de que anochezca.

CYRANO. — (Con dulzura.) ¡Quizá tenga que marcharme un poco antes!

(Cierra los ojos y permanece un instante callado. La hermana Marta atraviesa el parque, desde la capilla a la escalinata. Roxana al verla, le hace un gesto de saludo con la cabeza.)

ROXANA. — (A Cyrano.) ¿Gastáis bromas a sor Marta?

CYRANO. — (Con rapidez, abriendo los ojos.) ¡Claro! (Con voz fuerte y cómica.) ¡Sor Marta! ¡Sor Marta! Acercaos un momento. (La hermana se desliza hacia él.) ¡Ja, ja, ja! Hermana, ¿me podéis decir por qué esos bellos ojos están siempre bajos?

SOR MARTA. — (Alzando los ojos y sonriendo.) Pero… (Al ver su rostro hace una mueca de asombro.) ¡Oh!

CYRANO. — (En voz baja, señalando a Roxana.) ¡Chiss!… ¡No pasa nada! (Con voz fanfarrona y alta.) ¡Ayer, hermana, comí carne de cerdo!

SOR MARTA. — ¡Ya lo sé! (Aparte.) ¡Por eso está tan pálido! (Aprisa y en voz baja.) Cuando queráis os pasáis por el refectorio y os daré un tazón de caldo… ¿Vendréis?

CYRANO. — ¡Sí, claro!

SOR MARTA. — ¡Estáis hoy algo más razonable!

ROXANA. — (Que les oye cuchichear.) ¿Trata de convertiros?

SOR MARTA. — ¡No lo intento siquiera!

CYRANO. — ¡Vaya, es verdad!… Vos, que tanto me sermoneáis siempre, no me habéis dicho nada en ese sentido… (Con repentino furor.) Yo también quiero daros otra sorpresa… Os permito que… (Hace gestos como buscando algo que moleste a la hermana.) os va a resultar demasiado nuevo lo que voy a deciros, pero… ¡os permito que esta noche roguéis por mí en la capilla!

ROXANA. — ¡Oh!… ¡oh!…

CYRANO. — (Riendo.) ¡Sor Marta se ha quedado asombrada!

SOR MARTA. — (Con dulzura.) ¡Ya lo hice, sin pediros permiso! (Sale.)

CYRANO. — (Volviéndose hacia Roxana, inclinada en su labor.) ¿Todavía con el tapiz?… ¡Al diablo si le veo terminado algún día!

ROXANA. — ¡Espero una frase sobre él!

(En este instante un poco de brisa hace caer las hojas.)

CYRANO. — ¡Las hojas!

ROXANA. — (Levantando la cabeza y mirando a lo lejos, hacia las avenidas.) Tiene un color de oro veneciano. ¡Mirad como caen!

CYRANO. — ¡Qué bien lo hacen!… En este trayecto tan corto de la rama a la tierra, ¡qué bien saben mostrar su postrera belleza! A pesar de su espanto por pudrirse en el suelo, intentan que su caída se convierta en un vuelo.

ROXANA. — ¿Melancólico?

CYRANO. — (Reportándose.) ¡Nada de eso, Roxana!

ROXANA. — ¡Vamos!, dejad de mirar cómo caen las hojas y contadme qué hay de nuevo, ¡Mi gaceta!

CYRANO. — ¡Ahora mismo!

ROXANA. — Cuando queráis, podéis empezar.

CYRANO. — (Más pálido cada vez y luchando contra el dolor.) Sábado diecinueve: después de haberse comido varios platos de uvas de Cette, el rey cayó enfermo. ¡Su enfermedad fue condenada por lesa majestad a dos sangrías y ya el augusto pulso ha abandonado la fiebre! El domingo, en el baile celebrado en el palacio de la reina, se quemaron setecientos sesenta y cuatro hachones de cera. Se comentó que nuestras tropas se batieron con Don Juan de Austria: colgaron a cuatro brujas; el perrito de la señora Athis tuvo un quiste…

ROXANA. — Señor de Bergerac, ¿queréis callaros?

CYRANO. — El lunes… ¡nada! Lygdamira cambió de amante.

ROXANA. — ¡Oh!

CYRANO. — (Cuyo rostro se altera paulatinamente.) Martes: la Corte fue a Fontainebleau. Miércoles: la Montglat dijo al conde de Fiesque: «¡No!». Jueves: Mancini, reina de Francia… o casi. Viernes, veinticinco: La Montglat dijo al conde de fiesque «¡Sí!». Sábado, veintiséis…

(Cierra los ojos, su cabeza cae. Silencio.)

ROXANA. — (Sorprendida por no oír nada, se vuelve, le mira y se levanta asustada.) ¿Se habrá desvanecido? (Corre hacia él, gritando.) ¡Cyrano!

CYRANO. — (Volviendo a abrir los ojos, con voz vaga.) ¿Qué?… ¿qué?… ¿qué pasa?… (Viendo a Roxana inclinada sobre él y asegurando rápidamente el sombrero sobre su cabeza y retrocediendo con terror en su sillón.) ¡No, no!… ¡os aseguro que no me pasa nada! ¡Dejadme!…

ROXANA. — Pero si…

CYRANO. — Es mi herida de Arrás… Ya sabéis… a veces…

ROXANA. — ¡Pobre amigo mío!

CYRANO. — ¡Bah!… no es nada… Ya va pasando. (Sonríe con esfuerzo.) ¿Veis? ¡Ya pasó todo!

ROXANA. — (En pie, junto a él.) ¡Cada uno de nosotros tiene una herida: yo, la mía!… ¡Esta vieja herida, sin embargo, está siempre viva! (Pone su mano sobre el pecho.) ¡Está aquí, bajo una carta de papel amarillento, donde aún se pueden ver lágrimas y sangre!

(El crepúsculo va cayendo.)

CYRANO. — ¡Su carta!… ¿No me prometisteis dejármela leer algún día?

ROXANA. — Sí. ¿Lo deseáis?… ¿Deseáis leer su carta?

CYRANO. — Sí. Quiero leerla… ¡hoy!

ROXANA. — (Dándole la bolsita que pende de su cuello.) Tomadla.

CYRANO. — (Cogiéndola.) ¿Puedo abrirla?

ROXANA. — Sí. ¡Podéis leerla también!

(Ella vuelve a su labor y se entretiene replegando y ordenando sus lanas.)

CYRANO. — (Leyendo.) «Roxana, adiós. ¡Voy a morir!…»

ROXANA. — (Deteniéndose asombrada.) ¿Pero en voz alta leéis?

CYRANO. — (Continuando su lectura.) «Esta tarde, amada mía, tengo el corazón lleno de amor no expresado… ¡y voy a morir! Nunca, jamás mis ojos embriagados, mis miradas alegres…»

ROXANA. — ¡Qué bien leéis!…

CYRANO. — «… alegres de amor, no volverán a besar al vuelo vuestros gestos… ¡os envío en esta carta el beso acostumbrado para que, por mí, él toque vuestra frente! Quisiera gritar…»

ROXANA. — (Turbada.) ¡Cómo leéis esta carta!

(La noche cae insensiblemente.)

CYRANO. — «y grito: ¡Adiós!»

ROXANA. — ¡La leéis…!

CYRANO. — «¡Querida! ¡Amada mía! ¡Mi tesoro!…»

ROXANA. — (Soñadora.) ¡…Con una voz…!

CYRANO. — «¡Amor mío…!»

ROXANA. — ¡…Con una voz…! (Se estremece.) Pero… ¡no es la primera vez que yo oigo esa voz!

(Se acerca suavemente sin que Cyrano se dé cuenta, pasa por detrás de su sillón, se inclina sin ruido, mira la carta. La sombra aumenta.)

CYRANO. — «… Mi corazón no os abandona un instante. Soy y seré siempre, hasta en el otro mundo, el que os ame sin medida, el que…»

ROXANA. — (Poniéndole la mano en los hombros.) ¿Cómo podéis leer ahora? ¡Es de noche, yo nada veo! (Él se estremece, se vuelve, la ve junto a sí, hace un gesto de emoción y baja la cabeza. Larga pausa. Después, cuando ya la oscuridad es completa, Roxana añade lentamente, juntando las manos.) ¡Y durante catorce años, habéis desempeñado el papel del viejo amigo que viene para ser simpático!…

CYRANO. — ¡Roxana!

ROXANA ¿Erais vos?

CYRANO. — ¡No, Roxana, no!

ROXANA. — Hubiera debido adivinarlo cuando él decía mi nombre.

CYRANO. — ¡No! ¡No era yo!

ROXANA. — ¡Erais vos!

CYRANO. — ¡Os juro…!

ROXANA. — Adivino toda esta impostura generosa. ¡Las cartas eran vuestras!

CYRANO. — ¡No!

ROXANA. — ¡Aquellas palabras amorosas y ardientes eran vuestras!

CYRANO. — ¡No!

ROXANA. — ¡Aquella voz en la oscuridad era vuestra!

CYRANO. — ¡Os juro que…!

ROXANA. — Y el alma… ¡el alma era la vuestra!

CYRANO. — ¡Yo nunca os amé!

ROXANA. — ¡Vos me amasteis!

CYRANO. — (Debatiéndose.) ¡Era el otro!

ROXANA. — ¡Vos me amasteis!

CYRANO. — (Con voz débil.) ¡No!

ROXANA. — ¡Ya lo decís más bajo!

CYRANO. — ¡No!… No, amor mío… ¡yo nunca os amé!

ROXANA. — ¡Ay!… ¡cuántas cosas ya muertas vuelven a renacer!… ¿Por qué habéis callado durante catorce años si las lágrimas de esta carta no eran de él sino vuestras?

CYRANO. — (Tendiéndole la carta.) ¡Pero la sangre era suya!

ROXANA. — Entonces, ¿por qué romper hoy ese sublime silencio?

CYRANO. — Porque…

(Le Bret y Ragueneau entran corriendo.)

ESCENA VI

Los mismos, LE BRET y RAGUENEAU.

LE BRET. — ¡Qué imprudencia!… ¡Ya lo decía yo!… ¡Seguro que estaba aquí!

CYRANO. — (Sonriendo e irguiéndose.) ¡Vaya!

LE BRET. — Señora, ¡al salir de la cama, él mismo se ha matado!

ROXANA. — ¡Dios mío!… Entonces… ¿esa debilidad, esa…?

CYRANO. — ¡Es verdad! ¡No terminé con mi gaceta! Y el sábado, veintiséis, una hora antes de la cena, el señor de Bergerac fue asesinado.

(Se descubre y aparece su cabeza completamente vendada.)

ROXANA. — ¿Qué dice?… ¡Cyrano!… ¡Tiene la cabeza vendada!… ¿Ay, qué os han hecho? ¿Por qué?

CYRANO. — «Morir con la punta de la espada de un héroe en el corazón…» ¡Sí, yo decía eso…! ¡Qué burla la del destino!… ¡Resulta que me han matado en una emboscada, por la espalda y a manos de un lacayo que me arrojó un madero! ¡Está muy bien! ¡Por no acertar, no acerté siquiera con mi muerte!

RAGUENEAU. — ¡Ay, señor Cyrano!

CYRANO. — Ragueneau, ¡no llores tan fuerte! (Le tiende las manos.) ¿En qué trabajas ahora, amigo mío?

RAGUENEAU. — (Bañado en lágrimas.) Me encargo de despabilar las velas en el teatro de Molière.

CYRANO. — ¡Molière!

RAGUENEAU. — Pero desde mañana abandonaré ese oficio: ¡estoy indignado! Ayer, en la representación de «Scapin», me di cuenta de que os ha plagiado una escena.

LE BRET. — ¡Una escena completa!

RAGUENEAU. — Aquella famosa: «¿Qué diablos iba a hacer…?»

LE BRET. — (Furioso.) ¡Molière te ha plagiado!

CYRANO. — ¡Callad!, ¡callad! ¡Ha hecho bien! (A Ragueneau.) Produce efecto la escena, ¿verdad?

RAGUENEAU. — La gente ríe muchísimo.

CYRANO. — ¡Sí!… Mi vida no fue más que un servir de apuntador a los demás y luego ser olvidado. (A Roxana.) ¿Os acordáis de la noche en que Cristián os habló bajo vuestro balcón? Pues bien: toda mi vida puede resumirse en eso: Mientras que yo permanecía abajo, en la sombra, otro subía a recoger el beso de la gloria. ¡Es justo y lo apruebo ahora, a un paso de la tumba! ¡Molière es un genio y Cristián era bello! (En este instante, tras el tañido de la campana de la capilla, las monjas, por la avenida del fondo, se dirigen hacia sus oficios.) ¡Que vayan a rezar: ya está sonando la hora!

ROXANA. — (Levantándose, para llamar.) ¡Hermana!… ¡Hermana!…

CYRANO. — (Reteniéndola.) ¡No!, no vayáis a buscar a nadie, porque, cuando volvieseis, yo ya me habría ido. (Las monjas han entrado en la capilla. Se oye la música del órgano.) No faltaba más que esto: ¡un poco de armonía!

ROXANA. — Vivid, ¡yo os amo!

CYRANO. — ¡No! Hasta en los cuentos, cuando alguien dice «te amo» al príncipe horrible, él siente desvanecerse su fealdad con estas palabras. Pero como podréis observar, yo permanezco igual.

ROXANA. — Yo os he hecho desgraciado… ¡yo, yo!

CYRANO. — ¿Vos?… ¡Al contrario! Ignoraba la dulzura femenina. Mi madre me encontraba feo y no tuve hermanas; más tarde, temí constantemente las burlas de las mujeres. Os debo el haber tenido por lo menos una amiga. ¡Gracias a vos, por mi vida ha pasado una mujer!

LE BRET. — (Señalando el claro de luna, que baja entre las ramas.) Tu otra amiga viene a verte.

CYRANO. — (Sonriendo a la luna.) ¡Ya la veo!

ROXANA. — ¡No amé más que un solo ser y le pierdo por segunda vez!

CYRANO. — Le Bret, ¡hoy subiré a la Luna sin tener que inventar ninguna clase de máquinas!

ROXANA. — ¿Qué decís?

CYRANO. — ¡Allí, os lo repito, allí, me envían a forjarme mi propio paraíso! Allí están muchas almas queridas… ¡Allí encontraré a Sócrates, a Galileo!…

LE BRET. — (Rebelándose.) ¡No!… ¡No!… ¡Es demasiado estúpida esta muerte!… ¡Resulta demasiado injusta!… Un poeta tan grande, un corazón tan noble verse obligado a morir así… ¡a morir…!

CYRANO. — ¡Ya está Le Bret gruñendo!

LE BRET. — (Inundado en llanto.) ¡Amigo mío!

CYRANO. — (Levantándose en pleno delirio.) ¡Éstos son los cadetes de Gascuña!… ¡La masa elemental!… ¿Eh? ¡Claro!…

LE BRET. — Su ciencia delira.

CYRANO. — ¡Copérnico dijo…!

ROXANA. — ¡Oh!

CYRANO. — Pero también, ¡qué diablos iba a hacer, qué diablos iba a hacer en esta galera! Filósofo, físico, poeta, espadachín, músico, inventor, fácil de palabra y amante, pero no por su bien. ¡Aquí yace, Hércules-Sabinio Cyrano de Bergerac, que fue todo y no fue nada! Perdón pero me voy… No puedo hacer esperar a ese rayo de luna que viene a llevarme. (Ha vuelto a caer en su asiento, pero el llanto de Roxana le devuelve a la realidad; la mira y acaricia sus velos.) No quiero que lloréis menos que a mí a aquel bueno y bello amado vuestro, Cristián; únicamente os pido, que cuando el frío supremo se haya adueñado de mis vértebras, deis doble sentido a estos velos fúnebres y que su duelo se convierta para vos un poco en mi duelo.

ROXANA. — ¡Os lo juro!

CYRANO. — (Se levanta bruscamente, conmocionado por un fuerte estremecimiento.) ¡No!… ¡Aquí no!… ¡No en este sillón! (Los que le rodean quieren abalanzarse sobre él.) ¡No me sostengáis!… ¡Nadie!… (Va a apoyarse en el árbol.) ¡Sólo el árbol! (Silencio.) ¡Ya viene!… ¡ya me siento asido por manos de mármol enguantadas de plomo!… (Se yergue.) ¡Ya que está en camino la esperaré de pie…! (Saca su espada.) ¡…y con la espada en la mano!

LE BRET. — ¡Cyrano!

ROXANA. — (Con voz desfallecida.) ¡Cyrano!

(Todos retroceden, espantados.)

CYRANO. — ¡Me parece que está mirando… que ha osado mirar mi nariz!… (Levanta la espada.) ¿Que decís?… ¿Que es inútil?… ¡Ya sé que en este combate no debo esperar el triunfo! ¡No!… ¿Para qué?… ¡Es más bello cuando se lucha inútilmente! ¿Cuántos sois?… ¿Mil?… ¡Os reconozco, mis viejos enemigos!… ¡La Mentira!… (Golpeando con su espada en el vacío.) ¡Toma! ¡Toma!… ¡Ah, los Compromisos… los Prejuicios… las Cobardías!… (Sigue golpeando.) ¿Que pacte?… ¡Eso nunca!… ¿me oís bien? ¡Nunca! ¡Ah, por fin te veo, estupidez!… De sobra sé que al final me tumbaréis, mas no me importa: ¡lucho, lucho, lucho! (Hace molinetes inmensos y se detiene jadeando.) ¡Sí, vosotros me arrancáis todo, el laurel y la rosa! ¡Arrancadlos! ¡Hay una cosa que no me quitaréis!… ¡Esta noche, cuando entre en el cielo, mi saludo barrerá el suelo azul, y, mal que os pese, conmigo irá una cosa sin manchas ni arrugas!… (Arroja la espada a lo alto.) y esa cosa es… (La espada escapa de sus manos; vacila y cae en brazos de Le Bret y Ragueneau.)

ROXANA. — (Inclinándose sobre él y besándole en la frente.) ¿Y es…?

CYRANO. — (Vuelve a abrir los ojos, la reconoce y añade sonriendo:) ¡Mi pluma!

TELÓN

46. ANA LA DE LA ISLA (LUCY MAUD MONTGOMERY)

Serie Ana de las Tejas Verdes, 3

ÍNDICE

Capítulo Primero
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta Y Uno
Capítulo Treinta Y Dos
Capítulo Treinta Y Tres
Capítulo Treinta Y Cuatro
Capítulo Treinta Y Cinco
Capítulo Treinta Y Seis

Capítulo Treinta Y Siete
Capítulo Treinta Y Ocho
Capítulo Treinta Y Nueve
Capítulo Cuarenta
Capítulo Cuarenta Y Uno

CAPÍTULO PRIMERO

Se atisba un cambio

«Ya termina la cosecha, ya se va el verano», sentenció Ana Shirley mientras contemplaba con ojos soñadores los campos segados. Había estado recogiendo manzanas en la huerta de «Tejas Verdes» en compañía de Diana Barry y ahora se hallaban las dos descansando de sus labores en un soleado rincón al que llegaba una brisa todavía templada y llena del aroma de los helechos del Bosque Embrujado.

Pero todo el paisaje anunciaba ya el otoño. El mar bramaba sordamente en la distancia; los campos parecían desnudos y marchitos, salpicados de espigas doradas; el valle del arroyuelo, más allá de «Tejas Verdes», estaba cubierto de ásteres de un etéreo color púrpura y el Lago de las Aguas Refulgentes se había tornado azul… azul… azul; y no era el inconstante azul de la primavera, ni el pálido azulado del verano, sino un azul limpio, inmutable, sereno, como si el agua, tras superar todos los cambios y estados emocionales, hubiera caído en una paz imposible de quebrar con veleidosos sueños.

—Ha sido un hermoso verano —dijo Diana haciendo girar con una sonrisa el nuevo anillo que lucía en su mano izquierda—, y la boda de la señorita Lavendar ha sido un magnífico broche de oro. Supongo que el señor Irving y su esposa estarán a estas horas en las costas del Pacífico.

—A mí me parece que ha pasado ya tanto tiempo como para que hubieran dado la vuelta al mundo —suspiró Ana—. Parece mentira que haya pasado sólo una semana desde que se casaron. Todo ha cambiado. La señorita Lavendar y los Alian se han ido. ¡Qué solitaria parece la misión con todas las persianas cerradas! Pasé por allí anoche y me hizo el efecto de que todo estuviera muerto.

—Nunca tendremos otro pastor tan agradable como el señor Alian —dijo Diana con calurosa convicción—. Creo que este invierno tendremos toda clase de suplentes y la mitad de los domingos no habrá prédica; y Gilbert y tú os vais, ¡va a ser muy aburrido!

—Fred estará aquí —insinuó Ana con intención.

—¿Cuándo se muda la señora Lynde? —preguntó Diana como si no hubiera oído la última observación de Ana.

—Mañana. Me alegro de que venga; aunque significará otro cambio. Ayer, Marilla y yo limpiamos el cuarto de huéspedes. Puedes imaginarte cómo me disgustó la tarea. Mira: será una tontería pero me parecía un sacrilegio. Ese viejo cuarto siempre fue para mí algo sagrado. De niña lo veía como el lugar más hermoso del mundo. Hubiera dado lo que no tenía por dormir en un cuarto de huéspedes, pero en el de «Tejas Verdes» … ¡oh no, allí jamás! Habría sido terrible, no habría pegado un ojo en toda la noche. Cuando Marilla me enviaba allí, no caminaba; andaba de puntillas, conteniendo la respiración, como en una iglesia y me sentía aliviada cuando salía. George Whitefield y el Duque de Wellington, uno a cada lado del espejo, me contemplaban fijamente, especialmente si me atrevía a mirarme al espejo, por cierto el único de toda la casa donde mi cara no se reflejaba un poco torcida. Me maravillaba que Marilla se atreviera a limpiar ese cuarto. Y ahora no sólo está limpio, sino completamente desocupado. Whitefield y Wellington han sido arrinconados en el rellano superior. «Así pasa la gloria de este mundo» —concluyó Ana con una risa que tenía algo de pena—. No es agradable profanar nuestros antiguos ídolos, aun cuando los hayamos abandonado.

—Estaré tan sola cuando te hayas ido —se lamentó Diana por centésima vez—, ¡y pensar que te irás la semana que viene!

—Pero todavía estamos juntas —dijo Ana alegremente—; que la próxima semana no nos robe la alegría de ésta. Yo misma detesto la idea de marcharme; ¡mi hogar y yo somos tan buenos amigos!… ¡Sentirse sola! Soy yo quien debería quejarse. Tú te quedas aquí con todos tus viejos amigos… y con Fred. Mientras, yo estaré entre extraños.

—Excepto Gilbert… y Charlie Sloane —dijo Diana imitando la ironía de su amiga.

—Charlie será un gran consuelo, por supuesto —asintió Ana sarcásticamente.

Y las dos irresponsables damitas se echaron a reír. Diana sabía lo que Ana opinaba sobre Charlie Sloane; pero, a pesar de sus confidencias, no sabía con precisión lo que pensaba de Gilbert Blythe. Ni siquiera la misma Ana lo sabía.

—Todo lo que sé es que los muchachos se alojarán en el otro extremo de Kingsport —continuó Ana—. Estoy contenta de ir a Redmond y sé que después de un tiempo me gustará. Pero las primeras semanas serán duras. Por lo demás, tendré el consuelo de escapar a casa los fines de semana, como cuando iba a la Academia de la Reina. Navidad parece estar a mil años.

—Todo cambia… o va a cambiar —dijo Diana tristemente—. Presiento que nada volverá a ser como antes, Ana.

—Parece que hemos llegado a un cruce de caminos —exclamó Ana pensativamente—. Debemos separarnos. ¿Te parece que crecer es tan agradable como lo imaginábamos cuando niñas?

—No sé; hay cosas que están bien —respondió Diana acariciando su anillo con aquella sonrisita que hacía sentirse a Ana repentinamente excluida y sin experiencia—. Pero veo muchas cosas confusas. A veces el ser mayor me asusta y daría cualquier cosa por ser otra vez una niña.

—Ya nos acostumbraremos —repuso Ana alegremente—. No pueden seguir surgiendo cosas inesperadas a cada momento; aunque, para mí, son éstas las que dan sal a la vida. Tenemos dieciocho años, Diana. Dos más y serán veinte. Cuando tenía diez años veía los veinte como una lejana edad madura. Poco más y estarás convertida en una juiciosa y madura señora, y yo seré la tía solterona que vendrá a visitarte durante las vacaciones. Siempre me reservarás un rinconcito; ¿no es cierto, Dianita? Claro que no el cuarto de huéspedes. Las solteronas no pueden aspirar a dormir allí: yo seré tan humilde como Uriah Heep y me contentaré con un lugar en el altillo.

—¡Qué tonterías estás diciendo, Ana! —rio Diana—. Tú te casarás con un hombre guapo, elegante y rico. Ningún cuarto de huéspedes en Avonlea será bastante suntuoso para ti y ahuecarás la nariz cuando veas a tus amigos de la juventud.

—Sería una pena; mi nariz no está mal, pero si la ahueco queda horrorosa —dijo Ana dándose golpecitos en ella—. Y no tengo unos rasgos tan bellos como para echarla a perder; de cualquier modo, aunque me casara con el Rey de la Isla de los Caníbales, no pasaría ante ti con la nariz levantada.

Otra alegre carcajada y las jovencitas se separaron: Diana para regresar a «La Cuesta del Huerto»; Ana para ir hasta la oficina de correos. Allí la esperaba una carta. Cuando Gilbert Blythe la alcanzó en el puente sobre el Lago de las Aguas Refulgentes, estaba chispeante de excitación.

—¡Priscilla Grant también va a Redmond! —exclamó Ana—. ¿No es fantástico? Tenía la esperanza de que fuera, pero ella no creía que su padre se lo permitiera. Sin embargo lo ha hecho. Junto a Priscilla soy capaz de afrontar cualquier cosa, hasta a los profesores de Redmond, todos juntos.

—Creo que nos gustará Kingsport —dijo Gilbert—. Me han dicho que es una vieja aldea, con el parque natural más hermoso del mundo y un paisaje magnífico.

—Dudo que sea más hermoso que esto —murmuró Ana, con la mirada amante y transfigurada de aquellos para quienes el hogar es el lugar más hermoso del mundo, no importa qué paraísos pueda haber bajo otros cielos.

Estaban acodados en el puente, embebidos en el encanto del crepúsculo, exactamente donde Ana había subido de su bote anegado aquel día en que Elaine flotaba hacia Camelot. Aunque el cielo estaba aún teñido de púrpura, el reflejo de la luna prestaba a las aguas una plateada irrealidad de ensueño. Mientras, el recuerdo tejía un mágico y sutil encantamiento entre los dos jóvenes.

—Estás pensativa, Ana —dijo él por fin.

—Temo que si hablo o me muevo toda esta magnífica belleza se desvanecerá como un silencio roto —suspiró ella.

De pronto la mano del joven se posó sobre la de Ana, blanca y delicada, que descansaba en la baranda. Veláronse sus ojos castaños y algo de los sueños que estremecían su alma pugnó por brotar de sus labios entreabiertos. Pero ella retiró su mano y se volvió vivamente. El encanto del crepúsculo se disipó.

—Debo regresar a casa —exclamó con indiferencia algo exagerada—. Marilla estaba con dolor de cabeza esta tarde y con toda seguridad los mellizos andarán haciendo de las suyas. No debí permanecer fuera tanto tiempo.

De camino a casa habló de cosas sin importancia y Gilbert apenas pudo intercalar una que otra palabra. Fue un alivio para ella que se separaran. Desde que se le reveló en «La Morada del Eco», su corazón abrigaba un nuevo sentimiento hacia Gilbert, algo que alteraba la camaradería de los días escolares y amenazaba ocupar su lugar.

«Nunca me había alegrado de que Gilbert se fuera», pensó, entre resentida y apenada, mientras subía la cuesta. «Nuestra amistad se perderá si insiste en sus tonterías. No debe ocurrir y no lo permitiré. ¡Oh, por qué los chicos serán tan irrazonables!».

Tenía la molesta sensación de que no era precisamente razonable sentir aún sobre su mano la cálida presión de la de Gilbert tan nítidamente como la había sentido en aquel brevísimo momento; y menos aún que fuera una impresión placentera tan distinta a la que sintiera ante un gesto idéntico de Charlie Sloane, hacía tres noches, durante una fiesta en White Sands. El ingrato recuerdo la estremeció. Pero todos los problemas relacionados con sus enamorados desaparecieron de su mente no bien se sumergió en la prosaica atmósfera de la cocina de «Tejas Verdes», donde un chiquillo de ocho años lloraba amargamente sobre un sillón.

—¿Qué sucede, Davy? —le preguntó tomándolo en sus brazos—. ¿Dónde están Marilla y Dora?

—Marilla fue a acostar a Dora —sollozó el niño—. Dora se cayó por las escaleras del sótano y se raspó la nariz y…

—Oh, bueno, no llores, querido. Claro que es una pena, pero así no remediarás nada. Mañana Dora estará bien. Llorar, nunca sirve de ayuda, y…

—Yo no lloro porque Dora se cayó al sótano —dijo el niño interrumpiendo el sermón—. Lloro porque no estaba allí para verla. No sé por qué me tengo que perder siempre las cosas divertidas.

—¡Oh, Davy!… —Ana ahogó una carcajada—. ¿Te parece divertido que la pobre Dora caiga y se haga daño?

—No se lastimó mucho —dijo Davy desafiante—. Claro que si se hubiera muerto estaría realmente triste, Ana. Pero los Keith no se mueren así como así. Me parece que somos como los Blewett. Herb se cayó del henal el miércoles pasado y rodó hasta la cuadra, donde tienen encerrado un potro salvaje, y rué a dar justo bajo sus patas; y así y todo salió con sólo tres huesos rotos. La señora Lynde dice que hay tipos que no se mueren ni a cañonazos. ¿Vendrá mañana la señora Lynde, Ana?

—Sí, Davy. Espero que serás amable y bueno con ella.

—Seré bueno y amable. ¿Pero será ella quien me llevará a dormir todas las noches?

—Puede ser…, ¿por qué?

—Porque si lo hace —dijo Davy firmemente— no rezaré mis oraciones delante de ella como lo hago contigo.

—¿Por qué no?

—Porque no me gusta hablar con Dios delante de extraños, Ana. Dora puede rezar junto con la señora Lynde, si quiere, pero yo no lo haré. Esperaré a que se vaya. ¿No te parece bien, Ana?

—Sí, si estás seguro de no olvidarte.

—Te prometo que no me olvidaré. Rezar me gusta mucho. Pero no será igual hacerlo solo como contigo. Me gustaría que te quedaras en casa, Ana. No comprendo por qué quieres irte y dejarnos.

—No es que quiera irme, Davy, sino que tengo que hacerlo.

—Si no quieres no lo hagas. Eres grande. Cuando yo sea mayor no voy a hacer ni una sola cosa de la que no tenga ganas.

—Toda tu vida tendrás que hacer cosas que no deseas, Davy.

—Yo no —dijo Davy enfáticamente—; ¡ya verás! Ahora tengo que hacerlas porque si no Marilla y tú me mandáis a la cama. Pero cuando crezca no podréis y nadie me obligará a hacer lo que no quiera. ¡Qué bien lo voy a pasar! Milty Boulter dijo que su madre dice que vas a la universidad a pescar un novio. ¿Es cierto, Ana? Dímelo.

Por un segundo, Ana sintió ira. Pero luego pensó que unas palabras tan groseras como las de la señora Boulter no podían herirla.

—No, Davy, no es cierto. Voy a estudiar, investigar y aprender muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Mil cosas —respondió Ana.

—Pero si quisieras pescar un novio, ¿cómo lo harías? Quiero saber… —insistía Davy, fascinado por el tema.

—Es mejor que lo preguntes a la señora Boulter —dijo la joven sin pensar—. Creo que ella sabe de eso más que yo.

—Le preguntaré en cuanto la vea —asintió Davy muy serio.

—¡Davy! ¡Si te atreves!… —exclamó ella comprendiendo su error.

—Pero si tú me dijiste… —protestó el niño, agraviado.

—Es hora de dormir —ordenó Ana como escapatoria.

Después de acostar al chiquillo, Ana fue hasta la isla Victoria y se sentó allí, sola, envuelta en la sutil y melancólica luz de la luna, mientras el arroyo y la brisa parloteaban alegremente. Ana siempre había amado aquel arroyuelo. Más de un sueño había enhebrado sobre sus aguas brillantes. Olvidó a sus enamorados, las habladurías de las maliciosas vecinas y todos los problemas de su juvenil existencia. En su imaginación navegó por mares lejanos que bañaban las distantes playas de los «hechizados países para enamorados» donde yacían Atlante y Elíseo, llevando como piloto a la Estrella Vespertina, rumbo a la tierra del Amor.

Y fue más rica en fantasías que en realidades; porque lo que se ve, pasa; mas lo invisible es eterno.

CAPÍTULO DOS

Guirnaldas de otoño

La siguiente semana pasó rápidamente, ocupada en lo que Ana llamaba «quehaceres de última hora». Debía hacer varias visitas de despedida, unas más agradables que otras, según estuvieran visitantes y visitados acordes con las esperanzas de la joven o pensaran que estaba demasiado excitada por ir a la universidad y creyeran su deber «ponerle los puntos sobre las íes».

Los miembros de la Sociedad de Fomento de Avonlea dieron una fiesta nocturna de despedida a Ana y a Gilbert en casa de Josie Pye; la eligieron un poco porque la casa era amplia y también porque se sospechaba que las Pye declinarían toda participación si no se elegía su casa para la fiesta. Fue un grato acontecimiento, pues las dueñas de la casa, contra su costumbre, se portaron muy bien y no hicieron ni dijeron nada que pudiera echar a perder la armonía de la reunión. Josie estuvo increíblemente cordial; hasta condescendió a decir a Ana:

—Tu nuevo vestido te sienta bastante bien, Ana. Realmente, casi pareces guapa.

—¡Qué amable de tu parte! —respondió Ana, con alegres ojos. Su sentido del humor se estaba desarrollando y, lo que a los catorce años la habría herido, ahora le resultaba divertido. Josie sospechó que Ana se reía de ella, pero se contentó con murmurar a Gertie, mientras bajaban la escalera, que Ana se iba a dar aires de reina ahora que iba a la universidad.

Toda la «pandilla» estaba allí, llena de alegría. Diana Barry, rosada y pecosa, a quien Fred seguía como una sombra; Jane Andrews, pulcra, sensata y sencilla; Ruby Gillis, más hermosa y llamativa con su blusa color crema y unos geranios rojos en su dorada cabellera; Gilbert Blythe y Charlie Sloane, tratando de acercarse lo más posible a la escurridiza Ana; Carrie Sloane, pálida y melancólica, porque su padre no dejaba que Oliver Kimball se le acercara; Moody Spurgeon MacPherson, cuya cara redonda y defectuosos oídos seguían tan redonda y defectuosos como siempre, y Bill Andrews, que pasó toda la noche sentado en un rincón tartamudeando cuando alguien le hablaba y observando a Ana Shirley con mirada embelesada.

Ana conocía de antemano todos los pormenores de la fiesta. Pero no sabía que, de acuerdo con su condición de fundadores, ella y Gilbert serían obsequiados por los miembros de la Sociedad de Fomento con las obras completas de Shakespeare y una pluma estilográfica, respectivamente. El regalo y las hermosas cosas que dijo Moody Spurgeon en el discurso con su mejor voz y su más solemne tono, la cogieron tan por sorpresa que el brillo de sus grandes ojos grises quedó completamente empañado por las lágrimas. Había trabajado dura y fielmente por la Sociedad. El hecho de que sus miembros premiaran así sus esfuerzos conmovía las fibras más íntimas de su corazón. Todos se mostraban tan agradables, amistosos y alegres (incluidas las Pye) que en ese momento Ana amaba a todo el mundo.

Ana había disfrutado mucho durante la reunión; pero el final de la fiesta lo echó todo a perder. Nuevamente Gilbert cometió el error de ponerse sentimental mientras cenaban en la galería iluminada por la luna. Y Ana, para castigarlo, dedicó sus atenciones a Charlie Sloane y le permitió que la acompañara a casa. Descubrió, sin embargo, que a nadie hiere más la venganza que a quien trata de infligirla. Gilbert salió pomposamente con Ruby Gillis. Ana les oyó hablar y reír mientras se alejaban envueltos por la apacible brisa otoñal. Seguramente estaban en el mejor de los mundos mientras ella se aburría como una ostra con Charlie Sloane, que hablaba sin descanso y que ni por casualidad decía algo que valiera la pena oír. Ana respondía con ocasionales «sí» o «no», y pensaba en lo guapa que estaba aquella noche Ruby Gillis, en lo saltones que parecían los ojos de Charlie a la luz de la luna (mucho más que de día) y en que, después de todo, el mundo no era un lugar tan hermoso como había creído durante las primeras horas del atardecer.

—Estoy cansada, simplemente —dijo cuando por fin pudo quedarse sola en su cuarto. Y honestamente lo creía así. Pero, a la tarde siguiente, un extraño y alegre temblor, algo así como un brinco desconocido y secreto conmovió su corazón cuando vio a Gilbert que regresaba del Bosque Embrujado cruzando el viejo puente con su andar firme y rápido. ¡De modo que, a pesar de todo, Gilbert no iba a pasar su última tarde con Ruby Gillis!

—Pareces cansada, Ana —dijo Gilbert.

—Lo estoy y, lo que es peor, disgustada. Cansada porque he estado arreglando mi baúl y cosiendo toda la tarde. Y disgustada porque a seis honorables señoras se les ocurrió venir a despedirse de mí. Todas ellas tuvieron algo que decir. Algo que tiñera la vida de color gris oscuro.

—¡Viejas brujas! —fue el elegante comentario de Gilbert.

—¡Oh, no, no lo son! —contestó Ana seriamente—. Ése es el problema. Si fueran viejas brujas no les habría hecho caso; pero el caso es que son todas almas maternales, buenas, amables, que me quieren y a quienes quiero; y por eso sus palabras pesan tanto para mí. Se empeñaron en que el viaje a Redmond para seguir estudiando es una locura. Desde ese momento me he estado preguntando si será así. La señora Sloane suspiró, dijo que ojalá mis fuerzas me acompañen durante tan largo viaje, e inmediatamente me imaginé víctima de una postración nerviosa al llegar al tercer año. La señora Wright comentó que debía costar un dineral permanecer en Redmond cuatro años y sentí que era imperdonable despilfarrar el dinero de Marilla y el mío en una tontería semejante. La señora Bell dijo que esperaba que el ir a la universidad no me mareara, tal como había ocurrido con tanta gente, y tuve la sensación de que después de cuatro años en Redmond me convertiría en una criatura insufrible, una «sabelotodo», que miraría por encima del hombro a todos los habitantes de Avonlea. La señora Wright «tiene entendido» que las jovencitas de Redmond, especialmente las que viven en Kingsport, son «elegantes y presuntuosas» y no cree que yo me sienta a gusto entre ellas. Ya me veo como una humilde provinciana desaliñada y desairada, vagando por las aulas de Redmond.

Ana concluyó con una carcajada en la que había mucho de tristeza. Todo reproche hallaba eco en su naturaleza sensitiva, incluso el reproche de aquellos que le merecían escaso respeto. En aquel momento la vida había perdido su perfume y el fuego de su ambición estaba consumido.

—No debes tomar en cuenta lo que te han dicho —protestó Gilbert—. Tú sabes perfectamente que son excelentes personas pero de principios rígidos. Hacer lo que ellas nunca han hecho les parece un horrible pecado. Eres la primera joven de Avonlea que irá a la universidad, y sabes bien que todos los pioneros han sido acusados de locura.

—Sí, lo sé. Pero sentir es muy diferente a saber. Me digo lo mismo que has dicho tú; pero hay ocasiones en que el sentido común no tiene poder sobre mí y se me ocurren cosas absurdas. No te imaginas lo que me costó terminar de hacer el equipaje después que se marchó la señora Wright.

—Estás muy cansada, Ana. Olvida todo eso y ven a dar una vuelta conmigo por los bosques. Más allá del pantano debe de haber algo que quiero enseñarte.

—¿Debe de haber? ¿Acaso no estás seguro?

—No. Sólo sé que debería estar allí por algo que vi en la primavera. Ven. Imaginaremos que somos otra vez dos niños y que corremos con el viento.

Partieron alegremente. Ana, recordando los desagradables acontecimientos de la víspera, se mostraba amable con Gilbert; y Gilbert, que estaba aprendiendo a ser cauto, tuvo buen cuidado de no decir nada que pudiera quebrar la antigua camaradería de la niñez. La señora Lynde y Marilla los observaron desde la ventana de la cocina.

—Ésos formarán pareja algún día —sentenció la señora Lynde.

Marilla se sobresaltó. En el fondo de su corazón abrigaba la secreta esperanza de que fuera cierto; pero le chocaba el estilo con que lo anunciaba la señora Lynde.

—Todavía son dos criaturas —comentó fríamente. La señora Lynde rio afablemente.

—Ana tiene dieciocho años; a esa edad yo ya estaba casada. Somos viejas, Marilla; es penoso aceptar que los niños sean ya personas mayores, eso es. Ana es una mujercita y Gilbert un hombre que besa el suelo que ella pisa; eso puede verlo cualquiera. Él es un muchacho excelente y Ana no puede ser mejor. Espero que no se le ocurra ninguna tontería romántica en Redmond. No apruebo los establecimientos mixtos de enseñanza y nunca los aprobaré, eso es. Y creo que los estudiantes no hacen allí otra cosa que coquetear —concluyó solemnemente.

—Quizá tengan también que estudiar un poco —dijo Marilla con una sonrisa.

—Muy poco —resopló Rachel—. Sin embargo, creo que Ana sí lo hará. Nunca ha sido coqueta. Pero no aprecia a Gilbert en todo lo que vale, eso es. ¡Conozco a las jovencitas! También Charlie Sloane está loco por ella, pero yo nunca le aconsejaría que se casara con un Sloane. Son gente buena, honesta y respetable, sin duda. Pero son Sloane.

Marilla asintió. Para un extraño, el hecho de que los Sloane fueran Sloane no significaría nada, pero ella comprendió. Todo pueblo tiene una familia así; gente buena, honesta y respetable, pero que son Sloane, y que lo serán siempre, así hablen lenguas de hombres o de ángeles.

Gilbert y Ana, ignorantes de que su futuro estaba siendo ordenado por la señora Rachel, paseaban en la penumbra del Bosque Embrujado. En la distancia, las segadas colinas se iluminaban bajo los radiantes rayos ambarinos que surgían de un pálido cielo rosado y celeste. El lejano bosque de abetos tenía el brillo del bronce, y sus largas sombras formaban franjas sobre las altas praderas. Pero en la canción del suave viento, entre los pinos, sonaban ya las primeras notas del otoño.

—El bosque está realmente embrujado ahora, como en los viejos tiempos —dijo Ana mientras se detenía a recoger una rama de helecho blanqueada por la escarcha—. Parece como si las niñas que éramos Diana y yo aún jugaran aquí, en la Burbuja de la Dríada a la luz del crepúsculo, en su cita con los espíritus. ¿Sabes que nunca puedo atravesar este sendero cuando está oscuro sin sentir algo del antiguo temor y estremecerme? Entre los fantasmas que habíamos inventado, había uno especialmente horrible: el de la niña asesinada que chillaba detrás de nosotros y que nos apretaba los dedos con sus manos heladas. Te confieso que no puedo evitar un escalofrío cuando vengo por aquí después de la caída de la tarde. Todavía me parece oír pasos furtivos a mis espaldas. La Dama Blanca, el descabezado o los esqueletos no me asustan, pero preferiría no haber imaginado nunca el fantasma de la niña. ¡Cómo se enfadaron Marilla y la señora Barry por todo esto! —concluyó Ana con una carcajada cargada de reminiscencias.

Los bosques que bordeaban el pantano tenían todos los tonos del rojo. Tras superar un bosquecillo de pinos y un soleado valle orlado de arces hallaron ese «algo» que buscaba Gilbert.

—¡Ah, aquí está! —dijo con satisfacción.

—¡Un manzano! ¡Y aquí abajo! —exclamó Ana, encantada.

—Sí, un verdadero manzano; en medio de pinos y hayas, a más de un kilómetro de cualquier huerta. Pasé por aquí la primavera pasada y lo encontré completamente cubierto de capullos blancos. De modo que decidí volver en el otoño para ver si había dado fruto. Mira, está cargado de manzanas; y parecen buenas, además.

—Supongo que debe haber brotado hace muchos años; tal vez de alguna semilla caída aquí por casualidad —dijo Ana, soñadora—. ¡Y cómo ha crecido y florecido por sus propios medios, sin ninguna ayuda, solo entre extraños!

—Siéntate aquí, Ana. Este árbol caído será el trono del bosque. Treparé a buscar unas manzanas. Están todas muy altas; el manzano quiere llegar al sol.

La fruta estaba deliciosa. Bajo la corteza oscura apareció la pulpa muy, muy blanca, con hilitos rojos, y con cierto gustillo silvestre que no habían hallado jamás en las manzanas de huerta.

—No debían tener mejor gusto las manzanas del Paraíso —comentó Ana—. Pero ya es hora de regresar a casa. Mira, hace tres minutos había sol, y ahora es de noche. ¡Qué pena que no hayamos podido contemplar el crepúsculo! Supongo que esos instantes nunca pueden captarse.

—Volvamos por el Sendero de los Amantes. ¿Estás tan disgustada ahora como cuando empezamos el paseo, Ana?

—No. Esas manzanas me han caído como maná del cielo. Siento que me gustará Redmond y que pasaré allí cuatro años espléndidos.

—¿Y después de esos cuatro años, qué?

—Para esa época ya habrá otros recodos en el camino —respondió Ana con rapidez—. No tengo la menor idea de lo que encontraré allí, ni quiero saberlo. Es mejor ignorarlo.

El Sendero de los Amantes parecía realmente delicioso esa noche, silencioso y misteriosamente iluminado por el pálido resplandor de la luna. Lo recorrieron en medio de un agradable silencio.

«¡Qué fácil sería todo si Gilbert estuviera siempre como esta tarde!», reflexionó Ana.

Gilbert la observaba mientras caminaban. Con su claro vestido y su figura grácil parecía una flor de exquisita blancura.

«Me pregunto si alguna vez podré hacer que se fije en mí», pensó con desaliento.

CAPÍTULO TRES

Despedidas y partida

Charlie Sloane, Gilbert Blythe y Ana Shirley se marcharon de Avonlea la mañana del lunes. Ana había esperado que fuera un hermoso día. Diana iba a llevarla hasta la estación y querían que este último paseo que hacían juntas resultara realmente agradable. Pero cuando se retiró a su cuarto, el domingo por la noche, el viento del este gemía alrededor de «Tejas Verdes» como una siniestra profecía, confirmada a la mañana siguiente. Cuando despertó, la lluvia golpeaba contra su ventana y dibujaba círculos en la gris superficie de la laguna; las colinas y el mar estaban medio ocultos por la tormenta y el mundo entero parecía oscuro y melancólico. Ana se vistió en medio del gris y desalentador amanecer, pues era necesario partir muy temprano para alcanzar el tren; luchó contra las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos. Dejaba el hogar que le era tan querido y algo le decía que abandonaba para siempre su seguro refugio. Ya nada volvería a ser como antes; volver durante las vacaciones no sería como vivir allí. ¡Y cuan querido le era todo! Ese pequeño cuarto blanco, consagrado a los sueños de la juventud, la vieja Reina de las Nieves en la ventana, el arroyuelo en el valle, la Burbuja de la Dríada, el Bosque Embrujado, el Sendero de los Amantes… todas esas mil cosas queridas llenas del recuerdo de los años pasados. ¿Podría ser feliz en otro lugar?

Aquella mañana, el desayuno en «Tejas Verdes» fue triste. Davy, probablemente por primera vez en su vida, no pudo comer y gimoteó sin pudor alguno sobre su potaje. Nadie parecía tener mucho apetito, excepto Dora, que terminó su ración tranquilamente. Ésta, lo mismo que la inmortal y prudente Charlotte, que había continuado «cortando pan y manteca» mientras el cuerpo de su frenético enamorado era llevado en el ataúd, era una de esas afortunadas criaturas a quienes parece imposible conmover; a los ocho años, era ya imperturbable.

Desde luego, lamentaba mucho que Ana se marchara. Pero ¿era ése motivo suficiente para no poder apreciar en todo su valor el huevo escalfado sobre la tostada? Por supuesto que no. Y como Davy no tocara el suyo, lo comió por él.

Puntualmente llegó Diana con su calesa, su impermeable y sus rosadas mejillas. Había llegado el momento del adiós. La señora Lynde apareció y dio a Ana un fuerte abrazo, recomendándole que cuidara de su salud, hiciera lo que hiciera. Marilla, secamente y sin llantos, le dio un golpecito en las mejillas y le encargó que escribiera en cuanto estuviera instalada. A un observador casual le habría parecido que la partida de Ana no hacía mucha mella en ella (siempre que no hubiera reparado en la expresión de sus ojos). Dora besó ceremoniosamente a Ana y se secó dos decorosas lagrimitas; pero Davy, que había estado llorando sentado en el escalón de la galería trasera desde que se levantaron de la mesa, no quiso despedirse. Cuando vio que Ana se dirigía hacia él saltó sobre sus pies, subió corriendo la escalera y fue a esconderse dentro de un armario, del que no quiso salir. Sus apagados alaridos fue lo último que oyó Ana mientras se alejaba de «Tejas Verdes».

Llovió copiosamente durante todo el viaje hasta Bright River, adonde debían dirigirse, ya que el ramal del ferrocarril de Carmody no empalmaba con el tren que combinaba con el barco. Charlie y Gilbert se encontraban en la estación cuando ellas llegaron. Ana apenas tuvo tiempo de coger su billete y el de su baúl, despedirse aprisa de Diana y subir al tren. Hubiera querido regresar a Avonlea con su amiga; sabía positivamente que iba a sentir una nostalgia mortal. ¡Si por lo menos esa funesta lluvia dejara de caer! Ni aun la presencia de Gilbert la ayudaba, porque Charlie Sloane también estaba allí, y las «sloanadas» sólo podían tolerarse con buen tiempo. En días de lluvia eran insufribles.

Cuando el paquebote dejó el puerto de Charlottetown las cosas mejoraron algo. La lluvia cesó y el sol asomó entre las nubes iluminando las aguas grises y haciendo brillar la niebla que envolvía las rojas playas de la isla con destellos dorados. Era, por fin, un hermoso día. Además, Charlie Sloane había tenido que retirarse inmediatamente a causa del mareo y Ana y Gilbert quedaron solos sobre cubierta.

«Me alegro mucho de que los Sloane se mareen en cuanto embarcan», pensó Ana despiadadamente. «Estoy segura de que no hubiera podido echar la última mirada de despedida con Charlie a mi lado».

—Bueno, ya salimos —comentó Gilbert sin sentimentalismo alguno.

—Me siento como el Childe Harold de Byron; sólo que no es realmente mi «playa nativa» la que contemplo —dijo Ana pestañeando enérgicamente—. La mía es Nueva Escocia, supongo. Pero la playa nativa de cada uno es aquella que más ama y para mí no hay otra como la isla del Príncipe Eduardo. Me parece haber vivido siempre aquí. Los once años que pasé antes de llegar semejan una pesadilla. Han pasado siete desde que hice el viaje en este mismo paquebote, la tarde en que la señora Spencer me trajo de Hopetown. Todavía puedo verme con aquel horrible vestido desteñido y mi viejo sombrero marinero curioseando en todos los camarotes. Era una bonita tarde; ¡cómo brillaban al sol las rojas playas de las islas! Y aquí estoy, cruzando otra vez el estrecho. ¡Oh, Gilbert, quisiera creer que Redmond y Kingsport me gustarán, pero estoy segura de que no será así!

—¿Adónde ha ido a parar tu filosofía, Ana?

—Estoy sumergida en la soledad y la nostalgia. He pasado tres años suspirando por ir a Redmond… y ahora voy… y no querría hacerlo. ¡Pero no importa! Ya volverán mi filosofía y mi alegría en cuanto tenga tiempo de llorar un buen rato. Tengo que hacerlo «como escape»; pero habrá que esperar a esta noche, cuando esté metida en mi cama, en la pensión. Entonces, Ana volverá a ser la misma de siempre. Estoy pensando si Davy habrá salido ya del armario.

Eran las nueve de la noche cuando el tren llegó a Kingsport. Los jóvenes se encontraron en medio de la estación, entre la multitud, y Ana se sintió terriblemente aturdida. Un segundo después fue rescatada por Priscilla Grant, que había llegado el sábado.

—¡Ya estás aquí, querida! Y supongo que tan cansada como yo el sábado por la noche.

—¡Cansada! Priscilla, no hables de cansancio. Me siento exhausta, inexperta, tosca y como si tuviera diez años de edad. Por amor de Dios, apiádate de tu pobre compañera y llévala donde pueda ser capaz de pensar otra vez.

—Iremos a nuestra pensión inmediatamente. Tengo un coche esperando fuera.

—Es una bendición que estés aquí, Prissy. De no ser así, creo que me hubiera sentado sobre mi maleta, aquí mismo, a derramar amargas lágrimas. ¡Cómo consuela ver un rostro conocido en medio de tantas caras extrañas!

—¿No es ése Gilbert Blythe, Ana? ¡Cómo ha crecido desde el año pasado! Era sólo un niño cuando yo enseñaba en Carmody. Y por supuesto que ése es Charlie Sloane. Él no ha cambiado, no podría. Tenía esa cara cuando nació y la seguirá teniendo cuando tenga ochenta años. Por aquí, querida. Estaremos en nuestro hogar dentro de veinte minutos.

—¡Hogar! —gruñó Ana—, querrás decir en alguna horrible pensión y en un dormitorio más horrible aún, con vistas al patio de atrás.

—No es una horrible pensión, Ana. Aquí está nuestro coche. Sube; el cochero cargará tu baúl. Y en cuanto a la pensión, es un lugar muy bonito. Tú misma lo admitirás mañana por la mañana, después que hayas reparado tus fuerzas con un buen sueño. Es un enorme caserón de piedra gris en St. John Street. Fue «residencia» de gente acomodada, pero St. John Street ya no está de moda; sus mansiones se conforman ahora con evocar glorias pasadas. Son tan enormes que los nuevos dueños han debido convertirlas en pensiones para poder utilizar todos sus cuartos. Por lo menos, eso es lo que tratan de hacernos creer nuestras caseras. Ya verás que son deliciosas.

—¿Cuántas son?

—Dos. Hannah y Ada Harvey. Tienen unos cincuenta años y son mellizas.

—Parece que estoy condenada a las mellizas —comentó Ana risueñamente—. Adondequiera que vaya me topo con ellas.

—Pero éstas ya no lo son, querida. Desde que cumplieron treinta años. Hannah ha seguido creciendo, no muy decorosamente, y Ada ha permanecido en los treinta, menos decorosamente aún. No he podido averiguar si Hannah sabe sonreír; nunca pude pescarla. Pero Ada sonríe constantemente, lo cual es peor. De cualquier modo, son muy buenas y amables. Toman dos pensionistas por año porque Hannah no puede ver «tanto espacio desaprovechado» y no porque necesiten hacerlo, según me lo viene repitiendo Ada desde el sábado por la noche. En cuanto a las habitaciones, tengo que admitir que la mía da al patio de atrás, pero la tuya da al frente y mira hacia el viejo cementerio de St. John, que está en la acera de enfrente.

—¡Qué horror! —tembló Ana—. Creo que preferiría mirar al patio trasero.

—Espera y verás. El Oíd St. John es un lugar delicioso. Es un cementerio muy antiguo. En realidad, ya ha dejado de serlo para convertirse en uno de los paseos de Kingsport. Ayer por la tarde lo recorrí entero sólo por gusto. Está rodeado por un alto paredón de piedra y grandes alamedas lo atraviesan en todas direcciones. Las viejas tumbas son muy extravagantes, con inscripciones a la antigua de lo más curiosas. Al final terminarás por ir a estudiar allí, Ana; recuerda lo que te digo. Por supuesto que ahora no entierran a nadie en ese lugar. Pero hace unos pocos años erigieron un hermoso monumento a la memoria de los soldados de Nueva Escocia caídos en la guerra de Crimea. Está precisamente frente a las puertas de entrada y en él hay mucho «campo para la imaginación», como solías decir. Aquí llega por fin tu baúl, y los chicos vienen a despedirse. ¿Tendré que estrecharle la mano a Charlie Sloane, Ana? Tiene las manos siempre frías como pescados. Debemos invitarlos a que nos visiten de vez en cuando. Hannah me dijo seriamente que podíamos recibir «la visita de jóvenes caballeros» dos veces por semana, siempre que se retiraran a una hora prudente, y la señorita Ada me pidió, sonriendo, que por favor cuidara de que no se sentasen sobre sus hermosos cojines. Prometí hacerlo así; pero sólo Dios sabe cómo podré conseguirlo, a menos que los haga sentar en el suelo, pues hay cojines por todas partes. Hasta ha puesto uno sobre el piano.

Ana ya estaba riendo. La alegre charla de Priscilla había conseguido levantarle el ánimo; su nostalgia se desvaneció, y más tarde, cuando se quedó sola en la habitación, no se sintió ya tan desventurada. Se asomó a la ventana. La calle estaba oscura y silenciosa. La luna brillaba entre los árboles del viejo cementerio, detrás de la cabeza del león del enorme monumento. Ana se preguntó si había sido realmente esa mañana cuando dejara «Tejas Verdes». El cambio y el viaje le daban la impresión de que había transcurrido un siglo.

«Supongo que esta misma luna ilumina "Tejas Verdes"», meditó. «Pero no pensaré en ello y así desaparecerá mi nostalgia. Tampoco voy a llorar. Lo dejaré para otra ocasión más adecuada. Ahora me iré a dormir tranquila y cuerdamente».

CAPÍTULO CUATRO

La dama de abril

Kingsport es una ciudad de apacible y evocadora belleza, envuelta en el recuerdo de los viejos días de la colonia como una anciana dama que se arropara con las galas de su lejana juventud. Aquí y allá asoma lo moderno, pero el fondo permanece intacto. Está llena de reliquias curiosas y la rodea el romántico prestigio de muchas leyendas del pasado. Fue en su origen una simple avanzada fronteriza al borde del desierto y entonces los indios se encargaban de no hacer aburrida la vida a los colonos. Luego se transformó en muralla de separación, entre franceses e ingleses, que la ocuparon por turnos dejándole cada vez alguna nueva cicatriz.

En su parque se conserva una torre almenada, en la que todos los turistas garabatean sus nombres; en las colinas de las afueras hay un antiguo fuerte francés desmantelado y en las plazas públicas descansan oxidados cañones. Kingsport tiene también otros lugares históricos dignos de ser visitados, pero ninguno es más bello que el cementerio de Oíd St. John, en el mismo corazón del pueblo, entre dos tranquilas calles de anticuadas casas y dos bulliciosas arterias modernas. Los ciudadanos de Kingsport se enorgullecen del cementerio de Oíd St. John, pues casi todos pretenden tener enterrado allí a un ascendiente, bajo una losa que detalla todos los hechos memorables de su existencia. En pocos casos se usó arte o destreza en aquellas viejas losas. La mayoría son de piedra gris o parda del lugar, groseramente talladas y sólo ocasionalmente con algún intento de ornamentación. Algunas ostentan una calavera y dos tibias y este macabro decorado está frecuentemente acompañado de dos cabezas de querubines. La mayoría han sufrido los embates del tiempo y sus inscripciones se han vuelto indescifrables. El camposanto es extenso y sombreado, pues lo rodean y atraviesan hileras de olmos y de sauces, bajo cuya sombra los muertos yacen en paz, acunados eternamente por los vientos e indiferentes al estrépito del tránsito vecino.

En la tarde de su segundo día en Kingsport, Ana hizo el primero de sus muchos paseos por Oíd St. John. Priscilla y ella habían ido aquella mañana a Redmond a inscribirse como alumnas y tenían el resto del día libre. Las muchachas escaparon de buen grado, pues no era nada alegre estar rodeadas de desconocidos, la mayoría de los cuales tenía aspecto extraño.

Las «novatas» se habían reunido en grupos de dos o tres, mirándose de soslayo; los «novatos», más inteligentes, se habían agrupado en la gran escalinata, donde cantaban con toda la fuerza de sus juveniles pulmones, como una suerte de desafío a sus tradicionales enemigos, los de «segundo», algunos de los cuales estaban paseando y miraban con desdén a los «pardillos» de la escalera. Ni Gilbert ni Charlie aparecieron por parte alguna.

—Jamás pensé en que llegara un día en que me agradase ver a un Sloane —dijo Priscilla mientras cruzaban el jardín del colegio—, pero daría una calurosa bienvenida a los ojos miopes de Charlie. Por lo menos serían algo familiar.

—¡Oh! —suspiró Ana—, te aseguro que mientras esperaba mi turno para matricularme me sentía el ser más pequeño del mundo; ¡una gotita perdida en el mar! Es terrible sentirse insignificante, pero es intolerable que le graben a una en el alma que nunca podrá ser nada más que eso, y es así como me siento. Como si fuera invisible y algunos de los de «segundo» pudiesen pisarme. Sé que bajaré a la tumba sin que nadie me llore ni se acuerde de mí.

—Espera al año próximo —la consoló Priscilla—. Entonces podrás parecer tan aburrida y sofisticada como las de «segundo». No me cabe duda de que debe de ser terrible sentirse insignificante, pero creo que es preferible a sentirse tan grande y desgarbada como yo me sentía; me daba la impresión de que ocupaba todo Redmond, por esos cinco centímetros de altura que llevaba a los demás. No temía que me pisara una de «segundo»; lo que me asustaba era que me tomaran por un elefante o un ejemplar algo crecido de un isleño alimentado con patatas.

—Supongo que todo se debe a que no podemos perdonar a Redmond que no sea tan pequeño como la Academia de la Reina —dijo Ana, acudiendo a los restos de su antigua filosofía para cubrir su desnudez de espíritu—. Cuando la abandonamos conocíamos a todos y teníamos un lugar en la comunidad. Supongo que esperábamos subconscientemente reiniciar en Redmond nuestra vida en el mismo punto en que la dejamos en la Academia de la Reina; y ahora sentimos como si nos faltara apoyo bajo los pies. Me alegro que la señora Lynde y la señora Wright no sabrán jamás mi actual estado de ánimo. Disfrutarían diciendo: «ya te lo dije», y estarían convencidas de que es el principio del fin, cuando en realidad no es más que el fin del principio.

—Exacto. Eso suena más a cosa tuya. Pronto nos acostumbraremos y todo irá bien. Ana, ¿viste a aquella chica tan guapa, de ojos castaños y boca picara, que estuvo apoyada toda la mañana en la puerta del vestuario?

—Sí, reparé en ella precisamente porque parecía la única con aspecto de sentirse tan sola y abandonada como yo. Yo te tenía a ti, pero ella a nadie.

—A mí también me pareció así. Tuve la sensación un par de veces de que iba a cruzar hacia nosotras, pero no lo hizo, quizás por timidez. Me habría gustado que lo hiciera. De no haberme sentido como un elefante hubiera ido hacia ella. Pero no podía atravesar el vestíbulo con aquellos chicos berreando en la escalera. Es la «novata» más guapa que he visto. ¡Pero hasta la belleza es vana en tu primer día en Redmond! —concluyó Priscilla, riendo.

—Después de almorzar iré a Oíd St. John —dijo Ana—. No sé si un cementerio es buen sitio para levantar el espíritu. Pero parece que es el único a mano en el que hay árboles, y yo los necesito. Me sentaré sobre una vieja losa, cerraré los ojos e imaginaré estar en los bosques de Avonlea.

Pero Ana no lo hizo, pues encontró bastantes cosas en Oíd St. John que le hicieron tener los ojos abiertos. Cruzaron la puerta de entrada, bajo el imponente arco de piedra que ostentaba el gran león de Inglaterra.

Y en Inkerman las zarzas silvestres aún están ensangrentadas y aquellas yermas colinas pasarán a la historia.

Ana recordó los versos de Tennyson con un estremecimiento. Se encontraban en un lugar verde oscuro, donde susurraba el viento. Vagaron por allí, leyendo los largos e historiados epitafios, grabados en una época que tenía más tranquilidad que la nuestra.

«Aquí yace el cuerpo del caballero Albert Crawford», leyó Ana en una desgastada losa gris, «por muchos años guardián de la artillería de Su Majestad en Kingsport. Sirvió en el ejército hasta la paz de 1763, cuando se retiró por enfermedad. Fue un valiente oficial; el mejor de los maridos; el mejor de los padres; el mejor de los amigos. Murió el 29 de octubre de 1792, a los 84 años de edad».

—Aquí tienes un epitafio para ti, Prissy. Por cierto que hay en él «campo para la imaginación». ¡Cuán llena de aventuras debe de haber sido esa vida! Y en lo que se refiere a cualidades personales, no existen más elogios. ¿Le habrán dicho en vida que era tales cosas?

—Aquí tienes otro —dijo Priscilla—. Escucha: «A la memoria de Alexander Ross, que murió el 22 de septiembre de 1840, a los 43 años. Erigido como tributo de afecto por alguien a quien sirvió tan fielmente durante 27 años, que lo consideró como un amigo, merecedor de toda confianza y afecto».

—Un epitafio muy bueno —comentó Ana, pensativa—. No querría yo uno mejor. Todos somos sirvientes en cierta medida y si en nuestras tumbas puede inscribirse con toda realidad el hecho de haber sido fieles, nada más podemos desear. Aquí hay una triste losa, Prissy: «A la memoria de un hijo querido». Y aquí otra: «Erigida en recuerdo de alguien enterrado en otra parte». ¿Dónde estará esa tumba desconocida? Realmente, Pris, los cementerios de hoy no serán nunca tan interesantes como éste. Tenías razón, vendré por aquí a menudo. Me gusta. Veo que no estamos solas: al final de la avenida hay una chica.

—Sí, y creo que es la misma a quien vimos esta mañana en Redmond. Hace cinco minutos que la estoy observando. Ha comenzado a acercarse media docena de veces y otras tantas se ha vuelto atrás. O es terriblemente tímida o tiene remordimientos de conciencia. Vayamos a su encuentro. Creo que es más fácil entrar en relación en un cementerio que en Redmond.

Cruzaron el sendero hacia la desconocida, que se encontraba sentada sobre una losa gris, bajo un sauce. Era muy bonita, con un tipo de belleza vivaz, irregular y fascinante. En sus cabellos suaves había reflejos castaños y en sus mejillas un suave color. Sus ojos eran grandes y de un pardo aterciopelado, las cejas sesgadas y los labios rosas. Vestía un traje oscuro bien cortado y calzaba unos hermosos zapatitos, verdadera creación de un artista en zapatería. Priscilla tuvo la repentina sensación de que los suyos eran sólo la obra del remendón del pueblo y Ana pensó, incómoda, en si la blusa que ella se había hecho y que la señora Lynde le adaptara al cuerpo, parecería demasiado campesina y casera frente al elegante vestido de aquella muchacha. Por un instante, las dos sintieron ganas de volverse.

Pero ya estaban a punto de llegar a la losa gris. Era demasiado tarde para retirarse, pues evidentemente la muchacha de ojos castaños había sacado la conclusión de que se acercaban para hablarle. Instantáneamente se puso en pie y se acercó alargándoles la mano con una sonrisa alegre y amistosa, sin sombra de timidez o de conciencia culpable.

—Me gustaría saber quiénes sois —exclamó animosamente—. Me moría por saberlo. Os he visto esta mañana en Redmond. ¿No es cierto que fue horrible? En cierto momento lamenté no haberme quedado en casa y haberme casado.

Tanto Ana como su amiga se echaron a reír ante esta inesperada conclusión. La chica de ojos castaños también rio.

—De verdad. Pude haberlo hecho. Venid, sentaos sobre esta losa y nos presentaremos. Sé que nos vamos a querer mucho; lo supe tan pronto os vi en Redmond esta mañana. Deseaba acercarme y daros un abrazo.

—¿Y por qué no lo hiciste? —preguntó Priscilla.

—Simplemente porque no me decidía. Siempre me siento indecisa. Tan pronto emprendo algo, tengo el convencimiento de que lo correcto sería lo contrario. Es una horrible desgracia; pero nací así y de nada vale culparme. De modo que no podía decidirme a hablar por mucho que lo deseara.

—Creímos que eras muy tímida —dijo Ana.

—¡Oh, no, querida! La timidez no figura entre los muchos defectos o virtudes de Philippa Gordon… Phil para vosotras. Llamadme así. Y ahora, ¿cómo os llamáis?

—Ella es Priscilla Grant —dijo Ana señalando a su amiga.

—Y ella Ana Shirley —añadió Priscilla, señalando a su vez.

—Y somos de la isla —agregaron al unísono.

—Yo vengo de Bolingbroke, Nueva Escocia —dijo Philippa.

—¡Bolingbroke! —exclamó Ana—. ¡Pero si yo nací allí!

—¿De verdad? Eso te hace una «nariz azul».

—No —respondió Ana—. ¿No fue Dan O'Connell quien dijo que el nacer en una cuadra no te hace caballo? Soy una isleña de corazón.

—Bueno, de todos modos estoy contenta de que hayas nacido en Bolingbroke. Nos hace un poco vecinas, ¿no es cierto? Y me gusta, porque así, cuando te cuente mis secretos, no será como decírselos a una extraña. Yo tengo que contarlos. No puedo guardar un secreto; es inútil intentarlo. Es mi peor defecto; ése y la indecisión. ¿Me creeréis si os digo que me llevó más de media hora decidir qué sombrero me pondría para venir aquí, a un cementerio? Primero me incliné por el de color castaño, con una pluma; pero tan pronto me lo puse pensé que este rosado con el ala suelta me sentaría mejor. Al final los puse sobre la cama, cerré los ojos y señalé uno. Le tocó al rosado, de manera que me lo puse. Me queda bien, ¿verdad? Decidme qué pensáis de mi aspecto.

Ante esta cándida pregunta, hecha en tono perfectamente serio, Priscilla se echó a reír otra vez. Pero Ana, apretándole impulsivamente la mano, dijo:

—Esta mañana pensé que eras la chica más guapa de Redmond.

La traviesa boca de Philippa dejó ver unos hermosos dientecillos blancos al sonreír.

—Eso mismo pensé yo —fue la sorprendente respuesta—, pero quería que la opinión de alguien robusteciese la mía. No puedo decidir ni siquiera sobre mis propios trajes. En cuanto reconozco que soy guapa tengo la seguridad de que no es así. Además, tengo una horrible tía abuela que siempre me dice, con un triste suspiro: «¡Eras una niña tan linda! Es raro cómo cambian los niños al crecer». Adoro a las tías, pero detesto a las tías abuelas. Por favor, si no os molesta, decidme a menudo que soy guapa. ¡Me siento tan cómoda cuando puedo creer que soy guapa! Yo seré igualmente buena con vosotras si así lo queréis, de todo corazón.

—Gracias —dijo Ana riendo—, pero Priscilla y yo estamos tan convencidas de nuestro buen aspecto que no necesitamos ninguna ayuda, de manera que no te preocupes.

—¡Oh, os estáis riendo de mí! Sé que pensáis que soy una estúpida narcisista, pero no es así. En realidad no tengo un ápice de vanidad. Y no me cuesta nada decir un cumplido a una chica si se lo merece. ¡Estoy tan contenta de haberos conocido! Llegué el sábado por la noche y casi he muerto de nostalgia desde entonces. Es algo horrible, ¿no es cierto? En Bolingbroke tengo mi importancia, pero en Kingsport no soy nada. ¿En dónde os hospedáis?

—En la calle Saint John 38.

—Mejor que mejor. Queda a la vuelta de la esquina de Wallace Street. Sin embargo, no me gusta mi pensión. Es fría y solitaria y mi cuarto da a un patio ulterior horrible. Es el lugar más feo del mundo. Y en lo que se refiere a los gatos, creo que todos los de Kingsport no se podrían congregar allí, pero sí la mitad. Adoro a los gatos cuando los veo sobre las alfombras, ronroneando junto a la chimenea, pero en los patios de las casas, a medianoche, son animales totalmente diferentes. La primera noche lloré todo el tiempo, y los gatos conmigo. Tendríais que haber visto mi nariz a la mañana siguiente. ¡Cómo deseé no haber dejado mi hogar!

—No sé cómo pudiste decidirte a venir a Redmond, si eres tan indecisa —dijo Priscilla.

—Puedes estar segura de que no fui yo, querida. Fue papá quien lo quiso. Está empeñado. A mí me parece ridículo estudiar una carrera. No es que no pueda, tengo un gran cerebro.

—¡Oh! —comentó Priscilla vagamente.

—Sí. ¡Pero cuesta tanto emplearlo! ¡Y los licenciados son unas criaturas tan dignas, sobrias y solemnes! Tienen que serlo.

»No, yo no quería venir. Lo hice por papá, ¡es tan bueno! Además, yo sabía que si me quedaba en casa me casaría. Eso es lo que quería mamá. Ella sí que es decidida. Pero a mí me resultaba odioso pensar en casarme, por lo menos tan pronto. Quiero divertirme antes de sentar cabeza. Y, por ridícula que sea la idea de hacer una carrera, lo es aún más la de casarse. No tengo más que dieciocho años. De manera que preferí venir a Redmond. Además, ¿cómo iba a decidir con quién casarme?

—¿Eran tantos? —preguntó Ana riendo.

—Montones. Les gusto mucho a los chicos. Pero había sólo dos que valían la pena. El resto eran todos demasiado jóvenes o demasiado pobres. Y debo casarme con un hombre rico.

—¿Por qué debes?

—Queridas, ¿podéis imaginarme casada con un pobre? No sé hacer nada útil y soy muy extravagante. ¡Oh, no, mi marido deberá tener mucho dinero! De manera que elegí dos. Pero hubiera sido lo mismo que fuesen doscientos. Sé perfectamente que cualquiera que eligiese, toda mi vida lamentaría no haberme casado con el otro.

—¿No… querías… a ninguno? —preguntó Ana. No le era fácil hablar a una extraña del gran misterio y de la gran transformación de la vida.

—¡Por Dios, no! Yo no podría amar a nadie. Creo que estar enamorada te hace una perfecta esclava. Y eso daría a un hombre demasiado poder para hacerte daño. Tendría miedo. No, no. Alee y Alonzo son dos chicos muy buenos y me gustan ambos tanto que no sé a cuál de los dos prefiero. Alee es el más elegante, desde luego, y yo no podría casarme con alguien que no lo fuera. Tiene buen carácter también, y un hermoso cabello negro rizado. Es demasiado perfecto; no creo que me guste un marido demasiado perfecto.

—Entonces, ¿por qué no casarte con Alonzo? —preguntó Priscilla gravemente.

—¡Piensa en casarte con alguien que se llame así! —dijo Phil, quejumbrosa—. No creo que pudiera resistirlo. Pero él tiene una nariz clásica y sería una tranquilidad tener una nariz así en la familia, en la que poder confiar. En la mía no puedo tener mucha fe. Por ahora tiene la forma de los Gordon, ¡pero tengo tanto miedo de que tome la forma de los Byrne cuando sea más vieja! Mamá tiene una gran nariz Byrne. Esperad a verla. Yo adoro las narices bonitas. Tu nariz es preciosa, Ana Shirley. La nariz de Alonzo casi inclinó el platillo en su favor. ¡Pero el nombre! No, no me pude decidir. Si hubiese podido hacer como con los sombreros, ponerlos juntos y cerrar los ojos, habría sido más fácil.

—¿Y qué sintieron Alee y Alonzo cuando partiste? —preguntó Priscilla.

—¡Oh, todavía están esperanzados! Les dije que tendrían que esperar a que eligiese. Y están dispuestos a esperar. Me adoran. Mientras tanto pienso divertirme mucho. Espero tener montones de pretendientes en Redmond. No soy feliz si no los tengo. ¿Pero no os parece que los «novatos» son muy feos? Sólo vi uno guapo entre ellos. Se fue antes de que llegarais vosotras. Oí que su amigo le llamaba Gilbert. Su amigo tenía unos ojos que se notaban a lo lejos. Pero ¿ya os vais? ¿Tan pronto?

—Tenemos que irnos —dijo Ana algo fríamente—. Se hace tarde y tengo algo que hacer.

—Pero vendréis a verme ¿no es así? —preguntó Philippa, pasándoles el brazo por la cintura—. Y me permitiréis que os vaya a visitar. Quiero intimar con vosotras. Os he tomado mucho cariño. ¿No os habré disgustado con mi frivolidad?

—No —rio Ana, respondiendo cordialmente al apretón de Phil.

—Porque no soy la mitad de lo tonta que parezco. Aceptad a Philippa Gordon tal como Dios la hizo, con todos sus defectos, y creo que llegaréis a quererla. ¿No es bonito el cementerio? Me gustaría que me enterraran aquí. Aquí hay una tumba que no había visto antes; esa con la verja de hierro; la losa dice que es de un guardiamarina que murió en la lucha entre la Shannon y la Chesapeake. ¡Imaginaos!

Ana se detuvo junto a la verja y miró la gastada piedra, mientras le latía el corazón. El viejo cementerio, con sus árboles arqueados y sus largos senderos de sombra, se esfumó de su vista. En su lugar vio el fuerte de Kingsport un siglo atrás. De la niebla salió lentamente una gran fragata, con la «meteórica bandera de Inglaterra». Tras ella venía otra trayendo sobre cubierta un cuerpo rígido y heroico arropado en su propia bandera estrellada, el del valiente Lawrence. Era la Shannon que entraba en la bahía, con la Chesapeake como presa.

—Vuelve, Ana Shirley, vuelve —rio Philippa, tirándole del brazo—. Estás a un siglo de nosotras. Vuelve.

Ana regresó con un suspiro, y sus ojos brillaban suavemente.

—Siempre me gustó esa vieja historia —dijo—, y aunque los ingleses ganaron el combate, creo que me gusta por el bravo comandante vencido. ¡Esta tumba parece hacerla tan real! Este pobre guardiamarina no tenía más que dieciocho años. «Murió de las terribles heridas recibidas en la heroica acción», así reza el epitafio. Es lo que un soldado como él podía haber deseado.

Antes de volverse, Ana desprendió el ramito de pensamientos rojos que llevaba en el pecho y lo dejó caer serenamente sobre la tumba del muchacho que pereciera en el gran duelo del mar.

—Bueno, ¿qué piensas de nuestra nueva amiga? —preguntó Priscilla cuando Phil las dejó.

—Me gustó. Hay en ella algo que induce a quererla a pesar de sus tonterías. Creo, como ella dice, que no es tan tonta como parece. Es una buena chica y no sé si crecerá alguna vez.

—A mí también me gusta —dijo Priscilla con decisión—. Habla tanto de los muchachos como Ruby Gillis. Pero me pone enferma oír a Ruby, mientras que Phil sólo me hace reír de buen grado. Ahora, dime, ¿cuál es la razón?

—Hay una diferencia —contestó Ana, pensativa—. Creo que Ruby habla conscientemente. Juega al amor. Además, te hace sentir que habla así para refregarte por la nariz sus adoradores y para hacerte sentir que no tienes ni la mitad que ella. Ahora bien, cuando Phil habla de sus admiradores parece que hablara de compañeros. En realidad ve a los chicos como a buenos camaradas y le gusta tenerlos en cantidad a su alrededor porque le agrada ser popular y más aún que crean que lo es. Incluso Alee y Alonzo (de ahora en adelante no podré separarlos) son dos juguetones que quieren jugar con ella toda la vida. Estoy contenta de haberla conocido y de que hayamos ido a St. John. Creo que he echado una raicilla hoy en Kingsport. Me alegro. Odio sentirme trasplantada.

CAPÍTULO CINCO

Cartas del hogar

Durante las tres semanas siguientes Ana y Priscilla continuaron sintiéndose forasteras. Luego, en un instante, la vida, que hasta aquel momento parecía compuesta de fragmentos inconexos, se convirtió en un todo homogéneo, que abarcaba a Redmond, profesores, clases, estudiantes, compañeras y obligaciones sociales. Los «novatos» abandonaron su inicial aislamiento y fundaron su propio grupo, con su espíritu, intereses, antipatías y ambiciones exclusivas. Triunfaron en el Torneo Anual de las Artes sobre los estudiantes de segundo año y desde entonces ganaron el respeto de todos los demás cursos y una enorme confianza en sus propios méritos. Durante tres años los de segundo habían ganado el torneo y el hecho de que ese año la victoria hubiera correspondido a los «novatos» se atribuyó a la hábil estrategia de Gilbert Blythe, que dirigió la campaña e ideó nuevas tácticas que desconcertaron a los mayores y facilitaron el triunfo de los «novatos». Como recompensa de sus méritos fue elegido presidente del curso, cargo de responsabilidad y honor (por lo menos desde el punto de vista de un «novato»), y codiciado por muchos. También fue invitado a ingresar en los «Lambs», como llamaban allí a la Fraternidad de Estudiantes Lamba Theta, proposición que muy rara vez se hacía a un «novato». Como prueba preparatoria recibió la orden de desfilar durante todo un día por las principales calles de Kingsport llevando una pamela y un enorme delantal de cocina de percal floreado. Cumplió su tarea con buen humor, quitándose la pamela con graciosa cortesía ante las damas conocidas. Charlie Sloane, que no había sido invitado por los «Lambs», dijo a Ana que no podía imaginar cómo Gilbert había hecho eso y que él nunca podría humillarse así.

—¡Qué ridículo quedaría Charlie Sloane con su delantal y su pamela! —se burló Priscilla—. ¡Idéntico a su abuela Sloane! En cambio Gilbert parecía aún más hombre así vestido.

Ana y Priscilla se encontraron atrapadas en la densa vida social de Redmond. El que esto ocurriera tan pronto se debió en gran parte a los buenos oficios de Philippa Gordon. Ésta era hija de un caballero de fortuna y reputación y pertenecía a una antigua familia de Nueva Escocia. Esto, combinado con su encanto y hermosura (cosa que no podían dejar de advertir cuantos la conocían), le abría las puertas de todos los círculos, clubes y centros de Redmond, y adonde iba ella, iban también Ana y Priscilla. Phil «adoraba» a las dos chicas, especialmente a Ana. Era un alma pura y cristalina, libre de toda clase de ínfulas. «El que me quiere, quiere a mis amigas», parecía ser su lema. Sin ningún esfuerzo las hizo ingresar en el amplio círculo de sus amistades y las dos jovencitas de Avonlea se sumergieron en una vida social fácil y placentera, para envidia y extrañeza de las otras «novatas», que por carecer del apoyo de Philippa se vieron condenadas a mantenerse casi al margen de esas actividades durante todo su primer año en la escuela.

Para Ana y Priscilla, que tenían objetivos muy serios en la vida, Philippa continuó siendo siempre la chiquilla adorable y divertida de su primer encuentro.

Dónde o cómo hallaba tiempo para estudiar era un misterio porque siempre parecía estar en busca de diversión y por las tardes recibía en su casa montones de visitas. Era muy atractiva y sus compañeros de curso y un número considerable de los de años superiores rivalizaban por sus sonrisas. Ella estaba encantada y contaba alegremente a Ana y a Priscilla sus nuevas conquistas con comentarios que habrían hecho arder furiosamente los oídos de sus infortunados enamorados.

—Parece que Alee y Alonzo todavía no tienen ningún rival serio —observó Ana burlonamente.

—Ni uno —asintió Philippa—. Les escribo todas las semanas hablándoles de mis adoradores. Estoy segura de que lo encuentran divertido. Pero el que más me gusta no lo tengo. Gilbert Blythe no me hace ningún caso. Me mira como si fuese una linda gatita. Y sé muy bien la razón. Te envidio, Reina Ana. Tendría que odiarte y en cambio te quiero locamente y me pongo muy triste el día que no te veo. Eres distinta de todas las chicas que he conocido. A veces, cuando me miras de una manera especial, haces que me dé cuenta de lo insignificante y frívola que soy, y aspiro a ser mejor, más inteligente y cuerda. Y entonces hago firmes propósitos de enmienda; pero en cuanto me cruzo con un jovencito bien parecido mi decisión se derrumba por completo. ¿No te parece que la vida en la escuela es magnífica? ¡Encuentro tan gracioso recordar que mi primer día aquí la odié! Pero si no hubiera sido así nunca habría intimado contigo. Ana, por favor, dime que me aprecias siquiera un poquito.

—Te quiero mucho; y creo que eres una encantadora, dulce, adorable y aterciopelada… gatita sin uñas —rio Ana—; pero no comprendo cómo encuentras tiempo para estudiar.

Sin embargo, debía de encontrarlo, pues iba a la vanguardia en todas las asignaturas. Hasta el gruñón profesor de matemáticas, que detestaba la educación mixta y se había opuesto severamente a que fuera implantada en Redmond, tuvo que rendirse ante ella. Aventajaba en todo a las demás estudiantes, excepto en lenguaje, donde Ana Shirley se imponía por amplio margen.

Ésta hallaba muy sencillo el primer curso, en gran parte debido a la severa disciplina de estudio a que ella y Gilbert se habían acostumbrado en los dos últimos años de Avonlea. Esto le dejaba más tiempo libre para su vida social, de la que disfrutaba enormemente; pero sin olvidar ni un instante a sus amigos de Avonlea. Para ella los mejores momentos de la semana eran aquellos en que recibía noticias del hogar. Después que leyó las primeras cartas pensó que jamás podría sentirse en Kingsport como en su casa. Antes de recibirlas, Avonlea parecía estar a miles de kilómetros de distancia; esas cartas la acercaban y unían la vieja vida con la nueva, hasta convertirlas en una sola existencia. La primera remesa trajo seis cartas: de Jane Andrews, Ruby Gillis, Diana Barry, Marilla, la señora Lynde y Davy. La de Jane era muy prolija, con las t perfectamente cruzadas y las i con sus puntos en el lugar exacto, pero sin una sola frase interesante. Ana quería noticias de la escuela, pero Jane nunca contestaba sus preguntas y se limitaba a contar cuántos metros de crochet había tejido, el tiempo que hacía en Avonlea, cómo pensaba hacerse el vestido nuevo y qué sentía cuando le dolía la cabeza. Ruby Gillis escribió una carta muy fluida, en la que deploraba la ausencia de Ana, asegurándole que se encontraba completamente perdida, le preguntaba qué tal eran los jóvenes de Redmond y la completaba con una detallada historia de sus experiencias con sus numerosos admiradores. Era una carta tonta y sin sentido. Ana con toda seguridad se habría reído de ella si no hubiera sido por la posdata: «Gilbert parece divertirse mucho en Redmond, a juzgar por su carta», escribía Ruby; «no creo que Charlie haya tenido el mismo éxito».

—¡Así que Gilbert había escrito a Ruby! Muy bien. Estaba en su perfecto derecho, por supuesto. Sólo que… Ana no sabía que Ruby lo había hecho primero y que Gilbert se había visto obligado a contestar por mera cortesía. Separó la carta de Ruby con desprecio. Pero la encantadora epístola de Diana, fresca y llena de noticias, sacó el aguijón que le clavara la posdata de Ruby. Claro que hablaba demasiado de Fred, pero por otra parte era tan rica en novedades y temas de interés para Ana que ésta se sintió transportada a Avonlea mientras leía. La carta de Marilla era seca y simple, ausente de chismografía o emoción alguna. Sin embargo, así y todo transmitió a Ana todo el ambiente llano y simple de la vida en «Tejas Verdes». La de la señora Lynde se refería sólo a noticias relacionadas con la iglesia. Como ya no tenía que atender una casa, Rachel tenía más tiempo para dedicar a los asuntos parroquiales y se había entregado a ellos en cuerpo y alma. Por aquel entonces estaba muy ocupada con los suplentes que desfilaban por el pulpito de Avonlea.

Creo que sólo hay tontos en el sacerdocio en esta época —escribía amargamente—. ¡Hay que ver los candidatos que nos mandan y lo que predican! La mitad no es verdad y, lo que es peor, no suena a doctrina. El que tenemos ahora es el peor de todos. Generalmente coge un texto determinado y luego predica sobre otra cosa. Y dice que no cree que todos los paganos estén condenados irremisiblemente. ¡Vaya una idea! ¡Si fuera así, todo el dinero que hemos enviado a las misiones estaría perdido! El domingo pasado anunció que la próxima vez hablará sobre el tiburón que apareció en la playa. Creo que haría mejor en limitarse a la Biblia dejando a un lado los sucesos de actualidad. ¡A qué estado han llegado las cosas si un ministro no puede hallar en las Sagradas Escrituras tema para una prédica! ¿A qué iglesia vas, Ana? Espero que lo harás regularmente. La gente tiene mucha facilidad para olvidar sus obligaciones para con Dios fuera de su casa y tengo entendido que eso es muy común entre los estudiantes. Me han dicho que hasta estudian los domingos. Espero que tú nunca llegues a eso, Ana. Recuerda cómo has sido educada. Y ten mucho cuidado al elegir tus amistades. Nunca sabrás qué clase de criaturas concurren a esas escuelas. Son lobos con piel de cordero, eso es. Será mejor que no hables con ningún joven que no sea de la isla.

Olvidaba contarte lo que pasó el día que vino a visitarnos el ministro. Fue lo más gracioso que he visto en mi vida. Le dije a Marilla: «Si Ana estuviese aquí, ¿no crees que se habría reído?». Hasta Marilla se rio. Es un hombrecillo muy bajo, grueso y patizambo. Bueno, el cerdo de los Harrison (aquel tan grande) andaba por aquí aquel día y se había metido en la galería de atrás sin saberlo nosotras, y allí estaba cuando apareció el ministro. Quiso escaparse, pero el camino estaba obstruido por un par de piernas patizambas; y contra ellas arremetió. Fuera porque el cerdo era demasiado grande o el ministro demasiado pequeño, lo cierto es que lo levantó en vilo y salió corriendo con él encima. Su sombrero y su bastón volaron por el aire precisamente en el momento en que Marilla y yo llegábamos a la puerta. Nunca olvidaré el cuadro. El pobre cerdo estaba muerto del susto. Nunca podré volver a leer en la Biblia lo del cochino que corrió locamente hacia el mar sin ver al cerdo del señor Harrison trotando cuesta abajo con el ministro encima. Supongo que el pobre animal creía que llevaba sobre su lomo al mismo diablo. ¡Gracias a Dios que los mellizos no estaban en casa! Hubiera sido terrible que vieran a un ministro en una situación tan poco digna. Al llegar al arroyo el ministro se arrojó, o fue arrojado. El cerdo cruzó rumbo a los bosques como enloquecido y desapareció. Marilla y yo corrimos y ayudamos al ministro a levantarse y le sacudirnos la levita. No se había lastimado pero estaba furioso. Parecía hacernos responsables a Marilla y a mí por lo ocurrido, aunque le explicamos que el cerdo no nos pertenecía y que se había pasado el verano molestándonos. Además, ¿por qué se le ocurrió entrar por la puerta trasera? Nunca habrías visto al señor Alian hacer eso. Pasará mucho tiempo antes de que tengamos otro pastor como él. Estamos pasando un mal momento. No hemos tenido más noticias del cerdo y espero que no las tengamos nunca.

Las cosas están muy tranquilas en Avonlea. «Tejas Verdes» no me resulta tan solitario como pensaba. Creo que empezaré otra colcha de algodón este invierno. La señora Sloane tiene un modelo muy elegante y moderno con hojas de manzano.

Cuando quiero algo excitante, leo los casos de asesinato en el periódico de Boston que me envía mi sobrina. No acostumbraba a hacerlo, pero son realmente interesantes. Los Estados Unidos deben de ser un lugar horrible, Ana. Espero que nunca vayas allí. Pero es verdaderamente espantosa la forma en que las muchachas andan por el mundo en estos tiempos. Me hacen la misma impresión de Satán en el libro de Job, corriendo de un lado a otro, subiendo y bajando. No creo que el Señor lo vea bien, eso es.

Davy se ha portado bastante bien desde que te fuiste. Un día se portó mal y Marilla lo castigó haciéndole usar un delantal de Dora todo el día. Entonces él fue y recortó todos los delantales de su hermana. Le di una paliza y él, en venganza, persiguió a mi gallo hasta que cayó muerto.

Los MacPherson se han mudado a mi antigua casa. Ella es una gran ama de casa. Arrancó todas mis lilas porque daban al jardín un aspecto desordenado. Thomas las había plantado cuando nos casamos. Su marido parece buena persona, pero ella es de las que no se resignan a envejecer, eso es.

No estudies demasiado, y no te olvides de ponerte tu ropa interior de lana en cuanto refresque. Marilla se preocupa muchísimo por ti, pero le digo que tienes mucho más sentido común que el que yo creía que llegarías a tener de acuerdo con lo que eras de niña, y que estarás bien.

La carta de Davy comenzaba con una queja.

Querida Ana, por fabor escribe a Marilla y dile que no me hate a la varanda del puente cuando boy a pescar, los chicos se ríen de mí. Aquí está mui triste sin ti, pero el colejio es divertido. Jane andrews se enfada más que tú, anoche azusté a la señora lynde con un fuego. Estaba mui enojada y era porque yo corrí a su gayo por el gallinero asta que se murió. Yo no quería que se muriera, ¿qué lo hiso morir, ana? quiero saber. La señora lynde lo tiró y se perdió de benderselo al señor blair, el señor blair paga 50 centabos por cada gayo muerto. Bi que la señora lynde le pidió al ministro que resé por ella. ¿Que hise que sea tan malo, ana? quiero saber, tengo una cometa con una cola preziosa, ana, ayer en el colejio Milty bolter me contó algo várvaro, es verdad, el viejo Joe Mosey y León estavan jugando a las cartas una noche en el bosque, las cartas estavan sobre un tronco y un ombre negro más grande que los árboles bino y agarró las cartas y el tronco y desapareció con un ruido como un trueno. Apuesto que se asustaron. Mylty dise que el negro era el diablo: ¿era, ana? quiero saber, el señor Kimbal de spencervale esta mui enfermo y tuvo que ir al ospital. por fabor espera mientras le pregunto a Marilla si es así, malilla dise que es al manicomio donde tubo que ir, no al otro lado. El cree que tiene una culebra adentro, ¿como es tener una culebra adentro, Ana? quiero saber, la barriga de la señora lawrence también está enferma, la señora lynde dice que lo que le pasa es que piensa mucho en sus partes de adentro.

—Me pregunto qué pensaría la señora Lynde de Philippa —dijo Ana mientras doblaba sus cartas.

CAPÍTULO SEIS

En el parque

—¿Qué vais a hacer hoy? —preguntó Philippa irrumpiendo en el cuarto de Ana un sábado por la tarde.

—Vamos a pasear por el parque —respondió Ana—. Debería quedarme a terminar mi blusa, pero no puedo coser en un día tan hermoso. Hay algo en el aire que me corre por las venas y llena de gloria mi alma. Mis dedos se niegan a dar una puntada. De modo que nos vamos rumbo al parque.

—¿Ese «nos» incluye a alguien más que tú y Priscilla?

—Sí, incluye a Gilbert y a Charlie, y nos encantaría que tú también nos acompañaras.

—Pero si fuera me convertiría en la tercera en discordia —se quejó Phil—. Y ésa sería una experiencia completamente nueva para mí.

—Y bien, las experiencias nuevas son siempre interesantes. Ven, y así serás capaz de sentir simpatía por esas pobres almas que hacen de tercero en discordia tan a menudo. Pero ¿dónde están todas tus víctimas?

—¡Oh, estoy cansada de ellos! Hoy no podría aguantar a ninguno. Además, me siento un poquito triste; un poquito nada más. La semana pasada les escribí a Alee y a Alonzo. Puse las direcciones y metí las cartas en los sobres, pero no los cerré. Esa tarde pasó algo muy gracioso. Bueno, gracioso para Alee, aunque no para Alonzo. Tenía mucha prisa y saqué la carta de Alee de su sobre (por lo menos eso creí) para añadirle una posdata. Luego envié ambas cartas. Esta mañana recibí la respuesta de Alonzo. Y había escrito la postdata en su carta. Se puso furioso. Claro que ya se le pasará (y si no, peor para él), pero me arruinó el día. Por eso quise venir, para tratar de levantar un poco mi ánimo. En cuanto comience la temporada de fútbol no tendré ni un sábado libre. Adoro el fútbol. Tengo una gorra fantástica y un jersey con los colores de Redmond para ponerme esos días. ¿Sabéis que a Gilbert lo han nombrado capitán del equipo de los «novatos»?

—Sí, nos lo dijo ayer —respondió Priscilla al darse cuenta de que Ana no contestaría—. Charlie y él estaban abajo. Sabíamos que vendrían, de modo que quitamos todos los cojines de la señorita Ada. El que tiene el bordado en relieve lo escondí detrás de una silla. Pensé que allí estaría a salvo, pero no fue así. Charlie Sloane fue hacia la silla, vio el almohadón, lo recogió cuidadosamente y estuvo sentado encima toda la tarde. ¡Qué desastre para el cojín! La pobre señorita Ada me preguntó hoy, muy sonriente, pero con cierto tono de reproche, por qué había permitido que se sentara encima. Le aclaré que no había sucedido por mi culpa; que fue simplemente una «sloanada» como las de costumbre.

—Los cojines de la señorita Ada ya me están crispando los nervios —dijo Ana—. La semana pasada terminó dos con bordados de toda clase. Como ya no tiene donde ponerlos, los colocó en el descansillo de la escalera. Están caídos la mitad del tiempo y si bajas a oscuras tropiezas con ellos. El domingo pasado, cuando el pastor Davies oraba por los que afrontan los peligros del mar, yo agregué para mis adentros: «Y por aquellos que viven en casas donde los cojines reinan por doquier». ¡Bueno! Estamos listas, ya veo venir a los muchachos cruzando el Oíd St. John. ¿Vienes, Phil?

—Iré si puedo pasear con Priscilla y Charlie. Representaré pacientemente mi papel. Tu Gilbert es un encanto, Ana; pero ¿por qué va tanto con «Ojos saltones»?

Ana se puso tiesa. No apreciaba mucho a Charlie Sloane, pero era de Avonlea, y ningún extraño tenía derecho a reírse de él.

—Charlie y Gilbert siempre han sido amigos —respondió fríamente—. Charlie es un buen muchacho. No tiene la culpa de que sus ojos sean así.

—¡No me digas! Pues debe de haber hecho algo terrible en su vida anterior para haber sido castigado con semejante par de ojos. Pris y yo vamos a divertirnos esta tarde. Nos burlaremos de él en su propia cara y no se dará cuenta.

Y las dos traviesas muchachas llevaron a cabo sus poco cordiales propósitos. Pero Sloane, afortunadamente para él, no se dio ni cuenta. Se consideraba todo un personaje por poder pasear con dos jóvenes como aquéllas, especialmente Philippa Gordón, la guapa del curso. Seguramente que esto impresionaría a Ana. Vería que otras personas lo apreciaban en todo su valor.

Gilbert y Ana caminaban algo separados de los otros, disfrutando de la tranquilidad y la belleza de la tarde otoñal, bajo los pinos del parque, por el sendero que trepaba y serpenteaba en torno a la costa del puerto.

—El silencio es aquí como una oración, ¿no te parece? —preguntó Ana mirando el brillante cielo—. ¡Cómo quiero a los pinos! Parece como si sus raíces estuvieran hundidas profundamente en el romanticismo de todas las épocas. ¡Es tan reconfortante andar de aquí para allá conversando con ellos! Siempre me siento muy feliz en este lugar.

Y así en las soledades montañosas,
como por algún conjuro divino,
caen de ellas sus preocupaciones,
como las agujas al sacudir el pino.

—Nuestras pequeñas ambiciones parecen aquí insignificantes, ¿no es cierto, Ana?

—Creo que si alguna vez tuviera una gran pena correría hacia los pinos en busca de consuelo —comentó Ana, soñadora.

—Espero que nunca tengas una gran pena, Ana —dijo Gilbert.

No podía concebir ningún pesar en la criatura vivaz y gozosa que estaba a su lado; ignoraba que aquellos que pueden alcanzar las más altas cumbres de la dicha son los que más bajo caen en los abismos de la desesperación; que los más aptos para la alegría son también los más capaces para el dolor.

—Sin embargo, así será… alguna vez —murmuró Ana—. En estos momentos la vida es para mí como una copa de cristal colmada de néctar, cerca de mis labios. Pero tiene que haber algo amargo… como en todas las copas. Algún día me tocará a mí.

Ojalá que cuando llegue ese momento me encuentre fuerte y preparada para hacerle frente. Y espero que no llegue por mi culpa. ¿Recuerdas lo que dijo el pastor Davies el domingo pasado? Los pesares que nos envía Dios traen consigo fuerza y consuelo; en cambio los que nos buscamos nosotros mismos, por nuestra propia conducta desordenada, son mucho más difíciles de soportar. Pero no debemos hablar de penas en una tarde como ésta. Sólo despierta alegría de vivir, ¿no te parece?

—Si dependiera de mí, apartaría de tu vida todo lo que no fuera felicidad y placer, Ana —dijo Gilbert con un tono que significaba «peligro».

—No demostrarías mucha cordura —replicó la joven prestamente—. Estoy segura de que nadie podría perfeccionarse y salir adelante sin haber tenido que vencer algunas penas, aunque supongo que esto se admite sólo cuando se está suficientemente tranquilo. Vamos; los otros han llegado al pabellón y nos esperan.

Se sentaron todos juntos en el pequeño refugio a contemplar el crepúsculo otoñal, mezcla de púrpura y de oro. Hacia la izquierda yacía

Kingsport, con sus techos y sus chimeneas que despedían espirales de color violeta.

A la derecha, el puerto, con sus luces rosadas, parecía extenderse hacia el ocaso. Y más allá del raso satinado del agua y de la niebla, estaba la isla de William, como un fiel perro guardián que protegiera la ciudad. La luz de su faro irrumpía a través de la bruma como la de una suave estrella a la que respondían otras en el lejano horizonte.

—¿Habéis visto alguna vez algo de apariencia más vigorosa? —preguntó Philippa—. No me interesa mucho la isla de William, pero estoy segura de que no la podría conquistar aunque quisiera. Mirad el centinela en la cumbre del fuerte, junto a la bandera. ¿No parece salido de una novela de aventuras?

—Hablando de aventuras —dijo Priscilla—, hemos estado buscando brezo; pero, por supuesto, no encontramos. La estación está ya muy adelantada, supongo.

—¡Brezo! —exclamó Ana—. En América no crece, ¿verdad?

—Sólo en dos sitios en todo el continente —dijo Phil—. Uno aquí, en este mismo parque, y otro en algún lugar de Nueva Escocia que ahora no recuerdo. El famoso regimiento escocés de la Guardia Negra acampó aquí una primavera y cuando los hombres sacudieron sus colchones algunas semillas de brezo que había entre la paja con que estaban rellenos cayeron y echaron raíces.

—¡Oh, qué delicia! —exclamó Ana, encantada.

—Regresemos a casa dando la vuelta por Spofford Avenue —sugirió Gilbert—; así podremos ver «los hermosos palacios donde se hospeda la nobleza». Spofford Avenue es la avenida más elegante de Kingsport. A menos que sea millonario, nadie puede edificar allí.

—Sí —asintió Phil—. Hay allí una casa que quiero que veas, Ana. Ésta no fue edificada por un millonario. Es lo primero que se ve al salir del parque, y debe de haber crecido cuando Spofford Avenue era sólo un camino secundario. ¡Porque creció, no fue construida! Las casas de la Avenida no me interesan; son demasiado nuevas y con mucho vidrio. Pero ésa es un sueño. ¡Y con un nombre!… Espera a verla.

La vieron mientras caminaban desde el parque hacia la colina bordeada de pinos. Precisamente en la loma donde comenzaba Spofford Avenue se levantaba una casita blanca con grupos de pinos a ambos lados que extendían sus brazos protectores sobre el bajo techo. Estaba cubierta por enredaderas rojas y doradas, a través de las cuales espiaban las verdes ventanas cerradas. En la parte delantera había un jardín rodeado por un pequeño cerco de piedra. A pesar de estar ya en octubre se veían en él toda clase de perfumadas y hermosísimas flores y arbustos que no parecían de este mundo: abrótanos, verbenas, alhelíes, petunias, caléndulas y crisantemos. Un pequeño camino de ladrillo iba desde la puerta de entrada hasta la galería. Todo el lugar parecía haber sido trasplantado desde una remota villa; así y todo, había algo en él que hacía que su vecino más próximo, un enorme palacio rodeado de césped que pertenecía a un rey del tabaco, pareciera, por contraste, extremadamente rudo y frío. Como había dicho muy bien Phil, se notaba la diferencia entre lo natural y lo artificioso.

—Es el lugar más encantador que he visto en mi vida —dijo Ana, extasiada—. Me produce uno de mis viejos y deliciosos estremecimientos. Es aún más extraña y tierna que la casa de piedra de la señorita Lavendar.

—Quiero que te fijes especialmente en el nombre. Mira las letras blancas en la arcada: «La Casa de Patty»; ¿no es gracioso? Sobre todo en esta calle llena de «Los Pinos», «Los Abetos» y «Los Cedros». ¡«La Casa de Patty»! ¡Es adorable!

—¿Tienes idea de quién es Patty? —preguntó Priscilla.

—Patty Spofford es el nombre de su anciana dueña. Vive allí con su sobrina, y seguirán viviendo unos cientos de años, o quizás un poco menos. La exageración es sólo una licencia poética. He averiguado que caballeros pudientes han querido muchas veces comprar el terreno; como te imaginarás, vale una pequeña fortuna, pero Patty no ha querido venderlo. Y detrás de la casa, en lugar del parque de rigor, hay una huerta de manzanos que verás en cuanto caminemos un poco; ¡una verdadera huerta de manzanos en Spofford Avenue!

—Esta noche voy a soñar con «La Casa de Patty» —dijo Ana—. Hasta me parece pertenecerle. Me pregunto si alguna vez, por casualidad, podremos ver el interior.

—No me parece probable —opinó Priscilla.

Ana sonrió, misteriosa.

—No, no es probable. Pero creo que sucederá. Siento algo extraño que puedes llamar presentimiento si quieres; algo que me hace pensar en que «La Casa de Patty» y yo seremos amigas.

CAPÍTULO SIETE

En casa otra vez

Las tres primeras semanas en Redmond se habían hecho largas, pero el resto del tiempo voló como el viento. Antes de darse cuenta, los estudiantes de Redmond se encontraron en los exámenes de Navidad, que afrontaron con suerte diversa. El honor de ser el primero del curso fluctuó entre Ana, Gilbert y Philippa. Priscilla estuvo muy bien; Charlie Sloane pasó regular, pero estaba tan satisfecho como si hubiera sido el mejor en todo.

—Me parece mentira que mañana a esta hora esté ya en «Tejas Verdes» —dijo Ana la noche anterior a la partida—. Pero así será. Y tú, Phil, te encontrarás en Bolingbroke con Alee y Alonzo.

—Me muero por verlos —admitió Philippa mientras mordisqueaba un bombón—. Son dos chicos encantadores, como sabes. ¡Oh, pasaré unas vacaciones magníficas! Nunca te perdonaré, Reina Ana, que no hayas querido acompañarme.

—«Nunca» equivale a tres días en tu caso, Phil. Fuiste muy gentil al invitarme y me encantará ir a Bolingbroke algún día. Pero debo ir a casa. ¿No te das cuenta de cómo suspira mi corazón?

—No te divertirás mucho —dijo Phil desdeñosamente—. Supongo que habrá un par de reuniones de costura y que todas las viejas chismosas hablarán de ti. Te morirás de soledad, querida.

—¿En Avonlea? —exclamó Ana, muy divertida.

—Mientras que si vienes conmigo pasarás unas vacaciones perfectas. ¡Todo Bolingbroke estará loco contigo, Reina Ana… con tu cabello, con tu porte y… ¡oh, con todo! ¡Eres tan distinta! ¡Serías un éxito! Y yo viviría del reflejo de tu gloria: «no la rosa, pero cerca de ella». ¡Ven, Ana!

—Tu cuadro de éxitos sociales es muy tentador, Phil, pero yo te pintaré otro que lo iguala. Voy a casa, a una vieja granja que una vez fue verde aunque esté ahora un poco mustia, ubicada entre huertas de desnudos manzanos. Más abajo hay un arroyuelo, y más allá un bosque de abetos donde he oído a los dedos del viento y de la lluvia tocar el arpa con música celestial. Cerca hay una laguna que ya estará gris y acogedora. Habrá en la casa dos ancianas, una alta y delgada, la otra baja y gruesa, y un par de mellizos, perfecto modelo uno y el otro algo a quien la señora Lynde llama «santo terror». Y habrá también un pequeño cuarto blanco, sobre el porche, en el que danzarán viejos sueños, y un lecho enorme con un colchón de plumas que resultará el mayor de los lujos después del de la pensión. ¿Qué te parece mi cuadro, Phil?

—Muy soso —dijo ésta con una mueca.

—¡Oh, pero no he citado todavía lo que transforma todo! —exclamó Ana suavemente—. Allí habrá amor, Phil. Amor sincero y tierno, como no hallaré en ninguna otra parte del mundo, amor que me está aguardando a mí. ¿No te parece que esto convierte mi cuadro en una obra maestra, aun cuando sus colores no sean muy brillantes?

Silenciosamente Phil se puso en pie, dejó a un lado su caja de bombones y abrazó a Ana.

—Ana, querría ser como tú —dijo juiciosamente.

La noche siguiente Diana fue a buscar a su amiga a la estación de Carmody y ambas regresaron en el coche, bajo el tranquilo cielo estrellado. Cuando llegaron a la cuesta apareció «Tejas Verdes», y Ana observó que tenía un verdadero aire de fiesta. Había luces en todas las ventanas y su resplandor rompía la oscuridad exterior como llamaradas de bienvenida. Y en el patio ardía una gran fogata, alrededor de la cual danzaban dos alegres figuras, una de las cuales dio un fuerte grito cuando el coche dobló entre los álamos.

—Davy te recibe con un alarido de guerra indio —dijo Diana—. Se lo enseñó el peón del señor Harrison y ha estado practicando para darte la bienvenida. La señora Lynde dice que tiene los nervios destrozados. Davy chillaba detrás de ella y luego salía corriendo. Estaba decidido a hacer una fogata para ti. Se ha pasado dos semanas juntando ramitas secas y persiguiendo a Marilla para que le dejara poner un poco de gasolina antes de encender el fuego. Y a juzgar por el olor parece que lo consiguió, a pesar de que la señora Lynde se oponía diciendo que Davy incendiaría y quemaría todo si se lo permitían.

A todo esto, Ana ya estaba fuera del coche, con Davy colgándole de las rodillas y Dora apretándole el brazo.

—¿No es una hermosa fogata, Ana? Déjame enseñarte a atizarla. ¿Has visto las chispas? La hice para ti, Ana, porque estaba contento de que volvieras a casa.

Se abrió la puerta de la cocina y la enjuta figura de Marilla se recortó en su vano, enmarcada por la luz que brillaba en el interior. Había preferido encontrarse con Ana en medio de las sombras, pues tenía pánico de echarse a llorar de alegría, ¡ella, la inexpresiva y severa Marilla, que consideraba indecoroso dar rienda suelta a una emoción! La señora Lynde, amable y sosegadamente feliz, venía detrás. Allí estaba, rodeándolas, envolviéndolas con toda su tibieza y dulzura, el amor del que Ana habló a Philippa. ¡Después de todo, nada podía compararse con los viejos vínculos, con los viejos amigos, con la vieja «Tejas Verdes»! ¡Cómo brillaban los ojos de Ana cuando se sentaron ante la recargada mesa, cómo resplandecían sus rosadas mejillas, cuan argentino era el sonido de su risa! Diana iba a quedarse a dormir allí, como en los viejos tiempos. Y hasta engalanaba la mesa el juego de té decorado con pimpollos. Para Marilla, aquélla era la máxima expresión de su amor.

—Supongo que Diana y tú os pasaréis toda la noche hablando —dijo Marilla sarcásticamente mientras las jovencitas subían la escalera. Siempre se mostraba así después de una traición a sus principios.

—Sí —asintió Ana alegremente—. Pero antes iré a acostar a Davy. Insiste en que lo haga.

—¡Ya lo creo! —dijo Davy mientras cruzaban el vestíbulo—; quiero alguien con quien compartir mis oraciones. No es nada divertido rezar solo.

—Nunca estás solo cuando rezas, Davy. Dios está siempre contigo para oírte.

—Bueno, pero a Él no puedo verlo —objetó el niño—; quiero rezar con alguien a quien pueda ver; ¡pero no quiero hacerlo con Marilla o la señora Lynde!

Sin embargo, una vez que tuvo puesto su camisón de franela no demostró mucha prisa en comenzar. Se plantó frente a Ana y restregó sus pies desnudos uno contra el otro, con aire indeciso.

—Ven, querido, arrodíllate —dijo Ana. Davy se acercó y hundió la cabeza en el regazo de Ana, pero no se arrodilló.

—Ana —dijo con voz desmayada—, después de todo no tengo deseos de rezar. Y estoy así hace una semana. Yo… yo no recé anoche, ni anteanoche.

—¿Por qué no, Davy? —preguntó la joven con bondad.

—¿No… no te enfadarás si te lo digo? Ana levantó al niño, lo sentó en sus rodillas y rodeó su cabeza con el brazo.

—¿Me he enfadado alguna vez cuando me contabas tus cosas, Davy?

—Nooo…, nunca. Pero te pones triste, y es peor. Te pondrás terriblemente triste cuando te diga esto, Ana…, y te avergonzarás de mí, supongo.

—¿Has hecho algo malo, Davy, y por eso no puedes rezar?

—No, no he hecho nada malo todavía. Pero quiero hacerlo.

—¿Qué es, Davy?

—Yo… yo quiero decir una mala palabra —soltó abruptamente el niño en un esfuerzo desesperado—. Se la oí decir al peón del señor Harrison la semana pasada, y desde entonces, todo este tiempo, aun cuando decía mis oraciones, he querido repetirla.

—Entonces dila, Davy.

Éste levantó sorprendido su ruborizado rostro.

—¡Pero Ana, es una palabra horrible!

—¡Dila!

Davy volvió a mirarla con incredulidad y luego, en voz muy baja, dijo la terrible palabra. Al instante siguiente escondía su cara contra ella.

—¡Oh, Ana, nunca volveré a decirla, nunca! ¡Nunca querré decirla! Sabía que era fea, pero nunca me imaginé que era tan… tan… ¡nunca imaginé que fuera así!

—No, no creo que quieras repetirla, Davy; ni pensarla siquiera. Y si yo estuviera en tu lugar, no me juntaría mucho con el peón del señor Harrison.

—¡Es que él sabe gritos de guerra indios! —dijo el niño sentidamente.

—Pero tú no quieres llenarte la mente con malas palabras, ¿no es cierto, Davy?; con palabras que envenenan y barren todas las ideas buenas.

—No.

—Entonces no te juntes con personas que las digan. Y ahora, ¿te sientes con ánimo de rezar?

—¡Oh, sí! —dijo Davy arrodillándose prestamente—. Ahora puedo rezar muy bien. Y no tendré miedo de decir: «si muriese antes de despertar», como cuando quería decir esa palabra.

Probablemente Ana y Diana se confesaron esa noche todos sus secretos, pero no ha quedado constancia alguna de su conversación. A la mañana siguiente estaban tan frescas y lozanas como sólo pueden estarlo las jóvenes después de tantas horas de charla y confidencias. En esa época no había nieve, pero cuando Diana cruzó el viejo puente camino de su casa, blancos copos comenzaron a licuarse sobre los campos y bosques. Las lejanas cuestas y montes parecían paisajes fantasmales, como si la pálida estación otoñal hubiera echado un nublado velo de novia sobre sus cabellos, a la espera de su invernal prometido. De modo que, después de todo, tendrían una Navidad blanca. Y, en verdad, fue un día muy hermoso. Por la tarde llegaron regalos de la señorita Lavendar y de Paul. Ana abrió los paquetes en la alegre cocina de «Tejas Verdes», la que, como decía Davy, estaba llena de «deliciosos olores».

—La señorita Lavendar y el señor Irving están ya instalados en su nueva casa —informó Ana—. Estoy segura de que la señorita Lavendar es totalmente feliz. Lo sé por el tono de su carta. Pero hay una nota de Charlotta IV: dice que no le gusta Boston y que está enferma de nostalgia. La señorita Lavendar quiere que vaya un día a «La Morada del Eco» a airearla y a ver cómo están por allí las cosas. Le pediré a Diana que me acompañe la semana próxima y pasaremos la tarde con Theodora Dix. Tengo ganas de verla. A propósito, ¿todavía va a visitarla Ludovic Speed?

—Así dicen —contestó Marilla— y es probable que eso continúe. La gente ya perdió las esperanzas de que ese noviazgo llegue a buen fin.

—Si yo fuera Theodora lo apuraría un poco, te aseguro —dijo la señora Lynde. Y no nos cupo la menor duda de que así hubiera sido.

Había también unos garabatos muy propios de Philippa, llenos de Alee y Alonzo; lo que ellos decían y hacían, y cómo se ponían cuando ella los miraba.

Pero aún no he podido decidir con quién voy a casarme —escribía Philippa—; querría que estuvieras aquí para ayudarme. Uno será el elegido. Cuando vi a Alee mi corazón dio un gran brinco y pensé; éste es a quien quiero. Y luego, cuando vino Alonzo, otra vez saltó mi corazón. De modo que esta señal no sirve, a pesar de lo que dicen todas las novelas que he leído. Dime, Ana: tu corazón nunca brincó por nadie excepto por el genuino Príncipe Encantado, ¿no es verdad? Algo debe marchar mal en el mío. Pero lo estoy pasando divinamente. ¡Cómo me gustaría que estuvieras conmigo! Hoy está nevando y me siento embelesada. Tenía mucho miedo de que ésta fuera una Navidad verde, pues las odio. Tú sabes que cuando la Navidad se presenta de un sucio color gris y pardo, como si todo estuviera en remojo desde hace cien años, se dice que es una Navidad verde. No me preguntes por qué. Como dice lord Dundreary, «cosas hay que la mente humana no alcanza a comprender».

Ana, ¿te ha ocurrido alguna vez subir a un transporte público y descubrir que no tienes dinero para pagar el viaje? A mí sí, el otro día. Es algo horrible. Tenía una moneda cuando subí. Yo creía que en el bolsillo izquierdo de mi abrigo. Cuando me hube sentado cómodamente la busqué. No estaba. Tuve un escalofrío. Busqué en el otro bolsillo; tampoco. Tuve otro escalofrío. Escudriñé en un bolsillo interior; nada absolutamente. Me acometieron dos escalofríos a un tiempo. Me quité los guantes, los puse sobre el asiento y volví a revisar todos mis bolsillos. En vano. Me puse en pie y me sacudí, y luego busqué en el suelo. El vehículo estaba repleto de gente que regresaba de la Ópera y todos me miraban, pero yo estaba demasiado angustiada para darme cuenta. No pude encontrar mi moneda. Terminé por creer que debía de habérmela tragado sin darme cuenta.

No sabía qué hacer. Me preguntaba si el conductor sería capaz de detener el coche y ponerme en la calle ignominiosamente. ¿Podría convencerlo de que era una mera víctima de mi distracción y no una aventurera que trataba de viajar gratis mediante un subterfugio? ¡Cómo deseaba que Alee o Alonzo estuvieran allí! Pero no iban a aparecer sólo porque lo deseara. Y no podía decidirme acerca de qué le diría al conductor cuando se acercara. Apenas componía una frase de explicación me daba cuenta de que nadie la creería y debía pensar otra. Me parecía que nada me quedaba por hacer, salvo confiar en la Providencia.

Precisamente en el momento crítico, cuando había abandonado toda esperanza y el conductor alargaba su caja frente al pasajero que me precedía recordé dónde había puesto la condenada moneda. Después de todo, no me la había tragado. Humildemente la saqué del dedo índice de mi guante y la eché en la caja. Sonreí, y sentí que el mundo era hermoso.

La visita a «La Morada del Eco» fue una de las muchas cosas placenteras de aquellos días. Ana y Diana fueron por el camino de los bosques de hayas y llevaron una cesta con merienda. «La Morada del Eco», que había estado cerrada desde la boda de la señorita Lavendar, fue abierta otra vez a los vientos y al sol, y el fuego ardía en las habitaciones. El perfume de las rosas del florero de la señorita Lavendar aún flotaba en el aire. Parecía que en cualquier momento ésta aparecería a darles la bienvenida y que Charlotta IV asomaría a la puerta con su amplia sonrisa. También Paul parecía revolotear por los alrededores con sus fantásticas historias.

—Esto me hace sentir un poco como un viejo fantasma reviviendo antiguos tiempos —rio Ana—. Salgamos a ver si todavía hay eco. Trae el viejo cuerno. Todavía está detrás de la puerta de la cocina.

El eco todavía estaba sobre el blanco río, tan argentino y múltiple como siempre; y cuando cesó de contestar, las jovencitas echaron una última mirada a «La Morada del Eco» y regresaron, disfrutando de esa media hora perfecta en que se prolonga todo rosado atardecer invernal.

CAPÍTULO OCHO

Primera petición de mano

El año no quiso despedirse con un colorido crepúsculo y una sonrosada puesta de sol. Se fue con una blanca y estruendosa tormenta. Era una de esas noches en que el dios de los vientos se lanza desatado sobre las heladas praderas y los oscuros valles, gime por los aleros como un alma errante y arroja la nieve furiosamente contra las temblorosas ventanas.

—Es exactamente la clase de noche en que a la gente le gusta meterse entre las frazadas y decir sus oraciones —dijo Ana a Jane Andrews, quien había ido a pasar la tarde con ella y se quedó a dormir. Pero cuando estuvieron abrigadas en el lecho del pequeño cuarto blanco sobre la galería, no fue precisamente en sus oraciones en lo que pensó Jane.

—Ana —dijo muy solemnemente—, quiero decirte algo, ¿me escuchas?

Ana estaba muy cansada a consecuencia de la fiesta que había dado Ruby Gillis la noche anterior. Tenía muchas más ganas de dormir que de oír las confidencias de Jane, que con toda seguridad la aburrirían. No tenía la más remota idea de lo que se avecinaba. Probablemente también Jane se había comprometido; corrían rumores de que Ruby Gillis era la novia del maestro de la escuela de Spencervale, por quien se decía que suspiraban todas las muchachas. «Pronto seré la única soltera de nuestro antiguo cuarteto», pensó Ana en su sopor, y dijo:

—Por supuesto.

—Ana —prosiguió Jane aún más solemnemente—, ¿qué piensas de mi hermano Bill?

Ana se quedó con la boca abierta ante la inesperada pregunta y forcejeó desesperadamente con sus ideas. ¡Por Dios! ¿Qué pensaba ella de Billy Andrews? Nunca había pensado nada sobre él, sobre el Billy Andrews de cara redonda y tonta con su eterna sonrisa. ¿Podría cualquiera pensar siquiera en él?

— No… no entiendo, Jane —tartamudeó—, ¿qué quieres decir… exactamente?

—¿Te gusta Billy? —preguntó Jane lisa y llanamente.

—Pero… pero… sí, por supuesto —dijo Ana, no muy segura de decir totalmente la verdad. Por cierto que Billy no le disgustaba. Pero ¿podría la indiferente tolerancia con que le aceptaba cuando acertaba a verlo ser considerada como algo más? ¿Qué estaba tratando de averiguar Jane?

—¿Te gustaría para marido? —preguntó Jane con calma.

¡Marido! Ana se había sentado en la cama para precisar mejor su opinión respecto de Billy Andrews y ante esta palabra cayó de espaldas sobre las almohadas.

—¿Marido de quién? —preguntó casi sin aliento.

—Tuyo, por supuesto —respondió su amiga—. Billy quiere casarse contigo. Siempre ha estado loco por ti y ahora que papá ha puesto a su nombre una granja, no hay nada que le impida casarse. Pero es tan vergonzoso que no se atreve a pedírtelo por sí mismo y me ha encargado a mí que lo haga. Yo no quería, pero no me ha dejado en paz hasta que le prometí hacerlo si se me presentaba la ocasión. ¿Qué opinas, Ana?

¿Era un sueño? ¿Una de esas pesadillas en las que una se ve casada o comprometida con alguien a quien aborrece o no conoce, sin tener la menor idea de cómo se llegó a ese punto? No, ella, Ana Shirley, estaba acostada, totalmente despierta en su propio lecho, y Jane Andrews se hallaba a su lado proponiéndole tranquilamente que se casara con su hermano Billy. Ana no sabía si llorar o reír, pero no podía hacer ninguna de las dos cosas por no ofender a Jane.

—Yo… yo no puedo casarme con Billy, lo sabes bien, Jane —pudo murmurar—. ¡Vaya, nunca se me ocurrió una idea semejante…, nunca!

—Supongo —condescendió Jane— que Billy siempre ha sido demasiado tímido para cortejarte. Pero puedes pensarlo bien, Ana. Billy es un buen chico. Debo decirlo aunque sea mi hermano. No tiene malas costumbres, es muy trabajador y puedes confiar en él. «Vale más pájaro en mano que ciento volando». Me pidió que te dijera que está dispuesto a esperar hasta que termines la universidad, si insistes en estudiar, aunque él preferiría casarse esta primavera antes de comenzar la siembra. Estoy segura de que siempre será muy bueno contigo, Ana, y tú sabes que me gustarías como hermana.

—No puedo casarme con Billy —dijo Ana con decisión. Se había recobrado por completo y hasta se sentía ligeramente enfadada. ¡Era todo tan ridículo! —. Es inútil pensarlo, Jane. No siento nada por él en cuanto a eso, y tú debes decírselo así.

—Bueno, eso es lo que yo pensaba —dijo Jane con un suspiro de resignación, convencida de que había hecho todo lo posible—. Le dije a

Billy que era perder el tiempo hablarte, pero insistió. Bueno, ya te has decidido y espero que no tengas que arrepentirte.

Jane habló con cierta frialdad. Sabía perfectamente que el enamorado Billy no tenía posibilidad alguna de que Ana accediera a casarse con él; sin embargo, estaba un poco resentida por el hecho de que una simple huérfana que no tenía donde caerse muerta rechazara a su hermano, uno de los Andrews de Avonlea. «Bueno, el orgullo es mal consejero», reflexionó ominosamente.

Ana se permitió sonreír en la oscuridad ante la idea de que alguna vez pudiera arrepentirse de no haberse casado con Billy Andrews.

—Espero que Billy no se apene mucho —dijo amablemente. Jane hizo un movimiento como si sacudiera la cabeza apoyada en las almohadas.

—¡Oh, no se le partirá el corazón! Billy tiene demasiado sentido común para eso. También le gusta Nettie Blewett y mamá prefiere que se case con ella antes que con ninguna otra. Es muy buena ama de casa y muy buena administradora. Estoy segura de que cuando sepa que tú lo has rechazado se quedará con Nettie. Por favor, no hables de esto a nadie, Ana.

—Claro que no —dijo Ana, que no tenía el menor deseo de pregonar que Billy Andrews la había colocado en la misma balanza que Nettie Blewett. ¡Nettie Blewett!

—Y ahora, creo que será mejor que te duermas —sugirió Jane.

Y eso hizo Jane rápida y fácilmente. Pero, aunque muy distinta a Macbeth en muchos aspectos, había contribuido a matar el sueño de Ana. Ésta estuvo despierta hasta el amanecer, mas sus meditaciones no tenían nada de románticas. Sólo a la mañana siguiente pudo ahogar todo el asunto en una buena carcajada. Cuando Jane se fue, todavía algo fría en sus maneras, porque Ana había rechazado con tanta decisión e ingratitud el alto honor de emparentarse con la casa de los Andrews, Ana regresó a su habitación, cerró la puerta y soltó la carcajada.

«¡Si pudiera comentarlo con alguien!», se dijo. «Pero no puedo; Diana es la única a quien querría decírselo; y aunque no se lo hubiera prometido a Jane no puedo confiarle nada ahora. Sé que le cuenta todo a Fred. Bueno, he recibido mi primera petición de mano. Pensaba que iba a ocurrir algún día, pero nunca imaginé que por medio de otra persona. Es divertidísimo y sin embargo hay algo en todo esto que me da pena».

Aunque no se lo confesaba, Ana sabía perfectamente qué era lo que la apenaba. Tenía sus secretos sueños con respecto a la primera ocasión en que alguien la pidiera en matrimonio. Y siempre habían sido sueños muy románticos y hermosos; y ese «alguien» era bien parecido y de ojos oscuros y muy elegante y elocuente, ya fuera el Príncipe Encantado, a quien sólo se le podía responder con un «sí» lleno de éxtasis, u otro a quien debía darse una sentida pero definitiva negativa. En el caso de este último, la respuesta era dada tan delicadamente, que él se consolaba y partía, después de besarle la mano, asegurándole su eterna e inalterable devoción. Y así quedaría como un bello episodio que recordar con orgullo y también con cierta pena.

Y ahora esta excitante experiencia se había tornado grotesca. Billy Andrews enviaba a su hermana a proponerle matrimonio porque su padre le había regalado una granja; y si Ana no lo aceptaba, lo haría Nettie Blewett. ¡Esto era lo más romántico! Ana rio… y luego suspiró. Se había estropeado la belleza de sus sueños juveniles. ¿Continuaría adelante el doloroso proceso y todo se haría así de monótono y prosaico?

CAPÍTULO NUEVE

Un amor indeseado y una amiga bienvenida

El segundo trimestre en Redmond pasó tan rápido como el primero; en realidad, como dijera Philippa, «voló». Ana lo disfrutó por completo: la rivalidad estimulante, las nuevas y útiles amistades que se hacían o se afianzaban, los alegres acontecimientos sociales, las actividades de las distintas sociedades en las que actuaba y los nuevos horizontes e intereses. Estudió mucho, pues estaba decidida a ganar la beca Thorburn de inglés. Hacerlo significaba volver a Redmond al año siguiente sin diezmar los escasos ahorros de Marilla, cosa que estaba dispuesta a conseguir.

También Gilbert iba a la caza de una beca, pero encontraba tiempo para visitarlas con frecuencia. Era el compañero de Ana en casi todos los acontecimientos del colegio y ésta sabía que sus nombres se pronunciaban juntos con frecuencia. Ana se enfadaba, pero era inútil; no podía hacer a un lado a un viejo amigo como Gilbert, especialmente cuando se había vuelto de pronto inteligente y sagaz, cosa tan necesaria ante la peligrosa proximidad de más de un joven de Redmond, pues de muy buen grado cualquiera de estos últimos habría ocupado su lugar junto a la grácil pelirroja, cuyos ojos grises refulgían como estrellas. Ana no estaba nunca rodeada por la corte de gustosas víctimas que cercaba a Philippa; pero un desgarbado e inteligente «novato», un alegre y rollizo alumno de segundo y un alto y sabio de tercero acudían a la pensión para hablar de «ismos» y de otras cosas con Ana, en la «almohadonada» sala. A Gilbert no le gustaba ninguno y tenía buen cuidado de no cederles ventaja en aquello que pudiera significar una inesperada demostración de sus verdaderos sentimientos. Para ella había vuelto a ser el amigo de la niñez, y como tal podía ocupar su lugar frente a cualquier «recién llegado». Ana admitía que como compañero, nadie podía ser más satisfactorio que Gilbert. Estaba muy contenta (así se lo decía a sí misma) de que él hubiese abandonado esas ideas tontas. Aunque pasaba largos ratos preguntándose el porqué de su satisfacción a ese respecto.

Sólo un incidente desagradable estropeó, en cierto modo, aquel invierno. Charlie Sloane, sentado rígidamente sobre el más apreciado cojín de la señorita Ada, le preguntó una noche si estaba dispuesta a prometerle «ser algún día la señora Sloane». Por llegar inmediatamente después de la declaración por poder que le hiciera Billy Andrews, éste no fue un gran golpe para Ana; pero sí otra gran desilusión. También se sintió enfadada, pues tenía la seguridad de no haberle dado nunca el menor motivo para pensar tal cosa. Pero, como hubiera preguntado agriamente la señora Lynde, ¿qué se podía esperar de un Sloane? Todo el aspecto de Charlie era «Sloane». Le estaba confiriendo un gran honor, sin duda, al hacerle aquella pregunta. Y cuando Ana, evidentemente insensible a tal honor, le dio calabazas con toda la delicadeza y consideración que pudo (pues un Sloane posee también sentimientos que no deben ser heridos), el aire de familia lo traicionó. Charlie no aceptó la negativa como lo hubieran hecho los pretendientes imaginarios de Ana. Por el contrario, se enfadó y lo demostró; dijo un par de cosas desagradables; el genio de Ana se inflamó y le espetó un discursito cuyas frases le llegaron a lo más vivo. Charlie cogió su sombrero y se marchó con la cara ardiendo; Ana subió la escalera corriendo, pisó los cojines de la señorita Ada y se tiró sobre el lecho llorando de rabia y de humillación. ¿Había llegado a enfadarse con un Sloane? ¿Era posible que cualquier cosa que dijese Charlie la sacara de sus casillas? ¡Oh, esto era degradante, peor aún que ser rival de Nettie Blewett!

—¡Quisiera no tener que volver a ver a esa horrible criatura! —exclamó sollozando.

Pero no pudo evitarlo, aunque el enfurecido Charlie cuidó de que no fuese muy de cerca. Los cojines de la señorita Ada se vieron libres desde entonces de sus depredaciones; y cuando se encontraba con Ana en la calle o en las aulas de Redmond, su saludo era notoriamente helado. Durante el resto del año las relaciones entre los dos antiguos condiscípulos fueron secas. Luego Charlie dirigió sus afectos a una alumna de segundo, gordezuela, de nariz chata y ojos azules, y que pareció concederle todo el valor que merecía; ante esto, el muchacho perdonó a Ana y condescendió a portarse bien nuevamente, cosa que hizo con evidente aire protector, destinado a demostrarle cuánto había perdido. Cierto día Ana entró corriendo en la habitación de Priscilla.

—Lee eso —dijo alcanzándole una carta—. Es de Stella; vendrá a Redmond el año próximo; ¿qué te parece su idea? Creo que es muy buena, siempre que podamos llevarla a cabo. ¿Crees que podremos, Priscilla?

—Podré contestarte mejor en cuanto sepa de qué va —dijo Pris, dejando a un lado el griego para coger la carta de Stella. Stella Maynard había sido condiscípula suya en la Academia de la Reina y estaba desde entonces dedicada a la enseñanza.

Pero voy a abandonarla, Ana querida —decía en su carta—, para ir a la universidad. Si curso el tercer año en la Academia puedo entrar a segundo en la universidad. Estoy cansada de enseñar en una escuela rural. Algún día escribiré un tratado sobre «Las vicisitudes de una maestra rural». Será de un terrible realismo. En general, parece que todos opinan que vivimos en un lecho de rosas y que robamos nuestro sueldo. Mi libro dirá la verdad sobre nosotras. Si pasa una semana sin que alguien me diga que estoy trabajando poco por lo que me pagan, me llevaré un alegrón. Lo único que falta es que un contribuyente me diga: «Bueno, usted gana fácilmente su sueldo; todo cuanto tiene que hacer es sentarse y oír las lecciones». Al principio discutía, pero ahora soy más inteligente. La verdad es indestructible, pero, como alguien ha dicho muy bien, algunos errores son aún más indestructibles. De modo que ahora sonrío suavemente con elocuente silencio. Tengo alumnos de todas las edades y debo enseñar un poco de todo, desde el estudio de la anatomía de los gusanos hasta el sistema solar. Mi alumno más pequeño es un niño de cuatro años (su madre lo envía al colegio para quitárselo de encima) y el mayor tiene veinte (se le ocurrió de pronto que sería mejor asistir a la escuela y educarse que seguir pegado al arado más tiempo). Es un terrible esfuerzo amontonar toda clase de estudios en seis horas por día. No sé si los niños se sienten como el pequeño que asistió al cine por vez primera («tengo que ver lo que sigue antes de haberme dado cuenta de las cosas que pasaron»), pero yo sí me siento como él.

¡Y las cartas que recibo, Ana! La mamá de Tommy me escribe que su hijo no progresa en aritmética tanto como ella desearía. Está todavía en las restas, mientras que Johnny Jackson va por los quebrados, y eso que Johnny no es ni la mitad de inteligente que su Tommy, de manera que no puede comprenderlo. Y el padre de Susy quiere saber por qué su hija no puede escribir una carta sin poner mal la mitad de las palabras, y la tía de Dick quiere que lo cambie de lugar porque su compañero actual, Brown, le está enseñando malas palabras.

En lo que respecta a la parte financiera… mejor no hablar. Los dioses convierten en maestros rurales a aquellos a quienes desean castigar.

Bueno, después de haberme desfogado me siento mejor. Después de todo, he gozado de estos dos últimos años. Pero me marcharé a Redmond.

Y ahora, Ana, he aquí mi plan: Tú sabes cómo odio vivir en una pensión. Me he hospedado así durante cuatro años y estoy harta. No me creo capaz de resistir otros tres años. Ahora bien; ¿por qué no nos juntamos

Priscilla, tú y yo, alquilamos una casita en Kingsport y nos alojamos juntas? Saldría más barato que de cualquier otra manera. Desde luego, nos haría falta un ama de llaves, pero ya he pensado en quién podría serlo. ¿Me oíste alguna vez hablar de la tía Jamesina? Es la mejor tía del mundo, a pesar de su nombre. ¡Eso no es culpa suya! Le pusieron Jamesina porque su padre, que se llamaba James, se ahogó un mes antes de que ella naciera. Yo siempre la llamo tía Jimsie. Bueno, su única hija se ha casado hace poco y ha partido a tierras lejanas, pues su marido es misionero. Tía Jamesina vive desde entonces en un gran caserón y se siente terriblemente sola. Irá a Kingsport a encargarse de la casa si así lo deseamos, y sé que vosotras la querréis. Cuanto más pienso en el plan más me gusta. Podremos vivir bien e independientes.

Si Priscilla y tú estáis de acuerdo, podríais empezar a buscar una casa. Sería mejor que dejarlo todo para el otoño. Si podéis encontrar una casa amueblada, tanto mejor. Si no, ya encontraremos muebles en los desvanes de las casas de la familia y de los amigos. De todos modos, decidíos pronto y escribidme, de modo que la tía Jamesina pueda preparar sus planes para el año que viene.

—Creo que es una buena idea —dijo Priscilla.

—Yo también —asintió Ana, encantada—. Aquí tenemos una hermosa pensión, pero con el correr del tiempo uno llega a extrañar su propio hogar. De modo que podríamos empezar a buscar casa ahora mismo, antes de que comiencen los exámenes.

—Temo que será bastante difícil conseguir una —previno Priscilla—. No te ilusiones demasiado, Ana. Las que nos gusten estarán seguramente fuera de nuestro alcance. Es probable que tengamos que conformarnos con alguna «andrajosa», en un barrio donde viven gentes desconocidas, y que tendremos que hacer que la vida interior compense la exterior.

Y comenzaron a buscar casa, sólo para encontrar que sus deseos eran aún más difíciles de realizar de lo que Priscilla temiera. Había casas en abundancia, con muebles y sin ellos; pero una era demasiado grande y otra demasiado pequeña; ésta demasiado cara, aquélla demasiado alejada de la universidad. Llegaron y pasaron los exámenes; empezó la última semana del curso y todavía su «casa de ensueño», como Ana la llamaba, no había aparecido.

—Tendremos que abandonar todo hasta el otoño —dijo Priscilla tristemente, mientras vagaban por el parque en uno de los hermosos días de abril, cuando el puerto brillaba entre la neblina—. Quizá encontremos entonces una choza donde albergarnos; y si no, siempre podremos recurrir a una pensión.

—De todos modos, no pienso preocuparme ahora por eso y echar a perder una tarde tan linda —dijo Ana, mientras lanzaba una mirada a su alrededor. El frío aire estaba cargado del balsámico olor de los pinos, y el cielo era cristalino y azul—. Hoy canta la primavera en mi sangre y siento en el aire la llamada de abril. Por culpa del viento del oeste estoy viendo visiones. Amo ese viento. ¿No es cierto que cuenta sus esperanzas y alegrías? Cuando sopla el viento del este pienso en la triste lluvia golpeando los aleros y en las olas sobre la costa gris. Cuando envejezca, el viento de oriente me traerá reumatismo.

—¿Y no es hermoso dejar de lado las pieles y los tocados invernales por vez primera y pasear como ahora, con ropas primaverales? —preguntó Priscilla riendo—. ¿No te sientes renovada?

—En primavera todo es nuevo —dijo Ana—. La misma primavera es siempre distinta. Ninguna es igual a las anteriores; siempre posee algo peculiar. Mira qué verde está la hierba y cómo están creciendo los retoños del sauce junto a la laguna…

—Y los exámenes ya han pasado y se acerca el día de la asamblea; es el miércoles próximo. Una semana después estaremos en nuestro hogar.

—Me alegro —dijo Ana, soñadora—. ¡Son tantas las cosas que quiero hacer! Quiero sentarme en los escalones del portal y sentir la brisa que viene de los campos del señor Harrison. Quiero buscar margaritas en el Bosque Embrujado y violetas en el Valle de las Violetas. ¿Recuerdas, Priscilla, el día de nuestra dorada excursión? Quiero escuchar el croar de las ranas y el susurro de los álamos. Pero también he aprendido a querer a Kingsport y me alegro de regresar en el otoño. De no haber ganado la beca Thorburn no creo que hubiera podido hacerlo. No habría podido tocar un centavo de los ahorros de Marilla.

—¡Si sólo pudiésemos encontrar una casa! —suspiró Priscilla—. Mira Kingsport, Ana; por todas partes casas, casas y casas, y ni una para nosotras.

—Detente, Pris. «Todavía está por ocurrir lo mejor». Como los antiguos romanos, encontraremos una casa o la levantaremos. En un día como el de hoy la palabra fracaso no figura en mi diccionario.

Vagaron por el parque hasta el atardecer, viviendo el maravilloso milagro del despertar de la primavera, y regresaron como de costumbre por la avenida Spofford para poder ver «La Casa de Patty».

—Tengo la impresión de que está por ocurrir algo misterioso —dijo Ana mientras bajaban la cuesta—. Es una hermosa sensación. ¡Oh, oh, oh! ¡Priscilla Grant, mira hacia allí y dime si estoy viendo visiones!

Priscilla miró. Los sentidos de Ana no la habían engañado. Sobre la arcada de «La Casa de Patty» danzaba un pequeño y modesto cartel. Decía: «Se alquila amueblada. Informes aquí».

—Priscilla —susurró Ana—, ¿crees que es posible que podamos alquilar «La Casa de Patty»?

—No —contestó Priscilla—. Sería demasiado bueno para ser verdad. Los cuentos de hadas no ocurren en estos días. No quiero hacerme ilusiones, Ana, pues el desengaño sería terrible. Seguramente que piden por ella más de lo que podemos pagar. Acuérdate de que está en Spofford Avenue.

—De todos modos, debemos averiguarlo —respondió Ana resueltamente—. Ya es demasiado tarde, pero volveremos mañana. ¡Oh, Pris, si pudiéramos vivir en este lugar! Desde que la vi por vez primera tuve la sensación de que mi destino estaba encadenado a «La Casa de Patty».

CAPÍTULO DIEZ

«La Casa de Patty»

La tarde siguiente las encontró recorriendo resueltamente el camino que atravesaba el pequeño jardín. El aire de abril acariciaba los pinos y la arboleda estaba poblada de regordetes y chillones petirrojos. Las muchachas llamaron con timidez y fueron atendidas por una ceñuda y anciana criada. La puerta abría directamente sobre un amplio salón en el que ardía un alegre fuego, a cuyo abrigo se hallaban dos damas, ambas ceñudas y ancianas. Salvo en el hecho de aparentar una setenta años y la otra sólo cincuenta, las dos tenían el mismo aspecto. Las dos poseían ojos azules, asombrosamente grandes tras los anteojos de montura de acero; las dos llevaban una cofia y un chal de color gris; las dos tejían sin prisa y sin pausa; las dos se mecían suavemente en su asiento. Miraron a las jóvenes sin decir palabra. Detrás de cada silla había un gran perro de porcelana blanca cubierto de manchas verdes, verde la nariz y verdes las orejas. Los perros despertaron inmediatamente la fantasía de Ana; parecían dos deidades gemelas protectoras de «La Casa de Patty».

Durante varios minutos nadie habló. Las muchachas estaban demasiado nerviosas para decir palabra y ni las ancianas ni los perros de porcelana parecían inclinados a iniciar la conversación. Ana observó la habitación. ¡Qué lugar tan adorable! Otra puerta daba al bosquecillo y los petirrojos llegaban audazmente hasta el mismo umbral. El piso estaba cubierto de esterillas bordadas, iguales a las que tenía Marilla en «Tejas Verdes», y a las que todo el mundo consideraba anticuadas, aun en Avonlea. ¡Y estaban en plena Spofford Avenue! Un pulido reloj antiguo sonaba fuerte y solemnemente en un rincón. Sobre la chimenea había unos pequeños aparadores, detrás de cuyas puertas de vidrio brillaban hermosas porcelanas. De las paredes colgaban cuadros y siluetas. En un ángulo del salón estaba la escalera, en cuyo primer descansillo se abría un largo ventanal con un acogedor asiento. Todo era tal como Ana imaginara. El silencio se había tornado tan pesado que Priscilla dio un pequeño codazo a Ana intimándola a hablar.

—Nosotras… nosotras vimos el anuncio de que esta casa se alquila —dijo Ana desmayadamente, dirigiéndose a la mayor de las damas, evidentemente la señorita Patty Spofford.

—¡Oh, sí! —respondió la señorita Patty—. Hoy pensábamos quitar el cartel.

—Entonces… entonces es demasiado tarde —exclamó Ana, pesarosa —. ¿La han alquilado ya?

—No; hemos decidido no hacerlo.

—¡Qué pena! —dijo Ana impulsivamente—. ¡Amo este lugar! Tenía la esperanza de que podríamos vivir aquí.

La señorita Patty dejó a un lado su labor, se quitó los anteojos, los limpió, volvió a ponérselos, y por primera vez miró a Ana como a un ser humano. La otra dama repitió los movimientos de ésta con tal exactitud, que podía haber pasado perfectamente por su imagen reflejada en un espejo.

—Usted lo ama —exclamó la señorita Patty con énfasis—. ¿Quiere decir que de verdad lo ama? ¿O es que simplemente le gusta? Las jóvenes de hoy en día usan términos tan exagerados que uno nunca puede saber qué quieren significar realmente. No sucedía así cuando yo era joven. En aquel tiempo una muchacha no decía que amaba los nabos con el mismo tono con que decía que amaba a su madre o al Salvador.

—Realmente lo amo —dijo Ana dulcemente—. Lo he amado desde el primer instante en que lo vi. Mis dos compañeras y yo queremos alquilar una casa el año próximo en lugar de vivir en una pensión y por eso buscábamos una casita que nos conviniera; cuando supe que ésta se alquilaba me sentí muy feliz.

—Si la amas, es tuya —dijo la señorita Patty—. María y yo decidimos esta tarde que no la alquilaríamos porque no nos gustó ninguno de los que se presentaron a verla. No tenemos necesidad de hacerlo. Podemos costearnos el viaje a Europa. Claro que será una ayuda, pero ni por todo el oro del mundo le dejaría mi casa a gentes como las que vinieron a verla. Tú eres distinta. Creo que la querrás y serás buena con ella. Es tuya.

—Si… si podemos pagar lo que ustedes piden —balbuceó Ana.

La señorita Patty dijo la cantidad. Ana y Priscilla se miraron. Priscilla sacudió la cabeza.

—Mucho me temo que no podamos pagar tanto —dijo Ana ahogando su desilusión—. ¿Sabe? Sólo somos estudiantes, y pobres.

—¿Cuánto pensaban pagar? —preguntó la señorita Patty sin dejar de tejer.

Ana lo dijo. La señorita Patty asintió gravemente.

—Eso será. Como ya les dije, no la alquilamos por necesidad. No somos ricas, pero tenemos suficiente para el viaje a Europa. Nunca he estado allí y no pensé en hacer ese viaje, pero mi sobrina, María Spofford, está empeñada en hacerlo. Y ahora, díganme si una joven como María puede andar sola trotando por el mundo.

—No… yo… supongo que no —murmuró Ana, viendo que la señorita Patty era completamente sincera.

—Claro que no. De modo que debo ir con ella para cuidarla. Espero que también me divertiré; tengo setenta años, pero todavía no estoy cansada de vivir. Si se me hubiera ocurrido, ya habría ido a Europa antes. Estaremos fuera dos años, tal vez tres. Salimos en junio y les enviaremos la llave cuando esté todo en orden, para que tomen posesión de la casa cuando lo deseen. Empaquetaremos sólo algunas cosas que apreciamos especialmente y el resto quedará aquí.

—¿Dejará los perros de porcelana? —preguntó Ana tímidamente.

—¿Los quieres?

—¡Oh, sí! Son magníficos.

La expresión de la señorita Patty se tornó placentera.

—Tengo por esos perros un gran aprecio —dijo orgullosamente—. Tienen unos cien años y han estado sentados a ambos lados de la chimenea desde que mi hermano Aarón los trajo de Londres hace cincuenta años. Spofford Avenue fue llamada así en honor a mi hermano.

—Era un gran hombre —dijo la señorita María, hablando por primera vez—. Hoy en día no se encuentran caballeros como él.

—Fue para ti un buen tío, María, y haces bien en recordarlo.

—Siempre lo recordaré —exclamó la señorita María con solemnidad —. Puedo verlo en este mismo momento, de pie ante el fuego, con las manos bajo los faldones de su gabán.

La señorita María sacó un pañuelo y se lo llevó a los ojos; pero la señorita Patty retornó resueltamente del mundo de los sentimientos al de los negocios.

—Dejaré los perros donde están si me prometen cuidarlos. Sus nombres son Gog y Magog. Gog mira hacia la derecha y Magog a la izquierda. Y hay algo más. Espero que no se opondrán a que esto siga llamándose «La Casa de Patty».

—Por supuesto que no. Pensamos que el nombre es una de las cosas más bonitas que tiene.

—Veo que tienen sentido común —dijo la señorita Patty con gran satisfacción—. ¿Quieren creer que todos los que vinieron para alquilar la casa me preguntaron si podían cambiarle el nombre mientras la ocuparan? Yo les dije rotundamente que el nombre pertenece a la casa. Se ha llamado así desde que mi hermano Aarón me la dejó en herencia y así seguirá llamándose hasta que María y yo muramos. Después de esto, el nuevo propietario puede ponerle cualquier nombre tonto que se le ocurra —concluyó la señorita Patty como si hubiera dicho «Después de esto, el diluvio universal»—. Y ahora, ¿querrían ustedes recorrer la casa y verlo todo antes de que demos por terminado el trato?

Lo que siguieron viendo aún les gustó más. Además del salón había una cocina y un pequeño dormitorio. El piso superior lo componían tres habitaciones, una grande y dos pequeñas. Ana prestó especial atención a una de éstas, con vista a los enormes pinos, y deseó que fuera la suya. Estaba empapelada de azul claro y tenía un pequeño tocador muy antiguo con candelabros. Había también una gran ventana con un acogedor asiento bajo los volantes de muselina azul, y Ana pensó que era el lugar ideal para estudiar y meditar.

—Es tan maravilloso que temo despertar y encontrarme con que todo es un hermoso sueño —dijo Priscilla mientras salía.

—La señorita Patty y la señorita María están hechas «de la sustancia de los sueños» —rio Ana—. ¿Puedes imaginártelas de «trotamundos», especialmente con esos chales y cofias?

—Supongo que se los quitarán cuando empiecen a trotar —dijo Priscilla—, pero con toda seguridad que llevarán sus labores a todos lados. Son parte de ellas mismas. Ya las veo recorriendo la Abadía de Westminster y tejiendo al mismo tiempo. Bueno, el caso es que viviremos en «La Casa de Patty» … y en Spofford Avenue. Me siento como una millonaria.

—Y yo como una de las estrellas matutinas que salta de gozo —respondió Ana.

Esa noche Phil Gordon llegó hasta la pensión de St. John Street y se arrojó sobre la cama de Ana.

—Querida, estoy muerta de cansancio. Me siento como si llevara a cuestas el país entero. He estado haciendo el equipaje.

—Y supongo que estás agotada porque no podías decidir qué guardar primero o dónde poner las cosas —rio Priscilla.

—Exactamente. Y cuando ya tenía todo apiñado de cualquier modo, y mi casera y su criada estaban sentadas encima de la maleta para que pudiera cerrarla, descubrí que había guardado un montón de cosas que quería tener para la Asamblea. Tuve que volver a abrirla y sepultarme en él durante una hora hasta que rescaté lo que quería, después de revolverlo todo otra vez. No, Ana, no maldije.

—¿He dicho que lo hicieras?

—No, pero lo pensabas. Aunque admito que mis pensamientos no eran del todo limpios. Y tengo tal resfriado que lo único que puedo hacer es resoplar, suspirar y estornudar. ¿No os suena a agonía? Reina Ana, di algo para levantarme el ánimo.

—Recuerda que el próximo jueves por la noche estarás en la tierra de Alee y Alonzo —suspiró Ana. Phil sacudió la cabeza dolorosamente.

—Más agonía; no quiero a Alee ni a Alonzo cuando estoy tan resfriada. Pero ¿qué os pasa? Ahora que os veo juntas me doy cuenta de que parecéis tener una luz interior. Vaya, si estáis resplandecientes; ¿qué sucede?

—El próximo invierno vamos a vivir en «La Casa de Patty» —anunció Ana triunfalmente—. Vivir, ¿entiendes? No de pensionistas. Hemos alquilado la casa junto con Stella Maynard y su tía se ocupará de todo.

Phil saltó, se sonó la nariz y cayó de rodillas ante Ana:

—Muchachas, muchachas, dejadme ir a mí también. Seré muy buena. Si no hay cuarto para mí dormiré en la caseta del perro, en la huerta… la he visto. ¡Pero dejadme ir con vosotras!

—Levántate, boba.

—Arrastraré mis pobres huesos hasta que me digáis que podré vivir con vosotras el próximo invierno.

Ana y Priscilla se miraron. Luego Ana dijo lentamente:

—Phil, querida, nos encantaría tenerte con nosotras, pero será mejor que hablemos claro. Yo soy pobre… Pris es pobre… Stella Maynard es pobre… Nuestro sistema de vida será muy simple y nuestra mesa sencilla. Tendrías que vivir como nosotras. Ahora bien, tú eres rica, y la casa donde te hospedas lo atestigua.

—¡Oh!, ¿qué puedo hacer contra eso? —demandó Phil trágicamente —. Saben mejor unas hierbas en compañía de seres queridos que un buey bien cebado comido en una solitaria pensión. No penséis que soy toda estómago; sería capaz de vivir a agua y pan… con un poquito de manteca… si me dejáis ir con vosotras.

—Además —continuó Ana— habrá que trabajar mucho. La tía de Stella no podrá ocuparse de todo. Cada una tendrá asignada su tarea, y tú…

—… no sabes hacer nada —concluyó Philippa—. Pero aprenderé. Sólo tendréis que enseñarme una vez. Para empezar, puedo hacer mi cama. Y recordad que si bien no sé cocinar, nunca pierdo la paciencia; eso es algo. Y jamás protesto por el tiempo que hace. Eso es más aún. ¡Oh, por favor, por favor! Nunca he deseado tanto otra cosa en la vida… y este suelo está muy duro.

—Hay algo más, Phil —dijo Priscilla resueltamente—. Tú, como todo Redmond sabe, recibes visitas casi todas las noches. En «La Casa de Patty» eso no será posible. Hemos decidido recibir a nuestras amigas únicamente los viernes por la tarde. Si vienes con nosotras tendrás que observar esta regla.

—Bueno, sin duda pensarán que eso me pesa, ¿no es cierto? Pues no. Me alegra. Hace tiempo que debía haberlo establecido por mí misma, pero no me decidía. Si no me aceptáis moriré de desilusión y mi espíritu os rondará eternamente. Me colocaré en el mismo umbral de «La Casa de Patty» y no podréis entrar ni salir sin tropezar con mi espectro.

Nuevamente Ana y Priscilla cambiaron expresivas miradas.

—Bueno —dijo la primera—, claro que no podemos prometerte nada hasta hablar con Stella; pero no creo que se oponga. Por nuestra parte te aceptamos y te damos la bienvenida.

—Si te aburres de nuestra vida sencilla puedes dejarnos sin explicaciones —agregó Priscilla.

Phil se levantó, las abrazó con júbilo y partió alegremente.

—Espero que todo marche bien —comentó Priscilla.

—Nosotras debemos conseguir que así sea —reconoció Ana—. Creo que Phil se adaptará muy bien a nuestra sencilla vida de hogar.

—¡Oh, Phil es un encanto como camarada y compañera de diversiones! Y cuantas más seamos mejor para nuestros bolsillos. Pero ¿cómo será convivir con ella? Hay que pasar las buenas y las malas junto a una persona para llegar a conocerla realmente.

—¡Oh, bueno! Ya veremos cómo nos portamos todas cuando llegue el momento. Phil es algo irreflexiva, pero no egoísta, y creo que nos irá magníficamente en «La Casa de Patty».

CAPÍTULO ONCE

Al correr del tiempo

Ana regresó a Avonlea con el galardón de la beca de Thorburn. Todos le aseguraban que no había cambiado mucho y lo decían como si estuvieran sorprendidos. Avonlea tampoco había cambiado. Por lo menos, así parecía al comienzo. Pero cuando aquel domingo Ana se sentó en el reclinatorio, observó una serie de pequeños cambios que, al presentársele todos juntos, le hicieron pensar en que el tiempo no pasa en vano ni siquiera en Avonlea. En el pulpito predicaba un nuevo pastor. En los bancos no se veían ni se verían nunca más algunos rostros antes familiares: el del viejo «Tío Abe», con su profecía cumplida; el de la señora Sloane, que había suspirado ya por última vez; el de Timothy Cotton que, como dijera la señora Lynde, «se las había arreglado para morirse de una vez después de veinte años de ensayo»; y el del viejo Josiah Sloane, a quien nadie reconoció en su ataúd por sus patillas bien cortadas. Todos dormían su último sueño en el cementerio, detrás de la capilla. ¡Y Billy Andrews se había casado con Nettie Blewett! Aquel domingo aparecían juntos por primera vez después de la boda. Cuando Billy acompañó a su esposa, vestida de sedas y adornada con plumas, hasta el banco de los Andrews, Ana bajó los ojos para que no se la viera reír. Recordó la tormentosa noche de Navidad en que Jane le pidiera su mano para Billy. Por cierto que las calabazas no parecían haberle quebrado el corazón. Ana se preguntaba si también Jane habría tenido que pedir la mano de Nettie para él o si el muchacho habría reunido bastante valor para hacerlo personalmente. Toda la familia Andrews compartía su orgullo, desde la señora Harmon, en el órgano, hasta Jane en los bancos. Jane había renunciado al colegio y pensaba trasladarse al oeste al otoño siguiente.

—Lo que ocurre es que no puede conseguir un novio en Avonlea, eso es —dijo desdeñosamente la señora Lynde—. Dice que el oeste le sentará bien. Es la primera vez que tengo noticias de su mala salud.

—Jane es una buena chica —dijo Ana, con lealtad—. Nunca trató de llamar la atención, como hacen otras.

—¡Oh, desde luego que no corría tras los hombres, si es eso lo que quieres decir! —contestó la señora Rachel—. Pero querrá casarse tanto como la que más, eso es. ¿Qué otra cosa podría llevarla al oeste, a un lugar desamparado y con la única ventaja de que abundan allí los hombres y escasean las mujeres?

Pero no fue a Jane a quien Ana contempló aquel día con sorpresa y consternación. Fue a Ruby Gillis, que se sentó junto a ella en el coro. ¿Qué le había ocurrido a Ruby? Estaba más hermosa que nunca; pero sus ojos azules tenían un brillo excesivo y el color de sus mejillas era demasiado intenso; además, estaba muy delgada. Las manos que sostenían el misal eran casi transparentes.

—¿Está enferma Ruby Gillis? —preguntó Ana a la señora Lynde mientras regresaban de la iglesia.

—Ruby Gillis se está muriendo de tisis galopante —dijo bruscamente la señora Lynde—. Todos lo saben, excepto ella y su familia. Ellos no dan su brazo a torcer. Si les preguntas por ella te dicen que está bien. No ha podido dar clase desde que tuvo una congestión pulmonar este invierno, pero dice que volverá a hacerlo en el otoño y quiere ejercer en la escuela de White Sands. Cuando esa escuela se reabra, la pobre niña estará ya en la tumba, eso es.

Ana escuchaba en silencio. ¿Sería verdad que Ruby Gillis, su antigua condiscípula, se estaba muriendo? ¿Era posible? En los últimos años se habían separado, pero aún existía la vieja intimidad de la escuela, y esas noticias le llegaron al corazón. ¡Ruby, la brillante, la alegre, la coqueta! Era imposible asociarla con la idea de la muerte. Cuando finalizó el servicio religioso dio cordialmente la bienvenida a Ana, invitándola a que la visitara la tarde siguiente.

—Estaré fuera el martes y el miércoles por la tarde —le había murmurado triunfante—. Hay un concierto en Carmody y una fiesta en White Sands. Herb Spencer me lleva. Es mi último adorador. Ven mañana. Me muero por hablar largo y tendido contigo. Quiero que me cuentes tus andanzas por Redmond.

Ana sabía bien que lo que Ruby deseaba era hablarle de sus últimas conquistas, pero prometió ir y Diana se ofreció a acompañarla.

—Hace tiempo que deseaba ver a Ruby —dijo cuando dejaron «Tejas Verdes», la tarde siguiente—, pero realmente no podía ir sola. Es horrible ver cómo se estremece mientras trata de aparentar que nada le ocurre, cuando no puede casi hablar a causa de la tos. Está luchando desesperadamente por vivir y, por lo que afirman, no tiene salvación.

Las muchachas marcharon silenciosas por el camino, a la luz del crepúsculo. Los petirrojos cantaban en los árboles, llenando el dorado aire con sus trinos jubilosos. El croar de las ranas llegaba de los pantanos y las lagunas, por encima de los campos, en los que reventaban las semillas al sol y bajo las lluvias. El aire estaba perfumado con el aroma salvaje y dulce de las frambuesas. En las silenciosas hondonadas se cernía una blanca neblina y sobre los campos brillaban solitarias estrellas.

—¡Qué atardecer más hermoso! —dijo Diana—. Mira, Ana, parece un país de ensueño. Ese largo banco bajo nubes purpúreas es la tierra y el cielo claro, encima, es un mar dorado.

—¡Cuan hermoso sería navegar en él en el barco de luz de la luna que ideó Paul en su vieja composición!, ¿te acuerdas? —preguntó Ana, despertando de sus sueños—. ¿Crees, Diana, que allí podríamos volver a encontrar nuestros sueños de ayer?

—¡No sigas! —exclamó Diana—. ¡Parece que fuésemos un par de viejas!

—Es que así me siento desde que supe lo de la pobre Ruby. Si es verdad que ella se está muriendo, cualquier otra cosa triste puede serlo también.

—¿Te molesta que visitemos un momento a Elisha Wright? —preguntó Diana—. Mamá me pidió que le dejase este plato con jalea para la tía Atossa.

—¿Y quién es la tía Atossa?

—¡Oh!, ¿es que no sabes nada? Es la esposa de Samson Coates, de Spencervale; la tía de Elisha Wright. Es también tía de mi padre. Su marido murió el invierno pasado y quedó muy pobre y sola, de manera que los Wright la trajeron a vivir con ellos. Mamá pensó en tomarla a su cargo pero papá se opuso. Dice que no podría vivir con ella.

—¿Es tan terrible? —inquirió Ana con tono ausente.

—Probablemente podrás ver cómo es antes de que nos vayamos —dijo Diana significativamente—. Papá dice que tiene una cara como un hacha: corta el aire. Pero su lengua es aún más afilada.

A pesar de la hora avanzada, la tía Atossa cortaba patatas en el jardín de los Wright. Llevaba un viejo pañuelo sobre la cabeza y su cabello gris estaba decididamente desgreñado. A la tía Atossa no le gustaba ser descubierta cuando no estaba en guardia, de manera que salió del paso haciéndose la desagradable.

—¿Ah, de modo que tú eres Ana Shirley? —preguntó después de la presentación de Diana—. He oído hablar de ti. —Su tono implicaba que no había oído nada bueno—. La señora Andrews me dijo que estabas de regreso y que habías progresado mucho.

Era evidente que la tía Atossa opinaba que el progreso podría haber sido mucho mayor. Ni un instante había cesado en su labor.

—¿Servirá de algo pedirles que se sienten? —preguntó sarcásticamente—. Desde luego, por aquí no hay nada que pueda entretenerlas mucho. El resto de la gente no está en casa.

—Mamá le manda este pote de mermelada de ruibarbo —dijo Diana cortésmente—. La hizo hoy y pensó que le gustaría.

—¡Oh, gracias! —repuso la señora Atossa, con agrio tono—. No me acaba de gustar la jalea de tu madre; la hace demasiado dulce. Sin embargo, procuraré probar un poco. He tenido poquísimo apetito esta primavera. No estoy nada bien —continuó solemnemente—, pero sigo tirando. Los que no pueden trabajar son innecesarios aquí. Si no es demasiado pedir, ¿podrías dejar la jalea en la despensa? Tengo prisa por dejar esto listo esta noche. Supongo que dos señoritas como ustedes no harán cosas así. Tendrán miedo de echarse a perder las manos.

—Yo acostumbraba mondar patatas antes de que alquilásemos la granja —dijo Ana, sonriente.

—Y yo todavía lo hago —agregó Diana—. Lo estuve haciendo durante tres días la semana pasada. Desde luego —añadió con ironía—, después me suavicé las manos con zumo de limón y me puse guantes.

La tía Atossa lanzó un bufido.

—Me imagino que has aprendido eso en las revistas idiotas que tanto lees. Supongo que tu madre lo consiente, pues siempre te ha mimado. Cuando George se casó con ella todos pensamos que no sería una buena esposa para él. ¿Os vais? —preguntó al ver ponerse en pie a las muchachas —. Bueno, supongo que no resulta muy divertido hablar con una vieja como yo. Es una lástima que los chicos no estén en casa.

—Vamos a visitar a Ruby Gillis —explicó Diana.

—Cualquier cosa es válida como excusa —dijo la tía Atossa con tono amigable—. Lo importante es entrar y salir corriendo, casi sin tiempo para saludar. Supongo que serán las costumbres del colegio. Os aconsejo que no os acerquéis mucho a Ruby Gillis. Los médicos dicen que la tisis es contagiosa. Siempre pensé que Ruby pescaría algo en su visita a Boston el otoño pasado. Los que nunca están conformes con quedarse en su casa siempre pescan algo.

—Los que nunca van de visita también enferman —dijo Diana, solemne—. Y algunas veces hasta se mueren.

—Pues entonces no le pueden echar la culpa a nadie —respondió triunfante la tía—. Me he enterado de que te casarás en junio, Diana.

—Eso no es verdad —respondió Diana sonrojándose.

—Bueno, no tardes mucho en hacerlo —continuó la tía con significativo tono—. Pronto te marchitarás; no eres más que piel y huesos. Y los Wright son muy endebles. Deberías llevar sombrero, señorita Shirley. Tu nariz está escandalosamente pecosa. ¡Santo Dios, si eres pelirroja! Bueno, supongo que la Providencia nos ha hecho como somos. Dale saludos de mi parte a Marilla Cuthbert. No se ha molestado en venir a verme desde que llegué a Avonlea, pero supongo que no tengo por qué quejarme. Los Cuthbert siempre se consideraron superiores.

—¡Oh!, ¿no es horrible? —exclamó Diana, mientras escapaban corriendo por la cuesta.

—Es peor que Eliza Andrews —respondió Ana—. ¡Pero piensa lo que es vivir toda la vida con un nombre como Atossa a cuestas! Eso es capaz de echarle a perder el genio a cualquiera. Debió imaginarse que se llamaba Cordelia. Eso la hubiese ayudado mucho. Así me pasó a mí en los tiempos en que no me gustaba llamarme Ana.

—Josie Pye será como ella cuando envejezca. Su madre y la tía Atossa son primas, ¿sabes? Me alegro de haber dejado a la tía. ¡Es tan maliciosa! Su arte consiste en encontrar el lado malo de las cosas; papá recuerda una anécdota muy divertida sobre eso. Cierta vez había en Spencervale un ministro que era muy bueno pero muy sordo. No alcanzaba a escuchar una conversación en tono corriente. Bueno, ellos solían reunirse a rezar los domingos al atardecer y todos los asistentes se ponían en pie por turno y decían un versículo de la Biblia. Pero una tarde la tía Atossa se puso en pie de un salto. Ni rezó ni predicó. En cambio riñó a todos los que estaban allí, los llamó por sus nombres y dijo cómo se habían portado, sacando a relucir todos los escándalos y querellas de los últimos diez años. Y puso punto final declarando que no le gustaba la iglesia de Spencervale y que no volvería por allí, aunque esperaba que cayera sobre la congregación un terrible castigo. Entonces se sentó, y el ministro, que no había oído una palabra, dijo: «Amén. Y quiera el Señor aceptar la plegaria de nuestra querida hermana». ¡Tendrías que oír a papá cuando lo cuenta!

—Hablando de cuentos, Diana —comentó Ana, con tono significativamente confidencial—, ¿sabes que me he estado preguntando si sería capaz de escribir un cuento corto digno de ser publicado?

—Desde luego que sí. Tú solías escribirlos, y muy emocionantes, en nuestro Club de Cuentos.

—Bueno, no me refería a uno de aquéllos —dijo Ana sonriente—. Lo he pensado mucho últimamente, pero tengo un poco de miedo. Sería muy humillante el fracaso.

—Una vez oí decir a Priscilla que los primeros cuentos de la señora Morgan fueron rechazados. Pero estoy segura de que con los tuyos no ocurrirá eso, Ana. Los editores, creo yo, son ahora más sensatos.

—Margaret Burton, una de las muchachas del segundo año de Redmond, escribió un cuento el invierno pasado y se lo publicó el Canadian Woman. Yo me creo capaz de escribir otro tan bueno.

—¿Y te lo publicará esa revista?

—Probaré primero en una de las revistas más grandes. Todo depende de la clase de cuento que escriba.

—¿Y sobre qué tema?

—Aún no lo sé. Quiero tener un buen argumento. Creo que eso es imprescindible desde el punto de vista de un editor. Lo único que tengo decidido es el nombre de la heroína. Será Averil Lester. Bonito, ¿no es cierto? Sólo se lo he contado al señor Harrison y a ti. Él se mostró desalentador, me dijo que hay ya muchas tonterías escritas y que esperaba algo mejor de mí después de un año de universidad.

—¿Y qué autoridad tiene el señor Harrison para hablar así? —preguntó Diana, irritada.

Encontraron la casa de los Gillis iluminada y llena de gente. Leonard Kimball, de Spencervale, y Morgan Bell, de Carmody, se contemplaban a través del comedor. Varias muchachas estaban de visita. Ruby se hallaba vestida de blanco y sus ojos y mejillas brillaban en extremo. Rio y charló sin cesar, y cuando las otras muchachas se hubieron ido, condujo a Ana al piso superior para enseñarle sus nuevos vestidos de verano.

—Todavía tengo que hacerme uno de seda azul, pero es demasiado pesado para el verano. Creo que esperaré hasta el otoño. Sabrás que iré a enseñar a White Sands. ¿Qué te parece mi sombrero? El que tú llevabas ayer en la iglesia era muy bonito. Pero para mí me gusta uno más brillante. ¿Has notado esos dos ridículos muchachos que están abajo? Vienen dispuestos a desplazarse uno a otro. A mí no me interesa ninguno de ellos. Herb Spencer es quien me gusta, aunque algunas veces lo dudo. En Navidad creí que me gustaba el maestro de Spencervale. Pero algo encontré en él que me desagradó. Casi enloqueció cuando le di calabazas. Hubiera preferido que esos dos chicos no hubiesen venido esta noche. Quería charlar largo y tendido contigo, Ana. Todavía somos buenas amigas, ¿no?

Ruby pasó su brazo por la cintura de Ana con una risita hueca. Pero, por un instante, cuando sus ojos se encontraron, Ana vio más allá del brillo de los de su amiga algo que le hizo doler el corazón.

—Ven a menudo, Ana. Ven sola, te necesito —murmuró Ruby.

—¿Te sientes bien, Ruby?

—¡Perfectamente! Nunca me sentí mejor. Claro que esa congestión del invierno pasado me aplacó un poco. Pero fíjate en mis colores. Estoy segura de que no parezco una inválida.

La voz de Ruby sonaba aguda. Retiró su brazo del talle de su amiga, como resentida, y bajó las escaleras. En el salón estuvo más alegre que nunca, aparentemente tan concentrada en el juego con sus adoradores que Diana y Ana se sintieron un poco fuera de lugar y partieron casi enseguida.

CAPÍTULO DOCE

«El sacrificio de Averil»

—¿En qué piensas, Ana?

Las dos jovencitas holgazaneaban una tarde en el valle del arroyo. Los abetos se inclinaban sobre él, la hierba era de un verde brillante y las peras silvestres, de suave perfume, colgaban a su alrededor formando blancas cortinas.

Ana volvió de su ensueño con un suspiro de felicidad.

—Pensaba en mi cuento, Diana.

—¡Oh, ya lo has comenzado! —gritó Diana, repentinamente interesada.

—Sí, apenas llevo escritas unas pocas páginas, pero ya lo tengo bien compuesto en la mente. Me ha llevado un montón de tiempo definir la situación. Ninguna de las que imaginaba parecía apropiada para una joven llamada Averil.

—¿No podías cambiarle el nombre?

—No, eso era imposible. Intenté hacerlo pero no pude. Sería como cambiar el tuyo. Averil parecía tan real que, pensara en el que pensara, siempre aparecía Averil en el fondo. Pero finalmente encontré un argumento apropiado. Luego llegó la tarea de elegir los nombres de mis demás personajes. No tienes idea de lo fascinante que es. He permanecido horas y horas despierta pensando en ello. El héroe se llama Perceval Dalrymple.

—¿Ya has bautizado a todos los personajes? —preguntó Diana con ansiedad—. Si todavía no lo has hecho voy a pedirte que me dejes uno… cualquier personaje sin importancia. Sería como si tuviera una parte en tu historia.

—Puedes bautizar al chico que está empleado en casa de los Lester —concedió Ana—. No es muy importante, pero es el único que todavía no tiene nombre.

—Llámalo Raymond Fitzosborne —sugirió Diana, que tenía una buena colección de nombres, reliquias del viejo Club de Cuentos que habían fundado en los días escolares junto con Ana, Ruby Gillis y Jane Andrews.

Ana sacudió la cabeza dubitativamente.

—Suena demasiado aristocrático para un criado. No puedo imaginarme a un Fitzosborne dando de comer a los cerdos y juntando astillas, ¿y tú?

Diana opinaba que, después de todo, si uno tenía imaginación, podía encontrarlo admisible, pero que Ana sabía seguramente más de psicología. Finalmente el criado fue bautizado Robert Ray, con el sobrenombre de Bobby para ciertas ocasiones.

—¿Cuánto crees que te pagarán por él? —preguntó Diana.

Ana no había pensado siquiera en ello. Iba en pos de la fama y sus sueños literarios no se habían contaminado todavía con consideraciones mercenarias.

—Me permitirás leerlo, ¿no es cierto? —rogó Diana.

—Cuando lo termine os lo leeré a ti y al señor Harrison, y quiero que lo juzguéis severamente. Nadie más lo verá hasta que esté publicado.

—¿Qué final tendrá, feliz o desgraciado?

—No estoy segura. Lo hubiera preferido desdichado, pues es mucho más romántico, pero tengo entendido que los editores tienen prejuicios contra los finales tristes. Una vez le oí decir al profesor Hamilton que sólo los genios pueden atreverse a escribir un desenlace desgraciado. Y yo —concluyó Ana modestamente— no tengo nada de genial.

—¡Oh, yo prefiero los finales felices! Deja que los protagonistas se casen —pidió Diana, que desde que se encontraba comprometida con Fred creía que así debían terminar todas las novelas.

—Pero ¿no te gusta llorar cuando lees cuentos?

—Sí, pero por la mitad. Me gusta que terminen bien.

—Tengo que idear una circunstancia patética —meditó Ana—. Tendría que herir a Robert Ray en un accidente, y escribir una escena de muerte.

—No, no debes matar a Bobby —declaró Diana riendo—. Me pertenece y quiero que viva. Mata a cualquier otro, si tienes que hacerlo.

Los quince días siguientes los pasó Ana escribiendo o soñando según su estado de ánimo. A ratos se la veía radiante ante una idea nueva, a ratos desesperada porque un personaje no se comportaba correctamente. Esto no podía entenderlo Diana.

—Hazlos como tú quieras —le sugirió.

—No puedo —refunfuñó Ana—. Averil es una heroína imposible de manejar. Hace y dice cosas que yo no quiero; echa a perder todo lo que he escrito antes y debo hacerlo de nuevo.

Sin embargo, la historia fue por fin terminada y Ana se la leyó a su amiga en el refugio de su habitación.

Había llevado a cabo su «escena patética» sin sacrificar a Robert Ray, y mientras leía observaba a Diana por el rabillo del ojo. Cuando el momento llegó, Diana lloró apropiadamente; pero ante el desenlace pareció algo desilusionada.

—¿Por qué mataste a Maurice Lennox? —le reprochó.

—Era el villano. Debía ser castigado.

—Pero a mí me gustaba más que los demás —dijo Diana con escasa lógica.

—Bueno, pues está muerto y muerto quedará —exclamó Ana, algo resentida—. Si le hubiera permitido seguir vivo habría continuado persiguiendo a Averil y a Perceval.

—A menos que lo reformaras.

—No sería romántico, y además alegraría demasiado la historia.

—Bueno, de cualquier modo es un cuento muy bueno, Ana, y estoy segura de que te hará famosa. ¿Ya tienes el título?

—Hace tiempo que lo he encontrado. Se llama «El sacrificio de Averil». ¿No suena hermoso y literario? Ahora, dime sinceramente, Diana, ¿encuentras algún fallo?

—Bueno —dudó Diana—, la escena en que Averil hace el pastel no me parece suficientemente romántica. Es algo que podría hacer cualquiera. Yo creo que las heroínas no deberían cocinar.

—Bueno, ésa es la parte humorística, y además una de las mejores de todo el cuento —respondió Ana. Y debemos reconocer que el tiempo se encargó de darle la razón.

Diana refrenó prudentemente cualquier otra observación, pero el señor Harrison fue mucho más difícil de complacer. Comenzó por decir que en la historia había demasiadas descripciones.

—Suprime todos los pasajes floridos —pidió despiadadamente.

Ana tuvo la incómoda convicción de que el señor Harrison tenía razón y se comprometió a podar la mayoría de sus bienamadas descripciones; a pesar de lo cual fueron necesarias tres nuevas revisiones para que la historia resultara finalmente aprobada por el fastidioso señor Harrison.

—He suprimido todas las descripciones menos la del atardecer —dijo Ana por fin—. Simplemente no pude quitarla. Era la mejor de todas.

—No tiene nada que ver con la historia; además, ¿por qué transcurre la acción entre la gente rica de la ciudad? ¿Qué sabes tú de ella? La historia debió suceder aquí, en Avonlea. Claro que cambiando los nombres, pues de lo contrario la señora Rachel Lynde pensaría con toda seguridad que ella es la heroína.

—¡Oh, eso sí que no! —protestó Ana—. Avonlea es el lugar más hermoso del mundo, pero no tiene el romanticismo necesario para ser cuna de una historia de amor.

—Yo diría más bien que hay demasiado romance en Avonlea… y demasiada tragedia también —dijo el señor Harrison secamente—. Pero tus personajes no son reales, sean de donde sean. Hablan demasiado y usan un lenguaje muy florido. Hay una escena en la que ese muchacho Dalrymple habla por lo menos dos páginas, sin dejar decir una palabra a la chica. En la vida real ella lo habría enviado al infierno.

—No lo creo —exclamó Ana enfáticamente. En el fondo de su corazón tenía la certidumbre de que las hermosas palabras dichas a Averil conquistarían completamente a cualquier muchacha. Además, era inadmisible que Averil, la sublime, la majestuosa Averil, pudiera «mandar al infierno» a alguien.

—Además —continuó el despiadado señor Harrison—, no veo por qué no se queda con ella Maurice Lennox. Es el doble de hombre que el otro. Hizo cosas malas, pero las hizo. Lo único que hace Perceval es gimotear.

¿«Gimotear»? ¡Eso era aún peor que «irse al infierno»!

—Maurice Lennox es el villano —dijo Ana, indignada—, no comprendo por qué a todo el mundo le gusta más que Perceval.

—Perceval es demasiado bueno. Es irritante. La próxima vez que crees un héroe hazlo un poco más humano.

—Averil no podía casarse con Maurice. Era malo.

—Ella podía haberlo reformado. No puedes reformar a una medusa pero puedes reformar a un hombre. Tu cuento no es malo y admito que tiene interés. Pero eres demasiado joven para escribir algo que valga la pena. Espera diez años.

Ana se prometió a sí misma que la próxima vez que escribiera una historia no le pediría a nadie que la criticara. Era demasiado desmoralizador. Aunque le había hablado del cuento a Gilbert, no se lo leería.

—Si tiene éxito ya lo verás publicado, Gilbert; de lo contrario nadie sabrá de él.

Marilla no sabía nada del cuento. Ana se imaginaba a sí misma leyéndoselo en una revista y, cuando Marilla se deshiciera en alabanzas (todo era posible), declarándose la autora.

Cierto día Ana llevó a la oficina de Correos un sobre grande y abultado, dirigido, con esa confianza que da la juventud y la inexperiencia, al semanario más importante entre los importantes. Diana estaba tan excitada como Ana.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en contestar? —preguntó.

—No pueden pasar más de quince días. ¡Oh, qué feliz y orgullosa me sentiré si lo aceptan!

—Claro que lo aceptarán; y probablemente te pedirán que les envíes otros. Algún día serás tan famosa como la señora Morgan. ¡Qué orgullosa me sentiré entonces de ser tu amiga! —dijo Diana, que poseía, por lo menos, el sorprendente mérito de profesar una desinteresada admiración por los dones y gracias de sus compañeros.

Así pasó una semana de deliciosos sueños, después de la cual llegó el amargo despertar. Diana encontró una tarde a su amiga en su buhardilla, con una expresión extraña en sus ojos grises. Sobre la mesa había un gran sobre y un arrugado manuscrito.

—Ana, ¿te han devuelto el cuento? —preguntó.

—Así es —respondió ésta brevemente.

—Bueno, ese editor debe de estar loco. ¿Qué razones te da?

—Ninguna. Sólo una nota diciendo que no le resulta satisfactorio.

—Nunca acabó de gustarme ese semanario. Los cuentos que publica no son ni la mitad de interesantes que los del Canadian Woman, a pesar de que cuesta mucho más. Sin duda el editor tiene prejuicios contra todo el que no sea yanqui. No te desanimes, Ana. Recuerda cómo le devolvían los cuentos a la señora Morgan. Envíalo al Canadian Woman.

—Creo que lo haré —dijo Ana, animándose—. Y si lo publican le enviaré una copia a ese editor americano. Pero suprimiré la parte del crepúsculo. Creo que el señor Harrison tenía razón.

Y el crepúsculo fue sacrificado; pero, a pesar de esta heroica mutilación, el editor del Canadian Woman devolvió el original con tanta rapidez, que la indignada Diana declaró que era imposible que pudiera haberlo leído entero y que suspendería su suscripción inmediatamente. Ana tomó su segundo fracaso con la calma propia de la desesperación. Enterró su cuento en el antiguo baúl donde dormían los manuscritos del viejo Club de Cuentos; pero antes cedió a los ruegos de Diana y le dio una copia.

—Éste es el fin de mis actividades literarias —dijo amargamente.

No contó nunca lo ocurrido al señor Harrison, pero una tarde éste le preguntó bruscamente si le habían aceptado el cuento.

—No, el editor no lo quiso —respondió brevemente.

El señor Harrison miró de reojo el ruborizado perfil de rasgos delicados.

—Bueno, supongo que continuarás escribiendo.

—No, nunca más trataré de escribir un cuento —declaró Ana con la desesperanza de sus diecinueve años ante el rudo golpe.

—Yo no renunciaría tan pronto —dijo finalmente el señor Harrison—. Escribiría una historia de vez en cuando, pero no perseguiría a los editores con ella. Escribiría sobre personas y lugares conocidos; haría hablar a la gente con el lenguaje de todos los días; y dejaría que el sol siguiera su trayectoria normal sin darle demasiada importancia. Si tuviera que introducir en mi historia a un villano, le daría una oportunidad, Ana…, le daría una oportunidad. Hay hombres muy malos en el mundo, supongo, pero tendrías que andar un buen rato antes de encontrar alguno, aunque la señora Lynde crea que todos somos malos. La mayoría de nosotros guarda su poquito de bondad en algún rinconcillo. Continúa escribiendo, Ana.

—No; fue una tontería intentarlo. Cuando termine en Redmond me dedicaré a la enseñanza. Sé enseñar. No sé escribir cuentos.

—Cuando termines en Redmond, ya habrá llegado el momento para buscarte un marido. No me parece bien posponer demasiado el matrimonio… como hice yo.

Ana se incorporó y regresó a su casa. Había momentos en los que el señor Harrison resultaba realmente intolerable. «Mandar al infierno», «gimotear», «buscar marido». ¡¡Oh!!

CAPÍTULO TRECE

La senda de los transgresores

Davy y Dora estaban listos para ir a la escuela dominical. Iban solos, cosa que no sucedía muy a menudo, pues la señora Lynde asistía a ella regularmente. Pero, por culpa de una torcedura de tobillo, aquella mañana se quedaba en casa. Los mellizos debían representar a la familia en la iglesia, ya que Ana había partido la noche anterior a pasar el domingo con unas amigas en Carmody y Marilla padecía uno de sus habituales dolores de cabeza.

Davy bajó la escalera lentamente. Dora le aguardaba en el salón, muy compuesta por la señora Lynde. El niño, en cambio, se había vestido solo. Tenía un centavo en el bolsillo para la colecta de la escuela dominical y cinco centavos para la de la iglesia; en una mano llevaba su Biblia y en la otra el cuaderno; sabía perfectamente su lección, la Historia Sagrada y las preguntas del Catecismo. ¿Acaso no había estudiado (a la fuerza) toda la tarde del domingo anterior en la cocina de la señora Lynde? Por todo esto, Davy debiera haber estado con un ánimo angelical; pero, la verdad sea dicha, a pesar de la Historia Sagrada y del Catecismo, se sentía interiormente como un lobo feroz.

Cuando se reunió con Dora, la señora Lynde salió renqueando de su cocina.

—¿Te has lavado? —preguntó severamente.

—Sí; todo lo que se ve —respondió Davy con aire desafiante.

La señora Lynde suspiró. Sus sospechas recaían sobre las orejas y el cuello del niño, pero sabía que si intentaba inspeccionarlo saldría corriendo; y aquel día ella no podía perseguirlo.

—Bueno, portaos bien. No andéis por el polvo. No os detengáis en la puerta a hablar con los otros niños. No os mováis en los asientos. No olvidéis la Historia Sagrada. No perdáis el dinero ni olvidéis darlo en la colecta. No habléis durante la oración y prestad atención al sermón.

Davy no se molestó en contestar. Echó a andar cuesta abajo seguido humildemente por Dora. Pero el alma le bullía dentro del cuerpo. Había aguantado (al menos así lo creía) muchas cosas a la señora Lynde desde que ésta se mudara a «Tejas Verdes», debido a que ella no podía vivir con nadie, ya tuviera nueve o noventa años, sin tratar de educarlo convenientemente. La tarde anterior había convencido a Marilla para que no permitiera al niño ir de pesca con los hijos de Timothy Cotton. Davy estaba aún furioso por aquello.

Tan pronto como bajaron la cuesta, Davy se detuvo e hizo una mueca horrible. Dora, a pesar de conocer bien sus habilidades al respecto, temió sinceramente que no pudiera volver a la normalidad.

—¡Maldita sea! —explotó.

—¡Oh, Davy, no jures! —murmuró Dora.

—«Maldita» no es un juramento… no un verdadero juramento. Y si lo es, no me importa.

—Bueno, si tienes que decir palabras feas, por lo menos no lo hagas en domingo —rogó Dora.

Davy estaba lejos de arrepentirse, pero en el fondo sentía que quizás había ido un poco lejos.

—Voy a inventar una mala palabra para mí solo —declaró.

—Si lo haces, Dios te castigará —dijo Dora solemnemente.

—Entonces Dios es un pícaro desconsiderado. ¿Acaso no sabe que un hombre tiene que tener alguna manera de expresar sus sentimientos?

—¡¡Davy!! —exclamó Dora, esperando que su hermano cayera muerto en el acto. Pero no sucedió.

—De cualquier modo, no voy a aguantar más las órdenes de la señora Lynde —farfulló Davy—. Ana y Marilla tienen derecho a mandarme, pero ella no. Voy a hacer todo lo que me prohibió. Mírame y verás.

Y en medio de un hostil silencio, mientras Dora lo observaba fascinada por el horror, Davy salió del camino cubierto de verde musgo, sepultó sus tobillos en el polvo, producto de cuatro semanas de sequía, y anduvo arrastrando los pies con saña hasta quedar envuelto en una confusa nube.

—Esto es sólo el principio —anunció triunfalmente—. Y voy a detenerme en cada puerta a conversar hasta que no quede nadie con quien hacerlo. Y me voy a retorcer en el asiento y a hablar todo el tiempo y voy a decir que no sé la Historia Sagrada. Y voy a tirar las dos monedas para las colectas ahora mismo.

Y así lo hizo Davy: las arrojó por encima de la empalizada del señor Barry con feroz placer.

—Satanás te hizo hacer eso —exclamó Dora, con reproche.

—No —gritó Davy, indignado—. Lo pensé yo solo. Y pensé algo más. No iré a la escuela dominical ni a la iglesia. Me iré a jugar con los Cotton.

Ayer me dijeron que se quedaban en su casa porque su madre no está y no tienen quien los lleve a la escuela. Vamos, Dora; lo pasaremos muy bien.

—Yo no quiero ir.

—Sí irás. Si no lo haces le contaré a Marilla que Frank Bell te besó en el colegio el lunes pasado.

—No pude evitarlo. Yo no sabía que iba a hacerlo —gritó Dora poniéndose roja como un tomate.

—Bueno, pero no le diste una bofetada ni parecías enfadada. También le diré eso si no vienes. Cortaremos camino cruzando este campo.

—Tengo miedo de esas vacas —protestó Dora, vislumbrando un medio de escape.

—¡Qué tontería tener miedo de las vacas! —se burló Davy—. ¿No ves que son más jóvenes que tú?

—Pero son más grandes.

—No te harán nada. Vamos. Esto es magnífico. Cuando sea grande no me molestaré en ir a la iglesia. Sabré ir al cielo por mi cuenta.

—Al otro lado irás si no respetas el día del Señor —aseguró la infeliz Dora mientras lo seguía contra su voluntad.

Pero Davy no estaba asustado… todavía. El infierno quedaba muy lejos y las delicias de una expedición pesquera con los Cotton se hallaban cerca. Le hubiera gustado que Dora se mostrara más valiente. Temía a cada momento que se echase a llorar, y eso arrumaba la diversión de cualquiera. ¡«Caramba con las mujeres»! Davy no dijo «malditas» esta vez ni con el pensamiento y no porque lamentara… todavía… haberlo dicho antes, sino porque era preferible no provocar la ira divina varias veces en un mismo día.

Los pequeños Cotton estaban jugando en el patio de atrás y recibieron a Davy con gritos de alegría. Pete, Tommy, Adolphus y Mirabel Cotton estaban solos. Su madre y los hermanos mayores habían salido. Dora se alegró de que estuviera allí Mirabel. Temía encontrarse sola entre tantos varones, y si bien Mirabel era casi tan mala, ruidosa y descuidada como ellos, por lo menos usaba faldas.

—Venimos a buscaros para ir de pesca —anunció Davy.

—¡¡Viva!! —gritaron los Cotton. Salieron corriendo a buscar lombrices, Mirabel la primera con un recipiente de hojalata. Dora tenía unas ganas terribles de llorar. ¡Oh, si ese odioso Frank Bell no la hubiera besado! Habría podido desafiar a Davy e irse sola a su querida escuela dominical.

No podían ir a pescar a la laguna pues corrían el riesgo de ser vistos por las personas que se dirigían a la iglesia; tuvieron que conformarse con el arroyo que atravesaba los bosques detrás de la casa de los Cotton, pero de cualquier manera, en el arroyo había montones de truchas, y eso hizo que pasaran una mañana magnífica. Por lo menos los Cotton la encontraron estupenda: y Davy parecía compartir esa opinión. No del todo imprudente, se había quitado los calcetines y los zapatos y conservaba puesto el guardapolvo que le prestara Tommy Cotton. Así equipado desafiaba los pantanos y las malezas. Dora se sentía franca y manifiestamente desgraciada. Seguía a los demás de charco en charco, apretando fuertemente su Biblia y su cuaderno y pensando con amargura en la bienamada clase, en la que hubiera debido estar en aquel momento, sentada frente a una maestra a quien adoraba. En cambio, allí estaba, vagando por los bosques con esos salvajes Cotton y tratando por todos los medios posibles de mantener limpias sus botas y su bonito vestido blanco. Mirabel le había ofrecido un delantal que ella rechazara con desprecio.

Las truchas picaban como sólo lo hacen en domingo.

En una hora los pescadores tuvieron todo el pescado que quisieron, de modo que decidieron regresar a la casa, con gran alivio de Dora. Ésta se sentó muy tiesa sobre un fardo de heno mientras los otros se dedicaban a un horroroso juego de muchachos y subían luego al techo de la pocilga para terminar finalmente grabando sus iniciales en el apoyamonturas. El techo en declive del gallinero y un montón de paja que había debajo inspiraron a Davy: pasaron media hora deslizándose desde el techo hasta la paja en medio de vivas y alaridos.

Pero hasta los placeres ilícitos tienen un fin. Cuando el rodar de los coches que cruzaban el puente les anunció el término de los oficios, Davy decidió que había llegado la hora de marcharse. Se quitó la bata de Tommy, luciendo nuevamente su correcto atavío, y se separó de las truchas con un suspiro de resignación. No había que pensar siquiera en llevárselas.

—Bueno, ¿no lo hemos pasado bien? —preguntó mientras bajaban la colina.

—Yo no. Y no creo que tú hayas disfrutado… realmente —respondió Dora, con una perspicacia poco habitual en ella.

—Yo sí —gritó Davy con un tono que no dejaba lugar a dudas—. Claro que tú lo habrás pasado mal, sentada allí como… como una muía.

—Yo no tengo ninguna relación con los Cotton —dijo Dora desdeñosamente.

—Los Cotton son muy buenos. Y lo pasan mucho mejor que nosotros. Hacen lo que quieren y dicen cuanto se les ocurre ante cualquiera. Yo también voy a hacerlo de hoy en adelante.

—Hay montones de cosas que no te atreverías a decir.

—Te apuesto que sí.

—¿A que no dirías «rufián» delante del ministro?

—Bueno, un ministro es distinto. «Rufián» no es una palabra santa.

Davy no se sentía muy cómodo, aunque hubiera preferido morir antes que admitirlo ante su hermana. Ahora que había terminado las bribonerías, su conciencia comenzaba a aguijonearlo. Después de todo, quizás hubiera sido mejor asistir a la escuela dominical. La señora Lynde podría ser mandona, pero en su cocina nunca faltaba una caja con bizcochos hechos por ella; y no era tacaña. En aquel momento tan poco oportuno Davy recordó que cierta vez, cuando había roto su nuevo pantalón para la escuela, la señora Lynde se lo había zurcido sin decirle ni una palabra a Marilla.

Pero la copa de sus iniquidades no estaba aún colmada. Davy encontró que hacían falta nuevos pecados para cubrir los pasados. Aquel día, mientras almorzaba con la señora Lynde, ésta comenzó por preguntarle:

—¿Estaban hoy presentes todos los de tu clase?

—Sí, señora, estaban todos… menos uno.

—¿Diste tus lecciones de Historia Sagrada y de Catecismo?

—Sí, señora.

—¿Pusiste la moneda en el cepillo?

—Sí, señora.

—¿Estaba en la iglesia la señora MacPherson?

—No lo sé —esto, por lo menos, era verdad, pensó Davy.

—¿Anunciaron la reunión de la Sociedad de Ayuda para la semana próxima?

—Sí, señora.

—¿Y la reunión para ejercicios espirituales?

—No. No sé.

—Deberías saberlo. Tendrías que haber escuchado con más atención los avisos. ¿Sobre qué habló el señor Harvey?

Davy bebió un impresionante trago de agua, que sorbió junto con la última protesta de su conciencia. Volublemente recitó un viejo texto que aprendiera semanas atrás. Después de esto, y afortunadamente para él, la señora Lynde dejó de interrogarle; pero el niño no disfrutó de la comida. Sólo pudo comer un trozo de budín.

—¿Qué te sucede? —preguntó asombrada la señora Lynde—. ¿Estás enfermo?

—No —murmuró Davy.

—Estás pálido. Será mejor que no andes al sol esta tarde —sermoneó.

—¿Te das cuenta de la cantidad de mentiras que has dicho? —preguntó Dora en tono de reproche, tan pronto como volvieron a encontrarse solos.

Davy, aguijoneado por su propia desesperación, se volvió ferozmente:

—No lo sé ni me importa. Y tú, mejor te callas, Dora Keith.

Y el pobre Davy se guareció en el seguro refugio de un montón de leña, meditando sobre la conducta de los transgresores.

Aquella noche, cuando Ana regresó, «Tejas Verdes» se hallaba envuelta en el silencio y la oscuridad. Inmediatamente se fue a dormir pues estaba muerta de cansancio y de sueño. La semana había transcurrido llena de compromisos que se prolongaban hasta horas muy avanzadas. No había terminado de poner la cabeza en la almohada cuando estaba ya medio dormida; pero en aquel mismo momento la puerta de su habitación se abrió suavemente y una voz plañidera dijo:

—Ana.

Ana se incorporó de un salto.

—¿Eres tú, Davy? ¿Qué sucede?

Una blanca figurita entró corriendo y saltó a la cama.

—Ana —sollozó el niño abrazándola fuertemente—. ¡Cuánto me alegro de que estés en casa! No podía irme a dormir hasta que se lo hubiera contado a alguien.

—¿Contar qué?

—Lo miserable que me siento.

—¿Por qué, querido?

—Porque he sido muy malo todo el día, Ana. ¡Oh, he sido malísimo! Más que nunca.

—¿Qué has hecho?

—Tengo miedo de decírtelo. Nunca volverás a quererme, Ana. Esta noche no pude rezar. No pude decirle a Dios lo que había hecho. Me daba vergüenza.

—Pero Él lo sabe de todas maneras, Davy.

—Eso es lo que dijo Dora, pero yo pensé que tal vez Dios no se había dado cuenta enseguida. De todos modos quería decírtelo primero a ti.

—¿Qué es lo que has hecho? Y llegó la avalancha:

—Falté a la escuela dominical… y fui a pescar con los Cotton… y dije montones de cosas feas de la señora Lynde… ¡oh, muchísimas!… y… y… y dije una mala palabra… y dije cosas de Dios.

Hubo un profundo silencio. Davy no sabía qué hacer. ¿Estaría Ana tan enfadada como para no hablarle más?

—Ana, ¿qué vas a hacer conmigo? —preguntó, en un murmullo.

—Nada, querido. Creo que ya has tenido suficiente castigo.

—No, no me han hecho nada.

—Has estado muy triste desde que lo hiciste, ¿no es cierto?

—Tú lo has dicho.

—Pues era tu conciencia que te estaba castigando, Davy.

—¿Qué es mi conciencia? Quiero saberlo.

—Es algo que está dentro de ti, que te dice cuándo has hecho algo malo y te hace sufrir si persistes en ello. ¿Lo has notado?

—Sí, pero no sabía qué era. Sería mejor no tenerla, porque estropea toda la diversión. ¿Dónde está mi conciencia, Ana? Quiero saber. ¿Está en mi estómago?

—No, en tu alma —respondió Ana dando gracias a la oscuridad, que le permitía aparentar seriedad.

—Supongo que entonces no me puedo librar de ella —dijo Davy, con un suspiro—. ¿Vas a contar a Marilla y a la señora Lynde todo lo que he hecho?

—No, querido. No se lo diré a nadie. Estás triste por haberte portado mal, ¿no es cierto?

—¡Tú lo has dicho!

—¿Y nunca volverás a portarte así?

—No, pero… —agregó Davy con cautela— podría ser malo de alguna otra forma.

—¿No dirás malas palabras, ni faltarás a la escuela dominical, ni contarás mentiras para cubrir tus pecados?

—No. No vale la pena.

—Bueno, Davy, dile a Dios que lo sientes mucho y pídele que te perdone.

—¿Me has perdonado tú, Ana?

—Sí, querido.

—Entonces, no me importa mucho que Él me perdone o no.

—¡Davy!

—¡Oh, se lo pediré… se lo pediré! —dijo el niño mientras se alejaba del lecho convencido, por el tono de Ana, de que había dicho sin duda algo terrible—. No tengo inconveniente en pedírselo, Ana. «Por favor, Dios, estoy muy triste por haberme portado mal todo el día y seré siempre bueno los domingos y por favor perdóname». Ya está, Ana.

—Bien, ahora a dormir como un niño bueno.

—Sí, sí. ¡Vaya, ya no me siento miserable! Estoy muy bien. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Ana se recostó sobre la almohada con un suspiro de alivio. ¡Oh, cuánto sueño tenía! Y en ese momento:

—¡Ana!

Davy se hallaba nuevamente junto a su lecho. Ana entreabrió los ojos.

—¿Qué pasa ahora, querido? —preguntó, tratando de ocultar su impaciencia.

—Ana, ¿has notado cómo escupe el señor Harrison? ¿Crees que si practico mucho podré hacerlo así yo también? Ana se incorporó,

—Davy Keith. Vete derecho a tu cama. Y que no vuelva a pescarte levantado esta noche. ¡Vete, he dicho! Davy salió corriendo sin preguntar razones.

CAPÍTULO CATORCE

La llamada del más allá

Ana estaba sentada junto a Ruby en el jardín de los Gillis. Habían estado contemplando la puesta de sol en un atardecer caluroso y húmedo de verano y el mundo parecía colmado de flores. Los tranquilos valles reposaban bajo la bruma, las sombras adornaban el bosque y los ásteres ponían su nota de color púrpura en las praderas.

Nuestra amiga había rechazado un paseo a la luz de la luna hasta White Sands para poder acompañar a Ruby esa tarde. Había pasado así muchos atardeceres de verano, aun cuando muchas veces se había preguntado por qué y a pesar de haber decidido más de una vez que no volvería a hacerlo.

La palidez de Ruby aumentaba a medida que avanzaba el estío; el propósito de ir al colegio de White Sands había sido desechado («papá no quiere que enseñe hasta pasado Año Nuevo»), y los trabajos de aguja que tanto le gustaban caían cada vez más a menudo de sus manos demasiado débiles. Pero siempre parecía alegre y esperanzada mientras hablaba de sus pretendientes, de sus rivalidades y sus dolores.

Y era esto precisamente lo que volvía difíciles las visitas de Ana. Todo lo que alguna vez fuera tonto y divertido resultaba ahora trágico: era la muerte espiando por detrás de una máscara de vida. Y, sin embargo, Ruby parecía aferrarse a Ana; nunca la dejaba regresar sin la promesa de una pronta visita. La señora Lynde protestaba; aseguraba que Ana se contagiaría, y hasta la misma Marilla parecía dispuesta a creerlo.

—Cada vez que vas a ver a Ruby Gillis vuelves con aire de cansancio —le dijo un día.

—¡Es tan triste! —respondió Ana en voz baja—. Ruby parece no tener la más mínima idea de cuál es su estado. Y sin embargo, presiente que necesita ayuda, la anhela, y aunque yo quiero dársela, no puedo. Durante todo el tiempo que paso a su lado la veo luchar con un enemigo invisible, como si tratara de derrotarlo con la poca energía que le queda. Por eso regreso tan deprimida.

Pero aquel día Ana no notaba aquella lucha con tanta intensidad. Ruby estaba extrañamente callada. No había pronunciado una sola palabra sobre fiestas, paseos o chicos. Yacía en la hamaca, con su trabajo sin tocar y un chal blanco sobre sus delgados hombros. Sus largos cabellos rubios, que tanto envidiara Ana en sus días de escuela, caían sobre su pecho. Se había quitado las horquillas, pues decía que le daban dolor de cabeza. El color intenso que la tisis ponía algunas veces en sus mejillas había desaparecido, dejándolas pálidas e infantiles.

En el plateado cielo apareció la luna, y su luz iluminó las nubes a su alrededor. Abajo brillaba la laguna, rodeada de radiante bruma. Más allá del campo de los Gillis estaba la iglesia, con su viejo cementerio. Las blancas losas brillaban a la luz de la luna, destacando sus contornos sobre los oscuros árboles.

—Qué raro parece el cementerio a la luz de la luna —dijo Ruby de pronto—. ¡Qué fantasmal! —añadió temblando—. Ana, pronto estaré allí. Tú, Diana y los demás andarán por el mundo llenos de vida, y yo estaré allí… en el cementerio… muerta.

Aquello sorprendió a Ana. Por unos instantes no pudo hablar.

—Sabes que será así, ¿no es cierto? —preguntó Ruby.

—Sí, lo sé —respondió Ana en voz baja—. Querida Ruby, lo sé.

—Todos lo saben —continuó ésta amargamente—; yo lo supe este verano aunque no quería resignarme. ¡Oh, Ana! —dijo incorporándose y tomando la mano de su amiga, como si rogara—. ¡No quiero morir! Tengo miedo de morir.

—¿Por qué tienes miedo de morir, Ruby?

—Porque… porque… lo que me asusta no es morir, sino ir al cielo. Soy creyente y sé que iré allí. Pero… ¡será tan distinto! ¡Pienso… y pienso… y me asusto tanto! El cielo ha de ser hermoso, sin duda; la Biblia lo dice; Pero, Ana, no seré allí lo que he sido siempre.

Por la mente de Ana cruzó el extraño recuerdo de una divertida historia que escuchara contar a Philippa Gordon; la historia de un hombre que dijera más o menos lo mismo del mundo del futuro. Entonces parecía divertido; recordaba cuánto había reído Phil. Pero ahora nada tenía de humorístico, saliendo de los pálidos y temblorosos labios de Ruby. Era triste, trágico y real. El cielo no podía ser igual a lo que rodeaba a Ruby. Nada había habido en su vida alegre y frívola, en sus vacíos ideales y aspiraciones, que la hubiera preparado para el gran cambio, o que le permitiera imaginar la otra vida de otro modo que como algo extraño, irreal e indeseable. Ana buscaba desesperadamente algo que pudiera servirle para ayudar a Ruby. ¿Es que podría decir algo?

—Creo, Ruby… —comenzó; le resultaba difícil hablar a alguien de sus más profundos pensamientos o de las nuevas ideas que estaban vagamente tomando forma en su mente respecto de los grandes misterios de esta vida y del más allá; y todavía le resultaba más difícil hablar de ellos a Ruby Gillis—, creo que quizá tengamos ideas equivocadas sobre el cielo, sobre qué es y qué tiene guardado para nosotros. No lo imagino tan distinto de la vida como la mayoría de la gente. Creo que seguiremos viviendo allí casi como aquí y seremos igual. Sólo que será más fácil ser buenos y seguir a los más santos. Todas las dudas y perplejidades desaparecerán y veremos claro. No tengas miedo, Ruby.

—No puedo evitarlo —contestó ésta tristemente—. Aunque lo que dices sobre el cielo fuera verdad (y tú no puedes estar segura, pues sólo es producto de tu imaginación), de todos modos no sería igual. No puede serlo; yo quiero seguir viviendo aquí. ¡Soy tan joven, Ana! Casi no he vivido. He luchado terriblemente por vivir y ha sido en vano. Tengo que morir y dejar todo aquello que me es querido.

Ana sintió un dolor casi intolerable. No podía decirle mentiras piadosas, y todo lo que su amiga le había dicho era horriblemente cierto. Abandonaba todo cuanto amaba. Sólo se había preocupado por las cosas terrenales, por las pequeñas cosas pasajeras de la vida, olvidando las que llevan hacia la eternidad, las que unen los dos extremos del golfo y hacen de la muerte el paso de un mundo al otro, del amanecer al pleno día. Dios se ocuparía de ella allí; aprendería. Pero ahora no cabía duda de que su alma se aferraba, con ciega desesperanza, a lo único que conocía y amaba.

Ruby se alzó, apoyándose en un brazo, y elevó al cielo sus hermosos y brillantes ojos azules.

—Quiero vivir —dijo, con un temblor en la voz—. Quiero vivir como los demás. Quiero… quiero casarme, Ana, y… y tener hijos. Tú sabes que siempre me gustaron los niños. Esto no se lo podría decir a nadie más que a ti. Sé cómo comprendes las cosas. Y el pobre Herb… me quiere y yo le quiero también. Los otros nada significan para mí, pero él sí; y si viviera podría ser su mujer y sentirme feliz. ¡Oh, Ana, es horrible!

Ruby cayó entre los almohadones y lloró convulsivamente. Ana estrechó su mano para consolarla, y ese gesto pareció ser mejor ayuda para su amiga que las palabras, pues, poco a poco, ésta se calmó y cesaron sus sollozos.

—Me alegro de haberte dicho todo esto, Ana —murmuró—. Me ha ayudado mucho. Lo deseé todo el verano; cada vez que viniste quise hablarte, pero no podía. ¡Me parecía que haría tan cierta la muerte si anunciaba que iba a morir o si cualquier otra persona lo decía o lo adivinaba! No me atrevía siquiera a pensarlo. Durante el día, cuando había gente a mi alrededor y todo estaba alegre, no era tan difícil dejar de pensar; pero por las noches, cuando no podía dormir, era horrible, Ana. En esos momentos no había escapatoria. La muerte venía y me miraba a la cara hasta darme tanto miedo como para gritar.

—Pero ya no volverás a tener miedo, ¿no es cierto, Ruby? ¿Tendrás valor y creerás que todo irá bien?

—Probaré. Voy a pensar en lo que me has dicho y trataré de creerlo. ¿Vendrás a verme tan a menudo como puedas, Ana?

—Sí, querida.

—No tardará mucho, Ana, estoy segura; y me gustaría que tú estuvieses junto a mí más que cualquier otra persona. Siempre te quise más que a las otras compañeras. Nunca fuiste celosa ni mezquina. La pobre Em White vino a verme ayer. ¿Recuerdas cómo éramos de amigas durante los tres años que fuimos juntas a la escuela? Nos enfadamos el día del festival y desde entonces nunca nos volvimos a hablar, ¡qué tontería! Todas esas cosas me parecen tontas ahora. Em y yo recordamos ayer la vieja disputa. Me dijo que me hubiese vuelto a hablar hace años, pero que creía que yo no lo haría. Y yo no le volví a hablar porque estaba segura de que ella no quería. ¡Cuánta incomprensión hay entre la gente, Ana!

—La mayor parte de las desdichas de esta vida se deben a la incomprensión entre la gente —dijo Ana—. Ahora debo irme, Ruby. Se hace tarde y no debes exponerte a la humedad.

—¿Volverás pronto?

—Sí, muy pronto. Y si hay algo en que pueda ayudarte lo haré con mucho gusto.

—Lo sé. Ya me has ayudado. Ahora parece todo menos terrible. Buenas noches, Ana.

—Buenas noches, querida.

Ana regresó a casa caminando muy despacio. Aquel anochecer había traído consigo un cambio para ella. Su vida poseía ahora un sentido distinto, un propósito más profundo. En la superficie quizás se mantendría igual, pero en lo más hondo no. Con ella no debería ocurrir lo de la pobre Ruby.

Cuando llegara al fin de su vida no contemplaría la otra con el terror de algo diferente, algo para lo cual no la habían preparado los pensamientos y los ideales cotidianos. Las dulces cosas de la vida, buenas cuando se les daba su verdadera importancia, no debían constituir el fin de toda la existencia; el mandato divino debía ser aprendido y cumplido; la vida celestial debía comenzar aquí, en la tierra.

Aquella despedida en el jardín fue la definitiva. Ana no volvió a ver a Ruby con vida. A la noche siguiente, la S. F. A. dio una fiesta de despedida a Jane Andrews, que partía al oeste. Y mientras las luces brillaban, y sonaban las risas entre la alegre charla, para un alma de Avonlea llegó el mandato inevitable. A la mañana siguiente corrió de casa en casa la noticia de la muerte de Ruby Gillis. Había fallecido mientras dormía, sin dolor y en calma, y en su cara brillaba una sonrisa, como si la muerte hubiera llamado a su puerta como un buen amigo y no como el horrible fantasma al que tanto temiera.

Después del funeral, la señora Lynde declaró enfáticamente que Ruby era la muerta más hermosa que contemplara jamás. Durante muchos años se habló de su hermosura, vestida de blanco entre las flores que Ana dispusiera a su alrededor. Ruby había sido siempre hermosa, con una belleza terrenal: poseía cierta insolente cualidad, como si la ostentase ante los ojos que la contemplaban. El espíritu jamás había brillado en ella ni el intelecto la había refinado. Pero la muerte la había tocado, consagrándola, destacando la pureza de las líneas y los delicados detalles escondidos antes. La muerte había transformado a Ruby, como sólo hubieran podido hacerlo la vida, el amor y una profunda femineidad. Ana, contemplándola a través de las lágrimas, creyó ver en ella su verdadero rostro, el que Dios le destinara. Y así la recordó siempre.

La señora Gillis llamó aparte a Ana antes de que el cortejo fúnebre partiera y le entregó un paquete.

—Quiero que guardes esto —dijo, llorando—. A Ruby le habría gustado que tú lo tuvieras. Es el centro de mesa que estaba bordando. No está terminado. La aguja está clavada donde sus dedos la dejaron el día en que murió.

—Siempre queda algo por terminar —dijo la señora Lynde, con lágrimas en los ojos—; pero supongo que siempre queda alguien para terminar la labor.

—Es difícil convencerse de que está muerto alguien a quien hemos conocido —dijo Ana a Diana mientras regresaban a casa—. Ruby es la primera condiscípula que se va. Una por una, tarde o temprano, todas la seguiremos.

—Supongo que sí —respondió Diana, incómoda. No quería hablar de eso. Hubiese preferido comentar los detalles del funeral; la espléndida mortaja blanca que el señor Gillis insistiera en poner a su hija («los Gillis son cursis hasta en los funerales», había dicho la señora Lynde); la triste cara de Herb Spencer; el llanto histérico e incontrolado de una de las hermanas de Ruby. Pero Ana no quería hablar de todo eso. Parecía envuelta en un sueño, y daba a Diana la sensación de no tener allí arte ni parte.

—Ruby Gillis reía mucho —dijo Davy de pronto—. ¿Se reirá en el cielo tanto como en Avonlea, Ana? Quiero saberlo.

—Sí, creo que lo hará.

—¡Oh, Ana! —protestó Diana, con una sonrisa de sorpresa.

—Bueno, ¿por qué no, Diana? —preguntó Ana con seriedad—. ¿Crees que en el cielo no se ríe?

—¡Oh, no sé! No me parece lo más correcto, sin embargo. Tú sabes que es feo reírse en la iglesia.

—Pero el cielo no será como la iglesia, por lo menos no siempre.

—Espero que no —dijo Davy, enfáticamente—. Si lo es, yo no quiero ir. La iglesia es muy aburrida. De todas maneras, no pienso ir allí hasta dentro de mucho tiempo. Pienso llegar a los cien años, como el señor Thomas Blewett, de White Sands. Él dice que ha vivido tanto porque fuma siempre y el tabaco mata los microbios. ¿Puedo fumar pronto, Ana?

—No, Davy. Espero que nunca toques el tabaco —dijo Ana con aire ausente.

—¿Y entonces qué dirás cuando los microbios acaben conmigo?

CAPÍTULO QUINCE

Un sueño vuelto del revés

—Una semana más y volveremos a Redmond —dijo Ana. La idea de volver al trabajo, a las clases y a los amigos de Redmond la hacía feliz. «La Casa de Patty» también era motivo de dichosos sueños. Ese pensamiento traía consigo una calurosa y placentera sensación de hogar, aunque nunca hubiera vivido allí.

Pero el verano había sido también hermoso; un período de alegre vivir, con soles y cielos y delicias diversas; un lapso en que aprendiera a vivir con más nobleza, a trabajar con más paciencia, a jugar con más corazón.

«No todas las lecciones de la vida se aprenden en el colegio», pensó; «se aprenden en todas partes».

Pero ¡ay!, la última semana de aquellas placenteras vacaciones se estropeó por uno de esos impíos acontecimientos que son como un sueño vuelto del revés.

—¿Has estado escribiendo alguno de esos cuentos últimamente? —preguntó el señor Harrison una noche en que Ana estaba tomando el té con él y su esposa.

—No —respondió Ana, algo encrespada.

—¡Oh, no he querido ofenderte! La señora Hiram Sloane me dijo el otro día que hace un mes alguien dejó en el buzón un gran sobre dirigido a la Compañía de Levadura Rollings de Montreal, y ella sospechó que alguien trataba de ganar el premio que ofrecían al mejor cuento que citara el nombre de la levadura. Dijo que no estaba escrito con tu letra, pero yo pensé que se trataba de ti.

—Desde luego que no. Me enteré del concurso, pero ni soñé con competir. Creo que sería una estupidez escribir un cuento para anunciar una levadura. Sería tan estúpido como el anuncio de un producto farmacéutico que quiso poner Judson Parker en la empalizada.

Así habló Ana, sin soñar con la humillación que la esperaba. Aquella misma tarde Diana llegó a su habitación, con los ojos brillantes y las mejillas arrebatadas, llevando una carta.

—Ana, aquí tienes una carta para ti. Estaba en la oficina de correos, de manera que te la traje. Ábrela pronto. Si es lo que creo enloqueceré de alegría.

Ana, perpleja, abrió la carta y echó una mirada a su contenido:

Sta. Ana Shirley.

Tejas Verdes, Avonlea, Isla del Príncipe Eduardo.

Señorita:

Tenemos el placer de informarle que su cuento «El sacrificio de Averil» ha ganado el premio de veinticinco dólares ofrecido en nuestro reciente concurso. Incluimos el cheque por esa suma. Estamos preparando su publicación en varios destacados periódicos de Canadá y tenemos la intención de imprimirlo para su distribución entre nuestros clientes.

Agradecemos el interés que se ha tomado por nuestra compañía, y quedamos de Ud. attos. y Ss. Ss.

Compañía de Levadura Rollings.

—No comprendo —dijo Ana.

Diana aplaudió.

—¡Oh, sabía que ganarías el premio! Estaba segura. Yo mandé tu cuento al concurso, Ana.

—¡Diana Barry!

—Sí, lo hice —dijo Diana colgándose alegremente de la cama—. Cuando vi el anuncio me acordé de tu cuento y en seguida pensé en pedirte que lo enviaras. Pero temí que no quisieras; ¡tenías tan poca fe! De manera que decidí enviar la copia que me diste sin decirte nada. De ese modo, si no ganabas el premio nunca lo sabrías, pues los cuentos rechazados no los devuelven, y si ganabas tendrías una sorpresa deliciosa.

Diana no era excesivamente perspicaz, pero tuvo la sensación de que Ana no parecía una mujer alegre en esos momentos. Había en ella sorpresa, sin duda alguna; pero ¿había alegría?

—Ana, no pareces estar muy contenta.

Una sonrisa un poco forzada apareció en los labios de ésta.

—Desde luego que estoy complacida ante tu generoso deseo de ayudarme —dijo lentamente—. Pero ¿sabes?, estoy tan sorprendida… no puedo darme cuenta… y no comprendo. En mi cuento no había una palabra siquiera sobre… sobre… levadura.

—¡Oh, eso lo puse yo! —contestó Diana—. Era facilísimo, y desde luego que mi experiencia en el Club de Cuentos me ayudó. ¿Recuerdas el momento en que Averil hace el pastel? Bueno, allí añadí por mi cuenta que había usado levadura Rollings y que por eso quedó tan sabroso. Y además, en la última escena, cuando Perceval toma en sus brazos a Averil y le dice:

«Querida, los hermosos años venideros nos traerán el hogar de nuestros sueños», yo añadí: «donde sólo usaremos la levadura Rollings».

—¡Oh! —exhaló la pobre Ana, como si le hubieran echado un balde de agua fría.

—Y has ganado veinticinco dólares —continuó Diana, jubilosa—. ¡Pero si una vez oí decir a Priscilla que el Canadian Woman sólo paga cinco dólares por cuento!

Ana sostenía el odiado cheque con la mano extendida.

—No puedo quedarme con ellos; son tuyos por derecho, Diana. Tú enviaste el cuento e hiciste las correcciones. Yo nunca lo hubiese enviado; de modo que debes cobrar el cheque.

—¡Estaría bueno! Lo que hice no tiene ningún valor. El honor de ser amiga de la ganadora es suficiente. Bueno, tengo que marcharme. Debí haber ido directamente a casa, pues tenemos visita, pero tenía que venir a conocer las noticias. ¡Estoy tan contenta por ti, Ana!

Ésta se inclinó de pronto, echó los brazos al cuello a su amiga y la besó en las mejillas.

—Creo que eres la mejor amiga del mundo, Diana, y te aseguro que comprendo la razón de lo que has hecho.

Diana, complacida y desconcertada, se marchó, y la pobre Ana, después de guardar el cheque en un cajón corno si fuera dinero maldito se marchó a la cama y derramó lágrimas de vergüenza. ¡Oh, nunca podría sobrevivir a esto, nunca!

Gilbert llegó al atardecer, con la intención de felicitarla, pues al pasar por «La Cuesta del Huerto» había sabido la noticia. Pero al observar la cara de Ana no pudo hacerlo.

—Pero ¿qué te pasa? Esperaba encontrarte radiante por haber ganado el premio. ¡Te felicito!

—¡Oh, Gilbert, tú no! —exclamó con tono plañidero—. Creí que tú comprenderías. ¿No ves lo terrible que es?

—Debo confesarte que no. ¿Qué ocurre de malo?

—Todo. Me siento como si mi desgracia fuera eterna. ¿Cómo crees que se sentiría una madre si encontrara a su hijo tatuado con un anuncio de levadura? Así me siento yo. Quería a mi cuento y puse en él lo mejor de mí misma. Y es un sacrilegio degradarlo hasta el nivel de un anuncio de levadura. ¿Te acuerdas de lo que nos decía el profesor Hamilton en la clase de literatura, en la Academia de la Reina? Afirmaba que jamás se debía de escribir una sola palabra con un fin bajo o sin valor, sino que siempre se debía uno aferrar a los más altos ideales. ¿Qué pensará cuando sepa que he escrito un cuento para propaganda de la levadura Rollings? ¡Y cuando se sepa en Redmond! Piensa cómo se van a reír de mí.

—Eso no —dijo Gilbert, pensando, un poco incómodo, en que tal vez era la opinión particular de cierto estudiante de segundo año lo que tanto preocupaba a Ana—. Los condiscípulos pensarán, como pienso yo, que tú, como nueve de cada diez de nosotros, no nadas en la abundancia y que has elegido ese camino para solventar tus gastos durante el año. No veo nada degradante, ni tampoco ridículo. A todos nos gustaría sin duda escribir obras maestras de literatura; pero, mientras tanto, hay que pagar los estudios y el hospedaje.

Esta sensata manera de ver las cosas animó un poco a Ana. Por lo menos, alejó el temor de que se rieran de ella; pero sus ultrajados ideales quedaron con heridas profundas.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Se adaptan los caracteres

«Es el lugar más hogareño que conozco; es más hogareño que mi propia casa», afirmó Philippa Gordon mientras miraba a su alrededor con ojos alegres. Aquella tarde estaban todos reunidos en el gran salón de «La Casa de Patty»; Ana y Priscilla, Phil y Stella, la tía Jamesina, Rusty, Joseph, la gata Sarah, Gog y Magog. Las llamas del hogar hacían danzar sus sombras sobre las paredes y, en un gran florero, algunos crisantemos de invernadero, envío de una de las víctimas de Phil, brillaban en la oscuridad.

Tres semanas solamente habían pasado desde que se consideraran definitivamente instaladas y todas creían ya que el experimento era un éxito. Los primeros quince días fueron de placentera excitación; habían estado muy atareadas arreglando la casa, organizando su vida y ajustando sus encontradas opiniones.

Ana no lamentó demasiado dejar Avonlea cuando llegó el momento de regresar a la escuela. Los últimos días de sus vacaciones no habían sido placenteros. Su cuento premiado fue publicado en los diarios de la isla, y el señor William Harrison tenía sobre el mostrador un enorme montón de folletos verdes, rosados y amarillos que también contenían el cuento y que repartía entre los parroquianos. Envió varios a Ana, a título de cortesía, y ésta los echó al fuego. Su humillación provenía de sus propios ideales, pues todo Avonlea opinaba que era fantástico que ella hubiese ganado el premio. Algunos amigos la miraban con verdadera admiración y sus pocos enemigos con envidia. Josie Pye dijo que creía que Ana había copiado el cuento; estaba segura de haberlo leído en un diario, hacía años. Los Sloane, que habían descubierto, o que sospechaban las calabazas que le diera a Charlie, opinaron que no les parecía cosa de enorgullecerse, pues cualquiera lo hubiese podido conseguir. La tía Atossa le dijo a Marilla que lamentaba haberse enterado de que se dedicaba a escribir cuentos; que nadie, nacido y criado en Avonlea, se dedicaba a esas cosas; que eso ocurría por adoptar huérfanos que venían de Dios sabe qué lugar y de Dios sabe qué padres. Hasta la señora Lynde dudaba seriamente de que la profesión de literato fuera honesta, aunque la vista del cheque por veinticinco dólares la había reconciliado con tal profesión.

—Es sorprendente el precio que pagan por tales mentiras, eso es —dijo, mitad severa, mitad orgullosa.

Por todo esto, el momento de partir fue un alivio para Ana. Y era muy divertido estar de regreso en Redmond, convertida ya en una inteligente y experimentada alumna de segundo año, con multitud de amigos a quienes saludar en el alegre primer día de clase. Allí estaban Pris, Stella, Gilbert, Charlie (con unos aires de importancia que no habían observado antes sus condiscípulos), Phil, todavía sin solucionar su problema Alec-Alonzo, y Moody Spurgeon MacPherson, que había estado dedicado a la enseñanza desde que dejara la Academia, pero a quien su madre había convencido de que era hora de dedicar su atención a los estudios para ordenarse de pastor. El muchacho había tenido mala suerte en el comienzo: media docena de implacables estudiantes de segundo, que se hospedaban con él, le afeitaron cierta noche la mitad de la cabeza y el pobre había andado de esa guisa hasta que le crecieron los cabellos. En más de una ocasión confesó a Ana sus dudas sobre su vocación de pastor.

La tía Jamesina llegó a «La Casa de Patty» cuando ya las muchachas la habían puesto en condiciones. La señorita Patty envió la llave a Ana con una carta donde le comunicaba que Gog y Magog estaban en una caja, debajo de la cama del cuarto de huéspedes, pero que podía sacarlos de allí cuando quisiera; en una posdata manifestaba su esperanza de que las muchachas colgasen con cuidado los cuadros; la sala había sido empapelada cinco años atrás y la señorita Mary no quería más agujeros de los necesarios en el nuevo papel. Para todo lo demás confiaba en Ana.

¡Qué bien lo habían pasado poniendo en orden su nuevo hogar! Como dijo Phil, fue algo tan bueno como casarse. Podían gozar de toda la alegría de preparar un hogar sin preocuparse por el marido. Todas llevaron algo para adornar la casa o hacerla más confortable. Pris, Phil y Stella contribuyeron con chucherías y cuadros que colgaron de acuerdo con el gusto de cada cual, haciendo caso omiso del nuevo empapelado de la señorita Patty.

—Taparemos los agujeros cuando nos vayamos; nunca lo sabrá, querida —contestaban, ante las protestas de Ana.

Diana había regalado a su amiga un cojín y la señorita Ada les regaló otro totalmente bordado. Marilla les envió una gran caja con frutas el Día de Acción de Gracias y la señora Lynde le regaló una manta acolchada y le dejó en préstamo otras cinco.

—Llévalas —dijo, autoritaria—; se conservarán mejor en uso que dentro de un baúl, sirviendo de alimento a las polillas.

Ninguno de estos animalitos se hubiera atrevido a acercarse a ellas; tenían tantas bolas de naftalina que hubo que colgarlas al aire en el huerto durante una semana antes de poder resistirlas en la casa. En verdad, la aristocrática Spofford Avenue rara vez tenía ocasión de observar esas colgaduras. El ceñudo viejo millonario que vivía en la casa vecina anunció su deseo de comprar la manta roja y amarilla con dibujo de tulipanes que Rachel le regalara a Ana. Dijo que su madre solía hacer mantas como ésa y que le haría recordarla. Ana no se la quiso vender, pero le escribió a Rachel sobre el episodio. Esta dama, muy contenta, contestó que tenía otra igual, de manera que el rey del tabaco consiguió su manta y la colocó sobre su cama, con gran disgusto de su elegante esposa.

Las mantas de la señora Lynde fueron muy útiles durante aquel invierno. «La Casa de Patty», junto con todas sus virtudes, tenía también sus defectos: era bastante fría; y cuando llegaron las noches heladas las chicas estuvieron contentas de poder deslizarse bajo las mantas. Ana ocupaba el cuarto azul que tanto le gustara desde la primera vez. Priscilla y Stella compartían el más grande. Phil estaba contentísima con el suyo, un pequeño cuarto sobre la cocina, y a la tía Jamesina se le había destinado otro cercano a la sala. Rusty durmió al comienzo sobre el umbral.

A los pocos días de su llegada, un día en que regresaba de Redmond, Ana tuvo la impresión de que la gente con quien se cruzaba la miraba con una sonrisa indulgente. La muchacha se preguntó, incómoda, qué ocurriría. ¿Tendría mal colocado el sombrero? ¿Llevaría suelto el cinturón? Al volver la cabeza para investigar, Ana vio a Rusty.

Trotando, a sus talones, estaba la más rara criatura de la especie gatuna que fuera dable contemplar. Era un animal crecido, flaco, descarnado y de aspecto terrible. Le faltaban pedazos en ambas orejas, un ojo estaba temporalmente fuera de uso y una de sus quijadas terriblemente lastimada. En lo que se refiere al color, éste era totalmente imposible de identificar.

Ana quiso espantarlo, pero el gato ignoró la sugerencia. Mientras lo observaba, el animal se sentó y la contempló con mirada de reproche; cuando ella reanudó la marcha, él también lo hizo. Ana se resignó a su compañía hasta llegar a la casa, pero, una vez allí, le cerró la puerta en las narices, esperando no tener más noticias suyas. Cuando Phil abrió la puerta, allí estaba el gato todavía. Con toda rapidez entró, saltó al regazo de Ana y lanzó un maullido mitad implorante, mitad triunfante.

—Ana —preguntó Stella severamente—, ¿es tuyo este animal?

—No —protestó aquélla, disgustada—. Esa criatura me ha seguido desde no sé dónde. No he podido deshacerme de él. ¡Fuera! Me gustan mucho los gatos decentes, pero no me agradan las bestias como tú.

El animal se negó a marcharse. Se acurrucó sobre el regazo de Ana con toda tranquilidad y comenzó a ronronear.

—Evidentemente te ha adoptado —rio Priscilla.

—No me gusta que me adopten —protestó Ana, testaruda.

—La pobre criatura se muere de hambre —dijo Phil—. Se le pueden contar las costillas.

—Bien, le daré una buena comida y podrá marcharse por donde vino —dijo nuestra amiga con tono resuelto.

Le dieron de comer y lo dejaron fuera. Por la mañana aún estaba allí. Y en el umbral quedó, saltando dentro cada vez que abrían la puerta. Ninguna fría acogida tenía efecto sobre él, ni prestaba atención a nadie, fuera de Ana. Las muchachas, apiadadas, lo cuidaron durante una semana, al final de la cual decidieron que algo debía hacerse. El aspecto del gato había mejorado.

Su ojo y su quijada habían vuelto a su aspecto normal; ya no estaba tan flaco, y le habían visto lavarse la cara.

—Pero no podemos quedarnos con él —dijo Stella—; la tía Jamesina llegará la semana que viene y traerá consigo a la gata Sarah. No podemos tener dos gatos; y este Rusty pelearía todo el tiempo con Sarah. Es luchador por naturaleza. Tuvo una terrible gresca anoche con el gato del rey del tabaco y lo venció.

—Tenemos que deshacernos de él —agregó Ana, mientras miraba sombríamente al objeto de la discusión, que ronroneaba sobre la alfombra con aire inocente—. Pero la cuestión es cómo lo haremos. ¿Cómo pueden cuatro indefensas mujeres deshacerse de un gato que no quiere irse?

—Podríamos darle cloroformo —sugirió Phil—. Es la forma más humana.

—¿Quién de nosotras sabe algo sobre cloroformar gatos? —preguntó Ana.

—Yo sé, querida. Es uno de mis pocos, tristemente pocos, conocimientos. En casa acabé con algunos de ese modo. Se le da al gato por la mañana un buen desayuno. Se coge una bolsa de arpillera (hay una en el porche trasero), se mete el gato dentro y luego se pone todo en una caja de madera. Después se coge una botella con dos onzas de cloroformo, se destapa y se pone debajo de la caja. Se apoya algo muy pesado sobre la tapa y se espera hasta la tarde. El gato muere mientras duerme. Sin dolor ni lucha.

—Suena fácil —dijo Ana, dudosa.

—Es fácil. Déjamelo a mí —dijo Phil.

Se buscó el cloroformo y a la mañana siguiente se procedió a la ejecución de Rusty. Éste comió el desayuno, se relamió el hocico y subió al regazo de Ana. El corazón de la muchacha le jugó una mala pasada. El pobre animal la quería y confiaba en ella. ¿Cómo podía ser cómplice de su muerte?

—Toma, llévatelo —le dijo a Phil—. Me siento como una asesina.

—Ya sabes que no sufrirá —la consoló Phil. Pero Ana ya había huido.

El hecho fatal tuvo lugar en el porche trasero. Nadie se acercó por allí ese día. Pero al atardecer Phil dijo que el gato debía ser enterrado.

—Pris y Stella deben cavar una fosa en el huerto —decretó— y Ana vendrá conmigo a ayudarme a levantar la caja. Ésa es la parte que odio siempre.

Las dos conspiradoras se acercaron de puntillas al porche. Phil alzó cautelosamente la piedra que pusiera sobre la caja. De pronto, débil pero claro, sonó dentro de la caja un inconfundible maullido.

—No… no está muerto —tartamudeó Ana, sentándose sobre los escalones.

—Debería estarlo —contestó Phil, incrédula. Otro maullido probó que no era así. Las dos muchachas se miraron.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Ana.

—¿Por qué no venís? —preguntó Stella desde el umbral—. Ya tenemos lista la fosa. ¿Qué pasa? ¿A qué viene este silencio?

¡Oh, no!, las voces de los muertos
suenan como un lejano torrente.

Citó Ana, como respuesta, señalando solemnemente la caja. La risa general quebró la tensión.

—Debemos dejarlo aquí hasta mañana —dijo Phil mientras volvía a colocar la piedra—. No ha maullado desde hace cinco minutos. Quizá los maullidos eran los de la agonía. O tal vez hemos creído escucharlos y sólo eran nuestras conciencias culpables.

Pero cuando alzaron la tapa, por la mañana, Rusty saltó alegre al hombro de Ana y comenzó a lamerle la cara afectuosamente. Nunca hubo un gato tan decididamente vivo.

—Hay un agujero en la caja —se quejó Phil—. No lo había visto. Por eso no murió. Bueno, ahora tendremos que hacerlo todo de nuevo.

—No —sentenció Ana, de pronto—. No volveremos a matar a Rusty. Es mi gato y tendréis que aceptarlo.

—Bueno, si te arreglas con tía Jamesina y Sarah —dijo Stella, con aire de lavarse las manos.

Desde entonces Rusty fue como de la familia. Dormía sobre el felpudo del porche y vivía de lo que le daban. Para la llegada de la tía Jamesina estaba gordo, lustroso y con un aspecto bastante aceptable. Pero, como el gato de Kipling, «andaba solo». Sus garras estaban siempre listas contra todos los gatos y las de todos los gatos en su contra. Uno por uno derrotó a los aristocráticos felinos de Spofford Avenue. En lo que se refiere a Ana, sólo a ella quería. Ninguna otra persona se atrevía siquiera a acariciarlo, pues recibía a quien osaba hacerlo con sonidos que equivalían a insultos.

—Son intolerables los aires que se da ese gato —dijo Stella.

—Es un lindo minino —repuso Ana, desafiante, mientras lo acariciaba.

—Bueno, no sé cómo Saráh y él podrán vivir juntos —comentó Stella, pesimista—. Las peleas de gatos en el huerto son bastante malas, pero aquí, en la sala, serán sencillamente intolerables.

La tía Jamesina llegó a su debido tiempo. Ana, Priscilla y Phil habían esperado su llegada con ciertas reservas, pero cuando llegó y se instaló en la mecedora, frente al fuego, sintieron que la adorarían.

La tía Jamesina era una viejecita con un rostro suave, pequeño y triangular; sus ojos, grandes y azules, tenían el brillo de una inextinguible juventud y parecían llenos de esperanzas, como los de las muchachas. Tenía mejillas sonrosadas y cabellos blancos como la nieve recogidos en un peinado con rizos sobre las orejas.

—Es un peinado a la antigua —dijo, mientras tejía algo color de rosa —, pero es que yo soy anticuada Y mis ropas como mis opiniones también lo son. No sostengo que sean mejores por ello. En realidad, creo que son peores. ¡Pero se soportan tan bien! Los zapatos viejos no son tan elegantes como los nuevos, pero resultan mucho más cómodos. Soy suficientemente vieja para darme el gusto con respecto a los zapatos y a las opiniones. Tengo el propósito de pasarlo bien aquí. Sé que esperan que las cuide, pero no pienso hacerlo. Son bastante mayores para saber comportarse. De modo que, en lo que me concierne —concluyó con un guiño—, pueden perjudicarse como más les plazca.

—Oh, ¿hay alguien que separe esos gatos? —rogó Stella, temblando.

La tía Jamesina había traído consigo no sólo a la gata Saráh, sino también a Joseph. Éste, explicaba, había pertenecido a una vieja amiga suya que se fuera a vivir a Vancuver.

—Ella no pudo llevárselo y me pidió que lo cuidara. No pude negarme. Es un hermoso gato; es decir, su humor es hermoso. Mi amiga le puso el nombre de Joseph porque tiene la piel de muchos colores.

Y era verdad, Joseph, como decía la disgustada Stella, parecía lleno de remiendos. Era imposible establecer el color de su piel. Tenía las patas blancas con manchas negras. Su lomo era gris con un gran manchón amarillo de un lado y negro del otro. La cola era amarilla con la punta gris. Tenía un ojo negro y otro amarillo, y un parche negro sobre uno de ellos le daba el aspecto de un facineroso. En realidad, era manso, inofensivo y de carácter sociable. A ese respecto, Joseph era como una florecilla. No saltaba, ni corría ni perseguía ratones. Y sin embargo, ni Salomón en su gloria había dormido sobre mejores cojines ni gozado de mejores manjares.

Joseph y Sarah llegaron por tren en cajones separados. Una vez en libertad, y después de haber comido, Joseph eligió el rincón y el cojín que más le gustaron y Sarah se sentó gravemente ante el fuego y se lavó la cara. Era una gata grande y pulida, de piel gris y blanca, con un aire de gran dignidad no empañado por su origen plebeyo. Había sido entregada a la tía Jamesina por su lavandera.

—La mujer se llamaba Sarah y mi marido le quiso poner el mismo nombre —explicó la tía—. Tiene ocho años y es buena cazadora. No te preocupes, Stella; Sarah nunca pelea y Joseph lo hace raras veces.

—Tendrán que luchar en defensa propia —dijo Stella.

En aquel momento entró Rusty en escena. Brincó alegremente por la habitación antes de reparar en los intrusos. Entonces se detuvo en seco y su cola se erizó. Los pelos de su lomo se transformaron en un arco desafiante; bajó la cabeza, lanzó un horrible grito de odio y se echó sobre Sarah.

El majestuoso animal había dejado de relamerse la cara y lo miraba con curiosidad. Con un despreciativo golpe de su fuerte garra detuvo el ataque. Rusty rodó por la alfombra y se levantó aturdido. ¿Qué clase de gato era aquél? ¿Saltaría otra vez o no? Sarah le volvió la espalda deliberadamente y reanudó su tarea. Rusty decidió no proseguir y desde entonces no volvió a atacar: a partir de aquel día, Sarah rigió la comunidad. Rusty nunca volvió a cruzarse en su camino.

Pero Joseph se alzó y maulló. Rusty, ardiendo por vengarse, saltó sobre él. Joseph, pacífico por naturaleza, sabía sin embargo luchar y podía hacerlo bien. El resultado se tradujo en una serie de batallas diarias entre los dos gatos, que se aprestaban a la lucha en cuanto se veían. Ana tomaba el partido de Rusty y detestaba a Joseph. Stella se desesperaba. Pero la tía Jamesina se limitaba a reír.

—Déjalos que peleen —decía, tolerante—. Dentro de un tiempo serán amigos. Joseph necesita ejercicio; se estaba poniendo muy gordo. Y Rusty tiene que aprender que no es el único gato del mundo.

Finalmente, Joseph y Rusty llegaron a un arreglo: de enemigos jurados pasaron a amigos inseparables. Dormían sobre el mismo cojín, con las garras juntas, y se lamían seriamente la cara uno al otro.

—Todos nos acostumbramos a los demás —dijo Phil—, y yo he aprendido a lavar platos y a barrer el suelo.

—Pero no necesitas hacernos creer que puedes matar gatos con cloroformo —contestó Ana, riendo.

—La culpa fue del agujero —protestó Phil.

—Fue una suerte que hubiera uno —comentó la tía Jamesina, un tanto severa—. Admito que a veces es preciso ahogar los gatos recién nacidos, pues de lo contrario se llenaría el mundo. Pero ningún gato crecido debe ser sacrificado, a menos que vacíe huevos.

—Usted no hubiese pensado muy bien de Rusty si lo hubiese visto cuando llegó —dijo Stella—. Parecía el mismo diablo.

—No creo que el diablo sea muy feo —reflexionó la tía—. No podría hacer tanto daño si lo fuera; me lo imagino más bien como un apuesto caballero.

CAPÍTULO DIECISIETE

Una carta de Davy

—Está comenzando a nevar —anunció Phil al llegar una tarde de noviembre—; todo el jardín está cubierto de preciosas estrellitas y cruces. Hasta ahora no había notado lo bonitos que son los copos de nieve. Cuando uno vive con sencillez tiene tiempo para descubrir esas cosas. Dios os bendiga por haberme abierto las puertas de este mundo. Es realmente encantador preocuparse porque la manteca vale cinco centavos más.

—¿Ha subido? —preguntó Stella, que llevaba las cuentas de la casa.

—Ha subido… y aquí la tienes. Me estoy convirtiendo en una experta en compras. Es más divertido que coquetear —concluyó Phil.

—Todo está subiendo de un modo escandaloso —suspiró Stella.

—No importa; gracias a Dios, el aire y nuestra salvación son gratuitos —dijo la tía Jamesina.

—Y también la risa —agregó Ana—. Todavía no paga impuestos; y es una suerte, porque ahora os vais a reír: voy a leer la carta de Davy. Su ortografía ha mejorado muchísimo desde el año pasado, aunque todavía pelea con los acentos, pero posee el don de escribir siempre cartas interesantes. Escuchad y divertíos, antes de que nos sepultemos en la gravedad de los estudios:

Querida Ana:

Tomo la pluma para decirte que estamos todos bien de salud y espero que tú también lo estés. Hoy está nevando un poco y Marilla dice que la Señora de los Cielos está sacudiendo sus colchones de plumas. ¿La Señora de los Cielos es la esposa de Dios, Ana? Quiero saber.

La señora Lynde ha estado muy enferma, pero ahora está mejor. La semana pasada se cayó por las escaleras del sótano. Cuando cayó se agarró del estante con todos los tarros de leche y las cacerolas, que se rompió y también se cayó e hizo un ruido magnífico. Marilla primero creyó que era un terremoto. Una de las cacerolas estaba toda abollada y la señora Lynde se golpeó las costillas. El doctor vino y le dio una medicina para fregarse las costillas pero ella se equivocó y se la tomo toda. El doctor dijo que era un milagro que no se muriera, pero no se murió y se curó las costillas. Y la señora Lynde dice que los doctores no saben nada. Pero no pudimos arreglar la cacerola y Marilla tuvo que tirarla. La semana pasada fue el día de Acción de Gracias. No tuvimos colegio y tuvimos una cena fantástica.

Comí pastel y pavo asado y torta de frutas y nueces y queso y dulce y pastel de chocolate. Marilla dijo que me iba a morir, pero no me morí. Después Dora dijo que tenía dolor de oídos, pero lo que le dolía era el estómago. A mí no.

Tenemos un maestro nuevo. Hace todo en broma. El otro día hizo que los niños de tercer grado hiciéramos una redacción sobre la clase de esposa que elegiríamos y a las niñas qué clase de marido. Se murió de risa cuando las leía. Esta es la mía. Pensé que te gustaría verla:

«LA CLASE DE ESPOSA QUE ME GUSTARÍA TENER»

Debe tener muy buenas maneras, tenerme siempre lista la comida y siempre tratarme muy bien. Debe tener 15 años. Debe ser buena con los pobres y tener limpia la casa e ir a la iglesia. Debe ser muy hermosa y tener cabello rizado. Si consigo una esposa así seré muy buen marido con ella. Creo que las esposas tienen que ser muy buenas con sus esposos. Algunas pobres mujeres no tienen ningún marido.

La semana pasada fui a White Sands, al funeral de la señora de Isaac Wright. El esposo de la muerta estaba muy triste. La señora Lynde dice que una vez el abuelo de la señora Wright robó una oveja, pero Marilla dice que no debemos hablar mal de los muertos. ¿Porqué no, Ana? Quiero saber. No hay peligro en hacerlo, ¿no es cierto?

La señora Lynde se puso furiosa el otro día porque le pregunté si había vivido en los tiempos de Noe. Yo no quería ofenderla; sólo quería saber. ¿Vivió, Ana?

E1 señor Harrison quería librarse de su perro. Una vez lo colgó pero él vivió y se puso a correr por el granero mientras el señor Harrison cavaba la fosa, y entonces volvió a colgarlo y esta vez se quedó muerto. El señor Harrison tiene un peón nuevo. Es patizambo. El señor Harrison dice que tiene los dos pies izquierdos. El peón del señor Barry es haragán. La señora Barry lo dice, pero el señor Barry dice que no es haragán exactamente, sino que piensa que es más fácil desear las cosas que hacerlas.

El cerdo premiado de la señora Andrews que ella estaba tan orgullosa se murió de un ataque. La señora Lynde dice que es un castigo por su orgullo. Pero yo creo que fue peor para el puerco. Milty Boulter ha estado enfermo. El doctor le dio una medicina que tenía un gusto horrible. Le ofrecí tomarla yo por un centavo, pero los Boulter son muy tacaños, Milty dice que prefería tomársela él y guardarse la moneda. Le pregunte a la señora Boulter como se hace para pescar un hombre y se enojó mucho y me dijo que no sabía, que nunca había pescado ninguno.

La S. F. A. va a pintar otra vez el salón. Están cansados de tenerlo azul.

Ayer vino el ministro nuevo a tomar el té. Comió tres pedazos de torta Si lo hubiera hecho yo la señora Lynde me habría llamado glotón, y él comía ligero y tragaba pedazos grandes y Marilla siempre me dice que no se debe hacer. ¿Por que los ministros pueden hacer lo que no pueden hacer los niños? Quiero saber.

No tengo nada más que contarte. Te mando seis besos, xxxxxx. Dora te manda uno; este es el de ella. x.

Tu querido amigo,

David Keith.

PD: ¿Quién es el padre del diablo, Ana? Quiero saber.

CAPÍTULO DIECIOCHO

La señorita Josephine recuerda a su amiga Ana

Cuando llegaron las vacaciones de Navidad, las muchachas de «La Casa de Patty» partieron hacia sus respectivos hogares; la tía Jamesina prefirió permanecer allí.

—No podría ir a ningún lado con tres gatos —dijo—, y no puedo dejar solas a las pobres criaturas durante tres semanas; lo haría si tuviésemos vecinos decentes que los alimentaran, pero en esta calle no viven más que millonarios. De modo que me quedaré aquí y cuidaré la casa.

Ana se fue a casa con las alegres esperanzas de costumbre, que no se cumplieron en su totalidad. Halló Avonlea azotada por el invierno más frío y tormentoso que recordaran los más ancianos habitantes. «Tejas Verdes» temblaba al azote de los vientos. Casi continuamente rugió la tormenta en aquellas desdichadas vacaciones y hasta en los mejores días soplaba sin cesar el viento huracanado. Tan pronto se secaban los caminos, la lluvia los volvía a llenar de barro y era casi imposible salir. La S. F. A. trató, en tres noches distintas, de dar una fiesta en honor de las estudiantes, pero cada vez la tormenta había sido peor y, puesto que nadie hubiera podido asistir, abandonaron la idea con gran pesar. Ana, pese a su lealtad por «Tejas Verdes», no pudo dejar de pensar en «La Casa de Patty», con su acogedor fuego, los ojos bondadosos de la tía Jamesina, los tres gatos, la alegre charla y las placenteras tardes de los viernes, cuando acudían las amistades del colegio y hablaban de todo un poco.

Ana se sintió sola; durante todas las vacaciones, Diana estuvo aprisionada en su casa con una grave bronquitis. No podía acudir a «Tejas Verdes» y era raro que Ana pudiese ir a «La Cuesta del Huerto», pues el viejo sendero que atravesaba el Bosque Embrujado estaba intransitable y el camino más largo, sobre el helado Lago de las Aguas Refulgentes, estaba en iguales condiciones. Ruby Gillis reposaba en el cementerio; Jane Andrews enseñaba en un colegio de las praderas occidentales. Desde luego, Gilbert permanecía fiel y llegaba como podía a «Tejas Verdes». Pero sus visitas no eran lo que habían sido, y Ana las temía; era desconcertante alzar los ojos en un silencio repentino y hallar las castañas pupilas de Gilbert fijas sobre ella con inequívoca expresión; y todavía era más desconcertante sorprenderse a sí misma ruborizada bajo su mirada como si… como si… bueno, era muy embarazoso. Ana deseaba hallarse en «La Casa de Patty», pues allí siempre había alguien cerca para ayudar a salir de esas situaciones. En «Tejas Verdes», Marilla se escurría hacia los dominios de la señora Lynde tan pronto como aparecía Gilbert, e insistía en llevarse con ella a los mellizos. El significado de esa actitud era inconfundible y provocaba en Ana una sensación de furia impotente.

Davy, sin embargo, se sentía completamente feliz. Soñaba con levantarse temprano para limpiar con la pala los caminos que conducían al pozo y al gallinero. Disfrutaba con los dulces de Navidad que Marilla y la señora Lynde rivalizaban en preparar para Ana y estaba leyendo, en un libro de la escuela, un cuento que le cautivaba: el héroe, que poseía la milagrosa facultad de meterse en situaciones difíciles, siempre conseguía escapar por oportunas erupciones volcánicas o por terremotos que arrastraban, en general, todos sus problemas, lo conducían hasta la gloria y la fortuna y permitían que la historia llegara a su término de la manera más feliz.

—Te digo que es un cuento maravilloso, Ana —declaró enfáticamente —. Me gusta más que los de la Biblia.

—¿Ah, sí? —dijo Ana sonriendo. Davy la contempló con curiosidad.

—No pareces sorprendida, Ana. La señora Lynde se sorprendió mucho cuando se lo dije.

—No, Davy, no me sorprende lo más mínimo. Me parece muy natural que a un niño de nueve años le guste más leer un libro de aventuras que la Biblia. Pero, cuando seas mayor, estoy segura de que comprenderás que la Biblia es un libro maravilloso.

—Algunas partes me gustan —concedió Davy—; la historia sobre José es formidable. Pero si yo hubiese sido José, no hubiera perdonado a mis hermanos. Les hubiera cortado la cabeza. La señora Lynde se enfadó mucho cuando lo dije, cerró la Biblia y dijo que nunca la leería más si hablaba así. De manera que ahora no hablo cuando la lee los domingos por la tarde; solamente pienso cosas y se las digo a Milty Boulter al otro día en el colegio. Le conté a Milty la historia de Eliseo y los osos y se asustó tanto que nunca más se rio de la calva del señor Harrison. ¿Hay muchos osos en la isla del Príncipe Eduardo, Ana? Quiero saberlo.

—No en estos tiempos —dijo Ana, con aire ausente—. ¡Oh, Dios! ¿Terminará alguna vez esta tormenta?

—Sólo Dios lo sabe —dijo Davy alegremente mientras se disponía a reanudar la lectura.

Esta vez sí que se sorprendió Ana.

—¡Davy! —exclamó, con tono de reproche.

—La señora Lynde lo dice —protestó Davy—; la semana pasada, una noche en que Marilla preguntó: «¿Se casarán alguna vez Ludovic Speed y Theodora Dix?», la señora Lynde dijo: «Sólo Dios lo sabe».

—Bueno, hizo mal en decirlo —respondió Ana, tratando de salir del paso—. Nadie tiene derecho a pronunciar su nombre en vano ni a hablar tan a la ligera, Davy. No lo repitas nunca.

—¿Ni aunque lo diga en voz baja y con seriedad, como hace el ministro?

—No; ni aun así.

—Bueno, no lo haré. Ludovic Speed y Theodora Dix viven en Middle Crafton y la señora Lynde dice que llevan cien años de noviazgo. ¿No serán pronto demasiado viejos para casarse, Ana? Espero que Gilbert no te corteje tanto. ¿Cuándo te vas a casar con él, Ana? La señora Lynde dice que es seguro que sí.

—La señora Lynde es una… —comenzó a decir Ana, irritada, pero se detuvo.

—… vieja chismosa —concluyó Davy, con calma—. Así la llaman todos. ¿Pero es seguro, Ana? Quiero saberlo.

—Eres un niño muy tonto, Davy —dijo Ana saliendo indignada de la habitación. La cocina estaba desierta y se sentó junto a la ventana a la moribunda luz del atardecer. Hacia poniente, una pálida luna de invierno se asomaba tras las nubes de color púrpura, y el azul del cielo se desvanecía; pero, por occidente, la zona dorada se hacía más brillante, como si todos los rayos de luz se concentraran en un punto; las colinas distantes, bordeadas de pinos, se destacaban nítidamente. Ana contempló los campos blancos y quietos, fríos y sin vida a la desagradable luz de aquel crepúsculo y suspiró. Se sentía muy sola y su corazón estaba triste; era poco probable que pudiera regresar a Redmond al año siguiente. La única beca para el segundo año era de poco valor pecuniario; ella no tocaría nunca el dinero de Marilla y había pocas esperanzas de ganar lo suficiente durante las vacaciones de verano.

«Supongo que tendré que abandonar el año que viene», pensó, triste, «y volver a enseñar en la escuela del distrito hasta que gane bastante para finalizar el curso; para entonces, mis compañeras ya se habrán graduado y

"La Casa de Patty" estará fuera de mi alcance. ¡Bueno! No seré cobarde. Espero que podré costearme los estudios si es necesario».

—Por ahí viene el señor Harrison —anunció Davy, antes de salir corriendo—. Espero que traiga la correspondencia. Hace tres días que no llegan cartas y quisiera saber qué andan haciendo los liberales. Soy conservador, Ana. Y te aviso que hay que andarse con cuidado con los liberales.

El señor Harrison había traído la correspondencia: había alegres cartas de Stella, Priscilla y Phil, que disiparon en un momento la tristeza de Ana. También la tía Jamesina había escrito anunciando que conservaba encendido el fuego de la chimenea, que los gatos estaban bien y que las plantas crecían magníficamente.

El tiempo ha sido muy frío —decía—, de modo que permito a los gatos dormir en la casa; Rusty y Joseph sobre el sofá de la sala y Sarah a los pies de mi cama. Me acompaña mucho su ronroneo cuando me despierto por las noches y pienso en mi pobre hija que está en el extranjero. No me preocuparía mucho si no estuviese en la India, pero dicen que allí las serpientes son horribles. Hace falta todo el ronroneo de Sarah para ahuyentar este pensamiento. Tengo confianza en todo menos en las serpientes; no me explico por qué las hizo la Divina Providencia, pues no parecen obra de Dios. Me siento inclinada a creer que son obra del diablo.

Ana dejó para el final una carta breve, escrita a máquina, suponiendo que sería de poca importancia.

Cuando la hubo leído, permaneció inmóvil y con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te ocurre, Ana? —preguntó Marilla.

—Ha muerto Josephine Barry —dijo Ana en voz baja.

—De manera que al fin ha partido. Bueno, ha estado enferma durante más de un año y los Barry esperaban esa noticia en cualquier momento. Es mejor que descanse ya, Ana, pues ha sufrido mucho. Siempre te quiso mucho.

—Me ha querido hasta el final, Marilla. Esta carta es de su abogado. Me deja un legado de mil dólares.

—Por Dios, eso es un montón de dinero —exclamó Davy—. Es la señora que estaba en la cama del cuarto de huéspedes cuando tú y Diana saltasteis encima, ¿no? Diana me lo contó todo. ¿Por eso te ha dejado tanto dinero?

—Cállate, Davy —dijo Ana suavemente. Se deslizó hasta su buhardilla con el corazón contrito, dejando a Marilla y a la señora Lynde comentando la noticia.

—¿Crees que ahora se casará Ana? —inquirió Davy ansioso—. Cuando Dorcas Sloane se casó el verano pasado dijo que si hubiese tenido dinero no se habría preocupado por un hombre, pero que vivir con un viudo con ocho hijos era mejor que vivir con una cuñada.

—Davy Keith, ten quieta la lengua —dijo severamente la señora Lynde—. Hablas en forma escandalosa para un niño, eso es.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Un interludio

—Pensar que hoy cumplo veinte años —dijo Ana a la tía Jamesina, que leía sentada en su silla favorita. Estaban solas en el salón. Stella y Priscilla habían salido a una reunión de la comisión y Phil se estaba preparando para una fiesta en las habitaciones de arriba. Ana se hallaba acurrucada sobre la alfombra con Rusty en el regazo.

—Supongo que te sentirás algo triste. Con los veinte se termina una parte muy hermosa de la vida. Estoy muy contenta de no haber salido del todo de esa época.

Ana rio.

—Usted nunca la dejará, tía. Tendrá todavía dieciocho años cuando llegue a los cien. Sí, me siento triste y un poco insatisfecha. La señorita Stacy me dijo hace mucho tiempo que a los veinte años mi personalidad estaría formada, para bien o para mal, pero yo no tengo la sensación de que haya ocurrido eso. Me parece que hay muchas lagunas en mi vida.

—Las hay en la de todos —contestó la tía alegremente—. La mía está resquebrajada en mil lugares. Tu señorita Stacy quiso decir probablemente que a los veinte años tu carácter habría tomado una u otra dirección y que seguiría desarrollándose en ese sentido. No te preocupes más, Ana. Pórtate como debes con Dios, con tus semejantes y contigo misma y trata de pasarlo lo mejor posible. Ésa es mi filosofía y siempre me ha dado buen resultado. ¿Dónde va Phil esta noche?

—A un baile; y tiene un hermosísimo vestido de seda color crema con encajes. Combina muy bien con el color bronceado de su tez.

—Hay cierta magia en las palabras «seda» y «encaje», ¿no es cierto? —dijo la tía—. Su sonido me hace sentir como si estuviera preparándome para un baile. Y seda amarilla; me hace pensar en un vestido hecho con rayos de sol. Siempre soñé con tener un vestido de seda amarilla; pero primero mi madre y luego mi marido ni querían oír hablar de eso. Lo primero que haré en cuanto llegue al cielo será conseguir un vestido como ése.

Phil bajó, entre las risas de Ana, y se contempló en el gran espejo ovalado que había sobre una pared del cuarto.

—Un espejo lisonjero es indispensable —dijo—. El de mi habitación me hace sentir mala. ¿Estoy guapa, Ana?

—¿Realmente sabes lo guapa que eres, Phil? —preguntó Ana con honesta admiración.

—Desde luego que sí. ¿Para qué, si no, existen los hombres y los espejos? Pero no es a eso a lo que me refiero. ¿Tengo bien peinados los rizos? ¿Me cae bien la falda? Y esta rosa, ¿quedaría mejor más abajo? Tengo miedo de que esté demasiado alta.

—Todo está perfecto. Y ese hoyuelo es admirable.

—Ana, hay algo tuyo que me gusta particularmente… y es tu bondad. No hay en ti una partícula de envidia.

—¿Por qué habría de ser envidiosa? —preguntó la tía Jamesina—. Puede que no sea tan hermosa como tú, pero tiene una nariz mucho más bonita.

—Lo sé —concedió Phil.

—Mi nariz ha sido siempre un consuelo para mí —confesó Ana.

—Y me gusta cómo te cae el cabello en la frente, Ana. Y ese rizo rebelde que parece estar siempre a punto de caerse es delicioso. En lo que se refiere a narices, la mía ha sido siempre una gran preocupación para mí. Sé que a los cuarenta tendrá una forma espantosa. ¿Cómo te parece que seré a los cuarenta, Ana? —inquirió Phil.

—Una señorona casada.

—No —dijo Phil mientras se sentaba cómodamente a esperar a su escolta—. Joseph, bestia bíblica, no te atrevas a subir a mi regazo. No tengo ganas de bailar con pelos de gato. No, Ana, no pareceré una matrona. Pero sin duda me casaré.

—¿Con Alee o Alonzo? —preguntó Ana.

—Supongo que con uno de ellos —suspiró Phil— si es que alguna vez puedo decidirme.

—No deberías dudar —la regañó la tía Jamesina.

—Nací indecisa, tía, y nada conseguirá hacerme sentar cabeza.

—Deberías de ser más sensata, Philippa.

—Desde luego que es mejor ser sensata —afirmó Phil— pero eso lo hace todo más aburrido. En lo que se refiere a Alee y Alonzo, si los conociera comprendería por qué es tan difícil elegir entre ellos. Los dos son igualmente agradables.

—Entonces elige a alguien que sea más agradable aún —sugirió la tía —. Ahí está ese estudiante de tercero, que es tan devoto tuyo: Will Leslie. Tiene unos ojos grandes, hermosos y dulces.

—Son demasiado dulces; parecen los de una vaca —dijo Phil con crueldad.

—¿Y qué me dices de George Parker?

—Lo único que se puede decir de él es que parece siempre recién planchado y almidonado.

—Entonces Marr Holworthy; a ése no le encontrarás defectos.

—No; podría pasar, si no fuese tan pobre. Yo debo casarme con un hombre rico, tía Jamesina. Eso y un buen aspecto son requisitos indispensables. Me casaría con Gilbert Blythe si fuera rico.

—¿Ah, sí? —preguntó Ana, algo picada.

—¿No nos gusta la idea, eh? Aunque Gilbert no nos agrada un comino —se burló Phil—. Pero no hablemos de cosas desagradables. Tendré que casarme algún día, supongo, pero alejaré ese día fatal todo lo que pueda.

—No te cases con alguien a quien no quieras, Phil, cuando llegue el momento —dijo la tía Jamesina.

—«Oh, los corazones que aman a la antigua. Están ahora pasados de moda» —citó Phil con tono de burla—. Ahí llega el coche. Me escapo. Adiós, damas anticuadas.

Cuando Phil partió, la tía Jamesina miró a Ana con seriedad.

—Esa chica es guapa, dulce y de buen corazón, pero ¿no te parece algunas veces que no está bien de la cabeza, Ana?

—Oh, no creo que sean cosas de su cabeza —dijo Ana, escondiendo una sonrisa—. Es sólo su modo de hablar.

La tía Jamesina sacudió la cabeza.

—Bueno, eso espero. Y lo espero porque la quiero. Pero no puedo comprenderla. No se parece a ninguna de las muchachas que conocí, ni a ninguna de las que yo fui.

—¿Y cuántas muchachas fue usted, tía Jimsie?

—Por lo menos media docena, querida.

CAPÍTULO VEINTE

Gilbert se decide

—¡Qué día tan aburrido! —bostezó Phil tendiéndose perezosamente sobre el sillón, después de desalojar a dos indignados gatos.

Ana dejó a un lado Las aventuras de Pickwikc. Ahora que habían concluido los exámenes de primavera, retornaba a Dickens.

—Será aburrido para nosotras —dijo, pensativa—, pero para mucha gente puede que sea un día maravilloso. Algunos estarán locos de felicidad. Tal vez hoy se está llevando a cabo una hazaña magnífica o se ha escrito un hermoso poema, o ha nacido un gran hombre. Y quizá se haya roto algún corazón, Phil.

—¿Por qué echaste a perder tus hermosos pensamientos con esa última frase, querida? —rezongó Phil—. No me gusta pensar en corazones rotos ni en nada triste.

—¿Crees que siempre podrás ignorar las penalidades de la vida?

—No, pobre de mí. ¿Acaso las ignoro ahora? Me imagino que no considerarás a Alee y a Alonzo como alegrías, cuando lo único que hacen es complicarme la existencia.

—Nunca tomas nada en serio, Phil.

—¿Por qué he de hacerlo? Ya hay personas de sobra que lo hacen. El mundo necesita gente como yo, Ana, para alegrarlo un poco. Sería un lugar terrible si todos fueran intelectuales y serios y consideraran las cosas sólo por su lado grave. Dime, Ana, ¿no ha sido más alegre la vida en «La Casa de Patty» este invierno, porque yo me encontraba aquí?

—Sí —concedió Ana.

—Y todos me quieren, hasta la tía Jamesina, que me cree un poco loca. Entonces, ¿por qué he de cambiar? ¡Oh, querida, tengo tanto sueño! Anoche estuve despierta hasta la una leyendo una escalofriante novela de fantasmas. Estaba en la cama, ¿y crees acaso que después de leerla iba a levantarme a apagar la lámpara? Pues no. Y si Stella no hubiera llegado tarde, se habría quedado encendida hasta el amanecer. Cuando oí llegar a Stella le pedí que apagara la luz. Si lo hubiera hecho yo, me habría parecido que algo me atrapaba en la oscuridad al regresar a la cama. A propósito, ¿sabes qué hará tía Jamesina este verano?

—Sí, se quedará aquí. Lo hará por esos benditos gatos, aunque ella afirma que es por evitarse el trabajo de abrir otra vez su casa y porque odia hacer visitas.

—¿Qué lees?

— Pickwick.

—Es un libro que me pone hambrienta. Habla demasiado de comida. Sus personajes parecen deslizarse entre el jamón con huevos y el ponche de leche. Después de leer Pickwick tengo que dar una vuelta por el aparador. Pensar solamente en él me da hambre. ¿Hay alguna cosa en la alacena, Reina Ana?

—Esta mañana hice pastel de limón. Puedes coger un trozo.

Phil se precipitó hacia la despensa y Ana salió a la huerta acompañada de Rusty. Era una hermosa noche de primavera. La nieve no había desaparecido del todo en el parque; el pequeño banco, entre los pinos, en el camino al puerto, todavía estaba blanquecino bajo los rayos del sol de abril. El sendero que conducía al puerto estaba lleno de barro y el aire de la noche era frío. Pero el césped crecía verde en algunos lugares, y Gilbert había hallado pálidos y perfumados madroños en un escondido rincón. Llegó del parque con las manos cargadas.

Ana estaba sentada sobre la gran piedra gris de la huerta admirando una desnuda rama de abedul que se recortaba contra el rosa pálido del atardecer con perfecta gracia y que constituía todo un poema. Edificaba un castillo en el aire, una mansión maravillosa en cuyos soleados patios y majestuosos salones flotaban perfumes arábigos y en la cual era ella reina y castellana. Cuando vio acercarse a Gilbert tuvo un sobresalto. Últimamente se las había compuesto para no encontrarse a solas con él, pero ahora nada podía hacer; hasta Rusty la había abandonado.

Gilbert se sentó a su lado y le alargó las flores.

—¿No te recuerdan el hogar y nuestras viejas excursiones de los días de colegio, Ana?

La muchacha tomó las flores y hundió su rostro en ellas.

—En este momento estoy en las tierras de Silas Sloane —exclamó impulsivamente.

—Supongo que dentro de unos días estarás allí realmente.

—No; dentro de dos semanas. Iré con Phil a Bolingbroke antes de ir a casa. Tú estarás en Avonlea antes que yo.

—No, este año no iré. Me han ofrecido un empleo en el Daily News y voy a aceptarlo.

—¡Ah! —exclamó Ana. Se preguntaba cómo sería un verano en Avonlea sin Gilbert—. Bueno —concluyó suavemente—, será muy importante para ti, supongo.

—Sí, ansiaba conseguirlo. Me ayudará mucho.

—No debes trabajar demasiado —dijo Ana, sin tener clara idea de lo que decía. Deseaba desesperadamente que apareciera Phil—. Este invierno has estudiado muy duro. ¿No es una tarde espléndida? ¿Sabes que hoy he descubierto un grupo de violetas blancas debajo de aquel viejo árbol? Me sentí como si hubiera descubierto una mina de oro.

—Tú siempre estás descubriendo minas de oro —dijo Gilbert, también con aire ausente.

—Vamos a ver si encontramos más. Llamaré a Phil y…

—Deja ahora a Phil y a las violetas, Ana —exclamó Gilbert mientras le cogía una mano y se la oprimía para que no pudiera soltarse—. Hay algo que quiero decirte.

—¡Oh, no lo digas! —pidió Ana—. No… por favor, Gilbert.

—Tengo que hacerlo. Las cosas no pueden seguir así. Ana, te amo. Tú sabes cuánto, yo… yo no puedo expresarlo con palabras. Prométeme que algún día serás mi esposa.

—Yo…, yo no puedo —exclamó Ana lastimosamente—. ¡Oh, Gilbert, lo has echado todo a perder!

—¿No te importo nada? —preguntó el joven después de una pausa mortal durante la cual Ana no se atrevió a levantar los ojos.

—No… no en ese sentido. Te quiero muchísimo como amigo. Pero no te amo, Gilbert.

—Pero puedes darme alguna esperanza de que en el futuro…

—No, no puedo hacerlo. Nunca, nunca te amaré… en ese sentido… Gilbert. No vuelvas a hablarme así nunca más.

Hubo otra larga pausa… larga, tensa; Ana tuvo por fin que levantar la vista. La cara de Gilbert tenía una palidez mortal. Y sus ojos… Ana no pudo soportarlo y desvió la mirada. Todo aquello no tenía nada de romántico. ¿Es que las declaraciones tenían que ser grotescas o… terribles? ¿Podría alguna vez olvidar el rostro de Gilbert?

—¿Hay algún otro? —preguntó por fin en voz baja.

—No… no —respondió Ana con vehemencia—. No hay ninguno, en ese sentido. Y a ti te aprecio más que a nadie en el mundo, Gilbert. Y debemos, debemos seguir siendo amigos.

Gilbert rio amargamente.

—¡Amigos! Tu amistad no me basta, Ana. Quiero tu amor… y me dices que nunca podré alcanzarlo.

—Lo siento mucho. Perdóname —fue todo lo que pudo decir Ana. ¿Dónde, dónde estaban todos los hermosos discursos que imaginara para rechazar pretendientes?

Gilbert dejó su mano suavemente.

—No hay nada que perdonar. Hubo momentos en que pensé que me querías. Me he engañado, eso es todo. Adiós, Ana.

Ana corrió a su cuarto, se sentó junto a la ventana y lloró amargamente. Sentía que había perdido algo precioso: la amistad de Gilbert. Oh, ¿por qué debía perderla así?

—¿Qué te pasa? —preguntó Phil, mientras atravesaba las tinieblas tenuemente iluminadas por la luna.

Ana no contestó. En aquel momento le habría gustado que Phil se hallara a mil kilómetros de distancia.

—Supongo que has rechazado a Gilbert Blythe. ¡Eres tonta!

—¿Te parece tonto rechazar a un hombre al que no se ama?

—No sabes reconocer el amor. Has imaginado el amor como una sensación determinada y quieres que en la vida real sea así. Vaya; es la primera cosa sensata que he dicho en mi vida; no sé cómo me las he arreglado.

—Phil —rogó Ana—, por favor, vete y déjame sola un momento. Mi mundo ha caído hecho pedazos y quiero reconstruirlo.

—¿Sin Gilbert? —preguntó Phil mientras salía.

¡Un mundo sin Gilbert! Ana repitió esas palabras una y otra vez. ¿No sería un lugar muy triste y muy solitario? Bueno, todo había sido culpa de Gilbert. Había arruinado la hermosa camaradería que los unía. Tendría que aprender a vivir sin ella.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Rosas del ayer

Los quince días que Ana pasó en Bolingbroke fueron muy agradables, descontadas las vagas puntadas de insatisfacción que llegaban junto con el recuerdo de Gilbert. Sin embargo, no tenía mucho tiempo para pensar en él. «Monte Sagrado», la hermosa propiedad de los Gordon, era muy alegre, siempre llena de amigos de Phil. Todo fue una sucesión de paseos, bailes y excursiones con Phil a la cabeza. Alee y Alonzo estaban siempre tan cercanos, que Ana se preguntaba si no tendrían otra ocupación en la vida que escoltar a Phil. Ambos eran educados y amables, y Ana no podía decidir cuál era mejor.

—Y yo que confiaba en ti para decidir con quién me casaría —protestaba Phil.

—Tienes que decidirlo tú misma. Eres una experta para determinar con quién deben casarse los demás —respondió Ana, algo sarcástica.

—¡Oh, eso es muy diferente!…

El acontecimiento más hermoso fue la visita a su casa natal, aquel pequeño lugarcito de paredes amarillas, sobre una calle lateral, con el que tantas veces soñara. Cuando llegó, en compañía de Phil, la contempló con ojos encantados.

—Es casi idéntico a lo que yo imaginaba —dijo—. No hay madreselvas en las ventanas, pero tiene un árbol de lilas frente al pórtico y cortinas de muselina. ¡Cuánto me alegro de que esté todavía pintada de amarillo!

Una señora alta y delgada abrió la puerta:

—Sí, los Shirley vivieron aquí hace unos veinte años —respondió a la pregunta de Ana—. Tenían alquilada la casa. Los recuerdo bien. Murieron ambos de fiebres malignas. Fue muy triste. Dejaron una niña que supongo que habrá muerto hace tiempo; estaba muy delicada. El viejo Thomas y su mujer se hicieron cargo de ella… como si no hubiera tenido bastante con sus hijos.

—La niña no murió —dijo Ana, sonriendo—. Soy yo.

—¡No me diga! ¡Vaya, cómo ha crecido! —exclamó la mujer como si la sorprendiera el hecho de que Ana no fuera todavía una criatura—. Deje que la mire: ahora noto el parecido. Es idéntica a su padre. También era pelirrojo. Pero en los ojos y la boca se parece a su madre. Era muy guapa.

Mi hija fue alumna suya y la adoraba. Los enterraron en la misma tumba y el Consejo Escolar levantó un monumento a su memoria por los servicios prestados. ¿Quieren pasar?

—¿Me permitiría ver la casa? —preguntó Ana con ansiedad.

—Sí, desde luego, si usted lo desea. No le llevará mucho tiempo; no hay mucho que ver. Trato de convencer a mi marido para que me haga una cocina nueva, pero él no se mueve. Ahí está la sala y arriba hay dos habitaciones. Usted nació en el cuarto del este, y yo fui a verla entonces. Recuerdo que a su madre le gustaba ver el amanecer y he oído decir que usted nació precisamente cuando amanecía, y que lo primero que vio su madre fue un rayo de sol sobre su cara.

Ana subió por la estrecha escalera y entró en la habitación con el corazón palpitante. Se sentía como si estuviera en un templo. Allí había soñado su madre en las dulces horas de la espera maternal; allí las había iluminado a ambas el rojizo sol del amanecer en el sagrado instante de su nacimiento; allí había muerto su madre. Ana miró reverentemente a su alrededor con los ojos llenos de lágrimas. Aquél fue para ella uno de los momentos sagrados de su existencia y habría de quedar grabado en su memoria para siempre.

—Parece mentira… mamá era más joven de lo que yo soy ahora cuando nací.

Cuando Ana bajó la escalera, la dueña de la casa la esperaba en el vestíbulo. Le alargó un pequeño paquete cubierto de polvo, con una cinta de color azul desteñida.

—Es un manojo de viejas cartas que encontré en un ropero cuando llegué aquí. Nunca supe lo que dicen, no curioseé en ellas, pero están dirigidas a la señorita Bertha Wills y ése era el nombre de soltera de su madre. Puede llevárselas si quiere.

—¡Oh, gracias… gracias! —exclamó Ana apretando el paquete con fuerza.

—Es todo lo que quedaba en la casa. Los muebles fueron vendidos para pagar las cuentas del médico y la señora Thomas se llevó la ropa y algunas cositas. No duraron mucho en medio de esos indios que tenía por hijos. Eran como alimañas.

—No tengo nada que perteneciera a mi madre. Nunca le agradeceré bastante que me haya dado estas cartas.

—No es nada. ¡Por Dios! Sus ojos son iguales a los de su madre. Parecía que hablaban. Su padre era más vulgar, pero muy guapo. Recuerdo que cuando se casaron, la gente decía que nunca se había visto una pareja más enamorada. ¡Pobres! No vivieron mucho, pero mientras duró fueron inmensamente felices, y eso vale mucho, me parece.

Ana deseaba llegar a su casa para leer las preciosas cartas, pero antes hizo una corta peregrinación. Fue sola hasta el rincón del cementerio de Bolingbroke donde estaban enterrados sus padres y depositó sobre su tumba un ramo de flores blancas. Luego se dirigió hacia «Monte Sagrado», se encerró en su habitación y leyó las cartas. Algunas habían sido escritas por su madre y otras por su padre. No eran muchas, doce en total, pues Walter y Bertha Shirley no se habían separado con frecuencia. Las cartas tenían el color amarillento y desvaído que da el tiempo. Sus páginas no contenían pensamientos profundos ni palabras sabias, pero estaban llenas de amor y de confianza. Manaba de ellas el suave aroma de las cosas olvidadas y traían, desde muy lejos, la imagen de los dos desafortunados amantes. Bertha Shirley había poseído el don de escribir cartas que reflejaban su exquisita personalidad y las palabras y pensamientos conservaban todavía toda su belleza y su fragancia. Las cartas eran tiernas, íntimas, sagradas. Para Ana, la más dulce era la que su madre había escrito después de nacer ella, durante una corta ausencia de su padre. Estaba llena de «noticias» sobre la pequeña, narradas con orgullo maternal. Cuan inteligente era, cuan brillante, cuan dulce. En la posdata Bertha Shirley decía:

«La quiero más que nunca cuando está dormida, y más aún cuando está despierta».

Probablemente había sido la última frase que escribiera en su vida. Por aquel entonces su fin estaba ya cerca.

—Éste ha sido el día más feliz de mi vida —dijo nuestra amiga a Phil aquella noche—. He encontrado a mis padres. Esas cartas han hecho que sean reales. Ya no soy una huérfana. Me siento como si, al abrir un libro, hubiera encontrado entre sus páginas rosas del ayer. Dulces y amadas rosas del ayer.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

La primavera y Ana regresan a «Tejas verdes»

El reflejo de las llamas bailaba sobre las paredes de la cocina de «Tejas Verdes»; el atardecer era frío y las dulces voces de la noche llegaban sutilmente a través de la ventana del este. Marilla estaba sentada junto al fuego… por lo menos su cuerpo. Su espíritu vagaba por lejanos caminos con ánimo ligero. Últimamente había perdido así más de una hora que había pensado dedicar a sus tejidos para los mellizos.

—Supongo que estoy envejeciendo —decía. Marilla había cambiado poco en los últimos nueve años. Estaba más delgada y sus rasgos se habían hecho más angulosos; brillaban más hebras grises en sus cabellos, peinados siempre con el mismo moño bien sujeto por dos horquillas (¿serían siempre las mismas?); pero su expresión era muy distinta; en sus labios danzaba un cierto aire de buen humor, sus miradas eran más suaves y amables, su sonrisa más frecuente y tierna.

Marilla recordaba toda su vida pasada: su niñez, no precisamente desdichada, pero sí llena de estrecheces; los sueños y esperanzas de su juventud, celosamente escondidos; los largos, oscuros y monótonos años de la edad madura y la llegada de Ana, la impetuosa e imaginativa criatura llena de vida, con su corazón rebosante de amor y su mundo de fantasía, que había puesto colorido, brillo y calor en su existencia. Gracias a ella, su vida había florecido como una rosa. Marilla sentía que, de sus sesenta años, sólo había vivido los nueve que siguieron al advenimiento de Ana. Y Ana llegaría a la noche siguiente, estaría pronto en casa.

Se abrió la puerta de la cocina. Marilla levantó la vista esperando encontrarse con la señora Lynde. Pero fue Ana quien apareció, con los ojos brillantes y los brazos llenos de flores.

—¡Ana Shirley! —exclamó la anciana. Por primera vez en su vida abandonaba su reserva, ante la sorpresa. Apretó a la joven y a sus flores contra su corazón, y besó con cariño los brillantes cabellos y el dulce rostro —. No te esperaba hasta mañana. ¿Cómo has venido desde Carmody?

—Andando, mi muy querida Marilla. ¿No lo hice acaso varias veces cuando iba a la Academia de la Reina? El cartero traerá mi baúl mañana; me sentí repentinamente nostálgica y quise venir un día antes. ¡Di un paseo tan hermoso en medio del crepúsculo! Crucé por el Valle de las Violetas y recogí estas flores. Huélalas, Marilla… huélalas.

Marilla se vio obligada a hacerlo, aunque estaba más interesada en la muchacha que en oler violetas.

—Siéntate, niña. Debes sentirte realmente cansada. Te traeré algo de comer.

—La luna estaba saliendo detrás de las colinas, Marilla. Y las ranas me cantaron durante todo el viaje desde Carmody. Adoro el croar de las ranas. Parece estar relacionado con mis mejores recuerdos de las noches primaverales. Siempre me acuerdo de la noche que llegué aquí cuando las oigo. ¿Se acuerda, Marilla?

—Ya lo creo —dijo ésta, con énfasis—. No me parece que pueda olvidarlo nunca.

—¡Cómo cantaban aquel año en el pantano y en el arroyo! Las oía desde mi ventana y pensaba cómo podía sonar su canto tan triste y tan alegre al mismo tiempo. ¡Oh, qué bueno es estar otra vez en casa! Redmond es espléndido y Bolingbroke delicioso, pero «Tejas Verdes» es mi hogar.

—He oído que Gilbert no vendrá este verano.

—No. —Algo en el tono de Ana hizo que Marilla la observara agudamente, pero la muchacha estaba aparentemente absorta en el arreglo de las violetas en un florero—. ¿No son preciosas? —preguntó—. El año es como un libro, ¿no le parece?, y sus páginas están escritas con violetas en primavera, con rosas en verano, con hojas de manzano en el otoño y en invierno con malvas y siemprevivas.

—¿Aprobó Gilbert sus exámenes? —insistió Marilla.

—Con sobresalientes. Fue el primero de su clase. Pero ¿dónde están los mellizos y la señora Lynde?

—Raquel y Dora en casa del señor Harrison y Davy en casa de Boulter. Me parece que aquí llega.

Davy entró, vio a Ana, se detuvo y luego se precipitó contra la joven con un alarido de gozo.

—¡Oh, Ana, qué contento estoy! Mira, he crecido cinco centímetros desde el otoño. La señora Lynde me midió hoy; y mira, Ana, mi diente delantero. Ya no está. La señora Lynde ató la punta de un cordón al diente y la otra a la puerta y luego la cerró de golpe. El diente se lo vendí a Milty por dos centavos. Él los colecciona.

—¿Y para qué los quiere? —preguntó Marilla.

—Para hacerse un collar de Jefe Indio —explicó el niño, subiendo al regazo de Ana—. Ya tiene quince, y todos le han prometido los suyos, de modo que no vale la pena que ningún otro se ponga también a juntarlos. Te digo que los Boulter son grandes negociantes.

—¿Te has portado bien? —inquirió Marilla, con severidad.

—Sí, pero ya estoy cansado de portarme bien, Marilla.

—Te cansarías mucho antes de ser malo, Davy —dijo Ana.

—Bueno, pero primero me divertiría, ¿no es cierto? Me arrepentiría después.

—El arrepentimiento no borra los pecados. ¿Te acuerdas de aquel domingo, el verano pasado, cuando faltaste a la escuela dominical? Me aseguraste entonces que no valía la pena ser malo. ¿Qué hiciste hoy con Milty?

—Pescamos y espantamos al gato y buscamos huevos y gritamos en el matorral detrás del granero de los Boulter. Allí hay un eco magnífico. Dime, Ana, ¿qué es el eco? Quiero saberlo.

—El eco es un duende maravilloso que vive muy lejos, en los bosques y las colinas, y que se ríe de la gente.

—¿Cómo es?

—Tiene cabello y ojos oscuros, pero el cuello y los brazos son blancos como la nieve. Ningún mortal puede verlo nunca. Es más veloz que un ciervo y todo lo que podemos conocer de él es su voz burlona. Puedes oír su llamada en la noche y su risa bajo las estrellas, pero no puedes verlo. Si lo sigues, vuela a las colinas y allí se ríe de ti.

—¿Es verdad, Ana? ¿O es una soberana mentira?

—Davy, ¿no tienes sentido común para distinguir un cuento de hadas de una mentira?

—Entonces, ¿qué es lo que grita desde el matorral de los Boulter? Quiero saberlo.

—Te lo explicaré cuando seas más grande. —La mención a su edad pareció dar un nuevo giro a los pensamientos del niño, pues, tras reflexionar un momento, anunció con solemnidad:

—Ana, voy a casarme.

—¿Cuándo? —preguntó la joven con igual tono.

—¡Oh, cuando crezca, por supuesto!

—¡Vaya, qué alivio! ¿Quién es la dama?

—Stella Fletcher; está en mi misma clase. Es la más guapa de todas. Si muero antes de crecer, ¿me prometes que la vigilarás?

—Davy Keith, deja de decir tonterías —exclamó Marilla, severamente.

—No son tonterías —protestó el niño, agraviado—. Es mi prometida esposa y si yo muero será mi prometida viuda, ¿no es cierto? Y no tiene un alma que la cuide, salvo su abuela, que es muy vieja.

—Ven a cenar, Ana, y no alientes a esa criatura en su absurda charla.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Paul no puede hallar a su «Gente de las Rocas»

La vida fue muy placentera aquel verano en Avonlea, aunque Ana sentía «que le faltaba algo». Ni en sus más profundas reflexiones habría admitido jamás que ese «algo» era Gilbert. Pero, al regresar sola a su casa después de las prédicas y las reuniones de la S. F. A., mientras Diana y Fred y otras parejas paseaban por los caminos iluminados por las estrellas, sentía un extraño dolor en el corazón. Gilbert no le había escrito, y ella pensaba que debería haberlo hecho. Casualmente supo que le había enviado una carta a Diana, pero no preguntó nada; y su amiga, que suponía que ella tendría informaciones directas, no hizo ningún comentario. La madre de Gilbert, una dama franca y alegre, aunque desprovista del sentido del tacto, solía preguntarle, siempre en presencia de mucha gente, si había tenido noticias de Gilbert últimamente. La pobre Ana sólo acertaba a ruborizarse horriblemente y a contestar «no muy recientemente», frase que todos tomaban como una simple escapatoria.

Aparte de todo esto, Ana disfrutó de sus vacaciones. Priscilla le hizo una visita en junio y más tarde llegaron el señor y la señora Irving, Paul y Charlotta IV, a pasar en su casa julio y agosto.

«La Morada del Eco» fue nuevamente escenario de alegría y felicidad y los ecos volvieron a resucitar las risas que repicaban bajo los abetos del viejo jardín.

La señorita Lavendar no había cambiado; estaba solamente más dulce y hermosa. Paul la adoraba, y el compañerismo que los unía era algo delicioso de contemplar.

—Pero yo no la llamo «mamá» a secas —le explicó el niño a Ana—. Ese nombre pertenece sólo a mi madre y no puedo dárselo a nadie más. Pero la llamo «mamá Lavendar» y es la persona que más quiero después de papá. Casi… casi la quiero un poquito más que a usted, señorita.

—Así es como debe ser —respondió Ana.

Paul tenía ya trece años y era alto para su edad. Su rostro y sus ojos eran tan hermosos como siempre, y su fantasía seguía siendo como un prisma que convertía en rayos multicolores lo que se reflejaba en él. Ana y el niño disfrutaban de hermosos paseos por los bosques, los campos y la playa. Nunca hubo dos «almas gemelas» como ellos.

Charlotta IV había madurado. Peinaba su cabello en un enorme moño y ya no lucía las cintas azules de otro tiempo, pero su rostro se conservaba pecoso, su nariz chata y su boca y su sonrisa eran tan amplias como siempre.

—¿No le parece que hablo con acento yanqui, señorita Shirley? ¿No es cierto, señora? —preguntó ansiosamente.

—No lo he notado, Charlotta.

—Me alegro. En casa dicen que sí, pero creo que es sólo por ofenderme. No quiero tener acento yanqui. No es que tenga nada contra ellos, señorita Shirley, señora; son realmente civilizados. Pero a mí, que me den la isla del Príncipe Eduardo.

Paul pasó los primeros quince días en casa de su abuela. Ana estaba allí esperándolo cuando llegó y advirtió que estaba ansioso por ir a la playa, en la que estarían Nora, la Dama Dorada y los Mellizos Marineros. Apenas pudo dominar su impaciencia mientras comía. ¿Podría ver el travieso rostro de Nora mirándole desde el otro lado del cabo mientras esperaba ansiosamente su llegada? Pero fue un Paul triste el que vio regresar de la playa a la hora del crepúsculo.

—¿No hallaste tu Gente de las Rocas, Paul? —preguntó Ana. Paul sacudió tristemente sus rizos castaños.

—Los Mellizos Marineros y la Dama Dorada no aparecieron. Nora estaba… pero ya no es la misma, señorita. Ha cambiado.

—¡Oh, Paul! Eres tú el que ha cambiado. Ya estás muy crecido para la Gente de las Rocas. Ellos sólo quieren jugar con niños. Mucho me temo que los Mellizos Marineros ya no vendrán a buscarte en su bote encantado con velas de luz de luna. Y la Dama Dorada no tocará más para ti en su arpa de oro. La misma Nora no se te aparecerá mucho tiempo más. Debes pagar tu tributo por crecer, Paul. Debes abandonar el país de las hadas.

—Dicen ustedes más tonterías que de costumbre —exclamó la señora Irving, mitad indulgente, mitad severa.

—¡Oh, no! —dijo Ana sacudiendo la cabeza—. Lo que pasa es que nos estamos volviendo muy sensatos; y es una pena. No somos ni la mitad de interesantes en cuanto aprendemos que el lenguaje nos ha sido dado para esconder nuestros pensamientos.

—Pero es que no es así; sirve para que los expresemos —dijo la señora Irving con seriedad. Nunca había leído a Talleyrand y no entendía de epigramas.

Ana pasó quince apacibles días en «La Morada del Eco»; eso había contribuido en cierto modo a la solución del problema personal Ludovic Speed y Theodora Dix. También había estado allí un viejo amigo de los Irving, Arnold Sherman, cuya presencia había hecho aún más agradable la estancia.

—¡Qué bien lo he pasado! —dijo Ana a la señorita Lavendar—. Me siento nueva. Dentro de quince días estaré en Kingsport, y Kingsport significa Redmond y «La Casa de Patty». Tendría que verla; es el lugar más adorable de la tierra. Me siento como si tuviera dos hogares: «Tejas Verdes» y «La Casa de Patty». Pero ¿qué se ha hecho del verano? Parece que fue ayer cuando llegué a casa con los brazos llenos de flores. Cuando era pequeña el verano se me hacía interminable; ahora «es como un suspiro, como una fábula».

—Ana, ¿sigues siendo tan amiga de Gilbert Blythe como antes?

—Más que nunca, señorita Lavendar.

Ésta sacudió la cabeza.

—Noto que algo anda mal, Ana, y voy a ser impertinente: ¿Os habéis peleado?

—No; lo que pasa es que Gilbert quiere algo más que mi amistad, y yo no puedo dárselo.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Pues lo siento muchísimo.

—Me pregunto por qué todo el mundo parece creer que debo casarme con Gilbert Blythe —exclamó la joven con petulancia.

—Pues porque estáis hechos el uno para el otro, Ana. Por eso. No sacudas la cabeza. Es la verdad.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Aparece Jonás

Prospect Point, 20 de agosto.

Querida Ana —escribía Phil—: tengo que hacer un esfuerzo terrible para tener los ojos abiertos lo suficiente para poder escribirte. Te he olvidado este verano, querida, así como a todos mis corresponsales. Debo contestar un montón de cartas, de modo que sacaré fuerzas de gordura y seguiré adelante. Perdona el error en la metáfora. Tengo un sueño terrible. Anoche, mi prima Emily y yo estuvimos de visita en casa de unos vecinos. Había allí otras visitas y tan pronto como aquellas infortunadas criaturas dejaron la casa, la anfitriona y sus tres hijas las criticaron hasta cansarse. Yo sabía que otro tanto ocurriría con nosotras en cuanto nos fuéramos. Cuando llegamos a nuestro hogar, la señora Lilly nos informó que el sirviente de las vecinas parecía tener escarlatina; de ella se pueden esperar siempre noticias alegres como ésa. Tengo pánico a la escarlatina. Me acosté pensando en ella, y casi no pude dormir. Me revolví en la cama, soñé cosas horribles las pocas veces que dormité un poco, y a las tres desperté con fiebre, dolor de garganta y una horrible jaqueca. Supe que tenía escarlatina; me levanté, muerta de miedo, busqué en el libro de medicina casera de la prima Emily la lista de síntomas, y comprobé que los tenía todos. De modo que volví a la cama y, sabiendo ya lo peor, dormí el resto de la noche como un tronco. (Nunca he comprendido por qué un tronco tiene que dormir más profundamente que cualquier otra cosa, pero eso no viene al caso). Esta mañana me sentía perfectamente, de modo que no es posible que haya tenido escarlatina. Supongo que, de haberme contagiado anoche, la enfermedad no se hubiera desarrollado con tanta rapidez. Claro que piensa uno en esas cosas a la luz del día, pero a las tres de la madrugada no razona nadie con mucha lógica.

Supongo que te preguntarás qué estoy haciendo en Prospect Point. Bueno, siempre me ha gustado pasar un mes de verano en la costa y papá insistió en que viniera a la «selecta hostería» de mi prima segunda Emily, en Prospect Point. De modo que hace un par de semanas hice mi viaje de costumbre. Como siempre, el viejo «tío Mark Miller» me trajo desde la estación en su antiguo carricoche, con su caballo para todo servicio, como lo llama. Es un buen viejecito y me dio un puñado de caramelos de menta. Las mentas me han parecido siempre unos caramelos casi sagrados, seguramente porque la abuela Gordon me los daba siempre en la iglesia cuando yo era niña. Una vez, refiriéndome al olor que tienen, le pregunté si era «olor de santidad». No me gusta comer los caramelos del tío Mark porque los lleva sueltos en el bolsillo y tengo que separarlos de un par de clavos oxidados y algunas otras cosas antes de poder llevármelos a la boca. Pero no quise herir sus sentimientos y los fui dejando caer en el camino poco a poco. Cuando me hube desprendido del último, el tío me dijo, un poco regañón: «Usté no debe comérselas 'e un golpe, señorita Phil. Le va'doler la barriga».

La prima Emily tiene sólo cinco huéspedes, sin contarme a mí: cuatro señoras mayores y un joven. Mi vecina de la derecha es la señorita Lilly. Es una de esas personas que encuentran gran placer en hablar detalladamente de sus dolores y enfermedades. No se puede mencionar ninguna dolencia sin que diga, sacudiendo la cabeza: «¡Ah, yo sé muy bien lo que es eso!» y sin que empiece a enumerar los detalles. Jonas dice que una vez le habló de ataxia locomotriz en el oído y ella contestó que bien sabía qué era eso; que lo había padecido durante diez años y que un curandero la había curado.

¿Quién es Jonas? Espera un poco, Ana Shirley. Ya sabrás de Jonas a su debido tiempo. No se le puede mezclar con ancianas estimables.

Mi vecina de la izquierda, en la mesa, es la señorita Phinney. Siempre habla con voz nerviosa y apesadumbrada; uno teme que se eche a llorar en cualquier momento. Te da la impresión de que la vida es para ella un valle de lágrimas y que una sonrisa, para no hablar de la risa, es una frivolidad reprensible. Tiene de mí una opinión peor que la tía Jamesina y, al contrario que ésta, ningún afecto para compensarla.

En la esquina de la mesa se sienta la señorita María Grimsby. El día en que llegué le comenté que parecía que iba a llover, y la señorita María rio. Dije que el camino hasta la estación era muy bonito y la señorita María rio. Dije que aún quedaban algunos mosquitos y la señorita María rio. Dije que Prospect Point estaba tan hermoso como siempre y la señorita María rio. Si dijese a la señorita María: «Mi padre se ha ahorcado, mi madre ha tomado veneno, mi hermano está en la cárcel y yo estoy en las últimas a causa de la tisis», la señorita María reiría. No puede evitarlo. Nació así; pero es algo verdaderamente lamentable.

La quinta dama es la señora Grant. Es una viejecita encantadora, pero, como solamente habla bien de todo el mundo, los diálogos con ella son poco interesantes.

Y ahora le toca el turno a Jonás, Ana.

El primer día vi en la casa a un joven sentado frente a mí, sonriéndome como si me conociese desde la cuna. Sabía, por habérmelo dicho el tío Mark, que su nombre era Jonás Blake, que estudiaba teología en St. Columba y que se había hecho cargo de la iglesia misional de Prospect Point durante ese verano.

Es un joven muy feo; realmente, el joven más feo que he visto. Tiene una silueta desgarbada, piernas absurdamente largas, cabello rojo y lacio, ojos verdes, boca grande y orejas… bueno, prefiero no pensar en ellas mientras pueda evitarlo.

Tiene una hermosa voz (con los ojos cerrados es adorable) y, ciertamente, tiene un alma buena y un carácter amable.

Nos hicimos amigos en seguida. El hecho de haberse graduado en Redmond contribuyó a unirnos desde luego. Paseamos y remamos juntos y caminamos por la arena a la luz de la luna. Bajo esa luz no parecía tan feo; y era muy amable. En realidad, él desparrama amabilidad. A las viejas, con excepción de la señora Grant, no les gusta Jonás porque se ríe y hace bromas y porque, evidentemente, prefiere la compañía de una chica frívola como yo a la de ellas.

Por alguna extraña razón, Ana, no quiero que él me juzgue frívola, y eso es ridículo. ¿Por qué me ha de interesar qué opina de mí un señor de pelo colorado llamado Jonás, a quien nunca había visto antes?

El sábado pasado Jonás predicó en la iglesia del pueblo. Fui, desde luego, pero no pude convencerme de que era él el predicador. La idea de que era un ministro, o de que iba a convertirse en tal en el futuro, me parecía una broma.

Bueno, Jonás predicó. Y cuando llevaba diez minutos predicando comencé a sentirme tan pequeña, tan pequeña, que pensé que nadie podría verme a simple vista. Jonás no dijo una sola palabra sobre las mujeres y no me miró ni una vez. Pero en aquel instante comprendí que yo era una mariposa frívola, de alma vacía, digna de lástima y terriblemente distinta de la mujer ideal de Jonás… Ella habría de ser grande, fuerte y noble. ¡Él era tan honesto, tierno y veraz! Todo lo que un ministro debía ser. Me pregunté cómo había podido considerarle feo alguna vez (en realidad lo es), con esos ojos inspirados y esa frente de intelectual que ocultaban durante la semana los revueltos cabellos.

Fue un sermón espléndido, que me hubiese gustado seguir escuchando eternamente, pues me habría hecho sentir muy feliz. ¡Oh, me gustaría ser como tú, Ana!

É1 me alcanzó en el camino, de regreso a casa, y me sonrió tan alegremente como de costumbre. Pero su sonrisa no me engañaría nuevamente. Había visto al verdadero Jonás. Pensé si él podría ver alguna vez a la verdadera Phil, a la que nadie, ni siquiera tú, ha visto aún.

— Jonás —dije, olvidando llamarle señor Blake. Fue horrible, pero hay ocasiones en que poco importan cosas así—, Jonás, ha nacido para ministro. No podría ser otra cosa.

—No, no podría —dijo con sencillez—. Traté de ser otra cosa durante largo tiempo; no quería ser ministro. Pero finalmente llegué a convencerme de que ésa era la misión que me había sido encomendada y, con la ayuda de Dios, trataré de cumplirla.

Su voz era baja y reverente. Pensé que él haría seguramente su trabajo y que lo haría bien y con nobleza; ¡feliz de la mujer capacitada para ayudarlo! Ella no sería una pluma llevada por los vientos de la fantasía. Ella sabría qué sombrero ponerse. Probablemente tendría uno solo, pues los ministros no suelen ser ricos. Pero no le importaría no tener más que un solo sombrero, o no tener ninguno, porque tendría a Jonás.

Ana Shirley, no te atrevas a pensar, a sospechar y mucho menos a afirmar que me he enamorado del señor Blake. ¿Podría importarme a mí un teólogo pobre, feo y pelirrojo llamado Jonás? Como dice el tío Mark: «es imposible y, lo que es más, improbable».

Buenas noches.

PD: Es imposible, pero tengo un miedo terrible de que sea verdad. Me siento feliz, desolada y temerosa. Sé que nunca podrá mantenerme. ¿Crees que podré convertirme alguna vez en la aceptable esposa de un ministro? ¿Esperará la gente que yo dirija las oraciones?

CAPÍTULO VEINTICINCO

Aparece el príncipe encantado

—No sé si salir o quedarme en casa —dijo Ana, mirando por una de las ventanas de «La Casa de Patty» los distantes pinos del parque—. Tengo toda la tarde disponible para dedicarla al hermoso placer de no hacer nada, tía Jamesina. ¿La pasaré aquí, junto al hogar, con un plato de bizcochos, tres gatos ronroneantes y armoniosos y los implacables perros de porcelana con narices verdes? ¿O me marcharé al parque a disfrutar de las arboledas grises y del agua plateada que salpica las rocas del puerto?

—Si yo tuviera tus años me decidiría por el parque —dijo la tía Jamesina mientras golpeaba la oreja amarilla de Joseph con una aguja de tejer.

—Usted es tan joven como cualquiera de nosotras, tía.

—Sí, de espíritu. Pero admito que mis piernas no son como las vuestras. Ve a tomar un poco de aire fresco, chiquilla. Últimamente te has puesto un poco pálida.

—Creo que lo haré. Hoy no me siento con ánimo para los placeres domésticos. Quiero sentirme sola y libre. El parque estará vacío, pues todos han ido a ver el partido de fútbol.

—¿Por qué no fuiste tú también?

—Porque nadie me invitó. Bueno, el detestable Dan Ranger lo hizo, pero con él no iría a ningún lado. No quise herir sus sentimientos y le dije que no pensaba asistir al partido. Pero no importa; hoy no tengo ánimos para eso.

—Ve a tomar un poco de aire fresco —repitió tía Jamesina—, pero lleva el paraguas porque parece que va a llover. Me duele la pierna.

—Sólo las personas de edad tienen reumatismo, tía.

—Cualquiera puede tener reumatismo en una pierna, Ana; pero sólo los ancianos lo padecen en el alma. Gracias a Dios, yo no. Cuando sientas reumatismo en el alma ya puedes ir a buscarte el ataúd.

Corría noviembre, el mes de los crepúsculos púrpuras, la despedida de los pájaros, los tristes himnos del mar y el canto del viento entre los árboles. Ana caminó por el sendero bordeado de pinos del parque y dejó que el viento barriera las nieblas de su alma. No quería preocuparse por ellas, y sin embargo, desde su vuelta a Redmond, la vida no se había reflejado en su espíritu con aquella antigua y perfecta claridad.

En apariencia, la vida en «La Casa de Patty» era la de siempre: trabajo, estudio y diversión. Los viernes por la tarde el amplio salón se colmaba de visitantes y en él flotaban las bromas y las risas, mientras la tía Jamesina sonreía con beatitud. El «Jonás» de la carta de Phil llegaba a menudo en el primer tren de St. Columba y partía en el último. Era el favorito de todos en «La Casa de Patty», aunque la tía Jamesina sacudía la cabeza y afirmaba que los estudiantes de teología no eran ya como antes.

—Es muy agradable, querida —le dijo a Phil—, pero los ministros deben ser más serios y dignos.

—¿No puede un hombre reír y ser también un buen cristiano?

—¡Oh, un hombre sí! Pero yo hablo de ministros, querida. Y tú no deberías coquetear de ese modo con el señor Blake; realmente, no deberías hacerlo.

—No coqueteo con él —protestó Phil. Nadie la creía, excepto Ana. Pensaban que se estaba divirtiendo como de costumbre y le reprochaban su comportamiento.

—El señor Blake no es del tipo de los Alee y Alonzo, Phil —le dijo Stella con severidad—. Debes tomarlo en serio o destrozarás su corazón.

—¿Crees que podría destrozarlo? ¡Oh, Stella, me encantaría creerlo!

—¡Philippa Gordon! Nunca sospeché que carecieras por completo de sentimientos. ¿Cómo puedes decir que te encantaría romper el corazón de un hombre?

—No dije eso, encanto. Escúchame correctamente. Dije que me encantaría creer que podría hacerlo.

—No te entiendo, Phil. Estás manejando a ese hombre deliberadamente; y sabes que no conseguirás nada con ello.

—Tengo intención de hacer que me pida en matrimonio, si puedo —dijo Phil con calma.

—Renuncio a entenderte.

Gilbert concurría ocasionalmente en las tardes de los viernes. Siempre parecía de buen humor y tomaba parte en las bromas y ocurrencias de los demás. Ni buscaba ni evitaba a Ana. Cuando las circunstancias los reunían le hablaba amable y cortésmente, como si la conociera desde hacía poco tiempo. La vieja amistad había desaparecido por completo. Ana lo lamentaba profundamente, pero se decía a sí misma que estaba muy contenta de que Gilbert se hubiera repuesto tan pronto de su desilusión. Había temido que la tarde de abril en la huerta hubiese dejado en él heridas incurables, pero vio que se había preocupado en vano. Muchos hombres han muerto y han sido devorados por los gusanos, pero no por amor, y Gilbert, por lo visto, no parecía correr ese riesgo. Disfrutaba de su existencia y parecía estar lleno de ambiciones y deseos de vivir. Para él no valía la pena preocuparse porque una mujer fuera rubia y fría. Mientras lo oía bromear con Phil, Ana se preguntaba si el brillo de sus ojos, cuando ella rechazara su amor, no había sido simplemente algo imaginario.

No faltaban chicos que hubieran ocupado con mucho gusto el lugar que Gilbert dejara vacante; Ana los desairaba correcta pero firmemente. Si el Príncipe Encantado no aparecía, tampoco pensaba conformarse con un sustituto. Así razonaba aquel día gris en el parque, mientras soplaba el viento.

Repentinamente, la lluvia que pronosticara la tía Jamesina comenzó a caer con extraordinaria fuerza. Ana abrió su paraguas y corrió cuesta abajo. Al doblar el camino del puerto, una fuerte ráfaga de viento se ensañó con ella y dio la vuelta a su paraguas. La chica lo agarró con desesperación. Y entonces… una voz cercana dijo:

—¿Me permite ofrecerle el amparo de mi paraguas?

Ana miró. Era alto, elegante y de porte distinguido; tenía oscuros y melancólicos ojos, voz suave y musical; sí, el héroe de sus sueños se hallaba ante ella. No podía haber sido más idéntico a su ideal de haberlo hecho a medida.

—Gracias —dijo, confundida.

—Será mejor que corramos hasta ese pequeño pabellón —sugirió el desconocido—. Podremos esperar allí hasta que amaine la tormenta. No es probable que continúe lloviendo así mucho tiempo más.

Las palabras eran comunes, pero ¡el tono! ¡Y la sonrisa que las acompañó! Ana sintió que su corazón latía de un modo extraño.

Se dirigieron juntos hasta el pabellón y se sentaron al amparo de su techo acogedor. Ana empuñó su paraguas mientras reía.

—Cuando mi paraguas se dio la vuelta me convencí de que hay una especie de depravación en las cosas inanimadas —dijo alegremente.

Las gotas de lluvia brillaban como estrellas entre sus cabellos y sus despeinados rizos caían sobre su rostro y su cuello. Ardían sus mejillas y sus grandes ojos resplandecían. Su compañero la observó con admiración. Ante su mirada, Ana sintió que se ruborizaba. ¿Quién sería? En la solapa llevaba el distintivo blanco y rojo de Redmond. Ella creía conocer, aunque fuera sólo de vista, a todos los estudiantes, salvo los «novatos», y su compañero con toda seguridad no lo era.

—Veo que somos condiscípulos —dijo él, observando con una sonrisa el distintivo de Ana—. Eso basta para presentarnos. Mi nombre es Royal Gardner. Y usted es la señorita Shirley, que leyó el ensayo sobre Tennyson la otra tarde en «Los Amigos del Saber», ¿no es cierto?

—Sí; pero a usted no puedo situarlo —dijo Ana—. Por favor, ¿adónde pertenece usted?

—Me siento como si aún no perteneciera a ninguna parte. Hace un par de años aprobé dos cursos en Redmond. Después estuve en Europa, de donde he regresado para terminar el curso.

—Éste es también mi tercer año aquí.

—De modo que no sólo somos condiscípulos, sino también compañeros de curso. Esto me reconcilia con los años que perdí —comentó su compañero, expresando todo un mundo de cosas con la mirada de sus magníficos ojos.

Durante casi una hora más continuó lloviendo con la misma intensidad. Pero el tiempo pasó volando. Cuando las nubes se abrieron para dar paso a un pálido rayo de sol de noviembre que iluminó tenuemente el puerto y los pinos, Ana y su compañero partieron rumbo a «La Casa de Patty». Al llegar al pórtico, Roy pidió permiso para visitarla, y le fue concedido. Ana entró con las mejillas llameantes y el corazón latiéndole con fuerza. Rusty trepó a su regazo y trató de besarla, pero sólo halló una acogida un tanto fría. Ana, con el alma llena de románticos estremecimientos, no tenía tiempo que perder con mininos desorejados.

Esa noche llegó a «La Casa de Patty» un mensajero que traía una caja para la señorita Shirley. Contenía una docena de magníficas rosas, y Phil, después de curiosear con impertinencia, cogió la tarjeta que las acompañaba y leyó la poética nota y la firma.

—¡Royal Gardner! —exclamó—. ¡Vaya, Ana, no sabía que lo conocieras!

—Lo conocí esta tarde en el parque en medio de la lluvia —respondió la joven apresuradamente—. Mi paraguas se dio la vuelta y él me cobijó bajo el suyo.

—¡Ah!, ¿y ese incidente tan vulgar justifica el envío de una docena de rosas de larguísimo tallo con una nota romántica? ¿Y es razón para que te ruborices cual cándida doncella al leer la nota? Ana, el rostro traiciona nuestros más íntimos pensamientos.

—No digas tonterías, Phil. ¿Conoces al señor Gardner?

—Conozco a sus dos hermanos, y tengo referencias de él, como cualquier persona que pertenezca a la sociedad de Kingsport. Los Gardner figuran entre la gente más rica y distinguida. Roy es adorablemente guapo e inteligente. Hace dos años su madre se puso enferma y él tuvo que dejar los estudios para acompañarla al extranjero; su padre murió hace tiempo. Tiene que haber lamentado mucho abandonar la universidad, pero dicen que se portó magníficamente. ¡Ay, ay, ay!, Ana… Huelo romance. Hasta yo te envidio, aunque no demasiado. Después de todo, Roy Gardner no es Jonás.

—¡Tonta! —exclamó Ana altivamente. Pero aquella noche permaneció despierta durante largas horas. Su fantasía danzaba por el maravilloso país de la ilusión. ¿Había llegado por fin el Príncipe Encantado? Al recordar los soñadores ojos oscuros que tan profundamente se miraran en los suyos, Ana se sentía inclinada a creer que sí.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Aparece Christine

Las chicas de «La Casa de Patty» se estaban vistiendo para la recepción que los estudiantes de segundo año daban a los de tercero, en febrero. Ana se miró en el espejo del cuarto azul con juvenil satisfacción. Tenía puesto un vestido particularmente bonito. Había sido antes un simple vestido de gasa con un viso de seda de color crema. Pero Phil había insistido en llevárselo en las vacaciones de Navidad para bordarle capullos de rosas en la gasa. Los dedos de la muchacha eran diestros y el resultado fue un vestido que era la envidia de las chicas de Redmond. Hasta Allie Boone, cuyos vestidos llegaban de París, miraba con ojos de deseo las hermosas rosas del traje de Ana mientras bajaba la escalera principal de Redmond.

Ana estaba probando el efecto de una orquídea blanca sobre sus cabellos. Roy Gardner le había enviado orquídeas blancas para la fiesta y ella sabía que ninguna otra muchacha de Redmond podría lucirlas en esa ocasión. Phil entró en aquel momento.

—Ana, estás más hermosa que nunca. Nueve veces de cada diez puedo sobrepasarte. Pero en la décima floreces de tal forma que me eclipsas completamente. ¿Cómo te las arreglas?

—Es el vestido.

—No. La última noche que llameó tu belleza llevabas la vieja blusa de franela que te hizo la señora Lynde. Si Roy no estuviera ya loco por ti, esta noche caería. Pero no me gusta cómo te quedan las orquídeas, Ana. No, no son celos. Las orquídeas no te van. Son demasiado exóticas, demasiado tropicales, demasiado insolentes. De todos modos, no te las pongas en el cabello.

—Bueno, no lo haré. Admito que no me gustan las orquídeas y creo que no me sientan bien. Roy no me las envía a menudo; sabe que me gustan las flores que se pueden llevar todos los días. Las orquídeas son sólo para ocasiones especiales.

—Jonás me envió unos hermosos capullos de rosa, pero él no vendrá. ¡Dijo que tenía que dirigir unas rogativas públicas en los barrios bajos! Creo que no quería venir. Ana, tengo miedo de no importarle un comino. Y estoy tratando de decidir si me consumiré hasta morir de dolor o si terminaré los estudios, como una mujer sensata y útil.

—Tú no tienes posibilidad de ser sensata y útil, Phil, de manera que será mejor que te consumas hasta morir —dijo Ana con crueldad.

—¡Qué despiadada!

—¡Phil, tonta! Sabes bien que Jonás te quiere.

—Pero… es que no me lo dice. Y no puedo hacer que se decida. Admito que parece quererme. Pero eso de hablarme-con-los-ojos no es razón suficiente para ponerse a preparar el ajuar. No quiero empezar tales tareas hasta estar comprometida. Sería tentar al destino.

—El señor Blake tiene miedo de pedirte que te cases con él, Phil. Es pobre y no puede ofrecerte una casa como la que siempre has tenido. Bien sabes que ésa es la única razón por la cual no te ha hablado ya.

—Supongo que es así —asintió Phil, tristemente—. Bueno —agregó, con tono más alegre—, si él no me lo pide se lo pediré yo, de modo que todo saldrá bien. No hay por qué preocuparse. A propósito, a Gilbert Blythe se le suele ver con Christine Stuart. ¿Lo sabías?

Ana estaba tratando de prenderse una cadenita al cuello y encontró de pronto que el cierre era difícil de manejar. ¿Era el mecanismo o eran sus dedos?

—No —dijo—. ¿Quién es Christine Stuart?

—La hermana de Ronald Stuart. Está en Kingsport estudiando música. No la he visto, pero dicen que es muy bonita y que Gilbert está bastante chiflado por ella. Me enfadé cuando le diste calabazas a Gilbert, Ana. Pero Roy Gardner fue hecho de encargo para ti. Ahora puedo verlo. Tenías razón, después de todo.

Ana no se ruborizó, como le sucedía siempre que daban por segura su boda con Roy Gardner. De improviso se sintió ofuscada. La conversación con Phil le pareció trivial y la recepción un aburrimiento. Dio un tirón de orejas al pobre Rusty.

—¡Sal de ese cojín, estúpido gato! ¿Por qué no te quedas en tu lugar?

Cogió sus orquídeas y bajó al salón, donde la tía Jamesina cuidaba los abrigos puestos a templar frente al fuego. Roy Gardner esperaba a Ana jugando con Sarah. Ésta no lo recibía con agrado y le daba siempre la espalda cuando llegaba. Pero el resto de habitantes de «La Casa de Patty» lo querían. La tía, conquistada por su infalible y deferente cortesía y por los tonos de su deliciosa voz, declaró que era el mejor joven que conociera y que Ana era muy afortunada. La forma en que Roy cortejaba a Ana era tan romántica como pudiera desear cualquier corazón femenino, pero… en el fondo deseaba que la tía Jamesina y las chicas no consideraran las cosas como definitivas. Cuando Roy le murmuró al oído un poético cumplido mientras la ayudaba a ponerse el abrigo, no se ruborizó ni se estremeció, como de costumbre, y él la encontró algo callada en la corta caminata que hicieron hasta Redmond. Roy pensó que parecía algo pálida cuando regresó de retocarse, pero en cuanto entró en el salón de baile los colores y la risa retornaron de pronto. Se volvió hacia Roy con su más alegre expresión. Él le devolvió la sonrisa, aquella sonrisa «profunda y aterciopelada», como decía Phil. Y sin embargo, no era a Roy a quien ella veía. Tenía absoluta conciencia de que Gilbert estaba de pie, al otro lado de la habitación, hablando con una chica que debía de ser Christine Stuart.

Christine era muy guapa, con un tipo majestuoso, destinada a volverse algo corpulenta cuando llegase a la plena madurez. Era alta, con grandes ojos azul oscuro, rasgos marfileños y suaves cabellos negros.

«Tiene toda la apariencia que yo he deseado para mí», se dijo Ana, sintiéndose la criatura más miserable de la tierra. «Piel de pétalo de rosa, ojos como estrellas, cabellos de color de ala de cuervo… sí, lo tiene todo. ¡Merecería llamarse Cordelia Fitzgerald! Pero no creo que su figura sea tan bonita como la mía; y su nariz es muy inferior».

Esta conclusión consoló un poquito a la pobre Ana.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Se cambian confidencias

Aquel invierno, el mes de marzo llegó trayendo días secos y dorados que se disolvían en un frío crepúsculo rosado y se perdían gradualmente en un ensueño de luna.

Sobre las moradoras de «La Casa de Patty» se cernía la sombra de los exámenes de abril. Estudiaban con ahínco y Phil se sumergía en textos y cuadernos con inesperada tenacidad.

—Obtendré la beca Johnson de matemáticas —anunció tranquilamente —. Podría ganar con facilidad la de griego, pero he optado por las matemáticas para demostrar a Jonás que soy muy inteligente.

—A Jonás le gustan más tus grandes ojos castaños y tu sonrisa que toda la inteligencia que puedas tener bajo los rizos —dijo Ana.

—En los tiempos en que yo era joven no se consideraba femenino saber matemáticas —opinó la tía Jamesina—, pero los tiempos han cambiado, no sé si para bien o para mal. ¿Sabes cocinar, Phil?

—No; nunca he cocinado nada, excepto un pan de jengibre, que fue un fracaso, salió aplastado en el centro e hinchado en los bordes. Dígame, tía, ¿no cree que la inteligencia que me permitirá ganar la beca de matemáticas también me ayudará muchísimo para aprender a cocinar en cuanto me lo proponga?

—Es posible —concedió la tía con cautela—. No combato la alta educación femenina; mi hija se ha graduado en artes y también sabe cocinar. Pero yo le enseñé antes de que el profesor de la escuela le enseñara matemáticas.

A mediados de marzo llegó una carta de la señorita Patty Spofford en la que comunicaba que su sobrina y ella habían decidido permanecer otro año en el extranjero. «De modo que pueden permanecer en "La Casa de Patty" durante el próximo invierno. María y yo vamos a invadir Egipto. Quiero ver la Esfinge antes de morir».

—Imaginad a esas dos damiselas ¡«invadiendo Egipto»! Quisiera saber si se pondrán a tejer mientras contemplan la esfinge —rio Priscilla.

—¡Estoy tan contenta de que podamos quedarnos otro año en «La Casa de Patty»! —dijo Stella—. Tenía miedo de que se les ocurriera regresar. Entonces nuestro hermoso nidito se destruiría y nosotras, pobres pichonas, seríamos arrojadas nuevamente al mundo cruel de las pensiones.

—Voy a dar un paseo por el parque —anunció Phil mientras arrojaba a un lado el libro—. Creo que cuando llegue a los ochenta me alegraré de haber dado esta noche un paseo por el parque.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ana.

—Ven conmigo y te lo diré.

Durante su paseo pudieron captar todo el misterio y la magia de un atardecer de marzo. Era un crepúsculo tranquilo y muy suave, envuelto en un gran silencio, un silencio que, sin embargo, estaba matizado por mil pequeños sonidos argentinos que se podían percibir tanto con el alma como con los oídos. Las dos amigas vagaron por un largo sendero bordeado de pinos que parecía conducir directamente al corazón del rojizo atardecer invernal.

—Sería capaz de irme a casa y escribir un poema sobre este bendito instante, si supiera cómo —declaró Phil deteniéndose en un espacio abierto donde la luz rosada teñía las verdes puntas de los pinos—. ¡Es todo tan hermoso aquí, en este silencio tan profundo y entre esos oscuros árboles que parecen estar siempre meditando!…

—Los bosques fueron los primeros templos de Dios —comentó Ana—. No se puede evitar un sentimiento de reverencia en estos lugares. Siempre me parece estar más cerca de Él cuando camino entre los pinos.

—Ana, soy la mujer más feliz del mundo.

—De modo que el señor Blake te ha pedido por fin que te cases con él.

—Sí. Y estornudé tres veces mientras me lo pedía. ¿No te parece horrible? Pero le dije «Sí» casi antes de que terminara, no fuese que cambiara de idea. Soy tremendamente feliz. No creía que Jonás pudiera preocuparse por un ser frívolo como yo.

—Phil, tú no eres realmente frívola. Tras la apariencia frívola tienes un alma leal y femenina. ¿Por qué la escondes de ese modo?

—No puedo evitarlo, Reina Ana. Tienes razón; no soy frívola de corazón, pero sobre mi alma hay una capa de frivolidad que no puedo quitarme. Como dice la señora Poyser, tendría que ser fundida de nuevo. Pero Jonás sabe cómo soy y me quiere, frívola y todo. Y yo le quiero. Nunca me he sorprendido tanto como cuando lo descubrí. Jamás pensé que fuera posible enamorarse de un hombre feo. Imagínate: ¡yo con un solo novio! ¡Y que se llama Jonás! Pero pienso llamarle Jo; ¡es un diminutivo tan lindo! Nunca hubiera podido ponerle un sobrenombre a Alonzo.

—Y ¿qué hay de él y de Alee?

—En Navidad les dije que no podía casarme con ninguno de los dos. ¡Es tan gracioso recordar ahora lo que llegué a imaginar como posible! Mi rechazo les hizo tan mal efecto que lloré a gritos. Pero sabía que había en el mundo un solo hombre con quien podría casarme. Ya me había decidido y esta vez todo fue fácil. ¡Es tan bonito sentirse segura y saber que te lo debes a ti misma!

—¿Crees que no te arrepentirás?

—¿De haber tomado partido? No lo sé, pero Jo me ha dado una regla espléndida para estos casos. Dice que cuando me sienta perpleja haga lo que, cuando tenga ochenta años, me alegre de haber hecho. De todos modos, Jo es capaz de decidirse con bastante rapidez; y sería incómodo que en la misma casa fuéramos ambos de pensamiento demasiado rápido.

—¿Y qué dirán tus padres?

—Papá no dirá mucho, pues piensa que está bien todo lo que yo hago. Pero mamá sí hablará. ¡Oh, su lengua es tan Byrney como su nariz! Pero todo terminará bien.

—Cuando te cases con el señor Blake tendrás que abandonar muchas cosas a las que estás acostumbrada.

—Pero lo tendré a él, y no echaré de menos todas esas cosas. Nos casaremos en junio del año que viene. Ya sabes que Jo se gradúa esta primavera; después se hará cargo de una pequeña iglesia misional en los barrios bajos. ¡Imagíname a mí allí! Pero con él soy capaz de ir hasta a Groenlandia.

—Y ésta es la jovencita que nunca podría casarse con un hombre pobre —comentó Ana en voz alta.

—¡Oh, no me eches en cara las locuras de mi juventud! Seré tan alegre pobre como lo he sido rica, ya verás. Voy a aprender a cocinar y a coser. Desde que vivo en «La Casa de Patty» sé ir de compras al mercado y durante todo un verano he enseñado en la escuela dominical. La tía Jamesina dice que arruinaré la carrera de Jo si me caso con él, pero no será así. Sé que no tengo mucho sentido común ni mucha sobriedad; pero sí algo que vale mucho más: el don de hacer que todos me quieran. En Bolingbroke hay un hombre que cecea y que lee las plegarias en la iglesia; siempre dice: «Zi no puedez brillar como un farol eléctrico, brilla como unoz candelabroz». Yo seré el candelabro de Jo.

—Phil, eres incorregible. Bueno, tú sabes que te quiero tanto que no podré espetarte un discursillo de felicitación. Pero me alegro de todo corazón.

—Lo sé. En tus ojos brilla la verdadera amistad, Ana. Espero que algún día podré mirarte así. Te vas a casar con Roy, ¿no es cierto?

—Mi querida Philippa, ¿oíste hablar alguna vez de la famosa Betty Baxter, que «dio calabazas a un hombre antes de que la matara con un hacha»? No tengo deseos de emularla rechazando a nadie antes de que me asesine.

—Todo Redmond sabe que Roy está loco por ti —dijo Phil con candidez—. Y tú lo quieres, ¿no es cierto?

—Quizás —dijo Ana de mala gana. Sabía que era correcto ruborizarse cuando se hacían tales confesiones, pero tal cosa no ocurría. Por el contrario, las mejillas le ardían en cuanto escuchaba algo relacionado con Gilbert Blythe o Christine Stuart. Ninguno de los dos significaba nada para ella, absolutamente nada. Pero Ana había abandonado la idea de analizar la razón de este sonrojo. En lo que se refería a Roy, desde luego que lo amaba locamente. ¿Cómo evitarlo? ¿No era acaso su ideal? ¿Quién podía resistir esos ojos tan profundos y esa voz implorante? ¿No la envidiaban la mitad de las muchachas de Redmond? ¡Y qué soneto le había enviado para su cumpleaños, con una caja de violetas! Ana lo sabía de memoria. Era muy bueno en su género, aunque no llegara, claro, al nivel de Keats o de Shakespeare: Ana no estaba tan ciega para creerlo. Y se lo había dedicado a ella; no a Laura, a Beatriz o a la Dama de Atenas, sino a Ana Shirley. Que le dijeran en rítmicas cadencias que sus ojos eran estrellas matutinas, que sus mejillas tenían colores robados al amanecer, que sus labios eran más rojos que las rosas del Paraíso, eso era estremecedoramente romántico. Pero Gilbert tenía sentido del humor. Ella le había contado una vez a Roy un chiste y él no se había reído. Recordó la risa que provocara en Gilbert la misma historia, y se preguntó, incómoda, si la vida junto a un hombre que no tenía sentido del humor no resultaría finalmente algo aburrida. Pero ¿quién podía esperar que un héroe melancólico e inescrutable reparara en el aspecto divertido de las cosas? Sería absolutamente ilógico.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Un atardecer de junio

—Me pregunto cómo se viviría en un mundo donde siempre fuera junio —dijo Ana, que volvía de la fragante huerta envuelta en el crepúsculo, mientras se detenía junto a Marilla y la señora Lynde, que se hallaba comentando el funeral de la señora Coates, al que habían asistido ese día. Dora, sentada entre ellas, estudiaba concienzudamente sus lecciones, pero Davy se había echado en el césped y aparentaba gran tristeza y depresión.

—Te cansarías de ese mundo —respondió Marilla.

—Quizá, pero creo que tardaría mucho en aburrirme si todo fuera tan encantador como hoy. ¡Todo respira amor en junio! Davy, ¿por qué ese melancólico rostro de noviembre en esta época de flores?

—Simplemente porque estoy cansado de vivir —fue la pesimista respuesta.

—¿A los diez años? ¡Vaya, qué pena!

—No bromeo —dijo Davy con dignidad—. Estoy des… deprimido —soltó la palabra con un gran esfuerzo.

—¿Cómo y por qué? —preguntó Ana sentándose a su lado.

—Porque la nueva maestra que vino a reemplazar al señor Holmes, que está enfermo, me dio como deber para el lunes diez sumas. Tendré que pasarme todo el día de mañana haciéndolas. No es divertido trabajar en sábado. Milty Boulter dijo que él no las hará, pero Marilla dice que yo debo hacerlas. La señorita Carson no me gusta nada.

—No hables así de tu maestra, Davy Keith —dijo la señora Rachel con severidad—. La señorita Carson es una joven muy agradable. No se llena la cabeza con tonterías.

—Eso no parece divertido —rio Ana—. Me gusta la gente que tiene un poquito de tontería encima. Pero me inclino a pensar de la señorita Carson mejor que tú, Davy; la vi anoche durante la oración y tiene un par de ojos que no siempre son sensatos. ¡Vamos, Davy, levanta el espíritu! «Mañana será otro día», y yo te ayudaré a hacer las sumas. No oscurezcas este brillante crepúsculo con meditaciones sobre la aritmética.

—¡Bueno, ahora sí! —dijo Davy alegremente—. Si tú me ayudas en las sumas tendré tiempo para ir a pescar con Milty. ¡Qué lástima que el funeral de la tía Atossa haya sido hoy en vez de mañana! Me hubiera gustado ir, porque Milty dijo que su mamá aseguraba que la tía Atossa se sentaría en el ataúd a decir cosas desagradables a quienes se acercaran a verla. Pero Marilla dice que no fue así.

—La pobre Atossa yacía en paz en su ataúd —dijo la señora Lynde solemnemente—. Nunca la vi con apariencia tan placentera, te lo aseguro. ¡Bueno, no se han derramado muchas lágrimas por su partida, pobre alma! Las de Elisha Wright eran de alivio por verse libre de ella; y no puedo decir que se lo reprocho.

—¡Me parece horrible irse de este mundo sin dejar una persona que lo sienta! —exclamó Ana estremeciéndose.

—Sólo sus padres quisieron a la pobre Atossa, eso es muy cierto; y ni siquiera su marido. Fue su cuarta esposa. Él tenía la manía del casamiento. Vivió pocos años después de unirse a ella. El médico dijo que murió de dispepsia, pero yo creo que lo envenenó la lengua de Atossa, te lo aseguro. Pobre alma, sabía los chismes de todos los vecinos, pero nunca se conoció a sí misma. Bueno, ahora ya se ha ido. Supongo que el próximo acontecimiento será la boda de Diana.

—¡Me parece tan gracioso y horrible imaginarme a Diana casada! —suspiró Ana abrazándose las rodillas y mirando la luz de la ventana de su amiga, que brillaba a lo lejos, a través del Bosque Embrujado.

—Yo no veo qué tiene de horrible —aseveró la señora Lynde con énfasis—. Fred Wright tiene una buena granja y es un joven modelo.

—Con toda seguridad que no es el hombre salvaje, arrollador y malvado con el que Diana quería casarse —sonrió Ana—. Fred es extremadamente bueno.

—Es justamente lo que debe ser. ¿Te gustaría que Diana se casara con un hombre malvado? ¿Te casarías tú?

—¡Oh, no! No me uniría a ningún hombre malvado, pero me gustaría que pudiera serlo y no lo fuera. Fred es irremisiblemente bueno.

—Espero que algún día tengas más sentido común —dijo Marilla.

Marilla habló con un dejo de amargura. Se sentía profundamente desilusionada. Sabía que Ana había rechazado a Gilbert Blythe. Todo Avonlea murmuraba al respecto; cómo había trascendido era un misterio. Quizá Charlie lo habría supuesto y comentado luego como un hecho cierto; quizá Diana se lo confiara a Fred y éste no hubiera guardado el secreto. De cualquier modo, se sabía. La señora Blythe ya no preguntaba a Ana ni en público ni en privado si tenía noticias de su hijo y la saludaba fríamente cuando pasaba junto a ella. Ana, que siempre había querido a la alegre y juvenil señora Blythe, sufría en secreto por esta actitud. Marilla no decía nada, pero la señora Lynde le lanzó varias indirectas al respecto hasta que supo por la madre de Moody Spurgeon MacPherson nuevos chismes sobre el otro pretendiente que Ana tenía en la escuela, y que éste era rico, educado y bueno. Después de esto, la señora Rachel contuvo su lengua, aunque en lo más profundo de su corazón continuó lamentando que Ana no hubiera aceptado a Gilbert. La riqueza está muy bien, pero ni siquiera el alma práctica de la señora Lynde la consideraba esencial. Si a Ana le gustaba el Guapo Desconocido más que Gilbert, no había nada que decir, pero la señora Lynde temía que Ana cometiera el error de casarse por dinero. Marilla conocía demasiado bien a Ana para creerlo, pero sentía que las cosas no marchaban de acuerdo con su orden, y esto la entristecía.

«Lo que deba ser será», se dijo Rachel tétricamente, «pero a veces sucede lo que no debe suceder. Y no puedo librarme del temor de que en el caso de Ana ocurra esto último, a menos que intervenga la Divina Providencia».

La señora Lynde suspiró, pues temía que la Providencia no tomara cartas en el asunto, y ella por su parte no se atrevía a hacerlo.

Ana paseaba por la Burbuja de la Dríada y fue a dar al pie del abedul blanco donde ella y Gilbert se habían sentado a conversar tantas veces en veranos pasados. Al terminar el período escolar el joven había vuelto a su puesto en el periódico y Avonlea parecía muy triste sin él. Nunca le escribió y Ana echaba mucho de menos sus cartas. Roy, en cambio, lo hacía dos veces por semana y sus misivas exquisitamente románticas eran dignas de una antología. Al leerlas, Ana lo amaba más que nunca, pero su corazón jamás palpitó tanto como cuando por fin un día la señora Sloane le alcanzó un sobre en el que reconoció la escritura de Gilbert Blythe. La muchacha corrió a «Tejas Verdes», se refugió en su cuarto y lo abrió ansiosamente… para encontrarse con un folleto ilustrativo de cierta actividad estudiantil. Eso era todo. Ana arrojó el inocente prospecto y se sentó a escribir una carta especialmente cariñosa para Roy.

En cinco días más Diana estaría casada. «La Cuesta del Huerto» era un remolino de confituras, bebidas y guisos, pues iba a festejarse una boda de las que harían época. Ana, por supuesto, iba a ser la dama de honor, tal como habían convenido cuando Diana y ella tenían 12 años de edad; y Gilbert venía de Kingsport a cumplir sus obligaciones de padrino. Ana disfrutaba inmensamente de la excitación de todos estos preparativos, pero en el fondo de su corazón sentía un ligero dolorcillo. En cierto sentido, perdía a su querida y vieja compañera. La nueva casa de Diana estaría a tres kilómetros de «Tejas Verdes» y la antigua amistad que las unía ya no volvería a ser la misma. Ana miró la luz de la ventana de Diana y pensó en cuánto había significado para ella durante los años pasados. Ya no volvería a brillar en los crepúsculos de estío. Dos enormes lágrimas se desprendieron de sus ojos grises.

—¡Oh! —suspiró—, ¿por qué la gente tiene que crecer… y casarse… y cambiar?

CAPÍTULO VEINTINUEVE

La boda de Diana

—Después de todo, las únicas rosas verdaderas son las rosadas —dijo Ana mientras ataba con una cinta blanca el velo de novia de Diana—. Son las flores del amor y la felicidad.

Diana estaba de pie moviéndose nerviosamente en mitad de su habitación de «La Cuesta del Huerto», ataviada con las clásicas vestiduras blancas. Cubría sus rizos negros el velo nupcial que Ana le colocara, cumpliendo el sentimental convenio de años atrás.

—Todo es mucho más hermoso de lo que yo imaginaba hace tiempo, cuando lloraba ante la idea de tu boda y de nuestra inevitable separación —rio—. Tú eres la novia de mis sueños, Diana, ataviada con el velo nupcial, y yo soy tu dama de honor. Pero ¡vaya!; mi vestido no tiene mangas abullonadas, aunque estas cortas de encaje son aún más bonitas; y mi corazón no está terriblemente destrozado, ni odio a Fred.

—Es que no vamos a separarnos, Ana —protestó Diana—. Yo no me iré lejos y nos querremos igual que siempre. Seremos fieles a nuestro juramento infantil de amistad eterna, ¿no es cierto?

—Sí, lo seremos. Hemos disfrutado de una gran amistad, Diana, sin peleas, ni indiferencias ni palabras dañinas. Espero que continúe siempre así, aunque las cosas no podrán seguir siendo iguales. Tú tendrás otros intereses ajenos a mí por completo. Pero «así es la vida», como diría la señora Lynde. Me ha prometido regalarme para mi boda una de sus amadas colchas tejidas a mano, igual a la que te ha regalado a ti, con el dibujo de hojas de tabaco.

—Lo malo es que cuando te cases no podré ser tu dama de honor —se lamentó Diana.

—En junio seré dama de honor de Phil y luego se terminó; ya conoces el refrán: «tres veces dama, nunca novia» —dijo Ana espiando por la ventana el blanco y el rosado de la huerta en flor—. Ya viene el pastor, Diana.

—¡Oh, Ana! —murmuró ésta palideciendo repentinamente y echándose a temblar—. ¡Oh, Ana!… Estoy tan nerviosa… no puedo soportarlo… Ana, creo que voy a desmayarme.

—Si lo haces te arrastraré hasta el pozo y te tiraré. Arriba ese ánimo. Una boda no ha de ser tan terrible cuando tanta gente sobrevive a la ceremonia. Mira qué tranquila estoy yo y sigue el ejemplo.

—Espere a que le llegue el turno, señorita Shirley. ¡Oh, Ana, oigo a papá subir las escaleras! Dame el ramo. ¿Está bien el velo? ¿No estoy muy pálida?

—Estás sencillamente adorable, Diana; dame un beso de despedida. Diana Barry ya no volverá a besarme nunca más.

—Pero lo hará Diana Wright. Mamá está llamando. Vamos.

Siguiendo una simple y antigua costumbre, Ana se dirigió hacia la sala del brazo de Gilbert. En lo alto de la escalera se encontraron por primera vez frente a frente desde su despedida en Kingsport, pues Gilbert había llegado ese mismo día; Gilbert la saludó con toda cortesía. Tenía muy buen aspecto, aunque, según Ana notara al instante, estaba algo más delgado. Cuando la joven se dirigía hacia él a través del vestíbulo tenuemente iluminado, vestida con su delicado traje blanco y los brillantes cabellos adornados, sintió que sus mejillas ardían. Su aparición en la sala fue recibida con murmullos de admiración.

—¡Qué buena pareja hacen! —susurró la impresionable señora Rachel a Marilla.

Fred hizo su entrada solo, con el rostro enrojecido, y luego llegó Diana apoyada en el brazo de su padre. No se desmayó, y nada ocurrió que perturbara el orden de la ceremonia. La alegre fiesta continuó y al caer la tarde Diana y Fred partieron rumbo a su nuevo hogar y Gilbert acompañó a Ana a «Tejas Verdes».

La alegría de la tarde de fiesta parecía haberles devuelto algo de la vieja camaradería. ¡Qué agradable era volver a recorrer el viejo sendero en compañía de Gilbert!

La noche era tan silenciosa que se hubiera podido escuchar el murmullo de los capullos de rosa… la risa de las margaritas… el susurro de las hierbas y muchos dulces sonidos más, todos juntos y cada uno por separado. Los campos reflejaban la luz de la luna.

—¿Quieres dar la vuelta por el Sendero de los Amantes? —preguntó Gilbert al cruzar el puente sobre el Lago de las Aguas Refulgentes en el que la luna se reflejaba como un enorme disco de plata.

Ana accedió rápidamente. Aquella noche, el Sendero de los Amantes parecía un verdadero camino del país de las hadas, brillante, misterioso, lleno de hechizo bajo el encantamiento de luz de luna. En un tiempo habría considerado peligroso dar un paseo semejante con Gilbert, pero Roy y

Christine lo tornaban seguro ahora. Mientras hablaba amablemente con el joven, Ana se sorprendió varias veces pensando en Christine. La había visto a menudo antes de salir de Kingsport y había podido comprobar su encanto y su atracción. También a Christine le había gustado Ana; pero las cordiales relaciones no llegaron a convertirse en amistad. Evidentemente, la joven no era un alma gemela.

—¿Te quedarás en Avonlea todo el verano? —preguntó Gilbert.

—No. La semana que viene me iré al este, rumbo a Valley Road. Esther Haythorne quiere que la sustituya en la escuela durante julio y agosto. Tiene a su cargo el período de verano y no está bien de salud, de modo que voy a reemplazarla. En cierto sentido, no me pesa. ¿Sabes que estoy empezando a sentirme un poco extraña en Avonlea? Eso me pone triste… pero es verdad. Es aterrador ver cómo en sólo dos años los niños se han convertido en hombres y mujeres. Desconozco hasta a mis propios alumnos. Me siento vieja cuando los veo ocupar tu lugar y el mío, y el de todos nuestros compañeros.

Ana se echó a reír y suspiró. Se sentía mayor, madura y sensata…, cosa que demostraba lo joven que era. Se preguntó dónde habría ido a parar aquella época feliz de ilusiones y esperanzas que parecía haberse alejado para siempre.

—Así va pasando la vida —dijo Gilbert, con sentido práctico. Ana imaginó que tal vez estaría pensando en Christine. ¡Avonlea iba a quedar muy solitaria… con la partida de Diana!

CAPÍTULO TREINTA

El idilio de la señora Skinner

Ana descendió del tren en la estación de Valley Road y echó una mirada en derredor para ver si alguien había ido a esperarla. Debía de hospedarse con cierta señorita Janet Sweet, pero no vio a nadie que respondiera a la idea que se había hecho de tal dama, descrita en la carta que le enviara Esther. La única persona a la vista era una anciana sentada en un carricoche en el que se amontonaban los sacos de correspondencia. Aun siendo muy complaciente, nadie hubiera dicho que su peso llegaba sólo a los noventa kilos; su cara era roja y redonda como la luna llena y casi con la misma ausencia de rasgos. Llevaba un ceñido vestido negro de cachemira, de moda diez años atrás, un pequeño sombrero de paja negra bordado de encaje amarillo y mitones de descolorido encaje negro.

—¡Eh, usted! —gritó mientras agitaba su látigo en dirección a Ana—. ¿Es la nueva maestra de la escuela de Valley Road?

—Sí.

—Bueno, ya me parecía. Valley Road se distingue por sus bonitas maestras, así como Millersville por las feas. Janet Sweet me preguntó esta mañana si la podría llevar. Yo le dije: «Seguro, si no le disgusta que la sacuda. Este coche es algo pequeño y yo soy más gorda que Thomas». Espere un poco, señorita, hasta que amontone estas sacas y la ponga a usted donde pueda. No hay más que tres kilómetros hasta casa de Janet. El sirviente de un vecino vendrá esta noche a por su baúl. Mi nombre es Skinner, Amelia Skinner.

Ana fue «metida donde se pudo», sin que dejara de reírse interiormente durante el proceso.

—¡Hala, yegua negra! —ordenó la señora Skinner tomando las riendas con sus gordas manos. Éste es mi primer viaje de reparto de correspondencia. Thomas quería ocuparse de sus nabos y me pidió que lo reemplazara. De modo que me senté aquí y salí disparada. Me gusta, pero es aburrido. La mitad del tiempo lo paso sentada pensando y la otra mitad sentada, solamente. ¡Vamos, yegua, que quiero llegar pronto! Thomas está muy solo, ¿sabe usted? No hace más que un mes que nos casamos.

—¡Oh! —dijo Ana.

—Exactamente un mes. Thomas me hizo la corte durante mucho tiempo, sin embargo. Es bastante romántico.

Ana trató de imaginar a la señora Skinner en una situación romántica.

—¡Oh! —repitió.

—Sí. Verá usted; había otro hombre que me perseguía. ¡Hala, yegua! Yo era viuda hacía tanto tiempo que los del pueblo habían abandonado la idea de casarse conmigo. Pero cuando mi hijita, que es maestra como usted, se fue a enseñar al oeste, me sentí muy sola y ya no me asustó la idea de casarme. Y empezaron a visitarme Thomas y también William Obadiah Seaman, que así se llamaba. Me costó mucho decidirme y ellos no hacían más que venir a verme, y yo me preocupaba. ¿Sabe usted?, W. O. era rico, tenía una buena casa y vivía bien. Era el mejor partido. ¡Hala, yegua!

—¿Y por qué no se casó con él?

—Bueno, ¿sabe usted? Él no me quería —contestó con solemnidad la señora Skinner.

Ana miró a su interlocutora con grandes ojos. Pero no había ni una chispa de humor en su rostro. Evidentemente, la dama no encontraba nada divertido en sus peripecias.

—Era viudo desde hacía tres años y mi hermana trabajaba en su casa como ama de llaves. Cuando ella se casó él buscó a alguien que la reemplazara. Le aseguro que valía la pena: tiene una buena casa. ¡Hala, yegua! En cuanto a Thomas, era pobre y lo único bueno que se podía decir de su casa es que no tenía goteras, aunque es bastante pintoresca (así se dice, ¿no?). Pero ¿sabe usted?, yo amaba a Thomas y no me importaba un comino W. O., de manera que lo discutí conmigo misma. «Sarah Crowe», me dije (mi primer marido se llamaba Crowe), «te puedes casar con un rico, si quieres, pero no serás feliz. La gente no se puede llevar bien en este mundo sin un poco de amor. De modo que te casas con Thomas, que te quiere y a quien tú quieres y se acabó». ¡Hala, yegua! De manera que le dije a Thomas que sí. Durante todo el tiempo que duraron los preparativos para la boda no me atrevía a pasar cerca de la casa de W. O. por temor de que la vista de su casa me volviera loca otra vez. Pero ahora ni siquiera pienso en ella y soy feliz con Thomas. ¡Hala, yegua!

—¿Y cómo lo tomó William Obadiah?

—¡Oh, se enfurruñó un poco! Pero ahora va a Millersville a visitar a una vieja flaca y sospecho que ella lo aceptará pronto. Será mejor esposa que la primera. W. O. nunca se quiso casar con aquélla. Le pidió que se casara con él porque su padre se lo ordenó, pero esperaba que le dijera «no». Y fíjese que le dijo «sí». ¡Hala, yegua! Era muy buena ama de casa, pero muy tacaña. Llevó el mismo sombrero durante dieciocho años. Entonces se compró otro y cuando W. O. se tropezó con ella en el camino, no la reconoció. ¡Hala, yegua! Creo que me escapé por los pelos. Si me hubiera casado con él hubiese sido desgraciada, como mi pobre prima Jane Ann. Jane Ann se casó con un rico que no le gustaba mucho y ahora lleva una vida de perros. Vino a verme la semana pasada y me dijo: «Sarah Skinner, te envidio. Prefiero vivir en una cabaña junto al camino con un hombre que me gusta a estar en una gran casa con el que tengo». El marido de Jane Ann no es malo, no, pero le gusta tanto llevar la contraria, que se pone el abrigo de piel cuando el termómetro señala 40 grados y la única forma de conseguir algo de él es decirle que haga lo contrario. Pero no hay amor entre ellos para suavizar las cosas y ésa es una mala manera de vivir. ¡Hala, yegua! Allí está la casa de Janet, en la hondonada. Ella la llama «Junto al Camino». ¿No es pintoresca? Creo que estará contenta de salir de aquí y quitarse todas esas sacas de encima.

—Sí, pero me ha gustado mucho el paseo —dijo Ana con sinceridad.

—¡Qué me dice! —respondió la señora Skinner, sintiéndose lisonjeada —. Espere a que Thomas lo sepa. Se alegra mucho cuando me hacen un cumplido. ¡Hala, yegua! Bueno, aquí estamos. Espero que le vaya bien en la escuela, señorita. Hay un atajo para llegar allí, a través del pantano, detrás de lo de Janet, pero tiene que tener mucho cuidado. Si pone el pie en el barro negro, se la tragará y no se sabrá más de usted hasta el día del juicio, como le pasó a la vaca de Adam Palmer. ¡Arre, yegua!

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Ana a Philippa

De Ana Shirley a Philippa Gordon. ¡Salud!

Querida Phil: Ya es tiempo de que te haga llegar noticias mías. Aquí estoy otra vez, trabajando de maestra rural, en Valley Road. Me alojo en «Junto al Camino», la casa de la señorita Janet Sweet. Janet es un encanto y muy bonita; alta, pero no demasiado; algo corpulenta pero con un perfil que sugiere un alma frugal que ni siquiera pierde su dominio en cuestión de peso. Tiene una mata de suave y rizado cabello castaño con algunas hebras grises, un rostro alegre con mejillas rosadas y un par de dulces ojos azules como nomeolvides. Más bien es una de esas deliciosas cocineras a la antigua, a las que no les importaba un ápice arrumar tu aparato digestivo con tal de engordarte con comidas pesadas.

Yo la quiero y ella me quiere, principalmente, según parece, porque tenía una hermana llamada Ana, que murió muy joven.

«Me alegro mucho de conocerte», me dijo cuando llegué. «Pero no eres como te había imaginado. Estaba segura de que serías morena, como mi hermanita Ana; ¡y hete aquí que eres pelirroja!».

Por un momento pensé que Janet no me iba a gustar tanto como creí al verla. Luego me reproché por mi apresurada insensatez al predisponerme en contra suya por el solo hecho de que me llamaba pelirroja. Probablemente la palabra «castaño» no figura en el vocabulario de Janet.

«Junto al Camino» es un rinconcito encantador. La casa es pequeña y blanca y está en una hondonada que nace en el camino. Entre éste y la casa hay una mezcla de huerta y de jardín. El sendero que va a la puerta principal está bordeado de florecillas; una enredadera cubre la galería y el techo. Mi habitación es muy limpia y apenas cabemos la cama y yo. Sobre la cabecera del lecho cuelga un cuadro en que se ve a Robby Burns junto a la tumba de María Estuardo, reina de Escocia, a la sombra de un enorme sauce llorón. El rostro de Robby es tan lúgubre, que no es raro que me asalten pesadillas. La primera noche que pasé aquí soñé que no podía reír más.

La sala es pequeña y pulcra. Sobre su única ventana dan las frondosas ramas de un sauce, cuya sombra hace que la habitación tenga la verde penumbra de una gruta. Las sillas lucen respaldos magníficos, el suelo está cubierto de alegres felpudos y en una mesa redonda se encuentran, muy bien ordenados, los libros y las cartas. Y sobre la chimenea hay vasijas con helechos, y entre éstos una «alegre» decoración de placas de ataúdes: son cinco en total y corresponden a la madre y al padre de Janet, a su hermana Ana, a un hermano y a cierto sirviente que murió aquí hace tiempo. Si un día me vuelvo loca repentinamente, «sepa el mundo por la presente» que la culpa es de esas placas.

Pero en realidad todo es delicioso y así lo dije. Janet me quiere por esta razón tanto como detesta a la pobre Esther, quien se atrevió a decir que tanta sombra es antihigiénica y no quiso dormir sobre un colchón de plumas. Yo, por mi parte, los adoro, y cuanto más antihigiénicos y plumosos son, mejor. Janet dice que da gusto verme comer. Temía muchísimo que yo fuera como la señorita Haythorne, que desayunaba sólo frutas y agua caliente y quería que Janet renunciara a los fritos. En verdad, Esther es una joven adorable, pero algo chiflada. El problema está en que no tiene suficiente imaginación y sí cierta predisposición a las indigestiones.

¡Janet me dijo que podía usar la sala si quería recibir la visita de algún joven! No creo que vengan muchos. Aún no he visto un solo chico en Valley Road, excepto el peón de la casa próxima a la nuestra. Se llama Sam Tolliver y es un joven alto, delgado y pelirrojo. Vino por aquí hace poco y se sentó una hora sobre la pared del jardín, cerca de la galería delantera donde estábamos trabajando Janet y yo. El único comentario que hizo durante ese tiempo fue: «¿Quieri una minta, siñiorita? Aquí tieni, son buenas para el risfrío las minias», o si no: «¡Quí montón d' ierbas!».

Pero por aquí hay amores. Parece que es mi destino estar relacionada más o menos activamente con los amores maduros. El señor Irving y su esposa afirman que yo «hice» su boda. La señora de Stephen Clark de Carmody persiste en estarme terriblemente agradecida por una sugerencia que cualquier otra persona le hubiese hecho en mi lugar. Sin embargo, realmente pienso que Ludovic Speed nunca hubiese ido más allá de un plácido noviazgo de no haberles ayudado a Theodora Dix y a él.

En los amores actuales, no soy más que una espectadora pasiva. Una vez traté de ayudar y sólo conseguí embrollarlo todo. De modo que no volveré a meterme. Te lo contaré todo cuando nos encontremos.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Tomando el té con la señora Douglas

La noche del primer jueves después de su llegada, Janet invitó a Ana a asistir a las oraciones colectivas. Janet florecía como una rosa en tales ocasiones. Se ponía un vestido de muselina azul pálido con pensamientos bordados, con más fruncidos de los que se podían esperar de la económica Janet, y un sombrero de paja de Italia con rosas rojas y tres plumas de avestruz. Ana se sintió bastante sorprendida. Más tarde descubrió el motivo que tenía Janet para arreglarse de ese modo: un motivo tan viejo como el mundo.

Las oraciones colectivas de Valley Road parecían ser para mujeres. Estaban presentes treinta y dos mujeres, dos muchachos grandecitos y un hombre solitario, además del ministro. Ana se encontró estudiando al hombre: no era joven, ni grácil, ni bien parecido; tenía las piernas muy largas (tenía que colocarlas como podía bajo la silla) y los hombros caídos. Sus manos eran grandes y tanto sus cabellos como su bigote necesitaban los servicios del barbero. Pero a Ana le gustó su cara, que expresaba honestidad y ternura y también algo más; algo que la muchacha encontró difícil de definir. Finalmente llegó a la conclusión de que este hombre era fuerte y había sufrido, lo cual se manifestaba en su cara. En su expresión había algo de resistencia paciente y humorística que indicaba que sería capaz de llegar a las situaciones más extremas sin perder la educación.

Cuando hubo concluido la reunión, el caballero se acercó a Janet y preguntó:

—¿Me permite acompañarla a casa, Janet?

Janet lo tomó del brazo tan tímidamente como una colegiala a quien acompañan a su casa por vez primera, cosa que comentó más tarde Ana en su carta a las chicas de «La Casa de Patty».

—Ana Shirley, permíteme que te presente al señor Douglas —dijo Janet.

El señor Douglas se inclinó y añadió:

—La estuve contemplando durante la reunión, señorita, y pensando en lo guapa que es usted.

Estas palabras hubieran molestado a Ana en boca de otra persona, pero en la forma en que las dijo el señor Douglas la impresionaron como un cumplido real y sincero. Le sonrió y siguió a ambos por el camino iluminado por la luna.

¡De modo que Janet tenía un novio! Ana estaba encantada; Janet sería una esposa ejemplar: alegre, ahorrativa, tolerante y magnífica cocinera. Hubiera sido un delito de la naturaleza mantenerla soltera para siempre.

—John Douglas me ha pedido que te lleve a ver a su madre —le dijo Janet al día siguiente—. Pasa la mayoría del tiempo acostada y nunca sale de casa, pero le gusta mucho estar acompañada y se ha interesado siempre por conocer a mis pensionistas. ¿Podrías ir esta tarde?

Ana asintió, pero más tarde el señor Douglas vino a invitarla de parte de su madre a tomar el té el sábado siguiente.

—¿Por qué no se ha puesto el vestido de los pensamientos? —preguntó Ana cuando salían de la casa. Era un día caluroso y la pobre Janet, entre su excitación y el pesado vestido de cachemira, parecía estarse cociendo viva.

—Temo que a la señora Douglas le parezca terriblemente frívolo y fuera de ocasión. A John también le gusta ese vestido —agregó, pensativa.

La vieja heredad de los Douglas quedaba a un kilómetro de «Junto al Camino», sobre la cresta de una colina azotada por los vientos. La casa era grande y cómoda, de aspecto señorial y rodeada de arces. En la parte de atrás estaban los amplios y bien cuidados establos; todo el conjunto indicaba prosperidad. «No son deudas y apreturas precisamente lo que refleja la casa del señor Douglas», reflexionó Ana.

John Douglas las aguardaba en la puerta; las acompañó en seguida hasta el salón, donde su madre se hallaba majestuosamente sentada en un sillón.

Ana había imaginado a la señora Douglas alta y delgada como su hijo. Era, en cambio, una mujercita de suaves mejillas sonrosadas, tiernos ojos azules y boca de niña. Con un hermoso traje negro a la moda, un chal blanco sobre los hombros y los cabellos recogidos por una cofia de encaje, parecía una abuelita de juguete.

—¿Cómo te va, querida Janet? —preguntó con dulzura—. Estoy tan contenta de volver a verte. —Alzó su linda cara para recibir el beso—. Y ésta es nuestra nueva maestra. Estoy encantada de conocerla. Mi hijo ha estado cantando alabanzas suyas hasta ponerme un poco celosa y estoy segura de que Janet debe estar celosa del todo.

La pobre Janet se sonrojó. Ana dijo un par de cosas amables y convencionales y se sentaron. Fue difícil continuar, incluso para Ana, pues nadie parecía hallarse cómodo, a excepción de la señora Douglas, que no encontraba ninguna dificultad para conversar. Hizo sentar a Janet a su lado y le acarició ocasionalmente la mano, mientras ésta sonreía, con aire de sentirse terriblemente incómoda dentro de su espantoso vestido; John Douglas permanecía sentado sin sonreír.

En la mesa la señora Douglas pidió graciosamente a Janet que sirviera el té. Ésta se sonrojó más aún, pero lo hizo. Ana describió más tarde ese instante en una carta a Stella.

Comimos lengua fría, pollo y mermelada de frambuesas; tortas de limón y de chocolate y galletas, además de torta de fruta y algunas otras cosas, entre ellas más tortas, creo que de caramelo. Después que hube comido el doble de lo debido, la señora Douglas suspiró y dijo que lamentaba no tener nada que tentara mi apetito.

«Temo que las comidas que prepara la querida Janet le hagan encontrar poco apetitosa cualquier otra cosa» dijo dulcemente. «Desde luego, nadie en Valley Road aspira a igualarla. ¿No quiere otro pedazo de torta, señorita Shirley? No ha comido usted nada».

Stella, ¡yo había comido una ración de lengua y otra de pollo, tres trozos de bizcocho, una buena cantidad de mermelada, varias tartaletas y un buen trozo de torta de chocolate!

Después del té la señora Douglas sonrió con benevolencia y pidió a John que acompañara a la «querida Janet» a buscar rosas al jardín.

—La señorita Shirley me hará compañía mientras tanto, ¿no es cierto? —preguntó en tono quejoso, mientras ocupaba su sillón—. Soy una vieja muy frágil, señorita Shirley. Llevo veinte años sufriendo. Durante veinte largos y pesados años he estado muriendo poco a poco.

—¡Qué doloroso! —comentó Ana, tratando de ser simpática y sintiéndose sólo idiota.

—Muchísimas noches he creído que no llegaría a ver el día —continuó con solemnidad la señora Douglas—. Nadie sabe lo que he pasado; nadie, excepto yo. Bueno, esto ya no puede durar mucho. Pronto habrá terminado mi triste peregrinaje, señorita Shirley. Es para mí un gran consuelo saber que John tendrá una buena esposa para que lo cuide cuando su madre desaparezca; un gran consuelo, señorita Shirley.

—Janet es una mujer magnífica —afirmó Ana calurosamente.

—¡Magnífica! Un hermoso carácter —asintió la señora Douglas—. Y una perfecta ama de casa; algo que yo nunca fui. Mi salud no lo permitía, señorita Shirley. Estoy verdaderamente contenta de que John haya hecho esa elección. Confío en que será feliz. Es mi único hijo, señorita Shirley, y su felicidad es la mía.

—Desde luego —dijo Ana estúpidamente. Por primera vez en su vida se sentía tonta y le era imposible explicarse el motivo. No encontraba nada que decir a aquella angelical y dulce anciana que le acariciaba tan gentilmente la mano.

—Vuelve pronto a verme, querida Janet —dijo la señora Douglas en el momento de la partida—. No vienes ni la mitad de lo necesario, pero creo que John te traerá para siempre uno de estos días.

Ana, que estaba mirando a John Douglas mientras hablaba su madre, se sintió desmayar. El pobre parecía un torturado a quien los verdugos han dado la última vuelta de tuerca. Tuvo la seguridad de que se sentía desfallecer y se llevó a la ruborizada Janet.

—¿No es la señora Douglas una dulce mujer? —preguntó ésta mientras regresaban por el camino.

—Sí… í… í —murmuró Ana, ausente. Se estaba preguntando por qué tendría John Douglas ese aspecto.

—Es una mujer que sufre terriblemente —continuó Janet—. Sufre ataques terribles y eso tiene preocupadísimo a John. Tiene miedo de salir de casa y que su madre sufra un ataque sin más ayuda que la de la criada.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

«Seguía viniendo y viniendo»

Tres días más tarde, al regresar Ana de la escuela halló a Janet llorando. Se alarmó con razón, pues el llanto y Janet parecían incompatibles.

—¿Qué sucede? —preguntó ansiosamente.

—Hoy… hoy cumplo cuarenta años —sollozó Janet.

—Bueno, ayer estaba bien cerca de ellos y no parecían dolerle —la consoló Ana escondiendo una sonrisa.

—Pero…, pero John Douglas no me pidió que me casara con él.

—¡Oh, pero lo hará! Sólo es cuestión de darle tiempo.

—¡Tiempo! —exclamó Janet con rabia contenida—. Ha tenido veinte años. ¿Cuánto tiempo necesita?

—¿Quiere decir que John Douglas ha estado visitándola durante veinte años?

—Sí, y nunca ha mencionado la palabra boda, y no creo que lo haga jamás. Nunca se lo he dicho a nadie, pero hoy tengo que contarlo o enloqueceré. John Douglas comenzó a visitarme hace veinte años, antes de que mamá muriera. Bueno, siguió viniendo y viniendo y al cabo de un tiempo comencé a preparar mi ajuar, pero él nunca dijo nada; sólo seguía viniendo y viniendo, yo no podía hacer nada. Mamá murió cuando ya llevábamos así ocho años; entonces creí que hablaría, viendo que yo quedaba sola en el mundo. Se mostró muy gentil y amable e hizo cuanto pudo por consolarme, pero no dijo una palabra de matrimonio y así ha seguido. La gente dice que la culpa es mía. Que como su madre está muy enferma yo no quiero cargar con la ocupación de cuidarla. ¡Me encantaría cuidar a la madre de John! Pero dejo que hablen. ¡Prefiero que me critiquen a que me compadezcan! Es muy humillante que John no me pida en matrimonio. ¿Por qué no lo hace? Me parece que si supiera la razón, no sufriría tanto.

—Quizá su madre no quiere que se case —insinuó Ana.

—¡Oh, todo lo contrario! Más de una vez me ha dicho que le gustaría ver a John casado antes de morir. Siempre le está echando indirectas; ya la oíste la otra tarde. ¡Habría querido que me tragara la tierra!

—Pues no lo entiendo —dijo Ana. Pensaba en Ludovic Speed; aunque no era el mismo caso, pues John Douglas no era de ese tipo de hombre.

—Usted debió de mostrar más carácter, Janet; ¿por qué no le mandó a paseo hace tiempo?

—No pude —confesó la pobre Janet patéticamente—. Siempre le he querido. Aunque hubiera dejado de venir, yo no habría admitido a otro. De modo que así están las cosas.

—Pero eso le hubiera hecho reaccionar como un hombre. Janet sacudió la cabeza.

—No, creo que no. Tuve miedo de hacerlo y que él creyera que no me interesaba y se marchara. Supongo que soy pobre de espíritu, pero así es como me siento. Y no puedo remediarlo.

—¡Oh, sí que puede, Janet! Aún no es demasiado tarde. Hágale ver que no está dispuesta a tolerar por más tiempo su actitud. Yo la apoyaré.

—No sé. No creo que me atreva. Las cosas ya han llegado demasiado lejos. Pero lo pensaré.

Ana se sintió desilusionada con respecto a John Douglas. Le había gustado mucho y no le parecía la clase de hombre capaz de jugar con los sentimientos de una mujer durante veinte años. Ciertamente precisaba una buena lección y a Ana le encantaba la idea de apoyarla. Por lo tanto se alegró cuando a la noche siguiente, mientras se dirigían a la reunión de la iglesia, Janet le anunció que seguiría sus consejos.

—Le demostraré a John Douglas que no pienso permitir que continúe pisoteándome.

Al término de la oración, John se acercó a ella con su habitual solicitud. Janet pareció asustada pero resuelta.

—No, gracias —contestó fríamente—. Conozco bien el camino a casa. No podría ser de otro modo después de haberlo recorrido durante cuarenta años. De manera que no necesita molestarse, señor Douglas.

Ana contemplaba el rostro de John Douglas a la brillante luz de la luna y comprobó que éste había recibido el golpe de gracia. John, sin decir palabra, dio media vuelta y echó a andar.

—¡Deténgase! ¡Deténgase! —gritó Ana sin importarle la mirada de las personas que la rodeaban—. ¡Deténgase, señor Douglas! ¡Vuelva!

John Douglas se detuvo, pero no regresó. Ana corrió por el sendero, le cogió una mano y lo arrastró hacia donde estaba Janet.

—Debe regresar —imploraba—. Todo ha sido un error, señor Douglas… por culpa mía. Yo la aconsejé; Janet no quería hacerlo… pero ahora todo está bien, ¿no es cierto, Janet?

Sin decir palabra, Janet se apoyó en el brazo del caballero y los dos echaron a andar. Ana los siguió humildemente hasta la casa y se deslizó por la puerta trasera.

—Bueno, eres un excelente apoyo para cualquiera —dijo Janet sarcásticamente.

—No pude evitarlo, Janet —exclamó Ana, contrita—. Me sentí como si hubiera estado de brazos cruzados viendo asesinar a alguien. Tuve que correr tras él.

—Y yo me alegro de que lo hicieras. Cuando le vi volverse y echar a andar sentí como si la poca felicidad y alegría que quedan en mi vida se hubieran ido con él. Fue una sensación horrible.

—¿No le preguntó por qué obró así?

—No, ni una palabra —respondió Janet lentamente.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

John Douglas se decide a hablar

Ana no había perdido la esperanza de que ocurriera algo; pero nada pasó. John Douglas continuó acompañando a Janet hasta su casa después de las oraciones, tal como lo hiciera desde hacía veinte años, y parecía que lo continuaría haciendo por otros veinte más. Pasó el verano. Ana daba clases en su escuela, escribía a todos y estudiaba un poco. Sus paseos hasta el colegio eran placenteros; siempre iba por el pantano, un hermoso lugar reverdecido por las musgosas lomas. Por él cruzaba un arroyo bordeado de pinos cubiertos de enredaderas y entre cuyas raíces pululaban las hierbas.

Sin embargo, Ana encontraba un poco monótona la vida en Valley Road. En realidad hubo sólo un incidente divertido.

No había vuelto a ver al flaco y pelirrojo Samuel, el de la menta, desde la visita que les hiciera. Solamente un par de veces se había cruzado con él. Pero apareció por fin una cálida noche de agosto y se sentó en el banco de la galería. Llevaba sus ropas de trabajo, que consistían en pantalones remendados, una camisa azul con rotos en los codos y un harapiento sombrero de paja. Mascaba solemnemente una pajita y miraba a Ana con la misma solemnidad. Ésta dejó su libro a un lado, con un suspiro, y tomó su bordado. No esperaba gran cosa de su conversación con Sam.

Al cabo de un largo silencio, Sam habló:

—Mi voy di allí —dijo mientras señalaba con el sombrero la casa vecina.

—¿Ah, sí? —preguntó Ana, cortés.

—Sí.

—¿Y dónde irá?

—Buino, hi istado pinsando consiguir un lugar todo mío. Está isa casa in Millersville. Piro si l'alquilo, necisito una mujir.

—Supongo —asintió Ana vagamente. Hubo otro largo silencio. Finalmente, Sam volvió a quitarse el sombrero de paja y prosiguió:

—¿Si quidaría ustí conmigo?

—¿Qué-é-é? —masculló Ana.

—¿Si quidaría ustí conmigo?

—¿Quiere decir, si me casaría con usted?

—Sí.

—Pero si apenas le conozco —gritó Ana, indignada.

—Pero mi conociría dispois de casarsi conmigo.

Ana reunió toda su herida dignidad.

—Por cierto que no me casaré con usted —dijo irritada.

—Buino, puidi pasarli algo pior. Trabajo mucho y tingo dini-ro in il banco.

—No me vuelva a hablar jamás de eso. ¿Quién le puso esa idea en la cabeza? —preguntó Ana, cuyo sentido del humor estaba volviendo por sus fueros; tan absurda era la situación.

—Ustí is una linda muchacha y si las arrigla muy bien. No mi gustan l'haraganas. Riflixioni. Voi a ispirarla. Buino, tingo qu'irmi. Tingo qui ordiñar las vaquis.

Las ilusiones que Ana se hiciera sobre las declaraciones de amor habían sufrido tales golpes durante los últimos años, que casi nada quedaba ya de ellas. De modo que pudo reír a sus anchas de esta última sin que su corazón sufriera. Aquella noche hizo una imitación de Sam frente a Janet y ambas rieron como locas comentando la iniciación del muchacho en la vida sentimental.

Una tarde, cuando se acercaba a su fin la estancia de Ana en Valley Road, Alee Ward llegó a «Junto al Camino» y preguntó por Janet.

—La necesitan en casa de los Douglas —dijo—. Me parece que la señora Douglas va a morir esta vez, después de haber estado anunciándolo durante veinte años.

Mientras Janet corría a buscar su sombrero, Ana preguntó si la señora estaba peor que de costumbre.

—No está ni la mitad de mal —contestó Alee, muy serio—, y eso es lo que me hace pensar que es cosa grave. Otras veces se ha puesto a dar gritos y a correr de un lado a otro; pero ahora está acostada y silenciosa. Le aseguro que si se ha quedado es porque está muy mal.

—¿A usted no le gusta la señora Douglas? —inquirió Ana.

—Me gustan las gatas cuando son gatas. Pero no me gustan las gatas cuando son mujeres —fue la oscura respuesta de Alee. Janet regresó a su casa a la hora del crepúsculo.

—La señora Douglas ha muerto —anunció con tristeza—. Falleció a poco de llegar yo. No me habló más que una vez: «Supongo que ahora te casarás con John», me dijo. Eso me llegó al corazón, Ana. ¡Pensar que la propia madre de John creía que no me casaba con su hijo a causa de ella!

Yo tampoco pude decirle nada; había otras mujeres. Me alegré de que John no estuviera allí.

Janet comenzó a llorar desconsoladamente. Ana le dio a beber té con jengibre para calmarla. Nuestra amiga descubrió más tarde que había empleado pimienta en lugar de jengibre, pero Janet no lo notó.

En la tarde que siguió al funeral, Ana y Janet estaban sentadas en la galería a la luz del crepúsculo. El viento había quedado dormido en los pinares y por el cielo septentrional cruzaban relámpagos de calor. Janet llevaba su feo vestido negro y su aspecto era peor que nunca, con los ojos y la nariz enrojecidos por el llanto. Hablaban poco, pues Janet no parecía aprobar los esfuerzos de Ana para levantarle el ánimo; prefería llanamente sentirse triste.

De pronto se oyeron ruidos en el portón y John Douglas penetró en el jardín y cruzó por encima del cantero de geranios. Janet se puso de pie y Ana la imitó. Nuestra amiga era alta y llevaba un vestido blanco, pero John no pareció verla.

—Janet, ¿te casarás conmigo?

Las palabras irrumpieron como si hubiesen estado retenidas durante veinte años y fuera imprescindible decirlas en aquel momento.

La cara de Janet estaba tan enrojecida por las lágrimas que parecía imposible que pudiera arrebatarse más aún, pero tomó un horrible color púrpura.

—¿Por qué no me lo pediste antes? —preguntó con lentitud.

—No podía. Ella me hizo prometerlo; mamá me hizo prometerlo —repitió—. Hace diecinueve años tuvo un ataque terrible y creímos que no sobreviviría. Entonces me imploró que le prometiera no pedirte que te casaras conmigo mientras viviera. No quería prometerle tal cosa, pero todos pensábamos que viviría poco; el mismo médico le daba sólo seis meses de vida. Pero me lo pidió de rodillas, sufriente y enferma. Tuve que prometérselo.

—¿Y qué tenía tu madre contra mí? —gritó Janet.

—Nada. Nada. Sólo que no quería otra mujer en su casa mientras viviera. Dijo que si no se lo prometía moriría, y sería por mi culpa. De modo que lo hice y me ha obligado a cumplirlo, aunque le imploré de rodillas que me relevara de esa promesa.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¡Si sólo lo hubiese sabido! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Me hizo prometer que no se lo diría a nadie —respondió John roncamente—. Me lo hizo jurar por la Biblia. Janet, nunca lo hubiese hecho si hubiera sabido que sería por tanto tiempo. Nunca sabrás lo que he sufrido en estos diecinueve años. Sé que también te he hecho sufrir, pero ¿te casarás conmigo, Janet? ¡Oh, Janet, por favor! He venido a pedírtelo tan pronto como pude.

En este instante, la estupefacta Ana recobró el sentido y comprendió que estaba de más. Se escabulló y no volvió a ver a Janet hasta la mañana siguiente, cuando ésta le contó el resto de la entrevista.

—¡Qué mujer tan falsa, cruel e implacable! —gritó Ana.

—Calla, está muerta —dijo Janet, solemne—. Si no lo estuviera… pero no; no debemos hablar mal de ella. Por fin soy feliz, Ana. Y no me habría molestado esperar tanto si lo hubiera sabido todo.

—¿Cuándo os casaréis?

—El mes que viene. Desde luego, todo se hará en la mayor intimidad. Supongo que la gente murmurará; dirán que me apresuré a cazar a John tan pronto como su pobre madre salió del camino. John quería contar la verdad, pero le dije: «No, John, después de todo era tu madre, y no debemos empañar su recuerdo; guardemos el secreto. No me importa lo que diga la gente ahora que lo sé todo. No me importa un comino». De modo que llegamos a un acuerdo.

—Tiene más capacidad de perdón que yo —dijo Ana, algo enfadada.

—Opinarás de manera muy diferente sobre muchas cosas cuando llegues a mi edad —dijo Janet, tolerante—. Ésa es una de las cosas que se aprenden con los años: a olvidar. Es mucho más fácil conseguirlo a los cuarenta que a los veinte.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Comienza el último año en Redmond

—Aquí estamos nuevamente, bronceadas y con el vigor de un hombre listo para correr una carrera —dijo Phil mientras se sentaba sobre una maleta con un suspiro de satisfacción—. ¿No es bonito volver a ver «La Casa de Patty»… y a la tía Jamesina… y a los gatos? Rusty ha perdido otro trozo de oreja, ¿no es cierto?

—Aunque no tuviera orejas, Rusty sería el gato más hermoso del mundo —respondió Ana desde su baúl, mientras Rusty trepaba a su regazo a modo de bienvenida.

—¿Se alegra de tenernos de vuelta, tía? —preguntó Phil.

—Sí, pero me gustaría que subierais el equipaje —contestó la tía Jamesina observando el desbarajuste de baúles y maletas que las cuatro alegres y parlanchinas jovencitas habían desparramado por todas partes—. Podéis seguir conversando más tarde. Cuando era joven mi lema era: «Primero la obligación y después la devoción».

—¡Oh, nuestra generación lo ha tergiversado, tía! Nuestro lema es: «Primero diviértete y luego suda la gota gorda». Podemos trabajar mucho mejor después de habernos reído un rato.

La tía Jamesina, con su encantador aire que la convertía en la reina de las amas de casa, pareció resignarse a lo inevitable; y, mientras alzaba a Joseph y cogía su tejido, dijo a Phil:

—Puesto que vas a casarte con un pastor, no deberías usar expresiones como «sudar la gota gorda».

—¿Por qué? ¿Por qué la esposa de un ministro tiene que usar sólo palabras serias? Todos los de Patterson Street hablan una jerga especial, y si yo no lo hiciera pensarían que soy orgullosa y pedante.

—¿Has comunicado la noticia a tu familia? —preguntó Priscilla dando de comer a la gata Sarah.

Phil asintió.

—¿Y cómo lo tomaron?

—¡Oh! Mamá armó un alboroto, pero yo permanecí firme como una roca, yo, Philippa Gordon, que nunca había sido capaz de llevar nada a cabo. Papá mostró más calma. Su propio padre fue pastor, así que guarda en un rincón de su corazón un lugarcito para ellos. Después que mamá se hubo tranquilizado llevé a Jo a «Monte Sagrado» y ambos quedaron encantados con él. Pero mamá le lanzó unas indirectas terribles durante la conversación sobre el porvenir que ella habría deseado para mí. ¡Oh, mis vacaciones no han estado sembradas de rosas, queridas! Pero… triunfé y tengo a Jo. Es lo único que importa.

—Para ti —dijo la tía Jamesina secamente.

—Y también para Jo. ¿Se puede saber por qué insiste en compadecerlo? Yo creo que es digno de envidia. Conmigo obtiene cerebro, belleza y un corazón de oro.

—Menos mal que nosotras sabemos cómo tomar tus discursos —exclamó la tía Jamesina, con paciencia—. Espero que no hablarás así delante de extraños. ¿Qué pensarían de ti?

—No me importa lo que puedan opinar. No tengo interés en verme como me ven los otros. Estoy segura de que la mayoría de las veces sería terriblemente incómodo. Ni el mismo Burns debe haber sido sincero en su plegaria.

—Yo diría que todos pedimos cosas que en realidad no deseamos; lo comprobaríamos si tuviéramos la valentía de mirar en nuestro corazón —respondió la tía Jamesina sinceramente—. Creo que esa clase de plegarias no van muy lejos. Yo acostumbraba rezar pidiendo a Dios que me concediera la gracia de perdonar a cierta persona; ahora comprendo que, en realidad, no quería perdonarla. Cuando finalmente quise hacerlo, la perdoné sin necesidad de rezar.

—No puedo imaginarla guardando rencor a alguien por mucho tiempo, tía —dijo Stella.

—¡Oh, antes sí que era capaz! Pero a medida que pasan los años comprendo que no vale la pena.

—Eso me recuerda algo que quería contarles —dijo Ana. Y les refirió la historia de Janet y John.

—Y ahora cuéntanos la romántica escena que mencionabas apenas en una de tus cartas —pidió Phil.

Ana relató el episodio de Samuel con mucha gracia. Las muchachas rieron con ganas y la tía Jamesina sonrió.

—No es de buen gusto burlarse de los pretendientes —dijo con severidad—, pero —agregó con calma— debo confesar que yo siempre lo hice.

—Cuéntenos algo de ellos, tía —rogó Phil—; debe de haber tenido un montón.

—No hables en pasado. Aún los tengo. Hay tres viudos en mi pueblo que desde hace un tiempo me miran con ojos de carnero degollado. Ustedes las jóvenes creen que tienen acaparado todo el idilio del mundo.

—«Viudos» y «ojos de carnero degollado» no suena muy romántico, tía.

—Bueno, no. Pero tampoco los jóvenes son siempre románticos. Algunos de mis pretendientes ciertamente no lo eran. Me he reído de ellos de forma escandalosa, pobres muchachos. Estaba Jim Elwood, que parecía vivir en sueños y nunca sabía qué sucedía a su alrededor. No comprendió que le había dicho «no» hasta después de un año. Ya casado, cuando volvía una noche de la iglesia, su esposa se cayó del trineo y él no la echó de menos. También estaba Dan Winston. Era un «sabelotodo». Sabía todo de este mundo y casi todo sobre el otro. Podía contestar cualquier pregunta que se le hiciera, aunque fuera sobre la fecha del Juicio Final. Milton Edwards era realmente guapo y me gustaba mucho, pero no me casé con él por dos razones; primero, porque tardaba una semana en comprender un chiste; y segundo, porque nunca me lo pidió. El más interesante fue Horacio Reeve, pero cuando contaba algo lo adornaba de tal modo, que uno nunca podía saber si mentía o sólo dejaba correr su imaginación.

—¿Y qué hay de los otros, tía?

—¡Vamos! ¡A desempaquetar! —respondió ésta cortando su relato—. Los otros eran demasiado buenos para reírme de ellos; respetaré su recuerdo. En tu cuarto hay un ramo de flores, Ana. Lo trajeron hace una hora.

Transcurrida la primera semana, las jovencitas de «La Casa de Patty» dedicaron todos sus esfuerzos al estudio. Era el último año en Redmond y había que luchar por los premios. Ana se dedicó al inglés, Priscilla a los clásicos y Philippa la emprendió con las matemáticas. Algunas veces las asediaba el cansancio, otras el desaliento; otras les parecía que nada merecía tanto sacrificio. En este estado se encontraba Stella al llegar al cuarto azul una lluviosa tarde de noviembre. Ana se hallaba sentada en el suelo dentro del círculo de luz que arrojaba una lámpara, rodeada por un montón de arrugados manuscritos.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Estoy revisando las historias de un viejo «Club de Cuentos». Necesitaba algo para alegrar el espíritu y distraerlo. He estudiado tanto que el mundo se me tornó azul oscuro. De modo que vine y saqué estos cuentos del baúl. Están tan llenos de lágrimas e infortunios que resultan extremadamente divertidos.

—Yo también me siento desalentada —dijo Stella arrojándose sobre el sofá—. Me parece que nada tiene valor. Me siento vieja y cansada. Después de todo, ¿de qué vale vivir?

—Querida, es la fatiga la que nos hace sentir así, y el tiempo. Esta lluvia constante después de un día agotador acabaría con el ánimo de cualquiera. Tú sabes que vale la pena vivir.

—¡Oh!, supongo que sí. Pero no puedo convencerme en este momento.

—Piensa en todas las almas nobles y grandes que han vivido y trabajado en el mundo —dijo Ana soñadoramente—. ¿No vale la pena haber llegado después que ellos y heredado sus conquistas y enseñanzas? ¡Y piensa en los grandes hombres que viven hoy en el mundo! ¿No vale la pena pensar que compartimos su inspiración? Y además, los que vendrán en el futuro. ¿No vale la pena trabajar un poquito para prepararles el camino… ayudarles a adelantar aunque sea un solo paso?

—Mi mente está de acuerdo contigo, Ana. Pero mi espíritu permanece triste y falto de inspiración. Siempre me han hecho este efecto las noches de lluvia.

—A veces me gusta la lluvia. Me gusta estar acostada y sentirla golpear contra el techo o correr entre los pinos.

—A mí también, cuando se queda en el techo —dijo Stella—. Pero no siempre es así. El verano pasado pasé una noche horrible en una vieja granja. El techo tenía goteras y la lluvia caía justo sobre mi cama. Eso no tenía nada de poético. Tuve que levantarme en medio de la noche y poner la cama fuera del alcance de la lluvia. Y era uno de esos lechos sólidos y antiguos que pesan una tonelada, más o menos. Y luego el golpeteo incesante que continuó hasta que mis nervios estuvieron completamente destrozados. No tienes idea del ruido que hace una gota de lluvia sobre el suelo desnudo en una noche tormentosa. Suena a pasos de fantasmas o cosas por el estilo. ¿De qué te ríes, Ana?

—De estos cuentos. Como diría Phil, son criminales…, y en más de un sentido, pues todos los personajes mueren. ¡Qué heroínas más deslumbrantemente hermosas describíamos…! ¡Y cómo las vestíamos! Sedas, rasos, terciopelos, joyas, cintas…, nunca otra cosa. Jane Andrews habla de una doncella que duerme ataviada con un hermoso camisón de raso blanco adornado con perlas.

—Continúa. Comienzo a sentir que vale la pena vivir, ya que existe la risa.

—Aquí hay uno escrito por mí. Mi heroína parte para un baile «cubierta de enormes brillantes de los pies a la cabeza». Pero ¿de qué valen la belleza y las riquezas? «Los caminos de la gloria la conducían, pero hacia la tumba». Obligatoriamente, tenían que morir asesinadas o con el corazón destrozado. No tenían escapatoria.

—Déjame leer una de tus historias.

—Bueno, ésta es mi obra maestra. Mira qué título tan alegre: «Mis sepulcros». Derramé abundantes lágrimas mientras la escribía y mis compañeras lloraron a raudales cuando la escucharon. La madre de Jane Andrews la regañó porque aquella semana dio a lavar un montón de pañuelos. Es la azarosa historia de la esposa de un pastor metodista. La hice casar con un metodista porque era necesario que viajara. Enterraba un hijo en cada uno de los lugares donde vivía. Eran nueve y las sepulturas iban desde Terranova hasta Vancuver. Hice una descripción minuciosa de cada niño, de sus lechos de muerte y de sus tumbas y epitafios. Tenía intención de enterrar a los nueve, pero después de haber acabado con ocho, mi reserva de horrores se agotó y le permití al último seguir viviendo, claro que como una desventurada criatura.

Stella se dio a la lectura de «Mis sepulcros» acompañando con risas sus trágicos párrafos; Rusty dormía el sueño de los gatos justo sobre un manuscrito de Jane Andrews que relataba las vicisitudes de una hermosa doncella de quince años que partía como enfermera rumbo a una colonia de leprosos, donde, por supuesto, contraía la horrible enfermedad y moría presa de ella. Ana, mientras tanto, hojeaba los otros cuentos y recordaba los viejos tiempos en Avonlea, cuando las socias del Club de Cuentos escribían sus historias sentadas al amparo de los abetos o de los pinos junto al arroyo. ¡Cuánto se habían divertido! Mientras leía, volvían a ella el sol y la alegría de aquellos veranos. Toda la gloria de Grecia o la grandeza de Roma no podían compararse con aquellas historias llenas de lágrimas y desventuras. Entre los originales, Ana halló uno escrito en hojas de papel de envolver. La risa iluminó sus ojos grises al recordar el momento y lugar donde había creado su obra. La había escrito el día en que se había caído por el tejado del gallinero de las Copp en el camino Tory.

Ana le echó un vistazo y de repente se encontró leyéndolo atentamente. Era un corto diálogo entre ásteres y guisantes, canarios silvestres en los arbustos color de lila y el espíritu guardián del jardín. Cuando hubo terminado, se quedó sentada con la vista clavada en el espacio y al irse Stella alisó el arrugado manuscrito.

—Creo que lo haré —dijo resueltamente.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

La visita de las Gardner

—Aquí tiene una carta con un sello indio, tía Jimsie —dijo Phil—. Hay tres para Stella, dos para Pris y una bien gorda para mí, de Jo. Para ti hay sólo una circular, Ana.

Nadie notó el sonrojo de Ana mientras ésta tomaba la circular que le tendiera Phil descuidadamente. Pero a los pocos minutos Phil alzó los ojos para ver una Ana transfigurada.

—¿Qué te ocurre?

—El Youth 's Friend ha aceptado un pequeño apunte que envié hace un par de semanas —dijo Ana, tratando con todas sus fuerzas de hablar como quien está acostumbrado a que le acepten apuntes muy a menudo.

—¡Ana Shirley! ¡Qué maravilla! ¿Y cómo era? ¿Cuándo lo publicarán? ¿Te pagan algo?

—Sí; me han enviado un cheque por diez dólares y el editor me dice en su carta que quiere ver más trabajos míos. Y desde luego que los verá. Éste era un viejo escrito que encontré en un cajón; lo retoqué un poco y lo envié, pero sin pensar en que lo aceptasen, pues ni siquiera tiene argumento —dijo Ana, mientras recordaba la amarga experiencia de «El sacrificio de Averil».

—¿Qué vas a hacer con los diez dólares, Ana? ¿Qué te parece si vamos al pueblo a emborracharnos? —sugirió Phil.

—Voy a dilapidarlos —declaró Ana, alegremente—. De todos modos, no es dinero maldito, como el del cheque que me mandaron por la levadura Rollings. Aquél lo gasté juiciosamente en ropas útiles que odié cada vez que me las puse.

—¡Pensar que tenemos a toda una escritora en «La Casa de Patty»! —exclamó Priscilla.

—Es una gran responsabilidad —agregó solemnemente la tía Jamesina.

—Desde luego que sí —dijo Pris con igual tono—. Las escritoras son gente rara, uno nunca sabe por dónde arrancarán.

—Yo quise decir que ser escritor es una gran responsabilidad —dijo la tía con severidad—, y espero que Ana lo comprenda. Mi hija solía escribir cuentos antes de su partida, pero ahora dedica su atención a cosas más importantes. Decía a menudo que su divisa era: «Nunca escribas una línea de la que pudieras avergonzarte si la leyeran en tu funeral». Será mejor que pienses de ese modo si estás decidida a embarcarte en la literatura. Aunque —añadió, perpleja—, Elizabeth solía reírse cuando lo decía. Siempre se reía tanto que no sé cómo se decidió a ser misionera. Me alegré de que lo hiciera, pues había rezado por ello, pero… quisiera que no hubiera ocurrido.

Y la tía Jamesina se preguntó, después de estas palabras, qué era lo que había provocado la risa de aquellas criaturas.

Los ojos de Ana brillaron todo el día; en su cerebro bullían las ambiciones literarias. Aquella exaltación la acompañó hasta la fiesta de Jennie Cooper, y ni siquiera la visión de Gilbert y Christine caminando frente a ella y Roy, consiguió empañar el brillo de sus pupilas. Sin embargo, no estaba tan alejada de las cosas terrenales para no notar que el andar de Christine era decididamente poco grácil.

«Supongo que Gilbert sólo se fija en la cara. Así son los hombres», pensó Ana enfadada.

—¿Estarás en casa el sábado por la tarde? —preguntó Roy.

—Sí.

—Mi madre y mis hermanas irán a visitarte.

Uno de sus frecuentes estremecimientos sacudió el cuerpo de Ana, aunque esta vez distaba de ser placentero. Nunca había visto a los parientes de Roy; comprendía la importancia y el especial significado de aquella visita, y lo que había en ello de irrevocable la asustaba.

—Me encantará conocerlas —dijo con llaneza; y durante un instante se preguntó si en realidad sería así. Debería serlo, desde luego. Pero ¿no equivaldría aquello a una ordalía? Le habían llegado murmuraciones de cómo consideraban los parientes de Roy la «inclinación» del muchacho. Seguramente que la visita no era del todo espontánea. Ana sabía que sería puesta en la balanza de los Gardner. El hecho de que consintieran en visitarla significaba que, de buen o mal grado, la consideraban como posible integrante del clan.

—Seré yo misma. No intentaré producir buena impresión —decidió Ana. Pero ya cavilaba sobre qué vestido se pondría el sábado por la tarde y hacía sus cálculos acerca de un nuevo peinado, que tal vez le quedaría mejor que el actual. La reunión perdió su atractivo para Ana. Al llegar la noche había decidido ponerse el vestido marrón y llevar el cabello suelto.

El viernes por la tarde ninguna de las muchachas tenía que asistir a clase en Redmond. Stella aprovechó la circunstancia para escribir un ensayo para la Sociedad de Amigos del Saber, sentada a la mesa en un rincón de la sala, completamente rodeada de papeles. La muchacha afirmaba que no podía escribir una línea, a menos que tirara las hojas ya terminadas al suelo. Ana, con su blusa de franela, su falda de sarga y los cabellos alborotados por el viento del paseo, se hallaba sentada en el centro de la habitación jugando con la gata Sarah. Joseph y Rusty estaban acurrucados junto a ella. Toda la casa olía a repostería, pues Priscilla se hallaba en la cocina. De pronto entró en el salón, cubierta por un gran delantal y con la nariz manchada de harina, para mostrar a la tía Jamesina una tarta de chocolate que acababa de hornear.

En ese esperanzador momento llamaron a la puerta. Nadie le prestó mucha atención, excepto Phil, que corrió a abrir, esperando que fuera el chico que debía traerle el sombrero que había comprado esa mañana. En el umbral apareció la señora Gardner con sus hijas.

Ana se levantó como pudo, espantando a los dos indignados gatos. Priscilla, que hubiese tenido que cruzar la habitación para llegar hasta la puerta de la cocina, perdió la cabeza y metió la tarta de chocolate debajo de un almohadón del sofá, echando luego a correr escaleras arriba. Stella comenzó a juntar febrilmente las hojas de su manuscrito. Las únicas que permanecieron inalterables fueron la tía Jamesina y Phil. Gracias a ellas, todos, hasta Ana, se sintieron cómodos a los pocos instantes.

Priscilla descendió sin su delantal y su mancha de harina; Stella redujo el espacio para sus hojas y Phil salvó la situación con su conversación.

La señora Gardner era alta, delgada y exquisitamente elegante, con una cordialidad tan excesiva que parecía un poco forzada. Aline Gardner era una edición más joven de su madre pero sin la cordialidad. Trataba de ser elegante pero lo único que conseguía era ser arrogante. Dorothy Gardner era delgada, alegre y algo retozona. Ana sabía que era la favorita de Roy y la trató con especial afecto. Hubiera sido aún más parecida a su hermano de haber tenido ojos oscuros. Gracias a ella y a Phil, la visita trascurrió realmente bien, exceptuando cierta tensión en la atmósfera y dos incidentes. Rusty y Joseph, sin otra diversión, empezaron a jugar a la caza y saltaron al sedoso regazo de la señora Gardner en una de las persecuciones. Ésta alzó sus impertinentes y contempló las formas volantes como si fuese la primera vez que veía un gato, y Ana, reprimiendo una risa nerviosa, trató de pedir disculpas lo mejor que pudo.

—¿Le gustan los gatos? —preguntó la señora Gardner con entonación de tolerante extrañeza.

Ana, a pesar de su afecto por Rusty, no era muy amante de los gatos, pero el tono de la señora Gardner la molestó. Sin poderlo remediar, recordó que a la madre de Gilbert le gustaban tanto los gatos, que tenía en su casa cuantos le dejaba su marido.

—Son animales adorables, ¿no? —dijo con tono perverso.

—A mí nunca me han gustado los gatos.

—A mi sí —terció Dorothy—. Son muy independientes. Los perros son demasiado buenos y generosos; me hacen sentir incómoda. Pero los gatos son terriblemente humanos.

—¡Qué hermosos perros de porcelana tienen! ¿Puedo verlos de cerca? —preguntó Aline, cruzando la habitación y transformándose en la causa inconsciente del otro accidente. Tomando a Magog entre sus manos, se sentó sobre el almohadón bajo el cual se escondía la tarta de chocolate de Priscilla. Ésta y Ana cambiaron una mirada de desesperación, pero Aline siguió sentada allí, discutiendo sobre los perros de porcelana hasta que llegó la hora de irse.

Dorothy quedó atrás para estrecharle la mano a Ana y decirle impulsivamente:

—Sé que tú y yo seremos grandes amigas. ¡Oh!, Roy me lo ha contado todo. Soy la única de la familia a quien cuenta todo; nadie podría hacerles confidencias a mamá y a Aline. ¡Qué bien tenéis que pasarlo aquí! ¿Me dejaréis venir de vez en cuando?

—Ven cuantas veces quieras —respondió Ana de todo corazón, agradecida de que una de las hermanas de Roy fuera agradable. Nunca podría ser como Aline ni ésta la llegaría a querer, aunque podría ganar a la señora Gardner. De todos modos, Ana suspiró de alivio cuando hubo terminado la ordalía.

De todas las frases es la peor,
pudo haber sido alguna vez.

Citó Priscilla trágicamente mientras levantaba el almohadón.

—Esta tarta es un desastre y el almohadón no está mucho mejor. No me digáis que el viernes no es mal día.

—La gente que avisa que vendrá el sábado no tiene derecho a aparecer el viernes —se quejó la tía Jamesina.

—Sospecho que fue un error de Roy —dijo Phil—. Ese chico no está en sus cabales cuando habla con Ana. ¿Dónde se ha metido Ana?

Ana estaba en el piso superior. Se sentía con ganas de llorar, pero rio. ¡Rusty y Joseph se habían portado demasiado mal! ¡Y Dorothy era encantadora!

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Licenciadas de cuerpo entero

—Quisiera estar muerta o que hoy fuera mañana —se quejó Phil.

—Si vives lo bastante, ambos deseos se cumplirán —contestó Ana, tranquila.

—Para ti es fácil estar serena. No tienes dificultades con la filosofía. Yo no, y en cuanto pienso en el examen de mañana me pongo a temblar. ¿Qué diría Jo si fracaso mañana?

—No fracasarás. ¿Cómo te ha ido en griego?

—No sé. Quizá fue un buen examen o quizá fue tan malo como para hacer que Homero se revolviera en su tumba. He estudiado y garabateado tanto en los cuadernos que no soy capaz de formarme una opinión sobre nada. ¡Qué contenta estará la pequeña Phil en cuanto hayan terminado los exámenes!

—¿Exámenes? Nunca oí tal palabra.

—Bueno, ¿no tengo yo tanto derecho como la que más a inventar una palabra?

—Las palabras no se inventan: surgen.

—No importa. Comienzo a ver que todo se aclarará en cuanto terminen los exámenes. ¿Os dais cuenta de que casi ha terminado nuestra vida en Redmond?

—Yo no —dijo Ana tristemente—. Me parece que fue ayer cuando Pris y yo estábamos solas en aquel gentío de «novatos» en Redmond. Y ahora somos alumnas de último año al borde de los exámenes finales.

—Poderosas, inteligentes y reverendas alumnas de tercero —dijo Phil—. ¿Creéis que somos más sabias que cuando llegamos a Redmond?

—Desde luego no os portáis como si lo fuerais —dijo la tía Jamesina con severidad.

—¡Oh, tía Jimsie! ¿No hemos sido bastante buenas, en conjunto, estos tres inviernos que nos adoptó?

—Habéis sido las chicas más buenas, dulces y gentiles que jamás hayan asistido a la escuela —afirmó la tía, que no ahorraba cumplidos—. Pero sospecho que os falta mucho sentido común. Desde luego que no se podía esperar otra cosa. El sentido común lo da la experiencia; no es cosa que se puede aprender en el colegio. Habéis estado cuatro años en la

Escuela Superior y yo ninguno; pero yo sé de la vida muchísimo más que vosotras, jovencitas.

Muchas cosas hay que no siguen regla,
hay un enorme montón de saber,
que nunca se adquiere en la escuela.
Hay montones de cosas que no se aprenden allí.

Citó Stella.

—¿Habéis aprendido en Redmond algo aparte de lenguas muertas, geometría y cosas por el estilo? —preguntó la tía.

—¡Oh, ya lo creo que sí! —protestó Ana.

—Hemos aprendido la verdad de aquello que nos dijo el profesor Woodleight en la última reunión —expresó Phil—. Afirmó: «El humor es el más picante de los condimentos en el festín de la existencia. Ríanse de sus errores pero aprendan de ellos; alégrense en sus penas pero ganen fuerza con ellas; hagan un chiste de las dificultades, pero vénzanlas». ¿No vale nada ese saber, tía?

—Sí, vale. Cuando hayas aprendido a reírte de las cosas de las que hay que reírse y no de aquellas de las que no, tendrás sabiduría y comprensión.

—Y tú, Ana, ¿qué has sacado de tu curso en Redmond? —preguntó Priscilla.

—Creo —dijo Ana lentamente— que he aprendido a considerar cada pequeña dificultad como una broma y cada gran dificultad como el adelanto de la victoria. En resumen, creo que eso es lo que me ha dado Redmond.

—Para expresar qué ha sido para mí tendré que recurrir a otra cita del profesor Woodleight —dijo Pris—. ¿Os acordáis?

»Dijo en su discurso: «¡Hay tanto en el mundo para nosotros, si tenemos los ojos para verlo, el corazón para amarlo y las manos para acercárnoslo, tanto en hombres y mujeres, en arte y literatura, tanto en todas partes con que deleitarnos y de lo cual quedar agradecidos!». Creo que Redmond me enseñó eso en cierto sentido.

—En resumen, a juzgar por todo lo que decís —comenzó la tía Jamesina—, resulta que en cuatro años de escuela se puede aprender (si se tienen las dotes naturales para ello) lo que de otro modo llevaría veinte años de vida. Bueno, eso justifica la educación superior. Tenía mis dudas de que sirviera para algo.

—Pero ¿qué ocurre si no se tienen dotes naturales?

—La gente que no tiene tales dotes nunca aprende —respondió la tía— ni en el colegio ni en la vida. Aunque lleguen a los cien años, saben tanto como al nacer. No es su culpa, sino su desgracia. Pero aquellos que tienen dotes deben dar gracias a Dios.

—¿Nos definiría esas dotes, tía Jamesina? —preguntó Phil.

—No, jovencita. Quienquiera que las tenga sabe qué son, y quien no las tenga nunca lo podrá saber. De modo que no hay necesidad de definirlas.

Volaron los atareados días y pasaron los exámenes. Ana ganó el primer premio en inglés, Priscilla en clásicos y Phil en matemáticas. Stella obtuvo calificaciones buenas en general. Y llegó por fin el día de la graduación.

—Esto es lo que yo en algún momento hubiera llamado una época en mi vida —dijo Ana, mientras sacaba de la caja las violetas de Roy y las contemplaba pensativa. Había pensado ponérselas, desde luego, pero sus ojos se detenían ahora en otra caja llena de lirios del valle tan frescos y fragantes como los que crecían en el jardín de «Tejas Verdes» cuando llegaba junio a Avonlea. Junto a las flores estaba la tarjeta de Gilbert Blythe.

Ana cavilaba sobre el porqué le habría enviado Gilbert flores en esta ocasión. Poco había sabido de él durante el último invierno. Había acudido a «La Casa de Patty» solamente un viernes por la noche desde Navidad y rara vez se habían vuelto a encontrar. Sabía que estaba estudiando mucho, con miras a los grandes premios y al premio Cooper, y que apenas participaba en las reuniones sociales de Redmond. El invierno de Ana había sido muy animado desde el punto de vista social. Había estado en contacto con los Gardner; ella y Dorothy eran íntimas amigas. Los círculos estudiantiles esperaban el anuncio de su compromiso con Roy en cualquier momento. La propia Ana lo esperaba. Y, sin embargo, al salir de «La Casa de Patty» apartó las violetas de Roy y se puso los lirios de Gilbert. No podría haber dicho por qué lo hacía. Por alguna razón, los viejos tiempos de Avonlea, los sueños y amistades de entonces, parecían muy cercanos en aquel instante en que alcanzaba sus más queridas ambiciones. Gilbert y ella habían imaginado una vez alegremente el día de su graduación. Ese día maravilloso había llegado y no había lugar en él para las violetas de Roy. Sólo las flores de su viejo amigo cabían en este momento en que se cumplían las esperanzas comunes.

Durante años había soñado con aquel día; pero cuando llegó, el único recuerdo que había de dejarle no fue el del dichoso instante en que el rector de Redmond le dio su diploma, no fue el relámpago en los ojos de Gilbert cuando vio sus flores, ni la perpleja y dolorosa mirada de Roy cuando cruzó la tarima. No fueron las felicitaciones condescendientes de Alice Gardner ni las apasionadas y sinceras de Dorothy. Fue un golpe extraño e inesperado que echó a perder aquel día ansiado y dejó un débil pero duradero sabor de amargura.

Los graduados daban esa noche su baile. Cuando Ana se vistió, dejó a un lado el collar de perlas que solía llevar y sacó de su baúl la cajita que había llegado a «Tejas Verdes» el día de Navidad. En ella había una cadenita de oro con un corazoncito de color de púrpura. En la tarjeta estaba escrito: «Con los mejores deseos de tu viejo compañero, Gilbert». Ana rio al recordar el episodio que conjuraba el corazoncito, el día fatal en que Gilbert la llamó «zanahoria» y trató en vano de hacer las paces dándole un corazón rojo de caramelo; ella le había agradecido el envío con una nota, pero nunca había llevado el dije. Esa noche se lo sujetó al cuello, con una sonrisa soñadora.

Ella y Phil fueron caminando hasta Redmond. Ana iba en silencio; Phil hablaba de muchas cosas. De pronto dijo:

—Me he enterado de que se anunciará el compromiso de Gilbert Blythe con Christine Stuart tan pronto como pasen las fiestas de graduación. ¿Sabías tú algo de eso?

—No —dijo Ana.

—Creo que es verdad.

Ana no habló. En la oscuridad sintió que le ardía la cara. Deslizó la mano hasta su cuello, cogió la cadenita y la rompió de un enérgico tirón. Las manos le temblaban y los ojos le escocían.

Fue, sin embargo, la más alegre de las asistentes y le dijo a Gilbert, sin dolor alguno, que su carnet de baile estaba completo cuando éste le pidió que bailara con él. Más tarde, mientras se quitaba el frío junto con sus compañeras, sentada frente a la chimenea de «La Casa de Patty», nadie habló más alegremente que ella de los acontecimientos.

—Moody Spurgeon MacPherson vino por aquí después que se fueron —dijo la tía Jamesina, que se había levantado para atizar el fuego—. No sabía nada del baile de graduados. Ese muchacho tendría que dormir con una venda de goma alrededor de la cabeza para que las orejas no se le vayan hacia delante. Yo tuve un novio que lo hacía y eso lo mejoró mucho. Se lo sugerí y siguió mi consejo, aunque nunca me lo perdonó.

—Moody Spurgeon es un chico muy serio —bostezó Priscilla—. Se preocupa por cosas más importantes que sus orejas. Va a ser pastor.

—Bueno, supongo que el Señor no se preocupa por las orejas de un hombre —dijo la tía Jamesina con seriedad, dejando de lado las críticas sobre Moody Spurgeon. Ella sentía cierto respeto por los clérigos, aun cuando sólo estuvieran en camino de serlo.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Lo que no pudo ser

—¡Pensar que dentro de una semana estaré en Avonlea! ¡Oh, delicioso pensamiento! —exclamó Ana inclinada sobre la caja donde estaba guardando las colchas de la señora Lynde—. Pero pensar que dentro de una semana dejaré para siempre «La Casa de Patty», ¡horrible pensamiento!

—Me gustaría saber si nuestra risa hallará eco en los sueños de solteronas de la señorita Patty y su sobrina —exclamó Phil.

La señorita Patty y la señorita María regresaban a casa después de haber recorrido la mayor parte del mundo conocido.

Estaremos en casa la segunda semana de mayo —escribía la primera—. Supongo que «La Casa de Patty» nos parecerá pequeña después del Salón de los Reyes, en Karnak, pero nunca me gustó vivir en lugares demasiado grandes. Me encantará verme de nuevo en casa. Cuando se empieza a viajar a edad avanzada, se corre el riesgo de excederse porque se sabe que no queda mucho tiempo para ello. Mucho me temo que María ya no vuelva a estar satisfecha.

—Dejaré aquí mis sueños y fantasías para que alegren a las nuevas ocupantes —dijo Ana recorriendo con la vista su hermoso cuarto azul, donde había pasado tres años felices. Arrodillada para rezar junto a la ventana, se inclinaba ahora hacia ella para contemplar el crepúsculo tras los pinos. Se preguntaba si los viejos sueños podían encantar una habitación; si cuando uno deja para siempre el cuarto donde ha sufrido, disfrutado, reído y llorado no queda algo invisible e intangible que permanece allí eternamente como un pedazo de la propia alma.

—Yo creo —opinó Phil— que el cuarto donde se ha soñado, donde uno se ha sentido triste o contento, donde se ha vivido, se convierte en algo inseparable de nosotros mismos y adquiere algo de la propia personalidad. Estoy segura de que si entrara en esta habitación dentro de cincuenta años, oiría una vocecilla que me diría: «Ana, Ana». ¡Qué bien lo hemos pasado aquí! ¡Cuántas bromas y qué camaradería! En junio me casaré con Jo y sé que me encontraré trasportada al séptimo cielo, pero en este momento desearía que la vida de Redmond no terminara jamás.

—Yo también soy tan irresponsable en este instante como para desearlo —admitió Ana—. Así nos aguarden en el futuro las alegrías más profundas, nunca podrán compararse con la vida deliciosa e irreflexiva que hemos llevado aquí. Esto ha concluido para siempre.

—¿Qué piensas hacer con Rusty? —preguntó Phil al ver entrar en el cuarto al privilegiado minino.

—Yo me lo llevaré a casa junto con Sarah y Joseph —anunció la tía Jamesina al aparecer detrás de Rusty—. Sería una pena separarlos ahora que han aprendido a vivir juntos, algo tan difícil, tanto para los gatos como para los hombres.

—Me da mucha pena separarme de Rusty —dijo Ana, contrita—, pero sería inútil que lo llevara a «Tejas Verdes». Marilla odia los gatos, sin contar con que Davy acabaría con él. Además, creo que no me quedaré en casa mucho tiempo. Me han ofrecido la dirección de la Escuela Secundaria de Summerside.

—¿Vas a aceptar? —preguntó Phil.

—Todavía… todavía no me he decidido —respondió Ana sonrojándose.

Phil asintió comprensivamente. Ana no podía hacer planes hasta que Roy hablara. No cabía duda alguna de que lo haría pronto. Y tampoco la había de que Ana le daría el sí. La misma Ana consideraba el estado de cosas con complacencia. Estaba profundamente enamorada de Roy. El amor no era exactamente como ella lo imaginara, pero, se preguntaba Ana, ¿habría algún sentimiento que alcanzara la perfección de lo imaginado? Se había repetido la desilusión que sintiera cuando niña a la vista de un diamante, al encontrarse con el frío brillo en lugar del glorioso esplendor que anticipara. «Ésta no es mi idea del diamante», había dicho. Pero Roy era encantador y serían muy felices juntos a pesar de ese algo indefinido que había desaparecido de su vida.

Cuando Roy llegó aquella noche y la invitó a dar un paseo por el parque, todos en «La Casa de Patty» supieron qué iba a decir, y todos sabían o creían saber qué respondería Ana.

—Ana es una joven muy afortunada —opinó la tía Jamesina.

—Me parece —dijo Stella encogiéndose de hombros— que Roy es un buen chico y todo lo demás. Pero no tiene nada adentro.

—Eso suena a opinión de celosa, Stella Maynard —le reprochó tía Jamesina.

—Sí, suena… pero yo no estoy celosa —dijo Stella con calma—. Quiero a Ana y Roy me gusta. Todos opinan que ella hace una buena boda y hasta a la señora Gardner le parece encantadora. Todo se presenta como caído del cielo, pero yo tengo mis dudas. Acuérdese de lo que le digo, tía Jamesina.

Roy pidió a Ana en matrimonio en el mismo pabellón donde conversaran la tarde lluviosa del primer encuentro. A la joven le pareció muy romántico que eligiera ese lugar. Su proposición fue tan perfectamente expresada, como si hubiera sido copiada del «Manual sobre el noviazgo y el matrimonio», tal como lo hiciera uno de los pretendientes de Ruby Gillis. Y también era sincera. No cabía duda de que Roy sentía sus palabras. Ninguna nota falsa echó a perder la sinfonía. Ana pensó que debía sentirse estremecida de pies a cabeza. Pero no era así: sentía una frialdad aterradora. Cuando Roy hizo una pausa aguardando su respuesta, abrió los labios para dejar escapar el fatal «sí».

Y entonces comenzó a sentirse como si retrocediera ante un profundo precipicio. En un instante supo, con la rapidez de un relámpago, lo que no había sabido en muchos años. Retiró su mano de entre las de Roy.

—Oh, no puedo casarme contigo… ¡no puedo… no puedo! —exclamó desatinadamente.

Roy se puso pálido… y también algo tonto. Estaba muy seguro de sí mismo…

—¿Qué quieres decir? —tartamudeó.

—Que no puedo casarme contigo —repitió Ana con desesperación—. Creí que podría… pero no puedo.

—Pero ¿por qué? —preguntó Roy con algo más de calma.

—Porque… no te quiero lo suficiente.

Roy enrojeció repentinamente.

—¿De modo que te has estado divirtiendo conmigo durante estos dos años?

—No… no… —dijo la pobre Ana. ¿Cómo podría explicárselo? No podía hacerlo. Hay cosas imposibles de explicar—. Creí que podría casarme contigo… Sinceramente… pero ahora veo que no es así.

—Has destrozado mi vida —exclamó Roy amargamente.

—Perdóname —rogó Ana miserablemente con las mejillas ardiendo y los ojos llenos de tormento.

Roy se apartó y permaneció mirando al mar durante unos minutos.

—¿No me das alguna esperanza?

Ana sacudió la cabeza en silencio.

—Entonces… adiós. No puedo comprenderlo… No puedo creer que no seas la mujer que yo había creído que eras. Pero los reproches son inútiles entre nosotros. Te amaré eternamente. Te doy las gracias por haberme brindado al menos tu amistad. Adiós, Ana.

—Adiós —susurró la joven. Cuando Roy se hubo ido permaneció largo rato en el pabellón, observando cómo la niebla envolvía lentamente el puerto.

Se sentía llena de humillación y de vergüenza; sabía que lo que había hecho no tenía perdón, pero en el fondo sentía la extraña sensación de que había recobrado su libertad.

Se deslizó dentro de «La Casa de Patty» en medio de la oscuridad y escapó a su cuarto. Pero halló a Phil aguardándola junto a la ventana.

—Espera —dijo sonrojándose anticipadamente—. Espera a que oigas lo que voy a decirte, Phil: Roy me pidió que me casara con él y lo rechacé.

—¿Tú… tú lo has rechazado? —exclamó Phil palideciendo.

—Sí.

—Ana Shirley, ¿estás en tu sano juicio?

—Supongo que sí. ¡Oh, Phil, no me regañes! Tú no comprendes…

—Ya lo creo que no. Has estado alentando a Roy de mil maneras durante dos años… y ahora me dices que lo has rechazado. Entonces has estado coqueteando con él de un modo escandaloso. ¡Oh, Ana, no puedo creer eso de ti!

—No lo he hecho. Creí honestamente que lo quería hasta el último momento… y entonces… bueno, simplemente supe que nunca podría casarme con él.

—Supongo —exclamó Phil cruelmente— que querías casarte por su dinero, y al final tu yo bueno despertó y te lo impidió.

—No es cierto. Nunca me importó su dinero. ¡Oh!, no puedo explicarte más de lo que yo misma sé.

—Ana, tu proceder es para avergonzarse. Roy es guapo, inteligente, rico, bueno; ¿qué más quieres?

—Quiero alguien que sea parte de mi vida. Él no lo es. Al principio me marearon su aspecto y sus palabras llenas de romanticismo, y luego me dije que tenía que estar enamorada, ya que él representaba mi ideal.

—Si yo soy mala por no saber lo que quiero, tú eres peor.

—Yo sé lo que quiero. El problema está en que varía, y entonces tengo que empezar a comprenderlo todo otra vez.

—Bueno, creo que no se ganará nada, te diga lo que te diga.

—No hace falta, Phil. Me siento sucia. Esto lo ha echado todo a perder. Ya no volveré a pensar en mi época de Redmond sin recordar la humillación de esta tarde. Roy me desprecia… tú me desprecias… y yo misma me desprecio.

—Pobre querida —dijo Phil—. Ven aquí y deja que te consuele. No tengo derecho a reprocharte nada. Yo misma me habría casado con Alee o con Alonzo de no haber aparecido Jo. Ana, ¡qué confuso es todo en la vida real!… Nada resulta claro y preciso como en las novelas.

—Espero que nadie vuelva a pedirme en matrimonio mientras viva —gimoteó la pobre Ana, convencida de que lo quería así.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Comienzan las bodas

Durante las primeras semanas que siguieron a su regreso a «Tejas Verdes», Ana tuvo la sensación de que su vida llegaba a un anticlímax. Echaba de menos la alegre camaradería de «La Casa de Patty». Durante el invierno anterior había acunado hermosos sueños, que ahora yacían rotos a su alrededor. En su disgusto actual, no podía lanzarse inmediatamente a soñar. Y entonces descubrió que si no hay nada mejor que la soledad con sueños, nada peor existe que la soledad sin ellos.

No había vuelto a ver a Roy desde la dolorosa separación en el pabellón del parque, pero Dorothy vino a verla antes de que dejara Kingsport.

—Me apena de veras que no te cases con Roy —le dijo—. Te quería por hermana. Pero tienes razón: él te aburriría terriblemente. Lo quiero y es un muchacho adorable, pero, en verdad, no es nada interesante. Aunque no lo parece, así es.

—Esto no echará a perder nuestra amistad, ¿no, Dorothy? —preguntó Ana, ansiosa.

—Desde luego que no. Eres demasiado buena para perderte. Ya que no como hermana, te seguiré teniendo como amiga. Y no te aflijas por Roy. En estos momentos se siente muy triste; tengo que oír sus quejas todos los días. Pero ya se curará. Le pasa siempre.

—Oh, ¿siempre? —dijo Ana, con un ligero cambio en su voz—. ¿Ya se ha repuesto otras veces?

—Sí, querida —dijo Dorothy con franqueza—. Dos veces ya. Y se quejaba igual. No lo rechazaron; sólo anunciaron el compromiso con otro chico. Claro que cuando te conoció, me juró que nunca había estado enamorado hasta ahora; que sus amoríos anteriores no habían sido más que fantasías de adolescente. Pero no creo que debas preocuparte.

Ana decidió seguir el consejo. Sentía una mezcla de alivio y resentimiento. Roy le había dicho que era la única a quien jamás había amado. No cabía duda de que así lo creía. Pero era un consuelo saber que no había destrozado su vida. Había muchas otras diosas a quienes podría adorar. Sin embargo, la vida había sido despojada de más ilusiones y a Ana estaba comenzando a parecerle demasiado desnuda.

La tarde de su regreso, bajó de su cuarto con cara triste.

—¿Qué le ha ocurrido a la vieja Reina de la Nieves, Marilla?

—¡Oh!, ya sabía que te pondrías triste por eso —repuso ésta—. Yo también lo sentí. Ese árbol estaba allí desde que yo era joven. Lo partió la gran tormenta que sopló en marzo. Estaba carcomido.

—Lo echo mucho de menos —se quejaba la muchacha—. Mi cuarto no parece el mismo sin él. No podré volver a mirar por la ventana sin sentir que me falta algo. Nunca llegué a «Tejas Verdes» sin que Diana estuviese aquí para recibirme.

—Diana tiene algo más importante en que pensar en estos momentos —dijo la señora Lynde.

—Bueno, contadme las novedades de Avonlea —pidió Ana, sentándose en los escalones de la galería, donde el sol de la tarde cubrió de oro sus cabellos.

—No hay otras novedades que las que ya te escribí —dijo la señora Lynde—. Supongo que no sabías que Simón Fletcher se rompió una pierna la semana pasada. Es una gran cosa para su familia. Están haciendo todo aquello que no podían hacer mientras él estaba sano y se metía en todas partes.

—Viene de una familia escandalosa —comentó Marilla.

—¡Escandalosa! Ya lo creo. Su madre solía ponerse de pie en las reuniones de la iglesia, proclamaba a gritos los defectos de sus hijos y pedía que rezaran por ellos. Desde luego que esto los ponía furiosos y peores que nunca.

—No le has contado a Ana las novedades sobre Jane.

—Hum… Jane —gruñó la señora Lynde—. Bueno —condescendió—: Jane Andrews regresó del oeste la semana pasada; va a casarse con un millonario de Winnipeg. Puedes estar segura de que la señora Harmon no perdió tiempo en contárselo a todos.

—Querida Jane, estoy tan contenta —dijo Ana de corazón—. Se merece lo mejor de la vida.

—Oh, yo nada digo contra ella. Es una chica bastante buena. Pero no es de la clase de los millonarios y verás que ese hombre lo único que tiene es dinero, eso es. La señora Harmon dice que es un inglés que ha hecho fortuna en las minas, pero yo creo que resultará un yanqui. Debe de tener mucho dinero, pues ha cubierto de joyas a Jane. Su anillo de compromiso tiene un diamante tan grande, que parece un emplasto en el gordo dedo de Jane.

La señora Lynde no podía evitar un poco de amargura en su voz. Allí estaba Jane Andrews, esa simple maestra, prometida a un millonario; mientras que Ana no había recibido proposiciones de nadie, rico ni pobre, o por lo menos, así lo parecía. Y la señora Harmon Andrews se vanagloriaba insufriblemente.

—¿Cómo se ha portado Gilbert Blythe en la universidad? —preguntó Marilla—. Lo vi cuando regresó la semana pasada y está tan pálido y delgado que apenas pude reconocerle.

—Estudió mucho el invierno pasado. Ya saben que sacó las mejores notas en clásicos y además ganó el premio Cooper. ¡Nadie lo había ganado desde hacía cinco años! De modo que está un poco fatigado. Todos lo estamos, en realidad.

—De todas maneras, tú eres licenciada y Jane no lo es ni lo será nunca —dijo la señora Lynde, henchida de satisfacción.

Pocos días después, Ana fue a ver a Jane, pero ésta estaba en Charlottetown «encargando ropa», según informó la señora Harmon orgullosamente. «Ya que una modista de Avonlea no sería suficiente para Jane, dadas las circunstancias».

—He oído decir que le va muy bien.

—Sí, le ha ido bastante bien, aunque no sea licenciada —dijo la señora Harmon, sacudiendo un poco la cabeza—. El señor Inglis tiene millones y se van a Europa en viaje de bodas. Cuando regresen, vivirán en una mansión de mármol en Winnipeg. Jane sólo tiene una preocupación: puede cocinar magníficamente y su marido no la deja. Es tan rico, que tiene cocinera. Tendrán dos criadas, un cochero y un mayordomo, además de la cocinera. Pero, hablemos de ti, Ana. No he oído nada sobre si te casabas al terminar tus estudios.

—Oh, no. Yo seré una solterona. No puedo encontrar nadie que me guste.

Esto estaba dicho con toda intención. Quería deliberadamente recordar a la señora Harmon que si se quedaba solterona no era porque le hubiesen faltado oportunidades para casarse. Pero la señora Harmon tomó pronta venganza.

—He notado que las chicas demasiado independientes generalmente quedan solteras. ¿Y qué es eso que dicen sobre el compromiso de Gilbert con una tal señorita Stuart? Charlie Sloane me dijo que es muy guapa; ¿es verdad?

—No sé si está comprometido con la señorita Stuart —respondió Ana con espartana entereza—, pero es verdad que ella es muy guapa.

—Antes pensaba que Gilbert y tú llegaríais a algo. Si no te preocupas, Ana, todos tus pretendientes se te escurrirán de entre los dedos.

Ana decidió no continuar su duelo con la señora Harmon. No se puede practicar esgrima con un adversario que opone un hacha al florete.

—Ya que Jane no está —dijo, poniéndose en pie— no puedo quedarme más esta mañana. Volveré cuando ella regrese.

—Hazlo —dijo la señora Harmon efusivamente—. Jane no ha cambiado. Piensa seguir frecuentando a sus antiguas amigas. Estará realmente contenta de verte.

El millonario de Jane llegó a finales de mayo y se la llevó entre relámpagos de esplendor. La señora Lynde se llevó un alegrón al ver que el señor Inglis era cuarentón, bajo, delgado y con cabellos grises. Y no escatimó detallar todos sus defectos.

—Hará falta todo su oro para tragarse esa píldora, eso es —sentenció solemnemente la señora Rachel.

—Parece tener buen corazón —opinó Ana lealmente— y estoy segura de que quiere muchísimo a Jane.

—Hum… —fue la respuesta.

Phil Gordon se casó la semana siguiente y Ana fue a Bolingbroke a ser dama de honor. Phil parecía un hada y el reverendo Jo estaba tan radiante de felicidad, que a nadie le pareció un hombre vulgar.

—Iremos a la tierra de Evangelina en luna de miel —informó Phil— y luego viviremos en la calle Patterson. Mamá cree que es algo terrible; piensa que Jo podría por lo menos construir su iglesia en un lugar más decente. Pero la fealdad de los cubiles de la calle Patterson florecerá para mí como una rosa si estoy con Jo. ¡Oh, Ana, soy tan feliz que me duele el corazón!

Ana estaba siempre contenta ante la felicidad de sus amigas; pero es a veces amargo estar siempre rodeada de dicha que no es la propia. Y cuando regresó a Avonlea, era Diana la que estaba rodeada de la gloria que circunda a una mujer cuando tiene junto a sí a su primogénito. Ana contempló a la joven madre con una reverencia que nunca entrara en sus sentimientos hacia Diana. ¿Podía esta pálida mujer con ojos arrobados ser la misma Diana de rosadas mejillas y rizos negros con quien había jugado en los días de infancia? Aquello le daba la desolada sensación de pertenecer solamente al pasado y no tener nada que hacer en el presente.

—¿No es guapísimo? —dijo la orgullosa mamá.

El rollizo individuo era increíblemente parecido a Fred: igual de gordo y no menos rojizo. Ana no podía decir honestamente que era guapo, pero pensaba de veras que era una cosita deliciosa.

—Antes de que viniera, deseaba una niña, para poderla llamar Ana —dijo Diana—. Pero ahora que el pequeño Fred está aquí, no lo cambiaría por un millón de niñas. No podía haber sido distinto de como es.

—Cada niño es el más dulce y el mejor —comentó la señora Alian—. De haber sido la pequeña Ana quien hubiese venido, pensarías exactamente igual.

La señora Alian visitaba Avonlea por vez primera desde su partida. Estaba tan alegre y simpática como siempre. Sus viejas amigas le habían dado una calurosa bienvenida. La esposa del actual pastor era una buena mujer, pero no precisamente un alma gemela.

—Apenas si puedo esperar a que tenga edad suficiente para hablar —suspiró Diana—. Ansío oírle decir «mamá». Y estoy decidida a que su primer recuerdo de mí sea agradable. El primer recuerdo que tengo de mamá es que me estaba azotando por haber hecho algo que no debía. Seguramente lo merecí, pues mamá fue siempre muy buena y yo la quiero con todo mi corazón. Pero me hubiera gustado tener un primer recuerdo suyo más agradable.

—Yo tengo un solo recuerdo de mi madre y es el más dulce de todos mis recuerdos —comenzó la señora Alian—. Yo tenía cinco años y un día se me permitió ir al colegio sola con mis dos hermanas mayores. A la salida, mis hermanas regresaron por separado, creyendo cada una que yo estaba con la otra. En cambio, salí corriendo con una niña con quien jugaba durante el recreo. Fuimos hasta su casa, que estaba cerca de la escuela, y nos pusimos a jugar con barro. Estábamos en lo mejor, cuando llegó la mayor de mis hermanas, enfadada y sin aliento. «¡Niña mal criada!», gritó tomándome de la mano y arrastrándome con ella. «Ven a casa inmediatamente. ¡Ya verás la que te espera! Mamá está enfadadísima. Te dará una buena paliza». Nunca me habían azotado y mi corazón se llenó de terror. Jamás me sentí peor en mi vida que mientras regresaba a casa. No había tenido intención de portarme mal. Phemy Cameron me pidió que la acompañara a su casa y yo no sabía que eso estaba mal hecho, e iban a azotarme por ello. En cuanto llegamos a casa, mi hermana me arrastró dentro de la cocina, donde estaba mi madre sentada junto al fuego, a la luz del atardecer. Mis piernas temblaban tanto que no podía casi tenerme en pie. Y mamá… mamá me tomó entre sus brazos, sin una sola palabra de reproche, me besó y me apretó junto a su corazón. «Temía tanto que te hubieras perdido, querida», me dijo tiernamente. Pude ver el amor brillando en sus ojos. Nunca me reprendió ni me reprochó lo que había hecho; sólo me dijo que no volviera a irme sin su permiso. Murió poco después. Ése es el único recuerdo que de ella tengo. ¿No es hermoso?

Ana se sentía más sola que nunca cuando regresaba a casa por el Camino de los Abedules y Willowmere. Hacía mucho que no recorría aquel camino. Era una noche resplandeciente. El aire estaba lleno de la fragancia de los capullos; quizá demasiado. Los sentidos saciados lo rechazaban como a una copa colmada.

Los abedules de la senda se habían trocado en grandes árboles. Todo había cambiado. Ana tuvo la sensación de que estaría contenta cuando hubiese pasado el verano y reasumiera su labor, lejos de allí. Quizá la vida no le pareciera entonces tan vacía.

He probado el mundo;
ya no viste el color de romance que vestía.

Suspiró Ana y de inmediato se sintió reconfortada por la idea de un mundo sin idilios.

CAPÍTULO CUARENTA

El Libro de la Revelación

Los Irving regresaron a pasar el verano en «La Morada del Eco» y Ana disfrutó de tres felices semanas en su compañía. La señorita Lavendar no había cambiado; Charlotta IV era ya una señorita, pero aún adoraba a Ana de todo corazón.

—A decir verdad, señora mía, no he conocido a nadie como usted en Boston —le dijo francamente.

También Paul había crecido. Tenía dieciséis años, sus rizos castaños habían desaparecido y ya le interesaba más el fútbol que las hadas, pero el afecto que lo unía a su antigua maestra no había variado. Los espíritus afines lo siguen siendo, pese a los años.

Era húmeda y fría la tarde de julio en que Ana regresó a «Tejas Verdes». Se anunciaba una de las terribles tormentas de verano que a veces cruzaban el golfo. Al llegar caían las primeras gotas.

—¿Fue Paul quien te trajo a casa? ¿Por qué no lo invitaste a pasar aquí la noche? —inquirió Marilla—. Se aproxima una tormenta terrible.

—Espero que esté en «La Morada del Eco» antes de que la lluvia arrecie. De cualquier modo, él quería regresar esta misma noche. Lo he pasado espléndidamente, pero me alegro de estar aquí otra vez. Davy, ¿cuánto has crecido últimamente?

—Desde que te fuiste he crecido tres centímetros. Ahora soy tan alto como Milty Boulter. Ya no me molestará con que es más grande que yo. Ah, Ana, ¿sabes que Gilbert Blythe se está muriendo?

Ana quedó muda y como inconsciente mirando a Davy, y palideció tanto que Marilla temió un desmayo.

—¡Davy, esa lengua! —exclamó la señora Lynde, furiosa—. ¡Ana, querida… reacciona! No queríamos decírtelo de repente…

—¿Es… verdad? —preguntó la joven con voz que no parecía la suya.

—Gilbert está muy mal —asintió la señora Lynde gravemente—. Enfermó de tifus no bien te fuiste a «La Morada del Eco». ¿No supiste nada?

—No.

—El caso se presentó muy serio desde el principio. El médico dice que estaba muy débil. Han contratado una enfermera especializada y hecho todo lo que puede hacerse. Reacciona, Ana; mientras hay vida hay esperanza.

—El señor Harrison estuvo aquí esta noche y dijo que no había esperanzas —reiteró Davy.

Marilla, con semblante cansado y envejecido, se levantó y sacó a Davy de la cocina.

—Oh, reacciona, querida —dijo la señora Rachel abrazando cariñosamente a la jovencita—. No debemos perder las esperanzas… realmente no debemos. Gilbert tiene a su favor la fuerte constitución de los Blythe.

Ana apartó suavemente a la señora Lynde, atravesó la cocina como una autómata, cruzó el vestíbulo y subió la escalera. Ya en su antiguo cuarto, cayó de rodillas junto a la ventana mirando sin ver a través de ésta. En la gran oscuridad, la lluvia caía sobre los sembrados. Del Bosque Embrujado partían los lamentos de los árboles acosados por la tormenta y el aire traía el fragor de las olas que rompían sobre la playa distante. ¡Y Gilbert se estaba muriendo!

Como en la Biblia, hay en toda vida un Libro de la Revelación. En las largas horas de vigilia, en medio de la tormenta, en la oscuridad de esa noche terrible, Ana leyó el suyo. Amaba a Gilbert, siempre lo había amado. Ahora lo sabía. Supo que era parte de su vida. Que vivir sin él sería una continua agonía. Y la revelación llegaba demasiado tarde… demasiado tarde incluso para tener el amargo consuelo de acompañarlo hasta el final. Si ella no hubiera sido tan ciega… tan tonta… habría tenido el derecho de ir hacia él en ese trance. Pero Gilbert nunca sabría que ella lo amaba… se iría de esta vida creyendo que no le importaba. ¡Oh, los largos años de soledad que se presentaban ante sus ojos! ¡No podría soportarlos… no podría! Se inclinó sobre la ventana y, por primera vez en su juvenil y feliz existencia, deseó morir. Si Gilbert se iba de su lado sin una palabra, sin una señal, ella no debía seguir viviendo. Sin él, nada tenía valor. Se pertenecían uno al otro. En esa hora de suprema agonía no pudo dudarlo. Gilbert no amaba a Christine Stuart; nunca la había amado. Oh, qué tonta fue al no comprender cuál era el lazo que la unía a Gilbert… al confundir la ilusión que le inspirara Roy con el verdadero amor. Y ahora debía pagar por ello como por un crimen.

Cuando subieron a acostarse, la señora Lynde y Marilla se detuvieron junto a la puerta de Ana, se miraron dubitativamente al no oír ruido alguno y pasaron de largo. La tormenta sólo amainó al amanecer. Ana vio asomar una franja de luz en medio de la oscuridad. Pronto las colinas del este estuvieron coronadas por un resplandor púrpura. Las nubes se enrollaron en suaves y blancas masas sobre el horizonte; el cielo brilló azul y plata.

Ana se puso en pie y bajó la escalera. Sintió el fuerte viento fresco en el rostro mientras se dirigía al patio. Un jovial silbido cantó en la cuesta. Al momento apareció Pacifique Buote.

Repentinamente Ana se sintió flaquear. De no haberse apoyado en un sauce, habría caído al suelo. Pacifique era el peón de George Fletcher, vecino de los Blythe. La señora Fletcher era tía de Gilbert. Pacifique sabría si… sabría la última noticia. El hombre cruzaba a grandes pasos la cuesta, silbando a todo pulmón. No vio a Ana, que lo llamó inútilmente tres veces. Estaba ya casi fuera de su alcance cuando pudo articular:

—¡Pacifique!

El muchacho se volvió con un alegre saludo.

—Pacifique —preguntó la joven casi sin aliento—, ¿viene de la casa de Fletcher?

—Seguro. Anoche m'avisaron que mi padre 'stá enfermo. Por la tormenta no pude ir y voy 'ora cortando camino por los campos.

La desesperación impulsó a Ana. Saber lo peor era preferible a esa horrible incertidumbre.

—¿Sabe cómo seguía Gilbert Blythe esta mañana?

—Está mejor. Pudo pasar la noche. El doctor dijo que 'ora se pondrá bien. ¡Pasó raspando! Condenado muchacho, casi se mata en la escuela. Bueno, tengo qu'irme. Mi viejo tendrá apuro por verme.

Pacifique reanudó su marcha y su silbido. Ana se quedó mirándolo con ojos en que la alegría había sucedido a la angustia de la noche anterior. Era un muchacho flaco, áspero, feo; pero a la joven le pareció tan guapo como los mensajeros que llevan buenas nuevas por las montañas. Nunca, mientras viviera, podría contemplar su rostro oscuro y chato sin rememorar la cálida sensación que inundó su alma ante sus palabras.

Mucho después de que se perdiera el alegre silbido entre los álamos del Sendero de los Amantes, Ana aún estaba bajo los sauces, degustando la acre dulzura que brinda la vida cuando nos vemos libres de un gran temor. La mañana era un vaso lleno de bruma y esplendor. Cerca de ella estallaban los capullos de rosa. Los cantos de los pajarillos a su alrededor eran la música de su estado de ánimo. Y recordó la sentencia de un viejo y maravilloso libro:

«El llanto durará una noche, mas la alegría llegará al amanecer».

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

El amor triunfa sobre el tiempo

—Vengo a invitarte a dar un paseo por el campo, como lo hacíamos en los viejos tiempos —dijo Gilbert doblando repentinamente la esquina de la galería—. ¿Qué te parece si vamos hasta el jardín de Hester Gray?

Ana, sentada sobre el escalón de piedra con una vaporosa tela color verde pálido sobre la falda, pareció algo confusa.

—¡Oh!, me encantaría —dijo suavemente—, pero no puedo, Gilbert. Sabes que esta noche tengo que ir a la boda de Alice Penhallow y cuando termine de arreglar este vestido ya será hora de irme. Lo siento mucho; quisiera ir contigo.

—Bueno, ¿podremos ir mañana, entonces? —preguntó Gilbert sin parecer muy desilusionado.

—Sí, creo que sí.

—En ese caso me voy en seguida a casa a hacer lo que tenía pensado hacer mañana. ¿Así que Alice Penhallow se casa esta noche? Has tenido tres bodas este verano, Ana: la de Phil, la de Alice y la de Jane. Nunca le perdonaré a Jane que no me haya invitado a su boda.

—Ella no tiene la culpa; recuerda la cantidad enorme de parientes que tienen los Andrews. Apenas cabían en la casa. A mí me invitaron sólo porque soy la amiga más antigua de Jane… Bueno, eso por lo menos de parte de Jane. Creo que el motivo que tuvo su madre fue hacerme ver el esplendor de su hija.

—¿Es verdad que llevaba tantos brillantes que no se podía distinguir dónde terminaban éstos y dónde empezaba Jane?

Ana rio.

—Llevaba bastantes, es verdad; casi se perdía entre tantos tules, rasos, cintas y brillantes. Pero era feliz, y también lo eran el señor Inglis… y la señora Andrews.

—¿Éste es el vestido que usarás esta noche? —preguntó Gilbert contemplando los lazos y volantes.

—Sí. ¿No es bonito? En la cabeza llevaré margaritas. El Bosque Embrujado está lleno este verano.

Gilbert tuvo una instantánea visión de Ana, ataviada con su vaporoso vestido verde, su cuello y sus brazos virginales emergiendo airosamente y blancas estrellas prendidas sobre su rojiza cabellera. La visión le quitó el aliento. Pero se volvió ligeramente.

—Bueno, vendré mañana. Espero que te diviertas esta noche.

Ana le miró alejarse y suspiró. Gilbert se mostraba amistoso… muy amistoso…, demasiado amistoso. Había ido a verla a menudo a «Tejas Verdes» después de su convalecencia y algo de la antigua camaradería retornaba. Pero Ana no la encontraba satisfactoria. Junto a la rosa del amor, el capullo de la amistad resultaba descolorido. Y la muchacha comenzó a pensar otra vez si Gilbert sentía ahora por ella algo más que amistad. A la vulgar luz del día se había desvanecido la radiante certeza de aquel arrebatado amanecer. La atormentaba un terrible temor de no poder rectificar nunca su error. Era bastante probable que Gilbert amara a Christine. Quizá hasta estaba comprometido. Ana trató de arrancar inciertas esperanzas de su corazón y de reconciliarse con un futuro donde el trabajo y la ambición debían ocupar el lugar del amor. Quizá pudiera hacer un buen, o hasta un noble trabajo como maestra, y el éxito que obtenían sus cuentos breves en ciertas editoriales era un buen augurio para sus nacientes sueños literarios. Pero…, pero… Ana alzó su vestido y volvió a suspirar.

Cuando Gilbert regresó a la tarde siguiente encontró a Ana esperando, fresca como el amanecer y límpida como una estrella después de la fiesta de la noche anterior. Llevaba un vestido verde; no el que se había puesto para la boda, sino uno viejo que Gilbert había alabado en una fiesta en Redmond. Era exactamente el verde que hacía resaltar los ricos tonos de sus cabellos, el profundo gris de sus ojos y la irisada delicadeza de su tez. Gilbert, mientras la contemplaba con el rabillo del ojo cuando caminaban por un sombreado sendero del bosque, se dijo que nunca la había visto más hermosa. Ana, por su parte, pensó cuánto había madurado aquel muchacho desde su enfermedad. Era como si hubiese dejado la adolescencia para siempre.

El día era tan hermoso como el camino. Ana casi lamentó llegar tan pronto al jardín de Hester Gray, donde se sentaron en un viejo banco. Allí todo estaba igual que aquel lejano día de la dorada excursión, cuando Diana, Jane, Priscilla y ella lo habían descubierto. Entonces era bello, con sus narcisos y sus violetas; ahora los ásteres y otras flores salpicaban también su superficie. El murmullo del arroyo llegaba entre los bosques desde el valle de los abetos con toda su antigua seducción; el aire estaba lleno del susurro del mar; a los lejos se extendían los campos cruzados por surcos teñidos de gris por el sol de muchos veranos y se alzaban las largas colinas arropadas en la sombra de nubes otoñales; con la brisa del este regresaron los viejos sueños.

—Creo —dijo Ana suavemente— que «la tierra donde los sueños se hacen realidad» está allí, en ese valle, entre la bruma azul.

—Ana, ¿tienes sueños no realizados? —preguntó Gilbert.

Algo en su tono, algo que no había escuchado desde aquella noche horrible en el huerto de «La Casa de Patty» hizo saltar el corazón de la muchacha. Pero pudo contestar con tranquilidad.

—Desde luego. Todos los tenemos. No nos vendría bien tener todos los sueños cumplidos. Mejor sería estar muertos que no tener sueños. ¡Qué bien huele! Quisiera poder ver los perfumes a la vez que olerlos. Estoy segura de que serían muy hermosos.

A Gilbert no se lo podía distraer así.

—Yo tengo un sueño —dijo lentamente— y persisto en acariciarlo, aunque a menudo me ha parecido que nunca podría realizarlo. Sueño con un hogar con una chimenea, un perro y un gato, los pasos de los amigos… ¡y tú!

Ana quería hablar pero no podía hallar las palabras. Casi asustada, sentía la llamada de la felicidad.

—Hace dos años te hice una pregunta, Ana. Si la vuelvo a hacer, ¿me darás otra respuesta?

La muchacha todavía no había podido recobrar el habla. Pero levantó sus ojos, en los que brillaba el arrobamiento amoroso de incontables generaciones, y se miró en los de Gilbert por un instante. Él no buscó más respuesta.

Vagaron por el jardín hasta que cayó el sol. Tenían tanto de que hablar, tantos recuerdos; cosas que habían hecho, oído, pensado y dicho equivocadamente.

—Creí que amabas a Christine Stuart —le dijo Ana con reproche, como si no le hubiera dado todos los indicios para que creyera que amaba a Roy Gardner.

Gilbert se echó a reír.

—Christine estaba comprometida con alguien de su pueblo. Yo lo sabía y ella sabía que yo lo sabía. Cuando su hermano se graduó me dijo que ella vendría a Kingsport el invierno siguiente y me pidió que la cuidara un poco, pues como no conocía a nadie se sentiría muy sola. De modo que lo hice. Y entonces me gustó por sí misma. Es una de las mejores muchachas que he conocido. Sabía que las habladurías de la universidad daban por hecho mi amor por ella. No me importó. Nada me importaba mucho, después que me dijiste que nunca podrías amarme, Ana. No había otra; nunca pudo haberla para mi corazón. Te quise desde el día que rompiste la pizarra en mi cabeza en la escuela.

—No sé cómo pudiste, cuando me porté tan tontamente.

—Bueno, traté de hacerlo —contestó Gilbert con franqueza—, no porque pensara eso de ti, sino porque estaba seguro de que tenía pocas posibilidades después que apareció Roy. Pero no pude; y no puedo decirte qué significó para mí durante estos dos años creer que te casarías con él, y que todos me dijeran que el compromiso de ambos estaba a punto de ser anunciado. Lo creí hasta un bendito día, cuando estaba convaleciente. Recibí una carta de Phil Gordon, Phil Blake, en realidad, donde me decía que no había nada entre tú y Roy y me aconsejaba «probar otra vez». El médico se asombró de mis rápidos progresos después de aquello.

Ana se echó a reír…, y a temblar.

—Nunca podré olvidar la noche en que creía que te morías, Gilbert. Entonces lo supe y creí que era demasiado tarde.

—Pero no lo era. Amor mío, esto lo compensa todo, ¿no es cierto? Hagamos que este día sea sagrado para nosotros, por toda la felicidad que nos trae.

—Es el nacimiento de nuestra dicha. Siempre quise este jardín de Hester Gray y ahora me es más amado que nunca.

—Pero tendré que pedirte que esperes largo tiempo, Ana —dijo el joven con tristeza—. Pasarán tres años antes de que termine mis estudios de medicina. Y aun entonces no habrá diamantes ni salones.

—No los quiero —contestó ella riendo—. Sólo te quiero a ti. Ya ves que soy igual que Phil al respecto. Los diamantes y los salones son muy hermosos, pero hay más «campo para la imaginación» sin ellos. Y en lo que se refiere a la espera, no importa. Seremos igualmente felices esperando y trabajando uno para el otro y soñando. ¡Oh!, cuan dulces serán ahora los sueños.

Gilbert la acercó y la besó. Y regresaron a casa, coronados rey y reina del país del amor, por sendas a las que se asomaban las más hermosas flores que jamás vieron florecer acariciadas por la esperanza y el recuerdo.

47. NAPOLEÓN (ALEXANDRE DUMAS)

ÍNDICE

1. Napoleón De Buonaparte
2. El General Bonaparte
3. Bonaparte Primer Cónsul
4. Napoleón Emperador
5. Napoleón En La Isla De Elba
6. Los Cien Días
7. Napoleón En Santa Elena

Anexo

Capítulo Uno

NAPOLEÓN DE BUONAPARTE

El día 15 de agosto de 1769 nació en Ajaccio un niño que recibió de sus padres el nombre de Buonaparte y del cielo el de Napoleón.

Los primeros días de su juventud transcurrieron en medio de la agitación febril propia que sigue a las revoluciones. Córcega, que desde hacía medio siglo soñaba con la independencia, acababa de ser en parte conquistada y en parte vendida; no se había librado de la esclavitud de Génova sino para caer en poder de Francia. Paoli, vencido en Pontenuovo, iba a buscar con su hermano y sus sobrinos un asilo en Inglaterra, donde Alfieri le dedicó su Timoleone. El aire que el recién nacido respiró estaba impregnado de los odios civiles y la campana que resonó en su bautismo parecía vibrar aún con los últimos toques de alarma.

Carlos de Buonaparte, su padre, y Leticia Ramolino, su madre, ambos de raza patricia y oriundos de San Miniato, ese pueblo encantador que domina desde su colina la ciudad de Florencia, tras una larga relación de amistad con Paoli, habían decidido abandonar su partido, declarándose a favor de la influencia francesa. De esta manera no tuvieron problema para obtener la protección de M. de Marbœuf, que volvía como gobernador a la isla donde diez años antes había entrado como general, consiguiendo que el joven Napoleón pudiera ingresar en la Escuela Militar de Brienne. La petición acabó siendo admitida y algún tiempo después, M. Berton, subdirector del colegio, dejaba escrito en sus registros la nota siguiente:

Hoy, día 23 de abril de 1779, Napoleón de Buonaparte ha ingresado en la Real Escuela Militar de Brienne-le-Château, a la edad de nueve años, ocho meses y cinco días.

El recién llegado era corso, es decir, proveniente de un país que aún en nuestros días sigue luchando contra la civilización con tal energía, que ha conservado su carácter a falta de su independencia. El nuevo escolar no hablaba más que el idioma materno de su isla; tenía el color moreno propio del hombre meridional, los ojos sombríos, de mirada penetrante; y esto era más que suficiente para excitar la curiosidad de sus compañeros, agravando la rudeza natural del niño, pues la curiosidad infantil es burlona y sin piedad. Un profesor llamado Dupuis, compadeciéndose del aislamiento de la pobre criatura, se encargó él mismo de darle lecciones particulares de francés y, tan solo tres meses después, el discípulo estaba ya lo bastante adelantado como para emprender los primeros pasos en latín. Sin embargo, muy pronto se manifestaría en el joven Buonaparte su pertinaz repugnancia por las lenguas muertas que siempre conservaría; mientras que, por el contrario, su aptitud para las matemáticas resaltó notablemente desde las primeras lecciones, dando como resultado que, por uno de esos pactos tan frecuentes en el colegio, él resolvía la solución de los problemas que sus compañeros debían hacer, y estos, en cambio, le dejaban sus apuntes en aquellas materias en las que él no quería hacer nada.

Esta especie de aislamiento en que se halló durante algún tiempo el joven Buonaparte, le impidió comunicar sus ideas y elevó entre él y sus compañeros una barrera que nunca desaparecería completamente. Esta primera impresión de los hombres, que dejó por siempre en su ánimo un recuerdo penoso semejante al rencor, fue el germen de una misantropía precoz que le indujo a buscar diversiones solitarias y en la cual han querido ver algunos los sueños proféticos del genio naciente. Por lo demás, varias circunstancias que en la vida de cualquier otro hubieran pasado desapercibidas, dan algún fundamento a los relatos de aquellos que han querido ver en tan impetuoso espíritu una infancia excepcional. Citaremos dos de esos relatos.

Una de las diversiones más habituales del joven Buonaparte era el cultivo de un pequeño parterre rodeado por una empalizada, al que solía retirarse en las horas de recreo. Cierto día, uno de sus compañeros, curioso por saber lo que éste podía hacer solo en su jardín, escaló la barrera y le descubrió ocupado en alinear en disposiciones militares una infinidad de guijarros, cuyo volumen indicaba la graduación. Al oír el ruido que hizo el indiscreto, Buonaparte volvió la cabeza y sintiéndose espiado, intimó al escolar a retirarse; pero éste, en vez de obedecer, se burló del joven estratega, que poco dispuesto a sufrir bromas, cogió el guijarro más grande que pudo y lo arrojó a la cabeza del incauto bromista, infringiéndole una herida en la frente de bastante gravedad.

Veinticinco años después, es decir, cuando nuestro escolar se hallaba en el apogeo de su fortuna, anunciaron a Napoleón que un individuo, que presumía de ser su compañero de colegio, deseaba hablarle. Como más de una vez los intrigantes se habían valido de este pretexto para llegar hasta él, el antiguo escolar de Brienne mandó al ayudante de campo de servicio para que preguntara el nombre de aquel condiscípulo; y, como este nombre no despertaba ningún recuerdo en el pensamiento de Napoleón, le dijo:

—Vuelva usted a preguntar a ese hombre si no podría citar alguna circunstancia que me permita acordarme de él.

El ayudante cumplió su cometido y volvió diciendo que, a modo de contestación, el desconocido simplemente le había mostrado una cicatriz que tenía en la frente.

—¡Ah! Ya lo recuerdo, exclamó el emperador; ¡yo le arrojé a la cabeza un «general en jefe»!

Durante el invierno de 1783 a 1784, cayó tal cantidad de nieve, que todos los recreos debieron interrumpirse. Buonaparte, obligado, a pesar suyo, a sufrir las ruidosas diversiones de sus compañeros en las horas en que solía dedicar el tiempo libre al cultivo de su jardín, propuso hacer una salida para con ayuda de palas y azadas formar con la nieve las fortificaciones de una pequeña ciudad helada, que sería atacada por unos y defendida por otros. La proposición era demasiado atractiva para que no se admitiese y el autor del proyecto fue elegido, naturalmente, para dirigir uno de los dos equipos. La ciudad, sitiada por él, fue tomada después de una heroica resistencia por parte de sus adversarios.

Al día siguiente, la nieve se derritió, pero aquel nuevo divertimento dejó una profunda huella en la memoria de sus compañeros, que ya de mayores, recordaron aquel juego de niños en el que Buonaparte derribaba las murallas de nieve, como las de tantas ciudades lo serían al paso de Napoleón.

A medida que el joven crecía, las primitivas ideas que en cierto modo había traído en germen se desarrollaron, mostrando los frutos que algún día iban a producir. La sumisión de Córcega a Francia, que le hacía parecer a él, su único representante en el colegio, un vencido en medio de vencedores, le era odiosa. Cierto día, comiendo a la mesa del padre Berton, los profesores, que habían observado ya varias veces la susceptibilidad nacionalista de su discípulo, fingieron hablar mal de Paoli. El joven, rojo de ira, no pudo contenerse.

—Paoli —dijo—, es un gran hombre que ama a su país como un antiguo romano y jamás perdonaré a mi padre, que fue su ayudante de campo, el haber contribuido a la anexión de Córcega a Francia: debió seguir la suerte de su general y caer preso con él.

Al cabo de cinco años el joven Buonaparte había aprendido todas las matemáticas que el padre Patrault podía enseñarle. Su edad era la idónea para pasar de la Escuela de Brienne a la de París, sus notas eran buenas y el informe fue emitido al rey Luis XVI por M. de Keralio, inspector de escuelas militares:

El joven Buonaparte (Napoleón), nacido el 15 de agosto de 1769, de estatura cuatro pies, diez pulgadas y diez líneas, ha terminado su cuarto curso. De buena constitución y excelente salud, tiene un carácter sumiso; es honrado y agradecido, mantiene una conducta muy regular y siempre se distinguió por su aplicación en las matemáticas. Conoce bastante bien la historia y la geografía. Le agradan poco los ejercicios recreativos. Es flojo en el latín, del que no ha cursado más que el cuarto año. Será un excelente marino y merece pasar a la Escuela Militar de París.

Gracias a esta nota, el joven Buonaparte obtuvo su ingreso en la Escuela Militar de París y el día de su marcha se inscribió en los registros la mención siguiente:

El 17 de octubre de 1784 salió de la Escuela de Brienne el joven Napoleón Buonaparte, nacido en la ciudad de Ajaccio, en la isla de Córcega, el 15 de agosto de 1769. Es hijo de noble, de Carlos María de Buonaparte, diputado de la nobleza de Córcega, habitante en la citada ciudad de Ajaccio, y de la señora Leticia Ramolino, según el acta copiada en el registro, folio 31, y recibida en este establecimiento el 23 de abril de 1779.

Se ha acusado a Napoleón de haberse vanagloriado de una nobleza imaginaria y haber falseado su edad; pero los documentos que acabamos de citar rechazan estas dos acusaciones.

Buonaparte llegó a la capital en el coche de Nogent-sur-Seine.

Ningún hecho particular merece ser destacado durante la estancia de Buonaparte en la Escuela Militar de París, como no sea una memoria que envió a su antiguo subdirector, el padre Bertón. El joven «legislador» había observado en la organización de aquella escuela vicios que su aptitud naciente para la administración no podía tolerar en silencio. Uno de estos vicios, el más peligroso de todos, era el lujo en que vivían los alumnos; y Buonaparte se declaró particularmente enérgico en contra:

En vez de mantener una numerosa servidumbre alrededor de los alumnos, de darles diariamente comidas con dos servicios, y de hacer ostentación de un picadero muy costoso, tanto por los caballos como por los caballerizos, ¿no sería mejor, sin perturbar el curso de sus estudios, obligarles a servirse a sí mismos, excepto en lo relativo a su alimentación, de lo cual no serían capaces; hacerles comer pan de munición u otro semejante, y acostumbrarles a limpiarse la ropa, los zapatos y las botas? Puesto que son pobres y están destinados al servicio militar, ésta es la única educación que se les debería dar. Sometidos a una vida sobria y a la obligación de cuidar de sí mismos, llegarían a ser más robustos, sabrían arrostrar la intemperie de las estaciones, soportar con valor las fatigas de la guerra e inspirar un respeto y una fidelidad ciegos a los soldados que estuvieran bajo sus órdenes.

Buonaparte tenía quince años y medio cuando proponía este proyecto de reforma: veinte años después fundaría la Escuela Militar de Fontainebleau.

En 1785, después de unos brillantes resultados académicos, Buonaparte fue nombrado segundo subteniente en el regimiento de la Fere, entonces de guarnición en el Delfinado. Después de permanecer algún tiempo en Grenoble, donde su paso no dejó más vestigio que una palabra apócrifa sobre Turena, fue a vivir a Valence, donde comenzaron a deslumbrar algunos resplandores del sol del porvenir del joven ignorado. Buonaparte, como es bien sabido, era pobre; mas por mucho que lo fuese, siempre estuvo pendiente de ayudar a su familia. Fue en ese momento cuando llamó para que fuera Francia a su hermano Louis, que tenía entonces nueve años menos que él. Los dos se alojaban en casa de la señorita Bon, en la calle Grande, núm. 4; Buonaparte tenía una alcoba, y sobre ésta, el pequeño Luis habitaba una especie de buhardilla. Todas las mañanas, fiel a sus costumbres del colegio, Buonaparte despertaba a su hermano golpeando la pared con un palo, y le daba su lección de matemáticas. Cierto día, el joven Luis, a quien le costaba mucho acostumbrarse a este hábito, bajó con más disgusto y lentitud que de costumbre y justo cuando Buonaparte se disponía a golpear la pared por segunda vez, el escolar tardío entró al fin.

—¿Qué ocurre esta mañana? —preguntó Buonaparte—. ¡Parece que estamos muy perezosos!

—¡Oh! Hermano —contestó el niño—, ¡estaba teniendo un sueño tan delicioso!…

—¿Y qué soñabas?

—Que era rey.

—¿Pues qué sería yo entonces… emperador? —exclamó el joven subteniente encogiéndose de hombros—. ¡Vamos a la tarea!

Y la lección diaria, como de costumbre, fue recibida por el futuro rey y dada por el futuro emperador.

Buonaparte se había alojado en frente del almacén de un rico librero llamado Marco Aurelio, cuya casa, que según creo data del año 1530, era una reliquia del Renacimiento. Allí pasaba casi todas las horas que su servicio y sus lecciones fraternales le dejaban libres. Según veremos, estas horas no fueron malgastadas.

El 7 de octubre de 1808, Napoleón daba una comida en Erfuth, siendo sus convidados el emperador Alejandro, la reina de Westfalia, el rey de Baviera, el rey de Wurtemberg, el rey de Sajonia, el gran duque Constantino, el Príncipe primado, el príncipe Guillermo de Prusia, el duque de Oldemburgo, el príncipe de Mecklemburgo Schwerin, el duque de Weymar y el príncipe de Talleyrand. La conversación recayó sobre la Bula de Oro, que hasta el establecimiento de la Confederación del Rin había servido de constitución y de reglamento para la elección de los emperadores y el número y calidad de los electores. El Príncipe primado entró en algunos detalles sobre dicha bula, fijando su fecha en el año 1400.

—Creo que os equivocáis —dijo Napoleón sonriendo—; la bula a la que os referís fue proclamada en 1336, bajo el reinado del emperador Carlos IV.

—Es verdad, señor —contestó el Príncipe primado—, y ahora lo recuerdo; pero ¿cómo es que Vuestra Majestad sabe tan bien estas cosas?

—Cuando yo era un simple teniente segundo en la artillería… —comenzó a decir Napoleón.

Al tiempo que al escucharse esto, se produjo tan vivo movimiento de asombro entre los nobles convidados, que la narración tuvo interrumpirse; mas al cabo de un instante continuó:

—Cuando yo tenía el honor de ser un simple teniente segundo de artillería —dijo sonriendo—, estuve tres años de guarnición en Valence, me agradaba poco la sociedad y vivía muy retirado. Gracias a una feliz casualidad, me hallaba alojado cerca de un librero instruido y de los más amables que se pueden encontrar; leí y releí su biblioteca durante los tres años de guarnición y no he olvidado nada, ni aun aquellos asuntos que no tenían ninguna relación conmigo. La naturaleza, por otra parte, me ha dotado de una memoria especial para los números y muy a menudo incluso soy yo el que tengo que recordar a mis ministros los detalles y la suma de sus cuentas más antiguas.

No era éste el único recuerdo que Napoleón había conservado de Valence.

Entre las pocas personas que Buonaparte veía allí, se contaba M. de Tardiva, abate de Saint-Ruf, cuya orden había sido disuelta algún tiempo antes. Conoció en su casa a la señorita Gregoire de Colombier y se enamoró de ella. La familia de esta joven habitaba un campo situado a media legua de Valence, conocido con el nombre de Bassiau. El joven teniente obtuvo permiso para entrar en la casa e hizo varias visitas. Entretanto se presentó, por su parte, un caballero delfinés, llamado M. de Bressieux. Buonaparte vio que era hora de hacer su declaración si no quería que le cogiesen la delantera y escribió a la señorita Gregoire una larga carta en la que expresaba todos sus sentimientos por ella, invitándole a contárselo todo a sus padres. Estos, colocados ante la disyuntiva de dar su hija a un militar sin porvenir o bien a un caballero que poseía alguna fortuna, optaron por este último: Buonaparte fue rechazado y su carta entregada en manos de tercera persona, a quien se le encargó devolverla al que la había escrito. Pero Buonaparte no quiso aceptarla.

—Guárdela usted —dijo—; algún día será testimonio de mi amor y de la pureza de mis sentimientos respecto a la señorita Gregoire.

La persona tuvo que guardar la carta y la familia aún la conserva.

Tres meses después, la señorita Gregoire se casó con M. de Bressieux.

En 1806, la señora de Bressieux fue llamada a la Corte con el título de dama de honor de la Emperatriz; su hermano marchó a Turín en calidad de prefecto y su esposo obtuvo el cargo de administrador de los bosques del Estado.

Las demás personas con quienes Buonaparte se relacionó en Valence fueron los señores Montalivet y Bachasson, que llegaron a ser, el uno ministro del Interior y el otro inspector de los abastecimientos de París. Los domingos, los tres jóvenes paseaban casi siempre juntos fuera de la ciudad y allí se entretenían algunas veces mirando un baile al aire libre. Estos eventos eran organizados por un lonjista de la ciudad que en sus horas de ocio desempeñaba el oficio de ministerial y en cuyo baile sólo se podía participar mediante dos sous por caballero y por contradanza. Este ministril era un antiguo militar que, una vez retirado con licencia en Valence, se casó y ejercía en paz su doble industria; pero como aún era esto insuficiente, solicitó y obtuvo, al crearse los departamentos, una plaza de agente viajero en las oficinas de la administración central. Allí fue donde lo recogieron los primeros batallones de voluntarios en 1790 y se lo llevaron consigo.

Aquel antiguo soldado, lonjista, ministril y agente viajero, acabó convirtiéndose en el mariscal Victor, duque de Bellune.

Buonaparte se fue de Valence dejando una deuda de tres francos y diez sous en casa de su pastelero, llamado Coriol.

No se extrañen nuestros lectores al vernos citar semejantes anécdotas, pues cuando se escribe la biografía de un Julio César, de un Carlomagno o de un Napoleón, la linterna de Diógenes no sirve ya para conocer al hombre; éste aparece a los ojos del mundo radiante y sublime para la posteridad. Por eso, el camino que siguió para llegar a su pedestal es el que seguiremos. Pero también es digno de nuestra atención los detalles en apariencia nimios: cuanto más ligeras son las huellas que ha dejado en ciertos sitios a su paso, menos se conocen y por lo tanto, más curiosidad inspiran.

Buonaparte llegaba París al mismo tiempo que Paoli. La Asamblea constituyente acababa de asociar a Córcega al beneficio de las leyes francesas; Mirabeau había declarado en la tribuna que era tiempo de llamar a los patriotas fugitivos que habían defendido la independencia de la isla, y por lo tanto, Paoli pudo volver.

Buonaparte fue acogido como un hijo por el antiguo amigo de su padre. El joven entusiasta se halló frente a su héroe y éste acababa de ser nombrado teniente general y comandante militar de Córcega.

Buonaparte obtuvo licencia y la aprovechó para seguir a Paoli y ver de nuevo a su familia, de la que se había separado hacía seis años. El general patriota fue recibido con delirio por todos los partidarios de la independencia y el joven teniente presenció el triunfo del célebre desterrado. El entusiasmo fue tal, que gracias al voto unánime de sus conciudadanos, Paoli ascendió al mismo tiempo a cabeza de la guardia nacional y a la presidencia de la administración del departamento. Durante algún tiempo tuvo las mejores relaciones con la Constituyente; pero una moción del abate Charrier, que proponía ceder Córcega al duque de Parma a cambio de Plaisantín, cuya posesión debía indemnizar al Papa por la pérdida de Aviñón, fue para Paoli una prueba de la poca importancia que la metrópoli daba a la conservación de su país. Entonces fue cuando el gobierno inglés, que había acogido a Paoli en su destierro, se puso en comunicación con el nuevo presidente, quien no ocultaba su simpatía por la constitución británica, prefiriéndola a la que la legislatura francesa estaba preparando. De aquella época data el primer encontronazo entre el joven teniente y el anciano general: Buonaparte siguió conservando la ciudadanía francesa y Paoli volvió a ser general corso.

Llamado de nuevo a París a principios de 1793, Buonaparte encontró a Bourrienne, su antiguo amigo de colegio, que llegaba de Viena después de recorrer Prusia y Polonia. Ninguno de los dos escolares de Brienne estaban boyantes, así que asociaron su miseria para que fuese más llevadera; el uno solicitaba servicio en la guerra y el otro en los negocios extranjeros: no obtuvieron respuesta alguna. Entonces pensaron en las especulaciones comerciales, que la falta de fondos les impedía casi siempre realizar. Cierto día se les ocurrió alquilar varias casas en construcción en la calle de Montholón para realquilarlas después; pero las pretensiones de los propietarios les parecieron tan desorbitadas, que se vieron obligados a renunciar a este proyecto, por el mismo motivo que abandonaron tantos otros. Al salir de la casa del constructor, los dos «especuladores» se dieron cuenta de que, no solamente no habían comido, sino que no tenían tampoco con qué pagar un mísero bocado. Buonaparte remedió el inconveniente empeñando su reloj.

Sombrío preludio del 10 de agosto, llegó el 20 de junio. Los dos jóvenes se habían dado cita para almorzar en un restaurante de la calle de San Honorato; y ya iban a levantarse de la mesa, cuando algo les atrajo a la ventana: un gran tumulto profería gritos de «¡Ça ira! ¡Viva la nación! ¡Vivan los descamisados! ¡Abajo el veto!». Era una muchedumbre de entre seis y ocho mil hombres, conducidos por Santerre y el marqués de Sainte Hurugues, que venían de los arrabales de San Antonio y Saint-Marceau y se dirigían a la Asamblea.

—Sigamos a esa caterva —dijo Buonaparte.

Los dos jóvenes se encaminaron hacia las Tullerías y se detuvieron en el terraplén que hay orillas del río; Buonaparte se apoyó contra un árbol y Bourrienne fue a sentarse en un parapeto.

Desde allí no veían lo que pasaba, pero adivinaron fácilmente lo que había ocurrido cuando se abrió una ventana que daba al jardín y vieron a Luis XVI asomarse con la cabeza cubierta de un gorro frigio que un hombre del pueblo acababa de ponerle con la punta de una pica.

—¡Coglione! ¡Coglione! —murmuró en corso, encogiéndose de hombros el joven teniente, que hasta entonces había permanecido mudo e inmóvil.

—¿Qué querías que hiciera? —dijo Bourrienne.

—Debería haber mandado barrer cuatrocientos o quinientos con un cañón —dijo Buonaparte—, y los demás aún seguirían corriendo en desbandada.

Durante todo el día no se habló más que de aquella escena, que había producido en él una de las más fuertes impresiones que jamás experimentara.

Buonaparte vio así desarrollarse ante sus ojos los primeros acontecimientos de la Revolución Francesa. Asistió como simple espectador a las ejecuciones del 10 de agosto y a los asesinatos del 2 de septiembre; y después, viendo que no podía obtener ingreso en el servicio, decidió hacer un nuevo viaje a Córcega.

Las intrigas de Paoli con el gabinete inglés habían tomado, en ausencia de Buonaparte, tal cariz, que ya no era posible engañarse sobre sus proyectos. Una entrevista que el joven teniente y el anciano general tuvieron en casa del gobernador de Corte, terminó con una ruptura de relaciones entre los dos antiguos amigos que no volverían a verse ya, más que en el campo de batalla. Aquella misma noche, un adulador de Paoli quiso hablar mal del joven Buonaparte para ganarse su consideración.

—¡Silencio! —exclamó el general llevándose el dedo a los labios—; ese joven valeroso es como los de antes.

Muy pronto Paoli levantó abiertamente la bandera de la rebelión. Nombrado por los partidarios de Inglaterra, el 26 de junio de 1793, generalísimo y presidente de una consulta en Corte, fue declarado fuera de la ley por la Convención nacional el 17 de julio siguiente. Buonaparte se había marchado ya de Córcega al habérsele admitido su ingreso en el servicio activo tantas veces antes solicitado. Nombrado comandante de la guardia nacional, que se hallaba en la flota del almirante Truquet, se ocupó durante este tiempo del fuerte de Saint-Étienne, que los vencedores tuvieron que evacuar muy pronto. Al entrar Buonaparte en Córcega, encontró la isla sublevada: Salicetti y Lacombe Saint-Michel, individuos de la Convención encargados de hacer ejecutar el decreto expedido contra el rebelde, se habían visto obligados a retirarse a Calvi. Buonaparte fue en busca de ellos e intentó, aliándose con los dos, un ataque contra Ajaccio. Pero fue rechazado. Aquel mismo día se declaró un incendio en la ciudad; los Buonaparte vieron arder su casa y al poco tiempo un decreto los condenó a destierro perpetuo. El fuego los había dejado sin asilo, la proscripción sin patria; no les quedó más remedio que dirigir los ojos hacia el joven Buonaparte, el único capaz de salvar a la desdichada familia, y éste, a su vez, tuvo que fijar los suyos en Francia. Toda aquella pobre familia proscrita se embarcó en una frágil nave y el futuro César se hizo a la vela, protegiendo con su fortuna a sus cuatro hermanos, tres de los cuales debían ser reyes, y a sus tres hermanas, de las que una estaba destinada a ocupar un trono.

Toda la familia se detuvo en Marsella para reclamar la protección de aquella Francia que era la causa de su destierro. El Gobierno escuchó sus quejas: José y Lucien obtuvieron destinos en la administración del Ejército; Luis fue nombrado sargento y Buonaparte ascendió a primer teniente del cuarto regimiento de infantería; poco tiempo después alcanzó por derecho de antigüedad el grado de capitán en la segunda compañía del mismo cuerpo, entonces de guarnición en Niza.

Había llegado el año de la cifra sangrienta, el 93: la mitad de Francia luchaba contra la otra; en el Oeste y en el Mediodía todo era fuego y llamas; Lion acababa de ser tomada después de un sitio de cuatro meses, Marsella había abierto sus puertas a la Convención y Tolón había entregado su puerto a los ingleses.

Un ejército de treinta mil hombres, compuesto por las tropas que, al mando de Kellermann habían sitiado a Lion, de algunos regimientos tomados del ejército de los Alpes y del de Italia y de todos los quintos alistados en los departamentos vecinos, avanzó contra la ciudad vendida. La lucha comenzó en los desfiladeros de Ollioules: el general Dutheil, que debía dirigir la artillería, se hallaba ausente; el general Dommartin, su segundo, quedó fuera de combate en aquel primer encuentro; y el primer oficial del ejército le reemplazó por el siguiente oficial en graduación: este primer oficial era Buonaparte, y aquella vez la casualidad estuvo de acuerdo con el genio, suponiendo que para el genio no se llame Providencia la casualidad.

Buonaparte recibe su nombramiento, se presenta al Estado Mayor y es presentado ante el general Cartaux, hombre excepcional y cargado de oro de pies a cabeza, que le pregunta en qué puede servirle. El joven oficial le muestra el despacho en el que debe trabajar para dirigir las operaciones de la artillería.

—No necesitamos cañones, contesta el bravo general, pues tomaremos esta noche la ciudad de Tolón a la bayoneta y la quemaremos mañana.

Sin embargo, por mucha que fuera la seguridad del general en jefe, no podía apoderarse de Tolón sin practicar un reconocimiento antes, así que tuvo que ser paciente y esperar hasta el día siguiente. Al romper el día, llamó a su ayudante de campo, Dupas, y al jefe de batallón Buonaparte y les hizo subir a su cabriolé para inspeccionar las primeras labores de defensa. Atendiendo a las observaciones de Buonaparte, el jefe renunció a la bayoneta, aunque no sin cierto resentimiento y optó de nuevo por la artillería. Como resultado, se dieron órdenes directas por el general en jefe y él mismo se aseguró de que se iban cumpliendo correctamente, a fin de apresurar su efecto.

Pasadas ya las grandes cimas, desde se descubre Tolón, como si yaciera tumbada en medio de su jardín semioriental con los pies metidos en el mar. El general se apea del cabriolé con los dos jóvenes y penetra en una viña en medio de la cual ve algunos cañones alineados detrás de una especie de parapeto. Buonaparte mira a su alrededor sin adivinar lo que pasa; el general se recrea un momento en el asombro de su jefe de batallón y volviéndose después hacia su ayudante de campo, le dice con una sonrisa de satisfacción.

—¿No son ésas nuestras baterías, Dupas?

—Sí, general, contesta el otro.

—¿Y nuestro parque?

—Se halla a cuatro pasos.

—¿Y nuestras balas rojas?

—Las calientan en las quintas vecinas.

Buonaparte no había podido dar crédito a sus ojos; pero le fue forzoso dárselo a sus oídos. Mide el espacio con su ejercitada vista de estratega y ve que hay legua y media por lo menos desde la batería a la ciudad. Al pronto cree que el general le ha querido poner a prueba por ser excesivamente joven; pero la gravedad con que Cartaux continúa dando sus órdenes no le permite ya dudar. Entonces se atreve a hacer una observación sobre la distancia y manifiesta el temor de que las balas rojas no alcancen a la ciudad.

—¿Lo creéis así? —pregunta Cartaux.

—Mucho lo temo —confirma Buonaparte—; pero, en mi opinión, antes de entorpecernos con balas rojas, se podrían probar en frío para asegurarnos de su alcance.

A Cartaux le parece una idea ingeniosa; manda cargar y disparar una pieza, y mientras que mira las murallas de la ciudad para ver el efecto que el proyectil produce, Buonaparte le muestra, a mil pasos de distancia, poco más o menos, la bala que rompe los olivos, surca la tierra, salta y finalmente, queda inmóvil a una tercera parte de la distancia que el general en jefe esperaba verla recorrer.

La prueba era concluyente; pero Cartaux, no queriendo darse por vencido, no se daba por satisfecho afirmando que «aquellos aristócratas de Marsella eran los que habían echado a perder la pólvora».

Sin embargo, estropeada o no, como la pólvora no propulsa los proyectiles más lejos, es preciso tomar otras medidas. Se vuelve al cuartel general; Buonaparte pide un plano de Tolón, lo despliega sobre una mesa y después de estudiar un instante la situación de la ciudad y sus diferentes obras defensivas, desde el reducto construido en la cima del monte Faraón, que le domina, hasta los fuertes de Lamalgue y de Malbousquet, que protegen su derecha y su izquierda, el joven jefe de batallón pone el dedo sobre un reciente reducto levantado por los ingleses, y dice con la rapidez y la concisión enigmática del genio:

—Aquí está Tolón.

Cartaux es ahora quien a su vez no comprende nada; tomando al pie de la letra las palabras de Buonaparte, y volviéndose hacia Dupas, su fiel ayudante, le dice:

—Parece que el «Capitán cañón» no es muy fuerte en geografía.

Éste fue el primer sobrenombre de Buonaparte; ya veremos cómo mereció después el de «Pequeño cabo».

En ese momento entra el representante del pueblo, Gasparin. Buonaparte había oído hablar de él, no sólo como verdadero patriota, leal e intrépido, sino también como hombre de sentido recto y de gran perspicacia. El futuro emperador de Francia se dirige a él y le dice:

—Ciudadano representante, soy jefe del batallón de artillería. Por ausencia del general Dutheil y a causa de estar herido el general Dommartin, esta arma se halla bajo mi dirección, y pido que nadie intervenga en ella más que yo, pues de lo contrario no respondo de nada.

—¿Y quién eres tú para responder de alguna cosa? —pregunta el representante del pueblo, asombrado de oír a un joven de veintitrés años hablar con semejante tono y con tal seguridad.

—¿Quién soy? —replica Buonaparte, atrayendo a Gasparin a un rincón y hablándole en voz baja—; soy un hombre que sabe su oficio y que se halla en medio de personas que ignoran el suyo. Pedid al general en jefe su plan de batalla y veréis si tengo razón o no.

El joven oficial hablaba con tal convicción que Gasparin no vaciló un momento.

—General —dice acercándose a Cartaux—, los representantes del pueblo desean que dentro de tres días les presentes tu plan de batalla.

—No has de esperar más que tres minutos —contestó Cartaux—, pues te lo daré ahora mismo.

En efecto, el general, sentándose al punto, cogió una pluma y escribió en un volante este famoso plan de campaña, que ha llegado a ser un modelo en su género:

El general de artillería cañoneará la ciudad de Tolón durante tres días, al cabo de los cuales atacaré con tres columnas y me apoderaré de la plaza.

CARTAUX

El plan fue enviado a París y se entregó al comité de ingenieros, quien lo consideró más chistoso que sabio. Se llamó a Cartaux a declarar y se envió en su lugar a Dugommier.

Al llegar el nuevo general vio que su joven jefe de batallón había tomado todas las disposiciones necesarias: era uno de esos sitios en que la fuerza y el valor no sirven para nada y en que los cañones y la estrategia son los auténticos protagonistas. No se vislumbraba ni un solo rincón de costa en el que no enfrentasen la artillería de una y otra parte, y los cañones tronaban por todas partes como una inmensa tempestad cuyos relámpagos se cruzaban; se oía su estampido en la altura de las montañas y posteriormente en las murallas, en la llanura y en el mar: se podría decir que aquello era a la vez una tempestad y un volcán.

En medio de aquella red de llamas, los representantes del pueblo quisieron hacer cambiar alguna cosa en una batería situada por Buonaparte y ya se había llevado a cabo el traslado, cuando el joven jefe de batallón llegó de pronto y ordenó que se volviera a dejar todo tal y como estaba; pero los representantes del pueblo se resistieron a obedecer y quisieron hacer algunas observaciones.

—Atended a vuestros deberes de diputados —les dijo Buonaparte— y no vengáis a interferir en mi oficio de artillero. Esa batería está bien ahí y yo respondo de ella con mi cabeza.

El ataque general comenzó el 16 y desde entonces el sitio no fue más que un asalto prolongado. El 17 por la mañana, los sitiadores se apoderaron del Paso de Leidet y de la Cruz Faraón; a mediodía desalojaban a los aliados del reducto de San Andrés, de los fuertes de Pomets y de los dos de San Antonio; y finalmente, al declinar el día, iluminados a la vez por la tempestad y por el cañón, los republicanos penetraban en el reducto inglés. Una vez allí, conseguido su objetivo y considerándose como dueño de la ciudad, Buonaparte, herido de un bayonetazo en el muslo, le dijo al malogrado general Dugommier, herido a su vez de dos balazos, uno en la rodilla y otro en el brazo:

—Vaya usted a reposar, general, pues acabamos de tomar Tolón y pasado mañana podrá dormir en la ciudad.

El 18 se toman los fuertes de Éguillette y de Balagnier se dirigen baterías contra Tolón. Al ver varias casas que se incendian y al oír el silbido de los proyectiles que barren las calles, se produce un gran revuelo entre las tropas aliadas y entonces los sitiadores, cuyas miradas penetran en la ciudad y en la rada, observan que la conflagración se declara en varios puntos que no han atacado. Son los ingleses que, resueltos a abandonar el lugar, han prendido fuego al arsenal, a los almacenes de la marina y a los buques franceses que no podían llevarse. A la vista de las llamas, se elevó un bramido general: todo el ejército pide el asalto; pero es demasiado tarde, pues los ingleses comienzan a embarcarse bajo el fuego de nuestras baterías, abandonando y vendiendo a los que habían traicionado a Francia por causa suya. Entretanto llega la noche y las llamas, que se han elevado en varios puntos, se extinguen en medio de grandes rumores: son los presidiarios, que han roto sus cadenas y que sofocan el incendio ocasionado por los ingleses.

Al día siguiente, el 19, el ejército republicano entra en la ciudad y por la noche, según lo había predicho Buonaparte, el general en jefe dormía en Tolón.

Dugommier no olvidó los buenos servicios del joven jefe de batallón, que doce días después de la toma de la ciudad obtendría el grado de general de brigada.

En ese momento es cuando la Historia agarra al futuro emperador en su vorágine para no soltarlo ya más.

Con paso preciso y rápido acompañaremos ahora a Buonaparte en la carrera que ha recorrido como general en jefe, cónsul, emperador y proscrito. Después lo veremos reaparecer, cual rápido meteoro y brillar un instante sobre el trono, le seguiremos a esa isla donde fue a morir, así como lo recogimos en aquella otra donde nació.

Capítulo Dos

EL GENERAL BONAPARTE

Según acabamos de atestiguar, Bonaparte había sido nombrado general de artillería en el ejército de Niza, en recompensa de los servicios prestados a la república en el frente de Tolón. Allí fue donde conoció a un joven Robespierre, que era en aquel entonces representante del pueblo en aquel ejército. Reclamado en París algún tiempo antes del 9 termidor, Robespierre hizo todo cuanto pudo para inducir al joven general a seguirle, prometiéndole la protección directa de su hermano; pero Bonaparte rehusó siempre: aún no había llegado el tiempo en que debía tomar su partido.

Por otra parte, tal vez algún motivo le retuvo y esta vez también cabría preguntarnos si era la Providencia la que protegía al genio. En tal caso, la casualidad se había hecho de carne y hueso, tomando la forma de una joven y linda representante del pueblo, que compartía en el ejército de Niza la suerte de su esposo. Bonaparte le profesaba un afecto sincero que manifestaba con varias pruebas de una galantería esencialmente guerrera. Cierto día que paseaba con la muchacha por los alrededores del desfiladero de Tende, se le ocurrió al joven general la idea de ofrecer a su linda compañera el espectáculo de un simulacro bélico, para lo cual ordenó un ataque de avanzada: doce hombres fueron víctimas de aquel cruel pasatiempo, y el propio Napoleón ha confesado en Santa Elena más de una vez, que aquellos doce hombres, muertos sin motivo alguno y por puro capricho, significaban para él un remordimiento más grande que la pérdida de los seiscientos mil soldados que había dejado en las estepas nevadas de Rusia. Entretanto, los representantes del pueblo cerca del ejército de Italia, adoptaron el siguiente acuerdo:

El general Bonaparte se dirigirá a Génova para conferenciar, juntamente con el encargado de negocios de la República francesa, con el gobierno de aquel país acerca de los asuntos indicados en sus instrucciones.

El encargado de negocios cerca de la República de Génova le reconocerá y se hará reconocer por aquel gobierno.

Loano, el 25 mesidor del año II de la República.

El verdadero objeto de esta misión era enviar allí al joven general para que viese con sus propios ojos las fortalezas de Savona y de Génova, proporcionándole ocasión de tomar todos los datos posibles respecto a la artillería y los demás objetos militares, y hasta facilitándole los medios de pronosticar los propósitos del gobierno genovés relativos a la coalición.

Mientras que Bonaparte desempeñaba su cometido, Robespierre estaba en camino del cadalso y los diputados terroristas eran sustituidos por Albitte y Salicetti. Su llegada a Barcelonette se señaló por el decreto siguiente, recompensa que esperaba Bonaparte a su regreso:

Los representantes del pueblo cerca del ejército de los Alpes y de Italia:

Considerando que el general Bonaparte, comandante en jefe de la artillería del ejército de Italia, ha perdido completamente su confianza por su conducta sospechosa y, sobre todo, por el viaje que recientemente realizó a Génova, decretan lo que sigue:

El general de brigada Bonaparte, comandante en jefe de la artillería del ejército de Italia, queda provisionalmente suspendido de sus funciones. El general en jefe de dicho ejército dispondrá, bajo su responsabilidad, que se arreste al citado Bonaparte para enviarle al comité de salvación pública de París con buena y segura escolta. Se pondrán los sellos en todos sus papeles y efectos, de los cuales se hará inventario por los comisionados que en la localidad nombren los representantes del pueblo Salicetti y Albitte. Dicho inventario se presentará con todos los papeles que fuesen sospechosos al comité de salvación pública.

Hecho en Barcelonette el 19 termidor del año II de la República francesa, una, indivisible y democrática.

Firmado: ALBITTE, SALICETTI, LAPORTE

Por copia conforme, el general en jefe del ejército de Italia.

Firmado: DUMERBION

El decreto se cumplió; Bonaparte fue conducido a la prisión de Niza, donde permaneció catorce días, al cabo de los cuales y en virtud de un segundo decreto firmado por los mismos hombres, fue puesto en libertad provisional.

Sin embargo, Bonaparte no salió de un peligro sino para sufrir un disgusto. Los acontecimientos de termidor habían ocasionado un cambio y un trastorno en los comités de la Convención; un antiguo capitán llamado Aubry, fue elegido para dirigir el de la Guerra e hizo un nuevo cuadro del ejército en el que figuraba él mismo como general de artillería. En cuanto a

Bonaparte, en cambio del grado de que se le despojaba, le daban el de general de infantería en la Vendée; pero éste, juzgando demasiado reducido el escenario de una guerra civil en un rincón de Francia, rehusó ir a ocupar su puesto; y por un decreto del comité de salvación pública, fue borrado de la lista de los oficiales generales empleados.

Bonaparte se creía ya demasiado necesario a Francia para no resentirse profundamente de semejante injusticia; pero como no había llegado todavía a una de esas alturas de la vida desde donde se ve todo el horizonte que aún se ha de recorrer, tenía esperanzas en los futuros acontecimientos, aunque no certidumbre. Estas esperanzas acabaron por frustrarse: entonces se vio, él, lleno de porvenir y de genio, condenado a una inacción larga, si no eterna. Y esto en una época en que cada cual llegaba a su destino corriendo. Alquiló provisionalmente una habitación en un hotel de la calle del Mail, vendió por seis mil francos su caballo y su coche y, reuniendo el poco dinero que le quedaba, resolvió retirarse al campo. Las imaginaciones exaltadas saltan siempre de un extremo a otro: desterrado en los campos, Bonaparte no veía ya nada más que la vida rural; no pudiendo ser César, se convertía en Cincinato.

En ese momento fue cuando se acordó de Valence, donde había pasado tres años tan oscuros y al mismo tiempo, tan felices, y hacia este punto dirigió su exploración, acompañado de su hermano José, que regresaba a Marsella. Al pasar por Montélimart, los dos viajeros se detienen: a Bonaparte le parece conveniente el terreno y el clima de la ciudad y pregunta si hay en los alrededores algún terreno de poco valor en venta. Se le dirige a M. Grasson, agente oficial, con el que se cita para el día siguiente para ir a ver un pequeño campo llamado Beauserret, cuyo solo nombre, que en el dialecto del país quiere decir «hermosa residencia», indica su agradable posición.

Bonaparte, acompañado de José, visita aquel campo; es a grandes rasgos lo que les conviene y tan solo teme, al ver su extensión y lo bien conservado que está, que el precio sea demasiado elevado. Al final los dos hermanos se aventuran a preguntar y se les contesta que treinta mil francos: es casi regalado. Bonaparte y José vuelven a Montélimart para reflexionar detenidamente sobre el asunto; su pequeña fortuna reunida les permite consagrar aquella suma a la adquisición de su futura propiedad. Se citan con M. Grasson para el día siguiente, pues quieren cerrar el contrato en el lugar mismo. El agente les acompaña de nuevo; visitan la propiedad más detenidamente que la primera vez, y al fin, Bonaparte, asombrado de que se dé por tan reducida suma un terreno tan encantador, pregunta si no hay algún motivo oculto que haga bajar el precio.

—Sí —contesta M. Grasson—; pero no es cosa que tenga valor para los que han de vivir aquí.

—No importa —replica Bonaparte—, quisiera saberlo.

—Es que aquí se cometió un asesinato.

—¿Por quién?

—Por un hijo que mató a su padre.

—¡Un parricidio! —exclamó Bonaparte, palideciendo más aún que de costumbre—. ¡Vámonos José!

Y cogiendo a su hermano por el brazo, se precipitó fuera de las habitaciones, volvió a subir a su cabriolé, llegó a Montélimart y pidió caballos de posta para regresar al punto a París, mientras que José continuaba su marcha hacia Marsella. Iba a casarse con la hija de un rico negociante, llamado Clary, que llegó a ser después el cuñado de Bernadotte.

En cuanto a Bonaparte, impelido otra vez por el destino hacia París, aquel gran centro de los acontecimientos importantes, continuó la vida sombría que tanto le pesaba. Entonces fue cuando, no pudiendo soportar su inacción, dirigió al Gobierno una nota en la cual exponía que estaba interesado en la campaña de hacer todo cuanto se pudiese para reforzar los medios militares de Turquía, en el momento en que la emperatriz de Rusia acababa de estrechar su alianza con Austria. De esa manera, Bonaparte se ofrecía al Gobierno para ir a Constantinopla con seis o siete oficiales de diferentes armas que pudiesen instruir en las artes militares a las numerosas e intrépidas milicias, aunque poco aguerridas, que prestaban sus servicios al Sultán.

El Gobierno no se dignó ni siquiera contestar la nota y Bonaparte se quedó en París. ¿Qué hubiera sido del mundo, si un dependiente del Ministerio hubiera escrito al pie de aquella demanda la palabra «concedido»? Solamente Dios lo sabe.

El 22 de agosto de 1795 se aprobó la Constitución del año III: los legisladores que la redactaron habían estipulado que las dos terceras partes de los individuos que componían la Convención nacional formarían parte del nuevo cuerpo legislativo: esto significaba matar las esperanzas del partido opuesto, que por la renovación completa de las elecciones, confiaba en introducir una nueva mayoría que representase su opinión. Este partido opuesto estaba apoyado sobre todo por las secciones de París, que declaraban que no aceptarían la Constitución a menos de que se anulara la reelección de la dos terceras partes. La Convención mantuvo el decreto íntegro; las secciones comenzaron a murmurar; el 25 de septiembre se produjeron algunos disturbios marginales; y al fin, el día 4 de octubre (12 vendimiario), el peligro fue tan inminente, que la Convención pensó que ya era hora de prepararse formalmente. En consecuencia, se dirigió al general Alexandre Dumas, comandante en jefe del ejército de los Alpes, la siguiente carta, cuya brevedad misma indicaba la urgencia:

El general Alexandre Dumas debe dirigirse inmediatamente a París para encargarse del mando de la fuerza armada.

La orden de la Convención se llevó al palacio Mirabeau; pero el general Dumas se había marchado tres días antes a Villers-Cotterêts, donde recibió la carta en la mañana del 13.

Entretanto, el peligro iba en aumento cada hora que pasaba; no había noticias de Dumas y, debido a esto, durante la noche, un representante del pueblo, Barras, fue nombrado comandante en jefe del ejército interior. Barras necesitaba un segundo, y apostó por Bonaparte.

Según se ve, el destino había despejado su horizonte: aquella hora de porvenir que debe sonar una vez, según dicen, en la vida de todo hombre, había llegado: el 13 vendimiario los cañones resonaron en la capital.

Las secciones, que Bonaparte acababa de destruir, le dieron el nombre de «Ametrallador»; y la Convención, a la cual había salvado, le concedió el título de general en jefe del ejército de Italia.

Pero aquella gran jornada no influiría solamente en la vida política de Bonaparte, sino que también debía afectar a su vida privada. El desarme de las secciones acababa de verificarse con el rigor que las circunstancias exigían, cuando cierto día, un niño de diez o doce años se presentó al estado mayor suplicando al general Bonaparte que diese orden para que le devolvieran la espada de su padre, el cual había sido general de la República. Bonaparte, conmovido por la petición y por la gracia juvenil con que se hacía, mandó buscar la espada, y al ser hallada, se la devolvió. El niño, al ver aquella arma sagrada que él creía perdida, besó llorando la empuñadura que tanto había mantenido la firme mano paterna. Bonaparte, más conmovido aún por aquella muestra de amor filial, manifestó tanta benevolencia al niño, que su madre se creyó obligada a visitar al día siguiente al general para darle gracias. El niño se llamaba Eugène y la madre, josefina.

El 21 de marzo de 1796, Bonaparte marchó para reunirse con el ejército de Italia portando con él en su coche diez mil luises: era todo cuanto había podido reunir, añadiéndolo a su propia fortuna y a la de los subsidios del Directorio. Y con esta suma emprende la marcha para conquistar Italia: era siete veces menor que la que Alejandro Magno llevaba cuando fue a conquistar la India.

Al llegar a Niza, encontró un ejército sin ninguna disciplina, sin municiones, sin víveres y sin equipo. Apenas se instaló en el cuartel general, mandó distribuir a los generales para ayudarles a entrar en campaña la suma de cuatro luises; y después se dirigió a los soldados, y mostrándoles Italia con la mano, les dijo:

—¡Compañeros! Carecéis de todo en medio de estas rocas. Fijad los ojos en las ricas llanuras que se extienden a vuestros pies: nos pertenecen y vamos a tomarlas.

Éste era, poco más o menos, el discurso que Aníbal había dirigido a sus soldados mil novecientos años antes; y desde aquella época, no había pasado entre los dos hombres más que uno digno de compararse con ellos: César.

Los soldados a quienes Bonaparte dirigía estas palabras eran los restos de un ejército que, en las rocas estériles del río de Génova, se mantenían penosamente a la defensiva hacía dos años. Tenían ante sí doscientos mil hombres de las mejores tropas del Imperio y del Piamonte. Bonaparte ataca a aquel ejército con treinta mil hombres escasos y en once días le bate cinco veces, en Montenotte, en Millesimo, en Dego, en Vico y en Modovi; después, abriendo las puertas de las ciudades con una mano, mientras gana las batallas con la otra, se apodera de las fortalezas de Con, de Torteen, de Alejandría y de la Ceba. En once días, los austriacos quedan separados de los piamonteses, se toma Provea y el rey de Cerdeña se ve obligado a firmar una capitulación en su propia capital. Entonces, Bonaparte avanza sobre la alta Italia; y después, adivinando el éxito futuro con la confianza que le otorgan las victorias pasadas, escribe al Directorio:

Mañana marcho contra Beaulieu, le obligo a repasar el Po, que cruzo en su seguimiento; me apodero de toda la Lombardía y antes de un mes espero estar en las montañas del Tirol. Aquí encontraré al ejército del Rin, y con su ayuda llevaré la guerra hasta Baviera.

En efecto, Beaulieu es perseguido; inútilmente se vuelve para oponerse al paso del Po, pues el ejército francés le franquea; después, el general enemigo se sitúa detrás de los muros de Lodi, pero un combate de tres horas le desaloja de allí. Entonces se alinea en batalla en la orilla izquierda del Adda, defendiendo con toda su artillería el paso del puente, que no ha tenido tiempo de cortar. El ejército francés, formándose en columna compacta, se precipita sobre el puente, derriba todo cuanto se opone a su paso, disemina el ejército austriaco y prosigue su marcha pisando los talones al enemigo. Entonces se somete Pavía; después se rinden Pizzighitone y Cremona; el castillo de Milán abre sus puertas; el rey de Cerdeña firma la paz, siguiendo su ejemplo los duques de Parma y de Módena; y Beaulieu no tiene más que el tiempo necesario para encerrarse en Mantua.

En este tratado con el duque de Módena, Bonaparte dio la primera prueba de su voluntad desinteresada, rechazando cuatro millones en oro que el comendador del Este le ofrecía en nombre de su hermano y que Salicetti, comisario del Gobierno que no se alejaba nunca demasiado del ejército, insistía que aceptase.

En aquella campaña fue también donde recibió el nombre popular que le abrió de nuevo en 1815 las puertas de Francia. He aquí en qué ocasión. Su juventud, cuando tomó el mando del ejército, había causado algún asombro a los soldados veteranos, por lo cual resolvieron conferirle ellos mismos los grados inferiores de que al parecer le había dispensado el Gobierno. Como consecuencia, se reunían después de cada batalla para conferirle un grado y cuando entraba en el campamento le recibían los más viejos veteranos, saludándole con su nuevo título. De este modo fue nombrado cabo en Lodi y de aquí el sobrenombre de «Pequeño cabo» con que designaron siempre a Napoleón.

Entretanto, Bonaparte no ha hecho más que un alto muy breve; y es en ese momento cuando la envidia se cruza en su camino. El Directorio, que ha visto en la correspondencia del soldado la revelación del hombre político, teme que el vencedor se convierta en árbitro de Italia y se dispone a enviarle a Kellermann como agregado; Bonaparte recibe aviso y escribe lo siguiente:

Reunir conmigo a Kellermann es querer perderlo todo. No puedo servir de buena voluntad con un hombre que se cree el mejor táctico de Europa; y por otra parte, me parece que un mal general vale más que dos buenos. La guerra es como el Gobierno, un asunto de tacto.

Después, Bonaparte hace su entrada solemne en Milán, donde mientras que el Directorio firma en París el tratado de paz, negociado por Salicetti en la Corte de Turín, y en tanto que se terminan las negociaciones entabladas con Parma, comenzando las de Nápoles y Roma, se prepara para la conquista de la alta Italia.

La llave de Alemania es Mantua; de modo que esta ciudad es la que se ha de tomar. Ciento cincuenta cañones confiscados en el castillo de Milán se dirigen contra Mantua; Serrurier se encarga de los preparativos exteriores, y el sitio comienza.

Entonces, el gabinete de Viena, comprendiendo toda la gravedad de la situación, envía en auxilio de Beaulieu veinticinco mil hombres a las órdenes de Quasdanovitch y treinta y cinco mil al mando de Wurmser. Un espía milanés se encarga de los partes que anuncian este refuerzo y se compromete a internarse en la ciudad.

El espía cae en manos de una ronda nocturna, mandada por el ayudante de campo Dermoncourt y es conducido a presencia del general Dumas. En vano se le registra, pues no se le encuentra nada y ya van a dejarle en libertad, cuando por una de esas revelaciones del destino, el general Dumas adivina que el hombre se ha tragado los partes. El espía lo niega, mas al oír como el general Dumas ordena que se le fusile, confiesa la verdad. Entonces se le entrega al ayudante de campo Dermoncourt y por medio de un vomitivo que el cirujano mayor administra, se obtiene una bolita de cera de regulares dimensiones, en la cual se encierra la carta de Wurmser, escrita en pergamino con una pluma de cuervo. Esta carta da los más minuciosos detalles sobre las operaciones del ejército enemigo. Pronto es enviada a Bonaparte, quien sabe así que Quasdanovitch y Wurmser se han dividido: el primero marcha sobre Brescia y el segundo en dirección a Mantua: es el mismo error táctico que ha perdido ya a Provera y Argentau. Bonaparte deja diez mil hombres delante de la ciudad; se dirige con veinticinco mil al encuentro de Quasdanovitch, a quien rechaza hasta las gargantas del Tirol, después de batirle en Salo y en Lonato. Acto seguido se vuelve contra

Wurmser, que adivina la derrota de su colega por la presencia del ejército que le ha vencido. Atacado con la impetuosidad francesa, es batido en Castiglione. En cinco días, los austriacos han perdido veinte mil hombres y cincuenta cañones; mas esta victoria ha dado tiempo a Quasdanovitch para rehacerse. Bonaparte vuelve contra él; le bate en San Marco, en Serravale y en Roveredo y después de los combates de Bassano, de Rimolano y de Cavalo, pone sitio por segunda vez a Mantua, donde Wurmser ha entrado con los restos de su ejército.

Allí, mientras que se efectúan los preparativos del asalto, Bonaparte crea Estados a su alrededor, las repúblicas cispadana y transpadana, expulsa a los ingleses de Córcega, y posa su pesada mano de hierro a la vez sobre Génova, Venecia y la Santa Sede, a las cuales impide sublevarse. En medio de estas vastas operaciones políticas, recibe noticias de la llegada de un nuevo ejército imperial, conducido por Alvinzi; pero le persigue la fatalidad de todos los demás hombres cuando se enfrentan a Bonaporte, pues Alvinzi incurre en la misma falta cometida por sus predecesores. Divide su ejército en dos cuerpos, el uno compuesto de treinta mil hombres, que, conducidos por él, deben atravesar el Verones llegando luego a Mantua; y el otro, formado por quince mil que, bajo el mando de Davidovitch, se extenderá sobre el Adige. Bonaparte marcha contra Alvinzi, le alcanza en Arcole, lucha tres días en cruentas batallas cuerpo a cuerpo con él y no le deja retirarse hasta después de haberle matado cinco mil hombres en el campo de batalla, haciendo ocho mil prisioneros y apoderándose de treinta cañones. Después, palpitante aún por la lucha en Arcole, se precipita entre Davidovitch, que sale del Tirol, y Wurmser, que sale de Mantua. Rechaza al primero hasta sus montañas, obligando al otro a refugiarse en su ciudad. Recibe en su campo de batalla la noticia de que Alvinzi y Provera van a reunirse; derrota al primero en Rívoli, y por los combates de San Jorge y de la Favorita, reduce a Provera a entregar las armas. Desembarazado al fin de todos sus adversarios, vuelve hacia Mantua, la cerca, la oprime, la sofoca y le obliga a rendirse en el momento en que un quinto ejército, destacado de las reservas del Rin, avanza al mando del Archiduque. De ninguna afrenta puede escapar Austria, pues las derrotas de sus generales van a llegar hasta el trono. El 10 de marzo de 1797, el príncipe Carlos es batido en el paso del Tagliamento, y esta victoria abre los Estados de Venecia y las gargantas del Tirol. Los franceses avanzan a la carrera por la vía que tienen abierta; triunfan en Lavis, en Trasmis y en Clausen, entran en Trieste, se apoderan de Tarvis, de Gradisca y de Villach, se encarnizan en la persecución del Archiduque, al que abandonan para ocupar los caminos de la capital de Austria, y al fin llegan a estar a treinta leguas de Viena. Aquí, Bonaparte hace un alto para esperar a los parlamentarios. No ha transcurrido más de un año desde que salió de Niza y en este tiempo ha destruido seis ejércitos, ha tomado Alejandría, Turín, Milán y Mantua y ha plantado la bandera tricolor en los Alpes del Piamonte, de la Italia y del Tirol. Alrededor de él han comenzado a brillar los nombres de Masséna, de Augereau, de Jouber, de Marmont y de Berthier. ¡La legendaria pléyade se forma, los satélites giran alrededor de su astro y el cielo del Imperio se tachona de estrellas!

Bonaparte no se había engañado: los parlamentarios llegan y se señala la ciudad de Léoben para celebrar las negociaciones. No necesita ya plenos poderes del Directorio; él es quien ha hecho la guerra y él es quien hará la paz.

«Atendido el estado de cosas —escribe—, las negociaciones, hasta con el Emperador, han llegado a ser una operación militar».

Sin embargo, esta operación languidece y se prolonga mucho, pues todas las astucias de la diplomacia la rodean y la entorpecen. Pero entonces llega el día, en medio de una discusión, en que el león se cansa de estar en la jaula. Bonaparte se levanta, coge una magnífica bandeja de porcelana, la hace pedazos y la pisa y después, volviéndose hacia los plenipotenciarios estupefactos, les dice:

—Así es como os pulverizaré a todos, puesto que es lo que queréis.

Los diplomáticos se amedrentan; se da paso a la lectura del tratado, y en el primer artículo, el emperador declara que reconoce la República francesa.

—¡Rayad ese párrafo! —exclama Bonaparte—; ¡la República francesa es como el sol en el horizonte y ciegos son aquellos que no han visto su resplandor!

Así, pues, a la edad de veintisiete años, Bonaparte empuña con una mano la espada que divide los Estados y tiene en la otra la balanza con la que pesa los reyes. Inútil es que el Directorio le intente marcar alguna pauta, pues él dirige su propio camino; y si aún no manda, tampoco obedece ya. Si el Directorio le escribe diciéndole que recuerde que Wurmser es un emigrado; si Wurmser cae en manos de Bonaparte y éste le dispensa todas las consideraciones debidas a su desgraciada situación y a la vejez, si el Directorio trata al Papa en forma injuriosa; Bonaparte le escribe siempre con respeto, llamándole muy Santo Padre, si el Directorio destierra a los sacerdotes; Bonaparte ordena a su ejército que los considere como hermanos y que los honre como ministros de Dios, si el Directorio trata de destruir todos los vestigios de la aristocracia; Bonaparte escribe a la democracia de Génova para censurar los excesos que ha cometido respecto a los nobles y le dice, que si quiere conservar su aprecio, debe acatar la estatua de Doria.

El 15 vendimiario del año VI se firma el tratado de Campo Formio, y Austria, a la cual se le confiere Venecia, renuncia a sus derechos sobre Bélgica y a sus pretensiones expansionistas sobre Italia. Bonaparte sale de este país para dirigirse a Francia y el 15 frimario del mismo año (5 de diciembre de 1797) llega a París.

El futuro Emperador, ausente dos años, había hecho en este tiempo ciento cincuenta mil prisioneros, tomado ciento setenta banderas, quinientos cincuenta cañones, seiscientas piezas de campaña, nueve navíos de sesenta y cuatro cañones, doce fragatas de treinta y dos, doce corbetas y dieciocho galeras.

Además, habiéndose llevado diez mil luises de Francia, como ya hemos dicho, hizo numerosos envíos de dinero que ascendieron a cerca de cincuenta millones; de modo que contra todas las tradiciones antiguas y modernas, el Ejército era el que había alimentado a la patria.

Con la paz, Bonaparte presintió llegar el término de su carrera militar y no pudiendo permanecer ocioso, ambicionó la plaza de uno de los dos directores que iban a salir; pero desgraciadamente no tenía más que veintiocho años, y esto era una violación tan grande y tan prematura de la Constitución del año III, que ni siquiera se atrevió a proponerlo. Volvió, pues, a su casita de la calle Chantereine, con la idea fija de luchar de antemano contra un enemigo más terrible que todos aquellos a quienes combatiera: el olvido.

—París tiene una memoria infame, decía, y si permanezco largo tiempo ocioso, soy hombre perdido. En esta gran Babilonia, una gloria es reemplazada muy pronto por otra; y basta que me hayan visto tres veces en el teatro para que nadie me mire más.

He aquí por qué, esperando cosa mejor, se hizo nombrar miembro del Instituto.

Por fin, el 29 de enero de 1798, dijo a su secretario:

—Bourrienne, no quiero quedarme aquí porque no hay nada que hacer y todas las personas que me rodean son necias. Veo que si me quedo acabaré yéndome a pique muy pronto, pues todo se desgasta aquí en la Corte y mi gloria se ha esfumado. En esta pequeña Europa no hay bastante espacio para mí; es una ratonera. Jamás hubo grandes imperios y grandes revoluciones más que en Oriente, donde viven seiscientos millones de hombres. Es preciso ir allá, porque de allí vienen todas las grandes hazañas.

Vemos, pues, que Bonaparte necesitaba superar a todos los hombres célebres: ha hecho ya más que Aníbal, y llegará a ser tan grande como Alejandro y César: su nombre falta en las Pirámides, donde están inscritos esos dos grandes nombres.

El 12 de abril de 1798, Bonaparte fue nombrado general en jefe del ejército de Oriente.

Según se ve, ya no tiene que hacer más que pedir algo para que se le sea concedido; su llegada a Tolón será la prueba de que le basta mandar para ser obedecido.

Un anciano de ochenta años acaba de ser fusilado la antevíspera del día en que Bonaparte llega a dicha ciudad y un 16 de mayo de 1798 escribe la siguiente carta a las comisiones militares de la novena división, establecidas en virtud de la ley del 19 fructidor:

Bonaparte, individuo del Instituto nacional.

He sabido, ciudadanos, con el más profundo pesar, que ancianos de setenta a ochenta años y pobres mujeres embarazadas y con niños de pocos años, habían sido fusilados por acusárseles de emigrantes.

¿Se habrán convertido en verdugos los soldados de la libertad? ¿Habrán muerto en sus corazones la compasión que manifestaron hasta en medio de los combates?

La ley del 19 fructidor fue una medida de salvación pública; y tenía por objeto castigar a los conspiradores, pero no a míseras mujeres ni a los ancianos desvalidos.

Os exhorto, pues, ciudadanos, a que cuando la ley presente ante vuestro tribunal hombres de más de sesenta años o pobres mujeres, declaréis que en medio de los combates habéis respetado a los ancianos y a las mujeres de vuestros enemigos.

El militar que firma una sentencia contra cualquier persona incapaz de llevar armas, es un cobarde.

BONAPARTE

Esta carta salvó la vida a un infeliz, perteneciente a esa categoría. Bonaparte se embarca tres días después y su último adiós a Francia es el ejercicio de un acto propio de la realeza: el derecho de perdonar.

Malta estaba comprada de antemano; el flamante general hace que se la entreguen al pasar, y el 1 de julio de 1798 pisa tierra egipcia cerca del fuerte Marabou, a poca distancia de Alejandría.

Apenas recibió esta noticia, Mourad-Bey, a quien se fue a buscar como a un león guardián de su reino, llamó a sus mamelucos, hizo avanzar por la corriente del Nilo una flotilla de chalupas y otras embarcaciones armadas de guerra, y mandó que se las siguiera por las orillas del río con un cuerpo de mil doscientos o mil quinientos caballos, que Desaix, jefe de nuestra vanguardia, encontró el día 14 en el pueblo de Manich-Salam. Era la primera vez que el Oriente y el Occidente se encontraban cara a cara desde el tiempo de las cruzadas.

El choque fue terrible: aquella milicia, cubierta de oro, rápida como el viento, devoradora como la llamas, cargaba con ímpetu a las filas francesas dispuestas en cuadros, cortando los cañones de los fusiles con sus alfanjes templados en Damasco. Inmediatamente después, cuando el fuego erupcionaba de aquellos cuadros como de un volcán, su movimiento se asemejaba al de una inmensa ola de oro y seda, que atacaba al galope a todos los ángulos del muro francés de hierro, cada uno de los cuales devolvía su descarga en respuesta. Cuando veía la imposibilidad de abrir brecha, se alejaba al fin como una larga bandada de aves asustadas, dejando alrededor de nuestros batallones un montón, movible aún, de hombres y caballos mutilados. Luego iba a reformarse a lo lejos para volver a intentar una nueva carga, tan inútil como la primera.

A la mitad del día, los mamelucos se reunieron por última vez; pero en vez de contraatacar, tomaron el camino del desierto y desparecieron en el horizonte en medio de un torbellino de arena.

En Guiza fue donde Mourad tuvo noticia del descalabro de Chébreiss y el mismo día se enviaron mensajeros al Said, al Fayoum y por todo el desierto. Por todas partes, los beys, los jeques y los mamelucos fueron convocados contra el enemigo común, debiendo llevar cada cual su caballo y sus armas. Tres días después, Mourad tenía en torno a sí seis mil jinetes.

Toda aquella tropa que había acudido al grito de guerra de su jefe, acampó desordenadamente en la orilla del Nilo, a la vista de El Cairo y de las Pirámides, entre el pueblo de Embabeh, donde apoyaba su derecha, y Guiza, residencia favorita de Mourad, que se extendía su izquierda. En cuanto a este último, había mandado colocar su tienda de campaña alrededor de un sicomoro gigantesco, cuya sombra bastaba para cubrir cincuenta jinetes. En aquella posición fue donde, después de reordenar un poco su milicia, esperó al ejército francés que remontaba el Nilo.

El 23, al rayar el día, Desaix, que iba siempre a la vanguardia, divisó una partida de quinientos mamelucos enviados a la descubierta y que se replegaron sin dejar de mantenerse a la vista. A las cuatro de la madrugada, Mourad oyó grandes voces: era el ejército francés que saludaba a las Pirámides.

A las seis, franceses y mamelucos estaban en presencia unos de otros.

Imagínense el campo de batalla. Era el mismo que Cambises, el antiguo conquistador que llegara del otro extremo del mundo, eligiera para aniquilar a los egipcios. Dos mil cuatrocientos años habían transcurrido; el Nilo y las Pirámides permanecían allí, pero la esfinge de granito, cuyo rostro mutilaron los persas, no conservaba más que su cabeza gigantesca fuera de la arena. El coloso de que Herodoto nos habla estaba caído, Memfis no existía y la ciudad de El Cairo había surgido. Todos estos recuerdos, bien presentes en el pensamiento de los jefes franceses, se cernían vagamente sobre las cabezas de los soldados, como aquellas misteriosas aves que en otro tiempo pasaban por encima de las batallas y que presagiaban la victoria.

En cuanto al lugar, una vasta llanura de arena, como conviene a las maniobras de la caballería; en el centro se eleva un pueblo llamado Bekir y un arroyuelo le limita un poco más allá de Djizh. Mourad y toda su caballería estaban adosados al Nilo, teniendo el Cairo tras sí.

Bonaparte vio, por esta disposición del terreno y de sus enemigos, que le era posible no sólo vencer a los mamelucos, sino también exterminarlos y, en consecuencia, desarrolló su ejército en semicírculo, formando de cada división gigantescos cuadros, en cuyo centro se colocó la artillería. Desaix, acostumbrado a ir a la vanguardia, mandaba el primer cuadro, situado entre Embabeh y Guiza; después seguían la división Régnier, la división Kléber, privada de su jefe herido en Alejandría y mandada por Dugua; la división Menou, a las ordenes de Vial; y por último, formando la extrema izquierda, apoyada en el Nilo y la más próxima a Embabeh, la división del general Bon.

Todos los cuadros debían ponerse en movimiento juntos para marchar sobre Embabeh, arrollando al pueblo, a los caballos, a los mamelucos y sus trincheras y rechazándolos hasta el Nilo.

Pero Mourad no era hombre para esperar detrás de algunos terromonteros de arena y apenas los cuadros hubieron tomado posición, los mamelucos salieron de sus atrincheramientos en masas desiguales, y sin elegir, sin calcular, se precipitaron contra los cuadros que hallaron más próximos: eran las divisiones de Desaix y Régnier.

Llegados a tiro de fusil, los mamelucos se dividieron en dos columnas: la primera, con sus jinetes inclinados sobre la silla, marchaba contra el ángulo izquierdo de la división Régnier y la segunda sobre el derecho de la división Desaix. Los cuadros dejaron que las columnas se acercaran a diez pasos de distancia y después rompieron fuego: jinetes y caballos se vieron detenidos por un muro de llamas; las dos primeras filas de los mamelucos cayeron como si la tierra hubiera temblado bajo sus pies; el resto de la columna, impulsada por la inercia su carrera, detenida ante aquella muralla de hierro y de fuego y no pudiendo ni queriendo retroceder, flanqueó, ignorando todo el frente del cuadro Régnier, cuyo fuego les rechazó y les desvió directos sobre la división Desaix. Esta última división, hallándose atrapada entonces entre aquellas dos trombas de hombres y de caballos que se agitaban a su alrededor, presentó las puntas de las bayonetas de su primera fila, mientras que las otras dos, inflándose de pronto, entreabrían sus ángulos para dar paso a las balas de los cañones, impacientes por tomar parte en aquella sangrienta lucha.

Llegó un momento en que las dos divisiones se hallaron completamente cercadas y se echó mano de todos los medios para romper aquellos cuadros impasibles y mortales. Los mamelucos cargaban a la distancia de diez pasos, recibiendo el doble de fuego dela fusilería y de los cañones; después frenaban sus caballos, espantados por la repentina visión de las bayonetas, obligándoles a avanzar, volviendo grupas, encabritándoles y dejándose caer con ellos. Como si volvieran a la vida, los jinetes desmontados reptaban como serpientes para atacar a los pies de nuestros soldados. Tal lucha sin cuartel continuó durante los tres cuartos de hora que duró aquella terrible batalla. Nuestros soldados, ante aquella manera de combatir, no creían que se las estaban viendo con hombres, sino con fantasmas y demonios. Finalmente, los sanguinarios mamelucos, los gritos de horror, los relinchos de caballos espantados, las llamas, el humo… todo se desvaneció como si un torbellino se lo llevara, no quedando ya entre las dos divisiones más que un campo de batalla ensangrentado, erizado de armas y de estandartes y cubierto de cadáveres y de moribundos. De estos últimos incluso algunos en su agonía lograban incorporarse como la ola de mar que todavía no se ha calmado después de la tempestad.

En aquel momento, todos los cuadros, con paso regular, como si se tratase de un desfile, avanzaban encerrando a Embabeh en su círculo de hierro. Pero de repente, la línea del Bey se revolvió como un animal malherido al tiempo que treinta y siete cañones hacían fuego contra el hierro francés. La flotilla saltaba sobre el Nilo, sacudida por el retroceso de las bombardas, y el mismo Mourad, a la cabeza de sus jinetes, se lanzó a la desesperada con la esperanza de poder abrir brecha en esos cuadros infernales. Entonces la columna, que había cedido en un primer instante antes este inesperado ataque, rápidamente se recompuso, fijo su mirada en el Bey y se abalanzó contra sus mortales enemigos.

A los ojos de un águila que contemplara en aquel campo de batalla, debió de ser un maravilloso espectáculo el que ofrecían aquellos seis mil jinetes, los más hábiles del mundo, montados en caballos cuyos pies apenas dejaban huella en la arena, dando vueltas como una jauría alrededor de aquellos cuadros inmóviles y expectantes, estrechándolos en sus repliegues, rodeándolos con sus nudos, tratando de sofocarlos si no romperlos, dispersándose, reuniéndose, y huyendo de nuevo, cambiando de frente como las olas que baten la orilla. Después, se volvieron sobre una sola línea semejante a una serpiente gigantesca, en cuya cabeza se descubría algunas veces el infatigable Mourad, elevándose por encima de los cuadros y dirigiendo los continuos ataques. De repente, las baterías de los atrincheramientos mamelucos fueron tomadas y los mamelucos se vieron atacados por los proyectiles de sus propias piezas, que dejaban numerosos heridos a lo largo de todo el campo de batalla. Su flotilla corrió la misma suerte, y devorada por el fuego que los franceses le causaron, fue tragada por el río. Mientras que Mourad dirigía sus garras y sus dientes contra nuestros cuadros, las tres columnas de ataque ya se habían apoderado de los atrincheramientos; y Marmont, dominando el llano, abrasaba desde las alturas de Embabeh a los mamelucos encarnizados contra nosotros.

En ese momento, Bonaparte ordenó una nueva maniobra suficiente para que todo concluyera: los cuadros se abrieron, se unieron después y se soldaron como los anillos de una gran cadena. Mourad y sus mamelucos se vieron así cogidos entre sus propios atrincheramientos y la línea francesa: el jefe de los mamelucos comprendió que la batalla había terminado. En consecuencia, reunió a todo los hombres que le quedaban y entre aquella doble línea de fuego, al galope aéreo de sus caballos, se lanzó agazapado por el hueco que la división Desaix dejaba entre ella y el Nilo. Después pasó como una centella bajo la última descarga de nuestros soldados, penetró en el pueblo de Guiza y salió a los pocos segundos por la parte contraria, retirándose hacia el alto Egipto con el resto de su ejército: doscientos o trescientos jinetes.

Había abandonado en el campo de batalla tres mil hombres, cuarenta piezas de artillería, cuarenta camellos cargados, sus tiendas de campaña, sus esclavos y sus caballos. Aquella rica llanura, cubierta de oro, de cachemira y de seda, quedó a disposición de los soldados vencedores, que hicieron un inmenso botín, pues todos aquellos mamelucos llevaban las armas más ricamente adornadas e iban engalanados con todo tipo de alhajas de oro y plata.

Aquella misma noche Bonaparte pasó la noche en Guiza y al día siguiente entró en El Cairo por la puerta de la Victoria.

Apenas recién instalado en El Cairo, Bonaparte sueña con no solamente la colonización del país que acaba de apoderarse, sino también con la conquista de la India a través del Éufrates. Pero antes redacta para el Directorio una nota en la cual pide refuerzos, armas, equipos de guerra, cirujanos, farmacéuticos, médicos, fundidores, licoristas, cómicos, jardineros, fabricantes de muñecos para el pueblo y una cincuentena de mujeres francesas. Envía a Typpo-Saeb un correo para proponerle una alianza contra los ingleses; y después, mecido por esta doble esperanza, comienza a perseguir a Ibrahim, el más influyente de los beys después de Mourad. Le alcanza y le derrota en Saheley’h, y al tiempo que es felicitado por esta victoria, un mensajero le trae la noticia de la pérdida completa de su escuadra. Nelson ha destrozado a Brueys; la flota entera ha naufragado y se han roto las comunicaciones con Francia y con ellas la esperanza de conquistar la India. Es preciso reafirmarse en Egipto para salir victoriosos como los antiguos y gloriosos ejércitos. Bonaparte vuelve a El Cairo, donde celebra el aniversario del nacimiento de Mahoma y la fundación de la

República. En medio de las fiestas, la ciudad se amotina y la respuesta del general francés no se hace esperar: desde lo alto del Mokattam, cañonea la ciudad. Dios acude en su auxilio y apacigua el temporal; todo se calma en cuatro días. Bonaparte marcha a Suez; quiere ver el mar Rojo y poner el pie en Asia con la misma edad de Alejandro.

Después fija los ojos en Siria, pues la campaña del desembarco de Egipto ha finalizado, y no debe volver hasta el mes del julio siguiente. Antes debe realizar una expedición por Gaza y el Arich, porque Djezzar-Baja, apellidado el «Carnicero», acaba de apoderarse de esta última ciudad. Es preciso destruir aquella vanguardia de la Puerta Otomana, derribar los muros de Jaffa, de Gaza y de Acre, asolar el país y dar fin a todos sus recursos, a fin de hacer imposible el paso de un ejército por el desierto. Este es el plan «oficial»; pero tal vez, estas titánicas expediciones oculten algún secreto que sólo Bonaparte conoce. Parte a la cabeza de diez mil hombres, divide la infantería en cuatro cuerpos, poniéndolos bajo las órdenes de Bon, de Kléber, de Lannes y de Régnier; pone a su disposición la caballería a Murat, la artillería a Dammartin, y los ingenieros a Cafarelli-Dufalga. El Arich es atacado y tomado el 1 ventoso; el 7 se ocupa Gaza, sin resistencia; el 17 se toma Jaffa por asalto, pasando por el cuchillo a la guarnición compuesta de cinco mil hombres; después continúa la marcha triunfal, llega ante San Juan de Acre, y el 30 del mismo mes queda abierta la brecha: aquí es donde van a comenzar los reveses.

Paradójicamente un francés manda en la plaza y además antiguo compañero suyo de graduación en la Escuela Militar. Fueron enviados el mismo día a sus respectivos cuerpos. Afiliado al partido realista, Phelippeaux, tal es su nombre, consigue escapar con Sydney-Smith de la prisión del Temple, le sigue a Inglaterra y es dejado al mando por éste en Siria. Bonaparte choca contra su genio más que contra las murallas de Acre y al primer golpe de vista se convence de que la defensa la dirige un hombre superior. Un sitio en regla es imposible y se hace preciso tomar la ciudad; pero tres asaltos sucesivos no producen ningún resultado. Durante uno de ellos una bomba cae a los pies de Bonaparte; dos granaderos se precipitan al punto sobre él, la colocan entre ellos, elevando sus brazos sobre la cabeza y protegiéndole con sus vidas. La bomba estalla y como por milagro sus cascos recompensan aquella abnegación por su general, de modo que ninguno queda herido. Uno de estos granaderos se llama

Daumesnil; será general en 1809, perderá una pierna en Moscú en 1812 y mandará en Vincennes en 1814.

Entretanto, de todas partes llegan auxilios a Djezzar; las bajas de Siria han reunido sus fuerzas y marchan sobre Acre; Sydney-Smith acude con la flota inglesa y por último, la peste, ese otro ejército más terrible que todos los demás, viene en auxilio del verdugo de Siria. Es preciso librarse del ejército de Damasco: Bonaparte, en vez de esperarle o retroceder a su aproximación, marcha a su encuentro, le alcanza, le dispersa en la llanura del monte Tabor y después vuelve para intentar otros cinco asaltos, tan inútiles como los primeros. San Juan de Acre es para él la ciudad maldita, su némesis, y no pasará de ella.

Todos se asombran de que el general se obsesione así con la toma de una bicoca, de que arriesgue diariamente su vida, la de sus mejores oficiales y más valiosos soldados; todos censuran aquella obstinación, sin objeto al parecer. Él mismo explicó este aparente sinsentido a Duroc, después de que en uno de esos infructuosos asaltos éste quedara herido, porque necesitaba que algún espíritu grande como el suyo supiera que no procedía como un loco.

—Sí —dijo—, veo que esta bicoca me ha costado bastante gente y mucho tiempo; pero las cosas están demasiado adelantadas para no intentar otro esfuerzo. Si lo consigo al fin, encontraría en la ciudad los tesoros del Bajá y armas para trescientos mil hombres; sublevaría y armaría a Siria, tan indignada por el yugo cruel de Djezzar que a cada asalto la población pide a Dios que la ciudad caiga en mis manos; y marcharía al fin sobre Damasco y Alepo. Después avanzo por el país, cuanto más crece mi ejército más insurgentes se alían a la causa; anuncio al pueblo la abolición de la servidumbre del gobierno tiránico de los bajas; llego a Constantinopla con grandes grupos armados; derribo el imperio turco; fundo en Oriente un nuevo y gran imperio que fije mi lugar en la posteridad y vuelvo a París por Andrinópolis y Viena después de haber aniquilado la casa de Austria —y dejando escapar un suspiro, continuó—: si no consigo mi objeto en el último asalto que voy a intentar marcharé al punto, porque otros asuntos me reclaman. No estaré en El Cairo antes de mediados de junio; los vientos serán entonces favorables para ir desde el Norte a Egipto. Constantinopla enviará tropas a Alejandría y Rosetta, y es preciso que yo esté allí. En cuanto al ejército que venga más tarde por tierra, no lo espero hasta este año; mandaré destruir todo hasta la entrada del desierto e imposibilitaré el paso de un ejército, al menos de aquí a dos años: no podrán vivir en medio de las ruinas.

Este último plan es el que se hace necesario adoptar: el ejército se retira hacia Jaffa. Antes sucederá el famoso episodio en el que Bonaparte visita el hospital de los apestados, acto que servirá de asunto a la más hermosa composición del pintor Gros. Todo cuanto es transportable se envía por mar a Damieta y por tierra a Gaza y a Arich. Tan solo quedan unos sesenta hombres que no vivirán más de un día, pero que dentro de una hora caerán en poder de los turcos. El mismo corazón de hierro que ha hecho pasar a cuchillo la guarnición de Jaffa, eleva de nuevo la voz: el farmacéutico personal de Bonaparte manda distribuir, según dicen, un veneno a los moribundos; y en vez de los tormentos que los turcos les reservan, tendrán al menos una corta agonía.

Por fin, el 26 pradial, después de una marcha larga y penosa, el ejército entra en El Cairo, y ciertamente que ya era hora. Mourad Bey, que ha escapado de manos de Desaix, amenaza el bajo Egipto y por segunda vez espera a los franceses al pie de las pirámides: Bonaparte lo dispone todo para una batalla y en esta ocasión él es quien toma las posiciones de los mamelucos, teniendo el río a su espalda, Pero a la mañana del día siguiente, Mourad Bey se ha esfumado. Bonaparte se asombra; mas en el mismo día obtiene la explicación del hecho: la flota, cuya presencia adivina él, acaba de presentarse en Aboukir, precisamente sobre las fechas que Bonaparte predijo; y Mourad, tomando caminos apartados, se ha dirigido al campamento de los turcos.

Al llegar, encuentra al Bajá lleno de orgullo y esperanzas, pues cuando se ha presentado, los destacamentos franceses, demasiado reducidos para combatirle, se han replegado a fin de concentrarse.

—Y bien —dice Mustafá-Bajá al bey de los mamelucos—, has de saber que esos franceses tan temidos a quienes no pudiste resistir, han salido despavoridos apenas me presenté.

—Bajá —contesta Mourad Bey—, dad gracias al Profeta de que les haya convenido a los franceses retirarse, porque si se volvieran contra ti, desaparecerías delante de ellos como el polvo ante el aquilón.

El hijo del desierto lo profetizó: pocos días después, Bonaparte llega, y después de tres horas de combate, los turcos dan principio a la retirada y al fin emprenden la fuga. Mustafá-Bajá entrega con una mano ensangrentada su sable al general Murat; doscientos hombres se rinden con él, dos mil se hallan tendidos en el campo de batalla y diez mil se han ahogado, veinte cañones, las tiendas de campaña y los bagajes quedan en manos francesas; el fuerte de Aboukir se toma de nuevo; los mamelucos son rechazados hasta más allá del desierto y los ingleses y los turcos han ido a refugiarse a sus barcos. Bonaparte envía un parlamentario al buque almirante para negociar la libertad de los prisioneros, que le es imposible conservar en su poder y que juzga inútil fusilar como en Jaffa: en cambio, el almirante envía a Bonaparte vino, frutas, y la Gazzete de Francfort del 10 de junio de 1799.

Desde el mes de junio de 1798, es decir, hace más de un año, Bonaparte no ha recibido noticias de Francia; fija su vista en el diario, lo recorre rápidamente, y exclama:

—Mis presentimientos no me han engañado, Italia se ha perdido; es preciso que vaya en persona inmediatamente.

En efecto, los franceses han llegado al punto en que él los quiere; son lo bastante desgraciados para verle llegar, no como un personaje ambicioso, sino como un salvador de la patria.

Gantheaume, llamado por él, llega muy pronto; Bonaparte le da orden de preparar las dos fragatas El Muiron y La Carrere, y dos barcos pequeños La Ravanche y La Fortune, con víveres como para alimentar a cuatrocientos o quinientos hombres durante dos meses. El 22 de agosto escribe al ejército:

Las noticias de Europa me han obligado a marchar a Francia. Confío el mando al general Kléber.

El ejército recibirá muy pronto noticias mías. Ahora no puedo decir más. Me cuesta mucho separarme de los soldados a quienes tanto aprecio; pero será tan solo momentáneamente. El general a quien dejo mi lugar merece la confianza del ejército y la mía.

Al día siguiente se embarca en El Muiron. Gantheaume quiere tomar la ruta por alta mar; pero Bonaparte se opone a ello.

—Iremos costeando África —dice—, en la medida de los posible, y seguiréis esta vía hasta el sur de Cerdeña. Tengo un puñado de valientes y un poco de artillería y si los ingleses se presentan, encallaré en las arenas para ganar por tierra Orán, Túnez u otro puerto, donde hallaré medio de embarcarme otra vez.

Durante veintiún días, los vientos del Oeste y del Noroeste repelen a Bonaparte hacia el puerto de donde acaba de salir; pero al fin se sienten las primeras brisas de un viento del Este. Gantheaume manda desplegar todas las velas; en poco tiempo se pasa el punto donde se elevaba en otro tiempo

Cartago, se dobla Cerdeña, corriéndose por la costa occidental, y el 1 de octubre se penetra en el puerto de Ajaccio, donde se cambian diecisiete mil francos de zequíes turcos en dinero francés: es todo lo que Bonaparte ha traído de Egipto. Por último, el 7 del mismo mes se abandona Córcega, haciéndose a la vela para Francia, distante tan solo setenta leguas. En la noche del 8, se señala una escuadra de cuarenta buques: Gantheaume propone virar de bordo y volver a Córcega.

—¡No! —exclama Bonaparte imperiosamente—; ¡haced fuerza de velas, todo el mundo a su puesto, y enderezad el rumbo al Noroeste; adelante!

Toda la noche transcurre con nerviosismo: Bonaparte no abandona el puente; manda preparar una chalupa grande, poniendo en ella doce marineros; ordena a su secretario que recoja sus papeles más importantes y llama a veinte hombres, con los cuales se hará encallar en las costas de Córcega. Al rayar el día, todas estas precauciones son ya inútiles; la preocupación se desvanece, y los barcos continúan su ruta hacia el Nordeste. El 8 de octubre, al amanecer, se divisa Frejus y a las ocho se entra en la bahía. Al momento se propaga el rumor de que una de las dos fragatas está conducida por Bonaparte; el mar se cubre de embarcaciones, todas las medidas sanitarias se ignoran y olvidadas por el pueblo y en vano se les advierte del peligro de contagio que les amenaza.

—Preferimos la peste a los austriacos —contesta sin vacilar.

Bonaparte es conducido en medio de vítores; aquello se convierte en una fiesta, es una ovación, un triunfo; y al fin, en medio del entusiasmo, de las aclamaciones y del delirio, César pone el pie en aquella tierra donde no hay un Bruto.

Seis semanas después, Francia no tiene ya directores, sino tres cónsules, y entre ellos se cuenta uno, que responde al nombre de Sieyès, que lo sabe todo, que lo dispone todo y que todo lo puede.

Hemos llegado al 18 brumario.

Capítulo Tres

BONAPARTE PRIMER CÓNSUL

La primera intención de Bonaparte al ocupar la suprema magistratura de un Estado, lleno de sangre aún por la guerra civil y extranjera, y exhausto por sus propias victorias, fue tratar de establecer la paz sobre sólidas bases. El 5 nivoso del año VIII de la República, dejando a un lado todas las formas diplomáticas con que los soberanos suelen ocultar sus pensamientos, escribió directamente de su puño y letra al rey Jorge III, proponiéndole una alianza entre Francia e Inglaterra. El Rey guardó silencio y William Pitt se encargó de contestar, es decir, que la alianza fue rehusada.

Bonaparte, viéndose rechazado por Jorge III, se dirigió a Pablo I. Conociendo de antemano el carácter caballeresco de este príncipe, pensó que era necesario proceder con él como caballero. Reunió en el interior de Francia las tropas rusas apresadas en Holanda y en Suiza, mandó que los uniformaran de nuevo, y las envió a su patria sin exigir rescate ni cambio alguno. Bonaparte no se equivocó al dar este paso para desarmar a Pablo I: éste, al tener conocimiento de la cortesía del primer cónsul, retiró las tropas que aún conservaba en Alemania y declaró que no formaba ya parte de la coalición.

Francia y Prusia mantenían buenas relaciones y el rey Federico Guillermo había mantenido escrupulosamente las condiciones del tratado de 1195. Bonaparte envió a Duroc con la misión de persuadirle para que extendiera el cordón de sus tropas hasta el bajo Rin, así no verse obligado a defender una línea tan considerable. El rey de Prusia consintió, prometiendo emplear su fuerza cerca de Sajonia, Dinamarca y Suecia, a fin de conservar la neutralidad.

Faltaban, pues, Inglaterra, Austria y Baviera; pero estas tres potencias distaban mucho de hallarse en disposición de comenzar otra vez hostilidades y Bonaparte tuvo así tiempo, sin perderlas de vista, de fijar su atención en el interior.

La residencia del nuevo gobierno se situó en las Tullerías. Bonaparte habitaba el palacio de los reyes y poco a poco las antiguas costumbres de la Corte, desterradas por los convencionales, reaparecieron en aquellas habitaciones. Por lo demás, es sintomático que el primero de los privilegios de la corona que Bonaparte se arrogó fue el de perdonar. M. Defeu, emigrado francés, fue hecho prisionero en el Tirol y conducido a Grenoble, donde fue condenado a muerte. Bonaparte, al recibir esta noticia, manda a su secretario escribir el siguiente volante: «El primer cónsul ordena que se suspenda la ejecución de M. Defeu». Firma esta orden lacónica, se la envía al general Ferino, y M. Defeu se salva.

Muy pronto comienza a salir a flote la pasión que siempre ocupó en su alma el segundo lugar después de la guerra: los monumentos. Desde el primer día que habita las Tullerías ordena que se despeje de tiendas portátiles el patio, ya que entorpecen el paso. Poco después, al mirar por una de las ventanas, fastidiado por la obstrucción del muelle de Orsay, por el que el Sena se desborda todos los inviernos e impide las comunicaciones con el arrabal de Saint Germain, escribe estas palabras: «El muelle de la Escuela de Natación deberá ser concluido en la próxima campaña». Envía esta nota al ministro del Interior y este se apresura a obedecerle. El tráfago diario de personas que cruzan el Sena en barcas, entre el Louvre y las Cuatro Naciones, indica la necesidad de un puente en aquel punto: el primer cónsul manda llamar a los señores Percier y Fontaine y el puente de las Artes se extiende muy pronto entre ambas orillas como una construcción mágica. En la plaza de Vendôme no se ve ya la estatua de Luis XIV: una columna fundida con los cañones confiscados a los austriacos en la campaña de tres meses la sustituirá. El mercado del trigo, que se había incendiado, se reconstruirá en hierro; y leguas enteras del muelle retendrán, desde un extremo a otro de la capital, las aguas del río en su lecho. Se construirá un palacio para la Bolsa; la iglesia de los Inválidos se destinará al mismo uso de antes, brillante como el día en que resplandeció por primera vez al fuego del sol de Luis XIV. Cuatro cementerios, que recordarán las necrópolis de El Cairo, se colocarán en los cuatro puntos cardinales de París; y al fin, con si Dios le proveyera con una fuerza y tiempo sobrehumanos, el primer cónsul manda abrir una calle que deberá extenderse desde Saint Germain-l’Auxerrois hasta la barrera del Trono; tendrá cien pies de anchura, se plantarán árboles como en los bulevares, flanqueándola de arcadas como la calle de Rívoli; mas para ver esta calle los franceses aún tendrán que esperar, porque Napoleón tiene pensado darle el nombre de calle Imperial.

Entretanto, el primer año francés del siglo XIX preparaba sus maravillas guerreras; la ley de reclutamiento se llevaba a cabo con entusiasmo, se organizaba un nuevo material militar y a medida que se iban formando las levas de hombres, se dirigían desde el río de Génova hasta el bajo Rin. En el campamento de Dijón se reunía un ejército de reserva, componiéndose en gran parte del ejército de Holanda, que acababa de pacificar la Vendée.

Por su parte, los enemigos contestan a estas medidas con armamentos semejantes; Austria apresuraba la organización de sus levas, Inglaterra tomaba a sueldo un cuerpo de doce mil bávaros y uno de sus más hábiles agentes reclutaba unidades en Suavia, en Franconia y en el Odenval. Seis mil Wurtembergueses, los regimientos suizos y el cuerpo de emigrados nobles, bajo las órdenes del príncipe de Condé, pasaban del servicio de Pablo I al de Jorge III. Todas estas tropas estaban destinadas a las operaciones en el Rin, y Austria enviaba sus mejores soldados a Italia, porque allí era donde los aliados tenían intención de abrir la campaña.

El 17 de marzo de 1800, en medio de los preparativos del establecimiento de las escuelas diplomáticas fundadas por M. de Talleyrand, Bonaparte se vuelve de pronto hacia su secretario y con visible expresión alegre, le dice:

—¿Dónde os parece que batiré a Melas?

—No lo sé —contesta el secretario con natural asombro.

—Pues id a confeccionar en mi gabinete un gran mapa de Italia y os mostraré el punto.

El secretario se apresura a obedecer; Bonaparte coge algunos alfileres, unos con la cabeza de lacre rojo y otros de lacre negro, se inclina sobre el inmenso mapa, señala su plan de campaña, coloca en todos los puntos donde el enemigo le espera sus alfileres de cabeza negra, alinea los de cabeza encarnada en toda la extensión por donde espera conducir su tropas y después, volviéndose hacia su secretario, que se mantiene silenciosamente, le dice:

—Y bien, ¿qué os parece?

—Pues que sigo sin saber mucho más que antes.

—¡Sois un torpe! Mirad un poco: Melas se halla en Alejandría, donde tiene su cuartel general, y permanecerá allí mientras que Génova no se rinda. En Alejandría tiene sus almacenes, sus hospitales, su artillería y sus reservas. Atravieso los Alpes por aquí —indicando San Bernardo—, caigo sobre su retaguardia antes de que sospeche que estoy en Italia, corto sus comunicaciones con Austria, le alcanzo en las llanuras de la Escrivia —colocando un alfiler de cabeza roja en San Giuliano—, y le bato aquí.

El plan de batalla de Marengo era lo que el primer cónsul acababa de trazar, y cuatro meses después se había completado en todos sus puntos: se franquearon los Alpes, el cuartel general se hallaba en San Giuliano, Melas tenía cortadas sus comunicaciones y no faltaba más que batirle: Bonaparte acababa de escribir su nombre en la Historia junto a los de Aníbal y de Carlomagno.

El primer cónsul estaba en lo cierto: había rodado desde la cima de los Alpes como una avalancha; el 2 de junio se hallaba ante Milán, donde penetró sin resistencia, bloqueando al punto su fuerte. El mismo día, Murat es enviado a Plaisance y Lannes a Montebello; los dos iban a combatir, sin sospechar aún que el uno obtendría una corona y el otro un ducado.

Al día siguiente de la entrada de Bonaparte en Milán, un espía que le había servido en sus primeras campañas de Italia se presenta y solicita una reunión con el general: éste se da cuenta de una primera ojeada de que está al servicio de los austriacos y de que Melas le envía para vigilar a su ejército. Pero al parecer el sospechoso no quiere ejercer ya más su peligroso oficio y pide mil luises para vender a Melas, aunque necesita algunos detalles exactos para dárselos a su general y no levantar sospechas.

—No hay inconveniente —dice el primer cónsul—, pues poco me importa que se conozcan mis fuerzas y mi posición, con tal de que yo sepa también cuáles son las de mi enemigo. Dime algo que merezca la pena y los mil luises serán tuyos.

Y vaya si merece la pena. El espía le explica cuántos y cuáles son los cuerpos de ejército, cuál su fuerza y la posición que ocupan, los nombres de los generales, su valor y su carácter; el primer cónsul sigue atento su relato sin dejar de fijar la vista en el mapa, que llena de pinchazos por todos lados.

—Por lo demás —continúa el espía—, Alejandría no tiene bastantes abastecimientos; Melas está muy lejos de esperar un sitio, tiene muchos enfermos y carece de medicamentos.

A cambio de estos informes, Berthier entrega al espía una nota casi exacta sobre la posición del ejército francés. El primer cónsul ve claramente la de Melas, como si el genio de las batallas le hubiese transportado sobre las llanuras del Escrivia.

En la noche del 8 de junio, un correo llega de Plaisance enviado por Murat portando una carta interceptada. Es de Melas; va dirigida al Consejo áulico de Viena y anuncia la capitulación de Génova, ocurrida el 4:

Masséna ha tenido que rendirse después de comerse hasta las sillas de sus caballos.

Se despierta a Bonaparte en mitad de la noche, respetando su precepto: «Dejadme dormir si las noticias son buenas: despertadme si son malas».

—¡Bah! Si no sabéis alemán —contesta a su secretario.

Pero después, obligado a reconocer que éste ha dicho la verdad se levanta, pasa el resto de la noche dando órdenes y enviando cartas. A las ocho de la mañana todo está preparado para hacer frente a las consecuencias probables de este acontecimiento imprevisto.

El mismo día, el cuartel general se traslada a Stradella, donde permanece hasta el 12, habiendo llegado el día anterior el general Desaix. El 13, marchando sobre la Escrivia, el primer cónsul atraviesa el campo de batalla de Montebello y encuentra las iglesias llenas aún de muertos y de heridos.

—¡Diablos! —dice al general Lannes, que le sirve de cicerone—; parece que la pelea ha sido muy reñida.

—¡Ya lo creo! —contesta Lannes—, en mi división los huesos crujían como granizo que cae sobre vidrio.

Por último, en la noche del 13, el primer cónsul llega a Torre di Galifolo, y aunque sea tarde y esté rendido de fatiga, no quiere acostarse hasta haber averiguado si los austriacos tienen un puente sobre el Bormida. A la una de la madrugada, el oficial encargado de esta misión vuelve y dice que no existe. Esta noticia tranquiliza al primer cónsul, que quiere se le explique por última vez cuál es la posición de las tropas. Hecho esto, se acuesta, sin creer que haya ningún encuentro al día siguiente.

Las tropas francesas ocupaban estas posiciones:

Las divisiones Gardanne y la de Chamberliac, formando el cuerpo de ejército del general Victor, se hallaban acampadas en las tierras de Pedra-Bona, antes de llegar a Marengo, y a la misma distancia del pueblo y del río.

El cuerpo del general Lannes estaba más allá del pueblo de San Giuliano, a la derecha del gran camino de Tortona, a seiscientas toesas poco más o menos del pueblo de Marengo.

La guardia de los cónsules se había situado como reserva detrás de las tropas que mandaba el general Lannes, a la distancia de unas quinientas toesas.

La brigada de caballería a las órdenes del general Kellermann y algunos escuadrones de húsares y montaraces y cazadores, formando la izquierda, llenaban en la primera línea los intervalos de las divisiones Gardanne y Chamberliac.

Una segunda brigada de caballería, mandada por el general Champeaux, formaba la derecha, llenando en la segunda línea los intervalos vacíos de la infantería del general Lannes.

Por último, el regimiento 12º y el 21º de cazadores, destacados por Murat bajo las órdenes del general Rivaud, ocupaban el frente de Sale, pueblo situado en el extremo derecho de la posición general.

Todos estos cuerpos, reunidos y escalonados oblicuamente, con la izquierda delante, formaban un efectivo de dieciocho mil o diecinueve mil hombres de infantería y dos mil quinientos de caballería, a los cuales debían agregarse al día siguiente las divisiones de Mounier y Boudet, que, según las órdenes del general Desaix, ocupaban detrás, a unas diez leguas de Marengo, los pueblos de Acqui y de Castel-Nuovo.

Por su parte, durante el día 13, el general Melas había acabado de reunir las tropas de los generales Haddik, Kaim y Ott. El mismo día había cruzado el Tanaro para ir a vivaquear más allá de Alejandría con treinta y seis mil infantes, siete mil jinetes y numerosa artillería, bien servida y equipada.

A las cinco, despertó a Bonaparte el estampido de un cañón. En el mismo instante y cuando acababa de vestirse, un ayudante de campo del general Lannes, que había llegado galopando con su caballo, le anuncia que el enemigo ha cruzado el puente, llegando a la llanura y que las tropas se están batiendo.

El oficial de Estado Mayor a quien Bonaparte enviara antes, no había avanzado lo necesario para ver que había un puente sobre el río. Bonaparte monta al punto a caballo y se dirige a toda prisa al sitio donde se está desarrollando la batalla.

Encuentra al enemigo formado en tres columnas: una de ellas, la de la izquierda, compuesta por toda la caballería y la infantería ligera, se dirige hacia Castel-Ceriolo por el camino de Sale, mientras que las columnas del centro y de la derecha, apoyadas una en otra y compuestas de los cuerpos de infantería de los generales Haddik, Kaim y O’Reilly y de la reserva de granaderos a las órdenes del general Ott, avanzan por el camino de Tortona y el de Fragarolo, remontando el Bormida.

A los primeros pasos que dieron estas dos columnas, se encontraron con las tropas del general Gardanne, apostadas, como hemos dicho, en la granja y sobre el barranco de Pedra-Bona. El estrépito de la numerosa artillería que iba delante de las dos columnas, detrás de la cual se desplegaban los batallones, tres veces superiores en número a los franceses, era lo que había despertado a Bonaparte, atrayendo fatalmente al león sobre el campo de batalla.

Llegaba en el momento en que la división Gardanne, agobiada por el enemigo, comenzaba a replegarse y en que el general Victor hacía avanzar en su auxilio a la división Chamberliac. Protegidas por este movimiento, las tropas de Gardanne efectuaban su retirada en buen orden e iban a cubrir el pueblo de Marengo.

En ese momento, los austriacos dejan de marchar en columna y aprovechándose del terreno que se ensancha ante ellos, se despliegan en líneas paralelas, pero numéricamente muy superiores a las de los generales Gardanne y Chamberliac. La primera de estas líneas va mandada por el general Haddik y la segunda por el general Melas en persona, mientras que el cuerpo de granaderos del general Ott se formaba un poco más atrás, a la derecha del pueblo del Castel-Ceriolo.

Un barranco, socavado como un atrincheramiento, formaba un semicírculo alrededor el pueblo de Marengo: el general Victor sitúa allí en línea las divisiones Gardanne y Chamberliac, que van a ser atacadas por segunda vez. Apenas alineadas en batalla, Bonaparte envía la orden de defender Marengo todo cuanto sea posible: el general en jefe había comprendido que la batalla debía llevar el nombre de este pueblo.

Al cabo de un instante, la acción se desempeña de nuevo en el frente de la línea; los tiradores se disparan desde cada lado del barranco y los cañones retumban, enviándose mutuamente la metralla a tiro de pistola. Protegido por su terrible artillería, el enemigo, superior en fuerzas, no tiene que hacer más que esperar para dominar la situación. El general Rivaud, que manda el flanco derecho de la brigada Gardanne, se adelanta entonces, sitúa fuera del pueblo, bajo el fuego más terrible del enemigo, un batallón en campo raso, y les ordena que no retroceda ni un palmo; es un punto de mira para la artillería austriaca, cuyos proyectiles hacen todos blanco. En ese momento, el general Rivaud forma su caballería en columna, da la vuelta al batallón protector, cae sobre tres mil austriacos que avanzan a paso de carga, los rechaza y aunque son diezmados, les obliga, después de haberlos desbaratado, a ir a formarse de nuevo detrás de su línea. Conseguido esto, el general Rivaud vuelve a colocarse en línea de batalla a la derecha del batallón, que ha permanecido firme como una muralla.

En aquel momento, la división del general Gardanne, contra la cual se dedica desde la mañana todo el fuego el enemigo, es rechazada hasta Marengo, donde la primera línea de los austriacos la sigue, mientras que la segunda impide a la división Chamberliac y a la brigada de Rivaud ir en su auxilio; rechazadas también estas tropas, muy pronto no tienen más remedio que batirse en retirada a cada lado del pueblo.

Detrás de éste se concentran; el general Victor las forma de nuevo y recordándoles la importancia que para el primer cónsul tiene la posesión de Marengo, se pone a su cabeza, penetra a su vez en las calles, donde los austriacos no han tenido aún tiempo de levantar barricadas, vuelve a tomar el pueblo, lo pierde otra vez y lo recobra de nuevo, hasta que al fin, agobiado por la superioridad en número, le es forzoso abandonarlo por última vez y apoyado por las dos divisiones de Lannes, que llegan en su auxilio, rehace su línea paralelamente al enemigo, que a su vez sale de Marengo y se despliega, presentando un inmenso frente de batalla. En el mismo instante, Lannes, al ver las dos divisiones del general Victor reunidas y dispuestas para sostener de nuevo el combate, se extiende sobre la derecha precisamente cuando los austriacos están a punto de asfixiar a los franceses. Esta maniobra le pone enfrente a las tropas del general Kaim, que acaban de apoderarse de Marengo; los dos cuerpos, el uno exaltado por rozar ya la victoria y el otro fresco por su reposo, chocan con rabia y el combate, un instante interrumpido por la doble maniobra de los dos ejércitos, vuelve a comenzar en toda la línea con más encarnizamiento que nunca.

Al cabo de una hora de lucha, codo con codo, bayoneta contra bayoneta, el cuerpo de ejército del general Kaim se repliega y retrocede; el general Champeaux a la cabeza del primero y del 8º regimiento de dragones, carga sobre él y provoca su desorden; mientras que el general Watrin, con el 6º de ligeros y el 22º y 40º de línea, se lanza en su persecución y le rechaza hasta cerca de mil toesas detrás del arroyo de la Barbotta. Pero el movimiento que acaba de practicar le ha separado de su cuerpo de ejército; las divisiones del general Victor van a ver comprometida su victoria y es preciso volver a ocupar la posición que ha dejado un momento descubierta.

En ese instante, Kellermann disponía en el ala izquierda lo que Watrin acababa de hacer en la derecha: dos de sus cargas de caballería habían perforado la línea enemiga; pero después de ésta encontró otra, y no atreviéndose a arriesgar el combate a causa de la superioridad del número, perdió los frutos de esta victoria momentánea.

A mediodía, la línea francesa, que ondulaba como una serpiente de fuego a lo largo de una extensión de más de una legua, quedó rota en su centro, después de hacer todo cuanto era humanamente posible, y comenzó a retirarse, no sólo vencida, sino abrasada por el fuego de artillería y atosigada por el choque de las masas.

Al retroceder el cuerpo principal, descubría sus alas, que debieron seguir forzosamente el movimiento retrógrado del centro; y el general Watrin por un lado y el general Kellermann por el otro, dieron orden a sus divisiones para emprender la retirada.

La desbandada se efectuó al momento y en buen orden, bajo el fuego de ochenta cañones que seguían de cerca a los batallones austriacos en su marcha. Durante dos horas, todo el ejército, surcado por las balas, diezmado por la metralla, destrozado por los obuses, retrocedió sin que un solo hombre abandonara su fila para huir y ejecutando siempre los diversos movimientos ordenados por el primer cónsul con la regularidad y la sangre fría propias de un desfile. En aquel momento, la primera columna austriaca, que según hemos dicho se había dirigido a Castel-Ceriolo, se presentó flanqueando el flanco derecho del ejército francés. No se hubiera podido aguantar semejante refuerzo y Bonaparte decidió hacer uso de la guardia consular, que guardaba como reserva con dos regimientos de granaderos. La hizo avanzar hasta que estuvo a trescientas toesas del extremo derecho; dispuso que se formara en cuadro, y les ordenó detener a Elsnitz y su columna, «como si fuese un reducto de granito».

El general Elsnitz cometió entonces un error irreversible, que era precisamente el que Bonaparte había esperado que cometiera. En vez de mirar con indiferencia aquellos novecientos hombres, que eran insignificantes a los ojos de un ejército victorioso, y de seguir adelante para ir en auxilio de los generales Melas y Kaim, se detuvo y se encarnizó con aquel puñado de héroes, que gastaban todos sus cartuchos casi a bocajarro sin ser vencidos y que cuando no tuvieron ya más municiones, recibieron al enemigo con las puntas de sus bayonetas.

Sin embargo, aquellos pocos hombres valientes no podían resistir mucho más tiempo así y Bonaparte iba a darles la orden de seguir el movimiento de retirada con el resto del ejército, cuando una de las divisiones de Desaix, la del general Mounier, apareció detrás de la línea francesa. Bonaparte se estremeció de alegría, porque eran el doble de efectivos de los que esperaba. Rápidamente cruza algunas palabras con el general Dupont, jefe del Estado Mayor; éste se apresura a cumplir las nuevas órdenes y toma el mando. Durante un momento se ve rodeado por la caballería del general Esnitz, pasa a través de sus filas y llega a chocar con terrible ímpetu contra la división Kaim, que comenzaba a cargar sobre el general Lannes. Después impele al enemigo hasta el pueblo de Castel-Ceriolo, destaca una de sus brigadas al mando del general Carra Saint-Cyr, que desaloja a los cazadores tirolianos, sorprendidos de repente por aquel brusco ataque; le ordena, en nombre del primer cónsul, morir antes que rendirse; y luego, prestando auxilio a su vuelta al batallón de la guardia consular y a los dos regimientos de granaderos, que a los ojos de todo el ejército han hecho tan magnífica defensa, se une al movimiento de retaguardia, que continúa efectuándose con el mismo orden e igual precisión.

Eran las tres de la tarde, de los diecinueve mil hombres que habían comenzado a las cinco de la mañana la batalla, apenas quedaban en un radio de diez leguas, ocho mil infantes, mil caballos y seis cañones en estado de hacer fuego; una cuarta parte del ejército estaba fuera de combate y más de otra cuarta se ocupaba, por falta de vehículos, en transportar los heridos, que Bonaparte había dado orden de no abandonar. Todos retrocedían excepto el general Carta Saint-Cyr, que, aislado en el pueblo de Castel-Ceriolo, se hallaba ya a una legua del cuerpo del ejército. Media hora después, se hacía evidente para todos que la retirada se convertiría en derrota, cuando de repente, llega un ayudante de campo cabalgando a galope tendido y anunciando que la vanguardia de sus columnas se divisa a la altura de San Giuliano. Este ayudante había sido enviado previamente al encuentro de la división Desaix, de la cual dependía no solo la suerte de jornada sino el destino de toda Francia. Bonaparte vuelve:

—¡Alto!

La palabra cruza el frente de batalla como una corriente eléctrica y todo se detiene.

En aquel momento, Desaix llega, adelantándose en un cuarto de hora a su división; Bonaparte le muestra la llanura sembrada de muertos, y le pregunta que qué piensa de la batalla. Desaix lo abarca todo de una ojeada.

—Pienso que se ha perdido —contesta. Y sacando su reloj añade al punto: pero aún no son más que las tres y todavía nos queda tiempo para ganar otra.

—Es también mi parecer —replica Bonaparte lacónicamente— y ya he ordenado las maniobras para eso.

En efecto, aquí comenzaba el segundo acto de la jornada o más bien de la segunda batalla de Marengo, como Desaix la llamó.

Bonaparte pasa al frente de la línea que dado la vuelta y que se extiende ahora desde San Giuliano a Castel-Ceriolo.

—¡Compañeros! —grita en medio de las balas que levantan la tierra bajo las piernas de su caballo—, hemos retrocedido demasiado y ahora llega el momento de avanzar. ¡Recordad que mi costumbre es dormir en el campo de batalla!

Los gritos de «¡Viva Bonaparte!» y «¡Viva el primer cónsul!» se elevan por todas partes y apagan el estrépito de los tambores que baten la carga.

Los diferentes cuerpos de ejército se hallaban escalonados entonces en el orden siguiente:

El general Carra Saint-Cyr ocupaba siempre, a pesar de los esfuerzos que el enemigo había hecho para recobrar, el pueblo de Castel-Ceriolo, eje de todo el ejército.

Después de él hallábase la segunda brigada de la división Mounier, y los granaderos con la guardia consular que durante dos horas habían resistido solos a todo el cuerpo de ejército del general Elsnitz. Seguían las dos divisiones de Lannes.

Más lejos la división Boudet, que no había combatido aún y a la cabeza de la cual se hallaba el general Desaix, quien decía sonriendo que algo malo debía sucederle, pues las balas austriacas no le habían ni rozado después de los dos años que había estado en Egipto.

Y por último, las dos divisiones Gardanne y Chamberliac, las más debilitadas durante toda la jornada y de las que apenas quedaban mil quinientos hombres.

Todas estas divisiones se habían situado diagonalmente unas detrás de otras.

La caballería estaba en la segunda línea, dispuesta a cargar entre los intervalos de los cuerpos; la brigada del general Champeaux se apoyaba en el camino de Tortona, y la del general Kellermann hallábase en el centro, entre las tropas de Lennes y la división Boudet.

Los austriacos, que no tenían noticia de los refuerzos franceses que habían llegado, creen que el éxito de la jornada les pertenece y continúan avanzando en buen orden. Una columna de cinco mil granaderos, al mando del general Zach, desemboca por el camino real y marcha a paso de carga contra la división Boudet, que cubre San Giuliano. Bonaparte manda poner en batería quince cañones que acaban de llegar, y que la división Boudet oculta. De un bramido proferido por la extensión de una legua, manda a toda la línea marchar adelante. Es la orden general. He aquí las órdenes particulares:

Carra Saint-Cyr abandonará el pueblo de Castel-Ceriolo, arrollando todo cuanto se opone a su paso y se apoderará de los puentes sobre el Bormida para cortar la retirada a los austriacos. El general Marmont descubrirá la artillería cuando no esté más que a tiro de pistola del enemigo; Kellermann con sus coraceros, abrirá en la línea opuesta uno de esos boquetes que tan bien sabe hacer; Desaix, con sus tropas de refresco, aniquilará la columna de granaderos del general Zach; y por último, Champeaux con su caballería ligera, atacará cuando las tropas enemigas, antes vencedoras, emprendan la retirada.

Las órdenes se ejecutan apenas dadas. Las tropas francesas, con un solo movimiento, vuelven a tomar la ofensiva y en toda la línea se abre el fuego de fusilería, resonando también el estampido de los cañones. Se oye el terrible paso de carga al son de la «Marsellesa», y cada jefe llegado a espaldas del desfiladero, está preparado para entrar en la llanura. La batería descubierta por Marmont arroja un torrente de fuego sobre el enemigo; Kellermann se precipita con sus coraceros y atraviesa las dos líneas; Desaix salta sobre los fosos, franquea las rocas, llega a una pequeña eminencia y cae muerto en el momento de volverse para ver si su división le sigue. Su muerte en vez de disminuir la bravura de sus soldados la redobla; el general Boudet ocupa su lugar y se precipita sobre la columna de granaderos, que le recibe con bayonetas. En aquel momento, Kellermann que, como hemos dicho, ha cruzado ya las dos líneas, se vuelve, ve a la división Boudet batiéndose contra aquella masa inmóvil que no retrocede a pesar de sus esfuerzos, y carga sobre ella de flanco, penetra en su interior, la abre, la divide, la rompe; y en menos de media hora, los cinco mil granaderos son arrollados y dispersados, desapareciendo como una nube de humo, completamente aniquilada. El general Zach y su Estado Mayor caen prisioneros. Son todo cuanto queda.

Entonces el enemigo quiere apoyarse a la desesperada en su numerosa caballería; pero el fuego continuo de fusilería, la metralla abrasadora y las terribles bayonetas la detienen en el camino. Murat opera contra sus flancos con dos piezas de artillería ligera y un obús que lleva la muerte grabada en él. En aquel momento un arcón de explosivos se esparce por las filas austriacas con lo que aumenta el desorden. Esto es lo que espera el general Chapeaux con su caballería: se lanza al punto, ocultando sus reducidas fuerzas con una hábil maniobra y penetra en lo más profundo del cuerpo enemigo; las divisiones Gardanne y Chamberliac, resentidas por las continuas retiradas durante todo el día, caen sobre los austriacos con el delirio de la venganza; y Lannes, poniéndose a la cabeza de sus dos cuerpos de ejército, se adelanta a ellos gritando:

—¡Montebello, Montebello!

Bonaparte está en todas partes.

Entonces, todos se doblegan, todos retroceden, todos se desbandan; inútilmente tratan los generales austriacos de sostener la retirada; esta última se convierte en derrota caótica. Las divisiones francesas franquearon durante media hora la llanura que han defendido palmo a palmo durante cuatro horas y el enemigo no se detiene hasta llegar a Marengo, donde vuelve a formarse bajo el fuego de los tiradores que el general Carra Saint-Cyr ha situado desde Castel-Ceriolo hasta el arroyo de la Barbotta. Sin embargo, la división Boudet y las de Gardanne y Chamberliac persiguen al enemigo calle por calle, de plaza en plaza, de casa en casa y al fin toman el pueblo de Marengo. Los austriacos se retiran hacia la posición de Pedra-Bona, donde son atacados, de una parte por las tres divisiones encarnizadas, y de la otra por media brigada de Carra Saint-Cyr.

A las nueve de la noche, Pedra-Bona cae en poder de los franceses y las divisiones Gardanne y Chamberliac vuelven a ocupar sus posiciones de la mañana. El enemigo se precipita hacia los puentes para pasar el Bormida, pero encuentra a Carra Saint-Cyr, que se ha adelantado. Por suerte, acaban encontrando un vado y atraviesan el río bajo el fuego de toda nuestra línea, que no cesa hasta las diez de la noche. Los restos del ejército austriaco vuelven a su campamento de Alejandría y el ejército francés vivaquea delante de los atrincheramientos de la cabeza del puente.

La jornada había costado a los austriacos cuatro mil quinientos muertos, ocho mil heridos, siete mil prisioneros, doce banderas y treinta y siete cañones.

Tal vez jamás la fortuna se había manifestado en un mismo día bajo dos fases tan diversas: a las dos de la tarde los franceses sufrían una derrota de desastrosas consecuencias, mientras que a las cinco ésta se había convertido en gloriosa victoria, otra vez fiel a la bandera de Arcole y de Lodi. A las diez Italia era reconquistada de un solo golpe y Francia la sobrevolaba dominante.

A la mañana siguiente, el príncipe de Liechtenstein se presentó en las avanzadas para comunicar al primer cónsul las proposiciones del general Melas; pero a Bonaparte no le convencían y dictó las suyas, que el príncipe se llevó en respuesta de las que había traído. El ejército del general Melas debía salir de Alejandría libre y con los honores de la guerra, pero mediante las condiciones son bien conocidas por todo el mundo y que volvían a poner la Italia entera bajo la dominación francesa.

El príncipe de Liechtenstein volvió por la noche. Las condiciones habían parecido duras a Melas, que, hasta las tres de la tarde, considerando la victoria como suya y confiado en que sus generales liquidarían la derrota francesa, se había retirado a Alejandría para descansar; pero a las primeras observaciones que el enviado le hizo, Bonaparte le interrumpió.

—Caballero —le dijo—, os he manifestado mis últimas voluntades, comunicádselas a vuestro general y volved pronto, porque son irrevocables. Pensad que conozco vuestra situación tan bien como vosotros mismos y que no hago la guerra desde ayer. Estáis bloqueados en Alejandría, tenéis muchos heridos y enfermos y os faltan víveres y medicamentos. Estoy a vuestra retaguardia; habéis perdido entre muertos y heridos la flor de vuestro ejército; de modo que podría exigir más, pues mi posición me autoriza para ello; pero moderaré mis pretensiones por respeto a las sienes plateadas de vuestro general.

—Esas condiciones son duras, señor —contestó el príncipe—, sobre todo la de entregar Génova, que sucumbió apenas hace quince días, después de tan largo sitio.

—Que no os inquiete eso —replicó el primer cónsul mostrando al príncipe la carta interceptada—; vuestro emperador no ha sabido aún nada de la toma de Génova y bastará con que no le habléis de ello.

Aquella misma noche, todas las condiciones impuestas por el primer cónsul quedaban concedidas y Bonaparte escribió a sus colegas:

Al día siguiente de la batalla de Marengo, ciudadanos cónsules, el general Melas envió a pedir permiso a las avanzadillas para que se dejase pasar al general Skal y durante el día se ajustó el convenio adjunto, que ha sido firmado por la noche por los generales Berthier y Melas. Espero que el pueblo francés quede satisfecho de su ejército.

BONAPARTE

Y fue así como se amplió la predicción que el primer cónsul había hecho a su secretario cuatro meses antes en el gabinete de las Tullerías.

Bonaparte volvió a Milán, donde encontró la ciudad iluminada y poseída del mayor alborozo. Masséna, a quien no había visto desde la campaña de Egipto, le esperaba y obtuvo el mando del ejército de Italia en premio de su heroica defensa de Génova.

El primer cónsul volvió a París en medio de las aclamaciones de los pueblos. Su entrada en la capital se efectuó de noche; pero cuando al día siguiente los parisienses supieron su regreso, se dirigieron en masa a las Tullerías con tantos gritos y entusiasmo, que el joven vencedor de Marengo se vio obligado a salir al balcón y saludar a las masas congregadas.

Pocos días después, una dolorosa noticia vino a consternar la alegría nacional: Kleber había caído en El Cairo bajo el puñal de Soliman-al-Alebi, el mismo día en que Desaix caía en las llanuras de Marengo bajo las balas de los austriacos.

El convenio firmado por Berthier y el general Melas en la noche que siguió a la batalla, condujo a un armisticio concluido el 5 de julio, roto el 5 de septiembre y renovado después de ganarse la batalla de Hohenlinden.

Durante este tiempo, las conspiraciones seguían su curso. Ceracchi, Arena, Topineau-le-Brún y Demerville, habían sido detenidos en la Ópera, donde se acercaban al primer cónsul para asesinarle. La máquina infernal había estallado en la calle de Saint-Nicaise, a veinticinco pasos detrás de su coche. Por si esto fuera poco, Luis XVIII escribía a Bonaparte una carta tras otra para que le devolviese su trono.

Por último, el 9 de febrero de 1801 se firmó el tratado de Luneville, que reforzaba todas la cláusulas del tratado de Campo-Formio; cedía de nuevo a Francia los estados situados en la orilla izquierda del Rin, señalando el Adige como límite de las posesiones austriacas, obligaba al emperador de Austria a reconocer las repúblicas cisalpina, bátava y helvética y, por último, cedía la Toscana a Francia.

La República estaba en paz con el mundo entero, excepto con Inglaterra, su antigua y eterna enemiga. Bonaparte quiso intimidarla con una gran demostración. En Bolonia se formó un campamento de doscientos mil hombres y en todos los puertos del norte de Francia se reunió un inmenso número de buques chatos, destinados a transportar este ejército. Inglaterra se atemorizó ante el poder militar francés y el 25 de marzo de 1802 se firmó el tratado de Amiens.

Entretanto, el primer cónsul avanzaba insensiblemente hacia el trono y Bonaparte se iba convirtiendo poco a poco en Napoleón. El 15 de julio de 1801 firmaba un concordato con el Papa; el 21 de enero de 1802 aceptaba el título de presidente de la república cisalpina; el 2 de agosto siguiente era nombrado cónsul perpetuo y el 21 de marzo de 1804 mandaba fusilar al duque de Enghien en los fosos de Vincennes.

Concedido este último testimonio a la Revolución, se planteó a los franceses la siguiente cuestión:

«¿Debe ser Napoleón Bonaparte emperador de los franceses?».

Cinco millones de firmas contestaron afirmativamente y Napoleón subió al trono de Luis XVI.

Sin embargo, tres hombres protestaban en nombre de las letras, esa eterna república que no tiene Césares ni reconoce Napoleones.

Estos hombres eran Lemercier, Ducis y Châteaubriand.

Capítulo Cuatro

NAPOLEÓN EMPERADOR

Los últimos momentos del Consulado se habían empleado en despejar el camino del trono mediante castigos o gracias. Una vez llegado al poder absoluto, Napoleón se ocupó organizar un imperio a su medida.

Se creó una nobleza popular que sustituyera a la antigua nobleza feudal. Las diferentes órdenes de caballería habían caído en descrédito; Napoleón instituyó la Legión de Honor. Desde hacía doce años, la más alta distinción militar era el generalato; Napoleón instituyó doce mariscales.

Estas doce personalidades habían sido compañeros de fatigas y no tuvo que ver para nada en su nombramiento el lugar de nacimiento y ningún otro privilegio, pues todos tenían el valor por padre y la victoria por madre. Aquellos doce elegidos eran: Berthier, Murat, Moncey, Jourdan, Masséna, Augereau, Bernadotte, Soult, Brune, Lannes, Mortier, Ney, Davoust, Bessières, Kellermann, Lefebvre, Perignon y Serrurier. Al cabo de treinta y nueve años, aún viven tres que han visto salir el sol de la República y ponerse el astro del Imperio: el primero es, en la hora en que escribimos estas líneas, gobernador de los Inválidos; el segundo presidente del Consejo de ministros, y el tercero, rey de Suecia: únicos y últimos restos de la pléyade imperial. Los dos primeros han mantenido su gran altura y el tercero se ha engrandecido aún más.

El 2 de diciembre de 1804, la consagración se efectuó en la iglesia de Nuestra Señora. El papa Pío VII había venido expresamente de Roma para ceñir con la corona la cabeza del nuevo emperador. Napoleón fue a la iglesia metropolitana escoltado por su guardia, conducido en un coche de ocho caballos y llevando a su lado a josefina. El Papa, los cardenales, los arzobispos, los obispos y todos los grandes cuerpos del Estado le esperaban en la catedral, en cuyo atrio se situó para escuchar un discurso y contestar a él. Una vez terminado, entró en la iglesia y subió a un trono que se había dispuesto para él, con la corona en la cabeza y el cetro en la mano.

En el momento señalado por la ceremonia, un cardenal, el gran limosnero y un obispo, le condujeron al pie del altar; el Papa se acercó a él y haciéndole una triple unción en la cabeza y en las manos, pronunció en voz alta las siguientes palabras:

—¡Dios todopoderoso, que elegisteis a Hazal para gobernar a Siria y que hicisteis a Jesús rey de Israel, manifestándole vuestras voluntades por mediación del profeta Elías; vos Señor, que habéis aplicado igualmente la santa unción de los reyes sobre la cabeza de Saúl y la de David por el ministerio del profeta Samuel, conceded por mis manos los tesoros de vuestras gracias y bendiciones a vuestro servidor Napoleón, que a pesar de nuestra indignidad personal consagramos hoy emperador en vuestro nombre!

El Papa volvió a subir después lenta y majestuosamente a su trono; se presentaron los santos evangelios al nuevo Emperador, que extendió la mano sobre ellos para prestar el juramento prescrito por la nueva Constitución y después, hecho esto, el jefe de los heraldos de armas gritó con voz sonora:

—El muy glorioso y muy augusto emperador de los franceses está coronado y entronizado. ¡Viva el Emperador!

En la iglesia resonó al punto el mismo grito. Una salva de artillería contestó con su voz de bronce, y el Papa entonó el «Te Deum».

Todo había concluido para la República a contar desde aquel preciso instante: «la Revolución se había hecho hombre».

Pero no era suficiente una corona y se podría haber dicho que el gigante, teniendo los cien brazos de Gerión, tenía también las tres cabezas. El 17 de marzo de 1805, el señor de Melzi, vicepresidente de la consulta de Estado de la república cisalpina, se presentó a Napoleón para invitarle a unir el reino de Italia con el imperio francés; y el 26 de mayo fue a recibir en Milán, bajo la cúpula cuya primera piedra había colocado Galeas Visconti, y en la cual él debía esculpir los últimos florones, la corona de hierro de los antiguos reyes lombardos, que Carlomagno había ceñido y que colocó sobre su cabeza, diciendo:

—Dios me la ha dado, ¡desgraciado el que ose tocarla!

Desde Milán, donde deja a Eugène con el título de virrey, Napoleón se dirige a Génova, donde renuncia a su soberanía y cuyo territorio, reunido con el Imperio, forma los tres departamentos de Génova, de Montenotte y de los Apeninos: la república de Lucca, englobada en esta distribución, se convierte en principado de Piombino. Napoleón, haciendo un virrey de su hijastro y una princesa de su hermana, se prepara para dar coronas a sus hermanos.

En medio de toda esta organización de lo destruido por la guerra, Napoleón recibe noticia de que para evitar el futurible desembarco francés del que se siente amenazada, Inglaterra ha inducido de nuevo a Austria a declarar la guerra a Francia. Pero esto no es todo, Pablo I, nuestro caballeresco aliado, ha sido asesinado y Alejandro ha heredado la doble corona de pontífice y emperador. Uno de sus primeros actos como soberano ha sido pactar, el 11 de abril de 1805, un tratado de alianza con el ministro británico y con Austria, que ha accedido en el 9 de agosto a este tratado, por el cual subleva a Europa para pactar una tercera coalición.

Esta vez son también los soberanos aliados los que han obligado al Emperador a deponer el cetro, y al general a empuñar nuevamente la espada. Napoleón se dirige al Senado el 23 de septiembre, obtiene una leva de ochenta mil hombres, parte al día siguiente, franquea el Rin el 1 de octubre, entra el 6 en Baviera, libera Múnich el 12, toma Ulm el 20, ocupa Viena el 13 de noviembre, efectúa su unión con el ejército de Italia el 29, y el 2 de diciembre, aniversario de su coronación, está frente a los rusos y los austriacos en las llanuras de Austerlitz.

Desde la víspera, Napoleón había descubierto el error cometido por sus enemigos, que consistía en concentrar todas sus fuerzas en el pueblo de Austerlitz para flanquear la izquierda de los franceses. Hacia mediodía había montado a caballo con los mariscales Soult, Bernadotte y Bessieres, y recorriendo las filas de la infantería y de la caballería de la guardia que estaban sobre los cañones en la llanura de Schlapanitz, avanzó hasta la línea de los tiradores de la caballería de Murat, que cruzaban algunos tiros de carabina con los del enemigo. Desde allí había observado, en medio de las balas, los movimientos de las diversas columnas, e iluminado por una de esas revelaciones súbitas de su genio, adivinó el plan entero de Kutúzov. Desde aquel instante, el general ruso quedó batido en su pensamiento y al volver a la barraca que había mandado construir para su guardia, en una meseta que dominaba toda la llanura, volvió la cabeza y dijo, dirigiendo la última mirada al enemigo.

—Antes de mañana por la noche todo ese ejército será mío.

A eso de las cinco de la tarde se puso en la orden del día la siguiente proclama:

Soldados:

El ejército ruso se presenta ante vosotros para vengar al ejército austriaco de Ulm: son los mismos batallones que habéis batido en Hollabrunn y que después perseguisteis seguidamente hasta aquí. Las posiciones que ocupamos son formidables y mientras que ellos marchen para flanquear mi derecha, me dejarán su izquierda descubierta.

Soldados, yo mismo dirigiré vuestros batallones, manteniéndome lejos del fuego si con vuestra bravura acostumbrada lleváis el desorden y la confusión a las filas enemigas, pero si la victoria se tambaleara un momento, veríais a vuestro emperador exponerse a los primeros golpes, pues la victoria no debe ser vacilante, sobre todo en este día, en el que se trata del honor de la infantería francesa, tan importante para el de toda la nación.

Que no se ralenticen las filas bajo el pretexto de llevarse a los heridos, y que cada cual sea consciente de que es preciso vencer a estos asalariados de Inglaterra, a quienes anima tan enconado odio contra el nombre francés.

Esta victoria terminará nuestra campaña, y podremos volver a nuestros cuarteles de invierno, donde se reunirán con nosotros los diversos ejércitos que se forman en Francia. Entonces, la paz que yo haga será digna de mi pueblo, de vosotros y de mí.

Demos paso ahora al mismo Napoleón; escuchémosle como a Cesar relatando la batalla de Farsalia:

El 30, los enemigos vivaquearon en Hogieditz. Pasé ese día cabalgando por los alrededores y me di cuenta de que tan solo de mí dependía apoyar bien mi derecha y burlar los planes del enemigo, ocupando con numerosas fuerzas la meseta de Pratzen desde el Satón hasta Kresenowitz para detenerle de frente. Pero yo aspiraba a algo mejor.

El inminente ataque de los aliados por mi derecha era evidente: creí que podría dar un golpe seguro dejándoles la libertad de maniobrar para extender su izquierda, y no situé en las alturas de Pratzen más que un destacamento de caballería.

El 1 de diciembre, el enemigo, llegando a Austerlitz, se situó, en efecto, frente a nosotros en la posición de Pratzen, extendiendo su izquierda hacia Anjest. Bernadotte, llegado de Bohemia, entró en línea, y Davoust alcanzó la abadía de Raigern con una de sus divisiones, vivaqueando la de Gudín en Nicolsburgo.

Los informes que yo recibía de todas partes sobre la marcha de las columnas enemigas confirmaron mi sospecha. A las nueve de la noche recorrí mi línea, tanto para predecir la dirección de los fuegos del enemigo como para animar a mis tropas, a las cuales se les acababa de leer una proclama, prometiéndoles, no sólo la victoria, sino explicando las maniobras que a ella nos conduciría. Sin duda era la primera vez que un general comunicaba a todo su ejército en confianza la estrategia que debía asegurar el triunfo; pero yo no temía que se la revelasen al enemigo, pues no le habría dado crédito ninguno. Aquella visita de inspección dio lugar a uno de los acontecimientos más conmovedores de mi vida. Mi presencia al frente de los cuerpos de ejército dio un impulso eléctrico que llegó hasta la extremidad de la línea con la rapidez del relámpago; y por un movimiento espontáneo, todas las divisiones de infantería, levantando haces de paja encendida en la extremidad de grandes pértigas, me proporcionaron una iluminación cuya visión, a la vez impotente y extraña, tenía algo de majestuoso: era el primer aniversario de mi coronación.

El aspecto de aquellos fuegos trajo a mi memoria el recuerdo de los haces de sarmiento con que Aníbal engañó a los romanos, y las tiendas del campamento de Liegnitz, que habían salvado al ejército de Federico, engañando a Daun y a Laudon. Al pasar por delante de cada regimiento resuenan los gritos de «¡Viva el Emperador!» que, repetidos a lo lejos por cada cuerpo a medida que avanzaba, llevan al campamento enemigo pruebas fehacientes del entusiasmo que anima a mis soldados. Jamás ninguna escena guerrera presentó una pompa más solemne; cada soldado participaba con una abnegación inspiradora.

Aquella línea, que recorrí hasta media noche, se extendía desde Kobelnitz hasta el Santon: el cuerpo de ejército de Soult formaba la derecha, y colocado entre Sokolnitz y Puntowitz, hallábase frente al centro del enemigo: Bernadotte vivaqueaba detrás de Girskowitz, hallándose Murat a la izquierda de este pueblo, y Lannes a caballo, ocupaba con sus fuerzas la calzada de Brunn. Mis reservas se situaron entonces detrás de Soult y de Bernadotte.

Poniendo mi derecha, bajo las órdenes de Soult, frente al centro enemigo, claro era que sobre él recaería el menor peso de la batalla; mas para que el movimiento diese el resultado que yo esperaba, era preciso comenzar por alejar de él las tropas enemigas que se dirigían hacia Blasowitz por la calzada de Austerlitz. Era probable que los emperadores y el cuartel general se hallasen allí, y era menester descargar ante todo los primeros golpes en este punto, a fin de volver después sobre su izquierda por un cambio de frente: de este modo se podía también cortar para esa izquierda el camino de Olmutz.

Resolví, pues, apoyar el movimiento de las fuerzas de Bernadotte sobre Blasowitz con más guardias y la reserva de granaderos, para rechazar la derecha del enemigo y volver después a la izquierda, que se hallaría tanto o más comprometida a medida que avanzara más allá de Telnitz.

Mi propósito era tener la cosa bien resuelta desde la víspera, puesto que les anuncié a mis soldados que lo esencial era aprovechar el movimiento oportuno. Yo había pasado la noche en la tienda, y los mariscales se hallaban a mi alrededor para recibir mis últimas órdenes.

Cabalgué a las cuatro de la mañana; la luna se había ocultado, y aunque el tiempo estaba tranquilo, la noche era fría y bastante oscura. Me importaba saber si el enemigo no habría practicado algún movimiento nocturno que pudiera entorpecer mis proyectos. Los informes de los guardias confirmaban que todo el ruido se percibía desde la derecha enemiga a la izquierda, y los fuegos eran, al parecer más extensos hacia Anjest. Al rayar el día, una ligera bruma oscureció algo el horizonte, sobre todo en los terrenos bajos, pero de improviso aquella niebla se desvaneció y el sol comenzó a dorar con sus rayos las cimas de las alturas, mientras que los valles se hallaban rodeados aún de una nube vaporosa. Nosotros divisamos muy claramente las alturas de Pratzen, antes cubiertas de tropas y abandonadas ahora en favor de su izquierda. Es evidente que han persistido en el proyecto de extender su línea más allá de Telnitz, pero descubro con la misma facilidad otra marcha desde el centro hacia la derecha, en la dirección de Holibitz, de modo que es indudable que el enemigo presenta por sí mismo su centro indefenso a todos los ataques que me plazca. Eran las ocho de la mañana, las tropas de Soult se habían concentrado en dos líneas de batallones en columna de ataque, en el fondo de Puntowitz. Pregunto al mariscal cuánto tiempo necesita para ganar las alturas de Pratzen y me promete estar allí en menos de veinte minutos.

—Esperemos aún —contesté—, pues cuando el enemigo realiza un falso movimiento no se le debe interrumpir.

Muy pronto se rompe el fuego de fusilería, más vivamente de Sokelnitz y de Telnitz; un ayudante de campo me anuncia que el enemigo se dirige hacia nosotros con fuerzas amenazadoras. Esto era lo que esperaba. Doy la señal, y al punto, Murat, Lannes, Bernadotte y Soult se lanzan a galope. Yo también cabalgo arrojadamente para trasladarme al centro, y al pasar por delante de las tropas las arengo de nuevo, diciendo:

—El enemigo viene a entregarse imprudentemente en vuestras manos; terminad la campaña con un golpe decisivo.

Los gritos de «¡Viva el Emperador!» atestiguan que se me ha comprendido, y pasan por ser la verdadera señal de ataque. Antes de hablar de esto último, veamos lo que pasaba en el ejército de los aliados.

Si hemos de creer en la disposición proyectada por Weyrother, su objetivo era proceder con táctica practicando maniobras estratégicas, es decir, haciendo un esfuerzo con su izquierda para ganar mi derecha, cortarme el camino de Viena, y rechazarme, derrotado, sobre Brunn. Aunque no fuese mi propósito tomar este camino, y por más que prefiriera el de Bohemia, como ya he dicho, lo cierto es que dicho proyecto no dejaba de ofrecer probabilidades a favor de los aliados, mas para que diese buen resultado, no se debía aislar aquella izquierda de acción, siendo esencial, por el contrario, hacer que la siguieran sucesivamente el centro y la derecha, los cuales se prolongarían en la misma dirección. Weyrother, según lo había hecho en Rívoli, maniobró por las dos alas, o por lo menos, si no fue este su propósito, procedió de manera que se creyese que así era.

La izquierda, al mando de Buxhowden, constituida por la vanguardia de Kienmayer y de tres divisiones rusas, Doctorov, Langeron y Pribitchefsky, contaba con treinta mil hombres, y debió de avanzar en tres columnas desde las alturas de Pratzen por Anjest, y sobre Telnitz y Sokelnitz, franquear el arroyo que forma dos lagos a la izquierda, y reconcentrarse sobre Turas.

La cuarta columna, a las órdenes de Kolowrath, con la que marchaba el cuartel general, constituía el centro: debía de avanzar por Pratzen hacia Kobelnitz, un poco más atrás de la tercera, y se componía de doce batallones rusos al mando de Miloradovitch, y quince austriacos formados por nuevas levas.

La quinta, compuesta de ochenta escuadrones a las órdenes del príncipe Jean de Liechtenstein, debía de haber abandonado el centro, detrás del cual había pasado la noche, y apoyar la derecha, marchando sobre la calzada de Brunn.

La sexta, en la extrema derecha, formada por la vanguardia de Bagration, contaba con doce batallones y cuarenta escuadrones, destinados para atacar, en el gran camino de Brunn, las alturas del Santon y de Bosenitz.

La séptima, compuesta por los guardias, al mando del gran duque Constantino, formaría la reserva del ala derecha en la calzada de Brunn.

Bien se ve que el enemigo quería flanquear mi derecha, suponiendo que se extendía hasta Melnitz; mientras que mi ejército estaba concentrado entre Schlapanitz y el camino de Brunn, dispuesto a todo contratiempo.

Según este plan, Buxhowden, estaría más adelantado, ya que el resto del ejército se había puesto en movimiento antes que las demás columnas, y además, la caballería de Liechenstein marcharía nuevamente desde el centro hacia la derecha. De modo que las alturas de Pratzen, llave de todo el campo de batalla, se hallarían desguarnecidas.

En el instante que di la señal, todas mis columnas comienzan a ponerse en movimiento: Bernadotte franquea el desfiladero de Girskowitz y avanza sobre Blasowitz, sostenido en la izquierda por Murat. Lannes marcha a la misma altura por ambos lados de la calzada de Brunn, y mi guardia con mis reservas siguen a corta distancia el cuerpo de Bernadotte, dispuestas a caer sobre el centro si el enemigo trata de llevar allí sus fuerzas.

Soult parte como relámpago desde los barrancos de Kobelnitz y de Puntowitz a la cabeza de las divisiones Saint-Hilaire y Vandamme, sostenidas por la brigada Levasseur. Otras dos brigadas de la división Legrand flanquean, cubren y disputan a Buxhowden los desfiladeros de Telnitz y de Sokelnitz. Como es evidente que forzará el paso, el mariscal Davoust recibe orden de salir de Raigern con la división Friant y los dragones del general Bourcier, para detener las cabezas de las columnas rusas hasta que nos convenga atacarlas más seriamente.

Apenas Soult ha franqueado la altura de Pratzen, se encuentra inopinadamente con la columna de Kolowrath, la cuarta, que marchaba en el centro detrás de la tercera, y que creyéndose protegida por la precedente, avanzaba en columna de camino por pelotones: el emperador Alejandro, Kutuzóv y su Estado Mayor iban con ellas. Todo cuanto sucede inesperadamente en medio de un cuartel general, asombra y desconcierta. Miloradovitch, que marchaba a la cabeza, apenas halla tiempo para conducir al combate los batallones que van llegando, y se le rechaza vigorosamente, así como a los austriacos que le siguen. El emperador Alejandro se expone, y da pruebas de sangre fría para reunir las tropas; pero gracias a las ridículas disposiciones de Weyrother, no tiene a mano una sola división que pueda servirle de reserva, y las tropas aliadas son rechazadas hacia Hostiradeck. La brigada Kaminsky, perteneciente a la tercera columna, acometida así por su flanco derecho, llega a reunir sus esfuerzos con los de Kutúzov, restableciendo un instante el orden; mas el socorro no puede resistir los esfuerzos combinados de Saint-Hilaire, de Vandamme y de Levasserur. La línea de Koluowrath, a punto de ser precipitada en el pequeño valle pantanoso de Birnbaun, se repliega sobre Waschau, como lo prescribía la orden; pero toda la artillería de esta columna, hundida en el barro medio congelado, queda en nuestro poder, y la infantería, privada de caballería y de cañones, no puede ya nada contra Soult victorioso.

En el momento en que se daba este golpe decisivo, las dos columnas de la derecha de Buxhowden se cruzaron y se entorpecieron alrededor de Sokelnitz, y el mismo Buxhowden salió a la vez de Telnitz: no pudiendo detenerle los esfuerzos de cuatro batallones.

En aquel instante, Davoust llegaba de Raigern, y las divisiones Friant rechazaban sobre Telnitz a las vanguardias enemigas. Como el combate tomaba un cariz más serio hacia Sokelnitz, Davoust no deja sobre Telnitz más que los dragones de Bourcier, y remonta el arroyo hasta Sokelnitz con la división Friant; en este punto se desenvuelve uno de los combates más reñidos: Sokelnitz, tomado y recobrado, queda un momento en poder de los rusos, e incluso Langeron y Pribitchefsky logran alcanzar las alturas de Marxdorf. Nuestras tropas, dispuestas en media luna, atacan varias veces sus flancos con éxito. Esta lucha, bastante sangrienta, no es, sin embargo, más que una pérdida de tiempo; hubiera bastado detener al enemigo sin rechazarle, y hasta no habría habido inconveniente en dejarle avanzar un poco más.

Mientras que las cosas tomaban este aspecto tan favorable en nuestra derecha, no obteníamos menos ventaja en el centro y en la izquierda: aquí, al gran duque y a la guardia rusa les sucedió lo que al cuartel general y a la cuarta columna: debían estar de reserva, y fueron los primeros en ser acometidos.

Bagration se extendía por la derecha hacia Duaroschena para atacar la posición del Santon; la caballería de Liechtenstein, que estaba en el centro, fue llamada para apoyar dicho movimiento; pero se cruzó en el camino con las demás columnas; de modo que el gran duque y sus guardias, llegando hacia Drug antes que ella, se hallaron en primera línea en el momento en que Bernadotte avanzaba sobre Blasowitz, y Lannes por los dos lados de la calzada de Brun. El combate en ese punto se avivó con dureza.

Cuando llegué al final después de un largo paseo, a la derecha del gran duque, el príncipe de Liechtenstein no había empezado a formarse, cuando los hulanos de la guardia rusa, impulsados por un valor intempestivo, se precipitaron entre las divisiones de Bernadotte y de Lannes para alcanzar a la caballería ligera de Kellermann, que se replegaba delante de ellos. Víctimas de su arrojo, fueron atacados por las reservas de Murat, que los acosó y rechazó bajo el fuego de nuestras líneas de infantería, matando a la mitad de ellos.

Nuestro avance por el lado de Pratzen había obligado a Kutuzóv a llamar de nuevo a Liechtestein en auxilio de su centro; pero este príncipe, igualmente amenazado por derecha e izquierda, no sabía a quién escuchar ni adónde dirigir los primeros pasos, así que se apresuró a avanzar cuatro regimientos de caballería, que llegaron sólo para ser testigos de la derrota de Kolowrath. El general Ouvarof se situó con treinta escuadrones entre Bagration y el gran duque, y el resto de la caballería se colocó a la izquierda.

Por su parte, el gran duque, viendo a las columnas de infantería francesa penetrar en Blasowitz y salir de aquí, toma la decisión de bajar de las alturas para ahorrarles la mitad del camino, movimiento que le parece necesario tanto para su propia seguridad como para despejar y aliviar el centro, que comienza a provocar inquietud.

Mientras que se libraba una furiosa batalla de infantería entre la guardia rusa y la división de Erlon, el gran duque ordena a los guardias a caballo cargar sobre el flanco derecho de aquella, formado por el cuarto regimiento de línea separado de la división Vandamme para cubrir el intervalo. Los coraceros rusos se precipitan sobre este regimiento, destrozan un batallón, pero pagan con las vidas de las unidades más intrépidos la gloria de haberles arrebatado un águila. Esta escaramuza aislada no era peligrosa por sí misma, pero al no estar seguro de que el enemigo la sostendría, juzgué necesario llamar a este punto al mariscal Bessières con la caballería de mi guardia: era preciso concluir de una vez, y cargar. La línea rusa, después de la más honrosa de las defensas, se ve obligada a ceder ante los efectivos reunidos de Bernadotte y de Bessières; y la infantería de los guardias, no pudiendo resistir más tiempo, se repliega sobre Krzenowitz. Los guardias que llegan en aquel momento de Austerlitz, se vanaglorian de recobrar lo perdido; pero este regimiento de tropa escogida no podía hacer ya nada: acribillado a su vez por mis granaderos a caballo, lanzados al punto a las órdenes de Rapp, lo desbaratan muy pronto, y todo el centro toma entonces el camino de Austerlitz.

Entretanto, Murat y Lannes habían pasado a la ofensiva con un gran éxito, desmantelando el cuerpo de Bagration y la caballería de Ouvarov, que le apoyaba. Nuestros coraceros rompen la izquierda de aquella ala, acosada ya por las divisiones Suchet y Caffarelli, y por todas partes la victoria corona nuestras combinaciones.

Cierto que Bernadotte, Lannes y Murat hubieran sido más que suficientes para rematar el enemigo por este lado, pero me concentré a la derecha con mis guardias y la reserva de Oudinot para ayudar a Soult a destruir el ala izquierda, cogida por retaguardia y atrapada en medio de los lagos. Eran las dos cuando Soult, enardecido por nuestra aproximación, reunió las dos divisiones. Saint-Hilaire y Legrand atacaban a Sokelnitz por un lado, mientras que las tropas de Davoust le asaltaban de frente. Vandamme, por su parte, se precipitó sobre Aujest, y mi guardia, con los granaderos, le siguió para reforzar en caso necesario aquellos ataques.

La división Pribitchefsky, cercada en Sokelnitz, rinde las armas, y solamente algunos rezagados llevan la noticia de este fracaso. Langeron, con efectivos muy desgastados a su vez, no es mucho más afortunado, y tan solo la mitad de sus fuerzas consiguen reunirse con Buxhowden. Este último, que había perdido cinco o seis horas con la columna de Doctorov en una inútil escaramuza cerca de Telnitz, en vez de dirigirse desde las diez sobre Sokelnitz, considera finalmente que ya era hora de pensar en su propia salvación. Emprende la marcha a eso de las dos o las tres para volver a Aujest, y se propone salir de la ratonera en que se hallaba, metiéndose entre los lagos y las alturas. Ya estaba saliendo del pueblo en columna, cuando Vandamme se precipita impetuosamente sobre su flanco, penetra en Aujest y divide la columna en dos. Buxhowden, no pudiendo retroceder, continúa su marcha con los dos batallones a la cabeza, para reunirse con Kutúzov; pero Doctorov y Lageron, con los veintiocho batallones restantes, se hallan oprimidos entre los lagos y las alturas coronadas por Saint-Hilaire, Vandamme y mis reservas. La cabeza de la columna que está por parte de Aujest, y que escolta la artillería, quiere huir a través de los canales formados en el lago seco; pero el puente se rompe bajo el peso de los cañones. Aquellas valerosas tropas, para salvar sus piezas, tratan de atravesar la extremidad del lago helado pero el hielo, roto por nuestras balas, se hunde bajo el peso de aquella masa; hombres y cañones desaparecen; y más de dos mil almas se ahogan. A Doctorov no le quedaba más remedio que costear, bajo nuestro fuego, la orilla del lago hasta Telnitz, y ganar un dique que separa el lago de este nombre del de Melnitz. Finalmente lo consigue, pero no sin sufrir enormes pérdidas. Llega a Satschann protegido por la caballería de Kienmayer, que hizo esfuerzos dignos de elogio, y tomaron juntos el camino de Czeitsch a través de las montañas, enérgicamente perseguidos por los nuestros. La poca artillería que el enemigo había salvado del centro y de la izquierda fue abandonada a su suerte, en caminos horribles que estaban impracticables a causa de la lluvia de la víspera y del deshielo.

La posición del enemigo era desafortunada: yo me había adelantado por el camino de Wischan, que ellos no hubieran podido seguir, porque ya estaban asolados y alcanzar los restos de su izquierda era ya completamente imposible. De modo que debieron tomar forzosamente el camino de Hungría; pero Davoust, liderando una de cuyas divisiones llegaba a Nicolsbourg, podía, por una marcha de flanco, adelantarse a él en Gading, mientras que nosotros le acosaríamos vivamente por retaguardia. El ejército aliado, que había perdido veinticinco mil hombres, entre muertos, heridos, prisioneros y muchos rezagados fugitivos, y además ciento ochenta cañones, se hallaba en el mayor de los desórdenes.

He aquí el relato del mismo Napoleón: claro, sencillo y grave, como conviene a semejante asunto. Su instinto no le había engañado un instante. La batalla se desarrolló como en un tablero, y un solo golpe aniquiló, como él había dicho, a la tercera coalición.

Al día siguiente, el emperador de Austria se presentó en persona a pedir de nuevo la paz que había roto. La entrevista de los dos emperadores tuvo lugar cerca de un molino, junto al camino real y al aire libre.

—Señor —dijo Napoleón adelantándose a su encuentro—, os recibo en el único palacio que habito desde hace dos meses.

—Pero sacáis muy buen partido de esta habitación; es más agradable estar aquí que en el más lujoso de los palacios —contestó el emperador austriaco.

En aquella entrevista se convino en la firma de un armisticio y se ajustaron las principales condiciones de la paz. Los rusos, a quienes se les hubiera podido aniquilar hasta el último de ellos, tuvieron parte en la tregua a ruegos del emperador Francisco II, y por la simple promesa del emperador Alejandro de que evacuaría la Alemania y la Polonia austriaca y prusiana. El convenio se cumplió, retirándose las fuerzas por etapas.

La victoria de Austerlitz fue para el Imperio lo que la de Marengo para el Consulado: símbolo de la sanción del pasado y la fuerza del porvenir. El rey Fernando de Nápoles, que había infringido durante la última guerra el tratado de paz con Francia, fue destituido del trono de las Dos Sicilias, que José obtuvo en su lugar. La república bátava, erigida en su reino, se le otorgó a Luis; Murat recibió el gran ducado de Berg; el mariscal Berthier fue nombrado príncipe de Neufchâtel, y M. de Talleyrand príncipe de Bénévent. Dalmacia, Istria, el Friul, Cadore, Conegliano, Bellune, Trevisa, Feltre, Bassano, Vicencia, Padua y Rovigo se convirtieron en ducados; y el gran Imperio, con sus reinos secundarios, sus feudos, su confederación del Rin y su mediación suiza, quedó formado en menos de dos años como el de Carlomagno lo hiciera.

No era un cetro lo que Napoleón tenía en la mano: era un globo.

La paz de Presbourg duró un año, más o menos. En este tiempo, Napoleón fundó la Universidad Imperial, e hizo promulgar el conjunto del código de procedimiento civil. No había podido dedicarse a estos trabajos administrativos por la actitud hostil de Prusia durante las últimas guerras, que había dejado las fuerzas intactas a Francia. Napoleón se ve muy pronto obligado a combatir contra una cuarta coalición. La reina Luisa ha recordado al emperador Alejandro que ambos juraron sobre la tumba del gran Federico una alianza indisoluble contra Francia, y el emperador Alejandro olvida su segundo juramento para no acordarse sino del primero: Napoleón se ve obligado a mandar a sus tropas a atravesar el Rin, si quiere evitar la guerra.

El Emperador envía a buscar a Berthier y mostrándole el ultimátum de Prusia, le dice:

—Nos retan a un duelo de honor y un francés jamás faltó a esa llamada, y puesto que una hermosa reina quiere presenciar el combate, seamos corteses, no debemos hacerle esperar; marchemos a Sajonia sin demora.

Esta vez, por pura galantería, repite lo de la campaña de Austerlitz, procediendo con más rapidez aún. Las luchas comienza el 7 de octubre de 1806 con los cuerpos de Murat, Bernadotte y de Davoust, la guerra continúa en los días siguientes por los combates de Austaed, de Schelitz y de Saalfeeld, terminando el 14 por la batalla de Jena. El 16, catorce mil prusianos rinden las armas en Erfuth, y el 25, el ejército francés hace su entrada en Berlín. Siete días han bastado para que la monarquía de Federico caiga en poder de ese gran hacedor y deshacedor de tronos, que ha dado reyes a Baviera, a Wurtemberg y a Holanda, que ha expulsado a los Borbones de Nápoles y a la casa de Lorena de Italia y de Alemania.

El 27, Napoleón, desde su cuartel general de Postdam, dirige a sus soldados la siguiente proclama, que resume toda la campaña:

Soldados:

Habéis justificado mis esperanzas, correspondiendo dignamente a la confianza del pueblo francés, soportando las privaciones y las fatigas con tanto valor, como intrepidez y sangre fría demostrasteis en los combates. Sois los dignos defensores del honor de mi corona y de la gloria de un gran pueblo; mientras estéis instigados por ese espíritu, nada se os podrá resistir. La caballería ha rivalizado con la infantería y la artillería, y en adelante no sabré a qué división dar preferencia, porque todos habéis demostrado ser excepcionales soldados. He aquí los frutos de nuestros trabajos: una de las primeras potencias de Europa, que osó en otro tiempo proponernos una vergonzosa capitulación, está aniquilada. Los bosques, los desfiladeros de Franconia, el Sale y el Elba, que nuestros padres no habrían podido atravesar en siete años, han sido franqueados por nosotros en siete días, con tan solo cuatro combates y una gran batalla. Hemos hecho justicia en Potsdam y en Berlín a la fama de nuestras victorias. Hemos hecho sesenta mil prisioneros, cogido sesenta y cinco banderas, entre las cuales figuran las de los guardias del rey de Prusia, seiscientos cañones, tres fortalezas, más de veinte generales; y sin embargo, más de la mitad de vosotros no ha disparado todavía un tiro. Todas las provincias de la monarquía prusiana, hasta el Oder, se hallan en nuestro poder. Soldados, los rusos se vanaglorian de venir a buscarnos, y nosotros marcharemos a su encuentro, ahorrándoles la mitad del camino. Volverán a encontrar Austerlitz en medio de Prusia. La nación que ha olvidado tan pronto la generosidad que tuvimos con ella después de aquella batalla en que su emperador, su corte y los restos de su ejército no encontraron su salvación más que en la generosa capitulación que les concedimos, no logrará vencernos. Sin embargo, mientras que marchamos al encuentro de los rusos, nuevos ejércitos, formados en el interior del Imperio, vendrán a reemplazarnos para conservar nuestras conquistas. El pueblo francés está indignado por la vergonzosa capitulación que los ministros prusianos nos han propuestos en su delirio. Nuestros caminos y ciudades fronterizas están llenos de desterrados que arden en deseos de seguir vuestras huellas. En adelante no seremos ya juguetes de una paz traidora, ni depondremos las armas hasta que hayamos obligado a los ingleses, esos eternos enemigos de nuestra nación, a renunciar al proyecto de perturbar al continente, usurpando el reino de los mares. Soldados, sólo puedo expresaros lo que siento diciendo que mi corazón os profesa el mismo cariño de que me dais pruebas todos los días.

Mientras que el rey de Prusia entrega a los franceses todas las plazas que le quedan, en virtud del armisticio firmado el 16 de noviembre, Napoleón se vuelve hacia Inglaterra y, a falta de otras armas, la hiere con un decreto. Gran Bretaña queda declarada en estado de bloqueo, prohibiéndose todo comercio y toda correspondencia con las Islas Británicas. A ninguna carta en lengua inglesa se le dará curso en el correo, todo súbdito del rey Jorge a quien se encuentre en Francia o en los países ocupados por nuestras tropas y las de nuestros aliados, de cualquier estado y condición que sea, se considerará prisionero. Todo almacén, toda propiedad, toda mercancía perteneciente a un inglés, pasarán a ser propiedad del Imperio. El comercio de géneros pertenecientes a Inglaterra o que procedan de sus fábricas o colonias queda prohibido. Y por último, ningún barco que llegue de Inglaterra o de las colonias inglesas será admitido en puerto alguno.

Y después de lanzar contra todo un reino esta especie de excomunión, como pontífice político y supremo, nombra al general Hullín gobernador de Berlín, permite al príncipe Hazfeld conservar su mando civil, y marcha contra los rusos, que así como en Austerlitz, acuden al socorro de sus aliados y que lo mismo que entonces, llegan cuando estos están ya vencidos. Napoleón no se demora más que para enviar a París, donde se hallan depositados en el Palacio de los Inválidos, la espada del gran Federico, su cordón del Águila negra, su faja de general, y las banderas que llevaba su guardia en la famosa Guerra de los Siete Años. Después sale de Berlín el 25 de noviembre y marcha al encuentro del enemigo.

Antes de llegar a Varsovia, Murat, Davoust y Lannes encuentran a los rusos. Después de un ligero combate, Benigsen evacua la capital de Polonia, donde los franceses entran entre vítores. Todo el pueblo polaco se subleva a favor de ellos, ofrece su fortuna, su sangre y su vida y no pide a cambio más que su independencia. Napoleón recibe noticia de esta primera victoria hallándose en Posen, donde se ha detenido para nombrar un rey, que es el anciano elector de Sajonia, cuya corona quiere afianzar.

El año 1806 termina con los combates Pulstusk y de Golymin y el año 1807 comienza con la batalla de Eylau, batalla extraña e infructuosa en la que los rusos perdieron ocho mil hombres y los franceses diez mil, en la que la victoria fue atribuida a ambos bandos y en la que el Zar hizo cantar un tedeum por haber dejado en manos francesas quince mil prisioneros, cuarenta cañones y siete banderas. Era la primera vez que se encontraban el invencible emperador francés y él. Había resistido su embestida y por lo tanto, era vencedor.

Aquel destello de orgullo fue breve: el 16 de mayo, Dantzig es tomado por los franceses. Pocos días después se bate a los rusos en Spanden, en Domitten, en Altkirchen, en Wolfesdorff, en Gutstad y en Heilsberg; y al fin, en la noche del 13 de junio, los dos ejércitos se encuentran en línea de batalla delante de Friedland. A la mañana siguiente se oyen los primeros cañonazos, y Napoleón marcha contra el enemigo gritando:

—Esta fecha siempre trae recuerdos felices: ¡es el aniversario de Marengo!

Y como en Marengo, en efecto, la batalla fue letal y definitiva. Los rusos quedaron aniquilados. Alejandro dejó sesenta mil hombres en el campo de batalla, incluyendo los ahogados en el Albe y los prisioneros, ciento veinte cañones y veinticinco banderas fueron los trofeos. El resto del ejército vencido, no atreviéndose ni siquiera a resistir, corrió a ponerse a cubierto cruzando el Pregel y destruyendo todos los puentes.

A pesar de esta precaución, los franceses pasaron el río el 16, marchando al punto sobre Niemen, última barrera que Napoleón debía franquear para llevar la guerra al territorio mismo del emperador de Rusia. El Zar estaba atemorizado, y el prestigio británico desvanecido. Se halla en la misma situación que después de la batalla Austerlitz, sin esperanza de recibir auxilio. No tiene más remedio que tomar la resolución de humillarse por segunda vez. Esta paz, que él mismo rehusó tan tenazmente y de la cual pudo dictar las condiciones, viene a pedirla él mismo, sometiéndose a las que el vencedor le imponga. El 21 de junio se firma un armisticio, y el 22 se da la siguiente proclama en la orden del día:

Soldados:

El 5 de junio hemos sido atacados en nuestros acantonamientos por el ejército ruso. El enemigo dio un paso en balde engañándose sobre las causas de nuestra poca actividad y se dio cuenta tarde que nuestro reposo era el del león: ahora se arrepiente de haberlo olvidado.

En las jornadas de Gutstadt, en la de Heilsberg, y en la para siempre memorable de Friedland, en diez días de campaña, nos hemos hecho con ciento veinte cañones, setenta banderas; entre muertos, heridos y prisioneros, sesenta mil rusos han quedado en el campo de batalla; hemos tomado al ejército enemigo todos sus almacenes, sus hospitales y ambulancias, la plaza de Koenigsberg, los edificios que tenían en su puerto, llenos de municiones y ciento sesenta mil fusiles que Inglaterra enviaba para armar a nuestros enemigos. Desde las orillas del Vístula hemos llegado a las del Niemen con la rapidez del águila. Celebrasteis en Austerlitz el aniversario de la coronación; este año habéis celebrado dignamente el de Marengo, que puso término a la segunda coalición. Franceses, habéis sido dignos de vosotros y de mí, y entraréis de nuevo en Francia cubiertos de laureles, después de haber obtenido una paz sempiterna. Ya es tiempo de que nuestra patria viva en reposo al abrigo de la maligna influencia de Inglaterra. Mis beneficios os probarán mi agradecimiento y toda la extensión del amor que os profeso.

El día 24 de junio, el general de artillería La Riboissiere mandó situar en el Niemen una balsa y sobre ella un pabellón, destinado a recibir a los dos emperadores: cada uno de ellos debía ir desde la orilla que ocupaba.

El 25, a la una de la tarde, el emperador Napoleón acompañado de Murat, de los mariscales Berthier y Bessières, del general Duroc y del caballerizo mayor Caulaincourt, partió de la orilla izquierda del río para dirigirse al pabellón preparado. Al mismo tiempo, el emperador Alejandro, a quien acompañaban el gran duque Constantino, el general en jefe Benigsen, el príncipe Labanov, el general Onvarov, y el ayudante de campo general conde de Lieven, salió de la orilla derecha.

Los dos barcos llegaron a la vez y al poner el pie en la balsa, los dos emperadores se abrazaron. Este abrazo fue el preludio de la paz de Tilsitt, que se firmó el 9 de julio de 1807.

Prusia pagó los gastos de la guerra; los reinos de Sajonia y de Westfalia quedaron erigidos como dos fortalezas para vigilarla; Alejandro y Federico Guillermo reconocieron solemnemente a José, Louis y Jerôme, como sus hermanos. Bonaparte primer cónsul, había creado repúblicas; Napoleón emperador, las convertía en feudos. Heredero de las tres dinastías que habían reinado en Francia, quiso aumentar más aún la sucesión de Carlomagno, y Europa se vio obligada a dejarle obrar a su antojo.

El 27 de julio del mismo año, después de terminar aquella magnífica campaña con un rasgo de clemencia, Napoleón, de camino a París, no tenía más enemigos que Inglaterra, ensangrentada y resentida por las derrotas de sus aliados, pero siempre constante en su odio, siempre expectante en las dos extremidades del continente, en Suecia y Portugal.

Por el decreto de Berlín sobre el bloqueo continental, Inglaterra estaba proscrita de Europa: en los mares del Norte, Rusia y Dinamarca, en el Atlántico y en el Mediterráneo, Francia, Holanda y España, le habían cerrado sus puertas, comprometiéndose solemnemente a no hacer ningún comercio con ella. Faltaban, pues, solamente, como hemos dicho, Suecia y Portugal. Napoleón se encargó de esta última y Alejandro de la primera. Por un decreto fechado el 27 de octubre de 1807, Napoleón declaró que la casa de Braganza había dejado de reinar y el 27 de septiembre de 1808, Alejandro se comprometió a marchar contra Gustavo IV.

Al cabo de un mes, los franceses se hallaban en Lisboa.

Pero la invasión de Portugal no era más que un preludio para la conquista de España, donde reinaba Carlos IV, acosado por dos poderes opuestos: el favorito Godoy y el príncipe de Asturias, Fernando. Molesto por un armamento torpe que Godoy dispuso en la guerra de Prusia, un solo golpe de vista sobre España le bastó a Napoleón para ver en ella un trono que podía tomar. Sus tropas penetraron en la Península, y bajo pretexto de guerra marítima y de bloqueo a Inglaterra, ocuparon primeramente las costas, luego las principales plazas y formaron al fin alrededor de Madrid un círculo que estrecharon durante tres hasta ser dueños de la capital. Entretanto estalló un motín contra el ministro y el príncipe de Asturias fue proclamado rey en lugar de su padre bajo el nombre de Fernando VII: esto era lo que Napoleón esperaba.

Los franceses entran al punto en Madrid. El emperador corre a Bayona, llama a los príncipes españoles, obliga a Fernando VII a devolver la corona a su madre y le envía prisionero a Valençay. Muy pronto el anciano Carlos IV abdica en favor de Napoleón y se retira a Compiegne. La corona de Carlos IV se confiere a José por una junta suprema, por el Consejo de Castilla y por la municipalidad de Madrid. El trono de Nápoles queda vacante en virtud de esta mutación y Napoleón dispone los medios para que lo ocupe Murat. Hay cinco coronas en su familia, sin contar la suya.

Pero al extender su poder, Napoleón extendía también la lucha abierta a muchos flancos: los intereses de Holanda comprometidos por el bloqueo; Austria humillada por la creación de los reinos de Baviera y de Wurtemberg; Roma engañada en sus esperanzas por la negativa de restituir a la Santa Sede las provincias que el Directorio había agregado a la república cisalpina; y por último, España y Portugal violentados en sus territorios nacionales. Eran muchos los ecos en que resonaba a la vez el llamamiento incesante de Inglaterra. En todas partes se organizó al mismo tiempo una gran reacción, por más que estallase en épocas diferentes.

Roma fue la que se atrevió a dar el primer paso: el 3 de abril, el legado del Papa salió de París y acto seguido el general Miollis recibió orden de ocupar militarmente la ciudad de Roma. El Papa amenazó a las tropas francesas con la excomunión y estas le contestaron apoderándose de Ancona, de Urbino, de Macerata y de Camerino.

Después siguió España. Sevilla, en una junta provincial, reconoció a Fernando VII por rey y llamó a las armas a todas las provincias españolas que no estuvieran ocupadas. Las provincias se insurreccionaron, el general Dupont debió rendir las armas y José no tuvo más remedio que salir de Madrid.

Después, Portugal. Los portugueses se sublevaron el 16 de junio en Oporto. Junot, no teniendo suficientes tropas para evacuar la ciudad por el tratado de Cintra. Wellington se aprovechó de la situación y ocupó la ciudad con veinticinco mil hombres.

Napoleón juzgó que la gravedad de la situación exigía su presencia: sabía perfectamente que Austria se estaba armando en secreto, pero no estaría preparada antes de un año; y sabía también que Holanda se quejaba de la ruina de su comercio, pero mientras que se limitara a quejarse, estaba resuelto a no ocuparse de ella y por consiguiente, le quedaba suficiente tiempo para reconquistar Portugal y España.

Las tropas francesas comandadas por su emperador se presentaron en las fronteras de Navarra y de Vizcaya con ochenta mil veteranos procedentes de Alemania: la toma de Burgos fue la señal de su llegada, seguida de la victoria de Tudela. Después se tomaron las posesiones de Somosierra a punta de lanza; y el 4 de diciembre Napoleón hizo su entrada solemne en Madrid, precedido de esta proclama.

Españoles:

No me presento entre vosotros como amo, sino como libertador. He abolido el tribunal de la Inquisición, completamente anacrónico en este siglo y en esta Europa. Los sacerdotes deben guiar las conciencias, pero no ejercer jurisdicción alguna exterior y corporal sobre los ciudadanos. He suprimido los derechos feudales y cada cual podrá establecer hosterías, hornos, molinos y almadrabas, dando libre impulso a su industria; el egoísmo, la riqueza y la prosperidad de un reducido número de hombres perjudican a vuestra agricultura más que los rigores de la canícula. Así como no hay más que un Dios, no debe haber en ningún estado más que una justicia. Todas las justicias particulares habían sido usurpadas; eran contrarias a los derechos de la nación, y yo las he suprimido. La generación presente podrá variar en su opinión, porque se han puesto en juego demasiadas pasiones, pero vuestros hijos me bendecirán como renovador, recordando entre el número de vuestros días memorables aquel en que yo me presenté ante vosotros, desde el cual datará el inicio de la prosperidad de España.

La España conquistada permaneció muda. La Inquisición contestó con este catecismo:

—Dime, hijo mío, ¿qué eres tú?

—Español, por la gracia de Dios.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Hombre de bien.

—¿Quién es el enemigo de nuestra felicidad?

—El emperador de los franceses.

—¿Cuántas naturalezas tiene?

—Dos: la naturaleza humana y la diabólica.

—¿Cuántos emperadores franceses hay?

—Uno verdadero y tres personas engañosas.

—¿Cómo se llaman?

—Napoleón, Murat y Manuel Godoy.

—¿Cuál de los tres es el más malo?

—Los tres lo son igualmente malos.

—¿De quién proviene Napoleón?

—Del pecado.

—¿Y Murat?

—De Napoleón.

—¿Y Godoy?

—De la formación de los dos.

—¿Cuál es el espíritu del primero?

—El orgullo y el despotismo.

—¿Y del segundo?

—La rapiña y la crueldad.

—¿Y del tercero?

—La codicia, la traición y la ignorancia.

—¿Qué son los franceses?

—Antiguos cristianos que se han convertido en herejes.

—¿Es pecado dar muerte a un francés?

—No, padre; se gana el cielo matando a uno de esos perros herejes.

—¿Qué suplicio merece el español que falta a sus deberes?

—La muerte y la infamia de los traidores.

—¿Quién nos librará de nuestros enemigos?

—La confianza entre nosotros y las armas.

Sin embargo, España, pacificada al parecer, era leal casi toda ella a su nuevo rey José. Por otra parte, los preparativos hostiles de Austria reclamaban la presencia de Napoleón en París. De regreso a la capital el 23 de enero de 1809, pidió al punto explicaciones al embajador austriaco, y pocos días después de haberlas rechazado por insuficientes, supo que el 9 de abril el ejército del emperador Francisco había cruzado el Inn e invadido la Baviera. Esta vez, Austria era la que se adelantaba, hallándose preparada antes que Francia: Napoleón hizo un llamamiento al Senado.

El 14, el Senado contestó con una ley que ordenaba una leva de cuarenta mil hombres; el 17, Napoleón estaba en Donawert, a la cabeza de su ejército; el 20, había ganado la batalla de Tann; el 21, la de Abensberg; el 22, la de Ekmuhl; el 23, la de Ratisbona y el 24, dirigía esta proclama a su ejército:

Soldados:

Habéis justificado mis esperanzas, supliendo con vuestra bravura la falta de medios. Habéis señalado gloriosamente la diferencia que existe entre las legiones del César y las masas armadas de Jerjes. En cuatro días hemos triunfado en las batallas de Tann, de Abensberg, de Ekmuhl, y en los combates de Peyssing, de Landshutt y de Ratisbona. Cien cañones, cuarenta banderas y cincuenta mil prisioneros es el resultado de la rapidez de vuestras marchas y de vuestro valor. El enemigo, engañado por un gabinete perjuro, no conservaba ya, al parecer, ningún recuerdo de vosotros; pero pronto ha despertado ante vuestra fuerza, más terrible que nunca. En otro tiempo atravesó el Inn, invadiendo el territorio de nuestros aliados, pero hoy, derrotado y presa del horror, huye en desorden. Mi vanguardia ha traspasado ya el Inn y antes de que pase un mes nos hallaremos en Viena.

El 27, Baviera y el Palatinado se habían evacuado; el 3 de mayo, los austriacos perdían el combate de Elesberg; el 9, Napoleón se hallaba ante los muros de Viena; el 11, esta ciudad abría sus puertas, y el 13, Napoleón hacía su entrada triunfal.

Cien mil hombres, a las órdenes del príncipe Carlos, se habían retirado a la orilla izquierda del Danubio. Napoleón los persigue y los alcanza el 21 en Essling, donde Masséna cambia su título de duque por el de príncipe. Durante el combate, los puentes del Danubio son arrastrados por una súbita crecida; pero en quince días, Bertrand hace construir otros tres nuevos, el primero de sesenta arcos, por el cual pueden pasar de frente tres coches; el segundo sobre vigas, y de ocho pies de anchura; el tercero, sobre barcas. El Boletín del 3 de julio, fechado en Viena, anuncia que ya no hay Danubio, como Luis XIV anunciara que ya no existían Pirineos.

En efecto, el 4 de julio se cruza el Danubio; el 5, se gana la batalla de Enzersdorf, y por último, el 7, los austriacos dejan cuatro mil muertos y nueve mil heridos en el campo de batalla de Wagram, quedando en poder de los vencedores veinte mil prisioneros, diez banderas y cuarenta piezas de artillería.

El 11, el príncipe de Liechtenstein se presentó en las avanzadas para pedir una suspensión de hostilidades. Era un antiguo conocido, pues al día siguiente de Marengo se presentó ya, con una misión análoga. El 12, quedó concluida en Znaim esta suspensión y al punto se dio principio a las conferencias que duraron tres meses, en cuyo tiempo Napoleón vivió Schoenbrunn, donde se libró como por milagro del puñal de Staps. La paz se firmó al fin el 14 de octubre.

Austria cedía a Francia todos los países situados a la derecha del Save, el círculo de Goritz, el territorio de Montefeltro, Trieste, la Carniola y el círculo de Villach. Reconocía la reunión de las provincias ilirias al Imperio francés, así como todas las futuras incorporaciones que la conquista o las combinaciones diplomáticas pudieran producir tanto en Italia, como en Portugal y España y renunciaba irrevocablemente a la alianza con Inglaterra para aceptar el sistema continental francés con todas sus exigencias.

Así pues, todo comenzaba a rebelarse contra Napoleón, pero nada se le resistía aún: Portugal se había comunicado con los ingleses y lo invadió. Godoy manifestó sentimientos hostiles, ordenando un armamento desacertado, aunque inofensivo y obligó a Carlos IV a abdicar. El Papa había hecho de Roma el punto de reunión general de los agentes de

Inglaterra y, tratándole como un soberano temporal, le depuso. Josefina se mostraba incapaz de tener hijos y se casó con María Luisa, con la cual tuvo un hijo. Holanda, a pesar de sus promesas, había llegado a ser un depósito de mercancías de Inglaterra y Napoleón desposeyó a Louis de su reino y se anexionó el reino holandés.

El Imperio comprendía ciento treinta departamentos, extendiéndose desde el océano bretón hasta los mares de Grecia, desde el Tajo hasta el Elba: ciento veinte millones de hombres, obedeciendo a una sola voluntad, sometidos a un poder único y avanzando en una misma dirección, gritaron en ocho lenguas diferentes: ¡Vive Napoléon!

El general ha llegado al cénit de su gloria y el emperador al apogeo de su fortuna. Hasta este día, le hemos visto subir sin cesar, pero a partir de ahora se detendrá durante un año en la cima de sus prosperidades, para tomar aliento antes de bajar.

El 1 de abril de 1810, Napoleón contrae matrimonio con María Luisa, archiduquesa de Austria; y once meses después, ciento y un cañonazos anunciaron el mundo al nacimiento de un heredero al trono.

Uno de los primeros efectos de la alianza de Napoleón con la casa de Lorena, fue producir cierta frialdad entre él y el emperador de Rusia, que si hemos de creer al doctor O’Meara, le había ofrecido a su hermana, la gran duquesa Ana. Desde 1810, el Zar, que veía el imperio de Napoleón acercarse a él amenazante como la marea de un océano que sube, había aumentado sus ejércitos y renovado sus relaciones con Gran Bretaña. Todo el año 1811 transcurrió en negociaciones infructuosas, que a medida que fracasaban hacían cada vez más probable una guerra inminente. Cada cual por su parte comenzó los preparativos antes de la esperada declaración de guerra. Rusia, por el tratado de 24 de febrero, y Austria, por el del 14 de marzo proporcionaron a Napoleón respectivamente, veinte mil y treinta mil hombres; y por su parte Italia y la Confederación del Rin cooperaron a esta grandiosa empresa; la una, con veinticinco mil combatientes, y la otra, con ochenta mil. En fin, un senatus-consultus dividió la guardia nacional en tres cuerpos para el servicio del interior: el primero, destinado al servicio activo, ponía a disposición del Emperador, además del gigantesco ejército que se encaminaba hacia Niemen, cien cohortes de mil hombres cada una.

El 9 de marzo, Napoleón partió de París, ordenando al duque de Bassano que hiciera esperar sus pasaportes el mayor tiempo posible al príncipe Kourakine, embajador del Zar. Esta recomendación, que al primer golpe de vista parecía indicar una esperanza de paz, no tenía en realidad más objeto que dejar a Alejandro la incertidumbre de las verdaderas disposiciones de su enemigo. El plan era, en efecto, caer de improviso sobre su ejército. Esta era la táctica habitual de Napoleón y como siempre, tuvo buen resultado. Por eso el Moniteur se contentó con anunciar que el emperador salía de París con el objeto de pasar revista al gran ejército reunido sobre el Vístula y que la emperatriz le acompañaría hasta Dresde para ver a su ilustre familia.

Después de permanecer allí quince días y de haber hecho trabajar, según la promesa que les hizo en París, a Talma y a la señorita Mars delante de los reyes, Napoleón salió de Dresde y llegó a Thorn el 2 de junio. El 22 anunció su regreso a Polonia por la siguiente proclama, fechada en el cuartel general de Wilkowsky.

Soldados:

Rusia ha jurado eterna alianza a Francia y guerra a Gran Bretaña, pero hoy viola sus juramentos, y no quiere dar ninguna explicación de su extraña conducta hasta que las águilas francesas hayan rebasado el Rin, dejando así a nuestros aliados desprotegidos a su merced. ¿Nos creen por ventura tan degradados? ¿Acaso no somos todavía los soldados de Austerlitz? Esta nación nos coloca entre la deshonra y la guerra, y no hay lugar a dudas en la elección que tomar. Marchemos adelante, y cruzando el Niemen llevemos la guerra al territorio ruso, guerra que será gloriosa para las armas francesas. La paz que concluiremos pondrá fin a la funesta influencia que el gabinete moscovita ejerce desde hace cincuenta años en los asuntos de Europa.

Napoleón dirigía estas palabras al ejército más poderoso que jamás había existido. Estaba dividido en quince cuerpos, cada cual a las órdenes de un duque, de un príncipe o de un rey, y constituía una fuerza de cuatrocientos mil infantes, setenta mil caballos y mil cañones.

Necesitó tres días para atravesar el Niemen: el 23, el 24 y el 25 de junio se emplearon en esta operación.

Napoleón se detuvo un instante pensativo e inmóvil en la orilla izquierda de este río, donde tres años antes le había jurado amistad eterna el emperador Alejandro, exclamó:

—¡La fatalidad arrastra a los rusos: que se cumpla su funesto destino!

Sus primeros pasos fueron, como siempre, los de un gigante: al cabo de dos días de una habilidosa marcha, el ejército ruso, sorprendido de pronto, era desbaratado y veía separado de sí uno de sus cuerpos. Entonces

Alejandro, reconociendo a Napoleón en aquellos golpes rápidos, terribles y decisivos, envió misivas para instigarle a abandonar el terreno invadido y volver al Niemen. A Napoleón le pareció tan extraña esta proposición, que no contestó a ella más que entrando al día siguiente en Vilna.

Allí permaneció unos veinte días y nombró un gobierno provisional, mientras que una dieta debía reunirse en Varsovia para ocuparse en reconstituir Polonia. Después continuó la persecución del ejército ruso.

Al segundo día de marcha se inquietó un poco al observar el sistema defensivo adoptado por Alejandro. Los rusos habían destruido todo en su retirada, mieses, castillos y cabañas; y un ejército de quinientos mil hombres avanzaba por los desiertos que no habían podido proporcionar alimento suficiente en otro tiempo a Carlos XII y a sus veinte mil suecos. Desde el Niemen al Willia se marchó a la luz de los incendios, pisoteando cadáveres, escombros y ruinas. En los últimos días de julio, el ejército llegó a Vitepsk, asombrado ya de una guerra que no se parecía a ninguna otra, en la cual no se encontraban enemigos, y en la que parecía que tan solo se luchaba contra un espíritu de la destrucción. El mismo Napoleón, estupefacto ante aquel plan de campaña que no pudo imaginar en sus previsiones, no veía ante sí más que desiertos infinitos. Al menos necesitaría un año para llegar al fin, y cada etapa que hacía le alejaba de más y más Francia, de sus aliados y de todos sus recursos. Al llegar a Vitepsk, se dejó caer agobiado en un sillón, y envió a llamar al conde Daru.

—Me quedo aquí —dijo—. Quiero reflexionar y dar algún descanso a mi ejército, para organizar después Polonia. La campaña de 1812 ha terminado; la de 1813 hará lo demás. En cuanto a vos, caballero, encargaos de mantenernos con vida aquí, pues no haremos la locura de Carlos XII. —Luego dirigiéndose a Murat, añadió—: Plantemos nuestras águilas aquí. En 1813 estaremos en Moscú, y en 1814 en San Petersburgo: la guerra de Rusia es una guerra de tres años.

Ésta era la resolución que, al parecer, había tomado, pero no podía evitar una molesta sensación de temor por esa inactividad. Poco dura ésta: Alejandro adelanta ficha y los rusos, que hasta entonces se habían escapado como si fuesen fantasmas, se dejan ver. Despertando del letargo como un jugador al ruido del oro, Napoleón no puede contenerse y se lanza en su persecución. El 14 de agosto los alcanza y los bate en Krasnoi; el 18 los expulsa de Smolensko, entregando esta ciudad a las llamas, y el 30, se apodera de Viazma, donde encuentra todos los almacenes destruidos. Desde que ha puesto el pie en territorio ruso, todas las señales apuntan a una gran guerra nacional.

Napoleón recibe en aquella ciudad la noticia de que el ejército ruso ha cambiado de jefe y se dispone a librar batalla en una posición atrincherada apresuradamente. El emperador Alejandro, cediendo a la voz pública, que atribuye los desastres de la guerra a la mala elección de sus generales, acaba de nombrar para el mando supremo al general Kutúzov, vencedor de los turcos. Si daban crédito a la voz pública, el prusiano Pfuhl ha sido causa de las primeras desgracias de la campaña, y el extranjero Barclay de Toly, sospechoso para los moscovitas puros por su pertinaz y nocivo sistema de retiradas, ha sido el causante de la situación. En una guerra nacional se necesita un ruso para salvar la patria y todos están de acuerdo, desde el Zar hasta el último siervo, en que el vencedor de Roudschouk y el negociador de Bucarest son los únicos capaces de salvar a Rusia. Por otra parte, el nuevo general, convencido de que para conservar su popularidad en el ejército y en la nación debe librar una batalla antes de permitir a los franceses llegar a Moscú, ha resuelto afianzar la posición que ocupa, cerca de Borodino, donde se le agregan, el 4 de septiembre, diez mil milicianos de Moscú, apenas organizados.

El mismo día, Murat alcanza entre Gjatz y Borodino al general Konovitzine, encargado por Kutúzov de mantenerse en una vasta meseta protegida por un barranco. Konovitzine obedece estrictamente la orden dada, conservando su posición hasta que fuerzas que le duplican le impelen o más bien le hacen retroceder. Se siguen sus huellas sangrientas hasta el convento fortificado de Kolostkoi. Aquí trata de resistir un instante pero flanqueado por todas partes, le es forzoso continuar la retirada sobre Golovino sin mirar atrás. La vanguardia francesa sale de este pueblo confundida con los movimientos de la retaguardia rusa. En aquel momento se presenta Napoleón a caballo y desde la altura en la que se posiciona domina toda la llanura: los pueblos están saqueados, los centenos destruidos y los bosques llenos de cosacos. Todo indica que la llanura que se extiende delante de él ha sido elegida por Kutúzov para su campo de batalla. Detrás de esta primera línea hay tres pueblos en la extensión de una legua; en sus intervalos, cortados por barrancos y con numerosos boscajes, miles de hombres hormiguean en la lejanía; todo el ejército ruso se encuentra allí esperando al enemigo, y la prueba es que se ha mandado construir un reducto delante de su izquierda, cerca del pueblo de Schvardino.

Napoleón abarca todo el horizonte de una ojeada, siguiendo en el espacio de algunas leguas las dos orillas del Kalouga, sabe que este río forma un ángulo a la izquierda y aunque no ve las cimas que le obligan a esta desviación, las adivina, comprendiendo que allí están las principales posiciones del ejército ruso. Pero el río, protegiendo la extrema derecha del enemigo, deja al descubierto su centro y su izquierda: solamente por este punto es vulnerable y por consiguiente, por aquí se le debe atacar.

Lo más importante es destruir el reducto que protege su izquierda como una obra avanzada. Desde allí, se podrá reconocer mejor su posición. El general Compáns recibe orden de tomar el reducto: tres veces se apodera de él y otras tantas es rechazado, pero a la cuarta, al fin, entra y se establece definitivamente.

Desde allí, Napoleón puede ver las aproximadamente dos terceras partes de la extensión del campo de batalla donde ha de maniobrar.

El resto del día 5 lo emplea en observaciones respectivas: por ambas partes se prepara una batalla homérica. Los rusos dedican este tiempo a las pompas del culto griego, e invocan por sus cantos el auxilio poderoso del venerado santo Nievsky. Los franceses, acostumbrados al «Te Deum» y no a las oraciones, llaman a todos sus compañeros destacados, estrechan sus masas, preparan sus armas, y disponen sus parques. Por ambas partes las fuerzas numéricas son equivalentes: los rusos tienen ciento treinta mil hombres y los franceses ciento veinticinco mil.

El Emperador acampa detrás del ejército de Italia, a la izquierda del camino real. La guardia veterana se forma en cuadro alrededor de su tienda y se encienden los fuegos. Mientras que los de los rusos forman un semicírculo vasto y regular, los de los franceses son débiles, desiguales y sin orden. No se ha especificado aún las posiciones de los diferentes cuerpos y falta leña. Durante toda la noche ha caído una lluvia menuda y fina que indica la llegada del otoño. Napoleón manda despertar once veces al príncipe de Neuchatel para dar órdenes y preguntar si el enemigo parece dispuesto a mantener posiciones: se ha despertado varias veces sobresaltado por el temor de que los rusos se le escapen, creyendo oír rumores de marcha. Pero todo temor es injustificado pues la claridad del día eclipsa el resplandor de las tiendas enemigas.

A las tres de la madrugada, Napoleón cabalga, y perdido en el crepúsculo con una ligera escolta, rodea a la distancia de medio tiro de cañón toda la línea enemiga.

Los rusos coronan todas las crestas, están a caballo en el camino de Moscú y en el barranco de Gorka, en cuyo fondo se desliza un arroyuelo y otras fuerzas se hallan encerradas entre el antiguo camino de Smolensko y el Moscova. Barclay de Tolly, con tres cuerpos de infantería y uno de caballería, forma la derecha, desde el gran reducto bastión hasta el Moscova; Bagration forma la izquierda, con el séptimo y octavo cuerpo, desde el gran reducto hasta el bosque que se extiende entre Semenofskoe y Oustiza.

Por fuerte que fuese esta posición, era defectuosa, debido a la poca táctica del general Benigsen, que desempeñaba las funciones de mayor general del ejército y que había fijado toda su atención en la derecha, defendida por el terreno, descuidando la izquierda, a pesar de que era la parte débil. Es cierto que estaba protegida por tres reductos, mas entre estos y el antiguo camino de Moscú quedaba un espacio de quinientas toesas guarnecido solamente con alguna infantería.

He aquí lo que Napoleón hará:

Con su extrema derecha, mandada por Poniatovsky, ganará el camino de Moscú, para dividir el ejército en dos y mientras que Ney, Davoust y Eugène detendrán la izquierda, él rechazará a todo el centro y la derecha hasta el Moscova. Es la misma disposición que en Priedland, sólo que allí el río estaba a espaldas del enemigo, cortándole toda retirada, mientras que aquí, el Moscova flanquea su derecha y tiene tras sí un terreno favorable si quiere retirarse.

Este plan de batalla sufrió una modificación durante el día: ya no es Bernadotte, sino Eugène quien atacará el centro: Poniatovsky, con toda su caballería, se deslizará entre el bosque y el camino grande, atacando después la extremidad del ala izquierda; mientras que Davoust y Ney abordarán de frente; Poniatovsky recibe a tal efecto, además de su caballería, dos divisiones del cuerpo de Davoust. Esta disminución de una parte de sus tropas pone en el colmo del mal humor al mariscal, que había propuesto un plan infalible que fue rechazado sin explicación. Este plan consistía en dar vuelta a la posición antes de atacar los reductos y situarse perpendicularmente sobre la extremidad del enemigo. La maniobra era buena pero aventurada, porque los rusos, al verse cortados y sin salida en caso de una derrota, podían abandonar por la noche su campamento, tomando el camino de Mojaisk con lo que no encontraría al día siguiente más que una llanura desierta y reductos vacíos. Esto era lo que Napoleón temía tanto como una derrota.

A las tres sale por segunda vez a caballo para asegurarse de que nada se ha movido en el tablero. Llega a las alturas de Borodino y, anteojo en mano, retoma sus observaciones Aunque le acompañan pocas personas muy pronto es reconocido. Un cañonazo, el único que se había disparado en todo el día, sale disparado de las líneas rusas y la bala rebota a pocos pasos del Emperador.

A las cuatro y media, Napoleón retorna a su campamento, donde encuentra a M. de Beausset, que le entrega cartas de María Luisa y el retrato del rey de Roma, por Gerard: el retrato está expuesto delante de la tienda y alrededor de él se forman un círculo de mariscales, de generales y de oficiales.

—Retirad ese retrato —dice Napoleón—; es demasiado pronto para enseñarlo en un campo de batalla.

De vuelta a su tienda, Napoleón dicta las órdenes siguientes:

Durante la noche se construirán dos reductos frente a los que el enemigo ha levantado y que fueron descubiertos durante el día.

El reducto de la izquierda se armará con cuarenta y dos cañones, y el de la derecha con setenta y dos.

Al romper el día, el reducto de la derecha abrirá fuego y el de la izquierda comenzará apenas oiga los disparos.

El Virrey enviará entonces a la llanura una fuerza considerable de tiradores para hacer un fuego de fusilería bien nutrido.

El tercer cuerpo y el octavo, a las órdenes del mariscal Ney, enviarán también algunos tiradores de avanzada.

El príncipe de Ekmuhl quedará en su posición.

El príncipe Poniatovski, con el quinto cuerpo, se pondrá en marcha antes de amanecer para flanquear la izquierda enemiga antes de las seis de la mañana.

Una vez comience la acción, el Emperador dará sus órdenes según lo exija el caso.

Acordado este plan, Napoleón dispone sus fuerzas de modo que no llamen demasiado la atención del enemigo. Cada cual recibe sus instrucciones, se levantan los reductos, la artillería toma posición y al romper el día, ciento veinte cañones acribillan a balazos las obras defensivas que la derecha está encargada de tomar.

Apenas puede Napoleón dormir una hora. A cada instante envía a preguntar si el enemigo permanece en su posición. Varios movimientos que ejecutan los rusos le hacen creer dos o tres veces que se retiran, pero no es así, los rusos no hacen más que reparar la falta que le ha servido a Napoleón para trazar su plan de batalla, llevando a su izquierda todo el cuerpo de Touczkof, que guarnece todos los puntos débiles.

A las cuatro, Rapp entra en la tienda del Emperador y le encuentra con la frente apoyada las manos; pero muy pronto levanta la cabeza.

—Y bien, Rapp, ¿qué tenemos? —le pregunta.

—Señor, no se mueven de allí.

—¡Será una batalla terrible!… ¿Confiáis en la victoria, Rapp?

—Sí, señor; pero será una victoria sangrienta.

—Ya lo sé —replica Napoleón—, pero tengo ochenta mil hombres. Puedo permitirme perder veinte mil, y entrar con sesenta mil en Moscú. Los rezagados se agregarán a nosotros, así como también los batallones de marcha, y seremos más fuertes que antes de la batalla.

En estas cifras Napoleón no contaba ni con su guardia ni con su caballería. Está decidido a alcanzar la victoria sin su auxilio, y todo será cuestión de artillería.

En aquel momento resuenan los gritos de «¡Viva el Emperador!» que se corren por toda la línea debido a que en los primeros albores del día se acababa de leer a los soldados la siguiente proclama, una de las más hermosas, de las más francas y concisas de Napoleón:

Soldados:

He aquí la batalla que tanto habéis ansiado. Ahora, la victoria no dependerá más que de vosotros. La necesitamos porque traerá abundancia, asegurándoos buenos cuarteles de invierno y un pronto regreso a la patria. Sed los hombres de Austerlitz, de Friendland, de Vitespk y de Smolensko y que la más remota posteridad diga al hablar de nosotros: «¡Tomó parte en la gran batalla bajo los muros de Moscú!».

Apenas han cesado los gritos, cuando Ney, siempre impaciente, pide permiso para comenzar el ataque. Todos toman al punto las armas. Cada cual se prepara para esa gran escena que debe decidir de la suerte de Europa y los ayudantes de campo parten como flechas en todas direcciones.

Compans, que tan bien ha preludiado la antevíspera, se deslizará a lo largo del bosque, comenzando la lucha por la toma del reducto que defiende la extrema izquierda de los rusos y Davoust le secundará, avanzando a cubierto por el mismo bosque, mientras que la división Friant aguarda a modo de reserva. Apenas Davoust se haga dueño del reducto, Ney avanzará, escalonando sus fuerzas para apoderarse de Semenofskoe. Sus divisiones han sufrido mucho en Valoutina y apenas cuentan con quince mil combatientes, pero diez mil Westfalianos deberán reforzarlas para formar la segunda línea, mientras que la guardia joven y la veterana formarán la tercera y la cuarta. Murat dividirá su caballería. A la izquierda de Ney, frente al centro enemigo, se situará el cuerpo de Montbrun. Nansouti y Latour-Maubourg deberán colocarse de modo que puedan seguir los movimientos de nuestra derecha. Por último, Grouchy secundará al Virrey, que reforzado con las divisiones Morand y Gerard, tomadas por Davoust, comenzará a apoderarse de Borodino, dejará aquí la división Delzons y atravesando con las otras tres el Kalouga por los tres puentes improvisados durante la mañana, atacará el gran reducto del centro, situado en la orilla derecha. Media hora bastará para llevar a cabo todas estas órdenes.

Son las cinco y media de la mañana, el reducto de la derecha rompe el fuego, el de la izquierda le contesta, y todo se agita, todo se mueve y marcha hacia delante.

Davoust se precipita con sus dos divisiones: la izquierda de Eugène, compuesta por la brigada Plausonne, que debía permanecer en observación limitándose a ocupar Borodino, se deja llevar por el furor de la batalla a pesar de los gritos de su general, franquea el pueblo y llega a la alturas de Gorky, donde los rusos les reciben con un fuego de frente y de flanco. Entonces el regimiento 92º acude por su propio impulso en auxilio del 106º, recoge los restos aún servibles y los trae; pero la mitad de las fuerzas han quedado aniquiladas y también ha muerto su general.

En ese momento, Napoleón, juzgando que Poniarovsky había tenido tiempo de efectuar su maniobra, envía a Davoust al primer reducto: las divisiones Compans y Desaix le siguen, posicionando treinta cañones ante ellas. Toda la línea enemiga se incendia como un reguero de pólvora.

La infantería avanza sin disparar, apresurándose a llegar a la posición del fuego del enemigo a fin de aplacarlo. Compans cae herido; Rapp acude para sustituirle y se lanza a la carrera con la bayoneta delante; mas en el momento en que pisa el reducto le alcanza una bala y ésta es su vigésima segunda herida. Desaix le reemplaza y cae a su vez. El caballo de Davoust quedó muerto de un balazo; el príncipe de Ekmuhl rueda por el cieno y se le cree muerto; pero se levanta y vuelve a montar a caballo. No ha recibido más que una contusión.

Rapp ordena que le lleven en presencia del Emperador.

—Y bien, Rapp —le dice Napoleón—, ¿otra vez herido?

—Siempre, señor; V. M. sabe muy bien que es costumbre en mí.

—¿Qué hacen por allí las tropas?

—Maravillas, pero se necesitaría a la guardia para liquidar del todo a los rusos.

—Me guardaré muy bien de usarla —contesta Napoleón con un movimiento que se asemeja al espanto—; no quiero que me la destruyan. Ganaré la batalla sin su auxilio.

Entonces Ney, con sus tres divisiones, se lanza a la llanura y avanzando por escalones, se dirige, a la cabeza de la división Ledrú, contra aquel reducto fatal que ha dejado ya a la división Compans viuda de sus tres generales: entra por la izquierda, mientras que los valientes que han comenzado el ataque escalan por la derecha.

Ney y Murat envían la división Razout contra los otros dos reductos y ya está a punto de tomarlos, cuando es atacada por los terribles coraceros rusos. Tras un momento de caos e incertidumbre, la infantería se detiene, aunque sin retroceder. La caballería de Bruyère llega en su auxilio y los coraceros rusos son rechazados, Murat y Razout atacan denodadamente y los atrincheramientos son ya suyos.

Dos horas se han empleado en estos ataques. Napoleón se espanta al no oír el cañón de Poniatovsky y de no ver movimiento alguno que anuncie en el enemigo un cambio de posición. Durante este tiempo, Kutúzov, que ha podido descubrir fácilmente las considerables fuerzas dispuestas a caer sobre su izquierda, ha separado de los demás el cuerpo de Vagavout, y la dirige a Oustiza, penetrando la otra en el bosque. En aquel momento, Poniatovsky vuelve sin haber podido encontrar paso alguno por el bosque y Napoleón le envía a formar con la extrema derecha de Davoust.

Finalmente, la izquierda de la línea rusa queda rota al fin y la llanura abierta para los franceses: los tres reductos son de Ney, de Murat y de Davoust; pero Bagration continúa manteniendo una actitud amenazadora y recibe un refuerzo tras otro; de modo que es preciso apresurarse hasta llegar detrás del barranco de Semenofskoe, pues de lo contrario podrá tomar de nuevo la ofensiva. Acto seguido se envía a los reductos toda la artillería disponible y se apoya el movimiento. Ney se precipita hacia delante seguido de quince o veinte mil hombres.

En vez de esperarle, Bagration, que teme ser rechazado por el choque, se lanza a la cabeza de su línea y los rusos avanzan con las bayonetas bajas. Los dos cuerpos de ejército se encuentran y se desata una titánica lucha cuerpo a cuerpo: es un duelo entre cuarenta mil hombres. Bagration es herido gravemente y los rusos, sin dirección durante un instante, comienzan a moverse como para emprender una retirada. Pero de repente Konovnitzie toma el mando, vuelve a reunir las fuerzas detrás del barranco de Semenofskoe y, protegido por una artillería bien situada, contiene el impulso de las columnas francesas. Murat y Ney, rendidos de fatiga por el esfuerzo sobrehumano, piden refuerzos a Napoleón. El Emperador manda a la joven guardia avanzar y esta se pone en movimiento, pero casi en el mismo instante, fijando la vista en Borodino y al ver algunos regimientos de Eugène rechazados por la caballería de Ouvarov, juzga que todas las fuerzas del Virrey se baten en retirada, y ordena a la guardia joven detenerse. En su lugar envía a Ney y Murat todos los cañones de reserva, y un centenar de ellos salen a toda velocidad para tomar posición en las alturas conquistadas.

He aquí lo que había sucedido con las tropas de Eugène. Después de estar en suspenso una hora por el combate de la brigada Plausonne, el Virrey ha cruzado el Kalouga por los cuatro puentecillos que los ingenieros han echado, y apenas llegan a la otra orilla se apresuran a tomar la derecha para tomar el gran reducto situado entre Borodino y Semenofskoe, que cubre el centro del enemigo. La división Morand llega la primera a la meseta, envía el regimiento 30º sobre el reducto, y avanza en columnas compactas para apoyarle. Los que las forman son antiguos veteranos, tan serenos ante el fuego como en el paso de revista. Estos guerreros se adelantan con el arma al brazo y sin disparar un solo tiro penetran en el reducto, a pesar del fuego terrible que cae sobre ellos de la primera línea de Paschevitch. Pero este ha previsto la jugada y se precipita con la segunda línea sobre los flancos de la columna, mientras que Yermolof avanza con una brigada de los guardias para apoyarle. Al ver el socorro que llega, la primera línea vuelve la espalda; la división Mourand queda atrapada en un triángulo de fuego y retrocede, dejando en el reducto al general Bonami, que ha caído y una mitad del regimiento 30º que cae a su alrededor. En este momento es cuando Napoleón ha visto algunos regimientos cruzar el

Kalouga y creyendo que el enemigo amenaza su línea de retirada, ha retenido su guardia joven.

Sin embargo, Kutúzov sabe aprovecharse del momento de vacilación de Ney y en Murat y mientras que estos se esfuerzan para conservar sus posiciones, el general enemigo llama en auxilio de su izquierda todas sus reservas, incluida la guardia rusa. Gracias a todos estos refuerzos, Konovnitzine, que ha remplazado a Bagration, por estar herido, consigue reforzar su línea. Su derecha se apoya en el gran reducto atacado por Eugène y su izquierda linda con los bosques. Cincuenta mil hombres, como en una masa compacta, se ponen apresuradamente en movimiento para obligar a los franceses a retroceder. Su artillería retumba, acompañada del fuego de fusilería, las balas destrozan las filas francesas, los soldados de Priant, que están en primera línea, reciben una granizada de metralla, vacilan y se turban y un coronel ordena la retirada. Pero Murat, que anda por todas partes y se halla detrás de él, le detiene, le coge por el cuello y mirándole cara a cara, exclama:

—¿Qué hacéis?

—Es evidente que no podemos resistir aquí —contesta el coronel mostrándole la tierra cubierta de muertos y heridos.

—¿Eh? Pues yo me quedo aquí —contesta Murat.

—Si así lo desea, vos es muy justo —dijo el coronel—. ¡Soldados, adelante hasta que nos maten!

Y vuelven a ocupar la misma posición con su regimiento, sufriendo la metralla con un valor sobrehumano.

En aquel instante nuestros reductos se ensanchan: ochenta cañones de refresco rompen fuego a la vez, el auxilio que Murat y Ney esperaban ha llegado, diferente del que esperaban, pero no menos terrible.

Sin embargo, las masas compactas del enemigo, puestas en movimiento, siguen avanzando a pesar de que nuestras balas abren profundos boquetes en sus filas. Pero nada les detiene. No obstante, a los proyectiles le sigue la metralla y atrapados en este huracán de hierro, los rusos tratan de reordenarse, a pesar de que la lluvia mortal se recrudece. Se acaban deteniendo sin atreverse a dar un paso más, pero también se resisten a retroceder. Todo se precipita: las tropas o no oyen las órdenes de sus generales, o estos, incapaces de maniobrar con tan considerables cuerpos de ejército, pierden la cabeza. Como quiera que sea, allí permanecen cuarenta mil hombres bajo el fuego cruzado durante dos horas: es una matanza espantosa, una carnicería sin fin. De pronto Ney y a Murat avisan que las municiones se están agotando. Los vencedores son los que primero se cansan.

Ney se precipita hacia delante, extendiendo su línea derecha para flanquear la izquierda del enemigo: Murat y Davoust secundan el movimiento, las bayonetas y los fusiles destruyen lo que ha escapado de la artillería y la izquierda del ejército ruso queda aniquilada. Los vencedores, llamando a gritos a la guardia, se vuelven hacia el centro, y acuden en socorro de Eugène: todo se prepara para el ataque del gran reducto.

Montbrun, cuyas fuerzas están situadas frente al centro enemigo, marcha contra él a paso de carga, pero apenas ha recorrido la cuarta parte del camino, cuando una bala de cañón le parte en dos. Caulaincourt le reemplaza, poniéndose a la cabeza del quinto de coraceros y se precipita contra el reducto, al mismo tiempo que las divisiones Morand, Gerard y Bourcier, sostenidas por las legiones del Vístula, le atacan por tres lados a la vez. En el momento de penetrar, Caulaincourt cae mortalmente herido. Su intrépido regimiento, destrozado por el fuego de la infantería de Ostermann y de la guardia rusa, situadas detrás de la obra defensiva, se ve obligado a retroceder, y corre a formarse de nuevo bajo la protección de las columnas francesas. Pero enseguida, Eugène ataca a su vez, a la cabeza de sus tres divisiones, se apodera del reducto, haciendo preso al general Lichatschefs. Conseguido esto, envía las fuerzas de Grouchy contra el resto de los batallones de Doctorov; los caballeros guardias y la guardia rusa avanzan al encuentro de nuestras tropas y Grouchy se ve obligado a practicar un movimiento retrógrado; pero con esto ha dado tiempo a Belliard para reunir treinta cañones, que se han puesto ya en batería en el reducto.

Los rusos vuelven a rehacerse con la misma tenacidad que antes: sus jefes los hacen avanzar y acercarse en columnas compactas para recobrar el reducto que tan caro han pagado los franceses. Eugène los deja aproximarse a tiro de fusil, y después descubre sus treinta cañones, que abren fuego todos a la vez: los rusos se arremolinan sin orden durante un instante, pero se reforman de nuevo, y esta vez se acercan hasta casi tocar las bocas de las piezas, que los destrozan con su fuego: Eugène, Murat y Ney envían continuas misivas a Napoleón, pidiendo a gritos la guardia, porque el ejército ruso quedará destruido del todo si Napoleón los apoya; Belliard, Daru y Berthier se unen al ruego.

—¿Y si hay una segunda batalla —pregunta el Emperador—, con qué me sostendré?

La victoria y el campo de batalla son franceses, pero no pueden perseguir al enemigo, que se retira bajo una lluvia de fuego sin dejar de responder a él. Muy pronto se detiene y se atrinchera en una segunda posición.

Entonces Napoleón monta a caballo, avanza hacia Semenofskoe, visita todo el campo de batalla adonde llega de vez en cuando alguna bala perdida; y al fin, llama a Portier y le ordena que haga avanzar la guardia joven, pero sin pasar del nuevo barranco que la separa del enemigo. Después vuelve a su tienda.

A las diez de la noche, Murat, que se bate desde la seis de la mañana, acude para anunciar que el enemigo cruza en desorden el Moscova y que escapará irremediablemente de nuevo. Pide otra vez apoyo de aquella guardia que no ha combatido en todo el día y se compromete a sorprender a los rusos y rematarlos, pero también esta vez, como las otras, Napoleón rehúsa y deja escapar aquel ejército que tanto anhelaba alcanzar. Al día siguiente los rusos habían desaparecido del todo, dejando a Napoleón dueño del más horrible campo de batalla que jamás existió: ¡sesenta mil hombres!, de los que una tercera parte eran franceses, estaban tendidos en la tierra. El enemigo había eliminado nueve generales y herido a treinta y cuatro, y las pérdidas eran inmensas, sin resultados que las compensasen.

Con fecha de 14 de septiembre, el ejército victorioso entró en Moscú.

En aquella guerra todo debía ser sombrío, hasta los triunfos. El ejército francés se había acostumbrado a entrar en capitales y no en necrópolis y Moscú parecía una inmensa tumba: por todas partes desierta y silenciosa. Napoleón se alojó en el Kremlin, mientras que el ejército se dispersó por la ciudad. Después llegó la noche, y en mitad de ella Napoleón se despertó al grito de «¡Fuego!». Rojizos resplandores penetraban hasta su lecho y corrió a la ventana: Moscú entero estaba ardiendo. ¡Eróstrato sublime, Rostopchine había inmortalizado su nombre salvando a la vez su país!

Fue forzoso escapar de aquel océano de llamas que crecía como una marea. El 16, Napoleón, rodeado de ruinas, envuelto por un incendio infinito, tuvo que salir del Kremlin y retirarse al palacio de Peteroskoi. Aquí empieza su lucha con sus generales, que le aconsejan que se ponga a salvo mientras aún está a tiempo y abandone su fatal conquista. Al oír este tipo de consejo, extraño, inusitado para él, vacila y vuelve alternativamente su mirada hacia París y San Petersburgo: ciento cincuenta leguas de frente solamente le separan de esta última ciudad y ochocientas atrás de la primera. Marchar sobre San Petersburgo es demostrar su victoria al mundo mientras que retroceder a París sería confesar su derrota.

Entretanto el terrible invierno ruso llega, que no aconseja, sino que ordena. Los días 15, 16, 17 y 18 de octubre se envían los enfermos a Mojaisk y Smolensko. El 22, Napoleón sale de Moscú. Por espacio de once días se verifica la retirada sin grandes desastres, pero el 7 de noviembre el termómetro baja de pronto de 5 a 18 grados bajo cero. El día 29, el boletín con fecha del 14 lleva a París la noticia de los inauditos desastres a los cuales no darían crédito los franceses si no fuese el mismo Emperador quien se los contara.

Desde aquel día todo deriva en un continuo desastre que igualaba a las más grandes victorias conseguidas hasta ahora. Es Cambises sepultado entre las arenas del desierto de Ammón, es Jerjes repasando el Helesponto en una barca, es Varrón llevando a Roma las reliquias del ejército de Cannas. De los setenta mil jinetes que han cruzado el Niémen, apenas se pueden formar cuatro compañías de ciento cincuenta hombres cada una para servir de escolta a Napoleón. Es el batallón sagrado, en el que los oficiales ocupan el puesto de simples soldados, los coroneles el de subalternos y los generales el de capitanes. Hay un mariscal por coronel, un rey por general y el depósito que le está confiado, el paladión que defienden, es el Emperador.

En cuanto al resto del ejército, ¿queréis saber qué fue de él? ¿Qué hacen en mitad de aquellas infinitas estepas inundadas? ¿A dónde se dirigen estos hombres envueltos entre un cielo que no deja de nevar y que pesa sobre sus cabezas, y lagos congelados en los que se hunden las plantas de sus pies?

Generales, oficiales y soldados; todos estaban medio desnudos y marchaban confundidos. La situación límite en la que se hallaban había borrado las clases y las categorías: caballería, artillería, infantería, etc. Todo andaba revuelto.

La mayoría llevaban a la espalda unas alforjas llenas de harina y al costado un jarro atado con una cuerda; otros de las bridas no arrastraban caballos, sino sombras de caballos, que iban cargados con los utensilios de cocina y con escasas e insuficientes provisiones.

Los mismos caballos transportaban parte de esas provisiones teniendo la ventaja de que no tenían que ser transportadas: cuando sucumbía alguno servía de alimento a sus amos. No se esperaba a que hubiesen expirado para descuartizarlos. Apenas caían, se echaban los famélicos soldados encima de ellos y se apresuraban a aprovechar todas las partes carnosas.

La mayor parte de los cuerpos del ejército estaban disueltos y se habían ido formado un puñado de pequeñas agrupaciones compuestas de entre ocho a diez individuos que se reunían para marchar juntos, y cuyos recursos servían para todos.

Muchas de estas agrupaciones tenían un caballo para llevar sus equipajes, los chismes de cocina y las provisiones, o bien cada uno de sus individuos iba provisto de un mortal destinado a este uso.

Esas pequeñas comunidades cerradas, enteramente separadas de la masa general, tenían una forma de actuar y sobrevivir aislada del resto, y rechazaban en su seno a todo extraño ajeno a ellos. Todos los individuos de la familia marchaban como pegados, por decirlo de alguna forma, cuidando mucho de no dividirse en medio de la muchedumbre. ¡Desgraciado de aquel que perdía su corporación! Pues en ninguna otra parte encontraba luego quien se tomara por él el menor interés ni quien le prestara el auxilio más insignificante. Donde iba, lo maltrataban y perseguían con dureza; se le arrojaba despiadadamente de todos los sitios en que quería refugiarse, e incluso le acometían cuando había conseguido ya reunirse con los suyos. Napoleón vio pasar ante sus ojos esa masa, verdaderamente increíble, de hombres fugitivos y desorganizados.

Es difícil imaginar a estos cien mil desdichados, todos con un morral a la espalda y apoyando su paso en largos palos, cubiertos grotescamente de andrajos, llenos de parásitos y sufriendo los horrores del hambre. Y a esos atavíos, indicio de la miseria más espantosa, añádase además las fisonomías más descompuestas por el sufrimiento de todos estos males. Eran hombres pálidos, cubiertos de tierra de las tiendas, ennegrecidos por el humo, con la barba larga y sucia. Si se intenta representar la escena sólo se conseguirá una débil idea, un esbozo del cuadro que presentaba el ejército.

Caminaban penosamente, abandonados a ellos mismos, en medio de las nieves, por caminos sin trazar a través de desiertos y de inmensos pinares.

Algunos infelices, en un estado de absoluta desesperación, minados hacía largo tiempo por las enfermedades, sucumbían bajo el peso de sus males, y expiraban al fin sufriendo inefables tormentos. Se lanzaban con furor sobre aquel desesperado que sospecharan que llevaba provisiones, y se las arrebataban a pesar de su porfiada resistencia y de sus horribles juramentos.

Pareciera que estuvieran atravesando el infierno. Por un lado, se oía el ruido que producían los cadáveres, ya mutilados, al triturarlos los caballos con sus patas o las ruedas de los carros; por otro, los gritos y los gemidos de las víctimas a quienes habían faltado las fuerzas, y que, tendidas en el camino y luchando desesperadamente con la más espantosa agonía, no paraban de gemir esperando la muerte.

Más lejos, se veían grupos reunidos alrededor del cadáver de un caballo, luchando entre sí para disputarse sus trozos; y mientras unos cortaban las partes carnosas exteriores, otros se metían hasta la cintura en las entrañas para arrancar el corazón y el hígado.

Dondequiera que se mirase sólo se podía ver caras siniestras, aterradas, mutiladas por la congelación; esto es, la consternación, el dolor, el hambre, la muerte…

Para soportar estas espantosas calamidades que pesaban sobre sus cabezas, era menester estar dotado de una fortaleza inusual y a prueba de bombas. Era indispensable ser un tipo de hombre cuya fuerza moral creciese a medida que las circunstancias se hacían más peligrosas. Dejarse afectar por la visión de las escenas deplorables de las que uno era testigo, equivalía a condenarse a sí mismo: había que cerrar el corazón a todo sentimiento de piedad. Los que fueron bastante aguerridos como para encontrar dentro de sí mismos la suficiente fuerza de reacción para resistir tantos males, hicieron gala de la más fría insensibilidad y de la entereza más imperturbable.

En medio de los horrores que les rodeaban, se les veía serenos e intrépidos, soportado las vicisitudes, arrostrando todos los peligros, y a fuerza de ver la muerte presentarse ante ellos bajo las más asquerosas formas, se acostumbraban, por decirlo de algún modo a contemplarla sin temor ninguno.

Ajenos a los gritos de dolor que de todas partes amartillaban sus oídos, si algún infortunado sucumbía en su presencia, volvían fríamente la vista, y sin sentir la menor emoción, proseguían su camino.

Así era como estas desgraciadas víctimas quedaban abandonadas en la nieve, levantándose de nuevo mientras tenían fuerza, cayendo luego insensiblemente, sin obtener de nadie una mera palabra de conmiseración, y sin que nadie se creyera obligado a prestarles el menor de los auxilio. Marchaban siempre con grandes pasos, silenciosos y cabizbajos y no se detenían hasta muy entrada la noche.

Muertos de cansancio y de necesidad, cada cual tenía que ocuparse entonces de buscar, ya no alojamiento, sino también un abrigo donde guarecerse de la aspereza de la brisa glacial, y todos se precipitaban hacia las casas, las granjas, los cobertizos y todas las construcciones que se pudieran encontrar a su paso. A los pocos instantes estaban tan amontonados en ellas, que ya no se podía entrar ni salir. Los que no podían penetrar, se instalaban fuera, detrás de los muros o cerca de ellos. Su primera preocupación consistía en proporcionarse leña y paja para dormir. Escalaban las casas para arrancar primero las techumbres, y luego si era menester quitar las vigas de los graneros, los tabiques, de modo que acababan por destruir el edificio, lo arrasaban por completo quitando el cobijo de los que en él se habían refugiado y que lo defendían con su vida. Si no mataban a aquellos que buscaban asilo en las cabañas y para los que no había espacio suficiente, corrían el riesgo de ser devorados por las llamas, pues con frecuencia, cuando no se podía entrar en las casas, se les pegaba fuego para hacer salir a cuantos allí había. Esto es lo que sucedía principalmente cuando los oficiales generales se apoderaban de ellas, tras haber expulsado a los primeros ocupantes.

Había, pues, que resignarse a vivaquear, y en lugar de cobijarse en las casas, se acostumbraron a derribarlas y a dispersar los materiales por los campos para construir abrigos aislados. Tan pronto como se conseguía esto, en cuanto lo permitía el terreno, se encendía fuego, y cada uno de los individuos de estas pequeñas corporaciones espontáneas se apresuraba a tomar parte en la preparación de la cena.

Mientras unos se ocupaban en preparar gachas, los otros amasaban galletas para cocerlas al rescoldo. Cada cual sacaba de su morral las lonjas de carne de caballo que había conservado, y las echaba sobre las brasas para asarlas.

Las gachas eran el alimento más frecuente y eran preparadas de una forma muy peculiar. Como era imposible proporcionarse agua, porque el hielo cubría todas las fuentes y todos los pantanos, se derretía en una marmita una gran cantidad de nieve para producir la de agua que se necesitaba. En esta agua, negra y cenagosa, se diluía enseguida una porción de harina, y se espesaba esta mezcla hasta darle la consistencia de una papilla. Enseguida se sazonaba con sal, o a falta de ella se echaban dos o tres cartuchos que, dándole el gusto de la pólvora, le quitaban su gran insipidez, y la teñían de un color oscuro, haciéndola parecer mucho a la menestra negra de los espartanos.

Mientras se preparaba una especie de sopa, se iba echando en las brasas carne de caballo, cortada en delgadas lonjas, que eran espolvoreadas de pólvora. Terminada la cena, cada cual se dormía en seguida, abrumado de fatiga de todo tipo de males, para volver empezar al día siguiente la dura jornada que les esperaba.

Al rayar el día, sin que ningún instrumento militar diese la señal de marcha, la masa entera levantaba espontáneamente sus tiendas y emprendía otra vez su movimiento.

De este modo transcurrieron veinte días, durante los cuales el ejército fue dejando en el camino un reguero de hasta doscientos mil hombres y quinientas piezas de cañón; que fue todo a parar al Berézina como un torrente a un precipicio.

El 5 de diciembre, mientras los restos del ejército agonizaban en Vilna, Napoleón, a instancias del rey de Nápoles, del virrey de Italia y de sus principales capitanes, partió en trineo desde Smorgoni a Francia. El frío llegaba entonces a 27 grados bajo cero.

El 18 por la noche, Napoleón se presentaba en un mal pertrechado carruaje en las puertas de las Tullerías. En un principio no quisieron abrirle: todo el mundo le creía aún en Vilna.

A los dos días, las grandes corporaciones del Estado acudieron a felicitarle por su llegada. El 12 de enero de 1813, un senado-consulto puso a disposición del ministro de la Guerra trescientos cincuenta mil reclutas. El 10 de marzo se supo la defección de Prusia. Por espacio de cuatro meses Francia entera fue una plaza de armas. El 15 de abril, Napoleón salía de nuevo de París, a la cabeza de nuevas y jóvenes legiones.

El 1 de mayo estaba en Lutzen listo para atacar al ejército combinado ruso y prusiano, con doscientos cincuenta mil hombres, doscientos mil de los cuales pertenecían a Francia, y los otros cincuenta mil eran sajones, bávaros, Westfalianos, Wurtembergueses y del gran ducado de Berg. El gigante, al que se creía batido, se había levantado de súbito: Anteo había mordido el polvo momentáneamente pero no estaba ni mucho menos derrotado.

Como de costumbre, sus primeros golpes fueron terribles y decisivos. Los ejércitos combinados dejaron en el campo de batalla de Lutzen quince mil hombres muertos o heridos, y en poder de los vencedores dos mil prisioneros. Los jóvenes reclutas se habían puesto desde el primer momento al nivel de las tropas veteranas. Napoleón se había expuesto como si fuera un subteniente.

Al siguiente día dirigió al ejército esta proclama:

Soldados:

Me siento muy orgulloso: habéis hecho cuanto esperaba de vosotros. La batalla de Lutzen figurará por encima de las de Austerlitz, Jena, Friedland y Moscú. En un solo día habéis frustrado todos los complots parricidas de vuestros enemigos. Atrojaremos a los tártaros a sus horrendos climas, de los que no deben salir, que se queden en sus desiertos de hielo, mansión de esclavitud, de barbarie y de corrupción en donde el hombre no tiene más remedio que estar relegado a la categoría de animal. Habéis merecido bien de la Europa civilizada. Soldados: Italia, Francia y Alemania os dan las gracias.

La victoria de Lutzen abrió de nuevo al rey de Sajonia las puertas de Dresde.

El 8 de mayo, el ejército francés penetró en la ciudad. El 9, el Emperador mandó construir un puente sobre el río Elba, ya que el anterior había sido destruido por los enemigos después de retirarse. El 20 alcanzó a las tropas enemigas y las venció en la posición atrincherada de Bautzen. El 21 continuó la victoria de la víspera, y en estos dos días, en las que Napoleón desarrolló las maniobras más sabias de estrategia, rusos y prusianos perdieron dieciocho mil hombres, muertos o heridos, y tres mil quedaron prisioneros.

Al otro día, en un desgraciado encuentro de retaguardia, el general Bruyére perdió las dos piernas y un mismo cañonazo mató a los generales Kirgener y Duroc.

El ejército combinado está en plena retirada. Ha atravesado el Neisse, el Queiss y el Bober. Es acorralado una vez más en el combate de Sprotteau, en el que Sebastiani le coge veintidós cañones, ochenta cajones y quinientos hombres. Napoleón le sigue pisándole los talones y no le da un momento de tregua. Sus campamentos de un día son usados de tiendas por los franceses al día siguiente.

El 29, el conde Schouvalov, ayudante de campo del emperador de Rusia y el general prusiano Kleist, se presentan en las avanzadas para pedir un armisticio.

El 30 se celebra una nueva conferencia en el castillo de Liegnitz, pero es infructuosa completamente.

Austria se debatía ante un nuevo cambio de alianza. Para permanecer neutral el mayor tiempo posible, se presentó a sí misma como mediadora y se la aceptó en calidad de tal. El resultado de la mediación fue un armisticio pactado en Pleisswitz el 4 de junio.

Enseguida se reunió un congreso en Praga para negociar la paz, que parecía a estas alturas imposible. Las potencias confederadas exigieron que el Imperio quedara limitado a sus fronteras del Rin, de los Alpes y del Mosa. Napoleón consideró estas pretensiones como un insulto y se rompieron las negociaciones. Austria pasó a la coalición y la guerra, que era lo único que podía terminar este gran proceso diplomático, empezó de nuevo.

Los adversarios marcharon de nuevo hacia el campo de batalla. Los franceses, con trescientos mil hombres, destacando los cuarenta mil de caballería, que ocupaban el corazón de la Sajonia a la orilla derecha del Elba; los soberanos aliados, con quinientos mil hombres, de los cuales cien mil eran de caballería, amenazaban al ejército francés desde tres direcciones: Berlín, Silesia y Bohemia. Napoleón, sin pararse a sopesar esta gran diferencia numérica, toma la ofensiva con su acostumbrada rapidez. Divide su ejército en tres grandes grupos: el primero lo envía hacia Berlín, donde debe operar contra los prusianos y los suecos, deja el segundo estacionado en Dresde, para observar al ejército ruso de Bohemia y él, marcha al frente de la tercera división que va contra Blücher, dejando una reserva en Littaw.

Alcanza a Blücher y le derrota; pero mientras está dando caza a su enemigo, llega a su conocimiento que ciento ochenta mil aliados están atacando a los sesenta mil franceses que ha dejado en Dresde, por lo que destaca de su cuerpo de ejército unos treinta y cinco mil hombres, y mientras le creen en persecución de Blücher, cae rápido y mortal sobre sus enemigos como un relámpago. El 29 de agosto los aliados atacan de nuevo Dresde y son rechazados. Al siguiente día vuelven a la carga con todos sus efectivos, pero sus masas están ya rotas, deshechas y aniquiladas. Todo este ejército, que combate a la vista de Alejandro, está a un instante de la destrucción total y no consigue salvarse sino dejando cuarenta mil hombres en el campo de batalla.

Es en esta batalla, donde una de las primeras balas de cañón dirigida por el mismo Napoleón, arranca de cuajo las dos piernas de Moreau. La reacción esperada finalmente llega: al día siguiente de esta terrible carnicería, un agente de Austria se presenta en Dresde, portador de proposiciones amistosas. Pero mientras se discuten las primeras negociaciones, Napoleón es informado de que el ejército de Silesia, al que él había encomendado la misión de seguir a Blücher, ha perdido veinticinco mil hombres, que el que marchaba sobre Berlín ha sido batido por Bernadotte y, finamente, que casi todo el cuerpo del general Vandamme, que estaba persiguiendo a los rusos y a los austriacos con una tercera parte de ejército que el de estos, ha sido rechazado por la fuerza enemiga, que ha descubierto la inferioridad numérica de su perseguidor.

Así, esa famosa creencia establecida a partir de 1814, de que Napoleón será vencedor donde quiera que se presente personalmente y vencido allí donde no esté en persona, comienza en 1813.

Al saberse estas noticias, quedan rotas las negociaciones.

Napoleón, apenas repuesto de una indisposición que se cree efecto de un envenenamiento, marcha al punto sobre Magdeburgo con la intención de avanzar hacia Berlín y apoderarse de ella bordeando el Elba por Wittemberg. Muchos cuerpos habían llegado ya a esta población, cuando una carta del rey de Wurtemberg anuncia que Baviera ha cambiado de bando y que sin declaración de guerra alguna ni previo aviso se han reunido los dos ejércitos, austriaco y bávaro, acantonados en el Inn. Ochenta mil hombres, a las órdenes del general Urede, dirigen su marcha hacia el Rin y Wurtemberg, siempre leal de corazón en su alianza, pero forzado por semejante ejército, se ha visto obligado a reunir allí su contingente. Dentro de quince días, cien mil hombres bloquearán Maguncia.

Austria ha dado un ejemplo de defección y muy pronto surgirán imitadores.

El plan de Napoleón y las disposiciones de fortalezas y almacenes, meditado por espacio de dos meses y para el cual todo estaba preparado, queda cambiado en una hora. En lugar de intentar empujar a los aliados entre el Elba y el Saale, maniobrando bajo la protección de las plazas de Torgau, Wittemberg, Magdeburgo y Hamburgo, y establecer la guerra entre el Elba y el Order, donde el ejército francés posee a Glaugau, Custrin y

Stettin, Napoleón decide replegarse sobre el Rin. Pero antes es preciso herir de muerte a los aliados y evitar cualquier intento de persecución en su retirada. Por eso, marcha contra ellos sorpresivamente en lugar de esquivarlos y el 16 de octubre chocan ambos ejércitos en Leipzig. Los franceses y los aliados se encuentran frente a frente, los primeros con ciento cincuenta y siete mil combatientes y seiscientos cañones; y los segundos con trescientos cincuenta mil hombres y el doble de artillería.

Aquel mismo día se combate ocho horas seguidas. El ejército francés se hace con la victoria, pero un esperado cuerpo de ejército que se aguarda de Dresde no acude para sentenciar la derrota de los enemigos. Los franceses, a pesar de ello, pernoctan en el campo de batalla.

El 17, los ejércitos de Rusia y Austria reciben un refuerzo. El 18, atacan de nuevo.

Durante cuatro horas se combate con ventaja francesa hasta que treinta mil sajones que ocupan una de las posiciones más importantes de la línea, de repente se pasan al enemigo y vuelven contra los franceses sesenta piezas de artillería. Todo parece perdido en aquella inaudita defección: la situación había dado un vuelco.

Napoleón en persona acude con la mitad de su guardia, ataca a los sajones, los hace retroceder, les quita una parte de su artillería y los abrasa con los cañones cargados por ellos mismos. Los aliados retroceden: en estas dos jornadas han perdido ciento cincuenta mil hombres de sus mejores tropas y aquella noche los franceses vuelven a dormir en el campo de batalla.

El cañón, siempre leal a Napoleón, si no ha establecido un completo equilibrio, ha hecho desaparecer por lo menos la gran desproporción. Todo parece favorable para la victoria francesa en una tercera batalla cuando Napoleón es informado de que no quedan en los parques más que dieciséis mil tiros, habiéndose disparado doscientos veinte mil durante las últimas batallas: la retirada es obligada. Se ha malogrado el resultado de dos victorias y se han sacrificado inútilmente cincuenta mil hombres.

A las dos de la mañana comienza el movimiento de retirada con dirección Leipzig. El ejército se retira por detrás del Elster para comunicarse con Etfurth, donde se guardan las municiones de las que carecen. Pero no logran retirarse tan furtivamente como para que el ejército aliado no lo sospeche, aunque tardan en darse cuenta porque se hallaban en posición de guardia esperando el ataque francés. Al rayar el día los aliados atacan la retaguardia y penetran en Leipzig. Los soldados franceses se revuelven, hacen frente al enemigo y defienden el terreno palmo a palmo para dar tiempo al ejército de pasar el único puente sobre el Elster por el cual se efectúa la retirada. De pronto suena una terrible detonación y saltan las alarmas: un sargento ha volado el puente sin haber recibido la orden de su jefe. Cuarenta mil franceses perseguidos por doscientos mil rusos y austriacos, quedan separados de su ejército por un río torrencial. Sólo queda rendirse o dejarse matar. Una parte de ellos se ahoga y la otra queda sepultada bajo los escombros del arrabal de Ranstadt.

El 20, el ejército francés llega a Weissenfels y se pasa por primera vez revista. El príncipe Poniatovski, los generales Vial, Dumoutier y Rochambeau se han ahogado o han perecido; el príncipe del Moscú, el duque de Ragur, los generales Souham, Compáns, La Tour-Maubourg y Friedrichs están heridos; el príncipe Emilio de Darmstadt, el conde de Hochberg, los generales Lauriston, Delmas, Rozniecky Krasinsky, Valory, Bertrand, Dorsenne, d’Etzko, Colomy, Bronikovsky, Sliwowitz, Mahlakovsky, Rautenstrauch y Stockhorn han caído prisioneros. Diez mil muertos, quince mil prisioneros, ciento cincuenta piezas de artillería y quinientos carros han sido la factura que han tenido que pagar en el Elster y en los arrabales de la ciudad.

Por lo que respecta a las tropas de la confederación que aún quedaban, han desertado en el trayecto de Leipzig a Weissenfels.

El ejército francés llega a Erfuth el 23, reducido a sus mínimas fuerzas, pues sólo cuenta ochenta mil hombres aproximadamente.

El 28, al llegar a Schluchtern, Napoleón tiene noticias sobre los movimientos del ejército austro-bávaro, que ha conseguido llegar al Mein a marchas forzadas.

El 30, el ejército francés lo encuentra formado en batalla delante de Hanau e interceptando el camino de Francfurt. No tiene más remedio que abrirse paso a través de él perdiendo seis mil hombres y cruza el Rin en los días 5, 6 y 7 de noviembre.

El 9, Napoleón está de regreso en París.

Allí se persiguen las defecciones, que como una plaga, desde el exterior van a extenderse al interior: después de Rusia, Alemania; después de Alemania, Italia; después de Italia, Francia.

La batalla de Hanau ha dado lugar a nuevas conferencias. El barón de Saint-Aignan, el príncipe de Metternich, el conde Nesselrode y Lord

Aberdeen se reúnen en Francfort. Napoleón conseguiría la paz abandonando la confederación del Rin, renunciando a Polonia y a los departamentos del Elba. Francia quedaría en sus límites naturales, los Alpes y el Rin. Luego se discutiría en Italia una frontera que les separara de la casa de Austria.

Napoleón aceptó estas bases y sometió a la consideración del Senado y del cuerpo legislativo los documentos relativos a las negociaciones, declarando que estaba dispuesto a hacer los sacrificios exigidos. El cuerpo legislativo, descontento porque el Emperador le había impuesto un presidente sin previa presentación de candidatos, nombró una comisión de cinco individuos para examinar estas actas. Los cinco dictaminadores, conocidos por su oposición al sistema imperial, eran MM. Lainé, Gallois, Flaugergues, Raynouard y Maine de Birau. Redactaron un dictamen en el que aparecía, después de once años de olvido, la palabra libertad. Napoleón rompió el dictamen y despidió al cuerpo legislativo. Mientras tanto, iban revelándose las verdaderas intenciones de los soberanos en medio de sus falaces protocolos. Lo mismo que en Praga, donde sólo habían querido ganar tiempo, rompieron de nuevo las conferencias, indicando la reunión de un próximo congreso en Châtillon-sur-Seine. Era a la vez un reto y un insulto. Napoleón aceptó el uno y juro vengarse del otro. El 25 de enero de 1814 partió de París, dejando a su mujer y a su hijo bajo la protección de los oficiales de la guardia nacional.

El Imperio estaba invadido por todas partes. Los austriacos avanzaban en Italia, los ingleses habían pasado el Bidasoa y aparecían en los Pirineos; Schwartzemberg, con su gran ejército de ciento cincuenta mil hombres, desembocaba en Suiza; Blücher había entrado por Francfort con ciento treinta mil prusianos; Bernadotte había invadido Holanda y penetraba en Bélgica con diez mil suecos y sajones. Setecientos mil hombres formados, por sus derrotas mismas, en la gran escuela de la guerra napoleónica, avanzaban hacia el corazón de Francia, sin detenerse a atacar las plazas fuertes y respondiendo unos a otros con un solo grito: «¡París! ¡París!».

Napoleón se queda solo contra el mundo entero. Apenas dispone de ciento cincuenta mil hombres para oponerlos a tan inmensas masas, pero ha recobrado, si no la confianza, al menos el genio de sus juveniles años: la campaña de 1814 será su gran obra maestra en lo tocante a la estrategia.

Con una rapidez inusitada lo ve todo, lo abarca todo y, todo cuanto está en sus manos lo atiende sin demora. Maisón queda encargado de contener a

Bernadotte en Bélgica; Augereau marchará el encuentro de los austriacos en Lion; Soult contendrá a los ingleses detrás del Loira; Eugène defenderá Italia y él se encargará de Blücher y de Schwartzemberg.

Se lanza entre ellos con sesenta mil hombres, se desplaza de un ejército al otro, destroza a Blücher en Chapaubert, en Montmirail, en Château-Thierry y en Montereau. En diez días, Napoleón ha alcanzado cinco victorias y los aliados han perdido noventa mil hombres.

Entonces se reanudan nuevas negociaciones en Chântillon-sur-Seine, pero los soberanos aliados, cada vez más exigentes, proponen condiciones inaceptables. No sólo pretenden que Napoleón abandone todas sus conquistas, sino que los límites de la República queden reducidos a los de la antigua Monarquía.

Napoleón respondió con uno de esos arranques feroces que eran tan conocidos. Saltó de Mery-sur-Seine a Craone, de Craone a Reims y de Reims a Saint-Dizier. En todas partes el enemigo se encuentra con él, es cazado, arrollado, desbaratado, y deshecho. Pero también consigue rehacerse y, siempre vencido, avanza a duras penas.

Dondequiera que Napoleón no está, la fortuna le abandona. Los ingleses han entrado en Burdeos; los austriacos ocupan Lion; el ejército de Bélgica, reunido con las reliquias del de Blücher, reaparece sobre su retaguardia. Sus generales se ablandan, están cansados de combatir. Los ejércitos de Napoleón llenos de títulos nobiliarios ahítos de oro, no quieren ya batirse. Tres veces se le escapan los prusianos, a quienes creía tener a su merced: la primera en la orilla izquierda del Marne, gracias a una helada repentina que da consistencia a los lodazales, en medio de los cuales debían perecer; la segunda, junto a Aisne, a causa de la rendición de Soissons, que les abre un paso de avance en el momento en que no podían retroceder; y por fin, en Craone, por la negligencia del duque de Raguse, que se deja arrebatar parte de su material en una emboscada nocturna. Napoleón no deja de apreciar todos estos presagios y reconoce que, a pesar de sus esfuerzos, Francia se le escapa de las manos. Sin esperanza ya de conservar un trono, quiere al menos encontrar un sitio donde cavar una tumba y hace, aunque inútilmente, todo cuanto es posible para hacerse matar en Arcis-sur-Aube y en Saint-Dizier. Sin embargo, parece que ha hecho un pacto con las balas de fusil y de cañón para salir siempre ileso.

El 29 de marzo recibe en Troyes, hasta donde ha perseguido a Wintzingerode, la noticia de que los rusos y los prusianos marchan en columnas cerradas sobre París.

Parte enseguida, llega el 1 de abril a Fontainebleau y sabe que Marmont ha capitulado la víspera, a las cinco de la tarde y que desde aquella mañana los aliados ocupan la capital.

Tres recursos le quedaban:

El primero es que aún tenía a sus órdenes cincuenta mil soldados, de los más bravos y decididos del universo. Bastaba reemplazar a los viejos generales, que se exponían a perderlo todo, por los coroneles, que podían ganarlo todo. A su voz, potente todavía, podía levantarse la población. Pero entonces, la ciudad de París quedaría sacrificada, los aliados la quemarían al retirarse, y no hay más que un pueblo, a quien pueda salvar semejante remedio: el ruso.

El segundo consistía en dirigirse hacia Italia, reunir los veinticinco mil hombres de Augereau, los dieciocho mil del general Grenier, los quince mil del mariscal Suchet y los cuarenta mil del mariscal Soult. Pero esta opción no iba a dar ningún buen resultado: Francia continuaría ocupada por el enemigo, y de esta ocupación podrían sobrevenir las mayores desgracias para ella.

Quedaba el tercero, que era retirarse a la otra parte del Loira y hacer la guerra de guerrillas.

Los aliados acabaron por hacerle adoptar una resolución, declarando que él era el único obstáculo para la paz general.

Y ante esta declaración a Napoleón no le quedaban más que dos opciones: morir a la manera de Aníbal, o bajar del trono a la manera de Sila.

Y se dice que intentó la primera, pero que el veneno de Cabanis no fue lo suficientemente potente.

Sea como fuere, al final decidió optar por la segunda. En un pedazo de papel, hoy perdido, escribió las siguientes líneas, tal vez las más importantes que jamás hayan trazado mano mortal:

Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleón, fiel a su juramento, declara que renuncia por sí y por sus herederos al trono de Francia y de Italia, porque no hay ningún sacrificio personal, ni aun el de la vida, que no esté dispuesto a hacer en obsequio de Francia.

Por espacio de un año, el mundo pareció vacío.

Capítulo Cinco

NAPOLEÓN EN LA ISLA DE ELBA

Napoleón era el rey de la isla de Elba.

Había perdido el imperio del mundo y sólo quería estar a solas con su desventura.

—Todo cuanto necesito —dijo—, es un mísero escudo diario y un caballo.

Por eso, obligado a la fuerza por los que le rodeaban, y a pesar de poder elegir entre Italia, Toscana y Córcega, fijó la vista en este pequeño y humilde rincón de la tierra donde se encontraba: la isla de Elba.

Pero si descuidó sus intereses, no por eso dejó de defender los derechos de los que le acompañaban: el general Bertrand, gran mariscal de palacio; el general Drouot, ayudante de campo del Emperador; el general Cambronne, comandante del primer regimiento de cazadores de la guardia; el barón Jermanovsky, comandante de lanceros polacos; el caballero Malet, los capitanes de artillería Cornuel y Raoul, los capitanes de infantería Loubers, Lamourette, Hureau y Combi y por último, los capitanes de lanceros polacos Balnisky y Schoultz.

Estos oficiales mandaban sobre cuatrocientos hombres, sacados de los granaderos y cazadores de la antigua guardia, que habían obtenido permiso para acompañar en el destierro a su emperador. En caso de que regresaran a Francia, Napoleón había estipulado para ellos la conservación de sus derechos de ciudadanos.

A las seis de la tarde del 3 de mayo de 1814, la fragata The Undaunted fondeó en la rada de Portoferraio.

El general Dalesme, que mandaba todavía en la isla de Elba en nombre de Francia, pasó a bordo para, al momento, ponerse a las órdenes de Napoleón.

El conde Drouot, nombrado gobernador de la isla, saltó a tierra para hacerse reconocer en calidad de tal y tomar el mando de los fuertes de Portoferraio. El barón Jermanovsky, nombrado comandante de armas de la plaza, lo acompañaba, así como el caballero Baillón, jefe de palacio, para preparar el alojamiento de Su Majestad.

Aquella misma noche, todas las autoridades, el clero y los principales habitantes, fueron en comisión a bordo de la fragata a presentarse ante la presencia del Emperador. El día siguiente, el 4 por la mañana, un destacamento de tropas llevó a la ciudad la nueva bandera adoptada por el emperador, y que era la de la isla, es decir, de plata con banda de gules y tres abejas de oro en la banda. Se enarboló al punto en el fuerte de la Estrella a los estampidos de las salvas de artillería. La fragata inglesa devolvió el saludo a su vez, así como todos los barcos anclados en el puerto.

A eso de las dos, Napoleón desembarcó con toda su comitiva. En el momento en que puso el pie en el suelo de la isla, fue saludado con una salva de ciento y un cañonazos disparados por la artillería de los fuertes, y a los cuales la fragata inglesa respondió con veinticuatro cañonazos y los gritos de vivas de la tripulación.

El Emperador llevaba el uniforme de coronel de cazadores de a caballo de la guardia, y en lugar de la escarapela tricolor llevaba en el sombrero la encarnada y blanca de la isla.

Antes de entrar en la ciudad fue recibido por las autoridades, el clero y los notables, precedidos por el alcalde, que le entregó las llaves de Portoferraio en una bandeja de plata. Las tropas de la guarnición estaban posicionadas indicando el recorrido, y detrás de ellas toda la población, no sólo de la capital, sino de los demás pueblos y aldeas, que había acudido de todos los puntos de la isla. Aquellos pobres pescadores no podían creer que tuviesen por rey al hombre cuyo poderío, nombre y hazañas habían llenado el mundo. Napoleón estaba tranquilo, afable, casi alegre.

Después de responder al discurso de bienvenida del alcalde, pasó con su comitiva a la catedral, donde se cantó el «Te Deum». A la salida de la iglesia se trasladó a la casa consistorial, destinada a servirle de alojamiento. Por la noche la ciudad y el puerto se iluminaron espontáneamente.

El general Dalesme publicó el mismo día la siguiente proclama redactada por Napoleón:

Habitantes de la isla de Elba:

Las vicisitudes humanas han conducido entre vosotros al emperador Napoleón: su propia elección os lo da por soberano. Antes de penetrar en vuestros muros, vuestro nuevo monarca me ha dirigido las siguientes palabras, que me apresuro a transmitiros, porque son la garantía de vuestra propia felicidad.

«General —me ha dicho el Emperador—, he sacrificado mis derechos al interés de la patria, y me he reservado la soberanía y propiedad de la isla de Elba. Todas las potencias han accedido a este arreglo. Al dar a conocer a los habitantes este estado de cosas, decidles que he elegido esta isla para mi residencia, teniendo en consideración la dulzura de sus costumbres y de su clima y aseguradles que serán el objeto constante de mi más vivo interés».

Elbenses, estas palabras no necesitan comentarios, ellas formarán vuestro destino. El Emperador os ha juzgado bien, os debo esta justicia y os la hago.

Habitantes de la isla de Elba, pronto me alejaré de vosotros, y esta separación me será penosa, pero la idea del vuestro bienestar mitiga la amargura de mi partida, y en cualquier sitio en que me encuentre, conservaré siempre el recuerdo de las virtudes de los habitantes de la isla de Elba.

DALESME

Los cuatrocientos granaderos llegaron el 26 de mayo, mientras que el 28, partió el general Dalesme con la antigua guarnición. La isla quedaba entregada enteramente a su nuevo soberano.

Napoleón no podía permanecer mucho tiempo inactivo. Después de haber dedicado los primeros días a los trabajos indispensables para su instalación, montó a caballo el 18 de mayo y recorrió toda la isla. Quería cerciorarse por sí mismo del estado en que se encontraba la agricultura y cuáles eran los productos más o menos seguros de la isla en cuanto a comercio, pesca, extracción de mármoles y de metales y sobre todo hizo un reconocimiento con especial atención de las canteras y las minas que constituyen su principal riqueza.

De regreso en Portoferraio, después de haber visitado hasta la última aldea y dado en todas partes a los habitantes pruebas de solicitud, se ocupó en organizar su Corte y en aplicar las rentas públicas a las más urgentes necesidades. Estas rentas se componían de las minas de hierro, de las que se podía sacar un millón anual; de la pesca del atún, que estaba arrendada por cuatrocientos a quinientos mil francos; de las salinas, cuya explotación, concedida a una sociedad, podía producir, poco más o menos, la misma suma, y en fin, del impuesto territorial y de algunos derechos de aduanas. Todos estos productos, unidos a los dos millones que había conseguido llevarse de Francia, podían formarle unos cuatro millones y medio de renta.

Napoleón solía decir a menudo que jamás había sido tan rico.

Había dejado la casa ayuntamiento para ir a vivir a una bonita casa que llamaba pomposamente su «palacio». Esta casa estaba situada en una peña, entre el fuerte Falcone y el de la Estrella, en un baluarte llamado Baluarte de los Molinos; que consistía en dos pabellones unidos por un edificio. Desde sus ventanas se veía la ciudad y el puerto, tendidos a sus pies, de suerte que ningún objeto nuevo podía escapar a la mirada del nuevo dueño.

En cuanto a su casa de campo, estaba situada en San Martino. Antes de su llegada no era más que una cabaña que había mandado reconstruir y arreglar con gusto, pero jamás pernoctaba allí, limitándose a dar un paseo hasta ella y nada más. Situada al pie de una montaña muy elevada, rodeada por un torrente y por una pradera, vislumbraba desde ella el pueblo, el puerto, y en el horizonte, más allá de la superficie vaporosa del mar, las playas de Toscana.

Al cabo de seis semanas, la emperatriz madre llegó a la isla de Elba y a los pocos días la princesa Paulina. Esta última se había reunido con el Emperador en Fréjus y quiso embarcarse con él; pero estaba tan enferma, que el médico se opuso. El capitán inglés se comprometió entonces a volver a recoger a la princesa en un día prefijado, y como aquel día transcurrió sin presentarse dicha fragata, la princesa aprovechó que un barco napolitano se dirigía a la isla para reunirse con el Emperador sin demora. En este primer viaje no pasó más que dos días en la isla y partió para Nápoles, pero el 1 de noviembre el bergantín Inconstant la condujo de nuevo a la isla y no se separó ya más del Emperador.

Se comprende que al pasar de una actividad tan grande a un reposo tan absoluto, Napoleón tuviera necesidad de crearse obligaciones regulares que le ocuparan todas las horas. Se levantaba al rayar el día, se encerraba en su biblioteca y se dedicaba a escribir sus memorias militares hasta las ocho de la mañana. Luego salía a inspeccionar las obras, se paraba a interrogar a los trabajadores que eran casi todos soldados de su guardia. A eso de las once almorzaba frugalmente. Durante las horas de más calor, cuando había hecho largas caminatas o trabajado mucho, dormía unas dos horas después de almorzar, y salía otra vez a eso de las tres, unas veces a caballo y otras en carretela, acompañado del gran mariscal Bertrand y del general Drouot, que en estas excursiones nunca se apartaban de él. Por el camino atendía a todas las reclamaciones que se le pudieran presentar, y nunca se alejaba de nadie sin dejarle satisfecho. A las siete, regresaba, comía con su hermana, que habitaba en el primer piso de su palacio, e invitaba a su mesa al intendente de la isla, M. de Balbiani, al chambelán Vanatini, o bien al alcalde de Portoferraio o al coronel de la guardia nacional, y a veces incluso a los alcaldes de Porto Longone y de Río. Luego pasaba la velada en las habitaciones de la princesa Paulina.

La Emperatriz madre vivía en una casa aparte que el chambelán Vantini le había cedido.

Entretanto, la isla de Elba se había convertido en punto de reunión de todos los curiosos de Europa y en breve fue tanta la frecuencia de extranjeros, que hubo que tomar medidas para evitar los desórdenes debido a la aglomeración de tantos individuos desconocidos entre los cuales había muchos aventureros que buscaban fortuna bajo el ala del Emperador. Los productos de la tierra fueron muy pronto insuficientes y fue menester traerlos del continente. Aumentó el comercio de Portoferraio y este aumento mejoró la situación general. Incluso en calidad de desterrado, la presencia de Napoleón era una fuente de prosperidad para el país que le daba cobijo. Su influencia se había extendido hasta las últimas clases de la sociedad y una atmósfera nueva rodeaba a la isla.

De aquellos extranjeros, había ingleses, que tenían un gran interés en verle y oírle. Napoleón, por su parte, los recibía con benevolencia. Lord Bentink, lord Douglas y otros muchos señores de la alta aristocracia, se llevaron a Inglaterra un grato recuerdo de su visita a la isla de Elba.

De todas las visitas que recibía el Emperador, las más agradables eran las de un gran número de oficiales de todas las naciones, especialmente franceses, polacos y alemanes, que iban a ofrecerle sus servicios y a los que Napoleón tenía que responder que no tenía empleos ni grados que darles.

—Pues bien, os serviremos como soldados —le decían.

Y casi siempre los incorporaba a los granaderos. Estas adhesiones a su nombre le halagaban y le emocionaban profundamente.

Llegó el 15 de agosto, día del santo del Emperador, que se celebró con un entusiasmo tan difícil de describir que incluso al propio Napoleón, tan acostumbrado como estaba a las fiestas oficiales, le pareció un espectáculo totalmente nuevo para él. La ciudad organizó un baile al Emperador y a la guardia, a cuyo efecto se levantó en la plaza mayor de la ciudad una espaciosa tienda de campaña. Napoleón mandó que la dejasen abierta para que el pueblo entero tomara parte en la fiesta.

Las obras que se emprendían en la ciudad y en la isla, rayaban lo fastuoso. Dos arquitectos italianos, los señores Bargini, romano, y Bettarini, toscano, trazaban los planos de las construcciones resueltas; pero casi siempre el Emperador introducía en ellos algunas modificaciones con arreglo a sus ideas, pareciendo que era él el verdadero arquitecto. Así, cambió el trazado de muchos caminos comenzados, encontró una fuente cuya agua parecía de mejor calidad que la que se bebía en Portoferraio y dirigió la corriente hasta la ciudad.

Aunque no eran ajenos a su mirada de águila los acontecimientos europeos, Napoleón estaba, en apariencia, sometido a su destino de desterrado. Nadie ponía ya en duda que con el tiempo el Emperador se acostumbraría a aquella nueva vida, rodeado del cariño de cuantos se acercaban a él. Pero entonces los mismos soberanos aliados se encargaron de despertar al león, que probablemente dormía con un ojo medio abierto.

Hacía ya muchos meses que Napoleón habitaba en su pequeño imperio, ocupándose de embellecerlo por todos los medios que su genio infatigable e inventivo le sugería, cuando se le avisó secretamente de que su nuevo alojamiento estaba dando lugar a numerosos debates. Francia, por mediación de M. de Talleyrand, reclamaba con vehemencia como medida necesaria en el congreso de Viena el fin de su estancia en la isla, exponiendo cuán peligroso era para la dinastía reinante que Napoleón residiera tan cerca de las costas de Italia y de Provenza. Se destacó en el congreso, sobre todo, que si el ilustre proscrito se cansara de su destierro, podría lograr llegar a Nápoles en cuatro días y desde allí, con la ayuda de su cuñado Murat, que todavía reinaba en aquel país, pasar a la cabeza de un ejército a las descontentas provincias del norte de Italia, y sublevarlas a un primer llamamiento, renovado así la lucha mortal que apenas acababa de terminar.

Para apoyar esta violación del tratado de Fontaineblau, se recurría a la correspondencia del general Excelmans con el rey de Nápoles, que acababa de ser interceptada y que hacía sospechar una flagrante conspiración cuyo centro era la isla de Elba, con ramificaciones en Italia y en Francia. Vino a apoyar estas sospechas otra conspiración que se descubrió en Milán y en la cual estaban implicados muchos oficiales generales del antiguo ejército italiano.

Austria tampoco veía con buenos ojos tan peligrosa vecindad. La Gaceta de Augsburgo, órgano de su gobierno, se explicaba con toda claridad sobre este punto. En ella se leían textualmente estas palabras:

Por alarmantes que sean los acontecimientos de Milán, conviene, sin embargo, tranquilizarse. Pensamos que tal vez puedan contribuir a alejar lo más pronto posible a un hombre que en la roca de la isla de Elba, tenía en sus manos los hilos de esas tramas urdidas con su oro y que mientras continúe cerca de las costas de Italia, no dejará a los soberanos de esos países gozar tranquilamente de sus posesiones.

Pero el congreso, a pesar de la convicción general que reinaba, basándose en pruebas tan débiles, no se atrevía a tomar una determinación que estaba en contradicción manifiesta con los principios de moderación tan fastuosamente emitidos por los soberanos aliados. De modo que se decidió presentar una propuesta a Napoleón, y así hacer ver que los tratados existentes no se violaban, para determinarle a salir voluntariamente de la isla de Elba, sin perjuicio de apelar a la violencia en el caso de que se negara a ello. En consecuencia, el congreso se ocupó inmediatamente en elegir una nueva residencia para él. Se designó Malta, pero Inglaterra vio en ello inconvenientes, porque de prisionero, Napoleón podría pasar a convertirse en gran maestre.

Y optó finalmente por Santa Elena.

El primer pensamiento que se le cruzó a Napoleón fue que estos rumores los difundían sus mismos enemigos para obligarle a llevar a cabo cualquier acto de desesperación que permitiera violar las promesas que se le habían hecho. Seguro de ello, hizo salir para Viena un agente discreto y fiel, con el encargo de averiguar qué crédito podía dar a los avisos que le habían dado. Éste fue recomendado al príncipe Eugène de Beauharnais, que, hallándose a la sazón en Viena y gozando de la confianza del emperador Alejandro, debía de saber lo que pasaba en el congreso. El espía de Napoleón recopiló en poco tiempo todos los datos necesarios y se los comunicó inmediatamente. Organizó, además, una correspondencia activa y segura, por la cual Napoleón podía estar al corriente de todo lo que pasaba.

Además de esta correspondencia con Viena, el Emperador nunca había perdido comunicaciones con París, y cada noticia que le llegaba le indicaba que iba surgiendo un poderoso movimiento rebelde contra los Borbones.

Colocado en esta doble posición, se le ocurrieron entonces las primeras ideas del gigantesco proyecto que no tardó en poner en marcha.

Napoleón hizo en Francia lo que había hecho en Viena. Envió emisarios provistos de instrucciones secretas para cerciorarse de la verdad y entablar, si ello fuera posible, relaciones con los amigos que habían permanecido fieles, y con los jefes del ejército que, por estar más desatendidos, debían de estar más descontentos.

Estos emisarios confirmaron a su regreso las sospechas a las que Napoleón no daba crédito en un primer momento y al mismo tiempo le dieron la certeza de que en el pueblo y en el Ejército la revolución se estaba fermentando; que todos los descontentos, y su número era inmenso, volvían los ojos hacia él y anhelaban su regreso. En definitiva, que era inevitable una explosión social e imposible que los Borbones lucharan más tiempo contra la animadversión que habían suscitado la impericia e imprevisión de su gobierno.

Las cartas estaban echadas: por un lado estaba el peligro y por el otro, la esperanza; una prisión eterna en una roca en medio del océano o el imperio del mundo.

Napoleón tomó una resolución con su rapidez habitual y en menos de ocho días lo tuvo todo organizado en su mente. Ya no había más que hacer los preparativos de esta tamaña empresa sin despertar las sospechas del comisario inglés encargado de ir de vez en cuando a visitar la isla de Elba y bajo cuya vigilancia indirecta se habían puesto todos los pasos y acciones del Emperador.

Este comisario era el coronel Campbell, que había acompañado al Emperador a su llegada. Tenía a su disposición una fragata inglesa en la que iba continuamente de Portoferraio a Génova, de Génova a Liorna y de Liorna a Portoferraio. En esta última rada permanecía comúnmente unos veinte días, durante los cuales el coronel bajaba a tierra, e iba a hacer, en apariencia, una visita a la Corte a Napoleón.

Era preciso también engañar a los agentes secretos que pudiera haber en la isla, distraer la instintiva y perspicaz sagacidad de los habitantes. En una palabra, hacerlo todo para que nadie pudiera suponer sus intenciones.

Con tal objeto, Napoleón mandó proseguir con las obras empezadas; dispuso que se hiciera el trazado de nuevos caminos que se proponía abrir en todas direcciones alrededor de la isla para la circulación de Portoferraio y Porto Longone, y como en la isla había gran escasez de árboles, hizo traer del continente gran cantidad de morales que plantó a ambos lados del camino. Luego se ocupó activamente en la conclusión de su casita de San Martino, cuyas obras iban muy despacio y así fingir que recibía por su parte todos los cuidados como si fuera a vivir allí largo tiempo. Así fue que pidió a Italia estatuas y jarrones y compró naranjos y plantas raras.

En Portoferraio mandó derribar las casuchas que rodeaban su palacio. Aumentó las dimensiones de un largo edificio que servía de alojamiento a los oficiales, hasta hacer de él una plaza de armas y poder pasar revista a dos batallones. Se concedió a los habitantes una antigua iglesia abandonada para la construcción de un teatro en el que debían de trabajar los mejores actores de Italia. Se recompusieron todas las calles. Se ensanchó la puerta de Tierra, que no era practicable más que para mulas, y añadiéndole un terraplén quedó convertida en un camino de fácil transporte para toda clase de carruajes.

Mientras tanto, y para facilitar aún más la ejecución de su proyecto, hacía que el bergantín Inconstant, que se había adjudicado en plena propiedad, y el jabeque Étoile, que había comprado, efectuaran frecuentes viajes a Génova, Liorna, Nápoles, costas de Berbería y hasta a Francia, para que los cruceros ingleses y franceses se acostumbraran a verlos. Así, estos barcos salieron sucesivamente en todas direcciones y muchas veces pasaban por el litoral Mediterráneo con bandera elbense, sin que nadie los molestara. Esto era lo que buscaba Napoleón.

Poco a poco se fue ocupando más seriamente de los preparativos de su partida. Hizo llevar de noche a bordo del Inconstant y con el mayor secreto, gran cantidad de armas y municiones; mandó renovar los uniformes, ahora con ropa blanca y calzado de su guardia; llamó a los polacos que estaban destacados en Porto Longone y en la pequeña isla de la Pianosa, en la cual custodiaban un fuerte; y activó la organización de la instrucción del batallón de montaraces que formaba con hombres reclutados solamente en Córcega y en Italia. Finalmente, a principios de febrero todo estuvo listo a la espera de la primera ocasión favorable en que tuvieran noticia de Francia.

Estas noticias llegaron por fin de la mano de un coronel del antiguo ejército, que partió casi al punto para Nápoles.

Por desgracia, el coronel Campbell y su fragata estaban entonces en el puerto, por lo que fue preciso esperar, sin revelar la menor impaciencia, a que transcurriese el tiempo de su permanencia habitual, teniendo con él las acostumbradas atenciones para no levantar sospechas. En la tarde del 24 de febrero, Campbell pidió permiso para ofrecer sus respetos al Emperador; iba a despedirse de él y a preguntarle si se le ofrecía algo para Liorna. Napoleón le acompañó hasta la puerta y los criados pudieron oír estas últimas palabras que le dirigió:

—Adiós, señor coronel. Os deseo buen viaje. Hasta la vista.

Apenas salió el coronel, Napoleón mandó llamar al gran mariscal, pasó una parte del día y de la noche encerrado con él, se acostó a las tres de la mañana y se levantó al rayar el día.

Al echar una ojeada al puerto, vio que la fragata estaba haciendo los preparativos para darse a la vela. Desde aquel momento y como si un poder mágico hubiera encadenado sus miradas a aquel buque, no apartó de él los ojos; le vio desplegar una tras otra todas sus velas, levar anclas, ponerse en marcha y con un viento favorable de sudeste, salir del puerto y emprender el rumbo hacia Liorna.

Entonces subió a la azotea con un anteojo y continuó observando la marcha del barco que se alejaba; al mediodía la fragata no parecía ya más que un punto blanco en el mar. A la una, había desaparecido del todo.

Napoleón dio rápidamente sus órdenes. Una de sus principales disposiciones fue embargar por tres días todos los buques que había en el puerto; hasta las más pequeñas embarcaciones quedaron sujetas a esta medida, que se ejecutó al instante.

Luego, como el bergantín Inconstant y el jabeque Étoile no eran suficientes para el propósito de Napoleón, entró en negociaciones con los patrones de tres o cuatro barcos mercantes que se escogieron entre los mejores veleros. Aquella misma noche los tratos estaban cerrados y todos los buques a disposición del Emperador.

En la noche del 25 al 26, es decir, del sábado al domingo, Napoleón convocó a las principales autoridades y a los habitantes más notables, con los que formó una especie de consejo de regencia; luego nombró al coronel de la guardia nacional Lapi comandante de la isla, confió la defensa del país a sus habitantes, encomendándoles la protección de su madre y su hermana y, finalmente, sin indicar precisamente el objeto de la expedición que iba a intentar, tranquilizó de antemano a aquellos a quienes se dirigía sobre el éxito que debía alcanzar, prometiendo que en caso de guerra enviaría socorros para defender la isla, por lo que jamás la entregarán a ninguna potencia sin previa orden suya.

Por la mañana dio los últimos detalles concernientes a la administración de su casa, se despidió de su familia y dio la orden de embarque.

Al mediodía se dio el toque a generala.

A las dos, el de llamada. Entonces Napoleón anunció a sus antiguos compañeros de armas los nuevos destinos a los que estaban llamados. Al oír el nombre de Francia, ante la esperanza del próximo regreso a la patria, resonó un grito de entusiasmo y brotaron lágrimas; los soldados rompieron sus filas abrazándose unos a otro, corriendo como locos y echándose de rodillas a los pies de Napoleón como ante un dios.

La Emperatriz madre y la princesa Paulina contemplaban, llorando, esta escena desde las ventanas del palacio.

A las siete quedaba terminado el embarque.

A las ocho Napoleón se embarcó en una canoa y a los pocos minutos estaba a bordo del Inconstant. En el momento en que puso el pie en él, resonó un cañonazo: era la señal de partida.

Al punto zarpó la escuadrilla y con un viento sudsudeste bastante fresco, salió de la rada, después del golfo, dirigiéndose hacia el nordeste y costeando a cierta distancia las playas de Italia.

En el mismo momento en que la escuadrilla se daba a la vela, varios emisarios partían para Nápoles y Milán, mientras que un oficial superior marchaba a Córcega, con la misión de intentar allí un levantamiento que deparase un refugio al Emperador en caso de que fracasara su empresa en Francia.

El 27, al rayar el día, todos subieron sobre cubierta para averiguar cuánto se había avanzado durante la noche: cuán grande fue su asombro al comprobar que a lo sumo se habían navegado seis leguas; pues no bien doblaron el cabo de San Andrés cuando aflojó el viento, sucediéndole una calma desesperanzadora.

Cuando el sol iluminó el horizonte, se divisó al Oeste en las costas de Córcega dos fragatas francesas que cruzaban aquel mar: La fleur de lys y la Melpomène.

Al verlas, cundió rápidamente la alarma en todos los buques. Parecía tan crítica la situación, tan inminente el peligro, que en el Inconstant se empezó a debatir la cuestión de regresar a Portoferraio para aguardar allí un viento favorable. Pero el Emperador hizo cesar al punto la indecisión, mandando proseguir la marcha, y asegurando que la situación se calmaría. Y en efecto, como si el viento hubiera obedecido sus órdenes, refrescó a eso de las once y a las cuatro la escuadrilla se encontraba a la altura de Liorna, entre Caprera y la Górgona.

Pero entonces saltó otra alarma más grave aún que la primera; de pronto se avistó al norte, a sotavento, y a unas cinco leguas, una fragata. Al mismo tiempo apareció otra por las costas de Córcega; y después otro barco de guerra que iba viento en popa sobre la escuadrilla.

No era momento para vacilaciones; había que tomar una decisión en el acto, pues iba a hacerse de noche y con la ayuda de la oscuridad se podría escapar de las fragatas. Pero el buque de guerra seguía avanzando y no se tardó en desvelar como un bergantín francés. Lo primero que se les pasó por la cabeza a todos fue que la misión había sido descubierta o vendida y que se iban a encontrar en presencia de fuerzas superiores. El Emperador fue el único que sostuvo que aquellos tres barcos se habían reunido por casualidad, sin tener nada común entre manos. Estaba seguro de que una expedición preparada con tanto misterio no podía haber sido prevista tan a tiempo para que se hubiese podido poner una escuadra entera en su persecución.

A pesar de esta convicción, mandó tapar las portas de los cañones, y decidió que en caso de ataque se iría derecho al abordaje, seguro de que con su tripulación de veteranos se apoderaría de golpe del bergantín y en segunda podría continuar su marcha tranquilamente, esquivando con una contramarcha nocturna la persecución de las fragatas. Sin embargo, animado siempre por la esperanza de que la casualidad tan solo había reunido en aquel punto los tres barcos que tenía a la vista, mandó a los soldados y a todas las personas que podían despertar sospechas, que bajaran al entrepuente y al mismo tiempo se transmitió la misma orden a los otros buques por medio de señales. Tomadas estas disposiciones, se aguardó el resultado.

A las seis de la tarde, los dos barcos estaban a la vista y al alcance de la voz; y aunque empezaba a hacerse de noche con rapidez, se reconoció que era el bergantín francés Zéphir, capitaneado por Andrieux. Por lo demás, fácil era ver por su maniobra que se presentaba con intenciones pacíficas, por lo que se vieron cumplidas las previsiones del Emperador.

Al reconocerse, los dos bergantines se saludaron según costumbre, y sin dejar de proseguir su marcha, cambiaron algunas palabras. Los dos capitanes se preguntaron recíprocamente cuál era el punto de destino: el capitán Andrieux contestó que iba a Liorna; la respuesta del Inconstant fue que iba a Génova y que aceptaría de buen grado cualquier encargo para aquel puerto. El capitán Andrieux dio las gracias y preguntó que cómo seguía el Emperador; entonces Napoleón no pudo resistir al deseo de mezclarse en una conversación tan interesante, tomó como portavoz al capitán Chotard, y contestó:

—¡A las mil maravillas!

Terminado este intercambio de cumplidos, los dos bergantines continuaron su rumbo, perdiéndose recíprocamente en las tinieblas nocturnas.

Siguieron navegando a toda vela y con un tiempo muy fresco, de suerte que al día siguiente, el 28, se dobló el cabo Córcega. Aquel día se avistó también a lo lejos un buque de guerra de 74, que se dirigía a Bastia; pero no causó ninguna zozobra. Desde el primer momento dio a entender que no tenía malas intenciones.

Antes de salir de la isla de Elba, Napoleón había redactado dos proclamas; pero cuando quiso pasarlos a limpio, nadie, ni aun él mismo, pudo descifrarlas. Entonces las echó al mar y dictó al punto otras dos; una dirigida al Ejército y otra al pueblo francés. Todos los que sabían escribir se transformaron al punto en secretarios; todo se convirtió en pupitre: tambores, bancos, gorros y cada cual puso manos a la obra. Estando en esta tarea se divisaron las costas de Antibes, cuya vista saludaron todos con gritos de entusiasmo.

Capítulo Seis

LOS CIEN DÍAS

EL 1 de marzo, a las 3 de la tarde, la escuadrilla fondeó en el golfo Juan. A las cinco, Napoleón saltó a tierra y decidió preparar su tienda en un frondoso olivar. Rápidamente envió veinticinco granaderos y un oficial de la guardia a Antibes para procurar atraer a su causa a la guarnición; pero estos, arrastrados por el entusiasmo, entraron en la ciudad gritando: «¡Viva el Emperador!». Como se ignoraba el desembarco de Napoleón, se les tuvo por locos. El comandante de la plaza mandó levantar el puente, y los veinticinco soldados quedaron prisioneros.

Semejante incidente podría hacer fracasar todos los planes de Napoleón; por lo que algunos oficiales propusieron marchar a Antibes y apoderarse de la ciudad a la fuerza, a fin de evitar el mal efecto que pudiera producir en el espíritu público la resistencia de esta plaza. Napoleón contestó que hacia donde convenía marchar era a París, no a Antibes, y cumpliendo con su palabra, al salir la luna, el improvisado campamento se levantó.

La pequeña columna llegó a Cannes a media noche, pasó por Grasse a las seis de la mañana y descansó en una altura que domina la ciudad. Apenas se instaló Napoleón, cuando los habitantes de los pueblos circundantes se acercaron curiosos. Ya sabían de su milagroso desembarco y él los recibió como lo hubiera hecho en las Tullerías; escuchando sus quejas, recibiendo sus peticiones y prometiendo hacer justicia. El Emperador tenía previsto encontrar en Grasse un camino que había mandado hacer en 1813; pero el camino no estaba hecho y le fue, pues, forzoso, dejar en el pueblo su carruaje y los cuatro pequeños cañones que había sacado de la isla de Elba. Se echaron a andar por senderos de montañas aún cubiertos de nieve y por la noche, después de caminar veinte leguas, fueron a pernoctar a la aldea de Cérénon. El 3 de marzo llegaron a Barème; el 4, a Digne; el 5, a Gap. En esta ciudad se detuvieron el tiempo necesario para la impresión de las proclamas que al día siguiente repartieron a millares por el camino.

En medio de este clima agradable, el Emperador no podía dejar de estar inquieto. Hasta entonces sólo había tenido que vérselas con pueblos cuyo entusiasmo no se podía poner en duda, pero no se habían encontrado ningún soldado, ningún cuerpo organizado se había unido a la pequeña columna. Napoleón hubiera deseado que su presencia influyera ante todo, a los regimientos. Por fin llegó el momento tan deseado y tan temido: entre la Mure y Vizille, el general Cambronne, que marchaba a la vanguardia con cuarenta granaderos, encontró un batallón enviado desde Grenoble para cerrarles el paso. El jefe del destacamento se negó a reconocer al general Cambronne y éste inmediatamente mando avisar de lo sucedido al Emperador.

Napoleón seguía su marcha en un mal coche de viaje que se había proporcionado en Gap cuando supo esta noticia. Al punto mandó que le trajeran su caballo, montó en él, y trotó a galope hasta unos cien pasos de los soldados, sin que estos le saludasen con un solo grito o aclamación.

Había llegado el momento de perder o ganar la partida. La disposición del terreno no permitía retorcer: a la izquierda del camino había una montaña abrupta; a la derecha un pequeño prado que apenas tenía treinta pasos de ancho y que daba a un precipicio; enfrente, el batallón en armas.

Napoleón se detuvo en un altozano, a diez pasos de un arroyo que atraviesa el prado; y, volviéndose al general Bertrand y entregándole la brida del caballo, le dijo:

—He sido engañado; pero no importa, ¡en marcha!

Y diciendo esto, echa pie en tierra, cruza el arroyo, se encamina derecho al batallón, que continúa inmóvil y se detiene a veinte pasos de la línea justo en el momento en que el ayudante de campo del general Marchand saca la espada y manda hacer fuego.

—¿No me reconocéis, amigos míos? Soy vuestro Emperador. Si hay entre vosotros algún soldado que quiera matar a su general, aquí me tiene.

Apenas ha pronunciado estas palabras, cuando de todas las bocas sale el grito de «¡Viva el Emperador!». El ayudante de campo manda otra vez hacer fuego, pero los clamores ahogan su voz. Presa del pánico decide huir al galope. Cuatro lanceros polacos, por iniciativa propia, rompen filas al momento y se lanzan a su persecución. Después todos los soldados se desbandan hacia delante, rodean a Napoleón, se postran a sus pies, le besan las manos, se arrancan la escarapela blanca sustituyéndola con una tricolor. Los gritos, aclamaciones y el frenesí hacen saltar las lágrimas de su antiguo general. Sin embargo, no hay tiempo que perder: Napoleón manda dar media vuelta a la derecha, se pone a la cabeza de la columna y precedido de Cambronne y de sus cuarenta granaderos y seguido del batallón enviado para cerrarle el paso, llega a lo alto de la montaña de Vizille. Desde allí distingue, media legua más abajo, al ayudante de campo perseguido sin cesar por los cuatro lanceros, que les va ganando terreno gracias a su caballo fresco. Entra al pueblo y reaparece a los pocos segundos por el otro extremo, logrando escapar por un camino de travesía por donde los caballos de los polacos, rendidos de cansancio, no pueden seguirle.

Por desgracia para los planes de Napoleón: la persecución de los caballos, pasando como relámpagos por las calles de Vizille, ha revelado todo con su sola presencia. Por la mañana se había visto pasar al ayudante de campo a la cabeza de su batallón y poco tiempo después, se le ve de nuevo, esta vez, solo y perseguido como un traidor. Bastaba esto para que el pueblo supiera que era cierto que Napoleón había vuelto y se acercaba. Todos salen a la calle excitados; hasta que de pronto se atisba a lo lejos la columna bajando la cuesta de Lamure. Hombres, mujeres, niños y ancianos, todos corren a su encuentro; la ciudad entera rodea al Emperador antes de que pueda llegar a las puertas de la ciudad, en tanto que los campesinos bajan de las montañas saltando como cabras, y haciendo resonar de roca en roca el grito de: «¡Viva el Emperador!».

Napoleón decide descansar en Vizille, cuna de la libertad francesa. 1814 no ha traicionado el espíritu de 1789: el Emperador es recibido por una población ebria de júbilo. Pero Vizille es una ciudad sin puertas, sin murallas, sin guarnición; es preciso marchar a Grenoble y una parte de sus habitantes se une a la causa Napoleón.

A una legua de Vizille se ve en el camino un oficial de infantería que llega corriendo, todo cubierto de polvo a punto de caer de cansancio, como el griego de Maratón. Es portador de buenas nuevas.

A eso de las dos de la tarde, el regimiento séptimo de infantería, mandado por el coronel Labédoyère, sale de Grenoble para avanzar contra el Emperador. Pero a media legua de la ciudad, el coronel, que iba a caballo a la cabeza de su regimiento, se vuelve de pronto y manda hacer alto. Un tambor del ejército mandado por Napoleón se le acerca y le entrega su caja; el coronel mete la mano en ella, saca un águila y alzándose sobre los estribos, para que todos le vean, exclama:

—Soldados: ésta es la enseña gloriosa que os guiaba en vuestras inmortales jornadas. El que tan a menudo nos condujo a la victoria avanza hacia nosotros para vengar nuestra humillación y nuestros reveses. Ya es tiempo de volar a cobijarnos bajo su bandera, que jamás ha cesado de ser la nuestra. Los que la amen que me sigan. ¡Viva el Emperador!

Todo el regimiento le sigue al punto.

El oficial ha querido ser el primero en llevar la noticia al Emperador y se ha adelantado con el caballo; pero el regimiento entero marcha tras él.

Napoleón espolea su caballo, y todo su reducido ejército le sigue, gritando y corriendo. Al llegar a lo alto de una colina ve al regimiento de Labédoyère que avanza a paso acelerado. Apenas lo divisan estas tropas, resuenan los gritos de «¡Viva el Emperador!» a los que los hombres de la isla de Elba responden con sus aclamaciones. Nadie conserva su puesto; todos corren, se desbandan en algarabía. Napoleón se lanza en medio del refuerzo que le llega; Labédoyère se apea presuroso de su caballo para abrazar las rodillas del Emperador; pero éste le recibe en sus brazos y le estrecha contra su pecho.

—Coronel, le dice, vos me colocáis de nuevo en el trono.

Labédoyère está loco de contento. Aquel abrazo le costará la vida, pero ¿qué importa? Cuando se oyen semejantes palabras, te conviertes en inmortal.

Se ponen en marcha al instante, porque Napoleón no se siente seguro mientras no se halle en Grenoble. Esta ciudad tiene una guarnición, que según se espera, no se entregará. En vano los soldados afirman responder por sus compañeros, pues Napoleón, que no está tan convencido como ellos, ordena marchar sin demora sobre la ciudad.

A las ocho de la noche alcanzan los muros de Grenoble.

Los baluartes están guarnecidos por el tercer regimiento de ingenieros, compuesto de dos mil veteranos; por el cuarto regimiento de artillería de línea, en el cual ha servido Napoleón, por dos batallones del quinto de línea y por los húsares del cuarto. Por lo demás, la marcha del Emperador ha sido tan rápida que ha frustrado todas las medidas de defensa: no ha habido tiempo de cortar los puentes, pero las puertas están cerradas y el comandante se niega a abrirlas.

Napoleón comprende que a la menor vacilación está perdido; las sombras de la noche le arrebatan el prestigio de su persona; es muy probable, casi seguro, que todos los ojos le busquen, pero ninguno le encuentre. Para no perder el factor sorpresa, ordena a Labédoyère que arengue a los artilleros y entonces el coronel sube a un pequeño montículo en el terreno y grita con voz robusta:

—Soldados: os traemos al héroe a quien habéis seguido en tantas batallas, de vosotros depende recibirle y repetir con nosotros el antiguo grito de los vencedores de Europa «¡Viva el Emperador!».

En efecto, al punto se repite este grito mágico, no solo en los baluartes, sino también en todos los barrios de la ciudad. Todos corren a las puertas, pero las puertas están cerradas y las llaves están en poder del comandante. Los soldados que acompañan a Napoleón se acercan; hablan con los de la ciudad, se dan unos a otros la mano a través de los postigos, pero no pueden abrir las puertas. El Emperador se siente turbado por una gran inquietud.

De pronto resuenan los gritos de «¡Plaza, plaza!». Provienen del arrabal Très-Cloître que traen maderos y vigas para derribar las puertas. Todos dejan paso libre: los arietes empiezan a golpear; las puertas rechinan, se quiebran y finalmente se abren. Seis mil hombres pasan atropelladamente a la vez.

Aquello ya no es entusiasmo: es furor, es rabia. Todos aquellos hombres se precipitan sobre Napoleón como si quisieran hacerle pedazos; en un instante, le sacan de su caballo y se lo llevan en volandas lanzando gritos frenéticos. Jamás en ninguna batalla ha corrido tanto peligro; todos sus lugartenientes tiemblan por él, pero él es el único que entiende que la oleada que lo arrastra es puramente de entusiasmo y cariño.

Por fin, se detienen en una fonda, su Estado Mayor le rodea. Apenas empieza cada cual a respirar, cuando se oye un nuevo tumulto: son los habitantes de la ciudad que, no pudiendo llevarle las llaves, acuden a ofrecerle las puertas.

La noche no es más que una prolongada fiesta durante la cual fraternizan soldados y paisanos. Napoleón la emplea en hacer reimprimir sus proclamas. El 8 por la mañana aparecen en todas las paredes; salen emisarios de la ciudad que las distribuyen por los pueblos inmediatos, anunciando la toma de posesión de la capital del Delfinado y la próxima intervención de Austria y del rey de Nápoles. En Grenoble es donde Napoleón tiene ya la certeza de que llegará a París.

Al siguiente día, el clero, el Estado Mayor, la Audiencia, los tribunales y todas las autoridades civiles y militares, se presentan a felicitar al Emperador. Terminada la recepción, pasa revista a la guarnición, en número de seis mil hombres y en seguida emprende la marcha para Lion.

Al día siguiente, después de promulgar tres decretos que anuncian que ha vuelto a sus manos el poder imperial, se pone en marcha y pernocta en Bourgoin. El gentío y el entusiasmo van siempre en aumento; diríase que Francia entera le acompaña y avanza con él hacia la capital.

En el camino de Bourgoin a Lion, Napoleón sabe que el duque de Orleans, el conde de Artois y el mariscal Macdonald quieren defender la ciudad y que se va a cortar el puente Morand y el de Guillotière. El Emperador se ríe de estas disposiciones que no cree que se lleven a cabo, porque conoce el patriotismo de los lioneses, y manda al cuarto de húsares que haga un reconocimiento de la situación en Guillotière. El regimiento es recibido a los gritos de «¡Viva el Emperador!», que llegan a los oídos de Napoleón. Éste, que les sigue a cosa de un cuarto de legua, marcha a galope, llegando solo y confiado cuando menos se le espera, en medio de aquella población cuya exaltación se convierte en locura con su sola presencia.

En el mismo instante, los soldados de los dos bandos se lanzan a las barricadas que los separan y trabajan con ahínco en deshacerlas. Al cuarto de hora, unos y otros se abrazan entusiasmados. El duque de Orléans y el general Macdonald se ven obligados a retirarse; el conde de Artois emprende la fuga, llevando por toda escolta un fiel voluntario que no le ha abandonado.

A las cinco de la tarde toda la guarnición corre al encuentro del Emperador.

Una hora después, el ejército toma posesión de la ciudad.

A las ocho, Napoleón hace su entrada en la segunda capital del reino.

Durante los cuatro días que permaneció en ella, estuvo bajo la mirada atenta de veinte mil almas.

El 13, el Emperador parte de Lion y duerme en Macon. El entusiasmo crece sin cesar, se desata. Ya no eran algunos individuos aislados, sino los magistrados los que salían a recibirle a las puertas de las ciudades.

El 17, un prefecto le recibió en Auxerre: era la primera autoridad superior que se aventuraba a hacer semejante demostración.

Por la noche se anunció al mariscal Ney que, avergonzado de su anterior frialdad y de haber jurado lealtad a Luis XVIII, pedía un puesto en las filas de los granaderos. Napoleón le abrió los brazos, le llamó «el valiente de los valientes», y todo quedó olvidado.

Otro abrazo mortal.

El 20 de marzo, a las dos de la tarde, Napoleón llegó a Fontainebleau. Aquel palacio conservaba terribles recuerdos: en una de sus cámaras estuvo a punto de perder la vida; en otra había perdido el Imperio. Sólo se detuvo lo necesario, y continuó su marcha a París.

Llegó de noche, como a Grenoble y como a Lion, al final de una de sus largas jornadas y a la cabeza de las tropas. Si hubiese querido habría podido entrar con dos millones de hombres.

A las ocho y media de la noche entró en el patio de las Tullerías. Allí, lo mismo que en Grenoble, la población se precipita sobre él, se extienden millares de brazos, lo cogen, lo arrebatan con tales gritos y tal delirio que la vida de Napoleón corre peligro. La muchedumbre es tan grande, que no hay medio de contenerla; es un torrente al que es forzoso dejar seguir su curso. Napoleón sólo puede arrojar estas palabras:

—¡Amigos míos, me estáis ahogando!

En las habitaciones, el Emperador encuentra otra muchedumbre, dorada y respetuosa, muchedumbre de cortesanos, generales y mariscales. Estos no ahogan a Napoleón, pero se encorvan ante él.

—Señores, les dice el Emperador, las gentes desinteresadas son las que me han traído a mi capital; los subtenientes y los soldados son los que lo han dispuesto. Todo se lo debo al pueblo y al Ejército.

Esa misma noche, Napoleón se ocupa en reorganizarlo todo. Cambaceres fue nombrado ministro de Justicia; el duque de Vicenza, de Negocios Extranjeros; el mariscal Davoust, de Guerra; el duque de Gaeta, de Hacienda; Decres, de Marina; Fouché, de Policía; Carnot, del Interior; el duque de Bassano fue nombrado de nuevo para la secretaría de Estado; el conde Mollien, para Tesorería; el duque de Rovigo, para comandante general de la Gendarmería; M. de Montalivet, intendente de Palacio, Letort y Labedoyere ascendieron a generales; Bertrand y Drouot conservaron sus puestos de gran mariscal de palacio y mayor general de la Guardia. Finalmente se llamó a todos los chambelanes, caballerizos y maestros de ceremonias de 1814.

El 26 de marzo, todas las grandes corporaciones del Imperio fueron llamadas a jurar a Napoleón los votos de Francia.

El 27, se hubiera dicho que los Borbones no habían existido jamás y que toda la nación creía haber tenido un mal sueño del que se habían despertado.

En efecto, la revolución había concluido en un día sin derramar una sola gota de sangre. Aquella vez nadie tenía que echar en cara a Napoleón la muerte de un padre, de un hermano o de un amigo. Los únicos cambios visibles que hubo fue el de los colores de las banderas y que los gritos de «¡Viva el Emperador!» resonaban de un extremo a otro de Francia.

Entretanto la nación, ufana del gran acto de espontaneidad que acababa de realizar, de la magnitud de la empresa que habían acometido tan bien juntos, parecía borrar los reveses de los tres últimos años y estaba jubilosa porque Napoleón hubiera vuelto a ocupar el trono.

Napoleón examina el estado de las cosas y recapacita. Ante él se abren dos caminos:

Intentar la paz, preparándose para la guerra, o comenzar la guerra con uno de esos golpes imprevistos, fulminantes, que han hecho de él el Júpiter tonante de Europa.

Ambas acciones tienen sus inconvenientes.

Intentarlo todo por la paz es dar tiempo a los aliados para prepararse: calcularán sus soldados y los compararán con que dispone Napoleón: tendrán así tantos ejércitos como las divisiones francesas; resultando una desigual batalla de uno contra cinco. Pero, ¡qué demonios!, más de una vez habían vencido en esa situación.

Comenzar la guerra es dar razón a los que dicen que Napoleón no busca la paz. Además, no puede disponer más que de cuarenta mil hombres. Es verdad que bastan para reconquistar Bélgica y entrar en Bruselas; mas al llegar a esta capital, se encontrará encerrado en un círculo de plazas fuertes que será preciso rendir una tras otra. Maestricht, Luxemburgo y Amberes no son de esas bicocas que se arrebatan de un solo golpe. Aparte de esto, Vandea se subleva, el duque de Angulema marcha sobre Lion y los marselleses sobre Grenoble. Hay que atajar a tiempo esta convulsión nacional que atormenta a Francia para que se presente ante el enemigo con toda su pujanza y toda su fuerza.

Napoleón se decide por la primera de estas dos opciones. La paz, que fue rechazada en Châtillon en 1814 después de la invasión de Francia, puede ser aceptada en 1815 después de su regreso de la isla de Elba. Es posible detenerse cuando se sube, nunca cuando se baja.

Para demostrar a la nación su buena voluntad, dirige esta circular a los soberanos de Europa:

Señor y hermano mío:

Durante el mes anterior habréis tenido noticia de mi regreso a las costas de Francia, de mi entrada en París y de la partida de los Borbones. V. M. debe de conocer ya la verdadera naturaleza de estos acontecimientos: son obra de una potencia irresistible, la obra y la voluntad unánime de una gran nación que conoce sus deberes y sus derechos. La expectativa creada tras el mayor de los sacrificios no deja lugar a dudas; desde el momento en que he tocado la orilla francesa, el amor de mis súbditos me ha conducido hasta la capital. La primera necesidad de mi corazón es pagar tanto cariño con una tranquilidad honrosa. Siendo necesario el restablecimiento del trono imperial para la felicidad de los franceses, mi justo propósito consiste en hacerlo al mismo tiempo útil para afirmar el reposo de Europa. Ya es bastante la gloria que ha honrado alternativamente a las banderas de las diferentes naciones. Las vicisitudes de la fortuna han hecho que a grandes reveses sucedan grandes triunfos; hoy se abre ante los soberanos un palenque más hermoso, y yo soy el primero en subir a él. Después de haber presentado al mundo el espectáculo de grandes combates, será más grato no conocer en adelante más rivalidad que la de las ventajas de la paz, más lucha que la santa lucha de la felicidad de los pueblos. Francia se complace en proclamar con franqueza esta noble aspiración de todos sus deseos. Celosa de su independencia, el principio invariable de su política será el respeto más absoluto a la independencia de las demás naciones. Si son tales, según confío, los sentimientos personales de V. M, la tranquilidad general quedará asegurada por largo tiempo y la justicia, sentada en los confines de los Estados, bastará por si sola para guardar sus fronteras.

Esta carta, que propone una paz con el respeto más absoluto a la independencia de las demás naciones, llega a manos de los soberanos aliados en el momento en que se disponían a repartirse Europa. En esta gran trata y pública adjudicación de las almas, Rusia se apodera del gran ducado de Varsovia; Prusia devora una parte del reino de Sajonia, otra parte de Polonia, de Westfalia, de Franconia y cual inmensa serpiente cuya cola toca en Memel, aspira a llegar con su cabeza a Thionville, siguiendo la orilla izquierda del Rin; Austria reclama su Italia, tal cual estaba antes del tratado de Campo-Formio, así como todo cuanto su águila de dos cabezas ha dejado desprenderse de sus garras después de los tratados sucesivos de Lunéville, de Presburgo y de Viena; el estatúder de Holanda, elevado al grado de rey, pide que se confirme la anexión a sus Estados hereditarios de Bélgica, del país de Lieja y del ducado de Luxemburgo; en fin, el rey de Cerdeña solicita la reunión de Génova a su Estado continental, del que está separado hace más de quince años. Cada gran potencia quiere, como un león de mármol, tener bajo su garra, en lugar de una bola, un pequeño reino. Rusia tendrá Polonia, Prusia a Sajonia, España a Portugal, Austria a Italia, en cuanto a Inglaterra, que corre con el gasto de todas estas revoluciones, tendrá dos en lugar de uno, Holanda y Hanover.

Como se ve, el momento de mandar esta carta no era el adecuado. Sin embargo, la proposición del Emperador podía haber tenido algún resultado si el congreso hubiera estado disuelto y se hubiese podido tratar aisladamente con los soberanos aliados; pero colocados como estaban unos enfrente de otros, esta misiva exaltó el amor propio de cada monarca y Napoleón no recibió ninguna contestación.

No extrañó este silencio al Emperador: lo había previsto. Por lo que no perdió tiempo a la hora de prepararse para la guerra. Cuanto más examinaba sus medios defensivos, más se felicitaba de no haber cedido a su primer impulso: todo estaba desorganizado en Francia; apenas quedaba un núcleo de ejército. En cuanto al material militar, como pólvora, fusiles o cañones, todo parecía haber desaparecido.

Durante tres meses, Napoleón trabajó dieciséis horas diarias. A su voz, Francia se cubrió de talleres, de manufacturas, de fundiciones y solamente los armeros de la capital proporcionaron hasta tres mil fusiles cada veinticuatro horas, mientras que los talleres de sastrería confeccionaban en el mismo espacio de tiempo mil quinientos y aun mil ochocientos uniformes. Se elevaban los cuadros de los regimientos de línea de dos a cinco batallones; se reforzaban los de caballería con dos escuadrones, se organizaban doscientos batallones de guardias nacionales; se pusieron en estado de servicio veinte regimientos de marina y cuarenta de guardias jóvenes. Se llamaron a las armas a los antiguos soldados licenciados, así como las quintas de 1814 y 1815 y los soldados y oficiales retirados fueron también llamados al servicio. Se formaron seis ejércitos con los nombres de ejércitos del Norte, del Mosela, del Rin, del Jura, de los Alpes y de los Pirineos, mientras que otro, el séptimo, con el nombre de ejército de Reserva, se reúne ante los muros de París y de Lion, que se fortifican.

En efecto, toda gran ciudad debe estar a cubierto en sus murallas de un próximo ataque como si de la antigua Lutecia se tratara. Si en 1805 Viena hubiera estado defendida, la batalla de Ulm no habría decidido la guerra; si en 1806 Berlín hubiera estado fortificado, el ejército prusiano, derrotado en Jena, se habría rehecho en la capital y el ruso se habría reunido con él; si en 1808 Madrid se hubiera hallado en estado de defensa, el ejército francés no se habría atrevido a marchar sobre la capital, ni aun después de las victorias de Burgos, de Espinosa, de Tudela y de Somosierra, puesto que dejaba tras de sí, en Salamanca y Valladolid, los ejércitos inglés y español. En fin, si en 1814 París hubiera podido sostenerse siquiera diez días, el ejército aliado habría quedado ahogado entre sus murallas y los ochenta mil hombres que Napoleón reunió en Fontainebleau.

El general de ingenieros Haxo queda encargado de la obra magna de fortificar a París. El general Lery, en cambio, fortificara Lion.

Así pues, si los soberanos aliados dieran tiempo a los franceses siquiera hasta el 1 de junio, el efectivo de nuestro ejército se elevaría de doscientos mil a cuatrocientos catorce mil hombres y si les dejaran hasta el 1 de septiembre, no sólo se duplicaría este efectivo, sino que todas las ciudades quedarían fortificadas hasta el centro de Francia y servirían, en cierto modo, de obras avanzadas a la capital. De este modo, 1815 rivaliza con 1793 y Napoleón ha obtenido el mismo resultado que la comisión de salvación pública, sin necesidad de apelar a las doce guillotinas que formaban parte del bagaje del ejército revolucionario.

Pero no hay momento que perder: los aliados, que se disputan Sajonia y Cracovia, han continuado arma al brazo y mecha encendida. Se han dado cuatro órdenes y Europa marcha otra vez contra Francia. Wellington y Blücher reúnen doscientos veinte mil hombres, ingleses, prusianos, hannoverianos, belgas y brunswickenses, entre Lieja y Courtray; los bávaros, los badenses y los Wirtembergueses se aglomeran en el Palatinado y en la Selva Negra; los austriacos avanzan a marchas forzadas para reunirse con ellos; los rusos atraviesan la Franconia y la Sajonia y en menos de dos meses llegarán desde Polonia a las orillas del Rin. Novecientos mil hombres están dispuestos y pronto lo estarán otros trescientos mil. La coalición tiene el secreto de Cadmo: a su voz los soldados brotan de tierra.

Sin embargo, a medida que Napoleón ve engrosar los ejércitos enemigos, siente cada vez más la necesidad de apoyarse en ese pueblo que frustró sus esperanzas en 1814. Por un momento vacila pensando si le convendrá dejar la corona imperial para empuñar de nuevo la espada de primer cónsul; pero Napoleón, nacido en medio de las revoluciones, las teme. Tiene miedo de los arrebatos populares, porque sabe que no hay nada que contenga al pueblo cuando se desborda. Si la nación se ha quejado de carecer de libertad, le dará el acta adicional; 1790 ha tenido su federación, 1815 tendrá su Campo de Marte. Quizás así Francia le dé total espaldarazo. Napoleón pasa revista a los federados, y el 1 de junio presta juramento de fidelidad a la nueva constitución. Aquel mismo día abre las Cámaras.

Libre ya de esta comedia política que representa a regañadientes, recobra su verdadero papel y vuelve a ser general. Tiene ciento ochenta mil hombres disponibles para abrir la campaña. ¿Qué hacer? ¿Marchar al encuentro de los anglo-prusianos para alcanzarlos en Bruselas o en Namur? ¿Aguardar a los aliados ante los muros de París o de Lion? En definitiva: ser Aníbal o Fabio.

Si aguarda a la embestida de los aliados, ganará tiempo hasta el mes de agosto y habrá completado sus levas, terminado sus preparativos y organizado todo su material; lucharía con todos sus recursos contra un ejército mermado en sus dos tercios por las tropas de reconocimiento que habrá tenido que sacrificar forzosamente.

Pero la mitad de Francia, entregada a la causa bélica, no comprenderá la prudencia de su general en esta maniobra. Se puede imitar a Fabio cuando se tiene, como Alejandro, un imperio que ocupa la séptima parte del globo, o cuando, como Wellington, se maniobra en imperio ajeno. Pero esta estrategia no casa bien con el carácter del Emperador.

Está decidido: llevará la iniciativa atacando Bélgica, dejará asombrado al enemigo, que no le cree en estado de entrar en campaña. Puede batir, dispersar e incluso destrozar a Wellington y a Blücher, antes de que el resto de las tropas aliadas haya tenido tiempo de reunirse con ellos. Entonces Bruselas se declarará a favor suyo, las orillas del Rin tomarán las armas; Italia, Polonia y Sajonia se sublevarán y de este modo, justo al principio de la campaña, el primer golpe, si se asesta bien, puede disolver la coalición.

También es cierto que en caso de un revés, se atraería al enemigo a Francia desde principios de julio, es decir, cerca de dos meses antes de lo previsto. Pero ¿acaso se puede dudar de este ejército y prever una derrota después de su marcha triunfal del golfo Juan a París?

El Emperador tiene que desviar la cuarta parte de sus ciento ochenta mil hombres para guarnecer a Burdeos, Toulouse, Chabéry, Bélfort, Estrasburgo y sujetar la Vendée, ese antiguo cáncer político mal extirpado por Hoche y por Kléber. Le quedan, pues, ciento veinticinco mil hombres que concentra desde Philippeville hasta Maubeuge. Es cierto que tiene enfrente doscientos mil, pero si deja pasar tan solo seis semanas, tendrá que combatir contra los ejércitos de toda Europa. Parte de París el 12 de junio, el I4 establece su cuartel general en Beaumont rodeado de sesenta mil hombres, echando a su derecha dieciséis mil hombres sobre Philippeville y cuarenta mil a su izquierda hacia Solre-sur-Sambre. En esta posición

Napoleón tiene delante el río Sambre, a la derecha el Mosa, a la izquierda y a la retaguardia los bosques de Avesne, de Chimay de Gedine.

Por su parte, el enemigo, situado entre el Sambre y el Escalda, se escalona en un espacio de veinte leguas, poco más o menos.

El ejército pruso-sajón, dirigido por Blücher, forma la vanguardia: ochenta mil hombres y trescientos cañones. Se divide en cuatro grandes cuerpos: el primero mandado por el General Ziéthen, que tiene su cuartel general en Charleroi y Fleurus, y forma el punto de concentración; el segundo, mandado por el general Pirsch, acantonado en los alrededores de Namur; el tercero, a las órdenes del general Thielmann, situado a orillas del Mosa en las cercanías de Dinant; el cuarto, mandado por el general Bulow y que, establecido detrás de los tres primeros, tiene su cuartel general en Lieja. El ejército pruso-sajón, distribuido de este modo, presenta la forma de una herradura cuyos dos extremos avanzan, por un lado, hasta Charleroi, y por el otro hasta Dinant. Se halla un extremo a tres leguas y el otro a legua y media de las avanzadas francesas.

Wellington dirige el ejército anglo-holandés, que se compone de ciento cuatro mil doscientos hombres y forma diez divisiones, separadas en dos grandes cuerpos de infantería y uno de caballería. El primer cuerpo de infantería dirigido por el príncipe de Orange, que tiene su cuartel general en Braine-le-Comte; el segundo, por el teniente general Hill, cuyo cuartel general está en Bruselas. Por fin, la caballería, estacionada alrededor de Gramont, tiene a la cabeza a lord Uxbridge y el parque de artillería está acantonado en Gante.

El segundo ejército presenta la misma disposición de líneas que el primero, sólo que la herradura está vuelta en dirección contraria, y en lugar de ser los extremos, es el centro el que se halla más inmediato a nuestro frente de batalla, pero enteramente separado por el ejército pruso-sajón.

Napoleón ha llegado, en la noche del 14, a dos leguas de los enemigos, todavía sin que el enemigo haya tenido noticia de su marcha. Pasa una parte de la noche inclinado sobre un mapa del país y rodeado de espías que le llevan informes seguros sobre las diferentes posiciones del enemigo. Reconoce el terreno, calcula, con su rapidez habitual, que el enemigo ha extendido de tal modo sus líneas que necesitaría tres días para reunirse: atacándolos de improviso puede dividir los dos ejércitos y batirlos por separado. De antemano ha concentrado en un solo cuerpo veinte mil caballos; el sable de esta caballería está llamado a cortar por la mitad esta serpiente, cuyos trozos separados aplastará con facilidad.

El plan de la batalla queda trazado: Napoleón dirige en todas direcciones sus órdenes, continúa examinando el terreno e interrogando a los espías. Está seguro de conocer perfectamente la posición del enemigo y de que éste, en cambio, ignora la suya. Cuando de pronto llega al galope un ayudante del general Gérard, trayendo la noticia de que el teniente general Bourmont y los coroneles Clouet y Willoutrey se han pasado al enemigo. Napoleón lo escucha con la tranquilidad del hombre acostumbrado a las traiciones y volviéndose a Ney, que está de pie junto a él, le dice:

—Ya lo oís, mariscal; se trata de vuestro protegido, en el que yo no tenía ninguna confianza, del que me habéis respondido y al que he concedido un puesto en consideración. Ya lo veis, se ha pasado al enemigo.

—Señor —le contestó el mariscal—, perdonadme; pero le creía tan leal que habría respondido de él como de mí mismo.

—Señor mariscal —replicó Napoleón levantándose y poniéndole una mano en el brazo—, los azules siempre son azules y los blancos, blancos.

Con la misma tranquilidad, vuelve a sentarse y hace en su plan de ataque las modificaciones que esta defección exige.

Al rayar el día, sus columnas se pondrán en movimiento. La vanguardia de la izquierda, compuesta de la división de infantería del general Jerôme Bonaparte, rechazará la vanguardia del cuerpo prusiano del general Ziéthen y se apoderará del puente de Marchiennes. La derecha, mandada por el general Gérard, sorprenderá muy temprano el puente del Châtelet, mientras que la caballería ligera del general Pajol, formando la vanguardia del centro, avanzará sostenida por el tercer cuerpo de infantería y se apoderará del puente de Charleroi. A las diez, el ejército francés habrá pasado el Sambre y estará en el territorio enemigo.

Todo se ejecuta como Napoleón lo ha mandado. Jerôme desbarata a Ziéthen y le hace quinientos prisioneros. Gérard se apodera del puente del Châtelet y rechaza al enemigo a más de una legua al otro lado del río. Sólo Vandamme se ha retrasado, pues a las seis de la mañana aún no ha levantado su campamento.

—Ya nos alcanzará —dice Napoleón—; cargad, Pajol, con vuestra caballería ligera; yo os sigo con mi guardia.

Pajol parte y arrolla todo cuanto se le presenta: un cuadro de infantería quiere resistir, pero el general Desmichels se precipita sobre él a la cabeza de los regimientos cuarto y noveno de cazadores, lo rompe, lo hace pedazos y hace unos cuantos centenares de prisioneros. Pajol llega, descargando sablazos, delante de Charleroi, donde penetra a galope, seguido de Napoleón. A las tres llega Vandamme; un malentendido en la escritura de una cifra ha sido causa de su retraso; ha entendido un cuatro por un seis. En su error ha recibido él mismo su castigo, porque no ha podido disfrutar del honor del combate. Aquella misma noche todo el ejército francés ha pasado el Sambre: el de Blücher está en retirada sobre Fleurs, dejando entre él y el anglo-holandés un espacio vacío de cuatro leguas.

Napoleón se da cuenta de este punto débil y se apresura a aprovecharse; da a Ney orden directa de partir con cuarenta y dos mil hombres por la calzada de Bruselas a Charleroi y de no detenerse hasta el caserío Quatre-Bras, encrucijada situada en la intersección de los caminos de Bruselas, de Nivelles, de Charleroi y de Namur. Allí contendrá a los ingleses, mientras que Napoleón batirá a los prusianos con los setenta y dos mil hombres que le quedan. El mariscal parte al punto.

Napoleón, que cree ejecutadas sus órdenes se pone en marcha el 16 de junio por la mañana y descubre al ejército prusiano listo para la batalla entre Saint Amand y Sombref, de frente al Sambre. Se compone de tres cuerpos que estaban acantonados en Charleroi, Namur y Dinant. Su posición es desafortunada porque presenta su flanco derecho a Ney, quien, si ha seguido las instrucciones recibidas, debe estar a estas horas en Quatre-Bras, es decir, a dos leguas a su retaguardia. Napoleón toma sus disposiciones en consecuencia: forma su ejército en una misma línea que el de Blücher para atacarle de frente, y envía un oficial de confianza a Ney para ordenarle que deje un destacamento en Quatre-Bras y marche a toda prisa hacia Bry para caer sobre la retaguardia de los prusianos. Otro oficial parte al mismo tiempo para hacer detener el cuerpo del conde de Erlon, que forma la retaguardia francesa y que por lo tanto no debe haber pasado todavía de Villers-Perruin. Debe girar a la derecha y avanzar hacia Bry. Esta nueva instrucción adelanta una hora la situación de las cosas y duplica las probabilidades, puesto que si uno falla, el otro no fallará: todo el ejército prusiano está perdido. Los primeros cañonazos que Napoleón oirá por la parte de Bry o de Vagnelee serán la señal del ataque de frente. Tomadas estas disposiciones, el Emperador hace un alto y aguarda.

Pasa el tiempo y Napoleón no oye nada. Son las dos, las tres, las cuatro de la tarde; el mismo silencio. Pero la jornada es demasiado preciosa para desaprovecharla de este modo; la del día siguiente puede dar como resultado la reunión de los ejércitos enemigos, y entonces habrá que trazar un nuevo plan, menos favorable claro está. Napoleón da la orden de ataque; la batalla mantendrá ocupados a los prusianos y no podrán percatarse de la presencia de Ney, que llegará sin duda al oír el cañoneo.

Napoleón concentra el combate con un gran ataque a la izquierda, a fin de atraer hacia este lado la mayor parte de las fuerzas del enemigo y alejarlos de su línea de retirada para el momento en que Ney llegue por la antigua calzada Brunequilda, que es el camino de Gembloux. Luego lo dispone todo para arrollar su centro y cortarlo así en dos partes, encerrando la parte más considerable del ejército en el triángulo de hierro que ha preparado desde la víspera. Se traba el combate y dura dos horas sin que se reciba ninguna noticia de Ney ni de Erlon. Sin embargo, deben de estar avisados, piensa Napoleón, desde las diez de la mañana el uno no tenía más que dos leguas que andar y el otro dos y media. Napoleón se ve obligado a vencer solo. Da orden de hacer entrar en combate a sus reservas para operar sobre el centro el movimiento que decidirá el éxito de la jornada. En este momento se le anuncia que una fuerte columna enemiga aparece en la llanura de Heppignies, amenazando su ala izquierda. ¿Cómo ha logrado pasar esta columna entre Ney y Erlon? ¿Cómo ha ejecutado Blücher la maniobra que él había pensado? No acierta a comprenderlo. Pero no importa: detiene sus reservas para oponerlas a aquel nuevo ataque, y suspende el movimiento sobre el centro.

Un cuarto de hora después, se entera de que aquella columna no es otra que el cuerpo de Erlon que ha enfilado el camino de Saint-Amand en lugar del de Bry. Entonces vuelve a ordenar su maniobra interrumpida, marcha sobre Ligny, se apodera de él a paso de carga y pone al enemigo en retirada. Pero se hace de noche y todo el cuerpo de Blücher desfila por Bry, que debería estar ocupado por Ney y veinte mil hombres. Sin embargo, se ha ganado la jornada: cuarenta piezas de artillería caen en poder francés y quedan fuera de combate veinte mil hombres. Además, el ejército prusiano está tan desmoralizado, que de los setenta mil hombres de que se compone, apenas los generales han podido reunir treinta mil a media noche.

El mismo Blücher ha sido derribado del caballo y gracias a la oscuridad, ha escapado lleno de contusiones.

Durante la noche, Napoleón recibe noticias de Ney. Los fallos de 1814 se repiten en 1815: Ney, en lugar de marchar al amanecer según la orden recibida hacia Quatre-Bras, y de apoderarse de esta plaza que sólo estaba ocupada por diez mil holandeses, ha partido de Gosselies al mediodía, de suerte que como Quatre-Bras estaba designado por Wellington como punto de reunión sucesivo de los diferentes cuerpos de ejército, estos cuerpos habían llegado de las doce a las tres de la tarde, por lo cual Ney no encontró allí diez mil sino treinta mil hombres. El mariscal, que ante el peligro recobraba siempre su energía habitual y que creía que era seguido por los veinte mil hombres de Erlon, no vaciló en atacar. Pero su asombro fue grande cuando el cuerpo con que contaba no acudía en su auxilio y que, rechazado por fuerzas superiores, no encontraba su reserva en el sitio donde debía estar. En consecuencia, envió a buscarla con la orden terminante de acudir. Pero en este momento recibió a su vez el aviso de Napoleón. Era ya demasiado tarde: el combate estaba trabado y se necesitaba sostenerlo. Sin embargo, envió un nuevo aviso al conde de Erlon para autorizarle a continuar su marcha sobre Bry, y mientras tanto se revolvió con furia sobre el enemigo. En aquel instante llegó otro refuerzo de doce mil ingleses, conducidos por Wellington, y Ney tuvo que batirse en retirada sobre Erasmo, mientras que el cuerpo de ejército del conde de Erlon, gastando la jornada en marchas y contramarchas, se había paseado constantemente entre dos cañones en un radio de tres leguas, sin ninguna utilidad para Ney ni para Napoleón.

Con todo, si la victoria era menos decisiva de lo que hubiera podido ser, no por eso dejaba de ser una victoria. Al retirarse por la izquierda, el ejército prusiano había dejado al descubierto al inglés, que resultaba así el más avanzado. Napoleón, para impedir que se rehiciese, destacó en su seguimiento a Grounchy con treinta y cinco mil hombres, ordenándole que lo acosase hasta que hiciese frente. Pero Grounchy cometerá a su vez el mismo error que Ney; sólo que las consecuencias serán esta vez más terribles.

Por acostumbrado que estuviera el general inglés a la rapidez de los golpes de Napoleón, creyó que podía llegar a Quatre-Bras a tiempo de reunirse con Blücher. En efecto, el 15, a las siete de la tarde, lord Wellington recibe en Bruselas un correo del mariscal de campo anunciándole que todo el ejército francés está en movimiento y que ha estallado ya la batalla. Cuatro horas después, en el momento en que va a cabalgar, recibe la noticia de que los franceses se han apoderado de Charleroi y que su ejército, de ciento cincuenta mil hombres, marcha sobre

Bruselas, cubriendo todo el espacio que se extiende entre Marchiennes, Charleroi y Châtelet. Al punto se pone en marcha, ordenando a todas sus tropas que salgan de sus acantonamientos y se concentren en Quatre-Bras, adonde llega a las seis, según ha quedado dicho, para conocer la derrota del ejército prusiano. Si el mariscal Ney hubiera seguido las instrucciones recibidas, habría descubierto un ejército destrozado.

Por lo demás, dos muertes, la del duque de Brunswick que ha perecido en los Quatre-Bras y la del general Letort, en Fleurus, han introducido un cambio terrible.

He aquí la posición respectiva de los tres ejércitos en la noche del 16 al 17:

Napoleón acampó en el campo de batalla; el tercer cuerpo, delante de Saint-Amand; el cuarto, delante de Vichy; la caballería del general Grouchy, en Sombref; la guardia, en las alturas de Bry; el sexto cuerpo, detrás de Ligny y la caballería ligera, hacia la carretera de Namur, en la cual tenía sus avanzadas.

Blücher, repelido levemente por Grouchy, que después de una hora de persecución lo había perdido de vista, había practicado su retirada en dos columnas y se había detenido detrás de Gembloux donde se le había reunido el cuarto cuerpo, dirigido por el general Bulow, llegado de Lieja.

Wellington se había mantenido en Quatre-Bras, donde las divisiones de su ejército se habían reunido sucesivamente, muertas de cansancio, habiendo marchado toda la noche del 15 al 16, todo el día del 16 y casi toda la noche del 16 al 17.

A eso de las dos de la madrugada, Napoleón envía un ayudante de campo al mariscal Ney. El Emperador supone que el ejército anglo-holandés seguirá el movimiento retrógrado del ejército pruso-sajón y manda al mariscal que comience de nuevo su ataque sobre Quatre-Bras. El conde Loban, que se ha dirigido por el camino de Namur con dos divisiones del sexto cuerpo, su caballería ligera y los coraceros del general Milhaud, le apoyarán en este ataque. Todo parece indicar que no tendrá que vérselas más que con la retaguardia del ejército.

Al amanecer, el ejército francés se pone en marcha dividido en dos columnas: una de sesenta y ocho mil hombres, mandada por Napoleón, que irá contra los ingleses, y otra de treinta y cuatro mil, a las órdenes de Grouchy, que perseguirá a los prusianos.

Ney sigue retrasado y Napoleón es el primero que llega a ver en el horizonte la granja de Quatre-Bras, donde se encuentra un cuerpo de caballería inglesa. Para hacerla salir y reconocerla, lanza una partida de cien húsares, que regresa rechazada vivamente por el regimiento enemigo. Entonces el ejército francés hace alto y ocupa su posición de batalla; los coraceros del general Milhaud se extienden por la derecha, la caballería ligera se escalona a la izquierda, la infantería se coloca en el centro y en segunda línea, y la artillería se aprovecha de los movimientos del terreno y se sitúa en posición.

Ney no se ha presentado todavía, y Napoleón, que teme perderle como pasó el día anterior, no quiere comenzar ninguna maniobra sin él. Envía quinientos húsares hacia Frasne, donde debe de estar, para intentar comunicarse con él. Al llegar al bosque Delhutte, que está entre las carreteras de Namur y de Charleroi, el destacamento cree ver en un regimiento de lanceros rojos, perteneciente a la división de Lefèbre-Desnouettes, un cuerpo inglés, y rompe fuego contra él. Al cabo de un cuarto de hora se dan cuenta del error que ha desatado el fuego amigo. Ney está en Frasne, como pensó Napoleón. Dos oficiales se desmarcan y le dan la orden de apresurarse en su marcha a los Quatre-Bras. Los húsares regresan y ocupan su puesto a la izquierda del ejército francés y los lanceros rojos continúan en el suyo con premura. Napoleón, para no perder tiempo, manda poner en batería doce cañones que rompen fuego. Buena prueba de que el enemigo ha evacuado Quatre-Bras durante la noche y no ha dejado más que una retaguardia para proteger su retirada es que tan solo dos piezas le contestan. Por lo demás, nada puede hacerse sino por instinto o por apreciación, porque la lluvia, que cae a torrentes, limita de sobremanera la visión del horizonte. Después de una hora de cañoneo, durante la cual Napoleón tiene la vista fija hacia el lado de Frasne, viendo que el mariscal sigue tardando, envía orden tras orden. Entonces acuden a decirle que el conde de Erlon ha aparecido por fin con su cuerpo de ejército, y como no ha llegado todavía a Quatre-Bras ni a Ligny, Napoleón le encarga la persecución del enemigo. En seguida se pone a la cabeza de la columna y marcha a paso de carga hacia Quatre-Bras. El segundo cuerpo aparece detrás de él. Napoleón a galope, atraviesa, acompañado solamente de treinta hombres, el espacio que se extiende entre las dos carreteras. Se acerca al mariscal Ney, a quien echa en cara no sólo la lentitud del día anterior, sino también la de ese día, que le ha hecho perder dos horas preciosas durante las cuales, quizá habría derrotado al enemigo. Luego, sin dar tiempo a las disculpas del mariscal, se pone a la cabeza del ejército que marcha con el barro hasta las rodillas. Piensa que el mismo inconveniente lo tendrá también el ejército anglo holandés y que experimenta, por añadidura, todas las desventajas de la retirada. Entonces manda a la artillería volante que tome la delantera por la carretera, por donde puede rodar con toda facilidad, y que no cese un momento el fuego, aunque sólo sea más que por indicar su posición y la del enemigo. Los dos ejércitos continúan marchando por aquel pantano, en medio de la bruma, arrastrándose por el lodo, semejantes a dos inmensos dragones antediluvianos, como los soñados por Bróngniart y Cuvier, que se enviaban uno a otro llamas y humo.

A eso de las seis de la tarde, el cañoneo se fija y aumenta: el enemigo ha presentado una batería de quince piezas. Napoleón adivina que se ha reforzado la retaguardia y que, como Wellington debe de haber llegado cerca del bosque de Soignes, va a tomar por la noche posición cerca de este bosque. El Emperador quiere cerciorarse de ello y manda desplegar los coraceros del general Milhaud, que simulan cargar, bajo la protección de cuatro baterías de artillería ligera. El enemigo deja ver entonces cuarenta piezas, que rompen fuego a la vez. No queda duda: todo el ejército está allí. Esto es lo que Napoleón quería saber. Llama a sus coraceros, a los que necesita para el día siguiente, toma posición delante de Plancenoìt, establece su cuartel general en la granja del Caillou (Guijarro), y manda que durante la noche se establezca un observatorio, desde lo alto del cual pueda descubrir al día siguiente toda la llanura. Todo parece indicar que Wellington aceptará la batalla.

Durante la noche, Napoleón trata de interrogar a muchos oficiales ingleses de caballería cogidos prisioneros aquel día, pero de ninguno puede conseguir algún informe.

A las diez, el Emperador, que cree que Grouchy está en Wavre, le envía un oficial para comunicarle que tiene ante sí a todo el ejército anglo-holandés en posición, delante del bosque de Soignes, apoyando su derecha en el caserío de la Haie, y que con toda probabilidad, le presentará batalla al día siguiente. En respuesta a esto, le manda que dos horas antes de amanecer destaque de su campamento una división de siete mil hombres con dieciséis piezas de artillería y se encamine con ésta hacia Saint Lambert, a fin de que pueda ponerse en comunicación con la derecha del grueso del ejército y operar sobre la izquierda del anglo-holandés. En cuanto a él, tan pronto como se cerciore de que el ejército pruso-sajón ha evacuado Wavre para encaminarse a Bruselas, o para seguir otra dirección, marchará con la mayor parte de sus tropas en la misma dirección que la división que le servirá de vanguardia, y cuidará de llegar con todas sus fuerzas, hacia las dos de la tarde, hora en que su presencia será decisiva. Por lo demás, Napoleón, para no atraer a los prusianos con sus cañones, no empezará la acción hasta muy entrada la mañana.

Apenas acaba de expedir este despacho, cuando un ayudante del mariscal Grouchy llega con un parte escrito a las cinco de la tarde y fechado en Gembloux. El mariscal ha perdido la pista del enemigo; ignora si se ha dirigido a Bruselas o a Lieja, por lo cual establece avanzadas en cada uno de estos caminos. Como Napoleón andaba visitando los puestos, no encuentra el parte hasta su vuelta, y al punto expide otra orden semejante a la que había enviado a Wavre. Al poco rato de salir el oficial portador de esta orden, llega otro ayudante con un segundo parte, fechado también en Gembloux. Grouchy ha sabido a las seis de la tarde, que Blücher se ha encaminado a Wavre con todas sus fuerzas. Su primera intención era seguirle en el mismo instante pero las tropas habían establecido ya su campamento y estaban haciendo el rancho; por consiguiente no partirá hasta la mañana siguiente. Napoleón no se explica esta ominosa pereza de sus generales que, desde 1814 a 1815 habían tenido un año para descansar, y envía al mariscal una tercera orden más apremiante que las primeras.

Tras estos sucesos, en la noche del 17 al 18 las posiciones de los cuatro ejércitos son estas:

Napoleón, con el primero, segundo y sexto cuerpos de infantería, la división de caballería ligera del general Subervie, los coraceros y los dragones de Milhaud y de Kellermann y, en fin, con la guardia imperial, es decir, con sesenta y ocho mil hombres y doscientos cuarenta cañones, acampa detrás y delante de Plancenoit, ocupando la carretera de Bruselas a Charleroi.

Wellington, con todo el ejército anglo-holandés, fuerte de más de ochenta mil hombres y de doscientas cincuenta piezas, tiene su cuartel general en Waterloo, y se extiende sobre la cresta de una eminencia desde Braine-Leland hasta la Haie.

Blücher está en Wavre, donde ha reunido setenta y cinco mil hombres, con los cuales está dispuesto a marchar adonde el cañón le indique que se necesita de él.

Por último, Grouchy está en Gembloux, donde descansa después de haber andado tres leguas en dos días.

La noche transcurre de este modo. Todo el mundo presiente que se está en vísperas de la batalla de Zama; pero aún se ignora quién será Escipión y quién Aníbal.

Al despuntar un nuevo día, Napoleón sale visiblemente turbado de su tienda, porque no espera encontrar a Wellington en la misma posición; cree que los generales inglés y prusiano han aprovechado la noche para reunirse delante de Bruselas y que le aguardan a la salida de los desfiladeros de la selva de Soignes. Pero a la primera ojeada se tranquiliza; las tropas anglo holandesas siguen coronando la línea de las alturas donde se detuvieron la víspera: en caso de derrota, su retirada es imposible. Napoleón no dirige más que un golpe de vista sobre sus disposiciones; luego, volviéndose a los que le acompañan, dice:

—La jornada depende de Grouchy; si cumple las órdenes que le he dado, tenemos noventa nueve probabilidades contra una.

A las ocho de la mañana se aclara el tiempo, y algunos oficiales de artillería enviados por Napoleón a reconocer la llanura, vuelven informándole de que las tierras empiezan a secarse, y de que dentro de una hora la artillería podría empezar a maniobrar. Napoleón, que ha echado pie en tierra para desayunar, se encamina a la Belle-Alliance y reconoce la línea enemiga; pero dudando aún de sí mismo, encarga al general Haxo que se acerque a ella todo lo posible, para cerciorarse de que el enemigo no está protegido por algún atrincheramiento levantado durante la noche. A la media hora este general está de vuelta, diciendo que no ha visto ninguna fortificación y que el enemigo no está defendido más que por la naturaleza misma del terreno. Los soldados reciben la orden de prepararse y de sacar sus armas.

Napoleón había tenido al principio la idea de empezar el ataque por la derecha; pero a eso de las once de la mañana, Ney, que se ha encargado de examinar esta parte del terreno, acude a decirle que un riachuelo que cruza el barranco se ha convertido, a consecuencia de la lluvia, en un torrente cenagoso que le será imposible cruzar con la infantería. Entonces Napoleón cambia de plan; esquivará esta dificultad local, se remontará al origen del barranco, romperá el ejército enemigo por el centro, lanzará caballería y artillería por el camino de Bruselas y así los dos cuerpos de ejército, divididos por el medio, encontrarán cortada la retirada, el uno por Grouchy, que no puede menos de llegar a las dos o las tres de la tarde, y el otro por la caballería y la artillería, que defenderán la carretera de Bruselas. Para llevar a cabo esto, el Emperador lleva todas sus reservas al centro.

Luego, como todo el mundo está en su puesto aguardando la orden de marcha, Napoleón pone su caballo a galope y recorre la línea, despertando por dondequiera que pasa los ecos de las músicas militares y los clamores de los soldados, maniobra que da siempre a los comienzos de sus batallas un aire de fiesta que contrasta con la frialdad de los ejércitos enemigos, en los que ninguno de los generales incita jamás bastante confianza o simpatía para despertar semejante entusiasmo. Wellington, con un anteojo en la mano y apoyado contra un árbol del camino de travesía delante del cual sus soldados están formados en línea, presencia ese espectáculo imponente de todo un ejército que jura vencer o morir.

Napoleón regresa a la altura de Rossomme, donde se apea del caballo y contempla todo el campo de batalla. Detrás de él, los ritos y la música siguen resonando, semejantes a la llama de un reguero de pólvora. Luego, todo queda en ese silencio solemne que se cierne siempre sobre dos ejércitos a punto de combatir.

En breve queda roto ese silencio por una descarga de fusilería que estalla hacia la extrema izquierda francesa y cuya humareda se divisa por encima del bosque de Gormont; son los tiradores de Jerôme que han recibido la orden de empezar el combate para llamar la atención de los ingleses hacia aquel lado. En efecto, el enemigo descubre su artillería y el estampido de los cañones se sobrepone al ruido de los fusiles. El general Reille hace avanzar la batería de la división Foy y Kellermann lanza a galope a sus doce piezas de artillería ligera. Al mismo tiempo, en medio de la inmovilidad general del resto de la línea, la división Foy se pone en movimiento y marcha en auxilio de Jerôme.

En el momento en que Napoleón tiene los ojos fijos en este primer movimiento, un ayudante enviado por el mariscal Ney, encargado de dirigir el ataque del centro sobre la granja de la Haie-Sainte por la carretera de Bruselas, llega a galope y anuncia que todo está dispuesto y que el mariscal sólo aguarda la señal. En efecto, Napoleón ve las tropas designadas para este ataque, escalonadas ante él en masas profundas; y va a dar la orden de ataque, cuando de pronto al echar una postrera ojeada sobre el conjunto del campo de batalla, divisa entre la bruma algo así como una nube que avanza en dirección de Saint-Lambert. Se vuelve hacia el duque de Dalmacia, que en calidad de jefe de Estado Mayor estaba a su lado, y le pegunta qué piensa de aquella aparición. Al punto se dirigen sus anteojos hacia aquel lado; unos sostienen que son árboles, otros que son hombres: Napoleón es el primero en reconocer que es una columna. ¿Será Grouncy? ¿Será Blücher? Se ignora. El mariscal Soult supone que es Grouchy; pero Napoleón, como por presentimiento sigue dudando; manda llamar al general Domont y le ordena que marche a Saint-Lambert, con su división de caballería ligera y la del general Subervie, para reconocer la derecha, comunicar prontamente los cuerpos que llegan, efectuar su reunión con ellos si es el destacamento de Grouchy, o contenerlos si es la vanguardia de Blücher.

No se acaba de dar la orden, cuando se ejecuta un nuevo movimiento. Tres mil hombres de caballería salen repentinamente en diagonal, se desarrollan como una inmensa cinta, serpentean un momento por las líneas del ejército y, luego, escapándose por la extrema derecha francesa, avanzan rápidamente y se forman como para una parada, a unas tres mil toesas de su punto de partida.

Mientras se ejecuta este movimiento, que por su precisión y por lo vistoso ha distraído un momento la atención de lo que pasa en el bosque de Goumont, donde continúa el fuego de artillería, un oficial de cazadores lleva a presencia de Napoleón un húsar prusiano, al que se acaba de coger prisionero en un reconocimiento entre Wavre y Plancenoit. Este húsar es portador de una carta del general Bulow, que anuncia a Wellington que llega por Saint-Lambert y le pide sus órdenes. Además de esta explicación, que disipa todas las dudas relativas a las masas de tropas que se descubren en el horizonte, el prisionero da nuevos informes, a los que hay que dar crédito por increíbles que parezcan. Y es que, esa misma mañana, los tres cuerpos del ejército pruso-sajón, estaban en Wavre sin que Grouchy los hubiera molestado: no hay ningún francés a la vista, ya que una patrulla de su regimiento, al hacer un reconocimiento, ha avanzado hasta dos leguas de Wavre sin encontrar nada.

Napoleón se vuelve al mariscal Soult y le dice:

—Esta mañana teníamos noventa y nueve probabilidades en nuestro favor. La llegada de Bulow nos hace perder treinta; pero aún nos quedan sesenta contra cuarenta. Y si Grouchy remedia la horrible metedura de pata que cometió ayer entreteniéndose en Gembloux, si envía su destacamento con rapidez, la victoria será todavía más decisiva, porque el cuerpo de Bulow quedará enteramente destrozado. Que venga un oficial.

Al punto acude un oficial de Estado Mayor, a quien el Emperador encarga que lleve a Grouchy la carta de Bulow y le apremie para que llegue cuanto antes. Según lo que él mismo ha dicho, a aquella hora debe de estar delante de Wavre. El oficial dará un rodeo y le alcanzará por su retaguardia; tendrá que andar cuatro o cinco leguas por caminos excelentes; cuenta con un buen caballo, y promete ver a Grouchy dentro de hora y media. En el mismo instante, el general Domont envía un ayudante que confirma la noticia; son los prusianos los que tiene a la vista, y por su parte acaba de destacar algunas fuerzas escogidas para ponerse en comunicación con el mariscal Grouchy.

El Emperador manda al general Lobau que cruce con dos divisiones la carretera de Charleroi y se encamine a la extrema derecha para sostener la caballería ligera; escogerá una buena posición donde con diez mil hombres pueda contener a treinta mil. Tales son las órdenes que da Napoleón cuando confía en sus hombres. Se verifica al punto este movimiento y Napoleón fija la vista en el campo de batalla.

Los tiradores acaban de romper fuego en toda la línea, y sin embargo, a excepción del combate que prosigue con el mismo encarnizamiento en el bosque de Goumont, todavía no hay nada verdaderamente serio. Aparte de una división que el ejército inglés ha destacado de su centro y enviado en socorro de los guardias, toda la línea anglo-holandesa está inmóvil y las tropas de Bulow descansan en su extrema izquierda, y se forman aguardando su artillería, metida aún en el desfiladero. En aquel momento, Napoleón envía al mariscal Ney la orden de que sus baterías rompan fuego, marche sobre la Haie-Sainte, se apodere de este punto a la bayoneta, deje en él una división de infantería, se lance en seguida sobre las dos granjas de Papelotte y de la Haie, y eche de ellas al enemigo para separar el ejército anglo holandés del cuerpo de Bulow. El ayudante portador de esta orden, parte, cruza la pequeña llanura que media entre Napoleón y el mariscal, y desaparece entre las compactas filas de las columnas que aguardan la señal. A los pocos minutos, ochenta cañones rompen fuego a la vez y anuncian que se va a ejecutar la orden del jefe supremo.

El conde de Erlon avanza con tres divisiones cubierto por aquel fuego terrible, que empieza a causar vacíos en las líneas inglesas, cuando de pronto, al atravesar una hondonada, la artillería se atasca. Wellington, que desde la altura en que está situado ve este percance, lo aprovecha para lanzar sobre aquélla una brigada de caballería que se divide en dos cuerpos, y carga con la rapidez del rayo, en parte a la división Marcognet, y en parte a las piezas alejadas de todo socorro y que, no pudiendo maniobrar, no sólo han suspendido su ataque, sino que tampoco se hallan en estado de defenderse. La infantería, demasiado agobiada, queda rota y pierde dos águilas; la artillería es acuchillada, se cortan los tiros de los cañones y se desjarreta a los caballos; siete cañones quedan ya fuera del servicio. Cuando Napoleón observa este desgraciado suceso, manda a los coraceros del general Milhaud a que corran en socorro de sus hermanos. Aquella muralla de hierro se pone en movimiento, apoyada por el cuarto regimiento de lanceros. La brigada inglesa, sorprendida en flagrante matanza, desaparece ante aquel choque terrible, abrumada, despedazada: dos regimientos de dragones, entre otros, han sido totalmente aniquilados, se recobran los cañones y se salva la división Marcognet.

Aquella orden, tan admirablemente ejecutada, la dirigió el mismo Napoleón, lanzándose a la cabeza de la línea, entre balas y granadas, que dieron muerte a su lado al general Devaux e hirieron al general Lallemand.

Entretanto Ney, aunque privado de artillería, sigue avanzando, y mientras aquel descalabro tan fatal, aunque prontamente remediado, sucede a la derecha de la carretera de Charleroi a Bruselas, hace marchar por el camino y a la izquierda, campo a través, otra columna que llega por fin a la Haie-Sainte.

Allí, bajo el fuego de toda la artillería, a la cual la francesa apenas puede contestar, se concentra todo el combate. Por espacio de tres horas, Ney, que ha recobrado toda la fuerza de sus verdes años, se ocupa en atacar vivamente aquella posición, de la que consigue por fin apoderarse, llena de cadáveres enemigos. Tres regimientos escoceses han quedado tendidos en su mismo puesto, muertos tal como habían combatido, y la segunda división belga, las quinta y sexta divisiones inglesas, han dejado un tercio de su gente. Napoleón lanza sobre los fugitivos los infatigables coraceros de Milhaud, que los persiguen a sablazos hasta en medio de las filas del ejército inglés en el que introducen el desorden. Desde la altura en que está situado, el Emperador ve los bagajes, los carros y las reservas inglesas alejándose del combate y arremolinándose en el camino de Bruselas. Si Grouchy aparece, la jornada será suya.

Napoleón tiene la vista constantemente fija en dirección de Saint-Lambert, donde los prusianos han iniciado por fin el combate. Estos, a pesar de la superioridad de su número, están contenidos por los dos mil quinientos jinetes de Domont y de Subervie y por los siete mil hombres de Lobau, que están aguantando excepcionalmente la embestida, y permitiendo a Napoleón sostener su ataque del centro. Mientras, él, se mantiene impasible, sin oír ni ver nada que le anuncie la tan esperada llegada de Grouchy.

Napoleón envía al mariscal la orden de mantenerse a todo trance en su posición: necesita un rato para determinar su plan.

Por la extrema izquierda, Jerôme se ha apoderado de una parte del bosque y del castillo de Goumont, del que no quedan más que las cuatro paredes, pues todos los techos han sido derribados por las granadas. Pero los ingleses continúan sosteniéndose en el camino hondo que hay a lo largo de la huerta; por lo tanto, este frente no ha sido más que una victoria pírrica.

Enfrente y hacia el centro, el mariscal se ha apoderado de la Haie-Sainte y se mantiene allí a pesar de la artillería de Wellington y de sus cargas constantes de caballería, que se frenan ante el fuego espantoso de nuestra fusilería. Por este lado hay victoria completa.

A la derecha de la carretera el general Durutte acomete las granjas de Papelotte y la de Haie, donde hay probabilidad de triunfo.

En fin, a la extrema derecha, los prusianos de Bulow, que han entrado por fin en acción, se establecen perpendicularmente a la derecha francesa. Treinta mil hombres y sesenta bocas de fuego marchan contra diez mil hombres de los generales Domont, Subervie y Lobau. Allí está, por el momento, el verdadero peligro.

Pero más peligro acecha todavía tras escuchar las noticias que van llegando: las patrullas del general Domont regresan sin haber visto a Grouchy, pero en breve, al fin, se recibe un despacho del mismo mariscal. En lugar de partir de Gembloux al amanecer, como había prometido hacerlo en su carta de la víspera, no había emprendido la marcha hasta las nueve y media de la mañana. Esto son muy malas noticias para los franceses, que necesitan su apoyo inmediato. Sin embargo, son las cuatro y media de la tarde y hace cinco horas que el cañón retumba. Napoleón confía en que, obedeciendo a la primera ley de la guerra, acudirá al ruido de los cañones. A la siete y media podría estar en el campo de batalla: hasta entonces hay que redoblar los esfuerzos y sobre todo detener los progresos de los treinta mil hombres de Bulow, que, si Grouchy llegara por fin, se encontrarán a aquella hora cogidos entre dos fuegos.

Napoleón ordena al general Duhesme, que dirige las dos divisiones de la guardia joven, que se encamine a Plancenoit, hacia donde Lobau, acosado por los prusianos, se bate en retirada por escalones. Duhesme parte a galope con ocho mil hombres y veinticuatro cañones, los pone en batería y rompen fuego en el momento en que la artillería prusiana barre con su metralla la calzada de Bruselas. Este refuerzo contiene el movimiento progresivo de los prusianos y aún hay momentos en que parece que los hace retroceder. Napoleón aprovecha este respiro y manda a Ney que marche a paso de carga hacia el centro del ejército anglo-holandés y lo desbarate; llama a sí a los coraceros de Milhaud, que cargan a la cabeza para abrir un hueco; el mariscal lo sigue, y al poco rato corona la meseta con sus tropas. Toda la línea inglesa es amputada y atacada a quemarropa. Wellington lanza contra Ney toda la caballería que le queda, mientras que su infantería forma el cuadro. Napoleón comprende la necesidad de sostener el movimiento y envía al conde de Valmy la orden de trasladarse con sus dos divisiones de coraceros a la meseta para apoyar las divisiones de Milhaud y Lefèvre-Desnouettes. En el mismo momento, Ney hace avanzar la caballería pesada del general Guyot, a la cual se une las divisiones de Milhaud y Lefèbre-Desnouettes, que vuelven a la carga. Tres mil coraceros y tres mil dragones de la guardia, es decir, los mejores soldados del mundo, avanzan a galope tendido y chocan con los cuadros ingleses, que se abren, vomitan su metralla y vuelven a cerrarse. Pero no hay nada que contenga el ímpetu terrible de nuestros soldados. La caballería inglesa, rechazada y acuchillada por la larga espada de los coraceros y de los dragones, penetra por los intervalos y corre a rehacerse a retaguardia bajo la protección de la artillería. Al punto, coraceros y dragones se precipitan sobre los cuadros, rompiendo alguno de ellos, pero los soldados mueren sin retroceder un paso. Entonces comienza una horrorosa carnicería, interrumpida de vez en cuando por cargas desesperadas de caballería, contra las cuales tienen que revolverse los soldados franceses y durante las cuales los cuadros ingleses respiran y vuelven a formarse para ser rotos de nuevo. Wellington, perseguido de cuadro en cuadro, vierte lágrimas de rabia al ver acuchillar de aquel modo a su vista doce mil hombres de sus mejores tropas; pero sabe que no retrocederán un ápice, y calculando el tiempo que debe transcurrir antes que la destrucción sea completa, saca el reloj y dice a los que le rodean:

—Aún quedan para dos horas; pero antes de una, o habrá cerrado la noche o habrá llegado Blücher.

La lucha continúa así tres cuartos de hora.

Entonces, desde la altura en que domina todo el campo de batalla, Napoleón ve desembocar una masa profunda por el camino de Wavre. Por fin llega Grouchy, que tanto se ha hecho esperar; tarde, es verdad, pero aún lo bastante a tiempo para contemplar la victoria. Al ver aquel refuerzo, envía un ayudante a anunciar a todas direcciones que Grouchy aparece y va a entrar en línea. En efecto, sucesivamente se van desplegando masas que se ponen en orden de batalla; nuestros soldados redoblan su ardor porque creen que sólo tienen que descargar el último golpe. De pronto una formidable artillería retumba delante de los recién llegados y las balas, en vez de ir dirigidas contra los prusianos derriban filas enteras de franceses. Todos cuantos rodean a Napoleón se miran estupefactos; el Emperador se da una palmada en la frente: no es Grouchy, es Blücher.

Napoleón no aparta la vista de la situación, que es terrible. Sesenta mil hombres de tropas de refresco, con las cuales no contaba, caen sucesivamente sobre sus tropas, rendidas por ocho horas de lucha. La ventaja se mantiene por él en el centro, pero ya no tiene el ala derecha; empeñarse en dividir en dos el ejército enemigo sería ya cosa inútil y hasta peligrosa. El Emperador concibe y ordena entonces una de las más ingeniosas maniobras de cuantas ideó en sus más aventuradas combinaciones estratégicas: consiste en un gran cambio de frente oblicuo sobre el centro, merced al cual hará frente a los dos ejércitos. Además, el tiempo transcurre, y la noche que debía llegar para los ingleses, llega también para él.

Entonces da orden a su izquierda de dejar a retaguardia el bosque de Goumont y a los pocos ingleses que se mantienen todavía al abrigo de los muros almenados del castillo y de acudir a reemplazar al primero y al segundo cuerpo, que han sufrido mucho, al mismo tiempo que libertará a la caballería de Kellermann y de Milhaud, demasiado comprometida en la meseta del monte Saint Jean. Manda a Lobau y a Duhesme que continúen la retirada y vayan a situarse en línea por encima de Plancenoit; al general Pelet que se sostengan con firmeza en esta aldea a fin de apoyar el movimiento; el centro que gire sobre sí mismo; al mismo tiempo un ayudante de campo recibe la orden de recorrer la línea y anunciar la llegada del mariscal Grouchy.

Al saberse esta noticia se reanima el entusiasmo; todo se pone en movimiento en la inmensa línea. Ney, que ha perdido ya cinco caballos, desenvaina la espada. Napoleón se pone a la cabeza de su reserva y avanza personalmente por la carretera. El enemigo continúa plegando su centro y su primera línea queda rota; la guardia la rebasa y se apodera de una batería desenganchada. Pero allí tropieza con la segunda línea, que se compone de una masa terrible, compuesta de los restos de los regimientos dispersados dos horas antes por la caballería francesa y que han podido rehacerse. Son de las brigadas de las guardias inglesas, del regimiento belga de Chassé y de la división de Brunswick. No importa. La columna se despliega como en una maniobra; pero de pronto, diez piezas de batería rompen el fuego a tiro de pistola y arrebatan toda su cabeza, mientras que otros veinte cañones la cogen de soslayo y causan estragos en las masas amontonadas alrededor de la Belle Alliance, que su movimiento acaba de dejar al descubierto. El general Friant queda herido; los generales Michel, Jamin y Mallet, muertos; así como los mayores Augelet, Cardinal y Agnès; el general Guyot, al dar por octava vez una carga con su caballería pesada, recibe dos balazos; Ney tiene su ropa y su sombrero acribillados de balazos, y en toda la línea se nota un momento de vacilación.

En ese momento, Blücher ha llegado al caserío de Haie y arrojado de él a los dos regimientos que lo defienden. Estos, que por espacio de media hora han hecho frente a diez mil hombres, se ponen en retirada; pero Blücher llama seis mil hombres de caballería inglesa que guardan la izquierda de Wellington y que son ya inútiles desde el momento en que esta izquierda está ocupada por los prusianos. Estos seis mil hombres, que llegan mezclados con aquellos a quienes persiguen, abren un hueco horrible en el corazón del ejército mismo. Cambronne se arroja entonces con el segundo batallón del primer regimiento de cazadores entre la caballería inglesa y los fugitivos, forma el cuadro y protege la retirada de los demás batallones de la guardia. Este batallón atrae para sí todo el choque y se ve rodeado, apretado, atacado por todos lados. Entonces es cuando Cambronne, a quien se le conmina para que se rinda, contesta no con la frase florida que se le ha atribuido, sino una sola palabra, palabra de cuerpo de guardia, pero a la cual su energía no quita nada de su sublimidad. Casi al punto, cae del caballo, derribado por un casco de metralla que le hiere en la cabeza.

En el mismo instante Wellington hace avanzar toda su extrema derecha, de la que puede disponer, y que a causa del movimiento francés, ya no hay nada que la contenga, y tomando a su vez la ofensiva, la lanza como un torrente desde las alturas de la meseta. Esta caballería envuelve los cuadros de la guardia, a la que no se atreve a atacar, luego da media vuelta a la derecha y embiste a nuestro centro más abajo de la Haie-Sainte. Entonces se sabe que Bulow rebasa la extrema derecha francesa, que el general Duhesme está peligrosamente herido y, en fin, que Grouchy, con el cual se contaba, no acaba de llegar. El fuego de fusilería y de cañón estalla a quinientas toesas a nuestra retaguardia: Bulow nos ha desbordado. Resuena el grito de «¡Sálvese quien pueda!» Y comienza la derrota. Los fugitivos desorganizan los batallones que se sostienen todavía. Napoleón, en el momento de quedar envuelto, se encierra en el cuadro de Cambronne con Ney, Soult, Bertrand, Corbineau, Flahaut, Gourgand y Labédoyère, que se encuentran sin soldados. La caballería multiplica sus cargas. La artillería inglesa barre todo el llano desde la cresta de sus alturas; la francesa, que ya no tiene quien la sirva, permanece callada; aquello no es ya un combate, es una carnicería.

En aquel momento se despeja algo el cielo; Blücher y Wellington, que acaban de reunirse en la granja de la Belle Alliance, se aprovechan de esta circunstancia para poner su caballería en persecución de las tropas francesas; se rompen los restos que hacían mover este cuerpo gigantesco, y el ejército se dispersa. Únicamente algunos batallones de la guardia se sostienen y mueren.

En vano intenta Napoleón contener este desorden. Se echa en medio de la derrota, encuentra un regimiento de la guardia y dos baterías de reserva detrás de Plancenoit, y procura reunir a los fugitivos. Por desgracia, la noche impide que le vean y el tumulto que le oigan. Entonces se apea del caballo y se arroja, espada en mano, en medio de un cuadro; Jerôme le sigue diciendo:

—Tienes razón, hermano; aquí debe caer todo lo que lleva el nombre Bonaparte.

Pero lo cogen sus generales y sus oficiales de Estado Mayor y lo empujan sus granaderos, que están dispuestos a morir, pero no quieren que su Emperador muera con ellos. Lo montan a caballo, un oficial coge la brida y se lo lleva a galope, y así pasa entre los prusianos, que lo han desbordado por espacio de más de media legua. No hay bala de fusil ni de cañón que le hiera. Por fin llega a Jemmapes, se detiene un instante, renueva sus tentativas de reunión de los fugitivos, a las cuales siguen oponiéndose la noche, la confusión, la derrota general y la encarnizada persecución de los prusianos. Convencido al fin de que, como en Moscú, todo había concluido por segunda vez y que solamente en París podría reunir el ejército y salvar la Francia, prosigue su marcha, hace un alto en Philippeville, y llega el 20 a Laon.

El que escribe estas líneas no ha visto a Napoleón más que dos veces en toda su vida con ocho días de diferencia. Y esto durante el corto espacio de un relevo. La primera vez, cuando iba a Ligny, la segunda cuando volvía de Waterloo, aquella vez, a la luz del sol, ésta a la de una lámpara; la primera vez en medio de aclamaciones de la muchedumbre, la segunda en medio del silencio de una población.

Tanto una como otra, Napoleón estaba sentado en el mismo coche, en el mismo sitio, vestido con el mismo traje, la misma mirada vaga, extraviada, la misma fisonomía, tranquila e impasible, sólo que al volver tenía la cabeza un poco más inclinada sobre el pecho que al ir.

¿Era por enfado porque no podía dormir, o por dolor de haber perdido el mundo?

El 21 de junio, Napoleón está de regreso en París.

El 22, la cámara de los pares y la de los diputados se declaran en sesión permanente y proclaman traidor a la patria a quien intente suspenderlas o disolverlas.

El mismo día, Napoleón abdica a favor de su hijo.

El 8 de julio, Luis XVIII vuelve a París.

El 14, Napoleón, después de rechazar la oferta del capitán Baudin, hoy vicealmirante, que le propone llevarle a los Estados Unidos, pasa a bordo del Bellérophont, tripulado por el capitán Maitland, y escribe al príncipe regente de Inglaterra:

Alteza Real:

Blanco de las facciones que dividen mi país y de la enemistad de las más grandes potencias de Europa, he consumido mi carrera política. Como Temístocles, acudo a tomar asiento en el hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la protección de sus leyes, que reclamo de Vuestra Alteza Real, como la del más poderoso, del más constante, del más generoso de mis enemigos.

NAPOLEÓN

El 16 de julio, el Bellérophont se hace a la vela para Inglaterra.

El 24, fondea en Torbay, donde Napoleón supo que el general Gourgaud, portador de su carta, no había podido saltar a tierra y tuvo que desprenderse de sus despachos.

El 26, por la noche, el Bellérophont entra en la rada de Plymouth. Allí empiezan a circular los primeros rumores de su deportación a Santa Elena. Napoleón no quiso darles crédito.

El 30 de julio, un comisario notificó a Napoleón la resolución relativa a su deportación a Santa Elena. Napoleón, indignado, coge la pluma y escribe:

Protesto solemnemente aquí, a la faz del cielo y de los hombres, de la violencia que se me hace, de la violación de mis derechos más sagrados, al disponerse, por la fuerza, de mi persona y de mi libertad. He venido libremente a bordo del Bellérophont; no soy el prisionero, sino el huésped de Inglaterra. He venido a instigación del capitán, quien me dijo que tenía órdenes de su Gobierno para recibirme a bordo y llevarme a Inglaterra con mi comitiva, si así me agradaba. Me he presentado de buena fe para ponerme bajo la protección de las leyes de Inglaterra. Así pisé la cubierta del Bellérophont y me encontré en el hogar del pueblo británico. Si el Gobierno, al dar al capitán del Bellérophont la orden de recibirme, así como a mi comitiva, ha querido tenderme una emboscada, con ello ha faltado al honor y mancillado su pabellón.

Si se consumara este acto, en vano sería que los ingleses quisieran hablar en adelante de su lealtad, de sus leyes, de su libertad; la fe británica resultará perdida en la hospitalidad del Bellérophont.

Apelo a la Historia: ella dirá que un enemigo, que hizo largo tiempo la guerra al pueblo inglés, acudió libremente en su infortunio a buscar un asilo al amparo de sus leyes. ¿Qué mayor prueba de aprecio y confianza podía darle? ¿Y cómo se respondió en Inglaterra a semejante magnanimidad? Se fingió tender una mano hospitalaria a ese enemigo, y cuando se hubo entregado de buena fe, se le inmoló.

NAPOLEÓN

En el mar, a bordo del Bellérophont.

A pesar de esta protesta, el 7 de agosto tuvo Napoleón que desembarcar del Bellérophont para pasar a bordo del Northumberland. En la orden del Ministerio se prevenía que se quitase a Napoleón su espada; pero el Almirante Keith se avergonzó de semejante orden y no quiso ejecutarla.

El lunes, 7 de agosto de 1815, el Northumberland zarpó para Santa Elena.

El 16 de octubre, a los setenta días de su salida de Inglaterra y a los ciento diez de haber marchado de Francia, Napoleón arribó a la roca que iba a convertir en pedestal.

Inglaterra aceptó en toda su extensión el oprobio de su traición y a partir del 16 de octubre de 1815 los reyes tuvieron su Cristo y los pueblos su Judas.

Capítulo Siete

NAPOLEÓN EN SANTA ELENA

Napoleón pasó aquella noche en una especie de mesón, donde se encontró muy incómodo. A las seis de la mañana del día siguiente partió a caballo con el gran mariscal Bertrand y el almirante Keith para Longwood, a una casa que este último había alquilado para su residencia, como la más conveniente de la isla. De camino el Emperador se detuvo en un pequeño pabellón dependiente de una casa de campo que pertenecía a un negociante de la isla llamado Balcombe. Sería su morada temporal hasta que Longwood no se hallara en estado de poder habitarse. Había estado tan mal el día anterior, que aunque el pequeño pabellón estaba casi desmantelado, no quiso volver a la ciudad.

Por la noche, cuando fue a acostarse, se fijó en que había una ventana sin cristal ni cortina en la cabecera de su cama. Las Cases y su hijo la taparon como pudieron y subieron a un desván donde cada cual se tendió en un colchón; los criados, envueltos en sus capas, durmieron en el suelo atravesados en la puerta.

Al otro día, Napoleón almorzó, sin mantel ni servilletas, las sobras de la comida de la víspera.

Todo esto no era más que el preludio de la miseria y las privaciones que le esperaban en Longwood.

Sin embargo, poco a poco esta situación mejoró: se trajo del Northumberland ropa interior y vajilla. El coronel del 53º de línea ofreció una tienda de campaña, que se instaló como prolongación del cuarto; y desde entonces, Napoleón, con su acostumbrada disciplina, trató de organizar su nuevo modo de vida.

A las diez mandaba llamar a Las Cases para almorzar con él. Terminado el almuerzo y después de media hora de conversación, Las Cases le leyó lo que él le había dictado el día anterior. Acabada la lectura, Napoleón siguió dictando hasta las cuatro de la tarde. A esta hora se vistió y salió para que pudieran limpiar el cuarto, bajó al jardín, que le agradaba mucho y en cuyo extremo había un cenador cubierto de lona como una tienda de campaña. Solía sentarse bajo este cenador, adonde habían llevado una mesa y sillas, que le proveía de abrigo contra el sol. Allí dictaba órdenes a sus compañeros hasta la hora de cenar, que estaba fijada a las siete. Se pasaba el resto del día leyendo a Racine o a Molière, porque no había ninguna obra de Corneille, de las cuales Napoleón pidió se representara alguna comedia o tragedia. Por la noche, se acostaba lo más tarde posible, porque si se acostaba temprano se despertaba a media noche y no volvía a conciliar el sueño más. ¿Quién de los condenados de Dante hubiera querido cambiar su suplicio por los insomnios de Napoleón?

Al cabo de pocos días, se sintió cansado y enfermo. Se habían puesto a su disposición tres caballos y creyendo que le sentaría bien un paseo, preparó, con los generales Gourgaud y Montholón una cabalgada para el día siguiente. Pero todo se frustró al recibir la noticia de que un oficial inglés tenía orden de no perderle de vista. Despidió al punto los caballos, diciendo que, puesto que el disgusto de ver a su carcelero era mayor que el bien que le podía proporcionar el ejercicio, saldría ganando quedándose quieto en casa.

El Emperador reemplazó esta distracción con escapadas nocturnas, que a veces se prolongaban hasta las dos de la madrugada.

Por fin, el domingo 10 de diciembre el almirante avisó a Napoleón de que su casa de Longwood estaba lista; y aquel mismo día, se trasladó a ella a caballo. Lo que más alegría le causó de su nueva morada fue una bañera de madera que el almirante consiguió que un carpintero de la población hiciera con arreglo a sus bocetos. Una bañera era objeto desconocido en Longwood, y aquel mismo día Napoleón la utilizó.

Al día siguiente la servidumbre del Emperador empezó a organizarse. Se dividía en tres series, cámara, librea y boca, y se componía de once personas.

En cuanto a la alta servidumbre, todo se arregló poco más o menos como en la isla de Elba: el gran mariscal Bertrand conservó el mando y la vigilancia general, M. de Montholón quedó encargado de los detalles domésticos, el general Gourgaud de la caballería y Las Cases de la administración interior.

La división del día era casi la misma que en Briars. A las diez, el emperador almorzaba en su cuarto en un velador, mientras que el gran mariscal y sus compañeros lo hacían en una mesa de servicio, teniendo el derecho de convidar a quien quisiesen. No había hora fija para el paseo, pues durante el día hacía mucho calor y de noche no era menos grande la humedad. Además como tampoco llegaban los caballos de tiro y de silla que habían pedido, el Emperador trabajaba una parte del día, ya con Las Cases, o ya con los generales Gourgaud o Montholon. De ocho a nueve comía deprisa, porque el comedor había conservado un olor de pintura que le era insoportable y luego se pasaba al salón, donde estaban preparados los postres. Allí leía obras de Racine, Molière o Voltaire, echando cada vez más de menos a Corneille. Por fin, a las diez se sentaba a una mesa de reversis, juego predilecto del Emperador, y así pasaban hasta la una de la madrugada.

Toda la pequeña colonia estaba alojada en Longwood, a excepción del mariscal Bertrand y su familia, que vivían en Hut’s-Gate, en una casita destartalada situada en el camino de la ciudad.

La habitación del Emperador se componía de dos aposentos, cada uno de quince pies de largo por once de ancho y unos siete de alto; ambos estaban guarnecidos de piezas de mahón a guisa de papel de pared, y una raída alfombra que cubría el pavimento.

En la alcoba estaba la pequeña cama de campaña donde dormía el Emperador, un canapé, en el cual descansaba la mayor parte del día entre los muchos libros de que estaba rodeado; al lado, un velador donde almorzaba y comía, y en el que se ponía por la noche un candelero de tres brazos cubierto con una gran pantalla.

Entre las dos ventanas y enfrente de la puerta había una cómoda, en la que se guardaba la ropa interior del Emperador y su gran neceser.

La chimenea, sobre la que había un pequeño espejo, estaba adornada con muchos cuadros. A la derecha se veía el retrato del rey de Roma a caballo sobre un carnero; a la izquierda, otro retrato del mismo, sentado en un almohadón y probándose una zapatilla; en medio de la chimenea, un busto en mármol del regio niño; dos candeleros, dos frascos y dos tazas de plata sobredorada, sacadas del neceser del Emperador, completaban el adorno de la chimenea.

Finalmente, cerca del canapé y precisamente enfrente del Emperador en el momento en que se tendía en él para descansar, y era una gran parte del día, estaba el retrato de María Luisa, con su hijo en brazos, pintado por Isabey.

Además, a la izquierda de la chimenea y separado de los retratos, estaba el gran reloj de plata del gran Federico, una especie de despertador confiscado en Potsdam, y enfrente el del Emperador, el que había marcado la hora de Marengo y de Austerlitz, cubierto de oro en los dos lados y escrito en él la letra B.

La segunda pieza, que servía de gabinete, tenía por todo mobiliario unas tablas sin labrar puestas sobre caballetes, en las cuales había un buen número de libros desordenados escritos por cada uno de los generales o secretarios, dictados por el Emperador. Seguidamente, entre las dos ventanas, un armario en forma de biblioteca; enfrente, una cama semejante a la primera en la que el Emperador se echaba a veces de día y aun dormía de noche cuando se levantaba en sus frecuentes y largos insomnios. Por último, en medio estaba la mesa de trabajo, con la indicación de los sitios que solían ocupar el emperador cuando dictaba y MM. de Montholon, Gourgaud o Las Cases cuando escribían.

Tales eran la vida y el palacio del hombre que había habitara alternativamente las Tullerías, el Kremlin y el Escorial.

Con todo, a pesar del calor del día, a pesar de la humedad de la noche y a pesar de la carencia de las cosas más necesarias para la vida común, el Emperador habría soportado con paciencia y resignación todas estas privaciones, si no fuera por el empeño en tratarle, no sólo como prisionero en la isla, sino también como prisionero de su casa. Ya ha quedado dicho que un oficial siempre le acompañaría cuando montara a caballo y que entonces tomó la decisión de no salir. Su constancia acabó por cansar a sus carceleros y se levantó esta rígida norma con tal que no traspasara ciertos límites, rodeados por centinelas. Cierto día, uno de éstos apuntó con su fusil al Emperador y el general Gourgaud se lo arrancó en el momento en que probablemente iba a disparar. Por otra parte, este recinto apenas le permitía dar un paseo de media legua y como el Emperador no quería traspasarlo para evitar la molesta compañía de su guardián, prolongaba su caminata bajando por caminos apenas transitados, por barrancos donde parecía mentira que no se hubiera despeñado más de una vez.

A pesar de este cambio en sus costumbres, no se alteró la salud del Emperador durante los primeros seis meses.

Pero a la llegada del invierno, con la humedad y la lluvia invadiendo los aposentos de cartón que habitaba, empezó a sufrir frecuentes indisposiciones. No ignoraba Napoleón que aquel ambiente era de los más insalubres y que apenas se encontraba en toda la isla una persona de más de cincuenta años.

En esto llegó un nuevo gobernador, que fue presentado al Emperador por el almirante. Era hombre de unos cuarenta y cinco años, de estatura regular, flaco, seco, de rostro encendido, cabellos rojos, lleno de pecas, con ojos oblicuos que miraban siempre de soslayo y rara vez de frente y cejas asimismo rojas, espesas y muy salientes. Se llamaba sir Hudson Lawe.

Desde el día de su llegada empezó a haber nuevas vejaciones, que se hicieron cada vez más intolerables. Para empezar envió al Emperador dos folletos que se habían escrito contra él. Luego sometió a todos los criados a un interrogatorio para que le dijeran si estaban a su servicio libre y espontáneamente. Estas nuevas contrariedades le ocasionaron una de esas indisposiciones a las cuales era cada vez más propenso. La enfermedad persistió cinco días, durante los cuales no pudo salir, pero sí seguir dictando su campaña de Italia.

En breve arreciaron las vejaciones del gobernador y se limaron las asperezas, hasta el extremo de convidar a comer en su casa al «general Bonaparte» para presentarle a una señora inglesa de distinción que había hecho escala en Santa Elena. Napoleón ni siquiera contestó a la invitación. Las persecuciones se redoblaron entonces.

En lo sucesivo nadie podía escribir sin presentar antes la carta al gobernador y toda la que daba a Napoleón el título de Emperador era confiscada.

Se censuró al «general Bonaparte» porque los gastos que ocasionaba eran demasiado elevados. Se le informó de que el Gobierno no se había propuesto concederle más que una mesa en la que comieran diariamente cuatro personas a lo sumo, una botella de vino diaria para cada persona y una comida extraordinaria por semana, y que si había gastos excedentes, el general Bonaparte y las personas de su comitiva debían pagarlos.

El Emperador mandó entonces vender su vajilla de plata y la envió a la ciudad; pero el gobernador respondió diciendo que no quería que se vendiese sino al hombre que él propusiera. Tal hombre acabo dando seis mil francos por el primer envío que se hizo, apenas dos tercios del valor de la plata vendida al peso. El Emperador tenía costumbre de tomar un baño todos los días y se le dijo que se contentase con un baño por semana porque el agua escaseaba en Longwood. Había algunos árboles entre los cuales iba a veces a dar un paseo porque era lo único que daba sombra; el gobernador los mandó talar y como el Emperador se quejó de semejante crueldad, contestó el otro que ignoraba que aquellos árboles fuesen agradables al general Bonaparte, pero que, puesto que los echaba de menos, «se plantarían de nuevo».

Napoleón tenía a veces arranques sublimes y esta contestación provocó uno de esos.

—La peor medida de los ministros ingleses —exclamó—, no consiste precisamente en haberme enviado aquí, sino en haberme puesto en vuestras manos. Me quejaba del almirante, pero él, al menos, tenía corazón; vos deshonráis a vuestra nación y vuestro nombre será una mancha para ella.

Finalmente, se dio cuenta, por la calidad de la carne, que se proveía la mesa del Emperador de animales muertos y no matados. Se pidió que los suministraran vivos; pero esta petición no fue atendida.

Desde entonces la existencia de Napoleón no fue más que una lenta y penosa agonía, que duró sin embargo, cinco años. Por espacio de este tiempo, el moderno Prometeo permanece encadenado a la roca en la que Hudson Lowe le roe el corazón, Finalmente, el 20 de marzo de 1821, día del glorioso aniversario del regreso de Napoleón a París, sintió Napoleón desde por la mañana una fuerte opresión en el estómago y una especie de sofoco fatigoso en el pecho. Al poco apareció un dolor agudo en el epigastrio, en el hipocondrio izquierdo y se extendió por el lado del tórax hasta el hombro correspondiente. A pesar de los primeros remedios, la fiebre continuó, el abdomen se hizo doloroso al tacto y el estómago se hincho. A eso de las cinco de la tarde este estado empeoró, acompañado de un frío glacial, sobre todo en las extremidades inferiores, con continuos calambres. Como en aquel momento la señora Bertrand había ido a visitarle, Napoleón se esforzó por parecer menos abatido y hasta fingió alguna alegría, pero en breve predominó su predisposición melancólica.

—Hay que prepararse a la sentencia fatal; vos, Hortense, y yo, estamos destinados a encontrarla en esta miserable roca. Yo seré el primero, vos vendréis en seguida y Hortense os seguirá.

Luego añadió estos cuatro versos de Zaira:

Mais à revoir Paris je ne dois plus prétendre;
Vous voyez qu'au tombeau je suis prêt à descendre,
je vais au roi des rois demander aujourd'hui
Le prix de tous le maux que j'ai soufferts pour lui.
(No debo aspirar ya a ver de nuevo París;
bien veis que estoy pronto a descender a la tumba.
Hoy voy a pedir al rey de los reyes
el premio de todos los males que he padecido por él.)

La noche que siguió fue agitada; se agravaron cada vez más los síntomas a pesar de una medicina que se le administró al enfermo y que los hizo desaparecer momentáneamente, pero que al cabo volvieron de nuevo a brotar. Entonces, casi a pesar del Emperador, se organizó una consulta entre el doctor Antomarchi y M. Arnott, físico del regimiento 20º de guarnición en la isla. Ambos reconocieron la necesidad de aplicar un gran vejigatorio en la región abdominal, de administrar un purgante y de rociar con vinagre de hora en hora la frente del enfermo. A pesar de esto, la enfermedad continuó haciendo rápidos progresos.

Una noche, un criado de Longwood dijo que había visto un cometa; Napoleón le oyó y este presagio le llamó la atención.

—¡Un cometa! —exclamó—: ese fue el vaticinio de la muerte de César.

El 11 de abril se le enfriaron extraordinariamente los pies y el doctor probó a calentárselos con fomentos.

—Todo es inútil —dijo Napoleón—; el mal no está ahí, sino en el estómago, en el hígado. No tenéis remedios para el ardor que me abrasa, ningún preparado, ningún medicamento para el fuego que me devora.

El 15 de abril empezó a redactar su testamento y se prohibió la entrada a su cuarto a todo el mundo excepto a Marchand y al general Montholon, que permanecieron con él desde la una y media hasta las seis de la tarde.

A esa hora entró el médico; Napoleón le enseñó su testamento aún inacabado y cada pieza de su neceser marcada con el nombre de la persona a quien estaba destinada.

—Ya lo veis —le dijo—; estoy haciendo mis preparativos de marcha.

El doctor quiso tranquilizarle; pero Napoleón no le dejó hablar.

—No hay que hacerse ilusiones —añadió—, sé lo que es esto y estoy resignado.

El 19 notó cierta mejoría que devolvió la esperanza a todos, excepto al enfermo. Todos se felicitaban de este cambio; Napoleón les dejó comentar lo que quisieran y luego dijo:

—No os engañéis; hoy me encuentro mejor, pero no por eso olvidéis que mi fin se acerca. Cuando yo haya muerto, cada uno de vosotros tendrá el dulce consuelo de volver a Europa, donde veréis a vuestros parientes y a vuestros amigos. Yo encontraré a mis valientes en el cielo… Sí, sí —añadió animándose y levantando la voz con acento inspirado—; Kléber, Desaix, Bessières, Duroc, Ney, Murat, Masséna, Berthier saldrán a mi encuentro. Me hablarán de lo que hemos hecho juntos y yo le contaré los últimos acontecimientos de mi vida; al verme de nuevo, se volverán todos locos de entusiasmo y de alegría. Hablaremos de nuestras guerras con Escipión, César, Aníbal, y esto nos causará sumo placer… A no ser —añadió sonriendo—, que allá arriba se asusten de ver tantos guerreros juntos.

Algunos días después mandó llamar a su capellán Vignali.

—He nacido en la religión católica —le dijo—, y quiero cumplir los deberes que impone y recibir los sacramentos que administra. Todos los días daréis misa en la capilla inmediata y expondréis el Santísimo Sacramento durante cuarenta horas. Cuando yo haya muerto, colocaréis el altar a la cabecera de mi lecho, en la cámara ardiente y seguiréis celebrando misa. Haréis todas las ceremonias pertinentes y no cesaréis hasta que me hayan enterrado.

Al sacerdote siguió el médico.

—Querido doctor —le dijo—, después de mi muerte, que no debe hacerse esperar, quiero que procedáis a abrir mi cadáver; pero exijo que ningún médico inglés ponga la mano sobre mí. Deseo que saquéis mi corazón, que lo metáis en alcohol y que lo llevéis a mi querida María Luisa. Le diréis que la he amado tiernamente y que jamás he dejado de amarla. Le contaréis todo cuanto he sufrido, le diréis todo cuanto habéis visto y le daréis todos los detalles de mi muerte. Os encomiendo sobre todo un examen de mi estómago y que redactéis acerca de él un informe preciso y detallado que entregaréis a mi hijo. Desde Viena pasaréis luego a Roma, para ver a mi madre y a mi familia; les referiréis cuanto habéis observado acerca de mi situación les diréis que ese Napoleón, a quien han llamado el Grande, como a César y a Pompeyo, ha muerto en el estado más deplorable, careciendo de todo, abandonado a sí mismo y a su gloria. Les diréis que al expirar legó a todas las familias reinantes el oprobio y el horror de sus últimos momentos.

El 2 de mayo la fiebre alcanzó el más alto grado de intensidad que hasta entonces había llegado, el pulso marcó cien pulsaciones por minuto y el emperador deliró. Era el principio de la agonía, que tuvo sus intermitencias. En sus cortos momentos de lucidez, Napoleón repetía sin cesar la recomendación que había hecho al doctor Antomarchi.

—Haced con cuidado —le decía—, el examen anatómico de mi cuerpo y sobre todo del estómago. Los médicos de Montpellier me dijeron que la enfermedad del píloro era hereditaria en mi familia. Creo que Luis conserva su informe; pedídselo, comparadlo con lo que observéis en mí. Quizá se pueda, por lo menos, salvar a mi hijo de esta cruel enfermedad…

La noche la pasó bastante bien pero a la mañana siguiente sobrevino de nuevo el delirio con mayor fuerza. Sin embargo, a eso de las ocho perdió algo de su intensidad; y a las tres el enfermo recobró la razón. Se aprovechó de ello para llamar a sus ejecutores testamentarios y les ordenó que, en caso de que perdiera totalmente el conocimiento, no permitieran que se acercase a él ningún médico inglés, a excepción del doctor Arnott. Luego añadió, en toda la plenitud de su razón y en todo el poder de su genio:

—Voy a morir y vosotros regresaréis a Europa. Debo daros algunos consejos acerca de la conducta que debéis seguir. Habéis participado de mi destierro, por lo que tendréis que ser fieles a mi memoria y no mancillarla. Nunca he faltado a mis principios; los he infundido en mis leyes, en mis acciones; no hay uno solo que yo no haya consagrado. Por desgracia, las circunstancias han sido tan graves que me han obligado a aplazamientos; han venido los reveses y Francia ha sido privada de las instituciones liberales que yo le preparaba. Juzgadme con indulgencia, tened en cuenta mis intenciones, estimad mi nombre, mis victorias: imitadme. Sed fieles a las opiniones que habéis defendido, a la gloria que hemos adquirido; fuera de eso no hay más que vergüenza y confusión.

El 5 por la mañana, el mal que carcomía su cuerpo había llegado casi a su cénit; la escasa vida del enfermo era anhelante y dolorosa, la respiración cada vez más insensible; los ojos, desmesuradamente abiertos, estaban fijos y sin brillo. Algunas palabras vagas, postrera ebullición de su cerebro delirante, acudían de cuando en cuando a sus labios. Las últimas palabras que se le oyeron fueron «cabeza» y «ejército». Luego su voz se apagó; su mente se nubló y el mismo doctor creyó que se había extinguido por completo su vida. Con todo, a eso de las ocho se reanimó ligeramente el pulso; pareció distenderse el resorte mortal que cerraba la boca del moribundo y algunos suspiros profundos y supremos se exhalaron de su pecho. A las diez y media desapareció el pulso, y pasadas las once unos minutos el Emperador había dejado de existir.

Veinte horas después de la muerte de su ilustre enfermo, el doctor Antomarchi procedió a abrir el cadáver, conforme Napoleón le había insistido tanto. En seguida extirpó el corazón, que, con arreglo a las instrucciones recibidas, puso en alcohol para entregárselo a María Luisa. Pero en aquel momento se presentaron los ejecutores testamentarios diciendo que sir Hudson Lowe se negaba a dejar salir de Santa Elena, no sólo el corazón, sino cualquier otra parte del cuerpo. Todo debía quedar en la isla: el cadáver estaba clavado a su patíbulo.

Entonces se preocuparon de escoger un sitio digno para dar sepultura al Emperador, y se dio preferencia a un lugar que Napoleón no había visto más que una vez, pero del cual hablaba siempre con agradable recuerdo. Sir Hudson Lowe accedió a que se abriera la huesa en aquel sitio.

Terminada la autopsia, el doctor Antomarchi reunió con una sutura las partes separadas, lavó el cuerpo y se lo confió al ayudante de cámara, que lo amortajó con el traje que el Emperador solía llevar, esto es, calzón de cachemir blanco, medias de seda blancas, largas botas de montar con espolines, chaleco blanco, corbata blanca recubierta de otra negra sujeta con una hebilla por detrás, la banda de la Legión de Honor, la casaca de coronel de cazadores de la guardia con las cruces de la Legión de Honor y la Corona de Hierro, y finalmente el sombrero apuntado. El cadáver fue sacado de la sala el 6 de mayo a las cinco y cuarenta y cinco y expuesto en la pequeña alcoba que se había convertido en cámara ardiente. Tenía las manos libres; estaba tendido sobre su lecho de campaña, con la espada al costado; sobre su pecho descansaba un crucifijo y echada a sus pies estaba la capa de Marengo. Así permaneció expuesto dos días.

El 8 por la mañana, el cuerpo del Emperador, que debía reposar bajo la columna, y el corazón, que debía ser enviado a María Luisa, fueron depositados en una caja de lata, con una especie de almohada forrada de raso blanco. Como no se pudo poner el sombrero en la cabeza del difunto por falta de espacio, se le colocó a los pies. Alrededor se esparcieron águilas y monedas de toda clase acuñadas con su efigie durante su reinado; también se depositaron su cubierto, su cuchillo y su plato con sus armas. Se metió esta primera caja en otra de caoba, la cual fue puesta a su vez en otra de plomo, la que se colocó en una cuarta caja de caoba semejante a la segunda, pero más grande; y luego se expuso el féretro en el mismo sitio en que había estado expuesto el cuerpo.

A las doce y media, los soldados de la guarnición transportaron el féretro a la gran alameda del jardín, donde le aguardaba el carro fúnebre. Se le cubrió con un terciopelo morado, sobre el cual se echó la capa de Marengo, y la comitiva fúnebre se puso en marcha por el orden siguiente:

El abate Vignali, revestido con los ornamentos sacerdotales, llevando a su lado al joven Enrique Bertrand, el cual traía una pila de plata con agua bendita y el hisopo.

Los doctores Antomarchi y Arnott.

Las personas encargadas de cuidar el féretro, tirado por cuatro caballos llevados de la brida por palafreneros y escoltado a cada lado por cuatro granaderos sin armas; estos debían llevar el ataúd en hombros cuando el carro no pudiera avanzar por el mal estado del camino.

El joven Napoleón Bertrand y Marchand, ambos a pie a los lados del féretro.

Los condes Bertrand y Montholon a caballo, inmediatamente detrás de aquél.

Una parte de la servidumbre del Emperador.

La condesa Bertrand con su hija Hortense, en una carretela tirada por dos caballos llevados de la brida por palafreneros, que iban hacia el lado del precipicio.

El caballo del Emperador guiado por su picador Archambaud.

Los oficiales de marina, a pie y a caballo.

Los oficiales de Estado Mayor, a caballo.

El general Coffin y el marqués de Monchenu, a caballo.

El contralmirante y el gobernador, a caballo.

Los habitantes de la isla.

Las tropas de la guarnición.

La fosa se abrió a cosa de un cuarto de milla más allá de Hut’s-Gate. El féretro se detuvo junto a ella y el cañón empezó a hacer un disparo cada cinco minutos.

Se bajó el cadáver a la tumba mientras el P. Vignali recitaba las preces de los difuntos; se le puso con los pies vuelto al Oriente, que había conquistado, y la cabeza hacia el Occidente, en donde había reinado.

Luego una enorme piedra, que debía servir para la casa del Emperador, selló su última morada y pasó del tiempo a la eternidad.

Entonces se trajo una placa de plata en la cual estaba grabada la inscripción siguiente:

NAPOLEÓN

Nacido en Ajaccio el 15 de agosto de 1769.

Muerto en Santa Elena el 5 de mayo de 1821.

Pero en el momento en que se la iba a clavar en la piedra, sir Hudson Lowe se acercó y, en nombre de su Gobierno, dijo que no se podía poner en la tumba más inscripción que la siguiente:

EL GENERAL BONAPARTE

ANEXO

Testamento De Napoleón

Hoy, 15 de abril 1821, en Longwood, isla de Santa Elena.

Éste es mi testamento o acta de mi última voluntad.

I

1º Muero en la religión católica, apostólica y romana, en cuyo seno nací hace más de cincuenta años.

2º Deseo que mis cenizas reposen a orillas del Sena, en medio del pueblo francés, a quien tanto he querido.

3º Siempre me he sentido afortunado de tener a mi lado a mi muy querida esposa María Luisa; hasta el último momento conservo para ella mis más tiernos sentimientos. Le ruego que vele para preservar a mi hijo de las asechanzas que rodean su infancia.

4º Encomiendo a mi hijo que no olvide nunca que ha nacido príncipe francés y que no se preste jamás a servir de instrumento en manos de los triunviros que oprimen los pueblos de Europa. Jamás debe combatir ni perjudicar en ningún modo a Francia; siempre debe adoptar mi divisa: «Todo para el pueblo francés».

5º Muero prematuramente, asesinado por la oligarquía inglesa y su sicario. El pueblo inglés no tardará en vengarme.

6º Los dos resultados tan desastrosos de las invasiones de Francia, cuando aún contaba con tantos recursos, son consecuencias de las traiciones de Marmont, Augereau, Talleyrand y La Fayette. Yo les perdono; ¡ojalá pueda la posteridad francesa perdonarles como yo!

7º Doy gracias a mi buena y excelente madre, al cardenal, a mis hermanos José, Lucien, Jérôme, Pauline, Caroline, Julie, Hortense, Catarine y Eugène, por el interés que me han profesado. Perdono a Louis el libelo que ha publicado en 1820; está lleno de aserciones falsas y de documentos falsificados.

8º Desapruebo el Manuscrito de Santa Elena, y otras obras que, con título de Máximas, Sentencias, etc., se han publicado hace seis años; tales no son las reglas que han dirigido mi vida. Mandé prender y juzgar al duque de Enghien porque era necesario para la seguridad, el interés y el honor del pueblo francés, cuando, según confesión propia, tenía a sueldo sesenta asesinos en París. En análoga circunstancia, volvería a hacer lo que hice.

II

1º Lego a mi hijo las cajas, condecoraciones y demás objetos como vajilla de plata, cama de campaña, armas, sillas de montar, espuelas, vasos de mi capilla, libros, ropa interior que ha servido para mi cuerpo y para mi uso, conforme al estado adjunto. Deseo que este pequeño legado le sea grato, porque le representará el recuerdo de un padre del que le hablará el universo.

2º Lego a lady Holland el camafeo antiguo que el padre Pío VI me dio en Tolentino.

3º Lego al conde Montholon dos millones de francos en prueba de mi satisfacción por los cuidados filiales que me ha prestado de seis años a esta parte, y como indemnización de las pérdidas que le ha causado su residencia en Santa Elena.

4º Lego al conde Bertrand quinientos mil francos.

5º Lego a Marchand, mi ayuda de cámara, cuatrocientos mil francos. Los servicios que me ha prestado son los de un amigo. Deseo que se case con una viuda, hermana o hija de un oficial o soldado de mi guardia vieja.

6º Ídem, a Saint-Denis, cien mil francos.

7º Ídem, a Novarre (Noverraz), cien mil francos.

8º Ídem, a Piéron, cien mil francos.

9º Ídem a Archambaud, cincuenta mil francos.

10º Ídem a Coursot, veinticinco mil francos.

11º Ídem, a Chandelier, veinticinco mil francos.

12º Ídem, al abate Viganli, cien mil francos. Deseo que construya su casa cerca de Ponte Nuevo di Rostino.

13º Ídem, al conde Las Cases, cien mil francos.

14º Ídem, al conde Lavalette, cien mil francos.

15º Ídem, al cirujano en jefe Larrey, cien mil francos. Es el hombre más virtuoso que he conocido.

16º Ídem, al general Brayer cien mil francos.

17º Ídem, al general Lefèbvre-Desnouettes, cien mil francos.

18º Ídem, al general Drouot, cien mil francos.

19º Ídem, al general Cambronne, cien mil francos.

20º Ídem, a los hijos del general Mouton-Duvernet, cien mil francos.

21º Ídem, a los hijos del bravo Labédoyère, cien mil francos.

22º Ídem, a los hijos del general Girard, muerto en Ligny, cien mil francos.

23º Ídem, a los hijos del general Chartrand, cien mil francos.

24º Ídem, a los hijos del virtuoso general Travot, cien mil francos.

25º Ídem, al general Lallemant mayor, cien mil francos.

26º Ídem, al conde Réal, cien mil francos.

27º Ídem, a Costa de Bastelica, en Córcega, cien mil francos.

28º Ídem, al general Clausesl, cien mil francos.

29º Ídem, al barón Menneval, cien mil francos.

30º Ídem, a Arnault, autor de Marius, cien mil francos.

31º Ídem, al coronel Marbot, cien mil francos. Le animo a seguir escribiendo en defensa de la gloria de los ejércitos franceses y confundiendo a sus calumniadores y apóstatas.

32º Ídem, al barón Bignon, cien mil francos. Le animo a proseguir la historia de la diplomacia francesa de 1792 a 1815.

33º Ídem, a Poggi di Talavo, cien mil francos.

34º Ídem, al cirujano Emmery, cien mil francos.

35º Estas sumas se tomarán de los seis millones que he apartado al partir de París en 1815 y de los intereses a razón del cinco por ciento desde julio de 1815. Los condes Montholón, Bertrand y Marchand ajustarán las cuentas con el banquero.

36º Todo lo que este dinero produzca más de la suma de cinco millones quinientos mil francos de que he dispuesto anteriormente, se distribuirá en gratificaciones a los heridos de Waterloo y a los oficiales y soldados del batallón de la isla de Elba, con arreglo a mi estado trazado por Montholon, Bertrand, Drouot, Cambronne y el cirujano Larrey.

37º Estos legados se pagarán, en caso de muerte, a las viudas y a los hijos y a falta de estos volverá a la cuenta general.

III

1º Como mi dominio privado es de mi propiedad, de la que ninguna ley francesa me ha privado, se pedirá cuenta de él al barón de la Bouillerie, que es el tesorero. Debe de ascender a más de doscientos millones de francos; a saber: 1º, la cartera que contiene las economías que he hecho de mi lista civil por espacio de catorce años, la cuales ascienden a más de doce millones anuales, si no me engaña la memoria; 2º, el producto de esta cartera; 3º, los muebles de mis palacios, como estaban en 1814, comprendiendo los palacios de Roma, Florencia y Turín; todos estos muebles han sido comprados con el dinero de las rentas de la lista civil; 4º, la liquidación de mis casas del reino de Italia, vajilla y objetos de plata, alhajas, muebles, caballerizas; el príncipe Eugène y el intendente de la corona Capagnoni rendirán las cuentas.

2º Lego mi dominio privado, la mitad a los oficiales y soldados que queden del ejército francés que hayan combatido desde 1792 hasta 1815 por la gloria y la independencia de la nación, y cuyo reparto se hará a prorrata de los sueldos en activo servicio; y la otra mitad a las ciudades y campos de Alsacia, Lorena, Franco-Condado, Borgoña, Isla de Francia, Champagne, Porez, Delfinado, que hayan sufrido a causa de una u otra invasión. De esta suma se sacará un millón para la ciudad de Brienne y otro millón para la de Méri.

Nombro a los condes Montholón, Bertrand y Marchand mis ejecutores testamentarios.

El presente testamento, enteramente escrito de mi puño y letra, está firmado y sellado con mis armas.

NAPOLEÓN
(Sello)

ESTADO (A), ADJUNTO A MI TESTAMENTO

Longwood, isla de Santa Elena, a 15 de abril de 1821.

1º Los vasos sagrados que han servido en mi capilla de Longwood.

2º Encargo al abate Vignali que los guarde y los entregue a mi hijo cuando cumpla dieciséis años.

II

1º Mis armas, a saber: mi espada, la que llevaba en Austerlitz; el sable de Sobieski, mi puñal, mi espada corta, mi cuchillo de caza y mis dos pares de pistolas de Versalles.

2º Mi neceser de oro, el que me sirvió la mañana de Ulm, de Austerlitz, de Jena, de Eylau, de Friedland, de la isla de Lobau, del Moscova y de Montmirail; deseo que tenga gran valor a los ojos de mi hijo. El conde Bertrand es su depositario desde 1814.

3º Encargo al conde Bertrand que cuide y conserve estos objetos y los entregue a mi hijo cuando cumpla dieciséis años.

III

1º Tres cajitas de caoba, que contienen: la primera, treinta tabaqueras o bomboneras; la segunda, doce cajas con las armas imperiales, dos anteojos pequeños y cuatro cajas encontradas en la mesa de Luis XVIII en las Tullerías, el 20 de marzo de 1815; la tercera, tres tabaqueras adornadas de medallas de plata, de uso del Emperador y diferentes objetos de tocador, conforme a los estados números I, II, III.

2º Mis camas de campaña, de las que he hecho uso en todas mis campañas.

3º Mi anteojo de guerra.

4º Mi neceser de tocador, uno por cada uno de mis uniformes, una docena de camisas, y un objeto completo de cada uno de mis vestidos y generalmente de todo cuanto se refiere a mi ropa de vestir.

5º Mi lavabo.

6º Un pequeño reloj que está en mi alcoba de Longwood.

7º Mis dos relojes y la cadena de pelo de la Emperatriz.

8º Encargo a Marchand, mi primer ayuda de cámara, que guarde estos objetos y los entregue a mi hijo cuando cumpla dieciséis años.

IV

1º Mi estuche de medallas.

2º Mi vajilla de plata y mi porcelana de Sèvres que he usado en Santa Elena (estados B y C)

3º Encargo al conde Montholon que guarde estos objetos y se los entregue a mi hijo cuando cumpla dieciséis años.

V

1º Mis tres sillas y bridas, mis espuelas que me han servido en Santa Elena.

2º Mis cinco escopetas de caza.

3º Encargo a mi montero Noverraz que guarde estos objetos y se los entregue a mi hijo cuando cumpla dieciséis años.

VI

1º Cuatrocientos volúmenes escogidos en mi biblioteca, de los que algunos tanto han servido para mi uso.

2º Encargo a Saint-Denis que los guarde y se los entregue a mi hijo cuando cumpla dieciséis años.

NAPOLEÓN

ESTADO A

1º No se venderá ninguno de los objetos que me han servido; los restantes se distribuirán entre mis ejecutores testamentarios y mis hermanos.

2º Marchand conservará mis cabellos y mandará hacer con ellos un brazalete con un candadito de oro para enviárselos a la emperatriz María Luisa, a mi madre, a cada uno de mis hermanos, hermanas, sobrinos, sobrinas, al cardenal y uno de tamaño considerable a mi hijo.

3º Marchand enviará uno de mis pares de hebillas de oro para zapatos al príncipe José.

4º Un par de hebillas pequeñas de oro, para ligas, al príncipe Lucien.

5º Un hebilla de cuello, de oro, al príncipe Jerôme.

ESTADO A

Inventario de mis efectos, que Marchand guardará para entregárselos a mi hijo.

1º Mi neceser de plata, el que está en mi mesa, provisto de todos sus utensilios, navajas de afeitar, etc.

2º Mi despertador. Es el despertador de Federico II que cogí en Potsdam (en la caja número III)

3º Mis dos relojes con la cadena de pelo de la Emperatriz y una cadena de mi pelo para el otro reloj. Marchand la mandará hacer en París.

4º Mis dos sellos (uno de Francia, guardado en la caja núm. III).

5º El pequeño reloj de pared dorado que está actualmente en mi alcoba.

6º Mi lavabo, su jarra y su pie.

7º Mis mesas de noche, las que me servían en Francia, y mi bidé de plata sobredorada.

8º Mis dos camas de hierro, mis colchones y mantas, si se pueden conservar.

9º Mis tres frascos de plata, donde solía transportar el aguardiente que llevaban mis cazadores en campaña.

10º Mi anteojo de Francia.

11º Mis espuelas (dos pares).

12º Tres cajas de caoba, números I, II, III, que contiene mis tabaqueras y otros objetos.

13º Una cazoleta de plata sobredorada.

Ropa interior:

6 camisas.

6 pañuelos.

6 corbatas.

6 servilletas.

6 pares de medias de seda.
4 cuellos negros.
6 pares de calcetines.
2 pares de sábanas de batista.
2 fundas de almohada.
2 batas.
2 pantalones de dormir.
1 par de tirantes.
4 calzoncillos-camisetas de cachemir blanco.
6 pañuelos de madrás.
6 chalecos de franela.
4 calzoncillos.
6 pares de polainas.
1 cajita llena de mi tabaco.

Guardadas en la cajita número 3:

1 hebilla de cuello, de oro.
1 par de hebillas de ligas, de oro.
1 par de hebillas de oro, para zapatos.

Ropa de vestir:

1 uniforme de cazador.
1 ídem de granadero.
1 ídem de guardia nacional.
2 sombreros.
1 capote gris y verde.
1 capa azul (la que llevaba en Marengo).
1 pelliza verde de cibelina.
2 pares de zapatos.
2 pares de botas.
1 par de zapatillas.
6 cinturones.

NAPOLEÓN

ESTADO B

Inventario de los efectos que he dejado en casa del señor conde de Turenne.

1 sable de Sobieski. Por error se le han incluido en el estado A; es el sable que el Emperador llevaba en Abukir y que está en poder del conde Bertrand.

1 gran collar de la Legión de Honor.

1 espada de plata sobredorada.

1 ídem corta de cónsul.

1 ídem de hierro.

1 cinturón de terciopelo.

1 collar del Toisón de oro.

1 pequeño neceser de acero.

1 lamparilla de plata.

1 puño de sable antiguo.

1 sombrero a lo Enrique IV y una toca, los encajes del emperador.

1 estuche de medallas.

2 tapices turcos.

2 mantos de terciopelo carmesí bordado, con casacas y calzones.

1º Doy a mi hijo el sable de Sobieski.

Ídem el collar de la Legión de Honor.

Ídem la espada de plata sobredorada.

Ídem la espada corta de cónsul.

Ídem la espada de hierro.

Ídem el collar del Toisón de oro.

Ídem el sombreo a lo Enrique IV y toca.

Ídem el neceser de oro para los dientes, que se ha quedado en casa del dentista.

2º A la emperatriz María Luisa, mis encajes.

A Madame, la lamparilla de plata.

Al cardenal, el pequeño neceser de acero.

Al príncipe Eugène, el candelero de plata sobredorada.

A la princesa Pauline, el estuche de medallas.

A la reina de Nápoles, un pequeño tapiz turco.

A la reina Hortense, un pequeño tapiz turco.

Al príncipe Jerôme, el puño de sable antiguo.

Al príncipe José, un manto bordado, casaca y calzón.

Al príncipe Lucien, un manto bordado, casaca y calzón.

NAPOLEÓN

Hoy, 24 de abril de 1821, en Longwood.

Éste es mi codicilo, o acta de mi última voluntad.

De los fondos remitidos en oro a la emperatriz María Luisa, mi muy amada y cara esposa, en Orleans en 1814, me queda a deber dos millones, de los que dispongo por el presente codicilo para recompensar a mis más fieles servidores, a quienes además recomiendo a la protección de mi querida María Luisa.

1º Recomiendo a la Emperatriz que mande restituir al conde Bertrand los treinta mil francos de renta que posee en el ducado de Parma y en el Monte Napoleón de Milán, así como los atrasos vencidos.

2º Le hago la misma recomendación en cuanto al duque de Istria, a la hija de Duroc y a otros de mis servidores que me han permanecido fieles y que me son siempre queridos: ella los conoce.

3º De los dos millones sobredichos, lego trescientos mil francos al conde Bertrand, sobre los cuales abonará cien mil francos en la caja del tesorero para que se inviertan, con arreglo a mis disposiciones, en legados de conciencia.

4º Lego doscientos mil francos al conde Montholon, sobre los cuales abonará cien mil francos en la caja del tesorero para el mismo uso antes mencionado.

5º Ídem, doscientos mil francos al conde Las Cases, sobre los cuales abonará cien mil francos en la caja del tesorero, para el uso antes mencionado.

6º Ídem, a Marchand, cien mil francos, de los cuales abonará cincuenta mil francos en la caja para el uso antes mencionado.

7º Ídem, A Jean Jérôme Lévi, alcalde que era de Ajaccio al principio de la revolución, o a su viuda, hijos o nietos, cien mil francos.

8º A la hija de Duroc, cien mil francos.

9º Al hijo de Bessières, duque de Istria, cien mil francos.

10º Al general Drouot, cien mil francos.

11º Al conde Lavalette, cien mil francos.

12º Ídem, cien mil francos, a saber:

Veinticinco mil francos a Piéron, mi maestresala.

Veinticinco mil francos a Noverraz, mi montero.

Veinticinco mil francos a Saint-Denis, el encargado de mis libros.

Veinticinco mil francos a Santini, mi antiguo ujier.

13º Ídem, cien mil francos, a saber:

Cuarenta mil francos a Planat, mi oficial de órdenes.

Veinte mil francos a Hébert, últimamente conserje en Rambouillet y que era de mi servidumbre en Egipto.

Veinte mil francos a Lavigné, que era últimamente conserje de una de mis caballerizas y que fue mi picador en Egipto.

Veinte mil francos a Jeannet-Dervieux, que era picador de mis caballerizas y me servía en Egipto.

14º Se distribuirán doscientos mil francos en limosnas a los habitantes de Brienne-le-Château que más han sufrido.

Los trescientos mil francos restantes se distribuirán entre los oficiales y soldados del batallón de mi guardia de la isla de Elba que vivan en la actualidad, o entre sus viudas o hijos, a prorrata de los sueldos y según el estado que se formará por mis ejecutores testamentarios; los amputados o heridos gravemente percibirán el doble. El estado lo formarán Larrey y Emmery.

Este codicilo está todo él escrito de mi puño y letra, y firmado y sellado con mis armas.

NAPOLEÓN
(Sello)

Hoy, 24 de abril d 1821, en Longwood.

Éste es mi codicilo o acta de mi última voluntad.

De la liquidación de mi lista civil de Italia, tal como plata, alhajas, vajilla de plata, ropa interior, muebles, caballerizas, de que el Virrey es depositario, dispongo de dos millones que lego a mis más fieles servidores. Espero que sin buscar autorización en ningún pretexto, mi hijo Eugène Napoleón los entregará fielmente; no puede olvidar los cuarenta millones de francos que le he dado, ya en Italia o ya en el reparto de la herencia de su madre.

1º De estos dos millones, lego al conde Bertrand trescientos mil francos de los cuales pagará en la caja del tesorero cien mil francos para invertirlos, con arreglo a mis disposiciones, en el pago de legados de conciencia.

2º Al conde Montholon, doscientos mil francos, de los cuales pagará cien mil a la caja con el objeto susodicho.

3º Al conde Las Cases, doscientos mil francos, de los cuales pagará cien mil a la caja con el objeto susodicho.

4º A Marchand, cien mil francos, de los cuales pagará cincuenta mil a la caja con el objeto susodicho.

5º Al conde Lavallette, cien mil francos.

6º Al general Hogendrof, holandés, mi ayudante de campo, refugiado en Brasil, cien mil francos.

7º A mi ayudante de campo Corbineau, cincuenta mil francos.

8º A mi ayudante de campo Caffareli, cincuenta mil francos.

9º A mi ayudante de campo Dejean, cincuenta mil francos.

10º A Percy, cirujano en jefe en Waterloo, cincuenta mil francos.

11º Cincuenta mil francos, a saber:

Diez mil francos a Piéron, mi maestresala.

Diez mil francos a Saint-Denis, mi primer cazador.

Diez mil francos a Noverraz.

Diez mil francos a Cursot, mi repostero.

Diez mil francos a Archambaut, mi picador.

12º Al barón Menneval, cincuenta mil francos.

13º Al duque de Istria, hijo de Bessieres, cincuenta mil francos.

14º A la hija de Duroc, cincuenta mil francos.

15º A los hijos de Labédoyère, cincuenta mil francos.

16º A los hijos de Mounton-Duvernet, cincuenta mil francos.

17º A los hijos del bravo y virtuoso general Travot, cincuenta mil francos.

18º A los hijos de Chartrand, cincuenta mil francos.

19º Al general Cambronne, cincuenta mil francos.

20º Al general Lefèbvre-Desnouiettes, cincuenta mil francos.

21º Cien mil francos para repartirlos entre los proscriptos que vagan por países extranjeros, franceses o italianos o belgas u holandeses o españoles o de los departamentos del Rin, según las disposiciones de mis albaceas testamentarios.

22º Doscientos mil francos para repartirlos entre los amputados o heridos gravemente en Ligny y Waterloo que vivan todavía, según los estados formados por mis albaceas testamentarios, a los cuales se agregará Cambronne, Larrea, Percy y Emmery. Se dará doble a la guardia y cuádruple a los de la isla de Elba.

Este codicilo está escrito enteramente de mi puño y letra, y firmado y sellado con mis armas.

NAPOLEÓN
(Sello)

Hoy, 24 de abril de 1821, en Longwood.

Éste es un tercer codicilo a mi testamento del 15 de abril.

1º Entre los diamantes de la corona que se devolvieron en 1814, los había por valor de quinientos a seiscientos mil francos que no formaban parte de ellos y que procedían de mi propiedad particular; se procurará que sean reintegrados para pagar mis legados.

2º Yo tenía en casa del banquero Torlonia, en Roma, de doscientos a trescientos mil francos en letras de cambio, producto de mis rentas de la isla de Elba desde 1815. El señor de la Perruse, aunque no fuera ya mi tesorero y no tuviera carácter de tal, sacó sin permiso dicha suma. Se hará que la restituya.

3º Lego al duque Istria trescientos mil francos, de los cuales cien mil solamente reversibles a la viuda, si el duque hubiera muerto al abonarse este legado. Deseo, si en ello no hay inconveniente, que el duque se case con la hija de Duroc.

4º Lego a la duquesa Frioul, hija de Duroc, doscientos mil francos. Si hubiera fallecido antes del abono de este legado, no se dará nada a la madre.

5º Lego al general Rigaud, que ha sido proscrito, cien mil francos.

6º Lego a Boisnod, comisario ordenador, cien mil francos.

7º Lego a los hijos del general Letort, muerto en la campaña de 1815, cien mil francos.

Estos ochocientos mil francos de legados serán como si se hubieran añadido a continuación del artículo 36 de mi testamento, lo que elevará a la suma de seis millones cuatrocientos mil francos la suma de los legados de que dispongo por mi testamento, sin comprender los donativos hechos por mi segundo codicilo.

Esto está escrito de mi puño y letra y firmado y sellado con mis armas.

NAPOLEÓN
(Sello)

Al dorso:

Éste es mi tercer codicilo a mi testamento, escrito todo entero de mi puño y letra y firmado y sellado con mis armas.

Se abrirá el mismo día e inmediatamente después de la apertura de mi testamento.

NAPOLEÓN
(Sello)

Hoy, 24 de abril de 1821, en Longwood.

Éste es un cuarto codicilo de mi testamento.

Con las disposiciones que hemos hecho anteriormente, no hemos cumplido todas nuestras obligaciones, lo cual nos ha decidido a hacer este cuarto codicilo.

1º Lego al hijo o nieto del barón Dutheil, teniente general de artillería, antiguo señor de Saint-André, que ha mandado la escuela de Auxonne antes de la Revolución, la suma de cien mil francos, como recuerdo de gratitud por los cuidados que este bravo general ha tomado de nosotros, cuando, como teniente y capitán, estábamos a sus órdenes.

2º Ídem, al hijo o nieto del general Dugommier, que dirigió como jefe el ejército de Tolón, la suma de cien mil francos. Es un testimonio de recuerdo por las pruebas de aprecio, afecto y amistad que nos ha dado ese bravo e intrépido general.

3º Ídem. Lego cien mil francos al hijo o nieto del diputado de la Convención, Gasparin, representante del pueblo en el ejército de Tolón, por haber protegido y sancionado con su autoridad el plan contrario a la voluntad del enviado por la comisión de salvación pública, que concebimos y que valió la toma de aquella ciudad. Gasparin nos puso con su protección a cubierto de las persecuciones de la ignorancia de los Estados Mayores que mandaban el ejército antes de la llegada de mi amigo Dugommier.

4º Ídem. Lego cien mil francos a la viuda, hijo o nieto de nuestro ayudante de campo Muiron, muerto a nuestro lado en Arcole, cubriéndonos con su cuerpo.

5º Ídem, diez mil francos al sargento Cantillon, a quien procesaron como sospechoso de haber querido asesinar a lord Wellington, hasta que se reconoció su inocencia. Cantillon tenía el mismo derecho para asesinar a ese oligarca, que él para enviarme a perecer en la roca de Santa Elena. Wellington, que ha propuesto este atentado, procuraba justificarlo con el interés de Gran Bretaña; Cantillon, si hubiese verdaderamente asesinado al lord, se habría amparado y quedado justificado por los mismos motivos, es decir, con el interés de Francia para deshacerse de un general que había violado la capitulación de París, y hecho, por consiguiente, responsable de la sangre de los mártires Ney, Labédoyère, etc., y del crimen de haber saqueado los museos, contra el texto de los tratados.

6º Estos cuatrocientos mil francos se añadirán a los seis millones cuatrocientos mil francos de que hemos dispuesto y elevarán nuestros legados a seis millones ochocientos diez mil francos. Estos cuatrocientos diez mil francos deben considerarse como formando parte de nuestro testamento, artículo 35, y correr en todo la misma suerte que los demás legados.

7º Las nueve mil libras esterlinas que hemos dado al conde y a la condesa de Montholon, si se pagan, deben deducirse y cargarse en cuenta de los legados que les hacemos en nuestros testamentos; si no se pagan, se anularán nuestros billetes.

8º Mediante el legado hecho en nuestro testamento al conde Montholon, queda anulada la pensión de veinte mil francos concedida a su mujer. El conde Montholon queda encargado de pagársela.

9º Como la administración de semejante herencia, hasta su completa liquidación, exige gastos de oficinas, gestiones, comisiones, consultas, defensas, entendemos que nuestros albaceas testamentarios perciban un tres por ciento sobre todos los legados, sea sobre los seis millones ochocientos mil francos, o ya sobre la sumas fijadas en los codicilos, o bien sobre los doscientos millones de francos del dominio privado.

10º La sumas procedentes de estas retenciones se depositarán en manos de un tesorero y se gastarán por orden de nuestros albaceas testamentarios.

11º Si las sumas procedentes de dichas retenciones no fuesen suficientes para cubrir los gastos, se atenderá a estos a expensas de los tres albaceas testamentarios y del tesorero, cada cual en la proporción del legado que les hemos hecho en nuestro testamento y codicilo.

12º Si las sumas procedentes de dichas retenciones fuesen mayores que las necesidades, el sobrante se repartirá entre nuestros tres albaceas testamentarios y el tesorero, en proporción de sus legados respectivos.

13º Nombramos tesorero al conde Las Cases, y en su defecto a su hijo, y en defecto de éste, al general Drouot. El presente codicilo está enteramente escrito de mi puño y letra, y firmado y sellado con mis armas.

NAPOLEÓN
(Sello)

PRIMERA CARTA. A. M. LAFFITE

Longwood, isla de Santa Elena, 25 de abril de 1821

Señor Laffite:

En 1815, en el momento de salir de París, os he entregado la cantidad de cerca de seis millones, de la cual me habéis dado recibo por duplicado; he anulado uno de los recibos y encargo al conde Montholon que os presente el otro para que después de mi muerte le entreguéis dicha suma con los intereses a razón de cinco por ciento a partir del 1 de julio d 1815, deduciendo los pagos que hayáis hecho en virtud de órdenes mías.

Deseo que se haga la liquidación de vuestra cuenta de común acuerdo entre vos, los condes Montholon y Bertrand y el señor Marchand, y una vez arreglada la liquidación, os doy, en virtud de la presente, por enteramente exento de la expresada suma.

Asimismo os envié una caja conteniendo mis medallas; os ruego que la entreguéis al conde Montholon.

No teniendo más objeto esta carta, ruego a Dios, señor Laffite, que os tenga en su santa y digna guarda.

NAPOLEÓN

SEGUNDA CARTA. AL SEÑOR BARÓN DE LABOUILLERIE

Longwood, isla de Santa Elena, 25 de abril de 1821

Sr. Barón Labouillerie, tesorero de mi dominio privado: os ruego que entreguéis la cuenta y el importe de este dominio, después de mi muerte, al conde Montholon, a quien he encargado la ejecución de mi testamento.

Como esta carta no tiene más objeto, ruego a Dios, señor barón Labouillerie, que os tenga en su santa y digna guarda.

NAPOLEÓN

48. LAS MINAS DEL REY SALOMÓN (H. RIDER HAGGARD)

ÍNDICE

Introducción
1. Conozco a sir Henry Curtis
3. Umbopa entra a nuestro servicio
4. La cacería de elefantes
5. Nuestra marcha por el desierto
6. ¡Agua! ¡Agua!
7. La carretera de Salomón
8. Entramos en Kukuanalandia
9. El rey Twala
10. La caza de brujos
11. Hacemos una señal
12. Antes de la batalla
13. El ataque
14. La última carga de los «grises»
15. Good cae enfermo
16. El Lugar de la Muerte
18. Abandonamos toda esperanza
19. La despedida de Ignosi
20. Lo encontramos

Capítulo 1

INTRODUCCIÓN

Ahora que este libro está impreso y a punto de salir al mundo, ejerce sobre mí un enorme peso la conciencia de sus defectos, tanto de estilo como de contenido. En lo referente a este último, sólo puedo decir que no pretende ser una relación exhaustiva de todo lo que vimos o hicimos. Hay muchas cosas concernientes a nuestro viaje a Kukuanalandia en las que me hubiese gustado explayarme y a las que, de hecho, apenas aludo. Entre ellas se encuentran curiosas leyendas que recogí sobre las armaduras que nos salvaron de la muerte en la gran batalla de Loo, y también sobre los Silenciosos o colosos de la entrada de la cueva de estalactitas. Por otra parte, si me hubiera dejado llevar por mis inclinaciones, me habría gustado ahondar en las diferencias, algunas de las cuales me resultan muy sugestivas, entre los dialectos zulú y kukuana. Asimismo, también se hubieran podido dedicar unas cuantas páginas de provecho al estudio de la flora y la fauna indígenas de Kukuanalandia. Pero aún queda un tema muy interesante, por cierto, y al que, de hecho, sólo se alude de forma fortuita: el magnífico sistema de organización militar imperante en ese país que, en mi opinión, es muy superior al instaurado por Chaka en Zululandia, en cuanto que permite una movilización más rápida, y no precisa del empleo del pernicioso sistema de celibato obligatorio. Y, finalmente, apenas menciono las costumbres domésticas y familiares de los kukuanas, muchas de las cuales son extraordinariamente originales, o su habilidad en el arte de fundir y soldar metales. En esto último alcanzan una considerable perfección, uno de cuyos ejemplos puede apreciarse en las «tollas» o pesados cuchillos arrojadizos; el mango está hecho de hierro batido, y el filo, de un hermoso acero soldado con gran pericia al mango de hierro. Lo cierto es que yo pensé (y lo mismo les ocurrió a sir Henry Curtis y al capitán Good) que el mejor plan era contar la historia de un modo sencillo y franco, y dejar estas cuestiones para más adelante, tratándolas de la forma que nos pareciese deseable. Entretanto, proporcionaré con mucho gusto cualquier información a mi alcance a quienquiera que se interese por estas cosas.

Y ya sólo me resta disculparme por lo burdo de mi modo de escribir. La única excusa que puedo presentar es que estoy más acostumbrado a manejar un rifle que una pluma, y que no puedo aspirar a los altos vuelos y adornos literarios que observo en las novelas (porque a veces me gusta leer una novela). Supongo que son deseables —esos vuelos y adornos—, y lamento no ser capaz de proporcionarlos, pero al mismo tiempo no puedo evitar pensar que las cosas sencillas son siempre las que más impresionan, y que los libros son más fáciles de entender cuando están escritos en un lenguaje sencillo, aunque quizá no tenga derecho a dar mi opinión sobre este tema. Dice un refrán kukuana que «una lanza afilada no necesita brillo», y basándome en el mismo argumento, me atrevo a esperar que una historia verídica, por muy extraña que sea, no necesita el adorno de las bellas palabras.

Allan Quatermain

1. CONOZCO A SIR HENRY CURTIS

Es curioso que a mi edad —cumplí cincuenta y cinco en mi último cumpleaños— me sorprenda tomando la pluma para intentar escribir un relato. ¡Quién sabe qué tipo de relato resultará cuando lo haya escrito, si es que llego al final de la aventura! He hecho muchas cosas en mi vida, que se me antoja muy larga, debido quizá a que empecé muy joven. A una edad en que los otros chicos estaban en el colegio, yo me ganaba la vida como comerciante en la vieja colonia. Desde entonces, he sido comerciante, cazador, soldado y minero. Sin embargo, hace sólo ocho meses que me sonrió la fortuna. Es una fortuna cuantiosa —aún no sé a cuánto asciende—, pero no creo que quisiera volver a pasar por los últimos quince o dieciséis meses para obtenerla. No; no lo volvería a hacer aun sabiendo que iba a salir sano y salvo, con fortuna y todo. Pero resulta que soy un hombre tímido, enemigo de la violencia, y estoy verdaderamente harto de aventuras. Me pregunto por qué voy a escribir este libro; no es lo mío. No soy hombre de letras, aunque asiduo lector del Antiguo Testamento y también de las Ingoldsby legends. Permítanme exponer mis razones, simplemente para descubrir si las tengo.

Primera razón: porque Sir Henry Curtis y el capitán John Good me han pedido que lo haga.

Segunda razón: porque me encuentro aquí, en Durban, postrado en la cama con dolores y molestias en la pierna izquierda. Desde que me atrapó aquel condenado león, me ocurre con frecuencia, y como en estos momentos el dolor se ha agudizado, cojeo más que nunca. Los dientes de los leones deben contener algún tipo de veneno, porque, si no, ¿cómo se entiende que, una vez cicatrizadas, las heridas vuelvan a abrirse, generalmente en la misma época del año en que se recibieron? Cuando se han matado sesenta y cinco leones en el transcurso de una vida, como es mi caso, es triste que el león número sesenta y seis te mastique la pierna como si se tratara de un trozo de tabaco. Rompe la rutina de la vida, y dejando a un lado otro tipo de consideraciones, yo soy un hombre de orden y eso no me gusta. Dicho sea entre paréntesis.

Tercera razón: porque quiero que mi hijo Harry, que está en un hospital de Londres estudiando para médico, tenga algo con que divertirse y que le impida hacer travesuras durante una semana o así. El trabajo en un hospital a veces debe empalagar y hacerse aburrido, porque incluso de hacer picadillo los cadáveres se debe llegar a la saciedad, y como este relato no será aburrido, aunque se le puedan aplicar otros calificativos, llevará un poco de animación a su existencia durante un día o dos, mientras lo lea.

Cuarta y última razón: porque voy a narrar la historia más extraña que conozco. Puede parecer algo singular decir esto, especialmente si se tiene en cuenta que no interviene ninguna mujer, excepto Foulata. Pero, ¡alto!, también está Gagool, caso de que fuera realmente una mujer y no un demonio. Aunque tenía al menos cien años, y por tanto no era casadera, así que no la cuento. En cualquier caso, puedo asegurar que no aparece ni una sola falda en todo el relato.

Pero lo mejor será uncirme al yugo. Es un lugar incómodo y me siento como si estuviese atascado hasta el eje. Bueno, sutjes, sutjes, como dicen los boérs (estoy seguro de que no es así como se escribe), vayamos poco a poco. Una yunta fuerte podrá atravesarlo finalmente, si no es demasiado mala. No se puede hacer nada con malos bueyes. Y, ahora, comencemos.

«Yo, Allan Quatermain, caballero, natural de Durban, Natal, declaro bajo juramento que…». Así es como empecé mi declaración ante el magistrado sobre la triste muerte de Khiva y Ventvógel, pero, bien pensado, no me parece la forma más adecuada de empezar un libro. Y además, ¿soy un caballero? ¿Qué es un caballero? No lo sé realmente, y, sin embargo, he tratado con negros…; pero no; voy a tachar la palabra «negros», porque no me gusta. He conocido nativos que lo son, y lo mismo pensarás tú, Harry, hijo mío, antes de acabar este cuento, y también he conocido blancos con montones de dinero y de buena familia que no lo son.

Pues bien, en cualquier caso, yo soy caballero por nacimiento, aunque durante toda mi vida no haya sido más que un pobre comerciante y cazador nómada. Si he seguido siendo un caballero es algo que no sé; ustedes deben juzgarlo. Dios sabe que lo he intentado. He matado a muchos hombres en mi juventud, pero jamás he asesinado por capricho ni me he manchado las manos con sangre inocente; sólo en legítima defensa. El Todopoderoso nos da la vida, y supongo que desea que la defendamos; al menos yo siempre he actuado basándome en esta idea, y espero que no se vuelva contra mí cuando suene mi hora. Pero, ¡ay!, éste es un mundo cruel y maligno, y a pesar de ser un hombre tímido, me he visto envuelto en muchas matanzas. No sé si es justo, pero sí puedo afirmar que nunca he robado, aunque una vez estafé a un cafre con un rebaño de vacas, pero es que él me había jugado una mala pasada, y por añadidura, este asunto me ha preocupado desde entonces.

Pues bien, hace aproximadamente dieciocho meses que conocí a sir Henry Curtis y al capitán Good, lo que ocurrió de la siguiente manera:

Yo había estado cazando elefantes más allá de Bamangwato, y había tenido mala suerte. En ese viaje todo salió mal, y, como colofón, sufrí un terrible acceso de fiebres. En cuanto me repuse, me dirigí a los Campos de Diamantes, vendí todo el marfil que tenía, así como el carro y los bueyes, despedí a mis cazadores y tomé la diligencia con destino a El Cabo. Después de pasar una semana en Ciudad de El Cabo, y, tras descubrir que me habían cobrado de más en el hotel y ver todo lo que había que ver, incluyendo el jardín botánico que, a mi entender, puede proporcionar grandes beneficios al país, y las nuevas casas del Parlamento, sobre las que no opino lo mismo, decidí volver a Natal, en el Dunkeld, que por entonces se encontraba en el puerto esperando al Edinburgh Castle, que venía de Inglaterra. Tomé un camarote y subí a bordo, y esa tarde transbordaron los pasajeros del Edinburgh Castle procedentes de Natal, levamos anclas y nos hicimos a la mar.

Entre los pasajeros que iban a bordo había dos que excitaron mi curiosidad. Uno de ellos, de unos treinta años, era uno de los hombres de pecho más ancho y brazos más largos que jamás he visto. Tenía el pelo rubio, una gran barba igualmente rubia, rasgos bien definidos y grandes ojos grises profundamente hundidos. Nunca he visto a un hombre más apuesto, y, por alguna razón, me recordaba a un antiguo danés, aunque conocí a un danés contemporáneo que me estafó diez libras; pero recuerdo haber visto un cuadro de estas gentes que, en mi opinión, eran una especie de zulúes blancos. Bebían en grandes cuernos, y por la espalda les colgaban largas cabelleras; al ver a mi amigo junto a la escalerilla, pensé que con sólo dejarse crecer el pelo un poco, ponerse una cota de malla sobre sus grandes hombros, coger una enorme hacha de combate y un cuenco de cuerno, podría servir como modelo para ese cuadro. Y, a propósito, es un hecho curioso, y que demuestra cómo la sangre acaba por manifestarse, que más adelante descubriese que sir Henry Curtis, porque así se llamaba aquel hombre, tenía sangre danesa. Además, me recordaba profundamente a otra persona, pero entonces no pude recordar de quién se trataba.

El otro hombre que estaba hablando con sir Henry era de baja estatura, corpulento y de piel oscura, y con un aspecto totalmente diferente.

Sospeché de inmediato que era un oficial de la Marina. No sé por qué, pero es difícil confundirse con un marino. En el curso de mi vida he realizado expediciones de caza con algunos de ellos, y siempre me han parecido los tipos mejores y más valientes que he conocido, aunque muy dados a utilizar un lenguaje blasfemo. Una o dos páginas antes me preguntaba qué es un caballero. Ahora contesto a esa pregunta: un oficial de la Marina Real, por regla general, es un caballero, aunque, claro está, puede haber ovejas negras entre ellos desperdigadas aquí y allá. Se me antoja que es el ancho mar y el soplo de esos vientos de Dios lo que limpia sus corazones y aleja la amargura de sus mentes y les hace ser lo que debieran ser los hombres.

Pero, volviendo a lo anterior, yo tenía razón una vez más: averigüé que era un oficial de la Marina, de treinta y un años, teniente de navío que, tras diecisiete años de carrera, fue expulsado del servicio de Su Majestad con el estéril honor de comandante, porque era imposible ascenderlo. Esto es lo que pueden esperar las personas que sirven a la Reina: ser arrojados al duro mundo para buscarse una nueva ocupación cuando empiezan realmente a comprender su trabajo y se encuentran en la flor de la vida. Bueno, supongo que no les preocupa, pero, por lo que a mí respecta, prefiero ganarme la vida como cazador. Quizá se ande escaso de cuartos, pero al menos no se reciben tantos golpes.

Al consultar la lista de pasajeros, averigüé que se llamaba Good, capitán John Good. Era un hombre ancho, de estatura mediana, piel oscura y corpulento, y resultaba curioso observarlo. Iba impecablemente vestido y afeitado, y siempre llevaba un monóculo en el ojo derecho. Parecía haber crecido allí, porque no estaba sujeto con cordón alguno, y no se lo quitaba nunca, excepto para limpiarlo. Al principio, creí que dormía con él, pero después descubrí que estaba equivocado. Lo guardaba en el bolsillo del pantalón al acostarse, junto a la dentadura postiza, de la que poseía dos preciosos ejemplares, y como la mía no era muy buena, me hizo infringir más de una vez el décimo mandamiento. Pero me estoy anticipando a los acontecimientos.

Poco después de habernos puesto en camino, cayó la noche, que nos trajo muy mal tiempo. Se levantó en tierra una brisa glacial, y una especie de llovizna irritante alejó pronto de cubierta a todos los pasajeros. Con respecto al Dunkeld, era una batea de quilla plana, y al subir, por ser tan ligera, se balanceaba terriblemente. Daba la impresión de que se iba a volcar, pero no ocurrió así. Era prácticamente imposible caminar por el barco, de modo que me quedé junto a la sala de máquinas, donde hacía calor, y me entretuve en mirar el péndulo, que estaba colocado frente a mí; oscilaba lentamente atrás y adelante, a medida que se balanceaba el buque, y marcaba el ángulo que tocaba en cada bandazo.

—Ese péndulo está mal, no está bien equilibrado —dijo de pronto una voz a mi espalda, con cierto malhumor. Volví la cabeza y vi al oficial que me había llamado la atención al subir los pasajeros a bordo.

—¿Qué le hace pensar eso? —pregunté.

—¿Pensar eso? Yo no pienso nada. Pues, porque —continuó al enderezarse el barco tras un bandazo— si el barco se hubiese balanceado hasta el grado que señala ese chisme, no hubiera vuelto a balancearse; eso es todo. Pero es muy propio de estos capitanes de barcos mercantes; siempre son condenadamente descuidados.

En ese momento sonó la campana que anunciaba la cena, y no lo lamenté, porque es espantoso tener que escuchar a un oficial de la Marina Real cuando se adentra en este tema. Sólo conozco una cosa peor, y es oír a un capitán de barco mercante expresar su cándida opinión sobre los oficiales de la Marina Real.

El capitán Good y yo bajamos a cenar juntos, y nos encontramos a sir Henry Curtis, que ya se había sentado. Él y el capitán Good se sentaron juntos, y yo frente a ellos. El capitán y yo de pronto empezamos a hablar sobre caza y otros asuntos; él me hacía muchas preguntas y yo las contestaba lo mejor que sabía. Al poco tiempo, se puso a hablar de elefantes.

—Ah, señor —dijo una persona sentada junto a mí—; ha dado usted con el hombre perfecto para esto; si hay alguien que sepa de elefantes, ése es el cazador Quatermain.

Sir Henry, que había guardado silencio hasta entonces, escuchando nuestra conversación, se sobresaltó visiblemente.

—Dispense, señor —dijo, inclinándose hacia adelante con voz profunda y grave; me pareció una voz muy adecuada para provenir de aquellos grandes pulmones—. Dispénseme, ¿se llama usted Allan Quatermain?

Respondí que así era.

El fornido caballero no hizo ninguna observación más, pero le oí murmurar la palabra «afortunado» para sus adentros.

Terminó la cena, y, al abandonar el salón, sir Henry se acercó a mí y me invitó a entrar en su camarote a fumar una pipa. Acepté y me llevó al camarote de cubierta del Dunkeld, que era un camarote excelente. Antes eran dos camarotes, pero, cuando sir Garnet o uno de esos peces gordos recorrió la costa en el Dunkeld, derribaron el tabique de separación y no volvieron a colocarlo. Había un sofá y, enfrente, una pequeña mesa. Sir Henry envió al mayordomo a por una botella de whisky, y los tres nos sentamos y encendimos las pipas.

—Señor Quatermain —dijo sir Henry Curtis cuando el mayordomo hubo traído el whisky y encendido la lámpara—, hace dos años por estas fechas usted se encontraba, según tengo entendido, en un lugar llamado Bamangwato, al norte del Transvaal.

—En efecto —le respondí, sorprendido de que aquel caballero estuviese tan enterado de mis movimientos, que no se consideraban, al menos que yo supiera, de interés general.

—Estuvo comerciando allí, ¿no es cierto? —intervino el capitán Good, de la forma rápida que le caracterizaba.

—Así es. Compré un carro lleno de mercancías, acampé fuera del pueblo y me quedé allí hasta que las vendí.

Sir Henry estaba sentado frente a mí en una silla de Madeira, con los brazos apoyados sobre la mesa. Alzó la vista, clavándome sus grandes ojos grises. Pensé que había en ellos una curiosa ansiedad.

—¿No conocería allí, por casualidad, a un hombre llamado Neville?

—Pues sí; acampó conmigo durante quince días para dar descanso a sus bueyes antes de dirigirse hacia el interior. Hace unos meses recibí una carta de un abogado en la que me preguntaba si sabía qué había sido de él, a la que contesté lo mejor que supe.

—Sí —dijo sir Henry—, me remitieron su carta. Decía en ella que el caballero llamado Neville salió de Bamangwato a principios de mayo, en un carro, con un conductor, un voorlooper y un cazador cafre llamado Jim, tras anunciar su intención de llegar, si le era posible, hasta Inyati, donde vendería el carro y seguiría viaje a pie. También decía que vendió el carro, porque usted lo vio seis meses después en posesión de un comerciante portugués, quien le dijo que lo había comprado en Inyati a un hombre blanco cuyo nombre había olvidado, y que, según creía, el hombre blanco había iniciado una expedición de caza por el interior con un sirviente nativo.

—Sí.

Se hizo el silencio.

—Señor Quatermain —dijo sir Henry de pronto—,supongo que no conoce ni puede adivinar las razones del viaje de mi…, del señor Neville hacia el norte, ni a qué lugar se dirigía.

—Algo oí decir —contesté, y me detuve. Era un tema que no me interesaba discutir.

Sir Henry y el capitán Good se miraron, y el capitán Good asintió.

—Señor Quatermain —dijo el primero—, voy a contarle una historia y a pedirle consejo, y quizá ayuda. El agente que me remitió su carta me dijo que podía confiar sin reservas en ella, puesto que usted era, según me dijo, «muy conocido y respetado en Natal, y que se destacaba por su discreción».

Incliné la cabeza y bebí un poco de whisky con agua para ocultar mi confusión, porque soy un hombre modesto, y sir Henry continuó hablando.

—El señor Neville era mi hermano.

—Ah —exclamé sorprendido al comprender a quién me había recordado sir Henry al verle por primera vez. Su hermano era un hombre mucho más pequeño y tenía la barba oscura, pero, pensándolo bien, poseía unos ojos con el mismo tono gris y con la misma mirada penetrante, y los rasgos no eran muy diferentes.

—Era —prosiguió sir Henry— mi único hermano, más joven que yo, y, hasta hace cinco años, no creo que estuviéramos separados durante más de un mes. Pero hace unos cinco años nos sobrevino una desgracia, como ocurre a veces en las familias. Nos peleamos ferozmente, y yo me comporté muy injustamente con mi hermano, llevado por la ira.

Al llegar a este punto, el capitán Good asintió con la cabeza vigorosamente. Entonces el barco dio un fuerte bandazo, con lo que el espejo que estaba colocado frente a nosotros, mirando hacia estribor, quedó por un momento casi por encima de nuestras cabezas, y como yo estaba sentado con las manos metidas en los bolsillos y mirando hacia arriba, le vi asentir como un loco.

—Quizá sepa usted —prosiguió sir Henry— que, si un hombre muere sin hacer testamento y no tiene otras propiedades que sus tierras, que en Inglaterra se llaman bienes raíces, todo va a parar a su hijo mayor. Sucede que, en la época en que nos peleamos mi hermano y yo, nuestro padre murió sin haber testado. Retrasó el hacer testamento hasta que fue demasiado tarde. El resultado fue que mi hermano, que no se había preparado para ejercer ninguna profesión, quedó sin un solo penique. Por supuesto, mi deber hubiera sido mantenerlo, pero por entonces nuestro enfado era tan terrible (y lo digo con vergüenza) —suspiró profundamente— que no me ofrecí a hacer nada. No es que le escatimase nada, sino que esperé a que fuese él quien diera los primeros pasos, pero no lo hizo. Lamento aburrirle con todo esto, señor Quatermain, pero tengo que hacerlo si quiero dejar las cosas claras, ¿eh, Good?

—Así es, así es —dijo el capitán—. Estoy seguro de que el señor Quatermain guardará el secreto de esta historia.

—Naturalmente —dije, porque me enorgullezco de ser discreto.

—Bien —prosiguió sir Henry—, por entonces mi hermano tenía unos cuantos cientos de libras a su nombre, y, sin decirme nada, retiró esa suma insignificante; tras adoptar el nombre de Neville, partió para Sudáfrica con la loca esperanza de hacer fortuna. De esto me enteré después. Pasaron tres años, y no tuve noticias de mi hermano, aunque yo le escribí varias veces. Sin duda, nunca le llegaron mis cartas. Pero, a medida que pasaba el tiempo, yo me preocupaba cada vez más por él. Descubrí, señor Quatermain, lo mucho que tira la sangre.

—Cierto —dije pensando en mi hijo Harry.

—Descubrí, señor Quatermain, que hubiera dado la mitad de mi fortuna por saber que mi hermano George, el único familiar que tengo, se hallaba sano y salvo y que volvería a verlo.

—Pero no lo hiciste, Curtis —espetó el capitán Good, lanzándole una mirada.

—Verá, señor Quatermain, con el paso del tiempo crecía mi ansiedad por saber si mi hermano estaba vivo o muerto, y en caso de estar vivo, traerlo a casa de nuevo. Empecé a hacer averiguaciones, y uno de los resultados fue su carta. En sí misma era satisfactoria, porque demostraba que hasta hace poco George estaba vivo, pero no llegaba lo bastante lejos. Así que, para abreviar, me decidí a buscarle yo mismo, y el capitán Good ha tenido la amabilidad de acompañarme.

—Sí —dijo el capitán—; no tengo nada mejor que hacer, ¿comprende? Mis jefes del Almirantazgo me han despedido para que me muera de hambre con medio sueldo. Y ahora, señor, quizá quiera contarnos lo que sabe o lo que ha oído decir sobre ese caballero llamado Neville.

2. La leyenda de las minas del rey Salomón

—¿Qué es lo que ha oído decir en Bamangwato sobre mi hermano? —dijo sir Henry cuando yo hice una pausa para llenar mi pipa antes de contestar al capitán Good.

—He oído lo siguiente —contesté—, y nunca se lo he mencionado a ninguna persona hasta hoy. He oído decir que se dirigía hacia las minas del rey Salomón.

—¡Las minas del rey Salomón! —exclamaron mis interlocutores de inmediato—. ¿Dónde están?

—No lo sé —respondí—. Sé dónde dicen que están. Una vez vi las cimas de las montañas que las rodean, pero entre ellas y yo se extendían ciento treinta millas de desierto, y no tengo noticias de que ningún hombre blanco lo haya atravesado, excepto uno. Pero quizá lo mejor que puedo hacer es contarles la leyenda de las minas del rey Salomón tal y como la conozco, a condición de que ustedes me den palabra de no revelar nada de lo que les cuente sin mi permiso. ¿Están de acuerdo? Tengo mis razones para pedírselo.

—Por supuesto, por supuesto.

—Pues bien —empecé a decir—, como pueden suponer, los cazadores de elefantes son, por regla general, un tipo de hombres rudos que no se preocupan de mucho más que los hechos de la vida y las costumbres de los cafres. Pero de vez en cuando se encuentran hombres que se toman la molestia de recoger las tradiciones de los nativos, y que intentan reconstruir algún pasaje de la historia de esta oscura tierra. Fue un hombre así el primero en contarme la leyenda de las minas del rey Salomón, hace ya casi treinta años. Ocurrió en mi primera expedición de caza de elefantes en el país de los matabele. Se llamaba Evans, y al pobre hombre le mató un búfalo herido al año siguiente, y está enterrado cerca de las cataratas de Zambeze.

»Recuerdo que una noche le estaba hablando a Evans de unas magníficas explotaciones que había encontrado mientras cazaba cadús y antílopes en lo que es ahora el distrito de Lydenburgo, en el Transvaal. He observado que han vuelto a encontrar estas explotaciones al buscar oro, pero yo las conozco desde hace años. Hay un ancho camino de carros excavado en la roca que conduce a la entrada de la explotación o galería. En el interior de la galería hay montones de cuarzo aurífero listos para la trituración, lo que demuestra que los buscadores, quienesquiera que fuesen, debieron abandonar el lugar apresuradamente, y en la galería hay construida una estructura que es un excelente trabajo de albañilería.

»—¡Ah! —exclamó Evans—, pues yo le voy a contar una cosa aún más extraña.

»Y me contó que había encontrado, en el interior del país, una ciudad en ruinas, que, según él, era la Ofir que aparece en la Biblia; además, otros hombres más ilustrados que Evans han dicho lo mismo. Recuerdo que yo escuchaba todas estas maravillas con los oídos bien abiertos, porque entonces era joven, y esta historia de una antigua civilización y del tesoro que aquellos aventureros judíos o fenicios arrancaban de un país que con el paso del tiempo cayó en la más negra de las barbaries, impresionaba profundamente mi imaginación. De repente me dijo: ». —Muchacho, ¿has oído hablar de las montañas de Sulimán, al noroeste del país Mushakulumbwe?

»Le contesté que no.

»—¡Ah, bien! —dijo—. Pues ahí es donde realmente tenía sus minas Salomón, quiero decir sus minas de diamantes.

»—¿Cómo lo sabe? —le pregunté.

»—Lo sé porque ¿qué es Sulimán sino una corrupción de Salomón? Además me lo contó una vieja isanusi (‘hechicera’) del país de Manika. Me dijo que las gentes que vivían al otro lado de esas montañas eran una rama de los zulúes, y que hablaban un dialecto del zulú, aunque eran unos hombres incluso más hermosos y más altos que aquéllos; que entre ellos vivían grandes hechiceros que habían aprendido su arte de los hombres blancos cuando “todo el mundo era oscuro” y que poseían el secreto de una mina maravillosa de “piedras brillantes”.

»Claro está, esta historia me hizo reír entonces, aunque me interesó mucho, porque aún no se habían descubierto los campos de diamantes, y el pobre Evans se marchó y le mataron, y durante veinte años no volví a pensar en el asunto. Pero al cabo de veinte años (y eso es mucho tiempo, caballeros; no es frecuente que un cazador de elefantes llegue a vivir veinte años con ese oficio), oí decir algo más definido sobre las montañas de Sulimán y el país que se extiende detrás de ellas. Yo me encontraba más allá del país de Manika, en un lugar llamado el kraal de Sitanda, que era verdaderamente miserable porque no había nada que comer y apenas se podía cazar. Sufrí un acceso de fiebres y me sentía bastante mal cuando, un buen día, apareció un portugués, acompañado por una sola persona, un mestizo. Conozco bien a los portugueses de Delagoa. No existe mayor monstruo sobre la faz de la tierra que se cebe, como hacen ellos, en la carne y el sufrimiento humanos bajo la forma de esclavos. Pero éste era un tipo de hombre diferente al que yo estaba acostumbrado a conocer; me recordaba más a los corteses universitarios de los que hablan en los libros. Era alto y delgado, con grandes ojos oscuros y bigotes grises y rizados. Hablamos un rato, porque él chapurreaba el inglés y yo entiendo algo de portugués; me dijo que se llamaba José Silvestre y que tenía una casa cerca de la bahía de Delagoa. Cuando al día siguiente prosiguió su camino con su compañero mestizo, me dijo:

»Adiós —y se quitó el sombrero a la vieja usanza—. Adiós, senhor —dijo—: Si volvemos a encontrarnos, seré el hombre más rico del mundo y me acordaré de usted». Reí un poco (estaba demasiado débil para reír mucho) y le observé mientras se dirigía resueltamente hacia el oeste, hacia el gran desierto; me pregunté si estaría loco o qué pensaba encontrar allí.

»Pasó una semana y me recuperé de la fiebre. Una tarde estaba sentado en el suelo frente a la pequeña tienda de campaña que había llevado, masticando la última pata de una miserable gallina que le había comprado a un nativo a cambio de un trozo de tela que valía veinte gallinas. Contemplaba el ardiente sol rojo que se hundía en el desierto cuando, de repente, vi una silueta, al parecer de un europeo, porque llevaba chaqueta, en la pendiente de una loma que había frente a mí, a una distancia de unas trescientas yardas. La silueta se arrastraba sobre las manos y las rodillas; después se incorporó y avanzó unas cuantas yardas dando traspiés, para volver a caer y avanzar otra vez a gatas. Al ver que debía de estar completamente agotado, envié a uno de mis cazadores a ayudarlo; cuando, por fin, llegó, ¿quién dirán que resultó ser?

—José Silvestre, claro —dijo el capitán Good.

—Sí, José Silvestre, o más bien su esqueleto con un poco de piel. Tenía la cara de un amarillo brillante, debido a la fiebre, y sus ojos grandes y oscuros casi se le salían de las órbitas, porque toda la carne había desaparecido. No tenía más que la piel amarilla apergaminada, pelo blanco y, debajo, los afilados huesos que sobresalían.

»—¡Agua, por el amor de Dios, agua! —gimió.

»Observé que tenía los labios cortados y la lengua, que sobresalía entre ellos, hinchada y negruzca.

»Le di agua mezclada con un poco de leche y la bebió a grandes tragos, uno o dos cuartos de galón, sin parar. No le dejé que bebiese más. Después tuvo otro acceso de fiebre, cayó al suelo y empezó a desvariar sobre las montañas de Sulimán y sobre los diamantes y el desierto. Le llevé a la tienda e hice todo lo que pude por él, que no era mucho, pero sabía cómo acabaría todo. Alrededor de las once se quedó más tranquilo; yo me acosté para descansar un poco y me quedé dormido. Al amanecer me desperté y, a media luz, le vi incorporado, extraña y endeble silueta que contemplaba el desierto. En ese momento, el primer rayo de sol atravesó la planicie que se extendía ante nosotros hasta alcanzar la lejana cresta de una de las más altas montañas de Sulimán, a una distancia de más de cien millas.

»—¡Ahí está! —gritó el moribundo portugués, extendiendo un brazo largo y delgado—. Pero nunca llegaré, nunca. ¡Nunca llegará nadie!

»De repente se detuvo y pareció tomar una determinación.

»Amigo —me dijo volviéndose hacia mí—, ¿está usted ahí? Mis ojos se han oscurecido.

»Sí —respondí—, sí, acuéstese y descanse.

»—¡Ay! —contestó—. Pronto descansaré; tengo tiempo para descansar durante toda la eternidad. ¡Escúcheme; me muero! Usted se ha portado bien conmigo. Voy a darle el papel. Quizá usted llegue si puede atravesar con vida el desierto, que nos ha matado a mi pobre sirviente y a mí.

»Se tentó la camisa y sacó algo que me pareció una petaca bóer de piel de swart-vetpens (‘antílope negro’). Estaba atada con una pequeña cinta de cuero, lo que llamamos rimpi, y trató de desatarla, pero no pudo. Me la tendió.

»—Desátela —dijo.

»Así lo hice, y extraje un trozo de lino amarillo desgarrado, sobre el que había algo escrito en letras torpes. Dentro había un papel.

»Después, con voz tenue, pues iba desfalleciendo, dijo: ». —En el papel está todo; está envuelto en la tela. He tardado años en descifrarlo. Escuche: un antepasado mío, refugiado político de Lisboa, que fue uno de los primeros portugueses que llegaron a estas costas, lo escribió mientras agonizaba en esas montañas que nunca holló pie blanco antes ni después. Se llamaba José da Silvestra y vivió hace trescientos años. Su esclavo, que le esperó a este lado de las montañas, le encontró muerto y llevó el manuscrito a Delagoa. Desde entonces ha permanecido en la familia, pero nadie se molestó en leerlo hasta que lo hice yo. He perdido mi vida por él, pero es posible que otro tenga éxito y que se convierta en el hombre más rico del mundo, ¡el hombre más rico del mundo! No se lo dé a nadie. ¡Vaya usted!

»Después empezó a delirar otra vez y, al cabo de una hora, todo había acabado.

»¡Dios le haya acogido en su seno! Murió sosegadamente y le enterré a mucha profundidad, con grandes cantos en el pecho, por lo que no creo que puedan encontrarlo los chacales. Después me marché.

—Pero ¿y el documento? —dijo sir Henry con un tono de profundo interés.

—Sí, ¿qué contenía el documento? —añadió el capitán.

—Bueno, caballeros, si lo desean, se lo diré. Nunca se lo he enseñado a nadie, excepto a mi querida esposa, que murió, y ella pensaba que era una tontería, y a un viejo comerciante portugués borracho que me lo tradujo y que a la mañana siguiente lo había olvidado por completo. La tela original está en mi casa, en Durban, junto a la traducción del pobre don José, pero tengo la versión inglesa en mi agenda y un facsímil del mapa, si es que se puede llamar mapa. Aquí está.

Yo, José da Silvestra, que estoy muriendo de hambre en la pequeña cueva en que no hay nieve, en el extremo norte del pezón de la montaña que se encuentra más al sur de las dos que he denominado Senos de Saba, escribo esto en el año 1590 con una punta de hueso sobre un pedazo de mis ropas, con mi sangre por tinta. Si lo encuentra mi esclavo cuando llegue, llévelo a Delagoa para que mi amigo (nombre ilegible) ponga el asunto en conocimiento del rey, y que éste envíe un ejército que, si sobrevive al desierto y a las montañas y vence a los valientes kukuanas y sus artes demoníacas, a cuyo fin deberán traerse muchos sacerdotes, le convertirá en el rey más rico desde Salomón. He visto con mis propios ojos innumerables diamantes apilados en la cámara del tesoro de Salomón, detrás de la Muerte blanca; pero por la traición de Gagool, la hechicera, nada pude rescatar; apenas mi vida. Que quien venga siga el mapa y escale la nieve del seno izquierdo de Saba hasta llegar al pezón en cuyo extremo norte se extiende la gran carretera que construyó Salomón, desde donde hay tres días de viaje al palacio del rey. Que mate a Gagool. Rogad por mi alma. Adiós.

José da Silvestra

Cuando terminé de leer lo anterior y les enseñé la copia del mapa, dibujada por la mano moribunda del viejo caballero con su sangre por tinta, siguió un silencio de asombro.

—Bueno —dijo el capitán Good—; he dado la vuelta al mundo dos veces y tocado la mayor parte de los puertos, pero que me cuelguen si jamás he visto una historia como ésta en un libro de cuentos, ni en cualquier otro sitio, si vamos a eso.

—Es una historia extraña, señor Quatermain —dijo sir Henry—. ¿No nos estará engañando? Sé que hay quien piensa que es lícito tomar el pelo a los novatos.

—Si piensa eso, sir Henry —dije muy irritado mientras me guardaba el papel en el bolsillo, pues no me gusta que me tomen por esos tipos que consideran gracioso contar mentiras y que siempre se jactan ante extraños de extraordinarias aventuras de caza que nunca ocurrieron—, demos por terminado el asunto.

Y me levanté para marcharme.

Sir Henry posó su manaza sobre mi hombro.

—Siéntese, señor Quatermain —dijo—; le pido disculpas; comprendo que no desea engañarnos, pero la historia parece tan extraordinaria que me cuesta trabajo creerla.

—Cuando lleguemos a Durban, podrá ver el mapa y el texto originales —dije, un poco más calmado, porque, considerando el asunto, no era de extrañar que dudase de mi buena fe—. Pero no le he hablado de su hermano. Conocí a Jim, el hombre que estaba con él. Era bechuana de nacimiento, buen cazador y, para ser nativo, un hombre muy inteligente. La mañana en que partía el señor Neville, vi a Jim junto a mi carro, picando tabaco.

»—Jim —le dije—, ¿adónde vas? ¿A por elefantes?

»—No, baas —contestó—; vamos en busca de algo que vale más que el marfil.

»—¿Y qué puede ser eso? —dije, porque sentía curiosidad—. ¿Oro?

»—No, baas, algo que vale más que el oro —y sonrió.

»No le hice más preguntas, porque no me gusta rebajar mi dignidad mostrando demasiada curiosidad, pero me quedé perplejo. Al poco, Jim acabó de picar el tabaco.

—Baas —dijo.

»Ya no le hice caso.

»—Baas —volvió a decir.

»—Sí, muchacho, ¿qué quieres? —repuse.

»—Baas, vamos a buscar diamantes.

»—¡Diamantes! Pero entonces lleváis una dirección equivocada; deberíais dirigiros a los campos.

»—Baas, ¿has oído hablar de la Berg de Sulimán? (‘montaña de Salomón’).

»—¡Sí!

»—¿Has oído hablar de los diamantes que hay allí?

»—He oído un cuento estúpido, Jim.

»—No es un cuento, baas. Conocí a una mujer que era de allí y que fue a Natal con su hijo, y ella me lo contó; ahora está muerta.

»—Si intentas llegar al país de Sulimán, tu amo servirá de pasto a los aasvögels (‘buitres’), y tú también, si es que pueden recoger alguna piltrafa de vuestros pobres huesos —le dije.

»Sonrió.

»—Puede ser, baas. El hombre tiene que morir; me gustaría probar fortuna en otro país; aquí se están agotando los elefantes.

»—¡Ah, querido muchacho! —dije—. Espera a que te agarre por la garganta el “viejo hombre pálido” (la muerte), y ya veremos qué cara pones entonces.

»Media hora después vi alejarse el carro de Neville. Al poco, Jim volvió corriendo.

»—Adiós, boas —dijo—. No quería marcharme sin decirte adiós, porque quizá tengas razón y nunca volvamos.

»—Jim, ¿tu amo va de verdad a la Berg de Sulimán o estás mintiendo?

»—No —replicó—, es verdad. Dice que tiene que hacer fortuna como sea, o por lo menos intentarlo. Por eso quiere buscar diamantes.

»—¡Ah! —dije—, espera un poco, Jim: ¿le llevarás esta nota a tu amo y me prometes no dársela hasta que lleguéis a Inyati? (Inyati está a una distancia de varios cientos de millas).

»—Sí —dijo.

»Cogí un trozo de papel y escribí: “Que quien venga… escale la nieve del seno izquierdo de la Saba, hasta llegar al pezón, en cuyo extremo norte se encuentra la gran carretera de Salomón”.

»—Y ahora, Jim —dije—, cuando le des esto a tu amo, adviértele que siga el consejo incondicionalmente. No debes dárselo ahora, porque no quiero que regrese a hacerme unas preguntas a las que no voy a contestar. Y ahora, márchate, holgazán; el carro casi se ha perdido de vista.

»Jim cogió la nota y se fue. Esto es todo lo que sé sobre su hermano, sir Henry, pero mucho me temo que…

—Señor Quatermain —dijo sir Henry—, voy a buscar a mi hermano. Voy a seguir sus huellas hasta las montañas de Sulimán, y más allá si es necesario, hasta encontrarlo, o hasta que me entere de que ha muerto. ¿Quiere venir conmigo?

Soy —creo haberlo dicho— un hombre prudente, incluso tímido, y la idea me asustó. Me parecía que iniciar un viaje así era dirigirse a una muerte segura; aparte de otras consideraciones, tenía que mantener a un hijo y no podía permitirme morir entonces.

—No, gracias, sir Henry; creo que prefiero no hacerlo —contesté—. Soy demasiado viejo para una empresa tan descabellada; sólo conseguiríamos acabar como mi pobre amigo Silvestre. Tengo un hijo que depende de mí.

Tanto sir Henry como el capitán Good parecían muy desilusionados.

—Señor Quatermain —dijo aquél—, tengo dinero y estoy completamente entregado a este asunto. Puede pedir cualquier cifra razonable como remuneración por sus servicios, que le será pagada antes de partir. Además, antes de salir, dejaré dispuesto que, en el caso de que nos ocurra algo o de que le ocurra a usted, se le proporcionen a su hijo los medios de vida adecuados. De esto puede deducir lo necesaria que considero su presencia. Y si por casualidad llegásemos a ese lugar y encontrásemos diamantes, serán para usted y para Good a partes iguales. Yo no los quiero. Por supuesto, esa posibilidad es prácticamente nula, aunque lo mismo rige para el marfil que encontremos. Puede imponer sus condiciones, señor Quatermain, que todos los gastos correrán de mi cuenta.

—Sir Henry —dije—, es la oferta más liberal que jamás he tenido; nada despreciable para un pobre comerciante y cazador. Pero es el trabajo más importante con que me he topado y necesito tiempo para pensarlo. Le daré la respuesta antes de llegar a Durban.

—Muy bien —contestó sir Henry, y a continuación les deseé buenas noches y me marché. Soñé con el pobre Silvestre, muerto hace tiempo, y con los diamantes.

3. UMBOPA ENTRA A NUESTRO SERVICIO

Se tarda entre cuatro y cinco días, según el barco y el estado del tiempo, en subir desde El Cabo hasta Durban. A veces, si es difícil atracar en East London, donde aún no han construido ese maravilloso puerto del que tanto hablan, y en el que han invertido tanto dinero, se produce un retraso de veinticuatro horas hasta que pueden salir las lanchas de carga para sacar las mercancías. Pero en esta ocasión no tuvimos que esperar, pues no se puede decir que hubiese rompiente en el rompeolas, y los remolcadores llegaron enseguida con sus largas filas de feos botes de fondo plano, en los que se arrojaban las mercancías con estrépito. No importaba de qué se tratase; las lanzaban por encima de la borda violentamente; tanto la porcelana como las prendas de lana recibían el mismo tratamiento. Vi un cajón que contenía cuatro docenas de botellas de champán hechas añicos, y el champán desparramado por la bodega del sucio barco de carga, burbujeando e hirviendo. Era un desperdicio lamentable, y lo mismo debieron pensar los cafres del barco, porque encontraron un par de botellas intactas, las descorcharon y bebieron el contenido. Pero no tuvieron en cuenta la expansión producida por el burbujeo en el vino, y al sentirse hinchados, se pusieron a rodar por la bodega del barco, gritando que aquella bebida magnífica estaba tagati (‘embrujada’). Yo les hablé desde el navío y les dije que era la medicina más fuerte del hombre blanco y que podían darse por muertos. Fueron a la orilla presas de pánico, y no creo que volvieran a tocar el champán.

Pues bien, durante todo el tiempo que duró la travesía hasta Natal, estuve pensando sobre la oferta de sir Henry. No volvimos a hablar sobre el tema durante uno o dos días, aunque les conté muchas historias de caza, todas verdaderas. No hay necesidad de contar mentiras respecto a la caza, porque a un hombre cuya ocupación sea la caza le acontecen muchas cosas curiosas; pero esto es otro asunto.

Por fin, una maravillosa tarde de enero, que es nuestro mes más cálido, entramos en la costa de Natal; esperábamos llegar al cabo de Durban con el crepúsculo. Desde la costa, East London es muy hermosa, con sus dunas rojas y florestas de intenso verdor, salpicada acá y allá de kraals cafres y ribeteada por una franja de blanco oleaje que asciende en pilares de espuma al chocar contra las rocas. Pero justo antes de llegar a Durban se pueden contemplar paisajes de una belleza muy peculiar. Profundas simas excavadas en las colinas por las lluvias torrenciales de siglos, por las que descienden los ríos centelleantes; el intenso verde de los arbustos, que crecen tal y como Dios los plantó, y el verde de diversos matices de los campos de cereales y de las plantaciones de azúcar, en tanto que acá y allá, una casa blanca, sonriendo al mar plácido, contempla el escenario y le proporciona un aire hogareño. A mi entender, por muy bello que sea un paisaje, necesita la presencia del hombre para alcanzar su plenitud; pero eso quizá se debe a que he vivido mucho tiempo en soledad y, por tanto, conozco el valor de la civilización, aunque, sin duda, esto está fuera de lugar. Estoy seguro de que el jardín del Edén era bello antes de que existiera el hombre, pero pienso que debió ser más bello cuando Eva se paseaba por él.

Nos equivocamos un poco en nuestros cálculos, y ya se había puesto el sol cuando echamos el ancla frente al cabo y oímos el cañonazo que avisaba a las buenas gentes de que había llegado el correo inglés. Era demasiado tarde para pensar en cruzar la barra esa noche, así que bajamos muy a gusto a cenar, después de ver cómo se llevaban el correo en el bote salvavidas.

Cuando regresamos a cubierta había salido la luna, y su luz brillaba con tal luminosidad sobre la orilla y el agua que casi hacía palidecer los destellos rápidos del faro. Desde la orilla llegaban los aromas dulces y picantes que siempre me traen a la memoria himnos y misioneros, y en las ventanas de las casas de Berea destellaban cientos de luces. Desde un gran bergantín cercano llegaba la música de los marineros que trabajaban en la leva del ancla para prepararse para el viento. Era, además, una noche perfecta, una de esas noches que sólo se disfrutan en Sudáfrica, que a todos cubría con un manto de paz, en tanto que la luna cubría todas las cosas con un manto de plata. Incluso el enorme perro dogo, que pertenecía a un pasajero muy deportivo, parecía rendirse a sus dulces influencias, y tras abandonar sus deseos de acercarse a un mandril encerrado en una jaula en el castillo de proa, se puso a roncar plácidamente a la puerta del camarote, sin duda soñando que había acabado con él, y feliz con el sueño.

Todos nosotros, es decir, sir Henry Curtis, el capitán Good y yo, nos sentamos junto al timón y quedamos en silencio unos momentos.

—Bueno, señor Quatermain —dijo al poco sir Henry—, ¿ha pensado en mi proposición?

—Sí —coreó el capitán Good—. ¿Qué ha pensado, señor Quatermain? Espero que nos conceda el placer de su compañía hasta las minas del rey Salomón, o hasta donde quiera que haya llegado el caballero que usted conoce como Neville.

Me levanté y vacié la pipa antes de contestar. No había tomado una decisión y necesitaba un momento más para hacerlo. Antes de que hubiese caído al mar la ceniza caliente, la tomé. Fue suficiente ese segundo de más. A menudo sucede así con las cosas que nos preocupan durante mucho tiempo.

—Sí, caballeros —dije volviendo a sentarme—, iré y, con su permiso, les diré por qué y en qué condiciones. En primer lugar, las condiciones que yo propongo.

»Primera: usted ha de correr con todos los gastos, y el marfil o cualesquiera objetos de valor que encontremos se dividirán entre el capitán Good y yo.

»Segunda: usted me pagará quinientas libras por mis servicios durante el viaje antes de iniciarlo, comprometiéndome yo por mi parte a servirle lealmente hasta que usted decida abandonar la empresa, o hasta que la coronemos con éxito, o hasta que sobrevenga la catástrofe.

»Tercera: que antes de partir firme un documento mediante el que se comprometa, en el caso de mi muerte o inhabilitación, a pagarle a mi hijo Harry, que estudia medicina allá en Londres, en el Guy’s Hospital, la suma de doscientas libras al año durante cinco años, fecha en la que ya podrá ganarse la vida por sí mismo. Creo que eso es todo, y quizá usted lo considere excesivo.

—No —contestó sir Henry—; acepto de buena gana sus condiciones. Estoy empeñado en este proyecto y estaría dispuesto a pagar más por su ayuda, especialmente teniendo en cuenta el conocimiento singular que usted posee.

—Muy bien. Y ahora que ya he expuesto mis condiciones, les diré las razones por las que he decidido acompañarlos. En primer lugar, caballeros, los he observado durante los últimos días, y si no les parece impertinente, les diré que son de mi agrado, y que pienso que nos acoplaremos muy bien juntos. Permítanme que les diga que, cuando se tiene ante sí un viaje tan largo como éste, eso es algo importante.

»Y ahora, en lo que se refiere al viaje en sí mismo, les diré lisa y llanamente, sir Henry y capitán Good, que no creo probable que lo finalicemos con vida, es decir, en caso de que intentemos atravesar las montañas de Sulimán. ¿Cuál fue el destino del viaje de Silvestre hace trescientos años? ¿Cuál fue el destino de su descendiente hace veinte años? ¿Cuál ha sido el destino de su hermano? Caballeros, les digo sinceramente que creo que nuestro destino no será muy diferente al suyo.

Hice una pausa para observar el efecto de mis palabras. El capitán Good parecía un poco incómodo, pero la expresión de sir Henry no cambió.

—Tenemos que arriesgarnos —dijo.

—Quizá se pregunte —proseguí— por qué, si pienso así, yo, que como les he dicho soy un hombre tímido, me aventuro a emprender semejante viaje. Es por dos razones. En primer lugar, soy fatalista, y creo que mi vida está señalada, independientemente de mis propios movimientos, y que si tengo que ir a las montañas de Sulimán a que me maten, iré allí y allí me matarán. Sin duda, Dios Todopoderoso conoce sus intenciones respecto a mí, así que no necesito preocuparme en ese sentido. En segundo lugar, soy pobre. Aunque durante casi cuarenta años me he dedicado a la caza y al comercio, nunca he tenido más que lo justo para vivir. Y bien, caballeros, no sé si son conscientes de que la vida media de un cazador de elefantes desde el momento en que empieza su oficio es de cuatro a cinco años. Verán, por tanto, que yo he sobrevivido a unas siete generaciones de mi clase, y pienso que mi hora no debe estar muy lejos. Ahora bien, si me ocurriese algo en el transcurso normal de mi trabajo, una vez saldadas mis deudas, no quedaría nada para mantener a mi hijo Harry mientras se prepara para ganarse la vida, en tanto que, en las presentes circunstancias, le proporcionarán medios durante cinco años. Y ésta es toda la historia en pocas palabras.

—Señor Quatermain —dijo sir Henry, que me había escuchado con atención y seriedad máximas—, sus motivos para comprometerse en una empresa que, en su opinión, sólo puede acabar en la catástrofe, reflejan la gran confianza que puede depositarse en usted. Tanto si tiene razón como si no, el tiempo y el transcurso de los acontecimientos son lo único que puede demostrarlo. Pero tanto si tiene razón como si se equivoca, también puedo decirle ahora mismo que voy a llegar hasta el fondo, sea para bien o para mal. Si nos van a dar una paliza, todo lo que tengo que decir es que espero que antes hayamos hecho unos cuantos disparos, ¿eh, Good?

—Sí, sí —intervino el capitán—, los tres estamos acostumbrados a afrontar el peligro y a defender nuestras vidas; así que de nada servirá echarse atrás ahora. Y ahora propongo que bajemos al salón y hagamos ciertas observaciones para desearnos buena suerte, ¿entienden?

Y así lo hicimos, a través del fondo de un vaso.

Al día siguiente bajamos a tierra y acomodé a sir Henry y al capitán Good en la pequeña choza que tengo en el Berea, a la que considero mi hogar. Sólo cuenta con tres habitaciones y una cocina y está construida con ladrillos verdes, con el tejado de hierro galvanizado, pero tiene un buen jardín con los mejores loquots que he visto nunca, y unos cuantos mangos jóvenes, de los que espero grandes cosas. Me los regaló el conservador del jardín botánico. Lo cuida un antiguo cazador mío, llamado Jack, a quien atacó un búfalo hembra y le desgarró de tal forma el muslo que no pudo volver a cazar. Pero es Griqua y puede hacer pequeños trabajos y cuidar de las plantas. Nunca se puede esperar que un criado zulú se interese mucho por la jardinería. Es un arte práctico, y las artes prácticas no son su especialidad.

Sir Henry y Good durmieron en una tienda de campaña plantada en el pequeño huerto de naranjos en un extremo del jardín (porque no había sitio para ellos en la casa), y entre el olor de las flores y el panorama de la fruta verde y dorada —porque en Durban se ven las tres cosas juntas en el árbol— puede decirse que es un lugar realmente agradable. Aquí hay pocos mosquitos, a menos que se desencadene una lluvia torrencial, hecho poco corriente.

Pero continuaré —porque, a menos que así lo haga, se cansarán de mi relato antes de que lleguemos a las montañas de Sulimán—; tras haber tomado la decisión, me puse a hacer los preparativos necesarios. En primer lugar, sir Henry me dio el documento por el que se proporcionarían medios de vida a mi hijo en caso de accidente. Hubo pequeñas dificultades para ejecutarlo legalmente, porque sir Henry era extranjero aquí y la propiedad que servía de garantía se encontraba al otro lado del mar, pero finalmente se superaron con la ayuda de un abogado, que cobró veinte libras por su trabajo, un precio que a mí me pareció escandaloso. Después me dio el cheque de quinientas libras.

Tras pagar ese tributo a mi sentido de la precaución, compré un carro y un tiro de bueyes, que eran una maravilla, en nombre de sir Henry. El carro medía veintidós pies, tenía los ejes de hierro, era muy fuerte, muy ligero, y todo él estaba hecho de madera de ocote. No era completamente nuevo, porque había hecho el viaje de ida y vuelta a los campos de diamantes, pero en mi opinión tenía más valor por esta razón, porque así se podía ver que la madera estaba bien curada. Si un carro tiene algo que le haga ceder, o si contiene madera verde, quedará demostrado en el primer viaje. Era lo que llamamos un carro «semitienda de campaña», es decir, que sólo estaban cubiertos los doce pies de la parte posterior, en tanto que la parte delantera quedaba libre para los objetos necesarios que teníamos que llevar con nosotros. En la parte posterior había un catre o cama, en el que podían dormir dos personas, así como estanterías para fusiles, y muchas otras pequeñas comodidades. Lo compré por veinticinco libras, y creo que costó barato.

Después compré un estupendo tiro de veinte bueyes zulúes «en sazón», a los que tenía echado el ojo desde hacía uno o dos años. El número corriente de bueyes para un buen tiro es dieciséis, pero compré cuatro más en previsión de posibles pérdidas. Estos bueyes zulúes son pequeños y ligeros; no alcanzan la mitad del tamaño de los bueyes africander, que normalmente se utilizan para el transporte; pero pueden sobrevivir en aquellos lugares en que los africander se morirían de hambre, y con una carga ligera pueden hacer cinco millas al día, son más rápidos y no se cansan con tanta facilidad. Más aún, este tipo de bueyes estaba completamente «en sazón», es decir, había viajado por toda Sudáfrica, y así se había inmunizado (hablando en términos relativos) contra el agua roja, que con tanta frecuencia destruye yuntas enteras de bueyes cuando entran en veldt o zona de pastos extraña. Por lo que se refiere al «mal de pulmón», que es una espantosa forma de pulmonía, muy extendida en este país, habían sido vacunados contra ella. Esto se hace practicando una hendidura en el rabo del buey e introduciendo un trozo de pulmón enfermo de un animal que haya muerto de ese mal. El resultado es que el buey enferma, el mal se desarrolla de una forma muy leve, y se le cae el rabo, por regla general, a un pie de la raíz, por lo que el animal queda inmunizado contra accesos futuros. Parece cruel privar al animal de su rabo, especialmente en un país en el que hay tantas moscas, pero es mejor sacrificar el rabo y quedarse con el buey que perder rabo y buey, porque un rabo sin buey no es muy útil, a no ser para sacudir el polvo. De todas formas, resulta extraño viajar detrás de veinte muñones en el lugar en que debía haber colas. Es como si la naturaleza hubiese cometido un error insignificante y hubiese adosado los ornamentos de popa de unos perros dogos a la grupa de los bueyes.

A continuación se planteó el problema de las provisiones y las medicinas, problema que requería la más cuidadosa consideración, porque teníamos que evitar sobrecargar el carro y, no obstante, llevar todo lo absolutamente necesario. Por suerte, resultó que Good era un poco médico, por haber estudiado, durante un período de su anterior carrera, un curso de instrucción médica y quirúrgica, que había seguido practicando con más o menos asiduidad. Por supuesto, no tenía título, pero sabía más sobre el tema que muchos hombres que pueden anteponer a su nombre la palabra doctor, como descubrimos más adelante, y poseía un espléndido cajón de medicinas de viaje y un buen instrumental. Mientras estábamos en Durban, amputó el dedo pulgar del pie de un cafre con una limpieza que daba gusto verlo. Pero se quedó pasmado cuando el cafre, que había contemplado la operación sentado estúpidamente, le pidió que le colocase otro, alegando que, en caso de necesidad, serviría uno «blanco».

Una vez resueltos satisfactoriamente estos problemas, aún quedaban dos puntos de importancia que tener en cuenta, a saber, las armas y los sirvientes. En lo referente a las armas, lo mejor que puedo hacer es redactar una lista de aquellas que finalmente elegimos entre la amplia colección que había traído consigo sir Henry de Inglaterra y las que yo tenía. La copio de mi agenda, donde las apunté en su día.

—Tres fusiles pesados del ocho doble para cazar elefantes, con un peso de dieciocho libras cada uno, con una carga de once dracmas de pólvora negra. Dos de ellos eran de una fábrica muy conocida en Londres, excelentes armeros, pero no sé por quién estaba hecho el mío, que no tenía tan buen acabado. Lo había llevado en varios viajes y cazado con él muchos elefantes, y siempre había demostrado ser un arma de calidad superior, en la que se podía confiar plenamente.

—Tres express del 500 doble, con capacidad para una carga de seis dracmas; armas ligeras inigualables para caza de peso medio, tal como antílopes y otros cérvidos, o para hombre, especialmente en espacios abiertos y con proyectil semiperforado.

—Una escopeta Keeper número 12 de cañón doble. Esta escopeta nos resultó de gran utilidad para cazar piezas para comer.

—Tres rifles Winchester de repetición (no carabinas).

—Tres revólveres Colt de acción única, con el modelo más pesado de cartucho.

En esto consistía todo nuestro armamento, y el lector observará que las armas de cada clase eran del mismo calibre y la misma marca, porque los cartuchos eran intercambiables, punto este muy importante. No voy a disculparme por lo prolijo de estos detalles, porque todo cazador experimentado sabe lo vital que es llevar un equipo adecuado de armas y municiones para el éxito de una expedición.

A continuación me referiré a los hombres que iban a venir con nosotros. Tras muchas consultas, decidimos que el número debía reducirse a cinco, a saber: el conductor, el guía y tres criados.

Encontré al conductor y al guía sin mucha dificultad, dos zulúes llamados, respectivamente, Goza y Tom, pero con los criados el asunto era más complicado. Tenían que ser de absoluta confianza y muy valientes, puesto que en un viaje de este tipo nuestra vida podía depender de su comportamiento. Finalmente encontré dos, uno de ellos un hotentote llamado Ventvúgel (‘pájaro de viento’), y el otro, un pequeño zulú llamado Khiva, que tenía el mérito de hablar inglés perfectamente. A Ventvógel lo conocía de antes; era uno de los mejores «rastreadores» con que me he topado, resistente como una tralla. Nunca parecía cansarse. Pero tenía un defecto muy común entre los de su raza: la bebida. Si se dejaba una botella de grog a su alcance, ya no se podía confiar en él. Pero como íbamos a la zona en que no hay tiendas donde comprar grog, no importaba mucho esta pequeña debilidad suya.

Tras contratar a estos dos hombres, busqué en vano a un tercero que se acomodara a mis propósitos, por lo que decidimos iniciar el viaje sin él, confiando en la suerte para encontrar al hombre adecuado en el camino. Pero la tarde antes del día que habíamos fijado para la salida, el zulú Khiva me comunicó que había un hombre que deseaba verme. Así pues, cuando hubimos cenado, porque estábamos sentados en la mesa en ese momento, le dije que lo trajese ante mí. Entró un hombre muy alto, apuesto, de unos treinta años de edad y, para ser zulú, de pigmentación muy clara, y levantando la empuñadura del bastón a modo de saludo, se acomodó en un rincón, en cuclillas, y permaneció sentado en silencio. No le hice caso durante un rato, porque es una gran equivocación obrar de otra forma. Si uno se precipita a entablar conversación inmediatamente, un zulú pensará que se encuentra ante una persona de poca dignidad o consideración. No obstante, advertí que era un keshla (‘hombre coronado’), es decir, que llevaba en la cabeza un aro negro, hecho con una especie de goma abrillantada con grasa y entremezclado con el pelo, atavío que normalmente adoptan los zulúes al alcanzar cierta edad o rango. También me sorprendió que su cara me resultase familiar. —Y bien— dije por fin, —¿cómo te llamas?

—Umbopa —contestó el hombre con un tono de voz pausado y profundo.

—Yo te he visto en alguna parte.

—Sí, el inkosi (‘jefe’) vio mi rostro en el lugar de la Pequeña Mano (Isandhlwana), el día antes de la batalla.

Entonces recordé. Yo fui uno de los guías de lord Chelmsford en la desafortunada guerra zulú, y tuve la suerte de abandonar el campamento, al mando de varios carros, el día anterior a la batalla. Mientras esperaba a que aparejasen el ganado, entablé conversación con este hombre, que ejercía cierta autoridad sobre los auxiliares nativos, y me comunicé sus dudas sobre la seguridad del campamento. Entonces le dije que mantuviese la boca cerrada y que dejase estos asuntos a otras mentes más sabias, pero después pensé en sus palabras.

—Lo recuerdo —dije—. ¿Qué es lo que deseas?

—Lo siguiente, Macumazahn —ése es mi nombre en lengua cafre, y significa ‘el hombre que se levanta en mitad de la noche’, o más sencillamente, ‘el que mantiene los ojos abiertos’—: He oído decir que se prepara una gran expedición hacia el norte, con los jefes blancos del otro lado del agua. ¿Son palabras ciertas?

—Sí.

—He oído decir que va a llegar hasta el río Lukanga, a una luna de viaje desde el país de Manika. ¿Es así, Macumazahn?

—¿Por qué preguntas adónde vamos? ¿Qué te importa a ti? —repliqué suspicaz, porque habíamos mantenido el objeto de nuestro viaje en el más estricto secreto.

—Porque si realmente van tan lejos, yo iría con ustedes, oh hombres blancos.

Había una cierta presunción de dignidad en la forma de hablar de aquel hombre, especialmente en la forma de usar la expresión «oh hombres blancos», en lugar de «oh inkosis (`jefes’)», que me sorprendió.

—Olvidas un poco los buenos modales —dije—. No piensas lo que dices. Ésa no es forma de hablar. ¿Cómo te llamas y dónde está tu kraal? Dínoslo, para que sepamos con quién estamos tratando.

—Me llamo Umbopa. Soy del pueblo zulú; pero no soy uno de ellos. Mi tribu está allá lejos, en el norte; fue abandonada cuando los zulúes bajaron aquí «hace mil años», mucho antes de que Chaka reinase en Zululandia. No tengo kraal. He vagado muchos años. Salí del norte cuando era niño y vine a Zululandia. Fui uno de los hombres de Cetywayo en el regimiento de Nkomabakosi, sirviendo a las órdenes del gran capitán Umslopogaasi del Hacha. Hui de Zululandia y vine a Natal porque quería ver las costumbres del hombre blanco. Después luché en la guerra contra Cetywayo. Desde entonces he trabajado en Natal. Ahora estoy cansado y quisiera volver al norte. Mi sitio no está aquí. No quiero dinero, pero soy un hombre valiente, y puedo ganarme mi puesto y mi comida. He dicho.

Este hombre y su forma de hablar me dejaron perplejo. Por su porte, era evidente que, en general, decía la verdad, pero, en cierto sentido, era diferente a los zulúes corrientes, y desconfié de su oferta de venir con nosotros sin recibir paga. Al encontrarme en dificultades, traduje sus palabras a sir Henry y a Good, y les pedí su opinión.

Sir Henry me dijo que le pidiese que se pusiera de pie. Umbopa lo hizo así, desprendiéndose al mismo tiempo del enorme abrigo militar que llevaba, con lo que quedó desnudo, salvo por la moucha que le rodeaba la cintura y un collar de garras de león. Verdaderamente era un hombre de un aspecto magnífico; nunca había visto a un nativo más hermoso. Con una altura de unos seis pies y tres pulgadas, tenía una anchura proporcionada y estaba bien formado. Además, con la luz que había, su piel apenas parecía algo más que oscura, excepto en los lugares en que unas cicatrices negras señalaban antiguas heridas de azagayas. Sir Henry se acercó a él y le miró la cara, hermosa y orgullosa.

—Hacen buena pareja, ¿verdad? —dijo Good—. Son igual de altos.

—Me gusta tu aspecto, Umbopa, y te tomo a mi servicio —dijo sir Henry en inglés.

Evidentemente, Umbopa le entendió, porque contestó en zulú: —Está bien— y añadió, con una mirada apreciativa a la estatura y fortaleza del hombre blanco: —usted y yo somos hombres.

4. LA CACERÍA DE ELEFANTES

No es mi propósito narrar con detalle todos los incidentes de nuestro largo viaje al kraal de Sitanda, cercano a la confluencia de los ríos Lukanga y Kalukwe, a una distancia de más de mil millas de Durban, de las que tuvimos que recorrer a pie las últimas trescientas, debido a la frecuente presencia de la terrible mosca tsetse, cuya picadura es mortal para todos los animales, excepto para los burros y los hombres.

Salimos de Durban a finales de enero, y en la segunda semana de mayo acampamos cerca del kraal de Sitanda. En el camino, nuestras aventuras fueron muchas y diversas, pero como no son muy distintas de las que suelen acontecer a cualquier cazador africano, no las explicaré aquí —con una excepción que a continuación detallaré—, so pena de que esta historia se haga demasiado aburrida.

En Inyati, la estación comercial y financiera del país de los matabele, cuyo rey es Lobengula (un grandísimo canalla), nos separamos con gran pena de nuestro cómodo carro. Sólo nos quedaban doce bueyes del magnífico tiro de veinte que había comprado en Durban. Perdimos uno por la picadura de una cobra, tres perecieron por la escasez de comida y la falta de agua, uno se perdió, y los otros tres murieron por comer la hierba venenosa llamada «tulipán». Por esta misma causa enfermaron otros cinco, pero logramos curarlos con una infusión a base de hojas de tulipán hervidas. Si se administra a tiempo, resulta un antídoto muy efectivo.

Dejamos el carro y los bueyes a cargo de Goza y Tom, el conductor y el guía, ambos muchachos dignos de confianza, y pedimos a un respetable misionero escocés que vivía en aquel desolado lugar que lo vigilase. Después, acompañados por Umbopa, Khiva, Ventvógel y media docena de porteadores que contratamos allí mismo, partimos a pie hacia nuestro disparatado objetivo. Recuerdo que estábamos todos un poco silenciosos en el momento de la partida, y creo que todos nos preguntábamos si volveríamos a ver el carro; por mi parte, no esperaba que fuese así. Durante un rato caminamos pesadamente y en silencio, hasta que Umbopa, que marchaba en cabeza, inició un cántico zulú sobre unos hombres valientes que, cansados de la vida y de la insipidez de las cosas, partieron hacia lo desconocido para encontrar nuevas cosas o morir, y hete aquí que, cuando se adentraron en aquellas tierras, se encontraron con que no era un lugar salvaje, sino un lugar maravilloso, lleno de mujeres jóvenes y ganado robusto, de animales que cazar y enemigos que matar.

Todos nos echamos a reír y lo tomamos como un buen presagio. Umbopa era un alegre nativo con una gran dignidad, cuando no se sumergía en uno de sus accesos de melancolía, y poseía maravillosos trucos para animarnos. Todos nosotros le tomamos mucho cariño.

Y ahora voy a explayarme en el relato de una aventura, porque me encantan las historias de caza.

A los quince días de salir de Inyati, nos topamos con una bellísima región boscosa con mucha agua. Las laderas de las colinas estaban densamente cubiertas de arbustos, el arbusto idoro, como lo llaman los nativos, y en algunos sitios, de espinos wacht-een-beche (‘espera-un-poco’), y había bellísimos árboles machabell en grandes cantidades, cargados de refrescante fruta amarilla de huesos enormes. Este árbol es el alimento favorito de los elefantes, y no faltaban señales de que las grandes bestias merodearan por allí, porque no sólo se encontraban numerosos rastros, sino que en muchos sitios los árboles estaban rotos, e incluso arrancados de raíz. El elefante destruye para alimentarse.

Una tarde, tras la larga marcha del día, llegamos a un lugar de especial encanto. Al pie de una colina revestida de arbustos se extendía el lecho seco de un río, en el que, no obstante, se encontraban charcas de agua cristalina rodeadas de huellas de carreras de animales. Frente a la colina había una planicie como un parque, en la que crecían grupos de mimosas de copas planas, alternando con árboles machabell de hojas brillantes, todo ello rodeado por el gran mar de la selva silenciosa, sin senderos.

Al adentrarnos en el sendero marcado por el lecho seco del río, asustamos a un grupo de altas jirafas, que huyeron al galope, o más bien volaron, con su extraño modo de andar, las colas arrugadas sobre el lomo, haciendo sonar las pezuñas como castañuelas. Se encontraban a unas trescientas yardas de nosotros, y por tanto, prácticamente fuera de nuestro alcance, pero Good, que marchaba en cabeza y llevaba en las manos un rifle express cargado, no pudo resistir la tentación; apuntó y disparó al animal que iba en última posición, una hembra joven. Por una extraordinaria casualidad, la bala le acertó de lleno en la parte posterior del cuello, y le destrozó la columna vertebral; la jirafa cayó rodando como un conejo. Jamás había visto algo tan curioso.

—¡Maldición! —dijo Good, porque lamento decir que tenía la costumbre de utilizar un lenguaje subido de tono cuando estaba excitado, costumbre adquirida, sin duda, en el curso de su vida marinera—. ¡Maldición! La he matado.

—¡Ou, Bougwan! —exclamaron los cafres—. ¡Ou, ou!

Llamaban a Good «Bougwan» (`ojo de cristal’) por el monóculo.

—¡Ou, Bougwan! —coreamos sir Henry y yo, y desde ese día quedó establecida la reputación de Good como cazador extraordinario, sobre todo entre los cafres. En realidad, era muy malo, pero siempre que fallaba el tiro hacíamos la vista gorda, en recuerdo de la jirafa.

Tras dejar a algunos de los «muchachos» dedicados a la tarea de cortar la mejor parte de la carne de la jirafa, nos pusimos a construir un scherm cerca de unas charcas, a unas cien yardas a la derecha de ésta. El scherm se hace cortando cierta cantidad de espinos y formando con ellos un seto circular. Después, se alisa el espacio interior y, si se puede obtener, se extiende a modo de lecho hierba tambouki seca, y se encienden uno o varios fuegos.

Cuando estuvo terminado el scherm empezaba a salir la luna, y ya estaba lista la cena a base de filetes de carne de jirafa y de tuétano asado. ¡Cómo disfrutamos del tuétano, a pesar del trabajo que costaba romper los huesos! No conozco bocado mejor que el tuétano de jirafa, a no ser el de corazón de elefante, que comimos por la mañana. Disfrutamos con aquella sencilla cena, deteniéndonos de vez en cuando para agradecer a Good su extraordinaria puntería, a la luz de la luna llena, y nos pusimos a fumar y a contar historias; debíamos formar un curioso cuadro, todos agazapados en torno al fuego. Sir Henry, con sus bucles rubios, que habían crecido bastante, y yo con mi pelo corto y gris, que se quedaba tieso, formábamos un gran contraste, especialmente porque yo soy delgado, bajo y de piel oscura, y sólo peso cincuenta y ocho kilos, y sir Henry es alto, robusto y rubio, y pesa noventa y ocho. Pero quizá tomando en consideración todas las circunstancias del caso, el que presentaba el aspecto más curioso de todos nosotros era el capitán John Good, oficial de la Marina. Sentado sobre una bolsa de cuero, tenía el aire de venir de una cómoda jornada de caza en un país civilizado, completamente limpio, aseado y bien vestido. Llevaba un traje de caza de mezclilla marrón, con sombrero a juego, y unas polainas impecables. Como de costumbre, iba muy bien afeitado, el monóculo y la dentadura postiza parecían encontrarse en perfecto estado, y además era el hombre más pulcro con que he topado en la selva. Llevaba incluso cuello duro, de los que tenía una buena provisión, de gutapercha blanca.

—Es que pesan muy poco —me dijo con inocencia cuando yo expresé mi asombro ante el hecho—; me gusta vestir siempre como un caballero.

Y así seguimos sentados un buen rato a la maravillosa luz de la luna, contando historias y observando a los cafres, que, a unas cuantas yardas de distancia, fumaban la embriagante daccha en una pipa cuya boquilla estaba hecha de cuero de antílope, hasta que, uno tras otro, se envolvieron en las mantas y se quedaron dormidos junto al fuego, todos menos Umbopa, que estaba un poco separado de ellos (observé que nunca se mezclaba demasiado con los otros cafres), con la barbilla apoyada en una mano, al parecer sumido en profunda meditación.

En ese momento, de las profundidades de los arbustos que había a nuestra espalda brotó un rugido, «¡uof, uof!». —¡Es un león!— exclamé. —Todos nos pusimos de pie de un salto, atentos. Apenas habíamos hecho ese movimiento, cuando se oyó, procedente de la charca, a unas cien yardas, el barritar estridente de un elefante.

—¡Unkungunklovo!, ¡unkungunklovo! (‘¡Elefante!, ¡elefante!’) —murmuraron los cafres. Y al cabo de unos minutos vimos una serie de enormes formas indistintas que se desplazaban lentamente desde el agua hacia los arbustos.

Good dio un brinco, presto para la matanza; quizá pensaba que le iba a resultar tan fácil matar un elefante como lo había sido abatir a la jirafa, pero le cogí por un brazo y le hice bajar el rifle.

—No vale la pena —dije—; déjelos ir.

—Parece que estamos en el paraíso de la caza. Propongo que paremos aquí uno o dos días y probemos suerte —dijo sir Henry.

Me sorprendió, porque hasta entonces sir Henry había sido partidario de avanzar con la mayor rapidez posible, especialmente desde que averiguamos en Inyati que, hacía unos dos años, un inglés llamado Neville había vendido allí su carro y se había dirigido hacia la región del norte; pero supongo que sus instintos de cazador podían más que él.

Good se apresuró a aceptar la idea, porque estaba deseando probar suerte con los elefantes; y, a decir verdad, lo mismo me ocurría a mí, porque me remordía la conciencia dejar escapar una manada semejante sin llevarnos ninguna pieza.

—De acuerdo, muchachos. Creo que queremos un poco de diversión. Y ahora, vamos a recogernos, porque deberíamos partir al alba y quizá los pillemos comiendo antes de que se alejen.

Los otros asintieron y nos pusimos a hacer preparativos. Good se quitó la ropa, la sacudió, metió el monóculo y la dentadura postiza en el bolsillo del pantalón, la dobló cuidadosamente y la colocó a cubierto del rocío, bajo una esquina de su sábana impermeable. Sir Henry y yo nos conformamos con tomar unas medidas más toscas, y al momento estábamos acurrucados en las mantas, sumidos en el pesado sueño que es la recompensa del viajero.

De repente… ¿qué es eso?

Desde donde se encontraba la charca nos llegó el ruido de una violenta pelea, y al instante una sucesión de terribles bramidos nos rompió los oídos. No cabía error posible sobre su procedencia; sólo un león podía hacer semejante ruido. Todos nos levantamos de un salto y miramos hacia el agua, donde vimos una confusa masa, de color amarillo y negro, que se acercaba hacia nosotros tambaleándose y luchando. Cogimos los rifles, nos pusimos rápidamente los veldtschoons (‘zapatos de cuero sin curtir’) y salimos corriendo del scherm; para entonces, la masa había caído al suelo y rodaba de un lado a otro, y cuando llegamos junto a ella, dejó de luchar y se quedó inmóvil.

Era lo siguiente. Sobre la hierba yacía muerto un antílope negro macho —el más hermoso de los antílopes africanos—, y traspasado por sus grandes cuernos curvados, había un magnífico león de melena negra, también muerto. Evidentemente, lo que había ocurrido era lo siguiente: el antílope negro había bajado a beber a la charca, donde el león —sin duda el mismo que habíamos oído rugir— estaba agazapado, al acecho. Mientras el antílope bebía, el león se abalanzó sobre él, pero se topó con los afilados cuernos curvos, que lo traspasaron. Yo ya había visto algo parecido en otra ocasión. El león, incapaz de liberarse, desgarró y mordió el pescuezo del antílope, el cual, enloquecido de terror y dolor, arremetió hasta quedar muerto.

En cuanto hubimos examinado suficientemente las bestias muertas, llamamos a los cafres, y entre todos logramos arrastrar los cadáveres hasta el scherm. A continuación entramos y nos acostamos para no volver a despertarnos hasta el alba.

Estábamos ya levantados con la primera luz del día; hacíamos los preparativos para el combate. Tomamos los tres rifles del ocho, una buena provisión de municiones y las grandes cantimploras, llenas de té frío y poco cargado, que a mí siempre me ha parecido la mejor bebida para ir de caza. Tras tomar a toda prisa un frugal desayuno, nos pusimos en camino, acompañados por Umbopa, Khiva y Ventvógel. Dejamos a los otros cafres con instrucciones de desollar al león y al antílope y de cortar en pedazos a este último.

No tuvimos ninguna dificultad en encontrar el ancho rastro de los elefantes, que, según declaró Ventvógel tras examinarlo, lo habían hecho unos veinte o treinta animales, en su mayoría machos adultos. La manada había avanzado un poco durante la noche; eran las nueve y hacía ya mucho calor cuando descubrimos, por los árboles rotos, las hojas y cortezas magulladas y los excrementos humeantes, que no podíamos estar muy lejos de ellos.

Finalmente avistamos la manada, que estaba formada, como había dicho Ventvógel, por unos veinte o treinta animales, aposentados en una hondonada; agitaban sus grandes orejas tras acabar la comida de la mañana. Era una espléndida vista. Estaban a unas doscientas yardas de nosotros. Tomé un puñado de hierba seca y la lancé al aire para ver la dirección del viento, porque sabía que en cuanto nos olfatearan, escaparían antes de que pudiéramos disparar el primer tiro. Al observar que el viento soplaba desde los elefantes hacia nosotros, avanzamos sigilosamente, y gracias a esto logramos llegar a unas cuarenta yardas de distancia de las grandes bestias. Justo delante de nosotros había tres espléndidos machos de costado, uno de ellos con unos colmillos colosales. Dije a los otros en un susurro que yo me encargaría del de en medio, sir Henry cubriría el de la izquierda y Good el de los colmillos grandes.

—Ahora —susurré.

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!, rugieron los tres pesados rifles, y el elefante de sir Henry se desplomó, muerto, con el corazón atravesado. El mío cayó de rodillas, y pensé que iba a morir, pero al cabo de un momento se levantó y pasó precipitadamente junto a mí. Mientras huía, le disparé por segunda vez en el lomo, lo que le hizo caer definitivamente. Introduje a toda prisa dos cartuchos en el rifle, me acerqué a él, y una bala le atravesó el cerebro, lo que puso fin a los estertores de la pobre bestia. Después me volví para ver cómo le había ido a Good con el elefante grande, al que oí bramar de furor y dolor, al tiempo que daba al mío el golpe de gracia. Al llegar junto al capitán, observé que se hallaba en un estado de gran excitación. Al parecer, al recibir el proyectil, el elefante se dio la vuelta y se precipitó contra su agresor, quien apenas tuvo tiempo de quitarse de en medio, y después pasó a su lado embistiendo, en dirección al campamento. Entretanto, la manada se dispersó aterrorizada en dirección opuesta.

Discutimos durante un rato si debíamos seguir al elefante herido o a la manada, y finalmente nos decidimos por la última alternativa, y nos pusimos en camino pensando que no volveríamos a ver aquellos grandes colmillos. Muchas veces, desde entonces, he deseado que hubiera ocurrido así. Era tarea fácil seguir a los elefantes, porque habían dejado tras ellos un rastro como un camino para carruajes, aplastando los densos arbustos en su enloquecida huida, como si se tratase de hierba tambouki.

Pero encontrarlos era otra cuestión, y pasamos más de dos horas de búsqueda bajo un sol de justicia hasta dar con ellos. Estaban todos agrupados, salvo un macho, y por su inquietud y su forma de elevar continuamente la trompa para examinar el aire deduje que estaban atentos a cualquier indicio de peligro. El elefante macho solitario estaba delante, a unas cincuenta yardas del resto de la manada, a todas luces haciendo guardia para protegerla, y a unas sesenta yardas de nosotros. Como pensábamos que podía vernos y olfatearnos, y que si nos acercábamos se darían a la fuga una vez más, sobre todo teniendo en cuenta que nos hallábamos en espacio abierto, todos apuntamos al macho y disparamos cuando yo susurré «fuego». Los tres disparos dieron en el blanco y el animal cayó muerto. La manada huyó, pero, por desgracia para ellos, a unas cien millas había una mullah, o curso seco de agua, de riberas escarpadas, muy semejante al lugar en que mataron al Príncipe Imperial en Zululandia. Allí quedaron atrapados los elefantes, y cuando llegamos al borde los encontramos luchando en desesperada confusión por alcanzar la otra orilla; llenaban el aire con sus bramidos y barritaban al empujarse unos a otros en su pánico egoísta, como tantos seres humanos. Era nuestra oportunidad, así que disparamos con toda la rapidez con que podíamos recargar la munición, matamos cinco de aquellas pobres bestias, y sin duda habríamos derribado a toda la manada de no ser porque repentinamente abandonaron sus intentos por trepar por la ribera y se precipitaron mullah abajo. Estábamos demasiado cansados para seguirlos, y quizá también hartos de tanta matanza; ocho elefantes era un buen número de piezas para un día de caza.

De modo que, tras haber descansado un rato y después de que los cafres cortaran los corazones de dos elefantes para la cena, iniciamos el camino de vuelta, muy satisfechos de nosotros mismos, y con la decisión de enviar a los porteadores a la mañana siguiente a cortar los colmillos.

Poco después de pasar por el lugar en que Good había herido al elefante patriarcal, nos topamos con una manada de antílopes, pero no disparamos, puesto que ya teníamos suficiente carne. Pasaron cerca de nosotros, al trote, y después se detuvieron detrás de unos pequeños arbustos a unas cien yardas de distancia, y se dieron la vuelta para mirarnos. Como Good ardía en deseos de acercarse a ellos, porque nunca había visto un antílope de cerca, le dio el rifle a Umbopa y, seguido por Khiva, se dirigió tranquilamente hacia los arbustos. Nos sentamos y nos pusimos a esperarlo, sin lamentar la excusa para descansar un poco.

El sol se ocultaba con un esplendor de rojos, y sir Henry y yo admirábamos la preciosa escena, cuando de repente oímos el barritar de un elefante, y vimos su enorme figura que embestía con la trompa y la cola levantadas y recortadas contra el gran globo rojo del sol. Al instante vimos algo más; Good y Khiva corrían precipitadamente hacia nosotros seguidos por el elefante herido (porque de él se trataba). Durante unos momentos no nos atrevimos a disparar —además, de poco hubiera servido a esa distancia —, por temor a alcanzar a los hombres, y a continuación ocurrió algo espantoso: Good fue víctima de su pasión por la ropa civilizada. De haber consentido en deshacerse de los pantalones y las polainas, como habíamos hecho los demás, y cazar con una camisa de franela y unos veldtschoons, todo hubiera ido bien; pero así, los pantalones le estorbaron en aquella carrera desesperada y, cuando estaba a unas sesenta yardas de nosotros, las botas, pulidas por la hierba seca, le hicieron resbalar y cayó al suelo de cabeza justo delante del elefante.

Sofocamos un grito, porque sabíamos que iba a morir y corrimos a toda velocidad hacia él. Tres segundos más tarde todo había acabado, pero no como habíamos pensado. Khiva, el muchacho zulú, vio caer a su amo y, como era un chaval valiente, dio media vuelta y lanzó su azagaya a la cabeza del elefante. Se clavó en la trompa.

Con un alarido de dolor, la bestia atrapó al pobre zulú, lo arrojó al suelo y, colocando su enorme pata sobre la cintura del muchacho, le enroscó la trompa en la parte superior del cuerpo y lo rompió en dos.

Nos precipitamos hacia allí, enloquecidos de terror, y volvimos a disparar una y otra vez, hasta que el elefante cayó sobre los despojos del zulú.

Con respecto a Good, se levantó y se retorció las manos, apenado, sobre el cuerpo del valiente muchacho que había dado su vida por salvarlo, y a mí, aunque perro viejo, se me hizo un nudo en la garganta. Umbopa se puso de pie y contempló al enorme elefante muerto y los restos destrozados del pobre Khiva.

—En fin —dijo—; está muerto, pero ha muerto como un hombre.

5. NUESTRA MARCHA POR EL DESIERTO

Habíamos matado nueve elefantes, y tardamos dos días en cortar los colmillos y llevarlos al campamento y enterrarlos cuidadosamente en la arena, bajo un enorme árbol que llamaba la atención a varias millas a la redonda. Era un lote de marfil extraordinario. Nunca había visto uno mejor, puesto que el peso medio de cada colmillo era de unas cuarenta o cincuenta libras. Los dos colmillos del macho que había matado al pobre Khiva alcanzaban las ciento setenta libras, por lo que pudimos juzgar.

En cuanto a Khiva, enterramos sus restos en una madriguera de oso hormiguero, junto a una azagaya, para que lo protegiese en su viaje a un mundo mejor. Al tercer día nos pusimos en camino, con la esperanza de regresar a desenterrar el marfil, y andando el tiempo, tras una larga y fatigosa marcha y múltiples aventuras que no puedo detallar por falta de espacio, llegamos al kraal de Sitanda, cerca del río Lukanga, que constituía el verdadero punto de partida de nuestra expedición. Recuerdo muy bien nuestra llegada a aquel lugar. A la derecha había un poblado nativo de casas dispersas, con unos cuantos kraals de ganado y tierras de cultivo junto al agua, donde aquellos salvajes plantaban su escasa provisión de grano, y detrás, grandes extensiones de veldt ondulante, cubiertas de hierba alta, por las que vagaban manadas de caza menor. A la izquierda se extendía el vasto desierto. Aquello parecía ser puesto avanzado de las regiones fértiles, y era difícil saber a qué causas naturales se debía un cambio tan brusco del carácter del suelo. Pero así era.

Justo debajo de nuestro campamento corría un pequeño arroyo, cuya margen derecha era una pendiente pedregosa, la misma por la que vi arrastrarse al pobre Silvestre veinte años atrás, al regreso de su intento de llegar a las minas del rey Salomón, y detrás de aquella pendiente empezaba el desierto sin agua, cubierto con una especie de arbusto llamado karoo.

Caía el crepúsculo cuando montamos el campamento, y el gran globo ardiente del sol se hundía en el desierto, desparramando magníficos rayos multicolores en todas direcciones. Dejando a Good a cargo de la supervisión de los preparativos del pequeño campamento, me llevé a sir Henry, y llegamos hasta la cúspide de la pendiente que se erguía frente a nosotros y contemplamos el desierto. La atmósfera estaba muy limpia, y allá lejos, muy lejos, distinguí los débiles contornos azules coronados de blanco de la gran Berg de Sulimán.

—Ahí está la muralla de las minas del rey Salomón —dije—, pero sólo Dios sabe si llegaremos a escalarla.

—Mi hermano tendría que estar ahí, y si es así, le encontraré como sea —dijo sir Henry en aquel tono de sosegada confianza que caracterizaba a aquel hombre.

—Eso espero —repliqué.

Al darme la vuelta para regresar al campamento, observé que no estábamos solos. Detrás de nosotros, y también contemplando con la mayor atención las lejanas montañas, estaba el enorme zulú Umbopa.

El zulú habló al ver que le había estado observando, pero se dirigió a sir Henry, a quien había tomado gran cariño.

—¿Es a esa tierra a la que te diriges, Incubu?, (palabra nativa que, según creo, significa elefante, que era el nombre que los cafres le habían puesto a sir Henry) —dijo, señalando hacia las montañas con su ancha azagaya.

Le pregunté bruscamente qué pretendía al dirigirse a su amo en un tono tan familiar. Me parece muy bien que los nativos adopten un nombre entre ellos para llamar a los blancos, pero no es decente que se lo digan a la cara. El zulú emitió una risita tranquila que me enfureció.

—¿Cómo sabes tú que no soy igual que el inkosi al que sirvo? —dijo—. Él es de familia real, no hay duda; puede verse por su tamaño y sus ojos; quizá yo también lo sea. Al menos, soy tan grande como él. Transmite mis palabras, oh Macumazahn, al inkoos Incubu, mi amo, porque os hablo a él y a ti.

Me enfadé con aquel hombre, porque no estoy acostumbrado a que los cafres me hablen así, pero no sé por qué sus palabras me impresionaron, y sentí curiosidad por saber qué iba a decir; así que las traduje, expresando al mismo tiempo mi opinión de que era un tipo insolente, y su jactancia era escandalosa.

—Sí, Umbopa —contestó sir Henry—; allí me dirijo.

—El desierto es grande y no tiene agua; las montañas son altas y están cubiertas de nieve, y ningún hombre puede decir qué hay más allá, detrás del lugar en que se oculta el sol. ¿Cómo llegarás allá, Incubu, y por qué vas?

Traduje sus palabras.

—Dígale —contestó sir Henry—, que voy porque creo que un hombre de mi sangre, mi hermano, ha llegado allí antes que yo, y que voy a buscarlo.

—Es cierto, Incubu; un hombre que conocí en la carretera me dijo que un hombre blanco se internó en el desierto hace dos años para ir a esas montañas con un sirviente, un cazador. No regresaron. —¿Cómo sabes que era mi hermano?— preguntó sir Henry.

—No, no lo sé. Pero aquel hombre, al preguntarle que cómo era el hombre blanco, me dijo que tenía tus mismos ojos y la barba negra. También me contó que el cazador que iba con él se llamaba Jim, que era un cazador bechuana y que iba vestido.

—No hay duda —dije—; yo conocía bien a Jim.

Sir Henry asintió.

—Estaba seguro —dijo—. Cuando George se proponía algo, normalmente lo conseguía. Siempre le ha ocurrido así desde la infancia. Si tenía la intención de cruzar la Berg de Sulimán, la habrá cruzado, a menos que le haya sobrevenido algún accidente. Tenemos que buscarle al otro lado.

Umbopa entendía inglés, aunque raras veces lo hablaba.

—Es un viaje muy largo, Incubu —intervino, y yo traduje sus palabras.

—Sí —replicó sir Henry—; es muy largo. Pero no hay viaje en esta tierra que no pueda realizar un hombre si pone todo su empeño en ello. No hay nada que no pueda hacer, Umbopa, no hay montañas que no pueda escalar, no hay desiertos que no pueda atravesar, salvo una montaña o un desierto que no conozca, si le guía el amor y defiende su vida sin darle importancia, dispuesto a salvarla o perderla según ordene la Providencia.

Lo traduje.

—Ésas son grandes palabras, padre mío —replicó el zulú (siempre le llamo zulú, aunque en realidad no lo era)—, grandes y magníficas palabras, dignas de salir de la boca de un hombre. Tienes razón, padre Incubu. Escucha. ¿Qué es la vida? Es una pluma, es la semilla de una hierba, aventada de acá para allá, que a veces se multiplica y muere en el acto y a veces asciende a los cielos. Pero si la semilla es buena y fuerte, es posible que viaje por el camino según su voluntad. Es bueno tratar de recorrer el propio camino y luchar contra el viento. El hombre tiene que morir. Lo peor que le puede ocurrir es morir un poco antes. Y cruzaré el desierto y escalaré las montañas contigo, a no ser que caiga al suelo en el camino, padre mío.

Hizo una pausa y después prosiguió con uno de esos extraños accesos de elocuencia retórica en la que a veces se complacen los zulúes que, a mi entender, a pesar de sus vanas repeticiones, demuestran que esa raza no carece en absoluto de instinto poético y fuerza intelectual.

—¿Qué es la vida? Decídmelo vosotros, oh hombres blancos, que sois sabios, que conocéis los secretos del mundo, y el mundo de las estrellas y el mundo que está por encima y alrededor de las estrellas; vosotros, que transmitís las palabras desde lejos sin voz; decidme, hombres blancos, el secreto de vuestra vida: a dónde va y de dónde viene.

No podéis contestar; no lo sabéis. Escuchadme; yo sí puedo contestar. Venimos de la oscuridad; a la oscuridad vamos. Como un pájaro llevado por la tormenta en la noche, volamos salidos de la Nada; nuestras alas se ven durante unos momentos a la luz de la hoguera y hete aquí que regresamos una vez más a la Nada. La vida no es nada. La vida lo es todo. Es la mano con la que nos defendemos de la Muerte. Es la luciérnaga que brilla en la noche y oscurece por la mañana; es el aliento blanco de los bueyes en invierno; es la pequeña sombra que atraviesa la hierba y se pierde al caer el crepúsculo.

—Eres un hombre extraño —dijo sir Henry cuando el zulú dejó de hablar.

Umbopa se echó a reír.

—Yo creo que nos parecemos mucho, Incubu. Quizá yo también busco a un hermano detrás de las montañas.

Lo miré con suspicacia.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. ¿Qué sabes tú de las montañas?

—Poco; muy poco. Allí hay una tierra extraña, una tierra de brujería y de cosas maravillosas; una tierra de gentes valientes y de árboles y arroyos y montañas blancas, con una gran carretera blanca. Yo lo he oído decir. Pero, ¿de qué sirve hablar? Oscurece. Quienes vivan para verlo lo verán.

Volví a mirarlo, dubitativo. Aquel hombre sabía demasiado.

—No tienes por qué temerme, Macumazahn —dijo, interpretando mi mirada—. No cavo agujeros para que tú caigas en ellos. No tramo ninguna trampa. Si llegamos a atravesar las montañas que hay detrás del sol, te diré lo que sé. Pero la Muerte se sienta en ellas. Sed prudentes y volved atrás. Id a cazar elefantes. He dicho.

Y sin añadir una palabra más, levantó su lanza a modo de saludo y se dirigió al campamento, donde al poco tiempo le encontramos limpiando un rifle como cualquier otro cafre.

—Es un hombre extraño —dijo sir Henry.

—Sí —repliqué—, demasiado extraño. No me gustan sus pequeñas manías. Sabe algo, pero no lo quiere soltar. Supongo que no servirá de nada discutir con él. Hemos emprendido un curioso viaje, y un zulú misterioso no supondrá mucha diferencia.

Al día siguiente hicimos los preparativos para partir. Naturalmente, era imposible cargar con los pesados rifles para elefantes y otros avíos por el desierto, así que despedimos a los porteadores y nos pusimos de acuerdo con un viejo nativo que tenía un kraal cerca del campamento para que se hiciera cargo de ellos hasta nuestro regreso. Me dolió en el alma abandonar aquellas herramientas en las manos nada piadosas de un viejo ladrón, de un salvaje cuyos ojos codiciosos contemplaban los objetos con maligna satisfacción. Pero tomé algunas precauciones.

En primer lugar, cargué todos los rifles y puse en su conocimiento que si los tocaba se dispararían. Inmediatamente hizo el experimento con mi rifle del calibre ocho, que se disparó y atravesó a uno de sus bueyes, que en este momento se dirigían al kraal, por no hablar del retroceso, que dejó al hombre patas arriba. Se levantó extraordinariamente asustado, y no muy contento por la pérdida del buey, y tuvo la insolencia de pedirme que se lo pagara. Por nada del mundo volvería a tocar los rifles.

—Pon esos demonios vivos en el techo —dijo—; quítalos de en medio o nos matarán a todos.

Después le dije que, si a nuestro regreso faltaba alguno de aquellos chismes, le mataría a él y a toda su gente mediante brujería; y que, si moríamos y trataba de robar los rifles, yo lo perseguiría y haría enloquecer a su ganado y agriaría la leche, hasta que se aburriera de la vida, y haría que salieran los demonios de los rifles y que le hablasen de una forma que no le gustaría, y le di una idea general de lo que podría sucederle. Tras esas recomendaciones, juró que los cuidaría como si fueran el espíritu de su padre. Era un viejo cafre muy supersticioso y un completo villano.

De modo que, tras desprendernos del equipo superfluo, preparamos el equipaje que habíamos de llevar en el viaje nosotros cinco —sir Henry, Good, yo, Umbopa y el hotentote, Ventvógel—. Era poca cosa, pero, a pesar de todos nuestros esfuerzos, no logramos que el peso fuera menor de cuarenta libras por hombre. Consistía en lo siguiente:

Los tres rifles express y doscientos cartuchos.

Los dos rifles Winchester de repetición (para Umbopa y Ventvógel) con doscientos cartuchos.

Tres revólveres Colt y sesenta balas.

Cinco cantimploras, cada una con una capacidad de cuatro pintas.

Cinco mantas.

Veinticinco libras de biltong (‘caza secada al sol’).

Diez libras de cuentas de vidrio mezcladas de la mejor calidad, para regalarlas a los salvajes.

Un botiquín en el que se incluían una onza de quinina y uno o dos pequeños instrumentos quirúrgicos.

Cuchillos, objetos diversos, tales como una brújula, cerillas, un filtro de bolsillo, tabaco, una paleta, una botella de brandy y las ropas que llevábamos puestas.

En esto consistía la totalidad de nuestro equipo, verdaderamente pequeño para una aventura de tal calibre, pero no nos atrevimos a llevar más cosas. Aun así era carga pesada para atravesar el ardiente desierto, porque en tales lugares se deja sentir el peso de cada onza de más. Pero, por más que lo intentábamos, no encontrábamos manera de reducirlo. No llevábamos más que lo absolutamente necesario.

Con gran dificultad y bajo promesa de regalarles un buen cuchillo de caza a cada uno, logré convencer a tres miserables nativos de la aldea de que viniesen con nosotros en la primera etapa del viaje, durante veinte millas, y que cada uno de ellos llevase una gran calabaza con capacidad para un galón de agua. El objetivo era permitirnos rellenar las cantimploras después de la primera noche de marcha, porque decidimos partir con el fresco de la noche. Hice creer a los nativos que íbamos a cazar avestruces, que abundaban en el desierto. Farfullaron y se encogieron de hombros, y dijeron que estábamos locos y que moriríamos de sed, lo que debo añadir que parecía muy probable; pero, deseosos de obtener los cuchillos, que en esa región eran tesoros casi desconocidos, aceptaron venir, probablemente tras reflexionar que, al fin y al cabo, si desaparecíamos, no era asunto suyo.

Durante todo el día siguiente descansamos y dormimos, y al atardecer comimos abundantemente, a base de carne fresca de vaca, regada con té, posiblemente el último que habríamos de tomar durante muchos días, como apuntó con tristeza Good. Después, tras llevar a cabo los últimos preparativos, nos tumbamos y esperamos a que saliera la luna. Finalmente, alrededor de las nueve, se elevó con toda su casta magnificencia, inundando aquellas tierras salvajes con su luz de plata, y proyectando un extraño brillo sobre la vasta extensión de desierto ondulado ante nuestros ojos, que resultaba tan solemne y ajeno al hombre como el firmamento tachonado de estrellas. Nos levantamos y a los pocos minutos estábamos listos, aunque un poco dubitativos, ya que la naturaleza humana es propensa a dudar en el umbral de un paso irrevocable. Los tres hombres blancos estábamos solos. Umpoba, con la azagaya en la mano y el rifle cruzado sobre los hombros, a unos cuantos pasos delante de nosotros, contemplaba el desierto con mirada fija; los tres nativos que habíamos contratado, con las calabazas de agua, y Ventvbgel estaban reunidos en un pequeño grupo detrás de nosotros.

—Caballeros —dijo sir Henry con su voz baja y profunda—, vamos a emprender el viaje más extraordinario que pueda hacer un hombre en este mundo. Es muy dudoso que vayamos a tener éxito. Pero somos tres hombres que se mantendrán juntos hasta el final, tanto en la fortuna como en la desgracia. Y ahora, antes de partir, roguemos un momento al Poder que rige los destinos de los hombres y que marca nuestros caminos desde hace siglos para que se digne dirigir nuestros pasos según Su voluntad.

Quitándose el sombrero, se cubrió la cara con las manos durante unos minutos, y Good y yo hicimos lo mismo.

No voy a decir que yo tenga mucha costumbre de rezar; pocos cazadores la tienen, y en lo que respecta a sir Henry, nunca le había oído hablar así, y desde entonces, sólo una vez, aunque creo que en el fondo de su corazón es un hombre muy religioso. También Good es devoto, aunque tiene mucha tendencia a blasfemar. En cualquier caso, creo que nunca en mi vida, salvo en una ocasión, recé con más fervor que en aquellos momentos, y por alguna razón, me hizo sentir muy feliz. Nuestro futuro era completamente desconocido, y creo que lo desconocido y lo terrible siempre acercan al hombre a su Hacedor.

—Y ahora —dijo sir Henry—, ¡en marcha!

Y así iniciamos el viaje.

No teníamos nada con qué guiarnos, salvo las lejanas montañas y el viejo mapa de José da Silvestra que, teniendo en cuenta que fue dibujado sobre un trozo de tela por un hombre moribundo y medio loco tres siglos atrás, no era para fiarse demasiado. No obstante, nuestra única esperanza de éxito dependía de él. Si no llegábamos a encontrar la charca de agua que, según el viejo caballero, se encontraba en medio del desierto, a unas sesenta millas del punto de partida, y a la misma distancia de las montañas, lo más probable era que muriésemos de sed. Pero, a mi entender, la posibilidad de encontrarla en el gran mar de arena y matojos de karoo era casi infinitesimal. Incluso suponiendo que Da Silvestra lo hubiese señalado en el lugar correcto, ¿qué podría haber impedido que el sol la hubiese secado muchos años atrás, o que la hubiesen pisoteado los animales o que la hubiese cegado la arena arrastrada por el viento?

Caminábamos silenciosos en la noche sobre la pesada arena. Los arbustos de karoo se nos enredaban en las piernas y retrasaban la marcha, y la arena se colaba en nuestros veldtschoons y en las botas de caza de Good, de manera que teníamos que detenernos a cada pocas millas para vaciarlos; no obstante, la noche era bastante fresca, aunque la atmósfera era densa y pesada, lo que comunicaba al aire una especie de consistencia cremosa, y avanzábamos con bastante rapidez. Todo era quietud y soledad en el desierto, tanto que llegaba a ser opresivo. Good tuvo esa misma sensación y se puso a silbar «La chica que dejé atrás», pero las notas sonaban lúgubres en aquel lugar tan extenso, y se calló.

Poco después ocurrió un incidente que, aunque en su momento nos sobresaltó, después nos hizo reír. Good marchaba en cabeza, a cargo de la brújula que, por ser marino, sabía manejar perfectamente, y los demás avanzábamos penosamente tras él en fila india, cuando de repente oímos una exclamación y Good desapareció. Al momento se armó una barahúnda extraordinaria; estábamos rodeados de bufidos, bramidos, ruidos frenéticos de pies en movimiento. A la débil luz pudimos divisar siluetas al galope, medio ocultas por polvaredas de arena. Los nativos soltaron sus cargas y se dispusieron a huir, pero, al darse cuenta de que no había ningún sitio donde poder refugiarse, se arrojaron al suelo, aullando que era el demonio. Sir Henry y yo nos quedamos de pie, estupefactos, y nuestra estupefacción no menguó cuando percibimos la silueta de Good que corría a toda velocidad hacia las montañas, al parecer encaramado en el lomo de un caballo y gritando como un loco. Seguidamente levantó los brazos, y oímos que caía a tierra con un golpe sordo.

Entonces comprendí lo que había ocurrido: nos habíamos topado con una manada de quaggas dormidos, y Good había caído en el lomo de uno de ellos, ante lo que la bestia, como es natural, se había levantado y huido con él encima. Corrí al encuentro de Good gritando a los otros que no pasaba nada, temeroso de que se hiciera daño, pero para mi gran alivio lo encontré sentado en la arena, con el monóculo aún firmemente sujeto en el ojo, un tanto tembloroso y muy asustado, pero sin haber sufrido ningún daño.

Después de este incidente proseguimos el viaje sin posteriores desgracias, hasta la una, en que hicimos un alto y, tras beber un poco de agua, no mucha, porque el agua era preciosa, y descansar durante media hora, reanudamos la marcha.

Anduvimos y anduvimos, hasta que el Este empezó a sonrojarse como las mejillas de una muchacha. Después vimos débiles rayos de una luz amarillo pálido, que se transformaron al momento en barras doradas, por las que se deslizaba el alba a través del desierto. Las estrellas empalidecieron más y más hasta desvanecerse finalmente; la dorada luna se tornó macilenta, y los bordes de sus montañas se recortaron con claridad sobre su enfermiza cara, como los huesos de la faz de un moribundo; después, en la distancia relampaguearon un destello tras otro de magnífica luz que atravesaron el yermo sin límites, taladrando y encendiendo los velos de la neblina, hasta que el desierto se revistió de un trémulo brillo dorado y se hizo de día.

Aún no nos detuvimos, aunque lo hubiéramos hecho con gusto, porque sabíamos que una vez que el sol estuviese alto, nos resultaría casi imposible seguir caminando. Por fin, aproximadamente una hora más tarde, divisamos una pequeña elevación de rocas que emergía de la llanura, y hacia ella nos arrastramos. Por suerte, encontramos un bloque que sobresalía, alfombrado por debajo con arena fina, lo que proporcionaba un refugio sumamente agradable contra el calor. Nos deslizamos debajo de las rocas y, tras beber un poco de agua y comer biltong, nos acostamos y al poco estábamos profundamente dormidos.

Eran las tres de la tarde cuando nos despertamos para encontrarnos con que los tres porteadores se estaban preparando para regresar. Ya se habían hartado del desierto, y ni una enorme cantidad de cuchillos hubiese sido suficiente tentación para hacerlos avanzar ni un paso más. Así que bebimos de buena gana, y tras vaciar las cantimploras, volvimos a llenarlas con el contenido de las calabazas y después los vimos iniciar el camino de veinte millas que los separaban del campamento.

A las cuatro y media también nosotros nos pusimos en camino. Era un viaje solitario y desolado, porque, con la excepción de unos cuantos avestruces, no se veía un solo ser viviente en la vasta extensión de llanura arenosa. Evidentemente, era demasiado seca para que hubiera caza, y salvo una o dos cobras de aspecto terrible, no vimos ningún reptil. Sin embargo, abundaba un insecto, la mosca común o doméstica. Nos acosaban «no como espías aislados, sino en batallones», como dice el Antiguo Testamento en alguna parte, según creo. Es un animal extraordinario esta mosca común. Vaya uno donde vaya, siempre se la encuentra, y debe haber sido así siempre. Yo la he visto encerrada en un trozo de ámbar, que según me dijeron debía tener medio millón de años, y tenía el mismo aspecto que su descendiente actual, y no cabe duda de que cuando el último hombre sobre la tierra esté a punto de expirar, allí estará la mosca zumbando a su alrededor —si esto ocurriese en verano—, esperando la oportunidad de posársele en la nariz.

Al atardecer nos detuvimos, a la espera de que saliera la luna. A las diez apareció, bella y serena como siempre, y tras otra parada a las dos de la mañana, seguimos caminando penosamente durante toda la noche, hasta que por fin el esperado sol puso punto final a nuestras fatigas. Bebimos un poco y nos tumbamos en la arena, completamente agotados, y pronto nos quedamos profundamente dormidos. No había necesidad de establecer turnos de vigilancia, porque no teníamos nada que temer de nadie ni de nada en aquella vasta llanura deshabitada. Nuestros únicos enemigos eran el calor, la sed y las moscas, pero yo hubiera preferido enfrentarme a cualquier peligro procedente del hombre o de las bestias que a aquella espantosa trinidad. En esta ocasión no tuvimos suerte de encontrar una roca que nos resguardara de la luz deslumbradora del sol, por lo que nos despertamos alrededor de las siete, experimentando exactamente la misma sensación que podría atribuirse a un filete en la parrilla. Literalmente, nos estábamos asando. El ardiente sol parecía chuparnos la misma sangre. Nos sentamos jadeantes.

—¡Puff! —exclamé dando un manotazo al halo de moscas que zumbaban alegremente en torno a mi cabeza. A ellas el calor no las afectaba.

—¡Caramba! —dijo sir Henry.

—¡Sí que hace calor! —dijo Good.

Hacía realmente calor, y no podíamos refugiarnos en ninguna parte. Donde quiera que mirásemos, no había árboles ni rocas, nada salvo un resplandor infinito, que resultaba deslumbrador, debido al aire que danzaba sobre la superficie del desierto como sobre una estufa al rojo vivo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó sir Henry—. No podremos soportar esto durante mucho tiempo.

Nos miramos con perplejidad.

—Ya lo tengo —dijo Good—; vamos a cavar un hoyo y a meternos en él, y después nos cubriremos con arbustos de karoo.

No parecía una sugerencia muy prometedora, pero era mejor que nada, de modo que pusimos manos a la obra, y con la pala que llevábamos y con las manos, al cabo de una hora logramos excavar un agujero de unos diez pies de largo por doce de ancho, con una profundidad de dos pies. Después cortamos cierta cantidad de matojos con los cuchillos de caza, nos deslizamos en el hoyo y todos nos cubrimos con ellos, salvo Ventvógel, al que, por ser hotentote, el sol no le afectaba especialmente. Esto nos proporcionó una ligera protección contra los ardientes rayos del sol, pero es más fácil imaginar que describir el calor que hacía en aquella especie de tumba. Comparado con éste, el Agujero Negro de Calcuta debía ser una tontería. En realidad, hasta la fecha no he llegado a comprender cómo pudimos sobrevivir aquel día. Jadeantes, nos humedecíamos los labios de vez en cuando con la reserva escasa de agua. De haber seguido nuestros impulsos, habríamos acabado con ella en las dos primeras horas, pero teníamos que actuar con suma precaución, porque, si nos faltaba el agua, sabíamos que moriríamos rápidamente.

Pero todo tiene un fin, con tal de vivir lo suficiente para verlo, y de una u otra forma, aquel día aciago fue acercándose a la noche. Hacia las tres de la tarde llegamos a la conclusión de que no podíamos soportar aquello más tiempo. Era mejor morir caminando que perecer lentamente por el calor y la sed en aquel espantoso agujero. De modo que, tras beber un poco de la reserva de agua, que disminuía a toda velocidad y que estaba casi a la temperatura de la sangre humana, nos pusimos a andar, tambaleantes.

Ya habíamos cubierto unas cincuenta millas del desierto. Si el lector consulta la reproducción y traducción aproximadas del viejo mapa de Da Silvestra, verá que éste asigna al desierto una extensión de cuarenta leguas, y que la «charca de agua sucia» está situada aproximadamente a mitad de camino. Ahora bien, cuarenta leguas son ciento veinte millas; así que debíamos encontrarnos, como mucho, a doce o quince millas del agua, si es que existía.

Nos arrastramos lenta y dolorosamente durante toda la tarde, avanzando apenas más de una milla y media por hora. Con el crepúsculo volvimos a descansar, mientras esperábamos a que saliera la luna, y después de beber un poco, intentamos dormir un rato.

Antes de acostarnos, Umbopa nos señaló un montículo bajo y confuso entre la superficie plana del desierto, a unas ocho millas. Desde lejos parecía un hormiguero, y mientras conciliaba el sueño, me pregunté qué sería.

Al salir la luna nos pusimos en camino, terriblemente agotados y torturados por la sed y el calor sofocante. Quien no lo haya experimentado no puede saber lo que tuvimos que soportar. Ya no caminábamos, avanzábamos a trompicones, cayendo de vez en cuando vencidos por el agotamiento, forzados a hacer un alto a cada hora. Apenas nos quedaban energías suficientes para hablar. Hasta entonces, Good había charlado y bromeado, porque era un tipo alegre; pero ya no le quedaban ánimos para más bromas.

Por fin, hacia las dos, completamente rendidos física y mentalmente, llegamos al pie de aquella colina o koppie arenoso, que a primera vista parecía un hormiguero gigantesco de una altura de unos cien pies, con una base de casi un mor~ gen (dos acres).

Allí nos detuvimos y, empujados por la sed apremiante, apuramos las últimas gotas de agua. No teníamos más que media pinta por cabeza, y hubiéramos podido beber un galón cada uno.

Después nos acostamos. En el momento en que me estaba quedando dormido, oí la observación que Umbopa se hacía a sí mismo en zulú:

—Si no encontramos agua antes de que salga la luna mañana, habremos muerto todos.

Me recorrió un escalofrío a pesar del calor. La perspectiva cercana de una muerte tan espantosa no es agradable, pero ni siquiera esa idea pudo impedir que me durmiera.

6. ¡AGUA! ¡AGUA!

Al cabo de dos horas, alrededor de las cuatro, me desperté. En cuanto quedó satisfecha la primera exigencia opresiva de la fatiga corporal, la torturante sed que padecía volvió a manifestarse. No pude seguir durmiendo. Había soñado que me bañaba en un arroyo, con riberas verdes pobladas de árboles, y me desperté en medio de aquel yermo, recordando que, como había dicho Umbopa, si no encontrábamos agua aquel día moriríamos de una forma espantosa. Ningún ser humano podía vivir mucho tiempo sin agua con aquel calor. Me incorporé y me froté la cara mugrienta con mis manos secas y callosas. Tenía los labios y los párpados pegados, y sólo después de frotarlos y de hacer un gran esfuerzo fui capaz de abrirlos. No faltaba mucho para el amanecer pero en la atmósfera no flotaba la luminosidad que anuncia el alba, sino una pesadez y una oscuridad cálidas que no puedo describir. Los demás aún dormían.

De repente, empezó a brotar luz suficiente para leer, así que saqué un pequeño volumen de bolsillo de las Ingoldsby Legends que traía conmigo y leí «El grajo de Reims». Al llegar a los versos que dicen:

Un hermoso niño llevaba
un aguamanil de oro con relieves,
rebosante del agua más pura
que fluye entre Reims y Namur,

literalmente me chupé mis cuarteados labios, o más bien traté de chupármelos. La sola idea de esa agua tan pura me volvía loco. Si hubiese aparecido por allí el cardenal con su campana, su libro y su cirio, me habría precipitado hacia él para beberme toda el agua, sí; incluso si hubiera estado llena de jabón con el que se hubiera lavado el Papa y aun a sabiendas de que pudieran caer sobre mí todas las excomuniones de la Iglesia católica por hacerlo. Casi me inclino a pensar que había perdido el seso, debido a la sed, al cansancio y la falta de alimento; porque me puse a pensar en lo perplejos que se habrían quedado el cardenal, el hermoso niño y el grajo al ver aparecer repentinamente a un pequeño cazador de elefantes quemado por el sol, de ojos castaños y pelo canoso, que metía su sucia cara en la jofaina y se tragaba hasta la última gota del agua preciosa. La idea me pareció tan divertida que me eché a reír en voz alta, o más bien solté una carcajada histérica que despertó a los otros, que se pusieron a frotarse sus sucias caras y a abrir sus párpados y labios pegados.

En cuanto estuvimos todos despiertos, nos pusimos a discutir la situación, que era realmente grave. No quedaba ni una gota de agua. Volvimos las cantimploras boca abajo y chupamos los bordes, pero todo fue inútil; estaban más secas que un hueso. Good, que tenía en su poder la botella de coñac, la sacó y la contempló con ansia; pero sir Henry se la quitó rápidamente, porque beber alcohol puro sólo hubiera servido para precipitar el final.

—Si no encontramos agua, moriremos —dijo.

—Si confiamos en el viejo mapa de Da Silvestra, tiene que haber agua cerca —dije.

Pero a nadie pareció convencerle esta observación. Era evidente que no podía depositarse mucha fe en el mapa. La luz se iba haciendo más intensa gradualmente, y mientras nos contemplábamos unos a otros con expresión de perplejidad, observé que Ventvógel, el hotentote, se había levantado y caminaba con los ojos fijos en el suelo. Se detuvo repentinamente y, emitiendo una exclamación gutural, señaló a la tierra.

—¿Qué pasa? —exclamamos.

Y todos nos levantamos al unísono y nos dirigimos a donde señalaba el hotentote.

—Muy bien —dije—;son huellas recientes de gacela. ¿Y qué?

—Pues que las gacelas no se alejan mucho del agua —contestó en holandés.

—Es cierto —repliqué—; lo había olvidado. Demos gracias a Dios por ello.

Aquel pequeño descubrimiento nos alegró un poco. Es increíble cómo se aferra uno a la más ligera esperanza en situaciones desesperadas y que pueda sentirse casi feliz con ella. En una noche oscura, es mejor una sola estrella que nada en absoluto.

Entretanto, Ventvógel tenía su chata nariz levantada y olfateaba el aire caliente como un viejo impala que percibe el peligro. En ese momento, volvió a hablar.

—Huelo agua —dijo.

Sus palabras nos llenaron de júbilo, porque sabíamos el instinto tan extraordinario que poseen estos hombres nacidos en tierras salvajes.

En ese preciso instante salió el sol en todo su esplendor y reveló un panorama de tal grandeza ante nuestros ojos atónitos, que durante unos momentos nos olvidamos incluso de la sed.

Porque allí, a una distancia no mayor de cuarenta o cincuenta millas, relucientes como plata con los primeros rayos de sol de la mañana, estaban los senos de Saba; y a ambos lados se extendía, a lo largo de cientos de millas, la gran Berg de Sulimán. Ahora que, sentado tranquilamente, trato de describir el esplendor y belleza extraordinarios de aquel panorama, me faltan las palabras. Me siento impotente ante el recuerdo de aquel paisaje. Frente a nosotros se alzaban dos enormes montañas como no creo que puedan verse en toda África, y acaso en ninguna otra parte del mundo, con una altura de al menos quince mil pies, separadas por unas doce millas, unidas por escarpadas rocas, y destacando sobre el cielo con su terrible solemnidad blanca. Estas montañas, como los pilares de un pórtico gigantesco, tienen exactamente la misma forma que los pechos de una mujer. La base se elevaba suavemente de la llanura, y desde lejos parecían completamente redondas y lisas. En la cumbre de ambas había un extenso montículo redondo cubierto de nieve, que se correspondía exactamente con el pezón del pecho femenino. Los riscos que las unían tenían, en apariencia, unos mil pies de altura, y eran totalmente escarpados, y a cada lado, hasta donde llegaba la vista, se extendían riscos similares sólo interrumpidos acá y allá por mesetas, algo parecido a las mundialmente famosas formaciones de Ciudad de El Cabo, muy corrientes en África.

Está fuera de mis posibilidades describir la grandeza de aquel panorama. Había algo tan inexpresablemente solemne y abrumador en aquellos enormes volcanes —porque sin duda son volcanes extintos— que casi nos quitaba el aliento. Durante un rato, las luces de la mañana juguetearon sobre la nieve y las masas pardas y abultadas que había debajo, y después, como para separar con un velo aquel majestuoso panorama de nuestros ojos curiosos, a su alrededor se formaron extrañas neblinas y nubes que fueron espesando, hasta que sólo pudimos distinguir sus perfiles puros y gigantescos que se hinchaban como fantasmas entre la envoltura aborregada. En realidad, como descubrimos más adelante, normalmente estaban envueltas en esa extraña gasa neblinosa, lo que sin duda había influido en que no las hubiésemos visto antes con mayor claridad.

Apenas se habían desvanecido las montañas en la intimidad de sus ropajes de nubes, cuando la sed —que literalmente nos abrasaba— volvió a presentarse.

Era un consuelo que Ventvógel hubiera dicho que olía a agua, pero por mucho que mirábamos, no veíamos rastro de ella en ningún otro sitio. Hasta donde alcanzaba la vista, no había más que aridez sofocante y matojos de karoo. Rodeamos el altozano y miramos ansiosamente al otro lado, pero era la misma historia; no se veía una gota de agua; no había ninguna indicación de que existiera un pozo, una charca o un arroyo.

—Eres idiota —dije airadamente a Ventvógel—; no hay agua.

Pero siguió levantando su chata nariz para olfatear.

—La huelo, baas (‘amo’) —contestó—; está en el aire.

—Sí —dije—; sin duda está en las nubes, y de aquí a dos meses caerá y nos lavará los huesos.

Sir Henry se acariciaba pensativo la rubia barba. —Quizá esté en la cumbre de la colina— sugirió.

—¡Qué tontería! —dijo Good—. ¿A quién se le ocurre que pueda haber agua en la cima de una colina?

—Vamos a verlo —intervine, y con muy pocas esperanzas, escalamos dificultosamente las laderas empinadas de la colina, con Umbopa a la cabeza. De pronto, se detuvo como petrificado.

—¡Nanzia manzie! (‘aquí hay agua’) —gritó.

Nos precipitamos hacia él, y allí, sin ningún género de duda, en una profunda hondonada o depresión, en la cumbre misma del koppie de arena, había una charca de agua. No nos detuvimos a preguntarnos cómo había llegado hasta un lugar tan extraño, ni dudamos ante su aspecto negruzco y poco atractivo. Era agua, o una buena imitación, y con eso teníamos suficiente. Nos precipitamos hacia la charca de un salto, y a los pocos segundos estábamos todos tumbados boca abajo sorbiendo aquel líquido poco apetecible como si fuera néctar digno de los dioses. ¡Cielo santo, cómo bebimos! Después de beber, nos despojamos de la ropa y nos sentamos en la charca, absorbiendo la humedad por nuestras pieles resecas. Tú, lector, que no tienes más que abrir un par de grifos para elegir «fría» o «caliente» de un inmenso depósito invisible, sólo puedes hacerte una pequeña idea del lujo que suponía revolcarse en aquella agua tibia, fangosa y salobre.

Al cabo de un rato salimos de la charca, verdaderamente refrescados, y nos lanzamos como fieras sobre el biltong que apenas habíamos podido tocar durante veinticuatro horas, y comimos hasta hartarnos. Después fumamos una pipa y nos acostamos junto a aquella bendita charca bajo la sombra que proyectaba la ribera, y dormimos hasta el mediodía.

Durante todo el día nos quedamos descansando junto al agua, agradeciendo a nuestra buena estrella el haber tenido la suerte de encontrarla, a pesar de lo mala que era, y sin olvidar rendir un homenaje de gratitud a la sombra de Da Silvestra, muerto tiempo atrás, que lo había anotado con tanta exactitud en el faldón de su camisa. Lo que más nos sorprendía era que hubiese durado tanto tiempo, y la única explicación que se me ocurre es suponer que estaba alimentada por algún arroyo que corría a gran profundidad.

Tras saciar nuestra sed y llenar las cantimploras hasta los topes, nos pusimos de nuevo en marcha con mucha mejor disposición de ánimo al salir la luna. Aquella noche recorrimos casi veinticinco millas, pero, como era de esperar, no encontramos más agua, aunque tuvimos la suerte de encontrar un poco de sombra al día siguiente tras unos hormigueros. Cuando salió el sol y despejó durante un rato las misteriosas neblinas, la Berg de Sulimán y los senos majestuosos, que ahora estaban sólo a una distancia de unas veinte millas, parecían erguirse justo por encima de nuestras cabezas, y se veían más grandes que nunca. Al acercarse la noche, nos pusimos de nuevo en marcha, y para decirlo en pocas palabras, con la luz de la mañana siguiente nos encontramos sobre las lomas más bajas del seno izquierdo de Saba, hacia el que nos habíamos dirigido continuamente. Para entonces ya se nos había agotado el agua. Sufríamos una sed terrible, y no veíamos ninguna posibilidad de aliviarla hasta llegar a la línea de nieve que se marcaba muy por encima de nuestras cabezas. Tras descansar una o dos horas, inducidos por la sed torturante, empezamos a caminar de nuevo, avanzando con dificultad a causa del asfixiante calor por las vertientes de lava, porque descubrimos que la enorme base de la montaña estaba compuesta totalmente de lechos de lava erupcionados en época remota.

Alrededor de las once estábamos completamente agotados, y nos encontrábamos en muy mal estado. La escoria de lava sobre la que teníamos que avanzar, aunque era relativamente lisa en comparación con otras escorias de las que he oído hablar, por ejemplo la que existe en la isla de Ascensión, era lo suficientemente áspera como para llagarnos dolorosamente los pies, y esto, junto a nuestras otras desventuras, acabó totalmente con nosotros. A unas cuantas yardas por encima de nuestras cabezas había grandes trozos de lava, y hacia ellos nos dirigimos con la intención de tumbarnos al amparo de su sombra. Al llegar allí y para nuestra sorpresa, en la medida en que nos quedaba capacidad para sorprendernos, vimos que en una pequeña altiplanicie o cuesta cercana la lava estaba cubierta de una densa hierba. Evidentemente, aquella tierra se había formado con lava descompuesta que con el paso del tiempo se había convertido en receptáculo de semillas depositadas por los pájaros. Pero aquella hierba no despertó en nosotros demasiado interés, porque no se puede vivir de hierba como Nabucodonosor. Para ello se necesita un designio de la Providencia y órganos digestivos especiales.

De modo que nos sentamos bajo las rocas y nos pusimos a quejarnos, y por primera vez deseé de todo corazón no haber comenzado nunca aquella estúpida aventura. Mientras estábamos allí sentados, observé que Umbopa se levantaba y se dirigía hacia la mancha de hierba, y unos minutos después, para migran asombro, pude ver que aquel individuo, habitualmente tan digno, se ponía a bailar y a gritar como un loco, agitando algo verde que llevaba en la mano. Nos precipitamos hacia él tan velozmente como nos lo permitieron nuestros cansados miembros, con la esperanza de que hubiese encontrado agua.

—¿Qué ocurre, Umbopa, pedazo de imbécil? —le grité en zulú.

—Que hay comida y agua, Macumazahn —y volvió a agitar una cosa verde.

Entonces vi lo que tenía en la mano. Era un melón. Nos habíamos topado con un melonar; había melones silvestres a miles, completamente maduros.

—¡Melones! —grité a Good, que estaba cerca de mí; y al cabo de un instante clavó sus dientes postizos en uno de ellos.

Creo que comimos seis cada uno hasta hartarnos y, a pesar de no ser de muy buena calidad, dudo que nada me haya parecido nunca tan sabroso.

Pero los melones no llenan mucho, y cuando hubimos satisfecho la sed con su pulpa, y tras dejar unos cuantos a refrescar mediante el simple procedimiento de cortarlos en dos y colocarlos boca arriba al sol ardiente para que se enfriasen por evaporación, empezamos a sentir un hambre terrible. Aún nos quedaba un poco de biltong, pero nuestros estómagos se negaban a admitir más biltongy además teníamos que racionarlo, porque no sabíamos cuándo encontraríamos más comida. Justo en aquel momento ocurrió un feliz percance: al mirar hacia el desierto vi una bandada de unos diez grandes pájaros que volaban hacia nosotros.

—¡Skit, baas, skit! (‘dispare, amo, dispare’) —susurró el hotentote, tirándose al suelo de bruces, ejemplo que seguimos todos.

Entonces vi que los pájaros eran una bandada de pauw (‘avutardas’), y que iban a pasar a unas cincuenta yardas por encima de nuestras cabezas. Cogí uno de los Winchesters de repetición y esperé a que estuvieran casi encima de nosotros y entonces me levanté de un salto. Al verme, los pauw se agruparon, como yo esperaba que ocurriese, y disparé dos tiros al grueso de la bandada y, por suerte, cayó uno de ellos, un buen ejemplar que pesaba unas veinte libras. Al cabo de media hora habíamos encendido una hoguera con tronchos de melón, en la que asamos el ave, y preparamos una comida como no habíamos disfrutado desde hacía una semana. Comimos el pauw; no quedó nada, salvo los huesos y el pico, y después nos sentimos muchísimo mejor.

Aquella noche reemprendimos la marcha al salir la luna, cargados con la mayor cantidad de melones que pudimos. A medida que ascendíamos, el aire se enfriaba cada vez más, lo que suponía un gran alivio, y al amanecer, según nuestros cálculos, nos encontrábamos a no más de doce millas de la nieve. Encontramos más melones, con lo que desapareció nuestra angustia por el agua, porque sabíamos que pronto dispondríamos de nieve. Pero la ladera era muy escarpada, y la ascensión muy lenta; no recorríamos más de una milla por hora. Esa noche comimos el último pedazo de biltong. Hasta entonces, y con la excepción de los pauw, no habíamos visto ningún ser vivo en la montaña, ni nos habíamos topado con ningún torrente o arroyo, hecho que nos resultaba muy extraño, teniendo en cuenta la proximidad de la nieve, que, según pensábamos, debía derretirse a veces. Pero según descubrimos más tarde, debido a alguna causa que yo no puedo explicar, todos los torrentes discurrían por el norte de las montañas.

Empezamos a angustiarnos por la comida. Nos habíamos librado de morir de sed, pero parecía probable que sólo para morir de hambre. La mejor forma de describir los acontecimientos de los tres terribles días que siguieron es copiar las notas que tomé entonces en mi agenda.

»21 de mayo.—Salimos a las 11 de la mañana, al ver que el aire estaba suficientemente frío para viajar de día; llevamos unos cuantos melones. Avanzamos con gran dificultad todo el día, sin encontrar ninguno más, porque, evidentemente, hemos dejado atrás la región en que se dan. No hemos visto caza de ningún tipo. Nos detuvimos por la noche, al atardecer, sin comer nada durante horas. Por la noche pasamos un frío terrible.

»22.—Iniciamos la marcha a la salida del sol, débiles y medio desmayados. Sólo recorrimos cinco millas durante todo el día. Encontramos algunos montones de nieve, de la que comimos un poco, pero nada más. Acampamos por la noche bajo el saliente de una gran altiplanicie. Hace un frío espantoso. Bebimos un poco de coñac, y nos apretamos unos contra otros, bien arropados con las mantas para no morirnos. Sufrimos terriblemente por el hambre y el cansancio. Pensé que Ventvógel iba a morir en el transcurso de la noche.

»23.—Seguimos avanzando a duras penas en cuanto salió el sol y nos calentamos un poco los miembros. Nuestra situación es espantosa, y temo que, si no encontramos comida, éste será nuestro último día de viaje. Queda poco coñac. Good, sir Henry y Umbopa están muy animados, pero Ventvúgel se encuentra muy mal. Como la mayoría de los hotentotes, no soporta el frío. Las punzadas del hambre no son terribles, pero dejan una sensación de vacío en el estómago. Los otros dicen que les ocurre lo mismo. Nos encontramos ahora al nivel de la cordillera escarpada, o pared de lava, que une los dos senos, y el panorama es magnífico. A nuestra espalda el gran desierto refulgente y ondulante se pierde en el horizonte, y ante nosotros se extienden, casi uniformes, millas y millas de superficie nevada, suave y dura, pero en ligera ascensión, desde el centro de la cual se eleva hacia el cielo, a una altura de unos cuatrocientos pies, el pezón de la montaña, que parece tener una circunferencia de varias millas. No se ve ni un solo ser vivo. Que Dios nos ayude; temo que ha llegado nuestra última hora».

Y ahora voy a dejar a un lado el diario, en parte porque su lectura no es muy interesante, y en parte porque lo que sigue a continuación quizá requiera una narración más exacta.

Durante todo aquel día (23 de mayo), ascendimos penosamente por la ladera nevada; nos tumbábamos de vez en cuando a descansar. Debíamos parecer una cuadrilla extraña, esqueléticos y cargados de enseres, arrastrando los pies por la planicie deslumbrante, mirando ferozmente a nuestro alrededor con los ojos hambrientos. No es que fuese muy útil mirar, porque no había nada que comer. Ese día no recorrimos más de siete millas. Justo antes del crepúsculo nos encontramos bajo el pezón del seno izquierdo de Saba, que se elevaba hacia el cielo a cientos de pies de altura; era un enorme montículo de nieve helada. A pesar de lo mal que nos encontrábamos, no pudimos por menos de apreciar el maravilloso escenario, cuya belleza quedaba realzada por los rayos voladores de la luz del sol poniente, que manchaban aquí y allá la nieve de rojo sangre y coronaban la masa que se cernía sobre nuestras cabezas con una diadema de esplendor.

—Escuchen —dijo Good con voz entrecortada—; tenemos que estar cerca de la cueva a la que se refería ese caballero.

—Sí —dije—; si es que existe esa cueva.

—Vamos, Quatermain —gimió sir Henry—, no diga eso. Tengo una fe total en aquel hombre; recuerde lo del agua. Pronto encontraremos ese lugar.

—Si no lo encontramos antes de que oscurezca, somos hombres muertos; eso es todo —repliqué a modo de consuelo.

Caminamos penosamente y en silencio durante los siguientes diez minutos, hasta que Umbopa, que marchaba a mi lado arropado con su manta, y con un cinturón de cuero en torno al estómago para «hacer pequeña el hambre», como él decía, tan apretado que su cintura parecía la de una muchacha, me tomó del brazo.

—¡Mire! —dijo señalando hacia la ladera en que empezaba a tomar forma el pezón.

Seguí su mirada y, a unas cien yardas de distancia, vi lo que parecía ser un agujero en la nieve.

—Es la cueva —dijo Umpoba.

Llegamos a duras penas hasta allí, y tuvimos la certeza de que aquel agujero era la boca de la cueva, sin duda la misma a la que se refería Da Silvestra. Llegamos justo a tiempo, porque, en cuanto entramos en el refugio, el sol se puso con asombrosa rapidez, dejando el lugar casi a oscuras. En esas latitudes apenas hay crepúsculo. Nos arrastramos hasta el interior de la cueva, que no parecía ser muy grande, y pegándonos unos a otros para calentarnos, engullimos lo que quedaba de coñac —apenas un sorbo para cada uno— y tratamos de olvidar nuestras desventuras en el sueño. Pero el frío era demasiado intenso para permitirnos dormir. Estoy convencido de que a esa gran altura el termómetro no podía marcar menos de catorce o quince grados bajo cero. El lector imaginará mejor de lo que yo pueda describir lo que esto significaba para nosotros, debilitados como estábamos por las privaciones, la falta de alimento y el tremendo calor del desierto. Baste decir que nunca me había sentido tan cerca de morir de frío. Allí nos quedamos sentados, hora tras hora, en medio de un frío espantoso, sintiendo el acecho de la congelación que nos pellizcaba en los dedos, en los pies, en la cara. En vano nos apretujábamos unos contra otros; en nuestros miserables cuerpos muertos de hambre no había calor. A veces, uno de nosotros se sumía en una inquieta somnolencia de unos cuantos minutos, pero no podíamos dormir durante mucho tiempo, y acaso eso nos salvara, porque dudo que hubiésemos despertado. Creo que sólo nuestra fuerza de voluntad nos mantuvo vivos.

Poco antes del amanecer oí al hotentote, Ventvógel, cuyos dientes estuvieron castañeteando toda la noche, emitir un profundo suspiro, y después sus dientes dejaron de castañetear. No le di mayor importancia en aquel momento, y supuse que se había quedado dormido. Su espalda estaba apoyada contra la mía, y parecía enfriarse cada vez más, hasta que se quedó como un bloque de hielo.

Finalmente, el aire comenzó a ponerse gris con la luz; a continuación unas flechas doradas centellearon rápidas sobre la nieve, y el sol magnífico se asomó por encima de la pared de lava y acarició nuestras seis figuras y la de Ventvógel, que estaba sentado completamente muerto. No es de extrañar que tuviera la espalda tan fría el pobre hombre. Murió cuando le oí suspirar, y ya estaba casi rígido. Terriblemente impresionados nos apartamos del cadáver (es extraño el horror que nos inspira la compañía de un cuerpo muerto), y lo dejamos allí sentado con los brazos alrededor de las rodillas.

Para entonces el sol derramaba sus fríos rayos (porque allí eran fríos) directamente sobre la entrada de la cueva. De repente oí que alguien dejaba escapar una exclamación de terror, y volví la cabeza hacia la cueva.

Y esto es lo que vi: sentado en el fondo de la cueva, que no tenía más de cuarenta pies de largo, había otra forma humana, con la cabeza apoyada sobre el pecho, y los largos brazos caídos. Me quedé mirándolo y comprendí que también era un hombre muerto, y aún más, un hombre blanco.

También los otros lo vieron, y la visión resultó excesiva para nuestros nervios destrozados. Todos sin excepción salimos corriendo de la cueva, con toda la rapidez que nos permitían nuestros miembros medio congelados.

7. LA CARRETERA DE SALOMÓN

Nos detuvimos a la salida de la cueva, con una sensación de ridículo.

—Yo voy a volver —dijo sir Henry.

¿Por qué? —preguntó Good.

—Porque pienso que… que lo que hemos visto podría ser mi hermano.

No se nos había ocurrido, así que volvimos a entrar en la cueva para comprobarlo. Tras la brillante luz del exterior, nuestros ojos, debilitados de mirar la nieve, no pudieron perforar las tinieblas de la cueva durante un rato. Pero finalmente nos acostumbramos a la semioscuridad y avanzamos hacia el cuerpo muerto.

Sir Henry se arrodilló y miró de cerca su cara.

—Gracias a Dios —dijo con un suspiro de alivio—; no es mi hermano.

Entonces me acerqué yo y lo miré. Era el cadáver de un hombre alto, de mediana edad, con rasgos aquilinos, pelo canoso y largo bigote negro. La piel estaba completamente amarilla y pegada a los huesos. Sus ropas, salvo lo que parecían ser los restos de unas calzas de lana, habían desaparecido, y el esquelético cuerpo estaba desnudo. En torno al cuello colgaba un crucifijo de marfil amarillo. El cadáver estaba congelado, completamente rígido.

—¿Quién demonios puede ser? —dije.

—¿No lo adivina? —preguntó Good.

Negué con la cabeza.

—Pues José da Silvestra, naturalmente. ¿Quién si no?

—Imposible —dije con voz entrecortada—; murió hace trescientos años.

—¿Y qué impide que se mantenga así durante trescientos años en esta atmósfera, si se puede saber? —preguntó Good—. Sólo con que el aire sea lo suficientemente frío, la carne y la sangre se mantendrán tan frescos como el cordero de Nueva Zelanda, y Dios sabe que aquí hace suficiente frío. No llega el sol; no entra ningún animal que pueda despedazarlo o destruirlo. Sin duda, su esclavo, al que se refiere en el mapa, le quitó la ropa y lo dejó aquí. No podía enterrarlo él solo. Mire —prosiguió, agachándose y recogiendo un hueso de forma extraña, uno de cuyos extremos había sido raspado y acababa en punta—, y éste es el hueso que utilizó para dibujar el mapa.

Nos quedamos atónitos durante unos momentos, olvidando nuestras propias desventuras ante aquella visión tan extraordinaria y, a nuestro entender, casi milagrosa.

—Ah —dijo sir Henry—, y de ahí sacó la tinta —y señaló una pequeña herida en el brazo izquierdo del cadáver—. ¿Habrá algún hombre que haya visto una cosa semejante?

Ya no cabía duda sobre el tema, que he de confesar que me aterraba. Allí teníamos sentado al hombre cuyas indicaciones, escritas diez generaciones atrás, nos habían llevado a aquel lugar. En mi propia mano tenía la pluma rudimentaria con que las había escrito, y de su cuello pendía el crucifijo que habían besado sus labios moribundos. Al mirarlo, mi imaginación podía reconstruir toda la escena: el viajero que moría de frío y de hambre, y a pesar de ello luchaba por comunicar al mundo el gran secreto que había descubierto; la espantosa soledad de su muerte, cuya evidencia estaba sentada ante nosotros. Incluso me parecía que podía distinguir entre sus rasgos fuertemente marcados el parecido con los de mi pobre amigo Silvestre, su descendiente, que había muerto veinte años atrás en mis brazos, pero quizá fueran figuraciones mías. En cualquier caso, allí estaba, triste recuerdo del destino que con tanta frecuencia sorprende a los que se adentran en lo desconocido; y probablemente allí se quedaría, coronado con la pavorosa majestad de la muerte, durante siglos, para sobrecoger las miradas de los viajeros como nosotros, si es que alguien vuelve a invadir su soledad. Aquello nos dejó estupefactos, ya casi al borde de la muerte por hambre y frío como estábamos.

—Vamos —dijo sir Henry en voz baja—; esperen, le daremos un compañero.

Levantó el cuerpo muerto del hotentote Ventvógel, y lo colocó cerca del viajero Da Silvestra. Después se agachó y de un tirón arrancó el cordel putrefacto del crucifijo que le rodeaba el cuello, porque tenía los dedos demasiado fríos para intentar desatarlo. Creo que aún lo conserva. Yo cogí la pluma, y mientras escribo esto la tengo ante mí; a veces firmo con ella.

Después de dejar a aquellos dos hombres, al orgulloso blanco de una época pasada y al pobre hotentote en su eterna vigilia en medio de las nieves perpetuas, salimos arrastrándonos de la cueva al bendito sol y reanudamos el camino, preguntándonos en nuestros corazones cuántas horas pasarían hasta vernos como ellos.

Al cabo de media milla, llegamos al borde de una altiplanicie, porque el pezón de la montaña no se elevaba desde el centro mismo, aunque desde el desierto así parecía. No podíamos ver lo que se extendía a nuestros pies, porque el paisaje estaba velado por espirales de bruma matutina. Pero al poco se despejaron las capas superiores de niebla y dejaron al descubierto a unas quinientas yardas por debajo de nosotros, al final de una pendiente oblonga de nieve, una mancha de vegetación, por la que corría un arroyo; tomando el sol de la mañana, unos de pie y otros sentados, había un grupo de diez o quince grandes antílopes (a esa distancia no podíamos distinguir con claridad lo que eran).

La vista de aquellos animales nos llenó de un júbilo exorbitado. Si podíamos hacernos con ella, allí había comida en cantidad suficiente. Pero el problema consistía en cómo obtenerla. Las bestias estaban a seiscientas yardas, distancia excesiva para disparar cuando nuestra vida dependía de los resultados.

Consideramos apresuradamente la conveniencia de acechar a los animales, pero finalmente desechamos un poco a regañadientes esta posibilidad. En primer lugar, el viento no era favorable, y además era seguro que, por mucho cuidado que tuviésemos, los animales nos verían en cuanto nuestras figuras se recortasen sobre el fondo de nieve que teníamos necesariamente que atravesar.

—Bueno, habrá que intentarlo desde donde estamos —dijo sir Henry —. ¿Qué utilizamos, Quatermain, los rifles de repetición o los express?

Éste era otro problema. Los Winchesters de repetición (dos en total; Umbopa llevaba el del pobre Ventvógel y el suyo) sólo tenían un alcance de trescientas cincuenta yardas de distancia, pasada la cual disparar con ellos era más o menos una cuestión de azar. Por otra parte, si acertábamos, al ser las balas del rifle express expansivas, teníamos muchas más probabilidades de abatir al animal. Era un asunto complicado, pero decidí que debíamos arriesgarnos a utilizar los express.

—Que cada uno se encargue del que tiene enfrente. Apunten al lomo, bien alto —dije—; tú, Umbopa, darás la señal para que todos disparemos a la vez.

Se hizo una pausa; cada hombre apuntaba lo mejor que podía, como es de imaginar cuando se sabe que la propia vida depende del disparo.

—¡Fuego! —dijo Umbopa en zulú, y casi al mismo instante los tres rifles sonaron con estrépito; ante nosotros se elevaron durante unos momentos tres nubes de humo, y cientos de resonancias atravesaron la silenciosa nieve. El humo se disipó, y descubrimos, ¡oh alegría!, un gran macho que yacía sobre el lomo, pateando furiosamente en agonía de muerte. Dimos un grito de triunfo; estábamos salvados; no moriríamos de hambre. A pesar de nuestra debilidad, atravesamos a toda velocidad la pendiente de nieve que nos separaba del animal, y a los diez minutos de haber disparado teníamos el corazón y el hígado humeantes del animal ante nosotros. Pero entonces surgió una nueva dificultad; no teníamos combustible y, por tanto, no podíamos encender fuego para cocinarlo. Nos miramos desolados.

—Cuando se está muerto de hambre, no se puede ser caprichoso —dijo Good—; tendremos que comer carne cruda.

No había otra forma de resolver el dilema, y el hambre que nos corroía hacía que la proposición fuese menos desagradable de lo que habría sido en cualquier otro caso. Así que cogimos el corazón y el hígado y los enterramos durante unos minutos bajo un montón de nieve para enfriarlos. Luego los lavamos en el agua helada del arroyo, y finalmente los comimos con avidez. Parece asqueroso, pero, sinceramente, nunca había probado nada tan bueno como aquella carne cruda. Un cuarto de hora después éramos unos hombres diferentes. Recobramos la vida y el vigor, nuestros débiles pulsos se fortalecieron y la sangre empezó a correr por nuestras venas. Pero, conscientes de los resultados del exceso de alimento en un estómago vacío, tuvimos la precaución de no comer demasiado, y paramos cuando aún sentíamos hambre.

—¡Gracias a Dios! —dijo sir Henry—. Esa bestia nos ha salvado la vida. ¿Qué es, Quatermain?

Me levanté y fui a mirar el animal, porque no estaba seguro de que fuese un antílope. Era del tamaño aproximado de un burro, con grandes cuernos curvos. Nunca había visto uno igual; aquella especie era nueva para mí. Era pardo, con rayas ligeramente rojizas, y tenía un pelaje muy denso. Después descubrí que los nativos de aquel maravilloso país llaman a esta especie finco. Es muy rara, y sólo se encuentra en las grandes alturas, donde no vive ninguna otra especie. El animal había recibido el balazo en la paletilla; aunque, por supuesto, no pudimos saber quién de nosotros lo había derribado. Creo que Good, acordándose del estupendo disparo de la jirafa, se lo atribuía secretamente a su propia destreza, y los demás no le contradijimos.

Habíamos estado tan ocupados en saciar nuestros vacíos estómagos que hasta entonces no nos había dado tiempo a mirar a nuestro alrededor. Pero ahora, tras encargar a Umbopa que cuartease la mejor carne para llevarnos la mayor cantidad posible, nos pusimos a inspeccionar los alrededores. La niebla ya había aclarado, porque eran las ocho y el sol la había absorbido, de modo que pudimos apreciar con una sola mirada toda la región que se extendía ante nosotros. No sé cómo describir el magnífico panorama que se desplegaba ante nuestros ojos embelesados. Nunca he visto nada igual, y creo que nunca volveré a verlo.

Por detrás y por encima de nosotros se erguían los senos de Saba, y por debajo, a unos cinco mil pies debajo de donde nos encontrábamos, se extendían leguas y leguas del más delicioso paisaje de fértiles campos. Acá había densas manchas de grandiosos bosques, acullá un gran río serpenteaba en su lecho de plata. A la izquierda había una vasta extensión de hierba o veldt, ondulante y de color intenso, en la que distinguíamos incontables manadas de animales salvajes o reses; a esa distancia no podíamos precisarlo. A la derecha, el terreno era más o menos montañoso, es decir, se erguían colinas solitarias en mitad de la llanura, con parcelas de tierras de cultivo entre medias, en las que se veían claramente grupos de chozas de forma abovedada. El paisaje se nos ofrecía como un mapa en el que los ríos centelleaban como serpientes plateadas y se alzaban con solemne magnificencia picos como los de los Alpes, coronados de guirnaldas de nieve caprichosamente retorcidas, todo ello presidido por el sol alegre y el profundo aliento de la vida feliz de la Naturaleza.

Mientras lo contemplábamos, nos sorprendieron dos cosas. La primera, que el paisaje que teníamos ante nosotros debía encontrarse al menos a cinco mil pies por encima del desierto que habíamos atravesado, y la segunda, que todos los ríos discurrían de sur a norte. Como sabíamos por dolorosas razones, no había agua en absoluto en la zona sur de la vasta región en que nos encontrábamos, pero en la parte norte había muchos arroyos, la mayoría de los cuales parecían unirse con el gran río que podíamos ver serpenteando más allá de lo que nuestra vista alcanzaba.

Nos sentamos un rato y contemplamos en silencio el bello panorama. Finalmente, sir Henry rompió el silencio. Dijo:

—¿No hay nada en el mapa referente a la gran carretera de Salomón?

Asentí, con los ojos aún fijos en la distancia.

—¡Sí, mire; allí está! —y señaló hacia la derecha.

Good y yo miramos en aquella dirección, y allí vimos lo que parecía ser una amplia carretera que serpenteaba hacia la llanura. No la habíamos visto al principio porque, al llegar a la llanura, se adentraba en terreno accidentado. No dijimos nada; al menos, no mucho; empezábamos a perder la capacidad de asombro. Por alguna razón, no nos resultaba especialmente extraordinario encontrar una especie de calzada romana en aquella extraña tierra. Nos limitamos a aceptar el hecho sin más.

—Bueno —dijo Good—; debe quedar bastante cerca si acortamos por la derecha. ¿Les parece que iniciemos la marcha?

Era una medida prudente, y en cuanto nos hubimos lavado la cara y las manos en el río, empezamos a caminar. Durante aproximadamente una milla nos abrimos paso entre arbustos y atravesamos extensiones de nieve hasta que repentinamente, al remontar un pequeño altozano, nos topamos con la carretera, que se extendía a nuestros pies. Era una carretera espléndida, excavada en la roca viva, de al menos cincuenta pies de anchura y, al parecer, en buen estado; pero lo que resultaba curioso es que parecía empezar allí. Descendimos y nos adentramos en ella, pero a sólo cien pasos por detrás de nosotros, en dirección a los senos de Saba, desaparecía, cubierta toda la superficie de la montaña por lomas entremezcladas con extensiones de nieve.

—¿Qué le parece, Quatermain? —preguntó sir Henry.

Moví la cabeza; no se me ocurría nada.

—¡Ya la entiendo! —dijo Good—. Sin duda, la carretera pasaba por la cordillera y atravesaba el desierto hasta el otro lado, pero allí se ha cubierto de arena, y encima de nosotros ha quedado destruida por la lava fundida de una erupción volcánica.

Aquella idea parecía lógica y, en cualquier caso, la aceptamos y seguimos descendiendo por la montaña. Viajar cuesta abajo por aquel magnífico camino y con los estómagos llenos era muy diferente a caminar cuesta arriba, sobre nieve, medio muertos de hambre y casi congelados. En realidad, de no haber sido por los recuerdos melancólicos del triste destino del pobre Ventvógel, y de aquella lóbrega cueva en que quedara haciendo compañía al viejo portugués, nos hubiéramos sentido verdaderamente felices, a pesar de saber que nos acechaban peligros desconocidos. A cada milla que recorríamos, el aire se hacía más ligero y fragante, y el paisaje resplandecía ante nosotros con una belleza aún más luminosa. En cuanto a la carretera, debo decir que nunca había visto una obra de ingeniería como aquélla, aunque sir Henry dijo que la gran carretera que atraviesa el San Gotardo, en Suiza, es muy parecida. Ninguna dificultad debió ser realmente seria para el magnífico ingeniero de la antigüedad que la ideó. Llegamos a una gran hondonada de trescientos pies de anchura y al menos cien de profundidad. La vasta hondonada había sido rellenada, al parecer, por enormes bloques de piedra tallada, con arcos abiertos en el fondo para la conducción de agua, sobre los que discurría la carretera, sublime. En otro punto la carretera estaba excavada en zigzag en el borde de un precipicio de quinientos pies de profundidad, y en un tercer punto pasaba bajo un túnel en la base de un risco a lo largo de treinta yardas o más.

Observamos que los lados del túnel estaban cubiertos de originales esculturas, en su mayoría figuras con cotas de malla que conducían carros. Una de ellas, que era extraordinariamente bella, representaba una escena bélica, en la que se veía un grupo de prisioneros que marchaba penosamente en la distancia.

—Bueno —dijo sir Henry, tras inspeccionar aquella antigua obra de arte—; me parece muy bien llamar a esto carretera de Salomón, pero, en mi humilde opinión, los egipcios estuvieron aquí antes de que pusieran el pie las gentes de Salomón. Si esto no son obras egipcias, sólo puedo decir que se parecen mucho.

Hacia el mediodía habíamos descendido lo suficiente por la montaña para llegar a la región, en que podía encontrarse leña. Primero topamos con arbustos diseminados, que a medida que avanzábamos eran cada vez más numerosos, hasta que finalmente encontramos la carretera que serpenteaba entre un bosquecillo de árboles plateados semejantes a los que se ven en las laderas de la meseta de Ciudad de El Cabo. Nunca me había topado con ellos en mis viajes, excepto en El Cabo, y su presencia allí me sorprendió enormemente.

—¡Ah! —exclamó Good al observar las brillantes hojas de los árboles con evidente entusiasmo—. Aquí hay mucha leña; vamos a detenernos y a hacer la cena. Ya casi he digerido la carne cruda.

Nadie hizo la menor objeción, de modo que abandonamos la carretera y avanzamos hacia un arroyo cuyo rumor se oía a poca distancia, y al rato ya habíamos encendido un brillante fuego con ramas secas. Cortamos unos sustanciosos trozos de la carne de finco que llevábamos y procedimos a asarlos colocándolos en el extremo de unos palos afilados, al modo de los cafres, y los comimos con delectación. Una vez saciados, encendimos las pipas y nos entregamos a un placer que, comparado con las fatigas que habíamos sufrido recientemente, nos pareció punto menos que divino.

El arroyo, cuyas orillas estaban tapizadas con densas masas de una especie gigante de culantrillo entremezclado con matojos plumosos de espárragos silvestres, canturreaba alegremente a nuestro lado, el suave viento murmuraba entre las hojas de los árboles plateados, las palomas se arrullaban a nuestro alrededor y los pájaros de brillantes plumas centelleaban como gemas vivientes de rama en rama. Era como estar en el paraíso.

La magia de aquel lugar, combinada con la abrumadora sensación de los peligros que habíamos dejado atrás, y de haber llegado por fin a la tierra prometida, parecían cubrirnos con un hechizo que nos obligaba a guardar silencio. Sir Henry y Umbopa estaban sentados hablando una mezcla de inglés chapurreado y de zulú de andar por casa en voz baja, pero con animación, y yo estaba tumbado con los ojos semicerrados, sobre la fragante alfombra de helechos, y los observaba.

De repente eché en falta a Good, y miré a mi alrededor para ver qué estaba haciendo. Le descubrí sentado en la orilla del riachuelo, en el que se había bañado. Estaba desnudo, salvo por la camisa de franela, y como habían reaparecido sus hábitos naturales de extraordinaria limpieza, se hallaba entregado a la tarea de su aseo personal. Había lavado el cuello de gutapercha, sacudido con esmero los pantalones, la chaqueta y el chaleco, y en ese momento los doblaba con sumo cuidado, hasta que se encontró en disposición de ponérselos; meneó la cabeza tristemente al observar los numerosos rotos y descosidos que tenían, resultado natural de nuestro espantoso viaje. A continuación cogió las botas, las frotó con un manojo de helechos y finalmente las restregó con un trozo de grasa que había recogido cuidadosamente de la carne de finco, hasta que adquirieron un aspecto relativamente respetable. Tras inspeccionarlas detenidamente, provisto de su monóculo, se las calzó y se entregó a una nueva ocupación. De una pequeña bolsa que llevaba sacó un peine de bolsillo en el que había un pequeño espejo, y en él se examinó. Al parecer, no se encontraba satisfecho, porque empezó a peinarse con sumo cuidado. Después hizo una pausa, mientras volvía a contemplar el efecto, que aún no resultaba satisfactorio. Se palpó el mentón, en el que se habían acumulado las frondas de una barba de diez días. «No se pondrá a afeitarse…», pensé.

Pero así fue. Cogió el trozo de grasa con que había frotado las botas y lo lavó cuidadosamente en el arroyo. Después se puso a hurgar una vez más en la bolsa, de la que sacó una pequeña navaja de afeitar con guarnición, como las que usan las personas que temen cortarse o las que inician un viaje por mar. A continuación se frotó vigorosamente el rostro y el mentón con la grasa y empezó a afeitarse. Pero a todas luces, se trataba de una operación dolorosa, porque gemía mientras la realizaba, y yo tenía convulsiones de risa contenida al verle luchar contra aquella barba hirsuta. Me resultaba extraño que un hombre se molestase en afeitarse en semejante lugar y en tales circunstancias. Finalmente, logró liberarse de los pelos del lado derecho del rostro y del mentón, y en aquel momento, yo, que le observaba, percibí un destello de luz que pasó rozándole la cabeza.

Good se levantó de un salto con un juramento (si no hubiera tenido una navaja de seguridad, sin duda se habría cortado el cuello), y yo hice lo mismo, pero sin juramento, y vi lo siguiente. A poco más de veinte pasos de donde yo me encontraba, y a unos diez de Good, había un grupo de hombres. Eran muy altos y de pigmentación cobriza, y algunos llevaban grandes penachos de plumas negras y capas cortas de piel de leopardo; esto es lo que pude apreciar en aquel momento. Delante de ellos había un joven de unos diecisiete años, con la mano aún levantada y el cuerpo inclinado hacia delante en la actitud de una escultura griega de un lanzador de jabalina. Sin duda, el destello de luz que había visto era un arma que él había arrojado.

Mientras los miraba, un hombre anciano con aspecto de guerrero se adelantó unos pasos al grupo y, cogiendo al joven por el brazo, le dijo algo. A continuación avanzaron hacia nosotros.

Sir Henry, Good y Umbopa ya habían cogido sus rifles y apuntaban amenazadoramente. El grupo de nativos siguió avanzando. Se me ocurrió que no podían saber lo que era un rifle, ya que de otro modo no los hubieran tratado con tanto desprecio.

—¡Bajen los rifles! —grité a los demás, al comprender que nuestra única posibilidad de salvación estaba en la conciliación. Obedecieron y, avanzando unos pasos, me dirigí al hombre anciano que había frenado al joven.

—Saludos —dije en zulú, sin saber qué idioma debía utilizar. Para mi sorpresa, me comprendieron.

—Saludos —respondió aquel hombre, no exactamente en la misma lengua, sino en un dialecto tan estrechamente relacionado con ella que ni Umbopa ni yo tuvimos dificultad en comprenderla. En realidad, como descubrimos más tarde, el idioma que hablaban aquellas gentes era una forma arcaica de la lengua zulú, que guardaba con ella aproximadamente la misma relación que el inglés de Chaucer con el inglés del siglo diecinueve.

—¿De dónde venís? —prosiguió—. ¿Quiénes sois? ¿Y por qué los rostros de tres de vosotros son blancos y el rostro del cuarto es como el de los hijos de nuestra madre? —y señaló a Umbopa. Miré a Umbopa y me di cuenta de que tenía razón. Umbopa tenía los mismos rasgos que los hombres que había frente a mí, y lo mismo ocurría con su fuerte complexión. Pero no tenía tiempo para reflexionar sobre esa coincidencia.

—Somos extranjeros y venimos en son de paz —contesté, hablando con mucha lentitud para que me entendiesen—, y este hombre es nuestro criado.

—Mentís —replicó—; ningún extranjero puede atravesarlas montañas donde mueren todas las cosas. Pero no importan vuestras mentiras; si sois extranjeros, debéis morir, porque ningún extranjero puede vivir en la tierra de los kukuanas. Es la ley real. ¡Preparaos para morir, oh extranjeros!

Me quedé un poco titubeante ante aquellas palabras, especialmente al ver que las manos de algunos hombres del grupo descendían hacia los costados, de los que colgaban unos objetos que me parecieron cuchillos grandes y pesados.

—¿Qué dice ese tipo? —preguntó Good.

—Dice que nos van a rebanar el cuello —contesté inexorable.

—Oh, Dios mío —gimió Good y, como era su costumbre cuando estaba perplejo, se llevó la mano a la dentadura postiza, se despegó la parte superior y volvió a colocarla en la mandíbula con un chasquido. Fue un gesto sumamente afortunado, porque, a los pocos segundos, el digno grupo de kukuanas profirió al unísono un grito de terror, y retrocedió varias yardas.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Es su dentadura —susurró sir Henry con excitación—. La ha movido… ¡Quítesela, Good, quítesela!

Obedeció y deslizó la dentadura en la manga de su camisa de franela.

Al cabo de unos instantes, la curiosidad había vencido al temor, y los hombres avanzaron lentamente. Al parecer, habían olvidado sus amistosas intenciones de liquidarnos:

—¿Cómo es posible, oh extranjeros —preguntó el anciano con solemnidad—, que este hombre —y señaló a Good, que sólo llevaba la camisa de franela y no había acabado de afeitarse—, que lleva ropas y cuyas piernas están desnudas, que tiene pelo en un lado de su cara enfermiza y no en el otro, y un ojo brillante y transparente, tenga dientes que se mueven solos, que se salen de las mandíbulas y vuelven a su sitio por su propia voluntad?

—Abra la boca —le dije a Good, que inmediatamente frunció los labios y sonrió al anciano caballero como un perro furioso, mostrando ante su mirada atónita dos encías rojas delgadas como líneas, tan vírgenes de marfil como un elefante recién nacido. La concurrencia emitió un grito sofocado.

—¿Dónde están los dientes? —gritaron—. Los hemos visto con nuestros propios ojos.

Girando la cabeza con lentitud, en un gesto de inefable desprecio, Good se pasó la mano por la boca. Luego volvió a sonreír, y héteme aquí dos hileras de hermosos dientes.

El joven que había lanzado el cuchillo se arrojó al suelo y dio rienda suelta a un prolongado alarido de terror; y con respecto al anciano caballero, se le entrechocaron las rodillas de terror.

—Veo que sois espíritus —dijo en un balbuceo—. ¿Acaso algún hombre nacido de mujer tiene pelo en un lado de la cara y no en el otro, o un ojo redondo y transparente, o dientes que se mueven y se esfuman y vuelven a nos, señores?

Aquello fue un verdadero golpe de suerte, y como es de suponer, me precipité a aprovechar la oportunidad.

—Perdón concedido —repliqué con una sonrisa imperial —Pero debéis saber la verdad. Venimos de otro mundo, aunque somos hombres como vosotros; venimos— proseguí —de la estrella más grande que brilla en la noche.

—¡Ah! ¡Oh! —exclamaron a una los estupefactos aborígenes.

—Sí —proseguí—, así es. —Y volví a sonreír con benevolencia mientras pronunciaba el sorprendente embuste—. Hemos venido a quedarnos con vosotros algún tiempo, y a bendeciros con nuestra presencia. Como podéis ver, amigos, me he preparado para la visita aprendiendo vuestro idioma.

—Así es, así es —corearon.

—Pero, mi señor —intervino el anciano caballero—, lo habéis aprendido muy mal.

Le lancé una mirada de indignación que le amedrentó.

—Y ahora, amigos —proseguí—, comprenderéis que después de tan largo viaje nuestros corazones sientan la necesidad de vengar tal recibimiento, quizá fulminando a la mano impía que… que, en pocas palabras, arrojó un cuchillo a la cabeza de aquel cuyos dientes se mueven.

—Perdonadle, señores —dijo el anciano suplicante—; es el hijo del rey, y yo soy su tío. Si algo sucede, me pedirán cuentas de su sangre.

—Sí, es así —atajó el joven con gran énfasis.

—Quizá dudéis de nuestro poder para vengarnos —proseguí, haciendo caso omiso de sus palabras—. Esperad, que os lo demostraré. Tú, perro esclavo —dirigiéndome a Umbopa en tono fiero—, dame el tubo mágico que habla —y le guiñé un ojo, señalando mi rifle express.

Umbopa se puso a la altura de las circunstancias y me tendió el rifle con lo más parecido a una sonrisa que nunca había visto en su digno rostro. Con una profunda reverencia dijo:

—Aquí está, oh señor de señores.

Ahora bien, justo antes de pedir el rifle, había observado un pequeño gamo que estaba entre unas rocas a una distancia de unas setenta yardas, y decidí arriesgarme a disparar.

—¿Veis aquel animal? —dije señalando el gamo al grupo que tenía frente a mí—. Decidme, ¿es posible que un hombre nacido de mujer lo mate desde aquí con un ruido?

—No es posible, mi señor —contestó el anciano—. Pues yo lo mataré —dije tranquilamente. El anciano sonrió.

—Eso no lo puede hacer mi señor —dijo.

Alcé el rifle y apunté al gamo. Era un animal pequeño, por lo

que era fácil errar el tiro, pero sabía que no fallaría.

Aspiré una profunda bocanada de aire y apreté lentamente el gatillo. El animal estaba inmóvil como una estatua.

¡Bang, pum! El gamo dio un salto en el aire y cayó sobre las rocas, fulminado.

El grupo de nativos emitió un grito de terror.

—Si queréis carne —dije con frialdad—, id a coger ese gamo.

El anciano hizo una señal, y uno de sus seguidores se separó del grupo y volvió al poco rato con el gamo. Observé con satisfacción que le había acertado justo en el lomo. Rodearon el cuerpo de la pobre bestia, mirando con consternación el agujero que había hecho el proyectil.

—Como veis —dije—, no hablo en vano.

No hubo réplica.

—Si dudáis de nuestro poder —proseguí—, que uno de vosotros suba a esa roca y haré con él lo mismo que con este gamo.

Nadie parecía dispuesto a aceptar el reto, así que finalmente habló el hijo del rey.

—Son palabras cuerdas. Tú, tío, súbete a la roca. Lo que ha matado la magia es un gamo, pero no podrá matar a un hombre.

El anciano no aceptó la idea de buena gana. Por el contrario pareció muy molesto.

—¡No, no! —exclamó apresuradamente—. Mis viejos ojos han visto suficiente. Sin duda sois brujos. Llevémoslos ante el rey. Pero, si alguien quiere otras pruebas, que él mismo se suba a la roca, y que el tubo mágico hable.

Inmediatamente se oyeron exclamaciones de desaprobación.

—No malgastéis la magia buena en nuestros miserables cuerpos —dijo uno—; nos damos por satisfechos. Toda la magia de nuestro pueblo no puede compararse con ésta.

—Así es —secundó el anciano, en tono de intenso alivio—; así es sin duda ninguna. Escuchad, hijos de las estrellas, hijos del ojo brillante y de los dientes móviles, que rugís como el trueno y matáis desde la distancia. Soy Infadoos, hijo de Kafa, en otro tiempo rey del pueblo kukuana. Este joven es Scragga.

—Pues casi me corta el cuello —murmuró Good.

—Scragga, hijo de Twala, el gran rey; Twala, marido de mil mujeres, dueño y señor absoluto de los kukuanas, guardián de la gran carretera, terror de sus enemigos, estudioso de la magia negra, jefe de cien mil guerreros; Twala, el del ojo único, el negro, el terrible.

—Pues bien —dije displicente—, llevadnos entonces ante Twala. No hablamos con gentes inferiores ni con subordinados.

—Está bien, mis señores, os llevaremos ante él, pero el camino es largo. Estamos cazando a tres días de viaje del lugar en que vive el rey. Pero tened paciencia y os llevaremos hasta allí.

—Está bien —dije sin darle importancia—; tenemos todo el tiempo, porque nosotros no morimos. Estamos dispuestos. Llevadnos. ¡Pero tened cuidado vosotros dos, Infadoos y Scragga! No traméis nada, no nos tendáis ninguna trampa, porque, antes de que vuestros cerebros de barro hayan pensado en ello, lo sabremos y nos vengaremos. La luz del ojo transparente del que lleva las piernas desnudas y tiene media barba os destruirá y acabará con vuestra tierra; sus dientes se clavarán en vosotros y os devorarán, a vosotros y a vuestras mujeres e hijos. Los tubos mágicos os hablarán en voz alta y os dejarán como un colador. ¡Tened cuidado!

Este magnífico discurso no erró el blanco; en realidad, apenas era necesario, porque nuestros amigos ya estaban profundamente impresionados por nuestros poderes.

El anciano hizo una profunda reverencia y murmuró la palabra Koom, Koom, que después descubrí que era el saludo real, equivalente al bayéte de los zulúes, y dando media vuelta se dirigió a sus seguidores. Éstos procedieron de inmediato a recoger todos nuestros enseres y pertenencias, con objeto de transportarlos, con la única excepción de los rifles, que no querían tocar bajo ningún concepto. Incluso cogieron las ropas de Good, que estaban, como recordará el lector, pulcramente dobladas junto a él.

—Oh, mi señor del ojo transparente y los dientes que desaparecen —dijo el anciano—, dejad vuestras ropas. Sus esclavos las llevarán con mucho gusto.

—¡Pero quiero ponérmelas! —gruñó Good en inglés, nervioso.

Umbopa tradujo sus palabras.

—No, mi señor —atajó Infadoos—. ¿Es que mi señor va a ocultar sus hermosas piernas blancas —a pesar de ser muy moreno, Good tenía una piel singularmente blanca— de la vista de sus siervos? ¿En qué hemos ofendido a nuestro señor para que nos haga una cosa así?

Al oír al nativo, estuve a punto de soltar la carcajada, y entretanto, uno de los hombres del grupo inició la marcha con las ropas del capitán.

—¡Maldita sea! —gruñó Good—. Ese negro bribón se ha llevado mis ropas.

—Mire, Good —dijo sir Henry—; ha aparecido en estas tierras con un cierto aspecto y tiene que mantenerlo. No le favorecería volver a ponerse los pantalones. De aquí en adelante tendrá que vivir con una camisa de franela, las botas y el monóculo.

—Sí —dije yo—, y con bigotes en un solo lado de la cara. Si cambia alguna de estas características, pensarán que somos impostores. Lo siento mucho por usted, pero le digo en serio que tiene que hacerlo. Como empiecen a sospechar de nosotros, nuestra vida valdrá menos que un penique.

—¿De verdad piensan eso? —preguntó Good, lúgubre.

—Desde luego que sí. Sus «hermosas piernas blancas» y su monóculo son los rasgos distintivos de nuestro grupo y, como dice sir Henry, debe mantenerlos. Dé gracias al cielo por llevar las botas puestas y porque la temperatura sea cálida.

Good suspiró y no dijo nada más, pero tardó dos semanas en acostumbrarse a su atavío.

8. ENTRAMOS EN KUKUANALANDIA

Viajamos durante toda la tarde por aquella magnífica carretera, que nos conducía inexorablemente hacia el noroeste. Infadoos y Scragga caminaban con nosotros, pero sus seguidores marchaban a unos cien pasos por delante.

—Infadoos —dije al cabo de un rato—, ¿quién hizo esta carretera?

—Fue construida hace mucho tiempo, mi señor; nadie sabe cómo ni cuándo, ni siquiera Gagool, la mujer sabia, que ha vivido durante muchas generaciones. Nosotros no somos lo suficientemente viejos como para recordar su construcción. Ahora nadie puede hacer carreteras así, pero el rey no permite que en ella crezca la hierba.

—¿Y quién hizo las inscripciones que hay en las paredes de las cuevas que hemos encontrado en el camino? —pregunté, refiriéndome a las esculturas de estilo egipcio que habíamos visto.

—Mi señor, las mismas manos que construyeron la carretera hicieron las maravillosas inscripciones, pero no sabemos quién.

—¿Cuándo llegó la raza kukuana a estas tierras?

—Mi señor, nuestra raza bajó hasta aquí como el viento de una tormenta hace diez mil lunas, desde las grandes tierras que se extienden más allá —y señaló al norte—. No pudieron seguir avanzando debido a las grandes montañas que rodean el país —y señaló hacia los picos cubiertos de nieve—; así lo dicen las voces de nuestros antepasados que han llegado hasta nosotros, sus hijos, y así lo dice Gagool, la mujer sabia, la que olfatea a los hechiceros. De todos modos, el país era bueno, así que se asentaron aquí y se hicieron fuertes y poderosos, y ahora somos numerosos como las arenas del mar, y cuando Twala, el rey, convoca a sus ejércitos, sus penachos de plumas cubren la llanura hasta donde alcanza la vista de un hombre.

—Pero si el país está cercado por montañas, ¿contra quién luchan los ejércitos?

—No, mi señor, el país está abierto por allí —y de nuevo señaló al norte—, y de cuando en cuando nos atacan guerreros que llegan en nubes desde una tierra que no conocemos, y nosotros los matamos. Desde la última guerra, ha pasado la tercera parte de la vida de un hombre. En ella murieron muchos millares de guerreros, pero destruimos a los que venían a devorarnos, y desde entonces no ha habido otra guerra.

—Vuestros guerreros deben aburrirse de estar apoyados sobre sus lanzas.

—Mi señor, hubo una guerra inmediatamente después de haber destruido al pueblo que nos atacó, pero fue una guerra civil, de hermano contra hermano.

—¿Y cómo fue?

—Mi señor, el rey, mi hermanastro, tenía un hermano nacido el mismo día y de la misma mujer. Nuestras costumbres no permiten vivir a los gemelos, mi señor; el más débil debe morir. Pero la madre del rey escondió al niño más débil, que nació el último, ya que su corazón lo amaba, y el niño es Twala, el rey. Yo soy su hermano mayor, nacido de otra madre.

—¿Y bien?

—Mi señor: Kafa, nuestro padre, murió cuando nosotros llegamos a la edad viril, y le sucedió en el trono mi hermano, Imotu, que reinó durante algún tiempo y tuvo un hijo de su esposa favorita. Cuando el niño contaba tres años, inmediatamente después de la gran guerra, durante la que nadie pudo sembrar ni cosechar, el hambre asoló nuestra tierra, y el pueblo empezó a murmurar debido al hambre, y a buscar algo que llevarse a la boca como leones hambrientos. Fue entonces cuando Gagool, esa mujer sabia y terrible que nunca muere, se dirigió al pueblo con estas palabras: «El rey Imotu no es rey». Imotu estaba entonces enfermo a causa de una herida, acostado en su choza sin poder moverse.

»Entonces Gagool entró en una choza y sacó a Twala, mi hermanastro y hermano gemelo del rey, a quien había escondido desde su nacimiento entre las rocas, le arrancó la moocha (‘taparrabos’), mostró a los kukuanas la marca de la serpiente sagrada enroscada en torno a su cintura, con la que se señala al hijo mayor de un rey al nacer, y gritó en voz alta: “¡Mirad, éste es vuestro rey, a quien yo he salvado para vosotros hasta hoy!”.

Y el pueblo, enloquecido por el hambre y privado de la razón y del conocimiento de la verdad, gritó: «¡El rey! ¡El rey!», pero yo sabía que no era cierto, porque Imotu, mi hermano, era el mayor de los gemelos y nuestro rey legítimo. Y cuando el tumulto alcanzaba su punto culminante, Imotu, el rey, a pesar de estar tan enfermo, salió arrastrándose de su cabaña, con su mujer tomada de la mano y seguido por su hijito Ignosi (‘el iluminado’).

«¿A qué viene todo este ruido? —preguntó—. ¿Por qué gritáis ¡el rey!, ¡el rey!?».

»Entonces Twala, su propio hermano, nacido de la misma mujer y a la misma hora, corrió hacia él; le cogió por los cabellos, y le atravesó el corazón con su cuchillo. Y el pueblo, que es inconstante y siempre está dispuesto a adorar al sol que más calienta, empezó a batir palmas y a gritar: "¡Twala es rey! ¡Ahora sabemos que Twala es rey!"».

—¿Y qué le ocurrió a su mujer y a su hijo Ignosi? ¿También los mató Twala?

—No, mi señor. Al ver que su señor había muerto, la mujer cogió al niño dando un grito y huyó. A los dos días llegó a un kraal, hambrienta, pero nadie quiso darle comida ni leche, muerto su señor rey, porque todos los hombres detestan a los desgraciados. Pero, al anochecer, una niñita salió a escondidas y le llevó comida, y la mujer bendijo a la niña y se dirigió a las montañas con su hijo antes de que el sol saliera de nuevo, y allí habrá perecido, porque nadie la ha visto a ella ni al niño Ignosi desde entonces.

—Entonces, si Ignosi hubiera vivido, ¿sería él el verdadero rey de los kukuanas?

—Así es, mi señor; tiene la serpiente sagrada en la cintura. Si vive, él es el rey, pero, ¡ay!, hace tiempo que murió.

Mirad, mi señor —y señaló hacia un amplio grupo de chozas que se extendía en la llanura a nuestros pies, rodeado por una cerca que a su vez estaba rodeada de un gran foso—. Ése es el kraal, en que vieron por última vez a la mujer de Imotu con su hijo Ignosi. Allí es donde dormiremos esta noche, si es que —añadió dubitativo— mis señores duermen realmente en este mundo.

—Mientras estemos entre los kukuanas, mi buen amigo Infadoos, haremos lo que hacen los kukuanas —dije majestuosamente, y me volví apresuradamente para dirigirme a Good, que se arrastraba de mal humor detrás de mí, completamente ocupado en insatisfactorias tentativas de impedir que la brisa de la tarde levantara los faldones de su camisa de franela, y para mi asombro me topé con Umbopa, que caminaba inmediatamente detrás de mí y que, a todas luces, había estado escuchando con sumo interés mi conversación con Infadoos. En su rostro había una expresión extraña, la del hombre que lucha, sin lograrlo totalmente, por recordar algo olvidado tiempo atrás.

Durante todo aquel rato habíamos avanzado a buen paso hacia la llanura ondulante que se extendía a nuestros pies. Las montañas que habíamos cruzado se alzaban ahora por encima de nuestras cabezas, y los senos de Saba estaban púdicamente velados por diáfanos cendales de niebla. A medida que avanzábamos, el paisaje se hacía cada vez más hermoso. La vegetación era exuberante, sin llegar a ser tropical; el sol, brillante y cálido, no quemaba, y una deliciosa brisa soplaba suavemente por las fragantes laderas de las montañas. Verdaderamente, esta nueva tierra era poco menos que el paraíso terrenal; nunca he visto otra igual por su belleza, su riqueza natural y su clima. El Transvaal es un país hermoso, pero no tiene ni punto de comparación con Kukuanalandia.

En cuanto emprendimos la marcha, Infadoos envió un mensajero a avisar de nuestra llegada a los habitantes del kraal, que, a la sazón, estaba bajo su mando militar. El hombre partió a una velocidad extraordinaria que, según me dijo Infadoos, mantendría durante todo el camino, puesto que correr era un ejercicio muy practicado entre su pueblo.

El resultado del mensaje no se hizo esperar. Al llegar a unas dos millas de distancia del kraal vimos que, formación tras formación, los guerreros salían a las puertas del poblado y se dirigían hacia nosotros.

Sir Henry puso su mano sobre mi hombro y comentó que, al parecer, nos íbamos a encontrar con una cálida recepción. Algo en su tono de voz llamó la atención de Infadoos.

—No temáis nada, mis señores —se apresuró a decir—, porque en mi pecho no hay lugar para la traición. Este ejército se encuentra bajo mi mando y sale a recibirnos por órdenes mías.

Asentí tranquilamente, aunque en mi interior no estaba nada tranquilo.

A una media milla de las puertas del kraal había una larga franja de terreno elevado que ascendía suavemente desde la carretera. Y allí formaron las compañías. Resultaba un panorama espléndido, cada compañía compuesta por unos trescientos hombres fuertes que marchaban a paso ligero colina arriba, con lanzas centelleantes y plumas ondulantes, para ocupar el lugar que les correspondía. En el momento en que llegábamos a la colina, salían doce de estas compañías, que sumaban en total tres mil seiscientos hombres, y ocupaban sus puestos en la carretera.

Nos acercamos a la primera compañía y tuvimos la oportunidad de contemplar el más extraordinario grupo de hombres que jamás he visto. Eran todos ya maduros, en su mayoría veteranos de unos cuarenta años, y ni uno solo medía menos de seis pies y tres o cuatro pulgadas. Llevaban en la cabeza pesados penachos negros de plumas de sakaboola, como los que utilizaban nuestros guías. En torno a la cintura y bajo la rodilla derecha llevaban unos anillos blancos de rabo de buey, y con la mano izquierda sujetaban escudos redondos de unas veinte pulgadas de diámetro. Estos escudos eran muy curiosos. El armazón consistía en una plancha delgada de hierro batido, sobre la que se había superpuesto una piel blanca de buey.

Las armas que cada hombre portaba eran sencillas pero sumamente útiles; consistían en una lanza corta y muy pesada de doble filo, con mango de madera, y la hoja tenía un diámetro de unas seis pulgadas en la parte más ancha. Estas lanzas no se usaban como armas arrojadizas, sino que, al igual que el bangwan zulú o azagaya de estocada, sólo estaban destinadas a la lucha cuerpo a cuerpo, en la que la herida que infligen es terrible. Además de los bangwans, cada hombre llevaba tres cuchillos grandes y pesados, de unas dos libras. Un cuchillo iba sujeto al cinto de cola de buey, y los otros dos a la parte posterior del escudo redondo. Estos cuchillos, que los kukuanas llaman topas, cumplen la misma función que las azagayas arrojadizas de los zulúes. Un guerrero kukuana sabe lanzarlos con gran precisión a una distancia de cincuenta yardas, y tiene la costumbre de cargar contra el enemigo arrojando una verdadera andanada de ellos al entrar en el combate cuerpo a cuerpo.

Cada compañía permaneció inmóvil como estatuas de bronce hasta que llegamos frente a ellos, momento en que, obedeciendo a una señal dada por el oficial que llevaba como distintivo una capa de piel de leopardo y se encontraba unos pasos delante de la compañía, todas las lanzas se alzaron en el aire, y de las trescientas gargantas ascendió, en un súbito bramido, el saludo real de Koom. Entonces, cuando hubimos pasado, la compañía formó detrás de nosotros y nos siguió hacia el kraal, hasta que finalmente el regimiento completo de «grises» (así llamados por los escudos blancos, fuerza de choque del pueblo kukuana) marchaba a nuestra espalda a un paso que hacía temblar la tierra.

Finalmente nos separamos de la gran carretera de Salomón y llegamos al profundo foso que rodeaba el kraal, que tenía por lo menos una milla de circunferencia y estaba cercado por una fuerte empalizada de estacas hechas de troncos de árboles. En la puerta, el foso estaba cubierto por un primitivo puente levadizo que la guardia dejó caer para que pasáramos. El kraal estaba extraordinariamente bien distribuido. Por el centro discurría una amplia avenida cortada en ángulo recto por otras avenidas, dispuestas de tal modo que las cabañas quedaban separadas en bloques cuadrados, y cada bloque era el cuartel general de la compañía. Las cabañas tenían techos abovedados y estaban construidas, como las de los zulúes, con una estructura de ramas hábilmente bardadas con hierba, pero, a diferencia de las zulúes, tenían puertas por donde se podía pasar sin tropiezo. Además eran mucho más grandes y estaban rodeadas por una galería de unos seis pies de ancho, bellamente pavimentada con cal en polvo bien apisonada.

A ambos lados de la amplia avenida que cruzaba el kraal, había cientos de mujeres en fila, que habían salido a vernos atraídas por la curiosidad. Para pertenecer a una raza nativa, estas mujeres son extraordinariamente bellas. Son altas y esbeltas, con una figura maravillosamente estilizada. El pelo, a pesar de llevarlo corto, es más rizado que lanoso, los rasgos son con frecuencia aquilinos y los labios no son desagradablemente gruesos, como sucede con la mayoría de las razas africanas. Pero lo que más nos impresionó fue su porte sosegado, extraordinariamente digno. Son tan distinguidas a su modo como las damas asiduas a un salón de moda, y en este sentido difieren de las mujeres zulúes y de sus parientes, las masai, que viven más allá de la zona de Zanzibar. La curiosidad las había hecho salir para vernos, pero no permitieron que por sus labios pasara ninguna expresión de asombro o de violenta crítica mientras caminábamos, cansados, frente a ellas. Ni siquiera cuando el viejo Infadoos señaló con un movimiento subrepticio de la mano la maravilla culminante de las «hermosas piernas blancas» del pobre Good, exteriorizaron el sentimiento de admiración que sin duda dominaba su pensamiento. Se limitaron a clavar sus ojos en la blancura de nieve de sus piernas (la piel de Good es extraordinariamente blanca). Pero fue suficiente para Good, que es modesto por naturaleza.

Cuando llegamos al centro del kraal, Infadoos se detuvo a la puerta de una choza grande, que estaba rodeada a cierta distancia por un círculo de cabañas más pequeñas.

—Entrad, hijos de las estrellas —dijo en un tono de voz grandilocuente—, y dignaos descansar un poco en nuestra humilde morada. Se os traerá un poco de comida, para que no tengáis que apretaron el cinturón a causa del hambre; miel y leche y uno o dos bueyes, y unos corderos; no mucho, mis señores, pero al fin comida es.

—Está bien, Infadoos —dije—; estamos cansados de viajar por los reinos del aire; déjanos descansar.

Acto seguido entramos en la cabaña, que encontramos perfectamente dispuesta para nuestra comodidad. Habían tendido divanes de piel curtida para que descansáramos sobre ellos y habían colocado agua para que nos laváramos.

De repente oímos gritos fuera y, al acercarnos a la puerta, vimos una hilera de damiselas que portaban leche y tortas de maíz, y un cántaro de miel. Detrás de ellas venían unos jóvenes que conducían un magnífico ternero. Aceptamos los regalos, y a continuación uno de los jóvenes cogió el cuchillo de su cinto y cortó limpiamente la garganta del animal. A los diez minutos estaba muerto, desollado y troceado. Después separaron la mejor parte de la carne para nosotros, y yo, en nombre de nuestro grupo, ofrecí el resto a los guerreros que nos custodiaban, quienes lo cogieron y distribuyeron el «regalo de los hombres blancos».

Umbopa, ayudado por una joven extraordinariamente atractiva, se puso a hervir nuestra porción de carne en un gran recipiente de arcilla sobre una hoguera que encendieron a la puerta de la cabaña, y cuando ya casi estaba lista la comida, enviamos un mensaje a Infadoos en el que pedíamos a él y a Scragga, el hijo del rey, que nos acompañasen.

Vinieron al poco y se sentaron sobre unos pequeños taburetes, de los que había varios alrededor de la cabaña (porque por lo general, los kukuanas no se sientan en cuclillas, como los zulúes), y nos ayudaron a despachar nuestra cena. El anciano se mostró sumamente afable y cortés, pero nos pareció que el joven nos observaba con recelo. Al igual que los demás, estaba atemorizado por nuestra blancura y nuestros poderes mágicos; pero se me antojaba que, al descubrir que comíamos, bebíamos y dormíamos como el resto de los mortales, su temor empezaba a disiparse para dar paso a un recelo resentido, que nos hacía sentirnos bastante incómodos.

En el transcurso de la comida, sir Henry me sugirió que convendría tratar de descubrir si nuestros huéspedes sabían algo de la suerte que había corrido su hermano, o si le habían visto u oído hablar de él; pero yo pensé que sería más prudente no hablar del asunto en aquellos momentos.

Después de cenar llenamos las pipas y las encendimos, operación que dejó a Infadoos y a Scragga atónitos. Evidentemente, los kukuanas no estaban familiarizados con la costumbre divina de fumar tabaco. La planta crece en abundancia en Kukuanalandia, pero, al igual que los zulúes, sólo la utilizan en forma de rapé, y no supieron identificarla bajo aquella nueva forma.

Al cabo de un rato pregunté a Infadoos cuándo proseguiríamos el viaje, y quedé encantado al saber que habían hecho los preparativos necesarios para que pudiésemos salir a la mañana siguiente, y que ya habían enviado mensajeros para informar al rey Twala de nuestra llegada.

Al parecer, Twala se encontraba en su cuartel general, un lugar llamado Loo, dirigiendo los preparativos de la gran fiesta anual que se celebraba en la primera semana de junio. A esa asamblea acudían todos los regimientos, a excepción de ciertos destacamentos que quedaban como guarnición, y desfilaban ante el rey, y después se celebraba la caza de brujos anual.

Debíamos partir al amanecer, e Infadoos, que iba a acompañarnos, esperaba que, a no ser que nos detuviera algún percance o la crecida de un río, llegaríamos a Loo en la noche del segundo día.

Tras proporcionarnos esta información, nuestros visitantes se despidieron, deseándonos buenas noches, y tras disponer un turno de guardia, tres de nosotros nos acostamos y disfrutamos del dulce sueño que recompensa el cansancio, en tanto que el cuarto permanecía en vela, en prevención de una posible traición.

9. EL REY TWALA

No creo necesario explicar con detalle los incidentes de nuestro viaje a Loo. Nos llevó dos días de marcha por la gran carretera de Salomón, que sigue su trayectoria uniforme hasta adentrarse en el corazón de Kukuanalandia. Baste decir que, a medida que avanzábamos, parecía que la tierra se hacía cada vez más fértil, y los kraals, con el amplio cinturón de cultivos que los rodeaban, eran cada vez más numerosos. Todos estaban construidos según el mismo modelo que el primero que vimos, y protegidos por fuertes guarniciones de tropas. De hecho, en Kukuanalandia, al igual que entre los alemanes, los zulúes y los masai, todo hombre útil es soldado, de modo que toda la fuerza bélica de la nación está dispuesta a movilizarse para una guerra ofensiva o defensiva. Mientras avanzábamos, nos adelantaban cientos de guerreros que se dirigían apresuradamente hacia Loo para tomar parte en la gran revista y en la fiesta anual. Nunca había visto tropas tan magníficas.

Al atardecer del segundo día nos detuvimos para descansar un rato en la cima de unas lomas por las que discurría la carretera, desde donde se divisaba, en una hermosa y fértil llanura que se extendía ante nosotros, la ciudad de Loo. Para ser una ciudad nativa, era enorme, yo diría que de unas cinco millas de perímetro, a lo que hay que añadir los kraals que sobresalían de ella, que en las grandes ocasiones servían como acantonamiento para las tropas, y una extraña colina en forma de herradura situada a unas dos millas al norte, que estábamos destinados a conocer muy bien. Está en un lugar maravilloso, y por el centro del kraal, dividiéndolo en dos partes, discurre un río, al parecer cruzado por varios puentes, quizá el mismo que habíamos visto desde las laderas de los senos de Saba. A unas sesenta o setenta millas se alzaban de la llanura tres grandes montañas coronadas de nieve, situadas como los ángulos de un triángulo. La conformación de aquellas montañas era diferente de las de Saba; en lugar de ser suave y redondeada, era escarpada y rocosa.

Infadoos vio que las mirábamos e hizo la siguiente observación:

—La carretera termina allí —dijo, señalando hacia las montañas conocidas entre los kukuanas como «Las tres brujas».

—¿Por qué termina ahí? —pregunté.

—¿Y quién lo sabe? —contestó encogiéndose de hombros—. Las montañas están llenas de cuevas, y entre ellas hay una gran sima. Allí es donde acudían los hombres sabios de la antigüedad a buscar aquello por lo que venían a este país, y también allí es donde ahora están enterrados nuestros reyes, en el Lugar de la Muerte.

—¿A qué venían aquellos hombres? —pregunté con ansiedad.

—No lo sé. Mis señores, que vienen de las estrellas, deben saberlo —respondió con una mirada rápida. Evidentemente, sabía más de lo que estaba dispuesto a decir.

—Sí —proseguí—, tienes razón; en las estrellas sabemos muchas cosas. He oído decir, por ejemplo, que los hombres sabios de la antigüedad iban a esas montañas a buscar piedras brillantes, bonitos juguetes y hierro amarillo.

—Mi señor es sabio —replicó con frialdad—. Yo no soy más que un niño y no puedo hablar de tales cosas con él. Mi señor debe hablar con la vieja Gagool, que es tan sabia como mi señor y está en la ciudad del rey.

Y se alejó. En cuanto se hubo marchado, me volví hacia los otros y señalé las montañas. —Ahí están las minas de diamantes del rey Salomón — dije.

Umbopa estaba con ellos, al parecer sumido en uno de los accesos de meditación tan corrientes en él, y comprendió mis palabras.

—Sí, Macumazahn —dijo en zulú—, los diamantes están sin duda allí y los conseguiréis, puesto que a vosotros, los blancos, os gustan tanto los juguetes y el dinero.

—¿Cómo sabes eso, Umbopa? —pregunté ásperamente, porque no me gustaba su tono misterioso.

Se echó a reír.

—Lo soñé anoche, hombres blancos —y a continuación giró sobre sus talones y se marchó.

—¿Qué le ocurre a nuestro amigo negro? —dijo sir Henry—. Sabe más de lo que dice, eso está claro. A propósito, Quatermain, ¿ha oído decir algo sobre…, sobre mi hermano?

—No, no sabe nada. Ha preguntado a todos aquellos con los que ha entablado amistad, pero todos declaran que nunca se había visto a un hombre blanco en este país antes de llegar nosotros.

—¿Cree que realmente ha llegado hasta aquí? —preguntó Good—. Nosotros lo hemos conseguido por puro milagro. ¿Es posible que él llegara sin el mapa?

—No lo sé —repuso sir Henry, sombrío—, pero estoy convencido de que lo encontraré de una u otra forma.

El sol se puso lentamente, y de pronto la oscuridad descendió sobre la tierra como un objeto tangible. No había respiro entre el día y la noche; no se produjo una escena de suave transformación, porque en aquellas latitudes no existe el crepúsculo. El paso del día a la noche es tan rápido y tan absoluto como el paso de la vida a la muerte. El sol se puso y el mundo quedó envuelto en sombras. Aunque no por mucho tiempo, porque por el este se vio un resplandor, después una orla de luz plateada y, finalmente, apareció sobre la llanura una luna llena magnífica, que lanzaba sus brillantes flechas por todas partes, llenando la tierra de un trémulo fulgor, como refulge el brillo de las buenas obras de un hombre sobre su pequeño mundo cuando su sol se ha puesto, iluminando a los viajeros de ánimo débil hacia un crepúsculo más pleno.

Permanecimos contemplando el panorama maravilloso, mientras las estrellas palidecían ante aquella casta majestad, y sentimos que nuestros corazones se elevaban ante una belleza que no podíamos comprender y mucho menos describir. Lector, mi vida ha sido muy dura, pero hay algunas cosas por las que agradezco haber vivido, y una de ellas es haber visto salir la luna en Kukuanalandia.

De pronto nuestras meditaciones se vieron interrumpidas por nuestro cortés amigo Infadoos.

—Si mis señores han descansado, podemos seguir el viaje hacia Loo, donde se ha preparado una choza para que pasen la noche mis señores. La luna brilla, así que no tropezaremos por el camino.

Asentimos, y al cabo de una hora nos encontrábamos en las afueras de la ciudad, cuya extensión, señalada por millares de hogueras, parecía absolutamente interminable. Good, que siempre estaba dispuesto a hacer un chiste malo, la bautizó como «Loo Ilimitada». Al poco llegamos a una puerta con un puente levadizo, y al atravesarla nos recibieron con un estrépito de armas y el ronco reto de un centinela. Infadoos dio una consigna que no entendí, a la que respondieron con un saludo, y atravesamos la calle principal de la gran ciudad. Tras casi media hora de marcha, durante la que pasamos ante interminables hileras de cabañas, Infadoos se detuvo ante las puertas que resguardaban un pequeño grupo de cabañas que rodeaban un patio de suelo de tierra apisonada, y nos informó de que aquello era nuestro «pobre cuartel general».

Entramos y vimos que nos habían asignado una cabaña a cada uno de nosotros. Aquellas cabañas eran mucho mejores que las que habíamos visto anteriormente, y en cada una de ellas había una cómoda cama hecha a base de pieles curtidas desplegadas sobre colchones de hierbas aromáticas. También nos habían preparado comida, y en cuanto nos hubimos lavado con el agua que contenían unos jarros de arcilla, unas jóvenes muy hermosas nos trajeron carne asada y tortas de maíz primorosamente servidas en fuentes de madera, y nos lo ofrecieron con grandes reverencias.

Comimos y bebimos y, después que hubieron llevado todas las camas a una sola cabaña a petición nuestra, precaución que hizo sonreír a las jóvenes, nos sumimos en un profundo sueño, completamente agotados por el largo viaje.

Al despertarnos, vimos que el sol estaba muy alto y que nuestras sirvientas, a las que no parecía preocupar ningún sentimiento de falsa vergüenza, ya habían entrado en la cabaña, pues les habían ordenado que nos sirvieran y que nos ayudaran a «prepararnos».

—Sí, sí…, prepararnos —refunfuñó Good—. Cuando sólo se tienen una camisa de franela y unas botas, no se necesita mucho tiempo. Me gustaría que les pidiera mis pantalones.

Así lo hice, pero me dijeron que ya habían llevado aquellas sagradas reliquias al rey, quien nos recibiría antes del mediodía.

Tras rogar a aquellas damas que salieran de la cabaña, cosa que las dejó atónitas y un tanto decepcionadas, procedimos a arreglarnos lo mejor que pudimos en semejantes circunstancias. Good incluso llegó al extremo de volver a afeitarse el lado derecho de la cara; le convencimos de que bajo ningún concepto debía tocar el lado izquierdo, en el que había crecido una barba bastante poblada. Nosotros nos conformamos con lavarnos y peinarnos. Los bucles rubios de sir Henry le llegaban casi hasta los hombros, y parecía más que nunca un antiguo danés, en tanto que mi mata de pelo canoso tenía ya una pulgada, en lugar de la media que considero su longitud normal.

Una vez que hubimos desayunado y fumado una pipa, nos hicieron llegar un mensaje a través de un personaje no menos importante que Infadoos, en el que se nos comunicaba que Twala, el rey, estaba dispuesto a recibirnos si queríamos acudir.

Respondimos que preferiríamos esperar a que el sol estuviese un poco más alto, porque aún estábamos cansados del viaje, etc., etc. Siempre es conveniente, en el trato con gentes incivilizadas, no apresurarse demasiado. Tienen inclinación a confundir la cortesía con el temor o el servilismo. Así que, aunque estábamos tan ansiosos por ver a Twala como pudiera estarlo Twala por vernos a nosotros, nos sentamos a esperar durante una hora, intervalo que empleamos en preparar los regalos que nos permitían nuestras escasas pertenencias, a saber, el rifle Winchester que había utilizado el pobre Ventvógel y unas cuentas de vidrio. Decidimos regalar el rifle con su munición a Su Alteza Real, y destinamos las cuentas de vidrio a sus mujeres y cortesanos. Ya habíamos dado unas cuantas a Infadoos y a Scragga, y descubrimos que estaban encantados con ellas, ya que nunca habían visto nada parecido. Por fin les dijimos que ya estábamos listos y, guiados por Infadoos, nos dirigimos a la recepción, tras encargar a Umbopa que llevase el rifle y las cuentas.

Después de caminar unos cientos de yardas, llegamos a un cercado similar al que circundaba las cabañas que se nos habían asignado, pero cincuenta veces mayor. Su extensión no debía ser menor de unos seis o siete acres. Alrededor de la valla exterior había una hilera de cabañas que constituían las habitaciones de las esposas del rey. Justamente frente a la puerta de entrada, al otro lado del espacio abierto, había una cabaña muy grande, aislada, en la que residía Su Majestad. El resto era espacio abierto, mejor dicho, hubiera sido espacio abierto de no haber estado cubierto por una formación tras otra de guerreros, que se habían congregado allí en número de siete u ocho mil. Aquellos hombres permanecían inmóviles como estatuas mientras avanzábamos entre ellos, y sería imposible dar una idea de la magnificencia del espectáculo que ofrecían, con sus penachos ondeantes, sus lanzas refulgentes y sus escudos de hierro guarnecidos de piel de buey.

El espacio frente a la cabaña grande estaba despejado, pero habían colocado unos cuantos taburetes. A una señal de Infadoos, nos sentamos en tres de ellos, y Umbopa se quedó de pie detrás de nosotros. Infadoos tomó posición junto a la puerta de la cabaña. En esta postura esperamos durante diez minutos o más, en medio de un silencio absoluto, conscientes de ser el objeto de la mirada concentrada de ocho mil pares de ojos. Resultó una prueba dura, pero la superamos lo mejor que pudimos. Finalmente se abrió la puerta de la choza, y apareció una figura gigantesca, con un espléndido manto de piel de tigre sobre los hombros, seguida de Scragga y de lo que pareció ser un mono marchito envuelto en una capa de pieles. La gigantesca figura se sentó en un taburete, Scragga se quedó de pie detrás de él y el mono marchito se arrastró a cuatro patas hasta la sombra de la cabaña y se acurrucó.

El silencio era absoluto.

De repente, la gigantesca figura se despojó del manto y se puso de pie frente a nosotros; era un espectáculo verdaderamente alarmante. Era un hombre enorme, con el aspecto más repulsivo que habíamos visto jamás. Tenía los labios gruesos como los de un negro, la nariz chata, un solo ojo reluciente y negro (el otro estaba representado por un hueco en la cara), y su expresión era cruel y sensual en grado sumo. En su enorme cabeza se erigía un magnífico penacho de plumas blancas de avestruz, el cuerpo estaba cubierto por una brillante cota de malla, en tanto que en torno a la cintura y la rodilla derecha llevaba el adorno usual de colas de buey blanco. Con la mano derecha empuñaba una enorme lanza. En el cuello llevaba una gruesa gargantilla de oro, y sujeto a la frente un diamante descomunal sin tallar.

Aún seguía el silencio, pero no duró mucho tiempo. De repente, la enorme figura, a quien con razón habíamos tomado por el rey, alzó la gran lanza que llevaba en la mano. Al instante se elevaron ocho mil lanzas en respuesta, y ocho mil gargantas dejaron escapar el saludo real de Koom. Esto se repitió tres veces, y cada vez la tierra se estremeció con el ruido, que sólo puede compararse con las notas más profundas del trueno.

—Humíllate, oh pueblo —dijo una voz débil que parecía proceder del mono sentado a la sombra—, es el rey.

—¡Es el rey! —respondieron al unísono ocho mil gargantas—. ¡Humíllate, oh pueblo, es el rey!

Después volvió a hacerse el silencio, un silencio absoluto. Pero se rompió de repente. Un soldado que había a nuestra izquierda soltó su escudo, que cayó con estrépito en el suelo de arcilla.

Twala dirigió su frío ojo hacia el lugar en que se había producido el ruido.

—Acércate —dijo con voz de trueno.

Un hermoso joven salió de las filas y se presentó ante él.

—¿Es tuyo el escudo que se ha caído, verdad, perro estúpido? ¿Acaso quieres avergonzarme ante los ojos de los extranjeros que vienen de las estrellas? ¿Qué tienes que decir?

Vimos cómo el pobre hombre palidecía bajo su oscura piel.

—Ha sido un accidente, oh ternero de la vaca negra —murmuró el guerrero.

—Entonces, es un accidente por el que habrás de pagar. Me has puesto en evidencia. Prepárate a morir.

—Yo soy el buey del rey —respondió en voz baja.

—Scragga —bramó el rey—, enséñame cómo usas la lanza. Mátame a este perro estúpido.

Scragga dio unos pasos al frente con una fea mueca y levantó su lanza. La pobre víctima se cubrió los ojos con la mano y se quedó inmóvil. Nosotros estábamos petrificados de terror.

Una, dos veces agitó la lanza y descargó el golpe, y, oh, Dios mío, la lanza atravesó al joven, sobresaliendo un palmo de la espalda del soldado. Agitó los brazos en el aire y cayó muerto. De la multitud emergió algo parecido a un murmullo que fue extendiéndose y finalmente se desvaneció. La tragedia se había consumado. Allí estaba el cadáver, pero nosotros aún no habíamos tomado conciencia de que tal tragedia hubiese tenido lugar. Sir Henry se levantó de un salto y soltó un terrible juramento, y después, vencido por la fuerza del silencio reinante, volvió a sentarse.

—Ha sido un buen lanzazo —dijo el rey—. Lleváoslo.

Cuatro hombres salieron de las filas, levantaron el cuerpo del hombre asesinado y se lo llevaron.

—Cubrid las manchas de sangre, cubridlas —dijo la voz débil procedente de la figura simiesca—; el rey ha hablado, la sentencia del rey se ha cumplido.

A los pocos instantes salió una joven que estaba detrás de la cabaña con un jarro de cal en polvo y lo esparció sobre las manchas rojas, que desaparecieron de la vista.

Entretanto, sir Henry estaba fuera de sí por lo que había ocurrido; nos costó mucho trabajo convencerlo de que se estuviera callado.

—Siéntese, por lo que más quiera —susurré—; nuestras vidas dependen de ello.

Cedió y se quedó quieto.

Twala permaneció sentado inmóvil hasta que desaparecieron los restos de la tragedia; entonces se dirigió a nosotros diciendo:

—Hombres blancos que venís de un lugar que no conozco y por razones que ignoro; os saludo.

—Saludos, Twala, rey de los kukuanas —repliqué.

—Venimos de las estrellas, y no nos preguntes cómo hemos llegado hasta aquí. Hemos venido a ver esta tierra.

—Venís desde muy lejos para ver una cosa tan pequeña. Y ese hombre que os acompaña —dijo señalando a Umbopa—, ¿también viene él de las estrellas?

—Sí, también. En los cielos también hay gente de vuestro color. Pero no preguntes cosas que son demasiado elevadas para ti, rey Twala.

—Habláis en voz muy alta, moradores de las estrellas —replicó Twala en un tono que no me gustó nada—. Recordad que las estrellas están muy lejos y que vosotros estáis aquí. ¿Qué os parecería si os hiciera lo mismo que al que acaban de llevarse?

Solté una gran carcajada, a pesar de que no tenía ninguna gana de reír.

—Oh rey —dije—, ten cuidado; anda con pies de plomo, no vaya a ser que te caigas; sujeta bien la lanza, no vaya a ser que te cortes las manos. Si nos tocas un solo pelo de la cabeza, la destrucción se abatirá sobre ti. Acaso éstos —y señalé a Infadoos y Scragga, que el muy villano estaba ocupado en limpiar la sangre del soldado de su lanza— ¿no te han dicho qué clase de personas somos? ¿Has visto alguna vez a alguien como nosotros? —y señalé a Good, con la seguridad de que nunca había visto a nadie que guardase el menor parecido con él, dado el aspecto que presentaba en aquel momento.

—Cierto, no lo he visto —dijo el rey.

—¿No te han contado que matamos desde lejos? —proseguí.

—Sí, me lo han contado, pero no lo he creído. Mostrádmelo. Mata a uno de esos hombres que están allí —dijo, señalando hacia el otro lado del kraal—, y entonces lo creeré.

—No —respondí—; nosotros no derramamos sangre humana excepto en justo castigo, pero si quieres verlo, ordena a tus sirvientes que traigan un buey y lo conduzcan por la puerta del kraal, y antes de que haya dado veinte pasos lo mataré.

—No —dijo el rey riendo—; mata a un hombre y creeré.

—Muy bien, rey, se hará como deseas —contesté con frialdad—; camina hacia la explanada, y antes de que tus pies lleguen a las puertas del poblado, habrás muerto; o si no quieres ir tú, envía a tu hijo Scragga —a quien en esos momentos hubiera matado con mucho gusto.

Al oír mi sugerencia, Scragga soltó una especie de alarido y huyó precipitadamente hacia la choza.

—Que traigan un novillo —dijo el rey.

Inmediatamente partieron dos hombres.

—Y ahora, sir Henry —dije—, dispare usted. Quiero demostrar a este rufián que yo no soy el único mago del grupo.

Sir Henry cogió el express y se preparó.

—Espero hacer un buen tiro —gimió.

—Tiene que hacerlo —repliqué—. Si falla el primer disparo, dispare de nuevo. Apunte a ciento cincuenta yardas y espere a que el animal se ponga de lado.

Se hizo el silencio, y finalmente vimos un buey que entraba corriendo por las puertas del kraal. Al ver tanta gente, se detuvo estúpidamente, se dio la vuelta y mugió.

—Ahora es el momento —susurré.

El rifle se elevó.

¡Bang, pum!, y el buey pateaba tendido sobre el lomo, con una bala en las costillas. El proyectil había hecho un buen trabajo, y un suspiro de asombro se escapó de las gargantas de las ocho mil personas allí congregadas.

Me di la vuelta con frialdad…

—¿Te he mentido, rey?

—No, hombre blanco; me has dicho la verdad —respondió el rey con cierto temor.

—Escucha, Twala —proseguí—. Tú lo has visto. Debes saber que venimos en son de paz, no queremos guerra. Mira esto y levanté el Winchester de repetición. —Aquí tienes este tubo hueco que te permitirá matar como lo hacemos nosotros. Sólo te pongo una condición, y es que no mates con él a ningún hombre. Si lo levantas contra un hombre, te matará a ti. Espera, te lo mostraré. Ordena a uno de tus hombres que avance cuarenta pasos y que clave el mango de una lanza en el suelo de forma que la hoja mire hacia nosotros.

A los pocos segundos se cumplieron las órdenes.

—Ahora voy a romper la lanza.

Apunté con sumo cuidado y disparé. El proyectil golpeó la lanza y la hoja saltó hecha añicos.

De nuevo se elevó de la multitud un suspiro de asombro.

—Bien, Twala —dije, tendiéndole el rifle—, te regalamos este tubo mágico, y poco a poco te iré enseñando a usarlo, pero no utilices la magia de las estrellas contra los hombres de la tierra.

Lo cogió con suma cautela y lo colocó a sus pies. Al mismo tiempo observé que la apergaminada figura simiesca se deslizaba hacia nosotros desde la sombra de la cabaña. Iba a cuatro patas, pero, al llegar al lugar en que se encontraba el rey, se puso de pie y, arrancando la piel que le cubría la cara, dejó ver unas facciones extraordinariamente raras. Al parecer, se trataba de una mujer muy anciana, tan encogida que no era más alta que un niño de un año, y su cara estaba formada por una acumulación de profundas arrugas amarillas. Entre las arrugas había una hendidura que representaba la boca, bajo la que se curvaba una afilada barbilla. No se podía decir que tuviese nariz. Su rostro podía tomarse por el de un cadáver secado al sol de no ser por los ojos, grandes y negros, aún llenos de fuego e inteligencia, que brillaban y jugueteaban bajo las níveas cejas y el prominente cráneo de color pergamino, como gemas en un osario. Su cráneo estaba totalmente pelado y era de color amarillo, en tanto que el cuero cabelludo se movía y contraía como la cabeza de una cobra.

La figura a la que pertenecía aquel espantoso rostro, que al mirarlo nos provocó un escalofrío de temor, se quedó inmóvil durante unos momentos, y de repente extendió una esquelética garra armada de unas uñas de casi una pulgada de largo y la posó en el hombro del rey, Twala, y empezó a hablar con una voz débil y chillona:

—¡Escucha, oh rey! ¡Escucha, oh pueblo! ¡Escuchad, oh montañas y llanuras y ríos, hogar de la raza de los kukuanas! ¡Escuchad, oh cielos y sol, oh lluvia y tormentas y niebla! ¡Escuchad, cosas todas que viven y deben morir! ¡Escuchad, cosas muertas que habrán de vivir de nuevo, para morir de nuevo! ¡Escuchad; el espíritu de la vida habita en mí y yo profetizo! ¡Yo profetizo! ¡Yo profetizo!

Las palabras se desvanecieron con un leve gemido y el terror pareció apoderarse de los corazones de todos los que la escuchaban, incluidos nosotros. La anciana era verdaderamente horripilante.

—¡Sangre, sangre, sangre! Ríos de sangre; sangre por todas partes, la huelo, la veo, siento su sabor. Es salada. Corre por el suelo, roja, cae de los cielos como la lluvia.

»¡Pasos, pasos, pasos! Las pisadas de los hombres blancos que vienen de muy lejos. Sacuden la tierra; la tierra tiembla ante su amo.

»La sangre es buena, la roja sangre es brillante; no existe olor comparable al de la sangre recién derramada. Los leones la lamerán y rugirán, los buitres lavarán sus alas en ella y chillarán de alegría.

»¡Soy vieja! ¡Soy vieja! He visto mucha sangre, ¡ja, ja!, pero aún habré de ver más hasta que muera, y me siento feliz. ¿Cuántos años creéis que tengo? Vuestros padres me conocieron, y sus padres me conocieron también, y los padres de sus padres. He visto al hombre blanco y conozco sus deseos. Yo soy vieja, pero las montañas son más viejas que yo. Decidme, ¿quién construyó la gran carretera? Decidme, ¿quién hizo las inscripciones en las rocas? Decidme, ¿quién erigió los Tres Silenciosos que miran a través de la sima? Y señaló hacia las tres montañas escarpadas que habíamos observado la noche anterior.

—No lo sabéis, pero yo sí. Fue un pueblo de hombres blancos que llegaron aquí antes que vosotros, que estarán aquí cuando vosotros no existáis, que os devorarán y os destruirán. ¡A vosotros! ¡A vosotros!¡A vosotros!

»¿Y a qué vinieron los hombres blancos, los hombres terribles, los sabios en magia y en todas las ciencias, los fuertes, los indestructibles? ¿Qué es esa piedra brillante que llevas en la frente, oh rey? ¿Qué manos hicieron los adornos de hierro que llevas sobre el pecho, oh rey? Tú no lo sabes, pero yo sí. ¡Yo, la vieja, yo, la sabia, yo, la isanusi (‘bruja’)!

Volvió su cabeza calva, como de buitre, hacia nosotros y prosiguió:

—¿Qué buscáis, hombres blancos de las estrellas? ¡Ya, claro, de las estrellas! ¿Buscáis al que se ha perdido? No lo encontraréis aquí. No está aquí. Durante siglos y siglos, ningún pie blanco ha hollado esta tierra, ninguno, excepto uno, y sólo para morir. Venís a buscar piedras brillantes, lo sé; yo lo sé. Las encontraréis cuando la sangre se haya secado, pero ¿regresaréis al lugar de donde venís u os quedaréis aquí conmigo? ¡Ja, ja, ja!

»Y tú, el de piel oscura y porte orgulloso —prosiguió señalando con un dedo esquelético a Umbopa—, ¿quién eres tú, y qué buscas tú aquí? No buscas piedras brillantes, ni metal amarillo que refulge, porque eso lo dejas para los “hombres blancos de las estrellas”. Me parece que te conozco; me parece que puedo oler el olor de la sangre de tus venas. Quítate el taparrabos.

En ese momento se convulsionaron los rasgos de aquella extraordinaria criatura y cayó al suelo echando espuma por la boca, presa de un ataque de epilepsia, y se la llevaron a la cabaña.

El rey se puso de pie temblando e hizo un gesto con la mano. Al momento empezaron a desfilar los guerreros, y al cabo de diez minutos la gran explanada quedó despejada, excepto por la presencia del rey, sus siervos y nosotros tres.

—Hombres blancos —dijo el rey—, ha pasado por mi mente la idea de mataros. Gagool ha dicho extrañas palabras. ¿Qué decís vosotros?

Me eché a reír.

—Ten cuidado, oh rey, no es fácil matarnos. Ya has visto la suerte que ha corrido el buey. ¿Quieres que te ocurra lo mismo que a él?

El rey frunció el ceño.

—No se debe amenazar a un rey.

—No amenazamos, sólo decimos la verdad. Trata de matarnos, oh rey, y lo sabrás.

Aquel hombre gigantesco se pasó la mano por la frente.

—Id en paz —dijo por fin—. Esta noche se celebra la gran danza. Vosotros la veréis. No temáis que os tienda una trampa. Mañana pensaré lo que debo hacer.

—Está bien, oh rey —repliqué con displicencia, y a continuación, acompañados por Infadoos, nos pusimos de pie y regresamos a nuestro kraal.

10. LA CAZA DE BRUJOS

Al llegar a nuestra cabaña, hice una señal a Infadoos para que entrase.

—Ahora, Infadoos —dije—, nos gustaría hablar contigo.

—Que mis señores hablen.

—Infadoos, nos parece que el rey Twala es un hombre cruel.

—Así es, mis señores. ¡Ay! La tierra clama por sus crueldades. Esta noche lo veréis. Es la gran caza de brujos, y muchos serán acusados de hechiceros y morirán. Nadie está a salvo. Si el rey codicia el ganado de un hombre, o la vida de un hombre, o si teme que un hombre vaya a incitar una rebelión contra él, entonces Gagool, a quien ya habéis visto, o alguna de las mujeres rastreadoras de brujos a las que ella ha instruido, acusarán a aquel hombre de hechicería y le matarán. Muchos morirán antes de que palidezca la luna esta noche. Siempre ocurre así. Quizá yo también muera. Hasta ahora me he librado porque soy muy hábil en la guerra y querido por los soldados, pero no sé cuánto tiempo viviré. La tierra gime por las crueldades de Twala, el rey; está cansada de él y de sus derramamientos de sangre.

—Entonces, Infadoos, ¿por qué no le derroca el pueblo?

—No, mis señores, él es el rey y, si muriese, Scragga ocuparía el trono en su lugar, y el corazón de Scragga es aún más negro que el de su padre Twala. Si Scragga fuese rey, el yugo que ciñe nuestros cuellos sería más pesado que el yugo de Twala. Si Imotu no hubiese sido asesinado, o si Ignosi, su hijo, viviese, todo hubiera sido diferente, pero ambos están muertos.

—¿Cómo sabes que Ignosi está muerto? —dijo una voz a nuestra espalda. Miramos y nos quedamos atónitos al comprobar que el que había hablado era Umbopa.

—¿Qué quieres decir, muchacho? —preguntó Infadoos—. ¿Quién te ha dado permiso para hablar?

—Escucha, Infadoos —replicó, porque voy a contarte una historia. Hace años fue asesinado el rey Imotu en este país, y su mujer huyó con su hijo Ignosi. ¿Es cierto?

—Así es.

—Se dijo que la mujer y el niño habían muerto en las montañas. ¿No es así?

—Así es.

—Pues bien, lo que en realidad sucedió es que Ignosi y su madre no murieron. Cruzaron las montañas y fueron conducidos por una tribu nómada del desierto más allá de las dunas hasta llegar a una tierra en que había agua, árboles y prados.

—¿Cómo sabes tú ese?

—Escucha. Siguieron viajando durante muchos meses hasta llegar a una tierra en que un pueblo llamado los amazulu, que también pertenecen a la raza de los kukuanas, vivía de la guerra, y con ellos permanecieron muchos años, hasta que finalmente murió la madre. Entonces el hijo, Ignosi, volvió a la vida nómada y llegó a esas tierras maravillosas en las que habitan los hombres blancos, y durante muchos años aprendió la sabiduría de los hombres blancos. —Es una bonita historia— dijo Infadoos incrédulo.

—Vivió allí durante muchos años, trabajando como sirviente y soldado, pero guardaba en su corazón todo lo que su madre le había contado sobre su lugar de origen y alimentaba la idea de volver a su propio pueblo y a la casa de su padre antes de morir. Durante muchos años vivió esperando, y por fin llegó el momento, como siempre le sucede a aquel que sabe esperar, y conoció a unos hombres blancos que deseaban llegar a estas tierras desconocidas y se unió a ellos. Los hombres blancos partieron y viajaron durante muchos días, en busca de alguien que se había perdido hace tiempo. Atravesaron el desierto ardiente, atravesaron las montañas cubiertas de nieve y llegaron a la tierra de los kukuanas, y allí te conocieron a ti, oh Infadoos.

—Tienes que estar loco para hablar así —dijo atónito el viejo guerrero.

—Si lo crees así, mira, te mostraré una cosa, oh tío mío. ¡Yo soy Ignosi, legítimo rey de los kukuanas!

Y diciendo esto, se despojó con un rápido movimiento del moocha o taparrabos que llevaba en torno a la cintura y se quedó desnudo ante nosotros.

—Mira —dijo—, ¿qué es esto?

Y señaló una marca que representaba una gran serpiente, cuya cola desaparecía en la boca abierta justo por encima de las ingles, tatuada en azul en torno a su cintura.

Infadoos lo miró con ojos desorbitados y cayó de rodillas ante él.

—¡Koom, koom! —exclamó—. ¡Es el hijo de mi hermano, es el rey!

—¿Es que no te lo había dicho, tío? Levántate. Aún no soy el rey, pero con tu ayuda y con la ayuda de estos valientes hombres blancos, que son mis amigos, lo seré. Pero la anciana Gagool tiene razón; la tierra habrá de cubrirse de ríos de sangre primero, y la suya formará parte de esos ríos, porque ella mató a mi padre con sus palabras e hizo huir a mi madre. Y ahora, Infadoos, elige. ¿Quieres darme la mano y ponerte a mi lado? ¿Quieres compartir los peligros que me acechan y ayudarme a derrocar a ese tirano asesino o no? Elige.

El anciano se llevó la mano a la cabeza y se puso a pensar. Después se levantó; dio unos pasos hacia donde se encontraba Umbopa, o mejor dicho, Ignosi, se arrodilló ante él y le cogió la mano.

—Ignosi, legítimo rey de los kukuanas, te doy la mano y estaré a tu lado hasta la muerte. Cuando eras un niño recién nacido, te tuve sobre mis rodillas, y ahora mi viejo brazo luchará por ti y por la libertad.

—Está bien, Infadoos. Si salgo victorioso, tú serás el más grande hombre del reino después del rey. Si fracaso, sólo te espera la muerte, pero la muerte no está muy lejos de ti. Levántate, tío.

Y vosotros, hombres blancos, ¿queréis ayudarme? ¿Qué puedo ofreceros? Las piedras blancas, si alcanzo la victoria y puedo encontrarlas; tendréis tantas como podáis llevaros. ¿Es eso suficiente para vosotros?

Traduje sus palabras.

—Dígale —contestó sir Henry— que no conoce a los ingleses. La riqueza es deseable y, si nos topamos con ella, la aceptaremos, pero un caballero no se vende por dinero. Por lo que a mí respecta, sólo tengo que decir una cosa: siempre me ha gustado Umbopa y, mientras tenga fuerzas, permaneceré a su lado en este asunto. Sería muy agradable tratar de ajustar cuentas con ese cruel villano de Twala. ¿Qué dicen ustedes, Good y Quatermain?

—Bien —dijo Good—, adoptaré el lenguaje de la hipérbole, que tanto complace a estas gentes; puede decirle que el combate es siempre deseable y que calienta el corazón, y que en lo que a mí respecta, estoy de su parte. La única condición que pongo es que me permita llevar mis pantalones.

Traduje las palabras de ambos.

—Está bien, amigos míos —dijo Ignosi, antes Umbopa—. ¿Y qué dices tú, Macumazahn? ¿Estás conmigo, viejo cazador, más astuto que un búfalo herido?

Pensé durante unos momentos y me rasqué la cabeza.

—Umbopa o Ignosi —dije—, no me gustan las revoluciones. Yo soy hombre de paz, y un poco cobarde —al decir esto, Umbopa sonrió—, pero, por otra parte, soy fiel a mis amigos, Ignosi. Tú nos has sido fiel y te has portado como un hombre yo te seré fiel. Pero ten en cuenta que yo soy un comerciante y tengo que ganarme la vida, de modo que acepto tu oferte acerca de esos diamantes en caso de que estemos en situación de hacernos con ellos. Otra cosa: hemos venido aquí como sabes, a buscar al hermano perdido del Incubu (sis Henry). Debes ayudarnos a buscarlo.

—Lo haré —replicó Ignosi—. Fíjate, Infadoos, y por el signe de la serpiente que rodea mi cintura, dime la verdad. ¿Sabe si algún hombre blanco ha puesto el pie en esta tierra?

—No, oh Ignosi.

—Si se hubiera visto a un hombre blanco por aquí, o si se hubiera oído hablar de él, ¿lo sabrías tú?

—Sin duda me hubiese enterado.

—Ya lo has oído, Incubu —dijo Ignosi a sir Henry—; no ha estado aquí.

—Bien, bien —dijo sir Henry con un suspiro—. ¡Qué le vamos a hacer! Supongo que no pudo llegar hasta aquí. ¡Pobre hombre, pobre hombre! Así que todo ha sido inútil. Es la voluntad de Dios.

—Pasemos a otro asunto —intervine, deseoso de abandonar aquel tema tan doloroso—. Está bien ser rey por derecho divino, Ignosi, pero ¿cómo te propones convertirte en rey de verdad?

—No lo sé. Infadoos, ¿tienes algún plan?

—Ignosi, hijo de la luz —contestó su tío—, esta noche tendrá lugar la gran danza y la caza de brujos. Muchos serán acusados y morirán, y en los corazones de muchos otros habrá dolor y angustia y cólera contra el rey Twala. Cuando acabe 12 danza, hablaré con algunos de los grandes jefes, que a su vez si puedo ganarlos para nuestra causa, hablarán con sus soldados. Al principio hablaré con los jefes suavemente y ley haré ver que tú eres el verdadero rey, y creo que mañana al amanecer tendrás veinte mil lanzas bajo tu mando. Y ahora debo marcharme a pensar y a escuchar lo que se dice y a prepararme. Después de la danza, y si es que aún estoy vivo y estamos vivos todos, me reuniré contigo aquí para hablar. En el mejor de los casos, habrá guerra.

En ese momento nuestra reunión quedó interrumpida por los gritos de los mensajeros que venían de parte del rey. Llegamos a la puerta de la choza y ordenamos que se dejase entrar, y al instante aparecieron tres hombres que portaban una brillante cota de malla cada uno y una magnífica hacha de guerra.

—¡He aquí los regalos de mi señor el rey para los hombres blancos que vienen de las estrellas! —exclamó un heraldo que los acompañaba—. Damos las gracias a tu rey —repliqué—; retiraos.

Los hombres se marcharon y examinamos las armaduras con gran interés. Eran las más hermosas que habíamos visto jamás. Formaban un manto tan apretado que constituía una verdadera masa de eslabones, y tan grande que apenas podía abarcarse con ambas manos.

—¿Hacéis esto aquí, Infadoos? —le pregunté—. Son muy hermosas.

—No, mi señor; las hemos heredado de nuestros antepasados. No sabemos quién las hizo, y quedan muy pocas. Sólo los que poseen sangre real pueden llevarlas. Son mallas mágicas que no puede atravesar ninguna lanza. El que la lleva está completamente a salvo en la batalla. El rey debe estar muy complacido con vosotros, o muy atemorizado, porque en otro caso no os las hubiera regalado. Ponéoslas esta noche, mis señores.

Pasamos el resto del día tranquilamente, descansando y hablando sobre la situación, que era verdaderamente excitante. Por fin se puso el sol, se encendieron miles de hogueras y en medio de la oscuridad oímos el sonido de muchos pies en movimiento y el vibrar de cientos de lanzas, a medida que los regimientos desfilaban para dirigirse a los puestos que les habían sido asignados para prepararse para la gran danza. A eso de las ocho salió la luna en todo su esplendor y, mientras contemplábamos su ascenso, llegó Infadoos, revestido con todos sus atuendos de guerra y acompañado por una guardia de veinte hombres que habían de escoltarnos hasta el lugar en que se iba a celebrar la danza. Siguiendo su recomendación, debajo de nuestras ropas corrientes nos pusimos las cotas de malla que nos había regalado el rey y descubrimos con sorpresa que no eran ni muy pesadas ni demasiado incómodas. Aquellas camisas de acero, hechas evidentemente para hombres de gran estatura, a Good y a mí nos quedaban muy holgadas, pero se ajustaban a la magnífica constitución de sir Henry como un guante. Tras abrocharnos los revólveres a la cintura y coger las hachas de guerra que nos había enviado el rey junto a las armaduras, nos dispusimos a partir.

Al llegar al gran kraal en el que habíamos mantenido la entrevista con el rey aquella mañana, descubrimos que el lugar estaba ocupado por una multitud de unos veinte mil guerreros dispuestos en regimientos. A su vez, los regimientos estaban divididos en compañías, y entre cada compañía se abría un pequeño sendero para permitir el libre acceso de las cazadoras de brujos. Es imposible concebir algo más impresionante que el espectáculo que ofrecía aquella enorme y ordenada asamblea de hombres armados. Permanecían en absoluto silencio, y la luna arrojaba su luz sobre el bosque de las lanzas alzadas, sobre sus majestuosas siluetas, sus penachos de plumas ondulantes y las sombras armoniosas de los escudos de diversos colores. Adondequiera que mirásemos, veíamos una hilera tras otra de rostros sombríos coronados por lanzas centelleantes.

—Todo el ejército se ha congregado aquí, ¿verdad? —le dije a Infadoos.

—No, Macumazahn —contestó—, sólo un tercio. La tercera parte está presente en la danza todos los años, otra tercera parte está acantonada en el exterior por si surgen problemas cuando comience la matanza, otros diez mil guerreros cubren las guarniciones de los puestos avanzados que rodean Loo, y el resto vigila los kraals del país. Como puedes ver, es un gran pueblo.

—Están muy silenciosos —dijo Good, y verdaderamente el profundo silencio que reinaba entre tan gran concurrencia de hombres vivos resultaba casi sobrecogedor.

—¿Qué dice Bougwan? —preguntó Infadoos.

Traduje sus palabras. —Aquellos sobre los que se cierne la sombra de la muerte están en silencio— contestó en tono lúgubre.

—¿Matarán a muchos?

—Sí, muchos.

—Al parecer —dije a los otros—, vamos a asistir a un espectáculo de gladiadores preparado sin reparar en gastos.

Sir Henry se estremeció, y Good dijo que esperaba que pudiésemos salir de todo aquello bien parados.

—Dime, ¿estamos en peligro? —pregunté a Infadoos.

—No lo sé, mis señores, confío en que no, pero no demostréis temor. Si salís con vida esta noche, todo irá bien. Los soldados murmuran contra el rey.

Todo esto ocurría mientras avanzábamos lentamente hacia el centro de la explanada, en la que habían colocado varios taburetes. Mientras caminábamos, observamos que se acercaba un grupo procedente de la cabaña real.

—Es el rey, Twala, y su hijo Scragga, y la vieja Gagool y, mirad, con ellos vienen los verdugos —dijo Infadoos señalando a un pequeño grupo compuesto por unos doce hombres gigantescos de aspecto feroz, armados con lanzas y pesadas mazas.

El rey se sentó en el taburete que estaba situado en el centro, Gagool se acurrucó a sus pies y los otros se quedaron detrás, de pie.

—Saludos, señores blancos —dijo en voz alta cuando nos acercamos—. Sentaos, no malgastéis el tiempo; la noche es demasiado corta para todo lo que hay que hacer. Llegáis en buena hora y veréis un espectáculo grandioso. Mirad a vuestro alrededor, señores blancos, mirad a vuestro alrededor —y diciendo esto posó su único y malvado ojo en los regimientos formados—. ¿Pueden mostraron las estrellas un panorama como éste? Mirad cómo tiemblan por su maldad todos aquellos que albergan el mal en sus corazones y temen el juicio de los «cielos».

—¡Empezad, empezad! —gritó Gagool con su voz débil y chillona—. Las hienas están hambrientas, aúllan porque quieren comida. ¡Empezad, empezad!

Después se hizo un profundo silencio que duró unos momentos; fue terrible porque presagiaba lo que había de seguir.

El rey levantó su lanza, y de repente se elevaron veinte mil pies, como si pertenecieran a un solo hombre, y cayeron sobre el suelo de golpe. Esta acción se repitió tres veces, con lo que la tierra tembló y se agitó. A continuación, desde un punto lejano del círculo, se elevó una voz en un canto que parecía un lamento, cuyo estribillo era algo parecido a lo siguiente:

¿Cuál es la suerte del hombre nacido de mujer?

La respuesta surgió al unísono de todas las gargantas de la enorme asamblea:

¡La muerte!

Poco a poco, compañía tras compañía, los guerreros fueron uniéndose al cántico, hasta que toda aquella multitud armada lo entonaba, y ya no pude comprender las palabras, salvo que se trataba, al parecer, de una representación de las diversas fases de las pasiones, los temores y las alegrías humanas. A veces parecía una canción de amor, a veces un himno de guerra bárbaro y majestuoso y, finalmente, un canto fúnebre rematado repentinamente con un lamento sobrecogedor, que se extendió con resonancias por toda la asamblea en notas que helaban la sangre.

El silencio volvió a ser absoluto, y de nuevo quedó roto al levantar el rey una mano. Al instante, miles de pies hicieron temblar el suelo, y de entre las masas de guerreros se destacaron unas siluetas extrañas y espantosas que corrieron hacia nosotros. Al acercarse, vimos que eran mujeres, la mayoría ancianas, porque por la espalda les caían en cascada cabelleras blancas adornadas con pequeñas espinas de peces. Llevaban la cara pintada con franjas blancas y amarillas; por la espalda les colgaban pieles de serpiente, y en torno a la cintura tableteaban anillos de huesos humanos, en tanto que con sus manos marchitas sujetaban pequeñas varas en forma de horquilla. Había diez en total. Se detuvieron al llegar ante nosotros, y una de ellas señaló con su vara hacia la figura agazapada de Gagool y chilló:

—¡Madre, vieja madre, estamos aquí!

—¡Bien, bien, bien! —clamó aquel viejo monstruo—. ¿Son vuestros ojos penetrantes, isanusis (‘hechiceras’), veis bien en la oscuridad?

—Sí, madre, son penetrantes.

—¡Bien, bien, bien! ¿Tenéis los oídos bien abiertos, isanusis, vosotras que oís palabras no pronunciadas por la boca?

—Sí, madre, están bien abiertos.

—¡Bien, bien, bien! ¿Están vuestros sentidos despiertos, isanusis, podéis oler la sangre, podéis limpiar la tierra de los malvados que traman perfidias contra el rey y contra sus vecinos? ¿Estáis preparadas para llevar a cabo la justicia de los “cielos”, vosotras a quienes yo he enseñado, que habéis comido del pan de mi sabiduría y bebido del agua de mi magia?

—Sí, madre, podemos.

—¡Entonces, adelante! No os entretengáis, buitres; ved a los verdugos —dijo señalando al ominoso grupo de hombres que había detrás—; afilad sus lanzas; los hombres blancos llegados de muy lejos desean verlo. ¡Adelante!

El extraño grupo se dispersó en todas direcciones con un alarido salvaje, como fragmentos de un obús, haciendo tabletear los huesos secos que les rodeaban la cintura. Se dirigieron hacia diversos puntos del denso círculo humano. No podíamos verlas a todas, de modo que clavamos nuestros ojos en la isanusi más cercana a nosotros. Al llegar a unos pasos de distancia de los guerreros, se detuvo y se puso a bailar ferozmente, dando vueltas con una rapidez casi increíble, y profiriendo exclamaciones tales como: «¡Puedo oler al malvado!». «¡Está cerca aquel que envenenó a su madre!». «¡Oigo los pensamientos de aquel que pensó mal del rey!».

Bailaba cada vez más deprisa, hasta que llegó a tal frenesí de excitación que empezó a brotar espuma de sus mandíbulas rechinantes, los ojos parecieron salírsele de las órbitas y su carne se estremeció visiblemente. De repente se detuvo en seco y se quedó completamente rígida, como un perro perdiguero cuando olfatea la presa, y a continuación, con la vara extendida, empezó a caminar sigilosamente hacia los soldados que había ante ella. Nos dio la impresión de que, a medida que se acercaba, el estoicismo de los guerreros cedía y que se acobardaban. Nosotros seguimos sus movimientos presos de una terrible fascinación. Al poco rato, siempre arrastrándose y agazapada como un perro, se situó frente a ellos. Se detuvo y señaló a alguien, y siguió avanzando a rastras uno o dos pasos.

El final llegó repentinamente. Con un grito, extendió la vara y tocó a un alto guerrero. Al instante, dos de sus camaradas, que estaban a su lado, agarraron al hombre condenado, cada uno por un brazo, y avanzaron con él hacia el rey.

El guerrero no se resistió, pero vimos que arrastraba sus miembros como si estuvieran paralizados, y sus dedos, que habían dejado escapar la lanza, estaban agarrotados como los de un hombre que acabase de morir.

Al acercarse, le salieron al encuentro dos de aquellos infames verdugos. Después se volvieron hacia el rey, como si esperasen órdenes.

—¡Matad! —dijo el rey.

—¡Matad! —chilló Gagool.

—¡Matad! —coreó Scragga, con una sonrisa irónica.

Casi antes de que se hubieran pronunciado las palabras fue ejecutada la terrible sentencia. Un hombre atravesó el corazón de la víctima con su lanza y, para asegurarse por partida doble, el otro le aplastó los sesos con su enorme maza.

—Uno —contó el rey Twala, al igual que una Madame Defargue negra, como apuntó Good, y arrastraron el cuerpo a unos cuantos pasos y lo extendieron.

Apenas se había llevado esto a cabo, cuando trajeron a otro pobre diablo como un buey al matadero. En esta ocasión comprobamos, por la capa de piel de leopardo que llevaba, que se trataba de una persona de alto rango. De nuevo fueron pronunciadas aquellas espantosas palabras, y la víctima cayó muerta.

—Dos —contó el rey.

Y así continuó aquel juego mortal, hasta que ante nosotros tuvimos varios cientos de cadáveres colocados en hilera. He oído hablar de los espectáculos de gladiadores del tiempo de los césares y de las corridas de toros españolas, pero dudo que ninguna de las dos cosas sea la mitad de horrible que la caza de brujos de los kukuanas. Además, los espectáculos de gladiadores y las corridas de toros contribuyen a la diversión del público, lo que no era precisamente el caso en esta ocasión. El más experto buscador de emociones rechazaría ésta si supiera que en el juego entraba la posibilidad de ser él mismo objeto del siguiente «acontecimiento».

En una ocasión nos levantamos y tratamos de protestar, pero Twala nos atajó enérgicamente.

—Dejad que la ley siga su curso, hombres blancos. Esos perros son magos y malvados; conviene que mueran —se dignó decirnos por toda respuesta.

Alrededor de las diez y media se hizo un descanso. Las buscadoras de brujos se reunieron, al parecer agotadas por su sangriento trabajo, y pensamos que el espectáculo había tocado a su fin. Pero no fue así, porque al poco rato, y para nuestra sorpresa, la anciana Gagool se enderezó y, apoyándose en un bastón, se dirigió tambaleante hacia la explanada. Era extraordinario ver a aquel ser espantoso y viejo con cabeza de buitre, encorvada por la edad, reunir fuerzas poco a poco hasta mostrarse casi tan activa como sus execrables discípulas. Corría de un lado a otro, cantando para sus adentros, hasta que al llegar junto a un hombre alto que había frente a uno de los regimientos se precipitó hacia él y lo tocó. Al hacerlo, el regimiento dejó escapar una especie de gemido, puesto que, evidentemente, él era su comandante. No obstante, dos de sus miembros lo cogieron y lo llevaron a la ejecución. Después nos enteramos de que era un hombre de gran riqueza y alto rango, por ser primo del rey.

Lo mataron y el rey contó ciento tres. Entonces Gagool empezó a moverse de un lado a otro, acercándose cada vez más hacia nosotros.

—Que me cuelguen si no va a intentar sus argucias contra nosotros —exclamó Good aterrorizado.

—¡Tonterías! —replicó sir Henry.

Al ver que aquella bestia se acercaba cada vez más hacia nosotros, se me encogió el corazón. Eché una ojeada a la larga hilera de cadáveres que había detrás de nosotros y me estremecí.

Gagool se nos acercaba cada vez más en su danza, parecida, como una gota de agua a otra, a un palo retorcido y animado; sus terribles ojos centelleaban con un brillo atroz.

Se acercó más, y aún más; todos los ojos de la asamblea estaban fijos en sus movimientos con intensa ansiedad. Finalmente, se quedó inmóvil y señaló.

—¿Quién será? —dijo sir Henry para sus adentros.

Al cabo de un momento se disiparon las dudas, porque la anciana se precipitó hacia Umbopa, alias Ignosi, y lo tocó en el hombro.

—Lo huelo —chilló—. Matadlo, matadlo, matadlo, está lleno de maldad; mata al extranjero antes de que se derrame sangre por su culpa. Haz que lo maten, oh rey.

Se hizo silencio del que inmediatamente me aproveché.

—Oh rey —dije en voz alta, levantándome de mi asiento—, este hombre es el sirviente de tus huéspedes, es su perro. Quienquiera que derrame la sangre de nuestro perro estará derramando nuestra propia sangre. Por la sagrada ley de la hospitalidad, exijo que lo protejas.

—Gagool, madre de las hechiceras, lo ha olido. Debe morir, hombres blancos —respondió el rey taciturno.

—No, no va a morir —repliqué—; por el contrario, aquel que intente tocarlo será quien muera.

—¡Prendedle! —rugió Twala a los verdugos, que le rodeaban manchados de rojo hasta los ojos con la sangre de sus víctimas.

Avanzaron hacia nosotros y se detuvieron vacilantes. Ignosi alzó su lanza, como si estuviera dispuesto a vender cara su vida.

—¡Atrás, perros —grité—, si es que queréis volver a ver la luz del día! Tocadle un solo pelo y vuestro rey morirá —y al mismo tiempo apunté a Twala con mi revólver. También sir Henry y Good desenfundaron las pistolas. Sir Henry apuntó al verdugo principal, que avanzaba hacia nosotros para llevar a cabo la sentencia, y Good tomó como blanco a Gagool.

Twala se estremeció ostensiblemente al ver que el cañón de mi pistola estaba a la altura de su pecho.

—Bien —dije—, ¿qué has decidido, Twala?

—Apartad vuestros tubos mágicos —dijo—. Has invocado mi hospitalidad, y por esa razón y no por temor a lo que podáis hacer, voy a perdonarlo. Id en paz.

—Muy bien —repliqué displicente—. Estamos cansados de tanta matanza y queremos dormir. ¿Ha terminado la danza?

—Sí, ha terminado —contestó Twala de mal humor.

Señaló la larga hilera de cadáveres y añadió:

—Que arrojen a esos perros a las hienas y a los buitres —y levantó su lanza.

Al momento empezaron a desfilar los regimientos en total silencio por la puerta del kraal; tan sólo quedó en el interior un grupo fatigado para retirar los cadáveres de aquellos que habían sido sacrificados.

También nosotros nos levantamos, y tras hacer el saludo de ritual a su majestad, al que apenas se dignó corresponder, nos dirigimos a nuestro kraal.

—Bueno —dijo sir Henry al sentarnos, tras haber encendido una lámpara del tipo que utilizan los kukuanas, cuya mecha está hecha con la fibra de una especie de hoja de palmera y el aceite de grasa de hipopótamo aclarada—; me siento como si fuera a marearme, lo que es muy raro en mí.

—Si me quedaba alguna duda acerca de ayudar a Umbopa a rebelarse contra ese negro infernal —intervino Good—, se ha disipado por completo. No sé cómo pude soportar quedarme sentado mientras se llevaba a cabo esa matanza. Traté de cerrar los ojos, pero siempre los abría en el peor momento. Me pregunto dónde estará Infadoos. Umbopa, amigo mío, debes estarnos agradecido; has estado a punto de que te agujereasen la piel.

—Estoy agradecido, Bougwan —contestó Umbopa después de que hube traducido las palabras de Good—, y no lo olvidaré. Con respecto a Infadoos, estará aquí dentro de poco. Debemos esperar.

Encendimos las pipas y esperamos.

11. HACEMOS UNA SEÑAL

Durante un buen rato —yo diría que unas dos horas—, nos quedamos sentados y en silencio, porque nos sentíamos demasiado abrumados por los recuerdos de los horrores que habíamos presenciado para poder hablar. Finalmente, cuando ya estábamos a punto de acostarnos —porque ya la noche se acercaba al alba—, oímos ruidos de pasos. Luego se oyó la consigna del centinela, que estaba apostado a la puerta del kraal, a la que por lo visto respondieron, aunque no en un tono de voz audible, ya que los pasos se aproximaron. A los pocos segundos entró Infadoos en la cabaña seguido de una media docena de jefes de aspecto muy digno.

—Mis señores —dijo—, he venido, cumpliendo mi palabra. Mis señores e Ignosi, legítimo rey de los kukuanas, he traído conmigo a estos hombres —y señaló a los jefes, que estaban en fila—, que son grandes hombres entre nosotros, pues cada uno de ellos tiene a su mando tres mil soldados, que sólo viven para cumplir con su deber para con el rey. Les he contado lo que he visto y lo que he oído. Ahora, permitid que ellos también vean la serpiente sagrada que te rodea la cintura, y que oigan tu historia, Ignosi, para que decidan si deben hacer causa común contigo contra Twala, el rey.

Por toda respuesta, Ignosi volvió a despojarse de su taparrabos y exhibió la serpiente que llevaba tatuada. Los jefes se acercaron a él por turno y la examinaron a la débil luz de la lámpara, y sin decir palabra se colocaron al otro lado.

Entonces lgnosi volvió a ponerse la moocha y, dirigiéndose a ellos, repitió la historia que nos había contado por la mañana.

—Ahora que lo habéis oído, jefes —dijo Infadoos cuando Umbopa terminó el relato—, ¿qué decís? ¿Os quedaréis al lado de este hombre y le ayudaréis a recuperar el trono de su padre, o no? La tierra clama contra Twala, y la sangre del pueblo corre como las aguas en primavera. Lo habéis visto esta noche. Tenía en mente hablar con otros dos jefes: ¿dónde están ahora? Las hienas aúllan alrededor de sus cadáveres. Pronto estaréis como ellos si no lucháis. Decidíos, hermanos míos.

El mayor de los seis hombres, un guerrero bajo y de fuerte complexión, con el pelo blanco, se adelantó unos pasos y dijo:

—Tus palabras son ciertas, Infadoos. La tierra clama. Mi propio hermano se encuentra entre los que han muerto esta noche, pero hay un asunto de gran importancia y que cuesta trabajo creer. ¿Cómo sabemos que si alzamos nuestras lanzas en son de guerra no lo haremos a favor de un impostor? Como he dicho, es un asunto de gran importancia, y nadie conoce el final. Porque ten por seguro que correrán ríos de sangre antes de que lo llevemos a cabo. Habrá muchos que permanezcan fieles al rey, porque los hombres adoran al sol que aún calienta con sus rayos en el cielo, y no al que todavía no ha salido. Grande es la magia de los hombres blancos que vienen de las estrellas, e Ignosi está protegido por sus alas. Si él es en verdad el rey legítimo, que nos hagan una señal, y que el pueblo tenga una señal para que todos la podamos ver. Así los hombres se unirán a nosotros, al saber que la magia de los hombres blancos está de su parte.

—Tenéis la señal de la serpiente —repliqué.

—Mi señor, eso no es suficiente. Pueden haber colocado ahí la serpiente cuando nació este hombre. Mostradnos una señal. No nos moveremos sin una señal.

Los demás asintieron con decisión, y yo me volví, perplejo, hacia sir Henry y Good, y les expliqué la situación.

—Creo que tengo una idea —dijo Good exultante—. Dígales que nos concedan unos minutos para pensar.

Así lo hice, y los jefes se retiraron. En cuanto se hubieron marchado, Good se dirigió hacia donde estaba la cajita que contenía las medicinas, la abrió y sacó un cuaderno, en cuya cubierta había un calendario.

—Miren esto, amigos. ¿No es mañana cuatro de junio?

Habíamos ido tomando nota del paso de los días con sumo cuidado, por lo que pudimos confirmarlo.

—Muy bien. En ese caso, ya tenemos la señal. «Cuatro de junio, eclipse total de luna. Comienza a las 8.15, hora de Greenwich. Visible en Tenerife, África, etc». Dígales que va a oscurecer la luna mañana por la noche.

Era una idea estupenda. En realidad, lo único que podíamos temer era que el calendario de Good estuviese equivocado. Si hacíamos una profecía falsa sobre un tema semejante, nuestro prestigio se desvanecería para siempre, y lo mismo ocurriría con la oportunidad de Ignosi de acceder al trono.

—Supongamos que el calendario esté equivocado —sugirió sir Henry a Good, que estaba muy ocupado en hacer unos cálculos en una página del cuaderno.

—No veo ninguna razón para suponer tal cosa —replicó —Los eclipses siempre llegan a su tiempo. Al menos, ésa es mi experiencia con ellos, y el calendario dice explícitamente que será visible en África. He hecho unos cálculos lo mejor que he podido, sin conocer nuestra posición exacta, y supongo que el eclipse empezará aquí alrededor de las diez mañana por la noche, y durará hasta las doce y media. Durante una hora y media, o quizá más, la oscuridad será absoluta.

—Bien —dijo sir Henry—, supongo que debemos correr ese riesgo.

Yo asentí, aunque tenía mis dudas, porque los eclipses no son ninguna tontería, y envié a Umbopa a llamar de nuevo a los jefes. Llegaron al poco rato y me dirigí a ellos en estos términos:

—Grandes hombres del pueblo kukuana, y tú, Infadoos, escuchadme. No nos gusta mostrar nuestros poderes, porque hacerlo significa interrumpir el curso de la naturaleza, y sumir al mundo en el temor y la confusión, pero como este asunto es de gran importancia, y como estamos enfadados con el rey debido a la matanza que hemos presenciado y debido a las acciones de Gagool, la isanusi, que quería enviar a la muerte a nuestro amigo Ignosi, hemos decidido romper la norma y dar una señal que puedan ver todos los hombres. Venid aquí —y, conduciéndolos a la puerta de la cabaña, señalé el globo rojo de la luna—. ¿Qué veis allí?

—Vemos la luna que se oculta —contestó el portavoz del grupo.

—Eso es. Ahora, decidme, ¿es posible que un hombre mortal haga desaparecer la luna antes de su hora habitual, y que cubra la tierra con las cortinas de la negra noche?

El jefe rio un poco.

—No, mi señor, eso no lo puede hacer ningún hombre. La luna es más fuerte que el hombre que la contempla, y tampoco ella puede alterar su curso.

—Eso es lo que vosotros creéis. Pero yo os digo que mañana por la noche, dos horas antes de la medianoche, nosotros haremos que la luna desaparezca durante una hora y media, y una profunda oscuridad cubrirá la tierra, y ésa será la señal de que Ignosi es el verdadero rey de los kukuanas. Si hacemos esto, ¿quedaréis satisfechos?

—Sí, mis señores —contestó el viejo jefe con una sonrisa, la misma que se reflejaba en los rostros de sus compañeros—; si lo hacéis, quedaremos suficientemente satisfechos.

—Se hará. Nosotros tres, Incuba, Bougwan y Macumazahn, lo hemos dicho, y se hará. ¿Has oído, Infadoos?

—Lo he oído, mi señor, pero lo que prometes es increíble: hacer desaparecer la luna, madre del mundo, cuando está llena.

—Sin embargo, así lo haremos, Infadoos.

—Está bien, mis señores. Hoy, dos horas después del crepúsculo, Twala enviará a buscar a mis señores para presenciar la danza de las muchachas, y una hora después de que comience la danza, la muchacha a quien Twala considere la más bella morirá a manos de Scragga, el hijo del rey, como sacrificio a los Silenciosos de piedra que vigilan junto a las montañas de allá lejos —dijo, señalando los extraños picos donde supuestamente acababa la carretera de Salomón—. Después, que mis señores oscurezcan la luna y salven la vida de la doncella, y el pueblo creerá.

—Sí —dijo el anciano jefe, aún con una ligera sonrisa—, entonces el pueblo creerá de verdad.

—A dos millas de Loo —prosiguió Infadoos—, hay una colina, curva como la luna llena, una fortaleza en la que se hallan acuartelados mi regimiento y otros tres regimientos a cuyo mando están estos hombres. Esta mañana haremos planes para que puedan trasladarse allí otros dos o tres regimientos. Entonces, si mis señores pueden realmente oscurecer la luna, tomaré a mis señores de la mano y los conduciré en la oscuridad a las afueras de Loo hasta llegar a ese lugar, en el que estarán a salvo, y podremos declarar la guerra a Twala.

—Está bien —dije—. Ahora, dejadnos dormir un rato y preparar nuestra magia.

Infadoos se puso de pie y, después de saludarnos, partió con los demás jefes.

—Amigos míos —dijo Ignosi en cuanto se hubieron marchado—, ¿podéis hacer realmente esa maravilla o les habéis dicho palabras vacías a esos hombres?

—Creemos poder hacerlo, Umbopa, quiero decir, Ignosi.

—Es extraño —replicó—, y de no ser vosotros ingleses, no lo hubiera creído, pero los «caballeros» ingleses no mienten. Si sobrevivimos, tened la seguridad de que os recompensaré.

—Ignosi —dijo sir Henry—, prométeme una cosa.

—Te lo prometo, Incubu, amigo mío, antes de oír de qué se trata —replicó aquel enorme hombre con una sonrisa—. ¿Qué es?

—Es lo siguiente: que si llegas a ser rey de este pueblo, acabarás con la caza de brujos como la que hemos presenciado esta noche, y que en esta tierra no se matará a ningún hombre sin haberlo juzgado.

Ignosi quedó pensativo durante unos momentos, después de que yo hube traducido estas palabras, y contestó:

—Las costumbres de los hombres negros no son las mismas de los hombres blancos, Incubu, ni damos el mismo valor a la vida que vosotros. Pero te lo prometo. Si está en mi poder, acabaré con ello, las cazadoras de brujos no trabajarán más ni ningún hombre irá a la muerte sin juicio previo.

—Entonces, trato hecho —dijo sir Henry—, y ahora, descansemos un poco.

Como estábamos completamente agotados, pronto nos quedamos profundamente dormidos, y así seguimos hasta que Ignosi nos despertó, alrededor de las once. Entonces nos levantamos, nos lavamos y tomamos un sustancioso desayuno. A continuación salimos de la cabaña y dimos un paseo; nos entretuvimos en examinar la estructura de las cabañas kukuanas y en observar las costumbres de las mujeres.

—Espero que el eclipse se produzca —dijo sir Henry.

—Si no es así, pronto acabará todo para nosotros —repliqué lúgubremente—, porque, tan cierto como que ahora estamos vivos, algunos jefes le irán con el cuento al rey, y entonces se producirá otro tipo de eclipse que no nos va a gustar nada.

Regresamos a la cabaña y comimos un poco, y pasamos el resto del día ocupados en recibir visitas de cortesía y curiosidad. Finalmente se puso el sol y disfrutamos de un par de horas de tranquilidad, tanta como nos permitían nuestros melancólicos presagios. Alrededor de las ocho y media llegó un mensajero de Twala para invitarnos a la gran «danza anual de las muchachas» que estaba a punto de celebrarse.

Nos pusimos apresuradamente las cotas de malla que nos había regalado el rey, cogimos los rifles y la munición para tenerlos a mano en caso de que tuviésemos que huir, como nos había sugerido Infadoos, y partimos con valentía, aunque por dentro temblábamos de miedo. La gran explanada que se extendía ante el kraal del rey presentaba un aspecto muy diferente del que tenía la noche anterior. En lugar de las apretadas filas de guerreros ceñudos, se veían innumerables grupos de muchachas kukuanas, no precisamente muy tapadas, coronadas cada una de ellas con una guirnalda de flores y con una hoja de palma en una mano y en la otra un largo lirio. En el centro de la explanada iluminada por la luna estaba sentado Twala, el rey, con la vieja Gagool a sus pies, escoltados por Infadoos, su hijo Scragga y doce guardias. También estaban presentes una serie de jefes, entre los que reconocí a la mayoría de nuestros amigos de la noche anterior.

Twala nos recibió con aparente cordialidad, aunque observé que clavaba malignamente su único ojo en Umbopa.

—Bienvenidos, hombres blancos de las —estrellas— dijo. —Éste es un espectáculo distinto al que contemplaron vuestros ojos anoche a la luz de la luna, aunque no tan bonito. Las muchachas son hermosas, y si no fuera por ellas —señaló a su alrededor—, ninguno de nosotros estaría aquí esta noche. Pero los hombres son mejores. Los besos y las tiernas palabras de las mujeres son dulces; ¡pero el sonido del entrechocar de las lanzas de los hombres es más dulce, y aún es más dulce el olor de la sangre de los hombres! ¿Queréis esposas de nuestro pueblo, hombres blancos? Si es así, elegid a las más bellas y serán vuestras, tantas como deseéis —dijo, y se detuvo, esperando nuestra respuesta.

Como aquella perspectiva no parecía desprovista de atractivos para Good, que, como la mayoría de los marinos, es enamoradizo, yo, por ser el mayor y el más prudente, preví las infinitas complicaciones que podría acarrearnos semejante cosa (porque las mujeres traen problemas; eso es tan seguro como que la noche sigue al día), y me apresuré a contestar:

—Gracias, oh rey; pero nosotros, los hombres blancos, sólo nos unimos con mujeres blancas como nosotros. ¡Vuestras doncellas son hermosas, pero no son para nosotros!

El rey se echó a reír.

—Muy bien. Existe un proverbio en nuestra tierra que dice: «Los ojos de las mujeres siempre brillan, sea cual sea su color», y otro que dice: «Ama a la que está presente, porque sin duda la que está ausente te es infiel». Pero quizá no ocurre lo mismo en las estrellas. En una tierra en que todos los hombres son blancos, cualquier cosa es posible. Sea como deseáis, hombres blancos, ¡las muchachas no van a suplicaros! De nuevo os doy la bienvenida; y sé bienvenido tú también, hombre negro. Si Gagool se hubiera salido con la suya, ahora estarías rígido y frío. ¡Tienes suerte de venir tú también de las estrellas! ¡Ja,ja!

—Puedo matarte a ti antes de que tú me mates, oh rey —contestó Ignosi tranquilamente—, y hacer que quedes rígido antes de que mis miembros dejen de moverse.

Twala dio un respingo.

—Hablas con mucho descaro, muchacho —replicó airadamente—; no presumas tanto.

—El que tiene la verdad en sus labios puede ser descarado. La verdad es una lanza afilada que acierta en el blanco. ¡Es un mensaje de olas estrellas, oh rey!

Twala frunció el ceño y su único ojo refulgió ferozmente, pero no dijo nada más.

—¡Que empiece la danza! —gritó, y al instante se adelantaron las muchachas coronadas de flores, en grupos, cantando una dulce canción y girando las delicadas palmas y las flores blancas. Bailaban y bailaban, y la luz triste de la luna les confería un aire extraño y espiritual; ora giraban una y otra vez, ora se unían en mímica lucha, cimbreándose, arremolinándose acá y allá; avanzaban, retrocedían en una ordenada confusión deliciosa de presenciar. Por fin se detuvieron, y una joven bellísima se separó de las filas y empezó a hacer piruetas que hubieran avergonzado a la mayoría de las bailarinas de ballet clásico. Finalmente se retiró, agotada, y otra muchacha ocupó su lugar, y después otra y otra, pero ninguna de ellas podía compararse con la primera, ni en gracia ni en destreza ni en atractivos personales.

Cuando hubieron bailado todas las muchachas elegidas, el rey levantó la mano.

—¿Cuál os parece la más bella, hombres blancos? —preguntó.

—La primera —respondí sin pensar.

Al instante me arrepentí, al recordar que Infadoos había dicho que la mujer más bella era ofrecida en sacrificio.

—Entonces, mi opinión coincide con la vuestra, y mis ojos con los vuestros. Es la más bella, y mala cosa es para ella, porque debe morir.

—¡Sí, debe morir! —dijo Gagool, lanzando una mirada con sus rápidos ojos a la pobre muchacha, quien, como aún ignoraba el espantoso destino que le estaba reservado, permanecía a unas diez yardas de un grupo de muchachas, ocupada en deshacer nerviosamente en trocitos una flor de su guirnalda, pétalo a pétalo.

—¿Por qué, oh rey? —pregunté, refrenando con dificultad mi indignación—. La muchacha ha bailado bien y nos ha complacido; además es hermosa. Sería una crueldad recompensarla con la muerte.

Twala se echó a reír y replicó:

—Es nuestra costumbre, y las estatuas de piedra que están allí sentadas —y señaló hacia las tres cumbres distantes— deben tener lo que les corresponde. Si no enviara a la muerte esta noche a la muchacha más bella, la desgracia caería sobre mí y sobre mi casa. La profecía de mi pueblo dice así: «Si el rey no ofrece en sacrificio a una muchacha bella el día de la danza de las doncellas a los viejos que vigilan en las montañas, caerán él y su casa». Escuchad, hombres blancos; mi hermano, que reinó antes que yo, no ofreció el sacrificio, debido al llanto de la mujer, y cayó, y también su casa, y yo reino en su lugar. Se acabó. ¡Debe morir!

A continuación, volviéndose hacia los guardias, dijo:

—Traedla aquí. Scragga, afila tu lanza.

Dos hombres dieron un paso al frente, y al mismo tiempo la muchacha, al comprender su destino inminente, lanzó un grito y se dispuso a huir. Pero unas manos fuertes la sujetaron y la trajeron ante nosotros, mientras luchaba por escapar y lloraba.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —dijo Gagool—. ¡Vaya! ¿No contestas? ¿Quieres que el hijo del rey cumpla su misión inmediatamente?

Ante esta insinuación, Scragga, que parecía más malvado que nunca, avanzó unos pasos y levantó su gran lanza; y, al hacerlo, vi que la mano de Good se deslizaba hacia su revólver. La pobre muchacha vislumbró el débil destello del acero a través de sus lágrimas, y ello aquietó su angustia. Dejó de forcejear, entrelazó las manos convulsivamente y se puso a temblar de pies a cabeza.

—¡Mirad! —gritó Scragga, lleno de júbilo—. Tiembla ante la vista de mi pequeño juguete antes de haber probado su sabor —y dio unos golpecitos en la ancha hoja de la lanza.

—¡Si tengo ocasión, pagarás por esto, perro! —oí murmurar a Good para sí.

—Ahora que te has calmado, dinos tu nombre, querida. Vamos, habla, y no temas nada —dijo Gagool burlona.

—¡Oh madre! —replicó la muchacha con voz trémula—. Me llamo Foulata, y soy de la casa de Suko. ¡Oh madre!, ¿por qué tengo que morir? ¡No he hecho nada malo!

—Consuélate —prosiguió la anciana con su odioso tono de burla—. Debes morir como sacrificio a los viejos que están sentados allí lejos —y señaló hacia las cumbres—; pero es mejor dormir por la noche que trajinar por el día; es mejor morir que vivir, y tú morirás por la mano regia del mismísimo hijo del rey.

La muchacha llamada Foulata se retorció las manos, angustiada, y gritó: —¡Oh cruel, soy tan joven! ¿Qué he hecho para no volver a ver nacer el sol después de la noche, o las estrellas siguiendo sus huellas en la tarde; para no recoger más flores cuando pese en ellas el rocío, ni escuchar la risa de las aguas? ¡Desgraciada de mí, que nunca volveré a ver la cabaña de mi padre, ni a sentir el beso de mi madre, ni a cuidar al niño enfermo! ¡Desgraciada de mí, a la que ningún amante rodeará con sus brazos ni mirará a los ojos, ni ningún hijo varón nacerá de mí! ¡Oh cruel, cruel! De nuevo se retorció las manos y volvió su rostro bañado en lágrimas y coronado de flores hacia el cielo, tan hermosa en su desesperación—porque era una mujer realmente bella —que sin duda hubiera ablandado el corazón de cualquiera que fuera menos cruel que los tres demonios que teníamos enfrente. Las súplicas del príncipe Arturo a los rufianes que iban a dejarle ciego no fueron más conmovedoras que las de aquella muchacha salvaje.

Pero no conmovieron a Gagool ni al amo de Gagool, aunque sí vi signos de piedad en los guardias situados a su espalda y en los rostros de los jefes. Con respecto a Good, emitió una especie de resoplido de indignación, e hizo un movimiento como para acercarse a ella. Con toda la rapidez propia de una mujer, la muchacha condenada interpretó lo que pasaba por la mente de Good, y con un movimiento súbito saltó hacia él y se abrazó a sus «hermosas piernas blancas».

—¡Oh padre blanco de las estrellas! —gritó—. Cúbreme con el manto de tu protección; déjame deslizarme hasta la sombra de tu fuerza para salvarme. ¡Oh, protégeme de estos hombres crueles y de los designios de Gagool!

—Está bien, bonita, yo cuidaré de ti —bramó nerviosamente Good en sajón—. Vamos, levántate; sé buena chica.

Se agachó y le tomó la mano.

Twala se volvió e hizo un gesto a su hijo, que avanzó con la lanza en alto.

—Ahora le toca a usted —me susurró sir Henry—. ¿A qué espera?

—Estoy esperando a que se produzca el eclipse —contesté —He tenido los ojos clavados en la luna desde hace media hora y nunca la he visto más saludable.

—Bueno, tiene que arriesgarse ahora mismo, o matarán a la muchacha. Twala empieza a perder la paciencia.

Reconociendo la fuerza del argumento, y tras lanzar una mirada desesperada a la brillante cara de la luna, ya que ni el más ferviente astrónomo para demostrar una teoría pudo esperar con tal ansiedad un acontecimiento celeste, me coloqué con toda la dignidad de que fui capaz entre la muchacha postrada y la lanza de Scragga, que avanzaba hacia ella.

—Rey —dije—, esto no debe hacerse. No vamos a tolerar tal cosa. Deja marchar a la muchacha.

Twala se levantó de su asiento, airado y atónito, y brotó un murmullo de sorpresa entre los jefes y las cerradas filas de muchachas, que se habían acercado a nosotros en anticipación de la tragedia.

—¡Que no debe hacerse! Tú, perro blanco, que ladras al león en su cueva. ¡Que no debe hacerse! ¿Es que estás loco? Anda con cautela, no vaya a ser que acabes como este polluelo, tú y los que contigo están. ¿Cómo puedes impedirlo? ¿Quién eres tú para interponerte entre mi voluntad y yo? Retírate, te digo. Scragga, mátala. ¡Eh, guardias! Prended a esos hombres.

A estas órdenes acudieron velozmente varios hombres armados que se encontraban detrás de la cabaña, donde se habían apostado, evidentemente, de antemano.

Sir Henry, Good y Umbopa se agruparon junto a mí y levantaron los rifles.

—¡Deteneos! —grité con decisión, aunque en ese momento tenía el alma en vilo—. ¡Deteneos! Nosotros, los hombres blancos de las estrellas, decimos que no debe hacerse. Acercaos un paso más y apagaremos la luna y sumiremos la tierra en la oscuridad. Probaréis el sabor de nuestra magia.

Mi amenaza surtió efecto. Los hombres se detuvieron, y Scragga se quedó inmóvil frente a nosotros, con la lanza en alto.

—¡Oídle, oídle! —dijo Gagool—. Escuchad al embustero que dice que va a apagar la luna como si fuese una lámpara. Que lo haga y la chica será perdonada. Sí, que lo haga, o si no, que muera con la muchacha, él y los que con él están.

Levanté la vista hacia la luna, y vi, con júbilo y alivio intensos, que no nos habíamos equivocado. En el filo de la gran esfera había un reborde oscuro, en tanto que sobre la brillante superficie se esparcía una ligera bruma.

Alcé la mano solemnemente hacia el cielo, ejemplo que siguieron sir Henry y Good, y cité uno o dos versos de las Ingoldsby Legends en el tono de voz más impresionante que pude adoptar. Sir Henry tomó el relevo con un versículo del Antiguo Testamento, en tanto que Good se dirigió a la reina de la noche con una sarta de palabrotas del corte más clásico que se le ocurrieron.

La penumbra, la sombra de una sombra se deslizó lentamente por la brillante superficie, y al mismo tiempo oí un profundo gemido de terror que ascendía de la multitud que nos rodeaba.

—¡Mira, oh rey! —grité—. ¡Mira, Gagool! ¡Mirad, jefes y pueblo y mujeres! ¡Comprobad si los hombres blancos de las estrellas cumplen su palabra o si son tan sólo unos embusteros!

La luna se oscurece ante vuestros ojos; pronto todo estará sumido en la oscuridad; sí, oscuridad en la hora de la luna llena. Habéis pedido una señal: aquí la tenéis. ¡Oscurécete, oh luna! Retira tu luz, tú que eres pura y santa. Aplasta contra el polvo a los de corazón orgulloso y cubre el mundo de tinieblas.

Los espectadores dejaron escapar un alarido de terror. Algunos estaban petrificados por el miedo; otros caían de rodillas y gritaban. En cuanto al rey, permanecía inmóvil en su asiento, pálido bajo su oscura piel. Sólo Gagool conservaba el valor.

—¡Pasará! —gritó—. He visto algo parecido antes. Ningún hombre puede apagar la luna. No os asustéis. Quedaos quietos. La sombra pasará.

—¡Esperad y lo veréis! —repliqué, vociferando con excitación—. Siga usted, Good. No recuerdo más versos. Jure, sea buen chico. Good respondió noblemente al reto que se le imponía a su capacidad inventiva. Hasta aquel momento no tenía la menor idea de las dimensiones que pueden alcanzar los poderes imprecatorios de un oficial de la Marina. Estuvo hablando durante diez minutos sin parar, sin apenas repetirse.

Entretanto, el anillo oscuro seguía ensanchándose, mientras toda la asamblea fijaba la mirada en el cielo y lo contemplaba en un silencio fascinado. Sombras extrañas y malignas invadían la luna, una quietud ominosa llenó el lugar; todos quedaron inmóviles como la muerte. Transcurrieron varios minutos con lentitud en medio de aquel solemne silencio y, mientras discurrían, la luna llena fue entrando cada vez más en la sombra de la tierra, a medida que se deslizaba el segmento de tinta de su círculo con terrible majestad por los cráteres lunares. La gran esfera pálida parecía acercarse y aumentar de tamaño. Adquirió un tinte cobrizo; después, el trozo de superficie que no se había oscurecido aún se tornó gris y ceniciento, y finalmente, a medida que se acercaba el eclipse total, se veían refulgir fantasmagóricamente las montañas y las mesetas a través de las tinieblas escarlata.

El anillo de oscuridad siguió creciendo; ya cubría más de la mitad de la esfera rojo sangre. El aire se hizo denso y adquirió un tinte escarlata oscuro aún más intenso. Y así siguió, hasta que apenas podíamos ver los feroces rostros que teníamos delante de nosotros. No se oía ningún ruido entre los espectadores.

—La luna se muere…, los hechiceros han matado a la luna —aulló Scragga—. ¡Todos moriremos en las tinieblas!

Movido por el miedo o la ira, o por ambas cosas a la vez, levantó su lanza y la arrojó con todas sus fuerzas contra el ancho pecho de sir Henry. Pero se había olvidado de las cotas de malla que nos había regalado el rey, que llevábamos debajo de nuestras ropas. El acero rebotó sin herirle, y antes de que pudiera repetir el golpe, sir Henry le arrebató la lanza y le atravesó.

Cayó muerto.

Ante aquello, enloquecidos por el terror de las tinieblas crecientes de la maligna sombra que, según creían, estaba devorando la luna, los grupos de muchachas se dispersaron en terrible confusión y corrieron hacia las puertas chillando. Pero el pánico no quedó en eso. El propio rey, seguido por los guardias, algunos jefes y Gagool, que renqueaba tras ellos con increíble celeridad, huyeron hacia las cabañas, de forma que al cabo de unos minutos la futura víctima, Foulata, Infadoos y la mayoría de los jefes con quienes nos habíamos entrevistado la noche anterior, y nosotros, quedamos solos en el escenario, junto al cuerpo de Scragga.

—Y ahora, jefes —dije—, os hemos dado la señal. Si estáis satisfechos, corramos al lugar del que nos hablasteis. No se puede deshacer el hechizo ahora. Durará una hora y la mitad de una hora. Aprovechemos la oscuridad.

—Vamos —dijo Infadoos, disponiéndose a partir, ejemplo que siguieron los atemorizados jefes, Foulata, a quien Good había tomado de la mano, y nosotros.

Antes de que hubiéramos llegado a la puerta del kraal, la luna desapareció del todo, y desde todos los puntos del firmamento las estrellas se precipitaron en el cielo de negrura de tinta.

Cogidos de la mano, avanzamos a tropezones en la oscuridad.

12. ANTES DE LA BATALLA

Por suerte para nosotros, Infadoos y los jefes conocían perfectamente todos los senderos de la gran ciudad, de modo que, a pesar de la oscuridad, avanzamos con rapidez.

Seguimos caminando durante una hora o más, hasta que, finalmente, empezó a desaparecer el eclipse, y el borde de la luna que se había esfumado en primer lugar volvió a hacerse visible. De repente, mientras la contemplábamos, surgió un rayo de luz plateada, acompañado por un increíble resplandor rojizo, que quedó colgado de la negrura del cielo como una lámpara celestial. Era un espectáculo salvaje y maravilloso. Al cabo de cinco minutos, las estrellas empezaron a palidecer y hubo suficiente luz para ver dónde nos encontrábamos. Entonces descubrimos que estábamos lejos de la ciudad de Loo y nos acercábamos a una colina grande y aplanada que medía unas dos millas de circunferencia. Esta colina, que es una formación muy corriente en Sudáfrica, no era muy alta; en realidad, su mayor elevación apenas llegaba a los doscientos pies, pero tenía forma de herradura, y las laderas eran muy escarpadas y salpicadas de peñascos. Sobre la meseta cubierta de hierba había una amplia explanada apropiada para acampar, que había sido utilizada como acantonamiento militar de potencial nada despreciable. Su guarnición habitual estaba constituida por un regimiento de tres mil hombres, pero mientras subíamos penosamente la empinada ladera de la colina observamos, a la luz de la luna que había vuelto a salir, que había muchos más guerreros de lo corriente.

Al llegar por fin a la meseta, nos encontramos con una multitud de hombres que habían despertado de su sueño, apiñados unos contra otros, temblando de miedo y sumidos en la consternación más extremada por el fenómeno natural que presenciaban. Pasamos entre ellos sin decir palabra, y llegamos a una cabaña situada en el centro de la explanada. Nos quedamos atónitos al ver a dos hombres que nos esperaban, cargados con nuestras escasas pertenencias, que, como es natural, nos habíamos visto obligados a abandonar en nuestra precipitada huida.

—Envié a buscarlo —nos explicó Infadoos—, y también esto —y levantó los pantalones de Good, perdidos tiempo atrás.

Con una exclamación de extasiado deleite, Good se precipitó hacia ellos y procedió a ponérselos.

—¡No irá a ocultar mi señor sus hermosas piernas blancas! —exclamó Infadoos con pena.

Pero Good persistió en su propósito y sólo una vez más tuvo ocasión el pueblo kukuana de volver a ver sus hermosas piernas. Good es un hombre muy tímido. Desde entonces, tuvieron que satisfacer sus anhelos estéticos con la cara a medio afeitar, el ojo transparente y la dentadura móvil.

Sin dejar de mirar con cariñoso recuerdo los pantalones de Good, Infadoos pasó a poner en nuestro conocimiento que había ordenado a los regimientos que formasen al despuntar el alba, para explicarles con detalle las circunstancias de la rebelión que había sido decidida por los jefes, y para presentarles al legítimo heredero al trono, Ignosi.

Así pues, en cuanto salió el sol, las tropas —en total casi veinte mil hombres, que constituían la flor y nata del ejército kukuana— formaron en una amplia explanada, hacia la que nos dirigimos. Los guerreros estaban dispuestos en tres lados de un compacto cuadrado y ofrecían un magnífico espectáculo. Ocupamos nuestros puestos en el lado abierto del cuadrado y pronto estuvimos rodeados por los principales jefes y oficiales.

Después de haberse ordenado el silencio, Infadoos se dirigió a todos ellos. Les narró, en lenguaje vivo y vigoroso —porque, como la mayoría de los kukuanas de alto rango, era un orador nato—, la historia del padre de Ignosi, su vil asesinato a manos de Twala, el rey, y cómo su mujer y su hijo fueron arrojados del poblado para que muriesen de hambre. Después señaló que la tierra sufría y gemía bajo el cruel reinado de Twala; puso como ejemplo las acciones de la noche anterior, en que, con el pretexto de ser malvados, había conducido a la muerte más terrible a muchos de los hombres más nobles del país. Prosiguió diciendo que los señores blancos de las estrellas, al contemplar su país, habían comprendido sus problemas y decidido aliviar su suerte, a costa de innumerables molestias; que, por este motivo, habían tomado de la mano al verdadero rey del país, Ignosi, que languidecía en el exilio, y le habían conducido a través de las montañas; que habían visto la maldad de las acciones de Twala, y que, como señal para los indecisos, y para salvar la vida de Foulata, habían apagado la luna, mediante el ejercicio de su magia, y habían matado al joven demonio Scragga, y que estaban dispuestos a combatir con ellos, a ayudarlos a derrotar a Twala y a llevar al trono al rey legítimo Ignosi.

Terminó su discurso entre un murmullo de aprobación, y entonces Ignosi dio un paso al frente y empezó a hablar. Tras reiterar todo lo que había dicho Infadoos, su tío, concluyó la convincente arenga con estas palabras:

—¡Oh jefes, capitanes, soldados y pueblo! Habéis escuchado mis palabras. Ahora debéis elegir entre mi persona y aquel que ocupa el trono, mi tío, que mató a su hermano y quiso que el hijo de su hermano muriese en medio del frío y de la noche. Que yo soy el verdadero rey, éstos —y señaló a los jefes— os lo pueden confirmar, porque ellos han visto la serpiente tatuada en mi cintura. Si yo no fuese el rey, ¿acaso estarían de mi parte estos hombres blancos con toda su magia? ¡Temblad, jefes, capitanes, soldados y pueblo! ¿No está aún ante vuestros ojos la oscuridad con que han cubierto la tierra para confundir a Twala y ocultar nuestra huida, una oscuridad que ha caído en la hora de la luna llena?

—Así es —replicaron los soldados.

—Yo soy el rey, os digo; yo soy el rey —prosiguió Ignosi, alzándose en toda su estatura y levantando el hacha de combate de ancha hoja por encima de la cabeza—. Si hay alguien entre vosotros que diga lo contrario, que dé un paso al frente, y lucharé con él ahora mismo, y su sangre será la prueba roja de que os digo la verdad. Que dé un paso al frente. Agitó el gran hacha, haciéndola flamear a la luz del sol.

Como nadie parecía dispuesto a responder a esta heroica versión del juego de las prendas, nuestro antiguo sirviente continuó su arenga.

—Yo soy el verdadero rey y, si estáis a mi lado en la batalla, si venzo en este día, vosotros participaréis conmigo de la victoria y los honores. Os daré bueyes y mujeres, y tendréis cargos de alto rango en todos los regimientos; y si caéis, yo caeré con vosotros.

Escuchad; os hago esta promesa: que cuando ocupe el trono de mis mayores, cesará el derramamiento de sangre en esta tierra. Ya no encontraréis la muerte cuando claméis por justicia, ya no os perseguirán las cazadoras de brujos ni moriréis sin que os juzguen. Ningún hombre morirá, salvo aquel que quebrante las leyes. Cesará el desmantelamiento de vuestros kraals; todos dormirán a salvo en su cabaña y nada temerán, y la justicia caminará, ciega, por la tierra. ¿Habéis elegido, jefes, capitanes, soldados, pueblo?

—¡Hemos elegido, oh rey! —fue la respuesta.

—Está bien, volved la cabeza y ved cómo salen de la gran ciudad los mensajeros de Twala, hacia el este y el oeste, hacia el norte y el sur, para reunir un poderoso ejército y mataros a vosotros y a mí, y a éstos, mis protectores y amigos. Mañana, o acaso al día siguiente, vendrá con todos aquellos que le son leales. Entonces veré qué hombre está de verdad a mi lado, qué hombre no teme morir por mi causa; y os digo que no lo olvidaré a la hora del reparto del botín. He hablado, oh jefes, capitanes, soldados, pueblo. Ahora id a vuestras cabañas y preparaos para la guerra.

Se hizo el silencio, y uno de los jefes levantó la mano y retumbó el saludo real, Koom. Era la señal de que los regimientos habían aceptado a Ignosi como rey. A continuación desfilaron en batallones.

Media hora más tarde celebramos un consejo de guerra, al que acudieron todos los comandantes de regimiento. Era evidente que no tardaríamos mucho en ser atacados por fuerzas aplastantes. Desde nuestra posición en la colina podíamos ver cómo se concentraban las tropas, y los mensajeros que partían de Loo en todas las direcciones, sin duda para reunir soldados que ayudasen al rey. Teníamos de nuestro lado unos veinte mil hombres, que formaban siete regimientos, de los mejores del país. Twala, según calcularon Infadoos y los jefes, tenía al menos treinta o treinta y cinco mil hombres en los que podía confiar, reunidos en Loo, y pensaban que al mediodía del día siguiente podría reunir otros cinco mil o más. Por supuesto, cabía la posibilidad de que desertaran algunas tropas y se uniesen a las nuestras, pero en principio no podíamos contar con tal eventualidad. Entretanto, estaba claro que empezaban a hacer preparativos para someternos. Ya había fuertes columnas de hombres armados que patrullaban por el pie de la colina, así como otros indicios de un ataque inminente.

No obstante, Infadoos y los demás jefes opinaban que no tendría lugar un ataque aquel día, pues lo emplearían en prepararse y en disipar por todos los medios posibles el efecto moral que había ejercido sobre la mente de los soldados el oscurecimiento, supuestamente mágico, de la luna. Atacarían por la mañana, dijeron, y pudimos comprobar que tenían razón.

Pusimos manos a la obra de fortificar nuestras posiciones en la medida de lo posible. Se pusieron en movimiento casi todos los guerreros, y en el transcurso del día, que nos pareció demasiado corto, hicimos muchas cosas. Se bloquearon con montones de piedras los senderos que subían hacia la colina, que era más un sanatorio que una fortaleza, y se utilizaba generalmente como campamento para los regimientos que hubieran estado de servicio reciente en zonas insalubres del país, y el resto de las vías de aproximación se hicieron tan inexpugnables como nos permitió el tiempo.

Se amontonaron pilas de rocas en diversos puntos para hacerlas rodar sobre el enemigo, se asignaron las posiciones de los regimientos y se tomaron todas las medidas que nos sugirió nuestro ingenio.

Justo antes de la puesta del sol, mientras descansábamos de tantos trajines, observamos que un pequeño grupo de hombres avanzaba hacia nosotros desde Loo. Uno de ellos llevaba una hoja de palma en la mano en señal de que acudía como emisario.

Cuando estuvieron cerca, Ignosi, Infadoos, uno o dos jefes y nosotros descendimos hasta el pie de la colina para recibirlo. Era un tipo de magnífica presencia, y llevaba la habitual capa de piel de leopardo.

—¡Saludos! —gritó, mientras se acercaba—. El rey saluda a aquellos que hacen una guerra impía contra el rey; el león saluda a los chacales que gruñen a sus pies.

—Habla —dije.

—Éstas son las palabras del rey. Someteos a la misericordia del rey ahora mismo u os acontecerá algo peor. Ya ha sido desgarrado el lomo del toro negro y el rey lo conduce sangrando por el campamento.

—¿Cuáles son las condiciones de Twala? —pregunté por curiosidad.

—Sus condiciones son misericordiosas, dignas de un gran rey. ¡Éstas son las palabras de Twala, el del ojo único, el poderoso, marido de mil mujeres, señor de los kukuanas, guardián de la gran carretera (la carretera de Salomón), amado por los extraños que están sentados en silencio en las montañas de allá lejos (las tres Brujas), ternero de la vaca negra, elefante cuyas pisadas hacen retumbar la tierra, terror de los malvados, avestruz cuyas patas devoran el desierto, enorme, negro, sabio, rey de generación tras generación! Éstas son las palabras de Twala: «Seré misericordioso y quedaré satisfecho con poca sangre. Morirá uno de cada diez; el resto quedará en libertad, pero el hombre blanco Incubu, que asesinó a Scragga, mi hijo, y el hombre negro, su sirviente, que pretende acceder a mi trono, e Infadoos, mi hermano, que trama la rebelión contra mí, ésos morirán torturados como ofrenda a los Silenciosos». Éstas son las misericordiosas palabras de Twala.

Tras consultar con los demás, le contesté en voz alta, para que pudieran oírlo los soldados, y dije:

—Regresa, perro, con Twala, que te ha enviado, y dile que nosotros, Ignosi, verdadero rey de los kukuanas; Incubu, Bougwan y Macumazahn, los hombres sabios de las estrellas, que oscurecieron la luna; Infadoos, de la casa real, y los jefes, capitanes y el pueblo aquí reunido contestamos: «Que no nos rendiremos; que antes de que el sol se haya puesto dos veces, el cadáver de Twala estará rígido a la puerta de Twala, y que Ignosi, a cuyo padre asesinó Twala, reinará en su lugar». Ahora, márchate, antes de que te echemos a latigazos, y guárdate de levantar una mano contra nosotros.

El heraldo soltó una sonora carcajada.

—No atemorizaréis a los hombres con palabras tan altisonantes —gritó —. Mostraos mañana así de valientes, oh vosotros que oscurecéis la luna. Sed valientes, luchad y estad alegres antes de que los cuervos picoteen vuestros huesos y los dejen más blancos que vuestros rostros. Adiós. Quizá nos encontremos en la batalla. Esperadme, hombres blancos. Y tras pronunciar estas sarcásticas palabras, se retiró, y casi inmediatamente se ocultó el sol.

Fue aquella una noche atareada, ya que, a pesar de nuestra fatiga, continuamos los preparativos para el combate del día siguiente en la medida en que nos lo permitió la luz de la luna. Constantemente partían mensajeros hacia el lugar en que celebrábamos consejo y volvían a sus puestos con igual frecuencia. Finalmente, hacia la una de la madrugada, habíamos hecho todo lo que podía hacerse, y el campamento, salvo por la consigna ocasional de un centinela, se sumió en el sueño. Sir Henry y yo, acompañados por Ignosi y uno de los jefes, descendimos colina abajo e hicimos la ronda por los puestos de guardia. Mientras caminábamos y de forma repentina, surgían las lanzas que centelleaban a la luz de la luna en los lugares más inesperados, para desaparecer en cuanto pronunciábamos la consigna. Era evidente que ningún centinela dormía. Regresamos, pisando cautelosamente por entre los miles de guerreros dormidos, muchos de los cuales disfrutaban por última vez del descanso terrenal.

La luz de la luna se reflejaba sobre sus lanzas y jugueteaba sobre sus rostros, dándoles un aspecto cadavérico; el helado viento nocturno agitaba sus altos y lúgubres penachos de plumas. Allí yacían, tendidos en terrible confusión, con los brazos extendidos y los miembros retorcidos; sus cuerpos fornidos y membrudos parecían fantasmagóricos e inhumanos a la luz de la luna.

—¿Cuántos supone que estarán vivos mañana a esta misma hora? —preguntó sir Henry.

Meneé la cabeza y volví a mirar a los hombres dormidos, y en mi mente cansada, aunque excitada, se me aparecieron como si la muerte ya los hubiera tocado. Mi imaginación separó a aquellos que estaban destinados al sacrificio, y en mi corazón se precipitó la intensa sensación del misterio de la vida humana, y de una pena abrumadora por su inutilidad y su tristeza. Aquella noche, miles de soldados dormían plácidamente; al día siguiente, ellos y muchos otros como ellos, quizá nosotros mismos, estaríamos rígidos, fríos. Sus mujeres serían viudas; sus hijos, huérfanos, y su pueblo no volvería a verlos jamás. Sólo la luna seguiría brillando, serena, el viento nocturno agitaría la hierba, y la ancha tierra descansaría, feliz, al igual que en la eternidad que precedió a aquellos guerreros, y en la eternidad que seguiría cuando quedaran olvidados.

Por mi mente pasaron todas estas reflexiones, porque a medida que me hago viejo, lamento decir que parece apoderarse de mí la detestable costumbre de pensar, mientras contemplaba aquellas hileras de soldados, lúgubres y fantasmagóricas, dormidas, como dice el refrán kukuana, «sobre sus lanzas».

—Curtis —le dije a sir Henry—, estoy muerto de miedo.

Sir Henry se acarició la rubia barba, se echó a reír y contestó:

—Ya le he oído antes hacer esa clase de observación, Quatermain.

—Pero ahora es verdad. Verá, dudo mucho que ninguno de nosotros esté vivo mañana por la noche. Nos atacarán con fuerzas aplastantes, y es más que dudoso que podamos defender este lugar.

—Daremos buena cuenta de ellos, en cualquier caso. Mire, Quatermain, es un asunto muy desagradable, en el que, para ser francos, no deberíamos habernos mezclado, pero lo estamos, de modo que debemos cumplir nuestra misión lo mejor posible. Personalmente, prefiero morir luchando que de otra forma, y ahora que parecen quedar pocas posibilidades de encontrar a mi pobre hermano, la idea me resulta más aceptable. Pero la suerte favorece a los valientes, y puede que tengamos éxito. De cualquier modo, la matanza será espantosa, y como tenemos que mantener nuestra reputación, no nos queda más remedio que meternos de lleno en ello.

Sir Henry hizo esta última observación en tono lúgubre, pero en sus ojos había un brillo que lo desmentía. Tengo la ligera sospecha de que a sir Henry Curtis realmente le gusta combatir.

A continuación nos marchamos y dormimos un par de horas.

Al alba nos despertó Infadoos, que vino a decirnos que se observaba una actividad febril en Loo, y que a nuestros puestos estaban llegando patrullas de escaramuzadores del rey.

Nos levantamos y nos vestimos para la refriega; nos colocamos nuestras cotas de malla, que en la presente tesitura eran muy de agradecer. Sir Henry llevó el asunto hasta los últimos extremos y se vistió como un guerrero nativo. «Cuando estés en Kukuanalandia, haz lo mismo que los kukuanas», sentenció mientras se ponía el brillante acero sobre sus anchos hombros; le sentaba como un guante. Pero no se conformó con eso. A petición suya, Infadoos le había proporcionado un uniforme de guerra completo. Se ajustó al cuello la capa de piel de leopardo de los oficiales; se ciñó en la frente el penacho de plumas negras de avestruz, que sólo utilizaban los generales de alto rango, y se sujetó a la cintura una espléndida moocha de colas de buey blanco. Completaban su atuendo unas sandalias, grebas de piel de cabra, una pesada hacha de guerra, con mango de cuerno de rinoceronte, un escudo redondo de hierro y el número reglamentario de tollas o cuchillos arrojadizos, a los que, no obstante, añadió su revólver. Los ropajes eran, sin duda, salvajes, pero debo añadir que nunca he visto nada tan extraordinario como el aspecto que presentaba sir Henry Curtis ataviado de esa forma. Resaltaba su magnífico cuerpo, y cuando por fin llegó Ignosi vestido con ropajes muy similares, pensé que nunca había visto hombres tan espléndidos.

En cuanto a Good y a mí, la cota de malla no nos sentaba tan bien. En primer lugar, Good insistió en llevar sus pantalones, y un caballero corpulento y de corta estatura, con monóculo y la mitad de la cara afeitada, ataviado con una cota de malla, cuidadosamente embutido en unos pantalones de pana verdaderamente andrajosos, resulta más sorprendente que impresionante. En lo que respecta a mí, como la cota de malla era demasiado grande, me la coloqué encima de la ropa, con lo que abultaba de un modo no demasiado favorecedor. Deseché los pantalones, decidido a entrar en batalla con las piernas desnudas para estar más ligero en caso de que fuese necesario hacer una retirada precipitada, y sólo me quedé con los veldtschoons. Con esto, una lanza, un escudo, que no sabía manejar, un par de tollas, un revólver y un enorme penacho de plumas que me encasqueté en el sombrero de caza, para dar un toque sanguinario a mi atuendo, completé mis modestos atavíos. Como complemento, llevamos los rifles, por supuesto, pero como la munición era escasa y serían inútiles en caso de que cargasen contra nosotros, habíamos acordado que los llevasen detrás de nosotros unos porteadores.

En cuanto nos hubimos preparado, engullimos a toda prisa un poco de comida y nos pusimos en marcha para ver cómo iban las cosas. En un punto de la meseta había un pequeño koppie de roca gris que servía para el doble objetivo de cuartel general y torre de vigilancia. Allí nos encontramos con Infadoos, rodeado por su regimiento de «grises», que era, sin duda, el mejor del ejército kukuana, y el que habíamos visto en el primer kraal. Aquel regimiento, formado por tres mil quinientos hombres, se mantenía en reserva, y los guerreros estaban tumbados en la hierba, reunidos en grupos, observando el reptar de las tropas del rey al salir de Loo como hileras de hormigas. Aquellas columnas parecían interminables; había tres en total, y cada una contaba al menos con doce mil hombres.

En cuanto se hubieron alejado de la ciudad, los guerreros formaron. Entonces, una de las columnas se dirigió hacia la derecha, otra hacia la izquierda, y la tercera se acercó lentamente hacia nosotros.

—Vaya —dijo Infadoos—, nos van a atacar por tres flancos a la vez.

Esta noticia era muy grave, ya que nuestra posición en la cima de la montaña, que tenía al menos una milla y media de circunferencia, era muy extensa, por lo que era muy importante concentrar lo más posible nuestras fuerzas defensivas, que eran relativamente reducidas. Pero como no estaba a nuestro alcance adivinar por qué flanco seríamos atacados, tuvimos que arreglárnoslas lo mejor que pudimos y enviamos órdenes a los diversos regimientos para que se dispusieran a recibir las acometidas por separado.

13. EL ATAQUE

Las tres columnas avanzaron lentamente y sin la menor señal de prisa o excitación. Cuando se encontraban a unas quinientas yardas de nosotros, la columna principal o central se detuvo al pie de una explanada que subía hacia la colina, al objeto de dar tiempo a las otras dos para rodear nuestra posición, que tenía, más o menos, la forma de una herradura, con los dos extremos apuntando hacia la ciudad de Loo. Sin duda su objetivo consistía en lanzar el ataque simultáneamente por tres flancos.

—¡Ay! ¡Daría cualquier cosa por una ametralladora! —gruñó Good al contemplar las apretadas falanges que se extendían a nuestros pies—. Limpiaría la llanura en veinte minutos.

—No la tenemos, así que de nada sirve lamentarse. Pero ¿por qué no dispara, Quatermain? A ver si puede alcanzar a ese tipo alto que parece estar al mando. Dos contra uno a que falla. Incluso le apuesto un soberano, que le pagaré religiosamente si salimos de ésta, a que la bala no le cae a menos de cinco yardas.

Me piqué, así que cargué el express, esperé hasta que mi amigo se hubo adelantado unas diez yardas a sus tropas para ver mejor nuestra posición, acompañado tan sólo por un ayudante, y entonces me tumbé, apoyé el express sobre una roca y apunté. El rifle, como todos los express, tenía la mira graduada para una distancia de sólo trescientas cincuenta yardas, de modo que, para dar margen al descenso de la bala en su trayectoria, le apunté al centro del cuello, con lo que, según mis cálculos, le alcanzaría en el pecho. Aquel hombre estaba inmóvil y me ofrecía todo tipo de facilidades, pero ya fuera por el nerviosismo, o por el viento, o porque se trataba de un disparo a mucha distancia, el caso es que ocurrió lo siguiente: pensando que había apuntado bien, apreté el gatillo y, cuando se hubo disipado la nubecilla de humo, descubrí con gran disgusto que mi hombre seguía en pie sin daño alguno, en tanto que su ayudante, que se encontraba al menos a tres pasos a la izquierda, estaba tendido en el suelo, al parecer muerto. El oficial al que había apuntado dio media vuelta rápidamente y corrió hacia sus tropas con signos evidentes de alarma.

—¡Bravo, Quatermain! —bramó Good—. Le ha asustado.

Aquello me encolerizó, porque, si puedo evitarlo, no me gusta fallar un tiro en público. Cuando sólo se sabe hacer bien una cosa, nos gusta mantener nuestra reputación intacta. Completamente fuera de mí por haber fracasado, actué irreflexivamente. Apunté rápidamente al general en su carrera y disparé el segundo proyectil. El pobre hombre alzó los brazos y cayó de bruces. Esta vez no fallé el disparo, y —lo digo como prueba de lo poco que pensamos en los otros cuando está en juego nuestro orgullo o nuestra reputación— fui lo suficientemente bruto como para sentirme encantado por ello.

Los guerreros que habían visto la proeza dieron vítores ante aquella exhibición de la magia del hombre blanco, que ellos tomaron como presagio de victoria, en tanto que las tropas a las que pertenecía el general —quien, en efecto, como supimos más tarde, era su comandante— empezaron a retroceder en desordenada confusión. Sir Henry y Good cogieron sus rifles y empezaron a disparar; este último disparó a bulto contra la densa masa que tenía ante él con un Winchester de repetición, y yo también hice un par de disparos con el resultado de que, por lo que pudimos juzgar, dejamos a ocho o diez hombres hors de combat.

En el momento en que dejamos de hacer fuego, se oyó un bramido amenazador que provenía de nuestra derecha, y a continuación un bramido semejante ala izquierda. Las otras dos divisiones habían entrado en combate con nosotros.

Al oír el ruido, la masa de hombres que teníamos frente a nosotros se abrió un poco y avanzó hacia la colina por la lengua de tierra herbosa a paso lento, cantando una canción con voz ronca. Nosotros mantuvimos un fuego continuo con nuestros rifles mientras se acercaban; Ignosi se sumaba a él de vez en cuando, y acabamos con varios hombres, aunque, por supuesto, no produjimos mayor efecto sobre aquella potente acometida de hombres armados que el que producen los guijarros sobre la ola rompiente.

Siguieron avanzando con gritos y entrechocar de lanzas; hacían retroceder a los destacamentos que habíamos situado entre las rocas al pie de la colina. Después, su avance fue un poco más lento, ya que si hasta entonces no habíamos ofrecido una resistencia seria, las fuerzas atacantes tenían que ascender la colina, y aminoraron el paso para no perder el resuello. Nuestra primera línea de defensa se encontraba aproximadamente en mitad de la ladera de la colina, la segunda unas cincuenta yardas más atrás y la tercera ocupaba el borde de la explanada.

Continuaron su avance lanzando su grito de guerra: «¡Twala! ¡Twala! ¡Chielé! ¡Chielé!». (`¡Twala! ¡Twala! ¡Mata! ¡Mata!’). «¡Ignosi! ¡Ignosi!

¡Chielé! ¡Chielé!», gritaban nuestros hombres. Ya estaban muy cerca y las tollas, o cuchillos arrojadizos, empezaron a centellear en ambos sentidos, y con un espantoso alarido comenzó el combate.

La masa de guerreros ondulaba de un lado a otro; los hombres caían en profusión como las hojas con el viento otoñal; pero no tardó en dejarse sentir la fuerza superior de las tropas atacantes, y nuestra primera línea de defensa retrocedió lentamente, hasta mezclarse con la segunda. Allí la lucha era feroz, pero los nuestros tuvieron que retroceder colina arriba, hasta que finalmente, al cabo de veinte minutos de haber comenzado la batalla, la tercera línea de defensa entró en acción.

Pero ya entonces los atacantes estaban agotados, además de haber sufrido muchas bajas entre heridos y muertos, y resultó que no tuvieron fuerzas para romper la tercera muralla impenetrable de lanzas. Durante un rato la densa masa de guerreros retrocedió y avanzó como una marea en los feroces flujos y reflujos de la batalla, con resultados dudosos. Sir Henry observaba la desesperada lucha con mirada enardecida; sin decir palabra, y seguido por Good, se abalanzó hacia lo más duro de la refriega. Yo me quedé donde estaba.

Los soldados vieron su alta figura al sumergirse en la batalla y gritaron:

—¡Nanzia Incubu! ¡Nanzia Unkungunklovo! (‘¡Ahí va el Elefante!’). ¡Chielé!¡Chielé!

A partir de aquel momento, los resultados de la batalla ya no fueron dudosos. Pulgada a pulgada, luchando con desesperada valentía, las fuerzas atacantes tuvieron que retroceder colina abajo, hasta que finalmente se retiraron a sus reservas con cierto desorden. También en ese mismo instante llegó un mensajero a decir que se había repelido el ataque por la izquierda. Ya empezaba a felicitarme porque el asunto parecía haber terminado de momento, cuando observamos con horror que los hombres que habían combatido en la defensa del flanco derecho retrocedían hacia nosotros por la explanada, seguidos por el enemigo, que atacaba en bandadas y que había vencido en aquel punto.

Ignosi, que se encontraba junto a mí, abarcó con una mirada la situación y dio órdenes rápidamente. Al instante se desplegó el regimiento de reserva que nos rodeaba (los «grises»).

Ignosi volvió a dar órdenes, que recibieron y repitieron los capitanes, y, al cabo de unos segundos, para mi profundo desagrado, me vi envuelto en una furiosa carga contra el enemigo. Protegiéndome lo más posible tras el enorme corpachón de Ignosi, hice de tripas corazón y me precipité hacia la muerte, como si aquello me gustase. Al cabo de uno o dos minutos —el tiempo parecía pasar con mucha rapidez nos zambullimos entre los grupos de hombres que huían, que enseguida empezaron a reorganizarse detrás de nosotros y, a continuación, puedo asegurar que no sé lo que ocurrió. Todo lo que puedo recordar es un tremendo ruido de escudos entrechocados y la súbita aparición de un rufián enorme, cuyos ojos parecían literalmente salírsele de las órbitas, que se dirigía hacia mí con una lanza ensangrentada. Pero— y lo digo con orgullo —estuve a la altura de las circunstancias, y las circunstancias eran tales que la mayoría de las personas se hubiera derrumbado de una vez por todas. Al ver que si me quedaba donde estaba iba a palmarla, en el momento en que aquella aparición horripilante se me acercó, me arrojé al suelo frente a él, con tal astucia que, incapaz de detenerse, tropezó con mi cuerpo postrado. Antes de que pudiera levantarse, yo ya lo había hecho y zanjé la cuestión con mi revólver.

Al poco rato, alguien me derrumbó de un golpe y ya no recuerdo nada más del combate.

Cuando recobré el sentido, me encontré de nuevo en el koppie, con Good inclinado sobre mí con una calabaza de agua.

—¿Cómo se siente, muchacho? —preguntó angustiado.

Me levanté y me sacudí las ropas antes de contestar.

—Muy bien, gracias —repliqué.

—¡Gracias a Dios! Cuando vi que le llevaban en brazos, casi me mareé; creí que la había palmado.

—Todavía no, hijo. Supongo que sólo me dieron un golpe en la cabeza que me dejó fuera de combate. ¿En qué ha acabado?

—De momento, los hemos rechazado por todos los flancos. Las pérdidas son terribles; hay unas dos mil bajas entre muertos y heridos, y ellos deben haber perdido tres mil. ¡Fíjese, es todo un espectáculo! —añadió, señalando hacia las largas hileras de hombres que avanzaban de cuatro en cuatro.

En el centro de cada grupo, sostenida por cuatro hombres, había una especie de bandeja tapada, objeto que las tropas kukuanas siempre llevaban en grandes cantidades, con un asa en cada extremo. Sobre aquellas bandejas, cuyo número parecía infinito, yacían los heridos, a quienes examinaban rápidamente los curanderos al llegar al campamento; había diez por regimiento. Si la herida no presentaba carácter mortal, se llevaban al herido y lo atendían con todo el cuidado que permitían las circunstancias. Pero, si el estado del herido era crítico, lo que ocurría a continuación era espantoso, aunque sin duda era un acto de auténtica piedad. Uno de los curanderos, con la excusa de realizar una exploración, abría rápidamente una arteria con un cuchillo afilado, y al cabo de uno o dos minutos, el paciente expiraba sin dolor. Aquel día se aplicó a muchos casos. En la mayoría de las ocasiones, se hacía cuando la herida se había recibido en el cuerpo, porque el boquete abierto por las lanzas enormemente anchas que usaban los kukuanas hacía imposible, por regla general, la recuperación. En la mayoría de los casos, los pobres heridos ya estaban inconscientes, y en otros, el corte fatal de la arteria era tan rápido e indoloro que no parecían notarlo. No obstante, era un espectáculo espantoso y nos alegramos de poder huir de él. En verdad, no recuerdo que nada me haya afectado más que ver a aquellos valientes guerreros liberados del dolor por los curanderos de manos enrojecidas, excepto en la ocasión en que, tras una batalla, vi a los soldados swazis enterrar vivos a los heridos sin posibilidad de recuperarse.

Huimos de aquella escena macabra hacia el otro lado del koppie, y nos encontramos a sir Henry (que aún sujetaba un hacha de combate ensangrentada), a Ignosi, Infadoos y a uno o dos de los jefes entregados a una profunda consulta.

—¡Gracias a Dios que está usted aquí, Quatermain! No sé muy bien lo que quiere decir Ignosi. Al parecer, a pesar de que hemos vencido a los atacantes, Twala está recibiendo gran cantidad de refuerzos, y se prepara para sitiarnos con la intención de vencernos por hambre.

—Eso es horrible.

—Sí; especialmente porque Infadoos dice que se han agotado las reservas de agua.

—Sí, mi señor, así es —dijo Infadoos—. El torrente no puede cubrir las necesidades de tan gran multitud, y empieza a faltar. Antes de que caiga la noche, todos tendremos sed. Escucha, Macumazahn. Eres sabio, y sin duda has visto muchas guerras en las tierras de las que vienes; es decir, si es que hay guerras en las estrellas. Dinos, ¿qué debemos hacer? Twala ha traído muchos hombres nuevos para reemplazar a los que han caído. Pero Twala ha aprendido una lección. El halcón no pensaba encontrar preparada a la garza; pero nuestro pico le ha desgarrado el pecho; no volverá a golpearnos. Nosotros también estamos heridos, y él esperará a que muramos; se enroscará a nuestro alrededor como la serpiente alrededor del gamo, y hará la guerra de «esperar sentado».

—Te escucho —dije.

—Así pues, Macumazahn, ves que no tenemos agua, y que sólo nos queda un poco de comida, y debemos elegir entre estas tres cosas: languidecer como un león hambriento en su guarida, tratar de romper el cerco dirigiéndonos al norte, o… —y al llegar aquí se levantó y señaló hacia la densa masa que formaban nuestros enemigos— lanzarnos a la garganta de Twala. Incubu, el gran guerrero, que hoy ha luchado como el búfalo capturado en una red, y los soldados de Twala cayeron bajo su hacha como el maíz bajo la guadaña (yo lo he visto con mis propios ojos), Incubu dice: «A la carga». Pero el elefante siempre está dispuesto a la carga. Ahora, ¿qué dice Macumazahn, el astuto zorro viejo, que ha visto mucho y a quien le gusta atacar al enemigo por detrás? La última palabra depende de Ignosi, el rey, porque es derecho del rey decidir en la guerra; pero oigamos tu voz, ¡oh Macumazahn!, que vigilas en la noche, y también la tuya, tú, el del ojo transparente.

—¿Qué dices tú, Ignosi? —pregunté.

—No, padre mío —contestó nuestro antiguo sirviente, que en ese momento, investido con todo el armamento de la guerra, parecía un guerrero de pies a cabeza—, habla tú, y deja que yo, que no soy más que un niño al lado de tu sabiduría, oiga tus palabras.

Tras esta renuncia, y tras consultar rápidamente con Good y sir Henry, expuse brevemente mi opinión en el sentido de que, al estar atrapados, nuestra única oportunidad, especialmente teniendo en cuenta la falta de agua, consistía en lanzar un ataque contra las tropas de Twala, y recomendé que se llevara a cabo el ataque de inmediato, «antes de que nuestras heridas se enfriasen», y también antes de que, a la vista de las fuerzas abrumadoramente superiores de Twala, el corazón de nuestros soldados se derritiera como la grasa junto al fuego. Si no, añadí, algún capitán podría cambiar de opinión, hacer las paces con Twala y desertar a sus filas, o incluso traicionarnos y ponernos en sus manos.

Esta opinión pareció encontrar una acogida favorable, en líneas generales; a decir verdad, entre los kukuanas mis palabras eran recibidas con un respeto que nunca se les ha concedido ni antes ni después. Pero la decisión final sobre la línea a seguir dependía de Ignosi, quien, al haber sido reconocido como rey legítimo, podía ejercer los derechos casi ilimitados de soberanía, incluyendo, claro está, la decisión final en materia de estrategia militar, y hacia él se dirigieron todas las miradas.

Por fin, y tras una pausa, durante la que pareció sumirse en profunda meditación, dijo:

—Incubu, Macumazahn y Bougwan, valientes hombres blancos y amigos míos; Infadoos, mi tío, y jefes: he tomado una decisión. Atacaré a Twala hoy, y confiaré al golpe mi suerte, y mi vida, y también vuestras vidas. Escuchad: el ataque será así. ¿Veis cómo se curva la colina, al igual que la media luna, y cómo se extiende la llanura como una lengua verde hacia nosotros?

—Sí —contesté.

—Pues bien; ahora es mediodía, y los hombres están comiendo y descansando tras las fatigas de la batalla. Cuando el sol se haya inclinado y avanzado un poco hacia la oscuridad, que el regimiento, tío, avance junto con otro hacia la lengua verde. Y cuando Twala lo vea, lanzará sus fuerzas contra vosotros para aplastaron. Pero el lugar es estrecho, y los regimientos sólo podrán atacarte de uno en uno; así que podrán ser destruidos de uno en uno, y los ojos del ejército de Twala estarán clavados en una lucha como ningún hombre viviente ha presenciado jamás. Y contigo, tío, irá Incubu, mi amigo, para que cuando Twala vea su hacha de guerra flameando en la primera fila de los «grises», su ánimo desfallezca. Y yo iré con el segundo regimiento, que te seguirá a ti, para que si a ti te destruyen, como pudiera ocurrir, quede aún un rey por el que luchar, y conmigo vendrá Macumazahn, el sabio.

—Está bien, oh rey —dijo Infadoos. Al parecer, consideraba la certeza de la aniquilación total de su regimiento con absoluta calma. En verdad que estos kukuanas son un pueblo maravilloso. La idea de la muerte no parece importarles en absoluto cuando es en cumplimiento de su deber.

—Y mientras los ojos de la multitud de los regimientos de Twala estén fijos en la lucha —prosiguió Ignosi—, un tercio de los hombres que nos queden vivos (es decir, unos seis mil) avanzará por el lado derecho de la colina y caerá sobre el flanco izquierdo de las tropas de Twala, y otro tercio avanzará por el lado izquierdo y caerá sobre el flanco derecho de Twala. Y cuando yo vea que ambos están a punto de arrojarse sobre Twala, entonces, yo, con los hombres que me queden, atacaré de frente a Twala y, si la fortuna nos sonríe, la victoria será nuestra, y antes de que la noche conduzca sus caballos de unas montañas a otras, estaremos tranquilos en

Loo. Y ahora, comamos y preparémonos. Infadoos, haz los preparativos para que se lleve a cabo el plan, y espera que mi padre blanco Bougwan vaya al lado derecho para que infunda valor a los hombres con su ojo brillante.

Se iniciaron los preparativos para el ataque, tan concisamente planeado y con tanta rapidez que dice mucho en favor de la perfección del sistema militar de los kukuanas. Al cabo de poco más de una hora, se habían servido las raciones, que se engulleron con prontitud; formaron las tres divisiones, se explicó el plan de ataque a los jefes, y excepto la guardia que quedaba a cargo de los heridos, todas las fuerzas, que ascendían a dieciocho mil en total, estaban listas para entrar en acción.

Al cabo de un rato, se acercó Good y nos estrechó la mano a sir Henry y a mí.

—Adiós, amigos —dijo—; me marcho con el ala derecha, cumpliendo órdenes. Por eso he venido a estrecharles las manos, por si acaso no volvemos a vernos —añadió significativamente.

Nos estrechamos las manos en silencio, no sin exteriorizar todo el entusiasmo que son capaces de mostrar los ingleses.

—Es una historia curiosa —dijo sir Henry; le temblaba un poco la profunda voz—; y confieso que no tengo esperanzas de ver el sol mañana. Por lo que puedo prever, los «grises», con quienes tengo que ir, habrán de luchar hasta que sean barridos, con objeto de permitir a las otras alas deslizarse sin ser vistas y rodear a Twala. Bueno, que sea lo que Dios quiera. ¡En cualquier caso, moriremos como hombres! Adiós, viejo amigo. Que Dios le bendiga. Espero que sobreviva para recoger los diamantes; si así ocurre, hágame caso: ¡no vuelva a mezclarse con pretendientes al trono!

Al cabo de unos segundos, Good nos apretó la mano con fuerza a ambos y se marchó; y entonces Infadoos se acercó a nosotros y llevó a sir Henry a ocupar su puesto al frente de los «grises», mientras que, lleno de malos presagios, yo partí con Ignosi hacia mi puesto en el segundo regimiento de ataque.

14. LA ÚLTIMA CARGA DE LOS «GRISES»

Transcurrieron unos minutos, y los regimientos destinados a llevar a cabo el ataque por los flancos se pusieron en marcha, silenciosos, manteniéndose cautelosamente al amparo de la elevación de terreno con objeto de ocultar su avance a la aguda mirada de los exploradores de Twala.

Dejamos pasar media hora más desde la partida de las alas del ejército antes de que los «grises» y el regimiento de apoyo conocido como los «búfalos», que estaba destinado a soportar el peso de la batalla, hicieran el menor movimiento.

Casi todos los hombres que formaban ambos regimientos eran tropas de refresco, y conservaban toda su fuerza, pues los «grises» habían estado en reserva durante la mañana y habían perdido pocos hombres al rechazar el ataque que logró romper la línea de defensa, cuando yo me uní a la carga y me golpearon, quedando aturdido. Con respecto a los «búfalos», habían formado la tercera línea de defensa en el flanco izquierdo y, como la fuerza atacante no había conseguido romper la segunda línea en aquel punto, apenas habían llegado a entrar en acción.

Infadoos, que era un general curtido y conocía la vital importancia de mantener alta la moral de sus hombres en la víspera de un combate tan desesperado, aprovechó la pausa para arengar a su regimiento, los «grises», en lenguaje poético. Les explicó el honor que recibirían al ser colocados al frente de la batalla y al tener al gran guerrero blanco de las estrellas luchando en sus filas, y prometió grandes recompensas de ganado y promoción a todos aquellos que sobrevivieran, en el caso de que las armas de Ignosi resultaran victoriosas.

Observé las largas hileras de negros penachos ondulantes y los severos rostros que coronaban, y suspiré al pensar que al cabo de una hora, la mayoría, o acaso la totalidad, de aquellos magníficos guerreros veteranos, entre los que no había ninguno con menos de cuarenta años de edad, yacerían muertos o moribundos sobre el polvo. No podía ser de otro modo; estaban condenados a la matanza por la sabia indiferencia hacia la vida humana que caracteriza al gran general, que a menudo salva sus tropas y alcanza sus fines, para dar al resto del ejército la oportunidad del éxito.

Estaban predestinados a la muerte, y lo sabían. Su deber consistía en enfrentarse, regimiento tras regimiento, a todo el ejército de Twala en la estrecha franja verde que se extendía a nuestros pies hasta exterminarlo, o hasta que las alas de nuestro ejército encontrasen la oportunidad favorable para lanzarse a la carga. Y, a pesar de ello, no vacilaban, ni pude detectar el menor signo de temor en el rostro de ninguno de ellos. Allí estaban, erguidos, dirigiéndose a una muerte segura, a punto de abandonar la bendita luz del día para siempre, y sin embargo, capaces de pensar en su destino sin un estremecimiento. No pude evitar contrastar en esos momentos su estado de ánimo con el mío, que distaba mucho de estar tranquilo, y de proferir un suspiro de admiración y envidia. Hasta entonces nunca había visto una dedicación tan absoluta al concepto del deber, y una indiferencia tan completa hacia sus amargos frutos.

—¡Mirad a vuestro rey! —concluyó el anciano Infadoos, señalando a Ignosi—. Id a luchar y a morir por él, como es el deber de los hombres valientes, y caiga la maldición y la vergüenza eternas sobre el nombre de aquel que retroceda ante la muerte por su rey o que vuelva la espalda al enemigo. ¡Mirad a vuestro rey, jefes, capitanes y soldados! Y ahora, rendid homenaje a la serpiente sagrada, y después, seguidnos, que Incubu y yo os mostraremos el camino que lleva al corazón de las tropas de Twala.

Hubo una pausa, y después, repentinamente, un murmullo surgió de entre las apretadas falanges, como el lejano susurro del mar, producido por el suave golpear de los mangos de seis mil lanzas contra los escudos. Fue creciendo lentamente, hasta alcanzar las dimensiones de un rugido que resonó como el trueno sobre las montañas y llenó el aire de pesadas oleadas ruidosas. Después decreció y se desvaneció lentamente, y estalló el saludo real.

Pensé para mis adentros que Ignosi podía sentirse orgulloso de sí mismo aquel día, porque ningún emperador romano recibió jamás semejante salutación de los gladiadores a punto de morir.

Ignosi correspondió a aquel magnífico acto de homenaje levantando su hacha de guerra, y a continuación los «grises» desfilaron en formación de triple columna, compuesta cada una de ellas por unos mil guerreros, exclusivamente oficiales. Cuando la última columna hubo avanzado unas quinientas yardas, Ignosi se colocó a la cabeza de los «búfalos», regimiento que estaba formado de modo similar en triple columna, dio la orden de iniciar la marcha y partimos. Yo, no es necesario decirlo, elevaba las más sentidas plegarias por poder salir de aquel entuerto con el pellejo completo. Me he encontrado en muchas situaciones extrañas, pero nunca en una tan desagradable como aquélla, ni que presentara tan pocas posibilidades de salir sano y salvo.

Cuando llegamos al borde de la meseta, los «grises» ya se encontraban a medio camino de la pendiente que acababa en la lengua de tierra herbosa que ascendía hasta la vertiente de la montaña, algo así como cuando la ranilla de la pata de un caballo entra en la herradura. Grande era la excitación en el campamento de Twala, que estaba situado en la llanura, y, un regimiento tras otro, el ejército iniciaba la marcha a paso ligero para llegar al borde de la lengua de tierra antes de que las fuerzas atacantes desembocaran en la llanura de Loo.

Esta lengua de tierra, con una profundidad de unas trescientas yardas, medía en el arranque o parte más ancha no más de cuatrocientos cincuenta pasos de anchura, en tanto que en el extremo apenas alcanzaba los noventa. Los «grises», quienes al descender la ladera y subir al extremo de la lengua de tierra marchaban en columnas, al llegar al lugar en que volvía a ensancharse recobraron la formación en triple columna y se detuvieron en seco.

Entonces, nosotros, es decir, los «búfalos», nos trasladamos al extremo de la lengua y ocupamos nuestras posiciones de reserva, a unas cien yardas detrás de la última columna de los «grises», sobre un terreno ligeramente más elevado. Entretanto, nos dio tiempo a observar las tropas de Twala, que evidentemente se habían reforzado desde el ataque de la mañana, y cuyo número, a pesar de las bajas, no era menor de cuarenta mil soldados, que avanzaban rápidamente hacia nosotros. Pero, a medida que se acercaban al arranque de la lengua, titubeaban al descubrir que tan sólo podía avanzar un regimiento por la garganta y que a unas setenta yardas de la boca, sin que se le pudiera atacar más que de frente, se encontraba el célebre regimiento de los «grises», orgullo y gloria del ejército kukuana, dispuesto a defender el camino contra sus tropas como los tres romanos que defendieron el puente contra miles de hombres.

Se quedaron titubeantes y finalmente se detuvieron; no estaban muy impacientes por cruzar sus lanzas con las de aquellas tres columnas de hoscos guerreros firmes y dispuestos al ataque. No obstante, al poco rato llegó corriendo un general de elevada estatura, revestido con el acostumbrado penacho de ondulantes plumas de avestruz y escoltado por un grupo de jefes y ayudantes; era, en mi opinión, ni más ni menos que el propio Twala. Dio unas órdenes, y el primer regimiento lanzó un grito, y cargó contra los «grises», que permanecieron completamente inmóviles y silenciosos hasta que las tropas atacantes se encontraron a cuarenta yardas de distancia, y una andanada de topas o cuchillos arrojadizos tableteó entre las filas.

A continuación, con un salto y un rugido, se precipitaron hacia adelante, lanzas en ristre, y los dos regimientos chocaron en terrible contienda. A los pocos segundos llegó hasta nuestros oídos el entrechocar de los escudos como el rugido del trueno, y toda la llanura pareció cobrar vida con los destellos de luz que se reflejaban en las lanzas mortíferas. La masa de hombres que luchaban oscilaba de un lado a otro, pero aquello no duró mucho tiempo. De repente, las columnas atacantes parecieron menguar y, con un lento y largo empuje, los «grises» pasaron por encima de ellas, al igual que una gran ola crece y pasa sobre una cresta hundida. Lo habíamos logrado. Aquel regimiento estaba completamente destruido, pero a los «grises» sólo les quedaban dos columnas; una tercera parte de sus hombres había muerto.

Hombro contra hombro, se detuvieron en silencio y esperaron el ataque; y me regocijó ver la barba rubia de sir Henry al moverse de un lado a otro ordenando las filas. ¡Estaba vivo!

Entretanto, nosotros avanzamos hacia el campo de batalla, que estaba cubierto por unos cuatro mil seres humanos postrados, muertos, moribundos y heridos y literalmente teñido de rojo por la sangre. Ignosi dio una orden que rápidamente recorrió las filas, al efecto de que no se matara a ninguno de los enemigos heridos y, por lo que pudimos juzgar, la orden fue cumplida escrupulosamente. Hubiera sido un espectáculo terrible si hubiésemos tenido tiempo de pensar en ello.

Pero avanzaba un segundo regimiento, con el distintivo de penachos de plumas, faldillas y escudos blancos, dispuesto a atacar a los dos mil «grises» que quedaban, y que esperaban en el mismo silencio amenazador de antes, hasta que el enemigo estuvo a unas cuarenta yardas de distancia, momento en que se abalanzaron contra ellos con irresistible fuerza. Una vez más se produjo el espantoso retumbar del choque de los escudos, y ante nuestros ojos volvió a repetirse la inexorable tragedia.

Pero en esta ocasión quedó en suspenso durante más tiempo; en realidad, durante un rato pareció imposible que volvieran a vencer los «grises». El regimiento atacante, que estaba compuesto por hombres jóvenes, combatió con furia extraordinaria, y al principio pareció que la fuerza de su número hacía retroceder a los veteranos. La matanza fue espantosa; a cada minuto caían cientos de hombres; y entre los gritos de los guerreros y los gemidos de los moribundos, combinados con la música del entrechocar de las lanzas, se oía un continuo sonido silbante, «s gee, s gee», la señal de triunfo del soldado victorioso al traspasar con su lanza el cuerpo del enemigo caído.

Pero la perfecta disciplina y el valor decidido e inmutable pueden hacer maravillas, y un soldado veterano vale por dos jóvenes, como pronto se hizo evidente en el caso que nos ocupa. Porque, cuando empezábamos a pensar que todo había acabado para los «grises» y nos disponíamos a ocupar su puesto en cuanto dejaran sitio tras su total destrucción, oí la profunda voz de sir Henry que sobresalía por encima del estruendo y vi su hacha de combate que se agitaba sobre su penacho de plumas. Entonces se produjo un cambio: los «grises» dejaron de combatir, se quedaron inmóviles como rocas contra las que rompían una y otra vez las furiosas oleadas de los lanceros, que volvían a retroceder. Al poco rato empezaron a moverse (en esta ocasión hacia adelante). Como no tenían armas de fuego no había humo, por lo que pudimos verlo todo. Al minuto siguiente el ataque aminoró.

—¡Ah, son verdaderos hombres! Volverán a vencer —dijo en voz alta Ignosi, que rechinaba los dientes con excitación a mi lado—. ¡Mira lo que han hecho!

De pronto, como volutas de humo que salen de la boca de un cañón, el regimiento atacante se dispersó en grupos, con sus blancos tocados agitándose al viento, y dejó a sus oponentes victoriosos, pero, ¡ay!, no era más que un regimiento. De la valiente columna triple que cuarenta minutos antes había entrado en acción con una fuerza de tres mil hombres quedaban, como mucho, seiscientos guerreros cubiertos de sangre; el resto había caído. Y, no obstante, vitoreaban y agitaban sus lanzas en señal de triunfo, y después, en lugar de reunirse con nosotros, tal y como esperábamos, echaron a correr en persecución de los grupos de enemigos que huían. Tomaron posesión de un altozano; adoptaron de nuevo la triple formación, y se agruparon en círculo. Y entonces, gracias a Dios, vi a sir Henry en la cima de la loma, al parecer sano y salvo, y a su lado nuestro viejo amigo

Infadoos. Los regimientos de Twala se abalanzaron sobre la fatal franja de tierra y, una vez más, se inició la batalla.

Como pueden haber conjeturado hace tiempo quienes leen esta historia, yo soy francamente un poco cobarde y sin duda nada aficionado a la lucha, aunque, por alguna razón, mi destino haya sido con frecuencia encontrarme en situaciones desagradables y verme obligado a derramar sangre humana. Pero siempre lo he detestado, y he evitado, en lo posible, que mi sangre disminuyera mediante el uso juicioso de mis piernas. No obstante, en esos momentos y por primera vez en mi vida, sentí bullir en mi pecho el ardor marcial. En mi cerebro brotaron fragmentos bélicos de las Ingoldsby Legends, junto a ciertos versos sanguinarios del Antiguo Testamento, como setas en la oscuridad; mi sangre, que hasta entonces estaba casi helada de horror, empezó a golpear en mis venas y me invadió un deseo salvaje de matar sin piedad. Recorrí con la mirada las apretadas filas de guerreros situados detrás de nosotros y, por alguna razón, en ese mismo instante, se me ocurrió pensar si mi rostro tendría el mismo aspecto que el de ellos. Allí estaban con las cabezas asomando por encima de los escudos, las manos inquietas, los labios entreabiertos, sus fieros rasgos encendidos por el ardiente deseo de luchar y en sus ojos una mirada como la del sabueso que avista a su presa.

Tan sólo el corazón de Ignosi, a juzgar por su relativo autodominio, parecía latir con la calma habitual bajo su capa de piel de leopardo, aunque incluso él seguía rechinando los dientes. No pude soportarlo por más tiempo.

—¿Vamos a quedarnos aquí hasta que echemos raíces, Umbopa, quiero decir, Ignosi, mientras Twala devora a nuestros hermanos allá? —pregunté.

—No, Macumazahn —contestó—. Ahora el momento está maduro; cojámoslo.

Mientras hablaba, un regimiento de tropas de refresco se abalanzó sobre el círculo de guerreros que había en la loma y, rodeándolo, lo atacó por el lado opuesto.

En ese momento, levantando su hacha de combate, Ignosi dio la señal de avanzar y, emitiendo el grito de guerra kukuana, los «búfalos» cargaron con un empuje como el embate del mar.

No soy capaz de contar lo que siguió inmediatamente. Todo lo que recuerdo es una acometida furiosa, aunque ordenada, que pareció sacudir la tierra; un súbito cambio de frente y de posiciones del regimiento contra el que iba dirigida la carga; después un choque espantoso, un sordo rugido de voces y un continuo flamear de lanzas, visto a través de una neblina roja de sangre.

Cuando mi mente se despejó, me encontré junto a los restos de los «grises» cerca de la cumbre de la loma, y justo detrás de mí, ni más ni menos que al propio sir Henry. En ese momento no tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí, pero sir Henry me contó después que fui arrastrado por la furiosa carga de los «búfalos» casi hasta sus pies y que allí me quedé cuando ellos, a su vez, fueron rechazados. Entonces él salió del círculo y me empujó hasta el interior.

Con respecto al combate que siguió, ¿quién podría describirlo? Una y otra vez las multitudes embestían contra nuestro círculo momentáneamente reducido, y una y otra vez los hacíamos retroceder. Como dice el poeta en alguna parte:

Los tenaces lanceros aún competían
con el bosque impenetrable y oscuro;
ocupaban el lugar que dejaban sus camaradas
cuando ellos caían.

Era un espectáculo espléndido ver a aquellos valientes batallones saltar reiteradamente las barreras de sus muertos, protegiéndose a veces con los cadáveres de nuestros lanzazos, para que luego sus propios cadáveres se amontonaran en rápida sucesión. Era hermoso contemplar a aquel obstinado y viejo guerrero, Infadoos, tan sereno como si estuviera en un desfile, dar órdenes, vituperar, e incluso bromear, para mantener alta la moral de los pocos hombres que le quedaban y con cada embate dirigirse adonde la lucha era más reñida para ayudar a rechazarla. Y aún más hermoso era ver a sir Henry, cuyo penacho de plumas de avestruz había quedado tronchado por un lanzazo, de modo que su largo pelo rubio ondulaba al viento. Allí se erguía el gran danés, porque no era otra cosa con las manos, el hacha y la armadura rojos de sangre, y nadie sobrevivía a su arremetida. Una y otra vez le vi abatir a los guerreros que se aventuraban a presentarle batalla, y a cada golpe gritaba: «¡Ohoy! ¡Ohoy!», como sus antepasados bersekires, y el golpe rompía con un crujido escudo y lanza, destrozaba el tocado de plumas, el pelo y el cráneo, de forma que ya nadie se acercaba de propio intento al gran tatagi (`hechicero’) blanco, que mataba sin errar.

Pero, de repente, se oyó «Twala, y Twala», y de la masa de guerreros salió nada menos que el gigantesco rey tuerto en persona, también armado con hacha y escudo, y revestido de cota de malla.

—¿Dónde estás, Incubu, hombre blanco que asesinó a mi hijo Scragga? ¡A ver si puedes matarme a mí! —gritó, y al mismo tiempo lanzó una tolla a sir Henry, quien, por fortuna, la vio venir y la evitó con el escudo, que quedó atravesado; se hincó en la plancha de hierro de la parte posterior.

Entonces, con un alarido, Twala se abalanzó sobre él, y le asestó con el hacha un golpe en el escudo con tal ímpetu que, a pesar de ser un hombre fuerte, sir Henry cayó de rodillas.

Pero de momento la cosa no fue más lejos, porque en ese instante surgió de los regimientos atacantes algo así como un gemido de desaliento, y al levantar la vista comprendí el motivo.

A derecha e izquierda, la llanura estaba animada por los penachos de plumas de los guerreros atacantes. Habían llegado los escuadrones que cubrían los flancos, para nuestro alivio. No podían haber elegido mejor momento. Como había predicho Ignosi, todo el ejército de Twala había fijado su atención en la sangrienta lucha que se desarrollaba en torno a los restos de los «grises» y los «búfalos», que estaban librando una batalla por su cuenta a cierta distancia, regimientos que habían formado el centro de nuestro ejército. Hasta que las alas estuvieron a punto de cerrarse sobre ellos, no se apercibieron de su proximidad. Y entonces, antes de que pudieran adoptar una formación adecuada para la defensa, los «impis» saltaron sobre sus flancos como perros de presa.

A los cinco minutos estaba decidida la suerte de la batalla. Atacados por ambos flancos y desmoralizados por la espantosa matanza que habían sufrido a manos de los «grises» y los «búfalos», los regimientos de Twala se batieron en retirada, y muy pronto la llanura que se extendía entre la ciudad de Loo y nosotros quedó sembrada de grupos de soldados que huían. En cuanto a las fuerzas que nos habían rodeado a nosotros y a los «búfalos» hacía escaso tiempo, se desvanecieron rápidamente como por arte de magia, y al poco nos quedamos solos, como una roca de la que se ha retirado el agua del mar. ¡Pero qué panorama! Todo alrededor los muertos y los moribundos yacían en montón, y de los valientes «grises» sólo quedaban vivos noventa y cinco hombres. De este regimiento habían caído más de dos mil novecientos, en su mayoría para no volver a levantarse.

—Hombres —dijo Infadoos con tranquilidad, mientras en los intervalos que dejaba para vendarse una herida del brazo supervisaba lo que quedaba de su regimiento—; habéis mantenido la reputación de nuestro regimiento, y los hijos de vuestros hijos hablarán de esta jornada de lucha —a continuación dio media vuelta y estrechó la mano de sir Henry—. Eres un gran hombre, Incubu —dijo sencillamente—; he vivido una larga vida entre guerreros, y he conocido a muchos hombres valientes, pero nunca he visto a ninguno como tú.

En ese momento, los «búfalos» empezaron a desfilar junto a nosotros para dirigirse a Loo, y al tiempo nos llegó un mensaje de Ignosi en el que se nos pedía a Infadoos, a sir Henry y a mí que nos reuniéramos con él. Así que, tras dar las órdenes necesarias para que los noventa «grises» que quedaban recogieran a los heridos, nos reunimos con Ignosi, quien nos informó que iba a marchar sobre Loo para completar la victoria capturando a Twala, si era posible. Antes de comenzar nuestra marcha, vimos a Good, que estaba sentado sobre un hormiguero a unos cien pasos de nosotros. A su lado se encontraba el cuerpo de un kukuana.

—Debe de estar herido —dijo sir Henry, con ansiedad.

Mientras hacía esta observación, ocurrió algo terrible. El cadáver del soldado kukuana, o lo que parecía ser su cadáver, se puso de pie repentinamente, derribó a Good del hormiguero y comenzó a asestarle lanzazos. Nos precipitamos hacia él aterrorizados, y al acercarnos vimos que el membrudo guerrero asestaba golpe tras golpe sobre el postrado Good, que ante cada aguijonazo agitaba los miembros en el aire. Al vernos venir, el kukuana dio un último golpe con toda su maldad al grito de: «¡Toma, hechicero!», y echó a correr. Good no se movió y llegamos a la conclusión de que nuestro pobre camarada había muerto. Nos acercamos a él tristemente y nos quedamos verdaderamente estupefactos al encontrarle pálido y débil, pero con una serena sonrisa en los labios y el monóculo aún sujeto al ojo.

—Excelente armadura —murmuró al ver nuestras caras que se inclinaban sobre él—. Ese tipo debe de haber quedado agotado —dijo, y a continuación se desmayó. Al examinarle, observamos que tenía una herida grave en la pierna, producida por una topa, pero que la cota de malla había impedido que la lanza del último atacante le hiciera poco más que unos rasguños. Había escapado de la muerte por los pelos. Como no podía hacerse nada por él de momento, lo colocamos en uno de los escudos que se utilizaban para transportar a los heridos y lo llevamos con nosotros.

Al llegar a la primera puerta de Loo, encontramos a uno de nuestros regimientos de guardia que obedecía las órdenes que habían recibido de Ignosi. Los demás regimientos también montaban guardia en las otras puertas de la ciudad. El oficial al mando del regimiento se acercó a nosotros, saludó a Ignosi como rey y le informó que el ejército de Twala se había refugiado en la ciudad, en tanto que el propio Twala había escapado, pero él pensaba que estaban completamente desmoralizados y se rendirían. Ignosi, después de consultar con nosotros, envió emisarios a cada puerta, con la orden de que las abrieran los defensores, y prometió bajo palabra real conceder la vida y el perdón a todos los soldados que depusieran las armas. El mensaje no dejó de producir su efecto. Al poco rato, y entre los gritos y vítores de los «búfalos», el puente quedó tendido sobre el foso y las puertas del otro lado de la ciudad se abrieron de par en par.

Tras tomar las precauciones debidas en previsión de una posible traición, entramos en la ciudad. A lo largo de las calles había millares de guerreros desalentados, cabizbajos, con los escudos y las lanzas a sus pies, quienes, al pasar Ignosi, le saludaron como rey. Seguimos caminando hacia el kraal de Twala. Al llegar a la explanada, en la que uno o dos días antes habíamos presenciado la revista de tropas y la caza de brujos, la encontramos desierta. Pero no completamente desierta, porque en el otro extremo, delante de su cabaña, estaba Twala sentado, con un único ayudante: Gagool.

Era un espectáculo triste verle allí sentado, con su hacha y su escudo a un lado, la barbilla sobre el pecho cubierto por la cota de malla, con una vieja apergaminada por única compañía, y, a pesar de sus crueldades y maldades, se apoderó de mí la compasión, al verle así «caído de su alto estado». No quedaba ni un sólo soldado de sus ejércitos, ni un solo cortesano de los cientos que le habían adulado, ni una sola de sus mujeres para compartir su suerte o para endulzar la amargura de su caída. ¡Pobre salvaje! Estaba aprendiendo la lección que el destino enseña a la mayoría de aquellos que viven lo suficiente: que los ojos de los humanos son ciegos para los vencidos, y que quien está indefenso y caído encuentra escasos amigos y poca piedad. En este caso, no merecía ninguna.

Entramos en fila por la puerta del kraal y atravesamos la explanada en la que estaba sentado el antiguo rey. Cuando se dio la orden de alto, el regimiento se detuvo a unas cincuenta yardas y, acompañados tan sólo por una pequeña guardia, avanzamos hacia él, en tanto que Gagool nos increpaba amargamente. Al acercarnos, Twala levantó por primera vez su cabeza coronada de plumas, y clavó su único ojo, que parecía refulgir de furia contenida, casi con tanto brillo como el diamante que llevaba en la frente, sobre su rival, Ignosi.

—¡Saludos, oh rey! —dijo con amarga burla—. Tú que has comido de mi pan, y que con la ayuda de la magia del hombre blanco has engañado a mis regimientos y vencido a mi ejército, ¡saludos! ¿Qué suerte me reservas, oh rey?

—¡La suerte que por ti corrió mi padre, cuyo trono has usurpado durante todos estos años! —contestó inexorable.

—Está bien. Te mostraré cómo se muere, para que lo recuerdes cuando llegue tu hora. Mira, el sol se esconde, ensangrentado —y señaló con su roja hacha de guerra hacia el globo que se ocultaba—; es bueno que mi sol se ponga con él. Y ahora, ¡oh rey!, estoy dispuesto a morir, pero invoco el privilegio de la casa real kukuana de morir en combate. No puedes negármelo, o incluso esos cobardes que hoy han huido se avergonzarán.

—Otorgado. Elige. ¿Contra quién quieres luchar? Yo no puedo luchar contigo, porque el rey sólo combate en la guerra.

El siniestro ojo de Twala recorrió nuestras filas y, cuando se posó en mí, sentí que la situación había adquirido nuevos tintes muy negros. ¿Y si me elegía a mí como adversario? ¿Qué oportunidades tendría yo contra un salvaje desesperado de seis pies y cinco pulgadas de altura, con una anchura proporcionada? Sería mejor suicidarme directamente. Decidí rápidamente negarme a combatir, incluso si ello implicaba que me expulsaran de Kukuanalandia. Creo que es mejor ser expulsado que hecho pedazos con un hacha de guerra.

Al cabo de unos instantes, Twala habló.

—Incubu, ¿qué dices tú? ¿Quieres que terminemos lo que empezamos hoy o tendré que llamarte cobarde, hombre blanco, cobarde hasta los hígados?

—No —intervino Ignosi apresuradamente—; no vas a luchar con Incubu.

—No, si es que tiene miedo —dijo Twala.

Por desgracia, sir Henry comprendió sus palabras y la sangre afluyó a sus mejillas.

—Lucharé con él —dijo—; ya verá si le tengo miedo.

—Por el amor de Dios —atajé—; no arriesgue su vida contra la de un hombre desesperado. Cualquiera que le haya visto a usted hoy sabe que no es un cobarde.

—Lucharé con él —respondió, hosco—. Ningún hombre sobre la faz de la tierra puede llamarme cobarde. ¡Estoy dispuesto!

Dio unos pasos al frente y levantó su hacha.

Me retorcí las manos ante aquel absurdo acto de quijotismo. Pero si estaba decidido a luchar, yo no podía impedírselo.

—No luches, hermano blanco —dijo Ignosi, posando su mano con cariño en el brazo de sir Henry—; ya has peleado bastante y, si te viera morir por su mano, mi corazón se partiría en dos pedazos.

—Voy a luchar, Ignosi —replicó sir Henry.

—Está bien, Incubu. Eres un hombre valiente. Será un buen combate. Mira: Twala, el elefante, está dispuesto.

El rey depuesto soltó una estruendosa carcajada, dio unos pasos al frente y se encaró con Curtis. Se quedaron en esa posición durante unos momentos y el sol poniente inundó de luz sus fornidos cuerpos y los revistió de fuego. Formaban una buena pareja.

Empezaron a caminar en círculo uno frente a otro, con las hachas levantadas.

De repente, sir Henry se abalanzó hacia adelante y descargó un golpe terrible sobre Twala, que se hizo a un lado. El golpe fue tan fuerte que sir Henry casi perdió el equilibrio, circunstancia que aprovechó su adversario inmediatamente. Hizo girar la pesada hacha sobre su cabeza y la descargó con tremenda fuerza. El corazón me dio un salto en el pecho; pensé que todo había terminado. Pero no; con un rápido movimiento ascendente del brazo izquierdo, sir Henry interpuso el escudo entre su cuerpo y el hacha, con el resultado de que un trozo del escudo quedó cortado limpiamente y el hacha cayó sobre su hombro izquierdo, pero no con la suficiente fuerza como para producirle una herida grave. A los pocos segundos, sir Henry descargó otro golpe, que Twala también esquivó con el escudo.

A continuación, se produjo un golpe tras otro, que eran recibidos por los escudos o esquivados. La excitación se hizo muy intensa; el regimiento que contemplaba el combate olvidó la disciplina y, acercándose, empezó a gritar y a gemir a cada embestida. Justo en ese momento, Good, que hasta entonces había estado tendido junto a mí, recobró el sentido, se incorporó, me agarró por el brazo y empezó a caminar a la pata coja, arrastrándome tras él, lanzando gritos de ánimo a sir Henry.

—¡Dele, muchacho! —vociferó—. ¡Buen golpe! ¡Dele fuerte! —y cosas por el estilo.

Sir Henry, tras parar un nuevo golpe con el escudo, se abalanzó con todas sus fuerzas. La arremetida atravesó el escudo de Twala y la cota de malla, y le hirió en el hombro. Con un alarido de dolor y furia Twala devolvió el golpe, con tal fuerza que partió el mango de cuerno de rinoceronte del hacha de su adversario, a pesar de estar guarnecido con bandas de acero, e hirió a Curtis en la cara.

Un grito de desaliento brotó de las gargantas de los «búfalos» al caer al suelo la ancha hoja del hacha de nuestro héroe; y Twala, alzando de nuevo su arma, se lanzó sobre él con un grito. Cerré los ojos. Cuando volví a abrirlos, fue para ver el escudo de sir Henry en el suelo y al propio sir Henry con los brazos entrelazados en torno a la cintura de Twala. Oscilaban de uno a otro lado, arremetían uno contra otro como osos, tensaban sus poderosos músculos para salvar la amada vida y el aún más amado honor. Con un supremo esfuerzo, Twala hizo perder pie al inglés y cayeron los dos juntos, rodando de un lado a otro sobre el pavimento de tierra apisonada. Twala asestaba golpes con su hacha a la cabeza de Curtis, y sir Henry trataba de atravesar la armadura de Twala con la tolla que había sacado de su cinturón.

Era un combate terrible, un espectáculo espantoso.

—¡Quítele el hacha! —bramó Good, y quizá nuestro héroe le oyó.

Sea como fuere, dejó caer la topa e intentó agarrar el hacha, que estaba sujeta a la muñeca de Twala por una banda de cuero de búfalo, y aún rodando de un lado a otro, lucharon por ella como gatos salvajes, con jadeos entrecortados. De pronto se rompió la cinta de cuero y, con un esfuerzo sobrehumano, sir Henry se liberó con el arma en su poder. Unos segundos después se encontraba de pie, chorreándole roja sangre de la herida de la cara, y lo mismo Twala. Éste sacó la pesada tolla del cinturón y asestó un golpe a Curtis que le alcanzó en el pecho. El golpe dio en el blanco, con gran fuerza, pero quienquiera que hubiese hecho la cota de malla conocía su oficio, porque el acero la rechazó. Twala volvió a acometerlo con un salvaje alarido y el pesado cuchillo volvió a rebotar, y sir Henry retrocedió trastabillando. Una vez más arremetió Twala contra él, y al mismo tiempo el enorme inglés hizo acopio de energías, giró el hacha sobre su cabeza y le acometió con todas sus fuerzas.

Un grito de expectación surgió de mil gargantas, y ¡he aquí el resultado!: la cabeza de Twala cayó, salió rodando y rebotando por el suelo hacia donde se encontraba Ignosi y se detuvo a sus pies. Durante unos momentos, el cadáver se mantuvo de pie, con la sangre saliendo a borbotones de las arterias cercenadas; después, con un crujido sordo cayó al suelo, y la gargantilla de oro que rodeaba el cuello cayó rodando por el pavimento. Al mismo tiempo, agotado por la debilidad y la pérdida de sangre, sir Henry se desmayó y cayó pesadamente.

Lo levantaron inmediatamente y muchas manos solícitas le mojaron el rostro con agua. Sus grandes ojos grises se abrieron de par en par.

No estaba muerto.

Entonces, mientras se ponía el sol, me acerqué a donde yacía la cabeza de Twala, desaté el diamante de la frente del muerto y se lo tendí a Ignosi.

—Tómalo —dije—, legítimo rey de los kukuanas.

Ignosi se colocó la diadema en la frente, después puso un pie sobre el ancho pecho de su enemigo decapitado e inició un cántico, o más bien un himno triunfal, tan hermoso, y sin embargo tan salvaje, que no tengo esperanzas de poder dar una idea de lo que decía. En una ocasión oí a un erudito que poseía una bonita voz leer en voz alta unos pasajes del poeta griego Hornero, y recuerdo que el sonido de los versos pareció inmovilizar mi sangre. El cántico de Ignosi, pronunciado en un idioma tan bello y sonoro como el griego, provocó el mismo efecto en mí, aunque me encontraba agotado de tantos trajines y tantas emociones.

—Ahora —empezó a decir— nuestra rebelión ha sido coronada por la victoria, y nuestras maldades quedan justificadas por la fuerza.

»Por la mañana, los opresores se levantaron y se desplegaron, se endosaron sus penachos y se prepararon para el combate.

»Se levantaron y cogieron sus lanzas; los soldados dijeron a sus capitanes: «Vamos, guiadnos»… y los capitanes gritaron al rey: «Dirige tú la batalla».

»Se levantaron llenos de orgullo; veinte mil hombres y aún veinte mil más.

»Sus penachos de plumas cubrieron la tierra como las plumas de un pájaro cubren su nido; agitaron sus lanzas y gritaron; blandieron sus lanzas al sol; anhelaban la batalla y estaban contentos.

»Se alzaron contra mí; los más fuertes avanzaron rápidamente para aplastarme. Gritaron: «¡ja, ja, ja! Puedes darte por muerto».

»Entonces yo lancé mi aliento sobre ellos; y mi aliento fue como el aliento de una tormenta, y ¡hete aquí que dejaron de existir!

»Mis rayos lo atravesaron. Destruí su fuerza con los rayos de mis lanzas; los hice caer a tierra con el trueno de mi voz.

»Huyeron, se dispersaron, desaparecieron como la neblina de la mañana.

»Son pasto de los cuervos y los zorros, y el campo de batalla ha engordado con su sangre.

»¿Dónde están los poderosos que se levantaron esta mañana?

»Reclinan la cabeza, pero no están dormidos; yacen, pero no duermen.

»Han sido olvidados; han entrado en las tinieblas y de allí no regresarán. Sí, otros se llevarán a sus mujeres, y a sus hijos no volverán a recordarlos.

»Y yo, ¡el rey!, he hallado mi nido como el águila.

»¡Escuchad! He vagado durante mucho tiempo en la noche, pero he regresado con mis pequeños al despuntar el alba.

»Cobíjate a la sombra de mis alas, oh pueblo, y yo te protegeré y no serás débil.

»Es ésta una buena hora; la hora del botín.

»Míos son los ganados que pacen en los valles; las vírgenes de los kraals también son mías.

»Ya ha pasado el invierno y el verano está próximo.

»Ahora el Mal ocultará su rostro y la Prosperidad florecerá en la tierra como un lirio.

»¡Regocíjate, regocíjate, pueblo mío!

»Que toda la tierra se regocije porque el tirano ha caído y yo soy ahora el rey.

Se detuvo, y la muchedumbre allí congregada estalló en un profundo grito.

—¡Tú eres el rey!

Y así fue como la profecía que le hice al emisario se convirtió en realidad, y al cabo de cuarenta y ocho horas el cadáver decapitado de Twala se ponía rígido a la puerta de su cabaña.

15. GOOD CAE ENFERMO

Cuando hubo acabado la pelea, llevaron a sir Henry y a Good a la cabaña de Twala, donde me reuní con ellos. Ambos estaban completamente agotados por el esfuerzo y la pérdida de sangre, y francamente, mi estado no era mucho mejor. Soy muy resistente y puedo soportar más fatigas que la mayoría de los hombres, quizá debido a mi escaso peso y al largo entrenamiento, pero aquella noche me encontraba absolutamente rendido y, como me ocurre siempre que estoy agotado, empezó a dolerme la vieja herida que me infligió el león. Asimismo, me dolía terriblemente la cabeza, debido al golpe que había recibido por la mañana, cuando me dejaron sin sentido. Además, hubiera sido difícil encontrar a un trío más desdichado que el que formábamos aquella noche; nuestro único consuelo consistía en la idea de que teníamos mucha suerte por encontrarnos allí para poder sentirnos desdichados, en lugar de yacer muertos en la llanura, como lo estaban aquella noche tantos miles de hombres valientes que se habían levantado por la mañana sanos y fuertes.

De una u otra forma, y con la ayuda de la hermosa Foulata, que, desde que le salvamos la vida, se había convertido por propia voluntad en nuestra sirvienta, sobre todo de Good, nos las arreglamos para quitarnos las cotas de malla, que, sin duda, habían salvado la vida de dos de nosotros aquel día. Descubrimos que teníamos el cuerpo terriblemente magullado, porque, a pesar de que las anillas de acero habían evitado que traspasaran las armas, no habían evitado las magulladuras. Tanto sir Henry como Good estaban cubiertos de moratones de pies a cabeza, y no se puede decir que yo hubiera salido bien parado. Para curarnos, Foulata trajo unas hojas verdes machacadas, que despedían un fuerte aroma y que, aplicadas como cataplasma, nos proporcionaron un alivio considerable.

Pero aunque las magulladuras eran dolorosas, no eran tan angustiosas como las heridas de sir Henry y Good. Este último tenía un agujero en la parte más carnosa de una de sus «hermosas piernas blancas», por la que había perdido gran cantidad de sangre, y sir Henry tenía una profunda hendidura en la mandíbula, producida por el hacha de Twala. Por suerte, Good era un cirujano bastante aceptable, y en cuanto le llevaron su pequeño botiquín, tras limpiar perfectamente las heridas, se las ingenió para coser primero las de sir Henry y después las suyas de forma bastante satisfactoria, teniendo en cuenta la escasa luz que proporcionaba la primitiva lámpara kukuana que había en la choza. Luego cubrió las heridas con un ungüento antiséptico que contenía un bote del botiquín y las vendamos con los restos de un pañuelo que teníamos.

Entretanto, Foulata nos había preparado un sustancioso caldo, porque estábamos demasiado cansados para comer. Lo tomamos y después nos tumbamos sobre los montones de magníficos kaross o tapices de piel que estaban sembrados por el suelo de la gran cabaña del rey muerto. Por una extraña ironía del destino, fue en un colchón de Twala, y arropado con el propio kaross de Twala, donde durmió aquella noche sir Henry, el hombre que lo había matado.

He dicho dormir, pero después de aquella jornada de fatigas, dormir resultaba realmente difícil. En primer lugar, el aire estaba lleno, a decir verdad,

«de adioses a los moribundos
y lamentos por los muertos.»

Desde todas partes llegaba el sonido de los gemidos de las mujeres cuyos maridos, hijos y hermanos habían perecido en la lucha. No es de extrañar que gimiesen, porque en aquella espantosa batalla habían sido aniquilados más de veinte mil hombres, casi la tercera parte del ejército kukuana. Desgarraba el corazón oír el llanto por aquellos que no regresarían jamás, y hacía comprender todo el horror de la tarea realizada aquella noche por las ambiciones humanas. No obstante, hacia la medianoche, el incesante llanto de las mujeres se hizo menos frecuente, hasta que, finalmente, el silencio sólo quedó roto a intervalos de unos cuantos minutos por un aullido largo y agudo que provenía de una cabaña cercana; más tarde descubrí que era Gagool, que se lamentaba por Twala, el rey muerto.

Después me sumí en un sueño inquieto, del que me despertaba de vez en cuando sobresaltado, creyendo que una vez más tomaba parte en los terribles acontecimientos de las últimas veinticuatro horas. Unas veces veía al guerrero del que había dado cuenta con mis propias manos, que cargaba contra mí en la cumbre de la colina; otras veces me encontraba en el glorioso círculo de «grises», que llevaron a cabo su inmortal carga contra todos los regimientos de Twala, sobre la pequeña elevación de tierra, y otras veces veía la empenachada y ensangrentada cabeza de Twala rodar a mis pies con los dientes apretados y el ojo centelleante.

Por fin acabó la noche, pero cuando despuntó el alba descubrí que mis compañeros no habían dormido mucho mejor que yo. De hecho, Good tenía una fiebre muy alta, y al poco tiempo empezó a delirar, y también a escupir sangre, como resultado, sin duda, de alguna herida interna provocada por los esfuerzos desesperados del guerrero kukuana por atravesar con la lanza su cota de malla el día anterior. Sir Henry, no obstante, parecía estar en buen estado, a pesar de la herida de la cara, que le dificultaba comer y le impedía reír; pero estaba tan dolorido y rígido que apenas podía moverse.

Alrededor de las ocho recibimos la visita de Infadoos, que no parecía encontrarse demasiado mal, a pesar de ser guerrero viejo, por los esfuerzos realizados el día anterior, y nos dijo que había estado despierto toda la noche. Quedó encantado de vernos, pero se afligió mucho al ver el estado en que se encontraba Good, y nos estrechó la mano cordialmente. Observé que se dirigía a sir Henry con una especie de reverencia, como si pensara que era algo más que un hombre, y en efecto, como averiguamos más adelante, en toda Kukuanalandia se consideraba al gran caballero inglés como un ser sobrenatural. Los soldados decían que un hombre no podía luchar como él lo había hecho ni, tras tanta fatiga y pérdida de sangre, matar en combate singular a Twala —que, además de ser el rey, era supuestamente el guerrero más fuerte de Kukuanalandia—, ni cortarle su cuello de toro de un solo hachazo. En realidad, aquel hachazo se hizo proverbial en Kukuanalandia, y desde entonces se dio el nombre de «golpe de Incubu» a cualquier golpe o hazaña extraordinarios.

Infadoos también nos dijo que todos los regimientos de Twala se habían sometido a Ignosi, y que empezaban a someterse todos los jefes del país. La muerte de Twala a mano de sir Henry había puesto punto final a cualquier posibilidad de rebelión, porque Scragga era hijo único y no quedaba vivo ningún aspirante al trono.

Observé que Ignosi había accedido al trono con derramamiento de sangre. El anciano jefe se encogió de hombros.

—Sí —replicó—; pero el pueblo kukuana sólo está tranquilo si corre la sangre de vez en cuando. En verdad han muerto muchos, pero quedan las mujeres, y pronto crecerán más hombres que ocuparán el lugar de los que han caído. Después de esto, el país estará en calma durante un tiempo.

En el transcurso de la mañana, recibimos una corta visita de Ignosi, cuya frente estaba ceñida por la diadema real. Mientras observaba cómo avanzaba hacia nosotros con regia dignidad, con un guardia que seguía sus pasos, no pude evitar recordar al zulú de alta estatura que se presentara ante nosotros en Durban unos meses atrás, pidiendo que le tomásemos a nuestro servicio, y me puse a reflexionar sobre las extrañas vueltas que da la rueda de la fortuna.

—Salve, ¡oh rey! —dije, poniéndome de pie.

—Sí, Macumazahn. Al fin soy rey, gracias a vuestros esfuerzos —contestó rápidamente.

Según dijo, todo marchaba bien y esperaba preparar una gran fiesta dentro de dos semanas para presentarse ante el pueblo.

Le pregunté qué había decidido hacer con Gagool.

—Es el genio maléfico de esta tierra —contestó—. ¡Voy a matarla, y con ella a todos los hechiceros! Ha vivido tanto que nadie la recuerda cuando era joven, y siempre ha sido ella quien ha enseñado a las cazadoras de brujos, y la que ha hecho que el mal asolase nuestra tierra bajo la mirada de los cielos.

—Pero sabe mucho —repliqué—. Es más fácil destruir la sabiduría que obtenerla, Ignosi.

—Así es —dijo pensativo—. Ella y sólo ella conoce el secreto de las Tres Brujas de allá lejos, por donde discurre la gran carretera, donde están enterrados los reyes, y donde vigilan los silenciosos.

—Sí, y donde están los diamantes. No olvides tu promesa, Ignosi; tienes que llevarnos hasta las minas, aunque te veas obligado a perdonar la vida a Gagool para que nos indique el camino.

—No lo olvidaré, Macumazahn. Pensaré en lo que has dicho.

Tras la visita de Ignosi fui a ver a Good, y lo encontré delirando. La fiebre provocada por su herida parecía haberse apoderado de su organismo y haberse complicado con una lesión interna. Durante cuatro o cinco días su estado fue crítico. En verdad creo firmemente que, de no haber sido por los cuidados infatigables de Foulata, habría muerto.

Las mujeres son siempre mujeres, en cualquier parte del mundo, cualquiera que sea su color. Pero resultaba curioso ver a aquella belleza negra inclinada noche y día sobre el colchón del hombre febril y dedicándole todos los cuidados con tanta rapidez, dulzura y fino instinto como una enfermera diplomada. Las dos primeras noches intenté ayudarla, y lo mismo hizo sir Henry en cuanto pudo moverse, pero ella soportaba nuestras intromisiones con impaciencia, y finalmente insistió en que le dejásemos en sus manos, diciendo que nuestros movimientos le impedían descansar, lo que yo creo que era cierto. Día y noche vigilaba y le atendía, le suministraba una sola medicina, una bebida nativa refrescante, hecha con leche mezclada con una infusión de bulbo de una especie de tulipán, y evitaba que las moscas se posaran sobre él. Aún puedo ver la escena tal y como la presencié noche tras noche a la luz de nuestra primitiva lámpara: Good se agitaba inquieto, el rostro demacrado y los ojos brillantes, enormes y luminosos, balbuceando disparates, y a su lado, sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared de la cabaña, la belleza kukuana de ojos dulces y cuerpo bien formado, con el rostro preocupado, iluminado por una infinita compasión, ¿o acaso era algo más que compasión?

Durante dos días pensamos que Good moriría y nos arrastrábamos de un lado a otro con el corazón acongojado.

Sólo Foulata no lo creía.

—Vivirá —decía.

A trescientas yardas a la redonda, o quizá más, de la cabaña de Twala, en la que yacía el enfermo, el silencio era absoluto, ya que, por orden del rey, todos los que vivían en los aposentos que había detrás, excepto sir Henry y yo, se habían trasladado a otro lugar, para que ningún ruido llegara a oídos del herido. Una noche, la quinta desde que Good estaba enfermo, fui a la cabaña, según mi costumbre, a ver cómo seguía, antes de acostarme.

Entré con precaución. La lámpara situada en el suelo me dejó ver a Good, que ya no se agitaba, sino que yacía totalmente inmóvil.

¡Así que había llegado el desenlace! Con el corazón lleno de amargura emití algo parecido a un sollozo.

—Shhh, shh —se oyó el susurro que procedía de la mancha de oscuridad detrás de la cabeza de Good.

Entonces me acerqué un poco más, cauteloso, y vi que no estaba muerto, sino profundamente dormido; los finos dedos de Foulata sujetaban firmemente su pobre mano blanca. La crisis había pasado y viviría. Siguió durmiendo así durante dieciocho horas; y no me gusta decirlo, porque quizá no me crean, pero durante todo ese tiempo, la muchacha estuvo sentada junto a él, por temor a que si se movía y retiraba la mano, se despertaría. Nadie puede saber lo mucho que debió sufrir la pobre a causa de los calambres y el cansancio, por no hablar de la falta de alimento; pero el hecho es que, cuando él despertó al fin, tuvieron que llevársela: sus miembros estaban tan rígidos que no podía moverse.

Una vez iniciado el cambio favorable, la recuperación de Good fue rápida y completa. Hasta que no se encontró casi perfectamente, sir Henry no le contó todo lo que le debía a Foulata; y cuando le relató cómo había estado sentada a su lado durante dieciocho horas, temiendo despertarle si se movía, los ojos del honrado marino se llenaron de lágrimas. Dio media vuelta y se dirigió a la cabaña en que Foulata preparaba la comida de mediodía (ya habíamos vuelto a nuestro cuartel general). Me llevó con él para que hiciese de intérprete en caso de que no pudiera explicarse con claridad; aunque debo decir que, en líneas generales, la muchacha le entendió estupendamente, teniendo en cuenta la extraordinaria limitación del vocabulario kukuana de Good.

—Dígale —me indicó Good— que le debo la vida, y que nunca olvidaré su dulzura.

Traduje y bajo su oscura piel me pareció que se ruborizaba.

Volviéndose hacia él con uno de sus movimientos rápidos y graciosos que en ella siempre me recordaban el vuelo de un pájaro silvestre, contestó dulcemente, mirándole con sus grandes ojos oscuros:

—No, mi señor. ¡Mi señor lo olvidará! ¿No salvó él mi vida, y acaso no soy yo la sirvienta de mi señor?

Habrán observado que la joven parecía haber olvidado por completo que sir Henry y yo habíamos tomado parte en salvarla de las garras de Twala. ¡Pero así son las mujeres! Recuerdo que mi querida esposa era exactamente igual. Me retiré con el corazón entristecido. No me gustaban las dulces miradas de la señorita Foulata, porque conozco la inclinación enamoradiza, que resulta funesta, de los marinos en general y de Good en particular.

He descubierto que hay dos cosas en el mundo que no pueden evitarse: no se puede impedir a un zulú que luche ni que un marino se enamore ante la mínima incitación.

Pocos días después de este suceso, Ignosi celebró su gran indaba (‘consejo’) y fue reconocido oficialmente como rey por los indunas (‘hombres principales’) de Kukuanalandia. El espectáculo era sumamente impresionante, y en él se incluía una gran revista de tropas. Aquel día desfilaron los restos del regimiento de «grises», y ante todo el ejército se les agradeció su espléndida conducta durante la gran batalla. El rey regaló a cada guerrero ganado en abundancia, y los ascendió a todos al rango de oficiales del nuevo regimiento de «grises», que estaba en proceso de formación. También se promulgó un edicto a lo largo y ancho de Kukuanalandia, por el que, mientras honrásemos al país con nuestra presencia, debían saludarnos a nosotros tres con el saludo real, tratarnos con la misma ceremonia y el mismo respeto debidos al rey, y se nos confería públicamente el poder de la vida y la muerte. Además, Ignosi, en presencia de todo el pueblo, reafirmó las promesas que nos había hecho respecto a que no se derramaría la sangre de ningún hombre sin haberle juzgado y respecto al cese de la caza de brujos en el país.

Cuando hubo acabado la ceremonia, esperamos a Ignosi, y le informamos que deseábamos investigar el misterio de las minas por las que discurría la carretera de Salomón, y le preguntamos si había descubierto algo en ellas.

—Amigos míos —contestó—, he descubierto lo siguiente. Allí es donde se encuentran las tres grandes estatuas, llamados los Silenciosos, a quien Twala quiso ofrecer a Foulata en sacrificio. También es allí donde se encuentran enterrados los reyes de este país, en una cueva excavada a gran profundidad. Allí encontraréis el cadáver de Twala, con aquellos que dejaron de existir antes que él. También allí hay un gran foso, abierto por unos hombres de época remota, que quizá fueron en busca de las piedras de las que habláis, como he oído decir en Natal a varios hombres. También allí, en el Lugar de la Muerte, se encuentra una cámara secreta, que nadie conoce, excepto el rey y Gagool. Pero Twala, que la conocía, ha muerto, y yo no la conozco, ni sé lo que en ella hay. Pero existe una leyenda en esta tierra según la cual, muchas generaciones atrás, un hombre blanco atravesó las montañas, y una mujer le llevó hasta la cámara secreta y le mostró las riquezas que contenía, pero antes de que pudiera cogerlas, la mujer le traicionó y el rey que por entonces reinaba le obligó a regresar, y desde entonces ningún hombre ha entrado en la cámara.

—Seguramente esa historia es cierta, Ignosi, porque encontramos al hombre blanco en las montañas —dije.

—Sí, así es. Y ahora os prometo que, si encontráis la cámara y las piedras están allí…

—La piedra que llevas en la frente demuestra que están allí —apunté, señalando el gran diamante que había recogido de la frente del rey muerto.

—Puede ser. Si están allí —prosiguió—, tendréis todas las que podáis llevaros, si es que realmente me dejáis, hermanos míos.

—Primero tenemos que encontrarla cámara —dije.

—Sólo hay una persona que puede llevaros hasta allí: Gagool.

—¿Y si no quiere hacerlo?

—Entonces, morirá —dijo Ignosi, severo—. Sólo la he dejado vivir por este motivo. Esperad. Que elija. Llamó a su emisario y ordenó que trajera a Gagool.

Llegó al cabo de unos minutos, conducida por dos guardias a quienes maldecía.

—Dejadla —dijo el rey a los guardias.

En cuanto se retiraron los hombres que la sujetaban y le servían de apoyo, aquel viejo fardo marchito —porque parecía un fardo más que otra cosa— cayó al suelo como un trapo, en el que brillaban sus ojos malvados como los de una serpiente.

—¿Qué quieres de mí, Ignosi? No te atrevas a tocarme. Si me tocas, os despedazaré a todos. Guárdate de mi magia.

—Tu magia no pudo salvar a Twala, vieja loba, y a mí no me hará ningún daño —contestó—. Escucha: lo que deseo de ti es que reveles dónde está la cámara en que se encuentran las piedras brillantes.

—¡Ja, ja! —pio—. Sólo yo lo sé y no te lo diré jamás. Los diablos blancos se irán de aquí con las manos vacías.

—Me lo dirás. Te obligaré a decírmelo.

—¿Cómo, oh rey? Eres grande, ¿pero puede arrancar tu poder la verdad a una mujer?

—Es difícil, pero lo haré.

—¿Cómo, oh rey?

—Así: si no lo dices, morirás lentamente.

—¡Morir! —chilló, aterrorizada y furiosa—. No te atrevas a tocarme; tú no sabes quién soy. ¿Cuántos años crees que tengo? Yo conocí a tus padres y a los padres de los padres de tus padres. Cuando el país era joven, estaba yo aquí; y cuando el país sea viejo, aquí estaré todavía. No puedo morir, a no ser que me maten por casualidad, porque no hay nadie que se atreva a asesinarme.

—Pues yo te asesinaré. Mira, Gagool, madre del mal, eres tan vieja que ya no puedes amar la vida. ¿Qué significa la vida para una bruja como tú, que no tiene forma, ni pelo, ni dientes; que no tiene nada, excepto maldad y ojos malignos? Será un acto de piedad matarte, Gagool.

—¡Loco! —chilló aquel viejo demonio—. ¡Loco maldito! ¿Acaso piensas que la vida es dulce sólo para los jóvenes? No es así y, si eso piensas, es que nada sabes del corazón humano. Los jóvenes a veces acogen de buen grado la muerte, porque los jóvenes tienen sentimientos. Aman y sufren, y esto les apremia a desear la entrada en la tierra de las sombras. Pero los viejos no sienten, no aman, y, ¡ja, ja!, ríen al ver el mal que se hace bajo el sol. Todo lo que aman es la vida, el sol cálido y el aire dulce. Temen el frío, temen el frío y la oscuridad; ¡ja, ja, ja! Y la vieja bruja se convulsionó en el suelo, llena de espeluznante júbilo.

—Deja de proferir palabras malvadas y contesta a mi pregunta —dijo Ignosi encolerizado—. ¿Mostrarás el lugar en que se encuentran las piedras o no? Si no lo haces, morirás ahora mismo. Ignosi cogió una lanza y la blandió sobre la cabeza de Gagool.

—No lo haré; no te atrevas a matarme; no te atrevas. El que me mate será maldito para siempre.

Ignosi hizo descender la lanza lentamente hasta pinchar el postrado montón de harapos.

Con un salvaje alarido, Gagool se puso de pie; volvió a caer y rodó por el suelo.

—¡Sí, te la mostraré! Pero déjame vivir, déjame sentarme al sol y comer un poco de carne y te la enseñaré.

—Está bien. Ya sabía yo que encontraría la forma de hacerte razonar. Mañana irás con Infadoos y con mis hermanos blancos a aquel lugar y procura no equivocarte, porque, si no se lo enseñas, entonces morirás lentamente. He dicho.

—No me equivocaré, Ignosi. Siempre cumplo mi palabra. ¡Ja, ja, ja! Una vez, hace tiempo, una mujer mostró la cámara a un hombre blanco y la desgracia cayó sobre él —en ese momento sus malignos ojos centellearon—. Aquella mujer también se llamaba Gagool. Quizá era yo.

—Mientes —dije—; eso ocurrió hace diez generaciones.

—Quizá, quizá. Cuando se vive mucho tiempo, las cosas se olvidan. Quizá me lo dijo la madre de mi madre; sin duda también se llamaba Gagool. Pero reparad en que encontraréis en el lugar en que se hallan los juguetes brillantes una bolsa de cuero llena de piedras. Aquel hombre llenó la bolsa, pero no se la llevó. La desgracia cayó sobre él. ¡Os digo que la desgracia cayó sobre él! Quizá me lo dijo la madre de mi madre. Será un viaje alegre. Veremos los cuerpos de los que murieron en la batalla. Las cuencas de sus ojos estarán vacías y sus costillas desnudas. ¡Ja, ja, ja!

16. EL LUGAR DE LA MUERTE

Al anochecer del tercer día después de la escena descrita en el capítulo anterior, acampamos en unas cabañas al pie de las Tres Brujas, como llamaban al triángulo de montañas en que acababa la gran carretera de Salomón. El grupo estaba compuesto por nosotros tres y Foulata, que cuidaba de nosotros, especialmente de Good; por Infadoos y por Gagool, a quien llevaban en una litera, en cuyo interior la oía murmurar y blasfemar durante todo el día, y por un grupo de guardias y sirvientes. Las montañas, o más bien los tres picos de las montañas, porque la mole era a todas luces producto de un solo movimiento de tierras, tenían, como ya he dicho, forma de triángulo; la base miraba hacia nosotros, había un pico a nuestra derecha, otro a la izquierda y el tercero frente a nosotros. Nunca olvidaré el espectáculo que ofrecían aquellos tres picos imponentes a la luz del sol naciente del siguiente día. En lo alto, muy por encima de nuestras cabezas, recortadas contra el azul del cielo, se elevaban sus sinuosas guirnaldas de nieve. Por debajo de la nieve, los picos adquirían un color púrpura, debido a los matorrales, al igual que los páramos que ascendían en pendiente hacia las laderas. Justo delante de nosotros se extendía la cinta blanca de la gran carretera de Salomón, que llegaba hasta el pie del pico central, a unas cinco millas, y allí se detenía. Aquél era su punto final.

Será mejor que deje que el propio lector imagine los sentimientos de intensa excitación que nos embargaban mientras caminábamos aquella mañana. Por fin nos acercábamos a las prodigiosas minas que habían sido la causa de la miserable muerte del viejo portugués, tres siglos atrás, de mi pobre amigo, su desgraciado descendiente, y también, según temíamos, de George Curtis, hermano de sir Henry. ¿Estaríamos destinados nosotros, después de todo lo que habíamos pasado, a correr la misma suerte? La maldición había caído sobre ellos: ¿caería también sobre nosotros? Por alguna razón, mientras subíamos el último tramo de la hermosa carretera, no pude evitar un cierto sentimiento de superstición sobre el asunto, y creo que lo mismo les ocurrió a Good y a sir Henry.

Ascendimos penosamente la carretera bordeada de matorrales durante una hora y media o más; caminábamos tan deprisa a causa de la excitación que los portadores de la litera de Gagool apenas podían seguir nuestro paso, y su ocupante gritaba continuamente para que nos detuviésemos.

—Id más despacio, hombres blancos —dijo, asomando su horrible rostro entre las cortinas y clavando sus ojos centelleantes en nosotros—. ¿Por qué corréis al encuentro de la maldición que ha de caer sobre vosotros, buscadores de tesoros?

Soltó una de esas terribles carcajadas suyas, que indefectiblemente me producían un escalofrío que recorría mi espina dorsal, y que durante un rato consiguió que se enfriara nuestro entusiasmo.

Pero seguimos caminando, hasta que ante nosotros vimos un amplio hoyo circular de laderas empinadas que se extendía entre nosotros y el pico, de unos trescientos pies de profundidad y media milla de circunferencia.

—¿No se imaginan lo que es eso? —pregunté a sir Henry y a Good, que contemplaban estupefactos aquel espantoso foso.

Negaron con la cabeza.

—Es evidente que nunca han visto las minas de diamantes de Kimberley. Pueden apostar cualquier cosa a que son las minas de diamantes del rey Salomón. Miren —dije, señalando los estratos de arcilla dura y azul que aún podían verse entre la hierba y los arbustos que cubrían los bordes del foso—, es la misma formación. Estoy seguro de que si bajamos ahí encontraremos «tubos» de roca saponácea. Y miren —concluí, señalando una serie de rocas planas situadas en una suave pendiente, bajo el nivel de un curso de agua excavado en la roca viva en una época lejana—, si eso no son mesas que se emplearon para lavar la ganga, yo soy cura.

En el borde de aquel enorme agujero, que era el foso dibujado en el mapa del gentilhombre portugués, la gran carretera se bifurcaba y lo rodeaba. En muchos puntos, aquella carretera de circunvalación estaba totalmente construida a base de grandes bloques de piedra, al parecer con el objeto de servir de apoyo a los bordes del foso e impedir la caída de piedras. Seguimos avanzando por aquella carretera, movidos por la curiosidad de ver qué podían ser tres objetos imponentes que se distinguían desde el otro lado del gran hoyo. Al acercarnos, vimos que se trataba de unos colosos de una extraña especie, y conjeturamos acertadamente que eran los tres Silenciosos que tanto temor inspiraban a los kukuanas. Pero hasta que no estuvimos muy cerca de ellos, no pudimos comprender toda la majestad de los Silenciosos.

Sobre enormes pedestales de roca oscura, con inscripciones en caracteres desconocidos, separados unos de otros por veinte pasos y de cara a la carretera que cruzaba la llanura de unas sesenta millas que desembocaba en la ciudad de Loo, había tres colosales formas sentadas —dos de hombre y una de mujer— que medían cada una veinte pies desde la cabeza hasta el pedestal.

La escultura femenina, que estaba desnuda, poseía una belleza serena, pero, por desgracia, sus rasgos estaban dañados a causa de los muchos siglos de exposición a la intemperie. A ambos lados de la cabeza sobresalían las puntas de una media luna. Por el contrario, los dos colosos masculinos estaban vestidos y presentaban unos rasgos faciales horripilantes, especialmente el de la derecha, que tenía cara de demonio. El de la izquierda poseía unos rasgos serenos, pero su serenidad resultaba espantosa. Era la calma propia de una crueldad inhumana, la crueldad que, según apuntó sir Henry, atribuían los antiguos a los seres que podían imponerse al bien, que podían contemplar los sufrimientos de la humanidad, si no con regocijo, sí al menos sin sufrir ellos mismos. Formaban una trinidad que inspiraba profundo temor, allí sentados en soledad, mirando eternamente la llanura.

Al contemplar aquellos Silenciosos, como los llaman los kukuanas, volvió a apoderarse de nosotros una intensa curiosidad por saber qué manos los habían esculpido, quién había excavado el foso y construido la carretera. Mientras miraba asombrado, recordé de repente —ya que estoy familiarizado con el Antiguo Testamento— que Salomón vagabundeó durante algún tiempo en busca de extraños dioses; conocía el nombre de tres de ellos: Astoreth, diosa de los sidonios; Chemosh, dios de los moabitas, y Milcom, dios de los hijos de Ammon, y sugerí a mis compañeros que las tres estatuas que teníamos ante nosotros podían representar a aquellas falsas divinidades.

—Hum —dijo sir Henry, que era un erudito, pues se había graduado brillantemente en lenguas clásicas en la universidad—. Puede que haya algo de eso. La Astoreth de los hebreos era la Astarté de los fenicios, que eran los grandes mercaderes de la época de Salomón. Astarté, que después se convirtió en la Afrodita de los griegos, estaba representada con cuernos, como una media luna, y en la frente de la figura femenina que tenemos ante nosotros se aprecian claramente esos cuernos. Quizá estos colosos fueron concebidos por el funcionario fenicio que dirigía estas explotaciones. ¿Quién sabe?

Con ellos en tropel llegó Astoreth, /que los fenicios llaman Astarté, /la reina de los cielos, la de cuernos /como una media luna, a cuya imagen /

brillante por las noches, a la luz /de la luna, las vírgenes sidonias /ofrecían sus votos y sus cánticos.

Antes de que hubiéramos acabado de examinar aquellas extraordinarias reliquias de la remota antigüedad, Infadoos llegó al lugar en que nos encontrábamos y, tras saludar a los Silenciosos, levantó su lanza y nos preguntó si teníamos intención de entrar en el Lugar de la Muerte inmediatamente, o si queríamos esperar hasta después de la comida del mediodía. Si estábamos listos para entrar de inmediato, Gagool había dicho que deseaba guiarnos. Como no eran más que las once de la mañana, quemados por la curiosidad, anunciamos que queríamos penetrar en el recinto al instante, y sugerimos llevar algo de comida para el caso de que nos retrasáramos en la cueva. Así pues, trajeron la litera de Gagool y la buena señora bajó de ella por su propio pie. Entretanto, Foulata, a petición mía, colocó unos trozos de biltong o carne seca junto a dos calabazas de agua en una cesta de juncos. Frente a nosotros, a una distancia de unos cincuenta pasos de la parte posterior de los colosos, se alzaba una escarpada muralla de roca, de una altura de unos ochenta pies o más, que subía en pendiente hasta formar la base del elevado pico cubierto de nieve que se cernía en el aire a tres mil pies por encima de nosotros. En cuanto bajó de la litera, Gagool nos dirigió una malvada sonrisa, y a continuación, apoyándose en un bastón, se dirigió renqueante hacia la escarpada pared de roca. La seguimos hasta llegar a un estrecho portal con sólidas arcadas, que parecía la entrada de la galería de una mina.

Allí nos esperaba Gagool, aún con aquella malvada sonrisa en su rostro horripilante.

—Y bien, hombres blancos de las estrellas —dijo con voz aflautada—, grandes guerreros, Incubu, Bougwan y Macumazahn, el sabio, ¿estáis dispuestos? Tened en cuenta que yo estoy aquí para cumplir las órdenes de mi señor el rey y para mostraros el lugar en que se encuentran las piedras brillantes. ¡Ja,ja,ja!

—Estamos dispuestos —contesté.

—¡Bien! ¡Bien! Fortaleced vuestros corazones para poder soportar lo que vais a ver. ¿Vienes tú también, Infadoos, que traicionaste a tu señor?

Infadoos frunció el ceño al contestar:

—No, yo no voy. Yo no tengo nada que hacer ahí dentro. Pero tú, Gagool, refrena tu lengua, y mira cómo tratas a mis señores. Tú respondes de ellos, y si les sucede lo más mínimo morirás, Gagool, tú que eres cincuenta veces bruja. ¿Has oído?

—Te he oído, Infadoos. Te conozco bien. Siempre te han gustado las palabras altisonantes, y cuando eras un niño recuerdo que amenazaste a tu propia madre. Eso fue ayer mismo. Pero no temas; sólo vivo para cumplir las órdenes del rey. He llevado a cabo las órdenes de muchos reyes, Infadoos, hasta que al final ellos llevaron a cabo las mías. ¡Ja, ja! Voy a mirarles la cara una vez más. ¡También veré la de Twala! Vamos, vamos; aquí está la lámpara —y, sacando una gran calabaza llena de aceite de debajo de su capa de piel, le colocó una mecha de junco.

—¿Vienes tú, Foulata? —preguntó Good en su canallesco kukuana, que había mejorado gracias a las enseñanzas de la joven.

—Tengo miedo, mi señor —contestó tímida la muchacha.

—Entonces, dame la cesta.

—No, mi señor; allá donde tú vayas, iré yo también.

«¡Maldición! —pensé—. Raro será que salgamos de ésta».

Sin más preámbulos, Gagool se sumergió en el pasadizo, que era suficientemente ancho como para que pudieran caminar dos personas de lado, y muy oscuro. Seguimos el sonido de su voz aflautada que nos animaba a seguir adelante, no sin cierto temor, situación que no alivió el sonido súbito de un batir de alas.

—¡Vaya! ¿Qué es eso? —gritó Good—. Alguien me ha dado un golpe en la cara.

—Son murciélagos —dije—; continúe.

Tras haber caminado unos cincuenta pasos, según nuestros cálculos, observamos que el pasadizo se iluminaba débilmente. Al momento siguiente, nos encontramos en el lugar más hermoso en que se hayan posado jamás los ojos de un hombre vivo.

Que el lector imagine la nave de la catedral más grande en que haya puesto el pie, sin ventanas, desde luego, pero ligeramente iluminada desde arriba (presumiblemente mediante respiraderos conectados con el exterior practicados en el techo, que formaban una bóveda a cien pies por encima de nuestras cabezas), y se hará una idea del tamaño de la enorme cueva en la que nos encontrábamos, con la diferencia de que esta catedral, concebida por la naturaleza, era más alta y más ancha que cualquiera construida por el hombre. Pero su gigantesco tamaño era la menor de las maravillas de aquel lugar, porque, dispuestos en fila en toda su longitud, había descomunales pilares de algo que parecía hielo, pero que en realidad eran estalactitas enormes. Me resulta imposible dar una idea de la belleza y la grandeza sobrecogedoras de aquellos pilares de espato blanco, algunos de los cuales no medían menos de veinte pies de diámetro en la base, y se elevaban con toda su belleza grandiosa pero delicada hasta el lejano techo. Había otros en proceso de formación. En estos casos, en el suelo de roca había unas columnas que, como dijo sir Henry, parecían las columnas quebradas de un templo antiguo griego, en tanto que, en las alturas, pendiente del techo, se podía vislumbrar el extremo de un carámbano enorme.

Mientras las contemplábamos, podíamos oír el proceso de formación, porque al poco rato cayó una gota de agua desde el lejano carámbano hasta la columna de abajo, produciendo un diminuto chapoteo. En algunas columnas sólo caía una gota cada dos o tres minutos, y en estos casos resultaría interesante calcular cuánto tiempo tardaría en formarse un pilar, digamos de ochenta pies de altura por diez de diámetro, al ritmo con que caía el agua. El siguiente ejemplo demostrará que, en líneas generales, el proceso es incalculablemente lento. Cortado en uno de los pilares, descubrimos una figura con una tosca similitud a una momia y, sobre ella, algo que parecía ser un dios egipcio, sin duda obra de algún trabajador de las minas de la antigüedad. Aquella obra de arte había sido realizada a tamaño natural, método por el que los tipos ociosos, ya sea un obrero fenicio o un peón inglés, tratan de inmortalizarse a expensas de las obras maestras de la naturaleza, es decir, a unos cinco pies del suelo. Sin embargo, en el momento en que lo vimos nosotros, que debía de ser casi tres mil años después de su realización, la columna sólo tenía ocho pies de altura y aún seguía en proceso de formación, lo que indica un ritmo de crecimiento de un pie cada mil años, o poco más de una pulgada por siglo. Lo supimos porque, mientras estábamos junto a ella, oímos caer una gota de agua.

En algunos casos, las estalactitas adoptaban formas extrañas, presumiblemente cuando la gota de agua caía en el mismo sitio. Así, una masa enorme, que debía de pesar unas cien toneladas, tenía forma de púlpito, bellamente labrado en toda su superficie, de tal modo que parecía encaje. Otras semejaban extrañas bestias, y en los lados de la cueva había dibujos como abanicos de marfil, como los que deja la escarcha en un cristal.

Alrededor de la nave central se abrían cuevas más pequeñas, exactamente igual, como observó sir Henry, que las capillas de las grandes catedrales. Algunas tenían grandes dimensiones, pero otras —y eso constituye un hermoso ejemplo de cómo la naturaleza lleva a cabo su labor de artesanía según leyes invariables, e independientemente del tamaño— eran minúsculas. Una de estas cavernas no era mayor que una casa de muñecas inusualmente grande, pero podría haber servido de modelo para toda la cueva, porque se producía el mismo goteo, los minúsculos carámbanos colgaban del techo igual que en la nave central y las columnas tenían idénticas formaciones.

Pero no teníamos mucho tiempo para examinar aquel maravilloso lugar con todo el detenimiento que hubiésemos deseado, porque, por desgracia, Gagool parecía ser insensible a las estalactitas, y su única preocupación consistía en acabar aquel asunto rápidamente. Aquel hecho me irritó más por cuanto yo tenía especiales deseos de descubrir, si era posible, el sistema por el que entraba la luz en aquel lugar, y si lo había hecho la mano del hombre o la naturaleza, y también si lo habían utilizado en la antigüedad, cosa que parecía probable. Pero nos consolamos con la idea de examinarlo a fondo cuando regresáramos, y seguimos los pasos de nuestra misteriosa guía.

Nos llevó hasta el fondo de la caverna enorme y silenciosa donde encontramos otra entrada, no abovedada como la primera, sino cuadrada en la parte superior, como en los templos egipcios.

—¿Estáis preparados para entrar en el Lugar de la Muerte? —preguntó Gagool, a todas luces con la intención de hacernos sentir incómodos.

—Continúa, bruja —dijo Good en tono solemne, tratando de aparentar que no estaba asustado, como en realidad nos ocurría a todos, salvo a Foulata, que se había cogido del brazo de Good en busca de protección.

—Esto tiene un aspecto fantasmagórico —dijo sir Henry asomando la cabeza por la oscura entrada—. Vamos, Quatermain; seniores priores. ¡No haga esperar a la vieja dama! —concluyó, y se hizo a un lado cortésmente para que yo me colocara a la cabeza del grupo, cosa que no le agradecí en mi fuero interno.

Tap, tap, tap, resonaba el bastón de la vieja Gagool por el pasadizo, al caminar renqueante, riendo entre dientes de una forma repugnante. Yo la seguía, abrumado por un presentimiento inexpresable de que algo terrible nos iba a suceder.

—Vamos, siga adelante, amigo —dijo Good—, o perderemos de vista a nuestra gentil guía.

Empujado por las palabras de mi compañero, entré en el pasadizo y tras caminar unos veinte pasos me encontré en una lúgubre estancia de unos cuarenta pies de longitud, treinta de anchura y otros treinta de altura, que sin duda había sido excavada por la mano del hombre en una época remota. Aquella estancia no estaba tan bien iluminada como la amplia antecámara de estalactitas, y todo lo que pude vislumbrar a primera vista fue una enorme mesa de piedra que ocupaba todo un lado de la estancia, con una colosal figura blanca en un extremo y varias figuras blancas de tamaño natural alrededor. A continuación vi un objeto pardo, sentado en el centro de la mesa, y al cabo de unos momentos, cuando mis ojos se acostumbraron a la luz y descubrí lo que eran todas aquellas cosas, emprendí una carrera tan veloz como me lo permitieron mis piernas.

Por regla general, no soy un hombre nervioso, ni dado a las supersticiones, ya que he vivido lo suficiente como para saber que son una estupidez. Pero debo admitir que aquella visión me trastornó, y de no haber sido porque sir Henry me cogió por el cuello de la camisa y me detuvo, creo sinceramente que al cabo de otros cinco minutos hubiera estado fuera de aquella cueva de estalactitas, y ni por todos los diamantes de Kimberley me hubiera animado a entrar de nuevo. Pero sir Henry me sujetó con fuerza, y me detuve porque no me quedó más remedio. A los pocos segundos sus ojos también se acostumbraron a la luz; me soltó y se puso a limpiarse las gotas de sudor de la frente. Good profirió un juramento con voz débil, y Foulata le rodeó el cuello con los brazos y chilló.

Sólo Gagool seguía riendo entre dientes.

En verdad era una visión fantasmagórica. Allí, al extremo de la larga mesa de piedra, sujetando con sus dedos esqueléticos una lanza grande y blanca estaba sentada la Muerte en persona, bajo la forma de un colosal esqueleto humano de una altura de quince pies o más. Mantenía la lanza muy por encima de su cabeza, como si estuviera a punto de descargarla. Una mano huesuda descansaba sobre la mesa de piedra, en la posición que adopta un hombre que va a levantarse de su asiento, en tanto que el cuerpo se inclinaba hacia adelante de tal forma que las vértebras del cuello y la calavera brillante y sonriente se proyectaban hacia nosotros, y las cuencas vacías de sus ojos se clavaban en nuestras personas, las mandíbulas un poco abiertas como si fuese a hablar.

—¡Cielo santo! —exclamé débilmente—. ¿Qué es eso?

—¿Y qué es eso? —dijo Good, señalando al grupo blanco sentado a la mesa.

—¿Y qué demonios es eso? —dijo sir Henry, señalando a la parda criatura que estaba sentada a la mesa.

—¡Ji, ji, ji! —rio Gagool—. La maldición cae sobre los que penetran en la cámara de los muertos. ¡Ji, ji, ji, ja, ja!

—Vamos, Incubu, el valiente en la batalla, entra a ver al que mataste. Y aquel ser vetusto le cogió la chaqueta con sus dedos flacos y le condujo hacia la mesa. Los demás los seguimos.

A los pocos momentos Gagool se detuvo y señaló el objeto pardo que estaba sentado a la mesa. Sir Henry lo miró y retrocedió con una exclamación. Y no es de extrañar, ya que, completamente desnudo, con la cabeza que el hacha de sir Henry le había separado del cuerpo reposando sobre sus rodillas, estaba sentado a la mesa el cadáver de Twala, último rey de los kukuanas. En efecto, con la cabeza colocada sobre las rodillas estaba sentado en toda su fealdad, con las vértebras sobresaliendo una pulgada de la carne hundida del cuello, exactamente igual que una réplica negra de Hamilton Tighe. Por la superficie del cadáver se había extendido una delgada película vidriosa, que contribuía a darle un aspecto aún más aterrador. Durante unos momentos no fuimos capaces de explicarnos aquel hecho, hasta que finalmente observamos que del techo de la cámara caía agua ininterrumpidamente sobre el cuello del cadáver, desde donde se extendía por toda la superficie hasta salir por un pequeño orificio que había en la mesa. Entonces comprendí lo que ocurría: el cuerpo de Twala se estaba convirtiendo en una estalactita.

Confirmamos esta opinión al mirar las formas blancas que estaban sentadas en el banco de piedra que rodeaba la mesa. Eran formas humanas, o más bien lo habían sido; ahora eran estalactitas. Éste es el modo que tiene el pueblo kukuana de preservar a sus reyes muertos desde tiempo inmemorial. Los petrifica. No llegué a descubrir en qué consistía la técnica exactamente, si es que existía tal técnica, aparte de mantenerlos durante un largo período bajo las gotas de agua. Pero allí estaban, congelados y preservados para toda la eternidad con aquel fluido silíceo.

Es imposible imaginar algo más terrorífico que aquel espectáculo de reyes difuntos (había veintisiete en total; el padre de Ignosi era el último), con sus sudarios de espato como hielo a través de los que podían vislumbrarse los rasgos, sentados en torno a aquel inhóspito tablero, con la Muerte en persona como invitada. El que la práctica de esta técnica para preservar a sus reyes debe ser muy antigua, resulta evidente por su número, ya que, calculando en quince años la media de duración de un reinado, y suponiendo que se encontraran allí todos los reyes —cosa improbable, ya que algunos debieron morir en el campo de batalla, lejos de su tierra—, la fecha del comienzo de esta práctica quedaría situada en cuatro siglos y cuarto atrás.

Pero la Muerte colosal, que se sienta a la cabecera de la mesa, es mucho más vieja y, si no me equivoco, debe su origen al mismo artista que concibió los tres colosos. Está tallada en una sola estalactita y, considerada como obra de arte, está admirablemente pensada y ejecutada. Good, que entendía de anatomía, aseguró que, a su juicio, el diseño del esqueleto era perfecto hasta en los huesos más pequeños.

En mi opinión, ese objeto es una extravagancia de la fantasía de un escultor de la antigüedad, y su presencia ha sugerido al pueblo kukuana la idea de colocar a sus reyes difuntos bajo su espantosa presidencia. O quizá alguien la colocó allí para asustar a los merodeadores que tuvieran deseos de entrar en la cámara del tesoro, que está situada detrás. No lo sé. Todo lo que puedo hacer es describirla tal y como es, para que el lector saque sus propias conclusiones.

¡En cualquier caso, así es la Muerte Blanca y así son los Muertos Blancos!

17. La cámara del tesoro del rey Salomón

Mientras nos concentrábamos en la tarea de librarnos del pánico que nos invadía y en examinar las horrendas maravillas de aquel lugar, Gagool se entregaba a otras ocupaciones. De una u otra forma —porque podía ser increíblemente ágil cuando quería—, se había encaramado a la mesa y se había acercado adonde estaba nuestro difunto amigo Twala, bajo el incesante goteo de agua, para ver, según sugirió Good, cómo se «adobaba», o por alguna otra oscura razón. Al poco regresó, renqueante, deteniéndose a veces para dirigir una observación (cuyo significado no comprendí) a alguno de los cadáveres amortajados, con la misma actitud con que podría saludarse a un viejo conocido. Tras celebrar aquella ceremonia misteriosa y terrible, se acurrucó en la mesa, justo debajo de la Muerte Blanca, y empezó a ofrecerle sus plegarias. El espectáculo de aquella criatura maligna elevando súplicas, sin duda malvadas, a la archienemiga de la humanidad, era tan pavoroso que nos indujo a dar por terminado nuestro examen.

—Y ahora, Gagool —dije en voz baja, porque por alguna razón uno no se atrevía a hablar más que en susurros en aquel lugar—, llévanos a la cámara.

La vieja bruja bajó inmediatamente de la mesa.

—¿No tienen miedo mis señores? —preguntó mirándome de reojo.

—Guíanos.

—Está bien, mis señores —dijo, y llegó cojeando hasta la espalda de la gran Muerte—. Ésta es la cámara. Enciendan mis señores la lámpara y entren. Colocó la calabaza de aceite en el suelo y se apoyó sobre la pared de la cueva. Saqué una cerilla, pues aún nos quedaban algunas, y encendí la mecha. A continuación busqué la entrada, pero ante nosotros no había más que la sólida roca. Gagool hizo una mueca y dijo:

—Ése es el camino, mis señores. ¡Ja, ja, ja!

—No bromees con nosotros —respondí cortante.

—No estoy bromeando, mis señores. ¡Mirad! —dijo, señalando la roca.

Al alzar la lámpara observamos que una mole de piedra se elevaba lentamente desde el suelo y desaparecía entre las rocas del techo, donde sin duda había una cavidad para recibirla. La piedra tenía la anchura de una puerta de buen tamaño, de unos diez pies de altura y no menos de cinco pies de espesor. Debía pesar al menos veinte o treinta toneladas y, evidentemente, se movía mediante una sencilla aplicación de la ley de la balanza, probablemente la misma con que se abre y se cierra una ventana moderna corriente. Por supuesto, ninguno de nosotros llegó a ver cómo se ponía en funcionamiento el mecanismo. Gagool tuvo buen cuidado de evitarlo; pero no me cabe duda de que se trataba de una palanca muy sencilla, que se movía desde un lugar secreto, añadiendo con ello un peso adicional a los contrapesos ocultos, con lo que la mole de piedra se elevaba desde el suelo.

La enorme piedra se alzó muy lenta y suavemente, hasta desaparecer por completo, y ante nosotros se abrió un oscuro agujero en el espacio que antes estaba cubierto por la puerta.

Al ver por fin abierto el camino a la cámara del tesoro de Salomón, fue tan grande nuestra excitación que me puse a temblar de pies a cabeza. Resultaría un engaño, después de todo, ¿o tendría razón el viejo Da Silvestra? ¿Encontraríamos en aquel oscuro lugar arcones llenos de tesoros que nos convertirían en los hombres más ricos del mundo? Íbamos a saberlo al cabo de uno o dos minutos.

—Entrad, hombres blancos de las estrellas —dijo Gagool adentrándose en la estancia—; pero escuchad primero a vuestra sierva, la vieja Gagool. Las piedras brillantes que vais a ver fueron extraídas del foso junto al que se alzan los Silenciosos, y alguien las guardó aquí; yo no sé quién. Pero solamente se ha entrado aquí una vez desde que los que guardaron las piedras abandonaron precipitadamente el lugar, dejándolas tras ellos. Los rumores de la existencia del tesoro han corrido entre las gentes que han vivido en este país generación tras generación, pero nadie sabía dónde estaba la cámara ni conocía el secreto de la puerta. Pero ocurrió que un hombre blanco llegó a este país; quizá él también venía de las estrellas. Fue bien recibido por el rey de aquella época, aquel que está sentado allí —y señaló al quinto rey de la mesa de los muertos—. Y vino a suceder que él y una mujer del país que con él estaba llegaron a este lugar, y por casualidad la mujer descubrió el secreto de la puerta. Puede buscarse durante miles de años sin encontrarla. Entonces el hombre blanco entró con la mujer y encontró las piedras y llenó con ellas la piel de una cabra pequeña que llevaba la mujer para guardar la comida. Y al salir de la cámara cogió una piedra más, muy grande, y la sostuvo en la mano.

Al llegar aquí hizo una pausa.

—Y bien, ¿qué le ocurrió a Da Silvestra? —pregunté con tanto interés que apenas podía respirar.

La vieja bruja se sobresaltó al oír aquel nombre.

—¿Cómo sabes tú el nombre del hombre muerto? —preguntó secamente, y a continuación, sin esperar respuesta, prosiguió—: Nadie sabe lo que ocurrió; pero, al parecer, el hombre blanco se asustó, porque tiró el pellejo de cabra que contenía las piedras y huyó con la piedra grande en la mano. El rey se la quitó, y ésa es la piedra que tú, Macumazahn, cogiste de la frente de Twala.

—¿No ha entrado nadie aquí desde entonces? —pregunté, asomándome de nuevo al oscuro pasadizo.

—Nadie, mis señores. Sólo se ha conservado el secreto de la puerta, y cada rey la ha abierto cuando ha llegado su hora. Pero no ha entrado. Hay un refrán que dice que el que entre morirá en el plazo de una luna, al igual que murió el hombre blanco en la cueva de la montaña, donde tú lo encontraste, Macumazahn. ¡Ja, ja! Mis palabras son ciertas.

Nuestras miradas se encontraron, y yo me mareé y sentí frío. ¿Cómo podía saber aquella vieja bruja todas esas cosas?

—Entrad, mis señores. Si es que digo la verdad, el pellejo de cabra con las piedras estará en el suelo; y si es cierto que la muerte aguarda al que entre aquí, lo sabréis más adelante. ¡Ja, ja, ja!

Entró cojeando en el pasadizo, llevando la lámpara; y he de confesar que una vez más dudé en seguirla.

—¡Maldita sea! —exclamó Good—. Vamos allá. No va asustarme esa vieja bruja.

Seguido de Foulata, a quien evidentemente no le gustaba aquel asunto, ya que temblaba de miedo, se internó en el pasadizo, detrás de Gagool, ejemplo que seguimos rápidamente.

Gagool se detuvo tras avanzar unas cuantas yardas por el pasadizo, en el estrecho sendero excavado en la roca viva, y allí nos esperó.

—Ved, mis señores —dijo sujetando la lámpara delante de ella—; los que escondieron el tesoro huyeron apresuradamente y pensaron en la forma de protegerlo contra cualquiera que descubriese el secreto de la puerta, pero no tuvieron tiempo —concluyó. Y señaló unos grandes bloques cuadrados de piedra que estaban colocados en el pasadizo hasta una altura de dos courses (unos dos pies y tres pulgadas), con la intención de bloquearlo. A los lados del pasadizo se veían bloques de piedra similares dispuestos para su inmediata utilización, y lo más curioso de todo era un montón de argamasa y dos paletas que, en la medida en que nos dio tiempo a examinarlos, eran de forma y hechura similares a las que usan los obreros de hoy en día.

Foulata, que se encontraba todo el tiempo en un estado de gran agitación, dijo que se sentía débil y que no podía seguir caminando, por lo que nos esperaría allí. La acomodamos sobre el muro inacabado, colocamos a su lado la cesta de provisiones y la dejamos para que se recobrase.

Seguimos caminando por el pasadizo unos quince pasos más, y de repente llegamos a una puerta de madera primorosamente pintada. Estaba abierta de par en par. Quienquiera que fuese el último que estuvo allí, no tuvo tiempo de cerrarla o se olvidó de hacerlo.

En el umbral había una bolsa de piel de cabra que parecía llena de piedras.

—¡Ji, ji, hombres blancos! —dijo Gagool con una risita cuando la luz de la lámpara iluminó la puerta—. ¿No os había dicho que el hombre blanco que vino aquí huyó a toda prisa y dejó caer la bolsa de la mujer? ¡Miradlo!

Good se agachó y la recogió. Era muy pesada y tintineaba.

—¡Cielo santo! Creo que está llena de diamantes —dijo en un susurro de respeto. Y es que, en verdad, la idea de una pequeña piel de cabra llena de diamantes inspira respeto a cualquiera.

—Vamos —dijo sir Henry impaciente—. Démela lámpara, señora. Cogió la lámpara de las manos de Gagool, atravesó el umbral y la alzó por encima de su cabeza.

Nosotros le seguimos a toda prisa, olvidándonos por el momento de la bolsa de diamantes, y nos encontramos en la cámara del tesoro de Salomón.

Al principio, todo lo que dejaba ver la débil luz de la lámpara era una habitación excavada en la roca viva, que al parecer no medía más de diez pies cuadrados. A continuación, amontonados unos encima de otros hasta la altura del techo, vimos una espléndida colección de colmillos de elefante. No sabíamos cuántos podía haber, porque no veíamos hasta dónde llegaba por detrás, pero ante nuestros ojos no debía haber menos de cuatrocientos o quinientos colmillos de primera calidad. Sólo con el marfil que había allí cualquier hombre podía hacerse rico para toda la vida. Pensé que quizá fuera de este almacén de donde Salomón sacó el material para construir su «gran trono de marfil», que no tenía igual en ningún otro reino.

Al otro lado de la cámara había una serie de cajas de madera, similares a las cajas de munición de la marca Martini Henry, sólo que mucho más grandes y pintadas de rojo.

—¡Ahí están los diamantes! —grité—. Acerquen la luz.

Así lo hizo sir Henry, manteniéndola junto a la caja que estaba encima, cuya tapa, podrida por el tiempo, a pesar de estar en un lugar seco, parecía haber sido aplastada, probablemente por el propio Da Silvestra. Metí la mano por el agujero de la tapa y la saqué llena, no de diamantes, sino de monedas de oro, con una forma que ninguno de nosotros había visto antes y con unos caracteres que parecían hebreos inscritos en ellas.

—¡Vaya! —exclamé volviendo a colocar las monedas en su sitio—. De todas formas no nos iremos con las manos vacías. Debe de haber dos mil monedas en cada caja y hay dieciocho cajas. Supongo que era el dinero para pagar a los obreros y a los mercaderes.

—Bueno —intervino Good—, creo que eso es todo. No veo diamantes, a menos que el viejo portugués los metiera todos en esta bolsa.

—Si quieren encontrar las piedras, mis señores deben mirar allí donde está más oscuro —dijo Gagool, interpretando nuestras miradas—. Allí encontrarán mis señores un nicho, y en el nicho tres arcas de piedra, dos selladas y una abierta.

Antes de traducir estas palabras a sir Henry, que llevaba la lámpara, no pude resistir la tentación de preguntar a Gagool cómo se había enterado de esas cosas, si nadie había entrado en aquel lugar desde la llegada del hombre blanco, muchas generaciones atrás.

—¡Ah, Macumazahn, el que vigila en la noche! —contestó burlona—. ¿Tú que vives en las estrellas no sabes que algunas personas tienen ojos que pueden ver a través de las rocas? ¡Ja, ja, ja!

—Mire esa esquina, Curtis —dije, señalando el lugar que Gagool había indicado.

—Eh, amigos; aquí hay un hueco —dijo sir Henry—. ¡Cielo santo! ¡Miren ahí!

Nos precipitamos hacia el lugar en que se encontraba, que era un nicho semejante a una pequeña ventana abovedada. Apoyadas contra la pared de aquel nicho había tres arcas de piedra que medían unos dos pies cuadrados. Dos de ellas estaban cubiertas con tapas de piedra, en tanto que la tapa de la tercera descansaba sobre un lado del arca, que estaba abierta.

—¡Miren! —repitió roncamente sir Henry, colocando la lámpara por encima del arca abierta. Dirigimos nuestras miradas hacia allí, pero durante unos momentos no pudimos distinguir nada, debido a un resplandor plateado que nos cegaba. Cuando nuestros ojos se acostumbraron, vimos que el arca estaba llena de diamantes sin tallar, en su mayoría de tamaño considerable. Me agaché y cogí unos cuantos. Sí, no había duda; tenían el inconfundible tacto saponáceo.

Los dejé caer boquiabierto.

—Somos los hombres más ricos del mundo —dije—. El conde de Montecristo es un paria a nuestro lado.

—Inundaremos el mercado de diamantes —dijo Good.

—En primer lugar, tenemos que sacarlos de aquí —sugirió sir Henry.

Nos miramos pálidos, con la linterna en el medio y las relucientes gemas debajo, como conspiradores a punto de cometer un crimen, en lugar de ser, como pensábamos, los tres hombres más afortunados de la tierra.

—¡Ji, ji, ji! —rio la vieja Gagool a nuestra espalda, revoloteando a nuestro alrededor como un vampiro—. Ahí están las piedras brillantes que tanto os gustan, hombres blancos; tantas como deseéis. Cogedlas, hacedlas correr entre vuestros dedos, comedlas, ¡ji, ji!, bebedlas, ¡ja, ja, ja!

En aquel momento me pareció tan ridícula la idea de comer y beber diamantes que me eché a reír desaforadamente, ejemplo que siguieron los demás sin saber por qué. Allí estábamos, desternillándonos de risa, junto a las gemas que eran nuestras, que habían encontrado para nosotros hacía miles de años los pacientes obreros en el gran agujero, y que el capataz de Salomón, muerto hacía tanto tiempo, y cuyo nombre estaba quizá escrito en la cara escondida adherida a la tapa de las arcas, había almacenado para nosotros. Salomón nunca los tuvo, ni David, ni Da Silvestra, ni nadie. Nosotros los habíamos conseguido; allí, ante nuestros ojos, había diamantes por valor de millones de libras y oro y marfil por valor de miles de libras, que sólo esperaban a que alguien se los llevara.

De repente dejamos de reírnos.

—Abrid las otras arcas, contempladlas, hombres blancos —graznó Gagool—; sin duda hay más en ellas. ¡Saciaos, señores blancos! ¡Ja, ja! Saciaos.

Animados por estas palabras, pusimos manos a la obra de quitar las tapas de piedra de las otras dos arcas y, no sin cierta sensación de estar cometiendo un sacrilegio, rompimos los sellos.

¡Hurra! También estaban llenas, llenas hasta los topes; al menos éste era el caso de la segunda. A ningún desgraciado Da Silvestra se le había ocurrido llenar pieles de cabra con su contenido. En cuanto a la tercera arca, sólo estaba llena en una cuarta parte, pero todas las piedras eran escogidas; ninguna tenía menos de veinte quilates y algunas tenían el tamaño de un huevo de paloma. Al observarlas a la luz, descubrimos que algunos de los diamantes más grandes eran un poco amarillentos, «descoloridos», como los llaman en Kimberley.

Pero lo que no vimos fue la mirada terrible y maligna que nos dedicó la vieja Gagool mientras salía arrastrándose como una serpiente de la cámara del tesoro y se dirigía por el pasadizo hacia la enorme puerta de piedra.

¡Atención! Unos gritos estremecedores nos llegan desde el pasadizo. ¡Es la voz de Foulata!

—¡Ay, Bougwan!¡Ayúdame, ayúdame! ¡La piedra se cae!

—¡Corre, muchacha!

—¡Socorro, socorro!¡Me ha apuñalado!

Corremos por el pasadizo y lo que vemos a la luz de la lámpara es lo siguiente: la puerta de piedra se cierra lentamente. Apenas está a tres pies del suelo. Junto a ella forcejean Foulata y Gagool. La roja sangre de la primera le cae hasta las rodillas, pero la valiente muchacha sigue luchando contra la vieja, que se debate como un gato salvaje. Pero, ¡ah!, se ha liberado. Foulata cae y Gagool se arroja al suelo para pasar, arrastrándose como una serpiente, por la abertura de la piedra que se cierra. Pero es demasiado tarde. La roca la atrapa y chilla en su agonía. La puerta sigue bajando con sus treinta toneladas de peso, aplastando lentamente el viejo cuerpo de Gagool contra el suelo de piedra. Profiere un terrible alarido que nunca habíamos oído, se oye un largo crujido repugnante y la puerta quedó cerrada en el momento en que, abalanzándose por el pasadizo, nos lanzábamos contra ella.

Todo acabó en pocos segundos.

Nos volvimos hacia Foulata. La pobre muchacha tenía una herida de puñal en el cuerpo y comprendí que no viviría mucho tiempo.

—¡Ay, Bougwan, me muero! —gimió la hermosa niña—. Se acercó hasta mí…, no la vi, me sentía débil…, y la puerta empezó a caer. Entonces retrocedió, la vi pasar por la ranura de la puerta, la cogí y la sujeté, y me apuñaló. Me muero, Bougwan.

—¡Pobre muchacha, pobre muchacha! —gritó Good, y como no podía hacer otra cosa, se puso a darle besos.

—Bougwan —dijo la muchacha tras una pausa—. ¿Está Macumazahn aquí? Está tan oscuro que no puedo ver.

—Aquí estoy, Foulata.

—Macumazahn, sé mi lengua por un momento, te lo ruego, ya que Bougwan no puede entenderme, y antes de entrar en las tinieblas… quiero decirle algo.

—Habla Foulata; yo lo traduciré.

—Bougwan, dile a mi señor que… le amo y que me alegro de morir, porque sé que no puede compartir su vida con una persona como yo, porque el sol no puede desposarse con la oscuridad, ni lo blanco con lo negro.

Dile que a veces me he sentido como si tuviera un pájaro en el pecho, que volaría de él un día para cantar en otra parte. Incluso ahora, a pesar de que no puedo levantar mi mano y de que mi cerebro se está enfriando, no me siento como si mi corazón estuviera muriendo. Está tan lleno de amor que podría vivir mil años y seguir siendo joven. Dile que, si vuelvo a vivir, quizá le vea en las estrellas, y que… las recorreré todas en su busca, aunque quizá yo seguiré siendo negra y él blanco. Dile, Macumazahn…, pero no digas nada, excepto que le amo. ¡Oh, abrázame fuerte, Bougwan, no siento tus brazos!

—¡Ha muerto, ha muerto! —dijo Good poniéndose de pie, su honrada cara bañada en lágrimas.

—No se preocupe por eso, amigo —dijo sir Henry.

—¿Cómo? —dijo Good—. ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que muy pronto estará usted haciéndole compañía. ¿No se da cuenta de que estamos enterrados vivos?

Creo que no comprendimos todo el horror de lo que había sucedido hasta que sir Henry pronunció esas palabras, tan preocupados como estábamos por el fin de la pobre Foulata. Pero en ese momento lo comprendimos. La imponente mole de roca se había cerrado, probablemente para siempre, porque el único cerebro que conocía su secreto yacía reducido a polvo bajo ella. Nadie podía esperar forzar aquella puerta con algo que no fuese dinamita en grandes cantidades. ¡Y nosotros estábamos al otro lado!

Durante unos minutos nos quedamos petrificados de horror junto al cadáver de Foulata. Toda nuestra hombría parecía habernos abandonado. La idea de aquel final miserable y lento resultaba abrumadora. Ahora lo veíamos con toda claridad. La bruja de Gagool nos había preparado esta trampa desde el principio.

Era el tipo de broma con que podía regocijarse su malvada mente: los tres hombres blancos a los que, por alguna razón que sólo ella sabía, siempre había odiado, muriendo lentamente de hambre y sed junto al tesoro que tanto codiciaban. Comprendí la burla que había en sus palabras al decirnos que comiésemos y bebiésemos los diamantes. Quizá le ocurrió lo mismo al caballero portugués cuando abandonó el pellejo lleno de joyas.

—Esto va a durar poco —dijo sir Henry con voz ronca—. La lámpara va a apagarse enseguida. Vamos a ver si podemos encontrar el resorte que pone en movimiento la puerta.

Nos abalanzamos hacia ella con desesperada energía y, pisando un charco de sangre, nos pusimos a palpar la puerta y las paredes del pasadizo. Pero no encontramos ningún resorte ni botón.

—Apostaría —dije— a que no funciona desde dentro. En otro caso, Gagool no se hubiera arriesgado a reptar por debajo de la roca. Fue el saber esto lo que la hizo intentar escapar a toda costa, ¡maldita sea!

—En cualquier caso —dijo sir Henry con una cortante risita—, no recibió una recompensa muy generosa. Su fin ha sido casi tan espantoso como probablemente lo será el nuestro. No podemos hacer nada con la puerta. Volvamos a la cámara del tesoro.

Dimos media vuelta y nos dispusimos a partir, al tiempo que veíamos, junto al muro inacabado que atravesaba el pasadizo, la cesta de la comida que había traído la pobre Foulata. La cogí, y la llevé a la maldita cámara del tesoro que iba a ser nuestra tumba. A continuación, volvimos sobre nuestros pasos y recogimos con respeto el cadáver de Foulata, y lo dejamos en el suelo junto a las cajas llenas de monedas.

Nos sentamos, con la espalda apoyada contra las tres arcas de piedra que contenían los tesoros incalculables.

—Repartamos la comida —dijo sir Henry—, para que dure lo más posible. Así lo hicimos. Calculamos que tendríamos suficiente para hacer comidas infinitesimales, es decir, para seguir vivos durante un par de días. Además del biltong, o carne seca, teníamos dos calabazas de agua que contenían cada una un cuarto de galón.

—Y ahora —dijo sir Henry—, comamos y bebamos, que mañana moriremos.

Comimos un poco de biltong y bebimos un sorbo de agua. No es preciso decir que teníamos poco apetito, a pesar de que necesitábamos desesperadamente alimentos, y tras la comida nos sentimos mejor. A continuación nos levantamos y realizamos un sistemático examen de los muros de nuestra prisión, con la débil esperanza de encontrar algún medio para salir, golpeándolos cuidadosamente, y lo mismo hicimos con el suelo.

No encontramos nada. No parecía probable que hubiera ninguna salida en la cámara del tesoro.

La lámpara empezó a languidecer. La grasa estaba casi agotada.

—Quatermain —dijo sir Henry—. ¿Qué hora es? ¿Funciona su reloj?

Lo saqué del bolsillo y lo miré. Eran las seis. Habíamos entrado en la cueva a las once.

—Infadoos nos echará en falta —sugerí—. Si no regresamos esta noche, nos buscará por la mañana, Curtis.

—Su búsqueda será vana. No conoce el secreto de la puerta, ni dónde se encuentra ésta. Ayer ninguna persona viva lo conocía, excepto Gagool. Hoy, ya nadie lo sabe. Incluso si encontrara la puerta no podría romperla. Ni todo el ejército kukuana podría atravesar seis pies de roca viva. Amigos míos, no veo más solución que someternos a la voluntad del Todopoderoso. La búsqueda del tesoro ha llevado a muchos hombres a un final terrible; nosotros vamos a engrosar su número.

La lámpara languideció aún más.

Al poco rato soltó una llamarada que nos mostró el escenario con gran relieve: el enorme montón de blancos colmillos, las cajas llenas de oro, el cadáver de la pobre Foulata tendido ante ellas, el pellejo de cabra que contenía el tesoro, el débil resplandor de los diamantes y las caras hoscas y pálidas de tres hombres blancos aguardando la muerte por inanición allí sentados.

La llama de la lámpara se redujo y se apagó definitivamente.

18. ABANDONAMOS TODA ESPERANZA

Yo puedo ofrecer ninguna descripción adecuada de los horrores de aquella noche. Por suerte, quedaron algo mitigados por un sueño misericordioso, porque, incluso en circunstancias como las que nosotros atravesábamos, a veces la naturaleza hace prevalecer sus derechos. Pero yo no pude dormir mucho rato. Dejando a un lado el pensamiento aterrador del destino que nos esperaba —ya que incluso el hombre más valiente de la tierra puede perfectamente acobardarse ante la suerte que se cernía sobre nosotros, y yo nunca he pretendido ser valiente—, el silencio era demasiado intenso para permitirlo. Usted, lector, quizá haya estado despierto alguna noche y el silencio se le haya hecho opresivo, pero le diré con toda confianza que no puede hacerse idea de lo que es en realidad el silencio tangible y completo. En la superficie de la tierra hay siempre algún movimiento, que aunque en sí mismo sea imperceptible, al menos desgasta el agudo filo del silencio absoluto. Pero allí no había nada de esto. Estábamos enterrados en las entrañas de un enorme pico cubierto de nieve. A miles de pies por encima de nosotros soplaba el aire fresco sobre la blanca nieve, pero su sonido no llegaba hasta nosotros. Estábamos separados por un largo túnel y cinco pies de roca incluso de la espantosa cámara de los muertos; y los muertos no hacen ruido. Ni el estruendo de toda la artillería de los cielos y la tierra hubiera llegado hasta nuestros oídos en aquella tumba viviente. Estábamos aislados de todos los ecos del mundo; era como si estuviéramos ya muertos.

A pesar de todo, no se me escapaba la ironía de aquella situación. A nuestro alrededor había suficientes tesoros para pagar una modesta deuda nacional, o para construir una ilota de acorazados, y, sin embargo, nosotros hubiéramos cambiado de buena gana todo lo que allí había por la más ligera esperanza de escapar. Sin duda, no tardaríamos mucho en desear trocar todo aquello por un poco de comida o un vaso de agua y, andando el tiempo, incluso por el privilegio de poner un final rápido a nuestros sufrimientos. La auténtica riqueza, en cuya consecución gastan su vida los hombres, es, al fin y al cabo, algo sin valor.

Y así transcurrió la noche.

—Good —dijo por fin sir Henry, en un tono de voz que resultó espantoso en medio del profundo silencio—, ¿cuántas cerillas quedan en la caja?

—Ocho, Curtis.

—Encienda una para poder ver qué hora es.

Así lo hizo, y por contraste con la densa oscuridad, la llama casi nos cegó. Según mi reloj, eran las cinco. La hermosa aurora se sonrojaba sobre la nieve, muy por encima de nuestras cabezas, y la brisa debía estar disipando las brumas de la noche.

—Deberíamos comer un poco para mantener las fuerzas —dije.

—¿Para qué nos serviría comer? —replicó Good—. Cuanto antes muramos y acabemos con esto, tanto mejor.

—Mientras hay vida hay esperanza —sentenció sir Henry.

Así pues, comimos y bebimos unos sorbos de agua, y al cabo de un rato uno de nosotros sugirió que debíamos acercarnos a la puerta lo más posible y gritar, por si había alguna ligera posibilidad de que nos oyeran desde el exterior. Good, que debido a la larga práctica en el mar posee una voz aguda y penetrante, recorrió a tientas el pasadizo y empezó a gritar. Debo decir que hizo un ruido infernal. Jamás había oído unos alaridos semejantes, pero por el resultado que obtuvieron, hubiera servido lo mismo el zumbido de un mosquito.

Lo dejó al cabo de un rato y regresó sediento, por lo que tuvo que beber un poco de agua. Después de esa tentativa, desechamos la idea de gritar, porque repercutía en la reserva de agua.

De modo que volvimos a sentarnos apoyados contra las arcas de inútiles diamantes, en aquella terrible inacción que era una de las características más penosas de nuestro destino; y debo decir que, por mi parte, me abandoné a la desesperación. Apoyé la cabeza sobre los anchos hombros de sir Henry y rompí en llanto; creo que oí sollozar a Good al otro lado y renegar con voz ronca contra sí mismo por ello.

¡Ah, qué bueno y valiente era aquel gran hombre! No nos hubiera tratado con mayor ternura si hubiéramos sido dos niños asustados y él nuestra niñera. Olvidando sus propias desdichas, hizo todo lo posible por calmar nuestros nervios destrozados; nos contó historias sobre hombres que se habían encontrado en circunstancias semejantes a las nuestras y que habían sobrevivido milagrosamente; y, cuando esto dejó de animarnos, observó que, después de todo, no era más que la anticipación del final que a todos nos llega, que pronto acabaría todo y que la muerte por inanición es piadosa (lo que no es cierto). Después utilizó otra táctica que ya le había visto poner en práctica anteriormente, y nos sugirió que nos entregáramos a la merced del Poder Supremo, cosa que yo hice con todas mis fuerzas.

Es el suyo un carácter maravilloso, muy tranquilo pero fuerte.

Y así transcurrió el día, como había transcurrido la noche (si es que pueden utilizarse estos términos cuando se está rodeado por la más negra oscuridad), y al encender una cerilla para ver qué hora era, comprobé que eran las siete.

Volvimos a comer y a beber, y mientras tanto se me ocurrió una idea.

—¿Cómo es posible —pregunté— que el aire se mantenga fresco en este lugar? Es denso y pesado, pero sigue fresco.

—¡Cielo santo! —exclamó Good, levantándose de un salto—. No había pensado en eso. No puede entrar por la puerta de piedra, porque está cerrada herméticamente. Debe venir de otra parte. Si no existiera una corriente de aire, nos hubiéramos asfixiado desde el primer momento. Vamos a echar un vistazo.

Es portentoso el cambio que produjo en nuestro ánimo aquella chispa de esperanza. Al momento siguiente, los tres nos arrastrábamos por la cueva a cuatro patas, palpando el suelo para encontrar el menor indicio de una corriente de aire. De repente mi ardor quedó refrenado. Puse la mano sobre algo frío. ¡Era el rostro de la difunta Foulata!

Seguimos palpando durante una hora o más, hasta que finalmente sir Henry abandonó, desesperado, tras habernos hecho numerosas heridas al golpearnos la cabeza constantemente contra los colmillos de elefante, las arcas y las paredes de la cámara. Pero Good perseveró, diciendo, en un tono parecido a la jovialidad, que era mejor hacer eso que no hacer nada.

—Escúchenme, amigos —dijo de repente, con voz turbada—; vengan aquí.

No hace falta decir que nos precipitamos hacia él con toda rapidez.

—Quatermain, ponga su mano aquí, donde está la mía. ¿Siente algo?

—Creo que por aquí sube aire. —Muy bien—. Se levantó y dio una patada, y nuestros corazones se agitaron con una llamarada de esperanza. Sonaba hueco.

Encendí una cerilla con manos temblorosas. Sólo me quedaban tres. Vimos que nos encontrábamos en el ángulo del extremo opuesto de la cámara del tesoro, hecho que explicaba que no nos hubiéramos dado cuenta del sonido hueco de aquel punto en nuestro exhaustivo examen anterior. Mientras duró el resplandor de la cerilla escudriñamos el lugar. Había una juntura en el suelo de roca y, ¡cielo santo!, allí, al nivel de la roca, una anilla de piedra. No dijimos ni media palabra; estábamos demasiado nerviosos y nuestros corazones latían demasiado deprisa, animados por la esperanza, para poder hablar. Good tenía un cuchillo en uno de cuyos extremos había uno de esos ganchos que se utilizan para extraer piedras de los cascos de los caballos. Lo abrió y arañó la anilla con él. Finalmente lo metió por debajo y lo levantó suavemente por temor a romper el gancho. La anilla comenzó a moverse. Al ser de piedra, no se había oxidado durante los siglos que había estado allí, como hubiera sido el caso de haber estado hecha de hierro. Por fin quedó de pie. Entonces la agarró con las manos y tiró con todas sus fuerzas, pero no se movió.

—Déjeme intentarlo —dije impaciente, porque la piedra estaba colocada de tal forma, justo en la esquina, que resultaba imposible que dos personas tiraran de ella al mismo tiempo. La cogí y me esforcé por levantarla, sin ningún resultado.

A continuación fue sir Henry quien lo intentó, y tampoco logró nada.

Good volvió a coger el gancho y raspó en torno a la grieta por la que se sentía ascender el aire.

—Ahora, Curtis —dijo—, ataque, y déjese los riñones en ello si es necesario. Usted tiene la fuerza de dos hombres. Espere.

Sacó un fuerte pañuelo de seda negra, que, fiel a sus hábitos de limpieza, aún conservaba, y lo pasó por la anilla.

—Quatermain, sujete a Curtis por la cintura y tire con todas sus fuerzas cuando yo diga: ¡Ahora!

Sir Henry desplegó sus enormes fuerzas y Good y yo hicimos lo mismo, con toda la energía que nos había otorgado la naturaleza.

—¡Tiren! ¡Tiren! Está cediendo —dijo sir Henry con voz entrecortada, y oí crujir los músculos de su enorme espalda. De repente se oyó un ruido de algo que se rompía, sentimos una corriente de aire y caímos de espaldas al suelo con una pesada losa encima. La fuerza de sir Henry lo había logrado.

—Encienda una cerilla, Quatermain —dijo en cuanto nos levantamos y recuperamos el aliento—; tenga cuidado.

La encendí y, ¡loado sea Dios!, ante nosotros vimos el primer peldaño de una escalera de piedra.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Good.

—Pues seguir la escalera, naturalmente, y encomendarnos a la Providencia.

—¡Esperen! —dijo sir Henry—. Quatermain, coja el biltong y el agua que queda. Podemos necesitarlos.

Fui arrastrándome hasta los arcones con ese propósito, y al mismo tiempo, se me ocurrió una idea. No habíamos pensado mucho en los diamantes durante las últimas veinticuatro horas; en verdad, la idea de los diamantes nos producía náuseas al ver las consecuencias que nos habían acarreado; pero pensé que podía guardarme algunos para el caso de que saliéramos de aquel agujero asqueroso. De modo que metí la mano en el primer arca y llené todos los bolsillos de mi cazadora. El último puñado —y esto fue una idea verdaderamente feliz— fue de las joyas grandes que contenía el tercer arcón.

—¡Oigan, amigos! —grité—. ¿No van a llevarse ningún diamante? Yo me he llenado los bolsillos.

—¡Al diablo con los diamantes! —dijo sir Henry—. Ojalá no vuelva a ver uno en mi vida.

Good no hizo el menor comentario. Creo que estaba despidiéndose de los restos de la pobre muchacha que tanto le había amado. Y por extraño que pueda parecerle a usted, lector, que estará sentado cómodamente en su casa reflexionando sobre la fortuna enorme, inconmensurable, que abandonábamos en aquellos momentos, puedo asegurarle que, si hubiera pasado veintiocho horas con prácticamente nada que comer ni que beber, no se hubiera molestado en cargarse de diamantes antes de internarse en las desconocidas entrañas de la tierra, con la loca esperanza de escapar de una muerte espeluznante. De no ser por el hábito, que se ha convertido prácticamente en una segunda naturaleza, adquirido a lo largo de toda mi vida, de no desechar nada que merezca la pena si existe la mínima posibilidad de llevármelo, estoy seguro de que no me hubiera molestado en llenarme los bolsillos de diamantes.

—Vamos, Quatermain —dijo sir Henry, que ya se encontraba en el primer peldaño de la escalera de piedra—. Tenga cuidado. Yo iré delante.

—Fíjense dónde ponen los pies; puede haber algún agujero debajo —dije.

—Es mucho más probable que haya otra habitación —dijo sir Henry mientras descendía lentamente, contando los peldaños.

Al llegar al decimoquinto peldaño se detuvo.

—Esto es el final —dijo—. ¡Gracias a Dios! Creo que hay un pasadizo. Bajen.

Good bajó a continuación y yo le seguí, y al llegar al final, encendí una de las dos cerillas que quedaban. A su luz vimos que nos encontrábamos en un estrecho túnel que discurría a izquierda y derecha, formando ángulo recto con la escalera que acabábamos de bajar. Sin darnos tiempo a descubrir nada más, la cerilla me quemó los dedos y se apagó. Entonces se nos planteó el delicado problema del camino que debíamos seguir. Naturalmente, era imposible saber cómo era el túnel ni hacia dónde se dirigía, y tomar un camino determinado podía conducirnos a la salvación, y el otro a la muerte. Nos quedamos absolutamente perplejos; finalmente Good cayó en la cuenta de que al encender la cerilla, la corriente de aire del pasadizo había hecho que la llamase torciera hacia la izquierda.

—Vayamos contra la corriente —dijo—; el aire va hacia adentro, no hacia afuera.

Nos pareció bien la sugerencia y, palpando las paredes con las manos, mientras tanteábamos el suelo a cada paso, salimos de aquella maldita cámara en nuestra desesperada lucha por sobrevivir. Si vuelve a entrar en ella algún ser vivo, cosa que no creo que suceda, encontrará huellas de nuestra presencia allí en las arcas abiertas llenas de joyas, en la lámpara vacía y en los blancos huesos de la pobre Foulata.

Tras caminar a tientas durante un cuarto de hora por el pasadizo, éste presentaba una curva o estaba simplemente interceptado por otro pasadizo, que seguimos para desembocar en un tercero. Así seguimos durante varias horas. Al parecer, nos encontrábamos en un laberinto de piedra que no llevaba a ninguna parte. Por supuesto, no sé qué eran todos esos pasadizos, pero pensamos que serían las galerías de una antigua mina, cuyos pozos se entrecruzaban una y otra vez dependiendo del lugar en que se encontrase la veta del mineral. Ésta es la única explicación que se nos ocurrió para justificar tal cantidad de pasadizos.

Nos detuvimos al cabo de un rato, completamente agotados por el cansancio y por la ansiedad que atenaza el corazón de los que ven sus esperanzas pospuestas, y devoramos los escasos restos de biltong y bebimos el último sorbo de agua, porque teníamos la garganta como hornos de cal. Teníamos la sensación de haber escapado a la Muerte en la oscuridad de la cámara del tesoro para encontrarnos con ella en la oscuridad de los túneles.

Mientras descansábamos, completamente deprimidos una vez más, me pareció oír un ruido, hecho que señalé a mis compañeros. Era muy débil y venía de muy lejos, pero era un ruido, un sonido, un murmullo apagado, porque los otros también lo oyeron. No hay palabras para describir lo que sentimos tras todas aquellas horas de espantoso silencio absoluto.

—¡Cielos! Es agua —gritó Good—. Vamos.

Nos dirigimos hacia el lugar de donde parecía provenir el débil murmullo, caminando a tientas por el pasadizo. A medida que avanzábamos se hizo cada vez más audible, hasta que, finalmente, pudimos oírlo perfectamente en medio del silencio. Seguimos caminando hasta que distinguimos claramente el inconfundible rumor de un torrente de agua. Pero, ¿cómo es posible que hubiera un torrente en las entrañas de la tierra? Ya habíamos llegado muy cerca, y Good, que marchaba a la cabeza del grupo, juró que podía olerla.

—Vaya con cuidado, Good —dijo sir Henry—. Debemos estar casi encima. Se oyó un chapoteo y un grito de Good.

Había caído al agua.

—¡Good! ¡Good! ¿Dónde está? —gritamos angustiados. Con intenso alivio por nuestra parte, oímos que una voz sofocada nos contestaba:

—Estoy bien; me he agarrado a una roca. Enciendan una cerilla para ver dónde están.

Así lo hice a toda prisa. Era nuestra última cerilla. Su débil resplandor nos mostró una oscura masa de agua que corría a nuestros pies. No podíamos ver qué profundidad tenía, pero sí que nuestro compañero estaba allí, a poca distancia, agarrado a una roca que sobresalía.

—Prepárense para cogerme —dijo Good—. Voy a tener que nadar un poco.

A continuación oímos un chapoteo y un ruido de forcejeo. A los pocos segundos se aferró a la mano extendida de sir Henry y le pusimos a salvo en el suelo del túnel.

—¡Caramba! —exclamó entre jadeos—. A esto le llamo yo llegar y besar el santo. Si no es porque pude agarrarme a esa roca y porque sé nadar, no lo cuento. Es como un canal de molino, y no se toca fondo.

Estaba claro que no podíamos seguir por allí, así que, después de que Good hubo descansado un poco, de habernos saciado con el agua del río subterráneo, que era dulce y fresca, y de habernos lavado la cara, que buena falta nos hacía, nos alejamos de las riberas de aquella laguna Estigia africana y volvimos sobre nuestros pasos por el túnel, con Good chorreando agua a la cabeza del grupo. Al cabo de un rato llegamos a otro túnel que se dirigía a la derecha.

—Podríamos seguir por aquí —dijo sir Henry con voz cansada—; todos los caminos son parecidos. Lo único que podemos hacer es seguir caminando hasta que caigamos desfallecidos.

Seguimos caminando a trompicones y lentamente durante un largo rato, completamente agotados, con sir Henry a la cabeza del grupo.

De repente se detuvo y chocamos con él.

—¡Miren! —dijo en un susurro—. O me estoy volviendo loco, o ahí hay luz.

Concentramos nuestras miradas y, en efecto, allá a lo lejos vimos un punto reluciente, no más grande que un ventanuco. Era tan pequeño que dudo que lo hubieran podido percibir otros ojos que no fueran los nuestros, que durante tantos días no habían visto otra cosa que oscuridad.

Exhalamos un gemido de esperanza y nos apresuramos. Al cabo de cinco minutos, ya no nos cabía ninguna duda: era, efectivamente, una mancha de débil luz. Otro minuto más y recibimos un soplo de aire fresco. Seguimos avanzando. El túnel se estrechó súbitamente. Sir Henry cayó de rodillas. El túnel se hizo aún más estrecho, hasta convertirse en un tubo poco más grande que una guarida de zorros excavada en la tierra, y en verdad tierra era. Ya no había rocas.

Sir Henry logró salir tras muchos forcejeos, y lo mismo le ocurrió a Good, y también yo lo logré, y por encima de nuestras cabezas vimos las benditas estrellas, y en nuestras fosas nasales penetró el aire fresco. De súbito, el suelo cedió bajo nuestros pies y todos caímos rodando entre hierba y arbustos por la tierra húmeda y suave.

Me agarré a lo primero que pude y me detuve. Me incorporé y grité con voz potente. Oí un grito que respondía desde abajo, donde se había detenido sir Henry en su loca carrera al llegar a terreno llano. Me arrastré hasta él, y le vi sano y salvo, aunque jadeante. Después nos pusimos a buscar a Good. Le encontramos a poca distancia, encajado en una raíz en forma de horquilla. Presentaba un buen número de magulladuras, pero pronto se recuperó.

Nos sentamos en la hierba, con tal mezcla de sentimientos que realmente creo que llegamos a gritar de alegría. Habíamos escapado de aquella espantosa mazmorra, que estuvo a punto de convertirse en nuestra tumba. Sin duda, un poder misericordioso había guiado nuestros pasos hasta la guarida de chacales en que desembocaba el túnel (porque eso debía ser). Y allá arriba, en las montañas, la aurora que creímos no volver a ver jamás se encendía con tonos rosados.

Al cabo de un rato, la luz grisácea se deslizó por las laderas y comprobamos que nos encontrábamos en el fondo, o casi en el fondo, del enorme foso de la entrada de la caverna. Podíamos distinguir las oscuras siluetas de los tres colosos que estaban sentados en el borde. Con toda seguridad, los espantosos pasadizos por los que habíamos deambulado en aquella noche interminable estaban conectados en un principio con la gran mina de diamantes. En cuanto al río subterráneo en las entrañas de la tierra, sólo Dios sabe qué era, o de dónde venía ni adónde iba. Yo, desde luego, no siento ningún deseo de conocer su curso.

La claridad aumentó y siguió aumentando. Ya podíamos vernos las caras, y nunca he posado los ojos en un espectáculo semejante antes de ese momento, ni tampoco después. Con las mejillas chupadas, los ojos hundidos, cubiertos de polvo y barro de pies a cabeza, magullados, ensangrentados, con los caracteres del miedo a una muerte inminente aún grabados en el rostro, éramos en verdad una aparición que podía haber asustado a la mismísima luz del día. Pero afirmo con toda solemnidad que Good aún llevaba su monóculo en la misma posición. Dudo que se lo haya quitado jamás. Ni la oscuridad, ni el chapuzón en el río subterráneo, ni el rodar por la ladera habían podido separar a Good de su monóculo. Nos levantamos al cabo de un rato, por temor a que nuestros miembros se quedasen rígidos si permanecíamos allí sentados, y empezamos a ascender las empinadas laderas del gran foso. Durante una hora o más caminamos penosamente por la arcilla azul, arrastrándonos con la ayuda de las raíces y matojos que la cubrían. Por fin llegamos a la gran carretera, en el lado del foso frente al que se alzaban los colosos.

Junto a la carretera, a una distancia de cien yardas, ardía un fuego entre unas chozas, y alrededor de la hoguera se veían varias siluetas. Nos dirigimos hacia allí, apoyándonos unos en otros y deteniéndonos a cada pocos pasos. Una de las siluetas se levantó, nos vio y cayó al suelo, gritando de miedo.

—¡Infadoos, Infadoos! ¡Somos nosotros, tus amigos!

Nos pusimos de pie. Él corrió hacia nosotros, mirándonos con los ojos desorbitados y aún temblando de miedo.

—¡Oh, mis señores, mis señores!… ¡Sois realmente vosotros, que habéis vuelto de la muerte! ¡Habéis vuelto de la muerte!

Y el viejo guerrero se postró a nuestros pies, se abrazó a las rodillas de sir Henry y lloró de alegría.

19. LA DESPEDIDA DE IGNOSI

Diez días después de aquella memorable mañana nos encontrábamos de nuevo en nuestro viejo cuartel general de Loo y, por extraño que parezca, no nos sentíamos demasiado mal tras la terrible experiencia, salvo por el hecho de que mis hirsutos cabellos, tras salir de aquella caverna, estaban tres veces más canosos que al entrar, y porque Good no volvió a ser el mismo tras la muerte de Foulata, que pareció conmoverlo terriblemente. Debo decir que, considerando el asunto desde el punto de vista de un viejo hombre de mundo, pienso que su desaparición fue un acontecimiento afortunado, ya que, en otro caso, hubiera traído complicaciones. La pobre criatura no era una muchacha nativa corriente, sino una persona de gran belleza, casi diría que extraordinaria, y de espíritu sumamente refinado. Pero ni la belleza ni el refinamiento hubieran bastado para hacer deseable una unión entre ella y Good, porque, como ella misma dijo: «¿Acaso puede el sol desposarse con la oscuridad, o lo blanco con lo negro?».

No creo necesario decir que no volvimos a penetrar en la cámara del tesoro del rey Salomón. Tras recuperarnos de nuestras fatigas, proceso en el que tardamos cuarenta y ocho horas, bajamos al gran foso con la esperanza de encontrar el agujero por el que habíamos salido de la montaña, pero sin éxito. En primer lugar, había llovido, con lo que se habían borrado nuestras huellas; y además, las laderas del enorme foso estaban llenas de guaridas de osos hormigueros y todo tipo de agujeros. Era imposible saber a cuál de ellos debíamos nuestra salvación. Asimismo, el día antes de regresar a Loo, examinamos con mayor detenimiento las maravillas de la cueva de estalactitas y, empujados por una sensación de inquietud, incluso penetramos una vez más en la cámara de los muertos, y al pasar bajo la lanza de la Muerte Blanca, miramos, con una mezcla de sentimientos que me resulta imposible describir, la mole de roca que nos cortó el camino de salida, pensando en los inconmensurables tesoros que había detrás, en la misteriosa bruja cuyos restos yacían aplastados debajo de ella y en la hermosa muchacha de cuya tumba era pórtico. He dicho que miramos la «roca», porque, a pesar de examinarla detenidamente, no pudimos encontrar señales de la juntura de la puerta deslizante. Tampoco dimos con el secreto, que ahora se ha perdido para siempre, que la ponía en funcionamiento, a pesar de que lo intentamos durante una hora o más. Era verdaderamente un mecanismo increíble, característico, por su imponente e inescrutable simplicidad, de la era en que fue concebido; y dudo que el mundo posea otro semejante.

Finalmente, abandonamos la tarea, contrariados, aunque si la mole se hubiese alzado de repente ante nuestros ojos, dudo que hubiéramos tenido suficiente valor para pisar los restos machacados de Gagool y para entrar una vez más a la cámara del tesoro, incluso con la esperanza de encontrar innumerables diamantes. No obstante, hubiera llorado ante la idea de dejar todo aquel tesoro, quizá el más grande que se haya acumulado a lo largo de la historia, en aquel lugar. Pero no quedaba más remedio. Sólo con la dinamita hubiéramos podido abrirnos paso a través de cinco pies de roca sólida.

Así que lo dejamos. Quizá un explorador de una época futura y remota se tope con el «Ábrete, Sésamo», e inunde el mundo de gemas. Pero lo dudo. Tengo el presentimiento de que aquellas joyas por valor de millones de libras, escondidas en tres cofres de piedra, no brillarán en el cuello de una bella mujer terrenal. Ellas y los huesos de Foulata se harán compañía hasta el fin de todas las cosas.

Iniciamos el camino de regreso con un suspiro de decepción y al día siguiente partimos hacia Loo. Pero era una ingratitud por nuestra parte sentirnos decepcionados; porque, como recordará el lector, yo había tomado la precaución, gracias a una idea luminosa, de llenarme de gemas los bolsillos de mi vieja cazadora antes de abandonar aquella mazmorra. Muchas desaparecieron al rodar por la pendiente del foso, y entre ellas se contaban la mayoría de los diamantes grandes que había colocado encima de los otros. Pero, hablando en términos relativos, aún quedaba una enorme cantidad, que incluía dieciocho grandes piedras que oscilaban entre los cien y los treinta quilates cada una. Mi vieja cazadora aún contenía suficientes tesoros como para convertirnos a todos, si no en millonarios, sí al menos en hombres extraordinariamente ricos, y para conservar suficientes piedras como para formar las tres mejores colecciones de gemas de Europa. Así que no nos había ido tan mal.

Al llegar a Loo, fuimos cordialmente recibidos por Ignosi, a quien encontramos bien y muy ocupado en consolidar su poder y en reorganizar los regimientos que habían sufrido mayor cantidad de pérdidas en la gran batalla contra Twala.

Escuchó con profundo interés nuestra increíble historia; pero cuando le contamos el horripilante fin de Gagool, se quedó pensativo.

—Ven aquí —gritó a un induna (‘consejero’) muy anciano, que estaba sentado con otros en círculo, rodeando al rey, pero a una distancia que le impedía oír. El anciano se levantó, se acercó, saludó al rey y se sentó.

—Tú eres viejo —dijo Ignosi.

—¡Sí, mi señor y rey!

—Dime: cuando eras niño, ¿conociste a Gagool, la maestra de brujas?

—Sí, mi señor y rey.

—¿Cómo era ella entonces? ¿Joven como tú?

—¡No, mi señor y rey! Era como ahora; vieja y seca, muy fea y llena de maldad.

—Ya no. Ha muerto.

—Entonces, ¡oh rey!, ha desaparecido una maldición de esta tierra.

—¡Vete!

—¡Kootn! Me voy, cachorro negro que desgarró la garganta del viejo perro. ¡Koom!

—Ya veis, hermanos —dijo Ignosi—; era una mujer extraña, y me alegro de que haya muerto. Os hubiera dejado morir en aquel lugar tenebroso, y quizá hubiera encontrado la forma de asesinarme, como encontró la forma de asesinar a mi padre y de coronar como rey a Twala, a quien amaba de todo corazón. Pero continuad vuestra historia. ¡Sin duda no existe otra similar!

Tras haberle narrado todos los detalles de la huida, aproveché la oportunidad de dirigirme a Ignosi para hablarle de nuestra marcha de Kukuanalandia.

—Y ahora, Ignosi, ha llegado el momento de decirte adiós y de empezar a buscar una vez más nuestra propia tierra. Ten en cuenta, Ignosi, que llegaste con nosotros como sirviente, y ahora, al dejarte, eres un rey poderoso. Si nos estás agradecido, recuerda que debes hacer lo que prometiste: gobernar con justicia, respetar la ley y no enviar a nadie a la muerte sin juicio previo. Así prosperarás. Mañana, al despuntar el día, nos darás una escolta que nos conduzca más allá de las montañas. ¿No es así, oh rey?

Ignosi se cubrió la cara con las manos durante un rato antes de contestar.

—Mi corazón está triste —dijo al fin—. Tus palabras me parten el corazón en dos. ¿Qué he hecho yo, Incubu, Macumazahn y Bougwan, para que me dejéis desolado? Vosotros, que estuvisteis junto a mí en la rebelión y la batalla, ¿vais a dejarme en tiempos de victoria y paz? ¿Qué deseáis? ¿Mujeres? ¡Elegidlas por todo el país! ¿Un lugar para vivir? Sabed que la tierra es vuestra hasta donde alcanza la vista. ¿Queréis las casas del hombre blanco? Vosotros enseñaréis a mi pueblo a construirlas. ¿Queréis ganado para tener carne y leche? Todo hombre casado os traerá un buey o una vaca. ¿Animales salvajes para cazar? ¿Acaso no camina el elefante por mis bosques y duerme el hipopótamo entre los juncos? ¿Queréis hacer la guerra? Mis impis (‘regimientos’) sólo esperan vuestras órdenes. Si hay algo más que pueda loros, os lo daré.

—No, Ignosi, no queremos esas cosas —repliqué—; deseamos volver a nuestro país.

—Ahora comprendo —dijo Ignosi con amargura y ojos centelleantes — que amáis a las piedras brillantes más que a mí, vuestro amigo. Ya tenéis las piedras. Ahora marcharéis a Natal y atravesaréis la negra agua movediza y las venderéis, y seréis ricos; tal es el deseo del hombre blanco. Malditas sean las piedras y malditos los que las buscan. Que la muerte caiga sobre aquel que ponga el pie en el Lugar de la Muerte para buscarlas. He dicho, hombres blancos; podéis marchar.

Posé mi mano en su brazo.

—Ignosi —repliqué—, dinos: cuando viajaste por Zululandia y estuviste entre los hombres blancos de Natal, ¿no anhelaba tu corazón volver a la tierra de la que te habló tu madre, tu tierra natal, donde viste por primera vez la luz, y donde jugaste cuando eras niño, la tierra en que está tu hogar?

—Así es, Macumazahn.

—De la misma forma anhelan nuestros corazones volver a nuestra tierra y a nuestro hogar.

Se hizo el silencio. Cuando Ignosi lo rompió, el tono de su voz era diferente.

—Comprendo que tus palabras son, como siempre, sabias y razonables, Macumazahn; al que vuela por el aire no le gusta correr por la tierra. Al hombre blanco no le gusta vivir codo con codo con el negro. Bien; debéis partir y dejar triste mi corazón, porque para mí estaréis como muertos, puesto que no pueden llegarme noticias desde el lugar en que estaréis.

»Pero escuchad y haced saber a todos los hombres blancos mis palabras. Ningún otro hombre blanco cruzará las montañas; ni siquiera si llega a vivir hasta tan lejos. No quiero ver mercaderes con sus pistolas y su ginebra. Mi pueblo luchará con la lanza y beberá agua, como lo hicieron sus antepasados. No dejaré que ningún predicador siembre el miedo en el corazón de los hombres ni que los incite contra el rey ni que abra caminos a los hombres blancos. Si un hombre blanco llega a mi puerta, lo haré retroceder; si llegan cien, los echaré; si llega un ejército, lucharé contra él con todas mis fuerzas, y no me vencerá. Nadie vendrá a buscar las piedras brillantes, no; ni siquiera un ejército, porque, si viene, yo enviaré a mis regimientos a cegar el foso, a romper las columnas blancas de las cuevas y a llenarlas de rocas, de modo que nadie pueda llegar a la puerta de la que habláis, cuya forma de abrirse se ha perdido. Pero para vosotros tres, Incubu, Macumazahn y Bougwan, el camino estará siempre abierto, porque sabed que os amo más que al aire que respiro.

»Y así os marcharéis. Infadoos, mi tío, y mi induna os tomarán de la mano y os guiarán, con un regimiento. Sé que existe otro camino para atravesar las montañas, y ellos os lo mostrarán. Adiós, hermanos míos, valientes hombres blancos. No me veáis más, porque mi ánimo no podría soportarlo. Daré un decreto que será anunciado de una montaña a otra, por el que vuestros nombres, Incubu, Macumazahn y Bougwan, serán como los nombres de los reyes muertos, y aquel que los pronuncie morirá. Y así vuestro recuerdo permanecerá en el país para siempre.

»Id, o mis ojos se llenarán de lágrimas como los de una mujer. A veces, cuando volváis la vista atrás hacia el sendero de la vida, o cuando seáis viejos y os reunáis para sentaros junto al fuego, porque el sol ya no dé más calor, pensaréis en cómo luchamos codo con codo en aquella gran batalla que planeaste con tus sabias palabras, Macumazahn, o en que tú fuiste la punta del cuerno que desgarró el flanco de Twala, Bougwan; en tanto que tú, Incubu, estuviste en el anillo de los «grises», y los hombres cayeron bajo tu hacha como el maíz bajo la hoz, ¡ay!, y pensarás en cómo tú doblegaste la fuerza del toro salvaje (Twala) y tiraste su orgullo sobre el polvo. Adiós para siempre, Incubu, Macumazahn y Bougwan, mis señores y amigos.

Se puso de pie, nos miró intensamente durante unos segundos y después se cubrió la cabeza con un pliegue de su kaross, como para ocultar la cara a nuestras miradas.

Nos fuimos en silencio.

Al amanecer del día siguiente salimos escoltados por nuestro viejo amigo Infadoos, que tenía el corazón roto por nuestra partida, y por el regimiento de «búfalos». A pesar de lo temprano de la hora, la calle principal de la ciudad estaba flanqueada por multitud de personas que nos dirigían el saludo real al pasar, a la cabeza del regimiento, en tanto que las mujeres nos bendecían por haber librado al país de Twala y arrojaban flores a nuestro paso. Fue una despedida verdaderamente conmovedora, nada parecido a lo que suele ocurrir con los nativos.

No obstante, ocurrió un ridículo percance, que resultó oportuno porque nos proporcionó algo de que reírnos.

En el momento en que llegábamos a las puertas de la ciudad, apareció corriendo una hermosa muchacha con flores en la mano y se las ofreció a Good (al parecer, a todas les gustaba Good; yo creo que su monóculo y la media barba le proporcionaban un valor de fábula) y le dijo que quería pedirle una gracia.

—Habla.

—Que mi señor enseñe las hermosas piernas blancas a su sierva, para que su sierva pueda verlas y recordarlas durante toda su vida, y hablar de ellas a sus hijos. Su sierva ha viajado durante tres días para verlas, porque su fama se ha extendido por todo el país.

—¡Que me cuelguen si lo hago! —exclamó Good nervioso.

—Vamos, vamos, querido amigo —dijo sir Henry—, no se puede negar a complacer a una dama.

—Ni hablar —dijo Good con obstinación—; es una perfecta indecencia.

Pero finalmente consintió en levantarse los pantalones hasta las rodillas, entre exclamaciones de extasiada admiración de todas las mujeres presentes, especialmente de la joven cuyo deseo había satisfecho, y así tuvo que caminar hasta que salimos de la ciudad.

Me temo que las piernas de Good no volverán a inspirar jamás tanta admiración. De sus dientes móviles y de su «ojo transparente» llegaron a cansarse un poco, pero no de sus piernas.

Mientras viajábamos, Infadoos nos contó que había otro paso por las montañas, al norte de la gran carretera de Salomón, o más bien que había un lugar por el que se podía bajar el precipicio que separaba Kukuanalandia del desierto, interrumpido por los Senos de Saba. Al parecer, hacía más de dos años, un grupo de cazadores kukuanas había descendido por ese camino hasta el desierto, en busca de avestruces, cuyas plumas eran muy apreciadas entre ellos para confeccionar tocados guerreros, y que en el transcurso de la expedición de caza se alejaron de las montañas y sufrieron a causa de la sed. Pero, al ver árboles en el horizonte, se dirigieron hacia ellos y descubrieron un oasis grande y fértil de varias millas de extensión, con agua en abundancia. Fue por este oasis por donde nos sugirió que regresáramos. La idea nos pareció buena, porque así podríamos evitar los rigores del paso de la montaña. Teníamos a nuestra disposición a algunos de aquellos cazadores para que nos guiaran hasta el oasis, desde el cual, según afirmaron, ellos habían visto otros puntos fértiles en el desierto.

Caminando sin prisas, en la noche del cuarto día de viaje nos encontramos una vez más en la cresta de las montañas que separan Kukuanalandia del desierto, que se extendía en ondas arenosas a nuestros pies, a unas veinticinco millas al norte de los Senos de Saba.

Al amanecer del día siguiente, nos condujeron al borde de una pendiente escarpada por la que debíamos descender al precipicio para llegar al desierto, que se extendía abajo, a más de dos mil pies.

Allí nos despedimos de Infadoos, verdadero amigo y guerrero curtido, quien nos deseó toda suerte de parabienes con gran solemnidad y casi llorando de pena.

—Mis señores —dijo—, nunca verán mis viejos ojos a nadie como vosotros. ¡Ah! ¡Cómo acuchillaba Incubu a los enemigos en la batalla! ¡Ah! ¡Cómo cortó de un solo golpe la cabeza de mi hermano Twala! Fue hermoso, ¡muy hermoso! No tengo esperanzas de ver nada igual, a no ser en un sueño feliz.

Lamentamos mucho separarnos de él. Good estaban tan emocionado que le regaló un recuerdo… ¿No se lo imaginan? Un monóculo. (Después descubrimos que era uno de repuesto). Infadoos quedó encantado al comprender que la posesión de semejante objeto aumentaría su enorme prestigio y, tras varios intentos vanos, por fin consiguió ajustárselo al ojo. Nunca he visto nada tan incongruente como aquel viejo guerrero con monóculo. Los monóculos no pegan con las capas de piel de leopardo y los penachos de plumas negras de avestruz.

A continuación, tras comprobar que nuestros guías iban bien provistos de agua y víveres, y de recibir el atronador saludo de despedida de los «búfalos», estrechamos la mano del viejo guerrero e iniciamos el descenso. Resultó ser una tarea ardua, pero por la tarde nos encontrábamos en el fondo del precipicio sin haber sufrido percances.

—¿Saben una cosa? —dijo sir Henry aquella noche mientras contemplábamos los enhiestos picos que se alzaban por encima de nuestras cabezas, sentados junto al fuego—. Creo que hay lugares en el mundo peores que Kukuanalandia, y que he pasado épocas menos felices que los últimos dos meses, aunque nunca tan extrañas. ¿Y ustedes, amigos?

—A mí casi me gustaría volver —dijo Good con un suspiro.

En cuanto a mí, pensé que bien está lo que bien acaba; pero en el transcurso de una larga vida de peligros, nunca me había enfrentado con ninguno parecido a los que había sufrido últimamente. Al pensar en aquella batalla, aún me recorre un escalofrío por todo el cuerpo. ¡Y con respecto a nuestra experiencia en la cámara del tesoro…!

A la mañana siguiente iniciamos una penosa marcha a través del desierto, con una buena reserva de agua que transportaban nuestros cinco guías, y por la noche acampamos a cielo abierto, para continuar al amanecer del día siguiente.

A mediodía del tercer día de viaje vimos los árboles del oasis de que hablaban los guías, y una hora antes de la puesta del sol caminábamos una vez más sobre hierba y escuchábamos el sonido del correr del agua.

20. LO ENCONTRAMOS

Y ahora llego a lo que tal vez sea el hecho más extraño de esta no menos extraña historia, y que demuestra la forma increíble de suceder que tienen las cosas.

Caminaba yo tranquilamente, un poco delante de los otros dos, por las riberas del riachuelo que fluía desde el oasis hasta el punto en que se lo tragaban las sedientas arenas del desierto, cuando de repente me detuve y me froté los ojos. Allí, a menos de veinte yardas, en una situación envidiable, a la sombra de una especie de higuera, y al lado del riachuelo, había una bonita cabaña, construida más o menos al modo de los cafres, con hierba y juncos, pero con una auténtica puerta en lugar de un simple agujero.

«¿Qué demonios pinta una cabaña aquí?», me dije para mis adentros. En ese mismo momento se abrió la puerta de la cabaña y salió renqueando un hombre blanco vestido con pieles de animales y con una enorme barba negra. Ningún cazador puede llegar a semejante lugar, y sin duda ningún cazador se hubiera establecido allí. Seguí mirando y mirando, y lo mismo hizo aquel hombre, y en ese mismo instante llegaron junto a mí sir Henry y Good.

—Miren allí, amigos —dije—. ¿Es un hombre blanco o es que estoy loco?

Sir Henry miró; también miró Good, y, de repente, el hombre blanco lisiado profirió un fuerte grito y se dirigió hacia nosotros corriendo. Cuando estuvo cerca, cayó al suelo, como desmayado.

Sir Henry llegó a mi lado de un salto.

—¡Cielo santo! —gritó—. ¡Es mi hermano George!

Al ruido del alboroto, salió de la choza otra persona también cubierta de pieles, con un rifle en la mano, y vino corriendo hacia nosotros. Al verme, también profirió un grito.

—¡Macumazahn! —exclamó—. ¿No me reconoces, baas? Soy Jim, el cazador. Perdí la nota que me diste para que se la entregase al baas, y llevamos aquí casi dos años. Aquel hombre cayó a mis pies y rodó por el suelo, llorando de alegría.

—¡Insensato! —dije—. ¡Desollado tenías que estar!

Entretanto, el hombre de la barba negra se había recuperado y levantado, y él y sir Henry se estrecharon las manos con fuerza, al parecer sin decir palabra. Pero, cualquiera que hubiera sido el motivo de su riña en el pasado (sospecho que se trataba de una dama, pero nunca lo pregunté), evidentemente estaba olvidado.

—Querido muchacho —dijo al fin sir Henry—; creía que habías muerto. He ido hasta las montañas de Salomón para buscarte, y te encuentro colgado en el desierto, como un viejo aasvógel (‘buitre’).

—Intenté cruzar las montañas de Salomón hace casi dos años —replicó aquel hombre en el tono vacilante de quien ha tenido pocas oportunidades recientes de hablar en su lengua materna—, pero al llegar allí me cayó una roca en la pierna y me la rompió, y no he podido avanzar ni retroceder.

—¿Cómo está usted, señor Neville? —dije—. ¿Se acuerda de mí?

—Pero, vaya —dijo—, si es Quatermain… y Good. Esperen un momento, amigos; me estoy mareando otra vez. ¡Es todo tan extraño y, cuando se ha perdido la esperanza, tan hermoso!

Aquella noche, junto al fuego, George Curtis nos contó su historia, que, a su manera, era casi tan asombrosa como la nuestra, y que, resumida, venía a consistir en lo siguiente: hacía poco menos de dos años había salido del kraal de Sitanda con la intención de llegar a las montañas. En cuanto a la nota que yo le había enviado por mediación de Jim, resultó que el nativo la había perdido, y que Curtis no había oído hablar de ella hasta aquel día. Pero, fiándose de ciertos informes que le habían proporcionado los nativos, se dirigió, no a los Senos de Saba, sino a la pendiente en forma de escalera de la que nosotros veníamos, que, sin duda, era una ruta mejor que la que había señalado Da Silvestra en el mapa. Él y Jim sufrieron grandes penalidades en el desierto, pero finalmente llegaron al oasis, donde le ocurrió un terrible accidente a Curtis. El mismo día de su llegada se encontraba sentado junto al río, mientras Jim extraía miel de una colmena de abejas sin aguijón, que abundan en el desierto, en la pequeña elevación de terreno que formaba la ribera, justo encima de George Curtis. Al hacerlo, se desprendió una enorme roca que cayó sobre la pierna derecha de éste y la aplastó de un modo atroz. Desde ese día había quedado tan lisiado que le resultó imposible avanzar ni retroceder, por lo que prefirió la posibilidad de morir en el oasis a la certeza de perecer en el desierto.

En cuanto a la comida, se las habían arreglado bastante bien, ya que contaban con una buena provisión de municiones, y al oasis acudían a beber gran número de animales salvajes, especialmente por la noche. Los mataban o les tendían trampas, y utilizaban la carne como alimento y, cuando sus ropas se desgastaron, las pieles para abrigarse.

—Y así —concluyó— hemos vivido durante casi dos años, como un Robinson Crusoe con su criado Viernes, esperando contra toda esperanza que llegara algún nativo a ayudarnos a salir de aquí, pero no ha venido nadie. Anoche decidimos que Jim iba a dejarme para intentar llegar al kraal de Sitanda y traer ayuda. Iba a marcharse mañana, pero yo tenía pocas esperanzas de volver a verlo; y ahora apareces tú y de la forma más inesperada, tú, a quien imaginaba viviendo cómodamente en la vieja Inglaterra, olvidado por completo de mi persona, y me encuentras en el lugar más insospechado. Es la cosa más increíble del mundo, y también la más misericordiosa.

A continuación sir Henry se puso a contarle los acontecimientos principales de nuestra aventura, y se quedaron en vela hasta altas horas de la madrugada, hablando.

—¡Caramba! —exclamó George Curtis al mostrarle unos diamantes—. Bueno, al menos ustedes han logrado algo después de tantas desdichas, porque lo que es yo…

Sir Henry se echó a reír.

—Son de Quatermain y Good. Forman parte del trato según el cual, en caso de haber botín, debían repartírselo entre los dos.

Esta observación me hizo reflexionar y, tras hablar con Good, le dije a sir Henry que deseábamos que se llevara un tercio de los diamantes, o que, si no lo hacía así, le diera su parte a su hermano, que había sufrido incluso más que nosotros por obtenerlos. Finalmente, le convencimos para que aceptase este acuerdo, pero George Curtis no se enteró hasta que transcurrió algún tiempo.

Creo que, llegado a este punto, debo dar por terminada esta historia. El viaje de regreso al kraal de Sitanda por el desierto fue muy arduo, especialmente porque teníamos que ayudar a caminar a George Curtis, cuya pierna derecha estaba verdaderamente débil y se le astillaban los huesos continuamente. Pero lo logramos, y entrar en más detalles sólo significaría repetir lo que nos había ocurrido anteriormente.

Seis meses después de nuestro regreso al kraal de Sitanda, donde hallamos nuestras armas y otras pertenencias intactas, pese a que el viejo sinvergüenza a cuyo cuidado las habíamos dejado se sintió muy contrariado de que hubiéramos sobrevivido para reclamarlas, nos encontramos una vez más sanos y salvos en mi casita de Berea, cerca de Durban, donde ahora escribo. Allí me despedí de todos mis compañeros del viaje más extraño que he hecho en el transcurso de una vida larga y rica en experiencias.

Justo en el momento en que escribía las últimas palabras, vi llegar a un cafre por la avenida de los naranjos con una carta en un bastón hendido que acababa de recoger en la oficina de correos. Resultó ser de sir Henry y, como habla por sí misma, la reproduzco entera.

1 de octubre de 1884 Brayley Hall, Yorkshire

Estimado Quatermain:

Le envié unas líneas hace unas cuantas semanas para decirle que nosotros tres, George, Good y yo, llegamos sin novedad a Inglaterra. Desembarcamos en Southampton y nos dirigimos a la ciudad. Tendría que haber visto el magnífico aspecto que presentaba Good al día siguiente, perfectamente afeitado, con una levita que le sentaba como un guante, monóculo nuevo, etc., etc. Fui a dar un paseo con él por el parque, me encontré con algunos conocidos, y les conté inmediatamente la historia de las «hermosas piernas blancas» de Good.

El capitán está furioso, especialmente porque alguna persona con muy mala idea lo ha publicado en un periódico.

Pero vayamos al grano. Good y yo llevamos los diamantes a Streeter para que los tasaran, como habíamos acordado, y realmente no me atrevo a decirle la cifra que nos dieron, de tan grande como es. Nos dijeron que, naturalmente, los habían valorado un poco a ojo de buen cubero, porque no tenían noticias de que nadie hubiera puesto en el mercado nada parecido y en tan grandes cantidades. Al parecer son de la mejor calidad (salvo uno o dos ejemplares de los más grandes), idénticos en todos los sentidos a las mejores gemas brasileñas. Les pregunté si querían comprarlos, pero respondieron que no podían hacerlo y nos recomendaron que los fuéramos vendiendo poco a poco, por temor a inundar el mercado. No obstante, ofrecen ciento ochenta mil libras por una pequeña partida.

Tiene que volver a Inglaterra, Quatermain, para ver todos estos asuntos, especialmente si insiste en ofrecer el magnífico regalo de un tercio de los diamantes, que no me pertenece a mí, a mi hermano George. En cuanto a Good, no sirve para estas cosas. Anda demasiado ocupado en afeitarse y en otras cuestiones relacionadas con el vano adorno corporal. Creo que todavía está muy afectado por lo de Foulata. Me ha contado que, desde su regreso, no ha visto a ninguna mujer que pueda compararse con ella, ni por su figura ni por la dulzura de su expresión.

Quiero que vuelva a Inglaterra, querido y viejo camarada, y que se compre una casa cerca de aquí. Ya ha trabajado bastante, y ahora tiene un montón de dinero. Aquí cerca hay una casa en venta que le iría a las mil maravillas. Venga: cuanto antes, mejor. Puede acabar de escribir sus aventuras en el barco. Nos hemos negado a contar la historia hasta que usted lo haga por escrito, por temor a que no nos crean. Si parte al recibir la presente carta, llegará aquí por Navidades, y le invito a pasarlas conmigo. Van a venir Good y George, y su hijo Harry (esto es un soborno). Lo he llevado conmigo a una cacería que ha durado una semana y me cae muy bien. Es muy simpático. Me pegó un tiro en una pierna, me extrajo los perdigones y después hizo ciertas observaciones sobre las ventajas de llevar a un estudiante de medicina en las cacerías.

¡Adiós, viejo amigo! No puedo decirle nada más, pero sé que vendrá, aunque sólo sea por complacer a su sincero amigo:

HENRY CURTIS

P. S. —He colocado los colmillos del elefante que mató al pobre Khiva en el recibidor, sobre la cornamenta del búfalo que usted me regaló, y tienen un aspecto espléndido. El hacha con que le corté la cabeza a Twala está clavada en la pared, sobre mi escritorio. Ojalá hubiéramos podido traer las cotas de malla.

H. C.

Hoy es martes. El viernes sale un vapor, y creo que voy a hacer caso a Curtis y a tomarlo para ir a Inglaterra, aunque sólo sea para ver a mi hijo Harry y para ocuparme de la publicación de esta historia, tarea que no me gustaría confiar a nadie.

ALLAN QUATERMAIN

CAPÍTULO UNO

49. LA ILÍADA (HOMERO)

ÍNDICE

Canto I
Canto II
Canto III
Canto IV
Canto V
Canto VI
Canto VII
Canto VIII
Canto IX
Canto X
Canto XI
Canto XII
Canto XIII
Canto XIV
Canto XV
Canto XVI
Canto XVII
Canto XVIII
Canto XIX
Canto XX
Canto XXI
Canto XXII
Canto XXIII
Canto XXIV

CANTO I

Peste – Cólera

Después de una corta invocación a la divinidad para que cante «la perniciosa ira de Aquiles», nos refiere el poeta que Crises, sacerdote de Apolo, va al campamento aqueo para rescatar a su hija, que había sido hecha cautiva y adjudicada como esclava a Agamenón; éste desprecia al sacerdote, se niega a darle la hija y lo despide con amenazadoras palabras; Apolo, indignado, suscita una terrible peste en el campamento; Aquiles reúne a los guerreros en el ágora por inspiración de la diosa Hera, y, habiendo dicho al adivino Calcante que hablara sin miedo, aunque tuviera que referirse a Agamenón, se sabe por fin que el comportamiento de Agamenón con el sacerdote Crises ha sido la causa del enojo del dios. Esta declaración irrita al rey, que pide que, si ha de devolver la esclava, se le prepare otra recompensa; y Aquiles le responde que ya se la darán cuando tomen Troya. Así, de un modo tan natural, se origina la discordia entre el caudillo supremo del ejército y el héroe más valiente. La riña llega a tal punto que Aquiles desenvaina la espada y habría matado a Agamenón si no se lo hubiese impedido la diosa Atenea; entonces Aquiles insulta a Agamenón, éste se irrita y amenaza a Aquiles con quitarle la esclava Briseida, a pesar de la prudente amonestación que le dirige Néstor; se disuelve el ágora y Agamenón envía a dos heraldos a la tienda de Aquiles que se llevan a Briseide; Ulises y otros griegos se embarcan con Criseida y la devuelven a su padre; y, mientras tanto, Aquiles pide a su madre Tetis que suba al Olimpo e impetre de Zeus que conceda la victoria a los troyanos para que Agamenón comprenda la falta que ha cometido; Tetis cumple el deseo de su hijo, Zeus accede, y este hecho produce una violenta disputa entre Zeus y Hera, a quienes apacigua su hijo Hefesto; la concordia vuelve a reinar en el Olimpo y los dioses celebran un festín espléndido hasta la puesta del sol, en que se recogen en sus palacios.

1 Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves —cumplíase la voluntad de Zeus— desde que se separaron disputando el Atrida, rey de hombres, y el divino Aquiles.

8 ¿Cuál de los dioses promovió entre ellos la contienda para que pelearan? El hijo de Leto y de Zeus. Airado con el rey, suscitó en el ejército maligna peste, y los hombres perecían por el ultraje que el Atrida infiriera al sacerdote Crises. Éste, deseando redimir a su hija, se había presentado en las veleras naves aqueas con un inmenso rescate y las ínfulas de Apolo, el que hiere de lejos, que pendían de áureo cetro, en la mano; y a todos los aqueos, y particularmente a los dos Atridas, caudillos de pueblos, así les suplicaba:

17 —¡Atridas y demás aqueos de hermosas grebas! ¡Los dioses, que poseen olímpicos palacios, os permitan destruir la ciudad de Príamo y regresar felizmente a la patria! Poned en libertad a mi hija y recibid el rescate, venerando al hijo de Zeus, a Apolo, el que hiere de lejos.

22 Todos los aqueos aprobaron a voces que se respetara al sacerdote y se admitiera el espléndido rescate; mas el Atrida Agamenón, a quien no plugo el acuerdo, le despidió de mal modo y con altaneras voces:

26 —No dé yo contigo, anciano, cerca de las cóncavas naves, ya porque ahora demores tu partida, ya porque vuelvas luego, pues quizás no te valgan el cetro y las ínfulas del dios. A aquélla no la soltaré; antes le sobrevendrá la vejez en mi casa, en Argos, lejos de su patria, trabajando en el telar y aderezando mi lecho. Pero vete; no me irrites, para que puedas irte más sano y salvo.

33 Así dijo. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. Fuese en silencio por la orilla del estruendoso mar; y, mientras se alejaba, dirigía muchos ruegos al soberano Apolo, a quien parió Leto, la de hermosa cabellera:

37 —¡Óyeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila, e imperas en Ténedos poderosamente! ¡Oh Esminteo! Si alguna vez adorné tu gracioso templo o quemé en tu honor pingües muslos de toros o de cabras, cúmpleme este voto: ¡Paguen los dánaos mis lágrimas con tus flechas!

43 Así dijo rogando. Oyóle Febo Apolo e, irritado en su corazón, descendió de las cumbres del Olimpo con el arco y el cerrado carcaj en los hombros; las saetas resonaron sobre la espalda del enojado dios, cuando comenzó a moverse. Iba parecido a la noche. Sentóse lejos de las naves, tiró una flecha y el arco de plata dio un terrible chasquido. Al principio el dios disparaba contra los mulos y los ágiles perros; mas luego dirigió sus

amargas saetas a los hombres, y continuamente ardían muchas piras de cadáveres.

53 Durante nueve días volaron por el ejército las flechas del dios. En el décimo, Aquiles convocó al pueblo al ágora: se lo puso en el corazón Hera, la diosa de los níveos brazos, que se interesaba por los dánaos, a quienes veía morir. Acudieron éstos y, una vez reunidos, Aquiles, el de los pies ligeros, se levantó y dijo:

59 —¡Atrida! Creo que tendremos que volver atrás, yendo otra vez errantes, si escapamos de la muerte; pues, si no, la guerra y la peste unidas acabarán con los aqueos. Mas, ea, consultemos a un adivino, sacerdote o intérprete de sueños —pues también el sueño procede de Zeus—, para que nos diga por qué se irritó tanto Febo Apolo: si está quejoso con motivo de algún voto o hecatombe, y si quemando en su obsequio grasa de corderos y de cabras escogidas, querrá librarnos de la peste.

68 Cuando así hubo hablado, se sentó. Levantóse entre ellos Calcante Testórida, el mejor de los augures —conocía lo presente, lo futuro y lo pasado, y había guiado las naves aqueas hasta Ilio por medio del arte adivinatoria que le diera Febo Apolo—, y benévolo los arengó diciendo:

74 —¡Oh Aquiles, caro a Zeus! Mándasme explicar la cólera de Apolo, del dios que hiere de lejos. Pues bien, hablaré; pero antes declara y jura que estás pronto a defenderme de palabra y de obra, pues temo irritar a un varón que goza de gran poder entre los argivos todos y es obedecido por los aqueos. Un rey es más poderoso que el inferior contra quien se enoja; y, si bien en el mismo día refrena su ira, guarda luego rencor hasta que logra ejecutarlo en el pecho de aquél. Dime, pues, si me salvarás.

84 Y contestándole, Aquiles, el de los pies ligeros, le dijo:

85 —Manifiesta, deponiendo todo temor, el vaticinio que sabes; pues ¡por Apolo, caro a Zeus, a quien tú, Calcante, invocas siempre que revelas oráculos a los dánaos!, ninguno de ellos pondrá en ti sus pesadas manos, cerca de las cóncavas naves, mientras yo viva y vea la luz acá en la tierra, aunque hablares de Agamenón, que al presente se jacta de ser en mucho el más poderoso de todos los aqueos.

92 Entonces cobró ánimo y dijo el eximio vate:

93 —No está el dios quejoso con motivo de algún voto o hecatombe, sino a causa del ultraje que Agamenón ha inferido al sacerdote, a quien no devolvió la hija ni admitió el rescate. Por esto el que hiere de lejos nos causó males y todavía nos causará otros. Y no librará a los dánaos de la

odiosa peste, hasta que sea restituida a su padre, sin premio ni rescate, la joven de ojos vivos, y llevemos a Crisa una sagrada hecatombe. Cuando así le hayamos aplacado, renacerá nuestra esperanza.

101 Dichas estas palabras, se sentó. Levantóse al punto el poderoso héroe Agamenón Atrida, afligido, con las negras entrañas llenas de cólera y los ojos parecidos al relumbrante fuego; y, encarando a Calcante la torva vista, exclamó:

106 —¡Adivino de males! Jamás me has anunciado nada grato. Siempre te complaces en profetizar desgracias y nunca dijiste ni ejecutaste nada bueno. Y ahora, vaticinando ante los dánaos, afirmas que el que hiere de lejos les envía calamidades, porque no quise admitir el espléndido rescate de la joven Criseide, a quien anhelaba tener en mi casa. La prefiero, ciertamente, a Clitemnestra, mi legítima esposa, porque no le es inferior ni en el talle, ni en el natural, ni en inteligencia, ni en destreza. Pero, aun así y todo, consiento en devolverla, si esto es lo mejor; quiero que el pueblo se salve, no que perezca. Pero preparadme pronto otra recompensa, para que no sea yo el único argivo que sin ella se quede; lo cual no parecería decoroso. Ved todos que se va a otra parte la que me había correspondido.

121 Replicóle enseguida el celerípede divino Aquiles:

122 —¡Atrida gloriosísimo, el más codicioso de todos! ¿Cómo pueden darte otra recompensa los magnánimos aqueos? No sabemos que existan en parte algunas cosas de la comunidad, pues las del saqueo de las ciudades están repartidas, y no es conveniente obligar a los hombres a que nuevamente las junten. Entrega ahora esa joven al dios, y los aqueos te pagaremos el triple o el cuádruple, si Zeus nos permite algún día tomar la bien murada ciudad de Troya.

130 Y, contestándole, el rey Agamenón le dijo:

131 Aunque seas valiente, deiforme Aquiles, no ocultes así tu pensamiento, pues no podrás burlarme ni persuadirme. ¿Acaso quieres, para conservar tu recompensa, que me quede sin la mía, y por esto me aconsejas que la devuelva? Pues, si los magnánimos aqueos me dan otra conforme a mi deseo para que sea equivalente… Y si no me la dieren, yo mismo me apoderaré de la tuya o de la de Ayante, o me llevaré la de Ulises, y montará en cólera aquél a quien me llegue. Mas sobre esto deliberaremos otro día. Ahora, ea, echemos una negra nave al mar divino, reunamos los convenientes remeros, embarquemos víctimas para una hecatombe y a la misma Criseide, la de hermosas mejillas, y sea capitán cualquiera de los

jefes: Ayante, Idomeneo, el divino Ulises o tú, Pelida, el más portentoso de todos los hombres, para que nos aplaques con sacrificios al que hiere de lejos.

148 Mirándolo con torva faz, exclamó Aquiles, el de los pies ligeros:

149 —¡Ah, impudente y codicioso! ¿Cómo puede estar dispuesto a obedecer tus órdenes ni un aqueo siquiera, para emprender la marcha o para combatir valerosamente con otros hombres? No he venido a pelear obligado por los belicosos troyanos, pues en nada se me hicieron culpables —no se llevaron nunca mis vacas ni mis caballos, ni destruyeron jamás la cosecha en la fértil Ftía, criadora de hombres, porque muchas umbrías montañas y el ruidoso mar nos separan—, sino que te seguimos a ti, grandísimo insolente, para darte el gusto de vengaros de los troyanos a Menelao y a ti, ojos de perro. No fijas en esto la atención, ni por ello te tomas ningún cuidado, y aun me amenazas con quitarme la recompensa que por mis grandes fatigas me dieron los aqueos. Jamás el botín que obtengo iguala al tuyo cuando éstos entran a saco una populosa ciudad de los troyanos; aunque la parte más pesada de la impetuosa guerra la sostienen mis manos, tu recompensa, al hacerse el reparto, es mucho mayor; y yo vuelvo a mis naves, teniéndola pequeña, aunque grata, después de haberme cansado en el combate. Ahora me iré a Ftía, pues lo mejor es regresar a la patria en las cóncavas naves: no pienso permanecer aquí sin honra para procurarte ganancia y riqueza.

172 Contestó enseguida el rey de hombres, Agamenón:

173 —Huye, pues, si tu ánimo a ello te incita; no te ruego que por mí te quedes; otros hay a mi lado que me honrarán, y especialmente el próvido Zeus. Me eres más odioso que ningún otro de los reyes, alumnos de Zeus, porque siempre te han gustado las riñas, luchas y peleas. Si es grande tu fuerza, un dios te la dio. Vete a la patria, llevándote las naves y los compañeros, y reina sobre los mirmidones, no me importa que estés irritado, ni por ello me preocupo, pero te haré una amenaza: Puesto que Febo Apolo me quita a Criseide, la mandaré en mi nave con mis amigos; y encaminándome yo mismo a tu tienda, me llevaré a Briseide, la de hermosas mejillas, tu recompensa, para que sepas bien cuánto más poderoso soy y otro tema decir que es mi igual y compararse conmigo.

188 Así dijo. Acongojóse el Pelida, y dentro del velludo pecho su corazón discurrió dos cosas: o, desnudando la aguda espada que llevaba junto al muslo, abrirse paso y matar al Atrida, o calmar su cólera y reprimir su furor. Mientras tales pensamientos revolvían en su mente y en su corazón

y sacaba de la vaina la gran espada, vino Atenea del cielo: envióla Hera, la diosa de los níveos brazos, que amaba cordialmente a entrambos y por ellos se interesaba. Púsose detrás del Pelida y le tiró de la blonda cabellera, apareciéndose a él tan sólo; de los demás, ninguno la veía. Aquiles, sorprendido, volvióse y al instante conoció a Palas Atenea, cuyos ojos centelleaban de un modo terrible. Y hablando con ella, pronunció estas aladas palabras:

202 —¿Por qué nuevamente, oh hija de Zeus, que lleva la égida, has venido? ¿Acaso para presenciar el ultraje que me infiere Agamenón Atrida? Pues te diré lo que me figuro que va a ocurrir: Por su insolencia perderá pronto la vida.

206 Díjole a su vez Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

207 —Vengo del cielo para apaciguar tu cólera, si obedecieres; y me envía Hera, la diosa de los níveos brazos, que os ama cordialmente a entrambos y por vosotros se interesa. Ea, cesa de disputar, no desenvaines la espada e injúrialo de palabra como te parezca. Lo que voy a decir se cumplirá: Por este ultraje se te ofrecerán un día triples y espléndidos presentes. Domínate y obedécenos.

213 Y, contestándole, Aquiles, el de los pies ligeros, le dijo:

216 —Preciso es, oh diosa, hacer lo que mandáis, aunque el corazón esté muy irritado. Proceder así es lo mejor. Quien a los dioses obedece es por ellos muy atendido.

219 Dijo; y puesta la robusta mano en el argénteo puño, envainó la enorme espada y no desobedeció la orden de Atenea. La diosa regresó al Olimpo, al palacio en que mora Zeus, que lleva la égida, entre las demás deidades.

223 El Pelida, no amainando en su cólera, denostó nuevamente al Atrida con injuriosas voces:

225 —¡Ebrioso, que tienes ojos de perro y corazón de ciervo! Jamás te atreviste a tomar las armas con la gente del pueblo para combatir, ni a ponerte en emboscada con los más valientes aqueos: ambas cosas te parecen la muerte. Es, sin duda, mucho mejor arrebatar los dones, en el vasto campamento de los aqueos, a quien te contradiga. Rey devorador de tu pueblo, porque mandas a hombres abyectos…; en otro caso, Atrida, éste fuera tu último ultraje. Otra cosa voy a decirte y sobre ella prestaré un gran juramento: Sí, por este cetro que ya no producirá hojas ni ramos, pues dejó el tronco en la montaña; ni reverdecerá, porque el bronce lo despojó de las

hojas y de la corteza, y ahora lo empuñan los aqueos que administran justicia y guardan las leyes de Zeus (grande será para ti este juramento); algún día los aqueos todos echarán de menos a Aquiles, y tú, aunque te aflijas, no podrás socorrerlos cuando muchos sucumban y perezcan a manos de Héctor, matador de hombres. Entonces desgarrarás tu corazón, pesaroso por no haber honrado al mejor de los aqueos.

245 Así dijo el Pelida; y, tirando a tierra el cetro tachonado con clavos de oro, tomó asiento. El Atrida, en el opuesto lado, iba enfureciéndose. Pero levantóse Néstor, suave en el hablar, elocuente orador de los pilios, de cuya boca las palabras fluían más dulces que la miel —había visto perecer dos generaciones de hombres de voz articulada que nacieron y se criaron con él en la divina Pilos y reinaba sobre la tercera—, y benévolo los arengó diciendo:

254 —¡Oh dioses! ¡Qué motivo de pesar tan grande le ha llegado a la tierra aquea! Alegraranse Príamo y sus hijos, y regocijaríanse los demás troyanos en su corazón, si oyeran las palabras con que disputáis vosotros, los primeros de los dánaos así en el consejo como en el combate. Pero dejaos convencer, ya que ambos sois más jóvenes que yo. En otro tiempo traté con hombres aún más esforzados que vosotros, y jamás me desdeñaron. No he visto todavía ni veré hombres como Pirítoo, Driante, pastor de pueblos, Ceneo, Exadio, Polifemo, igual a un dios, y Teseo Egeida, que parecía un inmortal. Criáronse éstos los más fuertes de los hombres; muy fuertes eran y con otros muy fuertes combatieron: con los montaraces centauros, a quienes exterminaron de un modo estupendo. Y yo estuve en su compañía —habiendo acudido desde Pilos, desde lejos, desde esa apartada tierra, porque ellos mismos me llamaron— y combatí según mis fuerzas. Con tales hombres no pelearía ninguno de los mortales que hoy pueblan la tierra; no obstante lo cual, seguían mis consejos y escuchaban mis palabras. Prestadme también vosotros obediencia, que es lo mejor que podéis hacer. Ni tú, aunque seas valiente, le quites la joven, sino déjasela, puesto que se la dieron en recompensa los magnánimos aqueos; ni tú, Pelida, quieras altercar de igual a igual con el rey, pues jamás obtuvo honra como la suya ningún otro soberano que usara cetro y a quien Zeus diera gloria. Si tú eres más esforzado, es porque una diosa te dio a luz; pero éste es más poderoso, porque reina sobre mayor número de hombres. Atrida, apacigua tu cólera; yo te suplico que depongas la ira contra Aquiles, que es para todos los aqueos un fuerte antemural en el pernicioso combate.

285 Y, contestándole, el rey Agamenón le dijo:

286 —Sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir. Pero este hombre quiere sobreponerse a todos los demás; a todos quiere dominar, a todos gobernar, a todos dar órdenes que alguien, creo, se negará a obedecer. Si los sempiternos dioses le hicieron belicoso, ¿le permiten por esto proferir injurias?

292 Interrumpiéndole, exclamó el divino Aquiles:

293 —Cobarde y vil podría llamárseme si cediera en todo lo que dices; manda a otros, no me des órdenes, pues yo no pienso ya obedecerte. Otra cosa te diré que fijarás en la memoria: No he de combatir con estas manos por la joven ni contigo, ni con otro alguno, pues al fin me quitáis lo que me disteis; pero, de lo demás que tengo junto a mi negra y veloz embarcación, nada podrías llevarte tomándolo contra mi voluntad. Y si no, ea, inténtalo, para que éstos se enteren también; y presto tu negruzca sangre brotará en torno de mi lanza.

304 Después de altercar así con encontradas razones, se levantaron y disolvieron el ágora que cerca de las naves aqueas se celebraba. Fuese el Pelida hacia sus tiendas y sus bien proporcionados bajeles con el Menecíada y otros amigos; y el Atrida echó al mar una velera nave, escogió veinte remeros, cargó las víctimas de la hecatombe para el dios, y, conduciendo a Criseide, la de hermosas mejillas, la embarcó también; fue capitán el ingenioso Ulises.

312 Así que se hubieron embarcado, empezaron a navegar por líquidos caminos. El Atrida mandó que los hombres se purificaran, y ellos hicieron lustraciones, echando al mar las impurezas, y sacrificaron junto a la orilla del estéril mar hecatombes perfectas de toros y de cabras en honor de Apolo. El vapor de la grasa llegaba al cielo, enroscándose alrededor del humo.

318 En tales cosas ocupábanse éstos en el ejército. Agamenón no olvidó la amenaza que en la contienda había hecho a Aquiles, y dijo a Taltibio y Euríbates, sus heraldos y diligentes servidores:

322 —Id a la tienda del Pelida Aquiles, y asiendo de la mano a Briseide, la de hermosas mejillas, traedla acá, y, si no os la diere, iré yo mismo a quitársela, con más gente, y todavía le será más duro.

326 Hablándoles de tal suerte y con altaneras voces, los despidió. Contra su voluntad fuéronse los heraldos por la orilla del estéril mar, llegaron a las tiendas y naves de los mirmidones, y hallaron al rey cerca de

su tienda y de su negra nave. Aquiles, al verlos, no se alegró. Ellos se turbaron, y, habiendo hecho una reverencia, paráronse sin decir ni preguntar nada. Pero el héroe lo comprendió todo y dijo:

334 —¡Salud, heraldos, mensajeros de Zeus y de los hombres! Acercaos; pues para mí no sois vosotros los culpables sino Agamenón, que os envía por la joven Briseide. ¡Ea, Patroclo, del linaje de Zeus! Saca la joven y entrégasela para que se la lleven. Sed ambos testigos ante los bienaventurados dioses, ante los mortales hombres y ante ese rey cruel, si alguna vez tienen los demás necesidad de mí para librarse de funestas calamidades porque él tiene el corazón poseído de furor y no sabe pensar a la vez en lo futuro y en lo pasado, a fin de que los aqueos se salven combatiendo junto a las naves.

345 Así dijo. Patroclo, obedeciendo a su amigo, sacó de la tienda a Briseide, la de hermosas mejillas, y la entregó para que se la llevaran. Partieron los heraldos hacia las naves aqueas, y la mujer iba con ellos de mala gana. Aquiles rompió en llanto, alejóse de los compañeros, y, sentándose a orillas del blanquecino mar con los ojos clavados en el ponto inmenso y las manos extendidas, dirigió a su madre muchos ruegos:

352 —¡Madre! Ya que me pariste de corta vida, el olímpico Zeus altitonante debía honrarme y no lo hace en modo alguno. El poderoso Agamenón Atrida me ha ultrajado, pues tiene mi recompensa, que él mismo me arrebató.

357 Así dijo derramando lágrimas. Oyóle la veneranda madre desde el fondo del mar, donde se hallaba junto al padre anciano, e inmediatamente emergió de las blanquecinas ondas como niebla, sentóse delante de aquél, que derramaba lágrimas, acariciólo con la mano y le habló de esta manera:

362 —¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me ocultes lo que piensas, para que ambos lo sepamos.

364 Dando profundos suspiros, contestó Aquiles, el de los pies ligeros:

365 —Lo sabes. ¿A qué referirte lo que ya conoces? Fuimos a Teba, la sagrada ciudad de Eetión; la saqueamos, y el botín que trajimos se lo distribuyeron equitativamente los aqueos, separando para el Atrida a Criseide, la de hermosas mejillas. Luego Crises, sacerdote de Apolo, el que hiere de lejos, deseando redimir a su hija, se presentó en las veleras naves aqueas con un inmenso rescate y las ínfulas de Apolo, el que hiere de lejos, que pendían de áureo cetro, en la mano; y suplicó a todos los aqueos, y particularmente a los dos Atridas, caudillos de pueblos. Todos los aqueos

aprobaron a voces que se respetase al sacerdote y se admitiera el espléndido rescate; mas el Atrida Agamenón, a quien no plugo el acuerdo, lo despidió de mal modo y con altaneras voces. El anciano se fue irritado; y Apolo, accediendo a sus ruegos, pues le era muy querido, tiró a los argivos funesta saeta: morían los hombres unos en pos de otros, y las flechas del dios volaban por todas partes en el vasto campamento de los aqueos. Un adivino bien enterado nos explicó el vaticinio del que hiere de lejos, y yo fui el primero en aconsejar que se aplacara al dios. El Atrida encendióse en ira; y, levantándose, me dirigió una amenaza que ya se ha cumplido. A aquélla los aqueos de ojos vivos la conducen a Crisa en velera nave con presentes para el dios; y a la hija de Briseo, que los aqueos me dieron, unos heraldos se la han llevado ahora mismo de mi tienda. Tú, si puedes, socorre a tu buen hijo; ve al Olimpo y ruega a Zeus, si alguna vez llevaste consuelo a su corazón con palabras o con obras. Muchas veces, hallándonos en el palacio de mi padre, oí que te gloriabas de haber evitado, tú sola entre los inmortales, una afrentosa desgracia al Cronida, el de las sombrías pubes, cuando quisieron atarlo otros dioses olímpicos, Hera, Poseidón y Palas Atenea. Tú, oh diosa, acudiste y lo libraste de las ataduras, llamando enseguida al espacioso Olimpo al centímano a quien los dioses nombran Briareo y todos los hombres Egeón, el cual es superior en fuerza a su mismo padre, y se sentó entonces al lado de Zeus, ufano de su gloria; temiéronlo los bienaventurados dioses y desistieron del atamiento. Recuérdaselo, siéntate a su lado y abraza sus rodillas; quizás decida favorecer a los troyanos y acorralar a los aqueos, que serán muertos entre las popas, cerca del mar; para que todos disfruten de su rey y comprenda el poderoso Agamenón Atrida la falta que ha cometido no honrando al mejor de los aqueos.

413 Respondióle enseguida Tetis, derramando lágrimas:

414 —¡Ay, hijo mío! ¿Por qué te he criado, si en hora aciaga te di a luz? ¡Ojalá estuvieras en las naves sin llanto ni pena, ya que tu vida ha de ser corta, de no larga duración! Ahora eres juntamente de breve vida y el más infortunado de todos. Con hado funesto te parí en el palacio. Yo misma iré al nevado Olimpo y hablaré a Zeus, que se complace en lanzar rayos, por si se deja convencer. Tú quédate en las naves de ligero andar, conserva la cólera contra los aqueos y abstente por entero de combatir. Ayer se marchó Zeus al Océano, al país de los probos etíopes, para asistir a un banquete, y todos los dioses lo siguieron. De aquí a doce días volverá al

Olimpo. Entonces acudiré a la morada de Zeus, sustentada en bronce; le abrazaré las rodillas, y espero que lograré persuadirlo.

428 Dichas estas palabras partió, dejando a Aquiles con el corazón irritado a causa de la mujer de bella cintura que violentamente y contra su voluntad le habían arrebatado.

430 En tanto, Ulises llegaba a Crisa con las víctimas para la sagrada hecatombe. Cuando arribaron al profundo puerto, amainaron las velas, guardándolas en la negra nave; abatieron rápidamente por medio de cuerdas el mástil hasta la crujía, y llevaron la nave, a fuerza de remos, al fondeadero. Echaron anclas y ataron las amarras, saltaron a la playa, desembarcaron las víctimas de la hecatombe para Apolo, el que hiere de lejos, y Criseide salió de la nave surcadora del ponto. El ingenioso Ulises llevó la doncella al altar y, poniéndola en manos de su padre, dijo:

442 —¡Oh Crises! Envíame al rey de hombres, Agamenón, a traerte la hija y ofrecer en favor de los dánaos una sagrada hecatombe a Febo, para que aplaquemos a este dios que tan deplorables males ha causado a los argivos.

446 Habiendo hablado así, puso en sus manos la hija amada, que aquél recibió con alegría. Acto continuo, ordenaron la sagrada hecatombe en torno del bien construido altar, laváronse las manos y tomaron la mola. Y Crises oró en alta voz y con las manos levantadas:

451 —¡Óyeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila e imperas en Ténedos poderosamente! Me escuchaste cuando te supliqué, y, para honrarme, oprimiste duramente al ejército aqueo; pues ahora cúmpleme este voto: ¡Aleja ya de los dánaos la abominable peste!

457 Así dijo rogando, y Febo Apolo lo oyó. Hecha la rogativa y esparcida la mola, cogieron las víctimas por la cabeza, que tiraron hacia atrás, y las degollaron y desollaron; enseguida cortaron los muslos, y, después de pringarlos con gordura por uno y otro lado y de cubrirlos con trozos de carne, el anciano los puso sobre la leña encendida y los roció de vino tinto. Cerca de él, unos jóvenes tenían en las manos asadores de cinco puntas. Quemados los muslos, probaron las entrañas, y, dividiendo lo restante en pedazos muy pequeños, lo atravesaron con pinchos, lo asaron cuidadosamente y lo retiraron del fuego. Terminada la faena y dispuesto el banquete, comieron, y nadie careció de su respectiva porción. Cuando hubieron satisfecho el deseo de beber y de comer, los mancebos coronaron de vino las cráteras y lo distribuyeron a todos los presentes después de

haber ofrecido en copas las primicias. Y durante todo el día los aqueos aplacaron al dios con el canto, entonando un hermoso peán a Apolo, el que hiere de lejos, que los oía con el corazón complacido.

475 Cuando el sol se puso y sobrevino la noche, durmieron cerca de las amarras de la nave. Mas, así que apareció la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, hiciéronse a la mar para volver al espacioso campamento aqueo, y Apolo, el que hiere de lejos, les envió próspero viento. Izaron el mástil, descogieron las velas, que hinchó el viento, y las purpúreas olas resonaban en torno de la quilla mientras la nave corría siguiendo su rumbo. Una vez llegados al vasto campamento de los aqueos, sacaron la negra nave a tierra firme y la pusieron en alto sobre la arena, sosteniéndola con grandes maderos. Y luego se dispersaron por las tiendas y los bajeles.

488 El hijo de Peleo y descendiente de Zeus, Aquiles, el de los pies ligeros, seguía irritado en las veleras naves, y ni frecuentaba el ágora donde los varones cobran fama, ni cooperaba a la guerra; sino que consumía su corazón, permaneciendo en las naves, y echaba de menos la gritería y el combate.

493 Cuando, después de aquel día, apareció la duodécima aurora, los sempiternos dioses volvieron al Olimpo con Zeus a la cabeza. Tetis no olvidó entonces el encargo de su hijo: saliendo de entre las olas del mar, subió muy de mañana al gran cielo y al Olimpo, y halló al largovidente Cronida sentado aparte de los demás dioses en la más alta de las muchas cumbres del monte. Acomodóse ante él, abrazó sus rodillas con la mano izquierda, tocóle la barba con la derecha y dirigió esta súplica al soberano Zeus Cronión:

503 —¡Padre Zeus! Si alguna vez te fui útil entre los inmortales con palabras a obras, cúmpleme este voto: Honra a mi hijo, el héroe de más breve vida, pues el rey de hombres, Agamenón, lo ha ultrajado, arrebatándole la recompensa que todavía retiene. Véngalo tú, próvido Zeus Olímpico, concediendo la victoria a los troyanos hasta que los aqueos den satisfacción a mi hijo y lo colmen de honores.

511 Así dijo. Zeus, que amontona las nubes, nada contestó guardando silencio un buen rato. Pero Tetis, que seguía como cuando abrazó sus rodillas, le suplicó de nuevo:

514 —Prométemelo claramente, asintiendo, o niégamelo —pues en ti no cabe el temor— para que sepa cuán despreciada soy entre todas las

deidades.

517 Zeus, que amontona las nubes, díjole afligidísimo:

518 —¡Funestas acciones! Pues harás que me malquiste con Hera, cuando me zahiera con injuriosas palabras. Sin motivo me riñe siempre ante los inmortales dioses, porque dice que en las batallas favorezco a los troyanos. Pero ahora vete, no sea que Hera advierta algo; yo me cuidaré de que esto se cumpla. Y si lo deseas, te haré con la cabeza la señal de asentimiento para que tengas confianza. Éste es el signo más seguro, irrevocable y veraz para los inmortales; y no deja de efectuarse aquello a que asiento con la cabeza.

528 Dijo el Cronida, y bajó las negras cejas en señal de asentimiento; los divinos cabellos se agitaron en la cabeza del soberano inmortal, y a su influjo estremecióse el dilatado Olimpo.

531 Después de deliberar así, se separaron: ella saltó al profundo mar desde el resplandeciente Olimpo, y Zeus volvió a su palacio. Todos los dioses se levantaron al ver a su padre, y ninguno aguardó que llegara, sino que todos salieron a su encuentro. Sentóse Zeus en el trono; y Hera, que, por haberlo visto, no ignoraba que Tetis, la de argénteos pies, hija del anciano del mar, con él había departido, dirigió al momento injuriosas palabras a Zeus Cronida:

540 —¿Cuál de las deidades, oh doloso, ha conversado contigo? Siempre te es grato, cuando estás lejos de mí, pensar y resolver algo secretamente, y jamás te has dignado decirme una sola palabra de lo que acuerdas.

544 Respondióle el padre de los hombres y de los dioses:

545 —¡Hera! No esperes conocer todas mis decisiones, pues te resultará difícil aun siendo mi esposa. Lo que pueda decirse, ningún dios ni hombre lo sabrá antes que tú; pero lo que quiera resolver sin contar con los dioses, no lo preguntes ni procures averiguarlo.

551 Replicó enseguida Hera veneranda, la de ojos de novilla:

552 —¡Terribilísimo Cronida, qué palabras proferiste! No será mucho lo que te haya preguntado o querido averiguar, puesto que muy tranquilo meditas cuanto te place. Mas ahora mucho recela mi corazón que te haya seducido Tetis, la de argénteos pies, hija del anciano del mar. Al amanecer el día sentóse cerca de ti y abrazó tus rodillas; y pienso que le habrás prometido, asintiendo, honrar a Aquiles y causar gran matanza junto a las naves aqueas.

560 Y contestándole, Zeus, que amontona las nubes, le dijo:

561 —¡Ah, desdichada! Siempre sospechas y de ti no me oculto. Nada, empero, podrás conseguir sino alejarte de mi corazón; lo cual todavía te será más duro. Si es cierto lo que sospechas, así debe de serme grato. Pero siéntate en silencio y obedece mis palabras. No sea que no te valgan cuantos dioses hay en el Olimpo, acercándose a ti, cuando te ponga encima mis invictas manos.

569 Así dijo. Temió Hera veneranda, la de ojos de novilla, y, refrenando el coraje, sentóse en silencio. Indignáronse en el palacio de Zeus los dioses celestiales. Y Hefesto, el ilustre artífice, comenzó a arengarlos para consolar a su madre Hera, la de los níveos brazos:

573 —Funesto e insoportable será lo que ocurra, si vosotros disputáis así por los mortales y promovéis alborotos entre los dioses; ni siquiera en el banquete se hallará placer alguno, porque prevalece lo peor. Yo aconsejo a mi madre, aunque ya ella tiene juicio, que obsequie al padre querido, a Zeus, para que no vuelva a reñirla y a turbarnos el festín. Pues, si el Olímpico fulminador quiere echarnos del asiento… nos aventaja mucho en poder. Pero halágalo con palabras cariñosas y enseguida el Olímpico nos será propicio.

584 De este modo habló y, tomando una copa de doble asa, ofrecióla a su madre, diciendo:

586 —Sufre, madre mía, y sopórtalo todo, aunque estés afligida; que a ti, tan querida, no lo vean mis ojos apaleada sin que pueda socorrerte, porque es difícil contrarrestar al Olímpico. Ya otra vez que quise defenderte me asió por el pie y me arrojó de los divinos umbrales. Todo el día fui rodando y a la puesta del sol caí en Lemnos. Un poco de vida me quedaba y los sintíes me recogieron tan pronto como hube caído.

595 Así dijo. Sonrióse Hera, la diosa de los níveos brazos; y, sonriente aún, tomó la copa que su hijo le presentaba. Hefesto se puso a escanciar dulce néctar para las otras deidades, sacándolo de la crátera; y una risa inextinguible se alzó entre los bienaventurados dioses viendo con qué afán los servía en el palacio.

601 Todo el día, hasta la puesta del sol, celebraron el festín; y nadie careció de su respectiva porción, ni faltó la hermosa cítara que tañía Apolo, ni las Musas que con linda voz cantaban alternando.

605 Mas, cuando la fúlgida luz del sol llegó al ocaso, los dioses fueron a recogerse a sus respectivos palacios, que había construido Hefesto, el

ilustre cojo de ambos pies, con sabia inteligencia. Zeus olímpico, fulminador, se encaminó al lecho donde acostumbraba dormir cuando el dulce sueño le vencía. Subió y acostóse; y a su lado descansó Hera, la de áureo trono.

CANTO II

Sueño – Beocia o catálogo de las naves

Para cumplir lo prometido a Tetis, Zeus envía un engañoso sueño a Agamenón, y le aconseja que levante el campamento y regrese a casa; Agamenón convoca el consejo de los jefes y luego la asamblea general de todos los guerreros, que aceptan la propuesta, por lo que Agamenón (bajo la incitación de Atenea) debe intervenir para insuflar coraje y buenas esperanzas a los aqueos. Después de varios incidentes y de enumerar cuantos pueblos formaban los ejércitos griego y troyano, sucédense tres grandes batallas.

1 Las demás deidades y los hombres que en carros combaten, durmieron toda la noche; pero Zeus no probó las dulzuras del sueño, porque su mente buscaba el medio de honrar a Aquiles y causar gran matanza junto a las naves aqueas. Al fin creyó que lo mejor sería enviar un pernicioso sueño al Atrida Agamenón; y, hablándole, pronunció estas aladas palabras:

8 —Anda, ve, pernicioso Sueño, encamínate a las veleras naves aqueas, introdúcete en la tienda de Agamenón Atrida, y dile cuidadosamente lo que voy a encargarte. Ordénale que arme a los melenudos aqueos y saque toda la hueste: ahora podría tomar a Troya, la ciudad de anchas calles, pues los inmortales que poseen olímpicos palacios ya no están discordes, por haberlos persuadido Hera con sus ruegos, y una serie de infortunios amenaza a los troyanos.

16 Así dijo. Partió el Sueño al oír el mandato, llegó en un instante a las veleras naves aqueas, y, hallando dormido en su tienda al Atrida Agamenón —alrededor del héroe habíase difundido el sueño inmortal—, púsose sobre su cabeza, y tomó la figura de Néstor, hijo de Neleo, que era el anciano a quien aquél más honraba. Así transfigurado, dijo el divino Sueño:

23 —¿Duermes, hijo del belicoso Atreo, domador de caballos? No debe dormir toda la noche el príncipe a quien se han confiado los guerreros y a cuyo cargo se hallan tantas cosas. Ahora atiéndeme enseguida, pues vengo como mensajero de Zeus; el cual, aun estando lejos, se interesa mucho por ti y te compadece. Armar te ordena a los melenudos aqueos y sacar toda la hueste: ahora podrías tomar Troya, la ciudad de anchas calles, pues los inmortales que poseen olímpicos palacios ya no están discordes, por haberlos persuadido Hera con sus ruegos, y una serie de infortunios

amenaza a los troyanos por la voluntad de Zeus. Graba mis palabras en tu memoria, para que no las olvides cuando el dulce sueño te desampare.

35 Así habiendo hablado, se fue y dejó a Agamenón revolviendo en su ánimo lo que no debía cumplirse. Figurábase que iba a tomar la ciudad de Troya aquel mismo día. ¡Insensato! No sabía lo que tramaba Zeus, quien había de causar nuevos males y llanto a los troyanos y a los dánaos por medio de terribles peleas. Cuando despertó, la voz divina resonaba aún en torno suyo. Incorporóse, y, habiéndose sentado, vistió la túnica fina, hermosa, nueva; se echó el gran manto, calzó sus nítidos pies con bellas sandalias y colgó del hombro la espada guarnecida con clavazón de plata. Tomó el imperecedero cetro de su padre y se encaminó hacia las naves de los aqueos, de broncíneas corazas.

48 Subía la diosa Aurora al vasto Olimpo para anunciar el día a Zeus y a los demás inmortales, cuando Agamenón ordenó que los heraldos de voz sonora convocaran al ágora a los melenudos aqueos. Convocáronlos aquéllos, y éstos se reunieron enseguida.

53 Pero celebróse antes un consejo de magnánimos próceres junto a la nave del rey Néstor, natural de Pilos. Agamenón los llamó para hacerles una discreta consulta:

56 —¡Oíd, amigos! Dormía durante la noche inmortal, cuando se me acercó un Sueño divino muy semejante al ilustre Néstor en la forma, estatura y natural. Púsose sobre mi cabeza y profirió estas palabras: «¿Duermes, hijo del belicoso Atreo, domador de caballos? No debe dormir toda la noche el príncipe a quien se han confiado los guerreros y a cuyo cargo se hallan tantas cosas. Ahora atiéndeme enseguida, pues vengo como mensajero de Zeus; el cual, aun estando lejos, se interesa mucho por ti y te compadece. Armar te ordena a los melenudos aqueos y sacar toda la hueste: ahora podrías tomar Troya, la ciudad de anchas calles, pues los inmortales que poseen olímpicos palacios ya no están discordes, por haberlos persuadido Hera con sus ruegos, y una serie de infortunios amenaza a los troyanos por la voluntad de Zeus. Graba mis palabras en tu memoria». Habiendo hablado así, fuese volando, y el dulce sueño me desamparó. Mas, ea, veamos cómo podremos conseguir que los aqueos tomen las armas. Para probarlos como es debido, les aconsejaré que huyan en las naves de muchos bancos; y vosotros, hablándoles unos por un lado y otros por el opuesto, procurad detenerlos.

76 Habiéndose expresado en estos términos, se sentó. Seguidamente levantóse Néstor, que era rey de la arenosa Pilos, y benévolo les arengó diciendo:

79 —¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Si algún otro aqueo nos refiriese el sueño, te creeríamos falso y desconfiaríamos aún más; pero lo ha tenido quien se gloría de ser el más poderoso de los aqueos. Ea, veamos cómo podremos conseguir que los aqueos tomen las armas.

84 Habiendo hablado así, fue el primero en salir del consejo. Los reyes portadores de cetro se levantaron, obedeciendo al pastor de hombres, y la gente del pueblo acudió presurosa. Como de la hendidura de un peñasco salen sin cesar enjambres copiosos de abejas que vuelan arracimadas sobre las flores primaverales y unas revolotean a este lado y otras a aquél; así las numerosas familias de guerreros marchaban en grupos, por la baja ribera, desde las naves y tiendas al ágora. En medio, la Fama, mensajera de Zeus, enardecida, los instigaba a que acudieran, y ellos se iban reuniendo. Agitóse el ágora, gimió la tierra y se produjo tumulto, mientras los hombres tomaron sitio. Nueve heraldos daban voces para que callaran y oyeran a los reyes, alumnos de Zeus. Sentáronse al fin, aunque con dificultad, y enmudecieron tan pronto como ocuparon los asientos. Entonces se levantó el rey Agamenón, empuñando el cetro que Hefesto hizo para el soberano Zeus Cronión —éste lo dio al mensajero Argicida; Hermes lo regaló al excelente jinete Pélope, quien, a su vez, lo entregó a Atreo, pastor de hombres; Atreo al morir lo legó a Tiestes, rico en ganado, y Tiestes lo dejó a Agamenón para que reinara en muchas islas y en todo el país de Argos—, y, descansando el rey sobre el arrimo del cetro, habló así a los argivos:

110 —¡Oh amigos, héroes dánaos, ministros de Ares! En grave infortunio envolvióme Zeus Cronida. ¡Cruel! Me prometió y aseguró que no me iría sin destruir la bien murada Ilio, y todo ha sido funesto engaño; pues ahora me ordena regresar a Argos, sin gloria, después de haber perdido tantos hombres. Así debe de ser grato al prepotente Zeus, que ha destruido las fortalezas de muchas ciudades y aún destruirá otras porque su poder es inmenso. Vergonzoso será para nosotros que lleguen a saberlo los hombres de mañana. ¡Un ejército aqueo tal y tan grande hacer una guerra vana e ineficaz! ¡Combatir contra un número menor de hombres y no saberse aún cuándo la contienda tendrá fin! Pues, si aqueos y troyanos, jurando la paz, quisiéramos contarnos, y reunidos cuantos troyanos hay en sus hogares y agrupados nosotros los aqueos en décadas, cada una de éstas eligiera un

troyano para que escanciara el vino, muchas décadas se quedarían sin escanciador. ¡En tanto digo que superan los aqueos a los troyanos que en la ciudad moran! Pero han venido en su ayuda hombres de muchas ciudades, que saben blandir la lanza, me apartan de mi intento y no me permiten, como quisiera, tomar la populosa ciudad de Ilio. Nueve años del gran Zeus transcurrieron ya; los maderos de las naves se han podrido y las cuerdas están deshechas; nuestras esposas a hijitos nos aguardan en los palacios; y aún no hemos dado cima a la empresa para la cual vinimos. Ea, procedamos todos como voy a decir: Huyamos en las naves a nuestra patria tierra, pues ya no tomaremos Troya, la de anchas calles.

142 Así dijo; y a todos los que no habían asistido al consejo se les conmovió el corazón en el pecho. Agitóse el ágora como las grandes olas que en el mar Icario levantan el Euro y el Noto cayendo impetuosos de las nubes amontonadas por el padre Zeus. Como el Céfiro mueve con violento soplo un crecido trigal y se cierne sobre las espigas, de igual manera se movió toda el ágora. Con gran gritería y levantando nubes de polvo, corren hacia los bajeles; exhórtanse a tirar de ellos para echarlos al mar divino; limpian los canales; quitan los soportes, y el vocerío de los que se disponen a volver a la patria llega hasta el cielo.

155 Y efectuárase entonces, antes de lo dispuesto por el destino, el regreso de los argivos, si Hera no hubiese dicho a Atenea:

157 —¡Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómita! ¿Huirán los argivos a sus casas, a su patria tierra por el ancho dorso del mar, y dejarán como trofeo a Príamo y a los troyanos la argiva Helena, por la cual tantos aqueos perecieron en Troya, lejos de su patria? Ve enseguida al ejército de los aqueos de broncíneas corazas, detén con suaves palabras a cada guerrero y no permitas que echen al mar los corvos bajeles.

166 Así habló. Atenea, la diosa de ojos de lechuza, no fue desobediente. Bajando en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo llegó presto a las veloces naves aqueas y halló a Ulises, igual a Zeus en prudencia, que permanecía inmóvil y sin tocar la negra nave de muchos bancos, porque el pesar le llegaba al corazón y al alma. Y poniéndose a su lado, díjole Atenea, la de ojos de lechuza:

173 —¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardides! ¿Así, pues, huiréis a vuestras casas, a la patria tierra, embarcados en las naves de muchos bancos, y dejaréis como trofeo a Príamo y a los troyanos la argiva Helena, por la cual tantos aqueos perecieron en Troya, lejos de su

patria? Ve enseguida al ejército de los aqueos y no cejes: detén con suaves palabras a cada guerrero y no permitas que echen al mar los corvos bajeles.

182 Así dijo. Ulises conoció la voz de la diosa en cuanto le habló; tiró el manto, que recogió el heraldo Euríbates de Ítaca, que lo acompañaba; corrió hacia el Atrida Agamenón, para que le diera el imperecedero cetro paterno; y, con éste en la mano, enderezó a las naves de los aqueos, de broncíneas corazas.

188 Cuando encontraba a un rey o a un capitán eximio, parábase y lo detenía con suaves palabras.

190 —¡Ilustre! No es digno de ti temblar como un cobarde. Detente y haz que los demás se detengan también. Aún no conoces claramente la intención del Atrida: ahora nos prueba, y pronto castigará a los aqueos. En el consejo no todos comprendimos lo que dijo. No sea que, irritándose, maltrate a los aqueos; la cólera de los reyes, alumnos de Zeus, es terrible, porque su dignidad procede del próvido Zeus y éste los ama.

198 Cuando encontraba a un hombre del pueblo gritando, dábale con el cetro y lo increpaba de esta manera:

200 —¡Desdichado! Estate quieto y escucha a los que te aventajan en bravura; tú, débil e inepto para la guerra, no eres estimado ni en el combate ni en el consejo. Aquí no todos los aqueos podemos ser reyes; no es un bien la soberanía de muchos; uno solo sea príncipe, uno solo rey: aquél a quien el hijo del artero Crono ha dado cetro y leyes para que reine sobre nosotros.

207 —Así Ulises, actuando como supremo jefe, imponía su voluntad al ejército; y ellos se apresuraban a volver de las tiendas y naves al ágora, con gran vocerío, como cuando el oleaje del estruendoso mar brama en la playa anchurosa y el ponto resuena.

211 Todos se sentaron y permanecieron quietos en su sitio, a excepción de Tersites, que, sin poner freno a la lengua, alborotaba. Ése sabía muchas palabras groseras para disputar temerariamente, no de un modo decoroso, con los reyes, y lo que a él le pareciera hacerlo ridículo para los argivos. Fue el hombre más feo que llegó a Troya, pues era bizco y cojo de un pie; sus hombros corcovados se contraían sobre el pecho, y tenía la cabeza puntiaguda y cubierta por rala cabellera. Aborrecíanlo de un modo especial Aquiles y Ulises, a quienes zahería; y entonces, dando estridentes voces, decía oprobios al divino Agamenón. Y por más que los aqueos se indignaban e irritaban mucho contra él, seguía increpándolo a voz en grito:

225 —¡Atrida! ¿De qué te quejas o de qué careces? Tus tiendas están repletas de bronce y en ellas tienes muchas y escogidas mujeres que los aqueos te ofrecemos antes que a nadie cuando tomamos alguna ciudad. ¿Necesitas, acaso, el oro que alguno de los troyanos, domadores de caballos, te traiga de Ilio para redimir al hijo que yo a otro aqueo haya hecho prisionero? ¿O, por ventura, una joven con quien te junte el amor y que tú solo poseas? No es justo que, siendo el caudillo, ocasiones tantos males a los aqueos. ¡Oh cobardes, hombres sin dignidad, aqueas más bien que aqueos! Volvamos en las naves a la patria y dejémoslo aquí, en Troya, para que devore el botín y sepa si le sirve o no nuestra ayuda; ya que ha ofendido a Aquiles, varón muy superior, arrebatándole la recompensa que todavía retiene. Poca cólera siente Aquiles en su pecho y es grande su indolencia; si no fuera así, Atrida, éste sería tu último ultraje.

243 Tales palabras dijo Tersites, zahiriendo a Agamenón, pastor de hombres. Enseguida el divino Ulises se detuvo a su lado; y mirándolo con torva faz, lo increpó duramente:

246 —¡Tersites parlero! Aunque seas orador facundo, calla y no quieras tú solo disputar con los reyes. No creo que haya un hombre peor que tú entre cuantos han venido a Ilio con los Atridas. Por tanto, no tomes en boca a los reyes, ni los injuries, ni pienses en el regreso. No sabemos aún con certeza cómo esto acabará y si la vuelta de los aqueos será feliz o desgraciada. Mas tú denuestas al Atrida Agamenón, porque los héroes dánaos le dan muchas cosas; por esto lo zahieres. Lo que voy a decir se cumplirá: Si vuelvo a encontrarte delirando como ahora, no conserve Ulises la cabeza sobre los hombros, ni sea llamado padre de Telémaco, si no te echo mano, te despojo del vestido (el manto y la túnica que cubren tus partes verendas) y te envío lloroso del ágora a las veleras naves después de castigarte con afrentosos azotes.

265 Así, pues, dijo, y con el cetro diole un golpe en la espalda y los hombros. Tersites se encorvó, mientras una gruesa lágrima caía de sus ojos y un cruento cardenal aparecía en su espalda debajo del áureo cetro. Sentóse, turbado y dolorido; miró a todos con aire de simple, y se enjugó las lágrimas. Ellos, aunque afligidos, rieron con gusto y no faltó quien dijera a su vecino:

272 —¡Oh dioses! Muchas cosas buenas hizo Ulises, ya dando consejos saludables, ya preparando la guerra; pero esto es lo mejor que ha ejecutado entre los argivos: hacer callar al insolente charlatán, cuyo ánimo

osado no lo impulsará en lo sucesivo a zaherir con injuriosas palabras a los reyes.

278 —Así hablaba la multitud. Levantóse Ulises, asolador de ciudades, con el cetro en la mano (Atenea, la de ojos de lechuza, que, transfigurada en heraldo, junto a él estaba, impuso silencio para que todos los aqueos, desde los primeros hasta los últimos, oyeran su discurso y meditaran sus consejos), y benévolo los arengó diciendo:

284 —¡Atrida! Los aqueos, oh rey, quieren cubrirte de baldón ante todos los mortales de voz articulada y no cumplen lo que te prometieron al venir de Argos, criador de caballos: que no te irías sin destruir la bien murada Ilio. Cual si fuesen niños o viudas, se lamentan unos con otros y desean regresar a su casa. Y es, en verdad, penoso que hayamos de volver afligidos. Cierto que cualquiera se impacienta al mes de estar separado de su mujer, cuando ve detenida su nave de muchos bancos por las borrascas invernales y el mar alborotado; y nosotros hace ya nueve años, con el presente, que aquí permanecemos. No me enojo, pues, porque los aqueos se impacienten junto a las cóncavas naves; pero sería bochornoso haber estado aquí tanto tiempo y volvernos sin conseguir nuestro propósito. Tened paciencia, amigos, y aguardad un poco más, para que sepamos si fue verídica la predicción de Calcante. Bien grabada la tenemos en la memoria, y todos vosotros, los que no habéis sido arrebatados día tras día por las parcas de la muerte, sois testigos de lo que ocurrió en Áulide cuando se reunieron las naves aqueas que cantos males habían de traer a Príamo y a los troyanos. En sacros altares inmolábamos hecatombes perfectas a los inmortales, junto a una fuente y a la sombra de un hermoso plátano a cuyo pie manaba agua cristalina. Allí se nos ofreció un gran portento. Un horrible dragón de roja espalda, que el mismo Olímpico sacara a la luz, saltó de debajo del altar al plátano. En la rama cimera de éste hallábanse los hijuelos recién nacidos de un ave, que medrosos se acurrucaban debajo de las hojas; eran ocho, y, con la madre que los parió, nueve. El dragón devoró a los pajarillos, que piaban lastimeramente; la madre revoleaba en torno de sus hijos quejándose, y aquél volvióse y la cogió por el ala, mientras ella chillaba. Después que el dragón se hubo comido al ave y a los polluelos, el dios que lo había mostrado obró en él un prodigio: el hijo del artero Crono transformólo en piedra, y nosotros, inmóviles, admirábamos lo que ocurría. De este modo, las grandes y portentosas acciones de los dioses interrumpieron las hecatombes. Y enseguida Calcante, vaticinando,

exclamó: «¿Por qué enmudecéis, melenudos aqueos? El róvido Zeus es quien nos muestra ese prodigio grande, tardío, de lejano cumplimiento, pero cuya gloria jamás perecerá. Como el dragón devoró a los polluelos del ave y al ave misma, los cuales eran ocho, y, con la madre que los dio a luz, nueve, así nosotros combatiremos allí igual número de años, y al décimo tomaremos la ciudad de anchas calles». Tal fue lo que dijo y todo se va cumpliendo. ¡Ea, aqueos de hermosas grebas, quedaos todos hasta que tomemos la gran ciudad de Príamo!

333 Así habló. Los argivos, con agudos gritos que hacían retumbar horriblemente las naves, aplaudieron el discurso del divino Ulises. Y Néstor, caballero gerenio, los arengó diciendo:

337 —¡Oh dioses! Habláis como niños chiquitos que no están ejercitados en los bélicos trabajos. ¿Qué es de nuestros convenios y juramentos? ¿Se fueron, pues, en humo los consejos, los afanes de los guerreros, los pactos consagrados con libaciones de vino puro y los apretones de manos en que confiábamos? Nos entretenemos en contender con palabras y sin motivo, y en tan largo espacio no hemos podido encontrar un medio eficaz para conseguir nuestro intento. ¡Atrida! Tú, como siempre, manda con firme decisión a los argivos en el duro combate y deja que se consuman uno o dos que en discordancia con los demás aqueos desean, aunque no lograran su propósito, regresar a Argos antes de saber si fue o no falsa la promesa de Zeus, que lleva la égida. Pues yo os aseguro que el prepotente Cronida nos prestó su asentimiento, relampagueando por el diestro lado y haciéndonos favorables señales, el día en que los argivos se embarcaron en las naves de ligero andar para traer a los troyanos la muerte y el destino. Nadie, pues, se dé prisa por volver a su casa, hasta haber dormido con la esposa de un troyano y haber vengado la huida y los gemidos de Helena. Y si alguno tanto anhelare el regreso, toque la negra nave de muchos bancos para que delante de todos sea muerto y cumpla su destino. ¡Oh rey! No dejes de pensar tú mismo y sigue también los consejos que nosotros lo damos. No es despreciable lo que voy a decirte: Agrupa a los hombres, oh Agamenón, por tribus y familias, para que una tribu ayude a otra tribu y una familia a otra familia. Si así lo hicieres y lo obedecieren los aqueos, sabrás pronto cuáles jefes y soldados son cobardes y cuáles valerosos, pues pelearán distintamente; y conocerás si no puedes tomar la ciudad por la voluntad de los dioses o por la cobardía de tus hombres y su impericia en la guerra.

369 Y, respondiéndole, el rey Agamenón le dijo:

370 —De nuevo, oh anciano, superas en el ágora a los aqueos todos. Ojalá, ¡padre Zeus, Atenea, Apolo!, tuviera yo entre los aqueos diez consejeros semejantes; entonces la ciudad del rey Príamo sería pronto tomada y destruida por nuestras manos. Pero Zeus Cronida, que lleva la égida, me envía penas, enredándome en inútiles disputas y riñas. Aquiles y yo peleamos con encontradas razones por una joven, y fui el primero en irritarme; si ambos procediéramos de acuerdo, no se diferiría ni un solo momento la ruina de los troyanos. Ahora, id a comer para que luego trabemos el combate; cada uno afile la lanza, prepare el escudo, dé el pasto a los corceles de pies ligeros e inspeccione el carro, apercibiéndose para la lucha; pues durante todo el día nos pondrá a prueba el horrendo Ares. Ni un breve descanso ha de haber siquiera, hasta que la noche obligue a los valientes guerreros a separarse. La correa del escudo que al combatiente cubre, sudará en torno del pecho; el brazo se fatigará con el manejo de la lanza, y también sudarán los corceles arrastrando los pulimentados carros. Y aquél que se quede voluntariamente en las corvas naves, lejos de la batalla, como yo lo vea, no se librará de los perros y de las aves de rapiña.

394 Así dijo. Los argivos promovían gran clamoreo, como cuando las olas, movidas por el Noto, baten un elevado risco que se adelanta sobre el mar y no lo dejan mientras soplan los vientos en contrarias direcciones. Luego, levantándose, se dispersaron por las naves, encendieron lumbre en las tiendas, tomaron la comida y ofrecieron sacrificios, quiénes a uno, quiénes a otro de los sempiternos dioses, para que los librasen de la muerte y del fatigoso trabajo de Ares. Agamenón, rey de hombres, inmoló un pingüe buey de cinco años al prepotente Cronión, habiendo llamado a su tienda a los principales caudillos de los aqueos todos: primeramente a Néstor y al rey Idomeneo, luego a entrambos Ayantes y al hijo de Tideo, y en sexto lugar a Ulises, igual a Zeus en prudencia. Espontáneamente se presentó Menelao, valiente en la pelea, porque sabía lo que su hermano estaba preparando. Colocaronse todos alrededor del buey y tomaron la mola. Y puesto en medio, el poderoso Agamenón oró diciendo:

412 —¡Zeus gloriosísimo, máximo, que amontonas las sombrías nubes y vives en el éter! ¡No se ponga el sol ni sobrevenga la obscuridad antes que yo destruya el palacio de Príamo, entregándolo a las llamas, pegue voraz fuego a las puertas, rompa con mi lanza la coraza de Héctor en su mismo

pecho, y vea a muchos de sus compañeros caídos de cara en el polvo y mordiendo la tierra!

419 Dijo; pero el Cronión no accedió y, aceptando los sacrificios, preparóles no envidiable labor. Hecha la rogativa y esparcida la mola, cogieron las víctimas por la cabeza, que tiraron hacia atrás, y las degollaron y desollaron; cortaron los muslos, y después de pringarlos con gordura por uno y otro lado y de cubrirlos con trozos de carne, los quemaron con leña sin hojas; y atravesando las entrañas con los asadores, las pusieron al fuego. Quemados los muslos, probaron las entrañas; y dividiendo lo restante en pedazos muy pequeños, atravesáronlo con pinchos, lo asaron cuidadosamente y lo retiraron del fuego. Terminada la faena y dispuesto el festín, comieron y nadie careció de su respectiva porción. Y cuando hubieron satisfecho el deseo de beber y de comer, Néstor, el caballero gerenio, comenzó a decirles:

434 —¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres, Agamenón! No nos entretengamos en hablar, ni difiramos por más tiempo la empresa que un dios pone en nuestras manos. Mas, ea, los heraldos de los aqueos, de broncíneas corazas, pregonen que el ejército se reúna cerca de los bajeles, y nosotros recorramos juntos el espacioso campamento para promover cuanto antes un vivo combate.

441 Así dijo; y Agamenón, rey de hombres, no desobedeció. Al momento dispuso que los heraldos de voz sonora llamaran al combate a los melenudos aqueos; hízose el pregón, y ellos se reunieron prontamente. El Atrida y los reyes, alumnos de Zeus, hacían formar a los guerreros, y los acompañaba Atenea, la de ojos de lechuza, llevando la preciosa inmortal égida que no envejece y de la cual cuelgan cien áureos borlones, bien labrados y del valor de cien bueyes cada uno. Con ella en la mano, movíase la diosa entre los aqueos, instigábalos a salir al campo y ponía fortaleza en sus corazones para que pelearan y combatieran sin descanso. Pronto les fue más agradable el combate, que volver a la patria tierra en las cóncavas naves.

455 Cual se columbra desde lejos el resplandor de un incendio, cuando el voraz fuego se propaga por vasta selva en la cumbre de un monte, así el brillo de las broncíneas armaduras de los que se ponían en marcha llegaba al cielo a través del éter.

459 De la suerte que las alígeras aves —gansos, grullas o cisnes cuellilargos— se posan en numerosas bandadas y chillando en la pradera

Asia, cerca de la corriente del Caístro, vuelan acá y allá ufanas de sus alas, y el campo resuena; de esta manera las numerosas huestes afluían de las naves y tiendas a la llanura Escamandria y la tierra retumbaba horriblemente bajo los pies de los guerreros y de los caballos. Y los que en el florido prado del Escamandrio llegaron a juntarse fueron innumerables; tantos, cuantas son las hojas y Bores que en la primavera nacen.

469 Como enjambres copiosos de moscas que en la primaveral estación vuelan agrupadas por el establo del pastor, cuando la leche llena los tarros, en tan gran número reuniéronse en la llanura los melenudos aqueos, deseosos de acabar con los troyanos.

474 Poníanlos los caudillos en orden de batalla fácilmente, como los pastores separan las cabras de grandes rebaños cuando se mezclan en el pasto; y en medio aparecía el poderoso Agamenón, semejante en la cabeza y en los ojos a Zeus, que se goza en lanzar rayos, en el cinturón, a Ares, y en el pecho, a Poseidón. Como en el hato el macho vacuno más excelente es el toro, que sobresale entre las vacas reunidas, de igual manera hizo Zeus que Agamenón fuera aquel día insigne y eximio entre muchos héroes.

484 Decidme ahora, Musas que poseéis olímpicos palacios y como diosas lo presenciáis y conocéis todo, mientras que nosotros oímos tan sólo la fama y nada cierto sabemos, cuáles eran los caudillos y príncipes de los dánaos. A la muchedumbre no podría enumerarla ni nombrarla, aunque tuviera diez lenguas, diez bocas, voz infatigable y corazón de bronce: sólo las Musas olímpicas, hijas de Zeus, que lleva la égida, podrían decir cuántos a Ilio fueron. Pero mencionaré los caudillos y las naves todas.

494 Mandaban a los beocios Penéleo, Leito, Arcesilao, Protoenor y Clonio. Los que cultivaban los campos de Hiria, Áulide pétrea, Esqueno, Escolo, Eteono fragosa, Tespía, Grea y la vasta Micaleso, los que moraban en Harma, Ilesio y Eritras; los que residían en Eleón, Hila, Peteón, Ocálea, Medeón, ciudad bien construida, Copas, Eutresis y Tisbe, abundante en palomas; los que habitaban en Coronea, Haliarto herbosa, Platea y Glisante; los que poseían la bien edificada ciudad de Hipotebas, la sacra Onquesto, delicioso bosque de Poseidón, y las ciudades de Arne, abundante en uvas, Midea, Nisa divina y Antedón fronteriza: todos estos llegaron en cincuenta naves. En cada una se habían embarcado ciento veinte beocios.

511 De los que habitaban en Aspledón y Orcómeno Minieo eran caudillos Ascálafo y Yálmeno, hijos de Ares y de Astíoque, que los había dado a luz en el palacio de Áctor Azida. Astíoque, que era virgen ruborosa,

subió al piso superior, y el terrible dios se unió con ella clandestinamente. Treinta cóncavas naves en orden los seguían.

517 Mandaban a los foceos Esquedio y Epístrofo, hijos del magnánimo Ífito Naubólida. Los de Cipariso, Pitón pedregosa, Crisa divina, Dáulide y Panopeo; los que habitaban en Anemoria, Jámpolis y la ribera del divinal río Cefiso; los que poseían la ciudad de Lilea en las fuentes del mismo río: todos éstos habían llegado en cuarenta negras naves. Los caudillos ordenaban entonces las filas de los focios, que en las batallas combatían a la izquierda de los beocios.

527 Acaudillaba a los locrios que vivían en Cino, Opunte, Calíaro, Besa, Escarfe, Augías amena, Tarfe y Tronio, a orillas del Boagrio, el ligero Ayante de Oileo, menor, mucho menor que Ayante Telamonio: era bajo de cuerpo, llevaba coraza de lino y en el manejo de la lanza superaba a todos los helenos y aqueos. Seguíanlo cuarenta negras naves, en las cuales habían venido los locrios que viven más allá de la sagrada Eubea.

536 Los abantes de Eubea, que respiraban valor y residían en Calcis, Eretria, Histiea, abundante en uvas, Cerinto marítima, Dío, ciudad excelsa, Caristo y Estira, eran capitaneados por el magnánimo Elefénor Calcodontíada, vástago de Ares. Con tal caudillo llegaron los ligeros abantes, que dejaban crecer la cabellera en la parte posterior de la cabeza: eran belicosos y deseaban siempre romper con sus lanzas de fresno las corazas en los pechos de los enemigos. Seguíanlo cuarenta negras naves.

546 Los que habitaban en la bien edificada ciudad de Atenas y constituían el pueblo del magnánimo Erecteo, a quien Atenea, hija de Zeus, crio —habíale dado a luz la fértil tierra— y puso en su rico templo de Atenas, donde los jóvenes atenienses ofrecen todos los años sacrificios propiciatorios de toros y corderos a la diosa, tenían por jefe a Menesteo, hijo de Péteo. Ningún hombre de la tierra sabía cómo ése poner en orden de batalla, así a los que combatían en carros, como a los peones armados de escudos; sólo Néstor competía con él, porque era más anciano. Cincuenta negras naves lo seguían.

557 Ayante había partido de Salamina con doce naves, que colocó cerca de las falanges atenienses.

559 Los habitantes de Argos, Tirinto amurallada, Hermíone y Ásine en profundo golfo situadas, Trecén, Eyones y Epidauro, abundante en vides, y los jóvenes aqueos de Egina y Masete, eran acaudillados por Diomedes, valiente en la pelea; Esténelo, hijo del famoso Capaneo, y Euríalo, igual a

un dios, que tenía por padre al rey Mecisteo Talayónida. Era jefe supremo Diomedes, valiente en la pelea. Ochenta negras naves los seguían.

569 Los que poseían la bien construida ciudad de Micenas, la opulenta Corinto y la bien edificada Cleonas; los que cultivaban la tierra en Ornías, Aretírea deleitosa y Sición, donde antiguamente reinó Adrasto; los que residían en Hiperesia y Gonoesa excelsa, y los que habitaban en Pelene, Egio, el Egíalo todo y la espaciosa Hélice: todos éstos habían llegado en cien naves a las órdenes del rey Agamenón Atrida. Muchos y valientes varones condujo este príncipe que entonces vestía el luciente bronce, ufano de sobresalir entre todos los héroes por su valor y por mandar a mayor número de hombres.

581 Los de la honda y cavernosa Lacedemonia que residían en Faris, Esparta y Mesa, abundante en palomas; moraban en Brisías o Augías amena; poseían las ciudades de Amiclas y Helos marítima, y habitaban en Laa y Étilo: todos éstos llegaron en sesenta naves al mando del hermano de Agamenón, de Menelao, valiente en el combate, y se armaban formando unidad aparte. Menelao, impulsado por su propio ardor, los animaba a combatir y anhelaba en su corazón vengar la huida y los gemidos de Helena.

591 Los que cultivaban el campo en Pilos, Arene deliciosa, Trío, vado del Alfeo, y la bien edificada Epi, y los que habitaban en Ciparisente, Anfigenia, Pteleo, Helos y Dorio (donde las Musas, saliéndole al camino a Támiris el tracio, lo privaron de cantar cuando volvía de la casa de Éurito el ecalieo; pues jactóse de que saldría vencedor, aunque cantaran las propias Musas, hijas de Zeus, que lleva la égida, y ellas irritadas lo cegaron, lo privaron del divino canto y le hicieron olvidar el arte de pulsar la cítara) eran mandados por Néstor, caballero gerenio, y habían llegado en noventa cóncavas naves.

603 Los que habitaban en la Arcadia al pie del alto monte de Cilene y cerca de la tumba de Épito, país de belicosos guerreros; los de Féneo, Orcómeno, abundante en ovejas, Ripe, Estratia y Enispe ventosa; y los que poseían las ciudades de Tegea, Mantinea deliciosa, Estínfalo y Parrasia: todos éstos llegaron al mando del rey Agapenor, hijo de Anceo, en sesenta naves. En cada una de éstas se embarcaron muchos arcadios ejercitados en la guerra. El mismo rey de hombres, Agamenón, les facilitó las naves de muchos bancos, para que atravesaran el vinoso ponto; pues ellos no se cuidaban de las cosas del mar.

615 Los que habitaban en Buprasio y en el resto de la divina Élide, desde Hirmina y Mírsino, la fronteriza, por un lado y la roca Olenia y Alesio por el otro, tenían cuatro caudillos y cada uno de éstos mandaba diez veleras naves tripuladas por muchos epeos. De dos divisiones eran respectivamente jefes Anfímaco y Talpio, hijo aquél de Ctéato y éste de Éurito y nietos de Actor; de la tercera, el fuerte Diores Amarincida, y de la cuarta, el deiforme Polixino, hijo del rey Agástenes Augeida.

625 Los de Duliquio y las sagradas islas Equinas, situadas al otro lado del mar frente a la Elide, eran mandados por Meges Filida, igual a Ares, a quien engendró el jinete Fileo, caro a Zeus, cuando por haberse enemistado con su padre emigró a Duliquio. Cuarenta negras naves lo seguían.

631 Ulises acaudillaba a los cefalenios de ánimo altivo. Los de Ítaca y su frondoso Nérito; los que cultivaban los campos de Crocilea y de la escarpada Egílipe; los que habitaban en Zacinto; los que vivían en Samos y sus alrededores; los que estaban en el continente y los que ocupaban la orilla opuesta: todos ellos obedecían a Ulises, igual a Zeus en prudencia. Doce naves de rojas proas lo seguían.

638 Toante, hijo de Andremón, regía a los etolios que habitaban en Pleurón, Oleno, Pilene, Calcis marítima y Calidón pedregosa. Ya no existían los hijos del magnánimo Eneo, ni éste; y muerto también el rubio Meleagro, diéronse a Toante todos los poderes para que reinara sobre los etolios. Cuarenta negras naves los seguían.

645 Mandaba a los cretenses Idomeneo, famoso por su lanza. Los que vivían en Cnoso, Gortina amurallada, Licto, Mileto, blanca Licasto, Festo y Ritio, ciudades populosas, y los que ocupaban la isla de Creta con sus cien ciudades: todos éstos eran gobernados por Idomeneo, famoso por su lanza, que con Meriones, igual al homicida Enialio, compartía el mando. Seguíanlo ochenta negras naves.

653 Tlepólemo Heraclida, valiente y alto de cuerpo, condujo en nueve buques a los fieros rodios que vivían, divididos en tres pueblos, en Lindo, Yáliso y Camiro la blanca. De éstos era caudillo Tlepólemo, famoso por su lanza, a quien Astioquía concibió del fornido Heracles, cuando el héroe se la llevó de Éfira, de la ribera del río Seleente, después de haber asolado muchas ciudades defendidas por nobles mancebos. Cuando Tlepólemo, criado en el magnífico palacio, hubo llegado a la juventud, mató al anciano tío materno de su padre, a Licimnio, vástago de Ares; y como los demás hijos y nietos del fuerte Heracles lo amenazaron, construyó naves, reunió

mucha gente y huyó por el ponto. Errante y sufriendo penalidades pudo llegar a Rodas, y allí se estableció con los suyos, que formaron tres tribus. Se hicieron querer de Zeus, que reina sobre los dioses y los hombres, y el Cronión les dio abundante riqueza.

671 Nireo condujo desde Sime tres naves bien proporcionadas; Nireo, hijo de Aglaya y del rey Cáropo; Nireo, el más hermoso de los dánaos que fueron a Ilio, si exceptuamos al eximio Pelida; pero era tímido, y poca la gente que mandaba.

676 Los que habitaban en Nísiros, Crápato, Caso, Cos, ciudad de Eurípilo, y las islas Calidnas, tenían por jefes a Fidipo y Antifo, hijos del rey Tésalo Heraclida. Treinta cóncavas naves en orden lo seguían.

681 Cuantos ocupaban el Argos pélásgico, los que vivían en Alo, Álope y Traquine y los que poseían la Ftía y la Hélade de lindas mujeres, y se llamaban mirmidones, helenos y aqueos, tenían por capitán a Aquiles y habían llegado en cincuenta naves. Mas éstos no se cuidaban entonces del combate horrísono, por no tener quien los llevara a la pelea: el divino Aquiles, el de los pies ligeros, no salía de las naves, enojado a causa de la joven Briseide, de hermosa cabellera, a la cual había hecho cautiva en Lirneso, cuando después de grandes fatigas destruyó esta ciudad y las murallas de Teba, dando muerte a los belicosos Mines y Epístrofo, hijos del rey Eveno Selepíada. Afligido por ello, se entregaba al ocio; pero pronto había de levantarse.

695 Los que habitaban en Fílace, Píraso florida, que es lugar consagrado a Deméter; Itón, criadora de ovejas; Antrón marítima y Pteleo herbosa, fueron acaudillados por el aguerrido Protesilao mientras vivió, pues ya entonces teníalo en su seno la negra tierra: matólo un dárdano cuando saltó de la nave mucho antes que los demás aqueos, y en Fílace quedaron su desolada esposa y la casa a medio acabar. Con todo, no carecían aquéllos de jefe, aunque echaban de menos al que antes tuvieron, pues los ordenaba para el combate Podarces, vástago de Ares, hijo de Ificlo Filácida, rico en ganado, y hermano menor del animoso Protesilao. Éste era mayor y más valiente. Sus hombres, pues, no estaban sin caudillo; pero sentían soledad de aquél, que tan esforzado había sido. Cuarenta negras naves lo seguían.

711 Los que moraban en Feras situada a orillas del lago Bebeide, Beba, Gláfiras y Yolco bien edificada, habían llegado en once naves al

mando de Eumelo, hijo querido de Admeto y de Alcestis, divina entre las mujeres, que era la más hermosa de las hijas de Pelias.

716 Los que cultivaban los campos de Metone y Taumacia y los que poseían las ciudades de Melibea y Olizón fragosa, tuvieron por capitán a Filoctetes, hábil arquero, y llegaron en siete naves: en cada una de éstas se embarcaron cincuenta remeros muy expertos en combatir valerosamente con el arco. Mas Filoctetes se hallaba padeciendo fuertes dolores en la divina isla de Lemnos, donde lo dejaron los aqueos después que lo mordió ponzoñoso reptil. Allí permanecía afligido; pero pronto en las naves habían de acordarse los argivos del rey Filoctetes. No carecían aquéllos de jefe, aunque echaban de menos a su caudillo, pues los ordenaba para el combate Medonte, hijo bastardo de Oileo, asolador de ciudades, de quien lo tuvo Rena.

729 De los de Trica, Itome de quebrado suelo, y Ecalia, ciudad de Éurito el ecalieo, eran capitanes dos hijos de Asclepio y excelentes médicos: Podalirio y Macaón. Treinta cóncavas naves en orden los seguían.

734 Los que poseían la ciudad de Ormenio, la fuente Hiperea, Asterio y las blancas cimas del Títano, eran mandados por Eurípilo, hijo preclaro de Evemón. Cuarenta negras naves lo seguían.

739 A los de Argisa, Girtone, Orte, Elone y la blanca ciudad de Olosón, los regía el intrépido Polipetes, hijo de Pirítoo y nieto de Zeus inmortal (habíalo dado a luz la ínclita Hipodamía el mismo día en que Pirítoo, castigando a los hirsutos centauros, los echó del Pelio y los obligó a retirarse hacia los étices). Pero no estaba solo, sino que con él compartía el mando Leonteo, vástago de Ares, hijo del animoso Corono Ceneida. Cuarenta negras naves los seguían.

748 Guneo condujo desde Cifo en veintidós naves a los enienes e intrépidos perebos; aquéllos tenían su morada en Dodona, de fríos inviernos, y éstos cultivaban los campos a orillas del hermoso Titareso, que vierte sus cristalinas aguas en el Peneo de argénteos vórtices; pero no se mezcla con él, sino que sobrenada como aceite, porque es un arroyo del agua de la Éstige, que se invoca en los terribles juramentos.

756 A los magnetes gobernábalos Prótoo, hijo de Tentredón. Los que habitaban a orillas del Peneo y en el frondoso Pelio tenían, pues, por jefe al ligero Prótoo. Cuarenta negras naves lo seguían.

760 Tales eran los caudillos y príncipes de los dánaos. Dime, Musa, cuál fue el mejor de los varones y cuáles los más excelentes caballos de

cuantos con los Atridas llegaron.

763 Entre los corceles sobresalían las yeguas del Feretíada, que guiaba Eumelo: eran ligeras como aves, apeladas, y de la misma edad y altura; criólas Apolo, el del arco de plata, en Perea, y llevaban consigo el terror de Ares. De los guerreros el más valiente fue Ayante Telamonio mientras duró la cólera de Aquiles, pues éste lo superaba mucho; y también eran los mejores caballos los que llevaban al eximio Pelión. Mas Aquiles permanecía entonces en las corvas naves surcadoras del ponto, por estar irritado contra Agamenón Atrida, pastor de hombres; su gente se solazaba en la playa tirando discos, venablos o flechas; los corceles comían loto y apio palustre cerca de los carros de los capitanes que permanecían enfundados en las tiendas, y los guerreros, echando de menos a su jefe, caro a Ares, discurrían por el campamento y no peleaban.

780 Ya los demás avanzaban a modo de incendio que se propagase por toda la comarca; y como la tierra gime cuando Zeus, que se complace en lanzar rayos, airado, la azota en Arimos, donde dicen que está el lecho de Tifoeo; de igual manera gemía grandemente debajo de los que iban andando y atravesaban con ligero paso la llanura.

786 Dio a los troyanos la triste noticia Iris, la de los pies ligeros como el viento, a quien Zeus, que lleva la égida, había enviado como mensajera. Todos ellos, jóvenes y viejos, hallábanse reunidos en los pórticos del palacio de Príamo y deliberaban. Iris, la de los pies ligeros, se les presentó tomando la figura y voz de Polites, hijo de Príamo; el cual, confiando en la agilidad de sus pies, se sentaba como atalaya de los troyanos en la cima del túmulo del anciano Esietes y observaba cuando los aqueos partían de las naves para combatir. Así transfigurada, dijo Iris, la de los pies ligeros:

796 —¡Oh anciano! Te placen los discursos interminables como cuando teníamos paz, y una obstinada guerra se ha promovido. Muchas batallas he presenciado, pero nunca vi un ejército tal y tan grande como el que viene por la llanura a pelear contra la ciudad, formado por tantos hombres cuantas son las hojas o las arenas. ¡Héctor! Te recomiendo encarecidamente que procedas de este modo: Como en la gran ciudad de Príamo hay muchos auxiliares y no hablan una misma lengua hombres de países tan diversos, cada cual mande a aquellos de quienes es príncipe y acaudille a sus conciudadanos, después de ponerlos en orden de batalla.

806 Así dijo; y Héctor, conociendo la voz de la diosa, disolvió el ágora. Apresuráronse a tomar las armas, abriéronse todas las puertas, salió

el ejército de infantes y de los que en carros combatían, y se produjo un gran tumulto.

811 Hay en la llanura, frente a la ciudad, una excelsa colina aislada de las demás y accesible por todas partes, a la cual los hombres llaman Batiea y los inmortales tumba de la ágil Mirina: allí fue donde los troyanos y sus auxiliares se pusieron en orden de batalla.

816 A los troyanos mandábalos el gran Héctor Priámida, el de tremolante casco. Con él se armaban las tropas más copiosas y valientes, que ardían en deseos de blandir las lanzas.

819 De los dardanios era caudillo Eneas, valiente hijo de Anquises, de quien lo tuvo la divina Afrodita después que la diosa se unió con el mortal en un bosque del Ida. Con Eneas compartían el mando dos hijos de Anténor: Arquéloco y Acamante, diestros en toda suerte de pelea.

824 Los ricos troyanos que habitaban en Zelea, al pie del Ida, y bebían el agua del caudaloso Esepo, eran gobernados por Pándaro, hijo ilustre de Licaón, a quien Apolo en persona dio el arco.

828 Los que poseían las ciudades de Adrastea, Apeso, Pitiea y el alto monte de Terea, estaban a las órdenes de Adrasto y Anfio, de coraza de lino: ambos eran hijos de Mérope Percosio, el cual conocía como nadie el arte adivinatoria y no quería que sus hijos fuesen a la homicida guerra; pero ellos no lo obedecieron, impelidos por las parcas de la negra muerte.

835 Los que moraban en Percote, a orillas del Practio, y los que habitaban en Sesto, Abidos y la divina Arisbe eran mandados por Asio Hirtácida, príncipe de hombres, a quien fogosos y corpulentos corceles condujeron desde Arisbe, desde la ribera del río Seleente.

840 Hipótoo acaudillaba las tribus de los valerosos pelasgos que habitaban en la fértil Larisa. Mandábanlos él y Pileo, vástago de Ares, hijos del pelasgo Leto Teutámida.

844 A los tracios, que viven a orillas del alborotado Helesponto, los regían Acamante y el héroe Píroo.

846 Eufemo, hijo de Treceno Céada, alumno de Zeus, era el capitán de los belicosos cícones.

848 Pirecmes condujo los peonios, de corvos arcos, desde la lejana Amidón, desde la ribera del anchuroso Axio; del Axio, cuyas límpidas aguas se esparcen por la tierra.

851 A los paflagonios, procedentes del país de los énetos, donde se crían las mulas cerriles, los mandaba Pilémenes, de corazón varonil:

aquéllos poseían la ciudad de Citoro, cultivaban los campos de Sésamo y habitaban magníficas casas a orillas del río Partenio, en Cromna, Egíalo y los altos montes Eritinos.

856 Los halizones eran gobernados por Odio y Epístrofo y procedían de lejos: de Álibe, donde hay yacimientos de plata.

858 A los misios los regían Cromis y el augur Énnomo, que no pudo librarse, a pesar de los agüeros, de la negra muerte; pues sucumbió a manos del Eácida, el de los pies ligeros, en el río donde éste mató también a otros troyanos.

862 Forcis y el deiforme Ascanio acaudillaban a los frigios que habían llegado de la remota Ascania y anhelaban entrar en batalla.

864 A los meonios los gobernaban Mestles y Antifo, hijos de Talémenes, a quienes dio a luz la laguna Gigea. Tales eran los jefes de los meonios, nacidos al pie del Tmolo.

867 Nastes estaba al frente de los carios de bárbaro lenguaje. Los que ocupaban la ciudad de Mileto, el frondoso monte Ftirón, las orillas del Meandro y las altas cumbres de Mícale tenían por caudillos a Nastes y Anfímaco, preclaros hijos de Nomión; Nastes y Anfímaco, que iba al combate cubierto de oro como una doncella. ¡Insensato! No por ello se libró de la triste muerte, pues sucumbió en el río a manos del celerípede Eácida del aguerrido Aquiles, el de los pies ligeros; y éste se apoderó del oro.

876 Sarpedón y el eximio Glauco mandaban a los licios, que procedían de la remota Licia, de la ribera del voraginoso Janto.

CANTO III

Juramentos – Contemplando desde la muralla – Combate singular de Alejandro y Menelao

La primera se interrumpe para que se verifique el combate singular de Alejandro y Menelao, que no produce ningún resultado, pues, cuando aquél va a ser vencido, lo arrebata por los aires su madre la diosa Afrodita y lo lleva al lado de Helena.

1 Puestos en orden de batalla con sus respectivos jefes, los troyanos avanzaban chillando y gritando como aves —así profieren sus voces las grullas en el cielo, cuando, para huir del frío y de las lluvias torrenciales, vuelan gruyendo sobre la corriente del Océano y llevan la ruina y la muerte a los pigmeos, moviéndolos desde el aire cruda guerra— y los aqueos marchaban silenciosos, respirando valor y dispuestos a ayudarse mutuamente.

10 Así como el Noto derrama en las cumbres de un monte la niebla tan poco grata al pastor y más favorable que la noche para el ladrón, y sólo se ve el espacio a que alcanza una pedrada; así también, una densa polvareda se levantaba bajo los pies de los que se ponían en marcha y atravesaban con gran presteza la llanura.

15 Cuando ambos ejércitos se hubieron acercado el uno al otro, apareció en la primera fila de los troyanos Alejandro, semejante a un dios, con una piel de leopardo en los hombros, el corvo arco y la espada; y, blandiendo dos lanzas de broncínea punta, desafiaba a los más valientes argivos a que con él sostuvieran terrible combate.

21 Menelao, caro a Ares, violo venir con arrogante paso al frente de la tropa, y, como el león hambriento que ha encontrado un gran cuerpo de cornígero ciervo o de cabra montés, se alegra y te devora, aunque o persigan ágiles perros y robustos mozos; así Menelao se holgó de ver con sus propios ojos al deiforme Alejandro —figuróse que podría castigar al culpable— y al momento saltó del carro al suelo sin dejar las armas.

30 Pero el deiforme Alejandro, apenas distinguió a Menelao entre los combatientes delanteros, sintió que se le cubría el corazón, y, para librarse de la muerte, retrocedió al grupo de sus amigos. Como el que descubre un dragón en la espesura de un monte, se echa con prontitud hacia atrás, tiémblanle las carnes y se aleja con la palidez pintada en sus mejillas; así el

deiforme Alejandro, temiendo al hijo de Atreo, desapareció en la turba de los altivos troyanos.

38 Advirtiólo Héctor y lo reprendió con injuriosas palabras:

39 —¡Miserable Paris, el de más hermosa figura, mujeriego, seductor! Ojalá no te contaras en el número de los nacidos o hubieses muerto célibe. Yo así lo quisiera y te valdría más que ser la vergüenza y el oprobio de los tuyos. Los melenudos aqueos se ríen de haberte considerado como un bravo campeón por tu gallarda figura, cuando no hay en tu pecho ni fuerza ni valor. Y siendo cual eres, ¿reuniste a tus amigos, surcaste los mares en ligeros buques, visitaste a extranjeros y trajiste de remota tierra una mujer linda, esposa y cuñada de hombres belicosos, que es una gran plaga para tu padre, la ciudad y el pueblo todo, y causa de gozo para los enemigos y de confusión para ti mismo? ¿No esperas a Menelao, caro a Ares? Conocerías de qué varón tienes la floreciente esposa, y no te valdrían la cítara, los dones de Afrodita, la cabellera y la hermosura, cuando rodaras por el polvo. Los troyanos son muy tímidos; pues, si no, ya estarías revestido de una túnica de piedras por los males que les has causado.

58 Respondióle el deiforme Alejandro:

59 —¡Héctor! Con motivo me increpas y no más de lo justo; pero tu corazón es inflexible como el hacha que hiende un leño y multiplica la fuerza de quien la maneja hábilmente para cortar maderos de navío: tan intrépido es el ánimo que en tu pecho se encierra. No me eches en cara los amables dones de la dorada Afrodita, que no son despreciables los eximios presentes de los dioses y nadie puede escogerlos a su gusto. Y si ahora quieres que luche y combata, detén a los demás troyanos y a los aqueos todos, y dejadnos en medio a Menelao, caro a Ares, y a mí para que peleemos por Helena y sus riquezas: el que venza, por ser más valiente, lleve a su casa mujer y riquezas; y, después de jurar paz y amistad, seguid vosotros en la fértil Troya y vuelvan aquéllos a Argos, criadora de caballos, y a la Acaya, de lindas mujeres.

76 Así dijo. Oyólo Héctor con intenso placer, y, corriendo al centro de ambos ejércitos con la lanza cogida por el medio, detuvo las falanges troyanas, que al momento se quedaron quietas. Los melenudos aqueos le arrojaban flechas, dardos y piedras. Pero Agamenón, rey de hombres, gritóles con voz recia:

82 —Deteneos, argivos; no tiréis, jóvenes aqueos; pues Héctor, el de tremolante casco, quiere decirnos algo.

84 Así se expresó. Abstuviéronse de combatir y pronto quedaron silenciosos. Y Héctor, colocándose entre unos y otros, dijo:

86 —Oíd de mis labios, troyanos y aqueos de hermosas grebas, el ofrecimiento de Alejandro por quien se suscitó la contienda. Propone que troyanos y aqueos dejemos las bellas armas en el fértil suelo, y él y Menelao, caro a Ares, peleen en medio por Helena y sus riquezas todas: el que venza, por ser más valiente, llevará a su casa mujer y riquezas, y los demás juraremos paz y amistad.

95 Así dijo. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Y Menelao, valiente en la pelea, les habló de este modo:

97 —Ahora oídme también a mí. Tengo el corazón traspasado de dolor, y creo que ya, argivos y troyanos, debéis separaros, pues padecisteis muchos males por mi contienda, que Alejandro originó. Aquél de nosotros para quien se hallen aparejados el destino y la muerte perezca; y los demás separaos cuanto antes. Traed un cordero blanco y una cordera negra para la Tierra y el Sol; nosotros traeremos otro para Zeus. Conducid acá a Príamo para que en persona sancione los juramentos, pues sus hijos son soberbios y fementidos: no sea que por alguna transgresión se quebranten los juramentos prestados invocando a Zeus. El alma de los jóvenes es siempre voluble, y el viejo, cuando interviene en algo, tiene en cuenta lo pasado y lo futuro a fin de que se haga lo más conveniente para ambas partes.

111 Así dijo. Gozáronse aqueos y troyanos con la esperanza de que iba a terminar la calamitosa guerra. Detuvieron los corceles en las filas, bajaron de los carros y, dejando la armadura en el suelo, se pusieron muy cerca los unos de los otros. Un corto espacio mediaba entre ambos ejércitos.

116 Héctor despachó dos heraldos a la ciudad para que enseguida le trajeran las víctimas y llamaran a Príamo. El rey Agamenón, por su parte, mandó a Taltibio que se llegara a las cóncavas naves por un cordero. El heraldo no desobedeció al divino Agamenón.

121 Entonces la mensajera Iris fue en busca de Helena, la de níveos brazos, tomando la figura de su cuñada Laódice, mujer del rey Helicaón Antenórida, que era la más hermosa de las hijas de Príamo. Hallóla en el palacio tejiendo una gran tela doble, purpúrea, en la cual entretejía muchos trabajos que los troyanos, domadores de caballos, y los aqueos, de broncíneas corazas, habían padecido por ella por mano de Ares. Paróse Iris, la de los pies ligeros, junto a Helena, y así le dijo:

130 —Ven acá, ninfa querida, para que presencies los admirables hechos de los troyanos, domadores de caballos, y de los aqueos, de broncíneas corazas. Los que antes, ávidos del funesto combate, llevaban por la llanura al luctuoso Ares unos contra otros, se sentaron —pues la batalla se ha suspendido— y permanecen silenciosos, reclinados en los escudos, con las luengas picas clavadas en el suelo. Alejandro y Menelao, caro a Ares, lucharán por ti con ingentes lanzas, y el que venza lo llamará su amada esposa.

139 Cuando así hubo hablado, le infundió en el corazón dulce deseo de su anterior marido, de su ciudad y de sus padres. Y Helena salió al momento de la habitación, cubierta con blanco velo, derramando tiernas lágrimas; sin que fuera sola, pues la acompañaban dos doncellas, Etra, hija de Piteo, y Clímene, la de ojos de novilla. Pronto llegaron a las puertas Esceas.

146 Allí, sobre las puertas Esceas, estaban Príamo, Pántoo, Timetes, Lampo, Clitio, Hicetaón, vástago de Ares, y los prudentes Ucalegonte y Anténor, ancianos del pueblo; los cuales a causa de su vejez no combatían, pero eran buenos arengadores, semejantes a las cigarras que, posadas en los árboles de la selva, dejan oír su aguda voz. Tales próceres troyanos había en la torre. Cuando vieron a Helena, que hacia ellos se encaminaba, dijéronse unos a otros, hablando quedo, estas aladas palabras:

156 —No es reprensible que troyanos y aqueos, de hermosas grebas, sufran prolijos males por una mujer como ésta, cuyo rostro tanto se parece al de las diosas inmortales. Pero, aun siendo así, váyase en las naves, antes de que llegue a convertirse en una plaga para nosotros y para nuestros hijos.

161 Así hablaban. Príamo llamó a Helena y le dijo:

162 —Ven acá, hija querida; siéntate a mi lado para que veas a tu anterior marido y a sus parientes y amigos —pues a ti no te considero culpable, sino a los dioses que promovieron contra nosotros la luctuosa guerra de los aqueos— y me digas cómo se llama ese ingente varón, quién es ese aqueo gallardo y alto de cuerpo. Otros hay de mayor estatura, pero jamás vieron mis ojos un hombre tan hermoso y venerable. Parece un rey.

171 Contestó Helena, divina entre las mujeres:

172 —Me inspiras, suegro amado, respeto y temor. ¡Ojalá la muerte me hubiese sido grata cuando vine con tu hijo, dejando, a la vez que el tálamo, a mis hermanos, mi hija querida y mis amables compañeras! Pero no sucedió así, y ahora me consumo llorando. Voy a responder a tu

pregunta: Ése es el poderosísimo Agamenón Atrida, buen rey y esforzado combatiente, que fue cuñado de esta desvergonzada, si todo no ha sido sueño.

181 Así dijo. El anciano contemplólo con admiración y exclamó:

182 —¡Atrida feliz, nacido con suerte, afortunado! Muchos son los aqueos que lo obedecen. En otro tiempo fui a la Frigia, en viñas abundosa, y vi a muchos de sus naturales —los pueblos de Otreo y de Migdón, igual a un dios— que con los ágiles corceles acampaban a orillas del Sangario. Entre ellos me hallaba, a fuer de aliado, el día en que llegaron las varoniles amazonas. Pero no eran tantos como los aqueos de ojos vivos.

191 Fijando la vista en Ulises, el anciano volvió a preguntar:

192 —Ea, dime también, hija querida, quién es aquél, menor en estatura que Agamenón Atrida, pero más ancho de espaldas y de pecho. Ha dejado en el fértil suelo las armas y recorre las filas como un carnero. Parece un velloso carnero que atraviesa un gran rebaño de cándidas ovejas.

199 Al momento le respondió Helena, hija de Zeus:

200 —Aquél es el hijo de Laertes, el ingenioso Ulises, que se crio en la áspera Ítaca; tan hábil en urdir engaños de toda especie, como en dar prudentes consejos.

203 El sensato Anténor replicó al momento:

204 —Mujer, mucha verdad es lo que dices. Ulises vino por ti, como embajador, con Menelao, caro a Ares; yo los hospedé y agasajé en mi palacio y pude conocer la condición y los prudentes consejos de ambos. Entre los troyanos reunidos, de pie, sobresalía Menelao por sus anchas espaldas; sentados, era Ulises más majestuoso. Cuando hilvanaban razones y consejos para todos nosotros, Menelao hablaba de prisa, poco, pero muy claramente: pues no era verboso, ni, con ser el más joven, se apartaba del asunto; el ingenioso Ulises, después de levantarse, permanecía en pie con la vista baja y los ojos clavados en el suelo, no meneaba el cetro que tenía inmóvil en la mano, y parecía un ignorante: lo hubieras tomado por un iracundo o por un estúpido. Mas tan pronto como salían de su pecho las palabras pronunciadas con voz sonora, como caen en invierno los copos de nieve, ningún mortal hubiese disputado con Ulises. Y entonces ya no admirábamos tanto la figura de héroe.

225 Reparando la tercera vez en Ayante, dijo el anciano:

226 —¿Quién es ese otro aqueo gallardo y alto, que descuella entre los argivos por su cabeza y anchas espaldas?

228 Respondió Helena, la de largo peplo, divina entre las mujeres:

229 —Ése es el ingente Ayante, antemural de los aqueos. Al otro lado está Idomeneo, como un dios, entre los cretenses; rodéanlo los capitanes de sus tropas. Muchas veces Menelao, caro a Ares, lo hospedó en nuestro palacio cuando venía de Creta. Distingo a los demás aqueos de ojos vivos, y me sería fácil reconocerlos y nombrarlos; mas no veo a dos caudillos de hombres, Cástor, domador de caballos, y Pólux, excelente púgil, hermanos carnales que me dio mi madre. ¿Acaso no han venido de la amena Lacedemonia? ¿O llegaron en las naves, surcadoras del ponto, y no quieren entrar en combate para no hacerse partícipes de mi deshonra y de mis muchos oprobios?

243 Así habló. A ellos la fértil tierra los tenía ya consigo, en Lacedemoma, en su misma patria.

243 Los heraldos atravesaban la ciudad con las víctimas para los divinos juramentos, los dos corderos, y el regocijador vino, fruto de la tierra, encerrado en un odre de piel de cabra. El heraldo Ideo llevaba además una reluciente crátera y copas de oro; y, acercándose al anciano, invitólo diciendo:

250 —¡Levántate, Laomedontíada! Los próceres de los troyanos, domadores de caballos, y de los aqueos, de broncíneas corazas, te piden que bajes a la llanura y sanciones los fieles juramentos; pues Alejandro y Menelao, caro a Ares, combatirán con luengas lanzas por la esposa: mujer y riquezas serán del que venza, y, después de pactar amistad con fieles juramentos, nosotros seguiremos habitando la fértil Troya, y aquéllos volverán a Argos, criador de caballos, y a Acaya, la de lindas mujeres.

259 Así dijo. Estremecióse el anciano y mandó a los amigos que engancharan los caballos. Obedeciéronlo solícitos. Subió Príamo y cogió las riendas; a su lado, en el magnífico carro, se puso Anténor. E inmediatamente guiaron los ligeros corceles hacia la llanura por las puertas Esceas.

264 Cuando hubieron llegado al campo, descendieron del carro al almo suelo y se encaminaron al espacio que mediaba entre los troyanos y los aqueos. Levantóse al punto el rey de hombres, Agamenón, levantóse también el ingenioso Ulises; y los heraldos conspicuos juntaron las víctimas que debían inmolarse para los sagrados juramentos, mezclaron vinos en la crátera y dieron aguamanos a los reyes. El Atrida, con la daga que llevaba junto a la gran vaina de la espada, cortó pelo de la cabeza de los corderos, y

los heraldos lo repartieron a los próceres troyanos y aqueos. Y, colocándose el Atrida en medio de todos, oró en alta voz con las manos levantadas:

276 —¡Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! ¡Sol, que todo lo ves y todo lo oyes! ¡Ríos! ¡Tierra! ¡Y vosotros que en lo profundo castigáis a los muertos que fueron perjuros! Sed todos testigos y guardad los fieles juramentos: Si Alejandro mata a Menelao, sea suya Helena con todas las riquezas y nosotros volvámonos en las naves, surcadoras del ponto; mas si el rubio Menelao mata a Alejandro, devuélvannos los troyanos a Helena y las riquezas todas, y paguen a los argivos la indemnización que sea justa para que llegue a conocimiento de los hombres venideros. Y, si, vencido Alejandro, Príamo y sus hijos se negaren a pagar la indemnización, me quedaré a combatir por ella hasta que termine la guerra.

292 Dijo, cortóles el cuello a los corderos y los puso palpitantes, pero sin vida, en el suelo; el cruel bronce les había quitado el vigor. Llenaron las copas sacando vino de la crátera, y derramándolo oraban a los sempiternos dioses. Y algunos de los aqueos y de los troyanos exclamaron:

298 —¡Zeus gloriosísimo, máximo! ¡Dioses inmortales! Los primeros que obren contra lo jurado, vean derramárseles a tierra, como este vino, sus sesos y los de sus hijos, y sus esposas caigan en poder de extraños.

302 De esta manera hablaban, pero el Cronión no ratificó el voto. Y Príamo Dardánida les dijo:

304 —¡Oídme, troyanos y aqueos, de hermosas grebas! Yo regresaré a la ventosa Ilio, pues no podría ver con estos ojos a mi hijo combatiendo con Menelao, caro a Ares. Zeus y los demás dioses inmortales saben para cuál de ellos tiene el destino preparada la muerte.

310 Dijo, y el varón igual a un dios colocó los corderos en el carro, subió él mismo y tomó las riendas; a su lado, en el magnífico carro, se puso Anténor. Y al instante volvieron a Ilio.

314 Héctor, hijo de Príamo, y el divino Ulises midieron el campo, y, echando dos suertes en un casco de bronce, lo meneaban para decidir quién sería el primero en arrojar la broncínea lanza. Los hombres oraban y levantaban las manos a los dioses. Y algunos de los aqueos y de los troyanos exclamaron:

320 —¡Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! Concede que quien tantos males nos causó a unos y a otros, muera y

descienda a la morada de Hades, y nosotros disfrutemos de la jurada amistad.

324 Así decían. El gran Héctor, el de tremolante casco, agitaba las suertes volviendo el rostro atrás: pronto saltó la de Paris. Sentáronse los guerreros, sin romper las filas, donde cada uno tenía los briosos corceles y las labradas armas. El divino Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa cabellera, vistió una magnífica armadura: púsose en las piernas elegantes grebas ajustadas con broches de plata; protegió el pecho con la coraza de su hermano Licaón, que se le acomodaba bien; colgó del hombro una espada de bronce guarnecida con clavos de plata; embrazó el grande y fuerte escudo; cubrió la robusta cabeza con un hermoso casco, cuyo terrible penacho de crines de caballo ondeaba en la cimera, y asió una fornida lanza que su mano pudiera manejar. De igual manera vistió las armas el aguerrido Menelao.

340 Cuando hubieron acabado de armarse separadamente de la muchedumbre, aparecieron en el lugar que mediaba entre ambos ejércitos, mirándose de un modo terrible; y así los troyanos, domadores de caballos, como los aqueos, de hermosas grebas, se quedaron atónitos al contemplarlos. Encontráronse aquéllos en el medido campo, y se detuvieron blandiendo las lanzas y mostrando el odio que recíprocamente se tenían. Alejandro arrojó el primero la luenga lanza y dio un bote en el escudo liso del Atrida, sin que el bronce lo rompiera: la punta se torció al chocar con el fuerte escudo. Y Menelao Atrida, disponiéndose a acometer con la suya, oró al padre Zeus:

351 —¡Soberano Zeus! Permíteme castigar al divino Alejandro, que me ofendió primero, y hazlo sucumbir a mis manos, para que los hombres venideros teman ultrajar a quien los hospedare y les ofreciere su amistad.

355 Dijo, y blandiendo la luenga lanza, acertó a dar en el escudo liso del Priámida. La ingente lanza atravesó el terso escudo, se clavó en la labrada coraza y rasgó la túnica sobre el ijar. Inclinóse el troyano y evitó la negra muerte. El Atrida desenvainó entonces la espada guarnecida de argénteos clavos; pero, al herir al enemigo en la cimera del casco, se le cayó de la mano, rota en tres o cuatro pedazos. Y el Atrida, alzando los ojos al anchuroso cielo, se lamentó diciendo:

365 —¡Padre Zeus, no hay dios más funesto que tú! Esperaba castigar la perfidia de Alejandro, y la espada se quiebra en mis manos, la lanza es arrojada inútilmente y no consigo vencerlo.

369 Dice, y arremetiendo a Paris, cógelo por el casco adornado con espesas crines de caballo, que retuerce, y lo arrastra hacia los aqueos de hermosas grebas, medio ahogado por la bordada correa que, atada por debajo de la barba para asegurar el casco, le apretaba el delicado cuello. Y se lo hubiera llevado, consiguiendo inmensa gloria, si al punto no lo hubiese advertido Afrodita, hija de Zeus, que rompió la correa hecha del cuero de un buey degollado: el casco vacío siguió a la robusta mano, el héroe lo volteó y arrojó a los aqueos, de hermosas grebas, y sus fieles compañeros lo recogieron. De nuevo asaltó Menelao a Paris para matarlo con la broncínea lanza; pero Afrodita arrebató a su hijo con gran facilidad, por ser diosa, y llevólo, envuelto en densa niebla, al oloroso y perfumado tálamo. Luego fue a llamar a Helena, hallándola en la alta torre con muchas troyanas; tiró suavemente de su perfumado velo, y, tomando la figura de una anciana cardadora que allá en Lacedemonia le preparaba a Helena hermosas lanas y era muy querida de ésta, díjole la diosa Afrodita:

390 —Ven acá. Te llama Alejandro para que vuelvas a tu casa. Hállase, esplendente por su belleza y sus vestidos, en el torneado lecho de la cámara nupcial. No dirías que viene de combatir, sino que va al baile o que reposa de reciente danza.

395 Así dijo. Helena sintió que en el pecho le palpitaba el corazón; pero, al ver el hermosísimo cuello, los lindos pechos y los refulgentes ojos de la diosa, se asombró y le dijo:

399 —¡Cruel! ¿Por qué quieres engañarme? ¿Me llevarás acaso más allá, a cualquier populosa ciudad de la Frigia o de la Meonia amena donde algún hombre dotado de palabra te sea querido? ¿Vienes con engaños porque Menelao ha vencido al divino Alejandro, y quieres que yo, la odiosa, vuelva a su casa? Ve, siéntate al lado de Paris, deja el camino de las diosas, no te conduzcan tus pies al Olimpo; y llora, y vela por él, hasta que te haga su esposa o su esclava. No iré allá, ¡vergonzoso fuera!, a compartir su lecho; todas las troyanas me lo vituperarían, y ya son muchos los pesares que conturban mi corazón.

413 La divina Afrodita le respondió airada:

414 —¡No me irrites, desgraciada! No sea que, enojándome, te desampare; te aborrezca de modo tan extraordinario como hasta aquí te amé; ponga funestos odios entre troyanos y dánaos, y tú perezcas de mala muerte.

418 Así dijo. Helena, hija de Zeus, tuvo miedo; y, echándose el blanco y espléndido velo, salió en silencio tras la diosa, sin que ninguna de las troyanas lo advirtiera.

421 Tan pronto como llegaron al magnífico palacio de Alejandro, las esclavas volvieron a sus labores, y la divina entre las mujeres se fue derecha a la cámara nupcial de elevado techo. La risueña Afrodita colocó una silla delante de Alejandro; sentóse Helena, hija de Zeus, que lleva la égida, y, apartando la vista de su esposo, lo increpó con estas palabras:

428 —¡Vienes de la lucha, y hubieras debido perecer a manos del esforzado varón que fue mi anterior marido! Blasonabas de ser superior a Menelao, caro a Ares, en fuerza, en puños y en el manejo de la lanza; pues provócalo de nuevo a singular combate. Pero no: te aconsejo que desistas, y no quieras pelear ni contender temerariamente con el rubio Menelao; no sea que enseguida sucumbas, herido por su lanza.

437 Respondióle Paris con estas palabras:

438 —Mujer, no me zahieras con amargos baldones. Hoy ha vencido Menelao con el auxilio de Atenea; otro día lo venceré yo, pues también tenemos dioses que nos protegen. Mas, ea, acostémonos y volvamos a ser amigos. Jamás la pasión se apoderó de mi espíritu como ahora; ni cuando, después de robarte, partimos de la amena Lacedemonia en las naves surcadoras del ponto y llegamos a la isla de Cránae, donde me unió contigo amoroso consorcio: con tal ansia te amo en este momento y tan dulce es el deseo que de mí se apodera.

447 Dijo, y empezó a encaminarse al tálamo; y enseguida lo siguió la esposa.

448 Acostáronse ambos en el torneado lecho, mientras el Atrida se revolvía entre la muchedumbre, como una fiera, buscando al deiforme Alejandro. Pero ningún troyano ni aliado ilustre pudo mostrárselo a Menelao, caro a Ares; que no por amistad lo hubiesen ocultado, pues a todos se les había hecho tan odioso como la negra muerte. Y Agamenón, rey de hombres, les dijo:

456 —¡Oíd, troyanos, dárdanos y aliados! Es evidente que la victoria quedó por Menelao, caro a Ares; entregadnos la argiva Helena con sus riquezas y pagad una indemnización, la que sea justa, para que llegue a conocimiento de los hombres venideros.

461 Así dijo el Atrida, y los demás aqueos aplaudieron.

CANTO IV

Violación de los juramentos – Agamenón revista las tropas

Menelao lo busca por el campo de batalla y recibe en la cintura el impacto de una flecha lanzada por Pándaro, que así rompe la tregua convenida por los dos ejércitos antes de empezar el singular desafío. Entonces comienza una encarnizada lucha entre aqueos y troyanos.

1 Sentados en el áureo pavimento junto a Zeus, los dioses celebraban consejo. La venerable Hebe escanciaba néctar, y ellos recibían sucesivamente la copa de oro y contemplaban la ciudad de Troya. Pronto el Cronida intentó zaherir a Hera con mordaces palabras; y, hablando fingidamente, dijo:

7 —Dos son las diosas que protegen a Menelao, Hera argiva y Atenea alalcomenia; pero, sentadas a distancia, se contentan con mirarlo; mientras que Afrodita, amante de la risa, acompaña constantemente al otro y lo libra de Las parcas, y ahora lo acaba de salvar cuando él mismo creía perecer. Pero, como la victoria quedó por Menelao, caro a Ares, deliberemos sobre sus futuras consecuencias: si conviene promover nuevamente el funesto combate y la terrible pelea, o reconciliar a entrambos pueblos. Si a todos pluguiera y agradara, la ciudad del rey Príamo continuaría poblada y Menelao se llevaría la argiva Helena.

20 Así dijo. Atenea y Hera, que tenían Los asientos contiguos y pensaban en causar daño a Los troyanos, se mordieron Los labios. Atenea, aunque airada contra su padre Zeus y poseída de feroz cólera, guardó silencio y nada dijo; pero a Hera no le cupo la ira en el pecho, y exclamó:

25 —¡Crudelísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! ¿Quieres que sea vano e ineficaz mi trabajo y el sudor que me costó? Mis corceles se fatigaron, cuando reunía el ejército contra Príamo y sus hijos. Haz lo que dices, pero no todos los dioses te lo aprobaremos.

30 Respondióle muy indignado Zeus, que amontona las nubes:

31 —¡Desdichada! ¿Qué graves ofensas te infieren Príamo y sus hijos para que continuamente anheles destruir la bien edificada ciudad de Ilio? Si trasponiendo las puertas de los altos muros, te comieras crudo a Príamo, a sus hijos y a los demás troyanos, quizá tu cólera se apaciguara. Haz lo que te plazca; no sea que de esta disputa se origine una gran riña entre nosotros. Otra cosa voy a decirte que fijarás en la memoria: cuando yo tenga

vehemente deseo de destruir alguna ciudad donde vivan amigos tuyos, no retardes mi cólera y déjame hacer lo que quiera, ya que ésta te la cedo espontáneamente, aunque contra los impulsos de mi alma. De las ciudades que los hombres terrestres habitan debajo del sol y del cielo estrellado, la sagrada Ilio era la preferida de mi corazón, con Príamo y su pueblo armado con lanzas de fresno. Mi altar jamás careció en ella del alimento debido, libaciones y vapor de grasa quemada; que tales son los honores que se nos deben.

50 Contestóle enseguida Hera veneranda, la de ojos de novilla:

51 —Tres son las ciudades que más quiero: Argos, Esparta y Micenas, la de anchas calles; destrúyelas cuando las aborrezca tu corazón, y no las defenderé, ni me opondré siquiera. Y si me opusiere y no lo permitiere destruirlas, nada conseguiría, porque tu poder es muy superior. Pero es preciso que mi trabajo no resulte inútil. También yo soy una deidad, nuestro linaje es el mismo y el artero Crono engendróme la más venerable, por mi abolengo y por llevar el nombre de esposa tuya, de ti que reinas sobre los inmortales todos. Transijamos, yo contigo y tú conmigo, y los demás dioses inmortales nos seguirán. Manda presto a Atenea que vaya al campo de la terrible batalla de los troyanos y los aqueos, y procure que los troyanos empiecen a ofender, contra lo jurado, a los envanecidos aqueos.

68 Así dijo. No desobedeció el padre de los hombres y de los dioses; y, dirigiéndose a Atenea, profirió enseguida estas aladas palabras:

70 —Ve muy presto al campo de los troyanos y de los aqueos, y procura que los troyanos empiecen a ofender, contra lo jurado, a los envanecidos aqueos.

73 Con tales voces instigólo a hacer lo que ella misma deseaba; y Atenea bajó en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo. Cual fúlgida estrella que, enviada como señal por el hijo del artero Crono a los navegantes o a los individuos de un gran ejército, despide gran número de chispas; de igual modo Palas Atenea se lanzó a la tierra y cayó en medio del campo. Asombráronse cuantos la vieron, así los troyanos, domadores de caballos, como los aqueos, de hermosas grebas, y no faltó quien dijera a su vecino:

82 —O empezará nuevamente el funesto combate y la terrible pelea, o Zeus, árbitro de la guerra humana, pondrá amistad entre ambos pueblos.

85 De esta manera hablaban algunos de los aqueos y de los troyanos. La diosa, transfigurada en varón —parecíase a Laódoco Antenórida,

esforzado combatiente—, penetró por el ejército troyano buscando al deiforme Pándaro. Halló por fin al eximio y fuerte hijo de Licaón en medio de las filas de hombres valientes, escudados, que con él habían llegado de las orillas del Esepo; y, deteniéndose cerca de él, le dijo estas aladas palabras:

93 —¿Querrás obedecerme, hijo valeroso de Licaón? ¡Te atrevieras a disparar una veloz flecha contra Menelao! Alcanzarías gloria entre los troyanos y te lo agradecerían todos, y particularmente el príncipe Alejandro; éste te haría espléndidos presentes, si viera que a Menelao, belicoso hijo de Atreo, lo subían a la triste pira, muerto por una de tus flechas. Ea, tira una saeta al ínclito Menelao, y vota sacrificar a Apolo nacido en Licia, célebre por su arco, una hecatombe perfecta de corderos primogénitos cuando vuelvas a tu patria, la sagrada ciudad de Zelea.

Así dijo Atenea. El insensato se dejó persuadir, y asió enseguida el pulido arco hecho con las astas de un lascivo buco montés, a quien él había acechado y herido en el pecho cuando saltaba de un peñasco: el animal cayó de espaldas en la roca, y sus cuernos de dieciséis palmos fueron ajustados y pulidos por hábil artífice y adornados con anillos de oro. Pándaro tendió el arco, bajándolo e inclinándolo al suelo, y sus valientes amigos lo cubrieron con los escudos, para que los belicosos aqueos no arremetieran contra él antes que Menelao, aguerrido hijo de Atreo, fuese herido. Destapó el carcaj y sacó una flecha nueva, alada, causadora de acerbos dolores; adaptó enseguida a la cuerda del arco la amarga saeta, y votó a Apolo nacido en Licia, el de glorioso arco, sacrificarle una espléndida hecatombe de corderos primogénitos cuando volviera a su patria, la sagrada ciudad de Zelea. Y, cogiendo a la vez las plumas y el bovino nervio, tiró hacia su pecho y acercó la punta de hierro al arco. Armado así, rechinó el gran arco circular, crujió la cuerda y saltó la puntiaguda flecha deseosa de volar sobre la multitud.

127 No se olvidaron de ti, oh Menelao, los felices e inmortales dioses y especialmente la hija de Zeus, que impera en las batallas; la cual, poniéndose delante, desvió la amarga flecha: apartóla del cuerpo como la madre ahuyenta una mosca de su niño que duerme con plácido sueño, y la dirigió al lugar donde los anillos de oro sujetaban el cinturón y la coraza era doble. La amarga saeta atravesó el ajustado cinturón, obra de artífice; se clavó en la magnífica coraza, y, rompiendo la chapa que el héroe llevaba

para proteger el cuerpo contra las flechas y que lo defendió mucho, rasguñó la piel y al momento brotó de la herida la negra sangre.

141 Como una mujer meonia o caria tiñe en púrpura el marfil que ha de adornar el freno de un caballo, muchos jinetes desean llevarlo y aquélla lo guarda en su casa para un rey a fin de que sea ornamento para el caballo y motivo de gloria para el caballero; de la misma manera, oh Menelao, se tiñeron de sangre tus bien formados muslos, las piernas, y más abajo los hermosos tobillos.

148 Estremecióse el rey de hombres, Agamenón, al ver la negra sangre que manaba de la herida. Estremecióse asimismo Menelao, caro a Ares; mas, como advirtiera que quedaban fuera el nervio y las plumas, recobró el ánimo en su pecho. Y el rey Agamenón, asiendo de la mano a Menelao, dijo entre hondos suspiros mientras los compañeros gemían:

155 —¡Hermano querido! Para tu muerte celebré el jurado convenio cuando te puse delante de todos a fin de que lucharas por los aqueos, tú solo, con los troyanos. Así te han herido: pisoteando los juramentos de fidelidad. Pero no serán inútiles el pacto, la sangre de los corderos, las libaciones de vino puro y el apretón de manos en que confiábamos. Si el Olímpico no los castiga ahora, lo hará más tarde, y pagarán cuanto hicieron con una gran pena: con sus propias cabezas, sus mujeres y sus hijos. Bien lo conoce mi inteligencia y lo presiente mi corazón: día vendrá en que perezcan la sagrada Ilio, y Príamo, y su pueblo armado con lanzas de Fresno; el excelso Zeus Cronida, que vive en el éter, irritado por este engaño, agitará contra ellos su égida espantosa. Todo esto ha de suceder irremisiblemente. Pero será grande mi pesar, oh Menelao, si mueres y llegas al término fatal de tu vida, y he de volver con gran oprobio a la árida Argos; porque los aqueos se acordarán enseguida de su tierra patria, dejaremos como trofeos en poder de Príamo y de los troyanos a la argiva Helena, y tus huesos se pudrirán en Troya a causa de una empresa no llevada a cumplimiento. Y alguno de los troyanos soberbios exclamará, saltando sobre la tumba del glorioso Menelao: «Así efectúe Agamenón todas sus venganzas como ésta; pues trajo inútilmente un ejército aqueo y regresó a su patria con las naves vacías, dejando aquí al valiente Menelao». Y cuando esto diga, ábraseme la anchurosa tierra.

183 Para tranquilizarlo, respondió el rubio Menelao:

184 —Ten ánimo y no espantes a los aqueos. La aguda flecha no se me ha clavado en sitio mortal, pues me protegió por fuera el labrado cinturón y

por dentro la faja y la chapa que forjaron obreros broncistas.

188 Contestóle el rey Agamenón, diciendo:

189 —¡Ojalá sea así, querido Menelao! Un médico reconocerá la herida y le aplicará drogas que calmen los terribles dolores.

192 Dijo, y enseguida dio esta orden al divino heraldo Taltibio:

193 —¡Taltibio! Llama pronto a Macaón, el hijo del insigne médico Asclepio, para que reconozca al aguerrido Menelao, hijo de Atreo, a quien ha flechado un hábil arquero troyano o licio; gloria para él y llanto para nosotros.

198 Así dijo, y el heraldo al oírlo no desobedeció. Fuese por entre los aqueos, de broncíneas corazas, buscó con la vista al héroe Macaón y lo halló en medio de las fuertes filas de hombres escudados que lo habían seguido desde Trica, criadora de caballos. Y, deteniéndose cerca de él, le dirigió estas aladas palabras:

204 —¡Ven, Asclepíada! Te llama el rey Agamenón para que reconozcas al aguerrido Menelao, caudillo de los aqueos, a quien ha flechado hábil arquero troyano o licio; gloria para él y llanto para nosotros.

208 Así dijo, y Macaón sintió que en el pecho se le conmovía el ánimo. Atravesaron, hendiendo por la gente, el espacioso campamento de los aqueos; y llegando al lugar donde fue herido el rubio Menelao (éste aparecía como un dios entre los principales caudillos que en torno de él se habían congregado), Macaón arrancó la flecha del ajustado cíngulo; pero, al tirar de ella, rompiéronse las plumas, y entonces desató el vistoso cinturón y quitó la faja y la chapa que habían hecho obreros broncistas. Tan pronto como vio la herida causada por la cruel saeta, chupó la sangre y aplicó con pericia drogas calmantes que a su padre había dado Quirón en prueba de amistad.

220 Mientras se ocupaban en curar a Menelao, valiente en la pelea, llegaron las huestes de los escudados troyanos; vistieron aquéllos la armadura, y ya sólo pensaron en el combate.

223 Entonces no hubieras visto que el divino Agamenón se durmiera, temblara o rehuyera el combate, pues iba presuroso a la lid, donde los varones alcanzan gloria. Dejó los caballos y el carro de broncíneos adornos —Eurimedonte, hijo de Ptolomeo Piraída, se quedó a cierta distancia con los fogosos corceles—, encargó al auriga que no se alejara por si el cansancio se apoderaba de sus miembros, mientras ejercía el mando sobre aquella multitud de hombres y empezó a recorrer a pie las hileras de

guerreros. A cuantos veía, de entre los dánaos de ágiles corceles, que se apercibían para la pelea, los animaba diciendo:

234 —¡Argivos! No desmaye vuestro impetuoso valor. El padre Zeus no protegerá a los pérfidos: como han sido los primeros en faltar a lo jurado, sus tiernas carnes serán pasto de buitres y nosotros nos llevaremos en las naves a sus esposas e hijos cuando tomemos la ciudad.

240 A los que veía remisos en marchar al odioso combate, los increpaba con iracundas voces:

241 —¡Argivos que sólo con el arco sabéis pelear, hombres vituperables! ¿No os avergonzáis? ¿Por qué os hallo atónitos como cervatos que, habiendo corrido por espacioso campo, se detienen cuando ningún vigor queda en su pecho? Así estáis vosotros: pasmados y sin combatir. ¿Aguardáis acaso que los troyanos lleguen a la orilla del espumoso mar donde tenemos las naves de lindas popas, para ver si el Cronión extiende su mano sobre vosotros?

250 De tal suerte revistaba, como generalísimo, las filas de guerreros. Andando por entre la muchedumbre, llegó al sitio donde los cretenses vestían las armas con el aguerrido Idomeneo. Éste, semejante a un jabalí por su bravura, se hallaba en las primeras filas, y Meriones enardecía a los soldados de las últimas falanges. Al verlos, el rey de hombres, Agamenón, se alegró y al punto dijo a Idomeneo con suaves voces:

257 —¡Idomeneo! Te honro de un modo especial entre los dánaos, de ágiles corceles, así en la guerra a otra empresa, como en el banquete, cuando los próceres argivos beben el negro vino de honor mezclado en las cráteras. A los demás aqueos de larga cabellera se les da su ración; pero tú tienes siempre la copa llena, como yo, y bebes cuanto te place. Corre ahora a la batalla y muestra el denuedo de que te jactas.

265 Respondióle Idomeneo, caudillo de los cretenses:

266 —¡Atrida! Siempre he de ser tu amigo fiel, como lo aseguré y prometí que lo sería. Pero exhorta a los demás melenudos aqueos, para que cuanto antes peleemos con los troyanos, ya que éstos han roto los pactos. La muerte y toda clase de calamidades les aguardan, por haber sido los primeros en faltar a lo jurado.

272 Así dijo, y el Atrida con el corazón alegre pasó adelante. Andando por entre la muchedumbre llegó al sitio donde estaban los Ayantes. Éstos se armaban, y una nube de infantes los seguía. Como el nubarrón, impelido por el céfiro, camina sobre el mar y se le ve a lo lejos negro como la pez y

preñado de tempestad, y el cabrero se estremece al divisarlo desde una altura, y, antecogiendo el ganado, lo conduce a una cueva; de igual modo iban al dañoso combate, con los Ayantes, las densas y obscuras falanges de jóvenes ilustres, erizadas de lanzas y escudos. Al verlos, el rey Agamenón se regocijó, y dijo estas aladas palabras:

285 —¡Ayantes, príncipes de los argivos de broncíneas corazas! A vosotros —inoportuno fuera exhortaros— nada os encargo, porque ya instigáis al ejército a que pelee valerosamente. Ojalá, ¡padre Zeus, Atenea, Apolo!, que hubiese el mismo ánimo en todos los pechos, pues pronto la ciudad del rey Príamo sería tomada y destruida por nuestras manos.

292 Cuando así hubo hablado, los dejó y se fue hacia otros. Halló a Néstor, elocuente orador de los pilios, ordenando a los suyos y animándolos a pelear, junto con el gran Pelagonte, Alástor, Cromio, el poderoso Hemón y Biante, pastor de hombres. Ponía delante, con los respectivos carros y corceles, a los que desde aquéllos combatían; detrás, a gran copia de valientes peones que en la batalla formaban como un muro, y en medio, a los cobardes para que mal de su grado tuviesen que combatir. Y, dando instrucciones a los primeros, les encargaba que sujetaran los caballos y no promoviesen confusión entre la muchedumbre:

303 —Nadie, confiando en su pericia ecuestre o en su valor, quiera luchar solo y fuera de las filas con los troyanos; que asimismo nadie retroceda; pues con mayor facilidad seríais vencidos. El que caiga del carro y suba al de otro pelee con la lanza, pues hacerlo así es mucho mejor. Con tal prudencia y ánimo en el pecho destruyeron los antiguos muchas ciudades y murallas.

310 De tal suerte el anciano, diestro desde antiguo en la guerra, los enardecía. Al verlo, el rey Agamenón se alegró, y le dijo estas aladas palabras:

313 —¡Oh anciano! ¡Así como conservas el ánimo en tu pecho, tuvieras ágiles las rodillas y sin menoscabo las fuerzas! Pero te abruma la vejez, que a nadie respeta. Ojalá que otro cargase con ella y tú fueras contado en el número de los jóvenes.

317 Respondióle Néstor, caballero gerenio:

318 —¡Atrida! También yo quisiera ser como cuando maté al divino Ereutalión. Pero jamás las deidades lo dieron todo y a un mismo tiempo a los hombres: si entonces era joven, ya para mí llegó la senectud. Esto no obstante, acompañaré a los que combaten en carros para exhortarlos con

consejos y palabras, que tal es la misión de los ancianos. Las lanzas las blandirán los jóvenes, que son más vigorosos y pueden confiar en sus fuerzas.

326 Así dijo, y el Atrida pasó adelante con el corazón alegre. Halló al excelente jinete Menesteo, hijo de Péteo, de pie entre los atenienses ejercitados en la guerra. Estaba cerca de ellos el ingenioso Ulises, y a poca distancia las huestes de los fuertes cefalenios, los cuales, no habiendo oído el grito de guerra —pues así las falanges de los troyanos, domadores de caballos, como las de los aqueos, se ponían entonces en movimiento—, aguardaban que otra columna aquea cerrara con los troyanos y diera principio la batalla. Al verlos, el rey Agamenón los increpó con estas aladas palabras:

338 —¡Hijo del rey Péteo, alumno de Zeus, y tú, perito en malas artes, astuto! ¿Por qué, medrosos, os abstenéis de pelear y esperáis que otros tomen la ofensiva? Debierais estar entre los delanteros y correr a la ardiente pelea, ya que os invito antes que a nadie cuando los aqueos damos un banquete a los próceres. Entonces os gusta comer carne asada y beber sin tasa copas de dulce vino, y ahora veríais con placer que diez columnas aqueas combatieran delante de vosotros con el cruel bronce.

349 Encarándole la torva vista, exclamó el ingenioso Ulises:

350 —¡Atrida! ¡Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes! ¿Por qué dices que somos remisos en ir al combate? Cuando los aqueos excitemos al feroz Ares contra los troyanos domadores de caballos, verás, si quieres y te importa, cómo el padre amado de Telémaco penetra por las primeras filas de los troyanos, domadores de caballos. Vano y sin fundamento es tu lenguaje.

356 Cuando el rey Agamenón comprendió que el héroe se irritaba, sonrióse y, retractándose dijo:

358 —¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardides! No ha sido mi intento ni reprenderte en demasía, ni darte órdenes. Conozco los benévolos sentimientos del corazón que tienes en el pecho, pues tu modo de pensar coincide con el mío. Pero ve, y si te dije algo ofensivo, luego arreglaremos este asunto. Hagan los dioses que todo se lo lleve el viento.

364 Esto dicho, los dejó allí, y se fue hacia otros. Halló al animoso Diomedes, hijo de Tideo, de pie entre los corceles y los sólidos carros; y a su lado a Esténelo, hijo de Capaneo. En viendo a aquél, el rey Agamenón lo reprendió, profiriendo estas aladas palabras:

370 —¡Ay, hijo del aguerrido Tideo, domador de caballos! ¿Por qué tiemblas? ¿Por qué miras azorado el espacio que de los enemigos nos separa? No solía Tideo temblar de este modo, sino que, adelantándose a sus compañeros, peleaba con el enemigo. Así lo refieren quienes lo vieron combatir, pues yo no lo presencié ni lo vi, y dicen que a todos superaba. Estuvo en Micenas, no para guerrear, sino como huésped, junto con el divino Polinices, cuando ambos reclutaban tropas para dirigirse contra los sagrados muros de Teba. Mucho nos rogaron que les diéramos auxiliares ilustres, y los ciudadanos querían concedérselos y prestaban asenso a lo que se les pedía; pero Zeus, con funestas señales, les hizo variar de opinión. Volviéronse aquéllos; después de andar mucho, llegaron al Asopo, cuyas orillas pueblan juncales y prados, y los aqueos nombraron embajador a Tideo para que fuera a Teba. En el palacio del fuerte Eteocles encontrábanse muchos cadmeos reunidos en banquete; pero ni allí, siendo huésped y solo entre tantos, se turbó el eximio jinete Tideo: los desafiaba y vencía fácilmente en toda clase de luchas. ¡De tal suerte lo protegía Atenea! Cuando se fue, irritados los cadmeos, aguijadores de caballos, pusieron en emboscada a cincuenta jóvenes al mando de dos jefes: Meón Hemónida, que parecía un inmortal, y Polifonte, intrépido hijo de Autófono. A todos les dio Tideo ignominiosa muerte menos a uno, a Meón, a quien permitió, acatando divinales indicaciones, que volviera a la ciudad. Tal fue Tideo etolio, y el hijo que engendró le es inferior en el combate y superior en el ágora.

401 Así dijo. El fuerte Diomedes oyó con respeto la increpación del venerable rey y guardó silencio, pero el hijo del glorioso Capaneo hubo de replicarle:

404 —¡Atrida! No mientas, pudiendo decir la verdad. Nos gloriamos de ser más valientes que nuestros padres, pues hemos tomado a Teba, la de las siete puertas, con un ejército menos numeroso, que, confiando en divinales indicaciones y en el auxilio de Zeus, reunimos al pie de su muralla, consagrada a Ares; mientras que aquéllos perecieron por sus locuras. No nos consideres, pues, a nuestros padres y a nosotros dignos de igual estimación.

411 Mirándolo con torva faz, le contestó el fuerte Diomedes:

412 —Calla, amigo; obedece mi consejo. Yo no me enfado porque Agamenón, pastor de hombres, anime a los aqueos, de hermosas grebas, antes del combate. Suya será la gloria, si los aqueos rindieren a los troyanos

y tomaren la sagrada Ilio; suyo el gran pesar, si los aqueos fueren vencidos. Ea, pensemos tan sólo en mostrar nuestro impetuoso valor.

419 Dijo, saltó del carro al suelo sin dejar las armas, y tan terrible fue el resonar del bronce sobre su pecho, que hubiera sentido pavor hasta un hombre muy esforzado.

422 Como las olas impelidas por el Céfiro se suceden en la ribera sonora, y primero se levantan en alta mar, braman después al romperse en la playa y en los promontorios, suben combándose a lo alto y escupen la espuma; así las falanges de los dánaos marchaban sucesivamente y sin interrupción al combate. Los capitanes daban órdenes a los suyos respectivos, y éstos andaban callados (no hubieras dicho que los siguieran a aquéllos tantos hombres con voz en el pecho) y temerosos de sus caudillos. En todos relucían las labradas armas de que iban revestidos. Los troyanos avanzaban también, y como muchas ovejas balan sin cesar en el establo de un hombre opulento, cuando, al serles extraída la blanca leche, oyen la voz de los corderos; de la misma manera elevábase un confuso vocerío en el vasto ejército de aquéllos. No era igual el sonido ni el modo de hablar de todos y las lenguas se mezclaban, porque los guerreros procedían de diferentes países. A los unos los excitaba Ares; a los otros, Atenea, la de ojos de lechuza, y a entrambos pueblos, el Terror, la Fuga y la Discordia, insaciable en sus furores y hermana y compañera del homicida Ares, la cual al principio aparece pequeña y luego toca con la cabeza el cielo mientras anda sobre la tierra. Entonces la Discordia, penetrando por la muchedumbre, arrojó en medio de ella el combate funesto para todos y aumentó el afán de los guerreros.

446 Cuando los ejércitos llegaron a juntarse, chocaron entre sí los escudos, las lanzas y el valor de los hombres armados de broncíneas corazas, y al aproximarse los abollonados escudos se produjo un gran alboroto. Allí se oían simultáneamente los lamentos de los moribundos y los gritos jactanciosos de los matadores, y la tierra manaba sangre. Como dos torrentes nacidos en grandes manantiales se despeñan por los montes, reúnen las hirvientes aguas en hondo barranco abierto en el valle y producen un estruendo que oye desde lejos el pastor en la montaña, así eran la gritería y el trabajo de los que vinieron a las manos.

457 Fue Antíloco quien primeramente mató a un guerrero troyano, a Equepolo Talisíada, que peleaba valerosamente en la vanguardia: hiriólo en la cimera del penachudo casco, y la broncínea lanza, clavándose en la

frente, atravesó el hueso, las tinieblas cubrieron los ojos del guerrero y éste cayó como una torre en el duro combate. Al punto asióle de un pie el rey Elefénor Calcodontíada, caudillo de los bravos abantes, y lo arrastraba para ponerlo fuera del alcance de los dardos y quitarle la armadura. Poco duró su intento. El magnánimo Agenor lo vio arrastrar el cadáver, e, hiriéndolo con la broncínea lanza en el costado, que al bajarse quedó descubierto junto al escudo, dejóle sin vigor los miembros. De este modo perdió Elefénor la vida y sobre su cuerpo trabaron enconada pelea troyanos y aqueos: como lobos se acometían y unos a otros se mataban.

473 Ayante Telamonio tiróle un bote de lanza a Simoesio, hijo de Antemión, que se hallaba en la flor de la juventud. Su madre habíale dado a luz a orillas del Simoente, cuando bajó del Ida con sus padres para ver las ovejas: por esto le llamaron Simoesio. Mas no pudo pagar a sus progenitores la crianza ni fue larga su vida, porque sucumbió vencido por la lanza del magnánimo Ayante: acometía el troyano, cuando Ayante lo hirió en el pecho junto a la tetilla derecha, y la broncínea punta salió por la espalda. Cayó el guerrero en el polvo como el terso álamo nacido en la orilla de una espaciosa laguna y coronado de ramas que corta el carrero con el hierro reluciente, para hacer las pinas de un hermoso carro, dejando que el tronco se seque en la ribera; de igual modo, Ayante, del linaje de Zeus despojó a Simoesio Antémida. Antifo Priámida, que iba revestido de labrada coraza, lanzó por entre la muchedumbre su agudo dardo contra Ayante y no lo tocó; pero hirió en la ingle a Leuco, compañero valiente de Ulises, mientras arrastraba el cadáver: desprendióse éste y el guerrero cayó junto al mismo. Ulises, muy irritado por tal muerte, atravesó las primeras filas cubierto de refulgente bronce, detúvose muy cerca del matador, y, revolviendo el rostro a todas partes, arrojó la brillante lanza. Al verlo, huyeron los troyanos. No fue vano el tiro, pues hirió a Democoonte, hijo bastardo de Príamo, que había venido de Abidos, país de corredoras yeguas: Ulises, irritado por la muerte de su compañero, le envasó la lanza, cuya broncínea punta le entró por una sien y le salió por la otra; la obscuridad cubrió los ojos del guerrero, cayó éste con estrépito y sus armas resonaron. Arredráronse los combatientes delanteros y el esclarecido Héctor; y los argivos dieron grandes voces, retiraron los muertos y avanzaron un buen trecho. Mas Apolo, que desde Pérgamo lo presenciaba, se indignó y con recios gritos exhortó a los troyanos:

509 —¡Acometed, troyanos domadores de caballos! No cedáis en la batalla a los argivos, porque sus cuerpos no son de piedra ni de hierro para que puedan resistir, si los herís, el tajante bronce; ni pelea Aquiles, hijo de Tetis, la de hermosa cabellera, que se quedó en las naves y allí rumia la dolorosa cólera.

514 Así dijo el terrible dios desde la ciudadela. A su vez, la hija de Zeus, la gloriosísima Tritogenia, recorría el ejército aqueo y animaba a los remisos.

517 Fue entonces cuando el hado echó los lazos de la muerte a Diores Amarincida. Herido en el tobillo derecho por puntiaguda piedra que le tiró Píroo Imbrásida, caudillo de los tracios, que había llegado de Eno —la insolente piedra rompióle ambos tendones y el hueso—, cayó de espaldas en el polvo, y expirante tendía los brazos a sus camaradas cuando el mismo Píroo, que lo había herido, acudió presuroso e hirióle nuevamente con la lanza junto al ombligo; derramáronse los intestinos y las tinieblas velaron los ojos del guerrero.

527 Mientras Píroo arremetía, Toante el etolio alanceólo en el pecho, por cima de una tetilla, y el bronce se le clavó en el pulmón. Acercósele Toante, le arrancó del pecho la ingente lanza y, hundiéndole la aguda espada en medio del vientre, le quitó la vida. Mas no pudo despojarlo de la armadura, porque se vio rodeado por los compañeros del muerto, los tracios que dejan crecer la cabellera en lo más alto de la cabeza, quienes le asestaban sus largas picas; y, aunque era corpulento, vigoroso e ilustre, fue rechazado y hubo de retroceder. Así cayeron y se juntaron en el polvo el caudillo de los tracios y el de los epeos, de broncíneas corazas, y a su alrededor murieron otros muchos.

539 Y quien, sin haber sido herido de cerca o de lejos por el agudo bronce, hubiera recorrido el campo, llevado de la mano y protegido de las saetas por Palas Atena, no habría baldonado los hechos de armas; pues aquel día gran número de troyanos y de aqueos yacían, unos junto a otros, caídos de cara al polvo.

CANTO V

Principalía de Diomedes

Entre los primeros, los aqueos, destaca Diomedes, siendo capaz de hacer huir a los mismísimos dioses Ares y Afrodita.

1 Entonces Palas Atenea infundió a Diomedes Tidida valor y audacia, para que brillara entre todos los argivos y alcanzase inmensa gloria, a hizo salir de su casco y de su escudo una incesante llama parecida al astro que en otoño luce y centellea después de bañarse en el Océano. Tal resplandor despedían la cabeza y los hombros del héroe, cuando Atenea lo llevó al centro de la batalla, allí donde era mayor el número de guerreros que tumultuosamente se agitaban.

9 Hubo en Troya un varón rico e irreprensible, sacerdote de Hefesto, llamado Dares; y de él eran hijos Fegeo a Ideo, ejercitados en toda especie de combates. Éstos iban en un mismo carro; y, separándose de los suyos, cerraron con Diomedes, que desde tierra y en pie los aguardó. Cuando se hallaron frente a frente, Fegeo tiró el primero la luenga lanza, que pasó por cima del hombro izquierdo del Tidida sin herirlo; arrojó éste la suya y no fue en vano, pues se la clavó a aquél en el pecho, entre las tetillas, y lo derribó por tierra. Ideo saltó al suelo, desamparando el magnífico carro, sin que se atreviera a defender el cadáver de su hermano —no se hubiese librado de la negra muerte—, y Hefesto lo sacó salvo, envolviéndolo en densa nube, a fin de que el anciano padre no se afligiera en demasía. El hijo del magnánimo Tideo se apoderó de los corceles y los entregó a sus compañeros para que los llevaran a las cóncavas naves. Cuando los altivos troyanos vieron que uno de los hijos de Dares huía y el otro quedaba muerto entre los carros, a todos se les conmovió el corazón. Y Atenea, la de ojos de lechuza, tomó por la mano al furibundo Ares y le habló diciendo:

31 —¡Ares, Ares, funesto a los mortales, manchado de homicidios, demoledor de murallas! ¿No dejaremos que troyanos y aqueos peleen solos —sean éstos o aquéllos a quienes el padre Zeus quiera dar gloria— y nos retiraremos, para librarnos de la cólera de Zeus?

35 Dicho esto, sacó de la liza al furibundo Ares y lo hizo sentar en la herbosa ribera del Escamandro. Los dánaos pusieron en fuga a los troyanos, y cada uno de sus caudillos mató a un hombre. Empezó el rey de hombres, Agamenón, con derribar del carro al corpulento Odio, caudillo de los

halizones; al volverse para huir, envasóle la pica en la espalda, entre los hombros, y la punta salió por el pecho. Cayó el guerrero con estrépito y sus armas resonaron.

43 Idomeneo quitó la vida a Festo, hijo de Boro el meonio, que había llegado de la fértil Tarne, hiriéndolo con la formidable lanza en el hombro derecho, cuando subía al carro: desplomóse Festo, tinieblas horribles lo envolvieron y los servidores de Idomeneo lo despojaron de la armadura.

49 El Atrida Menelao mató con la aguda pica a Escamandrio, hijo de Estrofio, ejercitado en la caza. A tan excelente cazador la misma Ártemis le había enseñado a tirar a cuantas fieras crían las selvas de los montes. Mas no le valió ni Ártemis, que se complace en tirar flechas, ni el arte de arrojarlas en que tanto descollaba: tuvo que huir, y el Atrida Menelao, famoso por su lanza, lo hirió con un dardo en la espalda, entre los hombros, y le atravesó el pecho. Cayó de cara y sus armas resonaron.

59 Meriones dejó sin vida a Fereclo, hijo de Tectón Harmónida, que con las manos fabricaba toda clase de obras de ingenio, porque era muy caro a Palas Atenea. Éste, no conociendo los oráculos de los dioses, construyó las naves bien proporcionadas de Alejandro, las cuales fueron la causa primera de todas las desgracias y un mal para los troyanos y para él mismo. Meriones, cuando alcanzó a aquél, lo alanceó en la nalga derecha; y la punta, pasando por debajo del hueso y cerca de la vejiga, salió al otro lado. El guerrero cayó de hinojos, gimiendo, y la muerte lo envolvió.

69 Meges hizo perecer a Pedeo, hijo bastardo de Anténor, a quien Teano, la divina, había criado con igual solicitud que a los hijos propios, para complacer a su esposo. El hijo de Fileo, famoso por su pica, fue a clavarle en la nuca la puntiaguda lanza, y el hierro cortó la lengua y asomó por los dientes del guerrero. Pedeo cayó en el polvo y mordía el frío bronce.

76 Eurípilo Evemónida dio muerte al divino Hipsenor, hijo del animoso Dolopión, que era sacerdote de Escamandro y el pueblo lo veneraba como a un dios. Perseguíalo Eurípilo, hijo preclaro de Evemón; el cual, poniendo mano a la espada, de un tajo en el hombro le cercenó el robusto brazo, que ensangrentado cayó al suelo. La purpúrea muerte y el hado cruel velaron los ojos del troyano.

84 Así se portaban éstos en el reñido combate. En cuanto al Tidida, no hubieras conocido con quiénes estaba, ni si pertenecía a los troyanos o a los aqueos. Andaba furioso por la llanura cual hinchado torrente que en su rápido curso derriba los diques —pues ni los diques más trabados, ni los

setos de los floridos campos lo detienen—, y presentándose repentinamente, cuando cae espesa la lluvia de Zeus, destruye muchas hermosas labores de los jóvenes; tal tumulto promovía el Tidida en las densas falanges troyanas que, con ser tan numerosas, no se atrevían a resistirlo.

95 Tan luego como el preclaro hijo de Licaón vio que Diomedes corría furioso por la llanura y desordenaba las falanges, tendió el corvo arco y lo hirió en el hombro derecho, por el hueco de la coraza, mientras aquél acometía. La cruel saeta atravesó el hombro y la coraza y se manchó de sangre. Y el preclaro hijo de Licaón, al notarlo, gritó con voz recia:

102 —¡Arremeted, troyanos de ánimo altivo, aguijadores de caballos! Herido está el más fuerte de los aqueos; y no creo que pueda resistir mucho tiempo la fornida saeta, si fue realmente Apolo, hijo de Zeus, quien me movió a venir aquí desde la Licia.

106 Así dijo gloriándose. Pero la veloz flecha no postró a Diomedes; el cual, retrocediendo hasta el carro y los caballos, se detuvo y dijo a Esténelo, hijo de Capaneo:

109 —Corre, buen hijo de Capaneo, baja del carro y arráncame del hombro la amarga flecha.

111 Así dijo. Esténelo saltó del carro al suelo, se le acercó, y sacóle del hombro la aguda flecha; la sangre chocaba, al salir a borbotones, contra las mallas de la túnica. Y entonces Diomedes, valiente en el combate, hizo esta plegaria:

115 —¡Óyeme, hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómita! Si alguna vez amparaste benévola a mi padre en la cruel guerra, seme ahora propicia, ¡oh Atenea!, y haz que se ponga a tiro de lanza y reciba la muerte de mi mano quien se me anticipó hiriéndome, y ahora se jacta de que pronto dejaré de contemplar la fúlgida luz del sol.

121 Así dijo rogando. Palas Atenea lo oyó, agilitóle los miembros todos y especialmente los pies y las manos, y poniéndose a su lado pronunció estas aladas palabras:

124 —Cobra ánimo, Diomedes, y pelea con los troyanos; pues ya infundí en tu pecho el paterno intrépido valor que acostumbraba tener el jinete Tideo, agitador del escudo, y aparté la niebla que cubría tus ojos para que en la batalla conozcas bien a los dioses y a los hombres. Si alguno de aquéllos viene a tentarte, no quieras combatir con los inmortales; pero, si se presentara en la lid Afrodita, hija de Zeus, hiérela con el agudo bronce.

133 Dicho esto, fuese Atenea, la de ojos de lechuza. El Tidida volvió a mezclarse con los combatientes delanteros; y, si antes ardía en deseos de pelear contra los troyanos, entonces sintió que se le triplicaba el brío, como un león a quien el pastor hiere levemente en el campo, al asaltar un redil de lanudas ovejas, y no lo mata, sino que lo excita la fuerza: el pastor desiste de rechazarlo y entra en el establo; las ovejas, al verse sin defensa, huyen para caer pronto hacinadas unas sobre otras, y la fiera salta afuera de la elevada cerca. Con tal furia penetró en las filas troyanas el fuerte Diomedes.

144 Entonces hizo morir a Astínoo y a Hipirón, pastor de hombres. Al primero lo hirió con la broncínea lanza encima del pecho; contra Hipirón desnudó la gran espada, y de un tajo en la clavícula separóle el hombro del cuello y la espalda. Dejólos y fue al encuentro de Abante y Polüdo, hijos de Euridamante, que era de provecta edad e intérprete de sus sueños: cuando fueron a la guerra, el anciano no les interpretaría los sueños, pues sucumbieron a manos del fuerte Diomedes, que los despojó de las armas. Enderezó luego los pasos hacia Janto y Toón, hijos de Fénope —éste los había tenido en la triste vejez que lo abrumaba y no engendró otro hijo que heredara sus riquezas—, y a entrambos les quitó la dulce vida, causando llanto y triste pesar al anciano, que no pudo recibirlos de vuelta de la guerra; y más tarde los parientes se repartieron la herencia.

159 Enseguida alcanzó a Equemón y a Cromio, hijos de Príamo Dardánida, que iban en el mismo carro. Cual león que, penetrando en la vacada, despedaza la cerviz de una vaca o de una becerra que pace en el soto, así el hijo de Tideo los derribó violentamente del carro, les quitó la armadura y entregó los corceles a sus camaradas para que los llevaran a las naves.

166 Eneas advirtió qué Diomedes destruía las hileras de los troyanos, y fue en busca del divino Pándaro por la liza y entre el estruendo de las lanzas. Halló por fin al fuerte y eximio hijo de Licaón; y deteniéndose a su lado, le dijo:

171 —¡Pándaro! ¿Dónde guardas el arco y las voladoras flechas? ¿Qué es de tu fama? Aquí no tienes rival y en la Licia nadie se gloría de aventajarte. Ea, levanta las manos a Zeus y dispara una flecha contra ese hombre que triunfa y causa males sin cuento a los troyanos —de muchos valientes ha quebrado ya las rodillas—, si por ventura no es un dios airado con los troyanos a causa de los sacrificios, pues la cólera de una deidad es terrible.

179 Respondióle el preclaro hijo de Licaón:

180 —¡Eneas, consejero de los troyanos, de broncíneas túnicas! Parécese por entero al aguerrido Tidida: reconozco su escudo, su casco de alta cimera y agujeros a guisa de ojos y sus corceles, pero no puedo asegurar si es un dios. Si ese guerrero es en realidad el belicoso hijo de Tideo, no se mueve con tal furia sin que alguno de los inmortales lo acompañe, cubierta la espalda con una nube, y desvíe las veloces flechas que hacia él vuelan. Arrojéle una saeta que lo hirió en el hombro derecho, penetrando por el hueco de la coraza; creí enviarle a Aidoneo, y sin embargo de esto no lo maté; sin duda es un dios irritado. No tengo aquí corceles ni carros que me lleven, aunque en el palacio de Licaón quedaron once carros hermosos, sólidos, de reciente construcción, cubiertos con fundas y con sus respectivos pares de caballos que comen blanca cebada y avena. Licaón, el guerrero anciano, entre los muchos consejos que me dio cuando partí del magnífico palacio, me recomendó que en el duro combate mandara a los troyanos subido en un carro; mas yo no me dejé convencer —mucho mejor hubiera sido seguir su consejo— y rehusé llevarme los corceles por el temor de que, acostumbrados a comer bien, se encontraran sin pastos en una ciudad sitiada. Dejélos, pues, y vine como infante a Ilio, confiando en el arco que para nada me había de servir. Contra dos próceres lo he disparado, el Tidida y el Atrida; a entrambos les causé heridas, de las que manaba verdadera sangre, y sólo conseguí excitarlos más. Con mala suerte descolgué del clavo el corvo arco el día en que vine con mis troyanos a la amena Ilio para complacer al divino Héctor. Si logro regresar y ver con estos ojos mi patria, mi mujer y mi casa espaciosa y de elevado techo, córteme la cabeza un enemigo si no rompo y tiro al relumbrante fuego este arco, ya que su compañía me resulta inútil.

217 Replicóle Eneas, caudillo de los troyanos:

218 —No hables así. Las cosas no cambiarán hasta que, montados nosotros en el carro, acometamos a ese hombre y probemos la suerte de las armas. Sube a mi carro, para que veas cuáles son los corceles de Tros y cómo saben así perseguir acá y acullá de la llanura como huir ligeros; ellos nos llevarán salvos a la ciudad, si Zeus concede de nuevo la victoria a Diomedes Tidida. Ea, coma el látigo y las lustrosas riendas, y bajaré del carro para combatir; o encárgate tú de pelear, y yo me cuidaré de los caballos.

229 Contestó el preclaro hijo de Licaón:

230 —¡Eneas! Recoge tú las riendas y guía los corceles, porque tirarán mejor del corvo carro obedeciendo al auriga a que están acostumbrados, si nos pone en fuga el hijo de Tideo. No sea que, echando de menos tu voz, se espanten y desboquen y no quieran sacarnos de la liza, y el hijo del magnánimo Tideo nos embista y mate y se lleve los solípedos caballos. Guía, pues, el carro y los corceles, y yo con la aguda lanza esperaré su acometida.

239 Así hablaron; y, subidos en el labrado carro, guiaron animosamente los briosos corceles en derechura al Tidida. Advirtiólo Esténelo, preclaro hijo de Capaneo, y al punto dijo al Tidida estas aladas palabras:

243 —¡Diomedes Tidida, carísimo a mi corazón! Veo que dos robustos varones, cuya fuerza es grandísima, desean combatir contigo: el uno, Pándaro, es hábil arquero y se jacta de ser hijo de Licaón; el otro, Eneas, se gloría de haber sido engendrado por el magnánimo Anquises y su madre es Afrodita. Ea, subamos al carro, retirémonos, y cesa de revolverte furioso entre los combatientes delanteros para que no pierdas la dulce vida.

251 Mirándolo con torva faz, le respondió el fuerte Diomedes:

252 —No me hables de huir, pues no creo que me persuadas. Sería impropio de mí batirme en retirada o amedrentarme. Mis fuerzas aún siguen sin menoscabo. Desdeño subir al carro, y tal como estoy iré a encontrarlos, pues Palas Atenea no me deja temblar. Sus ágiles corceles no los llevarán lejos de aquí, si por ventura alguno de aquéllos puede escapar. Otra cosa voy a decir que tendrás muy presente: Si la sabia Atenea me concede la gloria de matar a entrambos, sujeta estos veloces caballos, amarrando las bridas al barandal, y no se te olvide de apoderarte de los corceles de Eneas para sacarlos de los troyanos y traerlos a los aqueos de hermosas grebas; pues pertenecen a la raza de aquéllos que el largovidente Zeus dio a Tros en pago de su hijo Ganímedes, y son, por canto, los mejores de cuantos viven debajo del sol y la aurora. Anquises, rey de hombres, logró adquirir, a hurto, caballos de esta raza ayuntando yeguas con aquéllos sin que Laomedonte lo advirtiera; naciéronle seis en el palacio, crio cuatro en su pesebre y dio esos dos a Eneas, que pone en fuga a sus enemigos. Si los cogiéramos, alcanzaríamos gloria no pequeña.

274 Así éstos conversaban. Pronto Eneas y Pándaro, picando a los ágiles corceles, se les acercaron. Y el preclaro hijo de Licaón exclamó el primero:

277 —¡Corazón fuerte, hombre belicoso, hijo del ilustre Tideo! Ya que la veloz y dañosa flecha no lo derribó, voy a probar si lo hiero con la lanza.

280 Dijo y blandiendo la ingente arma, dio un bote en el escudo del Tidida: la broncínea punta atravesó la rodela y llegó muy cerca de la coraza. El preclaro hijo de Licaón gritó enseguida:

284 —Tienes el ijar atravesado de parte a parte, y no creo que resistas largo tiempo. Inmensa es la gloria que acabas de darme.

286 Sin turbarse, le replicó el fuerte Diomedes:

287 —Erraste el golpe, no has acertado; y creo que no dejaréis de combatir, hasta que uno de vosotros caiga y harte de sangre a Ares, el infatigable luchador.

290 Dijo, y le arrojó la lanza que, dirigida por Atenea a la nariz junto al ojo, le atravesó los blancos dientes. El duro bronce cortó la punta de la lengua y apareció por debajo de la barba. Pándaro cayó del carro, sus lucientes y labradas armas resonaron, espantáronse los corceles de ágiles pies, y allí acabaron la vida y el valor del guerrero.

297 Saltó Eneas del carro con el escudo y la larga pica; y, temiendo que los aqueos le quitaran el cadáver, defendíalo como un león que confía en su bravura: púsose delante del muerto enhiesta la lanza y embrazado el liso escudo, y profiriendo horribles gritos se disponía a matar a quien se le opusiera. Mas el Tidida, cogiendo una gran piedra que dos de los hombres actuales no podrían llevar y que él manejaba fácilmente, hirió a Eneas en la articulación del isquion con el fémur que se llama cótila; la áspera piedra rompió la cótila, desgarró ambos tendones y arrancó la piel. El héroe cayó de rodillas, apoyó la robusta mano en el suelo y la noche obscura cubrió sus ojos.

311 Y allí pereciera el rey de hombres Eneas, si al punto no lo hubiese advertido su madre Afrodita, hija de Zeus, que lo había concebido de Anquises, pastor de bueyes. La diosa tendió sus níveos brazos al hijo amado y lo cubrió con un doblez del refulgente manto, para defenderlo de los tiros; no fuera que alguno de los dánaos, de ágiles corceles, clavándole el bronce en el pecho, le quitara la vida.

318 Mientras Afrodita sacaba a Eneas de la liza, el hijo de Capaneo no echó en olvido las órdenes que le diera Diomedes, valiente en el combate: sujetó allí, separadamente de la refriega, sus solípedos caballos, amarrando las bridas al barandal; y, apoderándose de los corceles, de lindas crines, de Eneas, hízolos pasar de los troyanos a los aqueos de hermosas grebas y

entrególos a Deípilo, el compañero a quien más honraba entre los de la misma edad a causa de su prudencia, para que los llevara a las cóncavas naves. Acto continuo el héroe subió al carro, asió las lustrosas riendas y guio solícito hacia el Tidida los caballos de duros cascos. El héroe perseguía con el cruel bronce a Cipris, conociendo que era una deidad débil, no de aquéllas que imperan en el combate de los hombres, como Atenea o Enio, asoladora de ciudades. Tan pronto como llegó a alcanzarla por entre la multitud, el hijo del magnánimo Tideo, calando la afilada pica, rasguñó la tierna mano de la diosa: la punta atravesó el peplo divino, obra de las mismas Gracias, y rompió la piel de la palma. Brotó la sangre divina, o por mejor decir, el icor; que tal es lo que tienen los bienaventurados dioses, pues no comen pan ni beben el negro vino, y por esto carecen de sangre y son llamados inmortales. La diosa, dando una gran voz, apartó a su hijo, que Febo Apolo recibió en sus brazos y envolvió en espesa nube; no fuera que alguno de los dánaos, de ágiles corceles, clavándole el bronce en el pecho, le quitara la vida. Y Diomedes, valiente en el combate, dijo a voz en cuello:

348 —¡Hija de Zeus, retírate del combate y la pelea! ¿No te basta engañar a las débiles mujeres? Creo que, si intervienes en la batalla, te dará horror la guerra, aunque te encuentres a gran distancia de donde la haya.

352 Así dijo. La diosa retrocedió turbada y muy afligida; Iris, de pies veloces como el viento, asiéndola por la mano, la sacó del tumulto cuando ya el dolor la abrumaba y el hermoso cutis se ennegrecía; y como aquélla encontrara al furibundo Ares sentado a la izquierda de la batalla, con la lanza y los veloces caballos envueltos en una nube, se hincó de rodillas y pidióle con instancia los corceles de áureas bridas:

359 —¡Querido hermano! Compadécete de mí y dame los caballos para que pueda volver al Olimpo, a la mansión de los inmortales. Me duele mucho la herida que me infirió un hombre, el Tidida, quien sería capaz de pelear con el padre Zeus.

363 Dijo, y Ares le cedió los corceles de áureas bridas. Afrodita subió al carro con el corazón afligido; Iris se puso a su lado, y tomando las riendas avispó con el látigo a aquéllos, que gozosos alzaron el vuelo. Pronto llegaron a la morada de los dioses, al alto Olimpo; y la diligente Iris, la de pies ligeros como el viento, detuvo los caballos, los desunció del carro y les echó un pasto divino. La diosa Afrodita se refugió en el regazo de su madre

Dione; la cual, recibiéndola en los brazos y halagándola con la mano, le dijo:

373 —¿Cuál de los celestes dioses, hija querida, de tal modo te maltrató, como si a su presencia hubieses cometido alguna falta?

375 Respondióle al punto Afrodita, amante de la risa:

376 —Hirióme el hijo de Tideo, Diomedes soberbio, porque sacaba de la liza a mi hijo Eneas, carísimo para mí más que otro alguno. La enconada lucha ya no es sólo de troyanos y aqueos, pues los dánaos ya se atreven a combatir con los inmortales.

381 Contestó Dione, divina entre las diosas:

382 —Sufre el dolor, hija mía, y sopórtalo aunque estés afligida; que muchos de los que habitamos olímpicos palacios hemos tenido que tolerar ofensas de los hombres, a quienes excitamos para causarnos, unos dioses a otros, horribles males.— Las toleró Ares cuando Oto y el fornido Efialtes, hijos de Aloeo, lo tuvieron trece meses atado con fuertes cadenas en una cárcel de bronce: allí pereciera el dios insaciable de combate, si su madrastra, la bellísima Eribea, no lo hubiese participado a Hermes, quien sacó furtivamente de la cárcel a Ares casi exánime, pues las crueles ataduras lo agobiaban.— Las toleró Hera cuando el vigoroso hijo de Anfitrión hirióla en el pecho diestro con trifurcada flecha; vehementísimo dolor atormentó entonces a la diosa.— Y las toleró también el ingente Hades cuando el mismo hijo de Zeus, que lleva la égida, disparándole en Pilos veloz saeta, lo entregó al dolor entre los muertos: con el corazón afligido, traspasado de dolor, pues la flecha se le había clavado en la robusta espalda y abatía su ánimo, fue el dios al palacio de Zeus, al vasto Olimpo, y, como no había nacido mortal, curólo Peón, esparciendo sobre la herida drogas calmantes. ¡Osado! ¡Temerario! No se abstenía de cometer acciones nefandas y contristaba con el arco a los dioses que habitan el Olimpo. — A ése lo ha excitado contra ti Atenea, la diosa de ojos de lechuza. ¡Insensato! Ignora el hijo de Tideo que quien lucha con los inmortales ni llega a viejo ni los hijos lo reciben, llamándole padre y abrazando sus rodillas, de vuelta del combate y de la terrible pelea. Aunque es valiente, tema el Tidida que le salga al encuentro alguien más fuerte que tú: no sea que luego la prudente Egialea, hija de Adrasto y cónyuge ilustre de Diomedes, domador de caballos, despierte con su llanto a los domésticos por sentir soledad de su legítimo esposo, el mejor de los aqueos todos.

416 Dijo, y con ambas manos restañó el icor; la mano se curó y los acerbos dolores se calmaron. Atenea y Hera, que lo presenciaban, intentaron zaherir a Zeus Cronida con mordaces palabras; y Atenea, la diosa de ojos de lechuza, empezó a hablar de esta manera:

421 —¡Padre Zeus! ¿Te irritarás conmigo por lo que diré? Sin duda Cipris quiso persuadir a alguna aquea de hermoso peplo a que se fuera con los troyanos, que tan queridos le son; y, acariciándola, áureo broche le rasguñó la delicada mano.

426 Así dijo. Sonrióse el padre de los hombres y de los dioses, y llamando a la áurea Afrodita, le dijo:

428 —A ti, hija mía, no te han sido asignadas las acciones bélicas: dedícate a los dulces trabajos del himeneo, y el impetuoso Ares y Atenea cuidarán de aquéllas.

431 Así los dioses conversaban. Diomedes, valiente en el combate, cerró con Eneas, no obstante comprender que el mismo Apolo extendía la mano sobre él; pues, impulsado por el deseo de acabar con el héroe y despojarlo de las magníficas armas, ya ni al gran dios respetaba. Tres veces asaltó a Eneas con intención de matarlo; tres veces agitó Apolo el refulgente escudo. Y cuando, semejante a un dios, atacaba por cuarta vez, Apolo, el que hiere de lejos, lo increpó con aterradoras voces:

440 —¡Tidida, piénsalo mejor y retírate! No quieras igualarte a las deidades, pues jamás fueron semejantes la raza de los inmortales dioses y la de los hombres que andan por la tierra.

443 Así dijo. El Tidida retrocedió un poco para no atraerse la cólera de Apolo, el que hiere de lejos; y el dios, sacando a Eneas del combate, lo llevó al templo que tenía en la sacra Pérgamo: dentro de éste, Leto y Artemis, que se complace en tirar fechas, curaron al héroe y le aumentaron el vigor y la belleza del cuerpo. En tanto Apolo, que lleva arco de plata, formó un simulacro de Eneas y su armadura; y, alrededor del mismo, troyanos y divinos aqueos chocaban las rodelas de cuero de buey y los alados broqueles que protegían sus cuerpos. Y Febo Apolo dijo entonces al furibundo Ares:

455 —¡Ares, Ares, funesto a los mortales, manchado de homicidios, demoledor de murallas! ¿Quieres entrar en la liza y sacar a ese hombre, al Tidida, que sería capaz de combatir hasta con el padre Zeus? Primero hirió a Cipris en el puño, y luego, semejante a un dios, cerró conmigo.

460 Cuando esto hubo dicho, sentóse en la excelsa Pérgamo. El funesto Ares, tomando la figura del ágil Acamante, caudillo de los tracios, enardeció a los que militaban en las filas troyanas y exhortó a los ilustres hijos de Príamo, alumnos de Zeus:

464 —¡Hijos del rey Príamo, alumno de Zeus! ¿Hasta cuándo dejaréis que el pueblo perezca a manos de los aqueos? ¿Acaso hasta que el enemigo llegue a las sólidas puertas de los muros? Yace en tierra un varón a quien honrábamos como al divino Héctor: Eneas, hijo del magnánimo Anquises. Ea, saquemos del tumulto al valiente amigo.

470 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. A su vez, Sarpedón reprendía así al divino Héctor:

472 —¡Héctor! ¿Qué se hizo el valor que antes mostrabas? Dijiste que defenderías la ciudad sin tropas ni aliados, solo, con tus hermanos y tus deudos. De éstos a ninguno veo ni descubrir puedo: temblando están como perros en torno de un león, mientras combatimos los que únicamente somos auxiliares. Yo, que figuro como tal, he venido de muy lejos, de Licia, situada a orillas del voraginoso Janto; allí dejé a mi esposa amada, al tierno infante y riquezas muchas que el menesteroso apetece. Mas, sin embargo de esto y de no tener aquí nada que los aqueos puedan llevarse o apresar, animo a los licios y deseo luchar con ese guerrero; y tú estás parado y ni siquiera exhortas a los demás hombres a que resistan al enemigo y defiendan a sus esposas. No sea que, como si hubierais caído en una red de lino que todo lo envuelve, lleguéis a ser presa y botín de los enemigos, y éstos destruyan vuestra populosa ciudad. Preciso es que lo ocupes en ello día y noche y supliques a los caudillos de los auxiliares venidos de lejas tierras, que resistan firmemente y no se hagan acreedores a graves censuras.

493 Así habló Sarpedón. Sus palabras royéronle el ánimo a Héctor, que enseguida saltó del carro al suelo, sin dejar las armas; y, blandiendo un par de afiladas picas, recorrió el ejército, animóle a combatir y promovió una terrible pelea. Los troyanos volvieron la cara a los aqueos para embestirlos, y los argivos sostuvieron apiñados la acometida y no se arredraron. Como en el abaleo, cuando la rubia Deméter separa el grano de la paja al soplo del viento, el aire lleva el tamo por las sagradas eras y los montones de paja blanquean; del mismo modo los aqueos se tornaban blanquecinos por el polvo que levantaban hasta el cielo de bronce los pies de los corceles de cuantos volvían a encontrarse en la refriega. Los aurigas guiaban los caballos al combate y los guerreros acometían de frente con toda la fuerza

de sus brazos. El furibundo Ares cubrió el campo de espesa niebla para socorrer a los troyanos y a todas partes iba; cumpliendo así el encargo que le hizo Febo Apolo, el de la áurea espada, de que excitara el ánimo de aquéllos, cuando vio que Palas Atenea, la protectora de los dánaos, se ausentaba.

512 El dios sacó a Eneas del suntuoso templo; e, infundiendo valor al pastor de hombres, le dejó entre sus compañeros, que se alegraron de verlo vivo, sano y revestido de valor; pero no le preguntaron nada, porque no se lo permitía el combate suscitado por el dios del arco de plata, por Ares, funesto a los mortales, y por la Discordia, cuyo furor es insaciable.

519 Ambos Ayantes, Ulises y Diomedes enardecían a los dánaos en la pelea; y éstos, en vez de atemorizarse ante la fuerza y las voces de los troyanos, aguardábanlos tan firmes como las nubes que el Cronida deja inmóviles en las cimas de los montes durante la calma, cuando duermen el Bóreas y demás vientos fuertes que con sonoro soplo disipan los pardos nubarrones; tan firmemente esperaban los dánaos a los troyanos, sin pensar en la fuga. El Atrida bullía entre la muchedumbre y a todos exhortaba:

529 —¡Oh amigos! ¡Sed hombres, mostrad que tenéis un corazón esforzado y avergonzaos de parecer cobardes en el duro combate! De los que sienten este temor, son más los que se salvan que los que mueren; los que huyen ni alcanzan gloria, ni entre sí se ayudan.

533 Dijo, y despidiendo con ligereza el dardo hirió al caudillo Deicoonte Pergásida, compañero del magnánimo Eneas; a quien veneraban los troyanos como a la prole de Príamo, por su arrojo en pelear en las primeras filas. El rey Agamenón acertó a darle un bote en el escudo, que no logró detener el dardo; éste lo atravesó, y, rasgando el cinturón, clavóse el bronce en el empeine del guerrero. Deicoonte cayó con estrépito y sus armas resonaron.

541 Eneas mató a dos hijos de Diocles, Cretón y Orsíloco, varones valentísimos, cuyo padre vivía en la bien construida Fera abastado de bienes, y era descendiente del anchuroso Alfeo, que riega el país de los pilios. El Alfeo engendró a Ortíloco, que reinó sobre muchos hombres; Ortíloco fue padre del magnánimo Diocles, y de éste nacieron los dos mellizos Cretón y Orsíloco, diestros en toda especie de combates; quienes, apenas llegados a la juventud, fueron en negras naves y junto con los argivos a Ilio, la de hermosos corceles, para vengar a los Atridas Agamenón y Menelao, y allí hallaron su fin, pues los envolvió la muerte. Como dos

leones, criados por su madre en la espesa selva de la cumbre de un monte, devastan los establos, robando bueyes y pingües ovejas, hasta que los hombres los matan con afilado bronce; del mismo modo, aquéllos, que parecían altos abetos, cayeron vencidos por las manos de Eneas.

561 Al verlos derribados en el suelo, condolióse Menelao, caro a Ares, y enseguida, revestido de luciente bronce y blandiendo la lanza, se abrió camino por las primeras filas: Ares le excitaba el valor para que sucumbiera a manos de Eneas. Pero Antíloco, hijo del magnánimo Néstor, que lo advirtió, se fue en pos del pastor de hombres temiendo que le ocurriera algo y les frustrara la empresa. Cuando los dos guerreros, deseosos de pelear, calaban las agudas lanzas para acometerse, colocóse Antíloco muy cerca del pastor de hombres; Eneas, al ver a los dos varones que estaban juntos, aunque era luchador brioso, no se atrevió a esperarlos; y ellos pudieron llevarse hacia los aqueos los cadáveres de aquellos infelices, ponerlos en las manos de sus amigos y volver a combatir en el punto más avanzado.

576 Entonces mataron a Pilémenes, igual a Ares, caudillo de los valientes y escudados paflagones: el Atrida Menelao, famoso por su pica, envasóle la lanza junto a la clavícula. Antíloco hirió de una pedrada en el codo al buen escudero Midón Atimníada, cuando éste revolvía los solípedos caballos —las ebúrneas riendas cayeron de sus manos al polvo—, y, acometiéndolo con la espada, le dio un tajo en las sienes. Midón, anhelante, cayó del bien construido carro: hundióse su cabeza con el cuello y parte de los hombros en la arena que allí abundaba, y así permaneció un buen espacio hasta que los corceles, pataleando, lo tiraron al suelo; Antíloco se apoderó del carro, picó a los corceles, y se los llevó al campamento aqueo.

590 Héctor atisbó a los dos guerreros en las filas, arremetió a ellos, gritando, y lo siguieron las fuertes falanges troyanas que capitaneaban Ares y la venerable Enio; ésta promovía el horrible tumulto de la pelea; Ares manejaba una lanza enorme, y ya precedía a Héctor, ya marchaba detrás del mismo.

596 Al verlo, estremecióse Diomedes, valiente en el combate. Como el inexperto viajero, después que ha atravesado una gran llanura, se detiene al llegar a un río de rápida corriente que desemboca en el mar, percibe el murmurio de las espumosas aguas y vuelve con presteza atrás, de semejante modo retrocedió el Tidida, gritando a los suyos:

601 —¡Oh amigos! ¿Cómo nos admiramos de que el divino Héctor sea hábil lancero y audaz luchador? A su lado hay siempre alguna deidad para

librarlo de la muerte, y ahora es Ares, transfigurado en mortal, quien lo acompaña. Emprended la retirada, con la cara vuelta hacia los troyanos, y no queráis combatir denodadamente con los dioses.

607 Así dijo. Los troyanos llegaron muy cerca de ellos, y Héctor mató a dos varones diestros en la pelea que iban en un mismo carro: Menestes y Anquíalo. Al verlos derribados por el suelo, compadecióse el gran Ayante Telamonio; y, deteniéndose muy cerca del enemigo, arrojó la pica reluciente a Anfio, hijo de Sélago, que moraba en Peso, era riquísimo en bienes y sembrados y había ido —impulsábale el hado— a ayudar a Príamo y sus hijos. Ayante Telamonio acertó a darle en el cinturón, la larga pica se clavó en el empeine, y el guerrero cayó con estrépito. Corrió el esclarecido Ayante a despojarlo de las armas —los troyanos hicieron llover sobre el héroe agudos relucientes dardos, de los cuales recibió muchos el escudo—, y, poniendo el pie encima del cadáver, arrancó la broncínea lanza; pero no pudo quitarle de los hombros la magnífica armadura, porque estaba abrumado por los tiros. Temió verse encerrado dentro de un fuerte círculo por los arrogantes troyanos, que en gran número y con valentía le enderezaban sus lanzas; y, aunque era corpulento, vigoroso e ilustre, fue rechazado y hubo de retroceder.

627 Así se portaban éstos en el duro combate. El hado poderoso llevó contra Sarpedón, igual a un dios, a Tlepólemo Heraclida, valiente y de gran estatura. Cuando ambos héroes, hijo y nieto de Zeus, que amontona las nubes, se hallaron frente a frente, Tlepólemo fue el primero en hablar y dijo:

633 —¡Sarpedón, príncipe de los licios! ¿Qué necesidad tienes, no estando ejercitado en la guerra, de venir a temblar? Mienten cuantos afirman que eres hijo de Zeus, que lleva la égida, pues desmereces mucho de los varones engendrados en tiempos anteriores por este dios, como dicen que fue mi intrépido padre, el fornido Heracles, que resistía audazmente y tenía el ánimo de un león; el cual, habiendo venido por los caballos de Laomedonte, con seis solas naves y pocos hombres, consiguió saquear la ciudad y despoblar sus calles. Pero tú eres de ánimo apocado, dejas que las tropas perezcan, y no creo que tu venida de la Licia sirva para la defensa de los troyanos por muy vigoroso que seas; pues, vencido por mí, entrarás por las puertas del Hades.

647 Respondióle Sarpedón, caudillo de los licios:

648 —¡Tlepólemo! Aquél destruyó, con efecto, la sacra Ilio a causa de la perfidia del ilustre Laomedonte, que pagó con injuriosas palabras sus beneficios y no quiso entregarle los caballos por los que había venido de tan lejos. Pero yo te digo que la perdición y la negra muerte de mi mano te vendrán; y muriendo, herido por mi lanza, me darás gloria, y a Hades, el de los famosos corceles, el alma.

655 Así dijo Sarpedón, y Tlepólemo alzó la lanza de fresno. Las luengas lanzas partieron a un mismo tiempo de las manos. Sarpedón hirió a Tlepólemo: la dañosa punta atravesó el cuello, y las tinieblas de la noche velaron los ojos del guerrero. Tlepólemo dio con su gran lanza en el muslo izquierdo de Sarpedón y el bronce penetró con ímpetu hasta el hueso; pero todavía su padre lo libró de la muerte.

663 Los ilustres compañeros de Sarpedón, igual a un dios, sacáronlo del combate, con la gran lanza que, al arrastrarse, le pesaba; pues con la prisa nadie advirtió la lanza de Fresno, ni pensó en arrancársela del muslo, para que aquél pudiera subir al carro. Tanta era la fatiga con que lo cuidaban.

668 A su vez, los aqueos, de hermosas grebas, se llevaron del campo a Tlepólemo. El divino Ulises, de ánimo paciente, violo, sintió que se le enardecía el corazón, y revolvió en su mente y en su espíritu si debía perseguir al hijo de Zeus tonante o privar de la vida a muchos licios. No le había concedido el hado al magnánimo Ulises matar con el agudo bronce al esforzado hijo de Zeus, y por esto Atenea le inspiró que acometiera a la multitud de los licios. Mató entonces a Cérano, Alástor, Cromio, Alcandro, Halio, Noemón y Prítanis, y aun a más licios hiciera morir el divino Ulises, si no lo hubiese notado muy presto el gran Héctor, el de tremolante casco; el cual, cubierto de luciente bronce, se abrió calle por los combatientes delanteros e infundió terror a los dánaos. Holgóse de su llegada Sarpedón, hijo de Zeus, y profirió estas lastimeras palabras:

684 —¡Priámida! No permitas que yo, tendido en el suelo, llegue a ser presa de los dánaos; socórreme y pierda la vida luego en vuestra ciudad, ya que no he de alegrar, volviendo a mi casa y a la patria tierra, ni a mi esposa querida ni al tierno infante.

689 Así dijo. Héctor, el de tremolante casco, pasó corriendo, sin responderle, porque ardía en deseos de rechazar cuanto antes a los argivos y quitar la vida a muchos guerreros. Los ilustres camaradas de Sarpedón, igual a un dios, lleváronlo al pie de una hermosa encina consagrada a Zeus,

que lleva la égida; y el valeroso Pelagonte, su compañero amado, le arrancó del muslo la lanza de fresno. Amortecido quedó el héroe y obscura niebla cubrió sus ojos; pero pronto volvió en su acuerdo, porque el soplo del Bóreas lo reanimó cuando ya apenas respirar podía.

699 Los argivos, al acometerlos Ares y Héctor armado de bronce, ni se volvían hacia las negras naves, ni rechazaban el ataque, sino que se batían en retirada desde que supieron que aquel dios se hallaba con los troyanos.

703 ¿Cuál fue el primero, cuál el último de los que entonces mataron Héctor, hijo de Príamo, y el broncíneo Ares? Teutrante, igual a un dios; Orestes, aguijador de caballos; Treco, lancero etolio; Enómao; Héleno Enópida y Oresbio, el de tremolante mitra, quien, muy ocupado en cuidar de sus bienes, moraba en Hila, a orillas del lago Cefisis, con otros beocios que constituían un opulento pueblo.

711 Cuando Hera, la diosa de níveos brazos, vio que ambos mataban a muchos argivos en el duro combate, dijo a Atenea estas aladas palabras:

714 —¡Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómita! Vana será la promesa que hicimos a Menelao de que no se iría sin destruir la bien murada Ilio, si dejamos que el pernicioso Ares ejerza sus furores. Ea, pensemos en prestar al héroe poderoso auxilio.

719 Dijo; y Atenea, la diosa de ojos de lechuza, no desobedeció. Hera, deidad veneranda hija del gran Crono, aparejó los corceles con sus áureas bridas, y Hebe puso diligentemente en el férreo eje, a ambos lados del carro, las corvas ruedas de bronce que tenían ocho rayos. Era de oro la indestructible pina, de bronce las ajustadas admirables llantas, y de plata los torneados cubos. El asiento descansaba sobre tiras de oro y de plata, y un doble barandal circundaba el carro. Por delante salía argéntea lanza, en cuya punta ató la diosa un hermoso yugo de oro con bridas de oro también; y Hera, que anhelaba el combate y la pelea, unció los corceles de pies ligeros.

733 Atenea, hija de Zeus, que lleva la égida, dejó caer al suelo, en el palacio de su padre, el hermoso peplo bordado que ella misma había tejido y labrado con sus manos; vistió la túnica de Zeus, que amontona las nubes, y se armó para la luctuosa guerra. Suspendió de sus hombros la espantosa égida floqueada que el terror corona: allí están la Discordia, la Fuerza y la Persecución horrenda; allí la cabeza de la Gorgona, monstruo cruel y horripilante, portento de Zeus, que lleva la égida. Cubrió su cabeza con áureo casco de doble cimera y cuatro abolladuras, apto para resistir a la infantería de cien ciudades. Y, subiendo al flamante carro, asió la lanza

ponderosa, larga, fornida, con que la hija del prepotente padre destruye filas enteras de héroes cuando contra ellos montó en cólera. Hera picó con el látigo a los corceles, y de propio impulso abriéronse rechinando las puertas del cielo de que cuidan las Horas —a ellas está confiado el espacioso cielo y el Olimpo— para remover o colocar delante la densa nube. Por allí, por entre las puertas, dirigieron los corceles dóciles al látigo y hallaron al Cronión, sentado aparte de los otros dioses, en la más alta de las muchas cumbres del Olimpo. Hera, la diosa de los níveos brazos, detuvo entonces los corceles, para hacer esta pregunta al excelso Zeus Cronida:

757 —¡Padre Zeus! ¿No te indignas contra Ares al presenciar sus atroces hechos? ¡Cuántos y cuáles varones aqueos ha hecho perecer temeraria e injustamente! Yo me afijo, y Cipris y Apolo, que lleva arco de plata, se alegran de haber excitado a ese loco que no conoce ley alguna. Padre Zeus, ¿te irritarás conmigo si a Ares le ahuyento del combate causándole funestas heridas?

764 Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

765 —Ea, aguija contra él a Atenea, que impera en las batallas, pues es quien suele causarle más vivos dolores.

767 Así dijo. Hera, la diosa de los níveos brazos, le obedeció, y picó a los corceles, que volaron gozosos entre la tierra y el estrellado cielo. Cuanto espacio alcanza a ver el que, sentado en alta cumbre, fija sus ojos en el vinoso ponto, otro tanto salvan de un brinco los caballos, de sonoros relinchos, de los dioses. Tan luego como ambas deidades llegaron a Troya, Hera, la diosa de los níveos brazos, paró el carro en el lugar donde los dos ríos Simoente y Escamandro juntan sus aguas; desunció los corceles, cubriólos de espesa niebla, y el Simoente hizo nacer la ambrosía para que pacieran.

778 Las diosas empezaron a andar, semejantes en el paso a tímidas palomas, impacientes por socorrer a los argivos. Cuando llegaron al sitio donde estaba el fuerte Diomedes, domador de caballos, con los más y mejores de los adalides que parecían carniceros leones o puercos monteses, cuya fuerza es grande, se detuvieron; y Hera, la diosa de los níveos brazos, tomando el aspecto del magnánimo Esténtor, que tenía vozarrón de bronce y gritaba tanto como otros cincuenta, exclamó:

787 —¡Qué vergüenza, argivos, hombres sin dignidad, admirables sólo por la figura! Mientras el divino Aquiles asistía a las batallas, los troyanos,

amedrentados por su formidable pica, no pasaban de las puertas dardanias; y ahora combaten lejos de la ciudad, junto a las cóncavas naves.

792 Con tales palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Atenea, la diosa de ojos de lechuza, fue en busca del Tidida y halló a este príncipe junto a su carro y sus corceles, refrescando la herida que Pándaro con una flecha le había causado. El sudor le molestaba debajo de la ancha abrazadera del redondo escudo, cuyo peso sentía el héroe; y, alzando éste con su cansada mano la correa, se enjugaba la denegrida sangre. La diosa apoyó la diestra en el yugo de los caballos y dijo:

800 —¡Cuán poco se parece a su padre el hijo de Tideo! Era éste de pequeña estatura, pero belicoso. Y aunque no le dejase combatir ni señalarse —como en la ocasión en que, habiendo ido por embajador a Teba, se encontró lejos de los suyos entre multitud de cadmeos y le di orden de que comiera tranquilo en el palacio—, conservaba siempre su espíritu valeroso, y, desafiando a los jóvenes cadmeos, los vencía fácilmente en toda clase de luchas. ¡De tal modo lo protegía! Ahora es a ti a quien asisto y defiendo, exhortándote a pelear animosamente con los troyanos. Mas, o el excesivo trabajo de la guerra ha fatigado tus miembros, o te domina el exánime terror. No, tú no eres el hijo del aguerrido Tideo Enida.

814 Y, respondiéndole, el fuerte Diomedes le dijo:

815 —Te conozco, oh diosa, hija de Zeus, que lleva la égida. Por esto te hablaré gustoso, sin ocultarte nada. No me domina el exánime terror ni flojedad alguna; pero recuerdo todavía las órdenes que me diste. No me dejabas combatir con los bienaventurados dioses; pero, si Afrodita, hija de Zeus, se presentara en la pelea, debía herirla con el agudo bronce, Pues bien: ahora retrocedo y he mandado que todos los argivos se replieguen aquí, porque comprendo que Ares impera en la batalla.

825 Contestóle Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

826 —¡Diomedes Tidida, carísimo a mi corazón! No temas a Ares ni a ninguno de los inmortales; tanto te voy a ayudar. Ea, endereza los solípedos caballos a Ares el primero, hiérele de cerca y no respetes al furibundo dios, a ese loco voluble y nacido para dañar, que a Hera y a mí nos prometió combatir contra los troyanos en favor de los argivos y ahora está con aquéllos y se ha olvidado de sus palabras.

835 Apenas hubo dicho estas palabras, asió de la mano a Esténelo, que saltó diligente del carro a tierra. Montó la enardecida diosa, colocándose al lado del ilustre Diomedes, y el eje de encina recrujió a causa del peso

porque llevaba a una diosa terrible y a un varón fortísimo. Palas Atenea, habiendo recogido el látigo y las riendas, guio los solípedos caballos hacia Ares el primero; el cual quitaba la vida al gigantesco Perifante, preclaro hijo de Oquesio y el más valiente de los etolios. A tal varón mataba Ares, manchado de homicidios; y Atenea se puso el casco de Hades para que el furibundo dios no la conociera.

846 Cuando Ares, funesto a los mortales, vio al ilustre Diomedes, dejó al gigantesco Perifante tendido donde le había muerto y se encaminó hacia Diomedes, domador de caballos. Al hallarse a corta distancia, Ares, que deseaba quitar la vida a Diomedes, le dirigió la broncínea lanza por cima del yugo y las riendas; pero Atenea, la diosa de ojos de lechuza, cogiéndola y alejándola del carro, hizo que aquél diera el golpe en vano. A su vez Diomedes, valiente en el combate, atacó a Ares con la broncínea lanza, y Palas Atenea, apuntándola a la ijada del dios, donde el cinturón le ceñía, hirióle, desgarró el hermoso cutis y retiró el arma. El broncíneo Ares clamó como gritarían nueve o diez mil hombres que en la guerra llegaran a las manos; y temblaron, amedrentados, aqueos y troyanos. ¡Tan fuerte bramó Ares, insaciable de combate!

864 Cual vapor sombrío que se desprende de las nubes por la acción de un impetuoso viento abrasador, tal le parecía a Diomedes Tidida el broncíneo Ares cuando, cubierto de niebla, se dirigía al anchuroso cielo. El dios llegó enseguida al alto Olimpo, mansión de las deidades; se sentó, con el corazón afligido, al lado de Zeus Cronión, mostró la sangre inmortal que manaba de la herida, y suspirando dijo estas aladas palabras:

872 —¡Padre Zeus! ¿No te indignas al presenciar tan atroces hechos? Siempre los dioses hemos padecido males horribles que recíprocamente nos causamos para complacer a los hombres; pero todos estamos airados contigo, porque engendraste una hija loca, funesta, que sólo se ocupa en acciones inicuas. Cuantos dioses hay en el Olimpo, todos te obedecen y acatan; pero a ella no la sujetas con palabras ni con obras, sino que la instigas, por ser tú el padre de esa hija perniciosa que ha movido al insolente Diomedes, hijo de Tideo, a combatir, en su furia, con los inmortales dioses. Primero hirió de cerca a Cipris en el puño, y después, cual si fuese un dios, arremetió contra mí. Si no llegan a salvarme mis ligeros pies, hubiera tenido que sufrir padecimientos durante largo tiempo entre espantosos montones de cadáveres, o quedar inválido, aunque vivo, a causa de las heridas que me hiciera el bronce.

888 Mirándolo con torva faz, respondió Zeus, que amontona las nubes:

889 —¡Inconstante! No te lamentes, sentado junto a mí, pue me eres más odioso que ningún otro de los dioses del Olimpo. Siempre te han gustado las riñas, luchas y peleas, y tienes el espíritu soberbio, que nunca cede, de tu madre Hera a quien apenas puedo dominar con mis palabras. Creo que cuanto te ha ocurrido lo debes a sus consejos. Pero no permitiré que los dolores te atormenten, porque eres de mi linaje y para mí te parió tu madre. Si, siendo tan perverso hubieses nacido de algún otro dios, tiempo ha que estaría en un abismo más profundo que el de los hijos de Urano.

899 Dijo, y mandó a Peón que lo curara. Éste lo sanó, aplicándole drogas calmantes; que nada mortal en él había. Como el jugo cuaja la blanca y líquida leche cuando se le mueve rápidamente con ella, con igual presteza curó aquél al furibundo Ares, a quien Hebe lavó y puso lindas vestiduras. Y el dios se sentó al lado de Zeus Cronión, ufano de su gloria.

907 Hera argiva y Atenea alalcomenia regresaron también al palacio del gran Zeus, cuando hubieron conseguido que Ares, funesto a los mortales, de matar hombres se abstuviera.

CANTO VI

Coloquio de Héctor y Andrómaca

Entre los segundos, los troyanos, Héctor, que ha regresado a Troya para ordenar que las mujeres se congracien con Atenea con plegarias y ofrendas, cuando vuelve al campo de batalla, se encuentra con su esposa y con su hijo, aún de tierna edad. Y se destaca el comportamiento de Héctor, héroe inocente que se sacrifica por Troya, y de Paris, culpable y egoísta, que sólo piensa en él.

1 Quedaron solos en la batalla horrenda troyanos y aqueos, que se arrojaban broncíneas lanzas; y la pelea se extendía, acá y acullá de la llanura, entre las corrientes del Simoente y del Janto.

5 Ayante Telamonio, antemural de los aqueos, rompió el primero la falange troyana a hizo aparecer la aurora de la salvación entre los suyos, hiriendo de muerte al tracio más denodado, al alto y valiente Acamante, hijo de Eusoro. Acertóle en la cimera del casco guarnecido con crines de caballo, la lanza se clavó en la frente, la broncínea punta atravesó el hueso y las tinieblas cubrieron los ojos del guerrero.

12 Diomedes, valiente en el combate, mató a Axilo Teutránida, que, abastado de bienes, moraba en la bien construida Arisbe; y era muy amigo de los hombres, porque en su casa, situada cerca del camino, a todos les daba hospitalidad. Pero ninguno de ellos vino entonces a librarlo de la lúgubre muerte, y Diomedes le quitó la vida a él y a su escudero Calesio, que gobernaba los caballos. Ambos penetraron en el seno de la tierra.

20 Eurίalo dio muerte a Dreso y Ofeltio, y fuese tras Esepo y Pédaso, a quienes la náyade Abarbárea había concebido en otro tiempo del eximio Bucolión, hijo primogénito y bastardo del ilustre Laomedonte (Bucolión apacentaba ovejas y tuvo amoroso consorcio con la ninfa, la cual quedó encinta y dio a luz a los dos mellizos): el Mecisteida acabó con el valor de ambos, privó de vigor a sus bien formados miembros y les quitó la armadura de los hombros.

29 El belicoso Polipetes dejó sin vida a Astíalo; Ulises, con la broncínea lanza, a Pidites percosio; y Teucro, a Aretaón divino. Antíloco Nestórida mató con la pica reluciente a Ablero; Agamenón, rey de hombres, a Élato, que habitaba en la excelsa Pédaso, a orillas del Satnioente, de

hermosa corriente; el héroe Leito, a Fílaco mientras huía; y Eurípilo, a Melantio.

37 Menelao, valiente en la pelea, cogió vivo a Adrasto, cuyos caballos, corriendo despavoridos por la llanura, chocaron con las ramas de un tamarisco, rompieron el corvo carro por el extremo del timón, y se fueron a la ciudad con los que huían espantados. El héroe cayó al suelo y dio de boca en el polvo junto a la rueda; acercósele Menelao Atrida con la ingente lanza, y aquél, abrazando sus rodillas, así le suplicaba:

46 —Hazme prisionero, hijo de Atreo, y recibirás digno rescate. Muchas cosas de valor tiene mi opulento padre en casa: bronce, oro, hierro labrado; con ellas te pagaría inmenso rescate, si supiera que estoy vivo en las naves aqueas.

51 Así dijo, y le conmovió el corazón. E iba Menelao a ponerlo en manos del escudero, para que lo llevara a las veleras naves aqueas, cuando Agamenón corrió a su encuentro y lo increpó diciendo:

55 —¡Ah, bondoso! ¡Ah, Menelao! ¿Por qué así te apiadas de estos hombres? ¡Excelentes cosas hicieron los troyanos en tu casa! ¡Ninguno de los que caigan en nuestras manos se libre de tener nefanda muerte, ni siquiera el que la madre lleve en el vientre, ni ése escape! ¡Perezcan todos los de Ilio, sin que sepultura alcancen ni memoria dejen!

61 Así diciendo, cambió la mente de su hermano con la oportuna exhortación. Repelió Menelao al héroe Adrasto, que, herido en el ijar por el rey Agamenón, cayó de espaldas. El Atrida le puso el pie en el pecho y le arrancó la lanza.

66 Néstor, en tanto, animaba a los argivos, dando grandes voces:

67 —¡Oh queridos, héroes dánaos, servidores de Ares! Nadie se quede atrás para recoger despojos y volver, llevando los más que pueda, a las naves; ahora matemos hombres y luego con más tranquilidad despojaréis en la llanura los cadáveres de cuantos mueran.

72 Así diciendo les excitó a todos el valor y la fuerza. Y los troyanos hubieran vuelto a entrar en Ilio, acosados por los belicosos aqueos y vencidos por su cobardía, si Heleno Priámida, el mejor de los augures, no se hubiese presentado a Eneas y a Héctor para decirles:

77 —¡Eneas y Héctor! Ya que el peso de la batalla gravita principalmente sobre vosotros entre los troyanos y los licios, porque sois los primeros en toda empresa, ora se trate de combatir, ora de razonar, quedaos aquí, recorred las filas, y detened a los guerreros antes que se encaminen a

las puertas, caigan huyendo en brazos de las mujeres y sean motivo de gozo para los enemigos. Cuando hayáis reanimado todas las falanges, nosotros, aunque estamos muy abatidos, nos quedaremos aquí a pelear con los dánaos porque la necesidad nos apremia. Y tú, Héctor, ve a la ciudad y di a nuestra madre que Name a las venerables matronas; vaya con ellas al templo dedicado a Atenea, la de ojos de lechuza, en la acrópolis; abra con la llave la puerta del sacro recinto; ponga sobre las rodillas de la deidad, de hermosa cabellera, el peplo que mayor sea, más lindo le parezca y más aprecie de cuantos haya en el palacio, y le vote sacrificar en el templo doce vacas de un año, no sujetas aún al yugo, si apiadándose de la ciudad y de las esposas y tiernos niños de los troyanos, aparta de la sagrada Ilio al hijo de Tideo, feroz guerrero, cuya bravura causa nuestra derrota y a quien tengo por el más esforzado de los aqueos todos. Nunca temimos tanto ni al mismo Aquiles, príncipe de hombres, que es, según dicen, hijo de una diosa. Con gran furia se mueve el hijo de Tideo y en valentía nadie te iguala.

102 Así dijo; y Héctor obedeció a su hermano. Saltó del carro al suelo sin dejar las armas; y, blandiendo dos puntiagudas lanzas, recorrió el ejército por todas partes, animólo a combatir y promovió una terrible pelea. Los troyanos volvieron la cara y afrontaron a los argivos; y éstos retrocedieron y dejaron de matar, figurándose que alguno de los inmortales habría descendido del estrellado cielo para socorrer a aquéllos; de tal modo se volvieron. Y Héctor exhortaba a los troyanos diciendo en alta voz:

111 —¡Animosos troyanos, aliados de lejas tierras venidos! Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso valor, mientras voy a Ilio y encargo a los respetables próceres y a nuestras esposas que oren y ofrezcan hecatombes a los dioses.

116 Dicho esto, Héctor, el de tremolante casco, partió; y la negra piel que orlaba el abollonado escudo como última franja le batía el cuello y los talones.

119 Glauco, vástago de Hipóloco, y el hijo de Tideo, deseosos de combatir, fueron a encontrarse en el espacio que mediaba entre ambos ejércitos. Cuando estuvieron cara a cara, Diomedes, valiente en la pelea, dijo el primero:

123 —¿Cuál eres tú, guerrero valentísimo, de los mortales hombres? Jamás te vi en las batallas, donde los varones adquieren gloria, pero al presente a todos los vences en audacia cuando te atreves a esperar mi fornida lanza. ¡Infelices de aquéllos cuyos hijos se oponen a mi furor! Mas

si fueses inmortal y hubieses descendido del cielo, no quisiera yo luchar con dioses celestiales. Poco vivió el fuerte Licurgo, hijo de Driante, que contendía con las celestes deidades: persiguió en los sacros montes de Nisa a las nodrizas de Dioniso, que estaba agitado por el delirio báquico, las cuales tiraron al suelo los tirsos al ver que el homicida Licurgo las acometía con la aguijada; el dios, espantado, se arrojó al mar, y Tetis le recibió en su regazo, despavorido y agitado por fuerte temblor por la amenaza de aquel hombre; pero los felices dioses se irritaron contra Licurgo, cególe el hijo de Crono y su vida no fue larga, porque se había hecho odioso a los inmortales todos. Con los bienaventurados dioses no quisiera combatir; pero, si eres uno de los mortales que comen los frutos de la tierra, acércate para que más pronto llegues al término de tu perdición.

144 Respondióle el preclaro hijo de Hipóloco:

145 —¡Magnánimo Tidida! ¿Por qué me interrogas sobre el abolengo? Cual la generación de las hojas, así la de los hombres. Esparce el viento las hojas por el suelo, y la selva, reverdeciendo, produce otras al llegar la primavera: de igual suerte, una generación humana nace y otra perece. Pero ya que deseas saberlo, te diré cuál es mi linaje, de muchos conocido. Hay una ciudad llamada Éfira en el riñón de Argos, criadora de caballos, y en ella vivía Sísifo Eólida, que fue el más ladino de los hombres. Sísifo engendró a Glauco, y éste al eximio Belerofonte, a quien los dioses concedieron gentileza y envidiable valor. Mas Preto, que era muy poderoso entre los argivos, pues Zeus los había sometido a su cetro, hízole blanco de sus maquinaciones y lo echó de la ciudad. La divina Antea, mujer de Preto, había deseado con locura juntarse clandestinamente con Belerofonte; pero no pudo persuadir al prudente héroe, que sólo pensaba en cosas honestas, y mintiendo dijo al rey Preto: «¡Preto! Ojalá te mueras, o mata a Belerofonte, que ha querido juntarse conmigo, sin que yo lo deseara». Así dijo. El rey se encendió en ira al oírla; y, si bien se abstuvo de matar a aquél por el religioso temor que sintió su corazón, le envió a la Licia; y, haciendo mortíferas señales en una tablita que se doblaba, entrególe los perniciosos signos con orden de que los mostrase a su suegro para que éste lo perdiera. Belerofonte, poniéndose en camino debajo del fausto patrocinio de los dioses, llegó a la vasta Licia y a la corriente del Janto: el rey recibióle con afabilidad, hospedóle durante nueve días y mandó matar otros tantos bueyes; pero, al aparecer por décima vez la Aurora, la de rosáceos dedos, lo interrogó y quiso ver la nota que de su yerno Preto le traía. Y así que tuvo la

funesta nota, ordenó a Belerofonte que lo primero de todo matara a la ineluctable Quimera, ser de naturaleza no humana, sino divina, con cabeza de león, cola de dragón y cuerpo de cabra, que respiraba encendidas y horribles llamas; y aquél le dio muerte, alentado por divinales indicaciones. Luego tuvo que luchar con los afamados sólimos, y decía que éste fue el más recio combate que con hombres sostuvo. En tercer lugar quitó la vida a las varoniles amazonas. Y, cuando regresaba a la ciudad, el rey, urdiendo otra dolosa trama, armóle una celada con los varones más fuertes que halló en la espaciosa Licia; y ninguno de éstos volvió a su casa, porque a todos les dio muerte el eximio Belerofonte. Comprendió el rey que el héroe era vástago ilustre de alguna deidad y lo retuvo allí, lo casó con su hija y compartió con él la dignidad regia; los licios, a su vez, acotáronle un hermoso campo de frutales y sembradío que a los demás aventajaba, para que pudiese cultivarlo. Tres hijos dio a luz la esposa del aguerrido Belerofonte: Isandro, Hipóloco y Laodamia; y ésta, amada por el próvido Zeus, dio a luz al deiforme Sarpedón, que lleva armadura de bronce. Cuando Belerofonte se atrajo el odio de todas las deidades, vagaba solo por los campos de Alea, royendo su ánimo y apartándose de los hombres; Ares, insaciable de pelea, hizo morir a Isandro en un combate con los afamados sólimos, y Artemis, la que usa riendas de oro, irritada, mató a su hija. A mí me engendró Hipóloco —de éste, pues, soy hijo— y envióme a Troya, recomendándome muy mucho que descollara y sobresaliera siempre entre todos y no deshonrase el linaje de mis antepasados, que fueron los hombres más valientes de Efira y la extensa Licia. Tal alcurnia y tal sangre me glorío de tener.

212 Así dijo. Alegróse Diomedes, valiente en el combate; y, clavando la pica en el almo suelo, respondió con cariñosas palabras al pastor de hombres:

213 —Pues eres mi antiguo huésped paterno, porque el divino Eneo hospedó en su palacio al eximio Belorofonte, le tuvo consigo veinte días y ambos se obsequiaron con magníficos presentes de hospitalidad. Eneo dio un vistoso tahalí teñido de púrpura, y Belerofonte una áurea copa de doble asa, que en mi casa quedó cuando me vine. A Tideo no lo recuerdo; dejóme muy niño al salir para Teba, donde pereció el ejército aqueo. Soy, por consiguiente, tu caro huésped en el centro de Argos, y tú lo serás mío en la Licia cuando vaya a tu pueblo. En adelante no nos acometamos con la lanza por entre la turba. Muchos troyanos y aliados ilustres me restan, para matar

a quien, por la voluntad de un dios, alcance en la carrera; y asimismo te quedan muchos aqueos, para quitar la vida a quien te sea posible. Y ahora troquemos la armadura, a fin de que sepan todos que de ser huéspedes paternos nos gloriamos.

232 Habiendo hablado así, descendieron de los carros y se estrecharon la mano en prueba de amistad. Entonces Zeus Cronida hizo perder la razón a Glauco; pues permutó sus armas por las de Diomedes Tidida, las de oro por las de bronce, las valoradas en cien bueyes por las que en nueve se apreciaban.

237 Al pasar Héctor por la encina y las puertas Esceas, acudieron corriendo las esposas a hijas de los troyanos y preguntáronle por sus hijos, hermanos, amigos y esposos; y él les encargó que unas tras otras orasen a los dioses, porque para muchas eran inminentes las desgracias.

242 Cuando llegó al magnífico palacio de Príamo, provisto de bruñidos pórticos (en él había cincuenta cámaras de pulimentada piedra, seguidas, donde dormían los hijos de Príamo con sus legítimas esposas; y enfrente, dentro del mismo patio, otras doce construidas igualmente con sillares, continuas y techadas, donde se acostaban los yernos de Príamo y sus castas mujeres), le salió al encuentro su alma madre que iba en busca de Laódice, la más hermosa de las princesas; y, asiéndole de la mano, le dijo:

254 —¡Hijo! ¿Por qué has venido, dejando el áspero combate? Sin duda los aqueos, de aborrecido nombre, deben de estrecharnos, combatiendo alrededor de la ciudad, y tu corazón lo ha impulsado a volver con el fin de levantar desde la acrópolis las manos a Zeus. Pero, aguarda, traeré vino dulce como la miel para que primeramente lo libes al padre Zeus y a los demás inmortales, y luego te aproveche también a ti, si bebes. El vino aumenta mucho el vigor del hombre fatigado y tú lo estás de pelear por los tuyos.

263 Respondióle el gran Héctor, el de tremolante casco:

264 —No me des vino dulce como la miel, veneranda madre; no sea que me enerves y me prives del valor, y yo me olvide de mi fuerza. No me atrevo a libar el negro vino en honor de Zeus sin lavarme las manos, ni es lícito orar al Cronión, el de las sombrías nubes, cuando uno está manchado de sangre y polvo. Pero tú congrega a las matronas, llévate perfumes, y, entrando en el templo de Atenea, que impera en las batallas, pon sobre las rodillas de la deidad de hermosa cabellera el peplo mayor, más lindo y que más aprecies de cuantos haya en el palacio; y vota a la diosa sacrificar en su

templo doce vacas de un año, no sujetas aún al yugo, si, apiadándose de la ciudad y de las esposas y tiernos niños de los troyanos, aparta de la sagrada Ilio al hijo de Tideo, feroz guerrero, cuya valentía causa nuestra derrota. Encamínate, pues, al templo de Atenea, que impera en las batallas, y yo iré a la casa de Paris a llamarlo, si me quiere escuchar. ¡Así la tierra se lo tragara! Criólo el Olímpico como una gran plaga para los troyanos y el magnánimo Príamo y sus hijos. Creo que, si le viera descender al Hades, mi alma se olvidaría de los enojosos pesares.

286 Así dijo. Hécuba, volviendo al palacio, llamó a las esclavas, y éstas anduvieron por la ciudad y congregaron a las matronas; bajó luego al fragante aposento donde se guardaban los peplos bordados, obra de las mujeres que se había llevado de Sidón el deiforme Alejandro en el mismo viaje por el ancho ponto en que se llevó a Helena, la de nobles padres; tomó, para ofrecerlo a Atenea, el peplo mayor y más hermoso por sus bordaduras, que resplandecía como un astro y se hallaba debajo de todos, y partió acompañada de muchas matronas.

297 Cuando llegaron a la acrópolis, abrióles las puertas del templo de Atenea Teano, la de hermosas mejillas, hija de Ciseide y esposa de Anténor, domador de caballos, a la cual habían elegido los troyanos sacerdotisa de Atenea. Todas, con lúgubres lamentos, levantaron las manos a la diosa. Teano, la de hermosas mejillas, tomó el peplo, lo puso sobre las rodillas de Atenea, la de hermosa cabellera, y orando rogó así a la hija del gran Zeus:

305 —¡Veneranda Atenea, protectora de la ciudad, divina entre las diosas! ¡Quiébrale la lanza a Diomedes y concédenos que caiga de pechos en el suelo, ante las puertas Esceas, para que lo sacrifiquemos en este templo doce vacas de un año, no sujetas aún al yugo, si de este modo te apiadas de la ciudad y de las esposas y tiernos niños de los troyanos!

311 Así dijo rogando, pero Palas Atenea no accedió. Mientras invocaban de este modo a la hija del gran Zeus, Héctor se encaminó al magnífico palacio que para Alejandro había labrado él mismo con los más hábiles constructores de la fértil Troya; éstos le hicieron una cámara nupcial, una sala y un patio, en la acrópolis, cerca de los palacios de Príamo y de Héctor. Allí entró Héctor, caro a Zeus, llevando una lanza de once codos, cuya broncínea y reluciente punta estaba sujeta por áureo anillo. En la cámara halló a Alejandro que acicalaba las magníficas armas, escudo y coraza, y probaba el corvo arco; y a la argiva Helena, que, sentada entre sus

esclavas, ocupábalas en primorosas labores. Y en viendo a aquél, increpólo con injuriosas palabras:

326 —¡Desgraciado! No es decoroso que guardes en el corazón ese rencor. Los hombres perecen combatiendo al pie de los altos muros de la ciudad; el bélico clamor y la lucha se encendieron por tu causa alrededor de nosotros, y tú mismo reconvendrías a quien cejara en la pelea horrenda. Ea, levántate. No sea que la ciudad llegue a ser pasto de las voraces llamas.

332 Respondióle el deiforme Alejandro:

333 —¡Héctor! Justos y no excesivos son tus baldones, y por lo mismo voy a contestarte. Atiende y óyeme. Permanecía aquí, no tanto por estar airado o resentido con los troyanos, cuanto porque deseaba entregarme al dolor. En este instante mi esposa me exhortaba con blandas palabras a volver al combate; y también a mí me parece preferible, porque la victoria tiene sus alternativas para los guerreros. Ea, pues, aguarda, y visto las marciales armas; o vete y te sigo, y creo que lograré alcanzarte.

342 Así dijo. Héctor, el de tremolante casco, nada contestó. Y Helena hablóle con dulces palabras:

343 —¡Cuñado mío, de esta perra maléfica y abominable! ¡Ojalá que, cuando mi madre me dio a luz, un viento tempestuoso se me hubiese llevado al monte o al estruendoso mar, para hacerme juguete de las olas, antes que tales hechos ocurrieran! Y ya que los dioses determinaron causar estos males, debió tocarme ser esposa de un varón más fuerte, a quien dolieran la indignación y los muchos baldones de los hombres. Éste ni tiene firmeza de ánimo ni la tendrá nunca, y creo que recogerá el debido fruto. Pero entra y siéntate en esta silla, cuñado, que la fatiga te oprime el corazón por mí, perra, y por la falta de Alejandro; a quienes Zeus nos dio mala suerte a fin de que a los venideros les sirvamos de asunto para sus cantos.

359 Respondióle el gran Héctor, el de tremolante casco:

360 —No me ofrezcas asiento, Helena, aunque me aprecies, pues no lograrás persuadirme: ya mi corazón desea socorrer a los troyanos que me aguardan con impaciencia. Pero tú haz levantar a ése y él mismo se dé prisa para que me alcance dentro de la ciudad, mientras voy a mi casa y veo a los criados, a la esposa querida y al tierno niño; que ignoro si volveré de la batalla, o los dioses dispondrán que sucumba a manos de los aqueos.

369 Apenas hubo dicho estas palabras, Héctor, el de tremolante casco, se fue. Llegó enseguida a su palacio, que abundaba de gente, mas no encontró a Andrómaca, la de níveos brazos, pues con el niño y la criada de

hermoso peplo estaba en la torre llorando y lamentándose. Héctor, como no hallara dentro a su excelente esposa, detúvose en el umbral y habló con las esclavas:

376 —¡Ea, esclavas, decidme la verdad! ¿Adónde ha ido Andrómaca, la de níveos brazos, desde el palacio? ¿A visitar a mis hermanas o a mis cuñadas de hermosos peplos? ¿O, acaso, al templo de Atenea, donde las troyanas, de lindas trenzas, aplacan a la terrible diosa?

381 Respondióle con estas palabras la fiel despensera:

382 —¡Héctor! Ya que tanto nos mandas decir la verdad, no fue a visitar a tus hermanas ni a tus cuñadas de hermosos peplos, ni al templo de Atenea, donde las troyanas, de lindas trenzas, aplacan a la terrible diosa, sino que subió a la gran torre de Ilio, porque supo que los troyanos llevaban la peor parte y era grande el ímpetu de los aqueos. Partió hacia la muralla, ansiosa, como loca, y con ella se fue la nodriza que lleva el niño.

390 Así habló la despensera, y Héctor, saliendo presuroso de la casa, desanduvo el camino por las bien trazadas calles. Tan luego como, después de atravesar la gran ciudad, llegó a las puertas Esceas —por allí había de salir al campo—, corrió a su encuentro su rica esposa Andrómaca, hija del magnánimo Eetión, que vivía bajo el boscoso Placo, en Teba bajo el Placo, y era rey de los cilicios. Hija de éste era, pues, la esposa de Héctor, de broncínea armadura, que entonces le salió al camino. Acompañábale una sirvienta llevando en brazos al tierno infante, al Hectórida amado, parecido a una hermosa estrella, a quien su padre llamaba Escamandrio y los demás Astianacte, porque sólo por Héctor se salvaba Ilio. Vio el héroe al niño y sonrió silenciosamente. Andrómaca, llorosa, se detuvo a su lado, y asiéndole de la mano le dijo:

407 —¡Desgraciado! Tu valor te perderá. No te apiadas del tierno infante ni de mí, infortunada, que pronto seré tu viuda; pues los aqueos te acometerán todos a una y acabarán contigo. Preferible sería que, al perderte, la tierra me tragara, porque si mueres no habrá consuelo para mí, sino pesares, que ya no tengo padre ni venerable madre. A mi padre matólo el divino Aquiles cuando tomó la populosa ciudad de los cilicios, Teba, la de altas puertas: dio muerte a Eetión, y sin despojarlo, por el religioso temor que le entró en el ánimo, quemó el cadáver con las labradas armas y le erigió un túmulo, a cuyo alrededor plantaron álamos las ninfas monteses, hijas de Zeus, que lleva la égida. Mis siete hermanos, que habitaban en el palacio, descendieron al Hades el mismo día; pues a todos los mató el

divino Aquiles, el de los pies ligeros, entre los flexípedes bueyes y las cándidas ovejas. A mi madre, que reinaba al pie del selvoso Placo, trájola aquél con otras riquezas y la puso en libertad por un inmenso rescate; pero Ártemis, que se complace en tirar flechas, hirióla en el palacio de mi padre. Héctor, tú eres ahora mi padre, mi venerable madre y mi hermano; tú, mi floreciente esposo. Pues, ea, sé compasivo, quédate aquí en la tome —¡no hagas a un niño huérfano y a una mujer viuda! — y pon el ejército junto al cabrahígo, que por allí la ciudad es accesible y el muro más fácil de escalar. Los más valientes —los dos Ayantes, el célebre Idomeneo, los Atridas y el fuerte hijo de Tideo con los suyos respectivos— ya por tres veces se han encaminado a aquel sitio para intentar el asalto: alguien que conoce los oráculos se lo indicó, o su mismo arrojo los impele y anima.

440 Contestóle el gran Héctor, el de tremolante casco:

441 Todo esto me da cuidado, mujer, pero mucho me sonrojaría ante los troyanos y las troyanas de rozagantes peplos, si como un cobarde huyera del combate; y tampoco mi corazón me incita a ello, que siempre supe ser valiente y pelear en primera fila entre los troyanos, manteniendo la inmensa gloria de mi padre y de mí mismo. Bien lo conoce mi inteligencia y lo presiente mi corazón: día vendrá en que perezcan la sagrada Ilio, Príamo y el pueblo de Príamo, armad con lanzas de fresno. Pero la futura desgracia de los troyanos, de la misma Hécuba, del rey Príamo y de muchos d mis valientes hermanos que caerán en el polvo a manos d los enemigos, no me importa tanto como la que padecerá tú cuando alguno de los aqueos, de broncíneas corazas, se te lleve llorosa, privándote de libertad, y luego tejas tela e Argos, a las órdenes de otra mujer, o vayas por agua a la fuente Meseide o Hiperea, muy contrariada porque la dura necesidad pesará sobre ti. Y quizás alguien exclame, al verte derramar lágrimas: «Ésta fue la esposa de Héctor, el guerrero que más se señalaba entre los troyanos, domadores de caballos, cuando en torno de Ilio peleaban». Así dirán, y sentirás un nuevo pesar al verte sin el hombre que pudiera librarte de la esclavitud. Pero ojalá un montón de tierra cubra mi cadáver, antes que oiga tus clamores o presencie tu rapto.

466 Así diciendo, el esclarecido Héctor tendió los brazos su hijo, y éste se recostó, gritando, en el seno de la nodriza de bella cintura, por el terror que el aspecto de su padre le causaba: dábanle miedo el bronce y el terrible penacho crines de caballo, que veía ondear en lo alto del yelmo. Sonriéronse el padre amoroso y la veneranda madre. Héctor se apresuró a

dejar el refulgente casco en el suelo, besó y meció en sus manos al hijo amado, y rogó así a Zeus y a los de más dioses:

476 —¡Zeus y demás dioses! Concededme que este hijo mío sea, como yo, ilustre entre los troyanos e igualmente esforzado; que reine poderosamente en Ilio; que digan de él cuando vuelva de la batalla: «¡Es mucho más valiente que su padre!»; y que, cargado de cruentos despojos del enemigo quien haya muerto, regocije el alma de su madre.

482 Esto dicho, puso el niño en brazos de la esposa amada, que, al recibirlo en el perfumado seno, sonreía con el rostro todavía bañado en lágrimas. Notólo el esposo y compadecido, acaricióla con la mano y le dijo:

486 —¡Desdichada! No en demasía tu corazón se acongoje, que nadie me enviará al Hades antes de lo dispuesto por el destino; y de su suerte ningún hombre, sea cobarde o valiente, puede librarse una vez nacido. Vuelve a casa, ocúpate en las labores del telar y la rueca, y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo; y de la guerra nos cuidaremos cuantos varones nacimos en Ilio, y yo el primero.

494 Dichas estas palabras, el preclaro Héctor se puso el yelmo adornado con crines de caballo, y la esposa amada regresó a su casa, volviendo la cabeza de cuando en cuando y vertiendo copiosas lágrimas. Pronto llegó Andrómaca al palacio, lleno de gente, de Héctor, matador de hombres; halló en él muchas esclavas, y a todas las movió a lágrimas. Lloraban en el palacio a Héctor vivo aún, porque no esperaban que volviera del combate librándose del valor y de las manos de los aqueos.

503 Paris no demoró en el alto palacio; pues, así que hubo vestido las magníficas armas de labrado bronce, atravesó presuroso la ciudad haciendo gala de sus pies ligeros. Como el corcel avezado a bañarse en la cristalina corriente de un río, cuando se ve atado en el establo, come la cebada del pesebre y rompiendo el ronzal sale trotando por la llanura, yergue orgulloso la cerviz, ondean las crines sobre su cuello, y ufano de su lozanía mueve ligero las rodillas encaminándose a los acostumbrados sitios donde los caballos pacen; de aquel modo, Paris, hijo de Príamo, cuya armadura brillaba como un sol, descendía gozoso de la excelsa Pérgamo por sus ágiles pies llevado. Alejandro alcanzó enseguida a su hermano el divino Héctor cuando éste regresaba del lugar en que había pasado el coloquio con su esposa, y fue el primero en hablar diciendo:

518 —¡Mi buen hermano! Mucho te hice esperar deteniéndote, a pesar de tu impaciencia; pues no he venido oportunamente, como ordenaste.

520 Respondióle Héctor, el de tremolante casco:

521 —¡Querido! Nadie que sea justo reprenderá tu trabajo en el combate, porque eres valiente; pero a veces te complaces en desalentarte y no quieres pelear, y mi corazón se aflige cuando oigo que te baldonan los troyanos que tantos trabajos sufren por ti. Pero, vámonos y luego lo arreglaremos todo, si Zeus nos permite ofrecer en nuestro palacio la crátera de la libertad a los celestes sempiternos dioses, por haber echado de Troya a los aqueos de hermosas grebas.

CANTO VII

Combate singular de Héctor y Ayante – Levantamiento de los cadáveres

La segunda también se suspende inopinadamente, porque Héctor desafía a los héroes aqueos. Echadas las suertes, le toca a Ayante, y luchan hasta el anochecer. Se pacta una tregua de un día, que los aqueos aprovechan para enterrar a los muertos y construir un muro en torno al campamento.

1 Dichas estas palabras, el esclarecido Héctor y su hermano Alejandro traspusieron las puertas, con el ánimo impaciente por combatir y pelear. Como cuando un dios envía próspero viento a navegantes que lo anhelan porque están cansados de romper las olas, batiendo los pulidos remos, y tienen relajados los miembros a causa de la fatiga, así, tan deseados, aparecieron aquéllos a los troyanos.

8 Paris mató a Menestio, que vivía en Arna y era hijo del rey Areítoo, famoso por su clava, y de Filomedusa, la de ojos de novilla; y Héctor con la puntiaguda lanza tiró a Eyoneo un bote en la cerviz, debajo del casco de bronce, y dejóle sin vigor los miembros. Glauco, hijo de Hipóloco y príncipe de los licios, arrojó en la reñida pelea un dardo a Ifínoo Dexíada cuando subía al carro de corredoras yeguas, y le acertó en la espalda: Ifínoo cayó al suelo y sus miembros se relajaron.

17 Cuando Atenea, la diosa de ojos de lechuza, vio que aquéllos mataban a muchos argivos en el duro combate, descendiendo en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo, se encaminó a la sagrada Ilio. Pero, al advertirlo Apolo desde Pérgamo, fue a oponérsele, porque deseaba que los troyanos ganaran la victoria. Encontráronse ambas deidades junto a la encina; y el soberano Apolo, hijo de Zeus, habló primero diciendo:

24 —¿Por qué, enardecida nuevamente, oh hija del gran Zeus, vienes del Olimpo? ¿Qué poderoso afecto te mueve? ¿Acaso quieres dar a los dánaos la indecisa victoria? Porque de los troyanos no te compadecerías, aunque estuviesen pereciendo. Si quieres condescender con mi deseo —y sería lo mejor—, suspenderemos por hoy el combate y la pelea; y luego volverán a batallar hasta que logren arruinar a Ilio, ya que os place a vosotras, las inmortales, destruir esta ciudad.

33 Respondióle Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

34 —Sea así, oh tú que hieres de lejos, con este propósito vine del Olimpo al campo de los troyanos y de los aqueos. Mas ¿por qué medio has pensado suspender la batalla?

37 Contestó el soberano Apolo, hijo de Zeus:

38 —Hagamos que Héctor, de corazón fuerte, domador de caballos, provoque a los dánaos a pelear con él en terrible y singular combate; e indignados los aqueos, de hermosas grebas, susciten a alguien para que luche con el divino Héctor.

43 Así dijo; y Atenea, la diosa de ojos de lechuza, no se opuso. Héleno, hijo amado de Príamo, comprendió al punto lo que era grato a los dioses, que conversaban, y, llegándose a Héctor, le dirigió estas palabras:

47 —¡Héctor, hijo de Príamo, igual en prudencia a Zeus! ¿Querrás hacer lo que te diga yo, que soy tu hermano? Manda que suspendan la batalla los troyanos y los aqueos todos, y reta al más valiente de éstos a luchar contigo en terrible combate, pues aún no ha dispuesto el hado que mueras y llegues al término fatal de tu vida. He oído sobre esto la voz de los sempiternos dioses.

54 Así dijo. Oyóle Héctor con intenso placer, y, corriendo al centro de ambos ejércitos con la lanza cogida por el medio, detuvo las falanges troyanas, que al momento se quedaron quietas. Agamenón contuvo a los aqueos, de hermosas grebas; y Atenea y Apolo, el del arco de plata, transfigurados en buitres, se posaron en la alta encina del padre Zeus, que lleva la égida, y se deleitaban en contemplar a los guerreros cuyas densas filas aparecían erizadas de escudos, cascos y lanzas. Como el Céfiro, cayendo sobre el mar, encrespa las olas, y el ponto negrea; de semejante modo sentáronse en la llanura las hileras de aqueos y troyanos. Y Héctor, puesto entre unos y otros, dijo:

67 —¡Oídme, troyanos y aqueos, de hermosas grebas, y os diré lo que en el pecho mi corazón me dicta! El excelso Cronida no ratificó nuestros juramentos, y seguirá causándonos males a unos y a otros, hasta que toméis la torreada Ilio o sucumbáis junto a las naves, surcadoras del ponto. Entre vosotros se hallan los más valientes aqueos; aquél a quien el ánimo incite a combatir conmigo adelántese y será campeón con el divino Héctor. Propongo lo siguiente y Zeus sea testigo: Si aquél con su bronce de larga punta consigue quitarme la vida, despójeme de las armas, lléveselas a las cóncavas naves, y entregue mi cuerpo a los míos para que los troyanos y sus esposas lo suban a la pira; y, si yo lo matare a él, por concederme Apolo tal

gloria, me llevaré sus armas a la sagrada Ilio, las colgaré en el templo de Apolo, que hiere de lejos, y enviaré el cadáver a las naves de muchos bancos, para que los aqueos, de larga cabellera, le hagan exequias y le erijan un túmulo a orillas del espacioso Helesponto. Y dirá alguno de los futuros hombres, atravesando el vinoso mar en una nave de muchos órdenes de remos: «Ésa es la tumba de un varón que peleaba valerosamente y fue muerto en edad remota por el esclarecido Héctor». Así hablará, y mi gloria no perecerá jamás.

92 Así dijo. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos, pues por vergüenza no rehusaban el desafío y por miedo no se decidían a aceptarlo. Al fin levantóse Menelao, con el corazón afligidísimo, y los apostrofó de esta manera:

96 —¡Ay de mí, hombres jactanciosos; aqueas que no aqueos! Grande y horrible será nuestro oprobio si no sale ningún dánao al encuentro de Héctor. Ojalá os volvierais agua y tierra ahí mismo donde estáis sentados, hombres sin corazón y sin honor. Yo seré quien me arme y luche con aquél, pues la victoria la conceden desde lo alto los inmortales dioses.

103 Esto dicho, empezó a ponerse la magnífica armadura. Entonces, oh Menelao, hubieras acabado la vida en manos de Héctor, cuya fuerza era muy superior, si los reyes aqueos no se hubiesen apresurado a detenerte. El mismo Agamenón Atrida, el de vasto poder, asióle de la diestra exclamando:

109 —¡Deliras, Menelao, alumno de Zeus! Nada te fuerza a cometer tal locura. Domínate, aunque estés afligido, y no quieras luchar por despique con un hombre más fuerte que tú, con Héctor Priámida, que a todos amedrenta y cuyo encuentro en la batalla, donde los varones adquieren gloria, causaba horror al mismo Aquiles, que lo aventaja tanto en bravura. Vuelve a juntarte con tus compañeros, siéntate, y los aqueos harán que se levante un campeón tal, que, aunque aquél sea intrépido e incansable en la pelea, con gusto, creo, se entregará al descanso si consigue escapar de tan fiero combate, de tan terrible lucha.

120 Así dijo; y el héroe cambió la mente de su hermano con la oportuna exhortación. Menelao obedeció; y sus servidores, alegres, quitáronle la armadura de los hombros. Entonces levantóse Néstor, y arengó a los argivos diciendo:

124 —¡Oh dioses! ¡Qué motivo de pesar tan grande le ha llegado a la tierra aquea! ¡Cuánto gemiría el anciano jinete Peleo, ilustre consejero y

arengador de los mirmidones, que en su palacio se gozaba con preguntarme por la prosapia y la descendencia de los argivos todos! Si supiera que éstos tiemblan ante Héctor, alzaría las manos a los inmortales para que su alma, separándose del cuerpo, bajara a la mansión de Hades. Ojalá, ¡padre Zeus, Atenea, Apolo!, fuese yo tan joven como cuando, encontrándose los pilios con los belicosos arcadios al pie de las murallas de Fea, cerca de la corriente del Járdano, trabaron el combate a orillas del impetuoso Celadonte. Entre los arcadios aparecía en primera línea Ereutalión, varón igual a un dios, que llevaba la armadura del rey Areítoo; del divino Areítoo, a quien por sobrenombre llamaban el macero así los hombres como las mujeres de hermosa cintura, porque no peleaba con el arco y la formidable lanza, sino que rompía las falanges con la férrea maza. Al rey Areítoo matólo Licurgo, no empleando la fuerza, sino la astucia, en un camino estrecho, donde la férrea clava no podía librarlo de la muerte: Licurgo se le adelantó, envasóle la lanza en medio del cuerpo, hízolo caer de espaldas, y despojóle de la armadura, regalo del broncíneo Ares, que llevaba en las batallas. Cuando Licurgo envejeció en el palacio, entregó dicha armadura a Ereutalión, su escudero querido, para que la usara; y éste, con tales armas, desafiaba entonces a los más valientes. Todos estaban amedrentados y temblando, y nadie se atrevía a aceptar el reto; pero mi ardido corazón me impulsó a pelear con aquel presuntuoso —era yo el más joven de todos— y combatí con él y Atenea me dio gloria, pues logré matar a aquel hombre gigantesco y fortísimo que tendido en el suelo ocupaba un gran espacio. Ojalá me rejuveneciera tanto y mis fuerzas conservaran su robustez. ¡Cuán pronto Héctor, el de tremolante casco, tendría combate! ¡Pero ni los que sois los más valientes de los aqueos todos, ni siquiera vosotros, estáis dispuestos a ir al encuentro de Héctor!

161 De esta manera los increpó el anciano, y nueve por junto se levantaron. Levantóse, mucho antes que los otros, el rey de hombres, Agamenón; luego el fuerte Diomedes Tidida; después, ambos Ayantes, revestidos de impetuoso valor; tras ellos, Idomeneo y su escudero Meriones, que al homicida Enialio igualaba; enseguida Eurípilo, hijo ilustre de Evemón; y, finalmente, Toante Andremónida y el divino Ulises: todos éstos querían pelear con el ilustre Héctor. Y Néstor, caballero gerenio, les dijo:

171 —Echad suertes, y aquél a quien le toque alegrará a los aqueos, de hermosas grebas, y sentirá regocijo en el corazón si logra escapar del fiero

combate, de la terrible lucha.

175 Así dijo. Los nueve señalaron sus respectivas tarjas, y seguidamente las metieron en el casco de Agamenón Atrida. Los guerreros oraban y alzaban las manos a los dioses. Y alguno exclamó, mirando al anchuroso cielo:

179 —¡Padre Zeus! Haz que le caiga la suerte a Ayante, al hijo de Tideo, o al mismo rey de Micenas, rica en oro.

181 Así decían. Néstor, caballero gerenio, meneaba el casco, hasta que por fin saltó la tarja que ellos querían, la de Ayante. Un heraldo llevóla por el concurso y, empezando por la derecha, la enseñaba a los próceres aqueos, quienes, al no reconocerla, negaban que fuese suya; pero, cuando llegó al que la había marcado y echado en el casco, al ilustre Ayante, éste tendió la mano, y aquél se detuvo y le entregó la contraseña. El héroe la reconoció, con gran júbilo de su corazón, y, tirándola al suelo, a sus pies, exclamó:

191 —¡Oh amigos! Mi tarja es, y me alegro en el alma porque espero vencer al divino Héctor. ¡Ea! Mientras visto la bélica armadura, orad al soberano Zeus Cronión, mentalmente, para que no lo oigan los troyanos; o en alta voz, pues a nadie tememos. No habrá quien, valiéndose de la fuerza o de la astucia, me ponga en fuga contra mi voluntad; porque no creo que naciera y me criara en Salamina, tan inhábil para la lucha.

200 Tales fueron sus palabras. Ellos oraron al soberano Zeus Cronión, y algunos dijeron, mirando al anchuroso cielo:

202 —¡Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! Concédele a Ayante la victoria y un brillante triunfo; y, si amas también a Héctor y por él te interesas, dales a entrambos igual fuerza y gloria.

206 Así hablaban. Púsose Ayante la armadura de luciente bronce; y, vestidas las armas en torno de su cuerpo, marchó tan animoso como el terrible Ares cuando se encamina al combate de los hombres, a quienes el Cronión hace venir a las manos por una roedora discordia. Tan terrible se levantó Ayante, antemural de los aqueos, que sonreía con torva faz, andaba a paso largo y blandía enorme lanza. Los argivos se regocijaron grandemente, así que lo vieron, y un violento temblor se apoderó de los troyanos; al mismo Héctor palpitóle el corazón en el pecho; pero ya no podía manifestar temor ni retirarse a su ejército, porque de él había partido la provocación. Ayante se le acercó con su escudo como una torre, broncíneo, de siete pieles de buey, que en otro tiempo le hiciera Tiquio, el cual habitaba en Hila y era el mejor de los curtidores. Éste formó el

manejable escudo con siete pieles de corpulentos bueyes y puso encima, como octava capa, una lámina de bronce. Ayante Telamonio paróse, con el escudo al pecho, muy cerca de Héctor; y, amenazándolo, dijo:

226 —¡Héctor! Ahora sabrás claramente, de solo a solo, cuáles adalides pueden presentar los dánaos, aun prescindiendo de Aquiles, que rompe filas de guerreros y tiene el ánimo de un león. Mas el héroe, enojado con Agamenón, pastor de hombres, permanece en las corvas naves surcadoras del ponto, y somos muchos los capaces de pelear contigo. Pero empiece ya la lucha y el combate.

233 Respondióle el gran Héctor, el de tremolante casco:

234 —¡Ayante Telamonio, del linaje de Zeus, príncipe de hombres! No me tientes cual si fuera un débil niño o una mujer que no conoce las cosas de la guerra. Versado estoy en los combates y en las matanzas de hombres; sé mover a diestro y a siniestro la seca piel de buey que llevo para luchar denodadamente; sé lanzarme a la pelea cuando en prestos carros se batalla, y sé deleitar al cruel Ares en el estadio de la guerra. Pero a ti, siendo cual eres, no quiero herirte con alevosía, sino cara a cara, si puedo conseguirlo.

244 Dijo, y blandiendo la enorme lanza, arrojóla y atravesó el bronce que cubría como octava capa el gran escudo de Ayante formado por siete boyunos cueros: la indomable punta horadó seis de éstos y en el séptimo quedó detenida. Ayante, del linaje de Zeus, tiró a su vez su luenga lanza y dio en el escudo liso del Priámida, y la robusta lanza, pasando por el terso escudo, se hundió en la labrada coraza y rasgó la túnica sobre el ijar; inclinóse el héroe, y evitó la negra muerte. Y arrancando ambos las luengas lanzas de los escudos, acometiéronse como carniceros leones o puercos monteses, cuya fuerza es inmensa. El Priámida hirió con la lanza el centro del escudo de Ayante, y el bronce no pudo romperlo porque la punta se torció. Ayante, arremetiendo, clavó la suya en el escudo de aquél, a hizo vacilar al héroe cuando se disponía para el ataque; la punta abrióse camino hasta el cuello de Héctor, y enseguida brotó la negra sangre. Mas no por esto cesó de combatir Héctor, el de tremolante casco, sino que, volviéndose, cogió con su robusta mano un pedrejón negro y erizado de puntas que había en el campo; lo tiró, acertó a dar en el bollón central del gran escudo de Ayante, de siete boyunas pieles, a hizo resonar el bronce que lo cubría. Ayante entonces, tomando una piedra mucho mayor, la despidió haciéndola voltear con una fuerza inmensa. La piedra torció el borde inferior del hectóreo escudo, cual pudiera hacerlo una muela de molino, y chocando con

las rodillas de Héctor lo hizo caer de espaldas asido al escudo; pero Apolo enseguida lo puso en pie. Y ya se hubieran atacado de cerca con las espadas, si no hubiesen acudido dos heraldos, mensajeros de Zeus y de los hombres, que llegaron respectivamente del campo de los troyanos y del de los aqueos, de broncíneas corazas: Taltibio a Ideo, prudentes ambos. Éstos interpusieron sus cetros entre los campeones, a Ideo, hábil en dar sabios consejos, pronunció estas palabras:

279 —¡Hijos queridos! No peleéis ni combatáis más; a entrambos os ama Zeus, que amontona las nubes, y ambos sois belicosos. Esto lo sabemos todos. Pero la noche comienza ya, y será bueno obedecerla.

282 Respondióle Ayante Telamonio:

283 —¡Ideo! Ordenad a Héctor que lo disponga, pues fue él quien retó a los más valientes. Sea el primero en desistir; que yo obedeceré, si él lo hiciere.

287 Díjole el gran Héctor, el de tremolante casco:

288 —¡Ayante! Puesto que los dioses te han dado corpulencia, valor y cordura, y en el manejo de la lanza descuellas entre los aqueos, suspendamos por hoy el combate y la lucha, y otro día volveremos a pelear hasta que una deidad nos separe, después de otorgar la victoria a quien quisiere. La noche comienza ya, y será bueno obedecerla. Así tú regocijarás, en las naves, a todos los aqueos y especialmente a tus amigos y compañeros; y yo alegraré, en la gran ciudad del rey Príamo, a los troyanos y a las troyanas, de rozagantes peplos, que habrán ido a los sagrados templos a orar por mí. ¡Ea! Hagámonos magníficos regalos, para que digan aqueos y troyanos: «Combatieron con roedor encono, y se separaron unidos por la amistad».

303 Cuando esto hubo dicho, entregó a Ayante una espada guarnecida con argénteos clavos, ofreciéndosela con la vaina y el bien cortado ceñidor; y Ayante regaló a Héctor un vistoso tahalí teñido de púrpura. Separáronse luego, volviendo el uno a las tropas aqueas y el otro al ejército de los troyanos. Éstos se alegraron al ver a Héctor vivo, y que regresaba incólume, libre de la fuerza y de las invictas manos de Ayante, cuando ya desesperaban de que se salvara; y lo acompañaron a la ciudad. Por su parte, los aqueos, de hermosas grebas, llevaron a Ayante, ufano de la victoria, a la tienda del divino Agamenón.

313 Así que estuvieron en ella, Agamenón Atrida, rey de hombres, sacrificó al prepotente Cronión un buey de cinco años. Al instante lo

desollaron y prepararon, lo partieron todo, lo dividieron con suma habilidad en pedazos muy pequeños, lo atravesaron con pinchos, lo asaron cuidadosamente y lo retiraron del fuego. Terminada la faena y dispuesto el festín, comieron sin que nadie careciese de su respectiva porción; y el poderoso héroe Agamenón Atrida obsequió a Ayante con el ancho lomo. Cuando hubieron satisfecho el deseo de beber y de comer, el anciano Néstor, cuya opinión era considerada siempre como la mejor, comenzó a darles un consejo. Y, arengándolos con benevolencia, así les dijo:

327 —¡Atrida y demás príncipes de los aqueos todos! ¡Ya que han muerto tantos melenudos aqueos, cuya negra sangre esparció el cruel Ares por la ribera del Escamandro de límpida corriente y cuyas almas descendieron a la mansión de Hades, conviene que suspendas los combates, y mañana, reunidos todos al comenzar del día, traeremos los cadáveres en carros tirados por bueyes y mulos, y los quemaremos cerca de los bajeles para llevar sus cenizas a los hijos de los difuntos cuando regresemos a la patria tierra! Erijamos luego con sierra de la llanura, amontonada en torno de la pira, un túmulo común; edifiquemos enseguida a partir del mismo una muralla con altas torres, que sea un reparo para las naves y para nosotros mismos; dejemos puertas que se cierren con bien ajustadas tablas, para que pasen los carros, y cavemos delante del muro un profundo foso, que detenga a los hombres y a los caballos si algún día no podemos resistir la acometida de los altivos troyanos.

344 Así habló, y los demás reyes aplaudieron. Reuniéronse los troyanos en la acrópolis de Ilio, cerca del palacio de Príamo, y la junta fue agitada y turbulenta. El prudente Anténor comenzó a arengarles de esta manera:

348 —¡Oídme, troyanos, dárdanos y aliados, y os manifestaré lo que en el pecho mi corazón me dicta! Ea, restituyamos la argiva Helena con sus riquezas y que los Atridas se la lleven. Ahora combatimos después de quebrar la fe ofrecida en los juramentos, y no espero que alcancemos éxito alguno mientras no hagamos lo que propongo.

354 Dijo, y se sentó. Levantóse el divino Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa cabellera, y, dirigiéndose a aquél, pronunció estas aladas palabras:

357 —¡Anténor! No me place lo que propones y podías haber pensado algo mejor. Si realmente hablas con seriedad, los mismos dioses lo han hecho perder el juicio. Y a los troyanos, domadores de caballos, les diré lo

siguiente: Paladinamente lo declaro, no devolveré la mujer, pero sí quiero dar cuantas riquezas traje de Argos y aun otras que añadiré de mi casa.

365 Dijo, y se sentó. Levantóse Príamo Dardánida, consejero igual a los dioses, y les arengó con benevolencia diciendo:

368 —¡Oídme, troyanos, dárdanos y aliados, y os manifestaré lo que en el pecho mi corazón me dicta! Cenad en la ciudad, como siempre; acordaos de la guardia, y vigilad todos; al romper el alba, vaya Ideo a las cóncavas naves; anuncie a los Atridas, Agamenón y Menelao, la proposición de Alejandro, por quien se suscitó la contienda, y háganles esta prudente consulta: Si quieren, que se suspenda el horrísono combate para quemar los cadáveres; y luego volveremos a pelear hasta que una deidad nos separe y otorgue la victoria a quien le plazca.

379 Así dijo; ellos lo escucharon y obedecieron, tomando la cena en el campo sin romper las filas, y, apenas comenzó a alborear, encaminóse Ideo a las cóncavas naves y halló a los dánaos, servidores de Ares, reunidos en junta cerca de la nave de Agamenón. El heraldo de voz sonora, puesto en medio, les dijo:

385 —¡Atrida y demás príncipes de los aqueos todos! Mándanme Príamo y los ilustres troyanos que os participe, y ojalá os fuera acepta y grata, la proposición de Alejandro, por quien se suscitó la contienda. Ofrece dar cuantas riquezas trajo a Ilio en las cóncavas naves —¡así hubiese perecido antes! — y aun añadir otras de su casa; pero se niega a devolver la legítima esposa del glorioso Menelao, a pesar de que los troyanos se lo aconsejan. Me han ordenado también que os haga esta consulta: Si queréis, que se suspenda el horrísono combate para quemar los cadáveres; y luego volveremos a pelear hasta que una deidad nos separe y otorgue la victoria a quien le plazca.

398 Así habló. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Pero al fin Diomedes, valiente en la pelea, dijo:

400 —No se acepten ni las riquezas de Alejandro, ni a Helena tampoco; pues es evidente, hasta para el más simple, que la ruina pende sobre los troyanos.

403 Así se expresó; y todos los aqueos aplaudieron, admirados del discurso de Diomedes, domador de caballos. Y el rey Agamenón dijo entonces a Ideo:

406 —¡Ideo! Tú mismo oyes las palabras con que responden los aqueos; ellas son de mi agrado. En cuanto a los cadáveres, no me opongo a

que sean quemados, pues ha de ahorrarse toda dilación para satisfacer prontamente a los que murieron, entregando sus cuerpos a las llamas. Zeus tonante, esposo de Hera, reciba el juramento.

412 Dicho esto, alzó el cetro a todos los dioses; a Ideo regresó a la sagrada Ilio, donde lo esperaban, reunidos en junta, troyanos y dárdanos. El heraldo, puesto en medio, dijo la respuesta. Enseguida dispusiéronse unos a recoger los cadáveres, y otros a ir por leña. A su vez, los argivos salieron de las naves de muchos bancos, unos para recoger los cadáveres, y otros para ir por leña.

421 Ya el sol hería con sus rayos los campos, subiendo al cielo desde la plácida y profunda corriente del Océano, cuando aqueos y troyanos se mezclaron unos con otros en la llanura. Difícil era reconocer a cada varón; pero lavaban con agua las manchas de sangre de los cadáveres y, derramando ardientes lágrimas, los subían a los carros. El gran Príamo no permitía que los troyanos lloraran: éstos, en silencio y con el corazón afligido, hacinaron los cadáveres sobre la pira, los quemaron y volvieron a la sacra Ilio. Del mismo modo, los aqueos, de hermosas grebas, hacinaron los cadáveres sobre la pira, los quemaron y volvieron a las cóncavas naves.

433 Cuando aún no despuntaba la aurora, pero ya la luz del alba se difundía, un grupo escogido de aqueos se reunió en torno de la pira. Erigieron con tierra de la llanura un túmulo común; construyeron a partir del mismo una muralla con altas torres, que sirviese de reparo a las naves y a ellos mismos; dejaron puertas, que se cerraban con bien ajustadas tablas, para que pudieran pasar los carros, y cavaron delante del muro un gran foso profundo y ancho, que defendieron con estacas.

442 De tal suerte trabajaban los melenudos aqueos; y los dioses, sentados junto a Zeus fulminador, contemplaban la grande obra de los aqueos, de broncíneas corazas. Y Poseidón, que sacude la tierra, empezó a decirles:

446 —¡Padre Zeus! ¿Cuál de los mortales de la vasta tierra consultará con los dioses sus pensamientos y proyectos? ¿No ves que los melenudos aqueos han construido delante de las naves un muro con su foso, sin ofrecer a los dioses hecatombes perfectas? La fama de este muro se extenderá tanto como la luz de la aurora; y se echará en olvido el que labramos yo y Febo Apolo cuando con gran fatiga construimos la ciudad para el héroe Laomedonte.

454 Zeus, que amontona las nubes, respondió muy indignado:

455 —¡Oh dioses! ¡Tú, prepotente batidor de la tierra, qué palabras proferiste! A un dios muy inferior en fuerza y ánimo podría asustarle tal pensamiento; pero no a ti, cuya fama se extenderá tanto como la luz de la aurora. Ea, cuando los aqueos, de larga cabellera, regresen en las naves a su patria tierra, derriba el muro, arrójalo entero al mar, y enarena otra vez la espaciosa playa para que desaparezca la gran muralla aquea.

464 Así éstos conversaban. Al ponerse el sol los aqueos tenían la obra acabada; inmolaron bueyes y se pusieron a cenar en las respectivas tiendas, cuando arribaron, procedentes de Lemnos, muchas naves cargadas de vino que enviaba Euneo Jasónida, hijo de Hipsípile y de Jasón, pastor de hombres. El hijo de Jasón mandaba separadamente, para los Atridas, Agamenón y Menelao, mil medidas de vino. Los melenudos aqueos acudieron a las naves; compraron vino, unos con bronce, otros con luciente hierro, otros con pieles, otros con vacas y otros con esclavos; y prepararon un festín espléndido. Toda la noche los melenudos aqueos disfrutaron del banquete, y lo mismo hicieron en la ciudad los troyanos y sus aliados. Toda la noche estuvo el próvido Zeus meditando cómo les causaría males y tronando de un modo horrible: el pálido temor se apoderó de todos, derramaron a tierra el vino de las copas, y nadie se atrevió a beber sin que antes hiciera libaciones al prepotente Cronión. Después se acostaron y el don del sueño recibieron.

CANTO VIII

Batalla interrumpida

Y la tercera es favorable a los troyanos, que quedan vencedores y pernoctan en el campo en vez de retirarse a la ciudad, y así poder rematar la victoria al día siguiente. Zeus, en asamblea divina había prohibido a los inmortales acudir en socorro de los hombres, y él ha ayudado a los troyanos.

1 La Aurora, de azafranado velo, se esparcía por toda la tierra, cuando Zeus, que se complace en lanzar rayos, reunió el ágora de los dioses en la más alta de las muchas cumbres del Olimpo. Y así les habló, mientras ellos atentamente lo escuchaban:

5 —¡Oídme todos, dioses y diosas, para que os manifieste lo que en el pecho mi corazón me dicta! Ninguno de vosotros, sea varón o hembra, se atreva a transgredir mi mandato; antes bien, asentid todos, a fin de que cuanto antes lleve a cabo lo que pretendo. El dios que intente separarse de los demás y socorrer a los troyanos o a los dánaos, como yo lo vea, volverá afrentosamente golpeado al Olimpo; o, cogiéndolo, lo arrojaré al tenebroso Tártaro, muy lejos, en lo más profundo del báratro debajo de la tierra —sus puertas son de hierro, y el umbral, de bronce, y su profundidad desde el Hades como del cielo a la tierra—, y conocerá enseguida cuánto aventaja mi poder al de las demás deidades. Y, si queréis, haced esta prueba, oh dioses, para que os convenzáis. Suspended del cielo áurea cadena, asíos todos, dioses y diosas, de la misma, y no os será posible arrastrar del cielo a la tierra a Zeus, árbitro supremo, por mucho que os fatiguéis; mas, si yo me resolviese a tirar de aquélla, os levantaría con la tierra y el mar, ataría un cabo de la cadena en la cumbre del Olimpo, y todo quedaría en el aire. Tan superior soy a los dioses y a los hombres.

23 Así habló, y todos callaron, asombrados de sus palabras, pues fue mucha la vehemencia con que se expresó. Al fin, Atenea, la diosa de ojos de lechuza, dijo:

31 —¡Padre nuestro, Cronida, el más excelso de los soberanos! Bien sabemos que es incontrastable tu poder; pero tenemos lástima de los belicosos dánaos, que morirán, y se cumplirá su aciago destino. Nos abstendremos de intervenir en el combate, si nos lo mandas; pero sugeriremos a los argivos consejos saludables, a fin de que no perezcan todos, a causa de tu cólera.

38 Sonriéndose, le contestó Zeus, que amontona las nubes:

39 —Tranquilízate, Tritogenia, hija querida. No hablo con ánimo benigno, pero contigo quiero ser complaciente.

41 Esto dicho, unció los corceles de pies de bronce y áureas crines, que volaban ligeros; vistió la dorada túnica, tomó el látigo de oro y fina labor y subió al carro. Picó a los caballos para que arrancaran; y éstos, gozosos, emprendieron el vuelo entre la tierra y el estrellado cielo. Pronto llegó al Ida, abundante en fuentes y criador de fieras, al Gárgaro, donde tenía un bosque sagrado y un perfumado altar; allí el padre de los hombres y de los dioses detuvo los corceles, los desenganchó del carro y los cubrió de espesa niebla. Sentóse luego en la cima, ufano de su gloria, y se puso a contemplar la ciudad troyana y las naves aqueas.

53 Los melenudos aqueos se desayunaron apresuradamente en las tiendas, y enseguida tomaron las armas. También los troyanos se armaron dentro de la ciudad; y, aunque eran menos, estaban dispuestos a combatir, obligados por la cruel necesidad de proteger a sus hijos y mujeres: abriéronse todas las puertas, salió el ejército de infantes y de los que peleaban en carros, y se produjo un gran tumulto.

60 Cuando los dos ejércitos llegaron a juntarse, chocaron entre sí los escudos, las lanzas y el valor de los guerreros armados de broncíneas corazas, y al aproximarse las abollonadas rodelas se produjo un gran tumulto. Allí se oían simultáneamente los lamentos de los moribundos y los gritos jactanciosos de los matadores, y la tierra manaba sangre.

66 Al amanecer y mientras iba aumentando la luz del sagrado día, los dardos alcanzaban por igual a unos y a otros, y los hombres caían. Cuando el sol hubo recorrido la mitad del cielo, el padre Zeus tomó la balanza de oro, puso en ella dos destinos de la muerte que tiende a lo largo —el de los troyanos, domadores de caballos, y el de los aqueos, de broncíneas lorigas —; cogió por el medio la balanza, la desplegó y tuvo más peso el día fatal de los aqueos. Los destinos de éstos bajaron hasta llegar a la fértil tierra, mientras los de los troyanos subían al espacioso cielo. Zeus, entonces, tronó fuerte desde el Ida y envió una ardiente centella a los aqueos, quienes, al verla, se pasmaron, sobrecogidos de pálido temor.

78 Ya no se atrevieron a permanecer en el campo ni Idomeneo, ni Agamenón, ni los dos Ayantes, servidores de Ares; y sólo se quedó Néstor gerenio, protector de los aqueos, contra su voluntad, por tener malparado uno de los corceles, al cual el divino Alejandro, esposo de Helena, la de

hermosa cabellera, había herido con una flecha en lo alto de la cabeza, donde las crines empiezan a crecer y las heridas son mortales. El caballo, al sentir el dolor, se encabritó, y la flecha le penetró el cerebro; y, revolcándose para sacudir el bronce, espantó a los demás caballos. Mientras el anciano se daba prisa a cortar con la espada las correas del caído corcel, vinieron por entre la muchedumbre los veloces caballos de Héctor, tirando del carro en que iba tan audaz guerrero. Y el anciano perdiera allí la vida, si al punto no lo hubiese advertido Diomedes, valiente en la pelea; el cual, vociferando de un modo horrible, dijo a Ulises:

93 —¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardides! ¿Adónde huyes, confundido con la turba y volviendo la espalda como un cobarde? Mira que alguien, mientras huyes, no te clave la lanza en el dorso. Pero aguarda y apartaremos del anciano al feroz guerrero.

97 Así dijo, y el paciente divino Ulises pasó sin oírlo, corriendo hacia las cóncavas naves de los aqueos. El Tidida, aunque estaba solo, se abrió paso por las primeras filas; y, deteniéndose ante el carro del viejo Nelida, pronunció estas aladas palabras:

102 —¡Oh anciano! Los guerreros mozos te acosan y te hallas sin fuerzas, abrumado por la molesta senectud; tu escudero tiene poco vigor y tus caballos son tardos. Sube a mi carro para que veas cuáles son los corceles de Tros que quité a Eneas, el que pone en fuga a sus enemigos, y cómo saben tanto perseguir acá y acullá de la llanura, como huir ligeros. De los tuyos cuiden los servidores; y nosotros dirijamos éstos hacia los troyanos, domadores de caballos, para que Héctor sepa con qué furia se mueve la lanza en mis manos.

112 Dijo; y Néstor, caballero gerenio, no desobedeció. Encargáronse de sus yeguas los bravos escuderos Esténelo y Eurimedonte valeroso; y habiendo subido ambos héroes al carro de Diomedes, Néstor cogió las lustrosas riendas y avispó a los caballos, y pronto se hallaron cerca de Héctor. El hijo de Tideo arrojóle un dardo, cuando Héctor deseaba acometerlo, y si bien erró el tiro, hirió en el pecho cerca de la tetilla a Eniopeo, hijo del animoso Tebeo, que, como auriga, gobernaba las riendas: Eniopeo cayó del carro, cejaron los veloces corceles y allí terminaron la vida y el valor del guerrero. Hondo pesar sintió el espíritu de Héctor por tal muerte; pero, aunque condolido del compañero, dejóle en el suelo y buscó otro auriga que fuese osado. Poco tiempo estuvieron los caballos sin conductor, pues Héctor encontróse con el ardido Arqueptólemo Ifítida, y,

haciéndole subir al carro de que tiraban los ágiles corceles, le puso las riendas en la mano.

130 Entonces gran estrago e irreparables males se hubieran producido y los troyanos habrían sido encerrados en Ilio como corderos, si al punto no lo hubiese advertido el padre de los hombres y de los dioses. Tronando de un modo espantoso, despidió un ardiente rayo para que cayera en el suelo delante de los caballos de Diomedes; el azufre encendido produjo una terrible llama; los corceles, asustados, acurrucáronse debajo del carro; las lustrosas riendas cayeron de las manos de Néstor, y éste, con miedo en el corazón, dijo a Diomedes:

139 —¡Tidida! Tuerce la rienda a los solípedos caballos y huyamos. ¿No conoces que la protección de Zeus ya no te acompaña? Hoy Zeus Cronida otorga a ése la victoria; otro día, si le place, nos la dará a nosotros. Ningún hombre, por fuerte que sea, puede impedir los propósitos de Zeus, porque el dios es mucho más poderoso.

145 Respondióle Diomedes, valiente en la pelea:

146 —Sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir, pero un terrible pesar me llega al corazón y al alma. Quizá diga Héctor, arengando a los troyanos: «El Tidida llegó a las naves, puesto en fuga por mi lanza» Así se jactará; y entonces ábraseme la vasta tierra.

151 Replicóle Néstor, caballero gerenio:

152 —¡Ay de mí! ¡Qué dijiste, hijo del belicoso Tideo! Si Héctor te llamare cobarde y flaco, no lo creerán ni los troyanos, ni los dardanios, ni las mujeres de los troyanos magnánimos, escudados, cuyos esposos florecientes derribaste en el polvo.

157 Dichas estas palabras, volvió la rienda a los solípedos caballos, y empezaron a huir por entre la turba. Los troyanos y Héctor, promoviendo inmenso alboroto, hacían llover sobre ellos dañosos tiros. Y el gran Héctor, el de tremolante casco, gritaba con voz recia:

161 —¡Tidida! Los dánaos, de ágiles corceles, te cedían la preferencia en el asiento y te obsequiaban con carne y copas de vino; mas ahora te despreciarán, porque te has vuelto como una mujer. Anda, tímida doncella; ya no escalarás nuestras torres, venciéndome a mí, ni te llevarás nuestras mujeres en las naves, porque antes te daré la muerte.

167 Así dijo. El Tidida estaba indeciso entre seguir huyendo o torcer la rienda a los corceles y volver a pelear. Tres veces se le presentó la duda en la mente y en el corazón, y tres veces el próvido Zeus tronó desde los

montes ideos para anunciar a los troyanos que suya sería en aquel combate la inconstante victoria. Y Héctor los animaba, diciendo a voz en grito:

175 —¡Troyanos, licios, dárdanos que cuerpo a cuerpo combatís! Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso valor. Conozco que el Cronida me concede, benévolo, la victoria y una gloria inmensa y envía la perdición a los dánaos; quienes, oh necios, construyeron esos muros débiles y despreciables que no podrán contener mi arrojo, pues los caballos salvarán fácilmente el cavado foso. Cuando llegue a las cóncavas naves, acordaos de traerme el voraz fuego para que las incendie y mate junto a ellas a los argivos aturdidos por el humo.

184 Dijo, y exhortó a sus caballos con estas palabras:

185 —¡Janto, Podargo, Etón, divino Lampo! Ahora debéis pagarme el exquisito cuidado con que Andrómaca, hija del magnánimo Eetión, os ofrecía el regalado trigo y os mezclaba vinos para que pudieseis, bebiendo, satisfacer vuestro apetito antes que a mí, que me glorío de ser su floreciente esposo. Seguid el alcance, esforzaos, para ver si nos apoderamos del escudo de Néstor, cuya fama llega hasta el cielo por ser todo de oro, sin exceptuar las abrazaderas, y le quitamos de los hombros a Diomedes, domador de caballos, la labrada coraza que Hefesto fabricó. Creo que, si ambas cosas consiguiéramos, los aqueos se embarcarían esta misma noche en las veleras naves.

199 Así habló, vanagloriándose. La veneranda Hera, indignada, se agitó en su trono, haciendo estremecer el espacioso Olimpo, y dijo al gran dios Poseidón:

201 —¡Oh dioses! ¡Prepotente Poseidón que bates la tierra! ¿Tu corazón no se compadece de los dánaos moribundos que tantos y tan lindos presentes lo llevan a Hélice y a Egas? Decídete a darles la victoria. Si cuantos protegemos a los dánaos quisiéramos rechazar a los troyanos y contener al largovidente Zeus, éste se aburriría sentado solo allá en el Ida.

208 Respondióle muy indignado el poderoso dios que sacude la tierra:

209 —¿Qué palabras proferiste, audaz Hera? Yo no quisiera que los demás dioses lucháramos con Zeus Cronión porque nos aventaja mucho en poder.

212 Así éstos conversaban. Cuanto espacio encerraba el foso desde la torre hasta las naves llenóse de carros y hombres escudados que allí acorraló Héctor Priámida, igual al impetuoso Ares, cuanto Zeus le dio gloria. Y el héroe hubiese pegado ardiente fuego a las naves bien

proporcionadas a no haber sugerido la venerable Hera a Agamenón, aunque éste no se descuidaba, que animara pronto a los aqueos. Fuese el Atrida hacia las tiendas y las naves aqueas con el grande purpúreo manto en el robusto brazo, y subió a la ingente nave negra de Ulises, que estaba en el centro, para que lo oyeran por ambos lados hasta las tiendas de Ayante Telamonio y de Aquiles, los cuales habían puesto sus bajeles en los extremos porque confiaban en su valor y en la fuerza de sus brazos. Y con voz penetrante gritaba a los dánaos:

228 —¡Qué vergüenza, argivos, hombres sin dignidad, admirables sólo por la figura! ¿Qué es de la jactancia con que nos gloriábamos de ser valentísimos, y con que decíais presuntuosamente en Lemnos, comiendo abundante carne de bueyes de erguida cornamenta y bebiendo cráteras coronadas de vino, que cada uno haría frente en la batalla a ciento y a doscientos troyanos? Ahora ni con uno podemos, con Héctor, que pronto pegará ardiente fuego a las naves. ¡Padre Zeus! ¿Hiciste sufrir tamaña desgracia y privaste de una gloria tan grande a algún otro de los prepotentes reyes? Cuando vine, no pasé de largo en la nave de muchos bancos por ninguno de tus bellos altares, sino que en todos quemé grasa y muslos de buey, deseoso de asolar la bien murada Troya. Por Canto, oh Zeus, cúmpleme este voto: déjanos escapar y librarnos de este peligro, y no permitas que los troyanos maten a los aqueos.

245 Así dijo. El padre, compadecido de verle derramar lágrimas, le concedió que su pueblo se salvara y no pereciese; y enseguida mandó un águila, la mejor de las aves agoreras, que tenía en las garras el hijuelo de una veloz cierva y lo dejó caer al pie del ara hermosa de Zeus, donde los aqueos ofrecían sacrificios al dios, como autor de los presagios todos. Cuando ellos vieron que el ave había sido enviada por Zeus, arremetieron con más ímpetu contra los troyanos y sólo en combatir pensaron.

253 Entonces ninguno de los dánaos, aunque eran muchos, pudo gloriarse de haber revuelto sus veloces caballos para pasar el foso y resistir el ataque, antes que el Tidida. Fue éste el primero que mató a un guerrero troyano, a Agelao Fradmónida, que, subido en el carro, emprendía la fuga: hundióle la pica en la espalda, entre los hombros, y la punta salió por el pecho; Agelao cayó del carro y sus armas resonaron.

261 Siguieron a Diomedes los Atridas, Agamenón y Menelao; los Ayantes, revestidos de impetuoso valor; Idomeneo y su servidor Meriones, igual al homicida Enialio; Eurípilo, hijo ilustre de Evemón; y en noveno

lugar, Teucro, que, con el flexible arco en la mano, se escondía detrás del escudo de Ayante Telamoníada. Éste levantaba el escudo; y Teucro, volviendo el rostro a todos lados, flechaba a uno de la turba que caía mortalmente herido, y al momento tornaba a refugiarse en Ayante (como un niño en su madre), quien lo cubría otra vez con el refulgente escudo.

273 ¿Cuál fue el primero, cuál el último de los que entonces mató el eximio Teucro? Orsíloco el primero, Órmeno, Ofelestes, Détor, Cromio, Licofontes igual a un dios, Amopaón Poliemónida y Melanipo. A tantos derribó sucesivamente al almo suelo. El rey de hombres, Agamenón, se holgó de ver que Teucro destruía las falanges troyanas, disparando el fuerte arco; y, poniéndose a su lado, le dijo:

281 —¡Caro Teucro Telamonio, príncipe de hombres! Sigue arrojando flechas, por si acaso llegas a ser la aurora de salvación de los dánaos y honras a tu padre Telamón, que te crio cuando eras niño y te educó en su casa, a pesar de tu condición de bastardo; ya que está lejos de aquí, cúbrele de gloria. Lo que voy a decir se cumplirá: Si Zeus, que lleva la égida, y Atenea me permiten destruir la bien edificada ciudad de Ilio, te pondré en la mano, como premio de honor únicamente inferior al mío, o un trípode o dos corceles con su correspondiente carro o una mujer que comparta el lecho contigo.

292 Respondióle el eximio Teucro:

293 —¡Gloriosísimo Atrida! ¿Por qué me instigas cuando ya, solícito, hago lo que puedo? Desde que los rechazamos hacia Ilio mato hombres, valiéndome del arco. Ocho flechas de larga punta tiré, y todas se clavaron en el cuerpo de jóvenes llenos de marcial furor; pero no consigo herir a ese perro rabioso.

300 Dijo; y, apercibiendo el arco, envió otra flecha a Héctor con intención de herirlo. Tampoco acertó, pero la saeta se clavó en el pecho del eximio Gorgitión, valeroso hijo de Príamo y de la bella Castianira, oriunda de Esima, cuyo cuerpo al de una diosa semejaba. Como en un jardín inclina la amapola su tallo, combándose al peso del fruto o de los aguaceros primaverales, de semejante modo inclinó el guerrero la cabeza que el casco hacía ponderosa.

309 Teucro armó nuevamente el arco, envió otra saeta a Héctor, con ánimo de herirlo, y también erró el tiro, por haberlo desviado Apolo; pero hirió en el pecho cerca de la tetilla a Arqueptólemo, osado auriga de Héctor, cuando se lanzaba a la pelea. Arqueptólemo cayó del carro, cejaron los

corceles de pies ligeros, y allí terminaron la vida y el valor del guerrero. Hondo pesar sintió el espíritu de Héctor por tal muerte; pero, aunque condolido del compañero, dejólo y mandó a su propio hermano Cebríones, que se hallaba cerca, que empuñara las riendas de los caballos. Oyóle éste y no desobedeció. Héctor saltó del refulgence carro al suelo, y, vociferando de un modo espantoso, cogió una piedra y encaminóse hacia Teucro con el propósito de herirlo. Teucro, a su vez, sacó del carcaj una acerba flecha, y ya estiraba la cuerda del arco, cuando Héctor, el de tremolante casco, acertó a darle con la áspera piedra cerca del hombro, donde la clavícula separa el cuello del pecho y las heridas son mortales, y le rompió el nervio: entorpecióse el brazo, Teucro cayó de hinojos y el arco se le fue de las manos. Ayante no abandonó al hermano caído en el suelo, sino que, corriendo a defenderlo, lo cubrió con el escudo. Acudieron dos fieles compañeros, Mecisteo, hijo de Equio, y el divino Alástor; y, cogiendo a Teucro, que daba grandes suspiros, lo llevaron a las cóncavas naves.

335 El Olímpico volvió a excitar el valor de los troyanos, los cuales hicieron arredrar a los aqueos en derechura al profundo foso. Héctor iba con los delanteros, haciendo gala de su fuerza. Como el perro que acosa con ágiles pies a un jabalí o a un león, lo muerde por detrás, ya los muslos, ya las nalgas, y observa si vuelve la cara; de igual modo perseguía Héctor a los melenudos aqueos, matando al que se rezagaba, y ellos huían espantados. Cuando atravesaron la empalizada y el foso, muchos sucumbieron a manos de los troyanos; los demás no pararon hasta las naves, y allí se animaban los unos a los otros, y con los brazos levantados oraban en voz alta a todas las deidades. Héctor revolvía por todas partes los corceles de hermosas crines; y sus ojos parecían los de Gorgona o los de Ares, peste de los hombres.

350 Hera, la diosa de los níveos brazos, al ver a los aqueos compadeciólos, enseguida dirigió a Atenea estas aladas palabras:

352 —¡Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! ¿No nos cuidaremos de socorrer, aunque tarde, a los dánaos moribundos? Perecerán, cumpliéndose su aciago destino, por el arrojo de un solo hombre, de Héctor Priámida, que se enfurece de intolerable modo y ya ha causado gran estrago.

357 Respondióle Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

358 Tiempo ha que ése hubiera perdido fuerza y vida, muerto en su patria tierra por los aqueos; pero mi padre revuelve en su mente funestos propósitos, ¡cruel, siempre injusto, desbaratador de mis planes!, y no

recuerda cuántas veces salvé a su hijo abrumado por los trabajos que Euristeo le había impuesto: clamaba al cielo, llorando, y Zeus me enviaba a socorrerlo. Si mi precavida mente hubiese sabido lo de ahora, no hubiera escapado el hijo de Zeus de las hondas corrientes de la Éstige, cuando aquél lo mandó que fuera a la mansión de Hades, de sólidas puertas, y sacara del Érebo el horrendo can de Hades. Al presente Zeus me aborrece y cumple los deseos de Tetis, que besó sus rodillas y le tocó la barba, suplicándole que honrase a Aquiles, asolador de ciudades. Día vendrá en que me llame nuevamente su amada hija, la de ojos de lechuza. Pero unce los solípedos corceles, mientras yo, entrando en el palacio de Zeus, que lleva la égida, me armo para el combate; quiero ver si el hijo de Príamo, Héctor, el de tremolante casco, se alegrará cuando aparezcamos en el campo de la batalla. Alguno de los troyanos, cayendo junto a las naves aqueas, saciará con su grasa y con su carne a los perros y a las aves.

381 Dijo; y Hera, la diosa de los níveos brazos, no fue desobediente. La venerable diosa Hera, hija del gran Crono, aprestó solícita los caballos de áureos jaeces. Y Atenea, hija de Zeus, que lleva la égida, dejó caer al suelo el hermoso peplo bordado que ella misma había tejido y labrado con sus manos; vistió la túnica de Zeus, que amontona las nubes, y se armó para la luctuosa guerra. Y subiendo al flamante carro, asió la lanza ponderosa, larga, fornida, con que la hija del prepotente padre destruye filas entenas de héroes cuando contra ellos monta en cólera. Hera picó con el látigo a los corceles, y abriéronse de propio impulso rechinando las puertas del cielo de que cuidan las Horas —a ellas está confiado el espacioso cielo y el Olimpo —, para remover o colocar delante la densa nube. Por allí, por entre las puertas, dirigieron aquellas deidades los corceles, dóciles al látigo.

397 El padre de Zeus, apenas las vio desde el Ida, se encendió en cólera; y al punto llamó a Iris, la de doradas alas, para que le sirviese de mensajera:

399 —¡Anda, ve, rápida Iris! Haz que se vuelvan y no les dejes llegar a mi presencia, porque ningún beneficio les reportará luchar conmigo. Lo que voy a decir se cumplirá: Encojaréles los briosos corceles; las derribaré del carro, que romperé luego, y ni en diez años cumplidos sanarán de las heridas que les produzca el rayo, para que conozca la de ojos de lechuza que es con su padre contra quien combate. Con Hera no me irrito ni me encolerizo tanto, porque siempre ha solido oponerse a cuanto digo.

409 De cal modo habló. Iris, la de los pies rápidos como el huracán, se levantó para llevar el mensaje; descendió de los montes ideos; y, alcanzando a las diosas en la entrada del Olimpo, en valles abundoso, hizo que se detuviesen, y les transmitió la orden de Zeus:

413 —¿Adónde corréis? ¿Por qué en vuestro pecho el corazón se enfurece? No consiente el Cronida que se socorra a los argivos. Ved aquí lo que hará el hijo de Crono si cumple su amenaza: Os encojará los briosos caballos, os derribará del carro, que romperá luego, y ni en diez años cumplidos sanaréis de las heridas que os produzca el rayo; para que conozcas tú, la de ojos de lechuza, que es con tu padre contra quien combates. Con Hera no se irrita ni se encoleriza tanto, porque siempre ha solido oponerse a cuanto dice. ¡Pero tú, temeraria, perra desvergonzada, si realmente te atrevieras a levantar contra Zeus la formidable lanza…!

425 Cuando esto hubo dicho, fuese Iris, la de los pies ligeros; y Hera dirigió a Atenea estas palabras:

427 —¡Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! Ya no permito que por los mortales peleemos con Zeus. Mueran unos y vivan otros, cualesquiera que fueren; y aquél sea juez, como le corresponde, y dé a los troyanos y a los dánaos lo que su espíritu acuerde.

432 Esto dicho, torció la rienda a los solípedos caballos. Las Horas desuncieron los corceles de hermosas crines, los ataron a pesebres divinos y apoyaron el carro en el reluciente muro. Y las diosas, que tenían el corazón afligido, se sentaron en áureos tronos mezcladamente con las demás deidades.

438 El padre Zeus, subiendo al carro de hermosas ruedas, guio los caballos desde el Ida al Olimpo y llegó a la mansión de los dioses; y allí el ínclito dios que sacude la tierra desunció los corceles, puso el carro en el estrado y lo cubrió con un velo de lino. El largovidente Zeus tomó asiento en el áureo trono y el inmenso Olimpo tembló debajo de sus pies. Atenea y Hera, sentadas aparte y a distancia de Zeus, nada le dijeron ni preguntaron; mas él comprendió en su mente lo que pensaban, y dijo:

447 —¿Por qué os halláis tan abatidas, Atenea y Hera? No os habréis fatigado mucho en la batalla, donde los varones adquieren gloria, matando troyanos, contra quienes sentís vehemente rencor. Son tales mi fuerza y mis manos invictas, que no me harían cambiar de resolución cuantos dioses hay en el Olimpo. Pero os temblaron los hermosos miembros antes que llegarais a ver el combate y sus terribles hechos. Diré lo que en otro caso hubiera

ocurrido: Heridas por el rayo, no hubieseis vuelto en vuestro carro al Olimpo, donde se halla la mansión de los inmortales.

457 Así dijo. Atenea y Hera, que tenían los asientos contiguos y pensaban en causar daño a los troyanos, mordiéronse los labios. Atenea, aunque airada contra su padre y poseída de feroz cólera, guardó silencio y nada dijo; pero a Hera la ira no le cupo en el pecho, y exclamó:

462 —¡Crudelísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! Bien sabemos que es incontrastable tu poder; pero tenemos lástima de los belicosos dánaos, que morirán, y se cumplirá su aciago destino. Nos abstendremos de intervenir en la lucha, si nos lo mandas, pero sugeriremos a los argivos consejos saludables para que no perezcan todos víctimas de tu cólera.

469 Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

470 —En la próxima mañana verás, si quieres, oh Hera veneranda, la de ojos de novilla, cómo el prepotente Cronión hace gran riza en el ejército de los belicosos argivos. Y el impetuoso Héctor no dejará de pelear hasta que junto a las naves se levante el Pelida, el de los pies ligeros, el día aquel en que combatan cerca de las popas y en estrecho espacio por el cadáver de Patroclo. Así lo decretó el hado, y no me importa que te irrites. Aunque lo vayas a los confines de la tierra y del mar, donde moran Jápeto y Crono, que no disfrutan de los rayos del Sol Hiperión ni de los vientos, y se hallan rodeados por el profundo Tártaro; aunque, errante, llegues hasta allí, no me importará verte enojada, porque no hay nada más impudente que tú.

484 Así dijo; y Hera, la de los níveos brazos, nada respondió. La brillante luz del sol se hundió en el Océano, trayendo sobre la alma tierra la noche obscura. Contrarió a los troyanos la desaparición de la luz; mas para los aqueos llegó grata, muy deseada, la tenebrosa noche.

489 El esclarecido Héctor reunió a los troyanos en la ribera del voraginoso Janto, lejos de las naves, en un lugar limpio donde el suelo no aparecía cubierto de cadáveres. Aquéllos descendieron de los carros y escucharon a Héctor, caro a Zeus, que arrimado a su lama de once codos, cuya reluciente broncínea punta estaba sujeta por áureo anillo, así los arengaba:

497 —¡Oídme, troyanos, dárdanos y aliados! En el día de hoy esperaba volver a la ventosa Ilio después de destruir las naves y acabar con todos los aqueos; pero nos quedamos a obscuras, y esto ha salvado a los argivos y a las naves que tienen en la playa. Obedezcamos ahora a la noche sombría y ocupémonos en preparar la cena; desuncid de los carros a los corceles de

hermosas crines y echadles el pasto; traed pronto de la ciudad bueyes y pingües ovejas, y de vuestras casas pan y vino, que alegra el corazón; amontonad abundante leña y encendamos muchas hogueras que ardan hasta que despunte la aurora, hija de la mañana, y cuyo resplandor llegue al cielo: no sea que los melenudos aqueos intenten huir esta noche por el ancho dorso del mar. No se embarquen tranquilos y sin ser molestados, sino que alguno tenga que curarse en su casa una lanzada o un flechazo recibido al subir a la nave, para que tema quien ose mover la luctuosa guerra a los troyanos, domadores de caballos. Los heraldos, caros a Zeus, vayan a la población y pregonen que los adolescentes y los ancianos de canosas sienes se reúnan en las torres que fueron construidas por las deidades y circundan la ciudad; que las tímidas mujeres enciendan grandes fogatas en sus respectivas casas, y que la guardia sea continua para que los enemigos no entren insidiosamente en la ciudad mientras los hombres estén fuera. Hágase como os lo encargo, magnánimos troyanos. Dichas quedan las palabras que al presente convienen; mañana os arengaré de nuevo, troyanos domadores de caballos; y espero que, con la protección de Zeus y de las otras deidades, echaré de aquí a esos perros rabiosos, traídos por las parcas en los negros bajeles. Durante la noche hagamos guardia nosotros mismos; y mañana, al comenzar el día, tomaremos las armas para trabar vivo combate junto a las cóncavas naves. Veré si el fuerte Diomedes Tidida me hace retroceder de las naves al muro, o si lo mato con el bronce y me llevo sus cruentos despojos. Mañana probará su valor, si me aguarda cuando lo acometa con la lanza; mas confío en que, así que salga el sol, caerá herido entre los combatientes delanteros, y con él muchos de sus camaradas. Así fuera yo inmortal, no tuviera que envejecer y gozara de los mismos honores que Atenea o Apolo, como este día será funesto para los argivos.

542 De este modo arengó Héctor, y los troyanos lo aclamaron. Desuncieron de debajo del yugo los sudados corceles y atáronlos con correas junto a sus respectivos carros; sacaron pronto de la ciudad bueyes y pingües ovejas, y de las casas pan y vino, que alegra el corazón, y amontonaron abundante leña. Después ofrecieron hecatombes perfectas a los inmortales, y los vientos llevaban de la llanura al cielo el suave olor de la grasa quemada; pero los bienaventurados dioses no quisieron aceptar la ofrenda, porque se les había hecho odiosa la sagrada Ilio y Príamo y su pueblo armado con lanzas de fresno.

553 Así, tan alentados, permanecieron toda la noche en el campo, donde ardían muchos fuegos. Como en noche de calma aparecen las radiantes estrellas en torno de la fulgente luna, y se descubren los promontorios, cimas y valles, porque en el cielo se ha abierto la vasta región etérea, vense todos los astros, y al pastor se le alegra el corazón: en tan gran número eran las hogueras que, encendidas por los troyanos, quemaban ante Ilio entre las naves y la corriente del Janto. Mil fuegos ardían en la llanura, y en cada uno se agrupaban cincuenta hombres a la luz de la ardiente llama. Y los caballos, comiendo cerca de los carros avena y blanca cebada, esperaban la llegada de la Aurora, la de hermoso trono.

CANTO IX

Embajada a Aquiles – Súplicas

Agamenón, arrepentido y lamentando su disputa con Aquiles, por consejo de su anciano asesor Néstor, despacha a Ulises, Ayante y al viejo Fénix como embajadores ante Aquiles, para solicitar su ayuda, con plenos poderes para prometerle la devolución de Briseide y abundantes regalos que compensen la afrenta sufrida. Pero Aquiles se mantiene obstinado e inflexible.

1 Así los troyanos guardaban el campo. De los aqueos habíase enseñoreado la ingente fuga, compañera del glacial terror, y los más valientes estaban agobiados por insufrible pesar. Como conmueven el ponto, en peces abundante, los vientos Bóreas y Céfiro, soplando de improviso desde la Tracia, y las negruzcas olas se levantan y arrojan a la orilla multitud de algas; de igual modo les palpitaba a los aqueos el corazón en el pecho.

9 El Atrida, en gran dolor sumido el corazón, iba de un lado para otro y mandaba a los heraldos de voz sonora que convocaran al ágora, nominalmente y en voz baja, a todos los capitanes, y también él los iba llamando y trabajaba como los más diligentes. Los guerreros acudieron afligidos. Levantóse Agamenón, llorando, como fuente profunda que desde altísimo peñasco deja caer sus aguas sombrías; y, despidiendo hondos suspiros, habló de esta suerte a los argivos:

17 —¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! En grave infortunio envolvióme Zeus Cronida. ¡Cruel! Me prometió y aseguró que no me iría sin destruir la bien murada Ilio y todo ha sido funesto engaño; pues ahora me manda regresar a Argos, sin gloria, después de haber perdido tantos hombres. Así debe de ser grato al prepotente Zeus, que ha destruido las fortalezas de muchas ciudades y aún destruirá otras, porque su poder es inmenso. Ea, obremos todos como voy a decir: Huyamos en las naves a nuestra patria tierra, pues ya no tomaremos a Troya, la de anchas calles.

29 Así dijo. Enmudecieron todos y permanecieron callados. Largo tiempo duró el silencio de los afligidos aqueos, mas al fin Diomedes, valiente en el combate, dijo:

32 —¡Atrida! Empezaré combatiéndote por tu imprudencia, como es permitido hacerlo, oh rey, en el ágora, pero no te irrites. Poco ha

menospreciaste mi valor ante los dánaos, diciendo que soy cobarde y débil, lo saben los argivos todos, jóvenes y viejos. Mas a ti el hijo del artero Crono de dos cosas te ha dado una: te concedió que fueras honrado como nadie por el cetro, y te negó la fortaleza, que es el mayor de los poderes. ¡Desgraciado! ¿Crees que los aqueos son tan cobardes y débiles como dices? Si tu corazón te incita a regresar, parte: delante tienes el camino y cerca del mar gran copia de naves que desde Micenas lo siguieron; pero los demás melenudos aqueos se quedarán hasta que destruyamos la ciudad de Troya. Y, si también éstos quieren irse, huyan en los bajeles a su patria; y nosotros dos, yo y Esténelo, seguiremos peleando hasta que a Ilio le llegue su fin; pues vinimos debajo del amparo de los dioses.

50 Así habló; y todos los aqueos aplaudieron, admirados del discurso de Diomedes, domador de caballos. Y el caballero Néstor se levantó y dijo:

53 —¡Tidida! Luchas con valor en el combate y superas en el consejo a los de tu edad; ningún aqueo osará vituperar ni contradecir tu discurso, pero no has llegado hasta el fin. Eres aún joven —por tus años podrías ser mi hijo menor— y, no obstante, dices cosas discretas a los reyes argivos y has hablado como se debe. Pero yo, que me vanaglorio de ser más viejo que tú, lo manifestaré y expondré todo; y nadie despreciará mis palabras, ni siquiera el rey Agamenón. Sin familia, sin ley y sin hogar debe de vivir quien apetece las horrendas luchas intestinas. Ahora obedezcamos a la negra noche: preparemos la cena y los guardias vigilen a orillas del cavado foso que corre delante del muro. A los jóvenes se lo encargo; y tú, oh Atrida, mándalo, pues eres el rey supremo. Ofrece después un banquete a los caudillos, que esto es lo que te conviene y lo digno de ti. Tus tiendas están llenas de vino, que las naves aqueas traen continuamente de Tracia por el anchuroso ponto; dispones de cuanto se requiere para recibir a aquéllos, e imperas sobre muchos hombres. Una vez congregados, seguirás el parecer de quien te dé mejor consejo; pues de uno bueno y prudente tienen necesidad los aqueos, ahora que el enemigo enciende tal número de hogueras junto a las naves. ¿Quién lo verá con alegría? Esta noche se decidirá la ruina o la salvación del ejército.

79 Así dijo, y ellos lo escucharon atentamente y lo obedecieron. Al punto se apresuraron a salir con armas, para encargarse de la guardia, Trasimedes Nestórida, pastor de hombres; Ascálafo y Yálmeno, hijos de Ares; Meriones, Afareo, Deípiro y el divino Licomedes, hijo de Creonte. Siete eran los capitanes de los centinelas, y cada uno mandaba cien mozos

provistos de luengas picas. Situáronse entre el foso y la muralla, encendieron fuego, y todos sacaron su respectiva cena.

99 El Atrida llevó a su tienda a los príncipes aqueos, así que se hubieron reunido, y les dio un espléndido banquete. Ellos metieron mano en los manjares que tenían delante, y, cuando hubieron satisfecho el deseo de beber y de comer, el anciano Néstor, cuya opinión era considerada siempre como la mejor, empezó a aconsejarles; y arengándolos con benevolencia, les dijo:

96 —¡Gloriosísimo Atrida! ¡Rey de hombres, Agamenón! Por ti acabaré y por ti comenzaré también, ya que reinas sobre muchos hombres y Zeus te ha dado cetro y leyes para que mires por los súbditos. Por esto debes exponer tu opinión y oír la de los demás y aun llevarla a cumplimiento cuando cualquiera, siguiendo los impulsos de su ánimo, proponga algo bueno; que es atribución tuya ejecutar lo que se acuerde. Te diré lo que considero más conveniente y nadie concebirá una idea mejor que la que tuve y sigo teniendo, oh vástago de Zeus, desde que, contra mi parecer, te llevaste la joven Briseide arrebatándola de la tienda del enojado Aquiles. Gran empeño puse en disuadirte, pero venció tu ánimo fogoso y menospreciaste a un fortísimo varón honrado por los dioses, arrebatándole la recompensa que todavía retienes. Mas veamos todavía si podremos aplacarlo con agradables presentes y dulces palabras.

114 Respondióle el rey de hombres, Agamenón:

115 —No has mentido, anciano, al enumerar mis faltas. Procedí mal, no lo niego; vale por muchos el varón a quien Zeus ama cordialmente; y ahora el dios, queriendo honrar a ése, ha causado la derrota de los aqueos. Mas, ya que le falté, dejándome llevar por la funesta pasión, quiero aplacarlo y le ofrezco la muchedumbre de espléndidos presentes que voy a enumerar: Siete trípodes no puestos aún al fuego, diez talentos de oro, veinte calderas relucientes y doce corceles robustos, premiados, que en la carrera alcanzaron la victoria. No sería pobre ni carecería de precioso oro quien tuviera los premios que estos solípedos caballos lograron. Le daré también siete mujeres lesbias, hábiles en hacer primorosas labores, que yo mismo escogí cuando tomó la bien construida Lesbos y que en hermosura a las demás aventajaban. Con ellas le entregaré la hija de Briseo, que entonces le quité, y juraré solemnemente que jamás subí a su lecho ni me uní con ella, como es costumbre entre hombres y mujeres. Todo esto se le presentará enseguida; mas, si los dioses nos permiten destruir la gran ciudad

de Príamo, entre en ella cuando los aqueos partamos el botín, cargue abundantemente de oro y de bronce su nave y elija él mismo las veinte troyanas que más hermosas sean después de la argiva Helena. Y, si conseguimos volver a los fértiles campos de Argos de Acaya, podrá ser mi yerno y tendrá tantos honores como Orestes, mi hijo menor, que se cría con mucho regalo. De las tres hijas que dejé en el alcázar bien construido, Crisótemis, Laódice a Ifianasa, llévese la que quiera, sin dotarla, a la casa de Peleo; que yo la dotaré tan espléndidamente, como nadie haya dotado jamás a su hija: ofrezco darle siete populosas ciudades —Cardámila, Enope, la herbosa Hira, la divina Feras, Antea, la de los hermosos prados, la linda Epea y Pédaso, en viñas abundante—, situadas todas junto al mar, en los confines de la arenosa Pilos, y pobladas de hombres ricos en ganado y en bueyes, que lo honrarán con ofrendas como a una deidad y pagarán, regidos por su cetro, crecidos tributos. Todo esto haría yo, con tal de que depusiera la cólera. Que se deje ablandar; pues, por ser implacable e inexorable, Hades es para los mortales el más aborrecible de todos los dioses; y ceda a mí, que en poder y edad de aventajarlo me glorio.

162 Contestó Néstor, caballero gerenio:

163 —¡Gloriosísimo Atrida! ¡Rey de hombres, Agamenón! No son despreciables los regalos que ofreces al rey Aquiles. Ea, elijamos esclarecidos varones que cuanto antes vayan a la tienda del Pelida. Y, si quieres, yo mismo los designaré y ellos obedezcan: Fénix, caro a Zeus, que será el jefe, el gran Ayante y el divino Ulises, acompañados de los heraldos Odio y Eunbates. Dadnos agua a las manos e imponed silencio, para rogar a Zeus Cronida que se apiade de nosotros.

173 Así dijo, y su discurso agradó a todos. Los heraldos dieron enseguida aguamanos a los caudillos, y los mancebos, coronando de bebida las cráteras, distribuyéronla a todos los presentes después de haber ofrecido en copas las primicias. Luego que hicieron libaciones y cada cual bebió cuanto quiso, salieron de la tienda de Agamenón Atrida. Y Néstor, caballero gerenio, fijando sucesivamente los ojos en cada uno de los elegidos, les recomendaba mucho, y de un modo especial a Ulises, que procuraran persuadir al eximio Pelión.

182 Fuéronse éstos por la orilla del estruendoso mar y dirigían muchos ruegos a Poseidón, que ciñe y bate la tierra, para que les resultara fácil llevar la persuasión al altivo espíritu del Eácida. Cuando hubieron llegado a las tiendas y naves de los mirmidones, hallaron al héroe deleitándose con

una hermosa lira labrada de argénteo puente, que había cogido de entre los despojos cuando destruyó la ciudad de Eetión; con ella recreaba su ánimo, cantando hazañas de los hombres. Patroclo, solo y callado, estaba sentado frente a él y esperaba que el Eácida acabase de cantar. Entraron aquéllos, precedidos por Ulises, y se detuvieron delante del héroe; Aquiles, atónito, se alzó del asiento sin dejar la lira y Patroclo al verlos se levantó también. Aquiles, el de los pies ligeros, tendióles la mano y dijo:

197 —¡Salud, amigos que llegáis! Grande debe de ser la necesidad cuando venís vosotros, que sois para mí, aunque esté irritado, los más queridos de los aqueos todos.

199 En diciendo esto, el divino Aquiles les hizo sentar en sillas provistas de purpúreos tapetes, y enseguida dijo a Patroclo, que estaba cerca de él:

202 —¡Hijo de Menecio! Saca la crátera mayor, llénala del vino más añejo y distribuye copas; pues están debajo de mi techo los hombres que me son más caros.

205 Así dijo, y Patroclo obedeció al compañero amado. En un tajón que acercó a la lumbre puso los lomos de una oveja y de una pingüe cabra y la grasa espalda de un suculento jabalí. Automedonte sujetaba la carne; Aquiles, después de cortarla y dividirla, la espetaba en asadores; y el Menecíada, varón igual a un dios, encendía un gran fuego; y luego, quemada la leña y muerta la llama, extendió las brasas, colocó encima los asadores asegurándolos con piedras y sazonó la carne con la divina sal. Cuando aquélla estuvo asada y servida en la mesa, Patroclo repartió pan en hermosas canastillas; y Aquiles distribuyó la carne, sentóse frente al divino Ulises, de espaldas a la pared, y ordenó a Patroclo, su amigo, que hiciera la ofrenda a los dioses. Patroclo echó las primicias al fuego. Metieron mano a los manjares que tenían delante, y, cuando hubieron satisfecho el deseo de beber y de comer, Ayante hizo una seña a Fénix; y Ulises, al advertirlo, llenó de vino la copa y brindó a Aquiles:

223 —¡Salve, Aquiles! De igual festín hemos disfrutado en la tienda del Atrida Agamenón que ahora aquí, donde podríamos comer muchos y agradables manjares; pero los placeres del delicioso banquete no nos halagan porque tememos, oh alumno de Zeus, que nos suceda una gran desgracia: dudamos si nos será dado salvar o perder las naves de muchos bancos, si tú no lo revistes de valor. Los orgullosos troyanos y sus auxiliares, venidos de lejas tierras, acampan junto a las naves y al muro y

han encendido una porción de hogueras; y dicen que, como no podremos resistirlos, asaltarán las negras naves; Zeus Cronida relampaguea haciéndoles favorables señales, y Héctor, envanecido por su bravura y confiando en Zeus, se muestra estupendamente furioso, no respeta a hombres ni a dioses, está poseído de cruel rabia, y pide que aparezca pronto la divina Aurora, asegurando que ha de cortar nuestras elevadas popas, quemar las naves con ardiente fuego y matar cerca de ellas a los aqueos aturdidos por el humo. Mucho teme mi alma que los dioses cumplan sus amenazas y el destino haya dispuesto que muramos en Troya, lejos de Argos, criadora de caballos. Ea, levántate si deseas, aunque tarde, salvar a los aqueos, que están acosados por los troyanos. A ti mismo te ha de pesar si no lo haces, y no puede repararse el mal una vez causado; piensa, pues, cómo librarás a los dánaos de tan funesto día. Amigo, tu padre Peleo te daba estos consejos el día en que desde Ftía lo envió a Agamenón: «¡Hijo mío! La fortaleza, Atenea y Hera te la darán si quieren; tú refrena en el pecho el natural fogoso —la benevolencia es preferible— y abstente de perniciosas disputas para que seas más honrado por los argivos jóvenes y ancianos». Así te amonestaba el anciano y tú lo olvidas. Cede ya y depón la funesta cólera; pues Agamenón te ofrece dignos presentes si renuncias a ella. Y si quieres, oye y te referiré cuanto Agamenón dijo en su tienda que te daría: Siete trípodes no puestos aún al fuego, diez talentos de oro, veinte calderas relucientes y doce corceles robustos, premiados, que alcanzaron la victoria en la carrera. No sería pobre ni carecería de precioso oro quien tuviera los premios que estos caballos de Agamenón con sus pies lograron. Te dará también siete mujeres lesbias, hábiles en hacer primorosas labores, que él mismo escogió cuando tomaste la bien construida Lesbos y que en hermosura a las demás aventajaban. Con ellas te entregará la hija de Briseo, que te ha quitado, y jurará solemnemente que jamás subió a su lecho ni se unió con la misma, como es costumbre, oh rey, entre hombres y mujeres. Todo esto se te presentará enseguida; mas, si los dioses nos permiten destruir la gran ciudad de Príamo, entra en ella cuando los aqueos partamos el botín, carga abundantemente de oro y de bronce tu nave y elige tú mismo las veinte troyanas que más hermosas sean después de la argiva Helena. Y, si conseguimos volver a los fértiles campos de Argos de Acaya, podrás ser su yerno y tendrás tantos honores como Orestes, su hijo menor, que se cría con mucho regalo. De las tres hijas que dejó en el palacio bien construido, Crisótemis, Laódice a Ifianasa, llévate la que quieras, sin dotarla, a la casa de Peleo, que él la dotará espléndidamente como nadie haya dotado jamás a su hija: ofrece darte siete populosas ciudades —Cardámila, Énope, la herbosa Hira, la divina Feras, Antea, la de los amenos prados, la linda Epea y Pédaso, en viñas abundante—, situadas todas junto al mar, en los confines de la arenosa Pilos, y pobladas de hombres ricos en ganado y en bueyes, que te honrarán con ofrendas como a un dios y pagarán, regidos por tu cetro, crecidos tributos. Todo esto haría, con tal de que depusieras la cólera. Y, si el Atrida y sus regalos te son odiosos, apiádate de los aqueos todos, que, atribulados como están en el ejército, te venerarán como a un dios y conseguirás entre ellos inmensa gloria. Ahora podrías matar a Héctor, que llevado de su funesta rabia se acercará mucho a ti, pues dice que ninguno de los dánaos que trajeron las naves lo iguala en valor.

307 Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

308 —¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardides! Preciso es que os manifieste lo que pienso hacer para que dejéis de importunarme unos por un lado y otros por el opuesto. Me es tan odioso como las puertas de Hades quien piensa una cosa y manifiesta otra. Diré, pues, lo que me parece mejor. Creo que ni el Atrida Agamenón ni los dánaos lograrán convencerme, ya que para nada se agradece el combatir siempre y sin descanso contra hombres enemigos. La misma recompensa obtiene el que se queda en su tienda, que el que pelea con bizarría; en igual consideración son tenidos el cobarde y el valiente; y así muere el holgazán como el laborioso. Ninguna ventaja me ha procurado sufrir tantos pesares y exponer mi vida en el combate. Como el ave lleva a los implumes hijuelos la comida que coge, privándose de ella, así yo pasé largas noches sin dormir y días enteros entregado a la cruenta lucha con hombres que combatían por sus esposas. Conquisté doce ciudades por mar y once por tierra en la fértil región troyana; de todas saqué abundantes y preciosos despojos que di al Atrida, y éste, que se quedaba en las veleras naves, recibiólos, repartió unos pocos y se guardó los restantes. Mas las recompensas que Agamenón concedió a los reyes y caudillos siguen en poder de éstos; y a mí, solo entre los aqueos, me quitó la dulce esposa y la retiene aún: que goce durmiendo con ella. ¿Por qué los argivos han tenido que mover guerra a los troyanos? ¿Por qué el Atrida ha juntado y traído el ejército? ¿No es por Helena, la de hermosa cabellera? Pues ¿acaso son los Atridas los únicos hombres, de voz articulada, que aman a sus esposas? Todo hombre bueno y sensato quiere y cuida a la suya, y yo apreciaba cordialmente a la mía, aunque la había

adquirido por medio de la lanza. Ya que me defraudó, arrebatándome de las manos la recompensa, no me tiente; lo conozco y no me persuadirá. Delibere contigo, Ulises, y con los demás reyes cómo podrá librar a las naves del fuego enemigo. Muchas cosas ha hecho ya sin mi ayuda, pues construyó un muro, abriendo a su pie ancho y profundo foso que defiende una empalizada; mas ni con esto puede contener el arrojo de Héctor, matador de hombres. Mientras combatí por los aqueos, jamás quiso Héctor que la pelea se trabara lejos de la muralla; sólo llegaba a las puertas Esceas y a la encina; y, una vez que allí me aguardó, costóle trabajo salvarse de mi acometida. Y puesto que ya no deseo guerrear contra el divino Héctor mañana, después de ofrecer sacrificios a Zeus y a los demás dioses, echaré al mar los cargados bajeles, y verás, si quieres y te interesa, mis naves surcando el Helesponto, en peces abundoso, y en ellas hombres que remarán gustosos; y, si el glorioso agitador de la tierra me concede una navegación feliz, al tercer día llegará a la fértil Ftía. En ella dejé muchas cosas cuando en mal hora vine y de aquí me llevaré oro, rojizo bronce, mujeres de hermosa cintura y luciente hierro, que por suerte me tocaron; ya que el rey Agamenón Atrida, insultándome, me ha quitado la recompensa que él mismo me diera. Decídselo públicamente, os lo encargo, para que los demás aqueos se indignen, si con su habitual impudencia pretendiese engañar a algún otro dánao. No se atrevería, por desvergonzado que sea, a mirarme cara a cara, con él no deliberaré ni haré cosa alguna, y, si me engañó y ofendió, ya no me embaucará más con sus palabras; séale esto bastante y corra tranquilo a su perdición, puesto que el próvido Zeus le ha quitado el juicio. Sus presentes me son odiosos, y hago tanto caso de él como de un cabello. Aunque me diera diez o veinte veces más de lo que posee o de lo que a poseer llegare, o cuanto entra en Orcómeno, o en la egipcia Teba, cuyas casas guardan muchas riquezas —cien puertas dan ingreso a la ciudad y por cada una pasan diariamente doscientos hombres con caballos y carros—, o tanto, cuantas son las arenas o los granos de polvo, ni aun así aplacaría Agamenón mi enojo, si antes no me pagaba la dolorosa afrenta. No me casaré con la hija de Agamenón Atrida, aunque en hermosura rivalice con la dorada Afrodita y en las labores compita con Atenea, la de ojos de lechuza; ni siendo así me desposaré con ella; elija aquel otro aqueo que le convenga y sea rey más poderoso. Si, salvándome los dioses, vuelvo a mi casa, el mismo Peleo me buscará consorte. Gran número de aqueas hay en la Hélade y en Ftía, hijas de príncipes que gobiernan las ciudades; la que yo quiera será mi mujer. Mucho me aconseja mi corazón varonil que tome legítima esposa, digna cónyuge mía, y goce allá de las riquezas adquiridas por el anciano Peleo; pues no creo que valga lo que la vida ni cuanto dicen que se encerraba en la populosa ciudad de Ilio en tiempo de paz, antes que vinieran los aqueos, ni cuanto contiene el lapídeo templo de Apolo, que hiere de lejos, en la rocosa Pito. Se pueden apresar los bueyes y las pingües ovejas, se pueden adquirir los trípodes y los tostados alazanes; pero no es posible prender ni coger el alma humana para que vuelva, una vez ha salvado la barrera que forman los dientes. Mi madre, la diosa Tetis, de argentados pies, dice que las parcas pueden llevarme al fin de la muerte de una de estas dos maneras: Si me quedo aquí a combatir en torno de la ciudad troyana, no volveré a la patria tierra, pero mi gloria será inmortal; si regreso, perderé la ínclita fama, pero mi vida será larga, pues la muerte no me sorprenderá tan pronto. Yo os aconsejo que os embarquéis y volváis a vuestros hogares, porque ya no conseguiréis arruinar la excelsa Ilio: el largovidente Zeus extendió el brazo sobre ella y sus hombres están llenos de confianza. Vosotros llevad la respuesta a los príncipes aqueos —que ésta es la misión de los legados—, a fin de que busquen otro medio de salvar las cóncavas naves y a los aqueos que hay a su alrededor, pues aquél en que pensaron no puede emplearse mientras subsista mi enojo. Y Fénix quédese con nosotros, acuéstese y mañana volverá conmigo a la patria tierra, si así lo desea, que no he de llevarlo a viva fuerza.

430 Así dijo, y todos enmudecieron, asombrados de oírlo; pues fue mucha la vehemencia con que se negó. Y el anciano jinete Fénix, que sentía gran temor por las naves aqueas, dijo después de un buen rato y saltándole las lágrimas:

434 —Si piensas en el regreso, preclaro Aquiles, y te niegas en absoluto a defender del voraz fuego las veleras naves, porque la ira penetró en tu corazón, ¿cómo podría quedarme solo y sin ti, hijo querido? El anciano jinete Peleo quiso que yo te acompañase el día en que te envió desde Ftía a Agamenón, todavía niño y sin experiencia de la funesta guerra ni del ágora, donde los varones se hacen ilustres; y me mandó que te enseñara a hablar bien y a realizar grandes hechos. Por esto, hijo querido, no querría verme abandonado de ti, aunque un dios en persona me prometiera rasparme la vejez y dejarme tan joven como cuando salí de la Hélade, de lindas mujeres, huyendo de las imprecaciones de Amíntor

Orménida, mi padre, que se irritó conmigo por una concubina de hermosa cabellera, a quien amaba con ofensa de su esposa y madre mía. Ésta me suplicaba continuamente, abrazando mis rodillas, que me juntara con la concubina para que aborreciese al anciano. Quise obedecerla y lo hice; mi padre, que no tardó en conocerlo, me maldijo repetidas veces pidió a las horrendas Erinias que jamás pudiera sentarse en sus rodillas un hijo mío, y los dioses —el Zeus subterráneo y la terrible Perséfone ratificaron sus imprecaciones—. [Pensé matar a mi padre con el agudo bronce; mas alguno de los inmortales calmó mi cólera, haciendo que a mi corazón se representara la fama que tendría yo entre los hombres y los muchos baldones que de ellos recibiría, a fin de que no fuese llamado parricida entre los aqueos.] Desde entonces no tuve ánimo para vivir en el palacio con mi padre enojado. Amigos y deudos querían retenerme allí y me dirigían insistentes súplicas: degollaron gran copia de pingües ovejas y flexípedes bueyes de retorcidos cuernos; pusieron a asar muchos puercos grasos sobre la llama de Hefesto; bebióse buena parte del vino que las tinajas del anciano contenían; y nueve noches seguidas durmieron aquéllos a mi lado, vigilándome por turno y teniendo encendidas dos hogueras, una en el pórtico del bien cercado patio y otra en el vestíbulo ante la puerta de la habitación. Al llegar por décima vez la tenebrosa noche, salí del aposento rompiendo las tablas fuertemente unidas de la puerta; salté con facilidad el muro del patio, sin que mis guardianes ni las sirvientas lo advirtieran, y, huyendo por la espaciosa Hélade, llegué a la fértil Ftía, madre de ovejas, a la casa del rey Peleo. Este me acogió benévolo; me amó como debe de amar un padre al hijo unigénito que haya tenido en la vejez, viviendo en la opulencia; enriquecióme y púsome al frente de numeroso pueblo, y desde entonces viví en un confín de la Ftía, reinando sobre los dólopes. Y te crie hasta hacerte cual eres, oh Aquiles semejante a los dioses, con cordial cariño; y tú ni querías ir con otro al banquete, ni comer en el palacio, hasta que, sentándote en mis rodillas, te saciaba de carne cortada en pedacitos y te acercaba el vino. ¡Cuántas veces durante la molesta infancia me manchaste la túnica en el pecho con el vino que devolvías! Mucho padecí y trabajé por tu causa, y, considerando que los dioses no me habían dado descendencia, te adopté por hijo, oh Aquiles semejante a los dioses, para que un día me librases del cruel infortunio. Pero, Aquiles, refrena tu ánimo fogoso; no conviene que tengas un corazón despiadado, cuando los dioses mismos se dejan aplacar, no obstante su mayor virtud, dignidad y poder. Con sacrificios, votos agradables, libaciones y vapor de grasa quemada los desenojan cuantos infringieron su ley y pecaron. Pues las Súplicas son hijas del gran Zeus, y aunque cojas, arrugadas y bizcas, cuidan de ir tras de Ofuscación: ésta es robusta, de pies ligeros, y por lo mismo se adelanta, y, recorriendo la tierra, ofende a los hombres: y aquéllas reparan luego el daño causado. Quien acata a las hijas de Zeus cuando se le presentan, consigue gran provecho y es por ellas atendido si alguna vez tiene que invocarlas. Mas si alguien las desatiende y se obstina en rechazarlas, se dirigen a Zeus Cronida y le piden que Ofuscación acompañe siempre a aquél para que con el daño sufra la pena. Concede tú también a las hijas de Zeus, oh Aquiles, la debida consideración, por la cual el espíritu de otros valientes se aplacó. Si el Atrida no te brindara esos presentes, ni te hiciera otros ofrecimientos para lo futuro, y conservara pertinazmente su cólera, no te exhortaría a que, deponiendo la ira, socorrieras a los argivos, aunque es grande la necesidad en que se hallan. Pero te da muchas cosas, te promete más y te envía, para que por él rueguen, varones excelentes, escogiendo en el ejército aqueo los argivos que te son más caros. No desprecies las palabras de éstos, ni dejes sin efecto su venida, ya que no se te puede reprender que antes estuvieras irritado. Todos hemos oído contar hazañas de los héroes de antaño, y sabemos que, cuando estaban poseídos de feroz cólera, eran placables con dones y exorables a los ruegos. Recuerdo lo que pasó en cierto caso, no reciente, sino antiguo, y os lo voy a referir a vosotros, que sois todos amigos míos. Curetes y bravos etolios combatían en torno de Calidón y unos a otros se mataban, defendiendo los etolios su hermosa ciudad y deseando los curetes asolarla por medio de Ares. Había promovido esta contienda Ártemis, la de áureo trono, enojada porque Eneo no le dedicó los sacrificios de la siega en el fértil campo: los otros dioses regaláronse con las hecatombes, y sólo a la hija del gran Zeus dejó aquél de ofrecerlas, por olvido o por inadvertencia, cometiendo una gran falta. Airada la deidad que se complace en tirar flechas, hizo aparecer un jabalí, de albos dientes, que causó gran destrozo en el campo de Eneo, desarraigando altísimos árboles y echándolos por tierra cuando ya con la flor prometían el fruto. Al fin lo mató Meleagro, hijo de Eneo, ayudado por cazadores y perros de muchas ciudades —pues no era posible vencerlo con poca gente, ¡tan corpulento era!, y ya a muchos los había hecho subir a la triste pira—, y la diosa suscitó entonces una clamorosa contienda entre los curetes y los magnánimos etolios por la cabeza y la hirsuta piel del jabalí. Mientras

Meleagro, caro a Ares, combatió, les fue mal a los curetes, que no podían, a pesar de ser tantos, acercarse a los muros. Pero el héroe, irritado con su madre Altea, se dejó dominar por la cólera que perturba la mente de los más cuerdos y se quedó en el palacio con su linda esposa Cleopatra, hija de Marpesa Evenina, la de hermosos tobillos, y de Idas, el más fuerte de los hombres que entonces poblaban la tierra. (Atrevióse Idas a armar el arco contra el soberano Febo Apolo, a causa de la joven de hermosos tobillos, y desde entonces pusiéronle a Cleopatra su padre y su veneranda madre el sobrenombre de Alcíone, porque la madre, sufriendo la suerte del sufridísimo alción, deshacíase en lágrimas mientras Febo Apolo, que hiere de lejos, se la llevaba.) Retirado, pues, con su esposa, devoraba Meleagro la acerba cólera que le causaron las imprecaciones de su madre; la cual, acongojada por la muerte violenta de un hermano, oraba mucho a los dioses, y, puesta de rodillas y con el seno bañado en lágrimas, golpeaba mucho el fértil suelo invocando a Hades y a la terrible Perséfone para que dieran muerte a su hijo. Erinias, que vaga en las tinieblas y tiene un corazón inexorable, la oyó desde el Érebo, y enseguida creció el tumulto y la gritería ante las puertas de la ciudad, las torres fueron atacadas y los etolios ancianos enviaron a los eximios sacerdotes de los dioses para que suplicaran a Meleagro que saliera a defenderlos, ofreciéndole un rico presente: donde el suelo de la amena Calidón fuera más fértil, escogería él mismo un hermoso campo de cincuenta yugadas, mitad viña y mitad tierra labrantía. Presentóse también en el umbral del alto aposento el anciano jinete Eneo; y, llamando a la puerta, dirigió a su hijo muchas súplicas. Rogáronle asimismo muchas veces sus hermanas y su venerable madre. Pero él se negaba cada vez más. Acudieron sus mejores y más caros amigos, y tampoco consiguieron mover su corazón, ni persuadirlo a que no aguardara, para salir del cuarto, a que llegaran hasta él los enemigos. Y los curetes escalaron las torres y empezaron a pegar fuego a la gran ciudad. Entonces la esposa, de bella cintura, instó a Meleagro llorando y refiriéndole las desgracias que padecen los hombres, cuya ciudad sucumbe: Matan a los varones, le decía; el fuego destruye la ciudad, y son reducidos a la esclavitud los niños y las mujeres de estrecha cintura. Meleagro, al oír estos males, sintió que se le conmovía el corazón; y, dejándose llevar por su ánimo, vistió las lucientes armas y libró del funesto día a los etolios; pero ya no le dieron los muchos y hermosos presentes, a pesar de haberlos salvado de la ruina. Y ahora tú, amigo, no pienses de igual manera, ni un dios te induzca a obrar así; será peor que difieras el socorro para cuando las naves sean incendiadas; ve, pues, por los regalos, y los aqueos te venerarán como a un dios, porque, si intervinieres en la homicida guerra cuando ya no te ofrezcan dones, no alcanzarás tanta honra aunque rechaces a los enemigos.

606 Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

607 —¡Fénix, anciano padre, alumno de Zeus! Para nada necesito tal honor; y espero que, si Zeus quiere, seré honrado en las cóncavas naves mientras la respiración no falte a mi pecho y mis rodillas se muevan. Otra cosa voy a decirte, que grabarás en tu memoria: No me conturbes el ánimo con llanto y gemidos por complacer al héroe Atrida, a quien no debes querer si deseas que el afecto que te profeso no se convierta en odio; mejor es que aflijas conmigo a quien me aflige. Ejerce el mando conmigo y comparte mis honores. Ésos llevarán la respuesta, tú quédate y acuéstate en blanda cama, y al despuntar la aurora determinaremos si nos conviene regresar a nuestros hogares o quedarnos aquí todavía.

620 Dijo, y ordenó a Patroclo, haciéndole con las cejas silenciosa señal, que dispusiera una mullida cama para Fénix, a fin de que los demás pensaran en salir cuanto antes de la tienda. Y Ayante Telamoníada, igual a un dios, habló diciendo:

624 —¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardides! ¡Vámonos! No espero lograr nuestro propósito por este camino, y hemos de anunciar la respuesta, aunque sea desfavorable, a los dánaos que están aguardando. Aquiles tiene en su pecho un corazón feroz y soberbio. ¡Cruel! En nada aprecia la amistad de sus compañeros, con la cual lo honrábamos en el campamento más que a otro alguno. ¡Despiadado! Por la muerte del hermano o del hijo se recibe una compensación; y, una vez pagada la importante cantidad, el matador se queda en el pueblo, y el corazón y el ánimo airado del ofendido se apaciguan con la compensación recibida, y a ti los dioses te han llenado el pecho de implacable y funesto rencor por una sola joven. Siete excelentes te ofrecemos hoy y otras muchas cosas; séanos tu corazón propicio y respeta tu morada, pues estamos debajo de tu techo, enviados por el ejército dánao, y anhelamos ser para ti los más apreciados y los más amigos de los aqueos todos.

643 Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

644 —¡Ayante Telamonio, del linaje de Zeus, príncipe de hombres! Creo que has dicho lo que sientes, pero mi corazón se enciende en ira

cuando me acuerdo de aquéllos y del menosprecio con que el Atrida me trató en presencia de los argivos, cual si yo fuera un miserable advenedizo. Id y publicad mi respuesta: No me ocuparé en la cruenta guerra hasta que el hijo del aguerrido Príamo, Héctor divino, llegue matando argivos a las tiendas y naves de los mirmidones y las incendie. Creo que Héctor, aunque esté enardecido, se abstendrá de combatir tan pronto como se acerque a mi tienda y a mi negra nave.

656 Así dijo. Cada uno tomó una copa de doble asa; y, hecha la libación, los enviados, con Ulises a su frente, regresaron a las naves. Patroclo ordenó a sus compañeros y a las esclavas que aderezaran al momento una mullida cama para Fénix; y ellas, obedeciendo el mandato, hiciéronla con pieles de oveja una colcha y finísima cubierta del mejor lino. Allí descansó el viejo, aguardando la divina Aurora. Aquiles durmió en lo más retirado de la sólida tienda con una mujer que se había llevado de Lesbos: con Diomede, hija de Forbante, la de hermosas mejillas. Y Patroclo se acostó junto a la pared opuesta, teniendo a su lado a Ifis, la de bella cintura, que le había regalado Aquiles al tomar la excelsa Esciro, ciudad de Enieo.

669 Cuando los enviados llegaron a la tienda del Atrida, los aqueos, puestos en pie, les presentaban áureas copas y les hacían preguntas. Y el rey de hombres, Agamenón, los interrogó diciendo:

673 —¡Ea! Dime, célebre Ulises, gloria insigne de los aqueos. ¿Quiere librar a las naves del fuego enemigo, o se niega porque su corazón soberbio se halla aún dominado por la cólera?

676 Contestó el paciente divino Ulises:

677 —¡Gloriosísimo Atrida, rey de hombres, Agamenón! No quiere aquél deponer la cólera, sino que se enciende aún más su ira y te desprecia a ti y tus dones. Manda que deliberes con los argivos cómo podrás salvar las naves y al pueblo aqueo, dice en son de amenaza que echará al mar sus corvos bajeles, de muchos bancos, al descubrirse la nueva aurora, y aconseja que los demás se embarquen y vuelvan a sus hogares, porque ya no conseguiréis arruinar la excelsa Ilio: el largovidente Zeus extendió el brazo sobre ella, y sus hombres están llenos de confianza. Así dijo, como pueden referirlo éstos que fueron conmigo: Ayante y los dos heraldos, que ambos son prudentes. El anciano Fénix se acostó allí por orden de aquél, para que mañana vuelva a la patria tierra, si así lo desea, porque no ha de llevarle a viva fuerza.

693 Así habló, y todos callaron, asombrados de sus palabras, pues era muy grave lo que acababa de decir. Largo rato duró el silencio de los afligidos aqueos; mas al fin exclamó Diomedes, valiente en el combate:

697 —¡Gloriosísimo Atrida, rey de hombres, Agamenón! No debiste rogar al eximio Pelión, ni ofrecerle innumerables regalos; ya era altivo, y ahora has dado pábulo a su soberbia. Pero dejémoslo, ya se vaya, ya se quede: volverá a combatir cuando el corazón que tiene en el pecho se lo ordene y un dios le incite. Ea, obremos todos como voy a decir. Acostaos después de satisfacer los deseos de vuestro corazón comiendo y bebiendo vino, pues esto da fuerza y vigor. Y, cuando aparezca la hermosa Aurora de rosáceos dedos, haz que se reúnan junto a las naves los hombres y los carros, exhorta al pueblo y pelea en primera fila.

710 Tales fueron sus palabras, que todos los reyes aplaudieron, admirados del discurso de Diomedes, domador de caballos. Y hechas las libaciones, volvieron a sus respectivas tiendas, acostáronse y el don del sueño recibieron.

CANTO X

Dolonia

Aqueos y troyanos espían los movimientos del contrario. Ulises y Diomedes apresan a Dolón, del que consiguen información del campamento troyano.

1 Los príncipes aqueos durmieron toda la noche vencidos por plácido sueño; mas no probó sus dulzuras el Atrida Agamenón, pastor de hombres, porque en su mente revolvía muchas cosas. Como el esposo de Hera, la de hermosa cabellera, relampaguea cuando prepara una lluvia torrencial, el granizo o una nevada que cubra los campos, o quiere abrir en alguna parte la boca inmensa de la amarga guerra; así, tan frecuentemente, se escapaban del pecho de Agamenón los suspiros, que salían de lo más hondo de su corazón, e interiormente le temblaban las entrañas. Cuando fijaba la vista en el campo troyano, pasmábanle las muchas hogueras que ardían delante de Ilio, los sones de las flautas y zampoñas y el bullicio de la gente; mas, cuando a las naves y al ejército aqueo la volvía, arrancábase furioso los cabellos, alzando los ojos a Zeus, que mora en lo alto, y su generoso corazón lanzaba grandes gemidos. Al fin, creyendo que la mejor resolución sería acudir primeramente a Néstor Nelida, el más ilustre de los hombres, por si entrambos hallaban un excelente medio que librara de la desgracia a todos los dánaos, levantóse, vistió la túnica, calzó los nítidos pies con hermosas sandalias, echóse una rojiza piel de corpulento y fogoso león, que le llegaba hasta los pies, y asió la lanza.

25 También Menelao estaba poseído de terror y no conseguía que se posara el sueño en sus párpados, temiendo que les ocurriese algún percance a los argivos que por él habían llegado a Troya, atravesando el vasto mar, y promoviendo tan audaz guerra. Cubrió sus anchas espaldas con la manchada piel de un leopardo; púsose luego el casco de bronce, y, tomando en la robusta mano una lanza, fue a despertar a su hermano, que imperaba poderosamente sobre los argivos todos y era venerado por el pueblo como un dios. Hallólo junto a la popa de su nave, vistiendo la magnífica armadura. Grata le fue a éste su venida. Y Menelao, valiente en el combate, habló el primero diciendo:

37 —¿Por qué, hermano querido, tomas las armas? ¿Acaso deseas persuadir a algún compañero para que vaya como explorador al campo de

los troyanos? Mucho temo que nadie se ofrezca a prestarte este servicio de ir solo durante la divina noche a espiar al enemigo, porque para ello se requiere un corazón muy osado.

42 Respondióle el rey Agamenón:

43 Tanto yo como tú, oh Menelao, alumno de Zeus, tenemos necesidad de un prudente consejo para defender y salvar a los argivos y las naves, pues la mente de Zeus ha cambiado, y en la actualidad le son más aceptos los sacrificios de Héctor. Jamás he visto ni oído decir que un hombre ejecutara en solo un día tantas proezas como ha hecho Héctor, caro a Zeus, contra los aqueos, sin ser hijo de un dios ni de una diosa. Digo que de sus hazañas se acordarán los argivos mucho y largo tiempo. ¡Tanto daño ha causado a los aqueos! Ahora, anda, encamínate corriendo a las naves y llama a Ayante y a Idomeneo; mientras voy en busca del divino Néstor y le pido que se levante por si quiere ir al sagrado cuerpo de los guardias y darles órdenes. Obedeceránlo a él más que a nadie, puesto que los manda su hijo junto con Meriones, servidor de Idomeneo. A entrambos les hemos confiado de un modo especial esta tarea.

60 Dijo entonces Menelao, valiente en el combate:

61 —¿Cómo me encargas y ordenas que lo haga? ¿Me quedaré con ellos y te aguardaré allí, o he de volver corriendo cuando les haya participado tu mandato?

64 Contestó el rey de hombres, Agamenón:

65 —Quédate allí, no sea que luego no podamos encontrarnos, porque son muchas las sendas que hay por entre el ejército. Levanta la voz por donde pasares y recomienda la vigilancia, llamando a cada uno por su nombre paterno y ensalzándolos a todos. No te muestres soberbio. Trabajemos también nosotros, ya que, cuando nacimos, Zeus nos condenó a padecer tamaños infortunios.

72 Esto dicho, despidió al hermano bien instruido ya, y fue en busca de Néstor, pastor de hombres. Hallólo en su tienda, junto a la negra nave, acostado en blanda cama. A un lado veíanse diferentes armas —el escudo, dos lanzas, el luciente yelmo—, y el labrado bálteo con que se ceñía el anciano siempre que, como caudillo de su gente, se armaba para ir al homicida combate, pues aún no se rendía a la triste vejez. Incorporóse Néstor, apoyándose en el codo, alzó la cabeza, y dirigiéndose al Atrida lo interrogó con estas palabras:

82 —¿Quién eres tú que vas solo por el ejército y las naves, durante la tenebrosa noche, cuando duermen los demás mortales? ¿Buscas acaso a algún centinela o compañero? Habla. No te acerques sin responder. ¿Qué deseas?

86 Respondióle el rey de hombres, Agamenón:

87 —¡Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! Reconoce al Atrida Agamenón, a quien Zeus envía y seguirá enviando sin cesar más trabajos que a nadie, mientras la respiración no le falte a mi pecho y mis rodillas se muevan. Vagando voy; pues, preocupado por la guerra y las calamidades que padecen los aqueos, no consigo que el dulce sueño se pose en mis ojos. Mucho temo por los dánaos; mi ánimo no está tranquilo, sino sumamente inquieto; el corazón se me arranca del pecho y tiemblan mis robustos miembros. Pero si quieres ocuparte en algo, ya que tampoco conciliaste el sueño, bajemos a ver los centinelas; no sea que, vencidos del trabajo y del sueño, se hayan dormido, dejando la guardia abandonada. Los enemigos se hallan cerca, y no sabemos si habrán decidido acometernos esta noche.

102 Contestó Néstor, caballero gerenio:

103 —¡Gloriosísimo Atrida, rey de hombres, Agamenón! A Héctor no le cumplirá el próvido Zeus todos sus deseos, como él espera; y creo que mayores trabajos habrá de padecer aún, si Aquiles depone de su corazón el enojo funesto. Iré contigo y despertaremos a los demás: al Tidida, famoso por su lanza, a Ulises, al veloz Ayante y al esforzado hijo de Fileo. Alguien podría ir a llamar al deiforme Ayante y al rey Idomeneo, pues sus naves no están cerca, sino muy lejos. Y reprenderé a Menelao por amigo y respetable que sea y aunque te me enojes, y no callaré que duerme y te ha dejado a ti el trabajo. Debía ocuparse en suplicar a los príncipes todos, pues la necesidad que se nos presenta no es llevadera.

119 Dijo el rey de hombres, Agamenón:

120 —¡Oh anciano! Otras veces te exhorté a que le riñeras, pues a menudo es indolente y no quiere trabajar; no por pereza o escasez de talento, sino porque, volviendo los ojos hacia mí, aguarda mi impulso. Mas hoy se levantó mucho antes que yo mismo, presentóseme y te envié a llamar a aquéllos que acabas de nombrar. Vayamos y los hallaremos delante de las puertas con la guardia; pues allí es donde les dije que se reunieran.

128 Respondió Néstor, caballero gerenio:

129 —De esta manera ninguno de los argivos se irritará contra él, ni lo desobedecerá, cuando los exhorte o les ordene algo.

131 Apenas hubo dicho estas palabras, abrigó el pecho con la túnica, calzó los nítidos pies con hermosas sandalias, y abrochóse un manto purpúreo, doble, amplio, adornado con lanosa felpa. Asió la fuerte lanza, cuya aguzada punta era de bronce, y se encaminó a las naves de los aqueos, de broncíneas corazas. El primero a quien despertó Néstor, caballero gerenio, fue a Ulises, que en prudencia igualaba a Zeus. Llamólo gritando, y Ulises, al llegarle la voz a los oídos, salió de la tienda y dijo:

141 —¿Por qué andáis vagando así, por las naves y el ejército, solos, durante la noche inmortal? ¿Qué urgente necesidad se ha presentado?

143 Respondió Néstor, caballero gerenio:

144 —¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardides! No te enojes, porque es muy grande el pesar que abruma a los aqueos. Síguenos y llamaremos a quien convenga, para tomar acuerdo sobre si es preciso huir o luchar todavía.

148 Así dijo. El ingenioso Ulises, entrando en la tienda, colgó de sus hombros el labrado escudo y se juntó con ellos. Fueron en busca de Diomedes Tidida, y lo hallaron delante de su pabellón con la armadura puesta, Sus compañeros dormían alrededor de él, con las cabezas apoyadas en los escudos y las lanzas clavadas por el regatón en tierra; el bronce de las puntas lucía a lo lejos como un relámpago del padre Zeus. El héroe descansaba sobre una piel de toro montaraz, teniendo debajo de la cabeza un espléndido tapete. Néstor, caballero gerenio, se detuvo a su lado lo movió con el pie para que despertara, y le daba prisa, increpándolo de esta manera:

159 —¡Levántate, hijo de Tideo! ¿Cómo duermes a sueño suelto toda la noche? ¿No sabes que los troyanos acampan en una eminencia de la llanura, cerca de las naves, y que solamente un corto espacio los separa de nosotros?

162 Así dijo. Y Diomedes, recordando enseguida del sueño, profirió estas aladas palabras:

164 —Eres infatigable, anciano, y nunca dejas de trabajar. ¿Por ventura no hay otros aqueos más jóvenes, que vayan por el campo y despierten a los reyes? ¡No se puede contigo, anciano!

168 Respondióle Néstor, caballero gerenio:

169 —Sí, hijo, oportuno es cuanto acabas de decir. Tengo hijos excelentes y muchos hombres que podrían ir a llamarlos, pero es muy grande el peligro en que se hallan los aqueos: en el filo de una navaja están

ahora una muy triste muerte y la salvación de todos. Ve y haz levantar al veloz Ayante y al hijo de Fileo, ya que eres más joven y de mí te compadeces.

177 Así dijo. Diomedes cubrió sus hombros con una piel talar de corpulento y fogoso león, tomó la lanza, fue a despertar a aquéllos y se los llevó consigo.

180 Cuando llegaron adonde se hallaban los guardias reunidos, no encontraron a sus jefes durmiendo, pues todos estaban alerta y sobre las armas. Como los canes que guardan las ovejas de un establo y sienten venir del monte, por entre la selva, una terrible fiera con gran clamoreo de hombres y perros, se ponen inquietos y ya no pueden dormir; así el dulce sueño huía de los párpados de los que hacían guardia en tan mala noche, pues miraban siempre hacia la llanura y acechaban si los troyanos iban a atacarlos. El anciano violos, alegróse, y para animarlos profirió estas aladas palabras:

192 —¡Vigilad así, hijos míos! No sea que alguno se deje vencer del sueño y demos ocasión para que el enemigo se regocije.

194 Habiendo hablado así, atravesó el foso. Siguiéronlo los reyes argivos que habían sido llamados al consejo, y además Meriones y el preclaro hijo de Néstor, porque aquéllos los invitaron a deliberar. Pasado el foso, sentáronse en un lugar limpio donde el suelo no aparecía cubierto de cadáveres: allí habíase vuelto el impetuoso Héctor, después de causar gran estrago a los argivos, cuando la noche los cubrió con su manto. Acomodados en aquel sitio, conversaban; y Néstor, caballero gerenio, comenzó a hablar diciendo:

204 —¡Oh amigos! ¿No sabrá nadie que, confiando en su ánimo audaz, vaya al campamento de los troyanos de ánimo altivo? Quizá hiciera prisionero a algún enemigo que ande rezagado, o averiguara, oyendo algún rumor, lo que los troyanos han decidido: si desean quedarse aquí, cerca de las naves y lejos de la ciudad, o volverán a ella cuando hayan vencido a los aqueos. Si se enterara de esto y regresara incólume, sería grande su gloria debajo del cielo y entre los hombres todos, y tendría una hermosa recompensa: cada jefe de los que mandan en las naves le daría una oveja con su corderito —presente sin igual— y se le admitiría además en todos los banquetes y festines.

218 Así habló. Enmudecieron todos y quedaron silenciosos, hasta que Diomedes, valiente en la pelea, les dijo:

220 —¡Néstor! Mi corazón y ánimo valeroso me incitan a penetrar en el campo de los enemigos que tenemos cerca, de los troyanos; pero, si alguien me acompañase, mi confianza y mi osadía serían mayores. Cuando van dos, uno se anticipa al otro en advertir lo que conviene; cuando se está solo, aunque se piense, la inteligencia es más tarda y la resolución más difícil.

227 Así dijo, y muchos quisieron acompañar a Diomedes. Deseáronlo los dos Ayantes, servidores de Ares; quísolo Meriones; lo anhelaba el hijo de Néstor; deseólo el Atrida Menelao, famoso por su lanza; y por fin, también el sufrido Ulises quiso penetrar en el ejército troyano, porque el corazón que tenía en el pecho aspiraba siempre a ejecutar audaces hazañas. Y el rey de hombres, Agamenón, dijo entonces:

234 —¡Tidida Diomedes, carísimo a mi corazón! Escoge por compañero al que quieras, al mejor de los presentes; pues son muchos los que se ofrecen. No dejes al mejor y elijas a otro peor, por respeto alguno que sientas en tu alma, ni por consideración al linaje, ni por atender a que sea un rey más poderoso.

240 Habló en estos términos, porque temía por el rubio Menelao. Y Diomedes, valiente en la pelea, replicó:

242 —Si me mandáis que yo mismo designe al compañero, ¿cómo no pensaré en el divino Ulises, cuyo corazón y ánimo valeroso son tan dispuestos para toda suerte de trabajos, y a quien tanto ama Palas Atenea? Con él volveríamos aquí aunque nos rodearan abrasadoras llamas, porque su prudencia es grande.

248 Respondióle el paciente divino Ulises:

249 —¡Tidida! No me alabes en demasía ni me vituperes, puesto que hablas a los argivos de cosas que les son conocidas. Pero, vámonos, que la noche está muy adelantada y la aurora se acerca; los astros han andado mucho, y la noche va ya en las dos partes de su jornada y sólo un tercio nos resta.

254 En diciendo esto, vistieron entrambos las terribles armas. El intrépido Trasimedes dio al Tidida una espada de dos filos —la de éste había quedado en la nave— y un escudo; y le puso un morrión de piel de toro sin penacho ni cimera, que se llama catétyx y lo usan los mancebos que se hallan en la flor de la juventud para proteger la cabeza. Meriones procuró a Ulises arco, carcaj y espada, y le cubrió la cabeza con un casco de piel que por dentro se sujetaba con muchas y fuertes correas y por fuera

presentaba los blancos dientes de un jabalí, ingeniosamente repartidos, y tenía un mechón de lana colocado en el centro. Este casco era el que Autólico había robado en Eleón a Amíntor Orménida, horadando la pared de su casa, y que luego dio en Escandia a Anfidamante de Citera; Anfidamante lo regaló, como presente de hospitalidad, a Molo; éste lo cedió a su hijo Meriones para que lo llevara, y entonces hubo de cubrir la cabeza de Ulises.

272 Una vez revestidos de las terribles armas, partieron y dejaron allí a todos los príncipes. Palas Atenea envióles una garza, y, si bien no pudieron verla con sus ojos, porque la noche era obscura, oyéronla graznar a la derecha del camino. Ulises se holgó del presagio y oró a Atenea:

278 —¡Óyeme, hija de Zeus, que lleva la égida! Tú que me asistes en todos los trabajos y conoces mis pasos, seme ahora propicia más que nunca, Atenea, y concede que volvamos a las naves cubiertos de gloria por haber realizado una gran hazaña que preocupe a los troyanos.

283 Diomedes, valiente en la pelea, oró luego diciendo:

284 —¡Ahora óyeme también a mí, hija de Zeus! ¡Indómita! Acompáñame como acompañaste a mi padre, el divino Tideo, cuando fue a Teba en representación de los aqueos. Dejando a los aqueos, de broncíneas corazas, a orillas del Asopo, llevó un agradable mensaje a los cadmeos; y a la vuelta ejecutó admirables proezas con tu ayuda, excelente diosa, porque benévola lo socorrías. Ahora, socórreme a mí y préstame tu amparo. E inmolaré en tu honor una ternera de un año, de frente espaciosa, indómita y no sujeta aún al yugo, después de derramar oro sobre sus cuernos.

295 Así dijeron rogando, y los oyó Palas Atenea. Y después de rogar a la hija del gran Zeus, anduvieron en la obscuridad de la noche, como dos leones, por el campo pues tanta carnicería se había hecho, pisando cadáveres, armas y denegrida sangre.

299 Tampoco Héctor dejaba dormir a los valientes troyanos pues convocó a todos los próceres, a cuantos eran caudillos y príncipes de los troyanos, y una vez reunidos les expuso una prudente idea:

303 —¿Quién, por un gran premio, se ofrecerá a llevar a cabo la empresa que voy a decir? La recompensa será proporcionada. Daré un carro y dos corceles de erguido cuello, los mejores que haya en las veleras naves aqueas, al que tenga la osadía de acercarse a las naves de ligero andar —con ello al mismo tiempo ganará gloria— y averigüe si éstas son guardadas

todavía, o los aqueos, vencidos por nuestras manos, piensan en la huida y no quieren velar durante la noche porque el cansancio abrumador los rinde.

313 Así dijo. Enmudecieron todos y quedaron silenciosos. Había entre los troyanos un cierto Dolón, hijo del divino heraldo Eumedes, rico en oro y en bronce; era de feo aspecto, pero de pies ágiles, y el único hijo varón de su familia con cinco hermanas. Éste dijo entonces a los troyanos y a Héctor:

319 —¡Héctor! Mi corazón y mi ánimo valeroso me incitan a acercarme a las naves, de ligero andar, para saberlo. Ea, alza el cetro y jura que me darás los corceles y el carro con adornos de bronce que conducen al eximio Pelión. No te será inútil mi espionaje, ni tus esperanzas se verán defraudadas; pues atravesaré todo el ejército hasta llegar a la nave de Agamenón, que es donde deben de haberse reunido los caudillos para deliberar si huirán o seguirán combatiendo.

328 Así dijo. Y Héctor, tomando en la mano el cetro, prestó el juramento:

329 —Sea testigo el mismo Zeus tonante, esposo de Hera. Ningún otro troyano será llevado por estos corceles, y tú disfrutarás perpetuamente de ellos.

332 Con tales palabras, jurando lo que no había de cumplirse, animó a Dolón. Éste, sin perder momento, colgó del hombro el corvo arco, vistió una pelícana piel de lobo, cubrió la cabeza con un morrión de piel de comadreja, tomó un puntiagudo dardo, y, saliendo del ejército, se encaminó a las naves, de donde no había de volver para darle a Héctor la noticia. Pues ya había dejado atrás la multitud de carros y hombres, y andaba animoso por el camino, cuando Ulises, del linaje de Zeus, advirtiendo que se acercaba a ellos, habló así a Diomedes:

341 —Ese hombre, Diomedes, viene del ejército; pero ignoro si va como espía a nuestras naves o intenta despojar algún cadáver de los que murieron. Dejemos que se adelante un poco más por la llanura, y echándonos sobre él lo cogeremos fácilmente; y si en correr nos aventajase, apártalo del ejército, acometiéndolo con la lanza, y persíguelo siempre hacia las naves, para que no se guarezca en la ciudad.

349 Dichas estas palabras, tendiéronse entre los muertos, fuera del camino. El incauto Dolón pasó con pie ligero. Mas, cuando estuvo a la distancia a que se extienden los surcos de las mulas —éstas son mejores que los bueyes para tirar de un sólido arado en tierra noval—, Ulises y Diomedes corrieron a su alcance. Dolón oyó ruido y se detuvo, creyendo

que algunos de sus amigos venían del ejército troyano a llamarlo por encargo de Héctor. Pero así que aquéllos se hallaron a tiro de lanza o más cerca aún, conoció que eran enemigos y puso su diligencia en los pies huyendo, mientras ellos se lanzaban a perseguirlo. Como dos perros de agudos dientes, adiestrados para cazar, acosan en una selva a un cervato o a una liebre que huye chillando delante de ellos, del mismo modo el Tidida y Ulises, asolador de ciudades, perseguían constantemente a Dolón después que lograron apartarlo del ejército. Ya en su fuga hacia las naves iba el troyano a topar con los guardias, cuando Atenea dio fuerzas al Tidida para que ninguno de los aqueos, de broncíneas corazas, se le adelantara y pudiera jactarse de haber sido el primero en herirlo y él llegase después. El fuerte Diomedes arremetió a Dolón, con la lanza, y le gritó:

370 Tente, o te alcanzará mi lanza; y no creo que puedas evitar mucho tiempo que mi mano te dé una muerte terrible.

372 Dijo, y arrojó la lanza; mas de intento erró el tiro, y ésta se clavó en el suelo después de volar por cima del hombro derecho de Dolón. Paróse el troyano dentellando —los dientes crujíanle en la boca—, tembloroso y pálido de miedo; Ulises y Diomedes se le acercaron, jadeantes, y le asieron de las manos, mientras aquél lloraba y les decía:

378 —Hacedme prisionero y yo me redimiré. Hay en casa bronce, oro y hierro labrado: con ellos os pagaría mi padre inmenso rescate, si supiera que estoy vivo en las naves aqueas.

382 Respondióle el ingenioso Ulises:

383 —Tranquilízate y no pienses en la muerte. Ea, habla y dime con sinceridad: ¿Adónde ibas solo, separado de tu ejército y derechamente hacia las naves, en esta noche obscura, mientras duermen los demás mortales? ¿Acaso a despojar a algún cadáver? ¿Por ventura Héctor te envió como espía a las cóncavas naves? ¿O te dejaste llevar por los impulsos de tu corazón?

390 Contestó Dolón, a quien le temblaban las carnes:

391 —Héctor me hizo salir fuera de juicio con muchas y perniciosas promesas: accedió a darme los solípedos corceles y el carro con adornos de bronce del eximio Pelión, para que, acercándome durante la rápida y obscura noche a los enemigos, averiguase si las veleras naves son guardadas todavía, o los aqueos, vencidos por nuestras manos, piensan en la fuga y no quieren velar porque el cansancio abrumador los rinde.

400 Díjole sonriendo el ingenioso Ulises:

401 —Grande es el presente que tu corazón anhelaba. ¡Los corceles del aguerrido Eácida! Difícil es que ninguno de los mortales los sujete y sea por ellos llevado, fuera de Aquiles, que tiene una madre inmortal. Pero, ea, habla y dime con sinceridad: ¿Dónde, al venir, has dejado a Héctor, pastor de hombres? ¿En qué lugar tiene las marciales armas y los caballos? ¿Cómo se hacen las guardias y de qué modo están dispuestas las tiendas de los troyanos? Cuenta también lo que están deliberando: si desean quedarse aquí cerca de las naves y lejos de la ciudad, o volverán a ella cuando hayan vencido a los aqueos.

412 Contestó Dolón, hijo de Eumedes:

413 —De todo voy a informarte con exactitud. Héctor y sus consejeros deliberan lejos del bullicio, junto a la tumba del divino Ilo; en cuanto a las guardias por que me preguntas, oh héroe, ninguna ha sido designada, para que vele por el ejército ni para que vigile. En torno de cada hoguera los troyanos, apremiados por la necesidad, velan y se exhortan mutuamente a la vigilancia. Pero los auxiliares, venidos de lejas tierras, duermen y dejan a los troyanos el cuidado de la guardia, porque no tienen aquí a sus hijos y mujeres.

423 Volvió a preguntarle el ingenioso Ulises:

424 —¿Éstos duermen mezclados con los troyanos o separadamente? Dímelo para que lo sepa.

426 Contestó Dolón, hijo de Eumedes:

427 —De todo voy a informarte con exactitud. Hacia el mar están los carios, los peonios, armados de corvos arcos, y los léleges, caucones y divinos pelasgos. El lado de Timbra lo obtuvieron por suerte los licios, los arrogantes misios, los frigios, que combaten en carros, y los meonios, que armados de casco combaten en carros. Mas ¿por qué me hacéis esas preguntas? Si deseáis entraros por el ejército troyano, los tracios recién venidos están ahí, en ese extremo, con su rey Reso, hijo de Eyoneo. He visto sus corceles que son bellísimos, de gran altura, más blancos que la nieve y tan ligeros como el viento. Su carro tiene lindos adornos de oro y plata, y sus armas son de oro, magníficas, encanto de la vista, y más propias de los inmortales dioses que de hombres mortales. Pero llevadme ya a las naves de ligero andar, o dejadme aquí, atado con recios lazos, para que vayáis y comprobéis si os hablé como debía.

446 Mirándolo con torva faz, le replicó el fuerte Diomedes:

447 —No esperes escapar de ésta, Dolón, aunque tus noticias son importantes, pues has caído en nuestras manos. Si te dejásemos libre o consintiéramos en el rescate, vendrías de nuevo a las veleras naves de los aqueos a espiar o a combatir contra nosotros; y, si por mi mano pierdes la vida, no serás en adelante una plaga para los argivos.

454 Dijo; y Dolón iba, como suplicante, a tocarle la barba con su robusta mano, cuando Diomedes, de un tajo en medio del cuello, le rompió ambos tendones; y la cabeza cayó en el polvo, mientras el troyano hablaba todavía. Quitáronle el morrión de piel de comadreja, la piel de lobo, el flexible arco y la ingente lanza; y el divino Ulises, cogiéndolo todo con la mano, levantólo para ofrecerlo a Atenea, que preside los saqueos, y oró diciendo:

462 —Huélgate de esta ofrenda, ¡oh diosa! Serás tú la primera a quien invocaremos entre las deidades del Olimpo. Y ahora guíanos hacia los corceles y las tiendas de los tracios.

465 Dichas estas palabras, apartó de sí los despojos y los colgó de un tamarisco, cubriéndolos con cañas y frondosas ramas del árbol, que fueran una señal visible para que no les pasaran inadvertidos, al regresar durante la rápida y obscura noche. Luego pasaron delante por encima de las armas y de la negra sangre, y llegaron al grupo de los tracios que, rendidos de fatiga, dormían con las hermosas armas en el suelo, dispuestos ordenadamente en tres filas, y un par de caballos junto a cada guerrero. Reso descansaba en el centro, y tenía los ligeros corceles atados con correas a un extremo del carro. Ulises violo el primero y lo mostró a Diomedes:

477 —Éste es el hombre, Diomedes, y éstos los corceles de que nos habló Dolón, a quien matamos. Ea, muestra tu impetuoso valor y no tengas ociosas las armas. Desata los caballos, o bien mata hombres y yo me encargaré de aquéllos.

482 Así dijo, y Atenea, la de ojos de lechuza, infundió valor a Diomedes, que comenzó a matar a diestro y a siniestro: sucedíanse los horribles gemidos de los que daban la vida a los golpes de la espada, y su sangre enrojecía la tierra. Como un mal intencionado león acomete al rebaño de cabras o de ovejas, cuyo pastor está ausente, así el hijo de Tideo se abalanzaba a los tracios, hasta que mató a doce. A cuántos aquél hería con la espada, el ingenioso Ulises, asiéndolos por un pie, los apartaba del camino, para que luego los corceles de hermosas crines pudieran pasar fácilmente y no se asustasen de pisar cadáveres, a lo cual no estaban

acostumbrados. Llegó el hijo de Tideo adonde yacía el rey, y fue éste el decimotercio a quien privó de la dulce vida, mientras daba un suspiro; pues en aquella noche el nieto de Eneo aparecíase en desagradable ensueño a Reso, por orden de Atenea. Durante este tiempo el paciente Ulises desató los solípedos caballos, los ligó con las riendas y los sacó del ejército aguijándolos con el arco, porque se le olvidó tomar el magnífico látigo que había en el labrado carro. Y enseguida silbó, haciendo seña al divino Diomedes.

503 Mas éste, quedándose aún, pensaba qué podría hacer que fuese muy arriesgado: si se llevaría el carro con las labradas armas, ya tirando del timón, ya levantándolo en alto; o quitaría la vida a más tracios. En tanto que revolvía tales pensamientos en su espíritu, presentóse Atenea y habló así al divino Diomedes:

509 —Piensa ya en volver a las cóncavas naves, hijo del magnánimo Tideo. No sea que hayas de llegar huyendo, si algún otro dios despierta a los troyanos.

512 Así habló. Diomedes, conociendo la voz de la diosa, montó sin dilación a caballo, y también Ulises, que los aguijó con el arco; y volaron hacia las veleras naves aqueas.

515 Apolo, que lleva arco de plata, estaba en acecho desde que advirtió que Atenea acompañaba al hijo de Tideo; e, indignado contra ella, entróse por el ejército de los troyanos y despertó a Hipocoonte, valeroso caudillo tracio y sobrino de Reso. Como Hipocoonte, recordando del sueño, viera vacío el lugar que ocupaban los caballos y a los hombres horriblemente heridos y palpitantes todavía, comenzó a lamentarse y a llamar por su nombre al querido compañero. Y pronto se promovió gran clamoreo e inmenso tumulto entre los troyanos, que acudían en tropel y admiraban la peligrosa aventura a que unos hombres habían dado cima, regresando luego a las cóncavas naves.

526 Cuando ambos héroes llegaron al sitio en que habían dado muerte al espía de Héctor, Ulises, caro a Zeus, detuvo los veloces caballos; y el Tidida, apeándose, tomó los cruentos despojos que puso en las manos de Ulises, volvió a montar y picó a los corceles. Éstos volaron gozosos hacia las cóncavas naves, pues a ellas deseaban llegar. Néstor fue el primero que oyó las pisadas de los caballos, y dijo:

533 —¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! ¿Me engañaré o será verdad lo que voy a decir? El corazón me ordena hablar. Oigo

pisadas de caballos de pies ligeros. Ojalá Ulises y el fuerte Diomedes trajeran del campo troyano solípedos corceles; pero mucho temo que a los más valientes argivos les haya ocurrido algún percance en el ejército troyano.

540 Aún no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando aquéllos llegaron y echaron pie a tierra. Todos los saludaban alegremente con la diestra y con afectuosas palabras. Y Néstor, caballero gerenio, les preguntó el primero:

544 —¡Ea, dime, célebre Ulises, gloria insigne de los aqueos! ¿Cómo hubisteis estos caballos: penetrando en el ejército troyano, o recibiéndolos de un dios que os salió al camino? Muy semejantes son a los rayos del sol. Siempre entro por las filas de los troyanos; pues, aunque anciano, no me quedo en las naves, y jamás he visto ni advertido tales corceles. Supongo que los habréis recibido de algún dios que os salió al encuentro, pues a entrambos os aman Zeus, que amontona las nubes, y su hija Atenea, la de ojos de lechuza.

554 Respondióle el ingenioso Ulises:

555 —¡Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! Fácil le sería a un dios, si quisiera, dar caballos mejores aún que éstos, pues su poder es muy grande. Los corceles por los que preguntas, anciano, llegaron recientemente y son tracios: el valiente Diomedes mató al dueño y a doce de sus compañeros, todos aventajados. Y cerca de las naves dimos muerte al decimotercio, que era un espía enviado por Héctor y otros troyanos ilustres a explorar este campamento.

564 De este modo habló; y muy ufano, hizo que los solípedos caballos pasaran el foso, y los demás aqueos siguiéronlo alborozados. Cuando estuvieron en la hermosa tienda del Tidida, ataron los corceles con bien cortadas correas al pesebre, donde los caballos de Diomedes comían el trigo dulce como la miel. Ulises dejó en la popa de su nave los cruentos despojos de Dolón, para guardarlos hasta que ofrecieran un sacrificio a Atenea. Ambos entraron en el mar y se lavaron el abundante sudor de sus piernas, cuello y muslos. Cuando las olas les hubieron limpiado el abundante sudor del cuerpo y recreado el corazón, metiéronse en pulimentadas pilas y se bañaron. Lavados ya y ungidos con craso aceite, sentáronse a la mesa, y, sacando de una rebosante crátera vino dulce como la miel, en honor de Atenea lo libaron.

CANTO XI

Principalía de Agamenón

En la batalla entre aqueos y troyanos, aquéllos llevan la peor parte: Agamenón, Diomedes y Ulises resultan heridos. Ante la clara ventaja de los troyanos, Aquiles envía a Patroclo junto a Néstor.

1 La Aurora se levantaba del lecho, dejando al ilustre Titono, para llevar la luz a los dioses y a los hombres, cuando, enviada por Zeus, se presentó en las veleras naves aqueas la cruel Discordia con la señal del combate en la mano. Subió la diosa a la ingente nave negra de Ulises, que estaba en medio de todas, para que lo oyeran por ambos lados hasta las tiendas de Ayante Telamonio y de Aquiles; los cuales habían puesto sus bajeles en los extremos, porque confiaban en su valor y en la fuerza de sus brazos. Desde allí daba aquélla grandes, agudos y horrendos gritos, y ponía mucha fortaleza en el corazón de todos los aqueos, a fin de que pelearan y combatieran sin descanso. Y pronto les fue más agradable batallar que volver a la patria tierra en las cóncavas naves.

15 El Atrida alzó la voz mandando que los argivos se apercibiesen, y él mismo vistió la armadura de luciente bronce. Púsose en torno de las piernas hermosas grebas sujetas con broches de plata, y cubrió su pecho con la coraza que Ciniras le había dado por presente de hospitalidad. Porque hasta Chipre había llegado la noticia de que los aqueos se embarcaban para Troya, y Ciniras, deseoso de complacer al rey, le dio esta coraza que tenía diez filetes de pavonado acero, doce de oro y veinte de estaño, y a cada lado tres cerúleos dragones erguidos hacia el cuello y semejantes al iris que el Cronión fija en las nubes como señal para los hombres dotados de palabra. Luego, el rey colgó del hombro la espada, en la que relucían áureos clavos, con su vaina de plata sujeta por tirantes de oro. Embrazó después el labrado escudo, fuerte y hermoso, de la altura de un hombre, que presentaba diez círculos de bronce en el contorno, tenía veinte bollos de blanco estaño y en el centro uno de negruzco acero, y lo coronaba Gorgona, de ojos horrendos y torva vista, con el Terror y la Fuga a los lados. Su correa era argentada, y sobre la misma enroscábase cerúleo dragón de tres cabezas entrelazadas, que nacían de un solo cuello. Cubrió enseguida su cabeza con un casco de doble cimera, cuatro abolladuras y penacho de crines de caballo, que al ondear en lo alto causaba pavor; y asió dos fornidas lanzas de aguzada

broncínea punta, cuyo brillo llegaba hasta el cielo. Y Atenea y Hera tronaron en las alturas para honrar al rey de Micenas, rica en oro.

47 Cada cual mandó entonces a su auriga que tuviera dispuestos el carro y los corceles junto al foso; salieron todos a pie y armados, y levantóse inmenso viento antes que la aurora despuntara. Delante del foso ordenáronse los infantes, y a éstos siguieron de cerca los que combatían en carros. Y el Cronida promovió entre ellos funesto tumulto y dejó caer desde el éter sanguinoso rocío porque había de precipitar al Hades a muchas y valerosas almas.

56 Los troyanos pusiéronse también en orden de batalla en una eminencia de la llanura, alrededor del gran Héctor, del eximio Polidamante, de Eneas, honrado como un dios por el pueblo troyano, y de los tres Antenóridas: Pólibo, el divino Agenor y el joven Acamante, que parecía un inmortal. Héctor, armado de un escudo liso, llegó con los primeros combatientes. Cual astro funesto, que unas veces brilla en el cielo y otras se oculta detrás de las pardas nubes; así Héctor, ya aparecía entre los delanteros, ya se mostraba entre los últimos, siempre dando órdenes y brillando por la armadura de bronce como el relámpago del padre Zeus, que lleva la égida.

67 Como los segadores caminan en direcciones opuestas por los surcos de un campo de trigo o de cebada de un hombre opulento, y los manojos de espigas caen espesos, de la misma manera, troyanos y aqueos se acometían y mataban, sin pensar en la perniciosa fuga. Igual andaba la pelea, y como lobos se embestían. Gozábase en verlos la luctuosa Discordia, única deidad que se hallaba entre los combatientes; pues los demás dioses permanecían quietos en los hermosos palacios que se les había construido en los valles del Olimpo y todos acusaban al Cronida, el dios de las sombrías nubes, porque quería conceder la victoria a los troyanos. Mas el padre no se cuidaba de ellos; y, sentado aparte, ufano de su gloria, contemplaba la ciudad troyana, las naves aqueas, el brillo del bronce, a los que mataban y a los que la muerte recibían.

84 Al amanecer y mientras iba aumentando la luz del sagrado día, los tiros alcanzaban por igual a unos y a otros y los hombres caían. Cuando llegó la hora en que el leñador prepara el almuerzo en la espesura del monte, porque tiene los brazos cansados de cortar grandes árboles, siente fatiga en su corazón y el dulce deseo de la comida le ha llegado al alma, los dánaos, exhortándose mutuamente por las filas y peleando con bravura,

rompieron las falanges teucras. Agamenón, que fue el primero en arrojarse a ellas, mató primeramente a Biánor, pastor de hombres, y después a su compañero Oileo, hábil jinete. Éste se había apeado del carro para sostener el encuentro, pero el Atrida le hundió en la frente la aguzada pica, que no fue detenida por el casco del duro bronce, sino que pasó a través del mismo y del hueso, conmovióle el cerebro y postró al guerrero cuando contra aquél arremetía. Después de quitarles a entrambos la coraza, Agamenón, rey de hombres, dejólos allí, con el pecho al aire, y fue a dar muerte a Iso y a Antifo, hijos bastardo y legítimo, respectivamente, de Príamo, que iban en el mismo carro. El bastardo guiaba y el ilustre Antifo combatía. En otro tiempo Aquiles, habiéndolos sorprendido en un bosque del Ida, mientras apacentaban ovejas, atólos con tiernos mimbres; y luego, pagado el rescate, los puso en libertad. Mas entonces el poderoso Agamenón Atrida le envainó a Iso la lanza en el pecho, sobre la tetilla, y a Antifo lo hirió con la espada en la oreja y lo derribó del carro. Y, al ir presuroso a quitarles las magníficas armaduras, los reconoció; pues los había visto en las veleras naves cuando Aquiles, el de los pies ligeros, se los llevó del Ida. Bien así corno un león penetra en la guarida de una ágil cierva, se echa sobre los hijuelos y despedazándolos con los fuertes dientes les quita la tierna vida, y la madre no puede socorrerlos, aunque esté cerca, porque le da un gran temblor, y atraviesa, azorada y sudorosa, selvas y espesos encinares, huyendo de la acometida de la terrible fiera; tampoco los troyanos pudieron librar a aquéllos de la muerte, porque a su vez huían delante de los argivos.

122 Alcanzó luego el rey Agamenón a Pisandro y al intrépido Hipóloco, hijos del aguerrido Antímaco (éste, ganado por el oro y los espléndidos regalos de Alejandro, se oponía a que Helena fuese devuelta al rubio Menelao): ambos iban en un carro, y desde su sitio procuraban guiar los veloces corceles, pues habían dejado caer las lustrosas riendas y estaban aturdidos. Cuando el Atrida arremetió contra ellos, cual si fuese un león, arrodilláronse en el carro y así le suplicaron:

131 —Haznos prisioneros, hijo de Atreo, y recibirás digno rescate. Muchas cosas de valor tiene en su casa Antímaco: bronce, oro, hierro labrado; con ellas nuestro padre lo pagaría inmenso rescate, si supiera que estamos vivos en las naves aqueas.

136 Con tan dulces palabras y llorando hablaban al rey, pero fue amarga la respuesta que escucharon:

138 —Pues si sois hijos del aguerrido Antímaco que aconsejaba en el ágora de los troyanos matar a Menelao y no dejarle volver a los aqueos, cuando vino a título de embajador con el deiforme Ulises, ahora pagaréis la insolente injuria que nos infirió vuestro padre.

143 Dijo, y derribó del carro a Pisandro: diole una lanzada en el pecho y lo tumbó de espaldas. De un salto apeóse Hipóloco, y ya en tierra, Agamenón le cercenó con la espada los brazos y la cabeza, que tiró, haciéndola rodar como un montero, por entre las filas. El Atrida dejó a éstos, y seguido de otros aqueos, de hermosas grebas, fuese derecho al sitio donde más falanges, mezclándose en montón confuso, combatían. Los infantes mataban a los infantes, que se veían obligados a huir; los que combatían desde el carro daban muerte con el bronce a los enemigos que así peleaban, y a todos los envolvía la polvareda que en la llanura levantaban con sus sonoras pisadas los caballos. Y el rey Agamenón iba siempre adelante, matando troyanos y animando a los argivos. Como al estallar voraz incendio en un boscaje, el viento hace oscilar las llamas y lo propaga por todas partes, y los arbustos ceden a la violencia del fuego y caen con sus mismas raíces, de igual manera caían las cabezas de los troyanos puestos en fuga por Agamenón Atrida, y muchos caballos de erguido cuello arrastraban con estrépito por el campo los carros vacíos y echaban de menos a los eximios conductores; pero éstos, tendidos en tierra, eran ya más gratos a los buitres que a sus propias esposas.

163 A Héctor, Zeus le sustrajo de los tiros, el polvo, la matanza, la sangre y el tumulto; y el Atrida iba adelante, exhortando vehementemente a los dánaos. Los troyanos corrían por la llanura, deseosos de refugiarse en la ciudad, y ya habían dejado a su espalda el sepulcro del antiguo Ilo Dardánida y el cabrahígo; y el Atrida les seguía al alcance, vociferando, con las invictas manos llenas de polvo y sangre. Los que primero llegaron a las puertas Esceas y a la encina detuviéronse para aguardar a sus compañeros, los cuales huían por la llanura como vacas aterrorizadas por un león que, presentándose en la obscuridad de la noche, da cruel muerte a una de ellas, rompiendo su cerviz con los fuertes dientes y tragando su sangre y sus entrañas; del mismo modo el rey Agamenón Atrida perseguía a los troyanos, matando al que se rezagaba, y ellos huían espantados. El Atrida, manejando la lanza con gran furia, derribó a muchos, ya de pechos, ya de espaldas, de sus respectivos carros. Mas cuando le faltaba poco para llegar al alto muro de la ciudad, el padre de los hombres y de los dioses bajó del

cielo con el relámpago en la mano, se sentó en una de las cumbres del Ida, abundante en manantiales, y llamó a Iris, la de doradas alas, para que le sirviese de mensajera:

186 —¡Anda, ve, rápida Iris! Dile a Héctor estas palabras: Mientras vea que Agamenón, pastor de hombres, se agita entre los combatientes delanteros y destroza filas de hombres, retírese y ordene al pueblo que combata con los enemigos en la encarnizada batalla. Mas así que aquél, herido de lanza o de flecha, suba al carro, le daré fuerzas para matar enemigos hasta que llegue a las naves de muchos bancos, se ponga el sol y comience la sagrada noche.

195 Así dijo; y la veloz Iris, de pies ligeros como el viento, no dejó de obedecerlo. Descendió de los montes ideos a la sagrada Ilio, y, hallando al divino Héctor, hijo del belicoso Príamo, de pie en el sólido carro, se detuvo a su lado, y le habló de esta manera:

200 —¡Héctor, hijo de Príamo, que en prudencia igualas a Zeus! El padre Zeus me manda para que te diga lo siguiente: Mientras veas que Agamenón, pastor de hombres, se agita entre los combatientes delanteros y destroza sus filas, retírate de la lucha y ordena al pueblo que combata con los enemigos en la encarnizada batalla. Mas así que aquél, herido de lanza o de flecha, suba al carro, te dará fuerzas para matar enemigos hasta que llegues a las naves de muchos bancos, se ponga el sol y comience la sagrada noche.

210 Cuando Iris, la de los pies ligeros, hubo dicho esto, se fue. Héctor saltó del carro al suelo sin dejar las armas; y, blandiendo afiladas picas, recorrió el ejército, animóle a luchar y promovió una terrible pelea. Los troyanos volvieron la cara a los aqueos para embestirlos; los argivos, por su parte, cerraron las filas de las falanges; reanudóse el combate, y Agamenón acometió el primero, porque deseaba adelantarse a todos en la batalla.

218 Decidme ahora, Musas, que poseéis olímpicos palacios, cuál fue el primer troyano o aliado ilustre que a Agamenón se opuso.

221 Fue Ifidamante Antenórida, valiente y alto de cuerpo, que se había criado en la fértil Tracia, madre de ovejas. Era todavía niño cuando su abuelo materno Ciseo, padre de Teano, la de hermosas mejillas, lo acogió en su casa; y así que hubo llegado a la gloriosa edad juvenil, lo conservó a su lado, dándole a su hija en matrimonio. Apenas casado, Ifidamante tuvo que dejar el tálamo para ir a guerrear contra los aqueos: llegó por mar hasta Percote, dejó allí las doce corvas naves que mandaba y se encaminó por

tierra a Ilio. Tal era quien salió al encuentro de Agamenón Atrida. Cuando ambos se hallaron frente a frente, acometiéronse, y el Atrida erró el tiro, porque la lanza se le desvió; Ifidamante dio con la pica un bote en la cintura de Agamenón, más abajo de la coraza, y, aunque empujó el astil con toda la fuerza de su brazo, no logró atravesar el labrado tahalí, pues la punta al chocar con la lámina de plata se torció como plomo. Entonces el poderoso Agamenón asió de la pica, y tirando de ella con la furia de un león, la arrancó de las manos de Ifidamante, a quien hirió en el cuello con la espada, dejándole sin vigor los miembros. De este modo cayó el desventurado para dormir el sueño de bronce, mientras auxiliaba a los troyanos, lejos de su joven y legítima esposa, cuya gratitud no llegó a conocer después que tanto le había dado: habíale regalado cien bueyes y prometido cien mil cabras y mil ovejas de las innumerables que sus pastores apacentaban. El Atrida Agamenón le quitó la magnífica armadura y se la llevó, abriéndose paso por entre los aqueos.

248 Advirtiólo Coón, varón preclaro a hijo primogénito de Anténor, y densa nube de pesar cubrió sus ojos por la muerte del hermano. Púsose al lado de Agamenón sin que éste lo notara, diole una lanzada en medio del brazo, en el codo, y se lo atravesó con la punta de la reluciente pica. Estremecióse el rey de hombres, Agamenón, mas no por esto dejó de luchar ni de combatir; sino que arremetió con la impetuosa lanza a Coón, el cual se apresuraba a retirar, asiéndolo por el pie, el cadáver de Ifidamante, su hermano de padre, y a voces pedía auxilio a los más valientes. Mientras arrastraba el cadáver por entre la turba, cubriéndolo con el abollonado escudo, Agamenón le envasó la broncínea lanza; dejó sin vigor sus miembros, y le cortó la cabeza sobre el mismo Ifidamante. Y ambos hijos de Anténor, cumpliéndose su destino, acabaron la vida a manos del rey Atrida y descendieron a la morada de Hades.

264 Entróse luego Agamenón por las filas de otros guerreros, y combatió con la lanza, la espada y grandes piedras mientras la sangre caliente brotaba de la herida; mas así que ésta se secó y la sangre dejó de correr, agudos dolores debilitaron sus fuerzas. Como los dolores agudos y acerbos que a la parturienta envían las Ilitias, hijas de Hera, las cuales presiden los alumbramientos y disponen de los terribles dolores del parto; tales eran los agudos dolores que debilitaron las fuerzas del Atrida. De un salto subió al carro; con el corazón afligido mandó al auriga que le llevase a las cóncavas naves, y gritando fuerte dijo a los dánaos:

276 —¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Apartad vosotros de las naves surcadoras del ponto el funesto combate; pues a mí el próvido Zeus no me permite combatir todo el día con los troyanos.

280 Así dijo. El auriga picó con el látigo a los caballos de hermosas crines, dirigiéndolos a las cóncavas naves; ellos volaron gozosos, con el pecho cubierto de espuma, y envueltos en una nube de polvo sacaron del campo de la batalla al fatigado rey.

284 Héctor, al notar que Agamenón se ausentaba, con penetrantes gritos animó a los troyanos y a los licios:

286 —¡Troyanos, licios, dárdanos que cuerpo a cuerpo combatís! Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso valor. El guerrero más valiente se ha ido, y Zeus Cronida me concede una gran victoria. Pero dirigid los solípedos caballos hacia los fuertes dánaos y la gloria que alcanzaréis será mayor.

291 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Como un cazador azuza a los perros de blancos dientes contra un montaraz jabalí o contra un león, así Héctor Priámida, igual a Ares, funesto a los mortales, incitaba a los magnánimos troyanos contra los aqueos. Muy alentado, abrióse paso por los combatientes delanteros, y cayó en la batalla como tempestad que viene de lo alto y alborota el violáceo ponto.

299 ¿Cuál fue el primero, cuál el último de los que entonces mató Héctor Priámida cuando Zeus le dio gloria?

301 Aseo, el primero, y después Autónoo, Opites, Dólope Clítida, Ofeltio, Agelao, Esimno, Oro y el bravo Hipónoo. A tales caudillos dánaos dio muerte, y además a muchos hombres del pueblo. Como el Céfiro agita y se lleva en furioso torbellino las nubes que el veloz Noto tenía reunidas, y gruesas olas se levantan y la espuma llega a lo alto por el soplo del errabundo viento; de esta manera caían delante de Héctor muchas cabezas de gente del pueblo.

310 Entonces gran estrago e irreparables males se hubieran producido, y los aqueos, dándose a la fuga, no habrían parado hasta las naves, si Ulises no hubiese exhortado al Tidida Diomedes:

313 —¡Tidida! ¿Por qué no mostramos nuestro impetuoso valor? Ea, ven aquí, amigo; ponte a mi lado. Vergonzoso fuera que Héctor, el de tremolante casco, se apoderase de las naves.

316 Respondióle el fuerte Diomedes:

317 —Yo me quedaré y resistiré, aunque será poco el provecho que logremos; pues Zeus, que amontona las nubes, quiere conceder la victoria a los troyanos y no a nosotros.

320 Dijo, y derribó del carro a Timbreo, envasándole la pica en la tetilla izquierda; mientras Ulises hería al escudero del mismo rey, a Molión, igual a un dios. Dejáronlos tan pronto como los pusieron fuera de combate, y penetrando por la turba causaron confusión y terror, como dos embravecidos jabalíes que acometen a perros de caza. Así, habiendo vuelto a combatir, mataban a los troyanos; y en tanto los aqueos, que huían de Héctor, pudieron respirar placenteramente.

328 Dieron también alcance a dos hombres que eran los más valientes de su pueblo y venían en un mismo carro, a los hijos de Mérope percosio: éste conocía como nadie el arte adivinatoria, y no quería que sus hijos fuesen a la homicida guerra; pero ellos no lo obedecieron, impelidos por las parcas de la negra muerte. Diomedes Tidida, famoso por su lanza, les quitó el alma y la vida y los despojó de las magníficas armaduras. Ulises mató a Hipódamo y a Hipéroco.

336 Entonces el Cronida, que desde el Ida contemplaba la batalla, igualó el combate en que troyanos y aqueos se mataban. El hijo de Tideo dio una lanzada en la cadera al héroe Agástrofo Peónida, que por no tener cerca los corceles no pudo huir, y ésta fue la causa de su desgracia: el escudero tenía el carro algo distante, y él se revolvía furioso entre los combatientes delanteros, hasta que perdió la vida. Atisbó Héctor a Ulises y a Diomedes, los arremetió gritando, y pronto siguieron tras él las falanges de los troyanos. Al verlo, estremecióse el valeroso Diomedes, y dijo a Ulises, que estaba a su lado:

347 —Contra nosotros viene esa calamidad, el impetuoso Héctor. Ea, aguardémosle a pie firme y cerremos con él.

349 Dijo; y apuntando a la cabeza de Héctor, blandió y arrojó la ingente lanza, y no le erró, pues fue a dar en la cima del yelmo; pero el bronce rechazó al bronce, y la punta no llegó al hermoso cutis por impedírselo el casco de tres dobleces y agujeros a guisa de ojos, regalo de Febo Apolo. Héctor entonces retrocedió un buen trecho, y, penetrando por la turba, cayó de rodillas, apoyó la robusta mano en el suelo y obscura noche cubrió sus ojos. Mientras el Tidida atravesaba las primeras filas para recoger la lanza que en el suelo se había clavado, Héctor tornó en su sentido, subió de un salto al carro, y, dirigiéndolo por en medio de la

multitud, evitó la negra muerte. Y el fuerte Diomedes, que lanza en mano lo perseguía, exclamó:

362 —¡Otra vez te has librado de la muerte, perro! Muy cerca tuviste la perdición, pero te salvó Febo Apolo, a quien debes de rogar cuando sales al campo antes de oír el estruendo de los dardos. Yo acabaré contigo si más tarde lo encuentro y un dios me ayuda. Y ahora perseguiré a los demás que se me pongan al alcance.

368 Dijo; y empezó a despojar el cadáver del Peónida, famoso por su lanza. Pero Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa cabellera, que se apoyaba en una columna del sepulcro de Ilo Dardánida, antiguo anciano honrado por el pueblo, armó el arco y lo asestó al hijo de Tideo, pastor de hombres. Y mientras éste quitaba al cadáver del valeroso Agástrofo la labrada coraza, el manejable escudo de debajo del pecho y el pesado casco, aquél tiró del arco y disparó; y la flecha no salió inútilmente de su mano, sino que le atravesó al héroe el empeine del pie derecho y se clavó en tierra. Alejandro salió de su escondite, y con grande y regocijada risa se gloriaba diciendo:

380 —Herido estás; no se perdió el tiro. Ojalá que, acertándote en un ijar, lo hubiese quitado la vida. Así los troyanos tendrían un desahogo en sus males, pues te temen como al león las baladoras cabras.

384 Sin turbarse le respondió el fuerte Diomedes:

385 —¡Flechero, insolente, experto sólo en manejar el arco, mirón de doncellas! Si frente a frente midieras conmigo las armas, no te valdría el arco ni las abundantes flechas. Ahora te alabas sin motivo, pues sólo me rasguñaste el empeine del pie. Tanto me cuido de la herida como si una mujer o un insipiente niño me la hubiese causado, que poco duele la flecha de un hombre vil y cobarde. De otra clase es el agudo dardo que yo arrojo: por poco que penetre deja exánime al que lo recibe, y la mujer del muerto desgarra sus mejillas, sus hijos quedan huérfanos, y el cadáver se pudre enrojeciendo con su sangre la tierra y teniendo a su alrededor más aves de rapiña que mujeres.

396 Así dijo. Ulises, famoso por su lanza, acudió y se le puso delante. Diomedes se sentó, arrancó del pie la aguda flecha y un dolor terrible recorrió su cuerpo. Entonces subió al carro y con el corazón afligido mandó al auriga que lo llevase a las cóncavas naves.

401 Ulises, famoso por su lanza, se quedó solo; ningún argivo permaneció a su lado, porque el terror los poseía a todos. Y gimiendo, a su

magnánimo espíritu así le hablaba:

404 —¡Ay de mí! ¿Qué me ocurrirá? Muy malo es huir, temiendo a la muchedumbre, y peor aún que me cojan quedándome solo, pues a los demás dánaos el Cronión los puso en fuga. Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón? Sé que los cobardes huyen del combate, y quien descuella en la batalla debe mantenerse firme, ya sea herido, ya a otro hiera.

411 Mientras revolvía tales pensamientos en su mente y en su corazón, llegaron las huestes de los escudados troyanos, y, rodeándole, su propio mal entre ellos encerraron. Como los perros y los florecientes mozos cercan y embisten a un jabalí que sale de la espesa selva aguzando en sus corvas mandíbulas los blancos colmillos, y aunque la fiera cruja los dientes y aparezca terrible, resisten firmemente; así los troyanos acometían entonces por todos lados a Ulises, caro a Zeus. Mas él dio un salto y clavó la aguda pica en un hombro del eximio Deyopites; mató luego a Toón y a Ennomo; alanceó en el ombligo por debajo del cóncavo escudo a Quersidamante, que se apeaba del carro y cayó en el polvo y cogió el suelo con las manos; y, dejándolos a todos, envasó la lanza a Cárope Hipásida, hermano carnal del noble Soco. Éste, que parecía un dios, vino a defenderlo, y, deteniéndose cerca de Ulises, hablóle de este modo:

430 —¡Célebre Ulises, varón incansable en urdir engaños y en trabajar! Hoy, o podrás gloriarte de haber muerto y despojado de las armas a ambos Hipásidas, o perderás la vida, herido por mi lanza.

434 Cuando esto hubo dicho, le dio un bote en el liso escudo: la fornida lanza atravesó el luciente escudo, clavóse en la labrada coraza y levantó la piel del costado; pero Palas Atenea no permitió que llegara a las entrañas del varón. Entendió Ulises que por el sitio la herida no era mortal, y retrocediendo dijo a Soco estas palabras:

441 —¡Ah infortunado! Grande es la desgracia que sobre ti ha caído. Lograste que cesara de luchar con los troyanos, pero yo te digo que la perdición y la negra muerte te alcanzarán hoy; y, vencido por mi lanza, me darás gloria, y a Hades, el de los famosos corceles, el alma.

446 Dijo, y como Soco se volviera para huir, clavóle la lanza en el dorso, entre los hombros, y le atravesó el pecho. El guerrero cayó con estrépito, y el divino Ulises se jactó de su obra:

450 —¡Oh Soco, hijo del aguerrido Hípaso, domador de caballos! Te sorprendió la muerte antes de que pudieses evitarla. ¡Ah mísero! A ti, una vez muerto, ni el padre ni la veneranda madre te cerrarán los ojos, sino que

te desgarrarán las carnívoras aves cubriéndote con sus tupidas alas; mientras que a mí, si muero, los divinos aqueos me harán honras fúnebres.

456 Así diciendo, arrancó de su cuerpo y del abollonado escudo la ingente lanza que Soco le había arrojado; brotó la sangre y afligióle el corazón. Los magnánimos troyanos, al ver la sangre, se exhortaron mutuamente entre la turba y embistieron todos a Ulises, y éste retrocedió, llamando a voces a sus compañeros. Tres veces gritó cuanto un varón puede hacerlo a voz en cuello; tres veces Menelao, caro a Ares, lo oyó, y al punto dijo a Ayante, que estaba a su lado:

465 —¡Ayante Telamonio, del linaje de Zeus, príncipe de hombres! Oigo la voz del paciente Ulises como si los troyanos, habiéndole aislado en la terrible lucha, lo estuviesen acosando. Acudámosle, abriéndonos calle por la turba, pues lo mejor es llevarle socorro. Temo que a pesar de su valentía le suceda alguna desgracia solo entre los troyanos, y que después los dánaos te echen muy de menos.

47z Así diciendo, partió y siguióle Ayante, varón igual a un dios. Pronto dieron con Ulises, caro a Zeus, a quien los troyanos acometían por todos lados como los rojizos chacales circundan en el monte a un cornígero ciervo herido por la flecha que un hombre le disparó con el arco —sálvase el ciervo, merced a sus pies, y huye en tanto que la sangre está caliente y las rodillas ágiles; póstralo luego la veloz saeta, y, cuando carnívoros chacales lo despedazan en la espesura de un monte, trae la fortuna un voraz león que, dispersando a los chacales, devora a aquél—; así entonces muchos y robustos troyanos arremetían al aguerrido y sagaz Ulises; y el héroe, blandiendo la pica, apartaba de sí la cruel muerte. Pero llegó Ayante con su escudo como una torre, se puso al lado de Ulises y los troyanos se espantaron y huyeron a la desbandada. Y el marcial Menelao, asiendo de la mano al héroe, sacólo de la turba mientras el escudero acercaba el carro.

489 Ayante, acometiendo a los troyanos, mató a Doriclo, hijo bastardo de Príamo, a hirió a Pándoco, Lisandro, Píraso y Pilartes. Como el hinchado torrente que acreció la lluvia de Zeus baja rebosante por los montes a la llanura, arrastra muchos pinos y encinas secas, y arroja al mar gran cantidad de cieno, así entonces el ilustre Ayante desordenaba y perseguía por el campo a los enemigos y destrozaba corceles y guerreros. Héctor no lo había advertido, porque peleaba en la izquierda de la batalla, cerca de la orilla del Escamandro: allí las cabezas caían en mayor número y un inmenso vocerío se dejaba oír alrededor del gran Néstor y del marcial Idomeneo. Entre todos

revolvíase Héctor, que, haciendo arduas proezas con su lanza y su habilidad ecuestre, destruía las falanges de jóvenes guerreros. Y los divinos aqueos no retrocedieran aún, si Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa cabellera, no hubiese puesto fuera de combate a Macaón, pastor de hombres, mientras descollaba en la pelea, hiriéndolo en la espalda derecha con trifurcada saeta. Los aqueos, aunque respiraban valor, temieron que la lucha se inclinase, y aquél fuera muerto. Y al punto habló Idomeneo al divino Néstor:

511 —¡Oh Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! Ea, sube al carro, póngase Macaón junto a ti, y dirige presto a las naves los solípedos corceles. Pues un médico vale por muchos hombres, por su pericia en arrancar flechas y aplicar drogas calmantes.

516 Dijo; y Néstor, caballero gerenio, no dejó de obedecerlo. Subió al carro, y tan pronto como Macaón, hijo del eximio médico Asclepio, lo hubo seguido, picó con el látigo a los caballos y éstos volaron de su grado hacia las cóncavas naves, pues les gustaba volver a ellas.

521 Cebríones, que acompañaba a Héctor en el carro, notó que los troyanos eran derrotados, y le dijo:

523 —¡Héctor! Mientras nosotros combatimos aquí con los dánaos en un extremo de la batalla horrísona, los demás troyanos son desbaratados y se agitan en confuso tropel hombres y caballos. Ayante Telamonio es quien los desordena; bien lo conozco por el ancho escudo que cubre sus espaldas. Enderecemos a aquel sitio los corceles del carro, que allí es más empeñada la pelea, mayor la matanza de peones y de los que combaten en carros, e inmensa la gritería que se levanta.

531 Habiendo hablado así, azotó con el sonoro látigo a los caballos de hermosas crines. Sintieron éstos el golpe y arrastraron velozmente por entre troyanos y aqueos el veloz carro, pisando cadáveres y escudos; el eje tenía la parte inferior cubierta de sangre y los barandales estaban salpicados de sanguinolentas gotas que los cascos de los corceles y las llantas de las ruedas despedían. Héctor, deseoso de penetrar y deshacer aquel grupo de hombres, promovía gran tumulto entre los dánaos, no dejaba la lanza quieta, recorría las filas de aquéllos y peleaba con la lanza, la espada y grandes piedras; solamente evitaba el encuentro con Ayante Telamonio [porque Zeus se irritaba contra él cuando combatía con un guerrero más valiente].

544 El padre Zeus, que tiene su trono en las alturas, infundió temor en Ayante y éste se quedó atónito, se echó a la espalda el escudo formado por siete boyunos cueros, paseó su mirada por la turba, como una fiera, y

retrocedió volviéndose con frecuencia y andando a paso lento. Como los canes y los pastores del campo ahuyentan del boíl a un tostado león, y, vigilando toda la noche, no le dejan llegar a los pingües bueyes; y el león, ávido de carne, acomete furioso y nada consigue, porque caen sobre él multitud de venablos arrojados por robustas manos y encendidas teas que le dan miedo, y, cuando empieza a clarear el día, se escapa la fiera con ánimo afligido; así Ayante se alejaba entonces de los troyanos, contrariado y con el corazón entristecido, porque temía mucho por las naves de los aqueos. De la suerte que un tardo asno se acerca a un campo, y venciendo la resistencia de los niños que rompen en sus espaldas muchas varas, penetra en él y destroza las crecidas mieses; los muchachos lo apalean; pero, como su fuerza es poca, sólo consiguen echarlo con trabajo, después que se ha hartado de comer; de la misma manera los animosos troyanos y sus auxiliares, reunidos en gran número, perseguían al gran Ayante, hijo de Telamón, y le golpeaban el escudo con las lanzas. Ayante unas veces mostraba su impetuoso valor, y revolviendo detenía las falanges de los troyanos, domadores de caballos; otras, tornaba a huir; y, moviéndose con furia entre los troyanos y los aqueos, conseguía que los enemigos no se encaminasen a las veleras naves. Las lanzas que manos audaces despedían se clavaban en el gran escudo o caían en el suelo delante del héroe, antes de llegar a su blanca piel, deseosas de saciarse de su carne.

575 Cuando Eurípilo, preclaro hijo de Evemón, vio que Ayante estaba tan abrumado por los copiosos tiros, se colocó a su lado, arrojó la reluciente lanza y se la clavó en el hígado, debajo del diafragma, a Apisaón Fausíada, pastor de hombres, dejándole sin vigor las rodillas. Corrió enseguida hacia él y se puso a quitarle la armadura. Pero advirtiólo el deiforme Alejandro, y disparando el arco contra Eurípilo logró herirlo en el muslo derecho: la caña de la saeta se rompió, quedó colgando y apesgaba el muslo del guerrero. Éste retrocedió al grupo de sus amigos, para evitar la muerte, y, dando grandes voces, decía a los dánaos:

587 —¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Deteneos, volved la cara al enemigo, y librad del día cruel a Ayante que está abrumado por los tiros y no creo que escape con vida del horrísono combate. Pero deteneos afrontando a los contrarios, y rodead al gran Ayante, hijo de Telamón.

592 Tales fueron las palabras de Eurípilo al sentirse herido, y ellos se colocaron junto a él con los escudos sobre los hombros y las picas

levantadas. Ayante, apenas se juntó con sus compañeros, detúvose y volvió la cara a los troyanos.

596 Siguieron, pues, combatiendo con el ardor de encendido fuego; y, entre tanto, las yeguas de Neleo, cubiertas de sudor, sacaban del combate a Néstor y a Macaón, pastor de pueblos. Reconoció al último el divino Aquiles, el de los pies ligeros, que desde la popa de la ingente nave contemplaba la gran derrota y deplorable fuga, y enseguida llamó, desde la nave, a Patroclo, su compañero: oyólo éste, y, parecido a Ares, salió de la tienda. Tal fue el origen de su desgracia. El esforzado hijo de Menecio habló el primero, diciendo:

606 —¿Por qué me llamas, Aquiles? ¿Necesitas de mí?

607 Respondió Aquiles, el de los pies ligeros:

608 —¡Divino Menecíada, carísimo a mi corazón! Ahora espero que los aqueos vendrán a suplicarme y se postrarán a mis plantas, porque no es llevadera la necesidad en que se hallan. Pero ve Patroclo, caro a Zeus, y pregunta a Néstor quién es el herido que saca del combate. Por la espalda tiene gran semejanza con Macaón el Asclepíada, pero no le vi el rostro; pues las yeguas, deseosas de llegar cuanto antes, pasaron rápidamente por mi lado.

616 Así dijo. Patroclo obedeció al amado compañero y se fue corriendo a las tiendas y naves aqueas.

618 Cuando aquéllos hubieron llegado a la tienda del Nelida, descendieron del carro al almo suelo, y Eurimedonte, servidor del anciano, desunció los corceles. Néstor y Macaón dejaron secar el sudor que mojaba sus corazas, poniéndose al soplo del viento en la orilla del mar; y, penetrando luego en la tienda, se sentaron en sillas. Entonces les preparó una mixtura Hecamede, la de hermosa cabellera, hija del magnánimo Arsínoo, que el anciano se había llevado de Ténedos cuando Aquiles entró a saco en esta ciudad: los aqueos se la adjudicaron a Néstor, que a todos superaba en el consejo. Hecamede acercó una mesa magnífica, de pies de acero, pulimentada; y puso encima una fuente de bronce con cebolla, manjar propio para la bebida, miel reciente y sacra harina de flor, y una bella copa guarnecida de áureos clavos que el anciano se había llevado de su palacio y tenía cuatro asas —Dada una entre dos palomas de oro— y dos sustentáculos. A otro anciano le hubiese sido difícil mover esta copa cuando después de llenarla se ponía en la mesa, pero Néstor la levantaba sin esfuerzo. En ella la mujer, que parecía una diosa, les preparó la bebida:

echó vino de Pramnio, raspó queso de cabra con un rayo de bronce, espolvoreó la mezcla con blanca harina y los invitó a beber así que tuvo compuesto el potaje. Ambos bebieron, y, apagada la abrasadora sed, se entregaron al deleite de la conversación cuando Patroclo, varón igual a un dios, apareció en la puerta. Violo el anciano; y, levantándose del vistoso asiento, le asió de la mano, le hizo entrar y le rogó que se sentara; pero Patroclo se excusó diciendo:

648 —No puedo sentarme, anciano alumno de Zeus; no lograrás convencerme. Respetable y temible es quien me envía a preguntar a qué guerrero trajiste herido; pero ya lo sé, pues estoy viendo a Macaón, pastor de hombres. Voy a llevar, como mensajero, la noticia a Aquiles. Bien sabes tú, anciano alumno de Zeus, lo violento que es aquel hombre y cuán pronto culparía hasta a un inocente.

655 Respondióle Néstor, caballero gerenio:

656 —¿Cómo es que Aquiles se compadece de los aqueos que han recibido heridas? ¡No sabe en qué aflicción está sumido el ejército! Los más fuertes, heridos unos de cerca y otros de lejos, yacen en las naves. Con arma arrojadiza fue herido el poderoso Tidida Diomedes; con la pica, Ulises, famoso por su lanza, y Agamenón; a Eurípilo flecháronle en el muslo, y acabo de sacar del combate a este otro, herido también por una saeta que un arco despidió. Pero Aquiles, a pesar de su valentía, ni se cura de los dánaos ni se apiada de ellos. ¿Aguarda acaso que las veleras naves sean devoradas por el fuego enemigo en la orilla del mar, sin que los argivos puedan impedirlo, y que unos en pos de otros sucumbamos todos? Ya el vigor de mis ágiles miembros no es el de antes. ¡Ojalá fuese tan joven y mis fuerzas tan robustas como cuando en la contienda levantada entre los eleos y nosotros por el robo de bueyes, maté a Itimoneo, al valiente Hiperóquida, que vivía en la Elide, y tomé represalias! Itimoneo defendía sus vacas, pero cayó en tierra entre los primeros, herido por el dardo que le arrojó mi mano, y los demás campesinos huyeron espantados. En aquel campo logramos un espléndido botín: cincuenta vacadas, otras tantas manadas de ovejas, otras tantas piaras de cerdos, otros tantos rebaños copiosos de cabras y ciento cincuenta yeguas bayas, muchas de ellas con sus potros. Aquella misma noche lo llevamos a Pilos, ciudad de Neleo, y éste se alegró en su corazón de que me correspondiera una gran parte, a pesar de ser yo tan joven cuando fui al combate. Al alborear, los heraldos pregonaron con voz sonora que se presentaran todos aquéllos a quienes se les debía algo en la divina Élide, y

los caudillos pilios repartieron el botín. Con muchos de nosotros estaban en deuda los epeos, pues, como en Pilos éramos pocos, nos ofendían; y en años anteriores había venido el fornido Heracles, que nos maltrató y dio muerte a los principales ciudadanos. De los doce hijos del irreprensible Neleo, tan sólo yo quedé con vida; todos los demás perecieron. Engreídos los epeos, de broncíneas corazas, por tales hechos, nos insultaban y urdían contra nosotros inicuas acciones.—El anciano Neleo tomó entonces un rebaño de bueyes y otro grande de cabras, escogiendo trescientas de éstas con sus pastores, por la gran deuda que tenía que cobrar en la divina Élide: había enviado cuatro corceles, vencedores en anteriores juegos, uncidos a un carro, para aspirar al premio de la carrera, el cual consistía en un trípode; y Augías, rey de hombres, se quedó con ellos y despidió al auriga, que se fue triste por lo ocurrido. Airado por tales insultos y acciones, el anciano escogió muchas cosas y dio lo restante al pueblo, encargando que se distribuyera y que nadie se viese privado de su respectiva porción. Hecho el reparto, ofrecimos en la ciudad sacrificios a los dioses. — Tres días después se presentaron muchos epeos con carros tirados por solípedos caballos y toda la hueste reunida; y entre sus guerreros se hallaban ambos Molión, que entonces eran niños y no habían mostrado aún su impetuoso valor. Hay una ciudad llamada Trioesa, en la cima de un monte contiguo al Alfeo, en los confines de la arenosa Pilos: los epeos quisieron destruirla y la sitiaron. Mas así que hubieron atravesado la llanura, Atenea descendió presurosa del Olimpo, cual nocturna mensajera, para que tomáramos las armas, y no halló en Pilos un pueblo indolente, pues todos sentíamos vivos deseos de combatir. A mí Neleo no me dejaba vestir las armas y me escondió los caballos, no teniéndome por suficientemente instruido en las cosas de la guerra. Y con todo eso, sobresalí, siendo infante, entre los nuestros, que combatían en carros; pues fue Atenea la que dispuso de esta suerte el combate. Hay un río nombrado Minieo, que desemboca en el mar cerca de Arene: allí los caudillos de los pilios aguardamos que apareciera la divina Aurora, y en tanto afluyeron los infantes. Reunidos todos y vestida la armadura, marchamos, llegando al mediodía a la sagrada corriente del Alfeo. Hicimos hermosos sacrificios al prepotente Zeus, inmolamos un toro al Alfeo, otro a Poseidón y una gregal vaca a Atenea, la de ojos de lechuza; cenamos sin romper las filas, y dormimos, con la armadura puesta, a orillas del río. Los magnánimos epeos estrechaban el cerco de la ciudad, deseosos de destruirla; pero antes de lograrlo se les presentó una gran acción de Ares.

Cuando el resplandeciente sol apareció en lo alto, trabamos la batalla, después de orar a Zeus y a Atenea. Y en la lucha de los pilios con los epeos, fui el primero que mató a un hombre, al belicoso Mulio, cuyos solípedos corceles me llevé. Era éste yerno de Augías, por estar casado con la rubia Agamede, la hija mayor, que conocía cuantas drogas produce la vasta tierra. Y, acercándome a él, le envasé la broncínea lanza, lo derribé en el polvo, salté a su carro y me coloqué entre los combatientes delanteros. Los magnánimos epeos huyeron en desorden, aterrorizados de ver en el suelo al hombre que mandaba a los que combatían en carros y tan fuerte era en la batalla. Lancéme a ellos cual obscuro torbellino; tomé cincuenta carros, venciendo con mi lanza y haciendo morder la tierra a los dos guerreros que en cada uno venían; y hubiera matado a entrambos Molión Actorión, si su padre, el poderoso Poseidón, que conmueve la tierra, no los hubiese salvado, envolviéndolos en espesa niebla y sacándolos del combate. Entonces Zeus concedió a los pilios una gran victoria. Perseguimos a los eleos por la espaciosa llanura, matando hombres y recogiendo magníficas armas, hasta que nuestros corceles nos llevaron a Buprasio, fértil en trigo, la roca Olenia y Alesio, al sitio llamado la colina, donde Atenea hizo que el ejército se volviera. Allí dejé tendido al último hombre que maté. Cuando desde Buprasio dirigieron los aqueos los rápidos corceles a Pilos, todos daban gracias a Zeus entre los dioses y a Néstor entre los hombres. Tal era yo entre los guerreros, si todo no ha sido un sueño. Pero del valor de Aquiles sólo se aprovechará él mismo, y creo que ha de ser grandísimo su llanto cuando el ejército perezca. ¡Oh amigo! Menecio lo hizo un encargo el día en que lo envió desde Ftía a Agamenón, estábamos dentro del palacio yo y el divino Ulises y oímos cuanto aquél te encargó. Nosotros, que entonces reclutábamos tropas en la fértil Acaya, habíamos llegado a la bien habitada casa de Peleo, donde encontramos al héroe Menecio, a ti y a Aquiles. Peleo, el anciano jinete, quemaba dentro del patio pingües muslos de buey en honor de Zeus, que se complace en lanzar rayos; y con una copa de oro vertía el negro vino en la ardiente llama del sacrificio, mientras vosotros preparabais carnes de buey. Nos detuvimos en el vestíbulo; Aquiles se levantó sorprendido, y cogiéndonos de la mano nos introdujo, nos hizo sentar y nos ofreció presentes de hospitalidad, como se acostumbra hacer con los forasteros. Satisficimos de bebida y de comida el apetito, y empecé a exhortaros para que os vinierais con nosotros; ambos lo anhelabais y vuestros padres os daban muchos consejos. El anciano Peleo recomendaba a su hijo Aquiles que descollara siempre y sobresaliera entre los demás, y a su vez Menecio, hijo de Áctor, lo aconsejaba así: «¡Hijo mío! Aquiles te aventaja por su abolengo, pero tú le superas en edad; aquél es mucho más fuerte, pero hazle prudentes advertencias, amonéstalo e instrúyelo y te obedecerá para su propio bien». Así lo aconsejaba el anciano, y tú lo olvidas. Pero aún podrías recordárselo al aguerrido Aquiles y quizás lograras persuadirlo. ¿Quién sabe si con la ayuda de algún dios conmoverías su corazón? Gran fuerza tiene la exhortación de un amigo. Y si se abstiene de combatir por algún vaticinio que su madre, enterada por Zeus, le ha revelado, que a lo menos te envíe a ti con los demás mirmidones, por si llegas a ser la aurora de salvación de los dánaos, y te permita llevar en el combate su magnífica armadura para que los troyanos te confundan con él y cesen de pelear, los belicosos aqueos que tan abatidos están se reanimen, y la batalla tenga su tregua, aunque sea por breve tiempo. Vosotros, que no os halláis extenuados de fatiga, rechazaríais fácilmente de las naves y tiendas hacia la ciudad a esos hombres que de pelear están cansados.

804 Así dijo, y conmovióle el corazón dentro del pecho. Patroclo fuese corriendo por entre las naves para volver a la tienda de Aquiles Eácida. Mas cuando, corriendo, llegó a los bajeles del divino Ulises —allí se celebraba el ágora y se administraba justicia ante los altares erigidos a los dioses— regresaba del combate, cojeando, Eurípilo Evemónida, del linaje de Zeus, que había recibido un flechazo en el muslo: abundante sudor corría por su cabeza y sus hombros, y la negra sangre brotaba de la grave herida, pero su inteligencia permanecía firme. Violo el esforzado hijo de Menecio, se compadeció de él y, suspirando, dijo estas aladas palabras:

816 —¡Ah infelices caudillos y príncipes de los dánaos! ¡Así debíais en Troya, lejos de los amigos y de la patria tierra, saciar con vuestra blanca grasa a los ágiles perros! Pero dime, héroe Eurípilo, alumno de Zeus: ¿Podrán los aqueos sostener el ataque del ingente Héctor, o perecerán vencidos por su lanza?

822 Respondióle Eurípilo herido:

823 —¡Patroclo, del linaje de Zeus! Ya no habrá defensa para los aqueos que corren a refugiarse en las negras naves. Cuantos fueron hasta aquí los más valientes yacen en sus bajeles, heridos unos de cerca y otros de lejos por mano de los troyanos, cuya fuerza va en aumento. Pero sálvame llevándome a la negra nave, arráncame la flecha del muslo, lava con agua

tibia la negra sangre que fluye de la herida y ponme en ella drogas calmantes y salutíferas que, según dicen, te dio a conocer Aquiles, instruido por Quirón, el más justo de los centauros. Pues de los dos médicos, Podalirio y Macaón, el uno creo que está herido en su tienda, y a su vez necesita de un buen médico, y el otro sostiene vivo combate en la llanura troyana.

837 Contestó el esforzado hijo de Menecio:

838 —¿Cómo acabará esto? ¿Qué haremos, héroe Eurípilo? Iba a decir al aguerrido Aquiles lo que Néstor gerenio, protector de los aqueos, me encargó; pero no te dejaré así, abrumado por el dolor.

842 Dijo; y, cogiendo al pastor de hombres por el pecho, llevólo a la tienda. El escudero, al verlos venir, extendió en el suelo pieles de buey. Patroclo recostó en ellas a Eurípilo y sacó del muslo, con la daga, la aguda y acerba flecha; y, después de lavar con agua tibia la negra sangre, espolvoreó la herida con una raíz amarga y calmante que previamente había desmenuzado con la mano. La raíz le calmó todos los dolores, secóse la herida y la sangre dejó de correr.

CANTO XII

Combate en la muralla

Los troyanos asaltan con éxito la muralla y el foso del campamento aqueo. Héctor, con una gran piedra, derriba la puerta de entrada al campamento y abre una vía de acceso a sus tropas.

1 En tanto que el fuerte hijo de Menecio curaba, dentro de la tienda, a Eurípilo herido, acometíanse confusamente argivos y troyanos. Ya no había de contener a éstos ni el foso ni el ancho muro que al borde del mismo construyeron los dánaos, sin ofrecer a los dioses hecatombes perfectas, para que los defendiera a ellos y las veleras naves y el mucho botín que dentro se guardaba. Levantado el muro contra la voluntad de los inmortales dioses, no debía subsistir largo tiempo. Mientras vivió Héctor, estuvo Aquiles irritado y la ciudad del rey Príamo no fue expugnada, la gran muralla de los aqueos se mantuvo firme. Pero, cuando hubieron muerto los más valientes troyanos, de los argivos unos perecieron y otros se salvaron, la ciudad de Príamo fue destruida en el décimo año, y los argivos se embarcaron para regresar a su patria; Poseidón y Apolo decidieron arruinar el muro con la fuerza de los ríos que corren de los montes ideos al mar: el Reso, el Heptáporo, el Careso, el Rodio, el Gránico, el Esepo, el divino Escamandro y el Simoente, en cuya ribera cayeron al polvo muchos cascos, escudos de boyuno cuero y la generación de los hombres semidioses.— Febo Apolo desvió el curso de todos estos ríos y dirigió sus corrientes a la muralla por espacio de nueve días, y Zeus no cesó de llover para que más presto se sumergiese en el mar. Iba al frente de aquéllos el mismo Poseidón, que bate la tierra, con el tridente en la mano, y tiró a las olas todos los cimientos de troncos y piedras que con tanta fatiga echaron los aqueos, arrasó la orilla del Helesponto, de rápida corriente, enarenó la gran playa en que estuvo el destruido muro y volvió los ríos a los cauces por donde discurrían sus cristalinas aguas.

34 De tal modo Poseidón y Apolo debían proceder más tarde. Entonces ardía el clamoroso combate al pie del bien labrado muro, y las vigas de las torres resonaban al chocar de los dardos. Los argivos, vencidos por el azote de Zeus, encerrábanse en el cerco de las cóncavas naves por miedo a Héctor, cuya valentía les causaba la derrota, y éste seguía peleando y parecía un torbellino. Como un jabalí o un león se revuelve, orgulloso de

su fuerza, entre perros y cazadores que agrupados le tiran muchos venablos —la fiera no siente en su ánimo audaz ni temor ni espanto, y su propio valor la mata— y va de un lado a otro, probando las hileras de los hombres, y se apartan aquéllos hacia los que se dirige, de igual modo agitábase Héctor entre la turba y exhortaba a sus compañeros a pasar el foso. Los corceles, de pies ligeros, no se atrevían a hacerlo, y parados en el borde relinchaban, porque el ancho foso les daba horror. No era fácil, en efecto, salvarlo ni atravesarlo, pues tenía escarpados precipicios a uno y otro lado, y en su parte alta grandes y puntiagudas estacas, que los aqueos clavaron espesas para defenderse de los enemigos. Un caballo tirando de un carro de hermosas ruedas difícilmente hubiera entrado en el foso, y los peones meditaban si podrían realizarlo. Entonces llegóse Polidamante al audaz Héctor, y dijo:

61 —¡Héctor y demás caudillos de los troyanos y sus auxiliares! Dirigimos imprudentemente los veloces caballos al foso, y éste es muy difícil de pasar, porque está erizado de agudas estacas y a lo largo de él se levanta el muro de los aqueos. Allí no podríamos apearnos del carro ni combatir, pues se trata de un sitio estrecho donde temo que pronto seríamos heridos. Si Zeus altitonante, meditando males contra los aqueos, quiere destruirlos completamente para favorecer a los troyanos, deseo que lo realice cuanto antes y que aquéllos perezcan sin gloria en esta tierra, lejos de Argos. Pero si los aqueos se volviesen, y viniendo de las naves nos obligaran a repasar el profundo foso, me figuro que ni un mensajero podría retornar a la ciudad huyendo de los aqueos que nuevamente entraran en combate. Ea, procedamos todos como voy a decir. Los escuderos tengan los caballos en la orilla del foso y nosotros sigamos a Héctor a pie, con armas y todos reunidos; pues los aqueos no resistirán el ataque si sobre ellos pende la ruina.

80 Así dijo Polidamante, y su prudente consejo plugo a Héctor, el cual, enseguida y sin dejar las armas, saltó del carro a tierra. Los demás troyanos tampoco permanecieron en sus carros; pues así que vieron que el divino Héctor lo dejaba, apeáronse todos, mandaron a los aurigas que pusieran los caballos en línea junto al foso, y, habiéndose ordenado en cinco grupos, emprendieron la marcha con los respectivos jefes.

88 Iban con Héctor y Polidamante los más y mejores, que anhelaban romper el muro y pelear cerca de las cóncavas naves; su tercer jefe era Cebríones, porque Héctor había dejado a otro auriga inferior para cuidar del

carro. De otro grupo eran caudillos Paris, Alcátoo y Agenor. El tercero lo mandaban Héleno y el deiforme Deífobo, hijos de Príamo, y el héroe Asio Hirtácida, que había venido de Arisbe, de las orillas del río Seleente, en un carro tirado por altos y fogosos corceles. El cuarto lo regía Eneas, valiente hijo de Anquises, y con él Arquéloco y Acamante, hijos de Anténor, diestros en toda suerte de combates. Por último, Sarpedón se puso al frente de los ilustres aliados, eligiendo por compañeros a Glauco y al belicoso Asteropeo, a quienes tenía por los más valientes después de sí mismo, pues él descollaba entre todos. Tan pronto como hubieron embrazado los fuertes escudos y cerrado las filas, marcharon animosos contra los dánaos; y esperaban que éstos, en vez de oponerles resistencia, se refugiarían en las negras naves.

108 Todos los troyanos y sus auxiliares venidos de lejas tierras siguieron el consejo del eximio Polidamante, menos Asio Hirtácida, príncipe de hombres, que, negándose a dejar el carro y al auriga, se acercó con ellos a las veleras naves. ¡Insensato! No había de librarse de las funestas parcas, ni volver, ufano de sus corceles y de su carro, de las naves a la ventosa Ilio; porque su hado infausto lo hizo morir atravesado por la lanza del ilustre Idomeneo Deucálida. Fuese, pues, hacia la izquierda de las naves, al sitio por donde los aqueos solían volver de la llanura con los caballos y carros; hacia aquel lugar dirigió los corceles, y no halló las puertas cerradas y aseguradas con el gran cerrojo, porque unos hombres las tenían abiertas, con el fin de salvar a los compañeros que, huyendo del combate, llegaran a las naves. A aquel paraje enderezó los caballos, y los demás lo siguieron dando agudos gritos, porque esperaban que los aqueos, en vez de oponer resistencia, se refugiarían en las negras naves. ¡Insensatos! En las puertas encontraron a dos valentísimos guerreros, hijos gallardos de los belicosos lapitas: el esforzado Polipetes, hijo de Pirítoo, y Leonteo, igual a Ares, funesto a los mortales. Ambos estaban delante de las altas puertas, como en el monte unas encinas de elevada copa, fijas al suelo por raíces gruesas y extensas, desafían constantemente el viento y la lluvia; de igual manera aquéllos, confiando en sus manos y en su valor, aguardaron la llegada del gran Asio y no huyeron. Los troyanos se encaminaron con gran alboroto al bien construido muro, levantando los escudos de secas pieles de buey, mandados por el rey Asio, Yámeno, Orestes, Adamante Asíada, Toón y Enómao. Polipetes y Leonteo hallábanse dentro e instigaban a los aqueos, de hermosas grebas, a pelear por las naves; mas, así que vieron a los

troyanos atacando la muralla y a los dánaos en clamorosa fuga, salieron presurosos a combatir delante de las puertas, semejantes a montaraces jabalíes que en el monte son terrero de la acometida de hombres y canes, y en curva carrera tronchan y arrancan de raíz las plantas de la selva, dejando oír el crujido de sus dientes, hasta que los hombres, tirándoles venablos, les quitan la vida; de parecido modo resonaba el luciente bronce en el pecho de los héroes a los golpes que recibían, pues peleaban con gran denuedo, confiando en los guerreros de encima de la muralla y en su propio valor. Desde las torres bien construidas los aqueos tiraban para defenderse a sí mismos, las tiendas y las naves de ligero andar. Como caen al suelo los copos de nieve que impetuoso viento, agitando las pardas nubes, derrama en abundancia sobre la fértil tierra, así llovían los dardos que arrojaban aqueos y troyanos, y los cascos y abollonados escudos sonaban secamente al chocar con ellos las ingentes piedras. Entonces Asio Hirtácida, dando un gemido y golpeándose el muslo, exclamó indignado:

164 —¡Padre Zeus! Muy falaz te has vuelto, pues yo no esperaba que los héroes aqueos opusieran resistencia a nuestro valor e invictas manos. Como las abejas o las flexibles avispas que han anidado en fragoso camino y no abandonan su hueca morada al acercarse los cazadores, sino que luchan por los hijuelos, así aquéllos, con ser dos solamente, no quieren retirarse de las puertas mientras no perezcan, o la libertad no pierdan.

173 Así dijo; pero sus palabras no cambiaron la mente de Zeus, que deseaba conceder tal gloria a Héctor.

175 Otros peleaban delante de otras puertas, y me sería difícil, no siendo un dios, contarlo todo. Por doquiera ardía el combate al pie del lapídeo muro; los argivos, aunque llenos de angustia, veíanse obligados a defender las naves; y estaban apesarados todos los dioses que en la guerra protegían a los dánaos. Entonces fue cuando los lapitas empezaron el combate y la refriega.

182 El fuerte Polipetes, hijo de Pintoo, hirió a Dámaso con la lanza por el casco de broncíneas carrilleras: el casco de bronce no detuvo a aquélla cuya punta, de bronce también, rompió el hueso; conmovióse el cerebro y el guerrero sucumbió mientras combatía con denuedo. Aquél mató luego a Pilón y a órmeno. Leonteo, hijo de Antímaco y vástago de Ares, arrojó un dardo a Hipómaco y se lo clavó junto al ceñidor; luego desenvainó la aguda espada, y, acometiendo por en medio de la muchedumbre a Antífates, lo

hirió y lo tiró de espaldas; y después derribó sucesivamente a Menón, Yámeno y Orestes, que fueron cayendo al almo suelo.

195 Mientras ambos héroes quitaban a los muertos las lucientes armas, adelantaron la marcha con Polidamante y Héctor los más y más valientes de los jóvenes, que sentían un vivo deseo de romper el muro y pegar fuego a las naves. Pero detuviéronse indecisos en la orilla del foso, cuando ya se disponían a atravesarlo, por haber aparecido encima de ellos, y dejando el pueblo, a la izquierda, un ave agorera: un águila de alto vuelo, llevando en las garras un enorme dragón sangriento, vivo, que se estremecía y no se había olvidado de la lucha, pues encorvándose hacia atrás hirióla en el pecho, cerca del cuello. El águila, penetrada de dolor, dejó caer el dragón en medio de la turba; y, chillando, voló con la rapidez del viento. Los troyanos estremeciéronse al ver en medio de ellos la manchada sierpe, prodigio de Zeus, que lleva la égida. Entonces acercóse Polidamante al audaz Héctor, y le dijo:

211 —¡Héctor! Siempre me increpas en las juntas, aunque lo que proponga sea bueno; mas no es decoroso que un ciudadano hable en las reuniones o en la guerra contra lo debido, sólo para acrecentar tu poder. También ahora he de manifestar lo que considero conveniente. No vayamos a combatir con los dánaos cerca de las naves. Creo que nos ocurrirá lo que diré, si vino realmente para los troyanos, cuando deseaban atravesar el foso, esta ave agorera: un águila de alto vuelo, que dejaba el pueblo a la izquierda y llevaba en las garras un enorme dragón sangriento y vivo, y lo hubo de soltar presto antes de llegar al nido y darlo a sus polluelos. De semejante modo, si con gran ímpetu rompemos ahora las puertas y el muro, y los aqueos retroceden, luego no nos será posible volver de las naves en buen orden por el mismo camino; y dejaremos a muchos troyanos tendidos en el suelo, a los cuales los aqueos, combatiendo en defensa de sus naves, habrán muerto con las broncíneas armas. Así lo interpretaría un augur que, por ser muy entendido en prodigios, mereciera la confianza del pueblo.

230 Encarándole la torva vista, respondió Héctor, el de tremolante casco:

231 —¡Polidamante! No me place lo que propones y podías haber pensado algo mejor. Si realmente hablas con seriedad, los mismos dioses te han hecho perder el juicio; pues me aconsejas que, olvidando las promesas que Zeus tonante me hizo y ratificó luego, obedezca a las aves aliabiertas, de las cuales no me cuido ni en ellas paro mientes, sea que vayan hacia la

derecha por donde aparecen la aurora y el sol, sea que se dirijan a la izquierda, al tenebroso ocaso. Confiemos en las promesas del gran Zeus, que reina sobre todos, mortales e inmortales. El mejor agüero es éste: combatir por la patria. ¿Por qué te dan miedo el combate y la pelea? Aunque los demás fuéramos muertos en las naves argivas, no debieras temer por tu vida; pues ni tu corazón es belicoso, ni te permite aguardar a los enemigos. Y si dejas de luchar, o con tus palabras logras que otro se abstenga, pronto perderás la vida, herido por mi lanza.

251 Así, habiendo hablado, echó a andar. Siguiéronlo todos con fuerte gritería, y Zeus, que se complace en lanzar rayos, enviando desde los montes ideos un viento borrascoso, levantó gran polvareda en las naves, abatió el ánimo de los aqueos, y dio gloria a los troyanos y a Héctor, que, fiados en las prodigiosas señales del dios y en su propio valor, intentaban romper la gran muralla aquea. Arrancaban las almenas de las torres, demolían los parapetos y derribaban los zócalos salientes que los aqueos habían hecho estribar en el suelo para que sostuvieran las torres. También tiraban de éstas, con la esperanza de romper el muro de los aqueos. Mas los dánaos no les dejaban libre el camino, y, protegiendo los parapetos con boyunas pieles, herían desde allí a los enemigos que al pie de la muralla se encontraban.

265 Los dos Ayantes recorrían las torres, animando a los aqueos y excitando su valor; a todas partes iban, y a uno le hablaban con suaves palabras y a otro le reñían con duras frases porque flojeaba en el combate:

269 —¡Oh amigos, ya entre los argivos seáis los preeminentes, los mediocres o los peores, pues no todos los hombres son iguales en la guerra! Ahora el trabajo es común a todos y vosotros mismos lo conocéis. Nadie se vuelva atrás, hacia los bajeles, por oír las amenazas de un troyano; id adelante y animaos mutuamente, por si Zeus olímpico, fulminador, nos permite rechazar el ataque y perseguir a los enemigos hasta la ciudad.

277 Dando tales voces animaban a los aqueos para que combatieran. Cuan espesos caen los copos de nieve cuando en un día de invierno Zeus decide nevar, mostrando sus armas a los hombres, y, adormeciendo los vientos, nieva incesantemente hasta que cubre las cimas y los riscos de los montes más altos, las praderas cubiertas de loto y los fértiles campos cultivados por el hombre, y la nieve se extiende por los puertos y playas del espumoso mar, y únicamente la detienen las olas, pues todo lo restante queda cubierto cuando arrecia la nevada de Zeus, así, tan espesas, volaban

las piedras por ambos lados, las unas hacia los troyanos y las otras de éstos a los aqueos, y el estrépito se elevaba sobre todo el muro.

290 Mas los troyanos y el esclarecido Héctor no habrían roto aún las puertas de la muralla y el gran cerrojo, si el próvido Zeus no hubiese incitado a su hijo Sarpedón contra los argivos, como a un león contra bueyes de retorcidos cuernos. Sarpedón levantó enseguida el escudo liso, hermoso, protegido por planchas de bronce, obra de un broncista que sujetó muchas pieles de buey con varitas de oro prolongadas por ambos lados hasta el borde circular; alzando, pues, la rodela y blandiendo un par de lanzas, se puso en marcha como el montaraz león que en mucho tiempo no ha probado la carne y su ánimo audaz le impele a acometer un rebaño de ovejas yendo a la alquería sólidamente construida; y, aunque en ella encuentre pastores que, armados con venablos y provistos de perros, guardan las ovejas, no quiere que lo echen del establo sin intentar el ataque, hasta que, saltando dentro, o consigue hacer presa o es herido por un venablo que ágil mano le arroja; del mismo modo, el deiforme Sarpedón se sentía impulsado por su ánimo a asaltar el muro y destruir los parapetos. Y enseguida dijo a Glauco, hijo de Hipóloco:

310 —¡Glauco! ¿Por qué a nosotros nos honran en la Licia con asientos preferentes, manjares y copas de vino, y todos nos miran como a dioses, y poseemos campos grandes y magníficos a orillas del Janto, con viñas y tierras de pan llevar? Preciso es que ahora nos sostengamos entre los más avanzados y nos lancemos a la ardiente pelea, para que diga alguno de los licios, armados de fuertes corazas: «No sin gloria imperan nuestros reyes en la Licia; y si comen pingües ovejas y beben exquisito vino, dulce como la miel, también son esforzados, pues combaten al frente de los licios». ¡Oh amigo! Ojalá que, huyendo de esta batalla, nos libráramos para siempre de la vejez y de la muerte, pues ni yo me batiría en primera fila, ni lo llevaría a la lid, donde los varones adquieren gloria; pero, como son muchas las clases de muerte que penden sobre los mortales, sin que éstos puedan huir de ellas ni evitarlas, vayamos y daremos gloria a alguien, o alguien nos la dará a nosotros.

329 Así dijo; y Glauco ni retrocedió ni fue desobediente. Ambos fueron adelante en línea recta, siguiéndoles la numerosa hueste de los iicios. Estremecióse al advertirlo Menesteo, hijo de Péteo, pues se encaminaban hacia su torre, llevando consigo la ruina. Ojeó la cohorte de los aqueos, por si divisaba a algún jefe que librara del peligro a los compañeros, y

distinguió a entrambos Ayantes, incansables en el combate, y a Teucro, recién salido de la tienda, que se hallaban cerca. Pero no podía hacerse oír por más que gritara, porque era tanto el estrépito, que el ruido de los escudos al parar los golpes, el de los cascos guarnecidos con crines de caballo, y el de las puertas, llegaba al cielo; todas las puertas se hallaban cerradas, y los troyanos, detenidos por las mismas, intentaban penetrar rompiéndolas a viva fuerza. Y Menesteo decidió enviar a Tootes, el heraldo, para que llamase a Ayante:

343 —Ve, divino Tootes, y llama corriendo a Ayante, o mejor a los dos; esto sería preferible, pues pronto habrá aquí gran estrago. ¡Tal carga dan los caudillos licios, que siempre han sido sumamente impetuosos en las encarnizadas peleas! Y si también allí se ha promovido recio combate, venga por lo menos el esforzado Ayante Telamonio y sígalo Teucro, excelente arquero.

351 Así dijo; y el heraldo oyólo y no desobedeció. Fuese corriendo a lo largo del muro de los aqueos, de broncíneas corazas, se detuvo cerca de los Ayantes, y les habló en estos términos:

354 —¡Ayantes, jefes de los argivos, de broncíneas corazas! El caro hijo de Péteo, alumno de Zeus, os ruega que vayáis a tener parte en la refriega, aunque sea por breve tiempo. Que fuerais los dos, sería preferible; pues pronto habrá allí gran estrago. ¡Tal carga dan los caudillos licios, que siempre han sido sumamente impetuosos en las encarnizadas peleas! Y si también aquí se ha promovido recio combate, vaya por lo menos el esforzado Ayante Telamonio y sígalo Teucro, excelente arquero.

364 Así habló; y el gran Ayante Telamonio no fue desobediente. En el acto dijo al Oilíada estas aladas palabras:

366 —¡Ayante! Vosotros, tú y el fuerte Licomedes, seguid aquí y alentad a los dánaos para que peleen con denuedo. Yo voy allá, combatiré con aquéllos, y volveré tan pronto como los haya socorrido.

370 Así habiendo hablado, Ayante Telamonio partió y con él fueron Teucro, su hermano de padre, y Pandión, que llevaba el corvo arco de Teucro. Llegaron a la torre del magnánimo Menesteo, y, penetrando en el muro, se unieron a los defensores que ya se veían acosados; pues los caudillos y esforzados príncipes de los licios asaltaban los parapetos como un obscuro torbellino. Trabaron el combate y se produjo gran vocerío.

378 Fue Ayante Telamonio el primero que mató a un hombre, al magnánimo Epicles, compañero de Sarpedón, arrojándole una piedra

grande y áspera que había dentro del muro, en la parte más alta, cerca del parapeto. Difícilmente habría podido sospesarla con ambas manos uno de los actuales jóvenes, y aquél la levantó y, tirándola desde lo alto a Epicles, rompióle el casco de cuatro abolladuras y aplastóle los huesos de la cabeza; el troyano cayó de la elevada torre como salta un buzo, y el alma separóse de los miembros. Teucro, desde lo alto de la muralla, disparó una flecha a Glauco, esforzado hijo de Hipóloco, que valeroso acometía; y, dirigiéndola adonde vio que el brazo aparecía desnudo, lo puso fuera de combate. Saltó Glauco y se alejó del muro, ocultándose para que ningún aqueo, al advertir que estaba herido, profiriera jactanciosas palabras. Apesadumbróse Sarpedón al notario; mas no por esto se olvidó de la pelea, pues, habiendo alcanzado a Alcmaón Testórida, le envasó la lanza, que al punto volvió a sacar: el guerrero, siguiendo la lanza, dio de cara en el suelo, y las broncíneas labradas armas resonaron. Después, cogiendo con sus robustas manos un parapeto, tiró del mismo y lo arrancó entero; quedó el muro desguarnecido en su parte superior y con ello se abrió camino para muchos.

400 Pero en el mismo instante acertáronle a Sarpedón Ayante y Teucro: éste atravesó con una flecha el lustroso correón del gran escudo, cerca del pecho; mas Zeus apartó de su hijo las parcas, para que no sucumbiera junto a las naves; Ayante, arremetiendo, dio un bote de lanza en el escudo: la punta no lo atravesó, pero hizo vacilar al héroe cuando se disponía para el ataque. Sarpedón se apartó un poco del parapeto, pero no se retiró del todo, porque en su ánimo deseaba alcanzar gloria. Y volviéndose a los licios, iguales a los dioses, los exhortó diciendo:

409 —¡Oh licios! ¿Por qué se afloja tanto vuestro impetuoso valor? Difícil es que yo solo, aunque haya roto la muralla y sea valiente, pueda abrir camino hasta las naves. Ayudadme todos, pues la obra de muchos siempre resulta mejor.

413 Así habló. Los licios, temiendo la reconvención del rey, junto con éste y con mayores bríos que antes, cargaron a los argivos; quienes, a su vez, cerraron las filas de las falanges dentro del muro, porque era grande la acción que se les presentaba. Y ni los bravos licios, a pesar de haber roto el muro de los dánaos, lograban abrirse paso hasta las naves; ni los belicosos dánaos podían rechazar de la muralla a los licios desde que a la misma se habían acercado. Como dos hombres altercan, con la medida en la mano, sobre los lindes de campos contiguos y se disputan un pequeño espacio, así, licios y dánaos estaban separados por los parapetos, y por cima de los

mismos hacían chocar delante de los pechos las rodelas de boyuno cuero y los ligeros broqueles. Ya muchos combatientes habían sido heridos con el cruel bronce, unos en la espalda, que al volverse dejaron indefensa, otros por entre el mismo escudo. Por doquiera torres y parapetos estaban regados con sangre de troyanos y aqueos. Mas ni aun así los troyanos podían hacer volver la espalda a los aqueos. Como una honrada obrera coge un peso y lana y los pone en los platillos de una balanza, equilibrándolos hasta que quedan iguales, para llevar a sus hijos el miserable salario, así el combate y la pelea andaban iguales para unos y otros, hasta que Zeus quiso dar excelsa gloria a Héctor Priámida, el primero que asaltó el muro aqueo. El héroe, con pujante voz, gritó a los troyanos:

440 —¡Acometed, troyanos domadores de caballos! Romped el muro de los argivos y arrojad a las naves el fuego abrasador.

442 Así dijo para excitarlos. Escucháronlo todos; y reunidos fuéronse derechos al muro, subieron y pasaron por encima de las almenas, llevando siempre en las manos las afiladas lanzas.

445 Héctor cogió entonces una piedra de ancha base y aguda punta que había delante de la puerta: dos de los más forzudos hombres del pueblo, tales como son hoy, con dificultad hubieran podido cargarla en un carro; pero aquél la manejaba fácilmente porque el hijo del artero Crono la volvió liviana. Bien así como el pastor lleva en una mano el vellón de un carnero, sin que el peso lo fatigue, Héctor, alzando la piedra, la conducía hacia las tablas que fuertemente unidas formaban las dos hojas de la alta puerta y estaban aseguradas por dos cerrojos puestos en dirección contraria, que abría y cerraba una sola llave. Héctor se detuvo delante de la puerta, separó los pies, y, estribando en el suelo para que el golpe no fuese débil, arrojó la piedra al centro de aquélla: rompiéronse ambos quiciales, cayó la piedra dentro por su propio peso, recrujieron las tablas, y, como los cerrojos no ofrecieron bastante resistencia, desuniéronse las hojas y cada una fue por su lado, al impulso de la piedra. El esclarecido Héctor, que por su aspecto a la rápida noche semejaba, saltó al interior: el bronce relucía de un modo terrible en torno de su cuerpo, y en la mano llevaba dos lanzas. Nadie, a no ser un dios, hubiera podido salirle al encuentro y detenerlo cuando traspuso la puerta. Sus ojos brillaban como el fuego. Y volviéndose a la turba, alentaba a los troyanos para que pasaran la muralla. Obedecieron, y mientras unos asaltaban el muro, otros afluían a las bien construidas

puertas. Los dánaos refugiáronse en las cóncavas naves y se promovió un gran tumulto.

CANTO XIII

Batalla junto a las naves

Zeus, cuya voluntad dirigía los acontecimientos, abandona de momento sus planes, y Poseidón aprovecha la circunstancia para organizar la resistencia en el bando aqueo. Al sufrir la presión de los troyanos por la izquierda y por el centro, inician el contraataque por la derecha.

1 Cuando Zeus hubo acercado a Héctor y los troyanos a las naves, dejó que sostuvieran el trabajo y la fatiga de la batalla, y, volviendo a otra parte sus ojos refulgentes, miraba a lo lejos la tierra de los tracios, diestros jinetes; de los misios, que combaten de cerca; de los ilustres hipomolgos, que se alimentan con leche; y de los abios, los más justos de los hombres. Y ya no volvió a poner los brillantes ojos en Troya, porque su corazón no temía que inmortal alguno fuera a socorrer ni a los troyanos ni a los dánaos.

10 Pero no en vano el poderoso Poseidón, que bate la tierra, estaba al acecho en la cumbre más alta de la selvosa Samotracia contemplando la lucha y la pelea. Desde allí se divisaba todo el Ida, la ciudad de Príamo y las naves aqueas. En aquel sitio habíase sentado Poseidón al salir del mar; y compadecía a los aqueos, vencidos por los troyanos, a la vez que cobraba gran indignación contra Zeus.

17 Pronto Poseidón bajó del escarpado monte con ligera planta; las altas colinas y las selvas temblaban debajo de los pies inmortales, mientras el dios iba andando. Dio tres pasos, y al cuarto arribó al término de su viaje, a Egas; allí, en las profundidades del mar, tenía palacios magníficos, de oro, resplandecientes e indestructibles. Luego que hubo llegado, unció al carro un par de corceles de cascos de bronce y áureas crines que volaban ligeros; y seguidamente envolvió su cuerpo en dorada túnica, tomó el látigo de oro hecho con arte, subió al carro y lo guio por cima de las olas. Debajo saltaban los cetáceos, que salían de sus escondrijos, reconociendo al rey; el mar abría, gozoso, sus aguas, y los ágiles caballos con apresurado vuelo y sin dejar que el eje de bronce se mojara conducían a Poseidón hacia las naves de los aqueos.

32 Hay una vasta gruta en lo hondo del profundo mar entre Ténedos y la escabrosa Imbros; y, al llegar a ella, Poseidón, que bate la tierra, detuvo los corceles, desunciólos del carro, dioles a comer un pasto divino, púsoles

en los pies trabas de oro indestructibles e indisolubles, para que sin moverse de aquel sitio aguardaran su regreso, y se fue al ejército de los aqueos.

39 Los troyanos, enardecidos y semejantes a una llama o a una tempestad, seguían apiñados a Héctor Priámida con alboroto y vocerío; y tenían esperanzas de tomar las naves de los aqueos y matar entre ellas a todos sus caudillos.

43 Mas Poseidón, que ciñe y bate la tierra, asemejándose a Calcante en el cuerpo y en la voz infatigable, incitaba a los argivos desde que salió del profundo mar, y dijo a los Ayantes, que ya estaban deseosos de combatir:

47 —¡Ayantes! Vosotros salvaréis a los aqueos si os acordáis de vuestro valor y no de la fuga horrenda. No me ponen en cuidado las audaces manos de los troyanos que asaltaron en tropel la gran muralla, pues a todos resistirán los aqueos, de hermosas grebas; pero es de temer, y mucho, que padezcamos algún daño en esta parte donde aparece a la cabeza de los suyos el rabioso Héctor, semejante a una llama, el cual blasona de ser hijo del prepotente Zeus. Una deidad levante el ánimo en vuestro pecho para resistir firmemente y exhortar a los demás; con esto podríais rechazar a Héctor de las naves, de ligero andar, por furioso que estuviera y aunque fuese el mismo Olímpico quien lo instigara.

59 Dijo así Poseidón, que ciñe y bate la tierra; y, tocando a entrambos con el cetro, llenólos de fuerte vigor y agilitóles todos los miembros y especialmente los pies y las manos. Y como el gavilán de ligeras alas se arroja, después de elevarse a una altísima y abrupta peña, enderezando el vuelo a la llanura para perseguir a un ave, de aquel modo apartóse de ellos Poseidón, que bate la tierra. El primero que le reconoció fue el ágil Ayante de Oileo, quien dijo al momento a Ayante, hijo de Telamón:

68 —¡Ayante! Un dios del Olimpo nos instiga, transfigurado en adivino, a pelear cerca de las naves; pues ése no es Calcante, el inspirado augur: he observado las huellas que dejan sus plantas y su andar, y a los dioses se les reconoce fácilmente. En mi pecho el corazón siente un deseo más vivo de luchar y combatir, y mis manos y pies se mueven con impaciencia.

76 Respondió Ayante Telamonio:

77 —También a mí se me enardecen las audaces manos en torno de la lanza y mi fuerza aumenta y mis pies saltan, y deseo pelear yo solo con Héctor Priámida, cuyo furor es insaciable.

81 Así éstos conversaban, alegres por el bélico ardor que una deidad puso en sus corazones; en tanto, Poseidón, que ciñe la tierra, animaba a los aqueos de las últimas filas, que junto a las veleras naves reparaban las fuerzas. Tenían los miembros relajados por el penoso cansancio, y se les llenó el corazón de pesar cuando vieron que los troyanos asaltaban en tropel la gran muralla: contemplábanlo con los ojos arrasados de lágrimas y no creían escapar de aquel peligro. Pero Poseidón, que bate la tierra, intervino y reanimó fácilmente las esforzadas falanges. Fue primero a incitar a Teucro, Leito, el héroe Penéleo, Toante, Deípiro, Meriones y Antíloco, aguerridos campeones, y, para alentarlos, les dijo estas aladas palabras:

95 —¡Qué vergüenza, argivos jóvenes adolescentes! Figurábame que peleando conseguiríais salvar nuestras naves; pero, si cejáis en el funesto combate, ya luce el día en que sucumbiremos a manos de los troyanos. ¡Oh dioses! Veo con mis ojos un prodigio grande y terrible que jamás pensé que llegara a realizarse. ¡Venir los troyanos a nuestros bajeles! Parecíanse antes a las medrosas ciervas que vagan por el monte, débiles y sin fuerza para la lucha, y son el pasto de chacales, panteras y lobos; semejantes a ellas, nunca querrán los troyanos afrontar a los aqueos, aunque fuese un instante, ni osaban resistir su valor y sus manos. Y ahora pelean lejos de la ciudad, junto a las naves, por la culpa del caudillo y la indolencia de los hombres que, no obrando de acuerdo con él, se niegan a defender los bajeles, de ligero andar, y reciben la muerte cerca de los mismos. Mas, aunque el héroe Atrida, el poderoso Agamenón, sea el verdadero culpable de todo, porque ultrajó al Pelida de pies ligeros, en modo alguno nos es lícito dejar de combatir. Remediemos con presteza el mal, que la mente de los buenos es aplacable. No es decoroso que decaiga vuestro impetuoso valor, siendo como sois los más valientes del ejército. Yo no increparía a un hombre tímido porque se abstuviera de pelear; pero contra vosotros se enciende en ira mi corazón. ¡Oh cobardes! Con vuestra indolencia haréis que pronto se agrave el mal. Poned en vuestros pechos vergüenza y pundonor, ahora que se promueve esta gran contienda. Ya el fuerte Héctor, valiente en la pelea, combate cerca de las naves y ha roto las puertas y el gran cerrojo.

125 Con tales amonestaciones, el que ciñe la tierra instigó a los aqueos. Rodeaban a ambos Ayantes fuertes falanges que hubieran declarado irreprensibles Ares y Atenea, que enardece a los guerreros, si por ellas se hubiesen entrado. Los tenidos por más valientes aguardaban a los troyanos y al divino Héctor, y las astas y los escudos se tocaban en las cerradas filas:

la rodela apoyábase en la rodela, el yelmo en otro yelmo, cada hombre en su vecino, y chocaban los penachos de crines de caballo y los lucientes conos de los cascos cuando alguien inclinaba la cabeza. ¡Tan apiñadas estaban las filas! Cruzábanse las lamas, que blandían audaces manos, y ellos deseaban arremeter a los enemigos y trabar la pelea.

136 Los troyanos acometieron unidos, siguiendo a Héctor, que deseaba ir en derechura a los aqueos. Como la piedra insolente que cae de una cumbre y lleva consigo la ruina, porque se ha desgajado, cediendo a la fuerza de torrencial avenida causada por la mucha lluvia, y desciende dando tumbos con ruido que repercute en el bosque, corre segura hasta el llano, y allí se detiene, a pesar de su ímpetu, de igual modo Héctor amenazaba con atravesar fácilmente por las tiendas y naves aqueas, matando siempre, y no detenerse hasta el mar; pero encontró las densas falanges, y tuvo que hacer alto después de un violento choque. Los aqueos le afrontaron; procuraron herirlo con las espadas y lanzas de doble filo, y apartáronle de ellos, de suerte que fue rechazado, y tuvo que retroceder. Y con voz penetrante gritó a los troyanos:

150 —¡Troyanos, licios, dárdanos que cuerpo a cuerpo peleáis! Persistid en el ataque; pues los aqueos no me resistirán largo tiempo, aunque se hayan formado en columna cerrada; y creo que mi lanza les hará retroceder pronto, si verdaderamente me impulsa el dios más poderoso, el tonante esposo de Hera.

155 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Entre los troyanos iba muy ufano Deífobo Priámida, que se adelantaba ligero y se cubría con el liso escudo. Meriones arrojóle una reluciente lanza, y no erró el tiro: acertó a dar en la rodela hecha de pieles de toro, sin conseguir atravesarla, porque aquélla se rompió en la unión del asta con el hierro. Deífobo apartó de sí el escudo de pieles de toro, temiendo la lanza del aguerrido Meriones; y este héroe retrocedió al grupo de sus amigos, muy disgustado, así por la victoria perdida, como por la rotura del arma, y luego se encaminó a las tiendas y naves aqueas para tomar otra lanza grande de las que en su bajel tenía.

169 Los demás combatían, y una vocería inmensa se dejaba oír. Teucro Telamonio fue el primero que mató a un hombre, al belicoso Imbrio, hijo de Méntor, rico en caballos. Antes de llegar los aqueos, Imbrio moraba en Pedeo con su esposa Medesicasta, hija bastarda de Príamo; mas así que llegaron las corvas naves de los dánaos, volvió a Ilio, descolló entre los

troyanos y vivió en el palacio de Príamo, que le honraba como a sus propios hijos. Entonces el hijo de Telamón hirióle debajo de la oreja con la gran lanza, que retiró enseguida; y el guerrero cayó como el fresno nacido en una cumbre que desde lejos se divisa, cuando es cortado por el bronce y vienen al suelo sus tiernas hojas. Así cayó Imbrio, y sus armas, de labrado bronce, resonaron. Teucro acudió corriendo, movido por el deseo de quitarle la armadura; pero Héctor le tiró una reluciente lanza; violo aquél y hurtó el cuerpo, y la broncínea punta se clavó en el pecho de Anfímaco, hijo de Ctéato Actorión, que acababa de entrar en combate. El guerrero cayó con estrépito, y sus armas resonaron. Héctor fue presuroso a quitarle al magnánimo Anfímaco el casco que llevaba adaptado a las sienes; Ayante levantó, a su vez, la reluciente lanza contra Héctor, y si bien no pudo hacerla llegar a su cuerpo, protegido todo por horrendo bronce, diole un bote en medio del escudo, y rechazó al héroe con gran ímpetu; éste dejó los cadáveres, y los aqueos los retiraron. Estiquio y el divino Menesteo, caudillos atenienses, llevaron a Anfímaco al campamento aqueo; y los dos Ayantes, que siempre anhelaban la impetuosa pelea, levantaron el cadáver de Imbrio. Como dos leones que, habiendo arrebatado una cabra a unos perros de agudos dientes, la llevan en la boca por los espesos matorrales, en alto, levantada de la tierra, así los belicosos Ayantes, alzando el cuerpo de Imbrio, lo despojaron de las armas; y el Oilíada, irritado por la muerte de Anfímaco, le separó la cabeza del tierno cuello y la hizo rodar por entre la turba, cual si fuese una bola, hasta que cayó en el polvo a los pies de Héctor.

206 Entonces Poseidón, airado en el corazón porque su nieto había sucumbido en la terrible pelea, se fue hacia las tiendas y naves de los aqueos para reanimar a los dánaos y causar males a los troyanos. Encontróse con él Idomeneo, famoso por su lanza, que volvía de acompañar a un amigo a quien sacaron del combate porque los troyanos le habían herido en la corva con el agudo bronce. Idomeneo, una vez lo hubo confiado a los médicos, se encaminaba a su tienda, con intención de volver a la batalla. Y el poderoso Poseidón, que bate la tierra, díjole, tomando la voz de Toante, hijo de Andremón, que en Pleurón entera y en la excelsa Calidón reinaba sobre los etolios y era honrado por el pueblo cual si fuese un dios:

219 —¡Idomeneo, príncipe de los cretenses! ¿Qué se hicieron las amenazas que los aqueos hacían a los troyanos?

221 Respondió Idomeneo, caudillo de los cretenses:

222 —¡Oh Toante! No creo que ahora se pueda culpar a ningún guerrero, porque todos sabemos combatir y nadie está poseído del exánime terror, ni deja por flojedad la funesta batalla; sin duda debe de ser grato al prepotente Cronida que los aqueos perezcan sin gloria en esta tierra, lejos de Argos. Mas, oh Toante, puesto que siempre has sido belicoso y sueles animar al que ves remiso, no dejes de pelear y exhorta a los demás varones.

231 Contestó Poseidón, que bate la tierra:

232 —¡Idomeneo! No vuelva desde Troya a su patria y venga a ser juguete de los perros quien en el día de hoy deje voluntariamente de combatir. Ea, toma las armas y ven a mi lado; apresurémonos por si, a pesar de estar solos, podemos hacer algo provechoso. Nace una fuerza de la unión de los hombres, aunque sean débiles; y nosotros somos capaces de luchar con los valientes.

239 Dichas estas palabras, el dios se entró de nuevo por el combate de los hombres; a Idomeneo, yendo a la bien construida tienda, vistió la magnífica armadura, tomó un par de lanzas y volvió a salir, semejante al encendido relámpago que el Cronión agita en su mano desde el resplandeciente Olimpo para mostrarlo a los hombres como señal, tanto centelleaba el bronce en el pecho de Idomeneo mientras éste corría. Encontróse con él, no muy lejos de la tienda, el valiente escudero Meriones, que iba en busca de una lanza; y el fuerte Diomedes dijo:

249 —¡Meriones, hijo de Molo, el de los pies ligeros, mi compañero más querido! ¿Por qué vienes, dejando el combate y la pelea? ¿Acaso estás herido y te agobia puntiaguda flecha? ¿Me traes, quizás, alguna noticia? Pues no deseo quedarme en la tienda, sino pelear.

234 Respondióle el prudente Meriones:

235 —¡Idomeneo, príncipe de los cretenses, de broncíneas corazas! Vengo por una lanza, si la hay en tu tienda; pues la que tenía se ha roto al dar un bote en el escudo del feroz Deífobo.

259 Contestó Idomeneo, caudillo de los cretenses:

260 —Si la deseas, hallarás, en la tienda, apoyadas en el lustroso muro, no una, sino veinte lanzas, que he quitado a los troyanos muertos en la batalla; pues jamás combato a distancia del enemigo. He aquí por qué tengo lanzas, escudos abollonados, cascos y relucientes corazas.

266 Replicó el prudente Meriones:

267 También poseo yo en la tienda y en la negra nave muchos despojos de los troyanos, mas no están cerca para tomarlos; que nunca me olvido de mi valor, y en el combate, donde los hombres se hacen ilustres, aparezco siempre entre los delanteros desde que se traba la batalla. Quizá algún otro de los aqueos de broncíneas corazas no habrá fijado su atención en mi persona cuando peleo, pero no dudo que tú me has visto.

274 Idomeneo, caudillo de los cretenses, díjole entonces:

275 —Sé cuán grande es tu valor. ¿Por qué me refieres estas cosas? Si los más señalados nos reuniéramos junto a las naves para armar una celada, que es donde mejor se conoce la bravura de los hombres y donde fácilmente se distingue al cobarde del animoso —el cobarde se pone demudado, ya de un modo, ya de otro; y, como no sabe tener firme ánimo en el pecho, no permanece tranquilo, sino que dobla las rodillas y se sienta sobre los pies y el corazón le da grandes saltos por el temor de las parcas y los dientes le crujen; y el animoso no se inmuta ni tiembla, una vez se ha emboscado, sino que desea que cuanto antes principie el funesto combate—, ni allí podrían baldonarse tu valor y la fuerza de tus brazos. Y, si peleando te hirieran de cerca o de lejos, no sería en la nuca o en la espalda, sino en el pecho o en el vientre, mientras fueras hacia adelante con los guerreros más avanzados. Mas, ea, no hablemos de estas cosas, permaneciendo ociosos como unos simples; no sea que alguien nos increpe duramente. Ve a la tienda y toma la fornida lanza.

295 Así dijo; y Meriones, igual al veloz Ares, entrando en la tienda, cogió enseguida una broncínea lanza y fue en seguimiento de Idomeneo, muy deseoso de volver al combate. Como va a la guerra Ares, funesto a los mortales, acompañado de la Fuga, su hija querida, fuerte e intrépida, que hasta el guerrero valeroso causa espanto; y los dos se arman y saliendo de la Tracia enderezan sus pasos hacia los éfiros y los magnánimos flegis, y no escuchan los ruegos de ambos pueblos, sino que dan la victoria a uno de ellos, de la misma manera, Meriones a Idomeneo, caudillos de hombres, se encaminaban a la batalla, armados de luciente bronce. Y Meriones fue el primero que habló, diciendo:

307 —¡Deucálida! ¿Por dónde quieres que penetremos en la turba: por la derecha del ejército, por en medio o por la izquierda? Pues no creo que los melenudos aqueos dejen de pelear en parte alguna.

311 Respondióle Idomeneo, caudillo de los cretenses:

312 —Hay en el centro quienes defiendan las naves: los dos Ayantes y Teucro, el más diestro arquero aqueo y esforzado también en el combate a pie firme; ellos se bastan para rechazar a Héctor Priámida por fuerte que sea y por incitado que esté a la batalla. Difícil será, aunque tenga muchos deseos de pelear, que, triunfando del valor y de las manos invictas de aquéllos, llegue a incendiar los bajeles; a no ser que el mismo Cronión arroje una tea encendida en las ligeras naves. El gran Ayante Telamonio no cedería a ningún hombre mortal que coma el fruto de Deméter y pueda ser herido con el bronce o con grandes piedras; ni siquiera se retiraría a vista de Aquiles, que rompe las filas de los guerreros, en un combate a pie firme; pues en la carrera Aquiles no tiene rival. Vamos, pues, a la izquierda del ejército, para ver si presto daremos gloria a alguien, o alguien nos la dará a nosotros.

328 Así dijo; y Meriones, igual al veloz Ares, echó a andar hasta que llegaron al ejército por donde Idomeneo le aconsejaba.

330 Cuando los troyanos vieron a Idomeneo, que por su impetuosidad parecía una llama, y a su escudero, ambos revestidos de labradas armas, animáronse unos a otros por entre la turba y arremetieron todos contra aquél. Y se trabó una refriega, sostenida con igual tesón por ambas partes, junto a las popas de las naves. Como aparecen de repente las tempestades, suscitadas por los sonoros vientos un día en que los caminos están llenos de polvo y se levanta una gran nube del mismo, así entonces unos y otros vinieron a las manos, deseando en su corazón matarse recíprocamente con el agudo bronce por entre la turba. La batalla, destructora de hombres, se presentaba horrible con las largas picas que desgarran la carne y que los guerreros manejaban; cegaba los ojos el resplandor del bronce de los lucientes cascos, de las corazas recientemente bruñidas y de los escudos refulgentes de cuantos iban a encontrarse; y hubiera tenido corazón muy audaz quien al contemplar aquella acción se hubiese alegrado en vez de afligirse.

345 Los dos hijos poderosos de Crono, disintiendo en el modo de pensar, preparaban deplorables males a los héroes. Zeus quería que triunfaran Héctor y los troyanos para glorificar a Aquiles, el de los pies ligeros; mas no por eso deseaba que el ejército aqueo pereciera totalmente delante de Ilio, pues sólo intentaba honrar a Tetis y a su hijo, de ánimo esforzado. Poseidón había salido ocultamente del espumoso mar, recorría las filas y animaba a los argivos, porque le afligía que fueran vencidos por

los troyanos, y se indignaba mucho contra Zeus. Igual era el origen de ambas deidades y una misma su prosapia, pero Zeus había nacido primero y sabía más, por esto Poseidón evitaba el socorrer abiertamente a aquéllos, y, transfigurado en hombre, discurría, sin darse a conocer, por el ejército y le amonestaba. Y los dioses inclinaban alternativamente en favor de unos y de otros la reñida pelea y el indeciso combate; y tendían sobre ellos una cadena inquebrantable e indisoluble que a muchos les quebró las rodillas.

361 Entonces Idomeneo, aunque ya semicano, animó a los dánaos, arremetió contra los troyanos, llenándoles de pavor, y mató a Otrioneo. Éste había acudido de Cabeso a Ilio cuando tuvo noticia de la guerra y pedido en matrimonio a Casandra, la más hermosa de las hijas de Príamo, sin obligación de dotarla; pero ofreciendo una gran cosa: que echaría de Troya a los aqueos. El anciano Príamo accedió y consintió en dársela; y el héroe combatía, confiando en la promesa. Idomeneo tiróle la reluciente lanza y le hirió mientras se adelantaba con arrogante paso, la coraza de bronce que llevaba no resistió, clavóse aquélla en medio del vientre, cayó el guerrero con estrépito, a Idomeneo dijo con jactancia:

374 —¡Otrioneo! Te ensalzaría sobre todos los mortales si cumplieras lo que ofreciste a Príamo Dardánida cuando te prometió a su hija. También nosotros te haremos promesas con intención de cumplirlas: traeremos de Argos la más bella de las hijas del Atrida y te la daremos por mujer, si junto con los nuestros destruyes la populosa ciudad de Ilio. Pero sígueme, y en las naves surcadoras del ponto nos pondremos de acuerdo sobre el casamiento; que no somos malos suegros.

383 Hablóle así el héroe Idomeneo, mientras le asía de un pie y le arrastraba por el campo de la dura batalla; y Asio se adelantó para vengarlo, presentándose como peón delante de su carro, cuyos corceles, gobernados por el auriga, sobre los mismos hombros del guerrero resoplaban. Asio deseaba en su corazón herir a Idomeneo, pero anticipósele éste y le hundió la pica en la garganta, debajo de la barba, hasta que el bronce salió al otro lado. Cayó el troyano como en el monte la encina, el álamo o el elevado pino que unos artífices cortan con afiladas hachas para convertirlo en mástil de navío; así yacía aquél, tendido delante de los corceles y del carro, rechinándole los dientes y cogiendo con las manos el polvo ensangrentado. Turbóse el escudero, y ni siquiera se atrevió a torcer la rienda a los caballos para escapar de las manos de los enemigos. Y el belicoso Antíloco se llegó a él y le atravesó con la lanza, pues la broncínea coraza no pudo evitar que

se la clavase en el vientre. El auriga, jadeante, cayó del bien construido carro; y Antíloco, hijo del magnánimo Néstor, sacó los caballos de entre los troyanos y se los llevó hacia los aqueos, de hermosas grebas.

402 Deífobo, irritado por la muerte de Asio, se acercó mucho a Idomeneo y le arrojó la reluciente lanza. Mas Idomeneo advirtiólo y burló el golpe encogiéndose debajo de su liso escudo, que estaba formado por boyunas pieles y una lámina de bruñido bronce con dos abrazaderas, la broncínea lanza resbaló por la superficie del escudo, que sonó roncamente, y no fue lanzada en balde por el robusto brazo de aquél, pues fue a clavarse en el hígado, debajo del diafragma, de Hipsenor Hipásida, pastor de hombres, haciéndole doblar las rodillas. Y Deífobo se jactaba así, dando grandes voces:

414 —Asio yace en tierra, pero ya está vengado. Figúrome que, al descender a la morada de sólidas puertas del terrible Hades, se holgará su espíritu de que le haya procurado un compañero.

417 Así habló. Sus jactanciosas frases apesadumbraron a los argivos y conmovieron el corazón del belicoso Antíloco; pero éste, aunque afligido, no abandonó a su compañero, sino que corriendo se puso cerca de él y le cubrió con el escudo. E introduciéndose por debajo dos amigos fieles, Mecisteo, hijo de Equio, y el divino Alástor, llevaron a Hipsenor, que daba hondos suspiros, hacia las cóncavas naves.

424 Idomeneo no dejaba que desfalleciera su gran valor y deseaba siempre o sumir a algún troyano en tenebrosa noche, o caer él mismo con estrépito, librando de la ruina a los aqueos. Poseidón dejó que sucumbiera a manos de Idomeneo, el hijo querido de Esietes, alumno de Zeus, el héroe Alcátoo (era yerno de Anquises y tenía por esposa a Hipodamía, la hija primogénita, a quien el padre y la veneranda madre amaban cordialmente en el palacio porque sobresalía en hermosura, destreza y talento entre todas las de su edad, y a causa de esto casó con ella el hombre más ilustre de la vasta Troya): el dios ofuscóle los brillantes ojos y paralizó sus hermosos miembros, y el héroe no pudo huir ni evitar la acometida de Idomeneo, que le envainó la lanza en medio del pecho, mientras estaba inmóvil como una columna o un árbol de alta copa, y le rompió la coraza que siempre le había salvado de la muerte, y entonces produjo un sonido ronco al quebrarse por el golpe de la lanza. El guerrero cayó con estrépito; y, como la lanza se había clavado en el corazón, movíanla las palpitaciones de éste; pero pronto

el arma impetuosa perdió su fuerza. E Idomeneo con gran jactancia y a voz en grito exclamó:

446 —¡Deífobo! Ya que tanto te glorías, ¿no te parece que es una buena compensación haber muerto a tres, por uno que perdimos? Ven, hombre admirable, ponte delante y verás quién es este descendiente de Zeus que aquí ha venido; porque Zeus engendró a Minos, protector de Creta, Minos fue padre del eximio Deucalión, y de éste nací yo, que reino sobre muchos hombres en la vasta Creta y vine en las naves para ser una plaga para ti, para tu padre y para los demás troyanos.

455 Así dijo; y Deífobo vacilaba entre retroceder para que se le juntara alguno de los magnánimos troyanos o atacar él solo a Idomeneo. Parecióle lo mejor ir en busca de Eneas, y le halló entre los últimos; pues siempre estaba irritado con el divino Príamo, que no le honraba como por su bravura merecía. Y deteniéndose a su lado, le dijo estas aladas palabras:

463 —¡Eneas, príncipe de los troyanos! Es preciso que defiendas a tu cuñado, si por él sientes algún interés. Sígueme y vayamos a combatir por tu cuñado Alcátoo, que te crio cuando eras niño y ha muerto a manos de Idomeneo, famoso por su lanza.

468 Así dijo. Eneas sintió que en el pecho se le conmovía el corazón, y se fue hacia Idomeneo con grandes deseos de pelear. Éste no se dejó vencer del temor, cual si fuera un niño, sino que te aguardó como el jabalí que, confiando en su fuerza, espera en un paraje desierto del monte el gran tropel de hombres que se avecina, y con las cerdas del lomo erizadas y los ojos brillantes como ascuas aguza los dientes y se dispone a rechazar la acometida de perros y cazadores, de igual manera Idomeneo, famoso por su lanza, aguardaba sin arredrarse a Eneas, ágil en la lucha, que le salía al encuentro; pero llamaba a sus compañeros, poniendo los ojos en Ascálafo, Afareo, Deípiro, Meriones y Antíloco, aguerridos campeones, y los exhortaba con estas aladas palabras:

481 —Venid, amigos, y ayudadme; pues estoy solo y temo mucho a Eneas, ligero de pies, que contra mí arremete. Es muy vigoroso para matar hombres en el combate, y se halla en la flor de la juventud, cuando mayor es la fuerza. Si con el ánimo que tengo, fuésemos de la misma edad, pronto o alcanzaría él una gran victoria sobre mí, o yo la alcanzara sobre él.

487 Así dijo; y todos con el mismo ánimo en el pecho y los escudos en los hombros se pusieron al lado de Idomeneo. También Eneas exhortaba a sus amigos, echando la vista a Deífobo, Paris y el divino Agenor, que eran

asimismo capitanes de los troyanos. Inmediatamente marcharon las tropas detrás de los jefes, como las ovejas siguen al carnero cuando después del pasto van a beber, y el pastor se regocija en el alma; así se alegró el corazón de Eneas en el pecho, al ver el grupo de hombres que tras él seguía.

496 Pronto trabaron alrededor del cadáver de Alcátoo un combate cuerpo a cuerpo, blandiendo grandes picas; y el bronce resonaba de horrible modo en los pechos al darse botes de lanza los unos a los otros. Dos hombres belicosos y señalados entre todos, Eneas a Idomeneo, iguales a Ares, deseaban herirse recíprocamente con el cruel bronce. Eneas arrojó el primero la lanza a Idomeneo; pero, como éste la viera venir, evitó el golpe: la broncínea punta clavóse en tierra, vibrando, y el arma fue echada en balde por el robusto brazo. Idomeneo hundió la suya en el vientre de Enómao y el bronce rompió la concavidad de la coraza y desgarró las entrañas: el troyano, caído en el polvo, asió el suelo con las manos. Acto continuo, Idomeneo arrancó del cadáver la ingente lanza, pero no le pudo quitar de los hombros la magnífica armadura, porque estaba abrumado por los tiros. Como ya no tenía seguridad en sus pies para recobrar la lanza que había arrojado, ni para librarse de la que le arrojasen, evitaba la cruel muerte combatiendo a pie firme; y, no pudiendo tampoco huir con ligereza, retrocedía paso a paso. Deífobo, que constantemente le odiaba, le tiró la lanza reluciente y erró el golpe, pero hirió a Ascálafo, hijo de Enialio; la impetuosa lanza se clavó en la espalda, y el guerrero, caído en el polvo, asió el suelo con las manos. Y el ruidoso y robusto Ares no se enteró de que su hijo hubiese sucumbido en el duro combate porque se hallaba detenido en la cumbre del Olimpo, debajo de áureas nubes, con otros dioses inmortales por la voluntad de Zeus, el cual no permitía que intervinieran en la batalla.

526 La pelea cuerpo a cuerpo se encendió entonces en torno de Ascálafo, a quien Deífobo logró quitar el reluciente casco, pero Meriones, igual al veloz Ares, dio a Deífobo una lanzada en el brazo y le hizo soltar el casco con agujeros a guisa de ojos, que cayó al suelo produciendo ronco sonido. Meriones, abalanzándose a Deífobo con la celeridad del buitre, arrancóle la impetuosa lanza de la parte superior del brazo y retrocedió hasta el grupo de sus amigos. A Deífobo sacóle del horrísono combate su hermano carnal Polites: abrazándole por la cintura, lo condujo adonde tenía los rápidos corceles con el labrado carro, que estaban algo distantes de la lucha y del combate, gobernados por un auriga. Ellos llevaron a la ciudad al

héroe, que se sentía agotado, daba hondos suspiros y le manaba sangre de la herida que en el brazo acababa de recibir.

540 Los demás combatían y alzaban una gritería inmensa. Eneas, acometiendo a Afareo Caletórida, que contra él venía, hirióle en la garganta con la aguda lanza: la cabeza se inclinó a un lado, arrastrando el casco y el escudo, y la muerte destructora rodeó al guerrero. Antíloco, como advirtiera que Toón volvía pie atrás, arremetió contra él y le hirió: cortóle la vena que, corriendo por el dorso, llega hasta el cuello, y el troyano cayó de espaldas en el polvo y tendía los brazos a los compañeros queridos. Acudió Antíloco y le quitó de los hombros la armadura, mirando a todos lados, mientras los troyanos iban cercándole ya por éste, ya por aquel lado, e intentaban herirle; mas el ancho y labrado escudo paró los golpes, y ni aun consiguieron rasguñar la tierna piel del héroe con el cruel bronce, porque Poseidón, que bate la tierra, defendió al hijo de Néstor contra los muchos tiros. Antíloco no se apartaba nunca de los enemigos, sino que se agitaba en medio de ellos; su lanza, lamas ociosa, siempre vibrante, se volvía a todas partes, y él pensaba en su mente si la arrojaría a alguien, o acometería de cerca.

560 No se le ocultó a Adamante Asíada lo que Antíloco meditaba en medio de la turba; y, acercándosele, le dio con el agudo bronce un bote en medio del escudo; pero Poseidón, el de cerúlea cabellera, no permitió que quitara la vida a Antíloco, a hizo vano el golpe rompiendo la lanza en dos partes, una de las cuales quedó clavada en el escudo, como estaca consumida por el fuego, y la otra cayó al suelo. Adamante retrocedió hacia el grupo de sus amigos, para evitar la muerte; pero Meriones corrió tras él y arrojóle la lanza, que penetró por entre el ombligo y las partes verendas, donde son muy peligrosas las heridas que reciben en la guerra los míseros mortales. Allí, pues, se hundió la lanza, y Adamante, cayendo encima de ella, se agitaba como un buey a quien los pastores han atado en el monte con recias cuerdas y llevan contra su voluntad; así aquél, al sentirse herido, se agitó algún tiempo, que no fue de larga duración porque Meriones se le acercó, arrancóle la lanza del cuerpo y las tinieblas velaron los ojos del guerrero.

576 Héleno dio a Deípiro un tajo en una sien con su gran espada tracia, y le rompió el casco. Éste, sacudido por el golpe, cayó al suelo, y rodando fue a parar a los pies de un guerrero aqueo que lo alzó de tierra. A Deípiro tenebrosa noche le cubrió los ojos.

581 Gran pesar sintió por ello el Atrida Menelao, valiente en el combate; y, blandiendo la aguda lanza, arremetió, amenazador, contra el héroe y príncipe Héleno, quien, a su vez, armó el arco. Ambos fueron a encontrarse, deseosos el uno de alcanzar al contrario con la aguda lanza, y el otro de herir a su enemigo con una flecha arrojada por el arco. El Priámida dio con la saeta en el pecho de Menelao, donde la coraza presentaba una concavidad; pero la cruel flecha fue rechazada y voló a otra parte. Como en la espaciosa era saltan del bieldo las negruzcas habas o los garbanzos al soplo sonoro del viento y al impulso del aventador, de igual modo, la amarga flecha, repelida por la coraza del glorioso Menelao, voló a lo lejos. Por su parte Menelao Atrida, valiente en la pelea, hirió a Héleno en la mano en que llevaba el pulimentado arco: la broncínea lanza atravesó la palma y penetró en el arco. Héleno retrocedió hasta el grupo de sus amigos, para evitar la muerte; y su mano, colgando, arrastraba el asta de fresno. El magnánimo Agenor se la arrancó y le vendó la mano con una honda de lana de oveja, bien tejida, que les facilitó el escudero del pastor de hombres.

601 Pisandro embistió al glorioso Menelao. El hado funesto le llevaba al fin de su vida, empujándole para que fuese vencido por ti, oh Menelao, en la terrible pelea. Así que entrambos se hallaron frente a frente, acometiéronse, y el Atrida erró el golpe porque la lanza se le desvió; Pisandro dio un bote en el escudo del glorioso Menelao, pero no pudo atravesar el bronce: resistió el ancho escudo y quebróse la lanza por el asta cuando aquél se regocijaba en su corazón con la esperanza de salir victorioso. Pero el Atrida desnudó la espada guarnecida de argénteos clavos y asaltó a Pisandro, quien, cubriéndose con el escudo, aferró una hermosa hacha, de bronce labrado, provista de un largo y liso mango de madera de olivo. Acometiéronse, y Pisandro dio un golpe a Menelao en la cimera del yelmo, adornado con crines de caballo, debajo del penacho; y Menelao hundió su espada en la frente del troyano, encima de la nariz: crujieron los huesos, y los ojos, ensangrentados, cayeron en el polvo, a los pies del guerrero, que se encorvó y vino a tierra. El Atrida, poniéndole el pie en el pecho, le despojó de la armadura; y, blasonando del triunfo, dijo:

620 —¡Así dejaréis las naves de los aqueos, de ágiles corceles, oh troyanos soberbios e insaciables de la pelea horrenda! No os basta haberme inferido una vergonzosa afrenta, infames perros, sin que vuestro corazón temiera la ira terrible del tonante Zeus hospitalario, que algún día destruirá vuestra ciudad excelsa. Os llevasteis, además de muchas riquezas, a mi

legítima esposa, que os había recibido amigablemente; y ahora deseáis arrojar el destructor fuego en las naves surcadoras del ponto, y dar muerte a los héroes aqueos; pero quizás os hagamos renunciar al combate, aunque tan enardecidos os mostréis. ¡Padre Zeus! Dicen que superas en inteligencia a los demás dioses y hombres, y todo esto procede de ti. ¿Cómo favoreces a los troyanos, a esos hombres insolentes, de espíritu siempre perverso, y que nunca se pueden hartar de la guerra a todos tan funesta? De todo llega el hombre a saciarse: del sueño, del amor, del dulce canto y de la agradable danza, cosas más apetecibles que la pelea; pero los troyanos no se cansan de combatir.

640 En diciendo esto, el eximio Menelao quitóle al cadáver la ensangrentada armadura; y, entregándola a sus amigos, volvió a pelear entre los combatientes delanteros.

643 Entonces le salió al encuentro Harpalión, hijo del rey Pilémenes, que fue a Troya con su padre a combatir y no había de volver a la patria tierra: el troyano dio un bote de lanza en medio del escudo del Atrida, pero no pudo atravesar el bronce y retrocedió hacia el grupo de sus amigos para evitar la muerte, mirando a todos lados, no fuera alguien a herirlo con el bronce. Mientras él se iba, Meriones le asestó el arco, y la broncínea saeta se hundió en la nalga derecha del troyano, atravesó la vejiga por debajo del hueso y salió al otro lado. Y Harpalión, cayendo allí en brazos de sus amigos, dio el alma y quedó tendido en el suelo como un gusano; de su cuerpo fluía negra sangre que mojaba la tierra. Pusiéronse a su alrededor los magnánimos paflagones, y, colocando el cadáver en un carro, lleváronlo, afligidos, a la sagrada Ilio; el padre iba con ellos derramando lágrimas, y ninguna venganza pudo tomar de aquella muerte.

660 Paris, muy irritado en su espíritu por la muerte de Harpalión, que era su huésped en la populosa Paflagonia, arrojó una broncínea flecha. Había un cierto Euquenor, rico y valiente, que era vástago del adivino Poliido, habitaba en Corinto y se embarcó para Troya, no obstante saber la funesta suerte que allí le aguardaba. El buen anciano Poliido habíale dicho repetidas veces que moriría en penosa dolencia en el palacio o sucumbiría a manos de los troyanos en las naves aqueas, y él, queriendo evitar los baldones de los aqueos y la enfermedad odiosa con sus dolores, decidió ir a Ilio. A éste, pues, Paris le clavó la flecha por debajo de la quijada y de la oreja: la vida huyó de los miembros del guerrero, y la obscuridad horrible le envolvió.

673 Así combatían con el ardor de encendido fuego. Héctor, caro a Zeus, aún no se había enterado, e ignoraba por entero que sus tropas fuesen destruidas por los argivos a la izquierda de las naves. Pronto la victoria hubiera sido de los aqueos. ¡De tal suerte Poseidón, que ciñe y sacude la tierra, los alentaba y hasta los ayudaba con sus propias fuerzas! Estaba Héctor en el mismo lugar adonde había llegado después que pasó las puertas y el muro y rompió las cerradas filas de los escudados dánaos. Allí, en la playa del espumoso mar, habían sido colocadas las naves de Ayante y Protesilao; y se había levantado para defenderlas un muro bajo, porque los hombres y corceles acampados en aquel paraje eran muy valientes en la guerra.

685 Los beocios, los jonios, de rozagante vestidura, los locrios, los ptiotas y los ilustres epeos detenían al divino Héctor, que, semejante a una llama, porfiaba en su empeño de ir hacia las naves; pero no conseguían que se apartase de ellos. Los atenienses habían sido designados para las primeras filas y los mandaba Menesteo, hijo de Péteo, a quien seguían Fidante, Estiquio y el valeroso Biante. De los epeos eran caudillos Meges Filida, Anfión y Dracio. Al frente de los ptiotas estaban Medonte y el belicoso Podarces: aquél era hijo bastardo del divino Oileo y hermano de Ayante, y vivía en Fílace, lejos de su patria, por haber dado muerte a un hermano de Eriópide, su madrastra y mujer de Oileo; y el otro era hijo de Ificlo Filácida. Ambos se habían armado y puesto al frente de los magnánimos ptiotas, y combatían en unión con los beocios para defender las naves.

701 El ágil Ayante de Oileo no se apartaba un instante de Ayante Telamonio: como en tierra noval dos negros bueyes tiran con igual ánimo del sólido arado, abundante sudor brota en torno de sus cuernos, y sólo los separa el pulimentado yugo mientras andan por los surcos para abrir el hondo seno de la tierra, así, tan cercanos el uno del otro, estaban los Ayantes. Al Telamonio seguíanle muchos y valientes hombres, que tomaban su escudo cuando la fatiga y el sudor llegaban a las rodillas del héroe. Mas al Oilíada, de corazón valiente, no le acompañaban los locrios, porque no podían sostener una lucha a pie firme: no llevaban broncíneos cascos, adornados con crines de caballo, ni tenían rodelas ni lanzas de fresno; habían ido a Ilio, confiando en sus arcos y en sus hondas de retorcida lana de oveja, y disparando a menudo destrozaban las falanges teucras. Aquéllos peleaban al frente con Héctor y los suyos; éstos, ocultos detrás, disparaban;

y los troyanos apenas pensaban en combatir, porque las flechas los ponían en desorden.

723 Entonces los troyanos hubieran vuelto en deplorable fuga de las naves y tiendas a la ventosa Ilio, si Polidamante no se hubiese acercado al audaz Héctor para decirle:

726 —¡Héctor! Eres reacio en seguir los pareceres ajenos. Porque un dios te ha dado esa superioridad en las cosas de la guerra, ¿crees que aventajas a los demás en prudencia? No es posible que tú solo lo reúnas todo. La divinidad a uno le concede que sobresalga en las acciones bélicas, a otro en la danza, al de más allá en la cítara y el canto, y el largovidente Zeus pone en el pecho de algunos un espíritu prudente que aprovecha a gran número de hombres, salva las ciudades y lo aprecia particularmente quien lo posee. Pero voy a decir lo que considero más conveniente. Alrededor de ti arde la pelea por todas partes; pero de los magnánimos troyanos que pasaron la muralla, unos se han retirado con sus armas, y otros, dispersos por las naves, combaten con mayor número de hombres. Retrocede y llama a los más valientes caudillos para deliberar si nos conviene arrojarnos a las naves, de muchos bancos, por si un dios nos da la victoria, o alejarnos de ellas antes que seamos heridos. Temo que los aqueos se desquiten de lo de ayer, porque en las naves hay un varón incansable en la pelea, y me figuro que no se abstendrá de combatir.

748 Así habló Polidamante, y su prudente consejo plugo a Héctor, que saltó enseguida del carro a tierra, sin dejar las armas, y le dijo estas aladas palabras:

751 —¡Polidamante! Reúne tú a los más valientes caudillos, mientras voy a la otra parte de la batalla y vuelvo tan pronto como haya dado las convenientes órdenes.

754 Dijo; y, semejante a un monte cubierto de nieve, partió volando y profiriendo gritos por entre los troyanos y sus auxiliares. Todos los caudillos se encaminaron hacia el bravo Polidamante Pantoida así que oyeron las palabras de Héctor. Éste buscaba en los combatientes delanteros a Deífobo, al robusto rey Héleno, a Adamante Asíada, y a Asio, hijo de Hírtaco; pero no los halló ilesos ni a todos salvados de la muerte: los unos yacían, muertos por los argivos, junto a las naves aqueas; y los demás, heridos, quién de cerca, quién de lejos, estaban dentro de los muros de la ciudad. Pronto se encontró, en la izquierda de la batalla luctuosa, con el divino Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa cabellera, que animaba a

sus compañeros y les incitaba a pelear; y, deteniéndose a su lado, díjole estas injuriosas palabras:

769 —¡Miserable Paris, el de más hermosa figura, mujeriego, seductor! ¿Dónde están Deífobo, el robusto rey Héleno, Adamante Asíada y Asio, hijo de Hírtaco? ¿Qué es de Otrioneo? Hoy la excelsa Ilio se arruina desde la cumbre; hoy te aguarda a ti horrible muerte.

774 Respondióle a su vez el deiforme Alejandro:

775 —¡Héctor! Ya que tienes intención de culparme sin motivo, quizás otras veces fui más remiso en la batalla, aunque no del todo pusilánime me dio a luz mi madre. Desde que al frente de los compañeros promoviste el combate junto a las naves, peleamos sin cesar contra los dánaos. Los amigos por quienes preguntas han muerto, menos Deífobo y el robusto rey Héleno; los cuales, heridos en el brazo por ingentes lanzas, se fueron, y el Cronión les salvó la vida. Llévanos adonde el corazón y el ánimo lo ordenen; nosotros te seguiremos presurosos, y no han de faltarnos bríos en cuanto lo permitan nuestras fuerzas. Más allá de lo que éstas permiten, nada es posible hacer en la guerra, por enardecido que uno esté.

788 Así diciendo, cambió el héroe la mente de su hermano. Enderezaron al sitio donde era más ardiente el combate y la pelea; allí estaban Cebríones, el eximio Polidamante, Falces, Orteo, Polifetes, igual a un dios, Palmis, Ascanio y Mores, hijos los dos últimos de Hipotión; todos los cuales habían llegado el día anterior de la fértil Ascania para reemplazar a otros, y entonces Zeus les impulsó a combatir. A la manera que un torbellino de vientos impetuosos desciende a la llanura, acompañado del trueno del padre Zeus, y al caer en el mar con ruido inmenso levanta grandes y espumosas olas que se van sucediendo, así los troyanos seguían en filas cerradas a los caudillos, y el bronce de sus armas relucía. Iba a su frente Héctor Priámida, cual si fuese Ares, funesto a los mortales: llevaba por delante un escudo liso, formado por muchas pieles de buey y una gruesa lámina de bronce, y el refulgence casco temblaba en sus sienes. Movíase Héctor, defendiéndose con la rodela, y probaba por codas partes si las falanges cedían, pero no logró turbar el ánimo en el pecho de los aqueos. Entonces Ayante adelantóse con ligero paso y provocóle con estas palabras:

810 —¡Varón admirable! ¡Acércate! ¿Por qué quieres amedrentar de este modo a los argivos? No somos inexpertos en la guerra, sino que los aqueos sucumben debajo del cruel azote de Zeus. Tú esperas destruir las naves, pero nosotros tenemos los brazos prontos para defenderlas; y mucho

antes que lo consigas, vuestra populosa ciudad será tomada y destruida por nuestras manos. Yo te aseguro que está cerca el momento en que tú mismo, puesto en fuga, pedirás al padre Zeus y a los demás inmortales que tus corceles de hermosas crines sean más veloces que los gavilanes; y los caballos lo llevarán a la ciudad, levantando gran polvareda en la llanura.

821 Así que acabó de hablar, pasó por cima de ellos, hacia la derecha, un águila de alto vuelo; y los aqueos gritaron, animados por el agüero. El esclarecido Héctor respondió:

824 —¡Ayante lenguaz y fanfarrón! ¿Qué dijiste? Así fuera yo para siempre hijo de Zeus, que lleva la égida, y me hubiese dado a luz la venerable Hera y gozara de los mismos honores que Atenea o Apolo, como este día será funesto para todos los argivos. Tú también serás muerto entre ellos si tienes la osadía de aguardar mi larga pica: ésta te desgarrará el delicado cuerpo; y tú, cayendo junto a las naves aqueas, saciarás a los perros de los troyanos y a las aves con tu grasa y tus carnes.

833 En diciendo esto, pasó adelante; los otros capitanes le siguieron con vocerío inmenso; y detrás las tropas gritaban también. Los argivos movían por su parte gran alboroto y, sin olvidarse de su valor, aguardaban la acometida de los más valientes troyanos. Y el estruendo que producían ambos ejércitos llegaba al éter y a la morada resplandeciente de Zeus.

CANTO XIV

Engaño de Zeus

Zeus, por una atiagaza de Hera, cae rendido por el suerto, y Poseidón se pone al frente de los aqueos. Ayante pone fuera de combate a Héctor, y sus hombres tienen que retroceder más allá del muro y del foso del campamento aqueo.

1 Néstor, aunque estaba bebiendo, no dejó de advertir la gritería; y hablando al Asclepíada, pronunció estas aladas palabras:

3 —¿Cómo crees, divino Macaón, que acabarán estas cosas? junto a las naves es cada vez mayor el vocerío de los robustos jóvenes. Tú, sentado aquí, bebe el negro vino, mientras Hecamede, la de hermosas trenzas, pone a calentar el agua del baño y te lava después la sangrienta herida; y yo subiré prestamente a un altozano para ver lo que ocurre.

9 Dijo; y, después de embrazar el labrado escudo de reluciente bronce, que su hijo Trasimedes, domador de caballos, había dejado allí por haberse llevado el del anciano, asió la fuerte lanza de broncínea punta y salió de la tienda. Pronto se detuvo ante el vergonzoso espectáculo que se ofreció a sus ojos: los aqueos eran derrotados por los feroces troyanos y la gran muralla aquea estaba destruida. Como el piélago inmenso empieza a rizarse con sordo ruido y purpúrea, presagiando la rápida venida de los sonoros vientos, pero no mueve las olas hasta que Zeus envía un viento determinado; así el anciano hallábase perplejo entre encaminarse a la turba de los dánaos, de ágiles corceles, o enderezar sus pasos hacia el Atrida Agamenón, pastor de hombres. Parecióle que sería lo mejor ir en busca del Atrida, y así lo hizo; mientras los demás, combatiendo, se mataban unos a otros, y el duro bronce resonaba alrededor de sus cuerpos a los golpes de las espadas y de las lanzas de doble filo.

27 Encontráronse con Néstor los reyes, alumnos de Zeus, que antes fueron heridos con el bronce —el Tidida, Ulises y el Atrida Agamenón—, y entonces venían de sus naves. Éstas habían sido colocadas lejos del campo de batalla, en la orilla del espumoso mar: sacáronlas a la llanura las primeras, y labraron un muro delante de las popas. Porque la ribera, con ser vasta, no hubiera podido contener todos los bajeles en una sola fila, y además el ejército se hubiera sentido estrecho; y por esto los pusieron escalonados y llenaron con ellos el gran espacio de costa que limitaban

altos promontorios. Los reyes iban juntos, con el ánimo abatido, apoyándose en las lanzas, porque querían presenciar el combate y la clamorosa pelea; y, cuando vieron venir al anciano Néstor, se les sobresaltó el corazón en el pecho. Y el rey Agamenón, dirigiéndole la palabra, exclamó:

42 —¡Oh Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! ¿Por qué vienes, dejando la homicida batalla? Temo que el impetuoso Héctor cumpla la amenaza que me hizo en su arenga a los troyanos: Que no regresaría a Ilio antes de pegar fuego a las naves y matar a los aqueos. Así decía, y todo se va cumpliendo. ¡Oh dioses! Los aqueos, de hermosas grebas, tienen, como Aquiles, el ánimo poseído de ira contra mí y no quieren combatir junto a las naves.

52 Respondió Néstor, caballero gerenio:

53 —Patente es lo que dices, y ni el mismo Zeus altitonante puede modificar lo que ya ha sucedido. Derribado está el muro que esperábamos fuese indestructible reparo para las veleras naves y para nosotros mismos; y junto a ellas los troyanos sostienen vivo e incesante combate. No conocerías, por más que lo miraras, hacia qué parte van los aqueos acosados y puestos en desorden: en montón confuso reciben la muerte, y la gritería llega hasta el cielo. Deliberemos sobre lo que puede ocurrir, por si nuestra mente da con alguna traza provechosa; y no propongo que entremos en combate, porque es imposible que peleen los que están heridos.

64 Díjole el rey de hombres, Agamenón:

65 —¡Néstor! Puesto que ya los troyanos combaten junto a las popas de las naves y de ninguna utilidad ha sido el muro con su foso que los dánaos construyeron con tanta fatiga, esperando que fuese indestructible reparo para las naves y para ellos mismos; sin duda debe de ser grato al prepotente Zeus que los aqueos perezcan sin gloria aquí, lejos de Argos. Antes yo veía que el dios auxiliaba, benévolo, a los dánaos, mas al presente da gloria a los troyanos, cual si fuesen dioses bienaventurados, y encadena nuestro valor y nuestros brazos. Ea, procedamos todos como voy a decir. Arrastremos las naves que se hallan más cerca de la orilla, echémoslas al mar divino y que estén sobre las anclas hasta que venga la noche inmortal, y, si entonces los troyanos se abstienen de combatir, podremos echar las restantes. No es reprensible evitar una desgracia, aunque sea durante la noche. Mejor es librarse huyendo, que dejarse coger.

82 El ingenioso Ulises, mirándole con torva faz, exclamó:

83 —¡Atrida! ¿Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes? ¡Hombre funesto! Debieras estar al frente de un ejército de cobardes y no mandarnos a nosotros, a quienes Zeus concedió llevar al cabo arriesgadas empresas bélicas desde la juventud a la vejez, hasta que perezcamos. ¿Quieres que dejemos la ciudad troyana de anchas calles, después que hemos padecido por ella tantas fatigas? Calla y no oigan los aqueos esas palabras, las cuales no saldrían de la boca de ningún varón que supiera hablar con espíritu prudente, llevara cetro y fuera obedecido por tantos hombres cuanto son los argivos sobre quienes imperas. Repruebo del todo la proposición que hiciste: sin duda nos aconsejas que echemos al mar las naves de muchos bancos durante el combate y la pelea, para que más presto se cumplan los deseos de los troyanos, ya al presente vencedores, y nuestra perdición sea inminente. Porque los aqueos no sostendrán el combate si las naves son echadas al mar; sino que, volviendo los ojos adonde puedan huir, cesarán de pelear, y tu consejo, príncipe de hombres, habrá sido dañoso.

103 Contestó el rey de hombres, Agamenón:

104 —¡Ulises! Tu dura reprensión me ha llegado al alma; pero yo no mandaba que los aqueos arrastraran al mar, contra su voluntad, las naves de muchos bancos. Ojalá que alguien, joven o viejo, propusiera una cosa mejor, pues le oiría con gusto.

109 Y entonces les dijo Diomedes, valiente en la pelea:

110 —Cerca tenéis a tal hombre —no habremos de buscarle mucho—, si os halláis dispuestos a obedecer; y no me vituperéis ni os irritéis contra mí, recordando que soy más joven que vosotros, pues me glorío de haber tenido por padre al valiente Tideo, cuyo cuerpo está enterrado en Teba. Engendró Porteo tres hijos ilustres que habitaron en Pleurón y en la excelsa Calidón: Agrio, Melas y el caballero Eneo, mi abuelo paterno, que era el más valiente. Eneo quedóse en su país; pero mi padre, después de vagar algún tiempo, se estableció en Argos, porque así lo quisieron Zeus y los demás dioses, casó con una hija de Adrasto y vivió en una casa abastada de riqueza: poseía muchos trigales, no pocas plantaciones de árboles en los alrededores y copiosos rebaños, y aventajaba a todos los aqueos en el manejo de la lanza. Tales cosas las habréis oído referir como ciertas que son. No sea que, figurándoos quizás que por mi linaje he de ser cobarde y débil, despreciéis lo bueno que os diga. Ea, vayamos a la batalla, no obstante estar heridos, pues la necesidad apremia; pongámonos fuera del alcance de los tiros para no recibir herida sobre herida; animemos a los

demás y hagamos que entren en combate cuantos, cediendo a su ánimo indolente, permanecen alejados y no pelean.

133 Así se expresó, y ellos le escucharon y obedecieron. Echaron a andar, y el rey de hombres, Agamenón, iba delante.

135 El ilustre Poseidón, que sacude la tierra, estaba al acecho; y, transfigurándose en un viejo, se dirigió a los reyes, tomó la diestra de Agamenón Atrida y le dijo estas aladas palabras:

139 —¡Atrida! Aquiles, al contemplar la matanza y la derrota de los aqueos, debe de sentir que en el pecho se le regocija el corazón pernicioso, porque está totalmente falto de juicio. ¡Así pereciera y una deidad le cubriese de ignominia! Pero los bienaventurados dioses no se hallan irritados del todo contigo, y los caudillos y príncipes de los troyanos serán puestos en fuga y levantarán nubes de polvo en la llanura espaciosa; tú mismo los verás huir desde las tiendas y naves a la ciudad.

147 Cuando así hubo hablado, dio un gran alarido y empezó a correr por la llanura. Cual es la gritería de nueve o diez mil guerreros al trabarse la contienda de Ares, tan pujante fue la voz que el soberano Poseidón, que bate la tierra, arrojó de su pecho. Y el dios infundió valor en el corazón de todos los aqueos para que lucharan y combatieran sin descanso.

153 Hera, la de áureo trono, miró con sus ojos desde la cima del Olimpo, conoció a su hermano y cuñado, que se movía en la batalla donde se hacen ilustres los hombres, y se regocijó en el alma; pero vio a Zeus sentado en la más alta cumbre del Ida, abundante en manantiales, y se le hizo odioso en su corazón. Entonces Hera veneranda, la de ojos de novilla, pensaba cómo podría engañar a Zeus, que lleva la égida. Al fin parecióle que la mejor resolución sería ataviarse bien y encaminarse al Ida, por si Zeus, abrasándose en amor, quería dormir a su lado y ella lograba derramar dulce y placentero sueño sobre los párpados y el prudente espíritu del dios. Sin perder un instante, fuese a la habitación labrada por su hijo Hefesto —la cual tenía una sólida puerta con cerradura oculta que ninguna otra deidad sabía abrir—, entró, y, habiendo entornado la puerta, lavóse con ambrosía el cuerpo encantador y lo untó con un aceite craso, divino, suave y tan oloroso que, al moverlo en el palacio de Zeus, erigido sobre bronce, su fragancia se difundió por el cielo y la tierra. Ungido el hermoso cutis, se compuso el cabello y con sus propias manos formó los rizos lustrosos, bellos, divinales, que colgaban de la cabeza inmortal. Echóse enseguida el manto divino, adornado con muchas bordaduras, que Atenea le había labrado, y sujetólo al

pecho con broche de oro. Púsose luego un ceñidor que tenía cien borlones, y colgó de las perforadas orejas unos pendientes de tres piedras preciosas grandes como ojos, espléndidas, de gracioso brillo. Después, la divina entre las diosas se cubrió con un velo hermoso, nuevo, tan blanco como el sol, y calzó sus nítidos pies con bellas sandalias. Y cuando hubo ataviado su cuerpo con todos los adornos, salió de la estancia, y, llamando a Afrodita aparte de los dioses, hablóle en estos términos:

190 —¿Querrás complacerme, hija querida, en lo que yo te diga, o te negarás, irritada en tu ánimo, porque yo protejo a los dánaos y tú a los troyanos?

193 Respondióle Afrodita, hija de Zeus:

194 —¡Hera, venerable diosa, hija del gran Crono! Di qué quieres; mi corazón me impulsa a efectuarlo, si puedo hacerlo y ello es factible.

197 Contestóle dolosamente la venerable Hera:

198 —Dame el amor y el deseo con los cuales rindes a todos los inmortales y a los mortales hombres. Voy a los confines de la fértil tierra para ver a Océano, padre de los dioses, y a la madre Tetis, los cuales me recibieron de manos de Rea y me criaron y educaron en su palacio, cuando el largovidente Zeus puso a Crono debajo de la tierra y del mar estéril. Iré a visitarlos para dar fin a sus rencillas. Tiempo ha que se privan del amor y del tálamo, porque la cólera anidó en sus corazones. Si apaciguara con mis palabras su ánimo y lograra que reanudasen el amoroso consorcio, me llamarían siempre querida y venerable.

201 Respondió de nuevo la risueña Afrodita:

212 —No es posible ni sería conveniente negarte lo que Aides, pues duermes en los brazos del poderosísimo Zeus.

214 Dijo; y desató del pecho el cinto bordado, de variada labor, que encerraba todos los encantos: hallábanse allí el amor, el deseo, las amorosas pláticas y el lenguaje seductor que hace perder el juicio a los más prudentes. Púsolo en las manos de Hera, y pronunció estas palabras:

219 —Toma y esconde en tu seno el bordado ceñidor donde todo se halla. Yo te aseguro que no volverás sin haber logrado lo que tu corazón desea.

222 Así dijo. Sonrióse Hera veneranda, la de ojos de novilla; y, sonriente aún, escondió el ceñidor en el seno.

224 Afrodita, hija de Zeus, volvió a su morada y Hera dejó en raudo vuelo la cima del Olimpo, y, pasando por la Pieria y la deleitosa Ematia,

salvó las altas y nevadas cumbres de las montañas donde viven los jinetes tracios, sin que sus pies tocaran la tierra descendió por el Atos al fluctuoso ponto y llegó a Lemnos, ciudad del divino Toante. Allí se encontró con el Sueño, hermano de la Muerte, y, asiéndole de la diestra, le dijo estas palabras:

233 —¡Sueño, rey de todos los dioses y de todos los hombres! Si en otra ocasión escuchaste mi voz, obedéceme también ahora, y mi gratitud será perenne. Adormece los brillantes ojos de Zeus debajo de sus párpados, tan pronto como, vencido por el amor, se acueste conmigo. Te daré como premio un trono hermoso, incorruptible, de oro; y mi hijo Hefesto, el cojo de ambos pies, te hará un escabel que te sirva para apoyar las nítidas plantas, cuando asistas a los festines.

242 Respondióle el dulce Sueño:

243 —¡Hera, venerable diosa, hija del gran Crono! Fácilmente adormecería a cualquier otro de los sempiternos dioses y aun a las corrientes del río Océano, del cual son oriundos todos, pero no me acercaré ni adormeceré a Zeus Cronión, si él no lo manda. Me hizo cuerdo tu mandato el día en que el muy animoso hijo de Zeus se embarcó en Ilio, después de destruir la ciudad troyana. Entonces sumí en grato sopor la mente de Zeus, que lleva la égida, difundiéndome suave en torno suyo; y tú, que intentabas causar daño a Heracles, conseguiste que los vientos impetuosos soplaran sobre el ponto y lo llevaran a la populosa Cos, lejos de sus amigos. Zeus despertó y encendióse en ira: maltrataba a los dioses en el palacio, me buscaba a mí, y me hubiera hecho desaparecer, arrojándome del éter al ponto, si la Noche, que rinde a los dioses y a los hombres, no me hubiese salvado; lleguéme a ella huyendo, y aquél se contuvo, aunque irritado, porque temió hacer algo que a la rápida Noche desagradara. Y ahora me mandas realizar otra cosa peligrosísima.

263 Respondióle Hera veneranda, la de ojos de novilla:

264 —Oh Sueño, ¿por qué en la mente revuelves tales cosas? ¿Crees que el largovidente Zeus favorecerá tanto a los troyanos, como en la época en que se irritó protegía a su hijo Heracles? Ea, ve y prometo darte, para que te cases con ella y lleve el nombre de esposa tuya, la más joven de las Gracias [Pasitea, de la cual estás deseoso todos los días].

270 Así habló. Alegróse el Sueño, y respondió diciendo:

271 —Ea, jura por el agua inviolable de la Éstige, tocando con una mano la fértil tierra y con la otra el brillante mar, para que sean testigos los

dioses de debajo de la tierra que están con Crono, que me darás la más joven de las Gracias, Pasitea, de la cual estoy deseoso todos los días.

277 Así dijo. No desobedeció Hera, la diosa de los níveos brazos, y juró, como se le pedía, nombrando a todos los dioses subtartáreos, llamados Titanes. Prestado el juramento, partieron ocultos en una nube, dejaron atrás a Lemnos y la ciudad de Imbros, y siguiendo con rapidez el camino llegaron a Lecto, en el Ida, abundante en manantiales y criador de fieras; allí pasaron del mar a tierra firme, y anduvieron haciendo estremecer debajo de sus pies la cima de los árboles de la selva. Detúvose el Sueño antes que los ojos de Zeus pudieran verlo, y, encaramándose en un abeto altísimo que había nacido en el Ida y por el aire llegaba al éter, se ocultó entre las ramas como la montaraz ave canora llamada por los dioses calcis y por los hombres cymindis.

292 Hera subió ligera al Gárgaro, la cumbre más alta del Ida; Zeus, que amontona las nubes, la vio venir; y apenas la distinguió, enseñoreóse de su prudente espíritu el mismo deseo que, cuando gozaron las primicias del amor, acostándose a escondidas de sus padres. Y así que la tuvo delante, le habló diciendo:

298 —¡Hera! ¿Adónde vas, que tan presurosa vienes del Olimpo, sin los caballos y el carro que podrían conducirte?

300 Respondióle dolosamente la venerable Hera:

301 —Voy a los confines de la fértil tierra, a ver a Océano, origen de los dioses, y a la madre Tetis, que me recibieron de manos de Rea y me criaron y educaron en su palacio. Iré a visitarlos para dar fin a sus rencillas. Tiempo ha que se privan del amor y del tálamo, porque la cólera invadió sus corazones. Tengo al pie del Ida, abundante en manantiales, los corceles que me llevarán por tierra y por mar, y vengo del Olimpo a participártelo; no fuera que te irritaras si me encaminase, sin decírtelo, al palacio del Océano, de profunda corriente.

312 Contestó Zeus, que amontona las nubes:

313 —¡Hera! Allá se puede ir más tarde. Ea, acostémonos y gocemos del amor. Jamás la pasión por una diosa o por una mujer se difundió por mi pecho, ni me avasalló como ahora: nunca he amado así, ni a la esposa de Ixión, que parió a Pintoo consejero igual a los dioses; ni a Dánae Acrisiona, la de bellos talones, que dio a luz a Perseo, el más ilustre de los hombres; ni a la celebrada hija de Fénix, que fue madre de Minos y de Radamantis igual a un dios; ni a Sémele, ni a Alcmena en Teba, de la que tuve a Heracles, de

ánimo valeroso, y de Sémele a Dioniso, alegría de los mortales; ni a Deméter, la soberana de hermosas trenzas; ni a la gloriosa Leto; ni a ti misma: con tal ansia te amo en este momento y tan dulce es el deseo que de mí se apodera.

329 Replicóle dolosamente la venerable Hera:

330 —¡Terribilísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! ¡Quieres acostarte y gozar del amor en las cumbres del Ida, donde todo es patente! ¿Qué ocurriría si alguno de los sempiternos dioses nos viese dormidos y lo manifestara a todas las deidades? Yo no volvería a tu palacio al levantarme del lecho; vergonzoso fuera. Mas, si lo deseas y a tu corazón le es grato, tienes la cámara que tu hijo Hefesto labró, cerrando la puerta con sólidas tablas que encajan en el marco. Vamos a acostarnos allí, ya que el lecho apeteces.

341 Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

342 —¡Hera! No temas que nos vea ningún dios ni hombre: te cubriré con una nube dorada que ni el Sol, con su luz, que es la más penetrante de todas, podría atravesar para mirarnos.

346 Dijo, y el hijo de Crono estrechó en sus brazos a la esposa. La divina tierra produjo verde hierba, loto fresco, azafrán y jacinto espeso y tierno para levantarlos del suelo. Acostáronse allí y cubriéronse con una hermosa nube dorada, de la cual caían lucientes gotas de rocío.

352 Tan tranquilamente dormía el padre sobre el alto Gárgaro, vencido por el sueño y el amor y abrazado con su esposa. El dulce Sueño corrió hacia las naves aqueas para llevar la noticia al que ciñe y bate la tierra; y, deteniéndose cerca de él, pronunció estas aladas palabras:

357 —¡Poseidón! Socorre pronto a los dánaos y dales gloria, aunque sea breve, mientras duerme Zeus, a quien he sumido en dulce letargo, después que Hera, engañándole, logró que se acostara para gozar del amor.

361 Dicho esto, fuese hacia las ínclitas tribus de los hombres. Y Poseidón, más incitado que antes a socorrer a los dánaos, saltó enseguida a las primeras filas y les exhortó diciendo:

364 —¡Argivos! ¿Cederemos nuevamente la victoria a Héctor Priámida, para que se apodere de los bajeles y alcance gloria? Así se lo figura él y de ello se jacta, porque Aquiles permanece en las cóncavas naves con el corazón irritado. Pero Aquiles no hará gran falta, si los demás procuramos auxiliarnos mutuamente. Pero, ea, procedamos todos como voy a decir. Embrazad los escudos mayores y más fuertes que haya en el

ejército, cubríos la cabeza con el refulgente casco, coged las picas más largas, y pongámonos en marcha: yo iré delante, y no creo que Héctor Priámida, por enardecido que esté, se atreva a esperarnos. Y el varón, que siendo bravo, tenga un escudo pequeño para proteger sus hombros, déselo al menos valiente y tome otro mejor.

378 Así dijo, y ellos le escucharon y obedecieron. Los mismos reyes —el Tidida, Ulises y el Atrida Agamenón—, sin embargo de estar heridos, los pusieron en orden de batalla, y, recorriendo las hileras, hacían el cambio de las marciales armas. El esforzado tomaba las más fuertes y daba las peores al que le era inferior. Tan pronto como hubieron vestido el luciente bronce, se pusieron en marcha: precedíales Poseidón, que sacude la tierra, llevando en la robusta mano una espada terrible, larga y puntiaguda, que parecía un relámpago; y a nadie le era posible luchar con el dios en el funesto combate, porque el temor se lo impedía a todos.

388 Por su parte, el esclarecido Héctor puso en orden a los troyanos. Y Poseidón, el de cerúlea cabellera, y el preclaro Héctor, auxiliando éste a los troyanos y aquél a los argivos, extendieron el campo de la terrible pelea. El mar, agitado, llegó hasta las tiendas y naves de los argivos, y los combatientes se embistieron con gran alboroto. No braman tanto las olas del mar cuando, levantadas por el soplo terrible del Bóreas, se rompen en la tierra; ni hace tanto estrépito el ardiente fuego en la espesura del monte, al quemarse una selva; ni suena tanto el viento en las altas copas de las encinas, si arreciando muge; cuánto fue el griterío de troyanos y aqueos en el momento en que, vociferando de un modo espantoso, vinieron a las manos.

402 El preclaro Héctor arrojó el primero la lanza a Ayante, que contra él arremetía, y no le erró; pero acertó a darle en el sitio en que se cruzaban sobre el pecho la correa del escudo y el tahalí de la espada, guarnecida con argénteos clavos, y ambos protegieron el delicado cuerpo. Irritóse Héctor porque la lanza había sido arrojada inútilmente por su mano, y retrocedió hacia el grupo de sus amigos para evitar la muerte. El gran Ayante Telamonio, al ver que Héctor se retiraba, cogió una de las muchas piedras que servían para calzar las naves y rodaban entonces entre los pies de los combatientes, y con ella le hirió en el pecho, por cima del escudo, junto a la garganta; la piedra, lanzada con ímpetu, giraba como un torbellino. Como viene a tierra la encina arrancada de raíz por el rayo del padre Zeus, despidiendo un fuerte olor de azufre, y el que se halla cerca desfallece, pues

el rayo del gran Zeus es formidable, de igual manera, el robusto Héctor dio consigo en el suelo y cayó en el polvo: la pica se le fue de la mano, quedaron encima de él escudo y casco, y la armadura de labrado bronce resonó en torno del cuerpo. Los aqueos corrieron hacia Héctor, dando recias voces, con la esperanza de arrastrarlo a su campo; mas, aunque arrojaron muchas lanzas, no consiguieron herir al pastor de hombres, ni de cerca ni de lejos, porque fue rodeado por los más valientes troyanos —Polidamante, Eneas, el divino Agenor, Sarpedón, caudillo de los licios, y el eximio Glauco—, y los otros tampoco le abandonaron, pues se pusieron delante con sus rodelas. Los amigos de Héctor lo levantaron en brazos, sacáronlo del combate, condujéronle adonde tenía los ágiles corceles con el labrado carro y el auriga, y se lo llevaron hacia la ciudad, mientras daba profundos suspiros.

433 Mas, al llegar al vado del voraginoso Janto, río de hermosa corriente que el inmortal Zeus engendró, bajaron a Héctor del carro y le rociaron el rostro con agua: el héroe cobró los perdidos espíritus, miró a lo alto, y, poniéndose de rodillas, tuvo un vómito de negra sangre; luego cayó de espaldas, y la noche obscura cubrió sus ojos, porque aún tenía débil el ánimo a consecuencia del golpe recibido.

440 Los argivos, cuando vieron que Héctor se ausentaba, arremetieron con más ímpetu a los troyanos, y sólo pensaron en combatir. Entonces el veloz Ayante de Oileo fue el primero que, acometiendo con la puntiaguda lanza, hirió a Satnio Enópida, a quien una náyade había tenido de Énope, mientras éste apacentaba rebaños a orillas del Satnioente; Ayante Oilíada, famoso por su lanza, llegóse a él, le hirió en el ijar y le tumbó de espaldas; y, en torno del cadáver, troyanos y dánaos trabaron un duro combate. Fue a vengarle Polidamante Pantoida, hábil en blandir la lanza; e hirió en el hombro derecho a Protoenor, hijo de Areílico: la impetuosa lanza atravesó el hombro, y el guerrero, cayendo en el polvo, cogió el suelo con sus manos. Y Polidamante exclamó con gran jactancia y a voz en grito:

454 —No creo que el brazo robusto del valeroso Pantoida haya despedido la lanza en vano; algún argivo la recibió en su cuerpo, y me figuro que le servirá de báculo para apoyarse en ella y descender a la morada de Hades.

458 Así dijo. Sus jactanciosas palabras apesadumbraron a los argivos y conmovieron el corazón del aguerrido Ayante Telamoníada, a cuyo lado cayó Protoenor. En el acto arrojó Ayante una reluciente lanza a

Polidamante, que se retiraba; éste dio un salto oblicuo y evitóla, librándose de la negra muerte; pero en cambio la recibió Arquéloco, hijo de Anténor, a quien los dioses habían destinado a morir: la lanza se clavó en la unión de la cabeza con el cuello, en la extremidad de la vértebra, y cortó ambos ligamentos; cayó el guerrero, y cabeza, boca y narices llegaron al suelo antes que las piernas y las rodillas. Y Ayante, vociferando, al eximio Polidamante le decía:

470 —Reflexiona, oh Polidamante, y dime sinceramente: ¿La muerte de ese hombre no compensa la de Protoenor? No parece vil, ni de viles nacido, sino hermano o hijo de Anténor, domador de caballos, pues tiene el mismo aire de familia.

475 Así dijo, porque le conocía bien; y a los troyanos se les llenó el corazón de pesar. Entonces Acamante, que se hallaba junto al cadáver de su hermano para protegerlo, envasó la lanza a Prómaco, el beocio, cuando éste cogía por los pies al muerto e intentaba llevárselo. Y enseguida jactóse Acamante grandemente, dando recias voces:

479 —¡Argivos que sólo con el arco sabéis combatir y nunca os cansáis de proferir amenazas! El trabajo y los pesares no han de ser solamente para nosotros, y algún día recibiréis la muerte de este mismo modo. Mirad a Prómaco, que yace en el suelo, vencido por mi lanza, para que la venganza por la muerte de un hermano no sufra dilación. Por esto el hombre que es víctima de alguna desgracia, anhela dejar un hermano que pueda vengarle.

486 Así dijo. Sus jactanciosas frases apesadumbraron a los argivos y conmovieron el corazón del aguerrido Penéleo, que arremetió contra Acamante; el cual no aguardó la acometida del rey Penéleo. Éste hirió a Ilioneo, hijo único que a Forbante —hombre rico en ovejas y amado sobre todos los troyanos por Hermes, que le dio muchos bienes— su esposa le había parido: la lanza, penetrando por debajo de una ceja, le arrancó la pupila, le atravesó el ojo y salió por la nuca, y el guerrero vino al suelo con los brazos abiertos. Penéleo, desnudando la aguda espada, le cercenó la cabeza, que cayó a tierra con el casco; y, como la fornida lanza seguía clavada en el ojo, cogióla, levantó la cabeza cual si fuese una flor de adormidera, la mostró a los troyanos y, blasonando del triunfo, dijo:

501 —¡Teucros! Decid en mi nombre a los padres del ilustre Ilioneo que le lloren en su palacio; ya que tampoco la esposa de Prómaco

Alegenórida recibirá con alegre rostro a su marido cuando, embarcándonos, nos vayamos de Troya los aqueos.

506 Así habló. A todos les temblaban las carnes de miedo, y cada cual buscaba adónde huir para librarse de una muerte espantosa.

508 Decidme ahora, Musas, que poseéis olímpicos palacios, cuál fue el primer aqueo que alzó del suelo cruentos despojos, cuando el ilustre Poseidón, que bate la tierra, inclinó el combate en favor de los aqueos.

511 Ayante Telamonio, el primero, hirió a Hirtio Girtíada; Antíloco hizo perecer a Falces y a Mérmero, despojándolos luego de las armas; Meriones mató a Moris a Hipotión; Teucro quitó la vida a Protoón y Perifetes; y el Atrida hirió en el ijar a Hiperenor, pastor de hombres: el bronce atravesó los intestinos, el alma salió presurosa por la herida, y la obscuridad cubrió los ojos del guerrero. Y el veloz Ayante, hijo de Oileo, mató a muchos; porque nadie le igualaba en perseguir a los guerreros aterrorizados, cuando Zeus los ponía en fuga.

CANTO XV

Nueva ofensiva desde las naves

Zeus se despierta, y Apolo lleva a los troyanos a las posiciones de antes de la intervención de Poseidón: dentro del campamento aqueo. Guiados por Zeus atacan las naves aqueas y les ponen en fuga.

1 Cuando los troyanos hubieron atravesado en su huida el foso y la estacada, muriendo muchos a manos de los dánaos, llegaron al sitio donde tenían los corceles a hicieron alto amedrentados y pálidos de miedo. En aquel instante despertó Zeus en la cumbre del Ida, al lado de Hera, la de áureo trono. Levantóse y vio a los troyanos perseguidos por los aqueos, que los ponían en desorden, y, entre éstos, al soberano Poseidón. Vio también a Héctor tendido en la llanura y rodeado de amigos, jadeante, privado de conocimiento, vomitando sangre; que no fue el más débil de los aqueos quien le causó la herida. El padre de los hombres y de los dioses, compadeciéndose de él, miró con torva y terrible faz a Hera, y así le dijo:

14 —Tu engaño, Hera maléfica e incorregible, ha hecho que Héctor dejara de combatir y que sus tropas se dieran a la fuga. No sé si castigarte con azotes, para que seas la primera en gozar de tu funesta astucia. ¿Por ventura no te acuerdas de cuando estuviste colgada en lo alto y puse en tus pies sendos yunques, y en tus manos áureas e inquebrantables esposas? Te hallabas suspendida en medio del éter y de las nubes, los dioses del vasto Olimpo te rodeaban indignados, pero no podían desatarte —si entonces llego a coger a alguno, le arrojo de estos umbrales y llega a la tierra casi sin vida— y yo no lograba echar del corazón el continuo pesar que sentía por el divino Heracles, a quien tú, promoviendo una tempestad con el auxilio del viento Bóreas, arrojaste con perversa intención al mar estéril y llevaste luego a la populosa Cos; allí le libré de los peligros y le conduje nuevamente a Argos, criadora de caballos, después que hubo padecido muchas fatigas. Te lo recuerdo para que pongas fin a tus engaños y sepas si te será provechoso haber venido de la mansión de los dioses a burlarme con los goces del amor.

34 Así dijo. Estremecióse Hera veneranda, la de ojos de novilla, y hablándole pronunció estas aladas palabras:

36 —Sean testigos la Tierra y el anchuroso Cielo y el agua de la Éstige, de subterránea corriente —que es el juramento mayor y más terrible

para los bienaventurados dioses—, y tu cabeza sagrada y nuestro tálamo nupcial, por el que nunca juraría en vano: No es por mi consejo que Poseidón, el que sacude la tierra, daña a los troyanos y a Héctor y auxilia a los otros; quizás su mismo ánimo le incita e impele, y ha debido compadecerse de los aqueos al ver que son derrotados junto a las naves. Mas yo aconsejaría a Poseidón que fuera por donde tú, el de las sombrías nubes, le mandaras.

47 Así dijo. Sonrióse el padre de los hombres y de los dioses, y le respondió con estas aladas palabras:

49 —Si tú, Hera veneranda, la de ojos de novilla, cuando te sientas entre los inmortales estuvieras de acuerdo conmigo, Poseidón, aunque otra cosa mucho deseara, acomodaría muy pronto su modo de pensar al nuestro. Pero, si en este momento hablas franca y sinceramente, ve a la mansión de los dioses y manda venir a Iris y a Apolo, famoso por su arco; para que aquélla, encaminándose al ejército de los aqueos, de corazas de bronce, diga al soberano Poseidón que cese de combatir y vuelva a su palacio; y Febo Apolo incite a Héctor a la pelea, le infunda valor y le haga olvidar los dolores que le oprimen el corazón, a fin de que rechace nuevamente a los aqueos, los cuales llegarán en cobarde fuga a las naves, de muchos bancos, del Pelida Aquiles. Éste enviará a la lid a su compañero Patroclo, que morirá, herido por la lanza del preclaro Héctor, cerca de Ilio, después de quitar la vida a muchos jóvenes, y entre ellos al divino Sarpedón, mi hijo. Irritado por la muerte de Patroclo, el divino Aquiles matará a Héctor. Desde aquel instante haré que los troyanos sean perseguidos continuamente desde las naves, hasta que los aqueos tomen la excelsa Ilio. Y no cesará mi enojo, ni dejaré que ningún inmortal socorra a los dánaos, mientras no se cumpla el voto del Pelida, como lo prometí, asintiendo con la cabeza, el día en que la diosa Tetis abrazó mis rodillas y me suplicó que honrase a Aquiles, asolador de ciudades.

78 Así dijo. Hera, la diosa de los níveos brazos, no fue desobediente, y pasó de los montes ideos al vasto Olimpo. Como corre veloz el pensamiento del hombre que, habiendo viajado por muchas tierras, las recuerda en su reflexivo espíritu, y dice «estuve aquí o allí» y revuelve en la mente muchas cosas, tan rápida y presurosa volaba la venerable Hera, y pronto llegó al excelso Olimpo. Los dioses inmortales, que se hallaban reunidos en el palacio de Zeus, levantáronse al verla y le ofrecieron copas de néctar. Y Hera, rehusando las demás, aceptó la que le presentaba Temis, la de

hermosas mejillas, que fue la primera que corrió a su encuentro, y hablándole le dijo estas aladas palabras:

90 —¡Hera! ¿Por qué vienes con esa cara de espanto? Sin duda te atemorizó tu esposo, el hijo de Crono.

92 Respondióle Hera, la diosa de los níveos brazos:

93 —No me lo preguntes, diosa Temis; tú misma sabes cuán soberbio y despiadado es el ánimo de Zeus. Preside tú en el palacio el festín de los dioses, y oirás con los demás inmortales qué desgracias anuncia Zeus; figúrome que nadie, sea hombre o dios, se regocijará en el alma por más alegre que esté en el banquete.

100 Dichas estas palabras, sentóse la venerable Hera. Afligiéronse los dioses en la morada de Zeus. Aquélla, aunque con la sonrisa en los labios, no mostraba alegría en la frente, sobre las negras cejas. E indignada, exclamó:

104 —¡Cuán necios somos los que tontamente nos irritamos contra Zeus! Queremos acercarnos a él y contenerlo con palabras o por medio de la violencia; y él, sentado aparte, ni de nosotros hace caso, ni se le da nada, porque dice que en fuerza y poder es muy superior a todos los dioses inmortales. Por tanto sufrid los infortunios que respectivamente os envíe. Creo que al impetuoso Ares le ha ocurrido ya una desgracia; pues murió en la pelea Ascálafo, a quien amaba sobre todos los hombres y reconocía por su hijo.

113 Así habló. Ares bajó los brazos, golpeóse los muslos, y suspirando dijo:

115 —No os irritéis conmigo, vosotros los que habitáis olímpicos palacios, si voy a las naves de los aqueos para vengar la muerte de mi hijo; iría, aunque el destino hubiese dispuesto que me cayera encima el rayo de Zeus, dejándome tendido con los muertos, entre sangre y polvo.

119 Dijo, y mandó al Terror y a la Fuga que uncieran los caballos, mientras vestía las refulgentes armas. Mayor y más terrible hubiera sido entonces el enojo y la ira de Zeus contra los inmortales; pero Atenea, temiendo por todos los dioses, se levantó del trono, salió por el vestíbulo y, quitándole a Ares de la cabeza el casco, de la espalda el escudo y de la robusta mano la pica de bronce, que apoyó contra la pared, dirigió al impetuoso dios estas palabras:

128 —¡Loco, insensato! ¿Quieres perecer? En vano tienes oídos para oír, o has perdido la razón y la vergüenza. ¿No oyes lo que dice Hera, la

diosa de los níveos brazos, que acaba de ver a Zeus olímpico? ¿O deseas, acaso, tener que regresar al Olimpo a viva fuerza, triste y habiendo padecido muchos males, y causar gran daño a los otros dioses? Porque Zeus dejará enseguida a los altivos troyanos y a los aqueos, vendrá al Olimpo a promover tumulto entre nosotros, y castigará así al culpable como al inocente. Por esta razón te exhorto a templar tu enojo por la muerte del hijo. Algún otro superior a él en valor y fuerza ha muerto o morirá, porque es difícil conservar todas las familias de los hombres y salvar a todos los individuos.

142 Dicho esto, condujo a su asiento al furibundo Ares. Hera llamó afuera del palacio a Apolo y a Iris, la mensajera de los inmortales dioses, y les dijo estas aladas palabras:

146 —Zeus os manda que vayáis al Ida lo antes posible y, cuando hubiereis llegado a su presencia, haced lo que os encargue y ordene.

149 La venerable Hera, apenas acabó de hablar, volvió al palacio y se sentó en su trono. Ellos bajaron en raudo vuelo al Ida, abundante en manantiales y criador de fieras, y hallaron al largovidente Cronida sentado en la cima del Gárgaro, debajo de olorosa nube. Al llegar a la presencia de Zeus, que amontona las nubes, se detuvieron; y Zeus, al verlos, no se irritó, porque habían obedecido con presteza las órdenes de la querida esposa. Y, hablando primero con Iris, profirió estas aladas palabras:

158 —¡Anda, ve, rápida Iris! Anuncia esto al soberano Poseidón y no seas mensajera falaz: Mándale que, cesando de pelear y combatir, se vaya a la mansión de los dioses o al mar divino. Y si no quiere obedecer mis palabras y las desprecia, reflexione en su mente y en su corazón si, aunque sea poderoso, se atreverá a esperarme cuando me dirija contra él, pues le aventajo mucho en fuerza y edad, por más que en su ánimo no tema decirse igual a mí, a quien todos temen.

168 Así dijo. La veloz Iris, de pies veloces como el viento, no desobedeció; y bajó de los montes ideos a la sagrada Ilio. Como cae de las nubes la nieve o el helado granizo, a impulso del Bóreas, nacido en el éter; tan rápida y presurosa volaba la ligera Iris; y, deteniéndose cerca del ínclito Poseidón, así le dijo:

174 —Vengo, oh Poseidón, el de cerúlea cabellera, que ciñes la tierra, a traerte un mensaje de parte de Zeus, que lleva la égida. Te manda que, cesando de pelear y combatir, te vayas a la mansión de los dioses o al mar divino. Y si no quieres obedecer sus palabras y las desprecias, te amenaza

con venir a luchar contigo y te aconseja que evites sus manos; porque dice que te supera mucho en fuerza y edad, por más que en tu ánimo no temas decirte igual a él, a quien todos temen.

184 Respondióle muy indignado el ínclito Poseidón, que bate la tierra:

183 —¡Oh dioses! Con soberbia habla, aunque sea valiente, si dice que me sujetará por fuerza y contra mi querer a mí, que disfruto de sus mismos honores. Tres somos los hermanos hijos de Crono, a quienes Rea dio a luz: Zeus, yo y el tercero Hades, que reina en los infiernos. Todas las cosas se agruparon en tres porciones, y cada uno de nosotros participó del mismo honor. Yo saqué a la suerte habitar constantemente en el espumoso mar, tocáronle a Hades las tinieblas sombrías, correspondió a Zeus el anchuroso cielo en medio del éter y las nubes; pero la tierra y el alto Olimpo son de todos. Por tanto, no procederé según lo decida Zeus; y éste, aunque sea poderoso, permanezca tranquilo en la tercia parte que le pertenece. No pretenda asustarme con sus manos como si tratase con un cobarde. Mejor fuera que con esas vehementes palabras riñese a los hijos a hijas que engendró, pues éstos tendrían que obedecer necesariamente lo que les ordenaré.

200 Replicó la veloz Iris, de pies veloces como el viento:

201 —¿He de llevar a Zeus, oh Poseidón, de cerúlea cabellera, que ciñes la tierra, una respuesta tan dura y fuerte? ¿No querrías modificarla? La mente de los sensatos es flexible. Ya sabes que las Erinias se declaran siempre por los de más edad.

205 Contestó Poseidón, que sacude la tierra:

206 —¡Diosa Iris! Muy oportuno es cuanto acabas de decir. Bueno es que el mensajero comprenda lo que es conveniente. Pero el pesar me llega al corazón y al alma, cuando aquél quiere increpar con iracundas voces a quien el hado hizo su igual en suerte y destino. Ahora cederé, aunque estoy irritado. Mas te diré otra cosa y haré una amenaza: Si a despecho de mí, de Atenea, que impera en las batallas, de Hera, de Hermes y del rey Hefesto, conservare la excelsa Ilio e impidiere que, destruyéndola, alcancen los argivos una gran victoria, sepa que nuestra ira será implacable.

218 Cuando esto hubo dicho, el dios que bate la tierra desamparó a los aqueos y se sumergió en el mar; pronto los héroes aqueos le echaron de menos. Entonces Zeus, que amontona las nubes, dijo a Apolo:

221 —Ve ahora, querido Febo, a encontrar a Héctor, el de broncíneo casco. Ya el que ciñe y bate la tierra se fue al mar divino, para librarse de mi

terrible cólera; pues hasta los dioses que están en torno de Crono, debajo de la tierra, hubieran oído el estrépito de nuestro combate. Mucho mejor es para mí y para él que, temeroso, haya cedido a mi fuerza, porque no sin sudor se hubiera efectuado la lucha. Ahora, toma en tus manos la égida floqueada, agítala, y espanta a los héroes aqueos, y luego, cuídate, oh tú que hieres de lejos, del esclarecido Héctor e infúndele gran vigor, hasta que los aqueos lleguen, huyendo, a las naves y al Helesponto. Entonces pensaré lo que fuere conveniente hacer o decir para que los aqueos respiren de sus cuitas.

236 Así dijo, y Apolo no desobedeció a su padre. Descendió de los montes ideos, semejante al gavilán que mata a las palomas y es la más veloz de las aves, y halló al divino Héctor, hijo del belicoso Príamo, ya no postrado en el suelo, sino sentado: iba cobrando ánimo y aliento, y reconocía a los amigos que le circundaban, porque el ahogo y el sudor habían cesado desde que Zeus, que lleva la égida, decidió animar al héroe. Apolo, el que hiere de lejos, se detuvo a su lado y le dijo:

244 —¡Héctor, hijo de Príamo! ¿Por qué te encuentro sentado, lejos de los demás y desfallecido? ¿Te abruma algún pesar?

246 Con lánguida voz respondióle Héctor, el de tremolante casco:

247 —¿Quién eres tú, oh el mejor de los dioses, que vienes a mi presencia y me interrogas? ¿No sabes que Ayante, valiente en la pelea, me hirió en el pecho con una piedra, mientras yo mataba a sus compañeros junto a las naves de los aqueos, a hizo desfallecer mi impetuoso valor? Figurábame que vena hoy mismo a los muertos y la morada de Hades, porque ya iba a exhalar el alma.

253 Contestó el soberano Apolo, que hiere de lejos:

254 —Cobra ánimo. El Cronión te manda desde el Ida como defensor, para asistirte y ayudarte, a Febo Apolo, el de la áurea espada; a mí, que ya antes protegía tu persona y tu excelsa ciudad. Ea, ordena a tus muchos caudillos que guíen los veloces caballos hacia las cóncavas naves; y yo, marchando a su frente, allanaré el camino a los corceles y pondré en fuga a los héroes aqueos.

262 Dijo, e infundió un gran vigor al pastor de hombres. Como el corcel avezado a bañarse en la cristalina corriente de un río, cuando se ve atado en el establo come la cebada del pesebre, y rompiendo el ronzal sale trotando por la llanura, yergue orgulloso la cerviz, ondean las crines sobre su cuello y ufano de su lozanía mueve ligero las rodillas encaminándose al

sitio donde los caballos pacen, tan ligeramente movía Héctor pies y rodillas, exhortando a los capitanes, después que oyó la voz de Apolo. Así como, cuando perros y pastores persiguen a un cornígero ciervo o a una cabra montés que se refugia en escarpada roca o umbría selva, porque no estaba decidido por el hado que el animal fuese cogido; si, atraído por la gritería, se presenta un melenudo león, a todos los pone en fuga a pesar de su empeño; así también los dánaos avanzaban en tropel, hiriendo a sus enemigos con espadas y lanzas de doble filo; mas, al notar que Héctor recorría las hileras de los suyos, turbáronse y a todos se les cayó el alma a los pies.

281 Entonces Toante, hijo de Andremón y el más señalado de los etolios —era diestro en arrojar el dardo, valiente en el combate a pie firme y pocos aqueos vencíanle en el ágora cuando los jóvenes contendían sobre la elocuencia—, benévolo les arengó diciendo:

286 —¡Oh dioses! Grande es el prodigio que a mi vista se ofrece. ¡Cómo Héctor, librándose de las parcas, se ha vuelto a levantar! Gran esperanza teníamos de que hubiese sido muerto por Ayante Telamoníada; pero algún dios protegió y salvó nuevamente a Héctor, que ha quebrado las rodillas de muchos dánaos, como ahora volverá a hacerlo también, pues no sin la voluntad de Zeus tonante aparece tan resuelto al frente de sus tropas. Ea, procedamos todos como voy a decir. Ordenemos a la muchedumbre que vuelva a las naves, y cuantos nos gloriamos de ser los más valientes permanezcamos aquí y rechacémosle, yendo a su encuentro con las picas levantadas. Creo que, por embravecido que tenga el corazón, temerá penetrar por entre los dánaos.

300 Así dijo, y ellos le escucharon y obedecieron. Ayante, el rey Idomeneo, Teucro, Meriones y Meges, igual a Ares, llamando a los más valientes, los dispusieron para la batalla contra Héctor y los troyanos; y la turba se retiró a las naves aqueas.

306 Los troyanos acometieron apiñados, siguiendo a Héctor, que marchaba con arrogante paso. Delante del héroe iba Febo Apolo, cubierto por una nube, con la égida impetuosa, terrible, hirsuta, magnífica, que Hefesto, el broncista, diera a Zeus para que llevándola amedrentara a los hombres. Con ella en la mano, Apolo guiaba a las tropas.

311 Los argivos, apiñados también, resistieron el ataque. Levantóse en ambos ejércitos aguda gritería, las flechas saltaban de las cuerdas de los arcos y audaces manos arrojaban buen número de lanzas, de las cuales unas

pocas se hundían en el cuerpo de los jóvenes poseídos de marcial furor, y las demás clavábanse en el suelo; entre los dos campos, antes de llegar a la blanca carne de que estaban codiciosas. Mientras Febo Apolo tuvo la égida inmóvil, los tiros alcanzaban por igual a unos y a otros, y los hombres caían. Mas así que la agitó frente a los dánaos, de ágiles corceles, dando un fortísimo grito, debilitó el ánimo en los pechos de los aqueos y logró que se olvidaran de su impetuoso valor. Como ponen en desorden una vacada o un hato de ovejas dos fieras que se presentan muy entrada la obscura noche, cuando el guardián está ausente, de la misma manera, los aqueos huían desanimados, porque Apolo les infundió terror y dio gloria a Héctor y a los troyanos.

328 Entonces, ya extendida la batalla, cada caudillo troyano mató a un hombre. Héctor dio muerte a Estiquio y a Arcesilao: éste era caudillo de los beocios, de broncíneas corazas; el otro, compañero fiel del magnánimo Menesteo. Eneas hizo perecer a Medonte y a Jaso; de los cuales el primero era hijo bastardo del divino Oileo y hermano de Ayante, y habitaba en Fílace, lejos de su patria, por haber muerto a un hermano de su madrastra Eriópide, y Jaso, caudillo de los atenienses, era conocido como hijo de Esfelo Bucólida. Polidamante quitó la vida a Mecisteo, Polites a Equio al trabarse el combate, y el divino Agenor a Clonio. Y Paris arrojó su lanza a Deíoco, que huía por entre los combatientes delanteros; le hirió en la extremidad del hombro, y el bronce salió al otro lado.

343 En tanto que los troyanos despojaban de las armas a los muertos, los aqueos, arrojándose al foso y a la estacada, huían por todas partes y penetraban en el muro, constreñidos por la necesidad. Y Héctor exhortaba a los troyanos, diciendo a voz en grito:

347 —Arrojaos a las naves y dejad los cruentos despojos. Al que yo encuentre lejos de los bajeles, allí mismo le daré muerte, y luego sus hermanos y hermanas no le entregarán a las llamas, sino que lo despedazarán los perros fuera de la ciudad.

352 En diciendo esto, azotó con el látigo el lomo de los caballos; y, mientras atravesaba las filas, animaba a los troyanos. Éstos, dando amenazadores gritos, guiaban los corceles de los carros con fragor inmenso; y Febo Apolo, que iba delante, holló con sus pies las orillas del foso profundo, echó la tierra dentro y formó un camino largo y tan ancho como la distancia que media entre el hombre que arroja una lanza para probar su fuerza y el sitio donde la misma cae. Por allí se extendieron en buen orden;

y Apolo, que con la égida preciosa iba a su frente, derribaba el muro de los aqueos, con la misma facilidad con que un niño, jugando en la playa, desbarata con los pies y las manos lo que de arena había construido. Así tú, Febo, que hieres de lejos, destruías la obra que había costado a los aqueos muchos trabajos y fatigas, y a ellos los ponías en fuga.

367 Los aqueos no pararon hasta las naves, y allí se animaban unos a otros, y con los brazos alzados, profiriendo grandes voces, imploraban el auxilio de las deidades. Y especialmente Néstor gerenio, protector de los aqueos, oraba levantando las manos al estrellado cielo:

372 —¡Padre Zeus! Si alguien en Argos, abundante en trigales, quemó en tu obsequio pingües muslos de buey o de oveja, y te pidió que lograra volver a su patria, y tú se lo prometiste asintiendo; acuérdate de ello, oh Olímpico, aparta de nosotros el día funesto, y no permitas que los aqueos sucumban a manos de los troyanos.

377 Así dijo rogando. El próvido Zeus atendió las preces del anciano Nelida, y tronó fuertemente.

379 Los troyanos, al oír el trueno de Zeus, que lleva la égida, arremetieron con más furia a los argivos, y sólo en combatir pensaron. Como las olas del vasto mar salvan el costado de una nave y caen sobre ella, cuando el viento arrecia y las levanta a gran altura, así los troyanos pasaron el muro, e, introduciendo los carros, peleaban junto a las popas con lanzas de doble filo; mientras los aqueos, subidos en las negras naves, se defendían con pértigas largas, fuertes, de punta de bronce, que para los combates navales llevaban en aquéllas.

390 Mientras aqueos y troyanos combatieron cerca del muro, lejos de las veleras naves, Patroclo permaneció en la tienda del bravo Eurípilo, entreteniéndole con la conversación y curándole la grave herida con drogas que mitigaron los acerbos dolores. Mas, al ver que los troyanos asaltaban con ímpetu el muro y se producía clamoreo y fuga entre los dánaos, gimió; y, bajando los brazos, golpeóse los muslos, suspiró y dijo:

399 —¡Eurípilo! Ya no puedo seguir aquí, aunque me necesites, porque se ha trabado una gran batalla. Te cuidará el escudero, y yo volveré presuroso a la tienda de Aquiles para incitarle a pelear. ¿Quién sabe si con la ayuda de algún dios conmoveré su ánimo? Gran fuerza tiene la exhortación de un compañero.

405 Dijo, y salió. Los aqueos sostenían firmemente la acometida de los troyanos, pero, aunque éstos eran menos, no podían rechazarlos de las

naves; y tampoco los troyanos lograban romper las falanges de los dánaos y entrar en sus tiendas y bajeles. Como la plomada nivela el mástil de un navío en manos del hábil constructor que conoce bien su arte por habérselo enseñado Atenea, de la misma manera andaba igual el combate y la pelea, y unos luchaban en torno de unas naves y otros alrededor de otras.

415 Héctor fue a encontrar al glorioso Ayante; y, luchando los dos por una nave, ni aquél conseguía arredrar a éste y pegar fuego a los bajeles, ni éste lograba rechazar a aquél, a quien un dios había acercado al campamento. Entonces el esclarecido Ayante dio una lanzada en el pecho a Calétor, hijo de Clito, que iba a echar fuego en un barco: el troyano cayó con estrépito, y la tea desprendióse de su mano. Y Héctor, como viera con sus ojos que su primo caía en el polvo delante de la negra nave, exhortó a troyanos y licios, diciendo a grandes voces:

425 —¡Troyanos, licios, dárdanos, que cuerpo a cuerpo peleáis! No dejéis de combatir en esta angostura; defended el cuerpo del hijo de Clito, que cayó en la pelea junto a las naves, para que los aqueos no lo despojen de las armas.

429 Dichas estas palabras, arrojó a Ayante la luciente pica y erró el tiro; pero, en cambio, hirió a Licofrón de Citera, hijo de Mástor y escudero de Ayante, en cuyo palacio vivía desde que en aquella ciudad mató a un hombre: el agudo bronce penetró en la cabeza por encima de una oreja; y el guerrero, que se hallaba junto a Ayante, cayó de espaldas desde la nave al polvo de la tierra, y sus miembros quedaron sin vigor. Estremecióse Ayante, y dijo a su hermano:

437 —¡Querido Teucro! Nos han muerto al Mastórida, el compañero fiel a quien honrábamos en el palacio como a nuestros padres, desde que vino de Citera. El magnánimo Héctor le quitó la vida. Pero ¿dónde tienes las mortíferas flechas y el arco que te dio Febo Apolo?

442 Así dijo. Oyóle Teucro y acudió corriendo, con el flexible arco y el carcaj lleno de flechas; y una vez a su lado, comenzó a disparar saetas contra los troyanos. E hirió a Clito, preclaro hijo de Pisénor y compañero del ilustre Polidamante Pantoida, que con las riendas en la mano dirigía los corceles adonde más falanges en montón confuso se agitaban, para congraciarse con Héctor y los troyanos; pero pronto ocurrióle la desgracia, de que nadie, por más que lo deseara, pudo librarle: la dolorosa flecha se le clavó en el cuello por detrás; el guerrero cayó del carro, y los corceles retrocedieron arrastrando con estrépito el carro vacío. Al notarlo

Polidamante, su dueño, se adelantó y los detuvo; entrególos a Astínoo, hijo de Protiaón, con el encargo de que los tuviera cerca, y se mezcló de nuevo con los combatientes delanteros.

458 Teucro sacó otra flecha para tirarla a Héctor, armado de bronce; y, si hubiese conseguido herirlo y quitarle la vida mientras peleaba valerosamente, con ello diera final al combate que junto a las naves aqueas se sostenía. Mas no dejó de advertirlo en su mente el próvido Zeus, y salvó la vida a Héctor, a la vez que privaba de gloria a Teucro Telamonio, rompiéndole a éste la cuerda del magnífico arco cuando lo tendía: la flecha, que el bronce hacía ponderosa, torció su camino, y el arco cayó de las manos del guerrero. Estremecióse Teucro, y dijo a su hermano:

467 —¡Oh dioses! Alguna deidad que quiere frustrar nuestros medios de combate me quitó el arco de la mano y rompió la cuerda recién torcida, que até esta mañana para que pudiera despedir, sin romperse, multitud de flechas.

471 Respondióle el gran Ayante Telamonio:

472 —¡Oh amigo! Deja quieto el arco con las abundantes flechas, ya que un dios lo inutilizó por odio a los dánaos; toma una larga pica y un escudo que cubra tus hombros, pelea contra los troyanos y anima a la tropa. Que aun siendo vencedores, no tomen sin trabajo las naves de muchos bancos. Sólo en combatir pensemos.

478 Así dijo. Teucro dejó el arco en la tienda, colgó de sus hombros un escudo formado por cuatro pieles, cubrió la robusta cabeza con un labrado casco, cuyo penacho de crines de caballo ondeaba terriblemente en la cimera, asió una fuerte lanza de aguzada broncínea punta, salió y volvió corriendo al lado de Ayante.

484 Héctor, al ver que las saetas de Teucro quedaban inútiles, exhortó a los troyanos y a los licios, gritando recio:

486 —¡Troyanos, licios, dárdanos, que cuerpo a cuerpo combatís! Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso valor junto a las cóncavas naves; pues acabo de ver con mis ojos que Zeus ha dejado inútiles las flechas de un eximio guerrero. El influjo de Zeus lo reconocen fácilmente así los que del dios reciben excelsa gloria, como aquéllos a quienes abate y no quiere socorrer: ahora debilita el valor de los argivos y nos favorece a nosotros. Combatid juntos cerca de los bajeles; y quien sea herido mortalmente, de cerca o de lejos, cumpliéndose su destino, muera; que será honroso para él morir combatiendo por la patria, y su esposa a hijos se

verán salvos, y su casa y hacienda no padecerán menoscabo, si los aqueos regresan en las naves a su patria tierra.

500 Así diciendo les excitó a todos el valor y la fuerza. Ayante, a su vez, exhortó asimismo a sus compañeros:

502 —¡Qué vergüenza, argivos! Ya llegó el momento de morir o de salvarse rechazando de las naves a los troyanos. ¿Esperáis acaso volver a pie a la patria tierra, si Héctor, el de tremolante casco, toma los bajeles? ¿No oís cómo anima a todos los suyos y desea quemar las naves? No les manda que vayan a un baile, sino que peleen. No hay mejor pensamiento o consejo para nosotros que éste: combatir cuerpo a cuerpo y valerosamente con el enemigo. Es preferible morir de una vez o asegurar la vida, a dejarse matar paulatina e infructuosamente en la terrible contienda, junto a las naves, por guerreros que nos son inferiores.

514 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Entonces Héctor mató a Esquedio, hijo de Perimedes y caudillo de los focios; Ayante quitó la vida a Laodamante, hijo ilustre de Anténor, que mandaba los peones, y Polidamante acabó con Oto de Cilene, compañero del Filida y jefe de los magnánimos epeos. Meges, al verlo, arremetió con la lanza a Polidamante; pero éste hurtó el cuerpo —Apolo no quiso que el hijo de Pántoo sucumbiera entre los combatientes delanteros—, y aquél hirió en medio del pecho a Cresmo, que cayó con estrépito, y el aqueo le despojó de la armadura que cubría sus hombros. En tanto, Dólope Lampétida, hábil en manejar la lanza (Lampo Laomedontíada había engendrado este hijo bonísimo, que estuvo dotado de impetuoso valor), se lanzó contra el Filida y, acometiéndole de cerca, diole un bote en el centro del escudo; pero el Filida se salvó, gracias a una fuerte coraza que protegía su cuerpo, la cual había sido regalada en otro tiempo a Fileo en Éfira, a orillas del río Seleente, por su huésped el rey Eufetes, para que en la guerra le defendiera de los enemigos, y entonces libró de la muerte a su hijo Meges. Éste, a su vez, dio una lanzada a Dólope en la parte inferior de la cimera del broncíneo casco, adornado con crines de caballo, rompióla y derribó en el polvo el penacho recién teñido de vistosa púrpura. Y mientras Dólope seguía combatiendo con la esperanza de vencer, el belicoso Menelao fue a ayudar a Meges; y, poniéndose a su lado sin ser visto, clavó la lanza en la espalda de aquél: la punta impetuosa salió por el pecho, y el guerrero cayó de cara. Ambos caudillos corrieron a quitarle la broncínea armadura de los hombros; y Héctor exhortaba a todos sus deudos e increpaba especialmente

al esforzado Melanipo Hicetaónida; el cual, antes de presentarse los enemigos, apacentaba flexipedes bueyes en Percote, y, cuando llegaron los dánaos en las encorvadas naves, fuese a Ilio, sobresalió entre los troyanos y habitó el palacio de Príamo, que le honraba como a sus hijos. A Melanipo, pues, le reprendía Héctor, diciendo:

553 ¿Seremos tan indolentes, Melanipo? ¿No te conmueve el corazón la muerte del primo? ¿No ves cómo tratan de llevarse las armas de Dólope? Sígueme; que ya es necesario combatir de cerca con los argivos, hasta que los destruyamos o arruinen ellos la excelsa Ilio desde su cumbre y maten a los ciudadanos.

559 Habiendo hablado así, echó a andar, y siguióle el varón, que parecía un dios. A su vez, el gran Ayante Telamonio exhortó a los argivos:

561 —¡Oh amigos! ¡Sed hombres, mostrad que tenéis un corazón pundonoroso, y avergonzaos de parecer cobardes en el duro combate! De los que sienten este temor, son más los que se salvan que los que mueren; los que huyen no alcanzan gloria ni socorro alguno.

565 Así dijo; y ellos, que ya antes deseaban derrotar al enemigo, pusieron en su corazón aquellas palabras y cercaron las naves con un muro de bronce. Zeus incitaba a los troyanos contra los aqueos. Y Menelao, valiente en la pelea, exhortó a Antíloco:

569 —¡Antíloco! Ningún aqueo de los presentes es más joven que tú, ni más ligero de pies, ni tan fuerte en el combate. Si arremetieses a los troyanos a hirieras a alguno…

572 Así dijo, y alejóse de nuevo. Antíloco, animado, saltó más allá de los combatientes delanteros; y, revolviendo el rostro a todas partes, arrojó la luciente lanza. Al verlo, huyeron los troyanos. No fue vano el tiro, pues hirió en el pecho, cerca de la tetilla, a Melanipo, animoso hijo de Hicetaón, que acababa de entrar en combate: el troyano cayó con estrépito, y la obscuridad cubrió sus ojos. Como el perro se abalanza al cervato herido por una flecha que al saltar de la madriguera le tira un cazador, dejándole sin vigor los miembros, así el belicoso Antíloco se arrojó sobre ti, oh Melanipo, para quitarte la armadura. Mas no pasó inadvertido para el divino Héctor; el cual, corriendo por el campo de batalla, fue al encuentro de Antíloco; y éste, aunque era luchador brioso, huyó sin esperarle, parecido a la fiera que causa algún daño, como matar a un perro o a un pastor junto a sus bueyes, y huye antes que se reúnan muchos hombres; así huyó el Nestórida; y sobre él, los troyanos y Héctor, promoviendo inmenso alboroto hacían llover

dolorosos tiros. Y Antíloco, tan pronto como llegó a juntarse con sus compañeros, se detuvo y volvió la cara al enemigo.

592 Los troyanos, semejantes a carniceros leones, asaltaban las naves y cumplían los designios de Zeus, el cual les infundía continuamente gran valor y les excitaba a combatir, y al propio tiempo abatía el ánimo de los argivos, privándoles de la gloria del triunfo, porque deseaba en su corazón dar gloria a Héctor Priámida, a fin de que éste arrojase el abrasador y voraz fuego en las corvas naves, y se efectuara de todo en todo la funesta súplica de Tetis. El próvido Zeus sólo aguardaba ver con sus ojos el resplandor de una nave incendiada, pues desde aquel instante haría que los troyanos fuesen perseguidos desde las naves y daría gloria a los dánaos. Pensando en tales cosas, el dios incitaba a Héctor Priámida, ya de por sí muy enardecido, a encaminarse hacia las cóncavas naves. Como se enfurece Ares blandiendo la lanza, o se embravece el pernicioso fuego en la espesura de poblada selva, así se enfurecía Héctor: su boca estaba cubierta de espuma, los ojos le centelleaban debajo de las torvas cejas y el casco se agitaba terriblemente en sus sienes mientras peleaba. Y desde el éter Zeus protegía únicamente a Héctor, entre tantos hombres, y le daba honor y gloria; porque el héroe debía vivir poco, y ya Palas Atenea apresuraba la llegada del día fatal en que había de sucumbir a manos del Pelida. Héctor deseaba romper las filas de los combatientes, y probaba por donde veía mayor turba y mejores armas; mas, aunque ponía gran empeño, no pudo conseguirlo, porque los dánaos, dispuestos en columna cerrada, hicieron frente al enemigo. Cual un peñasco escarpado y grande, que en la ribera del espumoso mar resiste el ímpetu de los sonoros vientos y de las ingentes olas que allí se rompen, así los dánaos aguardaban a pie firme a los troyanos y no huían. Y Héctor, resplandeciente como el fuego, saltó al centro de la turba como la ola impetuosa levantada por el viento cae desde lo alto sobre la ligera nave, llenándola de espuma, mientras el soplo terrible del huracán brama en las velas y los marineros tiemblan amedrentados porque se hallan muy cerca de la muerte, de tal modo vacilaba el ánimo en el pecho de los aqueos. Como dañino león acomete un rebaño de muchas vacas que pacen a orillas de extenso lago y son guardadas por un pastor que, no sabiendo luchar con las fieras para evitar la muerte de alguna vaca de retorcidos cuernos, va siempre con las primeras o con las últimas reses; y el león salta al centro, devora una vaca y las demás huyen espantadas, así los aqueos todos fueron puestos en fuga por Héctor y el padre Zeus, pero Héctor mató a uno solo, a

Perifetes de Micenas, hijo de aquel Copreo que llevaba los mensajes del rey Euristeo al fornido Heracles. De este padre obscuro nació tal hijo, que superándole en toda clase de virtudes, en la carrera y en el combate, campeó por su talento entre los primeros ciudadanos de Micenas y entonces dio a Héctor gloria excelsa. Pues al volverse tropezó con el borde del escudo que le cubría de pies a cabeza y que llevaba para defenderse de los tiros, y, enredándose con él, cayó de espaldas, y el casco resonó de un modo horrible en torno de las sienes. Héctor lo advirtió enseguida, acudió corriendo, metió la pica en el pecho de Perifetes y le mató cerca de sus mismos compañeros que, aunque afligidos, no pudieron socorrerle, pues temían mucho al divino Héctor.

653 Por fin llegaron a las naves. Defendíanse los argivos detrás de las que se habían sacado primero a la playa, y los troyanos fueron a perseguirlos: Aquéllos, al verse obligados a retirarse de las primeras naves, se colocaron apiñados cerca de las tiendas, sin dispersarse por el ejército porque la vergüenza y el temor se lo impedían, y mutua e incesantemente se exhortaban. Y especialmente Néstor, protector de los aqueos, dirigíase a todos los guerreros, y en nombre de sus padres así les suplicaba:

661 —¡Oh amigos! Sed hombres y mostrad que tenéis un corazón pundonoroso delante de los demás varones. Acordaos de los hijos, de las esposas, de los bienes, y de los padres, vivan aún o hayan fallecido. En nombre de estos ausentes os suplico que resistáis firmemente y no os entreguéis a la fuga.

667 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Entonces Atenea les quitó de los ojos la densa y divina nube que los cubría, y apareció la luz por ambos lados, en las naves y en la lid sostenida por los dos ejércitos con igual tesón. Vieron a Héctor, valiente en la pelea, y a sus propios compañeros, así a cuantos estaban detrás de los bajeles y no combatían, como a los que junto a las veleras naves daban batalla al enemigo.

674 No le era grato al corazón del magnánimo Ayante permanecer donde los demás aqueos se habían retirado; y el héroe, andando a paso largo, iba de nave en nave llevando en la mano una gran percha de combate naval que medía veintidós codos y estaba reforzada con clavos. Como un diestro cabalgador escoge cuatro caballos entre muchos, los guía desde la llanura a la gran ciudad por la carretera, muchos hombres y mujeres le admiran, y él salta continuamente y con seguridad del uno al otro, mientras

los corceles vuelan; así Ayante, andando a paso seguido, recorría las cubiertas de muchas naves y su voz llegaba al éter. Sin cesar daba horribles gritos, para exhortar a los dánaos a defender naves y tiendas. Tampoco Héctor permanecía en la turba de los troyanos, armados de fuertes corazas: como el águila negra se echa sobre una bandada de alígeras aves —gansos, grullas o cisnes cuellilargos— que están comiendo a orillas de un río; así Héctor corría en derechura a una nave de negra proa, empujado por la mano poderosa de Zeus, y el dios incitaba también a la tropa para que le acompañara.

696 De nuevo se trabó un reñido combate al pie de los bajeles. Hubieras dicho que, sin estar cansado ni fatigados, comenzaban entonces a pelear. ¡Con tal denuedo luchaban! He aquí cuáles eran sus respectivos pensamientos: los aqueos no creían escapar de aquel desastre, sino perecer; los troyanos esperaban en su corazón incendiar las naves y matar a los héroes aqueos. Y con estas ideas asaltábanse unos a otros.

704 Héctor llegó a tocar la popa de una nave surcadora del ponto, bella y de curso rápido; aquélla en que Protesilao llegó a Troya y que luego no había de llevarle otra vez a la patria tierra. Por esta nave se mataban los aqueos y los troyanos: sin aguardar desde lejos los tiros de flechas y dardos, combatían de cerca y con igual ánimo, valiéndose de agudas hachas, segures, grandes espadas y lanzas de doble filo. Muchas hermosas dagas, de obscuro recazo, provistas de mango, cayeron al suelo, ya de las manos, ya de los hombros de los combatientes; y la negra tierra manaba sangre. Héctor, desde que cogió la popa, no la soltaba y, teniendo entre sus manos la parte superior de la misma, animaba a los troyanos:

718 —¡Traed fuego, y todos apiñados, trabad la batalla! Zeus nos concede un día que lo compensa todo, pues vamos a tomar las naves que vinieron contra la voluntad de los dioses y nos han ocasionado muchas calamidades por la cobardía de los viejos, que no me dejaban pelear cerca de aquéllas y detenían al ejército. Mas, si entonces el largovidente Zeus ofuscaba nuestra razón, ahora él mismo nos impele y anima.

726 Así dijo; y ellos acometieron con mayor ímpetu a los argivos. Ayante ya no resistió, porque estaba abrumado por los tiros: temiendo morir, dejó la cubierta, retrocedió hasta un banco de remeros que tenía siete pies, púsose a vigilar, y con la pica apartaba del navío a cuantos llevaban el voraz fuego, en tanto que exhortaba a los dánaos con espantosos gritos:

733 —¡Oh amigos, héroes dánaos, servidores de Ares! Sed hombres y mostrad vuestro impetuoso valor. ¿Creéis, por ventura, que hay a nuestra espalda otros defensores o un muro más sólido que libre a los hombres de la muerte? Cerca de aquí no existe ciudad alguna defendida con torres, en la que hallemos refugio y cuyo pueblo nos dé auxilio para alcanzar ulterior victoria; sino que por hallamos en la llanura de los troyanos, de fuertes corazas, a orillas del mar y lejos de la patria tierra. La salvación, por consiguiente, está en los puños; no en ser flojos en la pelea.

742 Dijo, y acometió furioso con la aguda lanza. Y cuantos troyanos, movidos por las excitaciones de Héctor, quisieron llevar ardiente fuego a las cóncavas naves, a todos los hirió Ayante con su larga pica. Doce fueron los que hirió de cerca, delante de los bajeles.

CANTO XVI

Patroclea

Al advertirlo, Patroclo suplica a Aquiles que rechace al enemigo; y, no consiguiéndolo, le ruega que, por lo menos, le preste sus armas y le permita ponerse al frente de los mirmidones para ahuyentar a los troyanos. Accede Aquiles, y le recomienda que se vuelva atrás cuando los haya echado de las naves, pues el destino no le tiene reservada la gloria de apoderarse de Troya. Mas Patroclo, enardecido por sus hazañas, entre ellas la de dar muerte a Sarpedón, hijo de Zeus, persigue a los troyanos por la llanura hasta que Apolo le desata la coraza. Euforbo lo hiere y Héctor lo mata.

1 Así peleaban por la nave de muchos bancos. Patroclo se presentó a Aquiles, pastor de hombres, derramando ardientes lágrimas como fuente profunda que vierte sus aguas sombrías por escarpada roca. Tan pronto como le vio el divino Aquiles, el de los pies ligeros, compadecióse de él y le dijo estas aladas palabras:

7 —¿Por qué lloras, Patroclo, como una niña que va con su madre y deseando que la tome en brazos, la tira del vestido, la detiene a pesar de que lleva prisa, y la mira con ojos llorosos para que la levante del suelo? Como ella, oh Patroclo, derramas tiernas lágrimas. ¿Vienes a participarnos algo a los mirmidones o a mí mismo? ¿Supiste tú solo alguna noticia de Ftía? Dicen que Menecio, hijo de Áctor, existe aún; vive también Peleo Eácida entre los mirmidones, y es la muerte de aquél o de éste lo que más nos podría afligir. ¿O lloras quizás porque los argivos perecen, cerca de las cóncavas naves, por la injusticia que cometieron? Habla, no me ocultes lo que piensas, para que ambos lo sepamos.

20 Dando profundos suspiros, respondiste así, caballero Patroclo:

21 —¡Oh Aquiles, hijo de Peleo, el más valiente de los aqueos! No te irrites, porque es muy grande el pesar que los abruma. Los que antes eran los más fuertes, heridos unos de cerca y otros de lejos, yacen en las naves —con arma arrojadiza fue herido el poderoso Diomedes Tidida; con la pica Ulises, famoso por su lanza, y Agamenón; a Eurípilo flecháronle en el muslo—, y los médicos, que conocen muchas drogas, ocúpanse en curarles las heridas. Tú, Aquiles, eres implacable. ¡Jamás se apodere de mí rencor como el que guardas! ¡Oh tú, que tan mal empleas el valor! ¿A quién podrás ser útil más tarde, si ahora no salvas a los argivos de muerte indigna?

¡Despiadado! No fue tu padre el jinete Peleo, ni Tetis tu madre; el glauco mar o las escarpadas rocas debieron de engendrarte, porque tu espíritu es cruel. Si te abstienes de combatir por algún vaticinio que tu veneranda madre, enterada por Zeus, te haya revelado, envíame a mí con los demás mirmidones, por si llego a ser la aurora de la salvación de los dánaos; y permite que cubra mis hombros con tu armadura para que los troyanos me confundan contigo y cesen de pelear, los belicosos dánaos que tan abatidos están se reanimen y la batalla tenga su tregua, aunque sea por breve tiempo. Nosotros, que no nos hallamos extenuados de fatiga, rechazaríamos fácilmente de las naves y de las tiendas hacia la ciudad a esos hombres que de pelear están cansados.

46 Así le suplicó el muy insensato; y con ello llamaba a la terrible muerte y a la parca. Aquiles, el de los pies ligeros, le contestó muy indignado:

49 —¡Ay de mí, Patroclo, del linaje de Zeus, qué dijiste! No me abstengo por ningún vaticinio que sepa y tampoco la veneranda madre me dijo nada de parte de Zeus, sino que se me oprime el corazón y el alma cuando un hombre, porque tiene más poder, quiere privar a su igual de lo que le corresponde y le quita la recompensa. Tal es el gran pesar que tengo, a causa de las contrariedades que mi ánimo ha padecido. La joven que los aqueos me adjudicaron como recompensa y que había conquistado con mi lanza, al tomar una bien murada ciudad, el rey Agamenón Atrida me la quitó como si yo fuera un miserable advenedizo. Mas dejemos lo pasado, no es posible guardar siempre la ira en el corazón, aunque había resuelto no deponer la cólera hasta que la gritería y el combate llegaran a mis bajeles. Cubre tus hombros con mi magnífica armadura, ponte al frente de los belicosos mirmidones y llévalos a la pelea; pues negra nube de troyanos cerca ya las naves con gran ímpetu, y los argivos, acorralados en la orilla del mar, sólo disponen de un corto espacio. Toda la ciudad de los troyanos ha comparecido confiadamente, porque no ven mi reluciente casco. Pronto huirían llenando de muertos los fosos, si el rey Agamenón fuera justo conmigo; mientras que ahora combaten alrededor de nuestro ejército. Ya la mano de Diomedes Tidida no blande furiosamente la lanza para librar a los dánaos de la muerte, ni he oído un solo grito que viniera de la odiosa cabeza del Atrida: sólo resuena la voz de Héctor, matador de hombres, animando a los troyanos, que con voceno ocupan toda la llanura y vencen en la batalla a los aqueos. Pero tú, Patroclo, échate impetuosamente sobre ellos y aparta de

las naves esa peste; no sea que, pegando ardiente fuego a los bajeles, nos priven de la deseada vuelta. Haz cuanto te voy a decir, para que me procures mucha honra y gloria ante todos los dánaos, y éstos me devuelvan la muy hermosa joven y me hagan además espléndidos regalos. Tan luego como los alejes de las naves, vuelve atrás; y, aunque el tonante esposo de Hera te dé gloria, no quieras luchar sin mí contra los belicosos troyanos, pues contribuirías a mi deshonra. Y tampoco, estimulado por el combate y la pelea, te encamines, matando enemigos, a Ilio; no sea que alguno de los sempiternos dioses baje del Olimpo, pues a los troyanos los quiere mucho Apolo, el que hiere de lejos. Retrocede tan pronto como hayas hecho brillar la luz de la salvación en las naves, y deja que se siga peleando en la llanura. Ojalá, ¡padre Zeus, Atenea, Apolo!, ninguno de los troyanos ni de los argivos escape de la muerte, y nos libremos de ella nosotros dos, para que podamos derribar las almenas sagradas de Troya.

101 Así éstos conversaban. Ayante ya no resistía: vencíanle el poder de Zeus y los animosos troyanos que le arrojaban dardos; su refulgence casco resonaba de un modo horrible en torno de las sienes, golpeado continuamente en las hermosas abolladuras; y el héroe tenía cansado el hombro derecho de sostener con firmeza el versátil escudo, pero no lograban hacerle mover de su sitio por más tiros que le enderezaban. Ayante estaba abrumado por continuo y fatigoso jadeo, abundante sudor manaba de todos sus miembros y apenas podía respirar: por todas partes a una desgracia sucedía otra.

112 Decidme, Musas, que poseéis olímpicos palacios, cómo por vez primera cayó el fuego en las naves aqueas.

114 Héctor, que se hallaba cerca de Ayante, le dio con la gran espada un golpe en la pica de fresno y se la quebró por la juntura del asta con el hierro. Quiso Ayante blandir la truncada pica, y la broncínea punta cayó a lo lejos con gran ruido. Entonces el eximio Ayante reconoció en su espíritu irreprensible la intervención de los dioses, estremecióse porque Zeus altitonante les frustraba todos los medios de combate y quería dar la victoria a los troyanos, y se puso fuera del alcance de los tiros. Los troyanos arrojaron voraz fuego a la velera nave, y pronto se extendió por la misma una llama inextinguible. Así que el fuego rodeó la popa, Aquiles, golpeándose el muslo, dijo a Patroclo:

126 —¡Sus, Patroclo, del linaje de Zeus, hábil jinete! Ya veo en las naves la impetuosa llama del fuego destructor: no sea que se apoderen de

ellas, y ni medios para huir tengamos. Apresúrate a vestir las armas, y yo entre tanto reuniré la gente.

130 Así dijo, y Patroclo vistió la armadura de luciente bronce: púsose en las piernas elegantes grebas, ajustadas con broches de plata; protegió su pecho con la coraza labrada, refulgente, del Eácida, de pies ligeros; colgó al hombro una espada de bronce, guarnecida de argénteos clavos; embrazó el grande y fuerte escudo; cubrió la fuerte cabeza con un hermoso casco, cuyo penacho, de crines de caballo, ondeaba terriblemente en la cimera, y asió dos lanzas fuertes que su mano pudiera blandir. Solamente dejó la lanza pesada, grande y fornida del eximio Eácida, porque Aquiles era el único aqueo capaz de manejarla: había sido cortada de un fresno de la cumbre del Pelio y regalada por Quirón al padre de Aquiles, para que con ella matara héroes. Luego, Patroclo mandó a Automedonte —el amigo a quien más honraba después de Aquiles, destructor de hombres, y el más fiel en resistir a su lado la acometida del enemigo en las batallas— que enganchara enseguida los caballos. Automedonte unció debajo del yugo a Janto y Balio, corceles ligeros que volaban como el viento y tenían por madre a la harpía Podarga, la cual, paciendo en una pradera junto a la corriente del Océano, los concibió del Céfiro. Y con ellos puso al excelente Pédaso, que Aquiles se llevó de la ciudad de Eetión cuando la tomó; corcel que, no obstante su condición de mortal, seguía a los caballos inmortales.

155 Aquiles, recorriendo las tiendas, hacía tomar las armas a todos los mirmidones. Como carniceros lobos dotados de una fuerza inmensa despedazan en el monte un grande cornígero ciervo que han matado y sus mandíbulas aparecen rojas de sangre, luego van en tropel a lamer con las tenues lenguas el agua de un profundo manantial, eructando por la sangre que han bebido, y su vientre se dilata, pero el ánimo permanece intrépido en el pecho, de igual manera los jefes y príncipes de los mirmidones se reunían presurosos alrededor del valiente servidor del Eácida, de pies ligeros. Y en medio de todos el belicoso Aquiles animaba así a los que combatían en carros, como a los peones armados de escudos.

168 Cincuenta fueron las veleras naves en que Aquiles, caro a Zeus, condujo a Ilio sus tropas; en cada una embarcáronse cincuenta hombres; y el héroe nombró cinco jefes para que los rigieran, reservándose el mando supremo. Del primer cuerpo era caudillo Menestio, el de labrada coraza, hijo del río Esperqueo, que las celestiales lluvias alimentan: habíale dado a luz la bella Polidora, hija de Peleo, que siendo mujer se acostó con una

deidad, con el infatigable Esperqueo; aunque se creyera que lo había tenido de Boro, hijo de Perieres, el cual se desposó públicamente con ella y le constituyó una gran dote. Mandaba la segunda sección el belicoso Eudoro, nacido de una soltera, de la hermosa Polimela, hija de Filante; de la cual enamoróse el poderoso Argicida al verla con sus ojos entre las que danzaban al son del canto en un coro de Artemis, la diosa que lleva arco de oro y ama el bullicio de la caza; el benéfico Hermes subió enseguida al aposento de la joven, uniéronse clandestinamente y ella le dio un hijo ilustre, Eudoro, ligero en el correr y belicoso. Cuando Ilitía, que preside los partos, sacó a luz al infante y éste vio los rayos del sol, el fuerte Equecles Actórida la tomó por esposa, constituyéndole una gran dote, y el anciano Filante crio y educó al niño con tanto amor como si hubiera sido hijo suyo. Estaba al frente de la tercera división el belicoso Pisandro Memálida, que, después del compañero del Pelión, era entre todos los mirmidones quien descollaba más en combatir con la lanza. La cuarta línea estaba a las órdenes de Fénix, aguijador de caballos; y la quinta tenía por jefe al eximio Alcimedonte, hijo de Laerces. Cuando Aquiles los hubo puesto a todos en orden de batalla con sus respectivos capitanes, les dijo con voz pujante:

200 —¡Mirmidones! Ninguno de vosotros olvide las amenazas que en las veleras naves dirigíais a los troyanos mientras duró mi cólera, ni las acusaciones con que todos me acriminabais: «¡Inflexible hijo de Peleo! Sin duda tu madre te nutrió con hiel. ¡Despiadado, pues retienes a tus compañeros en las naves contra su voluntad! Embarquémonos en las naves surcadoras del ponto y volvamos a la patria, ya que la cólera funesta anidó de tal suerte en tu corazón». Así acostumbrabais hablarme cuando os reuníais. Pues a la vista tenéis la gran empresa del combate que tanto habéis anhelado. Y ahora cada uno pelee con valeroso corazón contra los troyanos.

210 Así diciendo, les excitó a todos el valor y la fuerza; y ellos, al oír a su rey, cerraron más las filas. Como el obrero junta grandes piedras al construir la pared de una elevada casa, para que resista el ímpetu de los vientos, así, tan unidos, estaban los cascos y los abollonados escudos: la rodela se apoyaba en la rodela, el yelmo en el yelmo, cada hombre en su vecino, y los penachos de crines de caballo y los lucientes conos de los cascos se juntaban cuando alguien inclinaba la cabeza. ¡Tan apretadas eran las filas! Delante de todos se pusieron dos hombres armados, Patroclo y Automedonte; los cuales tenían igual ánimo y deseaban combatir al frente de los mirmidones. Aquiles entró en su tienda y alzó la tapa de un arca

hermosa y labrada que Tetis, la de argentados pies, había puesto en la nave del héroe después de llenarla de túnicas y mantos, que le abrigasen contra el viento, y de afelpados cobertores. Allí tenía una copa de primorosa labor que no usaba nadie para beber el negro vino ni para ofrecer libaciones a otro dios que al padre Zeus. Sacóla del arca, y, purificándola primero con azufre, la limpió con agua cristalina; acto continuo lavóse las manos, llenó la copa, y, puesto en medio del recinto con los ojos levantados al cielo, libó el negro vino y oró a Zeus, que se complace en lanzar rayos, sin que al dios le pasara inadvertido:

233 —¡Zeus soberano, Dodoneo, Pelásgico, que vives lejos y reinas en Dodona, de frío invierno, donde moran los selos, tus intérpretes, que no se lavan los pies y duermen en el suelo! Escuchaste mis palabras cuando te invoqué, y para honrarme oprimiste duramente al pueblo aqueo. Pues también ahora cúmpleme este voto: Yo me quedo donde están reunidas las naves y mando al combate a mi compañero con muchos mirmidones: haz que le siga la victoria, largovidente Zeus, e infúndele valor en el corazón para que Héctor vea si mi escudero sabe pelear solo, o si sus manos invictas únicamente se mueven con furia cuando va conmigo a la contienda de Ares. Y cuando haya apartado de los bajeles la gritería y la pelea, vuelva incólume con todas las armas y con los compañeros que de cerca combaten.

249 Así dijo rogando. El próvido Zeus le oyó; y de las dos cosas el padre le otorgó una: concedióle que apartase de las naves el combate y la pelea, y nególe que volviera ileso de la batalla. Hecha la libación y la rogativa al padre Zeus, entró Aquiles en la tienda, dejó la copa en el arca y apareció otra vez delante de la tienda, porque deseaba en su corazón presenciar la terrible lucha de troyanos y aqueos.

257 Los mirmidones seguían con armas y en buen orden al magnánimo Patroclo, hasta que alcanzaron a los troyanos y les arremetieron con grandes bríos, esparciéndose como las avispas que moran en el camino, cuando los muchachos, siguiendo su costumbre de molestarlas, las irritan y consiguen con su imprudencia que dañen a buen número de personas, pues, si algún caminante pasa por allí y sin querer las mueve, vuelan y defienden con ánimo valeroso a sus hijuelos; con un corazón y ánimo semejantes, se esparcieron los mirmidones desde las naves, y levantóse una gritería inmensa. Y Patroclo exhortaba a sus compañeros, diciendo con voz recia:

269 —¡Mirmidones compañeros del Pelida Aquiles! Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso valor para que honremos al Pelida,

que es el más valiente de cuantos argivos hay en las naves, como lo son también sus guerreros, que de cerca combaten; y conozca el poderoso Atrida Agamenón la falta que cometió no honrando al mejor de los aqueos.

273 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Los mirmidones cayeron apiñados sobre los troyanos y en las naves resonaron de un modo horrible los gritos de los aqueos.

278 Cuando los troyanos vieron al esforzado hijo de Menecio y a su escudero, ambos con lucientes armaduras, a todos se les conturbó el ánimo y sus falanges se agitaron. Figurábanse que, junto a las naves, el Pelida, ligero de pies, había renunciado a su cólera y había preferido volver a la amistad. Y cada uno miraba adónde podría huir para librarse de una muerte terrible.

284 Patroclo fue el primero que tiró la reluciente lanza en medio de la pelea, allí donde más hombres se agitaban en confuso montón, junto a la nave del magnánimo Protesilao; e hirió a Pirecmes, que había conducido desde Amidón, sita en la ribera del Axio de ancha corriente, a los peonios, que combatían en carros: la lanza se clavó en el hombro derecho; el guerrero, dando un gemido, cayó de espaldas en el polvo, y los peonios compañeros suyos huyeron, porque Patroclo les infundió pavor al matar a su jefe, que tanto sobresalía en el combate. De este modo Patroclo los echó de los bajeles y apagó el ardiente fuego. La nave quedó allí medio quemada, los troyanos huyeron con gran alboroto, los dánaos se dispersaron por las cóncavas naves, y se produjo un gran tumulto. Como cuando Zeus fulminador quita una espesa nube de la elevada cumbre de una gran montaña y aparecen todos los promontorios y las cimas y valles, porque en el cielo se ha abierto la vasta región etérea; así los dánaos respiraron un poco después de librar a las naves del fuego destructor; pero no por eso hubo tregua en el combate. Pues los troyanos no huían a carrera abierta desde las negras naves, perseguidos por los belicosos aqueos; sino que aún resistían, y sólo cediendo a la necesidad se retiraban de las naves.

306 Entonces, ya extendida la batalla, cada jefe mató a un hombre. El esforzado hijo de Menecio, el primero, hirió con la aguda lanza a Areílico, que había vuelto la espalda para huir: el bronce atravesó el muslo y rompió el hueso, y el troyano dio de ojos en el suelo. El belicoso Menelao hirió a Toante en el pecho, donde éste quedaba sin defensa al lado del escudo, y dejó sin vigor sus miembros. El Filida, observando que Anficlo iba a acometerlo, se le adelantó y logró envasarle la pica en la parte superior de la

pierna, donde más grueso es el músculo: la punta desgarró los nervios, y la obscuridad cubrió los ojos del guerrero. De los Nestóridas, Antíloco traspasó con la broncínea lanza a Atimnio, clavándosela en el ijar, y el troyano cayó a sus pies; el hermano de Atimnio, Maris, irritado por tal muerte, se puso delante del cadáver y arremetió con la lanza a Antíloco; y entonces el otro Nestórida, Trasimedes, igual a un dios, le previno y antes que Maris pudiera herir a Antíloco le acertó él en la espalda: la punta desgarró el tendón de la parte superior del brazo y rompió el hueso; el guerrero cayó con estrépito, y la obscuridad cubrió sus ojos. De tal suerte, estos dos esforzados compañeros de Sarpedón, hábiles tiradores, a hijos de Amisodaro, el que alimentó a la indomable Quimera, causa de males para muchos hombres, fueron vencidos por los dos hermanos y descendieron al Érebo. Ayante Oilíada acometió y cogió vivo a Cleobulo, atropellado por la turba, y le quitó la vida, hiriéndole en el cuello con la espada provista de empuñadura: la hoja entera se calentó con la sangre, y la purpúrea muerte y la parca cruel velaron los ojos del guerrero. Penéleo y Licón fueron a encontrarse, y, habiendo arrojado sus lanzas en vano, pues ambos erraron el tiro, se acometieron con las espadas: Licaón dio a su enemigo un tajo en la cimera del casco, que adornaban crines de caballo; pero la espada se le rompió junto a la empuñadura; Penéleo hundió la suya en el cuello de Licón, debajo de la oreja, y se lo cortó por entero: la cabeza cayó a un lado, sostenida tan sólo por la piel, y los miembros perdieron su vigor. Meriones dio alcance con sus ligeros pies a Acamante, cuando subía al carro, y le hirió en el hombro derecho: el troyano cayó en tierra, y las tinieblas cubrieron sus ojos. A Erimante metióle Idomeneo el cruel bronce por la boca: la lanza atravesó la cabeza por debajo del cerebro, rompió los blancos huesos y conmovió los dientes; los ojos llenáronse con la sangre que fluía de las narices y de la boca abierta, y la muerte, cual si fuese obscura nube, envolvió al guerrero.

351 Cada uno de estos caudillos dánaos mató, pues, a un hombre. Como los voraces lobos acometen a corderos o cabritos, arrebatándolos de un hato que se dispersa en el monte por la impericia del pastor, pues así que aquéllos los ven se los llevan y despedazan por tener los últimos un corazón tímido; así los dánaos cargaban sobre los troyanos, y éstos, pensando en la fuga horrísona, olvidábanse de su impetuoso valor.

358 El gran Ayante deseaba constantemente arrojar su lanza a Héctor, armado de bronce; pero el héroe, que era muy experto en la guerra,

cubriendo sus anchos hombros con un escudo de pieles de toro, estaba atento al silbo de las flechas y al ruido de los dardos. Bien conocía que la victoria se inclinaba del lado de los enemigos, pero resistía aún y procuraba salvar a sus compañeros queridos.

364 Como se va extendiendo una nube desde el Olimpo al cielo, después de un día sereno, cuando Zeus prepara una tempestad, así los troyanos huyeron de las naves, dando gritos, y ya no fue con orden como repasaron el foso. A Héctor le sacaron de allí, con sus armas, los corceles de ligeros pies; y el héroe desamparó la turba de los troyanos, a quienes detenía, mal de su grado, el profundo foso. Muchos veloces corceles, rompiendo los carros de los caudillos por el extremo del timón, allí los dejaron. Patroclo iba adelante, exhortando vehementemente a los dánaos y pensando en causar daño a los troyanos; los cuales, una vez puestos en desorden, llenaban todos los caminos huyendo con gran clamoreo; la polvareda llegaba a lo alto debajo de las nubes, y los solípedos caballos volvían a la ciudad desde las naves y las tiendas. Patroclo, donde veía más gente del pueblo desordenada, allí se encaminaba vociferando; los guerreros caían de cara debajo de los ejes de sus carros, y éstos volcaban con gran estruendo. Al llegar al foso, los caballos inmortales que los dioses habían regalado a Peleo como espléndido presente lo salvaron de un salto, deseosos de seguir adelante; y, cuando a Patroclo el ánimo le impulsó a ir hacia Héctor para herirlo, ya los veloces corceles de éste se lo habían llevado. Como en el otoño descarga una tempestad sobre la negra tierra, cuando Zeus envía violenta lluvia, irritado contra los hombres que en el foro dan sentencias inicuas y echan a la justicia, no temiendo la venganza de los dioses; y todos los ríos salen de madre y los torrentes cortan muchas colinas, braman al correr desde lo alto de las montañas al mar purpúreo y destruyen las labores del campo; de semejante modo corrían las yeguas troyanas, dando lastimeros relinchos.

394 Patroclo, cuando hubo separado de los demás enemigos a los que formaban las últimas falanges, les obligó a volver hacia los bajeles, en vez de permitirles que subiesen a la ciudad; y, acometiéndoles entre las naves, el río y el alto muro, los mataba para vengar a muchos de los suyos. Entonces envasóle a Prónoo la brillante lanza en el pecho, donde éste quedaba sin defensa al lado del escudo, y le dejó sin vigor los miembros: el troyano cayó con estrépito. Luego acometió a Téstor, hijo de Enope, que se hallaba encogido en el lustroso asiento y en su turbación había dejado que las

riendas se le fuesen de la mano: clavóle desde cerca la lanza en la mejilla derecha, se la hizo pasar por los dientes y lo levantó por cima del barandal. Como el pescador sentado en una roca prominente saca del mar un pez enorme, valiéndose de la cuerda y del reluciente bronce, así Patroclo, alzando la brillante lanza, sacó del carro a Téstor con la boca abierta y le arrojó de cara al suelo; el troyano, al caer, perdió la vida. Después hirió de una pedrada en medio de la cabeza a Erilao, que a acometerle venía, y se la partió en dos dentro del fuerte casco: el troyano dio de manos en el suelo, y le envolvió la destructora muerte. Y sucesivamente fue derribando en la fértil tierra a Erimante, Anfótero, Epaltes, Tlepólemo Damastórida, Equio, Piris, Ifeo, Evipo y Polimelo Argéada.

419 Sarpedón, al ver que sus compañeros, de corazas sin cintura, sucumbían a manos de Patroclo Menecíada, increpó a los deiformes licios:

422 —¡Qué vergüenza, oh licios! ¿Adónde huis? Sed esforzados. Yo saldré al encuentro de ese hombre, para saber quién es el que así vence y tantos males causa a los troyanos, pues ya a muchos valientes les ha quebrado las rodillas.

426 Dijo; y saltó del carro al suelo sin dejar las armas. A su vez Patroclo, al verlo, se apeó del suyo. Como dos buitres de corvas uñas y combado pico riñen, dando chillidos, sobre elevada roca; así aquéllos se acometieron vociferando. Violos el hijo del artero Crono; y, compadecido, dijo a Hera, su hermana y esposa:

433 —¡Ay de mí! La parca dispone que Sarpedón, a quien amo sobre todos los hombres, sea muerto por Patroclo Menecíada. Entre dos propósitos vacila en mi pecho el corazón: ¿lo arrebataré vivo de la luctuosa batalla, para llevarlo al opulento pueblo de la Licia, o dejaré que sucumba a manos del Menecíada?

439 Respondióle Hera veneranda, la de ojos de novilla:

440 —¡Terribilísimo Cronida, qué palabras proferiste! ¿Una vez más quieres librar de la muerte horrísona a ese hombre mortal, a quien tiempo ha que el hado condenó a morir? Hazlo, pero no todos los dioses te lo aprobaremos. Otra cosa voy a decirte, que fijarás en la memoria: Piensa que, si a Sarpedón le mandas vivo a su palacio, algún otro dios querrá sacar a su hijo del duro combate, pues muchos hijos de los inmortales pelean en torno de la gran ciudad de Príamo, y harás que sus padres se enciendan en terrible ira. Pero, si Sarpedón te es caro y tu corazón le compadece, deja que muera a manos de Patroclo Menecíada en reñido combate; y cuando el alma

y la vida le abandonen, ordena a la Muerte y al dulce Sueño que lo lleven a la vasta Licia, para que sus hermanos y amigos le hagan exequias y le erijan un túmulo y un cipo, que tales son los honores debidos a los muertos.

458 Así dijo. El padre de los hombres y de los dioses no desobedeció, a hizo caer sobre la tierra sanguinolentas gotas para honrar al hijo amado, a quien Patroclo había de matar en la fértil Troya, lejos de su patria.

462 Cuando ambos héroes se hallaron frente a frente, Patrocio arrojó la lanza, y, acertando a dar en el empeine del ilustre Trasimelo, escudero valeroso del rey Sarpedón, dejóle sin vigor los miembros. Sarpedón acometió a su vez; y, despidiendo la reluciente lanza, erró el tiro; pero hirió en el hombro derecho al corcel Pédaso, que relinchó mientras perdía el vital aliento. El caballo cayó en el polvo, y el ánimo voló de su cuerpo. Forcejearon los otros dos corceles por separarse, crujió el yugo y enredáronse las riendas a causa de que el caballo lateral yacía en el polvo. Pero Automedonte, famoso por su lanza, halló el remedio: desenvainando la espada de larga punta, que llevaba junto al fornido muslo, cortó apresuradamente los tirantes del caballo lateral, y los otros dos se enderezaron y obedecieron a las riendas. Y los héroes volvieron a acometerse con roedor encono.

477 Entonces Sarpedón arrojó otra reluciente lanza y erró el tiro, pues aquélla pasó por cima del hombro izquierdo de Patroclo sin herirlo. Patroclo despidió la suya y no en balde; ya que acertó a Sarpedón y le hirió en el tejido que al denso corazón envuelve. Cayó el héroe como la encina, el álamo o el elevado pino que en el monte cortan con afiladas hachas los artífices para hacer un mástil de navío; así yacía aquél, tendido delante de los corceles y del carro, rechinándole los dientes y cogiendo con las manos el polvo ensangrentado. Como el rojizo y animoso toro, a quien devora un león que se ha presentado entre los fexípedes bueyes, brama al morir entre las mandíbulas del león, así el caudillo de los licios escudados, herido de muerte por Patroclo, se enfurecía; y, llamando al compañero, le hablaba de este modo:

491 —¡Caro Glauco, guerrero afamado entre los hombres! Ahora debes portarte como fuerte y audaz luchador; ahora te ha de causar placer la batalla funesta, si eres valiente. Ve por todas partes, exhorta a los capitanes licios a que combatan en torno de Sarpedón y defiéndeme tú mismo con el bronce. Constantemente, todos los días, seré para ti motivo de vergüenza y

oprobio, si, sucumbiendo en el recinto de las naves, los aqueos me despojan de la armadura. ¡Pelea, pues, denodadamente y anima a todo el ejército!

502 Así dijo; y el velo de la muerte le cubrió los ojos y las narices. Patroclo, sujetándole el pecho con el pie, le arrancó el asta, con ella siguió el diafragma, y salieron a la vez la punta de la lanza y el alma del guerrero. Y los mirmidones detuvieron los corceles de Sarpedón, los cuales anhelaban y querían huir desde que quedó vacío el carro de sus dueños.

509 Glauco sintió hondo pesar al oír la voz de Sarpedón y se le turbó el ánimo porque no podía socorrerlo. Apretóse con la mano el brazo, pues le abrumaba una herida que Teucro le había causado disparándole una flecha cuando él asaltaba el alto muro y el aqueo defendía a los suyos; y oró de esta suerte a Apolo, el que hiere de lejos:

514 —Óyeme, oh soberano, ya te halles en el opulento pueblo de Licia, ya te encuentres en Troya; pues desde cualquier lugar puedes atender al que está afligido, como lo estoy ahora. Tengo esta grave herida, padezco agudos dolores en el brazo y la sangre no se seca; el hombro se entorpece, y me es imposible manejar firmemente la lanza y pelear con los enemigos. Ha muerto un hombre fortísimo, Sarpedón, hijo de Zeus, el cual ya ni a su prole defiende. Cúrame, oh soberano, la grave herida, adormece mis dolores y dame fortaleza para que mi voz anime a los licios a combatir y yo mismo luche en defensa del cadáver.

527 Así dijo rogando. Oyóle Febo Apolo y enseguida calmó los dolores, secó la negra sangre de la grave herida e infundió valor en el ánimo del troyano. Glauco, al notarlo, se holgó de que el gran dios hubiese escuchado su ruego. Enseguida fue por todas partes y exhortó a los capitanes licios para que combatieran en torno de Sarpedón. Después, encaminóse a paso largo hacia los troyanos; buscó a Polidamante Pantoida, al divino Agenor, a Eneas y a Héctor armado de bronce; y, deteniéndose cerca de los mismos, dijo estas aladas palabras:

538 —¡Héctor! Te olvidas del todo de los aliados que por ti pierden la vida lejos de los amigos y de la patria tierra, y ni socorrerles quieres. Yace en tierra Sarpedón, el rey de los licios escudados, que con su justicia y su valor gobernaba a Licia. El broncíneo Ares lo ha matado con la lanza de Patroclo. Oh amigos, venid e indignaos en vuestro corazón: no sea que los mirmidones le quiten la armadura e insulten el cadáver, irritados por la muerte de los dánaos, a quienes dieron muerte nuestras picas junto a las veleras naves.

548 Así dijo. Los troyanos sintieron grande e inconsolable pena, porque Sarpedón, aunque forastero, era un baluarte para la ciudad; había llevado a ella a muchos hombres y en la pelea los superaba a todos. Con grandes bríos dirigiéronse aquéllos contra los dánaos, y a su frente marchaba Héctor, irritado por la muerte de Sarpedón. Y Patroclo Menecíada, de corazón valiente, animó a los aqueos; y dijo a los Ayantes, que ya de combatir estaban deseosos:

556 —¡Ayantes! Poned empeño en rechazar al enemigo y mostraos tan valientes como habéis sido hasta aquí o más aún. Yace en tierra Sarpedón, el que primero asaltó nuestra muralla. ¡Ah, si apoderándonos del cadáver pudiésemos ultrajarlo, quitarle la armadura de los hombros y matar con el cruel bronce a alguno de los compañeros que lo defienden!…

562 Así dijo, aunque ellos ya deseaban rechazar al enemigo. Y troyanos y licios por una parte, y mirmidones y aqueos por otra, cerraron las falanges, vinieron a las manos y empezaron a pelear con horrenda gritería en torno del cadáver. Crujían las armaduras de los guerreros, y Zeus cubrió con una dañosa obscuridad la reñida contienda, para que produjese mayor estrago el combate que por el cuerpo de su hijo se empeñaba.

569 En un principio, los troyanos rechazaron a los aqueos, de ojos vivos, porque fue herido un varón que no era ciertamente el más cobarde de los mirmidones: el divino Epigeo, hijo de Agacles magnánimo; el cual reinó en otro tiempo en la populosa Budeo; luego, por haber dado muerte a su valiente primo, se presentó como suplicante a Peleo y a Tetis, la de argénteos pies, y ellos le enviaron a Ilio, abundante en hermosos corceles, con Aquiles, destructor de las filas de guerreros, para que combatiera contra los troyanos. Epigeo echaba mano al cadáver cuando el esclarecido Héctor le dio una pedrada en la cabeza y se la partió en dos dentro del fuerte casco: el guerrero cayó boca abajo sobre el cuerpo de Sarpedón, y a su alrededor esparcióse la destructora muerte. Apesadumbróse Patroclo por la pérdida del compañero y atravesó al instante las primeras filas, como el veloz gavilán persigue a unos grajos o estorninos: de la misma manera acometiste, oh hábil jinete Patroclo, a los licios y troyanos, airado en tu corazón por la muerte del amigo. Y cogiendo una piedra, hirió en el cuello a Estenelao, hijo querido de Itémenes, y le rompió los tendones. Retrocedieron los combatientes delanteros y el esclarecido Héctor. Cuanto espacio recorre el luengo venablo que lanza un hombre, ya en el juego para ejercitarse, ya en la guerra contra los enemigos que la vida quitan, otro tanto

se retiraron los troyanos, cediendo al empuje de los aqueos. Glauco, capitán de los escudados licios, fue el primero que volvió la cara y mató al magnánimo Baticles, hijo amado de Calcón, que tenía su casa en la Hélade y se señalaba entre los mirmidones por sus bienes y riquezas: escapábase Glauco, y Baticles iba a darle alcance, cuando aquél se volvió repentinamente y le hundió la pica en medio del pecho. Baticles cayó con estrépito, los aqueos sintieron hondo pesar por la muerte del valiente guerrero, y los troyanos, muy alegres, rodearon en tropel el cadáver; pero los aqueos no se olvidaron de su impetuoso valor y arremetieron denodadamente al enemigo. Entonces Meriones mató a un combatiente troyano, a Laógono, esforzado hijo de Onétor y sacerdote de Zeus Ideo, a quien el pueblo veneraba como a un dios: hirióle debajo de la quijada y de la oreja, la vida huyó de los miembros del guerrero, y la obscuridad horrible le envolvió. Eneas arrojó la broncínea lanza, con el intento de herir a Meriones, que se adelantaba protegido por el escudo. Pero Meriones la vio venir y evitó el golpe inclinándose hacia adelante: la ingente lanza se clavó en el suelo detrás de él y el regatón temblaba; pero pronto la impetuosa arma perdió su fuerza. Penetró, pues, la vibrante punta en la tierra, y la lanza fue echada en vano por el robusto brazo. Eneas, con el corazón irritado, dijo:

617 —¡Meriones! Aunque eres ágil saltador, mi lanza lo habría apartado para siempre del combate, si lo hubiese herido.

619 Respondióle Meriones, célebre por su lanza:

620 —¡Eneas! Difícil lo será, aunque seas valiente, aniquilar la fuerza de cuantos hombres salgan a pelear contigo. También tú eres mortal. Si lograra herirte en medio del cuerpo con el agudo bronce, enseguida, a pesar de tu vigor y de la confianza que tienes en tu brazo, me darías gloria, y a Hades, el de los famosos corceles, el alma.

626 Así dijo; y el valeroso hijo de Menecio le reprendió, diciendo:

627 —¡Meriones! ¿Por qué, siendo valiente, te entretienes en hablar así? ¡Oh amigo! Con palabras injuriosas no lograremos que los troyanos dejen el cadáver; preciso será que alguno de ellos baje antes al seno de la tierra. Las batallas se ganan con los puños, y las palabras sirven en el consejo. Conviene, pues, no hablar, sino combatir.

632 En diciendo esto, echó a andar y siguióle Meriones, varón igual a un dios. Como el estruendo que producen los leñadores en la espesura de un monte y que se deja oír a lo lejos, tal era el estrépito que se elevaba de la

tierra espaciosa al ser golpeados el bronce, el cuero y los bien construidos escudos de pieles de buey por las espadas y las lanzas de doble filo. Y ya ni un hombre perspicaz hubiera conocido al divino Sarpedón, pues los dardos, la sangre y el polvo lo cubrían completamente de pies a cabeza. Agitábanse todos alrededor del cadáver como en la primavera zumban las moscas en el establo por cima de las escudillas llenas de leche, cuando ésta hace rebosar los tarros: de igual manera bullían aquéllos en torno del muerto. Zeus no apartaba los refulgentes ojos de la dura contienda; y, contemplando a los guerreros, revolvía en su ánimo muchas cosas acerca de la muerte de Patroclo: vacilaba entre si en la encarnizada contienda el esclarecido Héctor debería matar con el bronce a Patroclo sobre Sarpedón, igual a un dios, y quitarle la armadura de los hombros, o convendría extender la terrible pelea. Y considerando como lo más conveniente que el bravo escudero del Pelida Aquiles hiciera arredrar a los troyanos y a Héctor, armado de bronce, hacia la ciudad y quitara la vida a muchos guerreros, comenzó infundiendo timidez primeramente a Héctor, el cual subió al carro, se puso en fuga y exhortó a los demás troyanos a que huyeran, porque había conocido hacia qué lado se inclinaba la balanza sagrada de Zeus. Tampoco los fuertes licios osaron resistir, y huyeron todos al ver a su rey herido en el corazón y echado en un montón de cadáveres; pues cayeron muchos hombres a su alrededor cuando el Cronión avivó el duro combate. Los aqueos quitáronle a Sarpedón la reluciente armadura de bronce y el esforzado hijo de Menecio la entregó a sus compañeros para que la llevaran a las cóncavas naves. Y entonces Zeus, que amontona las nubes, dijo a Apolo:

667 —¡Ea, querido Febo! Ve y después de sacar a Sarpedón de entre los dardos, límpiale la negra sangre, condúcele a un sitio lejano y lávale en la corriente de un río, úngele con ambrosía, ponle vestiduras divinas y entrégalo a los veloces conductores y hermanos gemelos: el Sueño y la Muerte. Y éstos, transportándolo con presteza, lo dejarán en el rico pueblo de la vasta Licia. Allí sus hermanos y amigos le harán exequias y le erigirán un túmulo y un cipo, que tales son los honores debidos a los muertos.

676 Así dijo, y Apolo no desobedeció a su padre. Descendió de los montes ideos a la terrible batalla, y enseguida levantó al divino Sarpedón de entre los dardos, y, conduciéndole a un sitio lejano, lo lavó en la corriente de un río; ungiólo con ambrosía, púsole vestiduras divinas y entrególo a los veloces conductores y hermanos gemelos: el Sueño y la Muerte. Y éstos, transportándolo con presteza, lo dejaron en el rico pueblo de la vasta Licia.

684 Patroclo animaba a los corceles y a Automedonte y perseguía a los troyanos y licios, y con ello se atrajo un gran infortunio. ¡Insensato! Si se hubiese atenido a la orden del Pelida, se hubiera visto libre de la funesta parca, de la negra muerte. Pero siempre el pensamiento de Zeus es más eficaz que el de los hombres (aquel dios pone en fuga al varón esforzado y le quita fácilmente la victoria, aunque él mismo le haya incitado a combatir), y entonces alentó el ánimo en el pecho de Patroclo.

692 ¿Cuál fue el primero y cuál el último que mataste, oh Patroclo, cuando los dioses lo llamaron a la muerte?

694 Fueron primeramente Adrasto, Autónoo, Equeclo, Périmo Mégada, Epístor y Melanipo; y después, Élaso, Mulio y Pilartes. Mató a éstos, y los demás se dieron a la fuga.

698 Entonces los aqueos habrían tomado Troya, la de altas puertas, por las manos de Patroclo, que manejaba con gran furia la lanza, si Febo Apolo no se hubiese colocado en la bien construida torre para dañar a aquél y ayudar a los troyanos. Tres veces encaminóse Patroclo a un ángulo de la elevada muralla; tres veces rechazóle Apolo, agitando con sus manos inmortales el refulgente escudo. Y cuando, semejante a un dios, atacaba por cuarta vez, increpóle la deidad terriblemente con estas aladas palabras:

707 —¡Retírate, Patroclo del linaje de Zeus! El hado no ha dispuesto que la ciudad de los altivos troyanos sea destruida por tu lanza, ni por Aquiles, que tanto te aventaja.

710 Así dijo, y Patroclo retrocedió un gran trecho, para no atraerse la cólera de Apolo, el que hiere de lejos.

712 Héctor se hallaba con el carro y los solípedos corceles en las puertas Esceas, y estaba indeciso entre guiarlos de nuevo hacia la turba y volver a combatir, o mandar a voces que las tropas se refugiasen en el muro. Mientras reflexionaba sobre esto, presentósele Febo Apolo, que tomó la figura del valiente joven Asio, el cual era tío materno de Héctor, domador de caballos, hermano carnal de Hécuba a hijo de Dimante, y habitaba en la Frigia, junto a la corriente del Sangario. Así transfigurado, exclamó Apolo, hijo de Zeus:

721 —¡Héctor! ¿Por qué te abstienes de combatir? No debes hacerlo. Ojalá te superara tanto en bravura, cuanto te soy inferior: entonces te sería funesto el retirarte de la batalla. Mas, ea, guía los corceles de duros cascos hacia Patroclo, por si puedes matarlo y Apolo te da gloria.

726 En diciendo esto, el dios volvió a la batalla. El esclarecido Héctor mandó a Cebríones que picara a los corceles y los dirigiese a la pelea; y Apolo, entrándose por la turba, suscitó entre los argivos funesto tumulto y dio gloria a Héctor y a los troyanos. Héctor dejó entonces a los demás dánaos, sin que fuera a matarlos, y enderezó a Patroclo los caballos de duros cascos. Patroclo, a su vez, saltó del carro a tierra con la lanza en la izquierda; cogió con la diestra una piedra Blanca y erizada de puntas que llenaba la mano; y, estribando en el suelo, la arrojó, hiriendo enseguida a un combatiente, pues el tiro no salió vano: dio la aguda piedra en la frente de Cebríones, auriga de Héctor, que era hijo bastardo del ilustre Príamo, y entonces gobernaba las riendas de los caballos. La piedra se llevó ambas cejas; el hueso tampoco resistió; los ojos cayeron en el polvo a los pies de Cebríones; y éste, cual si fuera un buzo, cayó del asiento bien construido, porque la vida huyó de sus miembros. Y burlándose de él, oh caballero Patroclo, exclamaste:

743 —¡Oh dioses! ¡Muy ágil es el hombre! ¡Cuán fácilmente salta a lo buzo! Si se hallara en el ponto, en peces abundante, ese hombre saltaría de la nave, aunque el mar estuviera tempestuoso, y podría saciar a muchas personas con las ostras que pescara. ¡Con tanta facilidad ha dado la voltereta del carro a la llanura! Es indudable que también los troyanos tienen buzos.

751 En diciendo esto, corrió hacia el héroe con la impetuosidad de un león que devasta los establos hasta que es herido en el pecho y su mismo valor lo mata; de la misma manera, oh Patroclo, te arrojaste enardecido sobre Cebríones. Héctor, por su parte, saltó del carro al suelo sin dejar las armas. Y entrambos luchaban en torno de Cebríones como dos hambrientos leones que en la cumbre de un monte pelean furiosos por el cadáver de una cierva, así los dos aguerridos campeones, Patroclo Menecíada y el esclarecido Héctor, deseaban herirse el uno al otro con el cruel bronce. Héctor había cogido al muerto por la cabeza y no lo soltaba; Patroclo lo asía de un pie, y los demás troyanos y dánaos sostenían encarnizado combate.

765 Como el Euro y el Noto contienden en la espesura de un monte, agitando la poblada selva, y las largas ramas de los fresnos, encinas y cortezudos cornejos chocan entre sí con inmenso estrépito, y se oyen los crujidos de las que se rompen, de semejante modo troyanos y aqueos se acometían y mataban, sin acordarse de la perniciosa fuga. Alrededor de Cebríones se clavaron en tierra muchas agudas lanzas y aladas flechas que

saltaban de los arcos; buen número de grandes piedras herían los escudos de los que combatían en torno suyo; y el héroe yacía en el suelo, sobre un gran espacio, envuelto en un torbellino de polvo y olvidado del arte de guiar los carros.

777 Hasta que el sol hubo recorrido la mitad del cielo, los tiros alcanzaban por igual a unos y a otros, y los hombres caían. Cuando aquél se encaminó al ocaso, los aqueos eran vencedores, contra lo dispuesto por el destino; y, habiendo arrastrado el cadáver del héroe Cebríones fuera del alcance de los dardos y del tumulto de los troyanos, le quitaron la armadura de los hombros.

783 Patroclo acometió furioso a los troyanos: tres veces los acometió, cual si fuera el rápido Ares, dando horribles voces; tres veces mató nueve hombres. Y cuando, semejante a un dios, arremetiste, oh Patroclo, por cuarta vez, viose claramente que ya llegabas al término de tu vida, pues el terrible Febo salió a tu encuentro en el duro combate. Mas Patroclo no vio al dios; el cual, cubierto por densa nube, atravesó la turba, se le puso detrás, y, alargando la mano, le dio un golpe en la espalda y en los anchos hombros. Al punto los ojos del héroe padecieron vértigos. Febo Apolo le quitó de la cabeza el casco con agujeros a guisa de ojos, que rodó con estrépito hasta los pies de los caballos; y el penacho se manchó de sangre y polvo. Jamás aquel casco, adornado con crines de caballo, se había manchado cayendo en el polvo, pues protegía la cabeza y hermosa frente del divino Aquiles. Entonces Zeus permitió también que lo llevara Héctor, porque ya la muerte se iba acercando a este caudillo. A Patroclo se le rompió en la mano la pica larga, pesada, grande, fornida, armada de bronce; el ancho escudo y su correa cayeron al suelo, y el soberano Apolo, hijo de Zeus, desató la coraza que aquél llevaba. El estupor se apoderó del espíritu del héroe, y sus hermosos miembros perdieron la fuerza. Patroclo se detuvo atónito, y entonces desde cerca clavóle aguda lanza en la espalda, entre los hombros, el dárdano Euforbo Pantoida; el cual aventajaba a todos los de su edad en el manejo de la pica, en el arte de guiar un carro y en la veloz carrera, y la primera vez que se presentó con su carro para aprender a combatir derribó a veinte guerreros de sus carros respectivos. Éste fue, oh caballero Patroclo, el primero que contra ti despidió su lanza, pero aún no lo hizo sucumbir. Euforbo arrancó la lanza de fresno; y, retrocediendo, se mezcló con la turba, sin esperar a Patroclo, aunque le viera desarmado;

mientras éste, vencido por el golpe del dios y la lanzada, retrocedía al grupo de sus compañeros para evitar la muerte.

818 Cuando Héctor advirtió que el magnánimo Patroclo se alejaba y que lo habían herido con el agudo bronce, fue en su seguimiento, por entre las filas, y le envainó la lanza en la parte inferior del vientre, que el hierro pasó de parte a parte; y el héroe cayó con estrépito, causando gran aflicción al ejército aqueo. Como el león acosa en la lucha al indómito jabalí cuando ambos pelean arrogantes en la cima de un monte por un escaso manantial donde quieren beber, y el león vence con su fuerza al jabalí, que respira anhelante, así Héctor Priámida privó de la vida, hiriéndolo de cerca con la lanza, al esforzado hijo de Menecio, que a tantos había dado muerte. Y blasonando del triunfo, profirió estas aladas palabras:

830 —¡Patroclo! Sin duda esperabas destruir nuestra ciudad, hacer cautivas a las mujeres troyanas y llevártelas en los bajeles a tu patria tierra. ¡Insensato! Los veloces caballos de Héctor vuelan al combate para defenderlas; y yo, que en manejar la pica sobresalgo entre los belicosos troyanos, aparto de los míos el día de la servidumbre, mientras que a ti te comerán los buitres. ¡Ah, infeliz! Ni Aquiles, con ser valiente, te ha socorrido. Cuando saliste de las naves, donde él se ha quedado, debió de hacerte muchas recomendaciones, y hablarte de este modo: «No vuelvas a las cóncavas naves, caballero Patroclo, antes de haber roto la coraza que envuelve el pecho de Héctor, matador de hombres, teñida de sangre». Así te dijo, sin duda; y tú, oh necio, te dejaste persuadir.

843 Con lánguida voz le respondiste, caballero Patroclo:

844 ¡Héctor! Jáctate ahora con altaneras palabras, ya que te han dado la victoria Zeus Cronida y Apolo; los cuales me vencieron fácilmente, quitándome la armadura de los hombros. Si veinte guerreros como tú me hubiesen hecho frente, todos habrían muerto vencidos por mi lanza. Matáronme la parca funesta y el hijo de Leto, y, entre los hombres, Euforbo, y tú llegas el tercero, para despojarme de las armas. Otra cosa voy a decirte, que fijarás en la memoria. Tampoco tú has de vivir largo tiempo, pues la muerte y la parca cruel se te acercan, y sucumbirás a manos del eximio Aquiles Eácida.

855 Apenas acabó de hablar, la muerte le cubrió con su manto: el alma voló de los miembros y descendió al Hades, llorando su suerte porque dejaba un cuerpo vigoroso y joven. Y el esclarecido Héctor le dijo, aunque muerto le veía:

859 —¡Patroclo! ¿Por qué me profetizas una muerte terrible? ¿Quién sabe si Aquiles, hijo de Tetis, la de hermosa cabellera, no perderá antes la vida, herido por mi lanza?

862 Dichas estas palabras, puso un pie sobre el cadáver, arrancó la broncínea lanza y lo tumbó de espaldas. Inmediatamente se encaminó, lanza en mano, hacia Automedonte, el deiforme servidor del Eácida, de pies ligeros, pues deseaba herirlo, pero los veloces caballos inmortales, que a Peleo le dieron los dioses como espléndido presente, ya lo sacaban de la batalla.

CANTO XVII

Principalía de Menelao

Se entabla un encarnizado combate entre aqueos y troyanos para apoderarse de las arenas y el cadáver de Patroclo. Por fin, Menelao y Meriones, protegidos por los dos Ayante, cargan a sus espaldas con el cadáver de Patroclo y se lo llevan al campamento.

1 No dejó de advertir el Atrida Menelao, caro a Ares, que Patroclo había sucumbido en la lid a manos de los troyanos; y, armado de luciente bronce, se abrió camino por los combatientes delanteros y empezó a moverse en torno del cadáver para defenderlo. Como la vaca primeriza da vueltas alrededor de su becerrillo mugiendo tiernamente, porque antes ignoraba lo que era el parto, de semejante manera bullía el rubio Menelao cerca de Patroclo. Y colocándose delante del muerto, enhiesta la lanza y embrazado el liso escudo, se aprestaba a matar a quien se le opusiera. Tampoco Euforbo, el hábil lancero hijo de Pántoo, se descuidó al ver en el suelo al eximio Patroclo, sino que se detuvo a su lado y dijo a Menelao, caro a Ares:

12 —¡Atrida Menelao, alumno de Zeus, príncipe de hombres! Retírate, suelta el cadáver y desampara estos sangrientos despojos; pues, en la reñida pelea, ninguno de los troyanos ni de los auxiliares ilustres envasó su lanza a Patroclo antes que yo lo hiciera. Déjame alcanzar inmensa gloria entre los troyanos. No sea que, hiriéndote, te quite la dulce vida.

18 Respondióle muy indignado el rubio Menelao:

19 —¡Padre Zeus! No es bueno que nadie se vanaglorie con tanta soberbia. Ni la pantera, ni el león, ni el dañino jabalí que tienen gran ánimo en el pecho y están orgullosos de su fuerza se presentan tan osados como los hábiles lanceros hijos de Pántoo. Pero el fuerte Hiperenor, domador de caballos, no siguió gozando de su juventud cuando me aguardó, después de injuriarme diciendo que yo era el más cobarde de los guerreros dánaos, y no creo que haya podido volverse con sus pies para regocijar a su esposa y a sus venerandos padres. Del mismo modo te quitaré la vida a ti, si osas afrontarme, y te aconsejo que vuelvas a tu ejército y no te pongas delante, pues el necio sólo conoce el mal cuando ya está hecho.

33 Así habló, sin persuadir a Euforbo, que contestó diciendo:

34 —Menelao, alumno de Zeus, ahora pagarás la muerte de mi hermano, de que canto te jactas. Dejaste viuda a su mujer en el reciente tálamo; causaste a nuestros padres llanto y dolor profundo. Yo conseguiría que aquellos infelices cesaran de llorar, si, llevándome tu cabeza y tus armas, las pusiera en las manos de Pántoo y de la divina Frontis. Pero no se diferirá mucho tiempo el combate, ni quedará sin decidir quién haya de ser el vencedor y quién el vencido.

43 Dicho esto, dio un bote en el escudo liso del Atrida, pero no pudo romper el bronce, porque la punta se torció al chocar con el fuerte escudo. El Atrida Menelao acometió, a su vez, con la pica, orando al padre Zeus, y, al ir Euforbo a retroceder, se la clavó en la parte inferior de la garganta, empujó el asta con la robusta mano y la punta atravesó el delicado cuello. Euforbo cayó con estrépito, resonaron sus armas y se mancharon de sangre sus cabellos, semejantes a los de las Gracias, y los rizos, que llevaba sujetos con anillos de oro y plata. Cual frondoso olivo que, plantado por el Labrador en un lugar solitario donde abunda el agua, crece hermoso, es mecido por vientos de toda clase y se cubre de blancas flores; y, viniendo de repente el huracán, te arranca de la tierra y te tiende en el suelo; así el Atrida Menelao dio muerte a Euforbo, hijo de Pántoo y hábil lancero, y enseguida comenzó a quitarle la armadura.

61 Como un montaraz león, confiado en su fuerza, coge del rebaño que está paciendo la mejor vaca, le rompe la cerviz con Los fuertes dientes, y, despedazándola, traga la sangre y todas las entrañas; y así los perros como los pastores gritan mucho a su alrededor, pero de lejos, sin atreverse a ir contra la fiera porque el pálido temor los domina, de la misma manera ninguno tuvo bastante ánimo en su pecho para salir al encuentro del glorioso Menelao. Y el Atrida se habría llevado fácilmente las magníficas armas del Pantoida, si no te hubiese impedido Febo Apolo; el cual, tomando la figura de Mentes, caudillo de los cícones, suscitó contra aquél a Héctor, igual al veloz Ares, con estas aladas palabras:

75 —¡Héctor! Tú corres ahora tras lo que no es posible alcanzar: los corceles del aguerrido Eácida. Difícil es que ninguno ni de los hombres ni de los dioses los sujete y sea por ellos llevado, fuera de Aquiles, que tiene una madre inmortal. Y en tanto, Menelao, belicoso hijo de Atreo, que defiende el cadáver de Patroclo, ha muerto a uno de los más esforzados troyanos, a Euforbo Pantoida, acabando con el impetuoso valor de este caudillo.

82 El dios, habiendo hablado así, volvió a la batalla. Héctor sintió profundo dolor en las negras entrañas, ojeó las hileras y vio enseguida al Atrida que despojaba de la espléndida armadura a Euforbo, y a éste tendido en el suelo y vertiendo sangre por la herida. Acto continuo, armado como se hallaba de luciente bronce y dando agudos gritos, abrióse paso por los combatientes delanteros cual si fuese una llama inextinguible encendida por Hefesto. No le pasó inadvertido al hijo de Atreo, que gimió al oír las voces, y a su magnánimo espíritu así le dijo:

91 —¡Ay de mí! Si abandono estas magníficas armas y a Patroclo, que por vengarme yace aquí tendido, temo que se irritará cualquier dánao que lo presencie. Y si por vergüenza peleo con Héctor y Los troyanos, como ellos son muchos y yo estoy solo, quizás me cerquen; pues Héctor, el de tremolante casco, trae aquí a todos Los troyanos. Mas ¿por qué el corazón me hace pensar en tales cosas? Cuando, oponiéndose a la divinidad, el hombre lucha con un guerrero protegido por algún dios, pronto le sobreviene grave daño. Así, pues, ninguno de Los dánaos se irritará conmigo porque me vean ceder a Héctor, que combate amparado por Las deidades. Pero, si a mis oídos llegara la voz de Ayante, valiente en la pelea, volvería aquí con él y sólo pensaríamos en luchar, aunque fuese contra un dios, para ver si lográbamos arrastrar el cadáver y entregarlo al Pelida Aquiles. Sería esto lo mejor para hacer llevaderos los presentes males.

106 Mientras tales pensamientos revolvían en su mente y en su corazón, llegaron las huestes de los troyanos, acaudilladas por Héctor. Menelao dejó el cadáver y retrocedió, volviéndose de cuando en cuando. Como el melenudo león, a quien alejan del establo los canes y los hombres con gritos y venablos, siente que el corazón audaz se le encoge y abandona de mala gana el redil; de la misma suerte apartábase de Patroclo el rubio Menelao, quien, al juntarse con sus amigos, se detuvo, volvió la cara a los troyanos y buscó con los ojos al gran Ayante, hijo de Telamón. Pronto le distinguió a la izquierda de la batalla, donde animaba a sus compañeros y les incitaba a pelear, pues Febo Apolo les había infundido un gran terror. Corrió a encontrarle; y, poniéndose a su lado, le dijo estas palabras:

120 —¡Ayante! Ven, amigo; apresurémonos a combatir por Patroclo muerto, y quizás podamos llevar a Aquiles el cadáver desnudo, pues las armas las tiene Héctor, el de tremolante casco.

123 Así dijo; y conmovió el corazón del aguerrido Ayante, que atravesó al momento las primeras filas junto con el rubio Menelao. Héctor

había despojado a Patroclo de las magníficas armas y se lo llevaba arrastrando, para separarle con el agudo bronce la cabeza de los hombros y entregar el cadáver a los perros de Troya. Pero acercósele Ayante con su escudo como una torre; y Héctor, retrocediendo, llegó al grupo de sus amigos, saltó al carro y entregó las magníficas armas a los troyanos para que las llevaran a la ciudad, donde habían de causarle inmensa gloria. Ayante cubrió con su gran escudo al Menecíada y se mantuvo firme. Como el león anda en torno de sus cachorros cuando llevándolos por el bosque le salen al encuentro los cazadores, y, haciendo gala de su fuerza, baja los párpados ocultando sus ojos, de aquel modo corría Ayante alrededor del héroe Patroclo. En la parte opuesta hallábase el Atrida Menelao, caro a Ares, en cuyo pecho el dolor iba creciendo.

140 Glauco, hijo de Hipóloco, caudillo de los licios, dirigió entonces la torva faz a Héctor, y le increpó con estas palabras:

142 —¡Héctor, el de más hermosa figura, muy falto estás del valor que la guerra demanda! Inmerecida es tu buena fama, cuando solamente sabes huir. Piensa cómo en adelante defenderás la ciudad y sus habitantes, solo y sin más auxilio que los hombres nacidos en Ilio. Ninguno de los licios ha de pelear ya con los dánaos en favor de la ciudad, puesto que para nada se agradece el combatir siempre y sin descanso contra el enemigo. ¿Cómo, oh cruel, salvarás en la turba a un obscuro combatiente, si dejas que Sarpedón, huésped y amigo tuyo, llegue a ser presa y botín de los argivos? Mientras estuvo vivo, prestó grandes servicios a la ciudad y a ti mismo; y ahora no te atreves a apartar de su cadáver a los perros. Por esto, si los licios me obedecieren, volveríamos a nuestra patria, y la ruina más espantosa amenazaría a Troya. Mas, si ahora tuvieran los troyanos el valor audaz e intrépido que suelen mostrar los que por la patria sostienen contiendas y luchas con los enemigos, pronto arrastraríamos el cadáver de Patroclo hasta Ilio. Y enseguida que el cuerpo de éste fuera retirado del campo y conducido a la gran ciudad del rey Príamo, los argivos nos entregarían, para rescatarlo, las hermosas armas de Sarpedón, y también podríamos llevar a Ilio el cadáver del héroe; pues Patroclo fue escudero del argivo más valiente que hay en las naves, como asimismo lo son sus tropas, que combaten cuerpo a cuerpo. Pero tú no osaste esperar al magnánimo Ayante, ni resistir su mirada en la lucha, ni combatir con él, porque te aventaja en fortaleza.

169 Mirándole con torva faz, respondió Héctor, el de tremolante casco:

170 —¡Glauco! ¿Por qué, siendo cual eres, hablas con tanta soberbia? ¡Oh dioses! Te consideraba como el hombre de más seso de cuantos viven en la fértil Licia, y ahora he de reprenderte por lo que pensaste y dijiste al asegurar que no puedo sostener la acometida del ingente Ayante. Nunca me espantó la batalla, ni el ruido de los caballos; pero siempre el pensamiento de Zeus, que lleva la égida, es más eficaz que el de los hombres, y el dios pone en fuga al varón esforzado y le quita fácilmente la victoria, aunque él mismo le haya incitado a combatir. Mas, ea, ven acá, amigo, ponte a mi lado, contempla mis hechos, y verás si seré cobarde en la batalla, como has dicho, aunque dure todo el día; o si haré que alguno de los dánaos, no obstante su ardimiento y valor, cese de defender el cadáver de Patroclo.

183 Cuando así hubo hablado, exhortó a los troyanos, dando grandes voces:

184 —¡Troyanos, licios, dánaos, que cuerpo a cuerpo peleáis! Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso valor, mientras visto las armas hermosas del eximio Aquiles, de que despojé al fuerte Patroclo después de matarlo.

188 Dichas estas palabras, Héctor, el de tremolante casco, salió de la funesta lid, y, corriendo con ligera planta, alcanzó pronto y no muy lejos a sus amigos que llevaban hacia la ciudad las magníficas armas del hijo de Peleo. Allí, fuera del luctuoso combate se detuvo y cambió de armadura: entregó la propia a los belicosos troyanos, para que la dejaran en la sacra Ilio, y vistió las armas divinas del Pelida Aquiles, que los dioses celestiales dieron a Peleo, y éste, ya anciano, cedió a su hijo, quien no había de usarlas tanto tiempo que llegara a la vejez llevándolas todavía.

198 Cuando Zeus, que amontona las nubes, vio que Héctor, apartándose, vestía las armas del divino Pelida, moviendo la cabeza, habló consigo mismo y dijo:

201 «¡Ah, mísero! No piensas en la muerte, que ya se halla cerca de ti, y vistes las armas divinas de un hombre valentísimo a quien todos temen. Has muerto a su amigo, tan bueno como fuerte, y le has quitado ignominiosamente la armadura de la cabeza y de los hombros. Mas todavía dejaré que alcances una gran victoria como compensación de que Andrómaca no recibirá de tus manos, volviendo tú del combate, las magníficas armas del Pelión».

209 Dijo el Cronión, y bajó las negras cejas en señal de asentimiento. La armadura de Aquiles le vino bien a Héctor, apoderóse de éste un terrible

furor bélico, y sus miembros se vigorizaron y fortalecieron; y el héroe, dando recias voces, enderezó sus pasos a los aliados ilustres y se les presentó con las resplandecientes armas del magnánimo Pelión. Y acercándose a cada uno para animarlos con sus palabras —a Mestles, Glauco, Medonte, Tersíloco, Asteropeo, Disénor, Hipótoo, Forcis, Cromio y el augur Énnomo—, los instigó con estas aladas palabras:

220 —¡Oíd, tribus innúmeras de aliados que habitáis alrededor de Troya! No ha sido por el deseo ni por la necesidad de reunir una muchedumbre por lo que os he traído de vuestras ciudades, sino para que defendáis animosamente de los belicosos aqueos a las esposas y a los tiernos infantes de los troyanos. Con este pensamiento abrumo a mi pueblo y le exijo dones y víveres para excitar vuestro valor. Ahora cada uno haga frente y embista al enemigo, ya muera, ya se salve, que tales son los lances de la guerra. Al que arrastre el cadáver de Patroclo hasta las filas de los troyanos, domadores de caballos, y haga ceder a Ayante, le daré la mitad de los despojos, reservándome la otra mitad, y su gloria será tan grande como la mía.

233 Así dijo. Todos arremetieron con las picas levantadas y cargaron sobre los dánaos, pues tenían grandes esperanzas de arrancar el cuerpo de Patroclo de las manos de Ayante Telamoníada. ¡Insensatos! Sobre el mismo cadáver, Ayante hizo perecer a muchos de ellos. Y este héroe dijo entonces a Menelao, valiente en la pelea:

238 —¡Oh amigo, oh Menelao, alumno de Zeus! Ya no espero que salgamos con vida de esta batalla. Ni temo tanto por el cadáver de Patroclo, que pronto saciará en Troya a los perros y aves de rapiña, cuanto por tu cabeza y por la mía; pues el nublado de la guerra, Héctor, todo lo cubre, y a nosotros nos espera una muerte cruel. Ea, llama a los más valientes dánaos, por si alguno te oye.

246 Así dijo. Menelao, valiente en la pelea, no desobedeció; y, alzando recio la voz, dijo a los dánaos:

248 —¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos, los que bebéis en la tienda de los Atridas Agamenón y Menelao el vino que el pueblo paga, mandáis las tropas y os viene de Zeus el honor y la gloria! Me es difícil ver a cada uno de los caudillos. ¡Tan grande es el combate que aquí se ha empeñado! Pero acercaos vosotros, indignándoos en vuestro corazón de que Patroclo llegue a ser juguete de los perros troyanos.

256 Así dijo. Oyóle enseguida el veloz Ayante de Oileo, y acudió antes que nadie, corriendo a través del campo. Siguiéronle Idomeneo y su escudero Meriones, igual al homicida Enialio. ¿Y quién podría retener en la memoria y decir los nombres de cuantos aqueos fueron llegando para reanimar la pelea?

262 Los troyanos acometieron apiñados, con Héctor a su frente. Como en la desembocadura de un río que las celestiales lluvias alimentan, las ingentes olas chocan bramando contra la corriente del mismo, refluyen al mar y las altas orillas resuenan en torno; con una gritería tan grande marchaban los troyanos. Mientras tanto, los aqueos permanecían firmes alrededor del cadáver del Menecíada, conservando el mismo ánimo y defendiéndose con los escudos de bronce; y el Cronión rodeó de espesa niebla sus relucientes cascos, porque nunca había aborrecido al Menecíada mientras vivió y fue servidor del Eácida, y entonces veía con desagrado que el cadáver pudiera llegar a ser juguete de los perros troyanos. Por esto el dios incitaba a los compañeros a que lo defendieran.

274 En un principio, los troyanos rechazaron a los aqueos, de ojos vivos, y éstos, desamparando al muerto, huyeron espantados. Y si bien los altivos troyanos no consiguieron matar con sus lanzas a ningún aqueo, como deseaban, empezaron a arrastrar el cadáver. Poco tiempo debían los aqueos permanecer alejados de éste, pues los hizo volver Ayante; el cual, así por su figura, como por sus obras, era el mejor de los dánaos, después del eximio Pelión. Atravesó el héroe las primeras Filas, y parecido por su bravura al jabalí que en el monte dispersa fácilmente, dando vueltas por los matorrales, a los perros y a los florecientes mancebos, de la misma manera el esclarecido Ayante, hijo del ilustre Telamón, acometió y dispersó las falanges de troyanos que se agitaban en torno de Patroclo con el decidido propósito de llevarlo a la ciudad y alcanzar gloria.

288 Hipótoo, hijo preclaro del pelasgo Leto, había atado una correa a un tobillo de Patroclo, alrededor de los tendones; y arrastraba el cadáver por el pie, a través del reñido combate, para congraciarse con Héctor y los troyanos. Pronto le ocurrió una desgracia, de que nadie, por más que lo deseara, pudo librarlo. Pues el hijo de Telamón, acometiéndole por entre la turba, le hirió de cerca por el casco de broncíneas carrilleras: el casco, guarnecido de un penacho de crines de caballo, se quebró al recibir el golpe de la gran lanza manejada por la robusta mano; el cerebro fluyó sanguinolento por la herida, a lo largo del asta; el guerrero perdió las

fuerzas, dejó escapar de sus manos al suelo el pie del magnánimo Patroclo, y cayó de pechos, junto al cadáver, lejos de la fértil Larisa; y así no pudo pagar a sus progenitores la crianza, ni fue larga su vida, porque sucumbió vencido por la lanza del magnánimo Ayante. A su vez, Héctor arrojó la reluciente lanza a Ayante, pero éste, al notarlo, hurtó un poco el cuerpo, y la broncínea arma alcanzó a Esquedio, hijo del magnánimo ífito y el más valiente de los focios, que tenía su casa en la célebre Panopeo y reinaba sobre muchos hombres: clavóse la broncínea punta debajo de la clavícula y, atravesándola, salió por la extremidad del hombro. El guerrero cayó con estrépito, y sus armas resonaron.

312 Ayante hirió en medio del vientre al aguerrido Forcis, hijo de Fénope, que defendía el cadáver de Hipótoo; y el bronce rompió la cavidad de la coraza y desgarró las entrañas: el troyano, caído en el polvo, cogió el suelo con las manos. Arredráronse los combatientes delanteros y el esclarecido Héctor; y los argivos dieron grandes voces, retiraron los cadáveres de Forcis y de Hipótoo, y quitaron de sus hombros las respectivas armaduras.

319 Entonces los troyanos hubieran vuelto a entrar en Ilio, acosados por los belicosos aqueos y vencidos por su cobardía; y los argivos hubiesen alcanzado gloria, contra la voluntad de Zeus, por su fortaleza y su valor; pero el mismo Apolo instigó a Eneas, tomando la figura del heraldo Perifante Epítida, que había envejecido ejerciendo de pregonero en la casa del padre del héroe y sabía dar saludables consejos. Así transfigurado, habló Apolo, hijo de Zeus, diciendo:

327 —¡Eneas! ¿De qué modo podríais salvar la excelsa Ilio, hasta si un dios se opusiera? Como he visto hacerlo a otros varones que confiaban en su fuerza y vigor, en su bravura y en la muchedumbre de tropas formadas por un pueblo intrépido. Mas, al presente, Zeus desea que la victoria quede por vosotros y no por los dánaos; y vosotros huis temblando, sin combatir.

333 Así dijo. Eneas, como viera delante de sí a Apolo, el que hiere de lejos, le reconoció, y a grandes voces dijo a Héctor:

335 —¡Héctor y demás caudillos de los troyanos y sus aliados! Es una vergüenza que entremos en Ilio, acosados por los belicosos aqueos y vencidos por nuestra cobardía. Una deidad ha venido a decirme que Zeus, el árbitro supremo, será aún nuestro auxiliar en la batalla. Marchemos, pues, en derechura a los dánaos, para que no se lleven tranquilamente a las naves el cadáver de Patroclo.

342 Así habló; y, saltando mucho más allá de los combatientes delanteros, se detuvo. Los troyanos volvieron la cara y afrontaron a los aqueos. Entonces Eneas dio una lanzada a Leócrito, hijo de Arisbante y compañero valiente de Licomedes. Al verlo derribado en tierra, compadecióse Licomedes, caro a Ares; y, parándose muy cerca del enemigo, arrojó la reluciente lanza, hirió en el hígado, debajo del diafragma, a Apisaón Hipásida, pastor de hombres, y le dejó sin vigor las rodillas: este guerrero procedía de la fértil Peonia, y era, después de Asteropeo, el que más descollaba en el combate. Violo caer el belicoso Asteropeo, y, apiadándose, corrió hacia él, dispuesto a pelear con los dánaos. Mas no le fue posible; pues cuantos rodeaban por todas partes a Patroclo se cubrían con los escudos y calaban las lamas. Ayante recorría las filas y daba muchas órdenes: mandaba que ninguno retrocediese, abandonando el cadáver, ni combatiendo se adelantara a los demás aqueos, sino que todos rodearan al muerto y pelearan de cerca. Así se lo encargaba el ingente Ayante. La tierra estaba regada de purpúrea sangre y caían muertos, unos en pos de otros, muchos troyanos, poderosos auxiliares, y dánaos; pues estos últimos no peleaban sin derramar sangre, aunque perecían en mucho menor número porque cuidaban siempre de defenderse recíprocamente en medio de la turba, para evitar la cruel muerte.

366 Así combatían, con el ardor del fuego. No hubieras dicho que aún subsistiesen el sol y luna, pues hallábanse cubiertos por la niebla todos los guerreros ilustres que peleaban alrededor del cadáver del Menecíada. Los restantes troyanos y aqueos, de hermosas grebas, libres de la obscuridad, luchaban al cielo sereno: los vivos rayos del sol herían el campo, sin que apareciera ninguna nube sobre la tierra ni en las montañas, y ellos combatían y descansaban alternativamente, hallándose a gran distancia unos de otros y procurando librarse de los dolorosos tiros que les dirigían los contrarios. Y en tanto, los del centro padecían muchos males a causa de la niebla y del combate, y los más valientes estaban dañados por el cruel bronce. Dos varones insignes, Trasimedes y Antíloco, ignoraban aún que el eximio Patroclo hubiese muerto y creían que, vivo aún, luchaba con los troyanos en la primera fila. Ambos, aunque estaban en la cuenta de que sus compañeros eran muertos o derrotados, peleaban separadamente de los demás; que así se lo había ordenado Néstor, cuando desde las negras naves los envió a la batalla.

384 Todo el día sostuvieron la gran contienda y el cruel combate. Cansados y sudosos tenían las rodillas, las piernas y más abajo los pies, y manchados de polvo las manos y los ojos, cuantos peleaban en torno del valiente servidor del Eácida, de pies ligeros. Como un hombre da a los obreros, para que la estiren, una piel grande de toro cubierta de grasa, y ellos, cogiéndola, se distribuyen a su alrededor, y tirando todos sale la humedad, penetra la grasa y la piel queda perfectamente extendida por todos lados, de la misma manera tiraban aquéllos del cadáver acá y acullá, en un reducido espacio, y tenían grandes esperanzas de arrastrarlo los troyanos hacia Ilio, y los aqueos a las cóncavas naves. Un tumulto feroz se producía alrededor del muerto; y ni Ares, que enardece a los guerreros, ni Atenea por airada que estuviera, habrían hallado nada que baldonar, si lo hubiesen presenciado: tal funesto combate de hombres y caballos suscitó Zeus aquel día sobre el cadáver de Patroclo. El divino Aquiles ignoraba aún la muerte del héroe, porque la pelea se había empeñado muy lejos de las veleras naves, al pie del muro de Troya. No se figuraba que hubiese muerto, sino que después de acercarse a las puertas volvería vivo; porque tampoco esperaba que llegara a tomar la ciudad, ni solo, ni con él mismo. Así se lo había oído muchas veces a su madre cuando, hablándole separadamente de los demás, le revelaba el pensamiento del gran Zeus. Pero entonces la diosa no le anunció la gran desgracia que acababa de ocurrir: la muerte del compañero a quien más amaba.

412 Los combatientes, blandiendo afiladas lanzas, se acometían continuamente alrededor del cadáver; y unos a otros se mataban. Y hubo quien entre los aqueos, de broncíneas corazas, habló de esta manera:

415 —¡Oh amigos! No sería para nosotros acción gloriosa la de volver a las cóncavas naves. Antes la negra tierra se nos trague a todos; que preferible fuera, si hemos de permitir a los troyanos, domadores de caballos, que arrastren el cadáver a la ciudad y alcancen gloria.

420 Y a su vez alguno de los magnánimos troyanos así decía:

421 —¡Oh amigos! Aunque la parca haya dispuesto que sucumbamos todos junto a ese hombre, nadie abandone la batalla.

423 Con tales palabras excitaban el valor de sus compañeros. Seguía el combate, y el férreo estrépito llegaba al cielo de bronce, a través del infecundo éter.

426 Los corceles de Aquiles lloraban, fuera del campo de la batalla, desde que supieron que su auriga había sido postrado en el polvo por

Héctor, matador de hombres. Por más que Automedonte, hijo valiente de Diores, los aguijaba con el flexible látigo y les dirigía palabras, ya suaves, ya amenazadoras; ni querían volver atrás, a las naves y al vasto Helesponto, ni encaminarse hacia los aqueos que estaban peleando. Como la columna se mantiene firme sobre el túmulo de un varón difunto o de una matrona, tan inmóviles permanecían aquéllos con el magnífico carro. Inclinaban la cabeza al suelo, de sus párpados caían a tierra ardientes lágrimas con que lloraban la pérdida del auriga, y las lozanas crines estaban manchadas y caídas a ambos lados del yugo.

441 Al verlos llorar, el Cronión se compadeció de ellos, movió la cabeza, y, hablando consigo mismo, dijo:

443 «¡Ah, infelices! ¿Por qué os entregamos al rey Peleo, a un mortal, estando vosotros exentos de la vejez y de la muerte? ¿Acaso para que tuvieseis penas entre los míseros mortales? Porque no hay un ser más desgraciado que el hombre, entre cuantos respiran y se mueven sobre la tierra. Héctor Priámida no será llevado por vosotros en el labrado carro; no lo permitiré. ¿Por ventura no es bastante que se haya apoderado de las armas y se gloríe de esta manera? Daré fuerza a vuestras rodillas y a vuestro espíritu, para que llevéis salvo a Automedonte desde la batalla a las cóncavas naves; y concederé gloria a los troyanos, los cuales seguirán matando hasta que lleguen a las naves de muchos bancos, se ponga el sol y la sagrada obscuridad sobrevenga».

456 Así diciendo, infundió gran vigor a los caballos: sacudieron éstos el polvo de las crines y arrastraron velozmente el ligero carro hacia los troyanos y los aqueos. Automedonte, aunque afligido por la suerte de su compañero, quería combatir desde el carro, y con los corceles se echaba sobre los enemigos como el buitre sobre los ánsares; y con la misma facilidad huía del tumulto de los troyanos, que arremetía a la gran turba de ellos para seguirles el alcance. Pero no mataba hombres cuando se lanzaba a perseguir, porque, estando solo en el sagrado asiento, no le era posible acometer con la lanza y sujetar al mismo tiempo los veloces caballos. Viole al fin su compañero Alcimedonte, hijo de Laerces Hemónida; y, poniéndose detrás del carro, dijo a Automedonte:

469 —¡Automedonte! ¿Qué dios te ha sugerido tan inútil propósito dentro del pecho y te ha privado de tu buen juicio? ¿Por qué, estando solo, combates con los troyanos en la primera fila? Tu compañero recibió la

muerte, y Héctor se vanagloria de cubrir sus hombros con las armas del Eácida.

474 Respondióle Automedonte, hijo de Diores:

475 —¡Alcimedonte! ¿Cuál otro aqueo podría sujetar o aguijar estos caballos inmortales mejor que tú, si no fuera Patroclo, consejero igual a los dioses, mientras estuvo vivo? Pero ya la muerte y la parca lo alcanzaron. Recoge el látigo y las lustrosas riendas, y yo bajaré del carro para combatir.

481 Así dijo. Alcimedonte, subiendo enseguida al veloz carro, empuñó el látigo y las riendas, y Automedonte saltó a tierra. Advirtiólo el esclarecido Héctor; y al momento dijo a Eneas, que a su lado estaba:

485 —¡Eneas, consejero de los troyanos, de broncíneas corazas! Advierto que los corceles del Eácida, ligero de pies, aparecen nuevamente en la lid guiados por aurigas débiles. Y creo que me apoderaría de los mismos, si tú quisieras ayudarme; pues, arremetiendo nosotros a los aurigas, éstos no se… atreverán a resistir ni a pelear frente a frente.

491 Así dijo; y el valeroso hijo de Anquises no dejó de obedecerle. Ambos pasaron adelante, protegiendo sus hombros con sólidos escudos de pieles secas de buey, cubiertas con gruesa capa de bronce. Siguiéronles Cromio y el deiforme Areto, que tenían grandes esperanzas de matar a los aurigas y llevarse los corceles de erguido cuello. ¡Insensatos! No sin derramar sangre habían de escapar de Automedonte. Éste, orando al padre Zeus, llenó de fuerza y vigor las negras entrañas; y enseguida dijo a Alcimedonte, su fiel compañero:

501 —¡Alcimedonte! No tengas los caballos lejos de mí; sino tan cerca, que sienta su resuello sobre mi espalda. Creo que Héctor Priámida no calmará su ardor hasta que suba al carro de Aquiles y gobierne los corceles de hermosas crines, después de darnos muerte a nosotros y desbaratar las filas de los guerreros argivos; o él mismo sucumba, peleando con los combatientes delanteros.

507 Así habiendo hablado, llamó a los dos Ayantes y a Menelao:

508 —¡Ayantes, caudillos de los argivos! ¡Menelao! Dejad a los más fuertes el cuidado de rodear al muerto y defenderlo, rechazando las haces enemigas; y venid a librarnos del día cruel a nosotros que aún vivimos, pues se dirigen a esta parte, corriendo por el luctuoso combate, Héctor y Eneas, que son los más valientes de los troyanos. En la mano de los dioses está lo que haya de ocurrir. Yo arrojaré mi lanza, y Zeus se cuidará del resto.

516 Dijo; y, blandiendo la ingente lanza, acertó a dar en el escudo liso de Areto, que no logró detener a aquélla: atravesólo la punta de bronce, y rasgando el cinturón se clavó en el empeine del guerrero. Como un joven hiere con afilada segur a un buey montaraz por detrás de las astas, le corta el nervio y el animal da un salto y cae, de esta manera el troyano saltó y cayó boca arriba y la lanza aguda, vibrando aún en sus entrañas, dejóle sin vigor los miembros. Héctor arrojó la reluciente lanza contra Automedonte, pero éste, como la viera venir, evitó el golpe inclinándose hacia adelante: la fornida lanza se clavó en el suelo detrás de él, y el regatón temblaba; pero pronto la impetuosa arma perdió su fuerza. Y se atacaron de cerca con las espadas, si no les hubiesen obligado a separarse los dos Ayantes; los cuales, enardecidos, abriéronse paso por la turba y acudieron a las voces de su amigo. Temiéronlos Héctor, Eneas y el deiforme Cromio, y, retrocediendo, dejaron a Areto, que yacía en el suelo con el corazón traspasado. Automedonte, igual al veloz Ares, despojóle de las armas y, gloriándose, pronunció estas palabras:

538 —El pesar de mi corazón por la muerte del Menecíada se ha aliviado un poco; aunque le es inferior el varón a quien he dado muerte.

540 Así diciendo, tomó y puso en el carro los sangrientos despojos; y enseguida subió al mismo, con los pies y las manos ensangrentados como el león que ha devorado un toro.

543 De nuevo se trabó una pelea encarnizada, funesta, luctuosa, en torno de Patroclo. Excitó la lid a Atenea, que vino del cielo, enviada a socorrer a los dánaos por el largovidente Zeus, cuya mente había cambiado. De la suerte que Zeus tiende en el cielo el purpúreo arco iris, como señal de una guerra o de un invierno tan frío que obliga a suspender las labores del campo y entristece a los rebaños, de este modo la diosa, envuelta en purpúrea nube, penetró por las tropas aqueas y animó a cada guerrero. Primero enderezó sus pasos hacia el fuerte Menelao, hijo de Atreo, que se hallaba cerca; y, tomando la figura y voz infatigable de Fénix, le exhortó diciendo:

556 —Sería para ti, oh Menelao, motivo de vergüenza y de oprobio que los veloces perros despedazaran cerca del muro de Troya el cadáver de quien fue compañero fiel del ilustre Aquiles. ¡Combate denodadamente y anima a todo el ejército!

56o Respondióle Menelao, valiente en la pelea:

561 —¡Padre Fénix, anciano respetable! Ojalá Atenea me infundiese vigor y me librase del ímpetu de los tiros. Yo quisiera ponerme al lado de Patroclo y defenderlo, porque su muerte conmovió mucho mi corazón; pero Héctor tiene la terrible fuerza de una llama, y no cesa de matar con el bronce, protegido por Zeus, que le da gloria.

567 Así dijo. Atenea, la diosa de ojos de lechuza, holgándose de que aquél la invocara la primera entre todas las deidades, le vigorizó los hombros y las rodillas, e infundió en su pecho la audacia de la mosca, la cual, aunque sea ahuyentada repetidas veces, vuelve a picar porque la sangre humana le es agradable; de una audacia semejante llenó la diosa las negras entrañas del héroe. Encaminóse Menelao hacia el cadáver de Patroclo y despidió la reluciente lanza. Hallábase entre los troyanos Podes, hijo de Eetión, rico y valiente, a quien Héctor honraba mucho en la ciudad porque era su compañero querido en los festines; a éste, que ya emprendía la fuga, atravesólo el rubio Menelao con la broncínea lanza que se clavó en el ceñidor, y el troyano cayó con estrépito. Al punto, el Atrida Menelao arrastró el cadáver desde los troyanos adonde se hallaban sus amigos.

582 Apolo incitó a Héctor, poniéndose a su lado después de tomar la figura de Fénope Asíada; éste tenía la casa en Abides, y era para el héroe el más querido de sus huéspedes. Así transfigurado, dijo Apolo, el que hiere de lejos:

586 —¡Héctor! ¿Cuál otro aqueo te temerá, cuando huyes temeroso ante Menelao, que siempre fue guerrero débil y ahora él solo ha levantado y se lleva fuera del alcance de los troyanos el cadáver de tu fiel amigo a quien mató, del que peleaba con denuedo entre los combatientes delanteros, de Podes, hijo de Eetión?

591 Así dijo, y negra nube de pesar envolvió a Héctor, que enseguida atravesó las primeras filas, cubierto de reluciente bronce. Entonces el Cronida tomó la esplendorosa égida floqueada, cubrió de nubes el Ida, relampagueó y tronó fuertemente, agitó la égida, y dio la victoria a los troyanos, poniendo en fuga a los aqueos.

597 El primero que huyó fue Penéleo, el beocio, por haber recibido, vuelto siempre de cara a los troyanos, una herida leve en el hombre; y Polidamante, acercándose a él, le arrojó la lanza, que desgarró la piel y llegó hasta el hueso. Héctor, a su vez, hirió en la muñeca y dejó fuera de combate a Leito, hijo del magnánimo Alectrión; el cual huyó espantado y mirando en torno suyo, porque ya no esperaba que con la lanza en la mano

pudiese combatir con los troyanos. Contra Héctor, que perseguía a Leito, arrojó Idomeneo su lanza y le dio un bote en el peto de la coraza, junto a la tetilla; pero rompióse aquélla en la unión del asta con el hierro; y los troyanos gritaron. Héctor despidió su lama contra Idomeneo Deucálida, que iba en un carro; y por poco no acertó a herirlo; pero el bronce se clavó en Cérano, escudero y auriga de Meriones, a quien acompañaba desde que partieron de la bien construida Licto. Idomeneo salió aquel día de las corvas naves al campo, como infante; y hubiera procurado a los troyanos un gran triunfo, si no hubiese llegado Cérano guiando los veloces corceles: éste fue su salvador, porque le libró del día cruel al perder la vida a manos de Héctor, matador de hombres. A Cérano, pues, hirióle Héctor debajo de la quijada y de la oreja: la punta de la lanza hizo saltar los dientes y atravesó la lengua. El guerrero cayó del carro, y dejó que las riendas vinieran al suelo. Meriones, inclinándose, recogiólas, y dijo a Idomeneo:

622 —Aquija con el látigo los caballos hasta que llegues a las veleras naves; pues ya tú mismo conoces que no serán los aqueos quienes alcancen la victoria.

624 Así habló; a Idomeneo fustigó los corceles de hermosas crines, guiándolos hacia las cóncavas naves, porque el temor había entrado en su corazón.

626 No les pasó inadvertido al magnánimo Ayante y a Menelao que Zeus otorgaba a los troyanos la inconstante victoria. Y el gran Ayante Telamonio fue el primero en decir:

629 —¡Oh dioses! Ya hasta el más simple conocería que el padre Zeus favorece a los troyanos. Los tiros de todos ellos, sea cobarde o valiente el que dispara, no yerran el blanco, porque Zeus los encamina; mientras que los nuestros caen al suelo sin dañar a nadie. Ea, pensemos cómo nos será más fácil sacar el cadáver y volvernos, para regocijar a nuestros amigos; los cuales deben de afligirse mirando hacia acá, y sin duda piensan que ya no podemos resistir la fuerza y las invictas manos de Héctor, matador de hombres, y pronto tendremos que caer en las negras naves. Ojalá algún amigo avisara rápidamente al Pelida, pues no creo que sepa la infausta nueva de que ha muerto su compañero amado. Pero no puedo distinguir entre los aqueos a nadie capaz de hacerlo, cubiertos como están por densa niebla hombres y caballos. ¡Padre Zeus! ¡Libra de la espesa niebla a los aqueos, serena el cielo, concede que nuestros ojos vean, y destrúyenos en la luz, ya que así te place!

648 Así dijo; y el padre, compadecido de verle derramar lágrimas, disipó en el acto la obscuridad y apartó la niebla. Brilló el sol y toda la batalla quedó alumbrada. Y entonces dijo Ayante a Menelao, valiente en la pelea:

651 —Mira ahora, Menelao, alumno de Zeus, si ves a Antíloco, hijo del magnánimo Néstor, vivo aún; y envíale para que vaya corriendo a decir al belicoso Aquiles que ha muerto su compañero más amado.

655 Así dijo; y Menelao, valiente en la pelea, obedeció y se fue, como se aleja del establo un león después de irritar a los canes y a los hombres que, vigilando toda la noche, no le han dejado comer los pingües bueyes —el animal, ávido de carne, acomete, pero nada consigue porque audaces manos le arrojan muchos venablos y teas encendidas que le hacen temer, aunque está enfurecido—; y al despuntar la aurora se va con el corazón afligido: de tan mala gana, Menelao, valiente en la pelea, se apartaba de Patroclo, porque sentía gran temor de que los aqueos, vencidos por el fuerte miedo, lo dejaran y fuera presa de los enemigos. Y se lo recomendó mucho a Meriones y a los Ayantes, diciéndoles:

669 —¡Ayantes, caudillos de los argivos! ¡Meriones! Acordaos ahora de la mansedumbre del mísero Patroclo, el cual supo ser amable con todos mientras gozó de vida. Pero ya la muerte y la parca le alcanzaron.

673 Dicho esto, el rubio Menelao partió mirando a todas partes como el águila (el ave, según dicen, de vista más perspicaz entre cuantas vuelan por el cielo), a la cual, aun estando en las alturas, no le pasa inadvertida una liebre de pies ligeros echada debajo de un arbusto frondoso, y se abalanza a ella y en un instante la coge y le quita la vida; del mismo modo, oh Menelao, alumno de Zeus, tus brillantes ojos dirigíanse a todos lados, por la turba numerosa de los compañeros, para ver si podrías hallar vivo al hijo de Néstor. Pronto le distinguió a la izquierda del combate, donde animaba a sus compañeros y les incitaba a pelear. Y deteniéndose a su lado, hablóle así el rubio Menelao:

685 —¡Ea, ven acá, Antíloco, alumno de Zeus, y sabrás una infausta nueva que ojalá no debiera darte! Creo que tú mismo conocerás, con sólo tender la vista, que un dios nos manda la derrota a los dánaos y que la victoria es de los troyanos. Ha muerto el más valiente aqueo, Patroclo, y los dánaos le echan muy de menos. Corre hacia las naves aqueas y anúncialo a Aquiles; por si, dándose prisa en venir, puede llevar a su bajel el cadáver desnudo, pues las armas las tiene Héctor, el de tremolante casco.

694 Así dijo. Estremecióse Antíloco al oírle, estuvo un buen rato sin poder hablar, llenáronse de lágrimas sus ojos y la voz sonora se le cortó. Mas no por esto descuidó de cumplir la orden de Menelao: entregó las armas a Laódoco, el eximio compañero que a su lado regía los solípedos caballos, y echó a correr.

700 Llevado por sus pies fuera del combate, fuese llorando a dar al Pelida Aquiles la triste noticia. Y a ti, oh Menelao, alumno de Zeus, no te aconsejó el ánimo que te quedaras allí para socorrer a los fatigados compañeros de Antíloco, aunque los pilios echaban muy de menos a su jefe. Envióles, pues, el divino Trasimedes; y volviendo a la carrera hacia el cadáver del héroe Patroclo, se detuvo junto a los Ayantes, y enseguida les dijo:

708 —Ya he enviado a aquél a las veleras naves, para que se presente a Aquiles, el de los pies ligeros; pero no creo que Aquiles venga enseguida, por más airado que esté con el divino Héctor, porque sin armas no podrá combatir con los troyanos. Pensemos nosotros mismos cómo nos será más fácil sacar el cadáver y librarnos, en la lucha con los troyanos, de la muerte y la parca.

715 Respondióle el gran Ayante Telamonio:

716 —Oportuno es cuanto dijiste, ínclito Menelao. Tú y Meriones introducíos prontamente, levantad el cadáver y sacadlo de la lid. Y nosotros dos, que tenernos igual ánimo, llevamos el mismo nombre y siempre hemos sostenido juntos el vivo combate, os seguiremos, peleando a vuestra espalda con los troyanos y el divino Héctor.

722 Así dijo. Aquéllos cogieron al muerto y alzáronlo muy alto; y gritó el ejército troyano al ver que los aqueos levantaban el cadáver. Arremetieron los troyanos como los perros que, adelantándose a los jóvenes cazadores, persiguen al jabalí herido; así como éstos corren detrás del jabalí y anhelan despedazarlo, pero, cuando el animal, fiado en su fuerza, se vuelve, retroceden y espantados se dispersan; del mismo modo los troyanos seguían en tropel y herían a los aqueos con las espadas y lanzas de doble filo; pero, cuando los Ayantes volvieron la cara y se detuvieron, a todos se les mudó el color del semblante y ninguno osó adelantarse para disputarles el cadáver.

733 De tal manera ambos caudillos llevaban presurosos el cadáver desde la batalla hacia las cóncavas naves. Tras ellos suscitóse feroz combate: como el fuego que prende en una ciudad, se levanta de pronto y

resplandece, y las casas se arruinan entre grandes llamas que el viento, enfurecido, mueve; de igual suerte, un horrísono tumulto de caballos y guerreros acompañaba a los que se iban retirando. Así como mulos vigorosos sacan del monte y arrastran por áspero camino una viga o un gran tronco destinado a mástil de navío, y apresuran el paso, pero su ánimo está abatido por el cansancio y el sudor: de la misma manera ambos caudillos transportaban animosamente el cadáver. Detrás de ellos, los Ayantes contenían a los troyanos como el valladar selvoso extendido por gran parte de la llanura refrena las corrientes perjudiciales de los ríos de curso arrebatado, les hace torcer el camino y les señala el cauce por donde todos han de correr, y jamás los ríos pueden romperlo con la fuerza de sus aguas; de semejante modo, los Ayantes apartaban a los troyanos que les seguían peleando, especialmente Eneas Anquisíada y el preclaro Héctor. Como vuela una bandada de estorninos o grajos, dando horribles chillidos, cuando ven al gavilán que trae la muerte a los pajarillos, así entonces los aqueos, perseguidos por Eneas y Héctor, corrían chillando horriblemente y se olvidaban de combatir. Muchas armas hermosas de los dánaos fugitivos cayeron en el foso o en sus orillas, y la batalla continuaba sin intermisión alguna.

CANTO XVIII

Fabricación de las armas

Aquiles, al enterarse de la noticia de la muerte de su amigo Patroclo, ansía vengarlo. Su madre, Tetis, pide a Hefesto que fabrique un escudo que reemplace al que Héctor tomó como botín del cadáver de Patroclo.

1 Mientras los troyanos y los aqueos combatían con el ardor de abrasadora llama, Antíloco, mensajero de veloces pies, fue en busca de Aquiles. Hallóle junto a las naves, de altas popas, y ya el héroe presentía lo ocurrido; pues, gimiendo, a su magnánimo espíritu así le hablaba:

6 —¡Ay de mí! ¿Por qué los melenudos aqueos vuelven a ser derrotados, y corren aturdidos por la llanura con dirección a las naves? Temo que los dioses me hayan causado la desgracia cruel para mi corazón, que me anunció mi madre diciendo que el más valiente de los mirmidones dejaría de ver la luz del sol, a manos de los troyanos, antes de que yo falleciera. Sin duda ha muerto el esforzado hijo de Menecio. ¡Infeliz! Yo le mandé que, tan pronto como apartase el fuego enemigo, regresara a los bajeles y no quisiera pelear valerosamente con Héctor.

15 Mientras tales pensamientos revolvían en su mente y en su corazón, llegó el hijo del ilustre Néstor; y, derramando ardientes lágrimas, diole la triste noticia:

18 —¡Ay de mí, hijo del aguerrido Peleo! Sabrás una infausta nueva, una cosa que no hubiera de haber ocurrido. Patroclo yace en el suelo, y troyanos y aqueos combaten en torno del cadáver desnudo, pues Héctor, el de tremolante casco, tiene la armadura.

22 Así dijo; y negra nube de pesar envolvió a Aquiles. El héroe cogió ceniza con ambas manos, derramóla sobre su cabeza, afeó el gracioso rostro y la negra ceniza manchó la divina túnica; después se tendió en el polvo, ocupando un gran espacio, y con las manos se arrancaba los cabellos. Las esclavas que Aquiles y Patroclo habían cautivado salieron afligidas; y, dando agudos gritos, fueron desde la puerta a rodear a Aquiles; todas se golpeaban el pecho y sentían desfallecer sus miembros. Antíloco también se lamentaba, vertía lágrimas y tenía de las manos a Aquiles, cuyo gran corazón deshacíase en suspiros, por el temor de que se cortase la garganta con el hierro. Dio Aquiles un horrendo gemido; oyóle su veneranda madre, que se hallaba en el fondo del mar, junto al padre anciano, y prorrumpió en

sollozos; y cuantas diosas nereidas había en aquellas profundidades, todas se congregaron a su alrededor. Allí estaban Glauce, Talía, Cimódoce, Nesea, Espío, Toe, Halia, la de ojos de novilla, Cimótoe, Actea, Limnorea, Mélite, Yera, Anfítoe, Ágave, Doto, Proto, Ferusa, Dinámene, Dexámene, Anfínome, Calianira, Dóride, Pánope, la célebre Galatea, Nemertes, Apseudes, Calianasa, Clímene, Yanira, Yanasa, Mera, Oritía, Amatía, la de hermosas trenzas, y las restantes nereidas que habitan en el fondo del mar. La blanquecina gruta se llenó de ninfas, y todas se golpeaban el pecho. Y Tetis, dando principio a los lamentos, exclamó:

52 —Oíd, hermanas nereidas, para que sepáis cuántas penas sufre mi corazón. ¡Ay de mí, desgraciada! ¡Ay de mí, madre infeliz de un valiente! Parí a un hijo ilustre, fuerte e insigne entre los héroes, que creció semejante a un árbol; le crie como a una planta en terreno fértil y lo mandé a Ilio en las corvas naves para que combatiera con los troyanos; y ya no le recibiré otra vez, porque no volverá a mi casa, a la mansión de Peleo. Mientras vive y ve la luz del sol está angustiado, y no puedo, aunque a él me acerque, llevarle socorro. Iré a ver al hijo querido y me dirá qué pesar le aflige ahora que no interviene en las batallas.

65 Así diciendo, salió de la gruta; las nereidas la acompañaron llorosas, y las olas del mar se rompían en torno de ellas. Cuando llegaron a la fértil Troya, subieron todas a la playa donde las muchas naves de los mirmidones habían sido colocadas junto a la del veloz Aquiles. La veneranda madre se acercó al héroe, que suspiraba profundamente; y, rompiendo el aire con agudos clamores, abrazóle la cabeza, y en tono lastimero pronunció estas aladas palabras:

73 —¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me lo ocultes. Zeus ha cumplido lo que tú, levantando las manos, le pediste: que todos los aqueos, privados de ti, fueran acorralados junto a las naves y padecieran vergonzosos desastres.

78 Exhalando profundos suspiros, contestó Aquiles, el de los pies ligeros:

79 —¡Madre mía! El Olímpico, efectivamente, lo ha cumplido; pero ¿qué placer puede producirme, habiendo muerto Patroclo, el fiel amigo a quien apreciaba sobre todos los compañeros y tanto como a mi propia cabeza? Lo he perdido, y Héctor, después de matarlo, le despojó de las armas prodigiosas, encanto de la vista, magníficas, que los dioses regalaron a Peleo, como espléndido presente, el día en que lo colocaron en el tálamo

de un hombre mortal. Ojalá hubieras seguido habitando en el mar con las inmortales ninfas, y Peleo hubiese tomado esposa mortal. Mas no sucedió así, para que sea inmenso el dolor de tu alma cuando muera tu hijo, a quien ya no recibirás vuelto a la patria, pues mi ánimo no me incita a vivir, ni a permanecer entre los hombres, si Héctor no pierde la vida, atravesado por mi lanza, recibiendo de este modo la condigna pena por la muerte de Patroclo Menecíada.

94 Respondióle Tetis, derramando lágrimas:

95 —Breve será tu existencia, a juzgar por lo que dices, pues la muerte te aguarda así que Héctor perezca.

97 Contestó muy afligido Aquiles, el de los pies ligeros:

98 —Muera yo en el acto, ya que no pude socorrer al amigo cuando lo mataron: ha perecido lejos de su país y sin tenerme al lado para que le librara de la desgracia. Ahora, puesto que no he de volver a la patria tierra, ni he salvado a Patroclo ni a los muchos amigos que murieron a manos del divino Héctor, permanezco en las naves cual inútil peso de la tierra, siendo tal en la batalla como ninguno de los aqueos, de broncíneas corazas, pues en el ágora otros me superan. Ojalá pereciera la discordia para los dioses y para los hombres, y con ella la ira, que encruelece hasta al hombre sensato cuando más dulce que la miel se introduce en el pecho y va creciendo como el humo. Así me irritó el rey de hombres, Agamenón. Pero dejemos lo pasado, aunque afligidos, pues es preciso refrenar el furor del pecho. Iré a buscar al matador del amigo querido, a Héctor; y yo recibiré la muerte cuando lo dispongan Zeus y los demás dioses inmortales. Pues ni el fornido Heracles pudo librarse de ella, con ser carísimo al soberano Zeus Cronida, sino que la parca y la cólera funesta de Hera le hicieron sucumbir. Así yo, si he de tener igual muerte, yaceré en la tumba cuando muera; mas ahora ganaré gloriosa fama y haré que algunas de las matronas troyanas o dardanias, de profundo seno, den fuertes suspiros y con ambas manos se enjuguen las lágrimas de sus tiernas mejillas. Conozcan que durante largo tiempo me he abstenido de combatir. Y tú, aunque me ames, no me prohíbas que pelee, que no lograrás persuadirme.

127 Respondióle Tetis, la de argénteos pies:

128 —Sí, hijo, es justo, y no puede reprobarse que libres a los afligidos compañeros de una muerte terrible; pero tu magnífica armadura de luciente bronce la tienen los troyanos, y Héctor, el de tremolante casco, se vanagloria de cubrir con ella sus hombros. Con todo eso, me figuro que no

durará mucho su jactancia, pues ya la muerte se le avecina. Tú no penetres en la contienda de Ares hasta que con tus ojos me veas volver; y mañana, al romper el alba, vendré a traerte una hermosa armadura fabricada por Hefesto.

138 Cuando así hubo hablado, dejó a su hijo; y volviéndose a sus hermanas de la mar, les dijo:

140 —Bajad vosotras al anchuroso seno del mar para ver al anciano marino y el palacio del padre, a quien se lo contaréis todo; y yo subiré al elevado Olimpo para que Hefesto, el ilustre artífice, dé a mi hijo una magnífica y reluciente armadura.

14s Así habló. Las nereidas se sumergieron prestamente en las olas del mar, y Tetis, la diosa de argénteos pies, enderezó sus pasos al Olimpo para procurar a su hijo las magníficas armas.

148 Mientras la diosa se encaminaba al Olimpo, los aqueos, de hermosas grebas, huyendo con gritería inmensa a vista de Héctor, matador de hombres, llegaron a las naves y al Helesponto; y ya no podían sacar fuera de los tiros el cadáver de Patroclo, escudero de Aquiles, porque de nuevo los alcanzaron los troyanos con sus carros y Héctor, hijo de Príamo, que por su vigor parecía una llama. Tres veces el esclarecido Héctor asió a Patroclo por los pies e intentó arrastrarlo, exhortando con horrendos gritos a los troyanos; tres veces los dos Ayantes, revestidos de impetuoso valor, le rechazaron. Héctor, confiando en su fuerza, unas veces se arrojaba a la pelea, otras se detenía y daba grandes voces, pero nunca se retiraba del todo. Como los pastores pasan la noche en el campo y no consiguen apartar de la presa a un fogoso león muy hambriento; de semejante modo, los belicosos Ayantes no lograban ahuyentar del cadáver a Héctor Priámida. Y éste lo arrastrara, consiguiendo inmensa gloria, si no se hubiese presentado al Pelión, para aconsejarle que tomase las armas, la veloz Iris, de pies ligeros como el viento; a la cual enviaba Hera, sin que lo supieran Zeus ni los demás dioses. Colocóse la diosa cerca de Aquiles y pronunció estas aladas palabras:

170 —¡Levántate, Pelida, el más portentoso de los hombres! Ve a defender a Patroclo, por cuyo cuerpo se ha trabado un vivo combate cerca de las naves. Mátanse allí los aqueos defendiendo el cadáver, y los troyanos acometiendo con el fin de arrastrarlo a la ventosa Ilio. Y el que más empeño tiene en llevárselo es el esclarecido Héctor, porque su ánimo le incita a cortarle la cabeza del tierno cuello para clavarla en una estaca. Levántate,

no yazgas más; avergüéncese tu corazón de que Patroclo llegue a ser juguete de los perros troyanos; pues será para ti motivo de afrenta que el cadáver reciba algún ultraje.

181 Respondióle el divino Aquiles, el de los pies ligeros:

182 —¡Diosa Iris! ¿Cuál de las deidades te envía como mensajera?

183 Díjole la veloz Iris, de pies ligeros como el viento:

184 —Me manda Hera, la ilustre esposa de Zeus, sin que lo sepan el excelso Cronida ni los demás dioses inmortales que habitan el nevado Olimpo.

187 Replicóle Aquiles, el de los pies ligeros:

188 —¿Cómo puedo ir a la batalla? Los troyanos tienen mis armas, y mi madre no me permite entrar en combate hasta que con estos ojos la vea volver, pues aseguró que me traería una hermosa armadura fabricada por Hefesto. Entre tanto no sé de cuál guerrero podría vestir las armas, a no ser que tomase el escudo de Ayante Telamoníada; pero creo que éste se halla entre los combatientes delanteros y pelea con la lanza por el cadáver de Patroclo.

196 Contestóle la veloz Iris, de pies ligeros como el viento:

197 —Bien sabemos nosotros que aquéllos tienen tu magnífica armadura; pero muéstrate a los troyanos en la orilla del foso para que, temiéndote, cesen de pelear; los belicosos aqueos, que tan abatidos están, se reanimen, y la batalla tenga su tregua, aunque sea por breve tiempo.

202 En diciendo esto, fuese Iris, ligera de pies. Aquiles, caro a Zeus, se levantó, y Atenea cubrióle los fornidos hombros con la égida floqueada, y además la divina entre las diosas circundóle la cabeza con áurea nube, en la cual ardía resplandeciente llama. Como se ve desde lejos el humo que, saliendo de una isla donde se halla una ciudad sitiada por los enemigos, llega al éter, cuando sus habitantes, después de combatir todo el día en horrenda batalla, fuera de la ciudad, al ponerse el sol encienden muchos fuegos, cuyo resplandor sube a lo alto, para que los vecinos los vean, se embarquen y les libren del apuro, de igual modo el resplandor de la cabeza de Aquiles llegaba al éter. Y acercándose a la orilla del foso, fuera de la muralla, se detuvo, sin mezclarse con los aqueos, porque respetaba el prudente mandato de su madre. Allí dio recias voces y a alguna distancia Palas Atenea vociferó también y suscitó un inmenso tumulto entre los troyanos. Como se oye la voz sonora de la trompeta cuando vienen a cercar la ciudad enemigos que la vida quitan, tan sonora fue entonces la voz del

Eácida. Cuando se dejó oír la voz de bronce del héroe, a todos se les conturbó el corazón, y los caballos, de hermosas crines, volvíanse hacia atrás con los carros porque en su ánimo presentían desgracias. Los aurigas se quedaron atónitos al ver el terrible e incesante fuego que en la cabeza del magnánimo Pelión hacía arder Atenea, la diosa de ojos de lechuza. Tres veces el divino Aquiles gritó a orillas del foso, y tres veces se turbaron los troyanos y sus ínclitos auxiliares; y doce de los más valientes guerreros murieron atropellados por sus carros y heridos por sus propias lanzas. Y los aqueos, muy alegres, sacaron a Patroclo fuera del alcance de los tiros y colocáronlo en un lecho. Los amigos le rodearon llorosos, y con ellos iba Aquiles, el de los pies ligeros, derramando ardientes lágrimas, desde que vio al fiel compañero desgarrado por el agudo bronce y tendido en el féretro. Habíale mandado a la batalla con su carro y sus corceles, y ya no podía recibirlo, porque de ella no tornaba vivo.

239 Hera veneranda, la de ojos de novilla, obligó al sol infatigable a hundirse, mal de su grado, en la corriente del Océano. Y una vez puesto, los divinos aqueos suspendieron la enconada pelea y el general combate.

243 Los troyanos, por su parte, retirándose de la dura contienda, desuncieron de los carros los veloces corceles y se reunieron en el ágora antes de preparar la cena. Celebraron el ágora de pie y nadie osó sentarse; pues a todos les hacía temblar el que Aquiles se presentara después de haber permanecido tanto tiempo apartado del funesto combate. Fue el primero en arengarles el prudente Polidamante Pantoida, el único que conocía lo futuro y lo pasado: era amigo de Héctor, y ambos nacieron en la misma noche; pero Polidamante superaba a Héctor en la elocuencia, y éste descollaba más que él en el manejo de la lanza. Y arengándoles benévolo, así les dijo:

254 —Pensadlo bien, amigos, pues yo os exhorto a volver a la ciudad en vez de aguardar a la divinal aurora en la llanura, junto a las naves, y tan lejos del muro como al presente nos hallamos. Mientras ese hombre estuvo irritado con el divino Agamenón, fue más fácil combatir contra los aqueos; y también yo gustaba de pernoctar junto a las veleras naves, esperando que acabaríamos tomando los corvos bajeles. Ahora temo mucho al Pelida, de pies ligeros, que con su ánimo arrogante no se contentará con quedarse en la llanura, donde troyanos y aqueos sostienen el furor de Ares, sino que luchará para apoderarse de la ciudad y de las mujeres. Volvamos a la población; seguid mi consejo, antes de que ocurra lo que voy a decir. La noche inmortal ha detenido al Pelida, de pies ligeros; pero, si mañana nos

acomete armado y nos encuentra aquí, conoceréis quién es, y llegará gozoso a la sagrada Ilio el que logre escapar, pues a muchos de los troyanos se los comerán los perros y los buitres. ¡Ojalá que tal noticia nunca llegue a mis oídos! Si, aunque estéis afligidos, seguís mi consejo, tendremos el ejército reunido en el ágora durante la noche, pues la ciudad queda defendida por las torres y las altas puertas con sus tablas grandes, labradas, sólidamente unidas. Por la mañana, al apuntar la aurora, subiremos armados a las torres; y si aquél viniere de las naves a combatir con nosotros al pie del muro, peor para él; pues habrá de volverse después de cansar a los caballos, de erguido cuello, con carreras de todas clases, llevándolos errantes en torno de la ciudad. Pero no tendrá ánimo para entrar en ella, y nunca podrá destruirla; antes se lo comerán los veloces perros.

284 Mirándole con torva faz, exclamó Héctor, el de tremolante casco:

285 —¡Polidamante! No me place lo que propones de volver a la ciudad y encerrarnos en ella. ¿Aún no os cansáis de vivir dentro de los muros? Antes todos los hombres dotados de palabra llamaban a la ciudad de Príamo rica en oro y en bronce, pero ya las hermosas joyas desaparecieron de las casas: muchas riquezas han sido llevadas a la Frigia y a la encantadora Meonia para ser vendidas, desde que Zeus se irritó contra nosotros. Y ahora que el hijo del artero Crono me ha concedido alcanzar gloria junto a las naves y acorralar contra el mar a los aqueos, no des, ¡oh necio!, tales consejos al pueblo. Ningún troyano te obedecerá, porque no lo permitiré. Ea, procedamos todos como voy a decir. Cenad en el campamento, sin romper las filas; acordaos de la guardia y vigilad todos. Y el troyano que sienta gran temor por sus bienes, júntelos y entréguelos al pueblo para que en común se consuman; pues es mejor que los disfrute éste que no los aqueos. Mañana, al apuntar la aurora, vestiremos la armadura y suscitaremos un reñido combate junto a las cóncavas naves. Y si verdaderamente el divino Aquiles pretende salir del campamento, le pesará tanto más, cuanto más se arriesgue. Porque intento no huir de él, sino afrontarle en la batalla horrísona; y alcanzará una gran victoria, o seré yo quien la consiga. Que Enialio es a todos común y suele causar la muerte del que matar deseaba.

310 Así se expresó Héctor, y los troyanos le aclamaron, ¡oh necios!, porque Palas Atenea les quitó el juicio. ¡Aplaudían todos a Héctor por sus funestos propósitos y ni uno siquiera a Polidamante, que les daba un buen consejo! Tomaron, pues, la cena en el campamento; y los aqueos pasaron la

noche dando gemidos y llorando a Patroclo. El Pelida, poniendo sus manos homicidas sobre el pecho del amigo, dio comienzo a las sentidas lamentaciones, mezcladas con frecuentes sollozos. Como el melenudo león a quien un cazador ha quitado los cachorros en la poblada selva, cuando vuelve a su madriguera se aflige y, poseído de vehemente cólera, recorre los valles en busca de aquel hombre, de igual modo, y despidiendo profundos suspiros, dijo Aquiles entre los mirmidones:

324 —¡Oh dioses! Vanas fueron las palabras que pronuncié un día en el palacio para tranquilizar al héroe Menecio, diciendo que a su ilustre hijo le llevaría otra vez a Opunte tan pronto como, tomada Ilio, recibiera su parte de botín. Zeus no les cumple a los hombres todos sus deseos; y el hado ha dispuesto que nuestra sangre enrojezca una misma tierra, aquí en Troya; porque ya no me recibirán en su palacio ni el anciano caballero Peleo, ni Tetis, mi madre, sino que esta tierra me contendrá en su seno. Ahora, ya que tengo de penetrar en la tierra, oh Patroclo, después que tú, no te haré las honras fúnebres hasta que traiga las armas y la cabeza de Héctor, tu magnánimo matador. Degollaré ante la pira, para vengar tu muerte, doce hijos de ilustres troyanos. Y en tanto permanezcas tendido junto a las corvas naves, te rodearán, llorando noche y día, las troyanas y dardanias de profundo seno que conquistamos con nuestro valor y la ingente lanza, al entrar a saco opulentas ciudades de hombres de voz articulada.

343 Cuando esto hubo dicho, el divino Aquiles mandó a sus compañeros que pusieran al fuego un gran trípode para que cuanto antes le lavaran a Patroclo las manchas de sangre. Y ellos colocaron sobre el ardiente fuego una caldera propia para baños, sostenida por un trípode; llenáronla de agua, y metiendo leña debajo la encendieron: el fuego rodeó la caldera y calentó el agua. Cuando ésta hirvió en la caldera de bronce reluciente, lavaron el cadáver, ungiéronlo con pingüe aceite y taparon las heridas con un ungüento que tenía nueve años; después, colocándolo en el lecho, lo envolvieron de pies a cabeza en fina tela de lino y lo cubrieron con un velo blanco. Los mirmidones pasaron la noche alrededor de Aquiles, el de los pies ligeros, dando gemidos y llorando a Patroclo. Y Zeus habló de este modo a Hera, su hermana y esposa:

357 —Lograste al fin, Hera veneranda, la de ojos de novilla, que Aquiles, ligero de pies, volviera a la batalla. Sin duda nacieron de ti los melenudos aqueos.

360 Respondió Hera veneranda, la de ojos de novilla:

361 —¡Terribilísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! Si un hombre, no obstante su condición de mortal y no saber Canto, puede realizar su propósito contra otro hombre, ¿cómo yo, que me considero la primera de las diosas por mi abolengo y por llevar el nombre de esposa tuya, de ti que reinas sobre los inmortales todos, no había de causar males a los troyanos estando irritada contra ellos?

368 Así éstos conversaban. Tetis, la de argénteos pies, llegó al palacio imperecedero de Hefesto, que brillaba como una estrella, lucía entre los de las deidades, era de bronce y habíalo edificado el cojo en persona. Halló al dios bañado en sudor y moviéndose en torno de los fuelles, pues fabricaba veinte trípodes que debían permanecer arrimados a la pared del bien construido palacio y tenían ruedas de oro en los pies para que de propio impulso pudieran entrar donde los dioses se congregaban y volver a la casa. ¡Cosa admirable! Estaban casi terminados, faltándoles tan sólo las labradas asas, y el dios preparaba los clavos para pegárselas. Mientras hacía tales obras con sabia inteligencia, llegó Tetis, la diosa de argénteos pies. La bella Caris, que llevaba luciente diadema y era esposa del ilustre cojo, viola venir, salió a recibirla, y, asiéndola por la mano, le dijo:

385 —¿Por qué, oh Tetis, la de largo peplo, venerable y cara, vienes a nuestro palacio? Antes no solías frecuentarlo. Pero sígueme, y te ofreceré los dones de la hospitalidad.

388 Dichas estas palabras, la divina entre las diosas introdujo a Tetis y la hizo sentar en un hermoso trono labrado, tachonado con clavos de plata y provisto de un escabel para los pies. Y, llamando a Hefesto, ilustre artífice, le dijo:

392 —¡Hefesto! Ven acá, pues Tetis te necesita para algo.

393 Respondió el ilustre cojo de ambos pies:

394 —Respetable y veneranda es la diosa que ha venido a este palacio. Fue mi salvadora cuando me tocó padecer, pues vime arrojado del cielo y caí a lo lejos por la voluntad de mi insolente madre, que me quería ocultar a causa de la cojera. Entonces mi corazón hubiera tenido que soportar terribles penas, si no me hubiesen acogido en su seno Eurínome y Tetis; Eurínome, hija del refluente Océano. Nueve años viví con ellas fabricando muchas piezas de bronce —broches, redondos brazaletes, sortijas y collares — en una cueva profunda, rodeada por la inmensa, murmurante y espumosa corriente del Océano. De todos los dioses y los mortales hombres, sólo lo sabían Tetis y Eurínome, las mismas que antes me salvaron. Hoy que Tetis,

la de hermosas trenzas, viene a mi casa, tengo que pagarle el beneficio de haberme conservado la vida. Sírvele hermosos presentes de hospitalidad, mientras recojo los fuelles y demás herramientas.

410 Dijo; y levantóse de cabe al yunque el gigantesco e infatigable numen que al andar cojeaba arrastrando sus gráciles piernas. Apartó de la llama los fuelles y puso en un arcón de plata las herramientas con que trabajaba; enjugóse con una esponja el sudor del rostro, de las manos, del vigoroso cuello y del velludo pecho, vistió la túnica, tomó el fornido cetro, y salió cojeando, apoyado en dos estatuas de oro que eran semejantes a vivientes jóvenes, pues tenían inteligencia, voz y fuerza, y hallábanse ejercitadas en las obras propias de los inmortales dioses. Ambas sostenían cuidadosamente a su señor, y éste, andando, se sentó en un trono reluciente cerca de Tetis, asió la mano de la deidad, y le dijo:

424 —¿Por qué, oh Tetis, la de largo peplo, venerable y cara, vienes a nuestro palacio? Antes no solías frecuentarlo. Di qué deseas; mi corazón me impulsa a ejecutarlo, si puedo ejecutarlo y es hacedero.

428 Respondióle Tetis, derramando lágrimas:

429 —¡Hefesto! ¿Hay alguna entre las diosas del Olimpo que haya sufrido en su ánimo tantos y tan graves pesares como a mí me ha enviado el Cronida Zeus? De las ninfas del mar, únicamente a mí me sujetó a un hombre, a Peleo Eácida, y tuve que tolerar, contra toda mi voluntad, el tálamo de un hombre que yace ya en el palacio, rendido a la triste vejez. Ahora me envía otros males: concedióme que pariera y alimentara un hijo insigne entre los héroes, que creció semejante a un árbol, lo crie como a una planta en terreno fértil y lo mandé a Ilio en las corvas naves, para que combatiera con los troyanos; y ya no le recibiré otra vez, porque no volverá a mi casa, a la mansión de Peleo. Mientras vive y ve la luz del sol está angustiado, y no puedo, aunque a él me acerque, llevarle socorro. Los aqueos le habían asignado, como recompensa, una joven, y el rey Agamenón se la quitó de las manos. Apesadumbrado por tal motivo, consumía su corazón, pero los troyanos acorralaron a los aqueos junto a los bajeles y no les dejaban salir del campamento, y los próceres argivos intercedieron con Aquiles y le ofrecieron espléndidos regalos. Entonces, aunque se negó a librarles de la ruina, hizo que vistiera sus armas Patroclo y envióle a la batalla con muchos hombres. Combatieron todo el día en las puertas Esceas; y los aqueos hubieran destruido la ciudad, a no haber sido por Apolo, el cual mató entre los combatientes delanteros al esforzado hijo

de Menecio, que tanto estrago causaba, y dio gloria a Héctor. Y yo vengo a abrazar tus rodillas por si quieres dar a mi hijo, cuya vida ha de ser breve, escudo, casco, hermosas grebas ajustadas con broches, y coraza; pues las armas que tenía las perdió su fiel amigo al morir a manos de los troyanos, y Aquiles yace en tierra con el corazón afligido.

462 Contestóle el ilustre cojo de ambos pies:

463 —Cobra ánimo y no te apures por las armas. Ojalá pudiera ocultarlo a la muerte horrísona cuando el terrible destino se le presente, como tendrá una hermosa armadura que admirarán cuantos la vean.

468 Así habló; y, dejando a la diosa, encaminóse a los fuelles, los volvió hacia la llama y les mandó que trabajasen. Estos soplaban en veinte hornos, despidiendo un aire que avivaba el fuego y era de varias clases: unas veces fuerte, como lo necesita el que trabaja de prisa, y otras al contrario, según Hefesto lo deseaba y la obra lo requería. El dios puso al fuego duro bronce, estaño, oro precioso y plata; colocó en el tajo el gran yunque, y cogió con una mano el pesado martillo y con la otra las tenazas.

478 Hizo lo primero de todo un escudo grande y fuerte, de variada labor, con triple cenefa brillante y reluciente, provisto de una abrazadera de plata. Cinco capas tenía el escudo, y en la superior grabó el dios muchas artísticas figuras, con sabia inteligencia.

483 Allí puso la tierra, el cielo, el mar, el sol infatigable y la luna llena; allí las estrellas que el cielo coronan, las Pléyades, las Híades, el robusto Orión y la Osa, llamada por sobrenombre el Carro, la cual gira siempre en el mismo sitio, mira a Orión y es la única que deja de bañarse en el Océano.

490 Allí representó también dos ciudades de hombres dotados de palabra. En la una se celebraban bodas y festines: las novias salían de sus habitaciones y eran acompañadas por la ciudad a la luz de antorchas encendidas, oíanse repetidos cantos de himeneo, jóvenes danzantes formaban ruedos, dentro de los cuales sonaban flautas y cítaras, y las matronas admiraban el espectáculo desde los vestíbulos de las casas. Los hombres estaban reunidos en el ágora, pues se había suscitado una contienda entre dos varones acerca de la multa que debía pagarse por un homicidio: el uno, declarando ante el pueblo, afirmaba que ya la tenía satisfecha; el otro negaba haberla recibido, y ambos deseaban terminar el pleito presentando testigos. El pueblo se hallaba dividido en dos bandos, que aplaudían sucesivamente a cada litigante; los heraldos aquietaban a la muchedumbre, y los ancianos, sentados sobre pulimentadas piedras en

sagrado círculo, tenían en las manos los cetros de los heraldos, de voz potente, y levantándose uno tras otro publicaban el juicio que habían formado. En el centro estaban los dos talentos de oro que debían darse al que mejor demostrara la justicia de su causa.

509 La otra ciudad aparecía cercada por dos ejércitos cuyos individuos, revestidos de lucientes armaduras, no estaban acordes: los del primero deseaban arruinar la plaza, y los otros querían dividir en dos partes cuantas riquezas encerraba la agradable población. Pero los ciudadanos aún no se rendían, y preparaban secretamente una emboscada. Mujeres, niños y ancianos subidos en la muralla la defendían. Los sitiados marchaban llevando al frente a Ares y a Palas Atenea, ambos de oro y con áureas vestiduras, hermosos, grandes, armados y distinguidos, como dioses; pues los hombres eran de estatura menor. Luego en el lugar escogido para la emboscada, que era a orillas de un río y cerca de un abrevadero que utilizaba todo el ganado, sentábanse, cubiertos de reluciente bronce, y ponían dos centinelas avanzados para que les avisaran la llegada de las ovejas y de los bueyes de retorcidos cuernos. Pronto se presentaban los rebaños con dos pastores que se recreaban tocando la zampoña, sin presentir la asechanza. Cuando los emboscados los veían venir, corrían a su encuentro y al punto se apoderaban de los rebaños de bueyes y de los magníficos hatos de blancas ovejas y mataban a los guardianes. Los sitiadores, que se hallaban reunidos en junta, oían el vocerío que se alzaba en torno de los bueyes, y, montando ágiles corceles, acudían presurosos. Pronto se trababa a orillas del río una batalla en la cual heríanse unos a otros con broncíneas lanzas. Allí se agitaban la Discordia, el Tumulto y la funesta Parca, que a un tiempo cogía a un guerrero vivo y recientemente herido y a otro ileso, y arrastraba, asiéndolo de los pies, por el campo de la batalla a un tercero que ya había muerto; y el ropaje que cubría su espalda estaba teñido de sangre humana. Movíanse todos como hombres vivos, peleaban y retiraban los muertos.

541 Representó también una blanda tierra noval, un campo fértil y vasto que se labraba por tercera vez: acá y acullá muchos labradores guiaban las yuntas, y, al llegar al confín del campo, un hombre les salía al encuentro y les daba una copa de dulce vino; y ellos volvían atrás, abriendo nuevos surcos, y deseaban llegar al otro extremo del noval profundo. Y la tierra que dejaban a su espalda negreaba y parecía labrada, siendo toda de oro; lo cual constituía una singular maravilla.

550 Grabó asimismo un campo real donde los jóvenes segaban las mieses con hoces afiladas: muchos manojos caían al suelo a lo largo del surco, y con ellos formaban gavilla: los atadores. Tres eran éstos, y unos rapaces cogían los manojos y se los llevaban a brazados. En medio, de pie en un surco, estaba el rey sin desplegar los labios, con el corazón alegre y el cetro en la mano. Debajo de una encina, los heraldos preparaban para el banquete un corpulento buey que habían matado. Y las mujeres aparejaban la comida de los trabajadores, haciendo abundantes puches de blanca harina.

561 También entalló una hermosa viña de oro, cuyas cepas, cargadas de negros racimos, estaban sostenidas por rodrigones de plata. Rodeábanla un foso de negruzco acero y un seto de estaño, y conducía a ella un solo camino por donde pasaban los acarreadores ocupados en la vendimia. Doncellas y mancebos, pensando en cosas tiernas, llevaban el dulce fruto en cestos de mimbre; un muchacho tañía suavemente la harmoniosa cítara y entonaba con tenue voz un hermoso lino, y todos le acompañaban cantando, profiriendo voces de júbilo y golpeando con los pies el suelo.

573 Puso luego un rebaño de vacas de erguida cornamenta: los animales eran de oro y estaño, y salían del establo, mugiendo, para pastar a orillas de un sonoro río, junto a un flexible cañaveral. Cuatro pastores de oro guiaban a las vacas y nueve canes de pies ligeros los seguían. Entre las primeras vacas, dos terribles leones habían sujetado y conducían a un toro que daba fuertes mugidos. Perseguíanlos mancebos y perros. Pero los leones lograban desgarrar la piel del corpulento toro y tragaban los intestinos y la negra sangre; mientras los pastores intentaban, aunque inútilmente, estorbarlo, y azuzaban a los ágiles canes: éstos se apartaban de los leones sin morderlos, ladraban desde cerca y rehuían el encuentro de las fieras.

587 Hizo también el ilustre cojo de ambos pies un gran prado en hermoso valle, donde pacían las cándidas ovejas, con establos, chozas techadas y apriscos.

590 El ilustre cojo de ambos pies puso luego una danza como la que Dédalo concertó en la vasta Cnoso en obsequio de Ariadna, la de lindas trenzas. Mancebos y doncellas de rico dote, cogidos de las manos, se divertían bailando: éstas llevaban vestidos de sutil lino y bonitas guirnaldas, y aquéllos, túnicas bien tejidas y algo lustrosas, como frotadas con aceite, y sables de oro suspendidos de argénteos tahalíes. Unas veces, moviendo los

diestros pies, daban vueltas a la redonda con la misma facilidad con que el alfarero, sentándose, aplica su mano al torno y lo prueba para ver si corre, y en otras ocasiones se colocaban por hileras y bailaban separadamente. Gentío inmenso rodeaba el baile y se holgaba en contemplarlo. Entre ellos un divino aedo cantaba, acompañándose con la cítara; y así que se oía el preludio, dos saltadores hacían cabriolas en medio de la muchedumbre.

606 En la orla del sólido escudo representó la poderosa corriente del río Océano.

609 Después que construyó el grande y fuerte escudo, hizo para Aquiles una coraza más reluciente que el resplandor del fuego; un sólido casco, hermoso, labrado, de áurea cimera, y que a sus sienes se adaptara, y unas grebas de dúctil estaño.

614 Cuando el ilustre cojo de ambos pies hubo fabricado todas las armas, entrególas a la madre de Aquiles. Y Tetis saltó, como un gavilán desde el nevado Olimpo, llevando la reluciente armadura que Hefesto había construido.

CANTO XIX

Renunciamiento de la cólera

Pertrechado con la armadura que le había fabricado Hefesto, Aquiles se reconcilia con Agamenón. Briseide lamenta la muerte de Patroclo y el ejército aqueo se prepara para la batalla que va a tener lugar.

1 La Aurora, de azafranado velo, se levantaba de la corriente del Océano para llevar la luz a los dioses y a los hombres, cuando Tetis llegó a las naves con la armadura que Hefesto le había entregado. Halló al hijo querido reclinado sobre el cadáver de Patroclo, llorando ruidosamente y en torno suyo a muchos amigos que derramaban lágrimas. La divina entre las diosas se puso en medio, asió la mano de Aquiles y hablóle de este modo:

8 —¡Hijo mío! Aunque estamos afligidos, dejemos que ése yazga, ya que sucumbió por la voluntad de los dioses; y tú recibe la armadura fabricada por Hefesto, tan excelente y bella como jamás varón alguno la haya llevado para proteger sus hombros.

12 La diosa, apenas acabó de hablar, colocó en el suelo delante de Aquiles las labradas armas, y éstas resonaron. A todos los mirmidones les sobrevino temblor; y, sin atreverse a mirarlas de frente, huyeron espantados. Mas Aquiles, así que las vio, sintió que se le recrudecía la cólera; los ojos le centellearon terriblemente, como una llama, debajo de los párpados; y el héroe se gozaba teniendo en las manos el espléndido presente de la deidad. Y, cuando hubo deleitado su ánimo con la contemplación de la labrada armadura, dirigió a su madre estas aladas palabras:

21 —¡Madre mía! El dios te ha dado unas armas como es natural que sean las obras de los inmortales y como ningún hombre mortal las hiciera. Ahora me armaré, pero temo que mientras tanto penetren las moscas por las heridas que el bronce causó al esforzado hijo de Menecio, engendren gusanos, desfiguren el cuerpo —pues le falta la vida— y corrompan todo el cadáver.

28 Respondióle Tetis, la diosa de argénteos pies:

29 —Hijo, no te turbe el ánimo tal pensamiento. Yo procuraré apartar los importunos enjambres de moscas, que se ceban en la carne de los varones muertos en la guerra. Y, aunque estuviera tendido un año entero, su cuerpo se conservaría igual que ahora o mejor todavía. Tú convoca al ágora

a los héroes aqueos, renuncia a la cólera contra Agamenón, pastor de pueblos, ármate enseguida para el combate y revístete de valor.

37 Dicho esto, infundióle fortaleza y audacia, y echó unas gotas de ambrosía y rojo néctar en la nariz de Patroclo, para que el cuerpo se hiciera incorruptible.

40 El divino Aquiles se encaminó a la orilla del mar, y, dando horribles voces, convocó a los héroes aqueos. Y cuantos solían quedarse en el recinto de las naves, y hasta los pilotos que las gobernaban, y como despenseros distribuían los víveres, fueron entonces al ágora, porque Aquiles se presentaba, después de haber permanecido alejado del triste combate durante mucho tiempo. El intrépido Tidida y el divino Ulises, servidores de Ares, acudieron cojeando, apoyándose en el arrimo de la lanza —aún no tenían curadas las graves heridas—, y se sentaron delante de todos. Agamenón, rey de hombres, llegó el último y también estaba herido, pues Coón Antenórida habíale clavado su broncínea pica durante la encarnizada lucha. Cuando todos los aqueos se hubieron congregado, levantándose entre ellos dijo Aquiles, el de los pies ligeros:

56 —¡Atrida! Mejor hubiera sido para entrambos, para ti y para mí, continuar unidos que sostener, con el corazón angustiado, roedora disputa por una joven. Así la hubiese muerto Ártemis en las naves con una de sus flechas el mismo día que la cautivé al tomar a Lirneso; y no habrían mordido el anchuroso suelo tantos aqueos como sucumbieron a manos del enemigo mientras duró mi cólera. Para Héctor y los troyanos fue el beneficio, y me figuro que los aqueos se acordarán largo tiempo de nuestra disputa. Mas dejemos lo pasado, aunque nos hallemos afligidos, puesto que es preciso refrenar el furor del pecho. Desde ahora depongo la cólera, que no sería razonable estar siempre irritado. Mas, ea, incita a los melenudos aqueos a que peleen; y veré, saliendo al encuentro de los troyanos, si querrán pasar la noche junto a los bajeles. Creo que con gusto se entregará al descanso el que logre escapar del feroz combate, puesto en fuga por mi lanza.

74 Así habló; y los aqueos, de hermosas grebas, holgáronse de que el magnánimo Pelión renunciara a la cólera. Y el rey de hombres, Agamenón, les dijo desde su asiento, sin levantarse en medio del concurso:

78 —¡Oh amigos, héroes dánaos, servidores de Ares! Bueno será que escuchéis sin interrumpirme, pues lo contrario molesta hasta al que está ejercitado en hablar. ¿Cómo se podría oír o decir algo en medio del tumulto

producido por muchos hombres? Turbaríase el orador aunque fuese elocuente. Yo me dirigiré al Pelida; pero vosotros, los demás argivos, prestadme atención y cada uno penetre bien mis palabras. Muchas veces los aqueos me han dirigido las mismas Palabras, increpándome por lo ocurrido, y yo no soy el culpable, sino Zeus, la Parca y Erinia, que vaga en las tinieblas; los cuales hicieron padecer a mi alma, durante el ágora, cruel ofuscación el día en que le arrebaté a Aquiles la recompensa. Mas, ¿qué podía hacer? La divinidad es quien lo dispone todo. Hija veneranda de Zeus es la perniciosa Ofuscación, a todos tan funesta: sus pies son delicados y no los acerca al suelo, sino que anda sobre las cabezas de los hombres, a quienes causa daño, y se apodera de uno, por lo menos, de los que contienden. En otro tiempo fue aciaga para el mismo Zeus, que es tenido por el más poderoso de los hombres y de los dioses; pues Hera, no obstante ser hembra, le engañó cuando Alcmena había de parir al fornido Heracles en Teba, ceñida de hermosas murallas. El dios, gloriándose, dijo así ante todas las deidades: «Oídme todos, dioses y diosas, para que os manifieste lo que en el pecho mi corazón me dicta. Hoy Ilitia, la que preside los partos, sacará a luz un varón que, perteneciendo a la familia de los hombres engendrados de mi sangre, reinará sobre todos sus vecinos». Y hablándole con astucia, le replicó la venerable Hera: «Mentirás, y no llevarás al cabo lo que dices. Y si no, ea, Olímpico, jura solemnemente que reinará sobre todos sus vecinos el niño que, perteneciendo a la familia de los hombres engendrados de tu sangre, caiga hoy entre los pies de una mujer». Así dijo; Zeus, no sospechando el dolo, prestó el gran juramento que tan funesto le había de ser. Pues Hera dejó en raudo vuelo la cima del Olimpo, y pronto llegó a Argos de Acaya, donde vivía la esposa ilustre de Esténelo Persida; y, como ésta se hallara encinta de siete meses cumplidos, la diosa sacó a luz el niño, aunque era prematuro, y retardó el parto de Alcmena, deteniendo a las Ilitias. Y enseguida participóselo a Zeus Cronida, diciendo: «¡Padre Zeus, fulminador! Una noticia tengo que darte. Ya nació el noble varón que reinará sobre los argivos: Euristeo, hijo de Esténelo Persida, descendiente tuyo. No es indigno de reinar sobre aquéllos». Así dijo, y un agudo dolor penetró el alma del dios, que, irritado en su corazón, cogió a Ofuscación por los nítidos cabellos y prestó solemne juramento de que Ofuscación, tan funesta a todos, jamás volvería al Olimpo y al cielo estrellado. Y, volteándola con la mano, la arrojó del cielo. Enseguida llegó Ofuscación a los campos cultivados por los hombres. Y Zeus gemía por causa de ella, siempre que contemplaba a su hijo realizando los penosos trabajos que Euristeo le iba imponiendo. Por esto, cuando el gran Héctor, el de tremolante casco, mataba a los argivos junto a las popas de las naves, yo no podía olvidarme de Ofuscación, cuyo funesto influjo había experimentado. Pero ya que falté y Zeus me hizo perder el juicio, quiero aplacarte y hacerte muchos regalos, y tú ve al combate y anima a los demás guerreros. Voy a darte cuanto ayer lo ofreció en tu tienda el divino Ulises. Y si quieres, aguarda, aunque estés impaciente por combatir, y mis servidores traerán de la nave los presentes para que veas si son capaces de apaciguar tu ánimo los que te brindo.

14s Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

146 —¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres, Agamenón! Luego podrás regalarme estas cosas, como es justo, o retenerlas. Ahora pensemos solamente en la batalla. Preciso es que no perdamos el tiempo hablando, ni difiramos la acción —la gran empresa está aún por acabar—, para que vean nuevamente a Aquiles entre los combatientes delanteros, aniquilando con su broncínea lanza las falanges teucras. Y vosotros pensad también en combatir con los enemigos.

154 Contestó el ingenioso Ulises:

155 —Aunque seas valiente, deiforme Aquiles, no exhortes a los aqueos a que peleen en ayunas con los troyanos, cerca de Ilio; que no durará poco tiempo la batalla cuando las falanges vengan a las manos y la divinidad excite el valor de ambos ejércitos. Ordénales, por el contrario, a los aqueos que en las veleras naves se harten de manjares y vino, pues esto da fuerza y valor. Estando en ayunas no puede el varón combatir todo el día, hasta la puesta del sol, con el enemigo; aunque su corazón lo desee, los miembros se le entorpecen sin que él lo advierta, le rinden el hambre y la sed, y las rodillas se le doblan al andar. Pero el que pelea todo el día con los enemigos, saciado de vino y de manjares, tiene en el pecho un corazón audaz y sus miembros no se cansan hasta que todos se han retirado de la lid. Ea, despide las tropas y manda que preparen el desayuno; el rey de hombres, Agamenón, traiga los regalos en medio del ágora para que los vean todos los aqueos con sus propios ojos y te regocijes en el corazón; jure el Atrida, de pie entre los argivos, que nunca subió al lecho de Briseide ni se juntó con ella, como es costumbre, oh rey, entre hombres y mujeres; y tú, Aquiles, procura tener en el pecho un ánimo benigno. Que luego se te ofrezca en el campamento un espléndido banquete de reconciliación, para

que nada falte de lo que se te debe. Y el Atrida sea en adelante más justo con todos; pues no se puede reprender que se apacigüe a un rey, a quien primero se injurió.

184 Dijo entonces el rey de hombres, Agamenón:

185 —Con agrado escuché tus palabras, Laertíada, pues en todo lo que narraste y expusiste has sido oportuno. Quiero hacer el juramento; mi ánimo me lo aconseja, y no será para un perjurio mi invocación a la divinidad. Aquiles aguarde, aunque esté impaciente por combatir, y los demás continuad reunidos aquí hasta que traigan de mi tienda los presentes y consagremos con un sacrificio nuestra fiel amistad. A ti mismo lo te encargo y ordeno: escoge entre los jóvenes aqueos los más principales; y, encaminándoos a mi nave, traed cuanto ayer ofrecimos a Aquiles, sin dejar las mujeres. Y Taltibio, atravesando el anchuroso campamento aqueo, vaya a buscar y prepare un jabalí para inmolarlo a Zeus y al Sol.

198 Replicó Aquiles, el de los pies ligeros:

199 —¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres, Agamenón! Todo esto debierais hacerlo cuando se suspenda el combate y no sea tan grande el ardor que inflama mi pecho. ¡Yacen insepultos los que mató Héctor Priámida cuando Zeus le dio gloria, y vosotros nos aconsejáis que comamos! Yo mandaría a los aqueos que combatieran en ayunas, sin tomar nada; y que a la puesta del sol, después de vengar la afrenta, celebraran un gran banquete. Hasta entonces no han de entrar en mi garganta ni manjares ni bebidas, a causa de la muerte de mi compañero; el cual yace en la tienda, atravesado por el agudo bronce, con los pies hacia el vestíbulo y rodeado de amigos que le lloran. Por esto, aquellas cosas en nada interesan a mi espíritu, sino tan sólo la matanza, la sangre y el triste gemir de los guerreros.

215 Respondióle el ingenioso Ulises:

216 —¡Oh Aquiles, hijo de Peleo, el más valiente de todos los aqueos! Eres más fuerte que yo y me superas no poco en el manejo de la lanza, pero te aventajo mucho en el pensar, porque nací antes y mi experiencia es mayor. Acceda, pues, tu corazón a lo que voy a decir. Pronto se cansan los hombres de pelear, si, haciendo caer el bronce muchas espigas al suelo, la mies es escasa, porque Zeus, el árbitro de la guerra humana, inclina al otro lado la balanza. No es justo que los aqueos lloren al muerto con el vientre, pues siendo tantos los que sucumben unos en pos de otros todos los días, ¿cuándo podríamos respirar sin pena? Se debe enterrar con ánimo firme al

que muere y llorarle un día, y luego cuantos hayan escapado del combate funesto piensen en comer y beber para vestir otra vez el indomable bronce y pelear continuamente y con más tesón aún contra los enemigos. Ningún guerrero deje de salir aguardando otra exhortación, que para su daño la esperará quien se quede junto a las naves argivas. Vayamos todos juntos y excitemos al cruel Ares contra los troyanos, domadores de caballos.

238 Dijo; mandó que le siguiesen los hijos del glorioso Néstor, Meges Filida, Toante, Meriones, Licomedes Creontíada y Melanipo, y encaminóse con ellos a la tienda de Agamenón Atrida. Y apenas hecha la proposición, ya estaba cumplida. Lleváronse de la tienda los siete trípodes que el Atrida había ofrecido, veinte calderas relucientes y doce caballos; a hicieron salir siete mujeres, diestras en primorosas labores, y a Briseide, la de hermosas mejillas, que fue la octava. Al volver, Ulises iba delante con los diez talentos de oro que él mismo había pesado, y le seguían los jóvenes aqueos con los presentes. Pusiéronlo todo en medio del ágora; alzóse Agamenón, y al lado del pastor de hombres se puso Taltibio, cuya voz parecía la de una deidad, sujetando con la mano a un jabalí. El Atrida sacó el cuchillo que llevaba colgado junto a la gran vaina de la espada, cortó por primicias algunas cerdas del jabalí y oró, levantando las manos a Zeus; y todos los argivos, sentados en silencio y en buen orden, escuchaban las palabras del rey. Éste, alzando los ojos al anchuroso cielo, hizo esta plegaria:

258 —Sean testigos Zeus, el más excelso y poderoso de los dioses, y luego la Tierra, el Sol y las Erinias que debajo de la tierra castigan a los muertos que fueron perjuros, de que jamás he puesto la mano sobre la joven Briseide para yacer con ella ni para otra cosa alguna, sino que en mi tienda ha permanecido intacta. Y si en algo perjurare, envíenme los dioses los muchísimos males con que castigan al que, jurando, contra ellos peca.

266 Dijo; y con el cruel bronce degolló el jabalí que Taltibio arrojó, haciéndole dar vueltas, a gran abismo del espumoso mar para pasto de los peces. Y Aquiles, levantándose entre los belicosos argivos, habló en estos términos:

270 —¡Zeus padre! Grandes son los infortunios que mandas a los hombres. Jamás el Atrida me hubiera suscitado el enojo en el pecho, ni hubiese tenido poder para arrebatarme la joven contra mi voluntad; pero sin duda quería Zeus que muriesen muchos aqueos. Ahora id a comer para que luego trabemos el combate.

276 Así se expresó; y al momento disolvió el ágora. Cada uno volvió a su respectiva nave. Los magnánimos mirmidones se hicieron cargo de los presentes, y, llevándolos hacia, el bajel del divino Aquiles, dejáronlos en la tienda, dieron sillas a las mujeres, y servidores ilustres guiaron a los caballos al sitio en que los demás estaban.

282 Briseide, que a la áurea Afrodita se asemejaba, cuando vio a Patroclo atravesado por el agudo bronce, se echó sobre el mismo y prorrumpió en fuertes sollozos, mientras con las manos se golpeaba el pecho, el delicado cuello y el f lindo rostro. Y, llorando aquella mujer semejante a una diosa, así decía:

287 —¡Oh Patroclo, amigo carísimo al corazón de esta desventurada! Vivo te dejé al partir de la tienda, y te encuentro difunto al volver, oh príncipe de hombres. ¡Cómo me persigue una desgracia tras otra! Vi al hombre a quien me entregaron mi padre y mi venerable madre, atravesado por el agudo bronce al pie de los muros de la ciudad; y los tres hermanos queridos que una misma madre me diera murieron también. Pero tú, cuando el ligero Aquiles mató a mi esposo y tomó la ciudad del divino Mines, no me dejabas llorar, diciendo que lograrías que yo fuera la mujer legítima del divino Aquiles, que éste me llevaría en su nave a Ftía y que allí, entre los mirmidones, celebraríamos el banquete nupcial. Y ahora que has muerto no me cansaré de llorar por ti, que siempre has sido afable.

301 Así dijo llorando, y las mujeres sollozaron, aparentemente por Patroclo, y en realidad por sus propios males. Los caudillos aqueos se reunieron en torno de Aquiles y le suplicaron que comiera; pero él se negó, dando suspiros:

305 —Yo os ruego, si alguno de mis compañeros quiere obedecerme aún, que no me invitéis a saciar el deseo de comer o de beber; porque un grave dolor se apodera de mí. Aguardaré hasta la puesta del sol y soportaré la fatiga.

309 Así diciendo, despidió a los demás reyes, y sólo se quedaron los dos Atridas, el divino Ulises, Néstor, Idomeneo y el anciano jinete Fénix para distraer a Aquiles, que estaba profundamente afligido. Pero nada podía alegrar el corazón del héroe, mientras no entrara en sangriento combate. Y acordándose de Patroclo, daba hondos y frecuentes suspiros, y así decía:

315 —En otro tiempo, tú, infeliz, el más amado de los compañeros, me servías en esta tienda, diligente y solícito, el agradable desayuno cuando los aqueos se daban prisa por traba el luctuoso combate con los troyanos,

domadores de caballos. Y ahora yaces, atravesado por el bronce, y yo estoy ayuno de comida y de bebida, a pesar de no faltarme, por la soledad que de ti siento. Nada peor me puede ocurrir; ni que supiera que ha muerto mi padre, el cual quizás llora allá en Ftía por no tener a su lado un hijo como yo, mientras peleo con los troyanos en país extranjero a causa de la odiosa Helena; ni que falleciera mi hijo amado que se cría en Esciro, si el deiforme Neoptólemo vive todavía. Antes el corazón abrigaba en mi pecho la esperanza de que sólo yo perecería aquí en Troya, lejos de Argos, criador de caballos, y de que tú, volviendo a Ftía, irías en una veloz nave negra a Esciro, recogerías a mi hijo y le mostrarías todos mis bienes: las posesiones, los esclavos y el palacio de elevado techo. Porque me figuro que Peleo ya no existe; y, si le queda un poco de vida, estará afligido, se verá abrumado por la odiosa vejez y temerá siempre recibir la triste noticia de mi muerte.

338 Así dijo, llorando, y los caudillos gimieron, porque cada uno se acordaba de aquéllos a quienes había dejado en su respectivo palacio. El Cronión, al verlos sollozar, se compadeció de ellos, y al instante dirigió a Atenea estas aladas palabras:

342 —¡Hija mía! Desamparas de todo en todo a ese eximio varón. ¿Acaso tu espíritu ya no se cuida de Aquiles? Hállase junto a las naves de altas popas, llorando a su compañero amado; los demás se fueron a comer, y él sigue en ayunas y sin probar bocado. Ea, ve y derrama en su pecho un poco de néctar y ambrosía para que el hambre no le atormente.

349 Con tales palabras instigóle a hacer lo que ella misma deseaba. Atenea emprendió el vuelo, cual si fuese un halcón de anchas alas y aguda voz, desde el cielo a través del éter. Ya los aqueos se armaban en el ejército, cuando la diosa derramó en el pecho de Aquiles un poco de néctar y de ambrosía deliciosa, para que el hambre molesta no hiciera flaquear las rodillas del héroe; y enseguida regresó al sólido palacio del prepotente padre. Los guerreros afluyeron a un lugar algo distante de las veleras naves. Cuan numerosos caen los copos de nieve que envía Zeus y vuelan helados al impulso del Bóreas, nacido en el éter, en tan gran número veíanse salir del recinto de las naves los refulgentes cascos, los abollonados escudos, las fuertes corazas y las lanzas de fresno. El brillo llegaba hasta el cielo; toda la tierra se mostraba risueña por los rayos que el bronce despedía, y un gran ruido se levantaba de los pies de los guerreros. Armábase entre éstos el divino Aquiles: rechinándole los dientes, con los ojos centelleantes como encendida llama y el corazón traspasado por insoportable dolor, lleno de ira

contra los troyanos, vestía el héroe la armadura regalo del dios Hefesto, que la había fabricado. Púsose en las piernas elegantes grebas ajustadas con broches de plata; protegió su pecho con la coraza; colgó del hombro una espada de bronce guarnecida con argénteos clavos y embrazó el grande y fuerte escudo cuyo resplandor semejaba desde lejos al de la luna. Como aparece el fuego encendido en un sitio solitario en lo alto de un monte a los navegantes que vagan por el mar, abundante en peces, porque las tempestades los alejaron de sus amigos; de la misma manera, el resplandor del hermoso y labrado escudo de Aquiles llegaba al éter. Cubrió después la cabeza con el fornido yelmo de crines de caballo que brillaba como un astro; y a su alrededor ondearon las áureas y espesas crines que Hefesto había colocado en la cimera. El divino Aquiles probó si la armadura se le ajustaba, y si, Ilevándola puesta, movía con facilidad los miembros; y las armas vinieron a ser como alas que levantaban al pastor de hombres. Sacó del estuche la lanza paterna, pesada, grande y robusta, que entre todos los aqueos solamente él podía manejar: había sido cortada de un fresno de la cumbre del Pelio y regalada por Quirón al padre de Aquiles para que con ella matara héroes. En tanto, Automedonte y Álcimo se ocupaban en uncir los caballos: sujetáronlos con hermosas correas, les pusieron el freno en la boca y tendieron las riendas hacia atrás, atándolas al fuerte asiento. Sin dilación cogió Automedonte el magnífico látigo y saltó al carro. Aquiles, cuya armadura relucía como el fúlgido Hiperión, subió también y exhortó con horribles voces a los caballos de su padre:

400 —¡Janto y Balio, ilustres hijos de Podarga! Cuidad de traer salvo a la muchedumbre de los dánaos al que hoy os guía cuando nos hayamos saciado de combatir, y no le dejéis muerto allá como a Patroclo.

404 Y Janto, el corcel de ligeros pies, bajó la cabeza —sus crines, cayendo en torno de la extremidad del yugo, llegaban al suelo, y, habiéndole dotado de voz Hera, la diosa de los níveos brazos, respondió desde debajo del yugo:

408 —Hoy te salvaremos aún, impetuoso Aquiles; pero está cercano el día de tu muerte, y los culpables no seremos nosotros, sino un dios poderoso y la Parca cruel. No fue por nuestra lentitud ni por nuestra pereza que los troyanos quitaron la armadura de los hombros de Patroclo; sino que el más fuerte de los dioses, a quien parió Leto, la de hermosa cabellera, matóle entre los combatientes delanteros y dio gloria a Héctor. Nosotros correríamos tan veloces como el soplo del Céfiro, que es tenido por el más

rápido. Pero también tú estás destinado a sucumbir a manos de un dios y de un hombre.

418 Dichas estas palabras, las Erinias le cortaron la voz. Y muy indignado, Aquiles, el de los pies ligeros, le dijo:

420 —¡Janto! ¿Por qué me vaticinas la muerte? Ninguna necesidad tienes de hacerlo. Ya sé que mi destino es perecer aquí, lejos de mi padre y de mi madre; mas, con todo eso, no he de descansar hasta que harte de combate a los troyanos.

424 Dijo; y, dando voces, dirigió los solípedos caballos por las primeras filas.

CANTO XX

Combate de los dioses

Los dioses, en asamblea extraordinaria, no se ponen de acuerdo sobre a quién había que favorecer. Aquiles, enfurecido, vuelve al combate y mata a tantos troyanos que los cadáveres obstruyen la corriente del río Janto.

1 Mientras los aqueos se armaban junto a los corvos bajeles, alrededor de ti, oh hijo de Peleo, incansable en la batalla, los troyanos se apercibían también para el combate en una eminencia de la llanura.

4 Zeus ordenó a Temis que, partiendo de las cumbres del Olimpo, en valles abundante, convocase al ágora a los dioses, y ella fue de un lado para otro y a todos les mandó que acudieran al palacio de Zeus. No faltó ninguno de los ríos, a excepción del Océano; y de cuantas ninfas habitan los bellos bosques, las fuentes de los nos y los herbosos prados, ninguna dejó de presentarse. Tan luego como llegaban al palacio de Zeus, que amontona las nubes, sentábanse en bruñidos pórticos, que para el padre Zeus había construido Hefesto con sabia inteligencia.

13 Allí, pues, se reunieron. Tampoco el que bate la tierra desobedeció a la diosa, sino que, dirigiéndose desde el mar a los dioses, se sentó en medio de todos y exploró la voluntad de Zeus:

16 —¿Por qué, oh tú que lanzas encendidos rayos, llamas de nuevo a los dioses al ágora? ¿Acaso tienes algún propósito acerca de los troyanos y de los aqueos? El combate y la pelea vuelven a encenderse entre ambos pueblos.

19 Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

20 —Entendiste, tú que bates la tierra, el designio que encierra mi pecho y por el cual os he reunido. Me cuido de ellos, aunque van a perecer. Yo me quedaré sentado en la cumbre del Olimpo y recrearé mi espíritu contemplando la batalla; y los demás idos hacia los troyanos y los aqueos y cada uno auxilie a los que quiera. Pues, si Aquiles combatiese sólo con los troyanos, éstos no resistirían ni un instante la acometida del Pelión, el de los pies ligeros. Ya antes huían espantados al verlo; y temo que ahora, que tan enfurecido tiene el ánimo por la muerte de su compañero, destruya el muro de Troya contra la decisión del hado.

31 Así habló el Cronida y promovió una gran batalla. Los dioses fueron al combate divididos en dos bandos: encamináronse a las naves

Hera, Palas Atenea, Poseidón, que ciñe la tierra, el benéfico Hermes de prudente espíritu, y con ellos Hefesto, que, orgulloso de su fuerza, cojeaba arrastrando sus gráciles piernas; y enderezaron sus pasos a los troyanos Ares, el de tremolante casco, el intonso Febo, Ártemis, que se complace en tirar flechas, Leto, el Janto y la risueña Afrodita.

41 Mientras los dioses se mantuvieron alejados de los hombres, mostráronse los aqueos muy ufanos porque Aquiles volvía a la batalla después del largo tiempo en que se había abstenido de tener parte en la triste guerra, y los troyanos se espantaron y un fuerte temblor les ocupó los miembros, tan pronto como vieron al Pelión, ligero de pies, que con su reluciente armadura semejaba al dios Ares, funesto a los mortales. Mas, luego que las olímpicas deidades penetraron por entre la muchedumbre de los guerreros, levantóse la terrible Discordia, que enardece a los varones; Atenea daba fuertes gritos, unas veces a orillas del foso cavado al pie del muro, y otras en los altos y sonoros promontorios; y Ares, que parecía un negro torbellino, vociferaba también y animaba vivamente a los troyanos, ya desde el punto más alto de la ciudad, ya corriendo por la Bella Colina, a orillas del Simoente.

54 De este modo los felices dioses, instigando a unos y a otros, los hicieron venir a las manos y promovieron una reñida contienda. El padre de los hombres y de los dioses tronó horriblemente en las alturas; Poseidón, por debajo, sacudió la inmensa tierra y las excelsas cumbres de los montes; y retemblaron así las laderas y las cimas del Ida, abundante en manantiales, como la ciudad troyana y las naves aqueas. Asustóse Aidoneo, rey de los infiernos, y saltó del trono gritando; no fuera que Poseidón, que sacude la tierra, la desgarrase y se hicieran visibles las mansiones horrendas y tenebrosas que las mismas deidades aborrecen. ¡Tanto estrépito se produjo cuando los dioses entraron en combate! Al soberano Poseidón le hizo frente Febo Apolo con sus aladas flechas; a Enialio, Atenea, la diosa de ojos de lechuza; a Hera, Ártemis, que lleva arco de oro, ama el bullicio de la caza, se complace en tirar saetas y es hermana del que hiere de lejos; a Leto, el poderoso y benéfico Hermes; y a Hefesto, el gran río de profundos vórtices, llamado por los dioses Janto y por los hombres Escamandro.

75 Así los dioses salieron al encuentro los unos de los otros. Aquiles deseaba romper por el gentío en derechura a Héctor Priámida, pues el ánimo le impulsaba a saciar con la sangre del héroe a Ares, infatigable luchador. Mas Apolo, que enardece a los guerreros, movió a Eneas a

oponerse al Pelión, infundiéndole gran valor y hablándole así, después de tomar la voz y la figura de Licaón, hijo de Príamo:

83 —¡Eneas, consejero de los troyanos! ¿Qué es de aquellas amenazas hechas por ti en los banquetes de los reyes troyanos, de que saldrías a combatir con el Pelida Aquiles?

86 Y a su vez Eneas le respondió diciendo:

87 —¡Priámida! ¿Por qué me ordenas que luche, sin desearlo mi voluntad, con el animoso Pelión? No fuera la primera vez que me viese frente a Aquiles, el de los pies ligeros: en otro tiempo, cuando vino adonde pacían nuestras vacas y tomó a Lirneso y a Pédaso, persiguióme por el Ida con su lanza; y Zeus me salvó, dándome fuerzas y agilizando mis rodillas. Sin su ayuda hubiese sucumbido a manos de Aquiles y de Atenea, que le precedía, le daba la victoria y le animaba a matar léleges y troyanos con la broncínea lanza. Por eso ningún hombre puede combatir con Aquiles, porque a su lado asiste siempre alguna deidad que le libra de la muerte. En cambio, su lanza vuela recta y no se detiene hasta que ha atravesado el cuerpo de un enemigo. Si un dios igualara las condiciones del combate, Aquiles no me vencería fácilmente; aunque se gloriase de ser todo de bronce.

103 Replicóle el soberano Apolo, hijo de Zeus:

104 —¡Héroe! Ruega tú también a los sempiternos dioses, pues dicen que naciste de Afrodita, hija de Zeus, y aquél es hijo de una divinidad inferior. La primera desciende de Zeus, ésta tuvo por padre al anciano del mar. Levanta el indomable bronce y no te arredres por oír palabras duras o amenazas.

110 Apenas acabó de hablar, infundió grandes bríos al pastor de hombres; y éste, que llevaba una reluciente armadura de bronce, se abrió paso por los combatientes delanteros. Hera, la de los níveos brazos, no dejó de advertir que el hijo de Anquises atravesaba la muchedumbre para salir al encuentro del Pelión; y, llamando a otros dioses, les dijo:

115 —Considerad en vuestra mente, Poseidón y Atenea, cómo esto acabará; pues Eneas, armado de reluciente bronce, se encamina en derechura al Pelión por excitación de Febo Apolo. Ea, hagámosle retroceder, o alguno de nosotros se ponga junto a Aquiles, le infunda gran valor y no deje que su ánimo desfallezca; para que conozca que le quieren los inmortales más poderosos, y que son débiles los dioses que en el combate y la pelea protegen a los troyanos. Todos hemos bajado del Olimpo

a intervenir en esta batalla, para que Aquiles no padezca hoy ningún daño de parte de los troyanos; y luego sufrirá lo que la Parca dispuso, hilando el lino, cuando su madre te dio a luz. Si Aquiles no se entera por la voz de los dioses, sentirá temor cuando en el combate le salga al encuentro alguna deidad; pues los dioses, en dejándose ver, son terribles.

132 Respondióle Poseidón, que sacude la tierra:

133 —¡Hera! No te irrites más de lo razonable, pues no te es preciso. Ni yo quisiera que nosotros, que somos los más fuertes, promoviéramos la contienda entre los dioses. Vayámonos de este camino y sentémonos en aquella altura, y de la batalla cuidarán los hombres. Y si Ares o Febo Apolo dieren principio a la pelea o detuvieren a Aquiles y no le dejaren combatir, iremos enseguida a luchar con ellos, y me figuro que pronto tendrán que retirarse y volver al Olimpo, a la reunión de los demás dioses, vencidos por la fuerza de nuestros brazos.

144 Dichas estas palabras, el dios de los cerúleos cabellos llevólos al alto terraplén que los troyanos y Palas Atenea habían levantado en otro tiempo para que el divino Heracles se librara de la ballena cuando, perseguido por ésta, pasó de la playa a la llanura. Allí Poseidón y los otros dioses se sentaron, extendiendo en derredor de sus hombros una impenetrable nube; y al otro lado, en la cima de la Bella Colina, en torno de ti, oh Febo, que hieres de lejos, y de Ares, que destruye las ciudades, acomodáronse las deidades protectoras de los troyanos.

153 Así unos y otros, sentados en dos grupos, deliberaban y no se decidían a empezar el funesto combate. Y Zeus desde lo alto les incitaba a comenzarlo.

156 Todo el campo, lleno de hombres y caballos, resplandecía con el lucir del bronce; y la tierra retumbaba debajo de los pies de los guerreros que a luchar salían. Dos varones, señalados entre los más valientes, deseosos de combatir, se adelantaron a los suyos para encontrarse entre ambos ejércitos: Eneas, hijo de Anquises, y el divino Aquiles. Presentóse primero Eneas, amenazador, tremolando el sólido casco: protegía el pecho con el fuerte escudo y vibraba broncínea lanza. Y el Pelida desde el otro lado fue a oponérsele como un voraz león, para matar al cual se reúnen los hombres de todo un pueblo; y el león al principio sigue su camino despreciándolos; mas, así que uno de los belicosos jóvenes le hiere con un venablo, se vuelve hacia él con la boca abierta, muestra los dientes cubiertos de espuma, siente gemir en su pecho el corazón valeroso, se azota

con la cola muslos y caderas para animarse a pelear, y con los ojos centelleantes arremete fiero hasta que mata a alguien o él mismo perece en la primera fila; así le instigaban a Aquiles su valor y ánimo esforzado a salir al encuentro del magnánimo Eneas. Y tan pronto como se hallaron frente a frente, el divino Aquiles, el de los pies ligeros, habló diciendo:

178 —¡Eneas! ¿Por qué te adelantas tanto a la turba y me aguardas? ¿Acaso el ánimo te incita a combatir conmigo por la esperanza de reinar sobre los troyanos, domadores de caballos, con la dignidad de Príamo? Si me matases, no pondría Príamo en tu mano tal recompensa; porque tiene hijos, conserva entero el juicio y no es insensato. ¿O quizás te han prometido los troyanos acotarte un hermoso campo de frutales y sembradío que a los demás aventaje, para que puedas cultivarlo, si me quitas la vida? Me figuro que te será difícil conseguirlo. Ya otra vez te puse en fuga con mi lanza. ¿No recuerdas que, hallándote solo, te aparté de tus bueyes y te perseguí por el monte Ida corriendo con ligera planta? Entonces huías sin volver la cabeza. Luego te refugiaste en Lirneso y yo tomé la ciudad con la ayuda de Atenea y del padre Zeus, y me llevé las mujeres haciéndolas esclavas; mas a ti te salvaron Zeus y los demás dioses. No creo que ahora te guarden, como espera tu corazón; y te aconsejo que vuelvas a tu ejército y no te quedes frente a mí, antes que padezcas algún daño; que el necio sólo conoce el mal cuando ha llegado.

199 Y a su vez Eneas le respondió diciendo:

200 —¡Pelida! No creas que con esas palabras me asustarás como a un niño, pues también sé proferir injurias y baldones. Conocemos el linaje de cada uno de nosotros y cuáles fueron nuestros respectivos padres, por haberlo oído contar a los mortales hombres; que ni tú viste a los míos, ni yo a los tuyos. Dicen que eres prole del eximio Peleo y tienes por madre a Tetis, ninfa marina de hermosas trenzas; mas yo me glorío de ser hijo del magnánimo Anquises y mi madre es Afrodita: aquéllos o éstos tendrán que llorar hoy la muerte de su hijo, pues no pienso que nos separemos sin combatir, después de dirigirnos pueriles insultos. Si deseas saberlo, te diré cuál es mi linaje, de muchos conocido. Primero Zeus, que amontona las nubes, engendró a Dárdano, y éste fundó la Dardania al pie del Ida, en manantiales abundoso; pues aún la sacra Ilio, ciudad de hombres de voz articulada, no había sido edificada en la llanura. Dárdano tuvo por hijo al rey Erictonio, que fue el más opulento de los mortales hombres: poseía tres mil yeguas que, ufanas de sus tiernos potros, pacían junto a un pantano.—

El Bóreas enamoróse de algunas de las que vio pacer, y, transfigurado en caballo de negras crines, hubo de ellas doce potros que en la fértil tierra saltaban por encima de las mieses sin romper las espigas y en el ancho dorso del espumoso mar corrían sobre las mismas olas.— Erictonio fue padre de Tros, que reinó sobre los troyanos; y éste dio el ser a tres hijos irreprensibles: Ilo, Asáraco y el deiforme Ganimedes, el más hermoso de los hombres, a quien arrebataron los dioses a causa de su belleza para que escanciara el néctar a Zeus y viviera con los inmortales. Ilo engendró al eximio Laomedonte, que tuvo por hijos a Titono, Príamo, Lampo, Clitio a Hicetaón, vástago de Ares. Asáraco engendró a Capis, cuyo hijo fue Anquises. Anquises me engendró a mí, y Príamo al divino Héctor. Tal alcurnia y tal sangre me glorío de tener. Pero Zeus aumenta o disminuye el valor de los guerreros como le place, porque es el más poderoso. Ea, no nos digamos más palabras como si fuésemos niños, parados así en medio del campo de batalla. Fácil nos sería inferimos tantas injurias, que una nave de cien bancos de remeros no podría llevarlas. Es voluble la lengua de los hombres, y de ella salen razones de todas clases; hállanse muchas palabras acá y allá, y cual hablares tal oirás la respuesta. Mas ¿qué necesidad tenemos de altercar, disputando e injuriándonos, como mujeres irritadas, las cuales, movidas por roedor encono, salen a la calle y se zahieren diciendo muchas cosas, verdaderas unas y falsas otras, que la cólera les dicta? No lograrás con tus palabras que yo, estando deseoso de combatir, pierda el valor antes de que con el bronce y frente a frente peleemos. Ea, acometámonos enseguida con las broncíneas lanzas.

259 Dijo; y, arrojando la fornida lanza, clavóla en el terrible y horrendo escudo de Aquiles, que resonó grandemente en torno de ella. El Pelida, temeroso, apartó el escudo con la robusta mano, creyendo que la luenga lanza del magnánimo Eneas lo atravesaría fácilmente. ¡Insensato! No pensó en su mente ni en su espíritu que los eximios presentes de los dioses no pueden ser destruidos con facilidad por los mortales hombres, ni ceder a sus fuerzas. Y así la pesada lanza de Eneas no perforó entonces la rodela por haberlo impedido la lámina de oro que el dios puso en medio, sino que atravesó dos capas y dejó tres intactas, porque eran cinco las que el dios cojo había reunido: las dos de bronce, dos interiores de estaño, y una de oro, que fue donde se detuvo la lanza de fresno.

273 Aquiles despidió luego la ingente lanza, y acertó a dar en el borde del liso escudo de Eneas, sitio en que el bronce era más delgado y el

boyuno cuero más tenue: el fresno del Pelión atravesólo, y todo el escudo resonó. Eneas, amedrentado, se encogió y levantó el escudo; la lanza, deseosa de proseguir su curso, pasóle por cima del hombro, después de romper los dos círculos de la rodela, y se clavó en el suelo; y el héroe, evitado ya el golpe, quedóse inmóvil y con los ojos muy espantados de ver que aquélla había caído tan cerca. Aquiles desnudó la aguda espada; y, profiriendo horribles voces, arremetió contra Eneas; y éste, a su vez, cogió una gran piedra que dos de los hombres actuales no podrían llevar y que él manejaba fácilmente. Y Eneas tirara la piedra a Aquiles y le acertara en el casco o en el escudo que habría apartado del héroe la triste muerte, y el Pelida privara de la vida a Eneas, hiriéndole de cerca con la espada, si al punto no lo hubiese advertido Poseidón, que sacude la tierra, el cual dijo entre los dioses inmortales:

293 —¡Oh dioses! Me causa pesar el magnánimo Eneas, que pronto, sucumbiendo a manos del Pelión, descenderá al Hades por haber obedecido las palabras de Apolo, que hiere de lejos. ¡Insensato! El dios no le librará de la triste muerte. Mas ¿por qué ha de padecer, sin ser culpable, las penas que otros merecen, habiendo ofrecido siempre gratos presentes a los dioses que habitan el anchuroso cielo? Ea, librémosle de la muerte, no sea que el Cronida se enoje si Aquiles lo mata, pues el destino quiere que se salve a fin de que no perezca sin descendencia ni se extinga del todo el linaje de Dárdano, que fue amado por el Cronida con preferencia a los demás hijos que tuvo de mujeres mortales. Ya el Cronión aborrece a los descendientes de Príamo; pero el fuerte Eneas reinará sobre los troyanos, y luego los hijos de sus hijos que sucesivamente nazcan.

309 Respondióle Hera veneranda, la de ojos de novilla:

310 —¡Oh tú que sacudes la tierra! Resuelve tú mismo si has de salvar a Eneas o permitir que, no obstante su valor, sea muerto por el Pelida Aquiles. Pues así Palas Atenea como yo hemos jurado repetidas veces a vista de los inmortales todos, que jamás libraríamos a los troyanos del día funesto, aunque Troya entera fuese pasto de las voraces llamas por haberla incendiado los belicosos aqueos.

318 Cuando Poseidón, que sacude la tierra, oyó estas palabras, fuese; y andando por la liza, entre el estruendo de las lanzas, llegó adonde estaban Eneas y el ilustre Aquiles. Al momento cubrió de niebla los ojos del Pelida Aquiles, arrancó del escudo del magnánimo Eneas la lanza de fresno con punta de bronce que depositó a los pies de aquél, y arrebató al troyano

alzándolo de la tierra. Eneas, sostenido por la mano del dios, pasó por cima de muchas filas de héroes y caballos hasta llegar al otro extremo del impetuoso combate, donde los caucones se armaban para pelear. Y entonces Poseidón, que sacude la tierra, se le presentó, y le dijo estas aladas palabras:

332 —¡Eneas! ¿Cuál de los dioses te ha ordenado que cometieras la locura de luchar cuerpo a cuerpo con el animoso Pelión, que es más fuerte que tú y más caro a los inmortales? Retírate cuantas veces le encuentres, no sea que lo haga descender a la morada de Hades antes de lo dispuesto por el hado. Mas, cuando Aquiles haya muerto, por haberse cumplido su destino, pelea confiadamente entre los combatientes delanteros, que no te matará ningún otro aqueo.

340 Así diciendo, dejó a Eneas allí, después que le hubo amonestado y apartó la obscura niebla de los ojos de Aquiles. Éste volvió a ver con claridad, y, gimiendo, a su magnánimo espíritu le decía:

344 —¡Oh dioses! Grande es el prodigio que a mi vista se ofrece: esta lanza yace en el suelo y no veo al varón contra quien la arrojé, con intención de matarle. Ciertamente a Eneas le aman los inmortales dioses; ¡y yo creía que se jactaba de ello vanamente! Váyase, pues; que no tendrá ánimo para medir de nuevo sus fuerzas conmigo, quien ahora huyó gustoso de la muerte. Exhortaré a los belicosos dánaos y probaré el valor de los demás enemigos, saliéndoles al encuentro.

333 Dijo; y, saltando por entre las filas, animaba a los guerreros:

334 —¡No permanezcáis alejados de los troyanos, divinos aqueos! Ea, cada hombre embista a otro y sienta anhelo por pelear. Difícil es que yo solo, aunque sea valiente, persiga a tantos guerreros y con todos luche; y ni a Ares, que es un dios inmortal, ni a Atenea, les sería posible recorrer un campo de batalla tan vasto y combatir en todas panes. En lo que puedo hacer con mis manos, mis pies o mi fuerza, no me muestro remiso. Entraré por todos lados en las hileras de las falanges enemigas, y me figuro que no se alegrarán los troyanos que a mi lanza se acerquen.

364 Con estas palabras los animaba. También el esclarecido Héctor exhortaba a los troyanos, dando gritos, y aseguraba que saldría al encuentro de Aquiles:

366 —¡Animosos troyanos! ¡No temáis al Pelión! Yo de palabra combatiría hasta con los inmortales; pero es difícil hacerlo con la lanza, siendo, como son, mucho más fuertes. Aquiles no llevará al cabo todo cuanto dice, sino que en parte lo cumplirá y en parte lo dejará a medio

hacer. Iré a encontrarlo, aunque por sus manos se parezca a la llama; sí, aunque por sus manos se parezca a la llama, y por su fortaleza al reluciente hierro.

373 Con tales voces los excitaba. Los troyanos calaron las lanzas; trabóse el combate y se produjo gritería, y entonces Febo Apolo se acercó a Héctor y le dijo:

376 —¡Héctor! No te adelantes para luchar con Aquiles; espera su acometida mezclado con la muchedumbre, confundido con la turba. No sea que consiga herirte desde lejos con arma arrojadiza, o de cerca con la espada.

379 Así habló. Héctor se fue, amedrentado, por entre la multitud de guerreros apenas acabó de oír las palabras del dios. Aquiles, con el corazón revestido de valor y dando horribles gritos, arremetió a los troyanos, y empezó por matar al valeroso Ifitión Otrintida, caudillo de muchos hombres, a quien una ninfa náyade había tenido de Otrinteo, asolador de ciudades, en el opulento pueblo de Hida, al pie del nevado Tmolo: el divino Aquiles acertó a darle con la lanza en medio de la cabeza, cuando arremetía contra él, y se la dividió en dos partes. El troyano cayó con estrépito, y el divino Aquiles se glorió diciendo:

389 —¡Yaces en el suelo, Otrintida, el más portentoso de todos los hombres! En este lugar te sorprendió la muerte; a ti, que habías nacido a orillas del lago Gigeo, donde tienes la heredad paterna, junto al Hilo, abundante en peces, y el Hermo voraginoso.

393 Así dijo jactándose. Las tinieblas cubrieron los ojos de Ifitión, y los carros de los aqueos lo despedazaron con las llantas de sus ruedas en el primer reencuentro. Aquiles hirió, después, en la sien, atravesándole el casco de broncíneas carrilleras, a Demoleonte, valiente adalid en el combate, hijo de Anténor; y el casco de bronce no detuvo la lanza, pues la punta entró y rompió el hueso, conmovióse interiormente el cerebro, y el troyano sucumbió cuando peleaba con ardor. Luego, como Hipodamante saltara del carro y se diese a la fuga, le envasó la pica en la espalda: aquél exhalaba el aliento y bramaba como el toro que los jóvenes arrastran a los altares del soberano Heliconio y el dios que sacude la tierra se goza al verlo; así bramaba Hipodamante cuando el alma valerosa dejó sus huesos. Seguidamente acometió con la lanza al deiforme Polidoro Priámida, a quien su padre no permitía que fuera a las batallas porque era el menor y el predilecto de sus hijos. Nadie vencía a Polidoro en la carrera; y entonces,

por pueril petulancia, haciendo gala de la ligereza de sus pies, agitábase el troyano entre los combatientes delanteros, hasta que perdió la vida: al verlo pasar, el divino Aquiles, ligero de pies, hundióle la lanza en medio de la espalda, donde los anillos de oro sujetaban el cinturón y era doble la coraza, y la punta salió al otro lado cerca del ombligo; el joven cayó de rodillas dando lastimeros gritos; obscura nube le envolvió; e, inclinándose, procuraba sujetar con sus manos los intestinos, que le salían por la herida.

419 Tan pronto como Héctor vio a su hermano Polidoro cogiéndose las entrañas y encorvado hacia el suelo, se le puso una nube ante los ojos y ya no pudo combatir a distancia; sino que, blandiendo la aguda lanza e impetuoso como una llama, se dirigió al encuentro de Aquiles. Y éste, al advertirlo, saltó hacia él, y dijo muy ufano estas palabras:

425 —Cerca está el hombre que ha inferido a mi corazón la más grave herida, el que mató a mi compañero amado. Ya no huiremos asustados, el uno del otro, por los senderos del combate.

428 Dijo; y mirando con torva faz al divino Héctor, le gritó:

429 —¡Acércate para que más pronto llegues de tu perdición al término!

430 Sin turbarse, le respondió Héctor, el de tremolante casco:

431 —¡Pelida! No esperes amedrentarme con palabras como a un niño; también yo sé proferir injurias y baldones. Reconozco que eres valiente y que te soy muy inferior. Pero en la mano de los dioses está si yo, siendo inferior, te quitaré la vida con mi lanza; pues también tiene afilada punta.

438 En diciendo esto, blandió y arrojó su lanza; pero Atenea con un tenue soplo apartóla del glorioso Aquiles, y el arma volvió hacia el divino Héctor y cayó a sus pies. Aquiles acometió, dando horribles gritos, a Héctor, con intención de matarlo; pero Apolo arrebató al troyano, haciéndolo con gran facilidad por ser dios, y lo cubrió con densa niebla. Tres veces el divino Aquiles, ligero de pies, atacó con la broncínea lanza, tres veces dio el golpe en el aire. Y cuando, semejante a un dios, arremetía por cuarta vez, increpó el héroe a Héctor con voz terrible, dirigiéndole estas aladas palabras:

449 —¡Otra vez te has librado de la muerte, perro! Muy cerca tuviste la perdición, pero te salvó Febo Apolo, a quien debes de rogar cuando sales al campo antes de oír el estruendo de los dardos. Yo acabaré contigo si más

tarde te encuentro y un dios me ayuda. Y ahora perseguiré a los demás que se me pongan al alcance.

453 Así dijo; y con la lanza hirió en medio del cuello a Dríope, que cayó a sus pies. Dejóle, y al momento detuvo a Demuco Filetórida, valeroso y alto, a quien pinchó con la lanza en una rodilla, y luego quitóle la vida con la gran espada. Después acometió a Laógono y a Dárdano, hijos de Biante: habiéndolos derribado del carro en que iban, a aquél le hizo perecer arrojándole la lanza, y a éste hiriéndole de cerca con la espada. También mató a Tros Alastórida, que vino a abrazarle las rodillas por si compadeciéndose de él, que era de la misma edad del héroe, en vez de matarlo le hacía prisionero y lo dejaba vivo. ¡Insensato! No conoció que no podría persuadirle, pues Aquiles no era hombre de condición benigna y mansa, sino muy violento. Ya aquél le tocaba las rodillas con intención de suplicarle, cuando le hundió la espada en el hígado: derramóse éste, llenando de negra sangre el pecho, y las tinieblas cubrieron los ojos del troyano, que quedó exánime. Inmediatamente Aquiles se acercó a Mulio; y, metiéndole la lanza en una oreja, la broncínea punta salió por la otra. Más tarde hirió en medio de la cabeza a Equeclo, hijo de Agenor, con la espada provista de empuñadura: la hoja entera se calentó con la sangre, y la purpúrea muerte y la parca cruel velaron los ojos del guerrero. Posteriormente atravesó con la broncínea lanza el brazo de Deucalión, en el sitio donde se juntan los tendones del codo; y el troyano esperóle, con la mano entorpecida y viendo que la muerte se le acercaba: Aquiles le cercenó de un tajo la cabeza, que con el casco arrojó a lo lejos, la médula salió de las vértebras y el guerrero quedó tendido en el suelo. Dirigióse acto seguido contra Rigmo, ilustre hijo de Píroo, que había llegado de la fértil Tracia, y le hirió en medio del cuerpo: clavóle la broncínea lanza en el pulmón, y le derribó del carro. Y, como viera que su escudero Areítoo torcía la rienda a los caballos, envasóle la aguda lanza en la espalda, y también le derribó en tierra, mientras los corceles huían espantados.

490 De la suerte que, al estallar abrasador incendio en los hondos valles de árida montaña, arde la poblada selva, y el viento mueve las llamas que giran a todos lados; de la misma manera, Aquiles se revolvía furioso con la lanza, persiguiendo, cual una deidad, a los que estaban destinados a morir; y la negra tierra manaba sangre. Como, uncidos al yugo dos bueyes de ancha frente para que trillen la blanca cebada en una era bien dispuesta, se desmenuzan presto las espigas debajo de los pies de los mugientes

bueyes; así los solípedos corceles, guiados por el magnánimo Aquiles, hollaban a un mismo tiempo cadáveres y escudos; el eje del carro tenía la parte inferior cubierta de sangre y los barandales estaban salpicados de sanguinolentas gotas que los casos de los corceles y las llantas de las ruedas despedían. Y el Pelida deseaba alcanzar gloria y tenía las invictas manos manchadas de sangre y polvo.

CANTO XXI

Batalla junto al río

Este río pide ayuda al río Simoente y quiere sumergir a Aquiles, pero el dios Hefesto le obliga a volver a su cauce. Apolo se transfigure en troyano y se hace perseguir por el héroe para que los demás puedan entrar en la ciudad; conseguido su objeto, el dios se descubre.

1 Así que los troyanos llegaron al vado del vortiginoso Janto, río de hermosa corriente a quien el inmortal Zeus engendró, Aquiles los dividió en dos grupos. A los del primero echólos el héroe por la llanura hacia la ciudad, por donde los aqueos huían espantados el día anterior, cuando el esclarecido Héctor se mostraba furioso; por allí se derramaron entonces los troyanos en su fuga, y Hera, para detenerlos, los envolvió en una densa niebla. Los otros rodaron al caudaloso río de argénteos vórtices, y cayeron en él con gran estrépito: resonaba la corriente, retumbaban ambas orillas y los troyanos nadaban acá y acullá, gritando, mientras eran arrastrados en torno de los remolinos. Como las langostas acosadas por la violencia de un fuego que estalla de repente vuelan hacia el río y se echan medrosas en el agua, de la misma manera la corriente sonora del Janto de profundos vórtices se llenó, por la persecución de Aquiles, de hombres y caballos que en el mismo caían confundidos.

17 Aquiles, vástago de Zeus, dejó su lanza arrimada a un tamariz de la orilla, saltó al río, cual si fuese una deidad, con sólo la espada y meditando en su corazón acciones crueles, y comenzó a herir a diestro y a siniestro: al punto levantóse un horrible clamoreo de los que recibían los golpes, y el agua bermejeó con la sangre. Como los peces huyen del ingente delfín, y, temerosos, llenan los senos del hondo puerto, porque aquél devora a cuantos coge, de la misma manera los troyanos iban por la impetuosa corriente del río y se refugiaban, temblando, debajo de las rocas. Cuando Aquiles tuvo las manos cansadas de matar, cogió vivos, dentro del río, a doce mancebos para inmolarlos más tarde en expiación de la muerte de Patroclo Menecíada. Sacólos atónitos como cervatos, les ató las manos por detrás con las correas bien cortadas que llevaban en las flexibles túnicas y encargó a los amigos que los condujeran a las cóncavas naves. Y el héroe acometió de nuevo a los troyanos, para hacer en ellos gran destrozo.

34 Allí se encontró Aquiles con Licaón, hijo de Príamo Dardánida; el cual, huyendo, iba a salir del río. Ya anteriormente le había hecho prisionero encaminándose de noche a un campo de Príamo: Licaón cortaba con el agudo bronce los ramos nuevos de un cabrahígo para hacer los barandales de un carro, cuando el divinal Aquiles, presentándose cual imprevista calamidad, se lo llevó mal de su grado. Transportóle luego en una nave a la bien construida Lemnos, y allí lo puso en venta: el hijo de Jasón pagó el precio. Después Eetión de Imbros, que era huésped del troyano, dio por él un cuantioso rescate y envióle a la divina Arisbe. Escapóse Licaón, y, volviendo a la casa paterna, estuvo celebrando con sus amigos durante once días su regreso de Lemnos; mas, al duodécimo, un dios le hizo caer nuevamente en manos de Aquiles, que debía mandarle al Hades, sin que Licaón lo deseara. Como el divino Aquiles, el de los pies ligeros, le viera inerme —sin casco, escudo ni lanza, porque todo lo había tirado al suelo— y que salía del río con el cuerpo abatido por el sudor y las rodillas vencidas por el cansancio, sorprendióse, y a su magnánimo espíritu así le habló:

54 —¡Oh dioses! Grande es el prodigio que a mi vista se ofrece. Ya es posible que los troyanos a quienes maté resuciten de las sombrías tinieblas; cuando éste, librándose del día cruel, ha vuelto de la divina Lemnos, donde fue vendido, y las olas del espumoso mar que a tantos detienen no han impedido su regreso. Mas, ea, haré que pruebe la punta de mi lanza para ver y averiguar si volverá nuevamente o se quedará en el seno de la fértil tierra que hasta a los fuertes retiene.

64 Pensando en tales cosas, Aquiles continuaba inmóvil. Licaón, asustado, se le acercó a tocarle las rodillas; pues en su ánimo sentía vivo deseo de librarse de la triste muerte y de la negra Parca. El divino Aquiles levantó enseguida la enorme lanza con intención de herirlo, pero Licaón se encogió y corriendo le abrazó las rodillas; y aquélla, pasándole por cima del dorso, se clavó en el suelo, codiciosa de cebarse en el cuerpo de un hombre. En tanto Licaón suplicaba a Aquiles; y, abrazando con una mano sus rodillas y sujetándole con la otra la aguda lanza, sin que la soltara, estas aladas palabras le decía:

74 —Te lo ruego abrazado a tus rodillas, Aquiles: respétame y apiádate de mí. Has de tenerme, oh alumno de Zeus, por un suplicante digno de consideración; pues comí en tu tienda el fruto de Deméter el día en que me hiciste prisionero en el campo bien cultivado, y, llevándome lejos de mi padre y de mis amigos, me vendiste en Lemnos: cien bueyes te valió mi

persona. Ahora te daría el triple por rescatarme. Doce días ha que, habiendo padecido mucho, volví a Ilio; y otra vez el hado funesto me pone en tus manos. Debo de ser odioso al padre Zeus, cuando nuevamente me entrega a ti. Para darme una vida corta, me parió Laótoe, hija del anciano Altes, que reina sobre los belicosos léleges y posee la excelsa Pédaso junto al Satnioente. A la hija de aquél la tuvo Príamo por esposa con otras muchas; de la misma nacimos dos varones y a entrambos nos habrás dado muerte. Ya hiciste sucumbir entre los infantes delanteros al deiforme Polidoro, hiriéndole con la aguda pica; y ahora la desgracia llegó para mí, pues no espero escapar de tus manos después que un dios me ha echado en ellas. Otra cosa te diré que fijarás en la memoria: No me mates; pues no soy del mismo vientre que Héctor, el que dio muerte a tu dulce y esforzado amigo.

97 Con tales palabras el preclaro hijo de Príamo suplicaba a Aquiles, pero fue amarga la respuesta que escuchó:

99 —¡Insensato! No me hables del rescate, ni lo menciones siquiera. Antes que a Patroclo le llegara el día fatal, me era grato abstenerme de matar a los troyanos y fueron muchos los que cogí vivos y vendí luego; mas ahora ninguno escapará de la muerte, si un dios lo pone en mis manos delante de Ilio y especialmente si es hijo de Príamo. Por Canto, amigo, muere tú también. ¿Por qué te lamentas de este modo? Murió Patroclo, que tanto te aventajaba. ¿No ves cuán gallardo y alto de cuerpo soy yo, a quien engendró un padre ilustre y dio a luz una diosa? Pues también me aguardan la muerte y la Parca cruel. Vendrá una mañana, una tarde o un mediodía en que alguien me quitará la vida en el combate, hiriéndome con la lanza o con una flecha despedida por el arco.

114 Así dijo. Desfallecieron las rodillas y el corazón del troyano que, soltando la lanza, se sentó y tendió ambos brazos. Aquiles puso mano a la tajante espada a hirió a Licaón en la clavícula, junto al cuello: metióle dentro toda la hoja de dos filos, el troyano dio de ojos por el suelo y su sangre fluía y mojaba la tierra. El héroe cogió el cadáver por el pie, arrojólo al río para que la corriente se lo llevara, y profirió con jactancia estas aladas palabras:

122 —Yaz ahí entre los peces que tranquilos te lamerán la sangre de la herida. No te colocará tu madre en un lecho para llorarte, sino que serás llevado por el voraginoso Escamandro al vasto seno del mar. Y algún pez, saliendo de las olas a la negruzca y encrespada superficie, comerá la blanca grasa de Licaón. Así perezcáis los demás troyanos hasta que lleguemos a la

sacra ciudad de Ilio, vosotros huyendo y yo detrás haciendo gran riza. No os salvará ni siquiera el río de hermosa corriente y argénteos remolinos, a quien desde antiguo sacrificáis muchos toros y en cuyos vórtices echáis vivos los solípedos caballos. Así y todo, pereceréis miserablemente unos en pos de otros, hasta que hayáis expiado la muerte de Patrocio y el estrago y la matanza que hicisteis en los aqueos junto a las naves, mientras estuve alejado de la lucha.

136 Así habló, y el río, con el corazón irritado, revolvía en su mente cómo haría cesar al divinal Aquiles de combatir y libraría de la muerte a los troyanos. En tanto, el hijo de Peleo dirigió su ingente lanza a Asteropeo, hijo de Pelegón, con ánimo de matarlo. A Pelegón le habían engendrado el Axio, de ancha corriente, y Peribea, la hija mayor de Acesámeno; que con ésta se unió aquel río de profundos remolinos. Encaminóse, pues, Aquiles hacia Asteropeo, el cual salió a su encuentro llevando dos lanzas; y el Janto, irritado por la muerte de los jóvenes a quienes Aquiles había hecho perecer sin compasión en la misma corriente, infundió valor en el pecho del troyano. Cuando ambos guerreros se hallaron frente a frente, el divino Aquiles, el de los pies ligeros, fue el primero en hablar, y dijo:

150 —¿Quién eres tú y de dónde, que osas salirme al encuentro? Infelices de aquéllos cuyos hijos se oponen a mi furor.

152 Respondióle el preclaro hijo de Pelegón:

153 —¡Magnánimo Pelida! ¿Por qué sobre el abolengo me interrogas? Soy de la fértil Peonia, que está lejos; vine mandando a los peonios, que combaten con largas picas, y hace once días que llegué a Ilio. Mi linaje trae su origen del Axio de ancha corriente, del Axio que esparce su hermosísimo raudal sobre la tierra: Axio engendró a Pelegón, famoso por su lanza, y de éste dicen que he nacido. Pero peleemos ya, esclarecido Aquiles.

161 Así habló, en son de amenaza. El divino Aquiles levantó el fresno del Pelión, y el héroe Asteropeo, que era ambidextro, tiróle a un tiempo las dos lanzas: la una dio en el escudo, pero no lo atravesó porque la lámina de oro que el dios puso en el mismo la detuvo; la otra rasguñó el brazo derecho del héroe, junto al codo, del cual brotó negra sangre; mas el arma pasó por encima y se clavó en el suelo, codiciosa de la carne. Aquiles arrojó entonces la lanza, de recto vuelo, a Asteropeo con intención de matarlo, y erró el tiro: la lanza de fresno cayó en la elevada orilla y se hundió hasta la mitad del palo. El Pelida, desnudando la aguda espada que llevaba junto al muslo, arremetió enardecido a Asteropeo, quien con la mano robusta intentaba

arrancar del escarpado borde la lanza de Aquiles: tres veces la meneó para arrancarla, y otras tantas careció de fuerza. Y cuando, a la cuarta vez, quiso doblar y romper la lanza de fresno del Eácida, acercósele Aquiles y con la espada le quitó la vida: hirióle en el vientre, junto al ombligo; derramáronse en el suelo todos los intestinos, y las tinieblas cubrieron los ojos del troyano, que cayó anhelante. Aquiles se abalanzó a su pecho, le quitó la armadura; y, blasonando del triunfo, dijo estas palabras:

184 —Yaz ahí. Difícil era que tú, aunque engendrado por un río, pudieses disputar la victoria a los hijos del prepotente Cronión. Dijiste que tu linaje procede de un río de ancha corriente; mas yo me jacto de pertenecer al del gran Zeus. Engendróme un varón que reina sobre muchos mirmidones, Peleo, hijo de Éaco; y este último era hijo de Zeus. Y como Zeus es más poderoso que los nos, que corren al mar, así también los descendientes de Zeus son más fuertes que los de los ríos. A tu lado tienes uno grande, si es que puede auxiliarte. Mas no es posible combatir con Zeus Cronión. A éste no le igualan ni el fuerte Aqueloo, ni el grande y poderoso Océano de profunda corriente del que nacen todos los ríos, todo el mar y todas las fuentes y grandes pozos; pues también el Océano teme el rayo del gran Zeus y el espantoso trueno, cuando retumba desde el cielo.

200 Dijo; arrancó del escarpado borde la broncínea lanza y abandonó a Asteropeo allí, tendido en la arena, tan pronto como le hubo quitado la vida: el agua turbia bañaba el cadáver, y anguilas y peces acudieron a comer la grasa que cubría los riñones. Aquiles se fue para los peonios que peleaban en carros; los cuales huían por las márgenes del voraginoso río, desde que vieron que el más fuerte caía en el duro combate, vencido por las manos y la espada del Pelida. Éste mató entonces a Tersíloco, Midón, Astípilo, Mneso, Trasio, Enio y Ofelestes. Y a más peonios diera muerte el veloz Aquiles, si el río de profundos remolinos, irritado y transfigurado en hombre, no le hubiese dicho desde uno de los profundos vórtices:

214 —¡Oh Aquiles! Superas a los demás hombres tanto en el valor como en la comisión de acciones nefandas; porque los propios dioses te prestan constantemente su auxilio. Si el hijo de Crono te ha concedido que destruyas a todos los troyanos, apártalos de mí y ejecuta en el llano tus proezas. Mi hermosa corriente está llena de cadáveres que obstruyen el cauce y no me dejan verter el agua en la mar divina; y tú sigues matando de un modo atroz. Pero, ea, cesa ya; pues me tienes asombrado, oh príncipe de hombres.

222 Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

223 —Se hará, oh Escamandro, alumno de Zeus, como tú lo ordenas; pero no me abstendré de matar a los altivos troyanos hasta que los encierre en la ciudad y, peleando con Héctor, él me mate a mí o yo acabe con él.

227 Esto dicho, arremetió a los troyanos, cual si fuese un dios. Y entonces el río de profundos remolinos dirigióse a Apolo:

229 —¡Oh dioses! Tú, el del arco de plata, hijo de Zeus, no cumples las órdenes del Cronión, el cual te encargó muy mucho que socorrieras a los troyanos y les prestaras tu auxilio hasta que, llegada la tarde, se pusiera el sol y quedara a obscuras el fértil campo.

233 Dijo. Aquiles, famoso por su lanza, saltó desde la escarpada orilla al centro del río. Pero éste le atacó enfurecido: hinchó sus aguas, revolvió la corriente, y, arrastrando muchos cadáveres de hombres muertos por Aquiles, que había en el cauce, arrojólos a la orilla mugiendo como un toro, y en Canto salvaba a los vivos dentro de la hermosa corriente, ocultándolos en los profundos y anchos remolinos. Las revueltas olas rodeaban a Aquiles, la corriente caía sobre su escudo y le empujaba, y el héroe ya no se podía tener en pie. Asióse entonces con ambas manos a un olmo corpulento y frondoso; pero éste, arrancado de raíz, rompió el borde escarpado, oprimió la hermosa corriente con sus muchas ramas, cayó entero al río y se convirtió en un puente. Aquiles, amedrentado, dio un salto, salió del abismo y voló con pie ligero por la llanura. Mas no por esto el gran dios desistió de perseguirlo, sino que lanzó tras él olas de sombría cima con el propósito de hacer cesar al divino Aquiles de combatir y librar de la muerte a los troyanos. El Pelida salvó cerca de un tiro de lanza, dando un brinco con la impetuosidad de la rapaz águila negra, que es la más forzuda y veloz de las aves; parecido a ella, el héroe coma y el bronce resonaba horriblemente sobre su pecho. Aquiles procuraba huir, desviándose a un lado; pero la corriente se iba tras él y le perseguía con gran ruido. Como el fontanero conduce el agua desde el profundo manantial por entre las plantas de un huerto y con un azadón en la mano quita de la reguera los estorbos; y la corriente sigue su curso, y mueve las piedrecitas, pero al llegar a un declive murmura, acelera la marcha y pasa delante del que la guía; de igual modo, la corriente del río alcanzaba continuamente a Aquiles, porque los dioses son más poderosos que los hombres. Cuantas veces el divino Aquiles, el de los pies ligeros, intentaba esperarla, para ver si le perseguían todos los inmortales que tienen su morada en el espacioso cielo, otras tantas, las

grandes olas del río, que las celestiales lluvias alimentan, le azotaban los hombros. El héroe, afligido en su corazón, saltaba; pero el río, siguiéndole con la rápida y tortuosa corriente, le cansaba las rodillas y le robaba el suelo allí donde ponía los pies. Y el Pelida, levantando los ojos al vasto cielo, gimió y dijo:

273 —¡Zeus padre! ¿Cómo no viene ningún dios a salvarme a mí, miserando, de la persecución del río, y luego sufriré cuanto sea preciso? Ninguna de las deidades del cielo tiene tanta culpa como mi madre, que me halagó con falsas predicciones: dijo que me matarían al pie del muro de los troyanos, armados de coraza, las veloces flechas de Apolo. ¡Ojalá me hubiese muerto Héctor, que es aquí el más bravo! Entonces un valiente hubiera muerto y despojado a otro valiente. Mas ahora quiere el destino que yo perezca de miserable muerte, cercado por un gran río; como el niño porquerizo a quien arrastran las aguas invernales del torrente que intentaba atravesar.

284 Así se expresó. Enseguida Poseidón y Atenea, con figura humana, se le acercaron y le asieron de las manos mientras le animaban con palabras. Poseidón, que sacude la tierra, fue el primero en hablar y dijo:

288 —¡Pelida! No tiembles, ni te asustes. ¡Tal socorro vamos a darte, con la venia de Zeus, nosotros los dioses, yo y Palas Atenea! Porque no dispone el hado que seas muerto por el río, y éste dejará pronto de perseguirte, como verás tú mismo. Te daremos un prudente consejo, por si quieres obedecer: no descanse tu brazo en la batalla funesta hasta haber encerrado dentro de los ínclitos muros de Ilio a cuantos troyanos logren escapar. Y cuando hayas privado de la vida a Héctor, vuelve a las naves; que nosotros te concederemos que alcances gloria.

298 Dichas estas palabras, ambas deidades fueron a reunirse con los demás inmortales. Aquiles, impelido por el mandato de los dioses, enderezó sus pasos a la llanura inundada por el agua del río, en la cual flotaban cadáveres y hermosas armas de jóvenes muertos en la pelea. El héroe caminaba derechamente, saltando por el agua, sin que el anchuroso río lograse detenerlo; pues Atenea le había dado muchos bríos. Pero el Escamandro no cedía en su furor; sino que, irritándose aún más contra el Pelión, hinchaba y levantaba a lo alto sus olas, y a gritos llamaba al Simoente:

308 —¡Hermano querido! Juntémonos para contener la fuerza de ese hombre, que pronto tomará la gran ciudad del rey Príamo, pues los troyanos

no le resistirán en la batalla. Ven al momento en mi auxilio: aumenta tu caudal con el agua de las fuentes, concita a todos los arroyos, levanta grandes olas y arrastra con estrépito troncos y piedras, para que anonademos a ese feroz guerrero que ahora triunfa y piensa en hazañas propias de los dioses. Creo que no le valdrán ni su fuerza, ni su hermosura, ni sus magníficas armas, que han de quedar en el fondo de este lago cubiertas de cieno. A él lo envolveré en abundante arena, derramando en torno suyo mucho cascajo; y ni siquiera sus huesos podrán ser recogidos por los aqueos: tanto limo amontonaré encima. Y tendrá su túmulo aquí mismo, y no necesitará que los aqueos se lo erijan cuando le hagan las exequias.

324 Dijo; y, revuelto, arremetió contra Aquiles, alzándose furioso y mugiendo con la espuma, la sangre y los cadáveres. Las purpúreas ondas del río, que las celestiales lluvias alimentan, se mantenían levantadas y arrastraban al Pelida. Pero Hera, temiendo que el gran río derribara a Aquiles, gritó, y dijo enseguida a Hefesto, su hijo amado:

331 —¡Levántate, estevado, hijo querido; pues creemos que el Janto voraginoso es tu igual en el combate! Socorre pronto a Aquiles, haciendo aparecer inmensa llama. Voy a suscitar con el Céfiro y el veloz Noto una gran borrasca, para que viniendo del mar extienda el destructor incendio y se quemen las cabezas y las armas de los troyanos. Tú abrasa los árboles de las orillas del Janto, métele en el fuego, y no te dejes persuadir ni con palabras dulces ni con amenazas. No cese tu furia hasta que yo te lo diga gritando; y entonces apaga el fuego infatigable.

342 Así dijo; y Hefesto, arrojando una abrasadora llama, incendió primeramente la llanura y quemó muchos cadáveres de guerreros a quienes había muerto Aquiles; secóse el campo, y el agua cristalina dejó de correr. Como el Bóreas seca en el otoño un campo recién inundado y se alegra el que lo cultiva, de la misma suerte, el fuego secó la llanura entera y quemó los cadáveres. Luego Hefesto dirigió al río la resplandeciente llama y ardieron, así los olmos, los sauces y los tamariscos, como el loto, el junco y la juncia que en abundancia habían crecido junto a la hermosa corriente. Anguilas y peces padecían y saltaban acá y allá, en los remolinos o en la corriente, oprimidos por el soplo del ingenioso Hefesto. Y el río, quemándose también, así hablaba:

357 —¡Hefesto! Ninguno de los dioses te iguala y no quiero luchar contigo ni con tu llama ardiente. Cesa de perseguirme y enseguida el divino

Aquiles arroje de la ciudad a los troyanos. ¿Qué interés tengo en la contienda ni en auxiliar a nadie?

361 Así habló, abrasado por el fuego; y la hermosa corriente hervía. Como en una caldera puesta sobre un gran fuego, la grasa de un puerco cebado se funde, hierve y rebosa por todas partes, mientras la leña seca arde debajo; así la hermosa corriente se quemaba con el fuego y el agua hervía, y, no pudiendo ir hacia adelante, paraba su curso oprimida por el vapor que con su arte produjera el ingenioso Hefesto. Y el río, dirigiendo muchas súplicas a Hera, estas aladas palabras le decía:

369 —¡Hera! ¿Por qué tu hijo maltrata mi corriente, atacándome a mí solo entre los dioses? No debo de ser para ti tan culpable como todos los demás que favorecen a los troyanos. Yo desistiré de ayudarlos, si tú lo mandas; pero que éste cese también. Y juraré no librar a los troyanos del día fatal, aunque Troya entera llegue a ser pasto de las voraces llamas por haberla incendiado los belicosos aqueos.

377 Cuando Hera, la diosa de los níveos brazos, oyó estas palabras, dijo enseguida a Hefesto, su hijo amado:

379 —¡Hefesto hijo ilustre! Cesa ya, pues no conviene que, a causa de los mortales, a un dios inmortal atormentemos.

381 Así dijo. Hefesto apagó la abrasadora llama, y las olas retrocedieron a la hermosa corriente.

383 Y tan pronto como el ánimo del Janto fue abatido, ellos cesaron de luchar porque Hera, aunque irritada, los contuvo; pero una reñida y espantosa pelea se suscitó entonces entre los demás dioses: divididos en dos bandos, vinieron a las manos con fuerte estrépito; bramó la vasta tierra, y el gran cielo resonó como una trompeta. Oyólo Zeus, sentado en el Olimpo, y con el corazón alegre reía al ver que los dioses iban a embestirse. Y ya no estuvieron separados largo tiempo; pues el primero Ares, que horada los escudos, acometiendo a Atenea con la broncínea lanza, estas injuriosas palabras le decía:

394 —¿Por qué nuevamente, oh mosca de perro, promueves la contienda entre los dioses con insaciable audacia? ¿Qué poderoso afecto te mueve? ¿Acaso no te acuerdas de cuando incitabas a Diomedes Tidida a que me hiriese, y cogiendo tú misma la reluciente pica la enderezaste contra mí y me desgarraste el hermoso cutis? Pues me figuro que ahora pagarás cuanto me hiciste.

400 Apenas acabó de hablar, dio un bote en el escudo floqueado, horrendo, que ni el rayo de Zeus rompería, allí acertó a dar Ares, manchado de homicidios, con la ingente lanza. Pero la diosa, volviéndose, aferró con su robusta mano una gran piedra negra y erizada de puntas que estaba en la llanura y había sido puesta por los antiguos como linde de un campo; e, hiriendo con ella al furibundo Ares en el cuello, dejóle sin vigor los miembros. Vino a tierra el dios y ocupó siete yeguadas, el polvo manchó su cabellera y las armas resonaron. Rióse Palas Atenea; y, gloriándose de la victoria, profirió estas aladas palabras:

410 —¡Necio! Aún no has comprendido que me jacto de ser mucho más fuerte, puesto que osas oponer tu furor al mío. Así padecerás, cumpliéndose las imprecaciones de tu airada madre que maquina males contra ti porque abandonaste a los aqueos y favoreces a los orgullosos troyanos.

415 Cuando esto hubo dicho, volvió a otra parte los ojos refulgentes. Afrodita, hija de Zeus, asió por la mano a Ares y le acompañaba, mientras el dios daba muchos suspiros y apenas podía recobrar el aliento. Pero la vio Hera, la diosa de los níveos brazos, y al punto dijo a Atenea estas aladas palabras:

420 —¡Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómita! Aquella mosca de perro vuelve a sacar del dañoso combate, por entre el tumulto, a Ares, funesto a los mortales. ¡Anda tras ella!

423 De tal modo habló. Alegrósele el alma a Atenea, que corrió hacia Afrodita, y alzando la robusta mano descargóle un golpe sobre el pecho. Desfallecieron las rodillas y el corazón de la diosa, y ella y Ares quedaron tendidos en la fértil tierra. Y Atenea, vanagloriándose, pronunció estas aladas palabras:

428 —¡Ojalá fuesen tales cuantos auxilian a los troyanos en las batallas contra los argivos, armados de coraza; así, tan audaces y atrevidos como Afrodita que vino a socorrer a Ares desafiando mi furor; y tiempo ha que habríamos puesto fin a la guerra con la toma de la bien construida ciudad de Ilio!

434 Así se expresó. Sonrióse Hera, la diosa de los níveos brazos. Y el soberano Poseidón, que sacude la tierra, dijo entonces a Apolo:

436 —¡Febo! ¿Por qué nosotros no luchamos también? No conviene abstenerse, una vez que los demás han dado principio a la pelea. Vergonzoso fuera que volviésemos al Olimpo, a la morada de Zeus erigida

sobre bronce, sin haber combatido. Empieza tú, pues eres el menor en edad y no parecería decoroso que comenzara yo que nací primero y tengo más experiencia. ¡Oh necio, y cuán irreflexivo es tu corazón! Ya no te acuerdas de los muchos males que en torno de Ilio padecimos los dos, solos entre los dioses, cuando enviados por Zeus trabajamos un año entero para el soberbio Laomedonte; el cual, con la promesa de darnos el salario convenido, nos mandaba como señor. Yo cerqué la ciudad de los troyanos con un muro ancho y hermosísimo, para hacerla inexpugnable; y tú, Febo, pastoreabas los flexípedes bueyes de curvas astas en los bosques y selvas del Ida, en valles abundoso. Mas cuando las alegres horas trajeron el término del ajuste, el soberbio Laomedonte se negó a pagarnos el salario y nos despidió con amenazas. A ti te amenazó con venderte, atado de pies y manos, en lejanas islas; aseguraba además que con el bronce nos cortaría a entrambos las orejas; y nosotros nos fuimos pesarosos y con el ánimo irritado porque no nos dio la paga que había prometido. ¡Y todavía se lo agradeces, favoreciendo a su pueblo, en vez de procurar con nosotros que todos los troyanos perezcan de mala muerte con sus hijos y castas esposas!

461 Contestó el soberano Apolo, que hiere de lejos:

462 —¡Batidor de la tierra! No me tendrías por sensato si combatiera contigo por los míseros mortales que, semejantes a las hojas, ya se hallan florecientes y vigorosos comiendo los frutos de la tierra, ya se quedan exánimes y mueren. Pero abstengámonos enseguida de combatir y peleen ellos entre sí.

468 Así diciendo, le volvió la espalda; pues por respeto no quería llegar a las manos con su tío paterno. Y su hermana, la campestre Ártemis, que de las fieras es señora, lo increpó duramente con injuriosas voces:

472 —¿Huyes ya, tú que hieres de lejos, y das la victoria a Poseidón, concediéndole inmerecida gloria? ¡Necio! ¿Por qué llevas ese arco inútil? No oiga yo que te jactes en el palacio de mi padre, como hasta aquí lo hiciste ante los inmortales dioses, de luchar cuerpo a cuerpo con Poseidón.

478 Así dijo, y Apolo, que hiere de lejos, nada respondió. Pero la venerable esposa de Zeus, irritada, increpó con injuriosas voces a la que se complace en tirar flechas:

481 —¿Cómo es que pretendes, perra atrevida, oponerte a mí? Difícil te será resistir mi fortaleza, aunque lleves arco y Zeus te haya hecho leona entre las mujeres y te permita matar, a la que te plazca. Mejor es cazar en el monte fieras agrestes o ciervos, que luchar denodadamente con quienes son

más poderosos. Y, si quieres probar el combate, empieza, para que sepas bien cuánto más fuerte soy que tú; ya que contra mí quieres emplear tus fuerzas.

489 Dijo; asióla con la mano izquierda por ambas muñecas, quitóle de los hombros, con la derecha, el arco y el carcaj, y riendo se puso a golpear con éstos las orejas de Ártemis, que volvía la cabeza, ora a un lado, ora a otro, mientras las veloces flechas se esparcían por el suelo. Ártemis huyó llorando, como la paloma que perseguida por el gavilán vuela a refugiarse en el hueco de excavada roca, porque no había dispuesto el hado que aquél la cogiese. De igual manera huyó la diosa, vertiendo lágrimas y dejando allí arco y aljaba. Y el mensajero Argicida dijo a Leto:

498 —¡Leto! Yo no pelearé contigo, porque es arriesgado luchar con las esposas de Zeus, que amontona las nubes. Jáctate muy satisfecha, delante de los inmortales dioses, de que me venciste con tu poderosa fuerza.

502 Así dijo. Leto recogió el corvo arco y las saetas que habían caído acá y acullá, en medio de un torbellino de polvo; y se fue en pos de su hija. Llegó ésta al Olimpo, a la morada de Zeus erigida sobre bronce; sentóse llorando en las rodillas de su padre, y el divino velo temblaba alrededor de su cuerpo. El padre Cronida cogióla en el regazo; y, sonriendo dulcemente, le preguntó:

509 —¿Cuál de los celestes dioses, hija querida, de tal modo te ha maltratado, como si en su presencia hubieses cometido alguna falta?

511 Respondióle Ártemis, que se recrea con el bullicio de la caza y lleva hermosa diadema:

512 —Tu esposa Hera, la de los níveos brazos, me ha maltratado, padre; por ella la discordia y la contienda han surgido entre los inmortales.

514 Así éstos conversaban. En tanto, Febo Apolo entró en la sagrada Ilio, temiendo por el muro de la bien edificada ciudad: no fuera que en aquella ocasión lo destruyesen los dánaos, contra lo ordenado por el destino. Los demás dioses sempiternos volvieron al Olimpo, irritados unos y envanecidos otros por el triunfo; y se sentaron junto a Zeus, el de las sombrías nubes. Aquiles, persiguiendo a los troyanos, mataba hombres y solípedos caballos. De la suerte que cuando una ciudad es presa de las llamas y llega el humo al anchuroso cielo, porque los dioses se irritaron contra ella, todos los habitantes trabajan y muchos padecen grandes males, de igual modo Aquiles causaba a los troyanos fatigas y daños.

526 El anciano Príamo estaba en la sagrada torre; y, como viera al ingente Aquiles, y a los troyanos puestos en confusión, huyendo espantados y sin fuerzas para resistirle, empezó a gemir y bajó de aquélla para exhortar a los ínclitos varones que custodiaban las puertas de la muralla:

531 Abrid las puertas y sujetadlas con la mano hasta que lleguen a la ciudad los guerreros que huyen espantados. Aquiles es quien los estrecha y pone en desorden, y temo que han de ocurrir desgracias. Mas, tan pronto como aquéllos respiren, refugiados dentro del muro, entornad las hojas fuertemente unidas; pues estoy con miedo de que ese hombre funesto entre por el muro.

537 Así dijo. Abrieron las puertas, quitando los cerrojos, y a esto se debió la salvación de las tropas. Apolo saltó fuera del muro para librar de la ruina a los troyanos. Éstos, acosados por la sed y llenos de polvo, huían por el campo en derechura a la ciudad y su alta muralla. Y Aquiles los perseguía impetuosamente con la lanza, teniendo el corazón poseído de violenta rabia y deseando alcanzar gloria.

544 Entonces los aqueos hubieran tomado a Troya, la de altas puertas, si Febo Apolo no hubiese incitado al divino Agenor, hijo ilustre y valiente de Anténor, a esperar a Aquiles. El dios infundióle audacia en el corazón, y, para apartar de él a las crueles Parcas, se quedó a su lado, recostado en una encina y cubierto de espesa niebla. Cuando Agenor vio llegar a Aquiles, asolador de ciudades, se detuvo, y en su agitado corazón vacilaba sobre el partido que debería tomar. Y gimiendo, a su magnánimo espíritu le decía:

553 —¡Ay de mí! Si huyo del valiente Aquiles por donde los demás corren espantados y en desorden, me cogerá también y me matará sin que me pueda defender. Si dejando que éstos sean derrotados por el Pelida Aquiles, me fuese por la llanura troyana, lejos del muro, hasta llegar a los bosques del Ida, y me escondiera en los matorrales, podría volver a Ilio por la tarde, después de tomar un baño en el río para refrescarme y quitarme el sudor. Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón? No sea que aquél advierta que me alejo de la ciudad por la llanura, y persiguiéndome con ligera planta me dé alcance; y ya no podré evitar la muerte y las Parcas, porque Aquiles es el más fuerte de todos los hombres. Y si delante de la ciudad le salgo al encuentro… Vulnerable es su cuerpo por el agudo bronce, hay en él una sola alma y dicen los hombres que el héroe es mortal; pero Zeus Cronida le da gloria.

571 Esto, pues, se decía; y, encogiéndose, aguardó a Aquiles, porque su corazón esforzado estaba impaciente por luchar y combatir. Como la pantera, cuando oye el ladrido de los perros, sale de la poblada selva y va al encuentro del cazador, sin que arrebaten su ánimo ni el miedo ni el espanto, y si aquél se le adelanta y la hiere desde cerca o desde lejos, no deja de luchar, aunque esté atravesada por la jabalina, hasta venir con él a las manos o sucumbir, de la misma suerte, el divino Agenor, hijo del preclaro Anténor, no quería huir antes de entrar en combate con Aquiles. Y, cubriéndose con el liso escudo, le apuntaba la lanza, mientras decía con fuertes voces:

583 —Grandes esperanzas concibe tu ánimo, esclarecido Aquiles, de tomar en el día de hoy la ciudad de los altivos troyanos. ¡Insensato! Buen número de males habrán de padecerse todavía por causa de ella. Estamos dentro muchos y fuertes varones que, peleando por nuestros padres, esposas e hijos, salvaremos a Ilio; y tú recibirás aquí mismo la muerte, a pesar de ser un terrible y audaz guerrero.

590 Dijo. Con la robusta mano arrojó el agudo dardo, y no erró el tiro; pues acertó a dar en la pierna del héroe, debajo de la rodilla. La greba de estaño recién construida resonó horriblemente, y el bronce fue rechazado sin que lograra penetrar, porque lo impidió la armadura, regalo del dios. El Pelida arremetió a su vez con Agenor, igual a una deidad; pero Apolo no le dejó alcanzar gloria, pues, arrebatando al troyano, le cubrió de espesa niebla y le mandó a la ciudad para que saliera tranquilo de la batalla.

599 Luego el que hiere de lejos apartó del ejército al Pelión, valiéndose de un engaño. Tomó la figura de Agenor, y se puso delante del héroe, que se lanzó a perseguirlo. Mientras Aquiles iba tras de Apolo, por un campo paniego, hacia el río Escamandro, de profundos vórtices, y corría muy cerca de él, pues el odio le engañaba con esta astucia a fin de que tuviera siempre la esperanza de darle alcance en la carrera, los demás troyanos, huyendo en tropel, llegaron alegres a la ciudad, que se llenó con los que allí se refugiaron. Ni siquiera se atrevieron a esperarse los unos a los otros, fuera de la ciudad y del muro, para saber quiénes habían escapado y quiénes habían muerto en la batalla, sino que afluyeron presurosos a la ciudad cuantos, merced a sus pies y a sus rodillas, lograron salvarse.

CANTO XXII

Muerte de Héctor

Aquiles, después de decirle que se vengaría de él si pudiera, torna al campo de batalla y delante de las puertas de la ciudad encuentra a Héctor, que le esperaba; huye éste, aquél le persigue y dan tres vueltas a la ciudad de Troya; Zeus coge la balanza de oro y ve que el destino condena a Héctor, el cual, engañado por Atenea se detiene y es vencido y muerto por Aquiles, no obstante saber éste que ha de sucumbir poco después que muera el caudillo troyano.

1 Los troyanos, refugiados en la ciudad como cervatos, se recostaban en los hermosos baluartes, refrigeraban el sudor y bebían para apagar la sed; y en tanto los aqueos se iban acercando a la muralla, con los escudos levantados encima de los hombros. La Parca funesta sólo detuvo a Héctor para que se quedara fuera de Ilio, en las puertas Esceas. Y Febo Apolo dijo al Pelión:

8 —¿Por qué, oh hijo de Peleo, persigues en veloz carrera, siendo tú mortal, a un dios inmortal? Aún no conociste que soy una deidad, y no cesa tu deseo de alcanzarme. Ya no te cuidas de pelear con los troyanos, a quienes pusiste en fuga; y éstos han entrado en la población, mientras te extraviabas viniendo aquí. Pero no me matarás, porque el hado no me condenó a morir.

14 Muy indignado le respondió Aquiles, el de los pies ligeros:

15 —¡Oh tú, que hieres de lejos, el más funesto de todos los dioses! Me engañaste, trayéndome acá desde la muralla, cuando todavía hubieran mordido muchos la tierra antes de llegar a Ilio. Me has privado de alcanzar una gloria no pequeña, y has salvado con facilidad a los troyanos, porque no temías que luego me vengara. Y ciertamente me vengaría de ti, si mis fuerzas lo permitieran.

21 Dijo y, muy alentado, se encaminó apresuradamente a la ciudad; como el corcel vencedor en la carrera de carros trota veloz por el campo, tan ligeramente movía Aquiles pies y rodillas.

25 El anciano Príamo fue el primero que con sus propios ojos le vio venir por la llanura, tan resplandeciente como el astro que en el otoño se distingue por sus vivos rayos entre muchas estrellas durante la noche obscura y recibe el nombre de «perro de Orión», el cual con ser

brillantísimo constituye una señal funesta porque trae excesivo calor a los míseros mortales; de igual manera centelleaba el bronce sobre el pecho del héroe, mientras éste corría. Gimió el viejo, golpeóse la cabeza con las manos levantadas y profirió grandes voces y lamentos, dirigiendo súplicas a su hijo. Héctor continuaba inmóvil ante las puertas y sentía vehemente deseo de combatir con Aquiles. Y el anciano, tendiéndole los brazos, le decía en tono lastimero:

38 —¡Héctor, hijo querido! No aguardes, solo y lejos de los amigos, a ese hombre, para que no mueras presto a manos del Pelión, que es mucho más vigoroso. ¡Cruel! Así fuera tan caro a los dioses, como a mí: pronto se lo comerían, tendido en el suelo, los perros y los buitres, y mi corazón se libraría del terrible pesar. Me ha privado de muchos y valientes hijos, matando a unos y vendiendo a otros en remotas islas. Y ahora que los troyanos se han encerrado en la ciudad, no acierto a ver a mis dos hijos Licaón y Polidoro, que parió Laótoe, ilustre entre las mujeres. Si están vivos en el ejército, los rescataremos con bronce y oro, que todavía lo hay en el palacio; pues a Laótoe la dotó espléndidamente su anciano padre, el ínclito Altes. Pero, si han muerto y se hallan en la morada de Hades, el mayor dolor será para su madre y para mí que los engendramos; porque el del pueblo durará menos, si no mueres tú, vencido por Aquiles. Ven adentro del muro, hijo querido, para que salves a los troyanos y a las troyanas; y no quieras procurar inmensa gloria al Pelida y perder tú mismo la existencia. Compadécete también de mí, de este infeliz y desgraciado que aún conserva la razón; pues el padre Cronida me quitará la vida en la senectud y con aciaga suerte, después de presenciar muchas desventuras: muertos mis hijos, esclavizadas mis hijas, destruidos los tálamos, arrojados los niños por el suelo en el terrible combate y las nueras arrastradas por las funestas manos de los aqueos. Y cuando, por fin, alguien me deje sin vida los miembros, hiriéndome con el agudo bronce o con arma arrojadiza, los voraces perros que con comida de mi mesa crie en el palacio para que lo guardasen despedazarán mi cuerpo en la puerta exterior, beberán mi sangre, y, saciado el apetito, se tenderán en el pórtico. Yacer en el suelo, habiendo sido atravesado en la lid por el agudo bronce, es decoroso para un joven, y cuanto de él pueda verse todo es bello, a pesar de la muerte; pero que los perros destrocen la cabeza y la barba encanecidas y las partes verendas de un anciano muerto en la guerra es lo más triste de cuanto les puede ocurrir a los míseros mortales.

77 Así se expresó el anciano, y con las manos se arrancaba de la cabeza muchas canas, pero no logró persuadir a Héctor. La madre de éste, que en otro sitio se lamentaba llorosa, desnudó el seno, mostróle el pecho, y, derramando lágrimas, dijo estas aladas palabras:

82 —¡Héctor! ¡Hijo mío! Respeta este seno y apiádate de mí. Si en otro tiempo te daba el pecho para acallar tu lloro, acuérdate de tu niñez, hijo amado; y penetrando en la muralla, rechaza desde la misma a ese enemigo y no salgas a su encuentro. ¡Cruel! Si te mata, no podré llorarte en tu lecho, querido pimpollo a quien parí, y tampoco podrá hacerlo tu rica esposa, porque los veloces perros te devorarán muy lejos de nosotras, junto a las naves argivas.

90 De esta manera Príamo y Hécuba hablaban a su hijo, llorando y dirigiéndole muchas súplicas, sin que lograsen persuadirle, pues Héctor seguía aguardando a Aquiles, que ya se acercaba. Como silvestre dragón que, habiendo comido hierbas venenosas, espera ante su guarida a un hombre y con feroz cólera echa terribles miradas y se enrosca en la entrada de la cueva, así Héctor, con inextinguible valor, permanecía quieto, desde que arrimó el terso escudo a la torre prominente. Y gimiendo, a su magnánimo espíritu le decía:

99 —¡Ay de mí! Si traspongo las puertas y el muro, el primero en dirigirme baldones será Polidamante, el cual me aconsejaba que trajera el ejército a la ciudad la noche funesta en que el divinal Aquiles decidió volver a la pelea. Pero yo no me dejé persuadir —mucho mejor hubiera sido aceptar su consejo—, y ahora que he causado la ruina del ejército con mi imprudencia temo a los troyanos y a las troyanas, de rozagantes peplos, y que alguien menos valiente que yo exclame: «Héctor, fiado en su pujanza, perdió las tropas». Así hablarán; y preferible fuera volver a la población después de matar a Aquiles, o morir gloriosamente delante de ella. ¿Y si ahora, dejando en el suelo el abollonado escudo y el fuerte casco y apoyando la pica contra el muro, saliera al encuentro del irreprensible Aquiles, le dijera que permitía a los Atridas llevarse a Helena y las riquezas que Alejandro trajo a Ilio en las cóncavas naves, que esto fue lo que originó la guerra, y le ofreciera repartir a los aqueos la mitad de lo que la ciudad contiene; y más tarde tomara juramento a los troyanos de que, sin ocultar nada, formarían dos lotes con cuantos bienes existen dentro de esta hermosa ciudad?… Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón? No, no iré a suplicarle; que, sin tenerme compasión ni respeto, me mataría inerme,

como a una mujer, tan pronto como dejara las armas. Imposible es mantener con él, desde una encina o desde una roca, un coloquio, como un mancebo y una doncella; como un mancebo y una doncella suelen mantener. Mejor será empezar el combate cuanto antes, para que veamos pronto a quién el Olímpico concede la victoria.

131 Tales pensamientos revolvía en su mente, sin moverse de aquel sitio, cuando se le acercó Aquiles, igual a Enialio, el impetuoso luchador, con el terrible fresno del Pelión sobre el hombro derecho y el cuerpo protegido por el bronce que brillaba como el resplandor del encendido fuego o del sol naciente. Héctor, al verlo, se puso a temblar y ya no pudo permanecer allí; sino que dejó las puertas y huyó espantado. Y el Pelida, confiando en sus pies ligeros, corrió en seguimiento del mismo. Como en el monte el gavilán, que es el ave más ligera, se lanza con fácil vuelo tras la tímida paloma, ésta huye con tortuosos giros y aquél la sigue de cerca, dando agudos graznidos y acometiéndola repetidas veces, porque su ánimo le incita a cogerla, así Aquiles volaba enardecido y Héctor movía las ligeras rodillas huyendo azorado en torno de la muralla de Troya. Corrían siempre por la carretera, fuera del muro, dejando a sus espaldas la atalaya y el lugar ventoso donde estaba el cabrahígo; y llegaron a los dos cristalinos manantiales, que son las fuentes del Escamandro voraginoso. El primero tiene el agua caliente y lo cubre el humo como si hubiera allí un fuego abrasador; el agua que del segundo brota es en el verano como el granizo, la fría nieve o el hielo. Cerca de ambos hay unos lavaderos de piedra, grandes y hermosos, donde las esposas y las bellas hijas de los troyanos solían lavar sus magníficos vestidos en tiempo de paz, antes que llegaran los aqueos. Por allí pasaron, el uno huyendo y el otro persiguiéndolo: delante, un valiente huía, pero otro más fuerte le perseguía con ligereza; porque la contienda no era por una víctima o una piel de buey, premios que suelen darse a los vencedores en la carrera, sino por la vida de Héctor, domador de caballos. Como los solípedos corceles que toman parte en los juegos en honor de un difunto corren velozmente en torno de la meta donde se ha colocado como premio importante un trípode o una mujer, de semejante modo aquéllos dieron tres veces la vuelta a la ciudad de Príamo, corriendo con ligera planta. Todas las deidades los contemplaban. Y Zeus, padre de los hombres y de los dioses, comenzó a decir:

168 —¡Oh dioses! Con mis ojos veo a un caro varón perseguido en torno del muro. Mi corazón se compadece de Héctor, que tantos muslos de

buey ha quemado en mi obsequio en las cumbres del Ida, en valles abundoso, y en la ciudadela de Troya; y ahora el divino Aquiles le persigue con sus ligeros pies en derredor de la ciudad de Príamo. Ea, deliberad, oh dioses, y decidid si lo salvaremos de la muerte o dejaremos que, a pesar de ser esforzado, sucumba a manos del Pelida Aquiles.

177 Respondióle Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

178 —¡Oh padre, que lanzas el ardiente rayo y amontonas las nubes! ¿Qué dijiste? ¿De nuevo quieres librar de la muerte horrísona a ese hombre mortal, a quien tiempo ha que el hado condenó a morir? Hazlo, pero no todos los dioses te lo aprobaremos.

182 Contestó Zeus, que amontona las nubes:

183 Tranquilízate, Tritogenia, hija querida. No hablo con ánimo benigno, pero contigo quiero ser complaciente. Obra conforme a tus deseos y no desistas.

186 Con tales voces instigóle a hacer lo que ella misma deseaba, y Atenea bajó en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo.

188 Entre canto; el veloz Aquiles perseguía y estrechaba sin cesar a Héctor. Como el perro va en el monte por valles y cuestas tras el cervatillo que levantó de la cama, y, si éste se esconde, azorado, debajo de los arbustos, corre aquél rastreando hasta que nuevamente lo descubre; de la misma manera, el Pelión, de pies ligeros, no perdía de vista a Héctor. Cuantas veces el troyano intentaba encaminarse a las puertas Dardanias, al pie de las tomes bien construidas, por si desde arriba le socorrían disparando flechas; otras tantas Aquiles, adelantándosele, lo apartaba hacia la llanura, y aquél volaba sin descanso cerca de la ciudad. Como en sueños ni el que persigue puede alcanzar al perseguido, ni éste huir de aquél; de igual manera, ni Aquiles con sus pies podía dar alcance a Héctor, ni Héctor escapar de Aquiles. ¿Y cómo Héctor se hubiera librado entonces de las Parcas de la muerte que le estaba destinada, si Apolo, acercándosele por la postrera y última vez, no le hubiese dado fuerzas y agilizado sus rodillas?

205 El divino Aquiles hacía con la cabeza señales negativas a los guerreros, no permitiéndoles disparar amargas flechas contra Héctor: no fuera que alguien alcanzara la gloria de herir al caudillo y él llegase el segundo. Mas cuando en la cuarta vuelta llegaron a los manantiales, el padre Zeus tomó la balanza de oro, puso en la misma dos suertes de la muerte que tiende a lo largo —la de Aquiles y la de Héctor, domador de caballos—, cogió por el medio la balanza, la desplegó, y tuvo más peso el

día fatal de Héctor, que descendió hasta el Hades. Al instante Febo Apolo desamparó al troyano. Atenea, la diosa de ojos de lechuza, se acercó al Pelión, y le dijo estas aladas palabras:

216 —Espero, oh esclarecido Aquiles, caro a Zeus, que nosotros dos procuraremos a los aqueos inmensa gloria, pues al volver a las naves habremos muerto a Héctor, aunque sea infatigable en la batalla. Ya no se nos puede escapar, por más cosas que haga Apolo, el que hiere de lejos, postrándose a los pies del padre Zeus, que lleva la égida. Párate y respira; e iré a persuadir a Héctor para que luche contigo frente a frente.

224 Así habló Atenea. Aquiles obedeció, con el corazón alegre, y se detuvo enseguida, apoyándose en el arrimo de la pica de asta de fresno y broncínea punta. La diosa dejóle y fue a encontrar al divino Héctor. Y tomando la figura y la voz infatigable de Deífobo, llegóse al héroe y pronunció estas aladas palabras:

229 —¡Mi buen hermano! Mucho te estrecha el veloz Aquiles, persiguiéndote con ligero pie alrededor de la ciudad de Príamo. Ea, detengámonos y rechacemos su ataque.

232 Respondióle el gran Héctor, de tremolante casco:

233 —¡Deífobo! Siempre has sido para mí el hermano predilecto entre cuantos somos hijos de Hécuba y de Príamo, pero desde ahora hago cuenta de tenerte en mayor aprecio, porque al verme con tus ojos osaste salir del muro y los demás han permanecido dentro.

238 Contestó Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

239 —¡Mi buen hermano! El padre, la venerable madre y los amigos abrazábanme las rodillas y me suplicaban que me quedara con ellos —¡de tal modo tiemblan todos! —, pero mi ánimo se sentía atormentado por grave pesar. Ahora peleemos con brío y sin dar reposo a la pica, para que veamos si Aquiles nos mata y se lleva nuestros sangrientos despojos a las cóncavas naves, o sucumbe vencido por tu lanza.

246 Así diciendo, Atenea, para engañarlo, empezó a caminar. Cuando ambos guerreros se hallaron frente a frente, dijo el primero el gran Héctor, el de tremolante casco:

250 —No huiré más de ti, oh hijo de Peleo, como hasta ahora. Tres veces di la vuelta, huyendo, en torno de la gran ciudad de Príamo, sin atreverme nunca a esperar tu acometida. Mas ya mi ánimo me impele a afrontarte, ora te mate, ora me mates tú. Ea, pongamos a los dioses por testigos, que serán los mejores y los que más cuidarán de que se cumplan

nuestros pactos: Yo no te insultaré cruelmente, si Zeus me concede la victoria y logro quitarte la vida; pues tan luego como te haya despojado de las magníficas armas, oh Aquiles, entregaré el cadáver a los aqueos. Pórtate tú conmigo de la misma manera.

260 Mirándole con torva faz, respondió Aquiles, el de los pies ligeros:

261 —¡Héctor, a quien no puedo olvidar! No me hables de convenios. Como no es posible que haya fieles alianzas entre los leones y los hombres, ni que estén de acuerdo los lobos y los corderos, sino que piensan continuamente en causarse daño unos a otros, tampoco puede haber entre nosotros ni amistad ni pactos, hasta que caiga uno de los dos y sacie de sangre a Ares, infatigable combatiente. Revístete de toda clase de valor, porque ahora te es muy preciso obrar como belicoso y esforzado campeón. Ya no te puedes escapar. Palas Atenea te hará sucumbir pronto, herido por mi lanza, y pagarás todos juntos los dolores de mis amigos, a quienes mataste cuando manejabas furiosamente la pica.

273 En diciendo esto, blandió y arrojó la fornida lanza. El esclarecido Héctor, al verla venir, se inclinó para evitar el golpe: clavóse la broncínea lanza en el suelo, y Palas Atenea la arrancó y devolvió a Aquiles, sin que Héctor, pastor de hombres, lo advirtiese. Y Héctor dijo al eximio Pelión:

279 —¡Erraste el golpe, oh Aquiles, semejante a los dioses! Nada te había revelado Zeus acerca de mi destino, como afirmabas; has sido un hábil forjador de engañosas palabras, para que, temiéndote, me olvidara de mi valor y de mi fuerza. Pero no me clavarás la pica en la espalda, huyendo de ti: atraviésame el pecho cuando animoso y frente a frente te acometa, si un dios te lo permite. Y ahora guárdate de mi broncínea lanza. ¡Ojalá que toda ella penetrara en tu cuerpo! La guerra sería más liviana para los troyanos, si tú murieses; porque eres su mayor azote.

289 Así habló; y, blandiendo la ingente lanza, despidióla sin errar el tiro, pues dio un bote en medio del escudo del Pelida. Pero la lanza fue rechazada por la rodela, y Héctor se irritó al ver que aquélla había sido arrojada inútilmente por su brazo; paróse, bajando la cabeza, pues no tenía otra lanza de fresno; y con recia voz llamó a Deífobo, el de luciente escudo, y le pidió una larga pica. Deífobo ya no estaba a su lado. Entonces Héctor comprendiólo todo, y exclamó:

297 —¡Oh! Ya los dioses me llaman a la muerte. Creía que el héroe Deífobo se hallaba conmigo, pero está dentro del muro, y fue Atenea quien me engañó. Cercana tengo la perniciosa muerte, que ni tardará, ni puedo

evitarla. Así les habrá placido que sea, desde hace tiempo, a Zeus y a su hijo, el que hiere de lejos; los cuales, benévolos para conmigo, me salvaban de los peligros. Ya la Parca me ha cogido. Pero no quisiera morir cobardemente y sin gloria, sino realizando algo grande que llegara a conocimiento de los venideros.

306 Esto dicho, desenvainó la aguda espada, grande y fuerte, que llevaba en el costado. Y encogiéndose, se arrojó como el águila de alto vuelo se lanza a la llanura, atravesando las pardas nubes, para arrebatar la tierna corderilla o la tímida liebre; de igual manera arremetió Héctor, blandiendo la aguda espada. Aquiles embistióle, a su vez, con el corazón rebosante de feroz cólera: defendía su pecho con el magnífico escudo labrado, y movía el luciente casco de cuatro abolladuras, haciendo ondear las bellas y abundantes crines de oro que Hefesto había colocado en la cimera. Como el Véspero, que es el lucero más hermoso de cuantos hay en el cielo, se presenta rodeado de estrellas en la obscuridad de la noche, de tal modo brillaba la pica de larga punta que en su diestra blandía Aquiles, mientras pensaba en causar daño al divino Héctor y miraba cuál parte del hermoso cuerpo del héroe ofrecería menos resistencia. Éste lo tenía protegido por la excelente armadura de bronce que quitó a Patroclo después de matarlo, y sólo quedaba descubierto el lugar en que las clavículas separan el cuello de los hombros, la garganta que es el sitio por donde más pronto sale el alma: por allí el divino Aquiles envasóle la pica a Héctor, que ya lo atacaba, y la punta, atravesando el delicado cuello, asomó por la nuca. Pero no le cortó el garguero con la pica de fresno que el bronce hacía ponderosa, para que pudiera hablar algo y responderle. Héctor cayó en el polvo, y el divino Aquiles se jactó del triunfo, diciendo:

331 —¡Héctor! Cuando despojabas el cadáver de Patroclo, sin duda te creíste salvado y no me temiste a mí porque me hallaba ausente. ¡Necio! Quedaba yo como vengador, mucho más fuerte que él, en las cóncavas naves, y te he quebrado las rodillas. A ti los perros y las aves te despedazarán ignominiosamente, y a Patroclo los aqueos le harán honras fúnebres.

336 Con lánguida voz respondióle Héctor, el de tremolante casco:

337 —Te lo ruego por tu alma, por tus rodillas y por tus padres: ¡No permitas que los perros me despedacen y devoren junto a las naves aqueas! Acepta el bronce y el oro que en abundancia te darán mi padre y mi

veneranda madre, y entrega a los míos el cadáver para que lo lleven a mi casa, y los troyanos y sus esposas lo entreguen al fuego.

344 Mirándole con torva faz, le contestó Aquiles, el de los pies ligeros:

345 —No me supliques, ¡perro!, por mis rodillas ni por mis padres. Ojalá el furor y el coraje me incitaran a cortar tus carnes y a comérmelas crudas. ¡Tales agravios me has inferido! Nadie podrá apartar de tu cabeza a los perros, aunque me traigan diez o veinte veces el debido rescate y me prometan más, aunque Príamo Dardánida ordene redimirte a peso de oro; ni, aun así, la veneranda madre que te dio a luz te pondrá en un lecho para llorarte, sino que los perros y las aves de rapiña destrozarán tu cuerpo.

355 Contestó, ya moribundo, Héctor, el de tremolante casco:

356 —Bien lo conozco, y no era posible que te persuadiese, porque tienes en el pecho un corazón de hierro. Guárdate de que atraiga sobre ti la cólera de los dioses, el día en que Paris y Febo Apolo te darán la muerte, no obstante tu valor, en las puertas Esceas.

361 Apenas acabó de hablar, la muerte le cubrió con su manto: el alma voló de los miembros y descendió al Hades, llorando su suerte, porque dejaba un cuerpo vigoroso y joven. Y el divino Aquiles le dijo, aunque muerto lo viera:

365 —¡Muere! Y yo recibiré la Parca cuando Zeus y los demás dioses inmortales dispongan que se cumpla mi destino.

367 Dijo; arrancó del cadáver la broncínea lanza y, dejándola a un lado, quitóle de los hombros las ensangrentadas armas. Acudieron presurosos los demás aqueos, admiraron todos el continente y la arrogante figura de Héctor y ninguno dejó de herirlo. Y hubo quien, contemplándole, habló así a su vecino:

373 —¡Oh dioses! Héctor es ahora mucho más blando en dejarse palpar que cuando incendió las naves con el ardiente fuego.

375 Así algunos hablaban, y acercándose lo herían. El divino Aquiles, ligero de pies, tan pronto como hubo despojado el cadáver, se puso en medio de los aqueos y pronunció estas aladas palabras:

378 —¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Ya que los dioses nos concedieron vencer a ese guerrero que causó mucho más daño que todos los otros juntos, ea, sin dejar las armas cerquemos la ciudad para conocer cuál es el propósito de los troyanos: si abandonarán la ciudadela por haber sucumbido Héctor, o se atreverán a quedarse todavía a pesar de que éste ya no existe. Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el

corazón? En las naves yace Patroclo muerto, insepulto y no llorado; y no lo olvidaré, mientras me halle entre los vivos y mis rodillas se muevan; y si en el Hades se olvida a los muertos, aun allí me acordaré del compañero amado. Ahora, ea, volvamos cantando el peán a las cóncavas naves, y llevémonos este cadáver. Hemos ganado una gran victoria: matamos al divino Héctor, a quien dentro de la ciudad los troyanos dirigían votos cual si fuese un dios.

395 Dijo; y, para tratar ignominiosamente al divino Héctor, le horadó los tendones de detrás de ambos pies desde el tobillo hasta el talón; introdujo correas de piel de buey, y lo ató al carro, de modo que la cabeza fuese arrastrando; luego, recogiendo la magnífica armadura, subió y picó a los caballos para que arrancaran, y éstos volaron gozosos. Gran polvareda levantaba el cadáver mientras era arrastrado; la negra cabellera se esparcía por el suelo, y la cabeza, antes tan graciosa, se hundía toda en el polvo; porque Zeus la entregó entonces a los enemigos, para que allí, en su misma patria, la ultrajaran.

405 Así toda la cabeza de Héctor se manchaba de polvo. La madre, al verlo, se arrancaba los cabellos; y, arrojando de sí el blanco velo, prorrumpió en tristísimos sollozos. El padre suspiraba lastimeramente, y alrededor de él y por la ciudad el pueblo gemía y se lamentaba. No parecía sino que toda la excelsa Ilio fuese desde su cumbre devorada por el fuego. Los guerreros apenas podían contener al anciano, que, excitado por el pesar, quería salir por las puertas Dardanias; y, revolcándose en el estiércol, les suplicaba a todos llamando a cada varón por sus respectivos nombres:

416 —Dejadme, amigos, por más intranquilos que estéis; permitid que, saliendo solo de la ciudad, vaya a las naves aqueas y ruegue a ese hombre pernicioso y violento: acaso respete mi edad y se apiade de mi vejez. Tiene un padre como yo, Peleo, el cual le engendró y crio para que fuese una plaga de los troyanos; pero es a mí a quien ha causado más pesares. ¡A cuántos hijos míos mató, que se hallaban en la flor de la juventud! Pero no me lamento tanto por ellos, aunque su suerte me haya afligido, como por uno cuya pérdida me causa el vivo dolor que me precipitará en el Hades: por Héctor, que hubiera debido morir en mis brazos, y entonces nos hubiésemos saciado de llorarle y plañirle la infortunada madre que le dio a luz y yo mismo.

429 Así habló llorando, y los ciudadanos suspiraron. Y Hécuba comenzó entre las troyanas el funeral lamento:

431 —¡Oh hijo! ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Por qué, después de haber padecido terribles penas, seguiré viviendo ahora que has muerto tú? Día y noche eras en la ciudad motivo de orgullo para mí y el baluarte de todos, de los troyanos y de las troyanas, que te saludaban como a un dios. Vivo, constituías una excelsa gloria para ellos; pero ya la muerte y la Parca te alcanzaron.

437 Así dijo llorando. La esposa de Héctor nada sabía, pues ningún veraz mensajero le llevó la noticia de que su marido se quedara fuera de las puertas; y en lo más hondo del alto palacio tejía una tela doble y purpúrea, que adornaba con labores de variado color. Había mandado en su casa a las esclavas de hermosas trenzas que pusieran al fuego un trípode grande, para que Héctor se bañase en agua caliente al volver de la batalla. ¡Insensata! Ignoraba que Atenea, la de ojos de lechuza, le había hecho sucumbir muy lejos del baño a manos de Aquiles. Pero oyó gemidos y lamentaciones que venían de la torre, estremeciéronse sus miembros, y la lanzadera le cayó al suelo. Y al instante dijo a las esclavas de hermosas trenzas:

450 —Venid, seguidme dos; voy a ver qué ocurre. Oí la voz de mi venerable suegra; el corazón me salta en el pecho hacia la boca y mis rodillas se entumecen: algún infortunio amenaza a los hijos de Príamo. ¡Ojalá que tal noticia nunca llegue a mis oídos! Pero mucho temo que el divino Aquiles haya separado de la ciudad a mi Héctor audaz, le persiga a él solo por la llanura y acabe con el funesto valor que siempre tuvo; porque jamás en la batalla se quedó entre la turba de los combatientes, sino que se adelantaba mucho y en bravura a nadie cedía.

460 Dicho esto, salió apresuradamente del palacio como una loca, palpitándole el corazón, y dos esclavas la acompañaron. Mas, cuando llegó a la torre y a la multitud de gente que allí se encontraba, se detuvo, y desde el muro registró el campo; enseguida vio a Héctor arrastrado delante de la ciudad, pues los veloces caballos lo arrastraban despiadadamente hacia las cóncavas naves de los aqueos; las tinieblas de la noche velaron sus ojos, cayó de espaldas y se le desmayó el alma. Arrancóse de su cabeza los vistosos lazos, la diadema, la redecilla, la trenzada cinta y el velo que la áurea Afrodita le había dado el día en que Héctor se la llevó del palacio de Eetión, constituyéndole una gran dote. A su alrededor hallábanse muchas cuñadas y concuñadas suyas, las cuales la sostenían aturdida como si fuera a perecer. Cuando volvió en sí y recobró el aliento, lamentándose con desconsuelo dijo entre las troyanas:

477 —¡Héctor! ¡Ay de mí, infeliz! Ambos nacimos con la misma suerte, tú en Troya, en el palacio de Príamo; yo en Teba, al pie del selvoso Placo, en el alcázar de Eetión, el cual me crio cuando niña para que fuese desventurada como él. ¡Ojalá no me hubiera engendrado! Ahora tú desciendes a la mansión de Hades, en el seno de la tierra, y me dejas en el palacio viuda y sumida en triste duelo. Y el hijo, aún infante, que engendramos tú y yo, infortunados… Ni tú serás su amparo, oh Héctor, pues has fallecido; ni él el tuyo. Si escapa con vida de la luctuosa guerra de los aqueos, tendrá siempre fatigas y pesares; y los demás se apoderarán de sus campos, cambiando de sitio los mojones. El mismo día en que un niño queda huérfano, pierde todos los amigos; y en adelante va cabizbajo y con las mejillas bañadas en lágrimas. Obligado por la necesidad, dirígese a los amigos de su padre, tirándoles ya del manto, ya de la túnica; y alguno, compadecido, le alarga un vaso pequeño con el cual mojará los labios, pero no llegará a humedecer la garganta. El niño que tiene los padres vivos le echa del festín, dándole puñadas e increpándole con injuriosas voces: «¡Vete, enhoramala!, le dice, que tu padre no come a escote con nosotros». Y volverá a su madre viuda, llorando, el huérfano Astianacte, que en otro tiempo, sentado en las rodillas de su padre, sólo comía médula y grasa pingüe de ovejas, y, cuando se cansaba de jugar y se entregaba al sueño, dormía en blanda cama, en brazos de la nodriza, con el corazón lleno de gozo; mas ahora que ha muerto su padre, mucho tendrá que padecer Astianacte, a quien los troyanos llamaban así porque sólo tú, oh Héctor, defendías las puertas y los altos muros. Y a ti, cuando los perros se hayan saciado con tu carne, los movedizos gusanos te comerán desnudo, junto a las corvas naves, lejos de tus padres; habiendo en el palacio vestiduras finas y hermosas, que las esclavas hicieron con sus manos. Arrojaré todas estas vestiduras al ardiente fuego; y ya que no te aprovechen, pues no yacerás en ellas, constituirán para ti un motivo de gloria a los ojos de los troyanos y de las troyanas.

515 Así dijo llorando, y las mujeres gimieron.

CANTO XXIII

Juegos en honor de Patroclo

Luego Aquiles celebra unos espléndidos funerales en honor de Patroclo, mientras ata el cadáver de Hédor por los pies a su carro y se lo lleva arrastrándolo por el polvo; y desde entonces todos los días, al aparecer la aurora, lo vuelve a arrastrar hasta dar tres vueltas alrededor del túmulo de Patroclo.

1 Así gemían los troyanos en la ciudad. Los aqueos, una vez llegados a las naves y al Helesponto, se fueron a sus respectivos bajeles. Pero a los mirmidones no les permitió Aquiles que se dispersaran; y, puesto en medio de los belicosos compañeros, les dijo:

6 —¡Mirmidones, de rápidos corceles, mis compañeros amados! No desatemos del yugo los solípedos corceles; acerquémonos con ellos y los carros a Patroclo, y llorémoslo, que éste es el honor que a los muertos se les debe. Y cuando nos hayamos saciado de triste llanto, desunciremos los caballos y aquí mismo cenaremos todos.

12 Así habló. Ellos seguían a Aquiles en compacto grupo y gemían con frecuencia. Y sollozando dieron tres vueltas alrededor del cadáver con los caballos de hermoso pelo: Tetis se hallaba entre los guerreros y les excitaba el deseo de llorar. Regadas de lágrimas quedaron las arenas, regadas de lágrimas se veían las armaduras de los hombres. ¡Tal era el héroe, causa de fuga para los enemigos, de quien entonces padecían soledad! Y el Pelida comenzó entre ellos el funeral lamento colocando sus manos homicidas sobre el pecho de su amigo:

19 —¡Alégrate, oh Patroclo, aunque estés en el Hades! Ya voy a cumplirte cuanto te prometiera: he traído arrastrando el cadáver de Héctor, que entregaré a los perros para que lo despedacen cruelmente; y degollaré ante tu pira a doce hijos de troyanos ilustres, por la cólera que me causó tu muerte.

24 Dijo; y, para tratar ignominiosamente al divino Héctor, lo tendió boca abajo en el polvo, cabe al lecho del Menecíada. Quitáronse todos la luciente armadura de bronce, desuncieron los corceles de sonoros relinchos, y sentáronse en gran número cerca de la nave del Eácida, el de los pies ligeros, que les dio un banquete funeral espléndido. Muchos bueyes blancos, ovejas y balantes cabras palpitaban al ser degollados con el hierro;

gran copia de grasos puercos, de albos dientes, se asaban, extendidos sobre la llama de Hefesto; y en tomo del cadáver la sangre corría en abundancia por todas partes.

33 Los reyes aqueos llevaron al Pelida, el de los pies ligeros, que tenía el corazón afligido por la muerte del compañero, a la tienda de Agamenón Atrida, después de persuadirlo con mucho trabajo; ya en ella, mandaron a los heraldos, de voz sonora, que pusieron al fuego un gran trípode por si lograban que aquél se lavase las manchas de sangre y polvo. Pero Aquiles se negó obstinadamente, a hizo, además, un juramento:

43 —¡No, por Zeus, que es el supremo y más poderoso de los dioses! No es justo que el baño moje mi cabeza hasta que ponga a Patroclo en la pira, le erija un túmulo y me corte la cabellera; porque un pesar tan grande no volverá lamas a sentirlo mi corazón mientras me cuente entre los vivos. Ahora celebremos el triste banquete; y, cuando se descubra la aurora, manda, oh rey de hombres, Agamenón, que traigan leña y la coloquen como conviene a un muerto que baja a la región sombría, para que pronto el fuego infatigable consuma y haga desaparecer de nuestra vista el cadáver de Patroclo, y los guerreros vuelvan a sus ocupaciones.

34 Así dijo; y ellos le escucharon y obedecieron. Dispuesta con prontitud la cena, comieron todos, y nadie careció de su respectiva porción. Mas, después que hubieron satisfecho de comida y de bebida al apetito, se fueron a dormir a sus tiendas. Quedóse el Pelida con muchos mirmidones, dando profundos suspiros, a orillas del estruendoso mar, en un lugar limpio donde las olas bañaban la playa; pero no tardó en vencerlo el sueño, que disipa los cuidados del ánimo, esparciéndose suave en torno suyo; pues el héroe había fatigado mucho sus fornidos miembros persiguiendo a Héctor alrededor de la ventosa Ilio. Entonces vino a encontrarle el alma del mísero Patroclo, semejante en un todo a éste cuando vivía, tanto por su estatura y hermosos ojos, como por las vestiduras que llevaba; y, poniéndose sobre la cabeza de Aquiles, le dijo estas palabras:

69 —¿Duermes, Aquiles, y me tienes olvidado? Te cuidabas de mí mientras vivía, y ahora que he muerto me abandonas. Entiérrame cuanto antes, para que pueda pasar las puertas del Hades; pues las almas, que son imágenes de los difuntos, me rechazan y no me permiten que atraviese el río y me junte con ellas; y de este modo voy errante por los alrededores del palacio, de anchas puertas, de Hades. Dame la mano, te lo pido llorando; pues ya no volveré del Hades cuando hayáis entregado mi cadáver al fuego.

Ni ya, gozando de vida, conversaremos separadamente de los amigos; pues me devoró la odiosa muerte que el hado, cuando nací, me deparara. Y tu destino es también, oh Aquiles semejante a los dioses, morir al pie de los muros de los nobles troyanos. Otra cosa te diré y encargaré, por si quieres complacerme. No dejes mandado, oh Aquiles, que pongan tus huesos separados de los míos: ya que juntos nos hemos criado en tu palacio, desde que Menecio me llevó de Opunte a vuestra casa por un deplorable homicidio —cuando encolerizándome en el juego de la taba maté involuntariamente al hijo de Anfidamante—, y el caballero Peleo me acogió en su morada, me crio con regalo y me nombró tu escudero; así también, una misma urna, la ánfora de oro que te dio tu veneranda madre, guarde nuestros huesos.

93 Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

94 —¿Por qué, cabeza querida, vienes a encargarme estas cosas? Te obedeceré y lo cumpliré todo como lo mandas. Pero acércate y abracémonos, aunque sea por breves instantes, para saciarnos de triste llanto.

99 En diciendo esto, le tendió los brazos, pero no consiguió asirlo: disipóse el alma cual si fuese humo y penetró en la tierra dando chillidos. Aquiles se levantó atónito, dio una palmada y exclamó con voz lúgubre:

103 —¡Oh dioses! Cierto es que en la morada de Hades quedan el alma y la imagen de los que mueren, pero la fuerza vital desaparece por entero. Toda la noche ha estado cerca de mí el alma del mísero Patroclo, derramando lágrimas y despidiendo suspiros, para encargarme lo que debo hacer; y era muy semejante a él cuando vivía.

108 Así dijo, y a todos les excitó el deseo de llorar. Todavía se hallaban alrededor del cadáver, sollozando lastimeramente, cuando despuntó la Aurora de rosáceos dedos. Entonces el rey Agamenón mandó que de todas las tiendas saliesen hombres con mulos para ir por leña; y a su frente se puso un varón excelente, Meriones, escudero del valeroso Idomeneo. Los mulos iban delante; tras ellos caminaban los hombres, llevando en sus manos hachas de cortar madera y sogas bien torcidas; y así subieron y bajaron cuestas, y recorrieron atajos y veredas. Mas, cuando llegaron a los bosques del Ida, abundante en manantiales, se apresuraron a cortar con el afilado bronce encinas de alta copa que caían con estrépito. Los aqueos las partieron en rajas y las cargaron sobre los mulos. Enseguida éstos, midiendo con sus pasos la tierra, volvieron atrás por los espesos

matorrales, deseosos de regresar a la llanura. Todos los leñadores llevaban troncos, porque así lo había ordenado Meriones, escudero del valeroso Idomeneo. Y los fueron dejando sucesivamente en un sitio de la orilla del mar, que Aquiles indicó para que allí se erigiera el gran túmulo de Patroclo y de sí mismo.

127 Después que hubieron descargado la inmensa cantidad de leña, se sentaron todos juntos y aguardaron. Aquiles mandó enseguida a los belicosos mirmidones que tomaran las armas y uncieran los caballos; y ellos se levantaron, vistieron la armadura, y los caudillos y sus aurigas montaron en los carros. Iban éstos al frente, seguíales la nube de la copiosa infantería, y en medio los amigos llevaban a Patroclo, cubierto de cabello que en su honor se habían cortado. El divino Aquiles sosteníale la cabeza, y estaba triste porque despedía para el Hades al eximio compañero.

138 Cuando llegaron al lugar que Aquiles les señaló, dejaron el cadáver en el suelo, y enseguida amontonaron abundante leña. Entonces el divino Aquiles, el de los pies ligeros, tuvo otra idea: separándose de la pira, se cortó la rubia cabellera, que conservaba espléndida para ofrecerla al río Esperqueo; y exclamó apenado, fijando los ojos en el vinoso ponto:

144 —¡Esperqueo! En vano mi padre Peleo te hizo el voto de que yo, al volver a la tierra patria, me cortaría la cabellera en tu honor y te inmolaría una sacra hecatombe de cincuenta carneros cerca de tus fuentes, donde están el bosque y el perfumado altar a ti consagrados. Tal voto hizo el anciano, pero tú no has cumplido su deseo. Y ahora, como no he de volver a la tierra patria, daré mi cabellera al héroe Patroclo para que se la lleve consigo.

152 Habiendo hablado así, puso la cabellera en las manos del compañero querido, y a todos les excitó el deseo de llorar. Y entregados al llanto los dejara el sol al ponerse, si Aquiles no se hubiese acercado a Agamenón para decirle:

156 —¡Atrida! Puesto que la gente aquea te obedecerá más que a nadie, y tiempo habrá para saciarse de llanto, aparta de la pira a los guerreros y mándales que preparen la cena; y de lo que resta nos cuidaremos nosotros, a quienes corresponde de un modo especial honrar al muerto. Quédense tan sólo los caudillos.

161 Al oírlo, el rey de hombres, Agamenón, despidió la gente para que volviera a las naves bien proporcionadas; y los que cuidaban del funeral amontonaran leña, levantaron una pira de cien pies por lado, y, con el

corazón afligido, pusieron en lo alto de ella el cuerpo de Patroclo. Delante de la pira mataron y desollaron muchas pingües ovejas y flexípedes bueyes de curvas astas; y el magnánimo Aquiles tomó la grasa de aquéllas y de éstos, cubrió con la misma el cadáver de pies a cabeza, y hacinó alrededor los cuerpos desollados. Llevó también a la pira dos ánforas, llenas respectivamente de miel y de aceite, y las abocó al lecho; y, exhalando profundos suspiros, arrojó a la hoguera cuatro corceles de erguido cuello. Nueve perros tenía el rey que se alimentaban de su mesa, y, degollando a dos, echólos igualmente en la pira. Siguiéronles doce hijos valientes de troyanos ilustres, a quienes mató con el bronce, pues el héroe meditaba en su corazón acciones crueles. Y entregando la pira a la violencia indomable del fuego para que la devorara, gimió y nombró al compañero amado:

179 —¡Alégrate, oh Patroclo, aunque estés en el Hades! Ya te cumplo cuanto te prometí. El fuego devora contigo a doce hijos valientes de troyanos ilustres; y a Héctor Priámida no le entregaré a la hoguera para que lo consuma, sino a los perros.

184 Así dijo en son de amenaza. Pero los canes no se acercaron a Héctor. La diosa Afrodita, hija de Zeus, los apartó día y noche, y ungió el cadáver con un divino aceite rosado para que Aquiles no lo lacerase al arrastrarlo. Y Febo Apolo cubrió el espacio ocupado por el muerto con una sombría nube que hizo pasar del cielo a la llanura, a fin de que el ardor del sol no secara el cuerpo, con sus nervios y miembros.

192 En tanto, la pira en que se hallaba el cadáver de Patroclo no ardía. Entonces el divino Aquiles, el de los pies ligeros, tuvo otra idea: apartóse de la pira, oró a los vientos Bóreas y Céfiro y votó ofrecerles solemnes sacrificios; y, haciéndoles repetidas libaciones con una copa de oro, les rogó que acudieran para que la leña ardiese bien y los cadáveres fueran consumidos prestamente por el fuego. La veloz Iris oyó las súplicas, y fue a avisar a los vientos, que estaban reunidos celebrando un banquete en la morada del impetuoso Céfiro. Iris llegó corriendo y se detuvo en el umbral de piedra. Así que la vieron, levantáronse todos, y cada uno la llamaba a su lado. Pero ella no quiso sentarse, y pronunció estas palabras:

205 —No puedo sentarme; porque voy, por cima de la corriente del Océano, a la tierra de los etíopes, que ahora ofrecen hecatombes a los inmortales, para entrar a la parte en los sacrificios. Aquiles ruega al Bóreas y al estruendoso Céfiro, prometiéndoles solemnes sacrificios, que vayan y

hagan arder la pira en que yace Patroclo, por el cual gimen los aqueos todos.

212 Habló así y fuese. Los vientos se levantaron con inmenso ruido, esparciendo las nubes; pasaron por cima del ponto, y las olas crecían al impulso del sonoro soplo, llegaron, por fin, a la fértil Troya, cayeron en la pira y el fuego abrasador bramó grandemente. Durante toda la noche, los dos vientos, soplando con agudos silbidos, agitaron la llama de la pira, durante toda la noche, el veloz Aquiles, sacando vino de una crátera de oro, con una copa de doble asa, lo vertió y regó la tierra, e invocó el alma del mísero Patroclo. Como solloza un padre, quemando los huesos del hijo recién casado, cuya muerte ha sumido en el dolor a sus progenitores, de igual modo sollozaba Aquiles al quemar los huesos del amigo; y, arrastrándose en torno de la hoguera, gemía sin cesar.

226 Cuando el lucero de la mañana apareció sobre la tierra anunciando el día, y poco después la aurora, de azafranado velo, se esparció por el mar, apagábase la hoguera y moría la llama. Los vientos regresaron a su morada por el ponto de Tracia, que gemía a causa de la hinchazón de las olas alborotadas, y el Pelida, habiéndose separado un poco de la pira, acostóse, rendido de cansancio, y el dulce sueño le venció. Pronto los caudillos se reunieron en gran número alrededor del Atrida; y el alboroto y ruido que hacían al llegar despertaron a Aquiles. Incorporóse el héroe; y, sentándose, les dijo estas palabras:

236 —¡Atrida y demás príncipes de los aqueos todos! Primeramente apagad con negro vino cuanto de la pira alcanzó la violencia del fuego; recojamos después los huesos de Patroclo Menecíada, distinguiéndolos bien —fácil será reconocerlos, porque el cadáver estaba en medio de la pira y en los extremos se quemaron confundidos hombres y caballos—, y pongámoslos en una urna de oro, cubiertos por doble capa de grasa donde se guarden hasta que yo descienda al Hades. Quiero que le erijáis un túmulo no muy grande, sino cual corresponde al muerto; y más adelante, aqueos, los que estéis vivos en las naves de muchos bancos cuando yo muera, hacedlo anchuroso y alto.

249 Así dijo, y ellos obedecieron al Pelión, de pies ligeros. Primeramente apagaron con negro vino la parte de la pira a que alcanzó la llama, y la ceniza cayó en abundancia; después recogieron, llorando, los blancos huesos del dulce amigo y los encerraron en una urna de oro, cubiertos por doble capa de grasa; dejaron la urna en la tienda, tendiendo

sobre la misma un sutil velo; trazaron el ámbito del túmulo en torno de la pira, echaron los cimientos, e inmediatamente amontonaron la tierra que antes habían excavado. Y, erigido el túmulo, volvieron a su sitio. Aquiles detuvo al pueblo y le hizo sentar, formando un gran circo; y al momento sacó de las naves, para premio de los que vencieren en los juegos, calderas, trípodes, caballos, mulos, bueyes de robusta cabeza, mujeres de hermosa cintura y luciente hierro.

262 Empezó exponiendo los premios destinados a los veloces aurigas: el que primero llegara se llevaría una mujer diestra en primorosas labores y un trípode con asas, de veintidós medidas; para el segundo ofreció una yegua de seis años, indómita, que llevaba en su vientre un feto de mulo; para el tercero, una hermosa caldera no puesta al fuego y luciente aún, cuya capacidad era de cuatro medidas; para el cuarto, dos talentos de oro; y para el quinto, un vaso con dos asas no puesto al fuego todavía. Y, estando en pie, dijo a los argivos:

272 —¡Atrida y demás aqueos de hermosas grebas! Estos premios que en medio he colocado son para los aurigas. Si los juegos se celebraran en honor de otro difunto, me llevaría a mi tienda los mejores. Ya sabéis cuánto mis caballos aventajan en ligereza a los demás, porque son inmortales: Poseidón se los regaló a mi padre Peleo, y éste me los ha dado a mí. Pero yo me quedaré, y también los solípedos corceles, porque perdieron al ilustre y benigno auriga que tantas veces derramó aceite sobre sus crines, después de lavarlos con agua pura. Ambos, habiéndose quedado quietos, sienten soledad de él; y con las crines colgando hasta tocar la tierra permanecen en pie y afligidos en su corazón. ¡Adelantaos, pues, los aqueos que confiéis en vuestros corceles y sólidos carros!

287 Así hablo el Pelida, y los veloces aurigas se reunieron. Levantóse mucho antes que nadie el rey de hombres Eumelo, hijo amado de Admeto, que descollaba en el arte de guiar el carro. Presentóse después el fuerte Diomedes Tidida, el cual puso el yugo a los corceles de Tros, que había quitado a Eneas cuando Apolo salvó a este héroe. Alzóse luego el rubio Menelao Atrida, del linaje de Zeus, y unció al carro una yegua y un caballo veloces: Eta, propia de Agamenón, y Podargo, que era suyo. Había dado la yegua a Agamenón, como presente, Equepolo, hijo de Anquises, por no seguirle a la ventosa Ilio y gozar tranquilo en la vasta Sición, donde moraba, de la abundante riqueza que Zeus le había concedido; ésta fue la yegua que Menelao unció al yugo, la cual estaba deseosa de correr. Fue el

cuarto en aparejar los corceles de hermoso pelo Antíloco, hijo ilustre del magnánimo rey Néstor Nelida: de su carro tiraban caballos de Pilos, de pies ligeros. Y su padre se le acercó y empezó a darle buenos consejos, aunque no le faltaba inteligencia:

306 —¡Antíloco! Si bien eres joven, Zeus y Poseidón te quieren y te han enseñado todo el arte del auriga. No es preciso, por tanto, que yo lo instruya. Sabes perfectamente cómo los caballos deben dar la vuelta en torno de la meta, pero tus corceles son los más lentos en correr, y temo que algún suceso desagradable ha de ocurrirte. Empero, si otros caballos son más veloces, sus conductores no te aventajan en obrar sagazmente. Ea, pues, querido, piensa en emplear toda clase de habilidades para que los premios no se te escapen. El leñador más hace con la habilidad que con la fuerza; con su habilidad el piloto gobierna en el vinoso ponto la veloz nave combatida por los vientos; y con su habilidad puede un auriga vencer a otro. El que confía en sus caballos y en su carro les hace dar vueltas imprudentemente acá y acullá, y luego los corceles divagan en la carrera y no los puede sujetar, mas el que conoce los arbitrios del arte y guía caballos inferiores clava los ojos continuamente en la meta, da la vuelta cerca de la misma, y no le pasa inadvertido cuándo debe aguijar a aquéllos con el látigo de piel de buey: así los domina siempre, a la vez que observa a quien le precede. La meta de ahora es muy fácil de conocer, y voy a indicártela para que no dejes de verla. Un tronco seco de encina o de pino, que la lluvia no ha podrido aún, sobresale un codo de la tierra; encuéntranse a uno y otro lado del mismo, cuando el camino acaba, sendas piedras blancas; y luego el terreno es llano por todas partes y propio para las carreras de carros: el tronco debe de haber pertenecido a la tumba de un hombre que ha tiempo murió, o fue puesto como mojón por los antiguos; y ahora el divino Aquiles, el de los pies ligeros, lo ha elegido por meta. Acércate a ésta y den la vuelta casi tocándola carro y caballos; y tú inclínate en el fuerte asiento hacia la izquierda y anima con imperiosas voces al corcel del otro lado afojándole las riendas. El caballo izquierdo se aproxime tanto a la meta, que parezca que el cubo de la bien construida rueda haya de llegar al tronco, pero guárdate de chocar con la piedra: no sea que hieras a los corceles, rompas el carro y causes el regocijo de los demás y la confusión de ti mismo. Procura, oh querido, ser cauto y prudente. Pero, si aguijando los caballos, logras dar la vuelta a la meta, ya nadie se te podrá anticipar ni alcanzarte siquiera, aunque guíe al divino Arión —el veloz caballo de

Adrasto, que descendía de un dios— o sea arrastrado por los corceles de Laomedonte, que se criaron aquí tan excelentes.

349 Así dijo Néstor Nelida, y volvió a sentarse cuando hubo enterado a su hijo de lo más importante de cada cosa.

351 Meriones fue el quinto en aparejar los caballos de hermoso pelo. Subieron los aurigas a los carros y echaron suertes en un casco que agitaba Aquiles. Salió primero la de Antíloco Nestórida; después, la del rey Eumelo; luego, la de Menelao Atrida, famoso por su lanza; enseguida, la de Meriones; y por último, la del Tidida, que era el más hábil. Pusiéronse en fila, y Aquiles les indicó la meta a lo lejos, en el terreno llano; y encargó a Fénix, escudero de su padre, que se sentara cerca de aquélla como observador de la carrera, a fin de que, reteniendo en la memoria cuanto ocurriese, les dijese luego la verdad.

362 Todos a un tiempo levantaron el látigo, dejáronlo caer sobre los caballos y los animaron con ardientes voces. Y éstos, alejándose de las naves, corrían por la llanura con suma rapidez; la polvareda que levantaban envolvíales el pecho como una nube o un torbellino, y las crines ondeaban al soplo del viento. Los carros unas veces tocaban al fértil suelo, y otras daban saltos en el aire; los aurigas permanecían en los asientos con el corazón palpitante por el deseo de la victoria; cada cual animaba a sus corceles, y éstos volaban, levantando polvo, por la llanura.

373 Mas, cuando los veloces caballos llegaron a la segunda mitad de la carrera y ya volvían hacia el espumoso mar, entonces se mostró la pericia de cada conductor, pues todos aquéllos empezaron a galopar. Venían delante las yeguas, de pies ligeros, de Eumelo Feretíada. Seguíanlas los caballos de Diomedes, procedentes de los de Tros; y estaban tan cerca del primer carro, que parecía que iban a subir en él: con su aliento calentaban la espalda y anchos hombros de Eumelo, y volaban poniendo la cabeza sobre el mismo. Diomedes le hubiera pasado delante, o por lo menos hubiera conseguido que la victoria quedase indecisa si Febo Apolo, que estaba irritado con el hijo de Tideo, no le hubiese hecho caer de las manos el lustroso látigo. Afligióse el héroe, y las lágrimas humedecieron sus ojos al ver que las yeguas corrían más que antes, y en cambio sus caballos aflojaban, porque ya no sentían el azote. No le pasó inadvertido a Atenea que Apolo jugara esta treta al Tidida; y, corriendo hacia el pastor de hombres, devolvióle el látigo, a la vez que daba nuevos bríos a sus caballos. Y la diosa, irritada, se encaminó al momento hacia el hijo de Admeto y le rompió el yugo: cada

yegua se fue por su lado, fuera de camino; el timón cayó a tierra, y el héroe vino al suelo, junto a una rueda, hirióse en los codos, boca y narices, se rompió la frente por encima de las cejas, se le arrasaron los ojos de lágrimas, y la voz, vigorosa y sonora, se le cortó. El Tidida guio los solípedos caballos, desviándolos un poco, y se adelantó un gran espacio a todos los demás; porque Atenea dio vigor a sus corceles y le concedió a él la gloria del triunfo. Seguíale el rubio Menelao Atrida. E inmediato a él iba Antíloco, que animaba a los caballos de su padre:

403 —Corred y alargad el paso cuanto podáis. No os mando que compitáis con aquéllos, con los caballos del aguerrido Tidida, a los cuales Atenea dio ligereza, concediéndole a él la gloria del triunfo. Mas alcanzad pronto a los corceles del Atrida y no os quedéis rezagados para que no os avergüence Eta con ser hembra. ¿Por qué os atrasáis, excelentes caballos? Lo que os voy a decir se cumplirá: se acabarán para vosotros los cuidados en el palacio de Néstor, pastor de hombres, y éste os matará enseguida con el agudo bronce si por vuestra desidia nos llevamos el peor premio. Seguid y apresuraos cuanto podáis. Y yo pensaré cómo, valiéndome de la astucia, me adelanto en el lugar donde se estrecha el camino; no se me escapará la ocasión.

417 Así dijo. Los corceles, temiendo la amenaza de su señor, corrieron más diligentemente un breve rato. Pronto el belicoso Antíloco alcanzó a descubrir el punto más estrecho del camino —había allí una hendedura de la tierra, producida por el agua estancada durante el invierno, la cual robó parte de la senda y cavó el suelo—, y por aquel sitio guiaba Menelao sus corceles, procurando evitar el choque con los demás carros. Pero Antíloco, torciendo la rienda a sus caballos, sacó el carro fuera del camino, y por un lado y de cerca seguía a Menelao. El Atrida temió un choque, y le dijo gritando:

426 —¡Antíloco! De temerario modo guías el carro. Detén los corceles; que ahora el camino es angosto, y enseguida, cuando sea más ancho, podrás ganarme la delantera. No sea que choquen los carros y seas causa de que recibamos daño.

429 Así dijo. Pero Antíloco, como si no le oyese, hacía correr más a sus caballos picándolos con el aguijón. Cuanto espacio recorre el disco que tira un joven desde lo alto de su hombro para probar la fuerza, tanto aquéllos se adelantaron. Las yeguas del Atrida cejaron, y él mismo, voluntariamente, dejó de avivarlas; no fuera que los solípedos caballos,

tropezando los unos con los otros, volcaran los fuertes carros, y ellos cayeran en el polvo por el anhelo de alcanzar la victoria. Y el rubio Menelao, reprendiendo a Antíloco, exclamó:

439 —¡Antíloco! Ningún mortal es más funesto que tú. Ve enhoramala; que los aqueos no estábamos en lo cierto cuando te teníamos por sensato. Pero no te llevarás el premio sin que antes jures.

442 Después de hablar así, animó a sus caballos con estas palabras:

443 —No aflojéis el paso, ni tengáis el corazón afligido. A aquéllos se les cansarán los pies y las rodillas antes que a vosotros, pues ya ambos pasaron de la edad juvenil.

446 Así dijo. Los corceles, temiendo la amenaza de su señor, corrieron más diligentemente, y pronto se hallaron cerca de los otros.

448 Los argivos, sentados en el circo, no quitaban los ojos de los caballos; y éstos volaban, levantando polvo por la llanura. Idomeneo, caudillo de los cretenses, fue quien distinguió antes que nadie los primeros corceles que llegaban; pues era el que estaba en el sitio más alto por haberse sentado en un altozano, fuera del circo. Oyendo desde lejos la voz del auriga que animaba a los corceles, la reconoció; y al momento vio que corría, adelantándose a los demás, un caballo magnífico, todo bermejo, con una mancha en la frente, blanca y redonda como la luna. Y poniéndose en pie, dijo estas palabras a los argivos:

457 —¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! ¿Veo los caballos yo solo o también vosotros? Paréceme que no son los mismos de antes los que vienen delanteros, ni el mismo el auriga: deben de haberse lastimado en la llanura las yeguas que poco ha eran vencedoras. Las vi cuando doblaban la meta; pero ahora no puedo distinguirlas, aunque registro con mis ojos todo el campo troyano. Quizá las riendas se le fueron al auriga, y, siéndole imposible gobernar las yeguas al llegar a la meta, no dio felizmente la vuelta: me figuro que habrá caído, el carro estará roto, y las yeguas, dejándose llevar por su ánimo enardecido, se habrán echado fuera del camino. Pero levantaos y mirad, pues yo no lo distingo bien: paréceme que el que viene delante es un varón etolio, el fuerte Diomedes, hijo de Tideo, domador de caballos, que reina sobre los argivos.

473 Y el veloz Ayante de Oileo increpóle con injuriosas voces:

474 —¡Idomeneo! ¿Por qué charlas antes de lo debido? Las voladoras yeguas vienen corriendo a lo lejos por la llanura espaciosa. Tú no eres el más joven de los argivos, ni tu vista es la mejor, pero siempre hablas mucho

y sin substancia. Preciso es que no seas tan gárrulo, estando presentes otros que te son superiores. Esas yeguas que aparecen las primeras son las de antes, las de Eumelo, y él mismo viene en el carro y tiene las riendas.

482 El caudillo de los cretenses le respondió enojado:

483 —Ayante, valiente en la injuria, detractor; pues en todo lo restante estás por debajo de los argivos a causa de tu espíritu perverso. Apostemos un trípode o una caldera y nombremos árbitro al Atrida Agamenón para que manifieste cuáles son las yeguas que vienen delante y tú lo aprendas perdiendo la apuesta.

488 Así habló. Enseguida el veloz Ayante de Oileo se alzó colérico para contestarle con palabras duras. Y la contienda habría pasado más adelante entre ambos, si el propio Aquiles, levantándose, no les hubiese dicho:

492 —¡Ayante a Idomeneo! No alterquéis con palabras duras y pesadas, porque no es decoroso; y vosotros mismos os irritaríais contra el que así lo hiciera. Sentaos en el circo y fijad la vista en los caballos, que pronto vendrán aquí por el anhelo de alcanzar la victoria, y sabréis cuáles corceles argivos son los delanteros y cuáles los rezagados.

499 Así dijo; el Tidida, que ya se había acercado un buen trecho, aguijaba a los corceles, y constantemente les azotaba la espalda con el látigo, y ellos, levantando en alto los pies, recorrían velozmente el camino y rociaban de polvo al auriga. El carro, guarnecido de oro y estaño, corría arrastrado por los veloces caballos y las llantas casi no dejaban huella en el tenue polvo. ¡Con tal ligereza volaban los corceles! Cuando Diomedes llegó al circo, detuvo el luciente carro; copioso sudor corría de la cerviz y del pecho de los corceles hasta el suelo, y el héroe, saltando a tierra, dejó el látigo colgado del yugo. Entonces no anduvo remiso el esforzado Esténelo, sino que al instante tomó el premio y lo entregó a los magnánimos compañeros; y mientras éstos conducían la cautiva a la tienda y se llevaban el trípode con asas, desunció del carro a los corceles.

514 Después de Diomedes llegó Antíloco, descendiente de Neleo, el cual se había anticipado a Menelao por haber usado de fraude y no por la mayor ligereza de su carro; pero, así y todo, Menelao guiaba muy cerca de él los veloces caballos. Cuando el corcel dista de las ruedas del carro en que lleva a su señor por la llanura (las últimas cerdas de la cola tocan la llanta y un corto espacio los separa mientras aquél corre por el campo inmenso): tan rezagado estaba Menelao del eximio Antíloco; pues, si bien al principio se

quedó a la distancia de un tiro de disco, pronto volvió a alcanzarle porque el fuerte vigor de la yegua de Agamenón, de Etá, de hermoso pelo, iba aumentando. Y si la carrera hubiese sido más larga, el Atrida se le habría adelantado, sin dejar dudosa la victoria. Meriones, el buen escudero de Idomeneo, seguía al ínclito Menelao, como a un tiro de lanza; pues sus corceles, de hermoso pelo, eran más tardos y él muy poco diestro en guiar el carro en un certamen. Presentóse, por último, el hijo de Admeto tirando de su hermoso carro y conduciendo por delante los caballos. Al verlo, el divino Aquiles, el de los pies ligeros, se compadeció de él, y dirigió a los argivos estas aladas palabras:

536 —Viene el último con los solípedos caballos el varón que más descuella en guiarlos. Ea, démosle, como es justo, el segundo premio, y llévese el primero el hijo de Tideo.

539 Así habló y todos aplaudieron lo que proponía. Y le hubiese entregado la yegua —pues los aqueos lo aprobaban—, si Antíloco, hijo del magnánimo Néstor, no se hubiera levantado para decir con razón al Pelida Aquiles:

544 —¡Oh Aquiles! Mucho me irritaré contigo si llevas a cabo lo que dices. Vas a quitarme el premio, atendiendo a que recibieron daño su carro y los veloces corceles y él es esforzado, pero tenía que rogar a los inmortales y no habría llegado el último de todos. Si le compadeces y es grato a tu corazón, como hay en tu tienda abundante oro y posees bronce, rebaños, esclavas y solípedos caballos, entrégale, tomándolo de estas cosas, un premio aún mejor que éste, para que los aqueos te alaben. Pero la yegua no la daré, y pruebe de quitármela quien desee llegar a las manos conmigo.

555 Así habló. Sonrióse el divino Aquiles, el de los pies ligeros, holgándose de que Antíloco se expresara en tales términos, porque era amigo suyo; y en respuesta, díjole estas aladas palabras:

558 —¡Antíloco! Me ordenas que dé a Eumelo otro premio, sacándolo de mi tienda, y así lo haré. Voy a entregarle la coraza de bronce que quité a Asteropeo, la cual tiene en sus orillas una franja de luciente estaño, y constituirá para él un presente de valor.

563 Dijo, y mandó a Automedonte, el compañero querido, que la sacara de la tienda; fue éste y llevósela; y Aquiles la puso en las manos de Eumelo, que la recibió alegremente.

566 Pero levantóse Menelao, afligido en su corazón y muy irritado contra Antíloco. El heraldo le dio el cetro, y ordenó a los argivos que

callaran. Y el varón igual a un dios habló diciendo:

570 —¡Antíloco! Tú, que antes eras sensato, ¿qué has hecho? Desluciste mi habilidad y atropellaste mis corceles, haciendo pasar delante a los tuyos, que son mucho peores. ¡Ea, capitanes y príncipes de los argivos! Juzgadnos imparcialmente a entrambos: no sea que alguno de los aqueos, de broncíneas corazas, exclame: «Menelao, violentando con mentiras a Antíloco, ha conseguido llevarse la yegua, a pesar de la inferioridad de sus corceles, por ser más valiente y poderoso». Y si queréis, yo mismo lo decidiré; y creo que ningún dánao me podrá reprender, porque el fallo será justo. Ea, Antíloco, alumno de Zeus, ven aquí y, puesto, como es costumbre, delante de los caballos y el carro, teniendo en la mano el flexible látigo con que los guiabas y tocando los corceles, jura, por el que ciñe y sacude la tierra, que si detuviste mi carro fue involuntariamente y sin dolo.

586 Respondióle el prudente Antíloco:

587 —Perdóname, oh rey Menelao, pues soy más joven y tú eres mayor y más valiente. No te son desconocidas las faltas que comete un mozo, porque su pensamiento es rápido y su juicio escaso. Apacígüese, pues, tu corazón: yo mismo te cedo la yegua que he recibido; y, si de cuanto tengo me pidieras algo de más valor que este premio, preferiría dártelo enseguida, oh alumno de Zeus, a perder para siempre tu afecto y ser culpable delante de los dioses.

596 Así habló el hijo del magnánimo Néstor, y, conduciendo la yegua adonde estaba el Atrida, se la puso en la mano. A éste se le alegró el alma: como el rocío cae en torno de las espigas cuando las mieses crecen y los campos se erizan, del mismo modo, oh Menelao, tu espíritu se bañó en gozo. Y, respondiéndole, pronunció estas aladas palabras:

602 —¡Antíloco! Aunque estaba irritado, seré yo quien ceda; porque hasta aquí no has sido imprudente ni ligero y ahora la juventud venció a la razón. Abstente en lo sucesivo de querer engañar a los que te son superiores. Ningún otro aqueo me ablandaría tan pronto, pero has padecido y trabajado mucho por mi causa, y tu padre y tu hermano también; accederé, pues, a tus súplicas y te daré la yegua, que es mía, para que éstos sepan que mi corazón no fue nunca ni soberbio ni cruel.

612 Dijo; entregó a Noemón, compañero de Antíloco, la yegua para que se la llevara, y tomó la reluciente caldera. Meriones, que había llegado el cuarto, recogió los dos talentos de oro. Quedaba el quinto premio, el vaso

con dos asas; y Aquiles levantólo, atravesó el circo y lo ofreció a Néstor con estas palabras:

618 —Toma, anciano; sea tuyo este presente como recuerdo de los funerales de Patroclo, a quien no volverás a ver entre los argivos. Te doy el premio porque no podrás ser parte ni en el pugilato, ni en la lucha, ni en el certamen de los dardos, ni en la carrera, que ya te abruma la vejez penosa.

624 Así diciendo, se lo puso en las manos. Néstor recibiólo con alegría, y respondió con estas aladas palabras:

626 —Sí, hijo, oportuno es cuanto acabas de decir. Ya mis miembros no tienen el vigor de antes, ni mis pies, ni mis brazos se mueven ágiles a partir de los hombros. Ojalá fuese tan joven y mis fuerzas tan robustas como cuando los epeos enterraron en Buprasio al poderoso Amarinceo, y los hijos de éste sacaron premios para los juegos que debían celebrarse en honor del rey. Allí ninguno de los epeos, ni de los pilios, ni de los magnánimos etolios, pudo igualarse conmigo. Vencí en el pugilato a Clitomedes, hijo de Énope, y en la lucha a Anceo Pleuronio, que osó afrontarme; en la carrera pasé delante de Ificlo, que era robusto; y en arrojar la lanza superé a Fileo y a Polidoro. Sólo los hijos de Áctor me dejaron atrás con su carro porque eran dos; y me disputaron la victoria a causa de haberse reservado los mejores premios para este juego. Eran aquéllos hermanos gemelos, y el uno gobernaba con firmeza los caballos, sí, gobernaba con firmeza los caballos, mientras el otro con el látigo los aguijaba. Así era yo en aquel tiempo. Ahora los más jóvenes entren en las luchas; que ya debo ceder a la triste senectud, aunque entonces sobresaliera entre los héroes. Ve y continúa celebrando los juegos fúnebres de tu amigo. Acepto gustoso el presente, y se me alegra el corazón al ver que te acuerdas siempre del buen Néstor y no dejas de advertir con qué honores he de ser honrado entre los aqueos. Las deidades te concedan por ello abundantes gracias.

651 Así habló; y el Pelida, oído todo el elogio que de él hizo el Nelida, fuese por entre la muchedumbre de los aqueos. Enseguida sacó los premios del duro pugilato: condujo al circo y ató en medio de él una mula de seis años, cerril, difícil de domar, que había de ser sufridora del trabajo; y puso para el vencido una copa de doble asa. Y, estando en pie, dijo a los argivos:

658 —¡Atrida y demás aqueos de hermosas grebas! Invitemos a los dos varones que sean más diestros, a que levanten los brazos y combatan a puñadas por estos premios. Aquél a quien Apolo conceda la victoria,

reconociéndolo así todos los aqueos, conduzca a su tienda la mula sufridora del trabajo; el vencido se llevará la copa de doble asa.

664 Así habló. Levantóse al instante un varón fuerte, alto y experto en el pugilato: Epeo, hijo de Panopeo. Y, poniendo la mano sobre la mula paciente en el trabajo, dijo:

667 —Acérquese el que haya de llevarse la copa de doble asa, pues no creo que ningún aqueo consiga la mula, si ha de vencerme en el pugilato. Me glorío de mantenerlo mejor que nadie. ¿No basta acaso que sea inferior a otros en la batalla? No es posible que un hombre sea diestro en todo. Lo que voy a decir se cumplirá: al campeón que se me oponga le rasgaré la piel y le aplastaré los huesos; los que de él hayan de cuidar quédense aquí reunidos, para llevárselo cuando sucumba a mis manos.

676 Así se expresó. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Y tan sólo se levantó para luchar con él Euríalo, varón igual a un dios, hijo del rey Mecisteo Talayónida, el cual fue a Teba cuando murió Edipo y en los juegos fúnebres venció a todos los cadmeos. El Tidida, famoso por su lanza, animaba a Euríalo con razones, pues tenía un gran deseo de que alcanzara la victoria, y le ayudaba a disponerse para la lucha: atóle el cinturón y le dio unas bien cortadas correas de piel de buey salvaje. Ceñidos ambos contendientes, comparecieron en medio del circo, levantaron las robustas manos, acometiéronse y los fornidos brazos se entrelazaron. Crujían de un modo horrible las mandíbulas y el sudor brotaba de todos los miembros. El divino Epeo, arremetiendo, dio un golpe en la mejilla de su rival que le espiaba; y Euríalo no siguió en pie largo tiempo, porque sus hermosos miembros desfallecieron. Como, encrespándose la mar al soplo del Bóreas, salta un pez en la orilla poblada de algas y las negras olas lo cubren enseguida, así Euríalo, al recibir el golpe, dio un salto hacia atrás. Pero el magnánimo Epeo, cogiéndole por las manos, lo levantó; rodeáronle los compañeros y se lo llevaron del circo; arrastraba los pies, escupía espesa sangre y la cabeza se le inclinaba a un lado; sentáronle entre ellos, desvanecido, y fueron a recoger la copa doble.

700 El Pelida sacó después otros premios para el tercer juego, la penosa lucha, y se los mostró a los dánaos: para el vencedor un gran trípode, apto para ponerlo al fuego, que los aqueos apreciaban en doce bueyes; para el vencido, una mujer diestra en muchas labores y valorada en cuatro bueyes, que sacó en medio de ellos. Y, estando en pie, dijo a los argivos:

707 —Levantaos, los que hayáis de entrar en esta lucha.

708 Así habló. Alzóse enseguida el gran Ayante Telamonio y luego el ingenioso Ulises, fecundo en ardides. Puesto el ceñidor, fueron a encontrarse en medio del circo y se cogieron con los robustos brazos como se enlazan las vigas que un ilustre artífice une, al construir alto palacio, para que resistan el embate de los vientos. Sus espaldas crujían, estrechadas fuertemente por los vigorosos brazos; copioso sudor les brotaba de todo el cuerpo; muchos cruentos cardenales iban apareciendo en los costados y en las espaldas; y ambos contendientes anhelaban siempre alcanzar la victoria y con ella el bien construido trípode. Pero ni Ulises lograba hacer caer y derribar por el suelo a Ayante, ni éste a aquél, porque la gran fuerza de Ulises se lo impedía. Y cuando los aqueos mosas grebas ya empezaban a cansarse de la lucha, dijo el gran Ayante Telamonio:

723 —¡Laertíada, del linaje de Zeus, Ulises, fecundo en ardides! Levántame, o te levantaré yo; y Zeus se cuidará del resto.

725 Habiendo hablado así, lo levantaba; mas Ulises no se olvidó de sus ardides, pues, dándole por detrás un golpe en la corva, dejóle sin vigor los miembros, le hizo venir al suelo, de espaldas, y cayó sobre su pecho: la muchedumbre quedó admirada y atónita al contemplarlo. Luego, el divino y paciente Ulises alzó un poco a Ayante, pero no consiguió sostenerlo en vilo; porque se le doblaron las rodillas y ambos cayeron al suelo, el uno cerca del otro, y se mancharon de polvo. Levantáronse, y hubieran luchado por tercera vez, si Aquiles, poniéndose en pie, no los hubiese detenido:

735 —No luchéis ya, ni os hagáis más daño. La victoria quedó por ambos. Recibid igual premio y retiraos para que entren en los juegos otros aqueos.

738 Así dijo. Ellos le escucharon y obedecieron; pues enseguida, después de haberse limpiado el polvo, vistieron la túnica.

740 El Pelida sacó otros premios para la velocidad en la carrera. Expuso primero una crátera de plata labrada, que tenía seis medidas de capacidad y superaba en hermosura a todas las de la tierra. Los sidonios, eximios artífices, la fabricaron primorosa; los fenicios, después de llevarla por el sombrío ponto de puerto en puerto, se la regalaron a Toante; más tarde, Euneo Jasónida la dio al héroe Patroclo para rescatar a Licaón, hijo de Príamo; y entonces Aquiles la ofreció como premio, en honor del difunto amigo, al que fuese más veloz en correr con los pies ligeros. Para el que

llegase el segundo señaló un buey corpulento y pingüe, y para el último, medio talento de oro. Y estando en pie, dijo a los argivos:

753 —Levantaos, los que hayáis de entrar en esta lucha.

754 Así habló. Levantóse al instante el veloz Ayante de Oileo, después el ingenioso Ulises, y por fin Antíloco, hijo de Néstor, que en la carrera vencía a todos los jóvenes. Pusiéronse en fila y Aquiles les indicó la meta. Empezaron a correr desde el sitio señalado, y el Oilíada se adelantó a los demás, aunque el divino Ulises le seguía de cerca. Cuanto dista del pecho el huso que una mujer de hermosa cintura revuelve en su mano, mientras devana el hilo de la trama, y tiene constantemente junto al seno, tan inmediato a Ayante corría el divinal Ulises: pisaba las huellas de aquél antes de que el polvo cayera en torno de las mismas y le echaba el aliento a la cabeza, corriendo siempre con suma rapidez. Todos los aqueos aplaudían los esfuerzos que realizaba Ulises por el deseo de alcanzar la victoria, y le animaban con sus voces. Mas cuando les faltaba poco para terminar la carrera, Ulises oró en su corazón a Atenea, la de ojos de lechuza:

770 —Óyeme, diosa, y ven a socorrerme propicia, dando a mis pies más ligereza.

771 Así dijo rogando. Palas Atenea le oyó, y agilitóle los miembros todos y especialmente los pies y las manos. Ya iban a coger el premio, cuando Ayante, corriendo, dio un resbalón —pues Atenea quiso perjudicarle— en el lugar que habían llenado de estiércol los bueyes mugidores sacrificados por Aquiles, el de los pies ligeros, en honor de Patroclo; y el héroe llenóse de boñiga la boca y las narices. El divino y paciente Ulises le pasó delante y se llevó la crátera; y el preclaro Ayante se detuvo, tomó el buey silvestre, y, asiéndolo por el asta, mientras escupía el estiércol, habló así a los argivos:

782 —¡Oh dioses! Una diosa me dañó los pies; aquélla que desde antiguo acorre y favorece a Ulises cual una madre.

784 Así dijo, y todos rieron con gusto. Antíloco recibió, sonriente, el último premio; y dirigió estas palabras a los argivos:

787 —Os diré, argivos, aunque todos lo sabéis, que los dioses honran a los hombres de más edad, hasta en los juegos. Ayante es un poco mayor que yo; Ulises pertenece a la generación precedente, a los hombres antiguos, dicen que es ya de edad provecta, pero vigoroso, y contender con él en la carrera es muy difícil para cualquier aqueo que no sea Aquiles.

793 Así dijo, ensalzando al Pelida, de pies ligeros. Aquiles respondióle con estas palabras:

795 —¡Antíloco! No en balde me habrás elogiado, pues añado a tu premio medio talento de oro.

797 Así diciendo, se lo puso en la mano, y Antíloco lo recibió con alegría. Acto continuo el Pelida sacó y colocó en el circo una larga pica, un escudo y un casco, que eran las armas que Patroclo había quitado a Sarpedón. Y puesto en pie, dijo a los argivos:

802 Invitemos a los dos varones que sean más esforzados, a que, vistiendo las armas y asiendo el tajante bronce, pongan a prueba su valor ante el concurso. Al primero que logre tocar el gallardo cuerpo de su adversario, le rasguñe el vientre atrevesándole la armadura y le haga brotar la negra sangre, daréle esta magnífica espada tracia, tachonada con clavos de plata, que quité a Asteropeo. Ambos campeones se llevarán las restantes armas y les daremos un espléndido banquete en nuestra tienda.

811 Así dijo. Levantóse enseguida el gran Ayante Telamonio y luego el fuerte Diomedes Tidida. Tan pronto como se hubieron armado, separadamente de la muchedumbre, fueron a encontrarse en medio del circo, deseosos de combatir y mirándose con torva faz; y todos los aqueos se quedaron atónitos. Cuando se hallaron frente a frente, tres veces se acometieron y tres veces procuraron herirse de cerca. Ayante dio un bote en el escudo liso del adversario, peor no pudo llegar a su cuerpo, porque la coraza lo impidió. El Tidida intentaba alcanzar con la punta de la luciente lanza el cuello de aquél, por cima del gran escudo. Y los aqueos, temiendo por Ayante, mandaron que cesara la lucha y ambos contendientes se llevaran igual premio; pero el héroe dio al Tidida la gran espada, ofreciéndosela con la vaina y el bien cortado ceñidor.

826 Luego el Pelida sacó la bola de hierro sin bruñir que en otro tiempo lanzaba el forzudo Eetión: el divino Aquiles, el de los pies ligeros, mató a este príncipe y se llevó en las naves la bola con otras riquezas. Y, puesto en pie, dijo a los argivos:

831 —¡Levantaos los que hayáis de entrar en esta lucha! La presente bola procurará al que venciere cuanto hierro necesite durante cinco años, aunque sean muy extensos sus fértiles campos; y sus pastores y labradores no tendrán que ir por hierro a la ciudad.

836 Así habló. Levantóse enseguida el intrépido Polipetes; después, el vigoroso Leonteo, igual a un dios; luego, Ayante Telamoníada, y, por fin, el

divino Epeo. Pusiéronse en fila, y el divino Epeo cogió la bola y la arrojó, después de voltearla, y todos los aqueos se rieron. La tiró el segundo, Leonteo, vástago de Ares. El gran Ayante Telamonio la despidió también, con su robusta mano, y logró pasar las señales de los anteriores tiros. Tomóla entonces el intrépido Polipetes y cuanta es la distancia a que llega el cayado cuando lo lanza el pastor y voltea por cima de la vacada, tanto pasó la bola el espacio del circo; aplaudieron los aqueos, y los amigos del esforzado Polipetes, levantándose, llevaron a las cóncavas naves el premio que su rey había ganado.

850 Luego sacó Aquiles azulado hierro para los arqueros, colocando en el circo diez hachas grandes y otras diez pequeñas. Clavó en la arena, a lo lejos, un mástil de navío después de atar en su punta, por el pie y con delgado cordel, una tímida paloma; e invitóles a tirarle saetas, diciendo:

855 —El que hiera a la tímida paloma llévese a su casa todas las hachas grandes; el que acierte a dar en la cuerda sin tocar al ave, como más inferior, tomará las hachas pequeñas.

859 Así dijo. Levantóse enseguida el robusto caudillo Teucro y luego Meriones, esforzado escudero de Idomeneo. Echaron dos suertes en un casco de bronce, y, agitándolas, salió primero la de Teucro. Éste arrojó al momento y con vigor una flecha, sin ofrecer a Apolo una hecatombe perfecta de corderos primogénitos; y, si bien no tocó al ave —negóselo Apolo—, la amarga saeta rompió el cordel muy cerca de la pata por la cual se había atado a la paloma: ésta voló al cielo, el cordel quedó colgando y los aqueos aplaudieron. Meriones arrebató apresuradamente el arco de las manos de Teucro, acercó a la cuerda la flecha que de antemano tenía preparada, votó a Apolo sacrificarle una hecatombe de corderos primogénitos; y, viendo a la tímida paloma que daba vueltas allá en lo alto del aire, cerca de las nubes, disparó y le atravesó una de las alas. La flecha vino al suelo, a los pies de Meriones; y el ave, posándose en el mástil del navío de negra proa, inclinó el cuello y abatió las tupidas alas, la vida huyó veloz de sus miembros y aquélla cayó del mástil a lo lejos. La gente lo contemplaba con admiración y asombro. Meriones tomó, por tanto, todas las diez hachas grandes, y Teucro se llevó a las cóncavas naves las pequeñas.

884 Luego el Pelida sacó y colocó en el circo una larga pica y una caldera no puesta aún al fuego, que era del valor de un buey y estaba decorada con flores. Dos hombres diestros en arrojar la lanza se levantaron:

el poderoso Agamenón Atrida y Meriones, escudero esforzado de Idomeneo. Y el divino Aquiles, el de los pies ligeros, les dijo:

890 —¡Atrida! Pues sabemos cuánto aventajas a todos y que así en la fuerza como en arrojar la lanza eres el más señalado, toma este premio y vuelve a las cóncavas naves. Y entregaremos la pica al héroe Meriones, si te place lo que te propongo.

895 Así habló. Agamenón, rey de hombres, no dejó de obedecerle. Aquiles dio a Meriones la pica de bronce, y el héroe Atrida tomó el magnífico premio y se lo entregó al heraldo Taltibio.

CANTO XXIV

Rescate de Héctor

Los dioses se apiadan de Héctor, y Zeus encarga a Tetis que amoneste a su hijo para que devuelva el cadáver, a la vez que manda a Príamo, por medio de Iris, que con un solo heraldo vaya con magníficos presentes a la tienda de Aquileo para rescatar el cuerpo de Héctor. Príamo obedece y parte con el heraldo ideo y dos carros; antes de llegar al campamento se les aparece Hermes, que los guía hasta la tienda del héroe; entra Príamo y, echándose a los pies de Aquiles, le dirige la súplica más conmovedora; Aquiles entrega el cadáver, los dos ancianos lo conducen a Troya y se celebran con toda solemnidad las honras fúnebres de Héctor, que era el principal sostén de la ciudad asediada.

1 Disolvióse la junta y los guerreros se dispersaron por las veloces naves, tomaron la cena y se regalaron con el dulce sueño. Aquiles lloraba, acordándose del compañero querido, sin que el sueño, que todo lo rinde, pudiera vencerlo: daba vueltas acá y allá, y con amargura traía a la memoria el vigor y gran ánimo de Patroclo, lo que de mancomún con él había llevado al cabo y las penalidades que ambos habían padecido, ora combatiendo con los hombres, ora surcando las temibles ondas. Al recordarlo, prorrumpía en abundantes lágrimas; ya se echaba de lado, ya de espaldas, ya de pechos; y al fin, levantándose, vagaba inquieto por la orilla del mar. Nunca le pasaba inadvertido el despuntar de la aurora sobre el mar y sus riberas: entonces uncía al carro los ligeros corceles y, atando al mismo el cadáver de Héctor, arrastrábalo hasta dar tres vueltas al túmulo del difunto Menecíada; acto continuo volvía a reposar en la tienda, y dejaba el cadáver tendido de cara al polvo. Mas Apolo, apiadándose del varón aun después de muerto, le libraba de toda injuria y lo protegía con la égida de oro para que Aquiles no lacerase el cuerpo mientras lo llevaba por el suelo.

22 De tal manera Aquiles, enojado, insultaba al divino Héctor. Al contemplarlo, compadecíanse los bienaventurados dioses e instigaban al vigilante Argicida a que hurtase el cadáver. A todos les gustaba tal propósito, menos a Hera, a Poseidón y a la virgen de ojos de lechuza, que odiaban como antes a la sagrada Ilio, a Príamo y a su pueblo por la injuria que Alejandro había inferido a las diosas cuando fueron a su cabaña y declaró vencedora a la que le había ofrecido funesta liviandad. Cuando,

después de la muerte de Héctor, llegó la duodécima aurora, Febo Apolo dijo a los inmortales:

33 —Sois, oh dioses, crueles y maléficos. ¿Acaso Héctor no quemaba en vuestro honor muslos de bueyes y de cabras escogidas? Ahora, que ha perecido, no os atrevéis a salvar el cadáver y ponerlo a la vista de su esposa, de su madre, de su hijo, de su padre Príamo y del pueblo, que al momento lo entregarían a las llamas y le harían honras fúnebres; por el contrario, oh dioses, queréis favorecer al pernicioso Aquiles, el cual concibe pensamientos no razonables, tiene en su pecho un ánimo inflexible y medita cosas feroces, como un león que, dejándose llevar por su gran fuerza y espíritu soberbio, se encamina a los rebaños de los hombres para aderezarse un festín, de igual modo perdió Aquiles la piedad y ni siquiera conserva el pudor que tanto favorece o daña a los varones. Aquél a quien se le muere un ser amado, como el hermano carnal o el hijo, al fin cesa de llorar y lamentarse, porque las Parcas dieron al hombre un corazón paciente. Mas Aquiles, después que quitó al divino Héctor la dulce vida, ata el cadáver al carro y lo arrastra alrededor del túmulo de su compañero querido; y esto ni a aquél le aprovecha, ni es decoroso. Tema que nos irritemos contra él, aunque sea valiente, porque enfureciéndose insulta a lo que tan sólo es ya insensible tierra.

55 Respondióle irritada Hera, la de los níveos brazos:

56 —Sería como dices, oh tú que llevas arco de plata, si a Aquiles y a Héctor los tuvierais en igual estima. Pero Héctor fue mortal y diole el pecho una mujer; mientras que Aquiles es hijo de una diosa a quien yo misma alimenté y crie y casé luego con Peleo, varón cordialmente amado por los inmortales. Todos los dioses presenciasteis la boda; y tú pulsaste la cítara y con los demás tuviste parte en el festín; ¡oh amigo de los malos, siempre pérfido!

64 Replicó Zeus, el que amontona las nubes:

63 —¡Hera! No te irrites tanto contra las deidades. No será el mismo el aprecio en que los tengamos; pero Héctor era para los dioses, y también para mí, el más querido de cuantos mortales viven en Ilio, porque nunca se olvidó de dedicamos agradables ofrendas, jamás mi altar careció ni de libaciones ni de víctimas, que tales son los honores que se nos deben. Desechemos la idea de robar el cuerpo del audaz Héctor: es imposible que se haga a hurto de Aquiles, porque siempre, de noche y de día, le acompaña su madre. Mas, si alguno de los dioses llamase a Tetis para que se me

acercara, yo le diría a ésta lo que fuere oportuno para que Aquiles, recibiendo los dones de Príamo, restituyera el cadáver.

77 Así se expresó. Levantóse Iris, de pies rápidos como el huracán, para llevar el mensaje; saltó al negro ponto entre Samos y la escarpada Imbros, y resonó el estrecho. La diosa se lanzó a lo profundo, como desciende el plomo asido al cuerno de un buey montaraz que lleva la muerte a los voraces peces. En la profunda gruta halló a Tetis y a otras muchas diosas marinas que la rodeaban: la ninfa lloraba, en medio de ellas, la suerte de su hijo irreprensible, que había de perecer en la fértil Troya, lejos de la patria. Y, acercándosele Iris, la de los pies ligeros, así le dijo:

88 —Ven, Tetis, pues te llama Zeus, el conocedor de los eternales decretos.

89 Respondióle la diosa Tetis, de argénteos pies:

90 —¿Por qué aquel gran dios me ordena que vaya? Me da vergüenza juntarme con los inmortales, pues son muchas las penas que conturban mi corazón. Esto no obstante, iré para que sus palabras no resulten vanas y sin efecto.

93 En diciendo esto, la divina entre las diosas tomó un velo tan obscuro que no había otro que fuese más negro. Púsose en camino, precedida por la veloz Iris, de pies rápidos como el viento, y las olas del mar se abrían al paso de ambas deidades. Salieron éstas a la playa, ascendieron al cielo y hallaron al largovidente Cronida con los demás felices sempiternos dioses congregados en torno suyo. Sentóse Tetis al lado de Zeus, porque Atenea le cedió el sitio, y Hera púsole en la mano una copa de oro y la consoló con palabras. Tetis devolvió la copa después de haber bebido. Y el padre de los hombres y de los dioses comenzó a hablar de esta manera:

104 —Vienes al Olimpo, oh diosa Tetis, afligida y con el ánimo agobiado por vehemente pesar. Lo sé. Pero, aun así y todo, voy a decirte por qué te he llamado. Hace nueve días que se suscitó entre los inmortales una contienda acerca del cadáver de Héctor, y de Aquiles, asolador de ciudades, e instigaban al vigilante Argicida a que hurtase el muerto, pero yo prefiero dar a Aquiles la gloria de devolverlo, y conservar así tu respeto y amistad. Ve enseguida al ejército y amonesta a tu hijo. Dile que los dioses están muy irritados contra él y yo más indignado que ninguno de los inmortales, porque enfureciéndose retiene a Héctor en las corvas naves y no permite que lo rediman; por si, temiéndome, consiente que el cadáver sea rescatado.

Y enviaré la diosa Iris al magnánimo Príamo para que vaya a las naves de los aqueos y redima a su hijo, llevando a Aquiles dones que aplaquen su enojo.

120 Así se expresó; y Tetis, la diosa de argénteos pies no fue desobediente. Bajando en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo, llegó a la tienda de su hijo: éste gemía sin cesar, y sus compañeros se ocupaban diligentemente en preparar la comida, habiendo inmolado dentro de la tienda una grande y lanuda oveja. La veneranda madre se sentó muy cerca del héroe, le acarició con la mano y hablóle en estos términos.

128 —¡Hijo mío! ¿Hasta cuándo dejarás que el llanto y la tristeza roan tu corazón, sin acordarte ni de la comida ni de la cama? Bueno es que goces del amor con una mujer, pues ya no has de vivir mucho tiempo; la muerte y el hado cruel se te avecinan. Y ahora préstame atención, pues vengo como mensajera de Zeus. Dice que los dioses están muy irritados contra ti, y él más indignado que ninguno de los inmortales, porque enfureciéndote retienes a Héctor en las corvas naves y no permites que lo rediman. Ea, entrega el cadáver y acepta su rescate.

138 Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

139 —Sea así. Quien traiga el rescate se lleve el muerto, ya que con ánimo benévolo el mismo Olímpico lo ha dispuesto.

141 De este modo, dentro del recinto de las naves, pasaban de madre a hijo muchas aladas palabras. Y en tanto, el Cronida envió a Iris a la sagrada Ilio:

144 —¡Anda, ve, rápida Iris! Deja tu asiento del Olimpo, entra en Ilio y di al magnánimo Príamo que se encamine a las naves de los aqueos y rescate al hijo, llevando a Aquiles dones que aplaquen su enojo. Vaya solo, sin que ningún troyano se le junte, y acompáñele un heraldo más viejo que él, para que guíe los mulos y el carro de hermosas ruedas y conduzca luego a la población el cadáver de aquél a quien mató el divino Aquiles. Ni la idea de la muerte ni otro temor alguno conturbe su ánimo, pues le daremos por guía el Argicida, el cual le llevará hasta muy cerca de Aquiles. Y cuando haya entrado en la tienda del héroe, éste no te matará, e impedirá que los demás lo hagan. Pues Aquiles no es insensato, ni temerario ni perverso, y tendrá buen cuidado de respetar a un suplicante.

159 Así dijo. Levantóse Iris, la de pies rápidos como el huracán, para llevar el mensaje; y, en llegando al palacio de Príamo, oyó llantos y alaridos. Los hijos, sentados en el patio alrededor del padre, bañaban sus

vestidos con lágrimas, y el anciano aparecía en medio, envuelto en un manto muy ceñido, y tenía en la cabeza y en el cuello abundante estiércol que al revolcarse por el suelo había recogido con sus manos. Las hijas y nueras se lamentaban en el palacio, recordando los muchos varones esforzados que yacían en la llanura por haber dejado la vida en manos de los argivos. Detúvose la mensajera de Zeus cerca de Príamo, y hablándole quedo, mientras al anciano un temblor le ocupaba los miembros, así le dijo:

171 —Cobra ánimo, Príamo Dardánida, y no te espantes; que no vengo a presagiarte males, sino a participarte cosas buenas: soy mensajera de Zeus, que, aun estando lejos, se interesa mucho por ti y te compadece. El Olímpico te manda rescatar al divino Héctor, llevando a Aquiles dones que aplaquen su enojo. Ve solo, sin que ningún troyano se te junte, acompañado de un heraldo más viejo que tú, para que guíe los mulos y el carro de hermosas ruedas, y conduzca luego a la población el cadáver de aquél a quien mató el divino Aquiles. Ni la idea de la muerte ni otro temor alguno conturbe tu ánimo, pues tendrás por guía el Argicida, el cual te llevará hasta muy cerca de Aquiles. Y cuando hayas entrado en la tienda del héroe, éste no te matará e impedirá que los demás lo hagan. Pues Aquiles no es insensato, ni temerario, ni perverso, y tendrá buen cuidado de respetar a un suplicante.

188 Cuando esto hubo dicho, fuese Iris, la de los pies ligeros. Príamo mandó a sus hijos que prepararan un carro de mulas, de hermosas ruedas, pusieran encima un arca y la sujetaran con sogas. Bajó después al perfumado tálamo, que era de cedro, tenía elevado techo y guardaba muchas preciosidades; y, llamando a su esposa Hécuba, hablóle en estos términos:

194 —¡Oh infeliz! La mensajera del Olimpo ha venido, por orden de Zeus, a encargarme que vaya a las naves de los aqueos y rescate al hijo, llevando a Aquiles dones que aplaquen su enojo. Ea, dime: ¿qué piensas acerca de esto? Pues mi mente y mi corazón me instigan vivamente a ir allá, a las naves, al campamento vasto de los aqueos.

200 Así dijo. La mujer prorrumpió en sollozos y respondió diciendo:

201 —¡Ay de mí! ¿Qué es de la prudencia que antes te hizo célebre entre los extranjeros y entre aquéllos sobre los cuales reinas? ¿Cómo quieres ir solo a las naves de los aqueos y presentarte ante los ojos del hombre que te mató tantos y tan valientes hijos? De hierro tienes el corazón. Si ese guerrero cruel y pérfido llega a verte con sus propios ojos y

te coge, ni se apiadará de ti, ni te respetará en lo más mínimo. Lloremos a Héctor desde lejos, sentados en el palacio; ya que, cuando le di a luz, el hado poderoso hiló de esta suerte el estambre de su vida: que habría de saciar con su carne a los veloces perros, lejos de sus padres y junto al hombre violento cuyo hígado ojalá pudiera yo comer hincándole los dientes. Entonces quedarían vengados los insultos que ha hecho a mi hijo; que éste, cuando aquél lo mató, no se portaba cobardemente, sino que a pie firme defendía a los troyanos y a las troyanas de profundo seno, no pensando ni en huir ni en evitar el combate.

217 Contestó el anciano Príamo, semejante a un dios:

218 —No te opongas a mi resolución, ni me seas ave de mal agüero en el palacio. No me persuadirás. Si me diese la orden uno de los que viven en la tierra, aunque fuera adivino, arúspice o sacerdote, la creeríamos falsa y desconfiaríamos aún más; pero ahora, como yo mismo he oído a la diosa y la he visto delante de mí, iré y no serán ineficaces sus palabras. Y si mi destino es morir en las naves de los aqueos, de broncíneas corazas, lo acepto: máteme Aquiles tan luego como abrace a mi hijo y satisfaga el deseo de llorarle.

228 Dijo, y, levantando las hermosas tapas de las arcas, cogió doce magníficos peplos, doce mantos sencillos, doce tapetes, doce palios blancos, y otras tantas túnicas. Pesó luego diez talentos de oro. Y, por fin, sacó dos trípodes relucientes, cuatro calderas y una magnífica copa que los tracios le dieron cuando fue, como embajador, a su país, y era un soberbio regalo; pues el anciano no quiso dejarla en el palacio a causa del vehemente deseo que tenía de rescatar a su hijo. Y volviendo al pórtico, echó afuera a los troyanos, increpándolos con injuriosas palabras:

239 —¡Idos ya, hombres infames y vituperables! ¿Por ventura no hay llanto en vuestra casa, que venías a afligirme? ¿O creéis que son pocos los pesares que Zeus Cronida me envía, con hacerme perder un hijo valiente? También los probaréis vosotros. Muerto él, será mucho más fácil que los argivos os maten. Pero antes que con estos ojos vea la ciudad tomada y destruida, descienda yo a la mansión de Hades.

247 Dijo, y con el cetro echó a los hombres. Éstos salieron apremiados por el anciano. Y enseguida Príamo reprendió a sus hijos Héleno, Paris, Agatón divino, Pamón, Antífono, Polites valiente en la pelea, Deífobo, Hipótoo y el conspicuo Dío; a los nueve los increpó y les dio órdenes, diciendo:

253 —¡Daos prisa, malos hijos, ruines! Ojalá que en lugar de Héctor hubieseis muerto todos en las veleras naves. ¡Ay de mí, desventurado, que engendré hijos valentísimos en la vasta Troya, y ya puedo decir que ninguno me queda! Al divino Méstor, a Troilo, que combatía en carro, y a Héctor, que era un dios entre los hombres y no parecía hijo de un mortal, sino de una divinidad, Ares les dio muerte; y restan los que son indignos, embusteros, danzarines, señalados únicamente en los coros y hábiles en robar al pueblo corderos y cabritos. Pero ¿no me prepararéis al instante el carro, poniendo en él todas estas cosas, para que emprendamos el camino?

263 Así dijo. Ellos, temiendo la reconvención del padre, sacaron un carro de mulas, de hermosas ruedas, magnífico, recién construido; pusieron encima el arca, que ataron bien; descolgaron del clavo el corvo yugo de madera de boj, provisto de anillos, y tomaron una correa de nueve codos que servía para atarlo. Colgaron después el yugo sobre la parte anterior de la lanza, metieron el anillo en su clavija, y sujetaron a aquél, atándolo con la correa, a la cual hicieron dar tres vueltas a cada lado y cuyos extremos reunieron en un nudo. Luego fueron sacando de la cámara y acomodando en el pulimentado carro los innumerables dones para el rescate de Héctor; uncieron las mulas de tiro, de fuertes cascos, que en otro tiempo habían regalado los misios a Príamo como espléndido presente, y acercaron al yugo dos corceles, a los cuales el anciano en persona daba de comer en pulimentado pesebre.

281 Mientras el heraldo y Príamo, prudentes ambos, uncían los caballos en el alto palacio, acercóseles Hécuba, con ánimo abatido, llevando en su diestra una copa de oro, llena de dulce vino, para que hicieran la libación antes de partir; y, deteniéndose delante del carro, dijo a Príamo:

287 Toma, haz la libación al padre Zeus y suplícale que puedas volver del campamento de los enemigos a tu casa; ya que tu ánimo lo incita a ir a las naves contra mi deseo. Ruega, pues, al Cronión Ideo, el dios de las sombrías nubes que desde lo alto contempla a Troya entera, y pídele que haga aparecer a tu derecha su veloz mensajera, el ave que le es más querida y cuya fuerza es inmensa, para que, en viéndola con tus propios ojos, vayas, alentado por el agüero, a las naves de los dánaos, de rápidos corceles. Y si el largovidente Zeus no te enviase su mensajera, yo no te aconsejaría que fueras a las naves de los argivos por mucho que lo desees.

299 Respondióle Príamo, semejante a un dios:

300 —¡Oh mujer! No dejaré de hacer lo que me recomiendas. Bueno es levantar las manos a Zeus, para que de nosotros se apiade.

302 Dijo así el anciano, y mandó a la esclava despensera que le diese agua limpia a las manos. Presentóse la cautiva con una fuente y un jarro. Y Príamo, así que se hubo lavado, recibió la copa de manos de su esposa; oró, de pie, en medio del patio; libó el vino, alzando los ojos al cielo, y pronunció estas palabras:

308 —¡Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! Concédeme que al llegar a la tienda de Aquiles le sea yo grato y de mí se apiade; y haz que aparezca a mi derecha tu veloz mensajera, el ave que te es más querida y cuya fuerza es inmensa, para que después de verla con mis propios ojos vaya, alentado por el agüero, a las naves de los dánaos, de rápidos corceles.

314 Así dijo rogando. Oyóle el próvido Zeus, y al momento envió la mejor de las aves agoreras, un águila rapaz de color obscuro, conocida con el nombre de percnón. Cuanta anchura suele tener en la casa de un rico la puerta de la cámara de alto techo, bien adaptada al marco y asegurada por un cerrojo, tanto espacio ocupaba con sus alas, desde el uno al otro extremo, el águila que apareció volando a la derecha por cima de la ciudad. Al verla, todos se alegraron y la confianza renació en sus pechos.

322 El anciano subió presuroso al carro y lo guio a la calle, pasando por el vestíbulo y el pórtico sonoro. Iban delante las mulas que tiraban del carro de cuatro ruedas, y eran gobernadas por el prudente Ideo; seguían los caballos que el viejo aguijaba con el látigo para que atravesaran prestamente la ciudad; y todos los amigos acompañaban al rey, derramando abundantes lágrimas, como si a la muerte caminara. Cuando hubieron bajado de la ciudad al campo, hijos y yernos regresaron a Ilio. Mas, al atravesar Príamo y el heraldo la llanura, no dejó de advertirlo el largovidente Zeus, que vio al anciano y se compadeció de él. Y, llamando enseguida a su hijo Hermes, le habló diciendo:

334 —¡Hermes! Puesto que te es grato acompañar a los hombres y oyes las súplicas del que quieres, anda, ve y conduce a Príamo a las cóncavas naves aqueas, de suerte que ningún dánao le vea ni le descubra hasta que haya llegado a la tienda del Pelida.

339 Así habló. El mensajero Argicida no fue desobediente: calzóse al instante los áureos divinos talares que le llevaban sobre el mar y la tierra inmensa con la rapidez del viento, y tomó la vara con la cual adormece los

ojos de cuantos quiere o despierta a los que duermen. Llevándola en la mano, el poderoso Argicida emprendió el vuelo, llegó muy pronto a Troya y al Helesponto, y echó a andar, transfigurado en un joven príncipe a quien comienza a salir el bozo y está graciosísimo en la flor de la juventud.

349 Cuando Príamo y el heraldo llegaron más allá del gran túmulo de Ilo, detuvieron las mulas y los caballos para que bebiesen en el río. Ya se iba haciendo noche sobre la tierra. Advirtió el heraldo la presencia de Hermes, que estaba junto a él, y hablando a Príamo dijo:

354 —Atiende, Dardánida, pues el lance que se presenta requiere prudencia. Veo a un hombre y me figuro que al punto nos ha de matar. Ea, huyamos en el carro, o supliquémosle, abrazando sus rodillas, para ver si se compadece de nosotros.

358 Así dijo. Turbósele al anciano la razón, sintió un gran terror, se le erizó el pelo en los flexibles miembros y quedó estupefacto. Entonces el benéfico Hermes se llegó al viejo, tomóle por la mano y le interrogó diciendo:

362 —¿Adónde, padre mío, diriges estos caballos y mulas durante la noche divina, mientras duermen los demás mortales? ¿No temes a los aqueos, que respiran valor, los cuales te son malévolos y enemigos y se hallan cerca de nosotros? Si alguno de ellos te viera conducir tantas riquezas en esta obscura y rápida noche, ¿qué resolución tomarías? Tú no eres joven, éste que te acompaña es también anciano, y no podríais rechazar a quien os ultrajara. Pero yo no te causaré ningún daño y, además, te defendería de cualquier hombre, porque te encuentro semejante a mi querido padre.

372 Respondióle el anciano Príamo, semejante a un dios:

373 —Así es, como dices, hijo querido. Pero alguna deidad extiende la mano sobre mí, cuando me hace salir al encuentro un caminante de tan favorable augurio como tú, que tienes cuerpo y aspecto dignos de admiración y espíritu prudente, y naciste de padres felices.

378 Díjole a su vez el mensajero Argicida:

379 —Sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir. Pero, ea, habla y dime con sinceridad: ¿mandas a gente extraña tantas y tan preciosas riquezas a fin de ponerlas en cobro, o ya todos abandonáis, amedrentados, la sagrada Ilio, por haber muerto el varón más fuerte, tu hijo, que a ninguno de los aqueos cedía en el combate?

386 Contestóle el anciano Príamo, semejante a un dios:

387 —¿Quién eres, hombre excelente, y cuáles los padres de que naciste, que con tanta oportunidad has mencionado la muerte de mi hijo infeliz?

389 Replicó el mensajero Argicida:

390 —Me quieres probar, oh anciano, y por eso me hablas del divino Héctor. Muchas veces le vieron estos ojos en la batalla, donde los varones se hacen ilustres, y también cuando llegó a las naves matando argivos, a quienes hería con el agudo bronce. Nosotros le admirábamos sin movernos, porque Aquiles estaba irritado contra el Atrida y no nos dejaba pelear. Pues yo soy servidor de Aquiles, con quien vine en la misma nave bien construida; desciendo de mirmidones y tengo por padre a Políctor, que es rico y anciano como tú. Soy el más joven de sus siete hijos y, como lo decidiéramos por suerte, tocóme a mí acompañar al héroe. Y ahora he venido de las naves a la llanura, porque mañana los aqueos, de ojos vivos, presentarán batalla en los contornos de la ciudad: se aburren de estar ociosos, y los reyes aqueos no pueden contener su impaciencia por entrar en combate.

405 Respondióle el anciano Príamo, semejante a un dios:

406 —Si eres servidor del Pelida Aquiles, ea, dime toda la verdad: ¿mi hijo yace aún cerca de las naves, o Aquiles lo ha desmembrado y entregado a sus perros?

410 Contestóle el mensajero Argicida:

411 —¡Oh anciano! Ni los perros ni las aves lo han devorado, y todavía yace junto a la nave de Aquiles, dentro de la tienda. Doce días lleva de estar tendido, y ni el cuerpo se pudre, ni lo comen los gusanos que devoran a los hombres muertos en la guerra. Cuando apunta la divinal aurora, Aquiles lo arrastra sin piedad alrededor del túmulo de su compañero querido; pero ni aun así lo desfigura, y tú mismo, si a él te acercaras, lo admirarías de ver cuán fresco está: la sangre le ha sido lavada, no presenta mancha alguna, y cuantas heridas recibió —pues fueron muchos los que le envasaron el bronce— todas se han cerrado. De tal modo los bienaventurados dioses cuidan de tu buen hijo, aun después de muerto, porque era muy caro a su corazón.

424 Así habló. Alegróse el anciano, y respondió diciendo:

425 —¡Oh hijo! Bueno es ofrecer a los inmortales los debidos dones. Jamás mi hijo, si no ha sido un sueño que haya existido, olvidó en el palacio a los dioses que moran en el Olimpo, y por esto se acordaron de él en el

fatal trance de la muerte. Mas, ea, recibe de mis manos esta linda copa, para que la guardes, y guíame con el favor de los dioses hasta que llegue a la tienda del Pelida.

432 Díjole a su vez el mensajero Argicida:

433 —Quieres tentarme, anciano, porque soy más joven; pero no me persuadirás con tus ruegos a que acepte el regalo sin saberlo Aquiles. Le temo y me da mucho miedo defraudarle: no fuera que después se me siguiese algún daño. Pero te acompañaría cuidadosamente en una velera nave o a pie, aunque fuera hasta la famosa Argos, y nadie osaría acometerte, despreciando al guía.

440 Dijo; y, subiendo el benéfico Hermes al carro, recogió al instante el látigo y las riendas e infundió gran vigor a los corceles y mulas. Cuando llegaron al foso y a las torres que protegían las naves, los centinelas comenzaban a preparar la cena, y el mensajero Argicida los adormeció a todos; enseguida abrió la puerta, descorriendo los cerrojos, e introdujo a Príamo y el carro que llevaba los espléndidos regalos. Llegaron, por fin, a la elevada tienda que los mirmidones habían construido para el rey con troncos de abeto, cubriéndola con un techo inclinado de frondosas cañas que cortaron en la pradera; rodeábala una gran cerca de muchas estacas y tenía la puerta asegurada por una barra de abeto que quitaban o ponían tres aqueos juntos, y sólo Aquiles la descorna sin ayuda. Entonces el benéfico Hermes abrió la puerta e introdujo al anciano y los presentes para el Pelida, el de los pies ligeros. Y apeándose del carro, dijo a Príamo:

460 —¡Oh anciano! Yo soy un dios inmortal, soy Hermes; y mi padre me envió para que fuese tu guía. Me vuelvo antes de llegar a la presencia de Aquiles, pues sería indecoroso que un dios inmortal se tomara públicamente tanto interés por los mortales. Entra tú, abraza las rodillas del Pelida y suplícale por su padre, por su madre de hermosa cabellera y por su hijo, para que conmuevas su corazón.

468 Cuando esto hubo dicho, Hermes se encaminó al vasto Olimpo. Príamo saltó del carro a tierra, dejó a Ideo con el fin de que cuidase de los caballos y mulas, y fue derecho a la tienda en que moraba Aquiles, caro a Zeus. Hallóle dentro y sus amigos estaban sentados aparte; sólo dos de ellos, el héroe Automedonte y Álcimo, vástago de Ares, le servían, pues acababa de cenar; y, si bien ya no comía ni bebía, aun la mesa continuaba puesta. El gran Príamo entró sin ser visto, acercóse a Aquiles, abrazóle las rodillas y besó aquellas manos terribles, homicidas, que habían dado muerte

a tantos hijos suyos. Como quedan atónitos los que, hallándose en la casa de un rico, ven llegar a un hombre que, poseído de la cruel Ofuscación, mató en su patria a otro varón y ha emigrado a país extraño, de igual manera asombróse Aquiles de ver al deiforme Príamo; y los demás se sorprendieron también y se miraron unos a otros. Y Príamo suplicó a Aquiles, dirigiéndole estas palabras:

486 Acuérdate de tu padre, Aquiles, semejante a los dioses, que tiene la misma edad que yo y ha llegado al funesto umbral de la vejez. Quizá los vecinos circunstantes le oprimen y no hay quien te salve del infortunio y de la ruina; pero al menos aquél, sabiendo que tú vives, se alegra en su corazón y espera de día en día que ha de ver a su hijo, llegado de Troya. Mas yo, desdichadísimo, después que engendré hijos excelentes en la espaciosa Troya, puedo decir que de ellos ninguno me queda. Cincuenta tenía cuando vinieron los aqueos: diez y nueve procedían de un solo vientre; a los restantes diferentes mujeres los dieron a luz en el palacio. A los más el furibundo Ares les quebró las rodillas; y el que era único para mí, pues defendía la ciudad y sus habitantes, a ése tú lo mataste poco ha, mientras combatía por la patria, a Héctor, por quien vengo ahora a las naves de los aqueos, a fin de redimirlo de ti, y traigo un inmenso rescate. Pero, respeta a los dioses, Aquiles, y apiádate de mí, acordándote de tu padre; que yo soy todavía más digno de piedad, puesto que me atreví a lo que ningún otro mortal de la tierra: a llevar a mi boca la mano del hombre matador de mis hijos.

507 Así habló. A Aquiles le vino deseo de llorar por su padre; y, asiendo de la mano a Príamo, apartóle suavemente. Entregados uno y otro a los recuerdos, Príamo, caído a los pies de Aquiles, lloraba copiosamente por Héctor, matador de hombres; y Aquiles lloraba unas veces a su padre y otras a Patroclo; y el gemir de entrambos se alzaba en la tienda. Mas así que el divino Aquiles se hartó de llanto y el deseo de sollozar cesó en su alma y en sus miembros, alzóse de la silla, tomó por la mano al viejo para que se levantara, y, mirando compasivo su blanca cabeza y su blanca barba, díjole estas aladas palabras:

518 —¡Ah, infeliz! Muchos son los infortunios que tu ánimo ha soportado. ¿Cómo osaste venir solo a las naves de los aqueos, a los ojos del hombre que te mató tantos y tan valientes hijos? De hierro tienes el corazón. Mas, ea, toma asiento en esta silla; y, aunque los dos estamos afligidos, dejemos reposar en el alma las penas, pues el triste llanto para

nada aprovecha. Los dioses destinaron a los míseros mortales a vivir en la tristeza, y sólo ellos están descuitados. En los umbrales del palacio de Zeus hay dos toneles de dones que el dios reparte: en el uno están los males y en el otro los bienes. Aquél a quien Zeus, que se complace en lanzar rayos, se los da mezclados, unas veces topa con la desdicha y otras con la buena ventura; pero el que tan sólo recibe penas vive con afrenta, una gran hambre le persigue sobre la divina tierra y va de un lado para otro sin ser honrado ni por los dioses ni por los hombres. Así las deidades hicieron a Peleo claros dones desde su nacimiento: aventajaba a los demás hombres en felicidad y riqueza, reinaba sobre los mirmidones, y, siendo mortal, le dieron por mujer una diosa. Pero también la divinidad le impuso un mal: que no tuviese hijos que reinaran luego en el palacio. Tan sólo engendró uno, a mí, cuya vida ha de ser breve; y no le cuido en su vejez, porque permanezco en Troya, muy lejos de la patria, para contristarte a ti y a tus hijos. Y dicen que también tú, oh anciano, fuiste dichoso en otro tiempo; y que en el espacio que comprende Lesbos, donde reinó Mácar, y más arriba la Frigia hasta el Helesponto inmenso, descollabas entre todos por tu riqueza y por tu prole. Mas, desde que los dioses celestiales te trajeron esta plaga, sucédense alrededor de la ciudad las batallas y las matanzas de hombres. Súfrelo resignado y no dejes que de tu corazón se apodere incesante pesar, pues nada conseguirás afligiéndote por tu hijo, ni lograrás que se levante, antes tendrás que padecer un nuevo mal.

552 Respondió enseguida el anciano Príamo, semejante a un dios:

553 —No me hagas sentar en esta silla, alumno de Zeus, mientras Héctor yace insepulto en la tienda. Entrégamelo cuanto antes para que lo contemple con mis ojos, y tú recibe el cuantioso rescate que te traemos. Ojalá puedas disfrutar de él y volver al patrio suelo, ya que ahora me has dejado vivir y ver la luz del sol.

559 Mirándole con torva faz, le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:

560 —¡No me irrites más, oh anciano! Tengo acordado entregarte a Héctor, pues para ello Zeus me envió como mensajera la madre que me dio a luz, la hija del anciano del mar. Comprendo también, oh Príamo, y no se me oculta, que un dios te trajo a las veleras naves de los aqueos; porque ningún mortal, aunque estuviese en la flor de la juventud, se atrevería a venir al ejército, ni entraría sin ser visto por los centinelas, ni desatrancaría con facilidad nuestras puertas. Abstente, pues, de exacerbar los dolores de

mi corazón; no sea que a ti, oh anciano, no te respete en mi tienda, aunque siendo mi suplicante, y viole las órdenes de Zeus.

571 Así dijo. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. El Pelida, saltando como un león, salió de la tienda, y no se fue solo, pues le siguieron dos de sus servidores: el héroe Automedonte y Álcimo, que eran los compañeros a quienes más apreciaba desde que había muerto Patroclo. Enseguida desengancharon caballos y mulas, introdujeron el heraldo, vocero del anciano, haciéndole sentar en una silla, y quitaron del lustroso carro los inmensos rescates de la cabeza de Héctor. Tan sólo dejaron dos mantos y una túnica bien tejida, para envolver el cadáver antes que lo entregara para que lo llevasen a casa. Aquiles llamó entonces a las esclavas y les mandó que lo lavaran y ungieran, trasladándolo a otra parte para que Príamo no viese a su hijo; no fuera que, afligiéndose al verlo, no pudiese reprimir la cólera en su pecho e irritase el corazón de Aquiles, y éste lo matara, quebrantando las órdenes de Zeus. Lavado ya y ungido con aceite, las esclavas lo cubrieron con la túnica y el hermoso palio, después el mismo Aquiles lo levantó y colocó en un lecho, y por fin los compañeros lo subieron al lustroso carro. Y el héroe suspiró y dijo, nombrando a su amigo:

592 —No te enojes conmigo, oh Patroclo, si en el Hades te enteras de que he entregado el divino Héctor a su padre; pues me ha traído un rescate digno, y de él te dedicaré la debida parte.

596 Habló así el divino Aquiles y volvió a la tienda. Sentóse en la silla, labrada con mucho arte, de que antes se había levantado y que se hallaba adosada al muro, y enseguida dirigió a Príamo estas palabras:

599 —Tu hijo, oh anciano, rescatado está, como pedías: yace en un lecho, y al despuntar la aurora podrás verlo y llevártelo. Ahora pensemos en cenar, pues hasta Níobe, la de hermosas trenzas, se acordó de tomar alimento cuando en el palacio murieron sus dos vástagos: seis hijas y seis hijos florecientes. A éstos Apolo, airado contra Níobe, los mató disparando el arco de plata; a aquéllas dioles muerte Ártemis, que se complace en tirar flechas; porque la madre osaba compararse con Leto, la de hermosas mejillas, y decía que ésta sólo había dado a luz dos hijos, y ella había tenido muchos; y los de la diosa, no siendo más que dos, acabaron con todos los de Níobe. Nueve días permanecieron tendidos en su sangre, y no hubo quien los enterrara porque el Cronión a la gente la había vuelto de piedra; pero, al llegar el décimo, los dioses celestiales los sepultaron. Y Níobe, cuando se hubo cansado de llorar, pensó en el alimento. Hállase actualmente en las

rocas de los montes yermos de Sípilo, donde, según dice, están las grutas de las ninfas que bailan junto al Aqueloo, y aunque convertida en piedra, devora aún los dolores que las deidades le causaron. Mas, ea, divino anciano, cuidemos también nosotros de comer, y más tarde, cuando hayas transportado el hijo a Ilio, podrás hacer llanto sobre el mismo, y será por ti muy llorado.

626 En diciendo esto, el veloz Aquiles levantóse y degolló una blanca oveja; sus compañeros la desollaron y prepararon bien como era debido; la descuartizaron con arte, y, cogiendo con pinchos los pedazos, los asaron cuidadosamente y los retiraron del fuego. Automedonte repartió pan en hermosas cestas, y Aquiles distribuyó la carne. Ellos alargaron la diestra a los manjares que tenían delante; y, cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, Príamo Dardánida admiró la estatura y el aspecto de Aquiles, pues el héroe parecía un dios; y, a su vez, Aquiles admiró a Príamo Dardánida, contemplando su noble rostro y escuchando sus palabras. Y, cuando se hubieron deleitado, mirándose el uno al otro, el anciano Príamo, semejante a un dios, dijo el primero:

635 —Mándame ahora, sin tardanza, a la cama, oh alumno de Zeus, para que, acostándonos, gocemos del dulce sueño. Mis ojos no se han cerrado desde que mi hijo murió a tus manos, pues continuamente gimo y devoro innumerables congojas, revolcándome por el estiércol en el recinto del patio. Ahora he probado la comida y rociado con el negro vino la garganta, pues desde entonces nada había probado.

643 Dijo. Aquiles mandó a sus compañeros y a las esclavas que pusieran camas debajo del pórtico, las proveyesen de hermosos cobertores de púrpura, extendiesen sobre ellos tapetes y dejasen encima afelpadas túnicas para abrigarse. Las esclavas salieron de la tienda llevando antorchas en sus manos, y aderezaron diligentemente dos lechos. Y Aquiles, el de los pies ligeros, chanceándose, dijo a Príamo:

650 —Acuéstate fuera de la tienda, anciano querido; no sea que alguno de los caudillos aqueos venga, como suelen, a consultarme sobre sus proyectos; si alguno de ellos lo viera durante la veloz y obscura noche, podría decirlo enseguida a Agamenón, pastor de pueblos, y quizás se diferina la entrega del cadáver. Mas, ea, habla y dime con sinceridad durante cuántos días quieres hacer honras al divino Héctor, para, mientras tanto, permanecer yo mismo quieto y contener el ejército.

659 Respondióle enseguida el anciano Príamo, semejante a un dios:

660 —Si quieres que yo pueda celebrar los funerales del divino Héctor, haciendo lo que voy a decirte, oh Aquiles, me dejarías complacido. Ya sabes que vivimos encerrados en la ciudad; y la leña hay que traerla de lejos, del monte, y los troyanos tienen mucho miedo. Durante nueve días lo lloraremos en el palacio, el décimo lo sepultaremos y el pueblo celebrará el banquete fúnebre, el undécimo le erigiremos un túmulo y el duodécimo volveremos a pelear, si necesario fuere.

668 Contestóle el divino Aquiles, el de los pies ligeros:

669 —Se hará como dispones, anciano Príamo, y suspenderé la guerra tanto tiempo como me pides.

671 Así, pues, diciendo, estrechó por el puño la diestra del anciano para que no sintiera en su alma temor alguno. El heraldo y Príamo, prudentes ambos, se acostaron, allí en el vestíbulo de la mansión. Aquiles durmió en el interior de la tienda, sólidamente construida, y a su lado descansó Briseide, la de hermosas mejillas.

677 Las demás deidades y los hombres que combaten en carros durmieron toda la noche, vencidos del dulce sueño; pero éste no se apoderó del benéfico Hermes, que meditaba cómo sacaría del recinto de las naves al rey Príamo sin que lo advirtiesen los sagrados guardianes de las puertas. E, inclinándose sobre la cabeza del rey, así le dijo:

683 —¡Oh anciano! No te inquieta el peligro cuando duermes así, en medio de los enemigos, después que Aquiles te ha respetado. Acabas de rescatar a tu hijo, dando muchos presentes; pero los otros hijos que allá se quedaron tendrían que dar tres veces más para redimirte vivo, si llegaran a descubrirte Agamenón Atrida y los aqueos todos.

689 Así dijo. El anciano sintió temor y despertó al heraldo. Hermes unció caballos y mulas, y acto continuo los guio por entre el ejército sin que nadie lo advirtiera.

692 Mas, al llegar al vado del voraginoso Janto, río de hermosa corriente que el inmortal Zeus había engendrado, Hermes se fue al vasto Olimpo. La Aurora de azafranado velo se esparcía por toda la tierra, cuando ellos, gimiendo y lamentándose, guiaban los corceles hacia la ciudad, y les seguían las mulas con el cadáver. Ningún hombre ni mujer de hermosa cintura los vio llegar antes que Casandra, semejante a la áurea Afrodita; pues, subiendo a Pérgamo, distinguió el carro y en él a su padre y al heraldo, pregonero de la ciudad, y vio detrás a Héctor, tendido en un lecho

que las mulas conducían. Enseguida prorrumpió en sollozos y fue clamando por toda la ciudad:

704 —Venid a ver a Héctor, troyanos y troyanas, si otras veces os alegrasteis de que volviese vivo del combate; pues era el regocijo de la ciudad y de todo el pueblo.

707 Así dijo, y ningún hombre ni mujer se quedó allí, en la ciudad. Todos sintieron intolerable congoja y fueron a juntarse cerca de las puertas con el que les traía el cadáver. La esposa querida y la veneranda madre, echándose las primeras sobre el carro de hermosas ruedas y tocando con sus manos la cabeza de Héctor, se arrancaban los cabellos; y la turba las rodeaba llorando. Y hubieran permanecido delante de las puertas todo el día, hasta la puesta del sol, derramando lágrimas por Héctor, si el anciano no les hubiese dicho desde el carro:

716 —Haceos a un lado para que yo pase con las mulas; y, una vez lo haya conducido al palacio, os hartaréis de llanto.

718 Así habló; y ellos, apartándose, dejaron que pasara el carro. Dentro ya del magnífico palacio, pusieron el cadáver en torneado lecho a hicieron sentar a su alrededor cantores que preludiaban el treno: éstos cantaban dolientes querellas, y las mujeres respondían con gemidos. Y en medio de ellas Andrómaca, la de níveos brazos, que sostenía con las manos la cabeza de Héctor, matador de hombres, dio comienzo a las lamentaciones exclamando:

725 —¡Marido! Saliste de la vida cuando aún eras joven, y me dejas viuda en el palacio. El hijo que nosotros ¡infelices! hemos engendrado es todavía infante y no creo que llegue a la mocedad; antes será la ciudad arruinada desde su cumbre, porque has muerto tú que eras su defensor, el que la salvaba, el que protegía a las venerables matronas y a los tiernos infantes. Pronto se las llevarán en las cóncavas naves y a mí con ellas. Y tú, hijo mío, o me seguirás y tendrás que ocuparte en oficios viles, trabajando en provecho de un amo cruel; o algún aqueo te cogerá de la mano y te arrojará de lo alto de una torre, ¡muerte horrenda!, irritado porque Héctor le matara el hermano, el padre o el hijo; pues muchos aqueos mordieron la vasta tierra a manos de Héctor. No era blando tu padre en la funesta batalla, y por esto le lloran todos en la ciudad. ¡Oh Héctor! Has causado a tus padres llanto y dolor indecibles, pero a mí me aguardan las penas más graves. Ni siquiera pudiste, antes de morir, tenderme los brazos desde el

lecho, ni hacerme saludables advertencias que hubiera recordado siempre, de noche y de día, con lágrimas en los ojos.

746 Así dijo llorando, y las mujeres gimieron. Y entre ellas, Hécuba empezó a su vez el funeral lamento:

748 —¡Héctor, el hijo más amado de mi corazón! No puede dudarse de que en vida fueras caro a los dioses, pues no se olvidaron de ti en el fatal trance de la muerte. Aquiles, el de los pies ligeros, a los demás hijos míos que logró coger vendiólos al otro lado del mar estéril, en Samos, Imbros o Lemnos, de escarpada costa; a ti, después de arrancarte el alma con el bronce de larga punta, lo arrastraba muchas veces en torno del sepulcro de su compañero Patroclo, a quien mataste, mas no por esto resucitó a su amigo. Y ahora yaces en el palacio, tan fresco como si acabaras de morir y semejante al que Apolo, el del argénteo arco, mata con sus suaves flechas.

760 Así habló, derramando lágrimas, y excitó en todos vehemente llanto. Y Helena fue la tercera en dar principio al funeral lamento:

762 —¡Héctor, el cuñado más querido de mi corazón! Mi marido, el deiforme Alejandro, me trajo a Troya, ¡ojalá me hubiera muerto antes!; y en los veinte años que van transcurridos desde que vine y abandoné la patria, jamás he oído de tu boca una palabra ofensiva o grosera; y si en el palacio me increpaba alguno de los cuñados, de las cuñadas o de las esposas de aquéllos, o la suegra —pues el suegro fue siempre cariñoso como un padre —, contenías su enojo aquietándolos con tu afabilidad y tus suaves palabras. Con el corazón afligido lloro a la vez por ti y por mí, desgraciada; que ya no habrá en la vasta Troya quien me sea benévolo ni amigo, pues todos me detestan.

776 Así dijo llorando, y la inmensa muchedumbre prorrumpió en gemidos. Y el anciano Príamo dijo al pueblo:

778 —Ahora, troyanos, traed leña a la ciudad y no temáis ninguna emboscada por parte de los argivos; pues Aquiles, al despedirme en las negras naves, me prometió no causarnos daño hasta que llegue la duodécima aurora.

782 Así dijo. Pronto la gente del pueblo, unciendo a los carros bueyes y mulas, se reunió fuera de la ciudad. Por espacio de nueve días acarrearon abundante leña; y, cuando por décima vez apuntó la aurora, que trae la luz a los mortales, sacaron llorando el cadáver del audaz Héctor, lo pusieron en lo alto de la pira y le prendieron fuego.

788 Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, congregóse el pueblo en torno de la pira del ilustre Héctor. Y cuando todos acudieron y se hubieron reunido, apagaron con negro vino la parte de la pira a que la violencia del fuego había alcanzado; y seguidamente los hermanos y los amigos, gimiendo y corriéndoles las lágrimas por las mejillas, recogieron los blancos huesos y los colocaron en una urna de oro, envueltos en fino velo de púrpura. Depositaron la urna en el hoyo, que cubrieron con muchas y grandes piedras, y erigieron el túmulo. Habían puesto centinelas por todos lados, para no ser sorprendidos si los aqueos, de hermosas grebas, los acometían. Levantado el túmulo, volviéronse; y, reunidos después en el palacio del rey Príamo, alumno de Zeus, celebraron un espléndido banquete fúnebre.

804 Así hicieron las honras de Héctor, domador de caballos.

50. CÓMO SE FILOSOFA A MARTILLAZOS (FRIEDRICH NIETZSCHE)

ÍNDICE

Prefacio
El Problema De Sócrates
La "Razón" De La Filosoma
La Moral Como Antinaturalidad
Los Cuatro Grandes Errores
Los "Mejoradores" De La Humanidad
Lo Que Falta A Los Alemanes
Correrías De Un Hombre Inactual
Lo Que Yo Debo A Los Antiguos
Habla El Martillo

PREFACIO

Conservar en los problemas sombríos y de abrumadora responsabilidad la alegría serena, es cosa harto difícil, y, sin embargo, ¿hay algo más necesario que la alegría serena?

Nada sale bien si no participa en ello la alegre travesura.

Soló el exceso de fuerza es la prueba de fuerza.

Una transmutación de todos los valores, interrogante negro y tremendo que proyecta sombras sobre quien lo plantea, oblig

a a cada instante a buscar el sol y sacudir una seriedad pesada, una seriedad que se ha vuelto demasiado pesada. Para este fin, bienvenidos sean todos los medios; cada caso es un caso de buena suerte. Sobre todo, la guerra. La guerra siempre ha sido la grande cordura de todos los espíritus que se han vuelto demasiado íntimos y profundos; hasta en la herida hay virtud curativa. Desde hace tiempo la siguiente máxima, cuyo origen escamoteo a la curiosidad erudita, ha sido mi divisa:

increscunt animi, virescit volnere virtus.

Otro solaz, que bajo ciertas circunstancias me es aún más grato, consiste en tantear ídolos... Existen en el mundo más ídolos que realidades; tal es mi “mal de ojo” respecto a este mundo, como también mi “mal de oído”... Interrogar con el martillo y oír acaso comaorespuesta ese famoso sanida hueco que dice de intestinos aquejados de flatosidad, ¡qué deleite supone para uno que tiene oídos aún detrás de los oídos!; para mí, avezado sicólogo y seductor ante el que precisamente lo que quisiera permanecer calladito tiene que hacerse oír...

También este escritocomo lo revela el títuloes ante todo solaz, rincón soleado, escapada a la sociedad, de un sicólogo. ¿Acaso también una nueva guerra? ¿Se tantean nuevos ídolos?... Este pequeño escrito es una gran declaración de guerra; y en cuanto al tanteo de ídolos, esta vez no son ídolos de la época, sino ídolos eternos los que aquí se tocan con el martillo como con el diapasón; no existen ídolos más antiguos, más convencidos, más inflados... ni más huecos... Lo cual no impide que sean los más creídos. Por otra parte, sobre lodo en el caso más distinguido, no se los designa en absoluto con el nombre de ídolo...

Turín, 30 de septiembre de 1888,

día en que quedó concluido el libro
primero de la Transmutación de todos los valores.
FRIEDRICH NIETZSCHE

SENTENCIAS

1

La ociosidad es la madre de toda sicología. ¿Cómo?; ¿será la sicología un vicio?

2

Ni el más valiente de nosotros tiene rara vez la valentía de admitir lo que en definitiva sabe...

3

Dice Aristóteles que para vivir en soledad hay que ser animal o dios. Falta aclarar que hay que ser lo uno y lo otro: filósofo.

4

"Toda verdad es siemple :" ¿No será esto una doble mentira?

5

Son muchas las cosas que no quiero saber. La sabiduría fija límites también al conocimiento.

6

En su naturaleza salvaje es donde uno se repone más eficazmente de su antinaturalidad, su espiritualidad...

7

¿Es posible que el hombre sea tan sólo un yerro de Dios? ¿O Dios tan sólo un yerro del hombre?

8

De la escuela de guerra de la vida. Lo que no me aniquila me vuelve más fuerte.

9

Ayúdate a ti mismo, y te ayudará todo el mundo. Principio del amor al prójimo.

10

¡No se debe ser cobarde ante los propios actos!; ¡no se los debe desestimar a posteriori! El remordimiento es indecente.

11

¿Puede darse un burro trágico? ¿Puede admitirse el caso de alguien que sucumbe bajo una carga que no puede llevar ni arrojar?... He aquí el caso del filósofo.

12

Quien tiene su ¿por qué? de la vida se las arregla poco más o menos con cualquier ¿cómo? El hombre no aspira a la felicidad; a no ser los ingleses.

13

El hombre ha creado a la mujer. ¿Con qué? ¡Con una costilla de su Dios; de su “ideal”!

14

¿Qué estás buscando? ¿Quisieras decuplicarte, centuplicarte? ¿Andas buscando adeptos? ¡Pues busca ceros!

15

Los hombres póstumos como yo, son entendidos peor que los actuales, pero atendidos mejor. Más estrictamente: no se nos entiende jamás; de ahí nuestra autoridad...

16

Entre mujeres. “¿La verdad? ¡Oh, usted no la conoce! ¿No es un atentado contra todos nuestros pudores?”

17

He aquí un artista como me gustan los artistas, de necesidades modestas; en el fondo, sólo quiere dos cosas: su sustento y su arte, panem et circenses...

18

Quien no sabe introducir su voluntad en las cosas introduce en ellas, al menos, un sentido: creyendo que hay en ellas una voluntad (principio de la “fe”).

19

¿Cómo es posible que habiendo optado por la virtud y el sentimiento sublime envidiéis las ventajas de los inescrupulosos? Quien opta por la virtud renuncia a las “ventajas”... (Tomen buena nota de ello los antisemitas.)

20

La mujer cabal hace literatura como quien comete un desliz: a título de ensayo, de paso, mirando en torno por si la ve alguien y para que alguien la vea...

21

Hay que ir a la busca de situaciones donde no sea permitido tener virtudes ficticias, en las que uno, como el bailarín en la cuerda, se precipite o se sostenga; o se salve...

22

“Los hombres malos no tienen canciones”. ¿Cómo es que los rusos tienen canciones?

23

“Espíritu alemán”: desde hace dieciocho años una contradictio in adjecto.

24

Buscando los principios, uno se convierte en un cangrejo. El historiador, de tanto mirar hacia atrás, termina por creer también hacia atrás.

25

El contento protege hasta contra el catarro. ¿Se ha acatarrado jamás mujer que se considerase bien vestida? Ni aun suponiendo que fuera precariamente vestida.

26

Desconfío de todos los sistemáticos, e incluso los evito. La voluntad de sistema es una falta de probidad.

27

¿Por qué pasa la mujer por profunda? Porque en ella nunca se llega a tocar fondo. La mujer no es ni siquiera de poco fondo.

28

La mujer que posee virtudes viriles es para escaparse; la que no las posee, se escapa ella misma.

29

“¡Hay que ver las cosas que antes tenía que morder la conciencia! ¡Qué buena dentadura tenía! ¿Y hoy día?; ¿qué es lo que falta ahora?” (Pregunta de un dentista.)

30

Rara vez se incurre en una sola precipitación. Quien se precipita siempre se precipita demasiado. De ahí que en general se incurra en una segunda; y entonces, se precipita demasiado poco...

31

El gusano pisado se retuerce y dobla. Cosa que le conviene, pues reduce la probabilidad de ser pisado otra vez. Dicho en el lenguaje de la moral: humildad.

32

Hay un odio a la mentira y a la hipocresía por puntillosidad; hay idéntico odio por cobardía, en tanto que la mentira está prohibida por precepto divino. Demasiado cobarde como para mentir...

33

¡Cuán poco se requiere para ser feliz! El sonido de una gaita. Sin música, la vida sería un error. El alemán se imagina incluso a Dios cantando canciones.

34

On ne peut penser et écrire qu'assis (Flaubert). ¡Ah, nihilista! El trasero es precisamente el pecado contra el espíritu santo. Sólo tienen valor los pensamientos pensados en camino.

35

Hay momentos en que los sicólogos parecemos caballos espantados: cuando vemos fluctuar ante nosotros nuestra propia sombra. El sicólogo, para ver, debe apartar la vista de sí mismo.

36

Los inmoralistas, ¿hacemos algún daño a la virtud? Creo que no, del mismo modo que los anarquistas no hacen daño a los príncipes. Solamente desde que se dispara contra ellos, se sienten más firmemente instalados en sus tronos. Moraleja: hay que disparar contra la moral.

37

¿Corres delante? ¿Lo haces como guía, como excepción? También podría tratarse de un escapado... Primera cuestión de conciencia.

38

¿Eres auténtico, o tan sólo un comediante? ¿Eres un representante, o algo representado? Acaso no eres, en definitiva, más que un comediante imitado... Segunda cuestión de conciencia.

39

Habla el desengañado.Busqué grandes hombres, pero siempre encontré, únicamente, lacayos de su ideal.

40

¿Perteneces a los que miran hacer a los otros? ¿Eres uno que coopera? ¿O eres uno que aparta la mirada, apartándose?... Tercera cuestión de conciencia.

41

¿Quieres acompañar? ¿Marchar adelante? ¿O apartarte?... Hay que saber lo que se quiere y qué se quiere. Cuarta cuestión de conciencia.

42

Esos escalones eran para mí; los he subido. Para hacerlo tuve que pasar por ellos. Pero muchos creyeron que yo iba a sentarme en los mismos a descansar...

43

¡ Qué importa que yo tenga razón 1 Tengo sobrada razón. Y quien ríe más, es el que ríe el último.

44

La fórmula de mi felicidad: un sí, un no, una recta, una meta...

EL PROBLEMA DE SÓCRATES

1

En todos los tiempos, los más sabios han coincidido en este juicio acerca de la vida: no vale nada. Una y otra vez se les ha oído el mismo acento: un acento de duda, de melancolía, de cansancio de la vida, de resistencia a ella. Hasta Sócrates dijo al morir: “La vida es una larga enfermedad; debo un gallo al salvador Asclepio”. Hasta Sócrates estaba harto de vivir.

¿Qué prueba esto? ¿Qué sugiere esto? En tiempos pasados se hubiera dicho (¡y se lo ha dicho, y en voz muy alta, entre nuestros pesimistas señaladamente!) “¡debe haber en esto alguna verdad! El consensus sapientium prueba la verdad”.

¿Hablamos hoy todavía así? ¿Nos es permitido hablar todavía así? Nosotros respondemos: “debe haber en esto alguna enfermedad”; ¡a esos sabios de todos los tiempos se los debiera ante todo mirar de cerca! ¿Serían todos ellos un tanto maduritos?, ¿tardíos?, ¿ajados?, ¿décadents? ¿Presentaríase la sabiduría sobre la tierra bajo forma de cuervo entusiasmado con un tufillo de carroña?...

2

Esta noción irreverente de que los grandes sabios son tipos de la decadencia, se me ocurrió precisamente en el caso en que más violentamente choca con el prejuicio erudito y profano: Sócrates y Platón se me revelaron como síntomas de decadencia, como instrumentos de la desintegración griega, como pseudogriegos, antigriegos (El origen de la tragedia, 1872). Comprendí cada vez más claramente que ese consensus sapientium lo que menos prueba es que estaban en lo cierto con aquello en que coincidían; que prueba, eso sí, que tales sabios debían coincidir en algo fisiológicamente, para adoptar así, por fuerza, una idéntica actitud negativa ante la vida. En último análisis, los juicios, de valor sobre la vida, en pro o en contra, jamás pudieron ser ciertos; sólo tienen valor como síntomas, sólo entran en consideración como síntomas. Tales juicios son en sí estúpidos. Es absolutamente preciso hacer una tentativa de aprehender esta asombrosa finesse de que el valor de la vida no puede ser apreciado. Ni por los vivos, toda vez que son parte, y aun objeto de litigio, y no jueces; ni por los muertos, por una razón diferente. El que un filósofo vea el valor de la vida como problema, se convierte en una objección contra él, en un interrogante a su sabiduría, en una falta de sabiduría. ¿Cómo? Todos esos grandes sabios ¿no solamente han sido décadents, sino que ni siquiera han sido sabios? Mas vuelvo al problema de Sócrates.

3

Sócrates, por su origen, pertenece al más bajo pueblo: Sócrates fue un plebeyo. Se sabe, puede observarse, cuán feo fue. Mas la fealdad, de suyo una objeción, entre los griegos es poco menos que una refutación. ¿Fue Sócrates de veras un griego? La fealdad es con harta frecuencia la expresión de una evolución trabada, inhibida por cruce de razas. O si no, aparece como evolución descendente. Los criminalistas antropólogos nos dicen que el delincuente típico es feo monstrum in fronte, monstrum in animo. Mas el delincuente es un décadent. ¿Sería Sócrates un delincuente típico? Ciertamente no desmentiría esta hipótesis ese famoso dictamen de un fisónomo que tanto escandalizó a los amigos de Sócrates. Un forastero entendido en fisonomías, de paso en Atenas, le dijo en la cara a Sócrates que era un monstrum, que llevaba en sí todos los malos vicios y apetitos. Y Sócrates se limitó a contestar: “¡Usted me conoce, señor!”

4

Que Sócrates fue un décadent lo sugiere no sólo el admitido desenfreno y anarquía de sus instintos, sino también la superfetación de lo lógico y esa malicia de raquítico que lo caracteriza. No pasemos por alto tampoco esas alucinaciones auditivas que como “demonios de Sócrates” han sido interpretadas en un sentido religioso. Todo en él es exageración, buffo, caricatura; todo en él es al mismo tiempo oculto, solapado, furtivo. Trato de comprender la idiosincrasia de la que deriva esa ecuación socrática: razón igual a virtud igual a felicidad; es la ecuación más bizarra que pueda darse y que en particular está reñida con todos los instintos de los primitivos helenos.

5

Con Sócrates, el gusto griego experimenta un vuelco en favor de la dialéctica; ¿qué significa esto, en definitiva? Significa, sobre todo, la derrota de un gusto aristocrático; con la dialéctica triunfa la plebe. Antes de Sócrates, la buena sociedad repudiaba las maneras dialécticas; éstas eran tenidas por malos modales y comprometían. Se prevenía contra ellas a la juventud. También se desconfiaba respecto a la forma de argumentar. Las cosas decentes, como las personas decentes, no llevan sus razones de esta manera en la mano. No es decoroso mostrar los cinco dedos. Lo que necesita ser probado, poco vale. Donde la autoridad forma todavía parte de las buenas costumbres y no se argumenta, sino se ordena, el dialéctico es una especie de payaso; la gente se ríe de él, no lo toma en serio. Sócrates fue el payaso que se hizo tomar en serio. ¿Qué significa esto, en definitiva?

6

Sólo opta por la dialéctica quien no dispone de otro recurso. Sábese que ella despierta suspicacia; que tiene escaso poder de convicción. Nada hay tan fácil de borrar como el efecto de un dialéctico, según lo prueba la experiencia de cualquier reunión donde se habla. La dialéctica no puede ser más que un recurso de emergencia, en manos de personas que ya no poseen otras armas. Sólo quien tiene que imponer su derecho hace uso de ella. De ahí que los judíos fueran dialécticos, y lo fue el zorro de la fábula. Entonces, ¿lo sería también Sócrates?

7

¿Sería la ironía de Sócrates una expresión de rebeldía, de resentimiento plebeyo? ¿Goza él acaso, como oprimido, con la ferocidad propia de las cuchilladas del silogismo? ¿Se venga de las clases aristocráticas que fascina? Como dialéctico, uno maneja un instrumento implacable; con él puede dárselas de tirano; triunfando compromete. El dialéctico lleva a su contrincante a una situación donde le corresponde probar que no es un idiota; enfurece y reduce a la impotencia a un tiempo. Despotencia el dialéctico intelectualmente a su contrincante. ¿Será entonces la dialéctica de Sócrates una forma de la venganza?

8

Dado a entender cómo Sócrates provocaba repulsión, es necesario explicar cómo fascinaba. Una de las causas de su atracción fue el hecho de descubrir una modalidad nueva de agon, convirtiéndose en el primer maestro de esgrima de los círculos aristocráticos de Atenas. Fascinaba porque apelaba al impulso agonal de los helenos, introduciendo una variante en la lucha entre jóvenes y adolescentes. Fue Sócrates también un gran erótico.

9

Mas Sócrates adivinó aún más. Penetró hasta los trasfondos de sus atenienses aristocráticos y comprendió que su propio caso, su personal caso, ya no era un caso excepcional. En todas partes se iniciaba la misma forma de degeneración; declinaba la antigua Atenas. Y Sócrates se percató de que todo el mundo tenía necesidad de él; de su medio, su cura, su truco personal de la conservación... Por doquier estaban en anarquía los instintos; por doquier se estaba a dos pasos del exceso; el monstrum in anima era el peligro general. “Los instintos quieren dárselas de tirano; hay que inventar un contratirano que sea más fuerte que ellos...” Cuando aquel fisónotno reveló a Sócrates que era un foco de todos los malos apetitos, el gran ironista pronunció palabras que proporcionan la clave de su ser. “Es ciertodijo; pero logro dominarlos todos.” ¿Cómo logró Sócrates el dominio de sí mismo? Era el suyo, en definitiva, tan sólo el caso extremo, más patente, de lo que por entonces empezaba a ser el apremio general: que nadie lograba ya dominarse y los instintos se volvían unos contra otros. Fascinaba por su calidad de caso extremo; su fealdad aterradora atraía todas las miradas; fascinaba, como es natural, en mayor grado aún como respuesta, solución, cura aparente de este caso.

10

Si se está en la necesidad de hacer de la razón un tirano, como ocurrió en el caso de Sócrates, existe, por supuesto, un grave peligro de que otra cosa quiera ser tirana. En aquel entonces se adivinaba la racionalidad como salvadora; ni Sócrates ni sus “enfermos” estaban en libertad de ser o no racionales; la racionalidad era para ellos su último recurso. El fanatismo con que a la sazón todo el pensamiento griego se abalanzaba sobre ella revelaba un apremio; se estaba en peligro, colocado ante la alternativa de sucumbir o ser absurdamente racional... El moralismo de los filósofos griegos a partir de Platón está patológicamente determinado, lo mismo que su culto de la dialéctica. Razón igual a virtud igual a felicidad quiere decir simplemente hay que imitar el ejemplo de Sócrates y establecer frente a los apetitos tenebrosos una claridad permanente la claridad de la razón. Hay que ser cuerdo, claro, lúcido a toda costa; toda transigencia con los instintos, con lo inconsciente, hunde...

11

He dado a entender por qué fascinaba Sócrates: parecía un médico, un salvador. ¿Es necesario señalar el error de su fe en la “racionalidad a toda costa”? Los filósofos y moralistas se engañaban a sí mismos al creer que así se emancipan de la décadence y la combaten. No está en su poder emanciparse de ella; lo que eligen como recurso, como medida salvadora, sólo es, a su vez, una expresión de la décadence; modifican la expresión de la misma, pero no la eliminan. Sócrates fue un malentendido; toda la moral correctiva, la cristiana inclusive, ha sido un malentendido. La claridad más extrema, la racionalidad a ultranza, la vida clara, fría, cautelosa, consciente, carente de instinto, en oposición a los instintos, era a su vez una enfermedad, una diferente, en modo alguno un retorno a la “virtud”, a la “salud”, a la felicidad... Estar en la necesidad de combatir los instintos: he aquí la fórmula de la décadence; mientras ascienda la vida, la felicidad se identifica con el instinto.

¿Comprendería esto él mismo, el más listo de todos los que han practicado jamás el engaño de sí mismo? ¿Se lo confesaría, por último, en la sabiduría del valor con que enfrentó la muerte?... Sócrates quería morir: no fue Atenas, sino él mismo quien se condenó a beber la cicuta; obligó a Atenas a condenarlo a bebérsela... “Sócrates no es un médicomurmuró para sus adentros; únicamente la muerte es un médico... Sócrates mismo sólo ha estado enfermo durante largo tiempo...”

LA “RAZÓN” DE LA FILOSOMA

1

¿Me preguntan ustedes cuáles son los distintos rasgos que caracterizan a los filósofos...? Por ejemplo, su falta de sentido histórico, su odio a la misma noción del devenir, su mentalidad egipcíaca. Creen honrar una cosa si la desprenden de sus conexiones históricas, sub specie aeterni; si la dejan hecha una momia. Todo cuanto los filósofos han venido manipulando desde hace milenios eran momias conceptuales; ninguna realidad salía viva de sus manos. Matan y disecan esos idólatras de los conceptos cuanto adoran; constituyen un peligro mortal para todo lo adorado. La muerte, la mudanza y la vejez, no menos que la reproducción y el crecimiento, son para ellos objeciones y aun refutaciones. Lo que es, no deviene; lo que deviene, no es... Pues bien, todos ellos creen, incluso con desesperación, en el Ser. Mas como no lo aprehenden, buscan razones que expliquen por qué les es escamoteado. “El que no percibamos el Ser debe obedecer a una ficción, a un engaño; ¿dónde está el engañador?” “¡Ya hemos dado con él!', exclaman contentos. “¡Es la sensualidad! Los sentidos, que también, por lo demás, son tan inmorales, nos engañan sobre el mundo verdadero. Moraleja: hay que emanciparse del engaño de los sentidos, del devenir, de la historia, de la mentira; la historia no es más que fe en los sentidos, en la mentira. Moraleja: hay que decir no a todo cuanto da crédito a los sentidos, a toda la restante humanidad; todo esto es “vulgo”. ¡Hay que ser filósofo, momia; representar el monoteísmo con una mímica de sepulturero! ¡Y repudiar, sobre todo, el cuerpo, esa deplorable idea fija de los sentidos! ¡Plagado de todas las faltas de la lógica, refutado; más aún: imposible, aunque tenga la osadía de pretender ser una cosa real! ...”

2

Exceptúo con profunda veneración el nombre de Heráclito. En tanto que los demás filósofos rechazaban el testimonio de los sentidos porque éstos mostraban multiplicidad y mudanza, él rechazó su testimonio porque mostraban las cosas dotadas de los atributos de la duración y la unidad. También Heráclito fue injusto con los sentidos. Éstos no mienten, ni como creyeron los eleáticos ni como creyó él; no mienten, sencillamente. Lo que hacemos de su testimonio es obra de la mentira, por ejemplo la de la unidad, la de la objetividad, la de la sustancia, la de la duración... La “razón” es la causa de que falseemos el testimonio de los sentidos. Éstos, en tanto que muestran el nacer y perecer, la mudanza, no mienten... Mas Heráclito siempre tendrá razón con su aserto de que el Ser es una vana ficción. El mundo “aparencial” es el único que existe; el “mundo verdadero”, es pura invención...

3

¡Y qué finos instrumentos de observación son nuestros sentidos! El olfato, por ejemplo, del que ningún filósofo ha hablado con veneración y gratitud, es hoy por hoy el instrumento más sensible de que disponemos, siendo capaz de captar incluso diferencias mínimas de movimiento que ni aun el espectroscopio registra. Poseemos hoy ciencia exactamente en la medida en que nos hemos decidido a aceptar el testimonio de los sentidos; en que hemos aprendido a aguzarlos aún más, armarlos, llevarlos a sus últimas consecuencias. Todo lo demás es chapucería y seudociencia, quiere decir, metafísica, teología, sicología, teoría del conocimiento, o bien ciencia formal, ciencia de los signos, como la lógica y las matemáticas, esa lógica aplicada. Ellas no tratan de la realidad, ni siquiera como problema; tampoco de la cuestión del valor, de tal convencionalismo de signos, como es la lógica.

4

La otra condición de los filósofos no es menos peligrosa; consiste en confundir lo último con lo primero. Sitúan lo que se presenta al final, ¡desgraciadamente, pues no debiera presentarse!, los “conceptos más elevados”, esto es, los más generales, los más vacíos, el último humo de la realidad que se evapora, en el comienzo, como comienzo. Se expresa una vez más su manera de venerar: según ellos, lo elevado no debe desprenderse de lo bajo, no debe desarrollarse, en fin... Moraleja: todo cuanto es de primer orden ha de ser causa sui. El origen extrínseco se considera una objeción, algo que pone en tela de juicio el valor. Todos los más altos valores son de primer orden; todos los conceptos más elevados, el Ser, el absoluto, el bien, lo verdadero, lo perfecto; todo esto no puede ser algo posible y, por ende, debe ser causa sui. Mas todo esto tampoco puede ser desigual entre sí, estar en contradicción consigo mismo... Así llegan a su estupendo concepto “Dios”... Lo último, lo más abstracto y huero es establecido como lo primero, como causa en sí, como ens realissimum,... ¡Por qué la humanidad habrá tomado tan en serio las afecciones cerebrales de sutiles enfermos! ¡Bien caro lo pagó! ...

5

Puntualicemos al fin la manera opuesta en que nosotros (digo “nosotros” por cortesía...) enfocamos el problema del error y de la apariencia. Antes se tenían la mudanza, el cambio, el devenir, en fin, por una prueba de la apariencia, por un indicio de que existe algo que nos engaña. Hoy día, a la inversa, exactamente en la medida en que el prejuicio de la razón nos obliga a suponer unidad, identidad, duración, sustancia, causa, objetividad y Ser, nos vemos enredados, en cierto modo, en el error, condenados a incurrir en error; por más que en virtud de una recapacitación profunda estemos seguros de que aquí reside, en efecto, el error. Ocurre con esto lo que con los movimientos del gran astro: respecto a éstos el error está respaldado continuamente por nuestra vista; en el caso que nos ocupa, por nuestro lenguaje. La génesis del lenguaje cae en los tiempos de la forma más rudimentaria de la sicología; la dilucidación de las premisas básicas de la metafísica del lenguaje, esto es, de la razón, nos revela un tosco fetichismo. Se reduce todo el acaecer a agentes y actos; se cree en la voluntad como causa, en el “yo”, en el yo como Ser, en el yo como sustancia, y se proyecta la creencia en el yosustancia sobre todas las cosas, creando en virtud de esta proyección el concepto “cosa”... El Ser es pensado, inventado, introducido siempre como causa; del concepto “yo” se sigue como concepto derivado el del “Ser”... En el principio es la grande fatalidad de error según el cual la voluntad es una instancia eficiente, una facultad... Hoy sabemos que es una mera palabra... Mucho más tarde, en un mundo mil veces más esclarecido, los filósofos tuvieron con sorpresa conciencia de la seguridad, la certeza subjetiva en el manejo de las categorías de la razón y dedujeron que éstas no podían derivar de la empiria, puesto que la empiria las desmentía. ¿Dónde ha de buscarse, pues, su origen? Y tanto en la India como en Grecia se llegó a la misma conclusión errónea: “Debemos haber vivido alguna vez en otro mundo superior (¡en vez de en otro muy inferior, como hubiera sido más justo!); ¡debemos haber sido divinos, puesto que tenemos la razón!...” En efecto, nada ha tenido un poder de convicción tan ingenuo como la noción errónea del Ser, tal como la han formulado los eleáticos; ¡como que parece corroborarla cada palabra, cada frase que pronunciamos! Incluso los adversarios de los eleáticos sucumbían a la seducción de su concepto del Ser. Ése fue el caso de Demócrito al inventar su átomo... La “razón” en el lenguaje: ¡oh, qué mujer tan vieja y engañosa! Temo que no nos libremos de Dios, por creer todavía en la gramática...

Se me agradecerá el resumir tan esencial, tan nueva concepción, en cuatro tesis, que servirán para facilitar la comprensión y provocar la objeción.

Primera tesis. Los argumentos en base a los cuales se ha calificado “este” mundo de aparencial, fundamentan, por el contrario, la realidad del mismo; es de todo punto imposible demostrar otro tipo de realidad.

Segunda tesis. Las características que se han asignado al “verdadero Ser” de las cosas son las características del No Ser, de la nada; se ha construido el “mundo verdadero” en contraposición al mundo real, y es en realidad un mundo aparencial, en tanto que mera ilusión óptica moral.

Tercera tesis. Hablar de “otro” mundo distinto de éste no tiene sentido, a menos que opere en nosotros un instinto de detracción, rebajamiento y acusación de la vida; en este último caso, nos vengamos de la vida por la fantasmagoría de “otra”, “mejor” vida.

Cuarta tesis. Separa el mundo en uno “verdadero” y otro “aparencial”, ya al modo del cristianismo o al modo de Kant (quien fue, en definitiva, un cristiano pérfido), no es sino una sugestión de la décadence; un síntoma de vida descendente... El que el artista ponga la apariencia por encima de la realidad no es una objeción contra esta tesis. Pues en este caso “la apariencia” significa la realidad otra vez, sólo que a través de selección, exaltación y corrección... El artista trágico no es un pesimista; precisamente dice sí a todo lo problemático y pavoroso: es dionisiaco...

CÓMO EL “MUNDO VERDADERO” SE CONVIRTIÓ EN UNA FÁBULA

Historia de un error

1. El mundo verdadero está al alcance del sabio, del piadoso, del virtuoso, los cuales viven en él, se identifican con él.

(Forma más antigua de la idea, relativamente cuerda, simple, convincente. Paráfrasis de la proposición “yo, Platón, soy la verdad”.)

2. El mundo verdadero es por lo pronto inaccesible, pero está reservado al sabio, al piadoso, al virtuoso (“al pecador arrepentido”).

(Progreso de la idea; ésta se torna más sutil, más problemática e inasible, se convierte en mujer, se vuelve cristiana...)

3. El mundo verdadero no es accesible ni demostrable; no puede ser prometido; pero al ser concebido es un consuelo, una obligación, un imperativo.

(En el fondo, el antiguo sol, pero visto a través de niebla y escepticismo; la idea se ha vuelto sublime, pálida, nórdica, kantiana.)

4. El mundo verdadero, ¿es inaccesible? En todo caso no está logrado. Y, por ende, es desconocido. En consecuencia, tampoco conforta, redime ni obliga, pues ¿a qué podría obligarnos algo que nos es desconocido?...

(Alba. Primer bostezo de la razón. Canto del gallo del positivismo.)

5. El "mundo verdadero" es una idea que ya no sirve para nada, que ya no obliga siquiera; una idea inútil y superflua, luego refutada. ¡Suprimámosla!

(Mañana; desayuno; retorno del bons sens y de la alegría; bochorno de Platón; batahola de todos los espíritus libres.)

6. Hemos suprimido el mundo verdadero; ¿qué mundo ha quedado?, ¿acaso el aparencial? ... ¡En absoluto! ¡Al suprimir el mundo verdadero, hemos suprimido también el aparencial!

(Mediodía; instante de la sombra más corta; fin del error más largo; momento culminante de la humanidad; INCIPIT ZARATUSTRA.)

LA MORAL COMO ANTINATURALIDAD

1

Todas las pasiones atraviesan una etapa en que son pura fatalidad, abismando a su víctima por el peso de la insensatez, y por otra, muy posterior, en que se desposan con el espíritu, se “espiritualizan”. En tiempos pasados, a causa de la insensatez inherente a la pasión, se hizo la guerra a la misma trabajando por su destrucción; todos los antiguos monstruos de la moral coincidían en exigir: “hay que acabar con, las pasiones”. La fórmula más célebre al respecto está en el Nuevo Testamento, en ese Sermón de la Montaña, donde, dicho sea de paso, nada se contempla desde lo alto. Allí se dice, por ejemplo, con respecto a la sexualidad: “Si te fastidia tu ojo, sácalo.” Por fortuna, ningún cristiano cumple tal precepto. Destruir las pasiones y los apetitos nada más que para prevenir su insensatez y las consecuencias desagradables de su insensatez se nos antoja hoy, a su vez, una mera forma aguda de la insensatez. Ya no admiramos a los dentistas, que extraen los dientes para que no duelan más... Ahora bien, admitamos en honor a la verdad que en el clima en que nació el cristianismo ni podía concebirse el concepto “espiritualización de la pasión”. Sabido es que la Iglesia primitiva luchó contra los “inteligentes” en favor de los pobres de espíritu; ¿cómo iba a librar a la pasión una guerra inteligente? Combate la Iglesia la pasión apelando a la extirpación de todo sentido; su práctica, su “cura”, es la castración. Jamás pregunta: “¿Cómo se hace para espiritualizar, embellecer, divinizar un apetito?” En todos los tiempos ha hecho recaer el acento de la disciplina recomendando la exterminación de la sensualidad, el orgullo, el afán de dominar, la codicia y la sed de venganza. Mas atacar por la base las pasiones significa atacar por la base la vida misma; la práctica de la Iglesia es antivital...

2

Al mismo recurso, el de la castración, exterminación, apelan instintivamente, en la lucha contra tal apetito, aquellos que son demasiado débiles de voluntad, demasiado degenerados para refrenarlo; aquellos que alegóricamente (y no alegóricamente) necesitan hablar de la Trappe, alguna categórica declaración de guerra, un divorcio establecido entre ellos y tal pasión. Sólo los degenerados tienen necesidad de remedios radicales: la debilidad de la voluntad, más exactamente, la incapacidad para no responder a un estímulo, no es sino una forma distinta de la degeneración. La enemistad radical, mortal hacia la sensualidad, es un síntoma que da mucho que pensar; permite sacar conclusiones respecto al estado total de la persona que llega a tal extremo. Por lo demás, esa enemistad, ese odio, sólo se exacerba a tal punto si tales personas ni siquiera., tienen ya energías suficientes para efectuar la cura radical, expulsar su "demonio". Pasando revista a toda la historia de los sacerdotes y filósofos, aparte la de los artistas, se comprueba que las diatribas más violentas contra los sentidos parten no de los impotentes, ni tampoco de los ascetas, sino de los ascetas fallidos, de aquellos que debieron ser ascetas...

3

La espiritualización de la sensualidad se llama amor; éste es un gran triunfo sobre el cristianismo. Otro triunfo es nuestra espiritualización de la enemistad, la cual consiste en que se comprende el valor de tener enemigos; en una palabra, en que se procede y concluye al revés de como se procedió y concluyó antes. La Iglesia se ha propuesto en todos los tiempos la aniquilación de sus enemigos; nosotros, los inmoralistas y anticristianos, consideramos ventajoso que subsista la Iglesia... También en el orden político se ha espiritualizado la enemistad; es ella ahora mucho más cuerda, reflexiva, considerada. Casi todas las facciones suponen que el debilitamiento del respectivo bando adversario sería contrario a sus propios intereses. Ocurre lo mismo con la gran política. Sobre todo, una nueva creación, por ejemplo, el nuevo Reich, tiene más necesidad de enemigos que de amigos; sólo en el contraste se siente necesaria, llega a ser necesaria... Adoptamos idéntica actitud ante el "enemigo interno"; también en este terreno hemos espiritualizado la enemistad, comprendido su valor. Sólo se es fecundo si se logra ser pródigo en contrastes; sólo se conserva la juventud si el alma no se relaja y pide la paz... Nada nos resulta tan distante como esa aspiración de antaño, la "paz del alma", la aspiración cristiana. Nada nos es tan indiferente como la moral apacible y rumiante y la felicidad vacuna de la conciencia tranquila. Renunciando a la guerra, se renuncia a la vida grande... En muchos casos, por cierto, la "paz del alma" es simplemente un malentendido; otra cosa que no sabe designarse con un nombre más sincero. Veamos sin ambajes ni prejuicios algunos casos. La "paz del alma" puede ser, por ejemplo, la suave irradiación de una animalidad prodigiosa en la esfera moral (o religiosa). O el comienzo del cansancio, la primera sombra que proyecta el atardecer, de cualquier índole que sea. O un indicio de que el aire está saturado de humedad y vienen vientos del Sur. O la gratitud inconsciente por una digestión feliz (llamada a veces "amor a los hombres"). O el aquietamiento del convaleciente para el cual todas las cosas tienen un sabor nuevo y que espera... O el estado consecutivo a una satisfacción intensa de la pasión dominante, el bienestar que fluye de una saciedad extraña. O la decrepitud de nuestra voluntad, de nuestras apetencias, de nuestros vicios. O la pereza, persuadida por la vanidad a vestirse con las galas morales. O el advenimiento de una certidumbre, aun de una pavorosa, tras larga tensión y tortura provocadas por la incertidumbre. O la expresión de madurez y maestría en plena actividad, obra, creación, volición; la respiración serena; el "libre albedrío" alcanzado... ¿Sería también el ocaso de los ídolos una modalidad tan sólo de la "paz del alma"?...

4

He aquí un principio reducido a una fórmula. Todo naturalismo en la moral, esto es, toda moral sana, se rige por un instinto vital; algún requisito de la vida es cumplido mediante un determinado canon de "debes" y "no debes", removiéndose así algunos obstáculos del camino de la vida. A la inversa, la moral antinatural, esto es, poco menos que toda moral enseñada, exaltada y predicada hasta ahora, se vuelve precisamente contra los instintos de la vida, implica un repudio, ya solapado o abierto e insolente, de estos instintos. Diciendo "Dios mira el corazón", dice no a las apetencias más bajas y más elevadas de la vida y concibe a Dios como enemigo de la vida... El santo grato a Dios es el castrado ideal... Termina la vida donde empieza el "reino de Dios" ...

5

Quien comprende el ultraje que supone esta sublevación contra la vida, tal como ha llegado a ser casi sacrosanta en la moral cristiana, comprende por fortuna también lo inútil, ficticio, absurdo y falaz de tal sublevación. Todo repudio de la vida de parte de los vivos se reduce, en definitiva, a síntomas de una determinada clase de vida, independientemente que este repudio esté o no justificado. Habría que estar situado fuera de la vida y, por otra parte, conocerla tan bien como cualquiera, como muchos, como todos los que la han vivido, para tener derecho a abordar siquiera el problema del valor de la vida: razones de sobra para comprender que este problema no nos es accesible. Cuando hablamos de valores hablamos bajo la inspiración, la óptica, de la vida; la vida misma nos obliga a fijar valores, valora a través de nosotros, cuando los fijamos... De lo cual se infiere que también esa moral antinatural que concibe a Dios como antítesis y repudio de la vida no es sino un juicio de valor de la vida; ¿de qué vida?, ¿de qué clase de vida? Ya he dado la respuesta: de la vida decadente, debilitada, cansada, condenada. La moral, tal como hasta ahora se la ha entendido, tal como la ha formulado por último también Schopenhauer, como "negación de la voluntad de vida", es el instinto de la décadence que se presenta como imperativo. Dice ella: "¡Sucumbe!"; es el juicio de condenados...

6

Consideramos, por último, la ingenuidad que supone decir: "¡así debiera ser el hombre!' La realidad nos muestra una encantadora riqueza de tipos, la exuberancia de un derrochador juego y cambio de formas; y he aquí que tal pobre moralista metido en su rincón dice: "¡no!, ¡el hombre debiera ser diferente!"... Y este pedante hasta pretende saber cómo debiera ser el hombre; pinta en la pared su propia imagen y dice "¡ecce homo!"... Aunque el moralista sólo se dirija al individuo y le diga: "¡tú debieras ser así!", hace también el ridículo. El individuo es en un todo un trozo de fatum, una ley más, una necesidad más para todo lo por venir, todo lo que será. Decirle "¡sé diferente!" significa pedir que todo sea diferente y cambie, incluso retroactivamente... Y en efecto, no han faltado los moralistas consecuentes que pedían que el hombre fuese diferente, esto es, virtuoso, trasunto fiel de ellos, vale decir, estrecho y mezquino; ¡para tal fin negaban el mundo! ¡Una máxima locura, por cierto! ¡Una inmodestia nada modesta, por cierto! ... La moral, en tanto que condena por principio y supone un no con referencia a cosas, factores o propósito de la vida, es un error específico con el cual no hay que tener contemplaciones, una idiosincrasia de degenerados qué ha hecho un daño inmenso... Los otros, los inmoralistas, por el contrario, hemos abierto nuestro corazón a toda clase de comprensión, compenetración y aprobación. Nos cuesta negar; anhelamos decir sí. Se nos han abierto cada vez más los ojos para esa economía que necesita y sabe aprovechar aun todo lo que repudia la santa locura del sacerdote, de la razón enferma operante en el sacerdote; para esa economía en la ley de la vida que saca provecho incluso de la repugnante especie de los mojigatos, los sacerdotes y los virtuosos. ¿Qué provecho? En este punto nosotros mismos, los inmoralistas, somos la respuesta...

LOS CUATRO GRANDES ERRORES

1

Error de la confusión de causa y efecto. No hay error más peligroso que confundir el efecto con la causa: para mí es la depravación propiamente dicha de la razón. Y sin embargo, forma parte de este error de los hábitos más antiguos y más actuales de la humanidad; hasta entre nosotros está santificado, llevando el nombre de “religión”, “moral”. Lo implica cada principio enunciado por la religión y la moral; los sacerdotes y los legisladores morales son los autores de esta depravación de la razón. Un ejemplo ilustrará lo antedicho. Todo el mundo conoce el libro en que el famoso Cornaro recomienda su dieta frugal como receta para una vida larga, feliz y también virtuosa.

Pocos libros han sido leídos con tanto afán; todavía ahora se imprimen en Inglaterra todos los años muchos miles de ejemplares. Dudo de que libro alguno (excepción hecha de la Biblia) haya causado tanto estrago, acortado tantas vidas como este curiosum bien intencionado. Todo por haber confundido su autor el efecto con la causa. Ese buen italiano consideraba su dieta como la causa de su longevidad; cuando lo que pasaba era que la lentitud extraordinaria del metabolismo, el desgaste reducido, resultaba la causa de su dieta frugal. No estaba en libertad de comer poco o mucho; su frugalidad no era un “libre albedrío”; el hombre enfermaba si comía más. Mas a todo el que no es un pez de sangre fría no sólo le conviene, sino que le hace falta comer bien. El erudito de nuestro tiempo, con su rápido desgaste de energía nerviosa, se arruinaría si adoptase el régimen de Cornaro. Crede experto.

2

La fórmula implícita en toda religión y moral reza “¡Haz esto y aquello, no hagas esto ni aquello; así alcanzarás la felicidad! De lo contrario...” Toda moral, toda religión, es este imperativo, al que yo llamo gran pecado original de la razón, inmortal sinrazón. En boca mía, esa fórmula se convierte en su inversión, primer ejemplo de mi “transmutación de todos los valores”: el hombre armonioso, el “afortunado”, no puede meteos que cometer determinados actos e instintivamente rehúye otros; introduce el orden que fisiológicamente encarna en sus relaciones con los hombres y las cosas. He aquí la fórmula correspondiente: su virtud es el efecto de su felicidad... La vida larga y la prole numerosa no son el premio de la virtud, sino que la virtud es ese retardo del metabolismo que, entre otras cosas, determina también una vida larga y una prole numerosa, en una palabra, el cornarismo. La Iglesia y la moral dicen: “el vicio y el lujo arruinan a los linajes y a los pueblos”. Mi razón restaurada dice: “cuando un pueblo se arruina, cae en la degeneración fisiológica y se originan el vicio y el lujo (esto es, la necesidad de estímulos cada vez más fuertes y más frecuentes, como la conoce todo ser agotado).

El joven se debilita prematuramente. Sus amigos afirman que la culpa la tiene tal enfermedad. Yo afirmo que el hecho de que ese joven haya enfermado, no haya resistido a la enfermedad, es la consecuencia de una vida empobrecida, de un agotamiento congénito. El lector de diarios dice que tal partido labra su propia ruina por tal error. Mi política superior, en cambio, dice que un partido que comete tal error está arruinado; que ha perdido la seguridad de sus instintos. Todo error, en todo sentido, es la consecuencia de degeneración de los instintos, de disgregación de la voluntad; lo malo queda así indefinido. Todo lo bueno es instinto y, por ende, fácil, necesario, libre. El esfuerzo es una objeción, el dios es típicamente distinto del héroe (dicho en mi propio lenguaje: los pies alados son el atributo primordial de la divinidad).

3

Error de una falsa causalidad.En todos los tiempos se ha creído saber qué cosa es una causa; pero ¿de dónde derivábamos nuestro saber, más exactamente, nuestra creencia de que sabíamos? Del reino de los famosos “hechos interiores”, ninguno de los cuales ha sido aún corroborado. Nos atribuíamos en el acto volitivo un carácter causal; creíamos sorprender por lo menos in flagranti la causalidad. Asimismo, no se dudaba de que todos los antecedentes de un acto, sus causas, habían de buscarse en la conciencia y que en ésta se lo encontraba si en ella se los buscaba, como “motivos”; o si no, se habría estado en libertad de cometerlo, no se habría sido responsable por él. Por último, ¿quién iba a negar que el pensamiento fuera el efecto de una causa? ¿Que el yo causara el pensamiento...? De estos tres “hechos interiores”, que parecían garantizar la causalidad, el primordial y más convincente es el de la voluntad como causa; la concepción de una conciencia (“espíritu' como causa v, más tarde, la del yo (“sujeto”) como causa son tan sólo concepciones derivadas, una vez que se consideraba dada, como empiria, la causalidad de la voluntad... Desde entonces hemos meditado en forma más honda y penetrante. Ya no creemos una palabra de todo esto. El “mundo interior” está plagado de espejismos y fuegos fatuos; uno de ellos es la voluntad. Ésta ya no acciona nada y, por ende, ya no explica nada; no es más que un fenómeno concomitante que puede faltar. Otro error es el llamado “motivo”, que es un mero fenómeno accidental de la conciencia, un corolario del acto que no tanto representa sus antecedentes como los oculta. iY no se diga el yo! Éste se ha convertido en fábula, ficción, juego de palabras; ¡ha cesado por completo de pensar, de sentir y de querer! ... ¿Qué se deduce 'de esto? ¡No hay causas mentales! ¡Toda la presunta empiria al respecto se ha reducido a la nada! ¡He aquí lo que se sigue de esto! Y, sin embargo, habíamos abusado a más no poder de esta “empiria”; en base a ella habíamos construido el mundo como un mundo de causas, de voliciones, de espíritus. Trabajaba en esto la más antigua y más larga sicología, que en definitiva no hacía otra cosa; para ella, todo acaecer era un hacer y todo hacer la consecuencia de una volición. El mundo se le aparecía como una multitud de agentes y todo acaecer como determinado por un agente (un “sujeto”). El hombre ha proyectado fuera de sí sus tres “hechos interiores”, aquello en que más firmemente creía: la voluntad, el espíritu y el yo; desarrolló del concepto “yo” el concepto “Ser” y concibió las “cosas” a su imagen como algo que “es”, de acuerdo con su concepto del yo como causa. No es de extrañar, así, que luego haya vuelto a encontrar en las cosas lo que en ellas había introducido. La cosa, el concepto “cosa”, lo repito, no es sino un reflejo de la creencia en el yo como causa... Y aun en su átomo, señores mecanicistas y físicos, i cuánto error, cuánta sicología rudimentaria subsiste aún en su átomo! ¡Y no se diga la “cosa en sí”, el horrendem pudendum de los metafísicos! ¡El error del espíritu como causa confundido con la realidad! ¡Y erigido en criterio de la realidad! ¡Y llamado Dios!

4

Error de las causas imaginarias. Hay que partir del sueno: a una determinada sensación, por ejemplo a raíz de un cañonazo lejano, y ver que se le inventa a posteriori una causa (con frecuencia toda una pequeña novela donde el soñador es el protagonista). Entre tanto, la sensación subsiste, en una especie de resonancia, esperando en cierto modo a que el impulso causal le permita pasar a primer plano, más como fenómeno contingente que como “sentido”. El cañonazo aparece en forma causal, en una aparente inversión del tiempo. Lo posterior, la motivación, es experimentado primero, muchas veces con cien detalles que van desfilando de una manera fulminante; el cañonazo sigue... ¿Qué ha pasado? Las representaciones mentales originadas por una determinada sensación han sido entendidas equivocadamente como causa de la misma. Lo cierto es que en el estado de vigilia procedemos igual. La mayor parte de nuestras sensaciones generales toda clase de inhibición, presión, tensión y explosión en el juego y contrajuego de los órganos, en particular el estado del nervus sympathicus excitan nuestro impulso causal: buscamos un motivo para sentirnos tal como nos sentimos, para sentirnos mal o bien. Nunca nos contentamos con comprobar simplemente el hecho de que nos sentimos tal como nos sentimos; sólo admitimos este hecho, llegamos a tener conciencia de él, si le hemos dado una especie de motivación. El recuerdo, que en tal caso entra en actividad a pesar nuestro, evoca estados anteriores de la misma índole y las interpretaciones causales a ellos ligadas; no su causalidad. Por cierto que el recuerdo evoca también la creencia de que las representaciones mentales, los fenómenos concomitantes registrados en la esfera de la conciencia, han sido las causas. Tiene lugar así la habituación a una determinada interpretación causal, que en realidad dificulta, y aun impide, la indagación de la causa.

5

Explicación sicológica de lo antedicho. Reducir algo desconocido a algo conocido alivia, reconforta, satisface y proporciona una sensación de poder. Lo desconocido involucra peligro, inquietud y zozobra; aplícase el instinto primordialmente a eliminar estos estados penosos. Primer principio: cualquier explicación es preferible a ninguna explicación. Como en definitiva se trata tan sólo de un afán de librarse de representaciones penosas, se echa mano de cualquier medio que se ofrece con tal de quitárselas de encima, sin discriminar mayormente; cualquier representación mental en virtud de la cual lo desconocido se dé por conocido resulta tan reconfortante que se la “cree cierta”. Es la prueba del placer (“de la fuerza”) como criterio de la verdad. El impulso causal está, pues, determinado y excitado por el temor. El “¿por qué?” debe dar en lo posible no la causa por la causa misma, sino determinado tipo de causa: una causa que tranquilice, redima, alivie. El que algo ya conocido, experimentado, grabado en la memoria, sea establecido como causa es la primera consecuencia de esta necesidad íntimamente sentida. Lo nuevo, no experimentado, extraño, queda excluido como causa. De modo que se busca como causa no un tipo de explicaciones, sino un tipo escogido y preferido de explicaciones, aquel que con más rapidez y frecuencia haya eliminado la sensación de lo extraño, nuevo, jamás experimentado las explicaciones más corrientes. Como consecuencia de esto, un determinado tipo de motivación causal prevalece cada vez más, se reduce a sistema y llega al fin a dominar, con exclusión de otras causas y explicaciones. El banquero piensa en seguida en el "negocio", el cristiano en el "pecado" y la muchacha en su amor.

6

Todo el dominio de la moral y la religión cae bajo este concepto de las causas imaginarias. "Explicación" de las sensaciones generales desagradables: Éstas están determinadas por seres hostiles a los hombres (espíritus malignos; el caso más célebre es la definición errónea de las histéricas como brujas). Están determinadas por actos censurables (el sentimiento del "pecado", de la "propensión al pecado", como explicación de un, malestar_ fisiológico, puesto que siempre se encuentran motivos para estar descontento consigo mismo). Están determinadas como castigo, como expiación de algo que no se debió hacer, de algo que no debió ser (lo cual ha sido generalizado en forma terminante por Schopenhauer, en una proposición donde la moral aparece como lo que es, o sea como emponzoñadora y detractora propiamente dicha de la vida: "todo dolor intenso, físico o mental, expresa lo que tenemos merecido: pues no nos podría sobrevenir si no lo tuviésemos merecido". El mundo como voluntad y representación). Están determinadas como consecuencias de actos irreflexivos, fatales (los afectos, los sentidos, concebidos como causa, como "culpa"; apremios diferentes como "merecidos").

"Explicación" de las sensaciones generales agradables: Éstas están determinadas por la fe en Dios. Están determinadas por la conciencia de buenas acciones (la llamada "conciencia tranquila", un estado fisiológico que a veces se parece mucho a la buena digestión). Están determinadas por el resultado feliz de empresas (conclusión errónea candorosa; el resultado feliz de una empresa no proporciona en absoluto sensaciones generales agradables a un hipocondríaco o a un Pascal). Están determinadas por la fe, el amor y la esperanza: las virtudes cristianas. En realidad, todas estas presuntas explicaciones son estados derivados y, por así decirlo, traducciones de sensaciones de placer o desplacer a un dialecto falso. Se está en condiciones de esperar porque la sensación de fuerza y plenitud infunde tranquilidad serena. La moral y la religión pertenecen en un todo a la sicología del error: en cada caso particular se confunde la causa con el efecto, la verdad con el efecto de lo creído cierto o un estado de la conciencia con la causalidad de este estado.

7

Error del libre albedrío. Hoy día ya no tenemos contemplaciones con el concepto “libre albedrío”; sabemos demasiado bien lo que es: el más cuestionable truco de los teólogos con miras a hacer a la humanidad “responsable” en su criterio, o lo que es lo mismo, con el propósito de dominarla...

Me limito aquí a exponer la sicología de todo hacer responsable. Dondequiera que se busquen responsabilidades suele ser el instinto del querer castigar y juzgar el que impera. Cuando se reduce el ser tal y como es, a voluntad, propósitos, actos de la responsabilidad, se despoja la posibilidad de su inocencia; la doctrina de la voluntad ha sido inventada esencialmente para los fines de castigo, esto es, para satisfacer el afán de declarar culpable. Toda la antigua sicología, la sicología volicional, reconoce como origen el hecho de que sus autores, los sacerdotes al frente de antiguas comunidades, querían procurarse a sí mismos o bien a Dios, el derecho de castigar. Se concebía a los hombres “libres”, para que se los pudiera juzgar y castigar, para que pudieran ser culpables; en consecuencia, había que concebir cada acto como acto volitivo, el origen de cada acto como situado en la conciencia (con lo cual la tergiversación más fundamental in psychologicis quedaba convertida en el principio de la sicología...). Hoy día, cuando hemos entrado en el movimiento opuesto; cuando en particular los inmoralistas nos aplicamos con todas las fuerzas a eliminar del mundo el concepto de la culpa y el del castigo, y depurar de ellos la sicología, la historia, la Naturaleza y las instituciones y sanciones sociales, consideramos como nuestros adversarios más radicales a los teólogos, los que por el concepto del “orden moral” siguen arruinando la inocencia de la posibilidad, contaminándola con el “castigo” y la “culpa”. El cristianismo es la metafísica del verdugo...

8

Nuestra doctrina sólo puede ser ésta: que al hombre no le son dadas sus propiedades por nadie, ni por Dios ni por la sociedad, sus padres y antepasados, ni tampoco por él mismo (el disparate de la noción aquí repudiada en último término ha sido enseñado como “libertad inteligible” por Kant, y acaso ya por Platón). Nadie es responsable de su existencia, de su modo de ser, de las circunstancias y el ambiente en que se halla. La fatalidad de su ser no puede ser desglosada de la fatalidad de todo lo que fue y será. El hombre no es la consecuencia de un propósito expreso, de una voluntad ni de un fin; con él no se hace una tentativa de alcanzar un “tipo humano ideal” o una “felicidad ideal” o una “moralidad ideal”; siendo absurdo pretender descargar su modo de ser en algún “fin”. Nosotros hemos inventado el concepto “fin”; la realidad nada sabe de fines... Se es, necesariamente, un trozo de fatalidad; se forma parte del todo, se está integrado en el todo; no hay nada susceptible de juzgar, valorar, comparar, condenar nuestro ser, pues significaría juzgar, valorar, comparar, condenar el todo... ¡Mas no existe nada fuera del todo!

Dejar de hacer responsable a alguien y comprender que la esencia del Ser no debe ser reducida a una causa prima; que el mundo no es ni como sensorio ni como “espíritu” una unidad, significa la gran liberación; sólo así queda restaurada la inocencia de la posibilidad... Hasta ahora, el concepto “Dios” ha sido la objeción más grave contra la existencia... Nosotros negamos a Dios, la responsabilidad en Dios, y sólo así redimimos el mundo.

LOS “MEJORADORES” DE LA HUMANIDAD

1

Conocido es mi postulado según el cual el filósofo se sitúa más allá del bien y del mal, encontrándose por encima de la ilusión del juicio moral. Este postulado deriva de un descubrimiento que yo he sido el primero en formular: no hay hechos morales. El juicio moral, como el religioso, se funda en realidades ilusorias. La moral no es sino una interpretación de determinados fenómenos, y más propiamente: una mala interpretación. Semejante al juicio religioso, la moral caracteriza un nivel de la ignorancia en que falta aun la noción de lo real, la discriminación entre lo real y lo imaginario; de modo que en este nivel la “verdad” designa sin excepción cosas que hoy día llamamos “ficciones”. De lo cual se infiere que el juicio moral nunca debe ser tomado al pie de la letra, pues siempre consiste en un puro contrasentido. Como semiótica, por cierto, es inestimable; pues revela, al que sabe por lo menos, las realidades más valiosas de culturas e interioridades, que no sabían lo suficiente para “entenderse” a sí mismas. La moral en definitiva es mero lenguaje de signos, mera sintomatología ; para sacar provecho de ella es preciso saber de antemano de qué se trata.

2

Me valdré, por lo pronto, de un primer ejemplo. En todos los tiempos se ha querido volver “mejor” al hombre; este propósito era lo que primordialmente se entendía por moral. Mas he aquí que este término implica tendencias diametralmente opuestas. Tanto domesticar la bestia humana como “criar” un determinado tipo humano ha sido considerado como “mejoramiento” del hombre; sólo estos dos términos zoológicos expresan realidades; realidades, es verdad, de las que el “mejorador” típico, el sacerdote, no sabe nada, no quiere saber nada... Llamar a la domesticación de un animal su “mejoramiento” suena casi a burla sangrienta. Quien sabe lo que ocurre en los circos de animales, desconfía que en ellos sean “mejoradas” las bestias. Se las debilita, se reduce su peligrosidad, se las convierte por el efecto depresivo del miedo, por dolor, herida y hambre, en bestias morbosas. Pues dicen: lo mismo ocurre con el hombre domesticado, que el sacerdote ha “mejorado”. En la temprana Edad

Media, en tiempos en que la Iglesia era en efecto primordialmente una especie de zoológico amaestrado, se cazaban los ejemplares más hermosos de la “bestia rubia”; se “mejoraba”, por ejemplo, a los germanos de noble linaje. Pero tal germano “mejorado”, atraído al convento, quedaba reducido a una caricatura de hombre, un ser trunco; convertido en un “pecador”, estaba metido en una jaula, recluido entre conceptos terribles... Helo aquí postrado, enfermo, enclenque, fastidiado consigo mismo, lleno de odio a todo lo que seduce de la vida y de recelo hacia todo lo que era todavía fuerte y feliz. En una palabra, un “cristiano”... Fisiológicamente hablando, en la lucha con la bestia, enfermarla puede ser el único medio de debilitarla. Bien entendía el problema la Iglesia; echando a perder al hombre, lo debilitaba, pretendiendo “mejorarlo”...

3

Consideremos el otro caso de la llamada moral, el de la “cría”; formación de una determinada raza y tipo. El ejemplo más grandioso al respecto es la moral india, sancionada como religión por la “Ley de Manú”. Aquí se propone' la tarea de formar simultáneamente nada menos que cuatro razas: una sacerdotal, otra guerrera, otra mercantil y campesina y, por último, una raza destinada a servir, los sudras. En este caso nos encontramos definitivamente entre domadores de fieras; un tipo humano cien veces más suave y cuerdo, se necesita para concebir siquiera el plan de tal formación. Respira uno con alivio al pasar de la atmósfera cristiana de hospital y cárcel a este mundo más sano, más elevado y amplio. ¡Cuán pobre y maloliente aparece el “Nuevo Testamento” al lado de Manú!

Mas también esta organización tenía que ser terrible; esta vez no en lucha con la bestia, sino con el concepto antitético, el hombre no “criado” y formado, el hombre mezcolanza, el tshandala. Y a su vez, no disponía de otro medio de quitarle su peligrosidad, de debilitarlo, que el de enfermarla; tal era la lucha con el “gran número”. Sin embargo, es posible que no haya nada tan contrario a nuestro sentir como las medidas preventivas de la moral india. El tercer edicto, por ejemplo (AvadanaSastra I), el “de las legumbres impuras”, ordena que el único alimento permitido a los tshandalas es el ajo y la cebolla, toda vez que la Sagrada Escritura prohíbe darles granos ni frutos que contengan granos, ni tampoco agua y fuego. El mismo edicto estipula que el agua que necesitan no debe ser extraída de los ríos, fuentes ni lagos, sino únicamente de los accesos a los pantanos y de los hoyos originados por las pisadas de los animales. Se les prohíbe, asimismo, lavar su ropa, y aun lavarse a sí mismos, toda vez que el agua que se les concede como un favor sólo debe servir para apagar la sed. Prohíbese, por último, a las mujeres sudras asistir a las mujeres tshandalas que dan a luz, así como a éstas asistirse entre sí... No se hizo esperar el resultado de tal reglamentación sanitaria epidemias mortíferas, asquerosas enfermedades venéreas, y luego, como reacción, la “ley del cuchillo”, ordenando la circuncisión de los varones y la extirpación de los labios pequeños de la vulva en las niñas. El propio Manú dice: “los tshandalas son el fruto del adulterio, incesto y crimen” (tal es la consecuencia necesaria del concepto “cría”). Toda su indumentaria debe reducirse a andrajos tomados de los cadáveres, su vajilla, a ollas rotas, su adorno, a hierro viejo, y su culto, al de los espíritus del mal; deben vagar sin hallar paz en ninguna parte. Se les prohíbe escribir de izquierda a derecha y servirse para escribir de la diestra, lo cual está reservado a los virtuosos, a las “personas de raza”.

4

Estas disposiciones son harto instructivas; en ellas se da la humanidad aria en toda su pureza y originalidad; puede verse que el concepto “sangre pura” es todo lo contrario de un concepto inofensivo. Resulta claro, por otra parte, en qué pueblo se ha perpetuado el odio, el odio tshandala, a esta “humanidad”; dónde este odio se ha hecho religión, genio... Desde este punto de vista, los Evangelios, y, sobre todo, el Libro de Enoch, constituyen un documento de primer orden. El cristianismo, de raíz judía y sólo comprensible como planta crecida en este suelo, representa la reacción a toda moral de casta, raza y privilegio; es la religión antiaria por excelencia. Significa el cristianismo la transmutación de todos los valores arios, el triunfo de los valores tshandalas; el evangelio predicado a los pobres y humildes, la sublevación total de todos los oprimidos, miserables, malogrados y desheredados contra la “raza”; la inmortal venganza tshandala como religión del amor...

5

La moral de selección y la moral de domesticación apelan, para imponerse, a idénticos medios; cabe enunciar como axioma capital que para establecer la moral hay que tener la voluntad incondicional de practicar lo contrario de la moral. Tal es ”el grande y desconcertante problema que he estudiado con más ahínco: la sicología de los “mejoradores” de la humanidad. Un hecho pequeño, y en definitiva, subalterno, el de la llamada pia fraus, me facilitó el primer acceso a este problema: la pia fraus, el patrimonio de todos los filósofos y sacerdotes que “mejoraron” a la humanidad. Ni Manú ni Platón, Confucio ni los predicadores judíos y cristianos han dudado jamás de su derecho de recurrir a la mentira. ¡No han dudado, en suma, de ningún derecho!... Resumiendo, cabe decir que todos los medios de que se ha hecho uso para moralizar a la humanidad han sido en el fondo medios inmorales.

LO QUE FALTA A LOS ALEMANES

1

Entre alemanes no basta hoy con tener espíritu; hay que tomárselo, arrogárselo...

Quizá conozca yo a los alemanes; quizá hasta tenga derecho a decirles cuatro verdades. La nueva Alemania representa una gran cantidad de capacidad ingénita y desarrollada; así que por un tiempo le es dable gastar, y aun derrochar, el caudal acumulado de fuerza. No ha llegado a prevalecer, con ella, una cultura elevada, y menos un gusto exquisito, una “belleza” aristocrática de los instintos; sí, virtudes más viriles que en ningún otro país de Europa. Hay mucha gallardía y orgullo, mucho aplomo en el trato, en la reciprocidad de los deberes, mucha laboriosidad, mucha perseverancia; y una moderación ingénita que necesita, antes que del freno, del aguijón. Por lo demás, en Alemania se obedece todavía, sin que la obediencia implique una humillación... Y nadie desprecia a su adversario...

Como se ve, mi deseo es hacer justicia a los alemanes; no quiero apartarme en este punto de mi norma de siempre; pero he de plantearles mis objeciones. Llegar al poder es algo que se paga caro; el poder entontece... En un tiempo se llamaba a los alemanes el pueblo de los poetas y pensadores; ¿piensan todavía? Ahora, los alemanes se aburren con el espíritu y desconfían de él; la política mata todo interés serio por las verdaderas cosas del espíritu. Temo que “Deutschland, Deutschland über Alles” haya acabado con la filosofía alemana... “¿Hay filósofos alemanes?”, me preguntan en el exterior. “¿Hay poetas alemanes? ¿Hay buenos libros alemanes?” Y yo me ruborizo, pero con esa valentía que me caracteriza aun en los trances más difíciles, contesto: “¡Sí, Bismarck!” ¡Como para celebrar qué clase de libros se leen hoy en día! ... ¡Maldito instinto de la mediocridad!

2

¿Quién no ha pensado con melancolía en lo que podría ser el espíritu alemán? Mas desde hace casi mil años este pueblo se ha venido entonteciendo paulatinamente; en parte alguna se ha hecho un uso más vicioso de los dos grandes narcóticos europeos: del alcohol y el cristianismo. En tiempos recientes hasta se ha agregado un tercero, que basta por sí solo para acabar con toda agilidad sutil y audacia mentales: la música, nuestra obstruida y obstruidora música alemana. ¡Cuánta tétrica pesadez, torpeza, humedad y modorra, cuánta cerveza hay en la inteligencia alemana! ¿Cómo es posible que jóvenes que consagran su vida a los fines más espirituales no sientan el instinto primordial de la espiritualidad, el instinto de conservación del espíritu y beban cerveza?... El alcoholismo de la juventud erudita tal vez no ponga en tela de juicio su erudición, que sin espíritu se puede hasta ser un gran erudito, pero en cualquier otro plano de cosas es un problema. ¡Dónde no se comprueba esa suave degeneración que la cerveza determina en el espíritu! En cierta ocasión, en un caso que casi adquirió celebridad, denuncié tal degeneración: la degeneración de nuestro librepensador alemán número uno, del listo David Strauss, autor de un evangelio de cervecería y "nuevo credo"... No en balde había rendido pleitesía en verso a la "encantadora morocha", jurándole lealtad hasta la muerte...

3

He hablado del espíritu alemán, señalando que se vulgariza y se vuelve superficial. ¿Es esto bastante? En el fondo, lo que me aterra es otra cosa: el hecho de que declina cada vez más la seriedad alemana, la profundidad alemana, la pasión alemana por las cosas del espíritu. No solamente la intelectualidad ha cambiado, sino también el pathos.

Tengo de tanto en tanto contacto con Universidades alemanas; ¡hay que ver la atmósfera, la espiritualidad pobre y sosa, tibia y contentadiza, en, que se desenvuelven allí los eruditos! Sería un grave malentendido alegar como argumento en contra la ciencia alemana, y también una prueba de que no se ha leído una sola palabra de mis escritos. Desde hace diecisiete años no me canso de denunciar la influencia desespiritualizadora de nuestro medio científico actual. La dura labor a que el volumen tremendo de las ciencias condena hoy a todos los individuos es una de las causas principales de que para los espíritus plenos, pletóricos y profundos ya no existan una educación y educadores que les sean adecuados. Nuestra cultura de nada se resiente tanto como del exceso de especialistas arrogantes y humanidades fragmentarias; nuestras Universidades son, sin proponérselo, los invernáculos propiamente dicho de esta especie de atrofia de los instintos del espíritu. Y Europa toda ya se va dando cuenta de ello; la gran política no engaña a nadie. Se generaliza cada vez más la noción de que Alemania es el llano de Europa. No he encontrado aún a un alemán con el que pueda ser serio a mi manera; ¡y menos, por supuesto, a uno con el que yo pueda ser alegre! Ocaso de los ídolos: ¡ah, quién sería capaz, hoy día, de comprender de qué seriedad se reviste aquí un filósofo! La alegría serena es lo que menos se comprende entre nosotros...

4

Pensándolo bien, no sólo es evidente la decadencia de la cultura alemana, sino que no falta tampoco la causa que la explica de una manera convincente. En definitiva, uno no puede gastar más de lo que posee ocurre en esto con los pueblos lo mismo que con los individuos. Si se gasta todo para el poder, la gran política, la economía, el tráfico mundial, el parlamentarismo y los intereses militares; si se gasta en esta partida la cantidad de razón, seriedad, voluntad y dominio de sí mismo que existe, hay un déficit en la contrapartida. La cultura y el Estado de nada vale cerrar los ojos ante el hecho son antagonistas; el “Estado cultural” no es más que una idea moderna. La cultura vive del Estado, prospera a expensas del Estado, y viceversa. Todas las grandes épocas de la cultura son épocas de decadencia política; siempre lo que es grande en el sentido de la cultura ha sido apolítico, y aun antipolítico... El corazón de Goethe se abrió al fenómeno Napoleón, pero se cerró a las “guerras de liberación”... En el mismo instante en que Alemania llega a ser una potencia mundial, Francia cobra como potencia cultural renovada importancia. Ya mucha inteligencia, mucha pasión nueva del espíritu ha emigrado a París; la cuestión del pesimismo, por ejemplo, la cuestión wagneriana, casi todas las cuestiones sicológicas y artísticas, se consideran allí de una manera mucho más sutil y penetrante que en Alemania; los alemanes ni siquiera están capacitadas para esta clase de seriedad. En la historia de la cultura europea, el advenimiento del “Reich” significa más que nada un desplazamiento del centra de gravedad. En todas partes se sabe ya que en lo esencial y la cultura sigue siendo lo esencial ya no cuentan los alemanes. Se nos pregunta: ¿hay entre vosotros siquiera un solo espíritu que cuente en Europa, como contaron vuestro Goethe, vuestro Hegel, vuestro Heinrich Heine y vuestro Schopenhauer? El extranjero se queda estupefacto ante el hecho de que ya no hay un solo filósofo alemán.

5

Toda la educación superior en Alemania ha perdido lo principal: el fin y los medios conducentes al logro del mismo. Se ha olvidado que la educación misma, la ilustración, es el finy no “el Reich”; que para tal fin se requieren educadores, y no profesores de enseñanza secundaria y catedráticos de Universidad... Hacen falta educadores que ellos mismos estén educados; espíritus superiores, aristocráticos, probados a cada instante, probados tanto por lo que dicen como por lo que callan, cultivos maduros y sazonados, y no esos patanes eruditos que el colegio y la Universidad ofrecen hoy a la juventud como “ayas superiores”. Faltan los educadores, abstracción hecha de las excepciones; quiere decir, la premisa primordial de la educación; de ahí la decadencia de la cultura alemana. 'Una de esas rarísimas excepciones es mi venerable amigo lakob Burckhardt, de Basilea; a él, más que a nadie, debe Basilea su supremacía en humanidad. El resultado efectivo que logran los “establecimientos superiores de enseñanza” en Alemania es un adiestramiento brutal con miras a hacer con un mínimo de pérdida de tiempo a multitud de jóvenes aprovechables, exportables, para la administración pública. “Educación superior” y “multitud” son desde un principio términos inconciliables. Toda educación superior ha de estar reservada a la excepción; hay que ser un hombre privilegiado para tener derecho a tan alto privilegio. Todas las cosas grandes, todas las cosas hermosas, jamás pueden ser patrimonio de todos pulchrum est paucorum hominum.

¿Qué es lo que determina la decadencia de la cultura alemana? La circunstancia de que la' “educación superior” ha dejado de ser un privilegio; el democratismo de la “ilustración general”, vulgarizada... No ha de olvidarse que los privilegios militares efectivamente imponen la afluencia excesiva a los establecimientos superiores de enseñanza, quiere decir, su ruina. En la Alemania de hoy ya nadie puede procurar a sus hijos una educación refinada, si así lo desea; todos nuestros establecimientos superiores de enseñanza están orientados hacia la más equívoca mediocridad, con sus profesores, programas de enseñanza y fines didácticos. Y en todas partes prevalece una precipitación indecorosa, como si algo estuviese perdido, porque a los veintitrés años el joven no está “listo”, no sabe dar una respuesta a la “cuestión principal”, la de la orientación profesional.

El hombre superior, séame permitido consignarlo, no es amigo de la “profesión”, porque tiene conciencia de su vocación... Él tiene tiempo, se toma todo el tiempo; no le interesa estar “listo”; a los treinta años se es, en el sentido de elevada cultura, un principiante, un niño. Nuestros colegios colmados y nuestros profesores de enseñanza secundaria abrumados de trabajo y entontecidos son un escándalo; para defender tales estados de cosas, como lo hicieron el otro día los profesores de Heidelberg, existen tal vez causas, pero no ciertamente razones.

6

Para no desmentir mi modo de ser, que es afirmativo y que sólo en forma mediata, involuntaria, tiene que ver con la objeción y la crítica, consigno a renglón seguido las tres tareas para las cuales son menester educadores. Hay que aprender a ver, hay que aprender a pensar y hay que aprender a hablar y a escribir; todo esto con miras a adquirir una cultura aristocrática. Aprender a ver, habituar la vista a la calma, la paciencia, la espera serena; demorar el juicio, aprender a enfocar desde todos lados y abarcar el caso particular. He aquí el adiestramiento preliminar primordial para la espiritualidad; no reaccionar instantáneamente a los estímulos, sino llegar a dominar los instintos inhibitorios, aisladores. Aprender a ver, como yo lo entiendo, es casi lo que el lenguaje no filosófico llama la voluntad fuerte; lo esencial de ésta es precisamente no "querer", ser capaz de suspender la decisión. Toda falta de espiritualidad, toda vulgaridad obedece a la incapacidad para resistir a los estímulos, que fuerza al individuo a reaccionar y seguir cualquier impulso. En muchos casos, esta incapacidad supone morbosidad, decadencia, síntoma de agotamiento; casi todo lo que la grosería poco filosófica designa con el nombre de "vicio", se reduce a esa incapacidad fisiológica para no reaccionar. Una aplicación práctica de este aprendizaje de la vista es la siguiente: en todo aprender el individuo se vuelve lento, receloso y recalcitrante. Lo extraño, lo nuevo, de cualquier índole que sea, lo deja por lo pronto acercarse a él con una calma hostil, retirando la mano. El estar con todas las puertas abiertas, la postración servil ante cualquier pequeño hecho, el sentirse dispuesto en todo momento a meterse, precipitarse sobre el prójimo y lo ajeno; en una palabra, la famosa "objetividad" moderna es mal gusto, lo antiaristocrático por excelencia.

7

Aprender a pensar: se ha perdido la noción de esto en nuestros establecimientos de enseñanza. Hasta en las Universidades, incluso entre los estudiosos propiamente dichos de la filosofía, la lógica empieza a extinguirse como teoría, como práctica, como oficio. Leyendo libros alemanes, ya no se descubre en ellos el más remoto recuerdo de que el pensamiento requiere una técnica, un plan didáctico, una voluntad de maestría; que hay que aprender a pensar como hay que aprender a bailar, concibiendo el pensamiento como danza... ¿Dónde está el alemán que conozca todavía por experiencia ese estremecimiento sutil que los pies ligeros en lo espiritual irradian a todos los músculos? La rígida torpeza del ademán espiritual, la manera desmañada de asir, son tan alemanas, que en el exterior suele considerárselas lo alemán. El alemán no tiene el sentido del matiz... El que los alemanes hayan siquiera aguantado a sus filósofos, sobre todo al eximio Kant, el lisiado más contrahecho que se ha dado jamás en el reino de los conceptos, dice demasiado de la gracia alemana. Sabido es que la danza, en todo sentido, está inseparablemente ligada a la educación aristocrática. Si hay que saber bailar con los pies, con los conceptos, con las palabras: ¿es necesario agregar que hay que saber bailar también con la pluma, que hay que aprender a escribir? Mas llegado este punto es posible que yo me convierta en un completo enigma para los lectores alemanes...

CORRERÍAS DE UN HOMBRE INACTUAL

1

Mis imposibles. Séneca: o el torero de la virtud. Rousseau: o el retorno a la Naturaleza in impuris naturalibus. Schiller: o el trompeta moral de Säckingen. Dante: o la hiena que compone sus versos en tumbas.Kant: o cant como carácter inteligible. Víctor Hugo: o el faro junto al mar del absurdo.George Sand: o lactea ubertas, o sea, la vaca lechera con “estilo hermoso”.Michelet: o el entusiasmo en mangas de camisa.Carlyle: o el pesimismo como almuerzo mal digerido. John Stuart Mill: o la claridad agraviante. Les frères de Goncourt: o los dos Ayax trabados en lucha con Homero. Música de Offenbach. Zola: o “el deleite de heder”.

2

Renan: Teología, o la corrupción de la razón por el “pecado original” (el cristianismo). Testimonio de ello es Renan, quien en cuanto arriesga un sí o no de carácter más bien general se equivoca con penosa regularidad. Quisiera, por ejemplo, aunar la science con la noblesse; pero es evidente que la science pertenece a la democracia. Desea, con no escasa ambición, representar un aristocratismo del espíritu; mas al mismo tiempo dobla la rodilla, y no solamente la rodilla ante la doctrina contraria, el évangile des humbles... ¡De nada sirven el librepensamiento, el modernismo, la ironía, etc., si íntimamente se sigue siendo cristiano, católico y aun sacerdote! Como un jesuita y confesor, Renan tiene la capacidad inventiva de la seducción; no le falta a su espiritualidad la amplia sonrisa de frailuco; como todos los sacerdotes, sólo se vuelve peligroso cuando ama. Nadie lo iguala en eso de adorar de una manera que entraña peligro mortal... Este espíritu de Renan, un espíritu que enerva, es una fatalidad más para la pobre Francia enferma, con la voluntad enferma.

3

SainteBeuve: No tiene ni pizca de virilidad; rebosa un odio mezquino frente a todos los espíritus viriles. Vaga sutil, curioso, aburrido, fisgón; en el fondo, mujer, con un rencor y una sensualidad muy femenina. Como sicólogo, un genio de la maledicencia; pródigo, inagotable en medios para tal fin; nadie como él para emponzoñar elogiando. Plebeyo en sus instintos más soterrados y afín al resentimiento de Rousseau: por ende, romántico; pues bajo todo romantisme el instinto de Rousseau clama, rencoroso, venganza. Revolucionario, pero contenido ajustado por el miedo. Sin libertad ante todo lo que tiene fuerza (la opinión pública, la Academia, la Corte, hasta Port Royal). Furioso con todo lo grande en los hombres y las cosas, con todo lo que cree en sí. Lo suficientemente poeta y semimujer para sentir lo grande aun como poder; retorciéndose constantemente, como ese famoso gusano, porque constantemente se siente pisoteado. Como crítico, sin criterio ni sustancia, con el paladar del libertino cosmopolita para variadas cosas, pero sin tener valor ni siquiera para admitir el libertinaje. Como historiador, sin filosofía, sin el poder de la mirada filosófica; es, por consiguiente, por lo que en todos los asuntos principales repudia la tarea de juzgar bajo la máscara de la “objetividad”. Muy otra actitud observa ante todas las cosas donde un gusto refinado, gastado, es la más alta instancia; aquí si que tiene el valor de la autoafirmación, el deleite de la autoafirmación ; en esto es un maestro consumado. A juzgar por algunas páginas, una forma preliminar de Baudelaire.

4

La Imitatio Christi es uno de esos libros que yo no puedo hojear sin experimentar una repulsión fisiológica; trasciende de ella un perfume femenino, para cuyo disfrute hay que ser francés o wagneriano... Su autor tiene una manera de hablar del amor que hasta las parisienses quedan intrigadas. Me dicen que ese jesuita más listo, A. Comte, que pretendió conducir a sus franceses a Roma por el rodeo de la ciencia, se inspiró en este libro. Lo creo: “la religión del corazón”...

5

G. Eliot: Esa gente se ha librado del Dios cristiano y cree ahora que debe profesar más que nunca la moral cristiana; he aquí una consecuencia inglesa, que no vamos a reprochar a los mamarrachos morales a lo Eliot. En Inglaterra, por cualquier pequeña emancipación de la teología, hay que rehabilitarse de una manera aterradora como fanático de la moral. Tal es en ese país la multa que por esto se paga. Nosotros, en cambio, tenemos entendido que quien repudia el credo cristiano no tiene derecho a la moral cristiana. Ésta no es en absoluto una cosa sobrentendida; digan lo que digan los menos ingleses, hay que insistir en la verdad sobre este punto. El cristianismo es un sistema, una concepción global y total de las cosas. Desglosar de él un concepto capital, la creencia en Dios, significa romper el todo, quedarse sin nada necesario. Descansa el cristianismo en el supuesto de que el hombre no sepa, no pueda saber, qué es bueno y qué es malo para él; cree en Dios, el único que lo sabe. La moral cristiana es una orden; su origen es trascendente; se halla más allá de toda crítica, de todo derecho a la crítica; sólo expresa la verdad si Dios es la verdad; está inseparablemente ligada a la creencia en Dios. Si los ingleses creen efectivamente que saben por sí solos, por vía de la "intuición", qué es bueno y qué es malo; si, en consecuencia, creen que ya no tienen necesidad del cristianismo como garantía de la moral, es por una mera consecuencia del imperio del juicio de valor cristiano y una expresión de lo sólido y profundo que es este imperio, así que se ha olvidado el origen de la moral inglesa y ya no se siente lo muy condicionado de su derecho a la existencia. Para el inglés, la moral aún no constituye un problema...

6

George Sand: He leído las primeras Lettres d'un voyageur: como todo lo que deriva de Rousseau, falsas, artificiosas, blandas, exageradas. Yo no soporto este abigarrado estilo de papel pintado, como tampoco la ambición plebeya de sentimientos generosos. Lo peor, por cierto, es y sigue siendo la coquetería femenina con virilidades, con modales de mozalbete petulante. ¡Qué fría sería, con todo, esa artista insoportable! Se daba ella cuerda como si fuese un reloj y a escribir... ¡Fría, como Hugo, como Balzac, como todos los románticos, en cuanto empuñaban la pluma! Y con qué aire de suficiencia se tumbaría esa fecunda vaca plumífera, que tuvo algo de alemán en sentido fatal, igual que el propio Rousseau, su maestro, y aunque sólo haya podido darse en tiempos en que declinaba el gusto francés! Sin embargo, Renan la venera...

7

Moral para sicólogos. ¡No practicar una sicología reporteril! ¡No observar nunca por el hecho de observar! Conduce esto a una óptica falsa, a una perspectiva torcida, a una cosa forzada y exagerada. El experimentar como prurito de experimentar no sale bien. Quien experimenta no debe estar con los ojos fijos en sí, o si no, toda ojeada se convierte en "aojadura". El sicólogo nato se cuida por instinto de ver para ver; lo mismo se aplica al pintor nato, quien no trabaja nunca "del natural", sino que encomienda a su instinto, su cámara oscura, la tarea de cribar y exprimir el "caso", la "Naturaleza", la "experiencia"... Sólo lo general, la conclusión, el resultado, entra en su conciencia; no sabe de esa arbitraria deducción de caso particular.

¿Cuál es el resultado si se procede de un modo diferente? ¿Si, por ejemplo, se practica sicología reporteril sobre el modelo de los romanciers parisienses, grandes y pequeños? Esa gente dijérase que acecha la realidad y todas las noches vuelve a casa con un puñado de curiosidades... Pero el resultado está a la vista: un montón de páginas pintarrajeadas, un mosaico en el mejor de los casos; de todos modos, una cosa compuesta, inquieta, estridente. En este aspecto, lo peor corresponde a los Goncourt, los cuales no juntan tres frases que no hieran la vista, la vista del sicólogo.

La Naturaleza, artísticamente apreciada, no es un modelo. Exagera, deforma y crea lagunas. La Naturaleza es el azar. El estudio “del natural” se me antoja un mal síntoma; denota sumisión, debilidad y fatalismo. Esta postración ante los petits faits no es digna del artista cabal. Ver lo que es he aquí algo que corresponde a un tipo diferente de espíritus, a los espíritus antiartísticos, fácticos. Hay que saber quién se es...

8

A propósito de la sicología del artista. Para que haya arte, cualquier hacer y mirar estético, es imprescindible un requisito fisiológico: la embriaguez. Hasta que la embriaguez no haya acrecentado la excitabilidad de todo el mecanismo no aparece el arte. Todas las clases de embriaguez, por diferentemente determinadas que estén, tienen este poder; lo tiene, sobre todo, la embriaguez de la excitación sexual, forma antigua y primaria de la embriaguez. Como también la embriaguez que deriva de todos los grandes apetitos, de todos los fuertes afectos; la embriaguez de la fiesta, de la rivalidad, de la hazaña, del triunfo, de todo movimiento extremo; la embriaguez de la crueldad; la embriaguez de la destrucción; la embriaguez derivada de determinados factores meteorológicos, por ejemplo, la embriaguez de la primavera o de la acción de los narcóticos. Por último, la embriaguez de la voluntad, de una voluntad cargada y henchida. Lo esencial de la embriaguez es la sensación de fuerza acrecentada y plena. Esta sensación impulsa al individuo a obsequiar a las cosas, a participar en ellas, a violentarlas; a esto es a lo que se le llama idealizar. Emancipémonos en este punto de un prejuicio: el idealizar no consiste, como se cree comúnmente, en una deducción o abstracción de lo pequeño y secundario, lo decisivo es una tremenda acentuación de los rasgos principales, al punto que desaparecen los demás.

9

Embargado por este estado, uno enriquece todo con su propia plenitud; todo lo que ve y apetece lo ve henchido, pletórico, vigoroso, cargado de fuerza. El hombre ebrio transmuta las cosas, hasta que reflejan su propio poder, hasta que son reflejos de su propia perfección. Este no poder por menos de transmutar las cosas en algo perfecto es a lo que llamamos arte. Incluso todo lo que él no es, se convierte en goce propio; en el arte, el hombre goza de sí mismo como de algo perfecto. Es dable concebir un estado contrario, una específica esencia antiartística del instinto, un modo de ser que empobrece, diluye y atrofia todas las cosas. Y, en efecto, abundan en la historia tales antiartistas, tales famélicos de la vida que por fuerza toman las cosas, las agotan y desnutren. Tal es, verbigracia, el caso del cristianismo genuino de Pascal. No se da un cristiano que al mismo tiempo sea artista..., y no se incurra en la puerilidad de alegar el caso de Rafael o de cualquier cristiano homeopático del siglo XIX; Rafael dijo sí e hizo sí, luego no fue un cristiano...

10

¿Qué significa la oposición: apolíneodionisíaco, introducida por mí en la estética, valores entendidos como tipos de la embriaguez? La embriaguez apolínea determina ante todo la excitación de la vista, así que ésta adquiere el poder de la visión. El pintor, el plástico y el épico son visionarios por excelencia. En el estado dionisíaco, en cambio, se halla excitado y exaltado todo el sistema afectivo, que descarga de una vez todos sus medios de expresión y manifiesta a un tiempo el poder de representación, reproducción, transfiguración y transmutación, toda clase de mímica e histrionismo. Lo esencial es aquí la facilidad de la metamorfosis, la incapacidad para no reaccionar (en forma parecida al caso, de ciertos histéricos que también representan cualquier papel que se les indique). Al hombre dionisíaco le es imposible no entender sugestión alguna; no pasa por alto ninguna señal del afecto; posee en máximo grado el instinto de comprensión y adivinación, del mismo modo que posee en máximo grado el arte de la comunicación. Se mete en cualquier piel, en cualquier afecto; se transforma sin cesar. La música, tal como hoy la entendemos, también es una excitación y descarga total de los afectos, no obstante ser el residuo de un mundo de expresión mucho más pleno del afecto, un mero residuum del histrionismo dionisíaco. Con objeto de hacer posible la música como arte particular, se han paralizado un número de sentidos, en particular el sentido de los músculos (por lo menos, relativamente, pues hasta cierto punto todo ritmo habla todavía a nuestros músculos), de suerte que el hombre ya no imita y representa directamente todo lo que siente. Sin embargo, tal es el estado dionisíaco normal, en todo caso el estado primario, la música es la especificación poco a poco alcanzada del mismo a expensas de las facultades inmediatamente afines.

11

El actor, el mimo, el danzarín, el músico y el lírico son íntimamente afines en sus instintos y esencialmente idénticos, aunque poco a poco se hayan especializado y diferenciado entre sí, llegando incluso al extremo de la contradicción. El lírico con quien durante más tiempo estuvo identificado fue con el músico, el actor, con el danzarín. El arquitecto no representa ni un estado dionisíaco ni uno apolíneo; en él lo que tiende al arte es el gran acto volitivo, la voluntad que mueve montañas, la embriaguez de la voluntad portentosa. Siempre los hombres más poderosos han inspirado a los arquitectos; en todos los tiempos el arquitecto ha experimentado la sugestión del poder. La obra de arquitectura, la construcción, debe documentar el orgullo, el triunfo sobre la pesantez, la voluntad de poder; es la arquitectura una especie de elocuencia del poder a través de las formas, ora persuasiva, y aun insinuante, ora simplemente autoritaria. El máximo sentimiento de poder y seguridad se expresa en aquello que tiene gran estilo. El poder que ya no necesita de pruebas; que desdeña agradar; que es tardo en responder; que no sabe de testigos; que vive ajeno al hecho de posibles objeciones; que reposa en sí mismo, fatalista, ley entre leyes, habla de sí como gran estilo.

12

He leído la biografía de Thomas Carlyle, esta farsa inconsciente e involuntaria, esta interpretación heroicomoral de estados dispépsicos. Carlyle, un hombre de palabras y actitudes enfáticas, un reto forzoso acuciado en todo momento por el anhelo de una fe ardiente y el sentimiento de no estar capacitado para ella (¡en esto, un romántico típico!). El anhelo de una fe ardiente no es la prueba de una fe ardiente, sino todo lo contrario. Quien la tiene, puede permitirse el hermoso lujo del escepticismo; es lo suficientemente seguro, sólido y firme para ello. Carlyle aturde algo en sí por el fortissimo de su veneración por los hombres de la fe ardiente y por su rabia con los que no son tan ingenuos; precisa el barullo. Una constante y apasionada falta de probidad consigo mismo, he aquí su propium, aquello por lo cual es y seguirá siendo interesante. En Inglaterra, por cierto, lo admiran precisamente por su probidad... Y como esto es inglés y los ingleses son el pueblo del cant cien por cien, resulta no sólo natural, sino explicable. En el fondo, Carlyle es un ateo inglés que se precia de no serlo.

13

Emerson: Mucho más esclarecido, inquieto, polifacético y refinado que Carlyle; sobre todo, más feliz... Se alimenta instintivamente con ambrosía dejando lo indigesto de las cosas. En comparación con Carlyle, un hombre de buen gusto. Carlyle, quien lo apreciaba mucho, decía de él: “A nosotros no nos da bastante de comer”, observación que acaso sea cierta, pero no en detrimento de Emerson. Tiene éste esa alegría serena, afable y espiritual que desmonta toda seriedad; ignora lo viejo que es y lo joven que será aún; podía haber dicho de sí, repitiendo palabras de Lope de Vega: “Yo me sucedo a mí mismo.” Su espíritu siempre encuentra razones para estar contento y aun agradecido, y a veces roza la alegre y serena trascendencia de ese buen hombre que volvió de una cita de amor tanquam re tiene gesta: “Ut desint viresdijo agradecido, tamen est laudanda voluptas.”

14

AntiDarwin. Por lo que se refiere a la famosa “lucha por la existencia”, me parece, por lo pronto, más sostenida que demostrada. Se da, sí; pero como excepción. El aspecto total de la existencia no es el apremio, el hambre, sino, por el contrario, la riqueza, la abundancia y aun el derroche absurdo; donde se lucha, se lucha por poder... No se debe confundir a Malthus con la Naturaleza. Mas suponiendo que se dé esta lucha y se da, en efecto, su desenlace es, por desgracia, justamente el contrario del que desea la escuela darwinista, desfavorable a los fuertes, los privilegiados, los excepcionales. Las especies no progresan en el sentido del perfeccionamiento; una y otra vez los débiles dan cuenta de los fuertes, por ser la abrumadora mayoría y también por ser más inteligentes... Darwin se olvidó del espíritu (¡gesto típicamente inglés!). Los débiles tienen más espíritu... Hay que tener necesidad de espíritu para adquirir espíritu; se pierde si no se le necesita. Quien tiene la fuerza prescinde del espíritu (“¡déjalo! se piensa ahora en Alemania; el Reich ha de quedar” ...). Como se ve, yo entiendo por espíritu la prudencia, la astucia, la paciencia, la simulación, el gran dominio de sí mismo y todo lo que es mimetismo (éste comprende gran parte de la llamada virtud).

15

Casuística de sicólogo. He aquí un conocedor de los hombres; ¿para qué estudia a los hombres? Quiere asegurarse pequeñas o grandes ventajas sobre ellos; ¡es un político! ... Aquel otro también es un conocedor de los hombres y no con fines egoístas. ¡Miradlo más de cerca! ¡Tal vez busque incluso una ventaja más grave: la de sentirse superior a los hombres, tener derecho a mirarlos por encima del hombro, distanciarse de ellos. Este “impersonal” desprecia a los hombres; aquel otro es la más humana de las dos especies, aunque la evidencia parezca demostrar lo contrario, pues, al menos, trata a los hombres en un plano de igualdad, sintiéndose como uno de ellos...

16

El tacto sicológico de los alemanes aparece puesto en tela de juicio por una serie de casos que mi modestia me impide enumerar. En un determinado caso no habrá de faltarme un magno motivo para fundamentar mi tesis: reprocho a los alemanes haberse equivocado con Kant y con la que yo llamo “filosofía de las traspuertas”; esto ciertamente no fue un dechado de probidad intelectual. Otra cosa que me saca de quicio es el fatal “y”: los alemanes dicen “Goethe y Schiller”; temo que hasta digan “Schiller y Goethe”... ¿Todavía no se sabe quién fue Schiller? No es éste, por cierto, el “y” más grave; yo mismo he oído, en verdad que sólo de labios de profesores de Universidad, “Schopenhauer y Hartmann”...

17

Los hombres más espirituales, siempre que sean los más valientes, también viven, con mucho, las tragedias más dolorosas; mas por eso mismo exaltan la vida, oponiéndoles su más grave adversidad.

18

A propósito de la “conciencia intelectual”. Nada me parece tan raro hoy día como la verdadera hipocresía. Sospecho decididamente que el aire suave de nuestra cultura no conviene a esta planta. La hipocresía es propia de las épocas de fe ardiente, en las que ni aun cuando se estaba forzado a exhibir una fe diferente se renunciaba a la que realmente se alentaba. Hoy día se renuncia a ella, o lo que es aún más corriente, se adopta una segunda fe; en uno y otro caso se es sincero. No cabe duda que en nuestros tiempos son posibles, quiere decir permitidas, quiere decir inofensivas, un número mucho más grande de convicciones que antes. Origínase así la tolerancia hacia sí mismo.

La tolerancia hacia sí mismo autoriza a tener varias convicciones; éstas conviven pacíficamente, cuidándose mucho, como hoy en día todo el mundo, de comprometerse. ¿Cómo se compromete uno hoy en día? Adoptando una actitud consecuente. Avanzando imperturbable. Siendo un hombre en el que no caben, por lo menos, cinco interpretaciones diferentes. Siendogenuino... Temo mucho que algunos vicios estén condenados a extinguirse simplemente porque el hombre moderno es demasiado cómodo e indolente para seguir con ellos. Todo lo malo determinado por una voluntad fuerte, y tal vez no haya nada malo sin fuerza de voluntad, degenera en virtud en nuestro tibio ambiente... Los pocos hipócritas que he conocido imitaban la hipocresía; eran, como hoy en día casi todo el mundo, comediantes.

19

Bello y feo. Nada hay tan condicionado, digamos tan restringido, como nuestro sentimiento de lo bello. Quien pretende concebirlo desligado del goce que el hombre libra del hombre, deja al momento de pisar terreno firme. Lo “bello en sí” es un mero concepto; no es ni siquiera un concepto. En lo bello, el hombre se establece a sí mismo como criterio de perfección; en casos selectos, se adora a sí mismo en lo bello. Una especie no puede por menos de decir sí exclusivamente a sí misma de esta manera. Su instinto más soterrado, el de conservación y expansión del propio ser, irradia aun en tales sublimidades. El hombre cree el mundo mismo colmado de belleza; se olvida que él es la causa. Él lo ha obsequiado con belleza, ¡ay ¡ sólo con una belleza muy humana, demasiado humana.

En el fondo, el hombre se refleja en las cosas; tiene por bello todo lo que le devuelve su propia imagen. El juicio “bello” es su vanidad genérica... Pues al escéptico bien puede un leve recelo susurrarle al oído: ¿de veras queda embellecido el mundo por el hecho de que el hombre lo tenga por bello? Lo ha humanizado; esto es todo. Mas nada, absolutamente nada, nos autoriza para creer que precisamente el hombre sea el modelo de lo bello. ¿Quién sabe cómo se presenta a los ojos de un juez superior del gusto? ¿Acaso atrevido? ¿Acaso divertido? ¿Acaso un tanto arbitrario?... “Oh Dionisos, divino, ¿por qué me tiras de las orejas?”, preguntó Ariadna a su amante filosófico en ocasión de uno de esos célebres diálogos en Naxos. “Es que tus orejas me causan gracia, Ariadna; ¿quizá por qué no son aún más largas?”

20

Nada es bello, sólo el hombre es bello: en esta ingenuidad descansa toda estética; ella es la verdad primordial de la estética. Agreguemos a renglón seguido otra segunda: nada hay tan feo como el hombre degenerado; queda así delimitado el reino del juicio' estético. Desde el punto de vista fisiológico, todo lo feo debilita y apesadumbra al hombre. Le sugiere quebranto, peligro e impotencia; le ocasiona efectivamente una pérdida de fuerza. Cabe medir el efecto de lo feo con el dinamómetro. Cuando quiera que el hombre experimente un abatimiento, sospecha la proximidad de algo "feo". Su sentimiento de poder, su voluntad de poder, su valentía, su orgullo, se merman por obra de lo feo y aumenta por obra de lo bello... En uno y otro caso sacamos una conclusión: las premisas correspondientes están acumuladas en inmensa cantidad en el instinto. Lo feo es entendido como señal y síntoma de la degeneración; todo lo que siquiera remotamente sugiere degeneración determina en nosotros el juicio "feo". Todo indicio de agotamiento, de pesadez, de vejez y cansancio; toda clase de coerción, bajo forma de espasmo o paralización; en particular, olor, color y forma de la desintegración, de la podredumbre, aunque sea en su dilución última en símbolo; todo esto provoca idéntica reacción, el juicio de valor "feo". Manifiéstase aquí un odio, ¿y qué es lo que odia el hombre? No cabe duda que la decadencia de su tipo. Odia en este caso llevado por el instinto más profundo de la especie. En este odio hay estremecimiento de horror, cautela, profundidad y visión; es el odio más profundo que puede darse. Por él es el arte profundo...

21

Schopenhauer. Schopenhauer, el último alemán que cuenta (por ser un acontecimiento europeo, como Goethe, como Hegel, como Heinrich Heine, y no tan sólo un acontecimiento local, "nacional"), es para el sicólogo un caso de primer orden, en cuanto tentativa maligna, pero genial de movilizar, con miras a una desvalorización total nihilista de la vida, precisamente las contrainstancias, las grandes autoafirmaciones de la "voluntad de vida", las formas exuberantes de ella. En efecto, interpretó, uno por uno, el arte, el heroísmo, el genio, la belleza, el gran sentimiento de simpatía, el conocimiento, la voluntad de verdad y la tragedia como consecuencias de la "negación" o la necesidad de negación, de la "voluntad": la más grande sofisticación sicológica que conoce la historia, abstracción hecha del cristianismo. Bien mirado, con esto Schopenhauer no es sino el heredero de la interpretación cristiana; sólo que supo aprobar hasta lo que el cristianismo repudia, los grandes hechos culturales de la humanidad, en un sentido cristiano, esto es, nihilista (o sea, como caminos de “redención”, como formas preliminares de la “redención”, como estimulantes del anhelo de “redención”...).

22

Consideraré un caso particular. Habla Schopenhauer de la belleza con un ardor melancólico. ¿Por qué, en definitiva? Porque la tiene por un puente sobre el cual se va más lejos o se experimenta el anhelo de ir más allá... Se le aparece como algo que por un momento redime de la “voluntad”; como algo que incita a redimirse de una vez por todas... La ensalza en particular como lo que redime del “foco de la voluntad”, de la sexualidad; considera que ella implica la negación del instinto sexual... ¡Qué santo más raro! Alguien le contradice; temo que sea la Naturaleza. ¿Por qué hay belleza en sonido, color, fragancia y movimiento rítmico en la Naturaleza? ¿Qué es lo que fuerza la manifestación de lo bello? Afortunadamente, le contradice también un filósofo. Nada menos que el divino Platón (y así le llama el propio Schopenhauer) sostiene una tesis diferente: que toda la belleza excita el instinto sexual; que en esto reside precisamente su efecto específico, desde la máxima sensualidad hasta la máxima espiritualidad...

23

Platón va más allá. Con un candor muy heleno, incompatible con el “cristiano”, afirma que no habría ninguna filosofía platónica si no hubiese en Atenas tantos jóvenes hermosos; que sólo la vista de estos jóvenes sume el alma del filósofo en una embriaguez erótica y que no se libra hasta no haber plantado en tan hermoso suelo la semilla de todas las cosas elevadas. ¡ Otro santo muy raro! Uno se resiste a dar crédito a sus oídos, aun en el supuesto de que se diera crédito a Platón. Se adivina, en todo caso, que en Atenas se filosofaba de una manera diferente, sobre todo en público. Nada hay tan antiheleno como la sutilización conceptual de un solitario, amor intellectualis dei al modo de Spinoza. La filosofía al modo de Platón corresponde definirla más bien como rivalidad erótica, como evolución y profundización de la antigua gimnasia agonal y sus premisas... ¿Qué surgió, por último, de este erotismo filosófico de Platón? Una nueva modalidad artística del agon heleno, la dialéctica. Para terminar, recordaré, en oposición a Schopenhauer y en honor de Platón, que también toda la cultura y literatura superiores de la Francia clásica han nacido en el suelo del interés sexual. Cabe buscar en ellas por doquier la galantería, los sentidos, la rivalidad sexual, la "mujer"; no se buscará nunca en vano...

24

L'art pour l'art. La lucha por el fin en el arte es siempre la lucha contra la tendencia a la moralización en el arte, contra su subordinación a la moral. L'art pour l'art quiere decir: "¡que se vaya al diablo la moral!" Mas aun esta hostilidad revela el imperio del prejuicio. Una vez excluido del arte el fin de la moralización y del perfeccionamiento de los hombres, no por eso el arte carece necesariamente de fin, meta y sentido y es necesariamente l'art pour l'artun gusano que se muerde la cola. "¡Ni fin moral, ni fin alguno!', así habla la pura pasión. El sicólogo, en cambio, pregunta: ¿qué hace todo arte?, ¿no elogia?, ¿no exalta?, ¿no escoge?, ¿no destaca? Con todo esto, robustece o debilita determinadas valoraciones... ¿Se trata tan sólo de una cosa accidental?, ¿de una casualidad?, ¿de algo en que el instinto del artista no interviene para nada? ¿O bien de la idea del poder del artista?... El instinto más profundo del artista, ¿tiende al arte?, ¿no tiende al sentido del arte, a la vida?, ¿a un ideal de vida? Si el arte es la gran incitación a la vida, ¿cómo considerarlo carente de fin y meta, de acuerdo con l'art pour l'art? Sigue entonces en pie este interrogante: el arte plasma también muchas cosas feas, duras y problemáticas de la vida. ¿Se aparta de ella? Y, en efecto, ha habido filósofos que le daban este sentido. Schopenhauer enseñaba como propósito total del arte: "liberarse de la voluntad", y ensalzaba "inducir a la resignación" como la gran utilidad de la tragedia. Pero esto, según ya lo di a entender, es óptica de pesimista y "mal de ojo"; hay que apelar a los artistas mismos. ¿Qué comunica el artista trágico de su intimidad? ¿No exhibe él precisamente el estado exento de miedo ante lo pavoroso y problemático? En este estado es una aspiración elevada; quien lo conoce le rinde los máximos honores. Lo comunica, no puede por menos de comunicarlo, siempre que sea un artista, un genio de la comunicación. La valentía y libertad del sentimiento ante un enemigo poderoso, ante una sublime desventura, ante un problema que sobrecoge; este estado triunfante es el que elige y exalta el artista trágico. Ante la tragedia, lo que hay de guerrero en nuestra alma celebra sus saturnales; quien está acostumbrado a sufrir y va en procura del sufrimiento, el hombre heroico, con la tragedia ensalza su existencia; únicamente a él sirve lo trágico la bebida de esta dulcísima crueldad.

25

Conformarse con los hombres, tener casa abierta con su corazón es liberal, pero nada más que liberal. Los corazones capaces de la hospitalidad aristocrática se los reconoce por las muchas ventanas cubiertas y postigos cerrados; tienen desocupadas sus mejores estancias. ¿Por qué? Porque esperan a huéspedes con los que uno no “se conforma”...

26

Ya no nos apreciamos lo suficiente si nos comunicamos. Nuestras experiencias propiamente dichas no son en modo alguno locuaces. Ni siquiera podrían comunicarse, pues les faltan las palabras. Lo que sabemos expresar en palabras, ya lo hemos dejado atrás. En todo hablar hay algo de desprecio. Parece que el lenguaje está inventado únicamente para lo ordinario, lo medio, lo comunicable. Con el lenguaje se vulgariza el que habla. (De una moral para sordomudos y otros filósofos.)

27

“¡Es encantadora esta imagen!”... La historia, insatisfecha, excitada, desolada en el corazón y las entrañas, pendiente en todo momento, con una curiosidad dolorosa, del imperativo que desde las profundidades de su organismo susurra “aut liberi aut libri”; la literata, lo suficientemente culta para entender la voz de la Naturaleza, incluso cuando habla en latín, y, por otra parte, lo suficientemente vanidosa y estúpida para decir aun en francés para sus adentros “je me verrai, je me lirai, je m'extasierai et je dirai: Possible, que j'aie eu tant d'esprit?”

28

Hablan los “impersonales”. “Nada nos es tan fácil como ser sabios, pacientes, superiores y serenos. Chorreamos aceite de indulgencia y simpatía; somos de una manera absurda justos; perdonamos todo. Por eso mismo debiéramos desarrollar en nosotros de tanto en tanto un pequeño afecto, un pequeño vicio de afecto. Tal vez nos cueste; tal vez nos riamos, entre nosotros, de la figura que encarnamos. Pero no tenemos más remedio. No nos queda ya ninguna otra forma de autodisciplina; tal es nuestro ascetismo, nuestra penitencia”... Volverse personal, he aquí la virtud del “impersonal”...

29

De un examen de doctorado. “¿Cuál es la tarea de toda enseñanza superior?” Hacer del hombre una máquina. “¿Cómo se consigue esto?” El hombre debe aprender a aburrirse. “¿Cómo se consigue esto?” Mediante la noción del deber. “¿Quién es su modelo en esta ocasión?” El filólogo, que enseña a trabajar como un burro. “¿Quién es el hombre perfecto?” El empleado del Estado. “¿Qué filosofía ofrece la fórmula suprema para el empleado del Estado?” La de Kant el empleado del Estado como cosa en sí, proclamado juez del empleado del Estado como apariencia.

30

El derecho a la estupidez. El trabajador cansado de lento respirar y aire bonachón que , deja correr las cosas; esta figura típica que uno encuentra ahora, en esta época del trabajo (¡y del Reich!) en todas las capas de la sociedad, reivindica hoy día precisamente el arte, incluido el libro, en particular el diario; júzguese en cuánto mayor grado la bella Naturaleza reivindica a Italia... El hombre del atardecer, con los “impulsos fieros expirados”, de que habla Fausto, tiene necesidad del lugar de veraneo, de la playa de mar, de los ventisqueros, de Bayreuth... En tiempos así, el arte tiene derecho a la locura pura, como una especie de vacaciones para el espíritu, el ingenio y el ánimo. Así lo entendió Wagner. La locura pura repone...

31

Otro problema de la dieta. Los medios a que recurrió Julio César para defenderse de los achaques y los dolores de cabeza: marchas formidables, un régimen de vida en extremo sencillo, vida permanente al aire libre y penurias constantes son, en el plano general, las medidas de conservación y protección contra la vulnerabilidad extrema de esa máquina delicada y sometida a máxima presión que se llama genio.

32

Habla el inmoralista. Nada repugna tanto al filósofo como el hombre que desea... Cuando ve al hombre exclusivamente en sus actos; cuando ve a este animal más valiente, astuto y denodado extraviado hasta en trances laberínticos, ¡cuán admirable se le aparece el hombre! Y aun lo alienta... Desprecia el filósofo, en cambio, al hombre que desea, también al hombre “deseable”, y en un plano general, todas las deseabilidades, todos los ideales humanos. Si el filósofo pudiese ser nihilista lo sería, pues detrás de todos los ideales del hombre encuentra la nada. O ni siquiera la nada, sino lo ruin, lo absurdo, lo enfermo, lo cobarde, lo cansado, toda clase de heces de la copa vaciada de su vida... El hombre, que en tanta realidad es siempre vulnerable, ¿cómo es que no merece respeto en cuanto desea? ¿Será que tiene que pagar por la capacidad que lo distingue como realidad?, ¿que tiene que compensar su actividad, la tensión mental y el esfuerzo de voluntad en toda actividad, por una relajación en lo imaginario y lo absurdo?

Hasta ahora la historia de los ideales ha sido la partie honteuse del hombre; hay que procurar no leer en ella demasiado tiempo. Lo que justifica al hombre es su realidad; ésta lo justificará eternamente. ¿Cuánto más vale el hombre real` en comparación con cualquier hombre tan sólo deseado, soñado, inventado y mentido?, ¿con cualquier hombre ideal? Sólo por ello el hombre ideal repugna al filósofo.

33

Valor natural del egoísmo. El egoísmo vale lo que vale fisiológicamente el que lo practica; puede valer mucho, pero puede también ser ruin y despreciable. Ante cada individuo cabe preguntar si representa la curva ascendente o la descendente de la vida. Esta dilucidación proporciona al mismo tiempo el canon para determinar el valor de su egoísmo. Si representa la curva ascendente, su valor ciertamente es extraordinario, y por la vida total que con él da un paso más hacia adelante se justifica incluso la preocupación extrema por sobrevivir, por crear su optimum de condiciones. El "individuo", tal como el vulgo y el filósofo lo han entendido hasta ahora, es un error no es nada por sí; no es un átomo, un "eslabón de la cadena"; no es nada meramente transmitido en herencia; es también todo el único linaje humano anterior a él... Si representa la curva descendente, la decadencia, la degeneración, enfermedad crónica (las enfermedades son, en definitiva, consecuencias de la decadencia, no sus causas), tiene poco valor y la equidad elemental exige que quite lo menos posible a los íntegros y cabales. Ya no es más, en definitiva, que su parásito...

34

Cristiano y anarquista. El anarquista, como portavoz de capas décadents de la sociedad, reivindica con hermosa indignación "justicia" e "igualdad de derechos", se halla bajo la presión de su ignorancia, no sabe comprender por qué sufre y, en definitiva, es pobre en vida... Obra en él un impulso causal: alguien debe tener la culpa de su mala situación... Por otra parte, su enorme indignación le hace bien; es un placer lanzar diatribas en nombre de todos los pobres diablos, ya que proporciona una pequeña embriaguez de poder. La sola queja, el solo hecho de quejarse, confiere a la vida un encanto que la hace llevadera; en toda queja hay una dosis sutil de venganza, uno reprocha su malestar, eventualmente hasta su maldad, como si fuese una injusticia, un privilegio ilícito, a los que no comparten su condición. “Si yo soy canaille, tú también debes serlo”tal es la lógica que inspira la revolución. La queja nunca vale nada, es un producto de la debilidad. Lo mismo da, en definitiva, que uno eche la culpa de su malestar a otros, como el socialista, o a sí mismo, como, por ejemplo, el cristiano; lo que en los dos casos hay de común y de indigno es que hacen a alguien responsable de su sufrimiento; en una palabra, que el que sufre se receta contra su sufrimiento la miel de la venganza. Los objetos de esta necesidad de venganza, que viene a ser una necesidad de placer, son causas accidentales; el que sufre encuentra por doquier motivos para satisfacer su mezquino afán vindicativo; si es cristiano, los encuentra, como queda dicho, en sí mismo... Tanto el cristiano como el anarquista son décadents. Mas también el cristiano, cuando repudia, difama y vitupera al “mundo”, lo hace llevado por el afán que impulsa al trabajador socialista a repudiar, difamar y vituperar la sociedad; aun el “juicio final” es el dulce consuelo de la venganza, la revolución deseada por el trabajador socialista, proyectada en un futuro un tanto más lejano... El propio “más allá”, ¿no es en el fondo un medio de difamar este mundo? ...

35

Crítica de la moral de decadencia. Una moral “altruista”, una moral que comporta la atrofia del egoísmo, es bajo todas las circunstancias una mala señal, respecto a los individuos y, en particular, respecto a los pueblos. Falla lo mejor si empieza a fallar el egoísmo. Optar instintivamente por lo que lo perjudica a uno, sentirse atraído por motivos “desinteresados”, es casi la fórmula de la decadencia. “No buscar su propia ventaja” es tan sólo la hoja de parra moral para disimular esta realidad muy diferente, esto es, fisiológica: “No soy ya capaz de encontrar mi propia ventaja”... ¡Disgregación de los instintos! Cuando un hombre se vuelve altruista, quiere decir que está perdido. En vez de decir ingenuamente: “Yo ya no sirvo para nada”, dice la mentira moral por boca del décadent: “Nada vale nada; la vida no vale nada...” Tal juicio constituye, en definitiva, un grave peligro, pues es contagioso; no tarda en proliferar por toda la extensión del suelo mórbido de la sociedad, hasta quedar transformado en una tupida vegetación conceptual, ya como religión (cristianismo) o como filosofía (schopenhauerianismo). Tal vegetación venenosa, brotada de la podredumbre, es susceptible de infectar con sus miasmas vastas áreas de la vida por espacio de milenios...

36

Moral para médicos. El enfermo es un parásito de la sociedad. En un determinado estado resulta indecente seguir con vida. Debiera sentir la sociedad un desprecio profundo por quien arrastra una existencia precaria en cobarde dependencia de médicos y practicantes, una vez perdido el sentido de la vida, el derecho a la vida. Los médicos, por su parte, debieran ser los agentes de este desprecio, procurando en vez de recetas una renovada dosis de asco a su paciente... Hay que crear una responsabilidad nueva, la del médico, para todos los casos en que el interés supremo de la vida, de la vida ascendente, exige la represión implacable de la vida degenerada; por ejemplo, respecto al' derecho a la procreación, al derecho de nacer, al derecho de vivir... Morir de una muerte orgulIosa, cuando ya no es posible vivir una vida orgullosa. Optar por la muerte espontánea y oportuna, consumada con claridad y alegría, rodeado de hijos y testigos, de suerte que es todavía posible una verdadera despedida donde está todavía ahí el que se despide, así como una verdadera apreciación de lo realizado y lo intentado, un balance de la vida, en oposición a la miserable y pavorosa farsa en que el cristianismo ha convertido la hora postrera. ¡No debiera perdonarse jamás al cristianismo haber abusado de la debilidad del moribundo para hacer violencia a la conciencia, de la forma de la muerte para valorar al hombre y su pasado! En este punto, frente a todas las cobardías del prejuicio, corresponde establecer, ante todo, la apreciación correcta, esto es, fisiológica, de la llamada muerte natural, que a su vez no es, en definitiva, sino una muerte “antinatural”, un suicidio. Nadie muere por culpa ajena, sino únicamente por culpa propia. Sólo que ella es la muerte que se produce en las circunstancias más despreciables: una muerte impuesta, a destiempo, una muerte cobarde. Por amor a la vida se debiera procurar una muerte diferente: libre, consciente, sin contingencia ni coerción... Por último, he aquí un consejo dirigido a los señores pesimistas y demás décadents. No está en nuestro poder no nacer, pero sí nos es dable subsanar lo que a veces resulta efectivamente un defecto. Quien se elimina realiza algo respetable; quien hace esto, casi merece vivir... La sociedad, ¡qué digo!, la vida misma se beneficia con semejante gesto más que con cualquier “vida” vivida con resignación, anemia y otras virtudes; se ha quitado de la vista de los demás, convirtiéndose en una objeción a la vida... El pesimismo pur, vert, sólo queda probado por la autorrefutación de los señores pesimistas; hay que avanzar un paso más en su lógica, negar la vida no sólo con “voluntad y representación”, como lo hizo Schopenhauer, sino negando primero a Schopenhauer... El pesimismo, dicho sea de paso, a pesar de ser contagioso, no acrecienta la morbosidad de una época, de una raza, en su conjunto; es la expresión de la misma. Se cae en él como en el cólera, que sólo ataca al que está predispuesto. El pesimismo no aumenta el número de los décadents; recuérdense también las estadísticas según las cuales los años en que causa estragos el cólera no se diferencian de los otros años respecto al número total de fallecimientos.

¿Hemos progresado en moralidad? Como era de esperar, contra mi concepto “más allá del bien y del mal” se ha alzado toda la ferocidad del entontecimiento moral, confundida en Alemania con la moral misma; podría contar cosas muy sugestivas al respecto. Sobre todo, se me hizo notar la “superioridad innegable” de nuestra época respecto al juicio moral, al progreso efectivamente realizado por nosotros en este terreno, señalando que es de todo punto inadmisible aceptar la comparación de Cesare Borgia con nosotros, como “hombre superior”, como una especie de superhombre, según yo he afirmado... Un redactor suizo del Bund, al rendir homenaje a la valentía de tan arriesgada iniciativa, llegó hasta a “entender” el sentido de mi obra como cruzada por la abolición de todos los sentimientos decentes. ¡Muchas gracias! A modo de respuesta, me permito plantear el interrogante de si realmente hemos progresado en moralidad.

El hecho de que todo el mundo reconozca semejante progreso basta, en realidad, para ponerlo en tela de juicio... Los hombres modernos, muy delicados, muy vulnerables, perdidas mil contemplaciones, creemos, en efecto, que esta tierna humanidad que representamos, este acuerdo logrado en la consideración, la solicitud y la mutua confianza es un progreso positivo; que con esto somos muy superiores a los hombres del Renacimiento. Así piensa, porque no puede menos de pensar, toda época. Lo cierto es que debía estarnos vedado situarnos, siquiera mentalmente, en estados de cosas renacentistas; nuestros nervios, y no digamos nuestros músculos, no soportarían semejante realidad. Mas esta incapacidad no prueba un progreso, sino tan sólo un natural diferente, más tardío; uno más débil, más tierno, más vulnerable, del que necesariamente deriva una moral pródiga en contemplaciones. Si descontamos mentalmente nuestra condición delicada y tardía, nuestro envejecimiento fisiológico, nuestra moral de la “humanización” pierde al instante su valor, ninguna moral tiene valor por sí; hasta se nos aparecerá despreciable. No dudamos, por otra parte, de que los modernos, con nuestra humanidad acolchada, ansiosa de no golpearse contra ninguna piedra, seríamos para los contemporáneos de Cesare Borgia un espectáculo en extremo ridículo. En efecto, sin quererlo, somos pintorescamente graciosos con nuestras “virtudes” modernas... La merma de los instintos hostiles y susceptibles de despertar recelo, y tal es, en definitiva, nuestro “progreso”, no es sino una de las consecuencias de la merma general de la vitalidad; salvaguardar una existencia tan condicionada, tan tardía, requiere cien veces más esfuerzo y cautela que antes. Entonces, los hombres se ayudan unos a otros; entonces, cada cual es hasta cierto punto enfermo y cada cual es enfermero. Entonces, a esto se llama “virtud”, entre hombres que conocían una vida distinta, más plena, más pletórica y portentosa, se le habría llamado de otro modo: “cobardía” acaso, “vileza”, “moral de viejas”... Nuestra suavización de las costumbres, tal es mi tesis, y si se quiere, mi innovación, es una consecuencia de la decadencia; la dureza y violencia de las costumbres, en cambio, bien puede ser la consecuencia de un excedente de vitalidad: pues en tal caso mucho puede ser arriesgado, mucho desafiado, mucho también derrochado. Lo que en un tiempo fue condimento de la vida, para nosotros sería veneno... Somos también demasiado viejos, demasiado tardíos, como para ser indiferentes, lo cual es asimismo una forma de la fuerza. Nuestra moral de la simpatía, contra la cual siempre he prevenido, aquello que pudiera llamarse l'impressionisme morale, es una expresión más de la irritabilidad fisiológica propia de todo lo decadente. Ese movimiento que con la moral schopenhaueriana de la compasión ha hecho una tentativa de presentarse envuelto en ropaje científico, ¡tentativa muy desafortunada, por cierto!, es el movimiento de la decadencia propiamente dicho en la moral, y como tal íntimamente afín a la moral cristiana. Las épocas fuertes, las culturas aristocráticas, desprecian la compasión, el “amor al prójimo”, la falta de propio ser y de conciencia del propio ser. A las épocas hay que juzgarlas por sus fuerzas positivas, y entonces aquella época derrochadora y pródiga en fatalidad del Renacimiento aparece como la última época grande, y la de nosotros, los modernos, con nuestro enervado cuidado de nuestra propia persona y amor al prójimo, con nuestras virtudes de la laboriosidad, la sencillez, la ecuanimidad y el rigor científico, recopiladores, económicos, maquinales, como una época débil... Nuestras virtudes están condicionadas, provocadas por nuestra debilidad... La “igualdad”, cierta igualación efectiva que en la teoría de la “igualdad de derechos” no hace más que formularse, es un rasgo esencial de la decadencia; en cambio, la diferencia entre los individuos y las clases, la multiplicidad de los tipos, la voluntad de individualidad y diferenciación, aquello que yo llamo el pathos de la distancia jerárquica, es propio de todas las épocas fuertes. La tensión y envergadura entre los extremos disminuyen ahora sin cesar; los extremos mismos terminan por desdibujarse hasta el punto de confundirse... Todas nuestras teorías políticas y Constituciones, el “Reich alemán” inclusive, son conclusiones, consecuencias lógicas de la decadencia; la gravitación inconveniente de la décadence ha llegado a prevalecer hasta en los ideales de las distintas ciencias. Mi objeción contra toda la sociología inglesa y francesa es que conoce por experiencia únicamente las formas de una sociedad decadente y con todo candor toma los propios instintos de la decadencia como norma del juicio de valor sociológico. La vida descendente, la merma de toda fuerza organizadora, esto es, separadora, diferenciadora, jerarquizante, se formula en la sociología de ahora como ideal... Nuestros socialistas son un montón de décadents; pero también el señor Herbert Spencer es un décadent: ¡juzga deseable, por ejemplo, el triunfo del altruismo. ...

38

Mi noción de la libertad. A veces el valor de una cosa no reside en lo que con ella se consigue, sino en lo que por ella se paga, en lo que nos cuesta. Consignaré un ejemplo. Las instituciones liberales, una vez impuestas dejan de ser pronto liberales; posteriormente, nada daña en forma tan grave y radical la libertad como las instituciones liberales. Sabidos son sus efectos: socavan la voluntad de poder, son la nivelación de montaña y valle elevada al plano cie la moral, empequeñecen y llevan a la pusilanimidad y a la molicie; con ellas triunfa siempre el hombrerebaño. El liberalismo significa el desarrollo del hombrerebaño... Las mismas instituciones, mientras se brega por ellas, producen muy otros efectos; entonces promueven, en efecto, poderosamente la libertad. Bien mirado, es la guerra la que produce estos efectos; la guerra librada por instituciones liberales, que como guerra perpetúa los instintos antiliberales. Y la guerra educa para la libertad. Pues ¿qué significa libertad? Que se tiene la voluntad de responsabilidad personal. Que se mantiene la distancia jerárquica que diferencia. Que se llega a ser más indiferente hacia la penuria, la dureza, la privación y aun hacia la vida. Que se está pronto a sacrificar en aras de su causa vidas humanas, la propia inclusive. Significa la libertad que los instintos viriles, guerreros y triunfantes privan sobre otros instintos, por ejemplo, los de la “felicidad”. El hombre libertado, y, sobre todo, el espíritu libertado, pisotea el despreciable bienestar con que sueñan mercachifles, cristianos, vacas, mujeres, ingleses y demás demócratas. El hombre libre es un guerrero.

¿Cuál es el criterio de la libertad en los individuos y los pueblos? La resistencia que es preciso superar, el esfuerzo que demanda el mantenerse arriba. El tipo más alto de hombres libres debiera buscarse allí donde continuamente se supera la resistencia más grande a dos pasos de la tiranía, a un tris del trance de caer en la servidumbre. Esto es sicológicamente cierto si aquí se entiende por los “tiranos” instintos implacables y terribles que desafían contra sí el maximum de autoridad y disciplina: el tipo más hermoso es Julio César, y es también políticamente cierto, como lo prueba la historia. Ningún pueblo importante que llegó a ser un pueblo de valía, llegó a serlo bajo instituciones liberales; el grave peligro hizo de él algo dignó de veneración: el peligro que nos da la noción de nuestros recursos, nuestras virtudes, nuestras armas, nuestro espíritus que nos obliga, en suma, a ser fuertes... Primer axioma: hay que estar obligado a ser fuerte o si no, no se lo es nunca. Esos grandes semilleros del hombre fuerte, del tipo humano más fuerte que se ha dado jamás, las comunidades aristocráticas al estilo de Roma y Venecia, entendían la libertad exactamente en el sentido en que yo entiendo la palabra “libertad”: como algo que se tiene y no se tiene, que se quiere, que se conquista...

39

Crítica del modernismo. Todo el mundo conviene en que nuestras instituciones ya no sirven para nada. Pero la culpa no la tienen ellas, sino nosotros. Tras haber perdido todos los instintos de los que surgen las instituciones, perdemos las instituciones porque ya no servimos para ellas. Siempre el modernismo ha sido la forma de decadencia del poder de organización; ya en Humana, demasiado humano I, 349, he definido la democracia moderna, junto con sus cosas a medio hacer, como el “Reich alemán”, como forma de decadencia del Estado. Para que haya instituciones debe haber un tipo de voluntad distinto, imperativo, antiliberal hasta el summum: la voluntad de tradición, de autoridad de responsabilidad ante centurias por venir, de solidaridad de cadenas de generaciones hacia adelante y hacia atrás in infinitum. Si existe tal voluntad, se establece algo como el Imperio Romano o como Rusia, la única potencia que hoy tiene duración, que puede esperar, que puede aún dar promesas; Rusia, la antítesis de la miserable fragmentación y nerviosidad de Europa, que han hecho crisis con la fundación del Reich alemán... Todo el Occidente ha perdido esos instintos de los que surgen las instituciones, de los que surge el porvenir: no hay acaso nada tan reñido con su “espíritu moderno”. Se vive para el hoy, muy de prisa; se vive de una manera muy irresponsable: precisamente a esto se le llama “libertad”. Lo que convierte en instituciones las instituciones es despreciado, odiado, repudiado; en cuanto se pronuncia la palabra “autoridad” se cree correr peligro de caer en una nueva esclavitud. A tal extremo llega la decadencia en el instinto valorativo de nuestros políticos, de nuestros partidos políticos: prefieren instintivamente lo que desintegra, lo que acelera el proceso... Testimonio de ello es el matrimonio moderno. Éste claramente ha perdido su buen sentido; mas esto no constituye una objeción contra el matrimonio, sino contra el modernismo. Radicaba el buen sentido del matrimonio en la responsabilidad jurídica exclusiva del hombre, la que aseguraba equilibrio al matrimonio, el cual hoy cojea de ambas piernas. Radicaba el buen sentido del matrimonio en su indisolubilidad fundamental, la que le confería un acento que sabía hacerse oír frente a la contingencia de sentimiento, pasión y momento. Radicaba asimismo en la responsabilidad de las familias por la selección de los cónyuges. Con la creciente indulgencia en favor del casamiento por amor se ha eliminado de hecho el fundamento del matrimonio, aquello que hace de él una institución. No se funda jamás una institución sobre una idea; no se funda el matrimonio, como queda dicho, sobre el “amor”, sino sobre el instinto sexual, el instinto de propiedad (mujer e hijo como .propiedad), el instinto de dominación, que constantemente organiza el señorío más pequeño, la familia, y necesita de hijos y herederos para mantener también fisiológicamente un grado logrado de poder, influencia y riqueza; para preparar largas tareas, solidaridad instintiva a través de centurias. El matrimonio como institución implica ya la afirmación de la forma de organización más grande, más perdurable; si la sociedad misma no puede dar garantías, como un todo, hasta las generaciones más remotas, el matrimonio no tiene sentido. El matrimonio moderno ha perdida su sentido; en consecuencia, debe procederse a abolirlo.

40

La cuestión obrera. La estupidez, en el fondo; la degeneración de los instintos, que hoy día es la causa de todas las estupideces, reside en que exista una cuestión obrera. Hay cosas de las que no se hace cuestión: imperativo primordial del instinto. Yo no veo en absoluto qué quiere hacerse con el obrero europeo, una vez que se le ha convertido en cuestión. Se encuentra en una situación demasiado ventajosa como para no plantear su cuestión de una manera cada vez más categórica e imperiosa. Cuenta, en definitiva, con la ventaja de la superioridad numérica. Se ha desvanecido por completo la esperanza de que en el obrero se cristalice como clase un tipo humano modesto y que se baste a él mismo, lo cual hubiera tenido sentido, pues resulta francamente necesario. ¿Qué se ha hecho? Se ha hecho todo por matar en germen hasta la idea de tal evolución; por obra de la más irresponsable despreocupación y ligereza se ha causado la destrucción total de los instintos, gracias a los cuales el obrero es factible, factible para sí mismo, como clase. Se ha desarrollado en el obrero la capacidad militar, se le ha acordado el derecho de coalición, el sufragio; no es de extrañar así que el obrero sienta en realidad su existencia como un apremio (moralmente hablando, como una injusticia). ¿Qué es lo que, en definitiva, se quiere? Si se intenta un fin, hay que procurar también los medios conducentes a su logro; si se quiere esclavos, es una locura educarlos para amos.

41

“Libertad a que yo no aspiro...” En tiempos como los actuales, estar librado a los instintos es una fatalidad más. Estos instintos se contradicen, se obstruyen y se destruyen unos a otros; yo defino lo moderno como la contradicción fisiológica consigo mismo. La razón, la educación, exigiría que bajo una presión férrea se paralizara, por lo menos, uno de estos sistemas de instintos para permitir a otro expandirse, adquirir fuerza y llegar a prevalecer. Hoy día debiera hacerse posible al individuo podándolo: posible quiere decir íntegro... Sin embargo, suele hacerse justamente lo contrario: los que con más vehemencia reivindican la independencia, el desarrollo libre de trabas, el laisser aller, son precisamente los que más tienen de rienda y freno, lo mismo in politicis que en arte. Mas se trata de un síntoma de la decadencia; nuestra noción moderna de la “libertad” es una prueba más de la degeneración de los instintos.

42

Donde hace falta la fe. Nada hay tan raro entre moralistas y santos como la probidad; tal vez afirmen lo contrario y es posible que hasta lo crean. Pues cuando creer es más útil, eficaz y convincente que fingir de modo consciente, el fingimiento, por instinto, no tarda en tornarse inocencia: tesis capital para la comprensión de los grandes santos. También en el caso de los filósofos, tipo diferente de santos; es un “gaje del oficio” eso de admitir solamente determinadas verdades, esto es, aquellas en base a las cuales su oficio cuenta con la sanción pública; en el lenguaje de Kant: verdades de la razón práctica. Saben lo que deben demostrar; en esto son gente práctica; el acuerdo sobre “las verdades” es el signo por el cual se reconocen. “No mentirás” significa, en definitiva: cuidado, señor filósofo, con decir la verdad...

43

Una sugestión para los conservadores. He aquí algo que antes no se supo y ahora se sabe: no es posible la regresión, el retorno, en ningún sentido ni grado. Los fisiólogos, por lo menos, lo sabemos. Mas todos los sacerdotes y moralistas han creído en esta posibilidad; pretendían retraer a la humanidad por la fuerza a una medida anterior de virtud. La moral siempre ha sido un lecho de Procusto. Hasta los políticos han seguido en esto las huellas de los predicadores de la virtud; hay aún partidos que sueñan con la regresión de todas las cosas. Sin embargo, nadie está en libertad de retroceder. Quiérase o no, hay que avanzar, quiere decir, avanzar paso a pasó por el camina de la décadence (tal es mi definición del moderno “progreso”...). Se puede poner trabas a esta evolución y así estancar, acumular, hacer más vehemente y fulminante la degeneración misma, aunque no se pueda hacer más.

44

Mi concepto del genio. Los grandes hombres, como las grandes épocas, son explosivos donde está acumulado un poder tremendo; su propósito es siempre, en el orden histórico y el fisiológico, que durante largo tiempo se haya concentrado, acumulado, ahorrado y preservado con miras a ellos; que durante largo tiempo no haya ocurrido ninguna explosión. Cuando la tensión en la masa se ha hecho excesiva, basta el estímulo más casual para producir el “genio”, la “magna realización”, el gran destino. ¡Qué importa entonces el ambiente, la época, el “espíritu de la época”, la “opinión pública”! Veamos el caso de Napoleón. La Francia de la Revolución, y sobre todo la de antes de la Revolución, hubiera producido el tipo opuesto al de Napoleón; y lo produjo, en efecto. Y porque Napoleón fue diferente, heredero de una civilización más fuerte, más larga, más antigua que aquella que se venía abajo en Francia, llegó a ser amo, fue únicamente el amo. Los grandes hombres son necesarios, la época en que se presentan es accidental; el que casi siempre lleguen a dominarla depende sólo de que sean más fuertes, más antiguos; de que durante más tiempo se hayan concentrado y acumulado con algún propósito. Entre un genio y su época existe una relación como entre lo fuerte y lo débil, también como entre lo viejo y lo joven; la época siempre es relativamente mucho más joven, floja, falta de madurez, falta de seguridad, infantil. Que prevalezca ahora en Francia una noción muy diferente sobre este asunto (también en Alemania, pero no importa); que allí la teoría del milieu, una verdadera teoría de neuróticos, haya llegado a ser sacrosanta y casi científica, aceptada hasta por los fisiólogos, "huele mal" e invita pensamientos melancólicos. Tampoco en Inglaterra se piensa sobre el particular; pero nadie se aflija. Al inglés le están abiertos tan sólo dos caminos: entendérselas con el genio y "gran hombre", ya sea democráticamente, al modo de Buckle, o religiosamente, al modo de Carlyle.

El peligro que entrañan los grandes hombres y las grandes épocas es extraordinario; les sigue de cerca el agotamiento en todo sentido, la esterilidad. El gran hombre es un final. El genio, en la obra, en la magna realización, es necesariamente un derrochador; el gastarse es su grandeza... El instinto de conservación está en él, en cierto modo, desconectado; la irresistible presión de las fuerzas desbordantes le impide todo cuidado y cautela de esta índole. Se le llama a esto "abnegación"; se ensalza el "heroísmo" de tal actitud, la indiferencia hacia el propio bienestar, la devoción por una idea, por una magna causa, por una patria; pero se trata, sin excepción, de malentendidos... El gran hombre rebosa, se desborda, se gasta sin reservas; fatalmente, involuntariamente, como es involuntario el desbordamiento de un río. Mas porque se debe mucho a tales expansiones se les ha desarrollado una especie de moral superior... Y bueno, es propio de la gratitud humana entender mal a sus bienhechores.

45

El criminal y lo que es afín. El criminal es el tipo del hombre fuerte bajo condiciones desfavorables, un hombre fuerte enfermo. Le falta la "selva", cierta naturaleza y forma de existencia más libres y peligrosas, donde esté justificado todo lo que es arma y armadura en el instinto del hombre fuerte. Sus virtudes están proscritas por la sociedad; sus impulsos más vivos no tardan en ligarse con los afectos depresivos, con el recelo, el miedo y el deshonor. Mas esto es casi la receta para la degeneración fisiológica. Quien hace subrepticiamente lo que mejor sabe hacer y que más le gustaría hacer, con sostenida tensión, cautela y astucia, se vuelve anémico, y como sus instintos siempre le valen tan sólo peligro, persecución y fatalidad, también su sentir se vuelve contra estos instintos los siente de manera fatalista. En la sociedad, nuestra sociedad mansa, mediocre y castrada, es donde el hombre natural, que viene de la montaña o de las aventuras del mar, degenera necesariamente en criminal... O casi necesariamente, pues casos hay en que tal hombre resulta ser más fuerte que la sociedad. El corso Napoleón es el más famoso de ellos. Respecto al problema que aquí se plantea, es importante el testimonio de Dostoievsky, el único sicólogo, dicho sea de paso, que tuvo algo que enseñarme, constituyendo una de las venturas más sublimes de mi vida, en mayor grado aún que el descubrimiento de Stendhal. Este hombre profundo, quien tuvo diez veces razón de despreciar a los alemanes superficiales, sintió a los presidiarios siberianos, con los que convivió durante largo tiempo, criminales sin excepción, para los cuales no había retorno posible al seno de la sociedad, a pesar de lo que Dostoievsky supusiera: tallados poco más o menos en la madera más dura y preciosa que crece en tierra rusa. Generalicemos el caso del criminal; imaginemos a hombres a los que por cualquier razón se niega la sanción pública y que saben que no se los tiene por útiles: ese sentimiento tshandala de saberse considerado no como un igual, sino como proscrito, indigno e impuro. Todos los pensamientos y actos de estos hombres ostentan el color de lo que vive bajo tierra; en ellos todo se torna más pálido que en aquellos cuya existencia está bañada en la luz del día. Mas casi todas las formas de existencia que hoy exaltamos el carácter científico, el artista, el genio, el espíritu libre, el actor, el mercader, el gran descubridor se desenvolvieron en un tiempo en esta especie de lobreguez sepulcral... Mientras el sacerdote era reputado el tipo más alto, todo tipo humano valioso estaba desvalorizado... Día llegará, lo prometo, en que se lo reputará el tipo más bajo, nuestro tshandala, el tipo humano más mendaz e indecente... Llamo la atención sobre el hecho de que todavía hoy, bajo el régimen de las costumbres más suaves que se ha dado jamás, por lo menos en Europa, todo aparte, todo debajo prolongado, excesivamente prolongado, toda forma de existencia insólita, opaca, aproxima a ese tipo que el criminal representa. Todos los innovadores del espíritu llevan durante un tiempo estampado en la frente el signo fatal y fatalista del tshandala; no porque se los sienta como tales, sino porque ellos mismos sienten el pavoroso abismo que los separa de todo lo tradicional y sancionado. Casi todos los genios conocen como una de sus evoluciones la “existencia catilinaria”, un sentimiento de odio, venganza y rebeldía dirigido contra todo lo que ya es, en vez 'de devenir... Catilina; la forma de preexistencia de todo César.

46

Aquí la vista es libre. Puede ser riqueza de alma si un filósofo calla; puede ser amor si se contradice a sí mismo; cabe una cortesía mentirosa del cognoscente. No dejan de tener un sentido sutil estas palabras: el est indigne des grands coeurs de répandre le trouble, qu'ils ressentent; sólo cabe agregar que no temer ni a lo más indigno puede también ser grandeza del alma. La mujer que ama sacrifica su honor; el cognoscente que “ama” sacrifica acaso su humanidad; un dios que amó se hizo judío...

47

La belleza no es una casualidad. También la belleza de una raza o familia, su gracia y bondad en todos los ademanes, es producto del trabajo; es, como el genio, el resultado final del trabajo acumulado de generaciones. Hay que haber hecho grandes sacrificios en aras del buen gusto; hay que haber hecho y dejado de hacer mucho por él; el siglo xvii de Francia es admirable en lo uno y lo otro; hay que haber tenido en él un principio selectivo para las compañías, los lugares, la indumentaria y la satisfacción del instinto sexual; hay que haber preferido la belleza a la ventaja, a la costumbre, a la opinión y a la indolencia. Máxima suprema: no se debe “dejarse estar” ni aun ante sí mismo. Las cosas buenas son sobremanera costosas, y siempre rige la ley de que quien las tiene no es el que las ha adquirido. Todo lo bueno es herencia; lo que no está heredado es imperfecto, es comienzo... En Atenas, en los días de Cicerón, quien expresó su asombro ante el hecho, los hombres y los jóvenes aventajaban ampliamente a las mujeres en hermosura, y también ¡hay que ver el trabajo y esfuerzo al servicio de la hermosura que el sexo masculino se venía imponiendo allí desde hacía siglos! Pues cuidado con equivocarse en este punto sobre el método; una mera disciplina de los sentimientos y pensamientos es de efecto casi nulo (y aquí radica el grave malentendido de la ilustración alemana, que es totalmente ilusoria). Hay que persuadir previamente el cuerpo. El mantenimiento riguroso de ademanes grandes y selectos, la obligación de tener trato exclusivo con personas que no “se dejan estar”, basta en un todo para llegar a ser grande y selecto; al cabo de dos o tres generaciones todo es ya segunda naturaleza. Es decisivo para el destino del pueblo y humanidad que la cultura arranque del punto justo, no del “alma” (como fue la fatal superchería de los sacerdotes y semisacerdotes); el punto justo es el cuerpo, el ademán, la dieta, la fisiología, lo demás sigue naturalmente... Los griegos continúan siendo, por esto, el acontecimiento cultural capital de la historia: sabían, hacían, lo que hacía falta; el cristianismo, que despreciaba el cuerpo, ha sido la más grande calamidad del género humano.

48

Progreso en mi sentido. Yo también hablo de “retorno a la Naturaleza”, aun cuando bien mirado no se trata de un regreso, sino de una elevación. Hacia la alta, libre y aun pavorosa Naturaleza y naturalidad, cualquiera que juega, tiene derecho a jugar con grandes tareas... Para decirlo alegóricamente: Napoleón fue un “retorno a la Naturaleza”, como yo lo entiendo (por ejemplo, in rebus tacticis, y en mayor grado aún, como lo saben los militares, en estrategia). Pero Rousseau, ¿adónde quiso retornar, en definitiva? Rousseau, este primer hombre moderno, idealista y canaille a un tiempo, que necesitaba de la dignidad moral para soportar su propio aspecto; enfermo de vanidad desenfrenada y de desprecio desenfrenado de sí mismo. También este engendro tendido en el umbral de los tiempos modernos quiso “retornar a la Naturaleza”. ¿Adónde, repito la pregunta, quiso retornar Rousseau? Odio a Rousseau aun en la Revolución; ella es la expresión histórica mundial de esta dualidad de idealista y canaille. La farsa sangrienta que caracterizó esta Revolución, su “inmoralidad”, poco me importa; lo que odio es su moralidad a lo Rousseau, las llamadas “verdades” de la Revolución, con las cuales ésta todavía impresiona y atrae todo lo superficial y mediocre. ¡La doctrina de la igualdad! ... No hay veneno más venenoso, pues parece predicada por la justicia misma, pero en realidad es el fin de la justicia... “La igualdad para los iguales, la desigualdad para los desiguales”, tal sería el lenguaje justo de la justicia; amén de lo que se sigue de esto: “no hacer nunca igual lo que es desigual”. Las circunstancias horribles y cruentas que rodearon esa doctrina de la igualdad han aureolado esta “idea moderna” por excelencia de una especie de nimbo y resplandor, de suerte que la Revolución como espectáculo ha seducido aun a los espíritus más nobles. Lo cual no es, en definitiva, una razón para tenerla en suficiente estima. Veo a un solo hombre que la sintió como debe ser sentida, con asco; este hombre fue Goethe...

49

Goethe no fue un acontecimiento alemán, sino un acontecimiento europeo: una grandiosa tentativa de superar al siglo XVIII por el retorno a la Naturaleza, por la elevación hacia la naturalidad del Renacimiento, una especie de autosuperación de parte de este siglo. Llevó en sí los instintos más fuertes del mismo la sensibilidad emocionada, la idolatría de la Naturaleza, lo antihistórico, lo idealista, lo antirrealista y revolucionario (lo último no es más que una forma de lo antirrealista). Se valió de la historia, las ciencias naturales, la antigüedad y también de Spinoza, sobre todo de la actividad práctica; se cercó con horizontes cerrados; no se desligó de la vida, sino que se situó dentro de ella; no se arredró y cargó con todo lo que podía, colocó por encima de sí todo lo que podía, absorbió todo lo que podía. Aspiró a la totalidad; combatió la separación de la razón, la sensualidad, el sentimiento y la voluntad (predicada con la más repelente escolástica por Kant, el antípoda de Goethe); a fuerza de disciplina hizo de sí un todo; se plasmó a sí mismo... En plena época de corrientes antirrealistas, Goethe fue un realista convencido decía sí a todo lo que en este punto acusaba afinidad con él; su experiencia más grande fue ese ens realissimum de nombre Napoleón. Concibió Goethe a un hombre fuerte, muy culto, diestro en todas las actividades físicas, dueño de sí mismo, reverente ante sí mismo, que tiene derecho a permitirse todo el volumen y riqueza de la naturalidad; que es lo suficientemente fuerte para disfrutar de libertad semejante; al hombre de la tolerancia, no por debilidad, sino por fuerza, porque sabe sacar provecho aun de aquello que significaría la ruina del hombre común; al hombre para el que ya no hay nada prohibido, como no sea la debilidad, se llame vicio o virtud... Tal espíritu libertado se sitúa dentro de los cosmos con un fatalismo sereno y confiado, poseído por la idea de que sólo lo particular es ruin y malo y que en el Todo se redimen y Afirman todas las cosas; ya no niega... Mas tal fe es la más elevada) que pueda concebirse; la he bautizado con el nombre de Dionisos.

50

Pudiera decirse que en cierto sentido el siglo XIX también ha aspirado a todo aquello a que aspiró Goethe como persona: a la universalidad en la comprensión, en la afirmación; al estar abierto a todas las cosas; a un realismo audaz, y al respeto reverente por todo lo existente. ¿Cómo el resultado total no es, a pesar de ello, un Goethe, sino el caos, la lamentación nihilista, un desconcierto extremo, un instinto del cansancio que en la práctica impulsa constantemente a retornar al siglo XVIII (por ejemplo, como romanticismo sensiblero, como altruismo e hipersentimentalismo, como afeminación en el gusto, como socialismo en la política). ¿No es el siglo xix, sobre todo en sus postrimerías, mero siglo xviii robustecido, vulgarizado; esto es, un siglo de décadence? ¿De modo que Goethe sería para Alemania y para Europa apenas un incidente, un hermoso en vano? Pero a los grandes hombres se los entiende mal si se los enfoca bajo el ángulo mezquino de la utilidad pública. Que no se sepa sacar provecho de ellos acaso sea propiedad esencial de la grandeza...

51

Goethe es el último alemán que me inspira veneración; él hubiera sentido tres cosas que yo siento; también estamos de acuerdo sobre la “Cruz”... Se me pregunta por qué escribo en alemán, toda vez que en ninguna parte me leen tan mal como en mi patria. Pero ¿quién sabe, en definitiva, si yo deseo ser leído hoy día? Crear cosas en las que el tiempo trate de hincar el diente; aspirar en la forma, en la sustancia, a una pequeña inmortalidad, nunca he sido bastante modesto para exigirme menos. El aforismo y la sentencia (yo soy el primer alemán que es maestro en este dominio) son las formas de la “eternidad”; ambiciono decir en diez frases lo que otro cualquiera dice en un libro, lo que otro cualquiera no dice en un libro...

Yo he dado a la humanidad el libro más profundo que posee: mi Zaratustra; dentro de poco le daré el más independiente.

LO QUE YO DEBO A LOS ANTIGUOS

1

Para terminar, quiero decir algunas palabras sobre ese mundo al que he buscado accesos y al que he encontrado tal vez un acceso nuevo: el mundo antiguo. También aquí mi gusto, que es acaso lo contrario de un gusto transigente, está lejos de decir sí abiertamente; en un plan general, no le agrada decir sí, le agrada más decir no, de preferencia no dice nada... Reza esto para culturas enteras, para los libros antiguos que cuentan en mi vida y los más famosos no figuran entre ellos. Mi sentido del estilo, del epigrama como estilo, se despertó casi instantáneamente al contacto con Salustio. No he olvidado el estupor de mi venerado maestro Corssen al tener que dar al peor alumno de su clase de latín la mejor nota; llegué de golpe a la meta. Prieto, severo, con la máxima cantidad de sustancia en el fondo y una fría malicia hacia la "palabra sonora", también hacia el "sentimiento sublime"; en esto me adiviné a mí mismo. Se reconocerá en mis escritos, hasta en el Zaratustra, una ambición muy seria de estilo romano, del "aereperennius" en el estilo. Lo mismo me pasó al primer contacto con Horacio. Hasta el día presente ningún poeta me ha deparado ese arrobo artístico que me brindaron las odas horacianas. Lenguas hay en que no puede ni siquiera aspirarse a lo que aquí está alcanzado. Este mosaico de palabras, donde cada palabra, como sonido, lugar y concepto, se desborda irradiando hacia la derecha y la izquierda y por sobre el todo su fuerza; este minimum en volumen y número de los signos; este maximum en energía de los signos así logrado todo esto es romano y, si se quiere darme crédito, aristocrática por excelencia. Frente a esto, toda la demás poesía aparece como algo demasiado popular como mera locuacidad lírica...

2

A los griegos no les debo en absoluto impresiones fuertes similares, y para decirlo sin ambajes, no pueden ser para nosotros lo que son para nosotros los romanos. No se aprende de los griegos; su modo de ser es demasiado extraño, también demasiado fluido, como para presentarse como imperativo, "clasicismo". ¡Quién ha aprendido jamás a escribir de un autor griego! ¡Quién lo ha aprendido jamás sin los romanos! ... No se recurra a Platón en contra de mi aserto. Considero a Platón con profundo escepticismo y nunca he sido capaz de compartir la admiración por el artista

Platón, tan generalizada entre los eruditos. En última instancia, los más refinados jueces del gusto de la antigüedad misma están de mi parte en esta cuestión. Entiendo que Platón mezcla todas las formas del estilo; es así un primer décadent del estilo. Tiene sobre la conciencia algo parecido a lo que tienen los cínicos, que inventaron la satura Menippea. El diálogo platónico, esta forma terriblemente vanidosa e infantil de la dialéctica, sólo puede encantar a quien nunca ha leído a buenos autores franceses, como Fontenelle. Platón es aburrido. En último análisis, mi recelo hacia Platón tiene raíces profundas. Lo encuentro tan desviado de todos los instintos fundamentales de los helenos, tan moralizado, tan preexistente cristiano, ya el concepto del "bien" es su concepto supremo, que ante todo el fenómeno "Platón" me inclino por emplear el término duro "embuste superior" o, si se prefiere, "idealismo". Se ha pagado muy caro el que este ateniense buscara inspiración en los egipcios (¿o en los judíos residentes en Egipto?...). Dentro de la gran fatalidad del cristianismo, Platón es esa ambigüedad y seducción llamada "ideal" que permitió a los espíritus nobles de la antigüedad entenderse mal a sí mismos y cruzar el puente que conducía a la "cruz"... ¡ Y cuánto Platón hay todavía en el concepto "Iglesia", en la estructura, el sistema y la práctica de la Iglesia! Mi solaz y preferencia, mi remedio contra todo platonismo, ha sido en todo tiempo Tucídides. Éste, y acaso el Príncipe de Maquiavelo, me son particularmente afines por la determinación incondicional de no engañarse a sí mismos y ver la razón en la realidad, no en la "razón" y menos en la "moral"... De la deplorable idealización de los griegos que el joven instruido en las humanidades clásicas se lleva a la vida, como fruto del adiestramiento a que se sometió en el colegio, nada cura tan radicalmente como Tucídides. Hay que saborearlo línea por línea y leer sus pensamientos secretos tan distintamente como sus palabras. Pocos pensadores hay tan pródigos en pensamientos secretos. En él halla su expresión cabal la cultura de los sofistas, vale decir, la cultura de los realistas: ese movimiento inestimable en medio del embuste moralista e idealista que empezaban a difundir a la sazón las escuelas socráticas. La filosofía griega, como la décadence, del instinto griego; Tucídides, como la gran suma, la última revelación de esa facticidad recia, severa y dura que caracterizaba el instinto de los helenos de los primeros tiempos. En definitiva, es la valentía ante la realidad la que diferencia a hombres como Tucídides y Platón; Platón es un cobarde ante la realidad, por ende se refugia en el ideal. Tucídides es dueño de sí mismo, por lo mismo dueño también de las cosas...

3

Barruntar en los griegos “almas sublimes”, “justos medios” y otras perfecciones; admirar en ellos acaso la serenidad en la grandeza, la mentalidad idealista y la sublime ingenuidad... Contra esta “sublime ingenuidad”, que en definitiva es una niaiserie allemande, me ha prevenido el sicólogo que yo llevo dentro. Vi su instinto más poderoso, la voluntad de poder; los vi estremecerse bajo el embate arrollador de este impulso; vi todas sus instituciones surgir de medidas preventivas, con miras a ponerse en la convivencia a buen recaudo de la dinamita de que estaban cargados. La tremenda tensión interior se descargaba entonces en terrible y despiadada enemistad hacia fuera; las ciudades se despedazaban unas con otras, para que en cada una de ellas los vecinos convivieran en paz. Era necesario ser fuerte, pues el peligro acechaba cerca, en todas partes. La magnífica agilidad física, el realismo intrépido y la inmoralidad audaz propios del heleno eran apremio, no “naturaleza”. Estos rasgos se desarrollaron, no se dieron desde un principio. Y con las fiestas y las artes tampoco se perseguía otro propósito que el de sentirse arriba y mostrarse arriba; se trataba de medios de glorificarse a sí mismos, eventualmente de atemorizar... ¡Qué estupidez la de juzgar a los griegos al modo alemán por sus filósofos, de tomar acaso la estrechez y gazmoñería de las escuelas socráticas como revelación de la esencia helena! ... ¡Si los filósofos son los décadents del helenismo, el contramovimiento dirigido contra el antiguo gusto aristocrático (contra el instinto agonal, contra la polis, centra el valor de la raza, contra la autoridad de las “'tradiciones)! Predicábanse las virtudes socráticas porque los griegos las habían perdido; irritables, temerosos, veleidosos, comediantes todos ellos, les sobraban algunas razones para oír la prédica moral. La prédica ciertamente no sería para nada; pero ¡son tan dados los décadents a las palabras y actitudes altisonantes! ...

4

Yo he sido el primero en tomar en serio, para la comprensión del instinto heleno de los primeros tiempos, aún rico y hasta pletórico, ese fenómeno maravilloso que lleva el nombre de Dionisos; fenómeno que sólo puede ser explicado por un excedente de fuerza. Quien ahonda en el estudio de los griegos, como ese conocedor más profundo de su cultura, Jakob

Burckhardt, de Basilea, se percata al momento de la significación de mi actitud. Insertó Burckhardt en su Cultura de los griegos un capítulo dedicado expresamente a dicho fenómeno. Para conocer la antítesis del mismo no hay más que considerar la pobreza casi hilarante de los instintos de qué dan prueba los filólogos alemanes en cuanto se asoman a lo dionisíaco. Sobre todo el famoso Lobeck, que con el digno aplomo de un gusano secado entre libracos se introdujo en este mundo de estados misteriosos tratando de creer que así era científico, cuando en realidad era superficial y pueril en un grado que da asco. Lobeck ha dado a entender, en un máximo despliegue de erudición, que todas estas curiosidades en el fondo no significaban gran cosa. De hecho, los sacerdotes comunicarían a los participantes de tales orgías algunos datos nada fútiles; por ejemplo, que el vino excitaba la voluptuosidad; que el hombre se alimentaba eventualmente de frutos; que las plantas florecían en la primavera y se marchitaban en otoño. En cuanto a la desconcertante riqueza en ritos, símbolos y mitos de origen orgiástico que literalmente cubre el mundo antiguo, es para Lobeck motivo para aumentar un poquito su ingenio. “Los griegos escribe en Aglaofames I, 672 cuando no tenían otra cosa que hacer reían, correteaban y se lanzaban por ahí, o bien, ya que el hombre a veces también siente estas ganas, se sentaban y prorrumpían en llanto y lamento. Luego otros se les acercaban y buscaban algún motivo que explicara tan rara conducta; así se desarrollaron como explicación de esas costumbres innumerables leyendas y mitos. Por otra parte, se creía que ese comportamiento gracioso que se registraba en los días de fiesta era un rasgo esencial de las fiestas, y así lo preservaban como parte imprescindible del culto.” Esto es un solemne disparate; no se tomará en serio a Lobeck ni por un instante. Con muy otra disposición examinamos el concepto “griego” que se han formado Winckelmann y Goethe, y lo encontramos incompatible con ese elemento del que surge el arte dionisíaco : con el orgiástico. En efecto, no dudo de que Goethe hubiera negado de plano que algo semejante cupiese dentro de las posibilidades del alma griega. Quiere decir que Goethe no comprendió a los griegos. Pues sólo en los misterios dionisíacos, en la sicología del estado dionisíaco, se expresa el hecho fundamental del instinto heleno: su “voluntad de vida”. ¿Qué se garantizaba el heleno con estos misterios? La vida eterna, el eterno retorno a la vida; el futuro prometido y consagrado en el pasado; el triunfante sí a la vida más allá de la muerte y mutación; la vida verdadera como pervivencia total, por la procreación, por los misterios de la sexualidad. De ahí que para los griegos el símbolo sexual fuera el símbolo venerable en sí, la profundidad propiamente dicha en toda la piedad antigua. Todo pormenor relativo al acto de la procreación, al embarazo y al parto suscitaba los sentimientos más elevados y solemnes. En la doctrina de los misterios está santificado el dolor: los “dolores de la parturienta” santifican el dolor en sí; todo nacer y crecer, todo lo que garantiza el futuro, determina el dolor... Para que haya eterno goce de la creación, para que la voluntad de vida eternamente se afirme a sí misma, debe haber también eternamente por fuerza la “agonía de la parturienta”... Todo esto encierra la significación de la palabra “Dionisos”; yo no conozco simbolismo más elevado que este simbolismo griego, el de las dionisas. En él, el instinto más profundo de la vida, el del futuro de la vida, de la eternidad de la vida, está sentido religiosamente, y el camino mismo a la vida, la procreación, como el camino santo... Sólo el cristianismo, con su resentimiento fundamental dirigido contra la vida, ha hecho de la sexualidad algo impuro: ha enlodado el principio, la premisa de nuestra vida...

5

La sicología de lo orgiástico, como de un sentimiento pletórico de vitalidad y fuerza dentro del cual aún el dolor obra como estimulante, me ha ofrecido la clave del concepto del sentimiento trágico, que tanto Aristóteles como, en particular, nuestros pesimistas, han entendido mal. La tragedia, lejos de corroborar el pesimismo de los helenos en el sentido de Schopenhauer, ha de ser considerada como rotunda refutación y antítesis del mismo. El decir sí a la vida, aun en sus problemas más extraños y penosos, la voluntad de vida gozando con la propia inagotabilidad en el sacrificio de sus tipos más elevados: a esto es a lo que he llamado dionisíaco, lo que he adivinado como clave de la sicología del poeta trágico. No para librarse de terror y de la compasión, no para purgarse de un peligroso afecto por la descarga violenta del mismo, como creyó Aristóteles, sino para ser personalmente, más allá de terror y compasión, el goce eterno del devenir, ese goce que comprende aun el goce del destruir... Y así llego de vuelta al punto del que en un tiempo partí: El origen de la tragedia que fue mi primera transmutación de todos los valores. Así me reintegro al suelo del que brota mi querer y mi poder yo, el último discípulo del filósofo Dionisos, yo, el pregonero del eterno retorno...

HABLA EL MARTILLO

«“¿Por qué tan duro? dijo cierta vez el carbón al diamante; ¿acaso no somos parientes cercanos?”

¿Por qué tan blandos, hermanos? os pregunto yo a vosotros; ¿acaso no sois mis hermanos?

¿Por qué tan blandos y acomodaticios? ¿Por qué hay tanta negación y retractación en vuestro corazón? ¿Por qué igualmente tan poca fatalidad en vuestro mirar?

Y si no estáis dispuestos a ser fatales e inexorables, ¿cómo podríais un día triunfar conmigo?

Y si vuestra dureza no quiere fulminar y cortar y deshacer, ¿cómo podríais un día crear conmigo? Pues todos los creadores son duros. Y os ha de parecer goce inefable poner vuestra mano encima de milenios como si fuesen cera.

Inscribir en la voluntad de milenios cual en bronce; más duros y más nobles que el bronce. Sólo lo más noble es de máxima dureza.

¡Volveos duros! He aquí la nueva tabla, hermanos, que coloco por encima de vosotros.»

FIN DE “CÓMO SE FILOSOFA A MARTILLAZOS”

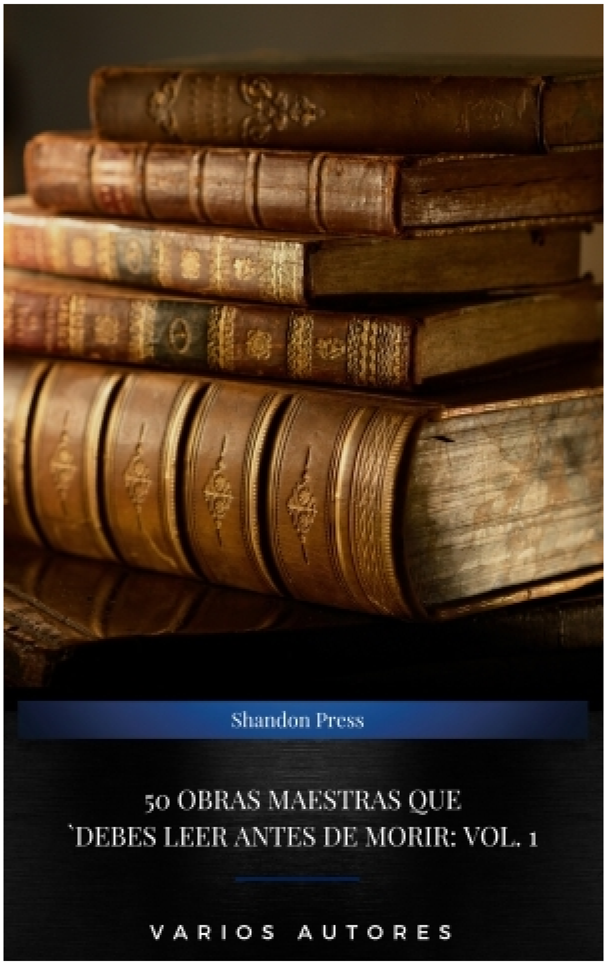
Shandon Press
50 OBRAS MAESTRAS QUE `DEBES LEER ANTES DE MORIR: VOL. 1
VARIOS AUTORES

50 Obras Maestras Que Debes Leer Antes De Morir: Vol. 1

Cervantes, Miguel
9782291080855
150 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

CONTENIDO: El Arte de la Guerra - Sun Tzu Metafísica - Aristóteles Popol Vuh - Anonimo El Príncipe - Niccolò Machiavelli El libro de la vida - Santa Teresa de Jesús El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha - Miguel Cervantes Discurso del método - René Descartes Robinson Crusoe - Daniel Defoe Los viajes de Gulliver - Jonathan Swift Código de Hammurabi - Rey de Babilonia Hammurabi Candido - Voltaire Eugenia Gradet - Honoré de Balzac La marquesa - George Sand Los Crímenes de la calle Morgue - Edgar Allan Poe Diario de un loco - Nikolai Gogol El gato negro - Edgar Allan Poe Los tres mosqueteros - Alexandre Dumas El conde de montecristo - Alexandre Dumas David Copperfield - Charles Dickens Bartleby, el escribiente - Herman Melville Las flores del mal - Charles Baudelaire El origen de las especies - Charles Darwin Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas - Lewis Carroll Crimen y castigo - Fyodor Mikhailovich Dostoyevsky La media naranja - José Alcalá Galiano Veinte mil leguas de viaje submarino - Julio Verne La vuelta al mundo en 80 días - Julio Verne Ana Karenina - León Tolstoi Germinal - Emile Zola El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde - Robert Louis Stevenson El Horla - Guy de Maupassant El Anticristo - Friedrich Wilhelm Nietzsche Azul - Rubén Darío El retrato de Dorian Gray - Oscar Wilde Las aventuras de Sherlock Holmes - Arthur Conan Doyle Drácula - Bram Stoker Yo acuso - Emile Zola El corazón de las tinieblas - Joseph Conrad La llamada de la selva - Jack London Un sueño - Amado Nervo Peter Pan y Wendy - J.M. Barrie Tarzán de los monos - Edgar Rice Burroughs Niebla - Miguel De Unamuno La metamorfosis - Franz Kafka Abel Sánchez - Miguel De

Unamuno La tía Tula - Miguel De Unamuno El paraíso de las mujeres - Vicente Blasco Ibáñez El profeta - Kahlil Gibran La Llamada de Cthulhu - Howard Phillips Lovecraft Magallanes - Stefan Zweig También disponible: 10 Obras Maestras Que Debes Escuchar Antes de Morir, Vol. 1 (Audiolibro)

Cómpralo y empieza a leer

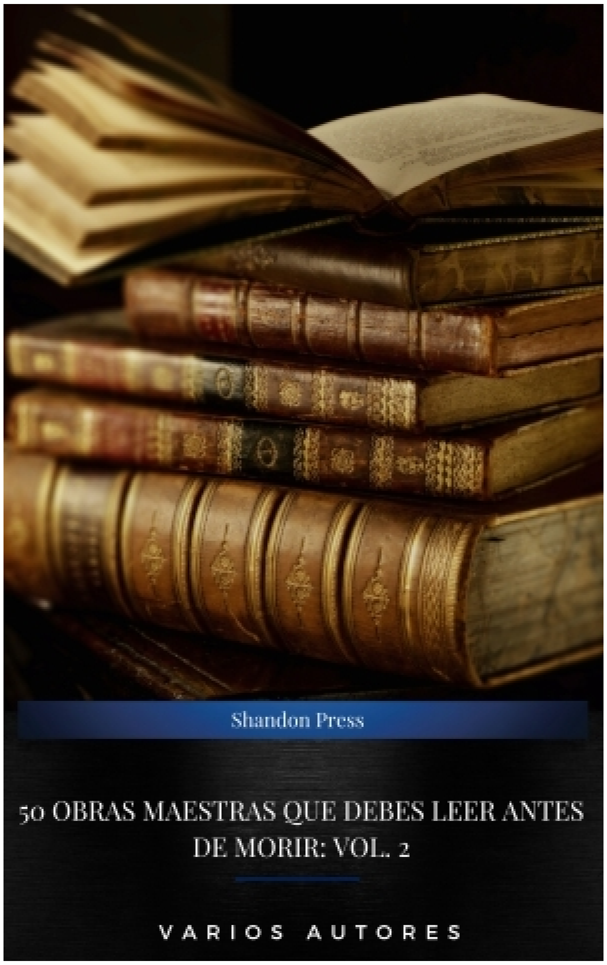
Shandon Press
50 OBRAS MAESTRAS QUE DEBES LEER ANTES DE MORIR: VOL. 2
VARIOS AUTORES

50 Obras Maestras Que Debes Leer Antes De Morir: Vol. 2

Díaz, Eduardo Acevedo
9782291080831
150 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

CONTENIDO: Grito de Gloria [Eduardo Acevedo Díaz] Doña Berta [Leopoldo Alas] Clemencia [Ignacio Manuel Altamirano] Vida Loca [Domingo Arena] La mujer del porvenir [Concepción Arenal Ponte] La pista de los dientes de oro [Roberto Arlt] El cura de Tours [Honoré de Balzac] Los despojos [Charles Baudelaire] El pecado de Alejandra Leonard [José Pedro Bellán] Mare nostrum [Vicente Blasco Ibáñez] Sangre y Arena [Vicente Blasco Ibáñez] Sobre la amistad [Marco Tulio Cicerón] El duelo [Joseph Conrad] Grandes Esperanzas [Charles Dickens] El jugador [Fyodor Dostoyevsky] Un escándalo en Bohemia [Arthur Conan Doyle] Amaury [Alexandre Dumas] Sancho Saldaña [José de Espronceda] El abrigo [Nikolai Gogol] Lucía Miranda [Rosa Guerra] Fantina [Victor Hugo] La figura en el tapiz [Henry James] Al apoyo mutuo [Pierre Kropotkine] El silencio blanco [Jack London] Fuenteovejuna [Félix Lope de Vega] El diario de un loco [Xun Lu] Una mentira [Amado Nervo] La destrucción de un molino [Kostís Palamás] Un viaje de novios [Emilia Pardo Bazán] El banquero anarquista [Fernando Pessoa] La caída de la Casa Usher [Edgar Allan Poe] Fortunata y Jacinta[[Benito Pérez Galdós] Historia de la vida del Buscón [Francisco de Quevedo] Sandokán: El Rey del Mar [Emilio Salgàri] Las lavanderas nocturnas [George Sand] La Cámara de los Tapices [Sir Walter Scott] Markheim [Robert Louis Stevenson] La muerte de Iván Ilich [Leo Tolstoy] El príncipe y el mendigo [Mark Twain] La célebre rana saltarina del distrito de Calaveras [Mark Twain] Cinco semanas en globo [Julio Verne] Zadig o El destino [Voltaire] El retrato del Sr. W. H. [Oscar Wilde] El foco [Virginia Woolf] Germinal [Emile Zola] La estrella sobre el bosque [Stefan Zweig] El capitán veneno [Pedro Antonio de Alarcón] Discurso de la servidumbre voluntaria [Étienne de La Boétie] Diálogo de Mercurio y Carón [Alfonso de Valdés] El Crotalón [Cristóbal de Villalón]

Cómpralo y empieza a leer

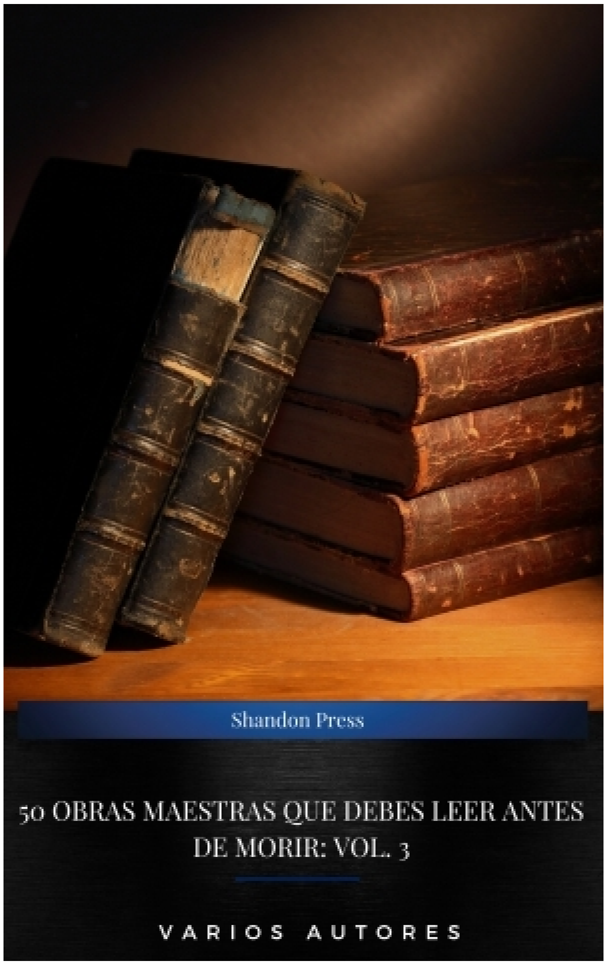
Shandon Press
50 OBRAS MAESTRAS QUE DEBES LEER ANTES DE MORIR: VOL. 3
VARIOS AUTORES

50 Obras Maestras Que Debes Leer Antes De Morir: Vol. 3

Cervantes, Miguel
9782291080824
150 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer]

CONTENIDO: El filósofo autodidacta [bn Tufail Abentofail] Cuentos morales [Leopoldo Alas] La Regenta par Leopoldo Alas] Cuentos de invierno [Ignacio Manuel Altamirano] El Libro de buen amor [Juan Ruiz Arcipreste de Hita] Dios y el Estado [Mikhail Bakunin] El elixir de larga vida [Honoré de Balzac] La busca [Pío Baroja] Mala hierba [Pío Baroja] El spleen de París [Charles Baudelaire] Cuentos de horror [Ambrose Bierce] Los muertos mandan, A los pies de Vénus,El Papa del mar , Cañas y Barro, Los cuatro jinetes del Apocalipsis , Los muertos mandan [Vicente Blasco Ibáñez] Gotas de Sangre: Crímenes y criminales [Luis Bonafoux Quintero] Huellas literarias [Luis Bonafoux Quintero] Leyendas [Gustavo Adolfo Bécquer] El monte de las ánimas [Gustavo Adolfo Bécquer] Los trabajos de Persiles y Sigismunda [Miguel Cervantes] Novelas ejemplares [Miguel Cervantes] A flor de piel [Antonio De Hoyos y Vinent] Poemas y sonetos [Sor Juana Inés De la Cruz] Respuesta a Sor Filotea de la Cruz [Sor Juana Inés De la Cruz] EL MANUSCRITO DE UN LOCO [Charles Dickens] La fortuna de un estudiante [Charles Dickens] El signo de los cuatro [Arthur Conan Doyle] De los nombres de Cristo [Fray Luis de León] El Horror de Dunwich [Howard Phillips Lovecraft] El vendedor de pararrayos [Herman Melville] Amnesia [Amado Nervo] Cuentos de amor [Emilia Pardo Bazán] Un viaje de novios [Emilia Pardo Bazán] Misterio [Emilia Pardo Bazán] Los sueños [Francisco de Quevedo] Anaconda [Horacio Quiroga] Sandokán: El Rey del Mar [Emilio Salgàri] El diablo de la botella [Robert Louis Stevenson] El huésped de Drácula [Bram Stoker] De la brevedad de la vida [El joven Séneca] Rosario de sonetos líricos [Miguel De Unamuno]

La vuelta al mundo en 80 días [Julio Verne] El fantasma de Canterville [Oscar Wilde] Una casa encantada [Virginia Woolf] Lunes o martes [Virginia Woolf] El sombrero de tres picos [Pedro Antonio de Alarcón] Cocos y hadas Cuentos para niñas y niños [Julia de Asensi]

Cómpralo y empieza a leer

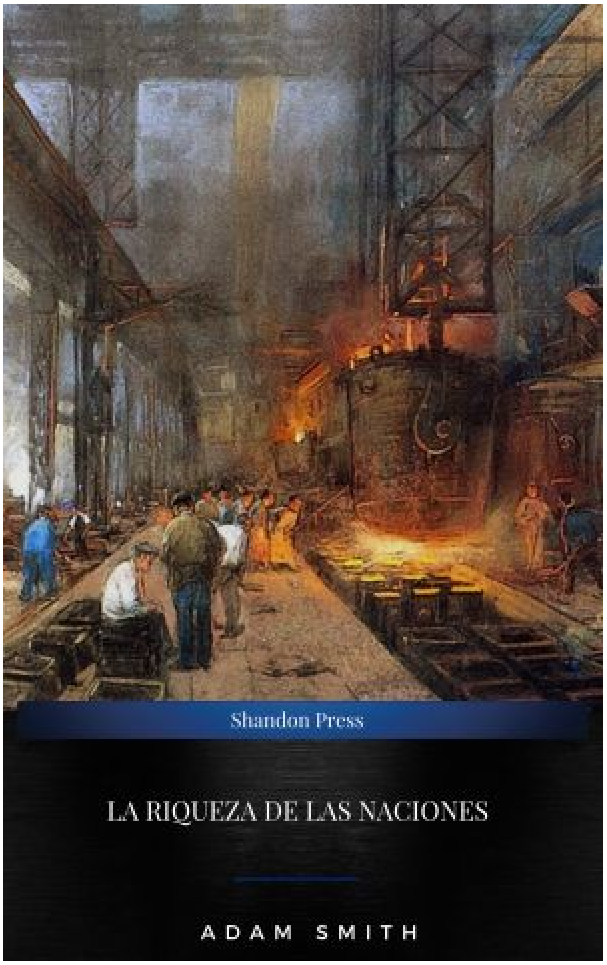

Shandon Press

LA RIQUEZA DE LAS NACIONES

ADAM SMITH

La Riqueza De Las Naciones

Smith, Adam
9782291080794
816 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones (título original en inglés: An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations), o sencillamente La riqueza de las naciones, es la obra más célebre de Adam Smith. Publicado en el 9 de marzo de 1776, es considerado el primer libro moderno de economía. Smith expone su análisis sobre el origen de la prosperidad de países como Inglaterra o los Países Bajos. Desarrolla teorías económicas sobre la división del trabajo, el mercado, la moneda, la naturaleza de la riqueza, el precio de las mercancías en trabajo, los salarios, los beneficios y la acumulación del capital. Examina diferentes sistemas de economía política, en particular, el mercantilismo y la fisiocracia; asimismo, desarrolla la idea de un orden natural. Este "sistema de libertad natural", como lo llama Smith, es el resultado del libre ejercicio del interés individual que beneficia exitosamente —sin proponérselo— al bien común en la solución de problemas y satisfacción de necesidades por medio de la libre empresa, de la libre competencia y del libre comercio. La riqueza de las naciones es hoy una de las obras más importantes de la disciplina económica y, para Amartya Sen, "el libro más grande jamás escrito sobre la vida económica". Se trata del documento fundador de la economía clásica y, sin duda, del liberalismo económico.

Cómpralo y empieza a leer

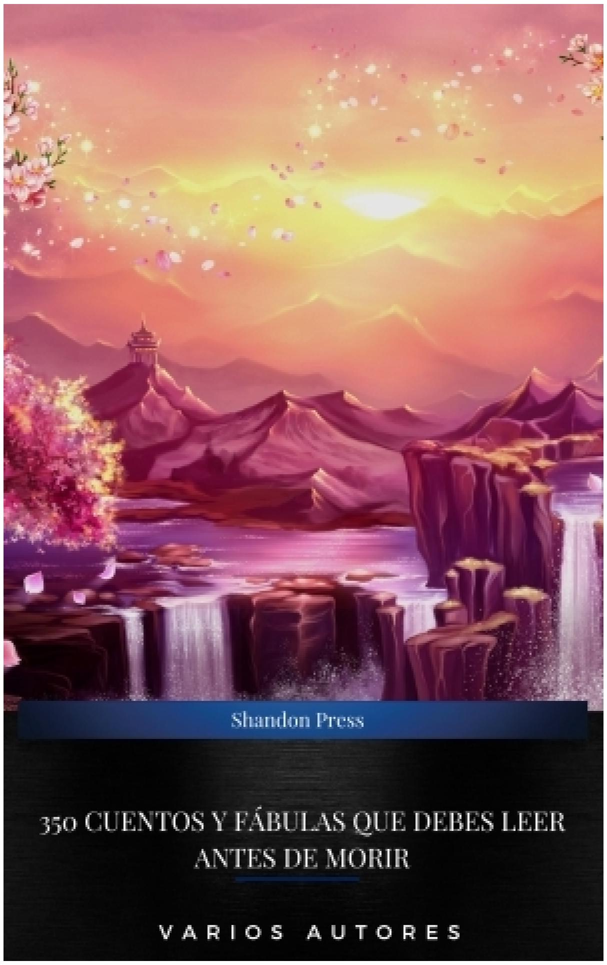
Shandon Press
350 CUENTOS Y FÁBULAS QUE DEBES LEER ANTES DE MORIR
VARIOS AUTORES

350 Cuentos y Fábulas Que Debes Leer Antes De Morir

Grimm, Jacob Ludwig Karl
9782291080763
1500 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Las fábulas de Esopo. Volumen I. [Esopo] Las fábulas de Esopo. Volumen II.[Esopo] Las fábulas de Esopo. Volumen III.[Esopo] Las fábulas. Vol. IV [Esopo] Las fábulas. Vol. V [Esopo] Las fábulas. Vol. VI [Esopo] Las fábulas Vol. VII [Esopo] Las fábulas. Vol. VIII [Esopo] Las fábulas. Vol. IX [Esopo] Cuentos escogidos II [Jacob Ludwig Karl Grimm] Cuentos escogidos [Jacob Ludwig Karl Grimm]

Cómpralo y empieza a leer

Table of Contents

- Portadilla
- Índice
- 1. El Principito (Antoine De Saint-Exupéry)
  - Índice
  - Sin título
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4
  - Capítulo 5
  - Capítulo 6
  - Capítulo 7
  - Capítulo 8
  - Capítulo 9
  - Capítulo 10
  - Capítulo 11
  - Capítulo 12
  - Capítulo 13
  - Capítulo 14
  - Capítulo 15
  - Capítulo 16
  - Capítulo 17
  - Capítulo 18
  - Capítulo 19
  - Capítulo 20
  - Capítulo 21
  - Capítulo 22
  - Capítulo 23
  - Capítulo 24
  - Capítulo 25
  - Capítulo 26
  - Capítulo 27
- 2. Las Memorias de Sherlock Holmes (Arthur Conan Doyle)

Índice
Estrella De Plata
La Caja De Cartón
El Rostro Amarillo
EL OFICINISTA DEL CORREDOR DE BOLSA
La Corbeta Gloria Scott
El Ritual De Los Musgrave
Los Hacendados De Reigate
El Jorobado
El Paciente Interno
El Intérprete Griego
El Tratado Naval
El Problema Final
3. Ben-Hur (Lewis Wallace)
Índice
Parte I
Índice
1. Hacia el desierto
2. La reunión de los sabios
3. Habla el ateniense: fe
4. Discurso del hindú: amor
5. El relato del egipcio: buenas obras
6. La puerta de Jaffa
7. Personajes típicos de la puerta de Jaffa
8. José y María van a Belén
9. La cueva de Belén
10. El fulgor en el cielo
11. Nace Cristo
12. Los magos llegan a Jerusalén
13. Los testigos en presencia de Herodes
14. Los sabios encuentran al niño
Parte II
Índice
1. Jerusalén bajo los romanos
2. Ben-Hur y Messala
3. Un hogar judío
4. Las extrañas cosas que Ben-Hur quiere saber

5. Roma e Israel: una comparación
6. El accidente de Grato
7. Un esclavo a galeras
8. Quinto Arrio embarca
9. Al remo
10. Arrio y Ben-Hur en cubierta
Parte III
Índice
1. Número sesenta
2. El combate naval
3. Arrio adopta a Ben-Hur
4. En Antioquía
5. En el Orontes
6. La petición de Simónides
7. Simónides y Esther
8. El bosque de Dafne
9. Los morales de Dafne
10. El estadio del bosque
11. La fuente de Castalia
12. Discusión de la carrera de cuadrigas
Parte IV
Índice
1. Ben-Hur oye hablar de Cristo
2. El siervo prudente y su hija
3. Una orgía romana
4. Un auriga para los corceles árabes de Ilderim
5. El aduar en el vergel de las Palmeras
6. Baltasar impresiona a Ben-Hur
7. Cristo viene a Baltasar
8. El reino, ¿espiritual o político?
Parte V
Índice
1. Messala se quita el penacho
2. Los caballos árabes de Ilderim
3. Las artes de Cleopatra
4. ¡Oh Kapila, Kapila, tan joven y sincero,
5. ¡Oh Kapila, Kapila, tan canoso y tan viejo,

6. Messala en guardia
7. Ilderim y Ben-Hur deliberan
8. Entrenando a los caballos
9. Simónides rinde cuentas
10. ¿Espiritual o político? La intervención de Simónides
11. Esther y Ben-Hur
Parte VI
Índice
1. Preparado para la carrera
2. Apuestas
3. El circo
4. La salida
5. La carrera
6. La invitación de Iras
7. En el palacio de Iderneo
8. La Torre Antonia. Celda VI
9. Las leprosas
10. De nuevo Jerusalén
11. Ben-Hur a la puerta de su hogar
Parte VII
Índice
1. La tumba del Jardín del Rey
2. La estratagema de Pilatos: el combate
3. Jerusalén sale a recibir al profeta
4. La siesta junto al lago. Iras
5. La vida de un alma
6. Ben-Hur monta guardia con Iras
7. En Betabara
8. Huéspedes en casa de los Hur
9. Ben-Hur habla del Salvador
Parte VIII
Índice
1. El sacrificio de la sierva
2. El milagro
3. La misión del Mesías
4. Iras abre su corazón
5. Mientras Esther duerme

  - 6. La traición
  - 7. La ascensión al Calvario
  - 8. La crucifixión
  - 9. La catacumba
- 4. Amok (Stefan Zweig)
  - Índice
  - Historia De Un Ocaso
  - La Cruz
  - Un Vago
  - Amok
  - La Calle Del Claro De Luna
  - Leporella
  - Episodio En El Lago Leman
- 5. Los Buscadores de Tesoros (Washington Irving)
  - Índice
  - La puerta del infierno
  - Kidd el pirata
  - El diablo y Tomás Walker
  - Wolfert Webber o los sueños dorados
  - La aventura del negro pescador
- 6. Las Razones de Georgina (Henry James)
  - Índice
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4
  - Capítulo 5
  - Capítulo 6
  - Capítulo 7
  - Capítulo 8
  - Capítulo 9
  - Capítulo 10
  - Capítulo 11
  - Capítulo 12
  - Capítulo 13
  - Capítulo 14
  - Capítulo 15

7. Más Allá del Bien y del Mal (Friedrich Nietzsche)
    Índice
    Sección Primera
    Sección Segunda
    Sección Tercera
    Sección Cuarta
    Sección Quinta
    Sección Sexta
    Sección Séptima
    Sección Octava
    Sección Novena
8. Terror en Fontenay (Alexandre Dumas)
    Índice
    1. La Calle De Diana, En Fontenay-Aux-Roses
    2. El Callejón Des Sergents
    3. El Informe
    4. La Antigua Residencia De Scarron
    5. El Bofetón De Carlota Corday
    6. Solange
    7. Albert
    8. El Gato Negro Y Otros Horrores
    9. La Profanación De Las Tumbas Reales
    10. El Cuerpo En El Patíbulo
    11. El Brazalete De Cabellos Humanos
    12. El Vampiro De Los Cárpatos
    13. Conclusión
9. Piratas y Mar Azul (Arthur Conan Doyle)
    Índice
    El capitán Sharkey y el regreso a Inglaterra del gobernador de Saint Kitt
    Cómo Copley Banks mató al capitán Sharkey
    El Slapping Sal
    El cofre pintado a franjas
    El capitán del Polestar
    El demonio de la tonelería
    El viaje de Mr. Jelland
    La relación de J. Habakuk Jephson

    - Aquella cajita cuadrada
- 10. ¿Pueden Suceder Tales Cosas? (Ambrose Bierce)
    - Índice
    - La Muerte De Halpin Frayser
    - Índice
    - Capítulo 1
    - Capítulo 2
    - Capítulo 3
    - Capítulo 4
    - Capítulo 5
    - El Secreto Del Barranco De Macarger
    - Una Noche De Verano
    - Una Carretera Iluminada Por La Luna
    - Un Diagnóstico De Muerte
    - El Maestro De Moxon
    - Una Lucha Tenaz
    - Uno De Gemelos
    - Índice
    - 1. Cómo talan los árboles en China
    - 2. Quien hace a los bueyes cuerdos debería él mismo estarlo
    - La Jarra De Sirope
    - La Alucinación De Staley Fleming
    - Consunción De Una Identidad
    - Índice
    - 1. La revista como una manera de la bienvenida
    - 2. Cuando hayas perdido la vida, consulta a un médico
    - 3. El peligro de mirar el agua de una acequia
    - Un Vagabundo Infantil
    - Al Otro Lado De La Pared
    - Un Naufragio Psicológico
    - El Dedo Corazón Del Pie Derecho
    - El Funeral De John Mortonson
    - El Reino De Lo Irreal
    - El Reloj De John Bartine
    - El Engendro Maldito
    - Índice
    - 1. No siempre se come lo que está sobre la mesa

- 2. Lo que puede ocurrir en un campo de avena silvestre
- 3. Un hombre, aunque esté desnudo, puede estar hecho jirones
- 4. Una explicación desde la tumba
- Haîta, El Pastor
- Un Habitante De Carcosa
- El Desconocido

11. Viaje Sentimental (Laurence Sterne)
- Índice
- Libro I
- Índice
- Viaje Sentimental
- Calais
- El Fraile
- El Fraile
- El Fraile
- La Désobligeante
- Prólogo
- Calais
- En La Calle
- La Puerta De La Cochera
- La Puerta De La Cochera
- La Tabaquera
- La Puerta De La Cochera
- En La Calle
- La Cochera
- La Cochera
- La Cochera
- En La Calle
- Montreuil
- Montreuil
- Montreuil
- Montreuil
- Fragmento
- Montreuil
- El Pollino
- Nampont
- Nampont

Amiens
La Carta Amiens
La Carta
París
La Peluca
El Pulso
El Marido
Los Guantes
La Traducción
El Enano
La Rosa
Libro II
Índice
El Pasaporte
El Pasaporte
El Cautivo
El Estornino
El Ruego
Le Patissier
La Espada
El Pasaporte
El Pasaporte
El Pasaporte
El Pasaporte
El Carácter
La Tentación
La Conquista
El Misterio
Cuestión De Conciencia
El Acertijo
Le Dimanche
El Fragmento
El Fragmento
El Fragmento Y El Ramillete
El Acto Caritativo
La Explicación Del Misterio
París

  - Maria Moulins
  - Maria
  - Maria Moulins
  - El Bourbonnois
  - La Cena
  - El Agradecimiento
  - El Episodio De Delicadeza
- 12. El Corazón de las Tinieblas (Joseph Conrad)
  - Índice
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
- 13. Una Hija de Eva (Honore de Balzac)
  - Índice
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
- 14. Middlemarch (George Eliot)
  - Índice
  - Libro I
  - Índice
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4
  - Capítulo 5
  - Capítulo 6
  - Capítulo 7
  - Capítulo 8
  - Capítulo 9
  - Capítulo 10
  - Capítulo 11
  - Capítulo 12
  - Libro ll
  - Índice
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3

Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Libro lll
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Libro lV
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Libro V
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4

Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Libro VI
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Libro VII
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Libro VIII
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6

    - Capítulo 7
    - Capítulo 8
    - Capítulo 9
    - Capítulo 10
    - Capítulo 11
    - Capítulo 12
    - Capítulo 13
    - Capítulo 14
    - Capítulo 15
    - Capítulo 16
    - Capítulo 17
    - Capítulo 18
    - Capítulo 19
    - Capítulo 20
    - Capítulo 21
    - Capítulo 22
    - Capítulo 23
    - Capítulo 24
- 15. El Paraíso Perdido (John Milton)
    - Índice
    - Primera Parte
    - Segunda Parte
    - Tercera Parte
    - Cuarta parte
    - Quinta Parte
    - Sexta Parte
    - Septima Parte
    - Octava Parte
    - Novena Parte
    - Decima Parte
    - Sin título
    - Undecima Parte
    - Duodecima Parte
- 16. El Príncipe (Nicolás Maquiavelo)
    - Índice
    - Dedicatoria

- 1. De las distintas clases de principados y de la forma en que se adquieren
- 2. De los principados hereditarios
- 3. De los principados mixtos
- 4. Por qué el reino de Darío, ocupado por Alejandro, no se sublevó contra los sucesores de éste, después de su muerte
- 5. De que modo hay que gobernar las ciudades o principados que, antes de ser ocupados, se regían por sus propias leyes
- 6. De los principados nuevos que se adquieren con las armas propias y el talento personal
- 7. De los principados nuevos que se adquieren con armas y fortuna de otros
- 8. De los que llegaron al principado mediante crímenes
- 9. Del principado civil
- 10. Como deben medirse las fuerzas de todos los principados
- 11. De los principados eclesiásticos
- 12. De las distintas clases de milicias y de los soldados mercenarios
- 13. De los soldados auxiliares, mixtos y propios
- 14. De los deberes de un príncipe para con la milicia
- 15. De aquellas cosas por las cuales los hombres y especialmente los príncipes, son alabados o censurados
- 16. De la prodigalidad y de la avaricia
- 17. De la crueldad y la clemencia; y si es mejor ser amado que temido,
- 18. De que modo los príncipes deben cumplir sus promesas
- 19. De que modo debe evitarse ser despreciado y odiado
- 20. Si las fortalezas, y muchas otras cosas que los príncipes
- 21. Como debe comportarse un príncipe para ser estimado
- 22. De los secretarios del príncipe
- 23. Como huir de los aduladores
- 24. Por que los príncipes de Italia perdieron sus estados
- 25. Del poder de la fortuna de las cosas humanas y de los medios para oponérsele
- 26. Exhortación a liberar a Italia de los bárbaros
- Capítulo 27

17. El Segundo Libro de la Selva (Rudyard Kipling)
- Índice
- De Cómo Llegó El Miedo

  - La Ley De La Jungla
  - El Milagro De Purun Bhagat
  - Una Canción De Kabir
  - La Selva Invasora
  - La Canción De Mowgli Contra La Gente
  - Los Enterradores
  - Canción De La Onda
  - El Ankus Del Rey
  - La Canción Del Pequeño Cazador
  - Quiquern
  - Angutivaun Taina
  - Los Perros Jaros
  - La Canción De Chil
  - Correteos Primaverales
  - Canción De Despedida
- 18. Espadas de Marte (Edgar Rice Burroughs)
  - Índice
  - Prólogo
  - 1. Rapas, el Ulsio
  - 2. Fal Silvas
  - 3. Atrapado
  - 4. Muerte en la noche
  - 5. El cerebro
  - 6. La nave
  - 7. El rostro en el umbral
  - 8. Sospecha
  - 9. En el balcón
  - 10. Jat Or
  - 11. En casa de Gar Nal
  - 12. ¡Ambos debemos morir!
  - 13. Perseguido
  - 14. Hacia Thuria
  - 15. Thuria
  - 16. Enemigos invisibles
  - 17. El hombre gato
  - 18. Condenado a muerte
  - 19. Qzara

- 20. Intentamos la fuga
- 21. En la torre de los diamantes
- 22. En el sombrío calabozo
- 23. La puerta secreta
- 24. De vuelta a Barsoom

19. Las Mil y Una Noches (Anónimo)
- Índice
- ¡Aquello Que Quiera Alah!
- Primera Noche
- Cuento del primer Jeque
- Pero Cuando Llegó La Segunda Noche
- Cuento del segundo jeque
- Cuento del tercer jeque
- Pero Cuando Llegó La Tercera Noche
- Historia del pescador y el efrit
- Pero Cuando Llegó La Cuarta Noche
- Pero Cuando Llegó La Quinta Noche
- El halcón del rey Sindabad
- Historia del príncipe y la vampiro
- Pero Cuando Llegó La Sexta Noche
- Pero Cuando Llegó La Séptima Noche
- Pero Cuando Llegó La Octava Noche
- Pero Cuando Llegó La Novena Noche
- Historia del mandadero y las tres doncellas
- Pero Cuando Llegó La 10ª Noche
- Pero Cuando Llegó La 11ª Noche
- Historia del primer saaluk
- Pero Cuando Llegó La 12ª Noche
- Historia del segundo saaluk
- Pero Cuando Llegó La 13ª Noche
- Pero Cuando Llegó La 14ª Noche
- Historia del tercer saaluk
- Pero Cuando Llegó La 15ª Noche
- Pero Cuando Llegó La 16ª Noche
- Pero Cuando Llegó La 17ª Noche
- Historia de Amina, la segunda joven
- Y Cuando Llegó La 18ª Noche

Pero Cuando Llegó La 19ª Noche
Pero Cuando Llegó La 20ª Noche
Pero Cuando Llegó La 21ª Noche
PERO CUANDO LLEGÓ LA 22ª NOCHE
Pero Cuando Llegó La 23ª Noche
Y Era La 24ª Noche
Y Cuando Llegó La 25ª Noche
Relato del corredor nazareno
Pero Cuando Llegó La 26ª Noche
Pero Cuando Llegó La 27ª Noche
Relato del médico judío
Pero Cuando Llegó La 28ª Noche
Relato del sastre
Pero Cuando Llegó La 29ª Noche
Pero Cuando Llegó La 30ª Noche
Historia del barbero
Historia de Bacbuk, primer hermano del barbero
Historia de El-Haddar, segundo hermano del barbero
Pero Cuando Llegó La 31ª Noche
Historia de Bacbac, tercer hermano del barbero
Historia de El-Kuz, cuarto hermano del barbero
Historia de El-Archar, quinto hermano del barbero
Pero Cuando Llegó La 32ª Noche
Historia de Schakalik, sexto hermano del barbero
Historia de Dulce-Amiga
Pero Cuando Llegó La 33ª Noche
Pero Cuando Llegó La 34ª Noche
Pero Cuando Llegó La 35ª Noche
Pero Cuando Llegó La 36ª Noche
Al Llegar La 37ª Noche
Al Llegar La 38ª Noche
Historia del negro Sauab, primer eunuco sudanés
Historia del negro Kafur, segundo eunuco sudanés
Pero Cuando Llegó La 39ª Noche
Historia del negro Bakhita, tercer eunuco sudanés
Pero Cuando Llegó La 40ª Noche
Pero Cuando Llegó La 41ª Noche

Pero Cuando Llegó La 42ª Noche
Pero Cuando Llegó La 43ª Noche
Pero Cuando Llegó La 44ª Noche
Pero Cuando Llegó La 45ª Noche
Pero Cuando Llegó La 46ª Noche
Pero Cuando Llegó La 47ª Noche
Pero Cuando Llegó La 48ª Noche
Pero Cuando Llegó La 49ª Noche
Pero Cuando Llegó La 50ª Noche
Pero Cuando Llegó La 51ª Noche
Pero Cuando Llegó La 52ª Noche
Pero Cuando Llegó La 53ª Noche
Pero Cuando Llegó La 54ª Noche
Pero Cuando Llegó La 55ª Noche
Pero Cuando Llegó La 56ª Noche
Pero Cuando Llegó La 57ª Noche
Pero Cuando Llegó La 58ª Noche
Pero Cuando Llegó La 59ª Noche
Pero Cuando Llegó La 60ª Noche
Palabras sobre las tres puertas
Pero Cuando Llegó A La 61ª Noche
Pero Cuando Llegó A La 62ª Noche
Pero Cuando Llegó A La 63ª Noche
Pero Cuando Llegó A La 64ª Noche
Pero Cuando Llegó A La 65ª Noche
Pero Cuando Llegó A La 66ª Noche
Pero Cuando Llegó La 67ª Noche
Pero Cuando Llegó La 68ª Noche
Pero Cuando Llegó La 69ª Noche
Pero Cuando Llegó La 70ª Noche
Pero Cuando Llegó La 71ª Noche
Pero Cuando Llegó La 72ª Noche
Pero Cuando Llegó La 73ª Noche
Pero Cuando Llegó La 74ª Noche
Pero Cuando Llegó La 75ª Noche
Pero Cuando Llegó La 76ª Noche
Pero Cuando Llegó La 77ª Noche

Pero Cuando Llegó La 78ª Noche
Y Cuando Llegó La 79ª Noche
Palabras de la primera joven
Y Cuando Llegó La 80ª Noche
Y Cuando Llegó La 81ª Noche
Palabras de la tercera joven
Palabras de la cuarta joven
Pero Cuando Llegó La 82ª Noche
Palabras de la quinta joven
Y Cuando Llegó La 83ª Noche
Palabras de la anciana
Y Cuando Llegó La 84ª Noche
Y Cuando Llegó La 85ª Noche
Y Cuando Llegó La 86ª Noche
Y Cuando Llegó La 87ª Noche
Y Cuando Llegó La 88ª Noche
Y Cuando Llegó La 89ª Noche
Pero Cuando Llegó La 90ª Noche
Y Cuando Llego La 91ª Noche
Pero Cuando Llegó La 92ª Noche
Pero Cuando Llegó La 93ª Noche
Pero Cuando Llegó La 94ª Noche
Pero Cuando Llegó La 95ª Noche
Historia del Monasterio
Y Cuando Llegó La 96ª Noche
Y Cuando Llegó La 97ª Noche
Y Cuando Llegó La 98ª Noche
Y Cuando Llegó La 99ª Noche
Y Cuando Llegó La 100ª Noche
Pero Cuando Llegó La 101ª Noche
Pero Cuando Llegó La 102ª Noche
Y Cuando Llegó 103ª Noche
Pero Cuando Llegó La 104ª Noche
Pero Cuando Llegó La 105ª Noche
Pero Cuando Llegó La 106ª Noche
Pero Cuando Llegó La 107ª Noche
Pero Cuando Llegó 108ª Noche

Y Cuando Llegó La 109ª Noche
Pero Cuando Llegó La 110ª Noche
Y Cuando Llegó La 111ª Noche
Pero Cuando Llegó La 112ª Noche
Pero Cuando Llegó La 113ª Noche
Pero Cuando Llegó La 114ª Noche
Pero Cuando Llegó La 115ª Noche
Y Cuando Llegó La 116ª Noche
Y Cuando Llegó La 117ª Noche
Pero Cuando Llegó La 118ª Noche
Y Cuando Llegó La 119ª Noche
Pero Cuando Llegó La 120ª Noche
Y Cuando Llegó La 121ª Noche
Pero Cuando Llegó La 122ª Noche
Pero Cuando Llegó La 123ª Noche
Cuando Llegó La 124ª Noche
Pero Cuando Llegó La 125ª Noche
Y Cuando Llegó La 126ª Noche
Pero Cuando Llegó La 127ª Noche
Y Cuando Llegó La 128ª Noche
Y Cuando Llegó La 129ª Noche
Y Cuando Llegó La 130ª Noche
Y Cuando Llegó La 131ª Noche
Y Cuando Llegó La 132ª Noche
Pero Cuando Llegó La 133ª Noche
Y Cuando Llegó La 134ª Noche
Y Cuando Llegó La 135ª Noche
Y Cuando Llegó La 136ª Noche
Y Cuando Llegó La 137ª Noche
Pero Cuando Llegó La 138ª Noche
Aventuras del joven Kanmakán, hijo de Daul'Makan
Pero Cuando Llegó La 139ª Noche
Pero Cuando Llegó La 140ª Noche
Pero Cuando Llegó La 141ª Noche
Pero Cuando Llegó La 142ª Noche
Pero Cuando Llegó La 143ª Noche
Pero Cuando Llegó La 144ª Noche

Pero Cuando Llegó La 145ª Noche
Y Cuando Llegó La 146ª Noche
Y Cuando Llegó La 147ª Noche
El pastor y la joven
Y Cuando Llegó 148ª Noche
Cuento del lobo y el zorro
Historia del médico
Pero Cuando Llegó La 150ª Noche
Cuento del ratón y la comadreja
Cuento del cuervo y el zorro
Y Cuando Llegó La 151ª Noche
Y Cuando Llegó La 153ª Noche
Y Cuando Llegó La 154ª Noche
Pero Cuando Llegó La 155ª Noche
Pero Cuando Llegó La 156ª Noche
Y Cuando Llegó La 157ª Noche
Y Cuando Llegó La 158ª Noche
Y Cuando Llegó La 159ª Noche
Y Cuando Llegó La 160ª Noche
Pero Cuando Llegó La 161ª Noche
Y Cuando Llegó La 162ª Noche
Y Cuando Llegó La 163ª Noche
Pero Cuando Llegó La 164ª Noche
Pero Cuando Llegó La 165ª Noche
Pero Cuando Llegó La 166ª Noche
Y Cuando Llegó La 167ª Noche
Y Cuando Llegó La 168ª Noche
Pero Cuando Llegó La 169ª Noche
Pero Cuando Llegó La 171ª Noche
Pero Cuando Llegó La 172ª Noche
Cuando Llegó La 176ª Noche
Y Cuando Llegó La 179ª Noche
Y Cuando Llegó La 180ª Noche
Y Cuando Llegó La 182ª Noche
Y Cuando Llegó La 183ª Noche
Y Cuando Llegó La 184ª Noche
Pero Cuando Llegó La 185ª Noche

Y Cuando Llegó La 186ª Noche
Pero Cuando Llegó La 187ª Noche
Y Cuando Llegó La 188ª Noche
Y Cuando Llegó La 191° Noche
Pero Cuando Llegó La 193ª Noche
Pero Cuando Llegó La 194ª Noche
Y Cuando Llegó La 196ª Noche
Y Cuando Llegó La 199ª Noche
Pero Cuando Llegó La 200ª Noche
Pero Cuando Llegó La 204ª Noche
Y Cuando Llegó La 206ª Noche
Pero Cuando Llegó La 207ª Noche
Y Cuando Llegó La 208ª Noche
Y Cuando Llegó La 209ª Noche
Y Cuando Llegó La 210ª Noche
Y Cuando Llegó La 211ª Noche
Pero Cuando Llegó La 212ª Noche
Y Cuando Llegó La 216ª Noche
Pero Cuando Llegó La 219ª Noche
Y Cuando Llegó La 222ª Noche
Y Cuando Llegó La 225ª Noche
Pero Cuando Llegó La 228ª Noche
Y Cuando Llegó La 230ª Noche
Y Cuando Llegó La 232ª Noche
Y Cuando Llegó La 234ª Noche
Pero Cuando Llegó La 235ª Noche
Historia de Feliz-Bello y Feliz-Bella
Y Cuando Llegó La 238ª Noche
Y Cuando Llegó La 239ª Noche
Y Cuando Llegó La 240ª Noche
Y Cuando Llegó La 241ª Noche
Y Cuando Llegó La 242ª Noche
Y Cuando Llegó La 243ª Noche
Y Cuando Llegó La 244ª Noche
Y Cuando Llegó La 245ª Noche
Y Cuando Llegó La 246ª Noche
Y Cuando Llegó La 247ª Noche

Pero Cuando Llegó La 248ª Noche
Historia del Gano-del-Belleza
Pero Cuando Llegó La 251ª Noche
Pero Cuando Llegó La 252ª Noche
Pero Cuando Llegó La 253ª Noche
Pero Cuando Llegó La 254ª Noche
PERO CUANDO LLEGÓ LA 255ª NOCHE
Y Cuando Llegó La 256ª Noche
Y Cuando Llegó La 257ª Noche
Pero Cuando Llegó La 258ª Noche
Pero Cuando Llegó La 259ª Noche
Y Cuando Llegó La 260ª Noche
Pero Cuando Llegó La 261ª Noche
Pero Cuando Llegó La 262ª Noche
Pero Cuando Llegó La 263ª Noche
Pero Cuando Llegó La 264ª Noche
Y Cuando Llegó La 265ª Noche
Y Cuando Llegó La 266ª Noche
Pero Cuando Llegó La 267ª Noche
Pero Cuando Llegó La 268ª Noche
Pero Cuando Llegó La 269ª Noche
Pero Cuando Llegó La 270ª Noche
Historia de la docta Simpatía
Y Cuando Llegó La 272ª Noche
Y Cuando Llegó La 274ª Noche
Y Cuando Llegó La 275ª Noche
Pero Cuando Llegó La 277ª Noche
Y Cuando Llegó La 278ª Noche
Pero Cuando Llegó La 279ª Noche
Y Cuando Llegó La 280ª Noche
Pero Cuando Llegó La 282ª Noche
Pero Cuando Llegó La 284ª Noche
Pero Cuando Llegó La 286ª Noche
Y Cuando Llegó La 287ª Noche
Aventuras del poeta Abu-Nowas
Pero Cuando Llegó La 288ª Noche
Y Cuando Llegó La 290ª Noche

Historia de Sindbad el marino
Y Cuando Llegó La 291ª Noche
Pero Cuando Llegó La 292ª Noche
Y Cuando Llegó La 293ª Noche
Pero Cuando Llegó La 294ª Noche
Y Cuando Llegó La 295ª Noche
Pero Cuando Llegó La 296ª Noche
Y Cuando Llegó La 297ª Noche
Pero Cuando Llegó La 298ª Noche
Pero Cuando Llegó La 299ª Noche
Pero Cuando Llegó La 300ª Noche
Pero Cuando Llegó La 301ª Noche
Y Cuando Llegó La 302ª Noche
Pero Cuando Llegó La 303ª Noche
Pero Cuando Llegó La 304ª Noche
Y Cuando Llegó La 306ª Noche
Y Cuando Llegó La 307ª Noche
Y Cuando Llegó La 308ª Noche
Y Cuando Llegó La 309ª Noche
Pero Cuando Llegó La 310ª Noche
Pero Cuando Llegó La 311ª Noche
Y Cuando Llegó La 312ª Noche
Pero Cuando Llegó La 313ª Noche
Pero Cuando Llegó La 314ª Noche
Pero Cuando Llegó La 315ª Noche
Pero Cuando Llegó La 316ª Noche
Pero Cuando Llegó La 317ª Noche
Pero Cuando Llegó La 319ª Noche
Pero Cuando Llegó La 320ª Noche
Pero Cuando Llegó La 321ª Noche
Y Cuando Llegó La 322ª Noche
Pero Cuando Llegó La 323ª Noche
Y Cuando Llegó La 324ª Noche
Pero Cuando Llegó La 325ª Noche
Y Cuando Llegó La 326ª Noche
Pero Cuando Llegó La 327ª Noche
Y Cuando Llegó La 328ª Noche

Y Cuando Llegó La 329ª Noche
Pero Cuando Llegó La 330ª Noche
Pero Cuando Llegó La 331ª Noche
Y Cuando Llegó La 332ª Noche
Y Cuando Llegó La 333ª Noche
Pero Cuando Llegó La 334ª Noche
Y Cuando Llegó La 335ª Noche
Y Cuando Llegó La 336ª Noche
Pero Cuando Llegó La 337ª Noche
Y Cuando Llegó La 338ª Noche
Historia prodigiosa de la ciudad de bronce
Y Cuando Llegó La 340ª Noche
Pero Cuando Llegó La 341ª Noche
Y Cuando Llegó La 342ª Noche
Pero Cuando Llegó La 343ª Noche
Y Cuando Llegó La 344ª Noche
Y Cuando Llegó La 345ª Noche
Pero Cuando Llegó La 346ª Noche
Y Cuando Llegó La 347ª Noche
Y Cuando Llegó La 348ª Noche
Pero Cuando Llegó La 350ª Noche
Pero Cuando Llegó La 351ª Noche
Y Cuando Llegó La 352ª Noche
Pero Cuando Llegó La 353ª Noche
Pero Cuando Llegó La 354ª Noche
Y Cuando Llegó La 355ª Noche
Historia de la reina Yamlika, princesa subterránea
Y Cuando Llegó La 356ª Noche
Historia de Belukia
Pero Cuando Llegó La 358ª Noche
Y Cuando Llegó La 359ª Noche
Pero Cuando Llegó La 360ª Noche
Pero Cuando Llegó La 361ª Noche
Pero Cuando Llegó La 362ª Noche
Y Cuando Llegó La 363ª Noche
Historia del hermoso joven triste
Pero Cuando Llegó La 364ª Noche

Pero Cuando Llegó La 365ª Noche
Pero Cuando Llegó La 366ª Noche
Y Cuando Llegó La 367ª Noche
Pero Cuando Llegó La 368ª Noche
Pero Cuando Llegó La 369ª Noche
Pero Cuando Llegó La 370ª Noche
Pero Cuando Llegó La 371ª Noche
Y Cuando Llegó La 372ª Noche
Pero Cuando Llegó La 373ª Noche
Y Cuando Llegó La 375ª Noche
El saco prodigioso
Y Cuando Llegó La 376ª Noche
Al-Raschid, justiciero de amor
Pero Cuando Llegó La 377ª Noche
El precio de los cohombros
Cabellos blancos
Pero Cuando Llegó La 378ª Noche
La cuestión zanjada
Abú-Nowas y el baño de Sett Zobeida
Y Cuando Llegó La 379ª Noche
Abu-Nowas improvisa
El asno
Y Cuando Llegó La 380ª Noche
El flagrante delito de Sett Zobeida
Pero Cuando Llegó La 381ª Noche
¿Macho o hembra?
Pero Cuando Llegó La 382ª Noche
El reparto
El maestro de escuela
Y Cuando Llegó La 383ª Noche
La inscripción de una camisa
La inscripción de una copa
Pero Cuando Llegó La 384ª Noche
El califa en el cesto
Pero Cuando Llegó La 385ª Noche
Pero Cuando Llegó La 386ª Noche
El mondonguero

Y Cuando Llegó La 387ª Noche
Pero Cuando Llegó La 388ª Noche
Y Cuando Llegó La 389ª Noche
La joven Frescura-de-los-ojos
Pero Cuando Llegó La 390ª Noche
¿Mujeres o jovenzuelos?
Y Cuando Llegó La 391ª Noche
Pero Cuando Llegó La 392ª Noche
Cuando Llegó La 393ª Noche
El falso califa
Y Cuando Llegó La 394ª Noche
Pero Cuando Llegó La 395ª Noche
Pero Cuando Llegó La 396ª Noche
Pero Cuando Llegó La 397ª Noche
Cuando Llegó La 398ª Noche
Y Cuando Llegó La 399ª Noche
Historia de Rosa-en-el-cáliz y de Delicia-del-mundo
Pero Cuando Llegó La 400ª Noche
Cuando Llegó La 401ª Noche
Pero Cuando Llegó La 402ª Noche
Y Cuando Llegó La 403ª Noche
Y Cuando Llegó La 404ª Noche
Pero Cuando Llegó La 405ª Noche
Y Cuando Llegó La 406ª Noche
Y Cuando Llegó La 407ª Noche
Y Cuando Llegó La 408ª Noche
Cuando Llegó La 409ª Noche
Pero Cuando Llegó La 410ª Noche
Y Cuando Llegó La 411ª Noche
Y Cuando Llegó La 412ª Noche
Y Cuando Llegó La 413ª Noche
Pero Cuando Llegó La 414ª Noche
Historia mágica del caballo de ébano
Pero Cuando Llegó La 416ª Noche
Pero Cuando Llegó La 417ª Noche
Y Cuando Llegó La 418ª Noche
Y Cuando Llegó La 419ª Noche

Y Cuando Llegó La 420ª Noche
Y Cuando Llegó La 421ª Noche
Pero Cuando Llegó La 422ª Noche
Y Cuando Llegó La 423ª Noche
Y Cuando Llegó La 424ª Noche
Pero Cuando Llegó La 425ª Noche
Pero Cuando Llegó La 426ª Noche
Pero Cuando Llegó La 427ª Noche
Pero Cuando Llegó La 428ª Noche
Pero Cuando Llegó La 429ª Noche
Y Cuando Llegó La 430ª Noche
Y Cuando Llegó La 432ª Noche
Y Cuando Llegó La 433ª Noche
Pero Cuando Llegó La 434ª Noche
Pero Cuando Llegó La 435ª Noche
Pero Cuando Llegó La 436ª Noche
Y Cuando Llegó La 437ª Noche
Pero Cuando Llegó La 438ª Noche
Pero Cuando Llegó La 439ª Noche
Pero Cuando Llegó La 441ª Noche
Y Cuando Llegó La 442ª Noche
Y Cuando Llegó La 443ª Noche
Y Cuando Llegó La 444ª Noche
Y Cuando Llegó La 445ª Noche
Pero Cuando Llegó La 446ª Noche
Pero Cuando Llegó La 447ª Noche
Pero Cuando Llegó La 448ª Noche
Pero Cuando Llegó La 449ª Noche
Pero Cuando Llegó La 450ª Noche
Y Cuando Llegó La 451ª Noche
Y Cuando Llegó La 452ª Noche
Y Cuando Llegó La 453ª Noche
Y Cuando Llegó La 454ª Noche
Y Cuando Llegó La 455ª Noche
Pero Cuando Llegó La 456ª Noche
Pero Cuando Llegó La 457ª Noche
Y Cuando Llegó La 458ª Noche

Y Cuando Llegó La 459ª Noche
Y Cuando Llegó La 460ª Noche
Pero Cuando Llegó La 461ª Noche
Y Cuando Llegó La 462ª Noche
Y Cuando Llegó La 463ª Noche
Pero Cuando Llegó La 464ª Noche
Pero Cuando Llegó La 465ª Noche
Y Cuando Llegó La 466ª Noche
Y Cuando Llegó La 467ª Noche
Pero Cuando Llegó La 468ª Noche
Cuando Llegó La 469ª Noche
Pero Cuando Llegó La 470ª Noche
Pero Cuando Llegó La 471ª Noche
Y Cuando Llegó La 472ª Noche
Pero Cuando Llegó La 473ª Noche
Y CUANDO LLEGÓ LA 474ª NOCHE
Pero Cuando Llegó La 475ª Noche
Pero Cuando Llegó La 476ª Noche
Pero Cuando Llegó La 477ª Noche
Y Cuando Llegó La 478ª Noche
Y Cuando Llegó La 479ª Noche
Y Cuando Llegó La 480ª Noche
Pero Cuando Llegó La 481ª Noche
Pero Cuando Llegó La 482ª Noche
Y Cuando Llegó La 483ª Noche
Y Cuando Llegó La 484ª Noche
Y Cuando Llegó La 485ª Noche
Y Cuando Llegó La 486ª Noche
Y Cuando Llegó La 487ª Noche
Historia de Abu-Kir y de Abu-Sir
Pero Cuando Llegó La 488ª Noche
Y Cuando Llegó La 489ª Noche
Y Cuando Llegó La 490ª Noche
Y Cuando Llegó La 491ª Noche
Y Cuando Llegó La 492ª Noche
Y Cuando Llegó La 493ª Noche
Y Cuando Llegó La 494ª Noche

Y Cuando Llegó La 495ª Noche
Y Cuando Llegó La 496ª Noche
Pero Cuando Llegó La 497ª Noche
Y Cuando Llegó La 498ª Noche
Y Cuando Llegó La 499ª Noche
Pero Cuando Llegó La 500ª Noche
Y Cuando Llegó La 501ª Noche
Anécdotas morales del jardín perfumado
Los tres deseos
El mozalbete y el masajista del hammam
Y Cuando Llegó La 503ª Noche
Y Cuando Llegó La 504ª Noche
Hay líquidos y líquidos
Pero Cuando Llegó La 505ª Noche
Y Cuando Llegó La 506ª Noche
Y Cuando Llegó La 507ª Noche
Pero Cuando Llegó La 508ª Noche
Y Cuando Llegó La 509ª Noche
Pero Cuando Llegó La 510ª Noche
Pero Cuando Llegó La 511ª Noche
Y Cuando Llegó La 512ª Noche
Pero Cuando Llegó La 513ª Noche
Pero Cuando Llegó La 514ª Noche
Y Cuando Llegó La 515ª Noche
Historia del joven amarillo
Pero Cuando Llegó La 516ª Noche
Pero Cuando Llegó La 517ª Noche
Pero Cuando Llegó La 518ª Noche
Y Cuando Llegó La 519ª Noche
Y Cuando Llegó La 520ª Noche
Pero Cuando Llegó La 521ª Noche
Y Cuando Llegó La 522ª Noche
Y Cuando Llegó La 523ª Noche
Y Cuando Llegó La 524ª Noche
Pero Cuando Llegó La 525ª Noche
Y Cuando Llegó La 526ª Noche
Historia de Flor-de-Granada y de Sonrisa-de-Luna

Y Cuando Llegó La 527ª Noche
Y Cuando Llegó La 528ª Noche
Pero Cuando Llegó La 529ª Noche
Y Cuando Llegó La 530ª Noche
Y Cuando Llegó La 531ª Noche
Pero Cuando Llegó La 532ª Noche
Y Cuando Llegó La 533ª Noche
Pero Cuando Llegó La 534ª Noche
Y Cuando Llegó La 535ª Noche
Pero Cuando Llegó La 536ª Noche
Pero Cuando Llegó La 537ª Noche
Pero Cuando Llegó La 538ª Noche
Y Cuando Llegó La 539ª Noche
Y Cuando Llegó La 540ª Noche
Pero Cuando Llegó La 541ª Noche
Y Cuando Llegó La 542ª Noche
Y Cuando Llegó La 543ª Noche
Pero Cuando Llegó La 544ª Noche
Y Cuando Llegó La 545ª Noche
Y Cuando Llegó La 546ª Noche
Y Cuando Llegó La 547ª Noche
Y Cuando Llegó La 548ª Noche
Y Cuando Llegó La 549ª Noche
Pero Cuando Llegó La 550ª Noche
Y Cuando Llegó La 551ª Noche
Y Cuando Llegó La 552ª Noche
Y Cuando Llegó La 553ª Noche
Y Cuando Llegó La 554ª Noche
Historia de Califa y del califa
Pero Cuando Llegó La 555ª Noche
Pero Cuando Llegó La 556ª Noche
Y Cuando Llegó La 557ª Noche
Y Cuando Llegó La 558ª Noche
Pero Cuando Llegó La 559ª Noche
Pero Cuando Llegó La 560ª Noche
Y Cuando Llegó La 561ª Noche
Pero Cuando Llegó La 562ª Noche

Y Cuando Llegó La 563ª Noche
Pero Cuando Llegó La 564ª Noche
Y Cuando Llegó La 565ª Noche
Y Cuando Llegó La 566ª Noche
Y Cuando Llegó La 567ª Noche
Y Cuando Llegó La 568ª Noche
Y Cuando Llegó La 569ª Noche
Y Cuando Llegó La 570ª Noche
Y Cuando Llegó La 571ª Noche
Y Cuando Llegó La 572ª Noche
Y Cuando Llegó La 573ª Noche
Pero Cuando Llegó La 574ª Noche
Y Cuando Llegó La 575ª Noche
Y Cuando Llegó La 576ª Noche
Las aventuras de Hassan Al-Bassri
Pero Cuando Llegó La 577ª Noche
Y Cuando Llegó La 578ª Noche
Y Cuando Llegó La 579ª Noche
Pero Cuando Llegó La 580ª Noche
Pero Cuando Llegó La 581ª Noche
Pero Cuando Llegó La 582ª Noche
Y Cuando Llegó La 583ª Noche
Pero Cuando Llegó La 584ª Noche
Y Cuando Llegó La 585ª Noche
Y Cuando Llegó La 586ª Noche
Y Cuando Llegó La 587ª Noche
Y Cuando Llegó La 588ª Noche
Pero Cuando Llegó La 589ª Noche
Y Cuando Llegó La 590ª Noche
Y Cuando Llegó La 591ª Noche
Y Cuando Llegó La 592ª Noche
Y Cuando Llegó La 593ª Noche
Pero Cuando Llegó La 594ª Noche
Pero Cuando Llegó La 595ª Noche
Y Cuando Llegó La 596ª Noche
Y Cuando Llegó La 597ª Noche
Y Cuando Llegó La 598ª Noche

Pero Cuando Llegó La 599ª Noche
Y Cuando Llegó La 600ª Noche
Pero Cuando Llegó La 601ª Noche
Pero Cuando Llegó La 602ª Noche
Y Cuando Llegó La 603ª Noche
Y Cuando Llegó La 604ª Noche
Pero Cuando Llegó La 605ª Noche
Pero Cuando Llegó La 606ª Noche
Y Cuando Llegó La 607ª Noche
Pero Cuando Llegó La 608ª Noche
Pero Cuando Llegó La 609ª Noche
Y Cuando Llegó La 610ª Noche
Pero Cuando Llegó La 611ª Noche
Pero Cuando Llegó La 612ª Noche
Y Cuando Llegó La 613ª Noche
Y Cuando Llegó La 614ª Noche
Y Cuando Llegó La 615ª Noche
Y Cuando Llegó La 616ª Noche
Los dos chistosos
Pero Cuando Llegó La 618ª Noche
Ardid de mujer
Pero Cuando Llegó La 620ª Noche
Y Cuando Llegó La 622ª Noche
Historia del dormido despierto
Pero Cuando Llegó La 624ª Noche
Y Cuando Llegó La 625ª Noche
Pero Cuando Llegó La 627ª Noche
Y Cuando Llegó La 629ª Noche
Pero Cuando Llegó La 630ª Noche
Pero Cuando Llegó La 632ª Noche
Pero Cuando Llegó La 634ª Noche
Y Cuando Llegó La 636ª Noche
Pero Cuando Llegó La 637ª Noche
Pero Cuando Llegó La 639ª Noche
Pero Cuando Llegó La 640ª Noche
Y Cuando Llegó La 642ª Noche
Y Cuando Llegó La 643ª Noche

Y Cuando Llegó La 644ª Noche
Pero Cuando Llegó La 645ª Noche
Pero Cuando Llegó La 647ª Noche
Pero Cuando Llegó La 648ª Noche
Pero Cuando Llegó La 649ª Noche
Y Cuando Llegó La 650ª Noche
Pero Cuando Llegó La 651ª Noche
Pero Cuando Llegó La 652ª Noche
Y Cuando Llegó La 653ª Noche
Los amores de Zein Al-Mawassif
Pero Cuando Llegó La 655ª Noche
Y Cuando Llegó La 656ª Noche
Pero Cuando Llegó La 658ª Noche
Y Cuando Llegó La 659ª Noche
Y Cuando Llegó La 660ª Noche
Pero Cuando Llegó La 662ª Noche
Pero Cuando Llegó La 663ª Noche
Pero Cuando Llegó La 665ª Noche
Y Cuando Llegó La 666ª Noche
Historia del joven holgazán
Y Cuando Llegó La 667ª Noche
Y Cuando Llegó La 668ª Noche
Pero Cuando Llegó La 669ª Noche
Pero Cuando Llegó La 670ª Noche
Y Cuando Llegó La 671ª Noche
Y Cuando Llegó La 672ª Noche
Y Cuando Llegó La 673ª Noche
Pero Cuando Llegó La 674ª Noche
Pero Cuando Llegó La 675ª Noche
Pero Cuando Llegó La 676ª Noche
Pero Cuando Llegó La 677ª Noche
Pero Cuando Llegó La 678ª Noche
Y Cuando Llegó La 679ª Noche
Pero Cuando Llegó La 700ª Noche
Pero Cuando Llegó La 701ª Noche
Y Cuando Llegó La 702ª Noche
Y Cuando Llegó La 703ª Noche

Pero Cuando Llegó La 704ª Noche
Y Cuando Llegó La 705ª Noche
Y Cuando Llegó La 706ª Noche
Y Cuando Llegó La 707ª Noche
Pero Cuando Llegó La 708ª Noche
Y Cuando Llegó La 709ª Noche
Pero Cuando Llegó La 710ª Noche
Y Cuando Llegó La 711ª Noche
Pero Cuando Llegó La 712ª Noche
Pero Cuando Llegó La 713ª Noche
Pero Cuando Llegó La 714ª Noche
Pero Cuando Llegó La 715ª Noche
La tumba de los amantes
Y Cuando Llegó La 717ª Noche
Y Cuando Llegó La 718ª Noche
Pero Cuando Llegó La 719ª Noche
El divorcio de Hind
Pero Cuando Llegó La 720ª Noche
Historia maravillosa del espejo de las vírgenes
Y Cuando Llegó La 721ª Noche
Pero Cuando Llegó La 722ª Noche
Y CUANDO LLEGÓ LA 723ª NOCHE
Pero Cuando Llegó La 724ª Noche
Pero Cuando Llegó La 725ª Noche
Pero Cuando Llegó La 726ª Noche
Y Cuando Llegó La 727ª Noche
Y Cuando Llegó La 728ª Noche
Pero Cuando Llegó La 729ª Noche
Pero Cuando Llegó La 730ª Noche
Y Cuando Llegó La 731ª Noche
Pero Cuando Llegó La 732ª Noche
Pero Cuando Llegó La 733ª Noche
Pero Cuando Llegó La 734ª Noche
Pero Cuando Llegó La 735ª Noche
Pero Cuando Llegó La 736ª Noche
Y Cuando Llegó La 738ª Noche
Y Cuando Llegó La 739ª Noche

Pero Cuando Llegó La 740ª Noche
Pero Cuando Llegó La 741ª Noche
Pero Cuando Llegó La 742ª Noche
Y Cuando Llegó La 743ª Noche
Y Cuando Llegó La 744ª Noche
Pero Cuando Llegó La 745ª Noche
Pero Cuando Llegó La 746ª Noche
Pero Cuando Llegó La 749ª Noche
Pero Cuando Llegó La 750ª Noche
Y Cuando Llegó La 751ª Noche
Y Cuando Llegó La 752ª Noche
Pero Cuando Llegó La 753ª Noche
Pero Cuando Llegó La 754ª Noche
Pero Cuando La 755ª Noche
Pero Cuando Llegó La 756ª Noche
Pero Cuando Llegó La 757ª Noche
Pero Cuando Llegó La 759ª Noche
Pero Cuando Llegó La 760ª Noche
Y Cuando Llegó La 761ª Noche
Y Cuando Llegó La 762ª Noche
Y Cuando Llegó La 763ª Noche
Pero Cuando Llegó La 764ª Noche
Pero Cuando Llegó La 765ª Noche
Pero Cuando Llegó La 766ª Noche
Pero Cuando Llegó La 767ª Noche
Pero Cuando Llegó La 768ª Noche
Pero Cuando Llegó La 769ª Noche
Pero Cuando Llegó La 770ª Noche
Y Cuando Llegó La 771ª Noche
Pero Cuando Llegó La 772ª Noche
Y Cuando Llegó La 773ª Noche
Pero Cuando Llegó La 774ª Noche
Farizada la de sonrisa de rosa
Y Cuando Llegó La 775ª Noche
Y Cuando Llegó La 776ª Noche
Y Cuando Llegó La 777ª Noche
Y Cuando Llegó La 779ª Noche

Y Cuando Llegó La 780ª Noche
Y Cuando Llegó La 781ª Noche
Pero Cuando Llegó La 782ª Noche
Y Cuando Llegó La 783ª Noche
Y Cuando Llegó La 784ª Noche
Y Cuando Llegó La 785ª Noche
Y Cuando Llegó La 786ª Noche
Pero Cuando Llegó La 787ª Noche
Historia de la pierna de carnero
Y Cuando Llegó La 788ª Noche
Las llaves del destino
Pero Cuando Llegó La 789ª Noche
Pero Cuando Llegó La 790ª Noche
Pero Cuando Llegó La 791ª Noche
Pero Cuando Llegó La 792ª Noche
Y Cuando Llegó La 793ª Noche
Y Cuando Llegó La 794ª Noche
Pero Cuando Llegó La 795ª Noche
Bahlul, bufón de Al-Raschid
La invitación a la paz universal
Pero Cuando Llegó La 796ª Noche
Las agujetas
Pero Cuando Llegó La 797ª Noche
Historia de los dos tragadores de haschisch
Y Cuando Llegó La 798ª Noche
Historia del kadí Padre-del-Cuesco
Y Cuando Llegó La 799ª Noche
Y Cuando Llegó La 800ª Noche
El pollino kadí
Pero Cuando Llegó La 801ª Noche
Pero Cuando Llegó La 802ª Noche
El kadí y el buche
Y Cuando Llegó La 803ª Noche
El kadí avisado
Pero Cuando Llegó La 804ª Noche
La lección del conocedor de mujeres
Pero Cuando Llegó La 805ª Noche

Y Cuando Llegó La 806ª Noche
La sentencia del tragador de haschisch
Pero Cuando Llegó La 807ª Noche
Y Cuando Llegó La 808ª Noche
Y Cuando Llegó La 809ª Noche
Pero Cuando Llegó La 810ª Noche
Pero Cuando Llegó La 811ª Noche
Y Cuando Llegó La 812ª Noche
Y Cuando Llegó La 813ª Noche
Y Cuando Llegó La 814ª Noche
Historia de Sarta-de-Perlas
Y Cuando Llegó La 815ª Noche
Y Cuando Llegó La 816ª Noche
Pero Cuando Llegó La 817ª Noche
Y Cuando Llegó La 818ª Noche
Pero Cuando Llegó La 819ª Noche
Y Cuando Llegó La 820ª Noche
Y Cuando Llegó La 821ª Noche
El tesoro sin fondo
Pero Cuando Llegó La 822ª Noche
Pero Cuando Llegó La 823ª Noche
Y Cuando Llegó La 824ª Noche
Y Cuando Llegó La 825ª Noche
Pero Cuando Llegó La 826ª Noche
Historia complicada del adulterino simpático
Pero Cuando Llegó La 827ª Noche
Y Cuando Llegó La 828ª Noche
Y Cuando Llegó La 829ª Noche
Pero Cuando Llegó La 830ª Noche
Y Cuando Llegó La 831ª Noche
Historia del mono jovenzuelo
Y Cuando Llegó La 832ª Noche
Pero Cuando Llegó La 833ª Noche
Pero Cuando Llegó La 834ª Noche
Historia del primer loco
Y Cuando Llegó La 835ª Noche
Pero Cuando Llegó La 836ª Noche

Y Cuando Llegó La 837ª Noche
Historia del segundo loco
Pero Cuando Llegó La 838ª Noche
Y Cuando Llegó La 839ª Noche
Pero Cuando Llegó La 840ª Noche
Y Cuando Llegó La 841ª Noche
Pero Cuando Llegó La 842ª Noche
Historia del tercer loco
Y Cuando Llegó La 843ª Noche
Pero Cuando Llegó La 844ª Noche
Y Cuando Llegó La 845ª Noche
Y Cuando Llegó La 846ª Noche
Pero Cuando Llegó La 847ª Noche
La malicia de las esposas
Pero Cuando Llegó La 848ª Noche
Historia contada por el pastelero
Pero Cuando Llegó La 849ª Noche
Historia contada por el verdulero
Pero Cuando Llegó La 850ª Noche
Historia contada por el carnicero
Pero Cuando Llegó La 851ª Noche
Historia contada por el clarinete mayor
Y Cuando Llegó La 852ª Noche
Y Cuando Llegó La 853ª Noche
Pero Cuando Llegó La 854ª Noche
Pero Cuando Llegó La 855ª Noche
Y Cuando Llegó La 856ª Noche
Y Cuando Llegó La 857ª Noche
Pero Cuando Llegó La 858ª Noche
Sin título
Y Cuando Llegó La 859ª Noche
Pero Cuando Llegó La 860ª Noche
Pero Cuando Llegó La 861ª Noche
Pero Cuando Llegó La 862ª Noche
Pero Cuando Llegó La 863ª Noche
Y Cuando Llegó La 864ª Noche
Y Cuando Llegó La 865ª Noche

Y Cuando Llegó La 866ª Noche
Pero Cuando Llegó La 867ª Noche
Pero Cuando Llegó La 868ª Noche
Historia del jeique de mano generosa
Y Cuando Llegó La 869ª Noche
Pero Cuando Llegó La 870ª Noche
Y Cuando Llegó La 871ª Noche
Pero Cuando Llegó La 872ª Noche
Y Cuando Llegó La 873ª Noche
Pero Cuando Llegó La 874ª Noche
Pero Cuando Llegó La 875ª Noche
Pero Cuando Llegó La 876ª Noche
Historia de la princesa Suleika
Pero Cuando Llegó La 877ª Noche
Pero Cuando Llegó La 878ª Noche
Y Cuando Llegó La 879ª Noche
Pero Cuando Llegó La 880ª Noche
Pero Cuando Llegó La 881ª Noche
Los ocios encantadores de la adolescencia desocupada
Pero Cuando Llegó La 882ª Noche
La pulsera de tobillo
Y Cuando Llegó La 883ª Noche
Y Cuando Llegó La 884ª Noche
Y Cuando Llegó La 885ª Noche
Y CUANDO LLEGÓ LA 886ª NOCHE
Pero Cuando Llegó La 887ª Noche
Pero Cuando Llegó La 888ª Noche
La hija del vendedor de garbanzos
Y Cuando Llegó La 889ª Noche
El desligador
Y Cuando Llegó La 890ª Noche
El capitán de policía
Y Cuando Llegó La 891ª Noche
¿Cuál es el más generoso?
Pero Cuando Llegó La 892ª Noche
El barbero emasculado
Pero Cuando Llegó La 893ª Noche

Fairuz y su esposa
Pero Cuando Llegó La 894ª Noche
El nacimiento y el ingenio
Y Cuando Llegó La 895ª Noche
Historia del libro mágico
Y Cuando Llegó La 896ª Noche
Pero Cuando Llegó La 897ª Noche
Pero Cuando Llegó La 898ª Noche
Y Cuando Llegó La 899ª Noche
Pero Cuando Llegó La 900ª Noche
Y Cuando Llegó La 901ª Noche
Pero Cuando Llegó La 902ª Noche
Pero Cuando Llegó La 903ª Noche
Pero Cuando Llegó La 904ª Noche
Historia espléndida del príncipe Diamante
Pero Cuando Llegó La 905ª Noche
Y Cuando Llegó La 906ª Noche
Y Cuando Llegó La 907ª Noche
Pero Cuando Llegó La 908ª Noche
Pero Cuando Llegó La 909ª Noche
Pero Cuando Llegó La 910ª Noche
Y Cuando Llegó La 911ª Noche
Y CUANDO LLEGÓ LA 912ª NOCHE
Y Cuando Llegó La 913ª Noche
Y Cuando Llegó La 914ª Noche
Y Cuando Llegó La 915ª Noche
Y Cuando Llegó La 916ª Noche
Pero Cuando Llegó La 917ª Noche
Pero Cuando Llegó La 918ª Noche
Pero Cuando Llegó La 919ª Noche
Y Cuando Llegó La 920ª Noche
Pero Cuando Llegó La 921ª Noche
Pero Cuando Llegó La 922ª Noche
Y Cuando Llegó La 923ª Noche
Pero Cuando Llegó La 924ª Noche
Y Cuando Llegó La 925ª Noche
Y Cuando Llegó La 926ª Noche

Pero Cuando Llegó La 927ª Noche
Pero Cuando Llegó La 928ª Noche
Pero Cuando Llegó La 929ª Noche
Pero Cuando Llegó La 930ª Noche
Y Cuando Llegó La 931ª Noche
Y Cuando Llegó La 932ª Noche
Pero Cuando Llegó La 933ª Noche
Pero Cuando Llegó La 934ª Noche
Y Cuando Llegó La 935ª Noche
Y Cuando Llegó La 936ª Noche
Y Cuando Llegó La 937ª Noche
Pero Cuando Llegó La 938ª Noche
Pero Cuando Llegó La 939ª Noche
Y Cuando Llegó La 940ª Noche
Y Cuando Llegó La 941ª Noche
Pero Cuando Llegó La 942ª Noche
Pero Cuando Llegó La 943ª Noche
Y Cuando Llegó La 944ª Noche
Y Cuando Llegó La 945ª Noche
Pero Cuando Llegó La 946ª Noche
Pero Cuando Llegó La 947ª Noche
Pero Cuando Llegó La 948ª Noche
Y Cuando Llegó La 949ª Noche
Y Cuando Llegó La 950ª Noche
Y Cuando Llegó La 951ª Noche
Y Cuando Llegó La 952ª Noche
Pero Cuando Llegó La 953ª Noche
Pero Cuando Llegó La 954ª Noche
Pero Cuando Llegó La 955ª Noche
Pero Cuando Llegó La 956ª Noche
Pero Cuando Llegó La 957ª Noche
Pero Cuando Llegó La 958ª Noche
Pero Cuando Llegó La 959ª Noche
Y Cuando Llegó La 960ª Noche
Pero Cuando Llegó La 961ª Noche
Pero Cuando Llegó La 962ª Noche
Pero Cuando Llegó La 963ª Noche

Pero Cuando Llegó La 964ª Noche
Y Cuando Llegó La 965ª Noche
Pero Cuando Llegó La 966ª Noche
Pero Cuando Llegó La 967ª Noche
Pero Cuando Llegó La 968ª Noche
Pero Cuando Llegó La 969ª Noche
Pero Cuando Llegó La 970ª Noche
Y Cuando Llegó La 971ª Noche
Pero Cuando Llegó La 972ª Noche
Y Cuando Llegó La 973ª Noche
Y Cuando Llegó La 974ª Noche
Y Cuando Llegó La 975ª Noche
Pero Cuando Llegó La 976ª Noche
La venganza del rey Hojjr
Pero Cuando Llegó La 977ª Noche
Pero Cuando Llegó La 978ª Noche
Omar el separador
Pero Cuando Llegó La 979ª Noche
Y Cuando Llegó La 980ª Noche
La cantarina Salamah la azul
Y Cuando Llegó La 981ª Noche
El parásito
Pero Cuando Llegó La 982ª Noche
La favorita del destino
Pero Cuando Llegó La 983ª Noche
Y Cuando Llegó La 984ª Noche
El collar fúnebre
Pero Cuando Llegó La 985ª Noche
Y Cuando Llegó La 986ª Noche
Ishak de Mossul y el aire nuevo
Pero Cuando Llegó La 987ª Noche
Pero Cuando Llegó La 988ª Noche
Las dos danzarinas
Pero Cuando Llegó La 989ª Noche
Pero Cuando Llegó La 990ª Noche
Pero Cuando Llegó La 991ª Noche
La joven árabe de la fuente

- Pero Cuando Llegó La 992ª Noche
- Pero Cuando Llegó La 993ª Noche
- El inconveniente de la insistencia
- Y Cuando Llegó La 994ª Noche
- Y Cuando Llegó La 995ª Noche
- Pero Cuando Llegó La 996ª Noche
- Pero Cuando Llegó La 997ª Noche
- Pero Cuando Llegó La 998ª Noche
- Y Cuando Llegó La 999ª Noche
- Y Cuando Llegó La 1000ª Noche
- Pero Cuando Llegó La 1001ª Noche
- Conclusión
- Capítulo 1

20. Aventuras de un Cadáver (Robert Louis Stevenson)
    - Índice
    - 1. La familia Finsbury
    - 2. En que Maurice se dispone a obrar
    - 3. El conferenciante en libertad
    - 4. Un magistrado en un furgón de equipajes
    - 5. Gideon Forsyth y la caja monumental
    - 6. Las tribulaciones de Maurice (I)
    - 7. Donde Pitman se aconseja con un abogado
    - 8. Donde Michael se permite un día de asueto
    - 9. Cómo terminó el día de asueto de Michael Finsbury
    - 10. Gideon Forsyth y el piano Erard
    - 11. El maestro Jimson
    - 12. Donde el piano aparece irrevocablemente por última vez
    - 13. Las tribulaciones de Maurice (II)
    - 14. Donde William Dent Pitman se entera de algo ventajoso para él
    - 15. El regreso del gran Vance
    - 16. En que los cueros se ponen felizmente a flote
21. Estudios del Natural (Arthur Conan Doyle)
    - Índice
    - El Holocausto de Manor Place
    - El Noviazgo de George Vincent Parker
    - El Discutible Caso de la Señora Emsley
    - Los Matones de Market-Drayton

- La Travesía del Flowery Land
- El Duelo en Francia
- Una Nueva Luz Sobre los Viejos Crímenes

22. Grandes Esperanzas (Charles Dickens)

- Índice
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32

    - Capítulo 33
    - Capítulo 34
    - Capítulo 35
    - Capítulo 36
    - Capítulo 37
    - Capítulo 38
    - Capítulo 39
    - Capítulo 40
    - Capítulo 41
    - Capítulo 42
    - Capítulo 43
    - Capítulo 44
    - Capítulo 45
    - Capítulo 46
    - Capítulo 47
    - Capítulo 48
    - Capítulo 49
    - Capítulo 50
    - Capítulo 51
    - Capítulo 52
    - Capítulo 53
    - Capítulo 54
    - Capítulo 55
    - Capítulo 56
    - Capítulo 57
    - Capítulo 58
    - Capítulo 59
- 23. Filosofía en el Tocador
    - Índice
    - A Los Libertinos
    - Primer Diálogo
    - Segundo Diálogo
    - Tercer Diálogo
    - Cuarto Diálogo
    - Quinto Diálogo
    - Sexto Diálogo
- 24. Idilio en calle Plumet y epopeya en calle Saint-Denis (Victor Hugo)

Índice
I. Algunas páginas de historia
II. Eponina
III. Cuyo fin no se parece al principio
IV. El encanto y la desolación
V. ¿Adónde van?
VI. El 5 de junio de 1832
VII. La grandeza de la desesperación
25. Historia de la vida del Buscón, llamado Don Pablos, ejemplo de vagabundos y espejo de tacaños (Francisco de Quevedo)
Índice
1. En que cuenta quién es el Buscón
2. De cómo fue a la escuela y lo que en ella le sucedió
3. De cómo fue a un pupilaje por criado de don Diego Coronel
4. De la convalecencia y ida a estudiar a Alcalá de Henares
5. De la entrada de Alcalá, patente y burlas que le hicieron por nuevo
6. De las crueldades de la ama, y travesuras que hizo
7. De la ida de don Diego, y nuevas de la muerte de su padre y madre, y la resolución que tomó en sus cosas para adelante.
8. Libro Segundo
9. De lo que le sucedió hasta llegar a Madrid, con un poeta
10. De lo que hizo en Madrid, y lo que le sucedió hasta llegar a Cercedilla, donde durmió
11. Del hospedaje de su tío, y visitas; la cobranza de su hacienda y vuelta a la corte
12. De su huida, y los sucesos en ella hasta la Corte
13. En que prosigue el camino y lo prometido de su vida y costumbres
14. De lo que le sucedió en la Corte luego que llegó hasta que amaneció
15. En que prosigue la materia comenzada y cuenta algunos raros sucesos
16. En que prosigue la misma materia, hasta dar con todos en la cárcel
17. En que trata los sucesos de la cárcel, hasta salir la vieja azotada, los compañeros a la vergüenza y él en fiado.
18. De cómo tomó posada, y la desgracia que le sucedió en ella
19. Prosigue el cuento, con otros varios sucesos

- 20. En que se prosigue lo mismo, con otros sucesos y desgracias que le sucedieron
- 21. De su cura y otros sucesos peregrinos
- 22. En que se hace representante, poeta y galán de monjas
- 23. De lo que le sucedió en Sevilla hasta embarcarse a Indias

26. La Campanilla de la Doncella y Otros Relatos (Edith Wharton)
- Índice
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

27. La Piedra de Toque (Edith Wharton)
- Índice
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

28. La Vida Nueva (Dante Alighieri)
- Índice
- Capítulo 1
- Capítulo 2

Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

- Capítulo 40
- Capítulo 41
- Capítulo 42

29. La Sexualidad en la Etiología de las Neurosis (Sigmund Freud)
30. Las Ilusiones Perdidas (Honoré de Balzac)
    - Índice
    - I. Los Dos Poetas
    - Índice
    - Capítulo 1
    - Capítulo 2
    - II. Un Gran Hombre de Provincias en París
    - Índice
    - Capítulo 1
    - Capítulo 2
    - Capítulo 3
    - Capítulo 4
    - III. Los Sufrimientos del Inventor
    - Índice
    - Capítulo 1
    - Capítulo 2
    - Capítulo 3
31. Jean Valjean (Victor Hugo)
    - Índice
    - I. La guerra dentro de cuatro paredes
    - II. El intestino de Leviatán
    - III. Javert desorientado
    - IV. El nieto y el abuelo
    - V. La noche en blanco
    - VI. La última gota del cáliz
    - VII. Decadencia crepuscular
    - VIII. Suprema sombra, suprema aurora
32. Doce Historias y Un Sueño (H.G Wells)
    - Índice
    - Filmer
    - La Tienda Mágica
    - La Verdad Sobre Pyecraft
    - El Valle De Las Arañas

    - El Fantasma Inexperto
    - Jimmy Goggles, El Dios
    - El Nuevo Acelerador
    - Las Vacaciones De Mr. Ledbetter
    - El Cuerpo Robado
    - El Tesoro De Mr. Brisher
    - El Corazón De Miss Winchelsea
    - El Sueño De Armageddon
    - EDIPO
    - Edipo. — Creonte
    - Creonte — Edipo — Tiresias — Manto
    - Coro
    - Coro
    - Edipo. — Yocasta
    - Forbas. -- Los Mismos
    - Coro
    - Mensajero. — Coro
    - Edipo. — Luego Yocasta. — Coro
- 33. Del Sentido y lo Sensible (Aristóteles)
    - Índice
    - Capítulo 1
    - Capítulo 2
    - Capítulo 3
    - Capítulo 4
    - Capítulo 5
    - Capítulo 6
    - Capítulo 7
    - Capítulo 8
    - Capítulo 9
- 34. El Alimento de los Dioses (H. G. Wells)
    - Índice
    - LA ALBORADA DEL ALIMENTO
    - Índice
    - I. EL DESCUBRIMIENTO DEL ALIMENTO
    - Índice
    - Capítulo 1
    - Capítulo 2

Capítulo 3
Capítulo 4
II. LA GRANJA EXPERIMENTAL
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
III. LAS RATAS GIGANTES
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
IV. LOS NIÑOS GIGANTES
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
EL ALIMENTO LLEGA AL PUEBLO
Índice
I. EL ADVENIMIENTO DEL ALIMENTO

Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
II. EL MUNDO DISTORSIONADO
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
III. EL JOVEN CADDLES EN LONDRES
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
IV. LOS DOS DÍAS DE REDWOOD

- Índice
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

35. El Anticristo (Friedrich Wilhelm Nietzsche)
- Índice
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26

- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38
- Capítulo 39
- Capítulo 40
- Capítulo 41
- Capítulo 42
- Capítulo 43
- Capítulo 44
- Capítulo 45
- Capítulo 46
- Capítulo 47
- Capítulo 48
- Capítulo 49
- Capítulo 50
- Capítulo 51
- Capítulo 52
- Capítulo 53
- Capítulo 54

36. El Negro de Pedro El Grande (Alexander Pushkin)
  - Índice
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4
  - Capítulo 5
  - Capítulo 6
  - Capítulo 7

37. Cuentos de Mí Mismo (Miguel de Unamuno)
  Índice
  Ver Con Los Ojos
  «Solitaña»
  Las Tijeras
  El Desquite
  La Sangre De Aitor
  CHIMBOS Y CHIMBEROS
  El Semejante
  Sueño
  Una Visita Al Viejo Poeta
  El Abejorro
  Don Martín, O De La Gloria
  El Maestro De Carrasqueda
  La Locura Del Doctor Montarco
  Y Va De Cuento
  El Canto Adánico
  La Beca
  Don Catalino, Hombre Sabio
  La Revolución De La Biblioteca De Ciudámuerta
  Al Pie De Una Encina
38. El País de los Ciegos (H. G. Wells)
39. Lady Susan (Jane Austen)
  Índice
  Carta 1
  Carta 2
  Carta 3
  Carta 4
  Carta 5
  Carta 6
  Carta 7
  Carta 8
  Carta 9
  Carta 10
  Carta 11
  Carta 12
  Carta 13

- Carta 14
- Carta 15
- Carta 16
- Carta 17
- Carta 18
- Carta 19
- Carta 20
- Carta 21
- Carta 22
- Carta 23
- Carta 24
- Carta 25
- Carta 26
- Carta 27
- Carta 28
- Carta 29
- Carta 30
- Carta 31
- Carta 32
- Carta 33
- Carta 34
- Carta 35
- Carta 36
- Carta 37
- Carta 38
- Carta 39
- Carta 40
- Carta 41
- Epílogo

40. Tom Sawyer, Detective (Mark Twain)
- Índice
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

41. Bajo las Lilas (Louisa May Alcott)
  - Índice
  - Parte I
  - Índice
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4
  - Capítulo 5
  - Capítulo 6
  - Capítulo 7
  - Capítulo 8
  - Capítulo 9
  - Parte II
  - Índice
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4
  - Capítulo 5
  - Parte III
  - Índice
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4
  - Parte IV
  - Índice
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4

- Capítulo 5
- Capítulo 6

42. Crónica Personal (Joseph Conrad)
- Índice
- Prefacio familiar
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

43. Crónica de Indias (Fray Bartolomé de las Casas)
- Índice
- Prólogo
- De La Isla Española
- De La Isla De Cuba
- De La Tierra Firme
- De La Provincia De Nicaragua
- De La Nueva España
- De La Provincia E Reino De Guatimala
- Del Reino De Yucatán
- De La Provincia De Sancta Marta
- De La Provincia De Cartagena
- Del Rio Yuyapari
- Del Reino De Venezuela
- Del Río De La Plata
- Del Nuevo Reino De Granada

44. Orlando (Virginia Woolf)
- Índice
- Prólogo
- Uno
- Dos
- Tres
- Cuatro
- Sin título

- Cinco
- Seis

45. Cyrano de Bergerac (Edmond Rostand)
- Índice
- PERSONAJES
- Parte I
- Índice
- Acto Primero
- Escena I
- Escena Ii
- Escena Iii
- Escena Iv
- Escena V
- Escena Vi
- Escena Vii
- Parte II
- Índice
- Acto Segundo
- Escena I
- Escena Ii
- Escena Iii
- Escena Iv
- Escena V
- Escena Vi
- Escena Vii
- Escena Viii
- Escena Ix
- Escena X
- Escena Xi
- Parte III
- Índice
- Acto Tercero
- Escena I
- Escena Ii
- Sin título
- Escena Iii
- Escena Iv

  - Escena Vi
  - Escena Vii
  - Escena Viii
  - Escena Ix
  - Escena X
  - Escena Xi
  - Escena Xii
  - Escena Xiii
  - Escena Xiv
  - Parte IV
  - Índice
  - Acto Cuarto
  - Escena I
  - Escena Ii
  - Escena Iii
  - Escena Iv
  - Escena V
  - Escena Vi
  - Escena Vii
  - Escena Viii
  - Escena Ix
  - Escena X
  - Parte V
  - Índice
  - Acto Quinto
  - Escena I
  - Escena Ii
  - Escena Iii
  - Escena Iv
  - Escena V
  - Escena Vi
- 46. Ana la de la Isla (Lucy Maud Montgomery)
  - Índice
  - Capítulo Primero
  - Capítulo Dos
  - Capítulo Tres
  - Capítulo Cuatro

[Capítulo Cinco]
[Capítulo Seis]
[Capítulo Siete]
[Capítulo Ocho]
[Capítulo Nueve]
[Capítulo Diez]
[Capítulo Once]
[Capítulo Doce]
[Capítulo Trece]
[Capítulo Catorce]
[Capítulo Quince]
[Capítulo Dieciséis]
[Capítulo Diecisiete]
[Capítulo Dieciocho]
[Capítulo Diecinueve]
[Capítulo Veinte]
[Capítulo Veintiuno]
[Capítulo Veintidós]
[Capítulo Veintitrés]
[Capítulo Veinticuatro]
[Capítulo Veinticinco]
[Capítulo Veintiséis]
[Capítulo Veintisiete]
[Capítulo Veintiocho]
[Capítulo Veintinueve]
[Capítulo Treinta]
[Capítulo Treinta Y Uno]
[Capítulo Treinta Y Dos]
[Capítulo Treinta Y Tres]
[Capítulo Treinta Y Cuatro]
[Capítulo Treinta Y Cinco]
[Capítulo Treinta Y Seis]
[Capítulo Treinta Y Siete]
[Capítulo Treinta Y Ocho]
[Capítulo Treinta Y Nueve]
[Capítulo Cuarenta]
[Capítulo Cuarenta Y Uno]

- 47. Napoleón (Alexandre Dumas)
  - Índice
  - 1. Napoleón De Buonaparte
  - 2. El General Bonaparte
  - 3. Bonaparte Primer Cónsul
  - 4. Napoleón Emperador
  - 5. Napoleón En La Isla De Elba
  - 6. Los Cien Días
  - 7. Napoleón En Santa Elena
  - Anexo
- 48. Las Minas del Rey Salomón (H. Rider Haggard)
  - Índice
  - Introducción
  - 1. Conozco a sir Henry Curtis
  - 3. Umbopa entra a nuestro servicio
  - 4. La cacería de elefantes
  - 5. Nuestra marcha por el desierto
  - 6. ¡Agua! ¡Agua!
  - 7. La carretera de Salomón
  - 8. Entramos en Kukuanalandia
  - 9. El rey Twala
  - 10. La caza de brujos
  - 11. Hacemos una señal
  - 12. Antes de la batalla
  - 13. El ataque
  - 14. La última carga de los «grises»
  - 15. Good cae enfermo
  - 16. El Lugar de la Muerte
  - 18. Abandonamos toda esperanza
  - 19. La despedida de Ignosi
  - 20. Lo encontramos
  - Capítulo 1
- 49. La Ilíada (Homero)
  - Índice
  - Canto I
  - Canto II
  - Canto III

    - Canto IV
    - Canto V
    - Canto VI
    - Canto VII
    - Canto VIII
    - Canto IX
    - Canto X
    - Canto XI
    - Canto XII
    - Canto XIII
    - Canto XIV
    - Canto XV
    - Canto XVI
    - Canto XVII
    - Canto XVIII
    - Canto XIX
    - Canto XX
    - Canto XXI
    - Canto XXII
    - Canto XXIII
    - Canto XXIV
- 50. Cómo Se Filosofa a Martillazos (Friedrich Nietzsche)
    - Índice
    - Prefacio
    - El Problema De Sócrates
    - La “Razón” De La Filosoma
    - La Moral Como Antinaturalidad
    - Los Cuatro Grandes Errores
    - Los “Mejoradores” De La Humanidad
    - Lo Que Falta A Los Alemanes
    - Correrías De Un Hombre Inactual
    - Lo Que Yo Debo A Los Antiguos
    - Habla El Martillo